BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

INTRODUCCION, BIOGRAFIA,
BIBLIOGRAFIA, NOTAS Y CENSO
DE PERSONAJES GALDOSIANOS

POR

FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES
Archivero, Bibliotecario, Arqueólogo,
Subdirector de la Biblioteca y del Museo de Madrid

TOMO II

EPISODIOS NACIONALES

AGUILAR
MADRID-1962

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

OBRAS COMPLETAS

DE

BENITO PEREZ GALDOS

(En seis tomos)

ÍNDICE DE LOS TÍTULOS QUE COMPRENDE CADA VOLUMEN

TOMO I

EPISODIOS NACIONALES.—*Primera serie:* Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de marzo y el 2 de mayo. Bailén.—Napoleón, en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el «Empecinado».—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de julio.—Los Cien mil Hijos de San Luis.—El terror de 1824.

TOMO II

EPISODIOS NACIONALES.—*Segunda serie* (Final): Un voluntario realista.—Los apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacárregui.—Mendizábal.—De Oñate a La Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los ayacuchos. Bodas reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48. Narváez.—Los duendes de la camarilla.

TOMO III

EPISODIOS NACIONALES.—*Cuarta serie* (Final): La revolución de julio.—O'Donnell.—Alta Tettauen.—Carlos VI, en la Rápita.—La vuelta al mundo en la «Numancia».—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin rey.—España trágica.—Amadeo I.—La primera República.—De Cartago a Sagunto.—Cánovas.

TOMO IV

NOVELAS.—*Serie de la primera época:* La Fontana de Oro.—La sombra.—El audaz.—Doña Perfecta.—Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.

Serie contemporánea: La desheredada.—El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.

TOMO V

NOVELAS.—*Serie contemporánea* (Continuación): Fortunata y Jacinta.—Miau.—La incognita.—Realidad.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Angel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.

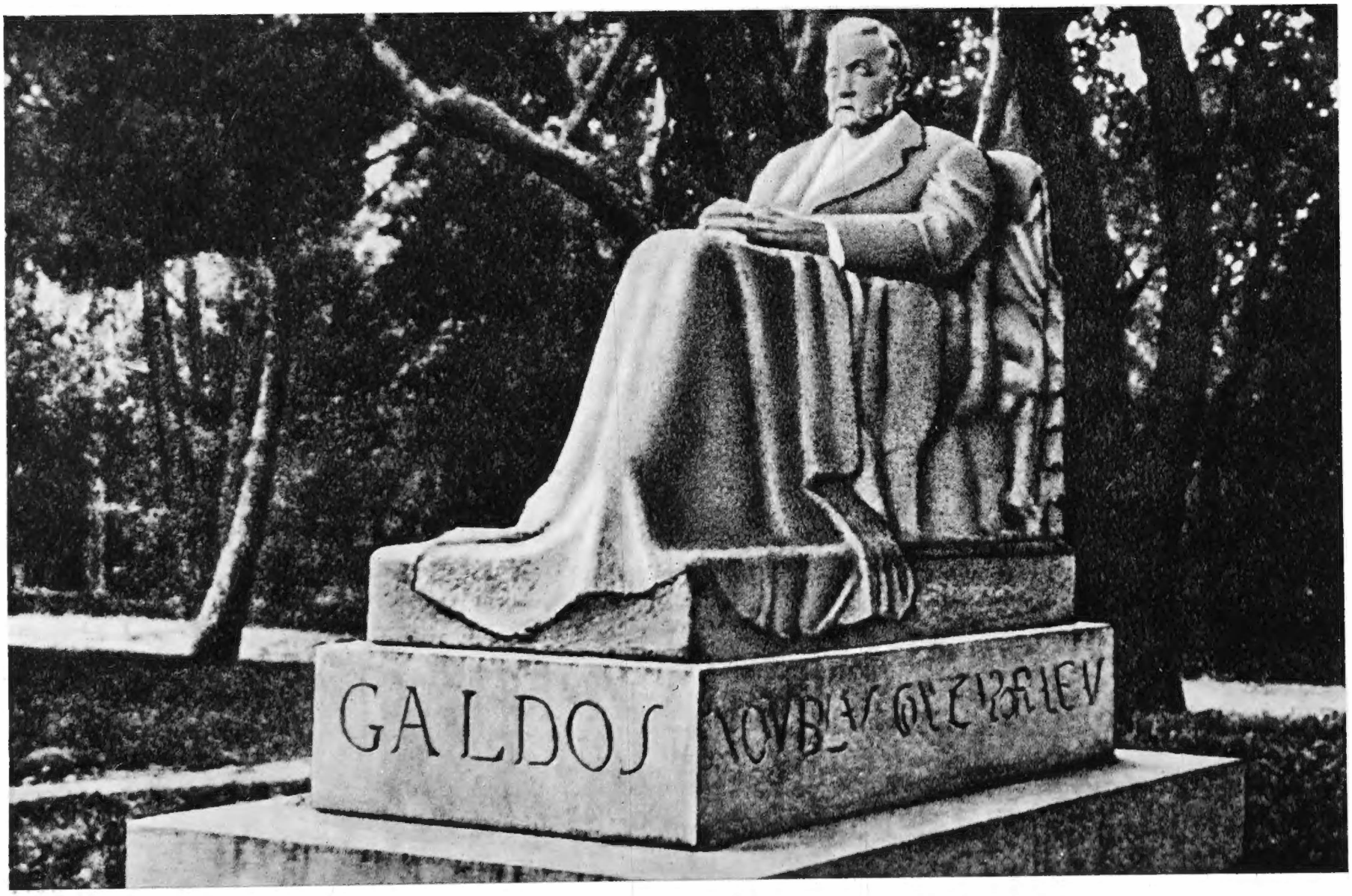
TOMO VI

NOVELAS.—*Serie contemporánea* (Final): El abuelo.—Casandra.—El caballero encantado.—La razón de la sinrazón.

CUENTOS

TEATRO: Realidad.—La loca de la casa.—Gerona.—La de San Quintín. Los condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La fiera.—Electra.—Alma y vida.—Mariucha.—El abuelo.—Bárbara.—Amor y Ciencia.—Pedro Minio. Casandra.—Zaragoza.—Celia en los infiernos.—Alceste.—Sor Simona.—El tacaño Salomón.—Santa Juana de Castilla.—Antón Caballero.—Un joven de provecho.

MISCELÁNEA: Memoranda.—Guía espiritual de España.—Crónica de Madrid.—Toledo (Historia y leyenda).—Viajes y fantasías.—Memorias de un desconocido.



Estatua de Pérez Galdós en el Retiro de Madrid

De ninguna manera menos sencilla y patriarcal hubiera querido perdurar el gran novelista en la ciudad de todos sus amores

El dibujo de las guardas es obra de M. Palacios, y representa una alegoría alusiva a los «Episodios nacionales».

QUINTA EDICION

NÚM. RGTRO.: V 370-41

DEPÓSITO LEGAL. MA.330 1962

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1962.
Reservados todos los derechos.

Printed in Spain. Impreso en España
por Gráficas Hros. Fausto Muñoz, S. A. — Málaga

EPISODIOS NACIONALES

SEGUNDA SERIE

(Final)

UN VOLUNTARIO REALISTA

I

La ciudad de Solsona, que ya no es obispado, ni plaza fuerte, ni cosa que tal valga, y hasta se ha olvidado de su escudo, consistente en cruz de oro, castillo y cardo de los mismos esmaltes sobre campo de gules, era, allá por los turbulentos principios de nuestro siglo, una de las más feas y tristes poblaciones de la cristiandad, a pesar de sus formidables muros, de sus nueve esbeltos torreones, de su castillo romano, indicador de gloriosísimo abolengo, y a pesar también de su catedral, a que daban lustre cuatro dignidades, dos canongías, doce raciones y veinticuatro beneficios. La que Ptolomeo llamó *Setelsis* se ensoberbecía con la fábrica suntuosa de cuatro conventos que eran regocijo de las almas pías y motivo de constante edificación para el vecindario. Este se elevaba a la babilónica cifra de 2.056 habitantes.

Estos 2.056 habitantes *setelsinos* ocupaban, ¿a qué negarlo?, lugar muy excelso en el mundo industrial con sus ocho fábricas de navajas, tres de candiles y otras de menor importancia. También se dedicaban a criar mulas lechales que traían del cercano Pirineo; cultivaban con esmero las delicadas frutas catalanas, y eran maestros en cebar aves domésticas, así como en cazar la muchedumbre de codornices, palomas silvestres, ánades y becadas, que tanto abundan en aquellos espesos montes y placenteros ríos. No podían ser tales industrias de las menos lucrativas en tierra tan poblada de canónigos, racioneros y regulares.

En 19 de septiembre de 1810 los franceses, que nada respetaban, entraron en Solsona con estrépito, y después de cometer mil desmanes se entretuvieron en quemar la catedral; con tal siniestro desplomáronse las torres y vinieron al suelo las campanas. También pusieron mano en los conventos, encariñándose demasiado con los de religiosas, donde cometieron desafueros que mejor están callados que referidos. El convento de monjas dominicas, llamado de San Salomó por ser fundación del marques de este nombre (1573), padeció diversos tormentos, de los que no pocas memorias guardaron las espantadas vírgenes del Señor. Tan horribles excesos no eximen a las santas casas de sufrir expoliaciones y derribos, y San Salomó, que perdiera en aquel horrendo día tantos tesoros, se quedó también sin copón, sin candeleros y sin las arracadas de la Virgen. Desaparecieron cuadros y estatuas, y un trozo del ala del Poniente fué derribado a cañonazos, quedando reducidas a escombros seis celdas del piso alto y el refectorio en planta baja.

Era San Salomó un edificio de muy diversas partes compuesto, que semejaba una vieja capa de riquísima y descolorida tela, remendada con innobles trapos. Había allí algo del género ojival que domina en el Principado, resto de bóvedas románicas, puertas churriguerescas, trozos pertenecientes a la insulsa arquitectura del siglo pasado, paredes de ladrillo enyesado, tapias de adobes, muros hendidos, techos que se habían chafado cual sombrero; tragaluces bizcos, rodeados de una especie de marco palpebral de blanco yeso; rejas comidas de moho, tras de las cuales estaban las podridas celosías, por cuyos huecos sólo cabía el dedo meñique de las monjas; vigas que servían de puntales; tapiales modernos que se empeñaban en cubrir huecos ocasionados por el desplome o abiertos por la bala de artillería; una torrecilla cuya espadaña sólo tenía un esquilón; en su-

ma, era un adalid valeroso combatido por los formidables enemigos que se llaman tiempo y guerra; pero que se defendían bien tapándose sus heridas y remendándose sus desgarrones como Dios le daba a entender, y desafiaba orgulloso lluvias y vientos, prometiéndose llegar con sus jorobas, infartos, bizmas y muletas a las más remotas edades venideras.

Estaba San Salomó en un extremo de la ciudad y en el punto más desierto de ella, por donde partía el camino de Guardiola y Peracamps, que a corto trecho se trocaba en intransitable cuesta escarpada, cuyas ramificaciones se perdían en la montaña. La calle de los Codos, llamada así porque formaba dos ángulos en opuesto sentido, quebrándose como un biombo, limitaba el convento por Poniente. Dicha calle no era otra cosa que un hueco, foso o pasadizo entre San Salomó y el lienzo occidental de la muralla de la ciudad, y los codos que daban nombre a tal vía eran ocasionados por los ángulos estratégicos de la fortificación. Al fin de la calle se veía un torreón, y un poco más allá la puerta del Travesat.

Por Oriente, con vuelta al Mediodía, estaba la iglesia, en la calle de la Sombra, y no lejos de la puerta de aquélla, la del torno y locutorio, que era un arco románico picado y bruñido por la barbarie académica del siglo anterior y pintorreado de azul por orden de la madre abadesa. Hacia el Norte extendíase la gran tapia de la huerta, sin más huecos que las hendiduras producidas por el resentimiento de la fábrica. Las rejas y celosías, en la parte más alta, miraban al campo por encima de la muralla. Su estructura no permitía a los curiosos ojos monjiles ver la calle, en lo que verdaderamente perdían muy poco, pues rara vez pasaba por las calles de los Codos o de la Sombra alguna cosa digna de ser vista.

A pesar de su aspecto caduco, no reinaba la miseria en el interior de aquel silencioso retiro, como acontece en los conventos del día, que casi, casi no son otra cosa que asilos de mendicidad. Por el contrario, al decir de algunos curiosos solsoneses, imperaban allí dentro el bienestar y la abundancia. Siempre fueron las dominicas poco inclinadas a la pobreza absoluta: su Orden ha sido por lo general aristocrática, compartiendo con la del Císter la prerrogativa de acoger a las señoritas nobles a quienes vocación sincera, desgraciados amores o la imposibilidad de ocupar alta posición arrojaban del mundo. San Salomó albergaba, en la época de nuestra historia, veintidós señoras, que habían llegado a sus tristes puertas impulsadas respectivamente por alguna de aquellas tres causas. Todas eran nobles, pues no podía convenir al decoro del reino de Dios que mancomunadamente con las hijas de marqueses y condes vivieran mujeres de baja estofa. Además de las rentas de la casa, que a todas por igual beneficiaban, algunas monjas, contraviniendo las reglas más elementales de la Orden, gozaban de rentillas y señalamientos privados que les otorgaran el padre, el tío o el abuelo, y esto se lo comían en la sagrada paz de su celda sin dar participación a las demás. Es probable que no reinara dentro de San Salomó la paz más perfecta, como acontece en los claustros donde se han relajado todas las reglas y sobre la fraternidad impera el egoísmo; pero también es probable que los solsoneses no supiesen nada de esto, porque entonces los conventos, si habían olvidado muchas cosas, aún sabían guardar a maravilla sus secretos.

Y sus secretos eran: que se permitían hacer vida separada, comiendo algunas en sus celdas y teniendo criadas para el servicio particular; que unas diez hermanas no se hablaban ni aun para saludarse, porque era evidente que si cambiaran dos palabras, de estas dos palabras había de nacer una docena de disputas; y, finalmente, que algunas (afortunadamente eran las menos) se odiaban de todo corazón.

Por diversas cosas y motivos era célebre San Salomó; pero aquello en que su fama se elevaba hasta tocar el mismo cuerno de la luna era el arte culinario. Váyanse noramala cuantas confituras han podido labrar manos de monja en todas las órdenes habidas y por haber; váyanse con mil demonios los platos suculentos e ingeniosos de la cocina extranjera; que nada hay comparable a lo que salió en tiempos felicísimos de los hornos, de las sartenes y de los peroles de San Salomó. Aún vivía, no hace muchos años, uno de los testimonios más entusiastas de aquella superioridad incontestable, el padre Mercader, arcipreste de Ager, *vere nullius*, que fué en su

edad de oro capellán de aquellas benditas mujeres. Viejo y enfermo ya, se rejuvenecía refiriendo los sabrosos regalos que le enviaban en días solemnes, con la particularidad de que las señoras de San Salomó hacían platos nunca ideados por cocinera alguna, y que unían a la novedad el gusto más excitante y delicado. Ellas tenían hábiles trazas para preparar una colación en la cual se saborearan bocados muy exquisitos sin faltar al ayuno. Ellas aderezaban una comida de vigilia con tal arte, que, sin faltar a las reglas literales de la penitencia, experimentaba el paladar regaladas delicias. Hacían, entre otras cosas, un guisote de abadejo que en la Semana Santa de cierto año produjo grandísimo zipizape en el Cabildo catedral por los celos que de los felices gustadores de aquella ambrosía piscatoria tuvieron los que no lograron catarla. El deán y el arcipreste estuvieron siete años sin hablarse.

Basta de cocina.

II

Durante cuarenta años fué sacristán de San Salomó un buen hombre, sencillo y piadoso, que tenía por nombre José Armengol. Como sintiera que la muerte venía por él, pensó que era lamentable no dejar sucesor en la sacristía para que recayese en su linaje la recompensa de tantos años de servicios prestados a la religión con piedad y desinterés. No tenía hijos el señor Armengol, pues el único que Dios le concediera había muerto de un lanzazo en la guerra del Rosellón; pero tenía un nieto, que, si bien de corta edad, podía servir para desempeñar el cargo, mayormente si las benévolas monjas le enderezaban a la virtud haciéndole hombre devoto, o instruyéndole en todos los oficios de la sacristantía. El señor Armengol se murió tranquilo y satisfecho cuando la madre abadesa le prometió que el pequeñuelo sería sacristán de San Salomó.

Trajeron a Pepet de las montañas de la Cerdaña, en que se criaba libre y salvaje como los pájaros, familiarizado con las altas cimas piníferas, con las soledades abruptas y rumorosas, con el estrépito de los torrentes y la sombría majestad de la cordillera de Cadí, país propicio a las leyendas y al bandolerismo. Doce años tenía cuando se vió en poder de la madre abadesa, la cual, poniendo sobre la cabeza del rapaz su mano protectora, le dijo con grave y bondadoso acento:

—*Noy*, el Señor te ha favorecido desde tu tierna edad destinándote, aunque indigno, a servir en esta casa. Grande honra te cabe en esto, y no todos tropiezan a tu edad con tales prebendas. Pruébanos ahora que mereces el favor de Dios, y que eres capaz de sostener el buen nombre de tu abuelo.

Pepet miró a la madre abadesa con espanto. No comprendía lo que aquello significaba, aunque su instinto le hizo entender que se hallaba bajo el dominio de las señoras pálidas, de fantástico aspecto, cubiertas de blancos paños y de negras tocas. Quiso protestar; pero le faltaron voz y valor para ello.

La primera noche que pasó en el convento tuvo calentura y pesadillas horribles, durante las cuales giraron en su cerebro las pálidas caras de ojos mortecinos, desabrido sonreír y glacial aspecto. Aquel andar suave y vagaroso por los claustros y coro sin que se sintieran los pasos, infundíale más pavor que respeto. El susurro de sus apagadas voces, semejante al gotear de una fuente lejana, le hacía temblar. Pero los días pasaron, y aquella primera impresión penosa se calmó, llegando el inocente niño a ver sin miedo a las religiosas y considerarlas como unas señoras muy buenas, infinitamente mejores que cuantas hembras de una y otra clase había visto en su corta vida.

Pepet se adiestraba en su oficio bajo la dirección de un sacristán suplente traído para aquel objeto de Nuestra Señora del Claustro, hombre sesudo y riguroso, a quien llamaban por apodo *Fray Tinieblas*. De seguro habría tratado mal al neófito, por envidia de sus altos destinos sacristaniles, si las monjas no lo impidiesen, manifestando al chico la protección más decidida. Los conocimientos y la práctica de Pepet adelantaron rápidamente, y la madre abadesa, que desde el coro atisbaba los primeros trabajos del predestinado niño, decía para sí con gozo:

—Este tierno arbolito será digno sucesor de aquel tronco robusto que se llamaba José Armengol.

A los dos meses de hallarse en San Salomó, presenció Pepet un espectáculo que produjo en su alma sensaciones muy hondas y patéticas. Era un día de gran solemnidad. La iglesia resplandecía como un ascua de oro, y eran tantas las luces, que él solo recordaba haber encendido más de doscientas. Debía de correr la estación primaveral, porque los altares estaban llenos de frescas y olorosas flores que embriagaban el sentido. Llenábase la estrecha nave de fieles, que pugnaban por hallar un hueco, y se estrujaban unos contra otros. El señor obispo, acompañado de un mediano ejército de canónigos y racioneros, había subido al altar mayor y entrado en la sacristía. Deslumbradoras ropas con encajes, oro, pedrerías, cubrieron los encorvados hombros, y sonaron melodiosos cantos de órgano combinados con la dulcísima voz de las monjas. Pepet miraba y oía con embeleso, sintiendo su alma en estado de arrobamiento y exaltación; su fantasía simpatizaba de un modo extraordinario con las cosas solemnes, ruidosas y bellas.

Pero el estupor del sacristán en ciernes llegó a su colmo al ver que entre la fila de monjas arrodilladas en la delantera del coro apareció una joven de sorprendente hermosura. Vestía las fastuosas ropas mundanas que jamás había visto él en tan lóbregos sitios. Lujosas pedrerías adornaban su garganta y orejas, y sobre sus hombros caían con admirable majestad y gracia los más hermosos cabellos negros que se podían ver en el mundo. Su divino rostro estaba tan pálido como la cera de la encendida vela que en la mano tenía. No alzaba del suelo los ojos, no movía ni las cejas ni los descoloridos labios, ni las negras pestañas que velaban sus miradas como vela el pudor a la hermosura, ni parte alguna de su cuerpo. Parecía una estatua, una mujer muerta que, acabada de morir en aquel mismo instante, se conservara derecha y de rodillas por milagroso don.

El obispo echó muchos latines, y todos echaron latines, incluso Pepet, que también había aprendido sus latines sin saber lo que querían decir; y el órgano seguía cantando como una endecha tierna y dulce, semejante a canción de amores, o al acordado ritmo de flautas pastoriles en las soñadas praderas de la égloga. El pueblo gemía lleno de admiración o quizá de lástima. Estaban todos en lo más serio de los latines, de la música y de los gemidos, cuando Pepet vió que rodearon a la hermosa doncella que parecía muerta; quitáronle sus joyas; arrancaron de su seno las flores que lo adornaban, y que ni aun en el mismo tallo natal habrían estado mejor puestas, y después Pepet sintió que la sangre ardía en sus venas..., oyó el rechinar de unas tijeras. ¡Horrible, feroz atentado! ¡Le cortaban los cabellos!... Los tijeretazos que arrancaban una tras otra guedeja, destrozaron el corazón del pobre rapaz...; sintió que su alma minúscula se llenaba de una cólera sofocante, irresistible, volcánica; sintió una angustia mortal, y, sin saber cómo, dió un salto y lanzó un terrible grito, diciendo:

—¡Brutos!... ¡Pillos!

Hubo pequeña alarma, y le recogieron del suelo, porque había perdido el conocimiento. El obispo se echó a reír, y los demás también. Repuesto de su desmayo, Pepet salió de la sacristía, donde le había metido *Tinieblas*. Desde aquel momento sintió que en su espíritu entraban de rondón ideas nuevas, y que su conciencia empezaba a sacudirse y a resquebrajarse como un gran témpano que se deshiela. Oyó con indiferencia las palabras huecas de un canónigo que subiera al púlpito para suplicar a todas las jóvenes solsonesas allí presentes imitaran el ejemplo de la gentil doncella, que había dejado el regalo de su casa y el cariño paterno para desposarse con Jesús, aceptando la vida de humildad y de penitencia que estos celestiales desposorios traen consigo. La hermosa doncella que había tomado el velo era doña Teodora de Aransis y Peñafort, sobrina del conde de Miralcamp.

Poco después de este suceso, Pepet cayó gravemente enfermo de pertinaces calenturas; véase cómo. Las madres de San Salomó, que comprendían cuán necesitada de esparcimiento y solaz es la niñez, permitían a su acólito que fuese todos los días a jugar con los demás chicos del pueblo, los cuales tenían costumbre de congregarse, al filo del mediodía, en la ribera del río Negro, por ser éste el sitio donde con más libertad se entregaban al juego de tropa, que era su mayor delicia. Allí organizaban ejércitos con espadas de caña y sombreros de papel; allí asaltaban formidables plazas, defen-

dían castillos, se destrozaban a cañonazos (entiéndase pedradas), conquistando lauros inmortales y ganando gloriosísimas contusiones, tras de las cuales venía la zurribanda que en sus casas les administraban los enojados padres o el maestro de escuela.

Al poco tiempo de darse a conocer Pepet en aquella sociedad militar donde se estimaban en su justo valer las prendas del soldado, empezó a desplegar eminentes dotes. Tenía el condenado chico ese singular don de mando que aparece frecuentemente en la niñez como anuncio de una superioridad futura. Algunas veces desaparece, y los que de chicos fueron leones, al crecer se vuelven pollinos. Pepet era atrevido, daba grandes porrazos, no perdonaba las faltas de disciplina, sacaba de su cabeza admirables invenciones en cuanto a plan de batallas y pedreas y resolvía gallardamente todas las disputas, ya fuesen personales o de antagonismo, entre los distintos cuerpos de ejército. A todo atendía con prudencia suma, por todo velaba; era astuto en las exploraciones, heroico en los encuentros, prudente en las retiradas, previsor en todos los casos. Si se trataba del aprovisionamiento de las plazas, nada se hacía sin Pepet, que al ver a sus bravos soldados faltos de vituallas, dirigía admirablemente el merodeo de fruta en las huertas del río, o el saqueo de una cabaña cuando estaban ausentes los dueños. Muchos palos y tirones de orejas ganaban todos a veces en estas guerreras trapisondas; pero las más veían recompensadas sus fatigas con el abundante esquilmo de las parras llenas de racimos, de los perales y de los melocotoneros.

Pepet no ascendió a general: lo fué desde el primer momento, porque su natural intrepidez y la energía de su carácter púsole desde luego en aquel elevado puesto, donde se habría conservado, con asombro y orgullo de ambas riberas, si no atajaran sus pasos gloriosos las calenturas. El río Negro, con sus verdosos charcos, era un foco de miasmas palúdicos. Muchos días pasó el chico entre la vida y la muerte; pero Dios y los cuidados de las buenas madres le salvaron.

Vivía el pobrecito general, en compañía de *Tinieblas*, en la habitación sacristanesca, pieza espaciosa y abovedada que estaba debajo del altar mayor. Una puerta comunicaba esta pieza con el claustro del convento, y aunque la regla mandaba que estuviera siempre condenada, y bien lo decían sus gruesos barrotes y candados, las madres la tenían abierta durante el día, y por ella entraban en la vivienda de Pepet con ánimo de asistirle Merecía disculpa y aun perdón esta falta cometida con fines tan caritativos. La madre abadesa y sor Teodora hacían la buena obra con solicitud y piedad.

La convalecencia de Pepet fué muy larga y penosa. Quedóse pálido y delgado como un cirio; sus ojos se habían agrandado tanto, que parecía que ellos solos ocupaban la cara. Apenas podía andar, y la buena Teodora de Aransis y la excelente sor Angela de San Francisco le sostenían cada cual por un brazo para que paseara un poco por el claustro y la huerta en las horas de sol. Sentábanle en un banco, y allí pasaba largos ratos, con la mirada fija en el suelo, las manos cruzadas. Fortalecido al fin buscaban las madres algo que le entretuviese, pues nada es tan necesario a los muchachos enfermos y decaídos como un juguete o pasatiempo cualquiera que les distraiga y alegre los espíritus. La madre Teodora, que en lo compasiva y generosa ganaba a todas las habitantes de San Salomó, lo mismo que les superaba en gracia y belleza, le dijo un día, hallándose con él en el claustro:

—Pobre Pepet, siento mucho que no tengamos en la casa un mal juguete con que puedas vencer tu tristeza.

Pepet sonrió, mirándose en los hermosos ojos de la monja, que cual espejos negros le fascinaban.

—¿Qué deseas tú? Dímelo y veré si puedo proporcionártelo—añadió la religiosa con dulce bondad—. Estás muy triste..., ¿qué deseas?

Pepet callaba, sin dejar de mirarla con una fijeza parecida al éxtasis. Interrogado de nuevo, murmuró:

—Yo deseo..., sí, señora; yo deseo...

—¿Qué?

—Un tambor—repuso el chico con firmeza.

La monja se echó a reír.

Ya sé que eres muy guerrero—dijo—; pero en esta casa no tenemos nada de eso. ¡Sería bueno que se oyera aquí ruido de tambores!... Que se te quite eso de la cabeza, pobre Pepet... ¿Quie-

res que te haga un sombrero de papel y una espada de caña para que te pasees por la huerta como un general?

Sin esperar contestación, la de Aransis corrió a su celda con andar vivaracho, y al poco rato regresó, trayendo un sombrero hecho de papel que usaban para poner pastas al horno, y una espada de caña. Dando ambas prendas a Pepet, le dijo con orgullo:

—En un momento lo he hecho... ¿Verdad que está bien?

Pepet no hizo movimiento alguno para constituirse en propietario de aquellos enseres marciales. Permitió que sor Teodora le pusiera el gorro; pero sus ojos relampaguearon, y rechazó la espada, diciendo:

—La espada que yo deseo no es de caña, sino de hierro.

III

Pepet se curó por completo. Pasaron años, y el muchacho crecía, y en el convento se desarrollaba placentera y sosegada la vida de las monjas. Con los años fué despleglando Armengol tan buenas aptitudes para aquel edificante servicio, que al fin quedóse solo y despidieron como inútil a su maestro *Fray Tinieblas*, de Nuestra Señora del Claustro.

Fiel a sus deberes, respetuoso con las madres, puntual en las ocasiones, riguroso con los fieles, fanático por la religión, Pepet era un modelo de sacristanes Su carácter adusto y reconcentrado, su trato, más bien taciturno que amable, la aspereza de sus palabras, no eran realmente defectos en aquel difícil puesto. Su formalidad era objeto de grandes alabanzas; había olvidado los ruidosos juegos de su infancia. Jamás se le vió en tabernas ni en sitios malos, ni gastó palabra en disputas, ni dinero en francachelas, ni el tiempo en cosas frívolas, ajenas al cuidado y custodia de su querida iglesia. De esta manera llegó a los dieciocho años, siendo su salud perfecta, su vida triste y metódica, su castidad absoluta.

Era Pepet de cuerpo más bien pequeño que mediano, de enjutas carnes, complexión acerada y movimientos fáciles. Su rostro no tenía gracia alguna, a no ser la fijeza y vivacidad de la mirada, la cual, dotada de gran potencia, distinguía los objetos más lejanos con tanta seguridad, que antes parecía adivinarlos que verlos. Sus cejas eran corridas y juntas, formando un ceño poco apacible, que a veces infundía miedo. Tenía la tez terrosa, los labios gruesos, buenos dientes, la barba rayada por una cicatriz que ganó en río Negro, la frente ancha, rodeada de cabellos negros y duros como crines. Su cuerpo, de una agilidad pasmosa, no conocía dificultades para subir, encaramarse, saltar, escabullirse, doblarse y hacer los más estupendos equilibrios, como no sin susto podían observar todos los años las señoras monjas cuando se armaba monumento.

A los dieciocho años ganó Armengol un nombre que puso en olvido el que le dieran en el bautismo. Fué este culminante suceso del modo siguiente. Ya se sabe que desde aquella feroz acometida que dieron los franceses de Napoleón al convento, en 1810, perdió éste muchas cosas preciosísimas que en diversos órdenes atesoraba: en este número de joyas perdidas y jamás recobradas estaban las campanas. No tenía, pues, San Salomó en tiempo de Pepet Armengol, más que un menguado esquilón que servía para dar los toques canónicos, llamar a misa y echar de tiempo en tiempo algún repiqueteo que era objeto de punzantes bromas en todo Solsona. «Ya suena el almirez de las madres», decían; o bien: «Hoy tienen fiesta las monjas cascabeleras.» Un día que pasaba Pepet por la plaza, una mujer le dijo: «Adiós, señor *Tilín*.»

Y desde aquel día, cuando el joven iba solo y meditabundo como de costumbre por la calle de la Sombra, los chicos, escondiéndose detrás de una esquina y asomando la carilla burlona, gritaban: *¡Tilín, Tilín!*, y apretaban a correr en seguida para librar sus nalgas de la venganza del ofendido.

No se sabe cuál es la misteriosa ley que divulga los nombres postizos y los fija y los esculpe dándoles una perpetuidad que en vano pretenden las sentencias más graves de los filósofos. No se sabe cómo fué; pero ello es cierto que desde entonces Pepet Armengol no tuvo otro nombre que *Tilín*, y *Tilín* se llamó toda su vida.

No se sabe tampoco cómo penetran en los conventos las noticias, las novedades

y aun las hablillas y picardihuelas del mundo; pero es lo cierto que penetran, sí, en aquellos santuarios de recogimiento y ascetismo, porque para la atmósfera moral, como para la física, no se conocen puertas. Una tarde detuvo a Pepet en el claustro la madre Teodora de Aransis, a quien él tributaba desde su enfermedad culto ardentísimo de gratitud y admiración. Sonriendo, le dijo la buena religiosa:

—*Tilín*, dame un poco de cera para pegar estas flores. ¿Qué haces, *Tilín*?... ¿No oyes lo que te digo?... Anda pronto, *Tilín*.

Desde este momento Pepet se resignó con su nuevo bautismo.

El capellán de San Salomó, hombre instruído y amigo de las letras, había puesto particular cariño a su acólito y quiso enderezarle por el camino de la Iglesia docente. La tentativa no tuvo resultado, y Pepet mostróse tan rebelde al latín, que mosén Crispín de Tortellá diputó a su protegido como el más torpe y zafio de los hombres. No obstante, *Tilín* cobró grandísima afición a los libros del capellán, y se pasaba largas horas en la excelente biblioteca de éste leyendo obras de historia, que eran las que sobre todo lo escrito le enamoraban. Reprendíale Mosén Crispín por su antipatía a los poetas y a los teólogos; pero *Tilín*, firme en sus gustos como todo aquel que los tiene de veras y desconoce el capricho, estrechaba más y más su exaltado consorcio con Plutarco, Solís, Tito Livio, Masdéu, Mariana y todos aquellos que hablaron mucho de guerras, trapisondas, matanzas, heroicidades, asaltos y acometidas.

Durante aquel tiempo hízose su carácter más sombrío y taciturno, y empezó a padecer tan lamentables distracciones, que las madres se quejaron de ciertos descuidos en el servicio de la iglesia. Durante tres, cuatro o quizá cinco años (pues no hay gran exactitud en las fechas anteriores a la presente historia), prosiguieron las horas taciturnas de *Tilín*, así como los quejumbrosos murmurios de la madre abadesa y los fruncimientos de cejas de sor Teodora de Aransis a causa del mal servicio. Esta solía amonestarle suavemente, en tono de madre a hijo, aunque la diferencia de edad entre ambos no pasaba de diez años, que debía cargarse en la cuenta de la siempre hermosísima monja; y un día que halló coyuntura para decirle cosas que ha tiempo meditaba, le habló en la huerta de esta manera:

—*Tilín*, tu conducta no es la de un buen sacristán; no es tampoco la de un hombre agradecido. La madre abadesa ha dicho que, si sigues descuidándote en el servicio de la iglesia, se verá precisada a ponerte en la calle.

Tilín se estremeció, y con muestras de espanto repuso:

—¡Me echará la señora!

—No lo sé..., quizá no. Yo espero te portarás bien.

—¡Portarme bien!—exclamó *Tilín* con sarcasmo—. Y ¿a qué llaman portarme bien?

—Hacer todas las cosas al derecho y no equivocarse en la misa, y tener bien limpio todo el metal, y no dejar la mitad de las luces sin encender, y hacer todo como lo hacía el buen *Tilín* de otros tiempos, que era como un oro, cuidadoso y puntual.

—El otro *Tilín*...—murmuró Pepet como si estuviera lelo—. ¡Ay! Aquél era un niño y yo soy un hombre.

—¡Un hombre! ¡Ah! ¿Por qué no completas la idea? ¿Por qué no dices «un ambicioso»?

—Señora—afirmó *Tilín* con súbita energía que asustó a la hermosa monja—. Yo sacristán, es lo mismo que el demonio con casulla... Se acabó, se acabó...

—¡Ah tunante!—replicó Teodora de Aransis con emoción—. ¿De ese modo tratas a las pobres monjitas que te han criado? ¡Qué ingratitud!...

—Señora, yo no sé lo que digo—manifestó Pepet, pasando la mano por su ancha frente, semejante a una convexa placa de bronce rodeada de crines—. Hace tiempo que me siento como loco, tonto, maniático o no sé qué... Yo no puedo olvidar lo que deba a las buenas madres...; yo no quiero dejar esta casa; pero yo quiero..., yo deseo probar que *Tilín* sirve para algo más que para sacristán de monjas.

—*Tilín*, tú eres un ambicioso, un alucinado, un pecador que está sediento, sí, con la abrasadora sed del mundo—dijo la madre, tomando tanto interés en aquel tema, que sus mejillas se tiñeron de ligero rosicler—. Tú estás dominado por Satanás, que te quiere arrastrar al

mundo, al pecado. Tu alma se pierde, *Tilín;* que se pierde tu alma... Cuidado, detente; cuidadito, hijo mío... Por ser ambicioso como tú, un hermano mío, a quien quise y quiero con toda mi alma, ha sido muy desgraciado. Abandonó la casa de mis padres, metióse en las bullangas del mundo, y hoy le tienes emigrado, pervertido por el jacobinismo. Es al mismo tiempo el amparo y el tormento de mi anciana madre.

Cruzó la mano como si suplicara, y parecía que de sus enrojecidos ojos iban a salir lágrimas.

—¿Qué deseas tú. qué quieres?—añadió—. ¿Cuál es tu ambición? ¿Quieres ser rico, quieres ser poderoso?

—No.

—Si no estuvieras en esta santa casa, ¿qué posición, qué oficio elegirías tú?

Tilín irguió su cabeza, y, echando lumbre por los ojos, exclamó prontamente:

—El de soldado, el de guerrero.

—¡Ah! —exclamó burlonamente sor Teodora de Aransis, arrancando unas hojas de sándalo y oliéndolas—. ¿Conque te gusta matar gente?... ¡Bonito oficio! ¡Oh! Se puede ser guerrero y santo al mismo tiempo. Ahí tienes a San Fernando, a San Jorge, a San Luis. En el mismo Cielo hay milicias angélicas, de las que es capitán el gloriosísimo San Miguel.

La expresión profundamente desconsoladora del rostro de Pepet indicaba que no era su deseo figurar en las milicias del cielo, sino en las de la tierra.

—Yo soy un desgraciado que delira despierto—murmuró con desaliento—. Si usted me promete no reírse, yo le contaré todo lo que pienso y siento, cosas que, ciertamente, la maravillarán, haciéndole sentir por mí... no sé si diga interés o lástima.

—Quizá las dos cosas. Ya te escucho.

La monja se sentó en un banco de piedra; Pepet en una carretilla de transportar escombros.

IV

—Yo, señora—dijo *Tilín*—, no tengo vocación para la Iglesia ni para estar metido entre monjas. Desde muy niño, y cuando andaba solo por los montes de Cadí, saltando de peña en peña y descolgándome por los precipios; trepando a los picachos y metiéndome en las cuevas donde se esconden las bestias feroces; vadeando torrentes y rompiendo jaras y malezas como el jabalí que se abre paso con dos dientes, desde entonces, señora madre, yo no tenía más que un pensamiento... ¿Cuál? Pues meter ruido en el mundo. Me parecía que yo estaba destinado a hacer trastornos, a luchar... y vencer, se entiende; todas mis trapisondas habían de concluir con vencer, poniendo bajo mis pies a los pillos que no habían querido reconocer mi grandeza.

La monja sonreía.

—Ya sé que la señora se reirá de mí. Es natural; ¡cosas de chiquillos! Dicen que todos los chiquillos sueñan como yo soñaba, aunque cada cual según sus gustos: aquél sueña con verse obispo echando bendiciones, el otro con verse en un teatro representando comedias. A mí nunca me dió por tales simplezas, sino por arremeter espada en mano contra mucha gente y destrozarla y poner mi ley sobre todas las leyes... Después he ido conociendo el mundo, y a veces me he reído un poquillo, como la señora se está riendo ahora... Pero ¡qué triste es reírse uno de sí mismo, de todo aquello que ha soñado y visto en la niñez!... Muchas cosas que eran grandes se han vuelto chicas delante de mis ojos... Yo he crecido, yo he llegado a hombre, y todavía sueño. No, no nací yo para estar metido entre monjas. Yo vivo con dos vidas, la del sacristán y la del guerrero: con la primera enciendo velas, ayudo a misa, fregoteo plata, toco la campana; con la segunda mando ejércitos, conquisto plazas, allano ciudades, destruyo pueblos, aplasto tronos, conduzco a los hombres como rebaños de carneros, quito y pongo fronteras, todo esto sin dejar de ser el mismo *Tilín* de siempre, sin enfatuarme, ni gastar lujo, ni probar más alimento que el de los campos de batalla, un pedazo de carne y un vaso de vino; durmiendo sobre el suelo con una cureña por almohada, escribiendo mis órdenes sobre un tambor; siempre valiente, señora, y siempre sencillo, que es la manera de ser siempre grande.

Sor Teodora de Aransis miró a Pepet de un modo que revelaba tanta curiosidad como admiración. Después, expresándose maquinalmente, como el corista que repite una fórmula litúrgica, dijo:

—Vanidad de vanidades.

—A veces he creído que estas vidas, señora, venían la una de Dios nuestro padre, y la otra del demonio malo, que inventa tantas picardías para perdernos. Pero no: Satanás no tiene nada que ver en esto. Dios es el que ha puesto este fuego dentro de mí. Hay cosas que no pueden venir más que de Dios: eso se conoce, sí; lo conozco en que cuando pienso en las guerras, todo mi afán de revolver y alborotar en el mundo lleva el objeto de hacer justicia y castigar a los bribones, y poner sobre todas las cosas la religión, y sobre todos los hombres al mismo Dios.

La madre se quedó meditabunda, la mejilla sostenida en la palma de la mano y balanceando el cuerpo hacia adelante. Ya no decía «vanidad de vanidades», sino:

—¡Vaya con *Tilín*..., vaya con *Tilín!*

—Dios—añadió éste—fué quien me llevó a la biblioteca del señor capellán, donde los libros de historia acabaron de enloquecerme, presentándome escrito lo que yo había supuesto, y ofreciéndome vivo lo que yo había visto y soñado. De tanto gozar, yo padecía leyendo, señora. Figurábame que era yo mismo el autor de tantas proezas, y que las había realizado en otra época remota y olvidada. Yo decía: «Lo que fué podrá volver a ser, y tan hombre soy yo como César.» Pero al decir esto miraba mi sotana, y caía como un pájaro a quien una bala parte el corazón cuando va volando por el cielo... ¡Mi sotana! Aquí tiene usted el demonio, señora: el verdadero demonio mío es mi sotana.

Tilín dió un puñetazo en el banco de piedra, con tanta fuerza cual si sus manos tuvieran la culpa de su desgracia.

—Sí, señora—añadió—: yo llamo el demonio a este perro destino mío que me ha puesto en situación de no poder ser nunca nada. ¡Un sacristán de monjas! No: en todo lo que he leído no he visto que ninguno de los grandes guerreros fuera en su juventud lo que yo soy. O nacieron en el trono o entre la nobleza, y los que nacieron en el pueblo fueron soldados desde su niñez, y jamás conocieron otro oficio. Algunos han dado saltos muy grandes, pasando de una posición a otra; pero ninguno vió delante de sí distancias como las que yo veo... ¡Sacristán de monjas!... No, no se concibe que se empiece la vida en una sacristía y se continúe en el Capitolio, o en el campo de Mantinea, o en el de Ceriñola, o en Narwa, donde Carlos Doce de Suecia, con ocho mil suecos, derrotó a ochenta mil rusos. Todos esos hombres han demostrado desde su primera edad el destino que Dios les había dado, y hasta sus nombres parece que son los más propicios para la inmortalidad. Epaminondas, Hernán Cortés, el Gran Federico, no habrían sido nada si hubieran estado donde yo estoy y se hubieran llamado como yo me llamo. ¡Ay!, este nombre mío es mi muerte, mi esclavitud. Paréceme que tener este nombre es lo mismo que estar encerrado dentro de un arca de hierro o debajo de una losa enorme. Dígame usted, señora madre, con toda franqueza, si no es así. ¡Ay!, ¿cree usted que Hernán Cortés habría conquistado a Méjico si en vez de llamarse Hernán Cortés se hubiese llamado *Tilín?*... No, yo no concibo un libro de historia que se titule: *De la conquista de tal o cual reino por Tilín.* O *Relación de la batalla que ganó Tilín al Emperador Fulano.*

Las quejas amargas del pobre Pepet revelaban, juntamente con la energía de una vocación entusiasta, el candor más extraordinario. Aquel cachorro de león que mostraba la garra, tenía aún la boca teñida con la leche de la leona madre. La monja le miraba atentamente, y mirándole revolvía en su cabeza atrevidos y desusados pensamientos, que rara vez, como no sea en España, ocupan el amodorrado cerebro de una religiosa. No decía nada por temor de decir demasiado con una sola palabra.

—Y yo—continuó *Tilín* con acento de desesperación—, no sólo veo en mí grandes estorbos para el cumplimiento de mi destino, sino que los veo también fuera. Ya en el mundo no hay guerras. Todo está quieto. España quiere paz y más paz. Después que echamos a los franceses y quitamos a los liberales, no queda nada que hacer. Ni siquiera tenemos un rey intruso a quien combatir: no tenemos más que el legítimo, el verdadero, aquel en quien no se puede poner la mano. Nada, señora: paz y más paz es lo que se ve a derecha e izquierda.

—¿Paz?—preguntó sor Teodora de Aransis con graciosa ironía.

—Sí, señora, paz.

—Pues yo no la veo.

La monja irguió su hermoso cuello, moviendo la cabeza y arqueando las cejas con expresión enteramente mundana.

—Yo no veo sino guerra—dijo después de una pausa, durante la cual miraba delante de sí, como se mira a un espejo.

—¿En dónde está esa guerra?

—En España.

—¿En España? No hay guerra por ahora.

—Pero la habrá—afirmó sor Teodora con aplomo.

—¿Por qué motivo? ¿No tenemos rey? ¿Acaso podrán levantarse otra vez los liberales?

—No se levantarán. Pero los masones tienen minado el Trono.

—¡El Trono!—exclamó Pepet, lleno de confusión—. Es el más seguro del mundo.

—Tal vez no.

—¿No tenemos Gobierno absoluto?

—A medias: Gobierno con puntas de masónico, que no se decide a poner la Religión por encima de todo.... Veo que no entiendes una palabra, *Tilín*. Nosotras, que jamás salimos de esta casa, conocemos lo que pasa en el mundo mejor que tú. En la biblioteca del padre capellán no aprenderás sino cosas muertas y pasadas para siempre. Voy a explicarte lo que ignoras, fiando en tu discreción y en el respeto que me tienes. Has de guardarme el secreto, porque esto no lo saben aún sino pocas personas.

Tilín prometió a la señora ser más reservado que un sepulcro, y con tal declaración, ella cobró ánimos para hablar de este modo:

—Te equivocas grandemente al suponer que tendremos paz. No, hijo mío: guerra, y guerra muy empeñada y tremenda nos aguarda. Todo está por hacer: con la derrota de los liberales no se ha conseguido casi nada; todo está, pues, del mismo modo: la Religión, por los suelos; la Inquisición, sin restablecer; los conventos, sin rentas; los prelados, sin autoridad. Ya no tenemos aquellos gloriosísimos días en que los confesores de los reyes gobernaban a las naciones; se publican libros que no son de Religión, o le son contrarios; en pocas materias se consulta al clero, y muchas, muchísimas cosas se hacen sin contar con él para nada. ¡Qué vergüenza! Es verdad que no hay Cortes; pero hay Consejos y ministros que son todos seglares y carecen de la divina luz del Espíritu Santo. No gobiernan los liberales, es verdad; pero ello es que, sin saber cómo, gobierna su espíritu, y las sectas, las infames sectas masónicas, no han sido destruídas. El ejército, que se compone absolutamente de masones, no ha sido disuelto y desbaratado, y en cambio están sin organizar los voluntarios realistas. Mil novedades execrables han subsistido después de aquella horrorosa tormenta, y, en cambio, no funcionan ya las comisiones de purificación que habían empezado a limpiar el reino. ¡Cuánta ignominia! Es verdad que se han concedido mercedes al clero; pero los primeros puestos los han atrapado los jansenistas, y están en la oscuridad hombres que pelearon con la lengua y con la espada, en el púlpito y en los campos de batalla. Andan sueltos muchos, muchísimos que fueron milicianos nacionales y asesinos de frailes y monjas, y la masonería se extiende hasta el mismo Trono, hasta el mismo trono, *Tilín*.

Absorto, anonadado estaba el sacristán oyendo aquellas graves razones que la monja decía con firmeza y devoción, añadiendo a su elocuencia, para hacerla más seductora, las gracias de su persona. No despegaba sus labios Pepet, y oía la voz de la dama cual si ésta fuera un ángel de Dios que había bajado del Cielo con un recado para los hombres.

—Ese trono, que tanto ha costado—prosiguió la madre con brioso entusiasmo—, que fué preciso defender primero de los franceses y después de los liberales, no satisface las aspiraciones de nuestro católico reino. La Religión no ha triunfado todavía, y es preciso que la Religión triunfe. Santiago, nuestro glorioso patrón, no ha de permitir que sus escuadrones estén mano sobre mano. Lo que se puede hacer, ¿por qué no se hace? Contra la masonería, que es el gobierno de Satanás, se levantará la Religión, que es el gobierno de Dios. Todo lo que se opone, o si no se opone estorba al triunfo de la Fe, caerá; y si lo que estorba es un trono, caerá también. Veo que te asombras, *Tilín;* veo que te espantas.

—No señora, no: *Tilín* no se asusta de nada que sea caída de cosas altas y enormes hundimientos y choques de unas gentes con otras, sorpresas terribles, cataclismos y erupciones de la rabia humana... Pero yo no creía, no sospechaba

que los derechos de nuestro rey, tan deseado y querido, pudieran ser puestos en duda.

—Culpa será de quién no ha sabido seguir el camino que le trazó la divina Providencia — replicó vivísimamente la exaltada monja—. ¿Tú no sabes que hay un príncipe insigne, ferviente católico, amante de su pueblo, fiel cumplidor de los preceptos de la Iglesia, y que hasta en sus menores actos demuestra que vive para la Fe y por la Fe? Ese príncipe santo se rodea de los varones más sabios, de los prelados más virtuosos, de clérigos previsores y de seglares devotísimos; ama la Religión sobre todas las cosas, y para él, la Religión está sobre todo lo humano, y sobre pueblos, reinos y monarquías; ese príncipe confiesa y comulga todas las semanas, dando así una lección a cuantos príncipes hay en la tierra, y no se separa jamás de una imagen de la Inmaculada Concepción, que es su dulcísima patrona y consejera... ¿Quieres saber más? ¿Necesito decirte más?

—Sí..., sí—exclamó *Tilín*, que ya no tenía curiosidad, sino fiebre.

—La Religión debe triunfar, y para que triunfe es preciso que haya quien la defienda—dijo la monja, semejándose por su acento y su apostura a la Sibila Cumana—. Tú dices que habrá paz, y yo digo que habrá guerra, guerra cruel y reñida... Nada te digo respecto a tu vocación ni a tu destino. Tú sabrás lo que haces. Unicamente he querido probarte que las circunstancias no son tan impropias como creías..., que los tiempos son para cosas grandes, ruidosas y heroicas; que la vocación guerrera no tiene hoy nada de trasnochada, y que un hombre puede llamarse *Tilín*, y, sin embargo...

Cambiando bruscamente de tono y levantándose, añadió:

—¡Pero si anochece...! ¡Qué tarde! *Tilín*, corre a tocar el *Angelus*... ¡Qué dirá la madre abadesa si me ve aquí, charla que charla!... Corre, hombre, corre..., parece que estás lelo.

La monja se alejó apresuradamente. *Tilín*, inmóvil y con la vista fija en ella, la vió desaparecer bajo la arquería del claustro, como una sombra que se difundía en la masa oscura de la noche. Lentamente marchó a la sacristía, y empuñando la soga del esquilón, tocó el *Angelus*. La campana, difundiendo el gangoso teñido por los aires, mucho más allá de Solsona, hasta los monte lejanos, parecía proclamar aquel nombre irrisorio que debía ser el nombre de un héroe, y gritaba con insistencia: «*Tilín, Tilín.*»

—¡Jesús, María y José!—exclamaba la madre abadesa—. ¡Vaya un modo de tocar el *Angelus! Tilín* se ha vuelto loco Parece que toca a rebato.

Y los vecinos decían: «Las monjas cascabeleras están tocando a fuego.»

V

Transcurrieron muchos días (eran los de marzo de 1827) sin que sor Teodora de Aransis volviese a departir tan extensa y acaloradamente con el sacristán de San Salomó, y en éste se acentuaron más las distracciones y los descuidos, llegando a cometer faltas de servicio que eran escándalo de las madres y desdoro del culto. Pasaba a veces la noche entera en la ciudad, y su trato era por demás adusto y misantrópico.

Una tarde de abril presentáronse dos damas en el locutorio. Era una de ellas hermosa por todo extremo ricamente ataviada, con ademán un poco altanero y edad que podía sin gran seguridad suponerse entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Vestía con lujo y sin remilgos, dando a entender que no la mortificaba ninguna cosa que diera realce a su belleza, tanto más cuanto que ésta iba necesitando auxilio para que no se conociera demasiado su occidente. Doña Josefina Comerford, pues tal era el nombre de aquella histórica dama, era una hermosura en decadencia; mas no por esto dejaba de ser magnífica, como es magnífica una puesta de sol. La mujer que la acompañaba parecía servidora.

Después de esperar breve rato, descorrióse la cortina que tapaba la reja, y una voz dijo:

—¡Oh!, Josefina... No me habían dicho que era usted... Voy a mandar que se le abra la puerta.

—Mande usted abrir y entraré—repuso doña Josefina, mirando a través de la reja sin ver nada.

Después dió algunos paseos por el locutorio con impaciente desenvoltura. Miraba al suelo, como miran los hombres cuando tienen un grave proyecto entre ceja y ceja

Por fin, una vieja criada del convento presentóse a ella, cerró la puerta del locutorio que daba a la calle, mandó a la servidora que esperase allí, y, haciendo señas a doña Josefina para que la siguiese, condújola por un pasadizo oscuro que iba a parar al claustro. Desde allí no necesitó guía la de Comerford para dirigirse a la sala interior del locutorio, donde la aguardaban tres monjas.

Era la sala grande y no muy clara, a pesar de la blancura de sus paredes. Zócalo de pintados azulejos cubría, hasta la altura de dos varas, la parte inferior de aquéllas, y añosa estera de esparto libraba los pies de la frialdad de los ladrillos. Un tríptico de relevante mérito, y dos o tres cuadros oscuros y muy borrosos en que apenas se distinguían el cordero de San Juan o el caballo de San Martín, o el hábito de San Bernardo, por ser trozos pintados con blanco, compendiaban el interés iconográfico de la sala. En ella reinaba mortecina y difusa claridad roja, producida por la transparencia de las dos cortinillas encarnadas que cubrían las ventanas. Media docena de sillones y un gran banco, que parecían las obras más ingeniosas de la Inquisición, por lo duros, incómodos y rígidos, servían para martirio de los huesos. En uno de ellos se sentó la visitante, después de saludar a las tres monjas, una tras otra.

La claridad roja daba al rostro de doña Josefina el aspecto de una llamarada en figura humana, con lo cual se avenía perfectamente el inextinguible ardor de sus palabras. Las tres monjas, encendidas también, y asemejadas en cierto modo a espectros sanguinosos, ocupaban sus puestos con correcta simetría, haciendo honor a los sillones de nogal por la tiesura con que se sentaban en ellos. Trabóse al punto vivísima conversación en lengua catalana.

—Ayer esperábamos a usted—dijo la madre abadesa.

—No se puede, no se puede, señora —repuso la de Comerford—. Van los negocios muy atrasados. Acabo de llegar de Berga, y apenas he tenido tiempo para vestirme... Debo salir esta noche misma para Manresa; el tiempo es corto. Diré en pocas palabras lo que tengo que decir, y hasta otro día.

—También nosotras seremos b r e v e s —indicó la madre abadesa, moviendo un brazo—. Ante todo, díganos usted... ¿Es cierto que han sido ahorcados Planas y Lloret?

—Cierto es que la serpiente nos ha herido a dos de nuestros bravos leones—dijo la de Comerford con vehemencia—. Pero todo no puede ser flores. Ha de haber muchas víctimas y no pocos mártires. Si no los hubiera, no sería tan santa nuestra causa... Las partidas que hoy existen no tienen más objeto que ir tanteando a los pueblos en los límites del Principado. Más adelante se verá quién es Cataluña. Ahora, lo que nos importa es que la empresa no se malogre por precipitación. De eso nos ocupamos, y si las órdenes se cumplen bien, se conseguirá el objeto. Tenemos de nuestra parte muchas autoridades militares que se han vendido en secreto. Alguien sospecha que nos harán traición: yo no lo creo. Además, de Madrid vienen un día y otro las mayores seguridades de que tendremos apoyo en las altas esferas. ¡Ay!, aquella celosa Junta no se duerme en las pajas. Ha sabido unir todos los deseos en uno solo, y hoy, amigas mías, muchos personajes de aquí y de allá, que tenían distintas opiniones, piensan ya de la misma manera. El acuerdo es perfecto, puedo asegurarlo a ustedes, entre el arzobispo de Tarragona, el señor Miguel, vicecancelario de Cervera; el padre Barrí de Santo Domingo, el señor don José Corrons, lectoral de Vich; el domero de Manresa, el guardián de Capuchinos de esta ciudad y el valiente entre los valientes, nuestro indomable *Jep dels Estanys*. Las instrucciones que ha recibido de Madrid la Junta son precisas y resuelven todas las dudas que había en puntos muy esenciales; los escrúpulos de algunos se han disipado, el beneplácito de la Santa Sede es ya evidente, y aun se tiene por segura la protección de la Rusia y de la Francia. ¿Qué tal? En el Palacio de Madrid se sabe todo lo que pasa aquí, y no se dará un paso por estas leales montañas que sea hijo del acaso o del capricho, sino que todos, chicos y grandes, nos moveremos con arreglo a un plan admirablemente concertado. ¡Oh! Amigas mías, regocijémonos, entusiasmémonos con la idea de que esta tierra de cristianos tendrá al fin el verdadero Gobierno cristiano.

—¡Loado sea el Señor!—exclamó la abadesa, moviendo por igual los dos brazos—. Este acuerdo entre tales varones nos prueba que no obedecen al capricho ni a la fantasía, sino a una voz divina que en el interior de todos ellos ha sonado. La Virgen Santísima sea con ellos. Ahora bien, amiga querida: puesto que para gloria y salvación nuestra nos corresponde hacer algo, en la medida de nuestras escasas fuerzas, en pro de la causa del Señor, aquí estamos aguardando las órdenes de la Junta de Manresa, de la cual es usted órgano tan precioso.

—A eso voy, amiga mía—dijo doña Josefina, acercando más su inquisitorial sillón al de las madres—. Primeramente, al dinerillo que ustedes tienen en depósito, se unirá dentro de poco el que se está recaudando en esta diócesis de Solsona y parte del que vendrá de Madrid. Lo entregará el señor deán de esta Santa Iglesia Catedral, y ustedes lo darán a *Jep dels Estanys*, a *Caragol* o a *Pixola*, previa presentación de un vale reservado y en cifra, donde se especificará la suma. También podrá usted recibir dinero del alcalde de Solsona o dárselo. Aquí traigo la clave de la cifra, y la explicaré para que no hallen dificultades.

Doña Josefina sacó un papel de su ridículo (porque doña Josefina llevaba ridículo), y acercándose a las madres explicóles durante corto rato los signos y combinaciones que aquéllas debían conocer. Después, la simetría que había alterado cuando se inclinaron en una misma dirección las tres señoras, volvió a restablecerse.

—He comprendido perfectamente—dijo melifluamente la abadesa. Se hará todo como lo mandan los señores. Dulcísimo es para nosotras prestar este concurso a obra tan insigne.

Era la madre abadesa señora muy redicha, como se habrá observado. Tenía buen fondo; pero el fanatismo le había sorbido los sesos. Lanzada por las bulliidoras eminencias del país a los torbellinos de una odiosa conspiración, había llegado a olvidar el lenguaje sencillo, dulce y místico de las exclaustradas, adoptando un tonillo presuntuoso con puntas de diplomático, que era como un eco del charlar vehemente de la gran intrigante catalana doña Josefina Comerford, la cual solía dar a la expresión de su fanatismo algo de la atropellada facundia de los clubs.

—Ahora, amigas de mi alma—manifestó doña Josefina—; ahora que todo lo material está preparado falta tan sólo que se esgriman aquellas armas sutiles contra las cuales no pueden nada los más altos torreones ni la artillería más formidable: hablo de las armas de la oración. Yo, como pecadora, poco puedo alcanzar con mis preces; pero ustedes, amantísimas esposas del que da las victorias, del que con sus batallones de ángeles tiene a raya al Malo, pueden conseguir mucho. El auxilio de la devoción y la piedad es de gran precio. El señor lectoral de Vich dijo delante de mí a las Clarisas de aquella ciudad: «Las lágrimas suplicantes de los débiles darán a los fuertes la victoria.»

La madre abadesa se inclinó de un lado, cruzando las manos en señal de la magnitud de su emoción, y con esto se alteró por completo la simetría del grupo. Al mismo tiempo dejóse oír una voz hueca, telarañosa si es permitido decirlo así, una voz gastada y oscurecida por los años, la cual voz provenía, según todos los indicios, de la carcomida laringe de la señora monja que se sentaba a la derecha de la madre abadesa, y que hasta entonces había sido mudo testigo de la conferencia. Aquella voz dijo con lastimero tono:

—¡Oh! ¡Si pudiera conseguirse tan alto fin con las oraciones!... Todos los lectores de Vich y todos los prelados de la cristiandad no me convencerán de que la causa del Señor y el triunfo de su Fe hayan de conquistarse con guerras, violencias, brutalidades y matanzas. Doña Josefina nos habla de las oraciones como aprestos de guerras... Esos, ésos solos deben ser los sables, los cañones y los fusiles de los regimientos de Jesucristo.

Alzando sus brazos, a que daban majestad las amplias mangas blancas, la monja se animaba. Era una mujer anciana y cadavérica, cuyas palabras sonaban con tono de solemnidad, como palabras salidas de la tumba.

Antes que la última sílaba de la anciana religiosa acabase de vibrar, oyóse en la sala una leve exclamación, una de esas tenues inflexiones de voz que son como el preludio de una risa de desdén.

Provenía este bullicio de la tercera monja, que aún no había dicho nada y estaba sentada a la izquierda de la madre. Sonó después la risa y luego estas palabras:

—¡Qué cosas tiene la madre Montserrat!

El delicioso y fresco timbre de la voz, la gracia de la entonación y el festivo reír, indicaban claramente la persona por demás simpática de sor Teodora de Aransis.

—Es lo que me quedaba que oír—añadió con desenvoltura—. ¡Que las sectas y el imperio de los malos puedan derribarse con oraciones! ¡Que una nación invadida por herejes sea limpia por rezos de monjas!... Decir eso es vivir en el Limbo. Bueno es rezar; pero cuando el mal ha tomado proporciones y domina arriba y abajo, en el Trono y en la plebe, ¿de qué valen los rezos?... ¿Por qué tantos ascos a la guerra? La guerra impulsada y sostenida por un fin santo es necesaria, y Dios mismo no la puede condenar. ¿Cómo ha de condenarla, si El mismo ha puesto la espada en la mano de los hombres cuando ha sido menester? Nos asustamos de la guerra, y la vemos en toda la historia de nuestra Fe, desde que hubo un pueblo elegido. ¿No peleó Josué, no peleó Matatías, gran sacerdote; no pelearon los Macabeos y el santo rey David? Bonito papel habría hecho San Fernando si, en vez de arremeter espada en mano contra los moros se hubiera puesto a rezar esperando vencerlos con rosarios. No es tan mala la guerra cuando un apóstol de Jesucristo se dignó tomar parte en ella con su manto de peregrino, caballero en un caballo blanco, repartiendo tajos y mandobles. La guerra contra infieles y herejes es santa y noble. ¡Benditos los que mueren en ella, que es como morir en olor de santidad! En el cielo hay un lugar placentero destinado a los valientes que han sucumbido peleando por Dios.

Hablando de este modo, las bellas facciones de sor Teodora de Aransis tenían el divino sello de la inspiración. Atendían a sus palabras con muestras de asentimiento doña Josefina y la madre abadesa; pero la madre Montserrat, dirigiendo una mirada rencillosa a la audaz defensora de la fuerza, rumió estas palabras:

—Hermana Teodora de Aransis, usted es una niña.

—Tengo treinta y dos años—repuso con brío la de Aransis, sin dignarse mirar a su contricante.

—Y yo tengo sesenta—afirmó ésta—; he visto guerras, y usted no. Yo he visto las horrorosas calamidades de la guerra; yo he visto este santo asilo profanado, derribadas sus paredes a cañonazos, y sus claustros y celdas invadidas por una soldadesca infame. ¡Todo lo envilece, sí, todo lo envilece! Yo vi caer el ala del Poniente y desaparecer hechas escombros tres celdas arriba y el refectorio abajo, quedando sólo en pie lo que llamamos la *Isla*, donde usted vive; yo vi a tres hermanas degolladas y otras injuriadas horriblemente. Los pocos cabellos que tengo se erizan todavía en mi cabeza al recordar aquel día de septiembre de mil ochocientos diez. ¡Vaya un día, Señor Dios sacramentado! ¿Cómo quieren que me entusiasme con la guerra? La aborrezco, le tengo miedo; el ruido de un tambor me hace morir... Esta buena Teodora de Aransis es una niña, piensa mundanamente, a pesar de llevar algunos años dentro de esta casa, y tiene los espíritus muy levantiscos.

—No se trata ahora de soldados del infame Napoleón, señora—dijo Teodora burlándose—. Precisamente es todo lo contrario. Los soldados de la Fe no darán sustos a la asustadiza madre Montserrat.

—Todos los soldados son iguales y todas las guerras odiosas... Hay cabezas tan duras que no entenderán nunca.

—Y hay personas que jamas han tenido en su mollera ni pizca de discernimiento—dijo sor Teodora de Aransis con tono de sofocada ira.

—Y hay jóvenes que se olvidan del hábito que visten, renegando de la humildad y del respeto que se debe a las personas mayores — gruñó la madre Montserrat.

—Y hay espectros tan empingorotados y tan tiesos que causan horror.

—Y hay monjillas tan casquivanas que se componen y acicalan dentro de sus celdas, cuando nadie las ve, y no pueden olvidar que en tiempos muy desgraciados han ido a bailoteos y teatros.

—Y hay madrazas de cara verde, del propio color de la envidia, que han vivido setenta años encolerizadas contra todo lo que valía más que ellas.

—Y yo sé de quien tiene la lengua muy larga...

—Y yo sé de quien la tiene llena de veneno...

—Y yo...

—Paz, paz...—indicó la abadesa, extendiendo a un lado y otro sus blancas manos.

—La madre Teodora es demasiado vehemente—dijo doña Josefina, guiñando el ojo a sor Teodora—, y la madre Montserrat muy rigorista. Todo esto ha provenido de una opinión sobre las guerras. Yo creo también que la guerra es a veces necesaria, y que Dios mismo la dispone. Hay santos del combatir como hay santos del ayunar. Pero no es esto motivo para que la madre Montserrat se enfade.

—Ni para que se altere la armonía que en estas casas debe reinar—expresó la madre abadesa con afectada unción—, En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que a todos perdonó, yo ruego a las dos hermanas que me oyen... sí, yo les ruego, como hermana y como superiora, que sofoquen al punto el rencor y se reconcilien dándose el ósculo de paz.

—Mi alma es incapaz de rencor—dijo la madre Montserrat.

—Yo perdono de todo corazón—murmuró sor Teodora.

Se besaron. La vieja imprimió sus labios sobre las hermosas mejillas de la joven, y ésta contestó al beso fijando apenas sobre la seca piel ajena sus frescos labios. Aquel besuqueo fué una ventosa contestada por una picadura. Doña Josefina, después de repetir sus instrucciones, se retiró.

VI

A pesar de los preparativos, cuya importancia se daba a conocer por la actividad bullidora de doña Josefina Comerford, pasaron los meses de mayo y junio en aparente paz. Cataluña parecía tranquila y desarmada. Solsona continuaba viviendo con aquella serenidad y monotonía que eran la delicia de sus canónigos. La compañía medio organizada de voluntarios realistas y los pocos artilleros que prestaban el servicio militar dentro de los muros, más parecían figuras decorativas que soldados en la víspera de una batalla.

Cierto día de fines de junio vió Solsona una cosa que dió mucho que hablar. Por la calle Mayor adelante iba *Tilín* vestido con el uniforme de voluntario realista. Su figura no era un tipo acabado de militar gallardía; pero él marchaba por la calle abajo con desenfado, aunque sin fanfarronería, indiferente a las hablillas que sus insólitos arreos suscitaban.

—Mejor le sienta la sotana—decían en los corrillos—. ¿Adónde va ese holgazán con media vara de cartuchera y un quintal de morrión?... Mírenlo... Pues no va poco tieso... Todos los bordados del cuello y solapa, así como las charreteras y los cordones del morrión, se los han hecho las monjas... Es el uniforme más guapo que hay en toda Solsona... Y diz que entra en el cuerpo con el grado de alférez... ¡Si no hay como ser sacristán de las monjas cascabeleras para llegar pronto a general!... No, mujer; no entra de alférez sino de sargento; pero como haya guerra, y dicen que la habrá, verás cómo sube más vivo que un águila, con el favor de las madres... Mirale, mírale cómo pasa sin saludar a nadie... ¡Condenado *Tilín!* ¡Cómo se reirá de él la tropa! No habrá un solo voluntario que le obedezca.

Y siguieron los comentarios.

Así como la aparición de cierta aves exóticas anuncia la proximidad de tempestades, la desusada vestimenta del sacristán de San Salomó anunció un acontecimiento que puso en gran zozobra y pasmo a la ciudad de Solsona. Era la madrugada, cuando el sueño de los pacíficos moradores fué bruscamente turbado por estrepitoso ruido de tambores. Echáronse los vecinos de las camas, se abrieron todas las puertas y acudieron los voluntarios a la plaza, donde había ya un par de compañías, venidas, según después se supo, de Berga, al mando del ex carnicero *Pixola* (don Narciso Abres). Un fraile, alzándose en medio de la plaza, entre la gente armada, hizo callar con solemne gesto a los tambores, y enderezó a los solsoneses una arenga diciéndoles que Cataluña se lanzaba a la guerra porque el monarca no gozaba de libertad necesaria para gobernar el reino. ¡Qué pico de oro! Sin abandonar su tono de sermón, añadió que su majestad había expedido órdenes reservadas autorizando el pronunciamiento e invis-

tiendo de mandos militares a aquellos bravos y piadosísimos cabecillas, los cuales, ¡oh abnegación evangélica!, abandonaban sus hogares por defender la fe de Cristo y el glorioso Trono de las Españas.

Después que el fraile hubo desembuchado lo que en su mollera traía, volvieron a sonar los tambores, y los pelotones de voluntarios recorrieron la ciudad y la muralla toda en redondo, como por fórmula de toma de posesión de la plaza y de su absoluto rendimiento a las tropas apostólicas. Los pocos soldados de línea se entregaron sin vacilar, porque ya estaban concertados para ello; repicaron las campanas, declaróse en rebelión el Municipio, y alguna que otra banderola hecha por manos claustradas, subió, agitándose y haciendo gestos, a lo alto de un palo para anunciar a los pueblos vecinos la grata nueva.

Pixola publicó en seguida un bando disponiendo que se entregasen todas las armas, y que los oficiales indefinidos domiciliados en la ciudad y su término se presentasen inmediatamente en *esta comandancia general* para recibir órdenes. Obedecieron algunos por miedo o porque simpatizaban con la insurrección, o quizá porque estaban cansados de una vida oscura; pero otros contestaron a los emisarios de *Pixola* con insultos y bravatas, por lo cual, enfurecido el cabecilla, juró que haría una degollina de indefinidos si Dios no lo remediaba. El más reacio fué un coronel retirado, viejo, terco y realista por más señas, que tenía por nombre don Pedro Guimaraens y por vivienda una casa solar a media legua de Solsona y a la opuesta orilla del río Negro.

—Di a ese desollador de carneros—contestó al portador del mensaje—que si voy a Solsona será para arrancarle las orejas, por bandido y ladrón, y que tengo aquí muchas armas, sí, muchas, para defensa del rey y de la Religión, y que si él desea probarlas, que se dé un paseo por acá con toda esa cuadrilla de sacristanes y salteadores de caminos.

Tal como lo oyó de los labios de Guimaraens se lo dijo el emisario a don Narciso Abres, el cual, bramando de ira, se levantó de la mesa donde comía para ir en persona a castigar tamaña afrenta.

—Sosiéguese vuecencia—le dijo con calma Pepet Armengol, que en la misma mesa comía, juntamente con otros dos jefes y el padre capellán de San Salomó, pues allí no había categorías—. A ese espantajo de Guimaraens no se le conquista con amenazas. Yo le conozco bien, porque he ido muchas veces a llevarle recados de las madres..., ya sabe usted que una hermana suya está en San Salomó... Le conozco bien, y sé que es una oveja. Déjeme vuecencia ir allá, y verá cómo sin ruido ni amenazas, sino antes bien, con maña y talento, le sonsaco las armas y le obligo a reconocer la autoridad que ha dado a vuecencia la Junta de Cataluña.

—Me parece buena idea—dijo mosén Crispín de Tortellá, dando un golpe en la mesa con el vaso de vino después de vaciado—. Veamos el estreno de *Tilín*... Una hazaña, querido Abres; tendremos una hazaña, porque este *Tilín* ha leído mucho.

Pixola se echó a reír.

—No se tome esto a broma—añadió el capellán—. *Tilín* es amigo de Guimaraens, el cual es el mayor y más refinado glotón que ha comido perdices en todo el Principado... ¡Ah! señores; no sólo el pez muere por la boca: muere también el valiente por la misma parte Guimaraens, que en una batalla sería más bravo que cien leones, no hará jamás lo que hizo don Mariano Alvarez en Gerona, porque no tiene el heroísmo del ayuno. ¿Saben ustedes cómo se conquista a ese hombre? Con la artillería de las monjas de San Salomó, cuyo ginovesado ha rendido ya muchas plazas... Dése esta empresa a *Tilín*, querido Abres, y verá usted qué victoria alcanza nuestro bravo rapavelas si, como creo, consigue de las madres un par de perdices en adobo, o siquiera un mediano plato de esas natillas sin igual, que no deben divulgarse mucho para que el género humano no se corrompa y enerve con las delicias de Capua.

Pixola y los demás reían a carcajadas.

—Anda, hijo, anda—dijo Tortellá a su antiguo acólito, dándole un pescozón—. Dile a la madre Purificación que se esmere... Se trata de una gran conquista: se trata de ganar el nuevo Zaragoza.

—Puedes ir—indicó Abres al sacristán-soldado—. ¿Necesitas gente?

—Tres hombres escogidos por mí.

—Toma los que quieras.

—Dentro de dos horas estaré de vuelta. Conozco la casa. El señor Guimaraens estará en la huerta fumándose un cigarro. No le faltará la compañía de los dos artilleros viejos, y de los dos criados, y de la señora Badoreta...; vamos allá... La casa tiene dos puertas... En la huerta hay un ángulo...; después se suben tres escalones... Ya..., ya... Haremos una visita de cumplimiento al señor coronel.

Poco después *Tilín* pasaba el río por el puente de Llobera, acompañado de tres montañeses de la Cerdaña sin uniforme y con armas. En vez de tomar en línea recta la dirección de la casa de Guimaraens, que a la distancia de un cuarto de legua se destacaba sobre la verdura de un bosque espeso, caminaron a la derecha río abajo, y describiendo luego una gran curva, subieron hacia la montaña por extensa ladera de viñas y almendros. No tardaron en penetrar en el bosque, y allí, con precaución y en silencio, se acercaron a la casa. Por espacio de un cuarto de hora estuvo *Tilín* cuchicheando con su gente. Subió después a un árbol, desde donde podía explorar la huerta, y vió a la señora Badoreta tendiendo ropa en el jardinillo delantero; Valentín, el más bravo de los dos veteranos, limpiaba el caballo, y Suárez estaba regando las judías y poniéndoles tutores. No viendo por ninguna parte a los otros dos criados, supuso que estaban dentro de la casa. Bajando del árbol, dió *Tilín* sus órdenes a los que le seguían, repitiéndoselas hasta tres veces para que se les clavaran bien en la mollera; les señaló una ventana baja que desde allí se veía abierta; indicóles los puntos por donde podían escalar fácilmente la tapia, y después penetró solo en la casa.

Condújole la señora Badoreta al interior, no sin reírse de sú chistosa metamorfosis, y al verse *Tilín* en presencia del señor de Guimaraens, en la sala donde éste residía comúnmente, oyó una carcajada de franca burla, seguida de estas palabras:

—*Tilín*, *Tilín* de todos los demonios... ¿Conque es cierto que te has echado a militar? ¡No he visto en mi vida mamarracho semejante! ¡Hombre, vuélvete de espaldas para verte por detrás!... ¡Y tienes bayoneta!... ¿Cómo no te han dado fusil esos pillos? ¿Serías capaz hasta de hacer fuego con él!... ¡Vaya con *Tilín*!... Hombre de Dios, pues es verdad que así, así, con esa albarda, nadie diría que eres sacristán... ¡Qué demonio!, si ayudas a misa con esa facha, te juro que he de ir a verte. ¿Y qué dicen las reverendas?

—Las señoras no tienen novedad—repuso *Tilín* secamente.

—¿Me traes algo de parte de ellas?... Vamos, tú nunca has venido a mi casa con las manos vacías.

El señor Guimaraens era un tipo militar de los de la guerra del Rosellón, viejo, sin barba ni bigote, con el blanco pelo un poco largo, cual si no hubiese renunciado aún a ponerse coleta. Aunque anciano, era fuerte y membrudo, y tenía la presencia majestuosa, la talla corpulentísima, el semblante agraciado y noble. Era hombre muy devoto y realista ferviente, aunque no de los furibundos; y cuando *Tilín* se presentó a él, estaba sentado en su lustroso sillón de cuero, leyendo la vida del santo del día, costumbre piadosa a que no había faltado en treinta años. Era célibe, y vivía en compañía de dos viejos, leales camaradas de sus campañas allá en los tiempos del general Ricardos, y ora criados que parecían amigos. Un pinche, un mozo de cuadra y la señora Badoreta, famosa en el cocinar y antaño criada en San Salomó, completaban la familia del pacífico veterano.

Vió con desconsuelo que *Tilín* no traía consigo cesta ni bandeja cubierta con la blanquísima servilleta monjil, y dando un desconsolado suspiro, le dijo:

—Esas señoras reverendísimas, ocupadas de la insurrección, han dejado apagar los hornillos. ¡Qué pícaras! Siéntate, *Tilín;* hablaremos un poco y echarás un cigarro.

—Gracias, señor; tengo que marcharme pronto—dijo el voluntario, dando un paso hacia él.

—¿Entonces a que has venido?

—A traer a usted un recado.

—¿De las monjas?

—De las monjas, sí, señor.

—¿Qué quieren esas señoras mías?

—Que me entregue usted inmediatamente todas las armas que tiene en su casa, y que se venga conmigo para ponerse a las órdenes de *Pixola.*

Dijo esto *Tilín* con tal osadía y aplomo, que Guimaraens se quedó perplejo por un momento; pero al punto recobró-

se, y, tomando el caso a risa, como era natural, empezó a batir palmas. Reía con estrépito, echando el cuerpo hacia atrás y apretándose los ijares.

—¡Bravísimo, deliciosísimo, señor sacristán! —exclamó, poniéndose como la grana de tanto reír—. Di a tus amas que me he reído de la gracia hasta morir... ¿Conque armas?... ¡Bendito sea Dios! ¡Pobre *Tilín!*... Me dan ganas de abrazarte por el gusto que me das. Eres un mamarracho...; pero chistosísimo..., y con esa casaca..., y esos humos de general... ¿Conque mis armas?

Guimaraens dejó de reír, porque vió a *Tilín* transformado de súbito. El rostro del voluntario realista estaba lívido, sus ojos centelleaban, y su mano convulsa mostraba una pistola. Fiero e imponente, el monago exclamó:

—No he venido aquí a hacer reír.

—Miserable, ¿qué haces?—dijo Guimaraens, levantándose y poniéndose a la defensiva.

—Saltarle a usted la tapa de los sesos si no me obedece.

Tilín apuntó al rostro del venerable anciano, que al punto echó mano a una silla.

—Si usted se mueve—dijo *Tilín* intrépido y osado hasta lo sumo—, si usted da un grito pidiendo socorro, le mato como a un perro. Tengo cuarenta hombres en el bosque a espaldas de la casa, con encargo de arrasarla y de matar a todos sus moradores si se me hace resistencia.

—¡Ratero! —gritó furioso Guimaraens—. ¡Qué has de tener tú!... ¡Hola, Valentín..., Suárez!

Al punto apareció despavorido un hombre, un jovenzuelo. Oyéronse dos disparos en la huerta y los gritos de la señora Badoreta, que exclamaba: «¡Ladrones!» El jovenzuelo abalanzóse a la defensa de su amo; pero *Tilín,* rápido como el pensamiento, guardóse las espaldas apoyándose en un alto ropero, y disparó sobre el criado, que cayó muerto sin exhalar un grito. Guimaraens, al ver desarmado a *Tilín,* que arrojara al suelo su pistola, arremetió a él como un león. Pero recibióle Pepet con un puñal, sin que por esto se acobardase el veterano. Trabáronse estrechamente de manos, y después de una lucha breve y terrible, en la cual Armengol se esforzaba en defenderse de su enemigo sin herirle, apareció, bañado en sangre, uno de los tres montañeses de *Pixola.*

—¡Miserables ladrones!—gritó el coronel—. ¡No os valdrá vuestra alevosía!... ¡Suárez!... ¡Valentín!

Guimaraens fué acorralado, vencido; pero aun se necesitó el concurso de otro guerrillero para atarle los brazos por la espalda. El valiente y noble anciano rugía, y de su espumante boca salían blasfemias, como sale del volcán la hirviente lava.

Valentín, uno de los veteranos que servían a don Pedro, entró malherido, echando venablos por la boca, armado de tremenda espada, con que acometió ciego de ira a los guerrilleros que sometían a su amo; pero como se hallaba descalabrado, tuvo que someterse sin que le valiera de nada su fiera intrepidez. Suárez estaba atado al tronco de un árbol y herido también. Sorprendidos cuando el uno se hallaba limpiando el caballo y el otro trabajando en las hortalizas, no tuvieron tiempo ni de armarse ni de pedir auxilio a los payeses de las cercanías. El plan de Pepet Armengol había tenido realización cumplida, aunque no fácil, porque uno de los guerrilleros quedó muerto por Suárez, que pudo disponer de la azada; otro recibió un sartenazo de la señora Badoreta, a quien el peligro dió los alientos y el rencor de una leona.

Antes de anochecer, *Tilín* y los tres hombres de su cuadrilla penetraron en Solsona llevando atado, como alimaña recién cogida, al respetable coronel don Pedro Guimaraens. A poco distancia les seguía un carro lleno de armas diversas. Inmenso gentío se agolpaba para ver al preso, a quien no compadecían muchos, por ser hombre reputado de orgulloso, y que últimamente, a causa de la sospechosa templanza de su realismo, era acusado de jacobino.

VII

Al día siguiente *Pixola,* después de encomiar la acción de *Tilín,* dijo al señor capellán:

—Me parece que tenemos un hombre. Cuando las madres me lo recomendaron, le destiné mentalmente a ranchero; pero me parece que ese caballero del es-

quilón va a picar un poco alto. Le voy a dar el mando de una compañía. Ahí tiene usted un sacristán que valdrá más que cien obispos.

Las hordas de *Pixola* eran un conjunto heterogéneo de voluntarios realistas uniformados, procedentes de los cuerpos que se formaran el 24, de soldados desertores, de payeses que se armaban con lo que podían, y de trabucaires o contrabandistas de la Cerdaña y de los valles de Arán y de Andorra. En el improvisado ejército las jerarquías militares iban saliendo de los acontecimientos, de las hazañas individuales y también de las intrigas, fruto natural de toda colectividad donde hierven las pequeñas pasiones al lado de las grandes. Así es que el prestigio adquirido en un buen golpe de mano, y la recomendación de personas a quienes se tenía en mucho, bastaron a elevar a *Tilín* a una categoría semejante a la de teniente. El carnicero le llamó aparte, y, agarrándole por un botón de la pechera, como era su costumbre siempre que hablaba con un amigo, díjole así:

—Mira, *Tilín*, yo voy ahora hacia Balaguer y la Conca de Tremp a recoger las tropas que se están organizando. Tú te vas hacia Pinós, donde hay mucha gente que no ha querido afiliarse. Allí se necesita una mano pesada. Te llevarás cincuenta hombres con el encargo de que has de reclutar doscientos. En ese país hay muchos caballos; no perdones ninguno... Oye otra cosa—añadió, reteniéndole por el botón—. También hay mucho dinero; es preciso que recaudes todo lo que puedas: hombres, dinero, caballos. Abre bien las orejas: hombres, dinero, caballos. Espero que nuestro monago sabrá ayudar esta misa de sangre. Después nos reuniremos en Cardona para ir todos sobre Manresa, donde nos espera el general en jefe, *Jep dels Estanys*... ¡Ah! Se me olvidaba otra cosa: si encuentras tropas del Gobierno, te retiras a la montaña y las dejas pasar.

Con estas instrucciones y sus cincuenta hombres partió *Tilín* el 8 de julio en dirección a Clariana y al río Cardoner. Asombró a todos la atinada organización que supo dar a su pequeña hueste, principiando por establecer en ella la más rigurosa disciplina. El segundo día de expedición, dos individuos de malísima estofa que habían sido contratados por *Pixola* en la raya de Andorra, no mostraron gran celo por cumplir una orden que el gran *Tilín* les diera. Reprendióles éste con severidad, pero sin malas palabras ni grosería, y lo mismo fué oír la voz del jefe, rompieron ellos a reír diciéndole que harto hacían en dejarse mandar por un sacristán de monjas, y que no se les hurgara mucho, porque también ellos sabían repicar campanas. El denodado teniente les mandó fusilar. Hubo un momento de vacilación; pero, los delincuentes perecieron; y a los disparos que les cortaran la vida siguió ese silencio congojoso de la disciplina, que es como el de la muerte. Tenía *Tilín* un núcleo de diez o doce hombres feroces que le obedecían ciegamente, y sobre esta sólida base fundó el orden y la cohesión admirables de su pequeño ejército.

Siempre sereno, atento a su deber previsor, demostrando gran conocimiento del terreno y un tacto singular para dirigir la marcha, aquel prodigioso monaguillo se parecía a un gran general.

Antes de llegar a Cardona se internaron en la montaña buscando la sierra de Pinós. En todos los caseríos *Tilín* reclamaba los hombres útiles, y si algunos se le unían de buen grado, otros buscaban refugio en los bosques; pero él supo encontrar en su caletre trazas muy ingeniosas para que la mayor parte no se le escapase. El primer pueblo donde puso en práctica su plan fué San Salvador de Toruella. Hizo que se le presentaran el alcalde y los dos o tres vecinos más acomodados del pueblo; pidióles los mozos útiles desde veinte a cuarenta y cinco años, con más todo caballo, mula y animal cuadrúpedo que sirviese para transporte de guerra, y, por añadidura, una suma que concienzudamente fijó en treinta mil reales. Alborotáronse los prohombres, a pesar de su férvido y jamás sospechado realismo, jurando y perjurando que ni aun vendiéndose al moro todos los vecinos juntarían los treinta mil. En cuanto a mozos, todos los del pueblo estaban ya en la evangélica facción, y de cuadrúpedos no había que hablar, porque allí el trabajo de los animales lo hacían los hombres.

Hallábanse durante estas conferencias en un mesón que hay a la entrada del pueblo. *Tilín*, económico de palabras, como todo el que es pródigo en acciones, mandó al alcalde que bajase al patio.

—¡Perdón!—gritó el pobre hombre, cayendo de rodillas.

Tilín dió una orden terrible, como quien da un consejo, y el alcalde fué fusilado. Igual suerte habrían sufrido los otros caciques si al punto no acudieran los vecinos con todo el dinero que tenían y seis caballos, presentándose además catorce hombres que antes de la cruel sentencia y suplicio del alcalde andaban escondidos en pajares y desvanes.

En Prades tuvo mejor acogida. El alcalde salió vara en mano a recibirle, y denunció la existencia en el pueblo de dos sargentos indefinidos y de cuatro liberales, que a todas horas hablaban mal de sus majestades y de la Religión. Sin atender a estas menudencias, *Tilín* pidió lo de siempre: dinero, armas, hombres, caballos. Hablósele de un rico que tenía cinco hijos útiles, muchos ahorros, dos pares de mulas, seis escopetas de caza y un pedazo de cañón de los que se cogieron a los franceses en el Bruch. *Tilín* mandó visitar la casa del rico y pudo allegar la mitad de aquellos tesoros, despreciando el medio cañón, que era de un valor puramente arqueológico. Los frailes salieron a recibirle en comunidad, y poco faltó para que salieran también con palio: le abrazaron: obsequiándole con gran mesa; pero él se mostró sobrio y discreto. Por la tarde, y delante de la misma puerta del convento, arcabuceó a dos reclutas que se le habían querido escapar. En Quadrells fueron cinco las víctimas; pero ya los mozos recogidos ascendían a ochenta, siendo menos de la mitad los recogidos por fuerza; los demás se filiaban voluntariamente por entusiasmo, o por vagancia, o por miedo. El dinero recaudado se elevaba a diez mil duros, y las armas formaban un arsenal respetable, aunque heterogéneo. En caballos y mulas habían juntado lo bastante para organizar un pequeño escuadrón.

En Torá hubo conatos sediciosos, porque algunos descontentos quisieron separarse de la cuadrilla, incitados por un voluntario de Berga, que era al modo de alférez. *Tilín* cortó la conspiración mandando arcabucear a siete; y a un bendito y chismoso lego de San Francisco, que le acompañaba con hábito y sable, hízole obsequio de cincuenta palos por no haber dado cuenta de la trama, que conocía desde sus principios. Respetado y temido, *Tilín* avanzaba en su empresa y fué terror de los pueblos y brazo potente de la insurrección en aquella agreste comarca, donde reclutaba zorros para hacer de ellos leones.

Al salir de Torá, sus espías le dijeron que una fuerza del ejército bajaba por la carretera de Manresa. Se la había visto el día anterior en Fals, y parece que seguiría en dirección a Castelfullit. Al punto ambicionó ardientemente el monago sorprender aquella fuerza, cualquiera que fuese su importancia: concebir un plan y dar las primeras órdenes para su inmediata ejecución, fué todo uno. Hermosísima noche le favorecía. Avanzó con buenos guías delante de sus tropas para hacerse cargo del terreno, y pagó a peso de oro el espionaje, en lo cual le favorecía la adhesión del país a una causa propagada al calor del fanatismo religioso; apostó sus tropas convenientemente, después de obligarlas a una marcha titánica de seis horas por sierras y vericuetos; repartió palos a los morosos, fusiló a los díscolos, recompensó a los valientes, avanzó, acechó, olfateó, inquirió el rastro del enemigo con ese instinto felicísimo del guerrillero, que es la desesperación de la estrategia, y antes de que amaneciera el día 20 de julio cayó como una lluvia de verano sobre las tropas del coronel Roda (división de Carratalá), que recorrían la carretera de Cataluña para intimidar a los pueblos y desarmar a los voluntarios. Tres batallones y cuarenta caballos componían aquella fuerza, que fué materialmente destrozada y hecha trizas por un sacristán ávido de los laureles de Viriato. Había dado orden a sus guerrilleros de que no dieran cuartel. El estrago fué inmenso, la lucha breve y sangrienta, el gozo de *Tilín* delirante. Dispersóse la mitad de los soldados por la vertiente de Montserrat; muchos perecieron batiéndose con ardor; cincuenta quedaron prisioneros, con treinta y dos caballos y gran número de armas.

Era aquélla la primera victoria formal del águila que había tenido por nido una sacristía y por plumaje una sotana. Pero él miró su triunfo como hombre acostumbrado a saborearlos, y se apresuró a tomar las medidas necesarias para hacerlo más fructífero. Sin dar descanso a su gente, recorrió los pueblos de la carretera hasta cerca de Cervera. Calaf, Vi-

lamejor, Montfalcó, Rabasa, le vieron dentro de sus muros, y de grado o a regañadientes diéronle cuanto se le antojó pedir. Los mozos ingresaban con gusto, porque ya los frailes habían hecho su papel y tenían soliviantado al país; no así el dinero, para cuya percepción necesitaba *Tilín* emplear argumentos un poco fuertes y hablar con los fusiles de sus bárbaros soldados. Ovaciones y plácemes tuvo el héroe, y allí era de ver cómo le ensalzaban los frailes y le mandaban golosinas las monjas, y le predecían todos magnífico porvenir y fama no menos grande que la de los más esclarecidos guerreros de la cristiandad.

No quiso llegar a Cervera, y retrocediendo volvió a internarse en Pinós, para de allí pasar a la cuenca del Cardoner y marchar a Cardona, donde esperaba recibir nuevas órdenes de *Pixola*. Había recogido doscientos hombres, más de quince mil duros, muchas armas y ochenta caballos. Por el camino instruía y armaba su nueva gente, aumentaba y organizaba un escuadrón. Satisfecho de tantos y tan rápidos triunfos, y comprendiendo por éstos y por la magnitud de su suerte que merecía ser coronel, pensó darse a sí mismo este grado; mas la modestia habló en su alma, y contentóse con ser comandante por el momento. Lo hizo extendiendo un oficio en que textualmente decía: «En atención a mis eminentes servicios a la causa de la Religión y del Trono absoluto, vengo en nombrarme comandante de los ejércitos de la Fe.»

Revolviendo en su mente estos y otros pensamientos, decía para sí:

«¡Rabo y uñas de Lucifer! Si *Pixola* no me reconoce el grado... le fusilaré.»

VIII

Llegó a tierra de Cardona el 1 de agosto. El calor era sofocante, y un sol canicular abrasaba y asfixiaba el país. Existe en aquel ducado uno de los más admirables prodigios de la Naturaleza en Europa, y es la montaña de sal, que tiene más de cien varas de altura y una legua de circunferencia; inmenso cristal duro y brillante, con el cual podrían abastecerse todas las cocinas del mundo durante siglos de siglos, si fuese suprimido el mar. Los mágicos reflejos irisados, los cambiantes de mil colores que producen los rayos del sol al herir las vertientes de aquel peñasco, que semeja colosal diamante caído de las arracadas del cielo, seducen y embelesan la vista. No se parece aquel monte a nada de cuanto en otras sierras se ve. Sus crestas relampaguean, sus costados fulguran, en sus caprichosas grutas compiten los reflejos de todas las piedras preciosas.

Al caer de la calurosa tarde, las tropas de *Tilín* descansaban junto a una aldea y a la sombra de espesos bosques. El jefe avanzó paseando por la carretera, en compañía de su segundo y del padre Maza, no el de los cincuenta palos, sino un beato mínimo de Cervera que se le había incorporado en calidad de capellán, asesor militar, intendente, con ciertos vislumbres y pujos de jefe de Estado Mayor por su gran pericia topográfica en aquel país. Iba *Tilín* meditabundo, con las manos a la espalda, ademán harto común en los grandes genios militares, y contemplaba el monte de sal, que con la fuerza de los rayos del sol parecía estar sudando, y brillaba de tal modo, que en ciertos parajes no era posible fijar la vista en él. De pronto vieron los paseantes que por el camino abajo venía un hombre a caballo. No se le pudo distinguir bien en el primer momento, porque los resplandores del vibrante sol en la montaña cristalina le envolvían en diabólica luz, semejante a telarañas de fuego; pero cuando estuvo cerca, advirtióse que era el caballero de buen porte y el corcel de magnífica estampa.

—He aquí un viajero que me parece sospechoso—dijo el padre Maza—. Trae una valija a la grupa, y yo juraría que es militar, aunque viste de paisano.

—Y yo—dijo *Tilín*—creo que en toda Cataluña no hay un caballo como éste.

Cuando estuvo a diez pasos, *Tilín* gritó:

—¡Alto! Deténgase el jinete.

Este se detuvo de mal talante.

—¿Adónde va usted?—preguntóle *Tilín* ásperamente.

—¿Y a usted qué le importa?... ¿Quién es usted?

—Soy el comandante Armengol, que manda un batallón de la división de Solsona—dijo el guerrillero, pareciendo muy complacido de tomar en su boca aquellos sonoros términos militares.

—¡Ah!... ¡ya!—exclamó el jinete con

sorna—. ¿Pero qué batallón y qué ejércitos son ésos?... ¿Me encuentro entre la gente del célebre *Tilín*, que estos días da tanto que hablar en el país?

—Ese soy yo—dijo el ex sacristán con orgullo.

El jinete saludó.

—Muy señor mío... Lo celebro mucho. Espero que no habrá inconveniente para seguir mi camino.

—Según y conforme. ¿Quién es usted?

—Soy hombre de paz. Realistas, liberales, jacobinos y apostólicos, son lo mismo para mí.

—¿De modo que usted no es nada?

—Nada.

—Grandísima f a l t a : es preciso ser apostólico.

—Soy comerciante.

—¿Cómo se llama usted?

—Es curioso el señor militar.

—¿De dónde viene usted?

—Cansado es el interrogatorio.

—Poco a poco—dijo *Tilín*, tomando la brida del fogoso animal—. Usted no pasa adelante sin probarnos que no es hombre sospechoso, una espía de Calomarde o del marqués de Campo-Sagrado. Será usted registrado: veremos si lleva papeles. En caso de que sea inocente, le dejaré marchar, quedándome con el caballo.

—No permitiré que me quiten mi caballo—afirmó el caballero con resolución y enojo—. Sabré defenderlo.

Pepet llamó a los guerrilleros que estaban más cerca.

—Este hombre es preso—les dijo—. Llevadle al ventorrillo donde está mi alojamiento. Vamos allá, padre Maza, que, o mucho me engañó, o este encuentro ha de dar algo de sí.

Viendo el jinete que la resistencia, a más de ser muy arriesgada, habría empeorado su ya malísima situación, se dejó llevar con el alma inflamada de ira, maldiciendo entre dientes la hora menguada en que su mala suerte le llevara por aquel infernal camino. En el breve trayecto hasta la vivienda del jefe, esforzóse en tomar cierto aire de dignidad y confianza, porque mostrarse débil y receloso entre semejante gente habría sido excitarla más y más a la barbarie. Si le tomaban por un personaje de posición elevada, de esos que con sus amistades y relaciones se sobreponen a todos los obstáculos, incluso a los de la Justicia, fácil sería que no le hicieran daño. Así, cuando se apeó junto al tinglado del ventorrillo, entre un círculo de soldados y guerrilleros que admiraban la soberbia estampa del caballo, entregó éste al mismo que le había conducido, y en tono señoril le dijo:

—Dale un pienso y agua. Cuídalo bien, si quieres una buena propina. Si en vez de la propina quieres tres palos míos y una reprimenda del señor *Tilín*, trátamelo mal.

Dando dos palmadas de cariño al generoso bruto, entró en el alojamiento, que consistía en dos fementidas piezas comunicadas entre sí, y ambas horriblemente sucias y desmanteladas, sin más muebles que las cojas mesas y los bancos de figón manchados de polvo y vino. El caballero hizo que entraran su valija, y después se paseó por la estancia sin dignarse mirar a los guerrilleros que allí había, dormitando unos y bebiendo o jugando los otros.

Era el preso un hombre como de treinta y cuatro años, de gallarda figura y hermoso semblante. Sus modales y su vestir revelaban esa hidalguía que antes se consideraba principalmente vinculada en la alcurnia, pero que ha tiempo ha pasado al patrimonio de todas las clases, aunque siempre viene desde la cuna. Su mirar tenía severidad y altivez en la precisa dosis que cabe dentro de la cortesía. Era bastante moreno, con hermoso pelo y bigotes negros; calzaba botas polacas, y el corte de su traje indicaba la mano de sastre extranjero. Su sombrero, que llevaba con gracia, no tenía entonces precedente en las modas españolas, pues era uno de esos blancos platos de lana que después se usaron mucho llevando el nombre de boinas. Este no era aún un nombre fatídico.

No hacía diez minutos que el caballero estaba allí, cuando entró Armengol, acompañado de su segundo y del padre Maza. Antes que le dirigiera la palabra, el preso dijo:

—Conviene que estemos un rato solos, señor brigadier.

Y él mismo señaló con un gesto la puerta a los guerrilleros. El padre Maza, juzgando que la orden de despejo no rezaba con él, acomodaba su crasa humanidad en un banco, cuando el caballero le dijo sonriendo:

—Si hoy necesito confesión religiosa,

llamaré al padre mínimo. Por ahora, únicamente tengo que hablar con el señor brigadier.

Quedáronse solos, y *Tilín* le dijo:

—Ha de saber usted que yo no soy brigadier.

—¿No? Yo creí que sí... Como en Cardona oí hablar tanto de usted, y se decía que había sometido toda la provincia de Lérida, juzgué que un caudillo de tanto valor no podía menos de tener un alto grado.

—Soy comandante—afirmó secamente *Tilín*.

—Me habían dicho que era usted muy joven—dijo el caballero, observándole con curiosidad y admiración—; pero nunca creí que fuera tanta su mocedad. Usted llegará a los primeros puestos, aunque es preciso contar con la envidia, que intentará estorbar su carrera. Los jefes procurarán oscurecer sus triunfos, le rebajarán, le calumniarán tal vez... Hoy mismo, cuando son tan evidentes los servicios de *Tilín*, he oído censurarle por excesivamente atrevido, y hasta me han dicho que *Pixola* piensa quitarle el mando de esta fuerza... Amigo mío, no contaba usted con la envidia, que en nuestro país, por desgracia, ennegrece todas las cosas...

—¡Destituirme!... ¡Quitarme el mando!—exclamó *Tilín* con ira—. Falta que yo lo permita. ¿Dicen eso en Cardona?

—Lo oí decir a dos frailes de San Francisco que ayer mismo comieron con *Pixola* en Clariana.

—¿Está *Pixola* en Clariana?

—Sí, señor... Ahora empieza usted su vida militar. Por lo mismo que la ha empezado gloriosamente, verá que todos esos figurones ineptos, todos esos holgazanes llenos de vanidad, tratarán de obscurecer su mérito y de apropiarse su fama.

—Mi mérito y mi fama—dijo *Tilín* gravemente—, si es que los tengo o los puedo tener, saldrán por encima de todo.

—Así lo creo... Pero vamos a nuestro asunto. Es preciso que usted me deje partir inmediatamente.

—A eso vamos—replicó Pepet—. ¿Y quién es usted? Juraría que no es comerciante.

—Está usted en lo cierto—dijo el caballero, sonriendo con franqueza—. Pero la compañía de usted al interrogarme no me permitía decir la verdad. Había allí un fraile, y los frailes son indiscretos y parlanchines. Ahora que estamos solos, diré mi nombre y la razón de mi viaje. Me llamo don Jaime Servet y vengo de Barcelona.

—Y ¿adónde va usted?

—A Cervera.

—Y ¿qué objeto lleva usted? Eso es lo principal, eso—afirmó el guerrillero con buenos modos—. Si usted va como amigo de nuestra causa y me lo prueba mostrándome sus despachos, le dejaré seguir. Si va como particular, a negocios propios, y me lo prueba, le dejaré seguir también, quedándome con el caballo. Si usted es espía, comisionado de Calomarde o del marqués de Campo-Sagrado, le fusilaré. Vamos, no hay más que hablar. Ahora responda el señor don Jaime Servet.

Sin vacilar, Servet respondió:

—Voy a Cervera a llevar órdenes de la Junta de Barcelona.

—Muéstreme usted los pliegos—dijo *Tilín*, sin mirar a su interlocutor.

—Mi comisión es de índole tan reservada, que nada llevo escrito. Las órdenes que llevo las daré verbalmente.

Sonrisa de duda y mofa contrajo los enormes labios de *Tilín*.

—En ese caso, la Junta daría a usted salvoconducto para que libremente atravesara el país sublevado.

—No tengo salvoconducto ni cosa que lo valga—repuso el caballero sin perder su serenidad—. Lo tenía; pero por un descuido que pago muy caro, dejé ese papel en manos de *Jep dels Estanys* cuando me presenté a él en Vich.

—¡Qué casualidad!... Bueno; pues dígame usted esas órdenes verbales que va a llevar a Cervera.

—Si usted se llamara fray Agustín Barrí, guardián de Capuchinos de Cervera, lo haría de buen grado. Mi deber es morir cien veces antes que revelar una palabra sola.

—¿Tan reservadas son esas órdenes?

—Lo son tanto y de tal gravedad para Cataluña, para España, para el mundo todo, que sólo el pensarlo espanta.

Guardó silencio *Tilín* durante un minuto, acariciándose la barba, y después miró a su prisionero, y con calma flemática le dijo:

—Usted es un impostor, usted es espía de Calomarde. Voy a mandar que le fusilen inmediatamente.

El caballero tembló; mas dominando la ira que hervía en su alma, se expresó de este modo:

—Sea, pues. Solo, indefenso, no puedo protestar de ese horrible crimen sino ante Dios. Pero no sólo la justicia divina, sino la humana, ha de vengarme algún día, y usted, que, ensoberbecido con sus triunfos, encubre con la bandera de la Fe el asesinato de un servidor de su propia causa, dará cuenta pronto, muy pronto, de mi muerte, y en toda su vida, por larga que sea, no aplacará sus remordimientos.

La entereza y el tono de solemnidad con que el forastero se había expresado, confundieron momentáneamente al voluntario realista. Clavando su mirada profunda y sagaz en el rostro del prisionero, dijo así:

—¡Uñas y rabo de Satanás! Si no es usted traidor, que me fusilen a mí. Jamás me equivoco... Pero observo que ha traído usted consigo una maleta. Déme usted la llave.

El extranjero sacó una llave, y arrojándola en el suelo a los pies de Armengol, volvió la espalda, y después de llevarse la mano a la frente, se puso a pasear. *Tilín* abrió la valija, y al registrar, sus manos parecían las viles manos de un aduanero.

—Ropa—dijo, sacando varias piezas—, dinero... ¿Qué es esto?

Mostraba un pliego. El llamado Servet tembló al ver aquel pliego en manos del voluntario realista. Sin poder dominar su coraje, exclamó:

—Un papel, asesino. Léalo el que pueda.

Tilín fijaba sus ojos con atención en tres letras misteriosas trazadas sobre la cubierta del pliego.

—Esto parece masónico—dijo sonriendo diabólicamente—. ¿Qué significan estas letras F. P. D., ¡Uñas y rabo...! Por mi vida, que recuerdo haber oído hablar de estas tres letras a mosén Crispín de Tortellá.

—Esas tres letras—dijo Servet, acariciando una idea feliz—quieren decir *Ferdinandum pedibus destrue.*

—¡Ah!..., yo había oído aquello de *Lilia pedibus*... «Pisotea las flores de lis.»

—Aquí no se pisotea más que a Fernando. Aquél era un lema jacobino, éste es un lema...

—Un lema...—dijo *Tilín* con ansiedad—. Pero leeremos lo que dice este papel.

—Un lema apostólico—afirmó prontamente el llamado don Jaime.

Abrió el papel para leerlo; pero al punto exclamó con desconsuelo:

—Sí está en latín.

En el semblante del prisionero brilló un rayo de esperanza. Inmutóse como la cara del reo que vislumbra su salvación.

—Llamaré al padre Maza para que me lo traduzca—dijo Pepet.

El semblante de Servet se nubló por segunda vez. Por dicha suya, antes de apartarse de la maleta, *Tilín* vió otro pliego. Tomándolo leyó el sobrescrito, que decía: *A la señora Madre Abadesa de San Salomó, en Solsona.*

Tilín, estupefacto, no apartaba sus ojos de aquellas letras.

—Lea usted—dijo el caballero, animándose considerablemente—, si es que en las costumbres de los guerrilleros entra también el sorprender secretos de las damas.

—Esta carta es...

—De doña Josefina Comerford—replicó con imperturbable audacia y gravedad el caballero

Tilín, que ya había empezado a despegar la oblea con su grosero dedo, se detuvo. El caballero, firme en su difícil papel de osadía y descaro, que era el único conveniente en tales circunstancias, prosiguió así:

—Concluyamos. Me repugna esta escena de Inquisición. Si he de ser arcabuceado, que lo sea de una vez. Necesito un confesor, como católico cristiano. Caiga mi sangre sobre la cabeza de mi asesino. Una sola disposición me cumple hacer.

—¿Cuál?

—Que lleve usted esos paquetes de oro y esa carta a donde dice el sobre.

—¿A las monjas?

—Sí. El resto de mi comisión no puedo revelarlo. El secreto se va conmigo, y con usted la responsablilidad de este crimen.

Tilín puso la carta en la valija, y acompañando sus palabras de un gesto desenfadado y como generoso, exclamó:

—Caballero, es usted libre. Puede usted seguir su camino.

Mientras el caballero daba interiormente gracias a Dios por el buen término de aquella peligrosa aventura, el te-

rrible soldado colocaba el dinero y las ropas en su sitio.

—Un favor espero de usted, caballero dijo al concluir.

—Estoy a sus órdenes.

—Que lleve usted una carta mía a San Salomó. Es para sor Teodora de Aransis.

Tilín sacó del pecho una carta que había escrito aquel día, y después de mirarla con cierta expresión afectuosa, la entregó al mensajero.

IX

Recobrados el caballo y las armas, puesta en orden la valija y apurado un vaso de vino, con que le obsequiara el jefe de la partida, púsose el caballero de nuevo en marcha sin querer detenerse, a pesar de los ruegos de *Tilín* y del padre Maza, que le incitaban a descansar, aguardando la frescura de medianoche para seguir su viaje. El les dijo muy cortésmente que de buen grado pasaría unas horas en tan grata compañía; pero que la premura y gravedad de las órdenes que llevaba no le permitían reposo alguno. La verdadera causa de su precipitación era un deseo vehementísimo de ponerse a gran distancia de semejantes pájaros, y no dar tiempo a que el bravo *Tilín* se arrepintiese de su generosidad. Metió espuelas para alejarse todo lo posisible, temeroso de que fueran en su seguimiento, y cuando se creyó seguro dejóse ir con lentitud para meditar sobre el grave suceso pasado y dar gracias a Dios. La noche era oscura y el camino solitario; pero el alma del caballero estaba alegre.

—Otra vez mi buena estrella—decía—, o, mejor, la Divina Providencia, me ha sacado sano y salvo de un grave peligro. ¡Bendito sea Dios, que me ha salvado una vez más, y sírvame este suceso de aviso y lección para no meterme en aventuras tan arriesgadas como poco provechosas! Maldita fué la hora en que discurrí pasar de Barcelona a Zaragoza, y según voy viendo, más corto será el camino de la Meca. Salgo, y las partidas me impiden llegar a Manresa; tomo el camino de Berga, y las partidas me echan sobre Cardona; ahora creo que voy en dirección de Solsona; pero no me asombrará verme a las puertas de Pekín si sigo tropezando con bandidos y sacristanes. Me he metido en un país encantador que está saboreando las delicias de la guerra civil más bestial, más soez y repugnante que imaginarse puede... ¡Ah!, señores míos; señores míos (al decir esto parecía dirigirse a alguien que podía escucharle), no conocen ustedes la tierra que desean reformar. Esto no tiene enmienda por ahora, ni hay alquimia que de esta basura haga oro puro. Lo que he pensado y sostenido varias veces, lo veo y lo palpo ahora... Un puñado de hombres refugiados en Inglaterra se empeñan en librar a su país del despotismo, y mientras ellos sueñan allá, ese mismo país se subleva, se pone en armas con fiereza y entusiasmo, no porque le mortifique el despotismo, sino porque el despotismo existente le parece poco y quiere aún más esclavitud, más cadenas, más miseria, más golpes, más abyección.

Había soltado las riendas, como Don Quijote cuando le hervían en la cabeza los pensamientos, y mecido por el lento paso del animal, que también parecía cavilar sesudamente en la vanidad de las glorias caballares, dejábase llevar por sus recuerdos y sus reflexiones a distintas esferas.

—Y ¿a qué voy yo a Zaragoza?—prosiguió—. ¿A qué? Mis pasos por este país son tan insensatos como los del caballero andante más loco, más ridículo y más extraviado que hizo disparates en el mundo. ¿Adónde voy yo?... La principal misión que me encargaron, ¿no la he desempeñado ya? ¿No me dijeron: «Explora y examina el país, tómale el pulso y observa si está dispuesto a apoyar una sublevación liberal»? Pues bien, yo he venido, yo he examinado, yo he tomado el pulso y he visto, ¡mala peste nos dé Dios!, la horrible fiebre del absolutismo más abrasadora que nunca... ¡Señores *mineros* (1), vengan todos acá y verán qué divina patria tenemos! ¡Da gozo viajar por estas amenas provincias, pobladas de frailes y guerrilleros hambrientos de esclavitud como la hiena de carne muerta!... ¿Qué tengo yo que hacer aquí? Nada: ya he visto demasiado. La lección es buena y suficiente; el peligro que mi

(1) Este nombre se daba en Londres, y en el círculo de emigrados, a los partidarios de Mina.

pellejo corre, extraordinario. Vámonos a la frontera. Patria querida, me repugnas.

Arreando a su caballo, miró al horizonte hacia el Norte. Expresión de desdén y amargura nubló su rostro cuando, apartando su corcel del camino real, se metió por una senda que a mano derecha partía en dirección al monte. Pasó junto a las tapias del cementerio de una aldea; pasó junto a la misma aldea, que era un montón de ruinas gloriosas del tiempo de la guerra con los franceses, y al poco trecho se detuvo. Sus pensamientos habían dado una brusca vuelta, como la veleta atormentada por el viento.

—No—dijo, hundiendo en el pecho la barba después de mirar al cielo—. Es preciso ir a Zaragoza. ¿Qué me detiene? ¿El peligro? ¿Tendré yo menos valor que el pobre Valdés, héroe y mártir en Tarifa; que los hermanos Bazán, sacrificados en Alicante? ¿Y por qué he de ser tan desgraciado como ellos? Sí, aventurero: déjate de subterfugios y ve a Zaragoza... No hay que fiar demasiado en las apariencias. Ni todo el país está tan fanatizado como Cataluña, ni toda Cataluña está compuesta de frailes, ni todos los frailes son guerrilleros. En Barcelona hay liberalismo y cultura suficientes para compensar este salvajismo de la sublevación apostólica. No hay que desconfiar todavía. Las poblaciones podrán arrancar a las aldeas su barbarie, si hay empeño en ello. No: no será tanta la abyección de este pedazo de tierra europea que disponga de su suerte media docena de monjas y otros tantos canónigos. Los tenebrosos intrigantes del *Angel Exterminador* no prevalecerán, aunque lo mande el Papa, ni aunque se devanen los sesos todas las eminencias de cal y canto que farolean en el cuarto del infante don Carlos.

Espoleando a su caballo, volvió al camino real.

—¿No es lastimoso que me vuelva sin desempeñar la mitad de mi comisión? Si salí en bien de la primera mitad, ¿por qué no he de salir en bien de la segunda? Dios me ha favorecido siempre, a pesar de ser yo tan gran pecador, aunque no empedernido. Adelante, adelante, y salga el sol por... Zaragoza. Si ahora vuelves al extranjero y te preguntan: «¿Qué has hecho?», ¿podrás responder algo? Algo sí, pero no lo bastante.

»Los barceloneses responden de reunir dos mil paisanos armados, y aseguran que los voluntarios realistas de aquella ciudad son poco temibles. Es verdad: Cataluña, sublevada por el absolutismo delirante, no es el mejor terreno para una tentativa; pero lo que es imposible en Cataluña, ¿no será hacedero en Aragón, donde el clero tiene mucho menos poder? Además, este infame levantamiento clerical, que aquí es un obstáculo enorme, ¿no puede ser un auxiliar en otra parte? Calomarde acudirá con todas sus fuerzas a Cataluña, y el corazón de España quedará desamparado por el absolutismo. ¡Ah!, cómo paga el infame absolutismo su culpa. Este asqueroso tumor que le ha salido dará con su podrida existencia en tierra... Aventurero, marcha.»

Después de distraerse pensando en otras cosas que no interesan al lector, volvió a dar en su misma idea, y dijo:

—Veamos: ¿Qué has hecho tú?, ¿qué has hecho para justificar tu vuelta al extranjero? ¿Has dado a conocer la noble idea que hoy agita a lo más selecto de los emigrados? Apenas la manifesté en Barcelona, todos la creyeron irrealizable. Es una ilusión, un disparate, un cuento de viejas. ¡Pero, ¡ay!, hemos visto tantos disparates convertidos en realidad de la noche a la mañana! ¿Quién pudo creer que España resistiera a Napoleón? Nadie, sin embargo... Hoy todo liberal español a quien se dice que nuestra salvación estriba en cambiar de dinastía, poniendo en el trono a don Pedro de Braganza, se ríe y duda. ¿No aspiran los apostólicos a cambiar de rey? Poco a poco la idea de un cambio de familia dejará de causar espanto.. ¡Ah!... ¡Don Pedro, don Pedro!... Verdaderamente es un disparate, pero un disparate seductor que se presta a ser propagado. Adelante, pues. No me voy a Francia sin arrojar esta idea en el surco. Anda, aventurero, anda. Todavía tienes afecciones en este país. Tu patria te llama con voces distintas: te llama con la voz cariñosa de una mujer; te llama con la voz grave del interés. Aventurero, eres pobre, pero vas a ser rico: has heredado. Un tío que ha vuelto de América te ha dejado algunos miles, que es preciso recoger. Sí; no se vive sólo de ideas: se vive también de pan. Ya que sigues adelante, aventurero, sé prudente, toma precauciones. Llevas papeles que

le comprometen. ¡Fuera toda esa carga inútil, por si viene el naufragio!

Diciendo esto, se apartó del camino, ató su corcel al tronco de un árbol, y poniendo su valija en el suelo, apresuróse a hacer el prolijo escrutinio de lo que en ella había.

—Este papelote en latín de nada me sirve ya—dijo rasgándolo—. Con la autorización escrita y cifrada que me dió la Junta de Barcelona para la de Zaragoza, me bastará. Explicaré verbalmente las ideas que traigo de Londres. La carta de Torrijos podría servirme, pero la sacrifico también. La de Chapalangarra es inútil, porque tengo amigos en Navarra. Esta otra de Palarea está tan bien imaginada y encubre tan bien el objeto con el artificio de la recomendacion para comprar harinas, que la conservaré. Romperé la de don Alejandro O'Donnell, que no encubre bien la comisión, porque esto de que vaya a vender reliquias un comerciante de harinas, no engañará más que a los tontos. Esta lista de personas dada por Mendizábal, tampoco conduce a nada nuevo: en tierra con ella. ¡Ah!, aquí sale mi salvación: la esquela para las monjitas de San Salomó..., muy señoras mías... Si aquella buena mujer que me alojó en Cardona no me hubiera dado este papel, que creo es una especie de memorial pidiendo chocolate, a estas horas quizá estaría yo delante del Padre Eterno, no pidiendo chocolate, sino dándole cuentas de mis culpas. También guardaré la carta de *Tilín* para la monja. ¡Benditos sean los amigos que me enteraron de las intrigas de doña Josefina Comerford y de las madrecitas de San Salomó! Sin estos preciosos datos, ¡pobre de mí!... Todo está bien: vuelva la valija a la grupa, el hombre al caballo, el caballo al camino y Dios por delante.

Ningún encuentro digno de ser mencionado tuvo aquella noche. Al divisar los muros de Solsona, encomendóse a Dios para que no le deparase ninguna desventura en la histórica ciudad episcopal; pero sin duda el Autor de todas las cosas, o le creyó indigno de misericordia por la magnitud de sus pecados, o quiso someterle a sufrimientos muy amargos para probar el temple de su espíritu, porque no bien pisó el caballo blanco los guijarros que pavimentaban las calles de Solsona, cuando cayeron sobre el caballero tantas desventuras que tuvo por dichoso el encuentro con *Tilín* y las demás trapisondas y padecimientos de su trabajada existencia. Dejémosle ahora lamentando su triste suerte en las mazmorras del Ayuntamiento de Solsona, y antes de ocuparnos de los reveses de este aventurero desconocido, veamos lo que aconteció al bravo *Tilín* y el giro que tomaron sus asombrosas y nunca vistas proezas.

X

Había corrido próximamente un mes desde la gloriosa salida del voluntario realista a civilizar los pueblos de la sierra, cuando recibió orden de *Pixola* mandándole que al punto se trasladase a Solsona. Maravilló a *Tilín* esta premura y la sequedad del despacho; pero mucho mayor fué su sorpresa cuando al entrar en Solsona con su ya numerosa partida, vió que *Pixola*, en vez de recibirle con los brazos abiertos y encomiar el éxito de la expedición, recibíale ásperamente, sin mostrar ni un ápice de entusiasmo por tan descomunales servicios, ni menos alabar su heroico valor. Aquel primer arañazo dado por la horrible arpía, enemiga de las humanas grandezas, hizo manar sangre del ardiente corazón de Pepet Armengol.

Gran condescendencia fué que el carnicero reconociese y otorgase al héroe los grados que éste mismo se había dado por un procedimiento novísimo en los fastos de las improvisaciones personales; mas con esto, el díscolo guerrillero demostraba que no sólo aborrecía a Pepet, sino también que le tenía un tantico de miedo. Ni la muchedumbre de mozos útiles, ni las armas, ni el dinero, bastaron a modificar la opinión de *Pixola* sobre los merecimientos de su subalterno, la cual, como se asentaba en la ruin envidia, más desfavorable era cuanto mayores motivos había para que no lo fuese. Pero el punto en que más insistió, por ser aquel en que se encontraba más fuerte, fué el de la protección que *Tilín* había dado a un pícaro sectario y jacobino que andaba por el país malquistando a los realistas unos con otros, y metiendo cizaña, haciéndoles desconfiar de sus jefes y dándoles dinero para que atropellasen e hicieran atrocidades.

Perplejo se quedó el sacristán al oírlo; pero contestó que él no había protegido a ningún perro sectario, y que si dió libre paso a un desconocido fué por creerle enviado de la Junta de Barcelona.

—Ya veo que tienes buenas tragaderas—le dijo *Pixola*, gozoso de humillarle delante de las notables personas, canónigos, frailes, honrados contrabandistas y trabucaires que presentes a la sazón estaban—. Valiente papamoscas tenemos aquí... No basta un poco de valor, señor *Tilín*, para mandar tropa en una guerra como ésta: es preciso tener mucha astucia y cierto pesquis y ciencia del mundo, que no se aprenden en la sacristía de las reverendísimas. Ya me figuraba yo qe el jacobino te engañaría, como engañamos a un pobre pez cuando le arrojamos el anzuelo. ¿Ves cómo no me engañó a mí? Desde que le eché el ojo, dije: «Ese hombre no me gusta; que le pongan a la sombra.» ¡Oh!, ya conozco yo a mi gente masónica. Sus farsas no me convencieron, ni la carta que traía para las monjas pidiendo chocolate, ni la que tú le diste, poniendo tus acciones en las mismas nubes, y pintándolas como iguales a las de Hernán Cortés en la Nueva España.

Las risas y chacota que acogieron estas observaciones hicieron temblar el corazón soberbio y fogoso de *Tilín*, y las llamaradas de su enojo, de su despecho, de su ofendido orgullo, salieron a su bronceado rostro.

—¿Quieres saber las consecuencias de tu falta?—añadió el cruel *Pixola*—. Pues ya dicen por ahí que los jacobinos te han ganado... Podrá no ser verdad, yo creo que es mentira; pero ello es que maldita la confianza que puedo tener en ti.

Tilín se puso rojo, después amarillo y tembloroso. Dando una patada que hizo estremecer la casa, exclamó con salvaje furia:

—¡Por el rabo del Malo! El que sostenga que yo me he vendido a los jacobinos, venga delante de mí, dígamelo en mi cara y le sacaré las entrañas.

—¡Oh!, fuertecillo estás—dijo el carnicero, riendo de su triunfo y de la cólera de *Tilín*—. No se prueba la honradez sacando entrañas: se prueba con la conducta... En fin, gracias que has dado con un hombre como yo, decidido a protegerte. Mira si seré bueno, que no pienso quitarte el mando.

Tilín, mirando fijamente a su jefe, dijo para sí, sin despegar los amoratados labios:

—Y si me lo quitaras, perro ladrón, yo lo volvería a tomar.

Los respetables varones que presentes estaban llevaron la conversación a otro terreno, y durante una hora larga se habló del proyecto de tomar a Manresa para fundar en aquella excelente plaza el Gobierno central de la idea apostólica.

—*Jep* ha salido ya de Berga—dijo *Pixola*—. *Caragol* debe haber salido también de Vich, y yo me pongo en marcha mañana. Nos juntaremos, y allá para la semana que viene, a más tardar, Manresa será nuestra.

No se ocuparon más aquel día el guerrillero y su pequeña corte de la importante persona de *Tilín*; pero al siguiente recibió el héroe la estocada mortal de la envidia con la orden de permanecer en Solsona, mientras las demás tropas y somatenes iban sobre Manresa. Esta eliminación en la jornada de más peligro y lucimiento puso al sacristán en el último grado de la rabia. Era evidente ya que se deseaba oscurecerle y postergarle; pero él guardó su rabia en el pecho, aparentando resignación y conformidad con su suerte. El veneno y las llamas que devoraban su alma fueron celosamente guardados como el puñal de que se piensa hacer uso en momento oportuno. Se le vió silencioso, mas no irritado, en el momento de salir la gente de *Pixola* y la suya para tan notable empresa, y dijo adiós a sus compañeros sin mostrarse envidioso. Para colmo de humillación, no quedaba al frente de la guarnición de la ciudad, sino como subalterno; un tal Mañas era nombrado jefe de la plaza, el cual era un viejo borracho que pasaba la mitad del tiempo durmiendo y la otra mitad jugando a las cartas.

Los partidarios que quedaban en Solsona no tenían más consigna que vigilar a los presos sepultados en las mazmorras del Ayuntamiento, entre los cuales hallábanse Guimaraens y el aventurero don Jaime Servet, y defender la ciudad en caso de un ataque, muy poco probable, por cierto, de las tropas del rey. *Tilín*, viéndose condenado a forzosa holganza, vagaba sin compañía por la solitaria muralla de la ciudad o bien por las tristes riberas del río Negro, testigo de los juegos de su infancia, terminan-

do siempre su paseo en la puerta del Travesat junto a San Salomó.

Por las mañanas visitaba la sacristía, ayudaba algunas misas, y si se lo permitían, pasaba a ver a las madres y a departir con ellas acerca de los negocios de la causa apostólica, que iban mal, según unas, y a pedir de boca, según otras. Aquella preferencia que desde su edad más tierna había mostrado Pepet por la bella y afable sor Teodora de Aransis, mostrábase ahora con más claridad, bien porque la desgracia avivase los afectos de su corazón, o bien porque la situación desventajosa en que se encontraba, relativamente a su antigua jerarquía sacristanesca, le autorizase a dejar traslucir lo que antes ocultaba. La corta, pero accidentada vida militar, había gastado dos principalísimas protuberancias, digámoslo así, del carácter de *Tilín:* la timidez y el respeto a ciertas cosas y personas, bien así como la piedra puntiaguda y angulosa se pule y redondea al ser arrastrada por los torrentes.

Todos los días pasaba largas horas en el monasterió sin quitarse el uniforme, y aunque la madre abadesa no gustaba de ver allí los arreos marciales, inclinóse al fin a tolerarlos por lo singular de las circunstancias. Rogóle dicha señora que ayudase al sacristán su sustituto en los servicios de limpieza dentro de la sacristía; pero *Tilín* se negó a degradar su uniforme en faena tan impropia de un militar de grandes alimentos. Fuéle dicho entonces que se quitase la casaca, espada y chacó, con cuya advertencia recibió nuestro héroe tanta pena como si le hubieran dado cien bofetadas; pero como habría sido más grande aún su dolor si le privaran de entrar en el convento durante aquellos días de tristeza, desgracia y descanso, consintió al cabo en degradarse. No creyendo decente estar en mangas de camisa, se puso su antigua sotana, con la cual se vió realizada una metamorfosis de que no creemos pueda haber ejemplo en otro país del mundo. Así cambiaba de apariencia aquel extraordinario mozo, pasando de guerrero a sacristán lo mismo que había pasado de la oscuridad de la sacristía al esplendor y estruendo de los campos de batalla.

Casualmente había a la sazón en San Salomó una obra que exigía buenas manos, y el sustituto de *Tilín*, si las tenía excelentes para robar cera, carecía de fuerzas para trabajos mayores. Estaban arreglando un flamante y lindo altar para la Virgen de Septiembre, y era necesario el concurso de un hombre de buenos puños. *Tilín* despachó esta obra de romanos en dos días, y después quiso arreglar la huerta, que se hallaba en malísimo estado por enfermedad del hortelano. Asistiendo, como auxiliares o meras espectadoras, a estas santas tareas algunas monjas, se regocijaban oyendo a *Tilín* la relación de sus proezas, siendo de observar que el héroe de ellas, antes de aminorarlas con la modestia, las acrecía con el frecuente uso de la hipérbole, presentándolas con tal grandor que las buenas señoras se quedaban embobadas ante tanta maravilla, creyendo ver resucitado el tiempo de la caballería andante. Como eran caritativas y bondadosas, *Tilín* hacía caso omiso de los fusilamientos que había ordenado, y todo eran batallas y más batallas en las cuales había salido victorioso.

La que ponía más atención a estos homéricos relatos era sor Teodora de Aransis, que seguía con interés febril el giro de los sucesos apostólicos, teniendo siempre en tortura su imaginación y sobreexcitados sus nervios.

Lejos de extinguirse en el rudo corazón de *Tilín*, madriguera de impetuosas pasiones, el profundo afecto hacia ella, aquel sentimiento había ido tomando cuerpo con los años, variando de naturaleza conforme al giro del tiempo y a las mudanzas del carácter. Era para él la de Aransis objeto de un respeto que rayaba en supersticioso culto, y de tal modo se apoderaron de su ánimo la memoria y la imagen de la esposa de Cristo, que ni un instante se apartaron ambas de su cerebro durante la campaña. Sin embargo, mientras fué soldado, la pureza de sus pensamientos era tal, y tan grande la fuerza del respeto, que sus afectos parecían más bien un apasionado fervor místico que afición ordinaria entre dos seres humanos.

XI

Pero después que volvió de la campaña y se puso de nuevo, aunque no por razón de oficio, la malhadada sotana de

su niñez, *Tilín* no era el mismo, al menos en la forma. Ya hemos dicho que había perdido su timidez; con ella perdió la delicadeza y aquellas formas de respetuoso culto con que antaño solía expresar sus pasiones o velarlas, dándoles apariencia dulce y simpática, y ahora despuntaba en él una brutalidad desapacible, una expresión ruda y desentonada, cual si desapareciese todo lo que dan la educación, el trato, el tiempo, los lugares, y no quedase más que la obra pura y tosca de la Naturaleza.

Debemos considerar que aquel hombre de pasiones ardientes, criado dentro de un convento de monjas, amoldado en el hueco de una sacristía tan violentamente como podría amoldarse una espada dentro de un cáliz, había roto su clausura, había ido a los campos de batalla, frecuentado el trato de soldados, hombres de mundo y bandidos; que había vivido en la independencia del guerrillero y del salvaje, consumando diariamente actos de valor, ensoberbeciéndose con un éxito constante, y aprendiendo a practicar la vida de las pasiones libres y sin artificio. Porque el guerrillero es atrevido, brutal, cruel; pero veraz en sus sentimientos, lleva su corazón desnudo como su espada, no engaña a nadie más que al enemigo, porque así lo reclama su oficio, y es un tipo del adalid de las primitivas sociedades luchando por un pedazo de suelo. Considerando esto, se comprenderá que *Tilín* guerrero no podía ser el mismo *Tilín* de marras.

En efecto, sor Teodora notó que no la miraba como antes; que no le hablaba en el mismo tono de antes; que sus pensamientos eran más audaces; que se expresaba con más desenfado. Había en todo él cierta claridad deslumbradora y relampagueante, que hacía daño a la vista; un no sé qué de franqueza y desembozo que causaba miedo. Pero sor Teodora, fanatizada por la guerra, a que atendía con tanto interés, no alcanzaba a penetrar la razón de esta soltura de *Tilín*. Si alguna vez paró mientes en ello, considerólo como la desenvoltura propia de un soldado de Cristo, y pensó que, aun perteneciendo a las milicias evangélicas, han de ser los guerreros muy distintos de los monaguillos.

Tilín trabajaba un día en la huerta. Sor Teodora se acercó y le dijo:

—No se sabe nada de Manresa, *Tilín*. ¿Que piensas de esto?

—Yo no pienso nada, señora—dijo el voluntario realista, haciendo un movimiento homicida con el cuchillo de jardinero que en la mano tenía—. ¿Acaso puedo yo dar razón de la guerra? ¿No han creído que todo puede hacerse sin mí?

—Ha sido una injusticia. Ya te dije que la madre abadesa piensa escribirle dos letras sobre esto a *Jep dels Estanys*, y yo le he escrito ya sobre el particular a doña Josefina Comerford.

—Poco me importan a mí *Jep* y doña Josefina—replicó *Tilín*, poniéndose ceñudo—, pues estoy decidido a hacerme justicia—. ¿Piensa la señora que voy a volver a la sacristía de San Salomó?

—No, eso no; no faltaría más. Tu vocación y tu ardor guerrero te llevan a ser general, y lo serás, sí: ya la historia se ocupará del general *Tilín*.

—General o no, yo me vengaré—dijo Pepet con fuerza.

—La venganza es cosa mala, *Tilín*, muy mala.

Esto decía con unción la monja que tanto se entusiasmaba con batallas y guerras.

—Será cierto; pero yo necesito vengarme. El hombre bueno se volverá malo tal vez; pero ¿quién tiene la culpa?

—No hables de maldades. Es preciso que tú seas siempre bueno. Algunos guerreros han sido santos.

—Yo no seré santo, señora; yo no seré santo, no quiero ser santo—afirmó *Tilín* con ruda franqueza—. Aunque quisiera serlo no podría.

—¿Por qué?—preguntó la monja, disponiéndose a dar a su protegido una lección de teología.

—Porque cada uno nace para lo que nace. ¡Santo yo!—dijo Pepet, dando un gran suspiro y sentándose con muestras de cansancio—. Mi corazón arde como una hoguera que no se puede de ningún modo apagar. Quise ser soldado, y apenas empecé a serlo me ataron las manos. Es fuerza que este volcán estalle por alguna parte, y no hay duda que estallará.

Luego acercóse a sor Teodora, y con acento terrible le dijo, sin alzar los ojos:

—Señora, yo no lo puedo remediar; yo haré barbaridades, haré estragos, y quizá mi memoria sea maldita.

—¿Por qué? ¡Pepet, estoy aterrada!...

Explícame eso—dijo la religiosa, poniéndose pálida y juntando las manos.

—¿Por qué?... Porque ambiciono mucho, y todo lo que ambiciono es imposible. Me faltan alas, me sobra espacio.

—Pues no ambiciones tanto.

—No puedo, no puedo.

Su acento era el de la desesperación.

—¡Qué locura!

—¡Todo es imposible! ¿Cree la señora que me satisface esa guerra mezquina, guerra de estúpidos y de salteadores?... No; yo no quiero mandar somatenes, sino ejércitos. Yo adoro el estruendo, las grandes marchas, la fatiga, el polvo de los campos, el calor horrible, las hambres, la gloria de las grandes jornadas, los inmensos peligros, la embriaguez de la matanza, las astucias, las sorpresas, las banderas alzadas sobre los montones de muertos...

—¡Qué horror!—exclamó la monja, llevándose las manos al rostro.

—Yo adoro todo eso... ¿Qué puedo esperar de esta guerra que no tiene más objeto que el robo, ni más móvil que la envidia? Bien lo decía yo: mi época ha pasado. ¡Ay de mí! Me atrasé en el nacer; todo lo posible es ridículo, y todo lo grande, señora, es tan imposible para mí como poner en el cielo mis manos de barro miserable.

Diciendo esto, se llevó el puño a la cabeza y se hubiera arrancado un mechón de cabellos, si su cabello cortado a lo militar tuviera mechones.

—Después de esta guerra vendrá otra más grande—dijo la religiosa, tomando el tono sibilino que tan grande impulso había dado a la vocación de *Tilín*—. Vendrán cosas estupendas, y pasarás de esta esfera mezquina de los somatenes a la esfera de las grandes acciones de guerra.

—No, no, no—gritó *Tilín*, y cada *no* parecía en su boca como un golpe de maza: tal era la energía con que los pronunciaba.

—Vendrá...

—No vendrá nada... Delante de este sacristán destituido no hay más que imposibles. No es sólo el de la guerra.

—¿Cuál otro?

—Otro.

Tilín volvió su rostro y sor Teodora se echó a reír.

—Me causan risa tus ardores, *Tilín*—le dijo—. Apostamos a que al fin y al cabo, después de tanto delirio, acabas por renunciar a las glorias del mundo y te consagras a servir a Dios en la sacristía de las pobrecitas monjas cascabeleras.

—Eso no, eso no, eso no—exclamó Armengol, soltando sus palabras como gemidos de agonía—. Jamás, señora; yo no puedo continuar en San Salomó.

—¡Ya no nos quieres, pícaro!

—¡Oh!... No es eso...—dijo *Tilín* enternecido súbitamente—. Yo no puedo seguir aquí; soy muy malo y no me puedo vencer. El valiente es cobarde consigo mismo. ¡Yo en esta casa, en la casa de Dios y de la Religión!...

Pepet hundió su cabeza, mirando tan de cerca un hoyo que delante de él estaba abierto, que parecía querer enterrarse vivo. Arrojó de su pecho varios suspiros, cual si quisiera expulsar de su cuerpo la vida.

—Adiós, *Tilín*—dijo la madre, dando algunos pasos hacia el claustro.

La monja se separó de él. *Tilín* la vió alejarse y no le dijo nada. Después abandonó las herramientas del jardín para ir a la sacristía, ponerse su uniforme y salir a la calle. Largo rato estuvo platicando de cosas indiferentes con el sacristán sustituto. Cuando salió, vestido ya su gallardo uniforme, era casi de noche. Las monjas se retiraban a sus celdas, y veíanse sombras blancas que se perdían en el claustro, y oíase rumor de perezosos rezos. *Tilín* quiso hablar a la abadesa, y dirigióse al vestíbulo de donde partía la escalera. Todo estaba oscuro. Vió delante una figura que entraba del claustro para pasar al coro. *Tilín* la detuvo; sor Teodora lanzó una exclamación de sorpresa, y antes que pudiese decir una palabra, cayó de rodillas ante ella el sacristán-guerrillero, y como un reo que pide perdón, exclamó con voz profunda y sofocada:

—¡Madre, mujer, sor Teodora...! Por Dios, quiéreme.

La hermosa dama se quedó extática y muda: tanto la sorprendieron el tono y la voz del sacristán-soldado.

—*¡Tilín!...* ¡Jesús!...—murmuró.

Y *Tilín* repitió con loco ardor:

—¡Quiéreme, quiéreme!

Su voz temblaba. Después se levantó, y tendiendo sus brazos sin atreverse a tocarla, acercó su boca al oído de sor Teodora y, a media voz, dijo estas palabras:

—Monja, yo te amo.

—¡Jesús Crucificado, ampárame!—gritó la esposa de Cristo, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Satanás, perro maldito, vete!...

Quiso huir. Sintió que sujetaban su hábito. Dió un nuevo grito. Oyéronse pasos y una voz que decía: «¿Quién está ahí?»

Dos monjas que llegaban vieron a sor Teodora acongojada y trémula. ¿Había tenido una visión? Sensiblemente turbada parecía; pero con un vaso de agua la volvieron a su prístino ser. *Tilín* había desaparecido.

Largo rato estuvo la madre sin volver de su espanto, aterrada y sobrecogida, sintiendo sobre su alma un peso colosal y una opresión tan angustiosa en su pecho, que apenas podía respirar, y todo lo veía negro y rojo, cual si se hallara bajo las pavorosas bóvedas del Infierno. La inaudita revelación, tan sacrílega como infame, había producido en su espíritu una sacudida espantosa, como la que produciría un reclamo verbal del mismo Satanás reclutando gente para sus calderas. No obstante, el espíritu de la buena religiosa estaba absolutamente limpio de pecado en aquel negocio, y ni con fugaz idea ni con vano pensamiento era cómplice de la execrable pasión de Armengol. Por el contrario, el atrevido sacristán representósele desde aquel instante como un ser aborrecible, digno de los más crueles castigos.

XII

El primer cuidado de la dama, aquella noche, después que se retiró a su celda, fué rezar, implorando la misericordia de Dios, no en pro de ella misma, que en aquel caso no la necesitaba, sino en pro del miserable extraviado que con sus livianos pensamientos y deseos faltaba horriblemente a la ley divina y profanaba el santo asilo de las castas esposas de Jesucristo. Aún se puede tener por seguro que sor Teodora de Aransis se dió una buena tanda de azotes y se puso cilicio, mortificaciones ambas que habrían caído mejor en el cuerpo del bárbaro criminal que en el de la mujer inocente. La causa de esta severidad con sus propias carnes era que se creía culpable por otro concepto, y, como culpable, digna de castigo. Veamos la opinión que formó de sí misma.

Dos o tres horas llevaba de oración y recogimiento después del tremendo suceso; cuando ocurrióle de súbito una idea que le pareció sorprendente por lo juiciosa y atinada. En efecto, aquella idea encerraba una lógica profunda. Según ésta, lo que había pasado a sor Teodora, las infernales palabras que oyó, aquel brutal hombre que delante de sí había visto, horrorizándola con su delirio, no eran otra cosa que un castigo providencial por su detestable afición a las guerras religiosas. La noble conciencia de la dama iluminóse con esta idea, y comprendió que era contrario a la Religión, a la severidad monástica y a las leyes más elementales del amor de Dios su afán por las luchas de los hombres, y aquel su deseo de ver triunfar al son de trompetas, cajas, cañonazos y gemidos de moribundos, la mansa Fe católica.

Sí; castigo era, por haber olvidado la ley de Dios y la santidad de la Orden contribuyendo a inflamar las pasiones de los hombres. ¿Qué era *Tilín* sino la personificación monstruosa de aquella misma guerra salvaje, de aquel bando osado, violento, sedicioso, rebelde a toda ley? Sí; ella había consagrado a la infame hidra la vehemencia, el interés, las simpatías y aun el amor que a su Esposo debía, y en castigo de esta infidelidad, el ofendido consorte había permitido que la infame hidra se volviese contra ella y la hiriera con una de sus más ponzoñosas garras. Bien, muy bien; la lógica de este razonamiento irradiaba en la conciencia de la noble mujer como un reflejo de verdad divina.

Consecuencia inmediata de tal lógica fueron los azotes que la religiosa se administró, maltratando tan sin piedad sus hermosos hombros y espaldas que si alguien la viera se habría apresurado a impedir tal desafuero contra una de las más bellas obras del Autor de todas las cosas y carnes. Parte de la noche estuvo en vela la madre, orando con fervor, y al día siguiente púsolo todo en conocimiento de su confesor, de quien recibió absolución completa y los más saludables consuelos.

Más tranquila después del acto religioso, sor Teodora rogó a la madre abadesa que la impusiera una tarea cualquiera,

aunque fuese de las más penosas. La madre abadesa mandóle que barriese todo el claustro, y apenas cogiera sor Teodora la escoba para dar principio a su obra, vió aparecer a *Tilín*, que de la sacristía salió con una espuerta de herramientas y algunos pedazos de madera. Parecióle tan horrible y repugnante, que bien pudo conocer Pepet el espanto que causaba en el ánimo de la señora. Quiso ésta retirarse; pero él le dijo:

—Una palabra, señora, pues va en ello la salvación de mi alma.

¡La salvación de su alma! Esto era motivo bastante para no huir. A veces una palabra basta a llenar de gracia un corazón y salvar un alma. Si ella podía decir esa palabra, ¿por qué no decirla? La de Aransis no era gazmoña.

—La madre abadesa me ha mandado que clave estas tablas en la puerta—dijo *Tilín*—. Dios me depara por un instante la compañía de la persona que más amo en el mundo. Señora, si usted no me oye o se va...

Al decir esto, *Tilín* fijó sus ojos de fuego en el semblante de la asustada monja, y al mismo tiempo mostró un cuchillo enorme que con las otras herramientas tenía.

—¿Qué?...—murmuró ella.

—Si usted se va y no me oye, ahora mismo me parto el corazón con este cuchillo y acabo para siempre.

Diciéndolo mostraba el filo del arma.

Sor Teodora tembló de espanto y no se atrevió a moverse. Veía a *Tilín* en las agonías de la muerte; veía el convento manchado por la sangre de un suicida, y el horrible escándalo que había de seguir a este hecho. Más muerta que viva, tomó su escoba y se puso a barrer a pocos pasos del dragón.

—Señora—dijo éste, tomando un martillo—. Yo haré por vencerme; pero es precisa condición que usted no huya de mí.

—Malvado—exclamó la monja, recobrando de pronto su energía—, si no temiera ofender a Dios, aquí mismo te rompía la cabeza con este palo. ¿Quién te inspiró tan infames ideas? ¿De ese modo pagas los beneficios que has recibido en esta casa? Sin duda estás dominado por Satanás. Arderás en los infiernos si no te detienes a tiempo.

Y diciendo esto barría.

—Arderé con gusto si ardemos juntos —replicó *Tilín*, que, lanzado por los despeñaderos del sacrilegio, no podía detenerse—. Yo no soy como ningún otro, señora. Veneno y fuego corren ya por mis venas.

—Maldito, para todos hay misericordia; pídela y se te dará.

—No la quiero sin usted... ¿Por qué soy maldito? Porque amo. ¿Quién ha hecho los corazones sino Dios? Si usted estuviera fuera de esta casa, ¿qué mal habría en que correspondiera a mi cariño?... Mi cariño es ahora salvaje y loco...; pero sería dulce y tranquilo si no hallara tantas espinas cuando se acerca a su objeto. Todo el mal consiste en que es usted monja, en que viste un hábito en que hizo votos... ¡Ay señora! Hace doce años, cuando le cortaron a usted el cabello..., yo era niño y usted era ya una mujer que podía haberse casado con cualquier hombre... Pues digo que cuando le cortaron a usted el cabello sentí que una espada fría me atravesaba el corazón. Desde aquel instante la quiero a usted y la adoro más que si estuviera en los altares.

Sor Teodora iba a contestar; pero no pudo, y siguió barriendo.

—Eso de ser monja—añadió *Tilín*, clavando un clavo—es lo que me atormenta. Yo digo que a veces es Satanás quien hace los conventos. Este por lo menos obra suya es... No me hable usted de Dios, ni me llame irreligioso ni sacrílego...; todo eso será verdad, será verdad; pero no quiedo oírlo... Demasiado me atruena la tempestad que zumba en mis oídos... Hay un medio de cortar este mal, señora—añadió, suspendiendo su obra y mirando a la monja con fijeza y una especie de éxtasis deleitoso, que le hacía poner los ojos en blanco—, hay un medio. Usted, que es tan santa; usted, que conseguirá de Dios cuanto le pida, pídale que le arranque esa soberana hermosura; que le apague la luz de esos ojos divinos; que le quite esa gracia y ese encanto hechicero prestado por los ángeles del cielo; que le prive de ese noble continente y de ese modo de mirar, el cual parece que va repartiendo dones dondequiera que vuelve los ojos; pídale usted esto, y entonces... no, entonces tampoco dejaré de quererla, tampoco entonces.

Sor Teodora volvió el rostro. Creía sentirse estrangulada por una serpiente que se enroscaba en su cuello.

«Este miserable no tiene salvación —pensó—. Abandonémosle.»

Y dió algunos pasos para alejarse.

—Señora—gritó *Tilín* lleno de despecho—, nos veremos, nos veremos cuando usted menos lo piense.

Esta audaz despedida, que era una amenaza, despertó tal cólera en el ánimo de la de Aransis, que se volvió y dijo:

—¿Pues qué, menguado y vil hombrecillo, todavía esperas que he de tolerar una vez más tus groserías? Yo te juro que es hoy el último dia que pondrás los pies en esta casa.

—Eso dicen, señora. Ya me ha mandado la madre abadesa que no vuelva más porque el capellán se ha quejado de mis entradas aquí.

—¿Lo ves, lo ves, execrable víbora?

—Sí; ya me han prohibido la entrada y en cuanto clave esta puerta, adiós para siempre, San Salomó, mi querido San Salomó, donde está mi vida toda... Pero volveré, señora, yo juro a usted que me verá cuando y donde menos lo piense. Esto no se puede dejar.

La monja sintió que su terror se aumentaba. La imagen detestable de *Tilín* se le presentó lo mismo que el terrible individuo que está a los pies de San Miguel.

—Volveré—repitió *Tilín*, levantándose y recogiendo las herramientas—. Hasta luego, señora... No se digna mirar al pobre condenado, señora.

La monjita se alejaba rápidamente. Huía como se huye del monstruo más horrendo.

—Sí..., me condenaré...—murmuró *Tilín*—. Ya estoy condenado... Sí, ya lo estoy; sí, ya no puedo salvarme.

El sacristán-guerrero, absorto en sus pensamientos, no vió a la madre abadesa, que hacia él venía.

—*Tilinillo*—le dijo la señora—, antes que te vayas, arregla el emparrado de la huerta. Ya ves que con el peso de los racimos y lo mucho que ha crecido la vid, amenaza caerse uno de los palos y rompernos la crisma el día menos pensado. Ponle un par de clavos y nada más.

—Ya había pensado en ello, señora. Voy a traer la escalera grande que hay en la iglesia. Compondré el emparrado, y también daré una mano de cal a las tejas del palomar que se están cayendo.

—Bien, hombre, bien; todo se te ocurre—dijo la madre, entusiasmada con la previsión del sacristán-soldado—. Yo no tendría incoveniente en que siguieras entrando aquí. ¿Qué importa? Tú eres bueno; te hemos criado desde niño...; sabes respetarnos y nos quieres mucho...; pero el señor capellán me ha dicho hoy que esto no puede consentirse..., y hoy te despedirás de nosotras. Pero vendrás a vernos por el locutorio, ¿no es verdad?

—Sí, señora; volveré por el locutorio.

—Espero que otra vez tomarás parte en la campaña. ¡Qué injusto ha sido contigo ese bribón de *Pixola!* Ya le he escrito a *Jep*... Por las espinas de Cristo, que es un dolor ver oscurecido a militar tan valiente. Es lástima que no hayas ido a Manresa.

—Aún es tiempo; iré.

—¿Con la gente de aquí?

—Con la gente de aquí o conmigo solo.

Y sin más razones fué a buscar la escalera. Viósele después sobre el emparrado, sobre el palomar y andando por el filo de la gran tapia. Parecía el gato de San Salomó recorriendo sus dominios. Después se encerró largo rato en la leñera, sala baja que antes de la embestida de los franceses fué refectorio, y convertida en trastera hallábase completamente atestada de leña y retama para los hornos de bollos. Allí estuvo Pepet revolviendo todo en busca de no sabemos qué materiales para la obra magna que pensaba hacer en el palomar. Grande fué su tarea; pero al anochecer dió todo por concluído, y puesto el uniforme y despidiéndose de las monjas, salió del convento.

XIII

Había decidido poner fin a aquel estado de destierro y vergonzosa inacción en que le tenía el envidioso Abres, y correr a compartir las fatigas y las glorias del ejército apostólico junto a los muros de Manresa. ¿Qué le importaba la desaprobación de su jefe inmediato? El hallaría modo de congraciarse con *Jep dels Estanys*, y si no lo lograba obraría por cuenta propia, organizando un somatén libre que levantara una bandera enfrente de todas las banderas habidas y por haber; y si no conseguía esto, tampoco se sometería al fallo de la Junta

Suprema para que le fusilase, le quemase, le descuartizase o hiciera con él todo lo que una Junta Suprema puede hacer con un oficial rebelde.

Su osadía no reparaba en consideración alguna, y tanto desprecio le inspiraba la disciplina como el peligro.

Concertóse aquella misma tarde con dos docenas de amigos, gente que nada tenía que perder, de esa que lo mismo sirve para lances heroicos que para las empresas más desalmadas, y al cerrar la noche salieron todos de Solsona, sin dar cuenta a nadie, resueltos a no parar hasta Manresa.

Deseaba *Tilín* acometer con los suyos una empresa grande y terriblemente difícil, cosa en verdad más posible en pensamiento que en realidad, por no ser aquellos tiempos propios para ninguna especie de grandezas, como no fueran las grandezas de la vulgaridad. Hallándose su alma empapada, digámoslo así, en tan sublime idea, forzó la marcha para llegar pronto; y después de andar sin descanso por espacio de una noche y un día, apartándose de los caminos más frecuentados, llegó a San Mateo de Bagés, donde supo que las tropas y somatenes de la causa apostólica estaban sobre Manresa, aguardando el momento de la entrada, el cual no iba a depender de sangrientas peleas ni de empeñados asaltos, sino del soborno de la guarnición de la plaza. Decir cuánto enfrió esta noticia el ánimo de *Tilín* fuera inútil, conociéndose sus bríos indomables y su natural violento y despótico, para quien el empleo de la fuerza era una necesidad, una delicia y la única razón y lógica posibles.

Resolvió, ante todo, presentarse al general en jefe, a quien había escrito una carta muy expresiva la madre abadesa, y manifestarle que no podía servir a las órdenes de *Pixola* porque *Pixola* era un hombre rastrero, vil, envidioso. Después pensaba pedirle el puesto de más peligro en los próximos combates para borrar con un comportamiento heroico sus faltas de disciplina.

En San Fructuoso de Bagés halló *Tilín* al comandante general de los sublevados, el hombre de confianza de la Junta, el brazo de aquella inmensa intriga de canónigos inquietos, de inquisidores cesantes y de seglares sin empleo que tenía su Centro en Madrid, no se sabe si en la Sociedad del *Angel Exterminador* (cuya existencia no está históricamente demostrada) o en el misterioso cuarto del infante don Carlos.

Don José Bussons, llamado vulgarmente *Jep dels Estanys*, era un guerrillero anciano, seco, pequeño, pero fuerte y ágil todavía, de carácter violento y agrio. Hablaba poco, reía menos y era el hombre más blasfemo de Cataluña, y aun puede decirse de toda la cristiandad; mas esto no era obstáculo para que los píos autores de la rebelión hicieran de él el Josué de la guerra apostólica, por aquello de *operibus credite non verbis*. Y las obras de *Jep* eran las más propias para despertar entusiasmo entre la gente oscura y envidiosa que rumiaba su descontento en claustros, sacristías y camarillas episcopales, porque poseía el instinto de la organización bélica y había establecido la práctica de que las gavillas de la Fe rezasen el rosario entre batalla y batalla. De la conciencia privada, digámoslo así, de *Jep dels Estanys* puede juzgarse por el hecho inaudito de recibir a bofetadas a los sacerdotes que quisieron prestadle los auxilios espirituales cuando fué condenado a muerte en el sangriento epílogo de aquella campaña.

Según declaró en su último instante, había estado dieciocho veces en la cárcel por diferentes crímenes, aunque los principales, dicho sea en disculpa suya, eran delitos de contrabando. Su educación guerrera la hizo en las gloriosas peleas contra el fisco, y sus primeros laureles los ganó pasando géneros prohibidos. De esta escuela pasó a la de la guerra de la Independencia, saltando de contrabandista a coronel. Peleó más tarde contra los constitucionales, ganando una pensión vitalicia de veinte mil reales con que el rey quiso premiar méritos tan sobresalientes. Detestaba la vida pacífica y normal de las ciudades y el noble trabajo de la industria. Su más grata mansión era el campo; su descanso, el cansancio; su cama, las duras peñas; tan bien vivía bajo un sol abrasador como sobre nieves y hielos, con tal que no le faltase un pedazo de pan y un tomate crudo para desayunarse. Cuando no había guerra, era preciso, según él, inventarla, conformándose en esto con el pensamiento de Voltaire respecto a Dios.

No era ambicioso de riquezas; inquie

tábale un afán insaciable, que, según unos, era el afán de hacer daño. Despreciaba las penalidades, y sabía cómo se conciliaba el sueño en los calabozos, lugares de comodidad y regalo para quien había aprendido a dormir a caballo o en la rama de un árbol. Tenía la audacia y la presteza del cernícalo, así como su crueldad. Su cara era seca, áspera y arrugada como un pedazo de leña vieja.

Cuando se ofrece a la contemplación de nuestros lectores, vestía uniforme de voluntario realista, sin cruces ni insignias, no llevando el ingente chacó con que se decoraban los individuos de aquel cuerpo, sino la barretina catalana doblada hacia adelante, como la usaban la mayor parte de las tropas. A éstas las trataba caprichosamente, siendo unas veces severo con las faltas y otras muy tolerante, según estaba de humor. La buena estrella de *Tilín* quiso que éste fuese bueno aquel día. Después de observarle de pies a cabeza, le dijo el general con cierta sorna:

—¡Ah! ¿Eres tú el que se ha criado en las faldas de las monjas?... Bien, bien. Ya sé que eres valiente. A mí me gustan los hombres valientes sobre todo. A mí también me criaron monjas. Mi madre era criada de las madres del Monte Olivete, en Tortosa...; pero esto no hace al caso.

—Lo que pido a vuecencia—dijo *Tilín* con entereza—es que me conceda el puesto de mayor peligro en la toma de Manresa. De este modo lavaré mi falta.

—¿Qué falta?—p r e g u n t ó *Jep* con asombro.

—La de no haber obedecido a *Pixola*. Yo quería tomar parte en la guerra y no estar mano sobre mano en Solsona.

—¡Ah!... Ya sé que *Pixola* es un bruto. ¿Quién hace caso de *Pixola*? Has hecho perfectamente en venir aquí... Y ¿qué grado tienes?... ¿Nada menos que comandante?... Cuando esto se acabe, rectificaremos todos los grados, y el rey, cualquiera que sea, dará los premios que cada cual merezca... Mira, chico: ya que estás aquí, puedes prestarme un servicio. Estos brutos no sirven para nada. Todavía están mis botas sin limpiar... Hace dos horas que están arreglando los arneses de los caballos... Mira, *Tilín*, límpiame las botas, que están llenas de barro.

El comandante general, calzado con alpargatas y sentado junto a una mesa sobre la cual garrapateaba un oficio, señaló sus botas, arrojadas en un rincón de la sala junto a un montón de ropa sucia. Viéndolas, parecía que se veían los pies de un borracho. De un morral sacó *Jep* un cepillo y lo tiró al otro extremo de la sala.

—Ya tienes lo necesario—dijo, tomando la pluma con no poca dificultad—. ¿Conque tú quieres un puesto de peligro? Lo mismo fuí yo en mi mocedad. ¡Un puesto de peligro! Eso es: o ser soldado o no serlo. Lo demás se deja para las damas. El inconveniente, chiquillo, es que ahora no habrá puestos de peligro. Como nosotros guerreamos por órdenes que vienen de muy alto; como a nosotros nos apoya parte de la Corte, si no toda ella, y hay un manejo secreto que hace inútiles las bayonetas, la guarnición de Manresa se rendirá. Allá dentro hay unos nenes de sotana que harán más que todos los generales... Sin embargo, puede que tengas dónde lucirte. Has subido m u c h o, monago; veo que aquí cada uno se da a sí mismo los grados que le acomodan.

Echóse mano al bolsillo, y sacando los trebejos de fumar, dijo:

—Mira, *Tilín:* toma dos cuartos y vete a comprármelos de yesca. Doblas la esquina de esta casa, y enfrente ves la lonja de Alfarrás. Traémela pronto, que quiero fumar... Pronto digo; me gusta la gente de piernas ligeras.

El soñador *Tilín*, cuyo cerebro hervía con el movimiento y bullicio de gloriosas batallas, sintió su corazón atravesado por una aguja de hielo; luego una sensación de caída semejante a la que nos finge el sueño, despeñándonos de una alta cima sobre abismos sin fondos. Arrojó el cepillo con desdén, y tomando los dos cuartos, salió diciendo para sí:

—¡El Demonio me lleve! Ni esto es guerra, ni éstos son soldados, ni esto es causa apostólica, ni esto es decencia, ni esto es valor, sino una farsa inmunda.

XIV

Los intrigantes que dentro de Manresa trataban de ganar a la tropa de línea, no pudieron convencer a ciertos oficiales de la ventaja que obtendrían en su carre-

ra pasándose a la insurrección. Estos oficiales eran hombres de honor, que no se vendían por dinero, ni tampoco por las promesas de salvación eterna. Pero los conspiradores lograron sobornar a algunos y a casi todos los sargentos del regimiento de la Reina, empleando entre otros argumentos el de que la Junta de Cataluña tenía poderes secretos del rey para sublevarse contra el rey mismo. Al leer esta pestilente página de nuestra historia se siente viva lástima de un soberano contra quien se sublevaba una parte del reino tomando su nombre. Pero la doblez ya proverbial del hijo de Carlos IV autorizaba este procedimiento.

Manresa tiene buena situación para una defensa. Rodéala en gran parte de su circuito el río Cardoner, y su planta es enriscada, agria y tortuosa, y pendientes sus calles. Una guarnición pundonorosa la habría defendido contra todas las bandas y somatenes que pueden eructar las cavernas del Bruch, los bosques del Ampurdán y las grietas de la Cerdaña. Pero la guarnición, salvo la oficialidad y un puñado de soldados, sucumbió a las intrigas, no al plomo ni al fuego, y se dejó vencer por la astuta labia del padre Vinader, religioso mínimo, y del reverendo doctor don José Quinquer, domero mayor de la Colegiata.

En la noche del 27 al 28 de agosto penetraron de improviso las hordas apostólicas capitaneadas por *Jep dels Estanys, Caragol* y *Pixola*.

Al grito de «¡Viva la Religión!», «¡Mueran los negros!», grito que servía entonces para la consumación de todas las hazañas populares, fueron asaltadas muchas casas y ultrajadas multitud de personas, que no eran todas liberales; la mayor parte habían incurrido en el desagrado apostólico por la tolerancia de su realismo y la suavidad de su celo religioso. La ciudad fué al punto dominada por los payeses y voluntarios realistas, que unían sus berridos a los de la plebe, ya sobornada para dar a aquel acto de civilización todo el esplendor posible.

Los pocos soldados y los veinticinco oficiales leales se resistieron en el Ayuntamiento, dando ocasión a una refriega en la cual ambas partes se batieron con bravura. Los leales hacían fuego desde los balcones, y los insurrectos intentaron varias veces el asalto. Dios sabe a qué extremo de encarnizamiento habrían llegado aquellos hombres si el comandante de la plaza no hubiera mandado a los suyos que se rindieran. Todo iba bien para los frailes, admirablemente; y con pocos heridos y menos muertos, poseían una situación estratégica de grandísimo precio para dominar la montaña y tener en jaque a Barcelona.

Tilín y su gente sostuvieron el fuego en el Ayuntamiento, al lado de la guardia negra de *Jep dels Estanys*, que mandaba la acción desde un callejón cercano. En lo más recio de ella, *Tilín* vió a *Pixola* que se metía entre el tumulto.

—¿Cómo estás aquí, sacristanillo? —preguntó el carnicero con asombro.

—Ladrón, estoy porque he venido—replicó el joven, indicándole con un gesto que se apartara.

—¿Por qué saliste de Solsona?

—Porque me dió la gana, borracho.

El furor bélico de *Tilín* daba a sus palabras extraordinario brío. Si *Pixola* en aquel instante se le pusiera delante en ademán hostil, de seguro le partiera en dos, como hacían los caballeros andantes con los endriagos y monstruos fabulosos. Pepet habría deseado que el Ayuntamiento de Manresa fuera altísimo castillo con formidables torres y baluartes, para acometerlo y asaltarlo, despreciando el ardor de los defensores, y hacer allí uno de esos admirables desatinos que son pasmo de los siglos; pero cuando más sublimado estaba su espíritu con esta idea, y cuando sentía en su grado más alto el delirio de la matanza y el espeluznamiento de la embriaguez marcial, vióse que los sitiados no se defendían: un pañuelo blanco se agitó en la ventana, acudieron parlamentarios, entró y salió un fraile llevando recados, y todo acabó.

—¡Cuando yo digo—murmuró *Tilín* hiriendo el suelo con furibundo pie—que ni aquí hay guerra, ni plan, ni soldados ni idea ninguna, ni decencia, ni valor sino una comedia indecente...!

Los oficiales y soldados del rey fueron al punto desarmados, y *Jep*, tomando posesión de la Casa municipal, procedió a la formación de la indispensable Junta. Mientras se nombraba, los frailes y canónigos se confundían en las salas del edificio con los guerrilleros y jefes de somatén. Parecía aquello un mercado de infames ambiciones en que la vanidad

cotizaba los servicios de cada sujeto en las campañas de la intriga. Un lenguaje soez, compuesto de los vocablos más populares, sobresalía entre aquel tumulto como el espumarajo que corona las olas agitadas del mar. Sobre aquel espumarajo de dicterios, de voces de venganza, de insultos y de blasfemias, se destacaron al fin los nombres de los elegidos para componer la Junta: el padre Vinader, de la Orden de mínimos; el canónigo Quinquer, el guerrillero *Caragol*, el médico don Magín Pallás y el regidor San Martín.

Durante la elección, unos cuantos desalmados de la horda de *Pixola* invadieron la casa del Gobernador; arrastraron, sacándola del lecho, donde estaba enferma, a su esposa; y ya les tenían a ambos en medio de la plaza con los ojos vendados para fusilarles, cuando don José Saperes *(Caragol)*, que era el más humano de los junteros, acudió y pudo impedir un horrible crimen. Los demás atropellos no fueron de consideración. Pero gran parte del vecindario abandonó la ciudad en la mañana siguiente, buscando refugio en Barcelona.

Inútil es decir que el primer cuidado de la paternal Junta fué publicar una proclama y dar las consabidas órdenes para que todos los oficiales se presentasen, sin que se olvidara la cobranza de un año de contribución y el reclutamiento de los quintos del último reemplazo. La tradición revolucionaria fué escrupulosamente cumplida, probándose que no en vano habíamos tenido en nuestra historia cursos completos de motines. *La santa causa del Trono y del Altar*, como decía la proclama de Manresa, que poco después fué quemada por la mano del verdugo, como lo fuera años antes la Constitución del 12, plagiaba ramplonamente a los demagogos de Las Cabezas de San Juan.

El día después de la toma de la ciudad, *Jep dels Estanys* trató a *Tilín* con desvío, no demostrando admiración de sus dotes militares, y después de preguntarle si tenía buena letra, le puso a escribir oficios. Mucho disgustó a nuestro héroe verse en la triste condición de escribiente; pero no quiso manifestar su cólera. El mismo *Jep* debió conocer cuánto le mortificaba la inacción.

—Mira, *Tilín*—le dijo al día siguiente—: me ha hecho notar el señor Pallás, individuos de la Junta y médico de la ciudad, que las calles están llenas de inmundicias y que esto puede ser causa de enfermedades. No es natural que nuestros bravos chicos se ocupen en limpiar las calles, ¿verdad?

—Tiene razón vuecencia—repuso *Tilín*, decidido a dejarse fusilar antes que envilecer su persona con el oficio de barrendero.

—Pues, mira, *Tilín:* vas a hacer lo siguiente. Ya sabes que la cárcel está llena de presos. Son los liberales y toda la gentuza negra de Manresa..., conozco a algunos. Esos son los que van a poner a nuestra ciudad como el mismo oro. Llévate un par de docenas de hombres armados, entra en la primera tienda donde encuentres escobas y cubos, y toma tantos como sean los presos..., me parece que éstos pasarán de veinte. Luego vas a la cárcel, sacas a los negros, y a cada uno le pones en la mano su escoba y su cubo. Ellos limpiarán y tus soldados les vigilarán. Al primero que se niegue al trabajo, o murmure de nosotros, o pronuncie algún vocablo contra el Altar y el Trono, me le dejas en el sitio. No te digo más.

Ni él necesitaba más. Aquella tarde se hizo todo como lo había mandado el jefe, y las calles quedaron limpias de inmundicias. No así el corazón de los apostólicos, que cada vez se enfangaba más.

El héroe de San Salomó había de tener otros empleos y ocupaciones durante su residencia de cerca de dos meses al lado de la Excelentísima Junta Superior. Un fraile que acompañaba a *Jep* en calidad de jefe de división, y que tenía la audacia de escribir furibundos libelos con la horrible firma de *El Padre Puñal*, quiso tomar a *Tilín* por ayudante. Negóse éste, y un día se trabaron de palabras. Cada cual sacó a relucir su jerarquía militar. De las palabras vinieron las acciones, y *Tilín* tuvo la suerte de poder pasearse sobre las costillas de su enemigo, a quien no dejó hueso sano. El escándalo fué grande y Pepet pasó a un calabozo, de donde le sacó días después otro fraile que le tenía grande afición. Vióse luego maltratado por *Jep dels Estanys* y favorecido por *Caragol*; pero fué víctima de las habilidades; y una mañana *Caragol* le llamó simple.

Su carácter impetuoso, su afán por sobresalir y su indómita soberbia, dié-

ronle fama de díscolo y revoltoso, y nadie hacía buenas migas con él. Sus mejores amigos le abandonaban, y si hubiera intentado echarse al campo con un somatén de su propia pertenencia, no habría encontrado quince hombres que le siguieran. Aquella esfera de vulgaridad y de bajeza era muy impropia para el desarrollo de su carácter despótico y soberbio, que necesitaba acción incesante y vasto campo para ejercer su dominio. Aquella guerra no era guerra; era una campaña de rencillas, de insultos, de miserias, de contiendas mezquinas, semejantes a las disputas de las verduleras. Una revolución grande y atrevida, una de esas revoluciones descarnadas que atacan lo más firme en nombre de cualquiera idea fija y van derechas a su objeto hasta que vencen o se estrellan, hubiérale sobrepuesto a la multitud, personificando en su ruda figura todas las violencias disfrazadas de justicia, la firmeza heroica y quizá todas las maldades y excesos de la pasión humana; pero en aquella sentina de maquinaciones frailescas tenía que hundirse necesaria y fatalmente. Era inepto para toda intriga. Capaz de los más febriles arrebatos de valor y de la audacia, en la ociosidad de la plaza ganada no era más que un pobre monaguillo.

El fraile, que ya a fines de septiembre le había sacado de la cárcel, le demostraba siempre mucho cariño. Regalábale frutas y dulces de monjas; pero con confites no se conquistaba el corazón inmenso del voluntario realista. Un día el padre Bernardino de Chirlot le dijo:

—Querido Armengol, si hubiera muchos hombres como tú, fácil sería dar al traste con ese fantasmón orgulloso que tiene forma humana y se llama *Caragol*. Yo sé que muchos religiosos verían con gusto a la actual Junta disuelta a puntapiés y nombrada en su lugar otra de verdaderos católicos... A todas partes llega el francmasonismo.

—Padre Chirlot—dijo *Tilín*, ebrio de cólera— tan canalla sería una Junta como otra, y tan bestia es *Caragol* como todos los demás. ¿Quiere usted sobornarme para una sedición?

—Todo sería que te dieran medios para ello—replicó el fraile, acariciándose la luenga barba roja, semejante a la cola de un caballo.

—¿Me darían dinero?

—Tal vez—dijo el capuchino con malicia.

—¿Y hombres?

—Tú los buscarías. Con dinero convertirás las piedras en hombres.

—¿Y el objeto?... ¿El fin?... ¡Ah padre Chirlot de todos los demonios, para farsa asquerosa, basta ya! Váyase usted con Barrabás.

Y se retiró, dejando al fraile medianamente corrido.

Al llegar al alojamiento del general en jefe, vió a éste en la puerta con las manos metidas en la faja, paseando de largo a largo.

—¡Monago!—gritó *Jep dels Estanys*.

Este nombre causaba a *Tilín* enojo violentísimo, que no se atrevía a manifestar por temor de hacerse más ridículo.

—¿Qué manda vuecencia?—dijo.

—¿Por qué estás tan pálido?... ¿Te pasa algo? El Demonio cargue contigo... Mira, monago: lleva mi caballo al río y dale un baño.

Pepet Armengol tomó el caballo, lo sacó de la ciudad, y al llegar al camino montó en él en pelo, y oprimiéndole los ijares con sus talones sin espuelas, lo lanzó a la carrera por el camino de Solsona. Su alma sentía inefables delicias en aquella carrera, semejante al loco desbordamiento de su fantasía. Estaba solo, corría, era libre.

XV

Arribó de noche a Solsona y se apeó en casa de mosén Crispí. Al día siguiente los pocos hombres de armas que guarnecían la ciudad le recibieron con simpatía, mostrándose dispuestos a obedecer al sedicioso, por cierta inclinación instintiva que tenían todos ellos a la anarquía.

—¿Qué órdenes hay?—les dijo.

—Nada más que vigilar a los pocos presos que están en el Ayuntamiento y alojar a las facciones de Aragón y Navarra, que llegarán dentro de dos días.

—Pues es preciso hacer todo lo contrario—afirmó Pepet, gozando extremadamente en la rebeldía—; es preciso soltar a los presos y no preparar alojamiento alguno a esa nueva canalla que ha de venir.

En la mañana del 30 de septiembre

fueron puestos en libertad los presos, siendo los primeros que vieron la luz del día don Pedro Guimaraens y don Jaime Servet. En cuanto al borracho de Mañas que tenía en Solsona una sombra de autoridad, harto beneficio le hacían con no ahorcarle. El vino acabaría con él.

Llenos de alarma y susto estaban los solsoneses al ver que nadie mandaba en la ciudad, porque *Tilín* no se dejaba ver en sitios públicos, ni cuidaba de nada ni impedía que unos cuantos desalmados cometiesen desafueros y maldades. También las monjas se asustaron, y cuando *Tilín* fué a visitar a la madre abadesa en el locutorio, ésta le echó un sermón por su mala conducta. El antiguo sacristán estuvo luego tres días sin repetir su visita, y rara vez se le veía en las calles de la ciudad.

Inútil es decir que sor Teodora de Aransis, que había sentido vivísimo contento por la ausencia del dragón, se asustó mucho cuando tuvo conocimiento de su llegada.

Puesto que esta ilustre señora nos ha de ocupar bastante en el curso de la historia presente, convendrá que como complemento de las amplias noticias que se han de dar, de su vida y de su carácter, mencionemos también lo que la rodeaba. De los objetos materiales que acompañan a la persona, sirviéndole como de marco, el que siempre ofrece más interés es la vivienda; y la vivienda de sor Teodora es digna de preferente atención.

Desde aquel infausto día de septiembre de 1810, cuyo recuerdo, a pesar del lento paso de los años, no se había borrado aún de la memoria de la madre Montserrat, la casa de San Salomó, horriblemente profanada por los franceses, había recibido varias reparaciones; pero el ala occidental del claustro continuaba en el suelo. En la parte alta de dicha ala, formada por una fila de doce celdas, había una solución de continuidad, debida a la desaparición de cuatro celdas, de modo que quedaban cinco unidas al cuerpo central del edificio y tres aisladas en el extremo de la crujía. En la solución de continuidad subsistía parte de las paredes; el techo, no; las puertas estaban tapiadas; el piso, reparado con solidez, era perfectamente practicable. Disputas y cuestiones entre las monjas sobre los fondos del convento, habían impedido reedificar la parte demolida y tan sólo se habían hecho las obras de albañilería necesarias para que la destrucción no fuese a mayores. A las tres celdas que habían quedado solas al extremo del ala dieron las madres un nombre muy propio: las llamaban la *Isla*, y en ellas moraban dos religiosas. La tercera celda muy pequeña y casi inhabitable, servía de despensa a entrambas señoras. Una de las monjas que habitaban la *Isla* era sor Teodora de Aransis. En la época de nuestra historia era la única, porque su compañera había muerto.

El monasterio constaba de un cuerpo de edificio pegado a la iglesia, y de dos alas paralelas, que partían en ángulo recto y en dirección de Sur a Norte. Separábalas el rectángulo del claustro. El centro y el ala de Oriente hallábanse intactos. El ala de Occidente era la que tenía la solución de continuidad y la Isla. El claustro que resultaba de estas tres construcciones estaba cerrado al Norte por el piso inferior, que contenía el refectorio nuevo; en el superior, hallábase abierto, y un gran tejado servía de punto de unión impracticable a los extremos de las alas.

Diferentes veces dijo la madre abadesa a sor Teodora de Aransis que mudase de habitación, para que no viviera sola en aquel apartado sitio; pero ella, sin rechazar la idea, hizo propósito de permanecer allí durante el estío, por razón de la frescura que en aquella parte del convento se disfrutaba. La celda tenía su puerta hacia la galería del claustro, una pequeña reja al Poniente y otra grande al Norte, sobre la huerta, cuya frondosidad la embelesaba el sentido en noches de verano. Desde aquellas rejas, que distaban poco de la gran tapia del convento, se veían las murallas de la ciudad, sólo separadas de éste por la tortuosa calle de los Codos, la puerta del Travesat y parte de la campiña y de las montañas.

Interiormente era la celda un lugar sosegado y delicioso, por el dulce silencio que en él reinaba a causa de su alejamiento del centro del edificio. Perfecto orden reinaba allí así como la pulcritud más refinada, no siendo la austeridad tan excesiva que convidase al ascetismo, ni tanta la pobreza que inspirase un vivo anhelo de ser santo. Por el contrario, sor Teodora tenía en su morada varios ob-

jetos primorosos que había traído de su casa, entre los cuales descollaban algunos vasos y jarros de plata, una alacena de talla que habría honrado a cualquier museo, y un tapiz, obra de sus hábiles manos, que hubiera caído maravillosamente en el gabinete de una dama del siglo. Dos o tres pinturas del mejor gusto, algunas imágenes de madera de inferior mérito, tres docenas de libros, muchísimas flores contrahechas, que casi competían con las naturales, completaban el ajuar.

Como la regla mandaba que las monjas no tuvieran cama, sino un solo colchón puesto sobre el suelo, el lecho de sor Teodora, como el de todas las monjas de San Salomó y el de muchas monjas que hoy existen en Madrid y provincias, era un inmenso colchón de tres pies de alto. Véase aquí como interpretando la regla por la manera más ingeniosa, y burlándola en realidad, convertían las monjas la mortificación en comodidad, y la pobreza en el refinamiento del bienestar.

Ciertamente, convidaba a una vida regalada y tranquila, tal como pueden desearla los egoístas más empedernidos, aquel dulce retiro, que tenía las ventajas del aislamiento, del silencio, de la calma, unidas a las comodidades de una dorada medianía. Pocos habrá que no tengan la abnegación de ser pobres, austeros y recogidos en una cueva de tal naturaleza, donde no puede llamarse virtud el apartamiento del mundo. Había allí cierta elegancia unida al aseo más grato; había delicado olor de flores, que no sabemos si es parecido al que los beatos llaman olor de santidad.

Recogióse sor Teodora en su apacible nido después de cerrar la puerta, no con llave ni cerrojo, porque las celdas de los conventos no tenían entonces aquellas seguridades, reputadas inútiles, sino simplemente con un picaporte que lo mismo podía abrirse por fuera que por dentro. Encendió su lámpara, tomó un libro y se puso la leer.

Después de leer tranquilamente por espacio de media hora, se puso de rodillas y rezó con fervor y recogimiento. Ya se llevaba las manos a la cabeza para quitarse las tocas, primera de las operaciones precursoras del acostarse, cuando sintió ruido en la puerta. Volvióse sobresaltada por no ser costumbre que ninguna monja la visitara de noche, y vió con espanto..., ¡Jesús Sacramentado!..., parecía un sueño increíble, pero era realidad innegable..., vió a *Tilín* en persona, con su cuerpo uniformado, su cara morena, sus gruesos labios, sus ojos de fuego, su frente de bronce, sus cabellos duros. El sacristán guerrero mantúvose en la puerta con una especie de timidez feroz, como si ni aun su colosal osadía tuviese la fuerza suficiente para traspasar aquel umbral sagrado. Había atropellado la ley de Dios, abolido su propia conciencia, y, no obstante, se detenía tembloroso ante el pudor y la hermosura, cuyo imponente prestigio llenaba de confusión al miserable.

Sor Teodora no pudo gritar; cayó desfallecida en una silla, cerró los ojos, y sus brazos se estiraron trémulos como para apartar un objeto terrible.

—Señora—balbució *Tilín*, dando un paso y cerrando la puerta tras sí—, no hay que temer nada de este miserable..., no vengo más que a pedir perdón, señora... Este miserable...

Procurando dominarse, la monja se levantó para salir y pedir socorro. *Tilín* la detuvo con mano de hierro, y precipitadamente le dijo:

—Si usted llama, vendrán y seré descubierto, y habrá escándalo; mientras que si se calma y me oye un instante, nada más que un instante, me marcharé pronto, la dejaré tranquila para siempre, señora, para siempre.

—No quiero—dijo sor Teodora, intentando desasirse—. Voy a llamar.

—Por Dios y la Virgen María, que a mí me han desamparado, señora, óigame usted. Si usted grita, me marcho; y si me voy, no sabrá una cosa que le interesa mucho.

—Nada tuyo puede interesarme—exclamó ella ardiendo en ira—. Malvado, te aborrezco.

—Eso, al menos, es algo—murmuró *Tilín* con sarcástico gozo—. Yo no vengo sino a pedir perdón y a ver por última vez, por última vez, a quien me aborrece.

Se dejó caer de rodillas y besó el suelo.

—Antes de privarme para siempre de ver la luz de mi vida—exclamó con voz ahogada—, he querido besar estos ladrillos. Era un deseo ardiente; no quiero morirme sin satisfacerlo. ¡Besar estos ladrillos! Es lo único que puedo alcan-

zar. Con poco se contenta el malvado aborrecido.

Absorta y petrificada, la de Aransis permaneció en medio de la celda con los ojos fijos en Pepet y las manos cruzadas. Los elegantes pliegues de su hábito blanco daban a aquella imponente figura belleza y majestad.

—Aquí está el hombre más infeliz del mundo—dijo *Tilín*, tocando los ladrillos con su frente—; aquí está el polvo más vil que Dios tiene en el mundo, con forma de hombre. Vilipendiado, aborrecido de todos, sin gloria, sin honra, sin porvenir, sin ilusión alguna, este miserable no ve ya más que tinieblas y ruinas delante de sí..., ruinas y tinieblas.

Miró después a la señora y le pareció más aplacada en su enojo.

—¿Y ni siquiera ha de merecer un ligero consuelo en su corazón? ¡Esto es horrible, señora! Los perros son más felices que yo. Soy criminal; pero ya que no puedo verme amado, quiero tener el único placer que me es lícito: el de verme perdonado.

—Sal de aquí al instante—dijo la madre con brío—y te perdono.

—Saldré, señora, saldré—replicó *Tilín* sin levantarse del suelo—. Mi vida es el infierno. Para comprender mi estado, no imagine usted las llamas y las calderas hirvientes de que hablan los predicadores; eso no basta, eso es frío y descolorido: imagine usted la falta absoluta de esperanza y de ilusiones, la ruina completa de todo lo que edifica el espíritu... Ese es el infierno en que vivo yo. Mi único alivio será que usted me mire un rato sin ira, que me permita estar aquí y hable conmigo..., y me diga, me diga: «*Tilín*...»

—¡Ni un instante! Malvado sacrílego... Demasiadas pruebas te doy de mi bondad, pues que te escucho.

—Un momentito, señora; muy poco, muy poco tiempo...

—Nada.

—¡Estoy condenado!

—Condénate cien veces.

—¡Condenado por usted! ¡Por usted! ¡Por usted!

Y levantando la faz lívida hacia ella, añadió con voz ronca:

—Condenado por ti, monja, que pareces hechicera.

Y se cogió su propia cabeza por los cabellos, como cogería el verdugo la del recién degollado para mostrarla al pueblo.

—¡Condenado por ti! ¡Por ti!—repitió ella—. Por tu execrable maldad y sacrilegio.

—Pues bien, señora, perdón, perdón; yo pido a usted perdón. Pero démelo sin ira, sin enfado, sin repugnancia, con aquella voz dulce y angelical con que me hablaba en mi niñez, con aquel mirar ternísimo y aquel trato seductor que eran mi encanto en tiempos mejores.

—Te perdono, márchate y no vuelvas más aquí... Huye de mí, demonio del Infierno.

La religiosa se cubrió el rostro con muestras de horor, y estremecimientos nerviosos sacudieron su cuerpo.

—¡Ni un momento siquiera!—murmuró *Tilín*, apretándose el corazón.

Miró a la monja, y la monja le miró a él. Grande fué la sorpresa de sor Teodora al ver lágrimas en las atezadas mejillas de aquel hombre que tanto se parecía a un volcán, por tener el centro de fuego y el exterior de piedra.

—Te perdono—dijo la madre con lástima, pero siempre con el mismo terror—. Vete, vete; te digo que te vayas. Infame, bandido, que has escalado los muros de la santa casa, huye de aquí. ¿no temes la maldición de Dios?

—¡Dios!... ¡Dios!... ¿Para qué hablar tanto de El? Mi Dios es otro. Si usted me permite estar un poco más, y contemplarla y referirle mis penas..., mis penas, que son grandes, atroces...

—No permito nada.

Tilín dió un suspiro y se levantó. Su semblante, desconcertado y contraído, parecía el semblante de un reo de muerte momentos antes de subir al patíbulo.

—¡Mal rayo!—exclamó con desesperación—. ¡Qué el mundo sea así y no de otro modo! ¡Que existan estas paredes, y estos votos, y estas rejas horribles!

Con fiereza revolvió los ojos por la estancia.

—Adiós, señora—dijo en tono y con ademanes de loco.

Sor Teodora le señaló la puerta.

Acercóse *Tilín* a la monja, retrocedió ella. Acercándose el más y bajando la voz, le dijo:

—Antes de llegar los dos al otro mundo, nos veremos. Adiós.

Cuando él salió de la celda, sor Teodora dió algunos pasos para observar

por dónde iba; pero faltáronle las fuerzas, consumida en aquel cuarto de hora de angustias infinitas, y sintiéndose acometida de un desmayo, se dejó caer de hinojos, apoyó la frente en la silla, y perdió por un instante el conocimiento y el uso de sus claros sentidos.

XVI

Poco duró el síncope a la ilustre dama y al reponerse, su primer cuidado fué correr a observar qué camino tomaba el dragón. Pero ni por la puerta de la celda, ni por la reja abierta al Sur sobre el emparrado y frente al palomar, divisó forma humana. Teodora, al dar por terminadas inútilmente sus observaciones, supuso que *Tilín* había entrado por la sacristía.

—Ese bribón—pensó—se ha quedado esta tarde dentro de la iglesia, o en algún rincón de la sacristía. Al avanzar la noche salió de su agujero, como los ratones que van a hacer sus correrías, y ahora se ha metido en él otra vez... Pero yo he de descubrir el escondite y he de armar una ratonera para enseñar a ese desalmado a jugar con el honor de respetables mujeres consagradas a Dios.

Como la puerta no tenía cerrojo puso tras ella todos los muebles que pudo cargar; mas ni aun con tal barricada quedó la señora tranquila, y rebeldes sus ojos al sueño, no podían apartar de sí la imagen fiera del voluntario realista. Acostóse rendida, y no logrando hallar sosiego ni calmar la fiebre que el insomnio le producía, levantóse y se puso a leer. Pronto advirtió que su atención se distraía del piadoso asunto del libro, corriendo hacia otros pensamientos, y atormentándose con un descarriado giro alrededor de las pasiones humanas. Para esto conocía sor Teodora un remedio preciosísimo que guardaba en la gaveta más alta del armario. Al punto abrió la gaveta para sacar el precioso específico. Era un manojo de cuerdas con nudos.

Largo rato duraron los azotes, cuyo término fué cuando la viveza de los dolores anunció a la buena religiosa que un golpe más haría traspasar los límites de la penitencia para entrar en los de la barbarie. Sin embargo como testigos presenciales, podemos asegurar que los instrumentos de mortificación usados por la madre Teodora de Aransis no eran de los más destructores, y que cualquiera podría hacerse santo con ellos sin riesgo de perder la vida temporal.

Abandonadas las disciplinas, pensó la dama que, pues las oraciones no tranquilizaban su ánimo, ni tampoco el cruento vapuleo, lo mejor sería ponerse al trabajo, y al punto tomó una obra de bordar que empezado había dos semanas antes.

Dábale a la aguja arriba y abajo, y cada vez que sentía algún ruido exterior o bullicio de las hojas de los árboles, se estremecía y sobresaltaba. Así pasó la noche hasta la hora en que la campana del convento la llamó à maitines. No solía madrugar para asistir al coro, contribuyendo con su pereza, fundada casi siempre en dolores de cabeza o en cualquier desazón ilusoria, a la relajación de la disciplina; pero aquel día fué diligente y asistió al coro.

En el coro, la madre Montserrat le dijo:

—Ya sé que ha estado usted enferma anoche.

—Yo.... no, señora—repuso con turbación la de Aransis.

—Ha estado usted en vela toda la noche—afirmó la vieja, moviendo su apergaminada cabeza como un martillo— Me pareció que vi luz.

—Entonces también usted ha estado en vela—dijo Teodora.

—También... Pero yo estuve rezando —replicó con malicia la madre Montserrat.

Trazó una grandísima cruz desde su frente a su cintura y de hombro a hombre, y volviendo la vista al altar tomó parte en el rezo general.

Sor Teodora no tenía criada, no ciertamente por alarde de pobreza, sino porque en su sentir las criadas dentro de los conventos no compensan con sus servicios las molestias que ocasionan, ni los enredos que se traen chismorreando de celda en celda y produciendo enemistades y sinsabores. Ella misma, pues, se hizo su chocolate y se preparó su comida privada, porque en San Salomó, como en muchos conventos modernos, aunque había refectorio y yantar común, cada celda tenía sus festinillos, a que asistían dos, tres cuatro monjas, o, más generalmente, una sola. Sor Teodora dis-

ponía de una pequeña cocina en la tercera de las piezas que componían la Isla, y allí, ayudada de una fámula de las que servían indistintamente a todas las monjas, se aderezaba alguna vez platos de su gusto. Aquel día, quizá con motivo del largo insomnio, sintió la buena madre inusitado apetito y antojos de comer golosinas. Felizmente no carecía de elementos. Además de los riquísimos fiambres que se aderezaban en la gran cocina del monasterio, la hermosa dama recibía de su familia jamones y carnes mechadas que habrían tentado a un cenobita. En la alacena de talla que ocupaba lugar muy principal en su celda, había manjares diversos, que con un poco de lumbre serían de exquisito gusto.

Bastante tiempo empleó la señora en disponer algunas chucherías para su propio regalo; pero cuando llegó la hora de comer, apenas probó un poco de cada cosa. Su apetito, que la incitó a trabajar con tanto celo en la cocina, había desaparecido. Guardó todo para dedicarse a su labor de aguja. Mientras trabajaba sintió deseos vivísimos de pasearse por la huerta, y bajó; pero el aburrimiento obligóla a subir de nuevo, y después de pasearse en su celda discurriendo lo que podría hacer para matar el tiempo, consideró que lo mejor sería escribir a su familia. Casualmente no había contestado a la última carta de su hermano.

Después de escribir por espacio de un cuarto de hora, tomó de nuevo el trabajo para bordar un ala de mariposa. Dedicóse luego a deshacer un ramo de flores naturales que en un búcaro tenía y a formarlo de nuevo, operación en que tardó media hora. Corría lentamente la tarde, pesada, calurosa y larga, y sor Teodora pensó que era conveniente para su alma rezar un poco. Bajó al coro, estuvo rezando largo rato, subió después a la cocina, descendió a la huerta cuando ya había aflojado el calor, y se paseó bajo el emparrado mirando alternativamente al suelo y al cielo.

Para que el lector comprenda bien a sor Teodora de Aransis, le diremos que aquel desasosiego, aquel constante mudar de ocupación, aquella caprichosa inconstancia en los empleos que había de dar a su fantasía y a sus manos, eran fenómenos que se repetían invariablemente todos los días desde algún tiempo.

No nos es difícil inquirir la causa de este desasosiego, ni nos importa nada decirla, porque no es depresiva para la noble señora. Ya hemos dicho a su tiempo que Teodora de Aransis consideró como un pecado digno de los más acerbos castigos poner toda su atención, sus pensamientos y sus afectos todos en las cosas de la guerra y de la intriga apostólica. Así, desde que consideró pecaminoso aquel desvarío bélico y político, la buena madre hubo de intentar arrojarlo de sí y limpiar su espíritu de tan infame maleza. En efecto: no volvió a informarse de ninguna particularidad relativa a la guerra, ni leyó las cartas de doña Josefina Comerford; y siempre que venían a su pensamiento ideas de batallas ganadas o por ganar, de reyes caídos, de príncipes elevados o de trapisondas por la Fe, echaba prontamente sobre ello otras ideas e imaginaciones, como se echa tierra sobre el cadáver recién enterrado en el hoyo. En efecto: de este sistema fué, como es fácil suponer, un estado de atolondramiento y vaguedad constante en el espíritu de la ilustre religiosa, el cual, al hallarse apartado de su ocupación predilecta, pugnaba por tornar a ella, rechazando todas las distracciones que se le ofrecían. En suma, sor Teodora de Aransis se aburría lindamente en San Salomó, aunque ella misma no lo conocía y daba otro nombre a aquel su estado de constante zozobra, diciendo: «¡Ay Dios mío, que maniática me he vuelto!»

Ya sabemos de ella que su religiosidad no era extraordinaria. La más preciada joya de su corona de monja era su conformidad con aquella vida y con la irremediable reclusión en que estaba sin saber fijamente por qué. Y no es fuera de propósito decir algo acerca de las causas del monjío de sor Teodora de Aransis. Sus padres, ricos y nobles, murieron tempranamente, dejándola en la orfandad con otras dos hermanas de menor edad que ella y un hermano mayor. Por indolencia de su madre, criáronla unos tíos, que la fiaron a las Ursulinas de Lérida, para su educación, la cual fué desempeñada tan cumplidamente en el orden religioso, que a los dieciocho años de su edad, Teodora catequizada por las madres y por un capellán anciano que era un águila para el confesonario, no pensó más que en ser monja. Ninguna

persona de su familia trató de contrariar esta vocación juvenil, que por lo precoz debió haber sido sujeta a observación; antes bien, los nobles tíos de Teodora y su madre, que en Francia residía, encendieron más y más en su alma el celo religioso, y avivaron la llama de su devoción, convenciéndola de que era una felicidad para ella abandonar el mundo y sus picardías. ¡Y qué bien le alabaron de palabra y por cartas su afición, y qué mal le pintaron las vanidades del mundo, y la dificultad de salvarse fuera de los claustros!... La pobre niña, cuya acalorada imaginación necesitaba poco para tomar vuelo, abrazó la vida mística con deleite y entusiasmo, mientras allá, en el perverso mundo, sus hermanas menores se casaban con sus primos, y su hermano mayor derrochaba la fortuna paterna y metía ruido y escandalizaba y se hacía jacobino.

En los primeros años, ¡Ave María Purísima!, la religiosidad y unción de Teodora fueron el asombro de San Salomó. Parecía que eclipsaba con su celo y piedad a las Teresas, Claras, Ritas y Rosas. No había culto que ella no practicase, ni mortificación que no se impusiese, ni sutileza mística que no discurriera para más elevar su alma. El amor divino la puso delicada y enferma. Juntamente con las increíbles penitencias que se imponía en castigo de pecados que nunca cometió y para aplacar tentaciones que nunca tuvo. Pero así como se desvanece poco a poco la ilusión de un amor primero, tanto menos sólido cuanto mayor es su aparente vehemencia, así se fué disipando la seráfica exaltación de Teodora de Aransis, a la manera que van apagándose las memorias y oscureciéndose la imagen del novio ausente. Así como las evoluciones de la vida física parece que sustituyen un ser con otro al verificarse el paso más importante de la edad, así el alma de la señorita de Aransis mudó de aficiones y de ideas. Su vocación había sido, dicho sea sin irreverencia, como esos amoríos juveniles tan parecidos a los fuegos artificiales, que se desvanecen después de haber sonreído y estallado en la oscuridad, y no dejan tras sí más que ceniza, humo, sombras.

Creeríase que sor Teodora había estado hasta poco antes en la edad de los juguetes, y que entraba en la edad de las personas, en aquella edad en que los muñecos son arrinconados y entran a desempeñar su papel de hombres. A la seriedad afectada que tan mal le sentaba, sucedió una seriedad verdadera. Adquirió entonces un desarrollo físico que la hacía parecer más linda, y su interesante hermosura mostróse con todo el esplendor de una risueña primavera. En el recinto triste y sombrío de San Salomó, aquella belleza de un carácter gracioso, seductor, mundano y ligeramente maligno, parecía, según la expresión de mosén Crispí de Tortellá, la imagen del sol de mediodía reflejada en el fondo de un pozo.

Sor Teodora debió conocer que era hermosa, extraordinariamente hermosa, porque el convento, a pesar de la disciplina y de todas las reglas, estaba lleno de pícaros espejos. Ignoramos lo que pensó la ilustre dama acerca de su impremeditado casorio con Jesucristo; pero la idea del honor y del deber estaba muy profundamente arraigada en su alma, y tenía por sí tanta fuerza que sustituyó a la vocación. No pudo ser esto sin tormento interior, pues no hay, no puede haber sacrificio placentero, y al considerarse sepultada en vida y al conformarse a ello, Teodora ponía sobre sus sienes una corona quizá de más precio que aquella de imaginarias espinas con que soñaba en la época de místico delirio.

La devoción externa amenguó tanto en ella, que hubo de causar algo de escándalo. Esto la obligó a hacer esfuerzos para no parecer menos monja que sus compañeras. Pero, al mismo tiempo, la hermosa dama necesitaba apacentar con algo su espíritu, y dióse a la lectura. Por algún tiempo leyó obras diversas, tanto sagradas como profanas, aunque estas últimas eran autorizadas por la Iglesia. Más tarde se dedicó a criar pájaros. Después abandonó los pájaros, regalándolos, juntamente con los libros, al padre capellán, y su alto espíritu y esclarecida inteligencia se apacentaron, se cebaron, mejor dicho, en aquel negocio delirante de las guerras. Nada más hay que decir sino que, al desechar de sí toda aquella maleza pecaminosa, se quedó tal cual tuvimos el honor de pintarla al comienzo de este capítulo, inquieta, desasosegada, caprichosa. Era una niña de treinta y dos años que no podía estarse quieta.

Y como en un convento, por más que se discurra, no se pueden inventar ocupaciones variadas y que interesen profundamente; como el continuo rezar no podía satisfacer aquellas constantes ansias de actividad, sor Teodora había caído en el más grande tedio. Nada de lo que hacía era en ella más que una fórmula. Rezaba por fórmula, y se azotaba por hacer algo. Cocinaba por capricho, y trabajaba por mecanismo. El trabajo material no podía satisfacer sino parcialmente a su entendimiento superior. ¡Oh! Si no hubiera tenido el contrapeso de un gran sentimiento del deber, aquel espíritu preclaro, de cuya exaltación fanática hemos visto alguna muestra en las expresiones y discursos de marras, habría hecho perder a Nuestro Señor una de sus esposas más guapas, aunque no es la hermosura la cualidad que más estima El.

Aquel día (y entiéndase que después de esta explicación retrospectiva volvemos a tal día, es decir, al que siguió a la nocturna diabólica aparición de *Tilín)* sor Teodora tenía en qué pensar. Su terror era tan fuerte y de tal modo la repugnaba la pasión, y más que la pasión la persona del desgraciado Armengol, que no cesaba de discurrir medios para impedir que volviese a poner los pies en el convento.

Pensó referir todo a la madre abadesa; pero luego desistió de este pensamiento, por no dar motivo de escándalo en la comunidad y de grandísimo regocijo a la madre Montserrat, su terrible alguacil y enemiga. ¡Ah! ¡Infame vieja! Ella fué la que por primera vez dijo que sor Teodora de Aransis, ¡horrible calumnia!, se acicalaba a escondidas en su celda, adobándose el rostro, perfumándose el cabello, y refinando su hermosura con afeites y profanidades del mundo. Ella la que constantemente le clavaba las aceradas uñas de su aleve ironía; ella la que desde su celda, situada en el extremo del ala oriental del convento, atisbaba noche y día la de sor Teodora, situada en la *Isla*, observando con vigilante saña a qué hora de la noche apagaba la luz, a qué hora del día bajaba a la huerta.

No, no: lo mejor era callar aquel horrible secreto, tomando precauciones para que no se repitiera el suceso en las noches siguientes. En caso de reincidencia, revelaría todo, aunque el convento se hundiese, y con él la reputación intachable de casa tan noble, tan santa y venerable.

Firme en su idea de que *Tilín* se había ocultado en la sacristía, examinó aquella tarde la puerta de ésta y vióla clavada, como estaba desde que el voluntario realista saliera para Manresa. Grande fué entonces la confusión de la dama, y sin dar cuenta a nadie de su sobresalto, observó la reja del locutorio y la puerta interior de éste; mas nada pudo hallar que indicase fractura reciente. Al anochecer retiróse a su celda, muy descontenta de sus observaciones, y estuvo más de una hora pasando mental revista a todos los escondrijos y agujeros de San Salomó, representándose en su imaginación la informe y heterogénea masa del edificio con sus muros hendidos, sus techos abollados, sus altas tapias, absolutamente inaccesibles desde fuera.

No tenía sueño ni esperaba tenerlo en toda la noche. La temperatura era buena, y aunque ya avanzaba octubre. Sor Teodora salió a la galería, y apoyando sus brazos en el barandal, estuvo largo rato aspirando la frescura de la huerta y recreándose con un ligero vientecillo que a ratos venía del Norte y que le besaba el rostro. La noche era oscurísima, y en el cielo brillaban algunas estrellas con tan vivo fulgor, que parecían haber descendido, según la observación de sor Teodora, a contemplar desde cerca la tierra. Cansada de fresco y de astronomía, entró en su celda y entornó las maderas de la ventana enrejada. Después encendió luz. El reloj de la catedral dió las diez.

La idea del desamparo en que estaba y de la escasa seguridad de su celda volvió a mortificarla. Una barricada de muebles podía no ser obstáculo bastante para el monstruo. ¡Oh! ¡Cuánto sintió en aquella hora no haber referido el inaudito caso a la madre abadesa!... ¿Qué debía hacer? Lo mejor era quedarse en vela toda la noche, sin perjuicio de arrastrar los muebles, hacinándolos junto a la puerta. Sobrecogida y espantada miró a la puerta, creyendo sentir ruido.

Sor Teodora dió algunos pasos para reforzar el picaporte con algún objeto que le sujetara, y antes de llegar quedó-

se yerta y muda de terror. Su corazón dió un vuelvo terrible cual si se rompiera en pedazos. Helóse su sangre. En la puerta, que ligeramente se abría, apareció un bulto, un hombre..., ¡el dragón!

XVII

Conviene apartar los ojos por ahora de los sustos y congojas de aquella noble mujer, sometida por el pícaro enemigo Malo a duras pruebas, para fijarlos en los pasos, cada vez más torpes del infelicísimo voluntario realista, el cual parecía, no ya sometido a pruebas o escrúpulos, sino arrastrado al mismo Infierno por Satanás, atizador infame de las humanas pasiones, perturbador de aquellas almas que encuentra organizadas con alientos grandes, mas sin el sostén de un sentido moral muy puro.

Por noticias de fiel origen sabemos que *Tilín*, luego que salió de la celda de sor Teodora de Aransis, dejando a ésta sin habla ni sentido, montó a horcajadas sobre el barandal de madera, y sin esfuerzo alguno, inclinándose de un lado, puso el pie en los palos horizontales del emparrado. No era preciso ser gran equilibrista para andar por allí, a causa de la robustez de los maderos. Andando a gatas y cuidando de evitar los huecos ocultos por el follaje, se podía recorrer aquel camino aéreo, especie de puente echado desde la galería hasta el palomar, que estaba en el mismo borde de la tapia, punto donde acababa el convento y empezaba el mundo. El palomar tenía un reborde por el cual se podía andar fácilmente agarrándose a los ladrillos de las paredes que lo formaban; pero al llegar a la tapia, que en aquel sitio formaba un ángulo entrante casi recto, cesaba todo camino y era preciso volar para salir del convento. La pared era en lo exterior lisa, perfectamente vertical, y su altura de doce varas hacía ilusoria toda tentativa de escalamiento para entrar o de salto para salir. *Tilín* miró hacia abajo y vió que todo era tinieblas en el callejón oscuro formado por las tapias de San Salomó y las murallas de la ciudad. Parecía aquello un abismo sin fondo, propio para que un desesperado arrojase en él la enojosísima carga de la vida.

Pero no era ésta la intención del joven realista. Ya sabía él por dónde se andaba. En lo alto de la tapia, y asegurado entre los ladrillos del ángulo que ésta formaba con la pared del palomar, había un fortísimo clavo, del cual pendía hacia fuera una soga. La hábil colocación de ésta y la firmeza del hierro que la sostenía, indicaban no ser aquél un trabajo del momento, improvisado por la pasión o el capricho, sino más bien obra de premeditación, hecha con estudio y en sazón oportuna. El lector, si tiene memoria, comprenderá cuándo fué hecha esta obra. *Tilín* confió su cuerpo a la cuerda y echóse fuera, descendiendo lentamente con los puños, y al llegar a distancia como de tres varas del suelo, buscó con el pie un objeto en la superficie de la pared. Hallado al fin aquel objeto, que era un segundo clavo tan sólido como el de arriba, y apoyando en él su pie, dejó la cuerda, agarróse con los acerados dedos a los huequecitos de los ladrillos, y desde allí se arrojó al suelo.

En el momento de caer, una voz sonó a su lado, y manos nada blancas le tocaron los hombros. La voz dijo riendo:

—Date preso, seductor de monjas.

—¡Quién va!—gritó *Tilín*, desasiéndose de aquellas manos y arremetiendo a su descubridor con amenazadores puños.

—Alto, alto, señor *Tilín*—dijo éste, agarrotando las muñecas del sacristán con mano vigorosa—. Soy amigo. No tema usted nada de un pobre prisionero. Jamás he sido protector de monjas, y si lo fuera, callaría este caso, porque tampoco soy delator.

—¿Quién es usted?

—¿Tan desfigurado estoy que no me conoce?—dijo, acercando su rostro al de Pepet.

—¡Ah! Es el señor Servet, si no me engaño.

—El mismo; y si por carácter no fuera discreto, seríalo ahora por tratarse de un hombre a quien eternamente debo gratitud por la libertad que me ha dado.

—El demonio cargue con usted y con su gratitud—replicó *Tilín*, cuyo enojo no podía aplacarse con las corteses manifestaciones del que en tan mala ocasión le había sorprendido.

—Y con el mal humor de usted—añadió el llamado Servet—. En ninguna parte está mejor un secreto que en el pecho de un hombre agradecido. Si en vez

de ser yo quien pasaba por aquí hubiera sido otro, el señor *Tilín* habría tenido un disgusto. Mañana sabría toda la ciudad que las monjas de San Salomó...

—¡Por las patas y el rabo de Satanás!—gritó *Tilín* con ira—, que si usted habla mal de las señoras o las ultraja, aquí mismo le arranco el corazón. Tengo ganas de matar a alguien.

—Hombre, ¡qué capricho!... Pues a mí me pasa lo mismo—dijo Servet, flemáticamente—. Aquí tengo dos pistolas y un cuchillo de monte que me ha dado el señor de Guimaraens.

—Pues vamos—gritó *Tilín* como un insensato, dando algunos pasos hacia la puerta del Travesat.

—¿Adónde?

—A matarnos.

Si la noche hubiera estado clara, se habría visto en los ojos de Pepet Armengol el brillo siniestro de la locura.

—Eso debe meditarse antes—dijo el caballero don Jaime con gravedad no exenta de burla—. Mi vida actual no es precisamente de las que merecen el nombre de deliciosas; pero, ¡qué demonio!, es preciso llevarla a cuestas, y la llevaremos; no faltará un cabecilla que nos alivie de ese peso.

—¡Déjeme usted..., déjeme usted solo! —exclamó *Tilín*, apoyando su cuerpo en la muralla de la ciudad y hundiendo la barba en el pecho.

—Pues adiós, adiós. Nunca me ha gustado ser importuno.

El caballero dió algunos pasos para alejarse. Con violento ademán se abalanzó *Tilín* hacia él, y deteniéndole por un brazo acercó el martilludo puño a su rostro y le dijo:

—Si usted deja escapar una palabra, una palabra sola que ofenda la honra, la fama y la santidad de las señoras de San Salomó, encomiéndese usted a Dios. ¿Está entendido?

—Entendido. Yo no he visto nada. Puede volver a subir si gusta.

—No subiré más, no. No subiré más —bramó el voluntario, moviendo la cabeza con desesperación—. Y si subo o no subo, a usted poco le importa. Las madres de San Salomó son honradas. No hay ninguna que no lo sea. Yo soy el criminal, ellas no.

Servet encogió los hombros y volvió a retirarse.

—No, no se vaya usted—dijo *Tilín*, deteniéndole primero y siguiéndole después.

—Pronto cambiamos de parecer, amigo.

—Yo no tengo amigos. ¡Ay!, si tuviera alguno le pediría un consejo.

—Pues cuente usted que yo soy ese amigo, y ábrame su corazón.

—No, no, no. Mi corazón no se abre, no puede abrirse; está ya soldado con plomo derretido.

—¡Qué exaltación, señor *Tilín!* Vámonos de aquí. Entraremos en la taberna de Moragull o de Guasp, y beberemos un poco para que al buen guerrillero se le despeje la cabeza.

Tilín se dejó llevar como un idiota.

—Yo siento haber sorprendido un secreto tan delicado como el que acaba de descubrirme la casualidad—añadió el caballero mientras se internaban en la ciudad—. Pero no es culpa mía, sino de la Providencia. Yo entré por la puerta del Travesat. Venía de casa del señor Guimaraens, que, entre paréntesis, si debe a usted la libertad, no puede olvidar que le debe también la prisión, y aguarda una coyuntura para desollarle vivo. Mi señor don Pedro, luego que salimos de la cárcel, me llevó a su casa, dióme de comer y de vestir, obsequiándome con tanta finura que no sé cómo pagarle. Todo cuanto he necesitado lo ha puesto a mi disposición menos una cosa que me hace suma falta: un caballo, un caballo, señor *Tilín* que me lleve a la frontera antes que estos benditos apostólicos vuelvan a prenderme.

—¡Un caballo!—repitió *Tilín* sin atender a la narración de Servet.

—El señor de Guimaraens, que salió anteayer para Cervera a ponerse a las órdenes del Conde de España..., ¿no sabe usted que tenemos encima las tropas reales?..., se despidió de mí con grandísima pena y me dijo: «Querido Servet, siento no poder darte un caballo; pero te ofrezco mi tartana, que es la mejor pieza que rueda en Cataluña.» ¡Donoso regalo! Heme aquí, *Tilín* amigo, dueño de un coche que de nada me sirve y que daría por la pezuña de un caballo.

—¿Un coche?—dijo *Tilín* vivamente, con muestras de gran interés.

—Sí; esa preciosa alhaja la tengo en una cabaña que está a cien varas de la puerta del Travesat. Esta tarde he traído mi vehículo gallardamente tirado por un asno, sobre cuyos lomos he roto medio fresno, sin conseguir hacerle salir de

un pasillo morigerado y tímido que me quemaba la sangre. Mi ánimo es buscar un caballo en Solsona, empresa difícil, porque carezco de amistades en esta generosa ciudad de mis entrañas. Pero confío en Dios, que ya me ha dado pruebas de su protección deparándome un amigo al dar mi primer paso dentro de estos benditos muros... ¿Benditos dije?... ¡Si yo os viera hechos polvo juntamente con toda la caterva apostólica!... En suma, señor *Tilín* amigo, yo considero harto feliz nuestro encuentro, acaecido del modo más extraño. Entraba yo por la calle de los Codos, pensando en el coche que tengo y en el caballo que no tengo, cuando parecióme sentir ruido en lo alto de la tapia de San Salomó. Miré y no vi nada. Detúveme...

—No quiero que nombre usted a San Salomó.

—Detúveme, y al fin vi un bulto que descendía por una cuerda.

—Basta.

—Era un hábil trabajo de volatinero que merecía verse, mayormente cuando se veía gratis. El bulto se desprendió arrojándose al suelo. Hay un clavo a la altura de la mano, señor *Tilín*. La idea es ingeniosa.

—Digo que basta.

—No se hable más del asunto. Lo principal es que realmente yo soy aquí el que cuelga, el que pende, no digo de una soga, sino de un cabello, y bajo mis pies miro, no la deleitosa calle de los Codos, sino el insodable abismo de mi perdición.

—¿Necesita usted un caballo?

—Sí; un caballo a quien confiar mi pobre persona para que la ponga en la frontera sana y salva. Si estoy aquí un día más, señor guerrillero, me expongo a perder otra vez mi libertad. En el caso de que los señores apostólicos que hay en la ciudad y los que pronto vendrán fueran misericordiosos conmigo, ¿cuál sería mi suerte el día en que entrase en Solsona el conde de España, vencedor y vengativo? Y ese día no está lejos, amigo *Tilín;* ya se han visto tropas del rey a dos leguas de aquí. Guimaraens recibió anteayer órdenes fechadas en Cervera.

—Y ¿teme usted al conde de España? ¿Pues no es usted espía de Calomarde?

—¡Espía yo!

—Entonces no hay duda de que es ustter sectario y jacobino. Tenía razón *Pixola.*

—Tampoco soy jacobino.

—A mí no me importa que sea usted el mismo Lucifer, capitán del Infierno —dijo *Tilín*—. Nada me asusta. No tengo ya afición a ninguna causa política; todas me son indiferentes, mejor dicho, todas me interesan, con tal que destruyan.

—¡Destruir!

—Sí, destruir. Dígame usted, ¿no está la Corte minada por los masones? ¿Es cierto, como aquí nos han dicho, que si los masones triunfan, destruirán todo, y no dejarán en pie nada de lo que hoy existe?

—Los masones no triunfarán.

—¿Qué bando hará tabla rasa de todo?

—El de ustedes, si triunfara; pero tampoco triunfará.

—¿Y Calomarde pegará fuego a toda Cataluña?

—No lo creo; pero fusilará a todos los cabecillas que coja.

—Pregunto si pegará fuego a toda Cataluña.

—No lo sé.

—¿Y no demolerá las ciudades?

—Mucho es eso.

—Entonces, ¿quién volverá el mundo del revés?

—Tampoco lo sé; pero de seguro habrá alguien que lo haga.

—¿Y quién lo hará?

—Uno que puede mucho.

—¿Es fuerte?

—Más fuerte que todos los tronos, que todos los partidos, que todos los hombres.

—¿Quién es?

—El tiempo.

—¡El tiempo! ¿Dónde está ese tiempo que no viene?

—Ya vendrá.

—¡Oh! Tarda.

—Es propio del tiempo tardar.

Tilín calló después profundamente. Seguía andando; de pronto, detúvose el guerrillero, y mirando al cielo con espantados ojos y haciendo un gesto convulsivo, como si al mismo Cielo amenazara, exclamó:

—¡Me aborrece!

—¿Quién?

—¡Necia pregunta!—dijo *Tilín,* apretando fuertemente el brazo del caballero—. No tengo amigos; yo no confiaré

a nadie lo que me pasa... Señor Servet...

—¿Qué?

—Míreme usted.

—Ya miro.

Los dos hombres se contemplaron lúgubremente en la oscuridad de la noche.

—Señor Servet—prosiguió *Tilín*, acercando más su rostro al de su improvisado amigo—. ¿Es cierto que yo soy horrible?

—No, ciertamente. Un corazón generoso, una figura tosca, aunque enérgica y simpática, no pueden ser horribles.

—Entonces, ¿no es cierto que yo sea un monstruo?

—¿Un monstruo?

—Sí lo seré; pero de maldad, de... no sé de qué.

Después meditó largo rato, apoyado en un poste de las arquerías de la plaza de San Juan.

Delante de él, Servet contemplaba su faz sombría, alumbrada a ratos por la mirada, y su fuerte y áspera cabellera, que parecía tormentosa nube pensando sobre un horizonte inflamado en ciertos momentos por la sulfúrea luz del relámpago. El caballero cortó el silencio diciendo:

—Usted se ha malquistado con sus jefes. Es indudable que si le cogen los cabecillas apostólicos le fusilarán, y si cae en las manos del conde de España, le fusilará también. La común desgracia nos hará amigos y compañeros. Ayudémonos mutuamente, y huyamos juntos.

—¡Huir! —murmuró *Tilín* con sordo gemido—. Yo también huiré.

—Iremos juntos.

—No; yo tengo que hacer algo en Solsona.

Miró al cielo, hacia la parte donde estaba San Salomó.

—Lo que más importa es no perder tiempo, porque mañana, quizá dentro de algunas horas, no habrá remedio para nosotros. Ya sabe usted que las facciones de Aragón y Navarra, en la imposibilidad de hacer cosas de provecho en aquellas provincias, vienen a reforzar las de Cataluña.

—Yo no sé nada.

—Se dice que pronto llegarán a Solsona. Yo temo volver a visitar los aposentos subterráneos del Ayuntamiento, y usted no debe vivir muy tranquilo, puesto que ya esta declarado rebelde, y no tardarán en declararle vendido a Calomarde. Sé lo que son revoluciones, y sé cómo se trata en ellas a los que después de haberlas servido las abandonan.

Tilín no atendía a las razones harto discretas del forastero. Abstraído en otros pensamientos, dijo de súbito:

—Yo tengo una casa en Cad...., allá en los bosques de la Cerdaña, donde apenas hay raza humana... ¡Qué soledad, qué soledad tan grande!

—¡Ah!—dijo Servert—. ¡Un buen guerrillero, cansado del mundo y herido en el corazón por los desengaños, se retira a hacer vida de anacoreta en su casa solar! Muy bien. Me gusta esa idea, que responde a dos necesidades urgentes: la de descansar de las fatigas de la guerra, o de los sobresaltos amorosos, y la de ponerse a veinte leguas del conde de España, cuya compañía debe evitar quien estime en algo la vida. Y el conde de España está en Cataluña..., lo que equivale a decir que nuestras cabezas y las cabezas de todos los guerrilleros apostólicos están sobre el tajo. En mal hora vendrán esos valientes navarros y aragoneses, como no vengan, según se ha dicho, a someterse.

—El locutorio—dijo Pepet de súbito—está al lado del camarín, donde guardábamos el altar viejo y las piezas del monumento.

Pasmado se quedó el forastero al oir razones tan incoherentes y que tan mal respondían al asunto de que se trataba. Continuó hablando de la necesidad de huir, de la absoluta perdición de la causa apostólica; y cuando pidió a Pepet su parecer sobre tan importante opinión, respondióle el irritado voluntario:

—De aquí a mi casa de la Cerdaña...., cuatro jornadas y cuatro descansos: uno en Regina Cœli, otro en Vilaplana, otro en Nargo, otro en Querforadat.

Oyendo razones tan desconcertadas, Servet pensó que aquel hombre había perdido el juicio.

—¿Cree usted—dijo *Tilín*, echándose las manos a la espalda y dando algunos paseos en contrario sentido—, cree usted, señor Servet, que el viento Sur me será favorable?

—Si piensa usted ir en buque...

—No es eso; digo que será favorable.. ¡Oh! No; mejor será el viento Nordeste.

Y miró al cielo para ver la dirección que llevaban las nubes.

—Norte fijo—afirmó Servet, mirando

también y riendo de los despropósitos de su nuevo amigo—. Cataluña necesita un poco de fresco para limpiar su atmósfera de lo que viene del Sur. También tenemos al rey don Fernando en camino de esta tierra, y, según todas las noticias, ya debe de estar cerca de Tarragona. Ese solícito y paternal monarca ha querido venir por sí mismo a aplacar la insurrección... ¿Sabe usted, señor *Tilín*, que más me huele a cáñamo que a pólvora?

El voluntario no contestó sino después de pasado un rato.

—Todo podrá quedar hecho en una hora—dijo, mirando con extravío a don Jaime—, y se hará, se hará.

Al decir esto, oyóse lejano y ronco el ruido de los tambores de guerra, y algunos hombres pasaron presurosos por la plaza, disputando. Reunióse bastante gente, y entre el rumor de las hablillas oyóse:

—Las facciones de Aragón, ahí están.

—Ahí tenemos ya a la canalla que faltaba—dijo Servet—. Ya vengan a pelear, ya vengan a someterse, conviene evitar su compañía. Buenas noches, señor *Tilín*.

El voluntario le estrechó la mano, diciéndole:

—Tendrá usted el caballo que desea; pero es preciso que me dé su coche.

—Con la mejor voluntad del mundo —replicó el otro lleno de gozo—. Es un mueble que no me parece mío sino por lo que me estorba.

—Pues yo lo necesito; es para mí de grandísima utilidad.

—Como el caballo para mí. Bendito sea el momento en que, entrando por la calle de los Codos, vi descolgarse de la tapia...

—Basta. Usted no ha visto nada.

—Es verdad, amigo y protector mío, nada he visto.

Estipularon en seguida de un modo formal y definitivo el cambio que habían indicado. Servet daría su tartana a *Tilín* a trueque de un caballo. Mas como el guerrillero no tenía por el momento más que el suyo, o sea el de *Jep dels Estanys*, hizo solemne promesa de buscar el que Servet necesitaba y de ponerlo a su disposición en todo el día siguiente.

No pudo fijar *Tilín* punto determinado para verse ambos amigos en el curso de las veinticuatro horas siguientes, «porque — decía — mis quehaceres serán muchos mañana, y no se me podrá ver por ninguna parte».

Al fin quedó concertado que Servet entregaría al día siguiente su coche y fuera al caer de la tarde a la posada de José Guasp, donde hallaría a un amigo de *Tilín* y con éste el deseado caballo. Dándose afectuosos apretones de manos, despidiéronse cuando ya entraban en la plaza los grupos de guerrilleros aragoneses y navarros que acababan de llegar.

—¿Podremos hacer el viaje juntos? —dijo Servet al voluntario.

—De ningún modo—repuso éste—. ¿Sale usted mañana?

—Contando con el caballo, mañana.

Tilín clavó sus ojos en el cielo. Ceñudo y fosco, parecía leer en la tierra misteriosos anuncios del Destino.

—Entonces...

Y dijo una frase que uno y otro, ¡ay! habrían de recordar más tarde.

Aquella frase era:

—Quizá nos encontremos en el camino.

XVIII

El caballero don Jaime Servet (de quien hemos de ocuparnos ahora con algún detenimiento) se retiró al campo y a la casa de Guimaraens, donde estuvo solo todo el siguiente día. Impaciente y sin sosiego, esperaba la tarde para ir a la ciudad y tomar el caballo prometido; así, cuando comenzó a oscurecer, quiso despedirse de la señora Badoreta, que por orden de su amo le había prestado ropa y algunos dineros para el viaje; pero la señora Badoreta no estaba en la casa, y el caballero tuvo que marcharse sin despedirse de ella, y lo que es más sensible, sin comer. Partió hacia la ciudad. En la cabaña situada fuera de la puerta de Travesat halló a Pepet, que puntual había ido a tomar posesión de la tartana. Estaba el guerrillero en compañía de seis hombres cuyo aspecto pareció a Servet harto sospechoso, y aun el mismo *Tilín* parecióselo más sombrío, más ceñudo, más hipocondriaco que de costumbre. Pocas palabras cambiaron. *Tilín* anunció a su amigo que el caballo le esperaba en la posada de Guasp.

—¿No entra usted en Solsona?—le dijo Servet.

—No; está atestada de navarros y aragoneses. Me repugna esa gente.

Despidióse de su amigo, y como el día anterior, le dijo:

—Quizá nos encontremos en el camino.

Servet entró en la ciudad. Vestía un traje ambiguo que, de la cintura abajo, era de caballero, y de medio cuerpo arriba, de payés, terminando el atavío con la barretina. Su chaquetón pardo con vueltas encarnadas dejaba ver el pecho, donde se cruzaban los curvos mangos de dos pistolas, cuyos cañones desaparecían entre la seda de una faja morada. El pantalón, de pana oscura, era ajustado y desaparecía en la rodilla, bajo el borde de cuero de sus botas negras, con espuelas de plata. A pesar de la suavidad de la estación, no había olvidado la manta, necesaria en las altitudes de los puertos del Pirineo.

Sin detenerse más que en comprar avíos para cargar sus armas, encaminóse a la posada de Guasp, punto de mucha concurrencia, por ser la parada de todos los carros y caballerías; y, además, por el despacho de vino y comidas, reunía en la oscura y fétida sala baja a todos los holgazanes de Solsona y sus cercanías. Aquella noche el figón rebosaba de gente, y por su enorme puerta chata y gibosa salía un bullicio ronco y un vaho inmundo, semejantes a las blasfemias y al vinoso hálito que salen de la boca del borracho. El humo de los cigarros envolvía el enjambre de bebedores en una nube que hacía palidecer las luces. Componíase tan noble concurrencia de guerrilleros navarros y aragoneses, y estaban discutiendo si seguirían h a c i a Manresa o se volverían a su país, pues ya la guerra se tenía por abortada. Cuando don Jaime entró, oyó que decían: «Nos han engañado..., nos han tendido un lazo. Esto es una farsa... Volvámonos a nuestra tierra.» Algunos hablaban la jerga indefinible en la cual los eúscaros hallan gran belleza eufónica, y que la tendrá realmente cuando sea bello el ruido de una sierra.

Servet buscó al posadero, a quien conocía desde antes de su prisión, y hallado aquel insigne hombre, cuya semejanza con un tonel sostenido en dos patas de oso era perfecta, le preguntó por el caballo que había dejado *Tilín*. El posadero le contestó que el caballo estaba en la cuadra. Grande era la prisa de Servet, pero su hambre era mayor, y anhelando acallar tan fiero enemigo, pidió un poco de carne asada y vino. Procuraba buscar los sitios más oscuros y huir de los grupos más bullangueros; pero en todas partes había gente. Dirigíase a un rincón, que era sin duda el más ahumado, el más tenebroso y el más fétido del local, cuando vióse frente a frente de un hombre alto y proceroso que clavó en él asombrado sus ojos. Para ver a tal hombre, es preciso que el lector se imagine antes una zalea bermeja cuyos abundantes vellones apenas dejan ver unos pómulos rojos, dos ojos azules y una nariz mediana. La zalea era la barba; lo demás, la cara del individuo que apenas tenía frente, y ésta desaparecía bajo el borde redondo de una gorra blanca.

Servet le miró también, y se estremeció de terror; mas, disimulandolo, siguió adelante. Oyó que el coloso barbado decía a otro de poca talla, regordote y moreno:

—Oricaín, mira esa cara.

Y señaló al forastero que quería confundirse entre la multitud. El pequeño dijo al grande:

—Zugarramundi, ¿estás seguro de que es él? (1).

Servet salió al patio, que era grande y tenía en uno de sus costados un gran tinglado a cuyo amparo pensaban gravemente caballos y mulas. Púsose a examinar los animales buscando el suyo, y afectando no ocuparse de los que le seguían; pero estaba muy intranquilo, y en vez de caballos y mulas veía los inmensos peligros que tan a deshora le habían salido al encuentro.

De pronto oyó tras de sí la voz del gigante barbudo que gritaba:

—Carlos, Carlos, baja.

Y después la voz de otro que dijo:

—Señor coronel Navarro, baje usted.

Ya no quedó al forastero duda alguna respecto al grandísimo aprieto en que se vería; pero como era hombre de mucho temple, pensó que la precipitación y azaramiento podían perderle. Afortunadamente, pasó el mesonero con una cesta de paja, y Servet, formando un plan al instante con la rápida inspiración que infunde el peligro, le dijo:

---

(1) Pueden verse estos personajes en *La segunda casaca*, tomo I de esta edición.

—Señor Guasp, me siento indispuesto y quiero pasar aquí la noche. Déme usted un cuarto.

—¡Un cuarto!—gruñó jovialmente el tonel con forma y alma humana—. ¿Y de dónde voy yo a sacar un cuarto? Como no quiera usted uno de los cuatro míos.

—¿No hay ninguno? ¿Ni siquiera aquel donde dormían los volatineros hace dos meses?

—¡Ah!... Aquél, sí... Libre está, y si usted lo quiere, saque la llave de mi bolsillo. No puedo valerme de las manos.

—Gracias... Aquí está la llave—dijo Servet, retirando su mano de los bolsillos del señor Guasp.

—¿Sabe usted cuál es el cuarto?

—Ya, ya sé—dijo el caballero, dirigiéndose sin precipitación al otro extremo del patio, donde había una puerta que más bien de pocilga que de habitación para hombres parecía.

Mientras abría la puerta, observó a los que le observaban. Eran el individuo de las espesas barbas, su compañero y un tercer personaje con uniforme militar. No distinguió Servet su cara; pero la reconocía en la oscuridad de la noche y la reconociera en medio de las tinieblas absolutas.

El caballero entró en su vivienda y cerró por dentro.

«Ahora—penso—, que venga a buscarme.»

Y se ocupó de cargar sus pistolas. Hecho esto, aplicó el oído a la puerta.

—Ya viene—dijo—; y por el ruido que hace, parece que trae un regimiento para cazarme... Bien, señor Garrote; tu cobardía no se ha de desmentir en ningún caso. Traes cien perros contra un solo hombre. ¡Oh! Maldita sea cien veces mi suerte—exclamó hiriendo furiosamente el suelo con su pie—. Me cazará como a un gazapo.

Llevó su mano a la frente y se dió un golpe con ella, como para que del choque brotase una idea. La idea brotó.

—No, no; no seré tan necio que les aguarde aquí. ¿De qué me valdría una defensa desesperada? ¡Ah! Malvado asesino, no sospechaba que fueras jefe de estos bandidos de Aragón y Navarra. Debí creerlo así, porque allí donde hay bandoleros has de estar tú para mandarlos.

Volvió a escuchar. Bulliciosa gente se acercaba por la parte exterior.

—¡Ah! ¡Cobarde sayón!—murmuró Servet corriendo a la ventana y abriéndola—. Por esta vez se te escapa la pieza... ¡Maldito seas de Dios!

Mientras sonaban golpes en la puerta, él midió la altura de la ventana sobre el suelo. No era mucha, y aunque lo fuera, no vacilara en arrojarse. Saltó y hallóse en un corral. Felizmente había un gran portalón a poca distancia, y entróse por él sin saber adónde iba. No había dado diez pasos por aquel recinto acotado, cuando se vió acometido por dos enormes perros, de los cuales, a pesar de su brío, no pudo defenderse. Le magullaron atrozmente un brazo y una mano. Un mozo apareció armado de garrote; mas sin darle tiempo a que le acometiera, fué derecho a él Servet, y apuntándole con una pistola, le dijo:

—Si al instante no me abres camino para salir a la calle, te mato. Sujeta esos perros, o si no te mato también.

Sin duda el joven (pues era un joven hortelano de pocos alientos) creyó que se las había con algún personaje de campanillas y no con un ladrón o ratero de gallinas, como al principio pensara, porque temblando de miedo le dijo:

—No me mate usted, señor, y le enseñaré dónde se va a la calle.

Los perros, contenidos por el muchacho, dejaron de acometer al fugitivo.

—¿Es usted...?—balbució el joven.

—Déjate de preguntas... Guía pronto y sácame de aquí, porque te mato.

—Venga usted, señor, y guarde esa pistola, por amor de Dios.

Y le condujo a una puerta, que abrió. Al verse en un pasadizo oscuro y estrecho, el caballero dijo:

—¿Qué calle es ésta?

—El callejón del Cristo.

—¿Adónde va?

—Por la izquierda, a la plazuela de las Tablas; por la derecha, a la calle de los Codos.

—¿Y adónde sale la plazuela de las Tablas?

—A la muralla y a la cuesta de Peramola, adonde están las veinte casas arruinadas.

Servet miró a un lado y otro como el hombre que viendo dos muertes iguales a derecha e izquierda, no sabe cuál preferir. Mas era preciso decidir, y se deci-

dió. Sin decir adiós al muchacho, tomó hacia la izquierda.

Iba despacio, pegado a las casas para ocultarse más en la sombra. Antes de llegar a la plazuela de las Tablas, sintió pisadas de hombres que parecían brutos y una voz que claramente lanzó al negro espacio estas palabras:

—Por aquí ha de salir, por aquí... No puede escaparse.

Volviendo atrás, corrió a escape en la dirección contraria. Era aquél, más que callejón, un tubo, sin salida lateral alguna. No vió puerta abierta, ni ángulo, ni resquicio. Andaba por allí como la bala por el ánima del cañón. Su fuga era semejante a la que emprendemos en sueños, cuando nos vemos perseguidos por horrible monstruo y no tenemos más escape que correr por larguísima galería que no se acaba nunca, nunca. El monstruo nos sigue, nos alcanza, y la galería, ¡oh angustia de las angustias!, no tiene fin.

Salió por fin a una calle: era la de los Codos. Siguióla en dirección a la puerta del Travesat, porque hubiera sido temerario dirigirse hacia el corazón de la ciudad. Sus perseguidores le seguían, eran muchos: veinte o treinta lo menos, a juzgar por las patadas y los gritos. Decían: «Ahí va, ahí va.»

La calle de los Codos era como una zanja formada por la muralla de la ciudad y la tapia de San Salomó. Tres ángulos agudos y contrarios, determinados por los baluartes, hacían de esta zanja un zigzag. Servet apretó el paso. Llegó a un punto en que sus perseguidores no podían verle, porque la noche era oscura y, además, le protegía la pared saliente de San Salomó. Allí, detrás de aquel gran pliegue del muro, se detuvo para respirar. Pero no había tiempo de tomar aliento, porque los sabuesos venían y sus infames ladridos sonaban cerca.

Con rapidez inapreciable Servet pensó que su única salida era la puerta del Travesat; pero en la puerta había guardia, y era más fácil cogerle. ¿Se arrojaría por la muralla? No, porque sería milagro que no se estrellase.

—¡Ah! —exclamó con súbito gozo—. Dios es conmigo.

Alzando su mano la extendió por la pared de San Salomó hasta tropezar con un grueso y fuerte clavo. Se agarró a él, y su cuerpo trepó... Al punto buscaron sus manos una soga; halláronla, y haciendo un esfuerzo de desesperado, subió como un marinero. ¡Arriba! Subía con el corazón, con el impulso de su sangre hirviente, con el empuje elástico de sus músculos de acero, con su pensamiento atrevido, con su alma toda.

Una vez arriba, prestó atención. La jauría pasaba. Oyó después disputar en la puerta del Travesat. La guardia sostenía que por allí no había salido nadie. Los infames cazadores retrocedían para reconocer la muralla, donde había lienzos destruídos por donde un hombre podía escabullirse y bajar, aunque difícilmente, al campo. No parecían sospechar de San Salomó, y recorrieron la calle de los Codos, y después salieron al campo, y volvieron a entrar, y tornaron a salir metiendo tanta bulla, que no parecía sino que en Solsona andaba suelto el Diablo.

XIX

La idea de su triunfo regocijó de tal modo a Servet, mejor dicho, le enloqueció tanto, que estuvo a punto de gritar: «¡Galgos del infierno, no me cogeréis aquí!»

No pudo reprimir la risa que le inspiraba el inútil furor y la confusión de sus perseguidores. Se reía con toda su alma, inundada de una complacencia delirante. Creía sentir bajo su cuerpo la trepidación del convento y del pueblo todo, la cual era como la prolongación de su carcajada.

Siguió observando, y vió que sus perseguidores se detenían al pie del muro, y uno de ellos señalaba a lo alto. Había sospechado, y la idea no había parecido a sus compañeros absurda. Servet les oyó discutir; después miraron todos hacia arriba, como si un secreto instinto u olfato de sabueso les indicase que allí estaba el rastro del hombre perdido. Servet tuvo cuidado de retirar la cuerda. Ellos seguían mirando; al fin, retiráronse, quedando algunos como de guardia.

«Esos salvajes —pensó Servet— serán capaces de registrar el convento.»

Comprendiendo que allí era grande también el peligro si no tomaba resolución pronta, Servet exploró el lugar adonde su buena o su mala estrella le había llevado y vió confusamente las ne-

gras alas del convento, el emparrado tendido como un puente de verdes pámpanos entre el muro y el edificio, y, por último, una luz en la reja más cercana. Entre tanto, un dolor agudísimo en el brazo recordóle que había sido mordido poco antes, y que su herida, ensañada por el esfuerzo últimamente hecho, y por el roce de los ladrillos, podría tomar carácter de gravedad. Su debilidad recordóle también que no había comido nada en todo el día, y que era urgente acudir a la restauración de fuerzas tan bien empleadas hasta allí y tan necesarias aún si Dios no se ponía de su parte.

Pronto comprendió nuestro fugitivo que no podía haber dado con su pobre cuerpo en sitio menos a propósito. ¡Un convento de monjas! ¡Buen genio tendrían las madres para recibir a deshora huéspedes llovidos!

La extraordinaria santidad de aquel lugar hacíalo, ¡cosa horrible!, casi tan inhospitalario como el Infierno. Pero ni estas consideraciones, que habrían bastado para dar en tierra con el corazón más esforzado, abatieron el de Servet, que confiaba mucho en las soluciones providenciales e inesperadas, en los bruscos cambios de la suerte, o, si se quiere decir más clara y cristianamente, en la misericordia de Dios.

Encomendóse a El con todo su corazón y deslizóse por el emparrado adelante, poniendo pies y manos donde parecía haber resistencia. Andaba como un gusano, y su situación, con ser tan deplorable, le hacía sonreír. Cerca de él brillaba la claridad de una luz que parecía arder en el recatado y honesto recinto de una celda. La reja estaba entreabierta. ¡Oh Dios poderoso! En el interior, una hermosa monja leía.

El caballero pensó lo siguiente:

«Necesito ahora de toda la audacia, de todo el descaro, de toda la sangre fría que puede tener un desesperado.»

Entre los peligros, mejor dicho, la muerte segura que había fuera de aquellos muros y las desconocidas soluciones que podría ofrecerle aquella casa, no debía existir vacilación. La inspiración divina que le llevó desde la calle de los Codos a deslizarse como un reptil por entre los pámpanos, podría sugerirle dentro de San Salomó recursos salvadores. Era preciso tener mucho arrojo, firmeza grande en la acción y rapidez suma, lo mismo que cuando se va a dar una gran batalla.

Concibió su plan, y con aquella prontitud aquilífera, que es la cualidad primera del genio estratégico, empezó a ponerlo en ejecución. Saltó a la galería, empujó primero suavemente la puerta de la celda, y viendo que cedía, abrióla con fuerza... Entró.

Súbitamente cerró tras sí, y dirigiéndose a la monja y poniéndole su puñal al pecho, le dijo:

—Si usted da un grito de alarma, si usted llama, si usted denuncia de algún modo a la comunidad mi entrada en el convento, me veré precisado a matarla, y la mataré con sentimiento, pero sin vacilar un instante. El peligro me obliga a ser despiadado.

Ya dijimos que sor Teodora de Aransis había creído ver un bulto, un hombre, el dragón. Su sorpresa y terror fueron mayores al ver que no era *Tilín* el que entraba: era un desconocido.

El miedo, el estupor, la visión del arma terrible cuya punta tocaba su pecho, quitáronle todo movimiento y paralizaron el curso de sus pensamientos, y detuvieron en su garganta la palabra. Sólo pudo exhalar un débil gemido, como la cordera próxima a morir, y balbució estas palabras: «Hombre, no me mates, no me mates.»

Había cruzado sus hermosas manos blancas, y con suplicantes ojos, más que con palabras, pedía misericordia al aventurero intruso.

—Señora—dijo éste, amenazando siempre con su arma—. No soy un ladrón, no soy un asesino; soy un desgraciado caballero víctima de las discordias civiles y de una miserable venganza. He entrado aquí al azar, huyendo de un inmenso peligro; no vengo a llevarme nada ni a faltar al respeto; sólo pido amparo por poco tiempo, un hueco, un escondite. Elija usted entre la muerte y otorgarme lo que le pido, comprometiéndose a ocultarme en sitio seguro si, como creo, es registrado esta noche el convento para buscarme.

Sor Teodora no podía decir nada. Convulsión violenta agitaba su cuerpo, y sus ojos desencajados se fijaban en el aparecido como en espectro aterrador. El intruso tuvo una idea. Volviéndose rápidamente cerró la puerta, y tomando una silla sentóse delante de ella.

—Señora—dijo gravemente, bajando la voz—, mi situación es sumamente desagradable para mí. Mi brusca entrada en esta casa de paz y santidad, la audacia con que he profanado esta celda honesta y venerable, presentáronme a los ojos de usted como un ser aborrecible, espantoso. No podré con palabras hacer que se forme de mí una opinión mejor, no; el peligro en que me veo me ha obligado a amenazar a usted con esta arma que sólo usan los malvados... Pero no; yo intentaré..., yo intentaré convencer a usted de que no soy un criminal, sino un desgraciado, el más desgraciado de los hombres. Heme hallado solo en la ciudad, frente a centenares de enemigos... ¿No es legítima mi defensa? ¡Ah!, señora. Mientras yo tenga sangre en mis venas, mientras mi mano pueda empuñar un arma y mi cuerpo pueda sostenerse, no entregaré mi vida a la ferocidad de esa gente, no mil veces... He luchado contra inmensos obstáculos. A punto de caer en manos de mis verdudos, un milagro me ha salvado: la mano de Dios me ha levantado y me ha puesto aquí. Es preciso que yo me salve, no porque estime en mucho mi vida, que poco vale, sino por no dar a esos miserables el regocijo de la victoria... Señora —añadió con noble acento—, perdone usted la violencia de mis palabras y mis crueles amenazas. Han sido recurso impuesto por la necesidad, superior a mi carácter, a mi respeto, a todo; por el peligro que convierte en fieras a los seres más pacíficos.

Sor Teodora empezó a recobrar el uso de sus pensamientos, de sus palabras, de su acción.

—Váyase usted de mi celda—dijo con torpe y angustiosa voz—; salga pronto de aquí, y acójase en cualquier parte del convento. Yo no lo denunciaré... Yo no.

—¡En cualquier parte del convento!... No conozco el edificio. Si le registran esta noche para buscarme...

—¿Y quién, quién se atreverá a registrar a San Salomó?

—Quien se ha atrevido a cosas mayores, señora.

—Salga usted al instante de mi celda —repitió sor Teodora, restableciéndose prodigiosamente en el ejercicio de sus facultades intelectuales y vocales—. No puedo tolerar esta profanación horrible. Salga usted y ocúltese...; no diré nada. Si usted no se va, gritaré y llamaré a las hermanas. Por pronto y bien que usted me mate, no me faltará un aliento para pedir auxilio.

—¡Oh! No—exclamó el caballero—. Me arrepiento de mi primer arrebato. No pondré la mano en quien ya me ha prometido un poco de amparo permitiéndome que me oculte en cualquier parte del convento. Ya encuentro una generosidad que no esperaba, y esto me mueve a abandonar el papel odioso que a pesar mío, hice al entrar aquí. Señora...

El intruso se levantó.

—¿Qué?

—Señora, si yo pudiera mover a compasión el espíritu elevado y piadoso de usted, me tendría esta noche por el más feliz de los hombres. Entré aquí inspirando miedo. Prefiero cualquier beneficio otorgado por la caridad a las mayores ventajas concedidas por el miedo.

—Bien, bien—dijo sor Teodora deseando poner fin a aquella escena, que aún la parecía espantosa pesadilla—. Váyase usted, ¡por las llagas de Jesucristo!... Váyase..., escóndase en cualquier parte... Yo haré que no sé nada... Es lo único, lo único que puedo hacer.

—Yo saldré, saldré—dijo Servet—; pero si usted me lo permite...

—No admito réplica... Fuera, fuera de aquí—prosiguió la monja adquiriendo al fin dominio sobre sí misma y acercándose con paso seguro y ademán imponente al intruso.

—¡Oh!, ¡señora!... Cómo me atreveré a pedir a usted un poco más de compasión, un poco, casi nada.

—No oigo una palabra más. Salga usted..., ya no temo sus armas, las desprecio, porque mi deber se sobrepone a todo y al miedo de morir.

—Señora...

El caballero dió un gran suspiro, apoyóse en la silla, después dejó caer su cabeza sobre el pecho, y sus brazos desfallecidos extendiéronse a un lado y otro Volvió hacia la ilustre religiosa su semblante pálido, y con dolorido acento le dijo:

—Estoy herido.

Sor Teodora se quedó cortada y parecía meditar. El forastero caía rápidamente en profundo marasmo. Mortal palidez cubrió su rostro, y su voz sonó cavernosa como la del que agoniza.

—¡Herido!—repitió la monja, mirando el brazo ensangrentado—. Es verdad.

—Si la caridad, señora—murmuró el caballero—, no se sobrepone en el ánimo de usted al rencor que le he inspirado, al sentimiento de la profanación de esta casa por mi entrada importuna, a su recato y a sus escrúpulos de monja, declárome abandonado, no sólo de los hombres, sino de Dios, y me resigno a morir. No puedo más.

Cerró los ojos, y su abatimiento fué más visible.

—Mis escrúpulos—indicó sor Teodora con entereza—no me impedirán dar a usted algunos auxilios. ¿Esa herida es grave?

—Es la mordedura de un perro; siento dolores horribles. Después he tenido que trepar por la tapia de San Salomó y me he magullado horriblemente el brazo herido.

«Mi conciencia—pensó la religiosa—no me dice nada contra la idea de curarle esa herida y vendarle el brazo.»

Y dirigióse a la alacena para sacar de ella lo necesario.

—¡Oh señora!—dijo el intruso con fervor—. Ya veo que Dios no me abandona. Perdón, perdón por mis amenazas al entrar aquí, por mi lenguaje descortés. Creí entrar en la caverna de un enemigo y me encuentro en la morada de un ángel.

Sor Teodora echó vino en un vaso. Parecía muy atenta a preparar la medicina; pero su semblante ceñudo no indicaba gran tranquilidad en su alma.

—Señora y venerable madre—añadió el herido, tomando su puñal y sus pistolas y poniéndolas sobre la mesa—. Ahí tiene usted las armas que le han inspirado tanto miedo. En presencia de un ángel de bondad me desarmo. Me entrego a usted en cuerpo y alma y estoy dispuesto a obedecerla. Me someto a su autoridad, y si mi bienhechora se arrepiente de serlo y me denuncia, hágalo en buen hora. ¡Infeliz de mí! Antes lo fiaba todo a mi audacia y al arrojo que me infundía el peligro; ahora lo fío todo a la nobleza y a la caridad de esta dama, tan santa como hermosa, que tiene pintada en su semblante la bondad de los ángeles. ¡Bendito sea Dios, que me ha traído aquí!

La de Aransis dejó un momento su obra para recoger las armas y ponerlas en otro sitio.

—Soy de usted—dijo el herido con sumisión—. Mi libertad, mi vida, están en sus divinas manos.

XX

Poco después los blancos, finísimos dedos de Teodora se acercaban temblando a la herida y tocaban sus bordes doloridos. El semblante de la religiosa era todo compasión, y el del aventurero gratitud.

—Esto debe lavarse—dijo ella.

Sin detenerse, echó agua en una jofaina de plata, añadiéndole gotas de una esencia aromática que perfumó la celda. Después de lavar la herida, aplicó sobre ella el vino que había batido con aceite, y la vendó al fin cuidadosamente.

Clavando sus negros ojos en el herido, señaló la puerta y le dijo:

—Ahora...

—Ahora sí—repuso él de mála gana, sin moverse de su silla—. Si yo me atreviera a decir a la señora una cosa...

Hablaba en el tono más humilde.

—¿Qué cosa?—preguntó sor Teodora con severidad.

—Que me muero de hambre, señora.

Al decir esto parecía que sus fuerzas se extinguían y que iba a perder el conocimiento. La monja miró al suelo, luego al instruso, después a la rica alacena de talla, que guardaba tantos tesoros.

—Las inmensas fatigas del día de hoy —añadió Servet con profunda lástima de sí mismo—no me han permitido llevar un pedazo de pan a la boca. El hambre y el cansancio me agobian de tal modo señora que si usted me arroja de aquí en este triste cstado, no pqdré dar un paso.

La venerable madre volvió a fruncir el ceño. Parecía vacilar. Después dirigióse a la alacena y sacó de ella un objeto que despedía olores gratísimos al olfato: era una gallina asada. Su dorada pechuga, sus gordos muslos medio achicharrados por el fuego, decían «comedme». El hambriento se reanimó sólo con la vista de tan hermosa pieza, honra de las cocinas de San Salomó.

Sin decir una palabra, la monja tendio sobre la mesa un mantelito, blanco

y limpio como el cuello de un cisne; puso en él la fuente con la gallina, un pan entero y una botella de vino blanco, que en el subido color de oro y delicadísimo aroma indicaba sus muchos años. Hecho esto, sin olvidar el cubierto y un vaso de plata, se apartó de la mesa..., y tomando una silla sentóse en ella, volviendo la espalda al intruso, que había caído ya sobre la cena. Sor Teodora no acompañó con una sola palabra su acción, ni tampoco con una sola mirada. Tomando su libro de oraciones, se puso a leer.

—Si mil años viviera—dijo el hambriento, después de los primeros bocados—, no tendría tiempo bastante para agradecer a usted lo que ha hecho por mí esta noche, venerable madre.

Hubo una pausa, durante la cual nada se oía más que el ruido del comer. La de Aransis miró de reojo; viendo que el intruso, después de despachar media pechuga y un ala, se detenía, levantóse y de la alacena sacó unas lonjas de jamón adornadas con esa filigrana de cocina que llaman huevo hilado y es tan agradable al paladar como a la vista.

—Gracias, señora—murmuró don Jaime—. Mi hambre ha sido satisfecha, y me basta.

La monja sacó también un plato de confituras y se lo puso delante. Sin mirarle ni cambiar con él palabra alguna, volvió a su asiento y tomó su libro. ¡Qué ganas de rezar le habían entrado! Sin duda quería desagraviar a Dios del grandísimo desacato y profanación que la entrada de aquel hombre en su celda representaba. Pero el aventurero se cansó del largo silencio, y deseoso de romperlo, habló de este modo:

—Bien sé, reverenda madre, que el hombre que ha entrado aquí como un ladrón, amenazando y aterrando, no merece ser tratado con miramiento ni consideración. Lo más que se puede hacer por él es darle una limosna; pero nada más, nada más.

Sor Teodora no pronunció sílaba ni movió pestaña. Parecía una de esas estatuas en que el arte ha representado a un grave personaje histórico leyendo sobre su sepulcro.

—Bien sé que este hombre no merece consideración—añadió el caballero—. Si se le conociera bien, quizá la tendría; pero no se le conoce, no es más que como un saltador de tapias. ¡Ah, si se conocieran sus inmensas desgracias, los móviles que le han traído aquí, quizá, quizá no tendría el sentimiento de ver apartados de sí los ojos de su bienhechora. Permítame usted—añadió, dirigiéndose a ella—que me duela de este desvío. No estoy acostumbrado a él. He tenido la suerte de encontrar hasta hoy simpatías, afecto, amistad en todas partes. Bien sé que pedir esto en el caso presente sería mucho pedir... He recibido mucho más de lo que podía esperar, y mi gratitud será eterna.

Inclinóse profundamente con el mayor respeto.

—Demasiado favor es—dijo sor Teodora sin mirarle—auxiliar a un hombre desconocido que ha entrado aquí como entran los ladrones sacrílegos.

Entonces le miró, y con súbito enojo le dijo:

—Pero ¿no se marcha todavía?...

—Espero las órdenes de mi dueño—replicó el intruso, inclinando su cabeza.

—Váyase usted.

—¿Adónde, señora?

—Al Infierno..., ¿qué sé yo?

—No puedo salir de San Salomó mientras estén en Solsona las guerrillas de Navarra. Me es imposible, señora. Si salgo, mi muerte es segura: entre mis cazadores hay uno que jamás perdona.

—Y ¿qué me importa eso?—dijo la monja, alzando bruscamente los hombros y cerrando el libro.

—Yo he puesto mi vida en manos de usted, señora; en esas manos que han nacido para ser generosas y que lo serán, aunque usted misma no quiera. He entregado a usted mis armas. Estoy indefenso. Si usted no quiere completar su acción caritativa ocultándome en el convento por esta noche, abra esa puerta, llame a las buenas madres que duermen, alborote la casa, toque la campana de alarma, llame a las autoridades de la ciudad y entrégueme a ellas. Si usted lo hace lo acepto; recibiré mi perdición y mi muerte como si vinieran de Dios.

—¿De modo que insiste usted en quedarse aquí?—dijo la Aransis, confusa y asombrada.

—Por mi voluntad, sí, señora; porque nadie va voluntariamente a su ruina. Si usted, en conciencia, cree que debo ser arrojado de este asilo que me deparó la Providencia, arrójeme en buen hora.

—¿Hase visto un descaro igual?... ¡Un

hombre en mi celda!... ¡Jesús y María Santísima de mi alma!

La madre se llevó las manos a su preciosa cabeza cubierta con las blancas tocas.

—No pretendo que usted me oculte aquí, sino en cualquier otro sitio donde esté seguro. Lo pido como se piden los favores, no con amenazas ni con armas; usted hará lo que su conciencia le dicte, señora: o entregarme a mis enemigos, o salvarme.

—¿Cómo he de salvar a quien no conozco, cómo? No es virtud, sino pecado, ocultar al criminal y ponerle a cubierto de la Justicia.

—Yo no soy criminal, ni nunca, nunca lo he sido, señora—declaró el intruso con acento patético y conmovido.

Su acento tenía la admirable entonación del honor verdadero, que no puede confundirse con ninguna otra. Los histriones más hábiles apenas pueden fingirla. Sor Teodora, que tenía su alma fácilmente abierta a la convicción, principió a experimentar hacia Servet las agradables sensaciones que producen los movimientos de benevolencia en el corazón humano.

—Por el que está en esa cruz—dijo el herido, extendiendo su mano hacia el crucifijo—, juro que no soy criminal, que no lo he sido nunca, que esta cacería que ahora sufro no es movida por ningún hecho deshonroso.

—El cazador de usted ¿quién es?

El caballero vaciló un instante. Comprendiendo que la verdad le salvaría, dijo:

—Es un celoso.

—¡Un celoso!—repitió sor Teodora, sintiendo su cerebro cargado de ideas que repentinamente entraron en él.

—Un celoso y, además, un fanático. Si yo le contara a usted esa historia, usted, que es buena y noble, dejaría de ver en mí un criminal atrevido; y si en el curso de ella aparecían faltas graves, seguro estoy de que me las perdonaría.

—Tal vez no—replicó ella, que había empezado a sentir abrasadora curiosidad sin poder precisar de qué ni por qué.

—Y pongo por testigo a Dios de que la protección que usted se digne concederme esta noche no será mal empleada ni recaerá en persona indigna de ella. No es vanidad, señora, lo que voy a decir: si usted, faltando a todas las leyes de la caridad, diera la voz de alarma y me entregase a mis enemigos, cometería un crimen abominable, porque crimen es entregar al verdugo un inocente.

Sor Teodora replicó, frunciendo el ceño:

—Eso podrá ser verdad y podrá no serlo.

—Sí, podrá ser verdad y podrá no serlo. Pero esto no lo ha de decidir el discernimiento frío de un juez, sino el corazón noble y generoso de una dama, de una religiosa, de una santa. Elija usted, señora.

Sor Teodora dió un gran suspiro, indicio cierto del grave compromiso en que estaba su alma, fluctuando entre el rigor de los deberes monásticos y la bondad de su corazón. No siempre va éste en perfecto acuerdo con las tocas.

—No me será muy difícil creer—dijo después de una larga pausa—que no estoy delante de un ladrón, bandolero o asesino. Bien veo por su lenguaje que no pertenece usted a esa pobre clase plebeya, de la cual salen todos los malvados. Hasta llegaré a creer que pertenece usted a la clase más alta de nuestra sociedad. Ciertos modales y lenguajes no se adquieren sino habiendo nacido a larga distancia del populacho... Pero hay muchas especies de criminales desde que la política ha trastornado la sociedad, y quizá usted, sin ser precisamente reo de esos feos delitos, propios de la baja plebe, haya cometido otros que me vedarían en absoluto ampararle.

—Señora, no comprendo a usted.

—Desde que me entregó sus armas, desde que usted me habló de esa terrible persecución que sufre, formé un juicio que creo ha de resultar cierto. A ver si me engaño: el afán con que usted huye de los guerrilleros de Navarra es porque sin duda algún celoso defensor del Altar y el Trono ha visto en usted a un enemigo de esta causa sagrada. Usted es espía de Calomarde y de las tropas del rey, que ya están sobre Cervera. ¡Oh! Señor mío, no creo en la farsa de esa cacería por celos, no; tanta inquina en ellos, tanto recelo en usted, me prueban que anda por medio la pasión de las pasiones..., la política. Y siendo usted amigo de esos hombres corrompidos que vienen a sofocar esta santa insurrección por la Fe, ¿se atreve a buscar asilo den-

tro de los muros sagrados de San Salomó?... ¡Qué audacia!

—¡Oh señora!—exclamó el caballero, cruzando las manos—. Nada podré ocultar a usted. Dios ha dispuesto que me revele a mi bienhechora tal como soy... Me he fiado a su generosidad, y su generosidad no puede faltarme. Hallo en usted un carácter que despierta en mí grandísima afición y simpatía, y no puedo dejar de corresponder a ese carácter mostrando la parte principal del mío que es el amor a la verdad. El corazón me dice que de tan noble y hermosa dama, que de tan ejemplar religiosa no he de recibir más que beneficios. Señora, me presentaré a usted con mi verdadera forma, y así me haré más acreedor a su amparo... Yo no soy espía de Calomarde.

—Entonces...

—Los defensores de la llamada causa apostólica y los realistas de Madrid son igualmente extraños a mis ideas y a mis acciones. Habiéndome impuesto ahora el deber de decir a usted la verdad pura, creyendo que así ha de tomar más interés por mí, le diré... Salga lo que saliere, señora, digo a usted que soy liberal

Sor Teodora sofocó un grito y se puso pálida.

—Y repito ahora lo que antes dije —manifestó el intruso, arrodillándose ante la monja en la actitud más respetuosa—. Reverenda madre, disponga usted de mi suerte. Entrégueme usted a mis enemigos o salve esta pobre vida, según lo que su conciencia le dicte.

—¡Jacobino! —murmuró sor Teodora, santiguándose.

—Así nos llaman—dijo festivamente, permaneciendo de hinojos y alzando los ojos para contemplar la soberana hermosura de la monja. Así nos llaman... De modo que tiene usted de rodillas a sus pies al mismo Demonio.

—Levántese usted—dijo la de Aransis bruscamente.

—No me levanto hasta no oír mi sentencia de esos labios —repuso galantemente el caballero—. ¿Será posible que mi franqueza no despierte en usted la piedad? A un hombre que muestra así el más grave de sus secretos, ¿se le puede negar amparo?

Sor Teodora había llegado al más alto grado de conclusión. Bien lo comprendía Servet, el cual, conocedor del corazón humano, había visto en la ilustre dama uno de esos caracteres que se conquistan más fácilmente con la verdad y la franqueza que con la violencia y la amenaza. La de Aransis era, en efecto, como él la creía. Para conquistar su benevolencia era preciso confiársele resueltamente, someterse a ella sin rodeos. El desconfiado, el artificioso, el astuto, no serían sus amigos; pero el franco, el leal y el verdadero, sí.

—Lo que usted me ha dicho—indicó, mirando tan fijamente al caballero que parecía querer penetrar sus pensamientos más íntimos—me mueve a tratarle como el mayor enemigo de esta casa. Yo no puedo dar asilo a un jacobino, enemigo de los reyes y de la Fe.

Servet inclinó su cabeza en señal de resignación.

—Por consiguiente—añadió ella, alzando la mano y estirando el dedo índice como un predicador—, voy a dar aviso a la comunidad para que llame a las autoridades de Solsona.

El caballero se inclinó otra vez. Las miradas y el tono de sor Teodora no parecían indicar sentimientos tan crueles como los que sus palabras expresaban.

—Sin embargo—añadió—, prometo ocultarle y favorecerle, si me revela el objeto de su venida a Solsona y las conspiraciones de jacobinos que entre manos trae..., porque usted ha venido sin duda con algún fin contrario a esta porfía apostólica que hay ahora.

—Si yo comprara a ese precio el favor de usted—dijo el caballero con entereza—, sería un miserable. Yo creí que usted no me tendría por un miserable. ¡Revelar lo que se nos ha confiado como un secreto! No, señora. En lo que usted me pide, acaba la franqueza y empieza el deshonor. La reverenda madre no sabrá nada de mis labios. Yo no soy traidor a mis amigos y favorecedores. ¿Esperaba usted mi contestación para dar la voz de alarma a la comunidad? Pues ya la tiene... He dicho antes que me sometía en cuerpo y alma a mi bienhechora. Desarmado estoy...; puede perderme si gusta; salga usted..., no tema que lo impida violentamente.

Corriendo a la puerta puso su mano en el picaporte.

—Quieto—dijo vivísimamente Teodora, corriendo a impedir aquel movimiento.

—Es que no puedo acceder a la traición que me exige.

—No importa...; yo no quiero que nadie sea desleal—replicó la monja, acompañando su voz de un ademán tranquilizador—. Me he acordado de mi pobre hermano, que tiene también la desgracia de ser jacobino. ¡Pobre hermano mío!

—¿Entonces me favorece usted, se decide a ampararme?

—Sí—repuso ella, sonriendo ligeramente.

Parecióle a Servet, al ver aquella sonrisa, que veía, como vulgarmente decimos, el cielo abierto.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señora!—exclamó, acercándose a ella con intención evidente de besarle las manos.

—Por Dios, hable usted más bajo, más bajo—dijo sor Teodora, retirándose y poniéndose el dedo en la boca.

XXI

En la otra celda de la *Isla*..., en el cuarto de la leña..., en la sacristía... No, mejor será en la iglesia... No, en la iglesia, no... En la covacha del hortelano..., no; en la torre... ¿Por qué no en la iglesia?..., dentro de uno de los altares...

Estas palabras dichas por sor Teodora de Aransis con la voz apagada, los ojos fijos en el suelo y un dedo sobre el labio inferior, demostraban la gran vacilación de su alma. Iba nombrando los distintos lugares donde el caballero podía esconderse; pero tan pronto como los nombraba los desechaba, por no ofrecer la seguridad absoluta que el caso requería. El problema era dificilísimo; pero la dama se aplicaba a él con la constancia y el ardor de un buen matemático. Después de indicar varios sitios, apuntando en seguida sus inconvenientes, miró al caballero y le dijo:

—Verdaderamente, no hay en la casa paraje alguno donde no pueda usted ser descubierto. Si no se tratara más que de la noche, fácil sería...; pero usted quiere estar oculto toda la noche y todo el día de mañana.

—Hasta que se vayan esos salvajes.

La venerable madre, demostrando un interés que contrastaba un tanto con su anterior desvío, volvió a enumerar los distintos rincones de San Salomó.

—Hay aquí al lado una celda que no tiene uso—dijo—. Nadie entra en ella...; pero la madre priora guarda la llave... ¡y si se le antoja entrar!... Tiene el don de hacer las cosas cuando menos falta hacen... Suele venir a mi cocina, que está entre las dos celdas, y si siente ruido..., o si se le antoja..., porque tiene unos antojos muy ridículos...

—Y recibo la visita de esa respetable señora... En tal caso, procuraré que no tenga quejas de mi cortesía.

—Quite usted allá, hombre de Dios—exclamó la dama, mostrando por segunda vez al caballero su linda dentadura—. De todos modos, es preciso que usted me deje sola lo más pronto posible... Bien podría suceder que cualquier hermana pasase por aquí y viese un hombre en mi celda... En tal caso resultaría muy mal recompensada mi generosidad.

—No pasará eso, señora. Las buenas madres duermen. Dios vela su sueño, y los ángeles de la Guarda impedirán que este acto caritativo sea descubierto y mal interpretado por la milicia.

—Mucho confío en el amparo de los ángeles de la Guarda y en la bondad de Dios—dijo la señora—; pero lo mejor es que salga usted de aquí.

Estaban sentados los dos el uno frente al otro, junto a la mesa central de la celda, y la luz de la lámpara iluminaba de lleno ambos rostros.

—Nadie que esto viera—añadió la monja, contemplando a su huésped con curiosa fijeza—, podría interpretarlo como lo que es realmente, como un acto caritativo... ¡Cuántos juicios equivocados se forman en el mundo! ¡Cuántas personas inocentes son víctimas de la maledicencia!...

—Pero hay un Juez que todo lo sabe, y que nunca se equivoca en sus sentencias. A ése hay que apelar, despreciando los vanos juicios de los hombres, inspirados siempre en el odio o la envidia...: Pero no quiero mortificar por más tiempo a mi bienhechora, permaneciendo aquí.

Se levantó.

—Estaba pensando—dijo la madre—que, pudiendo trepar por una ventanilla que está sobre la puerta de la sacristía, podría usted ocultarse fácilmente en el camarín. Hay allí mil objetos... Pero no; el sacristán ha dado ahora en la manía de arreglar aquello, y todo el día está revolviendo trastos... ¿Dónde, Jesús

Sacramentado, dónde?... Déjeme usted pensar.

Apoyó la frente en la palma de la mano. El caballero se sentó de nuevo, esperando las decisiones de su ángel bienhechor. Después de largo rato, el caballero no oyó más que un suspiro.

—¿No halla usted mi salvación, reverenda madre?—dijo al fin Servet.

—¡Qué! —exclamó bruscamente ella, como si fuera arrancada de una meditación profunda.

—Lo mejor será que no se mortifique usted más por este desgraciado. Si Dios ha decidido ampararme esta noche, nadie lo podrá impedir.

El caballero volvió a levantarse.

—Yo creo—dijo sor Teodora en tono de lástima y melancolía—que Dios no le abandonará a usted si son ciertas, como creo, esas cristianas ideas que ha manifestado: El que confía en Dios nuestro Señor y amantísimo Padre, será salvo.

—Tantas, tantísimas veces me ha librado de inmensos peligros, que he llegado a creerme invulnerable, y siento un valor muy grande para acometer los trances difíciles. Mi secreta confianza en Dios me ha sostenido durante mi juventud, la más borrascosa que pudo imaginarse, por las pasiones, los trabajos, las sorpresas, los compromisos, las penalidades, los triunfos y las caídas que en ella hubo; y es tal mi vida, reverenda madre, que yo mismo me recreo echando una ojeada hacia atrás y mirando esas turbulentas páginas ya pasadas.

La idea de una vida agitada, fatigosa, llena de pasiones y sobresaltos, de dolores y alegrías, contrastaba de tal modo con la idea que sor Teodora tenía de su propia juventud, la más monótona, la más solitaria, la más desabrida de todas las juventudes posibles, que la dama ilustre sintió vivo interés ante aquella existencia que se le presentaba como un drama vivo. Tanta era su discreción, que pudo disimular aquel interés y curiosidad ansiosa, diciendo:

—La juventud del día vive en locos afanes. No dudo que la de usted habrá sido y será de las más desasosegadas.

El huésped se sentó.

—La mayor desgracia de mi vida—dijo—ha sido siempre no poseer lo que amo y amar todo lo que no puedo poseer, corriendo siempre detrás de cosas imposibles.

—Ese mal parece muy común.

El caballero dió su opinión sobre esto, y sor Teodora se admiró de observar en sí cierta cosa inexplicable, así como un deseo de saber toda la vida del intruso hasta en sus más escondidos repliegues. Despertaba en ella interés semejante al de una novela de la cual se han leído algunas páginas que anuncian escenas conmovedoras. Después de doce años de convento había sentido la reverenda madre un brusco llamamiento de la vida exterior y mundana, de toda aquella vida que había puesto, juntamente con sus magníficos cabellos, a los pies del Esposo. Ella se asombraba de no estar todo lo horrorizada que debía en presencia de un extraño, y se admiraba de oír con agrado, más que con agrado con simpatía, la conversación del caballero desconocido.

Pero lo escandaloso de su situación revelósele después de un momento de tristeza meditabunda, en que se creyó libre, sin tocas, en el siglo, rodeada de afectos nobles, en consorcio honrado y cariñoso con toda clase de personas. Fué una visión breve y risueña, y tras la visión vino un sobresalto y un grito de la conciencia, semejante al alarido del centinela que da el «quién vive».

Levantándose bruscamente, dijo:

—Esto no puede seguir. Salga usted y escóndase donde pueda... ¡No parece sino que estoy tonta!

El caballero se dispuso a obedecer. El reloj de la ciudad dió la una.

Sor Teresa abrió cautelosamente la puerta y examinó la galería y el claustro para ver si reinaba soledad absoluta. Sus sentidos experimentaron impresión extraña. Tuvo miedo, lanzó una ligera exclamación. Servet acercóse a ella y vió que aspiraba el aire fuertemente, cual si no bastándole sus ojos y oídos, quisiera explorar con el olfato.

XXII

Por la parte exterior de la celda ocurría poco antes algo que merece ser referido. La soledad y apartamiento de la *Isla* no eran tan grandes que estuviese a salvo de la curiosidad monjil aquella interesante parte del convento; y así como no hay bien que no tenga su sombra de mal, así la independencia que gozaba

la de Aransis tenía por enemigo el afán inquisitorial de una madre que habitaba en el ala opuesta del convento, frente a frente claustro por medio, de la celda de sor Teodora. Grandísima era la inclinación de la madre Montserrat a saber lo que hacían o dejaban de hacer las otras monjas, y ya corrompiendo con mimos y regalitos la discreción de las criadas, ya valiéndose de sus propios ojos, había logrado ser un archivo lleno de cuantos datos pudiera apetecer el autor que tuviese el capricho de escribir la historia íntima de aquella antigua casa. Hacía con tal disimulo sus pesquisas, y observaba con tal delicadeza y finura, que la mayor parte de las madres apenas notaban la presencia de aquel diligente alguacil aposentado en el extremo norte del ala de Oriente.

Pero a ninguna de sus compañeras vigilaba con tanta gana y celo tan vivo como a sor Teodora, la cual, por su hermosura, por su orgullo y por antiguas rivalidades, tenía cierto derecho divino a la fiscalización de la madre Montserrat, según opinión de esta misma. Bien puede afirmarse que los pasos de la de Aransis, sus entradas en la celda y en la cocina, sus paseos por la huerta, sus visitas al coro, ocupaban las tres cuartas partes del tiempo y del espíritu del alguacil de enfrente. Ponía éste especial atención a la hora a que apagaba su luz la monja de la *Isla;* y cuando a las altas horas de la noche estaba encendida la lámpara, la Montserrat salía paso a paso de su celda, recorría la galería del ala del Oriente, pasaba después por el gran pasillo del cuerpo central y, recorriendo la galería del ala de Poniente, acercábase con pasos ligerísimos a la celda de su enemiga, y por un agujero, que allí habían hecho los ángeles sin duda, introducía su alma toda en una mirada. Miraba como quien clava una aguja.

Algunas veces, al retirarse después de esta inspección, decía:

—Lo que yo me figuraba... Está leyendo novelas.

Otra noche, al retirarse, se santiguó tres o cuatro veces, y poniendo cara de espanto, exclamó para sí:

«¡Nuestra Señora de Montserrat nos valga!... Está con las tocas quitadas poniéndose flores en la cabeza y mirándose al espejo.»

La atisbadora iba a su celda por el mismo camino. Sus pasos no se sentían; calzaba sus venerandos pies con alpargatas que parecían de plumas.

Aquella noche (nos referimos a la noche del caballero hambriento, que fué noche muy célebre en San Salomó) la de Montserrat hizo su viaje de inspección, porque ya era la una y la celda de su víctima estaba iluminada. Había que tomar acta de este peregrino caso.

La monja aplicó su oreja a la puerta, y... ¡por los sagrados clavos y las divinas llagas de Jesucristo!... Se quedó helada de espanto. No daba crédito a aquel su sentido acústico tan bien ejercitado y tan experto. El agujerillo de vigilancia parecía que se había agrandado. Adaptó la monja su ojo vidrioso... Miró, estuvo mirando un largo rato. ¡Cómo miraba! Creyó al principio que era alucinación; pero no; era realidad, realidad.

Echó a correr tambaleándose: sus caducas piernas vacilaban, cual si no pudieran sostener el formidable peso de su indignación. Se santiguó repetidas veces, elevó las flacas manos al cielo; movió la cabeza, tan semejante a una calavera, y murmuró:

—Ya me lo esperaba yo... En esto habían de parar las locuras de esa mujer. ¡Piedad, Señor!

Dicen que la reverendísima estuvo a punto de dar en tierra con su esqueleto, tal era el pavor que sentía; pero sacó de su demacración senil las fuerzas que necesitaba para poder llegar hasta la madre abadesa y referirle un caso tan horroroso. Los minutos que tardó en llegar a la celda de la superiora le parecieron siglos de infamia, de vilipendio, para la Orden de Santo Domingo.

La abadesa no estaba en su celda. Aquella buena señora, la más rezona de las habitantes de la casa, acostumbraba dejar por las noches su angosto lecho y bajar al coro, donde estaba en oración largas horas, de rodillas sobre el mármol duro y frío, apoyando sus brazos en una silla que le servía de reclinatorio y sumido el espíritu en las honduras mareantes de la mística. Algunas monjas la imitaban en esta santa costumbre.

Entró la vieja en el coro, y a la luz incierta de la lámpara que alumbraba al Cristo, vió a la madre abadesa de rodillas. Acercóse y le tocó en el hombro.

—¿Quién es?—dijo la abadesa con voz soñolienta.

La de Montserrat se arrodilló a su lado y se persignó con precipitación.

—Soy yo—repuso—, que vengo a poner en conocimiento de...

—Ya..., ya me lo figuro—dijo la madre abadesa incorporándose—. Yo también empiezo a inquietarme.

—¿Sabe usted lo que voy a decirle?...

—Sí..., que se siente olor a madera quemada.

—No, no es eso.

—Hace un rato que sentí ese olor—afirmó la madre abadesa, husmeando el aire—. ¿No siente usted?

—Fuego hay en el convento; pero es un fuego que no se ve.

—¿Qué me dice usted, señora?

—Dentro del convento ha entrado esta noche un hombre.

—Usted sueña, hermana... Pues no me queda duda... ¿No huele usted a quemado?

—Será que en las murallas han encendido alguna hoguera... Cuando pasan cosas graves, cuando el convento está profanado, deshonrado por la infamia y el sacrilegio, no conviene pensar en fruslerías.

La abadesa se levantó.

—¡Un hombre! Eso no puede ser—dijo con espanto.

Y al punto se puso a temblar.

—Un hombre, sí. ¿No sé yo lo que es un hombre?

—¿En dónde?

—En la celda de una religiosa.

La abadesa cesó de temblar y empezó a reír. El caso le parecía tan absurdo, tan inverosímil; estaba además, tan acostumbrada a los ridículos terrores de sor María Montserrat, que no pudo permanecer seria.

—Si a la abadesa de esta comunidad —dijo la delatora—le falta valor para llamar a la puerta de la celda donde se está consumando el horrendo sacrilegío, yo lo haré. No temo nada; no me importa que un asesino...

La monja no pudo continuar, acometida de una tos muy fuerte.

—¡Oh!..., sí; parece que hay humo aquí—dijo en tono de alarma.

Las dos monjas se acercaron a la reja que daba al altar mayor.

—¡Humo, humo!

A un tiempo brotó esta exclamación de una y otra garganta. A la indecisa luz de la lámpara veíase una como niebla espesa que envolvía los oropeles del altar churrigueresco.

Las dos monjas corrieron de aquella reja a otra que al claustro daba.

—¡Jesús de mi alma!—gritó la madre Montserrat, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué es esto?... Un hombre..., dos hombres, tres hombres..., les he visto correr por el claustro hacia la sacristía...

La abadesa se quedó tan aterrada que no pudo ni hablar ni moverse. Volvieron a asomarse a la reja de la iglesia. Una claridad tenue y rojiza llenaba el recinto sagrado, permitiendo ver las imágenes, las colgaduras, los altares: era un aspecto siniestro y horripilante.

Las dos monjas corrieron hacia el claustro. Oyéronse los pasos precipitados de tres religiosas que bajaban. En el patio había también algo de humo. Corrieron todas a la puerta de la sacristía; la empujaron: estaba abierta. Cuando la puerta cedió, las cinco madres lanzaron espantoso grito y retrocedieron de un salto. Por la puerta salió una bocanada, un chorro, una manga formidable de humo negro, espeso, resinoso, y en el fondo del centro oscuro vieron las llamas que brillaban y extendían sus rojas lenguas por las paredes.

Todo San Salomó no tuvo más que una voz para gritar: «¡Fuego!»

XXIII

Con fulminante rapidez se propagó, siendo de notar que parecía haber comenzado por dos puntos distintos: por la sacristía y por las habitaciones ruinosas llenas de retama y trastos viejos que estaban debajo de la *Isla*. Es difícil distinguir los incendios de casualidad de los de intención. La primera sabe remedar a la segunda, y ésta tiene a veces bastante destreza para disfrazarse de inocencia... Pero no pueden hacerse consideraciones dentro de un convento que se quema y en presencia de veintiséis pobrecitas mujeres, contando religiosas y sirvientas, aprisionadas entre llamas, y que por ninguna parte hallarán salida si no las favorece el vecindario.

Las llamas entraron en la iglesia, y agarrando la primera cortina que ha-

llarón a mano junto al altar, escalaron la pared. Como bocas hambrientas que hallan pan, clavaron sus voraces dientes en la vieja madera de los altares; de un soplo devoraron el apolillado tisú y las secas flores que adornaban las imágenes; subieron más culebreando; de una manotada hicieron estallar todos los vidrios, entraron fuertes corrientes de aire, y engordando entonces súbitamente, los horribles dragones de fuego estrecharon en sus mil brazos ondulantes las vigas de la techumbre.

Por otra parte, la sacristía, centro y raíz principal del incendio, enviaba llamas por el pasillo que conducía al locutorio, mientras el fuego que salía de las crujías bajas del ala izquierda trepaba a las galerías, incendiando las celdas altas. Felizmente la escalera estaba libre, y, aunque muy cargada de humo, permitía a las monjas bajar al claustro. La invasión de la sacristía por el fuego no permitía tocar la campana, pero los vecinos de Solsona vieron pronto aquella claridad horrible y la columna de humo que coronaba a San Salomó como una aureola infernal. Todas las campanas de la ciudad se desgañitaban; levantáronse los habitantes todos para correr en auxilio de las madres dominicas.

El incendio era de esos que no habrían cedido ante los aparatos modernos, formidable artillería de agua que, servida por los bomberos, suele abatir baluartes de fuego en las ciudades de hoy. ¿Qué podrían hacer contra aquel infierno los diligentes vecinos y los guerrilleros navarros llevando cubos de agua? Pronto se conoció que serían inútiles todos los esfuerzos para salvar la fundación del señor marqués de San Salomó, y no hubo más que un pensamiento: salvar a las pobres madres.

No se sabe por dónde entraron los primeros que fueron a auxiliar a la comunidad; lo cierto es que cuando algunos vecinos rompieron a hachazos la puerta del locutorio y entraron en el claustro, vieron que dentro del convento había ya gente ocupada en salvar lo que se podía. Sin duda, aquellos hombres habían entrado antes que el fuego imposibilitase el paso de la sacristía al claustro.

El aspecto de éste y del patio era espantoso. Bajaban llorando las pobres monjas, y no hubo santo alguno que no fuera invocado entre gritos, lamentos, congojas, interjecciones de horror. Veíanse las blanquinegras figuras corriendo y bajando al claustro, como rebaño de ovejas acosadas por el lobo. Algunas habían salido de sus celdas sin acabar de vestirse, porque el fuego no les había dado tiempo para más. Ponían otras gran empeño en salvar su ajuar, y hacían subir a los vecinos o trataban ellas mismas de arrostrar la atmósfera de humo para sacar algunos objetos. Otras, más filosóficas, creían que, después de perdida la casa, nada merecía ser salvado.

Los hombres a quienes la catástrofe había abierto las puertas del sagrado asilo, sacaban de las celdas lo que se podía salvar y lo arrojaban desde la galería alta. Las llamas avanzaron; no fué posible continuar en aquella tarea. Un calor horroroso, suficiente a dar idea perfecta de las penas del Infierno, impedía a todo ser vivo permanecer más tiempo en el claustro y aun en la puerta. Era preciso salir, abandonar para siempre aquellos benditos muros que el Demonio había tomado para sí expulsando a las esposas de Jesucristo. Había monja a quien esta idea afligía más que el peligro de morir asada. Dos de aquellas infelices, enfermas en cama, fueron sacadas en brazos, y en una de ellas pudo tanto el miedo que expiró en la puerta.

La confusión crecía. Había allí hombres diversos, paisanos y militares, yendo y viniendo sin entenderse. Todos mandaban, nadie obedecía. Cada cual obraba según su valor, su generosidad o su inciativa. Hubo quien se echó a cuestas a dos monjas y quiso salir con ellas cuando aún no habían bajado todas. Hubo quien propuso un premio al que entrara en la iglesia para salvar de las llamas el símbolo de la Eucaristía, sin que apareciese un héroe decidido a afrontar la muerte por empresa tan santa. Hubo quien intentó salir por la puerta del locutorio; pero esto era imposible. Las llamas se habían extendido ya por el pasillo, y el humo era tan denso que no había medio de dar un paso en el locutorio.

Las monjas se llamaban unas a otras, como para reconocerse y recontarse.

—Madre Transfiguración, ¿está usted ahí?

—Sí; el Señor me ha dejado vivir.

—¿Y sor Melitona de San Francisco?

—La he visto hace un momento... ¿Se ha salvado la madre Rosa de San Pedro Regalado?...

—Sí; ahí está...

—Sor Ana, ¿está usted aquí?... Sor Ana.

—Allá está... Se ha empeñado en salvar sus colchones, y por tales pingajos han estado a punto de perecer dos hombres.

—Hay personas muy imprudentes.

—¿Y la madre Montserrat?

—Aquí estoy, hija, más muerta que viva—repuso la voz cavernosa que salía, al parecer, de una calavera—. Por más que me vuelvo loca, no puedo averiguar dónde está sor Teodora de Aransis.

La flaca monja entraba y salía de grupo en grupo como una serpiente que culebrea resbalando entre la hierba.

—¿Está sor Teodora de Aransis?

—Repito que no lo sé... No está aquí, ni allí, ni allá.

—¡Jesús Sacramentado! ¿Si se habrá quedado en su celda...?

—¡Calle usted, tonta!... ¡por las sagradas llagas.... ¡Si hemos subido y hemos encontrado la celda vacía!..., y los restos de un festín. ¡Es particular!... ¡Y el incendio ha sido intencionado! ¡Aquel hombre!... no me queda duda de que él, él...

—¡Sor Teodora! ¡Sor Teodora!...

—Hay que salir al momento; no puede perderse un minuto. Afuera, señoras —gritó un hombre moreno, bien plantado, con uniforme militar, el cual había logrado a fuerza de golpes, bramidos y empellones, imponer su voluntad en medio del gran tumulto.

¡Gracias a Dios, al fin había alguien que mandara en aquel desconcierto!

—¡Que se cae la pared del claustro! —gritó una voz terrible y de agonía.

—¡Afuera, afuera!

Fué preciso abrir con grandísimo trabajo un boquete en la tapia de la huerta, con espacio suficiente para dar salida a la comunidad, siempre que esto se hiciera con orden. El hombre moreno, coronel de ejército y jefe de los voluntarios navarros y aragoneses, designó un plazo para tal operación y la hizo ejecutar a sablazos. Trabajaban con ardorosa fiebre picoteando el ladrillo con azadones, palas, barras, clavos, con cuanto había. No había concluído la obra importante, cuando el coronel sintió que le sacudían fuertemente el brazo. Volvióse y vió una monja que no parecía sino la estampa de la muerte.

—Señor coronel—dijo el espectro—, señor coronel, el incendio ha sido intencionado. Yo sé quién es el perverso que ha hecho esta gran bellaquería.

—¿Quién?... ¿Dónde está?

El espectro extendió su brazo blanco que parecía un bastón metido en la funda de una almohada, y señaló a un hombre vestido de payés y con un brazo vendado, el cual, en aquel instante, arrojaba una herramienta de las que habían servido para abrir el boquete, y se deslizaba por él, ávido de poner sus pies en la calle.

Dando un rugido, Carlos Navarro gritó:

—¡A ése..., ése..., que se escapa!... Zugarramundi..., ahí va..., ¡cuidado..., es él!...

La roja claridad que iluminaba las caras daba a esta escena un aspecto de extraordinario pavor.

La gritería que fuera sonaba no permitió conocer lo que pasó; pero, sin duda, los deseos del jefe quedaron satisfechos, porque se abalanzó a la tronera y retiróse después diciendo:

—Muy bien, compañeros... No pensé que Dios me le depararía esta noche. Bien decía yo que se había metido aquí... ¿Conque también incendiario? ¡Horrible conjunto de crímenes!... Ahora, señoras, salgamos. Mucho orden..., digo que mucho orden... Esta noche le voy a romper a alguno la cabeza.

Colocó un grupo fuera de la tronera y otro grupo dentro. No eran como dos ejércitos, sino como dos partidas de juego de pelota. Los de dentro cogían en brazos una dominica, y por el boquete la entregaban en los brazos de los que estaban fuera. Parecía que echaban niños en el torno de una casa de expósitos. Nunca falta un bufón en las más terribles escenas de la vida, y allí hubo uno que al echar fuera una monja, decía: «Ahí va otra carta al correo.»

Pocas hubo que hicieran dengues y repulgos al verse entre brazos de hombres; el susto, el horror, el peligro, no permitieron a las más de ellas entretenerse en gazmoñerías. Cuando todas estuvieron fuera, se reunieron en apretado grupo: no sabían andar; no sabían

adónde ir. La más tranquila era la muerta, a quien echaron fuera como un saco. Aunque se incendiase el mundo todo, aquélla nada podría decir. Unas se arrojaban sin aliento en el suelo; otras lloraban a lágrima viva; otras hablaban en corro, haciéndose preguntas, expresando con una observación breve, con un vocablo suelto, con una articulación indefinible, el pánico, el azaramiento, la turbación de aquel instante.

—¿Estamos todas?

—Una, dos, tres, cuatro...

—¿Y a mí no me cuentan? También estoy aquí.

—Tengo una mano abrasada... ¡Jesús mío, qué dolor tan vivo!

—Mirad cómo está mi hábito; y gracias que la Santísima Virgen me libró de morir achicharrada.

—Estuvo en un tris que me quedase en la escalera hecha carbón.

—Ya sabéis que no gusto de enredos. Por la salvación de mi alma, que cuando subimos había en la celda restos de un festín..., pero de un festín opíparo.

—Contemos otra vez..., dos, tres...

—Pues sí que falta una.

—Su celda estaba vacía, vacía, vacía... La luz apagada... Yo le había visto antes, y su cara se me quedó en la memoria, ¡qué terror! Tenía el brazo vendado y la manga subida.

—El único zapato que pude ponerme se me perdió en la huerta...

—Yo dormía profundamente, cuando sentí un ruido infernal: abrí los ojos, vi la claridad... ¡El divino Jesús nos valga!

—Ya no queda duda. Con la muerta somos veintiuna, con las cuatro criadas, veinticinco.

—¡Falta una, falta una!

—¿Sería yo capaz de decir una cosa por otra?... Un hombre, un hombre. ¡Horripilante suceso! ¿Por qué nos quemaría nuestra casa ese malvado?

—Yo también digo que el convento ha sido incendiado por una mano alevosa.

—¡Falta una!

—¡Qué horrible aspecto presenta nuestra casa!... Adiós, San Salomó, vivienda querida, vivienda adorada; adiós para siempre.

—Adiós, San Salomó. Señor, Padre Nuestro, pues Tú lo has querido, sea. Pobres debemos ser y pobres seremos.

—¡Bendito sea el poder de Dios!

—No puedo mirar a San Salomó. Me muero de aflicción.

—Animo, hermanas mías. El Señor lo ha querido así; tengamos resignación.

—Yo le vi, yo le vi.

—¿Adónde vamos?

—¿Estamos todas?

—No, no, que falta una.

—Falta una.

—Una.

XXIV

El concertado desarrollo de esta narración, que es menos novela de lo que creerán muchos, exige que no digamos ahora una palabra más de las buenas madres de San Salomó, dejándolas entregadas a su dolor y en camino del albergue provisional que les preparó el obispo de Solsona. Otros personajes nos llaman en lugar no apartado del siniestro, allá donde suena la bronca trompeta de la Historia anunciando los sucesos que se escriben en páginas muy graves, y que también han de tener su hueco importante en éstas, que lo son de entretenimiento.

A la mañana siguiente, cuando aún echaba humo y chispas el cadáver tostado de San Salomó, don Carlos Garrote (y jamás pudo en su gloriosa vida de insurrecciones por la Fe quitarse nombre tan duro) estaba en su alojamiento de la calle de San Francisco acometido de un mal que con frecuencia padecía, y que en los últimos años se le había recrudecido bastante: este mal era la cólera. Mostraba su dolencia hiriendo el suelo con el pie, golpeando con la mano una mesa harto desvencijada y que con tales caricias iba en camino de no servir más que para leña, y, finalmente, soltando de su boca en nutrida descarga venablo tras venablo.

Mientras expresaba su enojo andando de un testero a otro y llevando de la cabeza a los bolsillos sus manos, un segundo personaje, sentado junto a una segunda mesa, donde había butifarra, pasteles y vino, parecía encargado de representar con su sensual abandono, sus ojos medios chispos y su semblante epicúreo la antítesis del exaltado y ardiente Garrote. Aquel viejo borracho era Mañas, guerrillero estúpido que los

caudillos habían arrinconado por no servir más que de estorbo.

Un tercer personaje agrandaba el cuadro: era un capitán de lanceros, joven, bien parecido y que por su cortesanía y aspecto hidalgo contrastaba con la rudeza de los dos soldados apostólicos. Aún falta mencionar otro individuo; pero en éste basta la mención: era el capellán de San Salomó, mosén Crispí de Tortellá. Lo único que la escrupulosidad histórica nos obliga a decir es que parecía inclinarse más a compartir con Mañas la butifarra, los pasteles y el vino, que con Garrote la ira, las manotadas y los vocablos picantes. Menos Navarro, todos estaban sentados, y, a excepción de Mañas, todos muy serios.

Lástima que no estuviéramos allí desde el principio del consejo. El primero a quien oímos fué Garrote, que, repitiendo una idea expresada sin duda muchas veces antes de nuestra llegada, dijo con la boca, con las manos y con los pies:

—Yo no me someto.

A esta aseveración, semejante a un disparo, sucedió un silencio profundo. Garrote, luego que dió varias vueltas en una órbita cuyo centro era Mañas, se paró delante del oficial de lanceros y le echó a bocajarro estas palabras:

—Si los demás quieren someterse, yo no me someto. Dígalo usted así al conde de España, que le ha enviado.

—Ya esta guerra no tiene razón de ser, señor coronel—dijo con energía el oficial—. Su majestad ha llegado ya a Cataluña y ha mandado dejar las armas a los que se habían alzado en su nombre.

—Yo no me he levantado en su nombre.

—Pues ¿en nombre de quién?

—En nombre de otro... No vengamos aquí con mixtificaciones... Se nos dijo una cosa y ahora resulta otra... Esto es un juego indecente, un juego indecente.

—Pero, señor coronel de mis pecados —dijo mosén Crispí, apretándose el vientre y tratando de dar a su rostro expresión de bondad—, si su majestad declara que es libre, que no hay tal jacobinismo en Palacio, que pondrá la fe católica por encima de todo..., ¿qué hemos de hablar nosotros? No seamos más realistas que el rey, por amor de Dios.

—Señor Tortellá de mil demonios—dijo Garrote, encarándose con él e increpándole con desabrimiento—, no venga usted a empastelarnos con sus distingos y sus boberías de canónigo harto. Bastante nos han engañado ya; y ¿quién nos ha metido en este berenjenal? Usted y sus colegas, los de hábito negro y pardo. ¿Por qué antes nos decían una cosa y ahora otra? ¿Qué inmunda farsa es ésta? ¿Qué comedia ridícula y nauseabunda quieren ustedes representar? ¿Me han tomado por títere? A mí me gustan las cosas claras y las palabras concretas, ¡señor Tortellá de mil rábanos! Ustedes nos han engañado; nos hicieron tomar las armas, y ahora nos mandan soltarlas. ¿Cuál fué la razón de aquello? ¿Cuál fué la razón de esto?

—Nosotros... —balbució el capellán, muy atolondrado.

—Ustedes, sí—declaró Garrote, furioso como un león.

Estaba junto a la mesa desvencijada, y a cada dos o tres palabras daba con la palma de la mano un golpe que sonaba como un pistoletazo.

—Sí, ustedes... Nos dijeron que se iba a emprender una guerra grande, gloriosa..., ¡pum!, una guerra por la Religión. Nos dijeron que el rey, ¡pum!, estaba entregado a los masones, y que la cámara real era una logia, una zahurda de jacobinos..., ¡pum!, que Calomarde era masón, que el rey era masón..., ¡pum! Nos dijeron, y esto es lo más grave, que la guerra se haría alzando la bandera de la Religión y proclamando..., ¡pum!, el nombre del infante don Carlos como futuro rey de España en sustitución de Fernando Séptimo... Nos dijeron que en Madrid estaba todo hecho para quitar del Trono a un hermano que estaba vendido a los masones, y poner, ¡pum!, a otro hermano que oye misa todos los días... Nos dijeron que cuando se levantase Cataluña, toda España respondería, y que el reinado de la Fe y la destrucción del liberalismo vendrían fácilmente... Nos dijeron que había un breve secreto del Papa ordenando el alzamiento, y que Francia, Austria y Rusia lo apoyaban..., ¡pum! Nos engañaron pintándonos la Junta Apostólica de Madrid

como un centro poderoso, y ahora veo que no es más que una reunión de mentecatos, de algunos consejeros cesantes que quieren volver al Consejo, de algunos canónigos que quieren ser obispos y de algunos brigadieres que quieren ser generales..., ¡pum, pum, pum!

La mano del guerrillero rebotaba como una pelota de goma, y tenía la palma roja, casi sangrienta. Mosén Crispí no se atrevió a contestar, y miraba a la butifarra, a Mañas, al oficial, a la mesa golpeada, por ver si alguno de estos tres objetos le sugería una idea.

—Y ahora —prosiguió Garrote, apartándose de la mesa, que había quedado casi llorando—ahora nos dicen que todo ha sido una broma; que dejemos las armas; que el proyecto de poner a don Carlos en el trono es prematuro, impracticable, tonto, cosa de monjas, y no sé qué más... Esto es jugar con hombres formales. Ha bastado que el rey haya venido a Cataluña para que todo se desvanezca como el humo: los más valientes se vuelven cobardes, muchos bravos se esconden y los curas se meten en las iglesias a decir: «Pésame, Señor...» ¡Mil rábanos! No ha pasado nada..., con tal que conserven sus empleos, sus canonjías y sus prebendas esos señores que nos han hostigado. El rey llegará y hará un picadillo masónico con la carne de todos los que se han batido en Cataluña por la causa santa, divina, inmortal, de la Fe y de la Monarquía.

—No —dijo bruscamente el oficial—: lo primero que ha dicho su majestad es que perdonará a todo el mundo.

—Eso se dice para que soltemos las armas, para que nos entreguemos como corderos... ¡Perdón, perdonar! ¡Qué horrible ironía! Linda cosa es el perdón masónico. Los mismos que desde Madrid y desde Barcelona dirigieron esta trama, serán los primeros que aconsejen al rey castigos terribles, para que callen las bocas que pudieran revelar secretos graves... ¡Rábano, rábano! La mía, si no me la cierra el verdugo, será la primera que grite: «Estos que hoy se acogen al manto real y reciben en triunfo a don Fernando, fueron los que nos hostigaron a quitarle del trono para poner en su lugar al infante don Carlos, que oye misa todos los días.»

Comprendiendo la necesidad de decir algo, Mañas murmuró algunas palabras torpes y oscuras, que salieron de su boca como un vapor vinoso. Mosén Crispí le mandó callar, tocándose la sien con el dedo índice y guiñando el ojo. Su mímica quiso decir:

—Ese hombre de los rábanos está loco; no hagamos caso de él.

—Sus deberes de militar, sus gloriosos antecedentes, señor coronel—dijo el oficial—, el uniforme que viste, el bien del país y la suerte de muchos hombres inocentes, exigen de usted que se someta a la voluntad del rey. El rey ha pedido a todos prudencia y cordura, y es preciso que todos respondamos a la voz de nuestro soberano legítimo.

—Yo no me someto, yo no me someto —afirmó Garrote con voz de trueno—. Si *Jep dels Estanys, Caragol, Pixola,* Rafi y los demás quieren someterse, háganlo en buena hora: ellos se entenderán con su conciencia. Al hacerlo habrán visto delante de sí la balanza que tiene en uno de sus platos el ascenso y en otro el verdugo. ¡Mal demonio harto de rábanos!, a mí no me sobornan las charreteras ni me asusta la horca... Cuando mi conciencia me acuse me fusilaré yo mismo. Yo no me someto... Aquí hay mucha, pero mucha inmundicia... Esto da náuseas.

—Somos militares y debemos obediencia al rey—dijo el oficial.

Garrote clavó en él una mirada centelleante; apretó los dientes; la piel verdosa de sus sienes y de su cara vibró como si los tendones y venas fueran alambres sacudidos por la descarga eléctrica.

—¡Obediencia!—exclamó, sacando de su volcánico pecho palabras como rugidos—. ¿A quién?... ¡Ah! señor oficial..., yo no obedezco más que a Dios, que fortalece mi brazo y afila mi espada para que defienda su religión santa contra los jacobinos. Yo no obedezco más que a mi conciencia, que me manda no reconocer dueño alguno mientras no se siente en el trono de San Fernando el príncipe elegido por Dios para restablecer los santos principios del gobierno cristiano... Veo que mira usted mis charreteras... ¡Ah!, desde hoy las considero como una deshonra... No puedo servir a dos señores... Fuera de mí, insignias de vilipendio, que me parecéis emblemas de un orden masónico.

Y se arrancó con salvaje fuerza las charreteras. Su mano, como una garra, tiró tan violentamente que rasgó el paño de la levita y mostró la camisa en los hombros. Después arrojó contra la pared las insignias, gritando:

—¡Fuera de mí!... No quiero pertenecer a este rebaño de miserables... Desde hoy soy libre; combatiré solo, combatiré por la Fe y por el verdadero trono allá en mis benditas montañas, donde jamás se conoce la traición.

El oficial se levantó.

—Nada tengo que hacer aquí—manifestó con desabrimiento, afirmándose el chacó en la cabeza—. Por fortuna, los jefes principales del movimiento conocen lo descabellado y ridículo de sostenerlo más tiempo y ya han dicho que depondrán las armas.

—Cada cual—dijo Garrote, mirando al oficial con desdén—es dueño de meterse en el lodo hasta el cuello.

El oficial hizo una profunda reverencia y se retiró. El ruido de sus pasos no se había extinguido en la escalera, cuando Garrote se acercó a la puerta y gritó:

—¡Zugarramundi!

El hombre velludo, tan parecido a un oso pirenaico, apareció en la puerta; era desde antaño feroz satélite y ayudante del furibundo coronel. En las guerras de partidas era su jefe de Estado Mayor.

—Nos vamos en seguida—le dijo el jefe.

—¿Adónde?

—A nuestra tierra; los aragoneses pueden quedarse en la suya.

—Está bien; y ¿cuándo salimos?

—Dentro de una hora. Paga las cuentas del mesón, dispón los caballos... Si algún catalán de los que están conmigo quiere someterse, le dejas en paz... Pero antes...

Zugarramundi, que ya se retiraba, volvió.

—Pero antes—añadió el coronel—le mandas dar veinticinco palos.

Está bien... Y ¿qué dispones del prisionero?

—¡Ah..., el prisionero!, no me acordaba en este momento. Pues al prisionero...—se puso a meditar, acariciándose la barba—, le llevaremos con nosotros. ¿Cuántos carros tenemos?

—Cinco.

—Destina uno para él si no puede andar.

—No puede; la herida que ayer le hicimos cuando quería escaparse por la gatera de San Salomó, le tiene un poco marchito. ¿No dijiste que había que fusilarle? Pues dejémosle aquí.

—¿Muerto?

—O vivo. El señor Mañas se encargará de cumplir la sentencia.

—Sí, para que me lo suelte otra vez. ¡Rábanos! No; le llevaremos, le llevaremos, y en el camino daremos cuenta de él. ¿Va algún capellán con nosotros?

—Ninguno.

—Bueno; no faltará un cura que le auxilie... Dale bien de comer..., no quiero que padezca hambre.... Es paisano nuestro, Zugarramundi: es alavés.

—Está bien.

Después que se retiró el oso, quien primero rompió el silencio fué mosén Crispí de Tortellá, y gozoso de tener un tema de conversación distinto de aquel en que había merecido los apóstrofes del coronel, habló de este modo:

—Por mis pecados, señor don Carlos Navarro, que ha sido usted demasiado benigno con ese demonio de hombre. Yo le hubiera mandado fusilar delante de las tapias humeantes de esa santa casa vilmente incendiada. ¡Oh! Señor don Carlos, horripila ver la enorme dosis de perversidad que Lucifer ha depositado en el alma de algunos hombres.

Carlos sólo contestó con un gruñido.

—No puede quedar duda de que ese embajador de los jacobinos fué quien puso fuego a la casa del Señor, sin duda con el salvaje intento de reducir a cenizas a las inocentes vírgenes... No puedo hablar de esto sin que se me parta el corazón.

En el mismo instante, Mañas partía la butifarra.

—No obstante—añadió el venerable, tomando la ruedecilla que Mañas le ofrecía—, yo procuraría indagar.... Indudablemente, aquí hay un misterio... Ese hombre...

—Aquí hemos venido...—murmuró Mañas con torpe lengua, demostrando que si los demás habían ido allí con algún objeto, él no había ido sino a comer cerdo y a beber vino.

—Sí, ya lo sé—replicó el capellán, al-

go turbado—. Hemos venido a convenir cómo se ha de arreglar esto de soltar las armas... Es caso grave, porque la ciudad de Solsona no quiera malquistarse con el rey; la ciudad de Solsona no quiere que la horca se alce en su plaza de San Juan ni que las tropas del conde de España entren aquí tocando los clarines de la venganza.

—Pues usted dirá... Ya sabe usted que yo me voy.

—Pues... el Ayuntamiento que me delegó para tratar con usted de la paz, desea que todo se arregle, que la ciudad de Solsona aparezca amiga de su majestad.

—Yo me voy...

—Sin someterse; eso es lo mejor para la tranquilidad de la ciudad. Ahora falta ver quién recoge el mando de las pocas fuerzas apostólicas que hay aquí.

—Por mi voluntad entregaría el mando a don Pedro Guimaraens, la única persona decente que conozco en esta tierra.

—Don Pedro marchó al cuartel general, y dicen que el conde de España le ha dado un batallón para que recorra el país y apoye a los que quieran someterse, que son los más. Puede que esté en Regina Cœli. A falta de don Pedro Guimaraens, yo pondría la autoridad en la cabeza de *Tilín*.

—¿En dónde está ese *Tilín?*

—Pues mire usted que no lo sé, y me da que pensar su desaparición. Hoy le he buscado todo el día y no he podido encontrarle. Anoche se portó heroicamente; fué el primero que entró a salvar a las pobres monjas... Después no se le vió más.

—¿En dónde está?

—¿No le he dicho a usted que no le sé? Ese sacristán tiene unas rarezas... Suele esconderse cuando se le necesita y presentarse cuando no hace falta.

—Bien—dijo Garrote—. Pues ha de quedar en la división apostólica de Solsona una sombra de autoridad; pues es preciso que esta farsa asquerosa que llaman la paz..., yo la llamaría la ignominia..., se haga con visos de convenio: yo delego mi autoridad...

Miró con desprecio a Mañas, que con su mano temblorosa vaciaba el turbio residuo de la última botella.

—Sí—añadió el fogoso guerrillero—. El bando apostólico de Solsona es digno de tener por jefe a un borracho. Viejo Mañas, te confiero el mando. Toma ese bastón, animal.

Y cogiendo una butifarra y haciendo ademán de metérsela por la boca, y dándole después dos golpes con ella en el cráneo, la arrojó violentamente sobre la mesa y salió de la sala.

XXV

Desde que los cocheros de Palacio, los marmitones, los lacayos y algunos soldados vendidos a los palaciegos inauguraron el 19 de marzo de 1808 en Aranjuez la serie de bajas rapsodias revolucionarias que componen nuestra epopeya motinesca, el más repugnante movimiento ha sido la sublevación apostólica de 1827. Es, además de repugnante, oscuro, porque su origen, como el de los monstruos que degradan con su fealdad a la raza humana, no tuvo nunca explicación cabal y satisfactoria. Acabó misteriosamente, lo mismo que había empezado, como esas tragedias reales en que por una secreta confabulación de testigos, asesinos y jueces queda todo indeterminado y confuso, no existiendo la evidencia más que en la muerte de la víctima. No hubo lógica ni plan en la sublevación, como no hubo justicia en los castigos. Creeríase que eran autores de aquella intriga sangrienta los mismos contra quienes parecía dirigida, y que la propia mano herida por el filo acariciaba la empuñadura de aquella espada que se forjó en las agrestes ferrerías de las montañas catalanas y se templó en los conventos. En todo lo relativo a los orígenes de tal guerra, hay algo de las poéticas vaguedades de la leyenda: la Historia no ha podido esclarecer con su luz las lobregueces de este hecho, que sólo puede compararse a las tenebrosas demencias del suicidio.

Durante largo tiempo se consideró que la guerra apostólica había sido engendrada por la sociedad secreta del absolutismo llamada El Angel Exterminador, y compuesta de obispos ambiciosos, consejeros cesantes e inquisidores sin trabajo. Aunque el absolutismo ha tenido también su masonería, y de las más chuscas, aun sin el uso de

mandiles, ningún historiador ha probado la existencia de El Angel Exterminador. Quién decía que su centro estaba en Roma, quién que estaba en el cuarto del infante don Carlos. Pero si la sociedad no es cosa evidente, lo es, sí, la existencia de una intriga formidable y subterránea, de la cual eran activos trabajadores muchos próceres y magnates, diestros en las artes del topo. La posterior guerra de los siete años probó que desde 1825 el absolutismo rabioso, anhelando cambiar de ídolo porque el existente no satisfacía por completo su sed de persecuciones y de venganzas, había empezado a preparar el terreno.

Si alguien pudo esclarecer los orígenes de la sublevación apostólica, fueron los cabecillas catalanes: sin duda ellos pensaban decir algo; pero antes que pudieran ser indiscretos. Calomarde y el conde de España los fusilaron a todos. El rey les prometió el perdón para que se sometiesen, y, después de sometidos, les fusiló para que no hablaran. Es una diplomacia como otra cualquiera.

¿Fué Calomarde instigador de la guerra? Entonces resultaría Fernando VII juguete de su ministro, y esto no era así. Calomarde, que sin duda hubiera sido capaz de venderse a quien le quisiera comprar, sirvió bien a Fernando hasta el cuarto casamiento de éste, y en 1827 todavía era no más que instrumento harto sumiso de las pasiones y del brutal egoísmo de su señor.

Si Calomarde no fué autor de la campaña, los verdaderos autores de ella se le sometieron al ver el mal éxito de la misma, aspirando a sacar de la paz el partido que no habían podido sacar de la guerra. Es indudable que los tenebrosos congregacionistas de El Angel Exterminador (y es forzoso dar este nombre a la pandilla por no tener otro) salieron muy bien librados de aquella sangrienta aventura; pero también lo es que los infelices que habían sacado las castañas del fuego, para satisfacer las hinchadas ambiciones y las envidias de la Corte, pagaron con su vida el crimen propio y el ajeno.

Grave cosa fué aquella sublevación, cuando Fernando se dispuso a sofocarla por sí mismo. Salió de El Escorial el 22 de septiembre, siendo despedido por los célebres versos de la bondadosa reina Amalia, que al componerlos demostró tener más comercio con los ángeles que con las musas. Al rey acompañaba Calomarde. Había gran prisa, y el déspota y su Sancho Panza recorrieron el camino con una rapidez que habrían envidiado quizá algunos de nuestros trenes mixtos. Pero delante del rey habían salido los correos reservados llevando órdenes apremiantes para que cesara todo. Por eso, apenas puso el pie en tierra de Lérida al egregio conde de España con su ejército, principió la desbandada. Las pequeñas partidas se presentaban, y las grandes se ponían en movimiento para sacar algún jugo del país antes de disolverse. La sublevación cayó como un espantajo de trapo y caña puesto en medio de los sembrados, y al cual quitan de pronto la vara que lo sustenta. Los facciosos del Panadés y de Tarragona fueron los más solícitos para presentarse a indulto. En cambio, *Jep dels Estanys*, *Caragol* y la gente furibunda de Manresa se mostraron muy rebeldes. Sin atreverse a hacer frente al conde de España, resistiéronse a terminar tan tonta y desabridamente una guerra a que los de El Angel Exterminador les habían lanzado, ofreciéndoles la cooperación de Rusia con 40.000 hombres y 6.000 caballos, el apoyo de Francia y las simpatías del Papa.

Dejando guarnecida a Manresa, salieron. *Jep* se dirigió a Berga, que era su madriguera preferida, y *Caragol* fingió una marcha sobre Barcelona, unos dicen que con objeto de acercarse a la frontera, y otros que con el fin puramente *apostólico* de merodear. No tenían las manos atadas aquellos benditos arcángeles de fusil y cartuchera, porque *Jep dels Estanys*, cuando tuvo que salir de Berga perseguido por el conde de España, sacó de allí *dieciocho* cargas de dinero, que eran la cosecha de unos cuantos meses de trabajo en la viña del Altar y el Trono.

Ya veremos la suerte que les cupo a estos andantes cosecheros, a quienes Fernando hablaba en su proclama *el lenguaje de la clemencia, abriéndoles sus brazos de padre amoroso*. Una observación haremos que será la última pincelada en el cuadro de aquella guerra, y es que todas las reyertas entre los absolutistas de uno y otro bando, así como

todas sus reconciliaciones, terminaban con un porrazo a los liberales. Estos infelices, pocos en número, acobardados y oscurecidos, pagaban el furor de los sublevados y de los perseguidores de los sublevados. Los rebeldes, al huir delante del conde, gritaban de pueblo en pueblo: «¡Muerte a los *negros!*», y el feroz España solía decir: «Esos malvados *negros* tienen la culpa de todo.» Así es que se llevaba con paciencia la fuga e impunidad de los apostólicos con tal que hubiese *negros* que sacrificar. Un observador de pura casta absolutista como mosén Crispí habría creído que aquellos pobres fueron puestos en España por Dios para impedir que los defensores de Este se destrozaran demasiado al engresearse entre sí.

Sería de bronce o de berroqueña quien no sintiera la más viva lástima de tales desdichados. ¿Vencían los apostólicos?..., pues *¡muerte a los negros!* ¿Iban bien los absolutistas?..., pues *¡duro en los negros!* Que las cosas iban mal en el campo de *Jep...*, pues *¡a ellos, que tienen la culpa de todo!* Que salía chasqueado el conde y se desesperaba por no poder alcanzar a *Pixola*, pues *¡viva la Religión y mueran los masones!* Síntesis de este hecho y resumen de él fueron las horrorosas hecatombes de Barcelona a principios del año siguiente, cuando los envenenados odios y disputas que desgarraban el seno de la familia realista parecían no poder aplacarse sino engolosinando a uno y otro partido con carne de liberales.

Explicada la situación de la guerra, nos cumple despedirnos de la bienaventurada ciudad de Solsona, donde han ocurrido los principales sucesos de esta historia, para buscar el término y solución lógica de ellos en otro pueblo menos ilustre, pues carece de escudo de armas, de abolengo romano y de murallas; pero que merecería tener todas estas cosas y aun otras, sólo por haber sido teatro de los verídicos sucedidos que vamos a referir.

XXVI

Al anochecer del día que siguió a la catástrofe de San Salomó, un cochecillo de dos ruedas corría por el detestable camino que desde Solsona se dirige a la Conca de Tremp. Era uno de esos vehículos puramente españoles que parecen hechos para realizar el ideal de la incomodidad, y cuyo nombre respondería perfectamente a su cruel instituto si en vez de *tartana* fuera *quebrantahuesos*. Era cerrado, formando una especie de cajón alto con portezuela en la parte posterior y en la delantera un ventanucho pequeño, sin vidrio, destinado a dar aire a la víctima, para que no la asfixiara el calor, antes de tener los huesos bien rotos y las carnes bien molidas. Tiraba de él un brioso caballo que parecía más hecho al noble oficio de la silla que al del arrastre, a juzgar por el desorden de su marcha y los brincos con que amenazaba volcar el vehículo. Guiábalo un joven sentado en media cuarta de tabla adherida a la limonera de la derecha. Parecía tener el cochero un delirante anhelo de llegar pronto a su destino, según aporreaba al animal con la vara. El interior lo ocupaba, sin duda, persona a quien el de fuera estimaba en mucho, porque, entre golpe y golpe descargado sobre la bestia, volvía su rostro, y mirando al interior del quebrantahuesos por la ventanilla delantera, decía algunas palabras enderezadas a dulcificar la molestia de transporte tan inquisitorial. El camino, que más era de herradura que de ruedas, estaba alfombrado de guijarros, que en algunos sitios eran verdaderos peñones, ofreciendo en otros hoyos profundos. Caballo y camino jugaban con el coche como un titiritero con las bolas, haciéndole dar graciosas piruetas. Viendo aquello, tendría corazón de bronce quien no compadeciera a la persona que dentro iba. Si tal persona, además de ir allí, iba contra su voluntad, era tan digna de lástima como quien va al patíbulo en la fatal carreta.

La noche era oscura y serena; pero el horizonte se inflamaba a ratos con vivos relámpagos, indicio de tormenta próxima, y algunas ráfagas de aire fresco venían del lado de la montaña, levantando polvo y haciendo murmurar el ramaje de los árboles.

Ni un alma se hallaba en tal hora por aquel camino solitario y agreste, y las pocas casas que se veían al paso estaban cerradas y silenciosas. Creeríase que la superstición había alejado de todos los

habitantes de aquella tierra, y que sólo quedaban los duendes para obligar a huir también a los que después viniesen.

Pero el quebrantahuesos pasó al fin a regular distancia de una casa en cuya ventana brillaba una luz. Entonces, del lóbrego cajón inquisitorial salió una voz angustiosa que dijo:

—¡Socorro!

El que guiaba castigó fieramente a la cabalgadura para que acelerase el paso, y cuando quedó a distancia mayor la casa iluminada, el hombre volvióse hacia dentro y dijo:

—No..., no vale pedir socorro, señora. Nadie oye, nadie ve.

—¡Socorro! ¡Socorro!—repitió la voz interior, ya enronquecida y furiosa.

Después varió de tono, y, acompañada, al parecer, de lágrimas, dijo suplicante y dolorida:

—Por la salvación de tu alma, Pepet, por la memoria de tu madre; déjame, suéltame, déjame en medio del camino y vete solo con tu endiablado coche... Te lo agradeceré, te lo agradeceré con toda mi alma...; no te guardaré rencor, *Tilín*..., no te tendré miedo; me acordaré de ti en mis oraciones; pediré a Dios por ti... Sé bueno conmigo, ten piedad de mí...; suéltame, déjame, y así podrás librarte del castigo que te espera por tu maldad... Piensa un instante siquiera en Dios.

El hombre no pensaba en Dios. Pálido y hosco, cejijunto, balbuciente como el asesino en el momento de clavar el puñal en la víctima dormida, marchaba derecho a su bárbaro objeto; no reparaba en consideración alguna, no se acordaba de Dios, no era cristiano; era incapaz de toda idea piadosa; no veía tampoco obstáculos; no veía más que la fiebre ardiente que le devoraba, y aquel objeto criminal que le atraía, fascinando su alma irritada.

Oyó que su víctima lloraba dentro del coche. Volvióse adentro y dijo:

—Es verdad que soy un malvado, que me condenaré, que arderé en el Infierno...; ¿pero de quién es la culpa?

—Tuya, infame ladrón, incendiario; tuya, monstruo emparentado con todos los demonios del Infierno—exclamó la voz del coche, volviendo a ser colérica—. Mucho más humano serías conmigo si me mataras. ¡Ay! Te lo agradecería con toda mi alma. Viva o muerta, infame bandido, no arderé como tú en los infiernos...; estarás solo, y padecerás eternamente, siempre quemándote en tus sacrílegas pasiones, sin satisfacer en toda la eternidad la sed rabiosa de tu alma.

Tilín hizo crujir sus dientes, tan fuertemente los apretaba, y hablando consigo mismo dijo:

—¡El Infierno!... Pues poco que me gusta a mí el Infierno... Ya sé que he de ir a él..., ya lo sé... Si de todos modos he de ir a él, que sea...

Y azotaba al caballo, porque aunque éste corría mucho, a él siempre le parecía que andaba poco: tan anheloso estaba de ganar terreno. Habría deseado las alas negras que había visto pintadas en el ángel de las tinieblas, para cruzar con ellas el cielo tempestuoso hasta llegar con su presa a los abismos donde se traman en juntas diabólicas las tentaciones que luego se esparcen por la tierra. Era firme creyente, y creía en las potestades del Báratro tal como las pinta la doctrina cristiana. Hacía el mal conociendo lo que hacía y las consecuencias de él. No era malo por carencia de sentido moral, como los adocenados criminales que pueblan diariamente los presidios y dan trabajo al verdugo, sino por un extravío que arrancaba de la exacerbación de sus violentas pasiones. Precipitado en aquel rumbo perverso, su corazón podía torcerse de improviso tomando otro camino. Esto lo conocía sor Teodora de Aransis. Dando a ratos tregua a su violenta ira, no creía fácil conseguir nada por la violencia, y trataba de someter a su terrible enemigo tocándole hábilmente al corazón. Por eso intentaba dar suavidad a su voz y mágico encanto a sus palabras. Sofocando su cólera, dejaba que hablase la conmovedora piedad. Diríase de ella que intentaba enternecer y cristianizar al Demonio con las súplicas que se dirigen a los santos. Sus manos aparecieron cruzadas en el ventanillo.

—*Tilín, Tilín*—le dijo—. Yo te juro por Dios, que es mi Padre, y por nuestro glorioso Patriarca Santo Domingo, que si me dejas y te vas, no te guardaré rencor, no tendré de ti malos recuerdos...; al contrario, los tendré buenos, muy buenos... A nadie diré que pegaste fuego a San Salomó; a nadie diré que en la confusión del primer momento, y cuan-

do bajé huyendo de las llamas me cogiste, me amordazaste y me sacaste por la puerta del locutorio, cuando el fuego y el humo permitían aún pasar por allí. A nadie diré que me ocultaste después en una casucha que hay fuera de la puerta del Travesat, donde tú y otros bandidos como tú, digo mal; bandidos no, sino alucinados, me tenían preparado el suplicio de este coche. A nadie diré que luego me has traído a este viaje horrible, que no sé dónde terminará; no diré nada..., tendré buenos recuerdos de ti, me acordaré de tu amistad, de tus buenos servicios. Todos los días, todos, cuando me arrodille delante del Señor Sacramentado para pedirle por los pecadores, pediré a Dios que te quite esos malos pensamientos y te dé otros buenos y cristianos que lleven tu alma al Cielo, donde me volverás a ver..., sí, me volverás a ver.

Esta idea debió parecer eficaz a la dominica, porque la repitió después de una pausa, añadiendo:

—Me volverás a ver, me estarás viendo por toda una eternidad.

Tilín no dijo nada. De pronto detuvo el coche. El corazón de Sor Teodora, al sentir aquella pausa en su tormento físico, palpitó de emoción y esperanza.

Pero *Tilín* se había detenido para prestar atención a un rumor lejano que a su espalda había creído sentir, y quiso cerciorarse de él.

—Sí—pensó después de un minuto de atención—. Viene gente a caballo, y no debe ser poca, según el ruido que hace.

El sacristán-diablo pareció un momento turbado; pero al punto halló en su grande ánimo la iniciativa y la prontitud de ejecución que le distinguía en los lances de apuro.

—*Tilín*—añadió la señora—. ¿No oyes lo que te he dicho? Ten compasión de mí, acuérdate de aquellos días en que, asistiéndote en tu enfermedad, te salvé esa vida que ahora vuelves contra mí. Tú eras entonces un niño, yo una joven. Ahora soy una vieja. ¿Qué quieres de mí? Por Dios y por tu madre, hijo mío, ¿adónde me llevas? ¿Qué horrible viaje es éste?

—En la Cerdaña—dijo *Tilín* con nerviosa agitación—, en lo más alto, en lo más enriscado, en lo más solitario, allí donde están libres los osos y donde nacen los torrentes, tengo yo una casa...

—¡Y allá me quieres llevar, bandido! —exclamó la dama con desesperación, no pudiendo reprimir la cólera—. No, yo gritaré y alguien me oirá... Esto no puede seguir. ¿No hay almas caritativas aquí? ¿Se ha acabado el mundo? ¿Es posible que no me favorezca Dios? ¡Dios, Dios mío!... ¿Tantos son mis pecados que merezca este horrible infierno en vida?

Tilín, muy temeroso por aquel ruido de tropa que había sentido, volvió a azotar al caballo, y desviándose del camino por una colina pelada que a la derecha había, dijo para sí:

—Me ocultaré en el monte hasta que pase esa tropa. Por aquí está, si no me engaño, el convento arruinado de Regina Cœli, donde sólo viven dos clérigos pobres que piden limosna. No sería malo intentar congraciarse con ellos... Necesito un sitio seguro donde pasar el día de mañana. ¿Qué hora es? Próximamente, las doce. Este maldito coche es el estorbo de los estorbos. Si pudiera llevarla a caballo... Necesito cuatro jornadas, que es preciso hacer de noche, y tres descansos por el día: uno aquí o en Vilaplana, otro en Nargo, otro en Querforadat, para de allí subir a mi casa. ¡Maldito coche!... Alas, alas es lo que yo quisiera. Sólo mi fuerza de voluntad, que jamás se acobarda, es capaz de intentar este viaje con tales obstáculos... Si triunfo, Lucifer tendrá que darme tratamiento de excelentísimo señor.

El coche avanzaba lentamente, porque el camino era casi impracticable en la oscuridad de la noche. De pronto oyóse un estallido metálico, seco, y el coche se hundió, cayendo sobre un costado. Sor Teodora dió un grito, y *Tilín* lanzó un apóstrofe que habría hecho estremecer de espanto a cielo y tierra, si la tierra y el cielo se afectaran por las vanas palabras del hombre. El eje del coche se había roto.

—¿Lo ves, lo ves?—dijo sor Teodora, esforzándose en reprimir su alegría—. ¿Qué quiere decir esto, *Tilín*? ¿No ves claros y patentes los designios de Dios? ¿No ves la mano que te ataja en tu infame camino? Tú tienes buen corazón, tienes conciencia, aunque ahora está muy perturbada. Considera, hijo; reflexiona...

Al mismo tiempo que esto decía dulcificando su voz, temblaba interiormente

de miedo, pensando que aquella contrariedad exasperaría al malvado, inspirándole quizá alguna violencia horrible. También ella oyó entonces el ruido de hombres a caballo, y puso atención, invocando mentalmente a Dios para que en tan apretada ocasión la amparase. *Tilín,* que oía también con toda su alma, rugió así:

—¡Por las uñas y rabo del Otro! Es la partida de Garrote, que salió esta tarde de Solsona.

Después miró su coche, que yacía en tierra como un buque recién naufragado. Abriendo la portezuela, ayudó a salir a sor Teodora, cuyas molidos huesos apenas le permitían moverse. La dama dió algunos pasos para probar si funcionaban, después del atroz suplicio del coche, los tendones y músculos de sus piernas. *Tilín* dijo sombríamente:

—Esto puede remediarse. A una legua escasa de aquí está el herrero Gasparó Cort, que tiene ejes de coche. Si tiene ejes, iré, traeré uno antes del día, y seguiremos nuestro camino.

—¡Y yo, insigne mentecato—gritó sor Teodora, viendo que su situación mejoraba extraordinariamente—, te esperaré aquí tan tranquila como si estuviera en la celda de mi convento! A fe que eres simple. Esto ha concluído. Déjame en paz.

Tilín comprendió lo descaballedo de su plan en lo relativo a buscar un nuevo eje, como no lo forjara con un hueso de su cuerpo en la fragua de su corazón. No había más remedio que dar por concluído el viaje, pensando cristianamente en la intervención de la Providencia para salvar a la digna señora del riesgo en que estaba. Pero *Tilín,* enérgicamente, apasionado y delirante, antes que en Dios, pensaba en los demonios que guiaban sus pasos y le ponían delante de los ojos fantasmas y espectáculos de gran atractivo para él.

—No, no, señora—exclamó de súbito, asiendo la mano de su víctima con extraño vigor—. Esto no ha concluído. Un hombre como yo no se deja vencer por un eje roto.

Sor Teodora, al sentir la mano de hierro que la sujetaba como las tenazas de Satanás sujetarían al precito sobre la caldera hirviente, encomendó su alma al Señor. La oscuridad y silencio del bosque cercano diéronle grandísimo pavor; pero evocando las fuerzas todas de su alma, decidió hacer frente a los mayores peligros, desplegando los recursos de su voluntad, de su astucia y aun de su vigor físico, que no era despreciable a pesar de ser mujer y monja.

—*Tilín*—dijo con grave acento—. Por malvado y pervertido que seas, no podrás desconocer que la voz de Dios acaba de hablarte, que su mano te ha detenido en tu criminal carrera.

El criminal no decía nada; pero apretaba más la mano preciosa, como el avaro oprime su tesoro temiendo que se le escape. Fijaba sus ojos en el suelo con terrible expresión de duda.

—*¡Tilín! ¡Tilín!*—añadió la monja, que había empezado a comprender la posibilidad de ablandar aquel bronce—. ¿No me oyes, ¿Piensas en Dios, en tu crimen; estás mirando a tu horrible conciencia?... Por Dios y su Santa Madre, déjame y sálvate; sálvate, hijo mío, de la condenación eterna.

Cuando esto decía oyóse el tañido de un esquilón que sonaba muy cerca, en el bosque.

—¿Qué campana es ésta?

—La de Regina Cœli, la de Regina Cœli—gritó *Tilín,* hiriendo el suelo furiosamente con el pie.

—¡Es un convento, un asilo!—dijo ella—. ¡Dios mío, has venido en mi ayuda!

Y la monja empezó a rezar. Pero *Tilín* le apretaba aún la mano.

Oyóse entonces a muy poca distancia el ruido de gente a caballo que poco antes obligara a Pepet a apartarse del camino.

—¡Gente de armas!—balbució sor Teodora de Aransis, inundada en gozo—. ¡Me he salvado!

—El Demonio, sí, el Demonio es quien me ha jugado esta mala partida.

—Suéltame, perverso—dijo la dominica, recobrando su entereza y dueña ya de la situación—, suéltame.

Sacudió la mano, gritando:

—¡Socorro!

—Basta, basta—gruñó Pepet, soltando la mano.

La monja dió algunos pasos hacia donde sonaba el esquilón, y *Tilín* corrió hacia ella.

—Es usted libre—le dijo—. Pida usted hospitalidad a los frailes de Regina Cœli... Me confieso vencido. El Demonio se ha reído de mí.

—No me sigas, malvado, no me sigas,

—¿Qué pensarán de una religiosa que se presenta sola, a estas horas, pidiendo asilo en un convento de frailes?

La monja se detuvo.

—¿Qué importa?—dijo—. Todo antes que estar en tu poder, monstruo. No me sigas.

—Yo también quiero pedir hospedaje. En Regina Cœli, yo también; estoy cansado.

Pero Teodora se había adelantado y no le oía. Corriendo entre los árboles, perdióse por un momento; pero al fin pudo salir adonde se veía la oscura mole de Regina Cœli. El esquilón seguía tocando. La dama vió una puerta y en la puerta luz, y esta luz iluminaba una figura, un hombre, un fraile, cualquier cosa... Sin vacilar corrió hacia él.

XXVII

—¡Una monja!—exclamó con asombro el que estaba en la puerta, que era un viejecillo tembloroso y caduco, empaquetado dentro de una sotana; ni aun parecía tener fuerzas para sostener la linterna con que se alumbraba, y cuyos rayos caían principalmente sobre la pechera encarnada de un segundo personaje vestido con uniforme militar.

—¡Una monja!—repitió éste antes que la de Aransis tuviera tiempo de exponer el objeto de su peregrina visita.

—Sí; una monja—dijo ella—, una pobre monja de San Salomó, que se ve obligada a pedir auxilio a los religiosos, caballeros, militares o quienesquiera que sean los habitantes de esta casa... Pero si no me engaño, estoy hablando con el señor don Pedro Guimaraens.

—El mismo, señora—repuso el bravo coronel, quitándose galantemente el sombrero y dirigiendo hacia el semblante de la religiosa los pálidos rayos de la linterna. Me parece que estoy viendo a Sor Teodora de Aransis.

—Esa soy yo... Usted no comprenderá mi presencia aquí—dijo muy turbada la dama, como quien aún no ha inventado bien la mentira que va a decir—. Ya sabe usted que anoche nos quemaron el convento... Yo iba a casa de mis tíos, a Balaguer, porque me encuentro muy enferma... ¡cosa tremenda! El coche se ha roto... Roto el eje... Me vi sola en medio del camino... Sola no..., con el criado de mis tíos.

—No se necesitan más explicaciones para dar alojamiento a la buena madre —declaró Guimaraens, menos atento a las cuitas de sor Teodora que al ruido de caballos que cerca se sentía—. Yo estoy aquí cumpliendo un deber militar por encargo del conde de España... ¿Sabe usted?... Este sitio es el mejor para cortar la comunicación de los valles del Cardoner con la Conca de Tremp... Estoy aquí con un pequeño destacamento esperando las fuerzas que han de llegar a la madrugada...

Y volviéndose al frailecillo, añadió:

—Nuestro bendito padre Martín de la Concepción se ha cansado de tocar la campanilla, y es preciso que no cese de tañer un momento para que la brigada pueda dirigirse aquí sin equivocarse, porque esos niños de Madrid no conocen estas tierras... Que toque, que siga tocando... Pues, sí señora mía; aquí podrá usted reposar hasta mañana. No hay comodidades de ninguna especie, ¿verdad, padre Juanico?

—No importa—dijo la dominica, entrando en el atrio—. Me basta con hallarme en lugar seguro.

—Y dispénseme la reverendísima madre—indicó don Pedro, haciéndola otra cortesía, sombrero en mano—que no la acompañe en este momento, porque siento ruido de caballerías, y si al principio me parecía tropel de arrieros que iban al mercado de Castellnou, ahora me parece una partida fugitiva que pasa.

—Vaya su excelencia—dijo el frailecillo—. Yo acompañaré a la reverendísima madre a la única habitación que tenemos para cuando se nos presenta algún forastero... ¿No ha traído la señora servidumbre? ¿No ha venido con la señora alguna otra madre, o un par de madres, o media docena de madres?

Incapaz de responder a estas preguntas, la monja calló, dejándose guiar por el padre Juanico. En el ruinoso patio sintió rumor de soldados que jugaban o cantaban coplas tendidos en el suelo. Tan aturdida estaba la buena madre, que no había formado aún juicio alguno sobre su nueva situación, si bien se veía segura y salva por el respeto que entonces infundía a la gente armada el hábito religioso. Erale, sí, forzoso, desple-

gar un poco de ingenio para explicar su presencia en Regina Cœli sin ocasionar interpretaciones malignas, y para hacerse trasladar a Solsona sin peligro de caer de nuevo en los terribles brazos del dragón que la perseguía.

Don Pedro salió a toda prisa acompañado de algunos soldados, mientras el padre Juanico guiaba a sor Teodora por un claustro medio derruído; era preciso mucho cuidado para no tropezar en las piedras que obstruían el paso.

—Esta casa, señora—dijo el caduco fraile—, está así desde la acometida de los franceses, el año diez. Regina Cœli era una casa de clérigos regulares. ¡Ah! Entonces éramos treinta y cinco; ya no somos más que dos: el padre Martín de la Concepción y un servidor de vuestra maternidad reverendísima... Creo que ha sido horrible eso de San Salomó.

Deteníase a cada seis pasos para contemplar el rostro de la señora; y alzando, no sin esfuerzo, su cabecilla flaca y colgante, obsequiaba a la monja con una sonrisa senil harto grotesca.

—Sólo dos, señora—añadió alumbrando el piso lleno de piedra—. Vivimos de limosna... Vivimos tranquilos, esperando la muerte que ha de asemejarnos a estos escombros, a estas piedras, a este cadáver descompuesto de Regina Cœli. Lo poco que aún vive de Regina Cœli será polvo también... Pues, como decía a la señora, los dos hermanos vivimos aquí tranquilamente, es decir, vivíamos tranquilamente hasta esta noche a las diez, hora menguada en que se nos metió por las puertas el señor don Pedro Guimaraens con sesenta soldados de su majestad... ¡Linda noche nos ha dado!... Al padre Martín de la Concepción lo tiene desde hace dos horas tocando la esquila..., y no quiere que se canse el buen hombre, sino que toque y toque... Estos demonches de militares son muy déspotas, señora... Cuidado no tropiece usted en la losa de ese sepulcro... Por aquí, señora, por aquí..., y aún falta lo mejor. Esos toques de la esquila son para avisar a una brigada entera, a una brigada de demonios uniformados que viene a tomar posesión del convento... Estamos lucidos... ¡Venir a turbar a dos pobres religiosos moribundos que esperamos por instantes la última hora!... En fin, paciencia nos dé Dios. Aceptemos este cáliz, no tan amargo como el que supo apurar Su Divina Majestad en la noche de su pasión... El pobre hermano Martín se ha cansado otra vez de tocar... En fin, señora, ésta es la única habitación que podemos ofrecer a vuestra maternidad reverendísima para que pase la noche... Iré a ver si han llegado los de la servidumbre de vuestra maternidad reverendísima.

—¡Esta es la habitación!...—exclamó llena de asombro la madre Teodora de Aransis, contemplando las desnudas paredes de una sala inmensa, helada, vacía, con el techo agujereado y el piso hecho escombros.

—No tenemos otra. En cuanto a lecho para dormir, no espere vuestra maternidad que se lo ofrezcamos, porque no lo tenemos. Martín de la Concepción y yo dorminos en el suelo.

La madre volvió a mirar, no menos espantada que la vez primera, el antro en que se hallaba. Un pedazo de altar y un rimero de tablas carcomidas eran los únicos asientos. Algunas piedras sepulcrales llenas de escudos o inscripciones formaban, apiladas, como una especie de mesa.

Aterrada en el primer momento, sor Teodora se serenó pronto, comprendiendo que no estaba en el caso de pedir gollerías.

—Está bien, reverendo hermano—dijo—. Déme usted una luz y ayúdeme a cerrar estas ventanas.

—Estas dos ventanas no se pueden cerrar—dijo el frailecillo con burlona sonrisa—. Tampoco se cierra la puerta; en una palabra, madre reverendísima, aquí no se cierra nada. En Regina Cœli no hay llaves, ni cerrojos, ni trancas, ni candados. Puede vuestra maternidad entornar las puertas y afianzarlas con un palo. Como no hay viento, no se abrirán. Traeré la luz al instante.

Largo rato estuvo sola y a oscuras la buena monja, embebida en hondas reflexiones sobre su situación, y ya se impacientaba de la oscuridad cuando volvió el padre Juanico tan apresurado como sus piernas medio muertas se lo permitían. Puso una lámpara de cobre sobre el montón de piedras sepulcrales que hacían las veces de mesa, y, dejándose caer sobre un madero, dijo suspirando:

—Déjeme vuestra maternidad que descanse un ratito..., no puedo tenerme... Este renegado de Guimaraens va a qui-

tarnos la poca vida que nos queda... ¿Oye usted? Todavía repica el desventuradísimo Martín de la Concepción... ¡Ay! ¡Cómo me canso, señora, con estas idas y venidas! A estas horas estaríamos el hermano y yo roncando riquísimamente sobre nuestras tablas, si estos barrabases no se nos hubieran metido aquí... Y lo que falta, pues, y lo que falta.

—Paciencia, hermano—dijo la dominica, sentándose también.

—Pues, como iba contando—prosiguió el fraile, con menos cansancio de lengua que de piernas—, esos hombres a caballo que iban por el camino eran los de la partida de Garrote, que hace días pasó para Solsona y ahora se vuelve a su país. El señor de Guimaraens les ha quitado algunas armas y les ha dejado seguir. Llevaban consigo un prisionero, un hombre malvado, de esa infame ralea de jacobinos. Es, según dicen, el que pegó fuego a San Salomó.

Sor Teodora suspendió tan bruscamente sus reflexiones, que se la habría creído picada por el agujón de una víbora. Clavó los negros ojos en el rostro excesivamente maduro y pasado del padre Juanico, que, alentado por la atención que a sus palabras se prestaba, añadió:

—Garrote, que va en retirada y, sin ármas, ha dejado aquí al prisionero para que el señor de Guimaraens haga un poco de justicia. ¡Hace tanta falta en estos tiempos!... Le van a fusilar.

Sor Teodora se levantó. Un lúgubre rumor que en el patio se oía, llamó vivamente su atención. Miró por la ventana que al patio daba.

—Ahí le llevan—dijo el fraile, señalando al patio, donde se distinguían grupos moviéndose con algazara—. Le van a meter en la cueva, en lo que era panteón y ahora nos sirve de leñera.

Sor Teodora no vió más que sombras; pero comprendió lo que pasaba. El corazón se le salía del pecho, latiendo con desusada violencia.

—Adjós, señora, que pase vuestra maternidad reverendísima buena noche—dijo el padre Juanico tomando su linterna— ¡Ah! Me olvidaba de advertir a vuestra maternidad que el señor de Guimaraens pasará a verla. Me lo ha dicho. Sin embargo, estará muy ocupado en toda la noche. Parece que ya llega la brigada que esperaba... ¡Gracias a Dios que descansa el pobre Martín!... Buenas noches... He visto entrar a varios paisanos...; la servidumbre de vuestra maternidad reverendísima.

—Yo no tengo servidumbre—dijo sor Teodora bruscamente.

—¿Ha venido vuestra maternidad sola?—preguntó el padre Juanico, desplegando toda la piel de los ojos.

—Sola, sí, sola—afirmó la dama con energía, sin pensar en su reputación.

El padre Juanico, iba a persignarse; pero no se persignó. Creyó que debía irse..., y se fué.

La de Aransis dió algunos pasos hacia la puerta, después retrocedió... Llevóse las manos a la cabeza, cruzólas después. Puede afirmarse que en los treinta y dos años de su existencia no había conocido su alma un afán tan grande. Tan grande era, que la última aventura de *Tilín* le parecía cosa lejana, indigna de fijar su atención, y en verdad aquel drama terrible, puramente externo y que en nada afectaba a sus sentimientos, le parecía muy menguada cosa en comparación de la íntima sacudida que ora sentía en su alma.

Tan absorta estaba, tan atenta a sí misma, que no observó que era espiada. Fuera de la ventana abierta a un segundo patio lleno de ruinas, un espantajo negro la vigilaba. La monja no veía el brillo verdoso de los ojos del buho acechando su presa.

XXVIII

Sí; aquel tenaz guerillero, don Carlos Garrote, cuya cólera hirviente cuyas palabras amenazantes encerraban un gran fondo de rectitud, porque anunciaban su odio a las intrigas y a las transacciones indecorosas, tuvo que abandonar parte de sus armas en Regina Cœli. Habría sido petulancia sostener un combate. El no se sometía; pero se retiraba de la lucha. No disparaba un tiro en contra de la causa apostólica; pero tampoco en pro del rey, cuya doblez conocía como nadie. Deferente y cortés con don Pedro Guimaraens, a quien por sus altas cualidades apreciaba, no sólo le entregó algunas armas, sino también un valioso prisionero, y después de recomendarlo al señor coro-

nel con la mayor eficacia, siguió adelante, para buscar por la Conca de Tremp el camino de Aragón.

No estaba a cien varas de Regina Cœli, cuando su pequeño ejército inerme fué detenido por otro armado y relativamente grande. Era la brigada que esperaba Guimaraens, y que había sido mandada por el conde de España para ocupar a Regina Cœli. Guimaraens, a quien España dió el día anterior pequeñas comisiones, fué encargado de ocupar previamente a Regina Cœli, en la previsión de que alguna pequeña partida se apoderase de punto tan conveniente, y de esperar allí a la brigada. El aviso de la campana fué cosa convenida entre el jefe de ésta y Guimaraens.

Garrote sabía que probablemente encontraría aquella tropa; sabía también quién la mandaba, y así con la esperanza de refrescar cordiales y antiguas amistades, luego que las avanzadas le detuvieron, preguntó:

—¿En dónde está el jefe? ¿En dónde está mi amigo queridísimo el señor don Francisco Chaperón?

Fuéle respondido que no lejos venía, y poco después el valiente soldado navarro y el antiguo presidente de la Comisión militar ejecutiva se daban estrechísimo abrazo en mitad del camino, alargando cada cual el cuerpo sobre el caballo, de modo que por un instante parecieron un solo hombre sobre dos brutos.

—Por vida del Santísimo Sacramento—dijo el brigadier (1)—, que no creí tener sorpresa tan agradable. Sabía que andaba usted por estos barrios... ¿Y adónde se va? Supongo que en retirada.

—Me voy a mis montañas; me voy sin armas, sin ilusiones, sin esperanza por ahora... Han querido meterme en intrigas y enlodarme con estos inmundos arreglos, y... me voy, me voy. ¡Esto es una farsa, señor don Francisco; pero qué farsa!

—Hombre, ¡qué diantres!, ya sabemos que en el mundo todo es farsa... Pero ¿a qué conducía esta guerra? Francamente, hablemos como hombres formales; más adelante, no digo que no; pero ahora... ¡Vaya con las diabluras catalanas! Es preciso sofocar esto, echarle tierra a todo trance, antes que tome vuelo, porque si no se aprovecharán de ello los liberales. Es lo que yo digo: divídase el partido del orden, y tendremos a los masones tirándonos de la nariz...

—Los liberales tienen poco que ver en este negocio.

—¡Qué error! Por dondequiera que vamos recibimos la noticia de tramas horribles. Ellos son los que con halagos y promesas inclinan a los guerrilleros a no someterse. Yo le digo al conde de España: «Señor conde, mientras quede uno de ésos, no tendremos paz en el reino», y el conde es de mi opinión. A veces me dice: «Chaperoncillo, aquí hay que amenazar a un lado y dar a otro», y yo soy también de esa opinión. Estoy contento de haber enviudado de aquella endiablada Comisión que me dió tantos disgustos, y de haberme casado con esta guerra. Me gustan los campamentos más que las oficinas, y nuestro jefe me agrada mucho. Es riguroso, y hace cumplir la Ordenanza con crueldad; pero eso es bueno, eso es bueno. También sabe premiar a los que sirven con celo y a los que ejecutan sus órdenes con prontitud y sin vacilaciones... Conque, amigo mío... Por vida del Santísimo Sacramento, estoy por decirle a usted que vuelva grupas y me acompaña Regina Cœli, que ya debe de estar cerca..., allí echaremos una copa y fumaremos un cigarro.

—No puedo, señor don Francisco... Regina Cœli está a dos pasos: allí descansará usted. Por cierto que le he dejado a usted allí un buen regalo.

—¿Algo de cena?—dijo don Francisco, haciendo con su mano en las inmediaciones de la fiera boca el gesto vulgarísimo que denota buen apetito.

—Nada de eso.

—¿Pues qué?

—Un liberal.

—¿Y para qué quiero yo un liberal, como no sea para fusilarle?

—Precisamente para eso.

—¿Sí? ¡Por vida del...! Y ¿quién es?

—Un gran delincuente. Anoche le cogimos *in fraganti*. Había pegado fuego al convento de San Salomó, en Solsona.

—Hombre, ¡qué alhaja! Para encontrar esos primores no hay otro como usted.

—Vino a España enviado por los de

(1) Véase el retrato de este personaje en *El terror de 1824*, tomo I de la presente edición.

Londres para tejer una de tantas conspiraciones. Es pajaro de cuenta: le conozco hace tiempo. Es de los que figuraron cuando Las Cabezas... después anduvo en masonerías y comunismo.

—¡Preciosísimo!

—Es paisano mío. Se llama Salvador Monsalud.

—Yo he oído ese nombre.

—Le han oído todos los que en Madrid asistieron a los infames escándalos de los tres años.

—¿Y está allí, en Regina Cœli?

—La verdad, no quise dejarle en Solsona porque no tengo confianza en la gentuza que queda allá. Es probable que le dejaran escapar. Después tuve intención de fusilarle en el camino; pero, señor don Francisco, yo soy buen católico y no me atrevo a matar a un hombre cuando no puedo darle los auxilios religiosos... Mis creencias no me permiten quitar a un hombre, por malvado que sea, la probabilidad de redención; y aunque éste sea de los que merecen morir como perros, yo... no quiero cuestiones con mi conciencia... ¿He hecho bien?

—Perfectamente: si es usted al mismo tiempo un bravo soldado y un doctor de la Iglesia. Para casos como éste tengo yo mis capellanes, que despabilan un par de reos en diez minutos.

—Hay dos curas en Regina Cœli.

—El negocio corre de mi cuenta—dijo don Francisco, demostrando gran impaciencia.

—¿Confío en que usted castigará a ese empedernido criminal?...

—¡Hombre, qué idea! Pues si así no lo hiciera... Además de que me gusta arrancar la mala hierba que encuentro en mi camino, soy hombre que no está dispuesto a recibir reprensiones del general en jefe, y le juro a usted que si el conde supiera que yo, después de tener en mi mano un pájaro del plumaje de ese caballero masón, le había de dejar escapar..., vamos, no quiero pensarlo. Yo creo que me mandaría dar de palos como a un recluta. Usted no conoce bien a ese insigne defensor de la Monarquía. ¡La Ordenanza, el exterminio de la gente negra! Estos son los polos sobre que gira el grande espíritu del conde de España... Dicen que su excelencia está loco: yo no le tengo por tal, sino por muy cuerdo, y con media docena como él bastaba para arreglar el mundo.

—Es hombre que no perdona una falta ni a Cristo Sacramentado.

—Ni a la Santísima Trinidad. Hombre más inexorable no se ha visto ni se verá. Cuando su hijo no se levanta tempronto, el conde manda una banda de tambores a la alcoba..., entran despacito, se colocan junto a la cama, y de repente... ¡purrum!, rompen generala, y así el muchacho se despabila y salta hasta el techo. Pues, digo, cuando don Carlos encarga a su hija algún trabajo de aguja, ya puede andar lista y acabarlo pronto, porque si no, me la pone de centinela en el balcón con la escoba al hombro, dos, tres, cuatro horas, según el caso. No tiene consideración ni con su señora, la condesa... Ya podía descuidarse un día en ponerle tal o cual plato que le gusta. La manda arrestada, y la tiene cinco o seis días sin salir del cuarto, con un oficial de guardia a la puerta.

—Esto me parece extravagante.

—Pues yo no opino lo mismo; es preciso que el hombre del día sea muy enérgico. Los lazos del poder se van aflojando mucho, y llegará día en que no haya disciplina ni autoridad, y héteme aquí a la sociedad desquiciada por completo. En España hacen falta hombres así, desengáñese usted, Carlos... ¡Si no, adónde vamos a parar! Dicen que el conde está loco. Ya quisieran más de cuatro tener su juicio. ¡Por vida del Santísimo!... Lo que tiene es muchas agallas. Es el único hombre a quien veo con capacidad bastante para acabar con el bando liberal. Marchando despacito con su ejército, va barriendo el país; lo va barriendo, sí, a fusilazos. Como nos dejen, no quedará uno para muestra... Figúrese usted que él llega a un pueblo, sale a pasear por las calles y a todo el que se encuentra le detiene y le dice: «Enséñeme el rosario.» Como no se lo enseñe, va derecho a la cárcel. ¡Ay de los que sean conocidos por sus opiniones! Esos no van a la cárcel: van a otra parte de donde no se vuelve... Yo no soy de los que opinan que España es un hombre cruel y sanguinario..., no: todo es relativo. Hay que ver cómo está nuestro país, podrido de malas ideas. Es preciso que esta guerra corte y ampute, despedace y descuartice. ¿No cree usted lo mismo?

—Lo mismo.

—¡Cruel y sanguinario! Pues yo sostengo que es un hombre de bonísimos sentimientos, muy pío y temeroso de Dios. Me consta que confiesa y comulga todas las semanas. ¡Con qué miramientos trató a los señores clérigos y frailes! Yo le he visto en la iglesia dándose golpes de pecho como el mayor pecador del mundo. Me han dicho que tiene éxtasis y que usa cilicio... Pero le estoy deteniendo a usted demasiado con mi charla... Es tarde.

—Sí, señor don Francisco, y quiero llegar mañana a la Conca. Mucho me place la compañía; pero es preciso que nos separemos.

—Hombre—dijo Chaperón con acento campechano—. Yo creo que algún día nos hemos de ver peleando juntos por una misma causa.

—También lo creo.

—Venga un abrazo.

Los dos hombres se acercaron el uno al otro, y dos corazones de tigre latieron juntos, unidos por un abrazo. Al separarse, Chaperón le dijo:

—Gracias por el regalo.

—Me olvidaba de una advertencia —indicó Garrote, deteniendo un instante su caballo—. Ese señor don Pedro Guimaraens que está en Regina Coeli me parece un poco débil y amigo de contemplaciones.

—¿Sí?... Ya lo arreglaré yo.

—Puede que le hable a usted de perdonar al reo. Es hombre de mimos y blanduras.

—¿Sí? A buena parte viene. Ya le leeremos la doctrina a ese señor.

Los caballos se encabritaron, emprendióse la marcha, y Garrote gritó desde lejos:

—Hay que ser inexorable.

Chaperón se echó a reír, y su carcajada confundíase con el piafar de los caballos. Más lejos ya, el furibundo cabecilla repitió:

—Inexorable.

Después se oyó el tumulto de las voces de mando, y la tierra trepidaba con el violento pisar de hombres y brutos. El murmullo del ejército en marcha se oía a larga distancia, como el zumbido de un gran enjambre invasor que iba conquistando lentamente el espacio oscuro. El tañido de una esquila les guiaba llamándoles, hasta que dieron en el portalón de Regina Cœli.

Fué recibido el señor brigadier por don Pedro Guimaraens, que le condujo adentro, mientras los subalternos daban órdenes para alojar y racionar a las tropas. Mostróse muy seco y disciplinario Chaperón, el cual, cuando se vió en su dormitorio, dijo al coronel que él no había venido a Cataluña a hacer niñerías; que él pensaba en todo y por todo inspirarse en las ideas del general en jefe, don Carlos España, y que prohibía absolutamente al don Pedro hablar de clemencia y enternecerse como una cómica que representa el drama sentimental. Dicho esto, se paseó por la desmantelada sala, y dijo que no habiendo camas, dormiría en una silla, pues hombres como él no necesitaban finuras. Mandó que le trajesen un jarro de vino, un pan y la carne fiambre que traía en su valija, y puesto el mantel sobre un arca vieja, invitó a Guimaraens a que le acompañase con otros dos coroneles en su frugal cena. Hízolo don Pedro, aunque no tenía gana, y Chaperón, engullendo y bebiendo con apetito, no daba paz a la lengua. Era preciso convencerse de que él era inexorable, absolutamente inexorable; de que estaba decidido a corresponder a los deseos del conde de España, su jefe y amigo. A los apostólicos que se sometieran, les perdonaría; eran alucinados y no criminales; a los jacobinos y masones les aplastaría sin piedad. Ya sabía él que en Regina Cœli había un gran criminal que debía terminar sus días en la mañana próxima, y como él era absolutamente inexorable contra los enemigos de la sociedad, prohibía al señor Guimaraens que le hablase de compasión, porque hombres como él no se ablandaban con suspirillos. Aunque don Pedro respondía a todo afirmativamente, aun no parecía satisfecho el ogro, y ponía por testigo al Santísimo Sacramento de su decidido entusiasmo por lo absolutamente inexorable.

Asomóse después al balcón que daba al gran patio o explanada de ruinas, y al retirarse dijo:

—¡Qué negro está todo! Señor coronel Guimaraens...

Don Pedro se puso a sus órdenes.

—Mañana, a las seis en punto, forma usted el cuadro en ese patio y me fusila usted al jacobino. A las seis en punto. Yo quiero verlo desde este balcón; sí, quiero verlo con mis propios ojos.

Diciendo esto acercaba dos de sus dedos a los ojos y se estiraba los párpados inferiores, mostrando redondas y saltonas las córneas, bordadas de un cerco sanguinolento; después se sentó en una silla, estiró las piernas, apoyando el brazo derecho en el respaldo y la cabeza en la palma de la mano.

—Voy a dormir un rato. Son las tres. Que me llamen a las seis menos cuarto.

Retiráronse todos, y el ogro quedó roncando. Guimaraens fué a dar órdenes, y después de pasar largo rato en las cuadras bajas hablando con los oficiales que estaban a sus órdenes, recordó que sor Teodora de Aransis le había mandado llamar poco antes. Gozoso de ser útil a tan insigne señora, corrió a la caverna donde se refugiaba, y por espacio de media hora larga conferenció con ella. Lo que hablaron no lo sabemos; pero quizá lo adivine el que siga leyendo.

XXIX

Don Pedro salió muy cabizbajo. Cuando la señora se quedó sola, sentóse sobre las piedras sepulcrales y apoyando el codo en una tabla y la frente en las coyunturas de su mano, cerrada cual si empuñara un arma, estuvo largo rato inmergida en profunda meditación. Su alma sentía una ansiedad hasta entonces desconocida, como no tuviera su semejante en las vagas ansiedades de aquel amor místico que la inflamó durante los primeros días de su vida en el convento. Se preguntaba qué razón había para aquel interés por cosa que tan poco debía importarle; pero no podía darse respuesta satisfactoria. Trató de vencer aquel afán; pero contra este enemigo terrible eran débiles las armas de la razón, que, hiriéndole sin matarle, le irritaban más. El enemigo se asentaba al mismo tiempo en su imaginación y en su corazón, aunque más parte ocupaba de aquélla que de éste.

En su mente había una idea inmutable, aterradoramente fija y clara, la cual le ponía delante, como la mayor de las desgracias y de las injusticias posibles, el sacrificio del hombre encerrado en las mazmorras de Regina Cœli. No podía de ningún modo asentir a que pereciese aquella figura airosa y gallarda, aquel rostro varonil, aquel mirar dulce y penetrante, aquella discreción y urbanidad de lenguaje, aquella nobleza que en toda su persona y resplandecía, aquel misterio de su vida y de su entrada en el convento, la violencia misma de su aparición, seguida de manifestaciones hidalgas; aquel no sé qué de semejante hombre que había despertado súbitamente un interés muy vivo en el alma de sor Teodora de Aransis. Ella protestaba contra la calumnia de que fuera incendiario de San Salomó. Tan grande injusticia poníala furiosa.

No tenía serenidad suficiente para considerar lo anómalo de sus sentimientos. Después de doce años de claustro, de calma y de tibia y rutinaria devoción, Teodora de Aransis perdía toda su entereza y su paz espiritual por la presencia de un desconocido. Quizá era ella menos monja de lo que parecían indicar sus doce largos y monótonos años de claustro; quizá aquel período, lento y pesado como un sueño de embriaguez, había sido tan sólo un verdadero sueño estúpido, del cual la despertaba la voz de un hombre; tal ve la verdadera juventud de la hermosa dama comenzaba en aquel instante, y quizá, quizá, el grito de terror proferido al ver profanada su casta celda por el aventurero fué la última palabra de su niñez.

Contra esta idea desfavorable protestó la razón de la virgen del Señor, diciéndose:

—No; es lástima, nada más que lastima lo que siento.

Pero una lástima profunda, abrasadora; una lástima que le hacía olvidar los sucesos de las últimas horas, las llamas de San Salomó, su rapto, el viaje con *Tilín*, y le hacía olvidar también sus doce años de claustro. Creeríase que todos los deseos, todas las ilusiones, todos los caprichos, todas las afecciones arrinconadas durante los doce años habían renacido súbitamente y se juntaban para hacer de aquella lástima un sentimiento cariñoso hasta lo sublime. De mil cachivaches olvidados y perdidos en los repliegues de una vida oscura y pasiva, la compasión hacia su acopio en un día para fundir con ellos un afecto poderoso. El filo de esta arma iba derecho contra el propio corazón de la monja, el cual se partía y se ha-

cía pedazos pensando en la muerte injusta de un desconocido.

Mientras meditaba, no vió que en la ventana aparecía un rostro oscuro, después un busto, y que el ágil cuerpo de *Tilín* saltaba sobre el antepecho y se acercaba pausadamente a ella. El viento entraba en la sala y la luz de la lámpara oscilaba como la llama de una antorcha, produciendo intervalos de claridad y sombra. Teodora no vió al dragón hasta que no estuvo delante de ella, con las manos cruzadas, inclinado el rostro. Ligera exclamación de sorpresa salió de los labios de la señora; pero nada más. La presencia de su enemigo ya no le causaba temor, sin duda.

Sorprendióse *Tilín* de no ser recibido como esperaba, con exclamaciones de horror. El daba por perdida ya su causa. Había entrado en Regina Cœli con el tumulto de tropa y paisanos, y se había deslizado entre las sombras del patio en ruinas para ver de lejos la presa que se le había escapado. No creía ya en su éxito; no tenía ilusión alguna. Sabía que su víctima estaba ya en seguridad contra él, y que un grito, una voz sola, le bastarían para defenderse, si nuevamente fuera perseguida. A pesar de esto, esperaba oír en boca de su señora recriminaciones y apóstrofes. En vez de esto, *Tilín* halló un silencio de sepulcro y una impasibilidad sombría y taciturna.

—Soy yo, señora—dijo Pepet, en voz baja—; soy yo, que aun aquí, donde está la monja más segura, vengo sin temor a nada, ni a la misma muerte.

La religiosa no contestó. Parecía que más enojaba a *Tilín* el silencio que las recriminaciones, porque, alzando la voz con violencia, añadió:

—Soy yo, señora, que si supiera que no había de salir de aquí sino hecho pedazos, no dejaría de entrar. Vengo porque quiero decir la última palabra.

Nuevo silencio

—La última palabra, señora—prosiguió el voluntario realista—. He perdido la partida. Por primera vez dejo de creer en el buen éxito de mi osadía, de mi fuerza y de mi astucia. Mis diablos me han desamparado..., vencido soy. El ángel que a usted la protegía me destrozó en mitad del camino.

Tilín creía con ciega fe en esta idea de Satán abandonándole y del ángel que le acuchillaba.

—Un recurso me queda—añadió sordamente—: el recurso mío, el que me gusta más.

Sor Teodora le miró. Creyérase que de improviso oía con interés las palabras de *Tilín*. Su atención indicaba un cambio brusco en sus ideas, algo como esperanza o presentimiento de una solución posible.

—Me queda—dijo él, animado por aquella mirada—el recurso de la muerte, que es ya mi único consuelo.

Pepet se detuvo, y la monja, mirándole con mayor interés, le dijo:

—Sigue *Tilín;* ya ves que te escucho sin enfado.

—El mundo se acabó para mí. Ninguna de las ambiciones de mi alma he podido satisfacer en él. Lo miro como un lodazal de hielo en el cual no nace ni una hierbecilla... Huir de él es lo que deseo. Dos objetos han llenado mi alma, y cabalgando en ella parece que la han espoleado; ambos han sido un esfuerzo estéril y doloroso como las convulsiones del loco. Ni soldado ni amante, ni la gloria ni el amor... ¡Todo perdido! Los deseos no satisfechos, que son como ascuas que no puedo trocar en llamas ni tampoco en cenizas, me piden mi sangre, señora, mi sangre malvada.

Ronco por la violencia de su expresión y trémulo con las convulsiones del despecho, se clavó las dos manos en el seno. Después cayó de rodillas, e hiriendo el suelo con su frente, dijo con voz angustiosa:

—Monja, dime que me perdonas y moriré contento.

La llama de la lámpara, que poco antes parecía extinguida, inundó de claridad la sala. El rostro de la monja se tiñó de leve púrpura; sus ojos brillaron; no de otro modo brillan en el semblante humano las llamas de la inspiración. Sor Teodora tuvo una inspiración.

—¡Perdonarte!—dijo— Y ¿has podido dudar de mi perdón, siendo sincero tu arrepentimiento? ¿Reconoces tu sacrilegio, tu infame conducta?

—Yo no reconozco nada—repuso *Tilín* con desesperación—. No reconozco sino que amo, que adoro y que por esto solo merezco misericordia. Mis maldades no

son maldades: son mis caricias, caricias a mi modo, porque no me es permitido hacerlas de otro modo. ¡El sacrilegio! El Diablo me lleve si entiendo esta palabra. No sé más sino que mi alma se abrasa, que pongo sobre todo el Universo a una sola persona; que esa persona me aborrece, y que no quiero vivir... Esto es lo que sé... ¡Perdón, perdón! Pido perdón, porque es lo único que espero me pueden dar; lo pido para poder decir: «Me arrojó una palabra dulce, y dejó caer una lágrima de piedad sobre mi corazón envenenado.» Por esto pido perdón.

—Y yo te lo doy—dijo la monja, poniendo su dedo sobre la cabeza del hombre terrible.

—Eso me regocijará en la otra vida. Señora, adiós; me voy a matar.

Apartóse algunos pasos, y metiéndose la mano en el pecho sacó un cuchillo. Corrió hacia él prontamente la monja, diciéndole:

—Aguarda.

Tilín extendió la mano armada y, apartando con ella a la de Aransis, dijo:

—Usted que me aborrece, no podrá impedirme que me mate.

—Yo no lo impido.

—¿Se opone usted a mi muerte?

—No, no me opongo, no.

—¿Por qué?

—Porque la mereces.

—Bien, señora. Todo ha concluído —dijo *Tilín*, apartándose, resuelto a consumar el último crimen—. El Infierno me llama; voy al Infierno.

La monja se abalanzó a él denodada, sin miedo al arma ni a la descompuesta cara de *Tilín*, cuyos ojos, inyectados de sangre, causaban horror. Le puso ambas manos sobre el pecho, le miró con ternura y en tono dulce y persuasivo le dijo:

—Y ¿por qué no al Cielo?

El tono y la mirada fascinaron de tal modo al dragón, que quedó extático, embelesado.

—¡Al Cielo!—murmuró.

Soltó el cuchillo. La monja volvió con apariencia tranquila a su asiento, e indicó a *Tilín* con una seña que se sentara también.

—Ya no hay Cielo para mí, ni puede haberlo—dijo el dragón.

—¿Por qué?

—Porque soy un malvado, porque amo lo imposible, lo que Dios prohibe, lo que es suyo, y no puedo dejar de amarlo... ¡Oh! Mi Cielo no es el Cielo de los demás; mi Cielo sería que usted me amase, y usted no me puede amar: usted me aborrece.

—¿Y si dejase de aborrecerte?

Pepet sintió en su alma un consuelo inefable.

—¿Y si te amase?—añadió la monja con aniinación, pero sin dejar su acento y su expresión de melancolía.

La sensación que experimentó *Tilín* era como si unas manos de querubines le suspendieran en el aire.

XXX

—¡Oh señora!—exclamó—. No juegue usted con mi corazón. Y ¿cómo ha de poder ser que usted me ame?

—Mereciéndolo.

—¿Cómo?

—¿De qué nace el amor, sino de la admiración y de la gratitud? Cuando no nace de esto, es fútil capricho que se va tan pronto como viene.

—¡Admiración! —dijo *Tilín*, meditabundo—. ¡Oh! Sí, es verdad. Por eso yo soñaba con ser un héroe, con realizar hazañas grandes y extender mi fama por todo el mundo, para que, admirándome, usted me amase.

—Pero más que de la admiración, nace el amor de la gratitud—dijo la monja, firme ya en su papel—, nace de la dicha placentera que nos produce la contemplación de las virtudes y de los sacrificios de otra persona. Un acto de abnegación sublime, uno de esos actos que ponen de manifiesto la superioridad de un alma, basta a encender el amor en el corazón más frío. El mío no puede ser conquistado de otra manera, *Tilín;* pero conquistado así, su posesión será eterna por los siglos de los siglos.

El bárbaro guerrero contemplaba embebecido y trastornado el rostro de la dama, que tenía en aquel momento una expresión sobrehumana. De sus ojos veía *Tilín* que emanaba y caía sobre él una luz divina.

—¡Ay!—exclamó—. Si eso fuera verdad, si el mundo no fuera un centro de vulgaridad, si existiera la posibilidad

de esos actos sublimes..., ¿qué no haría yo por merecer esa vida que anhelo?... Pero no; lo que me puede acercar a usted no existe.

—Sí puede existir—dijo con entereza la monja.

Después cambió de tono repentinamente. Dijo algunas palabras con desfallecido acento y algunas lágrimas brotaron de sus bellos ojos. La luz se amortiguó, dejando en sombra la sala.

—¿Llora usted?

—Sí, lloro... ¿No comprendes que hay en mí algo extraordinario?... ¿No me ves cambiada, no me ves muy otra de lo que fuí hasta hace algunas horas?

—Sí, y nada comprendo—dijo *Tilín*, acercando su rostro para ver mejor el de ella.

—¡Qué has de comprender!... Mi angustia no puede comprenderse si yo no la explico... En pocas horas mi situación ha cambiado bruscamente...; tengo que ocuparme de lo que antes no me inquietaba, y he tenido que olvidar mis desgracias porque he caído en desgracias mayores.

Lloraba amargamente. Armengol estaba perplejo.

—Escúchame—dijo la monja, secando sus lágrimas—, y tendrás lástima, mucha lástima de mí. Si entraste en Regina Cœli poco después que yo, verías que los guerrilleros dejaron aquí a un pobre preso a quien acusan de jacobino y de incendiario de San Salomó.

—Falsedad, porque el incendiario del convento soy yo.

—Verdad; pero en lo de jacobino tienen razón, no puedo menos de confesarlo.

—¿Don Jaime Servet? Le conozco.

—Pero no sabes que han decidido fusilarle, y que mañana, es decir, hoy, al romper el día, se cumplirá esa horrible sentencia.

—Me lo figuraba.

—Pues bien—dijo la monja con brío—; *Tilín*, ese hombre, ese a quien tú llamas don Jaime Servet, es mi hermano.

Al decir esto, la monja sintió que por sus labios pasaban ascuas... Aquélla fué la primera mentira grave que sor Teodora de Aransis había dicho en su vida.

—¡Oh señora! ¡Qué horrible caso! —exclamó *Tilín*, ocultando su cabeza entre las manos.

—Mi hermano, sí, mi infeliz hermano—añadió la monja, volviendo a llorar—; mi pobre hermano, a quien amo entrañablemente, a pesar de sus ideas jacobinas, y que tuvo la loca idea de dejar su emigración y venir a España, con nombre supuesto, a no sé qué, *Tilín*, a locuras y despropósitos.

—¡Su hermano! —murmuró *Tilín*—. Puede usted creerme que esta idea pasó por mi cabeza cuando sorprendí a ese hombre en Cardona y vi la carta que llevaba para la abadesa de San Salomó.

—¿Comprendes ahora mi desesperación, mi agonía? ¡Ver a mi hermano, el único consuelo y amparo de mi anciana madre; verlo como lo estoy viendo, con las manos atadas a las espalda!... ¡Oh! Esto es espantoso... Dios dé fuerzas a mi espíritu... Yo moriré, moriré sin remedio... ¡Y estoy bajo el mismo techo que él! Si me parece que oigo los latidos de su corazón... Pepet, Pepet, ten compasión de mí.

Diciendo esto, dejó caer su afligida cabeza sobre el hombro del guerrillero.

—Los ruegos y las lágrimas de una religiosa—dijo Pepet—, ¿no ablandarán al coronel?

—¡Ah! ¿No sabes tú que ha entrado en Regina Cœli un hombre terrible, un tigre, el célebre don Francisco Chaperón, que jamás ha perdonado? Ese infame hombre hará fusilar dos veces a mi pobre hermano si hay quien implore misericordia por él. Guimaraens me ha dicho que no hay remedio, que no puede haberlo. Chaperón ha fijado la hora del amanecer para el suplicio; ha dado a Guimaraens órdenes que no tienen réplica, determinando que el acto se verifique en su presencia. El feroz verdugo se asomará al balcón de su alojamiento que mira a ese patio.

—¿No hay remedio?... Y ¿es seguro que no habrá remedio?—preguntó *Tilín*, haciendo ademán de horadarse la frente con el puño.

Después de una pausa, la monja suspiró y dijo:

—Sí hay remedio, sí lo hay. Chaperón no conoce a mi hermano, no le ha visto nunca.

Hubo una pausa larga y lúgubre, durante la cual no se oía voz ni suspiro. Al fin, *Tilín* alzó la cara y dijo:

—Para salvarle bastará que otro muera en su lugar. Don Pedro Guimaraens

no tendrá inconveniente en la sustitución, si el sustituto...

Se detuvo para tomar aliento. Parecía que se ahogaba.

—Si el sustituto—dijo, acabando la frase—soy yo, que le ofendí y le llevé con los codos atados a Solsona.

Una segunda pausa siguió a estas palabras.

—Pero los soldados conocerán el engaño—murmuró *Tilín*.

—Los de Chaperón, no, porque no conocen a mi hermano—dijo sor Teodora—. Los de Guimaraens, tampoco... Mi pobre hermano ha entrado de noche. Don Pedro me responde de que se atreverá a engañar de este modo a Chaperón. Hablemos de esto. Yo pensaba en ti, que eres un verdadero criminal... La sustitución, además de ser justa, es fácil.

—¡Oh! Morir así, morir a sangre fría—exclamó con fiereza *Tilín*, sintiendo que el instinto se sublevaba en él con impetuosa voz—. ¡Y todo en cambio de un amor, de un premio que recibiré... en la eternidad!

La monja se levantó bruscamente. *Tilín* la miró con estupor, porque parecía una encarnación divina, un ángel de castigo que fulminaba rayos, una personificación extraordinariamente bella y terrible, tal como él la soñaba en sus horas de delirio amoroso y de ardor guerrero. Su actitud majestuosa, su ademán colérico, su voz grave, dejaron suspenso y sobrecogido al sacristan-soldado. La monja le dijo:

—¡Y vacilas, hombre miserable y pequeño! ¡Y tiemblas, cobarde! ¡No eres capaz de ningún acto sublime y generoso, gusano despreciable, y te has atrevido a poner los ojos en mí! ¡No eres capaz del sacrificio, y has osado mirarme con amor, como si yo, mujer noble, hermosa y consagrada a Dios, pudiera acogerte sin merecimientos grandes, tan grandes como la inmensa escala que he de recorrer descendiendo desde mi altura a tu pequeñez!... Quítate de mi presencia, reptil despreciable; juzgué posible no aborrecerte, juzgué posible amarte; pero esto no puede ser, no; no puede alterarse la ley que prohibió a los sapos brillar como las estrellas del cielo. Quítate de mi presencia... ¿En dónde está ese corazón tuyo que llamas grande y es incapaz de un sentimiento de sublime piedad y abnegación? No tienes más que los estúpidos ardores de la bestia, y a eso llamas amor, miserable. Llamas amor a ese instinto de manchar, que es propio de los más bajos seres..., y te has atrevido a mirarme, a mirarme a mí, que vivo de lo ideal, de los sentimientos puros, de las ideas castas y nobles... ¡Ves morir con ignominia a un inocente, acusado de un crimen cometido por ti, y no sientes piedad!... ¡Dices que me amas, y no eres capaz de morir por mí! ¿Qué amor es ese que se atreve a llamarse tal sin conocer el sacrificio?... Me causas horror; vete, mátame cien veces; te aborrezco; no tendrás de mí ni aun la compasión que inspira el pobre insecto en el momento en que lo aplastamos con el pie; vete, te digo que te vayas, ¡maldito!

Dió algunos pasos, inclinóse, recogió de suelo el puñal que poco antes soltara *Tilín*, y, arrojándoselo a los pies, le dijo:

—Toma tu cuchillo, puedes matarte de despecho por no haber poseído el tesoro que robaste, ladrón. Necio, estúpido, ¿cómo pudiste creer que Dios permitiría a la paloma casta y hermosa caer en el nido del murciélago asqueroso?... Puedes matarte delante de mí, aplacando con tu sangre el ardor de tus sentidos; no tendré compasión, y miraré tu agonía con asco, no con lástima..., y bajarás volando al Infierno, donde arderás más y más, y estarás viéndome eternamente, y deseándome eternamente, y padeciendo los más horribles tormentos siempre, sin poder alcanzarme nunca, sin poder llegar a tocar mi hermosura con tus dedos inmundos..., y con una eternidad de suplicios expiarás la inmensidad de tu sacrilegio.

Dicho esto, en cuyo efecto creía, dejóse caer sin aliento sobre las piedras sepulcrales. Su pecho palpitaba como no había palpitado nunca. *Tilín* parecía idiota. No hallaba palabras para dar salida al volcán de su pecho. Por fin soltó atropelladamente éstas:

—¡Que yo no soy grande! ¡Que yo no soy capaz de un acto heroico de abnegación y generosidad! ¡Qué yo no soy capaz de elevarme de un salto hasta los últimos cielos!... ¡Que soy un insecto!... ¡Que no sé amar sino como las bestias!... ¡Que no tengo sentimien-

tos nobles ni idea de la justicia!... ¡Oh! Señora, no me conoce quien tal dice. Todo lo que es humanamente posible lo haré yo. Tan hombre soy como cualquier santo... ¡Sacrificio! No hay quien sepa calcular la extensión de lo que yo puedo hacer, si en una hora de angustia y de sacudimiento como ésta me lleno de esa luz que a veces me relampaguea dentro. ¡Ah! Me he oído llamar maldito sin protestar; maldito, cuando mi corazón aceptaba quizá el sacrificio que se le imponía... ¿Sabe usted quién soy yo? ¿Lo sabe?

Al decir esto se acercó a la monja y con su brutal mano le tocó la barba para levantarle el rostro, que ella inclinaba mirando al suelo.

—¿Sabe usted quién soy yo?—añadió—. Pues soy el hombre de corazón más grande que ha nacido de madre. La paloma no lo cree... ¡Ah! Ella, con su nobleza, con su hermosura, con su castidad, con sus virtudes, con su santidad, no es capaz de hacer... esa cosa extraordinariamente rara y grandiosa que haré yo. Ella, tan justamente orgullosa, no será nunca capaz de elevarse como se elevará ahora el reptil, y el gusano, el miserable, el maldito. ¡Abnegación, sacrificio, justicia! ¿Y si yo dijera que todo eso me es familiar en un momento dado, que es mi centro, mi elemento, como lo es al pájaro la altura? ¿Qué diría a eso la dama ilustre que se siente manchada sólo con una mirada de mis pobres ojos? ¿Qué diría a esto?

La dama no dijo nada.

Haciendo con el brazo derecho un movimiento semejante al de un hombre que arroja la vida con tanto desprecio como se arrojaría la cáscara de una fruta que se va a comer, *Tilín* dijo:

—Señora, si Guimaraens sabe arreglar esto, su hermano de usted está salvo.

Teodora le miró. Estaba pálida, y una turbación piadosa había borrado de su rostro la expresión colérica. La dominica se acercó al bárbaro y le puso ambas manos sobre los hombros. Si antes le había abrumado con su ira, con su orgullo, con su violencia recriminadora, ahora le embelesaba con su piedad, con su gratitud, con lágrimas que a él le parecieron resbalar por el mismo trono de Dios para caer sobre su corazón.

La caprichosa monja jugaba con los sentimientos del pobre *Tilín* como juega el diestro con la fiereza pujante, pero ciega, del toro.

—No es sólo sacrificio—le dijo—. Es también justicia. Mi hermano es inocente.

—Y yo, culpable; lo sé; el orden natural me lleva a perecer en lugar suyo. Acepto. Pero lo que me arrastra a este sacrificio, antes es amor que justicia. Así lo confesaré ante Dios.

—Pues bien—le dijo ella con dulcísimo tono—: todo eso que has deseado, todo eso que has soñado...

—¿Qué?

—Ya lo mereces.

Tilín sintió su alma llena de congoja y desfallecimiento. Dejóse caer en el asiento y, escondiendo su rostro entre los brazos, exclamó gimiendo:

—¡Pero cuándo..., pero cuándo!

Tedora se acercó a él, puso la mano sobre su cabeza y le dijo:

—Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas? ¿Nuestra vida no ha de tener complemento glorioso más allá de la muerte? ¿Qué vale este paso doloroso por la tierra al lado de la eterna dicha, donde los afectos duran eternamente, sin hastío, y donde los corazones alimentan con el eterno fuego sus ansias, que aquí no son jamás satisfechas?... Perdóname si te ofendí creyéndote incapaz de un acto generoso. ¡Oh Pepet, con una palabra has establecido entre tu alma y la mía esa relación, esa cadena de oro que enlaza pensamiento, corazón, voluntad, y de dos seres no hace más que uno solo! Te has transfigurado a mis ojos; ya no eres *Tilín*; eres un ser adornado de esa belleza sublime que emana de las grandes acciones. Una idea sola, un sentimiento, diferencian al monstruo del ángel. ¡Cuán admirables giros hace la obra predilecta de Dios, que es el alma! Has cautivado de improviso mi corazón por la virtud de tu sacrificio. No hablan a mi alma los sentidos; le habla la idea superior. Yo la escucho, y te acojo con afecto y orgullo.

La monja le estrechó en sus brazos. Al hacerlo y al decirle lo último que le dijo, sintió que por sus labios pasaban aquellas mismas ascuas que pasaron antes, y sintió también como una trepidación honda, un sacudimiento, cual si se

desquiciaran las esferas celestiales. Tuvo miedo de sí misma, porque en sí misma estaba el origen de aquel desquiciamiento.

—¡La eternidad!—murmuró *Tilín*, besando con delirante ardor las manos de la virgen del Señor—. ¡Qué lejos está eso! ¡Dios mío, qué lejos!

—Toda la existencia terrenal es un soplo—repuso la monja con expresión mística—. El tiempo todo es un segundo. Considera cuán distinta es tu muerte de lo que habría sido dándotela tú mismo con desesperación. Ahora morirás cristianamente, y tu abnegación por salvar a otro hombre, tu generoso y sublime rasgo de caridad, tu espíritu de justicia, te llevarán derecho al Cielo.... al Cielo, donde gozarás de Dios eternamente y donde las amorosas ansias que en vida han sido tu tormento serán para ti manantial perdurable de delicias.

—Pero solo...

—Solo, no. Pronto verás pasar junto a ti una sombra bella y cariñosa... Seré yo, yo, a quien dejas aquí inundada de gratitud y de admiración. En el Cielo hay dulce compañía, y el grato, el inefable arrimo de todas las personas que hemos amado en el mundo. Los lazos tiernos, castos, nobles, que las almas establecieron en el mundo, permanecerán por los siglos de los siglos. Ningún ser que haya amado puede comprender la gloria de otro modo.

—¡Ah!, sí, sí—exclamó *Tilín*, que, creyente firmísimo en el dogma del Cielo y del Infierno, aceptaba aquella idea con júbilo y con entusiasmo.

—Desde el instante de tu tránsito —añadió sor Teodora, haciendo un esfuerzo—serás feliz; me tendrás por los siglos de los siglos.

Como para anticipar aquella posesión de siglos de siglos, *Tilín* asía con fuerte mano los brazos de la monja.

—Sí, sí—balbució—; seré feliz contigo.

Sentíase ya ebrio, enloquecido, y su alma se cernía entre el amor y el misticismo. A su turbado entendimiento se presentaba la morada de los justos como un lugar que, sin dejar de ser divino, tenía algo de humano por albergar parejas felices y tiernos desposorios.

El tiempo volaba. Sor Teodora se apartó de él y le dijo:

—¿Sostienes lo que has ofrecido?

—Yo no digo las cosas más que una vez.

—¿Insistes en un sacrificio que te hará grande a los ojos de Dios y a los míos?

—Sí—contestó *Tilín*, inundado de amor, que tomaba un tinte de devoción abrasadora.

—Pues yo te bendigo.

La monja extendió sus manos sobre él.

—En vez de decirme «yo te bendigo», dime «yo te amo»—declaró *Tilín*, con el cerebro enteramente trastornado.

—¡Pobre espíritu vacilante!—dijo ella—. ¿No serás capaz de desprenderte de las miserias humanas y elevar tu corazón a aquellas esferas de luz donde reside el amor puro, el amor ideal, aquel amor que no se envilece con los sentidos? Hombre pequeño, que aspiras a ser grande y a ceñir la corona de los mártires, reconoce tu error, no me pidas un amor impropio de mi estado religioso, de mi nobleza, de mi dignidad; pídeme, sí, el que a uno y otro corresponde, aquel dulce fuego del corazón, más vivo cuanto más casto, porque es el verdadero amor de...

A sor Teodora se le atravesó algo en la garganta.

—El verdadero amor de los ángeles —dijo, concluyendo la frase.

—¡El amor de los ángeles!—exclamó *Tilín*, cruzando las manos y dejándose caer en una especie de éxtasis.

¡Infeliz alucinado! Como el toro arremete ciego al lienzo rojo, así se abalanzó su espíritu hacia la idea de los celestiales desposorios prometidos.

Sor Teodora miró al cielo.

—Pronto amanecerá.

—Ya llega mi hora—dijo, estremeciéndose.

—Para mí viene la aurora de un día triste como todos los días; para ti, amanece ya el día infinito, *Tilín*.

Y haciendo un esfuerzo, el último, el más grande, exclamó con exaltación:

—Hombre generoso, espíritu elevado, estoy llena de admiración por ti. Ya no eres el incendiario de San Salomó; eres el redentor de la inocencia, porque salvas a mi hermano de la pena impuesta por un delito que no ha cometido; eres el realizador de la justicia, porque la haces recaer sobre el verda-

dero autor de aquel delito, que eres tú, y así quedas lavado, puro, sin mancha.

—¿Es su hermano, su hermano?... —murmuró *Tilín*, cayendo en súbito abatimiento.

Parecía que un relámpago de duda y desconfianza surcaba por su cerebro.

—¿Dudas, amigo, dudas de mí?—dijo Teodora, haciendo un esfuerzo mayor aún.

—No—replicó él, alzando la cabeza y sacudiéndola como para echar de ella una mala idea—. No he dudado jamás.

La dominica comprendió que era preciso reanimar aquel entusiasmo que parecía enfriarse y echar leña a la hoguera que oscilaba.

—Pepet—exclamó, dando a su voz un tono arrebatador—, te aborrecí sacrílego; pero verdugo de ti mismo por la salvación de mi infeliz hermano, te admiro y te amo.

—Y yo—dijo Pepet con acento de hombre de viva fe—, yo, que he sido perverso, que he sido arrastrado al crimen por mi despecho y mis bárbaras pasiones, consiento gozoso en realizar un sacrificio por salvar a otro hombre y agradar a la persona por quien he vivido y por quien he deseado morir. Ese sacrificio cuadra a mi alma, le viene bien y a medida, como un traje bien cortado. Donde hubo aquella fiebre intensa y aquel sacrilegio, y las ideas de destruir una obra de siglos para sacar de ella lo que reputaba mío; donde aquellos delirios hubo, señora, aquí, en mi alma, no puede haber ya sino esta solución terrible, única que por la grandeza del suplicio corresponde a la fealdad de mis pecados. Y yo puedo decir: «¡Le devuelvo a su hermano!; le doy, después de una gran amargura, la mayor alegría que puede recibirse. Conquisto con un solo hecho la benevolencia de su corazón, y, muriendo, gano el inefable bien de vivir en su recuerdo. Conquisto lo que vale más que una posesión pasajera: conquisto su memoria en la tierra, y en el Cielo su compañía.» Nada más hay que decir, señora. La hora se acerca.

—Aguarda—dijo la de Aransis—. No te muevas de aquí.

Salió precipitadamente sin añadir nana más. Pepet la vió salir y dirigirse por el patio adelante hasta desaparecer por una puerta que en el extremo opuesto había. Esperó un rato, entregado a meditaciones, o, mejor dicho, a los delirios calenturientos de un idealismo desenfrenado. Su mente arrebatada navegó entre mil ideas, como nave a quien las olas llevan de peñasco en peñasco, y aquí se estrella, allí se hunde, más allá se levanta y nunca acaba de naufragar ni acaba de salvarse. No supo él cuánto tiempo duró este tormento; pero al fin abrióse la puerta dando paso a la dominica.

Sin decirle nada se acercó a él, y poniéndole la mano izquierda en el pecho, elevó al cielo la derecha. Estaba pálida, profundamente desconcertada; temblaban sus labios; sus ojos intranquilos parecían recibir la impresión de imágenes aterradoras. Miró a Pepet, y aunque sus ojos no hablaban más lenguaje que el de un desasosiego difícil de comprender, el infeliz reo vió en aquella mirada discursos más elocuentes y conmovedores que cuantos pronuncian los ángeles en la conciencia del justo cuando leyó en aquella mirada todo cuanto la religión y el amor pueden idear de más cariñoso y de más sublime. El pobre Pepet perdió en tal instante lo que aún quedaba en su alma de terrenal y de egoísta: era todo espíritu, todo idea, y se perdía en las esferas nebulosas por donde ha corrido sin freno el pensamiento de los soñadores místicos y de los enamorados caballerescos, que vienen a ser una misma casta de personas.

Algo quiso decir; pero había llegado a una situación en que la lengua no sabía nada y los signos vocales no podían ser más que ruidos desapacibles. Se arrodilló, tomó las manos de Teodora para derramar sobre ella besos y lágrimas, hasta que se entreabrió la puerta para dar paso a la voz y a la cara de don Pedro Guimaraens, el cual dijo:

—Es tarde.

Pepet salió mirando hasta el último instante la figura majestuosa, sublime, soberana, de sor Teodora de Aransis, que con una mano puesta sobre su corazón y la otra alzada para señalar el Cielo, le despidió en el centro de la sala.

XXXI

Al quedarse sola, estuvo un momento la dominica sin poder pensar ni sentir nada. Algo le pasaba semejante a una congelación, digámoslo así, de sus claras facultades, o una como catalepsia moral. De repente, vió un espectro que la llenó de mortal espanto. No es justo decir que lo vió, sino que lo sintió dentro de sí levantándose y saliendo majestuosamente de su corazón como de una tumba, para mostrársele por entero en su imponente grandor, pues abrazaba toda la extensión sensible: era su conciencia.

Causóle tanto miedo, que corrió velozmente de un lugar a otro de la estancia, huyendo de sí misma. Pero ¿cómo separarse de aquella sombra interior, proyectada por la íntima luz del alma? La sombra la seguía, diciéndole:

—¡Impostora!...

La monja se dejó caer de rodillas y llamó en su auxilio con fuertes voces del alma... ¿A quién? A su razón, para que le diera argumentos, sutilezas, armas cortantes y punzantes contra aquel fantasma. Pero la razón no le dió más que un alfiler.

—No, no—dijo sor Teodora, esgrimiendo contra la sombra el arma pueril—: no soy tan culpable como parece. Lo que me ha impulsado a representar esta farsa horrible no ha sido una liviandad, un capricho del corazón, propenso a repentinas simpatías: ha sido lástima, caridad, compasión, amor al prójimo.

—¡Mentira, mentira!—gritó la sombra, proyectada por la luz íntima del alma y que cada vez parecía crecer más.

El alfiler de la razón se torció en las manos de la dominica. Ella quería una espada cortante y bien templada: la razón le ofreció un pedazo de alambre.

—Pues si no ha sido la compasión mi móvil, ha sido otro más grande: la justicia. Ese hombre es inocente de la destrucción de San Salomó. Pues si es inocente y Pepet culpable, ¿qué cosa más santa que inducir al culpable a la muerte para salvar al inocente?

—¡Impostora! A ti no te toca enmendar las injusticias de los hombres. No te entremetas en la obra incógnita de Dios. ¡Justicia! ¿Qué entiendes tú de eso, mujer caprichosa? Has obedecido a un afecto nacido bruscamente en tu pecho.

—¡No, no!—gritó ella con desesperación.

—Voy a decirte la verdad—declaró la sombra—; voy a decírtela, palabra por palabra, letra por letra, clara como el pensamiento divino que mueve mi lengua. Voy a decírtela.

—No, no—exclamó, angustiada, la dominica, pidiendo otra vez a la razón con furibundo anhelo espadas, flechas, catapultas, arietes y los más tremendos ingenios de guerra.

—Yo no puedo callar. El divino aliento sopla dentro de mí, y, sin quererlo yo, habla. Soy la voz de Dios, que no puede mentir. Voy a decirte la verdad.

—Y yo no quiero oírla, no quiero —dijo horrorizada la de Aransis.

—Ese hombre te agrada, te agrada mundanamente—murmuró la sombra, teniendo la consideración de hablar bajo para que cosa tan grave no escandalizara demasiado a la buena madre.

—No, no puede ser. Te parecerá así y no será cierto. Es una alucinación, un error, una perversa ficción producida por el Demonio.

—Ese hombre te agrada, te ha inspirado una ilusión cariñosa—repitió la sombra, alzando la voz al ver pasado el temor del primer momento—, y tu repentino afecto a un hombre desconocido debe espantarte, y de seguro espantaría al mismo que es objeto de él. Ninguna mujer que vive en el siglo, en comercio constante con los demás seres humanos, podría concebir esa inclinación inesperada y vehemente hacia un desconocido, que se entra como los ladrones en su habitación y con el cual apenas habla media hora. No hay hombre alguno, aunque sea el más hermoso, el más gallardo, el más discreto y el más valiente de todos, que pueda jactarse de un triunfo semejante con tal rapidez alcanzado. Esto, que es absurdo en el mundo libre y activo, deja de serlo en la solitaria estrechura y en el aislamiento holgazán de una celda, de aquel nido donde por espacio de doce años han dormido tus afectos y tus pasiones, tu vanidad de hermosa, tu presunción, tu exuberante pujanza moral,

tu ternura de doncella enamorada y tus presentimientos de esposa y de madre. Ese absurdo del siglo es natural y humano en ti, monja indigna, que has vivido doce años en ese sepulcro, ocupándote en profanidades y alimentando sin cesar en tu imaginación las ansias de tu pecho, honradas y nobles fuera de aquella casa.

—No, eso es mentira, conciencia—pensó la atribulada dominica, sintiéndose abandonada por la razón—. Yo me avergonzaría de mí misma si me viera encendida de amores por un hombre que entró en mi celda como un ladrón y me pidió pan y asilo... No, eso no puede ser, eso es vergonzoso.

—Eso es verdad, monja alucinada. No le amaste cuando le viste; desde hace doce años estás alimentando la idea de él en tu fantasía exaltada por la soledad, por el bienestar material y la holgazanería; hace doce años que le amas, y es el mismo, el mismo. Poco importa que en algún rasgo discreparan sus facciones de las que tú veías con los ojos cerrados; pero es el mismo. Confiesa una cosa, confiésala, mala monja. Cuando aquel hombre se presentó en tu celda; cuando, pasado el primer momento de terror, le ofreciste de comer y conversaste con él, te asombrabas interiormente de ver en forma humana al mismo compañero imaginario de las soporíferas soledades de San Salomó. En tu alma se elevaba un estupor angustioso viendo aquella figura real; era él mismo, era el suyo, aquel que en tu fantasía y en tu corazón no tuvo más rival que el detestable interés por las guerras. Era él, era el mismo cuyas facciones, cuyas miradas y palabras han estado tejiendo y destejiendo tu aburrida cavilación día tras día, año tras año... En el trabajo de esta tela invisible transcurren lentas y tristes muchas vidas bajo una máscara de mortecina caridad. ¡Ay, pobre de ti! En el siglo hubieras sido una doncella honesta, una esposa amante, una madre ejemplar; enclaustrada sin vocación, has podido perder tu alma en un instante.

Sor Teodora se sintió más abatida No sabía qué contestar. Con gran espanto vió que al lado de aquella sombra habladora se alzaba otra; era su razón, que, después de combatir un instante con ella, se había pasado al enemigo. Viéndose tan sola, volvióse a la Fe, a Dios, y pidió armas a la oración; pero si la razón no le había dado más que alfileres y alambres, aquélla no le dió más que unos pedacitos de caña que para nada servían.

Las dos sombras le dijeron:

—No; Dios no te puede perdonar. Has querido engañarle, disfrazando de piedad y de justicia tus criminales afectos de monja soñadora.

—¡Misericordia, Dios mío! —exclamó Teodora, bañado el rostro en frío sudor.

—No la hay para ti, porque has sido impostora.

—He sido impostora por lástima, por piedad...

—Mentira. Has abusado de tu influjo sobre Pepet y del loco amor que te tenía para hacerle morir por otro.

—¡Ha sido justicia!—exclamó Teodora con cierta locura.

—Mentira.

—He sacrificado al culpable, para salvar al inocente.

—Mientes, monja embustera—gritó la sombra proyectada por la luz íntima del alma—. Sacrificaste al feo por salvar al hermoso.

—¡Misericordia, Dios mío! ¡Misericordia!

Sacáronla de aquel estado de congoja los ruidos de humanas voces y de tambores que llegaron hasta ella. Había amanecido: la sala se llenaba de claridad.

Olvidada al punto de aquel coloquio y de la reciente disputa que había encrespado las potencias de su alma, corrió a la ventana, diciendo para sí:

—¡Si me habrá engañado Pepet; si me habrá engañado Guimaraens!

Grandísima pena sintió al ver la tropa dispuesta para el fúnebre acto; al ver el espantoso brigadier asomado en el balcón con toda su comitiva; al ver al reo, que, con la cabeza descubierta y las manos atadas, hacia Chaperón se volvía y decía en voz alta su nombre y proclamaba la justicia de su muerte.

Sor Teodora se apartó horrorizada, y al refugiarse en el opuesto extremo de la sala oyó el estrépito de un trueno.

Entonces la sombra volvió a levantarse delante de ella, y le dijo:

—¡Impostora!... ¡Homicida!

—¡Ha sido justicia, justicia!—exclamó ella con agonía moribunda—. El

uno, criminal; el otro, inocente... ¡Misericordia, Señor!

—¡Caprichosa!... ¡Embustera!

Más tarde, ella no sabía a qué hora, entró el padre Juanito a traerle un poco de alimento.

—Es lo único que han dejado esos pillos—le dijo—. Afortunadamente se van dentro de media hora.

Más tarde (tampoco supo ella a qué hora) sintió bullicio de tropas. Era Chaperón que salía para seguir desempeñando su papel de misionero realista en la extirpación de liberales.

Después reinó profundo silencio.

Mucho más tarde (a ella le pareció que sería al anochecer), dos hombres entraron en la sala. Sintió al verles turbación tan honda que estuvo a punto de desmayarse. Eran Guimaraens y Servet. Hablaron los tres un momento, y después el coronel realista salió.

—Sin comprender la causa—dijo Servet—de la sustitución milagrosa a que debo la vida, sé que he tenido un ángel tutelar. Hay aquí un misterio; yo no trato de penetrarlo, porque no se penetra lo divino. Mi ángel ha sido usted, reverenda madre.

—¡Yo!—dijo ella tratando de fingir sorpresa, sin conseguir otra cosa que revelar más su confusión.

—Sí, usted ilustre y santa mujer. A usted debo la vida. Permítaseme arrodillarme delante de esa noble figura, cuya belleza proclama su santidad, y besar esas manos que tan bien saben arrancar víctimas a la muerte.

Se arrodilló delante de ella como si fuera una imagen santa. Sor Teodora, que había vuelto el rostro, le miró, y, mal que le pesara a la sombra, hubo de confesarse a sí misma que veía hecho carne delante de sí el ideal de la belleza varonil, de la gallardía, de la discreción y de la caballerosidad.

—Ofendería a usted—añadió el llamado Servet—, si hablase el lenguaje vulgar de los afectos humanos. No; si yo hablara de amistad, de amor, rebajaría la grandiosa personificación de la caridad cristiana que veo delante de mí. Una memoria sagrada como la de mi madre, una veneración pura como la que nos inspirase el Dios que a todos nos hizo y la Virgen que a todos nos ampara, vivirán eternamente en mi corazón.

Se levantó. Sor Teodora invocó a Dios, y haciendo un esfuerzo desesperado, pudo poner en su rostro algo de expresión seráfica y en su boca estas palabras:

—Yo no sé nada de lo que usted habla... ¡Qué error! Ni yo me interesé en salvarle, ni podía hacerlo por quien no conozco, por quien sólo he visto una sola vez... ¿Quién es usted? Un aventurero, un desconocido. ¿Qué tiene de común usted conmigo? El amparo que le di anoche antes de aquella horrenda catástrofe... A fe que los sucesos que vinieron después han sido tales que debían hacerme olvidar su entrada en el convento... Santo Domingo, mi patrón, me ampare... Yo no sé quién es usted..., yo no le conozco..., déjeme usted.

—Compañera de la caridad es la modestia—dijo Servet, disponiéndose a retirarse—. No quiero importunar con mi agradecimiento a un alma superior que, a las pocas horas de haber hecho un inmenso bien, ya no se acuerda de él. Usted es una santa; yo, un pecador. La enorme diferencia que hay entre los dos, usted, madre reverendísima, la agrandará con su vida de constante sacrificio, de oración, de paz espiritual y de comunicación con Dios. A mí me esperan las luchas del mundo, las turbulentas pasiones, las penas incesantes, las dolorosas victorias o tristes caídas; a usted la paz del convento, la devoción sublime, los puros éxtasis del alma, aspirando siempre a volver a su origen, y el noble privilegio de alcanzar de Dios, con oraciones y penitencias, el perdón de los malos. ¡Cuán distinto destino el nuestro y qué abismo tan grande nos separa!... Adiós, señora: una memoria en sus oraciones es lo que pide este miserable, y el permiso para besar la cruz del rosario que pende de la cintura de una santa.

Servet besó la cruz y, haciendo una gran reverencia, se retiró para unirse a don Pedro Guimaraens, que había preparado el negocio de su marcha.

Sor Teodora sintió, no ya una voz sino mil voces en su alma, y un horroroso sacudimiento y estallido, como si parte muy principal de ella fuese arrancada por violenta mano. Vióse caída en un negro abismo; pero en medio de su congoja y espanto, pudo alzar la voz a su padre espiritual y gritar:

—¡Confesión!... ¡Un confesor!

Pero ni el Padre Martín de la Concep-

ción ni el padre Juanico pudieron acudir a ella, porque estaban abriendo un hoyo en el patio.

XXXII

El aventurero emprendió de noche su camino. Iba solo, bien montado, algo molesto a causa de sus heridas, pero contento, apercibido de armas y pasaporte, con el mismo traje de paisano que usara *Tilín* en su postrera noche. No apartaba su pensamiento de las peripecias de su insensato viaje por el campo de aquella extraña guerra, tan parecida a los sangrientos desórdenes y rebeldías de la Edad Media. El tenía del historiógrafo el discernimiento que clasifica y juzga los hechos, y del poeta, la fantasía que los agranda y embellece; también poseía la vista larga y penetrante del profeta. Claramente vió que aquella guerra no era más que el prólogo, o hablando musicalmente, la sinfonía de otra guerra mayor.

Pero la mayor parte de sus pensamientos la absorbían los chistosos o trágicos lances de su correría por Cataluña, y principalmente la milagrosa sustitución que le había salvado de la muerte. Quiso penetrar aquel misterio y no pudo. El mismo Guimaraens no lo sabía más que a medias. *Tilín,* declarándose culpable, y muriendo con heroica paciencia, sereno, grave, con más aire de convicción que de sufrimiento; Guimaraens sacándole de la prisión, después de hacerle cambiar de vestido, y, por último, la hermosa monja que en dos momentos críticos le había salvado la vida, confundían su mente, llevándole a forjar mil explicaciones quiméricas y a revestir de formas exageradamente dramáticas los hechos más sencillos.

Iba al extranjero, y en su triple calidad de historiógrafo, de poeta y de profeta, aportaría, sin duda, alguna idea, alguna forma nueva a las regiones donde ya se estaba elaborando el romanticismo.

Madrid, febrero-marzo de 1878.

FIN DE
«UN VOLUNTARIO REALISTA»

LOS APOSTOLICOS

I

TRADICIONES fielmente conservadas, y ciertos documentos comerciales que podrían llamarse el Archivo Histórico de la familia de Cordero convienen en que doña Robustiana de los Toros de Guisando, esposa del héroe de Boteros, falleció el 11 de diciembre de 1826. ¿Fué peritonitis, pulmonía matritense o tabardillo pintado lo que arrancó del seno de su amante familia y de las delicias de este valle de lágrimas a tan digna y ejemplar señora? Este es un terreno oscuro, en el cual no ha podido penetrar nuestra investigación, ni aun acompañada de todas las luces de la crítica.

Esa pícara historia, que, en tratándose de reyes y príncipes, no hay cosa trivial ni hecho insignificante que no saque a relucir, no ha tenido una palabra sola para la estupenda hazaña de Boteros, ni tampoco para la ocasión lastimosa en que el héroe se quedó viudo con cinco hijos, de los cuales los dos últimos vinieron al mundo después que el giro de los acontecimientos nos obligó a perder de vista a la familia Cordero.

Cuando murió la señora, Juanito Jacobo (a quien se dió este nombre en memoria de cierto filósofo que no es necesario nombrar) tenía dos meses no cumplidos, y por su insaciable apetito, así como su berrear constante, declaraba la raza y poderoso abolengo de Toros de Guisando. Sus bruscas manotadas y la fiereza con que se llevaba los puños a la boca, ávido de mamarse a sí mismo por no poder secar un par de amas cada mes, señales eran de vigor e independencia, por lo que don Benigno, sin dejar de agradecer a Dios las buenas dotes vitales que había dado a su criatura, pasaba la pena negra en su triste papel de viudo; y ora valiéndose de cabras y biberones, cuando faltaban las nodrizas; ora buscando por Puerta Cerrada y ambas Cavas lo mejor que viniera de Asturias y la Alcarria en el maleado género de *amas para casa de los padres*; ya desechando a ésta por enferma y a aquélla por desabrida, taimada y ladrona; ya suplicando a tal cual señora de su conocimiento que diera una mamada al muchacho cuando le faltaba el pecho mercenario, era un infeliz esclavo de los deberes paternales, y perdía el seso, el humor, la salud, el sueño, si bien jamás perdía la paciencia.

En las frías y largas noches, ¿quién sino él habría podido echarse en brazos la infantil carga y acallar los berridos con paseos, arrullos y canturrias? ¿Quién sino él habría soportado las largas vigilias y el cuneo incesante y otros muchos menesteres que no son para contados? Pero don Benigno tenía un axioma que en todas estas ocasiones penosas le servía de grandísimo consuelo, y, recordándolo en los momentos de mayor sofoco, decía:

—El cumplimiento estricto del deber en las diferentes circunstancias de la existencia, es lo que hace al hombre buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia. El rodar de la vida nos pone en situaciones muy diversas, exigiéndonos ahora esa virtud, más tarde aquélla. Es preciso que nos adaptemos, hasta donde sea posible, a esas situaciones y casos distintos, respondiendo según podamos a lo que la sociedad y el Autor de todas las cosas exigen de nosotros. A veces nos piden heroísmo, que es la virtud reconcentrada en un punto y momento; a veces paciencia, que es el heroísmo diluído en larga serie de instantes.

Después solía recordar que Catón el *Censor* abandonaba los negocios más ar-

duos del gobierno de Roma para presenciar y dirigir la lactancia, el lavatorio y los cambios de vestido de su hijo, y que el mismo Augusto, señor y amo del mundo, hacía otro tanto con sus nietecillos. Con esto recibía don Benigno gran consuelo, y después de leer de cabo a rabo el libro del *Emilio*, que trata de las nodrizas, de la buena leche, de los gorritos y de todo lo concerniente a la primera crianza, contemplaba lleno de orgullo a su querido retoño, repitiendo las palabras del gran ginebrino: «Así como hay hombres que no salen jamás de la infancia, hay otros de quienes se puede decir que nunca han entrado en ella, y son hombres desde que nacen.»

Con estos trabajos, que hacía más llevaderos la satisfacción de un noble deber cumplido, iba pasando el tiempo. El primer aniversario del fallecimiento de su mujer renovó en Cordero las hondas tristezas de aquel luctuoso día, y negándose al trivial recreo de la tertulia de amigos y parroquianos, cerró la tienda y se retiró a su alcoba, donde las memorias de la difunta parecían tomar realidad y figura sensible para acompañarle. El segundo aniversario halló bastante cambiadas personas y cosas: la tienda había crecido; los niños, también. Juanito Jacobo, ni un ápice mermado en su constitución becerril, atronaba la casa con sus gritos y daba buena cuenta de todo objeto frágil que en su mano caía. En el alma de don Benigno iba declinando mansamente el dolor, cual noche que se recoge expulsada poco a poco por la claridad del nuevo día.

En el tercer aniversario (11 de diciembre de 1829), el cambio era mucho mayor, y don Benigno, restablecido en la majestad de su carácter sencillo, bondadoso y lleno de discreción y prudencia, parecía un soberano que torna al solio heredado después de lastimosos destierros y trapisondas. No dejaron, sin embargo, de asaltarle en la mañanita de aquel día pensamientos tristes; pero al volver de la misa conmemorativa que había encargado, según costumbre de todo aniversario, y oído devotamente, en Santa Cruz, viósele en su natural humor cotidiano, llenando la tienda con su activa mirada y su atención diligente. Después de cerrar la vidriera para que no se enfriara el local, palpó con suavidad cariñosa las cajas que contenían el *género;* hojeó el libro de cuentas; pasó la vista por el *Diario* que acababan de traer; dió órdenes al mancebo para llevar a dos o tres casas algunas compras hechas la noche anterior; cortó un par de plumas con el minucioso esmero que la gente de los buenos tiempos ponía en operación tan delicada, y habría puesto sobre el papel algunos renglones de aquella hermosa letra redonda que ya sólo se ve en los archivos, si no le sorprendieran de súbito sus niños, que salieron de la trastienda cartera en cinto, los libros en correas, la pizarra a la espalda y el garrote en la mano para pedir a su padre la bendición.

—¡Cómo!—exclamó don Benigno, entregando su mano a los labios y a los húmedos hociquillos de los Corderos—. ¿No os he dicho que hoy no hay escuela?... Ahora caigo en que no me había acordado de decíroslo; pues ya había pensado que en este día, que para nosotros no es alegre y para toda España será, según dicen un día felicísimo, todos los buenos madrileños deben ir a batir palmas delante de ese astro que nos traen de Nápoles, de esa reina tan ponderada, tan trompeteada y puesta en los mismos cuernos de la luna, como si con ella nos vinieran acá mil dichas y tesoros. Hablo también con usted, apreciable *Hormiga;* pase usted..., no me molesta, ahora ni en ningún momento.

Dirigíase don Benigno a una mujer que se había presentado en la puerta de la trastienda, deteniéndose en ella con timidez. Los chicos, luego que oyeron el anuncio feliz de que no había escuela, no quisieron esperar a conocer las razones de aquel sapientísimo acuerdo, y despojándose velozmente de los arreos estudiantiles se lanzaron a la calle en busca de otros caballeritos de la vecindad.

—Tome usted asiento—añadió Cordero, dejando su silla, que era la más cómoda de la tienda, para ofrecérsela a la joven—. Ayude usted mi flaça memoria. ¿Qué nombre tiene nuestra nueva reina?

—María Cristina.

—Eso es... María Cristina... ¡Cómo se me olvidan los nombres!... Dícese que este casamiento nos va a traer grandes felicidades, porque la napolitana..., pásmase usted...

El héroe, después de mirar a la puer-

ta para estar seguro de que nadie le oía, añadió en voz baja:

—Pásmese usted..., es una fracmasona, una insurgente, mejor dicho, una real dama en quien los principios liberales y filosóficos se unen a los sentimientos más humanitarios. Es decir, que tendremos una reina domesticadora de las fierezas que se usan por acá.

—A mí me han dicho que ha puesto por condición para casarse que el rey levante el destierro a todos los emigrados.

—A mí me han dicho algo más—añadió Cordero, dando una importancia extraordinaria a su revelación—: a mí me han dicho que en Nápoles bordó secretamente una bandera para los insurrectos de... de no sé qué insurrección. ¿Qué cree usted? La mandan aquí porque si se queda en Italia da la niña al traste con todas las tiranías... Que ella es de lo fino en materia de liberalismo ilustrado y filosófico, me lo prueba, más que el bordar pendones, el odio que le tiene toda la turbamulta inquisidora de España y Europa y de las cinco partes del globo terráqueo. ¿Estaba usted anoche aquí cuando el señor de Pipaón leyó un papel francés que llaman *La Quotidienne?* ¡Barástolis! ¡Y qué herejías le dicen! Ya se sabe que esa gente, cuando no puede atacar nuestro sistema gloriosísimo a tiros y puñaladas, lo ataca con embustes y calumnias. Bendita sea la princesa ilustre que ya trae el diploma de su liberalismo en las injurias de los realistas. Nada le falta, ni aun la hermosura; y para juzgar si es tan acabada como dicen los papeles extranjeros, vamos usted y yo a darnos el gustazo de verla entrar.

La persona a quien de este modo hablaba el tendero de encajes no tenía un interés muy vivo en aquellas graves cosas de que pendía quizá el porvenir de la patria; pero, llevada de su respeto a don Benigno, le miraba atenta y pronunciaba un *sí* al fin de cada parrafillo. Conocida de nuestros lectores desde 1821 (1), esta discreta joven había pasado por no pocas vicisitudes y conflictos durante los ocho años transcurridos desde aquella fecha liberalesca hasta el año quinto de Calomarde, en que la volvemos a encontrar. Su carácter, altamente dotado de cualidades de resistencia y energía, que son como el antemural que defiende al alma de los embates de la desesperación, era la causa principal de que las desgracias frecuentes no desmejorasen su persona. Por el contrario, la vida activa del corazón, determinando actividades no menos grandes en el orden físico, le había traído un desarrollo felicísimo, no sólo por lo que con él ganaba su salud, sino por el provecho que de él sacaba su belleza. Esta no era brillante ni mucho menos, como ya se sabe, y más que belleza en el concepto plástico era un conjunto de gracias accesorias, realzando y como adornando el principal encanto de su fisonomía la expresión de una bondad superior.

La madurez de juicio y la rectitud en el pensar, el don singularísimo de convertir en fáciles los quehaceres más enojosos, la disposición para el gobierno doméstico, la fuerza moral que tenía de sobra para poder darla a los demás en días de infortunio, la perfecta igualdad del ánimo en todas las ocasiones, y, finalmente, aquella manera de hacer frente a todas las cosas de la vida con serenidad digna, cristiana y sin afán, como quien la mira más bien por el lado de los deberes que por el de los derechos, hacían de ella la más hermosa figura de un tipo social que no escasea ciertamente en España, para gloria de nuestra cultura.

—Los que no la ven a usted desde el año veinticuatro—le dijo aquel mismo día don Benigno, observándola con tanta atención como complacencia—, no la conocerán ahora. Me tengo por muy feliz al considerar que en mi casa ha sido donde ha ganado usted esos frescos colores de su cara, y que bajo este techo humilde ha engrosado usted considerablemente..., digo mal, porque no está usted como mi pobre Robustiana, ni mucho menos...; quiero decir proporcionadamente, de un modo adecuado a su estatura mediana, a su talle gracioso, a su cuerpo esbelto. Beneficios de la vida tranquila, de la virtud, del trabajo, ¿no es verdad?... Todos los que la vieron a usted en aquellos tristes días, cuando a entrambos nos pusieron a la sombra y colgaron al pobre Sarmiento...

(1) Véase *El Grande Oriente*, en el tomo I de estas *Obras Completas*.

Este recuerdo entristeció mucho a la joven, impidiendo que su amor propio se vanagloriase con los elogios galantes que acababa de oír. Eran ya las once de la mañana, y vestida como en día de fiesta para acompañar a don Benigno, esperaba en la tienda la señal de partida.

—Aguarde usted; voy a hacer un par de asientos en el libro—dijo éste, sentándose en su escritorio—. Todavía tenemos tiempo de sobra. Iremos a la casa de don Francisco Bringas, de cuyos balcones se ha de ver muy requetebién toda la comitiva. Los pequeños se quedarán con mi hermana, y llevaremos a Primitivo y a Segundo. ¿Están vestidos?

Los dos muchachos, de doce y diez años, respectivamente, no tenían la soltura que a tal edad es común en los polluelos de nuestros días; antes bien, encogidos y temerosos, vestidos poco menos que a mujeriegas, representaban aquella deliciosa perpetuidad de la niñez que era el encanto de la generación pasada. Despabilados y libertinos en las travesuras de la calle, eran dentro de casa humildes, taciturnos y frecuentemente hipócritas.

Gozosos de salir con su padre a ver la entrada de la cuarta reina, esperaban impacientes la hora; y formando alrededor de la joven grupo semejante al que emplean los artistas para representar a la Caridad, la manoseaban so pretexto de acariciarla, le estrujaban la mantilla, arrugándole las mangas y curioseando dentro del ridículo. A cada instante acudía la joven a remediar los desperfectos que los dos inquietos y pegajosos muchachos se hacían en su propio vestido, y ya atando al uno la cinta de la gorra o cachucha, o abotonándole el casquín, ya asegurando al otro con alfileres la corbata, no daba reposo a sus manos ni podía quitárselos de encima.

—No seáis pesados—les dijo con enfado su padre—y no sobéis tanto a nuestra querida *Hormiguita*. Para verla, para darle a entender que la queréis mucho no es preciso que le pongáis encima esas manazas..., que sabe Dios cómo estarán de limpias, ni hace falta que la llenéis de saliva besuqueándola...

Esta reprimenda les alejó un poco del objeto de su adoración; pero siguieron contemplándola como bobos, cortados y ruborosos, mientras ella, la sonrisa en los labios, reparaba tranquilamente las chafaduras de su vestido y las arrugas del encaje, para abrir luego su abanico y darse aire con aquel ademán ceremonioso y acompasado, propio de la mujer española.

Entre tanto, allá arriba, en la vivienda de la familia, oíase batahola y patadillas con llanto y becerreo, señal del pronunciamiento de los dos Corderos menores, Rafaelito y Juan Jacobo, rebelándose contra la orden que les dejaba encerrados en casa, en la fastidiosa compañía de la tía Cruzita.

—Ya escampa— dijo Cordero, señalando al techo con el rabo de la pluma—; oiga usted al pueblo soberano que aborrece las cadenas... Verdad que mi hermana no es de aquellas personas organizadas por la Naturaleza para hacer llevadero y hasta simpático el despotismo.

Y dejando por un momento la escritura, entró en la trastienda, dirigiendo hacia arriba, por el hueco de la tortuosa escalerilla, estas palabras:

—Cruz y Calvario, no les pegues, que harta desazón tienen con quedarse en casa en día de tanto festejo.

—Idos de una vez a la calle y dejadme en paz—contestó de arriba una voz nada armoniosa ni afable—, que yo me entenderé con los enemigos. Ya sé cómo he de tratarles... Eso es, marchaos vosotros, marchaos al paseíto tú y la linda Marizápalos, que aquí se queda esta pobre mártir para cuidar serpentones y aguantar porrazos, siempre sacrificada entre estos dos cachidiablos... Idos enhorabuena..., a bien que en la otra vida le darán a cada cual su merecido.

Violento golpe de una puerta fué punto final de este agrio discurso, y en seguida se oyeron más fuertes las patadillas infantiles de los Corderos y el sermoneo de la pastora.

—Siempre regañando— dijo don Benigno con jovialidad—y arrojando venablos por esa bendita boca, que, con ser casi tan atronadora como la de un cañón de a ocho, no trae su charla insufrible de malas entrañas ni de un corazón perverso. Mil veces lo he dicho de mi inaguantable hermana, y ahora lo repito: «Es la paloma que ladra.»

Esto lo dijo Cordero guardando en su lugar las plumas con el libro de cuentas y todos los trebejos de escribir, y tomó después con una mano el sombrero para llevarlo a la cabeza, mientras la otra mano transportaba el gorro carmesí de la cabeza a la espetera en que el sombrero estuvo.

—Vámonos ya, que si no llegamos pronto encontraremos ocupados los balcones de Bringas.

La joven alzaba la tabla del mostrador para salir con los chicos, cuando la tienda se oscureció por la aparición de un rechoncho pedazo de humanidad que casi llenaba el marco de la puerta con su bordada casaca, sus tiesos encajes, su espadín, su sombrero, sus brazos, que no sabían cómo ponerse para dar a la persona un aspecto pomposo en que la rotundidad se uniera con la soltura.

—Felices, señor don Juan de Pipaón —dijo don Benigno, observando de pies a cabeza al personaje—. Pues no viene usted poco majo... Así me gusta a mí la gente de corte... Eso es vestirse con gana y paramentarse de veras. A ver, vuélvase usted de espaldas... ¡Magnífico! ¡Qué faldones!... A ver de frente... ¡Qué pechera! Alce usted el brazo; muy bien. ¡Cómo se conoce la tijera de Rouget! De mis encajes nada tengo que decir... ¡Qué saldrá de esta casa que no sea la bondad misma! Póngase usted el sombrero, a ver qué tal cae... *Superlative*... ¡Con qué gracia está puesta la llave dorada sobre la cadera!... Esas medias serán de casa de Bárcenas... ¡Qué bien hacen las cruces sobre el paño oscuro!... Una, dos, tres, cuatro veneras... Bien ganaditas todas, ¿no es verdad, ilustrísimo señor don Juan?... ¡Barástolis! Parece usted un patriarca griego, un sultán, un califa, el rey que rabió o el mismísimo mago de Astrakán.

Conforme lo decía iba examinando pieza por pieza, haciendo dar vueltas al personaje como si éste fuera un maniquí giratorio. Don Benigno y la joven, no menos admirada que él, ponderaban con grandes exclamaciones la belleza y lujo de todas las partes del vestido, mientras el cortesano se dejaba mirar y en silencio asentía, con un palmo de boca abierta, todo satisfecho y embobado de gozo, a los encarecimientos de su persona.

—Todo es nuevo—observó la damita.

—Todo—repitió Pipaón, mirándose a sí mismo en redondo como un pavo real—. Mi destino de la Secretaría de su majestad ha exigido estos dispendios.

En seguida fué enumerando lo que le había costado cada pieza de aquel torreón de seda, galones, plumas, plata, encajes, piedras y ballenas, rematado en su cúspide por la carátula más redonda, más alborozada, más contenta de sí misma que se ha visto jamás sobre un montón de carne humana.

—Pero no nos detengamos — dijo al fin—; ustedes salían...

—Vamos a casa de Bringas. ¿Va usted también allí?

—¿Yo? No, hombre de Dios. Mi cargo me obliga a estar en Palacio con los señores ministros y los señores del Consejo para recibir allí a...

Acercó su boca al oído de don Benigno y, protegiéndola con la palma de la mano, dijo en voz baja:

—A la francmasona...

Ambos se echaron a reír, y don Benigno se envolvió en su capa, diciendo:

—Pues ¡viva la reina francmasona! El desfrancmasonizador que la desfrancmasonice buen desfrancmasonizador será.

—Eso no lo dice Rousseau.

—Pero lo digo yo... Y andando, que es tarde.

—Andandito...—murmuró Pipaón, incrustando su persona toda en el hueco de la puerta para ofrecerla a la admiración de los transeúntes—. Pero se me olvidaba el objeto de mi visita.

—Pues ¿no ha venido usted a que le viéramos?

—Sí, y también a otra cosa. Tengo que dar una noticia a la señora doña Sola.

La joven se puso pálida primero, después como la grana, siguiendo con los ojos el movimiento de la mano de Pipaón, que sacaba unos papeles del bolsillo del pecho.

—¿Noticias? Siempre que sean buenas...—dijo Cordero, cerrando y asegurando una de las hojas de la puerta.

—Buenas son... Al fin nuestro hombre da señales de vida. Me ha escrito, y en la mía incluye esta carta para usted.

Soledad tomó la carta, y en su turbación la dejó caer; la recogió y quiso

leerla, y tras un rato de vacilación y aturdimiento, guardóla para leerla después.

—Y no me detengo más—dijo Pipaón—, que voy a llegar tarde a Palacio. Hablaremos esta noche, señor don Benigno, señora doña *Hormiga*. Abur.

Se eclipsó aquel astro. Por la calle abajo iba como si rodara, semejante a un globo de luz; deslumbrando los ojos de los transeúntes con los mil reflejos de sus entorchados y cruces, y siendo pasmo de los chicos, admiración de las mujeres, envidia de los ambiciosos y orgullo de sí mismo.

Cuando el héroe de Boteros, dada la última vuelta a la llave de la puerta y embozado en su pañosa se puso en marcha, habló de este modo a su compañera:

—¿Noticias de aquel hombre?... Bien. ¿Cartas venidas por conducto de Pipaón?... *Malum signum*. No tenemos propiamente correo... Querida *Hormiga*, es preciso desconfiar en todo de este tunante de Bragas y de sus melosas afabilidades y cortesanías. Mil veces le he definido, y ahora le vuelvo a definir: «Es el cocodrilo que besa.»

II

—¿Por qué vivía en casa de Cordero la hija de Gil de la Cuadra? ¿Desde cuándo estaba allí? Es urgente aclarar esto.

Cuando pasó a mejor vida, del modo lamentable e inicuo que todos sabemos, don Patricio Sarmiento, Soledad siguió viviendo sola en la casa de la calle de Coloreros. Don Benigno y su familia continuaron también en el piso principal de la misma casa. La continuada vecindad, y más aún la comunidad de desgracias y de peligros en que se habían visto, aumentaron la afición de Sola a los Corderos y el cariño de los Corderos a Sola, hasta el punto de que todos se consideraban como de una misma familia, y llegó el caso de que en la vecindad llamaran a la huérfana *doña Sola Cordero*.

A poco de nacer Rafaelito trasladóse don Benigno a la subida de Santa Cruz, y al principal de la casa donde estaba su tienda; y como allí el local era espacioso, instaron a su amiga para que viviera, con ellos. Después de muchos ruegos y excusas quedó concertado el plan de residencia. En aquellos días se casó Elena con el jovenzuelo Angelito Seudoquis, el cual, destinado a Filipinas cuatro meses después de la boda, emprendió con su mujer el viaje por el Cabo, y a los catorce meses los señores de Cordero recibieron en una misma carta dos noticias interesantes: que sus hijos habían llegado a Manila, y que antes de llegar les habían dado un nietecillo.

Lo mismo don Benigno que su esposa veían que la huérfana iba llenando poco a poco el hueco que en la familia y en la casa había dejado la hija ausente. Pruebas dió aquélla bien pronto de ser merecedora del afecto paternal que marido y mujer le mostraban. Asistió a doña Robustiana en su larga y penosa enfermedad con tanta solicitud y abnegación tan grande, que no lo haría mejor una santa. Nadie, ni aun ella misma, hizo la observación de que había pasado su juventud toda cuidando enfermos. Gil de la Cuadra, doña Fermina, Sarmiento y doña Robustiana marcaban las fechas culminantes y sucesivas de una existencia consagrada al alivio de los males ajenos, siempre con absoluto desconocimiento del bien propio.

Doña Robustiana sucumbió. Las buenas costumbres y el respeto a las apariencias morales, que no sin razón auxilian a la moral verdadera, no permitían que una joven soltera viviese en compañía de un señor viudo. Fué necesario separarse. Don Benigno tenía una hermana vieja y solterona, avecindada en Madrid, medianamente rica, y de cuya suavidad, semejante a la de un puerco espín, tiene el lector noticia. Poseía doña Cruz Cordero un carácter espinoso, insufrible, inexpugnable como una ruda fortaleza natural de displicencia artillada con los cañones de las palabras agrias y duras. No se llegaba al interior de tal plaza ni por la violencia ni por el cariño. No se rendía a los ataques ni se dejaba sorprender por la zapa. El pobre don Benigno apuró todos los medios para conseguir que su hermana se fuera a vivir con él, a fin de constituir la casa en pie mujeril y poder tener a su lado a Sola sin miedo a contravenir las prácticas sociales

Pero doña Cruz hacía tan poco caso de la voz de la razón como de las voces del cariño, y se fortalecía más cada vez en el baluarte de su egoísmo. Todo provenía de su odio a los muchachos, ya fueran de pecho, ya pollancones o barbiponientes. En esto no había diferencias: aborrecía la flor de la Humanidad, cualquiera que fuese su estado, y seguramente se dudara de la aptitud de su corazón para toda clase de amor si no existiesen gatos y perros, y aun mirlos, para probar lo contrario.

Si no pudo conseguir don Benigno que doña Cruz fuese a vivir con él, logró que admitiese en su compañía a Sola; no sin que pusiera mil enojosas condiciones la vieja. A tal época pertenecen los apuros de don Benigno, su soledad de padre viudo entre biberones y amas de cría y otros ruines trabajos que hemos descrito al principio de esta naración. La de Gil de la Cuadra ayudábale un poco durante el día, pero no en la noche, porque doña Cruz había hecho la gracia de irse a vivir al extremo de la Villa, lindando con el Seminario de Nobles; rarísima vez visitaba a su hermano, y esto en horas incómodas.

Llegó un día en que la paciencia de don Benigno, como todo aquello que ha tenido largo y abundante uso, tocó a su límite. Ya no había más paciencia en aquella alma, tan generosamente dotada de nobles prendas por Dios. Pero aún había, en dosis no pequeña, la decisión para acometer grandes cosas: la bravura de la acción unida a la audacia del pensamiento, que en una fecha memorable le pusieron al nivel de los más grandes héroes.

So pretexto de una enfermedad grave, Cordero hizo venir a doña Cruzita a su casa, y luego que la tuvo allí le endilgó este discurso, amenazándola con una gruesa llave que en la mano tenía:

—Sepa usted, señora doña Basilisco, que de aquí no se saldrá si no es para el cementerio, siempre que no se conforme a vivir en compañía de su hermano. Solo estoy y viudo, con hijos pequeños y uno todavía mamón. Dígame si es propio que yo abandone los quehaceres de mi comercio para arrullar muchachos, teniendo, como tengo, dos mujeres en mi familia que lo harán mejor que yo... ¡Silencio, porque pego!... De aquí no se sale.

Doña Cruzita alborotó la casa y aún quiso llamar a la Justicia; pero don Benigno, Sola y el padre Alelí, que era muy amigo de ambos hermanos, lograron calmarla, para lo cual fué preciso anteponer a las razones la traslación de todos los bichos que en su morada tenía la señora, añadiendo a la colección nuevos ejemplares que Cordero compró para acabar de conquistar la voluntad de la *paloma ladrante*. Al digno señor no le importaba ver su casa convertida en un arca de Noé, con tal de tener en ella la compañía que deseaba.

Desde entonces varió la existencia de Cordero, así como la de Sola. Aquél volvió a sus quehaceres natrales. Los chichos tuvieron quien los cuidara bien, y todo marchó a pedir de boca. Cruzita, sin dejar de renegar de su hermano, de los endiablados borregos y del insoportable ruido de la calle, se fué conformando poco a poco.

Pronto se conoció que el gobierno de la casa estaba en buenas manos. Sola la encontró como una leonera y la puso en un pie de orden, limpieza y arreglo que inundaba de gozo el corazón de don Benigno. Ni aun en tiempos de su Robustiana había él visto cosa semejante. Ya no se volvió a ver ninguna pieza descosida sobre el cuerpo de los Corderillos, ni se echó de menos botón, faja ni cinta. Ninguna prenda ni objeto se vió fuera de su sitio, ni rodaba la loza por el suelo, ni subía el polvo a los vasares, ni estaban las sillas patas arriba y las lámparas boca abajo. Todo mueble ocupó su lugar conveniente y toda ocupación tuvo su hora fija e inalterable. No se buscaba cosa alguna que al punto no se encontrara, ni se hacía esperar la comida ni la cena. Los objetos preciosos no podían confundirse con los últimos cachivaches, porque había sido inaugurado el reinado de las distancias. El latón brillaba como la plata y el cerezo tenía el lustre de la caoba. Don Benigno estaba embelesado y repetía aquel pasaje de su autor favorito. «Sofía conoce maravillosamente todos los detalles del gobierno de la casa, entiende de cocina, sabe el precio de los comestibles y lleva muy bien las cuentas. Tiene un talento agradable sin

ser brillante, y sólido sin ser profundo... La felicidad de una joven de esta clase consiste en labrar la de un hombre honrado.»

La casa era grande, tortuosa y oscura como un laberinto. Había que conocerla bien para andar sin tropiezo por sus negros pasillos y aposentos, construídos a estilo de rompecabezas. Sólo dos piezas tenían ambiente y luz, y en una de ellas, la mejor de la casa, fué preciso instalar a Cruzita con las doce jaulas de pájaros que eran su delicia. No faltaba en el estrado ningún objeto de los que entonces constituían el lujo pues a don Benigno se le había despertado el amor de las cosas elegantes, cómodas y decentes; y como no carecía de dinero, cada día daba permiso a su diligente *Hormiga* para introducir alguna novedad. Con las onzas de Cordero y el buen gusto de Sola vióse pronto la casa en un pie de elegancia que era el asombro de la vecindad. Fué vestida la sala de hermoso papel imitando mármol y una tanda de sillas de caoba sustituyó a las antiguas de nogal y cerezo. El brasero era como un gran artesón de cobre, sustentado sobre cuatro garras leoninas, y con la badila y reja no pesaba menos de medio quintal. El sofá y los dos sillones, que hoy nos parecerían potros de suplicio, eran de lo más selecto. Las cortinas de percal blanco con franjas de tafetán encarnado tenían aspecto risueño y se conceptuaban entonces como lo más lujoso y elegante. No faltaban las mesillas de juego con sus indispensables candeleros de plata, ni las célebres y ya olvidadas rinconeras, llenas de baratijas y objetos de arte y ciencia, tales como cajas, caracoles, figurillas de yeso, algún jarro, libros y un par de pajaritos disecados. En el marco del espejo apaisado veíanse algunas plumas de pavo real puestas con arte y simetría, como las pintan en las cabezas de los salvajes. En cuestión de láminas, habíanse conservado las antiguas, que eran *el León de Florencia devorando a un niño,* la *Desgraciada muerte de Luis XVI* y la *Caída de Icaro.*

Vistos de la calle los balcones, presentaban el aspecto más alegre que puede imaginarse. Los tiestos, con ser tantos, no eran bastantes para quitar sitio a las jaulas, colgadas unas sobre otras. Interiormente no cesaba la algarabía formada por el piar de algunos pájaros, el canto de otros, el ladrido de los falderillos, el maullido de los gatos y los roncos discursos de la cotorra. El esmero con que Cruzita atendía al cuidado y a las necesidades todas de su colección zoológica hacía que la existencia de tanto bicho no fuera incompatible con el perfecto aseo de la casa.

Contentísimo estaba don Benigno del buen arreglo que Sola había hecho en el gabinete donde él vivía. Sus ropas abundantes, tan bien dispuestas que jamás notó en ellas rotura de más ni botón de menos, le recreaban la vista, así como la limpieza de su variada colección de sombreros. No le cautivaba menos el ver libres de polvo sus adminículos de caza (diversión a que era muy aficionado), ni la buena colocación que se había dado a las estampas de Santa Leocadia y la Virgen del Sagrario (ambas proclamando el toledano abolengo del propietario), ni la acertada ordenación de los libros. Estos no eran muchos, pero sí escogidos, y sólo formaban dos obras: Las de Rousseau, edición de 1827, en veinticinco tomitos, y el *Año Cristiano,* en doce. Aunque alineados en dos grupos distintos, no por eso dejaban de andar a cabezadas, dentro de un mismo estante, el *Vicario Saboyano* y San Agustín.

Con el orden perfecto en la disposición de todo lo de la casa corría parejas la buena concordia entre sus habitantes, si se exceptúan las genialidades de Cruzita, que fueron menos molestas desde que Sola adoptó el sistema de hacerle poco caso sin aparentar contrariarla.

Desapacible y brusca con los chicos, no consentía que se le acercaran a dos varas a la redonda. No obstante, el frecuente trato con ellos y la dulzura de su hermano y de la *Hormiga* fueron poco a poco arrancando las espinas de aquel carácter endiablado, y al fin, sin dejar de hablarles en el lenguaje más duro y desabrido que se puede imaginar, manifestaba algún interés por los cuatro *enemigos,* ayudaba a cuidarles y aun se permitía contarles algún trasnochado y soso cuento.

Los muchachos, a excepción del más pequeño, eran pacíficos. Primitivo y Segundo adelantaban regularmente en sus

estudios, y en cuanto a vocaciones, el tono especial de la época y los personajes de aquel tiempo despertaban en ellos ambiciones varias. El mayor quería ser padre guardián, para tomar mucho chocolate, dar a besar su mano a los transeúntes y salir a paseo entre un par de duques o marqueses. El segundo, que era vanidosillo y fachendoso, quería ser tambor mayor de la Guardia Real, porque eso de ir delante de un regimiento haciendo gestos y espantando moscas con un bastón de porra le parecía el colmo de la dicha. Rafaelito era más modesto. No le hablaran a él de figuraciones ni altas dignidades; él no quería ser sino confitero, para poder atracarse de dulces desde la mañana a la noche y hacer bonitas velas para los santos. En cuanto a Juanito Jacobo, aunque no hablara bien, se le conocía que su vocación era la de gigante Goliat o Hércules, según lo que destrozaba, berreaba y las diabladuras que hacía andando a gatas, sin dejarse amedrentar por cocos ni espantajos.

Tranquilo, feliz, gozoso del orden en que vivía, y que amaba por naturaleza y costumbre, Cordero veía pasar suavemente los días. El método en la existencia le encantaba, y la semejanza entre el hoy y el ayer era su principal delicia.

Hombre laborioso, de sentimientos dulces y prácticas sencillas, aborrecedor de las impresiones fuertes y de las mudanzas bruscas, don Benigno amaba la vida monótona y regular, que es la verdaderamente fecunda. Compartiendo su espíritu entre los gratos afanes de su comercio y los puros goces de la familia; libre de ansiedad política; amante de la paz en la casa, en la ciudad y en el Estado; respetuoso con las instituciones que protegían aquella paz; amigo de sus amigos; amparador de los menesterosos; implacable con los pillos, fuesen grandes o pequeños; sabiendo conciliar el decoro con la modestia, y conociendo el justo medio entre lo distinguido y lo popular, era acabado tipo del *burgués* español, que se formaba del antiguo pechero fundido en el hijodalgo y que más tarde había de tomar gran vuelo con las compras de bienes nacionales y la creación de las carreras facultativas, hasta llegar al punto culminante en que ahora se encuentra.

La formidable clase media, que hoy es el poder omnímodo que todo lo hace y deshace, llamándose política, magistratura, administración, ciencia, ejército, nació en Cádiz entre el estruendo de las bombas francesas y las peroratas de un Congreso híbrido, inocente, extranjerizado si se quiere, pero que brotado había como un sentimiento, o como un instinto ciego, incontrastable, del espíritu nacional. El tercer estado creció, abriéndose paso entre frailes y nobles; y echando a un lado con desprecio estas dos fuerzas atrofiadas y sin savia, llegó a imperar en absoluto, formando, con sus grandezas y sus defectos, una España nueva.

Perdónesenos la digresión y volvamos a Cordero, del cual nos falta decir que en los últimos años había prosperado grandemente en su comercio. Pocas noches antes de aquel día en que suponemos comenzada esta narración, el héroe estaba en su gabinete contando el dinero de la semana. Después que tomó nota de las cantidades y distribuyó éstas cariñosamente en las cestillas de paja que servían para el caso, llamó a Sola y, haciéndola sentar frente a él, le dijo así:

—Si no comunico a alguien lo que en este instante pienso, apreciable *Hormiguita,* reviento de seguro.

Sola sonreía, dando más luz al quinque, que repartía en proporción igual su resplandor a los dos personajes. Don Benigno se reía también, y ya se acariciaba la barba redondita y arrebolada, como una manzana recién cogida, ya se arreglaba las gafas de oro, cuya tendencia a resbalar sobre la nariz picuda y fina iba en aumento cada día.

—Pues lo que pienso—añadió—es que sin saber cómo, me encuentro rico..., es decir, no muy rico, entendámonos, sino simplemente en ese estado de buen acomodo que me permitiría, si quisiera, renunciar al comercio y retirarme a vivir tranquilo en mis queridos Cigarrales, donde no me ocuparía más que en labrar el campo y criar a mis hijos.

Sola le respondió a estas palabras con otras de felicitación, y el héroe, que se sentía aquella noche con muchas ganas de charlar, continuó de este modo:

—Con usted no hay secretos. Sepa usted que ayer he pagado el último plazo de esta casa en que vivimos: de modo que es mía, tan mía como mis anteojos

y mi corbata de suela. En Los Cigarrales he comprado ya más de cien fanegadas para agregarlas a las que heredé de mis padres, y pienso comprar las del tío *Rezaquedito,* que saldrán a la venta muy pronto. De modo que ya estamos libres de perder el sueño por cavilar en el día de mañana, y si por acaso me da un torozón (que no me dará), no estaré afligido en mi última hora con la idea de que mis hijos tengan que vivir a expensas de parientes y amigos. Vea usted por dónde la Divina Providencia ha premiado mi laboriosidad, y nada más que mi laboriosidad, pues talentos no los tengo, y en cuanto a picardías, ya se sabe que esa moneda no corre dentro de mi casa.

—Dios ha querido que un hombre tan bueno y tan cabal en todo—le dijo Sola—tenga su merecido en el mundo, porque si al bueno no le da Dios los medios de ser caritativo y generoso, ¿qué sería de los pobres, de los abandonados, de los huérfanos?

—No, no...—replicó Cordero un sí es no es conmovido—; no hay aquí generosidades que alabar ni virtudes que enaltecer. Algo he hecho por los menesterosos; y si alguna persona ha recibido especialmente de mí ciertos beneficios, éstos han sido menores de los que ella se merece. Dios no puede estar satisfecho de mí en esta parte... Que se han sucedido buenos años para el género; que los cambios políticos, improvisando posiciones, han desarrollado el lujo; que las modas han favorecido grandemente el comercio de blondas y puntillas; que la paz de estos años de despotismo ha traído muchos bailes y saraos, equivalentes a gran despilfarro de Valenciennes, Flandes y Malinas; que el restablecimiento del culto y clero después de los tres años trajo la renovación de toda la ropa de altar y mucho consumo de encajería religiosa; que mi puntualidad y honradez me dieron la preferencia entre las damas; que la Corte misma, a pesar de que son bien notorias mis ideas contrarias a la tiranía, no quiere ver entrar por las puertas del Palacio ni media vara de Almagro que no sea de casa de Cordero, y, en fin, que Dios lo ha querido, y con esto se dice todo. Bendigámosle y pidámosle luces para acertar a hacer el bien que aún no hemos hecho, y que es a manera de una sagrada deuda pendiente con la sociedad, con la conciencia...

El héroe se atascó en su propia retórica, como le pasaba siempre que quería expresar una idea no bien determinada aún en su espíritu, y un sentimiento oprimido en las fuertes redes de la timidez y la delicadeza.

—Acabe usted, que me da gusto oírle —le dijo Sola sonriendo—; pero prontito, que hay mucho que hacer esta noche.

—Descanse usted un momento, por amor de Dios. ¿Siempre hemos de estar sobre un pie?... ¡Oh! Por mi parte, *Hormiga,* estoy decidido a descansar. Verdad es que no soy un niño. Tengo cincuenta y dos años.

Dicho esto, don Benigno miró como extasiado a su protegida, que a su vez contemplaba fijamente la luz, a riesgo de quedarse deslumbrada.

—Cincuenta y dos años, que es mucho y es poco, según se considere—añadió el héroe con cierta turbación—. Todo es relativo, hasta los años, y yo, con mi constitución recia y firme, mis acerados músculos, mi desconocimiento absoluto de lo que son médicos y boticas, no me cambio por esos pisaverdes de color de cera de muerto, que se llaman muchachos por una equivocación del tiempo.

—Es usted rico; goza de perfecta salud—murmuró Sola, cuyas miradas, como mariposas, gustaban de recrearse en la llama—, es, además, bueno como el buen pan: tiene buen nombre y fama limpia. ¿Qué más puede desear?

Don Benigno dió un suspiro, y mirando al tapete, dijo así:

—Es verdad; nada puedo desear. Temeridad e impertinencia sería pedir más.

Ambos callaron.

—¿Tiene usted algo más que decirme?—preguntó Sola, levantándose.

—Nada, nada, apreciable *Hormiga*—dijo don Benigno irradiando bondad y sentimientos puros de su cara de rosa—. Nada más sino que... Dios sobre todo.

Después que la joven se fué, Cordero tomó a Rousseau como se toma el brazo de un amigo para apoyarse en él, y abriendo el libro por donde estaba la marca, indicando sin duda capítulo, renglón o párrafo de gran interés, se quedó un buen rato meditando en la extraordinaria profundidad, intención y filo-

sofía de la sentencia con que el ginebrino encabeza el libro quinto del *Emilio*.

Dice así: «No es bueno que el hombre esté solo.»

III

El día era de los mejores que suele tener Madrid en invierno, con cielo limpio y espléndido sol. Los madrileños, que por su índole castiza no necesitaban ni entonces ni ahora de grandes atractivos para echarse en tropel a la calle, invadieron aquel día la carrera de las procesiones regias que van desde las puertas de Toledo o Atocha hasta Palacio, vía ciertamente histórica y muy interesante, por la cual han pasado tantos monarcas felices o desgraciados y no pocos ídolos populares. Si fuera posible reproducir la serie de comitivas diversas que han recorrido ese camino del entusiasmo desde la primera entrada de Fernando VII en mayo de 1808, tendríamos una galería curiosa, en la cual muy pocas pinceladas tendría que añadir la Historia para hacer el cuadro completo de las sucesivas idolatrías españolas. El quemar de los ídolos, cuando estamos cansados de adorarlos, se verifica en otra parte.

Estas grandiosas comparsas tienen una monotonía que desespera; pero el pueblo no se cansa de ver los mismos lacayos con las mismas pelucas, los mismos penachos en la frente de los mismos caballos y el inacabable desfilar de uniformes abigarrados, de coches enormes más ricos que elegantes, de generales en número infinito, y el trompeteo, la bulla, el oscilar mareante de plumachos mil, el fulgor de bayonetas, y, por último, el revoloteo de palomitas y de hojas de papel conteniendo los peores sonetos y madrigales que pueden imaginarse.

Aquel día de diciembre de 1829 el pueblo de Madrid admiró principalmente la hermosura de la nueva reina, la cual era, según la expresión que corría de boca en boca, *una divinidad*. Su cara, incomparablemente graciosa y dulce, tenía un sonreír constante, que se entraba, como decían entonces, hasta el corazón de todo el pueblo, despertando ardientes simpatías. Bastaba verla para conocer su agudo talento, que tanto había de brillar en las lides cortesanas, y para prever las nobles conquistas que la gracia y la confianza habían de hacer prontamente en el terreno de la brutalidad y del recelo. Jamás paloma alguna entró con más valentía que aquélla en el negro nidal de los buhos; y aunque no pudo hacerles amar la luz, consiguió someterles a su talante y albedrío, consiguiendo de este modo que pareciesen menos malos de lo que eran. Fué mirada su belleza como un sol de piedad que venía, si bien un poco tarde, a iluminar los antros de venganza y barbarie en que vivía, como un criminal aherrojado, el sentimiento nacional.

No ha existido persona real a quien se hayan dedicado más versos. Por ella sola se han fatigado más *las deidades de Hipocrene* y ha hecho más corvetas el buen Pegaso que por todas las demás reinas juntas. A ella se le dijo que si el Vesubio la había despedido con «refulgentes destellos», el Manzanares la recibió «vestido de flores»; se le dijo que Pirene había inclinado la «erguida espalda» para dejarla pasar, y que en los «vergeles de Aretusa» tocaba la lira el «virginal concilio» celebrando a la «ninfa bella de Parténope».

La hermosa reina fué también cantada por los grandes poetas; que no todo había de ser ruido en las diversas cataratas de versos que celebraron su casamiento, su entrada, su embarazo, sus dos alumbramientos, sus días, sus actos políticos más notables y, en particular, el glorioso hecho de la amnistía. Don Juan Bautista Arriaza, que desde el año 8 venía haciendo todos los versos decorativos y de circunstancias, la letra de todos los himnos y las inscripciones de todos los arcos triunfales, echó el resto, como decirse suele, en las fiestas del año 29. Quintana dedicó al *feliz enlace de Fernando VII* una canción epitalámica que no quiso incluir en las ediciones de sus obras, y otros insignes vates de la época la ensalzaron en aquellas odas resonantes y tiesas, algo parecidas al parche duro y ruidoso de una caja de guerra y cuya lectura deja en los oídos impresión semejante a la que produciría una banda de tambores en día de parada. Con todo, en la corona poética de esta insigne

reina se encuentran altos pensamientos y graciosas imágenes, principalmente en todo aquello que aparece inspirado por la seductora sonrisa,

que cuanto más se ve más enamora

Entró Cristina en coche acompañada de sus padres los reyes de Nápoles. Al estribo derecho venía el esposo y tío, rigiendo magistralmente su hermoso caballo. Era, según dicen, el primer jinete de su época; verdaderamente, nuestro rey tenía un aspecto tan majestuoso como gallardo cuando montaba en uno de aquellos apopléticos corceles cuya pesadez y arrogancia nos han transmitido Velázquez y Goya. La alzada del animal, el corpulento busto del monarca, su rico uniforme, su alto sombrero de tres picos, muy parecido, según la absurda moda de la época, a las mitras o tinajones que llevan en su cabeza los bueyes de la arquitectura asiria, daban a la colosal figura no sé qué apariencia babilónica que infundía respeto y algo de miedo supersticioso.

Pero la arrogancia de la majestad ecuestre, la misma riqueza abigarrada de su traje de gala, no disimulaban en Fernando aquella decadencia precoz que le hacía viejo a los cuarenta y cinco años. En su rostro duro y de pocos amigos (por lo que se acomodaba perfectamente al carácter) parecía que la nariz se había agrandado, impaciente de juntarse al labio belfo, el que por su parte se estiraba a más no poder, como si quisiera echarse fuera de tal cara. Su color, que era una mezcla enfermiza del verdoso y del amoratado, extendía por sus mejillas como una sombra lúgubre, en la cual lucían mejor sus ojos grandes y negros, por donde en ciertos momentos se asomaban, con el instantáneo fulgor del relámpago, sus alborotadas pasiones.

Pasaron. Aquel río de morriones, pelucas, sables desnudos, entorchados, pompones y cabezas mil que se movían al compás de la marcha de tanto caballo festoneado y lleno de garambainas; la sucesión de tanto y tanto coche, semejante a canastillas hechas con todos los materiales posibles, desde la concha y el marfil hasta el cobre y la madera; el estruendo solemne de la Marcha Real y todo lo demás que realza estas procesiones, tenía tan absorto y embobado al pueblo madrileño, amante de estas cosas como ningún otro pueblo del mundo, que si la Corte hubiera estado pasando y repasando de aquella manera por espacio de tres meses seguidos, no faltarían ni un momento las grandes líneas de gente con la boca abierta, a un lado y otro de la carrera.

Por la multitud de caras bonitas y la variedad de colores que en ellos había, parecían babilónicos pensiles los balcones de las casas. En los de la de Bringas, que daban a la calle Mayor, hallábase don Benigno con Sola y los chicos, amén de otras familias amigas del rico comerciante que dió su nombre a los soportales cercanos a Platerías. Quiso la desgraciada suerte de Sola que le tocase salir al mismo balcón donde estaba una señora a quien ciertamente no gustaba de ver en parte alguna, y no porque la dama fuese de mal aspecto, sino por otros motivos muy poderosos. Era de tal manera hermosa, que cautivaba los ojos y el corazón de cuantos la miraban. Por singular capricho de la Naturaleza, el tiempo, que de ordinario es enemigo y destructor de la hermosura, allí era su cultivador y como su custodio, pues la conservaba fielmente y aun parecía aumentarla cada año. De esta galantería del tiempo, unida a los adornos escogidos y a un esmero constante y casi religioso en la persona, resultaba el *bocatto di cardinale* más rico que podría imaginarse. Para mayor gracia, había tenido el buen acuerdo de vestirse de maja, lo mismo que otras muchas damas que en aquel día clásico adoptaron el traje nacional. Llevaba, pues, falda de alepín inglés color de amaranto con abalorios negros, chaquetilla de terciopelo con muchos botoncitos de filigrana de oro, mantilla de casco, de tafetán, con gran velo de blonda y peineta de pico de pato, todo puesto con extraordinaria bizarría.

IV

Cuando Sola se vió junto a ella tuvo que disimular su espanto, obligada a recibir el saludo de la dama y a devolverlo cortésmente. Después hablaron las dos de lo bonita que estaba la carrera,

de la hermosura del tiempo, de los dichos y hechos que se contaban de la reina Cristina y del excesivo número de personas que había en casa de Bringas, las cuales rebosaban por los balcones como guindas en cesta.

Ocupada la mejor parte de los balcones por las señoras, los hombres poco o casi nada podían ver. Cordero paseaba de largo a largo por la sala, charlando con su amigo don Francisco Bringas de cosas sustanciosas y muy importantes, como la paz entre Rusia y Turquía, la cuestión de Grecia, que pronto iba a ser reino independiente, y las tristes nuevas que habían llegado de la expedición americana, deshecha y rota en Tampico, con lo que parecía terminada nuestra dominación en aquel continente.

Don Benigno, que leía diariamente la *Gaceta* y *Diario*, estaba al tanto de todo y sobre cada asunto daba juiciosos dictámenes. Los impronunciables nombres de los puntos donde se batían turcos y rusos salían de la boca de nuestro héroe con no poca dificultad, y Bringas, que seguía con grandísimo ahinco el negocio de la nueva Grecia, barajaba los nombres gatunos de los personajes de aquel país, y así no se oía otra cosa que Miaulis, Mauromichales y también Kalocotroni, Maurocordato y Capodistria.

Pronto tomó la conversación otro rumbo con la llegada de cierto joven de arrogante presencia, alto de cuerpo, agraciadísimo de rostro, con el pelo en rizos, las mejillas rosadas, el color blanco, los ojos garzos, los ademanes desenvueltos, el vestir elegante. Respondía al nombre de Salustiano Olózaga y era un abogado de veinticuatro años, medio célebre ya por sus brillantes alegatos forenses y mayormente por la defensa que había hecho ante el Consejo y Cámara de Castilla de un pobre albañil inclusero, condenado a muerte por el robo de dos libras de tocino. La Milicia Nacional cuando había Milicia, el foro cuando había foro y la política siempre, consumían todo el ardor de su existencia.

Era el campeón juvenil de la idea naciente; la Providencia habíale dado, entre otras notables prendas, elocuencia, si no brillante, varonil y sobria, con una lógica irresistible.

Los jóvenes de hoy, alumnos aprovechados del eclecticismo y del justo medio, no comprenderán quizá el entusiasmo y valentía de aquellos muchachos, que sintiendo en su mente, por la natural índole de los tiempos, una especie de inspiración sacerdotal, hablaban de los déspotas y de la libertad como hablaría un romano de la primera república. Y no se paraban en barras; aún deseaban martirios heroicos y se metían en las conspiraciones más absúrdas e inocentes, y osaban decir en pleno foro, delante de los consejeros, cosas que pasman por lo valerosas e intencionadas.

Desde que entró Salustiano no se habló más de Miaulis ni del bueno de Kalocotroni. Alejados un tanto del salón principal y reforzado el grupo con otras personas, el librero Miyar, el ingeniero Marcoartú y un comerciante de la calle de Postas, llamado Bárcenas, se despacharon todos a su gusto, siendo Olózaga tan hablador y contundente, que no se paraba en pelillos, y con su lengua, que más bien era un hacha, iba dejando muy mal parada a lo que ya se llamaba *la situación*.

Don Benigno, que no gustaba de engolfarse mucho en política por los peligros que pudiera traer, dejó a sus amigos para buscar en los balcones la tertulia más grata y segura de las damas. La que vestía de maja se había puesto a bromear con el marqués de Falfán de los Godos, el hombre más mujeriego de aquel tiempo y también el más fino y galante, si bien su persona, camino ya de la ruina, le ayudaba poco en lo que él quisiera que le ayudase. A Sola, en tanto, le daba conversación una señora muy impertinente, llamada doña Salomé Porreño, que a cada rato ponía los ojos en blanco y echaba suspiros, cual si no tuviera en el mundo otra misión ni empleo que estarse lamentando a todas horas de una cosa perdida. Al lado de ella campaba una joven muy bonita, casada y, por añadidura, en aquel interesante estado que anuncia la maternidad. La de Presentacioncita, que así se llamaba, debía estar ya muy próxima, según se echaba de ver al primer examen. Era su marido un tal don Gaspar de Grijalva, con más riqueza que buen seso y muy aficionado a meterse en trapisondas políticas, por lo

que Presentación se afligía mucho y estaba siempre sobre ascuas temiendo que le ahorcasen. Esta señora, lo mismo que Sola, parecía tener muy pocas ganas de conversación; pero doña Salomé, colocada entre ellas como una especie de mediador parlante, suplía la desgana de ellas con un insaciable apetito de palique y no cesaba de hacer preguntas y observaciones, poniendo en el discurso, como se pone la sal en la comida, los suspiros y el incesante revolver de sus ojos.

Jenara, o sea la maja, hacia atrás volvía su rostro a cada instante para responder a Falfán de los Godos, y en uno de estos dimes y diretes habló así:

—Sí, hoy mismo he tenido noticias suyas. Pipaón me entregó esta mañana una carta que es de perlas, por las muchas cosas ingeniosas que me dice. Creo que en mucho tiempo no le veremos por acá. Me anuncia que piensa casarse.

Jenara hablaba en voz muy alta; pero como Falfán de los Godos era algo teniente, es decir, algo sordo, nadie lo extrañaba. Al mismo tiempo, la de Porreño daba con el codo a Sola y le decía:

—Pero ¿no me oye usted lo que le pregunto? Tres veces le he preguntado a usted que si conoce a aquel comandante que pasa, y no me ha dado contestación... Por lo visto, aquí todos son sordos... Se ha quedado usted lela; ¿en qué piensa usted, que está tan pálida?... ¿No oye usted?...

—Sí, sí—replicó Sola, como se replicaría a las avispas si la picada de éstas fuera, en vez de picada, pregunta—. He oído perfectamente.

La de Porreño, al ver que por aquella banda no sacaba nada de provecho, se volvió a la otra y a Presentación. Después que la oyó, Presentación, que era muy maligna, dijo así:

—Aguarde usted. Mandaré a casa por la *Guía de Forasteros*, y con ella en la mano le diré a usted los nombres de todos los comandante, capitanes y coroneles que hay en España.

La de Porreño miró al cielo como si quisiera ponerle por testimonio de tanta injusticia. Bueno es decir que no vestía de maja ni de cosa que lo pareciera, sino a la moda pura y neta de 1822, con dulleta que ella misma había trocado en pelliza, aplicándole los restos de un capisayo antiguo. Su tocado era el llamado de turbante, guarnecido de cordones que fueron de oro y unas plumas que más parecían de escribano que de avestruz, como no pudieran aplicarse a uno y otro.

—También a mí me han dicho que piensa casarse—manifestó Falfán de los Godos.

Entonces se oyó un murmullo, una voz sorda y general que, sin decir nada, claramente decía: «Ya viene, ya viene, ya, ya...» La multitud se agitó cual una gran culebra que pone en movimiento todas sus vértebras, y en los balcones hubo un hondo suspiro de ansiedad, que corrió de un cabo a otro de la calle. Todos los ojos miraban a la Puerta del Sol, por donde sonaba como el mugido de un mar, y al poco rato se vió que se agitaba la superficie de cabezas y que brincaban, saltando por encima de la gente, penachos de caballos, plumas de morriones y espadas desnudas. El murmullo creció, estalló la Marcha Real como un trueno y empezó a pasar la Corte.

Sola no veía nada, sino una confusa corriente de colorines y formas, caballos que parecían hombres, hombres que trotaban y un rodar continuo de formas y magnificencias, todo en tropel y borrosamente, al modo de nube formada de la disolución de todas las visiones humanas. Un cerebro que desfallece, permitiendo la alteración de las sensaciones ópticas, suele producir desvanecimiento y síncope; pero Sola hizo un esfuerzo, cerró los ojos, dejando pasar la mareante comparsa, y así resistió, fuertemente asida a los hierros del balcon. Cuando, pasada la corriente de abigarrados coches, sólo quedaban los escuadrones de escolta, principió a serenarse; pero todavía su visión estaba perturbada, y las casas y balcones cuajados de damas seguían corriendo juntamente con la caballería.

Después de desfilar por delante de Palacio, los regimientos de infantería paseaban por la calle.

—Ese, ese coronel, ¿quién es?—preguntó súbitamente la de Porreño.

—Si no me engaño, es el moro Muza —replicó Presentación.

Diciéndolo, el caballo que montaba el teniente coronel señalado por Salomé

resbaló, y sin que el jinete pudiera sujetarlo, cayó pesadamente, arrastrando a éste. La caída fué tremenda. Oyóse inmensa gritería mujeril. Detúvose la gente, arremolinóse el regimiento, acudieron soldados y paisanos al infeliz jinete, magullado y aturdido por la fuerza del golpe, y, alzándole del suelo, le entraron en una tienda para darle algún socorro. Era un hombre de cuerpo largo, flaco, cara morena y varonil. Al ser levantado del suelo hacía recordar involuntariamente la figura de Don Quijote tendido en tierra después de cualquiera de sus desventuradas aventuras.

En los balcones de Bringas agolpáronse todos para ver al caído.

—¡Pobre hombre!—exclamó Cordero.

—Y ¡qué bien iba en el caballo!—dijo la de Porreño.

—Se parece al de la Triste Figura —indicó Bringas.

—Es el mismísimo Don Quijote—observó Olózaga.

Jenara volvióse prontamente, y con cierto tonillo de enfado dijo así:

—Pues no es Don Quijote, señor discursista, sino don Tomás Zumalacárregui, apostólico neto y con un corazón mayor que esta casa.

Cuando poco o nada había que ver en los balcones. Bringas obsequió a sus amigos con algunas golosinas acompañadas de licores y agua fresca, y unos hartos de dulces, otros sin probarlos, empezó el desfile. Don Benigno, con Sola y sus hijos, fué a recorrer las calles para ver los preparativos de las grandes fiestas que empezaban aquel día, y principalmente para contemplar y admirar por sus cuatro costados *el templete,* monumento de lienzo pintado de que se hablaba mucho y que con grandes dispendios se construyó en la Puerta del Sol, sobre la misma Mariblanca. Era la máquina más bonita que habían visto los madrileños hasta entonces. Millares de personas la admiraban sin cesar, formando un círculo de papamoscas, y, a la verdad, las columnas pintadas, las cuatro estatuas y el globo terráqueo que remataba la construcción como un bonete, harían caer de espaldas a Miguel Angel, Herrera y demás celebres arquitectos.

Todo lo fué examinando Cordero, y sobre todos los preparativos dió opiniones muy discretas. En los días y noches siguientes llevó a su familia a ver las comparsas e iluminaciones y a admirar la gran novedad del carro triunfal alegórico mitológico manolesco, dispuesto por el corregidor Barrajón, y en el cual iban haciendo de ninfas varias bellezas de Madrid, entre ellas Pepa *la Naranjera,* que, subida en el escabel más alto, representaba a la diosa Venus.

La gente decía que iba *vestida de Venus,* de lo que resultaba un contrasentido; pero el decoro de nuestras costumbres y la santidad de los tiempos no habrían consentido que las diosas salieran a la calle como andaban por el Olimpo.

V

Entre las muchas sociedades más o menos secretas que amenazaron el poder de Calomarde, hubo una, que, no precisamente por lo temible, sino por otras razones, merece las simpatías de la posteridad. Llamóse de Los Numantinos, y componíase de mucha y diversa gente. Entre los atrevidos fundadores de ella hubo tres cuyos nombres ilustres conserva y conservará siempre la historia patria: llamábanse Veguita, Pepe y Patricio.

El objeto de los Numantinos era, como quien no dice nada, *derrocar la tiranía.* Los medios para conseguir este fin no podían ser más sencillos. Todo se haría bonitamente por medio de la siguiente receta: *matar al tirano y fundar una república a estilo griego.*

Retratemos a los tres audaces patriotas, ante cuya grandeza heroica palidecerían los Gracos, Brutos y Aristogitones.

El primero, Veguita, tenía dieciocho años, y era de la piel de Barrabás, inquieto, vivo, saltón, con la más grande inventiva que se ha visto para idear travesuras, bien fueran una fiestecilla de pólvora, un escalamiento de tapias, una paliza dada a tiempo o cualquier otro desafuero. Su casta americana se revelaba en el brillo de sus negros ojos, en su palidez y en sus extremadas alternativas de agitación e indolencia. Vino de América casi a la ventura. Su madre le envió a Europa para educarse y para heredar. Si esto último no fué logrado,

en cambio su nueva patria heredó de él abundantes bienes de la mejor calidad. Pertenecía a la célebre empolladura del colegio de San Mateo, donde dos retóricos eminentes sacaron una robusta generación de poetas. Antes de ser derrocador de tiranos, fundó la academia de El Mirto, cuyo objeto era hacer versos, y allí, entre sáficos y espondeos, nació el complot *numantino;* que en España, ya es sabido, se pasa fácilmente de las musas a la política.

El segundo, Pepe, tenía quince años. Nació en un camino, entre el estruendo de un ejército en marcha; arrullaron su primer sueño los cañones de la guerra de la Independencia. Creció en medio de soldados y cureñas, y a los cinco años montaba a caballo. Sus juguetes fueron balas. Ya mozo, era mediano de cuerpo y agraciado de rostro; en lo moral, generoso; arrojado hasta la temeridad, ardiente en sus deseos, pobre en caudales, rico en palabra; cuando triste, tétrico; cuando alegre, casi loco. Educóse también en San Mateo con los retóricos, y desde aquella primera campaña con los libros le atormentaba el anhelo de cosas grandes, bien fueran hechas o sentidas. Los embriones de su genio, brotando y creciendo antes de tiempo con fuerza impetuosa, le exigieron acción, y de esta necesidad precoz salió la sociedad *numantina.* También le exigían arte, y por eso en las sesiones de la asamblea infantil a Pepe le salía del cuerpo y del alma, en borbotones, una elocuencia inocentemente heroica que entusiasmaba a todo el concurso. El no pedía niñerías; aspiraba nada menos que a *quebrantar las cadenas que oprimían a la patria,* empresa en verdad muy humanitaria y que iba a ser realizada en un periquete.

El tercero, Patricio, tenía, como Veguita, dieciocho años. Se le contaba, por tanto, entre los respetables.

Era formalillo, atildado, de buena presencia, palabra fácil y fantasía levantisca y alborotada. Sentía vocación por las armas y por las letras, y lo mismo despachaba un madrigal que dirigía un formidable ejército de estudiantes en los claustros de doña María de Aragón. También era orador, que es casi lo mismo que ser español y español poeta. En Los Numantinos asombraba por su energía y el aborrecimiento que mostraba a todos los tiranos del mundo. Insistía mucho en lo de hacer trizas a Calomarde, medio excelente para llegar después a la pulverización completa de la tiranía.

Las reuniones se celebraban en una botica de la calle de Hortaleza las más de las veces, otras en una imprenta, y cuando cundían olores de persecución, toda *Numancia* se refugiaba en una cueva de las que había en la parte inculta del Retiro, no lejos del Observatorio. Los mayores de la cuadrilla no pasaban de veinte abriles; éstos eran los ancianos, *expertos* o *maestros sublimes perfectos;* que, a decir verdad, la pandilla gustaba de darse aires masónicos, sin lo cual todo habría sido muy soso y descolorido.

Si aquello no era inocente, lo parecía, porque a lo mejor, los enemigos del Tirano, bien se hallaran en la botica, bien en la novelesca cueva del Retiro, se distraían sin saber cómo de su misión heroica y se ponían a acertar charadas y a representar comedias. Otras veces, cuando alguno de ellos tenía dineros, cosa muy extraordinaria y fuera de lo natural, alquilaban borricos y se iban en escuadrón por las afueras, dando costaladas y buscando aventuras, que siempre concluían con alguna pesada chanza de Pepe.

Fuera o no pueril la sociedad Los Numantinos, lo cierto es que Calomarde la descubrió y puso la mano en ella, dando con todos los chicos en la cárcel de Corte, y metiendo más ruido que si cada uno de ellos fuese un Catilina y todos juntos el mismo Averno. La importancia que dió aquel Gobierno menguado y cobarde a la conspiración infantil puso en gran zozobra a las familias. Se creyó que los más traviesos iban a ser ahorcados, y había razón para temerlo, pues quien supo ahorcar a hombres y mujeres, bien podía hacer lo mismo con los muchachos, que era el mejor medio para extirpar el liberalismo futuro. Mas por fortuna, Calomarde no gustó de hacer el papel de Herodes, y después de tener algunos meses en la cárcel a los que no se salvaron huyendo, les repartió por los conventos *para que aprendieran la doctrina.*

Patricio se escapó a Francia. A Pepe me le enviaron al convento de franciscanos de Guadalajara, y a Veguita, le tuvieron recluso en la Trinidad, de Ma-

drid. Esta prisión eclesiástica fué muy provechosa a los dos, porque los frailes les tomaron cariño, les perfeccionaron en el latín y en la filosofía, y les quitaron de la cabeza todo aquel fárrago masónico numantino y el derribo de tiranías para edificar repúblicas griegas.

VI

Lo azaroso de los tiempos traía entonces mudanzas muy bruscas en todo, y las pandillas variaban a menudo, modificadas por las muertes y destierros. En 1827 echábase de menos a Patricio, que estaba en París, y a Pepe, que, perseguido nuevamente por sus calaveradas, se había marchado a Lisboa con muchas ilusiones, y pocas pesetas, que por cierto arrojó al mar en la boca del Tajo. Quedaba Veguita, a quien hallamos siendo núcleo de una nueva cuadrilla. Ya no se ocupaba de política inocente. La juventud abría los ojos, columbrando la grandeza lejana de sus destinos. ¡Generación valiente, en buena hora naciste!

Junto a Veguita hallamos a un joven riojano y por añadidura tuerto, que hacía ya las comedias más saladas que podrían imaginarse. Había sido primero soldado raso y después empleado en los tres años, con su impurificación correspondiente el 24. Tenía las chuscadas más ingeniosas y las ocurrencias más felices. Hablaba mejor en verso que en prosa, y montaba mejor en el Pegaso que en un burro alquilón, pues, restablecido en la partida el uso de las expediciones asnales, nuestro soldado poeta apenas sabía tenerse sobre la albarda. Era el mismo demonio para contar cuentos y para buscar consonantes, siendo tal en esto su destreza, que no le arredraban los más difíciles y enrevesados.

El más notable después de éstos era un muchacho que hacía muy malos versos y no muy buena prosa, medio traductor de Homero, casi abogado, casi empleado, casi médico, que había empezado varias carreras sin concluir ninguna. Sabía lenguas extranjeras. Tenía veinte años, y en tan corta edad había pasado de una infancia alegre a una juventud taciturna. Tan bruscas eran a veces las oscilaciones de su ánimo arrebatado en un vértigo de afectos vehementes, que no se podía distinguir en él la risa del llanto, ni el dudoso equívoco de la expresión sincera. Había en su tono y en su lenguaje un doble sentido que aterraba y un epigramático gracejo que seducía. Era pequeño de cuerpo y bien proporcionado de miembros. A su pelo muy negro acompañaban bigote y barba precoces; su color era malo, bilioso, y sus ojos, grandes y tristes. Tenía mala boca y peores dientes, lo cual le afeaba bastante. Fumaba sin descanso, como si padeciera una sed de humo que jamás podía aplacarse, y era en su vestir pulcro, elegante y casi lechuguino.

Educado en Francia, afectaba a veces desprecio de su nación y la censuraba con acritud, quejándose de ella como el prisionero que se queja de la estrechez incómoda de su jaula. Frecuentemente, después de alborotar en el grupo de un café con palabras impetuosas o mordaces, se retiraba a un rincón, rechazando toda compañía, o, despidiéndose a la francesa, huía. Después de largas ausencias tornaba a la pandilla con humor hipocondríaco.

Daba su opinión sobre poesía y literatura con un aplomo y una originalidad de juicios que pasmaba a todos. Ni Veguita ni el tuerto autor de comedias tenían conocimiento, por lo que sus maestros de aquí les enseñaban, de aquel nuevo y peregrino modo de juzgar, buscando el fondo más bien que la forma de las obras. Pero cuando nuestro arrabiliario quería echarse a poeta, los mismos que le admiraban como juez se reían en sus barbas, diciéndole que «una cosa es predicar y otra dar trigo». Por mucho tiempo fué objeto de risa y chacota su oda a los terremotos de Murcia, que es de lo peor que en nuestra lengua se ha escrito. Cuando se anunció que la reina Cristina estaba encinta, todos los poetas echaron otra vez mano a la lira, y el hipocondríaco endilgó su soneto

Guarda ya el seno de Cristina hermosa
vástago incierto de alta dinastía...

Verdad es que no eran mucho mejores los que al mismo asunto compusieron Veguita y el autor de comedias.

Se agregaron a la pandilla otros muchos chicos. De ellos, algunos no serán mencionados en razón de la oscuridad en que siempre han vivido; otros lo se-

rán más tarde, cuando las necesidades de esta verídica historia lo reclamen.

Reuníanse primero en el café de Venecia y después en el del Príncipe, que desde entonces sacó el nombre de Parnasillo. Entonces la juventud no tenía más que dos medios para dar desahogo a su ardor, y eran: hacer versos o hacer diabluras. Los estudios estaban muertos; la Prensa no existía; las letras mismas, y el teatro principalmente, yacían encadenados por una censura bestial y vergonzosa; el conspirar olía a cáñamo; la política era patrimonio de las camarillas; las bellas artes, música y pintura hallábanse en su alborada primera. Los muchachos que no sentían gusto por los soeces ejercicios de la tauromaquia, se entretenían en trepar por las asperezas del Olimpo, y como la mayor parte carecían de estro, no tenían más recurso que la murmuración y las travesuras. De todas las musas, la que más andaba entre los de la pandilla, tratándoles de tú, era la *Décima*, por otro nombre *el hambre*, a quien Veguita dedicó una composición muy chusca. Sin dinero, sin ocupación, sin estímulo, aquellos insignes poetas o prosistas o simples mortales vivían de la poderosa fuerza íntima, que en unos era la fantasía, en otros la conpresagio de que habían de ser principio y fundamento de una generación feciencia de un gran valer y en todos el cunda.

Todo cansa en el mundo, hasta el hacer versos. Así es que no podían satisfacer al bullidor espíritu de tales muchachos las sesiones del Parnesillo y el ardiente disputar sobre odas, comedias y poemas. La juventud necesita acción, necesita el elemento dramático de la vida, sin el cual ésta no es más que un soliloquio de dolor o un quietismo morboso. La juventud de aquel tiempo, la más ilustre que había tenido España desde que envejeció la gran pléyade del siglo XVII, no sabía vivir sin drama. Es verdad que había amores y de lo fino; pero las aventuras galantes no podían satisfacer completamente a una generación que era la empolladura de una gran época. Si la hubiesen dejado, habría hecho revoluciones, derribado gobiernos, aplastado ídolos entre el tumulto estrepitoso de millares de discursos. Sentía en sí, mezclado con la facultad y la facilidad versificante, el germen de la gloriosa oratoria parlamentaria, que en nuestra tierra y en nuestro genio es una especie de poesía combatiente. En España es común que el fuego de las ambiciones rompa las liras para forjar con ellas las espadas.

La acción, que era una necesidad, un apetito irresistible de la insigne pandilla, estaba circunscrita por Calomarde a la esfera del Parnasillo. La Policía no estorbaba que allí dentro se dispararan ovillejos, quintillas y décimas, llenas de pimienta como los antiguos vejámenes; pero el libro, el drama, el periódico, todas las grandes armas del pensamiento, les estaban vedadas. No se les permitía más que los alfileres.

Su instinto de grandes empresas con la palabra o con la acción les llevaba derechamente a las travesuras, y aquellos rapaces inspirados se ocupaban de noche en salir por ahí a romper faroles y a dar bromazos a los vecinos pacíficos. ¡Romper un farol! ¡Cuántas delicias, cuánto ingenio, cuánta charla preparatoria y cuántos trámites para obra tan regocijada! Escogida por el día la víctima inocente, bien por la diafanidad relativa de sus vidrios, bien por hallarse próxima a cualquier casa de habitantes pusilánimes, se le formaba causa criminal. Uno defendía en toda regla al farol, alegando sus buenos servicios; otro le acusaba, probando su complicidad en las tinieblas de la calle, o, por el contrario, el robo que había hecho de los rayos del sol. Después de consultar toda la jurisprudencia farolística, recaía sentencia en verso, y se nombraba la comisión ejecutiva. Por la noche, un repentino estruendo y el salpicar de los vidrios rotos anunciaba el terrible cumplimiento de la justicia; con la oscuridad, la alarma de los vecinos y la intromisión de algunos de éstos en la gresca, venían nuevas trapisondas, y al cabo palos y carreras.

Otras veces se entretenían en llamar con fuertes aldabonazos a las puertas, y daban aviso a media docena de médicos, diciéndoles con mucho apuro que tal o cual enfermo se hallaba en crisis. Enviaban la partera a casa de quien menos la necesitaba, y la caja de muerto a quien gozaba de excelente salud.

Desde Santa Catalina hasta la Cuaresma, menudeaban entonces las reuniones de máscaras, diversión que prevalece en épocas de poca libertad. Eran céle-

bres y vistosas las de Aristizábal, Commoto y Mariátegui, familias ricas tal que recibían y obsequiaban en el tono y forma de la urbanidad moderna. Pero el españolismo rancio tenía tantas raíces, que las tertulias de tal especie eran señaladas y aun puestas en ridículo por los enemigos de los cumplimientos, partidarios de la antigua llaneza ramplona, de quien eran secuaces la incomodidad, el desaseo, los modales burdos y la grosería.

Entre las pocas tertulias donde no imperaba el españolismo rancio, había una que era, sin duda, la más agradable de todas. No ha llegado su fama hasta nuestros días; pero esto no importa ni hace al caso, toda vez que apenas hemos tenido, como los tuvo Francia, *salones* célebres que fueran centro de hábiles tramas políticas. La tertulia o salón de doña Jenara, que tal nombre se le daba, no tuvo importancia mayor como centro político ni podía tenerla en aquellos días; no era tampoco de primer orden por la riqueza de su dueña, y sus únicas preeminencias consistían en el buen gusto, en el trato amable, festivo, ligero y exquisitamente urbano, tan distante de la afectada etiqueta como de la llaneza; en lo escogido de los manjares, en la comodidad del servicio de éstos, en la libertad un tanto excesiva de los juegos de azar, y principalmente en la chispa inagotable de la charla ingeniosa, rica intención y travesura. Era opinión común que allí no entraban los tontos. Concurrían a la tertulia menos mujeres que hombres. De los poetas nuevos no faltaba uno, y de la gente antigua y machucha iba toda la turbamulta volteriana.

No quiere decir esto que la tertulia fuese un centro liberalesco, ni el volterianismo significaba en modo alguno entonces ideas avanzadas en política; por el contrario, los más heterodoxos eran comúnmente los más *cangrejos*, como solía decirse. Si algún color político dominaba en las reuniones, era el absolutista tolerante o ilustrado, el ideal monárquico con Carta a lo Luis XVIII, habilidosa componenda de donde en tiempos más próximos había de salir el Estatuto; y luego los moderados, doctrinarios, etc.

La dueña de la casa parecía complacerse en sostener equilibrio perfecto entre el elemento apostólico y el reformista, pues ambos tenían algún corifeo en sus tertulias. Pero no todo era política. Casi, casi las tres cuartas partes del tiempo se invertían en leer versos y hablar de comedias, y la música no ocupaba el último lugar. Después que algún aficionado tocaba a clave una sonatina de Haydn o gorjeaba un aria de la *Zelmira* cualquier italiano de la compañía de ópera, solía el ama de la casa tomar la guitarra, y entonces... No hay otra manera de expresar la gracia de su persona y de su canto sino diciendo que era la misma Euterpe bajada del Parnaso para proclamar el descrédito del plectro y hacer de nuestro grave instrumento nacional la verdadera lira de los dioses.

Era hermosa sobre toda ponderación, y mujer de historia. Separada de su esposo, no se le conocían desvaríos. Si alguien se aventuraba a hablar de cosas que ofendieran su buen nombre, era tan por lo bajo, que aquellos vientecillos de murmuración apenas salían de un pequeño círculo. Había viajado mucho y hablaba el francés con perfección, lo que ya era de grandísimo valor entre los elegantes. Ofrecía su vida pasajes misteriosos que nadie acertaba a explicar bien, y que, por el propio misterio, se trocaban en dramáticos; y, finalmente, mariposeaban en torno a ella muchos individuos con pretensiones de cortejos; pero aunque a todas horas le echaban memoriales de suspiros o de galanterías, a ninguno dió ocasión para que se creyera favorecido.

La danza no podía faltar en las tertulias. ¡Ah!, entonces el baile era baile, un verdadero arte con todos los elementos plásticos que le hicieron eminente en Oriente y Grecia, por donde parece natural mirarle como antecesor de la escultura. Entonces había caderas, piernas, cinturas, agilidad, pies y brazos; hoy no hay más que armazones desgarbadas dentro de la funda negra del traje moderno.

Al ver en estos últimos años a ciertos hombres eminentes que han sido (y los que viven lo son todavía), el *summum* de la gravedad en la magistratura, en la política y en el ejército; al mirarles, repetimos, ora en el sillón presidencial del Senado, ora en el banco azul, ya vestidos con la toga de la justicia, ya con el respetabilísimo uniforme de genera-

les, no hemos podido tener la risa considerando que vimos a esos mismos señores dando brincos y haciendo trenzados en el salón de doña Jenara con loco entusiasmo.

La política se trataba en aquella casa con toda la discreción que la época exigía. Ninguno de los sucesos que ocuparon la atención pública desde 1829 a 1831 dejó de tratarse allí, mezclándose los exteriores con los nacionales, según los traía la revuelta corriente del tiempo. Allí se dijo cuanto podía decirse de la trascendentalísima Pragmática Sanción del 29 de marzo del 30, origen inmediato de varias guerras crueles, pretexto de esa horrible contienda histórica, secular, característica del genio español del siglo XIX, y que no ha concluído, no, aunque así lo indiquen las treguas en que el pérfido monstruo toma aliento.

Esa batalla grandiosa en que han peleado con saña los ideales hermosos y las tradiciones poéticas, los entusiasmos más firmes y las ranciedades más respetables, los intereses más nobles y los más bastardos, mezclándose en una y otra parte el legítimo anhelo de la reforma con la terquedad de la costumbre, el vuelo del pensamiento con la exaltación de la Fe; esa batalla, digo, trabada hace tiempo en el corazón y en el pensar de España, tarde o temprano había de venir al terreno de las armas. Así tenía que ser por ley ineludible. Quiso el Cielo que nuestra revolución fuera larga, sangrienta, toda compuesta de fieros encuentros, heroísmos, infamias y martirios, como una gran prueba; quiso que se desataran las pasiones en una guerra sin fin, empezada, concluída y vuelta a empezar y concluir en larga serie de años de zozobra.

Hay pueblos que se transforman en sosiego, charlando y discutiendo con algaradas sangrientas de tres, cuatro o cinco años, pero más bien turbados por las lenguas que por las espadas. El nuestro ha de seguir su camino con saltos y caídas, tumultos y atropellos. Nuestro mapa no es una carta geográfica, sino el plano estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es un pueblo, sino un ejército. Nuestro Gobierno no gobierna: se defiende. Nuestros partidos no son partidos mientras no tienen generales. Nuestros montes son trincheras, por lo cual están sabiamente desprovistos de árboles. Nuestros campos no se cultivan, para que pueda correr por ellos la artillería. En nuestro comercio se advierte una timidez secular originada por la idea fija de que *mañana* habrá jaleo. Lo que llamamos paz es entre nosotros como la frialdad en física; un estado negativo; la ausencia de calor, la tregua de la guerra. La paz es aquí un prepararse para la lucha, y un ponerse vendas y limpiar armas para empezar de nuevo.

Pues esta guerra, esta inquietud, que ha llegado a ser en la madre patria como un crónico mal de San Vito, se declaró abiertamente, después de ciertos amagos, cuando se quiso averiguar quién sucedería en el trono a nuestro amado soberano, toda vez que era creencia general que se nos moriría pronto. Felipe V establece la ley Sálica, y Carlos IV la deroga en secreto. Fernando VII quiere hacerlo en público, y lo hace. El problema terrible, o sea la rivalidad de las dos ideas cardinales, encuentra al fin un hecho en que encarnarse: la sucesión. Tradición y libertad se miran y aguardan con mano armada y corazón palpitante lo que dirá la esfinge. La esfinge en aquellos críticos días es una reina encinta.

¿Varón o hembra? He aquí la duda, la pregunta general, la esperanza y el temor juntos, la cifra misteriosa. Cuando llegó el día 10 de octubre de 1830, día culminante en nuestra historia, y retumbó el cañón llevando la alegría o el miedo a todos los habitantes de la Villa, el ingenioso cortesano de 1815, don Juan de Pipaón, entró sofocado y sudoroso en casa de Jenara. Venía sin aliento, echando los bofes, la cara como un tomate, por la violencia del correr y de las emociones.

—¿Qué?... ¿Qué es?—preguntó Jenara con calma.

Pipaón se dejó caer en un sofa, y dándose aire con el pañuelo, exclamó:

—¡Hembra!... España es nuestra.

—¡Hembra!—repitió Jenara—. ¡Pobre España!

VII

Inútil es decir que las fiestas sucedieron a las fiestas; que al júbilo oficial correspondió el del inocente pueblo, y

que la inmensa mayoría de éste no comprendió la importancia extraordinaria del suceso, origen de tanto cañoneo y regocijos tontos. Arrojada la moneda al juego de *cara* o *cruz*, había salido *cara*. Los de la *cruz* estaban como es fácil suponer. Había que oírles en sus camarillas, conventículos y madrigueras oscuras. No se hablaba más que de las Partidas, del Auto acordado y de la Pragmática Sanción, y la palabra *legitimidad* se escribió en la oculta bandera.

Luego que Jenara y Pipaón dijeron lo que escrito queda, empezaron a llegar a la casa los amigos; unos, contentos; otros, reservados. Aquella misma noche leyeron algunos poetas los versos en que celebraban el feliz alumbramiento de la hermosa reina, y la señora de la casa obsequió a todos con espléndido *ambigú*, en el cual hubo tanta alegría y abundancia tal de exquisitos vinos, que algunos salieron a la calle con más soltura de lengua y más flaqueza de piernas de lo que fuera menester.

Por mucho tiempo los temas de política extranjera cedieron en la tertulia ante el grave tema de nuestros negocios. Ya no se habló más de la revolución de julio en Francia, asunto socorridísimo que dió para todo el verano y otoño, ni del nuevo reinillo de Grecia, ni del reconocimiento de Luis Felipe, ni de Polonia, ni aun siquiera del famoso decreto de 1 de octubre, en el cual, para acabar más pronto con los llamados *negros*, se condenaba a muerte a todo el género humano o poco menos. Y la causa de esta barrabasada draconiana fué que el buenazo de Luis Felipe, viendo que aquí no le querían reconocer como rey de los franceses, abrió la frontera a los emigrados, y aun dícese que les dió auxilio y adelantó algunos dineros. Ellos, que necesitaban poco para armarla, cuando se vieron protegidos por el francés, asomaron impávidos por diversas partes del Pirineo. Mina, Valdés y Chapalangarra, acompañados de López Baños, Jáuregui, Sancho y otros andantescos de la revolución, aparecieron por Navarra. Cataluña vió en sus riscos a Miláns y a Brunet, y por Roncesvalles vinieron Gurrea y Plasencia. En Gibraltar, los más temibles aguardaban coyuntura para hacer un desembarco. Pero estos magos no pasaron adelante. El Gobierno acabó pronto con todas las partidas, y habiendo caído en la cuenta de que debía reconocer a Luis Felipe, hízolo así, y Francia cerró la frontera. De este modo ha jugado siempre la buena vecina con nuestras discordias, y lo mismo será mientras haya discordias, emigrados y fronteras.

Muchas particularidades desconocidas del público y aun del Gobierno en las frustradas intentonas fueron sabidas de los tertulios de Jenara. En la casa de ésta había un grupo que solía reunirse a solas presidido por la señora, y en él la confianza y la amistad habían apretado sus dulces lazos. Allí solían leerse algunas cartas venidas de Francia, no ciertamente con intento de conspirar, sino como mensajes de cariño. Vega (a quien ya no es conveniente llamar Veguita) contaba que Pepe Espronceda había estado en la frontera batiéndose al lado del bravo y desgraciado Chapalangarra. Todo lo sabía Ventura por una carta que recibió en noviembre, y en la cual se referían las aventuras que le salieron a Espronceda desde que entró en Lisboa hasta que pasó el Pirineo, las cuales eran tantas y tan maravillosas, que bastaran a componer la más entretenida novela de amores y batallas.

En Lisboa le metieron en un pontón, donde se enamoró de la hija de cierto militar compañero de encierro. Este le parecía ya más que cárcel, un paraíso, cuando me lo cogieron y, embarcándole en un pesado buque, me le zamparon en Londres. Allí vivió, mejor dicho, murió algún tiempo de tristeza y desesperación, cuando cierto día en que acertó a pasar por el Támesis vió que desembarcaba su amada. Días felices siguieron a aquel encuentro; pero cuáles serían las aventuras del poeta, que tuvo que salir a toda prisa de Inglaterra y huir a Francia, donde encontró a muchos emigrados, y, juntándose con ellos y con estudiantes y periodistas, empezó a alborotar en los clubs. Vinieron las célebres ordenanzas de Polignac contra los periódicos. Ya se sabe que de las ruinas de la Prensa nacen las barricadas. Espronceda se batió en ellas bravamente, y sucio de pólvora y fango respiró con delicia y gritó con entusiasmo, viendo por el suelo la más venerada monarquía del mundo, que con toda

su veneración había caído ya tres veces con estruendo pavoroso.

Espronceda no se contentaba con libertar a Francia. Era preciso libertar también a Polonia. Entonces era casi una moda el compadecer al pueblo mártir, al pueblo amarrado, desnacionalizado, cesante de su soberanía. La cuestión polaca fué llevada al sentimentalismo, y al paso que se hicieron innumerables versos y cantatas con el título de *Lágrimas de Polonia,* se formaban ejércitos de patriotas para restablecer en su trono a la nación destituída. El que cantó al Cosaco se alistó en uno de aquellos ejércitos, que en honor de la verdad más tenían de sentimentales que de aguerridos. Pero afortunadamente para el poeta, Luis Felipe, que, como rey nuevecito, quería estar a bien con todo el mundo, incluso con los rusos, prohibió el alistamiento. A la sazón, el banquero Laffitte daba (con mucho sigilo, se entiende) dinero y armas a los emigrados españoles para que vinieran a meter cizaña a la frontera. En esto era correveidile del francés, que deseaba probar a España los inconvenientes de no reconocer a los reyes nuevos. Espronceda, que se ilusionaba fácilmente, como buen poeta, al ver los aprestos de la emigración creyó que ya no había más que entrar, combatir, avanzar, ganar a Madrid, repetir en él las jornadas de julio y quitar a Fernando el dictado de rey de España para llamarle de los *españoles,* trocándolo de absoluto y neto en soberano popular, *bourgeois, bonnet de coton,* o como quisiera llamársele. Ya se sabe el término que tuvieron estas ilusiones. Después de las escaramuzas quedamos, con el sanguinario decreto de octubre, más absolutos, más netos, más apostólicos, más *narizotas* y más *calomardizados* que antes.

Si Vega y otros de los tertulios recibían de peras a higos alguna carta, Jenara las tenía constantemente y con puntualidad, cosa notable en un tiempo en que la correspondencia, o no circulaba, o circulaba después que la paternal Policía se enteraba bien de su contenido para evitar camorras. La correspondencia de Jenara se salvaba por mediación del gran Bragas, que la sacaba incólume del correo, y al mismo tiempo recibía de él numerosas confidencias de sucesos más o menos misteriosos. De estas confidencias, muchas no le servían para nada, otras las utilizaba para favorecer a los amigos que caían en desgracia del Gobierno, y de todas tomaba pie para burlarse a la calladita de Calomarde, personaje a quien estimaba lo menos posible.

Habían pasado muchos días desde el nacimiento de la princesa de Asturias, esperanza de la patria, cuando Pipaón fué a ver a Jenara y le anunció con misterio que tenía que comunicarle cosas de importancia.

—O yo no soy quien soy—dijo, sentándose junto a ella en el gabinete—y he perdido el olfato, o nuestro endemoniado amigo está en Madrid.

—¿Será posible? ¡En Madrid!... ¡Qué locura!, ¡y sin ponerse bajo nuestra protección!—exclamó la dama, palideciendo un poco.

—Yo no le he visto; pero hay en Gracia y Justicia algunos datos que permiten creer que está aquí... Y no habrá venido seguramente a matar moscas. Algún jaleo lindísimo traen entre manos esos bribones, que no quieren dejarnos en paz. El Gobierno teme algo en Andalucía, por lo cual no hay carta que no se abra, ni vivienda que no se registre. Manzanares, Torrijos y Flores Calderón andan por allá preparando algo, y al fin, tanto va a la fuente el cántaro de la represión, que en una de éstas se rompe...

—¡Sangre..., horca!—dijo maquinalmente Jenara, mirando al suelo.

—Don Tadeo pierde cada día su fuerza, y el rey se está haciendo todo mantecas, a medida que la gente de orden y el respetabilísimo clero ponen los ojos en el infante, única esperanza de esta nación francmasonizada y hecha trizas por el ateísmo. Ya no es nuestro rey aquel hombre que se ponía verde siempre que le hablaban de liberalismo. Con los achaques y el mal de ojo que le ha hecho la reina, pues el amor que le tiene parece maleficio, está más embobado que novio en vísperas. Doña Cristina sabe adónde va, y, dulcifica que te dulcifica, está haciendo la cama al democratismo. Ya se habla de amnistía, de abrir la puerta a los lobos, señora, y traernos otros tres añitos como los de marras.

Al decir esto, el ilustre don Juan, in-

flamado de patriótica ira, dió un porrazo en el suelo con la contera de su bastón, añadiendo luego:

—Pero no será, no será, que antes que doblar el cuello a las melifluidades de la napolitana, antes que dejarnos llevar por ella a la ratonera liberalesca, echaremos a rodar Pragmática y reina, y la «áurea cuna de la angélica Isabel», como dicen esos menguados poetrastos, y habrá aquí un Vesubio, señora, un Etna...

La señora no le hizo caso y seguía meditando

—Se levantará la nación—dijo el cortesano, levantándose de la silla para expresar emblemáticamente su idea—, y veremos cuántas son cinco. Tenemos un príncipe varón, sabio, religioso, honesto; tenemos doscientos mil voluntarios realistas que se beberán el ejército como un vaso de agua; tenemos al reverendo clero con los reverendísimos obispos a su cabeza; tenemos el apoyo de la Europa, que, fuera de la nación francesa, marcha por las vías apostólicas ¡Viva el señor don...!

—¡Silencio!—indicó la dama—. No me atormente usted con su entusiasmo. Estoy de apostólicos hasta la corona, y deseo que los *kirieleysones* del cuarto de don Carlos no lleguen hasta mi casa trayéndome el olorcillo a sacristía que tanto me enfada... Pasando a otra cosa, ¿sabe usted que es temeridad venir a Madrid sin ponerse bajo nuestro amparo?... Yo le ofrecí mi protección para que viniera... Sin ella está en grandísimo peligro, y tan bien ahorcan a Juan como a Pedro.

—Exactamente. Pero ¿le ha visto usted hacer cosa alguna que no fuera temeridad, locura y disparate?

—Trabajo le doy a quien intente averiguar dónde está escondido—dijo la dama, sin cuidarse de disimular su inquietud—. ¿Será posible averiguarlo?

—Muy posible—repuso Pipaón, soplando fuerte, que era en él signo claro de orgullo—. Como que ya tengo, si no averiguado, casi, casi...

—¿De veras? Estará en casa de algún amigo.

—Que te quemas..., digo, que se queme usted.

—¿En casa de Bringas?

—No.

—¿En casa de Olózaga?

—Nones.

—¿En casa de Marcoartú?

—Requetenones... En suma, señora mía, yo no sé fijamente dónde está; pero tengo una presunción, una sospecha...

—Venga... Si no me lo dice usted pronto, le contaré a Calomarde sus picardías.

—No por la amenaza de usted, sino por mi cortesía y deseo de complacerla, le diré que me tendré por el más bobo, por el más torpe de los cortesanos de este planeta, si no resultase que nuestro temerario trapisonda está en casa de Cordero.

—¡En casa de Cordero!

La dama pronunció estas palabras con asombro, y quedó luego sumergida en el mar de sus pensamientos, sin que los comentarios de Pipaón lograran sacarla a la superficie.

—¿Estorbo?—dijo, al fin, el cortesano, advirtiendo que la dama no le hacía más caso que a un mueble.

—Sí—afirmó ella, con la franqueza que tanta gracia le daba en ocasiones.

—¿Va usted de paseo?

—No... Me duele la cabeza... Abur, Pipaón, no olvide usted mis recomendaciones, a saber: la canonjía, la canonjía. Santo Dios; que esos benditos primos me tienen loca..., la bandolera para el sobrino del canónigo; que su familia no me deja respirar...; el pronto despacho en la censura de teatros de ese nuevo drama traducido por el buscarruidos...; en fin, no sé qué más. Esto no es casa, es una agencia.

Despidióse Pipaón después de prometer activar aquellos asuntos, y la dama, al punto que se vió sola, empezó a vestirse con gran prisa y turbación. Le había ocurrido que aquel día necesitaba de ciertos encajes, y no quería dilatar un minuto en ir a comprarlos.

VIII

A pesar de su amor a la vida inalterable y metódica, don Benigno no veía con gusto que transcurriese el tiempo sin traer cambios o novedades en su existencia. Es que se había amparado del alma del héroe cierta comezoncilla o desasosiego que le sacaba a veces de

su natural índole reposada. A menudo se ponía triste, cosa también muy fuera de su condición, y sufría grandes distracciones, de lo que se asombraban los parroquianos, los amigos y el mancebo.

En la casa no había más variaciones que las que trae consigo el tiempo: los muchachos crecían, los pájaros se multiplicaban, los gatos y perros rodeábanse de numerosa y agraciada prole, Crucita gruñía un poco menos y Sola había engrosado un poco más.

De todos los amigos de Cordero, el más querido era el buen padre Alelí, de la Orden de la Merced, viejísimo, bondadoso, campechano. Era de Toledo, como don Benigno, y aun medio pariente suyo. Le ganaba en edad por valor de unos treinta años, y acostumbrado a tratarle como un chico desde que Cordero andaba a gatas por los cerros de Polán, seguía llamándole, por inveterado uso, «chicuelo», «don Piojo», «harto de bazofia», «el de las bragas cortas». Cordero, por su parte, trataba a su amigo con mucho desenfado y libertad, y como las ideas políticas de uno y otro eran diametralmente opuestas, y Alelí no disimulaba su absolutismo neto ni Cordero sus aficiones liberales, se armaba entre los dos cada zaragata que la trastienda parecía un Congreso. Felizmente, toda esta bulla acababa en apretones de manos, risas y platos de migas al uso de la tierra, rociadas con vino de Yepes o Esquivias.

He aquí un modelo de conversación Alelí-Corderesca:

--Buenos días, Benignillo. ¿Cómo vas de *régimen nefando?*

—Padre Monumento, vamos tal cual. Los del régimen se entretienen en tirarse coces unos a otros y no se acuerdan de perseguirnos.

—Don Fulastre, don Piojo, el asno será él. ¿Sabes algo del nuevo Papa que tenemos, Gregorio Décimosexto, el cual, o no será tal Papa, o no dejará un rey liberal en toda la Europa?

—¡Barástolis! No sé más sino que allá me las den todas y que le beso la sandalia a mi señor don Gregorio, como católico que soy.

—¿Católico y jacobista? Atame esa mosca. Oye, tú, *el de las bragas cortas,* ¿que pasaje leíste anoche?

—Tío Latinajo, leí el pasaje que dice: «He visto en la religión la misma falsedad que en la política. No hay religión, por buena que sea, que no haya derramado sangre inocente.»

—Sigue que me muero de risa. Eres un filósofo de agua y lana. Cuando acabes de volverte loco con tu *Emilio* saldremos a enseñarte en las ferias a dos cuartos por barba. Ven acá, almacén de sandeces y tienda de majaderías, ¿qué sabes tú lo que es religión?

—Me lo enseñan los de sayo y teja, a quienes se puede decir: «Je, je, son tontos y piden para las ánimas.»

—Cuando tú y tus amigos los liberales herejes os desocupéis de la paliza que os están dando en toda la Europa, y soltéis el ronzal para formar Congreso y decir: «Señor presidente, pido el rebuzno», no faltará quien os enseñe a hablar con respeto de las cosas sagradas.

—Día vendrá en que rompamos el ronzal, padre Definido, y entonces definiremos la *conventualla,* diciendo: «Al fraile hueco soga verde y almendro seco.»

—También se dijo: «Donde las dan las toman.»

—Y también: «Cuentas de beato y uñas de gato.»

—¡Ah!, mercachifle; si fueras bueno no serías rico. Esas sí que son uñas de gato, que es como decir de filósofo.

—No sé si dijo por mí aquello de «A la puerta del rezador nunca eches tu trigo al sol.»

—Ladrón y rampante tú, mas no nosotros, que de limosna vivimos.

—De limosna, ¿eh? ¡Ah!, señor *don Cepillo de Animas,* qué bien dijo el que dijo: «Reniego de sermón que acabe en daca.»

—Yo he oído que tienes la cabeza a pájaros.

—A propósito de pájaros. Yo he oído que «el abad y el gorrión, dos malas aves son.»

—Mira, Benigno—dijo Alelí, cuando el tiroteo llegaba a este punto—: vete al mismo cuerno y echa acá un cigarrillo.

Cordero alargó su petaca al fraile, diciéndole:

—A la paz de Dios. Viva mil años mi fraile.

—¿Cómo están hoy tus nenes?—preguntó Alelí, encendiendo su cigarro—. Lo de Rafaelillo resultó indigestión, co-

mo te dije, ¿no es verdad? Dale hojas de sen y créeme.

—No sólo de Sen, sino de Can y Jafet se las ha dado Cruz, que tiene en casa el herbolario más completo de Madrid.

—¿Ha parido la podenca?

—Todavía, no; pero parirá su merced. Para ser un Retiro, a esto no le falta más que el estanque; que de animales y hierbas tenemos cuanto Dios crió, sin que falte el león, que es mi hermana... ¡Ah!, me olvidaba: las perdices que traje ayer las están aderezando a la toledana; á lo Castañar puro. Si viene usted, tendremos para diez perdices cuatro.

—Pues ¿no he de venir, hombre de Dios, señor don *Ladrón de encajes?* No faltaba más, sino desairar a la tierra... ¿Hoy?

—Hoy mismo. Además, yo tengo que hablar con usted de un asunto grave.

Al decir esto, Cordero tomó un aire de seriedad y de temor que puso en gran curiosidad al padre Alelí.

—¿Un asunto grave? No será el primero que me consultas.

—Pero es seguramente el más delicado, el más peliagudo. Necesito consejo y ayuda.

—Para eso estoy yo. Vengan esos cinco.

Se estrecharon las manos, y Cordero besó las flacas y temblorosas del anciano fraile con mucho cariño.

—El mal camino andarlo pronto, y, pues esto urge tratémoslo ahora.

—Cuando quieras, hijo. A bien que ambos somos toledanos y parientes.

—¡Viva la Virgen del Sagrario!—dijo Cordero con emoción—. Es temprano; ahora viene poca gente. El chico se quedará en la tienda. Subamos a mi cuarto y hablaremos.

—¿Es cosa larga?

—Primero una confesión, un secreto, que si no lo suelto pronto, creo que me hará daño; después, un consejo sobre lo que se ha de hacer, y por último..., a ver si se luce el buen padre *Engarzacredos* con una comisión delicada.

—Vamos, por el hábito que visto, que estoy curioso.

Salieron. Media hora después, don Benigno y su amigo reaparecieron en la trastienda. El comerciante traía el semblante alegre y las mejillas más que de ordinario encendidas. Alelí movía su cabeza con más nerviosidad y temblor que de ordinario, y al despedirse de su paisano, le dijo:

—Me parece muy bien, Benigno de mi corazón. Yo quedo encargado de arreglarlo.

IX

Dulce melancolía inundaba el alma pura del buen Cordero. Parecíale que todo lo de la tienda, incluso el feo hortera, concordaba con el estado de su espíritu, tiñéndose de inexplicable color lisonjero, y que había una sonrisa general en todo lo externo, como si cada objeto fuera espejo en que a sí propio se miraba. Para más dicha, hasta hubo muchas ventas aquel día, que fué, si no fallan los informes, uno de los de febrero del año 1831, al cual se podría llamar, como se verá más adelante, el año sangriento.

Serían las once cuando entró en la tienda una dama y tomó asiento. Era parroquiana y amiga. Don Benigno la saludó y al punto empezó a sacar género y más género, blondas de Almagro, Valenciennes, Bruselas, Cambray, Malinas, en tal abundancia y variedad, que no parecía sino que la señora iba a llevarse todo Flandes a su casa.

—¡Qué carero se ha vuelto usted!... Ya no vuelvo más acá... Me voy a casa de Capistrana... ¿Cincuenta y seis reales? ¡Qué herejía!... Esto no vale nada... Es imitación... Vaya una carestía... No doy más que tres onzas por todo.

—No es sino muy barato... Por ser usted lo llevará en cincuenta duros todo... ¿Capistrana? No hay allí más que maulas, señora... Volverá usted por más... Es legítimo de Malinas... Lo recibí la semana pasada. Este encaje de Inglaterra me cuesta a mí veinticuatro. Pierdo el dinero.

—Lo que pierde usted es la caridad... ¡Santo Dios, cómo nos desuella! Así está más rico que un perulero... Con estos precios que aquí usan, ¡ya se ve!, no es extraño que se compren casas y más casas.

Tantos dimes y diretes concluyeron con que la dama pagó en buenas onzas y doblones. Mientras Cordero empaque-

taba las compras para mandarlas a la casa de la señora, ésta le preguntó si era cierto que se había hecho propietario de la finca donde estaba la tienda, y como el encajero le contestara que sí, la parroquiana aparentó alegrarse mucho, diciendo:

—Precisamente estoy muy descontenta del cuarto en que vivo y deseo mudarme. ¿No viven en este principal los de Muñoz? ¿No se van de Madrid? Pues si dejan la casa, yo la tomo.

—Mucho me alegraré—replicó el héroe—. Pero me figuro que mi principal será pequeño para quien tanto lujo tiene y a tanta gente recibe en sus tertulias.

—¡Oh!, no... Pienso reducirme mucho y vivir más para mí que para los otros—dijo la dama con mucha gracia—. Estoy cansada de poetas, de mazurcas y de chismes políticos. El Gobierno ha principiado a mirar con malos ojos mis reuniones, a pesar de que mi absolutismo pasa por artículo de fe. Ya sabe usted lo que es Calomarde y toda esa gente: van de exageración en exageración... Están ciegos. El poder absoluto es como el vino: una cosa muy buena y un vicio, según el uso que de él se haga. No lo dude usted: esa gente está borracha, y mientras más bebe y más se turba, más quiere beber. El año comienza mal, y, según dicen, las conspiraciones arrecian y el Gobierno no se para en pelillos para ahorcar.

—No faltará tampoco quien amanse y dulcifique—dijo Cordero, apoyando sus codos en el mostrador para atender mejor a un tema tan de su gusto—. La reina...

—¡Oh, sí, la reina!...—exclamó la dama con ironía—. Sus dulcificaciones, de que tanto se ha hablado, son pura música. Ya lo ve usted, ha fundado un Conservatorio por aquello de que *el arte a las fieras domestica*. Me hace reír esto de querer arreglar a España con músicas. Al menos, el rey es consecuente, y al fundar su escuela de tauromaquia, cerrando antes con cien llaves las universidades, ha querido probar que aquí no hay más doctor que Pedro Romero. Eso es, dedíquese la juventud a las dos únicas carreras posibles hoy, que son la de músico y torero, y el rey barbarizando y la reina dulcificando, nos darán una nación bonita... ¡Ah!, me olvidaba de otra de las principales dulcificaciones de Cristina. Por intercesión de ella, ¡oh alma generosa!, se va a suprimir la horca para sustituirla, ¡enternézcase usted, amigo Cordero!..., para sustituirla con el garrote... No sé si en el Conservatorio se creará también una cátedra de dar garrote..., con acompañamiento de arpa.

Don Benigno se rió de estas despiadadas burlas; mas lo hizo por pura galantería, pues siendo entusiasta admirador de la joven y generosa reina, no admitía las interpretaciones malignas de su parroquiana.

—Ello es, querido don Benigno—añadió ésta—, que yo he determinado quitarme de en medio. Presiento no sé qué desgracias y persecuciones. Deseo una vida retirada y oscura. No más tertulias, no más versos dedicados a bodas reales, embarazos de reinas y nacimientos de princesas; no más murmuración ni secreteo sobre lo que no me importa. Si su casa de usted me gusta, a ella me vengo y en ella me encierro... Decidido, señor de Cordero.

—Como buena y cómoda, no hay otra en Madrid.

—Yo quisiera verla.

—Lo haré presente al señor de Muñoz, y de seguro me dará permiso para que usted la vea.

—No, no se moleste usted—dijo la dama, observando con atención el rostro de Cordero, para ver si se turbaba—. ¿No son iguales todos los pisos?

—Todos enteramente iguales.

—Pues enséñeme usted el entresuelo, donde usted vive... Pero ahora mismo. Tengo prisa. Quiero decidir de una vez.

Levantóse resueltamente, dirigiéndose a alzar la tabla del mostrador para pasar a la trastienda. De aquel modo brusco y ejecutivo hacía ella todas sus cosas.

—No hay inconveniente, señora—dijo Cordero, manifestando más bien agrado que contrariedad—. Pero la señora me permitirá que no la acompañé, porque tendría que dejar la tienda sola. El chico no está.

—No faltaba más sino que también conmigo gastara usted cumplidos. Quédese usted... Subiré sola, ya sé el camino..., por esta escalerilla...

—¡Sola!... ¡Cruz!...—gritó don Benigno desde el primer peldaño.

La dama subió con ágil pie por la escalera, la cual era tan estrecha que en la angostura de las paredes se le chafaron a la señora las huecas mangas de jamón, y el chal de cachemira se le resbaló de los hombros.

En aquel mismo momento Cruzita estaba limpiando jaulas y soplando la paja del alpiste, sin parar un momento en su conversación con todos los pájaros, la cual era un lenguaje compuesto de suavísimas interjecciones cariñosas, de voces incomprensibles, cuyas variadas inflexiones no expresaban ideas, sino un vago sentimiento de arrullo o los apetitos y anhelos del instinto. Era aquella charla como los rudimentos o albores de la palabra humana cuando el hombre, pegado aún a la Naturaleza por el cordón umbilical de la barbarie, desconocía las relaciones sociales. ¡Oh! ¡Qué dato para aquel filósofo que tenía en don Benigno el más entusiasta de sus admiradores! Oyendo hablar a doña Cruzita con los habitantes enjaulados de su selva de balcón, Rousseau habría comprendido mejor el estado feliz y perfecto del hombre, y su amigo Voltaire se habría puesto de cuatro pies para practicar, no de burlas, sino de puras veras, las teorías del autor de *El Contrato*.

Doña Cruz era una mujercita seca y bastante vieja, muy limpia, fuerte y dispuesta como una muchacha, lista de pies y manos, con la cabeza medio escondida dentro de una escofieta que parecía alzarse y bajarse con el mover de la cabeza, como las moñas o tocas de ciertas aves. Para mirar daba a la cara un brusco movimiento lateral, lo mismo que los pájaros cuando están azarados o en acecho. Fuera por la asociación de ideas o por verdadera semejanza, ello es que al verla daban ganas de echarle alpiste.

Interrumpida en lo mejor de su faena, doña Cruz se escandalizó, se asustó, aleteó un tanto con los bracitos flacos, miró de lado, graznó un poquillo. Al mismo tiempo, dos, tres o quizá cuatro perrillos se abalanzaron a la dama ladrando y chillando, rodeándola de tal modo que si fueran mastines en vez de falderos la dejarían malparada. La cotorra y el loro ponían en aquel desacorde tumulto algunos comentarios roncos que aumentaban la confusión. La dama expresó el objeto de su subida al entresuelo; mas como Cruzita no podía oírla, fuéle preciso alzar la voz, y con esto alzaron la suya los perros, maullaron los gatos y se enfadaron cotorra y loro y los pájaros prorrumpieron en una carcajada estrepitosa de cantos y píos. Mientras más gritaba la turba zoológica, más se desgañitaba doña Cruz diciendo: «¿Qué se le ofrece a usted? ¿Por quién pregunta usted?» Y a cada subida del diapasón de la vieja, más elevaba el suyo la señora, mientras don Benigno, desde la escalera, gritaba sin que le escucharan: «¡Cruz! ¡Sola!», armándose tal laberinto que, sin duda, hubiera parado en algo desagradable si no se presentara, afortunadamente, la *Hormiga* a desvanecer aquella confusión, imponiendo silencio y enterándose de lo que la dama quería.

Sorprendida y algo cortada estaba Sola ante aquel brusco modo de ver casas, y, pasado el asombro primero, dió en sospechar que otra intención distinta de la manifestada tenía la dama. Aunque ésta le inspirase miedo, por figurársele que su presencia le anunciaba alguna trapisonda, quiso disimular su temor. Tan bien lo consiguió, que la señora empezó a sorprenderse a su vez de hallar en la protegida de Cordero un semblante tan festivo, un ánimo tan sereno y tal disposición a la complacencia, que dijo para sí con despecho y tristeza: «O ésta disimula mejor que yo, o no hay aquí hombre escondido ni cosa que lo valga.»

X

Vieron la casa toda, que la señora encontró más pequeña de lo que creía y bastante oscura en lo interior. Después Sola, que no había tenido tiempo de echarse un mantón por los hombros, ni aun de quitarse el delantal, que era su librea de gala por las mañanas, acompañó a la señora a la sala para que descansase, y le pidió indulgencia por el mal pergeño con que la recibía. Considerándose ella como una especie de ama de gobierno más bien que como dueña de la casa, su posición frente a la otra era, en verdad, un poco desairada. Pero no le importaba nada ser

allí un poco más o menos señora, y, sentándose a cierta distancia de la visitante, esperó a que Cruzita o el mismo don Benigno vinieran a relevarla de su señorío provisional. Cruzita se había encerrado en el gabinete para colgar las jaulas y echar agua a los tiestos, y no se cuidaba de que hubiese o no en el estrado una persona extraña. Cordero estaba vendiendo, y tampoco podía subir.

En cambio, Juanito Jacobo se adelantaba lentamente, pegado a la pared y rozándose con las sillas, como babosa que marcha pegada a las piedras de una tapia. Con el ceño fruncido, un dedo en la boca y ambas manos teñidas con la pintura de un caballejo de palo, a quien acababa de dar un baño en la cocina, miraba a Sola y a la otra señora, esperando que cualquiera de ellas le llamase.

—¿Es éste el niño más pequeño de don Benigno?—preguntó la dama.

—Sí, señora, ¡y es tan malo!... Ven acá, chico, ven; saluda a esta señora.

El muchacho no se hizo rogar y se acercó, con ademán de recelo y desconfianza, metiéndose, no ya el dedo, sino toda la mano dentro de la boca. La abundante pintura negra y roja que en los dedos tenía se la pasó a los labios y carrillos.

—Estás bonito, por cierto... Pareces un salvaje—le dijo Sola—. ¿No te da vergüenza de que te vean así, grandísimo tunante?

—No le riña usted.

—¡Eh!..., no te acerques a la señora con esas manazas puercas... Tira ese caballo, que está chorreando pintura. Le ha dado ahora por lavar todo lo que encuentra, y el otro día metió en la tinaja las gafas de su padre.

—Es un fenómeno de robustez esta criatura—afirmó la señora acariciándole.

—Eso sí; está más sano que una manzana, y come más que un sabañón—dijo Sola, apretándole una nalga y dándole un palmetazo en el cogote, para que por el chasquido de las carnazas del chiquillo juzgase la señora de su robustez.

Parecía una madre en plena manifestación de su orgullo de tal.

Juan Jacobo miró a la señora con expresión de desvergüenza, la cual se aumentaba con los manchurrones de su cara.

—¿Quieres mucho a esta señorita?—le preguntó la dama, dándole un golpe con su abanico.

El muchacho, que apoyaba sus codos en las rodillas de Sola, alzó la pierna para montarse arriba.

—No, no; fuera, fuera...—dijo Sola, quitándose de encima la preciosa carga—. No faltaba más... A fe que es chiquito el elefante para llevarle en brazos... Quita allá, mostrenco.

—¿Un hombre como tú no tiene vergüenza de que le coja en brazos una mujer?—le dijo la señora, riendo.

—¡Le tenemos tan mimoso...!—dijo Sola con naturalidad—. Como es el más pequeño... Su padre está medio bobo con él, y yo...

No pudo seguir, porque el muchacho, que era tan ágil como fuerte, saltó de un brinco sobre las rodillas de Sola y, echándola los brazos al cuello, la apretó fuertemente.

—Ya ve usted...—dijo ella—, me tiene crucificada este sayón... Si le dejara, así estaría todo el día... Vaya, vaya; basta de fiestas... Sí, sí; ya sé que me quieres mucho. Haz el favor de no quererme tanto... Abajo, abajo... ¡Qué pensará de ti esta señora! Dirá que eres un malcriado, un niño feo...

—No extraño que los hijos de Cordero la quieran a usted tanto...—manifestó la dama—. ¡Es usted tan buena y les ha criado con tanto esmero!... Así está don Benigno tan orgulloso de usted y así no concluye cuando empieza a elogiarla. ¡Cómo la pone en las nubes!... Y, verdaderamente, el amigo Cordero ha encontrado una joya de inestimable precio para su casa. Yo creo que en el caso presente el agradecimiento le corresponde a él más bien que a usted.

Sola protestó de esta idea con exclamaciones y también con movimientos negativos de cabeza.

—Pues ¿qué ha hecho usted, sino sacrificarse?—añadió la dama—. Bien podría vivir hoy, si lo hubiera querido, en otra posición, otro estado, que de seguro sería más independiente..., pero dudo que fuera más tranquilo y feliz.

—No creo que para mí pudieran existir posición ni estado mejores que los que ahora tengo—repuso la *Hormiga* con sequedad.

—Verdaderamente, así es, porque, si

no recuerdo mal, usted se encontró, después de la muerte de su señor padre, sola y abandonada en el mundo. Me parece haber oído que alguien la protegió a usted en aquellos días; pero como, andando el tiempo, ese alguien, o se murió, o desapareció, o no quiso acordarse más de usted, el resultado es, hija mía, que su orfandad no ha tenido verdadero amparo hasta que ese angelical don Benigno la trajo a su casa. En él tiene usted un padre cariñoso... ¡Oh!, páguele usted con un cariño de hija, y no busque fuera de esta casa otros afectos ni otro estado de mejor apariencia. Cuidado con casarse; no cambie usted el arrimo de este santo varón por el de cualquier hombrecillo que no sepa comprender su mérito.

Siguió apurando el tema la señora y vino a parar en una filípica contra los hombres, sin especificar si la merecían en el concepto de maridos o en el de novios o cortejos; pero, deteniéndose de repente, se echó a reír.

—Mas usted dirá que le doy consejos sin que me los pida y que hablo de lo que no me importa.

—No, señora; todo lo que usted dice me parece muy puesto en razón, y es natural que dé el consejo quien tiene la experiencia... Estáte quieto, por amor de Dios, chiquillo...

—Bien, bien—dijo la dama, riendo otra vez—. En fin, señora, yo estoy molestando a usted y quitándole el tiempo...

—De ningún modo.

Levantáronse ambas.

—Tiene una hermosa sala el amigo Cordero—indicó la señora, alargando la mano a Sola y observando al mismo tiempo las cortinas blancas, las rinconeras, los candeleros de plata y las plumas de pavo real—. La parte de la casa que da a la calle me parece muy bonita... En fin, en mí tiene usted una servidora... Adiós, hermoso, dame un beso... ¡Ah! ¿No sabe usted lo que me ocurre en este momento?

La señora, que ya iba en camino de la puerta, se detuvo, retrocedió algunos pasos y, mirando a Sola fijamente, le dijo así:

—Me olvidaba de hacer a usted una pregunta.

Sola esperó, palideciendo un poco, por sentir corazonada de que la tal pregunta iba a ser de cosa triste. Su instinto zahorí lo adivinaba; parecía leer en los ojos de la hermosa dama la pregunta misma con todas sus palabras antes de que la primera de éstas fuese pronunciada.

—Dígame usted—preguntó la señora, afectando poco interés—: aquel caballero, aquel joven, aquel, en fin, a quien usted llamaba su hermano, ¿dónde está?

—No lo sé, señora—replicó Sola, pasando bruscamente de la palidez al rubor—. Hace tiempo que no sé nada.

—¿Vive, o qué es de él?

—No sé una palabra. Hace dos años que no me escribe... ¿Usted sabe algo?

El rubor desapareció en ella, dejándola en su natural color y aspecto tranquilo.

—Dos años justos hace que tampoco sé nada... Es muy particular...

Para la astuta dama no pasó inadvertida la circunstancia de que, si la joven se turbó al recibir la primera impresión de la pregunta, supo contestar con serenidad a ella. Ya fuese por disimulo, ya porque realmente se interesaba poco por el personaje recordado tan bruscamente, no se afectó como la otra creía.

«O está aquí—pensó la dama—y la muy pícara lo oculta con admirable disimulo, o, si no está, no se cuida ya de él para maldita cosa.»

—Quiero ser franca con usted—dijo, después de ligera pausa, en que la miró a los ojos como se miraría en un espejo—. Me dijeron hace días que estuvo en Madrid y que don Benigno le había ocultado en su casa.

—¡Aquí!... ¡Señora!—exclamó Sola, echando la sorpresa por sus ojos con tanta naturalidad que la dama no pudo menos de sorprenderse también—. La han engañado a usted... Apuesto a que Pipaón... ¡Ah!, ese buen don Juan miente más que habla... Todos los días viene contando unas patrañas que nos hacen reír... En cuanto a ese desgraciado, yo creo que no puede ocultarse aquí ni en ninguna parte...

—¿Por qué?

—Yo tengo mis razones para creer... Sí, bien lo puedo asegurar casi sin temor de equivocarme: mi hermano ha muerto.

Parecía que iba a llorar un poco, pero no lloró ni poco ni mucho. La dama vaciló un momento entre la emoción y la

incredulidad. Llevóse el pañuelo a la boca, como si quisiera poner a raya los suspiros que contra todas las leyes del disimulo querían echarse fuera, y dijo esto:

—¡Válgame Dios, y cómo mata usted a la gente!... Con permiso de usted, no creo...

¡Horrible y nunca oída algazara! Quiso el demonio, o, por mejor hablar, doña Cruzita, que en el momento de decir la señora *no creo* se abriese la puerta del gabinete y diera salida a dos falderillos, un doguito y un pachón, que, soltando a un tiempo el ladrido, atronaron la sala, y como por la misma puerta venía el chillido de los pájaros, y como de añadidura subían por la angosta escalera los tres chicos de Cordero, procedentes de la escuela, se armó un barullo tal que no lo armara mayor la diosa misma de la jaqueca, caso de que pueda haber tal diosa. Los perros se tiraban a acariciar a los Corderillos, los Corderillos a los perros, y en medio del tumulto se oyó la pacífica voz de don Benigno, que también por la escalera subía, diciendo:

—Orden, silencio, compostura, que hay visita en casa.

Detrás de don Benigno apareció la figura de Zurbarán, a quien llamaban padre Alelí, y con el furor que los chicos ponían en besar la mano del padre y la correa del amigo, se aumentó el estruendo, porque los perros también querían dar pruebas de su veneración con ladridos. Al fin, para que nada faltase, apareció doña Cruzita echando toda la culpa de la bulla a los muchachos, y les llamó *perros*, y a los perros, *nenes*, y a su hermano, *Borrego de Cristo*, y a Sola, *doña Aquí Me Estoy*, y al buen fraile, el *Zancarrón de Mahoma*.

—Cállate, *Cruz del Mal Ladrón*—dijo Alelí, riendo—, y guarda adentro toda esta jauría de Satanás... ¡Oh! Cuánto bueno por aquí. Sí, ya me ha dicho Benigno que había subido usted a ver la casa. Y ¿qué tal? Tiene magníficas vistas nocturnas el patio, y en jardines colgantes no le ganaría Babilonia, así como en diversidad de alimañas no le ganaría el Africa entera.

La dama habló un momento de las condiciones de la casa; después se despidió para marcharse, porque era la una, hora sacramental de la comida.

—Un momento, señora—dijo don Benigno, ahuyentando a sus hijos y a los perros—. Aquí tiene usted al buen Alelí con más miedo que un masón delante de las comisiones militares. Usted, que tiene valimiento, puede sacarle de este apuro. Figúrese usted...

—Nada, nada, señora—dijo Alelí nerviosamente, con extraordinaria recrudescencia en el temblor de su cabeza sobre el cuello, que parecía de alambre—. No es más sino que hace un rato se ha metido por la puerta de mi celda un emigrado, un terrible *democracio*, que ha venido a España sin pedir permiso a Dios ni al diablo, y con palabras angustiosas me ha rogado que le ampare y le esconda allí...

—Y ¿qué es un *democracio?*—preguntó la dama riendo.

—Un perdis, un masón, un liberalote, un conspirador, un *democracio;* así le llamamos.

—Y ¿cuál es su nombre?

—Eso, señora—dijo Alelí con gravedad—, no lo revelaré, pues aunque estoy decidido a no tenerle oculto más que el tiempo necesario para que reciba contestación escrita de los que puedan o quieran protegerle mejor, no cantaré quién es aunque me ahorquen. Confío en la discreción de todos los presentes. Bien saben que no amparo conspiradores contra mi rey y la religión que profeso, y si a éste he amparado, hícelo porque me juró que no venía acá para armar camorra, sino para corregirse y vivir pacíficamente, confiado en el perdón que espera alcanzar de su majestad.

—¡Sabe Dios a qué vendrá mi hombre!—dijo Cordero, gozándose en aumentar el susto de su amigo—. Me parece que de la Trinidad Calzada van a salir sapos y culebras si Calomarde no da una vuelta por allí.

—Yo me lavo las manos... y callandito, que estamos hablando más de la cuenta. Benigno, a comer se ha dicho. Esta señora nos va a acompañar a hacer penitencia.

Rehusando los obsequios e invitaciones de aquella buena gente, retiróse la dama con harto dolor suyo por no poder alcanzar el fin de la interesante noticia que el fraile traía del convento. Por la calle iba pensando en el desconocido que se acogía al amparo de la

celda de Alelí. Al llegar a su casa encontró a Pipaón, que la aguardaba.

—¡Necio!—exclamó, sentándose muy fatigada—. En casa de Cordero no hay nada... Como siga usted rastreando de este modo, pronto le dedicará Calomarde a coger moscas... Pero una feliz casualidad...

—¿Ha descubierto usted...?

—Sí, hombre; ¿qué cosa habrá que yo no descubra? Vea usted por dónde... Déjeme usted que descanse.

—En Gracia y Justicia se sabe que continúa funcionando en Francia, más envalentonado que nunca, el famoso *Directorio provisional del levantamiento de España contra la tiranía.*

—¡Noticia fresca!

—Se sabe—añadió Pipaón, dándose mucha importancia—que constituyen el tal *Directorio* los patriotas, o dígase perdularios, Valdés, Sancho, Calatrava, Istúriz y Vadillo.

—Que Mendizábal es el depositario de los fondos.

—Que La Fayette les protege ocultamente y les busca dinero, y, finalmente, que han enviado a Madrid a cierto individuo con nombre supuesto...

—El cual, o yo soy incapaz de Sacramento, o está en la Trinidad Calzada.

Pipaón abrió su boca todo lo que su boca podía abrirse, y después de permanecer buen rato haciendo competencia a las carátulas de mármol que de antiguo existen en los buzones del correo, repitió con asombro:

—¡En la Trinidad Calzada!

XI

El padre Alelí amenizó la comida con su charla, que habría sido la más sabrosa del mundo si por efecto de los muchos años no tuviera la cabeza tan desvanecida y desencuadernada, que todo era desorden y divagaciones en sus discursos. Sucedía que el buen señor empezaba a contar una cosa, y sin saber cómo se escurría fuera del tema principal y, pasando de un incidente a otro, hallábase a lo mejor a cien leguas del punto adonde quería ir. Era hombre que antes de llegar a la decrepitud tuvo una memoria fresquísima y una chispa especial para contar cosas pasadas y presentes; pero estaba ya tan débil de cascos, que de aquel recordar prodigioso y de aquel arte admirable para la narración ya no quedaba más que una facundia deshilvanada, un chorrear de ideas y palabras y un grandísimo enfado si alguien le interrumpía o intentaba llamarle al orden.

—Puesto que queréis conocer el caso del *democracio* que se ha metido por las puertas de mi celda—dijo al principiar la comida—, os lo voy a contar como se deben contar las cosas, con todos sus pelos y señales. Empecemos por donde debe empezarse. Pues, señor..., iba yo por la calle de Carretas arriba, y al llegar a la esquina de Majaderitos, veo que viene hacia mí un elefante con los brazos abiertos. Era para causar espanto a cualquiera la acometida de aquel monstruo con sotana y manteo; pero yo, que conozco a mis fieras, me dejé abrazar y le abracé también con mucho gozo. «¿Cómo va? Bien; ¿y tú, gigantón?...» En fin, para no cansar, era Juan Nicasio Gallego. Ya sabéis que fué discípulo mío en Salamanca, donde leí sagrados cánones por los años de setecientos noventa y dos a setecientos noventa y cuatro. Era entonces Nicasio el jayán más guapote que había salido de la tierra de garbanzos; sus disposiciones eran grandes, tan grandes como su pereza, y hubiéramos tenido en él un acabado canonista si no cayera en la tentación de enamorarse de Horacio y Virgilio, fomentadores de la holgazanería. El bribón de Meléndez le tomó mucho cariño, y lo mismo el calzonazos de Iglesias, que fabricó su reputación con chascarrillos... Yo digo que si Iglesias no se llega a morir a los treinta y ocho años, hubiera puesto el *Breviario* en epigramas... Pero sigo contando con orden... Quedamos en que una tarde paseábamos por el Zurguén el maestro Peláez, Meléndez, Gallego y yo. Por aquellos días había venido la noticia de la degollación de Luis Dieciséis y estábamos consternados, muy consternados, atrozmente consternados. A mí no me digan; ¿hay en la Historia antigua ni moderna un crimen tan atroz?

—Por vida de Sancho Panza—dijo don Benigno, riendo—, que eso se parece al cuento del hidalgo y el labrador... ¿Adónde va usted a parar con sus divagaciones, ni qué tiene que ver

Luis Dieciséis con el poeta zamorano?...

—Allá voy, hombre, allá voy—replicó Alelí muy amostazado—. Yo sé lo que cuento y no necesito de apuntadores.

—Sepamos antes todo lo que le dijo Gallego en la esquina de Majaderitos, si es que esto tiene algo que ver con el cuento del *democracio*.

—Seguramente tiene que ver. Gallego es también un grande y descomedido *democracio*, y a eso iba... Pues me contó Juan Nicasio cómo le está engañando Calomarde, fingiéndole protección, y cómo el rey le ha prometido no sé cuántas prebendas sin darle ninguna. Además, el hombre está temblando porque le han delatado por francmasón, y bien sabemos todos que el año ocho fué empleado de los liberales en Cádiz y el año diez diputado en las pestíferas Cortes.

—Eso de pestíferas no pasa—exclamó Cordero, dando un golpe en la mesa con el mango del tenedor—. Repórtese el fraile o se sabrá quién es Calleja.

—Vete con dos mil demonios.

—Siga el cuento.

—Sigo, y no interrumpirme.

—Pero cuidado con echar por los cerros de Ubeda.

—Que diga Sola si voy mal.

—Va admirablemente—replicó ella, sonriendo—. Eso se llama contar bien, y no falta sino saber lo que dijo ese señor *gallego* o asturiano.

—Pues dijo que está empleado en la biblioteca del duque de Frías y que hace poco le fueron a prender por revoltoso, y equivocándose los de la Policía, en vez de cogerle a él cogieron al archivero y le plantaron en la cárcel. Cuando el rey lo supo se rió mucho y dijo a Calomarde: «Tan malos sois como tontos.» Después, Gallego fué a ver al rey, y como éste tiene debilidad por los poetas... Ya sabéis cuánto se entusiasma con Moratín. ¡Ah! Hace dos años que murió ese buen hombre, y yo me acuerdo, como si fuera de ayer, de haberle visto trabajando en la platería de su tío, el joyero del rey. Creo haberos contado que Moratín tuvo una novia, una tal doña Paquita, hija de la dueña de la casa donde vivía *Mustafá*. Ya sabéis que así llamábamos al pobre Juan Antonio Conde, por ser escritor de cosas de moros.

—Nos lo ha contado unas doscientas veces—dijo Cordero al oído de Sola.

—No sabíamos eso—añadió ésta en voz alta, para no desanimar al bondadoso fraile—. ¿Conque Moratín...?

—Sí, hija mía; estuvo enamorado de esa doña Paquita, habitante en la calle de Valverde con su madre, la señora doña María Ortiz, que fué el pintiparado modelo de la saladísima doña Irene de *El sí de las niñas*. Moratín ya no era mozo y doña Paquita apenas tendría los dieciocho años, es decir, que con veinte de por medio entre los dos, ¡qué había de suceder!... Leandro, enamorado como suelen estarlo los machuchos que se reverdecen; la niña, afectando acceder por timidez, por hipocresía o por agradecimiento, hasta que vino el desengaño, un desengaño cruel, horrible.

—¡Barástolis!... Señor don Plomo —exclamó Cordero con repentino enfado—, que estamos hartos de oírle contar lo de Moratín y doña Paquita. ¿Qué tiene eso que ver ni con el amigo que encontró en Majaderitos ni menos con el *democracio* que está escondido en la Trinidad?

—A ello voy, a ello voy, señor don Azogue—replicó Alelí, enojándose también—. Pues qué, ¿no se han de contar los antecedentes de los sucesos? Precisamente iba a decir que en el momento de despedirme de Gallego acertó a pasar ese muchacho americano, Veguita, un enredadorzuelo que dió que hablar cuando aquella barrabasada de Los Numantinos, y fué castigado con dos meses de encierro en nuestra casa para que le enseñásemos la doctrina. El tal es de buena pasta. Pronto le tomamos afición. Cantaba con nosotros en el coro y rezaba las horas. Yo le daba golosinas y le hacía leer y traducir autores latinos, y él me leía sus versos o me representaba trozos de comedias. Esto lo hace tan perfectamente, que, si mucho tiene de poeta, más tiene de cómico. Yo le animaba para que abandonase el mundo y entrase en la Orden... ¡Oh amigo mío!... Cuando uno considera que en nuestra Orden vivió y murió el primero de los predicadores del mundo, fray Hortensio Paravicino, cuya celda ocupo en la actualidad...!

—Que te descarrías, que te pierdes —dijo, riendo, don Benigno—. Por Dios,

querido padre mío, ya está usted otra vez a setecientas leguas de su cuento.

—Iba diciendo que Ventura me besó las manos y después se las besó al *padre de la Constitución,* que así llama a Gallego la gente apostólica y de esta manera le calificó en su infame delación el religioso agonizante fray José María Díaz y Jiménez, a quien nuestro soberano llama el *número uno de los podencos,* por lo bien que huele, rastrea, señala y acusa toda conspiración de esos tontainas de liberales. No sé si os he dicho que, según confesión del buen elefante zamorano, Calomarde le odia más que a un tabardillo pintado, y si no fuera porque don Miguel Grijalva, amigo mío y de Nicasio, vió a su majestad y le llevó aquel famoso soneto que hizo Gallego cuando la reina estaba de parto...

—Al grano, al grano; que eso, más que referir sucedidos, es marear a Cristo.

—Un poquito de paciencia, señores. Yo decía que se llegó a nosotros Veguita, a quien, después del encarcelamiento en nuestra casa, yo no había visto más que dos veces, una en casa de Norzagaray, cuando él y sus amigos ensayaban la comedia de Zabala *Jenwal y Faustina,* y otra en la Puerta del Sol, cuando le llevaban preso por tener la audacia de dejarse las melenas largas, al uso masónico. Por cierto que ese atrevidillo se ha dejado crecer un bigote que no hay más que ver, y con aquellos precoces pelos insulta públicamente a la gente que manda, y hace descarado alarde de liberalismo... En una palabra, queridos: Venturilla y Gallego empezaron a hablar del censor de teatros, reverendo padre Carrillo, y excuso deciros que le pusieron como siete caños, porque no deja resollar a los autores. Después..., y aquí entra lo principal de mi cuento...

—¡Gracias a Dios! ¡Aleluya!

—Pues Veguita dijo una cosa al oído de Gallego..., y después acercóse a mí, poniéndose de puntillas, porque él es muy pequeño y yo más que regularmente alto, y me dijo también cuatro palabras al oído.

—¿Qué?—preguntó con mucha curiosidad Cordero.

—¡Pues no faltaba más sino que os fuera a revelar lo que se me confió como un secreto!

XII

—¡Barástolis!, que estamos enterados —dijo Cordero, comiéndose las últimas almendras del postre.

Pero el famoso Alelí no paro mientes en estas palabras, y empezó a rezar en acción de gracias por la comida. Poco después se habían levantado los manteles, y los muchachos, bien fregoteadas las manos y la boca, tornaron a la escuela. Don Benigno, que acostumbraba dormir muy breve siesta, la suprimió aquel día y bajó sin demora a la tienda, porque la comida había sido más larga que de ordinario. Doña Cruzita, que no podía pasarse sin su regalado sueño de dos o tres horas, se fué a su cuarto, llevando en un plato las golosinas con que solía obsequiar en tal hora a sus queridas alimañas, y tras ella se fué Juan Jacobo, con el sombrero del padre Alelí encajado en la cabeza hasta tocar los hombros, y en la mano un látigo que él mismo había hecho con una orilla de paño amarrada al mango roto de un molinillo de chocolate. Alelí buscó el blando acomodo de un sillón que en el testero del comedor estaba, y que parecía decir *dormid en mí* con la suave hondura de un asiento, la inclinación de su viejo respaldo gordiflón y la curva de sus cariñosos brazos. Allí dormía antaño la siesta doña Robustiana, y allí solía hacer sus digestiones el buen Alelí, las cuales no eran difíciles, por ser él la sobriedad misma.

Para mayor comodidad, Sola le ponía delante una silla para que estirase las piernas, y tras de la cabeza una mofletuda almohada de su propia cama, con lo que el padre estaba tan bien, que ni en la misma gloria. Aquella tarde, cuando Sola trajo silla y almohada, el fraile le tomó una mano, y mirándola con sus ojos soñolientos, le dijo:

—Cordera...

Sonriendo como la misma bondad sonreiría, Sola acomodó en la almohada la venerable cabeza, que parecía la de un santo, y dijo así:

—¿Qué me quiere su reverencia?

—Cordera—murmuró el fraile, sonriendo también como un bienaventurado—, vete al cuarto de Benigno, y en el chaquetón, bolsillo de la izquierda..., ¿entiendes?

—Sí, un cigarrito.

—Se me olvidó pedírselo antes que bajara...

Ni medio minuto tardó la joven en traer el cigarrito, y con él la lumbre para encenderlo.

—Es que quiero echar una fumada para despabilarme, porque desearía no dormir siesta..., ¿entiendes, paloma?

Como el fraile estaba con la cabeza echada atrás, en la más blanda y cómoda postura que pueden apetecer humanos huesos, Sola no quiso que se incorporase, y ella misma le encendió el cigarro en el braserillo, no siendo aquélla la primera vez que tal cosa hacía. Chupó un poco con la inhabilidad que en tal caso es propia de mujeres (como no sean hombrunas), y cuando logró hacer ascua de tabaco, no sin perder mucha saliva, presentó el cigarro a su amigo, cerrando los ojos por el picor que el humo le causaba en ellos.

—Gracias, gracias, serafín de esta casa. Comprendo muy bien que ese santo varón... Pues, hija de mi alma, quiero despabilarme con este cigarrito, porque necesito hablarte de una cosa grave, delicada, digo mal, archidelicadísima.

A Sola le pasó una nube por la frente, quiero decir que se puso seria y pensativa.

—Tiempo hay de hablar todo lo que se quiera—dijo, inclinada sobre uno de los brazos del sillón en que el religioso estaba—. Duerma su reverencia.

—Bueno, hijita; con tal que me llames a las tres y media...

—Eso es poco. A las cinco.

—No, no. Si me duermo, no podré hablarte del susodicho negocio, y lo he prometido, cordera, he prometido que esta tarde misma...

Esto decía, cuando llegó un corpulento y bellísimo gato, que solía echar sus dormidas en el mismo sillón donde estaba Alelí, y viendo ocupado aquel lugar delicioso, dió algunas vueltas por delante con rostro lastimero. Al fin, discurriendo que había sitio para todos, subió al regazo del fraile, y como encontrara agasajo, se enroscó y se echó a dormir como un bendito.

A poco de esto oyóse un ruido estrepitoso, y fué que Juanito Jacobo había cogido una bandeja de latón vieja, que olvidada estaba en la despensa, y venía batiendo generala sobre ella con el palo del molinillo, tan fuertemente, que habría puesto en pie, con el estrépito que hacía, a los siete durmientes. Acudió Sola y le trajo prisionero por un brazo.

—¡Condenado chico! ¿No sabes que está tu tía durmiendo la siesta?... Ven acá: suelta eso... Ya, ya es tiempo de que tu padre te mande a la amiga... Ríñale, padre Alelí. No se le puede aguantar. Cuando el señorito está de vena, parece que hay un ejército en la casa.

Diciendo esto, Sola le iba quitando sombrero, bandeja y palo, y después de sentarse le acercó a sí y le acarició, pasando suavemente su mano por los hermosos cabellos del niño.

—Si mete bulla—dijo Alelí, acariciando también con su mano los rizos—, no le traeré a mi señor don Juan Jacobo las hostias que le prometí, ni las velitas de cera, ni el San Miguel de alcorza... Pues te decía, hija, que ahora vamos a hablar los dos de un asunto superlativamente delicado... Mira, vuelve al chaquetón de Benigno y tráeme otro cigarrito, o mejor dos.

Sola hizo lo que le mandaba el reverendo, y se volvió a sentar, aguardando el delicado asunto que manifestarle quería. Durante un rato no pequeño, los dos estuvieron callados, y Alelí fijaba sus ojos en el reloj, que era de los antiguos con las pesas colgando al descubierto. La péndula se paseaba lenta y solemnemente en el breve espacio que las leyes de la gravedad y las de la mecánica le señalan, y así marcaba con el tono más severo el compás de la vida, Sola, por mirar algo, y el mirar es acto preciso a las meditaciones, contemplaba *La Creación*, gran lámina que, con otra representando el monumento de la Catedral de Toledo, decoraba artísticamente el comedor. En la primera estaban nuestros primeros padres en el traje que es de suponer, en medio de un fértil país poblado de todas suertes de animales, recibiendo la bendición del Padre Eterno, que, muy barbado y envuelto en una especie de capote, se asomaba por un balcón de nubes.

—¡Qué buenos cigarros tiene Benigno!—dijo Alelí, que al fin había encontrado la fórmula del exordio—. Pero mejor que sus cigarros es él mismo. Te digo con toda verdad que yo he visto muchos hombres buenos, pero ninguno

como nuestro Benigno. Es el corazón más puro y la voluntad más cristiana que he conocido en mi larga vida; es incapaz de hacer nada malo, y capaz de las bondades más extraordinarias. Su razón es firme, sus sentimientos generosos, su vida la carrera del bien. No aborrece a nadie, y cuando quiere, quiere con toda su alma. Tiene un carácter entero para hacer frente a las adversidades, y en las bienandanzas no puede vivir contento si no distribuye su ventura entre los que le rodean, quedándose él con la absolutamente precisa para no ser desventurado. Si tú nos oyes diciéndonos majaderías, es por lo mucho que nos queremos. El me llama *Tío Engarza-Credos,* y yo le llamo *Don Leño* o *Chiribitas,* y así nos reímos. Eso sí, en ideas políticas somos, como quien dice, el *toma* y el *daca,* lo más opuesto que puede existir: pero estos arrumacos de la política no han de tocar, no, a las cosas del alma ni a la amistad... Porque yo digo: ¿que me importa que Benigno tenga la manía de leer a ese perdido hereje de Rousseau, si por eso no deja de ser buen cristiano y de obedecer a la Iglesia en todo?... Viva Benigno, y viva con su pepita, es decir, con su *Emilio* y su *Contrato social,* que así me cuido yo de estas cosas como de los que ahora se están afeitando en la luna... No creas tú, los padres del convento me critican por esta tolerancia mía, y yo les contesto: «Vale más un amigo en la mano que cien teorías volando.» Mi carácter es así; en burlas disputo y machaco como todos los españoles; pero antes que tronos y repúblicas, antes que congresos y horcas, está el corazón... ¡Cómo me reí una tarde hablando de esto! Paseaba yo a eso de las cinco por Atocha con los hombres de ideas contrarias, don José Somoza, liberal, poeta, hombre ameno, dulce y cabal si los hay, y don Juan Bautista Erro, absolutista siempre, ahora apostólico vergonzante. Pues, señor...

—Paréceme—dijo Sola, cortando la digresión—que se resbala usted, como dice don Benigno. Ya está sabe Dios a cuántas leguas de lo que me estaba contando...

—¡Ah! Sí, perdona, hija..., me distraje. Te decía que ese benditô juanjacobesco es el mejor tragador de pan y garbanzos que he conocido, y que ahora ha dado en la flor de querer casarse...

—¡Casarse!—exclamó Sola, poniéndose encarnada.

—¿Te asombras, hija?... Más me asombré yo... No, no; no me asombré; al contrario, me pareció muy natural. Le conviene por mil razones; y ahora te pregunto yo: cuando Benigno tome estado, ¿no será para ti un gran motivo de amargura el salir de esta casa, donde has sido tan amada, y separarte de estos chicos que has criado y que como a madre te miran?...

El padre Alelí fijó en ella sus ojos, ávidos de leer en los de la joven lo que de su alma saliese al rostro, si es que algo salía. El buen fraile, que a pesar de su decrepitud, ocasionada a perturbaciones mentales, conservaba algo de su antigua penetración, creyó ver en Sola una pena muy viva. Esto le hacía sonreír, diciendo para su sayo: «Mujercita tenemos.»

—Don Benigno no se casará—dijo ella—. ¿Será posible que caiga en tan mala tentación? Yo de mí sé decir que si salgo de esta casa me moriré de pena; tan tranquila, tan considerada y tan feliz he vivido en ella. Y luego, estos diablillos del cielo, como yo les llamo; estos muchachos, a quienes quiero tanto sin ser míos, y no tengo mejor gusto que ocuparme de ellos... No, digo que don Benigno no se casará. Sería un disparate; ya no está en edad para eso.

—¿Qué dices ahí, tontuela?—exclamó Alelí, incorporándose con enojo—. ¿Conque mi amigo no está en edad de casarse? ¿Es acaso algún viejo chocho? ¿Está por ventura enfermo? No, más sana y limpia está su persona y su sangre noble que la de todos esos mozuelos del día.

Esto decía, cuando Juan Jacobo, cansado de estarse quieto tanto tiempo y no teniendo interés en la conversación, empezó a tirarle de los bigotes al gato, que dormido estaba en la falda del fraile. Sentirse el animal tan malamente interrumpido en su sueño de canónigo y empezar a dar bufidos y a sacar las uñas, fué todo uno. Alborotóse el fraile con los rasguños y dió un coscorrón al chico; Sola le aplicó dos nalgadas y todo concluyó con enfadarse el muchacho y coger el gato en brazos y marcharse con él a un rincón, donde le puso el sombrero del mercedario para que durmiera.

—Eso es, sí, está mi sombrero para cama de gatos—refunfuñó Alelí.

—¡Jesús, qué criatura!... Le voy a matar—dijo Sola, amenazándole con la mano—. Trae acá el sombrero.

Juan trajo el sombrero y, aprovechándose del interés que en la conversación tenían el fraile y la joven, rescató su molinillo y su bandeja y bajó a la tienda para escaparse a la calle.

—Vaya con la tonta—dijo Alelí, continuando su interrumpido tema—. ¡Si Benigno es un muchacho, un chiquillo!... ¡Si me parece que fué ayer cuando le vi arrastrándose a gatas por un cerrillo que hay delante de su casa!... ¡Qué piernazas aquéllas, qué brazos y qué manotas tenía! Y ¡cómo se agarraba al pecho de su madre, y qué mordidas le daba el muy antropófago! Yo le cogía en brazos y le daba unos palmetazos en los muslos... Sabrás que fuí al pueblo a restablecerme de unas intermitentes que cogí en Madrid cuando vine a las elecciones de la Orden. Entonces conocí al bueno de Jovellanos, un Voltaire encubierto, dígase lo que se quiera, y al conde de Aranda, que era un Pombal español, y a mi señor Don Carlos Tercero, que era un Federico de Prusia españolizado...

—Al grano, al grano.

—Justo es que al grano vayamos. Cuando Nicolás Moratín y yo disputábamos...

—Al grano.

—Pues digo que Benigno es un mozalbete. ¿No ves su arrogancia, su buen color, sus bríos? ¡Bah, bah!... Oye una cosa, hijita: Benigno se casará, tú te quedarás sola, y entonces será bien añadir a tu nombre otra palabra, llamándote *Sola y monda* en vez de Sola a secas. Pero aquí viene bien darte un consejo... ¿Sabes, hija mía, que me está entrando un sueño tal, que la cabeza me parece de plomo?

—Pues déme su reverencia el consejo y duérmase después—repuso ella con impaciencia.

—El consejo es que te cases tú también, y así, del matrimonio de Benigno no podrá resultar ninguna desgracia... ¡Qué sueño, santo Dios!

Sola se echó a reír.

—¡Casarme yo!... Qué bromas gasta el padre.

—Hija, el sueño me rinde..., no puedo más—dijo Alelí, luchando con su propia cabeza, que sobre el pecho se caía, y tirando de sus propios párpados con nervioso esfuerzo para impedir que se cerraran cual pesadas compuertas.

—Otro cigarrito.

—Sí..., chupetón..., humo—murmuró Alelí, cuya flaca naturaleza era bruscamente vencida por la necesidad del reposo.

XIII

Sola corrió a buscar el despertador y a su vuelta encontró al pobre religioso más que medianamente dormido, la cabeza inclinada a un lado, la boca entreabierta, roncando como un viejo y sonriendo como un niño. No quiso despertarle, aunque tenía curiosidad por saber en qué pararía aquel asunto del casamiento de su protector. Sospechaba la intención del fraile y todo el intríngulis de aquella conferencia cortada por el sueño, y se reía interiormente, considerando los rodeos y la timidez de su protector.

Acomodó la cabeza del anciano en la almohada, le puso una manta en las piernas para que no se enfriase y le dejó dormir. Sentada en una silla, al pie de *La Creación*, le miró mucho, cual si en el semblante frailesco estuvieran estampadas y legibles las palabras que Alelí había dicho y las que no había tenido tiempo de decir. Profundo silencio reinaba en el comedor. Oíase, sin embargo, el paseo igual y sereno de la péndula y el roncar lejano, profundo, que tenía algo de la trampa épica, y era la melopea del sueño de doña Cruzita, cantada en tonante estilo por sus órganos respiratorios. Los del reverendo Alelí no tardaron en unir su voz a la que de la alcoba venía, y sonando primero en aflautados preludios, después en rotundos períodos, llegaron a concertarse tan bien con la otra música que no parecía sino que el mismo Haydn había andado en ello.

Entre las dos ventanas de la pieza, que recibían de un patio la poca luz de que ésta podía disponer, había un armario lleno de loza fina, tan bien dispuesta, que bastaba una ojeada para enterarse de las distintas piezas allí guardadas. Las copas, puestas en fila

y boca abajo, sustentando cada cual una naranja, parecían enanos con turbantes amarillos. En todas las tablas, las cenefas de papel caían graciosamente formando picos como un encaje, y de este modo los arabescos de la loza tenían mayor realce. Algunas cafeteras y jarras echaban hacia fuera sus picos como aves que, después de tomar agua, estiran el cuello para tragarla mejor, y las redondas soperas se estaban muy quietas sobre su plato, como gallinas que sacan pollos. En el chinesco juego de té que regalaron a don Benigno el día de su santo, las tacitas puestas en círculo, semejando la empolladura recién salida y piando junto a la madre. Un alto y descomedido botellón, cuya boca figuraba la de un animalejo, era el rey de toda aquella muchedumbre porcelanesca; diríase que amenazaba a las piezas vasallas con cierta ley escrita en el fondo de una fuente. Era un letrero dorado que decía: «Me soy de Benigno Cordero de Paz. Año de 1827.»

Junto al armario había una silla de tijera, en la cual estaba Sola con los brazos cruzados. Miraba a Alelí, a la lámpara de cuatro brazos, a *La Creación*, al monumento de Toledo y al suelo cubierto de estera común. También fué objeto de sus miradas el aguamanil, cuya llavecita, un poco desgastada, dejaba caer una gota de agua a cada diez oscilaciones de la péndula. La caja de latón en que estaba el agua tenía pintado un pajarillo picando una flor, con tan desdichado arte que más bien parecía que la flor se comía al ave. También miraba Sola al techo, donde había cuatro ligeras manchas de humo, correspondientes a los cuatro quinques de cada uno de los brazos de la lámpara. Tales manchas eran las únicas nubes que empañaban el azul de aquel cielo de yeso que en verano se estrellaba de moscas.

A todas estas partes dirigía la joven sus ojos, cual si estuviese buscando sus pensamientos perdidos y desparramados por la estancia. Creeríase que habían salido a holgar, volando como mariposas a distintos parajes, y que su dueña los iba recogiendo uno a uno, o dos a dos, para traerlos a casa y someterlos al yugo del raciocinio.

Y así era, en efecto. Ella tenía que concertar algo en su cabeza y discurrir, Convidábanla a ello la soledad en que estaba y la suave sombra que empezaba a ocupar el comedor, dominando primero los ángulos, el techo, y extendiéndose poco a poco y avanzando un paso al compás de los que daba la péndula. Las voces, o dígase ronquidos, se apagaron un momento, cual si los músicos que las producían descansasen para tomar más fuerza. La de doña Cruzita empezó luego a crecer, a crecer, desafiando a la del padre Alelí. La de éste sonaba entonces en el registro del caramillo pastoril y parecía convidar a la égloga con su gorjeo cariñoso.

Y en tanto, el murmullo de Cruzita se tornaba de llamativo en provocador y de provocador en insolente, cual si decir quisiera: «En esta casa nadie ronca más que yo.»

Indudablemente, Sola discurría con muy buen juicio en medio de estas músicas. Pensaba que era un disparate vivir tanto tiempo en un mundo quimérico. La edad avanzaba; la juventud, aunque todavía rozagante y lozana en ella, había dejado ya atrás una buena parte de sí misma. Su vida marchaba ya muy cerca de aquel límite en que están la razón y la prudencia, las posibilidades y las prosas, de tal modo, que las ilusiones se iban quedando atrás envueltas en brumas de recuerdos, mal iluminados por la luz vespertina de esperanzas desvanecidas. La fantasía se cansaba de su trabajo estéril, de aquella fatigosa edificación de castillos llevados del viento y descompuestos en el aire como las bovedillas de la espuma, que no son más que juegos del jabón transformándose por un instante en pedrería de mil matices. Llegaba doña *Sola y monda* a la edad en que parece verificarse en la mente un despejo de todas las juguetérías y figuraciones que traemos de la niñez, y queda aquel aposento de nuestro espíritu limpio de las telarañas que parecen tapices por capricho de la luz filtrada.

El sentimiento de la realidad empezaba a hacer en ella su tardía y radical conquista, y así sentía la imposición ineludible de ciertas ideas. ¿Cómo vivir más tiempo por y para un fantasma? ¿Cómo subordinar toda la existencia a lo que tal vez no tenía ya existencia real, o, si la tenía, estaba tan distante

que su alejamiento equivalía al no existir? ¿No podía suceder que, sin quererlo ella misma, se destruyesen en su alma ciertos afectos, y que de las ruinas de éstos nacieran otros con menos intensidad y lozanía, pero con más condiciones de realidad y firmeza?

Tan abstraída estaba, que no advirtió cuán bravamente aceptaba la voz del padre Alelí el reto de los lejanos bramidos de doña Cruzita, y dejando el tono pastoril, iba aumentando en intensidad sonora hasta llegar a un toque de clarines que habrían infundido ideas belicosas a todo aquel que los oyera. Los cañones respiratorios del reverendo decían seguramente en su enérgico lenguaje: «Cuando yo ronco en esta casa, nadie me levanta el gallo.» Acobardada y humillada por tan marcial alboroto, doña Cruzita se recogió y se fué aplacando, hasta que su música no fué más que un murmullo como el de los perezosos beatos que rezan dentro de una vasta catedral, y luego se cambió en el sollozo de las hojas de otoño arrancadas por el viento y bailando con él.

A su vez, el victorioso ronquido de Alelí remedó el fagot de un coro de frailes y después dejó oír varias notas vagas, suspironas, fugitivas, como los murmullos del órgano cuando el organista pasa los dedos sobre el teclado en tanto que el oficiante le da con sus preces la señal de empezar. La música roncadora se había hecho triste, coincidiendo con la oscuridad incompleta que llenaba la pieza.

Pero el alma de doña *Sola y monda* no estaba triste. Había echado una mirada al porvenir y lo había visto placentero, tranquilo, honroso y honrado. Su corazón, al declararse vencido por las realidades un poco brutales, como conquistadoras que eran, no estaba vacío de sentimientos, antes bien, se llenaba de los afectos más puros, más delicados, más nobles. La vida nueva que se le ofrecía, debía inaugurarse, eso sí, con un poco de tristeza; pero ¡cuánta dignidad en aquella nueva vida! ¡Qué hermoso realce en la personalidad! ¡Qué ocasión para mostrar los más nobles sentimientos, tales como la abnegación, la constancia, la fidelidad, el trabajo! ¡Qué ocasión para perfeccionarse constantemente y ser cada día mejor, realizando el bien en todas las formas posibles y gozando en el sostenimiento de esa deliciosa carga que se llama el deber!

Pero ¿qué estruendo, qué fragor temeroso era aquel que Sola sentía tan cerca y que interrumpía sus discretos pensamientos en lo mejor de ellos? Sonaban ya, sin duda, las trompas del Juicio final, pues no de otro modo debían llamarse los destemplados y altísonos ronquidos de Cruzita y el padre Alelí. Los de éste se detuvieron bruscamente, cual si fuera a despertar, y oyóse su voz, que entre sueños decía:

—Vete, vete de mi celda, terrible *democracio*... ¿Qué buscas aquí? ¿A qué vienes a España y a Madrid, si no es a que te ahorquen?... ¡Vuélvete a la emigración, de donde jamás debiste salir!... ¡Conspirador..., vagabundo!

Doña *Sola y monda* se acercó al fraile para oír mejor lo que entre dientes seguía diciendo.

Alelí extendió los brazos, quedándose un buen rato como un crucifijo en sabroso estiramiento de músculos, y con voz clara y entera dijo así:

—Esproncedilla..., buscarruidos..., mequetrefe, no me comprometas..., vete de mi celda.

Sola se acercó y le tomó una mano.

—Pero ¿qué oscuridad es ésta? ¿En dónde estoy?

—¡Vaya un modo de dormir y de disparatar!—replicó Sola, riendo.

—Pues qué, ¿he dormido yo?... Si no he hecho más que aletargarme un instante, cinco minutos todo lo más... Vaya, que se pone pronto el sol en esta dichosa casa... Chiquilla, dame mi sombrero, que me voy.

—Primero voy a traer luz—dijo la *Hormiga* saliendo.

Al poco rato volvió con una lámpara cuyos rayos ofendieron a la vista del fraile.

—Yo creí que ya habían empezado a crecer los días... ¿Qué hora es? Las cinco y media... Lo dicho, dicho, querida señorita... ¿Reflexionarás en lo que te he manifestado?

—Pues ¿qué he de hacer, sino reflexionar?

—Y ¿comprenderás que se te entra por la puerta la fortuna y que vas a ser la más dichosa de las mujeres?

—Pues claro que sí.

—¡Bendita seas tú y bendito quien

te trajo a esta casa!—exclamó Alelí con acento muy evangélico.

Abrióse con no poco estrépito la puerta del comedor y apareció Cruzita de malísimo talante, diciendo:

—No he podido pegar los ojos en toda la tarde con la dichosa conversación de la niña y el fráile.

—Quita allá, *Cruz del Mal Ladrón* —replicó Alelí—. Lo que ha sido es que con la trompeta de tus roncamientos no me has dejado a mí descabezar un mal sueño.

—Sí, porque a fe que el padrito toca algún cascabelillo sordo cuando duerme... Me habéis tenido toda la tarde despabilada como un lince, primero con la charla de sus mercedes y luego con los piporrazos de su reverencia... ¡Qué importunidad, santo Dios! Busque usted un momento de tranquilidad en esta casa.

—Cállate, *serpiente del Paraíso,* que así guardas silencio dormida como despierta, y no hables de eso, que el que más y el que menos, todos, todos repicamos, y abur.

Echáronse a reír Sola y el fraile, y al fin también se rió un poco Cruzita, pues su genio arisco también tenía flores de cuando en cuando, si bien éstas eran como las plantas marinas, que están en el fondo y casi siempre en el fondo mueren.

XIV

En la tienda, don Benigno preguntó con gran interés a su amigo por el resultado de la conferencia que con Sola había tenido.

—Muy bien—dijo Alelí—, admirablemente bien.

Después se quedó perplejo, con los ojos fijos en el suelo y el dedo sobre el labio, como revolviendo en el caótico montón de sus recuerdos; y al cabo de tantas meditaciones, habló así:

—Pues, hijo, ahora caigo en que no llegué a decirle lo más importante, porque me acometió un sueño tal, que no lo hubiera podido vencer, aunque me echaran encima un jarro de agua fría... Ya la tenía preparada; ya, si no me engaño, había ella comprendido el objeto de mi discurso, y manifestaba un gran contento por la felicidad que Dios le depara, cuando... Yo no sé sino que me desperté en la oscuridad de tu comedor, que parece la boca de un lobo... Y qué quieres, hijo...; lo demás puedes decírselo tú, o se lo diré yo mañana. Quédate con Dios y con la Virgen.

Marchóse Alelí, y don Benigno se quedó muy contrariado y ofendido de la poca destreza de su amigo. Juró no volver a confiar misiones delicadas a un viejo decrépito y medio lelo, y al mismo tiempo se sentía él muy cobarde para desempeñar por sí mismo el papel que había confiado al otro. Cuando subió, después de cerrar la tienda, en compañía de Juan Jacobo, que había entrado de la calle con un chichón en la frente, dijo a Sola:

—Ya estoy convencido de que ese estafermo de Alelí es el bobo de Coria... Apreciabilísima *Hormiga,* quisiera hablar con usted...

—¿Hablar conmigo?... Ahora mismo; ya escucho—dijo ella, sonriendo de tal modo que a Cordero se le encandilaron los ojos.

Pero en el mismo instante le acometió la timidez de tal modo, que no se atrevió a decir lo que decir quería, y sólo balbució estas palabras:

—Es que conviene ponerle a este enemigo una venda y dos cuartos sobre el chichón, que es el mejor medio de curarlo.

Aquella n o c h e don Benigno estuvo muy triste y se pasó algunas horas en su cuarto, sin leer a Rousseau, aunque bien se le acordaba aquel pasaje del libro quinto del *Emilio:* «Emilio es hom»bre, Sofía es mujer... Sofía no enamo»ra al primer golpe de vista, pero agra»da más cada día. Sus encantos se van »manifestando por grados en la intimi»dad del trato. Su educación no es ni »brillante ni estrecha. Tiene gusto sin »estudio, talento sin arte, y criterio sin »erudición... La disconformidad de los »matrimonios no nace de la edad, sino »del carácter...» Y luego añadía, alte»rando un poco el texto: «Sofía había »leído el *Telémaco,* y estaba prendada »de él; pero ya su tierno corazón ha »cambiado de objeto y palpita por el »buen Mentor.»

Después Cordero se reía de sí mismo y de su timidez, haciendo juramento de vencerla al día siguiente, pues lo que él sentía era un afecto decoroso, un senti-

miento de gratitud y de respeto, y no pasión ni capricho de mozalbete.

Al día siguiente, Sola mostraba excelente humor, que rayaba en festivo, lo que dió muy buena espina al héroe de Boteros. Canturriaba entre dientes, cosa que no hacía todos los días, y en su cara se notaba animación, si bien podia observarse que tenía los ojos algo encendidos. Sin duda, había visto y aceptado la posibilidad de un destino nuevo, honrado y honroso en extremo, y se complacía en él, creyéndolo dispuesto por Dios con extraordinaria sabiduría. Pero si no se entra en la vida sin llanto, también parece natural que no se entre en las felicidades nuevas sin algo de lágrimas. Los nuevos estados, aunque sean muy buenos y hermosos, no siempre seducen tanto que hagan aborrecible la situación vieja por detestable que haya sido. De aquí venía, sin duda, el que, estando de tan buen humor, tuviese en lo encendido de sus ojos el testimonio de haber lloriqueado algo.

O quizá la alegria que mostraba venía más bien de la voluntad que del corazón, como si su espíritu, tan hecho a la observancia de los deberes, hubiese resuelto que convenía estar alegre. La razón sin duda lo mandaba así, y la razón iba siendo la señora de ella... No hay más sino que se dominaba maravillosamente, y lograba alcanzar tan grande victoria sobre sí misma, que era al fin, si es permitido decirlo así, un producto humano de todas las ideas razonables, una conciencia puesta en acción.

Su protector le dijo que aquella tarde se verían los dos en su cuarto para hablar a solas. El héroe se atrevía al fin. Prometió ella ser puntual, y esperó la hora. Pero Dios, que, sin duda, por móviles altísimos e inexplicables, quería estorbar los honestos impulsos del héroe, dispuso las cosas de otra manera. Ya se sabe lo que significan todas las voluntades humanas cuando *El* quiere imponer la suya.

Sucedió que poco antes de la hora de comer, Juanito Jacobo, todavía vendado por los chichones del día anterior, andaba enredando con una pelota. Trabáronse de palabras, él y su hermano Rafaelito, sobre a quién pertenecía el tal juguete. Hay indicios y aun antecedentes jurídicos para creer que el verdadero propietario era el pequeñuelo, y así debió sentirlo en su conciencia Rafael; que tanto imperio tiene la justicia en la conciencia humana, aunque sea conciencia en agraz.

Pero de reconocerlo en la conciencia a declararlo hay gran distancia, y si tal distancia no existiera, no habría abogados ni curiales en el mundo. Por eso Rafael, no sintiéndose bastante egoísta para apandar la pelota, ni bastante generoso para dejársela a su rival, hizo lo que suelen hacer los chicos en estas contiendas, es a saber: cogió la pelota y la arrojó a lo alto del armario del comedor, donde no podría ser alcanzada ni por uno ni por otro.

¡Valiente hazaña la de Rafaelito!... Pero el pequeño Hércules no había nacido para retroceder ante contrariedades tan tontas. ¡Bonito genio tenía él para acobardarse porque el techo esté más alto que el suelo!... Arrastró el sillón hasta acercarlo al armario; puso sobre el sillón una silla, sobre la silla una banqueta, y ya trepaba él por aquella frágil torre, cuando ésta se vino al suelo con estruendo, y rodó el chico y se abrió la cabeza contra una de las patas de la mesa.

El laberinto que se armó en la casa no es para descrito. Salió don Benigno, acudió Sola, puso el grito en el cielo Cruzita, ladraron todos los perros, maldijo la criada todas las pelotas habidas y por haber, y lloró Rafael, gimieron sus hermanos, y el herido fué alzado del suelo sin conocimiento. Pronto volvió en sí, y la descalabradura no parecía grave, gracias a la mucha sangre que salió de aquella cabezota. En tanto que Sola batía aceite con vino, y la criada, partidaria de otro sistema, mascaba romero para hacer un emplasto, doña Cruzita, que en todas estas ocasiones se remontaba siempre al origen de los conflictos, repartía una zurribunda general entre los muchachos mayores, azotándolos sin piedad uno tras otro. Los perros seguían chillando y hasta la cotorrona tuvo algo que decir acerca de tan memorable suceso.

Toda la tarde duró la agitación y nadie tuvo ganas de comer, porque el muchacho padecía bastante con su herida. Vino el médico y dijo que, sin ser grave, la herida era penosa y exigía mucho cuidado. No hubo, pues, conferencia entre Cordero y Sola, porque la

ocasión no era propicia. Por la noche, Juanito Jacobo se durmió sosegadamente. Sola, que en la misma pieza puso su cama, estaba alerta, vigilando al enfermito. Ya muy tarde, se despertó éste intranquilo, calenturiento, pidiendo de beber y quejándose de dolores en todo el cuerpo. Sola se arrojó de su lecho medio vestida, y echándose un mantón sobre los hombros salió para llamar a la criada. Levantóse ésta y entre las dos prepararon medicinas, encendieron la lumbre, fueron y vinieron por los helados pasillos. A la madrugada, cuando el chico se durmió, al parecer sosegado y repuesto, Sola sintió un frío intensísimo con bruscas alternativas de calor sofocante. Arrojóse en su lecho y al punto sintió una postración tan grande que su cuerpo parecía de plomo. La respiración érale a cada instante más difícil y no podía resistir el agudo dolor de las sienes. La tos seca y profunda añadía una molestia más a tantas molestias, y en su costado derecho le habían seguramente clavado un gran clavo, pues no otra cosa parecía la insufrible punzada que la atormentaba en aquella parte.

La criada, que al punto conoció lo grave de tales síntomas, quiso llamar a don Benigno y a Cruzita; pero Sola no consintió que se les molestara por ella. Era la madrugada. Mientras llegaba el día, la alcarreña preparó no sé cuántos sudoríficos y emolientes, sin resultado satisfactorio. Al fin, cuando daban las siete, Cruzita dejó las ociosas plumas, y, enterada de lo que pasaba, reprendió a la enferma por haberse puesto mala voluntariamente; que no otra cosa significaba el haber tomado aires colados, hallándose, como se hallaba desde hacía días, con un catarro más que regular. La avinagrada señora echó por la boca mil prescripciones higiénicas para evitar los enfriamientos, y otros tantos anatemas contra las personas que no se cuidaban. Cuando Cordero se levantó, Cruzita, que gozaba en anunciar los sucesos poco gratos, fué a su encuentro y le dijo:

—Ya tenemos otro enfermo en campaña. Sola se ha puesto muy mala.

—¿Qué tiene?—dijo el héroe con repentino dolor, como presagiando una gran desgracia.

—Pues una pulmonía fulminante.

Si lo partiera un rayo no se quedara don Benigno más tieso, más mudo, más parado, más muerto que en aquel momento estaba. Creía ver su dicha futura, sus risueños proyectos desplomándose como un castillo de naipes al traidor soplo del Guadarrama.

—Veámosla—dijo, recobrando la esperanza, y corrió a la alcoba.

Sola le miró con cariñosos y agradecidos ojos. Quiso hablarle, y la violenta tos se lo impedía. Nada pudo decir don Benigno, porque indudablemente el corazón se le había partido en dos pedazos y uno de éstos se le había subido a la garganta. Al fin hizo un esfuerzo, quiso llenarle de optimismo y echó una forzada sonrisa, diciendo:

—Eso no será nada. Veamos el pulso.

¡Ay! El pulso era tal, que Cordero, en la exaltación de su miedo, creyó que dentro de las venas de Sola había un caballo que relinchaba.

—Que venga don Pedro Castelló, el médico de su majestad—dijo, sin poder contener su alarma—. Que vengan todos los médicos de Madrid... Veamos, apreciable *Hormigá:* ¿desde cuándo se sintió usted mal?

—Desde ayer tarde—pudo contestar la joven.

—¡Y no había dicho nada!... ¡Qué crueldad consigo misma y con los demás!

—¡Ya se ve..., no dice nada!...—vociferó Cruzita—. ¡Bien merecido le está!... ¿Hase visto terquedad semejante? Esta es de las que se morirán sin quejarse... ¿Por qué no se acostó ayer tarde, por qué? ¡Bendito de Dios, qué mujer! Si ella tuviese por costumbre, como es su deber, consultarme, yo le habría aconsejado anoche que tomara un buen tazón de flor de malva con unas gotas de aguardiente... Pero ella se lo hace todo y ella se lo sabe todo... Silencio, *Otelo...*; vete fuera, *Mortimer...*; no ladres, *Blanquillo.*

Y en tanto que su hermana imponía silencio al ejército perruno, el atribulado don Benigno elevaba el pensamiento a Dios Todopoderoso pidiéndole misericordia.

Sin pérdida de tiempo hizo venir al médico de la casa y a todos los médicos célebres, precedidos por don Pedro Castelló, que era la primera de las celebridades.

XV

Mientras que esto pasaba en casa del vendedor de encajes, doña Jenara y Pipaón andaban atortolados por el ningún éxito de sus averiguaciones, y los días iban pasando y la sombra o fantasma que ambos perseguían se les escapaba de las manos cuando creían tenerla segura. El terrible *democracio* albergado en la Trinidad resultó ser el más inocente y el más calavera de todos, hombre que jamás haría nada de provecho fuera de las hazañas en el glorioso campo del arte; gran poeta que pronto había de señalarse cantando dolores y melancolías desgarradoras. No sabiendo cómo lo recibiría la Superintendencia, acogióse a los frailes trinitarios por indicación de Vega, que en aquella casa cumplió seis años antes su condena, cuando el desastre *numantino*. Influencias de su familia y amigos le consiguieron pronto el indulto, y, decidido a ser en lo sucesivo todo lo juicioso que su índole de poeta permitiera, solicitó una plaza en la Guardia de la real persona, que le fué concedida más adelante.

Bretón, desesperado por las horribles trabas del teatro, marchó a Sevilla con Grimaldi, autor de *La pata de cabra*. Vega, que luchaba con la pobreza y era muy perezoso para escribir, quería hacerse cómico y aun llegó a ajustarse en la compañía de Grimaldi. Considerando esto los amigos como una deshonra, pusieron el grito en el cielo; pero como los lamentos no podían sacar al poeta de sus apuros, fué preciso echar un guante para rescatarle, por haber cobrado con anticipación parte del sueldo de galán joven. Grimaldi era un empresario hábil que sabía elegir la gente, y en su memorable excursión por Cádiz y Sevilla dió a conocer como actriz de grandísima precocidad a una niña llamada Matilde, que a los doce años hacía la protagonista de *La huérfana de Bruselas* con extraordinario primor.

En Madrid, después de la marcha de Grimaldi, el teatro se alimentaba de traducciones. Algunas de éstas fueron hechas por un muchacho carpintero, de modestia suma y apellido impronunciable. Era hijo de un alemán y hacía sillas y dramas. Fué el primero que acometió en gran escala la restauración del teatro nacional para sacar al gran Lope del polvoriento rincón en que Moratín y los clásicos le habían puesto, juntamente con los demás inmortales del Siglo de Oro. El infeliz ebanista, que no podía ver representadas sus obras originales, traducía a Voltaire y a Alfieri, refundía a Rojas y al buen Moreto. Pero su mala estrella no le permitió abrirse camino ni hacer resonar su nombre en la república literaria. Pocos años después, la víspera del estreno de su gran obra original, que le llevó de un golpe a las alturas de la fama, el lenguaraz satírico de la época, el malhumorado y bilioso escritor a quien ya conocemos, decía: «Pues si el autor es sillero, la obra debe de tener mucha paja.» El enrevesado nombre del ebanista nacido de alemán y criado en un taller, fué, desde que se conocieron *Los amantes de Teruel*, uno de los más gloriosos que España tuvo y tiene en el siglo que corre.

Y el satírico seguía satirizando en la época a que nos referimos (1831); mas con poca fortuna todavía y sin anunciar con sus escritos lo que más tarde fué. Se había casado a los veinte años y su vida no era un modelo de arreglo ni de paz doméstica. Recibió protección de don Manuel Fernández Varela, a quien se debe llamar *El Magnífico* por serlo en todas sus acciones. Su corazón generoso, su amor a la esplendidez, a las artes, a las letras, a todo lo noble y antivulgar; su trato cortesano, las cuantiosas rentas de que dispuso, hacían de él un verdadero prócer, un Mecenas, un magnate, superior por mil conceptos a los estirados e ignorantes señorones de su época, a los rutinarios y suspicaces ministros. Era la figura del señor Varela arrogante y simpática; su habla, afabilísima y galante; sus modales, muy finos. Vestía con magnificencia y adornaba el severo vestido sacerdotal con pieles y rasos tan artísticamente, que parecía una figura de otras edades. En su mesa se comía mejor que en ninguna otra, de lo que fueron testimonio dos célebres gastrónomos a quienes convidó y obsequió mucho. El uno se llamaba Aguado, marqués de las Marismas, y el otro Rossini, no ya marqués, sino príncipe y emperador de la Música.

El señor Varela protegió a mucha y diversa gente, distinguiendo especialmente a sus paisanos los gallegos; fundó colegios, desecó lagunas, erigió la estatua de Cervantes que está en la plazuela de las Cortes, ayudó a Larra, a Espronceda y dió a conocer a Pastor Díaz.

Cuando vino Rossini, en marzo de aquel año, le encargó una misa. Rossini no quería componer misas... «Pues un *Stabat Mater*», le dijo Varela. El maestro compuso en aquellos días el primer número de su gran obra religiosa, que parece dramática. El resto lo envió desde el extranjero. Cuentan que Varela le pagó bien.

Algunos números del célebre *Stabat* se estrenaron aquella Semana Santa en San Felipe el Real, dirigidos por el mismo Rossini, y hubo tantas apreturas en la iglesia, que muchos recibieron magulladuras y contusiones y se asfixiaron dos o tres personas en medio del tumulto. Rossini fué obsequiado, como es de suponer, atendida su gran fama. Tenía próximamente cuarenta años, buena figura, y su hermosa cara, un poco napoleónica, revelaba, más que el estro músico y el aire de la familia de Orfeo, su afición al epigrama y a los buenos platos.

Habiendo recibido en un mismo día dos invitaciones a comer, una del señor Varela y otra de un grande de España, prefirió la del primero. Preguntada la causa de esta preferencia, respondió:

—Porque en ninguna parte se come mejor que en casa de los curas.

En efecto: la mesa de este generoso y espléndido sacerdote era la mejor de Madrid. A sus salones de la plazuela de Barajas concurría gente muy escogida, no faltando en ellos damas elegantes y hermosas, porque, a decir verdad, el señor Varela no estaba por el ascetismo en esta materia.

Pero allí la opulencia del señor y su misma gravedad de eclesiástico no permitían la confianza y esparcimiento de otras tertulias. La de Cambronero, por el contrario, era de las más agradables y divertidas dentro de los límites de la decencia más refinada..

Era el señor don Manuel María Cambronero varón dignísimo, de altas prendas y crédito inmenso como abogado. Durante muchos años no tuvo rival en el foro de Madrid, y todos los grandes negocios de la aristocracia estaban a su cargo. Fué en su época lo que posteriormente Pérez Hernández y más tarde Cortina. Su señora era castellana vieja, algo chapada a la antigua, y su hijos siguieron diversos destinos y carreras. Uno de ellos, don José, casó por aquellos años con Doloritas Armijo, guapísima muchacha, cuyo nombre parece que no viene al caso en esta relación, y, sin embargo, está aquí muy en su lugar.

El primer pasante de Cambronero era un joven llamado Juan Bautista Alonso, a quien el insigne letrado tomó gran cariño, legándole al morir sus negocios y su rica biblioteca. Alonso, que más tarde fué también abogado eminente, político y filósofo de nota, tuvo en su mocedad aficiones de poeta, y, por tanto, amistad con todos los poetas y literatos jóvenes de la época. El fué, pues, quien introdujo en las agradabilísimas y honestas tertulias de Cambronero a Vega, Espronceda, Felipe Pardo, Juanito Pezuela y, por último, al misántropo, al que ya se llamaba con poca fortuna *Duende satírico* y más tarde se habría de llamar *Pobrecito Hablador*, *Bachiller Pérez de Murguía*, *Andrés Niporesas* y, finalmente, *Fígaro*.

El entremetido Pipaón iba también a casa de Cambronero. Jenara, sin que se supiese la causa, había disminuído considerablemente sus tertulias; recibía poquísima gente y sólo daba convites en muy contados días. En cambio, frecuentaba la tertulia de Cambronero, donde hallaba casi todo el contingente de la suya, y además otras personas que no había tratado hasta entonces, tales como don Angel Iznardi, don José Rives, don Juan Bautista Erro, el conde de Negri y otros varios.

También se veía por allí al joven Olózaga, pasante, como Alonso, en el bufete de Cambronero, si bien menos asiduo en el trabajo. Desde los principios del año, andaba Salustiano tan distraído que no parecía el mismo. Iba a las reuniones como por compromiso y por temor de que al echarse de menos su persona se le creyese empeñado en conspiraciones políticas. Su mismo padre, don Celestino, se quejaba de sus frecuentes ausencias de la casa. Tal conducta no podía atribuírse sino a dos

motivos: política o amores. La familia y los conocidos, inclinándose siempre a lo menos peligroso, presumían que Salustiano andaba enamorado. Su buena figura, su elocuencia, sus distinguidos modales, la misma exaltación de sus ideas políticas y otras prendas de mucha estima, dándole desde su tierna juventud gran favor entre las damas, justificaban aquella idea.

De repente, Jenara dejó de asistir también con puntualidad a las tertulias. El público, que todo lo quiere explicar según su especial modo de ver, comentó aquellas ausencias con cierta malignidad, y hasta hubo quien hablara de fuga al extranjero en busca de apartadas y placenteras soledades propicias al amor. Se daban pormenores, se referían entrevistas, se repetían frases, y, sin embargo, todo esto y lo demás que se dijo y que no es para contado era un castillo aéreo levantado por las delicadas manos de la chismografía. Pero acontece que tales obras, con ser de aire, son mucho más fáciles de levantar que de destruir, y aquélla iba tomando consistencia de día en día y alzándose más y engalanándose con torreones de epigramas y chapiteles de calumnias.

XVI

Mediaba el mes de marzo cuando estas hablillas llegaron a su más alto grado. Jenara no recibía a nadie; pero no estaba enferma, porque a menudo se la veía en la calle o paseando en coche y visitando a personajes de alto copete.

Un día se encontraron ella y Pipaón en la antesala de la Comisión Militar. Jenara salía, Pipaón entraba. Eran las cinco de la tarde, hora excelente para el paseo en aquella estación.

—Iba a su casa de usted—le dijo don Juan—, para prevenirla del peligro que corre...

—¡Yo!—exclamó la dama con gesto de orgullo—. ¿También yo corro peligro?

—También.

—Y ¿por qué?

—Salgamos de esta caverna, señora, que si en todas partes oyen las paredes, aquí oyen las ropas que vestimos, hasta la sombra que hacemos sobre el suelo. Vámonos.

—¿Qué hay?—dijo la señora, extraordinariamente alarmada—. Quiero ver a Maroto.

—No recibe ahora... Salgamos y hablaremos. Principiaré diciendo a usted que hemos errado en todos nuestros cálculos. Buscábamos a nuestro amigo en casa de Cordero, en el convento de la Trinidad, en la cárcel de Corte, en el parador de Zaragoza, en el sótano de la botica de la calle de Hortaleza, en la habitación del jefe del *guarda-mangier* de Palacio, y ahora resulta que no estaba en ninguno de estos parajes, sino...

—¿En dónde, en dónde?

—Salgamos de esta casa, señora—añadió Pipaón, poniendo el pie en el último peldaño—. Advierta usted que no digo está, sino estaba.

—Quiere decir que...

—Quiere decir que le han llevado a un sitio de donde ni usted ni yo podremos fácilmente sacarle.

—Bravo, bravísimo, señor don Inservible...—dijo la dama, toda colérica y nerviosa, abriendo con mano firme la portezuela de su coche.

En éste había una joven que acompañaba a Jenara en todas sus excursiones, y a la cual, según las lenguas cortesanas, galanteaba el bueno de Pipaón con más calor del que la simple urbanidad consiente. Acomodados los tres en el coche, don Juan dijo a la dama que, siendo largo lo que tenía que contarle, convenía extender el paseo hasta Atocha. Así se convino y partieron.

—Beso a usted los pies, Micaelita—dijo después el cortesano—. Y ¿cómo está el señor don Felicísimo?

—Furioso con usted, porque no ha ido a verle en tres días.

—Esta noche iremos allá. Con estas cosas y el continuo trabajo en que vivimos nos falta tiempo para dar pábulo...

—¿Ahora salimos con pábulos?...—dijo Jenara, impaciente y malhumorada—. Basta de pesadeces y dígame usted lo que tenía que decirme.

—Pábulo, sí; digo que no hay tiempo para satisfacer los puros goces de la amistad, ni aun los del corazón.

Micaelita bajó los ojos. Pintémosla en dos palabras. Era fea. Y si no lo fuera, ¿cómo la habría escogido Jena-

ra para ser su inseparable compañera y usarla cual discreta sombra para hacer brillar más la luz de su hermosura?

—Si empiezan las tonterías, me voy a casa—dijo la dama hermosa—. Vamos, hable usted, don Plomo.

—Paciencia, señora, paciencia. Dígame usted: ¿se permiten las malas noticias?

—Se permite todo lo que sea breve.

—Pues derramemos una lágrima aquí, en este sitio nefando...

Al decir esto, el coche pasaba junto al torreón del Ayuntamiento donde estaba la cárcel de Villa. Micaelita, que para todas las ocasiones tristes llevaba siempre apercibido un *paternoster*, lo rezó con pausa y devoción. Jenara se puso pálida y sacó su cabeza por la portezuela para mirar la torre.

—¡Allí!—exclamó, señalando con el abanico y con sus ojos.

Vuelta a su posición primera, echó un suspiro casi tan grande como el torreón y habló así:

—Ahora, dígame usted dónde estaba.

—Donde menos creíamos. En casa de Olózaga.

—¿En casa de don Celestino Olózaga?

—Calle de los Preciados.

—Usted bromea; no puede ser—manifestó la dama, un poco aturdida—. Veo a Salustiano todos los días y nada me ha dicho.

—Esas cosas no se dicen.

—A mí, sí... Hoy me lo dirá.

—No dirá nada, como no hable la torre.

—¿Por qué?... ¿También Olózaga ha sido preso?

—También está allí, ¡ay!—afirmó lúgubremente Pipaón, señalando la parte de la calle que iban dejando a la zaga.

—¡Qué atrocidad! Usted me engaña... Que pare el coche. Quiero entrar en casa de Bringas a preguntarle...

—Guarda. Pablo—dijo el cortesano, deteniendo a la señora en su brusco movimiento para avisar al cochero—. El señor Bringas también...

—¿Está allí, en el torreón?

—No; a ése le han puesto en la de Corte.

—Iznardi me dirá algo.... Cochero, a casa de Iznardi.

—¿Iznardi?... Ya pedí permiso para dar malas noticias, señora.

—¿También él?

—Y Miyar. Y la misma suerte habría tenido Marcoartú si no hubiera saltado por un balcón.

—Es una iniquidad. Yo hablaré a Calomarde—manifestó con soberbia la dama, echando atrás su mantilla, como si dentro del coche reinase un verano riguroso.

—¡Oh! Sí, hable usted a su excelencia—dijo el cortesano, con aquella sonrisa traidora que ponía en su cara un brillo semejante al del puñal asesino al salir de la vaina—. Su excelencia desea mucho ver a usted.

—¡Dios maldiga a su excelencia y a usted!—exclamó Jenara, abriendo y cerrando su abanico con tanta fuerza y rapidez, que sonaba como una carraca—. Pero todavía no me ha dicho usted lo principal.

—A eso voy. Nuestro amigo llegó aquí, según se supone, pues de cierto no lo sé, con recadillos de Mina, Valdés y demás brujos del aquelarre democrático. Estuvo oculto en Madrid por algunos días; luego pasó a Aranjuez y a Quintanar de la Orden para entenderse con ciertos militares que a estas horas están también a la sombra; regresó después acá, concertando con Bringas, Olózaga, Miyar y compañeros mártires un plan de revolución que si les llega a cuajar, ¡ay mi Dios!, se deja atrás a la de Francia... Nuestro buen amiguito se pinta solo para estas cosas, y andaba por ahí llamándose don *No sé cuántos* Escoriaza.

—Y ¿está usted seguro de que es él?

—Seguro, seguro, no. Ahora será fácil saberlo, porque el Escoriaza está en la cárcel de Villa y en la causa ha de salir su verdadero nombre... Sigo mi cuento. Un hombre dignísimo, tan enemigo de revoluciones como amante de la paz del reino, se enteró de la trama y avisó a su excelencia. Yo he visto las cartas del denunciante, que se firma *El de las diez de la noche*, y, si he de decir verdad, su ortografía y su estilo no están a la altura de su realismo. Calomarde recompensó al desconocido dándole fondos para que pudiera seguir la pista a Escoriaza y los suyos, y con esto y un habilidoso examen de todas las cartas del correo se hizo el hallazgo completo de los nenes, y anoche se les puso donde siempre debieron estar para escarmiento de bobos. Anoche no nos acostamos en Gracia y Justicia has-

ta no saber que los señores alcaldes no habían salido de su paso. ¡Ah! Esos señores Cavia y Cutanda valen en oro más de lo que pesan. No sé cuál de los dos fué a casa de Olózaga; pero un alguacil me ha contado que en el portal encontraron a Pepe, y, mandándole subir, entraron con él en la casa y dieron al pobre don Celestino un susto más que mediano. Hicieron registro escrupuloso, encontrando, en vez de papeles de conspiración, muchas cartas de novias y queridas. Excuso decir que las leyeron todas, porque así cuadraba al buen servicio de su majestad, y cuando estaban en esta ocupación dulcísima, ved aquí que entra Salustiano muy sereno, con arrogancia, ya sabedor de que andaba por allí la nariz de los señores alcaldes. El padre gimió, desmayóse la hermana, siguió el registro, dando por resultado el hallazgo de un sable, y a la medianoche se llevaron a Salustiano a la Villa, y aquí se acabó mi cuento, «arre borriquito para el convento»... ¡Pobre Salustiano, tan joven, tan guapo, tan listo, tan simpático! ¡Desgraciado él mil veces y desgraciado también ese amigo nuestro que ahora se esconde debajo del nombre de Escoriaza! Esta vez no escapará del peligro como tantas otras en que su misma temeridad le ha dado alas milagrosas para salir libre y triunfante... ¡Infelices amigos!

Micaelita, afectada por la tristeza del relato, volvió a cerrar los ojos y a rezar para sí el *Padrenuestro* que tenía dispuesto para cuando lo melancólico de las circunstancias lo hiciera menester. Jenara seguía imprimiendo a su abanico los movimientos de cierra y abre, cuyo ruido semejaba ya, por lo estrepitoso, más que al instrumento de Semana Santa, al rasgar de una tela.

Durante un buen rato callaron los tres. Había entrado el coche en el paseo de Atocha, cuando vieron que por éste venía, a pie, don Tadeo Calomarde, en compañía de su inseparable sombra el Colector de Espolios. Paseaba grave y reposadamente, con casaca de galones, tricornio en facha, bastón de porra de oro y una comitiva de sucios chiquillos, que, admirados de tanto relumbrón, le seguían. El célebre ministro, a quien Fernando VII tiraba de las orejas, era todo vanidad y finchazón en la calle. Si en Palacio adquirió gran poder fomentando los apetitos y doblegándose a las pasiones del rey, frente a frente de los pobres españoles parecía un ídolo asiático en cuyo pedestal debían cortarse las cabezas humanas como si fuesen berenjenas. A su lado iba la carroza ministerial, un armatoste del cual se puede formar idea considerando un catafalco de funeral tirado por mulas.

—No le salude usted; ocúltese en el fondo del coche—dijo Pipaón con mucho apuro—. No conviene que la vea a usted.

Mas ella, sacando fuera su linda cabeza y el brazo, saludó con mucha gracia y amabilidad al poderoso ídolo asiático.

—En estos tiempos—dijo la dama al retirarse de la portezuela—, conviene estar a bien con todos los pillos.

—Señora, que los coches oyen.

—Que oigan.

Seria, cejijunta, descolorida, Jenara murmuró algunas palabras para expresar el desprecio que le merecía el abigarrado tiranuelo a quien poco antes saludara con tanta zalamería. En seguida dió orden al cochero de marchar a casa.

Pasaban por el Prado, cuando Pipaón dijo con cierta timidez, precedida de su especial modo de sonreír:

—Señora, ¿me permite la verdad?

—Se permite.

—¿Por amarga que sea?

—Aunque sea el mismo acíbar.

—Pues debo decir a usted que no puede ir a su casa.

—¡Que no puedo ir a mi casa!

—No, señora mía apreciabilísima, porque en su casa encontrará al alcalde de Casa y Corte y a los alguaciles. que desde las dos de la tarde tienen orden de prender a una de las damas más hermosas de Madrid.

—¡A mí!—exclamó la ofendida, disparando rayos de sus ojos.

—A usted... Triste es decirlo..., pero si yo no lo dijera, sacrificando a la amistad el servicio del rey, la señora tendría un disgustillo. Ya está explicado este buen acuerdo mío de entretener a usted toda la tarde, impidiéndole ir a su casa, y facilitándole, como le facilitaré, un lugar donde se oculte.

—¡Presa yo!... No siento ira, sino asco, asco, señor de Pipaón—exclamó la dama, demostrando más bien lo prime-

ro que lo segundo—. ¿Por qué me persiguen?

—No sé si será por alguna denuncia malévola o a causa de los papeles hallados en casa de Olózaga...

—Alto ahí, señor desconsiderado. En casa de Salustiano no se han encontrado papeles de mi letra, porque no los hay.

—Perdones mil, señora; no tuve intención...

—¡Presa yo!... Será preciso que me oculte hasta ver... ¡Y yo saludaba a la serpiente!...

La rabia más que el dolor sacó dos ardorosas lágrimas a sus ojos; pero se las limpió prontamente con el pañuelo, cual si tuviera vergüenza de llorar. Después rompió en dos el abanico. Al ver estas lamentables muestras de consternación. Micaelita se conmovió, y sin pensarlo se le vino a la boca el *Padrenuestro* que de repuesto llevaba. A la mitad lo interrumpió para decir a su amiga:

—Puedes venir a casa.

—Me parece muy bien. Nadie sospechará que el señor Carnicero oculta a los perseguidos de la justicia calomardina... Cochero, a casa de Micaelita.

XVII

Hacia el promedio de la calle del Duque de Alba vivía el señor don Felicísimo Carnicero, del cual es bien que se hable en esta ocasión, no sólo porque se prestó a dar asilo a la afligida dama, sino porque dicho señor merece un párrafo entero y hasta un capítulo. Era de edad muy avanzada, pero inapreciable, porque sus facciones habían tomado desde muy atrás un acartonamiento o petrificación que le ponía, sin que él lo sospechara, en los dominios de la paleontología. Su cara, donde la piel había tomado cierta consistencia y solidez calcárea, y donde las arrugas semejaban los hoyos y los cuarteados durísimos de un guijarro, era de esas caras que no admiten la suposición de haber sido menos viejas en otra época. Fuera de esta apariencia de hombre fósil, lo que más sorprendía en la cara de don Felicísimo era lo chato de su nariz, la cual no avanzaba fuera de la tabla del rostro más que lo necesario para que él pudiera sonarse. Y la *chateza* (pase el vocablo) del señor Carnicero era tal, que no se circunscribía al reino de la nariz, sino que daba motivo a que el espectador de su merced hiciera las suposiciones que vamos a apuntar. Todo el que por primera vez contemplaba al señor don Felicísimo suponía que su rostro había sido hecho de barro o pasta muy blanda, y que en el momento en que el artista le daba la última mano, la máscara se deslizó al suelo, cayendo de golpe boca abajo, con lo que, aplastada la nariz y la región propiamente facial, resultó una superficie plana desde la raíz del cabello hasta la barba. El espectador suponía también que el artista, viendo cómo había quedado su obra, la encontró graciosa, y echándose a reír, la dejó en tal manera.

Ahora pongamos el santo en su nicho. A esta máscara chata, de color de tierra, rugosa y dura, añadamos primero, por la parte superior, un gorro negro que hasta el campo de las orejas se encaja y tiene su coronamiento en una borlita que ora se inclina al lado derecho, ora al izquierdo. Añadámosle por debajo un corbatín negro, a quien sería mejor llamar corbatón, tan alto, que por ciertas partes se junta con el gorro, dejando escapar algunos cabellos rucios, que a hurtadillas salen a estirarse al aire y a la luz, recordando aún con tristeza suma las grasas olientes que han tenido en el pasado siglo. Desde los dominios de la corbata, en cuyas paredes metálicas parece hallar eco la voz de don Felicísimo, pongamos un revuelto oleaje de pliegues negros, el cual, o no es cosa ninguna, o debe llamarse levitón, más que por la forma, por el ligero matiz de ala de mosca que en las partes más usadas se advierte; derivemos de este levitón dos cabos o brazos que a la mitad se enfundan en manguitos verdes con rayas negras como los mandiles de los maragatos, y hagamos que de las bocas de esos manguitos salgan, como vomitadas, unas manos, de las cuales no se ven sino diez taponcillos de corcho que parecen dedos. El resto de la persona no puede verse, porque lo ponemos detrás de la mesa, la cual está cubierta de negro hule, hule que en ciertos sitios pasaría por playa, a causa de la arenilla que en ella se extiende. Es mesa de camilla, y una faldamenta verde la tapa toda honestamen-

te; la cual enagua no se mueve sino cuando el gato entra para enroscarse en la baqueta junto a los pies de don Felicísimo. Encima de la mesa se ve un Cristo pequeño atado a la columna, con la espalda en pura llaga y la soga al cuello, obra de un realismo espantoso y aterrador que se atribuye al célebre Salzillo. La escultura está a la derecha y vuelve su rostro dolorido y acardenalado al don Felicísimo, cual si le pidiera informes y cuentas, más que de los azotes que le han dado los judíos, de los motivos por que está en aquella mesa y entre tal balumba de legajos como allí se ven. Son papeles atados con cintas rojas, paquetes de cartas y algunos libros de cuentas, cuyas sebosas tapas indican los años que llevan de servicio. La escribanía es de cobre, pues aunque don Felicísimo posee algunas de plata, no las usa, y en la que allí está, los dos cántaros amarillos tienen tinta y arena para seis meses. Las plumas, de puro mosqueadas, no tienen color, y hay un pisapapeles que es la pezuña de un cabrón imitada en bronce, y está tan al vivo que no le falta más que correr.

En aquella mesa escribe casi todo el día el señor Carnicero, a quien el peso de los años no estorba para seguir trabajando; allí toma su chocolate macho con bollo maimón; allí come su cocidito con más de vaca que de carnero, algo de oreja cerdosa y algunas hilachas de jamón que el tenedor busca entre los garbanzos azafranados; allí duerme la siesta, echando la cabeza sobre las orejeras del sillón; allí se le sirve la cena, que empieza invariablemente en migas esponjosas y acaba en guisado de ternera, todo muy especioso y aromático; all cuenta el dinero, que es, según dicen, el más constante de sus visitadores, y se desliza sin hacer ruido por entre sus dedos alcornoqueños, cual si por virtud rara también el oro se sometiese a tomar las apariencias del corcho o del pergamino en aquel imperio del silencio; allí recibe a los que van a ocuparle, y son, por lo general, clérigos o frailes, y allí está cuando entran Jenara, Pipaón y Micaelita.

Era ya de noche. Un gran candil de cuatro mecheros, de los cuales sólo dos estaban encendidos, echaba luz no muy copiosa, que la pantalla dirigía sobre el pupitre. Al sentir gente, don Felicísimo alzó la pantalla de cobre, y entonces la claridad le hirió de frente en su cara plana, que parecía un bajorrelieve gótico roído por los siglos. Pero esto duró poco tiempo, porque abatiendo la pantalla, volvió la luz a caer forzosamente sobre los papeles como un estudiante desaplicado a quien se obliga a no apartar la vista de los libros .

—¡Oh!... *gratias tibi Domine*... Bendito Pipaón, ¿usted por aquí?—dijo don Felicísimo con agrado—. ¡Oh! ¿Es Jenarita? La misma que viste y calza. Sea muy bien venida a esta humilde morada. ¡Cuánto bueno por aquí!

Y alzando la voz, que era chillona y desapacible, prosiguió:

—Sagrario, Sagrario, ven, mira quién está aquí. Micaelita, di a tu tía que venga, y de paso da una voz en la cocina para que me traigan la cena.

Mientras viene doña María del Sagrario, hija del señor don Felicísimo, demos acerca de este señor las noticias que son necesarias. Llevaba más de cuarenta años en la profesión de agente de negocios eclesiásticos, y le había sido tan favorable la fortuna que, según el dicho del público, estaba *podrido de dinero*. Por los rótulos de los legajos y papeles que sobre su mesa estaban, podía venirse en conocimiento de la multiplicidad de asuntos que bajo el dominio de sus talentos agenciales caían. Contemplaba él con no disimulado embeleso los dichos rótulos, asemejándose, aunque esté mal la comparación, a un borracho que antes de beber se deleita leyendo las etiquetas de las botellas. Por un lado se leía *Subcolectura de Espolios, Vacantes, Medias Annatas y Fondo pío beneficial del obispado de León;* por otro, *Santa Iglesia Metropolitana de Granada;* más allá, *Juzgado ordinario de Capellanías, Patronatos, Visita Eclesiástica,* etcétera; junto a esto, *Tribunal de Cruzada,* y al lado, *Racioneros medios patrimoniales de Tarazona, Arcedianato de Murviedro* o *Señores Pabordres de Valencia;* al opuesto extremo, *Agustinos Descalzos;* más lejos, *Reyes Nuevos de Toledo,* o bien, *Nuestra Señora del Favor de Padres Teatinos.*

Preciso es decir que don Felicísimo se había distinguido siempre por su celo y actividad en despachar los mil y mil asuntos que se le confiaban. Tomábales cariño, mirándolos como cosa propia, y

ponía en ellos sus cinco sentidos y su alma toda, en tal manera que llegó a identificarse con ellos y a asimilárselos, trayéndolos como a formar parte de su propia sustancia. Así no había en su larga vida suceso ni accidente que no se confundiera con cualquier negocio de su lucrativa profesión, y así jamás contaba cosa alguna sin empezar de este o parecido modo: «Cuando el señor Vicario Foráneo de Paterna venía a esta casa», o bien así: «Cuando me convidó a comer el padre Prepósito de Portaceli...»

Otra afición también muy vehemente, aunque secundaria, reinaba en el espíritu de nuestro insigne Carnicero: era la afición a los toros, fiesta que, si no existieran los negocios eclesiásticos, sería para él cosa punto menos que sagrada. Como ya era tan viejo y no salía ya de casa, contentábase con hablar de los toros pretéritos, poniéndolos cien codos más altos que los presentes, y en estas conversaciones también era común oirle decir: «Cierto día en que *Sentimientos* y el señor Rector del Hospital de Convalecencia de Unciones vinieron a buscarme para ir a ver el encierro...», u otra frase por el estilo.

La cantidad de dinero que don Felicísimo había ganado en tantos años de actividad, celo y honradez, no era calculable. Hacíanla subir algunos a un número grande de talegas, otros reducían un poco la cifra; pero el vulgo y los vecinos juraban que siempre que se daba un golpe en los tabiques de la casa de Carnicero o en el lienzo de los cuadros viejos que allí tenía, sonaba un cierto tintineo como de monedas anacoretas que en todos los huecos y escondrijos habitaban, huyendo del mundo y sus pompas vanas. El gastaba poco, tan poco que se había llegado a hacer la ilusión de que era pobre siendo rico. Contaban que para ilusionar a los demás en esta materia se negaba con tenacidad heroica a dar dinero, y ya podían irle con lamentos los menesterosos, que así les hacía caso como si fueran predicadores moros. Unicamente se desprendía de alguna cantidad siempre que mediaran garantías y un módico interés, así como de diez por ciento al mes u otra friolera semejante.

La casa en que vivía era de su propiedad y estaba toda blanqueada, sin papeles ni pinturas, con las vigas del techo apanzadas cual toldo de lienzo. Era de un solo piso alto, antiquísima, y en invierno tenía condiciones inmejorables para que cuantos entraban en ella se hicieran cargo de cómo es la Siberia. Había sido edificada en los tiempos en que la calle del Duque de Alba se llamaba de la Emperatriz, y ya, con tan largos servicios, no podía disimular las ganas que tenía de reposarse en el suelo, soltando el peso del techo, estirándose de tabiques y paredes para sepultar su cornisa en el sótano y rascarse con las tejas de su cabeza los entumecidos pies de sus cimientos. Pero don Felicísimo, que no consentía que su casa viviera menos que él, la apuntaló toda, y así, desde el portal se encontraban fuertes vigas que daban el «quién vive». La escalera, que partía de menguados arcos de yeso, también tenía dos o tres muletas, y los escalones se echaban de un lado como si quisieran dormir la siesta. Arriba, los pisos eran tales, que una naranja tirada en ellos hubiera estado rodando una hora antes de encontrar sitio en que pararse, y por los pasillos era necesario ir con tiento, so pena de tropezar con algún poste que estaba de centinela como un suizo, con orden de no permitir que el techo se cayera mientras él estuviese allí.

Don Felicísimo era toledano, no se sabe a punto fijo si de Tembleque o de Turleque, o de Manzaneque, que los biógrafos no están acordes todavía. Estuvo casado con doña María del Sagrario Tablajero, de la que nacieron Mariquita del Sagrario y Leocadia. De ésta, que casó pronto y mal con un tratante en ganado de cerdo, nació Micaelita, que se quedó huérfana de padre y madre a los seis años. Esta Micaelita era, pues, heredera universal del señor don Felicísimo, circunstancia que, a pesar de su escasa belleza, debía hacer de ella un partido apetitoso. Sin embargo, habiendo tenido en sus quince años ciertos devaneos precoces con un muchacho de la vecindad, quedó muy malparada su honra. El mancebo se fué a las Américas; don Felicísimo enfermó del disgusto; doña María del Sagrario, tía de la joven, enfermó también; divulgóse el caso, salió mal que bien de su paso Micaelita, y ya no hubo galán que la pretendiera. Cuentan los cronistas toledanos que desde entonces se arraigó en Micaelita la piadosa

costumbre de reservar un *Padrenuestro* para todas las ocasiones apuradas en que se encontrase.

Pasados algunos años, la situación de la joven había cambiado: su carácter, agriándose en extremo, hacíala menos simpática aún de lo que realmente era. Su abuelo, que entrañablemente la amaba, permitíale frecuentar la sociedad y gastar algo en tocados y ropas de modas. Ella quería borrar su mancha; pero no lo podía conseguir, careciendo de aquellas prendas que fácilmente inspiran el perdón o el olvido. Lo singular es que a su mal genio unía un cierto orgullito, sobre manera repulsivo, y que sin duda nacía de su seguridad de enriquecer considerablemente al fallecimiento del abuelo.

Todas las noches del año, en el de 1831, luego que don Felicísimo, con un mediano vaso de vino, echaba la rúbrica a su cena (frase de don Felicísimo), se levantaba de aquella especie de trono, y tomando con su propia mano el candil de cuatro mecheros, dirigíase a la sala, donde ya doña María del Sagrario había encendido una lámpara de las llamadas de *Monsieur Quinquet*, y allí se encontraba a varios amigos que se reunían en amena tertulia. La estancia era como una gran sala de capítulo conventual; pero estaba blanqueada, sin más adorno que un gran cuadro del *Purgatorio*, donde ardían hasta diez docenas de ánimas. Dos cartinas de sarga, cuya amarillez declaraba haber sido verde, cubrían los balcones, y por las cuatro paredes se enfilaban en batería tres docenas de sillas de caoba con el respaldo tieso y el asiento durísimo. Cuatro sillones de claveteado cuero, contemporáneo del cuadro de las Animas del Purgatorio, si no del Purgatorio mismo, servían para la comodidad relativa; una urna con imagen vestida servía para la devoción; y una mesa, que parecía pila bautismal, para que dieran golpes sobre ella los de la tertulia. Don Felicísimo entraba diciendo: *Pax vobis*, y después saludaba sucesivamente a sus amigos:

—Buenas noches, Elías, ¿cómo te va?... Señor conde de Negri, buenas noches... Buenas noches, señor don Rafael Maroto.

XVIII

Veamos ahora lo que pasó aquella noche. Jenara tomó asiento en el despacho del señor don Felicísimo, y Pipaón, acercándose a este, le habló un poco al oído para contarle lo que a la dama le pasaba. A cada dos palabras que oía, don Felicísimo articulaba una especie de chillido, un ji, ji, que más tenía de suspiro que de interjección, y que al mismo tiempo expresaba hipo y burla.

—Bueno, bueno—murmuró el anciano, moviendo la cabeza en ademán de conciliación—. En mi casa no será molestada; yo le respondo de que no será molestada, ¡ji, ji! .

—Gracias—dijo la dama secamente, tratando de darse aire con los restos de su abanico.

—El señor don Miguel de Baraona y yo fuimos muy amigos—añadió Carnicero, volviendo a Jenara su faz plana, fría, sin expresión de sentimiento alguno—, pero muy amigos. Cuando aquellas cuestiones de la Santa Iglesia Colegial de Vitoria con los *Canónigos cuartos de frutos* de Calahorra, vino aquí don José Marqués, *canónigo entero;* don Vicente Morales, *racionero medio*, y don Andrés de Baraona, *canónigo quarto de optación*, hermano de su abuelo de usted, que también vino. Yo le conseguí el arcedianato de Berberiega para su primo. ¡Cuántas tardes pasamos juntos en este despacho hablando de sermones y toros! Era en los tiempos de Pedro Romero, y dicho se está que había materia para dos buenos aficionados como nosotros. Si el señor De Baraona viviera, se acordaría de cuando vimos la cogida de *Pepe-Hillo* y la célebre cornada de José Cándido, motivada por haberse *escupido* el toro, con lo que se atolondró José y quiso matarlo fuera de jurisdicción, recibiendo un encontronazo...

Estas últimas frases no las dirigía don Felicísimo a Jenara, sino a cierto personaje, desconocido para nosotros, que a su lado estaba, y había entrado poco antes que nuestros amigos. Era un joven de aspecto más bien ordinario que fino, de rostro tan salpicado de viruelas, que parecía criba, de complexión sanguínea y algo gigántea: de ajustada chaqueta vestido, con el pelo corto y la frente más

corta acaso. Su facha, su traje y cierta expresión inequívoca que impresa en su rostro estaba como un letrero, decían que aquel hombre era del gremio de tablajeros, cortadores o tratantes en carnes. Los tres oficios había tenido, mas con tan poco aprovechamiento, que los cambió por una plaza de demandadero en la cárcel de la Villa. Era hijo de una antigua sirvienta de don Felicísimo, y éste lo había criado en su casa y le tenía bastante cariño. Pedro López, por otro nombre *Tablas* (que así le bautizaron en el Matadero), respetaba mucho a su protector. Iba a verle diariamente al anochecer, se sentaba a su lado, le hablaba un poco de la cárcel, de becerros si era invierno y de toros si era verano; después le servía la cena, y, por último, le acompañaba a rezar el rosario, devoción a que no faltó don Felicísimo ni en un solo día de su vida.

Doña María del Sagrario no tardó en venir. Era una señora que aparentaba más edad de la que realmente tenía, por causa de una lamentable emigración de todos los dientes de su boca, no quedando en aquellos reinos más que algunas muelas, que temblando habían pedido también sus pasaportes. Ella no tenía pretensiones de belleza ni aun de buen parecer, y así su elegancia era la sencillez, su perfumería la limpieza y su peinado simplicísimo. Consistía en recoger en una sola trenza los cabellos fieles que le quedaban y hacer con ésta un moño chiquito, el cual, atravesado de una horquilla o flecha, como corazón simbólico, parecía una limosna de cabellos enviada por el cielo sobre su cráneo, que iba igualando a las encías en sus condiciones de país desierto. Por lo demás, doña María del Sagrario era bondadosa, de excelente corazón y de mucho palique; pero tanto desentonaba su voz, por causa de estar su boca tan solitaria como casa de mostrencos, que las palabras parecían salir y entrar por aquellas cavidades jugando y haciendo cabriolas. Cuando reía creeríase que lloraba, y cuando regañaba a la criada parecía mandar un batallón, y el rezar era en ella como un soplamiento de fuelles rotos.

—Mucho nos honra usted, Jenarita —le dijo besándola—, con aceptar nuestra hospitalidad. Eso no será nada. Algún malentendido. ¡Es tan fácil ahora que los buenos se confundan con los pícaros! Ayer mismo, ¿no apalearon en esta misma calle al sacristán de la Venerable Orden Tercera por confundirlo con un pícaro zapatero que fué condenado a la horca y luego indultado en el *llamado tiempo constitucional,* que ni fué tal tiempo ni cosa que lo valga?

—Sagrario, m u c h a conversación es ésa, ¡ji, ji!—dijo a este punto don Felicísimo—. Jenarita no es persona con quien debemos gastar cumplidos ni etiquetas; por tanto, tráeme mi cena, que la gusana me dice que es hora.

Poco después, el señor Carnicero tenía delante la servilleta en lugar del papel, y la cuchara en vez de la pluma. Tras los primeros bocados, habló así:

—No es extraño, Jenarita, que con la marcha que lleva este Gobierno por el camino de la francmasonería, sean perseguidos los buenos españoles. Ese pobre rey se ha entregado en manos de la herejía y del democratismo; la reina nos quiere embobar con músicas; pero no le valdrán sus mañas para hacernos tragar la sucesión de su hija Isabelita, que así será reina de España como yo emperador de la China, ¡ji, ji! Ellos ven venir el nublado y se preparan; pero nosotros nos preparamos también..., y es flojita cosa la que defendemos..., así como quien no dice nada..., la religión sacratísima, el t r o n o español y nuestras costumbres tradicionales, puras, nobles y sencillas. ¡Ah! Perdóneme usted, Jenarita, me olvidé de decirle si gustaba cenar. Pero aquí no andamos con etiquetas, y en mi casa todo es llaneza y confianza.

—Gracias—repuso Jenara, que, solicitada de otros pensamientos, no oyó ni una sola palabra del discurso del señor Carnicero.

Pipaón y Micaelita cuchicheaban en la sala inmediata, y doña María del Sagrario había ido a preparar la cena para todos, lo que requería no poca habilidad por haber aumentado las bocas y no los manjares. *Tablas* servía la cena al señor don Felicísimo, el cual le hablaba de este modo:

—Pues volviendo a lo que te decía cuando entraron estos señores el toreo está ahora tan por los suelos, que no se puede hablar de él sin que se le caiga a uno la cara de vergüenza. Y no me digan que se ha fundado un Conser-

vatorio de Tauromaquia. Tonto de capirote es el que lo inventó. Yo admiro a don Pedro Romero, yo le tengo por un Cid de los tiempos modernos; por eso no quisiera verle hecho un catedrático de brega. Mira tú, los toreros de hoy dan asco... Si el Señor Omnipotente te hubiera querido hacer el favor de criarte en aquel tiempo en que todo era mejor que ahora, todo; en que era más honrada la gente, más rico el país, más barata la comida, más guapas las mujeres, más religiosos los hombres, más valientes los militares, más benigno el frío, más alegre el cielo, más honestas las costumbres, más bravos los toros, y más, mucho más hábiles los toreros..., ¡ji, ji...! ¿Por qué te ríes?

El hipo de don Felicísimo arreció de tal modo, que hubo de pararse un rato para tomar aire. Después prosiguió así:

—Si hubieras vivido en aquel feliz tiempo, te habrías desbaratado de gusto viendo en medio del redondel a Joaquín Rodríguez, por otro nombre *Costillares*, o a José Delgado, mi amigo queridísimo, por otro nombre *Pepe-Hillo*. Me parece que le estoy mirando cuando el toro se ceñía. Entonces tenía que ver su serenidad y destreza, ¡ji! El lo llamaba de frente, tomando la rectitud de su terreno conforme las piernas que le advertía la fiera, y luego que le partía, ¡ji!, le empezaba a cargar y tender la suerte, ¿entiendes? Con este quiebro, el toro se iba desviando del terreno del diestro, y cuando llegaba a jurisdicción, le daba el remate seguro, ¡ji, ji, ji!

Con las cabezadas que daba don Felicísimo brillaban sus ojos en el semblante plano como los agujeros de una palmeta. Al mismo tiempo su mano, armada de tenedor, tomaba las actitudes toreriles amenazando el vaso de vino, puesto en el lugar del tintero.

—Señora, usted se aburrirá con esta conversación mía—dijo el anciano contemplando a Jenara, quien permanecía con los ojos bajos—. Como aquí no hay cumplimientos, que es palabra compuesta de *cumplo* y *miento*, ni las pamemas que llaman etiqueta, yo hablo de lo que más me gusta, ¡ji! Este buen *Tablas* es un chiquilicuatro que por no tener alma no ha emprendido el oficio de m i r a r cara a cara a la cuerna, y está de demandadero en la cárcel de Villa. Si no tuviera el defecto de coger sus monas los lunes y aun los martes, sería un cumplido muchacho, siempre que se corrigiera del vicio de sobar las cuarenta.

Tablas se ruborizó al oír su panegírico.

—Jenara, venga usted a cenar—dijo Sagrario, entrando—. Déme u s t e d su mantilla.

Don Felicísimo había concluído.

—Hija, ¿ha venido esta tarde el padre Alelí?—preguntó.

—No ha aparecido su reverencia.

—¿No se sabe nada de la pupila de Benigno Cordero, que está con pulmonía?

—Iba mejor, pero ha recaído. ¡Cristo, qué desgracia!—exclamó Sagrario en un desentono tan singular que parecía enguajarse la boca con las palabras—. Cruz fué esta tarde a la iglesia y me dijo que el pobre Benigno está como alma en pena. Va a la botica por las medicinas y se deja el sombrero sobre el mostrador, habla solo, y cuando vende no cobra, y cuando cobra no da la vuelta, y cuando la da, da oro por cobre.

—Es un alma de cántaro, ¡ji!... *Tablas*, ve después a preguntar por la enferma. Benigno es loco, pero es paisano y le aprecio... Jenarita, ¿por qué tiene usted ese aire de tristeza y abatimiento? Aquí no hay nada que temer. Estamos en sagrado, es decir, en una casa pura y absolutamente, ¡ji, ji!..., apostólica.

Jenara no cenó. Había perdido el apetito, y la especial manera de guisar que en aquella casa había no era la más a propósito para despertarlo. A esta feliz circunstancia de la desgana de un convidado debió Pipaón que le tocara algo, aunque no fué mucho, según consta en las crónicas que de aquellos acontecimientos quedaron escritas.

Levantóse Jenara de la m e s a antes que los demás para decir una cosa importante al señor don Felicísimo, que aún no había salido de su guarida, y al llegar a la puerta de ésta oyó la voz del anciano, muy desentonada y colérica. Decía así:

—Ladrón, verdugo, borracho, no te daré un maravedí aunque te me pongas de rodillas delante y me enciendas velas. Yo no soy bueno, yo no soy santo; no pienses que me embobarás con tus lisonjas. ¿Tengo yo alguna mina? ¡ji! ¿Acuño moneda?, ¡ji! Quítateme,

¡ji!. de delante y púdrete si quieres. No hay un cuarto; hoy no se fía aquí. Toca a otra puerta, muérete, revienta, pégate un tiro, y si no basta, ¡ji, ji!..., te pegas dos o media docena.

Con voz humilde y ahogada por la pena, *Tablas* habló después para pintar con frases amañadas la enormidad de su apuro, y Carnicero redobló sus negativas, sus bufidos, sus hipos, todo en defensa de su bolsa. Jenara no necesitó oír más, y al punto renunció a decir a don Felicísimo lo que había pensado. Mujer de recursos intelectuales, improvisaba planes con la celeridad propia de todo grande y fecundo ingenio.

La campanilla sonó, y *Tablas* fué a abrir la puerta. Llegaron tres señores, que se dirigieron a la sala, donde Sagrario acababa de poner luz. Entrando otra vez en el comedor, la dama vió que Pipaón y Micaelita no parecían disgustados de hallarse juntos. Sagrario andaba por la cocina riñendo con la criada, en lenguaje discorde e inarmónico, semejando un órgano que tuviera todos los tubos agujereados. Jenara volvió al pasillo, que era largo, complicado, anguloso, y a causa del blanqueo daba más cuerpo a las sombras que sobre él caían. Allí vió la atlética figura de *Tablas* que salía del cuarto del señor, y dirigiéndose a un ángulo oscuro donde estaban algunos muebles viejos, como en destierro, dejábase caer sobre una silla y apoyaba la cabezota en ambas manos mirando al cielo. Jenara se llegó a él. Era el ángel del consuelo.

XIX

—¿Cómo te va, Elías? Señor conde de Negri, buenas noches. Buenas noches, señor don Rafael Maroto.

Así saludó don Felicísimo a sus amigos, entrando en la sala, candilón en mano. Como aún no le hemos visto andar, no hemos podido decir que andaba a pasitos cortos, muy cortos, y así tardó una buena pieza en llegar al centro de la estancia. Vióse entonces la longitud de su levitón negro, el cual le llegaba hasta los pies, de modo que no parecía que andaba, sino que estaba fijo sobre una tablilla con ruedas, de la cual tirara con lentitud una invisible mano. Puso el candilón sobre la mesa, y como la vecindad de la lámpara hacía que aquél palideciera de envidia, lo apagó.

—Usted siempre tan fuerte—dijo uno de los amigos, dando un palmetazo en la rodilla de Carnicero.

Era este amigo un señor pequeño, o, por mejor decir, archipequeño, adamado y no muy viejo.

—Defendiéndonos admirablemente—repuso Carnicero, cogiéndose una pierna con las manos y levantándola para ponerla sobre la otra.

—Un cigarrito—dijo aquel de los amigos que llamaban Maroto, y era el más joven de los tres, de buena presencia, bigotudo y con señalado aspecto marcial.

El conde de Negri, con el cigarrito en la boca, sacó eslabón y piedra y empezó a echar chispa. Durilla era la faena y la mecha no quería encenderse.

—¡Maldito pedernal!—murmuró el señor conde.

Y las chispas iban en todas direcciones menos en la que se quería. Una fué a estrellarse en la cara plana de don Felicísimo como proyectil ardiente en la muralla de un bastión formidable; otra parecía que se le quería meter por los ojos al propio señor conde, y chispa hubo que llegó hasta el cuadro de Animas, dando instantáneamente un resplandor verdadero a aquel *Purgatorio* figurado. Al fin prendió la mecha.

—¡Gracias a Dios que tenemos fuego!—dijo don Felicísimo entre dos hipos—. Con estos tubos de vidrio que han inventado ahora para encerrar las luces no se puede encender en las lámparas.

En tanto, el tercero de los amigos, que era bastante anciano y se distinguía por la curvatura exagerada de su nariz, había puesto unos papeles sobre la mesa, y los miraba y revolvía atentamente. De repente dijo así:

—No hay que contar con Zumalacárregi.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó Carnicero—. ¿Ha escrito? Pues a mi carta no se dignó contestar. ¿Sigue en El Ferrol?

—Pues nos pasaremos sin él—indicó el conde de Negri—. La causa revienta de partidarios, quiero decir que los tiene de sobra en todas las clases de la

sociedad, y así no es bien que solicite coroneles, como es uso y costumbre entre liberalejos.

—Ya sabemos—dijo con tono de autoridad el llamado Elías, alzando los ojos del papel—que la causa que defendemos es legalmente una batalla ganada. Habiendo sucesor varón no puede suceder una hembra. Moralmente también es cosa fuera de duda. El clero en masa apoya al partido de la religión, y con el clero, la mayoría del reino y la aristocracia.

—Y el Ejército—declaró el conde pequeñito, plegando mucho los párpados, porque le ofendía la luz.

—Eso está por ver—replicó, Elías Orejón—. Desde la guerra de la Independencia, el Ejército, lo mismo que la Marina, están carcomidos por la masonería. La revolución del veintitrés obra fué de los masones militares; las intentonas de estos años también son cosa suya, y en estos momentos, señores, se está formando una sociedad llamada la Confederación Isabelina, en la que andan muchos pajarracos de alto vuelo y que por el rotulito ya da a entender adónde va. Necesitamos...

—¡Claro, clarísimo, indubitable!...—exclamó Carnicero, que deseaba meter baza, por no hallarse conforme con su amigo en aquel tema.

—Necesitamos—prosiguió el otro, alzando la voz en señal de enojo por verse interrumpido—, necesitamos, aunque el escrupuloso señor infante no lo crea así, asegurar y comprometer aquellas cabezas militares más potentes. Ya se puede decir que son *de acá* los siguientes señores: el conde de España, capitán general del Principado; el señor González Moreno, gobernador militar de Málaga...

—Buenos, buenos, bonísimos—dijo Carnicero, que no podía contener sus ganas de interrumpir a cada instante.

Orejón citó otros nombres, añadiendo luego:

—En el ramo de hombres civiles o eclesiásticos de gran nota, andamos a la conquista del señor Abarca, obispo de León, y de don Juan Bautista Erro, consejero de Estado, a los cuales sólo les falta el canto de un duro para caer también de la parte *acá*.

—Bueno es que los clérigos y hombres civiles vengan—dijo Maroto—; pero por santa y gloriosa que sea la causa de su alteza, y yo doy de barato que es la causa de Dios, no se hará nada sin tropa.

—¿Y los voluntarios realistas?

—Son buenos como auxilio, pero nada más. Denme generales aguerridos, jefes de valor y prestigio, y el día en que don Fernando acabe, que no tardará, al decir de los médicos, don Carlos será rey por encima de todas las cosas.

—Eso, eso—afirmó Elías, sentando la palma de la mano sobre los papeles—, generales aguerridos, jefes militares de valor y prestigio; al grano, al grano.

—Todo vendrá—indicó Carnicero—, cuando el caso llegue. Cuando se cuenta, como ahora, ¡ji!, con el santo clero en masa, capaz de alzar en masa al reino todo, como en la guerra de la Independencia, lo demás vendrá por sus pasos contados. En cartas y por manifestaciones verbales me han demostrado su conformidad las siguientes órdenes y religiones: los Agustinos calzados, de Madrid; la Congregación benedictina Tarraconense, Cesaraugustana, de la corona de Aragón y de Navarra; los Menores de San Francisco, los Agustinos Recoletos o Calzados, los Canónigos seglares del Orden Premonstratense.

—Espadas, espadas—dijo bruscamente Maroto—, y con espadas, no sólo no estarán de más las correas o rosarios, sino que servirán de mucho.

—Y yo—indicó el conde de Negri, dirigiéndose al balcón a punto que sonaba en la calle el estrepitoso rodar de un coche—me atrevo a proponer que todas las conquistas se pospongan a la conquista del vecino.

El coche paró junto a la casa. Era el carruaje de Calomarde, que vivía frente por frente de Carnicero, en el palacio del duque de Alba.

—Su excelencia ha entrado en su palacio—dijo el conde de Negri, atisbando por los vidrios verdosos y pequeñuelos de uno de los balcones.

—Todo se andará—manifestó don Felicísimo—. La conversación que tuvimos él y yo hace dos días me hace creer que don Tadeo tardará en ser apostólico lo que tarde su majestad en tener, ¡ji!, el ataque de gota que corresponde al otoño próximo.

—Y si no—dijo Negri, tornando a su

asiento—, le barrerán. Después veremos quién toma la escoba... ¡Cuidado con doña Cristina y qué humos gasta! ¡Si creerá que está en Nápoles y que aquí somos *lazzaronis...!* Pues ¿no se atrevió a pedir mi destitución del puesto que tengo en la mayordomía del señor infante? Gracias a que los señores me han sostenido contra viento y marea. Aquí, entre cuatro amigos—añadió el conde, bajando la voz—, puede revelarse un secreto. He dado ayer un bromazo a nuestro soberano provisional que va a dar mucho que reír en la Corte. En imprenta que no necesito nombrar, se están imprimiendo unos versos de no sé qué poeta en elogio de su majestad napolitana. Hacia la mitad de la composición se habla de la *angélica* Isabel y de la *inmortal Cristina.* Pues yo...

El conde se detuvo, sofocado por la risa.

—¿Qué?

—Pues yo, como tengo relaciones en todas partes, me introduje en la imprenta y di ocho duros al corrector de pruebas para que quitara bonitamente la *t* de la palabra inmortal.

—La *inmoral* Cristina, ¡ji, ji!...

—Espadas, espadas—gruñó Maroto—, y no bromas de esa especie.

—Toda cooperación debe aceptarse —dijo Elías, refunfuñando—, aunque sea la cooperación de una errata de imprenta.

Cuando esto decían, la luz de la lámpara, ya fuera porque doña María del Sagrario, firme en sus principios económicos, no le ponía todo el aceite necesario, ya porque don Felicísimo descompusiera, a fuerza de darle arriba y abajo, el sencillo mecanismo que mueve la mecha, empezó a decrecer, oscureciendo por grados la estancia.

—Voy a contar a ustedes, señores—dijo Elías—, la conversación que ayer tuve con el señor Abarca, obispo de León, el hombre de confianza de su majestad... Pero, don Felicísimo, esa luz...

—Empiece usted. Es que la mecha... —replicó Carnicero, moviendo la llave.

—Pues el señor Abarca me pidió informes de lo que se pensaba y se decía en el cuarto del infante. Yo creí que con un hombre tan sabio y leal como el señor Abarca no debía guardar misterios... Le dije pan pan, vino vino... Pero esa luz...

—No es nada; siga usted; ya arderá.

—Le expuse la situación del país, anhelante de verse gobernado por un príncipe real y verdaderamente absoluto, que no transija con masones, que no admita principios revolucionarios, que cierre la puerta a las novedades, que se apoye en el clero, que robustezca al clero, que dé preeminencias al clero, que atienda al clero, que mime al clero.. Pero esa luz, señor don Felicísimo...

—Verdaderamente, no sé qué tiene. Siga usted.

—Convino conmigo su ilustrísima en que por el camino que va el rey marchamos francamente, y él el primero por la senda de la revolución... ¡Que nos quedamos a oscuras!...

La luz decrecía tanto, que los cuatro personajes principiaron a dejar de verse con claridad. Las sombras crecían en torno suyo. Los empingorotados respaldos de los sillones parecían extenderse por las paredes en correcta formación simulando un cabildo de fantasmas congregados para deliberar sobre el destino que debía darse a las ánimas. Las rojas llamas del cuadro se perdían en la oscuridad y sólo se veían los cuerpos retorcidos.

—Díjome también su ilustrísima que ahora se va a emprender una campaña de exterminio contra los liberales... ¡Por Dios, señor don Felicísimo, luz, luz!

La lámpara se debilitaba y moría, derramando con esfuerzos su última claridad por las paredes blancas y por el techo blanco también. Lanzaba a ratos la llama un destello triste, como si suspirase, y después despedía un hilo de humo negro, que se enroscaba fuera del tubo. Luego se contraía en la grasienta mecha, y burbujeando con una especie de lamento estertoroso, se tornaba en rojiza. Las cuatro caras aparecían ora encendidas, ora macilentas, y la sombra jugaba en las paredes y subía al techo, invadiendo a ratos todo el aposento, retirándose a ratos al suelo para esconderse entre los pies y debajo de los muebles.

—Esa campaña de exterminio que se va a emprender, fíjense ustedes bien —prosiguió Orejón—, no favorece al rey, sino al infante. Todo lo que ahora sea reprimir es en ventaja de la gente apostólica. Así nos lo darán todo hecho,

y lo odioso del castigo caerá sobre ellos, mientras que nosotros... ¡Luz, luz!

Don Felicísimo quiso llamar; pero en aquella casa no se conocían las campanillas. Así es que empezó a gritar también:

—¡Luz, luz; que traigan una luz!

La lámpara se extinguió completamente y todos quedaron de un color.

—¡Luz, luz!—volvió a gritar don Felicísimo.

Orejón, que estaba muy lleno de su asunto y no quería soltarlo de la boca, a pesar de la oscuridad, prosiguió así:

—Que, utilizando con energía la horca y los fusilamientos, limpien el reino de esas perversas alimañas, es cosa que nos viene de molde.

—Aguarde usted, hombre... Estamos a oscuras...

—¡Ji!..., se han dormido y no nos traen luz—dijo don Felicísimo—. Sagrario, Sagrario. *Tablas*... Nada; todos dormidos.

Así era, en verdad.

—¿Tiene usted avíos de encender, señor conde? Aquí, en este cajoncillo de la mesa debe de haber, ¡ji, ji!, pajuela.

Pronto se oyó el chasquido del eslabón contra el pedernal. Las súbitas chispas sacaban momentáneamente la estancia de la oscuridad. Se veían como luz de relámpago las cuatro caras apostólicas, la fúnebre fila de sillas de caoba y el cuadro de ánimas.

—La raza liberalesca y masónica estará ya exterminada cuando llegue el momento de la sucesión de la corona —decía Orejón, entusiasmado—. ¡Admirable, señores!

Don Felicísimo tenía la pajuela en la mano para acercarla a la mecha luego que ésta prendiese, y al brotar de la chispa, su cara plana, en que se pintaban la ansiedad y la atención, parecía figura de pesadilla o alma en pena.

—Trabajan para nosotros, y ahorcando a los liberales se ahorcan a sí mismos.

—Es evidente—murmuró don Rafael Maroto.

—¡Demonches de pedernal!

—¡Luz, luz!—volvió a decir don Felicísimo—. Pero Sagrario... Nada, lo que digo: todos dormidos.

Por fin prendió la mecha, y aplicada a ella la pajuela de azufre, ardió rechinando como un condenado cuyas carnes se fríen en la olla de Pedro Botero. A la luz sulfúrea de la pajuela reaparecieron las cuatro caras, bañadas de un tinte lívido, y la estancia parecía más grande, más fría, más blanca, más sepulcral...

—De modo—continuaba Elías, cuando don Felicísimo encendía el candilón de cuatro mecheros—que, en vez de apartarles de ese camino, debemos instarles a que por él sigan.

—Sí, que limpien, que despojen...

—Pues ahora—dijo Negri—contaré yo la conversación que tuve con su alteza la infanta doña Francisca.

—Y yo—añadió Carnicero—referiré lo que me dijo ayer fray Cirilo de Alameda y Brea.

XX

Jenara no pudo dormir en el camastro abominable que le destinara doña María del Sagrario, el cual estaba en un cuarto más grande que bonito, todo blanco, todo frío, todo triste, con alto ventanillo por donde venían maullidos y algazara de gatos. Al amanecer pudo aletargarse un poco, y en su desvariado sueño creía ver a don Felicísimo hecho un demonio, ora volando montado en su pluma, ora descuartizando gente con la misma pluma, en cuchillo convertida. La casa se le representaba como un lisiado que suelta sus muletas para arrojarse al suelo, y allí era el crujir de tabiques, el desplome de paredes, la pulverización de techos y las nubes de polvo, en medio del cual, como ave rampante, revoloteaba don Felicísimo llorando con lúgubre graznido, mientras los demás habitantes de la casa se asfixiaban sepultados entre cascote y astillas.

Al despertar sin haber hallado reposo, sus ojos enrojecidos reconocieron la estancia, que más tenía de prisión que de albergue, y acometida de viva aflicción lloró mucho. Después las reflexiones, los planes habilísimos que había concebido, y más que nada la valentía natural de su espíritu, la fueron serenando. Vistióse y acicalóse como pudo, echando muy de menos los primores de su tocador, y pudo presentarse a Micaelita, y a doña Sagrario con semblante risueño.

En sus planes entraba el de amoldar

su conducta y sus opiniones a las opiniones y conducta de los dueños de la casa, y así, cuando visitó al señor don Felicísimo en su despacho y hablaron los dos, era tan apostólica que el mismo infante la habría juzgado digna de una cartera en su ministerio futuro. Según ella, la perseguían por apostólica, y su *apostoliquismo* (fué su palabra) era de tal naturaleza que la llevaría valientemente a la lucha y al martirio. Carnicero, que en su marrullería no carecía de inocencia (virtud hasta cierto punto apostólica), creyó cuanto la dama le dijo, y, establecida entre ambos la confianza, el anciano le contaba diariamente mil cosas de gran sustancia y meollo, referentes a la causa. Sirven de ejemplo las siguientes confidencias:

«¡Bomba, señora! Diréle a usted lo más importante que he sabido anoche. Una monjita de las Agustinas Recoletas de la Encarnación soñó no hace mucho que el infante se ceñía la corona, asistido de no sé cuántas legiones de ángeles. Escribió su sueño en una esquelita, que remitió a su alteza, el cual la besó y tuvo con esto un grandísimo gozo. Me lo ha contado Orejón.»

«¡Bomba, señora! La trapisonda de Andalucía ha terminado. Los marinos que se sublevaron en San Fernando están ya fusilados, y el bribón de Manzanares, que desembarcó con unos cuantos tunantes, ha perecido también. ¡Si no hay sahumerio como la pólvora para limpiar un reino! Que desembarquen más si quieren. El Gobierno se ha preparado, arma al brazo. Ahora, vengan pillos.»

«¡Gran bomba, señora! Mañana ahorcan a Miyar, el librero de la calle del Príncipe, por escribir cartas democráticas. Pronto le harán compañía Olózaga, Bringas y Angel Iznardi.»

Generalmente estas noticias eran dadas al anochecer o durante la cena, en presencia de *Tablas*. Después se rezaba el rosario, con asistencia de todos los de la casa, y de Jenara, que desempeñaba su parte con extraordinario recogimiento y edificación.

Ya se habrá comprendido que la muy pícara se valió de los ahogos pecuniarios del bueno de Perico *Tablas* para sobornarle y ponerle de su parte. El demandadero de la cárcel de Villa, que no era ciertamente un Catón, se rindió a la voluntad dispendiosa de Jenara, sirviéndole como se sirve a una dama que reúne en sí afabilidad, hermosura y dinero.

Dos días habían pasado desde la prisión de Olózaga, cuando se vió a *Tablas* y a Pepe Olózaga, hermano menor de Salustiano, bebiendo *medios chicos* de vino en la taberna de la calle Mayor, esquina a la de Milaneses. Jenara no sólo supo explotar en provecho propio los buenos servicios de *Tablas*, sino que los utilizó en pro de Salustiano, por quien mucho se interesaba.

Este insigne joven, que había de alcanzar fama tan grande como orador y hábil político, fué primero encerrado en lo que llamaban *El Infierno*, lugar tenebroso, pero más horrendo aún por sus habitantes que por sus tinieblas, pues estaba ocupado por bandidos y rateros, la peor y más desvergonzada canalla del mundo. No creyéndole seguro en *El Infierno*, el alcaide le trasladó a un calabozo y de allí a una de las altas buhardillas de la torre. Antes de que mediara *Tablas*, pudo Pepe Olózaga ponerse en comunicación con su hermano, valiéndose de una fiambrera de doble fondo y del palo del molinillo de la chocolatera.

El ingenio, la serenidad, la travesura de Salustiano eran tales, que en pocos días se hizo querer y admirar por los presos que le rodeaban y que allí entraron por raterías y otros desafueros. Los demás presos no se comunicaban con él. Pepe Olózaga, después de ganar a *Tablas*, a quien hizo creer que su hermano estaba encarcelado por *cosas de mujeres*, intentó ganar también a uno de los carceleros, pero no pudo conseguirlo. Más afortunado fué Salustiano, que, seduciendo dentro de la prisión a sus guardianes con aquella sutilísima labia y trastienda que Dios le dió, pudo comunicarse con Bringas. Ambos sabían que si no se fugaban serían irremisiblemente ahorcados. Discurrieron los medios de alargar los procedimientos para ver si ganando tiempo adelantaba el negocio de su salvación, y al cabo convinieron en que Bringas se fingiría mudo y Olózaga loco.

Tan bien desempeñó éste su papel, que por poco le cuesta la vida. Principió por fingirse borracho: propinóse

una pulmonía acostándose desnudo sobre los ladrillos, y los carceleros le hallaron por la mañana tieso y helado como un cadáver. Tras esto venía tan bien la farsa de su locura, que siete médicos realistas le declararon sin juicio. Así ganó un mes.

Miyar, que no era travieso, ni abogado, ni hombre resuelto, pereció en la horca el 11 de abril.

Mejor le fué a Olózaga con su locura que a Bringas con su mutismo, porque impacientes los jueces con aquel tenaz silencio, que les impedía despachar pronto, imaginaron darle un ingenioso tormento, el cual consistía en clavarle en las uñas astillas o estacas de caña. Nada consiguieron con esto; pero Bringas perdió la salud y no salió de la cárcel sino para morirse. Es un mártir oscuro, del cual se ha hablado poco, y que merece tanta veneración como lástima.

Pepe Olózaga y los amigos de Salustiano trabajaban sin reposo. Las comunicaciones con el preso eran frecuentes, y no sólo recibió éste ganzúas y dinero, que son dos clases de llaves falsas, sino también el correspondiente puñal y un poquillo de veneno para el momento desesperado. Antes el suicidio que la horca.

Jenara, que salía de noche furtivamente de la casa de don Felicísimo, iba donde se le antojaba sin que nadie la molestase, y así pudo ayudar a la familia de Olózaga. Hízose muy amiga de la mujer del escribano señor Raya y también de la mujer del alcaide. A la sangre fría del preso primeramente, a la constancia y diplomacia de su hermano Pepe, al oro de la familia y, por último, a la compasión y buen ingenio de algunas mujeres, debióse la atrevidísima y dramática evasión, que referiremos más adelante en breves palabras, aunque referida está del modo más elocuente por quien debía y sabía hacerlo mucho mejor que nadie.

Jenara, preciso es declararlo, no tenía puestos los ojos en la cárcel de Villa por el sólo interés de Salustiano y su apreciadísima familia. Allí, en la siniestra torre que modernamente han pintado de rojo, para darle cierto aire risueño, estaba un preso menos joven que Olózaga, de gentil presencia y muchísima farándula, el cual pasaba por preso político entre los rateros, y por un ladronzuelo entre los políticos. Era, según *Tablas*, hombre de grandes fingimientos y transmutaciones, al parecer, instruído y cortés. Figuraba en los registros con dos o tres nombres, sin que se hubiera podido averiguar cuál era el suyo verdadero. *Tablas* reveló a la señora que no era ella sola quien se interesaba por aquel hombre, sino que otras muchas de la Corte le agasajaban y atendían.

Las señas que el demandadero indicaba de la persona del preso convencían a Jenara de que era quien ella creía, y más aún las respuestas que a sus preguntas daba. No obstante, la dama no pudo lograr ver su letra, por más que a entablar correspondencia le instó por conducto del demandadero. El preso pidió algunas onzas y se las mandaron con mil amores. Se trabajó con jueces y escribanos para que le soltaran, estudióse la causa, y ¿cuál sería la sorpresa, el despecho y la vergüenza de Jenara al descubrir que el preso misterioso no era otro que el celebérrimo Candelas, el hombre de las múltiples personalidades y de los infinitos nombres y disfraces, figura eminente del reinado de Fernando VII y que compartió con don José María los laureles de la caballería ladronera, siendo el héroe legendario de las ciudades como aquél lo fué de los campos?

Corrida y enojada, la señora descargó su cólera contra Pipaón, a quien puso cual no digan dueñas, y no le faltaba motivo para ello, porque el astuto cortesano de 1815 la había engañado, aunque no a sabiendas, diciéndole que el que buscaba estuvo primero en casa de Olózaga y después preso en la Villa con los demás conjurados, noticias ambas enteramente contrarias a la verdad.

A todas éstas, Jenara no tenía valor para abandonar la hospitalidad que le había ofrecido don Felicísimo, y continuaba embaucándole con su entusiasmo apostólico, sabedora de que la mayor tontería que podía hacerse en tan benditos tiempos era enemistarse con la gente de aquel odioso partido.

Al anochecer de cierto día de mayo Jenara vió salir al padre Alelí del cuarto de don Felicísimo, y poco después de la casa. Como no tenía noticias de Sola ni del estado de su peligrosa y larga enfermedad, luego que el fraile se marchó,

fué derecha a la madriguera de don Felicísimo para saber de la protegida del señor Cordero.

—¡Grande, estupenda bomba, señora!—dijo el anciano, a quien acompañaba, rosario en mano, el atlético *Tablas.*

—¿Se sabe algo de esa joven?...

—Ya pasó a mejor o peor vida, que eso Dios lo sabrá—repuso Carnicero, volviendo hacia Jenara su cara plana que, iluminada de soslayo, parecía una luna en cuarto menguante.

—¡Ha muerto!—exclamó la dama con aflicción grande.

—Ya le han dado su merecido. Conozco que es algo atroz, pero no están los tiempos para blanduras. «Hazme la barba y hacerte he el copete.»

—Yo pregunto por la pupila de nuestro amigo Cordero—insistió Jenara.

—Acabáramos. Yo me refiero a esa señora que han ahorcado en Granada. ¿Cómo la llamaban, *Tablillas?*

—Mariana Pineda.

—Eso es. Bordadme banderitas para los liberales desembarcadores. El cabello se pone de punta al ver las iniquidades que se cometen. ¡Bordar una bandera, servir de estafeta a los liberales!... Y ¡sabe Dios las demás picardías que los señores jueces habrían querido dejar ocultas, por miramiento al sexo femenino!...

—Y ¡esa señora ha sido ahorcada!—exclamó Jenara, lívida a causa de la indignación y el susto.

—¿Que si ha sido...? Y lo sería otra vez si resucitara. O hay justicia o no hay justicia. Como el Gobierno afloje un poco, la revolución lo arrastra todo: monarquía, religión, clases, propiedad... Esta doña Mariana Pineda debe ser nieta de un don Cosme Pineda, que vino aquí por los años de noventa y ocho a gestionar conmigo cierto negocio de la capellanía de Guadix..., buena persona, sí, buena. Era poseedor de una de las mejores ganaderías de Andalucía, la única que podía competir con la de los religiosos Dominicos, de Jerez de la Frontera, donde se crían los mejores toros del mundo.

—Y esa doña Mariana—dijo Jenara—era, según he oído, joven, hermosa, discreta... ¡Bendito sea Dios, que entre tantas maravillas de hermosura ha criado, El sabrá por qué, tantos monstruos terribles: los leones, las serpientes, los osos y los señores de las comisiones militares...

—¿Chafalditas tenemos...?—dijo don Felicísimo, echando de su boca un como triquitraque de hipos, sonrisillas y exclamaciones que no llegaban a ser juramentos—. Mire usted que se puede decir: «Al que a mi me trasquiló, las tijeras, ¡ji, ji!, le quedaron en la mano.»

La dama le miró, reconcentrada en el corazón la ira; mas no tanto que faltase en sus ojos un destello de aquel odio intenso que tantos estragos hacía cuando pasaba de la voluntad a los hechos. En aquel momento Jenara hubiera dado algunos días de su vida por poder llegarse a don Felicísimo y retorcerle el pescuezo, como retuerce el ladrón la fruta para arrancarla de la rama; pero excusado es decir que no sólo no puso por obra este atrevido pensamiendo homicida, sino que se guardó muy bien de manifestarlo.

—Yo no soy tampoco de piedra—añadió Carnicero, echando un suspiro—; yo me duelo de que se ahorque a una mujer; pero ella se lo ha guisado y ella se lo ha comido, porque ¿es o no cierto que bordó la bandera? Demostrado está que sí. Pues la ley es ley, y el decreto de octubre ha proclamado el tentetieso. Conque adóbenme esos liberales. Dicen que fueron tigres los señores jueces de Granada. Calumnia, enredo. Yo sé de buena tinta..., vea usted: aquí tengo la carta del señor Santaella, racionero medio y tiple de la catedral de Granada..., hombre veraz y muy apersonado que por no gustarle el clima de Andalucía quiere una plaza de tiple en la Real Capilla de Madrid...; pues me dice, vea usted, me dice que cuando la delincuente subió al patíbulo, los voluntarios realistas que formaban el cuadro se echaron a llorar... Un padrenuestro, *Tablas*, recémosle un padrenuestro a esa pobre señora.

Igual congoja que los voluntarios realistas sintió Jenara al oír el rezo de Carnicero y *Tablas;* pero dominándose con su voluntad poderosa, varió de conversación diciendo:

—¿Se sabe de la pupila de Cordero?

—Esa...—replicó don Felicísimo con desdén—está fuera de peligro. Hierba ruin no muere.

XXI

«Sí, ya está fuera de peligro, gracias al Señor y a su Santísima y única Madre la Virgen del Sagrario. Decir lo que he padecido durante esta larga y complicada dolencia de la apreciable *Hormiga* durante estos cuarenta y tantos días de vicisitudes, mejorías, inesperados recargos y amenazas de muerte, fuera imposible. El corazón se me partía dentro del pecho al ver cómo caía y se deslizaba hasta el borde del sepulcro aquella criatura ejemplar, dotada por el Cielo de tantas riquezas de espíritu, y que parece puesta adrede en el mundo para que sirva de espejo a los que necesitamos mirarnos en un alma grande para poder engrandecer un poquito la nuestra. Y más me angustiaba el ver cómo se moría sin quejarse, aceptando los dolores como si fueran deberes; que su costumbre es llevar sobre sí las pesadumbres de la vida, como llevamos todos nuestra ropa. Ya está fuera de peligro y, gracias a Dios, sigue bien. Me parece mentira que es así, y a cada instante tiemblo, figurándome que su cara no recobra tan prontamente como yo quisiera los colores de la salud. Si la oigo toser, tiemblo; si la veo triste, tiemblo también. Pero don Pedro Castelló, que es el primer Esculapio de España, me asegura que ya no debo temer nada. Es fabuloso lo que he gastado en médico y botica; pero hubiera dado hasta el último maravedí de mi fortuna por obtener una probabilidad sola de vida. Mi conciencia está tranquila. Ni sueño ni descanso ha habido para mí en este período terrible. He olvidado mi tienda, mis negocios, mi persona, y al fin, con la ayuda de Dios, he dado un bofetón a la pícara y fea muerte. ¡Viva la Virgen del Sagrario, viva don Pedro Castelló, y también Rousseau, que dice aquello tan sabio y profundo: *No conviene que el hombre esté solo!*»

Así hablaba don Benigno Cordero en la tienda con un amigo suyo muy estimado, el marqués de Falfán. Y era verdad lo que decía de sus congojas y del gran peligro en que había puesto a Sola una traidora pleuresía aguda. La naturaleza, con ayuda de la ciencia y de cuidados exquisitos, triunfó al cabo; pero después recayó la enferma, hallándose en peligro igual, si no superior, al primero. Cuanto humanamente puede hacerse para disputar una víctima a la muerte, lo hizo don Benigno, ya rodeándose de los facultativos más reputados, ya procurando que las medicinas fueran escogidas, aunque costaran doble, y, principalmente, asistiendo a la enferma con un cuidado minucioso y con puntualidad tan refinada que casi rayaba en extravagancia. Digamos en honor suyo que había hecho lo mismo por su difunta esposa.

Aunque parezca extraño, doña Cruzita manifestó en aquella ocasión lastimosa una bondad de sentimientos y una ternura franca y solícita de que antes no tenían noticia más que los irracionales. Sin dejar de gruñir por motivos pueriles, atendía a la enferma con el más vivo interés, velaba y hacía las medicinas caseras con paciencia y esmero. Bueno es decir, para que lo sepa la posteridad, que doña Cruzita tenía en su gabinete el mejor herbolario de todo Madrid.

Cuando don Pedro Castelló dijo que la enferma no tenía remedio, don Benigno manifestó grandeza de ánimo y resignación. No hizo aspavientos ni habló a lo sentimental. Solamente decía: «Dios lo quiere así. ¿Qué hemos de hacer? Cúmplase la voluntad de Dios.» La *Paloma ladrante,* que tenía en su natural genio el quejarse de todo, no supo mantenerse en aquellos límites de cristiana prudencia y dijo algunas picardías inocentes de los santos tutelares de la casa; pero a solas, cuando nadie podía verla, se secaba las lágrimas que corrían de sus ojos. La posteridad se enterará con asombro de las palizas que la buena señora daba a sus perros para que no hicieran bulla ni salieran del gabinete en que estaban encerrados.

Los Corderillos mayores compartían la pena de su padre y su tía, y lo minúsculos, sin darse cuenta de lo que sentían, estaban taciturnos y con poco humor para pilladas. Deportados con las cotorras en el gabinete de su tía, jugaban en silencio, desbaratando una obra de encaje que Cruzita tenía empezada, para rehacerla después ellos a su modo. Cuando Sola estuvo fuera de peligro y sin fiebre, lo primero que pidió fué ver

a los chicos. Radiante de alegría les llevó don Benigno al cuarto de la enferma, diciendo: «Aquí está la Guardia Real Granadera», y al mismo tiempo se le aguaron un poco los ojos. Sola les besó uno tras otro y puso sobre su cama a Juan Jacobo, diciendo:

—¡Cómo ha crecito éste!... y ¡qué gordo está! Bendito sea Dios, que me ha dejado vivir para que os siga viendo y queriendo a todos.

Cordero se había vuelto de espaldas y hacía como que jugaba con el gato. Después se quitó las gafas para limpiarlas. Lo que realmente hacía era defender su emoción de las miradas de Sola y los chicos. Aun en aquel primer día de su convalecencia pudo Sola hacer a la Guardia Real Granadera un obsequio inusitado. Desde el día anterior había guardado cuatro piedras de azúcar de pilón, y dió una a cada muchacho, destinando la mayor a Juanito Jacobo, precisamente por ser el más chico y a la vez el más goloso.

—Un ángel—les dijo—que ha venido todas las noches a preguntar por mí y a ver si se me ofrecía algo me dió anoche estos terrones para todos, encargándome que no se los diera si no se habían portado bien. Yo no sé qué tal se han portado...

—Muy mal, muy mal—dijo doña Cruzita—. No merecían sino azúcar de acebuche y miel de fresno.

—Lo pasado, pasado—añadió Sola—. Ahora se portarán bien.

No había concluído de decirlo cuando ya se oían los fuertes chasquidos de los dientes de Juanito Jacobo partiendo el azúcar. Los cuatro besaron a la que había hecho con ellos veces de madre, y se retiraron muy contentos. Don Benigno no podía contener cierta expansión de gozosa generosidad que, naciendo en su corazón, lo llenaba todo entero. Fué tras los muchachos y dió cuatro cuartos a cada uno para que compraran chufas, triquitraques, pasteles o lo que quisieran. Después le pareció poco, y a los dos mayores les dió una peseta por barba, advirtiéndoles que aquel dinero era para *correrla* en celebración del restablecimiento de Sola, y, por tanto, no debía ser metido en la hucha. Cada uno tenía su hucha con sendos capitales.

Cruzita se fué a sus quehaceres, y don Benigno se quedó solo con la *Hormiga*. En los días de gravedad, cuando le acometía fuertemente la calentura, Sola deliraba. Los individuos conservan en sus desvaríos febriles casi todas las cualidades que les adornan hallándose en estado de perfecta salud, y así, Sola, enferma, era diligente, bondadosa y afable. Agitándose en su lecho con horrible desvarío, mandaba a los chicos a la escuela, le pasaba lección a Rafaelito, reñía a Juanito Jacobo por romper los figurines del *Correo de las Damas*, bromeaba con Cruzita por cuestión de pájaras lluecas o de perros con moquillo, daba órdenes a la criada sobre la comida, se afligía porque no estaban planchadas las camisas de don Benigno, le pedía a éste cigarros para el padre Aleli, preguntaba a los dos qué plato era el más de su gusto para la próxima cena y hablaba con todos de los Cigarrales y de cierta expedición que tenían proyectada; era una reproducción o un lúgubre espejismo de su actividad y de sus pensamientos todos en la vida ordinaria. Acontecía que después de un largo período de exaltación febril, Sola se quedaba muda y sosegada otro largo rato, sin decir más que algunas palabras a media voz. Don Benigno, que atendía a estos monólogos con tanto dolor como interés, pudo entender algunas palabras, entre ellas «don Jaime Servet» (1).

Aquel famoso día de los terrones de azúcar, don Benigno, luego que con ella se quedó solo, le preguntó quién era el tal don Jaime Servet que en sueños nombraba, y ella quiso explicárselo punto por punto; pero apenas había empezado, cuando entraron Primitivo y Segundo trayendo un grande, magnífico y oloroso ramo de rosas, que ofrecieron a Sola con cierto énfasis de galantería caballeresca. Los dos chiquillos tuvieron la excelente idea de emplear las dos pesetas que les dió su padre en comprar flores para obsequiar con ellas a su segunda madre en el fausto día de su restablecimiento; y en verdad que era de alabar la delicadeza exquisita con que procedían, demostrando que en la edad de las travesuras no escasea cierta inspiración precoz de acciones generosas y de la más alta cortesía. Decir cuánto agradeció Sola la fineza, fuera imposi-

(1) Véase *Un voluntario realista*, en este mismo volumen.

ble; y si el fuerte olor de las flores no la marease un poco, habría puesto el ramo sobre la almohada. Les dió besos. y luego pasó el ramo a Cordero para que aspirase la rica fragancia.

Don Benigno no cabía en sí de satisfacción. Se puso nervioso, se le resbalaron las gafas nariz abajo, y ésta parecía hacerse más picuda, tomando no sé qué expresión de órgano inteligente. Sonrisa de vanagloria retozaba en sus labios, y aquel aroma pareciale que llevaba a su alma un regalado confortamiento, paz deleitosa, esperanza, una vida nueva. Los muchachos, al ver el éxito de su hazaña, reventaban de orgullo.

Don Benigno se los llevó prontamente a su cuarto, y les dijo:

—Tomad..., un duro para cada uno. Sois caballeros finos y agradecidos. Muy bien; muy bien, señoritos: este rasgo me ha gustado. En vez de comprar golosinas que os ensucian el estómago..., comprasteis el ramo... Pues... Idos a paseo: no vayáis esta tarde al colegio. Yo lo mando... Adiós... Un duro a cada uno.

Cuando volvió al lado de Sola, Cruzita había llevado, para que la enferma los viera, los pajarillos en cría, pelados y trémulos dentro del nido, mientras la pájara saltaba inquieta de un palo a otro y el pájaro ponía muy mal gesto por aquel desconsiderado transporte de la jaula. Sola admiró todo lo que allí había que admirar, la sabiduría y la paciencia de aquellos menudos animalillos, que así pregonaban con su manera de criar la sabiduría maravillosa y el poder del Criador, el cual, en todas partes donde algo respira, ha puesto un bosquejo de la familia humana.

—Lléveselos usted—dijo Sola—, que se asustan y se enojan, y creo que lo van a pagar los pequeñuelos, quedándose hoy sin almorzar.

Después cargó Cruzita, no sin trabajo, con algunos tiestos de minutisa y pensamientos para que Sola viera cómo con el calor de la estación se cubrían de pintadas florecillas, las unas formando ramilletes o grupos, como un canastillo de piedras preciosas; otras, sueltas, con diferentes tamaños y matices; pero todas guapas y alegres. También trajo un lirio que parecía un obispo, vestido de largas faldamentas moradas; un moco de pavo, que más bien parecía gallo de cresta roja, y otras muchas hierbas que llevaban la alegría a la alcoba, pocos días antes tan silenciosa y fúnebre. ¡Con cuánto gusto recibía Sola aquellas visitas! Era la vida, que tales mensajes le enviaba para cumplimentarla; era la amada casa, que saludaba con lo hermoso y agradable que en sí tenía. Para que nada faltase, vino también la cotorra, a quien Sola encontró más crecida; vino el loro, que la pareció haber sufrido algún desperfecto en su casaca verde, y, por último, entraron también los perros en tropel y se lanzaron a la cama aullando y lamiendo. En tanto, don Benigno, después de permanecer un rato como en éxtasis, bajó los ojos y apoyó la barba en su mano trémula. O rezaba o recitaba algún famoso texto de Rousseau; en esto no parecen acordes las crónicas, y por eso se apuntan las dos versiones, para que el lector elija la que más le cuadre.

Pasó un rato. Todo estaba en silencio. El héroe de Boteros saboreaba en el pensamiento la dicha presente, que no era sino anticipado anuncio de su futura dicha.

—Pues como decía a usted...—indicó Sola.

—Eso es, apreciable *Hormiga*. Siga usted su cuento y dígame quién es ese don Jaime Servet.

Sola satisfizo cumplidamente la curiosidad de su amigo.

XXII

Habiendo ordenado los médicos que la enferma fuera a convalecer en el campo, empezó don Benigno a preparar el viaje a los Cigarrales de Toledo, donde poseía extensas tierras y una casa de labranza. Extraordinario gusto tenía el héroe en estos preparativos, por ser muy aficionado a la dulce vida del campo, al cultivo de frutales, a la caza y a la crianza de aves y frutos domésticos. Por su desgracia, no podía abandonar su comercio en aquella estación, y érale forzoso seguir en la tienda por lo menos hasta que pasase el Corpus, fiesta de gran despacho de encajes para iglesia y *modistería*. Pero, resignándose a su esclavitud en la Corte, se deleitaba pensando en el dichoso verano que iba a

pasar. Amaba la Naturaleza por afición innata y por asimilación de lo que había leído en su autor favorito y maestro. Así, nada le parecía tan de perlas como aquella frase: «El campo enseña a amar a la Humanidad y a servirla.»

Su plan era llevar a Sola a últimos de mayo, acompañada de Cruzita y los niños menores. Inmediatamente regresaría él solo a Madrid, y cuando acabase junio, volvería con los otros dos chicos a los Cigarrales, donde estarían todos hasta fin de septiembre.

¡Los Cigarrales! ¡Cuánta poesía, cuántas amenidades, qué de inocentes gustos y de puros amores despertaba esta palabra sola en el alma del buen Cordero! ¡Qué meriendas de albaricoques, qué gratos paseos por entre almendros y olivos, qué mañanitas frescas para salir con el perro y la escopeta a levantar algún conejo entre las olorosas matas de tomillo, romero y mejorana! ¡Qué limpieza y frescura la de las aguas, qué color tan hermoso el de las cerezas, y qué dulzura y maravilla en los panales fabricados por el pasmoso arte de las abejas en el tronco hueco de añosos alcornoques, o entre peñas y jaras! En los cercanos montes, el gruñido del jabalí hace temblar de ansiedad el corazón del audaz montero, y abajo, junto a la margen del río aurífero, del río profeta que ha visto levantarse y caer tan diferentes imperios, la peña seca y el remanso profundo solicitan al pescador de caña, flor y espejo de la paciencia. Pensando en estos cuadros poéticos, y gozando ya con la fantasía estos legítimos placeres, don Benigno se sonreía solo, se frotaba las manos y decía para sí:

—Barástolis, ¡qué bueno es Dios!

¿Y luego?... Esta reticencia lo regocijaba más que aquellas risueñas perspectivas bucólicas. Había decidido no hablar a Sola de cierto asunto hasta que ambos estuvieran en los Cigarrales y ella completamente restablecida.

Cordero fué una mañana a la Cava Baja en busca de arrieros y trajinantes para arreglar con ellos su viaje. Entró en la posada de la Villa, y en la que antiguamente se llamaba del Dragón. En ésta encontró a un mayoral que ha tiempo conocía, y después de concertar ambos las condiciones del viaje, siguieron en caluroso diálogo sobre el mismo asunto, porque se había despertado en don Benigno cierto entusiasmo pueril por la dichosa expedición. Allí preguntó varias veces Cordero la distancia que hay desde Madrid a Toledo; hizo comentarios sobre tal cuesta, sobre cuál mal paso, y, finalmente, disertó largo rato sobre si llovería o no al día siguiente, que era el señalado para la salida. Cordero opinaba resueltamente que no llovería. Ya se marchaba, cuando al pasar por el corredor alto, donde había varias puertecillas numeradas, vió a un hombre que tocaba en una de éstas. El hombre preguntó en voz alta:

—Don Jaime Servet, ¿vive aquí?

Detúvose Cordero y oyó una voz que de dentro gritaba:

—No ha llegado todavía.

El héroe no dió a lo que había oído más importancia de la que merece una simple coincidencia de nombres.

¡Qué afán puso el buen señor en preparar su viaje, en disponer lo referente a vestidos, provisiones y todo lo demás que se había de llevar! Creerías que iban a dar la vuelta al mundo, según la prolijidad con que Cordero se proveía de todo y las infinitas precauciones que tomaba, las advertencias que hacía, el itinerario escrupuloso que trazaba, la elección de vituallas y el acopio de drogas por si ocurrían descalabraduras o molimiento de huesos. Todo le parecía poco para que a Sola no faltara ninguna comodidad, ni se privase de nada que pudiera convenir a su espíritu y su salud. Y deseando anticipar las delicias del viaje, aquella noche le habló de la distancia, le describió los pueblos que habían de recorrer, pintóle paisajes de ríos y montañas, diciendo estas o parecidas cosas:

—Cuando pasemos de Torrejón de la Calzada a Casarrubielos, fíjese en aquellas lomas de viñas, que están en fila y hacen unos bailes tan graciosos cuando pasa el coche corriendo... Después, en tierra de la Sagra, verá usted unos panoramas que encantan... Luego que se pasa de Olías, se quedará pasmada cuando vea allá lejos la torre de la catedral, que parece saluda al viajero... sin quitarse el sombrero, se entiende, el cual es un capacete que está emparentado con el cielo y que trata de tú a los rayos...

En fin, llegó la mañana y se marcharon despedidos por Alelí, que se quedó muy triste. Cuando el coche, dejando

atrás el puente de Toledo, entró en la extensa, libre y alegre campiña inundada de luz, don Benigno sintió que la alegría se rebosaba del vaso de su espíritu, chorreando fuera como las caídas de una fuente de Aranjuez, y aquel chorrear de la alegría era en él risas, frases, exclamaciones, chascarrillos y, por último, la elocuente frase:

—Barástolis, ¡qué bueno es Dios!

Aquel mismo día corrió por Madrid la noticia de haberse escapado de la cárcel de Villa el preso que ya estaba destinado a la horca. Jenara se alegró tanto cuando Pipaón se lo dijo, que al instante salió a la calle para felicitar a don Celestino. Hacía ya dos semanas que había empezado a perder el miedo, y salía de noche a pie, acompañada de Micaelita, vestidas ambas en traje tan humilde que difícilmente podían ser conocidas.

Después de dar la enhorabuena a don Celestino y a su hija, regresó a casa de Carnicero y se entretuvo escribiendo algunas cartas. Pipaón la visitó en su cuarto, donde hablaron un poco de la política. Jenara fué luego a ver cenar a don Felicísimo, operación que le hacía gracia por las singularidades y extravagancias de aquel santo hombre en tan solemne instante, y le halló sumamente ocupado con un alón que por ninguna parte quería dejarse comer, según estaba de cartilaginoso y duro.

—¡Bomba, señora!...—dijo Carnicero, picoteando el hueso por aquí y por allá, de modo que unas veces se lo ponía por bigote y otras lo tascaba como un freno—. En Portugal, el señor don Miguel está apretando las clavijas a aquel insubordinado reino. Ahora dicen que vendrán del Brasil don Pedro y doña María de la Gloria a disputar la corona a don Miguel... Quisiera yo ver eso... Sigue, querido *Tablas*, lo que me estabas contando, que esta señora no puede ser insensible a las glorias del toreo, y si es verdad, como dices, que es muchacho rondeño...

Tablas aseguró que el muchacho rondeño que acababa de llegar a Madrid y se llamaba Montes, por sobrenombre *Paquiro*, era un enviado de Dios para restablecer la decaída y casi muerta orden de la tauromaquia. Dijo también que cuando Madrid le conociera bien sería puesto por encima de todos sus predecesores en aquel arte, incluso *Pepe-Hillo* y Romero, pues tenía todas las cualidades de los antiguos y aun algunas más, siendo autor de varias suertes y reglas y de un toreo nuevo...

—Por lo que deberá llamarse—dijo don Felicísimo, riendo como un bobo—el Moratín de la muleta.

Algo más se habló de este tema, aventurando en él Jenara algunas observaciones; mas como ésta dijera que se verificaría una *revolución* en el toreo, se enfadó Carnicero al oír la palabra, y dijo que no habría revoluciones en nada, y que bien estaba el mundo como estaba, aunque estuviera sin toros. Dió Jenara su asentimiento, y mientras el anciano tomaba sus últimos bocados, se entretuvo en observar la habitación, pues nunca se cansaba de mirarla ni de reconocer la extraordinaria concordancia que había entre ella y su habitador, de tal manera, que así como el capullo es molde del gusano, así parecía que don Felicísimo había hilado su despacho envolviéndose en él. Detrás del sillón de la mesa había un largo estante del tamaño de la pared, cuyas puertas tenían, en vez de vidrios, rejillas de alambres, y por los huecos de éstas asomaban sus caras amarillentas los legajos, como enfermos que se asoman a la rejas de un hospital. Muchos tenían cruzados de cintas rojas y cartoncillos colgantes con rótulos. Algunos estaban tendidos horizontalmente, semejando no ya enfermos, sino verdaderos cadáveres que no volverían a la vida aunque les royeran ratones mil; otros estaban, inclinados sobre sus compañeros, como borrachos o malheridos, y los menos aparecían completamente erguidos y derechos. Estos eran los que se asían a las rejillas, y aun echaban fuera sus cintas rojas cual si meditaran una evasión arriesgada. En el más alto andamio de la sepulcral estantería, Jenara vió una colección de objetos que semejaban tinajas negras, alternando con otros que, si no eran avechuchos disecados, lo parecían. Eran los sombreros que había usado don Felicísimo en su larga vida, y que en aquel retiro estaban gozando de una pingüe jubilación de polvo y telarañas, ilusionados aún con remozarse y pasar a cubrir las cabezas de otra generación menos ingrata.

Todo lo que decimos iba pasando por

la fantasía de Jenara, y después ésta se fijó en la mesa, donde aquella noche había no ya un montón, sino una cordillera de legajos por cuya recortada cima aparecía de cuando en cuando la cara de don Felicísimo, iluminada de lleno por la lámpara, como luna que platea las cumbres de los montes. En aquella altura, que podría ser Calvario, estaba el Cristo de la espalda en llaga y de cuello en soga, y era de ver cómo volvía su rostro ensangrentado hacia la pezuña de macho cabrío, pidiéndole misericordia, y cómo no hacía maldito caso la pezuña, sólo ocupada en oprimir duramente, cual si quisiera patearla, una carta en cuyo sobrescrito se leía: «Al señor don Jaime Servet.—Posada del Dragón.»

XXIII

Jenara no vió tal carta. Llamáronla a cenar y cenó. Después, doña María del Sagrario, siguiendo su tradicional costumbre, que por lo infalible debía haberse puesto en el *Almanaque*, se quedó dormida en un sillón, mientras Micaelita y Bragas, que acababa de entrar, se secreteaban de lo lindo en el comedor. La dama huésped esperó a que *Tablas* y la criada cenasen también para ir con aquél al rincón de los muebles viejos, donde solían hablar de cosas reservadas. Llegó la ocasión, y *Tablas*, que obedecía servilmente a la señora y era como un esclavo, por la cuenta que le tenía, contestó a las apremiantes preguntas de esta manera:

—Fué a las dos en punto. El señorito don José, el señor don Celestino y yo habíamos convenido en que las dos era la mejor hora. Yo di al carcelero las onzas que me dió el señor don Celestino y el carcelero pidió más, y le llevé más; luego dijo que no era bastante, y se le dieron otras pocas onzas. Al preso le llevé las mangas con galones de teniente coronel, y la gorra de cuartel, que eran el trapo para engañar a cualquier carcelero de sentido. Ya se le había llevado puñal y pistola y un cinto de onzas, que son la mejor brega para parar los pies a la Justicia y hacerla que obedezca al engaño. El carcelero y yo habíamos convenido en correr el cerrojo sin echarle el gancho, y don Salustiano tenía ya una cuerda para descorrerle desde dentro. Para que no hiciera ruido, untamos de aceite al cerrojo. El preso salió; yo no sé cómo se las compuso para que no ladraran los dos grandes perros que se quedan todas las noches en el pasillo. Debió echarles pan o hacerles maleficio, porque aquellos animales no se empapan en el engaño. Ello es que bajó, y por la escalera se le apagó la luz y tuvo que volver a subir para encender otra. Yo le sentía desde abajo, y no me atrevía a ayudarle ni a decir esta boca es mía, por miedo a que los carceleros se escurrieran fuera percatándose del engaño. Todos habían recibido sus pases de dinero para que se atontaran; pero yo no tenía confianza, y estaba con el alma en un hilo esperando a ver qué tal se portaba la cuadrilla. Por fin, señora, apareció el preso en la sala de guardia de la cárcel, donde estábamos varios, algunos vendidos y otros que no se habían dejado comprar, echándoselas de bravos y boyantes. Yo les había convidado a beber, y estaban un poco fuera de la jurisdicción del tino. Al ver al preso se quedaron pasmados. Venía con la capa terciada, enseñando la manga derecha y los galones de oro. En aquella mano traía un puñal, y en la otra la muleta, o sea un puñado de onzas. ¡Qué momento! Don Salustiano arrojó al suelo las onzas y amenazó con la herramienta, gritando: «¡Onzas y muertes reparto! Allá voy.»

Había sonado la campanilla, y *Tablas*, interrumpiendo su relación corrió a abrir. Aquella noche venía más gente que de ordinario a la misteriosa tertulia de don Felicísimo, y la campanilla no sabía estar callada ni un cuarto de hora.

—Pues decía—añadió *Tablas*—, que al ver las onzas por el suelo y el puñal en el aire, se quedaron todos parados, ciñéndose en el engaño sin saber si atender al oro o al hierro, al trapo o al estoque. Pero la mayor parte se fueron al capote y anduvieron un rato a cuatro pies. Otros quisieron cortar el terreno. Ya el preso tenía la llave en la cerradura para abrir la puerta... Esta llave se había hecho días antes por moldes de cera que yo saqué...

La campanilla volvió a sonar. Jenara hizo un gesto de impaciencia. Cuando

después de abrir volvió *Tablas*, dijo a la señora con mucho misterio:

—Ahí está.

—¿Quién?

—El de ahí enfrente.

—¿Pero quién es el de ahí enfrente?

—El culebrón con pintas... Viene muy embozado en su capa, y le acompaña un cura.

—¿Pero quién?

—El que se casó con la jorobada, el degollador de España, Calomarde, señora.

—Bien; siga usted.

—Puso la llave en la cerradura; pero en esto, el bribón de Poela, que es el que había tomado más varas, quiero decir más onzas, se fué a él con muchos pies y le tiró a matar con un puñal. Felizmente no le hirió, porque el preso llevaba sobre el pecho la tapa de un misal. Pero con el encontronazo, la llave se le cayó de la cerradura y de la mano. Yo hice un cuarteo, apagué la luz, recogí la llave, se la di, abrió él, a fondo, sin vacilar. En un mete y saca quedó hecho todo, y digo mete y saca, porque don Salustiano, después de abrir, tuvo alma para sacar la llave, salir y cerrar por fuera. Lo que pasó en la calle no lo sé; pero, según entiendo, ya está ese caballero en corral seguro. En la cárcel hubo luego porrazos, caídas, puños y varas. Yo saqué un rasguño en esta mano. Vinieron los alcaldes de Casa y Corte, y estuvieron tomando declaraciones... A mí con ésas. ¡Buen trasteo les dimos! Yo, aunque me citaban sus mercedes sobre corto y sobre largo, y a la derecha y a izquierda, no quise embestir a la palabra, y me callé como un cabestro.

Apenas concluyó el atleta, oyóse allá en el fondo del pasillo una voz que decía: «¡Luz, luz!»

Era que aquella noche, como en otra ya mencionada, la lámpara que alumbraba el congresillo furibundo resolvió apagarse, y de nada valieron contra esta determinación autocrática las exclamaciones y protestas de don Felicísimo. Es fama que la luz comenzó a palidecer precisamente cuando la tertulia llegaba a su grado más alto de calor político y de cólera apostólica, por lo que, contrariados todos al ver que desaparecían las caras, clamaban en tonos distintos: «¡Luz, luz!»

Allá corrió *Tablas*, y sacando la lámpara les dejó completamente a oscuras, mas no callados. Salía de la sala un murmullo impaciente, del cual Jenara no pudo entender cosa alguna. Cuando volvió *Tablas* llevando en alto la lámpara encendida, como el coloso antiguo alumbrando el puerto de Rodas, la dama pudo ver por la entornada puerta las sombras que se movían en aquel antro blanquecino. Conoció a algunos, y haciéndose cruces se apartó de allí y dijo:

—¡También don Juan Bautista Erro!

—Y el señor obispo de León—murmuró *Tablas*—. Es el que mete más ruido y el que, cuando yo entré, decía: «Para nada hace falta la luz.»

—Tiene razón. Para nada les hace falta. Y si no, que se lo pregunten a los topos.

Después de que supo cuanto podía saber de la evasión de Olózaga, intentó pescar algunas frases de las que en la sala se decían. Acercóse y puso atención; pero el espesor de las antiguas puertas no permitía que se oyeran palabras. Aburrida, dió algunos pasecs por el corredor blanco, en el cual los puntales interrumpían a cada instante la marcha, y los ladrillos del piso tecleaban bajo los pies. Sobre el yeso veíanse las correderas, que de noche salían de las infinitas grietas de la casa para hacer sus excursiones, y el gato corría cazando, trepaba por las vigas y desaparecía por ignorados agujeros, para reaparecer en la habitación más lejana, o bien se estiraba perezoso en el rincón de los muebles viejos, donde sus ojos brillaban como dos gotas de oro encendido. Cuando alguien andaba por los pasillos con paso muy vivo, sentíase un estremecimiento temeroso en la casa toda, y los puntales parecían temblar, como los músculos del atleta que hace un esfuerzo grande, y caían algunas cascarillas de yeso de las paredes y el techo. La casa tenía, pues, sus palpitaciones súbitas y sus corazonadas nerviosas.

Jenara se retiró a su cuarto y apagó la luz, fingiendo que se acostaba. Cuando los apostólicos salieron, y se fué Pipaón y se encerró en su dormitorio don Felicísimo, la dama salió envuelta en manto negro y andando tan quedamente que sus pasos no se sentían más que los del gato. Vió a *Tablas*, le habló en secreto, indicándole que deseaba salir

sin que nadie lo supiera en la casa: vaciló un momento el gigante; pero su venalidad fué también llave de aquella evasión, no tan cara como la de Olózaga. ¿Adónde iba la aventurera? ¿A su casa, que continuaba puesta y servida, como si ella estuviera de viaje, o a otra parte misteriosa y no sabida de ser alguno vendido ni por vender? Lo ignoramos. Este es un punto en el cual todas nuestras pesquisas y diligencias han valido poco, y al tratarlo sin conocimiento nos ocurre decir, como los apostólicos: «¡Luz, luz!»

Al día siguiente, muy temprano, cuando don Felicísimo y su hermana se levantaron, Jenara estaba en casa; pero salió muy tarde de su habitación, porque había pasado, según indicó, muy mala noche. Cuando fué a saludar a Carnicero, éste le dijo:

—¡Qué mala noticia tenemos hoy! Ese bribón de Olózaga, que se escapó de la cárcel de Villa, no parece. Se ha revuelto todo Madrid... ¡Ah!, es que no se habrá revuelto bien. Si la Policía supiera cumplir con su deber... Por cierto, señora mía, que anoche uno de los amigos que me honran viniendo a mi tertulia me habló de usted... Por de contado, señora, ni las moscas saben que está usted en mi casa.

—¿Y no se puede saber por qué motivo me tomó en boca ese amigo de usted?

—Ese amigo—dijo Carnicero—sostiene que usted debe saber dónde se oculta Olózaga.

—¿Yo? Su amigo de usted es tonto rematado. ¡Qué sandeces se permiten algunas personas!

Y no dijo más porque, habiéndose acercado a la mesa de don Felicísimo, tenía los cinco sentidos puestos en el sobre de la carta que bajo la pezuña estaba.

—*Tablas, Tablas*—gritó a la sazón el anciano—. Pero, hombre, ¿que nunca has de estar aquí cuando haces falta?... Toma, ve, corre, lleva esta carta a la posada del Dragón.

Y levantó la pezuña de macho cabrío para tomar la carta, que, violentamente oprimida por aquel pesado objeto, parecía hallarse a punto de reventar echando fuera todas sus letras.

—Pues sí, señora mía—prosiguió don Felicísimo, luego que marchó *Tablas* con el recado—. Eso me decía mi amigo, y me lo repitió tres veces... «Ella debe saberlo, ella debe saberlo y ella debe saberlo...» Y que le apearan de esto.

—Su amigo de usted—replicó Jenara—será un gran farsante y un perverso calumniador, porque esto envuelve una calumnia, señor Carnicero.

Y era verdad que la dama aventurera no sabía dónde se ocultaba el que después fué insigne tribuno y jefe de un partido. Siendo ella una de las personas que más ayudaron en el oscuro complot de la evasión, no fué partícipe del secreto del escondite, el cual, por excesivamente delicado y peligroso, no salió de la familia. Hoy se sabe que Salustiano, al salir de la cárcel, cerrando por fuera la puerta, tropezó con un nuevo obstáculo, el centinela. Estaba concertado que un amigo, fingiéndose asistente del supuesto teniente coronel, entretendría al centinela contándole cuentos. Pero este amigo había faltado, y el centinela se paseaba solo a la claridad de la luna, que aquella noche brillaba de un modo tan poético como importuno. Un «buenas noches, centinela», pronunciado con serenidad asombrosa, salvó a Salustiano de este nuevo peligro. Avanzó tranquilamente, y en la esquina de la calle de Luzón se le unió un amigo que le aguardaba. Por las calles menos concurridas se apartaron a buen paso de la cárcel, dirigiéndose a la vivienda destinada a servir de refugio al fugitivo, la cual era una sombrerería de la Puerta del Sol. Llegaron al centro de Madrid, y vieron que en el Principal se agolpaba la gente. Ya se tenía allí noticia de la escapatoria. Olózaga tuvo que dar un rodeo de un cuarto de legua para dirigirse a la sombrerería, entrando en la Puerta del Sol por la Carrera de San Jerónimo, y al fin se vió seguro en el asilo que se le había preparado. Baráibar se llamaba el sombrerero, patriota generoso, que guardó el secreto con fidelidad admirable y supo arrancar al absolutismo una de sus víctimas. Escondido en el sótano de la tienda estuvo Salustiano muchos días, mientras se preparaba el no menos difícil ardid de ausentarle de España. Había trocado una prisión por otra; pero en esta última, la esperanza, la idea de libertad y de triunfo le acompañaban en las solitarias horas. Por las noches, contra la opinión de su amigo Baráibar,

que temblaba con las temeridades de Olózaga, éste se disfrazaba hábilmente y se salía del sótano y de la casa, no precisamente para pasearse por Madrid, sino para correr a misteriosas citas, en que no tenía participación la política. Como estas atrevidas expediciones nocturnas son de un carácter reservado, debe interponerse entre ellas y la luz de la historia la pantalla de la discreción; y así, doblando esta página, sólo escribiremos en ella: «Oscuridad, oscuridad.»

XXIV

—¡Barástolis, mayoral, que ya estamos en casa; pare usted, pare usted!

Esto decía don Benigno, y al punto el desclavijado vehículo se detuvo en lo más fragoso de un caminejo lleno de guijarros y junto a una tapia carcomida. Bajaron todos molidos y aporreados, y don Benigno enderezó la caminata hacia la casa, que distaba como dos tiros de fusil del lugar donde había parado el coche. Cada uno de los chicos iba abrazado con su hucha, y entre todos conducían mal que bien los cinco perros de Cruzita. Esta no había querido confiar a nadie sus dos gatos, y por el camino no había cesado de echar maldiciones contra el mayoral, el camino y el coche, que era una verdadera fábrica de chichones.

El panorama de la finca se presentó de un golpe a la contemplación de los viajeros. Don Benigno no cabía en sí de gozo, y a cada paso decía a Sola:

—Vea usted cómo están esos almendros... ¿Quién diría que esos olivos no tienen más que diez años?... Aquellos otros, que aún son estacas, los planté yo por mi mano tres años ha... Mire usted a la derecha: pues aquello es lo del tío *Rezaquiedito,* tierras que vendrán a ser mías el año que viene.

La casa era de labor, medianamente arreglada para vivienda cómoda. Tenía una huertecilla, a la que daba frescura y sustancia el agua clara de una noria. Más allá había un prado muy lucido, en el cual pastaban algunos carneros, y las gallinas, en bandadas, que regía un arrogante y enfatuado gallo, recorrían libremente todo, olivar, viñas y prado, respetando la huerta, donde les prohibía la entrada, con muy mal gesto, una cerca de zarza erizada de púas.

El sitio no era prodigio de hermosura, pero sí muy agradable, y tenía los inapreciables encantos de la soledad, del silencio campesino y del verdor perenne, aunque un poco triste, de los olivos. Los horizontes eran anchos; la luz, viva; el aire, puro y sano. Todo convidaba allí a la vida sosegada y a desencadenar de tristezas y preocupaciones el espíritu, dejándole libre y a sus anchas.

Interiormente, la casa valía poco; pero Sola, en cuanto la vió, hizo mentalmente la reforma y compostura de toda ella, prometiéndose ponerla, si la dejaban, en un grado tal de limpieza, comodidad y arreglo, que podrían allí vivir canónigos y aun obispos. Todo lo observaba ella, y si al principio no decía nada, cuando Cordero le preguntó su opinión, no pudo menos de darla, diciendo:

—¡Qué bien vendría aquí un tabique!..., y abrir allá una puerta..., y alargar este corredor, poniéndole escalera exterior para bajar a la huerta..., y en la huerta yo plantaría una fila de árboles que dieran sombra a la casa por esta parte..., y quitaría el gallinero de donde está para ponerlo allá en el fondo del corral, donde están las mulas... Hay que cuidar mejor de la huerta y componer esa noria, que, sin duda, es del tiempo de los moros.

Todo esto lo oía extasiado don Benigno, prometiéndose formalmente hacer las reformas indicadas por Sola y aun algunas más.

Desgraciadamente para él, no podía estar en los Cigarrales sino un par de días, porque le precisaba volver a Madrid; pero ¡qué feliz sería cuando volviese definitivamente a sus queridas tierras para pasar todo el verano! Sí, sí, sí; era ya cosa decidida en el espíritu del bueno del comerciante liquidar cuentas, traspasar la tienda, renunciar al comercio y hacerse labrador para el resto de sus días. Estos dulces pensamientos le hacían sonreír a solas.

La historia cuenta que don Benigno regresó a Madrid sin que le ocurriera nada de particular en su viaje, dejando buenos y sanos, y, además, muy contentos, a los que en los Cigarrales se quedaron. También dice que vendió muchos encajes en la temporada del Corpus y que, allá por los últimos días de junio, el

héroe hizo entrega de la tienda a un amigo de toda su confianza. y se dispuso a partir para Toledo con sus dos hijos, Primitivo y Segundo, que ya estaban de vacaciones, con buenas notas y las correspondientes huchas llenas de dinero. Para colmo de dicha, el padre Alelí, a quien los médicos de la Orden habían prescrito sosiego y campo, se disponía a acompañarle a los Cigarrales. ¿Qué faltaba? Sólo faltaba para poner la veleta al edificio de la felicidad Cordéril que se resolviera un asunto del alma, un problema de corazón, del cual pendían todos los demás problemas, cuestiones y proyectos del héroe de Boteros. Una de las dificultades más graves, que era la de la enunciación o planteamiento verbal del problema, estaba ya vencida, porque don Benigno halló un medio excelente de vencer, o mejor dicho, de esquivar su timidez, y fué escribir a Sola una larga carta cuando ella se hallaba en los Cigarrales y él en Madrid.

La carta era tan fina, tan discreta y comedida, que no vacilamos en reproducir algunos párrafos de ella. Decían así:

«Esto que siento no es una pasión de mozalbete, que sería impropia de mi edad: es un afecto que empezó siendo compasión, y poco a poco se fué volviendo un tanto egoísta; luego se robusteció con admiraciones de las virtudes de usted, y más tarde se hizo fuerte con la consideración de asociar a mi vida una vida tan útil por todos conceptos, y que me traería tan gran dote de riquezas morales y de méritos positivos.

»Aquí, apreciabilísima *Hormiga*, viene por sus pasos contados la cuestión del agradecimiento. Usted dirá que lo tiene por mí, y yo replico que mayor debe ser el mío, porque los favores que me ha hecho son de los que no se pagan con nada del mundo. Usted ha criado a mis hijos, usted ha ordenado mi casa. usted ha hecho agradable, fácil y metódica la vida. Y quien tanto ha hecho, quien tanto merece, ¿no ha de tener una posición digna en el mundo? Sí, y mil veces sí. Huérfana y sola, pobre y sin más tesoro que sus virtudes, su amor al trabajo, su tierna solicitud por todas las criaturas débiles o enfermas, usted ha cautivado mi corazón, no con afecto ardiente de esos que más bien hacen desgraciados que felices a los hombres, sino despertando en mí un sentimiento puro, en el cual se enlazan el amor y el respeto, la consideración y la ternura, el deseo vivísimo de ser feliz y el más vivo aún de hacer feliz, rica, considerada y señora a quien ya tiene en su alma todas las señorías de Dios.

»No me conteste usted por escrito. Medite usted mi proposición, y cuando yo vaya, que será dentro de ocho o diez días, me responderá verbalmente y con una sola palabra; en la inteligencia, apreciable *Hormiga*, de que si mi proposición mereciera una negativa, siempre sería usted para mí lo mismo que ahora es: la primera y más santa de las amigas, y siempre sería yo para usted el mismo leal, admirador y ferviente amigo.—*Benigno Cordero.*»

Muy satisfecho y descansado se encontró el hombre después de escrita la carta. Leída y aprobada por el padre Alelí, don Benigno la entregó por su propia mano al ordinario de Toledo. Aquel día vendió muchos encajes. Dios estaba de su parte.

XXV

Por fin vino el último día de junio, y el héroe, con sus dos hijos y el padre Alelí, se embanastó en el coche, y helos aquí en camino de los Cigarrales. Durante el viaje hablaba el fraile por siete, siendo tan extremado aquel día el desorden caótico de su cabeza, que no hablara mejor ni con más gracia el mismo descubridor de los *cerros de Ubeda* o el fabricante de los *pies de banco*. A cada instante suspendía sus paliques para quedarse mirando al cielo, con el dedo en el labio, y el entrecejo lleno de pliegues y laberínticas arrugas, imagen exacta de la confusión que dentro reinaba. Las únicas que entonces profería eran éstas: «Benignillo, yo tenía que decirte una cosa... ¿Qué es lo que yo tenía que decirte, Benignillo?... Pues no me acuerdo.»

El de Boteros, aunque anheloso y lleno de dudas, tenía presentimientos felices, y el corazón le auguraba que sería venturoso el término o solución de sus amorosas ansiedades. Llegaron. Sola, doña Cruzita y los chicos menores, con regular escolta de perrillos y perrazos, salieron a recibirlos al camino. Por un

rato no se oyó más que el estallido de los besos con que se saludaban los hermanos. No poca parte del besuqueo fué para la correa y las flacas manos de Alelí, el cual, sintiendo un gozo superior a lo que las palabras podían expresar, echaba bendiciones a derecha e izquierda, como sembrador que desparrama a puñados el trigo sobre un fértil terreno. Don Benigno se encontró bastante cohibido en presencia de Sola; y así sus frases fueron balbucientes, truncadas y sosas. Ella estaba en su natural buen humor, alegre por la llegada de los viajeros y un poco más decidida que de costumbre. Cruzita no parecía la misma, y andaba por el campo hecha una zagaleja, vestida con un *deshabillé* extravagante y cómodo, que no era ciertamente tomado de los figurines de la Arcadia ni del Zurguén.

Era una naturaleza constituída moralmente para la vida del campo, por su amor a las flores y a los animales, su espíritu de independencia y su actividad. Así, cuando vió trocadas las arboledas de sus balcones por aquel espacioso tiesto en que había olivares, viñedos, albaricoques, establos, huerta, cerros y horizonte, enloqueció de contento, y todo el día andaba por aquellos campos con un pañuelo liado a la cabeza y un garrote en la mano, echando de comer a las gallinas, vigilando los carneros, expulsando a los guarros de los sitios donde no debían estar o bien cogiendo fruta, regando lechugas, arreglando una espaldera de cañas para que se enredaran trepando las tiernas y vacilantes judías. Los chicos, que ya llevaban un mes en aquella vida, estaban negros como cuervos de tanto andar por el campo, jugando a todas horas con tierra, palitroques y guijarros. Parecían dos pintiparados paletos, y en sus caras, de color de pucheros de Alcorcón, brillaban los ojos de azabache despidiendo centellas de picardías.

Antes de que llegara la noche, don Benigno recorrió la casa, hallando en ella y en la distribución de sus escasos muebles tanta novedad y arreglo, que su corazón bailó de contento. Ya se conocía bien qué manos divinas habían andado por allí, y qué instinto sublime había hecho de un caserón un hogar, y del desmantelado hueco un delicioso nido.

—¡Qué admirable, qué encantadora manera de responder a mi proposición! —dijo Cordero para sí—. Me contesta con hechos, no con palabras. Estas paredes y estos muebles me responden por ella, diciéndome: «Nos ha arreglado la señora de la casa.»

En la huerta halló Cordero nuevos motivos de admiración. No parecía la misma que él había dejado al regresar a Madrid. Todos los cuadros estaban sembrados de hortaliza; las gallinas, expulsadas de allí, tenían mejor acomodo en un local admirablemente elegido y dispuesto. La cerca, limpia y podada, reverdecía y echaba verdadera espuma de tiernos renuevos, como si en sus venas hirviera la savia; las callejuelas y paseos, admirablemente enarenados, parecían recibir con agradecimiento la blanda pisada del amo, cuando por aquellos frescos contornos se paseaba. La noria estaba ya compuesta, y no se desperdiciaba el agua ni quedaba ningún cangilón roto. Toda la máquina funcionaba dando vueltas majestuosamente y sin chirrido, semejando una vida serena, arreglada y prudente que iba sacando del hondo depósito del tiempo futuro los días para vaciarlos serenamente en el manso río del pasado. A don Benigno se le antojaba que los árboles habían crecido, y en verdad que, si no eran mayores, estaban verdes y lozanos por haber sido limpiados de todo el ramaje viejo y seco. Extendían los morales su fresquísimo follaje, como diciendo: «Hemos echado estas hojas tan grandes y tan verdes para coronar a la señora de la casa.»

—Parece mentira—dijo don Benigno, sintiendo su garganta oprimida por un dogal de satisfacción, pues también hay dogales de gozo—; parece mentira, apreciable Sola, que haya hecho usted tantas maravillas con el poco dinero que le dejé. La casa está transformada y la huerta también. De este tugurio y de este rincón de tierra ha hecho usted con su mano de oro un palacio y un edén.

Sola se ruborizó un poco y dijo, que era preciso echar abajo dos tabiques y plantar una nueva fila de árboles y traer algunos muebles.

¿Muebles? ¡Ah! Don Benigno habría traído, si en su mano estuviera, el trono de las Españas para sentar en él a la que de este modo inundaba su alma y su vida de esperanza y de alegría. Al

hablar de las reformas de la finca, Sola hablaba ingenuamente el lenguaje de la señora de la casa. Y en esto no había afectación de ninguna clase, ni menos desenfado de advenediza, sino que se expresaba así porque todo aquello le parecía suyo y muy suyo de hecho, aunque no mediasen las circunstancias que de derecho sè lo iban a dar.

Cenaron. La cena fué alegre y opulenta. Abundante caza, sabrosos salmorejos, perdices escabechadas; estofado de vaca, que propagó por toda la casa su exquisito olor de refectorio; legumbres fritas en menestra, festoneada con ruedecillas de huevos duros; vino viejo de Esquivias, y luego un bandejón de albaricoques de la finca, frescos, ruborizados y echando pura miel por aquella borriquita con que se pegaban al árbol, compusieron la colación. En la mesa se contaron cosas de los Cigarrales y cosas de Madrid. Llevaba en esto la palabra el fraile, que, en tocando a hablar, se parecía a la noria tal como estaba antes, echando agua sin concierto ni orden. Más de una vez se quedó parado y lelo, diciendo: «Benignillo, yo tenía que contarte una cosilla... ¡Ah! Ya caigo —añadía, dando un grito. Y después decía—: Pues no: se me fué. Me anda dando vueltas por el magín y no la puedo atrapar.»

Con estas cosas se acabó la cena y el fraile rezó el rosario, contestado por Benigno y Sola, porque Cruzita y los cuatro muchachos se quedaron dormidos, teniendo entre los dientes el último hueso de albaricoque y el primer *Padrenuestro.*

—*Ite, missa est.* A acostarse todo el mundo—gritó al concluir Alelí—. Estamos muertos de cansancio.

Y se acostaron todos. Don Benigno durmió con plácido sosiego, y soñó que estaba su cabeza circundada de una aureola, de un disco de luz como el que tienen los santos. Por la mañana, cuando se levantó y salió de su alcoba, persistía en él la ilusión de tener en su cabeza el nimbo y de estar despidiendo de sus sienes chorros de luz. Tomó su chocolate, encendió un cigarrillo, entró en la sala baja y vió a Sola que estaba abriendo las maderas para que entrara el aire puro del campo, y al mismo tiempo para atar la cuerda donde se había de colgar la ropa que se estaba lavando. El otro extremo de la cuerda debía atarse en el moral grande que había en medio de la huerta. Don Benigno tomó la soga y salió muy contento de ayudar a su protegida en aquel trajín doméstico.

—Más fuerte—le dijo Sola, riendo.

Si Cordero se atara la soga en el mismo cogollo de su corazón no sintiera éste más alborotado y palpitante.

—Más flojo—dijo Sola.

—¿Así?

—No tanto. Si se tira mucho, se rompe, y si se afloja mucho, el viento se lleva la ropa. Ahora está bien.

Don Benigno volvió a la sala. Una gran cesta de ropa blanca aguardaba a la robusta moza que había de llevarla a la huerta. La moza salió; Sola se quedó allí mirando al campo. Don Benigno se acercó a ella. Ambos hablaron un rato, diciéndose todo lo más quince palabras que nadie pudo oír, ni aun el narrador mismo, que todo lo oye. La moza y dos criados más entraron. Salió don Benigno con la aureola de su cabeza tan crecida, que le parecía ir derramando una claridad celestial por dondequiera que iba. Pasó a la huerta, donde topó de manos a boca con un maestro de obras que había mandado venir de Toledo para encargarle la reforma de la casa.

Aunque don Benigno no le conocía, le dió un abrazo. Estaba muy nervioso; pero su discreción y buen juicio pugnaron por sobreponerse a aquella exaltación, y al fin pudo lograrlo.

—Maestro—dijo—, es preciso emprender las obras inmediatamente. Hay que derribar dos tabiques y construir una galería exterior sobre la huerta... En fin, la señora le dirá a usted; póngase usted a las órdenes de la señora. ¡Ah!... Lo principal es arreglar la pieza que va a ser gabinete de la señora, ¿me entiende usted?, gabinete de la señora. ¿Cuánto se tardará en las obras? Hay que concluirlas pronto; pero muy pronto. ¡Tienen ustedes una calma...!

—Señor...

—Sí, mucha calma. Empiece usted pronto. ¿Ha traído las herramientas?

—Si no sabía...

—¡Qué cachaza! Quiero que la casa sea una tacita de plata. La señora dirigirá las obras. Pensamos vivir aquí constantemente. ¿Qué hace usted que

no toma medidas? ¡Qué cachaza! ¡Barástolis, barástolis!

El maestro se excusó de no haber empezado las obras, que aún no estaban formalmente encargadas, y don Benigno, que en los momentos de mayor exaltación era hombre razonable, comprendió la justicia de las excusas y le dió otro abrazo. Juntos recorrieron la casa. Unióse a ellos Sola, y durante un rato no se habló más que de pies castellanos, de una puerta por aquí, de cuatro vigas por allá, de las paredes que debían empapelarse y de las que debían ser pintadas, del nuevo corredor para ir a la cocina, del cielo raso y de otras menudencias. Sola explanaba sus proyectos y deseos con una claridad admirable, demostrando en todo la elevación de su genio doméstico.

Cuando el maestro se retiró, Cordero y Sola hablaron larguísimo rato. Separáronse al fin, porque ella no podía abandonar ciertas ocupaciones de la casa, y cuando entró Sola en el cuarto donde estaban planchando se secó los ojos, que pestañeaban como si quisieran lloriquear un poquito. Después cantó entre dientes, apartando la ropa que iba a repasar.

Don Benigno salió a la huerta, y de la huerta al campo, porque necesitaba dar un paseo largo que sirviera de expansión a su alma. Iba por en medio de los olivos cuando oyó la voz de Alelí que decía:

—Benigno, ¿dónde estás?

La espesura de los árboles no permitía que se vieran.

—¿Dónde está usted?, padre *Monumento*.

—Hijo, aquí estoy. Este enemigo malo, esta buena pieza de Jacobito, me ha traído a estos andurriales para que viera un nido, y aquí estoy en una zanja, de donde no puedo salir.

Acercóse Cordero a donde la voz sonaba y vió a su venerable amigo en lo más hondo de una hondonada. Jacobito se había subido a los hombros del fraile, montando a horcajadas sobre su cuello, y desde aquella eminencia alargaba la mano con un palo, queriendo alcanzar el nido.

—Mírame aquí, sirviendo de caballería al bergante de tu hijo... Lobezno, si coges el nido o lo rompes, te tiro al suelo. No espolees, verdugo, que me rompes una clavícula. Benigno, por Dios quítame este jinete y ayúdame a salir del hoyo.

—Abajo, abajo, atrevido, insolente chiquillo—dijo Benigno riendo—. Pues qué, ¿nuestro amigo es campanario?

Desmontóse el muchacho, y Alelí, libre de tan molesto peso y ayudado de Cordero, salió del atolladero en que estaba. Arreglándose el hábito, tomó de la mano a su amigo y le dijo así:

—Ya me acuerdo qué tenía que decirte. Vaya con mi memoria; que está dando vueltas como una veleta, y tan pronto apunta al Norte como al Sur. ¿Sabes lo que tenía que decirte? Pues era que se susurra que su majestad napolitana está otra vez encinta. Como salga varón, ¡quién verá la cara que ponen mis señores los apostólicos!

—Eso me lo ha dicho usted catorce veces durante el viaje, tío *Engarzacredos*.

—Dale bola, es verdad—repitió Alelí, pegando en el suelo—. Pues no era eso. Era que..., ¿qué era?

Después de una larga pausa dióse un palmetazo en la frente, y agarrando a don Benigno por la solapa tiró de él y le dijo:

—Ya lo pesqué..., ya di con mi idea... ¡Cómo se escapan las ideas! Oye tú, don *Sábelo Todo*, ¿quién es *monsieur* Servet?

Don Benigno miró al cielo.

—No sé—dijo—, ni me importa.

Después estuvo un momento confuso, porque aquel nombre sonaba en sus oídos de un modo extraño.

—Pues el día de nuestra salida, cuando tú estabas fuera de casa arreglando las cosas del viaje y yo en tu tienda charlando con el mancebo, llegó un caballero preguntando por ti. Preguntó por todos los de la casa y dijo que no podía esperar porque tenía prisa. Se fué soltándonos su nombre, que era don *Yo no sé cuántos* Servet, y como por el empaque y el modo de vestir, por la arrogancia, el habla y el sonsonete del apellido me pareció francés, le llamo *monsieur*.

Alelí pronunciaba esta palabra, así como toda palabra francesa, lo mismo que se escribe.

—Y ¿no dejó recado?

—Que ya volvería. Pero la del humo. El mancebo y yo opinamos que es un

extranjero de los que vienen a enredar y hacer revoluciones.

Don Benigno meditó un momento. Después desechó las ideas que le asaltaban, diciendo:

—No sé quién es, ni me importa. Ese apellido lo han llevado otras personas que ya no existen. Conque, padre *Monumento,* basta de sandeces y vamos de paseo. Jacobito, ven. Corre por delante; no te alejes de nosotros... Reverendísimo fraile, todo va bien, muy bien.

—Gracias a Dios... Y ¿para cuándo?

—Lo más pronto posible. Hoy mismo se pedirán los papeles, barástolis.

—Sí, echa, echa de ese cuerpo dos docenas de *barástolis,* y yo te acompañaré echando cuatro Ya era tiempo, ya era tiempo.

XXVI

Deseoso de que su dicha fuera realidad dentro del más breve plazo, don Benigno arregló sus papeles y pidió los de Sola, que estaban en un pueblo del reino de León. Entre tanto que venían aquellos malhadados documentos, sin los cuales no es posible encender cristianamente la antorcha de Himeneo, los futuros cónyuges vivían en intimidad honesta y dulce, en una especie de luna de miel de la amistad, en pleno reinado de la paz doméstica, cuyos encantos se multiplicaban con la deliciosa existencia campesina. Los días pasaban empujándose suavemente unos a otros, y cada uno de ellos tenía sobre sus propias alegrías la esperanza de las alegrías del siguiente. Nunca faltaba una operación de labranza, un paseo al monte, una merienda en las praderas del río, y nunca como en aquellas gratas ocasiones se le venían a la memoria al buen Cordero los pensamientos del filósofo de la Libertad y la Naturaleza. Tan pronto recitaba aquel pasaje en que Rousseau encomia la dulzura de la amistad, como aquel otro en que hace el panegírico de las «comidas rústicas preparadas por el ejercicio, sazonadas por el apetito, la libertad y la alegría». El anatema de los convites urbanos es menos enérgico que la apología de las meriendas sobre la hierba.

Emprendiéronse las reformas de la casa con gran actividad. Cordero encargó a Madrid los regalos con que pensaba expresar a Sola la pureza de su afecto y la enormidad de su admiración. También ella hacía sus preparativos, aunque en pequeña escala, pues quería que los nuevos dominios que iba a poseer se rigieran por la ley de sus dominios antiguos, que era la modestia.

Sólo una contrariedad agriaba el ánimo de Cordero, poniéndole de mal humor a ratos. Era que los papeles de Sola no venían. Era que en los libros parroquiales de La Bañeza había no sabemos qué embrollo o confusión, y quizá algo de ineptitud o mala fe en la persona comisionada para arreglar el asunto. Llegó el mes de agosto y los dichosos papeles no parecían. A mediados de dicho mes, el cansancio de Cordero no podía ser mayor; y recordando que tenía en Madrid un amigo que era el mejor agente de negocios eclesiásticos de toda España, escribióle una larga carta encomendándole la reclamación y pronto despacho de aquel asunto, que era la clave de su dicha. En el sobrescrito puso: «Señor don Felicísimo Carnicero, calle del Duque de Alba, en Madrid.»

Y ¿qué? ¿Perderemos esta ocasión de trasladarnos otra vez a la Villa y Corte sin pagar costas de viaje? No mil veces; que estas ocasiones no se presentan todos los días. Callandito nos deslizamos dentro de la carta, y henos aquí en poder del ordinario de Toledo, que puntualmente la llevará a su destino, y a nosotros con ella.

Muy bien se va dentro de una carta. Además de que no hay mejor aposento que un pedazo de papel doblado, tenemos la ventaja de conocer los secretos que nuestras compañeras de viaje, las señoras letras, llevan consigo. Una oblea es llave de nuestra breve cárcel, y un dedo vacilante, rompiendo la frágil pared, nos devuelve la libertad.

Ya estamos.

Abierto el papel, salimos un poco estropeados y entumecidos a causa de la postura violenta que es indispensable en los viajes epistolares, y pronto nos hallamos frente a frente de una tabla que se esforzaba en ser semblante humano. Era don Felicísimo, que en aquel momento en que le vemos decía:

—Permítame usted que lea esta carta.

Tenía visita. Miramos, y, en efecto,

frente a la mesa estaba un caballero de muy buena presencia, el cual, si no tenía cuarenta años, andaba muy cerca de ellos. Vestía bien. Su rostro era moreno; su frente, alta y hermosa; su complexión, robusta, sin dejar de ser delicada; su modo de mirar, triste; sus ojos, negros y ardientes a la vez, como las noches de verano.

Carnicero leyó la carta, y dijo entre dientes: «Bueno.»

Después la puso bajo el pie de cabrón y prosiguió lo que con aquel buen señor hablaba cuando llegamos.

—Decía que el negocio de usted es de los más delicados que he visto. Parte de la fortuna de su tío de usted, el señor canónigo de la Sonora, ha debido pasar al Montepío Beneficial de la diócesis de Pamplona. Lo que está en la escribanía de la Puebla de Arganzón puede ser recogido por usted si tiene valimiento y activa el asunto. ¿Por qué no se presentó usted a recoger su herencia cuando tuvo noticia del depósito? Ya me ha dicha usted que en aquellos días estaba emigrado y perseguido por las leyes. Pero eso no es una razón. Hoy también lo está usted, y si se le deja en paz y aun se le permite abandonar la farsa del nombre supuesto, es porque ha traído recomendaciones de altos personajes legitimistas... Yo..., puesto en lugar de usted, me decidiría a perder la mitad de la herencia del señor canónigo de la Sonora con tal de sacar libre la otra mitad, y confiaría mi pleito a un agente hábil y astuto que supiera mover los trastos y sacar adelante el negocio con toda prontitud.

—Ya lo he pensado—dijo el caballero—, y no tengo inconveniente en ceder la mitad de la hacienda a la persona que arregle esta cuestión sacando del Montepío Beneficial de Pamplona lo que indebidamente ha sido llevado a él. ¿Quiere usted que hagamos el convenio ahora mismo?

Don Felicísimo pareció dudar. Su cara de fósil sufrió transformaciones ligerísimas en color y contextura, cual si estuviera sometida en un laboratorio a fuertes influencias químicas. Variaron sus mejillas del gris cretáceo al rojo de cinabrio, su frente se llenó de arrugas como un terreno que se cuartea a causa de un recalentamiento interior, y sus ojos cambiaron un momento la transparencia imperfecta del talco por el brillo del feldespato.

—La mitad, la mitad, y punto concluído—dijo el otro, que, sin duda, era más vivo que un azogue y gustaba de las resoluciones prontas—. Hagamos el contrato hoy mismo, y fijemos seis meses para el despacho del negocio. Si a los seis meses está resuelto, la mitad para mí, la mitad para usted.

Don Felicísimo empezó a balbucir excusas y a presentar sus muchos años y su retraimiento de los negocios como un obstáculo para emprender aquel que se le proponía. Habló mucho, reconociéndose incapaz. Por los dos ángulos de su boca salía la saliva como una erupción bituminosa, que en aquellas concreciones y repliegues de la barba rapada se dividía en menudos arroyos. El taimado viejo ponderaba las dificultades del pleito y su ineptitud, sin duda porque no le parecía bastante la mitad y quería dos tercios de la herencia.

—La mitad—manifestó resueltamente el otro—. ¿Quiere usted, sí o no?

—Por ser usted recomendado del señor don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas—replicó el viejo—, acepto y tomo a mi cargo su negocio.

—La mitad..., seis meses.

—La mitad..., seis meses—repitió Carnicero, y su vocecilla salió de la espelunca de su boca, rugiendo como el oso prehistórico—. Hagamos hoy nuestra escritura.

Tomando el pie de cabrón con su mano de corcho, dió un porrazo sobre la mesa que hizo temblar hasta en sus cimientos el montón de legajos.

Después rodó la conversación sobre diversos asuntos y concluyó en política. Acerca de ella dijo el caballero lo siguiente:

—He perdido todas las ilusiones. He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos, y mucho tiempo también en el extranjero en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados. La experiencia me ha hecho ver que son igualmente estériles los gobiernos que persiguen defendiéndose y los bandos que atacan conspirando. Yo he conspirado también algunas veces, y en aquellos trabajos oscuros he visto en derredor mío pocos móviles generosos y muchas, muchísimas ambiciones locas, ape-

titos y rencores que no se diferenciaban de los del despotismo más que en el nombre. La realidad me ha ido desencantando poco a poco y llenándome de hastío, del cual nace este mi aborrecimiento de la política y el propósito firme de huir de ella en lo que me quedare de vida.

—Bien, bien—dijo don Felicísimo, agitándose en su asiento y golpeando sus manos una con otra en señal de júbilo—. Es usted un enemigo más de esas endiabladas teorías constitucionales y de esas invenciones satánicas llamadas partidos y del estira y afloja de Cortes que gobiernan y rey que reina, y hurga por aquí y escarba por allá, y el demonio que lo entienda... De pensar así a ser apostólico, proclamando esta gloriosa monarquía del porvenir, no hay más que un paso. Le veo a usted en el buen camino y en jurisdicción apostólica.

El caballero no pudo reprimir la risa que estas palabras provocaron en él.

—¡Yo apostólico!—dijo—. No espere tal cosa el señor don Felicísimo. Para que eso suceda será preciso que Dios varíe mi natural ser y arranque de mí la memoria. Esta forma nueva del despotismo que se anuncia ahora será más brutal que cuantos despotismos se han conocido, porque sobre todos sus inconvenientes va a tener el de ser populachero. No es el absolutismo de Felipe Segundo o de Luis Dieciséis, grande, aristocrático, batallador, adornado de mil glorias militares y artísticas y que disculpa sus atrocidades con grandes empresas y conquistas de mundos; va a ser un sistema de mojigatería y desconfianza, adicionado con todas las corruptelas de las camarillas que vienen funcionando desde los tiempos de Godoy. Se alimentará del suelo por dos grandes raíces, una que estará en las sacristías, claustros y locutorios de monjas, y otra que se fijará en las tabernas donde se reúnen los voluntarios realistas. Va a ser una tiranía ramplona que si es sufrida por nuestro país, lo que dudo mucho, pondrá a éste en un lugar que no envidiará seguramente ninguna región del Africa.

Al oír esto, don Felicísimo hizo un gesto tan displicente que su cara se arrugó toda, y desaparecían los ojos, y los pliegues de sus labios se extendieron, multiplicándose y describiendo un número infinito de rayas hasta el último confín de las orejas.

—Según eso, es usted liberal...

—Lo soy, sí, señor; soy liberal en idea, y deploro que el país entero no lo sea. Si no estuvieran tan arraigadas aquí las rutinas, la ignorancia y, sobre todo, la docilidad para dejarse gobernar, otro gallo nos cantara. El absolutismo sería imposible y no habría apostólicos más que en el Congo o en la Hotentocia. Por desgracia, nuestro país no es liberal, ni sabe lo que es libertad, ni tiene de los nuevos modos de gobernar más que ideas vagas. Puede asegurarse que la libertad no ha llegado todavía a él más que como un susurro. Es algo que ha hecho ligera impresión en sus oídos, pero que no ha penetrado en su entendimiento ni menos en su conciencia. No se tiene idea de lo que es el respeto mutuo, ni se comprende que para establecer la libertad fecunda es preciso que los pueblos se acostumbren a dos esclavitudes: a la de las leyes y a la del trabajo. A excepción de tres docenas de personas..., no pongo sino tres docenas..., los españoles que más gritan pidiendo libertad entienden que ésta consiste en hacer cada cual su santo gusto y en burlarse de la autoridad. En una palabra: cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo...

—Luego usted—dijo don Felicísimo, que ya había recobrado la fijeza pétrea de su rostro—no es liberal al modo de acá.

—Lo soy, al modo mío, según mi idea, y creo que estos principios, aprendidos donde no son sólo principios, sino hechos, prevalecerán en todo el mundo y conquistarán todas las tierras, incluso a España; pero cuando me detengo a calcular el tiempo que tardaremos en ser conquistados, me confundo, me mareo, porque cien años me parecen pocos para tan grande obra. De aquí mi escepticismo, que no es realmente escepticismo, sino tristeza. Creo en la libertad porque he visto sus frutos en otras partes; pero no creo que esa misma libertad puede darlos allí donde hay poquísimos liberales, y de éstos la mayor parte lo son de nombre. España tiene hoy la controversia en los labios, una aspiración vaga en la mente, cierto instinto ciego de mudanza; pero el despotismo

está en su corazón y en sus venas. Es su naturaleza, es su humor, es la herencia leprosa de los siglos, que no se cura sino con medicina de siglos. He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado.. Pues bien: ésos han sido en todos sus actos déspotas insufribles. Aquí es déspota el ministro liberal, déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; es tiranuelo el periodista, el muñidor de elecciones, el juntero del pueblo y el que grita por las calles himnos y bravatas patrióticas. La idea de libertad, entrando súbitamente aquí a principios del siglo, nos dió fórmulas, discursos, modificó algo las inteligencias; pero, ¡ay!, los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió. Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia, que aquí es como una segunda Naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo, no habrá libertades. Mientras el amor al trabajo no venza los bajos apetitos y el prurito de vivir a costa ajena, no habrá libertades. No habrá libertades mientras no concluya lo que se llama sobriedad española, que es la holgazanería del cuerpo y del espíritu alimentada por la rutina; porque las pasiones sanguinarias, la envidia, la ociosidad, el vivir de limosna, el esperarlo todo del suelo fértil o de la piedad de los ricos, el anhelo de someter al prójimo, la ambición del sueldo y de destinos para tener alguien sobre quien machacar, no son más que las distintas caras que toma el absolutismo, el cual se manifiesta, según las edades, ya servil y rastrero, ya levantisco y alborotado.

—Según eso—dijo don Felicísimo, confuso—, usted considera a nuestro país inepto para las libertades. Por consiguiente, como no puede haber más que dos clases de gobiernos, y el liberal es imposible, tenemos que aceptar el absoluto.

—No—replicó el otro—, porque una ley ineludible arrastrará, mal de su grado, a España por el camino que ha tomado la civilización. La civilización ha sido en otras épocas conquista, privilegios, conventos, fueros, obediencia ciega, y España ha marchado con ella en lugar eminente; hoy la civilización, tan constante en la mudanza de sus medios como en la fijeza de sus fines, es trabajo, industria, investigación, igualdad, derechos, y no hay más remedio que seguir adelante con ella, bien a la cabeza, bien a la cola. España se pone las sandalias, toma su palo y nada; seguramente andará a trompicones, cayendo y levantándose a cada paso; pero andará. El absolutismo es una imposibilidad, y el liberalismo es una dificultad. A lo difícil me atengo, rechazando lo imposible. Hemos de pasar por un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles.

—¡Un siglo!

—Sí, y ésta es la causa de mi tristeza. Yo me encuentro en la mitad de mi vida. He trabajado mucho por la idea salvadora; pero ya me siento fatigado y me reconozco sin fuerzas para esta labor inmensa, que será cada día más dura. Otros vendrán que arrimen el hombro a tan terrible carga. Yo no puedo más. Las circunstancias en que me encuentro, solo, sin familia, lleno de tedio y viendo cuán poco hemos adelantado en la cuarta parte de un siglo, me desaniman atrozmente. Reconozco que cuanto de mis fuerzas dependía ya lo hice; está mi conciencia tranquila y me retiro. Hasta hoy no he vivido para mí ni un solo día. Llega la hora del egoísmo: necesito vivir un poco para mí. No obteniendo gloria, ni siquiera éxito, el sacrificio de mi existencia a un ideal sería estéril; pues vivamos siquiera un poco y descansemos. Sobre las ruinas de mis quiméricas ambiciones se levanta hoy una ambición grande, potente: la ambición de ser feliz, tener una familia y vivir de los afectos puros, humildes, domésticos. ¡Es tan dulce no ser nada para el público y serlo todo para los nuestros!... Apartado de la política, deseando el olvido, miro a todas partes buscando un rincón en que ocultarme y adonde no llegue el fragor de la lucha.

Don Felicísimo movía la cabeza sonriendo. Creía firmemente que el caballero, su amigo y cliente, tenía la cabeza vacía de lo que llaman seso; pues ¿qué mayor locura, en aquellos agitados días, que no ser apostólico, ni absolutista, ni siquiera liberal?

Ya iba a decir algo muy ingenioso sobre esta enfermiza manía de no ser nada, absolutamente nada, cuando en-

tró Pipaón y, estrechando con ímpetu amistoso la mano del caballero, le dijo:

—Enhorabuenas mil, queridísimo amigo. Vengo de ver a su excelencia, que ya ha leído las cartas que trajiste del señor don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas, y de su parte te aseguro que puedes vivir aquí tan libremente como en el mismo París o Londres. El señor Aguado, como soberano absoluto del dinero, es una potencia de primer orden, una autoridad indiscutible. Ahora bien: considerando que el mencionado señor Aguado (Pipaón no abandonaba jamás su estilo de expediente) garantiza bajo su palabra de oro que vienes exclusivamente con la misión de comprarle cuadros para su rica galería y además a asuntillos tuyos que nada tienen que ver con la política, se ha dado cuenta a su majestad de todo lo actuado, y su majestad se ha servido disponer que no se te moleste en lo más mínimo. Tendréislo entendido, y ahora, discreto amigo, ruégote que adoptes tu verdadero nombre y vengas a comer conmigo a mi casa, donde encontrarás personas que más desean verte que escribirte...

El caballero se levantó, y muy gozoso dijo:

—Confío sin vacilar en la libertad que se me ofrece y recobro mi nombre.

XXVII

Tenía sus papeles en regla, pasaporte, partida de bautismo, a más de otros documentos importantes, y aquel mismo día se celebró la escritura para llevar adelante lo pactado con don Felicísimo, asistiendo a este acto solemne, como notario, el licenciado Lobo, a quien conocemos desde hace veinticuatro años. Por la tarde, Pipaón se llevó al amigo a su casa, donde le obsequió bizarramente con suntuosa comida, cigarros exquisitos y licores de primera.

Esta esplendidez y el lujo de la vivienda admiraron mucho al convidado, que no podía menos de traer a la memoria la humildad con que el señor Bragas dió los primeros pasos en la carrera de covachuelista. El medro había sido grandísimo, y el aprovechamiento tan colosal, que allí podrían tomar lecciones cuantas hormigas hay en el mundo.

Los dos camaradas charlaron de lo lindo sobre cosas diversas, pero especialmente sobre el destino y vicisitudes del amigo que por tanto tiempo había estado ausente de España y envuelto en misterios. Las preguntas sucedían a las preguntas y las explicaciones a las explicaciones, y no fué todo paz y concordia en su interesante diálogo, porque a lo mejor de él hubo peligro de que los animos se soliviantaran, dando al traste con la amistad y buena armonía, compañeras inseparables de una serie de buenos platos. Parece ser que el amigo había enviado a Pipaón, durante los últimos años, todas las cartas que tenía que dirigir a Madrid. El objeto de esta mediación era que el diestro cortesano salvara de las asechanzas de la Policía en Correos una correspondencia inocente en que nada se hablaba de política. Así lo hizo durante algún tiempo; pero desde mediados del 29, don Juan Bragas, que en las cosas privadas, lo mismo que en las públicas, había de mostrar la doblez y bajeza de su carácter, abusó de la confianza del emigrado, dejando de entregar algunas de sus cartas a la persona a quien se dirigían, para dárselas a otra.

La cuestión de las cartas salió, pues, a relucir en la mesa, y Pipaón, que en frescura y demás dotes para el fingimiento no tenía rival en el mundo, se desenvolvió gallardamente de aquel compromiso. Su sofistería, sus protestas de amistad, auxiliadas por su astucia, hacían quiebros admirables, y no se dejaba él coger en mentira aunque la lógica misma se encargara de acometerle.

—Puedes estar seguro, amigo Salvador—le decía—de que desde octubre del veintinueve no he recibido ningún paquete tuyo. Si lo recibiera, tonto, ¿para qué lo quería yo? ¿De qué podrían valerme tus cartas, no trayendo nada de política? Y aunque trajeran algo, hombre, aunque fuera cada letra de ellas una bomba explosiva, ¿me crees capaz de vender a un amigo de la niñez? ¿Me crees capaz de abusar indignamente de tu confianza? ¿Me crees capaz de violar el sacratísimo misterio de la correspondencia?... ¡Oh!, no me des a entender que hay en ti, no digo sospecha, pero ni siquiera un átomo de sospecha,

porque nace en mí cierta indignación terrible que me hará olvidar la amistad, la consideración; me desvanezco, me exalto, me sulfuro... No; tú no puedes tener de mí tan baja opinión, tú bromeas, tú has perdido la memoria de mis buenas partes, y allá en la emigración has olvidado lo arraigada que está la hidalguía en pechos españoles.

El amigo no se convenció con estas vehementes razones; pero no queriendo volver sobre lo pasado, dejó aquel tema para tomar otro. Apremiado por Bragas, contó lo más notable de su vida durante las largas ausencias, extendiéndose mucho en los dramáticos sucesos de su expedición a Cataluña, durante la insurrección apostólica de este país. Pasmado le oyó el buen cortesano, y cuando su amigo llegaba a narrar un peligro extraordinario o el acometimiento de alguna aventura terrible, temblaba y sudaba como si él mismo se sintiera empeñado en aquellos grandes riesgos y compromisos: tal verdad e interés había en la relación.

Ya estaban en los postres, cuando Pipaón, oído el relato del convidado, contó a su vez los chascos que él (Pipaón) y otra persona (Jenara) se habían llevado en Madrid, creyendo ver al buen amigo en cada uno de los individuos que sucesivamente iba deteniendo la Policía por creerlos emisarios de Mina o Valdés.

—Como no recibíamos cartas tuyas —dijo—, y en tanto los emigrados se agitaban en París y Londres, siempre que teníamos noticia de la llegada misteriosa de algún conspirador, creíamos que eras tú. En Gracia y Justicia me enteraba yo de los soplos de la Policía, y..., francamente, como siempre tuviste afición a zurcir voluntades de revolucionarios y preparar sediciones..., no levantaban una pieza los buenos podencos de la Superintendencia sin que Jenara y yo dijéramos: «El es.» Cuando Espronceda vino y se escondió por unas horas en la Trinidad, creímos que eras tú. ¿Llegó un tipo, un no sé quién, y estuvo tres días en la botica de la calle de Hortaleza?... Pues eras tú, ¿Habló se de otro que se metió en el *guardamanger* de Palacio, y que luego resultó ser un choricero perseguido por haber dado una paliza?... Pues tú. ¿Súpose por los serenos que un hombre encopetado había entrado a deshora varias noches en casa de Olózaga?... Pues tú. Pero el más gracioso engaño fué el que padeció nuestra paisanita durante la prisión de Olózaga, engaño en el cual no he tenido parte ni responsabilidad. Ella sobornó carceleros y compró mequetrefes de cárcel, de esos que traen y llevan recados. Esta gente sirve bien, como anden las onzas por medio, y lo prueba la evasión de Olózaga. Pues bien. En el torreón de la Villa había un preso a quien daban el nombre de Escoriaza, el cual unas veces atribuía su encerramiento a cosas de mujeres y otras a tramas políticas. Intrigando para salvar a Olózaga, nuestra amiga, cuyo corazón es tan grande como su entendimiento, se interesaba por el misterioso Escoriaza, creyendo..., no podía faltar la muletilla..., creyendo que eras tú. El recibió recados y dineros, comprendió que había un engaño y lo sostuvo hábilmente. En fin, querido, a la postre resultó ser ese raterillo a quien llaman Candelas, que si Dios no lo remedia, pasará a la posteridad por sus hazañas. Mira, Salvador, cuando lo supe, estuve riéndome dos horas... Por último, al cabo de tantas equivocaciones, vino la verdad, y la sin par Jenara, que te buscaba en todas partes, te encontró de improviso en su propia casa, en casa de don Felicísimo. Y fué de la manera más inesperada y más teatral. Un día vió sobre la mesa de Carnicero una carta para don Jaime Servet, nombre que usaste en Cataluña, según nos dijo el marqués de Falfán de los Godos, que te encontró en Canfranc cuando volvías sano y salvo a Francia. Al punto Jenara..., ya sabes que es un fuego vivo de actividad y de impaciencia..., corrió a la posada del Dragón... ¡Qué desgracia! No estabas... Pasaron días. La carta para ti volvió a la mesa de don Felicísimo. Pero ayer nuestra amiga sintió una voz en el despacho de Carnicero; ella y Micaela se acercaron, entreabrieron la puerta, miraron... Eras tú, tú mismo, real, verdadero, efectivo. Jenara se desmayó en el pasillo; Micaela y yo la llevamos a su cuarto, donde, sin más medicina que un vasito de agua, volvió en sí, y de repente me dijo, entre riendo y llorando: «Ha engrosado bastante ese badulaque...» Y en conclusión, chico, esta tarde tendrás el gusto de

verla, porque para eso estás aquí y para eso te he convidado de acuerdo con ella; y ya...

El cortesano miró el reloj, añadiendo con socarronería:

—No, no es hora todavía... ¿Llevarás a mal lo que he hecho? ¡Qué demonios! Si supieras el interés que tiene por ti... Te quiere como a un hijo.

Salvador no dijo cosa alguna concreta acerca de este inopinado amor de madre que la señora le tenía, y volviendo al tema pasado rióse mucho de los lances cómicos ocurridos con su supuesta persona, y principalmente de haber sido confundido con dos hombres que habían de ser pronto celebridades del siglo, si bien de orden muy distinto: Espronceda y Candelas. Dijo luego que al volver a Francia de vuelta de Cataluña había seguido ayudando a Mina en sus planes; pero que, desde la intentona del año 30, había cesado en sus trabajos, renunciando para siempre y con decidido propósito a la política. Desde que tal resolución tomó, habíase aplicado a buscar los medios de volver libremente a España, donde le llamaban afectos nobles y una regular herencia por recoger. Tuvo la suerte entonces de conocer a don Alejandro Aguado, el cual le empleó en diferentes comisiones en Bélgica e Inglaterra. Sirvió con celo y habilidad al banquero, y éste se encargó de abrirle las puertas de España. Quiso traerle cuando vino Rossini, en marzo del 31; pero entonces no fué posible. A la vuelta de Aguado a Francia, el célebre contratista dió a Salvador el encargo de reunirle cuadros para su afamada colección (que hoy puede admirarse en el Louvre), y a fin de hacerle posible la residencia en España, escribió en su obsequio cartas de recomendación, de esas que todos los obstáculos allanan y vencen dificultades que al oro mismo son rebeldes. Aguado era el prestamista del Tesoro español; tenía en su mano la fortuna pública y gran parte de la privada de esta nación venturosísima Por estas causas, sus relaciones en Madrid eran sólidas, y su firma como una especie de fórmula abreviada del Evangelio

A principios de 1831 tuvo don Felicísimo correspondencia con Aguado, con motivo de ciertos negocios de los Santos Lugares que éste arregló en París y Roma. Concluídas y zanjadas las cuentas a gusto de ambos, lo mismo el banquero que el agente eclesiástico deseaban ocasión de servirse mutuamente. y como en poder de Carnicero obraba todavía una cantidad, resto de la negociación realizada y de la cual debía disponer Aguado, éste suplicó a su amigo la entregase al señor don Jaime Servet, su deudo y corresponsal, que llegaría a Madrid en época concertada. Reservadamente enteraba Aguado a Carnicero de quién era este Servet y de su verdadero nombre, así como de los propósitos pacíficos que llevaba a Madrid, por lo cual esperaba que le ayudase en todo. Con esto y con las cartas que Salvador trajo para Calomarde, Varela, Ballesteros y la reina Cristina, no fué difícil que al llegar a Madrid dejase su falso nombre, entrando en el pleno goce de lo que podría llamarse derechos civiles, y que era en realidad tolerancia o benignidad del Gobierno absoluto. La carta para Cristina, que entregó el primer día, fué, como es de suponer, eficacísima, y todo lo demás se le hizo fácil. Ya tenemos noticias de las buenas disposiciones de Carnicero, el cual miraba al señor Aguado como a un dios; pues en aquel espíritu el furor apostólico no excluía la adoración de becerros de oro con todos los servilismos que este culto insano trae consigo.

Ya habían concluído de comer y estaban de sobremesa fumando excelentes puros, cuando sonó la campanilla y Pipaón dijo a su amigo:

—Me parece que ya está ahí. Es puntual como la hora triste.

Salvador hizo una pregunta interesante por demás, a la cual contestó el tunante de Pipaón con sonrisa maliciosa y en voz tan baja, que el narrador se quedó en ayunas. Es evidente que la pregunta se refería a la señora que en aquel momento a la puerta llamaba, y también lo es que Pipaón contestó con un nombre. Lo único que pudimos percibir de este oscurísimo coloquio fué la observación de Salvador, diciendo:

—Me lo figuré... Le vi en Francia... ¡Qué cosas!

Era ella, en efecto. Salvador, dejando a su amigo, fué a la sala, donde la encontró en pie, fijos los ojos en la puerta. Se saludaron con afecto, demostrándose el uno al otro sentimientos de amistad y

alegría por verse después de tanto tiempo. En ella había cierto alborozo del alma que luchaba por encerrarse en el círculo de lo que se llama satisfacción en lenguaje de urbanidad, y en él había frialdad que se mostraba de improviso, rompiendo el velo de expresiones convencionales con que las quería cubrir. Ella estaba turbada, tan turbada, que después de los primeros saludos decía una cosa por otra; él no parecía sereno, pero se recobró antes que ella y fué el primero que rió. ¡Sabe Dios cuál sería el último!

La discreción, que en el uno emanaba naturalmente del desamor y en la otra del remordimiento, les llevó a una conversación en que ni por incidencia se tocó ningún punto de la vida pasada de ambos. Hablaron del tiempo y de política, los dos temas obligados en toda reunión donde no hay nada que hablar. Allí parecía más bien que ella y él temían abordar otros asuntos. Lo único que se permitió Jenara, fuera de los lugares comunes de la política y el tiempo, fué algunas exhortaciones que demostraban bastante interés por el que fué su amigo.

—No te fíes de esta gente ni de la buena acogida que te han hecho—le dijo—. Esta canalla es más temible cuanto más halaga, y cuando parece que perdona es que prepara el golpe de muerte. La protección de la reina Cristina, que tanto considera al señor Aguado, te servirá de mucho mientras haya tal reina; pero, hijo, aquí no hay nada seguro; estamos sobre un abismo. Al rey le repiten ya con más frecuencia los ataques de gota, y el mejor día nos quedamos sin él. Ya supones lo que pasará en la botella de cerveza el día que le falte el corcho. Muerto el rey, adiós reina y Roque; se armará aquí una marimorena de todos los demonios; el bando apostólico será dueño del reino y nos hará gustar las delicias del Gobierno de Cafrería. Como no me resigno a que me gobiernen a la africana, tengo todo preparado para marchar en cuanto haya síntomas; así, desde que el rey cojea del pie izquierdo, ya me tienes haciendo las maletas. Prepárate tú también y no te fíes de la protección de Cristina, un ídolo a quien derribará de su pedestal el último suspiro del rey.

Conviniendo en muchas de estas apreciaciones, respondió Salvador que por nada del mundo volvería a la emigración, y que, resuelto a huir de la política, esperaba que nadie le molestaría. No queda duda alguna de que la hermosa dama, oyéndole hablar, sentía en su alma eso que no se puede designar sino diciendo que la agobiaba un formidable peso. Claramente decían sus ojos que tras de la fórmula artificiosa y vana que articulaban los labios, había una reserva de palabras verdaderas, que al menor descuido de la voluntad saldrían en torrente diciendo lo que ellas solas sabían decir. Que se echara fuera, por capricho o audacia, una palabra sola, y las demás saldrían vibrando con el sentimiento que las nutría. Por un instante se habría creído que el volcán (demos al fenómeno referido su convencional nombre metafórico) llegaba al momento supino de la erupción, echando fuera su lava y su humo. Salvador tembló al ver con cuánto afán, digno de mejor motivo, contaba la señora las varillas de su abanico, pasándolas entre los dedos cual si fueran cuentas de rosario, y mirándolo y remirándolo como si él también hablase. Después alzó la dama los ojos, que empañados tenía, cual si fluctuara sobre aquel cielo azul la niebla del lloriqueo, y echando sobre su amigo una mirada que era más bien explosión de miradas, despegó los labios, empezó una sílaba y se la tragó en seguida juntamente con otras muchas que estaban entre los lindos dientes esperando vez. La señora se sometió a sí misma con formidable tiranía, y en vez de aquello que iba a decir, no dijo más que esto:

—Hoy me han regalado una cesta de albaricoques.

A esta noticia insignificante contestó Monsalud diciendo que a él le gustaban poco los albaricoques, y que delante de un racimo de uvas no se podía poner ninguna otra especie de fruta. Con esto se empeñó un eruditísimo coloquio sobre cuáles eran las mejores frutas, defendiendo la señora, con argumento irrebatible, el melón de Añover y los albaricoques de Toledo, pasando la conversación a los Cigarrales y, por último, a don Benigno Cordero, a cuya obsequiosa amistad debía Jenara la cestilla mencionada. Entonces el otro dió en hacer

preguntas y más preguntas sobre la honrada familia del encajero, y Jenara dió en responderle con malísima gana y con tanta avaricia de palabras como liberalidad de movimientos para darse aire con el abanico. Creeríase que se estaba azotando el seno para castigarle de haber engrosado más de la cuenta, y así todos los faralaes de su vestido en aquella parte se agitaban como flámulas y gallardetes en día de festejo y de temporal. De repente, la señora cortó la conversación, diciendo:

—Son las seis, y Micaelita me espera para ir al Prado. Yo estoy libre también; ya me ha dicho hoy don Felicísimo, por encargo del *esposo de la jorobada* (Calomarde), que se acabó la tontería de mi persecución.

Salvador manifestó alegrarse de tal franquicia, y no dijo sino palabras frías y convencionales para retener a la dama en la visita. También habló de su próximo viaje a Toledo. Levantóse ella, y sus bellos ojos ya no echaban de sí sentimientos amorosos, sino un chisporroteo de orgullo. Despidióse secamente, diciéndole: «Nos veremos otro día», y se retiró majestuosa, como soberana que no sabe lo que es abdicar, y antes consentirá en equivocarse mil veces que en ceder una sola.

XXVIII

A principios de septiembre, todavía el benignísimo don Benigno no había podido allanar aquel endiablado obstáculo de los papeles. Nada de provecho contestaba el agente, y todo eran dilaciones, por lo cual Cordero, que ya iba perdiendo la paciencia, determinó hacer un viaje a Madrid para comunicar algo de su inquietud y de su prisa al señor Carnicero. El héroe había resuelto encontrar los papeles, aunque tuviera que ir por ellos a la misma villa de La Bañeza o al fin del mundo. Así lo dijo al partir, despidiéndose para poco tiempo.

Dos días después de su partida estaba Sola en una de las piezas altas, ocupada, por más señas, en pegar botones a una camisa de su futuro esposo, cuando recibió aviso de que un señor acababa de llegar a la finca y deseaba hablar con la señorita. Comprendiendo al punto quién era, Sola se quedó como estatua, sin habla, sin ideas en la cabeza, sin sangre en las venas, sintiendo una alegría disparatada, que al mismo tiempo era pena muy viva, y miedo y cortedad de genio. Ella sabía quién era el visitante; se lo decía aquel mismo azaramiento súbito en que estaba y el horrible salto de su corazón alarmado. Tuvo noticia por don Benigno, dos semanas antes, de la aparición de Salvador en Madrid, padeciendo con esto un trastorno general en sus ideas. Pocos días después había recibido una carta del mismo, anunciándole visita, y desde que recibiera la carta, el barullo de sus ideas y la estupefacción de su alma habían aumentado. Grandes cosas se preparaban, sin duda, anunciándose en la infeliz joven con sentimientos de miedo y espasmos de alegría. Armándose de valor, se dispuso a recibir al que un tiempo se llamó su hermano. Mientras se arreglaba un poco para presentarse a él, miró por la ventana. Allá abajo, entre los olivos, había un caballo, sujeto por un muchacho de la casa. Era el caballo de él. La puertecilla de la huerta, donde se pasaba para llegar a la casa, estaba abierta. El la había dejado abierta al pasar. En la salita baja se sentían pasos. Eran sus pasos.

Sola bajó apoyándose fuertemente en el barandal para no bajar de cabeza. Entró en la salita... ¡Qué grueso, qué moreno!... ¡Tenía algunas canas!... Sola no pudo decir nada, y se dejó abrazar fuertemente.

—¡Ay! — exclamó, sintiéndose inerte entre los brazos de su hermano, que parecían de hierro.

Sola no se hacía cargo de nada. Estaba pálida y con los labios secos, muy secos. No se dió cuenta de que él se sentó en un sofá de paja, que era el principal adorno de la salita; no se dió cuenta de que él, tomándole las manos, la llevó al mismo sofá y la sentó allí como se sienta una muñeca; no se dió cuenta tampoco de que Salvador dijo:

—Ya sé que no está don Benigno; ¡cuánto lo siento!

Sola no hacía más que mirarle asombrada, encontrándole grueso, no tan grueso que perdiera su gallardía de otros tiempos; asombrada de verle mucho más moreno y curtido que antes y con algunas manchas de canas en el cabello.

—¡Me miras las canas!—dijo él—. Estoy viejo, hermana, viejo de todo. A ti te encuentro más guapa, más mujer, más saludable. Ya sé que eres tan buena como antes o más buena aún, si cabe. El marqués de Falfán me ha hablado de ti, y me contó tu grave enfermedad. ¡Pobrecita! También sé que no has recibido mis cartas desde hace dos años, como no las recibió Falfán ni otros amigos míos. Es una traición de Bragas, aunque él jura y perjura que no ha recibido paquetes míos en mucho tiempo. La última carta que me escribiste la recibí en Inglaterra, hace dos años. Después, yo escribía, escribía, y tú no me contestabas.

Hablaron un rato de aquel extravío de cartas, que no podía ser sino pillada de Pipaón, falaz intermediario; pero como ya el mal había pasado, no tenía remedio; dejaron de hablar de ello para ocuparse de cosas más vivas y más interesantes para uno y otro.

—¡Cuántos años sin verte!—dijo él mirándola de tan buena gana, que bien se conocía el largo ayuno que de aquellas vistas habían tenido sus ojos.

—El marqués de Falfán—repitió ella—, que iba algunas veces a la tienda de don Benigno y siempre me hablaba de ti, me contó que pasando él la frontera cierto día del año veintisiete te encontró. Ibas a caballo, disfrazado, y te habías puesto el nombre de Jaime Servet. Este nombre se me quedó tan presente, que lo dije muchas veces cuando estaba delirando. Después de esto me escribiste desde París. Un día que fuimos a ver entrar a la reina Cristina a casa de Bringas, me dió Pipaón una carta tuya; fué la última. Poco después, el marqués de Falfán me dijo que tenía ciertos indicios para creer que habías muerto.

Salvador le contó luego a grandes rasgos los principales sucesos de su vida en el período de ausencia, y le explicó las causas de su venida a España. Lo que más sorprendió a Sola de cuanto dijo su hermano fué aquel aborrecimiento a la política y al conspirar. Salvador le dijo:

—Cuando el hombre se enamora desde su niñez de ciertas ideas, o sea de lo que llamamos ideales..., no sé si me entiendes..., y se lanza a trabajar en ellos, se crea una vida artificial. Las ambiciones, la sed de gloria y el afán de todos los días la forman. Así pasa el tiempo y así consume el hombre las fuerzas de su alma en un combate con fantasmas. Cuando hay éxito, querida hermanita; cuando Dios dispone las cosas para que determinados hombres en determinados países sean instrumentos de planes providenciales, entonces la vida que he llamado artificial puede dejar de serlo, mudándose en realidad hermosa. Pero cuando no hay éxito, cuando después de mucho desvarío hallamos que todo es quimera, sea por el tiempo, por el lugar o porque realmente no valemos para maldita de Dios la cosa, resulta uno de estos dos fenómenos: o la desesperación, o el recogimiento y el deseo de la vida vulgar, tranquila, compartida entre los afectos comunes y los deberes fáciles. Yo he querido optar por lo segundo, que es más natural. Un poeta, hablando de estas cosas, dijo: «Es como una encina plantada en un vaso: la encina crece y el vaso se rompe.» Yo creo que en la generalidad de los casos hay que decir: «El vaso es muy duro y la encina se seca», y éste es el caso mío, querida.

Sola dió un suspiro por único comentario.

—La encina se seca—añadió Monsalud—. En mí se empezó a secar hace tiempo, y ya quedan en ella muy pocas ramas con vida; pero a su sombra ha nacido un árbol modesto que vivirá más, y a falta de laureles dará frutos... Pronto tendré cuarenta años. ¡Si vieras tú qué efecto tan raro nos hace el vernos cerca de esta edad y reconocer que no hemos vivido nada en tan larga juventud! Porque un hombre puede haber emprendido muchas cosas, haber estudiado, leído y haber querido a muchas mujeres, y, sin embargo, encontrarse el mejor día con la triste seguridad de no ser nada, ni saber nada, ni amar a nadie. Pronto empezaré a ser viejo. ¡Qué triste cosa es la vejez sin otros goces que las memorias de una juventud alborotada, ni más compañía que el rastro que dejaron todos aquellos fantasmas y figurillas al convertirse en humo!... Se me figura que comprendes esto perfectamente... ¿Pero a que no sabes cuál es ahora la aspiración de mi vida?

—Ya me lo has dicho: no ser nada.

—Pues aspiro a ser el vecino de tal, de tal calle, de cual pueblo; nada más que

un vecino, querida. ¿Crees que esto es fácil? Mira que no lo es. La vida errante me fatiga, la vida solitaria me entristece. Para ser vecino de tal calle es preciso fijarse y tener compañía que nos ate con cuerda de afectos y deberes. No hay nada que tan dulcemente abrume al hombre como el peso de un techo propio.

Esta frase, dicha así como sentencia, conmovió a Sola hasta lo más profundo de su alma. Por un momento creyó que todo se volvía negro en su alrededor.

—¿Qué dices a esto?—le preguntó él—. Hace un año, hallándome en París, curado ya de la manía del vivir quimérico, y prendado de amores por la vida posible, por la vida que no temo llamar vulgar, te escribí manifestándote lo que pensaba.

—¡A mí!—exclamó Sola, figurándose en el acto, como por inspiración divina, la carta que no había recibido, y viéndola toda letra por letra.

—A ti... Ya sé que no la recibiste. Sería preciso desollar vivo a Pipaón. En mi carta te consultaba, te pedía consejo. Fué aquél un tiempo en que tú te realzabas a mis ojos de un modo nuevo, y no iba mi pensamiento a ninguna parte sin tropezar contigo. Siempre había admirado yo tus virtudes, siempre había sentido por ti un afecto entrañable; pero entonces todos los sueños de la vida posible venían a mi cerebro como envueltos en ti; quiero decir que todas las ideas de esta nueva existencia y las imágenes de mi reposo y de mi felicidad futura se me presentaban como un contorno de tu cara. Esto es concluir por donde otros han empezado, esto es cosa de mozalbetes; pero los que no han sabido vivir la vida del corazón cuando niños, la viven cuando viejos, y así...

La miró un rato, y viéndola perpleja, él, que gustaba de expresar las cosas con prontitud y claridad, le dijo en un galanteo máximo todo lo que tenía que decirle. Sus palabras fueron éstas:

—Y así, vengo a proponerte que nos casemos.

Sola no estaba ya confusa, sino espantada. Se mordía un labio y la yema de un dedo. Se los mordía tan bien, que a poco más arrojara sangre. Al mismo tiempo miraba al suelo, temerosa de mirar a otra parte. Su alma estaba, si es permitido decirlo así, como una grande y sólida torre que acababa de desplomarse sacudida por terremotos. No acertaba a pensar cosa alguna derechamente, ni a concretar sus ideas para formar un plan de respuesta. Salvador le tomó una mano. Entonces, ella, herida de súbito por no sé qué sentimiento, por el pudor, por la dignidad tal vez, o quizá por el miedo, retiró su mano y dijo:

—Soy casada.

—¡Tú!...

—Como si lo fuera. He dado mi palabra.

—En Madrid me dijeron eso como una sospecha. Yo creía que era falso.

—Es cierto—dijo Sola, que, recobrándose con gran esfuerzo, luchaba con sus lágrimas para que no salieran—. Si no hubieran ocurrido ciertos entorpecimientos, ya estaría casada con el mejor de los hombres.

A Salvador tocó entonces moderse el labio y la coyuntura del dedo índice de su mano derecha. Sola invocó mentalmente a Dios, tomó fuerzas de su valeroso espíritu y de la idea del deber, que era siempre su confortante más poderoso, y quiso dominar la situación haciendo el panegírico de su futuro esposo.

—Hay un hombre—dijo—a quien debo la vida, de quien he sido hija cuando no tenía padre ni hermano. Siente por mí un respeto que yo no merezco, y un cariño que no podré pagar con cien vidas mías. Cuantos miramientos, cuantas atenciones se puedan tener con una persona amada, ha tenido él para mí. Yo he pedido a Dios que me diera algo con que poder pagar beneficios tan grandes, y Dios ha puesto en mi corazón lo que me hacía falta. Ese hombre ha querido tener casas, tierras, criados, para que yo fuera señora de todo, y él mío por toda la vida.

Salvador miró por la ventana los árboles, la deliciosa paz y abundancia que todo aquel conjunto rústico expresaba. Sintió el corazón oprimido de pena y lleno de la noble envidia que infunde el bien no merecido. En la ventana que frente a él estaba, un arbolillo, agitado por el viento, tocaba con sus ramas los vidrios. Varias veces, durante el curso del diálogo precedente, Salvador había mirado allí creyendo que alguién llamaba en los vidrios. Ya llegado el momento de su desengaño, miró la rama, y viendo que daba más fuerte, murmuró: «Ya me voy, ya me voy.»

Volviéndose otra vez a Sola, le dijo:

—Me has hablado en un lenguaje que no admite réplica. No debo quejarme, pues he venido tarde, y habiendo tenido el bien en mi mano durante mucho tiempo, lo he soltado para seguir locamente un camino de aventuras. Pero algo me disculparán mi desgracia, mi destierro y también mi pobreza, causa de que antes no te propusiera lo que ahora te propongo. Aquí me tienes razonable, con esperanzas de ser rico, y a pesar de tales ventajas, más desgraciado y más solo que antes.

Animada por el triunfo que había obtenido en su espíritu, Sola quiso ir más allá, quiso hacer un alarde de valentía diciendo a su amigo: «Ya encontrarás otra con quien casarte»; pero cuando iba a pronunciar la primera sílaba de esta frase triste, no tuvo ánimos para ello y fué vencida por su congoja. No dijo nada.

—Yo quería—dijo Salvador no desesperanzado todavía—que meditaras...

Sola, que vió un abismo delante de sí, quiso hacer lo que vulgarmente se llama «cortar por lo sano».

—No hables de eso...—dijo—. No puede ser... Figúrate que no existo.

Sin darse cuenta de ello, le miró con lágrimas. Pero sobrecogida repentinamente de miedo, se levantó, y corriendo a la ventana se puso a mirar los morales al través de los vidrios. Allí la infeliz imaginó un engaño o salida ingeniosa para justificar su emoción. Volvióse a él, segura de salir bien de tal empeño.

—¿Sabes por qué lloro? Porque me acuerdo de tu pobre madre, que murió en mis brazos, desconsolada por no verte... Dejóme un encargo para ti, un paquetito donde hay una carta y varias alhajas, encargándome que a nadie lo fiara y que te lo diera en tu propia mano. ¡Y yo tan tonta que no te lo he dado aún, cuando no debí hacer otra cosa desde que entraste!... Lo que me confió tu madre no se separa nunca de mí... Aquí lo tengo y voy a traértelo.

Sin esperar respuesta, Sola subió a su habitación, y al poco rato puso en manos de Monsalud un paquete cuidadosamente cerrado con lacres. Salvador lo abrió con mano trémula. Lo primero que sacó fué una carta, que besó muchas veces. En pie, al lado de su amigo, que continuaba en el sofá de paja, Sola no podía apartar los ojos de aquellos interesantes objetos. La carta tenía varios pliegos. Salvador pasó la vista rápidamente por ellos antes de leer.

—¡Mira, mira lo que dice aquí!—exclamó, señalando una línea—. Mi madre me suplica que me case contigo.

—Te lo suplicaba hace mucho tiempo —dijo Sola, disimulando su pena con cierta jocosidad afectada, que, si no era propia del momento, venía bien como pantalla.

—Necesito una hora para leer esto —dijo Monsalud—. ¿Me permites leerlo aquí?

Sola miró a las ventanas, y por un momento pareció aturdida. Su corazón atenazado le sugería clemencia, mientras la dignidad, el deber y otros sentimientos muy respetables, pero un poco lúgubres, como los magistrados que condenan a muerte con arreglo a la justicia, le ordenaban ser cruel y despiadada con el advenedizo.

—Mucho siento decírtelo, hermano —manifestó la joven sonriendo como se sonríe a veces el que van a ajusticiar—, lo siento muchísimo; pero... pronto anochecerá. Tú, que estás ahora tan razonable, me dirás si es conveniente...

—Sí, debo marcharme—replicó Salvador, levantándose.

—Debes marcharte y no volver..., y no volver—afirmó ella marcando muy bien las últimas palabras.

—¿Y qué pensaré de ti?

Sola meditó un rato y dijo:

—¡Que me he muerto!

Se apretaron las manos. Sola miraba fijamente al suelo. Fué aquélla la despedida de menos lances visibles que imaginarse puede. No pasó nada, absolutamente nada, porque no puede llamarse acontecimiento el que doña *Sola y Monda* se acercase a los vidrios de la ventana para verle salir y que le estuviese mirando hasta que desapareció entre los olivos, caballero en el más desvencijado rocín que han visto cuadras toledanas. Ni es tampoco digno de mención el fenómeno (que no sabemos si será óptico o qué será) de que Sola le siguiese viendo aún después de que las ramas de los olivos y la creciente penumbra de la tarde ocultaran completamente su persona.

La noche cayó sobre ella como una losa.

Fatigado y displicente, con los hábitos

arremangados y su gran caña de pescar al hombro, subía el padre Alelí la cuestecilla del olivar. Ya era de noche. Los muchachos acompañaban al fraile, trayendo el uno la cesta, otro los aparejos y el pequeño dos ranas grandes y verdes. Esto era lo único que el reino acuático había concedido aquella tarde a la expedición piscatoria de que era patrón el buen Alelí. Todas nuestras noticias están conformes en que tampoco en las tardes anteriores fueron más provechosas la paciencia del fraile y la constancia de los muchachos para convencer a las truchas y otras alimañas del aurífero río de la conveniencia de tragar el anzuelo; por lo que Alelí volvía de muy mal talante a casa, echando pestes contra el Tajo y sus riberas.

Todavía distaba de la casa unas cincuenta varas, cuando encontró a Sola, que lentamente bajaba como si se paseara, saliendo al encuentro de las primeras ondas de aire fresco que de los cercanos montes venían. Los niños menores la conocieron de lejos y volaron hacia ella, saludándola con cabriolas y gritos, o colgándose de sus manos para saltar más a gusto.

—¿Usted por aquí a estas horas?—dijo Alelí, deteniendo el paso para descansar—. La noche está buena y fresquecita. ¿Querrá usted creer que tampoco esta tarde nos han dicho las truchas esta boca es mía? Nada, pasan por los anzuelos y se ríen. Esos animalitos de Dios han aprendido mucho desde mis tiempos, y ya no se dejan engañar... Hola, nola, ¿no son éstas pisadas de caballo? Por aquí ha pasado un jinete. Dígame usted: ¿ha enviado Benigno algún propio con buenas noticias?

Sola dió un grito terrible, que dejó suspenso y azarado el bondadoso fraile. Fué que Jacobito puso una de las ranas sobre el cuello de la joven. Sentir aquel contacto viscoso y frío y ver casi al mismo tiempo el salto del animalucho rozándole la cara, fueron causa de su miedo repentino; que este modo de asustarse y esta manera de gritar son cosas propias de mujeres. Alelí esgrimió la caña como un maestro de escuela, y dió dos cañazos al nene.

—¡Tonto, malcriado!

—No, no han venido buenas noticias —dijo Sola temblando.

Aquella noche cenaron como siempre. en paz y en gracia de Dios, hablando de Cordero y pronosticando su vuelta para un día próximo. La vida feliz de aquella buena gente no se alteró tampoco lo más mínimo en los siguientes días. Sola estaba triste; pero siempre en su puesto, siempre en su deber, y todas las ocupaciones de la casa seguían su marcha regular y ordenada. Ninguna cosa faltó de su sitio, ni ningún hecho normal se retrasó de su marcada hora. La reina y señora de la casa, inalterable en su imperio, lo regía con rectitud pasmosa, cual si ninguno de sus pensamientos se distrajese de las faenas domésticas. Interiormente fortalecía su alma con la conformidad; y exteriormente con el trabajo.

Fuera de algunos breves momentos, ni el observador más perspicaz habría notado alteración en ella. Estaba como siempre, grave sin sequedad, amable con todos, jovial cuando el caso lo requería; enojada, jamás. Sin embargo, cuando Cruzita y ella se sentaban a coser, podían oírse en boca de la hermana de don Benigno observaciones como ésta:

—Pero, mujer, está *Mosquetín* haciéndote caricias, y ni siquiera le miras.

Sola se reía y acariciaba al perro.

—Hace días que estás no sé cómo... —continuaba el ama de *Mosquetín*—. Nada, mujer, ya vendrán esos papeles; no te apures, no seas tonta. Pues qué, ¿han de estar en la China esos cansados legajos?... ¡Vaya cómo se ponen estas niñas del día cuando les llega el momento de casarse! Todo no puede ser a qué quieres boca. Menos orgullito, señora, que ya que el bobalicón de mi hermano ha querido hacerte su mujer, Dios no ha de permitir que este disparate se realice sin que te cueste malos ratos.

Sola reía de nuevo y acariciaba a *Mosquetín*.

Una mañana, los chicos, que se pasaban el día en la huerta haciendo de las suyas, empezaron a gritar: «Padre, padre.» Don Benigno llegaba. Entró en la casa sofocado, ceñudo, limpiándose con el pañuelo el copioso sudor de su inflamado rostro, y dejándose caer en una silla con muestras de cansancio, no decía más que esto:

—¡Los papeles!... ¡Los papeles!... Don Felicísimo!...

—¿Qué?... ¿Han aparecido?...—le preguntó Sola con ansiedad.

—¡Qué han de parecer!... ¡Barástolis! No hay paciencia para esto, no hay paciencia...

XXIX

¿Y cómo habían de parecer, Santo Dios, si el cura de La Bañeza, a consecuencia de una reyerta con el obispo de la diócesis, había hecho la gracia de huir del pueblo, después de arrojar a un pozo todos los libros parroquiales? Véase aquí por dónde la tremenda y sorda lucha que entre el régimen absolutista y el espíritu moderno estaba empeñada, había de estorbar la felicidad de aquel candoroso don Benigno, que, aunque liberal, en nada se metía.

Era el obispo de León, señor Abarca, absolutista furibundo de ideas y aragonés de nacimiento, con lo que basta para pintarle. De consejero áulico del rey y atizador de sus pasiones, pasó a la intimidad de don Carlos y a la dirección del partido de éste, llegando a ser más tarde ministro universal de la corte de Oñate. El cura de La Bañeza se diferenciaba de su pastor en lo de liberal, y se le igualaba en lo de aragonés. Puede suponerse lo que sería una pendencia clerical y política entre dos aragoneses de sotana. El obispo tenía, entre otros defectos, el de los modos ásperos, los procedimientos brutales y las palabras destempladas; el cura, sobre todas las máculas, tenía la de ser algo más presbítero de Baco que sacerdote de Cristo. Resistióse el cura a dejar la parroquia (que precisamente estaba a cuatro pasos de la taberna); insistió el obispo, salieron a relucir mil zarandajas, canónicas de un lado, liberalescas de otro, y al fin, vencido el subalterno, escapó una noche antes de que le cayera encima el brazo secular; pero como hombre de ideas filosóficas, pensó que los libros parroquiales, por ser expresión de la verdad, debían estar como la verdad misma, en el fondo de un pozo.

De orden de su ilustrísima hízose una información en el pueblo para restablecer los libros, y al cabo de algunos meses, don Benigno supo por Carnicero que en la partida de bautismo no había ya dificultades. Pero el Demonio, que siempre está inventando diabluras, hizo que apareciese nueva contrariedad. Uno de los libros del registro de matrimonios se había conservado, y en el tal libro constaba que una Soledad Gil de la Cuadra había contraído nupcias en 1823. Indudablemente no era esta Soledad nuestra simpática heroína; pero mientras se ponía en claro, ¡ji, ji!, (así lo decía don Felicísimo a su cliente Cordero), había de pasar algún tiempo, siendo quizá preciso llevar el asunto a un Tribunal eclesiástico, pues estas delicadas cosas no son buñuelos que se hacen en un segundo.

Así, entre obispos y curas aragoneses, pozos llenos de libros, agentes eclesiásticos y torna y vuelve y daca, el héroe de Boteros sufrió el martirio de Tántalo durante un año largo, pues hasta el verano de 1832 no se allanaron las dificultades. Cuando don Felicísimo escribió a Cordero participándole este feliz suceso, añadía que sólo faltaba una firma del señor obispo Abarca para que todo aquel grandísimo lío terminase.

Durante esta larga espera, la familia de Cordero continuaba sin novedad en la salud y en las costumbres. El invierno lo pasaron en Madrid para atender a la educación de los niños y a la tienda, que don Benigno juró no abandonar mientras el edificio de sus felicidades no fuese coronado con la gallarda cúpula del casamiento. A la entrada de la primavera se trasladaron todos a los Cigarrales, acompañados de Alelí, que cada día tomaba más afición a la familia y se entretenía en enseñar a *Mosquetín* a andar en dos pies.

Innecesario será decir, pero digámoslo, que don Benigno, si bien trataba familiarmente a Sola, no traspasó jamás, en aquella larga antesala de las bodas, los límites del decoro y de la dignidad. Se estimaba demasiado a sí mismo y amaba a Sola lo bastante para proceder de aquella manera delicada y caballerosa, magnificando su ya magnífica conducta con el mérito nuevo de la castidad. Ni siquiera se permitía tutear a su prometida, porque el tuteo, decía, trae insensiblemente libertades peligrosas, y porque el decoro del lenguaje es siempre una garantía del decoro de las acciones.

En este tiempo ocurrió también la dispersión de algunos personajes muy principales de esta historia. Salvador se fué a Andalucía, donde encontró abundancia de cuadros y antigüedades de méri-

to. Luego subió por Extremadura a Salamanca, vino a Madrid en febrero de 1832 a exigir de Carnicero el cumplimiento del pacto, y habiendo ocurrido dilaciones, celebraron un nuevo pacto-prórroga, que terminó cuatro meses después con feliz éxito el asunto. El aventurero vió al fin en sus manos la mitad de la herencia de su tío, gracias a las uñas de don Felicísimo, que, acariciando la otra mitad, desenmarañó la madeja. Fué Salvador a París en la primavera para rendir cuentas a Aguado, y en el verano tornó a España y a Madrid para ultimar un asunto de vales reales que en la Corte tenía.

Jenara pasó en Madrid el invierno de 1831 a 1832, y en primavera se trasladó a Valencia, volviendo al poco tiempo para instalarse en San Ildefonso. La opinión pública, que, tal vez sin motivo, le tenía mala voluntad, hacía correr acerca de su conducta rumores poco favorables, aunque eran de esos que cualquier dama ilustre de aquellos tiempos, y de éstos y de todos los tiempos, soporta sin detrimento alguno en el lustre de su casa, antes bien aumentándolo y viéndose cada día más obsequiada y enaltecida. Si en el año anterior fué tildada de aficionarse con exceso a la oratoria forense y parlamentaria, ahora decían de ella que se pirraba por la poesía lírica, prefiriendo sobre todos los géneros el *byroniano,* o sea de las desesperaciones y lamentos, sin admitir consuelo alguno en este mundo ni en el otro.

Enorme escuadrón de amigos la despidió al marchar a La Granja. Adiós, gentil Angélica, engañadora Circe. No podemos seguirte aún. Nos llaman por algún tiempo en Madrid afecciones de literatos que nos son más caras que las propias niñas de nuestros ojos. Y era curioso ver cómo se iba encrespando aquel piélago de ideas, de temas literarios e imágenes poéticas del cafetín llamado Parnasillo. Sin duda, de allí había de salir algo grande. Ya se hablaba mucho y con ardor de un drama célebre estrenado en París el 21 de febrero de 1830, y que tenía el privilegio de dividir y enzarzar a todos los ingenios del mundo en atroz contienda. El asunto, según algunos de los nuestros, no podía ser más disparatado. Un príncipe apócrifo que se hace bandolero, una dama obsequiada por tres pretendientes, un viejo prócer enamorado y un emperador del mundo, son los personajes principales. Luego hay aquello de que todos conspiran contra todos, y de que pasan cosas históricas que la historia no ha tenido el honor de conocer jamás. Y hay un pasaje en que el prócer, que aborrece al bandido, lo salva del emperador; y luego el emperador se lleva la muchacha, y el bandolero se une al prócer; y como uno de los dos está de más, porque ambos quieren a la señorita, el bandolero jura que se matará cuando el prócer toque un cierto cuerno que aquél le da en prenda de su palabra; y cuando todo va a acabar en bien, porque el emperador ha perdonado a chicos y grandes y viene el casorio de los amantes con espléndida fiesta, suena el consabido cuerno; el príncipe bandolero recuerda que juró matarse, y, en efecto, se mata.

Si a unos les parece esto el colmo del absurdo, a otros les parece de perlas. Riñen los exaltados con los retóricos, y en medio de las disputas sale a relucir una palabra que éstos profieren con desprecio, aquéllos con orgullo: *¡Románticos!...* Aguarde un poco el lector, que ya vendrán a su tiempo amarillez del rostro, las largas y descuidadas melenas, las estrechas casacas. Por ahora el romanticismo no ha pasado a las maneras ni al vestido, y se mantiene gallardo y majestuoso en la esfera del ideal.

El drama francés es un monstruo para algunos; pero ¡qué aliento de vida, de inspiración, de g r a n d e z a en este monstruo, pariente sin duda de las hidras calderonianas, ante cuya indómita arrogancia, a veces sublime, salvaje a veces, parecen gatos disecados las esfinges del clasicismo! Contra la frialdad de un arte moribundo protesta un arte incendiario; la corrección es atropellada por el delirio; las reglas, con sus gastados cachivaches, se hunden para dar paso a la regla única y soberana de la inspiración. Se acaba la poesía que proscribe los personajes que no sean reyes, y se proclama la igualdad en el colosal imperio de los protagonistas. Rómpese como un código irrisorio la jerarquía de las palabras nobles e innobles, y el pueblo, con su sencillez y crudeza nativa, habla a las musas de *tú.* Caen heridos de muerte todos los monopolios: ya no hay asuntos privilegiados, y al templo del arte se le abren unas puertas muy

grandes para dar paso a la irrupción que se prepara. Se suprimen los títulos nobiliarios de ciertas ideas, y se ordena que el Mar, por ejemplo, que de antiguo venía metiendo bulla y soplándose mucho con los retumbantes dictados de Nereo, Neptuno, Tetis, Anfitrite, sea despojado de estos tratamientos y se llame simplemente Fulano de Tal, es decir, *el Mar*. Lo mismo les pasa a la Tierra, al Viento, al Rayo.

Mucho podríamos decir sobre esta revolución que tuvimos la gloria de presenciar; pero damos punto aquí porque no es llegada aún la sazón de ella, y sus insignes jefes no eran todavía más que conspiradores. El café del Príncipe era una logia literaria, donde se elaboraba entre disputas la gloriosa emancipación de la fantasía al grito mágico de *¡España por Calderón!*

El teatro dormitaba solitario y triste; pero ya sonaban cerca las espuelas de *Don Alvaro*. *Marsilla y Manrique* estaban más lejos; pero también se sentían sus pisadas, estremeciendo las podridas tablas de los antiguos corrales. Comenzaba a invadir los ánimos la fiebre del sentimiento heroico, y las amarguras y melancolías se ponían de moda.

Las grandes obras de Espronceda no existían aún, y de él sólo se conocían el *Pelayo*, la *Serenata*, compuesta en Londres, y otras composiciones de calidad secundaria. Vivía sin asiento, derramando a manos llenas los tesoros de la vida y de la inteligencia, llevando sobre sí, como un fardo enojoso que para todo le estorbaba, su genio potente y su corazón repleto de exaltados afectos. Unos versos indiscretos le hicieron perder su puesto en la Guardia Real. Fué desterrado a la villa de Cuéllar, donde se dedicó a escribir novelas.

Vega había escrito ya composiciones primorosas, pero sin entrar aún en aquellas íntimas relaciones con Talía, que tanto dieron que hablar a la Fama; Bretón había vuelto de Andalucía, y con sin igual ingenio explotaba la rica hacienda heredada de Moratín; Martínez de la Rosa trabajaba oscuramente en Granada; Gallego vivía a la sazón en Sevilla; Gil y Zárate, perseguido siempre por la inquisitorial censura del padre Carrillo. había abandonado el teatro por una cátedra de francés. Caballero, Villalta, Revilla, Vedia, Segovia y otros insignes jóvenes cultivaban con brío la lírica, la historia y la crítica.

Al propio tiempo, la pintura de la vida real, es decir, del espíritu, lenguaje y modo de la sociedad en que vivimos, era acometida por un joven artista madrileño para quien esta grande empresa estaba guardada.

Miradle. No parece tener más de veintiséis o veintisiete años. Es pequeño de cuerpo, usa anteojos y siempre que mira parece que se burla. Es, más que un hombre, la observación humana da uniéndose a la gracia, y disimulando el aguijoncillo de la curiosidad maleante con el floreo de la discreción. De sus ojos parte un rayo de viveza, que en un instante explora toda la superficie, y sin saber cómo se mete hasta el fondo, sacando los corazones a la cara; y al hacerlo parece que se ríe, como dando a entender que a nadie lastimará en sus disecciones de vivos.

Este joven, a quien estaba destinado el resucitar en nuestro siglo la muerta y casi olvidada pintura de la realidad de la vida española tal como la practicó Cervantes, comenzó en 1832 su labor fecunda, que había de ser principio y fundamento de una larga escuela de prosistas. El trajo el cuadro de costumbres, la sátira amena, la rica pintura de la vida, elementos de que toma su sustancia y hechura la novela. El arrojó en esta gran alquitara, donde bulliciosa hierve nuestra cultura, un género nuevo, despreciado de los clásicos, olvidado de los románticos, y él solo había de darle su mayor desarrollo y toda la perfección posible. Tuvo secuaces, como Larra, cuya originalidad consiste en la crítica literaria y la sátira política, siendo en la pintura de costumbres discípulo y continuador de *El Curioso Parlante;* tuvo imitadores sin cuento, y tantos, tantos admiradores que, en su larga vida, los españoles no han cesado de poner laureles en la frente de este valeroso soldado de Cervantes.

En 1831 escribió el *Manual de Madrid*, anunciando en él sus dotes literarias y una pasión que había de ocuparle toda la vida, la pasión de Madrid. En enero del año siguiente publicó *El retrato* en las *Cartas Españolas*, de Carnerero, y tras *El retrato* vino sin interrupción esa galería de deliciosos cuadros matritenses, que servirá, el día en que la capital de España se pierda, para encontrarla

aunque se meta cien estados bajo tierra. ¡Asombroso poder del ingenio! Aquellos revueltos tiempos en que se decidió la suerte de la nación española han quedado más impresos en nuestra mente por su literatura que por su historia; y antes que la Pragmática Sanción, y el Carlismo y la Amnistía, antes que el Auto acordado y la Corte de Oñate y el Estatuto, viven en nuestra memoria don Plácido Cascabelillo, don Pascual Bailón Corredera, don Solícito Ganzúa, don Homobono Quiñones y otras dignas personas nacidas de la realidad y lanzadas al mundo con el perdurable sello del arte.

En agosto del mismo año 1832 principió a salir *El Pobrecito Hablador*, de Larra. De éste quisiéramos hablar un poco; pero el insoportable calor nos obliga a salir de Madrid.

Antes de partir haremos una visita a don Felicísimo, en cuya casa hallamos grandísima novedad, y es que al cabo de no pocas dudas y vacilaciones, el insigne Pipaón se decidió a manifestar a Micaelita su propósito de tomarla por esposa, considerando que, si buenos desperfectos tenía, con buenas talegas iban disimulados. Es opinión admitida por todos los historiadores que Micaelita no rezó ningún *Padrenuestro* al oír nueva tan lisonjera de los labios del cortesano de 1815. Don Felicísimo y doña Sagrario se regocijaron, pues no podían soñar mejor partido para aquel poco solicitado género que un individuo encaminado a ser, por sus prendas excepcionales, el Calomarde de los tiempos futuros.

Nuestra buena suerte quiso que, al dar un vistazo al agente de asuntos eclesiásticos, halláramos al señor De Pipaón, que también se despedía. Deleitosa conversación se entabló entre los dos. Cuando el cortesano estrechó entre los suyos fortísimos los dedos de corcho del señor don Felicísimo, éste exhaló un hipo y dijo:

—Me olvidaba... Querido Pipaón, puesto que va usted inmediatamente para allá, hágame el favor de llevar esta carta.

Y diciéndolo, el anciano levantó el pie de cabrón con ademán que algo tenía de ceremonioso y cabalístico, como el mágico que alza cubiletes y descubre signos. El sobre de la carta de que se hizo cargo Pipaón decía: «Al señor don Carlos Navarro, en San Ildefonso.»

XXX

En los primeros días del mes de septiembre un viajero llegó a la posada del Segoviano, en La Granja, y pidió cuarto y comida, exigencias a que con tanto tesón como desabrimiento se negó el fondista. Era inaudita frescura venir a pedir techo y manteles en una posada que por su mucha fama y prez estaba llena de gente principal desde el sótano a los desvanes. ¡Ahí era nada, en gracia de Dios, lo de personajes que en la casa había! Cuatro consejeros de Estado, un fiscal de la Rota, un administrador del Noveno y Excusado, dos brigadieres exentos, un padre prepósito, un definidor y seis cantores de ópera sobrellevaban allí con paciencia las incomodidades de los cuartos y compartían el ayuno de las parcas comidas y mermadas cenas.

—Perdone por Dios, hermano—dijo a nuestro viajero el implacable dueño del mesón, que reventaba de gordura y orgullo, considerando el buen esquilmo de aquel año, gracias al ansia de los partidos que tanta gente llevaba a San Ildefonso.

Y el viajero redoblaba su amabilidad suplicante, en vista de la negativa venteril. Era tímido y circunspecto, quizá en demasía para aquel caso en que tenía que habérselas con la ralea de posaderos y fondistas.

—Déme usted un cuchitril cualquiera —dijo—. No estaré sino el tiempo necesario para conseguir que su ilustrísima el señor Abarca eche una firma en cierto documento.

—¿El señor Abarca?... Buena persona... Es muy amigo mío—replicó el ventero—. Pero no puedo alojarle a usted... como no sea en la cuadra.

Ya se había decidido el atribulado señor a aceptar esta oferta, cuando acertó a pasar don Juan de Pipaón. El viajero y el cortesano se vieron, se saludaron, se abrazaron, y... ¿cómo había de consentir don Juan que un tan querido amigo suyo se albergara entre cuadrúpedos teniendo él, como tenía, en la casa de Pajes, dos hermosísimas y holgadas estancias, donde estaba como garbanzo en olla?

—Venga conmigo el buen Cordero —dijo con generosa bizarría—, que le

hospedaré como a un príncipe. La Granja rebosa de gente. Amigo—añadió, hablándole al oído, cuando ambos marchaban hacia la casa de Pajes—, el rey se nos muere.

—De modo que sobrevendrá...

—El diluvio universal... Háblase de componer la cosa en familia. Pero vamos, vamos a que descanse usted.

Cordero dió un suspiro, y ambos entraron en la casa. Después de un ligero descanso y del desayuno consiguiente, Cordero salió a ver los jardines.

¡La Granja! ¿Quién no ha oído hablar de sus maravillosos jardines, de sus risueños paisajes, de la sorprendente arquitectura líquida de sus fuentes, de sus laberintos y vergeles?... Versalles, Aranjuez, Fontainebleau, Caserta, Schoenbrün, Potsdam, Windsor, sitios donde se han labrado un nido los reyes europeos huyendo del tumulto de las capitales y del roce del pueblo, podrán igualarle, pero no superan al rinconcito que fundó el primer Borbón para descansar del gobierno. Y no hay más remedio que admirar esta pasmosa obra del despotismo ilustrado, reconociéndola conforme a la idea que la hizo nacer. El despotismo ilustrado fomentó la riqueza en todos los órdenes, desterró abusos, alivió contribuciones, acometió mejoras en bien del pueblo; pero todo lo sometió a una reglamentación prolija. Hacía el bien como una merced, y lo distribuía como se distribuye la sopa a los pobres recogidos en un asilo. Todo había de sujetarse a canon y a medida, y la nación, que nada podía hacer por sí, recibía los beneficios con arreglo a disciplina de hospital.

El despotismo ilustrado da vida en el orden económico a los Pósitos, a los Bancos privilegiados, a los Gremios; en el orden político crea los pactos de familia, y en el artístico protege el clasicismo. Llega al fin un día en que pone su mano en la Naturaleza, y entonces aparece Le Nôtre, el arquitecto de jardines. Este hombre somete la vegetación a la geometría, y hace jardines con teodolito. A su mando inapelable los árboles ya no pueden nacer libremente donde la tierra, el agua y Dios quisieron que naciesen, y se ponen en filas, como soldados, o en círculo, como bailarines. No basta esto para conseguir aquella conformidad disciplinaria, que es el mayor gusto del despotismo ilustrado, y son escogidos los árboles, como Federico de Prusia escoge a sus granaderos. Es preciso que todos sean de un tamaño y que las ramas crezcan con regularidad. El hacha se encarga de convertir un bosque en alameda, y surgen, como por encanto, esos bellos escuadrones de tilos y esas compañías de olmos, que parecen esperar el grito de un pino para marchar en orden de parada.

El despotismo ilustrado y sus jardineros aspiran a más: aspiran a que la Naturaleza no parezca Naturaleza, sino un reino fiel sometido a la voluntad de su dueño y señor. Las tijeras, que antes sólo eran arma de los sastres, son ahora la primera herramienta de horticultura, y con ella se establece una igualdad de vasallaje que confunde en un solo tamaño al grande y al chico. Es un instrumento de corrección como la lima de que tanto hablaban los clásicos, y que a fuerza de pulimentar hacía que todos los versos fueran igualmente fastidiosos. La tijera hace de los poéticos mirtos y del espeso boj las baratijas más graciosas que pueden imaginarse. Córtalos en todas las formas, y talla guarniciones, muebles, dibujos, casitas, arcos, escudos, trofeos. Los jardineros redondean los árboles, dejándoles cual si salieran del torno, y las esbeltas copas se convierten en pelotas verdes. En el bajo suelo cortan y recortan el césped como se cortaría el paño para hacer una casaca, y luego bordan todo esto con flores vivas, que ponen donde la topografía ordena. Hacen mil juegos y mosaicos, tapicerías y arabescos. ¡Ay de aquella florecilla indisciplinada que se salga de su sitio! La arrancan sin piedad. La lozanía excesiva tiene pena de muerte, como la libertad entre los hombres.

A un jardín le hacen parecer teatro, plaza, cementerio o cosa semejante. Resulta un lugar frío, triste, desabrido, que trae al pensamiento las tragedias en que Alejandro salía vestido de Luis XIV. Es preciso poner algo que anime aquella soledad, algo que se mueva. ¿Quién será el juglar de este escenario amanerado? Pues el agua. El agua, que es la libertad misma, la independencia, el perpetuo correr, la risa y la alegría del mundo, es sacada de los plácidos arroyos, de las tranquilas lagunas, de los agrestes manantiales, sujeta con presas y transportada en cañerías, y luego some-

tida al martirio inquisitorial de las fuentes, que la obligan a saltar y hacer cabriolas de un modo indecoroso. El clasicismo hortícola quiere que en todo jardín haya mucha mitología, faunos groseros, ninfas muy remilgadas, dioses pedantes, geniecillos traviesos. Pues todos estos individuos no tienen gracia si no echan un chorro de agua, quién por la boca, quién por ánforas y caracoles, aquél por todas las partes de su musgoso cuerpo, y diosa hay que arroja de sus pechos cantidad bastante para abrevar toda la caballería de un ejército.

En La Granja, la fuente de La Fama escupe al cielo un surtidor de 184 pies de altura, y El Canastillo traza en el espacio todo un problema geométrico con rayas de agua, mientras Neptuno, rigiendo sus caballos pisciformes, eleva a los aires sorprendente arquitectura de movible cristal, que con los juegos de la luz embelesa y fascina. Las fuentes de Pomona, Anfitrite y Los Dragones también hacen con el agua los volatines más originales. Desde la plaza de las Ocho Calles se ven, con sólo girar la mirada, todas las extravagancias de gimnástica y coreografía con que el pobre elemento esclavizado divierte a reyes y a pueblos. Los atónitos ojos del espectador dudan si aquello será verdad o será sueño, inclinándose a veces a creer que es un manicomio de ríos.

Era primer domingo de mes y corrían las fuentes. Toda la sociedad del Real Sitio estaba en los jardines disfrutando de la frescura del ambiente y de la perspectiva de los árboles, cosa bellísima, aunque académica. Las damas de la Corte y las que sin serlo habían ido a veranear, los militares de todas graduaciones, los señores y los consejeros, los lechuguinos, y, por último, la gente del pueblo, a quien se permitía entrar aquel día por causa del correr de las fuentes, formaban un conjunto tan curioso como rico en matices y animación. Por aquí corrillos de pastoreo cortesano como el que inspiró a Watteau, por allá rusticidades en crudo, más lejos Ariadnas que se quieren perder en laberintillos de boj, y por todas las rectas calles grupos que se cruzan, bandadas alegres que van y viene. Como el agua salta risueña de las tazas de mármol, así surge la conversación chispeante de los movibles grupos. No se puede entender nada.

Allá va Pipaón con su amigo. Al pasar oímos que éste le dice:

—Y Jenara, ¿dónde está? No la he visto por ninguna parte.

—¿Qué la has de ver, si ha ido a Cuéllar?—replicó el cortesano.

Y perdiéronse entre el gentío elegante. El vestir ceremonioso era entonces de rúbrica en los paseos, y no había las libertades que la comodidad ha introducido después. Entonces ni el calor ni el esparcimiento estival eran razones bastantes para prescindir de la etiqueta, y así, lo mismo en el Prado de Madrid que en los jardines de San Ildefonso, el hombre culto tenía que encorbatinarse al uso de la época, que era una elegante parodia de la pena de muerte en garrote vil. ¡Ay de aquel cuya cabeza no se presentara sirviendo de cimiento a un mediano torreón de felpa negra o blanca con pelos como de zalea, ala estrecha y figura cónico-truncada que daba gloria verlo!

Las solapas altas, las mangas de pernil, las apretadas cinturas, son accidentes muy conocidos para que necesitemos pintarlos. El paño oscuro lo informaba todo, y entonces no había las rabicortas americanas de frágil tela, ni los trajes cómodos, ni sombreros de paja, ni quitasoles.

Pues ¿y el vestido y los diversos atavíos de las damas? Entonces el peinarse era peinarse; había arquitectura de cabellos, y una peineta solía tener más importancia que el Congreso de Verona. Para calle, las damas retorcían y alzaban por detrás su pelo, sujetándole en la corona con una peineta que se llamaba *de teja*, *de sofá* o *de pico de pato*, según su forma. ¡Qué cosa tan bonita!, ¿no es verdad? Pues ved ahora por delante los rizos batidos; como una fila de pequeños toneles negros o rubios suspendidos sobre la frente. Esto era monísimo, sobre todo si se completaba tan lindo artificio con la cadena a la *Ferronière* y broche a la *Sévigné* sujetando el cabello. Esto hacía creer que las señoras llevaban el reloj en el moño, de lo que resultaba mucho atractivo.

Tentado estoy de describiros el peinado a la *jirafa*, con tres grandes lazos armados sobre un catafalco de alambre, los cuales lazos aparecían como en un trono, rodeados de una servil cohorte de rizos huecos.

¡Cielos piadosos, quién pudiera ver ahora aquellas dulletas de inglesina tan pomposas que parecían sacos, y aquellos abrigos de *gros tornasol,* de casimir *Fernaux* o tafetán de Florencia, guarnecidos de *rulós* y trenza, todo tan propio y rico que cada señora era un almacén de modas! ¡Quién pudiera ver ahora resucitados y puestos en uso aquellos vestidos de invierno, altos de talle, escurridos de falda y guarnecidos de marta o chinchilla! Lo más airoso de este traje era el *gato,* o sea un desmedido rollo de piel que las señoras se envolvían en el cuello, dejando caèr la punta sobre el pecho, y así parecían víctimas de la voracidad de una cruel serpiente.

Pero éstas son cosas de invierno, y volvamos a nuestro verano y a nuestros jardines de La Granja. Todos los que esto lean convendrán en que no podría darse cosa más bonita que aquellas mangas de jamón, abultadas por medio de ahuecadores de ballena, y con los cuales las señoras parecían llevar un globo aerostático en cada brazo. ¡Y dicen que entonces no había modas elegantes! Pues ¿y dónde nos dejan aquel talle, que por lo alto tocaba el cielo, y aquella falda, que intentaba seguir el mismo camino huyendo de los pies, y aquel escote recto por pecho y espalda, que a veces quería bajar al encuentro del talle y que disimulaba su impudencia con hipocresía de *canesús* y sofisma de tules? Si no fuera porque las damas ataviadas en tal guisa se asemejaban bastante a una alcarraza, este vestido merecía haberse perpetuado. ¡Qué precioso era! Tenía la ventaja de no alterar las formas, y entonces el pecho era pecho y las caderas, caderas.

¡Ay! Entonces también los pies eran pies, es decir, que no había esas falsificaciones de pies que se llaman botinas. Los zapateros no habían intentado aún enmendar la plana a Dios creando extremidades convencionales al cuerpo humano. ¿Y qué cosa más bonita que aquellas galgas y aquel cruzado de cintas por la pierna arriba hasta perderse donde la vista no podía penetrar? La suela casi plana, el tacón moderado, el empeine muy bajo, eran indudablemente la última parodia de aquellas sandalias que usaban las heroínas antiguas, y que servían para lo que no sirve ningún zapato moderno: para andar.

Ni que me maten dejaré de hablar de las mantillas, las cuales entonces eran a propósito para echar abajo la teoría de que esta prenda no sirve para nada. Entonces las mantillas eran mantillas; como que había unas que se llamaban de toalla, y esto pinta su longitud. Aquellas prendas tapaban y tenían infinito número de pliegues, cuya disposición y gobierno, sometidos a la mano de la mujer que la llevaba, eran casi un lenguaje. La toquilla de ahora es un adorno; la mantilla de entonces era la persona misma. Las toquillas de hoy se *llevan;* las mantillas de entonces se *ponían.* Los pliegues relumbrones de su raso interior, el brillo severo de su terciopelo, la niebla negra de sus encajes, hechura fantástica de hilos tejidos por moscas, la pasamanería de sus guarniciones, reunían en derredor de una cara hermosa no sé qué misterioso cortejo de geniecillos, que ora parecían serios, ora risueños, y a su modo expresaban el pudor o la provocación, la reserva o el desenfado. El ideal se hizo trapo, y se llamó mantilla.

En cambio de otras ventajas que el vestir moderno lleva al antiguo, aquéllos tenían la de la variedad de tonos. Entonces los colores eran colores, y no como hogaño, variantes de gris, del canela y de los tintes metálicos. Entonces la gente se vestía de verde, de colorado, de amarillo, y los jardines de La Granja, vistos a lo lejos, eran un prado de pintadas florecillas. El alepín, la cúbica, el tafetán de la reina, el *muaré antic,* las sargas, la inglesina, el *cotepali* ofrecían variedad de bultos y colores. Los parisienses, que en esto de hacer modas se pintan solos, y cuando no pueden inventar formas y colores nuevos les dan nombres extraños, habían lanzado el mundo el color *jirafa, el pasa de corinto,* el no menos gracioso *La Vallière,* el *azul Cristina;* pero los que verdaderamente merecen un puesto en la historia son el color *ayes de Polonio* y el *humo de Marengo.*

El cuadro de interés indumentario con fondos de verdor académico que hemos trazado carece aún de ciertos tonos fuertes que echará de menos todo el que hubiera contemplado el original. Con el pincel gordo apuntaremos en los primeros términos algunas manchas de encarnado rabioso, amarillo y pardo,

que son las pintorescas sayas de las mujeres de campo venidas de los inmediatos pueblos. La elegancia de estos trajes se pierde en la oscuridad de los tiempos, y a nuestro siglo sólo ha llegado una especie de alcachofa de burdos refajos, dentro de la cual el cuerpo femenino no parece tal cuerpo, sino una peonza que da vueltas sobre los pies, mientras los hombres (aquí es preciso volcar sobre el cuadro toda la pintura negra), fajados y oprimidos dentro de las enjutas chaquetas y los ahogados pantalones y las medias de punto, parecen saltamontes puestos en pie, guardando la cabeza bajo anchísimo queso negro.

El pincel más amanerado nos servirá para apuntar, oscilando sobre esta multitud de cabezas como las llamas de Pentecostés, los pompones de los militares; y si hubiera tiempo y lienzo pondríamos en último término, con tintas graciosas, un zaguanete de alabarderos, que, semejante a un ejército de zarzuela, pasa por el jardín precedido de su música de tambores y pífanos. Lejos, más lejos aún que la vaporosa proyección del agua en el aire, ponemos la fachada del palacio, rectilínea, clásica, de formas discretas y limadas como los versos de una oda. ¡Ay! En el momento en que lo contemplamos, gran gentío de cortesanos, militares y personajes de todas las categorías entra y sale por las tres grandes puertas del centro con afán oficioso. De pronto el murmullo alegre de las fuentes cesa y todas dejan de correr. El agua vacila en los aires, los chorros se truncan, se desmayan, descienden, caen, como castillos fantásticos deshechos por la luz de la razón, y en estanques y tazones se extingue el último silbido de los surtidores, que vuelven a esconderse en sus misteriosas cañerías. En los jardines raina un estupor lúgubre; la g e n t e se para, pregunta, contesta, murmura, y de boca en boca van pasando, como chispazos de pólvora fugaz, estas palabras: «El rey se muere, el rey se muere.»

Las puertas del palacio se abren de par en par. Entremos.

XXXI

—Se ha fijado la gota en el pecho...

—Así parece.

—Peligro inminente..., ¡muerte!

—El señor lo dispone así...

El que tal dijo (y lo dijo con el aplomo del que está en los secretos de Dios y mantiene relaciones absolutamente familiares con El) era un anciano corpulento, recio y hasta majestuoso, vestido de luengas ropas moradas. Parecía la efigie de un santo doctor bajado de los altares, y sus palabras querían tener una autoridad semidivina. Hablaba dogmáticamente y no admitía réplica. Era obispo y aragonés.

Su interlocutor vestía también ropas talares, pero negras, sin adorno alguno ni preciadas insignias. No parecía tener más de treinta y cinco años, y se distinguía por su hermosura, como el obispo de León por su apostólica majestad. Era el padre Carranza, prepósito de los jesuítas, hombre listo si los hay, y además de cara bonita, calidad que avaloraba su extraordinaria elocuencia, de tal modo, que cuando subía al púlpito parecía un ángel con sotana, celestial mensajero para proclamar con encantadora voz lo pecadores que somos. Por su elocuencia y talento (no por otras de sus eminentes cualidades, como la malignidad ha dicho alguna vez) ganó en absoluto la confianza de doña Francisca, a quien conoceremos en seguida.

—Diga usted a sus altezas que su majestad me ha llamado p a r a pedirme consejo en estas críticas circunstancias. En este momento su excelencia el señor Calomarde está en la cámara de su majestad, el cual..., Dios lo quiere así..., continúa en malísimo estado, en deplorable estado... Cúmplase la voluntad del Altísimo.

Esto se decía en lujosa antecámara de esas que abundan en nuestros palacios reales y que en su ornato y moblaje ofrecían m e z c l a confusa del estilo Luis XV y del gusto neoclásico puesto en moda por el imperio francés. La tapicería era rica y graciosa; el piso, cubierto de finísimo junco, daba carácter español al recinto, y por el techo corrían, entre nubecillas semejantes a espuma de huevo batido, varias ninfas a

lo Bayéu que parecían representaciones de la retórica de Hermosilla y de la poesía moratiniana, según las baratijas simbólicas que cada una llevaba en la mano para dar a conocer su empleo en el vasto reino de lo ideal. La luz que alumbraba la pieza era escasa; apenas se distinguía un *Carlos IV* en traje de caza que en la pared principal estaba, escopeta en mano, la bondadosa boca contraída por la sonrisa, con la vista un poco extraviada hacia el techo, cual si intentara dar un susto a las ninfas que por él se paseaban tranquilas sin meterse con nadie.

La hermosa figura del obispo y el elegante cuerpo negro del jesuíta concordaban admirablemente con aquel fondo o decoración palatina. Ambos dijeron algunas palabras precipitadas que no pudimos oír, y salieron aprisa por distintas puertas. Seguiremos al jesuíta guapo, quien rápidamente nos llevó a otra monumental y vistosa sala, donde salieron a recibirle dos damas, más notables por su rango que por su belleza. Eran la infanta doña Francisca y la princesa de Beira, brasileñas y ambiciosas. La primera habría sido hermosa si no afeara sus facciones el tinte rojizo, comúnmente llamado color de hígado. La segunda llamaba la atención por su arremangada nariz, su boca fruncida, su entrecejo displicente, rasgos de los cuales resultaba un conjunto orgulloso y nada simpático, como emblema del despotismo degenerado que se usaba por aquellos tiempos.

El padre Carranza les habló con nerviosa precipitación, y ellas le oyeron con la complacencia, mejor dicho, con la fe que el buen señor les inspiraba, y en el ardiente y vivísimo coloquio, semejante a un secreto de confesonario, se destacaban estas frases: «Dios lo dispone así... Veremos lo que resulta de ese Consejo... Y ¿qué hará esa pobre Cristina?»

Los tres pasaron luego a la pieza inmediata, sólo ocupada en aquel momento por un hombre, en el cual conviene que nos fijemos por ser de estos individuos que, aun careciendo de todo mérito personal y también de maldades y vicios, dejan a su paso por el mundo más memoria y un rastro mayor que todos los virtuosos y los malvados todos de una generación. Hallábase sentado, apoyado el codo en el pupitre y la mejilla en la palma de la mano, serio, meditabundo, parecido por causa del lugar y las circunstancias a un grande emperador de cuyos planes y designios depende la suerte del mundo. Y la de España dependía entonces de aquel hombre, extraordinariamente pequeño para colocado en las alturas de la Monarquía. Tenía todas las cualidades de un buen padre de familia y de un honrado vecino de cualquier villa o aldea; pero ni una sola de las que son necesarias al oficio de rey verdadero. Siendo, como era, rey de pretensiones, y, por tanto, batallador, su nulidad se manifestaba más, y no hubo momento en su vida, desde que empezó la reclamación armada de sus derechos, en que aquella nulidad no saliese a relucir, ya en lo político, ya en lo marcial Era un genio negativo, o, hablando familiarmente, no valía para maldita de Dios la cosa.

Su alteza se parecía poco al rey Fernando. Su mirada turbia y sin brillo no anunciaba, como en éste, pasiones violentas, sino la tranquilidad del hombre pasivo, cuyo destino es ser juguete de los acontecimientos. Era su cara de esas que no tienen el don de hacer amigos: y si no fuera por los derechos que llevaba en sí como un prestigio indiscutible emanado del Cielo, no habrían sido muchos los secuaces de aquel hombre frío de rostro, de mirar, de palabra, de afectos y de deseos, como no fuera el vehemente prurito de reinar. Su boca era grande y menos fea que la de Fernando, pues su labio no iba tan afuera; pero el gran desarrollo de su mandíbula inferior, alargando considerablemente su cara, le hacía desmerecer mucho. El tipo austríaco se revelaba en él más que el borbónico, y bajo sus facciones reales se veía pasar confusa la fisonomía de aquel espectro que se llamó Carlos II el *Hechizado*. A pesar del lejano parentesco, la quijada era la misma, sólo que tenía más carne.

Cuando entraron las infantas, don Carlos levantó los ojos de su pupitre, miró con tristeza a las damas, después a un cuadro que frente a él estaba, y era la imagen de la *Purísima Concepción*. El soberano de los apostólicos dió un suspiro como los que daba Don Quijote en la presencia ideal de Dulcinea del Tobóso, y luego se quedó mirando

un rato a la pintura, cual si mentalmente rezara.

—Francisquita—dijo al concluir—, no me traigas recados, como no sean para darme cuenta de la enfermedad de mi adorado hermano. No quiero intrigas palaciegas, ni menos conspiraciones para sublevar tropas, paisanos o voluntarios realistas. Mis derechos son claros y vienen de Dios: no necesitan más que su propia fuerza divina para triunfar, y aquí están de más las espadas y bayonetas. No se ha de derramar sangre por mí, ni es necesario tampoco. Y no conquisto, tomo lo mío de manos del Altísimo, que me lo ha de dar. Esa, esa augusta Señora—añadió, señalando el cuadro es la patrona de mi causa y la generalísima de nuestros ejércitos: ella nos dará todo hecho sin necesidad de intrigas, ni de sangre, ni de conspiraciones y atropellos.

Doña Francisca miró a la imagen bendita, y aunque era, como su ilustre esposo, mujer de sincera devoción, no parecía fiar m u c h o, en aquellos momentos, de la excelsa patrona y generalísima. La de Beira fué la primera que tomó la palabra para decir a su alteza:

—Carlitos, no podemos estar mano sobre mano ni esperar los acontecimientos con esa santa calma tuya, cuando se van a decidir las cosas más graves. Nosotras no intrigamos; lo que hacemos es apercibirnos para cortar las intrigas que se traman contra ti, legítimo heredero del trono, y contra nosotras. No conspiramos; pero estamos a la mira de la conspiración asquerosa de los liberales, que ahora se llaman *cristinos*, para burlar tus derechos, emanados de Dios, y alterar la ley sagrada de la sucesión a la Corona. En este momento, Cristina, por encargo del rey llama a Consejo al ministro Calomarde, al obispo de León y al conde de la Alcudia. ¿Sabes para qué?

—¿Para qué?

—Para proponer un arreglo, una componenda—dijo prontamente doña Francisca, no menos iracunda que su hermana—. Pronto lo sabremos. Esa pobre Cristina apelará a todos los medios para embrollar las cosas y ganar tiempo, hasta que se desencadenen las furias de la revolución, que es su esperanza.

—¡Un arreglo!...—dijo d o n Carlos con entereza—. ¿Con quién y de qué? Entre los derechos legítimos, sagrados, y la usurpación ilegal no puede haber arreglo posible.

Dijo esto con tanto aplomo que parecía un sabio. Después miró a la Virgen como para tener la satisfacción de ver que ella opinaba lo mismo.

—Basta de cuestiones políticas—dijo su alteza, volviendo a tomar una actitud tranquila—. ¿Sigue Fernando más aliviado del paroxismo de esta tarde?

—Hasta ahora no h a y síntomas de que se repita...

—Pero puede suceder que de un momento a otro...

—¡P o b r e Fernando!—exclamó don Carlos, dando un gran suspiro y apoyando la barba en el pecho. Incapaz de fingimiento y de mentira, la apariencia tétrica del infante era fiel expresión de la vivísima pena que sentía. Amaba entrañablemente a su hermano. Para que todo fuera en desventaja de los españoles, Dios quiso que éstos se dividieran en bandos de aborrecimiento, mientras los hermanos que ocasionaron tantos desastres vivieron siempre enlazados por el afecto más leal y cariñoso.

Poco más de lo transcrito hablaron el infante y las dos damas, porque empezó a reunirse la camarilla en el salón inmediato, y doña Francisca y su hermano abandonaron a don Carlos para recibir a los aduladores, pretendientes y cofrades reverendos de aquella cortesana intriga. En poco tiempo llenóse la cámara de personajes diversos: el conde de Negri, el padre Carranza, el embajador de Nápoles, vendido secretamente a los apostólicos desde mucho antes, y don Juan de Pipaón, que, según todas las apariencias, representaba en el seno de la comunidad apostólica a Calomarde. Luego aparecieron el obispo de León y el conde de la Alcudia, y entonces la cámara fué un hervidero de preguntas y comentarios. Vanidad, servilismo, adulación, los rostros pálidos, las palabras ansiosas, el respeto olvidado, el rencor no satisfecho, la esperanza cohibida por el temor..., todo esto había bajo aquel techo habitado por sosas ninfas, entre aquellos tapices representando borracheras a lo Teniers, remilgadas pastoras o cabriolas de sátiros en los jardines de Helicona.

—Una proposición inaudita, señores —dijo el reverendo obispo con fiereza—. Veremos lo que opina el señor. Ahí es nada... Quieren que durante la enfermedad del rey se encargue del Gobierno doña Cristina, y que el serenísimo señor infante sea... su consejero.

Una exclamación de horror acogió estas palabras. La princesa de Beira casi lloraba de rabia, y a la orgullosa doña Francisca le temblaban los labios y no podía hablar.

—Es una vergüenza—se atrevió a decir Pipaón, que siempre quería dejar atrás a todos en la expresión extremada del entusiasmo apostólico.

—Es una jugarreta napolitana—indicó Negri, que en estas ocasiones gustaba de decir algo que hiciera reír.

—Es burlarse de los designios del Altísimo—afirmó Abarca, atento siempre a entremeter a la Divinidad en aquellas danzas.

—Es simplemente una tontería—dijo el de Alcudia—. Veamos la opinión de su alteza.

El ministro y el obispo pasaron a ver a don Carlos, que hasta entonces tenía la digna costumbre de huir de los conventículos donde se ventilaban, entre aspavientos y lamentaciones, los intereses de su causa, y al poco rato salieron radiantes de gozo. Su alteza había contestado con enérgica negativa a la proposición de la *madre de Isabelita*; que de este modo solían allí nombrar a la reina Cristina.

Corrieron entonces los cortesanos del cuarto del infante a la cámara real, donde, en vista de la denegación, se buscaban nuevas fórmulas para llegar al deseado arreglo. Hora y media pasó en ansiedades y locas impaciencias. La reina y los ministros conferenciaban en la antecámara del rey. En la alcoba de éste nadie podía penetrar, a excepción de Cristina, los médicos y los ayudas de cámara de su majestad. El infante no salía del rincón de su cuarto, en que se recogía como un cenobita que hacía penitencia; pero la bulliciosa infanta, la implacable princesa de Beira, su hijo don Sebastián y la mujer de éste no se daban punto de reposo, inquiriendo, atisbando, en medio del vertiginoso ciclón de cortesanos que iba y venía y volteaba con mareante susurro.

Al fin aparecieron el obispo y el conde de la Alcudia trayendo las nuevas proposiciones de arreglo. ¿Cuáles eran? «¡Una regencia compuesta de Cristina y don Carlos, con tal que éste empeñase solemnemente su palabra de no atentar a los derechos de la princesa Isabel!» Tal era la proposición, que a unos parecía absurda, a otros insolente, a los más ridícula. Hubo exclamaciones, monosílabos de desprecio y amargas risas. «¡Los derechos de Isabelita!» Esta idea ponía fuera de sí a la enfática y siempre hinchada princesa de Beira.

Y ¿quién sabrá pintar la escena del cuarto de don Carlos, cuando el obispo y el ministro le comunicaron la última proposición de los reyes? Por todos los santos se puede jurar que el que tal escena vió no la olvidará aunque mil años viva. Nosotros, que la vimos presente, la tenemos cual si hubiera pasado ayer; pero ¿cómo acertar a describirla? Es tan rica de matices y al propio tiempo tan sencilla, que fácilmente se perderá en las manos del arte. ¡Pasó allí tan poca cosa y fué de tanta trascendencia lo que allí pasó...! No hubo ruido; pero en el silencio grave de aquella sala se engendraron las mayores tempestades españolas del siglo.

Al ver entrar al obispo y al ministro, seguidos de las infantas, don Sebastián y el agraciadísimo padre Carranza, levantóse don Carlos solemnemente. Era hombre que sabía dar a ciertos actos una majestad severa que contrastaba con su llaneza en la vida privada. Mientras Alcudia leía el borrador del decreto en que se establecía la doble regencia, la princesa de Beira estaba lívida y doña Francisca mordía las puntas del pañuelo. Ambas hermanas vestían modestamente. ¿Quién olvidará sus talles altos, sus ampulosos senos, sus peinados de tres lazos y sus pañoletas de colores? Eran como dos estatuas de la ambición domésticopalatina erigidas en el centro del arco que formaba la Comisión de príncipes y magnates. Miraban ansiosas a don Carlos, cual si temieran que el gran amor que al rey tenía venciera su entereza en aquel crítico instante, haciéndole incurrir en una debilidad que se confundiría con la bajeza.

Don Carlos no tenía talento, pero tenía fe, una fe tan grande en sus derechos, que éstos y los Santos Evangelios venían a ser para su alteza serenísima

una misma cosa. La fe, que en lo moral producía en él la honradez más pura, y en los actos políticos una terquedad lamentable, fué la que en tal momento salvó la causa apostólica, llenando de júbilo los corazones de aquellos señores codiciosos y princesas levantiscas. Mientras duró la lectura, don Carlos no quitó los ojos del cuadro de la *Purísima*, a quien sería mejor llamar Capitana por las prerrogativas militares que el príncipe le había dado. Siguió a esto una pausa silenciosa, durante la cual no se oía más que el rumorcillo del papel al ser doblado por el conde de la Alcudia. Las infantas miraban a los labios de don Carlos, y don Carlos se puso pálido, alzó la frente, más ancha que hermosa, y tosió ligeramente. Parecía que iba a decir las cosas más estupendas de que es capaz la palabra humana, o a dictar leyes al mundo como su homónimo el de Gante las dictaba desde un rincón del alcázar de Toledo. Con voz campanuda dijo así:

—No ambiciono ser rey; antes por el contrario, desearía librarme de carga tan pesada, que reconozco superior a mis fuerzas..., pero...

Aquí se detuvo buscando la frase. Doña Francisca estuvo a punto de desmayarse, y la de Beira echaba fuego por sus ojos.

—Pero Dios—añadió don Carlos—, que me ha colocado en esta posición, me guiará en este valle de lágrimas... Dios me permitirá cumplir tan alta empresa.

Aún no se sabía qué empresa era aquella que Dios, protector decidido de la causa, tomaba a su cargo en este valle de lágrimas. El conde de Alcudia, que a pesar de estar secretamente afiliado al partido de don Carlos quería cumplir la misión que le había dado el rey, dijo algunas palabras en pro de la avenencia. Pero entonces don Carlos, como si recibiera una inspiración del Cielo, habló con facilidad y energía en estos términos, que son exactos y textuales:

—No soy engañado, no, pues sé muy bien que si yo, por cualquier motivo, cediese esta corona a quien no tiene derecho a ella, me tomaría Dios estrechísima cuenta en el otro mundo, y mi confesor en éste no me lo perdonaría; y esta cuenta sería aún más estrecha, perjudicando yo a tantos otros y siendo yo causa de todo lo que resultare; por tanto, no hay que cansarse, pues no mudo de parecer.

Dijo, y se sentó cansado. Las infantas dejaron a sus abanicos la expresión del orgullo y vanagloria que sentían por aquellas cristianísimas palabras. ¿Qué cosa más admirable que un príncipe decidido a reinar sobre nosotros, no por ambición, no por deseo de aplicar al gobierno un entendimiento que se siente poderoso, sino por cristianismo puro, por temor de Dios y por miedo al infierno? En aquel breve discurso nos explicó su alteza serenísima la clave de sus ideas, de su modo de hacer la guerra y de gobernar. No era ambicioso ni conquistador, sino una especie de cruzado de la Tierra Santa de sus derechos. Según él, Dios estaba profundamente interesado en aquel negocio; no se sabe lo que habría pasado en los reinos celestiales, si al buen infante le da la mala tentación de dejar reinar a *Isabelita*. Es sabido que estas contiendas de familia se miran allá arriba como cosa de casa. Bien enterado estaba de todo el confesor de su alteza, que así le había pintado la imposibilidad de ser modesto y la urgente precisión de ceñirse la corona, por estar así acordado allá donde se hacen y deshacen los imperios. Y ¿cómo se iba a atrever el pobre don Carlos a confesar en el temeroso tribunal de la penitencia el horrible delito de no querer ser rey? Y además, ¿no estaba de por medio la infeliz España, a quien Dios no podía abandonar? Y ¿qué era el príncipe más que el instrumento de Dios, protector decidido en todos tiempos de nuestra nación, con preferencia a todas las demás que ocupan la interesante Europa, la América lozana, la negra Africa y el Asia opulenta? ¡Instrumento de la Providencia! Esto y no otra cosa era don Carlos, y bien lo comprendía así el bueno, el evangélico, el seráfico obispo de León, cuando al salir de la cámara del infante se abrió paso entre la multitud de cortesanos, diciendo con entusiasmo:

—¡Paso al partido del Altísimo!

Olvidábamos decir que don Carlos, luego que dió aquella respuesta digna de un arcángel encargado de defender una celestial fortaleza sitiada por los

pícaros demonios, habló con sus amigos y con su esposa y cuñada, repitiéndoles lo que ya les había dicho muchas veces, a saber: que se negaba resueltamente a apelar a las armas, que desaprobaba todas las conspiraciones fraguadas en su nombre y que se le enterase cada poco rato del estado de la salud del rey.

Luego se encerró en su oratorio, donde rezó gran parte de la noche, pidiendo a Dios, su superior jerárquico, y a la Limpia y Pura, su generala en jefe, que salvaran la vida de su amado hermano Fernando. Tal era, ni más ni menos, aquel don Carlos que en España ha llenado el siglo con su nombre lúgubre, monstruo de candor y de fanatismo, de honradez y de ineptitud.

XXXII

Agitábanse sin descanso los manipuladores de aquella intriga, pero ninguno como Pipaón, el correveidile de Calomarde, el que tan pronto llevaba un recado al embajador de Nápoles, caballero Antonini, como un papelito al padre Carranza para que lo diera a las infantas. Cuando el barullo cesó en los salones y empezó a reinar un poco de sosiego, el bueno de Bragas retiróse con Calomarde y Carranza a una pieza remota, donde estuvieron charlando acaloradamente y revolviendo papeles y haciendo números hasta por la mañana. Cuando amaneció tenía la augusta cabeza tan caldeada por el cúmulo de ideas y proyectos que en aquella cavidad bullían, que juzgó prudente no acostarse y salir a los jardines para dar por ellos algunas vueltas.

Largo rato estuvo recorriendo alamedas y bosquecillos de tallado mirto, sin parar mientes en la hermosura de la Naturaleza en tal hora, porque su ambición ocupaba al cortesano todas las potencias y sentidos. Así, la deliciosa frescura de la mañana, el despertar de los pajarillos, la quietud soñolienta de la atmósfera, la gala de las flores humedecidas por el rocío, eran para aquel infeliz esclavo de las pasiones como páginas de un idioma desconocido, del cual no comprendía ni una letra ni un rasgo.

Ciego para todo, menos para su loco apetito, no veía sino la cartera ministerial, el sueldazo, las obvenciones, las veneras, el título de nobleza y todo lo demás que del próximo triunfo de los apostólicos podía obtener.

Junto a la fuente de Pomona tropezó con don Benigno Cordero, que volvía de su paseo matinal. Era hombre que madrugaba como los pájaros y daba paseos de leguas antes del desayuno. Aquella mañana el héroe estaba tan meditabundo como Pipaón; pero por diferentes motivos.

—No he dormido en toda la noche, señor don Benigno—dijo el cortesano con énfasis—. Hemos trabajado para evitar derramamiento de sangre. El rey se nos muere hoy: quizá no llegará a la noche. ¡España por don Carlos!

—Yo tampoco he dormido; pero no me desvelan a mí esas trapisondas palaciegas, no—repuso el héroe melancólico—. Barástolis, rebarástolis..., ¡pensar que hasta ahora no he podido conseguir de ese intrigante la cosa más fácil y sencilla que se puede pedir a un obispo!... ¡Una firma, una, don Juan, una firma! He prometidó una gran cesta de albaricoques, amén de otras cosas, al familiar de su ilustrísima y... ni por ésas... Su ilustrísima no se puede ocupar de eso; su ilustrísima se debe al rey y al Estado y al... ¿En qué país vivimos? ¿Se tratan así los intereses más respetables? ¿Es esto ser obispo?... ¡Le digo a usted, amigo don Juan, que estoy de obispos hasta la corona!... ¿Qué es lo que pido? Una firma, nada más que una firma en documento corriente, informado y vuelto a informar, y que ha pasado por más manos que moneda vieja... ¡Oh malhadada España! ¡Y estos hombres hablan de regenerarte!

¡Una firma, nada más que una firma! Indudablemente, el revoltoso obispo debía ser ahorcado. Pipaón consoló a su amigo lo mejor que pudo, prometiéndole recomendar el caso a su ilustrísima, y conseguirle, si triunfaban los apostólicos, no una firma, sino cuatro o cinco docenas de ellas.

Cuatro o cinco docenas de *barástolis* echó después de su boca don Benigno, y juntos él y Bragas se dirigieron hacia la casa de Pajes.

—Si estuviera aquí Jenarita—decía Cordero—, ella, con su irresistible poder, haría firmar a ese condenado.

Pipaón se acostó; pero llamado a poco rato por su excelencia, tuvo que dejar el blando sueño para acudir a los conclaves que se preparaban para aquel día. El inconsolable y aburridísimo Cordero, luego que se desayuno, volvió a los jardines, único punto donde hallaba algún esparcimiento en su tristeza, y no había llegado aún a la Fuente de la Fama, cuando topó con Monsalud, que venía de malísimo talante. El día anterior se habían visto y saludado un momento, como amigos antiguos que eran desde las trapisondas de la Milicia Nacional del año 22, memorable por la hazaña del nunca bastante célebre arco de Boteros. Alegróse don Benigo de verle, por tener alguien con quien hablar en aquella desolada Corte, tan llena de interés para otros y para él más triste y solitaria que un desierto. De manos a boca Monsalud le habló de Sola, del casamiento, y tales elogios hizo de ella y con tanto calor la nombró, que Cordero sintió inexplicables inquietudes en su alma generosa. No sabía por qué le era desagradable la persona y la amistad de aquel hombre, protector y amigo de su futura en otro tiempo, y luego nombrado en sueños por ella. Recordó claramente cuán triste se ponía la huérfana si le faltaban cartas de él, y cuánto se alegraba de recibir noticias suyas; pero al mismo tiempo le consoló el recuerdo de la perfecta sinceridad, signo de pureza de conciencia, con que Sola le supo referir su entrevista con Salvador en los Cigarrales, mientras Cordero estaba en Madrid ocupado de los nunca bastante vituperados papeles. Recordó muchas cosas: unas que le agitaban, otras que calmaban su inquietud, y, por último, la fe ciega que tenía en el afecto puro y sencillo de la que iba a ser su señora, le confortaba singularmente. No obstante, quiso evitar la compañía de aquel hombre, y ya preparaba la conversación para buscar un protexto de ausencia, cuando Salvador dijo:

—Reniego de esta cansada y revoltosa Corte. Aquí estoy hace seis días atado por un pretensión sencilla y fácil, y aunque tengo relaciones en Palacio, nada puedo conseguir. A usted no le sorprenderá el saber que lo que pretendo no es más que una firma, nada más que una firma en documento corriente. Per el señor Calomarde, que para daño eterno de nuestro país sigue sin reventar todavía, no se ha decidido aún a tomar la pluma. ¡Y de que la tome y rubrique dependen mi fortuna y mi porvenir!

—Nuestra cuita es la misma—exclamó don Benigno, sintiéndose consolado con la desgracia ajena—. Yo también me aburro y me desespero y me quemo la sangre sólo por una firma.

—¡Qué ministros!

—Están intrigando para arrancar al rey un codicilo que dé la corona a don Carlos.

—¡Qué menguados hombres!... ¡Que una nación esté en tales manos!...

—Y según los vientos que corren, barástolis, lo estará para *in eternum*. La consigna de esa gente es que el rey se muere hoy. Parece que han sobornado al Altísimo.

—Es gracioso.

—Ya tratan a don Carlos de majestad.

—Lo creo. Será rey. Vamos progresando. ¿Piensa usted emigrar?

—¿Yo?—dijo Cordero sorprendido—. Si triunfa ese partido brutal lo sentiré mucho, porque, al fin, tengo ideas liberales... Algo ha leído uno en autores filosóficos...

—Sí, ya sé que lee usted a Rousseau. Rousseau dice: «No hay patria donde no hay libertad.» ¿Piensa usted emigrar?

—Emigrar, no, porque no me mezclo en política. Viviré retirado de estos trapicheos, dejándoles que destrocen a su antojo lo que todavía se llama España, y con ellos se llamará como Dios quiera. Un padre de familia no debe comprometerse en aventuras peligrosas. Usted...

—Yo no soy padre de familia ni cosa que lo valga—dijo el otro, dejando traslucir claramente una pena muy viva—. No tengo a nadie en el mundo. No hay casa, ni hogar, ni rincón que guarden para mí un poco de calor; soy tan extranjero aquí como en Francia; soy esclavo de la tristeza; no tengo en derredor mío ningún elemento de vida pacífica; la última ilusión la perdí radicalmente; vivo en el vacío; no tengo, pues, otro remedio, si he de seguir existiendo, que lanzarme otra vez a las aventuras desconocidas, a los caminos peligrosos de la idea política, cuyo término se ignora. Mi antigua vocación de revolucionario y conspirador, que estaba amortiguada y como vencida en mí, vuelve a

nacer ahora, porque el freno que le puse se ha roto, porque la vocación nueva con que traté de matar aquélla se ha convertido en humo. Hay que volver al humo pasado, a las locuras, a la lucha, a las ideas cuya realización, por lo difícil, toca los límites de lo imposible.

Don Benigno le oía con estupor. Habíase internado en uno de aquellos laberintos hechos con tijeras que parecen decoraciones teatrales construídas para una sosa comedia galante, o para una opereta de Metastasio. Solitarias y placenteras estaban las callejuelas y las bovedillas verdes. Nadie podía oírles allí. Salvador no puso trabas a su lengua, y se expresó de este modo:

—Cuando vine aquí persistía en mi propósito de huir para siempre de la política; pero sin determinar aún qué dirección o empleo había de dar a mi pensamiento y a mi voluntad. No se puede vivir de monólogos, como yo vivo ahora. Mi desgracia o mi fortuna, que esto no lo sé bien, quisieron que entrara algunas veces en Palacio. Allí traté a gentilhombres y cortesanos, hice amistad con ministriles y empleadillos, menudos; todo por el negocio maldito de esta rúbrica que pido a su excelencia y que no me quiere dar. Además, soy amigo de un montero de Espinosa, que me ha enterado de todo lo ocurrido ayer y anoche. ¡Qué cosas, amigo mío; qué horrores! Si cuando se lee la historia sentimos emociones tan hondas y queremos ser actores en sus sucesos pintados, ¿qué será cuando vemos la historia viva, antes de ser libro, y asistimos a los hechos antes de que sean páginas? El drama de anoche me ha espeluznado. Pues se prepara otro drama, junto al cual el de anoche será comedia. No, no es posible ver esto como se ven por anteojo los muñecos y las vistas de un *tutilimundi*. De repente me he sentido exaltado, y mis antiguas vocaciones renacen con ímpetu irresistible.

—Cuidado, cuidado—dijo Don Benigno, temeroso del sesgo peligroso que aquella conversación tomaba—. Los arbolitos oyen: chitón. Le veo a usted en camino de ser un cristino furibundo.

—Yo no sé por qué camino voy; sólo sé que cuando veo a esa reina joven, hermosa, inocente de todos los crímenes del absolutismo; cuando considero sus virtudes y la piedad con que asiste al rey enfermo, que sólo merece lástima; cuando veo los peligros que la cercan, los infames lazos que se le tienden y el desdén con que la miran los mismos que hace poco se arrastraban a sus pies, siento arder la sangre en mis venas, y no sé qué daría, créame usted, don Benigno, por hallarme en situación de enseñar a estos murciélagos apostólicos cómo se respeta a una señora y a una reina. En la corona que no han podido quitarle todavía, y que sobre su hermosa frente tiene mayor brillo, veo la monarquía templada que celebra alianzas de amistad con el pueblo; pero en la corona de hierro que esos clérigos y cortesanos intrigantes están forjando en el cuarto de don Carlos, veo la monarquía desconfiada, implacable, que no admite más derechos que los suyos. No, no hay ya en España caballeros, si España consiente que esa turba de fanáticos expulse a la Reina y arrebate la corona a su hija...

—Sí, sí—exclamó Cordero, sintiendo que revivía lentamente en su alma el antiguo entusiasmo liberalesco—. Pero cuidado, mucho cuidado, amigo. Lo que usted dice es peligrosísimo. Todo el Real Sitio es de los apostólicos. No nos metamos en lo que no nos importa.

—¿Cómo que no nos importa?—dijo el otro con viveza—. Es cuestión de vida o muerte, de ser o no ser. En estos momentos se está decidiendo, y pronto se probará si los españoles no merecen otro destino que el de un hato de carneros o si son dignos de llamar nación a la tierra en que viven. Yo, que había tomado en aborrecimiento las revoluciones y el conspirar, ahora siento en mí un apetito de rebeldía que me llevaría a las mayores locuras si viera junto a mí quien me ayudase. Desanimado ayer y deseoso de la oscuridad hoy, que la vida doméstica me es negada por Dios, quisiera tener medios de revolver a España, y amotinar gente, y romper todos los lazos, y reventar todos los destierros, y desencadenar cuanto encadena este régimen brutal. Yo iría a esa reina atribulada y le diría: «Señora, lance vuestra majestad un grito, un grito sólo en medio de este país que parece dormido y no está sino asustado. No tema vuestra majestad; estas situaciones se vencen con el valor y la confianza. Abra vuestra majestad las puertas de la pa-

tria a los emigrados, a todos absolutamente, sin distinción. Para vencer al infante se necesita una bandera; para hacer frente a un principio se necesita otro; nada de términos medios ni acomodos vergonzosos; esa gente pide todo o nada; pues nada, y güerra a muerte. Levántese vuestra majestad y ande con paso seguro; no se deje asustar por los errores de los que no han sabido establecer la Libertad. Es preciso tolerarles como son, porque son la salvación, y si aseguran el Trono y la Libertad, sus imperfecciones y extravíos les serán perdonados. Y entonces, señora, se alzará del seno de España oprimida y deseosa de mejor suerte un sentimiento, un prurito incontrastable, y miles de hombres generosos se agruparán al lado de vuestra majestad, protestando con la voz y con la espada de que quieren por soberana a la reina del porvenir, la reina liberal, Isabel Segunda.»

XXXIII

—¡Chitón, chitón, por todos los santos del Cielo!—dijo don Benigno, poniéndole la mano en la boca para hacerle callar.

Participaba el héroe de aquel noble ardor; pero temía que tales demostraciones les trajeran a entrambos algún perjuicio. Tembloroso y ruborizado, Cordero llevó a su amigo fuera del verde laberinto, incitándole a que callara, porque—y lo dijo en la plenitud de la convicción—si el obispo Abarca y el ministro Calomarde llegaban a tener noticia de lo que se habló en los jardines, no firmarían ni en t r e s siglos. Salvador tranquilizó al b u e n comerciante sobre aquel endiablado negocio de las firmas, y cuando se separaron invitóle a que comieran juntos aquella tarde. Excusóse don Benigno, por sentirse, al oír la invitación, tocado de aquella misma inquietud o recelo de que antes hablamos; pero las reiteradas cortesanías del otro le vencieron al fin. Mientras Cordero entraba en la casa de Pajes pensando en el convite, en la muerte del rey, en la firma y, sobre todo, en su familia de los Cigarrales, Salvador penetró en Palacio y no se le vió más en todo el día.

Era aquél el 18 de septiembre, día inolvidable en los anales de la guerra civil, porque si bien en él no se disparó un solo cartucho, fué un día que engendró sangrientas batallas; un día en el cual se puede decir, figuradamente, que se cargaron todos los fusiles y cañones. Desde muy temprano volvió a reinar el desasosiego en Palacio. Su majestad seguía muy grave, y a cada vahído del monarca la causa apostólica daba un salto en señal de vida y buena salud; así es que cuando circulaban noticias desconsoladoras no se veía el dolor pintado en todas las caras, como sucede en ocasiones de esta naturaleza, aun en regios alcázares, sino que a muchos les bailaban los ojos de contento, y otros, aunque disimulaban el gozo, no lo hacían tanto que escondieran por completo la repugnante ansiedad de sus corazones corrompidos.

En medio de esta barahunda, la reina apuraba sola en el silencio lúgubre de la alcoba regia el cáliz amargo de la situación más triste y desairada en qué pueda verse quien ha llevado una corona. Los cortesanos huían de ella; a cada hora, a cada minuto, veía disminuir el número de los que parecían fieles a su causa, y cada suspiro del rey moribundo producía una defección en el débil partido de la reina. El día anterior aún tenía confianza en la guardia de Palacio; pero desde la mañana del 18 las revelaciones de algunos servidores leales la advirtieron de que, muerto el rey, la guardia y probablemente todas las fuerzas del Real Sitio abrazarían el partido del infante.

Cristina se vistió en aquellos días el hábito de la Virgen del Carmen, y con la saya de lana blanca estaba más guapa aún que con manto regio y corona de diamantes. No salía de la real alcoba sino breves momentos, cuando el rey parecía sosegado y ella necesitaba ver a sus hijos, o desahogar su pena en llanto amarguísimo, derramado sin testigos en su cámara particular. Allí también había bullicio y movimiento, porque la servidumbre arreglaba las maletas y embaulaba el ajuar de la reina en previsión de una fuga precipitada.

Por la noche Cristina no dormía. Sentada junto al lecho del rey, vigilaba su enfermedad, atendía a sus dolores, preparaba por sí misma las medicinas y se las daba, dirigíale palabras de esperan-

za y consuelo, no permitía que los criados hicieran cosa alguna que pudiera hacer ella, esclava entonces de sus deberes de esposa con tanto rigor como la compañera del último súbdito del tirano enfermo. Haciendo entonces lo que no suelen ni saben hacer generalmente las reinas, María Cristina se puso una corona de estas que no están sujetas a los azares de un destronamiento ni a los desaires de la abdicación.

La historia no dice lo que pasó por la mente del atormentador de España al ver que en pago de sus violencias, de su bárbaro orgullo, de sus vicios y de su egoísmo brutal, Dios le enviaba aquel ángel en su última hora para que el autor de tantas agonías viera endulzada la suya y pudiera morirse en paz como se mueren los que no han hecho daño a nadie. Cuando se entraba en la alcoba real no se podía ver sin horror el enorme cuerpo del rey en el lecho, hinchado, inmóvil, oprimido por bizmas, ungido con emplastos, que a pesar de sus virtudes no vencían los dolores; hecho todo una miseria, conjunto lastimoso de desdichas físicas, que así remedaban la moral más perversa que ha informado un alma humana.

Su rostro variaba entre el verdoso de la muerte y el amoratado de la congestión. Ligeramente incorporado sobre las almohadas, su cabeza estaba inerte, su mirada fija y mortecina, su nariz colgaba cual si quisiera caer saltando al suelo, y de su entreabierta boca no salía sino un quejido constante, que en los breves momentos de sosiego era estertor difícil. Por fin le tocaba a él también un poco de potro. Debía de estar su conciencia bastante despierta en aquellos momentos, porque no se quejaba desesperado, como si en el fondo de su alma existiese una aprobación de aquel horrible quebrantamiento de huesos y hervor de sangre que sufría. La cama del rey, por el estado de aquel desdichado cuerpo que desde algún tiempo vivía corrompiéndose, parecía más bien un ensayo de las descomposiciones del sepulcro. Esto solo es un elocuente elogio de la cristiana abnegación de la reina.

Había en la alcoba dos o tres crucifijos e imágenes, solicitados por la piedad de Cristina para que no permitieran que España se quedara sin rey. Mas por el momento no había síntomas de que tan noble anhelo fuera atendido, porque Fernando VII se moría a pedazos. Aquella masa inerte, tan sólo vivificada por un gemido, no era ya rey, ni siquiera hombre. Hacia el mediodía se temió la pérdida absoluta de las facultades mentales, y antes que esto llegara se reconoció la necesidad de dar solución al tremendo conflicto. Una chispa de razón quedaba en el espíritu del rey. Era urgente, indispensable, que a la débil luz de esa chispa se resolviese el problema.

Cristina hubiera dilatado aquel momento, ganando algunas horas para dar tiempo a que llegara su hermana la infanta doña Carlota, mujer de brío y resolución para tal caso. Desde que se agravó su majestad le habían enviado correos al Puerto de Santa María, rogándola que viniese, y ya la infanta debía de estar cerca, quizá en Madrid, quizá en camino del Real Sitio. Pero el aniquilamiento rápido del enfermo no permitía esperar más. Entraron, pues, en la real cámara tres figuras horrendas: Calomarde, el de Alcudia y el obispo de León. La reina y el confesor del rey habían llegado poco antes y estaban a un lado y otro de su majestad, Cristina casi tocando su cabeza, el clérigo bastante cerca para hablar al oído del pobre enfermo. Había llegado un momento en que ninguna alma cristiana podía conservar rencor ante tanta desdicha. No era posible ver a Fernando VII en aquel trance sin sentir ganas de perdonarle de todo corazón.

Los tres temerosos figurones se situaron a los pies de la cama, después de besar uno tras otro con apariencia cariñosa aquella mano lívida que había firmado tantas atrocidades. El obispo estaba grave, imponente, como quien, suponiéndose con autoridad divina, se cree por encima de todas las miserias humanas; el conde de la Alcudia, triste y acobardado por la solemnidad del momento, y Calomarde, el hombre rastrero y vil, cuya existencia y cuyo gobierno no fueron más que pura bajeza y engaño, arqueaba las cejas mucho más que las arqueaba de ordinario, pestañeaba sin cesar y hacía pucheros. Cruel con los débiles, servil con los poderosos, cobarde siempre, este hombre abominable adornaba con una lagrimilla la traición infame que a su amo hacía en los umbrales de la muerte.

Quien presenció aquella escena terrible cuenta que la luz de la estancia era escasa; que los tres consejeros estaban casi en la sombra; que el rey volvía su rostro hacia la reina, vestida de hábito blanco; que hubo un momento en que el confesor no hacía más que morderse las uñas; que la hermosura de Cristina era la única luz de aquel cuadro sombrío, intriga política, horrible fraude, vil escamoteo de una corona perpetrado al borde de un sepulcro.

Cuenta también el testigo presencial de aquella escena que el primero que habló, y habló con entereza, fué el obispo de León. Puesto en pie parecía que llegaba al techo. Su voz hueca de sochantre retumbaba en la cámara como voz de ultratumba. Aquel hombre, tan rígido como astuto, principió tocando una fibra del corazón del rey: habló de *las inocentes niñas* de su majestad y de la *virtuosa reina*, que, según él, corrían gran peligro si no pasaba la corona a las sienes de don Carlos. Después pintó el estado del reino, en el cual, según dijo, no había un solo hombre que no fuera partidario de la monarquía eclesiástica representada por el infante.

Fernando dió un gran suspiro y fijó sus aterrados ojos en el obispo. Este se sentó. Puesto en pie, Calomarde dijo que su emoción al ver en aquel estado al mejor de los reyes, y al mejor de los padres, y al mejor de los esposos, y al mejor de los hombres, no le permitía hablar con serenidad; dijo que se veía en la durísima precisión de no ocultar a su amado soberano la verdad de lo que ocurría; que había tanteado el ejército, y todo el ejército se pronunciaría por don Carlos si no se modificaba en favor de éste la Pragmática Sanción del 29 de marzo de 1830; que los voluntarios realistas, sin excepción de uno solo, proclamaban ya abiertamente como rey de derecho divino al mismo señor don Carlos, y que para evitar una lucha inútil y el derramamiento de sangre convenía a los intereses del reino...

El infame hacía tales pucheros que no pudo continuar la frase. Sintióse que el cuerpo dolorido del rey se estremecía en su cama o potro de angustia. Oyóse luego la voz moribunda, que dijo entre dos lamentos:

—Cúmplase la voluntad de Dios.

El confesor silbó en su oído palabras no entendidas por los demás, y entonces la reina Cristina, sin mirar a las tres sombras, volviendo el rostro al rey y haciendo un heroico esfuerzo para no dar a conocer su dolor, pronunció estas palabras:

—Que España sea feliz, que en España haya paz.

El rey exhaló un gran suspiro mirando al techo, y después dijo algo que pareció el mugido de un león enfermo. La reina tomó su pañuelo, y sin decir nada, dejando correr libremente sus lágrimas, limpió el sudor abundante que bañaba la frente del rey.

Siguió a esto un discursillo del conde de la Alcudia confirmando el dictamen de los otros dos apostólicos. Aquel famoso triunvirato traía la comedia bien aprendida, y en el cuarto de don Carlos se habían estudiado antes detenidamente los discursos, pesando cada palabra. El confesor dijo también en voz alta su opinión, asegurando bajo su palabra que el Altísimo estaba en un todo conforme con lo expuesto con los señores allí presentes. ¡Y se quedó tan satisfecho después de este mensaje...!

Fernando pareció llamar a sí todas sus fuerzas. Claramente dijo:

—¿En qué forma se ha de hacer?

No vacilaron los apostólicos en la contestación, pues para todo estaban prevenidos. Calomarde, fingiendo que se le ocurría en aquel mismo instante, propuso que el rey otorgase un codicilo-decreto derogando la Pragmática Sanción del 30, y revocando las disposiciones testamentarias en la parte referente a la regencia y a la sucesión de la corona.

Después de una pausa, el rey se hizo repetir la proposición del ministro, y oída por segunda vez, Cristina volvió a limpiar el sudor que corría por la frente de su marido. Con un gesto y la mano derecha, éste mandó a los tres apostólicos consejeros que salieran de la estancia, y se quedó solo con su esposa y con su confesor, el cual salió también poco después. Consternados los tres escamoteadores, y dudando del éxito de su infame comedia, no decían una palabra, y con los ojos se comunicaban aquella duda y el temor que sentían. Calomarde y el obispo dieron algunos paseos lentamente por la cámara, esperando que el rey les volviera a llamar, y el conde de la Alcudia aplicó el oído a la

puerta y dijo en voz baja y temerosa:

—Parece que llora su majestad.

—No lo creo—murmuró el obispo, acercando también su oído.

Entonces se abrió la puerta y apareció el confesor con las manos cruzadas y el semblante compungido, imagen exacta de la hipocresía. Los cuatro cuchichearon un momento como viejas chismosas. Media hora después, Cristina les llamó y volvieron a entrar. Fernando no estaba ya incorporado en su cama, sino completamente tendido de largo a largo, fijos los ojos en el techo, rígido, pesado, el resuello lento y difícil. Sin mirar a los que habían sido sus amigos, sus aduladores, terceros de sus caprichos políticos y servidores de sus gustos con la lealtad y sumisión del perro, Fernando VII les manifestó en pocas palabras que aceptaba el sacrificio que se le imponía. Esforzándose un poco, habló más para exigir secreto absoluto de lo acordado hasta que él muriese.

Los tres apostólicos bajaron; encerráronse en un gabinete. Entre tanto, la chusma del cuarto de don Carlos ardía en impaciencias; sobresaltadas y nerviosas, las dos infantas padecían atroz martirio. La historia, muy descuidada en ciertas cosas, no dice el número de tazas de tila que se consumieron aquel día. El obispo, Calomarde y Alcudia mostrábanse tan reservados aquella tarde, que los *carlinos* se impacientaban y aturdían cada vez más. No obstante, algunas palabras optimistas, aunque enigmáticas, de Abarca al salir del gabinete en que los tres se encerraron, para extender el decreto-codicilo, hicieron comprender a la muchedumbre apostólica que las cosas iban por buen camino. Finalmente, al llegar la noche, y cuando se difundía por Palacio, corriendo y repercutiéndose de sala en sala como un trueno, la voz de «el rey ha muerto», el señor Abarca entró triunfante en la cámara donde la Corte del porvenir se hallaba reunida. En su mano alzaba el reverendo un papel, con el cual amenazar parecía, o que lo tremolaba como estandarte o divisa de una ley suprema. Moisés bajando del Sinaí no apareció seguramente más terrible que el señor Abarca cuando, mostrando el decreto-codicilo, exclamó:

—Señores, óiganme.

Oyeron leer con atención profunda, y poco faltó para que algunos se prosternaran, quién por servilismo mezclado de entusiasmo, quién por ese especial instinto a lo Nabucodonosor que algunos antes civilizados no pueden ocultar aunque vistan casaca bordada. Toda la Corte de don Carlos estaba allí, menos don Carlos, el candidato divino, que a tal hora se hallaba en su oratorio con la frente humillada y el corazón oprimido, pidiendo a Dios que no quitara la vida a su hermano.

XXXIV

Al llegar aquí el narrador no puede contener su asombro ante el peregrino suceso que va a referir, y, deteniendo su relato, exclama: ¡Oh admirables designios de la Providencia! ¡Oh vanidad de los cálculos humanos! ¡Oh peligro de jugar con las cosas del Cielo, eslabonándolas con los apetitos e intereses de un bando político! De este modo el ánimo del lector queda perfectamente dispuesto para saber que Dios Todopoderoso, estimando sin duda más a don Carlos que a su partido atendió al ruego que con amor fraternal y piedad cristiana le dirigió aquél; y así dispuso que Fernando, ya casi muerto, tornase a la vida, dando al traste con las esperanzas de lo que el obispo de León llamaba *el partido del Altísimo*. De este modo el Padre de todas las cosas abandonaba a su grey en lo mejor de la pelea, seguido de la Generalísima, a quien también pidió muy ardientemente don Carlos la vida de su hermano. Hasta con su cristiandad se perjudicaba a sí mismo don Carlos como jefe visible del partido absolutista-religioso, y si le dejaran rezar mucho, es fácil que los furibundos apostólicos perdieran todas las batallas cortesanas y marciales que en lo futuro habían de dar.

Fernando se aletargó por la noche. Todos le creyeron muerto; la tremenda noticia circuló por el Real Sitio, llegó hasta Madrid, y aun fué transmitida a las Cortes europeas. Pero a la mañana siguiente de aquel cadáver volvieron a salir quejas y suspiros, se reanimó con oportunas sustancias y medicinas, y en palacio y en los jardines no se decía sino «el rey vive, el rey vive», frase de cons-

ternación para algunos, de esperanzas para los menos. Muchas caras variaron bruscamente, y Cristina vió sonreír a los que el día anterior estaban cejijuntos y tenían en su rostro protervo el indefinible airecillo de la defección. ¡Y el señor obispo, que la tarde del 18 salió a los jardines diciendo en voz alta en un corro de amigos: «¡Ya no volverán a levantar la cabeza los liberales...!» ¡Y el gracioso padre Carranza, que aquella noche había prometido solemnemente a sus allegados más de cuarenta canonjías y beneficios simples!

En todo el día 19 fueron llegando al Real Sitio muchos jóvenes de la aristocracia y militares de todas graduaciones, que iban a ponerse a las órdenes de la reina Cristina. Con estas adquisiciones hechas por un partido que se creía muerto, iban rápidamente abatiéndose los ánimos de los apostólicos, y no se sabe qué cantidad fabulosa de tazas de tila tuvieron que tomar doña Francisca y su hermana para poner a raya sus desconcertados nervios. ¡Dios y la Generalísima ayudaban a la napolitana!

Con la irrupción de personajes civiles y militares en el Real Sitio, las habitaciones escasearon en tales términos, que Pipaón tuvo que rogar a don Benigno le dejase libre el cuarto que ocupaba en la casa de Pajes, lo que no sintió mucho el héroe, porque estaba hasta la corona de cortesanos, obispos y palaciegos.

—Lo siento mucho—dijo don Juan al despedirle—. Pero ya ve usted, media España ha venido aquí a ponerse a las órdenes de la reina... ¡Es un ángel esa señora! Aunque no lo parezca, sepa usted que yo la admiro. Dicen que será nombrada regente..., y no me pesa, no me pesa...

Cuando iba Cordero por el jardín acompañado de un chico que le llevaba la maleta, encontró a Salvador, el cual se empeñó en compartir con él su alojamiento, aunque estrecho, suficiente para los dos. Dió mil excusas don Benigno, que en aquel momento sintió más vivo que nunca el misterioso recelo que su amigo le inspiraba; pero al fin no tuvo más remedio que aceptar, so pena de tener que dormir en la calle o en un banco de los jardines.

—No hay que pensar ahora—le dijo Monsalud con cariño—en que esos señores firmen. Ninguno de ellos, en estos días, sabe dónde tiene la mano derecha. Esperando a ver en qué para esto, viviremos juntos, nos contaremos nuestras desdichas y nos consolaremos mutuamente.

Al día siguiente cobró Fernando algunas fuerzas, y serenándose su mente empezó a comprender la infame sorpresa de que había sido víctima. No obstante, todavía los reyes legítimos estaban en Palacio como cohibidos por la gente apostólica, cuyo poder era grande aún, a pesar de la situación desfavorable en que se encontraban. Esperábales todavía el golpe de gracia, que había de darles muerte en la esfera cortesana, cerrándoles todo camino que no fuera el de la guerra. En la madrugada del 22 llegó a San Ildefonso la infanta Carlota, esposa del infante don Francisco y hermana de Cristina, mujer resuelta, varonil, desparpajada, libre y francota de palabra, alta, airosa y algo manolesca de figura, valerosa hasta lo sumo, y tan ardiente de genio que, según pública opinión, trataba despóticamente, cuando el caso lo requería, a las personas ligadas a ella por el parentesco más íntimo. Odiaba con toda su alma a las dos princesas brasileñas, doña Francisca y la de Beira, y este aborrecimiento podrá explicar mejor que ninguna razón política la guerra que había declarado a los apostólicos. ¡Formidable influencia de la mujer en el destino de los pueblos! Los hombres, pensando, plantean las teorías y los sistemas, crean los partidos; las mujeres, amando o aborreciendo, determinan la acción. Comparando la historia con un drama, el hombre es el histrión y la mujer el autor. No ha existido ningún gran suceso político que no haya venido a la historia impulsado por manos femeninas, y esa académica nave del Estado de que tanto hablan los tratados políticos no navegaría las más de las veces si no tiraran de ella las voladoras palomitas de Venus.

Doña Carlota entró en Palacio hablando a gritos, tratando con modales bruscos a todo el mundo, gentileshombres y damas; presentóse a su hermana, y después de abrazarla la llamó tonta unas veinte veces. El testigo presencial de estas escenas, que ya no eran de tragedia ni de drama, sino de opereta, cuenta que como Cristina y Carlota ha-

blaban acaloradamente en italiano, no era posible a los presentes entender bien lo que decían; sólo comprendían algunas palabras, como *sciocca, pazza, regina de galleria..., sceleratezza...* Después, la infanta descansó un momento, y a hora avanzada de la mañana anunció que recibiría a los ministros y demás personajes que quisieran cumplimentarla. Cuando Calomarde y el conde de la Alcudia entraron, doña Carlota afectó serenidad y preguntó al ministro de Gracia y Justicia la razón de haber revelado el secreto del codicilo, contra lo dispuesto por su majestad. Tembloroso y cortado, don Tadeo se excusó con el letargo del rey, que parecía muerto.

—Su majestad—dijo doña Carlota, disimulando su ira—quiere recoger el original del codicilo, y me encarga decir a usted que lo presente ahora mismo.

El ministro se inclinó saliendo en busca de lo que se le pedía. Entre tanto, los que no se habían manifestado muy claramente partidarios del infante, se reunían en la cámara. En pie y moviéndose sin cesar de un lado para otro, altiva, nerviosa, respirando fuerte, doña Carlota parecía que imaginaba crueldades y violencias impropias de mujer y de princesa. Los circunstantes no le dijeron nada, y Cristina misma, con ojos, encendidos de tanto llorar, el seno palpitante, enmudecía ante la arrogantísima actitud de aquella nueva Semíramis.

Cuando Calomarde entregó a la infanta el manuscrito que tantos desvelos y fingimiento habían costado a los apostólicos, Carlota no se tomó el trabajo de leerlo y lo rasgó con furia en multitud de pedazos. Con el mismo desprecio y enojo con que arrojó al suelo los trozos de papel, echó sobre la persona del ministro estas duras palabras, que no suelen oírse en boca de príncipes:

—Vea usted en lo que paran sus infamias. Usted ha engañado, usted ha sorprendido a su majestad abusando de su estado moribundo; usted, al emplear tales medios para esta tración ha obrado en conformidad con su carácter de siempre, que es la bajeza, la doblez, la hipocresía.

Rojo como una amapola, si es permitido comparar el rubor de un ministro a la hermosura de una flor campesina, Calomarde bajó los ojos. Aquella furibunda y no vista humillación del tiranuelo era el contrapeso de sus nueve años de insolente poder. En su cobardía quiso humillarse más, y balbució algunas palabras:

—Señora..., yo...

—Todavía—exclamó la Semíramis borbónica en la exaltación de su ira—, todavía se atreve usted a defenderse y a insultarnos con su presencia y con sus palabras. Salga usted inmediatamente.

Ciega de furor, dejándose arrebatar de sus ímpetus de coraje, la infanta dió algunos pasos hacia su excelencia, alzó el membrudo brazo, disparó la mano carnosa... ¡Plaf! Sobre los mofletes del ministro resonó la más soberana bofetada que se ha dado jamás.

Todos nos quedamos pálidos y suspensos, y digo *nos* porque el narrador tuvo la suerte de presenciar este gran suceso. Calomarde se llevó la mano a la parte dolorida, y lívido, sudoroso, muerto, sólo dijo con ahogado acento:

—Señora, manos blancas...

No dijo más. La infanta le volvió la espalda.

Calomarde acabó para siempre como hombre político. Los apostólicos, cuando se llamaron carlistas, le despreciaron, y el execrable ministril se murió de tristeza en país extranjero.

XXXV

A la misma hora, la muchedumbre, paseando en los amenísimos jardines, comentaba los sucesos de aquellos días. Don Benigno y Salvador paseaban juntos como viejos amigos, y ya se habían contado parte de sus secretos. Cordero estaba triste. Monsalud se iba exaltando más cada día con la idea política. De pronto vieron que la multitud se agolpaba en un sitio, por donde discurría en abigarrada procesión gente de Palacio, con dorados uniformes y huecos casacones. Abría calle el público para dar paso a estos señores. Cordero y Monsalud se acercaron para ver mejor. Sostenida por una nodriza, rodeada de damas, seguida de personajes, una niña de dos años andaba con dificultad, batiendo palmas y riendo de alegría. Aquéllos eran los primeros pasos de una reina.

Del gentío salió una voz que gritó con

furor: «¡Viva Isabel II!» Y una exclamación inmensa recorrió los jardines, perdiéndose y desparramándose como los primeros ecos de una tempestad naciente.

La tempestad estaba cerca; oíanse los primeros truenos; pero el que quiera conocer los notables sucesos, ya privados, ya públicos, que restan por referir, tenga paciencia y espere a leer lo que con toda verdad se dirá en el libro siguiente.

Madrid, mayo-junio de 1879.

FIN DE
«LOS APOSTÓLICOS»

UN FACCIOSO MAS Y ALGUNOS FRAILES MENOS

I

El 16 de octubre de aquel año (y los lectores del libro precedente saben muy bien qué año era) fué un día que la Historia no puede clasificar entre los desgraciados, ni tampoco entre los felices, por haber ocurrido en él, juntamente con sucesos prósperos de esos que traen regocijo y bienestar a las naciones, otros muy lamentables, que de seguro habrían afligido a todo el género humano si éste hubiera tenido noticia de ellos.

No sabemos, pues, si batir palmas y cantar victoria, o llorar a lágrima viva, porque si bien es cierto que en aquel día terminó para siempre el aborrecido poder de Calomarde, también lo es que nuestro buen amigo don Benigno padeció un accidente que puso en gran peligro su preciosa existencia. Cómo sucedió esto, es cosa que no se sabe a punto fijo. Unos dicen que fué al subir al coche para marchar a Riofrío en expedición de recreo; otros, que la causa del percance fué un resbalón dado con muy mala fortuna un día lluvioso, y Pipaón, que es buen testimonio para todo lo que se refiere a la residencia del héroe de Boteros en La Granja, asegura que cuando éste supo la caída de Calomarde y la elevación de don José de Cafranga a la poltrona de Gracia y Justicia dió tan fuerte brinco y manifestó su alegría en formas tan parecidas a las del arte de los volatineros, que, perdiendo el equilibrio y cyendo con pesadez y estrépito, se rompió una pierna. Pero no; no admitamos esta versión que empequeñece a nuestro héroe, haciéndole casquivano y pueril. El vuelco de un detestable coche que iba a Segovia cuando había personas que consentían en descalabrarse por ver un acueducto romano, una catedral gótica y un alcázar arabesco, fué lo que puso a nuestro amigo en estado de perecer. Y gracias que no hubo mas percance que la pierna rota, el cual fué en tan buenas condiciones y por tan buena parte, al decir de los médicos, que el paciente debía estar muy satisfecho y alabar la misericordia de Dios.

—Como todo es relativo en el mundo —decía Cordero en su lecho, cuando se convenció de que su curación sería pronta y segura—, romperse una pierna sola es mejor que romperse las dos, y así, señor de Monsalud, yo estoy contentísimo, mayormente viendo que el pesado negocio que me trajo a La Granja está ya resuelto, y que, gracias a mi amigo, el gran don José de Cafranga (que mil años viva), no tendré más cuestiones con el hipogrifo de don Pedro Abarca (a quien vea yo sin hueso sano). Dígame usted, amigo, ¿ha observado usted que en este mundo pícaro, cien veces pícaro, no hay alegría que no venga contrapesada con un dolor, ni dulzura que no traiga su acíbar? Pues bien: todo no ha de ser malo. El contento que yo he tenido, ¿no vale una pierna? ¿Qué significa un hueso roto de fácil soldadura, en comparación de las más puras satisfacciones del alma? Vengan averías de este jaez y cáigame yo aunque sea de lo alto del acueducto, con tal que en proporción de los chichones y de las fracturas sean los gustos del espíritu y los regocijos del corazón.

De esta manera un poco artificiosa y sutil se consolaba, y mientras duró su enfermedad, apenas perdió el buen humor ni la paz y dulzura de su condi-

ción sin igual. Deparóle el cielo excelente compañía en Salvador Monsalud, que a pesar de haber despachado también satisfactoriamente sus asuntos, no quiso salir de La Granja dejando solo y postrado en la cama a su honrado amigo. La Corte se marchó; los cortesanos siguieron a la Corte; el Real Sitio se quedó desierto, calladas las fuentes, desiertas las alamedas. Empezaron a despojarse de su follaje los árboles; enfrióse el aire al compás del solemne y tristísimo crecimiento de las noches; soplaron céfiros asesinos, precursores de aguaceros y tormentas; los remolinos de hojas secas corrían por el suelo húmedo, murmurando tristezas y, sobre todo, derramando llanto sin fin las nubes pardas, en tal manera, que no parecía sino que en la superficie de la tierra había algo que debía ser para siempre borrado.

Solos en su alojamiento, mal acompañados de una mediana lumbre, don Benigno y su amigo pasaban los días. El enfermo, aunque postrado y sin movimiento, estaba casi siempre menos triste que el sano. Este, centinela en un sillón frente al hogar, reanimaba el fuego cuando se iba extinguiendo, y don Benigno hacía revivir la conversación moribunda cuando Salvador la dejaba apagar con sus monosílabos o con su silencio.

El tema más amado y más favorecido de Cordero era su familia, y no pasaba un hora sin que dijese: «¡Qué hará en este momento el tunante de Juanillo Jacobo!», o bien: «¿Habrá comprendido Sola, a pesar de mis precauciones, que me ha pasado una desgracia?» Debe advertirse que nuestro buen señor había puesto singular empeño en que sus queridos hijos, hu hermana y su amiga no se enterasen del triste motivo que en San Ildefenso lè detenía, y por esto sus cartas todas parecían novelas, según las invenciones y mentiras de que iban llenas. Unas decían: «Esperadme ocho días más, porque si bien nuestro asunto está terminado, no quiero marcharme sin hacer una pequeña contrata de pinos, pues desde aquí oigo los gritos de la casa de los Cigarrales pidiéndome que la ensanche.» Más adelante escribía: «Con estos malditos temporales no hay carricoche que se atreva con las Siete Revueltas»; y una semana después se disculpaban así: «Un excelente amigo, que vive en la misma posada, ha caído en cama con tan fuerte pulmonía, que no me es posible abandonarle en este solitario pueblo. Esperadme unos pocos días, y rogad a Dios por el enfermo.»

Así les engañaba, dando tiempo al tiempo, hasta que llegara el de la soldadura del hueso, la cual venía con la tardanza que es natural, impacientando tanto al buen hombre, que a ratos no podía contener su impaciencia y daba puñadas sobre la cama, diciendo. «Esto no se puede aguantar. Soldada o sin soldar, señora pierna, usted tendrá que ponerse en polvorosa para Madrid la semana que viene.»

Salvador no se apartaba de su amigo ni de noche ni de día. Unas veces hablaban de política, empezando don Benigno de este modo: «¿Cree usted que ese pobre señor Zea tendrá buena mano para el timón de la nave del Estado?»

La enojosa permanencia y quietud en el lecho le ocasionaba insomnios frecuentes, cuando no letargos breves y febriles, acompañados de pesadillas o alucinaciones. A veces despertaba de súbito, bañado en sudor, y exclamaba pasándose la mano por los ojos: «Jesús me valga y la Santa Virgen del Sagrario, ¡qué sueño he tenido! Me parecía estar viendo a Juanillo Jacobo rodando por un precipio negro, mientras la pobre Sola, atada por los cabellos a la cola de un brioso caballo... No lo quiero contar, porque me parece que lo veo otra vez... ¡Cuándo volveré a vuestro lado, queridos de mi corazón, para que con el placer de veros se acabe el suplicio de soñaros!»

Una noche observó Salvador que daba el enfermo un gran suspiro, y despertando acongojadísimo parecía reconocer la realidad de las cosas, medio seguro de espantar las embusteras percepciones del sueño.

—Es todo mentira, señor don Benigno—le dijo Monsalud, riendo—. Animo.

—¡Ay Dios mío! ¡Qué sueño!—exclamó el de Boteros—. Todavía me duran la angustia y el mortal frío que sentí. Figúrese usted, señor mío, que me acercaba a mi casa de los Cigarrales, y la visión era tan perfecta que todo estaba delante de mí claro, vivo,

verdadero. Una soledad tristísima envolvía mi finca. Ni mis hijos ni mis criados aparecían por ninguna parte... Me acerco más; miro a las ventanas, y las ventanas me miran con ceño. De pronto veo que aparece Sola por la puerta de la huerta; doy un paso hacia ella; me mira con semblante frío, serio como el de una estatuta; mueve su cabeza como diciendo *no, no.* Luego, señor don Salvador, me dice adiós con la mano derecha, y se aleja, huye, desaparece, se disipa como la sombra entre los almendros... Me quedo yerto; miro a mi casa, y mi casa..., créalo usted..., se echa a reír, yo no sé cómo era esto; pero lo cierto es que ella se reía, se reía...

—Y ahora nos reímos nosotros.

—¡Bendito sea Dios! ¿qué será esto del señor? ¿Anunciarán los sueños realidades? ¿Estas horribles mentiras traerán consigo algo que con la misma verdad se relacione? Ello es que la pobre Sola no se aparta de esta casa a ninguna hora de la noche ni del día... Que seré feliz casándome con ella, es indudable; que ella lo será también, no hay para qué decirlo... Pienso muchas veces si el Señor habrá decidido que yo me muera antes de que pueda realizar mi deseo, al cual va unido el mayor beneficio que se puede hacer a una huérfana pobre y sin amparo... ¿Qué sería entonces de esa infeliz?...

—La pobrecita tendría una gran pena—dijo Salvador.

—¿Se moriría de p e n a?—preguntó Cordero con ingenuidad pueril.

—Tanto como morirse...

—No se moriría, no... Pero ¡qué desamparada, qué sola se quedaría en el mundo! ¿Quien comprendería su mérito? ¿Quién la tendería una mano?

—No podría reemplazar, sin duda, dignamente el bien que perdía—dijo Monsalud, sentándose junto al perniquebrado Cordero—; pero parte del bien que merece lo hallaría tal vez... casándose conmigo.

Los dos se miraron asombrados y con ligero ceño.

—¡Con usted!...—exclamó el de Boteros, volviendo de su sorpresa—. ¿Ha pensado usted en eso alguna vez?

—Muchas.

—¡Si yo no existiese!... Y ¿ella consentiría?...

—No lo aseguro. Pero pasado algún tiempo, es fácil que consintiese. Sólo Dios es eterno.

—Y usted desea...

Lanzado de improviso a un mar de confusiones, don Benigo no pudo decir más. Su amigo, quizá arrepentido de haber hecho una declaración imprudente, trató de tranquilizarle hablándole de lo bien que dirigía Cristina la nave del Estado. Entonces la alegoría del barquichuelo estaba en todo su auge, y no se mentaban las dificultades del Gobierno sin sacar a relucir la consabida embarcación, el mar borrascoso de la política, y principalmente el timón ministerial, que algunos llamaban gubernalle. Después dijo que el decreto abriendo las universidades era un g o l p e maestro; la amnistía, aunque muy restringida, un levantado pensamiento digno de los más grandes políticos, y la destitución de Eguía y González Moreno, una obra maestra de previsión; pero añadió que muchas y muy peregrinas dotes de ingenio y energía había de desplegar la reina para someter a la plaga de humanos monstruos que con el nombre de voluntarios realistas asolaba el reino. A t o d o esto atendía poco el enfermo, porque tenía su pensamiento harto distante de los disturbios de España. No será ocioso decir que en aquel momento sintió don Benigno renacer en su pecho la antipatía que en otras ocasiones le inspirara su amigote; pero como en tan noble alma no cabía la ingratitud, pensó en las atenciones y cuidados que al mismo debía durante la enfermedad, y con esto se le fué pasando el rencorcillo. En las conversaciones de los días siguientes tuvo el buen acuerdo de no nombrar a la familia de los Cigarrales, ni mentar cosa alguna que pudiese relacionarse con el importuno asunto de sus futuras bodas.

Un día, no obstante, en ocasión que comía en su lecho despaciosamente y gustando bien los manjares, como era en él costumbre, quedóse un buen rato a medio mascar, sin quitar los ojos de Salvador; y volviendo luego a atender al plato, habló así:

—Mis distracciones son tan chuscas como mis sueños. Hace un momento hallábame tan abstraído, tan engolfado con el pensamiento en ideas y co-

sas de mi familia, que, sin saberlo, aparté en el plato y corté con mi cuchillo los pedacitos con que suelo engolosinar a Juanillo Jacobo cuando come junto a mí. Me parecía que el pequeñuelo estaba a mi lado y que los demás distaban poco. Esto es tan frecuente en mí, señor don Salvador, en el insoportable tedio de esta soldadura, que a veces, cuando siento pasos, me parece que son ellos que van a entrar, y cuando suena voz de mujer, si es bronca y regañona, me parece la de mi hermana; si es dulce y apacible como la de la misma discreción, me parece la de Sola. Cuando despierto por las mañanitas, mi alucinación es tal que con la propia evidencia se confunde, y siento que entran y salen; oigo a Cruz regañando con los chicos y haciendo mimos a los pájaros; oigo a Sola arreglando a los pequeñuelos para que vayan a la escuela, y me digo para mi sayo: «Tempranito se ha levantado mi gente. Ya Sola ha puesto mi cuarto como el oro y me ha preparado ese chocolate que, por lo exquisito, debe de caer en espesos chorros del mismo Cielo.»

Dando luego un gran suspiro, se sonrió y dijo:

—Usted, solterón empedernido, no comprende estas deliciosas chocheces del alma. Diviértase usted con la política, con el conspirar, con la suerte de las monarquías, y derrítase los sesos pensando en si debe haber más o menos cantidad de rey, y tal o cual dosis de Constitución. Buen provecho, amiguito; yo me atengo a lo del poeta: denme *mantequillas y pan tierno;* sí, señor; mantequillas, es decir, amores puros y tranquilos; pan tierno, es decir, la sosegada compañía de una esposa honesta y casera, el besuqueo de los nenes, el trabajo y cien mil alegrías que, cruzándose con algunas penillas, van tejiendo nuestra vida.

—Bueno es el cuadro, bueno—dijo el otro, ocultando medianamente su disgusto—. Cuando sea realidad, avise usted... Me consolaré de mi tristeza viendo la alegría de los que con sus buenas acciones han merecido vivir en paz. Solamente los perversos padecen contemplando el bien ajeno. Yo, que no soy malo, pido un puesto, siquiera sea el último, en ese festín de regocijos y felicidades... Pero me ocurre preguntar: ¿Cerrará usted la puerta a los amigos después del casamiento?

Don Benigno no contestó nada, porque la afirmativa le pareció ridícula, y la negación aventurada, bastante contraria, si se ha de decir verdad, a sus propósitos. El otro dió las buenas noches y se fué a su cuarto para acostarse. Aquella noche, que Cordero contó entre las más infaustas de su vida, no pudo este dignísimo sujeto conciliar el sueño, porque le asaltó, a causa de las últimas palabras de su amigo, un pensamiento tan mortificante, que le cambiaría de buen grado por la quebradura de todos los huesos de su cuerpo; de tal modo padecía su espíritu Incorporado en la cama, pasó largas horas en horrorosa cavilación. Allí fue el amenazador levantamiento de su conciencia, allí la reyerta encarnizada entre ciertas ilusiones suyas y los temores que aparecieron de improviso como enemigos emboscados acechando la ocasión. El digno encajero no podía apartar de sí el licor amarguísimo que un demonio invisible le ponía en los labios; ya suspiraba, ya se golpeaba la cabeza venerable, ya, por fin, elevaba los brazos y los ojos al Cielo, pidiendo a Dios que le librase de aquel fiero tormento. «Ni un momento más puedo vivir en esta incertidumbre—gritó—. Señor don Salvador, venga usted al momento, necesito hablarle.»

Golpeó fuertemente el tabique inmediato a su cama. En la habitación próxima dormía Salvador; y durante los días críticos de la enfermedad de don Benigno, siempre que éste necesitaba de la asistencia de su nuevo amigo, le llamaba con un par de golpes suavemente dados en la pared.

Era la medianoche. Salvador, al oir aquel extraordinario ruido en el tabique, creyó, por la violencia del llamamiento, que a don Benigno se le había roto la otra pierna cuando menos, o que había sido atacado de algún descomunal accidente. Levantóse aprisa, y carriendo al lado del enfermo hallóle sentado en el lecho, pálido, con las gafas caladas, los ojos chispeantes y las manos en movimiento, como quien acompaña de expresivos gestos las palabras que a sí mismo se dice.

—¿Qué hay?—preguntó—. ¿Se ha des-

hecho el entablillado? ¿Qué es eso?... ¿Calentura, dolores?...

—No, hombre de Dios o de cien Satanases; no es nada de eso—replicó el de Boteros, señalando la silla—. Esto es muy serio; repito a usted que es muy serio. Va en ello la tranquilidad, la vida toda, el honor de un hombre de bien que jamás ha hecho mal a nadie, porque sepa usted, señor don Salvador o don *Condenador*, que yo no he hecho daño a ningún ser nacido, y cuando Dios me tome cuentas, no se presentará ni un mosquito, ni un miserable mosquito, a decir: «Ese hombre fué mi enemigo.»

—Está bien.

—Esto es muy serio; y así, yo quiero una explicación categórica, leal, terminante, para tranquilidad de mi espíritu.

—Y esa explicación ¿debo darla yo?

—Usted, sí, que desde hace algún tiempo se me ha puesto delante echando sobre mí como una ligera sombra, sí, y ahora me ha dicho cosas que aumentan esa sombra y la hacen más negra. Hablemos con claridad. Yo tengo ciertos proyectos que usted conoce. Yo pienso casarme, yo debo casarme, yo he creído que Dios ha dispuesto que yo me case. La que escogí para ser mi compañera es de tal condición..., en fin, excuso de hacer su elogio, porque usted la conoce... A eso voy, señor don Salvador. Ella estuvo en un tiempo bajo el amparo y protección de usted; usted le escribía desde Francia. ¡Ay! Cuando estuvo mala, le nombró a usted en sus delirios. Después usted la vió en los Cigarrales, según me escribió ella misma; más tarde, ahora, se me muestra tan admirador de ella y tan afligido de mi felicidad, que no puedo menos de volverme caviloso y preguntarme si usted ha tenido o tiene proyectos iguales a los míos y si esos proyectos se refieren a la misma persona que es, digámoslo claro, la mitad y la principal parte de mi vida.

—Esos proyectos los tuve—replicó Salvador con firmeza—. No fuí a los Cigarrales con otro objeto.

Detuvo don Benigno su voz y sus manos, como alelado, y preguntó:

—¿Y ella?

—No quiso oírme. Mi situación al salir de los Cigarrales era bastante desairada.

—Y ¿después?

—He pensado que por negligente y confiado perdí la partida.

—Y ¿qué hay en usted ahora?

—Resignación.

—De modo que si yo no existiera...

—No deben fundarse cálculos sobre la muerte. En el mundo no es fácil asegurar quién ayuda o quién estorba. Es posible que sea yo el que esté de más.

—¡Oh! Dios mío... Pero usted no puede apreciar, como yo, sus infinitas cualidades, que la igualan a los ángeles —dijo don Benigno con cierto desdén.

—Quizá las aprecie mejor: quizá yo esté en situación de ver en ella méritos de abnegación que usted no puede ver.

Don Benigno meditó breve rato. Había caído en un mar de cavilaciones que, sin duda, no tenía fondo.

—¡Ah!—exclamó, dando un gran suspiro, con el cual pudo salir de aquellas honduras tenebrosas—. Usted me confunde más, pero mucho más.

Diciendo esto clavó los ojos en Salvador, examinándole prolija y atentamente de pies a cabeza; después dió otro gran suspiro, y bajando los ojos murmuró para sí: «También él se va poniendo viejo.»

—¿No se necesitan mas explicaciones?—preguntó Monsalud.

—No—replicó Cordero brusca y desabridamente.

—Pues yo voy a dar una que creo necesaria. No soy perverso; reconozco en usted a una de las mejores personas que existen en el mundo. Seré un miserable si sale de mí, por irresistible efecto de las pasiones, la más ligera oposición a la felicidad de usted... Es evidente, evidentísimo, que yo soy el que está de más. Declaro que mi deber es no volver a pisar la casa del que posee lo que yo quise para mí.

—¡Barástolis!... Usted la ofende, señor mío.

—No la ofendo. Mi resolución no indica desconfianza de ninguno de los dos, sino respeto a entrambos, y además el deseo de ponerme a salvo de la envidia, porque yo tengo más de hombre que de santo y la contemplación del bien perdido no me hará bailar de gozo.

Dijo esto en tono entre serio y festivo y se retiró. Después de esta breve conferencia no se disiparon las con-

fusiones ni se calmaron las ansias del insigne Cordero; antes bien, se dió a cavilar más en el silencio de la noche, buscando entre sus recuerdos alguna sentencia del ginebrino que iluminase un poco sus tenebrosos pensamientos. Pero Juan Jacobo no decía nada, y hasta de su querido filósofo y consejero se vió desamparado en tan tristes horas el hombre más bondadoso que por aquellos tiempos existía en el mundo.

II

Muy avanzado estaba el invierno cuando Cordero y su amigo, despidiéndose con no poca alegría del Real Sitio, emprendieron su penoso viaje a la Corte por entre nieve y hielos. Separáronse del modo más cordial en la posada del Dragón, y don Benigno, desmejorado y cojo, se fué a su casa con la rapidez que le permitía su detestable andadura, mientras Salvador buscaba dónde alojarse. Pocos días después hallábase instalado en la habitación propia que alquiló en la calle del Duque de Alba, no lejos de don Felicísimo Carnicero, de felicísima recordación. En Madrid no encontró novedad alguna pues no merece tal nombre el furor con que todo el mundo fraguaba levantamientos y sediciones. Conspiraban las infantas brasileñas con sin igual descaro; conspiraban los voluntarios realistas, ayudados por la turbamulta de frailes y clérigos mal avenidos con la idea de perder su omnipotencia; conspiraban las monjas y los sacristanes, muchos militares que se habían hecho familiares de los obispos, y para que no faltase su lado cómico a esta comparsa nacional, también se agitaban en pro de don Carlos muchos señores que habían sido rabiosos *democratistas* y jacobinos en los tres *llamados* años de la *titulada* segunda época constitucional. Antes habían gritado por el *sistema*, y ahora suspiraban por los *derechos de la soberanía en su inmemorial plenitud*.

Oyó también Salvador los despropósitos del vulgo, a quien se había hecho creer que el rey no vivía y que aquel buen señor que salía en coche a paseo era el cadáver embalsamado de Fernando VII. Por un sencillo mecanismo, la *napolitana*, que a su lado iba, le hacía mover las manos y la cabeza para saludar. ¡Y con un rey relleno de paja se estaba engañando a esta heroica nación!

Vió un cambio de ministros, fundado en que los del 16 de octubre parecieron un poco dañados de liberalismo, pues la Corte deseaba un Gobierno absolutamente agridulce que contentase a todos y conciliara el día con la noche, cosa, en verdad, más difícil que asar la manteca. También pudo ver la anulación del célebre codicilo, acto solemne del que se burlaron los carlistas, y oyó contar la fuga de Calomarde vestido de fraile, y los desmanes del obispo de León, el cual, ensoberbecido como un cacique indio, y no pudiendo sublevar el reino, puso en armas su diócesis, dando la comandancia de voluntarios realistas a la Purísima Concepción.

Otras muchas cosas supo y vió, que no son para referidas a la ligera. Sus relaciones con gente de varias clases le informaban de todo. Pipaón, don Felicísimo Carnicero y el marqués de Falfán no hacían misterio de los planes apostólicos, y Jenara, furibunda sectaria del sistema del justo medio o de la conciliación, era el órgano más feliz que imaginarse puede de los pensamientos de aquel astuto señor Zea, que gobernaba o aparentaba gobernar la nave (¡siempre la nave!), más cercana a los escollos que al deseado puerto.

Jenara se había establecido en su antigua casa, notoria tres años antes por la tertulia a que concurrían literatos tiernos y políticos maduros; pero ya en el invierno de 1833 no se abrían las puertas de aquella feliz morada para el primer poeta que viniese de su provincia cargado de tragedias, ni para los tenores italianos, ni para los abogados oradores que empezaban a nacer en las aulas con una lozanía hasta cierto punto calamitosa. El círculo era mucho más estrecho y las amistades más escogidas, con lo que ganaba en consideración la casa. Y aquí viene bien decir que la interesante señora había perdido por completo su afición a la poesía lírica (que no hay cosa durable en el mundo), y tanto caso hacía ya del prisionero de Cuéllar como de las nubes de antaño. El era, en verdad, de

un carácter poco a propósito para la constancia en los afectos. No se sabe si en la temporada a que nos venimos refiriendo había dado a conocer Jenara preferencia o simpatía por alguna otra de las artes liberales, o por la artillería o la náutica, como se dijo. Careciendo de noticias ciertas, nos abstenemos de afirmar cosa alguna; que en casos dudosos vale más atenerse a la opinión buena, como manda la moral de la historia y la caridad cristiana.

Don Luis Fernández de Córdova, militar brillantísimo, pasaba, cuando vino de Berlín para encargarse de la embajada, de Portugal, largas horas en casa de Jenara. También iban, aunque no con mucha frecuencia, don Francisco Javier de Burgos y Martínez de la Rosa. Era de los asiduos un joven oficial granadino llamado Narváez, muy vivo de genio, ceceoso, pendenciero y expeditivo. Pero la persona más digna de mención entre los que visitaban a la hermosa señora era un jesuíta del Colegio imperial, llamado el padre Gracián, hombre de mucha piedad y oración. Decían algunos que de la amistad del buen religioso con Jenara iba a salir la conversión de ésta, o sea su entrada en las buenas vías católicas. Otros declaraban haber notado en ella resabios de mojigatería; pero sea lo que quiera, lo cierto es que las intenciones del padre Gracián eran altamente provechosas, porque (digámoslo de una vez) se había propuesto reconciliar a la señora con su marido.

Que Pipaón visitaba casi diariamente a su antigua amiga y paisana, no hay para qué decirlo. Por añadidura, el excelentísimo don Juan Bragas había simpatizado mucho con el jesuíta Gracián. Ambos platicaban con seriedad pasmosa de los negocios del Estado y de la Iglesia, deplorando mucho la tibieza de creencias, que tanto dañaba a la sociedad española en aquellos tiempos, y concluían deseando que viniesen otros mejores en que marchasen las naciones por el camino de la piedad, dulcemente pastoreadas por los ministros del altar. Como Gracián se interesaba tanto por sus amigos y quería llevar todos los beneficios posibles al seno de las familias cristianas, tomó muy a pecho la realización del casamiento de Bragas con Micaelita, proyecto de que hay noticias en el libro anterior.

Acompañando a Pipaón, iba Salvador algunas veces a casa de Jenara; solían comer juntos los tres, y cuando se encontraban Monsalud y Gracián también hablaban largamente del Estado y de la Iglesia. Un día, después de hablar con él, el jesuíta pidió informes a la señora de la casa sobre aquel desconocido amigo, quizá para ver si le podía reconciliar con alguien, porque el afán del buen discípulo de San Ignacio era la reconciliación. Jenara respondió:

—Si quiere usted ganar la palma del buen pacificador, hágale usted amigo de mi marido.

—¿No se quieren bien?—preguntó Gracián con astucia.

—Nada bien... Es enemistad que data desde la guerra con los franceses. Ambos son tercos, soberbios, y quizá en su juventud aconteciera alguna cosa de esas que siempre son motivo de rivalidad entre los hombres.

—Alguna mujer...

—Puede ser, puede ser que eso haya sido—dijo ella con serenidad que tiraba a indiferencia.

Algo más dijeron sobre esto; pero no nos importa todavía, y siendo más urgente seguir los pasos de la persona a quien aludían la dama y el sacerdote, vamos tras él sin pérdida de tiempo. Algunos días le vimos entrar en la casa de don Felicísimo Carnicero, con quien aún tenía algunas cuentas pendientes. El agente le recibía como se recibe a todo aquel con quien se ha hecho un negocio muy lucrativo, y haciéndole sentar a su lado dábale palmaditas en el hombro y hasta se aventuraba a contarle cualquier sabroso chisme de la conspiración carlista.

Una mañana al entrar en casa de Carnicero, encontró en la escalera a un coronel del ejército amigo suyo. Era don Tomás Zumalacárregui. Iba acompañado del conde de Negri y esto le hizo comprender que el valiente guipuzcoano resistente hasta entonces a los halagos de la gente mojigata, se había dejado seducir al fin. Se saludaron, y siguió adelante. Abrióle la puerta *Tablas*. Al entrar pisó al gato, que escapó maullando, y luego, a causa de la oscuridad de los destartalados pasillos, tropezó con doña María del Sagrario que al choque

dejó caer de las manos un enormísimo plato de puches. Puso el grito en el cielo la señora, y al ruido alarmóse tanto don Felicísimo que se aventuró a salir de su nicho preguntando si había entrado en la casa un tropel de *cristinos*. Salvador se deshacía en excusas, y al acercarse a la pared manchósele la negra ropa de tal modo que parecía un molinero. Al sacudirse, no sin comentar con algunas frases aquel rudimentario blanqueo de las paredes, hubo de tropezar con una de las vigas que sostenían la casa, y pareció que toda la frágil fábrica se estremecía y que del techo caían pedazos de yeso, como si por entre las maderas superiores corriesen a paso de carga belicosos ejércitos de ratones Por fin, llegó a dar la mano a Carnicero y entraron juntos en el despacho.

—Parece que entra un temporal en mi casa—dijo el anciano, colocándose en su nicho—. Y ¿qué tal? ¿Ha encontrado usted en la escalera a Zumalacárregui y al señor conde? Buen militar y buen diplomático.

—Zumalacárregui es una excelente adquisición—respondió Salvador—. Tiene valor y talento.

—Pues hay otras adquisiciones mucho mejores todavía—dijo Carnicero, frotándose las manos—. ¿Conque ese desdichado Gobierno del señor Zea ha emprendido el desarme de los voluntarios realistas?... Sí; el fantasmón de Castroterreño, en León, y el mentecato de Llauder, en Cataluña, ponen despachos al Gobierno diciendo que han quitado las armas a los voluntarios realistas. ¿Usted lo cree? ¿Usted cree que se pueden quitar los rayos al sol? ¡Ji, ji! ¡Y creerá el bobillo que ha puesto un pica en Flandes!... Yo llamo el *bobillo* a ese señor Zea, que es una especie de ministro embalsamado, como el rey ha venido a ser un rey de papelón.

—El Gobierno se cree fuerte, señor Carnicero, y parece decidido a echar una losa sobre el partido de don Carlos. Mucho cuidado, amigo, que ahora parece que tiran a dar.

—¡Oh! Por mí no temo nada—manifestó don Felicísimo con énfasis, echándose atrás—. Pero vamos a lo que urge. Ya sé a lo que viene usted hoy.

—A lo mismo que vine ayer.

—Y anteayer, y el martes, y el sábado pasado. Hoy no ha venido usted en balde. Al fin, al fin...

—¿Llegó??

—Sí, sí; el señor don Carlos Navarro, nuestro valiente amigo, llegó anteanoche de su excursión por el reino de Navarra y por Alava y Vizcaya. Es un guapo sujeto. Dice que en todo aquel religioso país hasta las piedras tienen corazón para palpitar por don Carlos, hasta las calabazas echarán manos para coger los fusiles. Las campanas allí, cuando tocan a misa, dicen «No más masones»», y el día en que haya guerra, los hombres de aquel país serán capaces de conquistar a la Europa mientras las mujeres conquistan el resto de España... Bueno, muy bueno... ¿Conque usted desea ver a ese señor? Le prevengo a usted que está oculto.

—No importa; sólo pienso hablarle de asuntos de familia. En el último verano estuvo en La Granja; pero no pude verle, porque siempre se negó a recibirme. Ahora me será más fácil, porque le escribirá usted dos palabras.

—Lo haré con mucho gusto; pero prevengo a usted también que el señor don Carlos está enfermo del hígado. Ya se ve, ¡ha trabajado tanto! Es un incansable campeón de las buenas doctrinas. Anoche se quejaba de atroces dolores, y cosa rara en hombre tan religioso, ¡ji, ji!, más invoca a los demonios que a la Santísima Virgen. Si quiere usted tener segura la entrevista que desea, se lo diremos al padre Gracián, jesuíta, excelente sujeto que viene aquí algunas tardes: solemos ir a tomar chocolate a casa de Maroto, adonde va también el padre Carasa... Pues bien: Gracián es amigo del señor don Carlos, y ya hace tiempo que se han propuesto reconciliarle con su señora esposa... ¡Oh!, es un neblí para las reconciliaciones ese buen padre Gracián.

—Le conozco. Es un digno sacerdote que tiene las mejores intenciones del mundo; y si no consigue hacer feliz a la Humanidad toda es porque Dios no quiere... En conclusión, entiéndase usted y el padre Gracián para que yo pueda ver al señor Navarro y hablarle de un asunto que no es político, y sólo a él y a mí nos interesa. ¿El vive...?

—No sé si debo decírselo a usted en este momento, antes de que el mismo

señor don Carlos, bellísima persona, ¡ji, ji!..., antes de que el mismo señor don Carlos Navarro dé licencia para que usted le vea. Ya lo arreglaré yo. Vuélvase mañana por esta su casa.

Luego que Salvador se fué, don Felicísimo escribió una carta en cuyo sobre, después de trazar tres cruces, puso: «A la señora doña María de la Paz Porreño, calle de Belén.»

III

Las pobres señoras casi vivían en la misma estrechez que en 1822, porque las mudanzas políticas y sociales se detenían respetuosas en la puerta de aquella casa, que era, sin duda, uno de los mejores museos de fósiles que por entonces existían en España. Los períodos de tiempo en que imperaba el absolutismo eran, para el medro de la casa y abundancia de las despensas porreñas, lo mismo que aquellos en que prevalecía la vil canalla de los clubs. De modo que en punto a comodidades y vituallas, el agonizante marquesado habría terminado con un desastre igual al que han sufrido formidables imperios si no viniera en su auxilio una industria que, si bien es algo prosaica, tiene algo de noble por estar emparentada con la hospitalidad. Las dos ilustres cuanto desgraciadas señoras aposentaban en su casa a un caballero tan respetable como rico durante las temporadas, a veces muy largas, que dicho sujeto pasaba en Madrid. El trato era excelente, la remuneración buena, y la armonía entre el huésped y las damas tan perfecta que los tres parecían hermanos. La familiaridad, realzada por el respeto y una llaneza decorosa, reinaban en la silenciosa mansión que parecía habitada por sombras.

Bueno es decir, para que lo sepan los historiadores, que con las módicas ventajas pecuniarias adquiridas por aquel medio honestísimo, habían renovado las señoras parte del moblaje, aunque todas las piezas de antaño se conservaban, sostenidas por los remiendos y pulidas por el tiempo y el aseo. ¡Cosa admirable!, el reloj había vuelto a andar; mas por malicia del relojero o por un misterio mecánico imposible de penetrar, andaba para atrás; después de las doce daba las once, luego las diez, y así sucesivamente. El cuadro de santos de la Orden Dominica había sido restaurado por la misma doña Paz, asistida de un hábil vejete, carpintero, sacristán y encuadernador, y emplasto por aquí pegote por allá, con media docena de brochazos negros en las sombras y una buena mano de barniz de coches por toda la superficie, había quedado como el día en que vino al mundo. Por el mismo estilo se habían salvado de completa ruina las urnas de santos y las cornucopias, que por no tener ya en sus cristales sino irregulares manchas de azogue, parecían una colección de mapas geográficos. Lo nuevo, que era muy humilde, consistía en sillas de paja, cortinas de percal, ruedos de estera de colores; pero alegraba la casa y su v e t u s t o matalotaje. Por tal manera, aquella imagen cadavérica de los pasados siglos se reía en su tumba.

En la época en que nuevamente la encontramos, doña María de la Paz se acercaba velozmente a una vejez apoplética, marchando a ella con los pies gotosos, la cabeza temblona, los hombros y el cuello crasos. Sus cabellos, no obstante, se conservaban n e g r o s, lo mismo que el lunar, y era que perseguía las canas como si fueran liberales, y no daba cuartel a ninguna, siendo tan impacable con ellas, que cuando vinieron en tropel y no pudo arrancarlas por temor a quedarse en el puro casco, las disfrazó vistiéndolas de luto para que nadie las conociera. Así, cuando esta operación no estaba hecha con habilidad (porque con las fuerzas había mermado la vista), aparecían las sienes y la frente empañadas con ciertas nubes negras por encima de las cuales brillaba la nieve, remedando un admirable paisaje de invierno.

Doña María Salomé estaba tan momificada que parecía haber sido remitida en aquellos días del Egipto, y que la acababan de desembalar para exponerla a la curiosidad de los amantes de la etnografía. Fija en una silleta baja, que había llegado a ser parte de su persona, se ocupaba en arreglar perifollos para decorarse, y a su lado se veían, en diversas cestillas de mimbre, plumas apolilladas, cintas de matices mustios, trapos de s e d a arrugados y

descoloridos como las hojas de otoño, todo impregnado de un cierto olor de tumba, mezclado de perfume de alcanfor. Decían malas lenguas que al hacerse la ropa juntaba los pedazos y se los cosía en la misma piel; también decían que comía alcanfor para conservarse y que estaba forrada en cabritilla. Boberías maliciosas son éstas, de que los historiadores serios no debemos hacer caso.

Una mañana... Olvidaba decir que en la casa había una gran pieza interior que daba al patio o corralón muy espacioso, de donde recibía el sol casi todo el día. En dicha pieza tendía doña Paz la ropa lavada en casa. De muro a muro todo era cuerdas, y cuando estaban llenas de ropa, aquello parecía un bosque de trapos húmedos. Pues bien: una mañana se paseaba doña María de la Paz por aquellas alamedas del aseo, cuando entró doña María Salomé, y, dándole una carta que acababan de traer a la casa, le dijo:

—Otra carta para el señor don Carlos. Viene con sobre a ti; pero es para él. Mira las tres cruces. La letra parece del señor don Felicísimo.

—Se la daremos cuando despierte —replicó doña Paz—. El pobre señor ha pasado muy mala noche.

—Por cierto—manifestó doña Salomé con semblante muy serio, en el cual se revelaba una aprensión escrupulosa—, por cierto que no sé si será conveniente recibir cartas de esta manera. Esto puede dar lugar a interpretaciones contrarias a nuestro honor y buen nombre. Los vecinos se enteran de todo..., ven que recibimos cartas..., ven que entran aquí de noche muchos hombres... No sé, no sé...

—Calla, mujer—dijo doña Paz, asomando la cabeza por entre el ramaje blanco—. ¿Qué pueden sospechar de nosotras?

—Puede caer alguna tacha, mujer, sobre nuestra reputación—afirmó Salomé de muy mal talante—. Bien sabes tú que no basta ser honrada, sino parecerlo, y dos señoras solas, como nosotras, han de tener mucho cuidado para no andar en lenguas de maliciosos.

—¡Siempre tonta!—murmuró doña María de la Paz, desapareciendo en lo más espeso del bosque de ropa.

—Yo estoy decidida a hablar claramente al señor don Carlos—añadió la otra—. Nadie le aprecia más que yo; pero este entrar y salir de hombres a todas horas del día y de la noche no está en conformidad con lo que ha sido siempre nuestra casa. ¿Qué quieres? No me puedo acostumbrar; yo soy así. Lo digo y lo repito: hablaré al señor don Carlos.

—No faltaba más sino marear al señor don Carlos con semejante impertinencia—dijo doña Paz, reapareciendo en una alameda de lienzo.

—Lo digo y lo repito... Además, los compañeros, ayudantes o lo que sean del señor don Carlos no nos guardan las consideraciones que merecemos. ¿Qué más?... Ayer, no me había acabado de peinar, cuando ese bárbaro de Zugarramundi entró en mi cuarto sin pedir permiso... Y ¡para qué! Para decirme si había yo visto una de sus espuelas, que no podía encontrar.

—Bobadas... Habla más bajo... Me parece que se ha despertado el señor Navarro.

Apareció en la puerta una enorme barba a la cual estaba pegado un hombre. De entre aquel enorme vellón castaño salió una voz seca y desabrida que dijo:

—El chocolate.

—En seguida, señor Zugarramundi. Tome usted esta carta que han traído para el señor don Carlos. ¿Qué tal está hoy?

—Mal—respondió el de la barba, dando media vuelta y desapareciendo por donde había venido.

—¡Qué modos! —murmuró Salomé, dirigiéndose a su cuarto—. Ya no hay caballeros.

Navarro moraba en la misma habitación ocupada algunos años antes por una mujer que murió en olor de santidad. Poco o ningún cambio había tenido la pieza, que más que gabinete parecía capilla, o mejor un abreviado trasunto de la corte celestial, pues todo en ella era santicos pintados y de bulto, reliquias, estampas de santuarios y monasterios, corazones bordados, palmitos y un altar completo, con sus candeleros de estaño, sus arañas colgadas del techo, sus misales y sus tres curitas de cartón, con casullas de papel, en actitud de celebrar misa cantada. Completaban la decoración una enorme es-

pada pendiente del mismo clavo que sostenía un Niño Jesús bordado en cañamazo, dos escopetas arrimadas a un rincón, dos guantes y dos mascarillas de esgrima junto a dos pares de floretes, tres maletas muy usadas, y un hombre.

Este hombre hallábase sentado, o más bien sumergido, en un sillón, con las piernas ocultas bajo gruesa manta que le llegaba a la cintura, la cabeza inclinada sobre el pecho, y tan inmóvil que parecía dormido o muerto. Un brasero de cisco bien pasado mostraba su montoncillo de ceniza esmaltado de fuego cerca del envoltorio que debía contener los pies del individuo, el cual, si alguna vez daba señales de existencia, era dándolas de frío. Era su rostro moreno, tirando a verde, a causa de la palidez, así como el blanco de los ojos no era blanco, sino amarillo. El caballero negro y áspero tenía bastantes canas y generalmente se veía la potente cabeza apoyada en una mano negra, tostada, cuyas venas retorcidas y tendones y músculos recordaban la mano que Don Quijote enseñó a Maritornes cuando le colgaron del tragaluz de la venta.

En un velador cercano tenía el guerrillero medicinas que tomaba, cartas que leía, tabaco, un libro, un rosario y una pistola. Beber y fumar, alternando con lecturas, era su ocupación en las aburridas horas del día, precursoras de los insomnios de las noches. No gustaba de que los amigos le dieran conversación. Su mejor amigo era el más discreto de todos: el silencio.

Pero Zugarramundi y Oricaín tenían un recurso para distraerle, aunque por poco tiempo. Tiraban al florete, y entonces los ojos del guerrillero se animaban; seguía con atención los movimientos de los fingidos duelistas y aun arrojaba alguna palabra picante o comentario de maestro entre los aceros rechinantes. Pero de repente decía: «Basta», y los dos atletas soltaban el florete y se quitaban la máscara, sacando a la luz el rostro sudoroso. En aquel momento Zugarramundi parecía el hombre prehistórico, embutido en sus feroces barbas, y Oricaín, el formidable oso navarro, perdía mucho en belleza, porque la máscara de alambre disimulaba su fealdad.

Aquel día (nos referimos al día de la carta de don Felicísimo) don Carlos se cansó más pronto que nunca.

—Basta de estocadas—dijo—. Zugarramundi, pásate por casa de don Tomás Zumalacárregui y dile que le espero mañana. Oricaín, alcánzame mi rosario y vete. Cuando llegue el padre Gracián, entras, y si duermo, me despiertas... Hoy no como.

Pasada la hora de la siesta vino Gracián. Era un mocetón de alta estatura, de treinta y ocho a cuarenta años de edad, moreno, los labios gruesos, la nariz aberenjenada, áspero el pellejo y curtido, como formado expresamente por Dios para resistir a los abrasadores climas del trópico y a los hielos polares.

Su barba era tan negra y tan espesa, que aun afeitada del mismo día dejaba una mancha oscura en toda la parte inferior del rostro. Debía tener fuerzas hercúleas, aquel arrogante granadero de la Iglesia, y si desde el punto de vista corporal estaba admirablemente constituído para las misiones, no lo estaba menos en el orden espiritual, por ser hombre de muchas sabidurías, eruditísimo en las letras sagradas y bastante fuerte en las profanas, elocuente en el púlpito y persuasivo en la conversación, águila en la cátedra y lince en el confesonario. También sabía de Medicina y había hecho curas que pasaron por milagrosas. Era tan grandón que su manteo debía de tener una pieza de tela, y cuando se embozaba no concluía nunca de echar paño al viento. Su sombrero de teja no media menos de una vara, y como lo llevaba siempre un poco echado atrás y su cuerpo se encorvaba hacia adelante, parecía que iba cargando una pesada viga. Sus desmesurados pies, sepultados en zapatos de paño, pisaban con la pesadez y adherencia de la robusta planta calzada de alpargata, que golpea como una maza las baldosas de muelles y almacenes.

Después de saludar con escogida afabilidad al guerrillero enfermo, tomó asiento junto a él, y metiendo la mano por ciertas aberturas de la sotana, tras de las cuales había bolsillos tan hondos como el mar, empezó a sacar varios cucuruchos de papel semejantes en tamaño y forma a los que hacen en las tien-

das para contener dos cuartos de azúcar, de café o de anises. Conforme los sacaba los iba poniendo sobre el velador y mirando el rotulillo que de su puño y letra estaba escrito en cada uno.

—¿Qué es eso?—preguntó Navarro, picado de curiosidad, sospechando que su amigo había puesto tienda de comestibles o droguería.

—Esto es tierra de la gruta de San Ignacio, de Manresa, reliquia que solicitan mucho las personas devotas. He recibido hoy una pequeña remesa y la distribuyo entre las amigas que ha tiempo me la han pedido... ¿Si habré olvidado el cucurucho de doña María de la Paz?... ¡Ah!, no, aquí está. Me hará usted el favor de entregárselo. Estos otros son para la excelentísima señora condesa de Rumblar, para las monjas de Góngora, para el señor don Pedro Rey, que ha tenido a la muerte a su preciosa niña Perfectita, y para otras diversas familias...

En seguida guardó los cucuruchos en sus bolsillos insondables como la mar, y dando después violenta palmada en la rodilla del guerrillero, le dijo:

—Veo que está usted mejor... Esa cara ya es otra... Pronto estará usted bien.

El guerrillero dió un suspiro y se sonrió. Ambas demostraciones indicaban incredulidad del pronóstico y gratitud por el consuelo.

—Pronto, muy pronto, cuando llegue el momento de dirimir en los campos de batalla la cuestón entablada entre el Altísmo y los masones, podrá contar el Altísimo con su más valiente macabeo.

—Eso es lo que pido a Dios con todo el fervor de mi alma—dijo Navarro, echando amargura por la boca y por los ojos—, y lo que Dios no me concederá.

—Yo tengo para mí—manifestó el clérigo con mucha fe—que Dios no se amputará un brazo tan poderoso... La enfermedad de usted no vale nada, repito que no vale nada. No hay lesión, repito que no hay lesión. Es un abatimiento producido por la acumulación biliosa, cuyo origen hemos de buscar en la trabajosa vida de usted y en los disgustos domésticos que han acibarado su alma. El alma, el alma, señor mío, es la que está enferma, y al alma se ha de aplicar la medicina. ¿Cuál es ésta? Pues es un confortamiento dulce que se consigue mezclando la confianza con la paz y la indulgencia con la piedad.

Navarro manifestó en su semblante, sin decir palabra alguna, el disgusto que le causaba un tema planteado ya muchísimas veces, aunque sin fruto, por el venerable padre Gracián.

—No, no frunza usted el entrecejo —dijo éste, mostrándose decidido—. No cejaré sino cuando usted me retire su amistad y me arroje de su casa...

—Eso no...

—Pues si eso no, resígnese usted a sentir el moscón en su oído. Y ¿qué dirá el moscón? Dirá que usted no tendrá salud mientras no tenga familia. Y ¿cuándo tendrá usted familia? Cuando se reconcilie con su esposa, previo el arrepentimiento de ella y el perdón de usted. ¡Arrepentimiento, perdón! Sobre estos dos polos se mueve el mundo inmenso de las almas. Todo el saber moral se condensa en estas dos ideas que establecen el parentesco del hombre con Dios...

Navarro quiso hablar..

—No, no admito réplica sobre esto. Lo digo yo, y basta—manifestó el jesuíta, fuerte en su autoridad—. Cuando yo he planteado a usted este problema, incitándole a resolverlo, ya se comprende que no puede haber deshonra para usted. La verdadera deshonra es cerrar los oídos a las amonestaciones de la Iglesia, que dice a los esposos: «Amaos, uníos.» Los juicios del mundo son pérfidos y vanos. ¿Debe hacer caso de ellos un hombre religioso y prudente? No. ¿Cuál es el peor consejero del hombre? El orgullo. ¿Y el mejor? La piedad. ¿Qué le dice a usted su orgullo? Le dice: «No cedas, y muere envenenado por el rencor antes que pronunciar una palabra indulgente.» ¿Qué le dice la piedad? Le dice: «Perdona para que seas perdonado...» Sé que hay razones de aparente fuerza; pero yo he estudiado el asunto con cariño y he visto que lo que usted presenta como obstáculo no lo es... Dios quiere, sin duda, que esta obra se realice, porque desde que la emprendí estoy viendo con mucha claridad el camino de ella. Y ¿qué veo? Veo en esa señora el hastío de la soledad y un deseo muy vivo de establecer en su vida el orden interrumpi-

do; veo que, lejos de guardar a usted rencor, le respeta y le ama. He podido llegar a vencer ciertas resistencias que en su alma había, y con poco que usted me ayude...

—Padre, padre—dijo don Carlos, respirando fuerte, pues abrumado estaba bajo el insoportable peso del sermón—, eso no puede ser. Hay roturas que no pueden soldarse nunca, nunca, ni en el Cielo. Suponga usted que yo me retiro a un desierto, hago penitencia, me santifico, muero, me salvo y entro en el reino de Dios como bienaventurado, más aún, como santo. Suponga usted también que ella se arrepiente de su mala conducta, que recibe de Dios aflicciones y justas calamidades, que se pudre en vida, que se retira a hacer vida claustral, que luego cae en poder de infieles, que la martirizan, que la queman, que la achicharran, que muere, que se salva, que es santa, que es pura como un ángel... Bueno; suponga usted que nos encontramos en el Cielo...

—Y abrazados llorarán lágrimas de perdón—exclamó el padre, muy conmovido y cruzando las manos.

—¡No!—gritó Navarro, y aquella sílaba sonó como un tiro.

El jesuíta se quedó perplejo, mirando a su amigo con espanto. No se atrevía a insistir en su empeño ante la inalterable dureza de aquella roca en forma humana, que exteriormente tenía todas las escabrosidades de la peña y por dentro todos los amargores del mar; pero también él, el jesuíta, tenía, a falta de aparentes durezas, la constancia y persistente fuerza de la ola. No creyó prudente insistir por el momento, y encalmándose sin esfuerzo, bajó la cabeza, echó un suspiro y murmuró en tono de paz estas suaves palabras:

—Todo sea por Dios. Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de otra cosa—dijo Navarro con alegría—. Háble me usted de otra cosa, aunque sea de los cucuruchos.

—Tenía que decir a usted no sé qué —indicó Gracián algo confuso, mas dándose una palmada en la frente, añadió—: ¡Ah! Ya me acuerdo... Tengo aquí la apuntación. Un caballero amigo mío, mejor dicho, conocido desea hablar con usted. Le conocí en casa de doña Jenara.

—¡En su casa!—exclamó Navarro, poniéndose más verde y clavando las uñas en los brazos del sillón.

—Sí. También don Felicísimo me habló de él esta mañana... No me acuerdo de su nombre, pero lo apunté y aquí debe de estar.

Diciendo esto, el buen jesuíta metía la mano y después el brazo hasta el codo en el infinito bolsillo.

—No se moleste usted—dijo Navarro, tomando la carta de don Felicísimo, que abierta, sobre el velador, estaba, y mostrándosela a su amigo—. ¿Es éste su nombre?

—El mismo—replicó Gracián.

Y en el propio instante se abrió la puerta y apareció la cara, mejor dicho, la zalea con ojos del señor Zugarramundi, el cual no dijo más que una sola palabra:

—Ese...

Después de mirar un rato muy hoscamente al suelo, Carlos habló así:

—Que entre... Usted, queridísimo padre, me hará el favor de dejarme solo... Mañana tampoco puedo asistir a la Junta, pero me representa el padre Carasa. Deseo saber inmeditamente lo que se decida. ¿Vendrá usted a decírmelo?

Después de contestar afirmativamente con su afabilidad no estudiada, el dignísimo padre Gracián salió para seguir repartiendo sus cucuruchos entre las damas piadosas, que sabían apreciar tan interesante objeto devoto.

IV

Bien se le conocía a Salvador la emoción que sentía al verse delante del guerrillero, y éste, que sólo esperaba hallar en el semblante de su mortal enemigo desconfianza y altaneria, se sorprendió al mirarle cohibido y algo acobardado; mas no sospechó la razón de esta mudanza. Mandóle sentar, y un buen rato estuvieron los dos mirándose, sin que ninguno se decidiera a hablar el primero. Por fin, Carlos rompió el silencio diciendo:

—No podía desairar a don Felicísimo...; por eso te he recibido, exponiéndome a las consecuencias de este mal rato. Ya sabes que estoy enfermo y el

médico dice que no debo incomodarme.

—Eso depende de ti. Yo vengo con bandera de paz y decidido a no incomodarme. Has hecho bien en recibirme. Hace tiempo que te busco, y ahora que te encuentro te pregunto si crees que no me has perseguido y vejado bastante.

—¿Quieres que sea bastante ya?—dijo Garrote con sarcasmo—. Pues sea, y déjame en paz. ¡Si no me acuerdo de ti, si te desprecio...!

—¡Pobre hombre! — exclamó Salvador—. Tu orgullo dice tan mal con tus alardes de piedad religiosa... Yo vengo ahora a ponerte a prueba y a ver si tu alma rencorosa es, como parece, incapaz de todo sentimiento que no sea el de la venganza.

—¿Vienes a ponerme a prueba?... Con cien mil rábanos, hombre, que seas benigno—dijo Navarro, empezando a enfurecerse—. ¡Y luego me dirá el médico que tenga paciencia, que no me sulfure, que no se me suba a la boca y a los ojos la hiel de mis entrañas!... Oye, tú, menguado, por no darte otro nombre, ¿vienes a gozarte en mi desgracia, viéndome enfermo y sin fuerza para castigar un insulto, o vienes a espiarme por encargo de los masones? Si es ésta tu intención, no necesitas aguzar el ingenio para descubrir mis acciones. Puedes decir a esos señores que sí, que estoy conspirando, ¡rábanos!, que hago lo que me da la gana, que trabajo como un negro por la causa del rey legítimo y que yo y mis amigos nos reunimos y nos concertamos despreciando a este Gobierno estúpido, cuya Policía hemos comprado. Al ejército lo seducimos y lo traemos habilidosamente a nuestra causa; al Gobierno le engañamos, y a vosotros los masones de bulla y gallardete os compramos a razón de dos pesetas por barba. Ea, ya lo sabes todo; ya puedes ir con el cuento.

—Ya sé que conspiras—dijo Monsalud, manteniéndose sereno—, y no me importa. Otro asunto me trae, asunto que es de mucho interés para entrambos, al menos para mí. Dime, ¿no has pensado alguna vez, principalmente en estos días de dolencias, aislamiento y tristeza, en la esterilidad de los infinitos medios que has empleado para exterminarme? ¿No te han venido a la mente consideraciones sobre esto; no te has sorprendido a ti mismo, en ciertos momentos, meditando, sin saber cómo ni por qué, sobre el hecho de que todos tus actos de venganza han sido inútiles y que Dios me ha preservado casi milagrosamente de tus crueldades?

Mientras esto decía Salvador, le miraba Navarro con cierto asombro que no carecía de estupidez, y era que, en efecto, había meditado no pocas veces sobre aquel problema. Sin embargo, por no declarar que su sombrío interior había sido descubierto, dijo bruscamente:

—Pues jamás he pensado en tal cosa. ¿A qué vienen esas sandeces?

—Estas sandeces—dijo Salvador, creciéndose más—son para demostrarte que Dios, a quien tú, llevado de una piedad absurda, crees cómplice de tus violencias y de tus sañudas venganzas, es quien te ha burlado y me ha protegido. ¡Qué bien y con cuánta oportunidad ha deshecho tus combinaciones implacablemente, permitiendo que llegara un día como éste, en el cual voy a desarmarte para siempre!

Navarro seguía mirándole con estupidez.

—Por muy malo que te suponga—añadió Salvador—, no te creo capaz de conservar tus rencores después de saber que tú y yo somos hijos de un mismo padre.

El guerrillero saltó en su asiento, como quien oye un insulto. Su cara se congestionó. A borbotones echó de su boca estas palabras:

—¡Es mentira, es mentira!

—Mentira, ¿eh? ¿Conque es mentira? Tengo de ello un testimonio para mí sagrado, escrito por la mano de la persona más querida para mí en el mundo, y ratificado en su lecho de muerte. Tú puedes creerlo o no, según se te antoje: a tu conciencia lo dejo. Cumplo con mi deber diciéndotelo. La mitad de este secreto te corresponde a ti, mal que te pese. Yo no puedo quedarme con él todo entero.

Inquieto en su asiento, Navarro vaciló entre la ira y la curiosidad.

—Esas cosas—dijo—no se pueden creer sin algo que lo pruebe... A ver ¿qué es eso? ¿Qué significa ese paquete atado con cintas encarnadas?

Salvador había sacado un paquete y

escogía en él los papeles que quería mostrar a Carlos.

—Esta es la carta que mi madre escribió poco antes de morir—dijo poniéndola en manos de Navarro—. Es la confesión de una falta redimida por una existencia de penas y oscuridad; es una declaración santa, que respira honradez, paciencia y bondad. Se necesita ser un monstruo para no inclinarse con respeto ante esa vida de abnegación y deberes transcurrida a la sombra de una vergüenza jamás reparada.

El otro leía, leía. Salvador le miraba leer y mentalmente seguía los conceptos de la carta. Concluída la lectura, Navarro dió un suspiro y dijo:

—¡Qué sed tengo!... Si quisieras echar agua de la alcarraza en aquel vaso que allí está y alcanzármelo.

Monsalud le dió agua, y luego que le vió aplacar su sed, dióle otros papeles diciéndole:

—¿Conoces esa letra?

—Son cartas de mi padre—murmuró Navarro, devorándolas con la vista.

—No es ocasión ahora—dijo Salvador—de hacer comentarios sobre las promesas hechas en esas cartas y jamás cumplidas. Esas viejas cuentas se habrán arreglado en otra parte.

Callaron ambos, y Navarro, puesta su alma toda en los ojos, leía las pocas páginas de aquel drama oscuro, desenlazado ya por la muerte. Al concluir se quedó mirando al suelo por larguísimo espacio de tiempo, y luego, evitando el fijar los ojos en su hermano, le dijo lo siguiente:

—Bueno: convengo en que esto no tiene duda. Parece evidente que por la Naturaleza... Pero no, la fraternidad no se improvisa. Eres hijo de mi padre, pero no eres ni serás nunca mi hermano.

—Ni lo pretendo ni me importa tu fraternidad—replicó Salvador, devolviéndole su desvío—. No necesito de ti para nada. Sólo he querido que sepas cuán cerca nos puso la Naturaleza, mejor dicho, Dios, para que comprendas que el papel de Caín es malo, y hasta desairado.

—Una carta vieja no puede hacer de dos enemigos irreconciliables dos hermanos queridos... Convengo en que no puedo perseguirte más: la memoria de mi buen padre, aquel valiente caballero que murió por la patria, se interpone y te salva...

—Antes me salvaré yo con la ayuda de Dios—dijo Salvador con desprecio—. No he venido a solicitar tu indulgencia, que no necesito.

—Pues yo te la doy, ¡cien rábanos! —exclamó el guerrillero sulfurándose—. Mira, dame agua otra vez; tengo mucha sed: tu secreto me sabe a hiel y vinagre.

Bebió, y después, cavilando un poco, dijo, como si masticara las palabras:

—Además, antes de hablar de reconciliación es preciso determinar bien quién es el ofendido y quién el ofensor. Te quejas de que te he perseguido y hablas de mis crueldades. Pues yo digo que tú eres el monstruo, tú el criminal, tú el indigno de perdón.

—Acuérdate de aquellos días del año trece, cuando se dió la batalla de Vitoria (1)—dijo Salvador con violencia.

—¡Oh!, fuiste tú quien me provocó.

—¡Fuiste tú!

—¡Tú!

—Repito que tú.

La disputa se agriaba. Salvador quiso calmarla con un ademán de conciliación. Navarro respiraba como quien se va a ahogar.

—Mira—dijo con desabrimiento—, lo mejor es que te vayas.

—Antes has de oír lo que voy a decirte.

—Pues di.

—Si sostengo que fuiste tú quien primero entabló nuestra rivalidad, no por eso desconozco que cometí después faltas graves, que te ofendí...

—¡Lo confiesa el menguado!...

—Yo no soy como tú; yo no tengo el orgullo de mis crímenes, ni los defiendo, por ser míos, contra la razón y el derecho de los demás.

—¡Me has ofendido y de qué modo! —exclamó Carlos, que era todo acíbar—. Con cien vidas que tuvieras no pagarías tu delito... ¡Y vienes a amansarme ahora con la pamplina de que somos hermanos, hermanos por la casualidad, por el capricho!... Peor, peor mil veces para tu conciencia.

—Si fuéramos a hacer un análisis —manifestó Salvador—de todo lo que ha

(1) Véase *El equipaje del rey José*, en el tomo I de esta edición.

pasado entre nosotros desde el año trece, asignando a cada uno la parte de responsabilidad y de culpa que le corresponde, creo que todos quedaríamos muy malparados. Bien sé que hay culpas completamente irreparables en el mundo, y ofensas que no se pueden perdonar. Así, mal que le pese a nuestro flamante parentesco, no podemos ser nunca amigos. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero debemos extinguir hasta donde sea posible nuestros odios, considerando que hay un tercer culpable a quien corresponde parte muy principal de esta enorme carga de faltas que tú y yo llevamos...

Navarro no le dejó concluir la frase; se levantó y, alargando la mano como en ademán de tapar la boca a su hermano, gritó de este modo:

—No la nombres... no la nombres, porque volveremos a las andadas... Has puesto el dedo en la herida de mi corazón, que aún mana sangre, y la manará mientras yo viva... ¡Desgraciado de ti, que al ponérteme delante no puedes excitar en mí la clemencia de la fraternidad sin excitar al mismo tiempo el bochorno de la deshonra! ¿Cómo he de acostumbrarme a ver con sentimientos cariñosos a la misma persona a quien he visto siempre con horror?... Déjame en paz. Ya sé que no puedo matarte. Esto basta para ti y para mí. Márchate.

Se quedó tan ronco, que sus últimas palabras apenas se entendían. Después de hablar algo más, con ronquidos y manotadas, pudo hacerse oír nuevamente.

—Aguarda... La úlcera de mi vida, lo que me ha envenenado el cuerpo y ha transformado mi carácter, haciéndole displicente y salvaje, ha sido mi deshonra. Este puñal, Dios poderoso, ¡cuándo se desclavará de mis entrañas!... ¡Este cartel horrible que en mi frente llevo, cuándo caerá!... Soy un menguado, porque no he sabido castigar. ¡He cortado las ramas y he dejado crecer el tronco! Pero el tronco caerá; ése es mi afán, ésa es mi locura... Bien sabes que la infame—añadió, expresándose con mucha rapidez, en voz baja—, lejos de corregirse, progresa horriblemente en el escándalo... Me han dicho que tú también la desprecias... Pues bien: unámonos para castigarla... Merece la muerte... Castiguémosla, y después.... después seremos hermanos.

—Veo—dijo Salvador horrorizado—que estás tan enfermo de alma como de cuerpo. No me propongas tales monstruosidades. Estás demasiado embebecido en los hábitos y en las ideas del guerrillero para pensar razonablemente.

Al furor sucedió el abatimiento en la irritable persona de Carlos, y por largo rato no dió señales de vida. Salvador le dijo:

—Renuncia a toda idea de violencia y asesinato. Pensando en un castigo imposible, te envenenas el alma. Renuncia también a la agitación de la política y no conspires, no seas instrumento de ambiciones de príncipes. Retírate a nuestro pueblo, busca en la paz la reparación que necesitas y cúrate con la medicina del olvido.

—¡Retirarme al pueblo!...—exclamó Carlos, alzando los ojos para mirar de frente a su hermano—. ¿Para qué? ¿Para sentir más el horrible vacío de mi alma y la soledad en que vivo? La agitación de estas luchas civiles y el afán de hacer algo por una causa justa me distraen haciéndome llevadera la vida; pero la soledad del pueblo me abate y entristece de tal modo, que, si yo pudiera llorar, lloraría sobre los muros de mi casa desierta. ¡Si al menos encontrara allí familia, algún pariente, amigos, antiguos criados...!, pero no: nadie. Mi casa parece un panteón, y las calles de la Puebla repiten mis pasos como ecos de cementerio. Los recuerdos son allí mi única compañía, y los recuerdos me asesinan.

—Lo mismo me pasa a mí—declaró Salvador—. Sin familia, solo, privado de todo afecto, parece que estoy condenado, por mis culpas, a vivir sobre el hielo. También yo he visitado hace poco nuestra villa, y se me han caído las alas del corazón al verme forastero en mi pueblo natal.

—A mí me perseguían de noche no sé qué sombras que salían de aquel negro caserío. Todos los perros del pueblo me ladraban, ¡mil rábanos!, con furia horripilante.

—También a mí. Encontré algunas personas y me reconocieron; pero me miraban con mucho recelo, como si fuera a quitarles algo.

—Me pasó lo mismo. Entonces conocí

cuán triste es no tener a nadie en el mundo a quien confiar una pena del corazón, una alegría, una esperanza.

—Yo también. Y entonces me sentí viejo, muy viejo.

—Lo mismo yo. Y dije: «Si yo tuviera junto a mí a un ser cualquiera, aunque fuese un niño, no saldría a los campos en busca de aventuras, ni me afanaría tanto por que reinase Juan o Pedro.»

—Igual he pensado yo... Si algo me consolaba en aquella soledad lúgubre, era el recordar cosas de la niñez. ¡Y las veía tan claras cuando pasaba por los sitios donde solíamos jugar, por el sitio donde estuvo la escuela, por el atrio de la iglesia, y el puente, y la casa del tío Roque, el herrero...!

—Pues yo me pasaba las horas muertas reproduciendo en mi mente aquellos días... ¡Cuántas veces me acordé de la pobre doña Fermina, tu madre! ¡Era tan buena!... ¿No tenía costumbre de hacer media, sentadita junto a una puerta que hay a mano derecha, como entramos en el patio?

—Sí, sí.

—Y me parece ver al padre Respaldiza contando chascarrillos, y aquella doña Perpetua, que vivió más de cien años. Yo me acuerdo que tu madre me agasajaba mucho cuando yo, jugando contigo y con otros chicuelos, me metía en el patio de tu casa. Me abrazaba, me besaba y me ponía sobre sus rodillas; pero yo me desasía de sus brazos para correr y subirme a un montón de vigas... ¿No había un montón de vigas en el patio?

—Sí, sí.

—Y ¿no tenía tu madre muchas gallinas?

—Sí.

—Un día reñimos por un pollo y nos dimos de bofetadas tú y yo. Otro día nos hicimos sangre a fuerza de darnos porrazos, y quedamos como dos *Ecce-homos*... Después...

Navarro dió un gran suspiro, diciendo luego:

—Parecía que estábamos destinados a una rivalidad espantosa por toda la vida... Un día, cuando ya éramos grandecitos, volvíamos de componer un aro de hierro en casa del tío Roque, y encontramos a Jenara que salía de la escuela...

Aquí concluyeron los recuerdos. Como una luz que se apaga al soplo del viento, Navarro cerró la boca; apretó los labios fuertemente, cual si quisiera hacer de los dos un labio solo; frunció las cejas, haciendo de ellas como un nudo encargado de contener y apretar toda la piel de la frente, y descargó al fin la mano con tanta fuerza sobre el brazo del sillón, que a punto estuvo este buen inválido de saltar en astillas.

—Parece imposible—dijo después—que basten algunos años para que los ángeles se conviertan en demonios, y los hombres en fieras... Tú, oye...—añadió con altanería—, no hagas caso de mis habladurías... Dígolo por si se me ha escapado alguna frase que indique disposición a perdonar, blandurillas de corazón u otra cosa semejante, indigna de mi carácter entero y de mi honor. Ella será siempre para mí el tormento y la mala tentación de mi vida, y tú..., un hombre a quien no veo ni podré ver nunca sin violentísima repulsión. Haz aprecio de mi rara franqueza, ya que no puedas apreciar en mí otra cosa... ¿Quieres que te lo diga más claro? Pues lo mismo me quemas la sangre ahora que antes. Desconfío de tus palabras; desconfío de tus acciones; desconfío de nuestro parentesco, que bien puede ser tramoya inventada por ti; desconfío de tus arrepentimientos, y como ha de serte más difícil ganar mi voluntad que ganar el cielo, será bien que me dejes en paz y que no vengas acá con hermanazgos ni embajadas sentimentales, porque otra vez no tendré la santísima paciencia que ahora he tenido: ya me conoces, ya sabes mi genial. Esta enfermedad del demonio me ha echado cadenas y grillos; pero yo sanaré, con mil rábanos, sanaré y te juro que no habrá quien me sufra. ¿Has oído bien?, no habrá quien me aguante... Las bromas que yo gasto pasan por barbaridades en el mundo... No me busques, pues, y yo te prometo que no te buscaré. Es todo lo que puedo hacer.

Diciendo esto le señaló la puerta. Era ya casi de noche, y en la sacristanesca estancia oscura, cada uno de los personajes veía a su interlocutor como si fuera su propia sombra. Levantóse Salvador de su asiento, y despidióse del guerrillero con esta lacónica frase:

—Adiós. No te buscaré. Si llegas alguna vez a mi puerta, según como llames a ella te responderé.

V

Salió, y cuando iba en busca de la puerta por el pasillo, que oscurísimo como la caverna de Montesinos estaba, tropezó con un bulto, el cual, por el agudo chillido que siguió al choque, demostró ser mujer y mujer muy sensible.

—¡Brutísimo, salvaje!... ¿No tiene usted ojos en la cara?...—gritó la voz—. ¿Qué modos son ésos?

—Señora—dijo Salvador, quitándose el sombrero, mas sin ver gota—, dispénseme usted. Ojos tengo, pero de nada me sirven, pues no hay luz en el pasillo. Buscaba la puerta...

—¿Y soy yo acaso la puerta, señor majadero?... ¡Qué consideraciones gastan con las señoras los hombres de esta casa!...

Hablando así la dama, abrió la puerta, y a la claridad indecisa que de la escalera venía pudo Salvador verla y advertir que parecía dispuesta a salir también. Llevaba mantilla negra y una dulleta, en cuyo adorno habían entrado pieles de diversos animales domésticos, hábilmente combinadas con galones que siglos antes lucieron en la túnica de algún santo o en el valiente pecho de algún oficial de guardias valonas. Salvador, que había visto algunas veces a la dama, la conoció. Acostumbraba mirar con respeto aquella decadencia más lastimosa que risible.

—Vuelvo a pedir a usted mil perdones —le dijo—por mi torpeza... Veo que también sale usted, señora, y si me lo permite, tendré mucho gusto en acompañarla.

—Gracias, muchas gracias—replicó la momia, dando en dirección a la escalera algunos pasos, en los cuales se advertía marcado prurito de agilidad—. Yo también necesito excusarme por haber dicho a usted algunas palabras inconvenientes, confundiéndole con ese hombre basto. ese Zugarramundi, que es un mueble con andadura.

Salvador le ofreció el brazo, que ella no tuvo inconveniente en aceptar. Bajando, la momia arrojó de sí esta pregunta, metida dentro de un suspiro:

—¿Es usted amigo del señor don Carlos?

—Sí, señora.

—Si no me engaño, es la primera vez que viene usted a casa. ¡Ah!, esto parece la casa de Tócame Roque, según la gente que entra y sale. Y no es toda gente de principios, ni se nos guardan los miramientos que nos corresponden. No extrañe usted que me admire de su urbanidad, pues vivimos en una época en la cual se puede decir que no hay caballeros... ¿Por ventura es usted el que estaban esperando?

—Sí, señora: me esperaban...—indicó Salvador, por decir algo.

—El que esperaban de Cataluña para empezar la danza... ¡Pero ha visto usted, caballero, qué estupidez! Pretender que esta nación heroica sea gobernada por una reina en mantillas.

—Una necedad, sí, señora.

—Porque usted será indudablemente de los primeros espadas en esta sacratísima guerra que se prepara.

—De los primeros no..., mas...

—No sea usted modesto. La modestia es compañera inseparable del verdadero mérito—dijo la dama, trayendo a los labios, con no poco trabajo, desde el fondo de su alma seca, una gota de fiambre dulzura—. Quizá me equivoque... ¿No es usted don José O'Donnell?

—No soy O'Donnell.

—¿No es usted comisionado de la Regencia secreta que se ha formado en Cataluña, presidida por el prepósito de los Jesuítas? Yo estoy al tanto de todo, y conmigo, caballero, no valen los misterios.

—Juro a usted, señora, que no soy el que usted supone.

—¿Ni tampoco el coronel don Juan Bautista Campos, que tiene en el hueco de la mano, como quien dice, a los voluntarios realistas de media España?

—Tampoco.

—Mire usted que soy algo pícara—dijo la momia, contrayendo de tal modo el amojamado rostro para sonreír, que Salvador, al mirarla, tuvo algo de miedo—. ¡Oh!, no me falta penetración, y en punto á relaciones con personas comprometidas en la causa del trono legítimo, no habrá seguramente quien me gane... Caballero, ¿sabe usted que hace un frío espantoso?

Salvador notó que la dama se agarraba más fuertemente a su brazo. Al sentir los puntiagudos dedos del esqueleto y el roce de los viejos tafetanes del ves-

tido, así como el de las pieles impregnadas de olor de sepulcro, sintió que era una verdad aquel frío glacial de que la dama hablaba.

—Hace muchísimo frío, sí, señora.

—Y las calles están muy solitarias. Si fuera usted tan bueno que quisiera acompañarme hasta la casa donde voy de visita...

—Hace mucho frío, sí, señora.

—Es cerca: junto a San Sebastián.

—Media legua—dijo para sí Monsalud; pero no teniendo ocupaciones, dió por bien empleado el paseo en obsequio de una desvalida señora que tan bien parecía agradecérselo.

—Doy a usted otra vez las gracias—dijo ésta—por su amabilidad, que es más digna de aprecio en una época en que se han acabado los caballeros... Pronto llegaremos: voy a casa de Paquita de Aransis, la señora del coronel don Pedro Rey. ¿Conoce usted a esa digna familia?

—No tengo el honor de conocerla; pero ese apellido de Aransis no es extraño para mí.

—Es una alcurnia noble de Cataluña. ¿Ha estado usted en Cataluña?... Quizá haya usted conocido al conde de Miralcamp, que es Aransis; al alcalde de Cervera, que es don Raimundo Aransis. También conozco yo en Solsona una monja Aransis, que es hermana de Paquita.

—¡Ah!, sí; la conozco—dijo Salvador prontamente, herido por vivísimos recuerdos.

—Esa familia está emparentada con la nuestra—añadió la dama, que era harto redicha para momia—. Paquita es tan buena, tan cariñosa, tan excelente cristiana y tan mujer de su casa... Tiene dos hijos que son dos pedazos de gloria, según dice el padre Gracián: Juanito, que ahora va a Sevilla a estudiar leyes, al lado de sus tíos paternos, y Perfecta, que es un perfecto ángel de Dios. La pobre niña ha estado enferma hace poco con unas calenturas malignas que la han puesto al borde del sepulcro... ¡Cuánto hemos sufrido! La condesa de Rumblar y yo alternábamos para velarla...; una noche ella, otra yo... Usted conocerá seguramente a la condesa de Rumblar, y a su hija Presentacioncita, y a su yerno Gasparito Grijalva, ese tronera, liberalote, que concluirá en la horca.

—Si es liberal, no concluirá en bien.

Salvador tuvo que moderar el paso, al notar que su compañera se sofocaba bastante.

—Usted—dijo ésta, aspirando el aire con celeridad, como un fuelle viejo que para nutrirse necesita agitarse mucho—ha vivido, al parecer, lo bastante para conocer a mucha gente, tener muchos amigos y presenciar multitud de sucesos; pero no lo necesario para ver pasar épocas y familias, para ver extinguirse las amistades, mudarse las fortunas, morir las ilusiones y caer en ruinas las cosas más reales de la vida.

—Algo y aun algos de eso he visto por desgracia, señora—dijo Salvador, sorprendido de aquel sentimentalismo que por modo artístico se avenía con el empaque funerario de su distinguida interlocutora.

—¡Oh!, caballero—exclamó ésta, deteniéndose y clavando en él sus ojos, que brillaron como las últimas ascuas de un hachón sepulcral—, ¿no es muy triste ver tanta cosa muerta en derredor nuestro, y sentir ese frío del alma que dan las memorias marchitas, cuando pasan? Hacen un murmullo triste, como el remolino de hojas secas, y dan escalofríos, como la llovizna de otoño. ¿No es verdad, no es verdad esto?

—Es verdad—dijo Salvador, participando de aquel escalofrío.

Y vió extinguirse la chispa funeraria en los ojos de Salomé, porque sus flacos párpados cayeron como apagadores de la iglesia, y dejaron el amarillo semblante en su primitivo aspecto de cosa completamente acecinada y seca.

—¡Caballero, tengo un frío horrible! —murmuró la dama temblando—. Vamos aprisa.

El cielo estaba como suele verse en las noches de invierno: limpio, estrellado hasta la profusión, hasta el derroche, cual si saliesen a la bóveda del cielo más astros de los que caben y pugnasen por quitarse el puesto unos a otros. El aire quieto, sereno, sólo era comparable al fulgor horripilante de la cuchilla acabada de afilar. Las estrellas alargaban sus fríos rayos, atravesando la inmensa región de invisible hielo, y la luna, pues también había luna, difundía claridad verdosa por calles y plazas. El suelo parecía el lecho de un río que se acaba de secar, dejando al descubierto su limo lleno de fosforescencias. Tres o cuatro ca-

lles atravesó la pareja sin decir palabra, y al llegar a un portal de mediano aspecto, en la calle de las Huertas, detúvose la muerta viva, y sin soltar el brazo del caballero, anunció con una sola voz el fin de la jornada.

—Ya—dijo, con expresión de lástima, y luego fué retirando su mano poco a poco para llevarla a la cabeza, donde pedían reparación los pliegues de la mantilla y una guedeja rubia, que desertaba de las filas donde la había puesto el peine pocas horas antes—. Ya se ha molestado usted bastante. Bueno ha sido el paseo..., y debemos dar gracias a Dios de que no nos haya visto nadie, porque si nos hubieran visto... ¡Ah!, no sabe usted hasta qué punto es atrevida la calumnia en estos tiempos... ¿Quién me asegura que mañana no dirán de mí herejías sin cuento por haberme dejado acompañar de noche por usted?

—Señora, creo que no dirán nada—observó Salvador, reprimiendo la sonrisa que a sus labios venía.

—¡Oh, quién sabe!... Ahora todo se juzga por el aspecto malo. ¡Ah!, ni la nieve misma está libre de mancharse o de ser manchada... Retírese usted..., yo comprendo que deseará prolongar la conversación en el portal; pero no puede ser, no puede ser de ningún modo.

Después de ofrecerle su casa con no pocas zalamerías, rogó al caballero tuviese la bondad de decirle su nombre para conocer mejor a la persona a quien debía agradecer galanterías inauditas en una época, ¡ay!, en una época calamitosa y estéril en que no había caballeros. Dicho el nombre, la momia lo repitió con agrado, y después dijo:

—¿Militar?

—No, señora; paisano.

—¿Andaluz?

—Alavés.

—Y ¿hasta la muerte defensor del trono legítimo?...

—Del trono de Isabel Segunda.

—Pues ¿qué? ¿Es usted...?

—Masón, señora.

Al expresarse así, con la sonrisa en los labios, Salvador creyó que no merecía respuesta seria aquel interrogatorio impertinente. La momia estuvo a punto de deshacerse en polvo al oír la nefanda palabra. Estremecida dentro de sus apolilladas pieles y de sus ajados tafetanes, llevóse las manos a la cabeza, lanzó una exclamación de lástima y desconsuelo, y por breve rato no apartó del cielo sus ojos, fijos allí, en demanda de misericordia.

—¡Masón!—repitió luego, mirando al que, según ella, era un soldado de las milicias de Satanás—. ¡Quién lo diría!

Y señalando con su mano flaca, cubierta de guante canelo, una luz que a cierta distancia se veía, como farolillo de taberna o café, dijo entre suspiros:

—En donde está aquella luz se reúnen sus amigotes de usted... Caballero, si me permite usted que le dirija un ruego, le diré que por nada del mundo sea usted masón. Todo está preparado para el triunfo de la Monarquía verdadera y legítima, y es una lástima que usted perezca, porque perecerán todos, no hay duda... Cuando usted me dijo que es masón, vi..., yo siempre estoy viendo cosas extrañas que luego resultan verdaderas..., vi un montón de muertos, en medio de los cuales asomaba una cabeza...

Le tomó una mano, y, al contacto del guante canelo, que por su delgadez apenas disimulaba la dureza de los dedos fosilizados, Salvador sintió que se le comunicaba un frío glacial, llegando hasta su corazón.

—Aquella cabeza era la de usted—prosiguió la momia—. Usted se reirá; pero yo no, porque la experiencia me ha enseñado a dar un gran valor a mis corazonadas, y en el tiempo escaso de nuestro conocimiento he podido apreciar las notables prendas de usted. ¡Oh!, sí, todavía hay caballeros; pero pronto, muy pronto, quizá no haya ninguno. Adiós.

Le estrechó un momento la mano y desapareció dentro del portal, oscuro y profundo como un sarcófago.

Salvador permaneció un rato en la puerta, mirando al hueco oscurísimo que se había tragado a su dama de aquella noche, y murmuró estas palabras:

—¡Pobre señora!... Sin duda está loca.

Alejóse después, sin poder echar de su mente tan pronto como quisiera la imagen de la fantasma a quien había dado el brazo y que parecía el duendecillo propio de las heladas y claras noches de enero en el clima de Madrid. Después de andar maquinalmente un poco, sin dirección fija, hallóse bajo el farol que poco antes le señalara la mano del guante canelo.

—El café de San Sebastián—pensó—. Ya que estoy aquí, entraré. No faltarán amigos con quienes pasar un rato.

VI

El café no estaba lleno de gente, y en su pesada y brumosa atmósfera se podían contar los grupos diseminados, y aun las personas. Algunos individuos, con el sombrero echado atrás, la capa colgando de los dos hombros o de uno solo, charlaban a gritos entre sorbo y sorbo, sin tocar asuntos de política, por ser género que no se podía tratar a gritos. Otros en baja y temerosa voz, cual si pronunciaran algún conjuro sobre el líquido negro, a quien daban cierto carácter quiromántico los misteriosos ingredientes de que se componía. Estos señores de la capa arrastrada, de los codos sobre la mesa y del sombrero hasta las cejas hundido, eran los arregladores de la cosa pública. Ya desde entonces se dedicaban con preferencia a esta patriótica tarea de arreglar al país los hombres sin oficio ni ganas de aprenderlo, que sentían la irresistible vocación del empleo lucrativo. Algunos lo hacían también por cierta desavenencia ingénita con el Poder público, y los menos por exaltación de ideas, o por leal deseo de labrar el bien de la muchedumbre. De todas estas especies de patricios había la noche aquella pocas, aunque buenas muestras, en el café de San Sebastián.

No había andado Monsalud cuatro pasos dentro del local, cuando se sintió llamado desde lados opuestos. Acudió allí donde había visto caras más de su gusto, y después de saludar a varios individuos, sentóse en la más apartada mesa en compañía de dos sujetos. Uno de ellos parecía tener con Salvador amistad antigua y estrecha, porque se saludaron con mucho afecto. Era de edad mediana y buena presencia; llamábase don Eugenio Aviraneta; su patria era Guipúzcoa, y tenía el especialísimo talento de la conversación, calidad no escasa en España, donde se han hecho grandes carreras por saber contar cuentos, por referir bien o plantear con arte los asuntos y cuestiones de toda índole. El otro era más joven, de color pálido, tirando a aceitunado, el pelo y cejas de grandísima negrura, la nariz afilada, el bigote corto y espeso, modelado por la navaja de una manera singular, con arreglo a la moda más ridícula que puede imaginarse, la cual consistía en trazar dos líneas rectas desde las ventanillas de la nariz a los extremos de la boca, dibujando así un pequeño mostacho rigurosamente triangular, que llevó el nombre de *bigotillo de moco*. También llevaba el aceitunado personaje una perilla de rabo de conejo, y en los cachetes patillas o chuletas cortas, también modeladas por la navaja con un esmero tal que casi venía a confundirse el oficio de rapista con el arte del escultor. Esto y el breve tupé, acompañado de mechoncillos sobre las orejas, estaban declarando a gritos que el remate y coronamiento de tan singular cabeza había de ser uno de aquellos ingentes morriones de base estrecha y anchísima tapa, visera menuda y carrilleras de cobre suspendidas a los lados de la placa frontal. El tal morrión inconmensurable se estaba viendo, sí, sobre la cabeza de aquel buen señor, por la fuerza de la analogía, aunque estaba descubierto y vestido de paisano. Pero si por un hilo se saca un ovillo, suele también sacarse por una cara un morrión, y así se podía decir a boca llena que nuestro individuo era militar, y por más señas, *ayacucho*.

—Te presento a mi amigo el capitán Rufete—dijo Aviraneta, poniendo en relaciones a sus dos camaradas—. Y ahora cuéntanos algo: dinos qué es de tu vida, hombre. Después que eres rico no hay quien te vea.

Hablaron largo rato de cosas, de la vida, de viajes, de caza, de enfermedades y sin saber cómo pararon en la cuestión magna del día, a saber: que el rey no se moría tan presto como algunos pillos quisieran; que se había decidido jurar solemnemente a Isabelita como heredera del trono, y que el buenazo de don Carlos se marchaba a Portugal. Rodó la conversación de idea en idea, hasta que Avinareta tocó a Salvador en el brazo y le dijo con misterio:

—Si quieres encargarte de una misión delicada, no hay ningún inconveniente en confiártela.

—Ya sé que conspiras. ¿Pero por quién?—replicó Salvador riendo—. ¿Por Cristina, por don Carlos o por ambos a la vez?

—Tú me conoces, y sabes que con las alas mías no ha de volar ningún murciélago. Me he comprometido a explorar los ánimos de la gente liberal para saber en qué condiciones se podría contar con ella en caso de una guerra civil.

—Los libres—dijo el *ayacucho* con énfasis—están y estarán siempre al lado de la princesa, si a la princesa le ponen por almohada en su cuna *el mejor de los códigos.*

El llamar *libres* a los liberales y *el mejor de los códigos* a la Constitución del 12, constituía, con otras muchas frases, un estilo especial que por largo tiempo prevaleció en todas las manifestaciones literarias del partido avanzado.

—Calle usted, hombre, por amor de Dios—dijo Aviraneta, reprendiendo con un gesto la espontaneidad del capitán—. Los *libres,* como usted dice, y los liberales, como los llamo yo, están tan divididos que no oye usted dos opiniones iguales si habla con ellos. Hay multitud de tontos a quienes no se puede arrancar de la cabeza lo *del mejor de los códigos;* hay algunos solemnes pillos que por malicia y por tener poder ante la canalla, gritarán, si les dejan *constitución o muerte;* hay el grupo de los *anilleros* o de los *sabios,* que reniegan de todo si no les dan las dos Cámaras con Carta, a la francesa, y aun creo que alguien quiere que haya tres Cámaras, por no parecerle bastante dos. Unos piden que haya mucha religión sin dejar de haber libertad, mientras los *iluminados* desean acabar con la gente de cogulla y quemar los conventos, para que, *suprimidos los nidos, no halla miedo de que vuelvan los pájaros.* Yo he tanteado aquí y allí, y he encontrado asperezas que no es fácil suavizar, y antagonismos que no es posible vencer. Martínez de la Rosa, Toreno, Burgos y comparsa se niegan a todo lo que sea revolución; Palafox se aviene siempre con el parecer de Calvo de Rozas, y Calvo de Rozas, unido con Flores Estrada, ha hecho una Constitución templadita. La quieren tanto, como buenos padres, que si no es preferida, dicen que no se cuente con ellos para nada. Romero Alpuente y los exaltados juran y perjuran que no hay más Constitución que la del doce en todo el globo terráqueo, y que ellos la harán triunfar, pese a quien pese. Vamos, ésta es una casa de fieras, y yo digo que convendría que estallase la guerra y viniesen grandes peligros, para que entonces se unieran tantas voluntades y se llegara a un acuerdo en lo de la Constitución definitiva, aunque hubiese siete cámaras y cuatrocientas alcobas.

—La nación soberana—dijo el *ayacucho,* hablando como hablaría Solón—decidirá en su día lo que mejor convenga. Un pueblo libre no se equivoca.

—Con sentencias sacadas de las *Gacetas,* amigo Rufete, poco adelantamos. Yo veo que las divisiones son hondas; que el partido liberal, por estar disperso y perseguido, no tiene ya una idea fija y común sobre nada. El ejército, que antes era amigo de la Constitución del doce, ahora va donde le lleven; es realista con el conde de España, y templado con Llauder. Pues bien: en vista de este desconcierto, ¿no es patriótico intentar la reconciliación de todos los que aborrecen la tiranía? ¿Qué te parece, Salvador; no es patriótico, altamente patriótico?

—Me parece tan patriótico como imposible—replicó el interrogado—. Conozco a mi país, conozco a mis paisanos; he pulsado teclas de conspiración en distintas épocas: sé el valor que tienen las ideas insignificantes junto al valor de las pasiones; sé muy bien que a los políticos de nuestra tierra les gobierna casi siempre la envidia, y que la mayoría de ellos tiene una idea sólo porque el vecino de enfrente profesa la contraria.

—Pesimista estás—dijo Aviraneta severamente.

Luego se llevó el dedo a la boca con cierto aire solemne, y levantándose ordenó con una seña a sus dos amigos que le siguiesen, lo que hicieron de buen grado Rufete y Salvador, el uno por disciplina de conspirador y el otro por curiosidad. Atravesando una puertecilla que junto al mostrador había, pasaron a un cuartucho estrecho y oscuro, formado en el anguloso hueco de la escalera que a las tertulias conducía. Un ruinoso banco ofreció durísimo y no muy limpio asiento a los tres individuos, y dábanle compañía algunas cafeteras de largo pico, cajas vacías, escobas y enormes cangilones destinados a usos distintos. Aquél era el laboratorio químico de donde salían las ingeniosas mez-

clas a que debió su fortuna el amo del establecimiento (el cual, dicho sea de paso, era ferventísimo patriota); allí era donde se verificaba la multiplicación de las raciones de leche, gracias al agua que Dios crió; allí se fabricaba con diversas sustancias europeas y asiáticas el café de Moka, y allí las libras de azúcar se convertían en arrobas de la noche a la mañana, lo mismo que un quídam se convierte en ministro...

Sentáronse en aquello que más parecía nicho que cuarto, y como no tenían luz, no eran vistos de fuera y podían ver a todos los que desde el café subían a las regiones altas.

—Aquí podemos hablar cómodamente —dijo el guipuzcoano—, y explicaré mi idea sin que nadie se entere. Para poner remedio al grave mal que antes indiqué, he determinado fundar una Sociedad secreta...

—Ya pareció aquello—dijo Salvador, interrumpiendo con su risa el grave exordio de su amigo—. En eso habíamos de parar.

—Cállate, no juzgues lo que no conoces todavía... Una Sociedad secreta que se llamará La Isabelina o de Los Isabelinos.

—Insisto en mi opinión de que se llame de los Patriotas Isabelinos—dijo el *ayacucho*, demostrando en su acento y en la tiesura de su mano enérgica la importancia que daba al bautismo de la Sociedad proyectada.

—El nombre debe ser breve y sencillo.

—Ya tenemos el masonismo en planta—indicó Salvador—, con sus irrisorios misterios, sus fórmulas y necedades.

—No, no, hijo; aquí no hay misterios.

—¿Ni iniciación, ni torres, ni orientes?...

—Nada de eso.

—¿Ni vocabulario especial, ni mandiles?

—Nada, nada.

—No habrá más que el juramento de someterse intencionadamente a la soberanía de la nación—afirmó Rufete.

—Aquí es todo corriente. No hay misterios. La Sociedad trabajará en silencio, pero sin fórmulas diabólicas, y nos llamamos por nuestros nombres, si bien en los actos y documentos adoptamos un signo convencional para designarnos.

—¿De modo que la Sociedad funciona ya?...

—Se está formando. Todavía no hemos tenido una reunión total de asociados... ¿Cuántos hay en la lista, querido Rufete?

—Trescientos veintiuno—dijo el *ayacucho*, que por lo visto desempeñaba las funciones de secretario.

—No se ha hecho nada todavía, no ha ido a provincias ningún comisionado. Se necesita uno de toda confianza y muy listo, que vaya a París y Londres a entenderse con los emigrados que quedan por allá, y con otras personas residentes en el extranjero, y que no nombro porque no puedo nombrarlas.

—Ya..., y ese correveidile que se necesita...

—Correveidile no, sino agente; ese agente que se necesita eres tú.

—Pues te juro—dijo Salvador de la manera más jovial—que si la Sociedad Isabelina o de los Patriotas Isabelinos, como pretende el señor..., y se me figura que lo pretende con razón...

—La idea del patriotismo—manifestó Rufete sin poderse contener—es tan primordial, que debe ponerse al frente de todas las denominaciones para que se grabe más y más en la mente del pueblo.

—Pues decía—prosiguió el otro—que si la Sociedad espera para extenderse y prosperar a que yo sea su agente, llegará el Juicio final sin que dé todos los frutos que el país y tú esperáis de ella.

Aviraneta meditaba, la mejilla apoyada en la mano. A cada instante se oían los pasos de los que subían por la escalera, y como ésta era endeble y estaba tan cerca de las cabezas de los tres sujetos, parecía que se les venía la casa encima siempre que un patriota se encaramaba a los aposentos altos.

—¡Malditos!—exclamó Aviraneta, en ocasión que subían tres o cuatro mozalbetes metiendo más ruido que los monaguillos en día de repicar recio—. Esos son los que todo lo echan a perder con sus inocentadas. Ahora los tiernos angelitos, en vez de chuparse el dedo, han dado en la flor de jugar a la masonería y al carbonarismo, y entre burlas y risas tienen arriba sus *Cámaras de honor* y sus *Hornos*, donde hacen varias mojigangas, que es preciso denunciar a la Policía. Son casi todos chicuelos con más ganas de hacer bulla que de estudiar. ¡Y qué discursos los suyos! Es

ésta una empolladura de oradores que, si no me engaño, ha de dar a España más peroratas que garbanzos dará Castilla.

—Estos pajarillos cantores—dijo Monsalud riendo—vienen siempre delante de las tormentas políticas, anunciándolas con sus angelicales trinos. Es un fenómeno que observé en la tormenta pasada y que se repetirá, no lo duden ustedes, en las que han de venir; y así veremos siempre que toda transformación política de carácter progresivo viene precedida de grandes eflorescencias de sabiduría infantil y discursos en las aulas.

—Pues grande va a ser la transformación—manifestó Aviraneta—, si se ha de juzgar de ella por lo que chilla esta caterva de pavipollos... ¡Santa Mónica, cuántos suben ahora, y qué pico tienen! Esa voz..., oigan ustedes qué órgano tan admirable: es González Bravo, un mozo terrorista, más listo que Cardona y con más veneno que un áspid... Pero volviendo a nuestro asunto, nosotros al fundar la Sociedad Isabelina, llevamos el objeto de unificar el pensamiento de los liberales y de traer al ejército a una idea común que sea precursora de una acción común.

—El ejército está profundamente dividido—dijo Salvador—, pues me consta que el bando apostólico o *carlino*, como ahora se llama, ha hecho últimamente grandes adquisiciones en la Guardia Real.

—El ejército es liberal—afirmó Rufete, que, no pudiendo estar por más tiempo callado, tomó la palabra con estruendo en la primera coyuntura—. El ejército se compone de hombres *libres* que aman *el más perfecto de los códigos* y aborrece la tiranía. Dígase *Constitución*, y el ejército responderá *Constitución*.

Y echando un poco atrás el sombrero, que debía ser morrión de los de tinaja invertida, se puso más amarillo, y acompañó su alteración facial de estas patrióticas palabras:

—Muchos hablan del ejército sin conocerlo, y yo, que le conozco, que pertenezco a él, que me glorío de pertenecer a él, digo que, con excepción de media docena de traidores, todos somos liberalísimos, aquí y en América. Yo he estado en América, señores; me he batido en aquellos colosales combates de Chuquisaca y Cochabamba, y puedo decir que nada nos consolaba de nuestras privaciones y trabajos como hablar de la Constitución, pensar en ella y poder escribirla en nuestras banderas para hacer doblar la rodilla a los indios más bravos. Recuerdo bien que, después de la famosa expedición de Jujuí, nos llegó la noticia del triunfo de la Constitución en Las Cabezas de San Juan, y nos volvimos locos de contento. Deseábamos, o que nos trajeran a España, o que nos llevaran allá el bendito Código, y no pudiendo ser ni una cosa ni otra, celebramos con fiestas, bailes, versos y meriendas aquel gran suceso. La alegría era general. Algunos tuvimos el proyecto de proclamar la Constitución en el Perú; pero el traidor de Maroto se opuso. Los *libres* deseábamos que la América adoptase el *sistema:* los traidores no querían sino hierro y sangre; y yo pregunto ahora lo que he preguntado siempre: ¿quién es responsable de que se perdiera la tremenda batalla de Ayacucho? ¿Quién?...

—Esa cuestión, querido Rufete—observó Aviraneta, viendo con disgusto que la musa histórica de su secretario remontaba el vuelo en demasía—, ha perdido su oportunidad. Poco nos importa saber quién lo hizo peor en América. En cuanto al ejército, ya sabemos que en su mayoría es liberal; pero usted mismo ha hablado de traidores: traidores hubo en América, y también los hay en España.

—Aquí tengo la lista—exclamó prontamente Rufete, haciendo ademán de sacar un papel.

—No, no saque usted la lista. Tampoca eso nos importa gran cosa ahora... Nuestra Sociedad cuenta ya con un brillantísimo contingente de personajes civiles.

—Espere usted—insistió Rufete, revolviendo sus papeles—: aquí está.

—No... ¡Con cien mil palitroques!, tampoco nos hace falta ahora la lista de *isabelinos*. Envaine usted sus listas, hombre. Lo que yo quiero es traer a nuestras filas a este buen amigo para darle una comisión que desempeñará bonitamente.

Salvador hizo con la cabeza repetidos signos negativos.

—Eso lo veremos—dijo el guipuzcoano—. Peñas más duras he quebrantado yo. ¿Tienes ocupaciones?

—Las de mis intereses, que no son muchas.

—Es verdad, que casi eres rico; ¡mal negocio! ¿Te has casado?

—No.

—¿No ambicionas una posición elevada?

—No ambiciono nada más alto que este banco, y lo que llaman aura popular me incomoda más que la tristeza de estar solo.

—A pesar de todo—dijo Aviraneta—, creo que te conquistaré.

Y calló después. De buena gana se habría desprendido en aquel momento de los servicios de su secretario Rufete, cargado de listas, para estar solo con Monsalud y hablarle franca y descubiertamente, pues bien se conocía que el astuto conspirador había manifestado su idea de un modo harto enigmático. Pero Rufete no se movía, y a la dudosa claridad que en el cuarto entraba se entretenía en revisar sus listas de traidores y sus listas de *isabelinos*.

VII

Hallábanse, pues, el uno aburridísimo, el otro ideando motivos para despedir al *ayacucho*, y el tercero discurriendo el modo de pasar algún nombre de un papel a otro, cuando entró en el café un jefe de caballería, haciendo con el sable rastrero, con las espuelas y los tacones tan grande estrépito, que no parecía sino que un escuadrón había asaltado el establecimiento. Traía fango en las botas y polvo en el traje, manifestando en esto, así como en la oficiosidad con que iba de mesa en mesa dando noticias, que acababa de llegar de una expedición o quizá de un campo de batalla. Era don Rafael Seudoquis, exaltado patriota primero, después, indefinido, luego conspirador perseguido y condenado a horca, indultado y admitido en el servicio por influencias de parientes poderosos. Después que satisfizo la curiosidad de los del café, dirigióse arriba, y al entrar en el hueco de la escalera llamóle Aviraneta desde su escondrijo. Entró Seudoquis, reconoció a Salvador, se abrazaron; pero tanta gana tenía el buen hombre de contar lo que sabía, que, sin poder aguardar a que acabaran los saludos, habló así:

—¡Ya les hemos cogido! ¡Buena caza, hemos hecho!

—¿Qué? ¿Qué ha sido?... ¿Una batida de voluntarios realistas?

—Sí. Y con media docena como ésta, pronto quedaba la nación limpia de sacristanes... Ya saben ustedes que salí con la columna de Bassa a perseguir la partida de aguiluchos que se levantó en Villaverde, mandada por el traidor coronel Campos... Al principio nos daba que hacer..., que por aquí, que por allá... Total, señores: en Alares, a cinco leguas de Navahermosa, les sorprendimos rezando el rosario, les copamos..., no se escapó uno para simiente de monaguillos.

—¿Les arcabucearon?

—No hay órdenes para tanto. El Gobierno es conciliador, o, por otro nombre, pastelero, y en una mano tiene las disciplinas y en otra el emplasto. Como no soy partidario de andar con mantecas tratándose de esa gente, yo les hubiera dado a todos un poco de tuétano de fusil. En el otro barrio están mejor que aquí... Pero no se trata ahora de fusilar; ellos lo harán cuando nos cojan debajo. Total: que les hemos traído codo con codo, y el bribón de Campos es tan cobarde que se echó a llorar, y sin que nadie se lo preguntara nos reevló todo el *diebus illis* de la Junta carlista de Madrid, citando nombres uno por uno. A estas horas el traidor habrá vomitado todas sus delaciones ante la Policía, y ya andará ésta haciendo prisiones. Medio Madrid va calentito a la cárcel esta noche. He encontrado en la Puerta del Sol a un escuadrón; no miento, sí: un escuadrón de policías que iban a la calle de Belén, donde parece hay un cabildo máximo de subdiáconos con puñal y de guerrilleros de estola. Total, señores: que nos hemos lucido los de Bassa y que esta noche van a ser ventiladas muchas madrigueras. Conque *viva la angélica*, y abur, señores, que me voy arriba a cenar.

—Y yo a ponerme el uniforme y a correr al cuartel—dijo Rufete, levantándose presuroso— Es fácil que se altere la pública tranquilidad esta noche. Vamos a nuestro puesto, que cuando me-

nos se piensa viene el desbordamiento carlino, y la patria necesita de todos sus hijos.

—Vaya usted con Dios, valiente—dijo Aviraneta, gozoso de verle partir—. Aquí nos quedamos nosotros procurando entendernos.

Luego que estuvieron solos, Aviraneta dijo a su amigo que pues arreciaba el calor dentro del café, harían bien en salir a la calle y dar un par de vueltas, con lo que, además de respirar el aire libre, podían hablar sin recelo. Cuando se hallaron en la plazuela del Angel, Salvador tomó el brazo de su amigo y burlonamente le dijo:

—¡Pillo!... ¿Qué nueva farsa de Sociedad secreta es ésa? ¿Qué trama traes tú ahora entre manos?

—Poco a poco... Pase lo de trama, pero no lo de farsa.

—¿Quién te paga?

—Mucho ahondas, ¡palitroques! Has de comprar mi franqueza con tu benevolencia, no con tus burlas, y si persistes en negarme tu apoyo, no tendrás de mí ni una palabra. Cosas podría decirte que te dejarían pasmado; pero ya sabes..., no se dan gratis los secretos como los buenos días. Venga tu voluntad y abriré el pico.

—Es que no puedo dar mi voluntad no conociendo a quién la doy ni por qué la doy.

Aviraneta insistió en que su pensamiento era unir a los liberales para preparar una acción común; pero esto, si no encerraba una intención distinta, era de lo más inocente que se podía ocurrir por aquellos días a hombre nacido, y Aviraneta, justo es decirlo, tenía de todo menos de espíritu puro. Por más que el guipuzcoano se diera aires de inventor de aquel plan sapientísimo, se podía jurar que sólo era instrumento de una voluntad superior, maquinilla engrasada por el oro y movida por una misteriosa mano. Sobre esto no quiso decir una sola palabra que no fuese la misma confusión; pero Monsalud, que era listísimo y además tenía la experiencia de aquellos líos, supo sacar la verdad de entre tanto embuste. Su creencia era que don Eugenio había recibido de altas regiones la misión de desunir a los liberales y enzarzarlos en disputas sin fin; pero no podía fácilmente averiguarse si el impulso partía del cuarto de María Cristina o del Gabinete ministerial de Cea Bermúdez. Salvador hizo una y otra pregunta caprichosa para coger por sorpresa el principal secreto de su amigo; mas éste era tan diestro en aquellas artes, que evadió los lazos con extremada gracia.

Este señor Aviraneta fué el que después adquirió celebridad fingiéndose carlista para penetrar en los círculos familiares de la gente facciosa y enredarla en intrigas mil, sembrando entre ella discordias, sospechas y recelos, hasta que precipitó la defección de Maroto, preparando el Convenio de Vergara y la ruina de las facciones. Admirablemente dotado para estas empresas, era aquel hombre un colosal genio de la intriga y un histrión inimitable para el gigantesco escenario de los partidos. Las circunstancias y el tiempo hiciéronle un gran intrigante; otra época y otro lugar hubieran hecho de él quizá el primer diplomático del siglo. Ya desde 1829 venía metido en oscuros enredos y misteriosos trabajos; por lo general, su maquinación era doble, su juego combinado. Probablemente, en la época de este encuentro que con él tenemos, durante el invierno de 1833, las incomprensibles diabluras de este juglar político constituían también una labor fina y doble, es decir, revolver los partidos en provecho del Ministerio, y vender el Ministerio a los partidos. La fundación de la Sociedad Isabelina servíale de pretexto para entrar en tratos con gente diversa, con cándidos patriotas o políticos ladinos, poniéndose también en relación con militares bullangueros. Hablando del bueno del señor Rufete, dijo a Salvador:

—Este infeliz *ayacucho* es una alhaja que no se paga con dinero. El se presta desinteresadamente a entusiasmarse y a entusiasmar a un centenar de oficiales como él. Se morirá de hambre antes de cobrar un céntimo por sus servicios secretos al *Sistema*, y se dejará fusilar antes que hacer revelaciones que comprometan a la Sociedad. Es un prodigio de inocencia y de lealtad. El pobre Rufete trabaja como un negro y se pasa la vida haciendo listas de sospechosos, listas de traidores, listas de tibios y listas de calientes. En su compañía pasa por un Séneca empalmado en un Catón. Los sargentos le adoran y son

capaces de meterse con él en un horno encendido, si les dicen que es preciso salvar del fuego *el precioso código.* ¡Oh! amigo, respetemos y admiremos la buena fe y la valentía de esta gente. ¡Si en todas las clases sociales se encontraran muchos Rufetes...! Pero hay tanta canalla indomesticable, de esa que no sirve sino para hacer *pueblo,* para gritar, para meter bulla; de esa que en los días solemnes desacredita las mejores causas, entregándose a la ferocidad que le inspiran su cobardía y su apetito!...

Entre éstos y otros dichos y observaciones llegaron a la calle del Duque de Alba, porque Salvador, no pudiendo sacar cosa limpia y concreta de las confusas indicaciones de don Eugenio, había decidido retirarse a su casa. Echaban el último párrafo en el portal de ésta, cuando del de la inmediata vieron salir a un hombre silbando el estribillo de una canción político-tabernaria. A pesar del embozo, Aviraneta le conoció al momento, y Salvador también.

—*Tablillas*—dijo don Eugenio—, cuartéate aquí, que somos amigos.

El atleta se acerca examinando con atención recelosa a los dos caballeros.

—Señor *Vinagrete* y la compañía, buenas noches... Estaba encandilado y no les conocía.

—¿Está durmiendo ya el señor don Felicísimo?

—Todavía están en brega. Han venido tantos señores esta noche, que aquello es la bóveda de San Ginés.

—Pues qué, ¿se dan disciplinazos?

—Con la lengua..., hablan por los codos y todo se vuelve manotadas y *perjuraciones.*

—¿Qué entiendes tú por *perjuraciones?*

—Decir, pongo el caso: «Señores, muramos por el Trono legítimo.»

—Y ¿todavía están reunidos?

—Todavía.

—Pero di: ¿no ha venido esta noche la Policía? Yo creí que a estas horas don Felicísimo y su comunidad estaban echando *perjuraciones* en la cárcel de Corte.

—Vino la Policía, sí, señor; vinieron tres, y llamaron tan fuerte que la casa estuvo si cae o no cae. Los señores se asustaron, y don Felicísimo les consolaba diciendo: «No hay nada que temer; la Policía es la Policía. Que entre el que llama.» Yo bajé a abrir la puerta, y se colaron tres señores de cara de perro con bastones de porra. Subieron, y al entrar en la sala se dejaron a un lado las porras, y todo fué cortesía limpia y vengan esos cinco. Don Felicísimo me mandó traer vino y bizcochos, y bebieron, cosa la más desacostumbrada que puede verse en esta casa; y uno de los de porra alzó el vaso y dijo: «Por el triunfo de la Monarquía legítima y de la religión sacratísima.»

—Brindaron.

—Y los tres tomaron el olivo.

—¿Está Pipaón arriba?

—Es de los más lenguaraces. Cuando brindaron, don Juan echó no sé cuántos *loores*...

—Y ¿qué es eso?

—Que se sopló mucho, echando fuera toda la caja del pecho, y dijo: «Loor a esto, loor a lo otro...»

—¿Se casa con Micaelita?

—Dios los cría y ellos se juntan.

—Y ¿te retiras ya?

—Sí, porque yo he dicho a don Felicísimo que estoy enfermo.

—¿Adónde vas?

—Allá—replicó *Tablas,* manifestando en la mirada recelosa que a Salvador dirigió que no debía hablar con más claridad.

—Bien—dijo Aviraneta—. Nos veremos luego. Y la Pimentosa, ¿cómo está?

—Agria.

—¿Qué es eso?

—Enojada, porque le pica la despensa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué despensa es ésa?

—El estómago.

—Es verdad que padece mi señora males de estómago... Aguarda, que me voy contigo.

Tablas, que había dado ya algunos pasos hacia San Millán, se detuvo, mientras el guipuzcoano, estrechando con el más vivo afecto la mano de su amigo, le dijo estas palabras:

—Mañana..., y quien dice mañana dice el mes que viene o el año que viene..., estarás conmigo en la Isabelina.

VIII

Las escenas y conversaciones de aquella noche dejaron en el espíritu de Salvador tal dejo de amargura, que se esforzaba en apartarlas de su memoria, viendo reproducido en ellas el cuadro lastimoso de la nación española. La confusión de pareceres, el incesante conspirar con recursos misteriosos y fines mal determinados, las repugnantes connivencias de la Policía con los conspiradores de todas clases, no eran cosa nueva para él; pero había cobrado tal odio a éstos fenómenos políticos, expresión morbosa de nuestra miseria, que de buena gana se marchara a los antípodas o a cualquier región apartada donde no oyera ni viera lo que allí mortificaba sus ojos y sus oídos.

La experiencia, el profundo conocimiento de las personas, los viajes y la desgracia, habíanle dado elementos bastantes para construir en su pensamiento una patria distinta de la que pisaba, y la inmensa superioridad de esta patria soñada, en parangón con la auténtica, era en él motivo constante de padecer y aburrimiento. Por eso decía: «Mucho han de variar las cosas, mucho han de aprender los hombres para que la política de mi desventurado país pueda llegar a serme simpática; y como yo, por muchos años que Dios me conceda, no he de vivir lo bastante para ver a mis compatriotas instruídos en lo que es libertad, en lo que es ley, en lo que es gobernar, lo mejor será que no me afane por esto y que deje pasar, pasar, contemplando desde mi indiferencia los sucesos que han de venir, como se miran desde un balcón las figuras de una mascarada.»

Tales propósitos no eran constantes, porque otras veces meditaba sobre el mismo tema y hacía las siguientes consideraciones, llenas de buen sentido y de tolerancia: «No puede sostenerse en las acciones de la vida el criterio pesimista, que suele ser el disimulo del egoísmo. ¿Quién duda que existen en nuestro país, al lado de esa cáfila de alborotadores, cabecillas, intrigantes, charlatanes, aventureros, muchos caracteres nobilísimos, innumerables hombres de buena fe, patricios desinteresados, verdaderos y leales que se aplicarían a la política y serían discretos en la idea, enérgicos en la acción y honrados en la conducta? Pues bien: si yo me siento capaz de inculcar a esos hombres un pensamiento feliz y de ayudarles en el desempeño, ¿por qué no he de hacerlo?»

Después de vacilar un instante, se contestaba con amargura: «Porque no me creerían. ¿Cómo habían de creerme y hacer caso de mí, si yo también he sido alborotador, cabecilla, intrigante, aventurero y hasta un poco charlatán? Si he sido todo lo que condeno, ¿cómo han de fiarse de mí viéndome condenar lo que he sido? Si exploté la industria del pobre en este país, que es la conspiración, ¿cómo han de ver en mí lo que realmente soy? No, yo he quedado inútil en esta refriega espantosa con la necesidad. He salido vivo, sí; pero sin autoridad, sin crédito para tomar en mis labios ese ideal noble, por donde van las vías rectas y francas del progreso de los pueblos. Mi destino es callar y arrinconarme, so pena de que me tengan por un Aviraneta, cuando no por un Rufete.»

Al pensar en esto, el propósito de condenarse a oscuridad perpetua triunfaba en su ánimo. Pero esta oscuridad sin familia y sin afectos era el cenobitismo más triste que puede imaginarse. Y aquí, en esta lóbrega caverna sin salida, terminaban las excursiones mentales del misántropo. Verdad que la salida no era absolutamente imposible. Si hacía falta una familia, ¿por qué no la buscaba? Hay ciertos bienes que valen más encontrados al azar que buscados con ahinco, y es muy general que quien despreció la suerte cuando pasó a su lado ande después a cabezadas tras ella y no la encuentre ni siquiera pintada, o halle cualquier falsificación del bien y la coja gozoso, se desengañe y rabie, deplorando su torpe indolencia.

Quería vencer su extraordinario tedio frecuentando la sociedad. Había renovado algunas de sus amistades, dando un poco de mano a las que le recordaban su juventud de trapisondas, y procurando contar entre sus íntimos a personas de mayor fuste. Su buena figura, su conducta intachable, su instrucción, su entretenida palabra, tratándose de referir viajes, o verosímiles casos y peligros, le dieron simpatías en

todas partes. Había dejado de visitar a Jenara y a don Benigno Cordero por razónes poderosas; pero, en cambio, frecuentaba otras muchas casas decentes, adonde concurría lo más selecto de la Corte. Por las noches gustaba mucho de pasear un poco por las calles antes de retirarse a su casa, poniendo así entre la tertulia y el sueño un trozo de meditación transurbana de más gusto para él que la más entretenida y docta lectura. La soledad sospechosa de algunas calles, el bullicio de otras, el rumor báquico de la entreabierta taberna, la canción que en una calleja salía con pretensiones de trova amorosa, el cuchicheo en las rejas, el desfile de inesperados bulos, indicio del robo perpetrado, de contrabando o quizá de una broma furtiva; la disputa entre viejecillas, terminada con chasquido de bofetadas... Por otra parte, el rodar de magníficos coches; la salmodia insufrible del dormido sereno que bostezaba las horas como un reloj del sueño, funcionando por misterioso influjo del aguardiente; el rechinar de las puertas vidrieras de los cafés, por donde salían y entraban los patriotas; el triste agasajo de las castañeras que se abrigaban con lo que vendían, tendiendo una mano helada para recibir los cuartos y otra mano caliente para dar las castañas; las singulares sombras que hacían las casas construídas sin orden, unas arrumbadas hacia atrás, las otras alargando un ángulo ruinoso sobre la vía pública; los caprichos de claridad y tinieblas que formaban las luces de aceite encendidas por el Ayuntamiento y que podían compararse a lágrimas vertidas por la noche para ensuciar su manto negro; el peregrino efecto de la escarcha en las calles empedradas, que parecían cubrirse de cristal esmerilado con reflejos tristes; el mismo efecto sobre los tejados, en cuya superficie se veía como una capa de moho esmaltada por polvo de diamante; el grandioso efecto de la helada, que en flechazos invisibles se desprendía del cielo azul ante las miradas aterradoras de la luna, la deidad funesta de enero; la consideración del frío general hecho dentro de una caliente pañosa; el estrépito de la diligencia al entrar en la calle, barquichuelo que navegaba sobre un mar de guijarros, espantando a los perros, ahuyentando a los chiquillos y a los curiosos...; el buen paso marcial de los soldados que iban a llevar la orden prendida en lo alto del fusil; el coro sordo de los mercados al concluir las transacciones, cuando se cuenta la calderilla, se barre el puesto y se recogen los desperdicios; el olor de cenas y guisotes que salía por las desvencijadas puertas de las casas a la malicia, y el rasgueo de guitarras que sonaba, allá en lo profundo de moradas humildes...; la puerta sobre la cual había un nombre de mujer groseramente tallado con navaja, una cruz o un cartel de toros, una insignia industrial o una amenaza de asesinato, una retahila de palabras groseras o una luz mortecina indicando posada; un macho de perdiz que a la madrugada cantará o un cuadrito de vacas de leche, un objeto negro algo semejante a un zapato o una armadura de fuegos artificiales pregonando el arte de polvorista; una alambrera cubierta con un guiñapo, señal de la industria de prendería, o bacía de cobre, o tarro de sanguijuelas..., todo esto, en fin, y otros muchos accidentes de la fisonomía urbana durante la noche, páginas vivas y reales, abiertas entre la vulgaridad de la tertulia y el tedio de su casa solitaria, le cautivaban por todo extremo.

Pero una noche tuvo un encuentro triste. Al entrar en la plaza de Provincia vió una persona, dos, tres. Eran un señor, cojo, bien envuelto en su capa; una mujer, tan bien resguardada del frío, que sólo se le veían los ojos, y un niño con gabán y bufanda, mostrando la nariz húmeda y los carrillos rojos de frío. Los tres iban cogidos de las manos; se detenían en todos los escaparates para ver las mantillas, los lujosos vestidos, las riquísimas telas, las joyas, y parecían muy gozosos y entretenidos de lo que veían. En la esquina había una castañera. Paráronse. El cojo sacó cuartos del bolsillo, la mujer un pañuelo; compraron, probó el chico y luego siguieron. La mujer agasajó el pañuelo lleno de castañas, como para calentarse las manos con él... Avanzaron..., desaparecieron por una puerta.

Salvador se sintió estremecer de desesperación y envidia. ¡El hombre cojo, el niño, la placentera unión de los tres, los cuartos sacados del bolsillo, los sal-

tos del chico cuando se estaba haciendo el trato con la vendedora, las castañas, el pañuelo, las manos que tenían el pañuelo...! Lastimado por estas insolentes burlas del Destino, juró no volver a pasar por allá.

IX

El hombre cojo entró en su casa, como hemos dicho, y después de un ligero altercado con la familia por saber cuál había de acostarse primero, retiráronse todos. La paz, el orden, el silencio, la quietud se ampararon de todo el ámbito de la vivienda, y bien pronto no hubo en ella un individuo que no durmiese, a excepción de aquel buen señor de la cojera, el cual, despierto en su lecho, daba vueltas a una idea como si la devanase, sacándola del enredado pensamiento al corriente ovillo del discurso.

«Cuanto más cerca veo el día—pensaba—, más indeciso y perplejo me encuentro. ¿Por qué dudo, decídmelo, Virgen Santa del Sagrario, y tú, San Ildefonso bendito? ¿Por qué mi anhelo se ha trocado en vacilación y mi fe en temor de causar gravísimo daño? ¿Qué dices a esto, conciencia pura, qué razones me das? ¿Sale acaso de ti esa voz que siento y que me dice: «Detente, ciego...» Y tú, caviloso Benigno, ¿has notado, por ventura, frialdad en los afectos de ella, arrepentimiento en su voluntad o siquiera desvío? Nada; ella es siempre la misma. Aún me parece más cariñosa, más apegada a mis intereses, más amante, más diligente... Entonces, mentecato, hombre bonísimo y pueril, digno de salir por esas calles con babero y chichonera, ¿por qué vacilas, por q u é temes?... Adelante, y cúmplase mi plan, que tiene algo, ¡barástolis!, algo, sí, de inspiración divina... ¡Ah! Ya vienen los malditos dolores... ¡Todo sea por Dios! ¡Oh! ¿Por qué te me has torcido en el camino del Cielo, oh pierna?...

Las historias están conformes en asegurar que don Benigno, después de decir: «¡Oh pierna!», lanzó un gran suspiro y se durmió como un santo. A la mañana siguiente tenía la cabeza despejada, el humor alegre. Lo primero que leyó cuando le trajeron la *Gaceta* fué el decreto convocando a la nación a Cortes, a la usanza antigua, para jurar a la princesa Isabel por heredera de la Corona de ambos mundos. Esto le dió mucho contento, y viendo la fecha del 20 de junio marcada para aquel notable suceso, dijo así:

—Para entonces ya estaremos casados... Es preciso fijar definitivamente esta fecha, que es mi martirio. Ella dice que cuando yo quiera, y yo digo que la semana que entra, y cuando entra la semana q u e entra, entran, ¡ay!, también mis escrúpulos como un tropel de acreedores, y así estamos y así vivimos.

Parte de sus escrúpulos provenían de sentirse achacoso. No era ya aquel hombre que engañaba al siglo con sus cincuenta y ocho años disimulados por una salud de hierro, por alientos y espíritus dignos de un joven de treinta, con ilusiones y sin vicios. Aquella funesta rotura de la pierna había ocasionado en él pérdida brusca de la juventud que disfrutaba, y se sentía entrar, con paso vacilante y cojo, en una región fría y triste que hasta entonces no había conocido. Con las lluvias primaverales y los cambios de temperatura se le renovaron los dolores, complicándose con pertinaz afección reumática, y el pobre señor estuvo mes y medio sin poder moverse de un sillón.

«¿Apostamos—decía—a que llega también el veinte de junio y se reúnen las Cortes y juran a la princesa, y yo no habré soltado aún este grillete que Dios se ha servido ponerme? ¿Qué presidio es éste? ¿Temes, oh Dios mío, que marche muy aprisa? ¿Esto es, acaso, para bien de mi alma, amenazada de correr demasiado y estrellarse?»

Y ¡qué pesadas habían sido las horas de aquella temporada, que él llamaba su condena, si no las aligerasen con su cariño y con mil solicitudes y ternezas las seis personas que designaba con el dulcísimo nombre de la *sacra familia!* Sola le cuidaba como podría cuidarse a un niño enfermo, y de su cuenta corría todo lo relativo a aquella dichosa pierna averiada, que no se quería componer sino a medias. Diríase que había robado a los ángeles de la medicina el delicado arte del apósito, y sus dedos eran tan conocidos del dolor, que

este los veía cerca de sí sin irritarse. Cumplida esta obligación suprema, la futura esposa del mejor de los hombres se ocupaba de todo lo de la casa con la diligencia de siempre, con más diligencia, si cabe, pues, sin sospecharlo, se había ido acostumbrando a considerarse partícipe de aquel trono doméstico y copropietaria de tan dulces dominios.

Por las noches, la familia se reunía en el comedor, en torno del patriarca claudicante. Doña Cruzita, que se había dedicado a bordar pájaros, despachaba semanalmente una bandada de aquellos preciosos seres, y a veces el comedor parecía una selva americana, porque los había de todos los colores, y además mariposas y florecillas, todo inventado por la señora, que creaba las especies con su rica fantasía; Buffon se vería muy perplejo ante tal maravilla. Este interesante autor era leído algunos ratos en voz alta por uno de los hijos mayores, pues no había lectura más sagrada para don Benigno, después de la de Rousseau; y todos se quedaban pasmados oyendo la magnífica descripción del caballo, la pintura del león o la peregrina industria de los castores. El mismo muchacho, o su hermano, solían leer también las *Gacetas* para dar variedad a los conocimientos y saber lo que pasaba en Hungría, Cracovia o Finlandia. Los sucesos de España eran los que jamás se sabían por *Gacetas* ni papelotes, y era preciso recibirlos por el vehículo del padre Alelí, amigo fiel sobre todos los fieles amigos, cada vez más perturbado de caletre y más difuso de explicaderas. Por él supieron que don Carlos se marchaba a Portugal, haciendo la comedia de que su esposa quería abrazar a don Miguel (otro que tal) y a las infantas portuguesas; pero realmente por no verse en el caso de jurar a Isabelita. El mismo *Tío Engarzacredos* les informó de que en una casa de la calle de Belén había sido sorprendida una Junta carlista y presos todos los que la formaban. Si el interés político de las tertulias corderiles estaba en estas noticias, su amenidad dependía de las gracias y atrevimientos de Juanito Jacobo, que en su media lengua decía más que si la tuviese toda entera, y ya recitara fábulas o romances, ya se despachara a su gusto con frasecillas y observaciones de su propia cosecha, hacía morir de risa a toda la familia, menos cuando le daba por enojarse, hacer pucheros y tirar a la cabeza de su hermano un zapato, libro, palmatoria, tintero o cualquier otro proyectil mortífero.

La tienda había sido traspasada por Cordero a otro comerciante amigo y pariente suyo, y con esto quedó retirado absolutamente del comercio. Su capital, si no muy grande, sólido como el que más, le aseguraba rentas modestas y saneadas. Tenía vastos proyectos de ensanche y mejoramiento en los Cigarrales y no esperaba sino a que aclarase el tiempo para trasladarse allá con toda la familia.

En mayo sintióse tan mejorado de su pierna, que pensó era llegado el momento de poner fin a sus vacilaciones. Era una hermosa tarde. Habían concluido de comer en paz y en gracia de Dios. Don Benigno, dejando que Alelí se durmiera en el sillón del comedor y que Cruzita hiciera lo mismo en su cuarto, envió a los muchachos a la escuela, y llevándose a su cuarto a Sola entabló con ella una conversación de la cual es preciso no perder punto ni coma.

—Querida Sola—le dijo—, tengo que dar a usted explicaciones acerca de un hecho que la habrá sorprendido, y que tal vez (y esto es lo que más siento) habrá lastimado su amor propio.

Sola manifestaba grandísima sorpresa.

—El hecho es que, resueltas desde que estuve en La Granja todas las dificultades que se oponían a nuestro matrimonio, haya aplazado y varias veces desde aquella época un suceso tan lisonjero para mí. Como usted podría sospechar que estos aplazamientos significaban mala gana, frialdad o escaso deseo de ser su marido, y como nada sería más contrario a la verdad que esa sospecha, tengo que explicarme, hija; tengo que revelar ciertos pensamientos íntimos y ciertas cosillas... ¿Me entiende usted?

Con su verbosidad indicaba el héroe estar muy lleno de su asunto, como dicen los oradores, y es probable que desde la noche anterior hubiese preparado en su cabeza y hasta construído algunas de las frases de aquel memorable discurso.

—Pues bien: la causa de esta poca

prisa..., darémosle este nombre, que es el que más le cuadra..., ha sido cierto escrúpulo que me ha asaltado, cierto temor de que nuestro matrimonio hiciera a usted desgraciada en vez de hacerla feliz, como es mi deseo.

—¡Desgraciada!—exclamó Sola, recibiendo aquella idea como una ofensa.

—¡Oh!, no apresurarse..., falta mucho que decir. Estos escrúpulos y temores no se refieren a cosa alguna que pueda menoscabar los extraordinarios méritos de la que elegí por esposa; son cosa pura y exclusivamente mía. Ha llegado el momento de hablar con absoluta franqueza y de no ocultar idea alguna, por penosa que sea para mí. Pues bien: hay una persona, un hombre, hija mía, que la aprecia a usted en lo mucho que vale, que la conoce a usted desde su niñez, que la ha protegido, que la quiere, que la ama; hombre que tal vez, ¿por qué no?, es amado de usted... ¡Ah!, querida Sola, hija mía, me parece que he puesto el dedo en una llaga antigua de ese corazón sin par, hecho a resistir y padecer como ninguno... En su cara de usted veo...

Ella se había quedado pálida cual si tuviese por rostro una máscara de cera, y miraba a su delantal, cuya punta tenía entre los dedos.

—Esa palidez—dijo don Benigno, conmovido—no indica en manera alguna que usted tenga que arrepentirse de nada, pues no se trata de faltas: indica que yo he despertado un sentimiento que dormía, ¿no es verdad?

La palidez de Sola se disipó como un velo que se rasga dejando ver la claridad que encubre, y así fué, por modo parecido al brusco descorrer de una cortina, como se encendió en ella un rubor vivísimo. Echándose a llorar, murmuró estas palabras:

—Es verdad, sí, señor. Es usted más bueno que los ángeles.

El de Boteros estuvo callado un mediano rato, contemplándola.

—Pero yo no he faltado, yo no he mentido...—balbució doña *Sola y Monda* entre suspiro y suspiro—. Lo que usted dice, muerto estaba y enterrado en mi corazón para no resucitar jamás.

—Lo sé, lo sé—dijo Cordero, no menos turbado que su amiga—. ¡Oh!, la voz aquella, la voz aquella blanda y un poco triste que hablaba aquí en mi conciencia, ¡qué bien me lo decía! Pues oiga usted todo. En este tiempo que se ha pasado desde que vine de La Granja se puede decir que no he vivido sino para pensar en esto y hacer comparaciones. Sí; he vivido comparándome, querida hija; he vivido atormentado por un análisis comparativo de las cualidades que creo tener y las que reúne el hombre a quien usted conoce mejor que yo, resultando que él es extraordinariamente superior a mí.

—¡Oh!, no, cien veces no—replicó Sola con energía—. Es todo lo contrario.

—No violentemos la naturaleza, hija mía; no violentemos tampoco la lógica. Concedo que en honradez y en prendas morales no me aventaja, si bien no hay motivo para no reconocer que me iguala; pero, en cambio, ¡qué superioridad tan grande la suya en el exterior y los atractivos de la persona!... Las cosas, claritas..., ¿eh?... ¿Por qué no se ha de decir que él es un hombre que cautiva, un hombre que despierta simpatías en todo aquel que le trata, mientras yo...?

—Usted también, usted también—dijo Sola prontamente.

Don Benigno movió la cabeza con triste ademán.

—No violentemos la naturaleza, querida; no violentemos la lógica—repitió—. Concedo que no sea yo enteramente antipático; pero usted, que siente y discurre muy bien, podrá decir si hay nada en la persona y en el alma de un viejo que pueda competir con la juventud, con el rostro alegre y expresivo de un hombre sano, en la plenitud de sus afectos, de su fuerza, de su vida toda.

—Según como se mire, según como se mire—dijo Sola, arrebatada de compasión por su amigo y anhelante de concederle todas las ventajas.

—¡Oh!—exclamó don Benigno, sonriendo—. Por más que usted se empeñe en echarme flores, no conseguirá que yo me enfatúe ni que me obceque hasta el punto de no ver claramente lo que soy. La vejez tiene sus preeminencias, tiene hasta sus bellezas; pero estas preeminencias y estas bellezas no son de gran valor para el caso de que tratamos. Yo me conozco bien; no me doy ni me quito ni un adarme de lo que

realmente peso, puesto en la balanza del matrimonio; creo que no carezco de algunas cualidades que me harían apreciar y respetar y aun amar de una mujer joven; pero la comparación con otro me revela mis años, que no son floja cuenta para el caso; me revela mis achaques, que se han iniciado precisamente ahora como un aviso, como una advertencia que Dios me hace por conducto de la Naturaleza. En fin, querida mía, si se tratara de cualquier extraño, de cualquier advenedizo que en esta ocasión se presentase, ni por el pensamiento me pasaría que usted pudiera preferirle a mí; pero, ¡ay!, se trata de una antigua amistad, de un cariño antiguo en él y antiguo en usted... Usted me lo ha revelado, diciéndome con el acento más noble y leal: «Es verdad, es verdad.»

—Es cierto—replicó Sola—; y ahora, para que no quede en mi corazón ni un fondo siquiera de los secretos que ha guardado en él por tantísimo tiempo, voy a confesarme con usted... Delante de un sacerdote, delante de Dios mismo no sería más sincera, créamelo usted... Si antes no hablé de esto, fué porque yo quería considerarlo como cosa muerta y sepultada. Creía que mientras más lo callara y menos lo pensara, mayor sería el olvido, y no me atrevía a confesarlo por temor de que con la confesión renaciera y me atormentara otra vez.

Se había sentado en una silla baja; sus brazos tocaban las venerables rodillas del héroe. Quien no la viera de cerca creería que estaba de hinojos.

—Mucha parte de lo que usted ha callado con tanto afán, por su empeño de echar tierra y más tierra sobre un sentimiento desgraciado—dijo Cordero—, me lo reveló él mismo.

—Habrá dicho a usted que me recogió a la muerte de mi padre, poniéndome al amparo de su madre y mirándome como a hermana. Si se jactó de sus beneficios hizo bien, porque éstos fueron grandes en aquella época.

—No se jactó. Adelante.

—Diría también que yo le cuidaba como una hermana y le servía como una esclava. Su voluntad me parecía una cosa de que no se podía dudar; sus palabras, como el Evangelio.

—¿Y él?...

—Me trataba con consideración; pero...

—¿No tenía a usted más cariño que el de hermano?

—Ninguno más; pero aquel cariño me consolaba en mi tristeza.

—Tengo idea de que fué bastante calavera y que tuvo amores con algunas... Pero ¿a usted jamás...?

—Jamás—dijo Sola ingenuamente—; quería a otras mujeres; pero a mí no me quería.

Don Benigno se sonrió.

—Pero usted—dijo—, ¿le quería desde entonces?...

—Me da vergüenza decirlo—replicó Sola—, por el desairado papel que hice; pero, puesta a confesar, no oculto nada. Le quería, sí, muchísimo.

—¿Cómo?

—Todo lo que se puede querer a una persona—dijo ella, inclinando la cabeza, que le pesaba, sin duda, por una extraordinaria aglomeración de recuerdos.

Cordero sintió un nudo en su garganta. Necesitó tragar algo para quitar aquel estorbo y poder decir:

—Y ¿siempre lo mismo?

—Siempre le quería lo mismo y no pensaba más que en él, a todas horas, dormida y despierta.

—Y ¿cuando estaba ausente?

—Le quería más.

—Y ¿cuando volvía?

—Más. Era una cosa superior a mí, una especie de enfermedad o desgracia que me enviaba Dios.

—¿No procuró usted librarse de ese tormento pensando en otro?

—¡En otro hombre!—exclamó Sola, como horrorizada—. Eso no, eso era imposible... Lo que yo sentía, aquel tormento mío me era necesario para vivir, como el aire y la luz.

—¿Nunca le demostró usted con acciones y palabras la grandísima afición que le tenía?

—¡Oh!, no... A veces hacía yo proyectos disparatados y me imaginaba no sé qué medios para hacérselo comprender; pero luego me daba mucha vergüenza.

—¡Qué horroroso tormento! ¡Qué agonía!

—Casi siempre, sí; pero a veces era feliz.

—¿Cómo, criatura?

—Pensando tonterías..., y echándome a discurrir que de pronto se le antojaba quererme como yo le quería a él.

—¡Oh!, barástolis—exclamó don Benigno, cerrando el puño amenazador—, por vida de... Estoy indignado contra ese hombre, y bien merecía que usted le despreciara... Si usted viene a mí entonces y me cuenta lo que le pasa, como me lo cuenta ahora, juro a usted que voy derecho a ese hombre, y le cojo, y le digo: «Oiga usted, caballero...»

Sola no pudo menos de reír un poco, y dijo:

—No tenía usted más que hacerle daño para ser mi mayor enemigo. Pues sí..., que lo tomaba yo con poco tesón... Ahora comprendo que era muy extremada y que yo misma me recalentaba la imaginación noche y día, como cuando se echa leña en un fuego que se teme ver apagado. Como no había nadie a quien yo pudiera contar tales cosas, me las contaba a mí misma. Yo me consolaba diciéndome tonterías y resignándome, pues las muchas desgracias que he tenido desde niña y el verme siempre privada de todo lo que más he querido, me acostumbraron a tener mucha paciencia, muchísima. Es un consuelo un poco triste este de la paciencia; pero usándolo mucho, concluye uno por quererle y familiarizarse con él... Yo tenía... hasta mis alegrías, sí, señor, alegrías a mi modo; ¡pues qué sería de nuestra alma si no tuviese medios de sacar alguna vez de sí misma lo que los de fuera no quieren darle!... En fin, señor, así iba pasando el tiempo, pasando, él ausente, yo sin esperanza. Me parece que los días eran como unos velos que se corrían despacio, uno sobre otro, y estos velos caían sobre mi memoria y poco a poco iban apagando y oscureciendo lo que en ella había. Al cabo de cierto tiempo empecé a verle..., así como entre brumas, lejos, y con las ocupaciones, todo lo que yo pensaba se interrumpió para dar lugar a otras cosas. A veces perdía bruscamente el terreno ganado, quiero decir que por causa de algún sueño, de alguna conversación que me recordaba las cosas pasadas, o por nada, por simpleza mía, volvía a sentirme atormentadísima y me parecía tenerle delante y oírle, ¡siempre tan cariñoso, siempre tan bueno, pero siempre hermano!... En fin, aquellas recaídas..., porque eran como la recaída de una enfermedad..., pasaban también. Yo sentía que iba cayendo tierra sobre aquello, y si he de decir verdad, yo la echaba también a puñados, unas veces rezando, otras trabajando en demasía... ¡Ay!, al fin me encontré triunfante, y si pudiera valerme de una expresión rara...

—A ver, diga usted esa expresión rara, querida sepulturera.

—Pues diré que últimamente me paseaba sobre el grandísimo montón de tierra que yo había echado sobre aquellas penas sepultadas... Algunas veces no iba segura, porque me parecía que sentía moverse debajo de mis pies la tierra..., pero yo, valiente como debía serlo, daba golpes con los pies y todo se quedaba entonces quieto... ¿Ve usted qué pamplinas?...

—Siga usted—indicó Cordero, con la voz entrecortada—. Estoy lelo de admiración.

—Pues en estas y otras cosas, llegué a tener conocimiento con una persona que me manifestó tanto interés, tanta consideración..., Yo no sabía cómo pagarle, y decía: «Es una desgracia para mí no tener algo de gran valor que ofrecer a este hombre generoso.» ¡Qué lejos estaba yo entonces de suponer que mi hombre generoso, mi segundo padre, había de querer cobrarse sus beneficios de un modo que me obligaba más a la gratitud! Yo trabajaba en su casa. Hubiera deseado que se multiplicaran las obligaciones para poder esclavizarme más. Yo comprendí... Dios y mis desgracias me han dado alguna penetración... Comprendí que mi buen amigo había encontrado en esta pobre algunos méritos personales, y no estaba conforme con que yo fuera su criada, ni su pupila, ni tampoco su hija; quería llevar su generosidad hasta un extremo tal... El agradecimiento llenaba mi corazón: ¡qué regocijo me causa el agradecer y el pagar, aunque sea con poco!... Yo acepté entonces los favores de mi protector y me dije que debía hacer todo lo posible por merecer el bien inmenso que aquel hombre quería hacerme. ¡Ay!, cómo luché entonces por arrancarme lo que aún restaba de lo pasado... Aún quedaba algo: negarlo sería mentir. Mi buen protector se

apoderaba de mi alma de una manera dulce y lenta. Llegué a acostumbrarme a su compañía de tal modo, que si ésta me faltara faltaríame lo principal de la vida. La idea de ser su mujer se clavó en mí, echó raíces, y me prometí entonces a él sin escrúpulo y con la conciencia serena. Mi corazón, reconquistado por mí, podía ser ofrecido a quien mejor que nadie lo merecía. ¿Qué mejor dueño podía desear que aquel hombre sin igual, por quien sentí, además de la gratitud, un afecto tan grande, tan grande que no sé cómo expresarlo?

Don Benigno hacía los imposibles por impedir que las lágrimas corrieran de sus ojos, y ya miraba al lecho, sin dejar de atender con toda su alma a lo que Sola decía; ya estiraba los músculos de su cara; ya, en fin, ponía diques al llanto queriendo convertirlo en benévola risa. Por último, pudo más su emoción que su dignidad y se llevó la mano a los ojos.

—Reconozco con mucho gusto, con muchísimo gusto—dijo, hablando con turbación, pero sin llanto—, que al aceptar usted mis ofrecimientos lo ha hecho con lealtad..., sí, señora mía, lo reconozco..., estoy agradecido..., yo no valgo nada...; reconozco que usted, al responder afirmativamente a mis ruegos, echó el último puñado de tierra sobre un pasado triste; me ofreció su cariño y me consagró su persona toda, su porvenir... Yo lo agradezco...; pero, pero... luego cambiaron las cosas: se presentó a usted de improviso aquel sobre quien había caído tanta, tantísima tierra...

—No—dijo Sola enérgicamente, levantándose—. Nada puede alterar mi resolución. Cuando apareció, yo no me pertenecía. Me considero tan ligada por mi palabra antes como después de aquella visita, y no debo, ni quiero..., ni quiero, repito, volver atrás.

—No es posible que la presencia de ese señor le fuera a usted indiferente.

—Indiferente, no; pero quien tanto ha luchado y tanto ha vencido, no podía de ningún modo comprometer su victoria. Soy ahora la misma que cuando fuí por primera vez a los Cigarrales a pasar los mejores días de mi vida... La menor duda de usted sobre esto sería para mí una ofensa. Soy toda, en cuerpo y alma, del que miró a esta huérfana sola y abandonada y tuvo la incomparable generosidad de querer hacerla su señora.

La actitud firme de Sola, la energía y la lealtad que en su semblante se pintaban, como la expresión más propia y adecuada de su alma hermosísima, tenían al buen Cordero sobrecogido de admiración, de gratitud, de entusiasmo, de amor.

—Una sola palabra—añadió—, una sola pregunta quiero hacer. Lo que usted diga será para mí como declaración bajada del Cielo y lo creeré como se cree en Dios... Una palabrita nada más. Somos dos, dos hombres: el uno joven, lleno de vida y salud, de inmejorable presencia, despejado, rico, honrado, con innumerables prendas que aumentará la imaginación de la que tanto supo amarle de niña; el otro, viejo, enfermo, pesado...

—¡Pesado, no!—gritó Sola, protestando con calor.

—Bueno; quitemos lo de pesado..., enfermo, feo...

—En los hombres no hay fealdad.

—Enfermo—prosiguió Cordero contando por los dedos—; poco agraciado: corto de vista; honrado sí, como el primero; de buen corazón... En fin, voy al objeto. Los dos quieren casarse con una tal Sola, y esto parece fin de comedia. Una palabra de la dama va a decidir la cuestión: ¿a cuál de los dos quiere por marido?

¡Oh, quién tuviera pincel para pintar aquel destello de verdad suprema que brilló en los ojos de Sola, aquel gesto de heroína con que llevó la mano al pecho y elevó al cielo los ojos, bella por la verdad, sublime por lo que de abnegación había en el fondo de aquella verdad! Nadie podría expresar el acento suyo cuando pronunció estas palabras:

—¡Como Dios es mi Padre celestial, así es verdad que quiero casarme con el viejo!

Don Benigno no la había abrazado nunca. Aquel día la abrazó por primera vez, y aquel abrazo bien valía por mil.

X

Contaba el padre Aleli, historiador desmemoriado y chocho, que aquella noche estuvo don Benigno durante seis horas seguidas sin moverse de su asiento, los ojos fijos en las puntas de los pies, y el puño en la mejilla; y tal fué, añade, la duración de su éxtasis, cavilación o modorra, que al dejar aquella actitud tenía marcadas las coyunturas en los rojos mofletes de su cara, y el codo había dejado un hoyo profundísimo en el cojinete del brazo del sillón. Pero nuestro buen criterio no nos permite admitir ciegamente esta versión, y así reducimos a tres las seis horas de que habla Alelí, el cual, como Herodoto, era muy inclinado a exagerar y dar proporciones a lo que veía: Aún sería mejor reducir a una hora nada más el plazo de aquella perplejidad de nuestro querido señor, y así lo haremos. Conste, pues, que meditó largo rato, y que después apareció como ensimismado y lleno de confusiones. ¿No se habían disipado sus recelos? Sin duda no.

Al día siguiente, muy temprano, después de un sueño ni profundo ni largo, se levantó, y despachando a toda prisa el desayuno, salió y fué derecho en busca de un sujeto que vivía en la calle del duque de Alba, junto a don Felicísimo. Aquél era día de mala suerte para el de Boteros, porque el individuo a quien buscaba había salido más temprano que de costumbre, dejando dicho a sus criados que no le esperaran en todo el día.

—¡Barástolis y más que barástolis!, ya podía haber esperado un poco.

—Si llega usted cinco minutos antes —dijo el criado—le encuentra bajando la escalera.

—Cinco minutos... Y ¿cómo había de llegar cinco minutos antes, hombre de Dios? ¿No ve usted que soy cojo?... ¿No lo ve usted?

—No se incomode usted, caballero.

—¡Malaventurados los cojos—dijo el héroe para sí con tristeza—, porque ellos llegarán siempre tarde!

El señor a quien don Benigno buscaba con tanto empeño no estaba lejos de su casa. Si Cordero, en vez de retroceder hacia la Merced y calle de Carretas, hubiera seguido hacia San Millán y la calle de los Estudios, le habría de seguro hallado. Estaba frente a una puerta de la citada calle, con la vista fija en un hombre y en un caldero, en una mesilla forrada de latón, en un enorme perol de masa y en un gancho. En el caldero, que era grandísimo, ventrudo y negro, hervía un mediano mar amarillo con burbujas que parecían gotas de ámbar bailando sobre una superficie de oro.

Del líquido hirviente salía un chillón murmullo, como el reír de una vieja, y del hogar, profundo son, como el resuello de un demonio. La llama extendía sus lenguas, que más bien parecían manos con dedos de fuego y uñas de humo, las cuales acariciaban la convexidad del cazuelón, y ora se escondían, ora se alargaban resbalando por el hollín. El hombre que estaba junto al cazuelón y sobre él trabajaba, habría pasado en otro país por prestidigitador o por mono, pues sólo estos individuos podrían igualarle en la ligereza de sus brazos y blancura de sus manos. En el espacio de pocos segundos metía la izquierda en el cacharro de la masa; daba en ella un pellizco; sacaba un pedazo, que más parecía piltrafa; estrujaba ligerísimamente aquella piltrafa, haciendo entre sus dedos como un pequeño disco u oblea grande, arrojaba esto al hervidero amarillo, y en el mismo instante, con una varilla agujereaba el disco, haciendo un movimiento circular como quien traza un signo cabalístico. Unos cuantos segundos más, y el disco se llenaba de viento y se convertía en aro. Con un rápido impulso de la varilla echábalo fuera para empezar de nuevo la operación. No será necesario decir que aquellos roscos amarillos, vidriados y tiesos como vejigas, eran buñuelos.

Una mujer flaca, bigotuda, con parches en las sienes, y las cejas como dos parches negros, se ocupaba en poner ordenadamente los buñuelos sobre una tabla, y en espolvorearles azúcar con un cacharrillo de lata, agujereado cual salvadera. La misma mujer de los parches era quien vendía, cuando alguien compraba, ensartando las docenas de buñuelos en juncos verdes que a la mano tenía.

El prestidigitador buñuelista era un hombre pequeño, antipático, tirando a viejo. Sudaba tanto con aquel continuo y fatigoso ejercicio, que su cara pare-

cía haber estado en remojo poco antes. Para entretener el fastidio canturriaba esta copla:

Reinará don Carlos
con la Inquisición,
cuando la naranja
se vuelva limón.

Salvador reconoció la puerta de la casa que buscaba, y acercándose, preguntó si vivía allí el señor Pedro López, por otro nombre *Tablas*. Mientras el hombre se limpiaba el sudor, la hembra de los parches contestó que sí. La tiendecita ahumada donde estaba el puesto de buñuelos y aguardiente comunicábase con una lonja grande y espaciosa, donde había espléndido comercio de carne y salchichería. Ambos establecimientos eran, al parecer, de un mismo dueño: el pequeño tenía una puerta a la calle, y el grande dos.

—Es en la tienda de al lado—dijo el buñolero sin urbanidad—; pero se puede entrar por aquí. Pase usted, caballero... Señá Nazaria, aquí preguntan por usted.

Cuando la naranja
se vuelva limón.

Salvador penetró en la gran tienda donde podía admirarse todo lo más hermoso y rico que producen las industrias de Montánchez y Candelario, y si no hubiera freno para las comparaciones, si todo lo visible pudiese entrar en el dominio del arte metafórico, bien podría llamarse a aquello el palacio de las morcillas o el templo del jamón. Además de la extraordinaria abundancia del *género*, cautivaba en tal sitio el buen orden y, si se quiere, la elegancia con que todo estaba colocado, mostrando que había allí buen ojo y buena mano para que lo destinado a complacer al estómago embelesase primero a la vista. El techo era un portento, pues no parecía sino la convexidad de admirable gruta adornada de estalactitas, de corales, madréporas, y de aquellas raras especies del reino vegetal que con el mineral se confunden. Fijándose en los jamones que colgaban de un barrote de hierro y en las oscuras morcillas que los acompañaban, no se podía menos de pensar en algún inmenso árbol de Jauja, que había metido allí una de sus ramas, completamente llena de gigantescas frutas, tan sabrosas como picantes. En graciosas cenefas y en madejas ondeadas pendían las salchichas rojas como el pimiento, de quien tomaban su afectado colorete, y las sartas de chorizos se entremezclaban con los perniles, acariciándolos suavemente con su piel crasosa. Por una columna abajo descendían en cuelga millares de salchichones, los unos vestidos con coraza de plata, los otros desnudos y tiesos como garrotes, en tal número, que con ellos se podría armar un ejército, si los ejércitos se batieran a cachiporrazos. En el mostrador, de pintada tabla, estaba el peso de metal amarillo, que como el más fino oro de Arabia relucía, y de unos ganchos, que traían a la memoria las horcas alzadas por Chaperón en la vecina plazuela, colgaban las orondas reses puestas al despacho. Allí era de ver la hercúlea fiereza con que un fornido mocetón manejaba el hacha sobre el tajo, haciendo trizas a la víctima: un inocente carnero manchego, o benemérita vaca de la sierra de Gredos. Insensible verdugo, había en él también algo de la estricta equidad de quien cumple justicias superiores, porque cortaba los pedazos conforme al peso pedido, y era muy comedido de huesos y escrupuloso de piltrafas. El tajo era quizá el único objeto que desdecía del conjunto ordenado y hasta bonito de la tienda. ¿Quién nos asegura que no salió del mismo tronco de donde sacaron el que sirvió para hacer justicia a los comuneros? Cuando nuestro buen amigo Monsalud le miraba, las edades ominosas acudían a su mente, y con ellas la imagen de los terribles escarmientos aplicados al hombre por el hombre. Las rayas trazadas sobre el madero por el filo del hacha le parecían una página histórica.

Las pesas subían y bajaban golpeando el mostrador duro, y de mano en mano iba pasando el sustento de todo el barrio, aquí pobre y esquilmado, allá rico y sustancioso. Sobre la tabla caía una lluvia de cuartos negros manchados de verde, y con la música que éstos hacían se concordaba el choque de las medias libras y onzas de cobre sobre el platillo. La aguja de la balanza oscilaba constantemente como un péndulo invertido. Cuando se distribuía una res, dividiéndose en innumerables pedazos destinados a tan diversas necesidades humanas,

se descolgaba otra. Tan continuado rasgar de fibras y estallido de huesos causaría horror a los que no lo presenciaran todos los días. Entre el murmullo se oía: «Señá Nazaria, péseme bien, que soy parroquiana... Señá Nazaria, córteme pierna de abajo... Señá Nazaria, tenga conciencia y vea que eso es cordilla para los gatos... Señá Nazaria, el solomillo limpio y mondo o no cobrado... Señá Nazaria, tenga conciencia en las chuletas.»

Y señá Nazaria atendía a todos los términos de esta barahunda, demostrando actividad pasmosa, inteligencia múltiple y compleja. Al talento para distribuir unía la grandeza de alma para conceder siempre un poco más del peso. No era cicatera; pero cuando se creía engañada en el dinero, hacía justicia pronta y seca. En cierta ocasión agarró un moño como se podría coger una fruta; tiró de él y una copiosa cabellera negra se le quedó en la mano, por lo que se dijo que en sus grandezas imitaba a Julio César, y en su modo de guerrear, a los salvajes. Era una mujer alta y gorda, no tan gorda que llegara a ser repugnante, sino llena, redondeada y bien compartida. Si era verdad que parecía haber absorbido parte considerable de la infinita sustancia que en la tierra existe, también lo es que conservaba mucha ligereza en todo su cuerpo, y que no le pesaban las mantecas. Era su rostro de admirable blancura, sus ojos garzos y negros, su nariz basta y respingada, abierta descaradamente al aire, como gran ventana necesaria a la respiración de un grande y profundo edificio. El chorro de viento que entraba por aquella nariz, modelada para el desparpajo, imponía miedo a los espectadores de su cólera.

Lucía Nazaria enormes amatistas montadas en pendientes de filigrana como relicarios: llevaba, pues, en cada oreja el pectoral de un obispo. Sus manos eran bonitas y gordezuelas, y los anillos que de antiguo llevaba no se le podían sacar, porque su carne había crecido y el oro no. Tenía treinta y tantos años, y era viuda de un opulento negociante de Candelario.

Por qué la llamaban *Pimentosa* es cosa que no se sabe; pero algunos decían que picaba mucho y levantaba ampolla a la manera de guindilla. Era cosa de ir a la tienda sólo por verla despachar. También era prestidigitadora como el de los buñuelos, y parecía que se le multiplicaban milagrosamente las manos para coger, pesar, cobrar, contar y devolver, todo sin dejar de charlar ni un solo momento. Enormes calderos de manteca blanca como espuma ocupaban un extremo del mostrador, y era bonito ver resbalando por aquellas blanduras de grasa las esmeraldas y los diamantes clavados en los dedos de Nazaria. Otras veces aquellos dedos, en sangre tintos, ocupábanse en usos industriales del género de Candelario; pero pronto recobraban su belleza revolcándose en espuma de jabón y estrujándose en agua hasta quedar limpios como el oro y finos como la seda. Así y todo, se pirraban por dar una bofetada.

XI

—¿Qué se le ofrecía a usted, caballero?

—¿Está ese señor *Tablas?*

—Perico, querrá usted decir. Esta no es hora.

—Eso es, don Pedro López.

—No tan arriba. Pique más abajo.

—¿Se le puede ver, sí o no?

—Creo que está durmiendo. Suba usté... Eh, tú, Rumalda..., ve con este caballero... Di a Perico que si no tiene vergüenza de dormir a estas horas.

Romualda era una mujercita encanijada y vestida de harapos, que en la tienda inmediata ayudaba a la mujer de los parches a ensartar buñuelos. La fisonomía de Romualda estaba de tal manera desvirtuada por la palidez y por la suciedad, que no se podía decir si era fea o bonita. Igual dificultad había para declararla niña o mujer, y así, lo menos expuesto a equivocaciones será decir que no tenía edad ninguna.

El fenómeno (pues no de otro modo era llamada en el barrio) echó a andar delante de Salvador para guiarle. Pero como el fenómeno cojeaba, ninguno de los dos podía ir aprisa. Tardaron algunos minutos en vencer la escalera, cuya tortuosidad igualaba a las oscuras revueltas de la conciencia de un asesino. Por decir algo durante el fastidio de tan penosa ascensión, Salvador preguntó a

su compañera si era de la familia del señor *Tablas*.

—Es mi padre—replicó la cojuela.

—Pues no lo parece—dijo el caballero—. El señor *Tablas* y la señora Nazaria están, según parece, en muy buena posición.

El fenómeno no dijo nada y siguió subiendo. Parecía subir con un solo pie. Al llegar arriba detúvose para tomar aliento. Sin duda, no respiraba más que con un pulmón.

—¿Se ha cansado usted, caballero?

—No tal..., piso tercero. La escalera no es larga, y se subiría bien si no fuese tan oscura... Tú sí estás cansada. ¿Cuántas veces al día subes?

El fenómeno se quedó pensando. Por último, dijo:

—Unas sesenta veces.

—Es buena renta, hija. Tres mil escalones diarios.

—Con poco más, al Cielo.

Romualda no dijo más, y entrando en la casa despertó a Pedro López, que dormía como un canto. Desde la sala en que esperaba, entretenido en contemplar las estampas de santos y toreros que cubrían las paredes, oyó Salvador los gruñidos del atleta al ser arrancado de su dulce sueño por la mano áspera y aceitosa del fenómeno. Oyó después imprecaciones y desperezos, y luego una ronquísima voz que decía:

—Baja a la tienda y tráeme los cigarros que dejé en el cajón grande del mostrador.

Poco después *Tablas* y Salvador se saludaban en la sala. Hablaron con interés un largo rato, y al fin dijo López:

—Vámonos al café, y almorzando trataremos de eso despacito. Aquí no se puede hablar de nada. Nazaria es muy recuriosa, y todo lo quiere saber.

Se fueron. En la escalera hallaron al fenómeno, que después de haber subido para llevar los cigarros al señor *Tablas*, volvía a subir (¡oh Cristo de la cruz a cuestas!) en busca de la sal para un huevo frito que se estaba comiendo la señora Nazaria.

Se comprenderá, por este último y no insignificante detalle, que la hermosa carnicera había concluído el despacho de la mañana. Al fin, podía gozar algún descanso después de aquella espantosa brega de cortar, pesar, cobrar y devolver, y en el rescoldo de la buñolería le aderezaba la de los parches un ligero almuerzo. Detrás del mostrador ponía su mesa Nazaria; se lavaba manos y brazos hasta el codo; quitábase aquel horrible mandil que le sirviera poco antes, y acompañada de alguna discreta amiga que de la próxima tienda de lienzos venía, o de la mujer del vinatero, restauraba sus fuerzas. Después solía tomar una almohadilla con algo de costura, y a cada instante volvía la cabeza hacia la otra tienda para decir: «Rumalda, sube y tráeme el dedal...» Más tarde: «Rumalda, la seda negra que está en mi costurero...»

En la buñolería, que a eso de las diez apagó sus fuegos, estaba la de los parches al frente de sus menguados despachillos de escarola, perejil y lechugas. Romualda se comía un pedazo de pan, engañado con los restos del almuerzo de Nazaria.

—Rumalda—dija ésta, después de mediodía—, sube y dile a Petrilla que me ponga las perdices.

Y media hora después, Romualda subió a preguntar si estaba la comida. Siendo negativa la respuesta, volvió a subir para dar prisa; y cuando Nazaria se remontó despacio a su alojamiento para comer y dormir la siesta, el fenómeno bajó a buscar las tijeras que en la tienda se habían quedado, y más tarde a decir al cortador que cerrara, y luego fué por aceite a la lonja de la esquina.

La *Pimentosa* comió abundantemente, como solía hacerlo, y antes de dormir la siesta mandó al fenómeno que bajase para ver si *Tablas* estaba en la taberna de la calle de las Maldonadas. Malísimo humor tenía la señora por aquella tardanza de su hombre, aunque acostumbrada estaba a tales ausencias y a otras mayores. Del mal humor pasó a la furia, y después de poner como ropa de pascuas a Petrilla, a la mujer de los parches, al cortador, al lucero del alba, al preste Juan de las Indias, al rey David, miró a Romualda con dictatorial ceño.

—¿Y tú qué haces ahí, holgazana? ¿En dónde está la media?

El fenómeno respondió temblando que la media estaba abajo... ¿Pues dónde había de estar?

—Pues correndito por ella.

Y se echó a dormir. Después de la siesta recibió varias visitas; a saber: el

respetable vinatero, que venía con importantísimos chismes de la vecindad; la inquilina del segundo, que era prestamista, con más conchas que un galápago y más dinero que la Real Hacienda; una criada de la señora de don Pedro Rey, que vino a traer recados de su ama (pues Nazaria era hija de una antigua sirvienta de los Rey), y el padre Carantoña, de la Orden de Predicadores, que algunas veces solía ir a la casa para llevarse una cestilla repleta de ricos chorizos y butifarras, con otras vituallas de consideración.

—Padre Carantoña—dijo Nazaria al despedir al fraile—, hágame un favor: si ve a Rumaldilla en la tienda o jugando en la calle, dígale que suba.

Aquella tarde sintióse la insigne carnicera bastante molestada de la dispepsia que padecía. Hallábase en disposición de abofetear a todo el género humano, porque las malas digestiones exacerbaban su carácter agrio y despótico. Desconfiando de los médicos, sólo se aplicaba remedios que llamaremos populares, recomendados por las comadres de la vecindad, los unos del orden supersticioso, los otros del género terapéutico familiar; y como se los administraba todos a la vez e *in solidum*, sin criterio, sin tino, la buena mujer estaba cada día peor. Por eso, aquella tarde se oyeron muchas veces sus vehementes gritos de mando: «Rumalda, a la botica. Rumalda, a casa de la tía Pistacha..., que te dé aquellos polvos...»

En estos y otros lances, recibió una visita altamente honrosa. La sala se llenó de negro; quiero decir que entró en ella el padre Gracián, acompañado de otro clérigo, no tan grande como su reverencia, pero también bastante talludo. El padre Gracián era bien recibido en una y otra parte, y muy querido del vecindario de Madrid, porque a todas las casas que se honraban con su presencia, y eran muchas (aunque él no pecaba de pedigüeño ni de entremetido, como algunos individuos monacales), llevaba siempre una misión desinteresada y evangélica. El palacio del rico y el cuarto numerado del pobre abrían con igual amor sus puertas a aquel enemigo del escándalo, a aquel trabajador incansable de la viña del Señor, a aquel guerrero de la moral cristiana, a aquel perseguidor de las malas costumbres. Hacía la propaganda de los matrimonios leales y bien acordados, de las familias pacíficas; llevaba por todas partes el pabellón de las reconciliaciones y de la paz; perseguía sin tregua las irregularidades, los odios domésticos, los amancebamientos, los desórdenes, y su mayor gloria era encarrilar un marido extraviado, enderezar una esposa torcida traer un hijo pródigo, ablandar a un padre cruel. No abandonaba ni un punto su arriesgado puesto de combate enfrente de las baterías de Satanás, y expo a su noble pecho a las burlas, a las injurias, a la mala interpretación, con tal de defender el baluarte de Cristo en que asentaba su planta, y no dejarse quitar un palmo de terreno, sino antes bien, ganar al pecado palmos, varas y leguas.

La *Pimentosa* se turbó al verle entrar. Ella, que no respetaba nada en el mundo, respetaba al clérigo por un sentimiento natural adquirido desde la cuna, y si se quiere, mamado con la leche. Ofreció su silla al padre y otra al hermano que acompañaba al padre.

—No, no me siento—dijo con áspera voz Gracián, blandiendo su sombrero de teja, como si fuera un montante para cortar cabezas—; nos vamos en seguida. Yo no vengo aquí, como el padre Carantoña, a tomar chocolate y a recibir morcillas: vengo a arrojar una semilla fructífera en este erial; vengo a arrojar una palabra en este desierto, con esperanza de que alguna vez sea oída... Me intereso por vosotros porque sois pecadores. El sano no necesita de médico; el leproso, sí. Conocí a la señora Nazaria en casa de don Pedro Rey, y allí supe su mala vida. Conocí a López en casa de don Felicísimo, y allí supe su extravío. Pues bien: aquí vengo hoy con el mismo fin que me trajo la semana pasada; vengo a deciros: «Casaos, casaos, casaos, que estáis perdiendo vuestras almas y dando mal ejemplo.» Soy misionero de Cristo, apóstol de gentiles, y veo que no es preciso ir al Asia ni al Africa para encontrar salvajes. Aquéllos son mejores que vosotros, porque ellos son nacidos ciegos, y vosotros, que nacisteis con vista, cerráis los ojos a la luz. Vuestra unión ilícita es un pecado mortal para vosotros y un escándalo para los fieles. Casaos, almas de cántaro, y vivid como Dios manda y la sociedad desea.

En la cara de la *Pimentosa* parecían

fluctuar batallando la cólera y el respeto, y con turbada lengua se disculpó así:

—Bueno, ya lo sé... ¡Caramba, qué trompeta de padre!... No soy sorda... Yo bien sé que su reverencia habla con razón. Pero yo me voy a separar de *Tablas;* yo reniego de *Tablas,* que es un holgazán, que me está comiendo lo que gano y lo que heredé de mi difunto.

—Pues separaos, por la Virgen Santísima—dijo Gracián con más suaves modos—. Si él es un borracho, un haragán y un libertino, váyase en hora mala. Ayer le calenté las orejas en casa del señor Carnicero. Pero él no desea romper esta unión ilícita, sino casarse. Tiene buen fondo. Decidid una cosa u otra; estáis llenos de pecados; vivís como fieras, no como cristianos.

—Padre, por amor de Dios—dijo Nazaria, aterrada por las palabras del clérigo—. No me caliente la cabeza. Estoy esta tarde que si me acercan a la lumbre, ardo. El mal que padezco...

—Sí, ya sé que padeces un mal insufrible. ¿Pero de qué proviene ese mal? Proviene de tus infames vicios: de la glotonería primero, de la cólera después y de otros grandes y deplorables pecados. Luego no quieres atenerte a la medicina ni al dictamen de entendidos físicos, sino que te entregas a la superstición. Has de saber que es ultrajar a Dios y a los santos creer que con palitroques pasados por los pies de una imagen se curan las enfermedades, y que el romero guisado al compás de un credo sirve para hacer buen quilo. ¡Error, necedad, irreverencia, sacrilegio!... No veo en esta casa más que escándalo y profanación—añadió colérico, revolviendo sus ojos y mirando las estampas que llenaban las paredes—. ¿Qué significan estos retratos de toreros confundidos con los santos más venerables? ¿Qué significan esas muletas y esos estoques, banderillas y puyas, colocadas en pabellón y como al modo de ofrenda al pie de la Santísima Virgen? ¿Y esa cabeza de toro que tiene pendiente de cada cuerno un Niño Jesús de alcorza?... Mujer escandalosa, hasta en los adornos de esta casa se conoce que reinan aquí la profanación, el escándalo y el vicio.

—Así tenía mi marido la casa—dijo Nazaria, alzando su nariz provocativa, por donde entró un chorro de aire que sonaba a resoplido de fragua.

—Bueno estaría también tu marido—dijo Gracián, con un mohín de desprecio—. Los sentimientos de la gente de esta casa se revelan hasta en lo más insignificante. Pues si fuera a ocuparme de todo lo que hay aquí de reprensible, ¿que diría, señora Nazaria, qué diría de la bárbara crudeza con que es tratada esa pobre niña, o mujer canija, hija del señor *Tablas?*... Vivís como duques, y ella se confunde con los más lastimosos pordioseros. ¿Qué tal? ¿Es esto cristiano, es esto honrado? Pero donde no hay verdadera familia no puede haber sentimientos humanitarios ni caridad. Casaos, casaos, reconciliaos con Dios y con la Iglesia, no me cansaré de decirlo. Si así lo hacéis, después todo se os hará fácil. Salvad vuestra alma, y no contaminéis otras almas que aún están puras. Curaos de vuestro daño, y así ninguno que esté próximo a vosotros se contaminará de él... Os amonesto por tercera vez, y os amonestaré la cuarta y la quinta, porque yo, que he despreciado tantas veces la muerte, ¿qué caso puedo hacer de vuestra resistencia? Nazaria, vuelve en ti, oye mis consejos. Cuando tu corazón dé un grito, corre a la iglesia, no te detengas. Me hallarás en mi confesonario. Adiós.

Sin hacer reverencia alguna, impávido, formidable, como el guerrero que ha cumplido su deber en lo más recio de un combate, salió seguido del hermano. Cuando bajaba la escalera, *Tablas* subía.

XII

Abrió el gigante la puerta de la sala donde su giganta estaba, y antes de entrar echó en redondo una mirada recelosa, bajando la barba al pecho y escondiendo los ojos bajo las negras cejas. La amenazadora expresión de su ceño, la prominencia de su frente abultada y aquel mirar hosco, daban a su cabeza semejanza con la espantable testa del toro jarameño cuando aparece en el circo y reconoce con su mirar de fuego el ansioso público, y parece que él mismo, antes de empezar la lidia, se espanta de la barbarie que se prepara.

La nariz de Nazaria se infló hasta no poder más. En aquellos momentos necesitaba mucho aire. *Tablas* dió algunos

pasos hacia ella, y echándose ambas manos a la estrecha cintura, se meneó a un lado y otro como muñeco de goma, y escupió estas palabras:

—¡Cristo!... Si habré dicho alguna vez que no quiero clerigones en casa... ¿Por qué los has recibido?

Pimentosa echó mano de un abanico y replicó así:

—Porque me ha dado la real gana. En paz.

—En guerra... Si les vuelvo a encontrar..., van a la calle por el balcón... y tú detrás.

—¡Valiente papamoscas! Pero, hombre, no mates tanta gente, que se acaba el mundo.

—¿Qué buscan esos pillos?

—El pillo eres tú..., salvaje. ¡Tanto rezar rosarios en casa de don Felicísimo, y llama pillos a los señores sacerdotes!...

—¿A qué venían?

—A lo que nos ha dado la gana.

—Vamos, vamos—dijo *Tablas* contoneándose otra vez—, que hoy estoy tan bromista, que si me tocan, por cada dedo me sale un tiro.

—Lo que a ti te sale es el aguardiente que has bebido.

—¡Nazaria!...

—Húrgame tanto así, y verás lo que es canela.

—¡Nazaria!...

—¿En dónde has estado hoy? Dilo pronto—gritó la *Pimentosa* hablando a borbotones—. ¿Quién es ese *futraque* que vino a buscarte?

—A ti no te importa eso... Toma varas con los sayos negros y déjame a mí.

—¡Borracho!

—¡Pues y tú!...—exclamó *Tablas*, mascando su cólera—. Vamos, no quiero incomodarme... ¿Por qué has recibido a los clérigos?

—Porque es mi santa voluntad. Soy reina de mi casa.

—Reinita nada menos.

Tablas miró a un palo que en el rincón de la sala había, y que sin duda iba a intervenir como tercer personaje en aquella escena.

—Sí, reina soy y ama de todo—bramó Nazaria pálida y furiosa, extendiendo los brazos—. Mío es el pan que comes, mía la ropa que vistes, mío el tabaco que fumas, y mías las copas, las copas....

No pudo decir más porque la ahogó la tos. Su abultado seno trepidaba saltando como vejiga de payaso.

—Todo es de la señora, ja, ja...—dijo grotescamente López, queriendo tornar en burlas afirmación que tanto le humillaba—. Después hablaremos de eso; pero ahora, dígame la reina por qué estaban aquí otra vez los sacripantes negros.

—Porque yo les llamé, ¿estamos?..., porque me gusta el sermón y quise dar para las ánimas.

—*¡Anima mea!*... Cristo... ¡Conque hay *pedriques* en mi casa!... Pues mira, te voy a dar la *Extrema*. ¿No te pide el cuerpo *hinsopo*?... Pues verás.

Volvió a mirar el palo, que ya estaba, como si dijéramos, al paño, esperando el momento de salir a la escena.

—Ladrón, si te mueves, te como...—gritó Nazaria, en voz tan imponente, que *Tablas*, ya en camino de traer al tercer personaje, se detuvo en medio de la sala—. Ponte en la puerta de la calle ahora mismo, holgazán, gorrón, que el pan que me has comido mejor habría sido echarlo a los perros... ¿Pues no te contentas con gastarme mi dinero y arruinarme la casa, sino que me amenazas?... ¡Por vida del arpa del tío David, yo tenía más dinero y más *comenencia* que cuatro reyes, y tú me has llenado de trampas! Por ti y tus vicios estoy empeñada en más miles que pesas, trapalón, y cuando toquen a embargar, la viuda de Peribáñez el de Candelario tendrá que ponerse al buñuelo, a la castaña, al aguardiente o al mondongo... Sacados te vea yo los ojos, hi... de mujer mala. Dime, calzones: ¿en dónde están mis alhajas, que daban envidia a las de la Pilarica en Zaragoza? ¿En dónde están mis cuatro mantones de Manila, que parecía que los habían bordado ángeles con manos de rosa?... ¡Ah!, ¿dónde ha de estar todo aquel tesoro? En *Peñíscola*, para que el señor beba, para que el señor monte a caballo y vaya a derribar vacas, para que el muy mamarracho convide a los gorrones y tenga mozas... Ea, fuera espantajos. Por aquella puerta se va a la calle...

—¿Sabes lo que te digo?..., pues que eres una cotorra charlatana y hay que cortarte el pescuezo.

—¿Sabes lo que te digo?..., pues que a otros de más hígados que tú los he tendido yo de un soplamocos. Mejor tu-

vieras vergüenza y fueras persona decente, como yo. ¿En dónde pasas las noches?... ¿En qué gastas el dinero?... Y luego viene diciendo el bobo que se trata con esos señores de política y que está armando un gatuperio como el de los tiempos en que cayó la Mamancia. ¿Qué entiendes tú de eso, cafre, si andas en dos pies porque al Señor se le olvidó hacerte la cruz en el lomo?... Mira que no se ha acabado la madera de que hicieron las horcas en la plazuela. Allá te quisiera ver colgado como una butifarra para ir a tirarte de las piernazas y verte haciendo más visajes que un cómico con hambre. ¡Política el señor Tragacantos! ¿De cuándo acá tenemos esas sabidurías? Lo que tú harás será engañar al pobre don Felicísimo, que te dió la primer bazofia que comiste en el mundo, y venderle a los masones, contándoles lo que pasa en su casa. ¡Ah!, bribonazo, ¿si creerás embobarme a mí, que conozco tus mañas y sé dónde te aprieta la herradura?

—¡Ah!..., ¡resangre!, si digo que voy a echar al gato esa lengüecita...—dijo *Tablas* abalanzando sus pesadas manos hacia la cara de la *Pimentosa*.

—Quita allá esas aspas de molino—replicó ella, rechazando con extraordinaria energía las manos de su hombre.

—¡Maldita sea la hora!...

Bramando así con insensata ira, *Tablas* hizo un gesto, e instantáneamente enganchó en su garra el moño negro de la giganta. La giganta rugió como una leona, levantóse, hubo formidable choque de cuerpos y cruzamiento horrible de brazos tiesos. Se balancearon; se oyó un doble gemido y un estertor siniestro, señal de violentos esfuerzos. Pero la gigantona logró desasirse, blandió sus fornidos brazos, echó un temporal por su nariz, y rápida como el pensamiento, dió un salto, dos, tres. El piso temblaba como si pasara un carro. Nazaria llegó a una mesa y cogió un objeto voluminoso que encima de ella había. ¿Qué era aquello? Era una urna de madera y cristal, alta de tres cuartas. Dentro de ella había una Virgen de los Dolores, y encima un toro de yeso, dos toreros, un Niño Jesús, una enormísima moña. Alzó en sus manos la mujerona todo aquel catafalco religioso-taurino, y en menos tiempo del que se necesita para pensarlo, cayó todo con estrépito formidable sobre la cabeza de *Tablas*. La increpación o voz felina que éste lanzó al recibir el golpe, no es para descrita. Los vidrios rotos sobre su cráneo rasgaron su frente. Sin sentir manar la sangre corrió en busca del palo; pero antes de llegar, ya se le interpuso la *Pimentosa* con una silla enarbolada en ambas manos. El gigante tomó otra silla. Se detuvieron un momento mirándose cara a cara, echándose mutuamente su ardiente resuello y cruzando los rayos de sus ojos llenos de ira. De repente, la giganta soltó el mueble: había tenido una idea feliz, salvadora. Dió un paso atrás, revolvió en su cesto de costura, sacó una navaja enorme, y, corriendo en seguimiento del gigante, que retrocedía espantado, exclamó con bramido:

—¡Te degüello!...

Entraron algunos vecinos, para quienes no era nuevo aquel laberinto, aunque hasta entonces no había ocurrido pendencia tan ruidosa en casa de Nazaria; entró también Romualda dando gritos, y todos se dedicaron a la grande obra de la pacificación. Cada contendiente se vió rodeado de un grupo, y oyó las exhortaciones más razonables. ¡Cosa extraordinaria! El primero en quien se notaron síntomas de aplacamiento fué en el descalabrado López, el ofendido de palabra y de obra. Gruñendo como un mastín apaleado, dijo que él no quería perderse: que era demasiado hombre de bien para perderse, y que no había mujer alguna en el mundo merecedora de que se perdiera por ella un hombre. Nazaria no decía nada; pero con los resoplidos mostraba el desfogamiento de su cólera, que parecía salir en mangas de aire, desalojando el henchido seno. La navaja yacía en el suelo, junto a los restos de lo que fué urna y a los pedacitos de toro de yeso, que, pisados en la contienda, manchaban de blanco la fina estera.

—¡Y está sangrando el canalla!—dijo la *Pimentosa*, lanzando de su boca esas chispas de risa que saltan entre las llamas de la ira iluminando el rostro—. Parece un *Docehomo*.

—No es nada, no es nada—dijo *Tablas*, llevándose a la frente un pañuelo que le dió el fenómeno.

—Rumalda—gritó la giganta—, baja y trae un poco de vino y aceite.

Viendo que la furia de uno y otro se

aplacaba poco a poco, los vecinos se fueron retirando.

—Se incomoda uno por cualquier majadería—murmuró López, dejando que Nazaria le aplicase el pañuelo a la frente—. Cuando uno va a reparar, ya ha hecho una barbaridad..., y hombre perdido.

—Le hablan a una con malos modos, y a una se le sube la mostaza a la nariz, y allá te vas, lengua.

—Y gracias que uno es prudente y sabe las mañas de la fiera y le para los pies...—dijo López, queriendo dar explicaciones de su cobardía.

—Y si a una le preguntaran con buen modo lo que buscaban los padres curas, una contestaría que venían a sus *pedriques*, y en paz. Pero se incomoda la gente por una palabra... Hay lenguas que tiran coces... No se puede remediar...

—Yo soy un ángel; pero cuando me solicitan, embisto. ¡Qué genio me ha dado Dios! Yo mismo me tengo miedo a veces... ¡Rumalda!...

Romualda había llegado con el aceite y con el vino, y Nazaria aprontaba el remedio que reclama toda cabeza sobre la cual se ha hecho pedazos una urna.

—Rumalda, no tengo tabaco—dijo el atleta—: bájate al estanco..., pronto, chica... Pues como iba diciendo, si a un hombre como yo, que es todo pólvora, se le hubiera preguntado con decencia dónde había pasado el día, y qué negocios traía con el *futraque*, el hombre habría contestado como un caballero. ¡Si aquí no hay misterio...! Que un señor, a quien conocí en casa de don Felicísimo, viene a buscarme y me dice: «Señor López, me va usted a hacer un favor muy grande.» «Usted disponga, señor mío...» «Pues hace dos meses, la Policía registró una casa de la calle de Belén, donde se reunían unos cuantos partidarios de don Carlos. La Policía fué sobornada en aquella ocasión, y no prendió a nadie. Pero el Gobierno ha cambiado los guindillas de camama por otros, y anoche volvió la Policía a registrar la casa de la calle de Belén, y pescó a cinco sujetos, y les puso en la cárcel de Villa.» «De lo cual me alegro, señor don Salvador.» «Pues mire usted, señor *Tablas*, yo vengo a que usted me haga el favor de proporcionar a uno de esos cinco sujetos los medios de fugarse, porque corre el runrún de que les van a fusilar.» «¿Es pariente de usted?» «Sí, señor. ¿Usted ha estado empleado en la cárcel de Villa?» «Sí, señor.» «Usted favoreció la escapatoria de Olózaga.» «Sí, señor.» «Usted podrá hacer ahora otro tanto.» «Sí, señor.» «Pues es preciso hacerlo.» «¿Cuánto vamos ganando?» «Tanto.» «Es poco.» «Pues cuanto.» «Nos arreglaremos. ¿Quién es el sujeto?» «Pues es Fulano de Tal.» «Adelante: empezaremos a trabajar hoy mismo. Vamos al café y a la taberna; hablaremos con los chicos de la cárcel...» Total, que hemos estado todo el día inventando diabluras, y luego fuimos a casa de don Felicísimo, que también está empeñado en poner en salvo a ese preso. Y de unos y otros he de sacar metal, mujer, mucho metal, para desempeñar lo que hemos empeñado, y quitar trampas..., fuera trampas, venga acá dinerazo de la gente carlina, y juntándolo con el dinerito de la gente masona, verás cómo nuestra hacienda se pone otra vez en pie...

La reconciliación era ya segura, y los endurecidos ánimos se ablandaban rápidamente al calor de la confianza. La idea de que *Tablas* ganase algún dinero, idea novísima y extravagante, produjo en el espíritu de Nazaria benéfica y reparadora reacción. Aunque no era tonta, se dejaba alucinar fácilmente por risueñas quimeras, como persona crédula y sin experiencia que había vivido siempre en el mayor desorden moral y económico, y ya le parecía estar viendo las talegas que entraban por la puerta, ganadas en la explotación de toda aquella caterva política, que ya se llamaba carlina, ya masónica. *Tablas* había derrochado sumas relativamente considerables. Si ahora traía a la casa otras sumas mayores, se trocaba de libertino y perdido en el hombre más allegador y apersonado de todo el barrio. ¡Bien, re-Cristo! Nazaria, que juntamente con la fiereza tenía la inocencia de la bestia cornúpeta a quien tan fácilmente engaña un vil trapo rojo, se calmó y sintió dolor muy vivo de haber ofendido a su gigante. Así procede siempre, pasando de salvajes cóleras a vergonzosas condescendencias, toda esa gente desalmada, ignorante y tan incapaz de calcular sus intereses como de refrenar sus pasiones.

Se reconciliaron. El aceite juntó su pringosa suavidad con la acritud astringente del vino, y batidos y juntados sellaron el pacto, cuando los dedos gordezuelos de Nazaria vendaban aquella frente merecedora del yugo para tirar de un arado.

Dignos de lástima eran aquellos dos seres, pertenecientes a la clase más numerosa y más compleja del país, por la confusión de vicios y virtudes que en ella había; pero Nazaria merecía más que su cómplice la compasión, porque valía un poco más, valiendo muy poco. En ella la barbarie y la tosquedad eran tales, que ahogaban los sentimientos generosos que a veces brotaban en su corazón cual hierbecillas en la gruta húmeda. Una religiosidad somera y supersticiosa no bastaba a suplir en ella la falta absoluta de luces y de ideas morales. Vivía en el escándalo, sostenida por el ejemplo de otros escándalos mayores, y aunque alguna vez nacía y se agitaba en su alma, como un misterioso prurito del bien, una especie de adivinación que ella no podía precisar, eran tales las exigencias de la naturaleza de ella, que no podía, ni en pensamiento, separar su persona de la persona de aquel monstruo. ¡Irresistible atracción la de un gigante que ni era listo, ni simpático, ni noble, ni siquiera guapo! Tan grande es la miseria humana, que allí donde aparentemente no hay cualidades que sirvan de base a un verdadero amor, suelen encontrar alguna las gigantas fogosas como la hermosa viuda de Peribáñez.

XIII

¡Qué lejos estaba el excelente padre Gracián de que su exhortación moral había motivado una reyerta que pudo ser drama sangriento! El se retiró aquella tarde muy satisfecho después de haber predicado la unión, la concordia y la paz matrimonial en otras dos o tres casas. Al entrar en su celda pensó que el día había sido fecundo en resultados evangélicos, y que con muchas batallas semejantes pronto había de verse el Enemigo muy mal y acorralado en las últimas trincheras del pecado.

Antes de dormir, consagró dos horas al estudio y a la ciencia de que era maestro en las aulas del Colegio Imperial: la profunda y enmarañada Etica. Después oró y meditó por espacio de otras dos horas largas, puesto de hinojos a ratos, y a ratos tendido boca abajo sobre el suelo. Lejos de haber en éste las blanduras suntuarias con que los pecadores atienden al sibaritismo de los pies, era la dureza misma combinada con la frialdad, para que la mortificación fuese conforme a la implacable saña con que varón tan santo trataba a su carne miserable. Allí no había alfombra, ni estera, ni cosa que a tal se pareciese, sino ligera capa de rojiza tierra extendida sobre los ladrillos, la cual era traída de la cueva de San Ignacio, en Manresa, y servía para producir en el espíritu del clérigo la piadosa ilusión de que en la misma santa cueva estaba. Ultimamente había repartido entre sus buenos amigotes tantas porcioncillas de aquella bendita y quizá milagrosa arcilla, que la celda se iba quedando limpia, y por varias partes pedía algunos escobazos que la acabaran de limpiar. Lo demás de la reducida estancia era insignificante, y revelaba la humildad y el estudio, cosas en verdad que fraternizan perfectamente.

Durmió el jesuíta después de estudiar y mortificarse, y abandonó de madrugada el lecho. Rezó, dijo misa (las suyas, por lo tempranas y lo largas, eran muy elogiadas entre las personas piadosas de aquel populoso barrio), y después entró en su cátedra, seguido de muchedumbre de escolares. Esto se repetía diariamente, mes tras mes, año tras año. En sus explicaciones filosóficas, Gracián realizaba el prodigio de volver claro lo oscuro, y de hacer ver las honduras de aquella ciencia, iluminando la superficie con la luz de un método admirable y de un decir ameno. Sus discípulos le querían por todo extremo, y era uno de esos maestros siempre preferidos y siempre elogiados que hacen amable el estudio. En las horas de recreo veíase rodeado de enjambre de colegiales, que dejaban el escaso solaz de aquella hora para consultar con el padre puntos oscuros de la conferencia señalada, y platicar sobre cualquier tema de humanidades o teología, pues en todo ello, y aun en otra clase de sabidurías, era muy versado el bendito clérigo.

En aquellos tiempos, ¡oh tiempos clá-

sicos!, todo se estudiaba en latín, incluso el latín mismo, y era de ver la gran confusión en que caía un alumno novel cuando le ponían en la mano el Nebrija, con sus reglas escritas en aquella misma lengua que no se había aprendido todavía. Poco a poco iba saliendo del paso con el admirable método de enseñanza adoptado por la Compañía, y acostumbrándose al manejo del Calepino para los significados castellanos, y del *Thesaurus* para la operación inversa, pronto llegaba a explicarse como Quinto Curcio o Cornelio Nepote. Las lecciones se daban en latín, y para que los chicos se familiarizasen con la lengua que era llave maestra de todo el saber divino y humano, hasta se les exigía que hablasen latín en sus conversaciones privadas, de donde vino esa graciosa latinidad macarrónica, que ha producido inmenso centón de chistes, y hasta algunas piezas literarias, que no carecen de mérito, como la *Metrificatio investivalis*, de Iriarte, y las sátiras políticas que se han hecho después. Si Horacio y Cicerón hubieran, por arte del Demonio, salido de sus tumbas para oír cómo hablaban los malditos chicos del Colegio Imperial, habría sido curioso ver la cara que ponían aquellos dignos sujetos. A cada instante se oía: *Quantas habeo ganas manducandi!... Carissime, hodie castigavit me pater Fernandez (vel a Ferdinando), propter charlationem meam... Eheu, pauperrime! Ibis in calabozum?... Non; sed fugit meriendicula meca. Dum tu chocolate bollisque amplificas barrigam tuam, ego meos soplabo dedos. Guarda mihi quamquam frioleritan.*

El que así se expresaba era un muchacho despiertísimo, nombrado Calixto Rodríguez, aunque en el colegio, sin duda por lo diminuto de su persona y por su inquietud de ardilla, nadie le llamaba sino don Rodriguín. Era tan bizco que, al mirar, un ojo se le metía detrás del otro, como malicioso flechero que se esconde para hacer mejor la puntería de su dardo. Su travesura y charlatanismo daban no poco que hacer a los padres, y si adelantaba en sus estudios era más bien por sus brillantes dotes que por su aplicación. El estrabismo daba chocarrera gracia a su rostro, y con el bonete terciado, como solía llevarlo, parecía un diablillo enmascarado de clérigo. Alborotaba mucho en las horas de recreo: sublevaba las masas escolares en las de estudio, y a pesar de pertenecer a una familia rabiosamente carlina, en la cual había muchos canónigos, frailes y hasta un obispo, sus inclinaciones eclesiásticas no eran muy decididas.

Por jácara, más que por espíritu de erudición, don Rodriguín se había prohibido en absoluto la lengua castellana, y hasta las frases más familiares y las más insignificantes expresiones las latinizaba con sandunga, entremezclando siempre en su charla trozos de los clásicos y fragmentos de verso y prosa, vinieran o no a cuento. Así, cuando se escabullía de la sala de estudio para ir a fumar un cigarro, decía: «*Eo in chupatorium, procul negotiis.*» El *chupatorio* era un rinconcillo del claustro alto, que daba al patio, y recibió este nombre por ser lugar a propósito para echar una fumada sin ser visto de los padres. Para anunciar a sus compañeros en la sala de estudio que venía el padre Fernández, varón pesado, cuyos pies de plomo hacían temblar el pavimento, decía: «*Cavete Ferdinandum... Ecce draco... Exaudite... quatit ungula campum.*» En las horas de recreo, en el claustro bajo, no perdía ripio para motejar a los condiscípulos, y si algún extraño entraba en la casa para hablar con los jesuítas, Rodriguín le había de echar su latín correspondiente, *verbi gratia:*

—*Videte Pipaonem ad petendum Gratianum... arcades ambo.*

El bueno de don Juan iba muchas tardes en busca del padre Gracián, para conferenciar con él de los obstáculos que allanar convenía para casarse con Micaelita.

Hablando de la tierra con que el profesor de Etica alfombraba su celda, decía el estudiante: «*Sunt quos pulverem manresianum collegisse juvat.*»

Durante las partidas de pelota, a que era muy aficionado, se le oía constantemente: «*Ben... fortiter... Italiam contra... ego valeo..., amen dico vobis... fuerunt vel fuere... pasce capèllas.*»

Era el capitán de todas las fechorías perpetradas en el Colegio, de noche, burlando la vigilancia de los padres, bien para hacer un escalo en la despensa y proveerse de víveres, bien para efectuar un bromazo eligiendo por víctima a un desdichado novato sin ex-

periencia. Si alguna tarde lograba escaparse y subir a las buhardillas, se entretenía en tirar cáscaras de nueces a los balcones de Nazaria, que fronteros de la fachada del Colegio estaban, o en disparar peladillas contra la cojuela, que solía sentarse por las tardes en la puerta de la carnicería, *templum mantecationis.*

Otras muchas barrabasadas hacía para matar el fastidio y hacerse aplaudir de sus compañeros, pues le gustaba, como a todos los traviesos, oír los encomios de sus audacias. Pero su mayor lucimiento provino de una memorable invención suya, con la cual alcanzó aplausos y lisonjas, que, traspasando el círculo del Colegio, llegaron al público. Fué que compuso un *Discurso apologético macarrónico* sobre un suceso público de la más alta importancia en aquellos días, y lo hizo con tan gracioso desparpajo, tanta donosura en los disparates, tan grande agudeza en lo descriptivo y tan furibunda intención en la sátira personal, que la composición produjo en el Colegio un verdadero escándalo.

Habiendo enfermado don Rodriguín a principios de junio, su familia le sacó del Colegio. Restablecido en un par de semanas, no quiso volver a la clausura hasta no presenciar las grandiosas ceremonias de la jura de la princesa Isabel y las alegres fiestas de los tres días que siguieron al 20. Todo lo vió y en todo metió las narices el bullicioso estudiante, desde la imponente función de San Jerónimo hasta la justa de los maestrantes fuera de la Puerta de Alcalá; desde la fiesta nacional de toros con caballeros en plaza, en la Mayor, hasta el simulacro militar. Cansado de tanto correr durante los tres días, entró en el Colegio, tomó la pluma y enjaretó su famoso *Discurso apologético macarrónico.* A medida que iba escribiéndolo leía trozos de él en los corrillos de estudiantes, y bien pronto la fama de aquellos graciosos dislates se extendió por San Isidro, llegó a oídos de los padres y éstos pidieron el manuscrito. Nególo y no quiso darlo don Rodriguín, por temor a una reprimenda; pero como ya los escolares amigos del autor habían sacado varias copias, facilitaron una al padre Fernández *(vel à Ferdinando),* el cual se regocijó mucho con la lectura. Enterados los demás jesuítas, se rieron en coro y a todo trapo, porque, además de las chuscadas de la forma, había en el discurso una intención satírica que les agradaba en extremo. Don Rodriguín no fué castigado por su travesura latinizante; entregó a los padres el manuscrito original, donde se conservaba, según dijo, toda la pureza clásica del texto, libre de los múltiples errores de las copias, y gozó extraordinariamente con su triunfo literario.

Es lástima que no podamos dar a conocer en toda su extensión esta obra, que une a sus ganancias el mérito de ser un precioso documento histórico, pues en ella está descrito con detalles mil el solemnísimo acto de la jura y narradas las fiestas con que la Monarquía quiso hacer memorable aquel suceso. Los personajes todos de la época, retratados en caricatura, dan mayor realce al discurso, y la intención perversa que en cada comentario campea pinta el espíritu de un bando político que era en aquellos días, si no la mayoría, parte grande y granada de la nación española. En la imposibilidad de transcribir la composición entera, daremos cuenta de ella según el arte y modo de la crítica ligera, haciendo resaltar algunas de sus caprichosas donosuras, y callando mucho de lo que contiene, por ser materia vedada a la publicidad.

Empezaba describiendo la comitiva que salió del palacio de San Juan para San Jerónimo, el aspecto de este templo, la Corte y su servidumbre, los obispos, los procuradores de las ciudades con voto en Cortes y los treinta títulos de Castilla que representaban la nobleza del reino. Luego venía el *Magister ceremoniarum,* el *Indiarum Patriarca,* el duque de Medinaceli *(Cœlico-Metinensi dux)* presidiendo a los nobles... «*Concurrebant cortesani frailisque,* decía el texto, *milites cum morrione atque canonici cum piporro. Turbamulta sequebat guardiarum Corporis cum bandoleris, et damarum caterva inter mayordomos miscuebatur.*» Pintando al rey, que en su trono presidía el acto, se expresaba Rodriguín en estos irrespetuosos términos: «*Regium estafermum in throno posuerunt. Inmobilis tanquam sacus furfuris lascivis oculis circunspicebat da-*

marum pectorem quasi nudam et caritas guapas.» A Cristina y demás familia la nombraba en términos más irreverentes aún: «*Venus Partœnopea graciositer facebat perendengues inter caballeritos, dum tenera Isabella pendebat a nodrizœ mamellis. Dominus Franciscquitus cum Carlota ejus sedebat in aureo rincone. Oh, quantum erat inflammata Carlota propter vinum!*»

Conticuere omnes, decía al narrar la ceremonia, y luego contaba cómo había jurado don Francisco poniéndose de rodillas y extendiendo la mano sobre el crucifijo; cómo le había abrazado el rey; cómo había el infante besado la mano de Cristina y de la princesa. Al llegar aquí, lanzaba el autor una larga epifonema y luego añadía: *Sic itur ad astra.*

Describía el desfilar de los procuradores, obispos y grandes, que uno tras otro se adelantaban lentamente para jurar, *sicut recua*, y en el párrafo siguiente ponía la salida pública de la Corte desde San Jerónimo hasta Palacio. *Cum repeto diem*, exclamaba parodiando a Ovidio, *agitantur in manibus castañuelœ meis.* La famosa función de toros con caballeros en plaza, espectáculo nuevo en Madrid por aquel tiempo, era tratada por don Rodriguín con la amplitud que el caso merecía. No se libraron de sus dardos los caballeros rejoneadores ni las damas que los apadrinaron, ni los alcaldes de Corte que dirgían la fiesta. No se dejó en el tintero ninguna de las partes de la fiesta, y en toda su charla macarrónica se veía claramente la idea de representar en el pobre toro aburrido y pinchado por todas partes al partido cristino, de quien daban cuenta al fin, rematándolo los apostólicos, representados en el simbólico circo por espadas, picadores y puntilleros. *Plaudite cives*, decía al fin, *et ruant masones, turba mentecatorum.* Concluía este párrafo diciendo que pronto empezaría la corrida en los campos de batalla, y exclamaba: *Cedant cornu armœ.*

No nos ocuparemos del resto de la composición, porque su contenido es demasiado extenso y quizá harto desenfadado. Para completar su obra, el pícaro estudiante satirizó también al comisario de la Cruzada, señor Varela, *plena cruoris hirudo* (sanguijuela llena de sangre), que hizo cuantiosos donativos a los pobres para celebrar la jura; también flageló al general Castaños, nombrado duque de Bailén, y a todos los demás que recibieron mercedes en aquellos días, y amenazándoles, les decía en el último delirio macarrónico: *Jam vobis dicebitur misis* (ya os lo dirán de misas).

XIV

No marchaba muy bien el negocio que Salvador entre manos traía, porque la vigilancia en la cárcel de Villa era más estrecha y rigurosa que en los tiempos de la dramática evasión de Olózaga. En vano *Tablas* llenaba de aguardiente los cuerpos de uno y otro mandadero, sin olvidar la conquista de los alcaides por medio de merendonas y duros; en vano se hacían trabajos en esfera más alta, dirigidos a ablandar o corromper a sujetos de mayor categoría. Con disimulo, pero también con brío, gestionaba Jenara, más que por afecto al preso, por librarse de la situación desagradable en que el encierro de su esposo la ponía; y Pipaón (*patriarca zascandilorum*, según el macarrónico), de acuerdo con Carnicero y otros compadres, manejaba también con arte sus considerables influencias. Tantos esfuerzos reunidos dieron al fin el resultado feliz que todos deseaban; pero hay indicios seguros de que el señor Navarro debió principalmente su venturosa escapatoria a la condescendencia o complicidad de la gente menuda, siempre venal; de modo que Salvador no se arrepintió de haber recurrido al buenazo de Pedro López, ni éste se arrepintió de servirle, porque, habiendo cobrado en moneda corriente sus estipendios y el importe de todos los gastos, pudo ofrecer a la iracunda Nazaria parte del caudal que le había derrochado. Después se verá en qué emplearon el dinero adquirido por tan extraña industria.

Los presos eran tres: don Carlos, un fraile aragonés que pereció el año 35 en Zaragoza, cuando la célebre causa y conspiración de don Vicente Ena, y un capitán de caballería que desde mucho antes andaba en aquellos trotes, y después de ser masón el 20 e indefinido el 24, había ingresado en los nacientes y

aún no fogueados ejércitos del Infante. No habría sucedido nada si todos los señores congregados en casa de las de Porreño hubieran procedido con la discreción que se acostumbraba en tales reuniones ilícitas cuando las sorprendía la Justicia. Seis de los conspiradores se escondieron en lo más hondo de la casa; el capitán y el fraile se pusieran a rezar el rosario; mas don Carlos Navarro, que era, por su geniazo díscolo y entero, enemigo de bajas comedias y de disimulos viles, afrentó a los polizontes, les dijo mil herejías, y, no pudiendo contener su ira, abofeteó al que parecía principal entre ellos. Este acto de violencia, cuando lo que hacía falta era maña y dulzura, les llevó a los tres a la cárcel de Villa, donde habrían estado todo el tiempo que exige una buena y voluminosa causa de mil folios, si no vinieran en auxilio de Navarro las tramas que hemos mencionado, en auxilio del fraile el fuero eclesiástico, y del capitán, la muerte que se le llevó a los seis meses del encierro.

La desolación que causó a las dignas señoras de Porreño aquel suceso no se expresa con las frías palabras de la historia. El descrédito de su casa, la vergüenza y el azaramiento en que desde entonces vivían, y, por último, la falta del auxilio pecuniario que don Carlos les daba, precipitaron de tal modo su decadencia, que bien pronto se vieron en aquel término lastimoso en que la estrechez se confunde con la miseria.

El atroz Navarro, luego que se vió fuera de la cárcel, no quiso averiguar el poder que le había salvado. Su orgullo le inclinaba a no atribuir su salvación a ninguna persona que le tuviera afecto. «A mí nadie me quiere —decía—; nada tengo que agradecer a ningún hombre. Sólo Dios me ha salvado.» Pasó algunas horas en casa de las señoras en cuya compañía había vivido; les dió una limosna con carácter de liquidación de atrasos, y acompañado de Oricaín y Zugarramurdi, que habían quedado libres y que siempre le eran fieles, partió disfrazado de arriero para las provincias Vascongadas y Navarra. Nadie le vió. Se fué con su indignación crónica y su incurable soberbia, siempre enfermo, gruñón siempre. A nadie dió cuenta de sus planes y parecía detestar a sus comilitones políticos lo mismo que a sus enemigos. No quería tratos con nadie, ni con su hermano, a quien no podía amar aunque lo intentase, ni con su mujer, a quien aborrecía de la manera extraña que se aborrece lo amado. Aquel carácter tétrico, compuesto de orgullo y tenacidad, endurecido más por el tedio, la desconfianza y la lesión hepática, necesitaba manifestarse en una acción propia y libre. La disciplina había concluído para él. Sonaba en la Historia la trompeta lúgubre de las guerrillas. El feroz soldado de partidas la oía resonar en su alma solitaria y sombría, y marchaba sin saber adónde ni por dónde. Sólo aquel eco podía despertar en tal alma el amor a la vida, evocar la fe e infundirle el ardor de un trabajo glorioso. Como estos soldados misántropos de corazón entenebrecido son más dignos de lástima que de odio, y como tienen, en medio de sus graves errores, cierta nobleza y lealtad que infunde simpatías, saludamos con respeto al fugitivo guerrillero, diciéndole: «Dios vaya contigo, salvaje.»

Entre tanto, el interés que Salvador había puesto en favorecer a su desgraciado hermano le ocasionó algunos disgustos, porque enterados de ello algunos de sus antiguos amigotes, y no acertando a comprender la verdadera causa de tal protección a un furioso enemigo del *Sistema*, declararon a Monsalud inconsecuente y traidor. «Después que tiene dinero—decían—, se ha afiliado en las banderas del absolutismo y de los frailuchos, para poner en seguridad sus fundos.» Aviraneta, que no gustaba de perder amigos y era en el fondo un escéptico glacial, no dejó de tratarle por esto; pero Rufete, hombrecillo de gran vehemencia, que había hecho de sus ideas políticas una superstición india, le manifestó en briosas frases que sería su irreconciliable enemigo y que si él (Rufete), partidario de todas las libertades, tropezaba en un campo de batalla o en una barricada con quien se había hecho prosélito de todas las tiranías, no estaba decidido a perdonarle. De estas baladronadas y de otros desprecios y majaderías que oyó se reía el buen hombre, porque hallándose seguro de su rectitud y deseando vivir lejos de los manejos políticos, no quería dar explicaciones ni menos complacer a la turba de falsos patriotas.

El que siempre se le mostró leal y agradecido amigo fué Seudoquis, ascendido a coronel en los días de la jura por los servicios prestados en la persecución de la partida de Campos. Estrechó más aquella antigua amistad, originada en peligros y desgracias comunes, la generosidad con que Monsalud salvó por entonces al flamante coronel de sus ahogos pecuniarios, que le habían traído a un estado de horrible desesperación. Seudoquis fué destinado a servir en Vitoria. Los dos amigos se separaron después de algunos meses de vida común y de pesares y alegrías fraternalmente confiados. Gozoso Salvador de una amistad que en parte atenuaba la aridez de su vida, abandonóse al afecto que Seudoquis le inspiraba y le confió secretos delicados.

Don Benigno Cordero hizo a nuestro amigo algunas visitas en todo el tiempo que medió desde mayo hasta septiembre. En la primera maravillóse Salvador de oírle decir que no se había casado todavía. En las sucesivas maravillóse más por la propia causa, y aun dijo algo acerca de lo mucho que pensaba y maduraba el insigne, cien veces insigne héroe de Boteros, sus resoluciones. En estas visitas ocurría la particularidad inexplicable de que don Benigno no hablaba de Sola ni de cosa alguna que con el cansado matrimonio tuviese relación. Hablaban de ocupaciones, de los negocios públicos, de las probabilidades de una guerra sangrienta, de la enfermedad de su majestad, la cual iba en tal manera creciendo, que pronto aquel animado muerto sería todo cadáver y ante él gemiría espantada la Monarquía huérfana. En las conversaciones de don Benigno notaba Salvador una particularidad extraña y que no acertaba a explicarse. Era que el buen encajero no hacía más que preguntas y más preguntas, cual si antes fuese inquisidor que amigo y no llevase más propósito que indagar la vida, conducta y pensamientos de su compañero de casa en San Ildefonso. Después de la primera visita, don Benigno bajó cojeando la escalera; y ciñendo estrechamente al cuello el embozo para abrigarse bien, dijo dentro de su capa: «No sirve, no sirve para el caso.»

En una de las visitas sucesivas (y entre unas y otras pasaban próximamente veinte días) dijo para sí: «No es digno, no, del incomparable regalo que he pensado hacerle.» Más adelante aconteció que, al compás de su trote cojo, murmuraba marchando hacia su casa: «Quizá, quizá sepa hacer buen uso de tan incomparable joya.» Y, por último (allá por julio o principios de agosto, el día antes de partir para los Cigarrales), salió de la visita pensando así: «Bien va esto, Benigno; esto va bien.»

Partió, pues, a los Cigarrales en compañía de Alelí, que ya casi no se podía tener derecho, y en aquel delicioso edén de albaricoques aconteció lo que pronto, muy pronto, verá el juicioso lector.

XV

Fué seguramente en aquellos mismos días cuando Pipaón, deseando poner digno remate a sus honestas relaciones con Micaelita, determinó echarse al cuello la soga del matrimonio. Exigíalo su posición social, ya considerable, y a grito herido lo pedía su peculio, el cual, con el acrecentamiento de los gastos y comodidades, necesitaba refuerzos grandes. La idea de ver entrar en sus arcas dentro de poco tiempo las misteriosas sumas encarceladas por don Felicísimo le quitaba los últimos escrúpulos que pudieran turbarle, y por ver aquella idea hecha realidad tangible y sonante se desposara él, no digo yo con Micaela, sino con el mismo individuo que está a los pies del arcángel San Miguel.

Había pasado bastante tiempo para que el público diese al olvido las manchas que empañaron el antes limpio cristal de la reputación de su novia. ¡Bendito olvido, que es la moneda falsa del perdón y corre de mano en mano produciendo admirables efectos! Aquel olvido, su propia conveniencia y las exhortaciones del padre Gracián, que había puesto en tal unión particular empeño, labraron el propósito del ilustrísimo don Juan Bragas, y una mañanita de julio se levantó con la cabeza fresca y dijo, frotándose las manos: «Boda tenemos; esto es hecho.»

Visitó a Gracián, a quien halló en su celda *(inescobata celula*, según la expresión del consabido macarronizante),

y el buen jesuíta le felicitó por su buen acuerdo, diciendo que, al casarse, don Juan honraba a su novia y se honraba a sí mismo; que la sociedad y la Iglesia se alegraban juntamente de ver concluídos en boda los noviazgos largos, y, por último, que él *(gratianus horridus)* pediría a Dios concediese a los dignos esposos prole robusta y numerosa para bien de la cristiandad. Don Felicísimo también recibió con alegría la noticia, porque la colocación de su nieta había llegado a parecerle problema poco menos difícil que la cuadratura del círculo, y doña María del Sagrario echó un gran suspiro que, interpretado libremente, expresaba infinitas gracias que daba a Dios la buena señora por verse libre pronto del inaguantable genio de su sobrina.

No hay que decir cuánto se regocijó la novia al ver próximo el término de la situación equívoca en que estaba y al considerarse señora y dueña de una casa. Ella contaba con manejar al buenazo de Pipaón como a un dominguillo y vivir a sus anchas gastando y triunfando. Pajarraco largo tiempo aprisionado y de no muy buenos instintos, ¿adónde iría al salir de su jaula? De la esclavitud del matrimonio haría ella pronto la libertad de sus apetitos vanos. Cuando vió asegurada la conquista de don Juan, empezó a hacer sus preparativos.

Quiso Pipaón que su boda fuese de mucho aparato y bullanga. Hasta llegó a imaginar que le apadrinaban los reyes o, en su nombre, algún empingorotado magnate; pero fué tan mal recibido en Palacio al tantear la voluntad de las personas elegidas *in mente* por el cortesano para aquel fin, que se trastornaron sus planes. Esto le ocasionó suma tristeza; pero fué causa de una importante determinación, que más tarde había de conceptuar como una de las más felices de su vida. Debe advertirse aquí que aunque el *patriarca zascandilorum* asistía a las juntas carlistas del señor Carnicero y en ellas trataba de hacerse pasar por uno de los más ardientes devotos de la causa del Altísimo, no estaba resueltamente decidido a embarcarse de un modo definitivo en tan arriesgado golfo. Como hombre de grandísimo espíritu práctico y acostumbrado a no dar un paso sin estar seguro de la firmeza del suelo en que iba a poner el cauteloso pie, mantenía en su pecho una imparcialidad saludable, que era, si bien se mira, el colmo de la sabiduría. Con sagacidad finísima observaba los elementos de uno y otro partido, la calidad y número de las personas que en ellos militaban, el grado de fuerza y vitalidad que en el país tenían, y hallándolos casi iguales y contrapesados, esperaba a que el tiempo y la Providencia robustecieran al uno con detrimento y merma del otro. Es claro como la luz del mediodía que en el momento de declararse la desnivelación, el hábil cortesano se lanzaría con entusiasmo férvido a las filas del partido mayor y más poderoso.

Hallábase en lo más oscuro de su perplejidad, cuando le entró, sin duda por inspiración divina, el deeso de casarse. ¡Oh *fortunate nate!*, como dirían Virgilio y don Rodriguín. ¡Quién había de decir que de sus proyectos matrimoniales le vendría la profesión de fe política que le salvó, apartándole del partido guerrero y de una causa que no triunfó entonces ni había de triunfar en lo sucesivo! ¡Ay!, en un tris estuvo que personaje de tanta valía se perdiera para siempre, privando a la Administración española de sus eminentes servicios... Es el caso que aquel desprecio con que fué recibido en Palacio afligió mucho al cortesano; la pena le sumergió en reflexiones profundas, y... no parece sino que Dios y la Santísima Virgen le tocaron en el corazón, porque desde aquel día empezó a presentir que no triunfarían jamás las ideas absolutistas. Tuvo, si se quiere, cierta prescencia o adivinación genial de los venideros sucesos. A nuestro juicio, debe tenerse por cierto que la inspiración divina alienta no pocas veces a los cortesanos en todas las edades y les ilumina y conduce para que no den esos terribles traspiés que a veces truncan lastimosamente las más brillantes carreras.

Después de pasar algunas semanas apartado de las logias mojigatas (¿por qué no se han de llamar así?), volvió Pipaón a Palacio; hízose introducir con no pocas dificultades en la cámara de la reina, y allí juró y perjuró que él no era ni había sido nunca carlino; que él tenía a su alteza por uno de los

más desatinados locos nacidos de madre; que si sostenía amistades con algunos individuos del bando de la Fe, Dios era testigo de las exhortaciones que él (Pipaón) les había dirigido para desviarles de tan antipatriótica senda; *item* más, que sin hacer gala de ello había trabajado como un negro (nos consta que empleó la misma frase) por la causa de su reina niña, ganando voluntades, disuadiendo a éste de sus herejías apostólicas, fortaleciendo al desmayado espíritu de aquél, desbaratando planes y preconizando en todas partes las excelencias de aquella monarquía ideal, histórica y libre, generosa y fuerte. Dijo también que la niña era muy bonita y que los españoles todos la querían mucho, lo mismo que a su interesante y bondadosa mamá; y, por último, que él (don Juan) seguía en sus propósitos de siempre, los cuales eran nada menos que derramar la última gota de su inútil sangre por la reinita de tres años, que había de ser (en esto no tenía duda: era una corazonada, una nueva inspiración divina), que había de ser, repetía, no sólo segunda Isabel, sino la segunda Isabel la *Católica*.

Cuentan los testigos presenciales de la anterior manifestación pipaónica, que las ilustres personas a quienes el cortesano se dirigía no le dieron todo el crédito a que por sus honrados antecedentes era acreedor don Juan. Cuentan también que éste sacó de su inagotable ingenio nuevas y más enérgicas razones, y hasta se asegura (no garantizamos la exactitud de su último dato) que en los ojos del cortesano brilló una lágrima. Mas ¿por qué no hemos de admitir una versión que tanto honra al bueno de Bragas? Sí; recojamos aquella lágrima de lealtad, vertida a los pies de una reina, y guardémosla para engarzarla veinte años más tarde en la corona del marquesado de Casa-Pipaón, concedido para premiar eminentes servicios al Tesoro y al Estado.

Dejando a un lado el testimonio de los presentes en aquella escena, al narrador le consta que antes de admitir al señor De Bragas a la gracia soberana se le exigieron pruebas de que su adhesión no era una mentira. Que él se apresuró a darlas no hay para qué decirlo, y que estas pruebas consistieron en una delación circunstanciada de todo lo ocurrido en dos años en casa de don Felicísimo, fácilmente lo comprenderá quien haya penetrado, por estas fieles relaciones nuestras, aquel carácter adornado de todas las virtudes de la serpiente. Y no pararon aquí los servicios prestados a la Monarquía infantil por el digno personaje, sino que reveló cosas muy hondas, sólo de él sabidas, y en las cuales había tenido cooperación aparente, con el único fin de profundizar el abismo de iniquidades del partido mil veces execrable (frase suya) que se aprestaba a escribir el nombre de Dios en la bandera del asesinato.

Véase aquí cómo supo embarcarse en bajel seguro y mantener en su compañía a la veleidosa Fortuna, su hermana querida y tutelar maestra. El ministro de Hacienda, don Antonio Martínez, que ya le tenía en capilla para dejarle cesante de su pingüe destino en el Concejo, cejó en sus intenciones perversas. El ilustre funcionario adquirió nuevamente el favor que había perdido en Palacio, y, no pudiendo lograr que un príncipe apadrinara sus felices bodas, encontró marqueses y condes que se ofrecieron a ello con bonísimo talante. ¡Ejemplo admirable de las recompensas que el Cielo da a la gente amaestrada en el supino arte de la vida!

La boda se fijó para últimos de septiembre. Mientras la anhelada fecha llegaba, Pipaón iba tres veces al día a Palacio a enterarse de la salud, o, mejor dicho, de la enfermedad del rey, la cual, con tanta rapidez se agravaba, que el panteón de El Escorial le tenía ya por suyo. Su majestad andaba con mucha dificultad, comía poco, dormía menos y ya se le hinchaba una mano, ya una pierna. El vulgo, que le tenía por cadáver embalsamado, era en esta creencia menos necio de lo que a primera vista parecía, y en los ataques fuertes casi todo el rey estaba dentro de vendas negras. Su mirada triste vagaba por los objetos, como depositando en ellos parte de aquella tristeza de que impregnado estaba. Su corpulencia era pesadez; su gordura, hinchazón; su cara sonrosada de otros días, una máscara violácea y amarillenta que parecía llena de contusiones; la nariz colgante casi le tocaba la boca, y en el pelo, negro como ala de cuervo, apare-

cían y se propagaban las canas rápidamente. Los negocios de Estado, en aquellos días más graves y espinosos que nunca, le aburrían y le abrumaban. La imagen de su hermano, que a veces le parecía un buen hombre, a veces un hipócrita ambicioso, no se apartaba de su mente, excitada por el desvelo. Ya pensaba ablandarle con sus sentimientos fraternales, ya confundirle con las amenazas de rey. Fué don Carlos la persona a quien más quiso en el mundo, y había llegado a ser su espantajo, el martirio de su pensamiento, la fantasma de su insomnios y el tema de sus berrinchines. Adivino de su próxima muerte, el rey veía arrebatado a su directa sucesión aquel trono que quiso asegurar con el absolutismo. ¡Y era el absolutismo quien le destronaba! ¡La fiera a quien había alimentado con carne humana, para que le ayudara a dominar, se le tragaba a él, después de bien ahita! ¡Cómo se reirían en sus tumbas, si posible fuera, los seis mil españoles que subieron al patíbulo, para servir de cebo a la mencionada fierecita! Pues y los doscientos cincuenta mil que murieron en la guerra de la Independencia, en la del 23 y en la de los agraviados, ¿qué dirían a esto? ¡Justicia divina!, si la mente de Fernando VII se poblaba con estas cifras en aquel tristísimo fin de su reinado y de su vida, ¡qué horrible mareo para hacer juego con la gota! ¡Qué insoportable peso el de aquella corona carcomida! Ya no eran el pueblo descontento ni el ejército minado por la masonería quienes atormentaban al tirano: eran el clero y los voluntarios realistas, capitaneados por un hermano querido. La víctima antigua, inmolada sobre el libro de la Constitución con el cuchillo de la teocracia, no infundía cuidado; lo que perturbaba era el cuchillo mismo revolviéndose fiero contra el pecho del amo. ¡Oh, qué error tan grande haber sacado de su vaina aquella arma antigua cuando ya comenzaba a enmohecer!... El pobre rey, a quien la nación no amaba ni temía ya, debió, sin duda, los pocos consuelos de sus últimos meses al espíritu tolerante de su mujer, y si él no se dejaba arrastrar públicamente al liberalismo, sabía tener secretas alegrías cada vez que el Gobierno mortificaba a la gente apostólica. Su alma rencorosa hubiera llegado a la aceptación de las nuevas ideas, no por convencimiento, sino por venganza, porque estaba harto de clérigos, harto de absolutismo, harto de camarillas, harto de su hermano, y si viviera más hubiéramos visto un liberalismo verdugo, como antes vimos una teocracia cazadora de hombres.

El rey empleaba largas horas escribiendo al infante. Creía que con cartas y amonestaciones podría convencer a aquella piedra viva que se llamó don Carlos, piedra por la tenacidad y falta de inteligencia. En la célebre correspondencia de ambos hermanos, las frases más cariñosas envuelven amenazas terribles. Se ven ríos de sangre corriendo bajo aquellas flores de la zalamería fraternal. Fernando hacía alarde de su autoridad, de su prestigio de rey y señor; don Carlos manifestaba en cada renglón profundo convencimiento de sus derechos, arraigado en la falsa piedad. En sus cartas se veía, bajo las protestas de honradez y buena fe, la ferocidad de la ambición de las infantas brasileñas. Ellas le instigaban a desobedecer al rey; ellas le sugerían fórmulas hábiles para disimular con razones y pretextos la rebeldía; ellas eran el alma, la acción, la furia y la iniciativa del partido, mientras don Carlos era la pantalla de santurronería que tan bien cuadraba a la causa para hacerse pasar por causa religiosa.

Cuando no escribía cartas, Fernando, comúnmente aburrido de su ordinaria tertulia, pasaba largas horas en el cuarto de las niñas. Era la primera vez en su vida que probaba los deleites puros de la familia. Aquel vicioso, que tan mal había empleado su tiempo, se sorprendía ahora de verse ocupado en pueriliidades, y bastaba cualquier síntoma de dolencia en Isabelita para que se olvidase de los negocios de Estado y de los malos pasos en que andaba la Corona. Preguntaba con frecuencia por las más insignificantes cosas referentes a las niñas, y si Luisita Fernanda daba en no querer mamar, ya había motivo para graves cuestiones, preguntas y comentarios. Cuando todo iba bien, cuando las niñas parecían estar sanas y contentas e Isabelita se quedaba dormida abrazada a su muñeca, el rey solía pasear por las anchas cámaras, dando el

brazo a Cristina. Ambos marchaban despacio, porque la cojera del rey exigía un lento y cauteloso modo de sentar los pies. Cristina hablaba poco de negocios políticos y hacía pronósticos alegres sobre la salud de su marido. La gota, según ella decía, iba cediendo, y era de esperar que en el próximo invierno no hubiese ataques fuertes. El rey suspiraba, incrédulo, y se acordaba de su conducta, que era la premisa lógica de su gota. De pronto cesaba el paseo; su majestad se detenía un rato ante el balcón por donde se veía la plaza de Oriente, que entonces era un páramo. Miraba un rato las casas de Madrid, y dando un gran suspiro tornaba al paseo lento y trabajoso. No se oían los pasos, sino el golpe del fuerte bastón en que se apoyaba el rey y que con lúgubre compás sonaba en el alfombrado suelo.

Desde el 19 de julio hasta el 27 de septiembre el rey sufrió mucho de su dolor en la cadera izquierda; pero no guardó cama. Sus comidas eran penosas por falta de apetito. Cristina le acompañaba, incitándole a tomar alimento con las mil zalamerías que usan, para estos casos, las mujeres cariñosas. De este modo Fernando se engañaba a sí mismo algunas veces, creyendo que comía con gana.

El 27, el rey quiso levantarse de la cama; pero advirtió que sus extremidades no le obedecían. Estaba débil, tan débil, que no se podía mover. Vinieron los médicos y le llenaron de cantáridas. La mano derecha se hinchó de tal modo, que parecía una cabeza. Su majestad notaba dentro de sí un enorme volumen inexplicable, como si otro cuerpo entrase dentro de su cuerpo y le invadiese y ocupase poco a poco. Los dolores se apaciguaron, dejándole dormir con pesado y brumoso sueño. El 29, su majestad se encontró torpe para hablar, torpe para discurrir. Empezaba a dominar en él una indiferencia triste. Le pusieron cantáridas en la nuca. Con esto el rey de España se reconoció otra vez rey de España. La mostaza, prolongando un reinado, tomó parte en la Historia. Los médicos parecían satisfechos y quisieron ver cenar al rey. Cristina dispuso la comida y Fernando comió mejor que los días anteriores. Después dijo: «Tengo sueño», y los médicos salieron para dejarle descansar. Era costumbre en él, durante los últimos tiempos de su enfermedad, dormir una breve siesta. Aquel día, Cristina quedóse con él en la estancia y se sentó al lado del lecho real. El rey cerró los ojos sin decir nada y pareció que se dormía con sueño tranquilo. Cristina le miraba. Una secreta intuición le decía que se estaba quedando viuda... De repente observó en el rostro de su esposo un movimiento extraño y un cambio de color más extraño aún. Llamó con espanto, entraron los médicos que estaban de guardia y el capitán de Guardias duque de Alagón. Los tres médicos, el duque y Cristina contemplaron la cara del rey. El médico pulsaba y luego dejaba de pulsar, como un piloto que abandona el timón cuando no hay esperanzas de evitar el naufragio. Cinco minutos duró aquel estado en que cinco personas miraban un semblante. Pasados los cinco minutos, Fernando VII no existía.

Fué una muerte breve, sin aparato, sin agonías tormentosas. Estaba muerto, y nadie se persuadía de que el rey no vivía, porque aquel estado inerte podía ser un desmayo, como otras veces. A pesar de que los médicos aseguraron que ya no había rey, Cristina dispuso que no se tocase el cadáver hasta las veinticuatro horas. Retiráronse todos y en Palacio hubo el movimiento vertiginoso que acompaña a los grandes sucesos de las monarquías. Nadie lloraba. Los cortesanos que habían sido fieles a la persona, pero que no simpatizaban con las ideas, se preparaban a abandonar la casa. Las salas, las galerís, las cámaras, estaban llenas de corrillos. La curiosidad, el recelo, la desconfianza, el miedo, la duda, formaban aquel extraño duelo en el cual había todo menos lágrimas. «Ahora sí que se ha muerto de veras», murmuraba el labio cortesano en pasillos y galerías, y tras esto surgían infinitos planes de conducta.

En la madrugada del 30, la descomposición selló la muerte del rey para que nadie pudiese dudar de ella. Estaba escrito que la conclusión de aquel reinado fuera en todo conforme al reinado mismo. Entregóse el cuerpo a la etiqueta, que hizo con él lo que es de rigor en tales casos. Dejémosle en poder de la mayordomía, que le lleva de cere-

monia en ceremonia hasta depositarle en El Escorial. La Corte, los pueblos, le veían pasar sin sentimiento. No ha habido rey más amado en su juventud ni menos llorado en su muerte. Abierto su testamento, se vió que dejaba a sus hijas y a su esposa veinticinco millones de duros y que mandaba decir veinte mil misas por su alma... *Requiescat...*

XVI

No se le cocía el pan a don Benigno Cordero hasta no ver realizado un pensamiento suyo de grandísima importancia. Desde aquella noche en que Sola se expresó con t a n t o calor, diciendo: «Quiero casarme con el viejo», éste, lejos de mostrarse ensoberbecido con declaración tan halagüeña, se volvió más taciturno. Fueron a pasar el verano a los Cigarrales, y dos tardes después de instalarse en su casa de campo. Cordero salió a paseo con Sola, bajando hacia la margen del río. El héroe se apoyaba en su bastón nudoso, y en los pasos difíciles, que eran los más, pedía auxilio al brazo de Sola. Esta no deseaba otra cosa que servirle y complacerle.

—Hijita—le dijo, cuando pasaron de las higueras del tío *Rezaquedito,* punto desde el cual ya no se veía la casa—, hoy tengo que decir a usted la última palabra acerca del asunto q u e hace tiempo me trae muy caviloso. Me he dado una batalla, querida Sola; me he dado una batalla, y me he derrotado completamente. Arrollado estoy en toda la línea. Acaso no me entenderá usted.

—No mucho—dijo Sola, creyendo deber decir que no, aunque algo se le iba entendiendo de aquellas cosas, y aun algo había ido penetrando en días anteriores, con su natural agudeza.

—Pues se han concluído mis vacilaciones, y a casarse tocan. Entre los dos se establecerá un parentesco de cariño, de agradecimiento y de amistad que no nos separará sino en el sepulcro. ¿Insiste usted en lo que manifestó aquella noche? Creo que no lo habrá olvidado usted; pues yo, si cien años viviera, no lo olvidaría.

—No lo he olvidado, y ahora repito lo que dije y me confirmo en ello.

El héroe se detuvo y la miró con seriedad afable.

—Repare usted bien que pronunció palabras muy categóricas y muy graves—le dijo en tono de queja—. Grabadas están en mi memoria. «Como Dios es mi padre... (¿no fué así?), como Dios es mi padre, juro que quiero casarme con el viejo.»

—Así f u é—afirmó Sola, repitiendo aquel eco de su alma—; con el viejo, con el viejo.

—Es decir, conmigo.

—Con usted.

Don Benigno anduvo algunos pasos y, deteniéndose luego, habló así, entre turbado y festivo:

—Pues bien, hija de mi corazón: yo tengo ahora un antojo que quizá usted lleve a mal; a mí me ha entrado un capricho, una manía... Qué quiere usted..., siento decírselo..., quizá se enfade.

—¿Qué?

—Pues es que... que ahora me tocan a mí los mimos..., y, en una palabra, que ya no quiero casarme con usted—y echándose a reír añadió—: Nada, hijita, le doy a usted calabazas... No contaba con mis veleidades, ¿eh? ¿No contaba usted con las coqueterías del viejo?

Y al decir esto abrió los brazos, derramó una lágrima y, riendo siempre, estrechó a Sola contra su corazón, en el cual se desbordaban los afectos más puros.

—Venga acá, hija de mi corazón—exclamó—, venga acá y abráceme también. Dios me ha iluminado para hacerla el mayor bien que podría usted esperar de mí. Felicitémonos ambos de este triunfo de mi razón, y ahora entonemos un himno al sentido común, que ha sido nuestro salvador.

Sola comprendía a medias.

—¿Quiere usted que nos sentemos en esta piedra?

—Sí—dijo Sola, ávida de hablar, de oír explicaciones—, sentémonos. Usted aquí..., que está más seco.

—Cuando me dijo usted aquellas palabras—manifestó don Benigno, quitándose los anteojos para limpiar los vidrios, que se habían empañado ligeramente—, me quedé en el primer momento en éxtasis y como deslumbrado. Después tuve la suerte de no dejarme

alucinar por las pasiones y de ver claro en un asunto tan expuesto al error. Parece que el buen sentido se redobló en mí, preparándose para la gran batalla que se iba a dar en el campo de mi espíritu, y que las pasiones se aterrorizaron, anunciando su vencimiento. ¡Ah!, hija de mi corazón, el viejo fué iluminado por Dios y pudo pesar sus escasos méritos, sus achaques, sus... condiciones, poniendo todo esto al lado de la lozana juventud de usted, merecedora de mejor destino. No sé cómo fué aquello, pero recuerdo que se agrandaban a mis ojos los inconvenientes y se menguaban las ventajas mutuas; comprendí que iba a hacer un disparate y a dar un resbalón más grande que el que me ocasionó la rotura de esta endiablada pierna; me sorprendí arrepentido, hija; no sé cómo fué aquello; sí, me sorprendí arrepentido, y sin saber cómo empecé a ver claro, clarísimo, y me dije: «La quiero demasiado para casarla conmigo.»

Sola no sabía qué decir. Las palabras que oía revelaban tal convicción y don Benigno le infundía tanto respeto, que no se atrevió a contestar ni a defenderle contra su buen sentido. Pensó primero que debía insistir en lo del matrimonio; pero afortunadamente desistió de una idea que habría sido impropia. Su bondad le inspiró la declaración más digna en sus labios, diciendo:

—No tengo más voluntad que la de usted... Haga usted de mí lo que quiera.

—Barástolis, muy bien dicho. Pues yo quiero hacer de usted una hija... Hasta ahora no había querido tener con usted esa familiaridad inocente que consiste en tratarla de tú. Pues ya que no hay nada de casorio, quiero tener contigo, contigo, que eres mi hija, la familiaridad propia de un padre; quiero tutearte... Y en este momento conviene que sellemos nuestro parentesco con un abrazo; pero muy apretado..., así..., no hay cuidado. Ya no somos novios, hijita.

Se abrazaron estrechamente, confundiendo la bondad de sus corazones.

—Ya no somos novios—repitió don Benigno—. Aquello era una tontería. ¡Me lo ha revelado Dios por conducto de estos achaques míos, y mi razón me dijo tantas, tantísimas cosas...! No dudé, ni por un instante, de la sinceridad de tu consentimiento. Convencido estoy de que tú te habrías casado gustosamente con el viejo, de que le habrías querido, de que le habrías sido fiel, de que le habrías cuidado mucho cuando pasara, el pobre, de viejo a viejecito, cosa que no puede tardar... Pero, hija mía, tu consentimiento y aquellas palabras admirables que me dijiste brotaron de tu gratitud, del afecto filial que me tienes. ¡Ay! No se hacen los buenos matrimonios, no, con estos ingredientes. Es preciso no forzar la Naturaleza, no forzar los sentimientos naturales, haciendo de la gratitud amor; es preciso, sobre todo, dar a cada edad lo suyo y no empeñarse en reverdecer la venerable vejez, ni marchitar la hermosa juventud, uniendo una cosa con otra fuera de sazón. No, mil veces no. Tú, al querer ser mi esposa, domando un sentimiento robusto que vivía y vive en tu corazón, hacías un sacrificio sublime. Yo te lo agradezco, pero no quiero aceptarlo. Dicen que yo fuí héroe en cierta ocasión; pues aquello de Boteros ès tortas y pan pintado en comparación de este arranque de energía que acabas de ver, hija mía, porque esto me ha costado más luchas, porque yo también sé hacer un sacrificio. No se renuncia sin trabajo a un bien seguro, a un bien tan delicioso, a todo lo que me prometían tu juventud, tu cariño leal, tus méritos inmensos, tu belleza, hija..., pues ahora que no soy novio puedo decirte que cada vez te vas poniendo más guapa... En fin, hija mía: he creído amarte mejor y servirte mejor, y amar y servir mejor a Dios, dándome a ti por padre que por esposo... Y aún me queda otra cosa mejor que decirte. Esto que he hecho sería incompleto, muy incompleto si quedara así... Pero yo, yo no hago las cosas a medias. Mis heroísmos, cuando salen de mí, no son pamplinas. Al hacerte mi hija, quiero llenar el vacío que hay en tu existencia y poner a tus sentimientos la corona que has ganado; quiero llenar de felicidad hasta los bordes ese vaso de tu vida, que poco a poco se ha ido vaciando de sus antiguas tristezas; quiero casarte con el hombre que amas, con ese de quien yo puedo asegurar que te merece.

Sola se quedó espantada. Tan grande era la novedad de aquella idea, que necesitó algún tiempo para tenerla por

lisonjera. Palideció, y tanto hubo de trastornarse su fisonomía que, sintiendo vergüenza de que don Benigno sorprendiera en ella la impresión hondísima que experimentaba, bajo la cabeza, Cordero puso las palmas de sus manos en las sienes de ella, y atrayéndola, la dió un beso en la frente, diciendo:

—Gracias a Dios que te puedo dar este besillo, para demostrarte de un modo material el cariño honesto que te profeso, cariño de padre, que yo quise echar a perder tontamente. No te avergüences de lo que sientes al oír lo que acabo de decirte. Es natural... Con este otro beso te quito la vergüenza. Que venga tu futuro esposo a impedirme que te bese... Si alguien nos viera, ¿qué diría?... Pero nosotros nos reiríamos y contestaríamos sin ponernos colorados: «Ya no somos novios, ya no somos novios.»

Sola se echó a reír. Después se puso muy seria. En su trastorno no sabía qué manifestaciones serían más convenientes, y así dejó a su rostro que expresara lo que quisiera.

—Veo que te has puesto muy seria y como enojada—le dijo el héroe—. ¿No te gusta mi proyecto?

—Es que...—balbució Sola, no disimulando el gran temor que de improviso llenó su alma—. Es que... podría suceder... Y ¿quién me asegura?...

—¿Qué podría suceder, tonta?

—Podría suceder que él no me quisiera ya.

—¡Bonita idea! ¿Me tienes por un necio? ¿Me crees cápaz de inclinarte a ser esposa de un hombre, sin saber si ese hombre te quiere, y lo que es más aún, que te merece?

—¡Entonces, ha hablado usted con él!... ¿Le ha dicho...? Y ¿él le ha dicho...? ¿Se han ocupado ustedes de esto antes de hablarme a mí?... ¿El sabe...? ¿Usted y él...?

De este modo expresaba Sola su curiosidad, no acertando a interrogar sin que preguntas mil, inconexas y atropelladas, se enredaron en sus labios, queriendo salir todas a la vez.

—Todo se ha previsto...—afirmó con paternal reposo don Benigno—. Calma, calma. No puedo decirte en pocas palabras lo que he hablado con este buen señor; pero puedo asegurarte que tiene por ti un cariño bastante parecido a la idolatría... Cuando este pensamiento mío empezó a atormentarme el cerebro, fuí a ver mi hombre. No sé qué agitación, qué falta de asiento y aplomo encontré en él. Te juro que no me gustó nada, y al salir, dije para mí: «No la merece; no le entregaré yo el ángel de mi casa.» Volví poco después, y hablamos de varias cosas. Su conversación me encantó. Halléle, como siempre, leal y discreto. Pero se me antojó que se ocupaba demasiado de política, y dije: «Nones, están verdes para ti. No quiero que mi hija viva sobre ascuas, pensando si ahorcan o fusilan a su marido... Guarda, Pablo.» En una tercera visita..., estas visitas mías fueron exploraciones habilidosas y tanteos para conocer si era digno o no del tesoro que yo pensaba regalarle, y así, jamás le revelé mis planes... Pues decía que en una tercera entrevista hablamos cordialmente, y él se espontaneó de tal modo conmigo, me abrió su corazón con tanta franqueza, me expuso sus ideas y planes de vida con tanta sinceridad, que al salir me dije para mi sayo: «Sí, es preciso dársela. Le corresponde de hecho y de derecho.» Después corrieron entre los amigos rumores malévolos respecto a él... Dijeron que se había hecho carlista...

—¡El!

—Calumnias y simplezas. Fuí a verle, charlamos. Aquel día le hice indicaciones de mi proyecto. El pareció comprenderlo y se puso pálido, muy pálido.

—¡Pálido!—repitió Sola, que tenía sus claros ojos fijos en don Benigno, y no perdía ni la más ligera inflexión de sus labios elocuentes.

—Pues... pareció que se conmovía, y me abrazó, ¿entiendes?, me abrazó. Yo le dije que nos volveríamos a ver pronto.

—¿Y eso fué...?

—La semana pasada, hija, en mi último viaje a Madrid. ¿Recuerdas que dije: «Voy a comprar bisagras y cerraduras para las puertas nuevas?» En efecto, compré mucho hierro; pero el principal móvil de mi viaje fué saber de la propia boca de ese señor novio tuyo..., démosle este nombre..., saber de su propia boca si era verdad que se había hecho carlista.

—¡Qué asquerosa calumnia!—exclamó Sola con ardor, confundiendo con una frase a los inventores de tan maligno despropósito.

—El me desengañó quitándome aquel escrúpulo..., porque, a la verdad, hija de mi corazón, si mi yerno sale con la patochada de afiliarse a esa bandera odiosa, y se echa al campo a defender la religión a tiros... No lo quiero pensar, ¡barástolis!... ¡Bonito negocio habríamos hecho! Afortunadamente para él, quedé convencido de que no ha pensado nunca ingresar en la Orden sacristanesca, y cuando salí de la casa, dije: «¡Tuya es, bribón; te la has ganado, pillo! Dios me manda que te la entregue. Ahora, que San Pedro te la bendiga.»

—¿Y tampoco ese día le dijo usted claramente...?—preguntó Sola, deteniéndose a media pregunta, porque le quemaba un poco los labios la segunda mitad o el rabillo de la pregunta entera.

—No le dije nada claramente, porque no me pareció discreto abrirle de par en par las puertas del Paraíso sin contar antes contigo. Pero le abrí un resquicio; le di a entender mis intenciones, y el bendito hombre parecía, como vulgarmente se dice, que veía el cielo abierto: de tal modo le brillaban los negros ojos. Quedé en volver a principios de octubre, y cuando me despedí, le dije: «Para entonces, quizá, o sin quizá, le traeré a usted noticias que le contenten mucho.»

—Hoy es uno de octubre—dijo Sola, con frase rápida, como centella de palabra que de sus labios saliera.

—No, que es mañana—apuntó Cordero riendo—: yo tengo el calendario en el dedo. No quieras ahora que los días salten unos sobre otros. El tiempo es un señor a quien se ha de tratar con respeto grandísimo. Observa la calma y el método con que anda. A veces, diríase que va despacio; a veces, que corre como un galgo; pero es ilusión nuestra: su señoría no sale nunca de su paso. Mañana, hija querida, iremos a Madrid.

—¿Yo también?

—Pues es claro. Quiero que os veáis, que os habléis. Luego vosotros os entenderéis, y mi papel quedará reducido a preparar algunas cosillas que para la boda sean necesarias...

Dió un suspiro, y estrechando luego entre sus manos las de Sola, que estaban frías, sin duda porque todo el calor se recogió en su corazón alborozado, dijo Cordero estas palabras:

—Te voy a dirigir un ruego. ¿Lo atenderás?

—¡Qué pregunta!—exclamó Sola, echándose a llorar antes de conocer el ruego.

—Pues quiero suplicarte que, después de casada, ya que mis hijos no puedan ser tus hijos, como proyectábamos, les mires como tus hermanos.

Sola le contestó con el río de sus lágrimas, que no permitían conceptos. Ni éstos eran necesarios.

—Si me ves llorar—dijo don Benigno, secándose una lágrima con gesto heroico—, no creas que estoy afligido ni desconsolado. En mi pecho no caben ni envidias de mozalbete ni el duelo de deseos frustrados. Tranquilo estoy y contento, contentísimo. Si lloro es por la atracción de tus lágrimas, que hacen correr las mías, sin saber por qué. Tuve un poquillo de pena, sí; pero me consuela el saber que si mis hijos han perdido su segunda madre, buena hermana se llevan, ¿no es verdad?

Principiaba a caer la tarde y se sentía el fresco del Tajo. Don Benigno propuso que se retiraran a casa, y dejando la peña dura, tomaron el camino áspero y tortuoso.

—Ya van creciendo las noches—dijo Sola, dando el brazo a su padre.

—Sí, hija mía—replicó éste—, y el mañana tarda un poco más; pero viene, no tengas cuidado.

—Ya no recuerdo cuánto se tarda de aquí a Madrid.

—Pues no es mucho. Tomaremos el coche de Peralvillo, que es el que va más pronto. ¿No sabes la novedad que hay en el mundo? Pues ahora han inventado en Inglaterra unas máquinas para correr, un coche diabólico que va como el viento, y anda, anda... No sé lo que anda; pero si hubiera uno desde Toledo a Madrid, iríamos en dos horas.

—¡En dos horas! Eso es fábula.

—¿Fábula? Me lo ha dicho don Salvador, que lo ha visto.

—¿El ha visto esa máquina?

—Y ha andado en ella.

—¿El ha andado en ella? Será cosa magnífica.

—Figúrate...

Don Benigno se detuvo, y con la complacencia que producían en él las maravillas de la naciente industria del siglo, se preparó a dar a su hija explica-

ciones demostrativas, para lo cual puso horizontal el bastón y deslizó los dedos sobre él.

—Figúrate que hay en el suelo dos barras de hierro donde ajustan las ruedas de unos enormes coches..., así como casas. Estos coches van atados unos a otros. A poco que las empujen, como las ruedas se ajustan a la barra de hierr, ¡zas!, aquello corre como una exhalación.

—Ya entiendo..., las mulas...

—Si no hay mulas, tonta... Ya te lo explicará don Salvador, que ha montado en esos vehículos. Esa diablura la han puesto los ingleses entre un pueblo que llaman Liverpool y otro que nombran Manchester. Dice don Salvador que aquello es volar.

—¡Volar! ¡Soberbia cosa!...—exclamó Sola con entusiasmo—. Decir «quiero ir a tal o cual parte», y...

—Y salirse uno con la suya. Pues te diré: no hay caballos. Todo aquel rosario de coches está movido por un endemoniado artificio o mecanismo, que tiene dentro fuego y vapor, y sopla que sopla, va andando. Yo no sé cómo es ello. Me lo ha explicado don Salvador; pero no lo he podido entender.

—¿Y esa manera de ir acá y allá no se pondrá en otras partes?

—Sí: dice nuestro amigo que se va extendiendo; que en Inglaterra están haciendo más de esos benditos caminos de hierro, y que en Francia van a empezar a ponerlos también.

—Y en España, ¿no los pondrán?

Cordero dió un suspiro.

—Ahora va a empezar una guerra, si Dios no lo remedia—dijo melancólico.

—Cuando concluya...

—Quizá empiece otra... Pero, al fin y al cabo, también tendremos aquí estos caminitos, aunque sólo sea para muestra. Don Salvador dice que se extenderán por toda la tierra, y que hasta las regiones más incultas llegará esa máquina que corre a soplos.

—¿Y la veremos por aquí, por este caminejo?

—¿Por qué no?

—Y podremos decir: «A Madrid...»

—Sí; pero ese prodigio no acontecerá mañana, hija querida—dijo Cordero sonriendo—. Por ahora nos contentaremos con las tres mulitas de Peralvillo.

Entraron en la casa, donde hallaron a don Primitivo Cordero, sobrino de don Benigno, que venía a pasar unos días en los Cigarrales, y traía estupendas nuevas de la Corte, entre ellas la muerte del rey. Cenaron todos un poco tristes, por la sombría influencia de tales noticias, de los comentarios lúgubres con que las acompañó el ex capitán miliciano, y de los presagios fatídicos que hizo.

Cuando don Benigno manifestó su propósito de ir a Madrid el día venidero, Primitivo le anunció con oficioso pesimismo que probablemente encontraría las tropas insurreccionadas en las calles, la anarquía imperante, y la Villa entera, la Corte y la Monárquía, dadas a todos los demonios.

Al despuntar la aurora del siguiente día, Sola se levantó, y abriendo de par en par la ventana de su cuarto, a cuyo alféizar subían las ramas más altas de los almendros, aspiró el aire balsámico de la mañana y miró los senderos, el suelo, la torre de la catedral insigne, que a lo lejos y en medio del verdor oscuro del paisaje lucía como un ciprés de piedra; dejó correr luego sus miradas por el suelo adelante hasta el horizonte, término de amarillentas lomas y de azulados pedregales; fué con su espíritu más allá del horizonte mismo; volvió con tristeza. Se podría haber creído que echaba de menos aquellas barras de hierro de que don Benigno hablara la tarde anterior, y que, de existir, permitirían a los hombres remedar el maravilloso viajar de los pájaros. Nada vió en los torcidos senderos que indicase que las hadas se habían ocupado la pasada noche en tener aquellas vías metálicas, milagro de la locomoción, increíble camino, más propio para ser recorrido con las alas del espíritu que con los pies de la materia.

Poco después se levantó Cordero. El coche de Peralvillo no podía tardar, y era preciso sustentarse de chocolate y bollos para el largo y molesto viaje. Sola dió punto a las meditaciones para atender a los diversos menesteres de aquella hora, y cuando don Benigno y ella se encontraron solos, el héroe no pudo menos de preguntarle por qué había en sus ojos huellas de lágrimas, siendo las circunstancias más bien propicias que adversas. Sola contestó que no había podido dormir en toda la noche, porque las cosas tremendas que

contó Primitivo y los augurios que hizo llenaron de misterioso pavor su espíritu. Verdad era esto que dijo; pero también había influído mucho en su insomnio doloroso la brusca y radical mudanza en su destino, en sus ideas todas, por la conversación que ella y su dignísimo protector tuvieron a orillas del río. Sola no quiso ocultar a Cordero todo lo que sentía y pensaba.

—Estoy tan aturdida desde ayer tarde—le dijo—, que no sé lo que me pasa. Toda la noche imaginando catástrofes o soñando tropiezos y caídas. No me puedo convencer de que Dios me lleve ahora por ese camino tan distinto del que antes seguía, sin que sea para ir derecha a una desventura muy grande. Yo nací con mala estrella.

—Patrañas, querida hija; cosas de la imaginación—replicó don Benigno apurando su chocolate—. No nos entreguemos a cavilaciones hueras y tengamos confianza en Dios. Eso de malas y buenas estrellas no es muy cristiano que digamos.

—Es verdad; pero yo no puedo evitar el sospechar peligros, el tener miedo de todo y el presentir desgracias. Es una especialidad mía. ¡Si Primitivo no hubiera contado tantos horrores...! Ahora, con la muerte del rey, se va a encender una guerra tal que España será una nación de huérfanos y viudas. Sí: así será... Correrán ríos de sangre, ríos caudalosos como los de agua, y los hermanos matarán a los hermanos..., todo por saber si ha de reinar la sobrina del tío o el tío de la sobrina. ¡Qué horrorosos disparates! ¡Y estas cosas pasan en reuniones de gente que se llaman países y naciones!... ¡Y ésta es la decantada sabiduría de los hombres de Europa, que se ríen de los salvajes! Yo, mujer ignorante, digo que esos sabios no tienen sentido común.

—Hija de mi alma—exclamó don Benigno—, estás hablando como el patriarca de la filosofía, como Juan Jacobo Rousseau. Sí: el estado actual de las naciones y el sentido común son incompatibles.

En su entusiasmo, Cordero tremoló la servilleta que acababa de desprender del ojal de su levita. Aquel lienzo era la bandera del sentido común, pabellón sin colores y sin heráldica.

—No he podido apartar de mí en toda la noche—dijo Sola—una idea que me hace estremecer de pena. ¿Quién nos asegura que el hombre a quien vamos a buscar no estará ya comprometido en la guerra civil? ¿No será probable que esté disparando tiros en las calles? ¿No puede suceder que esté ya muerto?

—Calla, tonta... ¡Un hombre tan juicioso...! ¿No comprendes tú...?

—Yo no comprendo nada; yo siento, y nada más. El corazón suele tener unas adivinaciones tan raras... A veces, el muy pícaro se empeña en una cosa, y Dios se encarga después de d a r l e gusto... ¡Ojalá me equivoque! Y ahora Dios no nos manda tan sólo el azote de la guerra civil; nos manda también otro: esa terrible enfermedad..., ¿no oyó usted hablar a Primitivo de esto? Es un mal muy raro: por el cual se muere la gente en pocas horas, a veces en minutos; es una puñalada invisible que sorprende y mata, y nadie está seguro de vivir dentro de media hora.

—Sí—dijo don Benigno, cayendo en sombría tristeza—, es el *cólera morbo asiático*.

Al oír este nombre repulsivo y espantoso, Sola sintió correr por su cuerpo un frío displicente. Cordero sintió lo mismo.

—Esa enfermedad—añadió—ha aparecido en Andalucía. Las personas van muy tranquilas por la calle, y de repente, ¡plaf!, se caen al suelo y se mueren. Pero esta infección no llegará a Madrid... Vamos, en marcha; ahí está el coche.

Oyeron los alegres cascabeles de las mulas de Peralvillo. Sola se despidió de los niños llorando, y les prometió que volvería muy pronto. Al subir al coche, dijo:

—¿Tardaremos mucho?

—Volaremos—afirmó el héroe—. Peralvillo, llévanos aprisa... ¡Oh!, ¡lástima que no tengamos ya por aquí esos carriles satánicos!

Y tenía razón. ¡Lástima grande que en aquella ocasión crítica no existieran los carriles de Satanás!

XVII

La mañana del 29, cuando nadie sospechaba que la muerte del rey estuviese tan próxima, dejó de ser soltero Pipaón.

Los tiernos esposos recibieron la bendición nupcial en la hermosa iglesia de San Cayetano, que hace esquina a la calle del Oso, y el encargado de darla fué el padre Carantoña, de la Orden dominica, grande amigote del desposado. Asistieron personas de calidad; hubo mucha pompa eclesiástica y mundana; se repartieron limosnas, y todo fué dispuesto para que en los barrios del Sur quedara memoria del acto por dilatados tiempos. La sordidez de don Felicísimo no permitió que el almuerzo de rúbrica se diera, como parecía natural, en la casa de la desposada, y dióle en la suya Pipaón con mucho rumbo y magnificencia. Pero lo más notable del día fué el altercado que tuvo nuestro cortesano con don Felicísimo. Los recién casados, creyendo que si el vejete no les daba de almorzar no les negaría su bendición, fueron allá muy gozosos; pero el Demonio, que jamás descansa, hizo que Carnicero tuviese noticias ciertas aquella misma mañana de las traicioncillas de Pipaón, y de los soplos infames que había llevado a la antecámara de su majestad la reina Cristina. Estaba el buen señor trinando cuando llegaron los cónyuges, y ojalá que no hubieran llegado jamás, porque así como estalla un volcán, reventó la cólera de don Felicísimo, y no quedó dentro de su boca palabra malsonante ni epíteto quemador. Púsose blanco el bendito agente, como piedra caliza, y su rostro plano causaba terror, porque parecía próximo a descomponerse en piezas, cayendo cada fragmento por su lado. En vano quiso disculparse Pipaón; en vano Micaelita intentó disculparle también, llevada del amor que aquel día le tuvo, y hasta doña María del Sagrario arrojó con timidez una palabra de paz en medio de la ardiente filípica. Aumentábase el furor del maligno viejo con las réplicas, y para concluir echó a sus nietos a la calle, ordenándoles que no volviesen a poner los pies en aquella *casa de la lealtad*, y conminándoles con desheredarles del mejor modo que pudiese. Los esposos salieron cabizbajos, y cuando se despedían de doña Sagrario en la puerta, el condenado vejete agarró con su zarpa acerada el brazo de *Tablas*, que a su lado estaba, y con ardiente anhelo le dijo:

—*Tablas*, cuatro duros, cuatro duros para ti, si vas ahora y le das un puntapié a ese tunante y le arrojas rodando por la escalera. No hagas daño a mi nieta, ¿entiendes?, a mi nieta, no.

El atleta no quiso desempeñar el indigno papel de cachetero que en aquella repugnante zaragata doméstica se le designaba, y todo quedó en tal estado. Después riñó don Felicísimo con doña María del Sagrario, con la criada, con *Tablas*, y a todos les mandó que se fuesen a la calle, pues para vivir entre espías o traidores, prefería estar solo con el leal y desinteresado gato. El buen señor desahogaba su cólera sonándose, sonándose fuerte y repetidamente, y aquel furioso trompeteo resonaba en la casa como las cornetas de un llamamiento militar. No era en verdad ilusión que los frágiles tabiques de la casa temblaran como las murallas de Jericó, porque durante el ir y venir de la gente en el momento del berrinchín, el piso se estremecía de tal modo y con tan amenazadora trepidación, que los expulsados tomaban con gusto la puerta.

Por la tarde, y cuando no se habían aplacado aún los irritados espíritus del agente eclesiástico, entró a verle Salvador Monsalud. Don Felicísimo le recibió con desabrimiento.

—Le he mandado venir a usted—dijo tomando el pie de cabrón y dando con él fuerte porrazo sobre la mesa—para comunicarle noticias muy desagradables acerca de nuestro amigo el señor don Carlos Navarro. Usted, ¡ji, ji!, se tomó por él tanto interés cuando aquella diablura de su encierro en la cárcel de Villa, que no dudo en acudir a usted ahora que el insigne guerrero del Altísimo se halla en un trance mucho más peligroso.

Oyó Salvador con notorio interés estas palabras, y después de manifestar que no había favorecido a Navarro por simpatías carlinas, sino por consideraciones de gratitud y de amistad absolutamente personales, rogó a Carnicero no ocultara nada de lo que al digno soldado del Altísimo ocurría. El vejete se revolvía en su asiento. Tomando y dejando con las inquietas manos este o el otro papel, porque estaban sus nervios en completa anarquía, dijo así:

—Ya llegará la hora de esos canallas, ya llegará, ¡vive Cristo! Ahora, al amparo de esa sombra de rey, bailan sobre nuestras costillas; pero los papeles se

truecan, ¡ji, ji! Figúrese usted que el bravo don Carlos partió hacia Navarra para conferenciar con Santos Ladrón y otros valientes capitanes, la buena gente, la gente sana, la gente de Dios. Pues bien: hubo una algarada de voluntarios realistas en Viana, por impaciencias tontas y celo mal entendido. El virrey de Navarra mandó contra ellos una columna. La columna no derrotó a nadie..., como siempre; pero cogió a don Carlos, que estaba en el convento de frailes franciscanos, ¡ji, ji!, y juntamente con un sobrino de Santos Ladrón, y un capuchino, a quien sorprendieron haciendo cartuchos, le llevaron a Estella. Se formó sumario, dieron parte a Madrid, y este Gobierno cobarde y rastrero ha mandado hoy, hoy mismo, ¡ji, ji!, ha mandado que sean pasados por las armas el señor don Carlos, el sobrino de Santos Ladrón y el capuchinito de los cartuchos. He sabido todos estos pormenores por un oficial del ministerio de la Guerra, que nos pertenece en cuerpo y alma, y no hay duda alguna, ¡ji, ji!, de que la execrable orden del ministro irá, lo más tarde, por el correo de mañana.

—Es un deplorable incidente—dijo Salvador, meditabundo—; pero no podemos negar al Gobierno el derecho de defensa. Usted, que tanto poder tiene, ¿no podrá evitar esa catástrofe, aunque sólo sea en la parte que a nuestro desgraciado amigo corresponde?

—¿Yo?...—chilló Carnicero, en tono de lástima de sí mismo—. ¿Yo? Bueno está el ramo de Guerra en los tiempos que corren para que yo pueda lograr... Usted, usted...

—¿Yo?—dijo Salvador, condoliéndose de su impotencia política y militar—. Apenas tengo relaciones oficiales. ¿Qué caso han de hacer de mí? Para mayor desgracia, he sido tildado de apostólico por algunos necios, y en el ejército corren hoy vientos muy liberales. Yo no puedo nada.

Ambos meditaron breve rato, don Felicísimo con los ojos fósiles puestos en el ensangrentado Cristo de la columna. Salvador leyendo en las rayas de la estera.

—¿En poder de quién está Navarro? ¿Conoce usted al jefe de la columna que le aprehendió o al gobernador de Estella?

—Pues ya..., el bribón que le capturó y el jefe militar de Estella son una misma endemoniada persona, ¡ji, ji!, y esta persona es el perdido de los perdidos, el gran maestro de los canallas. Seudoquis, más masón que Caifás y más liberal que Caín... ¿Le conoce usted?

—Mucho—replicó Salvador, acabando de leer en la estera—. Tanta amistad tenemos, que seguramente lo que Seudoquis no haga por mí no lo hará por nadie.

—¡Qué lástima, Santo Cristo de la Vega! ¡Qué lástima, Santísima Señora del Sagrario, que no esté Navarra en Móstoles o que las leguas no se trocaran en varas!... En este caso, la distancia nos mata. Ni valen para este delicado asunto las cartas de recomendación...

—Es verdad que nada de eso vale.

—¡La distancia, la distancia!... Si pudiéramos traer aquí a Navarra...

—Llevaremos a Madrid allá.

—¿Cómo?

—Señor don Felicísimo—dijo Salvador, levantándose—, me marcho a Navarra.

—¡Usted!... ¿Cuándo?

—Lo más pronto que pueda. Depende de los medios que encuentre. Si esta tarde hallo un coche, esta tarde me voy.

—¿Y confía usted sacar partido de su amistad con ese desollado masón?... ¡Pero qué amigos tiene usted!... Estoy asustado.

—Creo que podré conseguir algo.

—Pero ¿de veras va usted?

—Ya está decidido. Yo soy así—afirmó el caballero dando algunos paseos de un ángulo a otro en la polvorosa estancia.

—¿Quiere usted cartas de recomendación?

—¿Para clérigos, canónigos, guerrilleros, frailes que hacen cartuchos y abades que organizan partidas? Sí, sí, vengan cartas. Nada de eso es inútil para mi propósito.

—Entérese usted bien de lo que ha pasado—dijo don Felicísimo, entregando a Salvador varias cartas, que éste empezó a leer con avidez—. Vea usted lo que me escribe el guardián de franciscos de Estella... Vea usted también la relación detalladísima que del suceso me hace el prior de los Descalzos de Viana. Ahí verán ustedes las lindezas de su amigo Seudoquis, que fuma en las iglesias, in-

sulta a las monjas y dice públicamente que Dios es *isabelino*.

—No creo que Seudoquis se haya vuelto tonto.

—Lea usted, lea.

Por las cartas, el caballero se enteró del caso, y tuvo anticipado conocimiento de personajes, cosas y lugares, que ordenó en su mente con asombrosa presteza. Concluída la lectura, ya había imaginado un plan que no debía sufrir gran variación con la marcha de los sucesos. Para poner en ejecución lo que pensaba, urgía aprovechar el tiempo lo mejor posible. Su temperamento impaciente se adaptaba a las resoluciones rápidas y a un procedimiento ejecutivo y precipitado para realizar pronto la idea, anticipándose a las contrariedades y tomando la delantera a los peligros. Aquella tarde arregló sus cosas, buscó un cochecito y dió cuantos pasos preliminares creía menester para no hallar obstáculos en su largo viaje. Ya anochecía cuando escribió una carta a don Benigno Cordero, manifestándole lo que más adelante sabrá el curioso lector. Esta carta la dejó en poder de don Felicísimo, previa formal promesa de entregarla a Cordero, que vendría pronto de los Cigarrales y estaría en su casa de la subida a Santa Cruz. Despidióse del anciano y partió aquella misma noche. La noticia de la muerte del rey, que sabía todo Madrid, lejos de hacerle desistir de su propósito, le confirmó más en él, porque se inauguraría el período de crueldades, amenazas y represalias, precursor del desencadenamiento de la hidra, cuyos broncos rugidos resonaban ya en toda la Península. No se nos quedará en el tintero un incidente ocurrido al partir Monsalud de la morada carniceril. Iba a tientas por el pasillo lóbrego (pues razones económicas habían retrasado aquella noche, como otras muchas del año, la aparición de la luz) cuando del techo se desprendió un pedazo de yeso o cascote, mucho mayor que los que a todas horas caían. Afortunadamente, al chocar con los puntales se partió en dos o tres fragmentos, y Salvador no recibió en su cabeza sino uno de éstos, que produjo un mediano porrazo, rozándole después la cara. Cualquier supersticioso habría visto en tan insignificante suceso augurio adverso o quizá favorable; pero Salvador sacudió del hombro el yeso, y siguió adelante sin contestar a don Felicísimo, que en la puerta de su cuarto decía:

—¿Qué es eso?... ¿Se ha hecho usted daño? ¿Se cae la casa? ¡Luz, luz!

XVIII

«El rey ha muerto. ¡Viva el rey!»

Cuando Elías Orejón entró en casa de don Felicísimo y pronunció esta frase con hiperbólico entusiasmo, el famoso Carnicero estuvo a punto de perder el sentido: tan grandes fueron su sorpresa y júbilo. Unidos ambos en estrecho abrazo, diéronse palmetadas en los omóplatos durante un par de minutos, sosteniéndose el uno al otro, para no caer al suelo con la fuerza del contento y la debilidad de las piernas. Esto ocurría poco después del fallecimiento del monarca y tres horas más tarde del altercado con Pipaón, por donde se ve que en un mismo día reservaba la Divina Providencia al señor de Carnicero impresiones totalmente contrarias, haciéndole pasar de la ira más atroz a un contento febril y casi rabioso. Los dos viejos expresaron con afán, y quitándose simultáneamente las palabras de la boca, opiniones diversas sobre el suceso, y proclamaron que Dios había concedido a la Monarquía el más precioso de los dones, abriendo camino al soberano verdaderamente católico y al rey de verdad. Orejón se despidió para volver a la noche, trayendo las últimas noticias, y Carnicero se quedó solo, saboreando en deliciosas meditaciones su júbilo apostólico, ideando planes y considerando el triunfo rápido de la España religiosa sobre la España masónica. Después fué Salvador a despedirse y a llevar la carta para Cordero, y otra vez se quedó solo el anciano con la criada, que le aprestó la cena. Doña María del Sagrario, que estaba muy a mal con su padre por el sofoco de Pipaón, le acompañó breve rato y fuése después a la casa de su sobrino con intento de no volver hasta las diez de la noche.

Las ocho serían cuando volvió a aparecer Orejón acompañado del conde de Negri, y vieron cenar a don Felicísimo, que entre bocado y bocado había de incrustar una opinión, preguntilla, apóstrofe e interjección apostólica, todo en-

treverado de hipos que dividían en minúsculas porciones sus conceptos, dando idea de lo que sería un discurso en mosaico o una oración en cañamazo.

—A poco de dar el último suspiro su majestad—dijo el conde—, el pobre señor Cea reunió en la cámara real a varios militares... He oído hablar de Quesada, San Martín, Freire y otros muchos que no recuerdo... Recibióles la napolitana llorando y gimiendo, y no de pesadumbre de quedarse viuda, no, sino porque la corona y el trono de su hija van rodando ya como los juguetes de las niñas... Pero vean ustedes lo que ha discurrido ese señor Cea, ese talentazo, ese inventor de la pólvora y de los pasteles... Pues nada: rogó a los militares que juraran defender la sucesión directa y el tronito de la titulada Isabel Segunda. Tenemos monarquía de muñecas... Y ellos juraron, y tras de aquéllos fueron otros y juraron también.

—¡Patarata!—exclamó Orejón—. Todo eso es música, música. También se han reunido esta tarde muchos locos masones, con Aviraneta a la cabeza, y han deliberado... ¡Deliberado los postes! ¿Cuándo se ha visto eso?... Señores, llegó el momento de la gran barrida. España ha resucitado. Ya nuestro señor no puede tener el escrúpulo de conspirar contra su hermano. El mejor día le veremos aparecer en la raya de Portugal para ponerse al frente de nuestros ejércitos... ¡Pero si no se necesitarán ejércitos! Esto se cae, esto se hunde, esto se desmenuza. Esto no es monarquía, es una tienda de tiroleses. Por nuestra parte, ya sabemos lo que nos corresponde hacer, porque tenemos las instrucciones dadas por doña Francisca, en presunción del caso que ya ha ocurrido.

—Aquí están las instrucciones—dijo Carnicero, soltando el tenedor para sacar un papel de su gaveta.

—Las sé de memoria—replicó Orejón—. Ahora, señor conde, no perdamos tiempo; corramos a ver a los jefes de la guarnición a quienes hemos hablado del negocio, y que no han querido soltar prenda mientras viviera el rey.

—Esta noche no hay junta.

—Esta noche no—dijo Elías, tomando el vaso de vino que sobre la mesa estaba y acercándolo a sus labios—. Pero ¿qué aguachirle es éste?

—Es lo que yo bebo. Es del propio cosechero de Esquivias.

—Esto es veneno puro... Pero ¿no has de tener en tu despensa ni siquiera dos azumbres de blanquillo para que los amigos brinden por el triunfo de la mejor de las causas?

—*¡Tablas, Tablas!*—gritó Carnicero; y cuando el atleta apareció en la puerta, le dijo—: Gandul, ¿estás sordo?... Vete a la taberna de la calle del Burro y trae una botella de jerez seco o de cosa que lo parezca. Anda pronto. Oye, ¿no hay bizcochos en casa? Trae también bizcochos... Jerez seco..., pronto.

Tablas era siempre diligente para traer vino, porque la expectativa de las sobras le aligeraba los pies. Así volvió prontamente con la compra, y un instante después los dos furiosos evangelistas de don Carlos mojaban un bizcocho en el dorado licor. Después bebieron con prudencia, por ser ambos, como don Felicísimo, varones de mucha sobriedad.

—Por la religión triunfante—dijo Elías, empinando con gravedad.

—Por los buenos principios de gobierno—apuntó Negri—. ¿Pero no bebe usted, señor don Felicísimo?

—¿No bebes, Felicísimo? Eso no se puede consentir—manifestó Orejón con brío, apresurándose a ser Ganimedes del Júpiter de la agencia eclesiástica—. Verdad es que este jerez quema como pimienta.

—Será viejo como yo—dijo Carnicero tomando la copa—. Pues brindo...

Las tres copas chocaron con alegre campanilleo, debido principalmente al temblor del pulso de don Felicísimo.

—Brindo por la felicidad de España.

—Que ya está segura.

—Otra copa.

—¡Hombre!...

—Otra.

Orejón llenó otra vez las tres copas, con no poco sentimiento de *Tablas*, que, alejado por el respeto, contemplaba las mermas de la botella.

—Es buen vino—indicó Carnicero, en tono de conocedor—. Pero yo no sé si mi cabeza...

—¡Qué cobarde!... Felicísimo, otro trago... Vamos, a la salud de la familia real.

Este brindis fué acogido con tanto entusiasmo, que Carnicero se levantó de su asiento para dar más solemnidad al

acto de envasarse en el cuerpo el generoso vino.

—¡Viva su majestad el rey, su majestad la reina y los serenísimos señores infantes!—exclamó Negri—. De las ruinas del masonismo se levanta el legítimo trono de España.

—Y de las Indias..., porque se volverán a conquistar las Indias.

—Se volverán a conquistar—dijo Carnicero, que se notó ágil y dió algunos pasos con cierta ligereza relativa—. Adiós, mis queridos amigos. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Orejón y el conde se retiraron. En el pasillo, donde salió a despedirles el dueño de la casa, fueron sorprendidos, como otro visitante anterior, por un gran desprendimiento de cascotes del techo.

—Llueven piedras, ¿o qué es esto? —gruñó Orejón, deteniéndose.

—No es nada. Los ratones me tienen minado el techo. Ya os arreglaré, masoncillos.

El conde soltó una carcajada, y se limpió la levita manchada de yeso.

—Pero ¿no tienes Inquisición en casa?

El gato saltó de un rincón, bufando, y subió por los maderos.

—Sí, allí veo la Suprema... ¡Cómo maúlla! ¿Qué ruido es éste?

Los tres se detuvieron con recelo, poniendo atención a un rumor que se sintió instantáneo, y que no era fácil referir a las paredes, ni al techo, ni al suelo, pues en todas estas partes de la casa parece que sonaba a la vez.

—Hombre, juraría que vi moverse una de estas vigas—dijo Orejón.

—Y yo juraría que he sentido temblar el piso.

Don Felicísimo prorrumpió en risas, diciendo:

—¡Qué cabezas pone un vaso de vino! ¡Vaya un par de camaradas!... El uno ve visiones y el otro oye terremotos...

—Abur, abur.

—Hasta mañana.

Cuando se fueron, don Felicísimo se quedó solo. *Tablas* se había retirado a su casa; la criada, no pudiendo resistir al deseo natural de hablar con su novio, de quien había recibido aquella tarde palabra de próximos desposorios, se fué a la carbonería del número 8. El anciano agente cerró bien la puerta y volvió a su cuarto, único de la casa que tenía luz. Nada de esto merece contarse; pero sí lo merece muy mucho el fenómeno de que don Felicísimo vió las paredes del cuarto dando vueltas en torno suyo, primero con lento giro, después con rapidez mareante. En vano trataremos de dar explicación a este peregrino hecho pidiendo datos a la ciencia de los terremotos, o buscando su origen en la inseguridad del edificio, que era, por desgracia, bastante grande y notoria. Todo cuanto se diga en este sentido será contrario a las reglas de la sana crítica; y así, nos resolvemos a explicar lógicamente aquel volteo de paredes por la detestable calidad del vino que bebieron poco antes los tres dignos señores. El vino era tal, que si le hubieran tomado juramento habría declarado honradamente no haber visto en toda su vida las bodegas jerezanas. Su padre y creador era el tabernero, un gran artífice de vidueños, que habría sido capaz de fabricar agua, si el agua no estuviera ya fabricada, para provecho del gremio. El aguardiente disfrazado que *Tablas* trajo de la taberna hizo tal efecto en el cuerpo de don Felicísimo, y de tal modo se aposentó en su flaco cerebro, que el buen viejo perdió el uso regular de sus perspicuas facultades. Como hacía tanto tiempo que no probaba licores fuertes, su incontinencia de aquella noche (disculpable por el motivo patriótico que la originó) le puso en estado de ver las paredes jugando al corro, y le sugirió extravagancias y puerilidades indignas de persona tan respetable. Dando fuerte golpe en el suelo con su pesado pie, exclamó bruscamente:

—¡Quieta, España, quieta!... ¿Bailas de gusto por la felicidad que te ha caído?... Ten calma, Nación; ten calma, y espera tranquila el triunfo de tu rey sacratísimo.

Carnicero creyó que su valiente exhortación al reino danzante había hecho efecto, porque dejó de ver movimiento en las paredes.

—Así, así te quiero—murmuró dando algunos pasos para llegar a su sillón y sentarse; pero en vez de andar hacia la mesa, dirigióse al testero opuesto. No paró hasta tropezar con la pared, y al sentir el choque llenóse de cólera y dijo:

—¿Quién me estorba el paso?... ¿Quién es el atrevido que no me deja llegar al sillón?

Esperó respuesta: puso atento oído a

los rumores que creía sentir. Todo, no obstante, era silencio. Pero a don Felicísimo se le antojó que oía fuertes golpes en la puerta de su casa. «¿Quién?», gritó tres veces, poniendo entre cada grito larga pausa de espera. Mas un silencio lúgubre seguía reinando en la mansión desierta. De improviso sintióse por el techo como un aluvión de pisadas tenues, pero en tal número, que formaban imponente estrépito. Eran los ratones que en tropel corrían por aquellas regiones baldías, donde habían abierto con su habilidad y paciencia infinitos caminos y derroteros.

—¡Ah!—exclamó Carnicero, riendo con lastimosa imbecilidad—. Son los reales ejércitos que van al combate. Adelante, bravos batallones. La hora del triunfo se acerca. Que no quede del masonismo ni el grueso de una uña.

Pasado algún tiempo, oyóse reproducida a lo lejos la misma algazara en la techumbre. Creyérase que reñían en la sombra de los pasillos los ejércitos de alimañas, que había retiradas tumultuosas, furibundas embestidas, victorias súbitas, heroicos choques y horribles desmayos. Carnicero dejó de atender al lejano fragor y empujó la pared, queriendo vencer el obstáculo, que, según él, le impedía llegar a su cómodo asiento.

—Digo que necesito llegar a mi sillón —repitió—. ¿Quién eres tú?

Alzó los alucinados ojos el anciano, y vió lo que en el centro de la pared había. Era un hermoso cuadro, retrato de Fernando VII, colgado allí veinte años antes, y que don Felicísimo había contemplado desde su asiento muchas veces, recreándose en la perfección de la pintura y en la exactitud del parecido. El cuadro no carecía de mérito, y representaba a su majestad en gran uniforme, de medio cuerpo, con aire y brío juveniles, de nariz luenga, cabellos negros, ojazos llenos de relámpagos y aquella expresión sensual y poco simpática que caracterizó al *Deseado Aborrecido*. Tan trastornado estaba Carnicero, que creyó ver por primera vez aquella figura en su gabinete, y retrocedió con cierto espanto. Mas reponiéndose y haciéndole frente, como si también la figura hacia él caminase, se encaró con ella, amenazando con su semblante plano el pintado rostro del rey, y le dirigió estas arrogantes palabras:

—¿Qué tal le va a vuestra majestad en los Infiernos?... ¡Ah! Perfectamente, sin duda. Vuestra majestad lo ha querido. ¿Qué tal saben los tizonazos? Yo me permito decir a vuestra majestad, con todo respeto, que vuestra majestad está bien donde está. Las cosas vuelven a su natural ser, y el reino se ha salvado. España está libre de su monarca impuro, y acepta el yugo dulcísimo de ese arcángel a quien Dios hizo nacer hermano de vuestra majestad real.

Calló el viejo y siguió mirando la figura, que de agradable se hizo repentinamente espantosa, porque sus ojos echaron llamas, su nariz tomó las dimensiones de elefantina trompa, y su mano soltó el bastón de mando para echarse fuera del marco... La mano, sí, se echó fuera del cuadro, y todo el cuerpo del rey salió en seguida, cual si traspasase el umbral de una puerta. Don Felicísimo retrocedió; su valor se extinguía, sus bríos se aplacaban, toda su sangre se congestionaba en el corazón. Vió venir la horrenda estampa del rey cubierto de galones y cruces; vió que el brazo se extendía; que la mano se alargaba y le cogía por la muñeca, a él, pobre anciano flaco y canijo; sintió que aquella mano, pesada como el sueño y más fría, mucho más fría que el mármol, apretaba sus huesos hasta deshacerlos, mientras los ojos fulgurantes del *Deseado* le traspasaban con mortífero rayo. El pobre anciano no podía gritar, ni desprenderse de aquella tenaza, ni siquiera encomendarse a Dios, porque había en su mente una perturbación horrible y se volvía tonto. La imagen infernal no sólo le atenazaba, sino que se le llevaba consigo, empujándole a profundidades negras abiertas por el delirio y pobladas de feos demonios.

Y así pasó un rato, sin que cesasen los efectos del licor que tan alevosamente tomara el nombre y la figura del jerez. Mientras a don Felicísimo se le antojaba realidad el desvarío que hemos descrito, la realidad era que el retrato estaba en su sitio y don Felicísimo tendido en el suelo, en completo trastorno físico y mental, sumergido en las tenebrosas honduras de la embriaguez. El buen señor no oyó, pues, los fúnebres maullidos del gato; no le vió entrar en la estancia con los bigotes tiesos, el lomo erizado, los ojos como esmeraldas

atravesadas de rayos de oro, las uñas amenazantes; no le sintió saltar y hacer locuras cual si perdiera el juicio o estuviese tocado de mal de amores; no oyó sus horribles lamentos, seguidos de roncos bramidos, ni presenció la ferocidad con que a la postre se lanzó fuera, escalando la pared, cayendo, levantándose, subiendo por un poste, precipitándose por oscuros agujeros, para reaparecer luego desesperado y jadeante. El infeliz Carnicero no vió nada de esto, librándose así de una impresión horrorosa; no oyó tampoco el estruendo de las alimañas en el techo, retirándose al través de los tabiques y haciendo saltar bajo su débil paso innumerables pedazos de yeso; no pudo ver cómo cayó de pronto enorme porción de cascote en medio del pasillo, ni cómo algunos de los puntales se movieron y se rompieron otros, cediendo al fin al peso de la techumbre podrida; no vió la primera oscilación del tabique medianero, ni el vacilar de los de carga, ni la pavorosa lentitud con que las vigas del tejado cayeron sobre las del techo plano, aplastando la guardilla como un bizcocho; ni oyó los crujidos de las maderas resistiendo todo lo posible el peso, ni el quebrantamiento de algunos tabiques ni el cuartearse de los yesos, salpicando chinitas menudas que luego fueron piedras; ni vió desprenderse polvo de las alturas precediendo a una lluvia de cal que luego fué pedrisco en guijarros; ni presenció la desviación de la pared maestra, que empezó haciendo una cortesía a la pared frontera por la calle del duque de Alba y luego se rompió por las ventanas y en la parte más frágil. Don Felicísimo no vió nada de esto, y así, cuando la podrida mole se desplomó en una pieza con estruendo más grande que el de cien cañonazos, él se agitó un instante en su sepulcro de ruinas; murmuró estas dos palabras: «suéltame ya», y pasó a la eternidad, no como quien se duerme, sino como quien despierta.

El rico archivo eclesiástico, cuyos legajos asomaban por las rejillas de los estantes excitando la veneración del espectador, estaba tan comido de la polilla, que al derrumbarse la casa se desmoronó como seco amasijo de polvo, y parecía que todo entraba en el caos tras la dispersión de tanta materia inútil, de tanta borrosa letra y de tanta rancie-dad como se acumulaba en los podridos escritos. Así los siglos y las instituciones caducadas entran como ríos de polvo en el mar de ruinas de lo pasado, que se agita por algún tiempo y se emborrasca, hasta que al fin se asienta, se endurece, se petrifica y queda para siempre muerto. Nada sabríamos de lo que contiene este sepulcro inmenso en que tantas grandezas yacen, si no existiese el epitafio que se llama Historia.

La noticia del desastre se extendió rápidamente por todo el barrio. Vino Pipaón temblando de miedo, harto intranquilo por la suerte que en aquel inopinado hundimiento hubiese cabido a las gruesas cantidades que don Felicísimo guardaba en su propia casa. Más tarde se congratulaba en lo íntimo de su pecho de una catástrofe que ahogó en el díscolo viejo el perverso intento de privar, en lo posible, a su nieta de la herencia que le correspondía. Hasta en aquel deplorable accidente se manifestó la decidida protección que el Cielo dispensaba al cortesano de 1815, apartándole de todo escollo y allanándole los senderos para que sano y salvo llegase a la cumbre de su excelso destino. Por esto decía don Rodriguín: *Divisum cum Jove imperium Pipao habet.*

En la tarde del día 1 de octubre, don Benigno Cordero contemplaba con afligido semblante las ruinas de la casa del absolutismo. Una docena de ganapanes, vigilados por individuos de la Policía y de la curia, removía los escombros, sacando cascote, podridas vigas y muebles hechos astillas. El dinero y el cuerpo de don Felicísimo aparecieron al fin como objetos extraídos de una excavación pompeyana, entre el pasmo y la consternación de los espectadores, movidos, quién de curiosidad, quién de codicia. El de Boteros tenía en aquella tarde ocupaciones que no le permitían estar como un bobo mirando la exhumación, y después de rezar un par de *Padrenuestros* por el alma del que fué paisano y amigo y de encomendarle a Dios con devoción, entró en una casa próxima. Recibióle un criado, y aquí fué la sorpresa, aquí la suspensión de don Benigno, que se tuvo por más hundido y aplastado que Carnicero al oír lo que oía.

—¿Pero se ha ido, se ha ido de Madrid por mucho tiempo? —preguntó el

buen señor, después de larga pausa, en que no supo lo que le pasaba.

—Para mucho tiempo, sí, señor.

—Luego ha ido lejos.

—Muy lejos, aunque no dijo adónde.

—¿Pero usted está seguro de lo que dice? Usted está trastornado.

—El señor se ha ido y no volverá pronto.

—Entonces habrá dejado algún recado o carta...

—El señor escribió una carta; pero no la dejó en casa.

—Pues ¿dónde, hombre de Dios, dónde?

—La dejó a don Felicísimo Carnicero.

—¡Bendito Dios! —exclamó don Benigno, golpeando en el suelo con un pie—. ¿Y a usted no le dejó recado verbal para mí?

—¿Para el señor De Cordero? Sí, señor. Me dijo que don Felicísimo enteraría a usted del motivo de su viaje y le daría una carta.

—¡Barástolis!... Hay cosas que parecen obra de Satanás.

Y reproduciendo en su mente el espectáculo de los escombros que había visto a dos pasos de allí, pensó que para encontrar la carta era preciso levantar muchas varas cúbicas de polvo y astillas, un cadáver y el pesadísimo pie de la curia, puesto sobre el tesoro, como el pilluelo que pisa la moneda caída, mientras su dueño la busca paseando los ojos por la tierra. Exhaló Cordero de su pecho un suspiro en que parecía que la mejor parte de su alma se escapaba en busca del fugitivo, y salió abrumado de pena. En la calle, el gentío que se agolpaba junto a las ruinas le dió a entender que sacaban aquel precioso fósil que fué agente eclesiástico. Entonces dió un suspiro mayor, diciendo para sí: «También nosotros nos hundimos; también a nosotros se nos ha caído la casa encima.»

Acordóse entonces de Sola, a quien había dejado en su casa esperando el resultado de aquella visita, y no pudo menos de traer también a la memoria las corazonadas de la huérfana antes de salir de los Cigarrales. No queriendo dar a ésta la desagradable noticia sin acompañarla de algún consuelo, hizo averiguaciones prolijas aquella misma tarde, y después de hablar con algunos amigos del fugitivo y de hacer mil preguntas en varios mesones y paradores, se retiró a su casa, si no con la certidumbre, con la sospecha fundadísima de que Salvador había ido al Norte. Esto, las voces que habían corrido acerca de las opiniones últimamente adoptadas por su amigo y la circunstancia de haber partido en el mismo día en que murió su majestad, llevaron a Cordero de cavilación en cavilación, hasta ponerle en el trance de creer lo que el día anterior le parecía increíble.

—No—pensaba andando hacia su casa—, aquel tesoro no puede ser para un aventurero. Mi hija no se casará con un hombre que así juega con los santos principios, con un hombre que ayer fué exaltado liberal y hoy absolutista de trabuco y sobrepelliz. Ella misma apartará de Salvador su espíritu y su corazón, y en ese caso...

El semblante del de Boteros se animó. Toda idea nueva y feliz produce como una llamarada interior, cuyo reflejo sube al rostro cuando éste no se ha educado en el disimulo y la hipocresía. Cordero avivó el paso y apretó fuertemente el puño del bastón, repitiendo:

—En ese caso...

XIX

Como la vista del geógrafo se extiende sobre el mapa, así la imaginación del excelente don Benigno volaba hacia el Norte, en seguimiento del prófugo, buscándole por llanos y laderas, sendas y atajos. Veía media Castilla, medio Aragón, el caudaloso Ebro, y luego las estribaciones pirenaicas cubiertas de verdura y plagadas de serpientes que de mil escondrijos salían. Y no será aventurado afirmar también que la imaginación del fugitivo se iba quedando atrás, como un hilo desenvuelto del ovillo que rueda. Rodaba nuestro hombre con la prisa que tan cachazudos tiempos permitían, anhelando llegar pronto; y pues todo es relativo en el mundo, su tartana, galera o silla de postas (que en la categoría de vehículo no están conformes las referencias) llevaba un paso que, en comparación del de la tortuga, habría podido llamarse veloz. Cruzó el llano de Alcalá, la aromosa y pobre Alcarria, hacia donde cae el reino de las abejas; vió a Sigüenza, donde las colmenas son de clérigos, y atravesó la es-

trecha cuenca del Jalón, que corre silbando por la angostura como una espada de agua que se envaina en montañas. La romana Bilbilis le mostró ya la tierra aragonesa. En la feraz vega de Zaragoza pasó por entre pilas de melocotones que parecían balas de fuego, y vió las lozanas viñas de uva retinta, cuyo zumo enardece la sangre de los paisanos de Lanuza. Sin detenerse pasó por la ciudad que lleva el nombre más preclaro en las justas militares del siglo, y que tuvo en el polvo de sus tapias rotas mejor defensa que otras en la coraza de sus murallas de piedra. En Tudela pasó el Ebro, entrando en franca tierra de Navarra, semillero de gente brava, pues si Rioja fué hecha para criar pimientos, Navarra fué hecha para criadero de soldados. Halló gran agitación en los pueblos del camino, y la gente detenía el cochecillo para pedir noticias. Era preciso satisfacer a todos, diciendo: «Sí, es cierto que ha muerto el rey.»

«¿Pero es verdad que Madrid ha proclamado ya a don Carlos? ¿Es verdad que Cristina se ha embarcado o va en camino de embarcarse? ¿Es cierto que el infante ha vuelto de Portugal y está al frente del ejército?» A estas preguntas no podía contestar el viajero, porque nada sabía; pero bien se le alcanzaba que provenían de falsas noticias y embustes, semilla que, hábilmente sembrada en tales países, habría de dar pronto cosecha de tiros. Siguió su camino, y al fin entró en Estella. Aunque eran las doce de un hermoso día cuando pisó la plaza Mayor, antojósele que las próximas alturas arrojaban sombra muy lúgubre sobre la ciudad y que ésta se ahogaba en su cinturón de montañas. A cada paso hallaba pandillas de clérigos con capa de esclavina, paraguas y gorro de borla, charlando en lenguaje vivo sobre el asunto del día, que era la muerte de Fernando y el problema de la sucesión.

Dirigióse a uno de aquellos señores para preguntarle por la residencia del coronel Seudoquis, a quien quería ver sin pérdida de tiempo, y el clérigo, hombre gordito y lucio, le contestó de esta manera:

—Nuevo es usted en esta tierra. Si no lo fuera, sabría que para encontrar al famoso Seudoquis no hay más que averiguar dónde se juega y dónde se bebe.

Apuntando con su paraguas a una esquina de la acera de enfrente, añadió el buen hombre lo que sigue:

—¿Ve usted aquella casa donde dice en letras muy gordas «Licores»? Pues allí encontrará usted al borracho.

Y se marchó riendo y aprisa para reunirse a la cuadrilla, que había seguido andando mientras él se detenía. Todos los demás individuos de paraguas encarnado y gorro negro eran también lucios y gorditos, señal indudable de no ser gente muy dada a la penitencia.

Pronto encontró Salvador a su amigo, y no ciertamente embriagado ni jugando, sino en tertulia con otros tres militares y dos paisanos. La sorpresa y alegría del coronel fueron grandes. Después de abrazarse, retiráronse a un desvencijado cuarto del mesón (pues mesón, café, taberna y algo más era la tal casa), y hablaron a solas más de una hora. Cuando Salvador se retiró a descansar en la estancia que allí mismo le destinaron, creía haber ganado la partida, y estaba satifecho de su aventurado viaje, que ya tenía por venturoso. Pero Dios quiso que todos sus planes se trastornasen, y que a cada dificultad vencida naciese otra imponente dificultad. Aquella misma tarde recibióse aviso de que don Santos Ladrón, el atrevido guerrillero riojano, venía sobre Estella con quinientos voluntarios, al grito de «España por Carlos V». Púsose en movimiento la escasa guarnición de la plaza, y Dios sabe lo que hubiera ocurrido si no llegara oportunamente el brigadier Lorenzo, mandado por el virrey Solá, con el regimiento de Córdoba y los provinciales de Sigüenza. Lorenzo no descansó en Estella. Aquella noche vió Salvador las calles Mayor y de Santiago atestadas de soldados que se racionaban con pan y vino; habló con ellos, y pudo notar que reinaba en la tropa buen espíritu, si bien su entusiasmo por la causa que empezaban a defender no era muy grande todavía.

Lorenzo salió a medianoche. Al día siguiente se tuvo noticia del combate de los Arcos, en que fueron destrozados los voluntarios de Ladrón y éste hecho prisionero. Salvador vió por segunda vez la tropa de Lorenzo, de regreso a Pamplona, llevando consigo al guerrillero don Santos y a Iribarren. Lo peor del caso para nuestro amigo fué que Loren-

zo se llevó también a Pamplona a los tres prisioneros que en la cárcel de Estella estaban, y con esta determinación vino a tierra el plan construído por Monsalud, de concierto con Seudoquis. Contrariedad tan inesperada parecía anunciar malísimo éxito a las tentativas generosas de Salvador, porque los prisioneros de Estella estaban ya condenados a muerte. Pero no desmayó por esto, y se puso en marcha para Pamplona, siguiendo a la brigada vencedora. Fué para él una ventaja relativa que le acompañara Sudoquis, con cuya cooperación humanitaria contaba, si bien le sería muy difícil ejercerla en la misma residencia del virrey.

Por el camino pudo ver Salvador a su hermano prisionero, en tal estado de extenuación y abatimiento, que inspiraba lástima a cuantos le miraban. En un desvencijado carro de transportes iba tendido sobre jergones cuya dureza con la de las piedras competía. Como el carro tenía toldo y unos palitroques laterales al modo de rejas, su semejanza con una jaula era grande, de donde resultaba que el señor Navarro, mirado desde fuera, escuálido, aburrido, entumecido y soñoliento, se pareciese algo a Don Quijote cuando le llevaban encadenado desde la venta a su aldea. Salvador pudo acercarse, con la venia de la escolta, y cambió algunas palabras con el preso, el cual tardó mucho en reconocerle, y le miró despacio con ojos semejantes a los de un demente.

—¿Qué haces tú por aquí?—dijo acercando su rostro a los palos—. ¿Eres tú el que parece, o eres otro?

—Soy el que parece—replicó Salvador, inclinándose lo más posible sobre el arzón de su cabalgadura—. ¿No esperabas verme por aquí?

—No habrás venido a nada bueno.

—He venido por ti.

—¡Ah!..., eres de los ministriles del virrey. ¿Te has hecho asesor de su excelencia? Mira, oye, acércate más... Di al canalla de su excelencia que no tarde en fusilarme. Ya no puedo más.

—¿Te sientes mal? ¿Padeces mucho?

—¿A ti te importa algo que yo padezca o no? Pues sí, padezco mucho, ¡por vida del mismo rábano!... Tengo una lámpara encendida aquí.

Incorporándose dificultosamente, llevóse ambas manos a los ijares. Su cara lívida causaba miedo, y cuando dilataba los labios morados con expresión equívoca y asomaban sus dientes blanquísimos, se veía en él clara y patente la sonrisa del dolor, o sea la casi imperceptible burla que el dolor hace de sí mismo cuando han concluído todos los consuelos y aun los sofismas del consuelo.

—Estás muy enfermo—le dijo Salvador con profunda pena—, y yo creo que el virrey te perdonará la vida.

—¡Y al dejarme vivir llamas perdón!... ¡Vaya un perdón el tuyo! ¡Indultarme!... No: por muy masón que sea el virrey, no será tan cruel e inhumano.

—Estás alucinado, y el sufrimiento te enloquece un poco, haciéndote disparatar.

—Yo estoy cuerdo, y sé lo que me digo. Tú estás tonto y hablas más de la cuenta.

—Yo sólo te diré que no te desesperes. Tu enfermedad puede curarse todavía.

—Con cuatro tiros... ¡Rábanos! No sufriré que sean por la espalda.

—No serán por ninguna parte. Estás enfermo y exaltado. Yo te juro que se harán esfuerzos grandes por salvarte.

—Y ¿quién me salvará..., tú, tú?—dijo Garrote con desprecio.

—Podrá ser. No he venido a otra cosa.

—¿Desde Madrid?

—Sí. Y a Pamplona voy.

—¡Salvarme tú!... ¡Conservarme la vida! Veo que también hay verdugos de la vida.

—Yo quiero ser contigo ese verdugo de vidas.

—Mira, mira, ¿quieres dejarme en paz, intruso, y volverte otra vez a tu Madrid?

—Nos iremos juntos.

—Yo seré feliz mañana—dijo Navarro con hosca expresión—, en el foso de Pamplona. ¡Qué frío hará allí!

El prisionero temblaba.

—¿Tienes frío?—le preguntó su hermano.

—Hombre, sí, tengo frío. ¿No lo ves? ¿Para qué lo preguntas? Tus pesadeces acabarían con la paciencia de un santo.

—Te proporcionaré una manta.

Alejóse Salvador y al poco rato volvió con lo que le había ofrecido. El prisionero tomó la manta y arrebujóse en ella, añadiéndola a la manta y al capo-

te que ya sobre sí tenía; pero ni por ésas entraba en calor.

—Veo que sigues tan helado como antes. Sin embargo, el día está bueno. Pica el sol.

—Mi frío no es el frío de todo el mundo. Cien soles no lo destruirían... Abur.

—No, todavía no. Tengo que hacerte una advertencia Es indispensable que te vuelvas loco, quiero decir, que mañana, cuando te reconozcan los médicos, hallen en ti síntomas de locura.

—Hallarán el contento de morir—repuso Navarro, dando diente con diente—. ¡Ah!, ya te entiendo: me fingiré cuerdo para que me maten más pronto. Me fingiré cuerdo; gritaré: «¡Viva Carlos V, mueran los masones!...» Está bien, hombrecillo, adiós. Vete, que quiero echarme a dormir.

Y se tendió, envolviéndose todo y cubriéndose cara y manos, de modo que, si no fuera por el temblor, parecería un muerto a quien llevaban a enterrar.

Salvador se retiró muy desesperanzado. El convoy se detuvo para distribuir raciones. Era la época de la vendimia, y el vino estaba poco menos que de balde, porque necesitaban desalojar las tinajas para dar cabida al mosto, que era aquel año abundantísimo. Así es que el convoy pasaba, según la expresión de Seudoquis, por una calle de borracheras. A cada instante hallaban grupos jaleadores; oíanse dicharachos, cantúrrias y pendencias. Bailes y jotas festejaban el pingüe octubre, y los mozos vendimiadores aparecían manchados de mosto, feos y soeces como sacristanes, que no sacerdotes, de un Baco pedestre y envilecido. Con la caída de la tarde se fué amortiguando el escándalo de aquella bacanal campesina; extinguiéronse los ruidos de guitarras y panderetas, y al anochecer las pandillas de clérigos aparecían paseando en el camino a la entrada de las aldeas. Oscura, oscurísima era la noche cuando el convoy entró en la capital de Navarra. Y a pesar de ser tal que todo se veía negro, a Salvador le pareció que no había en ella bastantes tinieblas para ocultar lo que hacer pensaba.

XX

Pero todo fué inútil por falta de elementos. Arrebatar sigilosamente un prisionero a la autoridad militar dentro de una plaza fuerte y en momentos en que el fanatismo de los partidos redoblaba la vigilancia, era empresa demasiado temeraria y difícil para que saliera bien no contando con altos auxilios. Salvador no tenía amistad con el virrey, y aunque la tuviera, de nada le valdría, por ser don Antonio Solá hombre muy inflexible. De los jefes militares importantes trataba a algunos, y con varios de ellos tenía conocimiento que rayaba en amistad, por antiguo compañerismo en el Grande Oriente masónico del 22. Pero no era a propósito la ocasión para corruptelas humanitarias. Seudoquis, con quien siempre contaba, le dió esperanza, asegurándole que si el prisionero perseveraba en sus locas extravagancias, era fácil que el virrey, en vez de mandarle al foso, le enviase al hospital de orates.

El cuidado de reanudar sus relaciones antiguas y procurarse otras nuevas ocupaba a Salvador las mejores horas del día y de la noche. Los militares se reunían en una especie de casino, situado junto a la fonda principal, y allí se jugaba, mezclando los entretenimientos lícitos con los prohibidos; se bebía café, se vaciaban botellas y se charlaba de lo lindo. Fuera de aquel círculo observó nuestro amigo a varios sujetos que, a pesar de pertenecer a la clase militar, se mantenían retraídos. Una mañana paseaba solo por la Taconera, cuando tropezó con una persona cuyo rostro no era extraño para él. Detúvose, saludó, y el desconocido le contestó fríamente. Era un hombre de alta estatura, moreno, de ojos negros, bigote y patillas. Recortadas éstas con esmero por la navaja, formaban una curva sobre las mejillas y venían a unirse al bigote, resolviéndose en él, por decirlo así, de lo que resultaba como una carrillera de pelo. Su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé qué de reserva, de seriedad profunda que en él había, indicaban que no era hombre vulgar aquel que en tal hora paseaba envuelto en capa de paisano, y

calzado de altas botas, que el buen estado del piso hacía innecesarias. Al soltar el embozo dejó ver su cuerpo, vestido con zamarreta peluda, estrechamente ajustada con cordones negros. Las patillas, las botas, la zamarreta, la aguileña y delgada nariz, los ojos de cuervo y la gravedad taciturna, son rasgos suficientes a trazar sobre el lienzo o sobre el papel la inequívoca figura de Zumalacárregui.

El que después fué el más grande de los cabecillas y el genio militar de don Carlos, estaba a la sazón de cuartel en Pamplona, vigilado por la autoridad militar. Varias veces le había amonestado Solá. Se contaban sus pasos y se le había prohibido tener caballo. Vivía con su familia y era hombre muy morigerado. No daba a conocer fácilmente sus opiniones; pero pasaba por ferviente partidario de don Carlos. Iba a misa todos los días, y después de misa paseaba dos horas por la Taconera, cualquiera que fuese el tiempo.

Salvador y don Tomás hablaron breve rato. Don Tomás compadeció a su amigo don Carlos Navarro, y después, como el otro sacara a relucir la guerra y el aspecto que tomaba, dijo con aparente candor, verdadera máscara de su marrullería, que, según su opinión, las cosas no pasarían adelante. Por no verse precisado a hablar más, apretó la mano de su amigo y siguió paseando por la muralla.

Al día siguiente fué pasado por las armas en el foso de las fortificaciones don Santos Ladrón, que murió valiente como español y resignado como cristiano. Después sufrió igual suerte Iribarren, cabecilla menos célebre que el primero. Ya estaba señalado el sacrificio de Garrote para el día 15, cuando el virrey, en vista del estado lastimoso del reo, difirió su muerte, mejor dicho, la encomendó a la Naturaleza. Los médicos habían dicho que Navarro no viviría dos semanas, y Solá tuvo ocasión de mostrar su humanidad. El enfermo fué trasladado al hospital, de lo que recibió su hermano mucho contento, porque algo más vale desahuciado que muerto.

Cada día llegaban a la ciudad noticias alarmantes del vuelo que tomaba la insurrección. En Oñate se echaba al campo Alzaa; en Salvatierra, Uranga; en Toranzo, Bárcena; Balmaseda, en Fuentecén, y en Navarra, que era el centro de aquel motín seminacional fraguado por el absolutismo con la bandera de Cristo, se habían alzado Goñi y Eraso, Iturralde y el cura de Irañeta. Eraso tenía por suyo a Roncesvalles. Goñi, la Borunda, y el párroco asolaba la parte llana. Era un bravo soldado el de Irañeta, y podía ocupar lugar excelso en esos extraños fastos eclesiásticomilitares, donde están escritas con horribles letras negras las hazañas de Merino, Antón Coll y el *Trapense*.

Navarro fué trasladado al hospital, donde su hermano pudo verle con frecuencia. El áspero carácter, los bruscos modos y la amarguísima pena del enfermo no cambiaron nada, pasando del poder de los carceleros al de los cirujanos, si bien su dolencia entró en un período de alivio por las ventajas higiénicas del cambio de vivienda. Postrado en la cama, pasaba a veces días enteros sin pronunciar una sola palabra, aunque Salvador hacía los imposibles por sacar una siquiera de aquel pecho que era un mar de melancolías. En cambio, otros días era tal su locuacidad, que no podían seguirle la conversación incoherente y exaltada. Salvador y el cirujano procuraban con esfuerzos de gallardo ingenio llevar su charla a los términos de la discreción y del buen razonar; pero mientras más querían ir ellos por el camino del juicio, con más ahinco se arrojaba don Carlos por los despeñaderos de la locura. Si ellos hablaban de las cosechas, del crudo invierno y entremezclaban donosos cuentos en su coloquio, a él no le sacaba nadie de la guerra, del empuje carlista y de la necesidad de que un jefe militar de prestigio y valor se pusiese al frente de las partidas navarras para organizarlas y hacer con ellas un poderoso ejército reglado. Imaginaron hacerle creer que no había ya tal guerra y que los rebeldes se abían sometido ya al Gobierno; pero esto dió resultado contrario al buen deseo de Salvador, porque oyendo Navarro lo de someterse, poníase furioso, echaba ternos y quería arrojarse del lecho. Más fácil era pacificar a Navarra que introducir en aquel cerebro insurreccionado la idea de la paz.

El sistema más eficaz para calmarle

y hacerle tomar las medicinas era contarle las hazañas del cura de Irañeta y del cabecilla Mongelos, dos tipos de la guerra de salteadores. Pero si le decían que todo el furor religioso carlino de tales héroes no era más que una pantalla para encubrir contrabando, entonces el enfermo sacaba los puños de entre las sábanas, llamaba al cirujano *mequetrefe* y decía a su hermano:

—Tú eres un intrigante forrado en masón. Márchate de aquí y déjame solo. Me estorbas, te juro que me estorbas. Tus cuidados me cargan, porque no quiero agradecerte nada. ¿Lo oyes bien?, no quiero agradecerte nada, ni esto. Pesas sobre mí como una montaña y creo que no tendré salud mientras no estés lejos de mí y pueda yo decir: «No le debo nada, no es mi hermano, es un intruso.»

De estas cosas se reía Salvador, y para captarse su voluntad y amansar un poco su arisco genio hasta ideó afectar simpatías por el infante y la apostólica insurrección. Una mañana le llevó la noticia que circulaba por la ciudad, dando motivo a infinitos comentarios. Zumalacárregui se había pasado al campo carlista. Según dijo quien le vió dos días antes, había salido muy de mañana, con capote militar, por la puerta del Carmen, y se había encaminado a pie hacia una venta próxima, donde le esperaban tres hombres con un caballo. A escape se dirigió el coronel-cabecilla a Huarte-Araquil, donde le aguardaban el cura Irañeta y Mongelos. Los tres partieron juntos hacia la sierra en busca de Iturralde, según se creía.

Mucho extrañó a Monsalud el ver que su hermano, en lugar de recibir esta noticia con la alegría que siempre mostraba tratándose de ventajas carlistas, la oyó con gran asombro y, después de larguísima pausa, se afligió mucho y se dió un golpe en la frente como en señal de abatimiento y desesperación. De pronto extendió una mano. Asiendo el brazo de su hermano atrájole hacia sí, y en voz baja, con el acento más lúgubre que puede imaginarse, le dijo estas palabras:

—¿Ves lo que hace Zumalacárregui? Pues eso debía haberlo hecho yo. ¿No te dije que era necesario que un jefe militar se pusiese al frente de esta sagrada insurrección para organizarla? Pues ese jefe debía ser yo, yo. ¿Qué hace Zumalacárregui? Lo mismo que habría hecho yo. Su papel es el mío, sus laureles los míos, su triunfo mi triunfo. Si yo no estuviera en esta aborrecida cama, estaría donde él está ahora, y lo que él piensa hacer y hará de seguro, ya estaría hecho... ¡Qué desesperación, Dios de Dios!

Dicho esto, puso sus ojos fieros en los de su hermano, tristes y serenos; le envolvió en una mirada aterradora y le apretó con más fuerza el brazo, diciendo:

—Oye, tú: si me sacas de esta cama, si me sacas de Pamplona y me pones en Huarte-Arequil o en Oricaín y me das un caballo, te juro que se acabará el odio que te tengo y serás mi hermano querido y daré una interpretación buena a tus cuidados, agradeciéndolos en vez de rechazarlos. Hazlo; hazlo por mí y por nuestro padre, cuya memoria y cuyo nombre pongo ahora como lazo de reconciliación entre los dos...

Salvador sintió frío en el corazón. En el primer instante tuvo la idea de aparentar complacer a su hermano, dandò cuerda a su demencia; pero consideró al punto que era muy peligroso el sistema de fomentar, siquiera fuese momentáneamente, tan descabelladas manías, y sólo dijo:

—Si insistes en esa locura, te abandonaré, y entonces sí que llamarás a tu querido hermano.

Navarro gritó «¡Intruso!», y al punto su cabeza y sus brazos desaparecieron entre las sábanas. Era aquél el movimiento final de su enfado y su manera genuina de romper con el mundo.

Desde aquel día, si halló alivio en su enfermedad, declinó más por la pendiente de la locura, y tales disparates hizo que el virrey le absolvió en definitiva como indigno del patíbulo. Estaba incapacitado para morir a manos de los hombres. Una noche le hallaron medio desnudo en un desván del hospital, buscando salida por el tejado. Dos días después dió de puñadas al cirujano, y frecuentemente se arrojaba del lecho para correr por la sala injuriando a imaginarios enemigos, sólo vistos de su extraviado entendimiento. Por último, pasados tres meses de hospital y cuando mediaba enero del 34 fué declarado

baja en el ejército, y el virrey dispuso que se hiciera cargo de él su familia, si alguna tenía. En tal resolución no tuvieron poca parte las buenas amistades de Salvador. Así vió colmados sus deseos, y llevándose consigo al enfermo le instaló en su casa cómodamente, decidido a llevárselo a Madrid cuando su estado lo permitiese y se apaciguaran los rigores de aquel crudo invierno.

El descenso de la temperatura había extendido sobre algunas partes de la nieve planchas de duro y resbaladizo cristal. Las fuentes, enmudecidas en su parlero rumor, parecían decoraciones de azúcar por la quietud de sus chorros helados de mil facetas. En las murallas, las formidables piezas de gran calibre estaban arrebujadas en la nieve, y por un pliegue del frío capote asomaban sus bostezantes bocas negras amenazando al campo. En los fosos, la inmaculada blancura casi cegaba la vista, y las alegres márgenes del Arga no se conocían de puro vestidas. Los árboles, con sus escuetas ramas perfiladas de blanco, no parecían árboles, sino urdimbres rotas de un tejido deshecho. Las casas, medio sepultadas, echaban a duras penas por su chimenea, cubierta de finas cremas y cristalinos picachos, un chorro de humo que subía lentamente a manchar el cielo y se revolvía en un pesado gris de la atmósfera como masas de tinta arrojadas en un inmenso mar de almidón. Dentro de las casas reinaban, por el contrario, la animación y el bullicio, por estar recogidos los habitantes todos al amor de los hogares, donde ardían encinas enteras. Fuera todo estaba congelado, incluso la guerra, que había dejado de moverse en el campo para latir en el corazón de las viviendas.

Contra lo que Salvador esperaba y temía, Navarro se dejó llevar, y después de instalado en vivienda tan distinta del lóbrego y tristísimo hospital en que antes moraba, su exaltación se trocó en abatimiento y su aspereza en indiferencia, no exenta en algunos instantes de suavidad y aun de discretas y sosegadas razones.

No contribuyó poco a su alivio la soledad en que estaba y el no permitir Salvador que le visitara persona alguna, porque en el hospital los demás enfermos se complacían en calentarle los cascos, contradiciéndole en sus vehemencias o alentándole en sus majaderías. Una mujer de carácter excelente, tan notable por su solicitud como por su paciencia, le asistía, y un clérigo pacífico le acompañaba algunos ratos. Doña Hermenegilda, que así se llamaba la dueña, era viuda de un guardamontes de la Borunda y había tenido siete hijos, de los cuales, a excepción del más pequeño, que emigró a las Américas, no quedaba ninguno, por haberlos absorbido todos, sucesivamente, las distintas guerras de la Península, desde la famosa de la Independencia hasta la de los agraviados en Cataluña. Tan guerreros eran, que en los pequeños claros o intervalos de paz ninguno supo hacer cosa de provecho, y la poca hacienda que tenían fué pasando a los prestamistas, disolviéndose todo en comilonas, timbas, inútiles viajes, cacerías y compras de armas para camorras. De esto y del desastroso fin de todos ellos nació en doña Hermenegilda un aborrecimiento tan vivo de las guerras, que no se le podía mentar nada de lo tocante al fiero Marte y su culto sangriento. Ella decía que una nación de cobardes sería la más feliz y próspera del mundo; y cuando le objetaban que esa nación no sería dueña de sí misma porque la esclavizaría cualquier conquistador extraño, respondía que su bello ideal era que todas las naciones del mundo fueran igualmente cobardes, para que resultara un globo terráqueo poblado en absoluto de seres prudentes. Doña Hermenegilda no era navarra.

No podía haber escogido Salvador persona más a propósito para cuidar a un hombre tocado, como se sabe, del mal de batallas. No tenía igual seguridad de acierto en la elección del padre Zorraquín para acompañante y amigo espiritual del enfermo, porque si bien en ocasiones podría tenerse al tal clérigo por la persona más bondadosa y mansa del mundo, en otras parecía un sí es no es levantisco y ambicioso. Era Zorraquín capellán de unas monjas pobres y no podía ocultar sus febriles ganas de llegar a posición eclesiástica más elevada. Ya no era joven el capellán y había dejado transcurrir lo más florido de su existencia sin hacer valer los méritos que creía poseer. Todas sus peroratas sobre este tema que la vani-

dad concluían diciendo: «Ya, ya vendrán tiempos de justicia, sí, ya vendrán... Entonces no veremos los coros de las catedrales llenos de masones con sotana, mientras los buenos eclesiásticos perecen.»

No pasaba ya Garrote la mayor parte del día en la cama. Había recobrado las fuerzas, y su mal, que antes parecía profundamente arraigado y dueño de la persona, le permitía ya algunas horas de completo bienestar. Muy sensible al frío, se acercaba con frecuencia a la lumbre; la observaba con fijeza, arrojando en medio de las ascuas su mirada, como si quisiera encenderla en ellas, y no se movía hasta que, inflamándose su cara con los reflejos, llegaba a un grado de irritación insoportable. Entonces se retiraba, conservando en su pupila la imagen de las brasas deslumbradoras. Después de dar algunos paseos por la estancia hasta enfriarse, volvía junto a las llamas y se extasiaba contemplando otra vez las lenguas rojas de azulada punta, las quemadas astillas que caían del consumido leño con murmullo de hojas secas y languidecían luego en la ceniza durmiéndose.

Comía poco. No leía nada, y su única distracción era tirar al florete con su hermano. Pero este entretenimiento duraba minutos nada más, por la escasa fuerza del convaleciente. Hablaba tan poco, que a veces hasta se privaba de lo necesario por no pedirlo. En el largo espacio de un mes no pasaron de tres las conversaciones tiradas que ambos hermanos sostuvieron. En la primera hablaron de las condiciones del caserío de Pamplona, de la catedral, de la ciudadela, de las fortificaciones, de la Rochapea y de otros temas locales en que Navarro mostró su prolijo conocimiento de la ciudad. En la segunda, Salvador le habló de la guerra, procurando poner a prueba el juicio de su hermano y no tuvo poca sorpresa al observar que Garrote trató el asunto con aplomo y una serenidad de ideas admirable. El tercer coloquio fué todo él expresión de sentimientos personales, y habría podido servir de base de concordia entre dos hombres que tanto se habían aborrecido. Por esto debe ser puesto entre lo más precioso que han hablado nuestros personajes, y reproducido con integridad para que sea edificación de nuestros lectores, como lo fué de doña Hermenegilda, que tuvo el honor de hallarse presente en aquel palique.

XXI

Una tarde, después de comer, hicieron ambos elogio muy ardiente de un exquisito guisado de palomas torcaces que les puso doña Hermenegilda. Después Navarro se acercó a la chimenea, cual si fuera a arrojarse dentro de ella; y como Salvador le amonestara por aquel singular gusto de achicharrarse, Navarro se retiró, miró a su hermano sin el acostumbrado fruncimiento de cejas y le dijo estas blandas palabras:

—Acabarás por manejarme como a un chiquillo. ¿Qué más quieres? Poco a poco me has ido haciendo tu prisionero sin combatir, y con medicinas primero, con cuidados después, has ido venciéndome; si no hay en todo esto una intención recóndita, desde ahora declaro que estoy agradecido del bien que me has hecho.

—Una intención y un plan hay en mí —replicó Salvador—, pero ambos son harto claros. He querido convencerte con las armas del bien y dominarte por la fuerza de la caridad, emanada de un parentesco que no querías reconocer. ¿Lo reconocerás ahora? ¿Se hace por un extraño lo que yo he hecho?

—No—dijo con noble decisión Garrote—. No se hace por un extraño lo que has hecho por mí. He tenido días de gran oscurecimiento en mi cabeza; pero ya veo claro, y aunque imagino sofismas y sutilezas para desvirtuar tu comportamiento conmigo, no puedo. La verdad es más fuerte que mis cavilaciones. Te me has ido imponiendo, imponiendo, y ahora estás encima de mí con un doble carácter, pues no puedo separar completamente en ti el hermano cariñoso del hombre aborrecido, ni creo que separarlos pueda mientras los dos vivamos.

—He sido más afortunado que tú—dijo Salvador, apartándole otra vez del fuego, que le atraía como a mariposa—, porque yo hace tiempo que he olvidado todas las ofensas; hace tiempo que he cogido todos los rencores y, arrancándolos de mí, los he echado fuera, como se echa este papel al fuego.

Salvador arrojó al fuego un papel que ardió instantáneamente con llamarada juguetona. Instintivamente Navarro se acercó a la chimenea y quiso sacar el papel que ardía; pero retrocedió quemándose los dedos. Esto, que parecía un chispazo de locura, inspiró a Salvador lo siguiente:

—No metas tu mano en el fuego para sacar lo que ha caído en él. Tú, como yo, necesitas hacerte perdonar para ser perdonado; necesitas comprar la generosidad con generosidad y el olvido con el olvido.

—Si pudiera olvidar...—murmuró Navarro, embelesado siempre en la contemplación de la llama—. Si pudiera borrar todo lo que no fuera presente..., ¡qué tranquilo viviría!... Porque el presente me agrada y esta serenidad que ahora disfruto es un bien muy precioso. Fáltame saber si lo debo a la casualidad, a la Providencia o a ti.

—A los tres—replicó el otro—. La Providencia y el hombre, ya amigo, ya enemigo, suelen obrar de acuerdo para salvarnos o perdernos. Tu memoria se ha aclarado lo bastante para recordarte lo que has pasado, la ruina de tus descabellados planes de guerrillero, tu prisión, tu enfermedad gravísima, tu condenación a muerte. Pero hay cosas que no puedes saber por tu memoria, y son la curiosidad interesada con que yo observaba tus pasos desde Madrid y mi resuelto propósito de socorrerte cuando caíste en el mayor peligro en que puede caer un hombre. Yo dejé mi casa, comodidades de esas que empiezan a valer mucho cuando se nos va acabando la juventud, y quehaceres importantes; yo corrí a este país de Navarra decidido a emplear todo lo que en mí hubiera de actividad, de celo y de ingenio para salvarte. He vivido algunos meses consagrado a ti, velando por ti y luchando contra tu mal, contra tu genio, contra tu locura, contra los enemigos, contra la ley y contra todo, sin desmayar nunca, sin fatigarme un punto hasta conseguir mi objeto. Más resistencia que los enemigos me han hecho siempre tu carácter y tu antipatía. Pero esto, lejos de desanimarme, me encendía más y más me estimulaba a pretender una victoria completa. Estoy satisfecho; te he salvado de la muerte, te he cazado, te he domado y ahora te tengo en mi poder, no como enemigo prisionero, sino como podría tener un padre a su hijo débil y pecador, sojuzgado y no sé si arrepentido. Yo conceptuaba como la mayor gloria apetecible esta victoria mía por la fraternidad cristiana, y esa sumisión tuya por la gratitud. Ahora, cuando parece que recobras tu salud perdida y tu libertad, ¿qué harás? Desde el momento en que yo me aleje, tu soledad será espantosa. ¿Irás a la guerra? No lo creo. Si te retiras a alguna parte a vivir pacífica y honradamente, ¿a quién volverás los ojos para decir: «Tú eres mío»? ¿Los volverás a tu mujer? No. ¿Buscarás algún pariente en la Puebla? No los tienes. ¿Buscarás amigos? Tu carácter rechaza las amistades nuevas. Abre los ojos y ve claro, desgraciado; no niegues la evidencia. Por más que busques, no hallarás más familia que yo. Yo soy el único que puede llenar tu vacío y hacer a tu lado un bulto, una sombra que indique la presencia de un amigo.

—Cállate—dijo Navarro, ya lejos de la chimenea—, cállate, que me haces daño. Insensiblemente te has atado a mí y has soldado la cadena. Está bien: te arrastraré conmigo. ¿Podré separar algún día al hermano cuidadoso del hombre aborrecido? No lo sé. Deja que pase el tiempo, que pasen días. Yo tengo ahora ocupaciones graves, muy graves.

Esto de las ocupaciones graves hizo en Monsalud el efecto de un golpe. Tembló por el juicio de este hermano, que poco antes había visto manifestarse claro y hermoso y que de repente se oscurecía. Como pasa una nube por delante del sol, así pasó aquella frase por encima de la discreción del enfermo, eclipsándola.

—Ocupaciones graves, gravísimas—repitió Navarro, frotándose las manos—. Por ahora sólo te diré que, si es verdad lo que me has dicho, resultará que eres digno de admiración. Yo no te la niego; y en cuanto a tenerte cariño... Yo me entenderé. El cariño no es cosa de quita y pon. Yo creo que siento un cierto interés por ti y que no me gustaría verte desgraciado. Pórtate bien y veremos.

Este tono de protección, tan impropio del estado de ambos, chocó extraordinariamente a Salvador; pero su asom-

bro y alarma subieron de punto cuando Navarro, después de tener un rato las palmas de las manos sobre la lumbre, fué hacia su hermano, y poniéndole sobre el rostro una de aquellas manos, que quemaba como plancha de hierro, le dijo pausadamente:

—Deja que acabe esta gran campaña, y luego veremos.

Salvador no dijo nada. Sospechaba que en la cabeza de su hermano había una idea monstruosa, y no quiso perseguir aquella idea, temiendo ver confirmada la triste sospecha. Dejándole que se achicharrase otra vez las manos, se acercó a la ventana para ver la nevada, que aquel día era abundantísima. Parecía que el mundo navegaba por un piélago infinito de plumas de cisne.

Entró a la sazón el padre Zorraquín, muerto de frío, y se sentó a horcajadas en una silla, frente a la chimenea, extendiendo sus pies hacia el fuego. Poco después el vivo calor de la llama le obligó a separarse. Empezó a oscurecer, por ser en aquella estación las tardes más cortas que la esperanza del pobre, y doña Hermenegilda dió luz a un esplendoroso quinqué, competidor del sol de invierno. Cerradas las maderas, se prepararon los cuatro a echarse a pechos la larguísima velada, que parecía un siglo, cuando no era conllevada de interesantes y variados entretenimientos. Doña Hermenegilda hacía media con ligereza suma. Aquella noche necesitó devanar madejas de hilo; y como no tenía devanadera, prestóse, como otras veces, a suplirla el bendito padre Zorraquín. Era h o m b r e amadísimo. El cura charla que charla y la dueña devana que devana, parecía que de los labios de aquél salía la palabra como de la madeja de sus manos el hilo, y que doña Hermenegilda iba envolviendo el interminable discurso, haciendo de él un ovillo corpulento que bien podría pasar por abultado libro. El cura hablaba, moviendo brazos y manos con lenta oscilación para que saliese la hebra; el ovillo crecía, pasando de nuez a manzana, de manzana a calabaza, y los dos hermanos oían y callaban, el uno inmóvil, el otro marcando c a d a vuelta de la madeja con un golpecito dado con las tenazas en el borde de la chimenea. Cada vez que el hilo se deslizaba, rozando con el dedo gordo de la mano derecha del cura, Navarro daba un golpe. Era como el ritmo de un reloj. Creeríase que los cuatro individuos formaban un mecanismo dentado construído para hablar ovillando o para ovillar los segundos. Salvador habría podido pasar por la muestra de aquel humano reloj, pues su cara no expresaba nada, a no ser la inmutable tristeza de un horario.

¿Qué contaba Zorraquín? Las hazañas de Zumalacárregui, que era el asunto obligado en Pamplona y en toda Navarra. La prolijidad del buen cura no es para imitada aquí, pues él se había propuesto ser en lo futuro historiador de aquella gran guerra y apuntaba todas las noticias para reunir materiales. Aprovechándolo todo, lo mismo lo cierto que lo dudoso, y utilizando lo histórico así como lo anecdótico, allegaba elementos para un colosal almacén literario, que, por fortuna, pereció en un incendio años adelante.

Zorraquín refería las acciones, describía los lugares, reproducía las palabras, dando a las alocuciones el tono y tamaño de los discursos a lo Tito Livio. Hasta imitaba los gestos de los guerreros, y al llegar a un punto en que hubiese aclamaciones de la muchedumbre, lo hacía tan al vivo, que era preciso suplicarle que bajase la voz para no alarmar a la vecindad.

Abreviando todo lo posible la empalagosa narración, sólo diremos que Zumalacárregui había tropezado con el antagonismo de los díscolos jefes que se sublevaron antes que él. Aclamado por algunos como jefe de todos los voluntarios navarros, halló resistencia en Iturralde. El cura de Irañeta y Mongelos no vacilaron en ponerse a sus órdenes. Dividiéronse los carlinos; pero una insurrección pequeña nacida dentro de la insurrección grande resolvió el problema. El cabecilla Sarasa se sublevó una mañana, y, haciendo prisionero a Iturralde, proclamó a Zumalacárregui comandante general de Navarra. Por este procedimiento, que más que navarro era español puro, se unificó la insurrección y los voluntarios carlistas no tuvieron ya sino un solo jefe. Este desplegó desde el primer momento energía colosal. Rebajó a un real la soldada de dos reales que percibían los voluntarios, y empezó a combatir con gran for-

tuna. Dictó aquellas célebres disposiciones que tan extraordinario vigor infundieron a las armas carlistas, y en todo mostró ser insigne guerrillero, digno sucesor de los Viriatos, *Empecinados* y Merinos, con más saber militar que todos ellos. Sus terribles castigos revelaron un carácter de hierro, tal como se necesitaba en aquella sangrienta ocasión. Condenó a muerte en un bando, que hacía cumplir estrictamente, a todo el que volviera la espalda al enemigo durante el combate, a todo el que sin vacilar no se dirigiese al puesto designado por su jefe, aun cuando viese en él una muerte segura, y a todo el que pronunciara voces alarmantes, como «que nos cortan, que viene la caballería, etc.»

Todo esto lo oía Navarro sin decir nada, cejijunto y torvo, hasta que al fin rompió la palabra:

—Basta ya de charla, señor Zorraquín. Si eso ha de escribirse, que se escriba; pero conste que no es por mandato mío, pues no tengo vanidad en ello.

Salvador y doña Hermenegilda se miraron. A las diez de la noche, cuando los dos hermanos se quedaron solos, después de cenar, Salvador rogó a Navarro que se acostase.

—No será malo—dijo éste con mucha naturalidad—, pues fatiga sobre fatiga, se llega a un punto en que no hay cuerpo que resista. Sigo tu consejo, pues no ha sido mala la jornada de este día.

Salvador le acompañó a su alcoba. Acostóse Navarro, y sumergido en el lecho, con el rebozo de las sábanas en la boca, sin mostrar de su persona más que media cara y tres dedos de una mano, habló a su hermano de este modo:

—Natural era que se supiese ya en Navarra y aun en toda España, la resistencia que hallé en Iturralde, la sublevación de Sarasa, y, por último, la concentración de todas las fuerzas de este país bajo mi mando. Lo que extraño mucho es que se sepa ya, y aun que ande escrita y parlada, la orden del día que dí en la Amézcoa, mandando fusilar a los que vuelvan la espalda, a los que pronuncien voces subversivas y a los que no acudan a los puestos de peligro... Esta idea, que hace tiempo tenía yo y que acabo de poner en ejecución, será la clave de nuestra gran guerra y la base sobre que se forme el mas temido y belicoso ejército que han visto las naciones.

Salvador no pudo contenerse.

—No eres tú—le dijo—quien ha hecho esas cosas, sino Zumalacárregui.

Sonrió con desdén Navarro; y como si su hermano hubiese dicho una gran necedad, le contestó de este modo:

—¿Pero no sabes, pobre hombre, que ese infeliz de Zumalacárregui fué hecho prisionero en la Rioja; conducido a Estella, en cuya cárcel se agravó su enfermedad del hígado, y después transportado en un carro a Pamplona? ¿No sabes que está en el hospital, con un mal gravísimo, que algunos tienen por hepatitis y otros por locura? ¡Lástima de hombre! Le aprecio mucho y deseo que sane.

Dijo, y volviéndose del otro lado se fué aletargando. Poco después dormía profundamente. Después de contemplarle un rato, considerando que era cosa perdida, Salvador se retiró con el alma llena de tristeza.

Pasaron tres días. Una mañana entró Salvador en su casa y halló a doña Hermenegilda consternada, llorosa. La buena señora no se atrevía a darle la tristísima nueva del suceso ocurrido durante la ausencia del amo de la casa. Salvador creyó comprenderlo: corrió a la habitación de su hermano, pasó de una estancia a otra... No estaba.

—Se escapó, sí, señor, se escapó no hace media hora... En un momento que me descuidé... Salí a comprar varias cosas... Le dejé paseando en el comedor con el capote puesto y la espada ceñida. Como otras veces andaba en el mismo empaque, no sospeché... Todavía no habrá salido de la ciudad. Todavía se le podrá detener... ¡Qué desgracia!... Cuando parecía curado... ¡Esta mañana me hablaba con tan buen juicio!...

XXII

Sin perder un instante comenzaron las indagaciones. Algunos vecinos de la calle le vieron, y según la dirección que llevaba, debió de salir por la puerta de la Rochapea. Salvador preguntaba a todo el mundo, y como el pobre enfermo era bastante conocido en Pamplona, no

tardó en tener noticias del rumbo que había tomado. En compañía del padre Zorraquín, que se le unió desde que tuvo noticias del suceso, recorrió inmediatamente todo el arrabal de la Rochapea. Al principio las indagaciones que recibió eran vagas y contradictorias; pero al fin supo que Carlos había comprado un caballo y había partido a escape en dirección de Villaba. La circunstancia de estar el pobre Navarro en posesión de su dinero fué causa de esta fuga, porque si no tuviera oro no habría encontrado caballo, y a pie no hubiera podido alejarse mucho. En el acto trató Salvador de adquirir dos cabalgaduras, una para sí y otra para Zorraquín, que le brindó su ayuda en la humanitaria empresa que acometía; pero la escasez de caballerías era tal, con motivo de la guerra, que en toda aquella noche y en parte del siguiente día no pudieron obtener nada de provecho. Por fin, después de recorrer todos los arrabales exteriores y las cuadras de la ciudad, lograron obtener a precio muy alto dos cuartagos de desecho, veteranos del trabajo de arrastre, cuya presencia infundía veneración y un vivo deseo de andar a pie. Al verse dueño de aquellas dos piezas, Salvador no pudo tener la risa; pero, pues no había otras mejores, forzoso era tomarlas, y dispuso que antes de emprender la primera jornada se les diera una copiosa ración de cebada y paja, a ver si de este modo recordaban su mocedad. Hartáronse de tal manera, que después fué preciso darles igual ración de palos para hacerles abandonar la cuadra y el desusado sibaritismo que les permitió su nuevo dueño. Al fin, aquellas desvencijadas máquinas se pusieron en movimiento, llevando a nuestros dos jinetes por el camino de Villaba. Era de noche, y la helada dejábase sentir con intensidad. Iba Salvador en traje de camino, y Zorraquín en un pergenio mixto de viajero y eclesiástico, sin sotana, con botas negras, capa de cura y un gorro de terciopelo negro, cuyo borlón bailaba al duro compás de la caballería.

Durante las primeras horas de su expedición hablaron del objeto de ella, discutiendo las probabilidades del éxito. Zorraquín opinaba que Navarro no había tomado el camino del Baztán, sino el de las Amézcoas, donde a la sazón estaba empeñada la guerra, a lo que objetó Salvador que, siendo esta dirección la razonable, no debía creerse que la había tomado el fugitivo, pues lo lógico parecía que éste caminara siempre en contra del sentido común. Con todo, las noticias que adquirieron en la madrugada confirmaron la sospecha del buen cura. Antes de llegar a Villaba dijéronles que el demente había retrocedido y vuelto hasta cerca de Pamplona, tomando después, al parecer, el camino de Lecumberri. Volvieron grupas los dos jinetes y se encaminaron a la Amézcoa, sin hallar noticia alguna en seis días de molestísimo viaje, entre sustos y contrariedades. Frecuentemente tenían que apartarse del camino por no tropezar con una guerrilla que, apostada en las alturas, hacía fuego sobre todo viajante sospechoso, y las columnas isabelinas inspiraban tanto recelo al capellán, que no pasara cerca de ellas por nada de este mundo, temiendo infundir sospechas con su empaque de cura jinete. Los hospedajes eran infernales; pero los suplía con ventaja la caridad de los aldeanos, excitada por el señor Zorraquín. En algunas partes les trataron tan a cuerpo de rey, cual si fueran familiares del infante, y el astuto sacerdote no disimulaba sus opiniones para verse de este modo mejor agasajado y atendido.

Un día perdió Zorraquín su gorro negro, no se sabe cómo (aunque hay opiniones diversas sobre este suceso, sosteniendo algunos que el mismo cura lo arrojó a un muladar). Los dueños de la casa en que ambos amigos se habían hospedado le ofrecieron una boina blanca, también de borla, ancha, redonda, con aro de madera para sostener la forma del plato. Púsosela el cura historiador, miróse al espejo, echóse a reír, y dijo que no se la había de quitar más, pues le caía que ni pintada. Partieron, y admitidos en el campo carlista corrieron toda la áspera sierra sin encontrar al individuo que buscaban, ni siquiera indicios de que hubiera estado por allí en ninguna época.

En todas estas andaduras y averiguaciones pasaron el mes de febrero y parte de marzo; Salvador, muy contrariado y melancólico; Zorraquín, contento y satisfecho de verse entre aquella gente. Una mañana, regresando de visitar el

caserío donde los carlistas tenían sus hospitales, se le enredó la capa en un espino y quedó en dos mitades, como la de San Martín. Un oficial carlista le ofreció al punto una zamarreta de piel; púsosela nuestro cura, y se encontró tan bien, tan ágil, tan a gusto con aquella prenda, que abrigaba sin impedir los movimientos, que gustosísimo la tuvo por suya y prometió llevarla siempre de allí en adelante. Como le crecía la barba, y no había querido afeitarse, ya no parecía tal cura, sino un capitán de malhechores, jefe de guerrilla o cosa así. El se reía, se reía y estaba cada vez más contento.

Con la certidumbre de que Navarro no estaba en la Amézcoa, partieron para Levante. Pero el temor de encontrar alguna columna del ejército de Saarsfield les obligó a tomar precauciones. «Aunque son impropias de mí—dijo el cura—, no será malo que llevemos algún arma.» Un guerrillero que les acompañaba, amigo y feligrés de Zorraquín, dió a éste un sable. Al ponérsele, ¡cómo se reía el buen cura!... Salvador le regaló un cinto con dos pistolas que no necesitaba. Cuando se vió con tales arreos el capellán, a quien ya no conocería ni la Iglesia su madre, ni la madre que le parió, soltó tan gran carcajada que las gentes salían al camino para verle. El mismo Salvador, testigo de su lenta transformación, casi no le reconocía bien.

—Señor don Salvador amigo—dijo el cura—: según asegura un buen hombre que ayer llegó a Pamplona, allí corre la voz de que yo me he pasado a las facciones y estoy al frente de una compañía de escopeteros. Podrá ser mentira, ¿eh?, pero parece que es verdad. El Señor ha guiado mis pasos, trayéndome insensiblemente hasta aquí; ha mudado mi figura, me ha puesto en una vía de la que no puedo apartarme ya. Usted, como incrédulo, dirá que la casualidad es quien me ha dado esta guerrera facha, y yo digo que es Dios, el mismísimo Dios quien se ha servido dármela... Por tanto, amigo, es llegado el momento de que nos separemos. Usted se irá tras su humanitario objetivo, y yo me quedo aquí en cumplimiento de la voluntad de Dios, que de seguro no me destina a soldado de combate, sino a otras funciones modestas, tales como a la intendencia militar, a la sanidad, a cuidar la impedimenta o a cualquier otro empleo modesto. Dígolo, porque si bien siento en mí cierto ardorcillo, no puedo menos de asustarme cuando oigo muy de cerca los tiros... Pero eso pasará, ya que a todo se hacen los hombres... Voy a presentarme al general para que disponga de mí. Adiós..., buena suerte y cuente usted con un amigo. Venga un abrazo.

Salvador le abrazó riendo. Después de augurarle un brillante porvenir en la nueva carrera que emprendía, se despidió para tomar la senda de Pamplona. Por el camino iba pensando que debía dar por suficientemente apurados los medios de investigar el paradero del pobre enfermo furtivo, pues no daban noticias de él en todo el territorio de la Amézcoa. De seguir buscando, era preciso recorrer minuciosamente la Navarra entera, para lo que no bastarían dos o tres años. Pero Dios, que lo había dispuesto de otra manera, hizo que cuando había perdido la esperanza de tener noticias del prófugo, las tuviese auténticas por un testigo de vista. Loado sea Dios. El señor Garrote vivía, aunque en estado deplorable, pues había llegado a servir de diversión a los chicos. Hallábase cerca de Elizondo, en un caserío, al cual bajó desde los Alduides a mediados de marzo. Era ya evidente que al escaparse de Pamplona había salido de Villaba tomando después el valle del Arga hacia la sierra, en cuyos riscos y espesuras pasó, no se sabe cómo, la mayor parte del tiempo de su misteriosa peregrinación.

Saber el otro estas noticias y ponerse en camino para el Baztán fué todo uno. Las facciones de Eraso, que operaban por aquella parte, le impidieron la marcha, deteniéndole días y más días, a veces no sin riesgo de su vida; pero, al fin, a principios de mayo vió las casas de Elizondo. Hallábase en tierra carlista, absolutamente dominada por las facciones.

La casa en que le dijeron hallarse su hermano estaba a tres cuartos de legua de Elizondo por el camino de Urdax. Presentóse en ella, y su asombro fué grande al ver que el demente, lejos de servir de diversión a los chicos, pasaba en el país por un hombre pacífico y hasta razonable. La casa era viejísima y

ruinosa, de esas que, después de haber sido palacio de ricos, pasan a ser morada de labradores miserables. Habitábala una mujer con cuatro chicos menores. El esposo y dos hijos adolescentes estaban en la facción. Personas, vivienda, moblaje, animales domésticos, todo allí tenía un triste sello de abandono, indigencia y atraso. Cuando Salvador preguntó por su hermano, la mujer refirió que el señor Navarro había sido hallado una noche sobre la nieve, como muerto; que le habían conducido en hombros a aquella casa, donde aún seguía por no poder moverse, a causa de la perlesía que le cogía medio cuerpo. Salvador subió y vió a su hermano arrojado en el más desigual y abominable jergón que ha sostenido cuerpos en el mundo. El cuarto correspondía a la cama y el enfermo no desmerecía de tan atroz conjunto. Tendido a lo largo, don Carlos se apoyaba en el codo izquierdo. Delante tenía una silla sobre la cual había un papel y en éste fijaba los ojos y la mano vacilante, trazando, al parecer, líneas o puntos. Aquello, que tenía aspecto de mapa, absorbía tan profundamente su atención que no alzó los ojos de la silla cuando sintió los pasos de su hermano cerca de sí.

—¿Quién es? ¿Quién me interrumpe? —dijo, sin apartar la mirada del papel—. No quiero que ahora me interrumpa nadie. No he encontrado todavía el sitio más a propósito para dar la batalla; pero ya me parece que lo tengo, ya lo tengo... Señor Eraso, ¿ve usted esta línea?

Como no recibiera contestación, volvió a decir:

—¿Ve usted esta línea? Pues las fuerzas de usted no me han de pasar de esta línea..., aquí.

Alzando entonces los ojos, vió a su hermano, y fué tal su sorpresa que se le cayó de la mano el lápiz y estuvo como lelo bastante tiempo.

—¿Ya estás aquí otra vez?—dijo con ahogada voz.

Parecía tener miedo. Salvador observaba en la fisonomía de su hermano los estragos de la enfermedad. Estaba cadavérico. Sólo la mitad de su cuerpo se movía difícil y temblorosamente; a veces la lengua no le obedecía bien y trituraba las palabras.

—Sí—dijo Salvador—. Me dijeron que estabas muy solo, y he venido a hacerte compañía.

—No la necesito—replicó Carlos con desprecio—. Yo creía estar ya libre de tus beneficios, y vienes otra vez con ellos.

—No los aceptes si no quieres. Cuando me lo mandes me marcharé.

Diciendo esto, Salvador buscó con sus ojos una silla; pero como no era fácil que la encontrase aunque la buscara con los ojos de todo el género humano, sentóse a los pies de la cama.

—Bueno, pues ahora mismo. Temo que tu presencia me estorbe para encontrar el mejor sitio para la batalla... Vete; ya estoy turbado, ya se me han ido las ideas, ya no sé lo que pasa en mí. Tienes tú la culpa, tú, que hace tiempo te has propuesto trastornar todas mis ideas.

—¿Sabes—dijo Salvador—que estás muy mal alojado?

—Me encuentro bien aquí. Cuando mejore de mi herida...

—¿Estás herido?

—Sí..., el lado izquierdo; poca cosa... Cuando mejore, seguiré mi camino, y hallado el sitio...

—Ven conmigo, y yo te aseguro que encontraremos juntos el campo de batalla.

Esto decía cuando empezó a llover. El agua entraba por el techo, que tenía más agujeros que una criba, y a las gotas que salpicaron de agua el suelo polvoroso siguieron menudos chorros que formaban charcos en diversos puntos.

—Esto es vivir como en campo raso —dijo Salvador con escalofrío—. ¿Sabes que me parece has encontrado el sitio de la batalla?

—¿Cuál?

—Este páramo... Es indispensable que salgas de aquí.

—Choza o palacio—dijo el enfermo en tono solemne y sentencioso—, son iguales para mí.

—Es que estás muy enfermo.

—No importa.

—Y estarás peor cada día.

—No importa.

—Y en este sitio no podrás restablecerte.

—Te digo que no importa—gritó Navarro, exaltándose—. Harías bien en dejarme solo.

Salvador pensó que no había más remedio que recurrir a la fuerza. Sin embargo, trató de apurar todos los recursos de su ingenio para dominarle.

—¡Estábamos tan bien en nuestra casa de Pamplona...!—dijo con pena—. Nada faltaba allí.

—Pero sobraban muchas cosas.

—¿Qué?

—Tus beneficios, tus cuidados, ¡tú!, ¡tú!...—gritó, forzando la voz a cada palabra—. Como me llamo Zumalacárregui, así es verdad que me incomodan tus beneficios. No quiero nada tuyo.

Salvador calló. Un hilo de agua que cayó del techo sobre su cabeza obligóle a cambiar de sitio. El viento entraba por distintos lados, formando pequeñas tempestades que arrebataron de la silla el papel en que el infeliz demente trazaba sus garabatos, llevándolo al otro extremo de la titulada habitación.

—¡Mi plano!...—dijo Carlos, extendiendo su brazo.

Salvador se lo alcanzó.

En la desvencijada escalera de la casa hacían tal ruido los cuatro chicos, hijos de la aldeana propietaria de tan singular edificio, que bastara aquella música para volver loco a cualquiera que en tales regiones habitase.

XXIII

Monsalud decidió buscar inmediatamente mejor albergue. Salió, recorrió todo Elizondo. Al fin tuvo la bondad de proporcionarle alojamiento en su propio domicilio el cura del pueblo, anciano muy respetable y sencillo. Por la noche, aprovechando la ocasión en que el enfermo dormía profundamente, tomáronle en brazos cuatro robustas mujeres y le condujeron a la nueva vivienda, no sin que se resistiese en el camino, aunque sin lograr soltarse, por haber sido fuertemente sujeto. El motivo de ser llevado por manos femeninas fué que en Elizondo, como en todo el territorio del Baztán, escaseaban los hombres, hasta el punto de que las faenas más rudas eran desempeñadas por niños y mujeres. Durante los cuarenta días que pasaron ambos hermanos en casa del cura de Elizondo, nada ocurrió de memorable, si no es un ligero alivio de Carlos y la constante humanidad de Salvador, que preparaba lo necesario para sacar al enfermo de aquel país y conducirle a un asilo de orates. Necesitaba un buen coche, dos o tres personas que le acompañaran y sirvieran, y permiso de las autoridades carlistas para recorrer toda Navarra sin ser molestados ni detenidos. Todo esto era de dificilísima adquisición; pero al fin, con paciencia, actividad y repetidos desembolsos, venció las contrariedades y se dispuso a partir.

Una noche del mes de julio presentáronse las facciones en Elizondo. Bajaban por aquellos cerros, como bestias hambrientas, y sus gestos, sus pisadas, la viveza de su andar, el estrépito de las armas, ponían miedo en el corazón más esforzado. Por todas las entradas del valle aparecían cuadrillas de facciosos, vestidos de zamarra, cubiertos con la boina blanca o azul y calzados con alpargatas o zapatos rotos. Al anochecer, Elizondo estaba lleno y aún entraban más. La ferocidad pintada en los semblantes no excluía la expresión de sufrimiento por las privaciones y trabajos; pero estaban alegres, cantaban, reían y se las prometían muy felices. En las filas se codeaban los muchachos con los viejos, y al lado del niño, precoz guerrero lleno de ilusiones de gloria, marchaba el veterano fogueado en las campañas heroicas del año 8. Las estaturas eran tan desacordes, que la bayoneta del enano tocaba los doblados hombros del gigante. Por la desigualdad, por la irregularidad, por el valor ciego y salvaje, por la fe estúpida y la sobriedad casi inverosímil, a ningún ejército conocido podrían compararse, como no fuera a los ejércitos de Mahoma.

A la mañana siguiente salieron muchos para Urdax. Los demás tomaron posiciones en las alturas. Se les veía subir como gatos, escalando los empinados cerros con agilidad increíble. El calor les hacía tan poca impresión como les había hecho el frío. Tenían cara de pergamino, músculos de acero, corazón de piedra y sesos de algodón, que ni el sol derretía ni el pensamiento inflamaba jamás. La guerra había llegado a ser en ellos fenómeno de costumbre, un estado normal, admirablemente conformado con su naturaleza

agreste, dura, sufrida, refractaria a las fatigas como a las ideas, y con especialidad inclinada al movimiento. Si no existiesen montañas, ellos las habrían hecho para subir y esconderse en ellas.

Por la noche, tres jinetes llegaron a casa del cura. Seguíales numerosa escolta. Se apearon y los tres entraron. Uno de ellos era de buena estatura y a todos infundía un respeto que más bien parecía miedo o superstición. El cura se arrodilló delante de él y le besó la mano. Su majestad (pues no era otro) manifestó deseos de descansar. Tenía fuerte jaqueca y ningún apetito. Subió, encerróse en la habitación que se le tenía preparada. Ordenóse el mayor silencio para no molestar a su majestad, que no quiso tomar más que un huevo cocido y un poco de chocolate claro. Pidió agua helada, pero en esto no podían complacerle. Quedóse solo, y al poco rato llamó, pidiendo le llevaran una venda y un poco de sebo para ponérselo en la frente. Uno de los que le habían acompañado entró a darle lo que pedía, y después su real majestad se acostó y apagó la luz. Durante dos horas reinó profundo silencio y el cura andaba casi a gatas por no hacer ruido que pudiera turbar el sueño del primero de los facciosos. Pero de repente sonó en las calles de Elizondo estrépito de caballería; llegaron jinetes en gran número a la casa del párroco; se apearon, y el jefe de ellos entró en la casa sin pedir permiso ni hacer caso del cura, que salió trinando y bufando a pedir cuenta de tan irreverentes ruidos. A pesar de esto, la calidad del personaje exigía que se pasase recado a su majestad. Hiciéronlo así, y el soberano mandó que entrase al momento Zumalacárregui. Oyóse la voz del rey, que decía:

—Traigan una luz.

—Venga la luz—dijo, cogiéndola de las manos del cura, que con ella venía presuroso.

Era una vela, puesta no muy gallardamente en un candelero de barro. Zumalacárregui entró en el cuarto oscuro. Su majestad se había incorporado en el lecho. Aún tenía puesta la venda. El general avanzó lentamente, con respeto y cortedad. Extendió la mano con el candelero. La luz iluminó de lleno el semblante de don Carlos, en el cual no resplandecía ningún destello ni aun chispa leve de inteligencia. Con la venda, la palidez, el bigote afeitado (a causa del disfraz del viaje), si no era una cara estúpida, estaba muy cerca de serlo. Zumalacárregui dijo con voz ahogada por la emoción: «Señor», y se inclinó. Parecía un pino que se dobla.

—Acércate—dijo el rey, alargando su mano.

El general dejó el candelero de barro sobre la mesa, y, acercándose al lecho, puso una rodilla en tierra. Seguía conmovido. El rey recibió con júbilo que no podría definirse aquel primer homenaje tributado a su reciente majestad por el más ilustre y más poderoso de sus vasallos.

Zumalacárregui encendió después en la vela que había traído la que apagada estaba en la real estancia. Las dos luces, a pesar de aumentar la claridad, hacían más lúgubre el desmantelado recinto. El rey y el general hablaron.

En tanto, dos hombres que en un apartado y estrecho cuarto del piso bajo de la casa parroquial estaban, entretenían el insomnio charlando acerca del suceso que motivaba tanto ruido y tan extremosas entradas y salidas de gente.

—¿Quién anda por ahí, que tanto ruido hace?—preguntó Navarro a su hermano.

—No es cosa que deba desvelarte, porque ni a ti ni a mí nos interesa. Esta noche duerme en casa del señor cura un desgraciado loco que va de paso.

—¿Para dónde?... ¿Y cuál es su manía?

—La más extraña y disparatada que puedes imaginar. Ha dado en creer y sostener que es rey de España.

—¿Y quién le conduce?

—Otros tan locos como él.

—Eso no puede ser—dijo Navarro prontamente—, porque los locos no conducen a los locos..: Alguien habrá entre ellos que tenga razón.

Aquella tarde había hablado el anciano cura de la probable llegada de don Carlos al Baztán, y de la aproximación de las tropas de Zumalacárregui y Eraso para proteger la entrada del rey y hacerle los primeros honores. Recordándolo, dijo Navarro con cierta exaltación que encandilaba sus extraviados ojos.

—Este ruido, este ir y venir, este pisar

de caballos, no puede ser otra cosa más que la entrada de su majestad; y como yo he venido aquí con mi ejército para esperarlo, conferenciar con él y recibir sus reales órdenes, voy a vestirme al momento y a subir, porque no conviene que aguarde nuestro señor.

Arrojóse del lecho, y no poco trabajo costó a Salvador detenerle. Empleando argumentos ingeniosos, y a ratos la fuerza, pudo calmarle repitiendo lo del loco conducido por locos.

—Su majestad no vendrá todavía —añadió—. Yo te juro por el nombre que llevas que serás el primero que sepas su llegada.

Poco después Navarro dormía, y en su febril sueño recibió a su majestad, le rindió pleito homenaje; oídas sus órdenes, le llevó consigo al teatro de la guerra. Al despertar, su decaimiento era tan grande como si acabara de ganar treinta batallas y de recorrer a caballo sin descanso toda Navarra. Ardiente fiebre le consumía, y la inercia de la mitad de su cuerpo era casi absoluta. Salvador tenía ya dispuesto todo lo necesario para llevársele. No le faltaba más que un salvoconducto para recorrer sin tropiezo el territorio dominado por los carlistas, y Zumalacárregui se lo dió aquella noche de muy buena voluntad. Pero un médico que acompañaba al general en jefe vió a Navarro, y examinándole cuidadosamente, aseguró que, si bien el cambio del clima le sería de grandísimo provecho, no estaba en situación de emprender viaje. Sus días estaban contados. La parálisis haría pronto nuevas invasiones, y los centros nerviosos no tenían poder para defenderse. En vista de esto, resolvió Salvador esperar allí el triste desenlace, aunque tardara algún tiempo; pero no quiso Dios que el martirio del uno y la dolorosa expectación del otro se prolongasen mucho, porque a la tarde siguiente Navarro fué acometido de un accidente convulsivo, después del cual quedó sin conocimiento. Toda la noche la pasó así, de lo que Salvador y el cura coligieron que entregaba su alma al Señor; sin decir ni hacer más locuras. Pero por la mañana volvió en su acuerdo, y dando una gran voz llamó a su hermano y le rogó que se sentara junto a la cama para responder a las preguntas que a hacerle iba. Empezó Garrote por desperezarse, estirándose tanto, que cada remo parecía dispuesto a arrancarse por sí mismo del tronco y a caer al suelo por los lados de la cama. Las contracciones de la cara y el crujir de huesos era como si el hombre despertase, más que del sueño de una noche, de un encantamiento de siglos. Luego clavó los ojos en su hermano y le dijo:

—Vas a hablarme con franqueza. ¿He hecho muchos desatinos? ¿He dicho muchas necedades?

—Ni una cosa ni otra—replicó caritativamente Monsalud—. Todos están acordes en juzgarte bien, y es cosa indudable que diriges admirablemente la guerra, llevando la bandera absolutista de victoria en victoria.

—No, no, no—dijo Navarro demostrando grandísimo dolor—; yo no soy Zumalacárregui; yo no soy lo que mi cerebro abrasado y enfermo me fingió. De repente, lo mismo que se rasga un velo, se ha roto en mi cerebro no sé qué cortina de telarañas, y aquí me tienes con una claridad en el pensar y un tino en el discurrir cual creo no los he tenido en mi vida. Pasmado estoy de que un hombre como yo, jamás inclinado a fantasías ni figuraciones, haya estado por tanto tiempo... Y a propósito de tiempo, ¿en qué días vivimos? Vuelvo del país de la necedad, donde no rigen almanaques.

Salvador le dijo la fecha, y Navarro prosiguió:

—No se han borrado de mi mente estos días tristes; pero la noción que tengo de ellos es muy oscura. Sé que he creído ser Zumalacárregui, aunque si he de decirte verdad, aun en los momentos de más exaltada demencia había en el fondo de mi alma ciertas dudas... Quiero decir que no estaba yo completamente seguro de ser lo que decía, y mis dos personas, la verídica y la falsa, se confundían y se separaban por momentos... La manía de ser don Tomás nació en mí del deseo de emularle. Yo vine al Norte convencido de mi valer y seguro de formar con las facciones de este país un ejército irresistible. En suma, yo pensaba hacer todo lo que hace Zumalacárregui; y dicho sea sin jactancia ni locura, creo firmemente que lo habría hecho lo mismo y quizá mejor, si Dios no hubiera dispuesto que se trocaran los papeles; que todas mis ideas las pusiese él en práctica, y mis planes todos pasasen

a ser obra y provecho suyo... Ya es tarde; corre el tiempo y yo me muero, porque seguramente esta vuelta mía a la razón es, como en Don Quijote, señal de muerte próxima.

No lo creyó así Salvador, viéndole con tan buenas explicaderas, sereno de aspecto y fácil de palabra. Contento de este cambio, que parecía milagro, le reanimó con frases cariñosas y le hizo un resumen del estado de la guerra y de la política. Pero Navarro no pareció interesarse mucho en estas cosas profanas, y dando un gran suspiro, dijo así:

—La salvación de mi alma es lo que me interesa; que lo demás, como cosa del mundo, acabó para mí. Venga un cura, que me quiero confesar.

Salvador pensó en el cura de Elizondo, a cuya generosidad debían su asilo; pero como Navarro se enterase de que había venido con las tropas el padre Zorraquín, su antiguo amigo, quiso verle y que fuese él quien le ayudara a bien morir, oyendo la confesión sincera de sus culpas. Salvador le buscó por todo el pueblo, y al fin halló al cura historiador y guerrero en una taberna, escanciando con marcial donaire una azumbre de vino, ganada al juego de las damas.

Acudió Zorraquín al llamamiento de su amigo. Cuando éste salía del segundo desmayo, que fué más profundo y grave que el primero, vió entrar en la alcoba, anunciándose antes con rechinar de espuelas y resoplidos de cansancio, un figurón inverosímil y que en otras circunstancias habría traído al moribundo, en vez de consuelo, una agonía mayor que la de la misma muerte. También vinieron a verle Oricaín y Zugarramurdi, que le habían abandonado cuando cayó prisionero. Recibióles con indiferencia, y ellos se retiraron pronto.

La cara de Zorraquín, que rapada era bondadosa, desaparecía ya entre un vellón áspero, negro y erizado, como bala de lana sin cardar. Los ojos pequeños, la nariz agarbanzada y la desabrida sonrisa del capellán apenas se abrían paso por tan enmarañado bosque de pelos. La boina blanca caída de un lado parecía impedir con su peso que el cabello, no menos áspero que la barba, tomase la dirección del techo, como un escobillón que se cree ciprés. En la zamarreta del cura veíanse diversos cintajos que manifestaban sus grados y condecoraciones. El sable le arrastraba por el suelo, sonando a pandereta rota. Las botas desaparecían bajo salpicaduras de fango; las pistolas eran negras como la zamarra, y las manos de color de hierro viejo. Por dondequiera que iba el guerrero, difundía en torno suyo un complejo olor a pólvora, a cuadra y a vino.

—Vamos, vamos, señor don Carlos —dijo Zorraquín, abrazando al enfermo—. Ahora que los dedos se nos hacen triunfos, y tenemos a nuestro rey con nosotros, y nos preparamos para ir sobre Madrid, ¿se le antoja a usted morirse? Eso no se puede consentir.

Acongojóse Navarro mucho, y dijo que la voluntad de Dios no le permitía guerrear en aquella grande y sublime campaña. Hablaron un momento del alma y de la bondad divina. Zorraquín halló en su espíritu cierta dificultad para retrotraerse a su antiguo oficio, tan distinto del que entonces tenía; pero al fin pudo vencer su desgana de oír pecados. Quitóse la boina, sentóse, apoyó el codo izquierdo en la cama, y acariciando con la derecha mano el sable, preparóse a escuchar la confesión de su infeliz amigo.

Navarro no fué breve en aquella ocasión, y los escrúpulos sucedían a los escrúpulos, las consultas a las consultas. Al principio le oyó con paciencia y bondad Zorraquín, dirigiendo al penitente los más edificantes consuelos; pero tanto y tanto machacaba Navarro y dimensiones tales daba al acto de limpiar su conciencia, que el clerizonte no pudo menos de considerar cuán incompatibles eran en aquel caso las funciones de guerrero y las de pastor de almas. Empezó a sonar en el pueblo ruido de tambores tocando llamada. El ejército se iba a poner en marcha, y héteme aquí a uno de los más importantes jefes clavado al lecho de un moribundo. Abandonar a éste cuando más contrito parecía y más necesitado de consuelos, era imposible; y dejar de acudir a donde el honor militar y el deber le llamaban, también era imposible para Zorraquín. Colocado éste entre los dos imposibles, padeció horriblemente en breves instantes. Los toques de clarín y tambor arreciaban; se sentían pasar las tropas por la calle con algazara y gritos. Las pisadas de tantos hombres producían hondo rumor, cual mugido lejanísimo de la tierra por tan-

tos pies herida. Cuando Zoraquín oyó el piafar de los caballos, no supo lo que por sí pasaba, y un sudor se le iba y otro se le venía, mientras que don Carlos Garrote, charla que charla, no se contentaba con hablar de sí y de su conciencia, sino que se entraba en ciertos laberintos de teologías. No le hacía ya maldito caso Zorraquín, y acariciaba el sable, como si éste fuera arma necesaria para encaminar almas al cielo; movía alternativamente una y otra pierna, resollaba fuerte, se acariciaba la cerdosa barba, hasta que una destemplada voz sonó en la calle, gritando «¡Zorraquín!», y tras esta palabra otra no muy edificante ni culta. Como si estallara dentro de su cuerpo un petardo, se levantó el confesor. No se podía contener.

—Usted me... dispensará, señor don Carlos—dijo con torpe lengua—; pero mis deberes militares... No se pertenece uno desde que se mete en ciertos trotes.

—Sí, sí..., vaya usted... ¿Cuántos hombres hay en Elizondo?

—Doce mil y ochenta caballos. Con permiso de usted...

Y extendiendo su brazo murmuró muy aprisa latines que más bien parecían escupidos que hablados. Desde la puerta dijo *ego te absolvo;* hizo la señal de la cruz, como quien da bofetadas en el aire, y echó a correr, arrastrando el sable y tropezando contra todo lo que hallaba a su paso. Parecía una bestia recién escapada de la jaula que busca su libertad entre la muchedumbre. Al verle salir, dió Navarro un gran suspiro. ¿Era porque su conciencia estaba aún algo turbada o por desconsuelo de que sus amigos guerrearan mientras él se moría?

Dejemos a Zorraquín subiendo a su caballo, cosa para él bien distinta de subir al púlpito. La tropa carlista salía de Elizondo. En el centro iba don Carlos con su Estado Mayor de clérigos y generales, y a la cola algunos carros con vituallas y coches con damas y palaciegos de la Corte que empezaba a formarse. El reino apócrifo no se habría creído con visos de verdadero si no tuviera su cola de rabillos de lagartija.

Navarro empezó a decaer después de la confesión, y se aplanó tanto aquella noche, que no podía moverse, y hablaba con mucha dificultad. Su hermano no se movía de su lado.

—Tengo que hablarte—le dijo Carlos, esforzándose en sacar del pecho la voz—. Yo me muero, y no quiero morirme sin confesar que te debo inmensos beneficios, que te has conducido cristianamente conmigo. Si viviera más, ¿podría llegar a quererte?

—Si vives (y no debemos perder la esperanza de ello), nos separaremos y no tendrás tú el enojo de agradecerme ni yo la necesidad de servirte.

—Pues bien: por más que se empeñen en unirnos la Naturaleza y el mundo, tienes unas cosas... Dame agua...

Salvador le dió agua. El beber reanimó un tanto al enfermo, que pudo decir esto:

—¡Qué habría sido de mí sin tu ayuda, sin tu generosidad en estos meses de locura y abandono!... Mucho te debo, mucho. Se me viene a la boca la palabra *hermano,* las palabras *hermano querido,* y, sin embargo... Dame más agua.

—No te sofoques. Tiempo tendrás de decirme lo que quieras... No necesitas darme satisfacción de nada. Lo que he hecho contigo, por deber lo hice, no por jactancia; por impulso de mi conciencia, no por humillarte con beneficios que contrastaran con tus crueldades. Si vives, no quiero de ti más que olvido, olvido de todo.

—Sé que debo perdón a los que me han ofendido; pero hay ofensas que no se pueden perdonar. No está en nuestro poder perdonar, por más que lo digan Zorraquín y todos los clérigos juntos... Yo me muero—añadió, haciendo un esfuerzo para detener la palabra que se iba, abriendo paso a la vida, que se iba también—, yo me acabo. Tú vivirás, volverás a Madrid, verás a la que fué tormento y bochorno de mi vida. Dile..., dile que no la perdono, que no la puedo perdonar.

Salvador le dió la mano. Navarro, tomándola, la apretó en la suya fuertemente. Le miró con espanto. En aquel momento postrero parecía que se reproducían en su alma todas las amarguras de su vida, y que espantosas imágenes le turbaban la vista. Con voz que parecía un suspiro pronunció estas palabras, aflojando los músculos de la mano con que estrechaba la de su hermano:

—¡Ni a ti tampoco!

Y dejando caer la cabeza sobre el pecho dejó de existir.

¡Extraña cosa! Cuando llegó el mo-

mento de dar sepultura al valiente soldado, víctima de una dolencia nacida de sus propias melancolías y de su irritable carácter, no se encontraron hombres que cargaran aquel desfigurado y un tiempo hermoso cuerpo. Todos los hombres de Elizondo estaban en la facción. Las mujeres prestáronse gustosas a conducir el cadáver; pero como el cementerio estaba muy cerca de la casa del cura, Salvador tomó en sus brazos el cuerpo frío, y acompañado del cura y sacristán, precedido de una turba de chiquillos y seguido de dos docenas de mujeres curiosas, le depositó junto al hoyo. Con ayuda de femeninas manos fué bajado a lo profundo y se le echó mucha tierra encima. El día estaba húmedo; la tierra, blanda; el cielo, triste y lacrimoso.

Aquella misma tarde partió Salvador de Elizondo, deseando huir de un país que le infundía repugnancia y miedo, a causa de las muchas locuras que en él había visto; y así como el que visita una casa de orates se siente tocado de enajenación y con cierto misterioso impulso de imitar los disparates que ve, sentía Monsalud en sí cierta levadura recóndita de demencia, por lo cual se echó fuera a toda prisa. Un hombre que se cree Zumalacárregui; un Zumalacárregui auténtico que sacrifica su genio y su dignidad militar a ambicioso príncipe, sin más talento que su soberbia ni más idea que su ambición; un país que abandona en masa hogares, trabajo campo y familia por conquistar una soberanía que no es la suya y una corona que no ha de aumentar sus derechos; ríos de sangre derramados diariamente entre hombres de una misma raza; clérigos que esgrimen espadas; moribundos que se confiesan con capitanes; villas pobladas por mujeres y chiquillos; cerros erizados de frailes y poblados de soldados feroces, que deliran con la matanza y el pillaje, son incongruencias que repetidas y condensadas en un solo día y lugar pueden hacer perder el juicio a la mejor templada cabeza, y hacer dudar de que habitamos un país cristiano y de que el rey de la civilización es el hombre. Así lo pensaba Salvador, huyendo de Elizondo y de Navarra, como el que huye de una epidemia. Deseando perder de vista pronto a la gente facciosa y el sangriento teatro de sus hazañas, tomó el camino de Urdax con ánime de salir de Navarra por los Pirineos y entrar en la España isabelina por la Francia orleanista.

XXIV

—Roderiquine, vidiste hodie ceremoniam in capella Dolorosæ?

—Eheu!, amice. Vidi (et invideo) satisfactionem Agni Benedictinei vel (Benigni Corderi) in desposorium suum cum puella.

—Quid tibi videtur?

—Ille senex, superlative frescachona illa. Matrimonius stultus! Acababerit sicut rosarium albæ matutinæ.

—Oh fortunate senex!

—Oh terque quaterque batus! Ille lœtificat senectutem suam cum moza matrimoniale (vel uxore), dum nobis nulla res amatoria licet. Miserere nobis, Domine, miserere nobis, qui Thesaurum Calepinum et horridos mamotretos desposamus! Gramatica muchacha nostra est.

—Eheu!... Pergaminosa et frigidissima uxor semper nobiscum in aula, in mensa, in thoro!...

Al oír este diálogo se comprenderá que anda por aquí el maligno y siempre macarrónico don Rodriguín. En efecto: él era quien sostenía esta conversación latina con otro colegial, no menos travieso, valiéndose para ello de una especie de comunicación postal establecida debajo de las carpetas por medio de un hilo corredizo que funcionaba de un puesto a otro, a escondidas de los demás colegiales y de los padres. Ambos amigos afectaban hallarse muy ocupados en sus tareas estudiantiles. Ni con rumor, ni con miradas, turbaban el silencio plácido de la sala de estudio. Los asientos de uno y otro estaban cerca. El hilo corría suavemente, llevando y trayendo un papelito, en el cual cada uno escribía su macarrón referente por lo común a los sucesos del día, y así pasaban las horas dulcemente entretenidos con gran perjuicio de la lección señalada. A veces funcionaba el telégrafo subcarpetano tan sólo para observar que al padre Fernández se le caía la baba, o que al padre Solís se le rodaba el bonete. Por poco versado que el lector esté

en humanidades macarrónicas, habrá deducido del diálogo transcrito que aquella mañana se había casado don Benigno Cordero en la capilla de los Dolores, de San Isidro. Este gran suceso se verificó a fines de junio.

Estuvo don Benigno en aquella ocasión sereno y grave, como hombre que da cumplimiento al más importante de los deberes. Sola parecía contenta sin afectación; los muchachos estaban alegres, y Cruzita renegando. La bendición fué dada por el padre Gracián, con quien celebró Cordero larga conferencia en la tarde de aquel día cien veces fausto.

Dejemos ahora a esta digna familia, para quien parecerán siempre pocas todas las bendiciones del Cielo, y sigamos al venerable jesuíta, cuyos pasos son ahora del mayor interés. Acompañado del joven que solía pasear con él, salió del Colegio Imperial; tomó por la calle de los Estudios, y entrando en la de las Maldonadas, detuvo sus pasos en la puerta de un llamado establecimiento, cuyo nombre más propio fuera tenducho. Miró adentro, no vió a nadie, volvió a mirar, llamando, y al conjuro de la voz movióse un enorme tinajón de hacer buñuelos que arrinconado estaba. Cayó de él una estera vieja, apartáronse dos escobas, y por el hueco que del movimiento de estas piezas resultara, vióse aparecer una figura de mujer raquítica, que se adelantó cojeando.

—Romualda, ¿qué hacías ahí?

La muchacha se restregó los ojos.

—Estaba durmiendo—replicó.

—¿Y así cuidas tú la tienda?

¡La tienda! Sólo por el prurito de hacer hipérboles podía darse este nombre al mezquino aguaducho, consistente en media docena de botellas, un gran tarro de cerezas en aguardiente, caja de latón con delantera de vidrio, medio llena de bollos y azucarillos, y un par de botijos de agua de la Arganzuela.

—Tenía mucho sueño—dijo Romualda—. Anoche me tuvieron en vela esperando a padre López, que vino entre dos luces.

—Embriagado tal vez... ¡Bendito Dios!... ¿Y ahora está tu padre en casa?

—No lo sé...; subiré. Mi madrastra está en la cama.

—Sube, y si está tu padre, dile que baje al momento. Necesito darle un recado.

Mientras Romualda sube, dejando al buen clérigo y su acompañante en la puerta del establecimiento, digamos cómo de la opulencia y desahogo de la carnicería pasó aquella desmoralizada gente a la estrechez de un miserable comercio de agua y vino. En casa donde no existen ni los vínculos ni los afectos que constituyen la familia, donde la paz deja su puesto a la discordia y los vicios ocupan el lugar de la economía y la sobriedad, no pueden de modo alguno afincar las prosperidades. La actividad de Nazaria y su inteligencia no bastaban a atenuar los malos efectos de la holgazanería de López, el cual no sólo derrochaba en torpes francachelas lo adquirido con sus malas artes y conexiones políticas, sino que también sabía apurar, dejándolos en las puras tablas, los cajones del mostrador, llenos del pingüe esquilmo de la mañana. Nazaria no gastaba en liviandades, pero sí en lujo y ruinosos caprichos. Empeñaba una joya para comprar otra, y a ninguna prendera dejaba salir de su casa sin quitarle de las manos, a cambio de buen dinero, el rico mantón de Manila, la peineta de concha, el abanico de marfil, los soberbios encajes flamencos y otras prendas valiosas que las casas ricas de Madrid arrojan diariamente al oscuro mercado de lance. La carnicería producía mucho; pero el género de Montánchez y Candelario no cae llovido del cielo, por lo que pronto empezó a declinar la casa, y dando tumbos y traspiés cayó, a la vuelta de un año, en el abismo del descrédito. Los acreedores se repartieron el botín, y hubo desbandada de chorizos y dispersión de jamones, que dieron mucho que hablar a todo el barrio de San Millán. Los muebles de la casa fueron embargados, y salieron en busca de más seguro domicilio las imágenes y santicos, juntamente con los toreros. Tres o cuatro puestos del Rastro lucieron durante una semana parte muy principal del ajuar de la *Pimentosa*, que sólo pudo retener lo indispensable para no pedir un hueco en San Bernardino, fundado por Pontejos en aquel mismo año. Ciertos dineros no muy lucidos que se salvaron del desastre casi por milagro sirvieron a la viuda de Peribáñez para poner la tienda acuática antes descrita; y entre aquellos cuatro fementidos trastos la infeliz mujer se mecía otra vez en locas ilusiones, pensando en volver a ser fa-

vorecida de la fortuna, para sacar del comercio pequeñito un tráfico grande y rico. Ella tenía genio, sabía comprar, sabía vender; pero ignoraba el arte de guardar, que es el arte de enriquecer. Su mala estrella o su naturaleza física y moral (que esto no está bien averiguado) le agravaron el mal que ha tiempo padecía, llegando al extremo de no tener hora de completo sosiego; y si los duelos con pan son menos, la enfermedad acompañada de duelos y quebrantos cierra la puerta a todo remedio. A la escasez se unían las continuas reyertas domésticas para abatir más el espíritu de la pobre viuda y poner su estómago más dolorido. Un hecho importante ocurrió poco después de la ruina. No lo pasemos en silencio por lo mucho que a ambos favorece. Se casaron; pero la legalización de aquella inmoral alianza no la hizo más pacífica, y después de los desposorios llevó López más arañazos en su rostro y ella mayor número de cardenales en su hermoso cuerpo.

El desastroso acabamiento de don Felicísimo y el desplome de la casa en que vivía pusieron a *Tablas* en gran desesperación, porque él creía segura una buena manda en el testamento de su protector. Como el testamento no se encontró entre los escombros, o si se encontró lo inutilizaron hábilmente Bragas y los de la curia, quedáronse en ayunas López y los señores eclesiásticos, que también tenían sus cinco sentidos en las mandas de misas y legados piadosos. Del abintestato del señor de Carnicero se había aprovechado a sus anchas, sin el estorbo de repartir, el siempre venturosísimo Pipaón, a quien el cielo deparó un vástago a los nueve meses (día más, día menos) de su matrimonio.

Chasqueado por aquella parte, *Tablas* se obstinó más y más en apretar los lazos que le unían a las sociedades secretas y al conventículo formado por Avi-raneta, Rufete y comparsa. Bien se comprende que López, hombre sin letras ni palabra, incapaz de formular discretamente un juicio ni de aposentar una idea en la espesura de su cerebro, no podía ser en el club populachero más que un instrumento brutal para funcionar en días de escándalo y gritería. Todos cuantos han tenido la desgracia de trabajar en conspiraciones burdas saben perfectamente que los despabilados y parlanchines forman a su espalda una guardia de hombres soeces y brutales, que sirven para dar a la idea, en la ocasión precisa, su voz estentórea, su brazo salvaje y su representación apasionadamente popular. *Tablas* era de esta guardia, mejor dicho, era el jefe de ella, y había conseguido llevar al club a otros mocetones, que ni desmerecían de él en fuerzas corporales, ni en talento le ganaban un ardite.

Desgraciadamente para él, las conspiraciones de aquel tiempo carecían de fondos. Eran conspiraciones pobres, no por esto honradas. Se esperaban auxilios; pero los auxilios no venían, porque los destinados a darlos no habían llegado aún a ese grado de candidez en que la ambición cierra los ojos y abre la mano.

Para atender a sus gastos, que no había sabido desminuir después de la miseria, *Tablas* se colocó en el establecimiento de coches de la posada del Dragón, con cuyo dueño tenía amistad antigua. Pero su holgazanería la vedaba siempre entrar en faenas duras, y sólo se ocupaba de cuidar el almacén de equipajes y encargos. En destino tan poco brillante aguardaba el imaginario triunfo de aquellos buenos señores del club, tan sabios según él, o la señal de armar camorra. A todo se hallaba dispuesto, apretado por la miseria, la envidia y los apetitos que devoraban su alma.

XXV

Ya se cansaba de esperar el venerable Gracián, cuando apareció Romualda, sofocada y jadeante. Por su conducto, la señora Nazaria suplicaba al padre tuviera la bondad de subir, porque se encontraba muy mala. No desoía jamás esta clase de ruegos Gracián, que además de eclesiástico bondadoso era médico hábil, y precedido de la coja, llevando tras sí al cleriguito joven que le acompañaba, acometió los cien escalones que conducían a la morada del infeliz matrimonio. Era ésta muy humilde; pero Nazaria, que tenía instintos de embellecimiento doméstico, la arregló de modo que pareciese menos fea de lo que realmente era.

Estaba la *Pimentosa* postrada en el desvencijado sofá. Había desmerecido

tanto su persona desde el año anterior, que no parecía la misma. Aquel continente de matrona, aquel aire simpático, aquel rostro lleno de atractivos, no eran ya sino sombra de sí mismos. Gordura fofa en su cuerpo, languidez en su semblante y un decaimiento general en su persona toda, anunciaban que la maja no volvería a ser lo que fué. A su lado estaba la mujer demacrada, pálida y huesuda que vimos en la buñolería algunos meses antes, y que había permanecido al lado de su ama, como uno de esos cortesanos de la desgracia que con menos mérito alardean de fidelidad en esferas más altas. A primera vista, la mujer aquella parecía imagen de la Muerte esperando presa. Su brazo, que no debía de tener más que el hueso seco, se extendía oscilando con cadencia lúgubre. Su mano empuñaba una rama de acacia para espantar con ella las moscas que molestaban a Nazaria.

Sentáronse Gracián y el otro clérigo después de saludar a la enferma con mucho interés. Nazaria agradeció mucho la visita, y estuvo quejándose durante diez minutos, dando cuenta prolija de los distintos dolores que sentía en partes diversas, los unos afilados como cuchillos, los otros duros como pedradas, y algunos múltiples y horripilantes como el rasgar de una sierra. Después calló. Dijo Gracián solemnemente que más, mucho más había padecido Cristo por nosotros, y luego reinó un silencio tristísimo, durante el cual no se oía más que el rumor de las hojuelas de acacia, batiendo el aire y desconcertando las bandadas de moscas. Al punto que éstas vieron a los dos clérigos, se fueron derechas a ellos, manifestando singular preferencia por el joven acompañante.

—Lo pasaría menos mal—dijo Nazaria—, si no tuviera miedo, muchísimo miedo a esa enfermedad que ha entrado ahora, y que, según dicen, mata a la gente en un abrir y cerrar de ojos.

—Se llama el *cólera*—dijo la flaca con vocecilla ronca que hizo estremecer al curita.

Al decir esto *Maricadalso* (que así la llamaban) se asemejó más que nunca a la madre Muerte, nombrando a una de las más fúnebres herramientas de su oficio.

—El cólera, sí—dijo Gracián—. Esta epidemia viene del Ganges, de donde se saca su apellido de *asiática*. Ha empezado a hacer grandes estragos en Europa, y Dios no ha querido librar a España de tan tremendo azote. Tengamos paciencia. Hasta ahora Madrid va librando bien. Los casos no son muchos. Empezó en Vallecas, y parece como que va pasando de Norte a Sur.

Nazaria le preguntó por los remedios que para tan atroz dolencia habían descubierto las Facultades, y Gracián, con apariencia de no creer mucho en ellos, habló de varios, tales como friegas, infusiones, teínas y revulsivos. El mejor antídoto contra el mal era, a su juicio, el valor y el desprecio del mal mismo.

—Entonces—dijo Nazaria, con temblor y abatimiento—esa maldita *cólera de Dios* no me perdonará a mí, porque le tengo más miedo que a una centella, y si miro a la puerta me parece que entra en figura de gente; si miro a la ventana, me parece que entra con el aire, con el sol con el polvo de la calle. No como, por miedo a que entre en mi cuerpo con la comida, ni duermo temiendo que me coja en sueños y me lleve antes de despertar.

Gracián se rió de estos pueriles temores, y también se habría reído el subdiácono si no estuviera muy ocupado en ahuyentar las moscas que invadían su cara. *Maricadalso* le vió dando manotadas. Alargando la rama, dióle un escobazo en el rostro para librarle de la ferocidad insectil.

—Confianza en Dios y no dar a esta miserable existencia mundana más valor del que tiene, son los más eficaces remedios—afirmó Gracián con autorizada voz.

La vocecilla ronca de *Maricadalso* dejóse oír. Parecía una corneja que cantaba en la propia rama de acacia. Moviendo su cabeza con aire de incredulidad, cantó estas palabras:

—A mí no me emboban. Esto no es epidemia que venga de las Asias, sino *malos quereres*.

—Y ¿a qué llama malos quereres, buena mujer?—preguntó Gracián riendo, no tan fuerte como el subdiácono, que soltó una carcajada.

—Al mal tercio que hacen algunos, los malos..., los pillos que quieren que se acabe medio mundo para quedarse ellos solos.

—Y ¿qué pillos son ésos?

—Yo me lo sé—dijo la imagen de la Muerte, cuyos ojos lucían en el amarillo casco como agujeros de calavera—. ¡Llaman cólera al mal querer!... Ya, ya... Más vale que nos lleven a la horca que no acabarnos de esta manera.

Estas misteriosas apreciaciones sobre cosa tan notoria como la existencia de la epidemia no llamó la atención de Gracián, porque su trato frecuente con el pueblo bajo de Madrid habíale acostumbrado a oír sin sorpresa los despropósitos del vulgo. Todo lo que es razonable y conforme al sentido común se resiste a la mente plebeya. Para que en él halle resonancia y acogida una idea es necesario que sea perfectamente absurda.

—Señora Cadahalso—manifestó con bondad el jesuíta—, usted es de las que ponen en duda que vuelan los pájaros, y crerá que los bueyes se pasean por los aires. Muy bien: con su pan se lo coma.

—Otros se comen nuestro pan, que no yo—dijo la espantosa mujer, enseñando sus dos filas de dientes iguales y puntiagudos—. Yo me sé lo que creo, y creo lo que yo me sé... Y toque su paternidad a otra puerta, que ya vamos abriendo el ojo.

—Todo sea por Dios...

—Más respeto, canalla, más respeto —añadió Nazaria, tomando a su vez la rama y azotando suavemente a la estampa de la Muerte—... Señor cura, no haga su merced caso, y dígame si para mi mal debo tomar una medicina que me han recomendado.

—¿Cuál es?

—No es cosa de la botica, sino del cielo.

—No entiendo.

—Es cosa santa. Es un polvillo que dicen se saca de la cueva en que hizo oración San Ignacio.

—¡Ave María Purísima!—dijo Gracián, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Se espanta su merced?... Ese polvillo lo tiene, como gran reliquia, mi señora doña Josefa, la mujer de don Pedro Rey. Dice que su niña Perfectita sanó con él.

—¡Sacrilegio, profanación!—exclamó el jesuíta—. ¡Abuso nefando de las cosas piadosas! Esa tierra bendita es un objeto de piedad que debe venerarse como recuerdo de uno de los varones más insignes que hubo en el mundo. Las cosas santas han de ser tratadas con respeto y puestas a tanta altura que no pueda llegar a ellas el charlatanismo. Dad a Dios lo que es de Dios, y a la botica lo que a la botica pertenece, y no mezcléis berzas con capachos, o sea santidades con vomitivos.

Más, mucho más hubiera dicho el discreto clérigo, si en lo mejor de su perorata no entrase *Tablas*, sorprendiendo a todos con los «buenos días» que dió desde la puerta. Detenido en ella estuvo un rato, mirando el cuadro que las dos mujeres y los dos eclesiásticos ofrecían. Entró al fin; limpióse el sudor que mojaba su frente, y tomando una silla la colocó con fuerte golpazo en el punto en que quería sentarse. Después, gesticulando con recia manotada, echó de sí las moscas y dijo:

—Se ha muerto el boticario de la calle de Rodas y el carbonero de la calle de las Velas. En la casa del tío Caro no ha quedado más que el gato. Anoche no había novedad, y esta mañana la casa era un cementerio.

—No exagere usted—dijo, amostazado, el padre Gracián, observando el mal efecto que aquellas nuevas hacían en Nazaria—. Defunciones, hay; pero no en tal número.

—No se llaman defunciones; se llaman *casos*—replicó con estúpida risa *Tablas*—. Y podrá ser verdad lo que vuestra paternidad dice; pero yo sé que anoche Gregorio Tinajas y yo bebimos juntos una copa al salir de cierta parte, y sé también que le he visto hace un momento tieso y frío.

—¡Se ha muerto!—exclamó *Maricadalso* con espanto.

—Como mi abuelo. ¿Lo sientes tú?

—Dígolo porque las pagó todas juntas.

—También se ha muerto la *Fraila*.

Nazaria cerró los ojos, no pudiendo cerrar los oídos. Pero el atleta se volvió a *Maricadalso*, y a boca de jarro le disparó estas palabras:

—Y tu hija, *Maricadalso*, tu hija Ildefonsa, iba ahora con un cántaro de agua por la calle de la Paloma, y se cayó en la calle, diciendo que se moría.

—¡Mi hija!... Tú mientes.... Corro a ver...

Diciendo esto con entrecortados rugidos, *Maricadalso* saltó de su asiento, como azarado gato, y salió a escape. Oyé-

ronse sus violentos pasos extinguiéndose en la escalera, como se apaga el ruido de la piedra que, chocando y rebotando, se precipitaba en el abismo.

—Rumalda—dijo *Tablas*, mirando a la cojuela, que acababa de subir después de cerrada la tienda—, baja y tráeme tabaco.

Romualda bajó y sus pasos lentos y fatigados resonaron por largo rato en la escalera. Después *Tablas* siguió enumerando muertos y enfermos y volvió a limpiarse el sudor. El calor era sofocante. La habitación, no bien templada por la oscuridad, parecía un horno, por la proximidad del tejado, donde caía como lluvia de fuego el ardiente sol de julio. Empezaba a caer la tarde, y el calor aumentaba en aquella hora, a causa de los vapores que del suelo se desprendían. El aire en calma no daba ningún consuelo a los pulmones, y sólo las moscas parecían regocijarse en la pesada y miasmática atmósfera, como sibaritas viviendo en medio de todas las delicias que puede apetecer su naturaleza.

Gracián reprendió con cierta aspereza a Pedro López su afán de dar noticias fúnebres, que afligían y apocaban a la pobre enferma. Echóse a reír el bárbaro, diciendo que él no tenía miedo a *los cóleras* ni a muertes de ninguna clase.

Después hablaron de lo que motivó la visita de Gracián.

—Me avisan de Cataluña la remisión de un encargo que me interesa mucho —dijo éste, sacando una carta—. Dícenme que recoja el bulto..., porque es un costal como de media fanega, señor López..., en la posada del Dragón. He pasado varios avisos, y mi encargo no parece. Señor López, ¿me hará usted el favor de buscar bien en el almacén, de preguntar a los ordinarios y arrieros, de hacer, en fin, cuanto de su parte esté para que parezca ese bulto?

—¿Es fruta?

—No, señor.

—¿Jamones?

—Tampoco. Es cosa de poco valor en sí, pero que yo estimo en mucho. Es un saco lleno de tierra. Debe venir perfectamente dispuesto y liado en esteras.

—¡Ah!... Será tierra de limpiar metales.

—Pagaré dos veces el porte si parece y está intacto—dijo el reverendo, levantándose.

—¿No recibió vuestra paternidad el año pasado otro saco como ése por conducto de don Felicísimo?

—Justamente. Los padres de Manresa lo consignaron a don Felicísimo. Y usted mismo, señor López, me lo llevó a mi casa.

—Pues éste lo llevaré también.

—Gracias. Vamos, Sancho.

Este nombre, aplicado al subdiácono, dió por un momento al padre Gracián cierta apariencia quijotesca. Pero no es aquel nombre capricho del narrador. Llamábase, en efecto, el subdiácono José Sancho; era natural de Palma de Mallorca, y tenía veinticuatro años de edad y siete de Compañía.

Gracián procuró animar con palabras consoladoras a Nazaria, exhortándola a desechar su infundado temor, y después de reiterar a *Tablas* la súplica que le hizo poco antes, salió de la casa escoltado por las moscas.

Aproximábase al Colegio Imperial, cuando un vil pillete que rasguñaba una destemplada guitarra se le puso delante, cortándole el paso, y con voz que más tenía de infernal que de humana, cantó esta copla:

¡Muera Cristo
viva Luzbel!
¡Muera don Carlos,
viva Isabel!

Apartó suavemente el jesuíta al cantor y siguió adelante. Pero Sancho fué más expresivo y empujó al pillastre, expulsándole con violencia de la acera. Instantáneamente recibió en el hombro un golpe dado con la guitarra. Los dos se hallaron frente a frente mirándose con ojos de ira. Quizá habría seguido adelante la contienda, si Gracián no dijera con voz reposada:

—Sancho, ¿qué es eso?

Ambos entraron en el Colegio. En la puerta oíase un rugidillo que no por ser infantil dejaba de ser insolente. Parecía rumor de plebe menuda, de esa que suele encresparse en las plazuelas de verdura y que la autoridad sabe contener sin más artillería que las escobas municipales.

XXVI

En el claustro halló Gracián al padre Francisco Sauri, buen sujeto, catalán, ministro y procurador del Seminario. Tenía treinta y nueve años de edad y diecisiete de Compañía. Su celo por el esplendor de la casa era extraordinario. Refirióle Gracián lo que había oído cantar a la puerta, y Sauri le dijo que aquel día había recibido el rector diferentes avisos misteriosos, unos amenazando, otros recomendando precauciones. El profesor de Etica no dió importancia al hecho, porque otras veces habían llegado a la casa anónimos espeluznantes, sin que ocurriese después de ellos nada de particular. En su celda le visitó más tarde el padre Artigas, bibliotecario, y hablaron de la guerra, leyendo luego diversas cartas y papeles. Después del refectorio se habló mucho de los anónimos; de las voces que corrían, poco lisonjeras para los regulares, del cólera reciente y de otras zarandajas. Algo más tarde, los colegiales dormían con la dulce tranquilidad de la infancia, y los padres, o dormían o hacían penitencia en sus celdas.

Sin temor de equivocación, se habría podido asegurar que Gracián pasó la noche en austeridades atroces sólo de él acometidas. La *inescobata cellula* había perdido cantidad no pequeña del *humus manresianus* que cubría su suelo; pero Gracián tuvo el gusto de recibir la nueva y abundante remesa de aquel polvo al día siguiente de hacer al señor *Tablas* la recomendación que nuestros lectores conocen. Ocupábase aquella mañana, después de la clase de Etica, en extender por el suelo parte de la tierra, cuando le anunciaron la visita de don Benigno Cordero. Hízole entrar, suspendiendo su tarea. El héroe popular y el jesuíta se apretaron afectuosamente las manos.

—Vamos—dijo Cordero, sonriendo—, que bien podría entrar el arado en la celda de usted... Esto es un campo.

—Los árboles que nacen aquí no se ven—replicó gravemente el jesuíta, cortando las bromas—. Vamos a otra cosa. Ya sé a lo que viene usted... Siento decirle que no hay nada.

—¿No hay noticias?

—Ninguna.

Cordero cerró el pico y apretó los labios.

—Es particular—dijo—. Desde que me mandó el poder para casarme... (y fué con fecha quince de abril), no hemos tenido más noticias suyas... Aquí me tiene usted en la mayor zozobra. Me he casado por otro... Soy un marido de fórmula, un marido de procedimientos, y tengo que ocuparme del verdadero marido más de lo que yo quisiera. La esposa de mi amigo..., la que me dió su mano, casándose conmigo como se podría casar con un documento..., está también en gran zozobra.

—Pues no hay más noticias—dijo Gracián—que las del otro día. Zorraquín me escribe con fecha del catorce y dice que se había separado del amigo, porque él (Zorraquín) fué solicitado por el carlismo militante para ocupar una plaza que hacía mucha falta en las filas de Zumalacárregui: la plaza de capellán o director espiritual. Es posible que después de separarse Zorraquín no haya tenido ese señor medio seguro para enviar a Madrid sus cartas, que antes venían por conducto de aquel dignísimo sacerdote. Esperemos.

Cordero dió un suspiro, diciendo:

—Tranquilizaré como pueda a la señora de mi amigo. Y ya que estoy aquí, no quiero marcharme sin advertir a usted de ciertos rumores...

—¡Ah! Hemos recibido anónimos y cartas amenazadoras. Es la vigésima vez.

—No creo yo que esto sea cosa de gran importancia—dijo el héroe, dándosela a sí mismo en grado sumo—. Con todo, no está de más el prevenirse, porque las bromas populares se sabe dónde empiezan..., pero no se sabe nunca dónde ni cómo acaban.

El clérigo hizo un mohín desdeñoso, manifestando ocuparse poco de lo que Cordero decía. Este prosiguió así:

—Yo tengo un primo a quien llaman Primitivo Cordero, el cual si en el tratado de la honradez no tiene pero, en el de la tontería tiene manzanas; quiero decir que es un politicastro de estos que con cuatro palabras pescadas en un mal libro, media idea que se les pegó de cualquiera de nuestros grandes hombres, porción no pequeña de envidia y algunos granos de patriotismo mal en-

tendido, se entretienen en fabricar castillos de viento, fundando instituciones, dictando leyes, mudando personas. Yo siempre he creído a mi primo tan inofensivo como una paloma; pero los que le rodean no lo son. Como la mariposa es impulsada al fuego por un secreto anhelo de quemarse, mi primo Primitivo es arrastrado a los clubs por un desdichado prurito de bullanga que puede en él más que la razón, si es que razón hay dentro de aquella cabeza. Pues bien, amigo y padre: por mi bendito primo y por un tal Rufete, que sería igual a mi primo si no fuera más exagerado, más vacío de mollera y de peores intenciones, sé que en una reunión semisecreta que varios patriotas tienen en la plaza de San Javier han acordado dar un susto a vuestras paternidades.

Al decir esto, Cordero le miró atentamente, por sorprender en su cara el efecto que aquella declaración le causaba; pero la cara del jesuíta no expresó nada. Era una cara de palo.

—Llevaremos el susto con paciencia —dijo el padre Gracián, ofreciendo al héroe un polvo, que, por no ser de Manresa, aceptó gustoso don Benigno.

—Según mi informe—añadió éste—, y son informes verdaderos, procedentes del horno mismo donde se cuecen tales pasteles, la broma, susto o como queramos llamarlo, no pasará a mayores. Los patriotas sólo quieren manifestar su antipatía a vuestras reverencias y protestar de la protección que vuestras reverencias dan al carlismo. Es cierto que esa protección existe por la misma naturaleza de las cosas y los antecedentes de las personas. ¡Hecho lógico, imprescindible, abrumador! Es cierto también que el régimen liberal no puede coexistir con el carlismo, de donde resulta una discordia impotente entre dos hechos, entre dos verdades, entre...

—Y usted no cuenta para nada con Dios—dijo Gracián, siempre desdeñoso.

—Sí, cuento con El, y en El espero que lo que se anuncia no será nada en provecho de todos. Pero algún día, señor y padre, ha de haber una como la de San Quintín, porque o vuestras reverencias dejan de amparar a los carlistas, o los carlistas absorben al liberalismo, o el liberalismo se los traga a ellos y a vuestras reverendísimas paternidades.

—Grandes fauces ha menester..., pero por falta de apetito no lo dejará —indicó Gracián, dignándose sonreír un poco.

Cordero dió un suspiro y dijo:

—Veremos quién traga a quién... Repito que las noticias que me han dado mi primo y Rufetillo..., yo siempre le llamo Rufetillo..., no son espeluznantes. Gritos y bulla nada más... Puede ser que haya algunos palos; pero ésos no caerán sobre las costillas de ningún eclesiástico. Siempre se los encontrará algún infeliz que no lo coma ni lo beba. En esa reunión secreta no hay hombres de gran empuje, ni conspiradores temibles, ni jacobinos de tentetieso. El más enredador de todos ellos, el viborezno don Eugenio Aviraneta, ha desaparecido misteriosamente, cuando más enfrascado parecía en sus intrigas. Y ahora dicen que está con los carlistas.

Gracián levantó un pisapapeles que en la mesa de su escritorio oprimía varias cartas. Tenía aquel objeto la forma de un pie de cabrón, y habiendo salido ileso de los escombros de la casa de don Felicísimo, Pipaón lo regaló al padre Gracián como recuerdo de su amantísimo suegro, que era amigo íntimo del jesuíta. Este miró la carta que bajo el pie de cabrón estaba, y dijo:

—Aviraneta llegó a Tolosa de Francia. Me escribe con fecha del trece. Ya ve usted que le confío mis secretos.

—Y ya sabe vuestra reverencia que soy un sepulcro—replicó Cordero, levantándose—. Muchas felicidades y pocos sustos.

Despidióse y fué a ver a Jenara, esperando hallar en su casa las noticias que no pudo o no quiso darle Gracián. La dama estaba preparando sus maletas para huir de Madrid y de la epidemia que empezaba a difundir horroroso pánico en los habitantes de la Villa. De los informes que Cordero buscaba, nada podía darle Jenara, porque nada había sabido después de la salida de su esposo, enfermo y demente, del Hospital Militar de Pamplona.

La señora no pensaba más que en huir, huir de aquel azote de Dios que había empezado hiriendo a los pobres y pronto descargaría sobre los ricos. Ya había casos, sí, ya había casos de gente acomodada. Un consejero jubilado, la señora de un alcalde de Corte, un exen-

to de guardias, un oficial de Correos y un poeta habían caído el día anterior... ¡Bendito Dios!, los que no eran pobres tenían al menos el recurso de la fuga, siempre que el cólera no fuera con ellos, invisible en la zaga del coche, como solía acontecer. Jenara tenía mucho miedo a la muerte, señal de turbada conciencia; pero ella se esforzaba en aparecer serena y animábase con sus propias sonrisas, como el soldado cobarde con sus bravatas. Iba, venía, recogiendo ropas, llenando baúles, haciendo y deshaciendo paquetes, dictanto órdenes, contando su dinero y apuntando encargos. Contestaba breve y fríamente a don Benigno; pero cuando éste le habló de su matrimonio de fórmula, mediante poder de un novio ausente, volvióse a él con brusco impulso y le dijo:

—¿Por qué no me buscó usted para madrina?... No, no guardo yo rencor. Deseo perdonar y que me perdonen... Eso de darse las manos con cien leguas de por medio, no está en mis libros... ¡Qué matrimonio tan desgraciado, don Benigno! Dios quiera que el cólera no separe más a marido y mujer.

—¡Señora, por amor de Dios...!

—No crea usted que es mala intención. Es lo contrario... Les deseo toda clase de felicidades. No crea usted que soy mala... ¡Y ahora que el hallarse en pecado mortal es tan peligroso!... No, no; reconciliación, piedad, perdón, amor a todos, conciencia limpia, ése es mi lema. ¿Es cierto que ha muerto anoche mucha gente?

—Mucha—replicó Cordero, observando la palidez que el miedo pintaba en el agraciado rostro de Jenara.

—No me lo diga usted... Esta tarde me voy. Me confesaré primero. ¿No cree usted que es buena idea?

—Me parece muy acertada.

—Vivimos casi de milagro.

—Es verdad. Ya que nos coja, que nos coja confesados—dijo Cordero con algo de sorna.

—Sí sí... Paz con todo el mundo, paz con Dios...

Pronunció estas palabras muy inquieta y siguió ocupándose con febril actividad en sus preparativos de viaje. Los objetos se le caían de las manos; equivocaba una cosa con otra; empaquetaba ropas que debían quedar en la casa, y ponía bajo llaves lo más indispensable.

Fueron llegando unos tras otros los amigos, noticiosos de su viaje. La veían partir con sentimiento, y ella, por su parte, les abandonaba con tristeza, porque la tertulia era el encanto de su vida y el charlar de cosas de gobierno la más regalada comidilla de su travieso espíritu. ¿Nombraremos a aquellos señores? Más vale que no, porque algunos han vivido hasta hace poco; la mayor parte han ocupado altísimos puestos, y todos llevaron, cuál más cuál menos, piedra y cascote al edificio de un partido tan poderoso como impopular. Como nada es duradero en el mundo, el Cielo quiso que a aquel edificio le llegase, como a la casa de don Felicísimo, su día final, y hoy crece en sus rotos muros el *amarillo jaramago* y sus huecos, son, «¡ay!, de lagartos vil morada».

Entonces, en los tiempos verdes del gran Martínez de la Rosa, daba gozo ver la juventud lozana de un partido que hoy es vejete decrépito con lastimosas pretensiones de andar derecho, de alzar la voz y aun de infundir algo de miedo. Entonces se nutría de hábiles retóricas, de erudición doctrinaria carlista, y hacía esgrima de sable con el brazo valentón y pendenciero de jóvenes oficiales granadinos. En el seno de este partido, que en un tiempo se llamó de *los sabios* y en sus albores se llamó de los *anilleros*, había gente de gran mérito, aleccionados los unos en la práctica del liberalismo, otros algo amaestrados en el arte político que faltaba a los liberales. Ellos fueron los primeros *maquiavélicos* ante quienes sucumbió la inocencia angélica de aquellos candorosos doceañistas que principiaban a no servir para nada. A falta de principios, tenían un sistema, compuesto de engaño y energía. Su credo político fué una comedia de cuarenta años. Su éxito debióse a haber vigorizado el principio de autoridad; y su descrédito e impopularidad, a haber impedido el desarrollo progresivo de las ideas. En religión eran volterianos, y en sus costumbres privadas, enemigos de la templanza; pero tenían un *coram vobis* de santurrones que hacía el efecto de ver la silueta de Satanás en la sombra de un confesonario. Uno de los

primeros elementos de fuerza que allegaron fué el clero, a quien adulaban, disponiéndose, no obstante, a comprar por poco dinero sus bienes, cuando los progresistas los arrancaron de las manos que llamaban muertas. A excepción de dos o tres individualidades de intachable pureza, eran gente de economías, y andando el tiempo, con las compras de bienes desamortizados, formaron una aristocracia que poco a poco se hizo respetable y en la cual hay muchos marqueses y un formidable elemento de orden. En lo militar fueron poco escrupulosos, y se les ha visto pronunciarse con naturalidad y hasta con gracia.

En los días de nuestra narración presentaban el grato aspecto de un ejército joven, lleno de bríos y de valor. Su programa de moderación contrariaba a mucha gente. Aquel habilidoso sistema de ser y no ser; de equilibrarse entre el absolutismo y la libertad, valiéndose de los unos contra los otros; de prometer y no cumplir; de encubrir con fórmulas, retóricas y dicharachos hoy desacreditados, pero entonces muy en boga, el lazo de la arbitrariedad y el espadón de la fuerza, dió resultados en época de tanta inocencia política, cuando la libertad era como un niño generoso y no exento de mimos, más fácil de engañar que de convencer.

La tertulia de Jenara fué el centro donde las aspiraciones de aquella gente lista empezaron a tomar cuerpo. Allí fué precisándose el sistema y haciéndose práctico. Allí se establecieron relaciones que no habían de romperse sino con la muerte, y se conocieron y se escogieron, digámoslo así, los hombres. Los jóvenes tomaron de los viejos el saber astuto, y éstos de aquéllos, el desenfado y el vigor. Humanamente considerada, aquella gente tenía una superioridad que ha sido la causa de su dominio durante un tercio de siglo; era la superioridad de los modales, cosa importantísima en nuestra edad. Había en aquellos tiempos como una línea divisoria clara y precisa que separaba en dos grandes mitades el inmenso personal político creado por las revoluciones. En el trazado de esta línea tenían alguna parte las tijeras de los sastres. No había término medio, y fué lástima grande que tantas ideas generosas y salvadoras no pudieran, por fatal destino, emanciparse de la grosería, del mal vestir y peor hablar.

Por esto, el advenimiento de la clase media fué laborioso y pesado. Aquella clase, frailunamente educada, no supo echar de sí ciertas asperezas, por lo que sólo prevalecieron en la vida pública los pocos que supieron ponerse el frac.

Despidieron a Jenara aquel día 16 de julio de 1834, y se retiraron todos, los unos a su oficina, pues casi todos eran empleados; los otros, a dormir la siesta. Todavía en aquellos tiempos se dormía la siesta, y al día siguiente de aquel 16 de julio fué cuando la Providencia dispuso que el Gobierno durmiera una siesta célebre.

La dama partió llena de pena y miedo: de miedo, porque ignoraba si, alejándose de Madrid, se alejaría del aire ponzoñoso; de pena, porque dejaba su vida dulce y regalada, sus tertulias llenas de amenidad e interés, su influencia en el partido dominante, y quizá, quizá algo que más vivamente interesaba a su corazón. Renunciar al brillo de su ingenio y hermosura, a las adulaciones de la pequeña corte masculina que la festejaba un día y otro día; abdicar esta corona y huir de la capital de su reino de galanterías para sepultarse en un rústico lugarón donde no había de tener más solaz que lecturas insípidas y donde había de recibir la noticia del fin tristísimo de su marido, era fuerte cosa para un corazón amigo de impresiones lisonjeras, para una fantasía siempre joven y siempre soñadora, para una conciencia alarmada.

Esta mujer acabó ya para nosotros. Dentro de los límites señalados a estas historias no cabe ya el resto de su vida, llena de accidentes, y que no tomarán por modelo los cenobitas ni los que se propongan ser santos o algo que a santos se parezca. Sólo diremos qué vivió muchos años y que a los sesenta todavía era guapa. Ingeniosa, amable y algo intrigante, lo fué hasta los setenta, y durante dos años más fué un modelo de devoción cristiana y de edificante trato con clérigos y cofradías, hasta que Dios quiso llevársela de este mundo. No se le cayó la casa encima, como a don Felicísimo, sino que murió de repente hacia el último tercio del 68, si no están equivocadas las crónicas

Aquel día (volvemos a nuestro 16 de

julio del 34), don Benigno fué el último que le apretó la mano. Después el héroe dió una vuelta por la calle de Toledo y plazuela de la Cebada, porque oyó decir que había agitación en aquellos barrios y gustaba de curiosear. Un espectáculo horrible le detuvo en su excursión. Vió asesinar cruelmente a un chico por echar tierra en las cubas de los aguadores. Esta travesura, frecuente entonces, se castigaba comúnmente a pescozones. Las cosas habían variado, y los ángeles traviesos eran tratados como los más grandes criminales. Cordero retrocedió para entrar en la calle del duque de Alba, y en la de los Estudios recibió un testarazo que le hizo saltar de la acera al arroyo. El duro objeto que le embistió era un ataúd. Un hombre le llevaba sobre su cabeza, dando porrazos a cuantos transeúntes hallaba en su camino.

—¡Bestia!—gritó Cordero.

Al punto reconoció a *Tablas*, y, suavizando la voz, le preguntó:

—¿Para quién es, hermano?

—Para aquélla, para aquélla—replicó López, sin detener el paso.

Cordero vió algunas mujeres, que lloraban.

XXVII

Desgreñada, lívida, con los ojos chispeando furia, las manos temblorosas, los dedos tiesos y esgrimidos a modo de cuchillos, la boca seca, por ser las voces que de ella salían más bien ascuas que palabras; más parecida a demonio hembra que a mujer, estaba *Maricadalso* en la puerta de una casa humildísima de la calle del Peñón. Sus gritos pusieron en alarma a la calle toda como las campanadas de un incendio, y por ventanas y puertas aparecieron los vecinos. ¡Qué caras y qué fachas! El gritar de *Maricadalso* era por momentos lastimero y dolorido, a veces amenazador y delirante. Sus cláusulas sueltas, saliendo de la boca en chispazos violentos, no entran en la jurisdicción del lenguaje escrito, porque lo característico de ellas dejaría de serlo al separarse de lo grosero. Palabras eran esas que matiza y salpimenta la disputa popular; equivalen al siniestro brillo de la navaja en el aire, y al salpicar de sangre soez entre las inmundicias que de un corazón rudo salen a una boca sedienta de injuria. Entre lo que no puede reproducirse se destacaban estas frases: «¡Mi hija muerta!... ¡Cosas malas en el agua!... ¡Esos pillos!...»

Muchas damas de candil, vestigio envilecido de las que inmortalizó don Ramón de la Cruz, rodearon a *Maricadalso*. Una arpía que grita en medio de la calle del Peñón o de otra cualquiera de aquellos barrios, tiene la seguridad de llevar el convencimiento más profundo al ánimo de su auditorio, sobre todo si lo que dice es un disparate de esos que no entran jamás en cabeza discreta. Con mágica rapidez, todas las mujeres que rodearon a *Maricadalso* se asimilaron las opiniones y sentimientos de ésta. El pueblo es conductor admirable de las buenas como de las malas ideas, y cuando una de éstas cae bien en él, le gana por completo y le invade en masa. Bien pronto la arpía individual fué una arpía colectiva, un monstruo horripilante que ocupaba media calle y tenía cuatrocientas manos para amenazar y doscientas bocas para decir: «¡Cosas malas en el agua!»

Quien no piensa nunca, acepta con júbilo el pensamiento extraño, mayormente si es un pensamiento grande por lo terrorífico, nuevo por lo absurdo. Aquel día habían ocurrido muchas defunciones. Varias familias tenían en su casa un muerto o agonizante. En presencia de una catástrafe o desventura enorme, al pueblo no le ocurren las razones naturales de lo que ve y padece. Su ignorancia no le permite saber lo que es contagio, infección morbosa, desarrollo miasmático. ¿Y cómo lo ha de saber la ignorancia si aun lo sabe apenas la ciencia? El pueblo se ve morir con síntomas y caracteres espantosos, y no puede pensar en causas patológicas. Cristiano de rutina, tampoco puede pensar en rigores de Dios. Bestial y grosero en todo, no sabe decir sino: «¡Cosas malas en el agua!»

Esta idea de las cosas malas arrojadas infamemente en la riquísima agua de Madrid, con el objeto puro y simple de matar a la gente, cayó en el magín del populacho como la llama en la paja. No ha habido idea que más pronto se propagase, ni que más velozmente corriese, ni que más presto fuera elevada

a artículo de fe. ¿Cómo no, si era el absurdo mismo?

Algunas mujeres subieron a ver el cadáver de la hija de *Maricadalso,* cuyo ataúd acababa de traer López. Era una muchacha bonita, cigarrera, con opinión de honrada. *Maricadalso* subía a su casa; lloraba juto al cuerpo de su hija; bajaba a gritar de nuevo, blasfemando; volvía a subir y a llorar... Ya no parecía la Muerte, sino la Locura cantando a su modo el *Dies iræ.* En tanto, veinte, treinta, cuarenta hombres subían hacia la plaza de la Cebada, propagando aquel satánico evangelio de las «cosas malas en el agua». Encontraron a Timoteo Pelumbres, esposo de *Maricadalso* y padre de la muerta. Oyó éste el griterío, y soltando las herramientas que llevaba, corrió presuroso a una taberna donde disputaban varios hombres.

—¿Veis?—gritó mostrando el puño—. Todo el mundo lo dice... ¡Han envenenado las aguas!

Inquieto, feroz y pequeño, Timoteo tenía todas las apariencias del chacal: la mirada baja y traidora, los músculos ágiles, el golpe certero. Atacaba de salto. Era el mismo a quien vimos haciendo buñuelos en la tienda inmediata a la gran carnicería de la *Pimentosa,* de quien era protegido, lo mismo que su mujer. Era el mismo a quien vimos hace mucho tiempo acaudillando la fiera cáfila que asesinó a martillazos al cura Vinuesa (1) en la cárcel de la calle de la Cabeza. Aquel tigre pequeño vivió mucho. Alcanzó los tiempos de Chico.

En la taberna hacía falta un orador para electrizar al selecto concurso. Aquel orador fué Pelumbres, que hablaba mostrando el puño y frunciendo las cejas. Las mujeres pasaron gritando. Entre ellas se divulgó una de esas noticias que electrizan, que redoblan el entusiasmo y aguzan el soez pensamiento. La noticia era ésta: de los dos chicos a quienes se había sorprendido poco más arriba echando unas tierras amarillas en las cubas de los aguadores, el uno fué muerto al instante; el otro logró escaparse y se refugió..., ¿dónde?, en el mismo San Isidro.

—Como que de allí ha salido todo... —dijo una voz que se esforzaba en ser autorizada y convincente, a pesar de ser la voz de un salvaje.

—¿Qué ha salido de allí?

—Los polvos.

—¡Los polvos!

El que esto aseguraba era un hombrón, un animal de esos que aparecen en las tempestades populares, sin que se sepa bien quién los trajo, y en todas ellas dejan señal sangrienta de su paso. Seguíale una docena de individuos de esos que al mirarnos muestran cara humana, si bien es muy dudoso que sean hombres.

—Sí, señores, todo está averiguado —añadió el desaliñado orador, el cual no era otro que *Tablas* en persona—. Y si faltase testimonio, aquí estoy yo para darlo.

Dos mujeres se le colgaron de cada brazo. En torno suyo hízose un corrillo Formábalo esa curiosidad de lo horrible que reúne gente en derredor de los patíbulos, del charco de sangre, señal de un crimen, o junto a la oscura agonía de un perro. *Tablas* se enorgulleció de su papel. Aquel día era un día suyo, un día en que iba a mostrar su poder con pretensiones de poder político. ¡Oh, qué gran momento! Dos docenas de perdidos le obedecían, como obedece la piedra a la honda. *Tablas* era la honda; pero distaba mucho de ser la mano.

—Pues sí, señores—añadió López—. ¡Yo mismo les he llevado ayer un saco con media fanega de veneno!

—¡Media fanega de veneno!

—¿Y tú se lo has llevado?

—Sí, porque no sabía lo que era... No es la primera vez que esos malvados reciben remesas de veneno. El saco que les llevé ayer vino de Cataluña para ese... No le quiero nombrar.

—Di tú, parlanchín—gritó una voz detrás del corrillo—. ¿Se ha muerto también la *Pimentosa?*

—Para eso va. Esta mañana despertó con el mal.

—¿Ha bebido agua?

—Ha tomado los mismos polvos como medicina.

Una exclamación de horror acogió esta terrorífica aseveración.

—¿Quién se los ha dado?

—Curas y frailes, que todos son unos. Diéronselos como medicina santa, y tomarlos y empezar a sentir las arcadas del cólera fué todo una misma cosa.

(1) Véase *El Grande Oriente,* en el tomo I de esta edición.

Esto era demasiado espantoso para que el digno concurso pudiera hacer comentarios. El silencio torvo con que lo oyó probaba su escasez de ideas ante aquel hecho, y el alarmante recogimiento de sus pasiones, que se concentraron para brotar en seguida con más fuerza. *Tablas* puso cara afligida. Deseaba excitar en favor suyo la compasión de la multitud y pasar por una víctima de las malas artes de cierta gente. Pero en su rudeza no acertaba a injerir la idea política en aquella serie de locos desatinos. Tratándose de difundir un disparate y de darle la inverosimilitud que le hace más asequible a la mente del vulgo, *Tablas* no carecía de habilidad, porque así como el buho ve en las tinieblas, ciertos entendimientos tienen la aptitud del absurdo. Pero él quería razonar, emitir un fundamento, más que por justificar la asonada, por darse satisfacción a sí propio como hombre de opiniones políticas. Necesitaba una fórmula que le diese prestigio entre sus oyentes, adjudicándole cierta inciativa con asomos de jefatura.

Frunció el ceño, bajó la cabeza, recogió su pensamiento para buscar la fórmula que necesitaba. Como en ocasiones parecidas, en aquélla semejaba su frente el duro testuz del toro previniendo la acometida. La chispa brotó entre las nieblas de aquel caletre, pues no hay cerebro, por tenebroso que sea, que no tenga sus rendijas por donde entre a veces algo de luz.

—¿No sabéis lo que es esto?—dijo con gran animación, sintiendo vislumbres de genio—. ¿No sabéis lo que esto significa? Envenenar por gusto de envenenar no es...

Buscaba la palabra *lógico*, que había oído muchas veces en el club; pero no daba con ella. La palabra se le atarugaba sin querer pasar, como una moneda grande que no puede entrar por la pequeña hendidura de una hucha.

—No es, no es...—añadió forcejeando con el vocablo y echándole fuera al fin, aunque desfigurado—, no es *ilógico*. ¿Por qué envenenan a la gente? Para acabar con los liberales. Ellos dicen: «No podemos aniquilar a nuestros enemigos uno a uno, pues acabemos con todo el género humano.» (Sensación profundísima.)

Comprendió que le vendría muy bien en aquel caso un recuerdo histórico, y volvió a fruncir el ceño. Esto era en extremo difícil, pues su cerebro no tenía capacidad para contener un suceso histórico. Equivalía a querer meter, no ya una moneda, sino un camello dentro de la hucha. Pensó mucho y se rascó la frente. Había oído en el club multitud de menciones y referencias de acontecimientos pretéritos; pero a él ninguna se le venía a las mientes. De pronto una mujer, ¡oh genio de la mujer!, dijo esto:

—Es como lo de Herodes.

Tablas se estremeció de júbilo. Tenía lo que necesitaba. Ahuecando la voz y marcando con su manaza un compasillo oratorio, prosiguió su discurso así:

—Sí, señores: así como el tirano Herodes, para ver de perder al Niño Jesús, mandó matar a todos los niños, según rezan los evangelistas, estos canallas, para ver de acabar con un partido, con el partido liberal, quieren matar a todos los españoles, a todo el género humano, a todo el globo terráqueo.

Describió con el brazo extendido un vasto y rapidísimo círculo. Sabe Dios hasta dónde habrían llegado las retóricas del antiguo tablajero si en aquel momento no permitiese Dios una repentina tragedia. Era el primer hecho terrible brotado de las últimas palabras de López. En el populacho las palabras ardientes tienen una propagación pasmosa, y pasma también la rapidez con que de estas flores de la barbarie salen frutos de sangre. Un lego atravesó por delante de la Latina; dobló la esquina de la plazuela, siguiendo en dirección a Puerta de Moros. Iba presuroso y acobardado, llevando un paquete de papel en la mano, algo como dos libras de azúcar, recién comprado en la tienda.

—¡Aquél lleva veneno!—gritaron varias mujeres, corriendo hacia él.

El lego fué rodeado por un grupo y desapareció en él. No se vió más que un estremecimiento de brazos y cabezas, un enjambre de cuerpos que forcejeaban entre gritos. Algunos ayes lastimeros se deslizaron entre el vocerío. Después sólo se veía una masa de gente en lúgubre cerco silencioso mirando al suelo.

Tablas había tomado otra dirección. Por un momento, el populacho se dividió. Los jirones de aquella nube negra

vagaron un rato por las calles de los Estudios, Toledo, plazuelas de San Millán y de la Cebada. Gran confusión reinaba. El atleta, con su media docena de facinerosos, caminó hacia la calle de las Maldonadas. Cerca de la puerta de su casa vió a Romualda, que salía presurosa, y la llamó:

—¿Y Nazaria?

—Lo mismo.

—¿Hay alguien arriba?

—Nadie: yo sola. Digo, yo he bajado.

—Sube y tráeme mi navaja grande, que está sobre la cómoda.

—Madre Nazaria me ha mandado por agua. Tiene sed.

—Ve primero por la navaja.

Romualda subió, mientras *Tablas* y sus amigos conferenciaban gravemente en la puerta. Era un consejo de guerra de caníbales en la expectativa de una gran batalla-merienda. Cuando Romualda bajó con la navaja, López dijo a sus amigos:

—El Gobierno mandará tropas a defenderles. Bueno es estar prevenido. Mira, Rumalda...

Romualda había pasado ya a la otra acera y desde allí les miraba con espanto. Su cara de hambre y miseria, su aspecto de cansancio no excitaban la compasión de aquellos caballeros andantes de la plebe.

—¡Rumalda!

—Señor.

—Sube y tráeme las dos pistolas que están colgadas junto a la cama... Después llevarás el agua a Nazaria.

—Madre Nazaria no me ha mandado por agua. Ya no tiene sed. Me ha mandado por un cura. Dice que se muere.

—¿Por un cura?... Y ¿dónde están los curas, mentecata?... Di a Nazaria que no se muera, que volveré pronto... Corre y tráeme las pistolas.

—Voy por el cura.

—¡Sube y trae las pistolas!—gritó López.

La coja entró en el portal y emprendió su lucha con la escalera. Esto empezaba a ser para ella como beberse el mar. Y se lo bebía. Poco después el atleta y sus amigos volvían a la calle de los Estudios. Un reloj dió la hora. Eran las tres de la tarde. Ya en la puerta que el Seminario tiene por la calle del duque de Alba, los sicarios del lego formaban un grupo imponente, montón de humanidad digno de un basurero, en el cual brillaban aceros y navajas y burbujeaban blasfemias. Gritaron, golpeando la puerta. *Tablas* se presentó, quiso mandar; pero no le hicieron caso. Abrióse la puerta, o franqueada por dentro o rota desde afuera, que esto no se sabe bien. El populacho entró. Detúvose en el vestíbulo ante una figura que estaba allí sola, imponente, inmóvil, como imagen bajada de los altares. Era el padre Sauri, joven, flaco, pálido, valiente. La palidez, la energía de las facciones del jesuíta, sus ropas negras, su valor quizá, contuvieron un instante al populacho. Aquella repentina quietud parecía la perplejidad del arrepentimiento. El jesuíta dijo con voz sonora y conmovida: «¿Qué queréis?»

Difícil era contestar con palabras a esta pregunta. Los sicarios no sabían bien lo que querían. De entre ellos salió una voz que gritó: «Queremos tu sangre, perro.» No fué preciso más. El padre Sauri desapareció. No puede describirse su horroroso martirio. De manos de los monstruos pasó a las de unas cuantas arpías, que le arrastraron hasta la plazuela de San Millán, mutilando su sangriento cadáver en el camino.

En tanto, los asesinos se difundieron por los inmensos claustros del vasto edificio. Oíanse pasos precipitados y ayes lastimeros en lo alto; violentos golpes de puertas que se cerraban. Era jueves, y los colegiales externos estaban en sus casas. Muchos jovenzuelos internos fueron acometidos. Para saber si eran realmente colegiales o padres disfrazados de alumnos, los sicarios les quitaban el bonete, buscando la corona sacerdotal.

XXVIII

Aquella mañana había funcionado con mayor actividad que otros días el aparato de transmisión establecido por don Rodriguín entre su carpeta y la de su amigo.

—*Amice, exausdisti hodie susurrationes trapisondarum?*

—*Utique. Videte caratulam Gratiani. Quantum est ille cangelatus!*

—*Ecce Ferdinandez, vels a Ferdinando. Ille ahorcabitur cum capillo.*

¡Quién le había de decir al juguetón estudiante que a las pocas horas de estas bromas había de ver morir trágicamente al infeliz Fernández, maestro dulce, tolerante, amigo de los buenos alumnos y docto humanista! Rodriguín le vió sorprendido por los sicarios al salir de su celda. Espantado el jesuíta ante el horrendo aspecto de la multitud, permaneció un instante perplejo e inmóvil, sin acertar a huir, ni a defenderse, ni siquiera a traducir su terror en palabras. La plebe aprovechó aquel momento. Fué devorado en un soplo, como seca arista en el fuego.

Rodriguín bajó la escalera. Su temor le daba alas. En el patio vió matar al padre Artigas, bibliotecario, y al hermano Elola, ambos cazados ferozmente a lo largo de los claustros, y, siguiendo la dirección de algunos escolares que huían, refugióse en la capilla doméstica. Allí estaba el padre Carasa con algunos colegiales rezando el rosario. Rodriguín les vió a todos arrodillados, pidiendo a Dios misericordia, y quiso imitarles; pero sus piernas no podían doblarse y eran incapaces de todo lo que no fuese correr, huir, desaparecer. Salió de la capilla. Era todo pies. Bajó, volvió a subir, y en aquel viaje anheloso, semejante al de la liebre perseguida, vió morir al hermano Sancho, el que acompañaba a Gracián en sus paseos y excursiones, y al hermano coadjutor Ostolaza, que pereció en el patio y fué arrastrado a la calle por las mujeres. El pánico horrible redoblaba las fuerzas del macarrónico para correr. Subió a los desvanes, pasó por el sitio a que él y los de su pandilla nombraban *chupatorium* por ser el escondrijo donde fumaban, y al fin se encontró solo. Los rugidos de la plebe sonaban lejos, abajo. Rodriguín, al sentirse en salvo, perdió súbitamente las milagrosas fuerzas que le habían hecho volar y cayó sin sentido. La colosal energía contráctil que desplegara se concentró en su cerebro, haciéndole delirar. La fiebre reprodújole los mismos peligros de que ya parecía libre, y vió los puñales corriendo tras él. Imaginóse que volaba con sobrehumana presteza, sin poder apartarse de los ensangrentados aceros; imaginóse que subía a los tejados, seguido tan de cerca por los sicarios que sentía su abrasador aliento. Soñaba (pues como sueño eran sus figuraciones) que se arrojaba de cabeza al patio y que los sayones se arrojaban también detrás de él. Después subía como desesperado gato por la cuerda de las campanas, y por la misma vía subían también los puñales terribles. Luego se lanzaba por el interior angosto y húmedo de las cañerías que recibían el agua de los tejados, y la turba se precipitaba también por el interior del tubo, haciendo un ruido semejante al del agua. Seguido siempre y nunca alcanzado, pero tampco en salvo, se precipitaba en la iglesia, subía por las paredes, bajaba por los empolvados altares, y la plebe subía y bajaba con él. Metíase al fin entre los hojas de los misales, como una cinta de marcar, y allí, en aquel doblez seguro, le seguían también las manos armadas de puñales. Las navajas brillaban entre las doradas letras.

Refugiábase luego entre los vestidos de la Virgen, en el aceite de la lámpara, en el recinto sagrado del copón, y en los vestidos, en el aceite, en el copón, los tigres no se apartaban de él, siguiéndole sin descanso y tocándole sin llegar a cogerle... Al fin acabó este espantoso delirio y quedó el escolar en inacción parecida a la de la muerte. Cuando terminó aquel estado y recobró el conocimiento, hallóse tendido boca abajo en el suelo del oscuro desván. Puso atención a los ruidos de los patios y le pareció que se alejaban. Arrastrándose trató de subir al tejado, y a él salió al fin, aunque con dificultades, porque le dolía una rodilla y movía muy mal el brazo derecho. Desde el tejado que daba a la calle del duque de Alba vió la multitud que parecía abandonar el edificio; pero él, ni por todos los tesoros del orbe fuera capaz de descender al colegio... Dos o tres gatos le salieron al encuentro, y con tan buena compañía avanzó un buen trecho. El espacio vacío donde un año antes estuviera la morada de don Felicísimo le detuvo en su penoso viaje aéreo; pero dando algunos saltos llegó a una casa que parecía brindar al pobre fugitivo seguro y cómodo asilo. Por una de las ventanas de la buhardilla veíase ropa tendida; en otra había dos chicuelos que se entretenían en izar banderas de toallas y servilletas a un asta de caña que muy bien amarrada en el antepecho es-

taba. Al derredor de este cuadro revoloteaban pardas palomas que no lejos de allí tenían su vivienda Don Rodriguín indicó por señas a los chicos que iba a entrar por el hueco de la buhardilla, con lo que ambos se asustaron y huyeron adentro. Mas sin arredrarse por esto, el atrevido estudiante escurrióse tejas abajo. Trepando gatunamente con los cuatro remos, penetró en la casa. Una mujer y un señor mayor le salieron al encuentro; pero don Rodriguín no supo darse cuenta de lo que le dijeron, porque, extenuado de fatiga y perdidas las fuerzas, se arrojó sobre un montón de ropa blanca. Dejémosle allí.

El padre Gracián estaba tranquilo en su celda, escribiendo algunas cartas, cuando sintió el tumulto. Sin creer que éste tuviera importancia, pensó que la casa y sus pacíficos habitantes corrían peligro. Saliendo a la galería, miró al patio y lo primero que vieron sus ojos aterrados fué el cadáver del hermano Artigas, bárbaramente acribillado. Retrocedió con espanto al interior de su celda; sacó precipitadamente cartas y papeles; encendió lumbre, y en poco más tiempo del necesario para contarlo hizo un auto de fe que redujo a cenizas preciosos documentos, cartas elocuentes fechadas en el Carrascal, en la Amézcoa, en la Borunda y en los Alduides, curiosísimas notas y apuntes. Con el humo que se levantó en la celda llenándola toda, sintió picor en los ojos y salió como quien llora. El santo varón quisó revestir su fisonomía y su persona de las apariencias de serenidad y estoicismo tan apropiados al momento, y aunque la proximidad y el aullido de los asesinos hicieron palpitar de temor a su corazón fuerte, se sobrepuso a la angustia del momento y avanzó con paso seguro por la galería. Encomendándose mentalmente a Dios, hizo propósito firme de no perderse con una exhibición imprudente ni envilecerse con una cobarde fuga. A su lado pasó despavorido el hermano Fermín Barba, que huía de los sicarios. Gracián no se animó a seguirle ni se atrevió a detenerle.

Aturdido el infeliz hermano, que había logrado ponerse a salvo de los primeros perseguidores, cayó en manos de otro grupo no menos feroz, mientras Gracián, sin salir de su paso, acertó a encontrarse junto a la puerta que al coro de la iglesia conducía. Entró... Dos o tres estancias oscuras llenas de muebles viejos y de objetos de culto, de esos que bien podrían llamarse decoraciones, tales como cortinas, escalinatas, templetes, pabellones, piezas de monumento, etc., separaban el coro del claustro alto. Los asesinos no habían penetrado aún allí.

Gracián llegó al coro y, arrodillándose junto a la barandilla, oró en silencio, con las manos sobre los hierros y la frente en las coyunturas. ¿Se creía ya salvo y seguro? ¿Daba gracias a Dios o le pedía misericordia? ¿Le ofrecía su vida, aceptando gustoso el martirio, que ni buscaba ni rehuía para que fuese más meritorio? Imposible será sondear aquella alma en momentos de tanta turbación. Pero si la apariencia y el rostro, el gesto reposado y la lengua muda son señales de un espíritu fuerte y sereno, Gracián tenía serenidad y fortaleza. O más bien sofocaba los estímulos de ese instinto invencible que es quizá el sello de Humanidad puestó a las criaturas, instinto que nos encarece con elocuente modo las ventajas de vivir contrapesando los alientos del espíritu ansioso a veces de la muerte.

Así, cuando los bramidos de la plebe llegaron al coro, donde Gracián estaba solo con su fortaleza; cuando se oyó distintamente una voz que dijo: «Por aquí»; cuando las pisadas de los asesinos sonaban en las baldosas mismas del coro, Gracián no abandonó su recogida postura. Fué preciso, para hacerle mover, que una mano descortés y ensangrentada le tocase en el hombro. Volvió la cabeza: vió a *Tablas* con aire de capitán matón, armado de pistolas y cuchillo... Entonces el hombre se sobrepuso bruscamente al asceta. Dentro de Gracián estalló una mina de indignación. No supo lo que hacía, y sus fuerzas hercúleas asumieron todas sus facultades, oscureciendo al filósofo, al místico, al clérigo, para revelar al gigante.

En el coro había, junto al facistol grande, otro pequeño, pero suficientemente pesado para que no lo levantase con facilidad un solo hombre. Gracián lo cogió con formidable y rápido movimiento. Parecía que arrancaba un ár-

bol del suelo, y al levantarlo asemejábase a San Cristóbal apoyado en su palma. Estrépito de carcajadas acogió este movimiento. Fulminando ira de sus ojos, Gracián gritó: «¡Canallas!... ¡Masones!», y alzando el mueble apuntó a la cabeza del capitán de la vil tropa... Pero en mitad de su movimiento fué herido en el costado con golpe certero, instantáneo. Vaciló en el aire el facistol. El mueble y el cuerpo enorme del jesuíta cayeron de un golpe. Estremecióse el piso. Inmóviles y espantados, los asesinos contemplaron el cuerpo a la distancia del terror.

—Era el peor de todos—murmuró sordamente López, apartando sus ojos de la víctima.

Salieron. Un instante después reinaba en el coro y en la iglesia, en torno a lo que fué padre Gracián, el silencio del olvido.

XXIX

Tan turbado estaba don Rodriguín, que las primeras palabras salidas de su boca fueron un latinajo incomprensible. No acertaba a pedir socorro en castellano ni a expresarse tampoco en vulgar latín.

Ya, ya sabemos lo que usted desea —dijo cariñosamente el señor mayor, poniéndole la mano en el hombro—. Usted viene huyendo de la degollina de San Isidro... Aquí no hay que temer... Sola, querida hija, a este caballerito le vendrá bien una taza de caldo.

—*Utique..., gratias agere...*

—O un vasito de vino blanco con bizcochos.

—Mejor vino que caldo—dijo entonces en claro español el estudiante.

Y no se saciaba de mirar al señor de los espejuelos de oro, y a la joven, y a los chicos, que no menos espantados que él le rodeaban.

Sola (pues no era otra la señora de aquella casa) salió en busca del reconfortante, y don Rodriguín, ya completamente recobrado el sentido, pudo reconocer a don Benigno.

—Ya sé dónde estoy—dijo—. Ya sé que debo esta hospitalidad a don Benigno Cordero y a su digna esposa.

—No es esta señora mi mujer—replicó el de Boteros algo amostazado—, aunque si lo fuera nada tendría de particular... Esta casa no es mi casa; es de un amigo que está ausente; es del esposo de esa dignísima señora, ¿entiende usted?... Vamos a otra cosa... Podrían verle a usted desde el tejado, si a los sicarios se les antoja subir para que no queden vivos ni los gatos... ¡Qué horrible día, Virgen del Sagrario!... Bajemos, señor subdiácono...

—No soy subdiácono, sino colegial —dijo Rodriguín siguiendo a don Benigno por la escalera abajo—. *Suum cuique.*

La casa no era de vecindad. Tenía dos pisos altos, ocupados por un solo inquilino. Demasiado grande para un soltero, era tal, que para un casado sin hijos sobraba más de la mitad. Sola se instaló en ella desde el día de su boda para limpiarla y tenerla en tal disposición que todo lo hallase a punto su marido cuando viniese. Una criada elegida por ella, Juanito Jacobo y el criado que Salvador había dejado en la casa, daban compañía y custodia a Sola por la noche, y por el día, don Benigno, su hermana y sus hijos mayores apenas salían de allí. Todos ayudaban a la grande obra de la limpieza y buena distribución de los muebles; al adorno y arreglo de la casa, que estaba primorosa. No faltaba en ella más que una cosa: el amo. Esperábanle cada semana, cada día, cada hora. Se habían recibido cartas suyas. Su esposa no cesaba de cavilar y de calentarse el cerebro, ya contando horas y minutos, ya imaginando obstáculos o bien discurriendo el modo de ir al encuentro de su cara mitad, cosa harto difícil ciertamente por no saber qué camino traía.

El cólera había llenado de consternación y luto el alma de la señora, afectando también a sus leales amigos. Más que por sí mismos, temían ella y ellos por el ausente. ¡Santo Dios, si la epidemia le atacaba en el camino!... ¿Tendría Dios dispuesto que no llegara a disfrutar el bien por tanto tiempo esperado?

—Lo peor de todo—decía Cordero, constante en su afecto—, sería que Dios te llevase a ti antes o después de que tu marido viniese, porque entonces... Y... yo pregunto: «¿Dónde se encontrará otra Sola?»

Y añadía para sí:

—Si esta idea no implicara la pérdida de un ser tan querido, me regocijaría con ella... ¡Qué chasco para el amiguito!, ¿eh?... ¡Pero no, señor Dios poderoso! ¡Barástolis, no! Antes de matarla a ella, mátame tres veces a mí, y que mi salvación me consuele de su felicidad.

El tremendo día 16 fué para todos los que en aquella casa habitaban día de grandísima angustia, por la proximidad de la catástrofe. Reproducir aquí los apóstrofes que de su venerable boca echó don Benigno al ver la matanza; las observaciones atinadísimas que hizo acerca de las justicias populares y del aborrecido imperio del vulgo, fuera imposible, sin dar a este relato dimensiones desproporcionadas. Puede ser que todos estos dichos sean recogidos escrupulosamente por algún cachazudo historiador que los perpetúe, como sin duda merecen.

Por la noche, cuando el barrio quedó tranquilo y se supo la verdad de lo ocurrido, viendo el hecho en todo su horror, el héroe no daba par a la lengua para maldecir al indolente Gobierno, que tales crímenes había permitido, si no por expreso consentimiento, por pereza y descuido, casi tan execrables como el consentimiento mismo. Y aquí venía el compadecer a la libertad, deplorando que su causa estuviese en tales manos, y el sacar a relucir ejemplos de Grecia y Roma para sentar el principio de que las manos bárbaras y sucias del vulgo envilecen c u a n t o tocan, y destrozan aquello mismo que quieren defender.

Don Rodriguín oía esto y callaba, admirando la elocuencia del buen señor; pero como las palabras carlista y liberal saliesen a relucir tal vez impensadamente, en la perorata de Cordero, encrespóse el colegial; cambiáronse serias réplicas y reticencias, y trabóse al fin una disputilla, que no se sabe adónde habría parado si Sola no ordenase el silencio para restablecer la paz. Al día siguiente, don Benigno dijo a su amiga con mucho misterio:

—Es preciso mandar a su casa a este subdiácono Es un espía carlista... ¡Barástolis!, tan bueno es Juan como Pedro, y entre las chaquetas de los desalmados y las sotanas de estas culebrillas no se sabe qué escoger.

Dicho y hecho. Avisóse a la familia del colegial, y vestido éste de seglar, abandonó la casa, aunque ningún peligro había ya de que saliera en traje eclesiástico. Despidióse chuscamente hasta las *kalendas carolinas*, a lo que contestó el héroe con disparates latiniparlantes, pues también se le alcanzaba algo de macarronismo.

Al ver Sola que pasaba un día y otro, que arreciaba la epidemia, que se cometían asesinatos horrorosos a ciencia y paciencia de las autoridades, parecióle que el Universo se descuajaba, que la máquina social y física del mundo se hacía pedazos y que por jamás de los jamases se vería al lado de su legítimo dueño y consorte. Amarga tristeza se apoderó de ella, y no se le ocurría pensamiento alguno que no fuese de muerte o duelo. Pensó salir de Madrid, corriendo a la ventura en busca del esposo que Dios y la ley le habían dado; pero Cordero le quitó de la cabeza esta atrevida idea, impropia de persona tan razonable. Durante tres días el héroe no se ocupaba más que de reunir datos para escribir una *Memoria* sobre el sangriento acontecimiento del día 16, y buscaba referencias, interrogaba a los testigos oculares, bebía en las fuentes de la verdad histórica, perseguía detalles, frases, accidentes mil, y esas pequeñeces de que tanto jugo suele sacar la diligente Clío. Escudriñando tan escandalosos sucesos, vió que a los horrores del Colegio Imperial y de Santo Tomás habían excedido los de San Francisco el Grande, donde perecieron a navajazos cincuenta individuos. En la Merced Calzada también fué grande el estrago. De los de San Francisco dió noticias prolijas el menguado Rufete, que estaba de guardia aquel día, y adquirió cierta fama no envidiable por haber dado seguridades al general de la Orden de que nada ocurriría en la casa, y haber permitido, poco después, el libre paso de los viles asesinos. Rufete desfiguraba los hechos para velar su cobardía, que quizá, o sin quizá, más que cobardía fué complicidad con la canalla. El oficialete declaraba haber salvado de la muerte a muchos franciscanos; pero los que lograron salir vivos de la infame jornada aseguraban que en el momento del conflicto no se vió al señor oficial por ninguna parte. Había razones sobradas para afirmar que Rufete hubo de esconderse en los sóta-

nos del edificio, no dando señales de vida hasta que, muerta ya media comunidad, apareció muy fiero, echando ternos y venablos contra la *pillería*. Todos estos datos, noticias y versiones las iba recogiendo Cordero de los mismos héroes de la tragedia, para poner luego a cada cual en el lugar que le correspondía. Es indudable que el exaltado Rufete ocupó el que por sí mismo eligiera en lo más crudo del degüello, es, a saber: la alcantarilla.

Faltara a todas las exigencias de la Historia el buen Cordero si omitiera lo que se dijo de envenamiento de aguas, y la parte que tuvo en esta brutal creencia la bendita y entonces malhadada *tierra de San Ignacio*. Este ingrediente desempeñó en aquellos sucesos terribles un papel de primer orden. Fué arma odiosa de la mala fe, de la ignorancia, y absurdo pretexto, ya que no causa, de uno de los más feos crímenes políticos que se han cometido en España. Conocemos la víctima y el grosero instrumento. La mano, ¿qué mano era y dónde estaba? ¿Creemos en el espontáneo error del populacho y en un movimiento instintivo y ciego de su barbarie?... Difícil es creer esto. Pero el aguijón que inquietó al bruto, haciéndole morder y cocear, quedó escondido en el misterio. ¿Fué el degüello cosa resuelta y ordenada en círculos oscuros, ávidos de maldad y escándalo? También es difícil asegurar esto, que por su enormidad se resiste a la razón humana. La Fatalidad, causa cómoda de los hechos oscuros y luz mentirosa de lo que no puede alumbrarse, se presenta aquí reclamando su página, la página a que le dan derecho las perplejidades del narrador y el convencionalismo de la Historia... Bien venida sea esa madrastra Fatalidad, que tan bondadosamente se presta a adoptar todo hijo abandonado, por lo general, feo y enclenque, a quien rechaza la misma lógica que en las tinieblas lo engendró.

Rumores corrieron de que el bondadoso padre Alelí había perecido en las ferocidades del 16. Esto no resultó cierto, por fortuna. Hállabase el anciano en la enfermería de su convento, ya completamente perturbado y sin juicio, cuando acaecieron los asesinatos. De nada se dió cuenta. Cordero le acompañaba un buen rato todos los días, hasta el de su muerte, la cual fué, por lo tranquila y suave, casi inadvertida. Una siesta más larga que las de costumbre ocultó el momento de su tránsito, ocurrido a fines de julio.

Nazaria murió del cólera al siguiente día de la matanza. Heredó *Tablas* la infección colérica; pero por aquel don de inmunidad que acompaña, según un viejo refrán, a la mala hierba, el animal venció a la epidemia asiática, o ésta quizá asustóse de él, dejándole libre, aunque muy bien recomendado a un cáncer que le tomó por su cuenta algunos años adelante. Por Romualda, a quien hallamos una mañana subiendo casi a gatas la empinada escalera de una casa en la calle de la Ruda, supimos que López llevaba con poca resignación su desgracia. Romualda subió tanto y tanto, que una noche la hallaron detenida en el peldaño octogésimo. Estaba prosternada, como besando la escalera Tanto subió, que sin pensarlo había llegado al Cielo. López fué al hospital. Que murió no puede dudarse, por la índole incurable de su mal, pero nadie sabe cuándo ni cómo se extinguió aquella miserable vida, ni hay noticias del lugar de su sepultura. Acabó en el misterio, enteramente a solas, si no le acompañaran el dolor y su conciencia, única compañía que le cuadraba.

XXX

Era un sábado. Habían pasado seis días desde el nunca bastante execrado 16 de julio, y Sola, deseperanzada ya y sin sosiego, incapaz de encontrar un consuelo en su propio pensamiento, convocó a los amigos en familiar consejo. Cruzita opinó que no debía pensarse ya en que aquel endiablado hombre viniese: los chicos mayores se ofrecieron a salir y recorrer toda la Península para buscarle, y don Benigno propuso que se fueran todos a los Cigarrales, donde le aguardarían más tranquilos, libres de la zozobra que embargaba el espíritu de todos en la Corte y Villa.

Sola se resistió a ir a Toledo mientras no tuviese noticias de su marido o no le viese entrar sano y salvo. Aquel día pasó en soledades y suspiros, en mirar al suelo y al Cielo, en interrogarse con los ojos, sin atreverse a formular verbalmente el triste pensamiento. Pero si

agitada estaba el alma de la señora, no lo estaba menos la del bendito héroe del Arco famoso, pues al paso que ganaba terreno en ella la idea de que no parecería jamás el *marido de su mujer*, se iba apoderando traidoramente de aquel mismo espíritu suyo un sentimiento expansivo, un no sé qué, una cosa semejante a la alegría... El pobre señor, cuya rectitud, aun sometida a las mayores pruebas, era siempre grande y firme, padeció muchísimo con esto que llamaba «caricia del Demonio», con esta tentación o asomos de pecado grave. Pero como podía en él la voluntad, se sobrepuso a todo, arrojó de su pecho la culebrilla que se deslizara en él furtivamente, e invocando a Dios primero y al ginebrino después, exclamó con enérgico arrebato de cristiano y filósofo: «Lejos de mí esa infame alegría por la desaparición del que triunfó de mí. Si Dios le mata y paso a heredar su dicha, enhorabuena; pero maldito sea yo si deseo su muerte, y antes me vea comido de gusanos que envidioso. Bien dijo aquel gran pensador en el libro V del *Emilio* que «la virtud que sólo se funda en las acciones es virtud falsa y postiza».

Por la noche se retiró a su casa lleno de congoja, por no poder ya aliviar con palabras y ficciones la de su infeliz amiga. Esta acostó a Juanito Jacobo, que no había querido separarse de ella y dormía junto a su cuarto; mandó a los criados que se acostaran también, y sola en su alcoba estuvo rezando hasta muy avanzada la noche. Durmióse al fin en su lecho, y en sueños creyó sentir desusado estrépito en la calle y en la casa. Era una pesadilla. Parecíale que la casa se hundía, o que un ejército entraba en ella, o que un gigante la hacía pedazos con su pesado pie. Despertóse sobresaltada. Tan vivamente le palpitaba el corazón, que por la mucha viveza estuvo a punto de producirse la inercia cardíaca, y, por consiguiente, el síncope. Pero al reconocerse bien despierta y al observar que continuaba el ruido, se incorporó en el lecho, puso atención... Se oían pasos en la casa..., tocaron suavemente a la puerta de su alcoba...; sonó una voz...

Sola saltó instintivamente de su leche. Empezó a vestirse a toda prisa... No acertaba a vestirse...

—Soy yo...

—Espera..., un momento... Espera que me vista...

Y a medio vestir corrió a la puerta y abrió a su esposo.

—Pero no te veo...—le dijo dejándose abrazar.

El criado se acercó con luz, a punto que él soltaba capa y sombrero.

Cuando don Benigno llegó a la mañana siguiente, se quedó pasmado y absorto en la mitad del pasillo al saber que el *marido de la señora* estaba sano y salvo en Madrid y en su casa. El héroe dió un gran suspiro. Mirando después al Cielo, lanzó un piadoso apóstrofe y dijo así:

—¡Barástolis! Por Dios trino y uno, por la Virgen del Sagrario, por Rousseau, por mi vida honrada y por mi conciencia de cristiano, juro y rejuro que me alegro con toda el alma.

★

Cuando Salvador salió de su alcoba, abrazáronse estrechamente ambos señores, y juraron ser amigos fieles en lo que les quedara de vida. Muchos conocidos visitaron al recién llegado, y aquel mismo día tuvo éste ocasión de hacer una obra de caridad, mejor dicho, de aprobarla y sancionarla, pues ya estaba hecha condicionalmente por su esposa. Sola había cedido gratuitamente la buhardilla de la casa a las señoras de Porreño, en quienes la rancia nobleza no fué parte a poner un dique a la miseria invasora. Muerto Fernando VII, faltóles la modesta pensión que éste les daba. Su dignidad no les permitía implorar la caridad pública. Su arreglo, las distintas aptitudes de doña María de la Paz, les permitían aspirar a sostenerse, aunque mal, de su honrado trabajo. Sola les ayudó en trances tan aflictivos dándoles la casa y encargándoles no se sabe cuánta obra de ropa blanca. La gratitud de las dos dignísimas cuanto infelices damas era extraordinaria. Doña Salomé bajó de punta en blanco a dar las gracias al generoso dueño de la casa. Presentóse envuelta en ajadísimos tafetanes, adornada de podridas pieles y plumas pulverulentas. Con toda la finura y dignidad de su carácter, con toda la cortesía de su educación y toda la tiesura

de su embalsamado cuerpo, expresó sus pensamientos, diciendo que aquel caso de liberalidad debía agradecerse más en una época funesta, ¡ay!, en que habían desaparecido por completo los caballeros.

★

Partieron a los Cigarrales. Allí transcurrían dulces y lentas las horas. El sosiego era completo; el tiempo, delicioso; la salud, admirable, en concierto dulcísimo con la paz y alegría de las almas.

Salvador y don Benigno hablaban de política, cada cual según su criterio, su experiencia y diversos conocimientos; el segundo, inclinado a las generalidades, a las teorías; el primero, más aferrado a los hechos y deduciendo, de la incompatibilidad de éstos con la idea, desconsoladoras consecuencias; Cordero, dejándose llevar del optimismo y confiando mucho en el entusiasmo, en la virtud de los hombres y en la fuerza de ciertas ideas; Salvador, inclinándose al pesimismo, revelándose muy aleccionado por la experiencia, creyendo poco en las personas, y menos en las ideas verdes y desazonadas. Don Benigno opinaba que todos los españoles debían abrazar la bandera de la libertad, respetando y enalteciendo siempre la Religión y el Trono; admitir todos los progresos del siglo y aplicarlos a las leyes, a las costumbres, al vivir y al pensar, evitando las guerras y colisiones. Añadía que si todos los españoles no gustaban de entrar por este camino, los rebeldes debían ser convencidos a palos, para lo cual convenía que los *libres* se armaran formando una milicia organizada, ni más ni menos que como la famosísima de julio del 22, émula de los espartanos en el famoso Arco de Boteros.

Salvador no desaprobaba estas ideas; pero fiaba poco en los buenos propósitos de los que pensaban como su amigo; fiaba también poquísimo en la milicia, en los palos de la milicia y en la soñada concordia entre la libertad y la Iglesia. Declarando todo su pensamiento, aseguró que no esperaba ver en toda su vida más que desaciertos, errores, luchas estériles, ensayos, tentativas, saltos atrás y adelante, corrupciones de los nuevos sistemas, que aumentarían los partidarios del antiguo; nobles ideas bastardeadas por la mala fe, y el progreso, casi siempre vencido en su lucha con la ignorancia.

—Los días mejores—dijo señalando con su bastón el horizonte—están aún tan lejos que seguramente ni usted ni yo los veremos. La reforma será lenta, porque el mal es grave y profundo, y sólo se ha de curar trabajándose a sí mismo. Pienso vivir alejado de toda acción política. Estoy abrumado de experiencias; he visto mucho; cumplí mi misión. Hay mil caminos abiertos por donde pueden lanzarse los hombres nuevos. Los que no lo son deben quedarse a un lado mirando y viviendo. Mi ideal está lejos. El tiempo le tiene tan guardado aún, que no se le vislumbra aquí por ninguna parte. Pero vendrá, y aunque no hemos de ver esa realidad, digna de ser admirada, desde aquí nos consuela el penetrar con el pensamiento en un porvenir oscuro y contemplar las hermosas novedades de la España de nuestros nietos. En tanto, no puedo tener entusiasmo como usted, porque no creo en el presente. Me parece que asisto a una mala comedia. Ni aplaudo ni silbo. Callo, y quizá me duermo en mi luneta. No tengo que soñar en mi felicidad doméstica, que es ya un hecho positivo; soñaré con ese porvenir lejano de nuestra patria, con ese tiempo, querido amigo mío, en que la mayoría de los españoles se reirá de la angelical inocencia política de usted.

XXXI

Basta ya.

Aquí concluye el narrador su tarea, seguro de haberla desempeñado muy imperfectamente; pero también de haberla terminado en tiempo oportuno (váyase lo uno por lo otro), y cuando el continuarla habría sido causa de que las imperfecciones y faltas de la obra llegaran a ser imperdonables. Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se puede disecar, porque algo vive en ellos que duele, y salta al ser tocado con escalpelo. Quédese, pues, aquí este largo trabajo, sobre cuya

última página (a la cual suplico que me sirva de Evangelio) hago juramento de no abusar de la bondad del público, añadiendo más cuartillas a las 10.000 de que constan los *Episodios Nacionales*. Aquí concluyen definitivamente éstos. Si algún bienintencionado no lo cree así y quiere continuarlos, hechos históricos y curiosidades políticas y sociales en gran número tiene a su disposición. Pero los personajes novelescos, que han quedado vivos en esta dilatadísima jornada, los guardo, como legítima pertenencia mía, y los conservaré para casta de tipos contemporáneos, como verá el lector que no me abandone al abandonar yo para siempre y con entera resolución el llamado *género histórico*.

Santander, noviembre-diciembre 1879.

FIN DE
«UN FACCIOSO MÁS
Y ALGUNOS FRAILES MENOS»

EPISODIOS NACIONALES

TERCERA SERIE

Al terminar, con Un faccioso más y algunos frailes menos, *la segunda serie de los* Episodios Nacionales, *hice juramento de no poner la mano por tercera vez en novelas históricas. ¡Cuán claramente veo ahora que esto de jurar es cosa mala, como todo lo que resolvemos menospreciando o desconociendo la acción del tiempo y las rectificaciones que este tirano suele imponer a nuestra voluntad y a nuestros juicios! A los diecinueve años, no justos, de aquel juramento, los amigos que me favorecen, público, lectores o como quiera llamárseles, me mandan quebrantar el voto, y lo quebranto; me mandan escribir la tercera serie de* Episodios, *y la escribo. En reducida esfera, los escritores vivimos, como en esfera amplísima los políticos, gobernados por la opinión, y la opinión es responsable de esta inconsecuencia mía. Ella me ha hecho pecar, y ella me absolverá si cree que al fin de la jornada lo merezco. Los diez tomos de la tercera serie serán:*

ZUMALACÁRREGUI.
MENDIZÁBAL.
DE OÑATE A LA GRANJA.
LUCHANA.
LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO.
LA ESTAFETA ROMÁNTICA.
VERGARA.
MONTES DE OCA.
LOS AYACUCHOS.
BODAS REALES.

B. P. G.

Madrid, abril de 1898.

ZUMALACARREGUI

I

UFANO de los triunfos de Salvatierra y Alegría, en tierra alavesa, Zumalacárregui invadió la ribera de Navarra, donde el Ebro se bebe tres ríos: Ega, Arga y Aragón. Bien podría denominarse aquel movimiento *procesión militar*, porque el afortunado guerrero del absolutismo llevaba consigo *el santo*, para que los pueblos lo fueran besando unos tras otros, al paso, con religiosa y bélica fe, acto que se efectuaba con suma presteza, aquí te tomo, aquí te dejo, conforme a la táctica de un ejército formado, instruído y aleccionado diariamente en la movilización prodigiosa, en las marchas inverosímiles, cual si lo compusieran, no ya soldados monteses y fieros, sino leopardos con alas. Que éstos llevaban en volandas a la tortuga no hay pera qué decirlo. Mostraban el ídolo a los pueblos, y el entusiasmo en que éstos ardían era un excelente botín de moral política que robustecía la moral militar.

Y mientras realizaba este acto de hábil santonismo, Zumalacárregui no cesaba de combatir, en la boca el ruego, en la mano el mazo. Maestro sin igual en el gobierno de tropas y en el arte de construir, con hombres, formidables mecanismos de guerra, daba cada día a su gente faena militar para conservarla vigorosa y flexible. De continuo la fogueaba, ya seguro de la victoria, ya previendo la retirada ante un enemigo superior. ¿Qué le importaba esto, si su campaña, a más del objeto inmediato de obtener ventajas aquí y allí, tenía otro más grande y artístico, si así puede decirse: el de educar a sus fieros soldados y hacerles duros, tenaces, absolutamente confiados en su poder y en la soberana inteligencia del jefe? Atacaba las guarniciones de villas y lugares, tomando lo que podía, dejando lo que le exigía excesivo empleo de energía y tiempo; procuraba ganar las pocas voluntades que no eran suyas, poniendo en ejecución medios militares o políticos, así los más crueles como los más habilidosos, y lo que se obstinaba en no ser suyo, quiero decir, del rey, vidas o haciendas, lo destruía con fría severidad, poniendo en su conciencia los deberes militares sobre todo sentimiento de humanidad. Movido de la idea, guiado por su prodigiosa inteligencia y conocimiento del arte guerrero, iba trazando, con garra de león, sobre aquel suelo ardiente, un carácter histórico... ¡Zumalacárregui, página bella y triste! España la hace suya, así por su hermosura como por su tristeza.

Ribera de Navarra, noviembre de 1834.

Gustoso de referir las cosas pequeñas antes que las grandes, anticipo este incidente que la Historia apenas cree digno de una breve mención. «Habiendo llegado a manos de Zumalacárregui un parte oficial en que el alcalde de Miranda de Arga avisaba al comandante de Tafalla la reciente entrada de los facciosos, con expresión de su fuerza y otras particularidades, mandó que le cogieran (al alcalde), y por primera providencia le pasaran por las armas.» Tales justicias, que dentro del convencionalismo de la religión militar así se nombran, disponíanse con sencillez suma, y con fría puntualidad y presteza se ejecutaban, como diligencia usual en los órdenes vulgares de la vida. Cortar bárbaramente la del que se conceptúa traidor, y que por la parte contraria resulta dechado de lealtad, quizá de heroica entereza, era en aquellos ejércitos acto tan sencillo como los ordinarios de carnicería ambulante: la matanza de ovejas, carneros o bueyes para alimentarse.

Metieron, pues, al desgraciado Ulibarri en la sacristía de una ermita que está como a mitad del camino entre Miranda y Falces, y le dijeron: «Estése ahí un rato, don Adrián. Le traeremos un cura del Cuartel real, porque los nuestros van ya camino de Peralta.» Dijéronle esto con naturalidad y hasta con cortesía campechana, añadiendo. «Aquí dejamos un jarro de vino por si tiene sed, y un atado de cigarrillos.» Cerraron, y allí se quedó el pobre, rodeado de frías tinieblas, abrazado a sí mismo. Su grande espíritu se envolvía en la resignación, y agasajándose dentro de ella, anticipaba el tránsito doloroso. Lo que había de ser, que fuera pronto. Si él pudiera morirse por la fuerza concentrada de la voluntad, de buena gana lo haría, evitando a los enemigos el trabajo penoso de acribillar a balazos su corpachón robusto. Era muy grande, y duro de matar. Aunque no quería pensar en nada referente al cuerpo, pensaba sin poder remediarlo. El espíritu se echaba fuera de aquel envoltijo de la resignación, y al instante encontraba razones contra la sentencia que pronto le había de lanzar de este mundo. Malo, muy malo es este mundo; pero, de tanto vivir en él, nos connaturalizamos con sus miserias y con todo el fárrago de desdichas que nos abruman. Si él fuera un hombre enfermo, muy bien le vendría el sistema de curación definitiva que se le estaba preparando; pero ¡por vida de las casualidades!, era robusto, de salud a prueba de bomba, macizo y vigoroso, fabricado para burlar a la muerte hasta los noventa, y a la sazón andaba en los sesenta y dos.

En fin, pues Dios así lo había dispuesto (y Ulibarri creía firmemente que lo que le pasaba era por disposición divina), se abrazaba otra vez estrechamente a su resignación, buscando en lo íntimo de aquel abrigo la idea de un morir noble y cristiano. La sublimidad no es fácil comúnmente; pero hombres del temple de Ulibarri saben realizar estos supremos imposibles.

Olvidado el tiempo, la víctima no se hacía cargo de que le habían encerrado a las cuatro de la madrugada: por momentos interrumpían su abstracción los ruidos externos, el pasar de carros, el vociferar de soldados y carreteros. Hasta creyó reconocer voces amigas en aquel tumulto, entre otras, la voz de Iturralde, con quien había comido un cordero y probado el vino de la penúltima cosecha tres meses antes, en su finca de Berbinzana. Mandaba el tal la retaguardia en aquel aciago día, y a todo trance quería salir de Falces al romper la aurora. Daba sus órdenes destempladamente, como hombre de genio muy vivo, que a todos quería comunicar su viveza; valiente, incansable, buena persona, excelente amigo en la paz, en la guerra indómito y sin entrañas. Considerando esto, a don Adrián no le pasó por el pensamiento que el bueno de Iturralde podía concederle la vida. Conocía cómo las gastaba Zumalacárregui, y con qué inflexible severidad, razón indudable de sus éxitos, hacía cumplir sus determinaciones. A *don Tomás* no le trataba; pero en Pamplona y en casa de la familia de unos parientes de su mujer (la de Ulibarri) había conocido a doña Pancracia Ollo (la esposa del general) y a las niñas, que eran, por cierto, paliduchas y de pocas carnes. Las veía en las tinieblas de aquel fúnebre encierro, a la luz de su mente, cual si delante las tuviera.

Entró al fin en la estancia, por un alto ventanillo guarnecido de telarañas, la luz matinal, y con las primeras claridades entró por la puerta un hombre. Mejor será decir que le introdujeron como a a la fuerza, cerrando después. Ulibarri había podido hacerse cargo de la estrechez de la prisión, ocupada en su mitad por trastos viejos de iglesia, restos de bancos, túmulos y retablos en ruinas, todo hecho pedazos y cubierto de polvo y telarañas. En el montón más bajo se había sentado el reo, bebiendo un trago de vino momentos antes de que penetrara el hombre cuya presencia se determinó por una escueta y larga proyección negra y un sonidillo de espuelas. Era indudablemente un clérigo, de alta estatura, que vestía balandrán abierto, y había venido a caballo. «Quizá en mula—pensó Ulibarri—; en mula, que es más propio.»

Frente a frente el uno del otro, el reo intentó decir la primera palabra; pero no acertando a formularla, aguardó silencioso, seguro de que el sacerdote, a quien correspondía decirla, se despacharía muy a gusto de entrambos. Aumentaba gradualmente la claridad, se fué dibujando la figura de don Adrián Ulibarri, alto, casi gigantesco, de proporcionada grosura, cabellos blancos, de rostro

grave y ceñudo, totalmente afeitado, tipo de rústico noble. Y como transcurrían lúgubres los segundos sin que el clérigo se arrancara con la fórmula religiosa del caso, el reo se impacientó, y la curiosidad y desasosiego le picaban extraordinariamente. Miró al otro; el otro no le miraba, y cruzadas las manos inclinaba al suelo su rostro, más que pálido, amarillo como cera de *requiem*. Entablóse un diálogo de suspiros, pues al hondísimo que exhaló el alcalde contestó el clérigo con otro que más bien parecía el mugido de un buey en la antesala del matadero; y así, con este patético lenguaje, departieron un rato, hasta que Ulibarri, no pudiendo aguantar que prolongara su agonía el que aliviársela debiera, fué vencido de su genio impetuoso, y lanzó el terno habitual en sus labios, seguido de palabras de calurosa impaciencia.

Irguió por fin el clérigo su cuerpo encorvado, y llevándose las manos a la cabeza, soltó con voz opaca, enronquecida por emoción muy viva, estas singulares expresiones: «Señor don Adrián, me han traído para auxiliar a usted, y yo no puedo... ¿Para qué me han traído si no puedo ni debo...? Bien sabe Dios que quisiera morirme en este instante, que debiera morirme en su presencia... Lo diré claro y pronto: soy José Fago.»

Oyó este nombre Ulibarri cual si fuera la descarga cerrada que debiera cortar su existencia. Se había puesto en pie, dando un paso hacia el sacerdote, cuando éste con tales aspavientos tomaba la palabra; pero el *yo soy José Fago* fué como un disparo que lanzó al infeliz reo contra el montón de madera rota, dejándole arrumbado en él, abierto de manos y piernas, la cabeza rebotando en la pared.

—Soy José Fago—repitió el otro encorvándose de nuevo hacia adelante y cruzando las manos—; y no está bien que quien ha ofendido a usted gravemente, ahora reciba su confesión. Este es un caso en el que el malo no puede, no debe ser confesor del bueno... Tres años hace que no nos hemos visto, y en esos tres años, señor don Adrián de mi alma, han pasado cosas que usted debe saber, para que no me crea peor de lo que soy; para que usted, hombre recto y puro, juzgue a este pecador, y...—ahogado por el llanto y sin que Ulibarri contestase palabra alguna, pues ni voz ni aun conocimiento parecía tener; Fago tomó aliento, y tragó mucha saliva, antes de continuar sus doloridas lamentaciones—. Dios, que ve nuestras almas—dijo—, sabe que en este singular caso, el reo soy yo, y usted el sacerdote.

Un bramido de Ulibarri indicaba, sin duda, su conformidad con declaración tan grave. Y el otro, cayendo de rodillas, como penitente cuyo corazón se despedaza, siguió:

—El señor don Adrián debe saber que este hombre sin ventura puso término a su existencia borrascosa abrazando, con pleno arrepentimiento de aquella vida, el estado eclesiástico. Dos padres de Veruela me acogieron moribundo de cuerpo, dañado del alma, y me curaron, enseñándome los caminos de Dios, contrarios a los del pecado, por donde yo venía. De Veruela pasé a Jaca, donde recibí enseñanza eclesiástica; de acá llevároнme a Olorón de Francia, y allí canté misa. Diferentes vicisitudes trajéronme luego a Fuenterrabía, y de allí a Oñate, donde continuaba mis estudios cuando sobrevino esta espantosa guerra. El señor Arespacochaga me tomó de capellán, y con él heme incorporado al Cuartel real, al que sigo por obediencia y reconocimiento a mis favorecedores... Dios ha querido someterme a esta prueba durísima, poniendo mi conciencia, aún perturbada, frente a la del hombre en quien reconozco las virtudes que yo no tuve. ¡Y me traen a auxiliarle en su muerte a mí, que necesito del auxilio de su perdón para poder dar tranquilidad a mi vida tristísima! ¡Y me dicen: «confiésale para que podamos matarle...», a mí, que en rigor de justicia debiera recibir de esas nobles manos la muerte; a mí, que no acierto a ejercer ahora mi carácter sacerdotal, pues antes de perdonar en nombre de Dios necesito que en nombre de Dios se me perdone...! Para esto, noble señor mío, es forzoso que yo declare y confiese mis delitos, anteriores a mi conversión, en aquellos días en que mi vida era toda libertinaje y escándalo, vergüenza.... Y firme en mi conciencia, declaro que mi ceguedad me llevó a los mayores vilipendios. Yo, José Fago, seduje y arrebaté del hogar paterno a la hija única de don Adrián Ulibarri, ante quien depongo ahora todo el fárrago de mis culpas. Enamorado de Saloma, que así nombraban familiarmente a Salomé, y no pudiendo

obtener de usted el consentimiento para casarme con ella, la hice mía con escándalo... Huímos a las Villas de Aragón, y de allí a tierras de Barbastro... Después pasaron cosas que usted ignora, o que sabe por noticias incompletas, lejanas, y yo he de decírselas ahora con sinceridad y contrición, como si hablara con Dios en el Tribunal de la Penitencia. Ahora es usted mi sacerdote... Oigame, don Adrián.

Más aterrado que curioso; en aquella inopinada fase de su agonía, el alcalde no remuzgaba. Su mano inquieta golpeaba un rimero de palitroques. Del montón de madera despedazada caían por el suelo doradas astillas, trozos con cabecitas de ángel y florones churrigueresco. Al propio tiempo, el duro cráneo del reo golpeaba con ritmo lúgubre la pared, y el polvo ensuciaba su venerable canicie.

Y el penitente, humillando su rostro en el suelo, como si besar quisiera las frías baldosas, decía:

—Mi carácter violento, mis hábitos de disolución y el desorden de mi conducta, fueron causa de que, a los tres meses de aquella vida errante, Saloma y yo pareciéramos enemigos encarnizados más que amigos o amantes. Una noche de diciembre la infeliz huyó de mi lado... No he vuelto a verla ni a saber de ella... Entróme furor de encontrarla, que fué como la renovación del amor primero. Revolví toda la tierra de Barbastro, y luego las Cinco Villas, buscándola. ¡Inútil!... Pasaba yo por loco, y en los pueblos se asustaban de verme. Allá me apedreaban, aquí me prendían. Fuí de cárcel en cárcel: En Egea de los Caballeros caí gravemente enfermo de calenturas, que me tuvieron un mes largo entre la vida y la muerte. Al revivir era idiota: no me acordaba de Saloma ni de cosa alguna. Pasé no sé cuánto tiempo en un muladar, y mis amigos eran los cerdos, y mi alimento lo que querían arrojarme unos aldeanos compasivos de Añosa de Torreseca... Pero de esta crisis salió no sé cómo la renovación de mi ser; en mí encendió el Señor un espíritu nuevo, y pude decir: «¡Oh Dios!, en Ti resucito, y te reconozco, y a Ti me entrego.» ¿Quién me llevó a Veruela? Una viejecita medio ciega que pedía limosna. Guiándonos el uno al otro por senderos y atajos, ella sin vista, extenuado yo y sin poder andar más que en jornadas cortísimas, llegamos por fin a la paz del monasterio, donde yo había de encontrar la salud del cuerpo y del alma... Lo demás, antes lo dije. No quiero cansarle, don Adrián...

En este punto abrióse la puerta, y una voz dijo: «¿Estamos ya?...», seguido de un refunfuño de impaciencia que, traducido al lenguaje, era poco más o menos así: «¡Con qué calma lo toman!... En campaña, ¡rediós!, hay que abreviar el Sacramento...» Y luego, en voz alta: «Que salimos, que nos vamos... Despachen de una vez.»

Levantóse Fago del suelo, y sin atender a los voces de fuera, porque el estado de su ánimo difícilmente se lo permitía, repitió la frase culminante de su confesión: «No he vuelto a saber de ella, don Adrián... Créamelo, que hablando con usted ahora, hablando estoy con el Dios que nos ha criado a todos, y que a todos ha de juzgarnos.» Algo quiso decir Ulibarri; pero la voz no salía de la garganta, y su intención no era poderosa para sacarla a los labios. Lo que decir quiso era breve y tristísimo, palabras como éstas: «Tú no has vuelto a verla..., yo tampoco.»

Sonaron con tal estrépito las voces en el exterior, que ambos hubieron de recaer violentamente en la realidad más inmediata, en la situación efectiva y palpable. José Fago se arrodilló ante don Adrián y posando sus manos respetuosamente sobre las rodillas de él, como las posaría sobre el ara sagrada, le dijo:

—En este supremo trance, nunca visto, señor y padre mío, yo me despojo de la autoridad que mi religión me da para perdonar los pecados, seguro de que Dios a usted la transfiere, haciendo del penitente el sacerdote. Hombre recto y cabal en todo tiempo, ahora es usted un santo. Ante el santo me humillo yo, y le pido perdón del agravio que le hice, pues no me basta haber descargado mi conciencia, en otras ocasiones, de los errores de mi vida, confesándolos con amargura y dolor; no me basta, no: mi conciencia necesita ahora nuevo y definitivo descargo, reparación más eficaz que ninguna otra, y de usted espera mi alma la paz que aún no ha logrado, señor...

Levantóse Ulibarri con soberano esfuerzo, pues el hombre parecía moribundo, y soltó gravemente, con lentitud, estas patéticas expresiones:

—José Fago, yo te perdono para que

te perdone Dios..., y me perdone también a mí.

Se abrazaron con efusión, y Fago le besó las mejillas, mojadas de lágrimas ardientes; le besó los cabellos blancos, y acarició el cráneo del infeliz alcalde de Miranda de Arga, que cinco minutos después era traspasado por cuatro balas de fusil a espaldas de la ermita.

II

Bien sabe Dios que los que fusilaron al pobre Ulibarri hiciéronlo compadecidos y en extremo pesarosos, cumpliendo a regañadientes la inexorable Ordenanza, que arrancaba la vida a un hombre honrado, muy querido en el país, sin otra culpa que la tibieza que mostrara por la llamada legitimidad, y su amistad con Espoz y Mina, adhesión puramente personal y como de familia. El capitán encargado de la ejecución estaba pálido como un muerto: un soldado se echó a llorar; pero todos supieron cumplir su deber. Con esto la retaguardia se puso en camino hacia Peralta con una veintena de carros que cargaban vituallas tomadas en Falces. José Fago, llegándose al muerto, que yacía donde mismo había caído, dijo resueltamente: «Yo no me voy sin enterrarle. Si me dejan aquí, que me dejen. Iré solo al Cuartel real, y nada me importa que me cojan los cristinos y hagan conmigo lo que habéis hecho vosotros con este santo varón.» Hablaba con dos carreteros y tres soldados del 5.° de Navarra, que de fijo le habrían ayudado, si pudieran, en la obra de misericordia. Algunos campesinos viejos, dos o tres ancianas y bastantes chiquillos, formaban círculo de curiosidad compasiva en torno al cadáver. Entre aquella pobre gente hubo alguien que trajo un azadón y una pala de dos picos, que en el país llaman laya, y Fago no necesitó más para cavar la fosa. Las viejas le ayudaban con el azadón, y él se las componía con la laya, hincándola en tierra con el pie y levantando los duros terrones. Ahondando poco a poco, pues su fuerza muscular no era entonces mucha, las lágrimas le rodaban por las mejillas, y de la nariz y barba goteaban sobre el hoyo. Callaban todos; pero con las lágrimas del cavador creyérase que se exteriorizaba su pensamiento, y que éstos decían lo que la boca no sabía ni podía decir... Y también pudiera creerse que los picos de la laya, al rasgar la tierra y separarla blandamente, hablaban con ella, y que salían palabras tristes del rumorcillo del hierro entre los pelmazones de la dura arcilla. Era la misma confesión de antes, repetida, adicionada con nuevos conceptos y explicaciones que debieron decirse y no se dijeron: «Yo no abandoné a Salomé, como sin duda contaron malas lenguas. Fué ella quien a mí me abandonó, señor..., y notoriamente, lo hizo movida del miedo que llegaron a inspirarla mis locuras... La culpa fue mía y responsable soy de aquella desgracia... Yo la quería..., la quise más cuando huyó de mí... ¡Ay!, si me hubiera muerto entonces, como deseaba cuando iba en su busca, ardería en los infiernos, pues mi alma era el depósito corrupto de todos los pecados mortales que es posible imaginar. Pero Dios quiso salvarme y sanarme en vida y me sanó, ¡ay de mí!, y, por fin, me ha sometido al purgatorio horrendo de hoy; a ese paso terrible del cual creo salir puro, Señor, enteramente redimido..., enteramente sano...»

El hoyo no podía ser más profundo, porque los carreteros daban prisa, no queriendo dejar rezagado al clérigo del Cuartel real. Pusieron dentro de la tierra el cuerpo del alcalde, y rezando, Fago y las viejas iban echándole tierra encima. Cubrieron primero todo el cuerpo, que había quedado con alguna inclinación, el tronco más alto que los pies, y cuando ya no se vió más que el rostro, y las lívidas facciones iban desapareciendo tras un velo de tierra, la emoción del capellán fué tan viva, que ni respirar podía ya, y habría caído redondo al suelo si no le sostuvieran dos mujeres del corro. Sin duda el rostro de Ulibarri le hablaba con ternísimo acento de despedida: «Don Adrián de mi alma—dijo Fago con gemidos, pues las palabras no querían salir—, no la abandoné yo..., sino ella a mí..., por mi culpa, por mis maldades... Yo le aseguro que no he vuelto a verla...» Diciendo esto, era tal su afán, que habría dado su vida porque el rostro de Ulibarri le hablase, o con un solo signo mudo le respondiese a esta pregunta: «Y usted, ¿ha vuelto a verla? ¿Sabe usted de Saloma?...» En estas horribles ansias del pensamiento y la vo-

luntad, la cabeza del alcalde fué cubierta, y trabajando todos con ahinco, el hoyo quedó lleno, y cristianamente sepultada la víctima de las horribles leyes militares, obra maestra del infierno. De rodillas rezó Fago sobre la sepultura, y cuando los carreteros le tiraban de los brazos para llevársele, les dijo con desvarío: «Debiera yo ahora convertirme, por divina sentencia, en cruz de piedra para quedar aquí eternamente clavado sobre esta sepultura.» No creyéndose los otros obligados, por razón de su oficio militar, a permanecer, afligidos después de enterrado el alcalde, tomaron a broma lo de la cruz, y como Fago se resistiese a seguirles, cogiéronle entre cuatro, y que quieras que no, a puñados le metieron en una de las galeras, entre sacos y pellejos. Tan turbado estaba el pobre capellán, que apenas se dió cuenta de cómo le cogieron y embarcaron; ni oyó la gritería y los trallazos con que se puso en marcha la cola del ejército para unirse al cuerpo del mismo, que ya había pasado el Arga por Peralta.

Dos guapos chicos aragoneses acompañaban a Fago, tumbados sobre el cargamento de la galera: uno de ellos, manco; el otro, cojo; inútiles de la guerra y auxiliares de ella en aquel servicio de administración, por gusto y querencia de la campaña facciosa. Apenas echó a andar la galera, rompieron a cantar la graciosa rondalla, pues, en verdad, no veían ellos motivo alguno para estar tristes. Hechos a los espectáculos de muerte y a presenciar cuantas atrocidades caben en la fiereza humana, se habían impuesto un júbilo filosófico, la sazón más propia de la clase de vida que llevaban. A cada instante empinaban la bota, y compadecidos de su compañero de viaje, que tumbado iba de largo a largo, descompuesto el rostro, sin más señales de vida que los suspiros hondísimos con que a cada momento echaba el alma por la boca, le requirieron a que bebiese, sin conseguirlo; mas tanto puede la ruda cortesía aragonesa, que, al fin, incorporándole uno, aplicándole el otro a los labios el pito de la bota, hubo de reconocer el macilento cura que era bueno meter en su estómago una corta porción de vino. Remediada con éste la extenuación de sus fuerzas, el hombre vió claro en sí mismo; todo en él recobró vitalidad, cuerpo y alma, el pensamiento y la conciencia. Al poco rato pidió que le diesen el zaque, y lo empinó pensando que era improcedente y hasta pecaminoso dejarse morir de tristeza e inanición. Avínose más adelante a comer un poco de pan y medio chorizo, y cuando llegaban a Peralta ya era otro hombre: sus facultades habían recobrado la franca lucidez de otros días; huyeron de su mente las monstruosas quimeras, y vió el trágico suceso de Ulibarri en sus proporciones efectivas, sin que por esta reversión a la realidad fuese menos vivo el dolor que aquel caso le producía. La franqueza hidalga de los dos chicos hubo de comunicársele, y platicaron de la guerra, del buen giro que tomaba para la causa, de la pericia del general y del entusiasmo con que los pueblos recibían al rey legítimo. De uno en otro tema, Fago hizo recaer la conversación en algo que tenazmente a su pensamiento se aferraba, y dijo a los muchachos:

—El acento baturro, muy pronunciado, declara que son ustedes de las Cinco Villas, quizá de Egea de los Caballeros.

—No, señor—replicó el manco, jovencillo muy despierto, como de veinte años—, yo soy de Petilla, lugar de tierra de Sos, y éste es de Júnez, cuatro leguas de mi pueblo. Los dos nos venimos a la faición el mes de mayo, y lo mismico fué entrar yo en este servicio, que me lisiaron en la aición de Muez..., ya sabe..., y me quedé inútil; pero tanto gusto le tomé a la guerra, que no vuelvo a mi casa hasta que se acabe, si se acaba algún día y ha de ser cuando arreemos al rey hasta los mismos Madriles.

—Yo estuve en la cuchipanda de San Fausto, pues, en el mes de agosto...—dijo el otro—. Maté más cristinos que pelos tengo en la cabeza... Pero en Viana, el tres de septiembre, ya sabe..., me atizaron un tanganazo en la pierna, y aquí me tiene en la impedimenta, que es muy aburría... En cuanto pueda me vuelvo a mi casa, donde hago más falta que aquí, ridiós... A la guerra le llama a uno el gustico que da, pero también llama la casa, y el aquel de la paz...

El otro cantaba con voz agudísima y vibrante:

Navarrito, navarrito,
no seas tan fanfarrón,
que los cuartos de Navarra
no pasan en Aragón.

De confianza en confianza, el clérigo aceptó también un cigarro; y empezando a chupar, habló así con sus compañeros de viaje:

—Amigos míos, yo les agradecería mucho que me dijesen si en algún lugar de las Villas de Aragón habían conocido a una tal Saloma o Salomé, que de ambos modos se la llamaba..., natural de Miranda de Arga...

—¿Saloma?... ¿Era por casualidad tuerta del derecho?

—Hombre, no; que Dios puso en su cara dos ojos negros, hermosísimos...

—¿Baja de cuerpo y algo cargadica de espaldas?

—Quita allá. No ha nacido cuerpo más gallardo: ni grande ni chico, ni gordo ni flaco, bien repartido de hueso y músculo... ¿Queréis más señas? El habla dulce, el mirar sereno y un poquito triste, cara oval, manos un tanto curtidas, pero de buena forma. Os pregunto si recordáis haberla visto, porque ignoro si vive o muere, y la persona que podía informarme de su destino no se hallaba en situación para referir cosas de este jaez. Me interesa saberlo por puro interés de conciencia, pues si me aseguran que murió rezaré todos los días de mi vida por su eterno descanso; y si llegara a mí noticia que vive, evitaría cuidadosamente el topar con ella, y pediría a Dios en mis oraciones que la hiciese buena y feliz. Os lo digo con absoluta sinceridad, porque tenéis buen fondo, sois honrados y sentiréis la rectitud con que os hablo de estas cosas.

Procuraron hacer memoria los baturros; mas ninguno de los dos pudo dar referencia exacta de la descarriada moza, y comprendiendo Fago que no era discreto tratar de aquel asunto con gente inferior, recogió sus ideas, las cuales, aun después de confortado el cerebro con el corto alimento, permanecían dispersas. Ejerció presión de voluntad sobre sí, y dijo: «Serénate, hijo, y mira bien el hábito que vistes, y la mesura a que estás obligado por tu ministerio. El caso inaudito de don Adrián Ulibarri te ha trastornado la cabeza, y ya es hora de que vuelvas al estado de perfecto reposo espiritual en que la oración, el estudio y una vida ordenada y pura te pusieron... Medita y calla.»

III

Cerca ya de Peralta, los disparos que oyeron y la columna de negro humo que del pueblo salía, enroscándose, pausada y lúgubre, les anunciaron que Zumalacárregui había mandado atacar el fuerte defendido por los urbanos. Si tenaces y fieros eran los sitiadores, no les iban en zaga los de dentro, mandados por un tal Iracheta, de casta de leones. Ansioso de ver de cerca el combate, saltó Fago de la galera y adelantóse al pueblo. Sentía inexplicable comezón de impresiones trágicas, y anhelo de ver escenas en que el furor de los hombres con toda fuerza se desplegara. Y sin darse cuenta de lo mal que cuadraba esta querencia con su interior propósito de recobrar la quietud del alma, obra del estudio y la oración, su mente, no bien curada aún de la fiebre poemática, ansiaba el espectáculo de la historia viva, de la página contemplada antes de perder en las manos del artífice historiador el encanto de la realidad.

No pudo aproximarse al lugar donde batían el cobre, porque el pueblo estaba circundado de tropas, que no dejaban fácilmente espacio a los curiosos. De adobes eran las casas de Peralta, frágiles y esponjosas, edificadas sobre el terreno desigual. En la joroba del centro, más alta que las demás, alzábase la iglesia, de sillería, convertida en fuerte desde el mando de Rodil; sólida y robusta posición que aquel día hicieron inexpugnable unos cuantos urbanos con su increíble tesón. El bueno de Fago pudo observar que, dueños los facciosos de toda la parte baja del pueblo, sacaban de las casas cuanto podía servirles para reforzar los parapetos en derredor de la iglesia, y tal acopio de colchones hicieron, que no debía quedar uno para muestra. Por una callejuela enfilada al centro, Fago veía movibles figuras tiznadas; los tiros sonaban continuamente, sin que se sintiera ese rumor extraño que indica victoria o esperanzas de ella; voces de mando llegaban hasta afuera, airadas, blasfemantes. Por fin, como nada sacara en limpio de su fisgoneo por los contornos de la acción bélica, y además se sintiera cansado y algo aburrido, alejóse hacia el campo donde había tropas que esta-

ban mano sobre mano. Allí oyó decir: «Nada se conseguirá sin artillería. Es perder vidas y tiempo.» Más allá, los soldados de Villarreal mostraban hastío, impaciencia de que el general dispusiera levantar el sitio de Peralta, que llevaba trazas de interminable. No tardó el curita en participar del aburrimiento de la tropa, y en verdad que aquella página militar no le resultaba interesante y quería volverla pronto, imaginando hallar en la siguiente asunto menos fastidioso. Un capellán del 7.°, que le conocía de Oñate, agregóse a él, en busca de palique, obsequiándole al propio tiempo con una sustanciosa merienda. Comieron y bebieron en una venta, pasado el puente sobre el Arga, camino de Marcilla, y luego platicaron de guerra y política todo lo que les dió la gana, viendo de lejos las humaredas pavorosas. Era el capellán en extremo hablador, con lo que se dice que era pequeñuelo, vivaracho y de corta nariz. Presumía de gran estratégico, y no reconocía en artes de guerra más superioridad que la del general de la causa. «Don Tomás me dispense—decía—; pero estamos perdiendo un tiempo precioso. Y ha de saber usted, amigo Fago, que este don Fermín Iracheta que manda los urbanos es uno de los hombres más templados de Navarra. Amigo es de nuestro general, y conociéndose, como se conocen, están ahí jugando a cuál es más bravo y terco. Había usted de ver las comunicaciones que se cruzaron esta mañana entre Zumalacárregui y el jefe de los urbanos: «Fermín, que te rindas.» Y el otro: «Tomás, no me da la gana...» «Fermín, que vas a morir abrasado...» «Tomás, bonita muerte con el frío que hace...» Y tiros van, tiros vienen; pero lo que es el fuerte no se rinde... ¿Y quién creerá usted que lleva del fuerte a los parapetos y viceversa los papelitos con el «ríndete» y el «no me rindo»? Pues una vieja del pueblo, la cual fué ama de cría de Iracheta, loba navarra que dió la teta a ese nuevo Rómulo. En la plaza había usted de verla esta tarde vociferando delante del general, con estas expresiones: «Váyase de aquí, don Tomás, que ésé tiene la cabeza muy dura.»

Ya iba fijando Fago su atención en el suceso de Peralta, que tan insignificante le había parecido, y acabó de interesarse en él oyendo contar a su colega Ibarburu, que así se llamaba el capellancito, el estupendo ardid ideado por el sitiador para quebrantar la entereza del valeroso caudillo de los urbanos. «Sepa usted que la esposa de Iracheta fué llevada esta tarde al pie del muro, y rompiendo a llorar se puso a gritarle: «Ríndete, Fermín, ríndete, que si no pegarán fuego a la iglesia y pereceréis todos achicharrados...» Y él ¿qué hizo? Asomar por una de las ventanas y decirle: «O te quitas de ahí ahora mismo, puerca, y te vas a casa, o hacemos fuego sobre ti. Fermín Iracheta sabe morir; pero no sabe deshonrarse.» ¿Qué tal?... Con hombres de esta fibra, ¿no podríamos conquistar el mundo? Lástima que Iracheta no sea de los nuestros. Pero lo será. La causa conquista poco a poco el suelo y los corazones; vamos al triunfo de Dios y del rey; pero pronto, prontito... La fruta está madura. La caterva cristina no espera más que una buena coyuntura para venirse acá. Se le conoce en la manera de combatir. ¿Quiere usted que le diga mi opinión con toda franqueza? Pues ya debemos soltar los andadores; más claro, ya no nos hace falta el arrimo de los montes navarros. Al llano, señores. A pasar pronto ese gran Ebro, famoso entre los ríos; a Miranda, o más seguro, a Ezcaray y Pradoluengo, para proveernos de paños, y caer de allí sobre Burgos como la maza de Fraga. Una vez en Burgos, las Potencias nos reconocen, y a Madrid con los faroles.»

Oyendo estas cosas, Fago meditaba mirando al suelo, y momentos después, mientras Ibarburu, infatigable charlador, pegaba la hebra con unos militares que entraron a refrescar, sintió un sueño intensísimo, como hombre que ya llevaba unas treinta horas sin dormir: arrimándose al ángulo en que se juntaban los asientos, apoyó la cabeza en la pared, y se quedó dormido con la boca abierta. Su sueño febril era como esos monólogos cerebrales en que ovillamos y desovillamos una idea; monólogo en el cual Fago se reconocía también estratégico, pues tenía el sentido geográfico, o de las distancias y diferencias de altura entre los terrenos. Sin haberlo estudiado, conocía la importancia y valor de los ríos y los montes, de las divisorias y sus puertos, que permiten comunicar una con otra cuenca. Y asociando con estas ideas teóricas su conocimiento práctico de di-

ferentes territorios, recorría mentalmente la Canal de Berdún, que conocía palmo a palmo; el puerto de Loarre, que separa las aguas del Gállego de las del Cinca, los valles de Hecho y Ansó en la montaña, y en tierra baja las Cinco Villas de Aragón, de reseco y quebrado suelo, surcado por ríos míseros en verano, y en invierno torrenciales. Al recargarse el sueño, se le confundían estas nociones geográficas con sus recuerdos del país vasco, los valles profundos del Urola, Deva y Oria, las eminencias de Elosua y Pagocheta, junto a Azpeitia, y en la vecindad de Oñate, las sierras de Elgueta y Aránzazu. Peñas y corrientes de agua rondaban por su cerebro, juntamente con subidas y bajadas, y mucho ir y venir de hombres presurosos... En esto le despertaron tirándole de los pies, y oyó toques de tambor y cornetas, ruido de marcha, gran rebullicio de gente.

Salió a la puerta del parador, restregándose los ojos. Era noche oscura, alumbrada por los fulgores siniestros de Peralta, que ardía por entero. Levantado el sitio del fuerte, por ser los urbanos y su jefe Iracheta muy duros de pelar, los facciosos anegaron el suelo soltando las cubas de vino en todas las bodegas, y se dirigieron presurosos a Villafranca, donde también había fuerte y urbanos. Desfilaban ordenadamente los batallones, cuando el clérigo triste salió al camino y se entregó a la corriente humana, marchando maquinalmente al paso de la tropa, sin preguntar adónde iba. Toda la noche anduvieron a regular paso, y al amanecer pasaban el Aragón por Marcilla. En este pueblo, tomando la mañana, topó Fago otra vez con su amigo Ibarburu, el capellán hablador, y por él supo que en Villafranca se esperaba una reñida pelea con la guarnición cristina. Se decía también que salía de Pamplona un cuerpo de ejército para provocar a Zumalacárregui a batalla campal en la Solana, al retirarse de la Ribera.

Dudó Fago si incorporarse al Cuartel real, que sólo estaba a dos leguas de aquel pueblo, o seguir perdido entre el ejército de Zumalacárregui. Aún no había visto al afamado guerrero, al organizador genial que de gavillas indisciplinadas hizo formidables batallones; al que con su extraordinaria pericia había tenido en jaque a las tropas de la reina, mandadas primero por Sarsfield, después por Quesada y últimamente por Rodil. En la mente del clérigo, la figura del héroe de aquella guerra se agigantaba de tal modo, que con su anhelo de verle de cerca y hablarle y oírle, se confundía el temor de que tan grande y gloriosa figura se le deslustrara al pasar de la ilusión a la verdad. En Villafranca quedó satisfecha su ardiente curiosidad, en la ocasión y forma que se verá después.

IV

Los urbanos o cívicos (que de entrambos modos se les llamaba) defensores de Villafranca, no eran menos templados que los del otro pueblo, y, como allá, se encastillaron en la iglesia, el único edificio sólido y fuerte de la villa, la cual parecía de barro y yesca, como la tierra circundante. Los carlistas situaron a la puerta del templo los dos únicos cañoncitos que llevaban, y batiéronla y se hicieron dueños de ella. Replegáronse los urbanos en la torre, de robusta construcción, y con ellos se encerraron sus hijos y mujeres. Debe advertirse que si en el vecindario dominaba la opinión facciosa, no eran pocos los cristinos furibundos; y enconadas las pasiones, el sexo femenino, con su locuaz vehemencia, exaltaba el ánimo de los hombres y les hacía sanguinarios y feroces. Al encastillarse con sus maridos en la torre, las urbanas, antes que por un móvil heroico, hacíanlo por miedo a las uñas y a las lenguas de las mujeres del otro bando.

Ganada la iglesia por los facciosos, resolvieron pegarle fuego. Los lugares sagrados, mediante una breve salvedad de conciencia, caen también dentro del fuero de guerra, y los militares atan y desatan al Demonio según les conviene. Hacinaron bancos, túmulos y confesonarios; metieron mucha paja, y poco después las imágenes se veían envueltas en humo que no era de incienso. Antes se había cuidado de poner a salvo las Sagradas Formas, que llevaron a la ermita de Santa Ana, sin que en ello prestara ayuda el bueno de Fago, el cual, atónito, presenciaba cosas tan extrañas y nunca vistas. Impávidos en la elevada torre, los cívicos hacían fuego certero desde el campanario; tenían municiones abundantes y los víveres precisos para resis-

tir; apuntaban bien, y mataban todo lo que podían. Vino la noche, y como el fuego de la iglesia no cundiese con rapidez, metieron los sitiadores más paja, atizaron de firme, y el altar mayor, que era un armatoste grandísimo y muy apropiado a la propagación del incendio, llevó las llamas a la techumbre. Por fuera, guedejas de humo negro y espesísimo coronaban el caballete, enroscándose, por causa del viento, en dirección opuesta a la torre, lo que daba algún respiro a los urbanos. Y el tiroteo no cesaba. La claridad del incendio permitió a los sitiados hacer puntería, y con las balas salían del campanario apóstrofes injuriosos y cuchufletas impropias de la gravedad de la contienda. Las mujeres chillaban más que los hombres.

Durante la noche ardió parte del tejado y el tramo superior de la escalera del campanario, la cual era exenta y se apoyaba en el caballete, quedando así incomunicados los cívicos y sus mujeres y chiquillos; mas no por eso menos decididos a defenderse a todo trance. Lo peor fué que el humo, penetrando en la torre por diferentes huecos, les molestaba más de lo que quisieran; a medianoche parlamentaron con los sitiadores por un ventanucho ojival, distante como doce varas del suelo, y reiterando el propósito de no rendirse, pidieron al general consintiese la salida de las mujeres y niños, que no merecían correr la triste suerte de los hombres. Oyó esta propuesta Zaratiegui, que al pie de la torre vino con tal objeto, y al punto fué a ver al jefe, alojado en la Rectoral, y que, según se dijo, estaba pasando una noche de perros, molestado por el mal de orina que aquejarle solía. Con la respuesta consoladora de que se salvase a las mujeres, volvió Zaratiegui al poco rato; pero como el fuego había devorado la escalera superior y los sitiados no tenían escalas ni cosa semejante, se discurrió suministrarles medios de salvamento. Toda la madrugada duró el trajín para reunir sogas y hacer con ellas y palitroques escalas de bastante resistencia para el objeto, y no hay que decir que esta operación fué como un paréntesis de esparcimiento y jovialidad en la crudelísima lucha. Fago ayudaba en aquella faena con gran celo y actividad, y sus manos encallecieron de tanto hacer nudos con ásperos cáñamos. El fué el primero que, encaramado en los hombros de un gastador, y valiéndose de una larga percha, alargó el rollo de cuerda para que lo cogiese la mano flaca, perteneciente a un enjuto y tiznado brazo, que se estiraba en la ventana ojival. Dueños ya de una soga, los sitiados subieron con ella las escalas y todo el aparejo necesario para el salvamento.

Habríale gustado a Fago encontrarse arriba para prestar su concurso en el dificilísimo y peligroso descendimiento; se le ocurrían advertencias de aparejador mañoso, y haciendo bocina con sus manos gritaba: «¿Tenéis un madero fuerte?... ¿No?... Pues asegurad la cuerda en el pivote de las campanas, no en la barandilla, que parece endeble... Sujetad a las mujeres con cuerdas por bajo de los sobacos, y retenedlas a medida que vayan bajando...» Prolongóse la tregua hasta la mañana para que tuvieran tiempo los sitiados de disponer lo conveniente, y los facciosos, luego que retiraron sus heridos y muertos, descansaban, confiados en que tras de las mujeres se descolgarían los hombres, rindiéndose a discreción. Era gran locura o necedad obstinarse en la resistencia, rodeados de llamas y humo, sin esperanza de que vinieran tropas de Pamplona a socorrerles. En esta confianza, no se curaban de atizar el fuego, que parecía encalmado después de medianoche por la quietud del aire. A lo largo del caballete corrían llamitas fantásticas, graciosas, en algunos puntos humorísticas, que hacían mil figuras, signos de un lenguaje luminoso, semejante al dulce platicar de los tizones de una chimenea. A ratos, avivada la lumbre por una racha de viento, alumbraba con siniestro resplandor la plaza y calles circundantes, enrojeciendo las fachadas de las viviendas y las caras de los soldados. El pueblo no dormía; todos los vecinos estaban en la calle, mirando a la torre, aún entera, erguida, arrogante en medio de tanta desolación, despertando el interés de los seres vivos, que tienen alma. Callaban sus campanas; pero todo en ella era rostro y muda expresión, que decía: yo vivo, yo pienso, yo padezco.

Al despuntar el día se intimó desde abajo que despacharan pronto, y comenzaron a reunirse gentes diversas en los sitios más próximos a la torre. Zaratiegui mandó que no se permitiera acercar-

se a las mujeres; pero éstas, en fuerte pelotón, gravitaron sobre la línea de soldados, y convencidos éstos de que *no se podía con ellas*, dejáronlas llegar adonde quisieron. Conviniendo mucho a la facción contemporizar con el vecindario de los pueblos adictos y aun halagar sus pasiones, se toleraba *a las mujeres de la Causa* todos los alborotos, chillidos y escandaleras que no perjudicasen a la moral del soldado; moral militar se entiende, que de la otra no tenía por qué cuidarse la Ordenanza. No bien empezó la operación de descolgar las hembras y criaturas, la muchedumbre no pudo contener su inquietud. Las mujeres de los urbanos no eran bien miradas en el pueblo. Rivalidades de familia, que la feroz política exacerbaba, produjeron escisiones, continuas querellas, habladurías. La *Fulana*, por ser *cívica*, había llegado a tener mal concepto entre sus convecinas. La *Zutana*, carlista furibunda, era motejada entre el bello sexo *urbano* del modo más cruel. Así es la política, en las aldeas como en las ciudades populosas. El día anterior, las hembras encerradas con sus maridos en la torre, mientras éstos hacían fuego, insultaban a las facciosas. «Ya sabes dónde te has puesto, bribona—les contestaban éstas, chillando desaforadamente—. Abajo eras carraca, y arriba campana. No voltees muchos, que puedes caerte...» Y como las bravatas de las urbanas terminaron pidiendo misericordia, y se les permitió el descenso, que era como concederles la vida, al comenzar el acto caritativo, las *señoras de la Causa* no pudieron contener su inquina, y allí fué el cantarles el *Trágala* y el ponerlas de oro y azul. Bajaron primero tres niños: los de arriba poníanles cuidadosamente en los últimos peldaños de la escala, y eran recogidos por soldados, que trepaban cuidadosamente para esta operación. El descenso se hacía paso a paso, presenciado con ansiedad por unos y otros. Llegaron a tierra felizmente los chiquillos, y fueron auxiliados al punto de ropa y comida, pues se hallaban ateridos y muertecitos de hambre. Al descender la primera urbana, la muchedumbre la saludó con aullidos de burla, por ser la que el día anterior con más desvergüenza injuriaba a las facciosas. «Anda, gran púa, saltamontes..., ya ves cómo te perdonamos... Merecías colgar ahorcada, y te descolgamos con vida...» La segunda, que era de libras, fué asegurada con una cuerda por debajo de los sobacos, y así la iban aguantando en el penoso descenso, por si acaso faltaba la escala. «Anda, anda, y no te tapes, descaradota. ¡Tapujos a h o r a, si cuando debías taparte no lo hiciste!... ¡Miren que salir ahora con vergüenzas!... ¿Vergüenza tú?»

En esto ocurrió un incidente que excitó más los ánimos, y en un tris estuvo que se malograse la difícil operación de salvamento. Un soldado llamado Díaz, natural de Lerín, mozo de mucha viveza y travesura, que ayudaba en el trajín de las escalas, se pasó de un brinco a la parte de tejado que aún se conservaba libre del fuego, y se aproximó al boquete de la destruída escalera de la torre, el cual los sitiados habían tapado malamente con cascote y maderas. Creyeron, sin duda, los urbanos que se trataba de atizar candela por el interior de la torre, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, ínterin descendían trabajosamente l a s hembras, hicieron fuego sobre Díaz, y le hirieron en la paletilla. No hay para qué decir que se armó gran tumulto, y que la falta o ligereza de los sitiados por poco la pagan con sus vidas las tres pobres mujeres que en aquel momento descendían, hallándose una a pocos pasos del suelo, otra a mitad del espacio, y la tercera arriba, tratando de afianzar sus pies para descender. Si no contienen a las mujeronas *de la Causa* que al pie de la torre chillaban, fácil hubiera sido que éstas rompieran la cuerda y que se estrellaran dos por lo menos de las tres infelices que estaban en el aire. La agitación era grande; el de Lerín bajó rápidamente con el hombro ensangrentado; las *cívicas* de la torre lloraban afligidas; las otras las insultaban: gritaban todos. Algunos querían matarlas, para castigar en ellas la increíble torpeza de los urbanos que así rompían la tregua, y respondían tan indignamente a la generosidad con que se les había concedido la vida de sus esposas. Se avisó al general en jefe, y pronto cundió entre la muchedumbre la voz: «¡Ya viene, ya viene!» Los soldados, a culatazo limpio, quisieron despejar, y se arremolinó el mujerío procaz; pero, al fin, donde menos parecía que pudiera abrirse un hueco, el hueco se abrió, y este hueco en la masa humana lo fué aumentando la tro-

pa por el procedimiento sencillísimo de arrear golpes a diestro y siniestro, sin reparar en pechos, espaldas ni barrigas, hasta formar como una plazoleta vacía de gente. Esto no bastaba, y continuaron rompiendo calle por entre el apretado gentío, hasta comunicar con la casa del cura, donde se alojaba el general de los ejércitos de Carlos V. Consta que el héroe, hallándose frente a la ventana de su habitación, ocupado en cosa tan vulgar como afeitarse, veía descender las hembras por la escala, y al oír el tiro y la algazara que se produjo, apresuró la operación barberil, en la que comúnmente perdía muy poco de su precioso tiempo, y todavía con algo de jabón pegado a las orejas, poniéndose la zamarra y abrochándose los cordones salió a la salita próxima, donde le aguardaban su ayudante Plaza, dos o tres notables del pueblo y el cura don Fabricio, que, aunque furibundo sectario de la legitimidad, no se consolaba del incendio y destrucción de su querida iglesia. Al entrar don Tomás, el reverendo, dando un puñetazo en la mesa y apretando los dientes, decía: «¡Guaidiós, que esas hi-de-porra, malas *chandras*, tienen la culpa de todo! Yo que usted, mi general, yo, Fabricio Gallipienzo, en vez de colgar esa carne podrida afuera, la habría colgado dentro de la santísima iglesia, cuando ardían los santísimos altares, para que se les ahumaran bien los tocinos.»

V

«Gracias a Dios — se dijo Fago — que voy a ver a ese portento, el caudillo de los soldados de la fe, el Macabeo redivivo.» Y poniéndose en el sitio que creía mejor, no quitaba los ojos del camino que debía traer el héroe, viniendo de la Rectoral. Rodeado, más bien seguido, de diversa gente militar, paisana y eclesiástica, apareció Zumalacárregui, andando con viveza, la boina azul de las comunes muy calada sobre el entrecejo, ceñidos los cordones de la zamarra, botas altas, en la mano un látigo. Le precedían dos perros de caza, blancos con lunares canelos, que olfateaban a los soldados y agradecían sus caricias. Era el general de aventajada estatura y regulares carnes, con un hombro más alto que otro. Por eso, y por su ligera inclinación hacia delante, efecto sin duda de un padecimiento renal, no era su cuerpo tan garboso como debiera. En él clavó sus ojos Fago, examinándole bien la cara, y al pronto se desilusionó enteramente, pues se lo figuraba de facciones duras, abultadas y terroríficas, con hermosura semejante a la de algunas imágenes de la clase de tropa, como los guerreros bíblicos Aarón, Sansón y Josué. Como en aquel tiempo no circulaban retratos de celebridades, bien se explica que Fago no tuviese conocimiento de la estampa real del caudillo, el cual era un tipo melancólico, adusto, cara de sufrimiento y meditación. La firmeza de su voluntad se revelaba más en el trato que a la simpre contemplación del rostro, y había que oírle expresar sus deseos, siempre en el tono de mandatos indiscutibles, para comprender su temple extraordinario de gobernador de hombres, de amasador de voluntades dentro del férreo puño de la suya.

Con tan intensa atención le miraba el bueno de Fago, que si en aquel punto dejase de verle, nunca más olvidaría el rostro enjuto y tostado, la nariz fina, bien cortada y picuda, el entrecejo melancólico, el bigote negro, que enlazaba con las patillas recortadas desde la oreja, el maxilar duro y bien marcado bajo la piel. Su voz era un tanto velada; el mirar grave, sin fiereza en aquel momento. Después de cambiar algunas palabras con Zaratiegui y otros que allí mandaban, llegóse a las urbanas, que acababan de poner el pie en tierra, y arreó a cada una un par de latigazos, diciéndoles iracundo: «Bribonas, por culpa vuestra perecerán esos desgraciados... Y ya veis cómo corresponden a mi generosidad. ¿Qué demonios hacíais vosotras en la torre, ni qué teníais que pintar arriba, condenadas? Y si yo mandase fusilar ahora mismo a la que no acreditara ser esposa, hija o hermana de algún urbano, ¿que diríais?, a ver, ¿qué diríais?» No decían nada las pobrecitas: tal era su terror. Y por contera del discurso, ¡zas!, otro par de latigazos a cada una, agraciando también a la que en aquel momento ponía el pie en tierra. Con aclamaciones y vítores acogió la multiud las palabras y el hecho del general, que por tales medios halagar quería las pasiones populares, movido de un fin político. En

aquella terrible guerra, más que ganar batallas, urgía sostener el tesón de la Causa, y esto no se lograba sino aboliendo en absoluto toda compasión delante de los sectarios; tratando con crueldad al enemigo fuerte, con menosprecio al débil, para que cundiese y se afianzase la idea de que el cristino era forzosamente, por naturaleza, un ser inferior, abyecto, indigno hasta de las consideraciones más elementales. Sólo así se formaba un partido viril, duro, resistente a toda adversidad. Para poder lanzar confiadamente las masas de hombres a combates desesperados, era forzoso encender en ellos sentimientos de implacable furor, los cuales debían tomar cebo y sustancia de los odios mujeriles. El genio de Zumalacárregui veía este resorte, por muchos inapreciable, del mecanismo de la guerra, y quería producir la ferocidad del varón con las pasioncillas villanas de la hembra. Azotó a las mujeres de los urbanos, no por gusto de maltratar inhumanamente a seres indefensos, sino por contener a las otras, a las furias chillonas de la Causa, que sostenían con su procacidad la exaltación populachera, fermento necesario en las guerras civiles.

No comprendiendo esta trastienda política el aturdigo Fago, al ver el bárbaro tratamiento que el general daba a las pobres mujeres, la indignación hizo vibrar todos sus nervios, y apretó los dientes, y se clavó los dedos de una mano en otra, movido de su natural corajudo, que se sobreponía en ocasiones como aquélla, sin poder remediarlo, a la mansedumbre propia del estado eclesiástico. Olvidado de la Orden que profesaba, de buena gana habría salido del ruedo, y acometiendo al orgulloso caudillo, le habría dado un par de morradas buenas, pero buenas, de las que él sabía y solía dar en sus tiempos de seglar levantisco y pendenciero. Pero ello no fué más que un fugaz estímulo, que logró dominar al punto, y para mejor apartar de sí ideas tan peligrosas en aquellos momentos, trató de alejarse y dar una vuelta solo por las inmediaciones del desgraciado pueblo. No lo hizo, porque cuando rompía trabajosamente por entre la multitud, oyó estas voces que le dejaron helado: «Ahora bajan a la última que quedaba..., Saloma..., la gallarda Saloma...»

Creyó que aquellas voces y aquel nombre habíanlo pronunciado todos los demonios del infierno, difundidos invisibles por los aires, y volvió a donde estaba, y oyó nueva algazara de mujeres chillonas..., y mirando para arriba vió un bulto: una mujer con la cara tapada... Dudoso estuvo entre huir campos afuera o quedarse para ver la hembra descolgada, a quien el pueblo, bullicioso, nombraba y denostaba al propio tiempo, juntando el nombre y los insultos. ¡Dios poderoso!, lo que sufrió el hombre en breves momentos no es para referirlo. Bajaron a la moza, y si cuando se aproximaba al suelo, descubierto ya su rostro, pudo creer por un instante que era la hija del infortunado Ulibarri, ál verla de cerca la reconoció como absolutamente distinta; aunque hermosa, como aquélla, no se le parecía ni en las facciones ni en el color del rostro. Vamos, que era otra Saloma. El hombre dió gracias a Dios con toda su alma, pues verdaderamente, si hubiera resultado la Saloma de su historia, dificilillo le habría sido contenerse viéndola de tal modo escarnecida e insultada.

El general se había vuelto a su alojamiento; el que mandaba la tropa al pie de la torre ordenó que no se hiciese daño a las pobres urbanas, y las familias de éstas, con la timidez natural de quien se siente minoría en el pueblo y se halla bajo la presión moral de masas irritadas y vencedoras, las auxiliaban con ropas y alimentos.

Mandaron despejar, y las urbanas y sus hijos retiráronse en compañía de algunos vecinos notados de cristinismo; las unas, absolutamente decaídas de espíritu, lloraban sin consuelo; las otras, bravas e iracundas, enronquecían de tanto gritar contra la facción y su insolente general, y todas creían perdidos a los bravos defensores de la torre si no se entregaban pronto y sin condiciones. Compadecido de aquellas infelices, Fago las siguió a través de las tortuosas calles, hasta que acamparon en los últimos corrales del pueblo o en medio de las eras, temerosas siempre de ser atropelladas. Pero no querían ausentarse de Villafranca sin conocer la suerte de sus infelices maridos, hermanos o lo que fuesen, que sobre esto había dudas. Tratando Fago de inquirir con buenos modos el verdadero parentesco de las azotadas heroínas con los héroes de la torre, entabló coloquio con la llamada Saloma, cuyas facciones no se hartaba de examinar para

cerciorarse de su desemejanza con las de la extraviada hija de Ulibarri, y ella, que desde los primeros momentos dió a conocer su desahogada condición, no tardó en franquearse con él en esta forma:

—Yo, señor, no soy mujer de naide, aunque no es por culpa mía, que bien quise y bien quisieron mis padres darme marido por la iglesia santísima. Huérfana quedé a los veinte años, y me engañó, ya digo, un tal *Sedaliz*, que en la faición está, malos truenos le confundan, y era alpargatero en mi pueblo, que llaman Borja, para servir a usted.

—Lo conozco—dijo Fago—, y sé que sus habitantes no son los menos brutos ni los menos nobles de Aragón.

—Dispénseme, señor: usted es de iglesia.

—Efectivamente: soy sacerdote.

—Se le conoce en lo aflegidico... Los hay de dos clases: los aflegidicos, que son buenos, y los de pelo en pecho, que mataban franceses en la otra guerra, y ahora salen contra los pobres *cuscos*... Pues, señor, si quiere que le diga lo que hay tocante a mí, lo primero, ya digo, es que después que me plantó *Sedaliz* en metad de la calle, dejándome con lo puesto, me amparó uno que le llamaban *Comecome*, de junto a la Huecha; mas como era casado, le dejé, ya digo, porque a honradez podrán ganarme, pero a conciencia no..., y me fuí a Zaragoza, donde hablé con un chicarrón de infantería de la Guardia Real, ya sabe, los primeros que vinieron hace dos años a sofocar la faición, lo cual no la sofocaron. Era el tal de junto a Tarazona, bueno como el pan; pero muy cuitadico, en fin, de *los que no encuentran agua en el Ebro*. Con su casaca abrochadica, el correaje en cruz y la gorra de pelo con la chapa, estaba como un sol. A los de la Guardia se les llamó entonces *guiris*, porque llevaban las tres letras, G., R., I., en la gorra y en la cartuchera, y *guiris* se les llama todavía. Pues, ya digo aquél y yo contábamos casarnos cuando acabara el servicio...; era un pedazo de animal como los ángeles... Pasó el cuerpo a Logroño, y yo detrás del Cuerpo... Mandaba el general Lorenzo... Siguió el Cuerpo a Navarra, al mando del general Rodil... Yo no podía menos de ir detrás del Cuerpo, donde tenía mi alma... ¡Ay!, ya digo, se me parte el corazón cuando lo cuento. En la aición de Artaza me le mataron..., ¡pobre mañó, rico mío! Le vi cadáver, arrimado a una peña, que parecía dormidico... Estuve mala de la desazón, y me acogieron unos vecinos de Abarzuza. No le puedo contar, porque es cosa larga, cómo vine a parar a Funes, orilla de este pueblo, donde hice conocimiento con Pascual Muruve, por mote *Mediagorra*, que es uno de los urbanos de más calzones que tiene usted en la torre, y allí se batirá hasta dar las boqueadas, porque, ya digo, es muy entero, y él sabe que por ser tan bravo hablo con él, que si no no hablaba.

A este punto llegaba la moza de su relación, cuando oyeron gran tiroteo y vieron aumentada la humareda que envolvía la iglesia.

—Padrico del alma—dijo una de las más afligidas, llamada Claudia, que era mujer legítima de un urbano—, lléguese a ver qué pasa...

—Por lo visto—replicó Fago—se han roto las hostilidades, y creo que los señores cívicos lo pasarán mal.

—Son tercos y morirán antes de rendirse—observó otra llorando, pero sin perder la entereza.

—Mosén, vea lo que hay y venga después a contárnoslo—indicó una tercera—. Si les dan cuartel deberían rendirse, que harto han luchado ya por la bandera urbana, y por la reina chiquitita. ¡Ay, Dios mío, qué será de ellos!

—Que Dios les dé fortaleza; que no se entreguen.

—Que vivan, aunque tengan que entregarse.

—No, no...; rendirse no. Cada uno mira por la honrilla... ¡Que viva el *Cuerpo!*

—Eso, eso... Lo primerico el *Cuerpo*.

—Que es el alma, como quien dice, el amor propio de uno..., de una también, porque lo que aquí sobra es patriotismo.

Pronto se enteró Fago de lo que ocurría, que era lo más sencillo, lo más conforme a la marcha natural de los acontecimientos. Salvadas las mujeres, se rompieron de nuevo las hostilidades con recrudecimiento de fiereza por una parte y otra. Hacia el mediodía preguntaron los urbanos si daban cuartel, y como les respondieran que no, siguieron apurando su defensa con débil esperanza de que por cansancio levantasen los facciosos el sitio y se largaran a expugnar otro pueblo. Pero lo que hicieron fué atizar más el fuego de la iglesia y abrir una comunicación directa de ésta con la torre para

que el humo envolviera completamente a los sitiados. La tarde fué para éstos angustiosa: el humo les ahogaba, y recalentada toda la fábrica, sentían que se les quemaban las plantas de los pies. Al anochecer, lograron los facciosos arrojar materia combustible en la parte baja de la torre. La mitad de los urbanos o habían muerto o estaban fuera de combate; los restantes aún hacían fuego desesperados, al amparo de las campanas, y de tiempo en tiempo gritaban: «Cuartel, cuartel»; pero de abajo respondían: «Discreción, y pronto, pronto.»

Con estas noticias, que Fago llevaba a la tribu de urbanas acampadas en las eras y corralizas del pueblo, las pobres mujeres no hacían más que llorar y lamentar su suerte. Esposas eran algunas, hermanas otras, arrimadas las menos: todas amaban en diferentes estilos. Tan pronto rezaban invocando a la Virgen y a los santos con fervor sincero, como arrojaban de sus bocas horrendas maldiciones contra la facción, contra su general, su rey y el demonio que los trajo al mundo. La gallarda Saloma decía: «¡Que no se rindan, contro!... Tú no te rindes, *Mediagorra*, ¿verdad que no te rindes, maño mío?»

VI

A medianoche, los urbanos que aún vivían, no pudiendo resistir más el calor que les abrasaba, medio locos de furia, de hambre y de sed, dejaron de hacer fuego. Lentamente descendieron por las escalas, tiznados, los ojos enrojecidos, manos y pies como carbón. Al llegar al suelo apenas podían tenerse en pie.

—Vamos, hombres—les dijeron—, por zoquetes os pasa esto. Ved aquí lo que habéis adelantado con vuestra terquedad.

—Qué..., ¡recontra! ¿Nos van a fusilar?—preguntó el más significado de ellos.

—Naturalmente—replicó el capitán, con toda la naturalidad del mundo en la entonación de la palabra—. Pues ¿qué queríais?... Vaya que os traigan un trago de vino.

—Chiquio—dijo uno, que era de Borja—, nos mandan al pocico.

—Qué..., ¿te pena?

—*Mía* que yo...

Aterrado se alejó Fago, y no sabía cómo dar la tremenda noticia a las mujeres. No se atrevió a decirles más que esta frase «Se han rendido... Ahora los de abajo les convidan a vino». Prorrumpieron en chillidos las mujeres, gritando: «Les dan la bebía; es la señal de afusilar.»

La má brava era siempre Saloma, que dijo: «*Mediagorra* no tiembla... ¿Qué ha de temblar si es de bronce?»

Desde medianoche empezaron las tropas a evacuar el pueblo. Salieron primero el 7.° y el 5.° de Navarra; luego los granaderos, el Cuartel general. Zaratiegui partió a las dos, y Eraso quedó el último. El vecindario no pudo entregarse al descanso, pues como se levantara viento, temieron que el fuego cundiera de la iglesia a las casas próximas y se quemase todo Villafranca. Ocupáronse con los soldados del 3.° y parte de los guías en cortar el incendio, y los del 1.° de Guipúzcoa ejecutaban la orden de vaciar las cubas de vino en las casas y bodegas de cristinos, resorte de guerra que se empleaba siempre en la Ribera, a fin de empobrecer al enemigo y aterrar a los labradores desafectos. Corría el líquido por las calles, mezclándose en algunos sitios con el rojo de la sangre, tan fácilmente derramada como si los cuerpos humanos fuesen odres que se vacían para volverlos a llenar.

Las urbanas quisieron reunirse a sus hombres. Aun ignoraban algunas de ellas si el suyo o los suyos habían perecido en la torre o estaban entre los vivos condenados a muerte. Corrieron hacia la plaza; pero el movimiento de la tropa que evacuaba el pueblo les cortaba el paso a cada instante, y en la oscuridad de la noche se separaron en diferentes grupos, se perdían, volvían a encontrarse para separarse de nuevo. Llamaban a los suyos: nadie las escuchaba. No faltaron gentes piadosas del otro bando que las auxiliaban y querían consolarlas. El incendio, medio extinguido ya, alumbraba muy poco; la noche era lóbrega; no soplaba viento; el humo pesaba sobre las angostas calles; el olor de madera quemada infestaba toda la villa; no se respiraba aire, sino ambiente de maldiciones mezcladas a un aliento insano, como transpiración de enfermo corrupto. Sin llegar adonde quería ir, porque los cordones de tropa se lo impedían, cada una de las urbanas iba por su lado, como en los viajes de pesadilla, revolviéndose por

las calles, siempre a oscuras, entre el vértigo de los soldados y paisanos que corrían de un lado para otro. Con Saloma y Claudio iba Fago decidido a consolarlas en su tribulación, y encontraron a otras dos, y los cincos se dirigieron por una callejuela que conducía a la ermita de San Bartolomé. Habían oído decir: «Por ahí los llevan», y corrieron tras el tumulto. No bien llegaban a unos treinta pasos de la ermita, un pelotón de soldados les cortó el paso. Detuviéronse ellas y él aterrados, sin resuello, con la corazonada de un inmenso duelo. Oyeron una exclamación salvaje, horrendo coro de seis, ocho o veinte voces (no se podía apreciar el número) que con desconcertados y roncos acentos gritaba: «¡Muera Carlos V!...» Siguió una descarga cerrada, varios disparos sueltos...; después un silencio lúgubre.

¡Pobres urbanos! ¡Así pagaban su tenaz constancia celtibérica! ¡Así se derrochaba el tesoro inmenso de la energía española! ¡Es verdadero milagro que después de tan imprudente despilfarro del caudal por uno y otro bando, todavía quedara mucho, y quedará siempre, y quede todavía!...

Pues, señor, Fago se encontró solo con Saloma. La Claudia había dado un salto y desaparecido en dirección del sitio de la hecatombe. Otra de ellas yacía desmayada en el suelo. Al oír la descarga, Saloma, a quien el capellán quiso tapar la boca para que no gritase alguna barbaridad que les comprometiera a todos, le mordió la mano, y tanto hincó los dientes, que al buen cura le quedó señal para mucho tiempo. Luego, dando un resoplido con ronca voz dijo: «Acábate, mundo, pa no ver esto!... ¡Ay, ay!...Padrico, lléveme a donde pueda gritar y desahogar todo este veneno de mi alma.»

El movimiento de la tropa, que regresaba del lugar del suplicio, obligóles a volverse por donde habían venido; pasaron junto a la plaza, donde no se respiraba más que humo fétido (porque en los últimos momentos del sitio de la torre habían quemado en el interior de ésta gran cantidad de pimentones, a fin de asfixiar más pronto a los sitiados); pasaron de largo a toda prisa; buscaban la salida del pueblo por el lado del río, y en el arrabal encontraron a otras dos urbanas que se arrancaban los pelos en el paroxismo de la desesperación, rodeadas de gentes compasivas que con palabras piadosas y dulces trataban de mitigar su pena. Sin detenerse más que breves momentos, Fago y Saloma siguieron adelante, pisando fango, resbalando sobre el suelo reblandecido, metiendo los pies en charcos inmundos. «Pisamos sangre humana», dijo el clérigo con terror. Y replicó Saloma: «No, mosén, que es vino. ¿No vió que soltaban las cubas?»

Llegado que hubieron a la salida de Villafranca, se desviaron de la dirección que llevaba la tropa, y Fago se plantó de pronto diciendo:

—Pero ¿adónde voy yo? Tengo que seguir al ejército hasta reunirme con el Cuartel real.

—¿Con ésos, va usted con ésos?

—Naturalmente... Son los míos.

—Pues los míos, ¡recontro!, son los otros—gritó la moza con ronca fiereza, agitando las manos tan cerca de la cara del cura, que éste creyó que le abofeteaba—. Los otros, sí..., y este *don Zamarra, general Meampucheros* me las tiene que pagar.

—No seas loca, que las mujeres nada tienen que hacer en estas guerras.

—¿Que no? ¿Que no somos guerreras nosotras? Ya lo verán—dijo con exaltación delirante—. ¡Muerto *Mediagorra!* Pues, ¡viva *Mediagorra*, vivan los hombres que saben morir con decencia! Soy de Borja, padrico. He mamado de la teta del Moncayo... No sé hablar más que con hombres valientes, ea... Si es usted *falso* (cobarde), buenas noches.

—Yo no soy *falso* ni valiente: soy sacerdote.

—Pues oiga: en Cadreita, dos leguas de aquí, hay un cura que ha levantado una partida liberal y mata faiciosos como moscas.

—*Vade retro.* Ese será un perdido.

—Un ganado... Si quiere, nos vamos allí.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? Soy capellán del Cuartel real.

—Buen provecho. *¡Mia* que rey ése!...

—Es rey, el monarca legítimo, Saloma, y todo lo demás es intriga y usurpación de los impíos masones de Madrid. Pero el Infierno no puede triunfar, aunque Dios le permita ventajas pasajeras para probar a los buenos.

—¿Los buenos son ésos, ésos, los de *don Zamarra?*—preguntó la baturra, picaresca, con toda la malicia y desver-

güenza del mundo en su bello rostro—. ¿Lo cree usted, padrico?

—Como ésta es noche. Creo en la legitimidad, creo en los derechos indiscutibles de don Carlos, creo que los ejércitos carlinos defienden al verdadero rey y al Dios verdadero.

—Y yo creo que es usted bobo. *Mia* que Dios... ¿Qué tiene que ver Dios con la guerra? ¿A Dios le puede gustar que haigan fusilado a *Mediagorra?*

Fago callaba, sin saber qué decir. Atravesaron solos un campo yermo, y halláronse sin saber cómo en el camino por donde marchaban las tropas. Un mozo de los que habían conocido a Fago en Falces se llegó al grupo, y extrañando ver al clérigo en tal compaña, le dijo:

—*Mosén Custodio,* no se deje engañar de ésa. La conozco, y sé que es muy perra.

Trabáronse de palabras y un poco de empujones la moza y el baturro, llevando la mejor parte Saloma, que le dijo:

—Anda allá, *falso...* ¿Tú quién eres? Un hambrón... Has venido aquí para comer, porque en tu casa no lo hay.

—Vete, vete pronto *a orilla de* los *guiris.*

—Sí que me voy. Y tú y *Zamarra...,* detrás de la boñiga del *legítimo.*

—A mucha honra.

—Y yo voy *onde* quiero. Con *bustedes* si me da la gana.

Agregáronse otros, y con jovialidades de dudoso gusto la incitaban a subir con ellos a una de las galeras.

—¡*Mia* que yo...! Voy a Cadreita, donde dejé mi *legítima...,* la burra, hombre... Allí me monto, y muera la faición.

—Anda, saltamontes, zanganota.

—Llévense al mosén, que está *arguelladico.*

Apareciόse de improviso el capellán Ibarburu, furioso contra los chicos, a los que amenazaba con su bastón, diciéndoles:

—Animales, os estoy buscando hace una hora. ¿En dónde tenéis el carro?

—Allí está, señor. Monte cuando guste.

Reparó Ibarburu en el bulto del capellán, y al pronto no le reconoció por estar encorvado, calladico y pasado de frío, hambre y tristeza.

—Sí, sí—respondió tímidamente—: Soy José Fago.

—Véngase conmigo, y por el camino comeremos un bocadito.

Al coger del brazo a su colega, Ibarburu reparó en Saloma.

—¿Qué pájara es ésta?—preguntó a los chicos.

Y como respondiesen que era *la del Mediagorra,* el capellán echó mano al bolsillo, y sacando una peseta se la dió a la baturra con estas compasivas palabras:

—Toma, hija, y vete con Dios... ¡Pobre Pascual! Mañana le aplicaré la misa.

Sin oír lo que Saloma agradecida le contestaba, dirigióse al vehículo, donde ya un chico de tropa le había puesto las alforjas y la maleta. Fago le siguió silencioso. La baturra se despidió airosamente de sus paisanos con breves palabras despreciativas:

—¡Arre, asolutos!

VII

—Vamos a Caparroso—dijo Ibarburu al ponerse en marcha la galera—: buen pueblo, totalmente adicto a la causa. El Cuartel real ya está allí, y seguirá mañana hacia Carcastillo... Qué, ¿se duerme usted, señor de Fago?

Por un rato intentó éste sobreponer su cortesía a su cansancio, sosteniendo con monosílabos la verbosidad del hablador Ibarburu; pero tanto pudo al fin el desmayo de su cuerpo y de su espíritu, que se durmió profundamente, obligando al otro a hacer lo mismo. El horrible zarandeo del carro por tan ásperos caminos no quebrantaba el profundo reposo de aquellos cuerpos, endurecidos ya en las continuas molestias y trabajos de la guerra. Diéronles en Caparroso alojamiento comodísimo en una casa de labradores, a la entrada del pueblo; y bien instalados en la cocina, que era la mejor pieza, ante un fuego de sarmientos, que chisporroteaban con alegre sonido, pasaron una mañana agradabilísima, y repararon uno y otro sus estómagos, que bien lo necesitaban, sobre todo el del aragonés, por causa de los prolongados ayunos que agravaban sus hondas tristezas. Pero aquel día, animado por el ejemplo de su colega, que quería vivir a todo trance, comió con tanta gana, que entre los dos despacharon medio cordero, asado a su vista, echándole encima porción cumplida de vino del país, fresco y confortante. Al fin

del almuerzo parecía Fago otro hombre, y hasta se volvió comunicativo, arrancándose a contar a Ibarburu diferentes hechos de su vida que a nadie había querido contar.

Siguieron la misma tarde de aquel día para Carcastillo, donde, de noche ya, les deparó la Providencia otra cocina con buena lumbre de sarmientos, el cazuelo de sopas, el cordero, el vinito y una gente obsequiosa y hospitalaria que se desvivía por agasajarles. Con los soldados que allí se alojaban, las mujeres de la casa y dos o tres viejas, rezaron el rosario, y echaron después un parrafito, todos con mucho sueño, acerca de la guerra y de las contingencias favorables que se barruntaban, asegurando Ibarburu que estaba *al caer* la presentación de muchos *peces gordos* del cristinismo, oficiales de artillería e ingenieros, y tal vez, tal vez más de cuatro generales de los más calificados. Con esto empezaron a roncar los de tropa, acomodándose en el suelo entre mantas; las viejas siguieron rezando para que Dios hiciese bueno todo aquello que el capellán decía; y mientras los chiquillos apuraban el contenido de los platos, y los dos michos de la casa y el mastín afanaban lo que podían, los dos clérigos se fueron a la alcoba de los patrones, que obsequiosamente se la habían cedido, y durmieron como príncipes.

Al día siguiente pudo Fago reunirse con el señor consejero de Castilla, don Blas Arespacochaga, de quien era capellán, y le explicó las razones de haberse extraviado en el camino, quedándose en la retaguardia del ejército, sin maleta y sin caballo. Recobradas una y otro, tanto él como Ibarburu dieron betún a sus botas, rasparon hasta donde era posible las cascarrias de sus balandranes, se asearon un poco y se fueron tan ternes al cercano monasterio de bernardos de Oliva, con objeto de besar la mano a la majestad de Carlos V, que allí tenía su alojamiento. En la Sala Capitular, rodeado de frailes, estaba el rey, por cierto con menos ceremonia y tiesura de la que al absolutismo parecía corresponder, y a todos los que entraban y le hacían la reverencia les agraciaba con una sonrisita bonachona, en la cual era más fácil distinguir al pretendiente que al soberano. Hicieron los dos clérigos puntualmente todo lo que mandaba la etiqueta, mostrándose Ibarburu extremadamente flexible de espinazo; y después de reparar el estómago con bizcochitos y vasos de vino que en el refectorio ofrecían los bernardos, se volvieron a Carcastillo con descansado andar, charlando en tonos de la mayor confianza. En aquel paseo hizo Fago al otro clérigo confidencias tan interesantes que es forzoso reproducirlas punto por punto.

—Pues que es irresistible en mí el anhelo de manifestar todo lo que siento y todo lo que discurro, ¿qué mejor ocasión que la presente, teniendo al lado al que como amigo y como sacerdote puede escucharme? Esto será confidencia amistosa, y al propio tiempo efusión de conciencia. Luego que usted sepa lo que anda por dentro de este desgraciado, podrá aconsejarme y dirigirme con buen criterio. Creo que no hay que repetir los antecedentes.

—No; recuerdo muy bien lo que usted me contó en Caparroso, su vida licenciosa de seglar. Era usted un libertino: el Demonio le tenía entre sus uñas, y no había pecado mortal que usted no cometiese... Perfectamente: el robo de Saloma, su desaparición..., todo lo recuerdo bien. Después vino el arrepentimiento. Dios quiso recobrar el alma perdida... El Demonio entregó su presa... Muy bien. Se hizo usted sacerdote, y el estudio y la oración fortificaron su alma, eliminando de ella hasta las últimas heces del pecado y los vicios... Perfectamente.

—Y recordará usted también el suceso terrible de mi encuentro con Ulibarri...

—Sí, sí... Mandáronle a usted auxiliar a un reo de muerte y... ¡conflicto extrañísimo y altamente patético! Dios le puso frente al hombre que había ofendido..., ¡y en qué situación uno y otro! Reo él, usted confesor. ¡Sorprendente caso de conciencia! ¡Cómo se ve la mano de Dios!... Adelante. Comprendo la sacudida, la intensísima emoción que usted sufriría... Sin el favor del Cielo, habría usted perdido la razón, amigo mío.

—Así lo creo. No me he vuelto loco, por especial favor de Dios, que en aquella ocasión terrible, como en otras de mi vida, ha mirado por este siervo indigno.

—Perfectamente. Cuénteme usted lo demás, pues lo que sigue al entierro del alcalde de Miranda me es desconocido.

—Lo que ha seguido es simplemente un estado de conciencia y de pensamiento que me tiene en grandísima zozobra.

—¿Conciencia?... ¡Hola, hola!

—Aguarde usted... Yo no había visto nunca de cerca la guerra. Me ha impresionado profundamente.

—Inspirándole repulsión, tristeza, lástima de las innumerables víctimas...

—No, señor; eso me ocurrió el primer día; después, no. Ante todo, quiero que me dé usted su opinión sobre un punto que creo elemental, y que desde anoche me sugiere angustiosas dudas. Yo pregunto: ¿Dios autoriza las guerras? ¿Dios puede tomar partido por uno de los combatientes, amparándole contra el otro, o abomina por igual de todos los que derraman sangre humana?

—Amigo mío, Dios ha de mirar mejor a los que defienden sus derechos.

—¡Los derechos de Dios! ¿Qué es eso?

—Hombre, la Fe... Me parece que esto es claro. Quiero decir que entre dos que luchan, Dios ensalzará al que le adora, y hundirá al que le escarnece. Paréceme que de esto hay elocuentes ejemplos en la Historia sagrada y profana.

—No acabo de convencerme, señor mío... Dios ha dicho: «No matar».

—Sí; pero distingamos: salen dos grupos de hombres, uno que defiende la verdad y la justicia, otro que patrocina el error y el pecado. Cruzan las espadas. Dios ha dicho «No matéis»; pero...

—Pero ¿qué?

—Digo que es forzoso impedir, *como se pueda*, que el mal impere sobre la tierra.

—Y esto sólo se consigue matando.

—Justo.

—Luego las guerras pueden tener su lado humano y su lado divino, y hay o puede haber ejército de Dios y del Diablo.

—¿Qué duda tiene?

—Bueno; pues admitido que Dios autoriza el matar, surge nueva duda en mí, que me confunde y anonada. Se me ocurre que el *exequatur* de Dios, o sea su permiso para que nos matemos, se concreta exclusivamente a los actos de agresión que constituyen el combatir propiamente dicho. En la lucha, muy santo y muy bueno que haya muertes, pues de otro modo no habría lucha, ni victoria del bien sobre el mal. Lo que no me ha entrado todavía en la cabeza es que Dios consienta el matar frío y carnicero, como sacrificio de reses, por las llamadas leyes de guerra, bien con el fin de asegurar la disciplina, bien con el de aterrorizar al enemigo y quitarle auxiliares o medios de comunicación. ¿Me explico?

—La guerra no puede ser eficaz de otra manera, amigo mío. Si no admitimos el eclipse total de la benignidad y compasión por motivos de disciplina, o de organismo militar, no hay victoria posible, y el matar, que es un mal, sería interminable, y la paz, el supremo bien, no se restablecería nunca. Las crueldades que vemos un día y otro son actos de política, absolutamente necesarios.

—¿Y hay política de Dios, como hay guerra de Dios?

—¡Oh!, seguramente.

—Y admitido que, para resolver el tremendo litigio entre la verdad y el error, no hay más remedio que armar soldados y efectuar con ellos todo lo que manda el arte de la guerra, hemos de admitir necesariamente los duros castigos, las represalias, etcétera, etcétera.

—Luego ¿todo el organismo bélico, con la matanza del enemigo, el burlarle con engaños, la continua destrucción de vidas y haciendas, el castigo de inocentes conforme a la política militar, la guerra, en fin, puede ser y es en algunos casos de Dios?

—Así lo creo, y en conciencia lo afirmo.

—Muy bien: opinión tan resuelta me tranquiliza sobre el punto capital; pero aún andan rondándome el espíritu ciertas dudas. Vamos a ver. Yo pregunto: este ejército que defiende la causa de Carlos Quinto contra la causa de la hija de Fernando Séptimo, ¿podemos y debemos considerarlo como verdadera milicia cristiana? Me parece bastante dar este nombre a lo que antes llamábamos *ejército de Dios*.

—Hombre, no sé cómo abriga usted tales dudas. Supongo que habrá estudiado el caso histórico. Un sacerdote no debe tener escrúpulos en lo tocante a los derechos augustos de la legitimidad, ni vacilar tampoco en la creencia de que don Carlos es la religión, la virtud, la moral, el bien de los pueblos.

—Contra el mal, contra la impiedad y el libertinaje: estamos conformes. Por consiguiente, si ésta es milicia cristiana, la otra es milicia impía, verdadero ejército del Demonio o de todos los demonios. ¡Si no lo pongo en duda!... Quería yo que usted confirmase esta opinión con su autoridad. Yo dudé, tenía mis escrúpulos: deseaba que el dictamen de un hombre de estudio los disipara. Ya no dudo, ya

sé a qué atenerme: puedo manifestarle sin rebozo ese estado singularísimo de mi espíritu de que antes le hablé.

Apenas llegaban a las primeras casas de Carcastillo vieron movimiento de tropas. No tardaron en informarse de que pronto saldrían el ejército y el Cuartel real en dirección a Sangüesa, por lo que se dieron prisa a entrar en su alojamiento y a disponer la marcha.

VIII

No sin dificultad pudo Ibarburu conseguir un mulo y una yegua, y caballeros los dos fueron juntos y en agradable conversación por todo el camino; mas Fago no tocó el tema que había quedado pendiente, pues tales cosas, según dijo, no eran para tratadas a la ligera, galopando entre el bullicio de la tropa en marcha. En Sangüesa fueron alojados, juntamente con el brigadier La Torre y el auditor Lázaro, en una de las mejores casas de la población, y por la noche, después de cenar en buena compañía, con señoras y todo (a las cuales La Torre, hombre de refinado trato social, entretuvo con donaires del mejor gusto), se les destinó una alcoba con tres camas para ellos dos y el auditor, no siendo posible mejor acomodo, porque la ciudad le venía muy chica a ejército tan grande. Decididos a esperar el sueño de su compañero de cuarto para charlar a gusto, tuvieron la suerte de que el señor Lázaro, apenas puso la cabeza en la almohada, rompiera en ronquidos profundos. Al son de esta música, que más era molestia que estorbo, hizo Fago a su amigo la confesión siguiente:

—Ha de saber usted que desde que ando entre soldados, mejor dicho, desde que vi al general Zumalacárregui, se me ha metido en el alma un ardentísimo deseo de tomar las armas.

—¡Hola, hola!...

—De lo que he luchado en mi conciencia para combatir este sentimiento guerrero, que me parecía inspiración del Demonio, no puede usted tener idea. Porque lo que siento, créame usted, es una furia, un frenesí impulsivo, y al propio tiempo un profundo desprecio de la vida de mis semejantes, sobre todo si son del bando o facción contraria a nuestras ideas. Y como conceptúo que este sentimiento se da de trompicones con la mansedumbre, cualidad primera del sacerdote, de aquí mi confusión, mi terror, más bien, viendo perdida en un instante la serenidad conquistada por mi pobre alma en tres años de oración y quietud, de comercio intelectual y moral con varones sapientísimos y virtuosos... Yo había conseguido la paz de mi alma, y ahora me siento, ¡ay de mí!, abrasado en loca ambición, ansioso de que mi nombre suene en todos los oídos, ávido de imponer mi voluntad, y de satisfacer un diabólico prurito de acción, de acción, señor Ibarburu, que me abrasa las entrañas y enciende llamaradas en mi cerebro. ¿Qué es esto? ¿Es que el Demonio me vuelve a coger entre sus garras?

—Poco a poco, amigo mío; no se exalte usted y estudiemos el asunto—dijo Ibarburu un tanto inquieto—. Bien podría ser que eso no fuese cosa del Demonio.

—Pues de Dios no es..., ¡oh!, de Dios no—exclamó Fago, levantándose para estirar su cuerpo entumecido.

—No podemos afirmarlo tan pronto.

—¿Cree usted que es de Dios?

—No sé... Examinémoslo... Puede ser de Dios... ¿Por qué teme que no lo sea? ¿Por la Orden sagrada que le obliga...?

—A la modestia, a la pasividad, a la obediencia, a la humildad, a la vida oscura, al amor de los semejantes, sin distinción alguna.

—Distingamos, amigo Fago.

—No, no distingo. Si soy guerrero, si Dios lo quiere así, no puedo ser sacerdote, no quiere Dios que lo sea, me autoriza para dejar de serlo... Resultará que me equivoqué, amigo Ibarburu; que una falsa vocación, producida por debilidad mental, por pesadumbres, por cansancio, no sé por qué, extravió mi espíritu. Lo diré más claro: yo sospecho ahora que todo esto, como cosa postiza y mal pegada, se descompone, dejando al descubierto el antiguo ser, el hombre pendenciero, el bravo, el que jamás conoció el miedo... Porque ha de saber usted, y no lo digo por alabarme, que no había nadie capaz de medirse en arrogancia con José Fago.

—¿Fué usted militar?

—No, señor; pero tenía todos los instintos militares, la rapidez de la acción en las aventuras, el golpe de vista audacísimo, el desprecio de todo obstáculo, la

resistencia física, la persistencia en mis fines, la energía indomable para imponer mi voluntad. Y en el fondo de todo eso, una gran rectitud moral, un sentimiento profundísimo del bien, que interpretaba a mi manera.

—Y ¿cómo, señor mío—preguntó Ibarburu con asombro—, pasó usted de ese estado a otro tan diferente?

—Fijándome en ello, veo ahora que la diferencia no es tan grande. Al entrar en la vida eclesiástica, aun entrando por equivocación, yo llevaba los elementos de mi ser antiguo; yo ambicionaba la lucha por la Fe, el martirio, la predicación a infieles, las misiones... No es tan diferente, señor Ibarburu, no es tan diferente... Resultó que no encontré terreno apropiado a mis anhelos... Sin saber cómo, en vez de las glorias eclesiásticas, fuí a parar a la política cristiana, y de la política cristiana a la guerra de Dios...

—Explíqueme usted otra cosa—dijo Ibarburu, lleno de dudas y buscando la lógica en las fluctuaciones del carácter de aquel extraño sujeto—. En presencia de la horrible tragedia de Ulibarri, ¿no sintió usted que se le desgarraba el alma; no sintió espanto de la guerra y piedad inmensa del inocente sacrificado?

—Sí, señor: sentí desgarrado mi corazón, porque yo había ofendido a Ulibarri, porque éste era un hombre honrado y bueno, porque me habían llevado a su presencia para que le perdonase los pecados, y él era, él, quien debía perdonarme a mí los míos. Por eso se conturbó mi alma horrorosamente.

—Y después, al enterrarle, ¿no derramó usted lágrimas amargas, ofrenda de piedad al muerto, y a Dios, que nos enseñó las obras de misericordia?

—Sí, señor; lloré, y lloré con el alma, porque yo había ofendido a don Adrián... Su desastroso fin me anonadaba. Parecíame que era yo quien le había matado.

—Y en aquellos angustiosos minutos, ¿empezó usted a sentirse guerrero?

—Todavía no. En Falces, en Peralta, yo no sé lo que deseaba. El ardiente anhelo de tomar las armas estalló furibundo cuando vi por primera vez de mi vida al general Zumalacárregui, en el momento aquel de bajar de la torre las mujeres de los urbanos.

—¿Cuando las azotó?

—Cuando las azotó... No, no; antes, en el momento de verle aproximarse, látigo en mano.

—Explíqueme usted por qué la presencia del grande hombre del absolutismo, del realismo, mejor dicho, despertó tan súbitamente en usted ese anhelo.

—En mí son frecuentes las explosiones de un sentimiento..., ¿lo llamaré virtud, lo llamaré defecto? No sé cómo llamarlo. Lo mismo puede ser una cosa que otra. ¿Sabe usted lo que es? La emulación. Yo soy un hombre que en presencia de cualquier individuo que en algo se distinga, siento un irresistible empeño de sobrepujarle y hacer más que él.

—Cualidad es ésa, amigo mío, que puede conducir a la gloria, o a grandes desastres y miserias... Ya comprendo. Vió usted al general, y se dijo: «Todo lo que tú has hecho lo habría hecho yo. Aquí hay un hombre que se siente con bríos para eclipsar tus empresas.»

—Exactamente.

—Antes de pasar adelante, dígame usted: al abrazar el estado eclesiástico, guiado, como ha dicho, por una vocación más o menos verdadera, ¿sintió usted también el estímulo de sobreponerse a las personas religiosas?

—No he visto personas religiosas que despertaran en mí esa emulación. Ya ve usted que digo todo lo que pienso con absoluta sinceridad... Yo sentía, sí, anhelo de igualarme a los santos.

—¿A los santos? Brava ambición, a fe mía.

—Pero no he hallado atmósfera donde pudiera fomentarla. He conocido sacerdotes ejemplarísimos, sí; pero me ha parecido tan fácil igualarles y aun superarles, que la emulación apenas se ha manifestado en mí, y no he sentido por ello la menor inquietud... Pero si no he encontrado atmósfera de santidad, sencillamente porque no la hay, he encontrado atmósfera guerrera y política. La historia viva, tan patética y hermosa; la presencia de un hombre que rebasa la línea de la multitud, me han trastornado. Aquí, en el seno de esta dulce confianza que entre los dos se ha establecido, hablando con el amigo, con el confesor, yo me despojo de todo artificio de falsa modestia para decir: «Lo que ha hecho Zumalacárregui, lo habría hecho yo tan bien como él..., y si me apuran, diré que mejor.» Mi carácter ha sido siempre de una

franqueza escandalosa. No oculto nada de lo que siento.

—Señor mío—dijo Ibarburu, con un granito de sal irónica—, hace usted bien en manifestar tan sin artificio sus pensamientos. Ahora, vengan los hechos a demostrarnos que usted no se equivoca.

—La realidad, la maldita realidad—afirmó el otro clérigo con pena—, siempre se compone de modo que mis ideas resulten burladas. Llegué tarde a la santidad; llego tarde a la guerra. Otro ha hecho lo que yo habría podido y sabido hacer. Crea usted que esto de organizar tropas, convirtiendo en batallones aguerridos las bandas de campesinos indisciplinados, es en mí un instinto poderoso que vengo alentando desde la tierna infancia. La obra de este hombre, hermosa en alto grado, paréceme que es obra mía, y que mi espíritu se ha introducido en él para inspirarle sus resoluciones... No se ría usted, que esto no es cosa de broma. Digo todo lo que siento... Pues bien: yo llego tarde al terreno de los hechos. ¿Qué puedo esperar? Que me pongan en filas, que me den el mando de una compañía...

—Ciertamente: por algo se empieza; y si su valor y pericia responden a esos alientos, podrá usted prestar eminentes servicios a la causa sacratísima de la Religión y del rey.

—¡Ay amigo mío—replicó Fago con desaliento—, como digo lo uno digo lo otro! O sirvo para todo, o no sirvo para nada... Dudo que en una situación subalterna pudiera prestar servicios eficaces... Entendámonos: digo que lo dudo; no niego en absoluto que pueda prestarlos... Sea lo que quiera, he llegado tarde a la guerra, como llegué fuera de tiempo a la santidad.

—¡Quién lo sabe! En una y otra esfera, no hay linderos para el hombre de gran corazón, de inteligencia poderosa.

—Los hay, sí, señor, y la emulación queda reducida a un anhelo impotente, horrible suplicio del alma... Puesto que todo se ha de decir, sepa usted que toda mi vida he sentido en mí la conciencia estratégica, la apreciación de las distancias, de las alturas, del obstáculo que ofrecen los ríos... Yo conocía que en mi espíritu se formaba un arte, una ciencia; pero no se me presentó nunca la ocasión de aplicarla... Ahora, ¿de qué me sirve sentir intensamente la geografía militar..., y le advierto a usted que conozco la de este país palmo a palmo, porque si no guerrero he sido cazador, y allá se va lo uno con lo otro..., de qué me sirve, digo, sentir la distribución, marcha y colocación de tropas sobre el terreno, y saber calcular, al menos yo me lo creo así, un ajuste perfecto entre el tiempo y la acción?... Si he de manifestar todo, todo lo que me bulle por dentro, sin falsa modestia, diré que hoy veo el desarrollo de la guerra, paso a paso; y puesto yo en el lugar de Zumalacárregui, me sería muy fácil llevar triunfantes las banderas de Carlos Quinto a la orilla derecha del Ebro, ganar Burgos y Zaragoza, y plantarme en Madrid, terminando la campaña en cuatro meses.

—¡Oh, no crea usted que me parece un disparate!—dijo Ibarburu, frotándose los soñolientos ojos—. Yo no me siento como usted capaz de tan grande hazaña; pero de que puede y debe realizarse no tengo duda.

—¿La realizará este buen señor?

Fatigado ya de tanta conversación, y contemplando con envidia el sueño beatífico del auditor, Ibarburu no respondió sino con monosílabos pronunciados en bostezos: «¿No le parece a usted, amigo Fago, que debemos echarnos a dormir y dejar para mejor ocasión eso de si vamos o no vamos triunfantes a Madrid... la semana que viene?»

Dicho esto, empezó a desnudarse, mientras el otro, sin ganas de dormir, se paseaba por el largo aposento, con las manos a la espalda. Temeroso de haberle lastimado con la última expresión, un tanto burlona, agregó Ibarburu palabras afectuosas:

—Mañana trataremos de que se presente usted al general y hable largamente con él. Conviene que don Tomás le conozca... Es hombre muy perspicaz, ¡oh!..., gran catador de caracteres... Escóndase el mérito todo lo que quiera, ¡ah!..., yo le respondo a usted de que ése lo descubre..., y es más, yo le respondo a usted de que lo utiliza.

—¿Le trata usted?

—¿Al general? Hombre, ¿cómo no? Y me distingue mucho. Yo he venido a la guerra con Iturralde. Soy, pues, más antiguo aquí que el general mismo. Respondo de que será usted bien recibido.

—Pero yo—murmuró Fago con sencillez infantil—, yo, pobre de mí, ¿qué le voy a decir?

—¡Hombre de Dios! —replicó el otro, agazapándose en las sábanas—. Modestísimo estáis.

—Dígame una cosa antes de dormirse. Y usted, tanto tiempo en la guerra, capellán de Iturralde, capellán de Eraso, capellán de Gómez, ¿no se ha sentido alguna vez, con el contacto diario de esos nobles guerreros, no se ha sentido... pues...?

—¿Belicoso?—dijo Ibarburu, anticipándose a la expresión completa del pensamiento—. No, amigo mío. No sirvo para eso. Ayudo a la causa en mi humilde esfera eclesiástica, y jamás he pensado en las glorias de Marte. No quiero tampoco achicarme, ni diré con falsa modestia que no sirvo para nada. Es más: le imito a usted en su noble sinceridad, y digo a boca llena que he prestado y presto servicios de la mayor importancia. Yo he desempeñado misiones arriesgadísimas; yo he redactado manifiestos; yo he sostenido correspondencia con prelados, juntas de España y el extranjero, y cuando llega un apuro de personal, yo arrimo el hombro a la Intendencia..., que lo diga el que ronca..., yo no me desdeño de echar una mano a Sanidad... Y añada usted el diario, el continuo servicio de implorar al Todopoderoso para que incline siempre de nuestro lado la suerte de las armas... Que no lo consiguen todo las balas, amigo mío; que algo y algos, y mucho y remucho hacen las oraciones. ¿No cree usted lo mismo?

—¿Se permite contestar con absoluta sinceridad?

—Hombre, sí.

—Pues, tratándose de los éxitos de la guerra, más fe tengo en las balas que en las oraciones. ¿Es herejía?

—Herejía, no... Y puede que lo sea; porque pone usted en duda la excelsa sabiduría y el supremo criterio con que el Altísimo decide las querellas de los hombres, haciendo prevalecer a los buenos sobre los malos.

—Bueno; pues concedo. No riñamos por eso.

—Y en prueba de concordia sobre este punto importantísimo, recemos, amigo Fago, recemos; no sólo para pedir a Dios perdón de nuestras culpas, sino para que nos conceda...

—Un poco de artillería, que es lo que más falta nos hace—declaró Fago, terminando jovialmente el concepto.

—Diga usted que es lo único que nos hace falta. Que nos den cañones.... y me río yo del paso del Ebro... En fin, recemos.

Rezaron un buen cuarto de hora, y luego Ibarburu, disponiéndose a dormir, rebozada la cabeza en la sábana, por no tener gorro con que defenderla del frío, se despidió de su amigo con estas palabras:

—¿Y a mí se me permite hablar con sinceridad, sin el artificio de la falsa modestia, diciendo, a estilo de Fago, todo, todito lo que pienso?

—Claro que se permite... Es más: se prohibe en absoluto la hipocresía; quedan abolidos los remilgos del disimulo.

—Pues Ceferino Ibarburu no se ruboriza de afirmar que se conceptúa necesario en el ejército del rey legítimo, y que está plenamente convencido de que, el día del triunfo, sus servicios no pueden ser, en justicia, recompensados con menos que con una mitra.

Ya no dijo más, y se quedó dormido. «¡Una mitra! —pensó Fago, paseándose—. Este será obispo, y yo... nada.» Sorprendiéronle en vela las primeras luces del día.

IX

De Sangüesa marcharon los carlistas con su rey a Lumbier, y sin detenerse aquí más que algunas horas, continuaron en dirección a Aoiz. Temiendo que fuerzas considerables mandadas de Pamplona le cortaran el paso de Zubiri, apresuró Zumalacárregui su marcha, corriéndose por el norte de la capital, en busca de su habitual base de operaciones, las fragosidades de Andía y Urbasa. El único hecho militar de importancia, en los días de esta atrevida marcha, fué el combate, desgraciado para los carlistas, entre la columna de Macho y la división del general cristino Linares: ocurrió muy a la derecha del ejército de Zumalacárregui, en la Foz de Aispuri, cerca de la frontera de Aragón. Las ventajas obtenidas en aquellos días por don Carlos consistieron en la presentación de bastantes oficiales del ejército nacional, perseguidos o postergados por sus opiniones realistas, descollando, entre estas valiosas adquisiciones, la del artillero don Vicente Reina, a quien recibieron

como enviado del Cielo. Sólo tres cañones de montaña tenía Zumalacárregui, y como no era fácil quitarle piezas al enemigo, ni menos traerlas del extranjero, daba vueltas en su fecundo magín a la idea de construirlas en el país. A principios de aquel año había sorprendido la fábrica de municiones de Orbaiceta, apoderándose de gran cantidad de proyectiles, que mandó enterrar en diferentes puntos de los enmarañados montes. Lo primero que hizo Reina fué examinar uno por uno aquellos depósitos, y conocidos el calibre de las bombas y granadas, Zumalacárregui propuso al oficial y a un químico navarro, llamado Balda, que le fundieran dos obuses.

Por este tiempo, y hallándose el Cuartel real y el ejército en el valle de Araquil, tuvo Fago ocasión de tratar a Gómez, que mandaba dos batallones; mozo despierto y valentísimo, a quien, andando el tiempo, había de hacer famoso la audaz expedición o correría que en la Historia lleva su nombre. Por un cambalache de caballos entraron en relaciones, y comieron juntos y merendaron más de una vez. Era Gómez franco y decidor; Fago, taciturno; por esta diferencia quizá simpatizaron. Una noche le mandó llamar a su alojamiento para decirle que, sabedor el general de sus aficiones belicosas, por más que de ellas no hiciera alarde, deseaba verle. A la mañana siguiente le designó sitio y hora el ayudante Plaza, y, en efecto, a punto de las diez entraba el clérigo en la casa del cura, donde el guerrero famoso se alojaba. Una horita de antesala tuvo que aguantarse, porque estaban de conferencia el artillero Reina, el químico Balda y dos señorones del Cuartel real. Al fin, pasó mi hombre, y fué recibido por Zumalacárregui con severa cortesía, tan distante de la familiaridad como de la rigidez orgullosa. Mandóle sentar, le pidió permiso para repasar unos papeles, y después, mirándole fijamente, con aquella atención penetrante que era en él habitual, le dijo:

—Amigos de usted me han informado de sus aficiones a la guerra. Déjeme usted ser franco y decirle que los curas armados me gustan poco.

—Y a mí menos, mi general.

—Algunos he tenido muy bravos; pero no los quiero, no los quiero. El soldado es el soldado, y el cura, el cura: cada cual en su profesión... El soldado combatiendo sirve a Dios, y el cura rezando sirve al rey. ¿No le parece a usted?

—Si, señor.

—A los que se me han presentado con ganas de pelea, y a los que estaban con Iturralde cuando yo me hice cargo del mando, les he puesto en filas. Unos se han cansado y se han ido; otros, muy pocos, continúan y son soldados excelentes. Pero no les dejo capitanear partidas volantes, porque tengo para mí que nos afea la Causa el espectáculo de Cristo con un par de pistolas.

—Lo que dice vuecencia me parece muy atinado—declaró Fago con fría conformidad—. Pero si así piensa, sírvase decirme para qué me ha llamado.

—Tenga usted paciencia—contestó Zumalacárregui, atravesándole otra vez con su mirada como con una aguja—. Si es muy vivo el entusiasmo de usted por la Causa, como me han dicho, quizá encuentre yo medios de utilizar las cualidades que sin duda tiene. El señor Arespacochaga me ha dicho que abrazó usted el estado eclesiástico como arrepentimiento y corrección de una vida disipada.

—Es verdad.

—¿Es usted navarro?

—No, señor: soy aragonés, de la Canal de Berdún.

—¿Conoce bien su país?

—En mi país y en todo el territorio de las Cinco Villas no hay rincón que no me sea tan familiar como mi propia casa. La Ribera de Navarra también me la sé palmo a palmo, y la merindad de Sangüesa lo mismo. Del resto de Navarra, que he recorrido como cazador o paseante en mis tiempos de mozo, y de la parte de Guipúzcoa, donde he vivido últimamente, sólo diré que montes y ríos me conocen a mí.

Zumalacárregui le observó un rato sin decir nada. Era hombre que oía más que hablaba, y que no gustaba de palabras ociosas.

—Sin el conocimiento práctico del terreno—dijo después de una pausa—no se puede ser buen militar. Y, según mis noticias, usted, que ha corrido tanto por estos vericuetos, debe de conocer a los hombres tanto o más que a los ríos y montañas... Señor Fago, yo podría encargarle a usted de una comisión, que no es muy militar que digamos; comisión poco gloriosa, poco brillante, pero que, en las circunstancias presentes, des-

empeñada con diligencia y sagacidad, nos resolvería un gran problema... Y se me figura que usted sabría prestar este servicio al rey con el sigilo y la prontitud que el caso requiere... Fíjese usted. No se trata de ninguna empresa heroica, sino de un trabajo modesto, para el cual se necesita paciencia, astucia, honradez, amor a la Causa, y... valor; también se necesita valor, porque la cosa tiene sus peligros.

—Dígamelo pronto, mi general—replicó Fago, que se abrasaba en impaciencia.

—Pues verá usted: poseemos gran cantidad de proyectiles, de los que cogimos en Orbaiceta; pero nos faltan cañones... Si yo tuviera un par de obuses no se reirían de mí la guarniciones de las villas de Navarra. Y ¿cómo me las compongo para adquirir esas dos piezas? Se me ha ocurrido hacerlas. Reina y Balda me han dicho ayer, y hoy me lo han repetido, que si les doy metal, fundirán los obuses en la ferrería de Labayén. ¿Pero de dónde saco yo el metal?

—Lo mismo digo: el metal ¿dónde está? Habrá que extraerlo de las entrañas de la tierra.

—No, señor: hay que sacarlo de las entrañas de las cocinas y comedores de todas las casas de Navarra y Aragón, y el buscarlo y traérmelo es la misión que se me ha ocurrido encargar a usted.

—Comprendido, mi general. Vuecencia quiere que yo haga una colecta de cacerolas, badilas, almireces, aros de herradas, chocolateras, velones, braseros, y demás objetos de cobre.

—En cantidad considerable—indicó don Tomás sin mirarle, trazando con la pluma una rápida cuenta sobre el papel que delante tenía—, porque..., señor mío, no me contento ya con los dos obuses, y haré dos piezas de batalla de a ocho, y quizá cuatro..., vamos, seis. Crea usted que si conseguimos esto, la campaña tomará otro giro... ¿Qué tiene usted que decir?

—Que se necesitan..., no puedo calcularlo..., pero creo que no hay bastantes badilas y almireces en Navarra y Aragón para esa obra, mi general.

—¿Pues no ha de haber?

—¿Y ese material, entendámonos, se compra, se pide... o se toma?

—Tráigamelo usted, y arréglese como pueda para obtenerlo. La habilidad del comisionado consiste en reunir metales con el menos gasto posible. En los pueblos adictos hallará usted muchas familias que ofrezcan su chocolatera para fundir los cañones de la monarquía legítima; otras, menos fervorosas, darán ese adminículo por poco dinero, y habrá también quien lo niegue... Al que lo niegue, se le quita, respetando siempre los conventos y casas de religión... En fin, que la Causa necesita artillería, y el país debe proporcionar los medios de fabricarla. El sacrificio no es grande. Que sustituyan, durante algún tiempo, el cobre con el barro. ¿Qué más da?

—Admiro—dijo Fago con profundo respeto—la energía de vuecencia, la fecundidad de su mente y la firmísima voluntad que aplica a cosas al parecer nimias para llegar a la realización de grandes fines. Lo que yo siento es no poder prestarle el servicio que me propone, no por falta de buenos deseos, sino porque no me reconozco con aptitudes para eso que..., no sé si es tráfico de quincallero o postulación de mendicante..., o algo que requiere mañas parecidas a las de los gitanos.

—Es un servicio de guerra como otro cualquiera; servicio que requiere destreza, habilidad y valor, porque si usted consigue reunir, como es mi deseo, grandes cantidades de metal en las Cinco Villas, y me las trae, fíjese bien, franqueando los caminos carretiles, donde es muy fácil encontrar columnas cristinas, necesitará desplegar cualidades militares que no son comunes. Le daré a usted alguna fuerza.

—¿Cuántos hombres?—preguntó Fago con inmenso interés.

—A ver... Dígalo usted... Le advierto que necesito el metal pronto, y que le señalo a usted ocho días, a lo sumo, para traerme los quinientos quintales.

—Pues ponga vuecencia a mi disposición una columna de doscientos hombres.

—¡Doscientos hombres! Es mucho—dijo Zumalacárregui sin mirarle, liando un cigarrillo—. No me vaya usted a salir con una partidita volante que moleste a los pueblos de Aragón sin gran ventaja para la Causa. En aquel terreno, figúrese usted lo que tardarían en merendársela los cristinos... ¡Doscientos hombres!... ¿Y para qué? Para saquear las cocinas de los pueblos... No me conviene, no. Convénzase usted de que ésta

no es campaña de guerrillas, sino de ejércitos: las guerrillas pasaron, señor mío; hicieron su papel en la guerra de la Independencia y en las trifulcas del veinte al veintitrés; pero todo eso está mandado recoger. Los llamados partidarios no llevarán a su majestad a Madrid.

—Mi general—dijo Fago con vivísima intensidad en la expresión de su deseo—, déme vuecencia los doscientos hombres, y antes de ocho días pongo en Labayén mil quintales de metal a disposición del señor Reina, que ya puede ir preparando los hornos. Las operaciones que en esos ocho días realice yo dentro del territorio de las Cinco Villas exclusivamente serán de mi responsabilidad. Quedo obligado por mi honor a presentarme a vuecencia con los doscientos hombres, o con los que me queden, y vuecencia decidirá si sigo o no sigo.

Zumalacárregui le miró como se mira a un loco. Comprendiendo Fago el sentido de aquella mirada, se levantó para coger el sombrero, y se despidió en esta forma:

—Mi general, dispénseme. En la mirada de vuecencia he conocido que le parece disparate lo que le propongo. Con seguridad hallará vuecencia persona más apta que yo para ese servicio de reunir trastos de cobre. Y como no quiero que por mí pierda el general su precioso tiempo, le pido su venia para retirarme.

Púsose en pie Zumalacárregui, y con movimiento pausado y noble, sin perder ni un instante su gravedad, le quitó el sombrero de las manos, diciéndole:

—No tenga usted tanta prisa, que aún no hemos acabado. Siéntese usted.

Algo había visto en el carácter del aragonés que le agradaba, o que, por lo menos, despertaba en alto grado su interés y curiosidad. Quería, pues, penetrar en el antro de resoluciones atrevidas y pensamientos tenaces que, sin duda, existían detrás de aquella cara de vigorosas líneas, de aquella frente pálida, de aquellos ojos ya fulgurantes, ya mortecinos, como escritura cifrada que necesita clave para su interpretación.

—No le doy a usted los doscientos hombres—dijo don Tomás poniéndole la mano en el hombro—. Le daré doce nada más, con los cuales tendrá fuerza bastante para otra comisión que voy a proponerle.

X

Entró un ayudante con despachos que debían de ser urgentes, porque el general se aplicó a leerlos con avidez, y la conferencia fué interrumpida.

—Si vuecencia necesita despachar o quiere recibir a alguien—le dijo el clérigo—en la antesala aguardaré hasta que se me ordene.

—Sí, hágame el favor.

Retiróse Fago a la sala próxima, donde esperaban dos hombres del pueblo y algunos militares. No vió ninguna cara conocida, de lo que se alegró, pues no tenía gana de andar en saludos ni de entrar en conversación. En su aburrimiento se puso a contemplar el adorno de imágenes y estampas de la sala, el cual era tan variado como edificante: un Niño Jesús bien vestidito, un San Joaquín con faldas ahuecadas, y entre ellos, una laminota de barcos de guerra peleándose. Corderillos bordados y un retrato de caballero con peluquín y chorreras, y en la mano una carta doblada en pico, completaban el ornato. Extremada era la limpieza de todo, y el piso, de tablas desiguales enceradas, ostentaba un lustre excepcional de días de fiesta. Cuando más solo se creía Fago, sorprendióle el cura, dueño de la casa y patrón del general, llegándose a saludarle con la confianza natural entre colegas. Era un hombre de mediana edad, pequeñín, torcido de cuerpo, de cara feísima, boca jimiosa y risueña, y ojos ratoniles.

—¡Pero este señor general qué poco se cuida de su salud!—dijo de buenas a primeras—. Pidió la comida para las doce, y son ya las dos... Ayer fué lo mismo: en conferencias y visitas se pasó la tarde, y a las seis le servimos el puchero. No gusta de hacer esperar a nadie. Todo el mundo por delante, y él el último.

—Pone toda su atención en los asuntos de la guerra—indicó Fago, disimulando sus pocas ganas de palique—, y no se acuerda de las necesidades corporales: es todo espíritu y su descanso es un continuo trabajar.

—Dios le conserve ese talentazo y esa actividad prodigiosa. Lo mismo se inquieta de las cosas grandes que de las pequeñas. Pero en la guerra, digo yo, no hay nada insignificante. De cualquier fu-

tesa depende el éxito; cualquier descuido trae un desastre; en la última piedrecilla tropieza y cae un ejército.

—Es la pura verdad—dijo Fago, teniendo por discreto al cura, que a primera vista le había parecido tonto—. Un general como éste, que sabe su obligación y mide sus responsabilidades, duerme en la almohada sus pensamientos, y come en la mesa sus afanes.

El clérigo torcido y feo se frotó las manos; rasgó su boca en una larga sonrisa, señal de que variaba bruscamente de conversación, y dijo estas palabras, no exentas de malicia.

—¿Conque ya tenemos en campaña a su señor tío de usted, el gran *pastor navarro?*

—No comprendo lo que usted dice, señor cura.

—Que ya tenemos de general en jefe de los cristinos y virrey de Navarra a su tío de usted, don Francisco Espoz y Mina. ¡Si ya lo sabe todo el mundo!

—Menos yo, que también ignoraba que fuese sobrino de don Francisco.

—Entonces nos confundimos... ¡Oh!, dispénseme...—dijo el curita, estrechándole las manos—. Le tomé a usted por Aquilino, el cura de Elizondo, sobrino carnal de Mina, digo, de su primera mujer. Vaya, que se le parece usted en la color morena, en el ceño adusto y en el metal de voz sobre todo. ¿Conque no? Por muchos años. Yo me alegro: porque, francamente, como tenemos en contra al gran guerrillero, y hemos de cachifollarlo todo lo que podamos, celebro infinito que no sea usted su pariente. Pues yo, al entrar, le vi a usted y me dije: «¡Hola!, aquí tenemos al curita de Elizondo, enviado por su tío para parlamentar...» ¡Si hasta se ha dicho que Mina se nos venía a casa! Yo no lo creo. Pero, francamente, al ver al cura de Elizondo..., que luego resultó no ser el cura de Elizondo..., pensé: «Tratos tenemos y recaditos. Mina es astuto, éste más. Puede que se entiendan y unidos los dos nos traigan en cuatro días el triunfo del Altar y el Trono.» Yo discurría con buena lógica..., porque la cosa es clara... Usted en Elizondo, a dos pasos de la frontera, por acá; Mina en Cambo, a dos pasos de la frontera, por allá. «Nada, nada—pensé yo—: el sobrino se ha puesto al habla con el tío, y ahora trae el recado, y luego vuelta a Cambo con la contestación...» Digan lo que quieran, es usted el retrato de Aquilino Errazu, y el general, cuando le vea, le dirá...

—El general ya me ha visto y no me ha dicho nada de eso.

Con la palabra en la boca se quedó el cura. Fago fué introducido nuevamente de orden de don Tomás, y éste le dijo, permaneciendo los dos en pie:

—Le doy a usted doce hombres, que escogerá a su gusto, y con ellos se me encarga de una comisión para la cual se necesita arrojo, astucia y actividad extraordinarias. Dígame ante todo: ¿conoce usted bien los senderos de Vizcaya en el límite con Guipúzcoa?

—Los senderos que no conozca los aprenderé al instante.

—Tiene usted que ir a la costa, entre Motrico y Ondárroa. Cerca de esta villa, en un playazo, hay un cañón de hierro, excelente, de a doce, abandonado por el gobierno cristino. Va usted, lo coge y me lo trae. Cómo se las ha de componer para transportar esa mole, usted verá. Escogeremos soldados que sepan de carpintería, pues será preciso hacer un carro. Piense usted y determine el camino que ha de seguir para transportar esa carga burlando a las autoridades cristinas y evitando que la noticia se divulgue. El cañón quiero que esté en Alsasua dentro de seis días. Hoy sale usted de aquí con los doce hombres y ocho onzas para los gastos que se ocasionen. Creo que bastará, aun suponiendo que sea menester emplear parejas de bueyes y pagar algunos jornales. Calculo yo que mis paisanos ayudarán todo lo que puedan sin interés alguno.

Presentado el asunto con tanta sencillez, el general aguardó un ratito la respuesta de Fago, que mirando al suelo parecía meditar en las dificultades de la empresa.

—¿Qué—preguntó Zumalacárregui impaciente y algo desdeñoso—. ¿Cree usted que la cosa es difícil, imposible?

—Nada hay imposible—afirmó el otro afrontando la mirada del héroe—. Si esto fuera fácil, creo que vuecencia no me lo encargaría a mí. Traeré el cañón. Me parece poco seis días.

—Pues sean ocho. Hoy es miércoles. Del martes al jueves próximos estaremos en la sierra de Urbasa. Villarreal se adelantará a la ermita de San Adrián para esperar a usted. Sobre los medios

que ha de emplear para el transporte nada le digo, y lo fío todo a su ingenio, audacia y buena disposición. Construirán ustedes un carro...

—Mejor será una narria...

—Es verdad, narria..., y aprovechando estas noches larguísimas... ¿Qué luna tenemos?

—Ayer ha sido el menguante.

—Mejor... Nos conviene la mayor oscuridad. Tenga usted presente que corre el riesgo de encontrar las columnas cristinas de Carratalá, de Jáuregui o de Espartero. En cambio, puede favorecerle la columna nuestra que manda Eraso. Pero le advierto que se ve obligada a operar constantemente, y que tan pronto está en Vizcaya como en Guipúzcoa. Procure usted indagar sus movimientos y aproximarse a ella... Y por último, no necesito encarecer a usted el sigilo, aun aquí mismo. Nadie tiene que enterarse de esto, y los doce hombres que le acompañen no deben saberlo hasta que estén en camino. Sin vacilar, escójalos usted guipuzcoanos.

—He pensado lo mismo... En este momento se me ocurre una idea.

—Dígala usted pronto.

—Me basta con ocho hombres.

—Perfectamente..., y guipuzcoanos los ocho, conocedores del terreno. Hay dos de mi pueblo que son capaces de subir a lo alto del monte Aizgorri la torre de la iglesia.

—¿Cuándo salgo?

—Esta tarde, Plaza le arreglará a usted todo... Y no hay más que hablar. Hasta el lunes o martes.

—Mi general..., hasta la vuelta.

—Y si me demuestra, con el buen cumplimiento de esta comisión, que aciertan los que ven en usted un hombre de grandes aptitudes para la guerra..., ya hablaremos.

—Ya hablaremos—repitió Fago, estrechándole la mano.

Pero por el pronto ya no se habló más, pues ni uno ni otro eran inclinados a la verbosidad. No salió, no, sin que le asaltara en la habitación próxima el dueño de la casa, oficiosamente expresivo, y con ardientes picazones de curiosidad. Algún trabajo le costó al aragonés sacudirse aquella mosca y salir a escape hacia su alojamiento. Allí se vió obligado a despistar a Ibarburu, endilgando todas las mentiras que requería la diplomacia, arte en contradicción con la rigidez del Decálogo, y no pensó más que en prepararse para la expedición. Poco después del anochecer salió con los ocho hombres; dejaron en la aldea próxima los unos su traje militar, el otro sus arreos eclesiásticos, vistiéndose de aldeanos vascos, y calzando peales, y a la calladita franquearon la alta sierra para descender al valle donde nace el Oria, por las inmediaciones de Cegama. Eran los expedicionarios gente decidida, honrada hasta la inocencia, fuertes, incansables, buenos como los ángeles, en tiempo de paz; en la guerra, dotados de un valor flemático y de una pasividad fatalista, que les hacía de hierro para atacar, de peña para resistir. Dispuso el capellán que se dividiera la cuadrilla en tres grupos para mejor disimulo, y les marcó los sitios y fechas en que debían tomar un descanso de pocas horas; les encargó que evitaran el paso por las poblaciones, deslizándose por las afueras de Villarreal y Azpeitia, y ganando la boca del río Urola para seguir luego por la costa hasta las inmediaciones de Motrico, adonde llegarían al amanecer del viernes. Los que Fago dejó consigo eran dos hermosos ejemplares de raza vasca: el uno impetuoso y jovial, de cuarenta años, carpintero, natural de Azcoitia; el otro, fuerte y membrudo como un oso, de mucha andadura y pocas palabras, era del mismo Ondárroa. Se le había encargado poner al jefe de la expedición en contacto con dos individuos de aquel pueblo, para quienes llevaba una carta redactada en forma convencional.

Cumplióse con toda exactitud el plan de ida, y reunidos, con diferencia de pocas horas, en el punto designado, encamináronse juntos a Ondárroa por la costa, pues allí no era necesaria tanta precaución. Todo el viernes lo empleó Fago en hacerse cargo de la pieza que los hermanos Ciquiroa le mostraron, y en labrar una sólida narria, para lo cual se les facilitó lo preciso en un taller de carpinteros de ribera: tres de la partida se destacaron a Motrico para contratar parejas de bueyes, que debían esperar a medianoche en el camino de Garagarza, y la salida de Ondárroa se verificó con yuntas de la localidad, al amparo de personas adictas, tan desinteresadas como discretas. Serían las diez de la noche cuando el cañón fué movido y arrastrado por

aquellos arenales, y después por caminos duros, no sin que hubiera que vencer, a trechos, obstáculos y pendientes. Pero la fuerza hercúlea de los ocho expedicionarios y la serena dirección de su jefe, ayudado por los que en la salida arrimaban el hombro al bronce de la Causa, salvaron las dificultades, adiestrándose para las mayores que en el resto del camino habían de sobrevenir.

XI

Hombre previsor, y que no fiaba al acaso la ejecución de su plan, Fago enviaba por delante a dos o tres de sus hombres para que buscasen bueyes y los tuviesen preparados en sitios convenientes. Había que resolver el problema de salvar la divisoria entre el Deva y el Urola, evitando el paso por los caminos reales, donde era fácil encontrar tropas cristinas de las divisiones de Jáuregui o Carratalá. Y ningún auxilio debían esperar de la columna de Eraso, que, según les dijeron, había tenido que replegarse a Eibar, y de aquí a Durango, acosada por Espartero. Mas sin acobardarse por este desamparo, y esperándolo todo de la Providencia divina, franquearon sin accidentes insuperables las enormes pendientes del monte San Isidro, arrastrando el cañón con cuatro parejas por un difícil y áspero sendero. A cada paso tenían que apartar piedras y troncos, o desatascar la narria, o vencer obstáculos que la desigualdad del camino les ofrecía; trabajo de cíclopes que sólo pueden acometer y consumar la ruda perseverancia, la inquebrantable adhesión a una causa más religiosa que política, cualidades asistidas de un vigor muscular a toda prueba. Todo esto lo tenían aquellos hombres, almas encendidas en ingenuo fanatismo, cuerpos atléticos. Eran niños en el sentir, gigantes en el hacer; cuando parecían extenuados, de su cansancio sacaban nuevos bríos.

Dificilísima fué la ascensión a San Isidro; penoso el descenso hacia Urralegui, en la noche oscura, rodeados de una densa neblina, que al amanecer se hizo de tal manera espesa que no sabían por dónde andaban. Sólo encontraron algunos carboneros. El resplandor de una ferrería en el fondo del valle, muy conocida de algunos expedicionarios que habían trabajado en ella, les sirvió de guía para orientarse, llegaron contentos y orgullosos a las inmediaciones de Azcoitia, y se ocultaron en la espesura del bosque para tomar descanso durante el día y estudiar el paso del Urola, que sería de gran dificultad si andaban por allí tropas cristinas. Mandó Fago cinco hombres hacia la venta de Elosua, a reconocer el puente próximo, tantear a la gente del país y procurarse las parejas necesarias para continuar a la noche siguiente. Uno que era de Azpeitia se encargó de acercarse a su pueblo para ver si había tropas, y con los otros dos se quedó sólo el jefe, custodiando el cañón en sitio bastante cerrado de monte. *Chomin* llamaban a uno de ellos, y era de Eibar, hábil herrero y un poco maquinista; mocetón fornido, de corazón infantil y mollera tan dura como el hierro que sabía trabajar. El otro, de armazón ciclópea, superaba en corpulencia y vigor a todos los de la partida; levantaba pesos inverosímiles, y la barra usual de hierro era para él un juguete. Por lo demás, un pedazo de pan como carácter. Llamábanle *Gorría*, y era del señorío de Lazcano. Durmieron los tres como unas dos horas, y luego comieron de lo que *Chomin* traía en su morral: pan duro, que reblandecían en el agua de un manantial próximo, y queso áspero de Cegama. *Gorría*, que servía en la Causa desde los principios de la guerra, contó a Fago cómo había sustituído Zumalacárregui a Iturralde en el mando de Navarra; las cuestiones entre la Junta y el primitivo cabecilla; cómo el gran don Tomás organizó con tenaz energía su ejército, enseñando a los campesinos tiradores el oficio de soldados, inculcándoles la disciplina y haciéndoles bravos, serenos, obedientes. Contaban esto los guipuzcoanos en lenguaje tan sencillo como incorrecto, pues hablaban detestablemente el castellano, y el aragonés lo oía con tristeza, pues todo aquello grande y práctico con que había ilustrado su nombre don Tomás lo habría hecho él si le dieran ocasión de ello. *Gorría* le contó el gran suceso de Arguijas, y luego lo de Salvatierra, con la derrota de Doyle. Aseguró que si pudieran hacerse con algunas piezas de artillería, la Causa estaba ganada, y se merendarían a Mina, que ya se preparaba a darles batalla, y venía muy fanfarrón. Dijo Fago que Mina era muy querido en Navarra

y la conocía palmo a palmo; pero que no podría con Zumalacárregui si éste tomaba buenas posiciones y le esperaba tranquilo. Más guerrillero que general, y enfermo y viejo, no había caído Mina en la cuenta de que los tiempos eran otros; no en vano pasan veinte años de política sobre los pueblos. El ejército real no valía menos, como tal ejército, que los mejores de Napoleón, con la ventaja sobre éstos de *estar en casa*, en un país enteramente adicto, donde todo le favorecía: la Naturaleza y las personas. Los cristinos venían a ser como extranjeros: nadie les quería, pocos les ayudaban. Tenían que llevar consigo las armas y el pan, y fortificarse en todo punto donde ponían su planta. Por último, entonaron los tres un himno de alabanza de la sublime artillería, y juraron afrontar no sólo lo difícil, sino lo imposible, hasta llevarle a don Tomás la pieza de Ondárroa, cuyos formidables disparos se imaginaban ellos semejantes al retumbar de mil truenos.

—Y si don Tomás — añadió el capellán—sabe escoger el mejor terreno; si atrae a Mina o a Córdoba a una batalla en regla, mucho será que no os apoderéis de cuatro o seis piezas de campaña, con las cuales yo..., digo él, pasaría el Ebro por Cenicero, dirigiéndonos como un rayo a Ezcaray, para seguir luego sobre Burgos, y... Pero dejemos venir los acontecimientos, que de fijo vendrán tal y como yo os los anticipo.

El descanso de los tres hombres fué turbado por uno de los compañeros, que se les presentó jadeante, y les dijo:

—En el camino de Elosua, los cristinos...; muchos, muchos...; caballería grande... Detenerse para ración... Pasar hacen por aquí bajo, hacia Azcoitia, pues.

De los otros compañeros vinieron luego dos confirmando la noticia. Los otros tres habían pasado el río, subiendo a las alturas de Pagocheta en busca de yuntas de bueyes. Dispuso Fago internar más el cañón en el bosque, pues sólo se hallaban a un tiro de fusil del camino real que en lo hondo del valle serpenteaba. Echaron todos sus formidables manos, y tomado el tiento a la pesada mole lograron moverla monte arriba como unas veinte varas, poniéndola en un sitio más escondido, al amparo de las ruinas de una cabaña de carboneros... A poco de esto les sobresaltó un tiroteo lejano, señal de que alguna partida suelta molestaba a los cristinos desde las alturas de Elosua; fueron hacia allá, dejando el cañón custodiado por la Providencia divina, en la cual confiaban todos, y a la media hora de presuroso caminar divisaron a lo lejos algunos hombres que iban a buen paso en dirección contraria al Urola, como hacia Placencia. Ordenó Fago que los más ligeros de piernas corrieran a su alcance y les ordenaran detenerse de orden de Zumalacárregui. Eran escopeteros de la partida de Bidaurre: *Chomin* les conocía; corrió el primero; tras él fué Arizmendi, natural de Eibar, y pronto se pusieron unos y otros al habla. Por los de la partida supo el capellán que la columna cristina que se racionaba en Elosua era la de Carratalá. Reconociéndose todos al punto como defensores de la Causa, en pocas palabras expuso Fago a los guerrilleros el objeto de su expedición, añadiendo que el general, al encargarle de transportar la pieza de artillería, habíale asegurado que las partidas volantes que operaban en combinación con la columna de Eraso le ayudarían en cualquier aprieto que pudiera ocurrirle. Un poco tardíos en hacerse cargo de la situación, los partidarios vacilaban; pero tal autoridad supo mostrar el aragonés y con tan elocuente energía les habló, que se convencieron, prestándose a cuanto exigiera el servicio de la causa. *Gorría, Chomin* y los demás, hablando con los otros en vascuence, establecieron la más franca cordialidad. El principal de la partida les dijo:

—Y ¿qué tenemos que hacer?... ¿Defender la pieza por si quieren quitárnosla?

—No—replicó Fago—. Si quisieran quitárnosla, sería imposible defenderla. Lo que tenemos que hacer es impedir que la descubran; ocultarnos todos cuidadosamente, sin hacer el menor ruido, y una vez que la retaguardia cristina avance y nos deje el río libre, echar entre todos mano al cañón y pasarlo por el puente de Elosua. Si por acaso los cristinos dejan alguna fuerza en el puente, embestirla sin miedo, acuchillarla, y adelante. Pasado el cañón a la otra orilla, no nos faltarán parejas con que llevarlo esta noche a Urrestilla y franquear luego el monte Murumendi.

Aprobado este plan, Fago mandó apartarse más hacia Occidente, dejando una guardia que vigilase el movimiento de los cristinos. Los de la partida eran once bien armados, con municiones abundantes; los otros, seis: diecisiete hombres en junto, de gran fortaleza y decisión. Contaron los escopeteros que Bidaurre les había mandado tirotear a Carratalá desde el monte, molestándole sin darle tiempo a la defensa, y que con rápida marcha se corrieran luego hacia Azcoitia para repetir la propia operación desde las alturas del puerto de Azcárate. El resto de la fuerza andaba por las cercanías de Azpeitia.

No se habían internado gran trecho en la espesura, cuando sintieron los clarines de la caballería cristina que avanzaba. Los vigías que habían dejado en las peñas que dominan a Elosua avisaron que aún quedaban allí gran número de fusileros en acecho, ocupando las alturas más accesibles. Toda su autoridad hubo de desplegar Fago para contener a los de la partida, que nada menos pretendían que cazar *como erbías* (liebres) a los soldados cristinos. Hízose por fin lo que la prudencia y el buen gobierno de la situación aconsejaban. Echáronse todos en tierra, con la orden de no hablar, evitando la repercusión de sonidos en la sierra fragorosa, y así permanecieron hasta que la gradual lejanía del rumor militar les anunció que la columna enemiga había pasado río abajo. Decidió entonces Fago aprovechar el tiempo, y dirigiéndose hacia donde había dejado el cañón, ordenó que entre todos, utilizando el repuesto de sogas que llevaban, tirarán de él para bajarlo al puente. Diecisiete hombres de poderosa musculatura bien podían desarrollar la fuerza de tiro de dos parejas; o, por lo menos, había que intentarlo hasta conseguirlo o reventar, pues se recibió la noticia de que tras aquella columna venía otra, que había salido de Villarreal al mediodía; su paso por el sitio de peligro sería dentro de hora y media o dos horas lo más. ¿Qué remedio había más que acelerar el transporte de la narria a la otra orilla, so pena de no poder hacerlo hasta muy tarde de la noche, o de correr el gravísimo riesgo de caer todos, cañón y hombres, en poder de los cristinos? Ánimo y adelante.

Los diecisiete hombres, los treinta y cuatro brazos tiraron, obteniendo la unidad del esfuerzo con el grito rítmico de la gente de mar, y el pesado armatoste resbaló por el suelo, suave en algunos sitios alfombrados de grama, áspero en otros. Pero tal energía desplegaban, tan extraordinario poder desarrollaron los brazos de aquellos hombres, excitándose con frases de ardiente entusiasmo y fervor por la Causa, que en veinte minutos trasladaron la carga a corta distancia del puente, situándola en un altozano, al borde de un talud, por donde era forzoso precipitarla. El peligro de que la mole, resbalando a impulso de su propio peso, arrollara a los más impetuosos, fué salvado con las serenas disposiciones que tomó el jefe. Felizmente, los cristinos no dejaron fuerza en la venta, con lo que ya no había más que acelerar el paso a la otra orilla antes de que llegara la segunda columna. Los de la venta, adictos también, ofrecieron su ayuda, y por fin, en media hora de colosales esfuerzos, tirando todos, arreándoles Fago con gritos y trallazos, salvó el cañón la joroba del puente y pasó a la margen derecha del Urola, donde había un caminejo bastante expedito que les permitió internar la carga a trescientas o más varas de la orilla. No era el sitio seguro, ni mucho menos; pero imposibilitado de seguir adelante sin yuntas, ordenó Fago a los escopeteros que se volviesen a la orilla izquierda y tomaran posiciones en lo alto de las peñas para molestar a la columna cuando llegara, distrayéndola por aquella parte. Como la noche se venía encima, dispuso también que en las alturas donde habían estado antes se encendiesen hogueras, a fin de que la atención del jefe de la columna se desviara del sitio que interesaba mantener libre de toda sospecha.

Retiróse con esto la partida, y despedidos los de la venta, previa la amenaza de fusilarles si daban el soplo a los cristinos. Fago y los suyos esperaron con vivísima ansiedad, pues en aquel caso se jugaban la vida. Discurrieron abrir un gran hoyo y enterrar el cañón; sólo una pala y una azada tenían, pero con tanto ahinco trabajaron, haciendo sus manos oficio de paletas, que el hoyo quedó abierto en media hora y la pieza desapareció dentro de tierra y

bajo una capa de hierbas y pedruscos. Hecho esto, se dispersaron, y situados en alturas fragorosas acecharon el paso de la columna. Temía Fago que los de la venta, por miedo o cobardía, revelaran el secreto a la tropa o a la patrulla de *chapelgorris*, que seguramente vendría de noche; recelaba que, si no los hombres, las mujeres, siempre charlatanas y enredadoras, dejaran traslucir algo, y no tenía tranquilidad hasta no salir de aquella comprometida situación. Al anochecer pasó la columna sin detenerse, circunstancia felicísima a que los expedicionarios debieron su salvación; sin duda, quería llegar a Azcoitia a hora conveniente para alojarse. Los escopeteros tirotearon como a un cuarto de legua más abajo, conforme Fago les había advertido; todo iba bien, admirablemente combinado por la previsión suya, ayudada del acaso. Sólo podía entorpecer el éxito la inopinada presencia de los miqueletes, sobre todo si algún maligno o indiscreto les ponía sobre la pista del enterrado tesoro; pero este peligro se disponían a conjurarlo *Chomin* y *Gorría*, proponiéndose quitar de en medio a la patrulla sin darle tiempo a respirar.

XII

Llegaron por allí dos mujeres que Fago no vió con buenos ojos. No temía de ellas la traición deliberada, sino la infidencia inocente, por indiscretas habladurías.

—¿Saben ustedes—les preguntó—si están en la venta los miqueletes?

—Ya se fueron, pues, con tropa. Volver ya harán, pues, a las diez. La cena ya pedirle han hecho a Casiana.

—*Chapelgorris* dormir hacen por la noche..., y algunas noches ya hemos visto, pues, subir monte y hablar confianza con partidas.

—No me fío—dijo Fago—; y ahora van ustedes a hacer lo que yo les mande, pero sin tratar de engañarme, porque en este caso lo pasarán mal.

—Serviremos ya, pues.

—Ahora se van ustedes a buen pasito por este sendero arriba, y en el primer caserío que encuentren se enteran de si hay pareja de bueyes, y la tratan, ofreciendo una dobla por media noche, y me la traen aquí; y si en vez de un par me consiguen dos, les daré a ustedes media onza de oro, con lo cual paga este leal trabajo nuestro rey Carlos Quinto. Accedan o no a prestarme este servicio, sepan que mientras estemos aquí no les permito pasar el puente para volver a la venta. Y no traten de engañarme dando un rodeo para vadear el río, porque mi gente las vigila y no hay forma de escapar. La que intentare pasar a la otra orilla antes que yo se lo permita será... pasada por las armas. Conque... ya saben. Si me obedecen, media onza y viva Carlos Quinto; si no, la muerte. Decídanse pronto.

Ambas gustaban en verdad de servir a la Causa; pero la una tenía que volver a su casa con leña; las urgencias de la otra, que era corpulentísima, consistía en la obligación de dar la teta a su niño.

—Tú llevarás la leña después—les dijo Fago—, y el crío tuyo, que espere. Por nada del mundo os permito volver a la venta.

Ante tan resuelta actitud, diéronse prisa las dos a desempeñar su comisión, y con paso ligero emprendieron la marcha. Advirtióles el jefe que si encontraban a los dos hombres de la partida que habían salido con el mismo encargo de buscar yuntas, les diesen exacto conocimiento del lugar donde él y los suyos se encontraban.

—Y otra cosa—agregó, llamándolas después que echaron a correr—: que no me traigáis parejas con carro. Como yo sienta el chirrido de ruedas con los ejes desengrasados, hay un escarmiento en vosotras, en los boyeros y en los bueyes mismos... ¡Eh, andando!

Antes que las mujeres, se presentaron de regreso los dos hombres con una sola yunta, pues no habían podido conseguir más. Transcurrieron las primeras horas de la noche en gran ansiedad, con el temor de que apareciesen los miqueletes reforzados con tropa cristina; pero nada de eso ocurrió. No se oía más ruido que el del Urola saltando entre las peñas de su lecho. El vigía que pusieron junto al puente, ordenándole que permaneciese tumbado con el oído sobre la tierra, comunicó que los *boinas rojas* habían llegado, y después de permanecer un rato en la venta, cenado

quizá, habían vuelto a salir, alejándose río arriba. Receló después Fago que las familias de las dos mujeres que en aquel momento servían la causa del rey se inquietaran por su tardanza y saliesen en su busca; recelo que se confirmó antes de las once, con la aparición de una vieja y un chico preguntando por las ausentes. Una y otro confirmaron la ausencia de los *chapelgorris;* la vieja, con su ardiente adhesión a la Causa, manifestada espontáneamente, inspiró confianza al jefe; era madre de la mujerona que criaba; el esposo de ésta servía con Zumalacárregui. Expresados el nombre y la filiación del tal, resultó que *Chomin* le conocía; eran grandes amigotes.

—¡Vaya, Tomás Mutiloa!

Echándose a llorar, dijo la vieja que el apóstol Santiago se le había aparecido la noche anterior, asegurándole que ella no se moriría sin ver a don Carlos en el trono y a la santa religión triunfante. Preguntóle Fago si no había en su casa algún hombre forzudo que quisiese trabajar, a lo que respondió la anciana que en su familia no había más hombre que su hija Ignacia, la cual tenía una fuerza como la de una vaca. Tiraba de un carro de abono tan guapamente; araba como la mejor pareja, y para romper la tierra no había otra.

—Pues tráele aquí la cría para que le dé la teta en cuanto vengan, y así podrá ayudarnos.

No quería la vieja más que obedecer, poniéndose decididamente a las órdenes de aquel personaje desconocido, en quien su senil imaginación y su fanatismo veían a un príncipe de la familia real, disfrazado. Pronto regresó con el chico, que parecía un ternero; media hora después volvían el marimacho y su compañera con una pareja de bueyes, única que habían podido encontrar.

Con los escasos elementos de que disponía organizó Fago su marcha, y, desenterrado en un momento el cañón, engancharon y ¡hala monte arriba! *Gorría* formó yunta con la Ignacia, y daba gloria verles tirando de la pieza. La otra mujer también ayudaba, y el chico, que era su hermano, igualmente. Delante iba la vieja con el ternero en brazos, animando a los bravos campeones de uno y otro sexo con palabras de alegría y confianza en la Causa:

—¡Arrear, arrear ya, *mutillac!*, y háganse cargo de que al propio rey a su palacio llevan. ¿Pesa, pesa? Ya vale, pues. Con este cañón que llevar hacéis, ya querrá Dios que don Tomás hacer polvo a los negros... ¿Cansar hacéis? Aquí no cansar ninguno. Pensar, pues, que a rastra lleva el mismo religión, y quitar el de herejes... Pensar esto, pues, y Dios ya dará fuerzas a vos, hará que fuerzas tener como bueyes y caballos... ¡Arrear, arrear!

La noche era oscura, glacial, y la neblina condensada se resolvía en lluvia menudísima, que habría enfriado los huesos de los expedicionarios si el rudo ejercicio del tiro no les hiciese entrar en calor. Ignacia echaba fuego de su rostro; pero incansable, daba ejemplo de resistencia a los hombres. Sin detenerse más que breves momentos en los puntos que designaba el jefe para tomar descanso, llegaron al amanecer a las alturas que dominan a Villarreal, y de allí, sin perder tiempo, cuesta abajo ya, se dirigieron a la cuenca del Oria por Astigarreta, donde ya tenían contratadas yuntas para bajar hasta Beasáin. La vieja con su ternero, la gigantesca Ignacia y la otra con el chico se despidieron allí para volver a su casa, después de bien recompensadas en nombre de su majestad, encargando la mujer-vaca que dijeran a su marido Mutiloa el grande servicio que ella había prestado a la Causa y que no dejara de portarse en toda ocasión como un valiente, pues el rey y Dios, de una manera o de otra, se lo habían de premiar.

Acordó Fago un descanso de medio día, cinco horas de sueño y una para comer, y *Chomin* propuso que visitaran a un ermitaño que en aquellas soledades gozaba opinión de santo y aun se permitía milagrear un poco. Llamábanle Borra y hacía doce años que se había dado a la vida ascética, construyendo su cabaña de piedra y barro, techo de juncos y tierra, en una de las vertientes del Murumendi. Vivía de limosnas y del fruto de un huertecito que cultivaba junto a la cabaña. *Chomin* y *Gorría,* mientras conducían a su jefe a visitar al ermitaño, contaron que éste había militado en las partidas realistas del año 22, y que habiéndole sorprendido Mina en actos de espionaje, le condeno a muerte, conmutándole luego

la pena por la menos cruel y más infamante de cortarle las orejas. Se las cortaron, ¡ay!, y el pobre hombre se fué a su casa, sin ganas ya de volver a guerrear por los realistas ni por ningún nacido. Agobiado de tristeza y soledad, pues además de la falta de orejas lloraba la de familia, vendió su corta hacienda y se fué al monte, ávido de quietud religiosa, lejos de las pasiones humanas y del loco trajín del mundo. No volvieron a entrar tijeras en su barba y cabellos, y éstos le cubrían la mutilación nefanda. Vestía un capote de pastor y se hallaba acompañado de una cabra y un perro. Como a veinte pasos de su cabaña, había plantado una enorme cruz hecha con troncos, y allí rezaba las horas muertas; aquélla era su iglesia y no tenía más, ni le hacía falta para nada. El huerto, dábale coles y borrajas, alguna patata; no cazaba ni poseía instrumento para quitar la vida a ningún ser. Sus devotos, que en Beasáin y Larza los tenía muy fieles, solían subirle cosas de más sustancia: alguna trucha del Oria, queso, pan, y en las solemnidades huevos y algún chorizo de añadidura.

Distaban aún cien pasos de la choza Fago y sus compañeros, cuando se encontraron al ermitaño, que paseaba, al sol, precedido de la cabra y el perro. Era alto y huesudo, tan tieso que parecía de madera; figura semejante a muchas que se ven en nichos polvorosos de las iglesias, olvidadas a la devoción, sin ofrendas, sin culto. El cabello entrecano le caía hasta los hombros, y la barba era de variados colores, uno y otra de extraordinaria aspereza. Calzaba peales y se cubría todo el cuerpo con un ropón de jerga, remendado con cierto esmero, ceñido a la cintura por cuerda de cáñamo. En una mano llevaba el garrote y en la otra un cuenco de media calabaza, con el cual bebía el agua cristalina de una fuente próxima a su vivienda. Saludado por los visitantes, miró a Fago con recelo, que el capellán disipó con palabras afectuosas.

—Eres tú aragonés—le dijo el venerable—. Por el acento te conocí. Vi y traté a muchos aragoneses en mi tiempo de pecador, y todos guapos chicos, pero muy quijotes..., camorristas, bebedores, cantadores y enamorados.

Siguieron hablando de cosas indiferentes, y luego propuso Borra que le acompañasen a la fuente, donde catarían con él el agua más rica del mundo. De aquel líquido se daba el solitario, según dijo, grandes atracones mañana y tarde, y a ello debía su inalterable salud. Fueron, pues, al manantial, y sentados en el césped finísimo bebieron de un agua cristalina y glacial que a Fago le pareció como todas las aguas y a *Chomin* inferior al peor vino. El de Navarra fué ardientemente elogiado por *Gorría*, y de aquí saltó la conversación a la guerra, diciendo Fago:

—Nosotros tres y los compañeros que abajo quedan somos servidores del rey don Carlos Quinto, en favor de quien tú, bendito Borra, seguramente imploras los auxilios del Cielo. Unos con las oraciones y otros con las armas, todos ayudamos a la Causa.

Respondió el ermitaño con frialdad no inferior al agua que habían bebido, que él, desde que se retiró a la aspereza del monte, había hecho corte de cuentas con todo lo que fuera política, reyes y ambiciones armadas o pacíficas. Nada le importaba ya que mandase Juan o Pedro y le gustaba más mirar a las estrellas que a los hombres. Hasta su soledad llegaban a veces rumores de tropas que pasaban por el fondo de los valles; pero él les hacía el mismo caso que si fueran las caravanas de hormigas que andaban afanosas por la tierra

—Oiganme, señores míos, y si quieren hacerme caso, bien, y si no, también. Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los generales que mandan tropas, para los armeros que fabrican espadas o fusiles, y para todos, todos los que llevan a los hombres a este matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el demonio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella. ¿Es santa, es divina? Luego no entra con las espadas. La sangre que había que derramar por la verdad ya la derramó Cristo, y era su sangre, no la de sus enemigos. ¿Quién es ese que llaman el enemigo? Pues es otro como yo mismo, el prójimo. No hay

más enemigo que Satanás, y contra ése deben ir todos los tiros, y los tiros que a éste le matan son nuestras buenas ideas, nuestras buenas acciones.

Quiso Fago replicarle defendiendo las guerras cuyo fin es refrenar la maldad; pero el anacoreta no quiso escuchar tales argumentos, y levantándose y esgrimiendo el garrote, no con manera hostil, sino en forma oratoria, dijo estas palabras:

—No, no, no... ¡A mí con ésas! Condenado Fernando Séptimo, condenado don Carlos María Isidro y condenadas todas las reinas, magnates y archipámpanos que andan en este pleito.

—Y condenados también nosotros—dijo Fago, un poco mohino, levantándose.

—También, si no vuelven la espalda al demonio—agregó el ermitaño, poniéndose en camino pausadamente en dirección de su cabaña—. Y más les digo: dos cosas malas, remalas, hay en el mundo: la guerra y la mujer... ¡La guerra!, por el son de la palabra, ya se ve que también es mujer. Detrás de las matanzas entre hombres, hay siempre querellas, envidias y trapisondas de mujeres.

—¿Crees también que está condenado el bello sexo?—le preguntó Fago con un poquito de socarronería.

—Condenadas todas, no—replicó el otro con autoridad—, porque algunas hay buenas..., aunque pocas... Pero que el Infierno está lleno de mujerío, no lo duden ustedes.

—¿Verlo tú, pues, padre?—preguntó *Chomin*.

—No necesito verlo—dijo el solitario, alzando el garrote con alguna viveza—para saber lo que hay allí; y si lo dudas pronto te desengañarás, porque pronto te has de morir, y has de morir matando.

—Y de mí—preguntó Fago—, ¿qué piensas? ¿Cómo y cuándo crees que he de morir?

El eremita se detuvo, y mirándole grave y detenidamente al rostro, le dijo:

—De ti no sé nada... No te entiendo... En ti veo mucho malo y mucho bueno. En tus ojos hay dos ángeles distintos: el uno con rayos de luz, el otro con cuernos. Yo no sé qué será de ti. Tú harás maldades, tú harás bondades... No sé.

Siguieron un buen trecho silenciosos, hasta que *Gorría*, queriendo soliviantar al solitario, se dejó decir: «¿No sabes, santo Borra? Tenemos ya de general en jefe de los cristinos a Mina.»

Al oír este nombre se inmutó ligeramente el solitario, y con un movimiento maquinal se llevó ambas manos a las orejas, mejor dicho, a los oídos, cubiertos por la enmarañada y polvorosa guedeja.

—Mina, Mina...—dijo algo turbado y balbuciente—. No es ése más ni menos perro que otros asesinos.

—Tú religión, nuestra religión—le dijo Fago— te manda perdonar a tus enemigos.

—Y los perdono. Pero Dios no los perdonará..., digo, no sé. Allá él. Yo rezo todos los días por que los militares abran los ojos a la verdad, y abominen de las matanzas. Pero nada consigo. Todos los que vienen a verme me dicen que cada día es más terrible la guerra, y ya no guerrean sólo los hombres, sino los viejos y hasta los niños. Vosotros, que venís a dar un consuelo al pobre ermitaño, guerreros sois también, y sin duda de los que andan al acarreo de armas y municiones.

—Así es: honra mucha—dijo *Chomin* impetuoso—. Llevar hacemos un cañón grandísimo para el ejército real, y muy pronto, pues, oír tienes sus disparos.

—Mientras tú rezas—dijo *Gorría*—, nosotros disparamos..., quiere decirse que rezamos con pólvora.

—Ese rezo es para Satanás maldito.

—¿Estás bien seguro de lo que afirmas?—dijo Fago, queriendo poner fin a la conferencia y volver a su obligación.

—Tan seguro—replicó, amoscándose el desorejado eremita—como lo estoy de que los tres sois alcahuetes de la guerra, y mequetrefes de Satanás. Ya os estáis marchando para abajo, que yo me encuentro mejor en la compañía de los pájaros y de las moscas que en vuestra compañía.

—Nos vamos, sí—dijo Fago tranquilamente, sacando del bolsillo una moneda—. Nos llama nuestra obligación. Te dejaré una limosna.

—¿Dinero?... Gracias. No me hace falta para nada—replicó el santón, alejándose de los tres—. Ahí tenéis otro motivo de condenación, el maldito dinero, que no sirve más que para hacer a los hombres codiciosos y avarientos. Por dinero salta el hombre y baila la mujer,

y de esos brincos sale la guerra... Guárdate tu moneda, que yo no tengo bolsillo. Mira las hormigas cómo viven sin dinero. Pues lo mismo soy yo: como y estoy bueno sin ver un cuarto... ¡Cuartos! ¡Vaya una inmundicia!...

—También tengo plata...

—¡Plata! ¡Qué roña!

—Y oro.

—De plata tiene los cuernos Lucifer, y de oro la pezuña. Váyanse, váyanse con Dios... Ustedes matan, yo rezo...

XIII

Se alejaron, dejándole en la proximidad de la cruz, en actitud de oración. A distancia como de cien pasos, *Gorría* cogió una piedra, diciendo: «¿Quieren que se la estampe en mitad de la frente para que se le aclaren las entendederas a ese viejo estúpido?

—No, no; déjale... O es un bienaventurado de muy pocos alcances—dijo Fago—, o un vividor de mucha trastienda. Sea lo que quiera, ha resuelto el problema de la vida, y es un hombre feliz. No se le haga ningún daño, pues él a nadie ofende, y vámonos, que es tarde.

Con toda felicidad bajaron al anochecer a Larza, y sin ningún percance pasaron el Oria, donde tenían parejas preparadas, siguiendo inmediatamente hacia Lazcano y Ataun monte arriba, en busca de la sierra de Araquil. Ya no temían el encuentro de tropas cristinas; iban tranquilos, contando las horas que faltaban para llegar al término de su arriesgado viaje. Sanos y salvos los nueve, se creían ostensiblemente favorecidos de la Providencia, por la felicidad con que se les habían allanado los obstáculos y conjurado los peligros en su difícil aventura. En San Gregorio, donde en alegre descanso y esparcimiento pasaron el domingo, encontraron personas amigas, entre ellas el cura, a quien *Gorría* y *Chomin* trataban con bastante confianza, por haber sido el tal fusilero en el 5.° de Navarra durante un mes no más, distinguiéndose por su entusiasmo, ya que no por sus condiciones militares. El general fué quien le disuadió de sus guerreras aficiones, mandándole recoger los hábitos que ahorcado había, y convencido el hombre, mas no curado de su entusiasmo, se hizo soldado platónico, siguiendo con afán desde su iglesia el desarrollo de la campaña. Con Fago hizo o quiso hacer al instante buenas migas, alabándole su expedición, y atribuyendo el éxito de ésta a su consumada pericia: lo que él sentía era no poder agregarse a ellos para entrar nuevamente en filas. Pero no podía, no; estaba visto que no servía para el caso, pues su fiereza y acometividad se enfriaban enormemente al empezar el fuego, y le entraba un insano temblor, que si no era miedo, se le parecía como un huevo a otro.

Hablando, hablando, propuso a Fago que, para festejar dignamente la feliz llegada del cañón, dijese misa; y si al pronto el aragonés no rechazó la idea, luego sintió en su alma secreta repugnancia de celebrar: no se creía digno; no se encontraba en la disposición de conciencia que el acto requiere, y al suponerse revestido ante el altar se le contraía el corazón y se le enfriaba toda la sangre, afectado de un miedo semejante al de su colega cuando sonaban los primeros tiros de una batalla. El uno temblaba ante los escopetazos; el otro ante la grave solemnidad del altar sagrado, ante el Evangelio abierto sobre el atril, ante el crucifijo. Este singular encogimiento de su espíritu le tuvo en gran tristeza todo aquel día, y necesitó de toda su voluntad para poder aguantar, con la conveniente cortesía, los despotriques belicosos del otro cura. A la noche continuaron el arrastre del cañón por ásperas pendientes pobladas de bosque. Felizmente, tenían en su ayuda a los mejores guías del país, enteramente afecto a la Causa, y si no pudieron procurarse más de dos parejas, porque no las había, la suplieron con el *tiro personal*. Hombres y mujeres dejáronse enganchar gozosos, y ¡hasta el cura, mejor dotado de musculatura que de corazón, se puso a tirar de la narria uncido con el sacristán! ¡Hala, hala, por empinados senderos!... Y a las tres de la madrugada llegaban al alto de Lizarrusti, divisoria entre las aguas de Navarra y Guipúzcoa. Ya estaban en casa, ya veían a sus pies el valle de la Borunda. Despidiéronse los de San Gregorio para regresar a sus hogares, y los compañeros de Fago, no pudiendo contener su júbilo por ver coronada de un éxito feliz la

empresa que habían acometido, lanzaron en lo alto del monte el grito céltico *Hiujuju,* característico de las razas cántabras y éuskaras, relincho salvaje, pastoril, guerrero, pues todo lo expresa y dice sin decir nada. Resuena en la silenciosa cavidad de los valles profundos, como voz de los montes, convertidos en genios de piedra, con cabellera y pelambre de bosques, con túnica de nieblas y cimera de celajes desgarrados. A poco de lanzar un grito, oyeron la respuesta lejana. *Hiujuju* dijeron las profundidades de la Borunda, y el corazón de los expedicionarios palpitó de alegría. Volvieron a soltar el relincho, que quería decir: «Aquí estamos; volvemos con felicidad. Traemos el cañón, la esperanza.» Y los de abajo, los hermanos, los compañeros de armas y de fe, respondían: «Os aguardamos, valientes. Al amanecer nos reuniremos. ¡Viva Carlos V!»

Viéndose en el término y remate de su arriesgada empresa, los expedicionarios, con la sola excepción del jefe, se entregaron a extremos de alegría delirante, y a la medianoche se durmieron. Fago estaba triste, caviloso, y sus pensamientos tuviéronle en vela hasta hora muy avanzada. Se paseaba por entre los grupos de los compañeros entregados al sueño, o se sentaba en la narria para contemplar a su gusto el cielo, que en aquel punto y hora se despejó, cual si quisiera recrearle mostrándole su azul inmensidad poblada de estrellas.

Provenía la tristeza de Fago de una repentina intranquilidad de su conciencia. Todo aquello que hacía, ¿no era contrario a la ley de Dios? Las ideas toscamente expresadas por el ermitaño Borra se habían aferrado a su espíritu, y las antiguas dudas acerca de la divinidad de la causa defendida por la facción volvieron a atormentarle. «¿En qué consiste—se decía—que a veces me siento guerrero, tan guerrero como el que más, y dotado de las esenciales miras y talentos de un caudillo militar, y a veces me siento profundamente religioso, con anhelos vivísimos de perfección? ¿Será posible que entre uno y otro sentimiento pueda existir concordia? El hombre de guerra, maestro de tropas, organizador de combates, y el hombre consagrado a las espirituales batallas del Evangelio, ¿pueden fundirse, como si dijéramos, en una sola persona? Para resolver el problema, he de asentar previamente que en el cúmulo de causas o banderías humanas, puede haber alguna que Dios apadrine, haciéndola suya. Las historias, y antes que las historias los profetas, nos dicen que hubo un *pueblo de Dios,* un pueblo a quien Dios protegió ostensiblemente en sus esfuerzos para librarle de la esclavitud, y después le guió en sus campañas contra la idolatría, inspirando a sus caudillos, dándoles el divino aliento estratégico y táctico. Sobre esto no hay duda.»

Y continuando en la contemplación de las estrellas, como si con ellas hablara, y ellas le respondieran, dando vigor a sus argumentos, prosiguió en su ardiente soliloquio: «En tiempos relativamente modernos, tenemos la épica guerra secular contra los moros, desde Pelayo a Isabel la Católica, y vemos la intervención divina en las batallas. Creo en la presencia militar del Apóstol Santiago en Clavijo, y en los estragos materiales causados por su acero; creo en los prodigios de la Cruz en las Navas de Tolosa; y viniéndome más acá, casi a un ayer cercano, veo en Lepanto la intercesión milagrosa de la Virgen del Rosario. No hay duda que el Cielo autoriza las guerras, que toma partido por los que salen a la defensa de la ley cristiana. Y ahora, ya veo muy claro que puede existir y ha existido lo que yo buscaba, la amalgama o fusión del hombre que acaudilla soldados y les lleva a la victoria, con el hombre que sirve a Dios en la paz soberana de la religión. Esta síntesis la veo clara en San Fernando. ¿Quién me lo negará? San Fernando fué santo y capitán general de los ejércitos de Castilla. San Fernando expugnó fortalezas, tomó ciudades y villas, ganó batallas campales, para lo cual hubo de matar grandes manadas de moros. Y al propio tiempo mereció por su virtud los honores de la canonización. Era místico y guerrero; sin duda, rezaba en el momento de machacar cabezas de infieles...»

Tanto alborozo produjo en su alma esta idea, que se disparó a pasear de un lado para otro, inquieto, febril. Era como un incensario que va y viene, echando humo, y el humo eran las ideas. Pero de pronto le asaltó una que hubo de apagar repentinamente el hogar que las demás formaban. Fué una objeción que

a su mente vino; hubiera podido creer que un espíritu invisible le apuntaba al oído: «San Fernando fué guerrero y santo, es verdad; peleó, porque a ello le indujo su condición de rey, maestro y amo de los pueblos. Religioso y santo era, mas no sacerdote... Fíjate bien, hombre, y no desbarres: no era sacerdote.»

Sentadito en el cañón volvió a contemplar las estrellas, y éstas le facilitaron, con su dulce centelleo, nuevos argumentos consoladores: «Pero casos hay, casos hay de sacerdotes guerreros. En las Cruzadas y en nuestra Reconquista, más de un obispo, más de un abad montaron a caballo o en mula y acaudillaron tropas... El cardenal Albornoz es otro ejemplo... Tenemos, pues, innumerables ejemplos de guerreros religiosos o por la religión.» Nuevas dudas, nuevo soplo de la voz misteriosa, que al oído le dijo: «Pero no fueron santos.»

«¿Y por qué habían de ser santos? —se dijo volviendo a su febril paseo, con las manos en los bolsillos—. La santidad rara vez se alcanza. Basta con que fueran buenos cristianos y supieran cumplir sus dos ministerios: el ministerio sacerdotal y el otro..., el de gobernar tropas y destruir con ellas la impiedad... Y ahora me pregunto: ¿estoy bien seguro, bien, bien seguro de que esta Causa nuestra tiene por objeto destruir la impiedad y entronizar el reino de Dios? ¿Representa nuestro don Carlos la ley divina? ¿Los de la otra parte, los que mandan Oraa, Córdoba o Mina, son realmente la maldad, la herejía, la ley del Demonio? Este cañón que yo he traído, ¿será destructor del pecado? Los proyectiles que salgan ardiendo de su boca, ¿serán lenguas de la verdad? ¿Nuestro don Tomás recibe de los ángeles la virtud estratégica? ¿Lo que en nuestro rey parece ambición es convencimiento de una misión divina?... Sáqueme Dios de esta duda, y yo seré... ¡qué sé yo lo que seré!... El primer soldado de Dios y el primer eclesiástico de los hombres.»

Terminó su soliloquio con una fervorosa oración, de rodillas, embebecido en contemplar el cielo, esmaltado de infinitas luces. «Señor, líbrame de esta horrible duda, y dime que puedo ser guerrero sin dejar de ser tuyo. Concédeme la gloria de restaurar la Fe en la patria de San Fernando, sin menoscabo del sacramento que me otorgaste. Dime que puedo matar impíos con este cañón que he traído de Guipúzcoa y celebrar tu santo sacrificio; coger la espada sin que mis manos se imposibiliten para tomar la Hostia; dirigir tropas y perdonar los pecados.»

El sueño le rindió al fin, y se quedó dormido diciéndose: «Grande, desmedida ambición es ésta... Guerrero vencedor...; y sacerdote militante... Triunfar del pecado con la espada y con...»

XIV

Al amanecer llegaron hasta ellos las avanzadas de la división de Eraso, que aguardándoles estaban, y con francas demostraciones de alegría cambiaron unos y otros noticias y saludos, y se pusieron al tanto de lo ocurrido en la expedición y en el ejército. *Chomin* y *Gorría* contaron con vivo lenguaje las fatigas y apuros del transporte del cañón, y los otros, después de manifestar que no habían tenido encuentros importantes con los cristinos, dijeron que el grueso del ejército iba en marcha hacia el valle de Berrueza, donde se daría una batalla, que debía ser la más sonada de toda la campaña, y quizá la decisiva. Al descender a la Borunda encontraron a Eraso, que, en cumplimiento de órdenes del general, mandó dar sepultura al cañón en una ladera próxima a la venta de Urbasa. La tropa no se cansaba de admirar la soberbia mole, y los aldeanos de uno y otro sexo y hasta los chiquillos acudían a contemplarla gozosos, y la palpaban con blandura y cariño, ponderando los estragos que haría cuando empezase a vomitar por su negra boca balas y más balas. El popular entusiasmo se manifestó al fin bautizando la pieza con el gráfico nombre de *El Abuelo*, y nadie la llamó de otro modo en todo el curso de aquella memorable guerra.

Incorporáronse a sus respectivos cuerpos los compañeros de Fago, y éste se fué al Cuartel general para presentarse a Zumalacárregui y darle cuenta del feliz cumplimiento de la misión que le había confiado. Diéronle caballo en Alsasua, y con el 1.° de Guipúzcoa atravesó la sierra de Andía en dirección a la Be-

rrueza. El tiempo era magnífico; comenzaba diciembre con apariencias de octubre; la naturaleza favorecía la campaña, se hacía también guerrera, obsequiando con temperatura bonancible y tibia sequedad a los dos ejércitos, que ansiaban una batalla campal decisiva. Entre los carlistas era general la creencia de que ésta se daría en las posiciones de Mendaza, y que tendrían que habérselas con las dos divisiones de Oraa y Córdoba, acantonadas en los Arcos y en Viana.

Atravesando la Amézcoa baja fueron a dormir en Artaza, y al día siguiente encontraron la división de Iturralde acampada en Aucín. Zumalacárregui, con don Bruno Villarreal y los batallones alaveses, estaba en Piedramillera. Antes que al general vió Fago a su amigo Ibarburu, el cual le abrazó con efusión, felicitándole por su feliz arribo. Ya se sabía en todo el ejército la hazaña realizada por el buen sacerdote y sus ocho auxiliares. ¡Oh!, bien merecía tal hazaña una cruz, la Cruz de San Fernando, sí, señor, y es seguro que don Carlos adornaría muy pronto con ella el noble pecho de uno de sus primeros capellanes. Replicó Fago a estas cariñosas demostraciones que ninguna falta le hacían cruces ni calvarios, pues él servía desinteresadamente al rey creyendo servir a Dios.

También dijo Ibarburu con gran alborozo a su amigo que el ejército de la Fe iba adquiriendo las deseadas piezas de artillería, arma indispensable en todo organismo de guerra: además de *El Abuelo,* tenía ya dos cañones de batalla que los señores Reina y Balda habían logrado fundir en Labayén con el metal de cacerolas y chocolateras reunidas en Navarra.

—Ya hay cañones en casa, y ahora podremos hablar gordo a la impiedad. Lo único en que la impiedad nos ha llevado ventaja, ha sido en esto, en poseer cañones. Pues ahora nos veremos, señores cristinos. Trátase de saber si ustedes nos los quitan, o si nosotros les quitamos los suyos... Ya no hay razón que aconseje el circunscribirnos a la guerra de montañas, amigo Fago. Al llano, a Castilla, no cree usted lo mismo? A pasar el Ebro, después de merendarnos a Oraa y Córdoba...; y quédese aquí el señor de Mina echando discursos a los alcaldes, cortando puentes que no habríamos de pasar y fortificando villorrios que no habríamos de acometer, pues ninguna falta nos hace poseerlos. Nuestra ambición santa va más lejos, y los poblachos que queremos tomar se llaman Miranda de Ebro, Burgos, Madrid...

Fago no decía nada, y atacado de intensísima melancolía, contemplaba las cazuelas y sartenes puestas a la lumbre. Hallábase esperando la comida en la cocina de la casa donde Ibarburu se alojaba. Gatos y perros le daban compañía, y un viejo decrépito, veterano del Rosellón y de la Independencia, les refería la expedición del marqués de la Romana y la vuelta del Norte, aderezándola con embustes novelestos. Ibarburu tomaba en serio cuanto el anciano decía, y Fago deseaba comer y marcharse para estar solo y platicar a sus anchas consigo mismo.

Al siguiente día vió al gran don Tomás en el campo, en ocasión en que el general salía con su escolta a recorrer las inmediaciones de Mendaza. Volvía Fago de dar un paseo a caballo con dos amigos, más bien conocidos, del batallón 1.° de lanceros. Zumalacárregui le conoció al punto, mandóle acercarse y hablaron de silla a silla, poniendo los caballos al paso. Lo primero fué felicitarle con urbana frialdad, como si no quisiera dar a la expedición desmedida importancia. El capellán, alardeando de modestia, se la quitó por entero, y expresó su afán de que se le encargaran cosas de mayor dificultad.

—El método de organización que vengo empleando—le dijo don Tomás—no me permite dar a usted el mando de una compañía. Esto sería contrario a las Ordenanzas, que aquí se cumplen lo mismo que en cualquiera de los ejércitos regulares de Europa. Si usted quiere combatir por la Causa, no hay más remedio que entrar en filas. Yo le aseguro que si se porta bien adelantará conforme a sus servicios, y si nos hace algo extraordinario, extraordinaria será también la recompensa.

No podía Fago mostrarse exigente ni soberbio, ni era aquélla la ocasión más propicia para ponerse a discutir con el general. Reconociendo que el orden de la milicia tiene, como todos los órdenes, su método de ingreso, que alterarse no puede sino en casos excepcionales, dijo:

—Principio quieren las cosas, y a los principios me atengo. Seré soldado, mi general. Fácil es que no pase de ahí; mas no tengo por imposible el merecer algún adelantamiento; y mereciéndolo, no hay duda que vuecencia me lo dará.

Despidiéronse con esto, y poco después le veía recorriendo la falda de la altura riscosa que domina a Mendaza. Como los lanceros le dejaron solo, pudo el capellán observar al general en su paseo, que al parecer no tenía otro fin que un examen y estudio del terreno. Le vió rodear la montaña, alargándose por la parte Norte, en el camino que conduce al puente de Murieta sobre el Ega. Detúvose un rato, hablando con los que le acompañaban; volvió grupas, y recorrió el llano que separa a Mendaza de Azarta. Fago no le perdía de vista. Fingió ocuparse en adiestrar su caballo, galopando en derredor de las eras de Nasar. Por fin, Zumalacárregui examinó la angostura que conduce de Azarta a Santa Cruz, por un escabroso sendero. Sin duda, quería reconocer la distancia a que está el Ega por aquella parte.

Y luciendo habilidades de entendido jinete, más que por presunción, por disimulo, Fago se decía: «Ya, ya conozco tu plan: no puede ser otro que el que la configuración del terreno te señala y te inspira. Estoy dentro de tu cerebro, y sé todo lo que vas a disponer mañana, pasado mañana o cuando sea.»

Al ver a don Tomás de regreso hacia Mendaza y Piedramillera, se retiró también, rodeando, y se fué a su alojamiento. Aquella misma noche se le notificó su ingreso en filas, y dándole fusil, correaje y canana, bien abastecida de cartuchos, le destinaron al 5.° de Navarra. Sin entusiasmo ni desaliento, en un estado de pasividad estoica, resignábase el capellán a ser uno de tantos resortes comunes de la máquina de guerra. Esperaba que en la primera coyuntura le señalase su destino alguna senda o se las cerrara todas; mas no tuvo tiempo de pensar en ello, porque a la madrugada su batallón recibió orden de marchar a los altos de Mendaza. Cuatro batallones, tres navarros y uno guipuzcoano, iban al mando de Iturralde, el rival de Zumalacárregui en los comienzos de la guerra, y después su más sumiso lugarteniente o general de división; hombre tosco, más notado por su temeraria bravura que por su pericia militar, Zumalacárregui le encomendaba las situaciones de empeño, los avances peligrosos, dándole órdenes estrictas respecto a posición y marchas, como freno de su impetuosidad, que unas veces precipitaba el éxito y otras lo entorpecía. Era el audaz guerrillero, cuyas dotes utilizaba el general habilidosamente, educándole en el gobierno de tropas regulares; teníale siempre sujeto con una rienda que aflojaba o requería, según los casos.

Al amanecer iban en marcha los cuatro batallones hacia Mendaza. En las filas del suyo se encontró Fago a *Chomin*, que había pasado del 1.° de Guipúzcoa al 5.° de Navarra. En el capitán de su compañía, don Antonio Alzaa, natural de Sangüesa, reconoció una amistad antigua: era un valiente oficial, hijo de sus obras y de sus méritos, pues de soldado raso había ido ganando poquito a poco sus ascensos, y con moderada ambición y conducta intachable esperaba seguir adelante. A uno de los tenientes, Saráchaga, le conocía también por ser íntimo de Ibarburu. El coronel era un aristócrata navarro, pariente de los Ezpeletas, hombre enérgico, de buenas formas, excelente militar y cumplido caballero. Ostentaba en su zamarra la cruz de Santiago.

A las nueve ya habían tomado posiciones las fuerzas de Iturralde en la falda del monte de Mendaza, y al propio tiempo otros cuatro batallones, mandados por Zumalacárregui, en persona, se dirigieron a Asarta. La caballería y los tres batallones alaveses, al mando de Villarreal, ocupaban el llano entre los dos pueblos. Al observar estos movimientos, veía Fago confirmadas sus ideas de la tarde anterior. El plan de don Tomás era el suyo; y el suyo era el mejor, el único, el que resultaba de la disposición y accidentes del terreno. Podría creerse que sus ideas penetraban en el cerebro del general al modo de inspiración divina, y allí obraban sobre la voluntad que a la práctica resueltamente las llevaba. Y a todas éstas, los cristinos no parecían: se les esperaba por el desfiladero de San Gregorio. Faltaba que vinieran pronto, y que cayeran en la ratonera que se les había preparado.

La columna o división de Iturralde extendióse a la falda de la montaña de

Mendaza, circundándola por el Poniente y el Norte, y Fago se encontró en un sitio desde donde no veía nada. «Naturalmente—pensó—, estos cuatro batallones deben permanecer ocultos a la vista del enemigo. De otro modo, el plan resultaría un desatino, a menos que Córdoba y Oraa no vinieran con los ojos vendados.» Y tanto tardaban en presentarse las tropas de la reina, que los facciosos llegaron a creer que no vendrían. Por fin, a eso de las diez, corrió en el batallón la voz: «Ya vienen, ya están ahí.» Un rumor vago, de inquietud y alegría, corrió por todo el ejército. Desde su posición, detrás de la montaña, conocía Fago la ansiedad de las tropas situadas en la llanura. Veía un movimiento singular de lanzas, como vibración del aire, y oía un resollar lejano. De las tropas de Asarta nada se veía, porque lo estorbaba una protuberancia del terreno. Tiros no sonaban aún.

De pronto, las cornetas ordenaron marcha. Uno de los batallones rebasó la línea del pueblo; los demás le seguían: cada uno ocupaba sucesivamente las posiciones que el anterior dejaba. El 5.° de Navarra, que era el último, se colocó donde antes estaba el 1.° guipuzcoano. Al efectuar este movimiento, oyó decir Fago que el enemigo avanzaba hacia el centro en formación de columna; mas él no veía nada. Lo vio después, cuando Iturralde mandó desplegar sus cuatro batallones en la falda de la montaña; impetuoso movimiento de impaciencia en que se revelaba el guerrillero, y que determinó un cambio en la dirección que traían los cristinos. Oraa, que mandaba la vanguardia de éstos, en vez de marchar contra el centro, que era el cebo de la ratonera hábilmente armada por Zumalacárregui, se fué sobre la izquierda, o sea los cuatro batallones del bravo Iturralde. La impetuosidad de éste alteró gravemente la posición de las piezas en el tablero, y la jugada no podía ser ya tal como la concibió y preparó el general, inspirado por los ángeles o por Fago, que éste así lo creía y así lo expresaba en un breve soliloquio. «Ya nos ha reventado este señor Iturralde con su acometimiento de principiante. Se le mandó que tuviese ocultos, tras la montaña, los cuatro batallones, y los presenta de cara al enemigo... Señor don Tomás, ¿qué hace usted en este momento al ver la pifia de su amigote? Pues rabiar y patear, como pateo y rabio yo. Esta acción, no lo dude usted..., la perdemos.»

XV

Oraa, con certero golpe de vista, lanzó sus tropas hacia Mendaza, mandándolas flanquear la altura y atacar a Iturralde de flanco. Los cuatro batallones tuvieron que moverse de nuevo: al sonar los primeros tiros, su posición era ya muy desventajosa. Difícilmente pudo el guipuzcoano y uno de los navarros sostener el fuego contra los cristinos; los otros dos navarros no sabían dónde ponerse. Iturralde les mandó bajar, y luego subir, y luego estarse quietos. Con la conciencia de su falta, el hombre no sabía ya qué hacer, ni cómo arreglarse para salir airoso de aquel mal paso. En tanto, el amigo Fago, que aún no había disparado un tiro, intentaba hacerse cargo de lo que ocurría en el centro. Por allá también se batían. Sin duda, la división de Córdoba atacaba las fuerzas mandadas por don Bruno Villarreal, consistentes en tres batallones y la caballería, y en apoyo de éstos corría, sin duda, el propio Zumalacárregui con los cuatro batallones situados en Asarta. Esto se lo figuraba el capellán soldado; lo veía en su mente a la luz de la lógica; pero no en la realidad, pues desde el repecho en que había quedado el 5.° de Navarra, sin poder avanzar ni retroceder, nada se distinguía claramente. Por entre las ondulaciones del terreno de roja arcilla, salpicado de olivos en algunos trozos, en los más enteramente calvo, veíase humo de fogonazos, pero nada más. El tiroteo arreciaba; el rumor de batalla era ya formidable estruendo.

Por el lado de Mendaza, los del bravo Iturralde resistían el empuje de las tropas de Oraa, batiéndose con su habitual denuedo; pero los cristinos habían sabido ganar mejores posiciones y llevaban la mejor parte en la refriega. El bueno de Iturralde y su gente lo habrían pasado mal si la acción no cobrase un vivo interés en el centro. El coronel del 5.°, descontento de su desairada situación, ávido de entrar en fuego, maniobró hacia la llanura, corrien-

do por su cuenta y riesgo en apoyo de los alaveses. Ya tenéis a Fago batiéndose en primera línea, impávido, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa. Con seguro instinto sabía escoger el más pequeño radio de que disponía la mejor posición; alentaba a sus compañeros y antes daba que recibía de ellos el ejemplo de serena audacia, pasando más bien por veterano que por bisoño.

Desplegado el batallón en columnas, más de una hora sostuvieron éstas el fuego al amparo de un grupo de olivos. Avanzaron dos o tres veces; tuvieron que retroceder a su primera posición, perdiendo algunos hombres. A la una de la tarde, las bajas de la compañía de Fago eran cuatro muertos y unos catorce heridos, entre ellos el capitán Alzaa. El coronel se impacientaba; no tenía costumbre de batirse largas horas en un mismo sitio; sus valientes soldados se habían educado en los avances rápidos. Pero en aquella desdichada ocasión les atacaba un poderoso enemigo, apoyado en la columna de Oraa, que rápidamente les quitó la ventaja del terreno alto; de poco les valió a los carlistas aventurarse a una fogosa carga a la bayoneta, porque la tropa contraria *les tenía ganas,* se sentía en mejor posición y con mayor fuerza moral. Mandábala un general de grandes alientos, joven, instruído, hecho a las luchas diplomáticas y militares, tan buen conocedor de la sociedad cortesana como de los campos de batalla. Desde el primer momento conocieron los facciosos que el contrario era duro de pelar, y por aquella vez la extraordinaria pericia de don Tomás no les llevaba a una fácil victoria.

Los batallones que mandaba el propio Zumalacárregui adquirieron alguna ventaja sobre los cristinos a las dos de la tarde. Pero como por el sur de Mendaza Iturralde se vió desalojado de sus posiciones, teniendo que replegarse con alguna confusión, Córdoba no tardó en ganar el terreno perdido, y a las tres, la caballería cristina, mandada por López, acometió con extraordinario brío, y los facciosos no pudieron con ella. Desconcertado desde el primer momento el plan de Zumalacárregui, apenas pudo éste sacar partido de sus setecientos de a caballo. Harto hizo con proteger la retirada de los castigados batallones, que abandonaban la victoria con más tristeza que desaliento, sintiéndose dispuestos a empezar otra vez en aquel mismo instante, si así se les ordenaba.

El 5.° de Navarra sostuvo el fuego hasta que no pudo más, y perdiendo mucha gente apoyó la retirada de los alaveses. De tal modo habíase adiestrado el capellán aragonés en la táctica, que preveía todo lo que habían de mandarle, y más de una vez sus movimientos y los de los compañeros que a su lado combatían se anticiparon a las órdenes de los jefes. La serenidad del coronel y su práctica de la guerra; la firmeza de los valientes oficiales, que supieron mantenerse en el heroísmo pasivo y en la resistencia deslucida; la conducta de la tropa, penetrándose con seguro instinto en estas ideas y realizándolas admirablemente, enaltecieron al 5.° de Navarra en aquel día. Gracias a él, la derrota de los carlistas no fué una desbandada vergonzosa.

La retirada de los tres batallones a cuyo frente seguía Iturralde no pudo hacerse sin algún desorden; los del centro hiciéronla con admirable serenidad. Al anochecer, todo el ejército carlista iba en busca del puente de Arquijas. El general mismo corrió peligro de que le cogieran prisionero, por habérsele caído el caballo cerca de Acedo. Los minutos que tardó en reponerse, auxiliado por los suyos con toda diligencia, decidieron de la suerte del Cuartel general. Un minuto más y todo se habría perdido. Favorecidas de la noche, las tropas de Carlos V pasaron el Ega por junto a la ermita de Nuestra Señora de Arquijas y acamparon en las inmediaciones de Zúñiga, en campo raso. El ejército cristino durmió en las posiciones de Mendaza y Asarta: dormir hoy donde durmió anoche el enemigo es la victoria. Si los facciosos hubieran hecho su cama en Los Arcos y en Viana, es fácil que a los ocho días don Carlos hubiera puesto sus almohadas en el palacio de Madrid. Pero aquel Dios que muchos suponían tan calurosamente afecto a uno de los bandos dispuso las cosas de distinta manera, y pasó lo que según unos no debió pasar, y según otros, sí. Estas sorpresas, que nada tienen de sobrenaturales, obra de la divina imparcialidad, son tan comunes, que con ellas casi exclusivamente se forma

un tejido de variados hechos que llaman Historia, expresando con esta voz la que escriben los hombres, pues la que deben tener escrita los ángeles no la conocemos ni por el forro.

Ya cerrada la noche, los valientes cristinos, acampados en las posiciones realistas, formaban pabellones, encendían hogueras, preparaban su cena frugal. En los caseríos de Mendaza y Asarta se alojaban los jefes y alguna tropa, y se habían instalado los hospitales de sangre para auxiliar a los quinientos heridos de aquel sangriento día. La cifra de muertos de uno y otro bando no se conocía bien a prima noche. Al pie del cerro de Mendaza había como sesenta, y en el llano de Asarta muchos más yacentes en una faja de terreno de reducida anchura, que revelaba la firmeza del choque entre las dos fuerzas. Las diez serían cuando avanzaba por el camino de Arquijas, en dirección contraria al puente, un general con su escolta; sin duda, venía de practicar un reconocimiento del campo de batalla y de las nuevas posiciones que en su retirada había tomado Zumalacárregui. Al pasar por entre los grupos de soldados que vivaqueaban satisfechos y gozosos, con ese estoicismo festivo que es la virtud culminante de la infantería española, el resplandor de las hogueras iluminó su busto. Era un viejo fornido, de rostro totalmente afeitado, el cabello corto, el perfil a la romana, con cierta dureza hermosa, a estilo napoleónico. Los soldados, al verle venir, abandonaron sus cacerolas, donde guisaban habas con un poco de tocino, y prorrumpieron en exclamaciones de cariño ardiente: «¡Viva el general Oraa!... ¡Viva nuestro padre, y mueran ellos!...» Y más lejos gritaban: «¡A ellos ahora mismo!... A quitarles las camas... ¡Viva Oraa, viva Córdoba, viva la reina!»

Dirigióse el general al alojamiento de Córdoba, en Mendaza, y allí estuvieron, hasta muy avanzada la noche, en largas conferencias y estudio de la marcha que debían seguir con sus diecisiete batallones. ¿Forzarían el paso de Arquijas? ¿Operarían parabólicamente pasando el Ega, cuatro leguas más arriba, para buscar camorra al enemigo en el valle de Campezu? Cualquiera sabe lo que discurrieron y determinaron. Es probable que adoptado un plan aquella noche, lo modificaran al día siguiente, en vista de las noticias que por buenos espías tuvieron de los movimientos del enemigo, y de la inducción más o menos acertada que con ellas hicieran de las sagaces intenciones de Zumalacárregui.

Avanzada la noche, se acallaron los ruidos del campamento. Muchos soldados dormían; otros hablaban sosegadamente, aventurando juicios y cálculos para el día próximo. Veíanse bultos que exploraban el campo, reconociendo muertos con auxilio de farolillos, pues la noche era tenebrosa, y el celaje espesísimo no dejaba ver la luna creciente. El estrago de un encarnizado combate, como el del 12 de diciembre en Mendaza, no lo revela el día, sino la oscura, la callada noche, cuando examina recelosa el campo de batalla y los tristes despojos esparcidos en él; cuando se pregunta a los muertos su número, quizá sus nombres; cuando se busca entre los rostros lívidos alguno que entre los vivos no parece. Tras los ejércitos van personas que hacen esta triste investigación mejor que los mismos de tropa: gentes que aman al soldado, que le sirven, le ayudan, le auxilian, que rara vez estorban a la disciplina militar y a menudo fortifican la llamada satisfacción interna.

Más abundaban estas cuadrillas abyecticias en el ejército cristino que en el de don Carlos, y en ocasiones llegaron a ser en tanto número que los generales hubieron de limitar el parasitismo, expulsando vagos, mercachifles y mujeres. A los grupos que aquella noche andaban a la busca y reconocimiento de muertos agregáronse soldados que anhelaban encontrar al compañero, al paisano, al amigo. Iban de acá para allá, alumbrando el suelo con la luz de las mustias linternas, y al encontrar un muerto le nombraban: «¡Ah, Fulano, pobrecito!...» A otros nadie les conocía; llamaban con fuertes voces a soldados distantes. «Tú, ven a ver si sabes quién es éste... Juraría que es Juanico, cabo del sexto... Y aquél, ¿no es Samaniego, el guipuzcoano, jugador de pelota?... ¡*Mia, mia,* qué cuerpo tan grande! Digo que no va a haber tierra donde meterlo... Ved aquí al pobre *Chomin* con pierna y media nada más y la cabeza rota... El que no comparece es Gurumendi, más bravo que el Cid

y más feo que el hambre. ¡Ay!, aquí está el chico ese de Cirauqui..., Blasillo. Su madre quedaba esta tarde en Piedramillera rezando por que no le tocaran las balas. Tiene atravesado el pecho. Maldito si saben las balas adónde van... ¡Qué dolor!... Y gracias que hoy no se han reído esos pillos, y en retirada fueron... Pero verás tú la que traman ahora... Lo que yo digo es que con este don Córdoba no juegan... Denles mañana otra batida como ésta y veremos adónde va a parar la taifa *legítima*... Y ¿por qué no viene el *asoluto* a ponerse aquí, en los sitios donde pegan? ¡Ah!, mientras sus soldados echaban aquí el alma, él, tan tranquilo en Artaza, sentadito al amor de los tizones... Ellos, ellos, el don Isidro ése, y la Isidra de allá, doña Cristina, debieran ser los primeros en meterse en el fuego..., pues de no, no veo la equidad. ¡Ay españoles, que es lo mismo que decir bobos!...»

—Cállate, Saloma — murmuró, reprobando este concepto, un granadero esbeltísimo, portador de la linterna—, que no es ésta ocasión de bromas.

—No me callo — replicó la baturra, cuadrándose—, que lo que digo es la verdad de Dios.

—Decir españoles—manifestó un vejete riojano que llevaba en el borrico su bien surtida provisión de bebida, con lo cual ganaba mucho dinero—es lo mesmo que decir héroes. Pues ¿qué eran sino españoles netos Hernán Cortés, Colón y la Agustina de Zaragoza?... ¿Qué me contáis a mí, que estuve en la de Arapiles y en la de Vitoria? Aquí donde me veis, un día le cosí una bota al propio *lor Vellinton*... Me la trajo su asistente. Un servidor de ustedes era el primer zapatero de todo el ejército aliado... Y con gran primor le cosí la bota, y él se la puso, y con ella ganó la batalla; quiero decir que le dió la puntera a Marmont... Conque yo sé más que vosotros..., y digo que españoles y héroes es lo mesmo.

—¿Qué sabes tú, borracho?—le contestó la baturra—. Lo que yo digo es que en Borja conocí dos chicarrones que eran más simples que el caldo de borrajas. Les metías el dedo en la boca, y no te mordían..., en fin, bobos como los corderos de la Virgen... Vinieron al ejército cristino; el general Lorenzo les mandó a llevar un parte a la guarnición de Los Arcos. Los pobrecicos lo llevaron, y al volver por Logroño encontraron la partida de Lucus, cien hombres. Lucus les dijo: «¿De dónde venéis vos?» Y ellos responden: «Del *jinojo*...» «Mirad que os afusilamos si no decís la verdad...» «Semos de Borja, y decimos lo que nos da la gana.» Murieron, ¡angelicos!, gritando: «Venimos del *jinojo*, y al *jinojo* nos vamos.»

—Eso es decencia. Murieron antes que vender el secreto del general. Y ¿dices que eran simples?

—Como borregos.

—Di que mártires, como los de Dios vivo.

—Pues eso.

—Los santos, ¿qué son?

—Eso..., son de Borja..., personas decentes.

—¿Qué es un baturro?

—Un simple que no quiere vida sin honor.

—Pues eso digo.

—Eso..., *jinojo*..., y ahora danos una copita de aguardiente.

XVI

Al entrar en Zúñiga, donde Zumalacárregui rehizo a su gente, dádole descanso y municiones, Fago fué hecho sargento, sin pasar por la jerarquía de cabo. Así se lo notificó el coronel, elogiándole por su valerosa conducta. Todo el día 13 se ocuparon en preparar un nuevo combate, presumiendo ser atacados por Arquijas. Cortaron algunos arboles de la orilla izquierda y destruyeron luego el puente de madera. Los heridos fueron llevados a Orbiso, donde estaba el Cuartel real, que por disposición de Zumalacárregui debía replegarse, para mayor seguridad, a San Vicente de Arana, desde donde podría pasar fácilmente, franqueando los altos de Encía, a tierra de Alava. Tres batallones fueron situados en las alturas que dominan a Zúñiga, plantadas de olivos, y las restantes fuerzas las escalonó en las posiciones convenientes, esperando el ataque de Córdoba. No tardó Fago en hacer estudio del terreno y conceptuó seguro que los cristinos habrían de atacar por un flanco o por otro, o por los dos a la vez.

Sin duda, una división pasaría el Ega por Acedo, a fin de embestir por el valle de Lana. Otro cuerpo de ejército podría presentarse por el valle de Santa Cruz, Quizá las dos operaciones se verificarían simultáneamente, en cuyo caso Córdoba y Oraa tenían que dividir su ejército en tres partes. Pensó el novel sargento que el general, obligado a la adivinación de estos movimientos, sabría ya a qué atenerse. «Y si el general no lo adivina, lo adivinaré yo—se dijo, olfateando el aire como un sabueso que rastrea la caza—. Vendrán por un lado y por otro. Como no se prevenga don Tomás para este triple ataque, estamos perdidos.» El 14, por la tarde, hallándose con su batallón en un olivar próximo a Zúñiga, vió venir al general con su escolta, inspeccionando las posiciones y enterándose de que sus órdenes estaban bien cumplidas. El coronel del 5.° le salió al encuentro y hablaron un rato, denotando en su actitud perfecta satisfacción del estado de las cosas. Zumalacárregui, que todo lo veía, vió también a Fago cuando éste le hizo el saludo militar; paró su caballo, diciendo:

—Ya sé, ya sé que tenemos un soldado más, excelente, bueno entre los buenos. Adelante, señor Fago, y no desmayar.

Y siguió su camino.

El capellán sargento se quedó meditando: en la mirada del general hubo de reconocer sus propias ideas, por virtud de una transfusión milagrosa, y se dijo: «Todo lo que yo pienso lo piensa él; pero lo piensa después que yo... Está convencido de que nos atacarán por el frente y por las dos alas, y ha tomado sus medidas para esterilizar la combinación. El escalonar los batallones a lo largo de este camino demuestra una gran pericia; las posiciones son acertadísimas para acudir a una parte u otra con presteza y seguridad. Todo va bien, como a mí se me ocurre, como debe ser, como es, porque o se tiene lógica o no se tiene. Yo la tengo, y acierto siempre... Y como acierto siempre, señor don Tomás de mi alma—decía esto viéndole perderse con su escolta tras un grupo de olivos—, debo manifestar a vuecencia que yo no me asusto de que pasen el Ega por la ermita de Nuestra Señora de Arquijas; al contrario, que vengan, que vengan pronto a esta orilla, donde hemos tomado posiciones inexpugnables. Y si mi jefe me lo permite, añadiré que yo no habría mandado cortar el puente. El río es fácil de vadear por esa parte. El puente habría sido para ellos una facilidad; la facilidad trae la confianza, y la confianza es la perdición cuando se está en una puerta que conduce a un calabozo. Trampa será para ellos este cerco de montañas. Mientras más pronto entren, más pronto conocerán que no pueden salir.

»Y ahora se me ocurre meterme en el pensamiento del señor de Córdoba. Si yo mandara las fuerzas cristinas, renunciaría al paso del Ega por Arquijas. Yo no combato nunca donde le conviene al enemigo, sino donde me conviene a mí. Pero el espíritu de imitación tiene tal fuerza que el hombre de guerra no puede sustraerse a la atracción que ejercen sobre él los actos de su contrario. ¿Vas tú por allí? Pues yo detrás. Donde tú estás ahora estaré yo mañana, y he de ir por el camino que tú recorriste... Pues no, señor... Iré por donde menos pienses tú que debo ir. Yo, Córdoba, después de amagar por Arquijas, llevaría durante la noche todo mi ejército a Campezu y desconcertaría el plan de Zumalacárregui, es decir, el mío, porque yo le he pensado, y él conmigo... Pero para este caso hay también previsiones, y yo vencería obteniendo con mi victoria todos los cañones de batalla que trae Córdoba; y reforzado mi ejército y cubierto de gloria, franquearía sin pérdida de tiempo la Sonsierra, caería sobre la Guardia y luego sobre Haro y Miranda de Ebro. Pasado el Ebro, se salva Pancorbo, y ya estamos en Burgos...»

—Mi primero—le dijo el furriel, despertándole bruscamente de su espléndido sueño militar—, para el rancho de hoy me han dado una cosa que llaman patatas. Mire, mire: son como piedras. ¿Esto se come?

—¡Qué bruto! Es una comida excelente. ¿De dónde eres tú?

—Mi primero, yo soy de Sansoáin, orilla de Lumbier. En mi pueblo no comen esto las personas, sino las monjas por penitencia, según dicen, y los marranos, con perdón.

—Pues en el mío y en todos se cultivan las patatas y se comen, y saben

tan ricas. Se introdujo en España este comestible cuando la guerra del francés. Muchos no querían comerlo por ser fruto traído de Francia; pero ya vamos entrando con él, que para el buen comer no hay fronteras.

—Mi primero, oí que comiendo estas pelotas sacadas de la tierra se pierde la buena sangre y nos volvemos todos gabachos o ingleses de la parte de mar afuera, diendo para la Habana. Yo no entiendo; pero le diré que las probé y me supieron al jabón que traen de Tafalla y Artajona. Si es para limpiar tripas, bueno va. Pero no me digan que esto cría sangre.

—Echales vino encima y verás.

—Con el vino solo me apaño, y estas pelotas que las coman los *guiris*, para que revienten de una vez.

—Ponlas y calla, y el que no las quiera que las deje. Si no tenemos bastante vino, yo lo compro de mi bolsillo; ya sabes que no me falta un duro para obsequiar a la sección. Pídele cuatro o seis pintas al *Riquitrún*, y tenlas aquí antes de que toquen a rancho.

—Mi primero, por si no lo sabe, pongo en su conocimiento que el *Riquitrún* es muy malo y siempre nos lo da con agua. Ese tunante ha sido sacristán, y esto basta para que no venda vino de ley. De usted se reía esta mañana, diciendo que en Oñate le ayudó la misa y que se equivocó usted tres veces, trabucando los latines, poniendo el cáliz donde no debía ponerlo y haciendo muchas morisquetas.

—Miente el bellaco—replicó el capellán, pálido de ira—. Yo no me equivoco en la misa ni en nada. Y si vuelven a decirme tal injuria, el sacristán y tú sabréis quién es José Fago.

Al día siguiente, 15, atacaron los cristios por Arquijas. Vadearon el río; se batían en las dos orillas bravamente, con mucha menos tropa de la que presentaron en Mendaza el día 12. No había duda de que aparecerían por Santa Cruz o por el valle de Lana. A las dos de la tarde se despejó la incógnita: Oraa se apoderaba de la Peña de la Gallina, y contra él fueron cinco batallones mandados por Villarreal e Iturralde. Zumalacárregui estaba en el camino que va de Zúñiga a Arbiso, en lugar culminante, y como adivinaba un tercer ataque por su derecha, tenía dispuestos cuatro batallones. Sereno y previsor, con su ejército y el del enemigo metidos dentro de la cabeza, viendo y sintiendo la totalidad del terreno, con sus varios accidentes y distancias, aguardaba el desarrollo de la acción con la tranquilidad del maestro que domina su oficio. Todo en aquel día feliz marchaba como el programa de una función histriónica, y los distintos papeles eran desempeñados con puntual exactitud, no sólo por parte de los suyos, sino de los contrarios. El enemigo hacía lo previsto, lo calculado, sin ninguna iniciativa nueva, sin ninguna sorpresa o improvisación que desconcertara el plan general. Este, por su sencillez lógica, parecía la página más elemental de un tratado de Estrategia.

Los cinco batallones de la izquierda realista, el 5.° entre ellos, atacaron la división de Oraa sin darle tiempo a descansar de su fatigosa marcha. Iguales eran las fuerzas por una y otra parte: en bravura, fuera difícil hallar diferencia. La que resultó a la caída de la tarde tuvo por causa la ocupación de mejores posiciones por los facciosos y el desaliento de los cristianos al enterarse de que las tropas que rodearon el Ega por Arquijas volvían a pasar a la orilla derecha y se retiraban hacia el caserío de Acedo. Replegóse Oraa a su primera posición de la Peña de la Gallina; los carlistas, sintiéndose con indudable ventaja, le acosaron; Iturralde quiso reponer su fama de la pérdida lamentable del día 12, y como hallara en los cristinos pasividad heroica y resistencia formidable, apretó los resortes de su máquina; puso en el último grado de tensión el vigor navarro, y, perdiendo gente, arrebató muchas vidas al enemigo. Toda la tarde combatió Fago con impávida constancia, comunicando su valor sereno a los hombres que estaban a sus órdenes, haciéndoles audaces y temerarios al mismo tiempo que prudentes y astutos. Ya se venía la noche encima, cuando medio batallón de los de Oraa, revolviéndose desesperado, como el león herido, acometió con zarpazo furibundo al 5.° de Navarra que fieramente le hostigaba. Trabóse lucha a la bayoneta; corrió la sangre; cayó un frente de carlistas de más de veinte hombres como la mies rápidamente segada por la hoz.

Pero aún había navarros en gran número para vengar a sus compañeros, y multitud de cristinos cayeron, acuchillados sin piedad. Fago iba delante, pues había llegado el momento del ardor fogoso, de la embestida frenética con uñas y dientes. En el ardor de la refriega, y en una de esas pausas de segundos que median entre los golpes, vió entre los enemigos que avanzaban una figura extraordinariamente terrible, un hombre de cabellos blancos, corpulento... Desde lejos le miraba y parecía dirigirle la afilada punta de la bayoneta al pecho o al estómago... El capellán se vió acometido de un miedo súbito: su consternación le privó como por ensalmo de toda su energía militar, arrancándole su conciencia de soldado. Aquel hombre, más bien irritada fiera que contra él venía, era Ulibarri, el propio don Adrián Ulibarri; no podía dudarlo: le vió como a diez varas; sus facciones no mentían, no podían mentir, ni había confusión posible con otra persona... En mucho menos tiempo del que se emplea en referirlo, el fantasma, o lo que fuera, estuvo a dos pasos... Fago reconoció la voz, la mirada: era él... Su terror fué inmenso..., se dejaba matar. Pero cuando sólo un palmo distaba de su viente la bayoneta del furibundo cristino, dispararon contra éste los navarros dos o tres tiros que le hirieron gravemente. Cayó Ulibarri, y se volvió a levantar. Fago vió en sus ojos moribundos el odio y la ferocidad: una mano de tigre le agarró convulsiva el cuello: una voz le lanzó el mayor insulto que boca humana puede proferir... Recobró el capellán súbitamente su personalidad corajuda; dió un paso atrás, requiriendo su fusil armado de bayoneta, y se hartó de clavarla en el cuerpo de su enemigo.

XVII

Hecho esto, salió corriendo por encima del cadáver, impulsado de un instinto de fuga. Corrió hacia las líneas enemigas; no iba solo. Sus compañeros le agarraron; vióse envuelto por los suyos, que retrocedían... Sin conciencia de sus actos, anduvo después largo trecho por entre los combatientes, pisando muertos y heridos, oyendo voces que ignoraba si eran de carlistas o de liberales, y, por último, fué a caer sin conocimiento al pie de un olivo. Nunca supo lo que duró su espasmo; al recobrarse de él, vióse en completa oscuridad, pues la noche había cerrado ya. Las voces de sus compañeros sonaban cerca; distinguió algunas que le eran familiares. Dirigióse allá casi a tientas, porque apenas veía. «¿Es noche oscura —pensaba—o estoy yo ciego?» Miró al cielo y vió algunas estrellas; luego empezó a distinguir los accidentes del terreno, y movibles bultos, pelotones de hombres que se alejaban.

Ya se consideraba próximo al sitio donde creía encontrar a los de su batallón, cuando se hizo cargo de que no tenía fusil. Trató de volver al pie del olivo donde había caído como desmayado, mas no acertó a encontrarlo. Los árboles salían a su encuentro, como diciéndole: «Yo soy, yo soy el olivo.» Pero luego resultaba que no eran. Determinóse a seguir sin fusil, y tampoco pudo reconocer la dirección que antes había tomado. Ni las voces se oían ya, ni los bultos informes se veían tampoco. Aquí y allá tropezaba con muertos. ¿Eran cristinos o carlistas? Por las boinas o morriones los determinaba fácilmente. Miró al cielo, buscando la Osa Mayor para orientarse; pero ya no se veían las estrellas, y la tierra se iba envolviendo en una niebla blanquecina, cuyos vellones espesos venían de un punto que el aturdido capellán no pudo discernir si era el Norte o el Sur. Al fin, plantándose y llamando a sí toda su inteligencia, ansioso de encontrar una idea meteorológica, pudo hacer este razonamiento: «De allí viene la niebla; pues por allí está en río.»

Anduvo presuroso en la dirección que estimaba contraria al curso del Ega. La niebla parecía perseguirle, y cuanto más andaba, más envuelto se veía en las masas lechosas. Ningún ruido turbaba la lúgubre quietud del ambiente. Los olivos iban a su encuentro; algunos troncos le cortaban el paso con brutal choque, sacudiéndole formidable testarazo; otros huían deslizándose por su flanco, y le azotaban el rostro con sus ramas mojadas. La tierra le abría zanjas en que se hundía o le presentaba parapetos para hacerle caer de rodillas.

Tropezó en un tronco, y, al poner las manos en tierra, tocó ropas, cabellos... Era un cadáver. «¿Será éste?—pensó el infeliz capellán, poseído nuevamente de glacial terror—. ¿Habré venido a parar junto al cuerpo de Ulibarri, a quien ensarté no sé cuántas veces con mi bayoneta?» Reconocido el muerto, vió que tenía barbas y casco. No era el alcalde de Villafranca... Más allá encontró un caballo; después otros muertos y un fusil, que tomó. Era un arma cristina.

Siguió adelante, sin saber ya por dónde iba, pues lo desigual del terreno obligábale a variar de dirección a cada instante. «Paréceme—se dijo, echándose fatigado en el suelo—que me encuentro en el campo de batalla de hoy, en el paraje donde rechazamos el ataque de los cristinos al arma blanca, donde vi a Ulibarri vivo... No, no: esto no puede ser, porque sería un milagro... ¡Milagro! ¿Y quién me asegura que Dios no haya querido sacar de la tierra al buen don Adrián y darle realidad o apariencias de vida para confundir con una imagen terrorífica mi estúpida arrogancia militar, para despertar mi conciencia de sacerdote y enseñarme que las manos que cogen la Hostia no deben derramar sangre humana? ¿Será esto? Ejemplos hay de apariciones sobrenaturales dispuestas por Dios para expresar a un alma extraviada la divina volutad. Si Dios puede hacer que tomen forma corpórea los fenecidos para revelar la justicia y la verdad a los vivientes, ¿por qué no admitir, desde luego, el milagro de la presencia de aquel buen hombre en el campo de batalla? No hay que decirme que pudo ser el que maté persona que al muerto de Falces se pareciese. No era semejanza, era la identidad: el que vi, el que maté, era el alcalde de Villafranca. Aún le estoy viendo; aún veo la blancura de sus cabellos, el ardor de su rostro; veo sus ojos iracundos que me traspasaban, que me daban más miedo que todas las bayonetas cristinas... Era él, era él. No es aquella imagen obra de mis sentidos, que la tomaron de la conciencia alborotada: era efectiva, real, y esta realidad sólo Dios pudo disponerla. Creo en los milagros; creo que he visto al padre de Saloma, que le he matado, que por aquí debe estar su cadáver.»

Dió algunos pasos; anduvo un buen trecho a gatas, abandonando el fusil que poco antes cogiera, y luego se echó de nuevo en tierra, asaltado de ideas turbulentas que contradecían las ideas anteriores. «Y ¿quién me dice que fuera real la muerte de don Adrián en Falces? ¿Quién me asegura que lo que vi en aquella tristísima noche y en aquella alborada sangrienta no fué el milagro verdadero? Bien pudo ser que mi conciencia y mis sentidos forjaran, por disposición del Cielo, el suplicio del hombre que ofendí; bien pudo ser que Dios me pusiera ante los ojos mi ignominia en aquella forma. Si, en efecto, Ulibarri no pereció en Falces, nada tiene de absurdo que se me presentara en las filas cristinas, sin necesidad de milagro... ¡Ay!, en todo caso, mi conciencia se alborota, estalla, ahogándome toda el alma. Milagroso o no, el hombre que vi y que maté en un momento de furor instintivo me reveló con su presencia que estoy nuevamente encenagado en el mal, que escarnezco la sagrada Orden cogiendo en mis manos un arma y matando sin piedad cristianos con ella... ¡Si al menos fuesen moros!... Pero tampoco...; ni moros ni nada... Que los maten los militares, si necesario es para el cumplimiento de la ley de Dios y el triunfo del Evangelio... ¡Pero yo, yo matar!... Reventé a Ulibarri o a su imagen por la ley física que nos mueve a defendernos cuando nos atacan... Es uno hombre sin poderlo remediar. Un santo haría lo mismo... Estalla el coraje cuando menos se piensa..., y al recobrarnos de la horrible locura, ni aun sabemos a ciencia cierta lo que hemos hecho. Llega un momento en que al hombre civilizado se le cae la ropa, y aparece el salvaje. Luego nos da vergüenza de vernos desnudos, y volvemos a encapillarnos la levita, la sotana o lo que sea...»

Corrió luego desaforadamente, gritando como un loco:

—Estoy en pecado mortal... Piedad, Señor, piedad... En mí llevo el infierno, la guerra; mis planes estratégicos son los caminos de Satanás...; mi régimen de movilización de tropas, idas y venidas de demonios... ¡Piedad, Señor, piedad!...

Oyó cantar un gallo, por donde vino a conocer que eran las dos de la maña-

na, hora en que habitualmente deja oír su voz el reloj de la noche. Aventuróse en la dirección del canto, creyendo encontrar un caserío; pero la niebla era ya tan densa que no sabía por dónde iba. Oyendo después que el gallo cantaba a su espalda, volvió hacia atrás, cada vez más perdido en el seno de aquella opacidad algodonácea que envolvía la Naturaleza como un sudario. Había dejado de tropezar con olivos, y de pronto se presentó un escuadrón de ellos, plantados con orden y estorbándole el paso... Vino luego un parral, cuyas cepas a cada instante se le enredaban en los pies. Eran garras que le cogían y horquillas que le enganchaban. El hombre volvió a arrojarse en tierra, exánime, más afligido aún de la negra desesperación que del cansancio. Lágrimas brotaron de sus ojos. No podía consolarse de haber dado muerte al que en rigor de justicia debió ser antes y después y siempre, su matador... No con lloros y suspiros, ni con la pena ardiente, ni con el razonar febril podía desahogar su alma ni aliviarla de aquella colosal pesadumbre. Pasó algún tiempo en tan triste situación, y al fin amaneció; triste claridad se manifestaba a través de aquel pesado velo, más denso al avanzar el día, más lúgubre blanqueado por la luz. A veinte pasos no se distinguían los objetos: árboles y peñas desaparecían como tras una cortina. Los ojos llevaban consigo aquella ceguera de las cosas; el circuito blanco se movía con el espectador.

No hacía media hora que era día, cuando sintió el capellán voces humanas. ¿Por qué parte? No podía precisarlo. Tan pronto sonaban aquellos ruidos por su derecha como por su izquierda. O había gente por todas partes o la niebla jugaba con el sonido, echándolo de un lado para otro. Eran ecos extraños de voces roncas de mujeres, como disputando con voces más ásperas aún de hombre. Por un momento creyó escuchar la dureza del vascuence. Pero no: era castellano, tirando un poco a baturro. Creyendo reconocer voces de compañeros de la facción, anduvo en seguimiento del ruido: se equivocó de rumbo; llamó, le contestaron y, por fin, encontróse junto a un grupo de personas diversas, sentadas en el suelo. Habían encendido una hoguera para guisar algún comistrajo y calentarse. Algunos dormían; el aspecto de todos era de extraordinario aburrimiento y fatiga. No bien apareció junto a ellos el clérigo aragonés, saliendo como espectro de los blancos vellones de la niebla, fué reconocido por una mujer del grupo, que, asustada, dijo:

—No es nadie. Creímos que venían carlistas. Es el clérigo de Villafranca, vestido de paisano y sin armas... ¿Qué le pasa, padrico? ¿Está su merced en servicio militar, o sigue de capellán?... ¿Vienen más facciosos con usted? Nosotros somos gente de paz.

—Y vendemos aguardiente—dijo un vejete, señalando el borrico atado al árbol más próximo.

—Con esta condenada niebla nos hemos perdido—agregó otra mujerona que atizaba la lumbre—, y aguardamos a que abra para seguir a nuestro ejército.

—Según eso—dijo Fago, echándose en el suelo, gozoso del calor y de la compañía—, estoy en el campo cristino.

—¿Viene usted del campo faccioso?

—Sí; ayer tarde me separé de mis compañeros del quinto de Navarra, y no he podido reunirme con ellos. Cegado por la niebla, he andado a ratos toda la noche y en este momento ignoro dónde estoy.

—A poca distancia de Santa Cruz de Campezu... Mucho tiene que andar para juntarse con los suyos, que deben de estar en Zúñiga... Tómelo con calma; y para recobrarse del cansancio eche un trago de vino, y luego probará de estas pobres sopas. Aquí somos todos de paz y estamos a ganar un pedazo de pan con remuchísimo patriotismo... Yo he servido en fusileros de San Fernando, con don Carlos España... Derrotamos al francés en Arapiles... ¿Sabe usted lo que fué Arapiles?

—Pues ¿no he de saberlo?... Batalla ganada por lord Wellington junto a Salamanca... Y, a propósito: no sé aún el resultado de la acción de ayer entre Arquijas y Zúñiga.

—Por el cuento, parece que la hemos perdido.

—Quita allá—dijo Saloma—. ¿Tú qué entiendes? El retirarse Córdoba es engaño para cogerlos luego por allá..., qué sé yo. Nosotros nada sabemos. Córdoba sabe más que el *tío Zamarra*, y por un lado o por otro le tiene que coger..., y

como le coja, se acabaron los *asolutos*... ¿Qué les quedará si pierden ese general? Pondrán al frente de las tropas a un clérigo de misa y trabuco..., o el mismo don Isidro tomará las riendas, como quien dice el rosario.

XVIII

En el abatimiento y confusión de su espíritu, no mostraba Fago gran deseo de conocer el resultado de los combates del día anterior. Batallas más terribles, libradas en el campo oscuro de su conciencia, secuestraban su atención, y compartida ésta entre el conflicto propio y los hechos que el anciano cantinero refería, apenas pudo enterarse de la victoria facciosa o se enteró de un modo incompleto, recogiendo sólo retazos, noticias sueltas. Córdoba se había retirado inopinadamente de Arquijas. Oraa fué rechazado en Lana, y Gurrea, que intentó atacar por la derecha, había llegado tarde. En retirada quedaron, pues, al anochecer, los cristinos, y aún no se sabía por dónde andaban. Prisioneros de la niebla, los dos ejércitos aguardaban que el sol les libertase para volver a combatir en las mismas posiciones o en otras.

—¿Qué le parece?—le preguntó el vejete—. ¿Pelearán en las mismas posiciones?... ¿Qué piensa, buen hombre?... ¿O es que, por no entenderlo, no piensa nada?

—No pienso, no se me ocurre nada —dijo Fago, demostrando en el mirar y en el gesto extraordinaria confusión—. ¿Qué entiendo yo de posiciones?

—Es usted sargento, ¡contro!

—Soy un pobre cura que se ha visto obligado a..., no sé lo que digo... Dadme un poco de vino para que pueda coordinar las ideas.

—Bien se ve que le han engañado esos puercos—dijo Saloma, alargándole el jarro—. No hay más que verle para saber que es usted un mosén muy cuitadico y que no sirve para manejar el chopo. Váyase, váyase pronto a coger el cáliz, para que su Divina Majestad le perdone el meterse en estas *jerarquías*.

Y otra mujer saltó diciendo:

—En la cara se le conoce que es cobarde... ¿Qué le pasó mosén?... ¿Que al oír los primeros tiricos le entró lo que los vizcaínos llaman *bildurra* y se le movieron las tripas?

La actitud silenciosa y sombría de Fago confirmó a la baturra en su creencia, y por caridad se apresuró a darle participación en la comida, que ya había sido apartada del fuego, y repartidas las cucharas, comieron todos de la misma cazuela en que las sopas habían hervido. No estará de más representar con cuatro perfiles a las personas que componían la cuadrilla parasitaria del ejército cristino. Saloma ya es conocida; la otra mujer tenía por apodo la *Maja de la Seda* y llevaba muchos años de ejercer el comercio ambulante, rodando por Rioja y Cinco Villas. Su patria era el Bocal; sus ojos bizcos fulguraban picardía y malas artes; su cuerpo igualaba en flexibilidad al de una lagartija. Comúnmente la llamaban *Seda* y se titulaba esposa de otro punto de la partida, por mal nombre el *Tonto de la Uva*, o simplemente *Uva*, de rostro atezado y cuerpo contrahecho. Era del Valle de Arán y se hacía pasar por francés, hablando a veces un *patois* de su invención. El vejete, que ostentaba el timbre glorioso de haberle cosido a Wellington una bota la víspera de Arapiles, procedía también del Bocal de Aragón y le llamaban *el tío Concejil*. Ganaba dinero con su mercadería ambulante, era consecuente en su filiación liberal y había sido fiel parásito de Sarsfield, de Quesada, después de Rodil, y últimamente, de *don Francisco*, que era su amigo. En Puente la Reina, el año 24, le había dado Mina la mano cuando le llevó la noticia de que los realistas, escapados de Cirauqui al anochecer, habían llegado a Oteiza a las dos de la madrugada. Otros dos hombres había en la cuadrilla, que eran como bestias de *Uva*; cargaban enormes mochilas parecidas a cuévanos, repletas de tabaco.

Saloma era entre los parásitos como una huésped: daba un tanto al día por participar de su comida, y también comerciaba en pequeña escala. Conocía por sus nombres y apellidos a un centenar de soldados cristinos de todas armas; mas no se crea que andaba entre ellos con malos fines: les trataba, les tenía ley, se interesaba en sus triunfos.

dábales alientos con palabras expresivas; pero se mantenía fiel al granadero Manuel Díaz, natural de Herramélluri, entre Haro y Santo Domingo de la Calzada; mocetón de buen ver, que más pronto tomaba las mozas que las trincheras de la facción. No era esta cuadrilla la única que seguía las legiones de la reina; había otras, y algunas promiscuaban, sirviendo a carlistas y constitucionales alternativamente, según les convenía.

A mitad de la comida se arrancó Saloma con este grave aforismo:

—Un aragonés no puede ser cobarde, aunque sea clérigo, señor Fago... Esto lo digo yo, que soy de Borja...

—Es verdad—repuso el capellán, haciendo honor a las calientes sopas—. Un aragonés es... un aragonés.

—Y está dicho todo. El día que se desbarate España, para volver a jacerla tendrán que poner por pedernal del cimiento los corazones de Aragón.

—Y que lo digas. ¿No piensa lo mesmo el señor cura?

—Lo mismo pienso, y en verdad os aseguro que deshonro a mi tierra, porque soy cobarde. Me creí valiente..., me engañé a mí mismo, me engañaron diciéndome que era yo muy entero.

—Y en cuanto oyó los primeros tiros...

—No, no fué a los primeros tiros, sino a los últimos.

—Eso sí que es raro—dijo Saloma—. Pues mire, padrico, ándese con cuidado, que si le cogen los faiciosos le afusilan por desertor, y si le pescan los cristinos no lo pasará bien... Ya se está usted quitando las *ensinias* de sargento. Como no tiene uniforme, no le estorba el chaquetón; pero algo debe disfrazarse, que aunque sea *falso*, a veces no parece que lo es y hasta podrían tomarle por un valiente triste, quiere decirse, aflegidico por mor de amores o qué sé yo qué.

Tal era el desaliento de Fago y tan aplanante su pasividad, que no hizo el menor movimiento cuando Saloma descosió con sus puercas uñas las insignias que en las mangas llevaba.

—Y ahora, si no quiere que sospechen, quédese con nosotros—agregó la baturra—, y aquí comerá de lo que haiga. Si no tiene dinero para el gasto, no le importe, que a mí no me falta un duro para los amigos y más si son de la tierra... Donde yo estoy está Aragón... Conque...

De tal modo sentía el clérigo deshecha y caída su voluntad, que nada supo contestar a estas razones, y a todo asintió, agradeciendo al propio tiempo el socorro de comida y fuego que a los buenos parásitos debía. Pensando en aquella inesperada situación a que le había traído el Destino, sorprendió y reconoció en su alma una glacial indiferencia política. Lo mismo le importaba hallarse entre liberales que entre facciosos. Empequeñecidos ambos bandos, eran de la misma talla mezquina ante la magnitud del tremendo conflicto que él llevaba en su alma. Ni ¿cómo podía ser de Dios uno de los ejércitos y el otro no? Dios estaba en todos y en ninguno, y los hombres no se podían diferenciar ante Dios más que por sus conciencias. Pero con estos razonamientos y otros no podía calmar la suya, ni ver nuevos horizontes en su vida ulterior. ¿Qué haría? ¿Adónde trasladarse, qué partido tomar y qué conducta preferir y a qué idea aferrarse?

Rasgó el sol con punzantes rayos la niebla y se aclaró un espacio que permitía ver los objetos a distancia de tiro de fusil. Pero luego cerróse de nuevo la espesa cortina, y a oscuras quedáronse otra vez dentro de aquella ceguera blanca, que era como el ver que no se veía nada. Oíanse, no obstante, tambores y cornetas. Los batallones más próximos marchaban ya, sin que se pudiera saber adónde. *Uva*, que había ido a explorar, volvió diciendo:

—San Fernando y la caballería de López vuelven a Mendaza. Los demás sabe Dios por dónde andan.

—¿Y ellos?

—La facción, dicen que hacia la Amézcoa; pero no es más que un decir.

Las diez serían cuando acabó de deshilacharse la niebla, y la cuadrilla se puso en marcha, llevando el burro por delante; Fago se dejó llevar; no tenía voluntad. Vió soldados cristinos en marcha, caballos, acémilas; vió a Saloma hablando con sus amigos y conocimientos; vió a un capellán en mula, en quien reconoció a un antiguo colegial de Vergara. Afortunadamente, no fué conocido. *Uva* se emparejó con él y quiso distraerle con su charlar festivo; pero el aragonés, atacado de un men-

tal marasmo, parecido a la imbecilidad, no acertaba en las contestaciones, y de rato en rato decía:

—Amigo *Uva*, ¿adónde vamos? Yo quisiera ir a Veruela.

—No creo que vaigamos tan lejos. Pero usted, mosén, si quiere, por Los Arcos y Viana se puede pasar a Logroño, y de allí, caminito arriba, hasta Tarazona... En el coche de San Francisco, cinco días o seis.

Rendido de sueño, el infortunado capellán, aprovechando el descanso de la cuadrilla en un humilladero que les ofrecía comodidad, se tumbó en el rincón más abrigado, y mal envuelto en pedazos de manta que pusieron a su disposición las baturras, se durmió profundamente. Soñó primero mil disparates inconexos: que *Uva* estaba jugando a la pelota con Zumalacárregui; que Saloma era la Saloma de Ulibarri, transfigurada físicamente; que *Seda* iba del brazo del general Córdoba por la calle principal de Egea de los Caballeros, y, por último, el cerebro forjó una serie de imágenes y hechos, combinados con relativa lógica, imitando la realidad en todo lo que los sueños imitarla pueden. Vióse en manos de los monjes de Veruela, que de nuevo le rescataban del Infierno, entregándole a Dios... Otra vez se veía cubierto del traje eclesiástico, y pasaba de Veruela a un lugar sin nombre, con sus casas cimentadas en escalones sobre altísimas peñas. En el pico más alto estaba la iglesia, como un nido de cuervos, apoyando sus contrafuertes en las grietas musgosas de la roca. El sueño le representó después diciendo misa en la iglesia roquera, delante de un grupo de fieles vestidos de negro, con cirios... No tardó en cambiar la decoración, y vióse en otra iglesia pequeñita y oscura. También en ella celebraba, y en el momento de salir revestido con casulla blanca, por ser la fiesta del papa San Gregorio, oyó tiros cercanos, gran tumulto de batalla.

Los cristinos cercaban al pueblo; ya eran dueños de las casas exteriores y seguían adelante, destruyendo todo lo que encontraban al paso. Mas él, impávido, apartando su mente de todo lo que fuese guerra y matanza entre cristianos, empezó su misa. La decía despacio, muy despacio, recreándose en la belleza del simbolismo litúrgico. Pero cuando llegaba a la consagración, los tiros sonaron en los propios muros del templo. El pueblo salió despavorido; mujeres y hombres acudían a la defensa armados de fusiles, palos, o esgrimiendo cirios, blandones, incensarios y lo primero que encontraban. El acólito abandonó el altar y de la caja del púlpito sacó una escopeta. El oficiante sintió el demonio de la guerra en su alma, dejó el cáliz sobre el ara, y sin pensar en quitarse las sagradas ropas, pues el aprieto del ataque no le daba tiempo para ello, corrió a la ventana, por donde entraba, con grandísimo estruendo, humo y polvo de un batallar furioso. Alguien, no supo quién, puso en sus manos un fusil. Cogiólo, y saliendo intrépido a la ventana, echóselo a la cara. Los cristinos subían con escalas. Les recibió a tiros, acertando en todos. Cada disparo era una muerte. Mientras disparaba un fusil, le cargaban otro y otro. Llovían balas contra él, pero todas se estrellaban en su casulla como en una coraza milagrosa... Con gritos de coraje alentaba a los suyos y con horribles expresiones blasfemantes denostaba a los enemigos que asaltaban la iglesia. Tantos mató, que caían en racimos al pie del muro. Y él indemne, viva imagen del dios Marte, vestido de alba y casulla, mostrando un valor heroico y una pericia no inferior a su bravura. No contento con rechazar a los que osaron meterse por la ventana, salió al frente de su cuadrilla por la puerta lateral y persiguió al enemigo en retirada, acuchillándolo sin piedad, machacando cráneos, rasgando vientres, cercenando piernas y brazos. En fin, que a poco de emprender esta feroz batalla no quedaba un enemigo para contarlo. Transcurrió un lapso de tiempo que apreciar no podía, mas al término de él continuaba tan tranquilo su misa, como si nada hubiese pasado. Su casulla, que era blanca al empezar, se había vuelto roja de la sangre de la batalla, y la festividad, que antes era de confesores, después lo fué de mártires. El vino de la consagración le supo a pólvora; el acólito, en vez de campanilla, tocaba un tambor... «¡Cuánto disparate tan absurdo e irreverente!», dijo el capellán, despertando a los tirones de pies que le daba *Uva*.

—Padrico, que nos vamos. Levántese, si no quiere que le dejemos aquí.

—¿En dónde estamos? ¿Qué pueblo es éste?

—El pueblo es Mirafuentes. Esto se llama el Cristo de la Caña... Volvemos a los Arcos, amiguito, a repostarnos de municiones para emprenderla otra vez contra esos pillos, que no pelean; lo que hacen es escurrirse como culebras cuando les tenemos cogidos... Dése prisa, si no quiere quedarse.

En marcha ya, la mente del tránsfuga, que con el sueño se había despejado considerablemente, pudo hacer apreciaciones razonables de su verdadera situación, y la voluntad, libre ya del horrible desconcierto de la noche anterior, supo determinar algo conforme a lógica y al sentido común. «No se me había ocurrido hasta ahora que debo presentarme al señor Arespacochaga, mi protector y amigo, por quien he venido a estas endemoniadas aventuras. Debo manifestarle el estado de mi conciencia, mis horribles dudas, el espanto que me produjo la visión de Ulibarri, el desaliento que ahora me invade, y todo, todo, para que lo sepa y decida. El me trajo; él dispondrá de mí.»

—Amigos míos—dijo a los cantineros, parándose en mitad del camino—, cuando nos encontramos, lá luz de mi razón hallábase apagada. Ya se ha encendido; ya veo claro. Agradeciendo a ustedes la caridad que me han hecho, me veo precisado a dejarles. Tengo que ir al Cuartel real de Carlos Quinto.

Diéronle medio pan y un palo, y despidiéndose afablemente, tiró hacia el Norte, camino de Mendaza y del puente de Arquijas.

XIX

Toda aquella tarde anduvo sin encontrar tropas. Las de Córdoba fueron hacia el Sur y la división de Oraa habíase retirado por la estrechura de San Gregorio. Encontró, sí, gentes dispersas, que corrían a recobrar los hogares abandonados; rebaños fugitivos, y, de trecho en trecho, caballos muertos, despojados ya de sus arzones militares; algunos cadáveres de cristinos y facciosos, que nadie se había cuidado de enterrar, y multitud de objetos de vestuario y armamento, despojos tristísimos de la guerra. Ignorante de la verdadera residencia del Cuartel real, confiaba que algún campesino adicto a la Causa, y por allí casi todos lo eran, se lo dijese; mas no quiso formular su pregunta hasta no hallarse más cerca del terreno dominado por los realistas. Mas no le habría gustado encontrar al ejército, y si pudiera m e t e r s e en el Cuartel real sin pasar por entre los batallones de Zumalacárregui se creería dichoso.

Por la noche pidió albergue en el primer caserío que encontró, y allí le dieron noticias contradictorias respecto al Cuartel real: que había pasado a tierras de Alava, que iba hacia el Baztán, que continuaba en la Amézcoa... Confiaba que a la siguiente mañana no faltarían noticias ciertas, y se durmió sosegado después de cenar habas mal cocidas y un poco de leche de ovejas. Lo que trajo el día subsiguiente no fué la noticia fidedigna que Fago deseaba, sino una nevada formidable. Amaneció todo el país cubierto de nieve, borrados los caminos, el horizonte ceñudo, el cielo arrojando copos. Era, pues, el tránsfuga prisionero de la Naturaleza, como la noche anterior, y toda su voluntad resucitada no podía con el tremendo obstáculo de la nieve y del frío. Resolvió esperar, toda vez que sus patronos, con gallarda nobleza, le ofrecieron hospitalidad por todo el tiempo que quisiese. No se les ocultaba, juzgando por el habla, que era persona principal, quizá de alta categoría, y le escuchaban con respeto y se desvivían por agasajarle.

—Señor—le dijo el anciano jefe de la familia, compuesta de viejas, muchachas y niños, pues todos los mozos estaban en la facción—, vocencia me dispensará si le digo que le hemos conocido y que no tiene por qué ocultarse de nosotros. Aquí somos fieles a la Causa y puede estar tranquilo, pues. Sabemos que vocencia eminentísima es ese príncipe primo hermano de la sacra católica real majestad; ese que le nombran don Sebastián, don Gabriel o no sé cómo y que anda por estos lugares desanimando pueblos al objeto de ver dónde se pone una grande fortaleza o laberinto de trincheras que piensan hacer para que se apoyen las tropas y den las batallas en regla. Aquí está vocen-

cia seguro y puede sacar los pinceles y compases para pintar la tierra y montes y honduras radicantes arriba y abajo. Yo también he sido militar, del primero de Zapadores: me encontré en Zaragoza con el comandante de Ingenieros señor Sangenis, y sé lo que son escarpas y contraescarpas, líneas quebradas y obras de tierra y fagina. De modo que, aunque estoy algo mal de la vista, y por ello gasto antiparras, bien podré ayudarle, y conmigo las muchachas, que todas se despepitan por servir a la real persona.

Respondió Fago que él no era príncipe ni magnate, sino un pobre capellán del Cuartel real, que se había extraviado en la acción de Arquijas, y deseaba volver a reunirse con los suyos. No se dió por convencido el viejo, y continuaba mirándole con las antiparras de redondos vidrios, montados en gruesa armadura de cuerno.

—Pues diré a vocencia que, para mí, el Cuartel real está ya sobre Salvatierra, y las tropas van a forzar el paso de Pancorbo para plantarnos en Burgos en menos que canta un gallo.

Las viejas tomaron parte en la conversación, y propusieron a Fago darle un balandrán de cura que cogido habían en el campo de batalla. No le pareció mal este ofrecimiento, y aún le pareció mejor al ver la prenda de ropa enteramente ajustada a su talla y cuerpo, y tan buena que revelaba ser de canónigo. Aceptada desde luego, se la puso para abrigarse: el frío era intenso; seguía nevando, y no había que pensar en salir tan pronto. Los pastores que en cabañas próximas recogían su ganado, aseguraban que el rey con toda su Corte estaba en la Amézcoa Baja, y también el ejército, y que hasta pasada Navidad no habría operaciones, por causa del mal tiempo. El viejo de las antiparras no se separaba de su huésped, tratando de hacerle menos aburridas las horas con su charlar continuo de la guerra, entreverado de anécdotas navarras y de noticias referentes a linajes, familias y personas: de todo ello coligió Fago que había tenido posición y hacienda muy superiores a la pobreza en que a la sazón vivía. Era ribereño, de Murillo el Cuende, y se llamaba Fulgencio Pitillas. Comprometido en las campañas realistas del 22 y 28, Mina le había quemado sus casas y graneros y quitádole los ganados. Todo lo perdió por defender una idea: pero no le importaba con tal de ver la idea victoriosa. ¿Qué valían unos cuantos carneros y algunos sacos de trigo en comparanza de la religión católica y del trono legítimo? Dios sobre todo.

Oía esto con indiferencia el buen Fago, hasta que de concepto en concepto, picando el señor de Pitillas en uno y otro asunto, vino a resultar inopinadamente que había conocido a don Adrián Ulibarri. De tal modo se desconcertó el capellán al oír nombrar a la víctima de Falces, que en punto estuvo que apretase a correr, poseído de un pánico semejante al que sintió en la batalla de Arquijas. Como el buen Pitillas era tan cegato que no veía *tres sobre un burro*, no advirtió la turbación y palidez del otro, y siguió diciendo que en sus buenos tiempos había tratado íntimamente a Ulibarri, y que la difunta de éste, doña Saturnina Dorronsoro, y la difunta de Pitillas, doña Manuela Mendívil, eran primas segundas. Agregó que había sabido el fusilamiento de don Adrián, pena que le estaba bien merecida, por meterse a dar soplo a los cristinos de los movimientos de los leales; cosa fea, porque el buen navarro debía pertenecer en cuerpo y alma a la causa *disoluta*. Titubeó Fago entre nombrar a Saloma o callar este nombre, que removía en su alma heces amarguísimas; pero su ardiente curiosidad pudo más que su miedo, y Pitillas, contestando a la tímida pregunta, dijo:

—Esa desgraciada, que conocía muy bien el genio que gastaba su padre, no se atrevió a presentarse a él después del estropicio, y ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Dicen que dicen... Yo no gusto de conversaciones, y mejor es que me calle.

—¿Luego vive?

—¿Que si vive? Ahora la tiene usted de ama de cura.

—¡Jesús mío!

—Dicen que dicen..., yo no digo nada... Volvióse con el mismo que la perdió; éste, que es un gran tunante, para esconder sus pecados debajo de la religión, se hizo cura, y ella...

—Eso no es verdad, señor Pitillas—afirmó el capellán con acento tan distinto del que comúnmente usaba, que el viejo se desconcertó.

—Yo no lo he inventado.

—Pues es falso, y quien lo haya dicho, miente como un bellaco.

—Así será, pues vocencia lo asegura. De que lo dicen respondo. Ahora, que sea o no verídica, no sé... Yo he creído que ella y él no se han metido en nuestra religión santísima, sino en otra de esas en que hay *clérigas*, quiero decir donde los curas son al modo de matrimonios casados, y cada canónigo tiene su sacerdotisa para que le cosa la ropa... Eso pienso; no sé.

—Y ¿dónde están?

—Que me condenen si lo sé. Pero aquí viene este Fermín Iralde, que debe de saberlo, porque una noche contó que había visto a la Saloma tocando las campanas en la iglesia de un lugar, de cuyo nombre no me acuerdo.

Llegóse al grupo un pastor cojitranco, con peales y zahones, hirsuto, de color gitanesco. Interrogado por Pitillas, dijo que Saloma era ama de un cura que peleaba en la facción.

—Y ¿se llama...?

—No lo sé... Sólo sé que es aragonés, y que está en el quinto de Navarra.

—Eso no es verdad. Y ese clérigo, antes de meterse a soldado, ¿era quizá párroco de algún pueblo?

—Capellán del Cuartel real.

—Y ¿es el mismo que...?

—No, señor: es otro.

—Mentira, más mentira todavía. ¿De dónde habéis sacado esas fábulas indecentes?... Otra cosa. ¿Y dónde decís que habéis visto a Saloma Ulibarri tocando las campanas?

—Repicando..., cuando entraba en el pueblo su majestad don Carlos Isidro. La vió un pastor que se llama Orden.

—¿Dónde? ¿Qué pueblo era ése?

—Aranarache, en la Amézcoa Baja.

—También lo niego. Yo sostengo que es falso de toda falsedad, y a ver quién es el guapo que me desmiente. Sois unos zopencos; hacéis mal en tomar en boca a personas honradas, que ni han escandalizado ni escandalizarán jamás. Saloma no es ama de cura, ni *clériga*, ni nada de eso, y al que lo diga le enseñaré yo el respeto que se debe a la mujer virtuosa: dondequiera que ahora resida, llorará la muerte de su padre y sus propias culpas. Para mí está o debe estar en algún recogimiento, casa de religión o cosa así.

—No se incomode vocencia—le dijo Pitillas tirándole del balandrán, pues Fago se había puesto en pie y accionaba enérgicamente con el garrote—. A nosotros, ¿qué nos va ni qué nos viene en esto?

—Nos va y nos viene, señor mío, que no debemos dar curso a la calumnia, sino cortarla dondequiera que la encontremos. Yo salgo a la defensa de toda persona calumniada, ahora y siempre.

—Bueno, señor. Hágase cargo de que no hemos dicho nada, y vámonos a comer, que ya es hora.

Comió Fago de mal talante, y a cuanto le decían sus patronos contestaba tan sólo con monosílabos incoherentes. Por la tarde, con gran sorpresa de toda la familia pitillesca, afirmó que no podía detenerse; y resistiendo a los halagos de aquella gente infeliz, se despidió, ávido de lanzarse a los caminos, de agitarse y correr, movido sin duda de la necesidad de ejercicio físico, o quizá de una impaciencia que ni él mismo sabía si era caballeresco-militar, caballeresco-religiosa o caballeresco..., ¿qué, Señor? El tiempo y los hechos lo dirían.

No acobardado del mal cariz del cielo ni de la nieve que en espesa capa cubría la tierra, marchó resueltamente hacia el Norte, en busca del paso del Ega más próximo, que era el de Acedo. Escasos dineros llevaba: dos pesetas columnarias y una regular porción de cuartos. Sus víveres eran un pan con chorizo entre la miga, que al salir le dieron los Pitillas; su compañía, sus pensamientos y el garrote. No llevaba media hora de marcha, cuando empezó a ser atormentado por una idea, y ésta no le abandonó hasta el fin de la jornada. Era como un compañero de viaje que, al compás de los pasos, y convirtiendo en voz humana el singular crujido de la nieve bajo los pies, le hablase al oído. ¿Qué decía? Pues que en el bolsillo del balandrán que puesto llevaba, generosa ofrenda de los Pitillas, había, cuando se lo dieron, una carta olvidada. Recordaba que en el momento de tomar la prenda de ropa de manos de la vieja, había registrado los bolsillos, encontrando en ellos un pedazo de yesca, dos cuartos y un papel escrito. Rompió el papel la anciana, sin que a él se le ocurriese impedirlo, por no sospechar que pudiera ser interesante. Pues bien: al ponerse en

camino dió en pensar que el papelejo era una carta de la persona cuyo nombre, pronunciado inopinadamente aquella mañana, había removido su ser todo. La hija de Ulibarri escribía muy mal, y firmaba sólo con la sílaba *Mé*, abreviatura de Salomé, con que de niña la nombraba su abuela. «Parece que es esto obra del Demonio—pensaba—. Ahora veo los pedazos del papelejo, rotos y echados al viento por señá Martina, y creo recordar, creo recordar..., como no sea esto una artimaña del espíritu maligno..., creo recordar que en uno de aquellos pedacitos, que volaba delante de mis ojos, estaba escrito: *Mé*... Y yo digo: ¿esto de creer recordar es como recordar verdaderamente? Si vi pasar la palabra *Mé* por el aire, ¿cómo no me causó la impresión que ahora me causa el querer recordarlo? Luego no hubo tal palabra... ¿Y no podría suceder que viera la sílaba sin darme cuenta de lo que significaba?...»

Por todo el camino, sobre la blancura inmaculada de la nieve, fué viendo algo, como huellas de una cabra, un signo que evidentemente decía: *Mé, Mé, Mé*...

XX

La noche le cogió en el arrabal de Acedo; pidió y le cedieron albergue en una choza humilde, y a la mañana siguiente, muy temprano, se agregó a una cuadrilla de campesinos, que le llevaron en borrico unas cuatro leguas. El tiempo había mejorado; pero al deshacerse la nieve, los caminos y senderos se ponían intransitables. Sin desmayar por esto, el peregrino seguía, y a medida que se aproximaba a las alturas de la Amézcoa, iba encontrando gente que iba o venía, caballerías cargadas de provisiones y alguna descubierta de soldados a pie o a caballo. En Galbarra encontró a dos desconocidos, el uno aragonés, el otro navarro, y por ellos se informó de las posiciones de la tropa, sin dar a entender que deseaba conocerlas para evitar su encuentro. Agregaron que el Cuartel real estaba en Artaza, y que allí permanecería cuando el ejército saliese a operaciones, pasada la fiesta de Navidad. Con estas noticias determinó emprender un largo rodeo, a fin de meterse en Artaza sin pasar por los pueblos donde acampaban las tropas de Zumalacárregui. Esto le ocasionó una tardanza de tres días, durante los cuales iba viendo el *Mé, Mé*, ya representado por la huella de cabras, ya por los letreros diferentes, trazados con negro en esquinazos de iglesias o en tapiales de caserones.

Llegó a Artaza de noche. El pueblo dormía; los centinelas obligáronle a esperar el día para entrar en las calles, y arrimóse a un vivac, donde encontró conocidos y amigos, entre ellos uno del propio Oñate. Este le notificó que se le tenía por muerto en la batalla de Arquijas, y que el señor Arespacochaga había mandado echarle responsos. Hablando de operaciones, díjole el mismo que pasada Navidad se emprendería la guerra por la parte de Guipúzcoa, donde andaban muy envalentonadas las divisiones de Espartero y Jáuregui.

No sentía Fago ningún interés por estas noticias de guerra; pero se guardó de dar a conocer su desencanto. Tales confianzas no podía tenerlas más que con su protector y amigo, el señor Arespacochaga, ante quien se presentó por la mañana, no causándole menos impresión que si fuese alma del otro mundo. Era el tal cortesano de don Carlos persona de muy cortas luces, ambicioso forrado en beato, de ideas comunes y palabras rebuscadas y ampulosas. Su edad no pasaba de los cincuenta años; era de buenas carnes, de rostro frío y redondo, afeitado; facciones que podrían llamarse eclesiásticas, con la salvedad de que carecían de toda expresión mística. Su mirada se esforzaba en ser aguda y luminosa: pero no lograba la vanidad lo que sólo es privilegio de la inteligencia: resultaba un mirar de desconfianza oficinesca, o de comerciante en mercedes palatinas. Usaba en el trato social tosecillas, pausas, caídas de ojos y otros medios auxiliares de expresión que conceptuaba indicadores de pensamientos recónditos: realmente eran un juego que respondía a la vaciedad de su inteligencia. Y como había otros más negados que él, para éstos tenía un repertorio de frases comunes, adquiridas en lecturas o cosechadas en el trato de otros prohombres burocráticos, las cuales le servían para deslumbrar a la muchedumbre de casacón y sombrero de tres picos, que es, sin duda, la más fina y selecta

variedad en la familia extensísima del humano vulgo.

Pues bien: serían las nueve de la mañana cuando el asendereado presbítero se presentó al señor Arespacochaga, el cual habría desmentido su carácter si no le recibiera con toda la gravedad que gastar solía, así en los actos ordinarios como en los más solemnes de la vida. A poco de entrar Fago, sirvieron a los dos el chocolate. Su excelencia oyó, frunciendo el ceño, las explicaciones que el capellán le diera de su desaliento militar, de aquella inesperada fuga, que parecía una deserción, pues no estando herido debió incorporarse inmediatamente al 5.° de Navarra.

—Con estas cosas, señor de Fago, y estas rarezas de su carácter—dijo el consejero de Castilla—me ha puesto usted en ridículo, pues yo le aseguré al señor general en jefe que usted era un gran soldado y un sagaz estratégico: así me lo manifestaron personas que le conocen desde su juventud. Y ahora pregunto: ¿usted sirve o no sirve para las armas? Porque si en el terreno militar no ha de hacer nada en gloria y provecho de nuestro augusto soberano, lo mejor será que vuelva a ponerse la sobrepelliz y procure sernos útil en la esfera eclesiástica...

—Señor—replicó Fago con efusión humilde—, yo no sirvo: ni en una ni en otra esfera podré hacer nada de mediano provecho.

—Pues entonces, ¿a qué aspira usted?

—Aspiro a encerrarme en un recogimiento, y a dar de mano a todas estas contiendas, así políticas como militares, pues unas y otras las creo de una vanidad absoluta.

—Hubiera usted empezado por manifestarme esas ideas egoístas—dijo el consejero sin mirarle—y yo no le habría sacado de Oñate. Le tuve por un gran hallazgo, como hombre de inteligencia; después salimos con que era usted hombre de acción, y, a la primera prueba, nos resulta fallido... Háble me con franqueza: ¿es que le falta a usted la primera condición de todo militar, el valor?

—De sobra he tenido esa cualidad en algunos momentos; en otros, la verdad, me ha faltado.

—Pero yo pregunto: ¿el valor personal, el arrojo del soldado, son indispensables en quien, como usted, según repetidas veces me han dicho, descuella por el sentido estratégico y las combinaciones?

—El valor personal es necesario siempre. Sin él, todas las aptitudes guerreras no sirven para nada.

—Hombre, hombre..., no estamos conformes... Y yo pregunto: ¿cree usted poseer la ciencia estratégica, ese don innato, ese...?

—Francamente, señor, creí poseerla; en mi obcecación y soberbia llegué a imaginar que los pensamientos del general en jefe no eran más que una reproducción de mis propios pensamientos, pero ya me he curado de esa presunción ridícula. Yo no sé nada, yo no sirvo para nada.

—Hombre, hombre... P u e s estamos bien. Me deja usted lucido... Aquí nos desvivimos por traer a la Causa todos los elementos útiles, así religiosos como políticos y militares; descubro a Fago; creo haber hecho una adquisición, y ahora, usted mismo, con esa santa pachorra, me dice: «Señor, soy un necio», lo que significa que más necio fuí yo al considerarle discreto.

Al llegar a este punto, el señor Arespacochaga, apurado el chocolate y bebida con gran fruición el agua, empezó a medir la estancia, las manos a las espaldas, jugando con los faldones de su larga levita. Fago continuaba sentado, y aún mojaba bizcochitos en el soconusco.

—No, no, señor mío—prosiguió el cortesano, alardeando de penetración y agudeza—, aquí hay algo que usted no quiere decir, algo que se propone ocultarme con esos artificios de su ineptitud, de su supuesta cobardía, etcétera, etcétera. Aquí hay algo y yo, que veo mosquitos en el horizonte, veo el oculto pensamiento de usted, y le demostraré ahora mismo que a todos engañará, pero a mí, no.

—Ni a usted ni a nadie—dijo el capellán, mirando fijamente al consejero, el cual se paró ante él y puso entre ambos una silla, en cuyo respaldo reforzaba con golpes sus severas palabras.

—Toda esa historia que usted me cuenta es una fábula grosera con que quiere ocultarme sus recientes inclinaciones al cristinismo, al liberalismo, al bando infame contra el cual peleamos... ¡Ah!. es esto, y no puede ser otra cosa... ¿Por qué no lo dice usted claro?

—Ni claro ni oscuro puedo decirlo,

porque no es verdad. Grandes turbaciones he sentido...; pero eso..., líbreme Dios. ¡Yo cristino, yo liberal! Señor don Fructuoso, es usted conmigo injusto, cruel, despiadado.

—¿Me negará usted que estuvo en el campo de Córdoba en la mañana siguiente al combate de Arquijas?

—Estuve, sí, señor, porque me perdí..., porque...

—Se perdió usted..., y tan perdido... Ya lo veo.

—Si yo me hubiera pasado al cristinismo, no estaría en este momento donde estoy...

—Es que... bien podría suceder que acá se nos viniera con fines de espionaje... Valor se necesita para ello... De su conducta, señor capellán, deduzco que usted podrá ser todo lo que se quiera, pero cobarde no es.

—Sí que lo soy, señor don Fructuoso —dijo el otro poniéndose en pie—, pues usted me injuria gravemente, usted me llama espía, y yo... lo aguanto; yo... continúo respetando al que ha sido mi protector y mi amigo.

Viendo pasear al consejero con las manos en los faldones, Fago se sintió acometido de un vivísimo impulso: coger a su protector y tirarle por la ventana.

—Permítame usted que me retire—le dijo, temiendo que su sangre impetuosa le lanzara bruscamente a una brutal acción.

—¡Ah!, no... ¿Cree usted que he concluído? ¿Cree que renuncio a obtener las explicaciones que estimo pertinentes?

—¿Explicaciones? Ya las he dado todas.

—Ahora lo veremos. Siéntese usted. Considere que, si se me alborota, me será fácil mandarle preso..., y un Consejo de guerra decidirá si el curita Fago es simplemente un desertor medroso o un valiente vendido a los enemigos de la Fe.

—Mándeme, si gusta, al Consejo de guerra, pues nada temo ni me importa. Que me juzguen como quieran.

—Le digo a usted que se siente y oiga.

—Oigo sentado...

—Pues... yo pregunto al capellán Fago: ¿quién es una mujer, una mujer digo, que la víspera de la batalla de Arquijas se presentó en el Cuartel real pidiendo noticias de usted?

—¿De mí?... ¿Una mujer? Lo ignoro—replicó el capellán, palideciendo.

—Y bien se comprendía que no preguntaba la tal por un desconocido. Su lenguaje y el interés de sus interrogaciones demostraban confianza y antiguo conocimiento con el señor capellán.

—¿La vió usted?—dijo Fago con apagada voz, tragando saliva—. ¿Qué señas tenía?

—Alta, buena presencia, ojerosa..., vestida de negro.

—¿Edad?

—Como unos veinticinco años..., quizá menos.

Y creyendo ver en la intensísima palidez del clérigo indicio seguro de culpa, prosiguió con hueca severidad:

—Le vende a usted su turbación, y todo lo que diga no le servirá más que para enredarse en sus propias mentiras.

—Yo no miento... Por las señas, esa mujer es la hija de Ulibarri...

—Y ¿cuándo hizo usted conocimiento con ella?

—¡Ah! Eso cosa muy antigua, anterior a la época en que abracé el estado eclesiástico.

—Y ¿qué clase de relaciones...? ¿Se puede saber...?

—Se puede saber; pero no se sabe, porque yo no he de decirlo, ni a usted le importa nada ese asunto, enteramente personal y que nada tiene que ver con la guerra.

—¿Que nada tiene que ver con la guerra? Muy pronto lo dice.

—Lo digo y lo sostengo sin más explicaciones.

La actitud resulta v valiente del aragonés desconcertó al señor Arespacochaga, que se pasaba la mano por la frente, anunciando con este movimiento la pronta emisión de una idea luminosa.

—Si no se tratara más que de los grandísimos pecados mortales cometidos por usted en su vida de seglar licencioso, nada tendría que decir. Debo creer que usted limpió su conciencia de aquellos crímenes contra la ley de Dios, y que fué absuelto en el tribunal de la penitencia. Pero no se trata de eso. La mujer de quien hablaron no es, no puede ser extraña a la deserción de usted

ni a su visita al campamento enemigo.

—¡Qué absurdo! Pruébemelo usted.

—A eso voy. Dos días antes de aquel en que se presentó en Orbiso la señora esa, se recibió una carta dirigida al capellán José Fago.

—Y ¿la abrió usted?

—Naturalmente. Su majestad me ha encargado del servicio de Correos y Policía. El estado de guerra me autoriza a leer todas las cartas, y mayormente las de mis subalternos. Usted es mi capellán; pero aunque no lo fuera..., aunque no lo fuera... La carta, muy mal escrita, le decía a usted que saliera al anochecer a la primera venta que hay en el camino de Antoñana, Parador del Manco se llama, donde la firmante le esperaba para hablar de un asunto.

—¿Y firmaba...?

—Firmaba *Mé*.

XXI

—Es ella, es ella—dijo Fago, poseído de febril inquietud, levantándose para espaciar su espíritu y respirar fuerte—. Pero, pero...

—Pero ¿qué?... No sabe usted por donde salir.

—¿La carta...?

—La mandé a su destino, y por mis vigilantes supe que el señor capellán acudió a la cita.

—Eso no es verdad, como no lo es que yo recibiera tal carta; se lo juro. Tiene usted un servicio de espías detestable. Le han engañado, señor mío.

—Para que vea usted que soy leal y que no quiero cogerle en una trampa —manifestó el consejero, empleando toda su gravedad—, le diré que mis informes sobre el particular no son de los que alejan toda duda. Al punto de cita acudió un hombre de balandrán. No me han asegurado que fuese usted. Bien pudo suceder que la señora *Mé* citara a varios clérigos para celebrar algún concilio o junta de rabadanes.

Esta broma no le pareció bien a Fago, que, sentándose otra vez, dió un golpe en la silla que les separaba, diciendo:

—La señora *Mé* no tiene por qué celebrar concilios ni es persona capaz de andar en tratos de mala ley, en enredos políticos o militares.

—¿Que no? ¿Se atreve usted a decir que no? Pues sepa que esa señora pasó la noche del catorce al quince de diciembre en el alojamiento de los ayudantes del general; sepa usted que algunos días antes, el diez o el once, estuvo en Los Arcos en compañía del capellán de Gerona, con quien parece ha vivido o vive en gran intimidad. Es indudable que ha pasado de un campamento a otro trayendo y llevando recados. Hay sospechas de que para sus espionajes se disfraza de monja, en compañía de otra mujer, figurando que pertenecen a la Comunidad de Dominicas de Los Arcos, desalojadas por los cristinos... ¿Qué tiene usted que decir? ¿Por qué me pone esa cara de estupor y atontamiento?

—Pongo esta cara porque realmente me siento atontado y estúpido. Paréceme que sueño, que oigo contar cuentos de duendes y trasgos. Yo me vuelvo loco, señor Arespacochaga, y no sé si creer o no creer lo que escucho.

—Pues yo, en mi sano juicio, sostengo que esa señora, disfrazada de monja, se ha visto con usted el día antes de Mendaza, quizá el mismo día, y le ha inducido a llevar proposiciones de componenda, quizá de traición, al general don Luis Fernández de Córdoba. Y usted ha visto a Córdoba, no me lo niegue, y usted, antes de venir aquí, ha llevado a Zumalacárregui algún mensaje del jefe cristino, y usted...

—Señor mío—dijo el capellán con acento solemne, dueño de sí, no turbado ni balbuciente, sino con la energía y el aplomo de quien expresa la verdad y pone la verdad sobre todas las cosas, sin exceptuar la vida—, yo, José Fago, por la Orden sagrada que recibí, ante Dios que ha de juzgarme, ante los hombres a quienes entrego mi vida, juro que estoy inocente de todo delito de traición o espionaje, que no he visto a Córdoba ni a Zumalacárregui, que no he visto a esa mujer a quien suponen ocupada en traer y llevar recados de uno a otro campamento, que todo lo que usted me cuenta es absolutamente desconocido para mí. Y si no es verdad lo que juro, que me mate Dios ahora mismo y mande mi alma a los infier-

nos; y si usted no me cree, disponga que me lleven ante un Consejo de guerra y me fusilen inmediatamente, pues para nada quiero una vida calumniada. Honrado soy en mi conciencia, y me basta; por eso no temo la muerte; casi la deseo, y matándome se me da la gloria del martirio que apetezco, que ambiciono.

Esa vez fué Arespacochaga quien palideció, afectado por la actitud arrogantísima del capellán, por su voz entera y vibrante, por el fuego de sus ojos.

—¿Me cree usted o no me cree?—añadió Fago, dando un paso hacia él.

No quiso el consejero dar su brazo a torcer tan pronto ni declarar el efecto que la solemne manifestación del aragonés le había producido. Dominando su turbación, echó mano de su gravedad, del recurso de las medias palabras, que nada dicen y parecen revelar pensamientos hondos:

—Tengamos calma... Yo opino.. ¿Cree usted que a mí se me engaña..., que no sé distinguir?... Poco a poco. Ya sabe que le aprecio, que le he protegido, que mi mayor gozo es verle triunfante de la calumnia...

—¿Me cree usted, sí o no?

—Calma, señor capellán... Puede que de esta conferencia salga la certidumbre de que no es usted traidor... Yo lo deseo..., estoy dispuesto a admitir todas las explicaciones razonables.

—Y hay más—declaró Fago con enérgica resolución y acento firmísimo—: creo que todo esto que a usted le cuentan sus espías y polizontes es falso. Unos por congraciarse con sus jefes y aparentar servicios ilusorios, otros por la recompensa pecuniaria que se les da, le traen a usted mil embustes y enredos... No hay, no hay, no puede haber tales tratos entre el ejército de la legitimidad y el ejército impío; yo lo niego: le engañan a usted, abusan de su credulidad, señor don Fructuoso.

—¡Carape!... Ahora sí que tengo a usted por un inocente, digno de que le entierren con palma—replicó el consejero, alardeando de hombre agúdo, sabedor de secretos gravísimos—. Admito..., ya ve usted si le considero..., admito que mi capellán no tenga parte alguna en esos enjuagues y componendas... Las manifestaciones que usted acaba de hacerme serían una hipocresía monstruosa si no fuesen verdaderas. Admito su inocencia, señor Fago; pero dudar de que existen proyectos contrarios a las grandiosas aspiraciones de nuestro rey augusto..., ¡ah!..., eso no. Eso no puedo dudarlo; porque en mi mano tengo más de un hilo, que me traerá el ovillo de esta indigna conjura. Todos los servidores de su majestad no tienen el mismo grado de fe y entusiasmo. No diré que nos vendan al enemigo, eso no... Pero algunos, o por falta de convicción o por exceso de soberbia, buscan la alianza con determinados personajes cristinos, proponiéndoles concesiones políticas, señor mío; ofreciendo cosas tan absurdas como el otorgamiento de una Constitución prudente y libertades que no están ni pueden estar en nuestro programa, porque son contrarias al dogma religioso... Total: que se quiere acelerar el triunfo de la Causa por medio de un arreglo en el cual quedarían por el suelo las sagradas prerrogativas de nuestro soberano... Y yo pregunto: ¿triunfar de ese modo es verdadero triunfo?

Fago no chistó. Las ideas expresadas por su patrono eran de tal extrañeza y novedad que no podía, sin mayor detenimiento, admitirlas ni rechazarlas.

—No hablo de traición, no—dijo el consejero en el tono de quien no quiere manifestar más que una parte de lo que sabe—, porque si ha llegado la hora de las intrigas, no ha llegado, ni quizá llegue, la hora de las traiciones. ¿Me entiende usted? Yo pregunto: ¿las operaciones de nuestro ejército obedecen a un plan conveniente y práctico? Yo creo que no. No se necesita ser estratégico de profesión para comprender que, derrotada la impiedad en Arquijas, nuestros soldados vencedores debieron perseguirla en el camino de Los Arcos, batirla aquí y en Viana, y después acometer sin miedo el paso del Ebro por Logroño o por Cenicero, si el paso de Cenicero se creía más seguro. Usted, ¿qué opina?

—Que por Cenicero.

—Y cuando todos creíamos que Zumalacárregui operaría sobre Los Arcos, nos hablan de una expedicioncita a Guipúzcoa. ¿Para qué? Para coger moscas, para perseguir a las columnas de Espartero, Jáuregui y Carratalá. ¿Us-

ted no piensa, como yo, que esto es un disparate, y si no un disparate militar, una..., ¿cómo diré?, un pretexto para ganar tiempo hasta que se pueda llegar a la pastelada política con Mina o con Córdoba?

Y viendo que Fago, la mirada fija tenazmente en el suelo, no decía nada, le incitó con instancias a manifestar su opinión.

—Creo—dijo al fin el capellán—, y ésta no es mi opinión técnica, sino de sentido común, creo que no estamos aún en disposición de pasar el Ebro. En Arquijas, según tengo entendido, no se cogió al enemigo ninguna pieza de artillería.

—Ta, ta, ta..., siempre el mismo cuento. A eso replico que si no las tomaron fué porque no quisieron. Mis noticias son que el quinto de Navarra tuvo los cañones cristinos poco menos que entre las manos.

—Eso no es verdad: lo niego como testigo que fuí.

—Los batallones que mandaba Villarreal también pudieron ganar algunas piezas, y no las ganaron.

—Lo dudo.

Callaron ambos, y mientras el consejero se paseaba, Fago retrotraía su imaginación al día y campo de la refriega de Arquijas, buscando en sus recuerdos la certeza o falsedad de lo que su patrono afirmaba. Nunca había tenido Fago muy alta idea de las dotes intelectuales del señor don Fructuoso, y en aquella ocasión no encontró motivos para rectificar su criterio sobre este punto. Tiempo es de decir que se hallaban en una estancia grandísima de superficie, mas tan baja de techo, que parecía un pajar; indigno alojamiento de funciones políticas y burocráticas que constituían algo semejante a un ministerio en nuestros días. El piso de madera ofrecía ondulaciones como las del mar; desnudas de todo adorno estaban las paredes, y los muebles eran dos papeleras desvencijadas y una mesa que más bien parecía mostrador, atestada de legajos. En una habitación próxima, abuhardillada y polvorienta, trabajaba el individuo que era como la representación sintética de todo el personal del departamento, un pobre chico, acólito de Oñate, donde le ayudaba las misas a Fago, en campaña, escribiente secretario y ayuda de cámara del señor consejero. Lo mismo le limpiaba las botas que extendía la minuta de un real decreto. Natural era que viviese con tales estreches y privaciones una Corte ambulante, más rica en entusiasmo y fe que en materiales recursos, y en la cual las dependencias de un Gobierno embrionario funcionaban difícilmente, corriendo de un pueblo a otro con los archivos en una galera, los tinteros vacíos y las cabezas más llenas de esperanzas que de sólidas ideas.

En pueblos pobres como Artaza, gracias que pudiera alojarse con relativo decoro la católica majestad ocupando los cómodos aposentos de la casa del cura. Los del séquito, reducido en aquel tiempo, por consejo de Zumalacárregui, al personal absolutamente indispensable para el real servicio, se aposentaban donde podían, no desdeñando los desvanes, graneros y cuadras cuando no se encontraba cosa mejor. Cien hombres escogidos daban escolta al Cuartel real, y solían dormir en la sacristía o dependencia de la iglesia o en la sala del Ayuntamiento, teniendo por cama común el suelo duro y frio. La suerte era que ninguno se quejaba: no hay colchón como la fe.

Antes de proseguir hablando reconoció el consejero las dos puertas de la habitación, cerrándolas después cuidadosamente, y ni aun así dió a su voz toda la sonoridad que acostumbraba.

—Dejando a un lado si pudimos o no pudimos tomar piezas, ellos es, amigo Fago, que esta desviación de las operaciones hacia Guipúzcoa es un gran desatino. Todas las personas entendidas en asuntos militares lo censuran: el rey..., y le advierto a usted que nuestro augusto soberano posee un gran conocimiento de las cosas militares..., el rey, digo, no parece muy satisfecho de las disposiciones tomadas últimamente por su generalísimo. Claro que esto no puede decirse, y yo se le digo a usted con la mayor reserva...

—Y con toda reserva pregunto yo: ¿acaso su majestad piensa cambiar de general en jefe?

Al oír esto, volvió don Fructuoso al examen y revisión de puertas, y con la certidumbre de que nadie le oía dijo:

—Aquí, en confianza, amigo Fago, estamos preparando un real decreto por

el cual su majestad, inflamado en intenso fervor religioso, elige por generalísima de sus ejércitos...

—¿A una mujer?

—A la Purísima Concepción, y se pone bajo el amparo de la excelsa Señora para que dé la victoria a las armas que se esgrimen en defensa de la fe de nuestros padres.

—¡Oh!... Me parece muy bien. Es una nueva muestra de la piedad de este excelso príncipe... Pero la Virgen no ha de ponerse al frente de las tropas..., creo yo, y siempre ha de haber un hombre que desempeñe las funciones del orden práctico y material, en el bien entendido de que si estas funciones no son desempeñadas con criterio y rectitud, de poco valdría, ¡ay!, la tutelar protección de la Reina de los Cielos.

XXII

Tras una pausa en que uno y otro parecían embebecidos en hondísimas meditaciones, prosiguió Fago:

—Lo que pregunto a usted es si piensa su majestad variar de generalísimo... terrestre.

—No creo que, por ahora, de eso se trate. Su majestad, mientras los acontecimientos no prueben que Zumalacárregui va por mal camino, no puede retirar a a éste su confianza. El señor es hombre de gran prudencia y tacto, y toma sus resoluciones después de bien meditadas...

—¿Hay acaso en el Cuartel real personas que hayan demostrado o demuestren aptitudes excepcionales para el gobierno de un ejército?

—Acá, para *inter nos*, amigo Fago, la organización de tropas y el llevarlas al combate y a la victoria, previo estudio del terreno en que han de pelear, me parece a mí que no es ciencia tan sublime como algunos creen. Vea usted lo que han tenido de Aníbales o Pompeyos nuestros generales más afamados. Y no quiero hablarle a usted de los guerrilleros. La mayor parte de ellos ladran... Para mí, es cuestión de sentido común y un poco de sangre fría, ni más ni menos. En el Cuartel real tenemos sujetos de gran conocimiento en estos asuntos, algunos del orden civil. Cuando el soberano nos hace el honor de reunirnos en su tertulia, hablamos, discutimos, y, haciendo la crítica menuda de las marchas y disposiciones del general, unas veces nos parecen bien y otras..., ¡qué quiere usted que le diga!..., nos parecen medianas.

—Y al consejo áulico de su majestad, ¿no asisten militares? La opinión de éstos me parece muy digna de tomarse en cuenta, y no es esto despreciar el criterio de los señores del orden civil.

—¿Militares dice usted? Su majestad tiene a su disposición a más de cuatro que se distinguieron en la guerra de la Independencia y en la campaña realista; hombres de conocimiento, de práctica en la manipulación de tropas y señalados, además, por la firmeza y fervor de sus creencias religiosas. Sin ir más lejos, aquí está el señor González Moreno, de quien debemos esperar días gloriosos para la Causa; persona muy sensata, muy grave, de las que a mí me gustan... ¡Pocas palabras, ¿me entiende usted?, una seguridad en el juicio, una entereza en el carácter!... Tenga usted por cierto que con ése no juegan los caballeros constitucionales y masónicos.

—Y ese señor González..., ¿quién es? Perdone usted mi ignorancia. ¿Con qué hazañas o siquiera hechos de algún viso ha ilustrado su nombre?

—Por Dios, amigo Fago, ¿de qué dehesa sale usted? ¿Es de veras que no ha oído nombrar al señor González Moreno, el afamado gobernador militar de Málaga, que en los últimos años de don Fernando Séptimo descubrió y aniquiló la conspiración de Torrijos y otros corifeos de democratismo, atrayéndolos de Gibraltar a Málaga y...?

—Ya, ya sé... Si he de hablar con franqueza, señor don Fructuoso de mi alma, esa página histórica no resulta muy gloriosa que digamos...; expreso lo que siento..., y bien mirado, ello es un acto político más que militar.

—Yo le aseguro a usted—afirmó el consejero enfáticamente—, y puedo probarlo, que el señor González Moreno posee en grado altísimo talentos militares, con los cuales emulará, *Deo volente*, a los caudillos más insignes.

Con estas salidas de tono, expresadas en el lenguaje oficinesco que tan bien manejaba, solía tapar don Fructuoso las

bocas de diversos personajes, amigos o rivales suyos con quienes comúnmente departía, y que si no le eran inferiores en cacumen no le llegaban al zancajo en la emisión de conceptos graves, de fácil sonsonete persuasivo. Fingió Fago que se convencía, y aceptando al señor Moreno por un segundo Napoleón, se permitió poner en duda la ciencia militar de los que sahumaban con vano incienso la persona del llamado rey legítimo.

—Dejemos este asunto del cambio de general—dijo luego don Fructuoso, desarrugando el ceño—a la autoridad augusta del soberano, y ocupémonos en lo que es de nuestra humilde incumbencia. Encargado estoy de velar por la seguridad de esta gloriosa Monarquía; a mí me compete el acechar a los enemigos, el buscarles las vueltas y atajarles los pasos. Creo haber adquirido noticias de grandísimo precio para desbaratar las intrigas de los constitucionales; pero la red es tan espesa, amigo mío, que aún me falta coger muchos de sus hilos. Los que andan sueltos por ahí espero atraparlos con la ayuda de usted.

—¡Yo! ¿Qué puedo hacer yo, triste de mí?

—Mucho, amigo Fago, mucho. Las dudas que acerca de su lealtad me asaltaron al verle hoy, se han disipado. Creo en su inocencia. Para creer en su adhesión incondicional a la Causa, necesito que me preste usted un servicio..., ¡ah!, un servicio que no vacilo en llamar eminente.

—Dígamelo pronto, y si es cosa que puedo y sé...

—¿Que si puede y sabe? No se le exige ciencia militar ni teología dogmática. Esta no es empresa de guerrero ni de sacerdote.

—Pues ¿de qué?

—De hombre..., simplemente de hombre, señor Fago. La Causa exige de usted en estos momentos que deje a un lado las aptitudes militares, si es que las tiene, y las disposiciones evangélicas, para no ser más que el José Fago vulgar, el de marras.

—No entiendo, señor don Fructuoso; explíquemelo mejor.

—Más claro: necesito que vaya usted en seguimiento de esa mujer, que la rastree, que la persiga, que la encuentre y me la traiga.

—¿Esa...?

—Esa *Mé*... o como quiera que se llame. No se haga usted el tonto. Yo le señalaré un itinerario seguro para encontrarla. Verá usted cómo no falla, y cobraremos esa hermosa pieza, ya se disfrace de monja dominica, ya de aldeana rústica o ama de cría. Para ganar su confianza y apoderarse de sus secretos, empleará usted los medios que crea eficaces, cualesquiera que sean, pues la santidad del fin todo lo justifica y ennoblece. Quiero decir que no sea usted remilgado, pues ésa debe de ser pájara de cuenta..., en fin, ¿qué he de decirle, si usted mejor que yo la conoce?

—Señor don Fructuoso de mi alma —dijo el capellán con gran consternación, palideciendo—, yo no puedo desempeñar esa comisión..., yo no quiero ni debo ver a esa mujer, a quien conocí y traté más de lo conveniente en mis tiempos de seglar desalmado y libertino. Mi conciencia me prohibe avivar el fuego que sofoqué para bien de mi alma... No me lance usted a ese peligro, por Dios, se lo ruego.

—¡Hombre, qué ridículos escrúpulos!... Yo no le digo a usted que caiga nuevamente en el pecado, ni de eso se trata. Ya sé que hablo con un sacerdote. Pero la Causa es la Causa, y no se la puede servir eficazmente sin algún sacrificio... No pido el sacrificio de la conciencia; basta con el de los actos, basta con una apariencia de... Poniéndome en su caso, entiendo que no me sería difícil conquistar o reconquistar la voluntad de esa hembra, conservando mi conciencia en paz y ofreciendo a Dios la pureza de mis intenciones y el servicio que presto a la fe, como garantía de la nulidad de algún pecadillo formal que pudiera cometer..., formal, digo, de forma, *per accidens*..., usted me entiende.

—Dispénseme usted—dijo Fago con grandísima turbación, la frente empapada en sudor frío—, pero yo no puedo, no me determino... Me entra el pánico, señor, ese pánico que me hizo correr en el campo de batalla. No soy dueño de mí, no tengo voluntad.

—Bueno, bueno; tranquilícese, amigo don José..., y piense con calma lo que le propongo, para que pueda darme de hoy a mañana su conformidad.

Trémulo y desconcertado, el capellán

se levantó, tendiendo su mano a don Fructuoso. Quería marcharse, huir, correr. Sentía las ansias del pánico y no se conceptuaba seguro hasta no poner la mayor distancia posible entre su persona y la del grave consejero, que era en aquel instante su demonio tentador. Aún quiso éste retenerle, estrechando sus manos abrasadas; pero Fago no podía más, no. Si no escapaba pronto, su temblor se convertiría en ataque epiléptico. Despidióse con palabras balbucientes y salió de estampía, tropezando en los muebles, haciendo retemblar las hojas de la puerta.

Largo rato vagó por el pueblo, recorriendo de punta a punta su calle única, empinada y fangosa, sin que con el desgaste de la energía muscular se calmase la vivísima agitación que le dominaba. Encontróse uno, dos amigos, y hablando con ellos de cosas en que fijar no podía ni el oído ni la atención, sintió un frío muy intenso que le hacía dar diente con diente; después un calor que le abrasaba el rostro. Uno de aquellos señores, contador de la Real Intendencia, tomándole el pulso, le dijo:

—Querido don José, está usted malo, muy malo; lo mejor que puede hacer es meterse en la cama, si es que la tiene, que en este condenado pueblo no podemos revolvernos los que componemos la Corte. A mí me tiene usted en un pajar, y gracias que me ha tocado una patrona con buenos colchones... Si quiere, y no ha encontrado aún alojamiento, véngase conmigo.

Tan malo se encontraba el buen capellán, que no recordó el ofrecimiento que don Fructuoso le había hecho de su casa ministerial y aceptó la invitación del otro sujeto, mejor dicho, se dejó conducir de él. En un camaranchón le metieron y en el suelo le acostaron, sobre un mediano colchón, con abrigo de mantas y un grueso capote de su amigo. El resto del día y toda la noche pasó con calentura intentísima, inquietud y delirio; al día siguiente parecía mejorado; al tercero, dijo el médico que se moría; al cuarto, faltó poco para que le dieran el viático. Una mejoría repentina hizo concebir esperanzas, y al octavo se le declaró fuera de peligro; pero su convalecencia había de ser larga. ¿Cuál era su enfermedad? Tabardillo, fiebre nerviosa, no sé qué. Ni él ni tampoco el médico lo sabían. Lo cierto fué que después de los crueles días de gravedad se quedó aplanadísimo, como atontado y sin ganas de vivir. Indiferente a todo, se pasaba los días mirando al techo, bostezando a ratos y tarareando una monótona canción de los tiempos juveniles, que revivió en su memoria en los críticos días de ardorosa fiebre. Su amigo trataba de distraerle y le proporcionaba buenos alimentos, y aun golosinas, para despertarle el apetito; mas nada conseguía. Ni aun el señor Arespacochaga, con su conversación grave y sus frases en estilo de cancillería, lograba sacarle de aquel estado de atónita tristeza. Pasó la Navidad, pasó el día del Año Nuevo (1835), y hasta la Epifanía no empezó el hombre a entrar en caja.

Por fin, gracias a Dios, dejó el camastro, y empezando a tomar alimento, recobraba las fuerzas del cuerpo y el vigor del espíritu. Aun después de restablecido, conservaba la costumbre de permanecer largo rato mirando al techo, y era que como la estancia no tenía vistas al campo ni a la calle, sino tan sólo a un sombrío corral, el techo hacía las veces de horizonte, y en él vislumbraba el convaleciente las extrañas cosas que, en las vagas lejanías de la Naturaleza, recrean nuestra alma más que nuestros ojos.

—Ea, ya estamos bien—dijo Arespacochaga, entrando a verle un día de enero—. Basta ya de hacer el niño mimoso y el enfermito remolón. A la calle, al campo, y a defender la Causa, que para eso vivimos todos. Conviene enterarle de lo ocurrido en este paréntesis de su enfermedad. ¿Qué dice?... ¿Que no le importa nada?

—No he dicho tal cosa. Ya sé que nuestro ejército opera en Guipúzcoa.

—Y yo puedo darle a usted noticia de acciones perdidas, de acciones ganadas. La Fortuna se muestra ahora variable, caprichosa... Efectos, digo yo, de que no hay plan o de que el plan obedece a móviles que no son militares. Verá usted. En Villarreal de Zumárraga, doloroso es confesarlo, recibió nuestra gente una soberana paliza; las cosas, claras. ¿A quién se le ocurre presentar batalla con cuatro mil hombres a las fuerzas dobles o triples de Espartero y

Carratalá?... Este buen señor, este don Tomás de mis pecados, dicho sea entre nosotros con la mayor reserva, paréceme a mí que ha perdido los papeles. Verdad que se desquitó en Ormáiztegui, por aquello de que es su pueblo natal y no quiere hacer mal papel entre sus convecinos. En Ormáiztegui, hay que decirlo, quedaron bien, gracias al arrojo de Iturralde y a la pericia de Gómez. Los cristinos salieron con las manos en la cabeza, y a estas horas no se sabe dónde han ido a componer la descalabradura... ¿Qué me dice usted de todo esto? Parece que le conmueve poco... Veremos si otro asunto le interesa más. Ha de saber el amigo Fago que, en vista de las repugnancias que me manifestó el día de su llegada, he pensado en encargar a otra persona la delicada comisión... ¿Qué, no se acuerda?... ¿Nos hemos quedado sin memoria? ¿Qué significa esa cara de sorpresa y estupefacción?... Más bien creía yo que durante su enfermedad no ha pensado en otra cosa y que la fiebre le ha tenido en constante lucha con la imagen de...

—Con la imagen... ¿de quién?

—Ello es que la noche en que el pobre Fago estuvo peor, vine aquí... Usted deliraba, y no decía más que «Mé, Mé, Mé...»

—¿«Mé» decía? Pues mire usted, don Fructuoso, bien pude pronunciar esa sílaba, porque, en efecto, soñé que la hija de Ulibarri estaba en Zumárraga hablando con nuestro general.

—La mitad de su sueño es cierta; la otra mitad, mentira. En Zumárraga estuvo: noticias fidedignas tengo de ello. Pero no me consta que Zumalacárregui le hiciera el honor de admitirla a conferenciar... He sabido también que pasó por Ormáiztegui... Dos días antes la vieron en Elorrio, donde acampaba Espartero: iba la señora en compañía de un capellán que sirve a los constitucionales, tan pronto en el cuartel de Córdoba, como en el de Espartero.

—Paréceme que usted, señor don Fructuoso, sueña más que yo.

—Ya lo veremos. Los sueños no son absolutamente obra de un cerebro desconcertado; los sueños nos ofrecen, en multitud de casos, maravillosas conexiones con la realidad. La Historia sagrada y la profana nos dicen que por el conducto del sueño se han revelado a ciertos y determinados hombres verdades como puños. Dígame usted, puesto que *la vió* en Zumárraga: ¿cómo iba vestida?

—De monja.

—¿Lo ve usted?... Y digan que los sueños son burla de los sentidos. Monja, sí, señor; vestidita de monja, lo que no quiere decir que lo sea. El traje es un artificio o salvoconducto para la conspiración que se trae esa señora, correveidile de una taifa de capellanes masónicos y de carlistas vendidos a la nefanda Constitución. Y no va sola...

—En efecto, no va sola.

—La ha visto usted en compañía de un hato de religiosas expulsadas de Los Arcos, y que andan buscando un convento desmantelado donde meterse.

XXIII

—Es cierto—prosiguió el capellán—. En lo que no estamos conformes es en que la hija de Ulibarri sea falsa monja. Mis noticias son que ha profesado.

—¿Y por dónde, por quién ha recibido usted esa información?

—Por nadie, señor—dijo Fago con desprecio de sí mismo, paseándose—. No sé nada: es que lo pienso, lo he soñado... No me haga usted caso. Estoy demente.

—No es eso locura. Mi buen capellán fluctúa tristemente entre lo que le pinta su imaginación y lo que por mi boca le dice la realidad. Procure usted concertar su sueño con mis informes: ver si acierta el delirio, que bien podría ser, o si yo me equivoco, lo que no es improbable. Intente salir de su horrible duda, aceptando la comisión que le propuse.

—¿Pero no dice usted que ha encargado a otro...?

—Aún no ha salido, y puedo darle contraorden.

—Y ese otro, ¿quién es?

—Un hombre muy listo, muy despierto, buena estampa, aficionadillo a las aventuras.

—¿Militar?... ¿No?... ¿Acaso pertenece también al estado eclesiástico?

—Casi no. No ha recibido más que la primera tonsura, y parece inclinado a

seguir carrera muy distinta. La Intendencia y la política le arrastran. Escribe como un águila cuando sea menester en defensa de la Causa, y demuestra extraordinaria agudeza y olfato para penetrar el sentido de los acontecimientos.

—¿Aragonés?

—De las Cinco Villas.

—No me diga usted más. Es Mariano Zapico... ¡Bah! ¡Y a un tonto semejante encarga usted misión tan delicada! Volverá trayéndole a usted un sinfín de enredos.

—No, no: tiene que traerme a la monja verdadera o apócrifa.

—Yo creo que es auténtica... Si quiere usted saber la verdad, no ponga ese fino trabajo en manos tan toscas como las de Zapico.

—En las de usted quise ponerle—afirmó don Fructuoso con viveza, creyendo fundadamente que ya le tenía cogido.

—Pues venga a las mías, ¡carambo!... venga—dijo el capellán levantándose y dando dos briosas patadas que hicieron estremecer el frágil suelo del desván—. Yo desempeñaré esa comisión, pues ya veo que no sirvo para otra. Soy un desgraciado que todo lo ambiciona y nada realiza. Me falló la guerra, no sé si me fallará la religión. Mi voluntad, que otras veces se ha lanzado a las acciones briosas, movida de una gran idea, ahora se lanza movida de un instinto. Mi destino así lo quiere. No sé en dónde me meto. Dios sabrá por dónde salgo.

Frotábase las manos el consejero, y para animarle más en su propósito le dijo estas sesudas expresiones:

—No estoy conforme, amigo Fago, en que dé usted por muertas sus ambiciones militares, ni las ambiciones, propósitos más bien, del orden religioso. Para abrir camino a un hombre que, como el capellán Fago, posee inteligencia no común, no han de faltarle buenos padrinos. Aquí estoy yo, para declarar solemnemente que, si me desempeña esta comisión como espero, quedo obligado a proporcionar a usted el mando de una columna volante de doscientos hombres. Quien puede disponerlo, lo dispondrá. Y en el caso de que mi buen capellán se decida por la religión, me obligo a premiar sus servicios, el día del triunfo, con una buena canonjía o con un arciprestazgo de los mejores.

No se mostró el aragonés muy entusiasmado con estos ofrecimientos, y atento no más que a disponerse para la misión que se le encomendaba, pidió a don Fructuoso dos onzas, con lo cual creía tener lo necesario para su viaje. Díjole el consejero que aguardase hasta el día siguiente, porque la real Intendencia estaba a la cuarta pregunta, y para proveerle de los fondos necesarios era preciso retirarlos de otras obligaciones. Tenía que conferenciar con el mayordomo de Palacio, con el superintendente, con el colector de Rentas, y con media docena más de figurones y ministriles que a la sazón se alojaban, rodeados de papelotes, en las míseras casas, graneros o zahurdas de Aranarache.

Al día siguiente, puestas en manos del capellán las dos peluconas, quiso don Fructuoso darle instrucciones y marcarle un itinerario, conforme a los datos que de sus golillas y soplones había recibido; pero Fago no admitió que en aquel punto se le dirigiera.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué yo busque a Saloma, que la encuentre, que la coja y me la traiga? Pues déjeme a mí la disposición de los pasos que tengo que dar para obtener este resultado. Y si lo obtengo, no me pregunte el cómo, el cuándo ni el dónde. Yo me entrego a mi instinto, en la confianza que éste sea más afortunado que lo fueron mis altas, mis nobles ideas. Adiós.

—Guíele Dios, y acompáñele la Virgen bendita.

—No creo que la Generalísima intervenga para nada en esto.

—Debo decirle, amigo Fago, que no tenga escrúpulos por tratarse de emprender la captura moral y física de persona perteneciente a una Orden religiosa. Eso, no; convénzase de que no es monja; si viste el santo hábito, es como disfraz de sus pérfidas maquinaciones. No haya, pues, escrúpulos; no haya, pues, el temor de ofender a Dios... Dios está con nosotros.

—¡Ah!... ¡Dios!... No llevo el propósito de ofenderle... Quizá me resulte que podré servirle arrancando al demonio un alma hermosa, extraviada. Aún espero realizar una acción grande y bella. Puede que tras este instinto surja un esfuerzo brioso de la voluntad. No lo sé. Me dejo llevar del instinto, que a veces nos guía mejor que la razón... Adiós otra vez.

Y salió en aquel mismo instante, solo, vestido de aldeano, y se perdió en las veredas fragosas que conducen a Maestu. ¿Adónde iba? Realmente no lo sabía, y al tomar aquella dirección, como habría tomado otra cualquiera, no hizo más que entregarse al ciego Acaso, saboreando el goce de prever lo que le deparase, como saborean los jugadores las presunciones y corazonadas que preceden al manejo de los naipes.

Hasta la noche, después de descabezar un sueño en la venta de Eulate, no surgieron en su mente determinaciones claras del camino que debía tomar. «Me voy a Estella—se dijo—. No sé por qué imagino que no he de perder el tiempo.» Nada le ocurrió al segundo día que merezca mención; pero al tercero, caminando hacia Zúñiga, sorprendiéronle unos aldeanos con la noticia de que el ejército carlista iba sobre la Berrueza para dar batalla al general Lorenzo, sucesor de Córdoba en el mando de la división. Esto le movió a cambiar de ruta, pues no gustaba de encontrarse con sus compañeros de armas en los días de Mendaza y Arquijas. Nada temía de Zumalacárregui, porque le constaba que se le habían escrito expresivas cartas dándole explicaciones de la desaparición del sargento Fago en la batalla del 12 de diciembre. En el amañado relato se suponía que recibió una herida en el cráneo; que se extravió en las oscuridades de la niebla; que fué a parar cerca de Estella, donde cayó gravemente enfermo con afección a la vista. Se decía también que habiéndose presentado, ya restablecido, en el Cuartel real, el señor Arespacochaga le había encargado el importantísimo servicio de organizar, entre el clero regular navarro, colectas para las atenciones de la guerra. A pesar de que estas testimoniales del Cuartel real le aseguraban contra todo castigo, no sentía maldita gana de verse en presencia de Zumalacárregui, ni de Iturralde, ni del coronel del 5.° de Navarra. Torció, pues, su derrotero, discurriendo qué haría para no infundir sospechas en el campo cristino, hacia el cual resueltamente se encaminaba.

No lejos de Genevilla, donde se tomó un día de descanso, dijéronle unos pastores que en el propio Arquijas, lugar sin duda predestinado para batallas, se había dado una de las más sangrientas entre las tropas de don Tomás y las de Lorenzo. Unos y otros tuvieron muchas bajas, pero la victoria fué de la facción. Seguidamente, Zumalacárregui atacaría la guarnición de Los Arcos, para lo cual había mandado que le llevaran de la sierra de Urbasa un cañón muy grande, llamado *El Abuelo*, y los dos obuses que el artillero señor Reina le había fabricado con chocolateras, almireces y badilas. Invitáronle aquellos infelices a recogerse y pasar la noche en una cabaña que a tiro de piedra se veía, y el capellán aceptó gozoso, por la confianza que los tales le inspiraban, como gente hospitalaria y sencilla. En la cabaña le dió modesto albergue una mujer tuerta, afable, que al punto preparó para todos la cena, consistente en sopas con grasa de cabrito, y luego castañas cocidas con leche. Encima de esto echaron el cuartillejo de vino, con lo cual rompieron todas las lenguas en un despotrique animadísimo sobre lo bien que iba el negocio de la guerra en Navarra y Guipúzcoa y los malos ratos y berrinches que estaba pasando el señor de Mina, por no poder hacer nada de provecho contra la facción.

—La semana pasada—dijo uno de los pastores—le vi en Puente la Reina—. ¡Ay, qué malo está el pobre! ¡Ojos que te vieron en la otra guerra y que te ven hoy! Antes tan gallardo, ahora como una horquilla; ayer daba miedo su cara, y hoy da compasión. Monta en una mula blanca y lleva en su Estado Mayor dos señoras muy guapas. No se rían: son dos burras de leche..., no toma más alimento el pobre que la leche de borrica.

—¿El pobre?—dijo otro—. Pues no paice sino que bebe vino de los infiernos, según es de sanguinario y afusilador. Está dado a los demonios porque no gana y la corajina la desfoga en el cuitado que cae en manos de su tropa.

Sosteniéndoles gallardamente la conversación, aguardaba el capellán coyuntura favorable para hacerles una pregunta de gran interés, y hallada por fin la oportunidad, les dijo:

—¿Podríais vosotros darme alguna noticia de las monjas dominicas de Los Arcos, que por ruina del convento quedaron desalojadas y anduvieron después por estas tierras sin encontrar, ¡las po-

bres!, un rincón sagrado en que guarecerse?

—¡Anda, anda señor, si todas las que corrían por aquí—dijo la tuerta—eran monjas de engañifa!... ¡Pues no han dado poco que hablar las tales! Entre ellas venía una frescachona y muy dispuesta que la llamaban doña Bernardina, de la cual dicen que era un mozo vestido de mujer.

—Y con ésa—dijo Fago prontamente—iba otra más guapa todavía, alta, morena, ojos negros...

—Sí, señor. Bien se conoce que la ha visto.

—Moza efectiva, no marimacho, pero que no es monja más que por el traje.

—Todo es como lo pinta, señor. ¿Lo ha visto?

—¿Sabes el nombre de ésa?

—No sabemos sino que le afusilaron al padre.

—¿Por qué?

—Por capitán de bandoleros.

—Eso no es verdad. Decidme otra cosa. ¿Las dos monjas franqueaban libremente las líneas facciosas?

—Sí, señor; porque como iban pidiendo limosna, so color de la santa religión, mandó el buen general que no se les hiciera daño. Pero en la partida de Lucus se descubrió el enredo de esas bribonas, y las desnudaron para emplumarlas y no sé qué..., resultando que, vistas sin ropa, las dos eran hembras.

—¡Caramba!... Y ¿esos miserables se atreverían...?

—Señor, el soldado no repara.... por eso es soldado; que si reparase, no lo sería.

Después de apoyar esta sentencia con conceptos que en distinta forma venían a decir lo mismo, otro de los pastores aseguró que salvó a las monjas de un agravio seguro la repentina llegada de la columna cristina del general Méndez Vigo. Batido rápidamente Lucus y dispersa su gente, las tropas de Mina le quitaron seis caballos y las dos monjas.

—Que llevarían inmediatamente a Pamplona.

—Adónde las llevaron, no sabemos, ni lo que hicieron con ellas, tampoco; mas pa mí tengo que no harían nada bueno.

—Horrible cosa es la guerra, que no respeta la vida del hombre ni el honor de la mujer.

—Y ellas—dijo la tuerta con avinagrada voz y gesto—, ¿por qué van a buscarlo? ¿Qué tienen que hacer las mujeres allí donde deben estar solos los hombres con su obligación? La enagua en casa, y en la calle y en la heredad, el calzón. Luego no se quejen de que las afusilen... Bien afusiladas están.

Nadie se atrevió a replicar a tan sabios conceptos. Fago, taciturno, se retiró al humildísimo lecho que le habían preparado, y a la mañana siguiente, muy temprano, partió, andando largo trecho con los pastores. En Narcués encontraron un convoy faccioso de heridos de la tercera acción de Arquijas, que iba hacia la Amézcoa, custodiado por alaveses, entre los cuales Fago apenas tenía conocimientos. Lejos de intentar escabullirse, su generoso corazón le impulsó a llegarse a los carros, en la parada que hicieron para proveerse de agua fresca, y ofreciéndose a prestar cualquier auxilio que fuese necesario, examinó a los heridos, buscando semblantes de amigos y compañeros. A no pocos reconoció; viva fué su pena al ver entre ellos al grande, al gigantesco *Gorría* en lastimoso estado, con un balazo en el hombro derecho y otro en el muslo. El poderoso atleta sufría con cristiana entereza el dolor de su carne, y estrechando la mano del amigo díjole que no sentía morirse más que por no ver triunfante la Causa del rey católico. En cuatro palabras le dió idea de la acción librada frente al Ega, la más encarnizada y *mortal* de aquella campaña. «Perdidas muchas almas, pero ganadas y bien ganadas las posiciones. Ahora, a Los Arcos.»

Aprovechando el alto, fueron curados los que más necesidad tenían de emplastos y vendajes; dieron alimento a los que lo pidieron; agua y vino a los sedientos, que eran los más; a todos, frases de consuelo y esperanza. En los carros que iban a la zaga se habían muerto dos antes de llegar a Narcués. Ayudó Fago a poner los cadáveres en tierra, y hallándose en este trajín vió dos monjas dominicas que prestaban servicio sanitario en la galera próxima. Al llegarse a ellas con viva curiosidad, una de las dos, joven y agraciada, le miró atentamente. El capellán no desconocía, no, aquel rostro, que, a pesar de las tocas y de la monjil compostura

no había dejado de ser vivaracho. Ella fué la que primero se arrancó a hablarle:

—José Fago, ¿crees que no te conozco? En tres años, poco has cambiado. ¿No sabes quién soy?

—¡Oh, sí!—replicó el capellán con alegría, súbitamente iluminada su memoria—. Eres..., el nombre no lo recuerdo..., la hija de don Valentín Ulibarri, de Villafranca de Navarra, prima hermana de...

—Soy Pilar Ulibarri. Cuando yo profesé, tú eras un perdido. Luego te hiciste sacerdote... ¿Qué clase de sacerdote eres? ¿Eres bueno, o un demonio coronado?

—No hables así, Pilar. El pasado es negro, todo miseria, ruinas, muerte, sangre. Hemos nacido en días trágicos. De tu familia, nada queda. Murió tu padre; pereció a manos de la venganza militar tu tío don Adrián. Dime, dímelo pronto: ¿has visto a Saloma?

—Sí.

—¿Vive?

—No sé. No debieras pensar en ella más que para pedir a Dios que la conforte en su desgracia y que la aparte de los caminos del mal. ¿Para qué preguntas por mi prima con ese afán? ¡Ay José Fago, tú no perteneces a Dios; perteneces al Demonio!

—Sólo Dios me posee—replicó el clérigo con vivo afán—. Por El te pido que no me ocultes lo que sepas de tu prima.

—Sabrás que, al tener conocimiento de la muerte de su padre. vino a mi convento... Quería entrar en religión.

—¿Dónde estaba, qué hacía cuando mataron al alcalde?

—Estaba en tierra de Alava; no sé más... la recibimos, la consolamos. Al poco tiempo nos vimos arrojadas de nuestro convento por las tropas que defienden el ateísmo, y salimos, nos desbandamos: unas hermanas fueron por este lado, otras por aquél. Estuvo mi prima en mi compañía una semana. Después... Pero no te digo más, no quiero ni debo. Un interés mundano es lo que te mueve a preguntarme por esa desgraciada... No me lo niegues. Tú eres malo, tan malo ahora como entonces, y estás profanando la Orden que recibiste y ultrajando con tu conducta y con tus pensamientos al Señor nuestro Dios. No te digo nada, no me preguntes nada, y déjame... En tus ojos conozco la maldad de tus intenciones. Vete, apártate, monstruo.

Y uniendo la viveza de la acción al vigor de la palabra, huyó de aquel sitio antes que el desconcertado capellán pudiese contestar a sus airadas y despreciativas razones.

XXIV

No dándose por vencido el aragonés, pidió permiso al jefe del convoy para agregarse a él, decidido a poner sitio en regla a la fiereza de la monjita. Siguieron todo aquel día por sendas y vericuetos, y en el descanso de los carros, a la caída de la tarde, hallándose junto a *Gorría,* que se agravaba de un modo alarmante, vió a las dos monjas en los carros delanteros, y platicando con ellas a Mariano Zapico, el veedor o contadorcillo del Cuartel real, que don Fructuoso le había designado como competidor suyo en la comisión de atrapar a la volandera *Mé.*

«Este mentecato—se dijo—practica el espionaje por su cuenta y sabrá congraciarse con el consejero, llevándole mil enredos y fábulas novelescas. Veo que asedia a la monjita Ulibarri. Trabajo le mando: es una fierecilla. Cuando vivía en el siglo, sus padres no podían aguantarla; le conocí lo menos doce novios; con todos reñía, y les hacía reñir unos contra otros; traía revuelto al pueblo y por causa de ella llovían puñaladas. De pronto le dió la ventolera por la religión... El fuego de su alma apasionada escapábase por aquel registro. Sus padres vieron el cielo abierto cuando la chiquilla manifestó tal vocación, y acelerando los preparativos por temor de que se arrepintiera, metiéronla en las dominicas de Los Arcos... Es organista y cantora. Sigámosla hasta que cante..., que al fin cantará.»

Poco después de anochecido dió parte el médico de que a *Gorría* se le podían contar los momentos que le quedaban de vida. Acudió Fago junto a su amigo y le halló con conocimiento, aunque por minutos se le nublaba.

—Buen *Gorría,* ¿qué es eso?

—Nada, que me muero... No puedo

más... Como soy tan grandón, la muerte tiene que tirar mucho para llevarme... Por eso me duele...

—Animo. ¿Quieres beber vino?

—Hombre, sí..., y muérame pronto con este bendito trago.

—A hombres de tu temple no se les entretiene con vanas palabras. ¿Llega el momento de pasar de esta vida perversa a la vida inmortal? Pues a morir con entereza de soldado cristiano, valiente en los combates, más valiente aún en este trance último.

—¡A morir, valientes...! ¡Viva Carlos Quinto, viva Dios!

—¿Tienes algo que disponer? Tu conciencia, ¿tiene algún pecado de que descargarse? Dímelo y ten confianza en Dios.

—Si no es pecado el guerrear y desearle al enemigo todos los males, ningún pecado tengo, señor de Fago, pues ni mentira, ni estropicio, ni nada de mujeres encuentro en mi conciencia, por más que en ella rebusco. Y si algo hay de que no me acuerde, perdónemelo Dios y lléveme a su santo seno... Soy soldado de la religión... Muero peleando contra los *ateístas*... Señor mío Jesucristo...

Siguió rezando entre dientes, mientras Fago con entera voz le encomendaba. Aprovechando un momento lúcido le preguntó si tenía algo que disponer tocante a intereses. La respuesta fué breve:

—No tengo más bienes que el prado de Urrestillo, cerca de Azpeitia, y un huerto con doce manzanos y un peral. Quiero que sean para Domínica, la hermana de mi difunta, que tiene seis hijos. El dinero que llevo sobre mí..., aquí está... Cójalo para que mande que me apliquen una misa... Ya no hay más bienes..., digo, sí, mi cuerpo; este cuerpo que vale por dos, se lo dejo a la tierra... Enterrado en mi huerto..., ¡qué rico abono para los manzanos!... Mi alma, para Dios..., y vámonos al Cielo... ¿Los que pelean y matan entran en el reino de Dios? Yo he matado ayer más de veinte cristinos. Ellos y yo, ¿entraremos juntos en la gloria eterna, o es que los cristinos, que luchan por el ateísmo, no pueden entrar?... Dígamelo.

Fago se apresuró a tranquilizarle sobre este delicado punto, diciéndole que todos los que sucumbían con honor defendiendo la idea que a la guerra les llevaba eran acogidos en el seno de nuestro Padre. Los directores de esta matanza eran los responsables, y entre ellos Dios escogería los suyos... Poco más habló el pobre *Gorria* y todo lo restante lo dijo el capellán con ardiente y patético estilo, exhortándole a fijar sus últimos pensamientos en la misericordia divina y a desprenderse de los intereses y miras terrenales, sin exceptuar los de la Causa, pues ésta, como todo, debía ser comprendida entre las pequeñeces despreciables que abandonamos en el umbral de la otra vida. El capellán de la ambulancia, señor Elío, viejo muy dispuesto, cojo de un balazo que recibió capitaneando una partidita en los comienzos de la guerra, dió la extremaunción a *Gorria* y el convoy siguió su marcha. En camino, a las tres de la tarde, entregó su alma el valiente soldado.

Dejaron el cuerpo en la primera parada, y adelante. Por la noche intentó Fago nuevamente hablar con la monjita Pilar Ulibarri, pero ésta y su compañera se resistieron a oírle. Al detenerse en Antoñana, el jefe del convoy, sin duda a excitación de las dominicas, le ordenó despótica y groseramente que no siguiese unido a la ambulancia, amenazándole, en caso de desobediencia, con la aplicación inmediata de cincuenta palos. Devoraba su ira por no poder castigar tanta insolencia con un número de bofetadas igual al de palos con que se le amenazaba, y vió partir el convoy, creyendo al fin que sería quizá providencial aquel desgraciado suceso. En su ardiente imaginación fomentaba la idea de que le convenía dirección distinta para llegar al fin propuesto.

Toda la noche anduvo por desolados campos, sin dirección fija, adoptando el acaso por guía único de su andar vagabundo, y creyendo que los senderos desconocidos suelen conducirnos adonde deseamos. Renegaba de la previsión, del método, de todo el fárrago de prescripciones por que se guían los hombres, y que comúnmente resultan de menor eficacia que los dictados de la fatalidad. Somos unos seres infelices que creemos saber algo y no sabemos nada, que inventamos reglas y principios para engañar nuestra impotencia; vivimos a merced de la Naturaleza y de las misterio-

sas combinaciones del tiempo y el espacio. Iba, pues, entregado a lo que el espacio y el tiempo, ministros de Dios, quisieran disponer en su tiránico dominio.

A la madrugada, cuando se aproximaba a un pueblo que creyó sería Contrasta, sin estar seguro de ello, pues una vaga niebla envolvía la torre y caseríos circundantes, se vió sorprendido por fuerzas de caballería, que le dieron el alto. Eran cristinos, tropa ligera, armados de carabinas. Quiso el capellán escabullirse, saltando una pared cercana; pero le apuntaron, se vió cazado como un conejo, y no tuvo más remedio que entregarse. Interrogado por el jefe de la fuerza, respondió que era hombre pacífico, del estado eclesiástico; le registraron; pero aunque nada se le encontró que le comprometiera, no pudo evitar la nota de sospechoso, y se le llevaron entre los caballos, con la amenaza de dejarle seco si intentaba la fuga. Aun en tan desdichado trance, continuaba firme en la devoción del Acaso, y se decía: «¿Quién sabe si este cautiverio será provechoso, y me llevará al fin que persigo? Todo puede ser. No preveamos nada: esperémoslo todo del arreglo y disposición que las cosas se dan a sí mismas.»

En el pueblo próximo, que no era Contrasta, sino Larraona, entregáronle como prisionero a una columna de la división de Aldama, y a los dos días de marcha fatigosa entró en Estella, y fué encerrado en la cárcel de esta ciudad, donde prisioneros y criminales padecían juntos la reclusión estrecha y la miseria nauseabunda. Por los cuadros lastimosos, por las caras de torturante aflicción que vió al entrar allí a medianoche hubo de comprender que le esperaba una vida de perros, si no venían en su auxilio las personas que en la ciudad conocía, o algún oficial de la guarnición cristina, aragonés, de los muchos con quienes en tiempos mejores había tenido amistad. Por de pronto, si vió caras conocidas entre los presos, no eran éstos de calidad, y ningún amparo ni protección podía esperar de los que compartían su infortunio. Dedicóse el primer día al solapado examen del local, por ver si había facilidades de escapatoria; pero sus observaciones no fueron optimistas. En cambio, si resultaba cierta la noticia de que les sacaban a trabajar a las fortificaciones de la plaza, bien podía suceder que, puestos de acuerdo los más animosos, lograsen la libertad. Fijo en esta idea, empezó a tantear a su compañeros, trabando conversación y explorando los caracteres, sin más objeto que escoger entre ellos los de mayor coraje y decisión.

En efecto, a la mañana siguiente, unos treinta fueron a trabajar en las obras de fortificación que activamente se hacían más allá del santuario de Nuestra Señora del Puy. Al menos, trabajando en campo libre hacían ejercicio, respiraban aire puro, se ponían en contacto con soldados de la guarnición, y al paso por la ciudad podían descubrir entre el vecindario caras amigas. Desgraciadamente para Fago, si vió los primeros días algún rostro que le recordaba antiguos conocimientos, nadie reparó en él. Diez días mortales se pasaron en triste ansiedad, sin que una voz amiga sonara en su oído, sin que una mano protectora le amparase. El desaliento le consumía; la esperanza le abandonaba; castigábale Dios por su pagana devoción del Acaso, y éste, el ciego ordenador de las cosas, también le tenía en olvido y menosprecio, manteniéndole en la triste monotonía de los sucesos metódicos y regulares, sin ninguna sorpresa, sin ninguno de esos golpes teatrales que varían favorable o adversamente el curso tedioso de una vida esclava.

Y en tanto, nadie le decía por qué estaba cautivo, ni se le interrogaba, ni se le sometía a procedimientos judiciales o de Consejo de guerra. Le habían detenido *porque sí*, y *porque sí* le tendrían preso hasta la consumación de los siglos. En los días de aquella lúgubre existencia, enteróse de la expugnación de Los Arcos por Zumalacárregui y del asedio del fuerte de Echarri-Aranaz, que los cristinos reseñaban a su manera. Poco le importaba todo esto y lo mismo le daba que triunfase Juan o Pedro; más que el trono de las Españas le interesaba su propia libertad.

Terminadas las trincheras del Puy, les llevaron al otro lado del río, junto a San Pedro la Rúa, la interesantísima iglesia románica. En las alturas que la dominan, y en las ruinas próximas de un excelso monasterio, se trabajaba para fortificar la ciudad, cuya situación, dentro de un círculo de elevados montes, era en extremo peligrosa para la guarnición,

si ésta no se posesionaba fácilmente de todas las alturas. Otros diez días transcurrieron sin que el pobre Fago viese alterada la acompasada tristeza de su existencia; la evasión no se le presentaba fácil ni aun posible, por la vigilancia que se ejercía sobre los presos. Ya iba transcurrido cerca de un mes de aquella muerte lenta, cuando el Acaso le hizo una mueca que le pareció precursora de acontecimientos extraordinarios, y, por consiguiente, favorables. He aquí el suceso: un cabo de Gerona, que le había mostrado benevolencia, y benevolencia quería decir menos crueldad y grosería de lo que se acostumbraba, le entregó, a la conclusión del trabajo, un lío conteniendo dos panes, media docena de chorizos, cuatro manzanas y algunos cigarros, todo envuelto dentro de una servilleta sucia. El obsequio, que en tales circunstancias era de una extraordinaria magnificencia, procedía, según el cabo, de una señora que se interesaba por el pobre capellán prisionero. ¿Cómo se llamaba? El mensajero no lo sabía. ¿Qué señas tenía? Alta, morena, guapetona. no necesitó más Fago para creer que era la hija de Ulibarri quien le favorecía, y extrañaba que no acompañase al regalito una carta en que se le ofreciera la libertad, o se le propusieran los medios de conseguirla. Todo el día, loco de júbilo, se lo pasó pensando en ella, y su imaginación soñadora veía llegar por momentos segundo mensaje con esquela o recado entablando comunicación para tratar de libertarle. La esclavitud le había entontecido; pensaba y sentía como un niño, y creía verosímiles y probables los más absurdos delirios de la mente. Su desilusión fué grande al día siguiente, cuando por referencias del propio cabo y de otro soldado de Gerona, vino a cerciorarse de que la señora a quien debía el obsequio no era otra que Saloma la baturra. La cuadrilla del *tío Concejil* había entrado en Estella cuatro días antes, arrimada a la división de Gurrea.

En su desaliento, pensó el capellán con seguro juicio que, pues no le salían amigos de valía por ninguna parte, era forzoso buscar el arrimo y calor de los seres humildes que se habían acordado de favorecerle en su desventura. Mandó un recado a Saloma la baturra para que a verle fuera, y una tarde, hallándose en las obras del puente de Zucareros, se le presentó *Uva*, saludándole afectuoso en nombre de toda la cuadrilla. Las señoras no iban *por no dar que hablar*. La visita fué de grandísimo consuelo para Fago, y los conceptos que de boca del cantinero oyó resucitaron en el alma del prisionero las muertas esperanzas.

—El día que entramos—dijo *Uva*—le vimos a usted trabajando en San Pedro. Pero no quisimos decirle nada por no llamar la atención..., que nosotros tenemos que andar con mucho ten con ten, para que nos consientan nuestro tráfico... Sepa el señor capellán que en la guarnición hay algunos jefes aragoneses, y entre ellos uno que... Tengo por cierto que ha de conocerle a usted, porque es de la Canal de Berdún, o de junto a Tiermas.

—¿Cómo se llama?

—Don Rodrigo de Arbués..., alto, seco... Paréceme que es comandante o teniente coronel... No estoy seguro.

—¡Loado sea Dios!—dijo Fago, tan conmovido, que poco le faltó para echarse a llorar—. Es mi primo, primo segundo mío, y amigo cariñoso desde la infancia. En la edad feliz, de los veinte a los veinticinco, hemos hecho juntos bastantes diabluras... Por lo que más quieras en el mundo, *Uva* de mi alma, hazme el favor, hazme la caridad de ir en su busca ahora mismo, y decirle dónde estoy y el mísero estado en que me encuentro.

Prestóse el buen hombre a desempeñar la caritativa comisión, y dos horas después tenia Fago el indecible consuelo de verse estrechado en los brazos de su amigo y pariente don Rodrigo de Arbués.

XXV

—Chiquio, el demonio que te conozca. Eres el cadáver de ti mismo—le dijo con noble y cordial efusión—. ¿Cómo has llegado a ponerte tan flaco y amarillo? ¿Dónde y cómo caíste prisionero? ¿Qué ha sido de ti desde que fuiste a Oñate?...

Al cúmulo de preguntas que le hizo no pudo contestar Fago más que con expresiones de alegría y reconocimiento; pero repuesto de la alegría que el feliz encuentro le produjo, emprendió el completo relato de sus desventuras, cuidando de emplear cierto método histórico, para que Arbués pudiese formar jucio

y resolver algo que condujese a la terminación de aquel horrible cautiverio. Hablaron toda la tarde; la situación del prisionero cambió radicalmente, y el jefe de la prisión le mostró gran benevolencia; la esperanza brillaba en los espacios, y sonreía en el alma del pobre capellán. Despidióse Arbués diciéndole que estuviese tranquilo; él hablaría con su coronel, jefe de la plaza, que le estimaba mucho, y pronto se resolvería lo más conveniente (estilo militar).

Al día siguiente, por la tarde, oyó Fago de su primo esta extraña proposición:

—Chiquio, darte la libertad de buenas a primeras, sin trámite de la Auditoría militar, paréceme difícil; proporcionarte la evasión, no es imposible, ni aun difícil; pero el coronel no quiere gastar esas bromas. Teme que aproveches tu libertad para volverte a la facción y pelear contra nosotros. Si nos das una garantía de que no harás armas contra la reina, se buscará un medio de que seas libre mañana mismo.

—¿Y qué garantía he de dar más que mi palabra de honor?

—No nos basta; digo, a mí sí; pero el coronel es un poco testarudo y muy ordenancista.

—Pues mi palabra de sacerdote.

—Las palabras de sacerdote no valen en el fuero militar. Necesitamos una garantía positiva, eficaz.

—¿De que no haré armas contra los liberales?

—Eso.

—¿Y cómo doy esa garantía?

—De un modo muy fácil y muy claro. Nos convenceremos de que no harás armas contra nosotros cuando te veamos batiéndote a nuestro lado y contra ellos.

—¡Contra los carlistas! Y ¿no hay otra manera de alcanzar mi libertad?

—No hay otra.

—Pues, chiquio, mi libertad *vale una misa*. Acepto. Soy tuyo, soy vuestro.

Siguieron hablando, y Arbués le aseguró que había tenido noticias de sus proezas en el otro campo. Se decía que gozaba entre los facciosos fama de gran estratégico, y que Zumalacárregui no tomaba ninguna determinación sin consultarle. Riendo contestó Fago que no hubo tales hazañas, y que don Tomás no le había consultado jamás sus planes de guerra. Confirmó después su escepticismo en cosas de política militar, manifestándose igualmente desdeñoso de las ideas y móviles de uno y otro bando; y por último, apuntó la idea de que facciosos y constitucionales andaban en tratos para amasar un soberano pastel, que sería la paz mentirosa por unos cuantos años. A esto replicó Arbués hablándole al oído:

—Antes de que termine este año de mil ochocientos treinta y cinco nos abrazaremos los dos ejércitos.

Desde aquel día se le llevó el primo a su alojamiento, y pudo recorrer libremente la ciudad, hablar con todo el mundo, renovar antiguas relaciones. Saboreaba la libertad con inefables goces: todo le parecía bello, el caserío y sus habitantes, hermosas las iglesias, la campiña risueña, esmaltada de ricos colores. Comúnmente se metía en el vetusto San Miguel, en San Pedro o en la Virgen del Puy, y se pasaba largas horas en fervoroso rezo, renegando de su pasada devoción del Acaso. Dios lo gobierna todo, y procede con una lógica insondable, desconocida para nuestras pobres inteligencias. A Dios debemos acudir siempre en nuestras necesidades; a Dios debía la libertad; la mano omnipotente le señalaba el campo cristino. Acordándose de la misión que le había dadó el señor Arespacochaga, vió en este señor a uno de los mayores mentecatos que andaban por el mundo, y resolvió proseguir por cuenta propia la cacería de Saloma, sin cuidarse poco ni mucho de las impertinencias policíacas del Cuartel real. Ningún nuevo indicio del paradero de la hija de Ulibarri encontró en Estella, y sólo podía consignar corazonadas, inexplicables fenómenos del espíritu, que dominaban su voluntad y la llevaban a extraños desvaríos Una tarde, volviendo de San Pedro, vió un rebaño de ovejas que entraba en la ciudad bajando del Santo Sepulcro. Acosadas las reses por el pastor, corrían balando. Fago las oyó decir «Mé, Mé», y esta sílaba, claramente expresada por los animalitos, impresionó su cerebro y lo llenó de intensa melancolía. Siguiendo al rebaño por la calle de Santiago la Nueva, oía la repetición del nombre: los corderos lo decían con infantil lloriqueo; las madres, con familiaridad gangosa. Hasta las personas que el ganado veían pasar pronunciaban, en el sentir de Fago, el quejumbroso «Mé», y él también se puso a gri-

tar lo mismo, corriendo al lado del pastor, y ayudando a éste a recoger las reses que se desviaban de la línea recta.

Siguió la manada hacia las alturas del Puy y, ya cerca del santuario, vió Fago dos monjas dominicas. Corrió tras ellas; tropezando en un pedrusco cayó cuan largo era, y el rebaño le pasó por encima, llenándole de tierra y basura. Alguien le dió la mano para levantarse, y un ratito tardó en volver de su turbación y recobrar la vista; el polvo le cegaba, la violencia de la caída le trastornaba el magín... Vió el rebaño metiéndose en un olivar cercano; las monjas entraban en el Puy. Quitándose el polvo, corrió a la iglesia; pero las religiosas no estaban allí. El sacristán, a quien preguntó, díjole que allí no habían entrado monjas, sino dos clérigos menores, deudos de la casa, y bien pudo suceder que, si el señor no tenía buena vista, hubiese tomado por monjas a los clérigos, que eran pequeñitos de cuerpo y de rostros aniñados. No se convenció el capellán, y se obstinaba en que eran religiosas dominicas, a lo que respondió el acólito que en el pueblo había benitas, clarisas y recoletas, todas en clausura rigurosa, y que no encontraría dominicas aunque diera por ellas un ojo de la cara.

Aquella noche refirió su aventura al amigo Arbués, fiel depositario de su confianza; y sacado a relucir el negocio de Saloma, díjole el comandante que corrieron voces de que había reanudado amorosos tratos con la hija de Ulibarri. Le habían visto con ella una noche en el parador del *Manco,* junto a Antoñana. También oyó decir Arbués que Saloma *andaba* de ama de un capellán cristino que sirvió en la división de Córdoba. Muerto el tal de una bala perdida que le cogió en Mendaza, la *viuda,* si así puede decirse, se había refugiado en un pueblo de la Amézcoa, donde criaba un niño del alcalde. Denegó el capellán la parte que le correspondía en estas historias, y puso en cuarentena lo demás, aguardando la ocasión de comprobarlo por sí mismo con ayuda de Dios.

En estas cosas se pasó todo febrero. Las operaciones militares eran a la sazón en el Baztán. Decíase que la guarnición de Elizondo, incorporada a las tropas de Lorenzo, partiría..., quién sabe para dónde. Transcurrieron muchos días sin saberse nada concreto; días de expectación, que por lo común engendran el desaliento. Mina inspiraba poca confianza por causa de su enfermiza vejez; notaban todos la desproporción entre sus arrogantes proyectos y la ineficacia de los resultados que obtenía, que eran medianos, malos más bien. Zumalacárregui, dotado de una movilidad prodigiosa, tan pronto se le aparecía junto al Pirineo como en la fróntera de Alava. Con rapidez más propia de aves que de hombres, se presentaba en la Ribera cuando le perseguían en la Borunda. El ejército de la reina, más numeroso que el carlista, érale inferior en agilidad, quizá por su mayor fuerza y extensión. Faltábale una cabeza superior, un pastor de tropas que supiera conducirle por los laberintos de aquella fortaleza ingente, Navarra, construída por Dios para la guerra civil. La cabeza no parecía: el Gobierno de Madrid seguía buscándola, y ya se indicaba al ministro de la Guerra, general don Jerónimo Valdés. De todo hablaban en las aburridas tertulias de la guarnición, y no había nadie que no deseara combates rudos y decisivos. Las noticias de las acciones parciales llegaban un día y otro, desfiguradas en su paso a través del país en guerra. El ataque y gloriosa defensa del fuerte Echarri-Aranaz se comentaba como una de las páginas más gloriosas de la milicia cristina; los combates de Fuenmayor y Ulezama, como una prueba más de las innegables dotes estratégicas del general de don Carlos. Súpose también que éste había creado el batallón de la Legitimidad, que con el de Guías agrandaba y fortalecía su ejército. Por fin, era común creencia que la facción no pasaría jamás el Ebro, que Zumalacárregui había pedido 400.000 cartuchos y 100.000 pesos para extender sus operaciones a los llanos de Castilla, y como el pretendiente no podía darle ni municiones ni dinero en tal cantidad, porque no tenía de dónde sacarlo, contaban todos con el desfallecimiento de la Causa, para dar al traste con ella, si antes no apencaba con el arreglo que se le proponía. Andaba en estos cabildeos don Miguel Zumalacárregui, regente de la Audiencia de Burgos y afecto a la reina. Cartas afectuosas se cruzaron entre los dos hermanos, llevadas y traídas por los oficiales cristinos Vidondo y Eraso. De todo esto se hablaba, así como de la próxima intervención de los ingleses para

dar a la guerra un carácter más humano, estableciendo el canje de prisioneros y otras prácticas de la guerra, tal como hacerla sabían las naciones más civilizadas.

Por fin, la guarnición de Estella se incorporó a la división del general Lorenzo, saliendo para Campezu. Habían prometido a Fago darle el mando de una de las columnas volantes que el ejército cristino organizaba para hostigar y distraer las fuerzas facciosas; pero surgieron dudas y vacilaciones sobre el particular, y el hombre fué agregado a las dos compañías que mandaba su pariente. En verdad que no le importaba: prefería una posición modesta, no creyéndose llamado en aquella ocasión a grandes heroicidades. En Campezu acamparon ocho días aguardando a Lorenzo, y allí supieron que ya no les mandaba Mina, sino Valdés, y que éste llegaría muy pronto de Madrid. De Campezu fueron a Vitoria, lo que agradó extraordinariamente al capellán, porque sus corazonadas le indicaron la capital de Alava como punto en que forzosamente había de adquirir noticias de la persona cuyo hallazgo deseaba. Nada encontró, ni siquiera indicios, como no fuera la singular sílaba «Mé» trazada con brochazos de pintura en un muro de los Arquillos... También la vió en un tinglado, al parecer fragua, por bajo de Santa María. Pero ello no podía ser obra del Demonio. La inscripción quería decir: «Matías Emparán...»

Llegado Valdés, se habló de su plan de campaña, el cual a todos parecía grande y sintético, propio de un potente cerebro militar. Consistía en ocupar con 25.000 hombres la Amézcoa Alta, el nido donde Zumalacárregui criaba sus feroces polluelos y donde fraguaba sus tremendas maquinaciones y rápidas acometidas. Técnicamente, el plan era hermoso, y Fago lo tuvo por obra de una capacidad de primer orden. Faltaba la ejecución, que en esto de planes estratégicos el concepto teórico carece de valor mientras no le acompaña la clara percepción de las medidas que han de hacerlo efectivo.

—Deseo vivamente ver cómo este señor acomete tal empresa—decía el capellán a su pariente, sintiéndose otra vez tocado de la monomanía estratégica—. ¡Ocupar la Amézcoa Alta! ¿Se cuenta con que el otro no la ocupará antes? ¿Dispone el señor Valdés de medios para obrar con rapidez, poniendo entre el pensamiento y la ejecución el menor tiempo posible? Cierto que veinticinco mil hombres son muchos hombres, ¡carambo!, para estas guerras. Y si llevan bastante artillería de montaña y se escalonan bien las fuerzas, de modo que no se apelmacen en corto espacio y puedan operar con desahogo; si se fortifican tres o cuatro puntos que yo me sé y se marcan bien las líneas en que ha de operar cada división, designándoles las respectivas convergencias; si no hay atropello ni desorden; si las provisiones no faltan en tiempo y lugar oportunos; si se señalan los puntos de retirada de cada cuerpo y el punto del máximo avance; si los que mandan las divisiones se atienen escrupulosamente a lo que se les ordene; si la cabeza principal no pierde la serenidad y sabe lo que son y lo que representan veinticinco mil soldados bajo una sola mano, veo un éxito, querido Rodrigo; veo una victoria grande y quizá decisiva. Para frustar este plan grandioso necesita don Tomás discurrir alguna diablura, y bien podría ser que la discurriese. Le conozco, es tremendo: nada se le escapa, y contra la lógica de los demás, tiene él la suya, que es la lógica madre. Digo yo: ¿se puede descomponer con diez mil hombres este plan de ocupar la Amézcoa con veinticinco mil? ¡Se puede, ya lo creo que se puede! El cómo, yo lo sé, yo lo veo; tú también lo verás, pues este sentido estratégico es ni más ni menos que el sentido común; pero tanto tú como yo nos guardaremos de manifestar estas ideas teóricas para que no nos tengan por soberbios o presumidos.

Díjole Arbués que él no sabía más que batirse donde le mandaban, y que rara vez se le ocurrían pensamientos referentes a organización y unidad de mando. Veía la guerra en la táctica menuda; no le cabían en la cabeza más que sus dos compañías, y aun de ellas le sobraban unas cuantos docenas de soldados.

XXVI

Llegaban a Vitoria constantemente tropas y más tropas: unas venían de Miranda de Ebro y Rioja; otras de Guipúzcoa, fatigadas, mal vestidas, conservando intacta la moral, mas un tanto quebrantada la fe. Desplegaba Valdés en su palacio toda la actividad oficinesca que la previa organización de la campaña, en lo militar, en lo administrativo y sanitario, requería. Adiestrado en las guerras de América, no ignoraba lo que traía entre manos. Era hombre modestísimo, afable, de bastante edad, espíritu fuerte, cuerpo flaco y mísero. Vestido de paisano habría pasado por clérigo; de uniforme, representaba la persona venerable de un honrado capellán. Oyó contar Fago que Valdés, al llegar a Vitoria con su nombramiento de general en jefe del ejército del Norte, no llevaba séquito ni escolta; no llevaba equipaje ni dinero, ni aun siquiera sombrero militar: a tal punto llegaba el menosprecio de toda ostentación y boato en su propia perosna. Comía lo que querían darle; aceptaba de los generales a sus órdenes prendas de vestir y tenía su administración personal en manos de un fiel asistente. Y al propio tiempo sabía infundir a todo el mundo respeto: los soldados le querían, los jefes le veneraban. Era un buen padre de su ejército. «Para ser completo—pensaba Fago—sepamos si conducirá a sus hijos a una victoria eficaz resistiendo firme y pegando fuerte.»

No duraron los preparativos más de veinte días: transcurridos éstos, empezaron a salir fuerzas en dirección de la sierra de Andía. Llevaban piezas de montaña, abundantes víveres, municiones y todo lo necesario. Las tropas de Lorenzo, procedentes de Los Arcos, y las de Méndez Vigo, viniendo de Pamplona, marchaban también hacia la Amézcoa. Ocupada ésta por fuerza numerosa, ¿qué remedio tenía don Tomás más que correr hacia la frontera de Francia? Tan seguro se creía esto, que se habían dado a las autoridades francesas los necesarios avisos para el desarme e internación de las bandas carlistas vencidas. Tanta confianza, en cosas de guerras, no parecía el colmo de la prudencia. Pero, en fin, con estas seguridades, las tropas iban a sus posiciones muy animadas y con ganitas de pelear.

Destinaron a Fago al Provincial de Toro, que mandaba Barrenechea, jefe instruído y de grande arrojo; Arbués le afilió en una de las dos compañías que mandaba, nombrándole cabo. Llevaba el capellán uniforme completo, excelente fusil y su cartuchera bien provista. No tardó en sentir nuevamente ímpetus guerreros, influencia natural del medio, del compañerismo, de la emulación.

La marcha no fué penosa, y tardaron tres días en llegar a Contrasta. De allí empezaron a franquear las alturas, penetrando por bosques espesos, bordeando abismos, escalando peñas. En los míseros pueblos, esquilmados ya por los carlistas, no encontraban reses, ni alimento de ninguna clase; dormían al fresco en campamentos dispuestos con arte. El jefe de la columna, barón del Solar de Espinosa, era un militar que sabía su oficio, y del general de la división, don Luis de Córdoba, nada hay que decir, pues harto se conocen sus altas dotes militares, que más tarde había de enaltecer en la grandiosa jornada de Mendigorría.

Delante de esta división iban otras, trepando a las fragorosas alturas, que hallaban absolutamente limpias de facciosos. Esto alegraba a los pocos entendidos. Zumalacárregui abandonaba las altas posiciones. Una de dos: o retrocedía hacia la frontera de Francia o se situaba en la Amézcoa Baja, donde su posición era desventajosa, endemoniada. Así razonaban los que, como el bueno de Arbués y otros, no poseían el don estratégico. Pero Fago, viendo que don Tomás abandonaba por completo las alturas, dejando a Valdés internarse y perderse en ellas, empezó a entrever el plan del jefe carlista, el cual no podía ser otro que esperar en la Amézcoa Baja hasta el momento preciso en que Valdés *se hiciera un lío* en la espesura de los bosques y en los picachos inaccesibles de la sierra, viéndose obligado a situar sus batallones en una línea extensísima, donde gran parte de la fuerza no podía revolverse ni acudir aquí o allá, conforme a las exigencias de la lucha.

Interrogado por su pariente, que aún no se apeaba de su optimismo, le dijo Fago:

—Chiquio, convéncete de que esto va

mal. El plan de ocupar la Amézcoa fué bueno mientras otra cabeza no discurrió uno mejor. Zumalacárregui, que sabe mucho, pero mucho, nos deja meter nuestros veinticinco batallones en la sierra, y él acampa tan tranquilo en los pueblos de abajo, confiado en que pasaremos el tiempo mirando a las estrellas, pues la mayor parte de las tropas que van peñas arriba no pueden hacer otra cosa. Verás cómo no pasa de mañana sin atacarnos por la retaguardia. A esta división le tocará aguantar la embestida, para lo cual tendremos que cambiar de frente. Y todo ese ejército que anda a gatas por los montes, ¿de qué nos sirve? ¿Cómo vendrá a auxiliarnos si no puede moverse con agilidad en estas intrincadas espesuras? Los grandes ejércitos son para operar en el llano. La guerra de montaña tiene su táctica especial, que en este caso no he visto aplicada.

Puntualmente se ajustaron los hechos a lo que el capellán pensaba. Al día siguiente, por la tarde, fueron atacados por cuatro batallones carlistas en las inmediaciones de Artaza. Los cristinos se batieron con bravura, y a fuerza de constancia conservaban al anochecer sus posiciones. El terreno no les favorecía: era estrecho, limitado aquí por picachos inaccesibles y allá por cortaduras y barranqueras, en cuyo fondo mugían torrentes. Pelear en tal sitio era la mejor prueba a que puede someterse el valor y la tenacidad de un ejército: lo que hicieron los constitucionales en aquel día supera con mucho a cuantas proezas pudieran imaginarse. Y para que la prueba fuese más terrible, pasaron toda la noche en la angustiosa expectación de ser atacados con mayores fuerzas al día siguiente. ¿Qué harían? ¿Continuar avanzando hacia la sierra? Esto era peligrosísimo, porque al avanzar empujarían hacia el Norte a los demás batallones, y en este caso, marchando siempre hacia arriba, la salida tenía que ser por los valles de la vertiente del Cantábrico o por la frontera pirenaica. El retroceso era también difícil, porque si los realistas, como parecía seguro, se situaban en el portillo de Artaza, podrían, no ya embestir, sino fusilar a los batallones, atacándolos uno por uno. Fago explicó a su primo la situación con un ejemplo:

—Figúrate—le dijo—que nuestros veinticinco batallones son veinticinco barcos y que nos hemos metido en un canal o bahía larga y estrecha. Esta división es el navío de retaguardia. En la boca del canal nos atacan buques enemigos. Si salimos, mal; si entramos, hemos de navegar empujándonos unos a otros hasta salir por el opuesto extremo del canal. Si nos retiramos por donde hemos venido, a medida que vayan saliendo barcos, el enemigo los irá cazando a su gusto y abrasándolos sin piedad. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí; la dificultad y el error están en que, a lo largo de la sierra, nuestros batallones no pueden desplegarse en un extenso frente de combate. Tienen que ir enfilados, con un frente estrechísimo, unos tras de otros.

Y no sólo les afligió el desaliento durante la noche, sino también la sed. En aquellas alturas no había agua. Un chusco dijo que tenían que contentarse con beberla por las orejas, porque oían ruidos de espumosos torrentes bajo sus pies, a profundidades a que sólo con el pensamiento, no con la mirada, podían llegar. Reforzada la columna durante la noche con el batallón más próximo, preparáronse para la pelea del siguiente 22 de abril, que debía ser, y fué realmente, una página épica. Los carlistas embistieron muy temprano; sus guerrillas habían trepado a alturas donde era increíble que pudiesen hombres mantenerse y pelear, no convirtiéndose en gatos o ardillas. En las espesuras cercanas y en los picachos del otro lado de la barranquera, los fogonazos simulaban el incendio del bosque. Sin la artillería de montaña, manejada con toda la pericia del mundo, la retaguardia cristina habría perecido en la puerta de la ratonera. Al mediodía, Valdés y Córdoba acordaron descender, arrostrando las desventajas de la posición, y el 5.º de Ligeros fué el primero que se lanzó impávido por el desfiladero de Artaza, hostilizado por un lado y por otro... El Provincial de Toro y otros cuerpos siguiéronle con el mismo brío. Los carlistas, rechazados en una vuelta del camino, se escubullían por aquellas angosturas para reaparecer luego más abajo, encastillados entre peñas. Caían soldados de la reina sin cesar; los jefes de los cuerpos combatían en primera línea. Córdoba y el barón del

Solar defendían sus vidas como el último de los soldados. De este modo, y perdiendo mucha gente, llegaron con extraordinaria gallardía al pueblo de Barindano, que encontraron desierto. Allí ya podían respirar, poner en orden los desconcertados batallones y atender a los heridos que habían podido recoger. Perdieron carros de municiones y víveres; perdieron muchas vidas. Ya no había más plan que emprender la retirada hacia Estella con todo el arte posible.

Y durante la noche, la retaguardia, que por el cambio de frente había llegado a ser vanguardia del ejército de la reina, desde Barindano seguía viendo nutrido fuego en el desfiladero de Artaza, señal de que las demás divisiones descendían del laberinto con las mismas dificultades. A medianoche cesó el fuego, porque a los carlistas se les habían acabado las municiones y se replegaban hacia Aranarache y Contrasta.

Lo peor de aquella tremenda jornada era que los cristinos no encontraban ningún apoyo en el país: el vecindario huía de los pueblos, poniéndose al amparo de la facción; a ningún precio se encontraban aldeanos ni pastores que quisieran practicar el espionaje; la ignorancia de los movimientos del enemigo y de los puntos en que pernoctaba eran motivo de grande confusión para los generales; nadie sabía nada; había que esperar los hechos, subordinando todo plan a lo que resultara de los del enemigo, por lo cual el verdadero director de la campaña era Zumalacárregui como jefe de su ejército, dueño absoluto del país en que operaba y de todo el paisaje navarro.

La mañana del 23 se empleó en organizar la retirada a Estella. La vanguardia debía marchar aquel mismo día hacia Abarzuza. Era probable que los carlistas, repuestos del cansancio y provistos de víveres, atacarían por Arlabia o Echevarri. Manteníase aún bravo y arrogante el ejército cristino, confiando siempre en sus jefes. También él tenía fe en su causa, aunque no la mostrara por modo tan vehemente e infantil como su hermano el faccioso. Se había hecho a la desgracia, soportaba resignado la enemiga y desafecto del país, y sobre esta desventaja hacía recaer la culpa de su vencimiento en aquella jornada.

La última división que quedaba en la cumbre emprendió el descenso por el desfiladero de Goyano, que ofrecía la ventaja sobre el Artaza de tener una cumbre accesible. Apoderándose de ella, la retirada podía efectuarse en buenas condiciones. Quiso tomar Zumalacárregui la eminencia; pero Valdés, con Aldama y Seoane, anduvieron más listos y con supremo esfuerzo lograron emplazar en lo más alto dos obuses, hazaña de gigantes que no se creyera si no se la viese con tanta prontitud realizada. No tuvieron los carlistas más remedio que abandonar las posiciones. Zumalacárregui, que personalmente les mandaba, viendo el desaliento de su tropa, les dijo:

—Mejor: dejémosles que bajen, que allá tenemos otra angostura en que les sacudiremos con más comodidad.

En efecto, al descender de Goyano por pendientes llenas de cadáveres, hubieron de sufir otro ataque en el camino de Abarzuza, en una vuelta del río Urederra. Zumalacárregui reapareció en una altura formidable, donde les hizo más bajas, cogió algunos prisioneros y dos carros. Al anochecer entraban Seoane y Aldama en Abarzuza con sus tropas más que diezmadas, muertas de fatiga, de hambre y sed. Y lo peor era que al día siguiente tendrían que sostener nuevos encuentros, pues el carlista no cejaba: quería recoger todas las ventajas de su victoria y acosar hasta en su último refugio a las heroicas cuanto desgraciadas tropas de la reina.

Dos días después entraban en Estella los veinticinco batallones, sin convencerse aún de que había llevado la peor parte la causa que defendían; tristes y fatigados, pero sin dar su brazo a torcer; seguros de poder repetir la hazaña si sus jefes, con error o sin él, les llevaban a un nuevo combate. La tenacidad, la gallardía caballeresca, componen toda la historia de una raza que, al inclinarse para caer en tierra, ya está pensando en cómo ha de levantarse.

XXVII

No extrañó al comandante Arbués perder de vista a su primo el capellán durante la acción de Artaza. En la confusión de la pelea en retirada, cada cual

atiende a sí propio y a su obligación y defensa, sin parar mientes en los demás. En Abarzuza no pareció tampoco el aragonés; pero aún esperaba su primo encontrarle en Estella, pues nadie le había visto caer muerto ni herido, y las últimas noticias de él eran que se batía heroicamente. Bien pudo quedar rezagado, agregarse a la división de Méndez Vigo o caer prisionero en los combates que ésta sostuvo. Desgraciadamente, fueron inútiles todas las investigaciones que hizo Arbués en Estella, cuando ya descansaban allí del trágico duelo los soldados de la reina. Nadie pudo dar noticia cierta del pobre capellán. ¿Debía contársele entre los muertos o entre los prisioneros? Lo probable, según Arbués, era que se hubiera dejado matar antes de rendirse, conforme a su temple de aragonés legítimo.

En tanto, Zumalacárregui se había ido a Asarta, donde quiso disimular la falta de cartuchos con una orden del día en que daba ocho de descanso a sus valientes tropas.

Comunicada al rey su carencia de municiones, el Cuartel real, que estaba en Segura, se conmovió con la triste noticia. La real Hacienda acudió con arbitrios mil al remedio de tan grande daño; se organizó de prisa y corriendo un activo contrabando para traer de Francia *el pan de la guerra,* y se enviaron comisionados a los que lo amasaban en diferentes puntos del Baztán para que activasen todo lo posible la fabricación. Gracias a estas medidas pudo Zumalacárregui tener provisión bastante para lanzarse a nuevo combate antes de la semana, engañando una vez más a los cristinos, pues nunca pensó en que sus tropas estuvieran tanto tiempo en la ociosidad. Si no reanudó las operaciones antes de los ocho días, no fué por falta de ganas, ni porque careciera de planes bien determinados, sino porque la majestad de Carlos V le ordenó que permaneciese en Asarta hasta recibir la visita de los enviados del Gobierno de Inglaterra, lord Elliot y sir Gurwood, para proponer a uno y otro ejército un convenio que diese a la guerra carácter humanitario, poniendo fin a las sangrientas represalias.

Ya don Carlos había recibido a los ingleses, que eran personas distinguidísimas, ambos conocedores de España; y mostrándose dispuesto a entrar por el aro de la benignidad y templanza, nada quiso resolver sin el parecer de su general en jefe. Este recibió a los extranjeros con la cortesía concisa y un tanto seca que gastar solía. Los de Albión, que también eran secos y lacónicos, simpatizaron extraordinariamente con el caudillo del absolutismo; conferenciaron; admitió Zumalacárregui lo que se le propuso, que en rigor de verdad significaba el reconocimiento de beligerancia por las potencias, y acordadas las bases de arreglo, don Tomás convidó a los ingleses a compartir con él un modesto cocido, que era su habitual sustento en campaña.

Aceptaron gustosos los comisionados; *trincaron* del buen vinito navarro sin cortedad de genio y fuéronse luego camino de Logroño, donde les recibió Córdoba, por delegación del general Valdés. Nueva conferencia, acuerdo por entrambas partes. No consta que hubiera cocido y vino riojano; pero sí que los emisarios de Inglaterra partieron muy satisfechos de la *politesse* de Córdoba, que además de experto general era un fino diplomático. Puesto en vigor a los pocos días el convenio Elliot, ya no se fusilaba sin piedad a los infelices prisioneros. Este espantoso resorte de guerra, propio de hordas salvajes, quedaba totalmente abolido en los ejércitos que guerreaban en el Norte; se establecían reglas clarísimas para el canje de oficiales y soldados, conforme a las prácticas militares de todas las naciones del mundo. Por desgracia nuestra y baldón de España, otros caudillos carlistas y liberales de gran renombre, en las asperezas del Maestrazgo o en la montaña de Cataluña, habían de olvidar pronto los procederes humanitarios, derramando a torrentes la sangre cristina y escarneciendo con sus crueldades los ideales que decían defender: el honor patrio, la religión, la fe.

Reanudadas las operaciones, Zumalacárregui mandó a Gómez a Vizcaya, donde se unió al guerrillero Sarasa, y juntos atacaron a Guernica. Los generales Iriarte y Espartero salieron mal librados. No bien se enteró de la toma de Guernica, don Tomás fué contra Treviño, plaza fortificada, y la sitió en las mismas barbas de Valdés, y la tomó a las cuarenta y ocho horas, cogiendo prisioneros a los seiscientos hombres de la guarnición y arramblando con los caño-

nes. Cuando Valdés acudió al socorro de Treviño con las tropas de Estella ya era tarde. La plaza estaba desmantelada y los carlistas vencedores en la Berrueza. Antes de que Valdés determinara qué camino seguir, Zumalacárregui, sabedor de la evacución de Estella, se dirigió a esta ciudad, y en ella hizo su entrada triunfal, aclamado con entusiasta delirio por los habitantes, en su gran mayoría frenéticos sectarios del pretendiente. Hombres y mujeres rodeaban a la tropa realista, saludándola con ardientes demostraciones, cantos guerreros y populares. Las coplas sonaron todo el día por calles y plazuelas, y el famoso estribillo *Ay, ay, ay, Motilá* pasaba de las bocas de los ancianos a las de las mujeres, y por fin a las de los chiquillos... ¡Gran día de expansión febril y de entusiasmo loco fué aquél para los soldados de Zumalacárregui! La pintoresca ciudad ardía en regocijo y triunfal estruendo; las campanas de sus iglesias románicas, de venerable antigüedad, no cesaban de voltear con alegres repiques; aquí y allí convites parciales a la intemperie, mesas en medio de la calle, libaciones copiosas, alegría, seguridad del triunfo de la Fe.

Mas no era Zumalacárregui hombre que permitiera a sus tropas adormecerse en el triunfo, ni perder su fiereza en las fiestas obsequiosas y en los enervantes descansos. Sabedor de que partían de Pamplona tres mil infantes y trescientos caballos, salió de Estella para cortarles el paso. Le había dado en la nariz que la tal columna iba en auxilio de algún convoy salido de la Ribera, y no se contentaba con menos que con batir la columna y apoderarse del convoy. Con celeridad pasmosa se plantó en Puente la Reina, y de allí, con dos batallones y toda su Caballería, ocupó las alturas del Perdón. Al propio tiempo esparcía una nube de espías por todos los pueblos y caminos circundantes y preparó el golpe antes de que los cristinos sospecharan el mal encuentro que en su marcha les esperaba. Pelearon unos y otros con gran bizarría, casi a la vista de Pamplona. Ganó Zumalacárregui, si se mira tan sólo a la conquista de la posición y a los cien prisioneros que hizo; pero la jornada le fué desfavorable en otro respecto, porque perdió al jefe y organizador de su Caballería, don Carlos O'Donnell. Viéndole moribundo, dijo:

—Pérdida irreparable. Valía él mucho más que todo lo que hemos ganado en este encuentro.

Mientras esto ocurría en el Perdón, en Velate las columnas facciosas de Elío y Segastibelza atacaban a Oraa, el cual se retiraba con pérdidas. Con esto y con la evacuación por los cristinos de tantas plazas de segundo orden fortificadas, Navarra, a excepción de Pamplona y de los pueblos de la Ribera, era ya totalmente del dominio carlista, comprendiendo la línea de la frontera hasta el mismísimo Irún. ¿Qué faltaba? Tomar a San Sebastián y a Pamplona. Mas para esto urgía ganar antes a Vitoria, y la llave de Vitoria eran las plazas fortificadas de Villafranca, Vergara y Tolosa, en Guipúzcoa. Pensado y hecho: ya le tenéis en marcha, trasladando de un punto a otro sus masas de hombres con presteza increíble. En aquella expedición debía tropezar con Jáuregui, con Iriarte y con Espartero, que ya ilustraba su nombre con gallardas valentías, y ganaba el aplauso y la admiración de las muchedumbres.

En el asedio de Villafranca hubo de sufrir Zumalacárregui desfallecimiento de sus tropas; pero su energía supo trocar el desánimo en loco frenesí de combate. Acude Espartero desde Durango en auxilio de la plaza guipuzcoana; sábelo Zumalacárregui y, con la celeridad del rayo, corren sus batallones a cortarle el camino. Trábase furioso combate en Descarga; Espartero se ve obligado a retroceder; vuelven los vencedores de Descarga sobre Villafranca; el asedio es formidable, épico; los cristinos rinden las armas en condiciones honrosas; la facción gana en aquel día una posición importantísima, mil quinientos fusiles y víveres abundantes. Y velozmente, siguiendo la acción a la idea, como el disparo al requerimiento del gatillo, Eraso caía sobre Eibar, Gómez sobre Tolosa. Y cuando el mismo Zumalacárregui disponíase a tomar a Vergara, recibe un apremiante aviso de don Carlos llamándole a su Cuartel real de Segura.

Como jarro de agua fría cayó este aviso sobre la ardiente voluntad del caudillo guipuzcoano, y de malísimo talante se puso en marcha hacia Segura, pasando por Ormáiztegui, su pueblo natal.

donde sus paisanos y amigos le acogieron llorando de entusiasmo y cariño, apenados de ver cómo se acentuaba en su rostro la tristeza, que atribuían a la falta de salud, efecto del desmedido trabajo. Los laureles ganados en tan corto tiempo, las ventajas adquiridas en la conquista del suelo español para la monarquía absoluta más parecían entristecer que alegrar al héroe de aquella campaña. Su mirada penetrante se fijaba con mayor tenacidad en el suelo, y su cuerpo se encorvaba hacia la tierra, cediendo más al peso de las aprensiones y cuidados que al de las triunfales coronas que su frente ceñía. En Segura fué recibido afablemente por don Carlos, que se mostró benévolo y agradecido, estimando mucho el ánimo, la perseverancia y abnegación que en el mando del ejército desplegaba. Abrevió el caudillo su visita cuanto pudo, no sólo por la prisa de expugnar a Vergara, sino porque le asfixiaba la atmósfera, el tufo de camarilla; y aunque ninguno de los corifeos del Cuartel real le mostraba desafecto, no ignoraba que en la tertulia del rey, y en los corrillos de toda aquella caterva de vagos y aduladores, se le iba formando una opinión adversa, regateándole sus méritos o servicios, censurando sus actos. Las victorias que uno y otro día alcanzaba la facción se atribuían al valor de las tropas realistas y al desmayo y falta de fe de las de la reina. Indudablemente, Zumalacárregui, según los habladores y comentaristas del Cuartel real, había hecho bastante, quizá mucho; pero sin duda pudo hacer más, y seguramente otro general se habría plantado ya en tierra de Castilla, abriendo al rey legítimo el camino de Madrid. Los estratégicos de gabinete o de corrillos callejeros hormigueaban en la corte trashumante, y los últimos covachuelista y acólitos se permitían planes de guerra. Ganaba terreno la opinión de que el propio rey debía ponerse al frente del ejército y dirigir por sí mismo las operaciones, en la seguridad de que el Espíritu Santo, como a predilecto de Dios, le asistiría con luces de ciencia militar concediéndole los laureles de Pelayo, los Alfonsos y el Cid.

Sabía todo esto Zumalacárregui, y lo sufría con cristiana paciencia, sin desmayar en el cumplimiento de sus deberes. Su honradez era tan grande como su talento militar. Al rey que proclamó, a la idea monárquica pura pertenecía, y ajustando su conducta a un proceder de línea recta, por nada del mundo de ella se desviaba A esta excelsa cualidad unía otra, la de no tener ambición política, virtud rara en los militares de su tiempo, de uno y otro bando. Realzada con tan hermosa modestia su figura guerrera, el hijo de Ormáiztegui oscurece a todos sus contemporáneos ilustres y a cuantos en el gobierno de las armas, así cristinos como liberales, le sucedieron.

Expugnó, pues, a Vergara, cuya guarnición, tras una débil resistencia, capituló, quedando prisionera, y el vencedor penetró en la plaza con gloria, pero sin salud. El mal que padecía y con el cual luchaba de continuo su voluntad pudo más que ésta, al fin, obligándola a rendirse. Tres días pasó en cama con horrible sufrimiento, quejándose poco y empleando los cortos instantes de alivio en completar sus disposiciones militares. En medio de las tristezas de su estado, no dejaba de llegar hasta él el rumor de las envidias del Cuartel real, y en un acceso de negra melancolía, complicada con dolores físicos, escribió su dimisión y se la mandó al rey. No quiso admitirla don Carlos, y para darle testimonio de su real aprecio fué a Vergara al siguiente día. Algo mejorado de su enfermedad, salió Zumalacárregui a recibirle, a caballo, con su Estado Mayor, y rey y general atravesaron la ciudad con aclamaciones del pueblo y tropa, entre el estruendo de las campanas echadas al vuelo y de las salvas de artillería.

Las conferencias de aquellos días entre el rey don Carlos y el más ilustre de sus súbditos provocaron acontecimientos en los que no es difícil ver la desviación de la línea de prosperidades marcada por el Destino desde que un distinguido coronel, avecindado en Pamplona, en situación de retiro, cogió en sus manos las partidas indisciplinadas de Navarra y Guipúzcoa y con ellas hizo un ejército. ¡Qué diferencia de tiempos y personas entre aquel día, 20 de octubre de 1833, en que el coronel don Tomás Zumalacárregui salía por la puerta del Carmen, vestido de uniforme, y al pasar junto a los centinelas se alzaba el embozo de su capote gris, co-

mo deseando no ser conocido! Siguió a buen paso por la carretera, pasó el puente sobre el Arga, y al llegar como a distancia de tiro de cañón le salió al encuentro un hombre que tenía del diestro un caballo. Montó en él el militar, y a buen trote tomó la dirección de la Berrueza. La Causa de don Carlos tuvo aquel día lo que le faltaba: una cabeza. Luego veremos cómo y cuándo esta grande y noble cabeza se perdió para siempre.

XXVIII

¡Desde aquel otoño de 1833 hasta la primavera del 35, cuántas páginas de patética historia, cuántos hechos brillantes o bárbaros, cuántos esfuerzos de sublimidad heroica, de honrada abnegación o de fanatismo delirante! En tan breve tiempo crece y se complementa una figura militar que sería muy grande si no la hubiera criado a sus pechos la odiosa guerra civil. Y en la precisa oportunidad histórica el Destino dispone la integración de la figura del insigne guerrero, agregado a sus coronas de laurel la de abrojos que para él había de tejer puntualmente la envidia; que sin esto, la figura no podía ser completa. Aproximábase a su ocaso, con todos los sacramentos, la gloria que enaltece, la ingratitud que roe, el público aplauso que empuja hacia arriba, la envidia que tira de los pies para hacer bajar al sujeto y poner su cabeza al nivel de las pelonas de la muchedumbre.

Reservadísimas eran las conferencias entre don Carlos y su general, y cuando se celebraba Consejo, al que asistían, además de Zumalacárregui, los llamados ministros, no se revelaban al público ni las discusiones ni los acuerdos. Pero algo trascendía siempre, como es natural, mayormente entre españoles, raza inepta para guardar secretos; y en los corrillos de la plaza, en las dos boticas, en los pórticos de la Casa consistorial y en todos los demás mentideros de la ilustre villa se hablaba de los grandiosos planes que de aquellas encerronas habían de salir muy pronto. No será preciso advertir que el señor don Fructuoso de Arespacochaga y Vidondo, natural de Vergara, unido al vecindario por vínculos de sangre y por multitud de conocimientos, no podía salir a la calle sin que le acometiera la caterva de impertinentes curiosos. En las galerías del Seminario Real y Patriótico le asaltaron una tarde las turbas, pidiéndole los secretos o la vida, y él, ante el número y poder de los asaltantes, no tuvo más remedio que rendirse, dando noticias incompletas. Juntóse después al capellán Ibarburu y se fueron a la sala de Capítulo de San Pablo de Ariznoa. En grata tertulia con el párroco y dos racioneros de los más significados, dejó salir por su boca don Fructuoso cuanto tenía en el buche.

—Pero, en fin—preguntó Ibarburu, con viva impaciencia—, ¿dimite a no dimite?

—¡Qué ha de dimitir! ¿Cree usted que brevas como el generalato de tan grandes huestes se sueltan por una cuestión de amor propio?

—Y su enfermedad—dijo el párroco, no sin malicia—, ¿es real, o un nuevo ardid estratégico y político?

—Es real. Padece de la orina. Bien se le conoce en la cara ese alifafe... Figúrome que exagera un poquito, con la intención marrullera de que su majestad, que le aprecia verdaderamente, ceda en sus resoluciones por no contrariarle.

—Pero a buena parte va—observó uno de los racioneros, que por su gordura no cabía en ningún sillón y tenía que mantenerse en pie—. Tenemos un rey que por su carácter entero, así como por su religiosidad, merecería gobernar todita la Europa.

—La cuestión es la siguiente—dijo Arespacochaga, a quien faltaba poco para reventar como una bomba de la satisfacción que el dar noticias auténticas le causaba—: varias casas holandesas han ofrecido a su majestad un empréstito de consideración tan pronto como caiga en nuestro poder una plaza de importancia... Quien dice plaza de importancia dice Bilbao, que además es villa de gran riqueza y podría darnos un botín cuantiosísimo, señores. En fin, repetiré textualmente las palabras de su majestad, que oí de sus augustos labios: «He decidido que tan pronto como te restablezcas y te halles en disposición de poder montar a caballo, te dirijas a Bilbao.»

—Textual, ¿eh?

—Y él..., naturalmente, ¡cómo había

de atreverse a contradecir el soberano mandato!

—Hizo protestas de sumisión, obediencia y lealtad... ¡Qué menos, señores! Pero a renglón seguido, con muchísimo respeto, hubo de presentar su opinión contraria a la del rey y a la de todos los dignatorios, así civiles como militares, que teníamos voz y voto en el Consejo. Allí nos habló de los inconvenientes y peligros que a su juicio ofrece el asedio de Bilbao y de la facilidad con que se podría tomar a Miranda y Vitoria. Ganadas estas dos plazas, la invasión de Castilla sería cosa de un par de semanitas.

—No estoy conforme—dijo el párroco gravemente, tomando y ofreciendo de su rapé oloroso—. En las cosas de guerra se prefiere siempre lo fácil a lo difícil. Si ese criterio prevalece, que nos den el mando a los curas y pónganse los militares a rezar.

—Justo..., ésa es mi opinión y la de todo el que discurra con buena lógica —afirmó Arespacochaga—. Acométanse las cosas difíciles, que las fáciles, las de cuesta abajo, por sí solas se resolverán luego. Pues bien, señores: a mí me tocó la honra de concretar la cuestión en el Consejo. Su majestad tuvo la dignación de pedir mi dictamen, y yo..., respetando las razones estratégicas que expuesto había mi señor don Tomás, llevé el problema al terreno político, alegando altas razones de más peso que las razones militares y mirando al decoro y dignidad del Trono. Palabras mías textuales: «¿Tiene el general don Tomás Zumalacárregui fuerzas para tomar a Bilbao? Si considera que no las tiene, nada digo. Pero si cree, como creen conmigo otros príncipes de la milicia, a cuya autorizada opinión me remito, que tiene fuerzas sobradas para tal empresa, no debe hablarse una palabra más del asunto. Pues el rey quiere que se tome a Bilbao, esto basta para que se intente la empresa, no siendo, como no es, imposible.»

—Bien, admirable... Y ¿qué contestó?

—Por lo pronto, ni una palabra. Parecía desconcertado. Su rostro de color de cera permaneció inalterable. El rey, mientras yo peroraba, no quitó de mí sus ojos, asintiendo con fuertes cabezadas. Zumalacárregui, apremiado por su majestad para que concretase si era posible o no tomar la plaza, no se atrevió a negar que poseía fuerza bastante para tal fin. Allí nos habló de que las dificultades podrían sobrevenir después. Pero no nos convencimos, ni su majestad tampoco. En fin, señores, el Consejo acordó el ataque a Bilbao..., y mande quien mande las operaciones, Bilbao será nuestro antes de quince días.

—¡Mande quien mande! —repitió Ibarburu—. Luego ¿cree usted probable que dimita?

—Sí; pero también creo que no se le admitirá la dimisión. Si se le aceptara, no faltaría un general de grandes miras y conocimiento que llevara nuestros batallones a este gran triunfo, y así lo llamo porque Bilbao carlista es el empréstito holandés, y con dinero, que es lo único que nos falta, haremos un caminito seguro y breve por donde las reinas de Madrid se vayan a Francia y nosotros a la villa y Corte.

Siguieron haciendo *caminitos* y cuentas galanas hasta que les sirvieron el chocolate con que el Capítulo les obsequiaba, y tomado éste, Ibarburu se fué solo a la calle, taciturno y caviloso. No sabía a qué carta quedarse ni a qué santo encomendar el logro de sus desmedidas ambiciones. ¿De qué le valía adular a Zumalacárregui si éste dimitía? Y si no dimitía, ¿qué eficacia tendrían sus adulaciones a González Moreno y Arespacochaga? Su instinto cortesano, afinado por la ilusión de la mitra que quería ponerse en la cabeza, le guió hacia el alojamiento de don Tomás, que era el palacio de los Eloseguis, amigos suyos; y en el portal salió a su encuentro Celestino Elosegui, a quien con viva ansiedad preguntó:

—¿Dimite o no dimite?

Llevóle adentro y arriba y tuvo la suerte de sorprender al general en uno de esos instantes en que la espontaneidad no puede contenerse y en que se manifiestan sin rebozo los sentimientos que llenan el corazón. Acompañaban a don Tomás su amigo íntimo don Juan Francisco de Alzaa y el dueño de la casa, don Matías Elosegui. Quitándose el capote y arrojándolo sobre una silla, como si con él arrojara la investidura de general en jefe, dió una patada y dijo con rabia: «Esto es inaguantable... Ya lo presentía yo... ¡Tener que ejecutar proyectos que juzgo disparatados

en el estado actual de cosas!» Sin hacer gran caso de lo que tímidamente le dijo don Matías para calmar su irritación, dejóse caer en un sofá con notorio desaliento y expresó con estas graves palabras la grande agitación de su noble espíritu:

—Dejo a la enfermedad o a una bala enemiga el cuidado de sacarme de esta situación.

Oído esto, se arrancó Ibarburu con un encomiástico discurso, pronunciado con cierto énfasis político:

—Mi general, quien ha conquistado los lauros que enaltecen el nombre glorioso de Zumalacárregui, ese nombre escrito ya con letras de oro en el libro de la Historia, nada debe temer. Donde vaya Zumalacárregui irá la victoria. Nuestro rey reina por el esfuerzo de este gran caudillo, y por el camino de Bilbao, lo mismo que por el de Vitoria, con la ayuda de Dios nuestro Padre y de la Reina de los Cielos María Santísima, las tropas que con sabia mano rige vuecencia llevarán a la Corte de las Españas al representante de la Monarquía legítima y de los derechos de la Religión.

Con una mirada benévola y dos o tres monosílabos de modestia rechazando honores tan desmedidos, disimuló Zumalacárrgui el desprecio que le merecían las gárrulas demostraciones del capellán de su ejército. Entró a este punto el médico, y el general se fué con él a su habitación.

Contento de sí mismo y del buen golpe que había dado, Ibarburu salió en busca de otros capellanes y militronches amigos suyos, para dar un paseo y poder contar cuanto sabía; noticias bebidas en los propios manantiales de información. Toda la tarde estuvo despotricando; en la conversación deambulatoria, el optimismo embriagaba las almas de los pobres *ojalateros*, pues cuál más, cuál menos, todos tenían sus esperanzas de medro en diferentes carreras y profesiones. Al regresar a sus hogares, donde les esperaba la menestra de borrajas, la sopita, el huevo pasado, *et reliquia*, se mecían en dulcísimas ilusiones. Este veía la insignias de coronel, aquél la congrua eclesiástica, el uno la judicial toga, el otro la mitra, y todos estos símbolos de autoridad y posición se les representaban en forma extrañísima: bombas y granadas cayendo sobre la infeliz Bilbao.

A la siguiente mañana, y cuando el señor capellán a partir se disponía con el ejército por el camino de Durango, le anunció su patrón una visita, advirtiéndole al propio tiempo que no la recibiera, porque debía de ser enfadosa.

—¿Quién es?

—Señor, dos ermitaños que piden limosna; pretenden ver a usted para que les libre de no sé qué pena que se les ha impuesto por espías.

Bajó presuroso el señor Ibarburu, y con indecible sorpresa reconoció en uno de los dos infelices que a implorar venían su protección al mismísimo don José Fago, ex capellán, ex sargento, santo en ciernes por temporadas, gran estratégico en ocasiones y notable siempre por su falta de seso y sobra de ambiciones desapoderadas. Vestía el desdichado aragonés un balandrán deslucido y roto, ceñido a la cintura por cuerda de esparto; calzaba alpargatas; habíale crecido la barba y cabello, y su aspecto semisalvaje inspiraba más compasión que miedo.

—Amigo mío, ¿qué es esto?—le dijo Ibarburu, con estupor no exento de severidad—. ¿Qué le pasa a usted? Nos dijeron que se había dejado seducir por la impiedad cristina..., yo no lo creí. Luego se corrió la voz de que había perecido en la tremenda degollina de la Amézcoa... ¿Qué significa esa facha miserable y quién es este hombre que le acompaña?

—Mi facha significa el desengaño de todas las cosas, el hastío del mundo y el gusto de la soledad... Y este que me acompaña es el santo ermitaño Borra, que tenía su cabaña en el monte Murumendi y fué días hace inicuamente expulsado de ella por los soldados de la facción, y luego él y yo perseguidos y amenazados de no sé qué horrendos castigos por lo que llaman delito de vagancia y espionaje.

—Señor capellán—dijo el otro con grave acento—: yo, Simeón Borra, vivía en Murumendi, lejos de todo comercio con el mundo, consagrado a la oración y abominando de las opiniones que hacen fieras a los hombres y les llevan a guerrear. Con nadie me metía ni nunca hice daño a nadie. Vivía de lo que me querían dar y del fruto de una

huertecilla. Este amigo vino a pedirme consejo para conseguir la paz de su alma; contóme su historia; pidióme luego que le admitiese en mi compañía, y a ello me resistí: no quiero formar comunidad. Estableciόse por mi advertencia en un sitio cercano a mi choza, labró la suya, y vivíamos como a dos tiros de fusil...

—Y cuando más seguros nos creemos —prosiguió Fago—, una columna facciosa nos destruye las casas; se nos acusa de espionaje; se nos amarra y nos traen aquí, donde hallamos un señor mayor de plaza, hombre caritativo, el cual nos libra de la muerte y promete ponernos en libertad si hay alguien en el ejército que garantice que no somos rateros ni traidores.

Uno de los militares que les acompañaban manifestó que el menor castigo que podía imponérseles por espionaje era cortales las orejas.

—A mí no puede ser, ¡carambo! —afirmó Borra, apartando las guedejas que caían sobre sus sienes—, porque ya me las cortó el tunante de Mina el año veintidós, y no porque yo cometiese delito alguno, sino por crueldad sanguinaria... De modo que si alguna pena me aplican, sea la de muerte, y pronto, que nada le importa a quien aprecia la vida en menos que un cabello.

—Lo mismo digo—afirmó Fago—. Que me maten si quieren, si no han de darme la libertad.

Los militares que, atraídos de la curiosidad, formaban corrillo en torno de los dos infelices, más se inclinaban a la burla compasiva que a la severidad. Ibarburu, profundamente apenado del lastimoso sino del que fué su amigo y a quien verdaderamente apreciaba, le cogió de la mano, como si resueltamente bajo su amparo le tomase, y con acento firme dijo al militar que les acompañaba:

—Bajo mi responsabilidad, amigo Zuazo, deje usted libres a estos hombres, pues a entrambos les tengo por tontos, que es lo mismo que decir inocentes. Váyanse adonde quieran, a hacer vida boba, que también podría ser vida regalona. Ea, despejen, que tenemos que marchar a Durango... Usted, señor santo Borrajo, o como quiera que se llame, puede ir adonde quiera y volverse a su monte o al mismo infierno; pero lo que es a éste no le suelto. Amigo Fago, no puedo consentir que un hombre de su inteligencia y carácter se deje inducir a la extravagancia que revelan su traje y modos...; no, no, no lo consiento, y si no de grado, por fuerza se viene usted con nosotros. Eh, amigo Zuazo, me le lleva usted por delante, entre bayonetas. Yo hablaré al coronel, y respondo de que ordenará lo que digo... Adelante, entre bayonetas. Este no puede ser libre; éste me pertenece; quiero salvarle de su propia insanidad, de su propia tristeza... En marcha..., don José Fago, es usted prisionero de su amigo el capellán Ibarburu. No haga resistencia, o el coronel mandará que le apliquen cincuenta palos.

XXIX

Contento como unas pascuas se fué Borra, y en verdad que no le penaba ir solo, pues la soledad era su mejor amigo. Fago, secuestrado por el capellán con cariñosa tiranía, no tuvo más remedio que dejarse conducir en la ambulancia sanitaria; y cuando ya marchaban a media legua de la villa, caminito de Elorrio, aproximó Ibarburu su mula al pelotón que le conducía y hablaron un rato, el uno a pie, caballero el otro:

—Agradezco mucho a usted su buena voluntad; pero créame..., mejor servicio me haría dejándome zambullir en la soledad y apartarme de todos estos belenes.

—Déjese, déjese llevar y no sea usted obstinado y majadero. ¿Qué sabe usted lo que dice? En la primera parada que hagamos me contará el cómo y cuándo de haber venido a la desolación de esa vida, y hablaremos del modo de restaurarle a su estado decoroso... Y aprovecharé el descanso de esta noche para proveerle de ropa y vestirle con la decencia que le corresponde. Somos de la misma estatura y carnes y mi ropa le vendrá como suya.

En la primera parada, arrimaditos a una venta próxima al camino, en la cual comieron y refrescaron, Fago contó a su amigo todos los inauditos accidentes de su vida, desde el punto y hora en que dejaron de verse, en diciembre del año anterior. Oyó Ibarburu el relato como un confesor que no quiere

perder sílaba, atento a los íntimos pormenores de conciencia, para formar cabal juicio del estado moral del penitente; y al llegar al caso de la defección de Fago y de su ingreso en las filas cristinas; al oírle que por ganar la libertad había vendido sus convicciones realistas, combatiendo por Isabelita II en las jornadas sangrientas de la Amézcoa, se mostró tan irritado y severo que poco faltó para que terminase allí la confesión y con ella la amistad de los dos capellanes.

Pero Fago, con su noble sinceridad, ganó el corazón de Ibarburu. Todo lo refería lealmente, sin atenuar sus culpas ni empequeñecer su mérito donde lo hubiera. No ocultó que el principal fin de todos sus actos en aquella parte de la campaña era perseguir y cazar a la descarriada Saloma. Los diversos episodios y peripecias, las vivísimas esperanzas y desengaños tristes de esta cacería fueron tales, que creyó perder la razón. Saloma, como fantasma vano, en todas partes se presentaba y en los aires se desvanecía cuando las manos se alargaban para cogerla. Rezagado en las angosturas de Artaza, tuvo que esconderse en unos breñales para no caer prisionero de los realistas, que le habrían fusilado sin piedad. Huyó después montes arriba, repugnando el seguir en filas liberales y con asco también de las facciosas; vagó tres o cuatro días, precedido del fantasma, hasta que Dios quiso desengañarle de aquel vano error, iluminando su entendimiento con ideas claras. La torpeza y sinrazón de aquel empeño se posesionaron de su espíritu, y unido a ello el hastío de la Humanidad, sintió la querencia hondísima de la vida ascética. Andando, andando, sin pensar adónde iba, llevado más bien de la fatal dirección mecánica de sus pasos, fué a parar al monte Murumendi y allí se acordó del solitario Borra. Llegóse a la cabaña, hablaron... Lo demás ya lo había oído Ibarburu de los propios labios del anacoreta.

—Todo sea por Dios—dijo entre suspiros el capellán guipuzcoano al ponerse de nuevo en camino—. Déle usted gracias por haber caído en mis manos, que si se quedara entregado a sus desvaríos no tardaría en volverse loco. Ahora calma y completa sumisión a lo que yo le ordene; soy su amigo, su protector y su médico. Prescribo, como remedio salvador, que prepare usted su espíritu y su voluntad para volver lo más pronto posible al estado eclesiástico. Todo lo que sea del orden de guerras y política y el capitulito ese de la persecución de *féminas* debe pasar a la historia. Basta de locuras. Sea usted sacerdote y no eche el pie fuera de la sábana de una modesta posición eclesiástica... Adelante: va usted preso. Esta noche le vestiré y ahora voy a decir que le dejen ir en un carro de sanidad para que no se fatigue.

A todo se prestó el aragonés, que había vuelto a ser pasivo, abdicando su voluntad en las voluntades ajenas y sintiendo de nuevo la devoción del Acaso. Siguieron andando todo aquel día y el siguiente. Por referencias supieron que Zumalacárregui no había tenido que expugnar a Durango por encontrar evacuada esta villa. Mas no queriendo emprender operación tan comprometida como el sitio de Bilbao dejando una considerable fuerza cristina en la fortificada villa de Ochandiano, que domina el llano de Alava, resolvió acudir allá rápidamente. Dicho y hecho, embistió el pueblo y la torre que lo defendía; a los dos días se rindió la guarnición. Contemplando Zumalacárregui desde las alturas de Ochandiano el llano de Alava, en cuyas lejanías se distinguen las torres de Vitoria, sintióse encariñado con su pensamiento militar, de cuya ejecución le desviaba la obcecada terquedad de don Carlos. Aún esperaba convencer a éste. Procurándose un excelente guía de ligeros pies, envió a Vergara un breve mensaje que decía: «Ochandiano está en nuestro poder. Desde aquí contemplo el camino que tendremos que recorrer para proclamar a vuestra majestad en Vitoria mañana, si vuestra majestad me autoriza para desistir de sitiar a Bilbao.»

En Durango recibió por respuesta una lacónica pregunta: «¿Se puede tomar a Bilbao?»

Estrujando en su nerviosa mano el papel, Zumalacárregui exclamó:

—¡Como poderse tomar, sí!... Después, Dios dirá.

Los pocos días transcurridos desde la presentación en Vergara del capellán aragonés convertido en salvaje anacore-

ta bastaron a Ibarburu para transformarle. Le afeitaron y vistieron, y con esto y el buen alimento parecía otro hombre, el mismo de antaño, sólo que más enflaquecido y mustio. Al propio tiempo ganó bastante en serenidad de espíritu y claridad del entendimiento, y parecía dispuesto a seguir las prescripciones de Ibarburu, encerrándose en la modestia de una vida eclesiástica rutinaria y sin pretensiones. Se le declaró libre de toda pena, atendiendo a que había sido hecho prisionero por los cristinos y que éstos le obligaron a combatir en sus filas so pena de la vida. Habiendo llegado a los propios oídos de Zumalacárregui estas amañadas historias, demostró interés por el desdichado capellán y deseó verle.

La noche antes de la salida de Durango para Bilbao presentóse Ibarburu con su amigo en el alojamiento del general, que era la casa-palacio de los Emparanes, y después de una breve antesala fueron admitidos a la presencia de don Tomás. De tal modo se pintaba la tristeza en el semblante de éste, que causaba lastimoso respeto a los que le veían. Sin duda, la causa de ello era, además de la dolencia penosa, la inmensa tribulación de haber visto morir frente a Ochandiano a su entrañable amigo don Juan Franscisco Alzaa, antiguo jefe de los voluntarios de Oñate.

Sintióse Fago cohibido en presencia del general, cuya figura militar y política ante sus ojos se agigantaba. Nunca le había visto tan soberanamente investido de la majestad que dan el talento superior y la honradez sin tacha. Poco le faltó al capellán, en su profunda emoción, para arrodillarse delante del caudillo y mostrarle un acatamiento incondicional, pidiéndole perdón por haber hecho armas contra él. Casi con lágrimas en los ojos hizo ademán de besarle la mano, y lo habría hecho si el otro se lo permitiera.

—¿Qué cuenta usted, buen Fago?—le dijo el general con melancólica benevolencia—. ¡Ah!... ¿Sabe usted que el famoso cañón que me trajo usted de Ondárroa nos ha prestado grandes servicios? Pero en Villafranca, el pobre *Abuelo*, cascado ya y medio chocho, se nos quedó inútil. Bastante ha servido el infeliz... Todo pasa, todo se gasta y todo se concluye...

—General—replicó el capellán con voz temblorosa—, mi mayor pena es que, por mi incapacidad, no pueda yo prestarle algún servicio con la firme resolución que vuecencia merece.

—Todavía, ¡quién sabe!

—Ya no, ya no... Soy hombre muerto.

Y en aquel mismo instante sintió Fago en su espíritu el fenómeno extraño que en ocasiones diferentes había sentido: la transfusión de su pensamiento en el del insigne guerrero, es decir, que sus ideas se anticipaban a las de éste o que concordaban milagrosamente en dos cerebros distintos.

—Mi general—dijo, después de una pausa—, permítame que le felicite por sus triunfos, que la Historia ha de consignar. Permítame exponer con sinceridad una idea que tengo aquí... Será temeridad que yo la exprese, será tal vez descortesía... Vuecencia estima que es un desatino la expugnación de Bilbao; vuecencia, esclavo de su deber, obedece órdenes disparatadas del rey...

—¡Eh, cuidado! No puede hablarse así de nuestro soberano... Eso no es cierto, amigo Fago.

—Tenga vuecencia la dignación de oír todos los dislates que se me ocurren. Vuecencia no debe obedecer..., debe presentar la dimisión resueltamente, y que venga otro a ejecutar los propósitos que concibe el cerebro vacío de los que rodean a nuestro buen rey... Si esto que digo merece castigo, mande vuecencia que me den veinticinco, cincuenta palos, y yo resignado los recibiré. Pero déjeme decir todo lo que pienso: se acerca el término fatal de su carrera gloriosa. ¿Cómo lo sé? No sé cómo lo sé; pero muy claro lo veo, y vuecencia lo ve lo mismo que yo.

—Sólo Dios sabe lo que puede suceder—dijo Zumalacárregui, queriendo sonreír y sin poder conseguirlo.

Y el otro terminó:

—Vuecencia lo sabe y yo también... El héroe de esta guerra, el restaurador de la Monarquía legítima... no tomará a Bilbao... El porqué..., él lo sabe... y yo también.

—Mucho saber es ése, amigo Fago —indicó Zumalacárregui, sonriendo al fin de veras—. Yo no soy profeta; por lo visto, usted lo es.

—Vámonos, vámonos—dijo Ibarburu con gran zozobra, tomando del brazo a

su amigo para cortar conversación que tenía por impertinente—. Basta de profecías... Estamos molestando al señor general...

—¡Oh, no!... Pueden quedarse...

Algo más quiso decir Fago; pero el otro, azarado y algo colérico, se despidió brevemente por los dos y salió, llevándose a su amigo casi a rastras. Al tomar aliento en la escalera le reprendió con aspereza, como a un niño mal criado que acaba de hacer una tontería.

—Pero, hombre, ¿está en su juicio? ¡Qué rato me ha hecho usted pasar!... Al demonio se le ocurre, ¡carape!..., decirle al general que no tomaremos..., que no tomaremos a Bilbao... ¿Ha querido usted anunciar su muerte?

—He dicho lo que siento, lo que veo... Lo mismo que ve y siente él... Es como la luz, amigo Ibarburu, y me sorprende que usted no lo vea.

—Lo que veo yo—dijo el castrense encalabrinándose—es que si seguimos con esas salidas de tono le daré a usted por desahuciado y le abandonaré a su desdichada suerte.

Y el otro, sin parar mientes en la indignación de su amigo ni cuidarse de aplacarla, se llevaba las manos a la cabeza, exclamando:

—¡Lástima de hombre!... ¡Qué pérdida, Señor!... ¡Inmenso duelo!

—¿Qué rezonga usted, por cien mil carapes?—gritó el capellán, furioso, enarbolando el palo.

—Dios lo quiere, Dios lo ha dispuesto... Así debe ser, sin duda, y así será.

XXX

Dos días después, hacia el 8 de junio, llegaba el general carlista a las inmediaciones de Bilbao con catorce batallones y el tren de batir, bien mezquino por cierto, pues el famoso *Abuelo*, quebrantado por honrosos servicios, había recibido ya la jubilación. Si pobre era la artillería facciosa, la empobrecía más la carencia de municiones, pues para los dos morteros sólo había treinta y seis bombas. Con tan reducidos elementos iba a emprender Zumalacárregui el sitio de una plaza defendida por cuatro mil hombres de tropas regulares, mandados por el valiente general conde de Mirasol, y unos dos mil urbanos; tropa y voluntarios igualmente enardecidos en la fe de la causa que defendían, pues ya desde los comienzos de la guerra dominaba en el vecindario de la capital de Vizcaya la opinión liberal, como contrafuerte de la opinión carlista, dominante con absoluto imperio en los campos. Si tenaces eran los habitantes de las villas y anteiglesias en su afecto a don Carlos, no lo eran menos los bilbaínos en su devoción a los principios representados por Isabel II. Al ardiente arrojo, a la terquedad ciega de los unos respondían los otros con iguales o mayores demostraciones de constancia y bravura. ¡Qué tiempos, qué hombres! Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido peleando consigo misma es porque no puede extinguirse.

Cincuenta piezas, de las cuales la mitad eran de grueso calibre, tenía Bilbao emplazadas en los fuertes y reductos construídos en todo lo largo del circuito. Las municiones no faltaban. Víveres tampoco, ni faltarían si el asedio no se prolongaba.

Lo primero que hizo Zumalacárregui fué situar sus batallones en los puntos convenientes para circunvalar la plaza estableciendo un bloque eficaz que impidiera la entrada de provisiones de boca. Sólo por la ría no pudo cortar la comunicación, porque a ella se opusieron los comandantes de los dos buques de guerra, uno inglés, francés el otro, fondeados entre Deusto y San Agustín. Hecho esto, dispuso levantar frente al santuario de Nuestra Señora de Begoña tres baterías, donde colocó sus cañones y obuses. Inmediatamente rompieron fuego contra los fuertes de la plaza. Desde San Agustín, cabecera de la línea de defensa sobre la ría, hasta Miraflores, se habían levantado seis fuertes enlazados entre sí por paredones y otras obras de defensa. El ataque por esta parte era temerario, así como por el extremo opuesto, los fuertes de Miraflores. El punto más débil era Begoña, el Campo Santo, la batería del Emparrado, el espaldón de tablas que protegía el camino cubierto de Santo Domingo, la batería y línea construída con barricas y sacas de lana junto al circo. De este grupo de defensas partía el

camino de Begoña hasta el santuario del mismo nombre, junto al cual estaba la Rectoral, donde Zumalacárregui se alojaba. No lejos de allí, como a cien pasos de la iglesia, se alzaba el llamado Palacio, grande y macizo, y a poca distancia la casa llamada de Landacoeche. Entre estos tres edificios, la iglesia, el palacio y la casa, había emplazado Zumalacárregui un mortero, y junto a Landacoeche, un obús; más a la derecha, la batería con las piezas de menor calibre.

Los dos capellanes, Ibarburu y Fago, movidos de ardiente curiosidad, subieron a los altos de Artagán y de allí dominaron todo el panorama de la villa, que parecía sepultada en el fondo de un pozo. Vieron a su derecha la mole de San Agustín y la casa de Quintana; enfrente, todas las obras de Mallona, y a la izquierda, los fuertes de Solocoeche y Larrinaga.

—¿Qué le parece a usted, amigo Fago?—dijo Ibarburu, con desfallecimiento—. ¿Tomaremos esto? Antójaseme que es hueso muy duro para que podamos roerlo.

—Y tan duro... Fíjese usted además en los fuertes de la otra orilla, del lado de Abando... No se concibe mayor obcecación que la de esos señores áulicos, que han puesto la Causa al borde de este abismo. Ya verán, ya verán lo que es bueno.

—Y ¿no sería conveniente renunciar a batir los fuertes y entretenernos en arrojar bombas y granadas sobre el caserío para que se produjeran incendios y ruinas? De este modo, el vecindario, lleno de terror impondría la rendición.

—Esa barbarie no es militar ni tampoco política, señor de Ibarburu, y pongo mi cabeza a que Zumalacárregui no ha de darle a usted gusto.

Siguieron observando toda la mañana. Los sitiadores atizaban candela; pero la plaza les contestaba con brío y pasó el día sin que se viese resultado favorable a la santa Causa. Bilbao continuaba impávido, deseando función más brillante y decisiva.

—Es seguro—dijo Ibarburu al bajar de Artagán—que mañana dispondrá don Tomás el asalto de San Agustín.

—Don Tomás—replicó Fago secamente—no puede cometer el desatino de asaltar San Agustín hasta no batir los fuertes de Mallona y apagarles parte de sus fuegos, si no todos.

—Me parece que usted entiende poco de asaltos de fortalezas.

—Y usted, menos.

—¿Desconfía usted de la bravura de nuestros batallones?

—No...; pero tampoco creo que sean paja los batallones de Trujillo y Compostela, que defienden los fuertes de Mallona.

—Entonces, ¿qué cree usted, gran táctico?

—Creo que mañana castigará don Tomás los fuertes del Emparrado y del Circo, y luego quizá lance sus batallones al asalto.

—¿Contra San Agustín?

—No, hombre; contra Mallona, que es la parte más débil; y conquistada ésta desde allí intimará la rendición a la plaza, la cual, seguramente, contestará que no se rinde.

—¿Usted qué sabe?

—Lo sé.

—¿Tan poco puede don Tomás?

—Puede; pero no tanto como Dios.

—Ya sale usted con Dios... ¡Bah!... Es irreverencia pensar que Dios puede estar en contra nuestra.

—Lo está.

Paróse Ibarburu para mirarle con enojo despreciativo, y sin decir nada más bajaron hacia Begoña.

El señor Mendigaña, pagador del ejército, a quien hallaron muy cabizbajo junto a la casa de Landacoeche, les dijo que el general no estaba bien de salud, y se había retirado a su alojamiento, donde daba las órdenes que se habían de ejecutar antes de amanecer del día siguiente. Pero aunque manifestara el propósito de recogerse pronto, lo mismo Mendigaña que el intendente señor Lázaro, que sus hábitos conocían, aseguraron que pasaría toda la noche discurriendo arbitrios y combinaciones para la decisiva jornada próxima.

Ibarburu retiróse a su alojamiento, en una casa del camino de Lezama, y durmió como un santo. El capellán aragonés se pasó en claro la noche, que era hermosísima, revolviendo en su mente los probables episodios del sitio. Grabada en su memoria tenía la configuración de la villa en la hondura, los montes que la rodeaban, sus líneas de defensa. Todo lo veía como si delante tu-

viera un bien detallado plano. Veía el entusiasmo de los bilbaínos, sus vehementísimos anhelos de rechazar cuantos asaltos diesen los de arriba con todo el coraje del mundo. No eran ellos menos corajudos y tercos: eran del propio pedernal que sirvió de componente a toda la raza. La contienda sería por de pronto reñidísima. Sabe Dios qué sucedería después, cuando no tuviera la facción un grande ingenio militar que la dirigiese... Llegóse hasta Begoña; vió luz en la habitación del general y estuvo contemplando el cuadro de claridad un buen espacio de tiempo. Allí pensaba el gran hombre. Lo mismo que él pensaba fuera, a la luz de las estrellas, el hombre pequeño e insignificante a quien todos tenían por tonto o lunático.

Al amanecer agregóse a unos amigos que estaban tomando la mañana, y departió con ellos. Dijéronle que algunos batallones se preparaban para el asalto. Había, pues, confianza en que pronto les abrirían camino los morteros y obuses que sostuvieron el fuego el día anterior. Después se encontró a Ibarburu, que salía de su alojamiento, radiante de ilusiones. Dos oficiales que con él venían manifestaron la convicción de que antes de tres días almorzarían en Bidebarrieta. A las ocho, próximamente, llegáronse los dos capellanes al alojamiento de Zumalacárregui, y le vieron salir, seguido de sus ayudantes y llevando a su izquierda a Mendigaña. Aproximándose al grupo todo lo que la etiqueta les permitía, oyeron decir a don Tomás:

—No he pegado los ojos en toda la noche.

Su mirada era febril, lívido el color de su rostro; su tristeza se disimulaba con la animación que quiso dar a sus palabras. Saludó sonriendo: más encorvado aún que de costumbre, se dirigió al Palacio, desde cuyas ventanas observar solía con su anteojo las posiciones enemigas.

Rompióse el fuego. De abajo respondían con cañonazos y algunos, pocos, disparos de fusilería. Los curiosos se guarecieron tras de la iglesia, y no había pasado un cuarto de hora, cuando les sobrecogió un rebullicio de gente saliendo del Palacio. Algo había ocurrido que era motivo de grande alarma.

—¿Qué hay, qué pasa?—preguntaron.

Y nadie supo nada hasta que salió el cura de Begoña, pálido y descompuesto, y dijo:

—Herido el general..., poca cosa...

Y luego apareció Mendigaña con ampliaciones balbucientes de la noticia...

—No es nada, no hay que asustarse..., una rozadura...

Todo esto pasaba en menos tiempo del que en referirlo se emplea. Vieron bajar a Zumalacárregui por su pie, no más pálido que cuando subió.

—Creo que no es nada—dijo a los que con grande azaramiento y ansiedad le rodearon. Pero al decirlo dió un paso en falso...; cojeaba del pie derecho. Dos pasos más y ya no pudo andar. Entre Fago y otro, le llevaron a su alojamiento en volandas, y él seguía diciendo:

—No es nada..., no es nada.

XXXI

El ayudante Plaza explicó lo sucedido, que fué... «de la manera más tonta» que puede imaginarse. El general observaba con su anteojo los fuertes enemigos. Algo hubo de ver que le inspiró una resolución súbita... Vuélvese para ordenar a su ayudante que mande avanzar inmediatamente el mortero emplazado entre el palacio y la iglesia, y, en el momento en que lo dice, una bala de fusil rebota en el hierro del balcón y le hiere en la pierna por bajo de la rodilla. No dijo más que «Vamos, ya está aquí...»

Por momentos se confirmaba la noticia de que la herida no era de gravedad..., cuestión de media semana. El fuego seguía; a las once acudió Eraso. Poco después se dijo que Zumalacárregui resignaba el mando en su lugarteniente. Por todo el ejército corrió la triste noticia, y los cañones enmudecieron durante un rato.

—Yo sé—dijo a Fago un oficial de Guías que se mostró afligidísimo y no lloraba por creer que las lágrimas deshonraban el uniforme—, yo sé quién ha disparado el tiro infame, aleve, diabólico, que ha herido a nuestro general. Ha sido un soldado de Compostela, un bribón ferrolano, que tiene la más asombrosa puntería que puede imaginarse. Ya sabe usted que algunos gallegos aborrecen a don Tomás por los tremendos

castigos que aplicó en El Ferrol, en sus tiempos de coronel, para exterminar a los bandidos que infestaban aquella tierra. Llámase este asesino tirador Juan Bouzas, y me consta que juró quitarle la vida al general si ponía sitio a Bilbao.

—¿Y cómo sabe usted eso, amigo Elizalde?

—Lo sé por una prójima que al gallego conoce, amiga de un capellán aragonés que sirvió con nosotros hasta lo de Arquijas.

—Ese capellán—dijo Fago con sobresalto, deseando echar a correr—no es el que usted cree, ni ha tenido nada que ver con..., con la... Ese aragonés, señor mío, no existe, no ha existido nunca..., yo lo aseguro. Los que hablan de él no saben lo que dicen... Quédese usted con Dios.

Salió de estampía, y de la arrancada se alejó más de una legua, sin fijarse en la dirección que llevaba. Hasta más de mediodía estuvo dando vueltas por el campo, en lugares donde nada se veía del terrible asedio de la villa, y sólo se oía el lejano zumbar de los cañozanos. Las dos eran ya cuando vió que por el camino adelante venían tropas, en número de cincuenta hombres, y bastantes paisanos. No tardó en reconocer a los granaderos de Zumalacárregui, y cuando se aproximaron pudo ver que en el centro del pelotón transportaban una camilla. Al punto comprendió que la herida de don Tomás se había agravado y que le llevaban al Cuartel real, a que le vieran y curaran los médicos del rey. Ni lo uno ni lo otro era verdad, pues la herida se seguía considerando poco menos que leve, y conducían al general a Cegama, residencia de sus hermanos, no de su mujer y niñas, que vivían en Francia.

Incorporóse al convoy, movido de una adhesión ardiente al mártir glorioso de su deber y en la primera parada suplicó a los granaderos que le permitieran cargar la camilla; mas no quisieron aquellos valientes ceder a ningún nacido el honor de transportar carga tan preciosa. A medida que avanzaba el convoy, se iban quedando atrás los paisanos y mujeres que lo acompañaban; agregáronse otros que salían de los pueblos, y al enterarse de la triste noticia prorrumpían en exclamaciones de dolor. Profundamente turbado el espíritu del capellán, se apropiaba toda la pena que en los semblantes veía y juntábala con la suya. No tenía consuelo; el corazón, rebosando amargura, le anunciaba infortunios terribles, los cuales no se referían exclusivamente a los demás, ni al general herido, sino a todos: a la Causa, al país, a él mismo. al pobre capellán que se creía responsable, sin saber por qué, de las catástrofes que al mundo amenazaban. A su tristeza se mezclaba el terror, una ansiedad semejante a la que le acometió en el campo de Arquijas.

Obedeciendo a un instintivo impulso, reconocía los rostros de todas las mujeres que salían al camino. Las había feas, las había hermosas, algunas de atlética estatura, como la Ignacia, de Elosua; otras, contrahechas y desmedradas. Pero todas eran quienes eran, y nada más. Al propio tiempo que estas extrañas cosas sentía, no podía pensar que fuese leve la herida del general, como todos aseguraban. Teníala por gravísima, mortal, y cuando Zumalacárregui, en la parada de Zornoza, le llamó a su lado y, ofreciéndole un cigarrillo, le dirigió palabras afectuosas, le miraba como a un muerto que hablase... La idea de que el general sería pronto cadáver, si ya no lo era, se aferraba a su mente, sin que ninguna consideración pudiera desecharla.

—Y ¿cómo se encuentra vuecencia? —le preguntó, intentando poner en su rostro una confianza que no tenía.

—Así, así...—le contestó Zumalacárregui, no más triste que antes de la desgracia—. Los dolores de la pierna se me han calmado con la untura que me puso este señor médico que me acompaña. Más me molesta mi enfermedad que la herida, y creo que, aun sin este accidente, habría tenido que dejar el mando para atender a mi salud.

—La salud es lo primero—dijo Fago—, y que busque la Causa otros generales. En el grado de robustez en que, por obra y gracia de vuecencia, está la Causa, ya puede andar sola... Vengan otras cabezas, y Dios dispondrá lo que nos convenga a todos.

Tirando con fuerza la colilla, Zumalacárregui dió orden de seguir. Y a los pocos pasos entabló Fago conversación con fray Cirilo de Pamplona, hombre

muy apersonado, como de cuarenta años, que no gastaba hábito, sino la usual vestimenta de los capellanes. Era pariente de la esposa del general y sobre éste tenía gran ascendiente. Hallábase con Eraso en Bolueta cuando tuvo noticia del suceso y acudió al instante, determinando acompañarle hasta el propio Cegama. Charlando con el aragonés, mostróse confiado en la pronta curación del general, sobre todo si éste seguía el consejo que le había dado, y era llamar sin pérdida de tiempo a un curandero del país nombrado Petriquillo, hombre muy práctico en sanar heridas y en entablillar miembros rotos. El tal vivía en Hermúa y ya se le había mandado un emisario para que saliese al camino, al paso del enfermo. Más confianza que en los médicos tenía fray Cirilo en aquel practicón sin estudios que de continuo realizaba curas maravillosas, empleando los ungüentos y pócimas que, con hierbas de su conocimiento, él mismo confeccionaba. A todo asintió Fago, por urbanidad, pues creía firmemente que los enfermos se pierden o se salvan por sentencia superior, sin que pueda la ciencia humana precipitar ni atajar la muerte.

Llegaron de noche a Durango, y no bien paró el convoy en el palacio de los Emparanes, llegó un mensajero del rey, diciendo fuese el médico señor González Grediaga a informar a su majestad del estado del herido. La visita del soberano se fijó para la siguiente mañana, a fin de que el general descansase toda la noche. Acudieron no pocos personajes de la Corte trashumante a visitar a don Tomás; pero éste no quiso recibir a nadie. En los arcos de Santa María y en el paseo de la Olmeda, hubo hasta hora muy avanzada de la noche corrillos, donde se comentaba con ansiedad el triste accidente. Los más lo creían adverso, algunos favorable, y no faltó persona bien informada que aseguró no mandaría el general Eraso las reales tropas por mucho tiempo, pues ya era seguro que sería nombrado González Moreno, de quien se esperaba la toma de Bilbao en un abrir y cerrar de ojos.

Tan a disgusto se encontraba Fago en la llamada Corte, y tan malas tripas le hacía el encuentro probable con don Fructuoso, que se fué a dormir a Abadiano, para incorporarse a la mañana siguiente al convoy que por aquel pueblo tenía que pasar. Don Carlos visitó a su general muy temprano. Cuentan que le reconvino cariñosamente por exponer al peligro vida tan preciosa. Y el herido contestó:

—Señor, sin exponerse, nada se adelanta... Bastante he vivido ya... En esta guerra tan desigual y destructora, por necesidad hemos de morir cuantos la hemos comenzado.

Sin penetrarse bien de la profunda tristeza de estas palabras, ni del sentido pesimista que contenían respecto al curso futuro de la guerra, don Carlos quitó a la herida de su general toda importancia. Los médicos González Grediaga y Gelos le habían asegurado que dentro de quince días podría volver a campaña. Movió la cabeza en señal de duda Zumalacárregui, y no quiso contradecir los felices augurios de su señor y rey. Este le incitó a quedarse en Durango, donde le asistirían los facultativos de la Casa real y se le prodigarían exquisitos cuidados. Pero el herido se defendió con tenacidad de la obsequiosa protección de Carlos V, insistiendo en que le llevaran al retiro y quietud de Cegama. Fácil es al historiador penetrar en la mente del héroe y ver en ella su repugnancia de la Corte y su aborrecimiento de los intrigantes que en ella bullían. Despidiéronse sin que mediara ninguna observación acerca del sitio de Bilbao, ni de las dificultades que ofrecía la desdichada operación impuesta por los conspicuos del Cuartel real. Ya no volverían a verse más en este mundo don Carlos y Zumalacárregui, representación viva del absolutismo el uno, representación el otro de la formidable fuerza nacional que lo amaba y lo defendía. La idea y el brazo se separaban para siempre. En su respetuosa despedida, el gran caudillo parecía decir: «Ahí queda eso, señor. El que tanto ha hecho por vuestra majestad no puede hacer más.»

Y no bien salió don Carlos del alojamiento, se dieron órdenes para continuar el transporte de la camilla. Contento iba el general al partir de Durango y al perder de vista las enfatuadas figuras de los cortesanos que acudieron a despedirle. Su amigo Mendigaña, pagador del ejército, le había dado treinta onzas, a cuenta de las pagas atrasadas, y con ellas obsequió espléndidamente durante el ca-

mino a los granaderos que le conducían. Anhelaba llegar pronto a Cegama, donde le esperaban deudos y amigos cariñosos; perder de vista el ejército; descansar de la continua brega; olvidar sus propios esfuerzos físicos y espirituales y la ingratitud, irrisorio galardón de tanta inteligencia y desinterés.

Impaciente, daba órdenes para que los granaderos se remudaran, a fin de acelerar el viaje, que era penoso, a causa del calor y la distancia. Fumaba cigarrillos uno tras otro; en las cortas paradas hablaba con Capapé, su fiel amigo; con fray Cirilo; con los médicos, que le renovaban el emplasto para atenuar sus dolores, y con el curandero Petriquillo, que le auguraba sanarle en cuatro días por procedimientos de él solo conocidos. Agregándose al convoy en Abadiano, Fago marchó a retaguardia con la gente menuda, alejado de la camilla por virtud de una timidez aplanante, tristísima. No gustaba de ver de cerca al héroe. El sentimiento de emulación que llenaba su alma en los primeros días de conocerle y tratarle, trocábase ya en suprema piedad, y en adoración de las virtudes y méritos grandes del caudillo, méritos y virtudes que comprendía como nadie; y si antes tuvo la pretensión de penetrar en su mente, adivinándole las ideas militares o anticipándose a ellas, ahora creía también en la transfusión de su espíritu en el de Zumalacárregui, y viviendo dentro de él se recreaba en la placidez de una conciencia limpia, en la entereza de un morir cristiano, sereno, con la satisfacción de haber desempeñado un papel histórico agradable a Dios, y de resignar su poderío terrestre en medio de la paz religiosa y de los consuelos de la fe.

Meditaba en esto el buen capellán, siguiendo al convoy, y se decía: «Morirá, morirá, sin duda. Es ley que tiene que cumplirse. Este endiablado Petriquillo paréceme instrumento de la fatalidad... Y yo me pregunto: ¿qué pasaría si este hombre extraordinario no se muriera? Si yo me engañara y don Tomás curase, ¿qué resultaría del quebratamiento de la lógica histórica? Porque su morir es lógico, es bello, además, inmensamente humano y divino, consorcio de lo divino con lo humano. Si el general viviera, veríamos una falta de armonía en las cosas... No, no: debe morir, morirá. Allá se las compongan la ciencia y el charlatanismo para llegar a este resultado preciso... Yo no dudo, no puedo dudarlo. Dios me ha enseñado a conocer las oportunidades de la Historia, y cuándo es bueno que ocurra lo malo.»

XXXII

Penoso fué para el herido el largo trayecto de Durango a Cegama, por Elgueta, Vergara y Zumárraga, en día caluroso y seco. Remudándose con frecuencia los granaderos que transportaban la camilla, pudieron llegar al término del viaje ya entrada la noche. Si triste fué todo el camino, el paso por el valle de Oria, desde Segura para arriba, en la oscuridad, llevó a su mayor grado la tristeza de aquella que parecía procesión del Santo Entierro. Delante iban soldados con hachas de viento alumbrado el camino. Nadie hablaba: el cansancio sellaba todas las bocas. Música de la fúnebre comitiva era el murmullo del río, que en aquella parte alta del valle, donde nace, más bien es torrente. Venía bastante crecido, y sus saltos y cascadas espumosas resonaban con mugido profundo en el silencio de la noche. De Cegama bajaron hasta Segura, al encuentro del convoy, personas de la familia, el cura, muchos vecinos del pueblo, precedidos de faroles. Las movibles luces tan pronto iluminaban a las personas como las dejaban en tinieblas. En la sombra no eran los rostros más tristes que en la claridad, pues nadie sonreía.

Entró, por fin, el convoy en el pueblo, atravesando la calle que conduce a la plaza de la iglesia, y deteniéndose frente a ésta, en una calle pendiente y corta que parte de la esquina de la Casa Consistorial. Al extremo de dicha calle, que más bien es irregular plazuela, se alzaba la vivienda de la familia de Zumalacárregui, donde el general quería encontrar el reposo de su espíritu, el alivio de sus dolencias crónicas y la curación de su herida. ¿Qué menos podía ambicionar quien tanto había hecho con notoria generosidad y desinterés? Pero no es cosa segura que los triunfos militares y políticos sean recompensados por Dios con los bienes terrenos, el mayor de los cuales es la salud. Por esto, el general, que también era un gran filósofo cristiano, no

contaba con ninguna recompensa, y esperaba que cumpliera Dios su voluntad como quisiese.

A poco de entrar en la casa la camilla, fueron alojados los granaderos en el Ayuntamiento; los vecinos se metieron en sus hogares y todo quedó en silencio y en sombría soledad. A Fago le brindaron aposento y cena los granaderos. Durmió toda la noche, y muy de mañana salió a reconocer el pueblo, empezando por la parroquial iglesia de San Martín, hermosa y grande como todas las de Guipúzcoa, pero de escaso interés artístico. Encajonado entre montes altísimos, al pie de la sierra que divide las aguas de Navarra de las del país vasco, el pueblo carece de horizontes. Fago lo vió encapuchado en nieblas; la humedad se mascaba; el frío penetraba los huesos. Entre Bilbao y Cegama la diferencia de altitud determinaba temperaturas muy diferentes. Venían del riguroso verano a un otoño lacrimoso y desapacible.

Cuando el sol empezaba a calentar el suelo, disipando la neblina, el capellán, que ya había recorrido las cortas calles y callejas de Cegama, fué a casa del general para enterarse de cómo había pasado la noche. Desde la plaza de la iglesia, salvando un puentecillo sobre espumoso torrente que iba a aumentar las aguas del Oria, llegó a una eleva plazoleta, en la cual vió un caserón con ángulos de sillería almohadillada y ventanales de piedra, el cual bien podía pasar por palacio, conforme al tipo de construcciones de Guipúzcoa. En la puerta había guardia de granaderos; algunas personas del pueblo, gozosas, decían que el general había pasado buena noche, y que estaba tranquilo y contento. Anhelando más concretas noticias, entró Fago en el portal, cuadra enorme, empedrada, con unas grandes pesas colgantes en el testero de la izquierda. Allí había más gente, sentada en bancos o en troncos de castaño; caras conocidas: el señor Capapé, el ayudante Vargas, herido, que se unió al convoy en Segura, y andaba con muletas; caras desconocidas: el alcalde del pueblo y vecinos pudientes, algunos con sombrero de copa forrado de hule.

Del grandísimo portal partía la escalera, de piedra el primer tramo, lo demás de nogal venerable, casi negro ya, los peldaños desnivelados y lustrosos, crujientes bajo los pies de los que subían y bajaban. No atreviéndose Fago a subir, se contentó con preguntar a todos los que conocía. Las buenas noticias se confirmaban. Era cosa de pocos días, y antes de quince podría el general volver a montar a caballo. Fray Cirilo de Pamplona, y el curandero Petriquillo, hombre menudo, inquieto, hablador, con la cabeza tan calva y negruzca que parecía una calabaza de peregrino, eran los más optimistas. En las caras de los médicos Boluque y Gelos, a quienes vió bajar poco antes de mediodía, observó el capellán mayor reserva e inquietud. Y nada más digno de contarse le ocurrió aquel día, como no sea que hizo amistad con el cura, el cual le enseñó toda la iglesia, la sacristía, vasos y ornamentos y las habitaciones altas, de donde se dominaba la villa y sus arrabales.

Pasaron días, y la vida del aragonés compartíase entre un largo plantón en el portal de la casa de Zumalacárregui, por saber noticias, y un vago pasear por el pueblo. Al aproximarse a la residencia del general, solía detenerse en el puentecillo que salva el afluente del Oria, un riachuelo torrencial, que al pie de los muros de la cercana huerta se remansa, y sirve de lavadero a todas las mujeres de aquel barrio. Apoyando los codos en el pretil del puente, se pasaba allí el hombre largos ratos, viendo a las mujeres con media pierna dentro del agua, golpeando la ropa y charlando en su jerga vascuence, de la cual no entendía una palabra.

A los tres días de esta vida se sintió enfermo, con mal semejante al que había tenido en Aranarache. Era reproducción de la fiebre nerviosa, un acceso leve quizá y para reponerse admitió la hospitalidad con que le brindó el sacristán de San Martín. En casa de éste le dieron una regular estancia, y cama muy buena, donde pasó tres días, curándose sólo con agua azucarada y algún caldo. Cuando le pareció que podía darse de alta, echóse a la calle; pero apenas se podía mover, y agarrándose a las paredes fué a informarse de cómo iba la herida del general. Dijéronle que las opiniones de la Facultad estaban divididas. Quién creía que la herida se enconaba, y que el enfermo estaba peor de su mal crónico; quién que la inflamación de la pierna sería pasajera, y que se resolvería favorablemente en cuanto extranjeran la bala. En esto, díjole Capapé que, habiendo da-

do cuenta al general de que el capellán Fago permanecía en Cegama, había manifestado deseos de verle, y no necesitó más el buen aragonés para pedir que le proporcionaran la dicha de ofrecer sus respetos al héroe y mártir. Aún tuvo que aguardar un ratito, que un siglo le pareció.

Salieron varias personas, entre ellas el cura; poco después el mismo Capapé le invitó a subir. En lo alto de la escalera recibióle una señora menudita y ligera que andaba por aquellos pavimentos lustrosos sin que se le sintieran los pasos. Era la hermana del general; sonrió al verle; le hizo pasar a una sala muy limpia y ordenada; esperó el capellán un rato, en compañía de un niño de unos doce años, sobrino de don Tomás, y una niña de menos edad, con quienes habló, observando en sus rostros agraciados el aire de familia. Luego la misma señora de pasos ligeros le llevó por un corredor que rodeaba la escalera a una habitación de mediano tamaño, con ventana a la huerta y al torrente donde lavaban las mujeres. En el ángulo interno de dicho aposento estaba la cama, y en ella el general, sentado, descansando el busto y cabeza sobre un rimero de almohadas. Afectó penosamente a Fago la demacración de su rostro, la lividez de las ojeras, el afilamiento de la nariz. No obstante, en medio de sus torturas, el general se había hecho afeitar; bajo la amarilla piel, se le marcaba el afilado hueso maxilar, como cuchillo envuelto en una funda. A los pies de la cama había un arcón de nogal, mueble muy común en las casas de aldea. Tenía el enfermo a su derecha la pared, a su izquierda una mesilla, sobre la cual colgaban, junto a una pilita de plata repujada, algunas imágenes sujetas al clavo con lazos de seda. Sobre la cabecera de la cama, casi tocando con los pies la cabeza de Zumalacárregui, había un crucifijo, y enfrente, entre la ventana y el ángulo externo, un niño Jesús, de tamaño poco menos del natural, sobre un altarito, y bajo dosel de raso violeta, bordado con lentejuelas de plata. Lo demás de la pieza era insignificante.

Sentóse Fago en el arcón, a los pies de la cama, y tanta timidez y cortedad sentía, que apenas osó decir al general cosa alguna, fuera de las palabras elementales referentes a la salud, mejor dicho, a la enfermedad. Se sentía sobrecogido por la solemnidad misteriosa de la estancia, que le parecía santuario, y el enfermo un ser de algún reino inmediato a los cielos, ya que no de los cielos mismos. Ni podía acostumbrarse a ver en él al guerrero... No era, no, el bravo caudillo que discurría las admirables suertes estratégicas: era un santo consumido en la devoción y en las penitencias. Su palabra, ya cavernosa, llegaba a los oídos de Fago con un son remoto, como ahilado por la distancia.

—Los médicos—dijo—me aseguran que voy bien. Pero yo no acabo de creerles, amigo Fago. Y usted, ¿qué tal se encuentra? Me han dicho que ha estado usted malucho. Quizá no le siente este clima. A mí me gusta. Detesto el calor; me he criado en la humedad y en el frío de los montes de Guipúzcoa, y prefiero esta tierra, no sólo para vivir, sino para morirme.

—Yo también—afirmó el capellán Fago con arranque espontáneo—. Crea vuecencia que me gustaría morirme aquí mejor que en otra parte...

—¡Hombre, qué quiere usted que le diga! Murámonos donde Dios lo disponga. Lo mismo da.

—En los tiempos que corren—dijo Fago, contagiado de la intensísima melancolía del general—, tiempos de guerra y matanzas, en que vemos despreciada la vida de los hombres, nos morimos aquí o allá como si nos bebiéramos un vaso de agua..., y nos quedamos tan frescos.

—Dice usted bien: la guerra es una gran escuela de resignación. Pero tal como la hemos hecho nosotros, y como la harán los que me sucedan a mí, no hay naturaleza que la resista. El que no muera de una bala, morirá de cansancio, o de los disgustos que se ocasionan...

—La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa... Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizá no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen estas o las otras *causas* por las cuales es preciso morir.

Al oír esto, Zumalacárregui permaneció un instante silencioso mirando al techo.

—Pienso yo, mi general, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman *causas*, y que entre éstas, aun las que parecen más contradictorias, no hay

diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan...

Tampoco a esto contestó nada el general. Dió un cigarro a su amigo; encendieron ambos en una estufilla colocada en la mesa próxima a la cama, y al poco rato el herido reanudó la conversación, desviándola del terreno resbaladizo a que Fago quería llevarla.

—Yo le alabo a usted, señor capellán, el gusto de preferir la religión a la guerra. Al saber que tomaba asco a las cosas militares, me confirmé en la buena opinión que de usted tenía. Siempre me pareció usted un hombre de superior entendimiento, apto para todo.

—Vuecencia me favorece demasiado. No soy apto para nada.

—Me gusta la modestia, pero no tanta... Digo que ha hecho bien en volver a su vocación antigua, que es la verdadera. Y aunque usted posee dotes militares, bien lo he conocido, ha hecho bien en quitarse de esos afanes y de esos peligros, casi siempre mal recompensados Vuélvase a su estado religioso, que allí encontrará el premio. Los méritos de guerra, por grandes que sean, no tienen recompensa ni aquí... ni allá.

—Lo mismo creo, mi general... Y aquí me tiene usted sin vocación ninguna, pues todas las he perdido, y con toda verdad le digo que no sé adónde han ido a parar. No tengo más que un deseo: el descanso. Y vuecencia me dirá: «¿Cómo puede estar cansado quien nada ha hecho?» Respondo que se cansa uno del tráfago del pensamiento tanto como de las acciones repetidas, obra del cuerpo y la voluntad. Se cansa uno de pensar lo que no hace, como se cansa de hacer las cosas pensadas por sí mismo o por otros. Yo soy hombre concluído. En cortos años, mi vida ha sido muy larga.

—No esté usted tan descontento de sí mismo—le dijo don Tomás, revolviéndose con trabajo en su lecho—. Serénese, y la vida le abrirá nuevos horizontes. Es usted joven, la religión le dará los alientos que hoy no tiene.

Creyó notar Fago que el general sentía vivos dolores, y que los disimulaba por atender a la visita. Se levantó para retirarse.

—Mi general—le dijo—, vuecencia necesita descansar, y estoy molestándole.

—Hombre, no... No tenga usted prisa... Estos malditos dolores no me dejan, no me dejan... ¡Qué le hemos de hacer!... Sufriremos todo lo que podamos. Ahora dicen esos señores que será preciso extraerme la bala, y que cuando la saquen me pondré bien. Allá veremos. Les he dicho que corten y rajen cuando quieran...

—Mi general—añadió Fago, viendo entrar a la señora de los pasos ligeros—, estoy molestando a vuecencia... Me retiro... Quiera Dios darle el alivio que merece.

—Bueno, amigo Fago: si desea marcharse, no le retengo más. Usted..., me parece..., también debe cuidarse.

—¡Mi vida es tan poco útil!... No digo naciones ni partidos; pero ni aun familia, ni persona alguna dependen de mí.

—¿Es usted solo?

—Tan solo, que no teniendo más que a mí mismo paréceme que tengo mucho.

—Hay que cuidarse..., conservar la vida todo lo que se pueda... Adiós, amigo Fago.

—Mi general, adiós.

—Y ya charlaremos otro poco..., sabe Dios dónde y cuándo... Adiós.

—Adiós.

XXXIII

Salió de la triste estancia el capellán con tan grande angustia en el alma que no se fijó en ninguna de las personas que al paso, en la escalera y portal, iba encontrando. Muchos le preguntaban:

—¿Cómo está el general?

Y él respondía maquinalmente:

—Bien..., está muy bien.

Por todo el camino, hasta su casa, que era la del sacristán, fué diciendo lo mismo: Bien..., está bien, aunque nadie se lo preguntara; y al llegar al cuarto en que dormía, se arrojó sobre el lecho boca abajo y estuvo llorando toda la tarde. Por la noche le entró fiebre, temblores convulsivos y una ansiedad que se expresaba en su mente con la idea o imagen de ver ante sí un grande, negro, insondable abismo que le atraía. Nada dijo a su generoso huésped, ni se quejó de mal alguno. No quería más que estar solo... Por alimento no apetecía más que agua y mendrugos de pan.

Zumalacárregui pasó la noche con horribles sufrimientos, fiebre y delirio. Soñaba con Bilbao; todo su afán era que

el general Eraso no cumpliera fielmente lo estipulado con los comandantes de los barcos extranjeros, acerca de las condiciones en que se verificaría el bloqueo por la parte de la ría. Sobre esto versaba su desvarío, demostrando la gravedad que en su conciencia tenía aquel asunto de carácter internacional.

Los cuatro ayudantes, el fraile, el cura, Capapé, Vargas, la familia y amigos, estuvieron en la sala hasta más de medianoche en ansiosa expectativa. Petriquillo ya no parecía por allí; los médicos acordaron extraer la bala a la mañana siguiente muy temprano. ¡Lástima no haberlo hecho en cuanto el herido llegó a Cegama! La fatalidad inspiró a Zumalacárregui y a su pariente una ciega confianza en el curandero. Los físicos le echaban la culpa a él, y él a los físicos. A todos sin duda alcanzaba la responsabilidad de la agravación del enfermo en la noche del 23 al 24 de junio.

No bien amaneció el día de San Juan, los señores Grediaga y Gelos extrajeron la bala, haciendo gran carnicería en la pierna del héroe. Terminada la cruel operación con relativa felicidad, creyóse conjurado el peligro, y el contento llenó la casa, y prontamente cundió por todo el pueblo. Puesta la bala en una bandeja, la fueron mostrando de casa en casa. Fray Cirilo propuso enviarla a don Carlos, como presente histórico que su majestad tendría en gran aprecio. Pero, ¡ay!, estas alegrías duran poco. No eran las ocho cuando el héroe fué atacado de un temblor convulsivo. Acudieron los médicos, la familia. Con medias palabras, pues enteras difícilmente podía pronunciarlas, don Tomás, conservando su entereza moral, les dijo que se moría, y ordenó se hiciese pronto, pronto, *lo conveniente al caso* (fórmula militar).

Lo primero fué la asistencia religiosa. El párroco recibió la breve confesión, y sin pérdida de tiempo entró el escribano, que, consternado y lloroso, como todos los demás, se limitó a preguntar al moribundo:

—Señor don Tomás, ¿qué deja usted y cuál es su última voluntad?

Con la apagada voz que le quedaba, respondió el general:

—Dejo mi mujer y tres hijos, únicos bienes que poseo. Nada más tengo que poder dejar.

En tan aflictivas circunstancias, pudieron apreciar los que tal frase oyeron la soberana modestia del héroe, mas no el profundo humorismo con que había expresado su pensamiento. Daba prisa él mismo, sintiendo que se le concluía la vida, y con la resolución que empleaba para ordenar los movimientos de una batalla, mandó que le llevasen el Viático. Los médicos opinaron que se le debía obedecer inmediatamente.

Púsose en movimiento el clero de la parroquia. Pueblo y granaderos acudieron en masa. Fué solemne y patético el acto. Crujían las viejas tablas de la escalera y de las habitaciones altas al peso de las muchas personas que subieron: señores y aldeanos, curas y militares. Cuando el general recibió a Dios, diríase que la impaciente vida se le mantenía suspensa, en espera de un acto que las creencias del moribundo hacían inexcusable. No bien terminó el sacerdote las preces, acabó de apagarse el conocimiento del general. Su hermano político, juntando cara con cara, le llamó. En sílabas ininteligibles articularon los labios del moribundo la respuesta que, por venir de tan lejos, ya no podía ser entendida. Capapé, llorando como un niño, le besaba las manos. El fraile y la señora de los pasos ligeros rezaban y lloraban de rodillas. A las diez y media dejó de existir el grande hombre. Alma y brazo de la Monarquía absoluta, la Causa que por él y con él vivió, con él moría. Aunque el ideal carlista no haya adquirido el santo reposo, enterrado fué con los huesos de Zumalacárregui bajo las losas de la iglesia parroquial de Cegama... Es que algunos muertos descansan, y otros no.

Honda consternación, duelo inmenso produjo en la humilde villa el doloroso acontecimiento, cuyo alcance político y social comprendían pocos, quizá ninguno, en el pacífico vecindario. Veían desaparecer al más afortunado caudillo de la Causa; pero no dudaban que ésta, con la ayuda de Dios, encontraría herederos de las aptitudes militares del grande hombre. Otros lloraban al amigo, al jefe queridísimo, que terminaba su vida de increíbles proezas, de trabajos hercúleos, con la dulce tranquiliad de un santo. Caudillo de un poderoso ejército, apóstol de una causa formidable, moría en absoluta pobreza, y hasta le faltaba ropa militar con que pudieran amortajarle conforme a su categoría. De lo que a cuen-

ta de sus pagas le dió Mendigaña al salir de Bilbao poco se encontró en sus bolsillos: casi todo lo había empleado en gratificar y obsequiar a los granaderos que le transportaron en hombros desde la plaza en mal hora sitiada.

Fueron panegiristas del insigne muerto en aquel triste día de San Juan todos los que en vida le habían amado: los cuatro ayudantes, el fraile Cirilo, Capapé, la hermana, el cuñado y sobrinos. El único de los buenos amigos que nada dijo ni pudo decir fué el buen capellán aragonés José Fago. Todas sus ideas y apreciaciones sobre la vida y muerte del insigne pastor de tropas se las reservaba para mejor ocasión. ¿Qué le había ocurrido? Pues nada. Al mediodía del mismo aciago 24, el sacristán, extrañando no verle, entró en el cuarto donde dormía, y le encontró inmóvil sobre la cama, boca abajo. Por más que le llamaba, añadiendo a la palabra tirones de orejas y estrujones en los brazos, el capellán no daba acuerdo de sí. ¿Qué había de dar si estaba muerto?...

Más muerto que su abuelo. Corrió el sacristán a contar al cura la inopinada desgracia, y ambos la comentaron con grande sorpresa y aspavientos de aflicción.

Sentía el cura de todas veras que el capellán hubiese muerto sin los auxilios espirituales; mas no teniendo remedio el caso, no había que pensar más en ello, y lo único procedente era enterrarle y encomendar a Dios su alma.

—Dios sabrá lo que le conviene—dijo el cura.

Y el sacristán:

—Señor don Florencio, la muerte de este hombre es cosa de grande confusión. No sabemos qué enfermedad padecía, aunque para mí era un mal de la cabeza. No regía bien de las entendederas. Decía cosas muy raras, y peores eran las que se callaba. Anoche cuando se acostó, fuí a verle. «¿Qué se le ofrece, señor?» Y me contestó: «Un vasito de agua.» Luego no decía más que «Nos morimos, nos morimos», y dale con que nos morimos.

—Puesto que tu huésped enfermo—le dijo el cura—tan a poca costa te ha salido por alimento y botica, encomiéndole a Dios fervorosamente, si fué bueno, porque fué bueno; si fué malo, porque fué malo. Con nuestras oraciones y nuestros sufragios cumplimos, y a Dios toca darle su merecido.

Oídas estas graves razones, ya no pensó el sacristán más que enterrar a su difunto, y ello se hizo el 25 por la mañana, poco antes del entierro y funerales de Zumalacárregui. A éste le vistieron de frac, por no tener uniforme de general. Asistió todo el pueblo con profunda desolación.

Cuando le sacaron de la casa para llevarle a la iglesia en hombros de los fieles granaderos, se produjo en la multitud un silencio grave. No se oía ni el bullicio de los pájaros en los árboles de la huerta próxima y en las márgenes del torrente. Casi todas las mujeres que lavaban, los pies en el río, suspendieron su tarea. Unas rezaban, otras seguían con curiosa mirada el tristísimo cortejo. Digo casi todas, porque una de ellas, la más joven quizá, alta, morena, ojerosa, se mostró insensible al duelo general, y mirando al agua enturbiada por el jabón, dijo con cruel entereza:

—Bien muerto está... Mandó fusilar a mi padre.

Madrid, abril-mayo de 1898.

FIN DE
«ZUMALACÁRREGUI»

MENDIZABAL

I

Al *anochecer* de aquel día, el *no sé cuántos* de septiembre del año 35 (siglo XIX), llegó puntual al parador de *no sé qué,* calle de Alcalá, entre la Academia y las Monjas Vallecas, la diligencia, galerón o quebrantahuesos ordinario de Zaragoza, que traía los viajeros de Francia por la vía de Olorón y Canfranc, único portillo que dejaban libre en aquellos tristes días los porteros del Pirineo, vulgo facciosos.

No bien pararon las ruedas del polvoriento armatoste, fué cercado de gentes diversas: por una parte, familia o amigos de lo pasajeros; por otra, intrusos, ganchos o buscones enviados por fondas y posadas. Con este contingente y los viajeros que iban bajando perezosos, según les permitían sus remos entumecidos, se formó al instante un apelmazado y bullicioso grupo. Produjéronse rumores diferentes: aquí, salutaciones cariñosas; allí, el restallido del besuqueo y los palmetazos del abrazarse; acullá, ofertas importunas de pupilajes cómodos y baratos. Entre tantos viajeros, sólo uno no tenía quien le esperase: nadie se cuidaba de él ni le decía «por ahí te pudras», como no fueran los moscones de las casas de huéspedes. Era el tal un joven de facciones finas y aristocráticas, ojos garzos, bigotillo nuevo, melena rizosa y negra, que sería bonita cuando en ella entrara el peine y se limpiara del polvo del camino. Su talle sería sin duda airoso cuando cambiara el anticuado y sucio vestidito de mahón por otro limpio, de mejor corte. En lo más claro del grupo quedóse como atontado palomino, contemplando el bullanguero tropel de gente descuidada y ociosa que por la calle a tales horas discurría.

¡Pobrecillo! Solo y sin maestro ni amigo a quien arrimarse, se lanzaba en aquel confuso laberinto; sin duda entraba gozoso y valiente, con la generosa ansiedad del mozuelo de veinte años a quien ha quitado el sueño y las ganas de comer, en la aburridas soledades de la aldea, la visión de la Corte y de sus placeres y grandezas, tal y como las aprecian desde lejos los que empiezan a vivir, los que se hallan en pleno retoñar de ideas tempranas, producto fresco de las primeras lecturas, de las primeras pasiones, de la ambición primera, que tanto se parece a la tontería.

Embobado, como digo, estaba el hombre contemplando el ir y venir de vagos bien vestidos, cuando le hizo volver en sí una voz bronca y desapacible que en el corro gritaba: «¡Don Fernando Calpena! ¿Quién es don Fernando Calpena?»

—No vocee usted tanto, que yo soy —dijo el mancebo, un tanto asustadico—. ¿Qué se le ofrece?

—Véngase conmigo, señor—replicó el otro, como sin ganas de entrar en explicaciones—. Tengo el encargo de llevar a usted a una casa de huéspedes.

—¿Encargo? ¿De quién?... ¿Se puede saber?

—Del señor don Manuel, el segundo jefe de la Superintendencia.

—¿Don Manuel?... A fe que no le conozco.

Recordando haber oído ponderar lo que abundan en Madrid los ladrones, pícaros y toda la caterva de gente perdida y maleante, tuvo Fernandito algo de miedo, y miró con recelo al que parecía, si no protector, mensajero de desconocidas influencias tutelares; y en verdad que el pelaje, la carátula y el vozarrón de aquel sujeto no eran para infundir tranquilidad. El desconocido distinguiríase entre mil por la pátina de su cara sudosa afeitada de ocho días; por los ojos ribeteados de bermellón; por la boca desmedida

y los labios con hemorroides; por los ojos de carnero moribundo: por la ropa, que habría sido decente en otro cuerpo y en remotas edades; por el sombrero de copa, que su oficio le obligaba a usar, y era de catorce modas atrasado. Rasgo final, usaba bastón de nudos con gruesa cachiporra.

—¿Y el equipaje del señor...?

—Ya lo han bajado... Vea usted aquel baúl largo, forrado de cabra..., así, con poco pelo... No podremos llevarlo hasta que no me lo despachen los de la Aduana.

—¡Los de la Aduana!—exclamó con visible desdén el de la cachiporra—. ¡Pues no faltaría más sino que abrieran el cofre del señor!... Traigo bula para que den paso franco a todo.

Y al punto se metió por lo más apretado del grupo repartiendo codazos a un lado y otro: llegándose al de la Aduana, le dijo no sé qué frasecillas enigmáticas, y no fué preciso más para que el equipaje del señor Calpena quedase libre y exento de toda impertinencia fiscal. Un momento después, don Fernando y su acompañante, precedidos de un mozo de cuerda con el baúl a cuestas, se alejaban del parador calle abajo.

—Estamos a cuatro pasos del domicilio, señor. Esta calle por donde ahora entramos es la Angosta de Peligros... Aquella de enfrente es Ancha de lo mismo, a saber: de los Peligros. Váyase enterando si, como parece, es ésta la primera vez que viene a los Madriles.

—Es la primera vez... Por más que rebusco en mi memoria—dijo el don Fernando, caviloso y otra vez inquieto—, no caigo en quién pueda ser ese don Manuel que ha dado a usted el encargo de recibirme y alojarme.

—Don Manuel de Azara.

—¿De Azara?... Ese apellido me suena, sí, me suena...; pero..., vamos, que no le conozco ni le he visto en mi vida, así Dios me la conserve. Y usted... ¿tendría la bondad de decirme su gracia?

—Mi gracia, como quien dice, mi nombre es Filiberto Muñoz, Aunque nací en Consuegra, soy *orundio* de Extremadura, y...

—O me equivoco mucho, o es usted de la Policía.

—En ella serví durante *los tres años;* pero en la *ominosa década*, como decimos por acá, quedé cesante, y tuve que arrimarme a los teatros y a la compañía de Luna para poder vivir malamente. El treinta y tres, no quería reconocer el Gobierno la tropelía que se había hecho conmigo; pero fuí repuesto, gracias a que me agarré a los faldones de mi paisano don Manuel José Quintana, de cuyos padres, el mío..., mi padre quiero decir..., era muy amigo..., o más claro, que le castraba los cochinos, con perdón de usía... Ea, ya entramos en la calle de Caballero de Gracia, donde está su alojamiento. Por aquí, señor. Es aquella casa donde está el reverbero..., dos puertas más allá del quitamanchas. Ya estamos. El portal es antiguo, pero muy decente, y en él no está permitido hacer aguas, porque en el principal vive el dueño, que es un señor consejero, pariente del señor subdelegado, ya sabe..., Olózaga.

Subieron al segundo piso y penetraron en la casa; que era de las llamadas de huéspedes, decentísima, lo mejor del ramo, pues en ella no se entraba más que por recomendación, y rara vez pasaba de cuatro el número de los favorecidos. Recibiólos afablemente el dueño, que ya esperaba al señor de Calpena, y le llevó derechamente a la habitación que preparada para él tenía. Hallóse el joven en un gabinete muy lindo, en aquellos tiempos casi lujoso, con alcoba estucada, buenos muebles... Vamos, que creía ser víctima de un error; que le habían tomado por otro; que aquel hospedaje y el servicio del polizonte y todo lo que le ocurría no era por él ni para él. Pero mientras el error durara, juzgaba práctico aprovecharse. Adelante, pues, con la aventura; siguiera el *quid pro quo,* que tiempo habría de que el acaso o la realidad lo deshicieran.

Mostróle el patrón todas las partes del aposento, diciéndole:

—Tengo mi casa montada a la inglesa, conforme a los últimos adelantos. Vea usted...: cordón para tirar de la campanilla; lavabo con su cubo, jofaina y demás; alfombrita delante de la cama; percha con su cortina para resguardar del polvo la ropa...; en fin, progreso, finura. Y como punto céntrico, no hallará usted nada mejor que esta casa. Aquí está usted cerca de todo. Dos pasos más arriba, la Red de San Luis, con tanto comercio. En la calle de atrás, la fonda de Genieys; más abajo, el Carmen Descalzo, donde tiene usted misa a todas horas. En la calle de Alcalá, que es a dos pasos, las

Señoras Calatravas, las Señoras Vallecas, la Embajada inglesa... En fin, cerca tenemos también las *Niñas de Leganés...*, la casa de las *Siete chimeneas,* que por mi cuenta son ocho, y cuanto bueno hay en Madrid... Para que nada falte, en esta misma calle tiene usted la casa de baños de Monier, que es, según dicen, de las mejores de Europa, como que en ella por seis reales puede un cristiano lavarse... de cuerpo entero.

Encantado de su vivienda y de su barrio estaba el buen don Fernando y aunque ignoraba de dónde y de quién le venían tantas dichas, iba muy a gusto en el machito, y no pensaba más que en arrear en él mientras durase la ganga. Por lo pronto, urgía pagar al mozo; y en cuanto al desconocido que salió a encontrarle, no parecía hombre que desdeñara una gratificación si delicadamente se le ofrecía. De ambas cosas habló don Fernando a su hospedero, el cual, con aires de gran señor, le contestó que todo estaba pagado, y que el señor de Calpena no tenía que ocuparse de nada, como no fuera de pedir por aquella boca cuanto le dictasen su necesidad y sus antojos.

«Pues, señor—dijo para sí el mancebo, después de dar las gracias—, sin duda estoy soñando, o me equivoqué de camino, y en vez de ir a Madrid, me he metido en Jauja. Porque esto de que le reciban a uno desconocidos emisarios del diablo o de las mismísimas hadas, y le saquen el equipaje sin registrar, y le traigan a este lindo aposento, y no cobren nada, y desaparezcan por escotillón mozos y servidores cuando uno echa mano al bolsillo para darles la propina..., esto, vamos, esto que a mí me pasa, no le ha pasado a ningún nacido en sus primeros pasos por una capital grande o chica. Aquí hay algo, y vuelvo a temer que, tras de tantas venturas, venga una triste y quizá trágica sorpresa. Mucho ojo, Fernando, y trata de sondear al patrón, que tal vez posea la clave del acertijo.»

—Siento mucho—dijo en voz alta, sentándose en la butaca y observando a su patrón de los pies a la cabeza—que haya usted dejado marchar a ese hombre sin que yo le dé una gratificación por haberme traído aquí.

—Déjele usted, que ya ya se la darán, y más de lo que merece.

—¿Pero quién, por Cristo?... ¿Por quién vengo yo aquí? ¿En qué manos estoy?

—En buenas manos, caballero—afirmó el patrón, con sonrisa tan benévola y franca que el desconcertado joven no tuvo más remedio que creerle.

—Ese sujeto, ¿es de la Policía?

—Sí, señor.

—¿Y por mandato de quién sale a mi encuentro la Policía?

—No sé, señor... Yo que usted, francamente, me cuidaría de coger la fruta que me cae entre las manos, sin meterme en averiguar quién plantó el árbol que la da tan rica.

Calló don Fernando, sin dejar de mirar a su aposentador como se mira un jeroglífico.

—Ese hombre se llama Muñoz...

—Y por mal nombre *Edipo,* porque fué, según dicen, del teatro...

—Pues, la verdad, me disgusta que se haya ido sin que yo le dé siquiera las gracias, sin obtener de él una explicación de este misterio... ¿Quién le mandó?... ¿Cómo sabía mi llegada, mi nombre?

—El lo explicará cuando vuelva, señor.

—Al menos, me dirá usted, como dueño de la casa, qué tengo que pagarle por este cuarto—añadió Calpena, impaciente y un tanto nervioso—. Podría ser que el precio fuese superior a mis recursos y tuviera yo que buscar alojamiento más arreglado.

—Si por más arreglado entiende más barato, caballero, no lo encontrará ni en los cuernos de la luna, que el colmo de la baratura es el no pagar nada. Quiero decir que...

—¿Pero quién, señor...? Esto me vuelve loco... ¿Se ríe usted? O juega conmigo, o aquí hay gato encerrado.

—¡Encerrado... aquí! Yo le juro al señor que el único que tenemos en casa, y se llama *Zumalacárregui,* es un gato de buena crianza, que no se mete a deshora en las habitaciones de mis huéspedes.

—Ya que no otra cosa—indicó don Fernando, rindiéndose a la bondad marrullera del patrón—, dígame usted su gracia, y...

—Mi gracia es Mendizábal...

Al oír este nombre se le crisparon los nervios al joven forastero, que se puso en pie, acercándose al dueño de la casa para verle mejor y examinarle. Era éste de espigada estatura, representando cincuenta años, de rostro agradable, con

patillitas, corbatín, el cuerpo enfundado en un levitón alto de cuello y larguirucho de faldones. Al verle reír, entró más en cuidado Calpena, y se aumentaron las confusiones que desde su novelesca entrada en la Villa del Oso embargaban su espíritu.

—Me río porque... verá usted—dijo el patrón—. No es que yo me llame propiamente Mendizábal. Mi apellido es Méndez. Pero como el señor don Juan Alvarez y Méndez, el grande hombre que ha venido de las Inglaterras a meternos en cintura y a salvar al país, se ha variado el nombre, poniéndose *Mendizábal,* que tan bien suena, yo...

—Usted, por no ser menos..., ya.

—Y digo más: bien podría resultar que don Juan de Dios Alvarez y un servidor de usted fuéramos parientes, pues Méndez somos los dos: él, hijo de Cádiz; yo, de San Roque, frente a Gibraltar. ¿Quién me asegura que no seamos ramas del mismo tronco? Porque eso que cuentan de que el señor Alvarez y Méndez no viene de casta de cristianos viejos es calumnia, señor; cosas que inventa la maldad del absolutismo para rebajar a los patriotas... En fin, que como mis compañeros de oficina ven en mí a un partidario furibundo del señor ministro nuevo, me han puesto el remoquete de *Mendizábal* y así me dejo llamar, y me río..., me río...

II

—Según eso, es usted empleado.

—Para todo lo que el señor guste mandarme, me tiene de portero en el ministerio de Hacienda. Miliciano nacional de artillería en el glorioso trienio, fuí colocado por el señor Feliú. Quedé cesante el veintitrés. Diez años después me repuso el señor don Francisco Javier de Burgos, que entró en Fomento el veintiuno de octubre del treinta y tres. En siete de febrero del año siguiente pasé a Hacienda con el señor don José Imaz; me conservó en mi puesto el señor Conde de Toreno, que entró el quince de junio, y allí me tiene usted... Pero estoy entreteniendo al señor más de lo regular, sin pensar que se aproxima la hora de la cena. Antes querrá quitarse el polvo del camino y lavarse cara y manos. Voy por agua, pues creo que tenemos el jarro vacío... Efectivamente... ¡Y tanto que les encargué...! ¡Cayetana!... ¡Delfina!

Salió presuroso, llamando a su esposa e hija, y a poco se presentaron éstas con el agua y toallas limpias. Era la patrona regordeta y vivaracha, bastante más joven que su marido; mala dentadura, pecho vacuno, que el corsé levantaba a las alturas de la garganta; el habla gallega, manos de cocinera. La niña, tímida y rubicunda, habría sido muy bonita si no torciera terriblemente los ojos. Precedíalas el risueño padre, que, al presentar a la familia, volvió a soltar la vena de su verbosidad.

El señor don Fernando traería, según él, buen apetito. Pronto se le serviría la cena... Casa más sosegada no se encontraba en todo Madrid, y como no admitían sino huéspedes recomendados, nunca tenían más de cinco o seis, y a la sazón, por ser verano, tan sólo dos, sin contar al señor don Fernando, los cuales eran personas de mucho asiento y formalidad. A la hora de la cena les conocería el nuevo huésped, y trabaría con uno y otro sujeto relaciones cordiales... Dejáronle al fin para que se lavase, y despojado de su trajecito de mahón, se ocupó el huésped en sacar del baúl la única ropita decente que traía, y camisa y corbata, para vestirse con toda la decencia compatible con su escaso peculio. Durante las operaciones de lavoteo y vestimenta no cesaba de pensar en la ventura inesperada y misteriosa con que entraba en Madrid, y entre otras cosas que habrían revelado su confusión si las pasara del pensamiento a los labios, se dijo: «Es mucho cuento éste. Se empeña uno en ser clásico, y he aquí que el romanticismo le persigue, le acosa. Desea uno mantenerse en la regularidad, dentro del círculo de las cosas previstas y ordenadas, y todo se le vuelve sorpresa, accidentes de poema o novelón a la moda, enredo, arcano, *qué será,* y manos ocultas de deidades incógnitas, que yo no creí existiesen más que en ciertos libros de gusto dudoso... Pues, señor, veamos en qué para esto, y Dios quiera que pare en bien. No las tengo todas conmigo, ni me resuelvo a entregarme a esta felicidad que me sale al encuentro abriéndome los brazos, pues suelen los salteadores de caminos disfrazarse de personas decentes y benéficas para sorprender mejor a los viajeros. Vigilemos, vivamos alerta...»

Cenando migas excelentes con uvas de albillo, peces del Jarama fritos y chuletas a la *papillote*, hizo conocimiento con los dos huéspedes que la suerte le deparaba por compañeros de vivienda, y en verdad que tal conocimiento fué un nuevo halago de la escondida divinidad que tan visiblemente le protegía, porque ambos eran agradabilísimos, instruídos, graves y de perfecta educación. El uno frisaba en los cincuenta años, y en las primeras frases del coloquio se declaró manchego y patriota. Su locuacidad no molestaba; antes bien, instruía deleitando, porque narraba los sucesos y exponía las opiniones con singular donaire y una prolijidad pintoresca. Debía de tener muchas y buenas amistades con personas en aquel tiempo de gran viso, porque al nombrarlas empleaba casi siempre formas familiares.

Cuando Delfinita le servía las truchas, volvióse a ella con viveza, diciéndole:

—No me han enterado ustedes de que hoy estuvo aquí Salustiano dos veces.

—¡Ah! Sí..., no me acordaba—replicó la niña de la casa—. ¡Y que no se puso poco enojado la segunda vez, porque usted no estaba!

—¡Si ya le he visto, criatura! Por fin dió conmigo en el Café Nuevo, donde me había citado mi tocayo Nicomedes para leerme dos artículos de filosofía, una comedia en verso y un proyecto de Constitución...

—Dispénseme—dijo Calpena, que pronto empezó a tomar confianza—: ese Salustiano, ¿es Olózaga?

—El mismo. Le nombran gobernador de Madrid...

—Subdelegado—apuntó el otro huésped, de quien se hablará después—, que así se llaman ahora.

—Tanto monta, amigo Hillo... La denominación que se adoptará como definitiva es la de *jefes políticos*. Por de pronto, empleemos la acepción que más fácilmente comprende el pueblo: *gobernadores*... Pues pretende Salustiano llevarme de secretario; pero... no en mis días. Mientras yo no vea clara la situación, mientras no vea un Gabinete decidido a marchar adelante, siempre adelante, enarbolando resueltamente la bandera del progreso..., no me cogen, no me cogen... Nicomedes piensa lo mismo...

—Oí decir esta tarde en el despacho de los toros—indicó tímidamente el segundo huésped—que sería secretario ese joven, tocayo de usted, que acaba de citar... Pastor.

—Atrasados están de noticias en el despacho de toros, mi querido Hillo. Será secretario del Gobierno de Madrid mi amigo Manolo Bretón.

—¿El poeta..., el autor de *Marcela*?—preguntó Calpena con vivo interés.

—El mismo. Y añadiré que a mí me lo debe—afirmó con cierta fatuidad de buen tono el que llamamos *primer huésped*, y ahora don Nicomedes.

Conviene declarar, ante todo, que no es Pastor Díaz. El huésped de la casa de Méndez no ha pasado a la Historia, aunque en verdad lo merecía por la agudeza de su entendimiento y la variedad de sus estudios. Menos años contaba entonces el Nicomedes que después adquirió celebridad como político y publicista: ambos se hallaban ligados por estrecha y cordial amistad. El más joven hizo carrera literaria y política; el más viejo se fué a la Habana en tiempo del general Tacón, y murió de mala manera bajo el mando de Roncali. Apenas ha dejado rastro de sí, como no sea el descubierto con no poca diligencia por el que esto refiere; rastro apenas visible, apenas perceptible en el campo de la historia anónima, es decir, de aquella historia que podría y debería escribirse sin personajes, sin figuras célebres, con los solos elementos del protagonista elemental, que es el macizo y santo pueblo, la raza, el *Fulano* colectivo.

Bueno. Diré algo ahora del segundo huésped, clérigo enjuto y amable, que entraba siempre en el comedor tarareando, y a veces tocando las castañuelas con los dedos, lo que no quiere decir que fuera un sacredote casquivano, de estos que no saben llevar con decoro el sagrado hábito que visten. La jovialidad del bonísimo don Pedro Hillo, natural de Toro, era enteramente superficial, y a poco que se le tratara se le veían las tristezas y el amargo desdén que le andaba por dentro del alma como una procesión interminable. Por lo demás, no se ha conocido hombre de costumbres más puras ni en la clase eclesiática ni en la civil; hombre que, si no derramaba el bien a manos llenas, era porque no se lo permitía su mediano pasar, cercano a la pobreza; incapaz de ofender a nadie de palabra ni de obra; comedido en su tra-

to; puntual en sus obligaciones; religioso de verdad, sin aspavientos. No tenía más falta, si falta es, que gustar locamente de las funciones de toros. Su principal ciencia, entre las poquitas que atesoraba, era el entender del arte del toreo y mostrar profundo conocimiento de sus reglas, de su historia, y poder dar sobre tales materias opiniones que los devotos del cuerno oían como la palabra divina. Pero, dígase en honor de don Pedro Hillo, que, lejos de la intimidad con otros taurófilos, no alardeaba de su conocimiento, ni usaba nunca los groseros terminachos que suelen ser lenguaje propios de esta singular afición. Como se disimula un ridículo vicio, disimulaba el buen curita su autoridad en materia de quiebros, pases y estocadas.

Y para que se vea un ejemplo más de las complejidades del humano espíritu, sépase que a este saber de cosas triviales unía don Pedro otro de más sustancia. Era un apreciable retórico, de la escuela de Luzán y Hermosilla; había practicado durante más de veinte años el magisterio del arte de hablar bien en prosa y verso, y orgulloso de estos conocimientos trataba de lucirlos siempre que podía.

Se ignora por qué dejó el bueno de Hillo primero su cátedra del Colegio Mayor de Zamora, después el cargo de preceptor de los niños del señor duque de Peñaranda de Bracamonte. Lo que sí se ha podido averiguar es que en septiembre de 1836 pretendía una cátedra de la Universidad complutense, y que en aquella fecha llevaba año y medio de inútiles pasos y gestiones, sin obtener más que buenas palabras. Eso sí: ni se cansaba de pretender, ni los desaires y aplazamientos marchitaban sus ilusiones, ni le rendía el fatigoso y tristísimo *vuelva usted mañana.*

Dígase también, para completar la figura, que don Pedro profesaba o fingía, en política, un escepticismo inalterable, rara condición en aquellos tiempos de lucha. Conocimiento y amistad tenía con personas de una y otra bandera; pero de nada le valían, sin duda, por causa de su timidez, o por la vaguedad de sus opiniones, que tal vez le hacía sospechoso a tirios y troyanos. Los patriotas le miraban con recelo, creyéndole arrimado al carlismo, y la gente templada le tenía por afecto a las logias. Por esto decía él, empleando la palabra griega que significa moraleja: «*Epimición:* quien navega entre dos aguas, no llega nunca a una cátedra.»

El primer huésped, don Nicomedes Iglesias, también pretendía; mas no era fácil traslucir el objeto de sus desatentadas ambiciones. Cosa extraña: Hillo hablaba poco, y sus propósitos y deseos se traslucían a las primeras palabras. Por los codos hablaba Iglesias, y después de oírle perorar tres horas con gracia y facundia prodigiosidad, nadie sabía lo que pensaba, ni qué planes o enredos se traía. No disimulaba el radicalismo de sus ideas, el cual no era obstáculo para que cultivase el trato de casi todas las notabilidades de aquella turbulenta generación, siendo su mayor intimidad con los exaltados. Toda la tarde estaba fuera de casa, menos cuando daba cita en ella a un par de compinches, pasándose las horas muertas de conciliábulo a puerta cerrada. Después de cenar se echaba invariablemente a la calle, y no volvía hasta la madrugada; levantábase a la hora de comer, y al encontrarse en la mesa con su amigo don Pedro, bromeaba un rato. El presbítero tenía siempre algo que decirle de las nocturnidades de su compañero; pero sin traspasar nunca los límites de una discreta confianza inofensiva: «¿Qué hay por la *casa de Tepa?*... Anoche, amigo Nicomedes, debieron ustedes tratar de ir disolviendo juntitas para que no se enfade don Juan de Dios Alvarez... Mucho tuvieron que discutir anoche los del *rito escocés,* porque entró usted cerca de las cuatro... ¿Y qué se sabe del ínclito Aviraneta? ¿Le sueltan, o le hacen ministro, o le ahorcan?»

Contestaba el otro a estas pullas inocentes con gracia y mesura, sin soltar prenda, ni clarearse más de lo que le convenía. Desde la primera cena simpatizó Calpena con sus dos compañeros de casa, y singularmente con el clérigo Hillo. El agrado que la conversación de éste le causaba aumentó tan rápidamente, que al segundo día eran amigos, y ambos creían que su trato databa de larga fecha. Verdad que los dos eran clásicos en lo literario, templados o neutrales en lo político, de pacífico y blando genio, amantes de la regularidad y del vivir manso, sin emociones; semejanza que un atento observador habría podido apreciar, no obstante las diferencias que la edad mar-

caba en uno y otro. Había, sin embargo, momentos en que Calpena se expresaba como un viejo, y don Pedro como un muchacho.

El segundo día de hospedaje, desayunándose juntos, hablaron de política, que era en aquel tiempo la usual, la obligada comidilla, lo mismo al almuerzo que a la cena.

—¿Qué le parece a usted, amigo don Fernando?—dijo Hillo—. ¿Nos cumplirá ese señor Mendizábal todo lo que nos ha prometido? Porque ya ve usted si ha venido con ínfulas. Que acabará la guerra carlista en seis meses, y que para entonces no veremos un faccioso ni buscándolo con candil. Que pondrá término a la anarquía, cortando el revesino a todas las juntas. Que arreglará la Hacienda, y pronto rebosarán las arcas del Tesoro. Que hará de la España una nación tan grande y poderosa como la Inglaterra, y seremos todos felices, y nos atracaremos de libertad y orden, de pan y trabajo, de buenas leyes, justicia, religión, libertad de imprenta, luces, ciencia y, en fin, de todo aquello que ahora no comemos ni hemos comido nunca.

III

—Yo, amigo Hillo, no entiendo este endiablado Madrid, ni puedo darle a usted una opinión sobre lo que me pregunta. Aún no he tomado tierra. Ahora vengo de Francia, y allí, puedo asegurarlo, los españoles que he conocido se hacen lenguas del señor Mendizábal, y ven en él a un hombre extraordinario, providencial, que ha de regenerar la España.

—¡Viene usted de Francia!—exclamó Hillo, picado de curiosidad ardiente—. Y en Francia ha dejado a sus padres...

—Yo no tengo padres. No los he conocido nunca.

—Entonces tendrá usted tíos.

—Tampoco. Yo me crié en Vera, en casa de un sacerdote, que murió hace tres años. Sus hermanos me mandaron a París, a una casa de comercio. Un año he vivido en la capital de Francia. Después pasé a Olorón...

—Pero es usted español, seguramente.

—Creo que sí..., digo, sí: español soy.

—Habla usted nuestra lengua con gran corrección.

—Lo mismo hablo el francés.

Más avivada a cada momento la curiosidad del buen clérigo, arreció en sus preguntas:

—Y dígame, si no hay inconveniente en que yo lo sepa: ¿viene usted a estudiar una carrera, o ocupar una placita en nuestra Administración?

—Vengo a buscarme una manera de vivir honrada y modestamente.

—¿Tiene usted aquí familia, parientes, amigos...?

—No lo sé... Creo que no...; creo que sí.

—Traerá usted cartas de recomendación.

—No, señor... Mis tíos (y llamo tíos al hermano y parientes del cura de Vera, en cuya casa me he criado) enviáronme a Madrid, sin decirme más que lo que va usted a oír: «Anda, hijo, que aquí no saldrás nunca de la pobreza oscura, y allá..., allá puedes encontrar protecciones donde y cuando menos lo pienses.» Me hicieron el equipaje con la poca ropa que tenía, me costearon el viaje, diéronme algo para los primeros días, y aquí me tiene usted...

—Esperándolo todo de la suerte, de lo desconocido... ¡Ah señor de Calpena, usted pitará! No le faltarán contratiempos, afanes; pero no es usted, me parece, de los que se ahogan en este piélago. Y dígame otra cosa: ¿ese buen párroco de Vera...?

—Un gran humanista, señor, más versado en los clásicos latinos y griegos que en Teología y Cánones.

—Bien se le conoce a usted, en su manera de expresar, la sabia mano que le ha pulimentado.

—Sabía mucho mi padrino—dijo don Fernando con tristeza—; y aunque él se esforzó en darme todo su saber, yo no he tomado sino parte mínima.

—¿Modestia tenemos? Pues a mí me da en la nariz, señor don Fernandito, que usted ha de ser un grande hombre. Este tarambana de Nicomedes me aseguraba ayer que el porvenir será de los románticos, así en literatura como en política. Yo sostengo lo contrario. La sociedad se va hartando de contorsiones y de hipérboles, y el clasicismo, la corrección, la serenidad, la devoción de las buenas reglas, han de gobernar el mundo. ¿No cree usted lo mismo?

Don Fernando, profundamente abstraído, fijaba sus ojos en el ya vacío pocillo de chocolate.

—Yo no puedo tener opinión, no acierto aún a formar juicio de nada—murmuró al fin—; soy un chiquillo.

—Pues lo dicho... No sé por qué me figuro que entrará usted en esta diabólica Villa con pie derecho. En todas las cosas y casos de la vida... (esto es observación mía, que no me falla...) los primeros pasos dan la norma de la suerte total.

—Pues si es así, amigo Hillo—dijo Calpena, revelando en su agraciado rostro más confusión que alegría—, yo he de ser el niño mimado de la fortuna, porque en mis primeros pasos en Madrid no piso más que flores.

—Bien, hombre, bien; hay hombres predestinados a la dicha, como los hay al sufrimiento, y de éstos, alguno conozco yo, sí, señor, y más de lo que quisiera... Y puedo asegurarle que no siento envidia de usted, siendo, como soy, desgraciado a *nativitate*. Créame: el suelo que yo piso es todo abrojos y guijarros cortantes... Pero ando..., ando siempre, y adelante. Lo repito: no soy envidioso, y cuando veo a un hombre con suerte, me alegro, le doy mis plácemes, y digo: «Bendito sea Dios, que, por hacer de todo, también hace seres felices.»

—No estoy yo seguro de serlo, ni me fío de estas venturas, que bien podrían ser engañosas, traicioneras.

—No digo que no... Pero cuando viene la dicha, hay que tomarla sin remilgos. La Fortuna, deidad caprichuda, descarada, se muestra más liberal con los que no se asustan de sus favores. Los modestos y encogiditos no le entran por el ojo derecho. Sea usted arrogante, acometedor; confíe en sí mismo y en su estrella; láncese sin miedo, *arrancando*, a toda clase de empresas, ya políticas, ya literarias, ya mercantiles, que de fijo en todas alcanzará la meta. Ejemplos, aunque no muchos, tiene usted aquí de hombres privilegiados, que nacieron en la mayor humildad y luego, mansamente, sin hacer nada por sí, se ven levantados del polvo y conducidos por manos de ángeles a los cielos de la prosperidad y de la gloria. Vea usted a este señor de Mendizábal, que se nos ha entrado por las puertas de España. Le encargaron a Inglaterra para ministro de Hacienda, como se encargan los niños a París, y por llegar, con la sola fuerza de su desahogo, que se impone a todo el mundo, se ha calzado la presidencia del Consejo y cuatro ministerios. ¿Y quién es Mendizábal? Un hombre sin estudios, que no aprendió más que a leer y escribir, y algo de cuentas. ¿Pues qué es esto más que suerte? Y los afortunados, ¿qué son sino hombres que se pasan el mundo por debajo de la pata, y han tirado la modestia y los miramientos como se tira la careta de trapo que molesta y acalora el rostro?

—No estamos conformes—dijo don Fernando, más comedido en sus pocos años que el viejo Hillo—en esa manera de apreciar las causas del éxito en la vida pública. Además, no admito que el señor Mendizábal sea hombre tan ignorante, ni que carezca de autoridad para desempeñar uno, dos o media docena de ministerios. Cierto que no sabe latín; pero es muy práctico en asuntos mercantiles. Dígame usted, con la mano puesta en el corazón, si cree que para gobernar a los pueblos es indispensable tratar de tú a Horacio y Virgilio.

—¡Qué sé yo!... Una pasadita de Cicerón no les viene mal a los señores que andan en la política. Pero, en fin, concedo...

—Preveo el argumento que usted va a emplear ahora mismo, y me anticipo a refutarlo.

—Bien, hombre, bien—dijo gozoso don Pedro, sintiéndose maestro de Humanidades—. Ha empleado usted con verdadera elegancia una forma de raciocinio que los retóricos llamamos *prolepsis*... Eso es: anticiparse a la objeción, prevenir los argumentos del contrario, refutarlos antes que los emita...

—Justamente; y usted ahora con maestría indudable, ha empleado la *expolición* o *amplificación*...

—Que también llamamos *conmoración*..., ¿no es eso?

—Y que cuando degenera en abuso se denomina *tantología* y *perisología*... Volviendo a mi *prolepsis*, prosigo. Usted me dirá que, si no es necesario saber latín para regir a las naciones, tampoco estriba la ciencia de gobierno en el arte o manejo de los negocios mercantiles; es decir, que si mal nos gobiernan los humanistas, no lo harán mejor los comerciantes.

—Efectivamente.

—A eso respondo que el señor Mendizábal no es un simple mercader, de esos que compran y venden géneros: es, si se me permite decirlo así, comerciante

político, y no me busque usted en este concepto la *anfibología*, que no la hay. Comerciante político quiere decir: el que entiende de manejar el crédito de los países y distribuir su hacienda, de imponer y recaudar tributos...

—El señor Mendizábal era el año veintitrés un traficante gaditano; menos aún, dependiente en la casa del señor Bertrán de Lis, y se metió a contratista de las provisiones del Ejército, con lo cual hizo su pacotilla en pocos años.

—Sus opiniones avanzadas y la viveza de su genio le arrastraron a la empresa de abastecer al Ejército y Marina en condiciones tales, que su servicio fué, más que negocio, un caso de abnegación y patriotismo. Todavía no se han liquidado aquellas cuentas, y las ganancias de don Juan de Dios, si las tuvo, están aún en poder de la nación.

—Porque usted lo dice lo creo... Persona de mi mayor confianza me ha contado a mí que Mendizábal, allá por el año veinte, era en Cádiz un muchachón alborotado, bullanguero, de una intrepidez loca para las aventuras políticas. El y otros tales no hacían más que conspirar en logias y cuarteles para que volviese la Constitución del doce, y destronar al rey o convertirlo en un monigote.

—Es verdad.

—Y que trabajó por la bandera que defendían Riego, Arco Agüero, Quiroga...

—También es cierto. Todas aquellas trapisondas salían de la Masonería, que ahora es una vieja pintada, y entonces era una mocetona llena de vida y seducciones, con las cuales enloquecía a la juventud.

—No me disgusta la imagen, señor mío. Adelante.

—En Cádiz existía lo que llamaban el Soberano Capítulo y el Sublime Taller, y qué sé yo qué. De estos talleres y capítulos salían las conspiraciones para sublevar el Ejército y derrocar la tiranía; de allí las trifulcas, las asonadas, los ríos de sangre... Mendizábal era masón, que en aquel tiempo era lo mismo que decir *político*. Si quiere usted más noticias, pídaselas a don Antonio Alcalá Galiano, que anduvo con él en aquellos trotes; al señor Istúriz, a don Vicente Bertrán de Lis...

—De donde se deduce, amigo Calpena —dijo el clérigo, suspirando fuerte—, que el que pretenda en estos tiempos ser algo o conseguir alguna ventaja, aunque ésta le corresponda de justicia, y lo intente sin agarrarse previamente a los faldones o a las faldas de esa gran púa de la Masonería, es un simple o un loco.

—No diré yo tanto. Las cosas son como son.

—Tenga usted presente que hay logias liberales y logias absolutistas. Las primeras conspiran; las segundas, también. Unas y otras introducen individuos suyos en la contraria, fingiéndose amigos, para sorprender secretos.

—Sí, sí; y se pelean en las tinieblas de los ritos nefandos. De las unas salen los ejércitos sediciosos, que todo lo destruyen y profanan; de las otras los tribunales sanguinarios que levantan la horca. Así vive España..., hoy te fusilo, mañana te ahorco.

—Y vea usted. Si el veinticuatro hubiera sufrido don Juan de Dios la suerte de su compinche Riego, hoy no tendríamos la dicha de que ese señor nos arreglara la Hacienda y nos hiciera juiciosos y ricos.

—Porque escapó a Inglaterra.

—Le llamaba la Banca más que la política.

—Se estableció en un país grande y libre donde forzosamente había de aprender muchas cosas sólo con tener ojos y ver, sólo con tener oídos y oír.

—Sí, porque en los libros me parece que poco aprende su ídolo de usted. Le llamo así, porque veo, amigo Calpena, que es usted de los devotos furibundos del *hombre nuevo*, y que conoce su vida y milagros, entendiendo por milagro lo que dicen ha hecho en Portugal.

—Algo sé del señor Mendizábal... Más de lo que usted piensa.

—¿Andan por el extranjero biografías del grande hombre?

—No he leído ninguna.

—¿Pues quién se lo ha contado?

—El mismo.

—¡Le conoce usted..., le trata!

Al ver en el rostro de Calpena la sonrisa plácida y el movimiento afirmativo con que a su pregunta respondía, Hillo se quedó suspenso de estupor, de admiración... No daba crédito a tan inaudito caso de precocidad. ¡Tan joven y haber tratado a Mendizábal, charlar con él, quizá poseer su confianza! Desde aquel momento vió el clérigo en su amiguito un ser extraordinario, misterioso. Aumen-

taban su fascinación, la procedencia extranjera del joven; el no saberse quién era; la atención y exquisitos cuidados que le prodigaban los patrones, recatando sigilosamente el nombre de las pérsonas que habían recomendado al nuevo huésped; la educación exquisita de éste; su aire, belleza y modales aristocráticos..., y, sobre todo, haber tratado a Mendizábal, y oír de él mismo la narración de episodios históricos y lances personales. Don Pedro se levantó de su asiento impulsado de la sorpresa, que como un resorte le movía, y dió pasos desordenados, repitiendo:

—¡Le conoce, le ha tratado!... Dígame, cuénteme: no deje que me abrase la curiosidad.

IV

—Allá voy—dijo Calpena, indicando a su amigo que se sentara—. Paréceme haber contado a usted que los hermanos de mi padrino me mandaron a París a instruirme en el comercio y la banca. Empecé a trabajar, digo, a aprender, en la casa de comisión de Reischoffen y Bloss, alsacianos, donde sólo estuve tres meses, pasando después a la célebre casa de banca de Ardoin, que opera por millones de millones, y hace empréstitos a las naciones apuradas, negociando con los estados y con los reyes, con los gobiernos y hasta con las revoluciones. En fin, esto es largo de contar. Allí estaba yo muy bien. Llevaba toda la correspondencia de la América española; me daban regular sueldo, y el principal me distinguía y me trataba con mucho miramiento. Un día de febrero vimos entrar a un señor alto y bien parecido, de ojos negros, cabello rizado, patillas cortas, muy elegante y pulcro. Al punto corrió la voz entre los dependientes «Es Mendizábal, el gran Mendizábal, el restaurador de la Monarquía legítima en Portugal...» Entró en el despacho del barón, nuestro jefe, y a la media hora éste me llamó...

—Para presentarle al señor don Juan de Dios.

—No, señor; para mandarme que le acompañara por las calles de París, que yo conocía perfectamente, y el señor Mendizábal no. Tenía que ir a la casa Erlanger, rue Drouot, muy cerca de la nuestra, Chaussée d'Antin. Cojo mi sombrero, y me pongo a la disposición del hombre grande, en cuya compañía salí muy orgulloso. Por la calle me hizo mil preguntas: quién era yo, cómo se llamaban mis padres, cuánto tiempo llevaba de residencia en París y de aprendizaje en casa de Ardoin. Yo le contesté como pude, y al llegar a las oficinas de Erlanger me mandó esperar para que le condujese a otra parte.

—Nada, que le cayó usted en gracia —dijo Hillo, restregándose las manos—. Así se empieza, así.

—Al salir de la visita me preguntó si sabía yo cuál era la mejor casa de París en guantes y perfumería, y le indiqué Damiani, en el boulevard Saint-Denis. Tomó el hombre un coche de alquiler, que allí llaman *fiacres*, y fuimos de compras. Debo decirle a usted que es algo presumido, y que gusta de acicalarse y lucir su buena figura. De la guantería fuimos a comprar un maletín de mano para viaje, con muchos compartimientos y algún secreto para papeles reservados. Compró también un calzador, tirantes y algunas otras baratijas que no recuerdo. Dejóme en mi escritorio, y él se fué a su hotel, en la rue de l'Arcade, mostrándose en la despedida tan fino y al propio tiempo tan llano, que yo estaba encantado. Díjome que, siempre que no le convidasen, comería en el Palais Royal, en casa de Very, y se dignó invitarme, excusándome yo todo turbado y confuso.

—Esto se llama caer en pie, amigo mío, o nacer en Jueves Santo. Siga usted, que me parece que aún falta algo.

—Verá usted. A los dos días mandó un recado a mi principal, pidiéndole un buen amanuense español que escribiese corrido, con buena letra y mejor criterio. El barón me eligió a mí, y aquí me tiene usted, encerrado con el señor Mendizábal en una cómoda estancia del hotel Meurice, los dos frente a frente, con una mesa por medio, él dictando y yo escribiendo. Hombre más incansable no he visto en mi vida. Cinco horas me tuvo con la pluma en la mano. Dictó una larguísima carta a Martínez de la Rosa, otra al conde de Toreno y dos o tres a personas para mí desconocidas. El estaba en bata, una bata elegantísima, y zapatillas de terciopelo, con las que lucía su pie pequeño, que parece de mujer. Casi era preciso escribir taquigrafía para poder seguirle. Expresaba su pensamiento con

rapidez; rectificaba pocas veces; no se paraba en el estilo; iba derecho al asunto y a la idea, sin cuidarse de la forma. Mandóme volver al día siguiente, y me dictó tres o cuatro decretos, uno de ellos suprimiendo las órdenes religiosas y haciendo tabla rasa de todos los frailes, monjas, clérigos y beatas que hay en estos reinos, estableciendo la reversión de todos los bienes al Estado para venderlos..., y ¡qué sé yo!

—¡María Santísima! Pero eso sería broma.

—¿Broma? Ya verá usted las que gasta ese sujeto. No habíamos concluído aquella degollina de frailes y la repartición de sus riquezas, cuando entró un señor inglés, que debía ser diplomático, pariente, sobrino, hijo quizá del embajador en Madrid, que no sé cómo se llama.

—*Míster* o *sir* Jorge Williers. Adelante.

—Y hablaron en inglés, y no entendí una palabra... Bueno; pues en esto son anunciados tres españoles, y don Juan les manda pasar. ¡Ay, qué alegría, qué abrazos, qué tarabillas, hablando todos a un tiempo! Evocaban recuerdos de la juventud, alababan lo pasado, denigraban lo presente con saña y cuchufletas... La conversación fué continuada en castellano, después de hacer Mendizábal con gran ceremonia la presentación del inglés a los españoles, y viceversa. Pregunté al señor don Juan si debía retirarme, y me mandó que me quedara, lo que me supo muy bien. ¡Qué gusto estar mano a mano con aquellos señorones, calladito, oyendo todo lo que decían, que era sabroso, picante y muy instructivo, pues yo poco o nada sabía de España! Mandó don Juan al mozo que sirviese vino de Porto, y con esto las lenguas se soltaron aún más de lo que estaban.

—Recordará usted los nombres de esos tres españoles, que de fijo hablarían pestes de su patria.

—Los nombres no los recuerdo; las caras, sí: de seguro son personajes de acá, y puede que alguno esté hoy en candelero. El uno puso de vuelta y media a ese Martínez de la Rosa; el otro no dejó hueso sano al conde de Toreno, que entonces era ministro, y el tercero le hincó el diente venenoso a la reina Cristina y a su marido, don Fernando Muñoz.

—¡Lástima que usted no se fijara en los nombres!

—Continuó. Pues hablando, hablando de lo revuelto que está todo, de lo mal que gobiernan los que gobiernan, de las cosas gordas que se preparan, la conversación recayó en los asuntos de Portugal, y uno de ellos dijo que en Lisboa había salido un folleto poniendo de oro y azul a Mendizábal y negando que tuviera arte ni parte en la restauración de doña María de la Gloria. Armóse entonces gran tremolina. Don Juan Alvarez daba golpes en el brazo del sillón, acusando de envidiosos y calumniadores a algunos españoles residentes en Portugal; indignóse el inglés, echando venablos en su lengua, y los otros atribuían todo a intrigas de los *moderados* (no sé qué gente es esta que aquí llaman *moderada)*, por arrojar lodo a la figura del grande hombre que se indicaba ya como el único que podía enderezar al país. No sé cuál de ellos manifestó no estar al corriente de lo de Portugal, por haber vivido fuera de la Península durante los años de aquellas tremolinas... (paréceme que el tal es militar, y de los que aquí llaman *ayacuchos)*, y entonces don Juan Alvarez, a instancias de todos, refirió puntualmente las grandes empresas a que prestó su auxilio.

—Y se despacharía a su gusto, abultando los peligros y presentándose como enviado de la Providencia divina.

—Sólo puedo asegurarle a usted que en lo que relató se ve la verdad, así como una energía pasmosa, fecundidad de arbitrios, recursos ingeniosos, entusiasmo para encender más la voluntad, maña para suplir a la fuerza. Lo que sí me pareció notar es que el buen señor se regodea contando sus empresas: gusta de hablar de sí mismo y de hacer ver que sin él no se hubiera hecho nada, lo que en muchos casos parecía verdad.

—Pchs..., todo se redujo a proporcionar a don Pedro un empréstito... Sin dinero no se hacen revoluciones. Mendizábal, por su metimiento en las casas mercantiles de Londres, fácilmente levantaba fondos para quitar y poner reyes. Si para echar a los reyes se necesita dinero, el volver a traerlos cuesta mucho más. No anda sin unto el carro de las restauraciones.

—Perdone usted. Mendizábal hizo bastante más que proporcionar a don Pedro los cuartejos que necesitaba. Ya comprende usted que mientras el grande hom-

bre refería sus hazañas, yo ni le quitaba ojo ni perdía sílaba. Todo lo oí, y se me ha quedado bien presente... Hizo verdaderos prodigios, y se mostró gran financiero, gran político, y hasta gran militar, con unas facultades de organización que ya las quisieran más de cuatro... Don Pedro y su hija se habían refugiado en las islas Terceras, y allí pasaban su triste vida mirando al cielo, esperando su salvación de la Providencia. Pero ésta no les hacía maldito caso, y los ingleses, a quienes el buen emperador brasileño pedía recursos, no soltaban ni un chelín. En una de sus excursiones a Londres, el aburrido don Pedro y Mendizábal se conocieron. Don Juan le dió alientos; le indujo a perseverar en su empresa, minando la tierra para procurarse hombres y pecunia, ambas cosas necesarias para conquistar reinos, y empezó por facilitarle un empréstito de la casa Ardoin, mi casa, señor Hillo, la casa donde fuí triste aprendiz con ciento cincuenta francos de sueldo al mes... Cien mil libras esterlinas entraron en el bolsillo de don Pedro, y con ellas renació la esperanza de sentar en el trono a la niña. El hombre se metió de hoz y de coz en la causa portuguesa, y no habría hecho más si doña María de la Gloria fuera su propia hija.

—Bien, bien: así han de ser los hombres.

—En un santiamén compró dos fragatas por cuenta de la Regencia, que tal era el Gobierno constituído por don Pedro en la capital de las Terceras. Advierta usted que en estas compras empleaba sus recursos, sin más garantía que una palabra del emperador. Adquiridos los barcos, agenció en la City más dinero, más, y en seguida, a buscar hombres, soldados. Mientras en las Terceras se organizaban unos seis mil, en Plymouth, puerto de Inglaterra, se alistaban más. Mendizábal, que en todos estos asuntos ponía siempre una vehemencia y un ardor increíbles, y así lo declara él mismo, no tenía sosiego... Creo yo que las empresas políticas le seducen, le enloquecen; pone en ellas toda su alma y una actividad febril... El hombre se multiplicaba. Sus propios asuntos perdían para él todo interés. No vivía más que para la Monarquía liberal portuguesa. El mismo lo dice: «Cuando se le enciende el patriotismo no vive, no desmaya hasta conseguir lo que se propone.» Cien vidas propias daría él por exterminar a los sectarios del usurpador absolutista don Miguel, que es allí lo mismo que aquí nuestro don Carlos María Isidro... No contento con los alistamientos que había hecho en Inglaterra con ayuda del duque de Palmela, se planta en Bélgica, y en cuatro días, auxiliado por su amigo el general Van Halen, busca y encuentra, organiza y equipa un regimiento de mil flamencos, con sus jefes y todo... En Ostende les embarcaron en un buque de vapor fletado en Londres, y reunidos en Plymouth con los ingleses y portugueses, zarpó la expedición contra Oporto, mandada por el mismo don Pedro. Dominaban en Oporto los liberales, por lo que no le fué difícil al padre de doña María la ocupación de aquella capital. Pero el don Miguel acudió con mucha tropa, puso cerco a la plaza, y si bien no pudo entrar en ella, tampoco los *maristas* podían salir. Allí hubiera sucumbido don Pedro si Mendizábal, desde Londres, no le animara a la resistencia, ofreciéndole nuevos auxilios. ¿Qué hizo el hombre? Pues buscar más dinero; reunir más soldados; formar al propio tiempo una escuadra, cuyo mando se ofreció al célebre almirante inglés Napier. Escuadra y segundo ejército debían operar en los Algarves, para sublevar en pro de la reina a las poblaciones del Sur, y atacar por retaguardia el ejército miguelista. Todo se hizo tal y como lo había dispuesto don Juan... La segunda expedición se dirige a Oporto, donde refuerza a los combatientes asediados por don Miguel; después parten dos mil hombres a los Algarves, desembarcando felizmente. Allí se pasan a los liberales algunas tropas del absolutismo; entre todas invaden el Alemtejo. La escuadra mandada por Napier desbarata la miguelista en el Cabo de San Vicente; don Pedro sale de Oporto y bate a don Miguel. Replegándose a Lisboa, recibe éste otro achuchón tremendo de las tropas liberales, y ya tenemos al emperador entrando triunfante en su capital, a la niña doña María de Braganza en el trono, y al don Miguel escapando para el extranjero como alma que lleva el diablo.

—Y hecho todo eso, que, si es como usted lo cuenta, no dudo en calificarlo de maravilloso, el don Juan Alvarez se volvió a su escritorio de Londres tan fres-

co, a contar millones, calcular empréstitos, extender letras de cambio, mirando dónde salta otra reina que socorrer, y otro usurpador malsín a quien poner en la puerta.

—Que no faltan, como usted ve.

—Pero Portugal es chico: puedo compararle a un juguete, para estas cosas de revoluciones y quita y pon de tronos. Ahora veremos cómo se las arregla aquí el gaditano; aquí, donde salimos de una zaragata para entrar en otra, donde nos peleamos por los derechos de la Corona, por las Juntas, por la Milicia urbana, por una letra de más o de menos en la Constitución, y por lo que dicen o dejaron de decir Juan y Manuela. Vamos a ver a los hombres guapos; a los salvadores de sociedades; a los que sacan el dinero de debajo de las piedras para equipar soldados; a los genios, como ahora se dice; a los que calman las olas revolucionarias con el *quos ego*... del amigo Neptuno.

—Adelante: va muy bien. Está usted empleando una forma de ironía muy bella. Es lo que llamamos *cleuasmo*.

—Dispense usted. Esta forma irónica se llama *carienteísmo*. Consiste, y bien lo recordará usted: consiste...

—Sea lo que fuere, amigo Hillo, mi parecer es que Mendizábal no ha venido aquí por ambición, sino por patriotismo. Oí contar que se hallaba muy tranquilo en Londres cuando recibió el nombramiento de ministro de Hacienda, que le dejó estupefacto.

—Y estupefacto se ha venido aquí por Portugal; y en cuanto llegó a Badajoz, empezó a largar decretos... Bueno: le concedo a usted que esto sea patriotismo; pero es un patriotismo... romántico, y lo romántico sepa usted que a mí no me gusta. En literatura me apesta, y a ese francés que llaman Víctor Hugo le mandaría yo cortar el pescuezo: en política tengo por más funesto aún el romanticismo.

—Puede que esté usted en lo cierto; pero el señor Mendizábal es ante todo hacendista, y en esto no creo yo que quepan romanticismos. Los números, ¡ay!, los números, amigo mío, son clásicos.

—Allá lo veremos; y pues ya tenemos al hombre con las manos en la masa, pronto hemos de saber si yo me equivoco o se equivoca usted.

—Yo no profetizo; yo espero, y...

—¿Cree usted firmemente que don Juan Alvarez enderezará esta desquiciada nación?

—No lo aseguro; pero confío en que lo hará.

—Pues yo no.

—¿En qué se funda?

—No dudo que le sobren buena intención, voluntad firme, actividad, talento; pero...

—Pero ¿qué?

—Que con sus buenas cualidades incurrirá en el defecto de todos los ilustres señores que nos vienen gobernando de mucho tiempo acá. Talento no les falta, buena voluntad tampoco. Y fracasan, no obstante, y continuarán fracasando unos tras otros. Es cuestión de fatalidad en esta maldita raza. Se anulan, se estrellan, no por lo que hacen, sino por lo que dejan de hacer. En fin, amiguito, nuestros mandarines se parecen a los toreros medianos: ¿sabe usted en qué? Pues en que no *rematan*...

—¿Qué significa eso?

—No se ría usted del toreo, arte que me precio de conocer, aunque no prácticamente. Y sepa usted, niño ilustrado, que hay reglas comunes a todas las artes... De mi conocimiento saco la afirmación de que nuestros ministriles no *rematan la suerte*.

—¿Y cree usted que Mendiábal...?

—Hará lo que todos. Empezará con mucho coraje, y un trasteo de primer orden...; pero se quedará a media suerte. Usted lo ha de ver... Que no remata, hombre, que no remata... Y créame usted a mí; mientras no venga uno que remate no hemos adelantado nada.

V

Alejóse hacia su cuarto, accionando festivamente, y en dirección al suyo iba también Calpena, cuando le detuvo el patrón, señor Méndez, y le dijo entre risueño y respetuoso:

—Ahí tiene usted el sastre.

—¿Qué sastre?

—Pues el cortador mayor del señor Utrilla, que viene a tomarle medida. Le mandé pasar a la sala, donde espera nace un cuarto de hora.

—Ese señor se equivoca. Yo no he llamado a ningún sastre.

—Aunque no le haya usted llamado, él viene, y cuando viene, él sabrá por qué. Déjese tomar medida, y que le hagan cuanta ropita necesite para ponerse bien guapo.

—Pero ¿está usted loco?... ¿No hay más que encargar ropa? Y luego..., señor Méndez..., luego vienen las cuentas, ¿y qué hacemos? ¿Soy acaso un señor Mendizábal, que con cuatro rasgos de pluma fabrica millones?

—Las cuentas no son cuenta de usted, sino de quien las pague. Entre el señor en su cuarto, y escoja las telas, y déjese que le midan el cuerpo a lo largo y a lo ancho.

—Que pase ese hombre—dijo Calpena, prestándose a todo, con la esperanza de salir de la confusión en que, desde su venturosa llegada a Madrid, vivía.

En presencia del oficial, hombre finísimo, colorado y regordete, que iba cargado de muestras de diferentes paños, don Fernando no pudo resistir a la fascinación que ejercía sobre él, joven y gallardo, la idea de vestirse elegantemente. Ante todo quiso saber cómo y por qué los afamados sastres acudían en busca de parroquia sin que nadie les llamase; pero sus interrogaciones prolijas y capciosas no lograron aclarar el enigma.

—Mi principal, el señor Utrilla—le dijo aquel relamido sujeto—, me ha mandado acá con muestras y encargo de tomar a usted medida para diferentes piezas. Hubiera venido él en persona con mucho gusto; pero está malo de un pie, y hoy no puede salir de casa. De quién ha recibido las órdenes para estas hechuras, yo no lo sé, señor mío, ni es cosa que me corresponde averiguar.

—Pues yo—afirmó Calpena—no me dejo medir el cuerpo mientras no sepa... ¿Será tal vez alguna broma impertinente?

—Eso, de ningún modo... Utrilla no se presta a tales bromas... Crea usted que, cuando me ha mandado aquí, es porque ha recibido órdenes de personas que saben el cómo y porqué de lo que encargan. Conque... tomemos esos puntos; y no piense usted en nada más que en vestirse como le corresponde.

—Accedo, sí, señor—replicó don Fernando en el tono de quien se presta a seguir un bromazo de buen género, y seducido además por la idea de ver realizada su ilusión juvenil de vestir buena ropa—. ¿Sabe usted el cuento del perrito y del trasquilador?

—Sí, señor—dijo el otro, ayudándole a quitarse levita y chaleco—. Es un cuento viejísimo...

—Pues ahora mida usted todo lo que quiera, y hágame todas las prendas de vestir que haya dispuesto... el amo del perrito.

—Me han dicho que dos levitas, fraque, un traje de mañana..., cuatro pares de pantalones variados.

—Ande usted, maestro... Y si quiere dejarle borlita en el rabo, déjesela usted.

—La ropa más precisa para un joven *introducido* en sociedad. ¿Qué menos? ¡Ah!, me olvidaba. También le haremos capa de sedán finísimo, con forros de piel de chinchilla.

—Me parece muy bien... Y las levitas, ¿cómo han de ser?

—El señor de Utrilla acaba de llegar de Londres... Precisamente al bajar de la diligencia se estropeó el pie. Pues ha traído las últimas novedades que se han puesto al uso en aquella capital. Las levitas son ahora cortas y de poco vuelo en los faldones; pero siguen muy entalladas, marcando bien la cintura. Las que ha traído el señor Mendizábal, y que tanto llaman la atención, son ya antiguas, y en Londres no las usan más que los *lores*, que es como si dijéramos los señores próceres protestantes, que tienen asiento en lo que llaman Parlamento inglés, o sea las Cortes liberales de allá.

—Hombre, bien... ¿Conque entalladas y de faldón corto?

—Menos largo que el año pasado—dijo el sastre, tomando y anotando las medidas con singular presteza—. Los cuellos son ahora más largos, y bien caídos sobre los hombros; los botones grandes... Haremos una de las levitas, si a usted le parece, con cordones a la húngara...

—Perfectamente. Despáchese usted a su gusto... ¿Y los paños?

—Fíjese usted en este color verde oscuro, que es la gran novedad que ha traído Utrilla. Se llama *lord Grey*, y es el gran *furor* en Londres.

—Pues hagamos *furor* aquí... Pero las dos levitas no serán iguales.

—Haremos azul gendarme, *Conde Orsay*, la de cordones. ¿Qué le parece?

—Acertadísimo... ¿Y cuándo podré estrenar?

—Lo activaremos todo lo posible... Te-

nemos mucho trabajo, y velamos para servir a tantísima parroquia.

—Pero no me dejarán ustedes para lo último, como parroquiano pobre...

—Será usted de los primeros... Y que tiene un talle de primer orden, y una forma de cuerpo que no hay más que pedir. Le caerá a usted la ropa que ni pintada.

—Y en fraques, ¿qué se lleva?

—Los fraques son ahora sin cartera; faldones nada de anchos, y los cuellos de la misma forma que las levitas. El señor Mendizábal los trae negros, verdaderamente *fachonables* por el corte y lo bien sentados.

—¿Y el mío será también negro?

—No, señor; a usted, por la edad, le corresponde... café claro.

—¡Magnífico!... Y en pantalones, ¿qué tenemos?

—Sigue la moda de las telas escocesas, pero sin exagerar el tamaño de los cuadros. Haremos a usted dos *patencur*, y dos más ligeritos: uno negro para entierros, y otro claro. Se llevan estrechos, sin tocar en el extremo. Chalecos, se le harán a usted seis: dos de seda en claro, uno en oscuro, dos *piqué* y uno escocés.

—¡Maravilloso! Y en tanto que me confeccionan todo eso, me estaré en casa, escondidito, leyendo *Las mil y una noches*, única lectura a que debo aplicarme ahora para hacerme a estas sorpresas... Adiós, maestro... Y que se esmeren en el corte... ¿Cuándo probamos? Estoy aquí a su disposición todo el día. ¿Pues cómo voy a salir a la calle con estos adefesios de ropa que he traído de mi pueblo?... Vaya con Dios..., y no me olvide, maestro. Retiróse el sastre, y don Pedro Hillo, que acechaba en la puerta aguardando que el joven estuviese solo, entró de rondón con los brazos abiertos, diciendo muy gozoso:

—Pero, niño, ¡le regalan ropa elegante, y todavía gruñe! Rarísimos son en el Universo estos fenómenos de salirle a uno sastres *ex-machina* que le miden, le cortan, le cosen, y después no cobran. Casos tales acaecen sólo de siglo en siglo, y hay que saber aprovecharlos. *¡Oh fortunate nate!* Yo, que para hacerme una sotana tengo que ahorrar seis meses en la comida, le declaro a usted simple de solemnidad si no acepta calladito esas mercedes anónimas. Por la sagrada orden que profeso, declaro también que a mí no me ha pasado jamás cosa semejante, y que las deidades misteriosas y las manos ocultas no han existido para mí. A usted me arrimo, por si se me pega algo y halla en su ventura mi desventura algún remedio. Ya, ya sé..., me lo ha dicho Méndez, que anoche recibió usted un abultado pliego. Abrió, ¿y qué era? Billetes para los teatros del Príncipe y la Cruz. Dígame: ¿no ha recibido también para los toros?

—Todavía no—dijo Calpena sonriente—; pero por lo que voy viendo, ya no dudo que los tendré la víspera de la primera corrida. Y como de los teatros mandan dos, para que vaya con algún amigo, iremos juntos a la plaza.

—Ya le mandarán también, cuando empiece el tiempo de las máscaras, para los bailes de Trastamara y del Café de Solís. Pero a eso no podré acompañarle... Le daré consejos, porque de fijo han de salirle aventuras y le acosarán mascaritas...

—Ya adivino sus consejos.

—¿A que no?

—Que remate la suerte.

—No, no es eso, sino todo lo contrario. Que se prevenga contra las celadas que pudieran tenderse a su voluntad honesta, virginal. Este Madrid es muy malo. No se fíe usted de las caras tapadas.

—De las manos ocultas debo fiarme, según dice.

—No es lo mismo. Esa mano desconocida le viste a usted, le da de comer, atiende a sus necesidades. Las caritas encapuchadas podrían hacer lo contrario: desnudarle, quitarle el pan de la boca y reducirle a la ruina y la miseria. Existirán tal vez, ¿quién asegura que no?, manos escondidas que quieran perderle, como las hay que trabajan por su bien. Lo primero que usted debe hacer es averiguar en qué cielo habita esa deidad misteriosa para poder rezarle y pedirle lo que le convenga.

—¿Qué le pediría usted para mí si estuviese en mi lugar?

—Lo primero un destino de Hacienda o de *lo Interior* con doce mil realetes... Y puesto a pedir, yo que usted pediría también la cátedra de Alcalá para un amigo.

—Para usted eso y mucho más.

—Las manos mágicas deben extender sus caricias a los buenos amigos. A Roma con Santiago he revuelto yo para

conseguir esa humilde plaza, y aquí me tiene usted esperando a que San Juan baje el dedo. Si hubiera para mí una mano oculta, esa mano, en medio de las tinieblas de lo incógnito, me daría una bofetada. Estoy dejado de la mano de Dios, por lo que voy creyendo que Dios está en todas partes menos en las oficinas, y que, si acaso está, no tiene en ellas la mano, sino el pie.

—No hay que desmayar. Hagamos un trato. Búsqueme usted a la persona que ha mandado Utrilla tomarme medidas, y si me la encuentra, prometo a usted solemnemente que el primer favor que pediré a mi desconocida providencia es esa colocación que usted desea..., esto en el caso de que nos resulte influyente.

—¡Influyente!... ¡Por Dios, don Fernandito, no me venga usted con inocencias! Esa persona desconocida tiene que ser muy alta, pero muy alta.

—¿En qué lo conoce?

—A ver..., pronto, enséñeme usted la carta en que venían las localidades de teatro.

—No es carta... Es un pliego cerrado con obleas... Aquí lo tiene usted.

—A ver, a ver... ¡San Canuto, qué papel más fino!... Este papel, puede usted asegurarlo, no se encuentra en ninguna tienda de Madrid... ¿Y la letra del sobre?... ¡Ay qué letra, San Bartolomé! ¿Es de mujer? ¿Es de hombre?... Señor don Fernando, no se asuste de lo que voy a decirle. La mano que ha escrito esto es de sangre real.

—¡Atiza!

—¡De sangre real!... Y si no, al tiempo.... ¡Ay señor don Fernandito de mi alma, allá va una profecía! Déjeme usted ser profeta, y adivino, y augur, y brujo, si usted quiere. Antes de cuatro días recibe usted, como llovido del cielo, el nombramiento... de...

—¿De qué?

—Vamos..., de caballerizo mayor del reino, digo, de Palacio... Y si no es esto, será de otra cosa de mucha categoría.

Rompió a reír Calpena, y dijo a su amigote:

—Pero, señor don Pedro, ¿somos clásicos, o no somos clásicos?

—Sí, sí, tiene usted razón: no desvariemos, ilustre joven; pero por de pronto, yo, el más desgraciado de los nacidos, quiero hacer constar que anhelo ser su amigo de usted. Sí, sí: seamos amigos; déjeme usted arrimarme al ser más afortunado, más resplandeciente de felicidad que he visto en mi vida. Es usted el sol, y yo me muero de frío.

—Bueno, seamos amigos—replicó don Fernando, no sin cierta emoción—. Y pues el día está hermosísimo, vámonos de paseo, y le contaré a usted muchas cosas que ignora, y que quizá le hagan rectificar sus juicios acerca de mí como depositario de la dicha terrestre. Diré a usted quién soy, de dónde vengo, por qué estoy en Madrid...

—Todo eso me interesa extraordinariamente... Ya me lo contará usted otro día; hoy no puede ser... Ni usted ni yo debemos salir hoy. Nos estaremos aquí toda la mañana acechando a Iglesias.

—¿Pero Iglesias no duerme aún?

—Aún estaría en el primer sueño, o empezando el segundo, si no hubieran venido a despertarle muy temprano, serían las siete, dos de sus amigotes. Sin duda ocurren cosas gravísimas. ¿Y sabe usted quiénes son esos dos que entraron, y, tirándole de una pata, le sacaron de la cama? Pues yo tampoco lo sé a punto fijo, porque soy poco fuerte en fisonomías. Uno de ellos me parece que es el conde de las Navas; el otro tan pronto me parece Fermín Caballero como Seoane... De que son pájaros gordos del jacobonismo, no tengo duda...

—¿Y a nosotros qué nos importa?

—A usted, hombre feliz por obra y gracia de la Providencia enmascarada, nada le altera. ¿Ha leído usted *El Español* de hoy?... ¿A que no?... ¿A que tampoco ha leído *El Mensajero* ni *El Eco del Comercio?* En mi cuarto los tengo. Vienen los tres diarios echando bombas, cada uno según el son a que baila. Yo me alegro, para que se arme de una vez. Esta visita de los compinches de Iglesias tan a deshora significa que anoche hubo gran trapatiesta en la casa de Tepa, entiéndase logia, y en los cafés donde rebulle la patriotería. Parece que las Juntas no quieren disolverse, las de Andalucía sobre todo, y he aquí al señor Mendizábal en un brete, porque nos ofreció poner fin a esta horrible anarquía, y en los primeros días creímos que lo lograba. Pero aquí, para que usted se vaya enterando, tanto puede la envidia de los propios como la mala voluntad de los extraños; o en otros términos, que los amigos, o sea el agua mansa, son más de temer que

los enemigos. ¿No lo entiende? Pues quiere decir que los estatuístas templados caídos del poder con Toreno se introducen en los conciliábulos de los patriotas, fingiéndose más exaltados que éstos, para sembrar cizaña, y al propio tiempo los libres que aún no tienen empleo se van a las sacristías del otro bando y atizan candela, para que los diarios de la *moderación* se desborden y se encienda más el furor de las Juntas. Estas nos ofrecen un espectáculo delicioso. Una pide que se restablezca la Constitución del doce; otra, que se modifique el Estatuto, y entre todas arman una infernal algarabía. El señor Mendizábal pretende gobernar en medio de esta jaula de locos furiosos. Manda tropas contra las Juntas, y los soldados se pasan a la patriotería... Y los carlistas, en tanto, bañándose en agua rosada, preparándose para venir hacia acá, porque Córdoba no les ataca mientras no le manden refuerzos... Estamos en una balsa de aceite... hirviendo. ¡Qué gratitud debemos al Señor Omnipotente por habernos hecho españoles! Porque si nos hubiera hecho ingleses o austríacos o rusos, ahora estaríamos aburridísimos, privados de admirar e s t a entretenida función de fuegos artificiales.

—¿Y esos que están en el cuarto de Iglesias...?

—Son patriotas furibundos... de buena fe; de los que creen que con degollar frailes, azotar monjas y hablar pestes de todos los ministros se arregla la nación. Sin quererlo, les preparan la suerte a los moderados. Algunos creen en Mendizábal, y otros le repudian porque no va por calles y plazuelas perorando, con un pendón en la mano... A todos tiene que contentar el señor de las largas levitas. Trabajo le mando... Si quiere usted que olfateemos lo que traman los compinches de Iglesias, vámonos a mi cuarto, donde al paso que usted lee *El Español* y *El Eco*, yo me daré mis mañas para pescar al oído alguna palabreja... Véngase usted para acá.

Fuéronse de puntillas al cuarto de don Pedro, y desde él oyeron gran batahola en el de Iglesias; y no pudiendo éste resistir el fuerte estímulo de su curiosidad, se coló en la caverna de los conjurados, pretextando recoger un tomo de las *Palabras de un creyente*, de Lamennais, que había prestado a su amigo. No tardó en volver risueño con el libro, y con preciosas noticias de la conspiración, que resultaba la más inocente que en cerebros revolucionarios pudiera caber.

—Nuestro gozo en un pozo, amigo Calpena. No tratan de ahorcar a medio mundo, ni de sublevar a la tropa, ni de meter más fuego a las Juntas. Las Juntas y toda esa marimorena les importa tanto a esos ángeles de Dios como las coplas de Calaínos. Lo que les trae tan levantiscos es que las elecciones para el Estamento están próximas, y ellos, cosa muy natural, quieren ser procuradores. Mendizábal conferenció anoche con Caballero, y parece que le asegura la elección por Cuenca. Los otros dos, y alguno más que vendrá después, andan a la husma de las procuras, y quieren estar bien con Mendizábal y con el ministro de la Gobernación, don Martín de los Heros. Vea usted el secreto de estos aquelarres misteriosos.

—¿Será posible, amigo Hillo, que yo, provinciano y desconocedor del mundo y de Madrid, tenga más malicia, más trastienda que usted, que lleva ya no sé cuántos años de andar en este terreno? Dígolo porque me figuro que Iglesias y sus amigotes le han engañado como a un chino. Al verse sorprendidos por la brusca entrada de usted en el escondrijo, han variado de conversación.

—Por San Félix de Cantalicio, pienso que está usted en lo cierto... Me han dado el trapo. Soy toro noble.

Aún no había concluído la frase, cuando entró Iglesias resueltamente en el cuarto de Hillo, y llegándose a don Fernando, con resuelto ademán y sonrisa un tanto maliciosa, como de hombre muy corrido para quien no hay nada secreto, le dijo:

—Ya sabemos, amigo Calpena, que ha traído usted de Francia un voluminoso paquete de papeles para el señor Mendizábal.

Quedóse un tanto suspenso el joven, y no supo qué responder.

VI

—Le entregaron a usted ese paquete en Olorón. Lo había traído de Burdeos una señora... No..., no se ponga usted colorado, después de haberse puesto pálido. No se trata de ningún delito. Le

dan a usted un encargo, y usted lo cumple puntualmente. No pretendo yo..., pues no faltaba más..., que usted me revele cosas sobre las cuales debe guardar secreto. No, no, señor. Lo que sí puedo decirle es que el sujeto que debía recoger ese paquete o caja de manos de usted, para entregarlo al señor ministro, ya no vendrá a desempeñar esa comisión, porque anoche le han preso, y se halla incomunicado en el Saladero.

Perplejo un buen rato quedó Calpena ante la osada interpelación de Nicomedes, que con brusquedad tan impertinente quería producir efecto y ver confirmados sus informes en el rostro del simpático mozo; pero rehecho éste prontamente del estupor, le contestó con tanta dignidad como cortesía.

—Nuestra amistad, señor de Iglesias, que yo estimo mucho, no es tan antigua que a mí me permita informarle de si traigo o no encargos para determinadas personas, ni a usted preguntármelo en forma afirmativa, la cual revela una confianza un poquito prematura. Va usted demasiado aprisa, amigo don Nicomedes. Cuatro días hace que nos conocemos.

—Sentiría, señor Calpena, que usted interpretase mal lo que acabo de indicarle—dijo el otro, recogiendo velas—. No pretendo que usted me revele el secreto de los encarguitos que le han confiado, ni eso a mí me importa. Creí yo que nuestra amistad, con ser de cuatro días, es ya bastante firme para que yo pueda tomarme la confianza de prevenirle contra ciertos peligros... Porque usted es un joven tan honrado como inexperto, y podría, con el candor propio de los pocos años, prestarse a ciertos mensajes, de cuya gravedad no tiene la menor idea.

—Se me figura, amigo Iglesias, que la calentura patriótica que usted padece le hace ver peligros y misterios en los actos más sencillos.

—No sabe usted dónde está, y yo tendría mucho gusto, si no se empeña en creer demasiado fresca nuestra amistad: tendría yo sumo placer, digo, en iniciarle en la vida política, puesto que a ella piensa, según veo, dedicarse.

—No he pensado en tal cosa. La vida política no se ha hecho para mí.

—El señor—dijo Hillo con cierta timidez—es de los que se lo encuentran todo hecho, y no necesita de que nadie le inicie, pues tiene mentores y padrinos, en la sombra, que no le permitirían dar un mal paso.

—Si hace usted caso de este clérigo —dijo Iglesias con humorismo—, el sotana más honrado del mundo, pero al propio tiempo el más candoroso, está usted perdido, Calpena. Haga usted caso de mí, y déjese llevar. En la sombra no hay mentores ni garambainas. Todo eso es romanticismo de clase averiada... Vamos a cuentas. Lo primero, perdóneme si le hablé con cierta impertinencia del encargo que trae...

—Yo no he traído papeles para el señor Mendizábal—replicó don Fernando—, ni me habían de escoger a mí para tales mensajes.

—No abre usted la boca sin que nos dé una nueva prueba de su inexperiencia candorosa... Puesto que aquí todos somos amigos, déjeme usted que hable y le ponga al tanto de la situación... Y antes me permitirá que le presente a dos amigos, que espero lo serán de usted en cuanto los conozca.

Cuando esto decía, dejáronse ver en la puerta dos sujetos, que eran los de la encerrona con Iglesias, ambos como de treinta a cuarenta años, y al entrar revelaron, por su soltura y buenos modos, ser de lo más selecto entre la juventud intelectual de aquellos tiempos. Bien supo Iglesias, al presentarles, recalcar sus nombres:

—Mi amigo Joaquín María López... Mi amigo Fermín Caballero.

Era éste de color moreno; facciones bastas y rudas, del tipo castellano, común en campos más que en ciudades; bigote negro con mosca; cabello encrespado, que parecía un escobillón; complexión dura; el habla ruda y clásica, de perfectísima construcción castiza. El otro revelaba su estirpe levantina en la finura del cutis y la viveza del mirar, en la vehemencia de la expresión y en la flexibilidad y gracia. Recibiólos Calpena con franca urbanidad, y se sentaron todos, teniendo uno de ellos que hacer sofá de la cama de Hillo, y éste no cabía en sí de gozo viendo tan honrada su pobre mansión.

—Trasladamos el Sublime Taller desde los alcázares de Iglesias a las góticas arcadas de Hillo...—dijo con gracia López—. La Iglesia nos ampara, nos acoge en su santo regazo.

—La Iglesia—replicó Hillo, sentándose

en un cofre—oye y calla, mas no otorga. En el regazo de la Iglesia no entran más que los arrepentidos.

—*Amén*—dijo Caballero—, y expliquemos en pocas palabras la llaneza con que asaltamos la morada de estos buenos señores.

—El caso es el siguiente... Permíteme —indicó Nicomedes, que no gustaba de que otros dijesen lo que él podía decir—. Sabemos que el Gobierno por una parte, la reina por otra, despachan agentes al campo y corte de don Carlos, a los cuales encargan que se finjan rabiosos absolutistas para ganar la confianza de los íntimos del Pretendiente. El objeto es introducir allí la discordia y acabar con el absolutismo por su propia descomposición. Al propio tiempo, los facciosos tienen aquí infinitos emisarios que hacen el propio juego, de lo cual resulta, señores, un tan espantoso lío, que ni aquí ni allí nos entendemos, y no sabemos ya cuáles son los adeptos legítimos y cuáles los apócrifos...

—Pero hay otra cosa peor—interrumpió López, que, como buen orador, gustaba de expresar por sí las ideas de los demás—: hay otra cosa. Hierven discordias mil en la corte del Pretendiente, por ser muchos los carlistas de viso que desean la transacción, siempre que el Gobierno liberal les reconozca grados, emolumentos y honores.

—Andan éstos—prosiguió Caballero, que hablaba poco y bien—en continuo tejemaneje de Oñate a La Granja y de La Granja a Oñate, zurciendo voluntades y buscando la reconciliación de antiguos comilitones, ahora desavenidos; y como si lograran su objeto habrían de sobrevenir grandes males a la nación, nosotros, que miramos por la permanencia del sistema representativo, haremos cuanto esté de nuestra parte por que todas esas artimañas resulten fallidas.

—Y, además..., hay—apuntó Nicomedes—una tenebrosa y hasta hoy indescifrable conjura de la infanta Carlota...

—Señores—declaró don Pedro, poniéndose en pie—, la Iglesia, como dueña del local en el cual, por su tolerancia, que no por su gusto, se celebra esta nefanda reunión, recomienda a los señores preopinantes que no hablen de las reales personas.

—Tiene razón nuestro noble castellano—dijo López con sorna—. No nombraremos a ninguna persona real; pero podemos designar por su nombre griego al que lo recibió y adoptó conforme a rito, cuando y donde todos sabemos. Hablaremos, pues, de *Dracón*.

—¡Alto! —gritó Hillo, poniéndose en pie—, porque el designado con notoria irreverencia con ese nombre, que huele a chamusquina masónica, es su alteza el infante don Francisco. Al menos yo lo he oído así, y no permito, señores, no permito...

—Bueno, bueno—dijo Caballero—; no lastimemos los sentimientos religiosos y monárquicos con tanta sinceridad manifestados por este buen señor. A *Dracón* todos le conocemos, y no hay que hacer misterio de él ni de su nombre de batalla. Creo que se exagera la importancia del tal; de mí sé decir que no creo que exista plan ninguno verosímil fundado en la personalidad del infante.

—Poco a poco—apuntó Nicomedes—. Fermín, a ti te consta que sí lo hay.

—No..., lo que me consta es que algunos cándidos han echado a volar ese nombre, denigrándolo con la suposición de que teníamos en la persona que lo lleva un nuevo Pretendiente. Y esto es absurdo; esto no cabe en cabeza humana, ni en la de un español de mil ochocientos treinta y cinco, que es la cabeza que nos ofrece la historia como más destornillada.

—Y, sin embargo, hay quien lo dice.

—Y quien lo cree, y lo sostiene como cosa muy práctica.

—Y no falta quien asegure que es la única salvación del país.

—Señores, son muchas salvaciones para un solo país... Salvadora la reina Cristina, salvador don Carlos, salvador Mendizábal, y ahora también don Francisco nos quiere salvar... Vamos, con tantas salvaciones, España va al abismo.

—Señores, no desvariemos—indicó Hillo—. El señor infante don Francisco, que es persona discreta, no ha puesto sus ojos en el trono... Se contentará por hoy con sentarse en el Estamento de Próceres.

—Pretensión contraria a las leyes, tras de la cual hemos de ver y vemos una ambición política muy sospechosa, señores, muy sospechosa.

—No exageremos... Cuando más, cuando más, *Dracón* aspira a la regencia...

—¡Otra te pego!...

—Señores conferenciantes—dijo Hillo

con festiva severidad—, que no permito, que no puedo consentir afirmaciones tan contrarias al decoro de la real familia... Si siguen sus señorías por ese camino, mandaré que les lleven al corral.

—¿Somos gallinas?

—Toros de sentido..., de excesivo sentido, maliciosos, imposibles para la brega, por lo cual creo que no puede acabar bien la elocuente corrida que estamos celebrando.

—¡Ja, ja, ja!... Muy bien. En fin, concretemos: seamos explícitos y lacónicos, porque este joven—por Calpena—dirá, y con razón, que le estamos embromando. ¿Verdad, señor Calpena, que no entiende usted qué relación puede existir entre su persona y estas cosas desordenadas que acaba de oír?

—En efecto: no se me alcanza qué concomitancia pueda tener mi humilde persona con esos agentes reservados, con esas intrigas, con el señor *Dracón* y demás...

—Hemos sabido—dijo Nicomedes con campanuda solemnidad—que de Francia se remitió un paquete de interesantes papeles a Madrid... No vaya usted a creer que intentamos sustraer ese tesoro y apropiárnoslo por medios contrarios a la hidalguía. En poder de usted se halla todavía el encargo. La persona que debía recogerlo ha sido presa, y probablemente no saldrá pronto de la cárcel. Es muy posible que alguien intente apoderarse del paquete, diciendo a usted que viene de parte de su legítimo dueño. Y le suplico, señor don Fernando, que no lo suelte, aunque los que vengan a pedirlo le presenten esquela del mismo señor don Eugenio Aviraneta, a quien viene dirigido, porque tanto el recado como la esquela serán falsos de toda falsedad.

—Pues correspondo a su franqueza —dijo don Fernando, a quien todos oían con vivísima atención—, que no traigo yo encargo ni cosa alguna para ese señor que acaba de nombrar; y si algo hay en mi baúl, que me confiaron en la frontera personas de toda mi confianza, y que no conspiran ni han conspirado nunca, lo entregaré a quien venga a reclamarlo, siempre que acredite, por usual conocimiento, ser la persona a quien viene rotulado.

—Pues aún me resta que decir algo para que vean todos mi sinceridad y nobleza. Antes dije a usted que el paquete venía dirigido a Mendizábal; pero esto lo hice sin más objeto que desconcertarle a usted, con la idea de que su turbación le arrastrase a revelarme algo que yo quería saber; lo que usted trae no viene dirigido a Mendizábal, ni tiene nada que ver directamente con nuestro célebre gaditano. Pero personas muy altas, muy altas, fíjese bien en lo que afirmo, pudieran tener noticia de que el señor Calpena es portador de papeles graves, y en este caso no dejarían de intentar por todos los medios apoderarse de ellos.

—En vez de aumentar la confusión de este excelente joven—indicó Caballero—, procuremos disiparla, amigo Nicomedes, y al propio tiempo, convenzámosle de que no pretendemos apoderarnos de secretos que no se nos quieren confiar.

—Justamente—dijo López—, y empecemos por declarar que ignoramos, o por lo menos, que no sabemos con exactitud qué documentos se han confiado a su discreción. Puede ser algo que exclusivamente interese a la familia real; puede ser del común interés de los partidos militantes. Me inclino a creer esto. El propio Aviraneta no sabe lo que es, o no quiere decírnoslo.

—No lo sabe—afirmó Iglesias—. Así me lo aseguró ayer, y debemos creerlo.

—Hame dado en la nariz—dijo Caballero—que lo que han remitido a don Eugenio es todo el fárrago de papeles concernientes a la Confederación isabelina, de infausta memoria. El mismo se lo llevó a Francia no sé con qué objeto, y de allá se lo remiten para que lo utilice aquí en contra nuestra, y en pro de los Torenos y Martínez... Yo, señores míos, me fío poco de Aviraneta, y no quisiera que mis amigos tuvieran interés por nada que al infatigable conspirador se refiera... Fíjese usted, señor Calpena, en lo que voy a decirle, para que no se embrollen sus ideas con la extraordinaria confusión que ha de resultarle de lo que decimos. Los estatuístas nos acusan de haber preparado, dispuesto, organizado, en una palabra, el degüello de los frailes, el asesinato de Canterac y otros abominables hechos de que usted tendrá conocimiento. Se nos quiere denigrar, inutilizar para la gobernación del reino. Si hay responsabilidad, no pueden ellos eludirla, pues en los terribles días de julio del año pasado era presidente del

Consejo el señor Martínez de la Rosa; ministro de la Gobernación, el señor Moscoso, y corregidor de Madrid, el señor Marqués de Falces. ¿Sabéis lo que, en mi presunción, contiene la estafeta que ha traído el señor Calpena? Pues el plan de Constitución que hicimos Olavarría y yo: la exposición dirigida a su majestad por Flórez Estrada, condenando el Estatuto; el proyecto de asonada general; el plan de Ministerio, presidido por Pérez de Castro; los compromisos contraídos por Palafox y Calvo de Rozas, con el nombre de *trabajos militares*, y, por último, el informe de la Comisión que nombramos para proponer al Gobierno el mejor sistema de *extinción de frailes*. Todo eso y algo más había. Aviraneta, como iniciador de la Isabelina, arrambló con el archivo cuando la persecución de la Polica le obligó a emigrar a Francia. ¿Trataría de hacer algún negocio con Luis Felipe? ¿Habrá entrado en contubernios con don Carlos? Yo no lo sé... Ya os he dicho que no me fío de ese hombre, y que de su refinada astucia y doblez lo temo todo. Vosotros creéis en Aviraneta; yo no. Para mí es un monstruoso talento, el más sutil y agudo para la intriga. El año pasado conspiraba o aparentaba conspirar con nosotros. Este año trabaja secretamente por los enemigos del progreso. Vosotros creéis en sus alardes de patriotismo revolucionario; yo no. Vosotros confiáis en su lealtad; yo desconfío hasta de su sombra. Si le ayudáis, ayudáis al desprestigio de Palafox, de don Jerónimo Valdés, de San Miguel, de los patriotas Quiroga y Palarea, de Salustiano, del propio Mendizábal, pues ya sabéis que don Juan Alvarez comunicó desde Londres su propósito de constituir allí un Círculo isabelino, y de facilitar fondos para la *causa*, y en esfera más modesta ayudáis también a vuestro propio vilipendio y al mío...

—Fermín, Fermín—dijo Iglesias, apretando los puños, encendido el rostro—; tú siempre pesimista, tú siempre malévolo y suspicaz, desconfiando de los hombres más adictos a la idea, de los que han sabido padecer por ella persecuciones horribles.

—Y tú, Nicomedes, siempre iluso y confiado, pobre enfermo de la calentura patriótica, ni aprendes nada de la experiencia, ni atiendes a las lecciones del tiempo. Tanto a ti, pobre Iglesias, como a ti, Joaquín, almas crédulas, espíritus generosos, os digo que desconfiéis de Aviraneta, que no le ayudéis en sus maquinaciones, que le dejéis solo en la febril inquietud de su conspirar instintivo, genial, por amor al arte, por ley de su naturaleza.

Y cambiando bruscamente al tono familiar, antes que sus atontados amigos pudieran replicarle, se levantó y formuló la despedida en estos términos:

—Ya he sermoneado bastante, y ahora me voy, que tengo que trabajar. Holgazanes, quedaos con Dios.

—Fermín, aguarda, siéntate..., que aún tenemos mucho que hablar.

—¡Hablar! La maldita palabra. Es la sarna del país. España llegará al fin del siglo sin haber hecho nada más que rascarse, es decir, hablar... Quedaos con Dios... Y usted, señor de Calpena, al aceptarme por su amigo, me va a permitir que le dé un consejo. Es usted muy joven; yo tengo treinta y seis años y alguna experiencia. No haga caso de estos pobres orates. Si quiere usted seguir el consejo de un patriota honrado, que no padece la famosa calentura, y profesa sus ideas con fría convicción, no sirva usted de correo a los conspiradores de oficio. Y pues le han cogido de sorpresa, encargándole comisiones que no habría aceptado con conocimiento, véngüese por el método inquisitorial... En vez de entregar los papeles al señor de Aviraneta, arrójelos a las llamas. Ganará usted mucho en tranquilidad de conciencia.

—¡Quemarlos! ¡Eso no!—gritó Iglesias.

—Créame a mí...

—No le crea, no, Fernando. Es de Cuenca, que es como decir leñador y carbonero...

—Carbón, sí; carbón haría yo de todo ese fárrago de sandeces—dijo Caballero con arrogancia, enarbolando su bastón—. Nuestro pasado político, amigos revolucionarios, debe ir al fuego... Quemad la broza, que las ideas, no temáis... ésas no arden.

Y encasquetándose el sombrero, que era de los voluminosos que entonces se usaban, salió del cuerto y de la casa con resuelto y presuroso andar

VII

Aunque desconcertados por la enérgica manifestación de Caballero, que al fin hubo de condenar las bajas intrigas, no cejaron Iglesias y López en su propósito de catequizar al joven Calpena. Aún insistió don Joaquín en que entregase el lío a don Eugenio Aviraneta, sin pensar en hacerlo cisco, como le aconsejara Fermín con implacable rigor; y más atrevido Iglesias, propuso al joven, no que pusiese en sus manos lo que era objeto de tantas cavilaciones, sino que permitiera ver su contenido, prometiendo ambos guardar profundo secreto sobre lo poquito que examinar pudiesen. Negóse resueltamente don Fernando, y ellos invocaron los principios liberales que, sin duda, el joven profesaba; los grandes intereses del pueblo, al cual todos pertenecían, y añadiendo a los halagos las promesas, ofrecieron traerle antes de tres días una credencial de ocho mil reales en cualquier ministerio, si a satisfacer su ardiente curiosidad se prestaba. Pero ni las demostraciones de amistad ni las ofertas de colocación quebrantaron la delicada entereza de don Fernando, el cual decididamente, con frase categórica y un tanto áspera, les quitó toda esperanza, alentándole en esto su amigo Hillo con muecas y manotadas expresivas. Replegándose de mal talante los patriotas al cuarto de Iglesias, y lo primero que hizo don Fernando al entrar en el suyo fué guardar bajo llave, en los seguros cajones de una cómoda, el contenido de su baúl, o aquella parte que convenía poner a cubierto de cualquier sorpresa.

—Hace usted bien—le decía Hillo gozoso—, porque estos libres, como ellos se llaman, no se paran en pelillos. Fuera del patriotismo son honrados, y por nada del mundo le quitarían a usted un botón ni un cigarro de papel. Pero en mediando lo que ellos llaman «el interés de la Confederación» o de la libertad, aunque ésta sea tan desacreditada como la de la imprenta; como se trate de arma política con que puedan descabellar al contrario y arrastrarle por el redondel, se ciegan, y de noblotes y decentes se convierten en los primeros badulaques del mundo.

De acuerdo en esto como en todo, pues los lazos de su amistad se apretaban más cada hora, salieron a dar un paseo antes de comer.

—¡Qué hermoso apóstrofe el de Caballero!—decía, calle abajo, hacia la de Alcalá, el buen clérigo Hillo—. Mejor será llamarlo *conminación* o *deprecación*...

—Llamémoslo *corrección fraterna*, que así deben nombrarse los hijos de tal padre. Me ha gustado don Fermín. ¿Sabe usted que los otros parecen locos?

—Y no es lo peor que lo parezcan, sino que lo sean, y que nos comuniquen a nosotros su locura. Yo siento un gran desorden en mi cabeza.

—Y yo. Le aseguro a usted que me falta poco para ponerme a gritar en medio de la calle. ¿Conque es verdad que he conspirado sin saberlo? ¿Conque es verdad que traigo papeles que comprometen a la real familia... o a los reales masones, o a los isabelinos, o al demonio coronado? Y ahora consulto yo con usted una sospecha grave: ¿tendrá alguna relación este enredo con los favores que recibo de mano desconocida? Esa personalidad misteriosa que en las tinieblas me protege, ¿tendrá algo que ver con... con no sé qué?... Yo desvarío, se embarullan mis ideas. ¿Me encontraré envuelto, sin culpa ninguna, en alguna endemoniada intriga? Dígame su franca opinión. Usted es hombre de mundo y conoce esta sociedad y estos manejos de la política. Yo soy un inocente; vengo de un pueblo fronterizo y de un ciudad extranjera, donde he vivido amarrado a un bufete de comerciante... Yo no sé nada de esto. Ilumíneme usted; indíqueme si debo hacer algo, o no hacer nada y dejar correr los acontecimientos...

—Pues, mi amigo don Fernando, creo, y no hay que asustarse, que se halla usted metido de hoz y de coz en un lío estupendo... Dígame ante todo: ¿es cierto que trae usted esa caja?

—Sí, señor; a usted puedo decírselo. Traigo un paquete bastante pesado y voluminoso. Me lo dió una señora que en Olorón visitaba mucho a los hermanos de mi padrino... Díjome que se presentaría a recibir el encargo la persona a quien viene rotulado, y es también una señora y se llama doña Jacoba Zahón.

—Eso de Zahón me huele a masonería. Y la señora que lo entregó a usted, ¿quién es?

—Allí la llamaban la *Marquesa*, y decían de ella que politiqueaba, que sostenía larga correspondencia, y que en Tours y en Burdeos estuvo en relaciones íntimas con algunos emigrados liberales.

—¡Ah... por San Benito de Palermo!... Ya veo, ya veo claro..., digo, no, no veo más que oscuridades y fantasmas... Señora allá que manda, señora aquí que recibe... Aviraneta... La Confederación isabelina..., el degüello de regulares... Mendizábal... Usted recibido y aposentado en Madrid por personas y desconocidas que no dan la cara..., usted vestido por Utrilla..., usted obsequiado con billetes de teatro y con otros regalitos que no habrá querido decirme... ¡Ay! don Fernando de mi alma, como mi religión me ordena no creer en brujas, y mi experiencia me permite creer en enjuagues masónicos, yo le veo a usted tocado de locura, y me vuelvo loco también, porque no entiendo una palabra de este intrincado negocio.

—¡Y luego decimos que somos clásicos!

—¡Clásicos! Eso quisiéramos. El mundo está tocado de insana demencia... Ya no pasan las cosas como antes, con aquella pausa y regularidad de otros tiempos; todo está trastornado; reina la sorpresa, mangonea el acaso y los acontecimientos se suceden sin ninguna lógica. Ya no hay regla, mi querido don Fernandito. Eso es el caos, la barbarie, la anarquía de las almas. Corre un viento de desorden, y en la naturaleza no hay aquella serenidad, aquella calma majestuosa... ¿Digo mal?

—Dice usted muy bien. Yo me noto lanzado en este vértigo, en este espantoso remolino.

—Todo por ese maldito... Hasta me repugna pronunciar su nombre.

—Ese maldito... ¿qué?

—¿Sabe usted, Fernando Calpena—dijo el clérigo con solemne gravedad, parándose en firme—, quién tiene la culpa de esta locura que nos saca de quicio, de esta llamarada que nos abrasa el rostro, de esta comezón que nos hace bailar la tarántula?

—¿Quién tiene la culpa?

—¡Qué! ¿No lo acierta? Pues tienen la culpa Víctor Hugo y Dumas, esos dos infames progenitores del romanticismo... ¡El romanticismo! Ese es el remolino, ése es el vértigo, ésa es la locura...

—Don Pedro—dijo Calpena, sin encontrar pertinente lo que afirmaba su amigo—, ¿qué tiene que ver?... ¡Dumas, Víctor Hugo!..., son dos grandes poetas...

—Que han desatado las tempestades en nuestra literatura, y tras el desquiciamiento de la literatura ha venido el de la política, y luego el de la vida toda... Yo, a esos dos, les mandaría cortar la cabeza, sin cargo alguno de conciencia, como a malhechores del género humano y me quedaría tan fresco... ¿No ve usted que ya no hay orden ni reglas en el curso de los hechos que constituyen la vida? ¿No ve usted que ya todo es exaltación, misterio, fantasmas, lo desconocido, lo imponderable?... Pues espere usted un poco, que ya empezarán los espectros, las tumbas, los cipreses funerarios... En fin, vámonos a comer, que yo, la verdad, sobre todo, tengo ya ganas. Y esta tarde nos iremos a dar un largo paseo por las afueras, para que usted me cumpla su promesa de contarme algo de su vida, y del cómo y el porqué de haber venido a este maldito Madrid.

—Volvamos a casa—dijo Calpena sobresaltado, pues temía un golpetazo repentino de la suerte como contrapeso de tantas venturas—, y veremos cuál es la sorpresa de esta tarde.

—¡Qué!... ¿Teme que venga de sopetón la mala?... Deseche usted ese recelo, porque si viniera la mala, caería sobre mí. Quiero decir que aquí está Pedro Hillo para recogerla, pues yo seré su pararrayos, señor don Fernandito. No dude que, si salta la chispa, caerá sobre este cura..., y usted libre, usted siempre feliz... Si no, al tiempo.

Sorpresa hubo, en efecto; mas no desagradable, como Calpena temía. Al entrar le dió Méndez un paquetito que acababan de traer. Pálido y ceñudo, el joven no se atrevía a cogerlo. Hízolo Hillo, tomó el peso, y se echó a reír, diciendo:

—Que me excomulguen si esto no es dinero contante y sonante.

El paquetito era como una carta muy abultada o como un libro de poco volumen, esmeradamente envuelto en papel superior, cerrado con lacres. Estos no tenían sello con letras o escudo. Antes de abrirlo, preguntó don Fernando a Méndez quién lo había traído.

—Ha sido el mismo señor, ese que llaman *Edipo*.

—No puede ser más clásico—observó

don Pedro—. A ver, a ver..., abra usted.

—Podría usted haberle dicho que se esperara. Yo le habría interrogado... En fin, veamos qué es esto.

Metióse en su cuarto con Hillo, y en pocos segundos quedó aquel nuevo enigma descifrado a medias, pues si debajo del envoltorio apareció una elegantísima y perfumada cartera de piel, con un cartoncillo en el cual resplandecían ocho medias onzas prendidas con un cruce de seda encarnada, no se encontró papel escrito, ni tarjeta, ni cifra por donde la procedencia pudiera ser conocida.

—Muy bien—dijo el presbítero, restregándose furiosamente las manos—. Eso no podía faltar... Aparece la lógica en medio de este barullo romántico... Le mandan a usted dinero para el bolsillo, pues un joven vestido por Utrilla, un caballero que ocupará altas posiciones, que figurará entre los más elegantes de Madrid, no es bien que ande sin pólvora... Ea, no se devane ahora los sesos... Ya parecerá, señor, ya parecerá el donante. Vámonos al comedor, que con estas sorpresas se me aguza el apetito.

Comieron solos, porque Iglesias, convidado por López, se había ido a la fonda de Genieys; don Fernando hablaba poco: a Hillo se le despertó la locuacidad con tanta fuerza como el apetito, y trataba de apartar al joven Calpena de la sombría cavilación en que había caído...

—Antes dije a usted que estábamos locos, y ahora añado que bendita sea la locura si viene siempre así. Mientras lluevan medias onzas, ora sean en pasta, otra transformadas en cosa de diferente utilidad, no llore usted, joven. Si luego nos cae alguna rueda de molino, tiempo habrá de lamentarlo. Y hablo en plural, porque si mi delicadeza no me permite participar de los beneficios exclusivamente destinados a usted, deseo y quiero ser partícipe de los males, cuando Dios se fuere servido de enviarlos. Conque reposemos un rato la comida, y luego nos iremos a estirar las piernas al Retiro.

Hiciéronlo así, y descansando de su caminata a la sombra de unos copudos negrillos, en sitio sosegado, allá por el Baño de la Elefanta, don Fernando se franqueó con su amigo, ofreciéndole los datos biográficos que anhelaba conocer, como clave o guía para descubrir la *misteriosa mano*.

—Los primeros recuerdos de mi infancia—contó Calpena—se refieren a Vera, y a la casa del cura de aquel pueblo. Pero yo nací y fuí bautizado en Urdax, no constando en la partida más que el nombre de mi madre, Basilisa Calpena. Ni la conocí nunca, ni he sabido de ella, pues la mujer que me crió se llamaba Ignacia, natural de Zugarramundi, habitante en Vera, en una casita próxima a la del cura. No tenía yo dos años cuando éste me llevó consigo, y ya no me separé de él hasta su muerte, ocurrida el año treinta y dos. Llámabale yo padrino, y él a mí ahijado y a veces hijo. Era el hombre más excelente que usted puede imaginar, sin tacha como sacerdote, verdadero pastor de sus feligreses; tan caritativo, que todo lo suyo era de los pobres, entendido en mil cosas, principalmente en agricultura, en astronomía empírica y en humanidades; gran latino, tan modesto en sus hábitos y tan apegado a la humilde iglesia en que desempeñaba su ministerio, que rechazó la oferta de una capellanía de Roncesvalles y del deanato de Pamplona. Para mí, don Narciso Vidaurre, que así se llamaba, era la primera persona del mundo, y en él se condensaron siempre todos mis afectos de familia, pues él era para mí como padre y maestro. Si no me había dado la vida, me dió la crianza, la educación, y me enseñó a ser hombre, infundiéndome la dignidad, la confianza en mí mismo, y preparándome para los mil trabajos de la vida. Desde niño me enseñó todo lo concerniente, en lo moral y en lo social, a personas principales..., quiero decir que me crió para señor, no para sirviente ni para la vida oscura y zafia del campo. Aunque no con puntualidad, don Narciso recibía cantidades para mi sostenimiento, educación y demás. El venía unas veces de Madrid, otras de Burdeos o París. De esto me enteré yo en mi niñez; pero él nunca me dijo nada, y aunque a veces aludía vagamente a mis padres, dándome a entender que existían, y que yo podría conocerles andando el tiempo, jamás me habló concretamente de asunto tan delicado. Sin duda, no se creía con facultades para hacerme tal revelación; o tal vez aguardaba a que yo cumpliese determinada edad. No sé, no sé, amigo Hillo... Mis confusiones son ahora las mismas que hace algunos años. Quizá, si mi padrino viviera, ya habría

cesado mi ignorancia de cosa tan importante; quizá...

—Permítame... Entre paréntesis...—dijo don Pedro, que ponía profunda atención en el relato—. Una pregunta: ¿en aquel tiempo recibía usted también favorcitos misteriosos de la *mano oculta?*

—En tiempo de mi padrino, jamás. En París, una vez sola. Ya llegará oportunidad de contarlo... Seguiré con método.

—Permítame otra pregunta: ¿ese señor murió de repente?

—Sí..., de un ataque apoplético. No le dió tiempo a nada.

—Claro..., si hubiese tenido tiempo, lo natural y lógico era llamarle a usted..., decirle: «Hijo mío, tal y tal...»

—Su muerte fué para mí un golpe tremendo. Parecíame que se acababa el mundo, la Humanidad; que yo me veía condenado a soledad eterna, a un desamparo tristísimo... Aquel santo hombre era para mí la única y total familia, el maestro, el amigo, el inspirador de todos mis pensamientos, guía de todos mis actos... Dejóme un horrible vacío...

—Dispense... Otra pregunta: ¿no tenía el buen don Narciso, como es uso y costumbre en la clase de curas, alguna familia de sobrinas, amas?... ¿O es que vivía enteramente solo?

—Tenía una hermana más vieja que él, doña María del Socorro, que le llevó tres años por delante en el morir; buena señora, aunque algo regañona y descontentadiza, y un hermano que no vivía en Vera... Muerta doña María, siguieron gobernando la casa una sobrina, que al poco tiempo casó con uno de Fuenterrabía, y dos antiguas criadas de la familia a que aún sirven al sucesor en el curato; un sobrino segundo, llamado Avelino, buen muchacho, pero que no es ni la sombra de su tío... No nacerá otro don Narciso Vidaurre, el santo, el justo, el sabio, el discreto, el...

VIII

Nueva interpelación de don Pedro, que impaciente quería profundizar en el hermoso asunto, para llegar pronto a la verdad.

—Perdóneme otra vez, Fernandito, si le interrumpo. ¿Ese señor cura no se señaló, con todo el clero navarro, por la adhesión a las ideas y a la persona de don Carlos María Isidro?

—Verá usted... Mi padrino, hombre de acendrada religión, manifestaba despego a los revolucionarios y jacobinos... Del catorce al veinte simpatizó con los realistas, por lo cual le tuvieron entre ojos las autoridades de los *tres años*. Poco antes de la entrada de Angulema, tuvimos que salir de Vera y refugiarnos en Cambo. Pero a principios del veinticuatro ya estaba mi padrino en su parroquia, y entonces le ofrecieron la canonjía de Pamplona, que rehusó. Desde el veinticuatro hasta la muerte del rey se abstuvo de manifestar con demasiada viveza sus sentimientos realistas. Debo decir también que el buen señor tenía relaciones con personas del bando liberal. Era muy amigo del general Mina...

—¡De don Francisco Espoz y Mina!

—Hacia el veintidós comía en la Rectoral siempre que pasaba por Vera... También tenía don Narciso gran confianza con Eraso, el segundo de Zumalacárregui, y aun con éste, en época anterior al carlismo, cuando don Tomás era coronel del Ejército. Sí, señor... ¡Pues tengo tan presente a Mina..., le vi tantas veces en mi casa!

—¿Y con usted se mostraba cariñoso?...

—Como que monté a caballo más de una vez en sus rodillas. Me quería mucho..., me llamaba *petit caporal* y no sé qué... Ahora que recuerdo: también nos visitó alguna vez el conde de España.

—Y ¿en las rodillas de ése también montaba usted?

—Creo que no. La época es más remota, y apenas me acuerdo.

—Y entre tantos generales, ¿no iban alguna vez generalas?... ¿No recuerda haber visto en la casa del cura duquesas o princesas...?

—Personas de tanta categoría..., no sé..., como no fueran disfrazadas.

—Adelante. Murió el señor cura, sin poder decir oste ni moste..., y luego...

—El hermano de don Narciso vivía en Urdax, dedicado al tráfico de maderas. Este señor se encargó de mí. Honrado y cabal, no se parece nada a su difunto hermano: carece de instrucción, y es seco, adusto, sin delicadeza. Lo primero que hizo conmigo fué mandarme a Olorón, para que siguiera mis estudios en un colegio. Allí viví unos meses en casa de un tal Maturana, habilísimo mecánico

y armero, algo pariente y amigo íntimo de los Vidaurres. De pronto recibí órdenes de trasladarme a París a aprender prácticamente el comercio, pues al comercio querían dedicarme. Me mandaban acá y allá, sin darme explicaciones, y si alguna observación hacía yo, me respondían simplemente: «Manda quien manda.»

—Ya me habló usted de su viaje a París para entrar en la casa de banca donde conoció a Mendizábal; dígame ahora cómo se le manifestó la *mano oculta* en aquella ciudad.

—Yo vivía con otro chico guipuzcoano, compañero mío de escritorio, en una modesta pensión del faubourg Poissonnière. Un día me encontré en la mesa de mi cuarto una carta dirigida a mí. Dentro de ella había dos billetes de la Banque de France, que allí circulan como metálico. Total: doscientos francos, que me vinieron muy bien. No pude averiguar quién me había llevado la carta: ni en la casa ni en mi oficina supieron darme ninguna razón. Pero aquella vez el dinero no venía solo, sino con una cartita muy lacónica en que se me mandaba oír misa al día siguiente, a las nueve en punto, en la iglesia de Notre Dame des Victoires. Naturalmente, fuí, y nada me sucedió, es decir, nadie se me acercó a hablarme, como esperábamos mi compañero y yo, que creíamos se trataba de una aventura vulgar.

—Si usted no vió a nadie, sin duda alguien a usted le veía... ¿Era ya en el reinado de Luis Felipe?

—Sí, señor. De repente, con la misma brusquedad con que fuí enviado a París, llamáronme a Olorón, y allí estaba cuando se nos presentó Faustino Vidaurre, al parecer para tratar de negocios... Noté yo que él y Felipe Maturana se decían algo referente a mí, recatándose de que yo lo entendiera. Una mañana me notificaron que vendría pronto a Madrid, donde se me daría un destino en las oficinas del Gobierno, con sueldo bastante para vivir decentemente en esta capital. Yo me alegré, porque allí no hacía nada, y la holganza monótona de aquel pueblo me enfadaba, me ponía enfermo... Vi los cielos abiertos: me aventuré a pedir alguna explicación al hermano de mi padrino; pero no me dijo más que la frase sacramental: «Quien manda, manda.» Y Maturana agregó: «Llevarás tu viaje pagado, y algo para que puedas vivir un par de meses en un alojamiento arregladito. Ya puedes empaquetar tu ropa y tus libros...» Y como yo expresase alguna inquietud acerca de mis primeros pasos en esta villa, no teniendo aquí conocimientos ni trayendo carta de recomendación, Faustino me dijo: «Anda anda, hijo, y no temas nada, que ya tendrás quien te ampare y mire por ti. Vete descuidado, que nada te faltará... Y no te mandamos tan desprovisto de apoyos y recomendaciones, pues además de los que allí te saldrán donde y cuando menos lo pienses, en Madrid tienes a nuestro primo Carlos Maturana, diamantista que fué de la real casa, y hoy comerciante en piedras preciosas. Ya le hemos escrito para que te preste algún socorro, si por acaso lo necesitares. Pero no esperes encontrarle en la Corte hasta los últimos de septiembre, porque ahora está viajando por el norte de Italia, y tardará un mes en llegar a Madrid. Vive en la plaza de la Armería, junto a Palacio.» Llegó el día de mi partida, y me despidieron muy conmovidos, como si no pensaran volver a verme. Tanto Maturana como Faustino y las mujeres de ambos me dirigieron el último saludo con una extrañísima gravedad..., vamos, con algo como demostración de respeto... No sé si me explico...

—Comprendido, comprendido... Es muy natural... ¿Y...?

—Ya, a eso voy. Dos días antes de mi salida de Olorón, se llegó por allí una señora muy estirada, con muchos moños grises alrededor de la cabeza, sombrero con cintas y encajes. Hablé con ella dos o tres veces, asombrándome de su instrucción, de su finura, de su conocimiento de la política, así francesa como española. La esposa de Maturana, persona también de excelente educación, francesa, hija de un librero de Foix, celebraba frecuentes encerronas con la dama desconocida. A ésta la llamaban madame Aline.

—¿Francesa?

—Pues mire usted que no lo sé... Habla correctísimamente el español, aunque con un ligero acento..., no sé, me pareció catalán. Pues bien: esta señora fué la que me dió el encargo que tan soliviantados trae a nuestros patriotas. Tanto ella como Maturana me encargaron tuviese mucho cuidado de no entregar el paquete más que a la persona a quien viene dirigido. «Será muy difícil—me dijo madame Aline—que haya

equivocación ni suplantación si usted se fija bien en las señas que le doy. La señora en cuyas manos pondrá usted la cajita es jorobada.»

—¡Lo ve usted!—exclamó Hillo, dándose un fuerte palmetazo en la rodilla—. ¿Ve usted cómo acertaba yo cuando hablé del torbellino romántico? En el romanticismo desempeñan siempre un papel culminante los jorobados, o siquiera cargados de espalda, los tuertos, patizambos, y, en general, toda persona que tenga alguna deformidad visible. También figuran en él los tísicos, los locos y los que padecen ictericia.

—Jorobada—me dijo—, de sesenta años, y algo impedida de la pierna derecha.

—Bueno, bueno, bueno... Lo que digo: en pleno romanticismo. ¿Y qué nos importa? Mejor, más divertido: no nos faltarán emociones, sorpresas y... corcovas... ¡Ay Fernandito de mi alma, me equivocaré mucho si de esto no resulta una *anagnorisis* felicísima!... Nada, nada, no hay que temer nada malo, sino una verdadera irrupción de bienes. Yo estoy contento, no sé qué me pasa. El bien ajeno no me produce envidia, sino una exaltación de cariño y entusiasmo por la persona favorecida. Así es que estallo de satisfacción, y me parece que esta noche he de atacar la cena con un apetito fenomenal. Adelante. ¿Falta algo?

—Sí, señor; falta que usted conozca la clase de educación que me dió mi padrino; los sentimientos con que fortaleció mi conciencia; las ideas con que fué labrando mi criterio... Desde muy niño me acostumbró a mirar la moral excesivamente severa como base de una vida ejemplar. La moral rígida, según él, es un deber que impone la Fe, y al propio tiempo una indudable ventaja para la vida. Me enseñó a abominar de la mentira, siendo en esto tan extremoso, que ni aun me permitía los embustes inocentes que son el encanto principal de la infancia. De amor al prójimo, de caridad y abnegación, no hablemos, pues esto, con sólo su ejemplo, diariamente me lo enseñaba. Ponía un cuidado exquisito en que yo aprendiese desde muy niño a refrenar los deseos violentos, a no apetecer cosa alguna con demasiado ardor, a poner freno a las pasiones. Ya he dicho a usted que era un humanista de primer orden, y clásico ferviente, resultando armonía perfecta entre su gusto artístico y todos los actos de la vida, que iban siempre a compás, como sus pensamientos. De los modernos autores, Moratín era su ídolo. Se carteaba con él y con el abate Melón, y se sabía de memoria todas las poesías serias y festivas de don Leandro, así como sus traducciones de Horacio. ¡Cuántas veces le oí declamar con grave entonación aquel pasaje:

¿De cuál varón o semidiós el canto
previenes, alma Clío,
en corva lira o flauta resonante?

La sátira «¿Quieres casarte, Andrés?», la repetía enterita, sin el menor tropiezo. Explicándome las bellezas de estas composiciones, me hacía ver cómo la poesía, para ser de buena ley, debe subordinar la inspiración al buen gusto y a la regularidad. Mas no quería que fuese yo poeta, y una vez que me sorprendió haciendo versos, me los puso en solfa, incitándome a que, en vez de expresar mis pensamientos con música y medida, cultivara la buena prosa, que, sin duda, podía ofrecerme ancho campo al empleo de la inteligencia, así en la oratoria política, como en la forense, en la historia, en la filosofía y en todas las artes liberales. Por Cicerón tuvo verdadera idolatría, y decía que era lástima fuese gentil un hombre que expresaba las ideas con tal perfección, dando al raciocinio la palabra más propia y más enérgica. Repetía de memoria pasajes del gran orador y filósofo; me los explicaba; me hacía ver su concisa elocuencia, la propiedad, el empleo exacto de las voces...

—Repetía aquel pasaje: *Nihil agis, nihil moliris, nihil cogitas...*

—*Quod ego non modo non audiam, sed etiam non videam...*

—Ejemplo admirable de lo que llamamos *climax*...

—Como usted comprende, me enseñó el latín a machamartillo, porque, según él, es el latín la madre de todas las enseñanzas, y única escuela segura del buen gusto. El latín, decía, no sólo hace hombres eruditos, sino buenos ciudadanos, personas sociables, finas y amenas... Por último, para que usted se haga cargo de cómo formó mi carácter aquel gran maestro, recordaré las máximas que con tenacidad me iba claveteando, como si dijéramos, en la cabeza, y así verá el con-

traste que forma aquella enseñanza teórica con lo que después me ha traído la realidad. «Ajusta siempre tus acciones —me decía—a un plan lógico, dentro de la más estricta moralidad, y no te separes de él por nada ni por nadie. Puede que este sistema te ocasione alguna desazón pasajera; pero a la larga apreciarás y saborearás sus hermosos resultados... No confíes nunca en lo imprevisto; no esperes nada del acaso, y que tu conducta sea siempre lo que *debe ser*, lo previsto, lo estudiado, y en modo alguno dependa del *qué será*... No aceptes jamás cosa alguna que no sepas de dónde viene, ni te fíes de prosperidades fantásticas, que suelen volverse infortunios reales... Lábrate la dicha con tu trabajo, acostúmbrate a que tu bienestar sea obra de ti mismo y no esperes nunca favores llovidos del cielo... No contraigas deudas, ni aun por mínima cantidad, y advierte que es preferible pedir una limosna a cargarte de obligaciones. Ama la regularidad, el orden, pues si no hay arte posible sin reglas, también está sujeto a cánones invariables el arte de la vida... Considera que lo que no hayas adquirido por ti mismo no es tuyo, sino ajeno, que si aceptas beneficios que no has ganado con tu esfuerzo, te verás ligado por la gratitud, y la gratitud puede torcer tu voluntad, y apartarte de la senda del deber rígido y estrictamente moral... En lo tocante a opiniones políticas, mantente siempre en el fiel de la balanza, y cualquiera que sea la bandería a que te veas afiliado, no hagas un dogma cerrado de tus creencias, ni niegues a la creencia de los demás el respeto que merece... Nunca te acalores en la vida pública ni en la privada; no seas fogoso en tus pasiones, que eso es vicio romántico, de que debes huir como de la peste; mantente siempre templado, dueño de ti, sereno y en disposición de sortear las vehemencias ajenas. Así dominarás, sin ser nunca dominado, porque el fiero se entrega al fin y se rinde al flemático... En todos los negocios preséntate siempre de buena fe, situándote en posición derecha, frente a las intenciones del que ha de tratar contigo...

—Pues esta máxima—dijo Hillo gozoso—corresponde a una de las principales reglas del toreo, que llamamos *situarse en la rectitud*... Adelante.

—Conque ya ve, señor don Pedro, cómo no corresponde la palpitante realidad a la norma de conducta que mi preceptor me enseñaba; y aquí me tiene usted sin voluntad propia, sometido a misteriosas m a n o s que me gobiernan... Lo desconocido me rige, la imprevisión me guía... Estoy amenazado del descrédito de toda la doctrina que aprendí, y no veo manera de aplicar ninguna regla, porque todas están por el suelo, pisoteadas por el acaso, a quien pertenezco sin poder evitarlo.

—No es el acaso: es el supremo designio, hijo mío. Pero no te apures—dijo don Pedro, empezando a tutearle sin darse cuenta de ello por una efusión de cariño que rápidamente invadía su corazón—. Considera que sobre todas las reglas está la realidad de la vida, y que no podemos desviar los acontecimientos de su natural curso, trazado por Dios. Tu padrino debió tener en cuenta el misterio de tu origen antes de recomendarte que abominaras de lo desconocido. ¿Por qué no te reveló lo que sin duda sabía? O es que no sabía nada. De todos modos, hijo mío, tu existencia se balancea en el misterio, y el misterio ha de rodearte, y lo imprevisto te rondará por mucho tiempo, pese a toda la ciencia y a toda la bondad de este don Narciso Vidaurre... ¿Qué resulta? Que tu padrino te quiso criar para lo clásico, sin considerar que eres romántico inconsciente, esto es, que a pesar tuyo el romanticismo te coge en su remolino furioso... Dispénsame que te tutee: siento hacia ti un profundo afecto. Te miro como un hijo; más propio será decir como hermano. Quiero compartir tus desventuras... cuando lleguen... Seamos románticos; aceptemos la realidad, y pues ésta es ahora tan buena, no le busques tres pies al gato, y date por muy contento con los bienes que llovidos caen sobre ti. Después vendrá la *anagnórisis*, y volveremos a lo clásico, al triunfo, a la apoteosis, que será coronamiento de tu destino. Sí, querido Fernando. Tu porvenir es hermoso; tú eres lo que no pareces... Serás grande, poderoso... Alégrate. Seremos amigos, grandes amigos; seremos hermanos. Y ahora, chiquillo, pues cae la tarde, vámonos despacito hacia nuestra vivienda, que la hora de la cena se aproxima, y yo, la verdad, con todo eso que me has contado siento que se me avivan de un modo horroroso las ganitas de comer.

IX

Era verdad que don Pedro se sentía inflamado de un cariño sincero hacia el joven Calpena, afecto absolutamente desinteresado, pues no se arrimaba a su amigo con intenciones de parasitismo, viéndole en camino de doradas grandezas, sino que anhelaba guiarle por los senderos peligrosos que probablemente se abrirían ante él; aconsejarle, dirigirle, evitarle todos los escollos, para que gozase libre y desembarazadamente de los bienes que el Cielo le deparaba.

No tardó Utrilla en rematar algunas, si no todas las piezas de ropa de que había tomado medidas. Dos pantalones, dos chalecos y una levita fueron entregados a los tres días de la prueba, y la terminación de lo demás se anunció para la semana próxima. Empezó por fin don Fernando a ponerse guapo y elegante, lo que con tal ropa, y los aditamentos de corbata, calzado, peluquería, etcétera, era cosa muy fácil en un joven a quien dotó la Naturaleza de airosa figura, hermoso rostro y modales finísimos *a nativitate*. Hillo le contemplaba embobado, viendo en él un perfecto tipo de raza aristocrática. El propio duque de Osuna, don Pedro Téllez Girón, no le aventajara, ni los agregados de la embajada inglesa.

Desde que tuvo ropa fué incitado por su amigo a frecuentar los teatros. Hillo no le acompañaba por causa de su ministerio sacerdotal. Fea cosa era ir a los toros; pero más disculpable para un clérigo que el teatro, por celebrarse las corridas en pleno día y no ser preciso en ellas descubrirse la cabeza, exponiendo a la befa popular la ungida corona. Con todo, buenas ganas tenía de colarse una noche en la cazuela, disfrazado, para ver en el patio a Fernandito, y sorprender el efecto que causaba en la concurrencia. Contentábase con verle vestirse y acicalarse, y poner en sus manos el sombrero y bastón cuando salía. Aunque el niño volviese tarde, don Pedro no se acostaba hasta que le veía entrar, y allí eran sus preguntas: «Qué tal, hijo, ¿te has divertido mucho? ¿Has dado golpe? Apuesto a que todos los lentes y esos anteojos que llaman gemelos, se han dirigido a tu gallarda persona.»

En el Príncipe daban *Norma*, cantada por la señora Oreiro de Lema y el señor Unanue. En la Cruz, *La joven reina Cristina de Suecia*, traducida del francés. Así de las obras como de la ejecución pedía el clérigo a su amigo noticias prolijas, y el chico se las daba, advirtiendo la absoluta ignorancia teatral del buen señor, que no había visto nunca más pieza que *El mágico de Astrakán*, allá en Zamora, siendo él una criatura.

Menudeaba Calpena sus asistencias al Príncipe, y viéndole tan aficionado, decía don Pedro: «¡Cómo se conoce que nos salen novias a docenas!... La suerte es que este chico se pasa de prudente y avisado, y no le atrapará ninguna de esas culebronas que...»

Dígase, para explicar la confusión que seguía presidiendo los destinos de don Fernando Calpena, que a fines de septiembre nadie había ido a recoger el misterioso encargo traído de Olorón; que una tarde llegó carta anónima, no llevada por *Edipo*, sino por persona desconocida, que la dejó en la puerta, y que algunas noches, al volver Fernando del teatro, creía que le seguían dos personas buscándole las vueltas y espiándole los pasos. La carta no traía dinero: estaba escrita por mano nada premiosa, menudito el trazo, la gramática bastante correcta, y sólo contenía lacónicas advertencias y admoniciones cariñosas: «Mira, niño: los guantes amarillos son de más *distinción* que los blancos... También te digo que no es del mejor tono aplaudir en el teatro tan estrepitosamente, sobre todo a medianos artistas... Por más que tú creas otra cosa, a juzgar por tu entusiasmo, la Ridaura no hace nada de particular en su parte de *Adalgisa*... Oye, niño: que vayas a misa del Carmen Descalzo, a las nueve en punto, y procura no estar en la iglesia tan distraído. A la iglesia no se va a mirar a las muchachas, sino a rezar con devoción...—Posdata. Cuando se te acabe el dinero, te pones en misa la corbata escocesa, usando la negra para anunciar que lo has recibido.»

—Observaciones son éstas—decía Hillo radiante de satisfacción—atinadísimas. Mi leal opinión es que no debes ponerte la corbata escocesa sino cuando tengas verdadera necesidad de nuevas remesas de metálico. No hay que abusar, hijo.

La gran sorpresa cayó, como chispa

del cielo, una tarde, al volver Méndez de su oficina. Traía un pliego de oficio dirigido a Calpena, y al ponerlo en sus manos le dijo:

—Esta comunicación fué entregada al portero mayor para que indagara las señas. Corrió entre nosotros de mano en mano, hasta que vi el nombre... ¡Qué casualidad! «¡Pero si le tengo en mi casa!» Abralo usted pronto, que, si no me engaño, es nombramiento.

Calpena se quedó frío de estupor. Don Pedro, como el que sueña despierto, exclamó:

—¡Credencial! Será cuando menos de Administrador de Tercios Reales, o de Colector del Noveno y Medias Annatas.

Abierto el pliego, resultó contener un nombramiento de oficial de la secretaría de Hacienda, con doce mil reales: firmaba *Mendizábal*. Un tanto desconcertó a Hillo el ver que la nueva dádiva, parabólicamente arrojada por *la mano oculta* sobre aquel venturoso mortal, no correspondía, con ser grande, a las hipérboles que soñara la desbocada fantasía del clérigo. Pero reflexionando en ello, no tardó en conformarse y dijo:

—Para hacer boca no está mal. Pocos serán los que empiecen así. Papilla de doce mil reales no se da ni a los hijos de los ministros. Y aquí estoy yo, pretendiendo hace catorce años una triste cátedra con seis mil, sin que hasta la presente... Pero no importa... Conque, hijo, alégrate y toca las castañuelas, que por lo que veo, el mundo es tuyo. Oye: que no pasen dos días sin ir a tomar posesión y a darle las gracias al señor de Mendizábal.

Ni contento ni triste, sino fluctuando entre sus sombrías inquietudes y el gozo retozón de su vanidad halagada, Calpena contestó que no pondría los pies en el ministerio sin dar antes un paso que su decoro exigía y su ardiente curiosidad reclamaba. Empleó la mañana siguiente en la diligencia de buscar al llamado *Edipo*, lo que no le fué difícil recorriendo oficinas y retenes policíacos; pero el tal no le dió ninguna luz. No era más que un simple *intromedario:* llevaba los mensajes sin conocimiento de su procedencia: le llegaban de segunda mano, o sea, por órdenes de su inmediato jefe, el señor don Manuel de Azara. Sin pérdida de tiempo echóse don Fernando a buscar a éste; solicitó audiencia, que le fué concedida, después de largos plantones, al anochecer del día siguiente, y encontróse frente a un hombre extraordinariamente calvo y con el bigote teñido, que le escuchó benévolo y un tanto malicioso; pero sin dar lumbres. Aseguró que de la credencial no tenía la menor noticia, y que de la remesa de encarguitos, así como de la preparación de aposento, no podía revelar cosa alguna por habérsele impuesto absoluta reserva *bajo pérdida de destino*.

—Y francamente—dijo al terminar—, no hay más remedio que defender la plaza como se pueda, mayormente cuando a uno le tienen entre ojos por ser criado a los pechos de don Tadeo Ignacio Gil.. Gracias que Olózaga me considera y está contento de mí... En una palabra, caballerito, no me pregunte usted nada, porque no he de responderle. Precisamente el señor subdelegado me estima, como he dicho, porque no hay quien me iguale en el don del silencio. Y si me permite usted darle un consejo, le diré que aprenda cosa tan fácil, poniéndose a ello, como es el callar. Lo difícil, señor mío, es callarse cuando a uno le pegan; pero callarse cuando le miman y regalan..., ¡qué cosa más fácil! Créame a mí; déjese llevar, déjese querer...

No muy satisfecho, aunque resignado con la cómoda filosofía del polizonte, se volvió a su casa don Fernando, y antes de poder contar a Hillo la reciente entrevista, recibieron ambos una nueva sorpresa: carta del misterioso corresponsal, que decía:

«Tontín, aunque Mendizábal recuerda al jovenzuelo que le sirvió de amanuense en el hotel Meurice, en París, no le hables de tal cosa cuando le veas, que le verás. No le pidas audiencia para darle las gracias: él te llamará. Adúlale un poquito, que le gusta, y si trabajases algún día en su despacho particular, no te muestres cansado, aunque te tenga diez o doce horas con la pluma en la mano, que le entusiasman los incansables, como él.

»No faltes el sábado, en el Príncipe, al estreno de *Los hijos de Eduardo*, traducido de Delavigne por el tuerto Bretón. Dicen que es cosa buena. Y si repiten el *Don Alvaro*, de Angelito Saavedra, no dejes de ir a verlo. Ya sé que el viernes pasado estuviste en el cuarto de Flo-

rencio Romea, donde conociste a Ventura de la Vega. Andate con tiento en frecuentar cuartos de cómicos: fácilmente pasarás de los cuartos de ellos a los de ellas..., y esto no me gusta.

»Con perdón del señor Utrilla, la levita verde no te ha quedado bien. Hace unas arruguitas en la espalda que no aumentarán la fama del primer sastre de Madrid. Que te la vea puesta, y mándasela después para que te la arregle. De paso, te encargas un *surtout* color barquillo, y que te lo hagan pronto, que las noches ya refrescan; pero no tanto que pidan capa... Los mejores guantes son los de Dubosc, y las mejores camisas las de Fernández, calle del Príncipe. El reloj que tienes, regalo de tu padrino, está pidiendo sucesor. Además de que es feísimo, se atrasa que es un gusto, y así llegas tarde a todas partes. Ya veremos de darle jubilación. Pero no lo vendas ni lo des a nadie: guárdalo siempre como recuerdo de cuando don Narciso te tiraba de las orejas por no saber los latinajos.

»Bobillo, no te entretengas más de una hora en el Café Nuevo, y mira con quién te juntas, y a qué tertulias te arrimas. Cuidadito con Larra, que tiene más talento que pesa; pero es mordaz y malicioso. Si vuelves al Parnasillo, busca la amistad de Roca de Togores, de Juanito Pezuela y de Donoso Cortés... Con Espronceda y otros tan arrebatados, *buenos días* y *buenas noches*, y nada de intimidades... Suscríbete a *La Abeja*, lee *El Español* y hazle la cruz al *Eco del Comercio*.

»Adiós. El domingo, a la misa de once, en las Niñas de Leganés.»

Suspiró Calpena al acabar la lectura, y don Pedro, echando lumbre por los ojos, dijo:

—Ya no me queda duda de que es una dama. ¡Y qué cariñosa ternura, qué purísimo y entrañable afecto!...

—Lo que yo creo—observó el joven—es que vivo espiado dentro y fuera de casa, pues la desconocida persona que me escribe sabe todos mis pasos, observa las arrugas de mi ropa, y se entera de cuándo se me atrasa el reloj.

—¿Y qué te importa, tontín? ¿Qué mayor dicha para un joven honesto que tener quien así cariñosamente le vigile, designándole los buenos caminos y apartándole de los atajos peligrosos? Ahora no hay que pensar sino en presentarte en el ministerio, tomar posesión y ponerte al habla con el grande hombre, con ese gaditano londinense, negociante antes que político, a quien yo tenía entre ojos; pero ya me va gustando, ya me va gustando. Al darte la credencial demuestra que no es rana... Ya ha olido el hombre que tú vas para personaje; que cuando tengas la edad serás procurador, prócer o lo que te dé la real gana, y el muy tuno quiere atraerte con tiempo, llevarte a su lado, hacerte de su partido...

Meditabundo, Calpena no siguió a don Pedro en sus apreciaciones optimistas. Casi toda la noche la pasó en vela, asaltado de una fiebre inquisitiva, revolviendo en su mente los claros recuerdos de su niñez, busca por allí, husmea por allá, evocando memorias de rostros, frases o reticencias de don Narciso, o de alguien de su familia; mas en ningún repliegue del pasado vislumbró hilo que le guiara por aquel laberinto en cuyo seno misterioso se ocultaba la verdad. Tampoco Hillo durmió aquella noche con el dulce sueño que su pura conciencia ordinariamente le permitía. Viva excitación cerebral le tuvo en vela, y allí era el lanzarse a un desenfrenado juego de acertijos, admitiendo y desechando hipótesis.

—Esto no lo hace más que una madre—se decía—. Y que esa madre es persona de alta posición, no puede menos de admitirse. Bien claro está: riquezas, hay: nobleza, también. No me falta más que el nombre para llegar a la completa solución del enigma. Luego viene el otro problema: el papá. Por San Dionisio Aeropagita, ésta si que es gorda. ¡Dios mío, el padre...! No sé por qué me ha dado en la nariz tufo de sangre real... Sí, sí. Tiene mi Fernandito en toda su persona un sello de majestad, de grandeza de estirpe, que no deja ninguna duda; no, señor... Por la fisonomía, nada saco en limpio... Como narigudo, no lo es; ni tiene el labio inferior echado para afuera... Por tanto, no parece...

Dormido al fin, soñó con las más estrafalarias *anagnórisis* que es posible imaginar, y al amanecer despertó sobresaltado con una idea que en su cerebro, como ladrón, furtivamente se introdujo, hallándose en ese estado neblinoso que separa el dormir del velar.

—Ya, ya lo acerté—dijo a media voz,

incorporándose en la cama—. Es... de Napoleón y de... No será difícil descubrir una duquesa o marquesa que...

Media hora después, camino del Carmen Descalzo, donde celebraba, volvía en sí de aquella aberración, razonando de este modo:

—No..., porque, bien mirado, no tiene el tipo de los Bonapartes..., digo, me parece a mí. Yo no he visto a ningún Bonaparte, como no sea en estampa, porque a Napoleón Primero, por más que corrimos tras él los muchachos el día siguiente de la batalla de Astorga, no alcanzamos a verle..., no vimos más que un bulto..., el bulto de un jinete, a lo lejos, por el camino de Otero... Al rey *Botellas* tampoco le eché la vista encima... Sólo por las pinturas se hace uno cargo de la fisonomía de aquellos señores... No, no, esto es un delirio. Ni aun quitándole el bigote al niño y engordándole mentalmente encontraríamos el aire de familia... ¡Qué demonio!... Esperemos, y Dios lo dirá.

X

Uno de los primeros días de octubre, a los veinte próximamente de su llegada a la Corte, inauguró Calpena su vida burocrática, presentando su credencial en la Secretaría de Hacienda (plazuela de Ministerios) y tomando posesión de su destino. Tocóle de jefe de sección o *mesa* un don Eduardo Oliván e Iznardi (no tenía nada que ver con don Alejandro Oliván, entonces redactor de *La Abeja*, ni con don Angel Iznardi, redactor de *El Eco del Comercio*). Hechura de don Luis López Ballesteros, respetado por Cea Bermúdez y por Toreno, bien agarrado a todos los Gabinetes por sus excelentes relaciones, era un señor bueno como el pan, sencillo como una codorniz, afable, angosto de cerebro y tan ancho de conciencia burocrática, que en ella cabía, y aún sobraba conciencia, la libertad anchurosísima de sus subordinados. Su llaneza patriarcal parecía olvidar las jerarquías, alternando amigable y democráticamente con los inferiores en la tarea deliciosa de leer *El Español*, *El Eco* y *La Abeja*, fumar cigarrillos, repetir y comentar todo lo que en Madrid se hablaba de política y literatura, echando de cuando en cuando una plumada a los expedientes, por vía de distracción, y sin suspender la grata tertulia. Cada cual salía y entraba en aquella bendita oficina a la hora que mejor le cuadraba. Eran cinco los funcionarios, con Calpena, seis, repartidos en tres mesas, con la del jefe, cuatro, de distinta hechura y edad, si bien todas representaban una antigüedad venerable. Dígase que la tinta era excelente, hecha en la casa; las plumas, de ave; dos tinteros, de cobre, y que sobre las bayetas verdes y los mugrientos hules se extendían los negros polvos de secar, formando en algunos sitios verdaderos arenales. Inauguraba el bueno de Oliván su trabajo cortando plumas, en lo que ponía exquisito cuidado y habilidad, pues su gala era esto y la rúbrica que echaba en las firmas, no menos rasgueada y pintoresca que la de un escribano. Mientras duraba el corte hablaba con los madrugadores, o sea los que recalaban por allí de diez y media a once; les refería incidentes o sucedidos de su familia, gracias y travesuras de sus niños; les oía contar algo de teatro y toros, alguna mujeril aventura, y así se pasaba el tiempo hasta las doce, hora en que le traían a don Eduardo su almuerzo. Sobre las bayetas arenosas extendía una servilleta y se comía su tortilla de patatas y su chuletita de ternera. Salían y entraban los mozos de café con servicios para el jefe y algunos subalternos, y en tanto, el que no tomaba café hacía caricaturas; otro escribía versos, y el de la última mesa, las cartas a su novia. Luego se trabajaba un poquito, mientras uno leía en voz alta *El Español*, para que los demás se enterasen. El jefe solía pasarse a la sección próxima, donde había otro jefe que *veía largo* en política y anunciaba con seguro vaticinio todo lo que iba a pasar. Más tarde descansaban, fumando un cigarrillo. Don Eduardo recibía cortésmente a las personas que acudían al despacho de algún asunto, y para hacerles ver la actividad que allí se desplegaba les ponía ante los ojos rimeros de papeles que debían pasar pronto a la sección correspondiente, y otros rimeros de papeles que acababan de llegar, después de lo cual les prometía no detener los expedientes más que el tiempo necesario para el *concienzudo examen de los mismos*. Luego

se limpiaba el sudor de la calva y contaba a sus subalternos lo que el otro jefe de sección le había dicho: que todo iba muy bien; que la quinta de cien mil hombres daría un resultado maravilloso, y que no había duda de que Istúriz y Galiano apoyarían incondicionalmente al señor Mendizábal en el Estamento próximo. No se podían dar las mismas seguridades de López y Caballero, y Toreno y Martínez de la Rosa no saldrían de su pasito *moderado*. Había, pues, situación Mendizábal para un rato, y se verían realizadas las reformas que el grande hombre había prometido en su famosa exposición a la reina. Pero la noticia culminante era que la Milicia urbana se reorganizaría, tomando el nombre sonoro y magnífico de Guardia Nacional.

—Todo será *a estilo de Francia*—concluyó don Eduardo—; y lo mejor es que a los milicianos de Madrid y su provincia se nos da carácter de ejército regular, formando con nosotros una división mandada por un jefe superior y bajo la inspección de un general... Por eso ha dicho San Miguel que seremos el ángel custodio de las instituciones.

No siempre hablaba de lo mismo, aunque era muy dado a la repetición de conceptos, vicio que los retóricos llaman *batología*.

—¿No saben? Se suprimen las *cartas de seguridad*, esa rémora, señores, para la gente honrada que tiene que viajar de un punto a otro. Yo soy partidario de que se *corten abusos*. Los que han viajado por el extranjero nos dicen que estamos en el siglo quince, y, francamente, yo quiero pertenecer a *mi siglo*... Seamos todos de nuestro siglo, entrando por el aro de las grandes reformas... Otra de las buenas noticias es que se suprimen *las pruebas de nobleza* para ingresar en los establecimientos científicos, ora civiles, ora militares... Realmente, semejante ranciedad era un resabio de la Edad Media. Abrase la enseñanza para todo el mundo y dése al mérito ancho campo. ¡Abajo la Edad Media!... Créanlo ustedes, en ese particular estoy de acuerdo con Caballero y los de *El Eco;* nada más que en este particular, pues opino, como él, que la *demo... cracia*, así se dice, la *democracia* exige que el pueblo se ilustre. Yo soy partidario de la ilustración del pueblo, como soy partidario de que el pueblo sea moral y de que los empleados trabajen... Mi sistema es: pocos empleados, pocos, pero muy bien pagados.

Dichas estas cosas, y otras de igual trascendencia y filosofía, el jefe bromeaba un poco con sus subordinados: con éste, por si la novia le daba calabazas: con aquél, por si era alabardero en los teatros; con el otro, por si le sudaban tanto las manos que toda la arenilla se le quedaba pegada en ellas y obligaba a *la casa* a frecuentes reposiciones de aquel material. Luego les recomendaba benévola y paternalmente que no dejasen el papelorio esparcido sobre las mesas, y él mismo daba el ejemplo recogiendo legajos y metiéndolos en una alacena donde tenía botellas vacías o medio llenas, *el Diccionario geográfico* de Miñano, confundidos sus tomos con los de novelas y viajes, entre éstos el de *Enrique Watson al país de las monas*.

—Yo soy partidario—decía—de que haya orden en las oficinas, para que el trabajo se haga como Dios manda y cada cual encuentre lo que necesita para el pronto despacho de sus asuntos...

Con esto se aproximaba la hora feliz de poner punto en las faenas del día; los sombreros parecían alegrarse en lo alto de las perchas, viendo próximo el instante de que sus dueños les cogieran para echarse a la calle.

—Vaya, ya es hora, ciudadanos—decía don Eduardo, atusándose los mechones laterales y cubriéndose con pausa y solemnidad, como si su calva fuese una cosa sagrada que reclamaba el respeto de la protección sombreril—. Me parece que hemos trabajado bastante Hasta mañana.

Si la tarde era plácida, se iban de paseo, y si lloviznaba o hacía frío, al café, donde con charla sabrosa de literatura, de política o de cosas mundanas, reducían a polvo el tiempo hasta la hora de cenar. Que Calpena se aburría en la oficina, no hay para qué decirlo. Desde su iniciación burocrática no había hecho más que extender algunos oficios y copiar dos o tres estados de recaudaciones. El jefe le consideraba, presumiendo en él una superioridad aún no manifiesta, pero que lo sería pronto; y los compañeros le mostraron afecto y fraternidad, más admirados que envidiosos de su buena ropa. Ya era cosa co-

rriente en las oficinas ver entrar niños bonitos, con sueldos desmesurados, y que no iban más que a cobrar y a distraerse un rato; hijos o sobrinos de personajes, que de este modo arrimaban una o más bocas de la familia a las ubres del Presupuesto. Los empleados que lo eran por oficio y medio de vivir se habían acostumbrado a la irrupción de señoritos y alternaban gozosos con ellos, esperando hacer amistades que *en su día* valieran para el ascenso o para la reposición en caso de cesantía. En la sección de Calpena todos los funcionarios eran de peor pelaje que él; alguno pasaba de los cincuenta años y sólo disfrutaba ocho mil reales, vestía ropa vuelta del revés, y apenas paseaba por no romper botas; otros conservaban aún trajes provincianos, estirándolos cuanto podían, y no faltaba quien vistiese regularmente por el sistemo económico de no pagar al sastre. Sobre todos descollaba Calpena, no sólo por su elegancia y buena figura, sino por su saber de cosas extranjeras y su rumbosa generosidad en el pago de cafés y refrescos después de la oficina. Con uno de sus colegas, extremeño, envejecido prematuramente y seco como un esparto, habitante de una casa de huéspedes de ínfima categoría, parroquiano fósil de diferentes cafés, hizo amistades, seducido por la sabrosa erudición que ostentaba en cosas y personas de Madrid. Muchas tardes iba con él al Nuevo, y se le pasaban mansamente las horas oyéndole contar anécdotas que parecían mentiras siendo verdades, y embustes que resultaban perfecto simulacro de la verdad. Por Serrano (que así se llamaba) supo Calpena que su jefe, don Eduardo Oliván, era un hombre desgraciadísimo en su vida doméstica, aunque no conocía, o aparentaba no conocer, su propia desgracia. La paz que en su hogar reinaba era la proyección de su mansedumbre, virtud con la cual adquirido había una triste celebridad. Ponderó Serrano la seductora hermosura de la mujer del jefe, y algo dijo también de su familia, muy conocida en Madrid. Se la veía muy a menudo en teatros y paseos, fingiendo una posición que no tenía, alternando con personas cuya riqueza consistía en bienes raíces, o en rentas que estaban a la vista de todo el mundo. Las de aquella buena señora eran un tanto enigmáticas.

—Si quiere usted más detalles, pídaselos al hoy general en jefe del ejército del Norte, don Luis Fernández de Córdoba. Los sucesores de éste son de menor categoría militar y civil. El último que ha caído en las redes de nuestra *jefa* es ese capitán de Artillería.... Escosura, Patricio de la Escosura... ¿No le conoce usted? De seguro que sí. En el Príncipe le tiene usted todas las noches. Es el que retrató Bretón en el don Martín de la *Marcela*.

—No sabía que los tres amantes de *Marcela* fueran retratos.

—Bien se ve que no está usted aún familiarizado con nuestra sociedad... Pues el don Amadeo es Pezuela, y el don Agapito, el chico de Clemencín.

XI

—Una de estas noches, amigo Serrano—dijo don Fernando—, va usted a venir conmigo al Príncipe, para que me diga los nombres de todas las señoras que veamos en los palcos. En el tiempo que llevo aquí he hecho algunas amistades, pocas; hace unas noches me llevaron al cuarto de Florencio Romea; en el teatro he conocido a Ventura de la Vega y a Mesonero Romanos. El señor a quien debo este conocimiento me le presentó días pasados en la calle de Alcalá mi compañero de casa, don Nicomedes Iglesias. ¿Le trata usted?

—¿Cómo no?... Iglesias..., hombre de mucho talento, de gran porvenir.

—Pues me presentó a ese..., ¿cómo se llama? Alonso..., Juan Bautista Alonso, con quien me encontré después una noche en la segunda fila de lunetas, y charlamos algo de literatura. Por él he conocido a Vega, he hablado con Larra y he saludado a Espronceda en el Café Nuevo y en el Parnasillo...

—Alonso es poeta y un buen periodista..., chico que vale. Será ministro... ¿Y no ha querido catequizarle a usted para la sociedad Los Numantinos?

—A mí, no... Ni yo gusto de meterme en esas cosas ni la vida política me seduce.

—A mí..., sí..., pero no puedo consagrarme a ella por...

Acometido de una tos violentísima parecía que se ahogaba. Amoratado y

convulso, faltábale poco para echar los bofes y escupir el alma.

—Con esta maldita tos—dijo, cuando se fué sosegando y se limpiaba de babas, mocos y lágrimas el encendido rostro—, ¿cómo quiere usted que sea uno político y orador?... Mi naturaleza es émula de mi bolsillo en el agotamiento, en la extenuación... No me forjo ilusiones de vivir el año que viene: estoy tísico pasado.

Trató de consolarle Calpena, con más lástima que convencimiento, porque, en verdad, la flaqueza y el color cadavérico de su amigo invitaban a entonar el responso. No espantado de la muerte, o echándoselas de valiente, hablaba Serrano de su próximo fin con entereza estoica un poquito afectada. Era moda entonces morirse en la flor de la edad, tomando posturas de fúnebre elegancia Habíamos convenido en que seríamos más bellos cuanto más demacrados, y entre las distintas vanidades de aquel tiempo no era la más floja la de un fallecimiento poético, seguido de inhumación al pie de un ciprés de verdinegro y puntiagudo ramaje.

—Estos pobres huesos—prosiguió Serrano—están pidiendo la mortaja. Le diré a usted, en confianza, que es de tanto sufrir y de tanto gozar... Mi vida, si yo la contara, sería la más interesante de las novelas. Mis años, por el mucho y precipitado vivir, parecen siglos... ¡Y que llegue uno al borde de la tumba con ocho mil reales!... En fin, doblemos la hoja triste... ¿Me decía usted que desea ir conmigo al teatro para que le dé a conocer a todo el personal masculino y femenino que veamos en palcos y butacas? No podía usted encontrar, ni buscándola con candil, persona más para el caso, porque como de algún tiempo acá no tengo nada que hacer (en la oficina ya ve lo que trabajamos), me dedico a conocer *de visu* a todo el mundo y a la averiguación de vidas ajenas... Soy un Plutarco para esto de las vidas, y las hago también paralelas. Sabrá usted los nombres y las historias, amigo mío, que aquí no hay nadie que no tenga su historia..., y las hay de oro. ¡Con decirle a usted que la de nuestro esclarecido jefe es de las más inocentes...!

—¡Caramba!

—¿Y lo duda? ¿De qué dehesa viene usted?

—¿Dónde hay más historias, en las clases altas o en las medias?

—En todas; pero las de las altas son más bonitas, más profundamente depravadas. Yo las conozco al dedillo, y en pocas noches le daré la instrucción suficiente para que no pase por cándido el día que se introduzca en la sociedad.

—Pero ¿no se exime nadie, galán ni dama, del oprobio de esas historias? ¡Por Dios, Serrano!...

—Nadie... Todo el mundo tiene historia. Por lo común no hay persona bien vestida que no lleve consigo su misterio: este misterio es algo que no debe saberse, y, sin embargo, se sabe, porque fíjese usted... Nada es aquí tan público como las cosas secretas... En fin, por tener todo el mundo historia, hasta usted la tiene, usted, querido Calpena, que acaba de llegar a Madrid; y antes de dar los primeros pasos en las tablas del teatro social, ya nos indica que trae buen papel en la comedia.

—¡Yo!—exclamó Calpena palideciendo—. ¡Pobre de mí! ¡Si no soy nadie!

—Los que empiezan no siendo nada, suelen acabar siéndolo todo.

—Bueno. Pues si alrededor mío hay una historia, y usted la sabe, amigo Serrano, ¿tendría inconveniente en contármela?

—Inconveniente, ninguno...; pero la tos..., ya ve..., no puedo hablar..., me ahogo...

Aguardó Calpena a que el golpe de tos se calmase, y cuando hubo pasado, aún tuvo que esperar más tiempo, porque el infeliz tísico se quedó un rato sin respiración, los ojos inyectados, la frente sudorosa, las manos trémulas...

—Pues sí..., esta maldita tos no me deja vivir... Si yo no tosiera, sería orador, créame usted... Pues no hay que tomar a la parte esto de las historias. ¡Tan joven y ya protagonista! Si he de ser franco, no puedo aún decir a usted cosas concretas.

—¿Pues no asegura que lo sabe todo?

—Todo, no. Es muy pronto todavía, y aún son pocas las personas que se han fijado en el joven Calpena... Lo que yo he oído no es ofensivo para usted, ni mucho menos.

—Sea lo que quiera, debo saberlo.

—La tos otra vez... Me ahogo.

—¡Demonio! ¿Por qué no toma us-

ted pastillas? Yo se las traeré de la botica más próxima.

—No..., gracias... Es inútil. Las he tomado de todas clases, sin sentir el menor alivio.

—Ya pasa..., ya puede hablar.

—La verdad, amigo mío, a usted se le tiene en estudio. Sólo he oído formular preguntas, aventurar alguna hipótesis... Conjeturas, presunciones..., qué será..., qué no será...

—¿Nada más que eso? Pues soy, respecto a mí, el primero de los curiosos investigadores .y yo pregunto también: «¿Quién soy?... Calpena, ¿quién eres?»

—¿Pero usted no lo sabe?

Comprendiendo que había ido demasiado lejos en la expresión de sus dudas, don Fernando se enmendó diciendo:

—Sé quién soy; pero en la vida de todo hombre, por clara que aparezca, hay siempre incógnitas que resolver.

—¿De modo que no sabe usted todo lo que le concierne?

—Hombre, todo, todo precisamente, no.

—Pero sí sabrá quién le recomendó para la plaza que hoy ocupa en el ministerio.

—Juro a usted que lo ignoro.

—Las recomendaciones toman en este país giros muy extraños, y ofrecen a veces concomitancias increíbles. A mí, para que me dieran la plaza mísera que tengo, me recomendó la persona más opuesta a mis ideas, don Antonio Zarco del Valle, a quien interesé por el ama de cría de uno de sus niños. Por un empleado del personal he sabido que en el libro donde constan los padrinos de cada empleado figura usted como hechura y ahijado del propio Mendizábal, lo que nadie extrañará, porque bien podría el ministro ser amigo, deudo de su familia de usted.

—No lo es. Ese señor no tiene ningún motivo para interesarse por mí.

—En tal caso habrá recibido cartas expresivas de personas a quienes no puede negar un favor de esta clase. Por indiscreción de un amigo de la secretaría particular puedo..., no afirmar, ¡cuidado!, sino sospechar..., con vehementes indicios de acierto...

Sobresaltado y ansioso aguardaba el otro la terminación del concepto. Un amago de tos determinó pausa expectante, que a Calpena le pareció un siglo. Por dicha, no fué más que amago, y Serrano pudo decir claramente:

—Si se empeña usted en oírme lo que sabe..., ¡vaya si lo sabe!..., le diré que debe su plaza a la duquesa de Berry...

Pausa... Sólo se oía el áspero ronquido que salía del pecho de Serrano. El estupor de Calpena acabó por resolverse en una risa nerviosa, que lo mismo podía ser de regocijo que de burla.

—¡La duquesa de Berry!... ¿Está usted loco? ¿La esposa del príncipe asesinado a la salida de la Opera, hijo de Carlos Diez...?

—Justo... Carolina de Nápoles, hermana de nuestra reina gobernadora doña María Cristina.

—¿Y esa señora es la que figura como...?

—No figura en el libro de recomendaciones; pero por referencias, por indicios de secretaría, sé yo...

—¡Locura, delirio!—exclamó Calpena, levantándose, como hombre que quiere poner fin por la ausencia a una conversación enfadosa.

—Si usted me probara eso...—indicó Fernando, fingiendo indiferencia.

—¿Prueba?... ¡Oh!... Me remito al gran demostrador de verdades, el tiempo...

—Pero ¿cómo es posible?... ¿Qué tiene que ver mi humilde persona con esa princesa...?

Serrano alzó los hombros, quiso decir algo; pero, ahogándose, no hizo más que balbucir:

—No puedo. La tos, la tos...

XII

La placentera holganza en que vivían los individuos de la sección o mesa de que era jefe el señor don Eduardo Oliván e Íznardi tuvo su término, que si no hay mal que cien años dure, tampoco los bienes suelen ser duraderos, y el motivo de tan brusca alteración, que produjo enorme desquiciamiento en la metódica parsimonia del jefe, no fué otro que el haberse manifestado en aquella esfera administrativa el impulso de actividad que imprimió Mendizábal a los asuntos de su Ministerio, cuando se desembarazó de las graves cuestiones políticas a que en los primeros días tuvo que

atender. Desempeñando interinamente, además de la cartera de Hacienda, con la Presidencia, las de Guerra, Marina y Estado, hubo de promiscuar en el despacho de mil negocios diferentes. Por milagro de Dios no se volvió loco el bueno de don Juan Alvarez, que materia ofrecía cualquiera de aquellas oficinas para trastornar el seso del más pintado en tiempos tan revueltos. Confiado ya en dominar la espantosa anarquía de las Juntas, que convertían el reino en una inmensa jaula de locos; seguro ya del éxito de la quinta de cien mil hombres, arriesgado acto de Gobierno, que revelaba iniciativa poderosa y voluntad de acero, se metió en su casa propia, Hacienda, y empezó a remover y sacudir, con mano de atleta, las mohosas inercias de la administración heredada de Fernando VII. ¡Lástima que no lo hiciera con más pulso, para que las ruinas y los escombros no embarazaran la obra nueva! Construía con el hacha... Aunque no carecía de habilidad, no pudo evitar el cortarse las manos con la herramienta que tan presuroso manejaba.

Pues, señor..., obligado el pobre don Eduardo a andar de coronilla, no sabía lo que le pasaba, ni a qué santo encomendarse. En toda su vida burocrática, que con intercadencias databa de los tiempos de Ballesteros, no había visto desencadenarse sobre aquella plácida esfera un ciclón tan duro. No hacía más que ir de una mesa a otra, limpiarse con fuertes restregones el sudor de la calva, dar resoplidos, subirse el pantalón, que con tantas ansiedades se le caía. Y una mañana, medio loco ya o loco entero, gritaba en medio de la oficina.

—Pero este buen señor nos trata como si fuéramos dependientes de comercio. La dignidad del funcionario público no consiente estos excesos de trabajo, pues ni tiempo le dejan a uno para almorzar, ni para dar un *mero* paseo, ni para encender un *mero* cigarrillo... Cinco intendencias me ha señalado hoy para el envío de circulares con las instrucciones reservadas y las nuevas tarifas. Pues para despachar esto, excelentísimo señor, necesito aumento de personal, necesito catorce oficiales y ocho auxiliares, y aun así, no podríamos concluirlo dentro de las horas reglamentarias, que son de diez a cuatro... Sería justo además que al exceso de ocupación correspondiera doble paga, mientras durase este ajetreo. Soy partidario de que a los empleados se les remunere bien, pues de otro modo la buena administración no es más que un mito, un verdadero mito.

Y aquella misma tarde, en el colmo ya del mal humor, que expresaba alargando los morros, entró en la sección próxima, diciendo:

—Pido al señor ministro aumento de personal; ¿y qué hace? Nada: que aún le parece mucho lo que tengo, y me pide dos chicos que escriban bien y sepan llevar correspondencia. Estamos lucidos como hay Dios... Ea, señor Calpena, pase usted a la secretaría particular del señor ministro; y usted, Serrano... Pero no... Aguardaremos a ver si se contenta con uno...! quédese usted... Esto es insufrible. Yo digo que envidio a los presidiarios...

Pasó Calpena adonde se le mandaba, y fué introducido en una habitación pequeña con luces al patio medianero, en la cual había dos mesas y un solo empleado, viejo, que escribía con la cara tocando al papel. Un estrecho pasillo comunicaba la tal pieza con el despacho del ministro. Allí esperó órdenes. Alzó el viejo la cabeza, y levantándose las antiparras a la frente, le miró, hizo un saludo monosilábico, volvió a bajar los vidrios, y dejó nuevamente caer sobre el papel su rostro. Creeríase que no escribía con la pluma, sino con la nariz... Sonó la campanilla. Levantóse el vejete de un brinco, murmurando: «Su excelencia llama.» Viéndole desaparecer por el pasillo, advirtió Calpena que cojeaba. Un instante después volvió con varias cartas en la mano, y dijo lacónicamente a su compañero:

—Que pase usted.

Grande fué la emoción del joven al atravesar el pasillo, al levantar la cortina y ver el hueco de la estancia...; a Mendizábal no le veía. Quedóse en la puerta hasta oír la palabra *adelante*, dicha con enérgica entonación. Estaba el grande hombre sentado, y se inclinaba para sacar papeles de la gaveta más baja de su mesa ministerial... Al incorporarse, presentó a la admiración y al respeto de Calpena su hermoso busto, el rostro grave de correctísimas facciones, el rizado cabello, las patillas tan bien encajadas en los cuellos blancos, y éstos

en el lioso tafetán de la negra corbata reluciente, las altas solapas de la levita, y por fin, al ponerse en pie, ésta en toda su longitud, ceñida y al propio tiempo holgada.

Calpena permaneció inmóvil y mudo, estatua de la cortedad respetuosa. Mendizábal le miró... En la extrañísima situación de espíritu en que el buen chico se encontraba hubo de creer que su jefe le miraba con picardía. Pero es casi seguro que era pura aprensión; al menos, así lo creyó después. Contra lo que pensaba, ni le preguntó el ministro su nombre, sin duda porque lo sabía, ni sostuvo con él diálogo de introducción. Entre personaje tan elevado y un pobre subalterno de ínfima categoría no podían mediar más palabras que las naturales entre el señor y el criado que le sirve. Estas fueron corteses, ceñidas al asunto, y sin fraseología ociosa:

—Tiene usted hermosa letra y buen criterio para contestar por sí mismo las cartas, con una simple indicación mía.

El joven se inclinó. Cuando don Juan de Dios avanzó hacia él ostentando la gallardía total de su persona, su alta estatura, Calpena, que ya había admirado el busto, admiró también el pantalón de corte perfecto, como de sastrería londinense, y el pie pequeño, calzado con zapato bajo sujeto en el empeine con un lazo de cintas negras.

—Contésteme usted, por de pronto —prosiguió su excelencia—, estas tres cartas. La más urgente y delicada es...

No encontrando la que llamó delicada y urgente, la buscó en la mesa, después en el bolsillo interior de la levita, y como allí no pareciera, manifestó disgusto.

—Está bueno. Pues me la he dejado en casa... Pero no importa. Escríbame usted la contestación, que es sencillísima..., del tenor siguiente: «Serenísima señora duquesa de Berry. Señora: Tengo el gusto de manifestar a vuestra alteza que, obediente a sus ruegos..., que son órdenes para mí...» Ya usted comprende..., una fórmula de gran respeto..., «que obediente..., y tal..., me he apresurado a complacer, y tal, a vuestra alteza serenísima en la petición con que se ha dignado honrarme..., y tal...» Nada más... ¡Ah!, sí... «Debo manifestar a vuestra alteza serenísima que el joven...» No, nada de joven... «Que la persona..., y tal, que se digna recomendarme es...» No, no... «He tomado informes, y puedo asegurar a vuestra alteza que el sujeto, etcétera..., es digno de la protección de persona tan elevada.» Así poco más o menos. Vea usted cómo sale del paso. Puede tomar nota.

—No necesito tomar nota. Recuerdo perfectamente las indicaciones de vuecencia.

—Mejor. Así me gusta a mí los hombres, vivos de memoria... Pues escríbame la carta al momento y tráigamela para firmarla.

Hizo Calpena la reverencia, se fué a su oficina y mesa, y tanteando la difícil materia epistolar en un borrador, escribió la carta, esmerándose en los trazos de su hermosa letra, y la llevó al ministro. Este había pasado al salón próximo, donde tenía como unas veinte visitas, y mientras Calpena esperaba, entró también su compañero, el viejo de las antiparras, que por primera vez le dirigió la palabra en forma afectuosa.

—Ahora tiene para rato —dijo, refiriéndose al ministro—. Le traen loco con esto de las elecciones. Para cada puesto del Estamento hay setenta candidatos...

—Ya, ya...

—Y usted, señor de Calpena, ¿se presenta para procurador?

—¡Yo! ¡Procurador yo! —exclamó Fernando con asombro, casi con miedo.

—¿No? Pues yo no lo he inventado. En *la casa* se ha dicho... y hasta me parece que oí nombrar la provincia...

—Creo que está usted equivocado...

—Podrá ser... ¡Pero cuando lo dicen, por algo será! Vea el señor Calpena cómo de mí no se dice nada.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—¿Yo? Diez mil, y para eso lleva veintidós años en el ramo. He pasado por catorce intendencias, he sufrido siete cesantías, y todas las trifulcas que hemos tenido aquí desde el año catorce me han cogido de medio en medio. En una me dejaron cojo los liberales, en otra me abrieron la cabeza los realistas, en ésta me apalearon los exaltados, en aquélla me despojaron los apostólicos de todo cuanto tenía. Vive uno por casualidad en esta tierra, y, sin embargo, la quiere uno..., pues, como se quiere a una mala madre... Yo soy gaditano, o lo que es lo mismo, de Chiclana, y por tener algún parentesco lejano con los Méndez y amistad con los Beltrán de Lis no me ve

usted pidiendo limosna. Soy muy corto. Aquí sólo hacen carrera los parlanchines, y yo, aunque andaluz, me callo muy buenas cosas y no tengo el despotrique que ahora se usa. Sea usted bullanguero, piense como un topo y charle como una cotorra, y verá cómo se le abren todos los caminos... Lo mejor es que siempre será lo mismo, y no veo yo mejores días para la España. Este grande hombre, que ha venido como el Mesías, trae mucha sal en la mollera, y el firme propósito de hacer aquí una regeneración..., vamos, para que nos envidien todas las naciones. Pues verá usted cómo no hace nada. ¿Por qué? Porque no le dejan... Ya le están armando la zancadilla. Crea usted que antes que tenga tiempo de cumplir lo que ha ofrecido, se le meriendan... Ya empiezan a decir si en Palacio gusta o no gusta. Y es la de siempre: Palacio...

En este punto entró Mendizábal acompañado de un sujeto con quien hablaba vivamente y en tono áspero.

—Esto no puede ser... Yo he dicho a todos los subdelegados que dejen votar libremente y que no intervengan en las elecciones. Claro es que siempre tiene el Gobierno la influencia moral. Pero en Cádiz no puedo hacer nada. Galiano y el amigo Istúriz son los que manejan el tinglado de la elección. Por cierto que Istúriz quiere traer algunos que no conoce nadie. ¿Quién es ese Luis González?

—Es un chico muy despierto, buen periodista, orador fogoso. No creo que salga por esta vez.

—Pues si en Cádiz no logra usted meter a su patrocinado, intente algo en Sevilla. Pero tampoco podrá ser. Ya tengo noticia de los candidatos probables.. No les conozco. Hablan con gran encomio de un tal Cortina... Y ese Pacheco, ¿quién es?

—Un escritor notabilísimo: le tengo en mi periódico.

—Bueno, bueno. Tráigame gente de mérito, segura en sus principios, y que no se asuste de la libertad... Pues decía que procure usted entenderse con los sevillanos. Yo no puedo hacer nada, amigo mío, absolutamente nada.

—Mi patrocinado es aquel joven que usted mismo ha elogiado con tanta justicia, por su actividad, por su inteligencia, en la secretaría de Marina.

—Montes de Oca, sí..., excelente sujeto. Tendría yo mucho gusto en traerle al Estamento... Pero no soy yo quien elige: es el pueblo. Vea usted a los gaditanos; entiéndase con Istúriz, que, por lo visto, no se para en barras, y...

Una mirada que dirigió el ministro a los dos empleados de su secretaría particular bastó para que éstos se retirasen.

—¿Quién es ése?...—preguntó Calpena a su compañero, a lo largo del pasillo.

—Este es Borrego..., Andrés Borrego, el que escribe *El Español*. Dejemos a estos compadres que manipulen a su gusto las nuevas Cortes, y aguardemos aquí, charlando, a que don Juan nos llame. Como le decía a usted..., ya le están minando el terreno a mi paisano; y aunque vale mucho, no le salvarán su talento y buena intención, y si le salvaran, creería yo en lo que no creo: en mi propio nombre.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Milagro—dijo el vejete sonriendo—, José del Milagro. Ya ve usted si es alegórico mi apellido, pues verdaderamente no hay mayor prodigio que vivir un hombre entre tantas desventuras, cesante cuando no perseguido, y andando para atrás en mi carrera como los cangrejos, pues yo empecé a servir con el señor Urquijo y el señor Cabarrús... Vengo de Carlos Cuarto, pasando por Pepe Botellas..., y en los tres *llamados años ominosos* llegué a tener catorce mil gracias al señor Garelly. A la muerte del rey conseguí por el señor Seoane esta placita... Y usted dirá que el mayor milagro mío es mantener, con tan poco sueldo, mujer, suegra y cinco criaturas... Hay Providencia. Yo me defiendo con las traducciones; traduciendo a destajo, visto y calzo a la familia. Y ha de saber usted que entre tantos males, Dios me ha dado una hija que es un ángel. Dieciséis años cumplirá el catorce de noviembre. Rafaela se llama: me la sacó de pila mi amigo Rafael del Riego, hallándose de guarnición en la Isla. Pues la he enseñado el francés, y me ayuda. Como me estoy quedando ciego del mucho trabajar, ella sola, solita, se ha traducido más de la mitad del *Buffon*... A más de esto tengo el recurso de llevar la correspondencia de algunas casas de comercio, y prińcipalmente en la de doña Jacoba...

Este nombre hirió como súbito rayo la

mente de Calpena, y pidiendo más explicaciones oyó de boca de Milagro las siguientes:

—Doña Jacoba Zahón, que compra y vende piedras preciosas... Calle de Milaneses... Yo le escribo las cartas y le pongo sus cuentas en orden...

Campanillazo. Su excelencia llamaba, y acudieron ambos presurosos. Pidió las cartas escritas; sonrió; leyó detenidamente la de la duquesa de Berry, y sin mirar a Calpena, le dijo:

—Está muy bien.

Después, abrumado de quehaceres, y no sabiendo a cuál acudir primero, dió estas atropelladas órdenes:

—Usted, Milagro, ponga una carta a Alcalá Galiano, citándole para esta noche aquí... Y otra, lo mismo, a Saavedra (don Angel). Usted, Calpena, escriba una a la duquesa de Almodóvar, diciéndole que no puedo ir a comer, y tráigamelas para firmar... ¡Ah! Espere usted: otra a sir George Williers, embajador de Inglaterra: Que mis ocupaciones no me permitieron ir anoche a casa de Van Halen, como le prometí; que si tiene esta noche libre, se venga por aquí a las once... Usted, Milagro, en una carta breve, cíteme a Olózaga para las doce, y también a... No, no, nadie más.

En aquel momento anunció el portero:

—El señor don Fernando Muñoz...

—Que pase inmediatamente...

Retiráronse los secretarios, y por el pasillo cuchicheaban:

—Muñoz..., es la primera vez que viene aquí... Muñoz..., *el marido de Ana*...

XIII

Al quedarse solo Mendizábal escribió una carta de cuatro pliegos a Córdoba, general en jefe del Ejército del Norte Con nerviosa mano, sin cuidarse de la estructura gramatical, trazaba los conceptos en algunos puntos ampulosos, pedestres en otros, fiel imagen de su pensamiento, que empezaba a ser desordenado y vacilante por el cansancio de la tremenda lucha. Anhelaba mostrarse amigo del que en su mano tenía la mayor fuerza existente en España, estar en su gracia, pues tomado el pulso al país y a la raza, si mucho temía don Juan del paisanaje de levita y chaqueta, más temía de la tropa... Aunque aplicar quiso toda su atención a la escritura no lo lograba: el pensamiento se dividía, fluctuaba, y dejando a la pluma formular con incorrecta sintaxis los conceptos epistolares, se escabullía por otros espacios. Trajo el ministro a su imaginación la historia de los últimos años, desde el 14, y veía las trifulcas, los sangrientos y bárbaros motines, las sediciones militares, siniestro brazo de la idea disolvente, ya se llamase liberal, ya realista... Con estas imágenes se confundía en su mente otra, que como un espectro familiar de continuo se le presentaba. Era su promesa de terminar la guerra civil en seis meses. ¡Lucido quedaría si no la cumplía; si el ejército cristino, reforzado pronto con los cien mil hombres de la quinta, no lograba sofocar la facción y restablecer la anhelada paz! Su ensueño era Córdoba, el caudillo denodado y caballeresco, y en medio de aquel trajín electoral, anuncio de las trapisondas parlamentarias y políticas que habían de sobrevenir con la apertura de los Estamentos, volvía don Juan Alvarez sus inquietos ojos al Norte, mirando a lo que era su temor y su esperanza. Si el general no le ayudaba, su empresa de salvación nacional fallaría sin remedio. Y para que Córdoba coadyuvase a la gran obra era preciso que venciera, o por lo menos, que con rudos achuchones quebrantase a los carlistas; y para esto era indispensable enviarle recursos en hombres y dinero. La carta, en su difuso estilo, plagada de noticias de acá y de allá, de referencias diplomáticas y de rumores de intrigas, vino a parar en positivas promesas: «Dentro de quince días le mandaré a usted millón y medio. El mes próximo podré mandarle otro tanto, y si puedo más, más.» Hablábale de remesas de vestuario y calzado, de arreglo de hospitales. Exponía también planes estratégicos que a él se le ocurrían. «Respetando su iniciativa, le diré que si usted logra ocupar el Baztán con quince mil hombres, podría atacar a los facciosos por retaguardia... Eso usted verá...»

Concluía ofreciendo remesarle nueve millones antes de tres meses, y manifestaba viva intranquilidad por la lentitud de las operaciones. Aplicando a todo su febril genio de travesura y arbi-

trismo, habría querido que Córdoba moviese en tres días su grande ejército, que desalojase a los carlistas de sus formidables posiciones, que los arrollase, que los deshiciese, dispersando a unos, matando a los más, y cogiendo prisionero a don Carlos con toda su trashumante corte. ¡Qué hermoso sería esto y con cuánto desahogo podría dedicarse entonces el presidente a la reforma del país, que era su ilusión, su sueño!... Pero, ¡ay!, al llegar a este punto, crudelísima duda le asaltaba. Si Córdoba obtenía una victoria rápida y decisiva, cortándole de una vez a la hidra todas sus patas y aplastándole la cabeza, Córdoba y no otro había de emprender y realizar la salvación de la infeliz patria. Buen tonto sería, juzgando el caso con el criterio genuinamente español, si siendo él el vencedor guerrero, dejaba a otro la gloria de la campaña política. Lógico era, no obstante, que el militar allanara el camino y que el civil marchase por él desembarazadamente hacia la victoria política y social. Pero aunque poco ducho aún en artes de gobierno, don Juan de Dios conocía la Historia, más por lo que había visto que por lo que había leído, y no ignoraba que, en nuestra tierra de garbanzos y pronunciamientos, el guerrero victorioso es el único salvador posible en todos los órdenes.

Terminada la carta, vagó su mente en aquel meditar triste. ¿Quién salva, quién no salva? ¿Sería un error suyo gravísimo haberse creído capaz de fundar una nación grande y rica sobre las ruinas de las facciones deshechas y de las banderías sojuzgadas? De Londres había salido con esta ilusión; con ella entró en Madrid. Sus entrevistas con la reina gobernadora la confirmaron. El entusiasmo patriótico, la fe en sí mismo y en la eficacia de sus manejos se avivaron cuando su majestad le encargó del tejemaneje gubernamental. Ya tenía la máquina en su mano. Ya era dueño de sus iniciativas. ¿No podría desarrollar libremente sus ideas, aplicar su voluntad potente a la gran obra?

Las cosas, y más que las cosas las personas, enfriaron su entusiasmo al mes de gobierno. Cierto que le ayudaba la opinión vocinglera; pero las principales figuras políticas no hacían nada en su favor. Los adictos de fila pedían destinos y actas y esperaban que el jefe les diera todo hecho. Los contrarios aparentaban una calma prudente, tras de la cual don Juan de Dios creía sentir el sordo roer de las conspiraciones. Aún no había perdido la confianza en sí mismo; seguía creyendo en su papel providencial; pero ya le anunciaba el corazón que la empresa no era coser y cantar y que tendría que tragar mucha quina antes de rematarla dignamente.

Conferenció con Galiano a la hora convenida sobre asuntos electorales; con Saavedra, sobre la probable benevolencia de los moderados Toreno y Martínez de la Rosa; con Olózaga, para ver de que las sociedades secretas hiciesen entender a las Juntas que había llegado la hora de poner fin a la bullanga, pues en Palacio comenzaban los infalibles síntomas de desconfianza y miedo. De esto le había hablado aquella misma tarde don Fernando Muñoz, dándole una prueba de verdadero aprecio. Y, francamente, no había que esperar ninguna ventaja política mientras no se diese a toda la gente de allá, real o morganática, una plácida confianza y un sueño tranquilo. Con Williers habló de asuntos diplomáticos y de eso que tiempo ha viene siendo la constante comidilla de los pueblos débiles: *la actitud de Inglaterra.* Mendizábal era muy afecto al leopardo y esperaba un apoyo más positivo que el de la prometida legión. El astuto representante de la Gran Bretaña repitió a nuestro ministro sus recomendaciones de siempre: refrenar la anarquía, no temer la libertad practicada dentro de las leyes, poner en funciones regulares el Parlamento, acudir a la guerra con toda clase de recursos y trazar las grandes líneas del porvenir efectuando la venta inmediata de toda la propiedad territorial de las órdenes religiosas.

Cerca de la una, Mendizábal se quedó solo; mas no se resolvió a retirarse a su casa, porque el aposento ministerial le retenía, le agasajaba; temía dejarse allí las ideas si se iba, y con sus ideas la ilusión risueña y querida de salvar al país y hacerlo dichoso. No menos de media hora estuvo paseándose de un ángulo a otro, a la luz ya mortecina de los quinqués, entre los retratos de personas reales o de eminencias políticas: la reina Amelia, clorótica y triste; Fernando, sanguíneo y echando a

borbotones la perfidia por sus ojos de fuego, el sarcasmo por su belfo labio... Más allá, personajes de peluca que habían gobernado la Hacienda y la Marina: Patiño, Ensenada; en un ángulo Riperdá, con su risa ladina; en otro, Macanaz, con su hermosa cabeza poblada de ricitos.

Cansado de pasearse, Mendizábal sacó de su pupitre varios papeles, cartas que aún no había leído, de esas cuyo escaso interés se adivina por el sobrescrito y que se dejan sin abrir por no desperdigar la atención; otras de letra bien conocida, que, positivamente, no eran de asuntos ministeriales, más bien pretensiones ridículas, jaquecas, extravagancias, anónimos quizá, llenos de injurias repugnantes o denunciando algún proyecto terrorífico de las logias masónicas.

Era hombre don Juan que a lo mejor transportaba toda su atención de lo grave a lo menudo, como espíritu aventurero que gozara en suponer la existencia de cosas grandes escondidas de un modo carnavalesco detrás de cualquier insignificancia. Su imaginación le llevaba a la puerilidad. Creía fácilmente en las posibles emergencias de sucesos importantísimos, efecto enorme engendrado por la menor cantidad posible de causa. No estaba exento su espíritu de superstición: esperaba bienes repentinos, no anunciados por la lógica; temía desventuras abrumadoras, caídas como el rayo, sin el antecedente natural de errores determinantes.

En aquella hora de calma y soledad, aplicando a los objetos secundarios más bien la curiosidad que la atención, fijóse primero don Juan en una cuenta de zapatero; después pasó la vista por un plan en que anónimo arbitrista ofrecía saldar toda la deuda de España con una simple combinación de cifras; leyó en seguida una carta procedente de Londres, escrita en español de colegio inglés. En la primera carilla, una mano trémula había trazado quejas melancólicas, reproches agridulces; en la segunda se lamentaba de un olvido semejante, de abandono; en la tercera formulaba con indecisa escritura una protesta de firme constancia a prueba de desdenes, y en la última pedía dinero. En la posdata suplicaba se le mandase inmediatamente orden contra la casa *Tal*... Esta epístola y los documentos anteriores fueron a parar, en pedazos, a la cesta de los papeles inútiles. Cogió luego otra carta, cuyo sobrescrito era un puro adefesio, y, abierta, leyó con no poca dificultad: «Señor don Juan excelentísimo: Por encargo de la señora doña Jacoba Zahón, que permanece enferma en cama, le digo cómo la ropa de la niña importa mil setecientos y veinte y dos reales efectivos, que hará el favor de remitir a la mayor brevedad para atender a las urgencias. Pues ha de saber que se debe lo del maestro de piano, baile y viceversa, con lo demás que había pendiente del coste del mes pasado inclusive, y son por justo, naturalmente, trescientos y doce reales netos, con lo de medicinas trescientos ochenta y ocho. Doña Jacoba espera le suministre pronto la suma total de los expresados líquidos reales de vellón, como débitos naturales, y me encarga conjuntamente le diga que le besa las manos y que tendrá el honor de visitarle en cuanto se alivie de sus reumas achacosos. Dios guarde a usted, excelentísimo, años muchos, y mande a su servidor, que lo es—*Cayetano Lapresti*.»

Suspirando fuerte, señal inequívoca de lo desagradable del asunto, cogió la pizarrita en que anotar solía las obligaciones perentorias del día siguiente, ya fuesen políticas, ya del orden familiar y privado. Media pizarra estaba escrita ya con diversos recordatorios de varia importancia: «Circular intendencias... Ver Argüelles, proyecto electoral... Recuento de frailes... Relaciones de monjas... Escribir duque de Broglie...» Con mano enérgica, fruncido el ceño, apuntó debajo: «Asunto Negretti... *Din. jor.*» (Que quería decir: mandar dinero a la jorobada.)

Guardó unos papeles en las gavetas; recogió otros, metiéndoselos en el bolsillo; tiró de la campanilla. El sonido lejano de ésta produjo la aparición de un portero que surgió de entre los pliegues de la cortina.

—Mi capa... El coche—dijo su excelencia, dando pataditas en la alfombra, que aún era de verano; se le habían enfriado los pies, calzados con zapatito mujeril.

Y con esto se fué Mendizábal a su casa de la calle de San Miguel. Durmió mal. Volteaba el cuerpo entre las sábanos, y en su cerebro, enardecido por el trabajo, se torcían las ideas y se enlaza-

ban como queriendo formar una trenza: «Ley electoral... ¡Pobre Negretti!... La guerra... ¡Pero esa niña, esa fastidiosa niña!... ¡Esa guerra, esa maldita guerra!...»

XIV

También el bueno de Calpena durmió mal a causa de los sobresaltos de su amor propio, que aquella noche, al volver de la oficina, había sufrido nuevos golpes. La última carta de la *mano oculta* revelaba un espionaje fastidiosísimo. Era, en verdad, humillante no poder dar paso alguno de que no tuviera conocimiento la persona que le protegía. Cierto que agradecía la protección; pero habríala estimado más si no significara para él la pérdida de toda libertad. Al día siguiente, el anónimo corresponsal mostró detallado conocimiento de cuanto al señorito le había ocurrido en la oficina; le reprendió por la compañía del tísico Serrano; le incitaba a frecuentar menos los cafes y más la sociedad, pues en aquéllos adquiriría hábitos de grosería y desparpajo y aprendería en ésta la finura y distinción de un perfecto caballero.

—Hijo mío—decíale don Pedro, resueltamente conforme con las opiniones de la incógnita—, no te importe esa vigilancia, que puede ser algo molesta, pero que, sin duda, te apartará de muchos peligros. Frecuenta la sociedad, pues ya tienes relaciones que te introduzcan en casas decentes, donde hallarás exquisito trato, buen comer y placeres honestos. En fin, te conviene *mejorar el terreno*. Es la única manera de irnos librando de este maldito romanticismo que pretende volvernos locos. No desobedezcas a quien quiere llevarte a la regularidad, a la buena escuela de tu padrino don Narciso.

—Pues le diré a usted con franqueza, mi querido Hillo: la falta de libertad que me resulta de esa subordinación cargantísima a un poder misterioso, a un poder benéfico, lo reconozco, pero enteramente inquisitorial, a estilo veneciano, produce en mí un vivo anhelo de evadirme de tan enojosa tutela. No sabe usted cuánto deseo hacer algo que resulte ignorado por mi anónimo gobernante. ¿Por ventura, el servicio de policía que ha organizado para vigilarme ha de ser tan perfecto que no pueda yo burlarlo, siquiera para probar la habilidad con que lo burlo? En la oficina hay ojos que me observan; aquí, en casa, no digamos; en la calle, en el café, en los teatros, en las casas que visito, ya sabe usted lo que pasa. No respiro sin que *allí lo sepan*. Pues yo quisiera respirar a mis anchas, y decir: «Te fastidias, que no lo sabes.»

En el curso de octubre fué introducido el venturoso mancebo por Mesonero Romanos en casa del médico Rivas, padre de tres niñas preciosas, muy saladas: Marianita, Mariquita y Juanita, conocidas en el mundo poético por *Laura, Silvia y Rosaura*, con que las designaban sus novios o pretendientes (en aquel tiempo se solían llamar *amantes)*, que eran poetas de lo más granadito entonces. Las chicas, eso sí, descollaban por su picante belleza así como por su ingenio; una de ellas también versificaba, otra pintaba y las tres hacían en el canto y baile angélicos primores.

Recibido en palmitas fué Calpena en la casa del ilustre médico, y a la segunda noche echó de ver que la mayor de las niñas le gustaba extraordinariamente. A la noche tercera hubo de entender que era correspondido: a las miradas flamígeras siguió el tiroteo de florecillas verbales y alguna breve y ardorosa promesa. Al fin de la semana ya corría de sala en sala la opinión de que eran novios. Pero, ¡ay!, el domingo recibió Calpena la carta anónima con el siguiente réspice: «Niño, me desagrada lo que no puedes figurarte tus revoloteos con la chica mayor del cirujano Rivas. Simple, ¿en qué estás pensando? ¿Sabes que haces un papel ridículo? Si estás ciego, caiga de tus ojos la venda. No digo que *Silvia* y sus hermanas no sean honestas: lo son. Pero ya en el nido de sus tiernos corazones ha batido sus alitas otro amor...»

—¡Oh, qué figura tan linda! En el nido de sus tiernos... Adelante. Sigue leyendo.

Y Calpena, dándose a los demonios, continuaba la lectura:

—«Las tres tienen sus adoradores. Mesonero es el zagal de la tercera pastorcita, la linda *Rosaura*. En los altares de la segunda, *Silvia*, bella, quema el incienso de su inspiración socarrona Bretón de los Herreros. Y, por último,

escucha y tiembla... Ventura de la Vega, tu amigo, ese que te recita sus versos en el café para que convides a toda la partida, es el dichoso amante de *Laura;* la misma noche que os cantó la niña el aria de *Elisabeth*, del maestro Caraffa, quedó concertado entre Ventura y los padres encender pronto la antorcha de Himeneo... Conque ya ves...»

—¡Qué elegancia de estilo: «Encender la antorcha...»!

Concluía la carta con observaciones de otro orden y la noticia de que ya se habían dado los pasos para redimirle de la quinta de cien mil hombres, mediante el pago de cuatro mil reales. En la del siguiente día se le ordenaba que no volviese a la tertulia del cirujano; que no pensara más en la bella *Laura* y que procurase meter la cabeza, pues relaciones iba ganando para ello, en casas de más categoría, en los dorados salones aristocráticos. «Mira, tontín: Roca de Togores, que es un chico muy introducido, puede llevarte a casa de Campo-Alange, y el almibarado Clemencín (llamémosle don Agapito), a casa de Castro-Terreño.»

—Ya ves—decía Hillo, cayéndosele la baba—con qué seguro dedo te marca tus altos destinos. Pero, tontín, digo yo ahora, ¿cómo has podido figurarte que te íbamos a permitir entroncar con la hija de un cirujano? ¡Don Fernando Calpena unido en desigual coyunda con una simple *Laura,* sin más título que los ovillejos que le endilgan poetas chirles!... No, hijo, tú no puedes *encender la antorcha* sino con damas de otro cuño; y aunque pienso que no habrá en Madrid las hijas de duques o archiduques que te corresponden, sigue por de pronto el consejo que te da quien darlo puede y mete la cabeza en las áureas viviendas de los Abrantes y Veraguas, de los Oñates y Medinacelis.

Refunfuñando, Fernandito concluía por someterse a todo, y a fines de octubre le introdujo un amigo (no se sabe fijamente si fué Ros de Olano o Miguel de los Santos Alvarez) en las casas de Almodóvar y de Campo-Alange. En la primera de estas mansiones conoció a una beldad fría y correcta, hija de un aristócrata que era al propio tiempo general poco afortunado, la cual cautivaba a cuantos la veían, no sólo por su marmórea belleza, exenta, eso sí, de toda gracia, sino por su ingenio. Educada en Francia, se traía lecturas varias y admiración muy redicha por Chateaubriand, De Jouy y otros coetáneos, siendo también algo versada en Racine, Marmontel y madama Genlis.

Con ella platicaba Calpena; notaba éste que su conversación y figura eran del agrado de la marmórea, de lo cual vino que él también se sintiese cautivado por la linda estatua, y aun que se lo hiciese comprender en delicadas perífrasis. La *oculta mano* escribió: «Bien, bien, caballerito; ése es el camino. Recomiendo, no obstante, moderación, pausa, fino pulso y no lanzarse con demasiados ímpetus por un terreno que, a tus inexpertos ojos, parecerá llano, y no lo es. En él hay asperezas y obstáculos enormes que tú no ves, pobre niño. Habrás notado que nuestra sociedad es la más democrática del mundo y que en las casas más linajudas no se niega el paso a ninguna persona bien vestida. Para recibirle y agasajarle, a nadie se le pregunta quién es, ni de dónde viene, ni adónde va. Yo creo que tanta franqueza no conduce a nada bueno. Por más que sólo sea aparente, esa igualdad significa que nuestra aristocracia pierde el sentido de su misión y no sabe conservar el orgullo castizo, el cual sería un baluarte contra las confusiones que se anuncian y que traerán un desquiciamiento social. Perdona mi pedantería.»

—¡Por San Cucufate! No es pedantería—exclamó don Pedro, palmoteando—, sino profunda filosofía de la Historia. Sigue.

—«Esa igualdad es un mal síntoma, y nada más por ahora; una forma de cortesía tolerante... En el fondo, en los hechos no hay tal igualdad. Por eso, al notar muchos que te aproximas a la marmórea, empiezan a preguntar: «*Ese Calpena,* ¿quién es? ¿De dónde ha salido ese barbilindo?»... Y ya verás, ya verás cómo empiezan pronto los desdenes, las envidias... Para que nada de esto ocurriese y tus caminos fuesen llanos sería preciso que en aquella misma esfera hubiese personas que evidentemente te protegieran; que, respondiendo de ti, dijesen a quien deben decirlo... «*Ese pobrete* es digno de la niña, y cuando sea preciso demostrarlo se demostrará.» Si ahora te digo que la estatua erudita, lectora de Chateaubriand y aun

de Destutt de Tracy, heredará tres millones y medio, no lo hago porque veas en la riqueza un incentivo a tu inclinación, no. *Ese don Nadie* no busca un enlace de conveniencia, ni necesita los millones ajenos, porque es de los que, por su gran mérito, pueden permitirse la libertad de ser pobres.»

—¡María Santísima, qué frase!... Adelante.

—«De ser pobres... Te hablo de la presunta riqueza de la niña de mármol, para que sepas que tu marcha por ese camino ha de ser muy disputada. Pero no te acobardes. Sobre que tú no sabes si tendrás aún medios de apedrear con doblones a los que ahora hablan de tu nulidad y pobreza, sigue adelante y no veas en la preciosa damisela más que su educación cristiana, la hidalguía de su familia y de su nombre, su honestidad, su talento instruidito, sus condiciones, en fin, de grandísimo precio, y las virtudes y méritos de sus padres, pues aunque el pobre general nunca ha sabido mandar cuatro soldados, eso no quita para que sea excelente persona, muy atenta a sus intereses; y en cuanto a su madre, bien sabes que no hay en Madrid quien la aventaje en nobleza y virtudes... No escribo más. Me duele la cabeza. Pero ¿qué importa, si el espíritu está gozoso?»

Mucho dió que pensar a Calpena, el contenido de esta carta, y tanto se entusiasmó don Pedro oyéndola leer, que casi, casi se le saltaron las lágrimas.

—¿Ves, ves—le dijo—cómo yo tenía razón? Y que ha de ser una mujer de inaudito mérito esa marmórea chica. ¡Vaya, que leer a Destutt de Tracy!... Y ¡qué guapa será!... Hombre de Dios, un día iremos de paseo al Prado, a ver si la encontramos, para que me la enseñes. Ya me figuro su belleza, su dignidad, su mirar grave, como de la diosa Minerva, su andar majestuoso. Bien, hijo, bien. Ese es el camino, ése... Y ya sabes, dejaré de ser tu amigo y mentor... si... Ya sabes mi tema: hay que *rematar la suerte.*

En tanto, Calpena continuaba prestando su servicio de secretario particular del primer ministro, muy a gusto de éste, al parecer, pues cada día le fiaba epístolas de mayor delicadeza, aun aquellas que contenían algún secretillo político o en que desahogaba en la confianza de un buen amigo el recelo que en él iban despertando las dificultades de su magna empresa.

Por aquellos días ya no iba Fernandito a los cafés y esquivaba todo lo posible la sociedad del tísico Serrano, cuyo pesimismo había llegado a serle odioso. Dos veces fueron juntos al teatro. Dábale Serrano los nombres de todas las personas que en palcos y butacas veían, sin que de esto pudiese sacar ninguna luz el aburrido joven. Y como a cada nombre que el tísico decía agregaba comentarios injuriosos, pues para él no había mujer honrada, ni madre que no vendiese a sus hijas, ni esposa que no imitara la conducta aleve de la señora de Oliván, Calpena no quiso más tal compañía ni aquella erudición tan mentirosa como terrible.

Con Milagro, su compañero de secretaría, sí que hizo buenas migas Calpena, y en los cortos ratos libres platicaban de política o literatura contemporánea, que el viejo conocía medianamente, o bien de cosas familiares y domésticas. Todo franqueza y espontaneidad comunicativa, Milagro contaba los refunfuños y genialidades de su mujer, las bataholas de sus chiquillos menores y las gracias habilidosas de sus dos niñas.

—Es ridículo—decía—que a una persona como usted, introducida en la mejor sociedad, le invite yo a venir a pasar un rato en mi humilde casa, donde todo es pobreza..., también alegría, eso sí... Pero yo creo que habría de gustarle oír tocar el arpa a mi hija María Luisa, discípula de Fagoaga, gran discípula, para que usted lo sepa..., y el instrumento es de lo mejor que ha fabricado don Tiburcio Martín, plazuela de Matute... Ni le desagradaría a usted echar un parrafito con mi hija segunda, Rafaela, que sabe francés y me ayuda a traducir *Mujeres célebres.* Lee todo lo que cae en sus manos, y ahora está agarrada noche y día a la *Corina*, de madama Staël... Y en casa puede usted ver a una notabilidad, un chico poeta de mi pueblo, Chiclana, que aunque soldado de la última quinta, hace versos como los ángeles; sólo que es tan corto de genio y tan para poco, que cuesta Dios y ayuda hacerle leer lo que escribe. Se llama Antonio García Gutiérrez y ha compuesto un dramita que titula *El trovador* o cosa así, y en casa nos ha

parecido tan bueno, que yo mismo se lo he llevado a Guzmán para que lo lea, a ver si a él o a Carlos Latorre les da la ventolera de representarlo. Otro chicarrón va por allí, Pepe Díaz, que también hipa por la poesía y el teatro. No les falta más que apoyo, protección, y aquí, ya se sabe, no la hay más que para los necios enfatuados. Yo les digo «Hijos míos, no os acobardéis, que a falta de otros protectores, aquí me tenéis a mí... ¡Milagro será que no os saque adelante Milagro!... ¡Je, je!...»

Cortés y agradecido Calpena, declaró que con mucho gusto aceptaría la invitación, visitándole una de las noches que tuviera libres. Al mismo tiempo recordó el conocimiento de Milagro con doña Jacoba Zahón, añadiendo que para esta señora había traído de Francia un encargo que aún se hallaba en su poder. Por voluntad expresa del remitente no lo entregaría más que a la misma persona a quien venía destinado, y ésta debía presentarse a recogerlo.

—Seguramente—dijo Milagro—es una caja de pedrería... ¿Por qué se asombra usted? La Zahón comercia en diamantes y perlas. La casa es muy conocida: «Zahón y Negretti», calle de Milaneses. Hoy, por muerte de Zahón, se ha quedado al frente la viuda, para quien algunas noches trabajo, escribiéndole la correspondencia y poniéndole las cuentas en orden.

—No puede ser caja de piedras preciosas lo que traje y aún conservo—observó Calpena—, pues no habían de tardar tanto en recoger cosa de valor tan grande. ¿Acaso comercia esa señora en pedrería falsa?

—No, señor... Todo lo que compra y vende es de la mejor ley. Si no ha pasado doña Jacoba a recoger su encargo será porque ha estado enferma, o porque no tiene noticia exacta de la persona que lo ha traído.

—Debe de tenerla, porque al día siguiente de mi llegada escribí a Olorón dando cuenta de mi domicilio. Por cierto que me dijeron que esa señora es jorobada.

—Cargadita de espaldas... Yo le hablaré del caso, y nos iremos a su casa si ella no puede salir. Verá usted una mujer lista y estrafalaria, genio desigual, mañas de urraca, agudezas de lince, toda uñas, toda desconfianza...

—Pues yo había creído que el paquete que traigo es de cartas o papeles políticos. Dígame usted..., aquí en confianza, ¿esa señora conspira?

—¡Conspirar la Zahón...!—dijo Milagro perplejo—. No..., que yo sepa, no... ¡Conspirar...! Para la Zahón no hay más política que ganar dinero, engañar a quien puede, y despojar a los infelices que caen en sus garras.

—Ello será como usted lo dice; pero yo puedo asegurarle que un compañero mío de hospedaje, que anda en las logias de la casa de Tepa, supo, a los pocos días de mi llegada a Madrid, que yo había traído ese encargo, y tanto él como sus amigos López y Caballero creían, y así me lo dijeron, que el paquete era de papeles políticos y venía destinado al eterno conspirador don Eugenio Aviraneta.

—Observe usted, amigo Calpena, que los patriotas, de tanto andar al oscuro en logias y *sublimes talleres* soterráneos, ven visiones, y como la Policía de aquí vive también palpando tinieblas, entre unos y otros le arman a usted unos enredos que le vuelven loco. El año del fusilamiento de Torrijos, vine yo de Sevilla a Madrid en galera, y no acelerada, con mi familia, pasando los mayores trabajos que usted puede imaginar. Diéronme allí un encargo para la señora de don Vicente González Arnao, el amigo de Moratín; la cual era muy obesa y padecía de estreñimiento. Por esto comprenderá usted que el encargo era una lavativa, gran pieza, modelo recién enviado de Inglaterra. Pues no puede usted figurarse la que se armó con el dichoso instrumento en cuanto me lo descubrieron los de la Policía. No le digo a usted más sino que me costó la broma cuatro meses de cárcel, y mi mujer y mis hijos no se murieron de hambre porque les recogió un pariente de Bertrán de Lis...

—¿Y la señora de Arnao...?

—Reventó..., naturalmente. Su muerte debió ser un nuevo cargo para la Superintendencia de Policía, como verdadero asesinato... político.

Campanillazo... Acudió Milagro presuroso al llamamiento del señor ministro.

XV

A los pocos momentos de quedarse solo Calpena en el despacho, entró Iglesias por la puerta interior, que comunicaba con la Secretaría.

—En nombrando al ruin de Roma... No hace diez minutos, querido Nicomedes, que le recordábamos a usted.

—No sería para hablar mal.

—De ningún modo. Al contrario...

—Hace un siglo que no nos vemos, amigo Calpena. Ayer y hoy no he comido en casa. Tenemos usted y yo las horas encontradas, y lo siento, porque en estas circunstancias me conviene verle a usted con frecuencia. Por eso he venido.

—Estoy a sus órdenes.

—Ya sé—dijo Nicomedes, dejando sobre la mesa su sombrero, que era de última moda, cilíndrico, enorme, un soberbio tubo de chimenea con alas planas—, ya sé que el presidente le quiere a usted mucho.... Eso se llama caer en pie. Usted es de los que se lo encuentran todo hecho. Bien haya quien tiene el padre alcalde... Pues yo, contando con su amabilidad, venía...

—Siéntese el buen Iglesias, y dígame en qué puedo servirle.

Sentóse Nicomedes, y pasándose la mano por las melenas, que eran largas y copudas, parecía inquieto, caviloso, extenuado por el insomnio y las ansiedades de la ambición.

—Quisiera que el simpático Calpena, sin faltar lo más mínimo a la reserva que le impone su cargo en la secretaría particular..., ¡cuidado, que no trato de poner a prueba su discreción!..., pues quisiera que usted me dijese si ha escrito a don Juan Alvarez en favor mío...

—¿Quién? Supongo que será recomendación para las elecciones.

—Justo. Pues se comprometió a escribir al presidente, recomendándome con toda eficacia, imponiéndome más bien, quien menos puede usted figurarse.

—¿Caballero, Trueba y Cossío?

—Esos son amigos míos, y bastante tienen con manipular su elección, el uno en Cuenca, el otro en Santander. A mí me habían prometido incluirme en la candidatura de Murcia. Quiroga me aseguró que allí me votarían hasta las piedras. Luego resulta que, no las piedras, sino los electores, votan a Escalante. Al fin me refugié en Villafranca del Bierzo, donde tengo algunos elementos.

—Por ese lado, Argüelles influye, también don Martín...

—No cuento con ésos... Ofreció apoyarme..., vuelvo a decirlo, quien menos puede usted sospechar... En este juego de la política los extremos se tocan. Pues me apadrina don Francisco Martínez de la Rosa, es decir, prometió hacerlo..., en virtud de concesiones mutuas que acordamos en Tepa, interviniendo por los moderados Ramón Narváez; por nosotros, mi amigo Palarea.

—Ya..., comprendo... Y usted quiere saber si Martínez de la Rosa ha escrito... Lo ignoro; si algo supiera se lo diría, pues en ello no veo deslealtad Por mi mano no ha pasado carta de don Francisco; y si don Juan la ha recibido, habrála contestado por sí propio.

—¿Y su compañero de usted, ese viejo cegato...?

—No sé nada. Es hombre muy reservado.

—Bueno; desde ayer sospecho que esos malditos *anilleros* nos engañan. Siempre han sido lo mismo. Cuando están fuera del poder, nos buscan, nos agasajan, se arriman a la *exaltación*... Otra cosa: ¿no recuerda usted si entre las recomendaciones de candidatos que hace diariamente este buen señor a don Martín de los Heros ha ido mi nombre?

—Tampoco lo recuerdo.

—Voy creyendo que Heros me engaña también. No puede esperarse otra cosa de quien no tiene iniciativa ni criterio para nada. Tanto a él como a Becerra, les trata este señor como a criados.

—Pues mire usted—indicó Calpena, esforzándose en hacer memoria—, yo tengo idea de haber visto el nombre de usted en alguna de las cartas que me ha dado don Juan para contestarlas...

—A ver si recuerda, hombre, a ver si recuerda...—dijo Iglesias, aproximando su silla para poder hablar en voz más queda—. ¿Sería en una carta de don Fernando Muñoz?...

—¿El marido de la reina? No... Don Fernando estuvo aquí una noche y habló con el presidente, lo que no tiene nada de particular, y por eso puedo decirlo

—Y ¿no ha pasado por aquí una carta de don Juan Muñoz, padre jesuíta hermano de don Fernando? Me consta que le suplicó se interesase en favor mío la persona que le salvó la vida en el colegio de San Isidro el día del degüello, en julio de mil ochocientos treinta y cuatro.

—Tampoco he visto carta alguna de ese señor jesuíta.

—Pues no dudo que su hermano habrá dicho algo a Mendizábal. Sepa usted que en Palacio, de tiempo en tiempo, echan una mirada a la *exaltación,* y nos halagan para que extrememos la guerra. Decididamente hemos vuelto la espalda al señor *Dracón,* que no nos sirve para nada. Ya sabe usted que en el actual momento histórico doña Carlota y su hermana están a matar.

—No sabía... La verdad, me fijo poco en intrigas palatinas. Creo que mucho de lo que se cuenta es falso, embustes fraguados a gusto del que los pone en circulación.

—Lo que digo es el Evangelio. Están a matar .. Nosotros hemos abandonado a *la Carlota,* y apoyando por el momento a Cristina, trabajamos en el extranjero para evitar la protección que dan a don Carlos los legitimistas y vendeanos. Mendizábal hace la misma política: no me dirá usted que no escribe cartas a la hermana de estas señoras. Carolina, duquesa de Berry.

—Nada sé, amigo mío—declaró Calpena, comprendiendo al fin que debía refugiarse en la discreción y evitar revelaciones inconvenientes.

—Pues bien: decidido a minar la tierra para ocupar el lugar que me corresponde en el Estamento, y viéndome abandonado por algunos amigos, vendido por otros, por ninguno apoyado resueltamente, he pegado un brinco horroroso, solicitando el apoyo de un legitimista francés de gran empuje para que recabe de la duquesa de Berry una expresiva recomendación.

—Y ese legitimista es el señor conde de la Pommeraye, ayudante que fué del duque de Angulema. Ha escrito a Mendizábal; pero no hace referencia a la de Berry y se limita a dar las gracias por el reconocimiento que se le ha hecho de varias cruces concedidas al año veintitrés, asunto que quedó suspendido por error o por olvido de ciertos trámites...

—Me consta que a la de Berry debe el de la Pommeraye que le hayan reconocido dos cruces pensionadas. Lo sé: es amigo de mi familia. Mi tío Andrés le salvó la vida en el ataque y toma de Pasajes... Por lo visto, usted no puede o no quiere darme ninguna luz. Cada día me afirmo más en la idea de que todos me abandonan, de que nadie se interesa por mí... ¡Y esto le pasa al hombre que ha consagrado toda su inteligencia, su vida toda, a la idea revolucionaria, a la redención de este pueblo!... ¡Mátese usted, reviéntese, padezca hambres y persecuciones por la regeneración de un país, por ennoblecerle, por desasnarle, por sacarle de las uñas de la feroz tiranía.... y cuando cree recibir el premio de su servicio, cuando usted humildemente dice a ese país: «Dame tu representación, dame tus poderes, pues quiero desgañitarme en tu defensa», vese usted desatendido, menospreciado, tratado como un loco... ¡Oh, esto no puede ser, esto clama al Cielo!

Dió un porrazo en la mesa el iracundo Nicomedes y se levantó, irguiéndose con fiera majestad y sacudiendo la melena. Quiso calmarle don Fernando con frases de esperanza:

—No desmaye usted tan pronto. Si no es ahora, otra vez será.

—Lo mismo me dijeron en las primeras Cortes del Estatuto... No, no he nacido yo para vestir imágenes..., ni aun la imagen de la Libertad. No, ya no espero nada... La culpa tiene quien se desvive por sus ideas, olvidando que ha nacido en la tierra de la ingratitud... Créame usted, los carlistas lo entienden. Van tras de su objeto espada en mano; persiguen la realidad a sangre y fuego. Esos no se andan con remilgos, ni fían su éxito a las amistades, ni a los hinchados discursos, ni a recomendaciones impertinentes. ¡Hierro, y nada más que hierro!... Mientras nosotros no hagamos lo mismo, no iremos a ninguna parte.

Y cogiendo el enorme sombrero con tanta violencia que a punto estuvo de romper el ala (¡lástima grande, pues lo había comprado aquel día!), se lo encasquetó sobre la melena, diciendo:

—Yo le aseguro a usted, querido Fer-

nando, que me la pagan..., ¡vaya si me la pagan!...

Despidiéndole en la puerta, tuvo Calpena una idea feliz:

—¿Por qué no se decide usted a hablar con el propio Mendizábal? El llanto, sobre el difunto. Pídale usted audiencia ahora mismo.

—Ya h e m o s hablado... Me recibirá muy atento. A buenas palabras no le gana nadie. Pero todo se queda en agua de cerrajas... Déjele usted..., déjele. Fracasará por no rodearse de los verdaderos patriotas... Morirá a manos de los *santones*... ¡Qué muera, que se hunda...!

En aquel punto entró Milagro con un puñado de cartas, y preguntándole Calpena si el presidente estaba solo, dijo que en aquel momento acababan de entrar don Agustín Argüelles y don Ramón de Calatrava.

—Ahí tiene a todo el *santonismo*—dijo Iglesias con sarcasmo—. Vienen a tomarle medida del féretro... y a cortarle los pies bonitos para que quepa... Es muy grandón don Juan Alvarez Mendizábal... Pero quizá lo que le sobra no es por abajo, sino por arriba... Señores, conservarse.

No pudieron entretenerse los dos amigos en conversaciones, porque al punto se enfrascaron en el trabajo, que no era flojo aquel día. Milagro dió a su compañero algunas cartas, indicándole el sentido de la contestación, y al instante humilló su fláccido rostro, paseando la punta de la nariz sobre el papel, al propio tiempo que la pluma. Contestó Calpena varias cartas de pura cortesía, de esas que no dicen nada y formulan vagas promesas, con arreglo al patrón usual en las secretarías familiares de los señores ministros. Toda la tarde se la pasó el de Hacienda en conciliábulos con prohombres, en firmar asuntos importantísimos de Deuda, de Aduanas, algunos nombramientos, y en repasar el proyecto de discurso que había de leer la reina en la próxima apertura de los Estamentos. A última hora llamó a Milagro. Dejando a un lado la política y apartando de sí todo el papelorio que delante tenía, se dispuso a despachar un asunto privado que, sin duda, le causaba inquietud y fastidio, a juzgar por el tono con que dijo a su escribiente:

—Otra vez esa pejiguera. Oiga, señor Milagro: mañana me hará usted el mismo favor del mes pasado.

—A las órdenes de vuecencia.

—Nada, que esa maldita jorobada, que Dios confunda, a vuelto a pedirme dinero. Y no tengo más remedio que mandárselo, aunque voy pensando que hay en esto mucho de socaliña... ¡Pobre Negretti! Como usted la conoce y trabaja en su casa, me hará el obsequio de llevarle esta cantidad que me pide... Vea usted qué letra y qué estilo... Cuide de hacerle firmar el recibo en la misma forma de la otra vez... «He recibido del señor Tal..., testamentario del señor Negretti..., la cantidad de tal, importe de alimentos y demás de...»

—Descuide vuecencia...

—Es un asunto que me desagrada, y en la posición que ahora ocupo, francamente, no me convienen estos tratos, aunque, bien mirada, la cosa es sencillísima y nada tiene de particular... Usted, como buen gaditano, conocería al pobre Negretti.

—Sí, señor... Tratante en pedrerías y en metales preciosos. Si no recuerdo mal, era corso.

—No; hijo de padre corso. Oiría usted contar que en uno de sus viajes a Inglaterra conoció a la Montefiori. ¿Sabe usted quién era? Una mujer de historia, muy guapa, francesa o italiana, no lo sé a punto fijo ni creo que lo supo nadie.

—Algo me contaron...

—A lo tonto, a lo tonto, empezando por galanteos de esos que allí, como en París, son la aventura de un día, o de una semana, sin consecuencias, Negretti se enamoró perdidamente de aquella prójima... Y a tanto llegó la ceguera del hombre, que se casó con ella... Crea usted que el día que me lo dijo, por poco le mato. De nada valieron los consejos, las exhortaciones de sus buenos amigos. Jenaro sentía el vértigo y se arrojó a la sima.

—Ya, ya recuerdo la historia... Su mujer murió.

—Asesinada, al salir de un baile en Vauxhall, un sitio que hay en Londres, adonde concurre todo el mujerío..., ya me entiende usted.

—Comprendo... Mujeres g u a p a s... Pues... Esa señora dejó una niña.

—Que recogió Negretti, poniéndola en casa de los Montefioris de Healton Gar-

den, una calle de Londres donde está todo el comercio de pedrería. A la muerte de Jenaro, la niña, por disposición testamentaria de éste, fué puesta al cuidado del Montefiori de Mallorca, y luego de Zahón y Negretti.

—Y ha quedado al fin bajo el poder de doña Jacoba, donde ahora se halla. La conozco, señor.

—¿Qué tal es la chica? No la he visto desde que tenía tres años.

—Señor—respondió Milagro, dando un suspiro—, Aurorita es preciosa...

—Sale a su madre, que era una divinidad—dijo el gran Mendizábal; y se le encandilaron los ojos cuando repitió—: Es preciosa la niña...

—Pero muy revoltosa, señor... El carácter más desconcertado que vuecencia pueda imaginar.

—Tiene a quien salir... Pues bien: Negretti dejó en mi poder todo su dinero... No crea usted, pasa de un millón de reales lo que tenía, y con su fortuna me dejó el encargo de atender a la chiquilla durante su menor edad... Ello es enojoso, mayormente hallándose la joven en poder de los Zahones, de quienes tengo malas noticias.

—Puedo asegurar a vuecencia que la niña de Negretti está muy mal educada y tiene los demonios en el cuerpo; pero merece vivir en mejor compañía, y yo sé que no ha de faltar quien la cuide con el emolumento que percibe la urraca de doña Jacoba.

—Autorizado estoy—indicó don Juan Alvarez, distrayéndose ya de aquel asunto y empezando a pensar en cosas de más importancia—para confiarla a otras personas de la familia; y si averiguar pudiera dónde ha ido a parar Ildefonso Negretti, que se estableció en Bayona, también en joyería, allá por el año veintiséis, de seguro... En fin, señor Milagro, quedamos en que llevará usted a esa señora... Vea la nota, y aquí tiene el dinero... Cuidado con el recibo en regla... Y pueden ustedes retirarse... Yo me voy también, que hoy ha sido día de prueba.

XVI

Acompañado de su amigo y mentor don Pedro Hillo, fué Calpena a las últimas funciones de toros y a la apertura de los Estamentos, que se efectuó a mitad de noviembre con la solemnidad de costumbre, asistiendo la reina gobernadora. En la plaza admiraron la pericia del afamado matador Francisco Montes y el arrojo y gallardía de don Rafael Pérez de Guzmán, oficial del Ejército, de la noble casa de Villamanrique, que había cambiado los laureles militares por las palmas toreras y la espada por el estoque. Tomó la alternativa en Madrid, en junio del 31, y desde entonces fué la más grande notabilidad del arte en aquella década, después del maestro Montes. Con éstos compartía el favor del público Roque Miranda, muy inferior a Montes y a *don Rafael* en la suerte de matar, pero gran banderillero, capaz de poner *pares* en los cuernos de la luna.

Ya se comprende que con la compañía de Hillo en el fiero espectáculo aprendió Calpena no sólo los terminachos, sino las reglas del toreo, adquiriendo el placer de la lidia. Algunas tardes convidó también a Milagro, grande y antiguo aficionado, sólo que la cortedad de su vista no le permitía enterarse bien de lo que pasaba. Hiciéronse amigos Hillo y don José, y su amistad se consolidaba lo mismo por la comunidad de afición que por la diferencia de criterio en el juicio de las suertes. Si coincidiendo simpatizaban, disputando como energúmenos simpatizaban y se querían más. Entre los dos sentábase Calpena en el tendido, y a menudo tenía que intervenir para aplacar los bulliciosos ardores de controversia. Era Hillo devotísimo adepto de la escuela rondeña, y el otro, de la sevillana; enaltecía el clérigo el arte propiamente dicho, la destreza en el engaño, la burla ingeniosa del peligro, la distinción, la apostura, la gallardía de la figura toreril delante de la fiera; encomiaba Milagro el valor, la brutal acometividad sin remilgos, mirando más a la eficacia de la suerte que al afán de *pintarla* y hacer arrumacos. Eran, pues, el uno clásico, romántico el otro. Disputaba Milagro por temperamento bullanguero y por llevar la contraria. Hillo, firme en su *dogma* rondeño, lo sostenía con seriedad digna de una tesis escolástica. Tan pronto se arrancaba Milagro a sostener que *don Rafael* era un chambón, que debía su boga a *ser de la grandeza,* como le fendía resueltamente por su coraje ciego y sin arte. Consideraba a Montes por

paisano, pues ambos eran de Chiclana; pero a lo mejor se complacía en llamarle gandul o *figurero*.

—Pero usted, señor alma de cántaro —le decía Hillo, sin poder contener su enojo—, ¿se ha enterado de lo que ha hecho ese tío en el segundo toro? Sin duda tiene usted telarañas en los ojos cuando no ha visto ese sublime arte del engaño, cuando no ha visto con qué salero se lo pasó a la fiera por delante de la cara para componerla, para quitarle los resabios adquiridos durante la lidia, para igualarle... ¿O es que usted no sabe lo que es igualar al toro?... ¿Sabe acaso distinguir los pases? Para usted es lo mismo el natural que el redondo, el cambiado y el de pecho.

—Lo que le digo a *zu mercé*—afirmó Milagro, al concluir la lidia del tercero—, es que este pase de pecho de don Rafael no lo hace mejor el Verbo Divino.

—¡Pero si ha sido una gran patochada! ¡Usted no lo entiende! ¡Si no estaba perfilado don Rafael cuando se le vino el toro encima, y en vez de adelantar el brazo de la muleta hacia el terreno de afuera en la rectitud del toro, lo que hizo fué...!

—Usted sí que no lo entiende. Don Rafael no movió los pies...

—¡Pero si parecía un bailarín!...

—Le digo a usted que no. Me han salido los dientes viendo matar toros. Don Rafael se estuvo quieto hasta que llegó la res a jurisdicción.

—¡Pero si no llegó a jurisdicción!... ¡Por San Cornelio, que no!... Y el animal no tomó el engaño; y don Rafael, con más coraje que conocimiento, en vez de darle salida por la derecha, se la dió por la izquierda, y no supo emparle. Total, que cuando la res dió el hachazo...

—No hubo tal hachazo.

—Le digo a usted que sí...

—Pues, hijo, si su reverencia entiende de decir misa como de toros, lucida está la santa Iglesia.

—Quien no entiende una palotada *sois vos*.

—Paz, paz—les decía Calpena—. No se peleen por un golletazo de más o de menos. Tan difícil es matar bien un toro como gobernar a un país. Tanto mérito tiene el que se pone entre los cuernos de una fiera, como el que se cuadra ante las astas de una nación querenciosa. No disputemos y aplaudamos a todos.

Salían tan amigos, y hablando de política, el clérigo y el funcionario confundían sus respectivos criterios en un escepticismo zumbón. Fueron también, como se ha dicho, a la apertura de las Cortes, en el Estamento de procuradores, que tenía por alojamiento provisional la iglesia de Clérigos menores (carrera de San Jerónimo), convertida en *redondel parlamentario*. Aunque el día no era apacible, la multitud se agolpaba en las calles por ver a la reina y su corte y por admirar el lujo de corceles empenachados, los lacayos y cocheros a la federica, las carrozas de concha y marfil y todo el elegante barroquismo que constituye el ceremonial palatino de calle. La hermosura de la reina, su gracia y gentileza eran tales, que ante la realidad se achicaban las hipérboles que a su paso se oían. Vestía de negro. Su peinado de tres potencias, con la real diadema y el velo blanco que graciosamente le caía sobre los hombros; la pedrería que al cuello y entre los graciosos moños de su pelo ostentaba; la majestad de su rostro; la sonrisa hechicera con que agraciaba al pueblo dirigiendo sus miradas a un lado y otro, formaban un conjunto que difícilmente olvidaba el que una vez tenía la suerte de verlo. Contaba poco más de veintiocho años, y ya su nombre había fatigado a la Historia, por las circunstancias de su casamiento, de su corta vida matrimonial, de su viudez prematura, que puso en sus manos las riendas de una nación desbocada. Del bien y del mal que hizo se hablará en mejor ocasión. Por ahora se dice tan sólo que aquel día de noviembre, camino de la ceremoniosa apertura, estaba guapísima. Era, sin disputa, la más salada de las reinas. Su venida fué un feliz suceso para España, y su belleza, el resorte político a que debieron sus principales éxitos la Libertad y la Monarquía. Su gracia sonriente enloqueció a los españoles; muchos patriotas furibundos, a quienes las malas artes de Fernando habían hecho irreconciliables, desarrugaron el ceño. Antes de tener enemigos encarnizados, tuvo partidarios frenéticos. Difícilmente se encontrará en la Historia una reina a la cual se hayan dedicado más

versos; verdad que no todos los que se arrojaban a su paso para alfombrarle el camino eran inspirados. Lo que llamamos *ángel* teníalo Cristina en mayor grado que otras prendas eminentes de la realeza, y todos hallaban en ella un hechizo singular, un don sugestivo que encadenaba los ánimos. Por eso Quintana, afectando la confusión lírica, le decía:

¿Quién te dió ese poder?... ¿De quién
hubiste la magia celestial?

Y otro no menos famoso poeta la saludaba de este modo:

¡Cuán hermosa! ¡Sus ojos celestiales
cuán apacibles miran!
Ved en su frente pura
la majestad grabada y la dulzura;
mirad en su mejilla
la rosa del pudor encantadora.
Al consorte real, que en ella adora
no menos la virtud que la hermosura,
ved ¡cuán tierno sonríe
su labio de coral!...

Y fué tal la prodigalidad de epítetos dulzones, *angélica, divina, divinal, dulce, amorosa, celeste,* etc., que la lengua se nos hizo empalagosa, y de ahí vino que por devolverle su tonicidad y fuerza la amargaran demasiado los románticos con sus acíbares, adelfas y cicutas.

En otro orden hubo de manifestarse el mismo fenómeno de reacción. Es indudable que muchos se fueron al campo realista, no tanto por convencimiento como porque estaban hastiados y apestados de tanta *angélica Isabel,* de tanta *celestial Cristina;* protestaban de la virilidad contra el feminismo.

Las tres serían cuando entraba la reina en el Estamento, y si en el tránsito por las calles y Puerta del Sol los vivas no cesaban, ni las encantadoras sonrisas de la dama hermosísima, en la casa parlamentaria los aplausos y vítores fueron delirantes. Aclamando a la gobernadora, se rendía tributo a la hermosura y a la ley, a la vida nueva, a la esperanza de un porvenir dichoso. El símbolo era tan bello, que encendía el fuego de la fe con más eficacia que las ideas. No es extraño, pues, que el historiador, o más bien el filósofo de la Historia, se preguntara: «¿Hasta qué punto y en qué medida influyó en la suerte de España el dulce mirar de aquella reina?» Y un faccioso del orden civil, aficionado a las grandes síntesis, consolaba a don Carlos, años adelante, en las soledades de Bourges: «No hay que culpar a nadie, señor, pues así lo ha dispuesto el que hace las criaturas. Todo habría pasado de distinta manera si la augusta cuñada de vuestra majestad hubiera sido bizca.»

Nuestro amigo Calpena, colocado entre los suyos, don Pedro Hillo y don José del Milagro, vió desde una tribuna a la hermosa reina, y la oyó leer el discurso. Era la primera vez que la veía, y maravillado de tanta majestad y gentileza, sus ojos no se saciaban de contemplarla. Milagro, renegando de su menguada vista, no hacía más que preguntar a Hillo.

—¿Y dónde está Argüelles?... ¿Y Saavedra?... ¿Y los primerizos Pacheco y Donoso Cortés?

Poco fuerte en el conocimiento de personas, Hillo las iba señalando a capricho, y a Pita Pizarro le llamaba conde de las Navas, y a don Antonio González le confundía con don José Landero y Corchado..

—Ahí tiene usted al señor don Juan Alvarez y Méndez, tan orgulloso que parece el zar de Moscovia...—dijo don Pedro, cuando ya se retiraba su majestad—. Con su pelito rizado y su fraque de última moda, es el más guapo de los que se sientan en el banco negro.

—Ya, ya le veo—manifestó Milagro, que no veía nada—. Está arrogantísimo mi jefe... Ese, ése es el que os ha de poner a todos las peras a cuarto. Ya veréis cómo las gasta.

—Me parece a mí—dijo Hillo—que trae buenos planes; pero no el trasteo que se necesita para ejecutarlos.

—Trasteo le sobra.

—Le falta mano izquierda.

—¡Qué ha de faltarle, hombre!

—No sabe manejar el engaño. Hay aquí ganado de mucho sentido, voluntarioso, que *hace* por los ministros, y no para hasta que los engancha. ¡Pobre don Juan!... El ha venido por palmas, y le van a dar...

—¿Qué?... ¿Qué le van a dar?...—dijo Milagro, empezando a amoscarse.

—Nada, hombre; no se sulfure. De toros entiende usted poco; pero de este tinglado, ni una patata.

—Quien no lo entiende es su señoría. Me han salido los dientes viendo Cortes...

—¿En dónde, alma de Dios?

—En Cádiz... En San Felipe Neri.

—Ese santo no es de mi devoción.

—De la mía, sí. En mi iglesia adoramos a los patriotas y abominamos de la clerigalla.

—Paz, caballeros—dijo Calpena con gracia—. No me riñan aquí, o a los dos les mando a la calle.

—Es broma.

—Jugamos, nos divertimos.

En esto salían ya de la tribuna, y empezaban el penoso descenso entre un gentío bullicioso, mareante, compuesto en su mayoría de señoras charlatanas y fastidiosas, a quienes todo el espacio de pasillos y escaleras les parecía poco para sus faldamentas, chales y cintajos. Cerca ya de la salida tropezaron con *Edipo*, el polizonte, y Calpena, que ya estaba familiarizado con su presencia en calles, cafés y teatros, le dijo, permitiéndose tutearle:

—Sí, aquí estoy... No me escapo, hombre... Puedes apuntar, por si no lo sabes, que esta mañana estuve con Iglesias en el café de Solís, y que hablamos de la inmortalidad del cangrejo y de la absoluta impertinencia de los empleados de la Policía.

—No voy contra usted, señor don Fernandito—replicó el corchete, risueño y humilde—. Viva usted mil años, para que proteja a los pobres el día que venga alguna tremolina.

—¡Lo que es a ti!... ¿A que no me aciertas dónde estuve hoy cuando salí del café de Solís?

—En la corbatería de Aguayo.

—¿Y antes de ir al café?

—En la peluquería de Cortina.

—Maldito seas, y quiera Dios que te pase lo que al rey de teatro que te ha dado su nombre.

—Era un rey que padecía de la vista...

—Ciego te vea yo... Bueno. Pues si me aciertas adónde iré esta tarde, te regalo una docena de puros.

—¿De veras? Pues ya puede ir por ellos. Tráigamelos escogidos, de la fábrica de Sevilla, de a tres cuartos pieza.

—Antes adivíname lo que haré esta tarde.

—No necesito adivinarlo, porque lo sé, y usted no.

—Y ¿cómo es eso de ignorar adónde voy, teniendo el propósito de ir a una parte?

—Muy sencillo. Puede que usted tenga la intención de emplear la tarde en picos pardos, y puede que haya hablado de eso con Iglesias, que es muy aficionado a las madamas. Pero aunque el señor don Fernando tenga esos planes, no irá adonde piensa, sino adonde yo sé.

—Explícame eso, *Edipo* maldito, o aquí perece un rey de Tebas.

—Pues... esta mañana, mientras el señor andaba de ceca en meca..., fué a buscarle a su casa, tres veces, don Carlos Maturana. Me le encontré en la calle de Peligros, y me ha dicho que tiene precisión de cazarlo a usted hoy, y que le cazará, aunque sea con perros.

—¿A mí?... ¡Maturana! Sí, sí, es el pariente de mis amigos de Olorón, a quien me recomendaron. No le he visto aún, porque estaba ausente de Madrid cuando yo llegué.

—Ayer regresó de sus viajes por Italia y Suiza. Traerá relojes y abanicos... En fin, no sé... El motivo de buscarle con tanta prisa es porque usted trajo un encargo para la Zahón.

—El cual aún está en mi poder, porque esa señora, que me han dicho es muy cargada de espaldas, no ha ido a recogerlo.

—Pero va de orden suya el señor Maturana, no sólo por el gusto de verle a usted, sino por llevarle a la calle de Milaneses, donde le espera con la cajita doña Jacoba, que no puede salir. Y como el encarguito será de valor, no tiene el señor don Fernando más remedio que hacer la entrega por sí mismo, y fastidiarse, y echarse la tarde a perros.

—Eso no... Con entregar la caja, pedir recibo, tomarlo...

—Puede que le entretengan a usted más de lo que piensa las joyas que hay en la casa.

—No soy aficionado.

—Eso se verá... cuando lo vea... Hay brillantes, perlas, corales, de los que pintan los poetas...

Y sin decir más, dió dos palmadas a don Fernando, despidiéndose con palabras de premura:

—Con Dios... Hago falta dentro... Mucha gente, y alguna no de lo mejor.

Reunióse Calpena con sus amigos, que en la puerta hablaban con dos sargen-

tos de la Guardia real, conocidos de Milagro, y se fueron hacia la calle de Alcalá, rumbo al Caballero de Gracia.

XVII

Exactísimos eran los informes de *Edipo*, y cuando llegó don Fernando a su casa, díjole la chica de la patrona, al abrirle la puerta, que un señor que había estado tres veces por la mañana, le aguardaba sentadito en la sala, al parecer dispuesto a no moverse de allí mientras no lograra su objeto. Minutos después hallábase Calpena frente a un sujeto como de sesenta años, acartonado y pequeñito, que llevaba muy bien su edad; mejor afeitado que vestido, pues su levita era de las contemporáneas de la paz de Basilea; el pelo entrecano y nada corto, con ricitos en las sienes y un mechón largo cayendo hacia el cogote, como si aún no se hubiese acostumbrado a prescindir del coleto; los ojos, reforzados con antiparras de cristales azules montados en plata; el perfil volteriano, el habla cascada y lenta:

—Conque ¿es usted?... Bien, hijo, bien. Pues me escribió mi sobrino Felipe; pero hasta ayer no he llegado de mis correrías por el extranjero... Aquí me tiene el señor don Fernando a su disposición. La verdad, poco puede hacer por usted este pobre viejo, pues desde que salí de Palacio..., ya sabe usted que era yo primer diamantista de su majestad..., llevo una vida... Sentémonos, si usted quiere... Pues perdí aquella plaza, después de treinta años de honrados servicios..., y no he tenido más remedio que buscar en el comercio un modesto pasar... Ello fué..., no sé si estará usted enterado..., por malquerencia de esa farolona de la Carlota..., la mujer del don Francisco... Otro que tal... En fin, más vale no hablar... Y usted, ¿qué me cuenta? ¿Qué tal le va por Madrid? ¿Ha conseguido que le coloquen? Ay señor mío, esto está perdido con tantas libertades y la dichosa Pragmática Sanción, que fué la manzana de la discordia.... Al rey le mataron a disgustos, puede usted creerlo... Y a mí..., toda la inquina que me tomaron fué por la amistad que me tenía el príncipe de la Paz, primero, y después, el señor duque de Alagón... No sé si sabrá usted que don Pedro Labrador me llevó consigo al Congreso de Viena; sí, señor... Pero éstas son historias marchitas, y usted es joven, vive en lo presente, y le aburrirá esta manía que tenemos los viejos de revolver la hoja seca del pasado... En fin, vamos al asunto.

—Ello es que yo—dijo Calpena un tanto impaciente por despachar pronto —no he podido entregar...

—Ha hecho usted perfectamente. Encargos de cierta naturaleza no deben entregarse sino en la propia mano de la persona a quien van dirigidos. La mayor parte del contenido de la cajita que confió a usted *Aline* es para mí; el resto, para Jacoba. Esta se halla enferma con un dolor tan fuerte en la cadera que no puede moverse.

—Iré yo a su casa, si a usted le parece bien.

—Tan bien me parece, que traigo esa comisión, con la cual mato dos pájaros de un tiro. Cumplo con Felipe, ofreciéndo a usted mis servicios, y cumplo con Jacoba, llevándole el encargo, y el portador y todo, para que llegue más seguro.

Deseando abreviar, Calpena sacó la cajita, y propuso al señor de Maturana marchar sin pérdida de tiempo. No deseaba otra cosa el antiguo diamantista, y se echaron a la calle, no sin que en el portal recomendase don Carlos a su acompañante que tuviese mucho cuidado con lo que llevaba, pues Madrid estaba infestado de rateros, y al menor descuido le dejarían con las manos limpias. Procuró Calpena tranquilizarle, y asegurando bien el bulto bajo el brazo derecho, avivó el paso. Poco hablaron por el camino, y en cinco minutos se plantaron en la calle de Milaneses.

—Amiguito, vaya un paso que tiene usted—dijo el vejete, fatigadísimo, al entrar en el portal—. Ya se ve..., un paso de veinticinco años. Subamos ahora despacito, que por aquí no hay peligro y no vamos a apagar ningún fuego. Esta maldita escalera no tiene pasamanos, y usted me ha de permitir que le coja del brazo. Pásmese usted. En esta casa...

Se paró en el rellano, donde apenas cabían los dos. La escalera, que arrancaba casi en la misma puerta de la calle, ascendía oscura, desigual, angulosa, como los senderos de la traición, y sus escalones patizambos ofrecían al confiado pie celadas espantosas.

—En esta casa..., no, en la de al lado, trabajamos juntos, cosa de un mes, Leandro Moratín y yo. Y enfrente, en el que entonces era número catorce de la manzana setenta y uno, tuve yo el gusto de cobrar el primer dinero que gané en mi vida. Fué por unas arracadas que hicimos para la infanta doña María Josefa, el año noventa... Ea, cinco escalones más y llegamos.

Tiró Maturana de la campanilla, y al poco rato rechinó la tapa de la mirilla con cruz de hierro. Vió Calpena unos ojos; el viejo no dijo más que «yo», después de lo cual empezó a sonar un claqueteo de cerrojos, al que siguieron vueltas de una llave, y luego roce de cadenas, el caer de una barra y aun después de todo este estruendo carcelario la puerta tardó un ratito en abrirse. ¿Era un hombre el que abría, era una mujer? Fernando no se enteró, porque si el aspecto podía pasar por varonil en la penumbra del pasillo, femenina era la voz que dijo:

—Don Carlos, no le esperaba tan pronto. La señora duerme, y yo estaba en la cocina echándome unas piezas a la chaqueta... Pasen, pasen. ¿Despierto a doña Jacoba?

—No, déjala que descanse. Aguardaremos. Y Aurorita, ¿qué hace?

Replicó el mancebo (pues hombre era por la facha, aunque la voz de tiple lo contrario declarase) que la tal Aurorita había salido de paseo con la señora y niñas de Milagro, y con otras cuyo nombre no recordaba, hermanas de un sargento de la Guardia real; y en tanto, abría la puerta de la sala, que más bien era tienda, por las dos mesas, con trazas de mostradores, que en ella había, y los armarios de forma pesada y robusta, cerrados con fuertes herrajes, guardando con avaricia sigilosa tesoros o secretos. Dos o tres sillones de vaqueta, de un uso secular, claveteados y lustrosos, y un par de sillas, eran los únicos muebles que en tan extraña sala brindaban comodidad al visitante. Acomodóse Maturana en un sillón, y Calpena en una silla, dejando al fin sobre la mesa su enojosa carga, y aguardaron silenciosos, hasta que el diamantista, sacando su tabaquera de concha, tomó un polvito, después de ofrecer al joven, que hubo de excusarse graciosamente. La conversación se reanudó en el mismo punto en que había quedado al subir la escalera.

—La buena señora—dijo Maturana oliendo el rapé con la mayor finura y encandilando los ojuelos—se empeñó en que todo había de ser zafiros... y mi padre y mis tíos estuvieron tres meses y medio buscándolos de gran tamaño... Y que escaseaban en aquel tiempo los zafiros y se pagaban bien, como ahora las esmeraldas.

—Escasean las esmeraldas... ya—dijo Calpena, sólo porque la cortesía le obligaba a decir algo.

—Se han pagado en los últimos años a doce y catorce duros quilate, las de buen tamaño..., ya ve usted. Algo bajaron de precio cuando don Pedro de Portugal vendió su soberbia colección, en los apuros de la Regencia en las Islas Terceras... Y a propósito... Este recuerdo de don Pedro y doña María de la Gloria (que, por cierto, ha recuperado parte de las esmeraldas y aguamarinas de la Corona de Portugal); este recuerdo, digo, me trae a la memoria al señor de Mendizábal... ¿Es cierto que usted...? Si es impertinente mi pregunta, no digo nada.

—Hable usted.

—Es que... me habían asegurado que es usted el ídolo del señor ministro; el niño mimado, vamos.

Apresurábase don Fernando a desmentir tan absurda especie, que no por primera vez oía, y cuyo origen atribuyó a las hablillas y murmuraciones oficinescas, cuando sintieron ruido y voces en las habitaciones inmediatas. Maturana se acercó a la puerta, y entreabriéndola, dijo:

—¿Qué es eso, Lopresti? ¿Se levanta la señora?

Y la voz de tiple contestó desde dentro:

—Allá va...

Momentos después entraba en la sala doña Jacoba Zahón, apoyada por la izquierda en el fámulo, por la derecha en un grueso bastón, y con difícil paso, marcado por lamentos y suspiros, llegó hasta soltar sobre un sillón la dolorosa carga de su cuerpo. Antes de saludar a Calpena, despidió al de la voz aguda con expresiones displicentes de ama de casa que gasta mal genio:

—Entretente ahora con tus costuras, y olvídate de tus obligaciones, como ayer,

que nos diste de cenar a las nueve de la noche... ¡Ay, si yo recobrara mi salud y pudiera estar en todo, cómo te haría andar derecho!... Anda..., holgazán, lávame los pañuelos... A las seis, el vinito con la medicina...

Volvió después su rostro hacia Calpena, y le saludó con graciosa sonrisa, mostrando al joven su senil y enfermiza hermosura, que enormemente contrastaba con su desgraciado cuerpo. Ofrecía su cabeza un exactísimo parecido con la de María Antonieta; mas por el color exangüe y la extremada delgadez del interesante rostro era la cabeza de la infeliz reina después de cortada, tal como nos la ha transmitido la auténtica mascarilla de cera existente en un célebre museo. Don Fernando sintió frío al contemplar aquel rostro tan fino y transparente, de un perfil distinguidísimo, apagados los ojos, lívido el labio, mostrando una dentadura en buena conservación. El cabello era gris, y para que resultara mayor la terrible semejanza con la decapitada reina, se sujetaba dentro de una escofieta blanca. El cuerpo no debiera llamarse feo, sino monstruoso: cada hombro a diferente altura, corvo el espinazo. Se envolvía en una cachemira muy usada, bajo la cual aparecían la falda de estameña oscura y los zapatos de paño, holgadísimos, pertenecientes, sin duda, a su difunto esposo. A la cara correspondían las manos, también de cera, finísimas, bien marcadas las falanges bajo una piel sedosa; las uñas, no muy cortas, pero limpias; lucía en sus dedos una sortija negra, con un hermosísimo *ópalo de fuego* de gran tamaño.

—Usted me dispensará, señor Calpena —dijo con voz dulce, musical, que casi daba tonos de italiano al español correctísimo que hablaba—, que haya tardado tanto en avisarle... Que hoy, que mañana... Pero la carta de *Aline* llegó cuando yo me hallaba en lo peor del ataque. Esta maldita ciática me tenía en un grito. Y el año pasado las paletillas..., después, todo el esqueleto... Ay, si le dijeran a usted, señor Calpena, que yo he sido una mujer esbeltísima, se echaría a reír... Vea usted los estragos del reuma en estos pobres huesos ...Pues sí. *Aline* me decía... Y ayer el amigo Maturana, al llegar de su viaje, me decía... En fin, que celebro infinito ver a usted en mi casa, y le agradezco la atención de traerme por su propia mano la caja.

Por iniciativa de Maturana se procedió a la apertura del paquete, rompiendo los hilos que sujetaban el papel que lo envolvía. En tanto, Jacoba continuaba:

—Por el amigo Milagro he tenido noticias de usted, y sé que está en gran predicamento con el señor Mendizábal... No, no lo niegue. Ya sé que es usted la misma modestia... Pues el señor don Juan, en la posición que hoy ocupa, no se acordará de mí. ¡Cuántas veces le vi en mi tienda, calle de la Verónica, esquina a la de la Carne, donde estuvimos tres años antes de pasar a la calle Ancha! Era entonces un muchachón de lo más alborotado que puede usted imaginarse, un busca ruidos, un métome en todo; que armaba un tumulto a cada triquitraque. Bien me acuerdo, bien. Juanito Alvarez hizo la contrata de víveres el año veintitrés, cuando tuvimos allí prisionero al rey. ¡El rey! ¡Ah!... Me parece que le estoy viendo, con su traje de mahón, asomado a los balcones de la Aduana, mirando al mar con un anteojo muy largo, en espera de barcos franceses o ingleses que vinieran a libertarle... Mendizábal empezaba entonces sus negocios en gran escala, y, si no recuerdo mal, algo traficó en pedrería con Londres y Amsterdam. Por si había conspirado o no había conspirado, le condenaron a muerte, y salió de Cádiz escapado para no volver más... Ya, ya se acordará él de los Zahones, y de los refresquitos de sangría que le hacíamos en casa, cuando volvía de Rota con Jenaro Negretti. En Rota tenían ambos sus novias, las de Urtus, dos hermanas lindísimas. La una murió de calenturas, y la otra casó con un hermano de éste, Cayetano Lopresti, maltés, que está en mi servicio desde el año veinticinco... ¡Cómo se pasa el tiempo! ¡Ay don Carlos! ¿Qué me dice usted de este correr de los años? El veintitrés, cuando fué a Cádiz con la Corte, usaba usted todavía coleta, y los chicos de la calle le hacían burla... ¿Se acuerda?

Más atento a lo que iba sacando del cajoncillo que a las tristes remembranzas de su amiga, Maturana no contestó. Fijóse también doña Jacoba en lo que el viejo ponía con religioso respeto sobre la mesa, y alargó su mano para cogerlo y examinarlo.

—Ya...—dijo—, las peinas que tanto ponderaba *Aline*... El carey es finísimo: los diamantes valen poco... Andanada de veinticinco. Viene bien para completarle a la de Castrojeriz las arracadas que quiere tomar, rostrillo y cinturón para la Virgen de Valvanera.

—¿Tiene bastante ya?—preguntó maquinalmente Maturana, mirando con lente un joyel montado en plata.

—Tiene... ¡Oh, sí!... Con lo que le vendió la Concha Rodríguez y éste, habrá bastante.

—Si no... Yo he traído como unos veinte diamantes de desecho..., muy propios para Vírgenes y Niños Jesús... Vea usted, Jacoba, vea qué hallazgo...

—¿Qué?... Qué es eso?

—Esto es un joyel de los que se usaban en los peinados Pompadour, convertido en alfiler de pecho con poco arte; conozco esta prenda como a mis propios dedos. No me equivoco, no; es la misma. Esmeralda *hialina* del Perú, superior, con cerco de brillantes en plata. Catorce brillantes, dos de ellos de bajo color, y otro con pelo... Es la misma joya, la que perteneció, con otras del propio estilo, a la Vallabriga, la esposa del infante don Luis... Todo se vendió en París el año ocho; luego hubo algún descabalo, porque Montefiori cedió en Metz los pendientes de este mismo juego... Juraría que este joyel lo compró el corredor de *Aline* en Alsacia: los judíos alsacianos poseían mucha piedra procedente de España, no sólo de la Grandeza, sino de la de Godoy y Pepita Tudó.

—Es muy lindo. Lástima no tener las otras piezas—dijo la Zahón, examinándolo sin lente, con ojo muy perito—. Esto viene para usted. Para mí, ha de haber un saquito con varias piedras sueltas: venturinas, turquesas, algunos brillantes...

—Aquí lo tiene usted—indicó Maturana, vaciando el saquito en la palma de su mano—. ¡Caramba, qué hermoso brillante!... Talla de Amsterdam, sesenta y cuatro facetas... Vea usted qué tabla y qué culata... Este otro amarillea un poco. No daría yo por el quilate de éste ni tampoco cincuenta duros... Las turquesas me gustan, y si usted quiere me quedo con ellas. Tengo ya dos hermanas de éstas, tan hermanas, que no dudo en asegurar que proceden de Venecia, como las mías, y que pertenecieron a una dama italiana, no me acuerdo el nombre, de la cual se dijo si tuvo o no tuvo que ver con Massena... Estas *rosas* valen poco... Todo es género corriente recogido en el Bearnés y Languedoc...

Pasando de la mano del viejo a la de doña Jacoba, ésta lo examinó fríamente, diciendo:

—El brillante bueno no tendrá menos de cinco quilates y tres cuartos.

—Lo tomará la de Gravelinas, que ya reúne seis iguales, con el último que yo le vendí.

—No quiero nada con la duquesa, que aún me debe la mitad del collar de perlas. Lo reservo para un parroquiano que sabe apreciar el artículo, y es caprichoso, espléndido...

—Ya sé quién es. Mucho ojo, amiga Jacoba. No cuente usted con las esplendideces de los que tienen su fortuna en América, en negros y caña de azúcar. A lo mejor, saldrán estos señores exaltados con la supresión de la esclavitud y la plumada de un ministrillo dejará en cueros a más de cuatro que apalean las onzas... Y usted, señor Calpena, ¿se aburre viéndonos examinar estas baratijas?

—¡Oh!..., es muy bonito—dijo Fernando—; ¡pero cuántos años de revolver piedras entre los dedos para llegar a adquirir esa práctica, ese conocimiento...!

—La costumbre...—indicó la Zahón—. Desde muy niña ando yo en este comercio..., y, créalo usted, si dejara de ver piedras y de sobarlas y de jugar con ellas, me moriría de fastidio. Ya mis dedos las conocen solos, y casi no necesito mirarlas para saber lo que valen.

—Yo también, desde que me destetaron, señor don Fernando, o poco después, manejo estos pedazos de vidrio.

—Para mí, lo parecen.

—Y lo son: vidrio fabricado por la Naturaleza en el horno de los siglos... ¡Ah!... ¡Oh!, atención. Aquí viene lo bueno.

Al decir esto, sacaba un objeto estrecho, largo como de una cuarta, envuelto en finísimas túnicas de papel de seda. Era un abanico, obra estupenda del arte francés del siglo pasado. Desplegando cuidadosamente el varillaje de calado nácar, obra de mágicos cinceles, y el país pintado en cabritilla, ideal escena de marquesas pastoreando en j a r d í n de

amor, entre sátiros, *pierrotes* y caballeros con pelliza, Maturana lo mostró abierto, sutilmente cogido por el clavillo de oro, a los asobrados ojos de doña Jacoba y Calpena, quienes se maravillaron de obra tan bella y sutil.

—Esta es una de las piezas más admirables que existen en el mundo, en el ramo de abaniquería—dijo el diamantista, ronco de entusiasmo y del gozo que le producía el arrobamiento de los dos espectadores—. Fíjense en esas varillas, que parecen hechura de los ángeles, y no tienen el menor desperfecto; fíjense en la pintura, en esas caras, en los ropajes y en el paisaje del fondo... Observen las ovejitas, que no parece sino que oye uno sus balidos... Pues si notable es esta pieza por su arte, no lo es menos por su historia, que voy a contar.

Envolvió de nuevo el abanico en sus fundas finísimas de papel, y poniéndolo sobre la mesa, protegido por su mano izquierda, se lanzó con vuelo atrevido a los espacios de la Historia.

XVIII

—Hiciéronlo Lancret y Lefebvre para la reina María Leczinska, por encargo de su majestad Luis Quince, y, naturalmente, apenas concluído, madame de Pompadour se dió sus mañas para apropiárselo. En el zócalo de la columnita que habrán ustedes visto en el país, a la derecha, pusieron los artistas la divisa de la cortesana, que dice: *Virtus in arduis*. A la muerte de esta señora, pasó el abanico por sucesivas ventas a la marquesa de Maurepas, y luego se nos pierde en el laberinto de la Revolución francesa, hasta que reaparace en Coblenza, donde lo compra un mercader italiano y lo lleva a Nápoles. Qué vueltas dió por los aires de mano en mano hasta venir a las del príncipe de la Paz en mil ochocientos cinco, yo no lo sé, ni creo que nadie lo pueda averiguar. Lo que afirmo es que lo usó su majestad la reina María Luisa. El año ocho, por marzo, hallándose la real familia en Aranjuez, se perdió uno de los diamantes del clavillo, y por conducto del señor príncipe de la Paz vino el abanico a mis manos para la reparación consiguiente. Entonces, ¡ay!, lo vi por primera vez, y quedé prendado de su mérito. A los pocos días de tenerlo en mi taller, lo entregué compuesto a su alteza; mas la Providencia no favoreció al pobre abanico, pues antes de que el príncipe pudiera devolverlo a la reina sobrevinieron los terribles sucesos del día de San José. A Godoy por poco le matan. Los amotinados saquearon el palacio y pegaron fuego a los muebles... ¡Qué dolor! Era de temer que el precioso objeto fuese a parar a manos viles, a personas ignorantes que desconociesen su valor... Pues no, señor, A fin del mismo año de mil ochocientos ocho reaparece en poder del mariscal Soult, hombre inteligente, soldado artista, que lo estima como merece y se lo regala a Napoleón en enero del año siguiente. Enviado a Josefina con otros obsequios, ésta lo regala a su hija Hortensia, reina de Holanda, que lo lució en una ceremonia, a la cual dicen que fué a regañadientes: el bodorrio del emperador con la archiduquesa de Austria. Después de Waterloo, todo fué peripecias y saltos terribles para el señor abanico, que tuvo en poco tiempo distintos dueños. Primero, un anticuario holandés, que lo vende a la princesa Stolbey, fallecida en Baviera el año veinte; segundo, el príncipe Carlos de Baviera, emparentado con Eugenio Beauharnais; tercero, otro anticuario, de Nancy, que lo lleva a París, lo hace restaurar y consigue venderlo a precio exorbitante a un desconocido, que obsequia con él a mademoiselle Mars en una representación de no sé qué tragedia... No sé si sabrán ustedes que la célebre actriz es muy aficionada a los brillantes, y tenía colección de ellos por valor de ochocientos mil francos; no sé si sabrán también que el año veintisiete le hicieron un robo de alhajas por valor de trescientos mil francos. ¡Pues no ha metido poca bulla ese proceso, que creo no ha terminado todavía! Parecieron los ladrones; pero las piedras, no. Pues bien: deseando esa señora reponer los brillantes que le quitaron y no disponiendo de dinero suficiente, hizo varios cambalaches con Bertin y con los hermanos Rosenthal, sucesores del famoso Bœhmer, y en uno de estos cambalaches sale otra vez al mercado el famoso abanico. Desde entonces puse yo en él los cinco sentidos, deseoso de comprarlo: ha pasado por manos de diversos marchantes; fué a

tomar aires por Alemania y Suecia; en cuatro años ha pertenecido a un Poniatowsky, a una gran duquesa de Hesse y a un coleccionista que vive en la Selva Negra, el cual murió el año pasado, y su heredero, que era el santísimo Hospital de Tréveris, hizo almoneda de todo. Vuelve mi abanico volando al mercado, y en Lyón se posa en casa de mi amigo Jobard. Trato de cazarle allí, y Jobard, que es de los que persiguen gangas, me toma a mí por un inocente y quiere explotarme. Finjo desistir del empeño, y me marcho tras de otros asuntos; pero sabiendo de buena tinta que el marchante lyonés se tambalea, doy el encargo al amigo Montefiori, de Burdeos, para que esté a la mira y aproveche la ocasión... La ocasión llegó, y hace tres meses fué adquirida por cuenta mía la famosa prenda por la mitad de lo que le costó al adorador de mademoiselle Mars...

—De lo que usted nos ha contado, por cierto muy bien—dijo Calpena, que había oído con deleite—, se saca la consecuencia de que hay objetos inanimados cuya historia es más interesante que la de muchas personas.

—Eso, admitiendo que sean verdad todas esas traídas y llevadas del abanico —observó la Zahón escéptica, desdeñosa, pues no le gustaba que su colega supiese más que ella en tales materias—. No se fíe, don Fernando, que este Maturana le compone su historia a cada pieza que vende, forma especial suya de hacer el artículo.

—En esto—dijo Maturana, riendo—me ganaba su marido de usted, Jacoba. Recuerdo que tuvo una pareja de diamantes, que había sido del Tamerlán, después de Antonio Pérez y últimamente de Godoy... Ya se sabe: todas las joyas de precio que han salido a la venta del año ocho acá, se le han colgado al pobre don Manuel.

—Pues ese abanico—afirmó la Zahón displicente y maligna, entornando los ojos—no se vende en España, tal como están hoy las cosas, aunque lo adornen con más historias que tiene el Cid.

—Este abanico—replicó Maturana, acariciando la joya—lo vendo yo en España, y al precio que me dé la gana, señora doña Jacoba, aunque usted no quiera... ¿Cree usted que voy a ofrecérselo a esos pelagatos del Estatuto, o a las señoras de los patriotas, que apenas tienen para poner un cocido?

—Pues a la Grandeza la verá usted completamente acoquinada con estas revoluciones y estas guerras malditas. ¿Dinero? Poco hay, o es que no quieren gastarlo. ¿Gusto? Ya sabe usted que aquí no privan más que las apariencias baratas... Vaya, don Carlos, no ande con misterios, y díganos que piensa encajarle su abanico a la reina gobernadora.

—¡Oh!, no hay otra mujer en el mundo—observó Calpena con entusiasmo—que sea digna de tal joya.

—Eso sí... Sabe apreciar lo bueno. Pero yo pongo mi cabeza a que si don Carlos le propone el abanico, ofrecerá por él una miseria.

—Su majestad es artista, y además espléndida, generosa...

—¡A quién se lo cuenta!... ¡Ay, ay! Lo fué, sí, señor—dijo la Zahón amargando el concepto con quejidos—. Lo fué... ¡Dios me favorezca, ay!... Pero desde que ha empezado a soltar hijos, se ha vuelto muy roñosa.

—¡Si no ha tenido más que uno!

—Y lo que ha de venir..., ¡ay! Está ya de cinco meses, ¡ay!... Dos años de casada lleva por lo secreto, según dicen, y al paso que va, no habrá bastantes rentas para el familión que nos traerá esa señora... ¡Y este don Carlos, bobalicón, todavía piensa que le va a comprar... ese juguete!

—Este juguete, y cuanto yo quiera —afirmó el diamantista con seguridad burlona, casi insolente—me lo comprará la reina, y me lo pagará como a mí me convenga.

—Ciertamente—dijo Fernando—. La reina está obligada a proteger las artes..., y es su deber formar colecciones, que luego pasan a los museos.

Era la Zahón envidiosa, y su egoísmo comercial no toleraba que otro del gremio, aun siendo amigo suyo, hiciese mejor negocio que ella. La seguridad que mostró Maturana de vender en Palacio con ventajas grandes, la sacó de quicio; exacerbados sus dolores por la emulación mercantil, empezó a dar chillidos, y entre ellos iba soltando estas palabras:

—No, no... No puede ser... Maturana loco... Reina no compra, reina guarda dinero.

—Si María Cristina guarda el dinero

—afirmó Maturana frío y cruel, pues cuando se proponía humillar a su rival no conocía compasión—, lo sacará de las arcas para dármelo a mí... Su majestad me comprará todos los objetos y joyas de mérito que yo le lleve, y a usted no le comprará nada... A usted, nada... A mí, todo.

—Bruto..., majadero y vanidoso... ¡Ay, me muero!... Este dolor para usted..., para usted debiera ser.

—Gracias..., no me conviene el artículo.

—¡Vaya con don Carlos!... Ahora sale con que tiene vara alta en Palacio..., con que le ha caído en gracias a la reina... ¡Ja, ja! ¡Ay, ay!... Me río llorando, ¡ay de mí! ¡Bien por el nuevo favorito!

—Favorito soy... en mi ramo, se entiende. Y la reina gobernadora me favorece, porque me necesita...

—¡Le necesita!... Buenos estamos. ¿Cree usted que la señora piensa encargarle arreglos y composturas? ¡Si la moda reinante es volver a lo antiguo!

—La reina no me ha llamado para ninguna chapuza.

—¿Luego su majestad le ha llamado a usted?—preguntó Calpena, mientras doña Jacoba, estupefacta, no sabía qué decir.

—Sí, señor, he tenido esa honra. ¿No llamó a Mendizábal para arreglar la Hacienda y salvar el país? Pues a mí, que en mi ramo soy tanto o más que Mendizábal en el suyo, me llama también la Corona... para fines no menos altos.

—¿Y qué tiene que ver nuestro ramo, la joyería, con nada de lo que está pasando en España?

—¿Qué tiene que ver?... Llega un momento, en las peripecias de un reinado, en que el arte del diamantista puede auxiliar poderosamente a la Monarquía.

—¡Ay, ay!... Este hombre quiere volvernos locos... Don Fernando, no le haga usted caso... Se burla de mí, y quiere ponerme peor haciéndome reír.

—Ríase usted o llore todo lo que quiera.

—No lloro, no, ni me río—indicó la Zahón altanera y burlona—. Estoy indignada por la falta de respeto con que habla usted de la reina. ¡Pues no dice que le ha llamado!

—Seis veces han llegado a mi casa criados palaciegos preguntando cuándo venía del extranjero el señor Maturana..., y el intendente ha estado a verme hoy... No, si no he de decir para qué me quiere su majestad. A su tiempo se sabrá.

—Ya... Es que quiere encargar una corona morga... nática, o como se diga, para el Muñoz—dijo la Zahón venenosa, echando por los ojos toda su envidia, mezclada con su agudo sufrimiento—. Me voy a poner muy mala... Ya lo estoy. Este hombre me irrita... Me cuenta cosas que no me importan... Me ahogo... ¡Lopresti!... ¡Condenado Lopresti..., que me muero!... ¡La taza de vino, los polvos, esos polvos..., Lopresti!

Entró al fin el fámulo, avisado por los gritos de su ama, y le dió a beber una pócima de vino y caldo en la cual vertió el contenido de una papeleta de farmacia.

—¡Qué amargo está!... ¡No lo has revuelto, condenado!—dijo la señora, bebiendo a sorbos—. Ahora te traes una luz; ya no se ve... Y ¿ha sacado las perlas que vienen para mí, don Carlos?

—Aquí están... Que traigan luz. Quiero verlas.

Traída la luz, examinó Maturana las perlas, y debió encontrarlas excelentes, porque al punto formuló esta proposición:

—Al precio que usted sabe, Jacoba, me quedo con ellas... Vaya, para que usted no chille, en esta partida llego hasta los cuarenta y dos por quilate.

—Para usted estaban.

—Tiene usted mucho género, Jacoba, género superior, y no sé cómo va a salir de él.

—Mejor... Ea, no empiece a camelarme, que no las cedo.

—¿A ningún precio?

—A ningún precio. Quiero reunir más.

—Y va de historias... Estas perlas que le manda a usted *Aline*, parécenme..., no puedo asegurarlo..., pero me da en la nariz que son las de la princesa de Beira. Tantas ganas tiene la buena señora de ser reina, que vende sus perlas para comprar pólvora y cartuchos.

—Podrá ser... A usted le llaman las reinas que gobiernan, y a mí quizá me llamen... y me necesiten... las destronadas.

Dijo esto la Zahón sólo con el objeto de poner en confusión a su amigo y

desorientarle. Seguía don Carlos la broma, sin conseguir sofocar con su donaire el humorismo maleante de la vieja, cuando ésta saltó de improviso con un recurso que a las mientes le vino en lo mejor de su charla, y era recurso de ley, fundado en algo verídico, ignorado del astuto don Carlos.

—Amigo Maturana, no le he dicho lo mejor: me ha escrito Mendizábal... ¡Vaya una cara que pone usted!... Sí, señor, me carteo con el ministro. Y si no lo cree, aquí está su secretario particular, que no me dejará por mentirosa...

—No sé...—balbució Calpena—. Sin duda es cierto... Creo haber oído algo al amigo Milagro.

—A su excelencia le da por las botonaduras llamativas—dijo Maturana, mirando fijamente a su colega, no sin malicia—. Pero ya caigo: si el ministro se cartea con usted, será porque quiere consultarla sobre ese plan de vender los bienes de los frailes.

Y volviéndose hacia Calpena, le preguntó:

—Joven, y ¿será cierto que vende también las alhajas de los santos y la plata y oro de las catedrales?... Porque con tal medida, si a ella se resuelve, sí que podrá sacar de apuros a la Tesorería.

—No he oído nada de eso—replicó don Fernando—. Parece que se venderán todos los bienes raíces del clero, y además las campanas.

—Que son los bienes aéreos... ¡Buena se va a armar! ¡Será sonada! Créame usted, Jacoba: si no trasladamos nuestro negocio al extranjero, estamos perdidos.

—Yo, no; con el arreglo que nos hará ese señor ministro, verá usted prosperar la nación. Usted no es partidario de Mendizábal.

—Yo creo que vale... Sí vale. Pero fracasará.

—Dios quiera que no... Voy a entrar en negociaciones con él para un asunto... Y el señor Calpena, que, según nos dijeron, es el amigo íntimo del gran ministro, ¿me hará el favor de interceder por mí?

—¿Negocitos con Mendizábal?—murmuró don Carlos.

—Señor mío, si a usted le necesitan las reinas, a mí me necesitan los ministros, que en realidad son los que gobiernan... Señor Calpena, usted es muy amable y tomará mi asunto con interés.

Excusóse el joven con finura y modestia, alegando que no tenía amistad con el ministro ni podía permitirse recomendarle asuntos de ninguna clase; mas no se dió por convencida la Zahón, y elogiando la delicadeza del joven y echándole mucho incienso, dijo:

—Es natural que usted se exprese de ese modo. Pero yo sé que don Juan Alvarez le quiere a usted mucho y le protege, y le hará procurador... Los motivos de esta protección quizá usted mismo no los sepa... Yo, tampoco; la verdad, no sé nada; sólo sé que... En fin, *Aline* me ha dicho que es usted un joven de gran mérito... No hay que ruborizarse... Por todas esas razones, y otras que callo, yo quisiera, señor don Fernando, que esta noche cenara usted con nosotros...

Antes que el invitado pudiera formular sus excusas, se metió por medio don Carlos, diciendo muy gozoso:

—Aceptará, ya lo creo, y yo, también. Quiero decir que si el señor cena con ustedes, me convido...

—Lo siento mucho—dijo Calpena—. Otra noche, señora mía, tendré mucho gusto... Esta noche no puedo... Créame usted que no puedo.

—Ya se ve... Es verdadero sacrificio sentarse a nuestra pobre mesa, acostumbrado usted a los convites de las grandes casas.

—No nos tratarán mal aquí, señor don Fernando—dijo don Carlos— y si Lopresti tuviera tiempo de poner esta noche el pescado en tomatada maltesa...

—Hay tiempo... ¡Lopresti!

Repetía sus excusas don Fernando, cuando llamaron a la puerta. El maltés acudió. Eran campanillazos, golpes repetidos, dados, al parecer, con el puño de un bastón, y luego voces femeninas, la del sirviente y la de otra persona, riñendo, disputando.

—Es ese torbellino—dijo doña Jacoba—. Aura, hija mía, ¿por qué alborotas? Mira que hay visita... Pasa..., ven.

XIX

En el mismo instante vió don Fernando, en el hueco de la puerta, una mujer, una joven que más que persona humana le pareció divinidad bajada del Cielo. ¿La había visto antes alguna vez? Creía que sí, creía que no. Y ¿cómo había vivido tanto tiempo sin verla? Y ¿qué habría sido de él si por torpeza de su destino no la hubiese visto cuando la veía? Esto pensaba en la perplejidad casi estúpida de que fué acometido su espíritu ante aquella visión celeste. La que respondía por Aura se quedó también suspensa y pensaba que no veía por primera vez al sujeto cuyo nombre pronunció la Zahón presentándole.

—Vete adentro; deja la mantilla, deja la sombrilla con que has apaleado al pobre Lopresti, y vuélvete acá...—le dijo la señora—. No hagas la de otras veces, que tengo que ir a buscarte. Ya ves que no puedo moverme.

Fuése la joven, y tal era su turbación, que ni acertó a saludar con una ligera inclinación de cabeza a la persona que acababa de serle presentada.

«¡Qué estúpida soy—se decía, corriendo hacia su cuarto—, y qué grosera y qué desmañada! No he sabido saludarle... Verdad que él no me saludó tampoco y se quedó como un santirulico que está en oración... ¿Cómo ha dicho Jacoba que se llama? Pues ya no me acuerdo... Yo le conozco... No, no le he visto nunca: no hay más sino que yo sabía que le vería pronto... Y ahora, ¡qué vergüenza me da de volver!... No vuelvo... ¡Pero si tardo, y el hombre se cansa, y se va, y no vuelve más, y no le encuentro en ninguna parte...!»

En tanto Calpena, mal repuesto de su trastorno, apenas podía enterarse de lo que Maturaña y la Zahón le decían. Miraba por dentro de sí; en su mente había quedado impresa la imagen fugitiva... ¡Qué ojos, qué boca, qué talle! Quería recordar pormenores: cómo eran estas o aquellas facciones, y no podía. La imagen se borraba con el análisis; llegó un instante en que sólo quedaba de ella una vaguedad, un rastro, algo como una herida o como una sombra que doliera. Pero de improviso volvió a presentarse ante los turbados ojos de Calpena, no precedida de ningún rumor de pasos ni de voz alguna. Entró como fantasma, trayendo consigo una luz ideal, y para mayor asombro y arrobamiento de don Fernando se presentaba risueña, mostrando unos dientes dignos de morder un cachete al Padre Eterno. Así lo pensó Calpena, que también se sonrió al verla y salió como a recibirla, brindándole un asiento...

—No me siento; gracias—dijo Aura, y pasó. Fué a recoger algo al otro lado de la pieza. Cuando regresaba con una cestilla de labores, recibió de lleno el galán todo el brillo, toda la expresión, toda la intensísima divinidad de los ojos negros de la damisela. El infeliz no dijo nada, miró a la mesa, y, cogiendo una silla que cerca tenía, dió un golpecito en el suelo, diciendo o pensando: «¡Qué rayo de Dios!... Tempestad, locura... Si esta mujer no me quiere, me mato... Vaya si me mato... No puedo vivir.»

—Aura—dijo doña Jacoba, dándole un manojo de llaves—, saca de aquel armario la cajita de perlas y dásela a don Carlos para que me haga el apartado...

Y mientras Aura traía las perlas, Calpena se decía:

«Esto es sueño. Tal mujer no existe. Es la que traigo en mi imaginación desde qué sé yo cuándo... Lo que ahora me pasa es como el morir, como el nacer. No sé si muero o nazco... ¡Vaya una mano! Si me diera una bofetada, vería yo a Dios en su trono... Y ¡qué cuerpo, qué flexibilidad, qué gallardía! Ese traje, que antes me pareció verde, ahora es azul, oscurito como un cielo sin luna, y esas motitas son como estrellas que en los pliegues se esconden, se apagan... El espacio entre el borde del vestido y el suelo parece, cuando anda, un espacio que ríe, una boca que habla... No sé... Estoy loco... Si la jorobada no repite su invitación, me convido yo mismo. Si me apalean para que me vaya, no me voy.»

—Oye, mujer—dijo doña Jacoba, poniendo las perlas sobre un tablero con bordes y forrado de bayeta, previamente colocado ante sí por don Carlos—, ¿cómo es que no subieron tus amigas las de Milagro?

—Me dejaron en la puerta. Era tarde, y como las de Fonsagrada tenían prisa...

—¿Iban con ellas los dos chicos de la Guardia real?

—Sí..., y también tenían prisa. Les han mandado recogerse temprano en el cuartel. Parece que hay runrún de revolución.

—Todos los días dicen lo mismo, y nunca pasa nada. ¿No sabes, Aura? He invitado a cenar a este señor Calpena, y no quiere, digo, no puede... Convéncele tú.

—Y ¿qué caso ha de hacer de mí? —dijo Aura, queriendo mirarle y sin poder levantar los ojos—. Estará invitado en otra parte..., comprometido en casas ricas...

—Si mil compromisos tuviera—manifestó Calpena, haciendo por tragarse el nudo que tenía en la garganta—, los dejaría todos por la satisfacción, por el honor, por el placer de pasar algunas horas en tan amable compañía.

—Gracias—dijo Aura, echándole toda la mirada y clavándosela con ímpetu, hasta con ensañamiento.

Y la voz de Aura al decir *gracias,* o al decir otra cosa cualquiera, se le metía a Fernando dentro del sentido como una lanceta y le inoculaba un goce inefable, una turbación honda, ganas de dar gritos y de tirarse al suelo.

«¿En qué consistirá — pensaba — que me parece que la he conocido toda mi vida? Si me equivoco respecto a esta mujer, si no es la que yo soñé, la que ha venido al mundo para mí, que me parta un rayo o que me asesinen esta noche al volver de una esquina. ¡Esta mujer para otro! No puede ser... Quien me lo diga miente..., y si yo lo dudara o lo temiera, estaría loco.»

Mientras doña Jacoba daba órdenes a Lopresti, Aura y Fernando cambiaron palabras insignificantes, sentados uno frente a otro, en el lado de la mesa o mostrador opuesto al que ocupaba don Carlos. Entre éste y la pareja estaba la luz, con enorme pantalla verde.

—¿También usted, señorita, entiende de pedrerías y sabe distinguir los brillantes legítimos de los falsos?

—No sé nada... Para mí, como si fueran cuentas de vidrio. No entiendo nada de esto. Y usted, ¿sabe...?

—Yo, no... — dijo Calpena, sintiendo un impulso violentísimo de manifestarse—. No sé más sino que... No crea usted que voy a llamarla piedra preciosa, diamante, perla o cosa tal... Eso es no decir nada. Lo que digo... Digo que cuando la vi a usted entrar... creí que no era usted persona de este mundo.

—Pues ¿de qué mundo?

—Del otro, del Cielo...

—Pero ¿usted cree que si yo hubiera estado en el Cielo iba a dejarme caer aquí? ¡Qué tontería!

—No haga usted caso—dijo la Zahón—. Esta niña es una revoltosa sin juicio. Ya es tiempo de que vaya sentando la cabeza.

—Soy muy malcriada — afirmó Aura con graciosa ingenuidad, sin el menor dejo de falsa modestia—. Vamos, que no tengo educación... No he tenido quien me eduque ni quien me enseñe nada... Y ahora trato de educarme yo misma; pero, la verdad, no sé por dónde empezar.

—¡Qué deliciosa modestia!

—¡Modesta yo! No, señor; ya verá usted cómo no lo soy. Algún mérito me parece a mí que tengo, y como lo sé, lo digo.

—La sinceridad es la primera de las virtudes—afirmó Calpena, fascinado por los ojos negros de Aura, que no podían ser contemplados de cerca. La ardiente admiración del joven veía en ellos tan pronto una inmensidad de dulzura que atraía, como una inmensidad de peligro que rechazaba. Dulzura o peligro, el hombre sentía un irresistible impulso de comérselo, de apropiarse toda su luz, toda su pasión. Y ¡qué perfecta armonía entre los ojos y lo demás del rostro, en el cual sólo se veían perfecciones! El color era moreno suave, blancura encendida más bien, como si en sus mejillas se reflejasen llamaradas lejanas... La frente dominaba tan hermoso conjunto con su pureza de alabastro caldeado.

—Déjeme usted que admire—dijo Calpena en tono y actitud de devoción—esas cejas divinas, esas pestañas que hablan y esos labios que miran... No sé lo que digo.

—Diga usted de una vez que soy muy bella... ¿Por qué no se ha de decir lo que es verdad? Ya ve usted cómo no conozco la modestia. El ser bonita no tiene ningún mérito, porque así ha nacido una...

—Aura, por Dios, no tontees...—indicó doña Jacoba, levantándose con gran esfuerzo—. Voy a ver qué hace ese pelmazo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, hija; quédate aquí acompañando a estos señores... Puedo andar sola.

Ponía don Carlos toda su atención en las perlas, que examinaba cuidadosamente, y luego las distribuía en tres grupos. Aura y Fernando se creían solos.

—¿Qué?—dijo ella, viendo al galán suspenso y como asustado—. ¿Se enfada usted porque yo misma me alabo y digo que soy hermosa?

—No; la sinceridad... Todo en usted es extraordinario, inaudito, sin igual.

—No me haga usted caso. Soy muy mal educada... La buena educación pide que cuando una se siente discreta diga: «Soy tonta», y que cuando somos bonitas sostengamos que no valemos nada.

—No es eso buena educación; es gazmoñería y falsa humildad, máscara de la soberbia.

—A mí me han hecho creer que la verdadera finura consiste en rebajarse y elogiar a los demás.

—¿Aunque no se sienta el elogio?

—¡Ah! No; eso sí que no puedo hacerlo yo. Por nada del mundo le diría yo a usted, por ejemplo, que me agrada, si no lo sintiera.

—Luego usted me dice que no le soy desagradable.

—Yo no pensaba decírselo... Si lo he dicho sin querer, dicho queda.

Se le encendieron las mejillas, y después de una pausa, en que Fernando, absorto, no sabía qué expresar, rectificó la joven su atrevido concepto:

—La culpa tiene usted por hacerme caso y darme conversación. Se me escapan las tonterías cuando menos lo pienso. Bien dice Jacoba que no tengo vergüenza...

—Eso no es verdad.

—Quiero decir que soy muy descarada... Y no sabe usted los disgustos que he tenido en Madrid por esta mala costumbre mía de decir todo lo que siento. Mis amigas me critican y algunas se han negado a salir de paseo conmigo. Otras, en cuanto me han oído hablar dos veces, se han resistido a recibirme en su casa. Vamos, que me tienen por una salvaje, y lo soy, aunque lo disimulo vistiéndome, ya usted ve, como las mujeres civilizadas... Eso lo sabe una sin que se lo enseñen... Pero..., mire usted qué cosas tan raras me pasan a mí: esta noche es la primera vez que siento pena de ser como soy. Al decirle lo que le dije, ¡me subió un calor a la cara!... Me figuré que usted se enfadaba conmigo, que me iba a querer mal por mi desvergüenza...

—No, no; eso, no. Es sinceridad, y yo la admiro y la aplaudo... Pero ¿por qué no hemos de ser todos así? ¿Qué educación es esta que nos impone la mentira en todos los actos?

—Pues ahora me confunde usted más —dijo Aura con una ingenuidad y una sencillez que acabaron de enloquecer a Calpena—. Porque yo empezaba a querer educarme procurando hacerme la vergonzosa, y usted sale ahora diciéndome que cuanto más desvergonzada mejor...

—No, cuanto más sincera... Lo que usted debe hacer es no empeñarse en cosa tan difícil como la educación por sí misma. No acertaría usted. Lo mejor es que confíe ese cuidado a otra persona: a mí, por ejemplo.

—Pero ¿cómo me va usted a educar, si no está siempre conmigo?

—¡Oh!... Eso se arreglaría de un modo muy fácil...

—¿Cómo?

—Estando...

—¿Siempre conmigo? Pues le juro a usted que no me disgustaría. En decir esto no veo yo qué haya maldad.

—Ninguna.

Al llegar a este punto miráranse los dos largo rato sin pronunciar palabra. ¿Les estorbaba el viejo diamantista, aunque sólo en presencia corporal, por tener toda su espíritu aplicado al examen y selección de perlas? Calpena, perdidamente enamorado de aquella mujer con súbito incendio pavoroso, pensaba en el singular caso, en la inaudita sorpresa que le ofrecía su destino. Era en verdad estupendo que siendo él un misterio vivo, y encontrándose en el mundo, en su florida edad, rodeado de sombras, le saliese al paso, en aquella ocasión suprema de su amor primero (el cual, por la fuerza con que venía, debía ser único), un enigma tan extraño como el suyo propio.

«Ya sospechaba yo—se dijo—la existencia de esta mujer tan hechicera y seductora; ya me anunciaba el corazón que en nuestras sociedades puede encontrarse un ser tan bello, tan ingenuo, en toda la hermosura libre y silvestre de

quien no ha pasado por los absurdos tamices de la educación corriente. Esta mujer superior, este admirable pedazo de la Divinidad, aunque sin pulimento, para mí estaba guardada; para mí, que he venido al mundo en algún torbellino de las pasiones humanas y tengo por ley de mi destino la misión, ¿por qué no ha de ser misión?, de venir a chocar con otro misterio como el mío, con otro enigma, y fundirnos misterio con misterio, y...»

De buena gana habría roto el silencio soltándole estas preguntas, expresión de la ansiedad de un amor investigador, receloso, policíaco: «¿Quién eres tú?... ¿De dónde has salido tú?... ¿Quiénes son tus padres?... ¿Por qué estás en esta casa?»

El silencio fué interrumpido por Maturana, que, mostrando entre sus dedos una gruesa y hermosa perla, se volvió a los que ya es forzoso llamar amantes, y en tono grave les dijo:

—¡Qué hermosura, qué redondez, qué oriente!... ¡Y que este prodigio de la Naturaleza haya salido de los profundos abismos de la mar!... ¡Y que esto sea, como dicen, una enfermedad de la ostra..., un tumor según otros, producto de la baba con que el pobre animal se cura de los golpes que le dan los crustáceos! ¡Y cosa de tanto valor no es, en su origen, más que una baba!... ¡Misterios de la vida, del tiempo!...

XX

No se manifestaba en la mesa la sordidez de Jacoba Zahón, como vulgarmente creían vecinos chismosos y amigos desconocedores de las interioridades de la casa. Del trato comercial procedía su fama de avaricia, y cuanto se dijese en este terreno era poco, pues no ha venido al mundo persona que con más cruel ahinco defendiera el ochavo. Los del gremio la temían; gimieron siempre los parroquianos entre sus uñas rapaces; en tratándose de negocio pingüe, no reparaba en medios ni había para ella compañerismo, ni delicadeza, ni caridad. Reproducíanse en ella todas las cualidades de su marido, Bartolomé Zahón, a quien llegó a sobrepujar en la frialdad de cálculo, en la codicia desmedida y en la dureza de las condiciones de venta o empeño, aprovechando siempre, sin miramiento alguno, las ocasiones ventajosas. No perdonaba; hacía cumplir los contratos, implacable sacerdotista de la letra, y al propio tiempo los cumplía fielmente por su parte. Jamás la cogió nadie en renuncio legal; jamás tuvo que ver con la Justicia humana. Vivía, pues, dentro de la estricta honradez social, del respeto de las leyes y costumbres. No tomó nunca nada que en rigor de derecho no fuera suyo, ni dió a nadie parte mínima de su legal pertenencia. Con tal modo de ser, se fué labrando su fama de miseria, fundadísima en todo menos en los cuentos que corrían acerca de la mala vida que se daba. Como en su casa entraban pocas personas y las amistades y relaciones no pasaban de un círculo estrecho, pocos sabían que la mesa de Jacoba no era escasa, que a veces era espléndida, y que si ocurría tener que obsequiar a alguien lo hacía con decente abundancia y hasta con ostentación. Así queda explicado que la cena de aquella célebre noche fuera excelente y que Calpena la encontrase muy superior a la que había imaginado. Añádase que Lopresti era un hábil cocinero, que guisaba a la italiana y a la francesa y poseía el secreto de algunos platos sabrosísimos a estilo de La Valette y de Cagliari.

Por milagro de Dios, Jacoba se sintió, después de anochecer, muy mejorada de los horrendos dolores que le habían retorcido el cuerpo, y gozosa, renqueando de aquí para allí con el apoyo de su bastón, iba del comedor a la cocina, o al revés; sacaba de los armarios una mantelería riquísima (que había ido a parar allí sabe Dios cómo); exhumaba vajilla fina, alguna hermosa pieza de plata repujada, y, en fin, lo disponía todo para lucimiento de su casa y satisfacción de su amor propio. Dígase también que Jacoba Zahón, fuera de los asuntos mercantiles, era bastante agradable, de mucho mundo, conocedora de los usos que constituyen la etiqueta, de hablar ameno y correctísimo. Pero estas cualidades, junto al mostrador, trocábanse en una ferocidad egoísta que ponía los pelos de punta al infeliz que trataba con ella. En esto seguía las tradiciones de su familia: no hacía más que manifestarse en toda la plenitud de su ser, heredado de otros seres, consecuentes con lo que los Zahones llevaron siempre en la masa de la san-

gre. Malta, en tiempos remotos; después Mallorca, Gibraltar, Sevilla, y desde mediados del siglo pasado, Cádiz, Córdoba y Madrid fueron campo donde esta planta zahónica creció con varia lozanía. Algunos se enriquecieron; otros trabajaron con mediano fruto, y los últimos tuvieron no pocos reveses, que remedió el tino económico de Bartolomé Zahón y las dotes rapaces de su mujer. En la época en que encontramos a esta señora, toda estevadita, patizamba y hecha una calamidad, la casa no era más que sucursal de la establecida recientemente en Córdoba por Laureano Zahón, hijo único de doña Jacoba y su heredero. En Córdoba se había montado un taller y allí se acumulaba la pedrería más usual conforme a las exigencias de una industria y comercio bastante activos. En Madrid sólo quedaba la compra y venta, la red tendida para recoger gangas, todo el género vagabundo que siempre fluctúa en grandes poblaciones; quedaban también valiosos préstamos con prenda, que doña Jacoba sabía hacer como nadie, a cencerros tapados, sin pagar contribución de prestamista.

Por causa de los achaques de su madre, el Zahón de Córdoba tiraba a suprimir completamente a casa de Madrid, llevándose todo allá, y así lo había convenido con doña Jacoba; pero dificultaba la traslación la plaga de bandidos y ladrones que había por entonces en Sierra Morena, sin que Justicia, ni Policía, ni aun el Ejército pudiesen con ellos. El envío de alhajas se hacía muy lentamente, aprovechando coyunturas favorables que no se presentaban todos los días. Además, doña Jacoba, por ley de inercia, lo dificultaba también. El hábito de traficar, de allegar dinero, podía más que todos los planes dictados por la razón; sin darse cuenta de ello, dilataba las remesas, y cuando se proponía hacer más negocios, se le entraban por la puerta gangas increíbles... En fin, que la codicia y la costumbre daban un carácter de sólida petrificación al establecimiento de la calle de Milaneses.

De las relaciones de la Zahón con Maturana conviene dar alguna noticia. Ya se ha visto que era don Carlos el primer perito y tasador de pedrerías que por aquel tiempo había en España. Criado en los talleres del gran Martínez y trabajando de continuo para Palacio y la Grandeza, su práctica era al fin tan notoria como había sido su habilidad. Sus viajes frecuentes le afinaron el gusto; el trato mercantil y el roce social hicieron de él un hombre en quien la urbanidad no desmerecía de la inteligencia. Exonerado de su cargo de diamantista de Palacio, a la vuelta del rey, sin otro motivo aparente que la protección que le dispensara el príncipe de la Paz, hubo de lanzarse al comercio con buena suerte: del 15 al 35 había reunido un buen capital. No tenía taller, ni tienda, ni le hacían falta para nada, pues procuraba colocar prontamente el género y remitía sus dineros a París, a la casa del señor Aguado, marqués de las Marismas, de su absoluta confianza.

En tiempos bastante lejanos, cuando a Jacoba no le habían salido las corcovas que agobiaban su cuerpo y afligían su existencia, y cuando Maturana, aunque de cuerpo chico, era un hombre de alientos, no exento de gracia, corrieron voces de si se entendía o no se entendía con la mujer de Bartolomé Zahón; pero todo ello fué malicia, malquerencia de compañeros envidiosos. Siempre entró don Carlos en casa de sus amigos con la mayor limpieza de intenciones, y si allí permanecía largo tiempo, era por menesteres periciales y mercantiles. Vivía el diamantista honradamente con su mujer, que nunca salió de Madrid, y tenía dos hijas, casada la una con un teniente de la Guardia, y otra con un capitán de lanceros.

Mirábale siempre Jacoba como un buen amigo, con quien se asociaba en cualquier negocio que uno solo no pudiera emprender. La opinión de Maturana en asuntos de pedrería era para ella cosa sagrada, y la confianza entre los dos, comercialmente hablando, no se alteró jamás. Verdad que Jacoba, como hembra envidiosa, de un egoísmo implacable, no podía ocultar su rabia cuando Maturana hacía un buen negocio en que ella no llevara parte, y le contradecía, le hostilizaba por todos los medios, vengándose de su suerte con burlas y recriminaciones. Pero esto no estorbaba para la confianza, que era incondicional, absoluta. La Zahón le entregaba sin ningún recelo sus llaves, y él, en justa correspondencia de esta fe

ciega, le dejaba en depósito, cuando se iba al extranjero, cosas de grandísimo valor. En suma: socios alguna vez, rivales otras, amigos siempre.

Sentáronse a la mesa las dos damas y sus dos invitados a punto de las nueve. Todo estaba muy bien dispuesto, aunque con un poquito de precipitación. Pudo admirar Calpena piezas hermosísimas de porcelana y de plata antigua; todo era heterogéneo, revelando, más que la casa del rico, la del comerciante o el coleccionista. Uno de los candelabros de dos velas con guardabrisas era evidentemente de iglesia y había servido en mejores días para alumbrar el Santísimo; el otro, de estrado de casa grande; y por este estilo variaban las formas y abolengo de cuanto allí se ostentaba. De lo que cenaron nada había que decir, como no fuera para elogiarlo sin reservas. Todo era bueno, con tendencias a la condimentación italiana, y revelaba la buena mano culinaria del atiplado maltés. La mujer, vecina del tercero, que servía, hízolo con destreza, y Jacoba no tuvo que reprenderla más que dos veces..., por no perder la costumbre.

Obtenida venia de sus huéspedes para no cambiar de vestido, la Zahón ostentaba en la cabecera de la mesa su cara austríaca, su escofieta, sus jorobas y los trapos con que las envolvía. A su derecha se sentaba don Fernando; a su izquierda, Maturana; Aura, enfrente. No apartaba los ojos, y menos el pensamiento, de la hermosa doncella el enamorado Calpena, y pudo observar que en el comer no revelaba salvajismo ni desconocimiento de los hábitos sociales, sino todo lo contrario.

«Ella será salvaje en sus afectos, de inteligencia inculta; pero en sociedad sabe lo suficiente para dar relieve a sus extraordinarias gracias naturales... ¡Qué mujer, Dios mío! Pero ¿de dónde ha salido este sol que viene a alumbrar mi vida?... Ahora veo cuanto hay en el Universo...; antes creía ver, y no veía nada.»

Entabló Maturana la conversación hablando de perlas.

—Ya le dejo a usted los tres apartados, a saber: primera calidad, en *elencos* y *avemarías;* segunda calidad, en aljófares, *timpanias* y *berruecos,* y por último, género *muerto.* Otro día que venga yo a buena hora pesaremos todo lo selecto, formando igualdades. En el primer apartado tiene usted un par de perlas de perfecta redondez y oriente superior, que juntas no pesan menos de veintisiete quilates. Sé quién daría por ellas trescientos cincuenta duros. Las *muertas,* si usted quiere, me las llevaré a París, donde conozco un platero que ha descubierto la manera de devolverles la irisación por una alquimia secreta, en la cual entran, según dicen, ochenta y tres drogas. Entre las *avemarías* de segunda, veo una tandita de iguales, lindísimas, que, si no estoy equivocado, son las del medio collar que le cedió a usted Negretti, el papá de Aurorita.

De esto tomó pie don Fernando para llevar la conversación a la familia de Aura, anhelando explorar aquel interesante mundo desconocido. Algo descubrió de lo que deseaba, y otras cosas quedaron en el misterio. Con mucha gracia describió la joven algunos pasajes de su infancia; y respecto a su nacionalidad, que fué motivo en la mesa de grandes controversias, dijo lo siguiente:

—Verá usted, don Fernando, el surtido de sangres que llevo en mis venas. Mi padre era hijo de un corso y de una española, la cual, mi abuela, era hija de portugués y catalana. ¿Qué tal? Pues voy ahora con mi madre. Verá usted qué lío. Mi madre era hija de un francés y de una griega, y no había nacido en ningún país, sino en medio de la mar, viniendo sus padres de Salónica, donde tenían comercio de oro y plata. Yo nací en un pueblo cerca de Londres, que lo llaman Rochester, y a los tres años me llevaron a Mallorca. De niña hablaba inglés; pero luego se me olvidó, y sólo recuerdo algunas palabras. De Mallorca pasé a La Valette, en Malta, donde hablé italiano, y volví a saber un poquito de inglés. A los diez años, vuelta a Mallorca, después a Cádiz y de Cádiz a Madrid, donde parece que estoy ahora, aunque no lo aseguro: tengo mis dudas de que esté yo ahora donde ustedes me ven..., si es que me ven, que también lo dudo...

—No le haga usted caso, señor de Calpena—indicó la Zahón benévola—. Todo el día la tiene usted pensando y diciendo estas extravagancias. Es un genio inflamado, y tan desigual, que si le da por reír y alegrarse, nos atruena la ca-

sa con sus gorjeos; y si le da por las tristezas y por lo fúnebre, nos pone a todos con el corazón en un puño. Trabaja como nadie y hace mil primores cuando le da la ventolera; y cuando se pone a ser holgazana, no hay quien la aventaje. No es constante más que en dos cosas: limpieza, así de su persona como de cuanto cae bajo su mano, y caridad. No deje usted en su poder cosa de valor porque, de seguro, se la da al primero que se la pide..., hablo de cosas metálicas o comestibles, ¿me entiende usted?

—Sí, señora, entiendo perfectamente.

—Oiga usted más: rarísima vez coge en su mano un libro..., aunque aquí no faltan... La hemos puesto maestro de piano y canto, y de baile. ¿Querrá usted creer que toca muy lindamente y que baila con toda la gracia de Dios?

—Lo creeré si nos da esta noche una muestra de sus habilidades, en el piano y canto sobre todo, pues la danza es más bien para lucida en sociedad.

—Y si no, ¿no lo cree? Pues no toco —dijo Aura—. Tiene que creerlo antes. En estas cosas es necesaria la fe.

—Bueno, pues la tengo... Sin oírla cantar, ya estoy proclamando que se deja usted tamañita a la Todi.

—Eso es burla. No tanto, señor mío. Pero no vaya a creer que salgo ahora con modestias ridículas. Sepa usted que canto muy bien. Digo, muy bien, no; me quedo en el bien a secas. Ni me quito ni me pongo nada... Pero no cantaré esta noche..., digo, sí cantaré, con tal que don Carlos me prometa no dormirse.

—Lo prometo...—dijo Maturana—, sin responder, hija mía, sin responder de nada.

—Yo emprendería la completa educación de Aura—dijo Jacoba, que no sabía cómo llegar al asunto que era su objeto principal aquella noche—, si me dieran medios suficientes para ello. Y no es que la niña carezca de patrimonio, pues lo tiene sobrado; sólo que está en manos que lo escatiman, que lo tasan en demasía, como si desconfiaran de mí... Señor don Fernando, yo espero de usted un favor muy señalado. Me consta su amistad con nuestro gran ministro, el señor de Mendizábal; sé que su excelencia...

—Señora, ya dije...—interrumpió don Fernando lleno de confusión—. El señor ministro me trata como a todos sus subordinados, con cortesía..., y nada más.

—A un lado las modestias, caballerito—añadió la diamantista—, y no me salga usted con negativas que sólo sirven para demostrarnos su delicadeza... Pues sí, señor; espero de u s t e d una prueba de amistad hacia mí y de interés por Aura. ¿No adivina lo que quiero? Que usted me ponga en comunicación con su jefe, y si es posible y quiere extremar el favor, que antes de llevarme a la audiencia le hable de mí, pues me figuro que el señor Mendizábal tiene de esta servidora una idea equivocada. Sin duda le han llevado algún cuento... En fin, yo quiero ver a su excelencia, deseo hablarle y que usted tome mi empeño como cosa propia...

Interesado en el asunto, por tratarse de la mujer que le fascinaba, Calpena quiso saber más y descubrir qué relación podía existir entre la hermosa hija de Negretti, nieta de tan distintos abuelos, y el gran Mendizábal, relación cuyo simple anuncio le sorprendía y anonadaba. ¿Qué era, Santo Dios? Sólo por tirarle de la lengua a la Zahón y adquirir mayor conocimiento, cedió en aquel punto de sus supuestas confianzas con el ministro, y ni afirmaba ni negaba, dando a entender que favorecía las pretensiones de la jorobada siempre que se le diese alguna explicación de ellas. Por este medio sutil pudo averiguar que don Juan Alvarez era testamentario de Jenaro Negretti y depositario de su fortuna, con algo más de lo que referido queda.

No se paraba en barras la codiciosa diamantista, y desde que Mendizábal vino a España y se puso a ministro, acarició la idea de que debía transferirle a ellas las facultades que le otorgaba el testamento de Negretti. ¡Cosa más natural!... Pues ¿cómo podía administrar holgadamente los bienes de la niña un hombre abrumado de quehaceres políticos, con tantas cosas dentro de la cabeza? ¡Que la Hacienda, que el empréstito, que las Juntas, que el Estatuto, que los frailes...! Imposible atender a todo, Señor. De su peso se caía que debía entenderse con la Zahón y pedirle por favor que se encargase de la tutela y gobierno de bienes de Aurora Negretti, pues algo habría en el testamento que tal arro-

gación consintiera. No se le apartaba del magín esta temeraria idea, y si el horrible acceso reumático que en aquellos meses sufría no le imposibilitara totalmente, ya se habría presentado a don Juan de Dios, a fin de proponerle lo que para él era un alivio y para ella una carga muy de su gusto. Bien clara está la razón de que, suponiendo al don Fernando cordialmente ligado a su excelencia, le recibiera con finuras y agasajos y echara la casa por la ventana en aquel desusado convite.

En los postres sirvieron curaçao, que era quizá la única pasión o debilidad del viejo Maturana. Aquel dulce licor le hacía desmentir muy de tarde en tarde sus hábitos de formalidad y grave continencia. Siempre que allí comía o cenaba, Jacoba, por hacerle rabiar, aseguraba no tener curaçao; por fin, después de mucho trasteo, hacía traer la bebida y le daba un poquito, cuatro lágrimas, y así se divertía con él, vengándose de alguna trastadilla que en los negocios le había jugado. Pero aquella noche, antes de que la señora empezase el sainete, le convidó Aura, y sacando del aparador la botella le sirvió cuanto él quiso y después a Fernando. Mientras don Carlos paladeaba con embeleso los primeros sorbitos y Jacoba le afeaba su vicio con afectado enojo, Calpena charló brevemente con Aura, cuando ésta a su asiento volvía. Doña Jacoba no reparaba en ello, o se hacía la distraída, que también pudo ser, y Maturana se halló bien pronto bajo la influencia embelesadora del rico néctar.

—Y ¿qué? ¿Canta usted, o no?

—No..., me temo que don Carlos no se duerma si canto. Pero si usted se empeña en ello...

—Deseo que usted cante... Si hablando es su voz tan divina, ¿qué será...?

—¿Cantando? Pues más divina todavía... Bueno; pero conste que si usted me manda cantar, hace una gran tontería.

—¿Qué está usted diciendo?

—Qué hay otra cosa mejor que el canto mío.

—¿Qué?... ¡Por Dios!

—Hablar..., que hablemos.

—Chis..., silencio.

XXI

Entró en aquel punto Milagro, que venía sin más objeto que hacer asientos de facturas atrasadas, y se asombró no poco de ver aquel aparato de festín y a Calpena en la mesa. Pero como en aquella casa todo era raro y pasaban las cosas en contra de lo usual y corriente, se guardó su sorpresa y no dijo nada. Pareció que a Fernando contrariaba la inoportuna visita de su compañero de oficina; pero Aura, más lista que la pólvora, se apresuró a tranquilizarle, diciéndole:

—Este infeliz es lo mismo que nadie, y, además, también se pirra por el curaçao. Le ofreceré una copita, ¿sí?

En esto propuso la señora pasar a la sala, y allá se fueron todos con la botella por delante. Poseídos Aura y Calpena de una audacia loca, cuyo móvil psicológico no se explicaban ni había para qué, se arrimaron al extremo de uno de los mostradores, en el sitio menos alumbrado por la lámpara y a la mayor distancia posible de los bebedores de curaçao. Doña Jacoba hizo plantar su sillón junto a éstos, sin perder de vista a la juventud, con quien desde su asiento a ratos hablaba, y ordenó a Lopresti que pusiese luz en el gabinete próximo y velas en el piano, abriendo de par en par la comunicación de esta pieza, la única bonita de la casa, con la sala o tienda. Milagro y Maturana rompieron, con los primeros tragos, a hablar de política, metiendo en ella su cucharada la Zahón, con ardientes alabanzas del primer ministro, salvador del desdichado reino, remedio de todos nuestros males. Y conforme aumentaban las ingestiones de bebida, la imaginación de Maturana se lanzaba intrépida al simbolismo:

—Reina Cristina es la Peregrina entre las perlas, y Méndez el Gran Mogol entre los diamantes. Carlos Quinto es el diamante falso, el *strass*..., tras, tras... Jacoba, el Ojo de Gato, tallado en *cabujón*..., y tú, Milagro, eres la Montaña de Luz...; sólo que todavía no te han tallado, hijo..., estás en bruto...

Con sólo probar el delicioso licor se le quitaban al buen Milagro diez años de vida; y a medida que iba apurando el

vasito presentaba síntomas diversos de exaltación cerebral. Al tercer trago le atacaba infaliblemente una sensibilidad lacrimosa, con recuerdos ternísimos de su familia e invocaciones a la santa pobreza, a la caridad sublime, a los más altos y puros ideales. Hacia el cuarto o quinto sorbo se le iniciaba la tendencia a expresarse en forma poética, reverdeciendo las aficiones de su edad juvenil, en la cual más le gustaba hacer versos que comer y era un adepto fidelísimo de la retórica que entonces se gastaba.

—¡Ah!—decía con trémula voz, mirando al vaso—. ¡La reina..., angélica Cristina, pía matrona!... Desde que vino de Parténope, vimos abierto el Empíreo los buenos españoles... Cuando contemplo este doméstico regocijo..., ¡ah!, viene a mi mente la imagen de mis pobres niños, de mi dulce esposa, alma virtud... ¿Qué será de vosotros, *oh dulces exuviœ*, el día en que fiera Parca me corte el hilo?... Mendizábal tonante, aplaca el furor de Mavorte... La oliva sucede al laurel... Somos felices... Vuelve al reino de Ceres prolífica... Comeréis, hijos míos, blancos panes y bizcochos duros...

Doña Jacoba, sin catarlo, era tocada de somnolencia, que procuraba vencer. En tanto, recogía cuidadosa la caja de las perlas, acomodando en ella los paquetitos que contenían las divisiones hechas por Maturana. Esto no le estorbaba para dirigir a la gallarda pareja estas insinuaciones:

—Señor Calpena, cuéntenos usted algo de política... Aura, ¿por qué no cantas?

Aprovechaban ellos las distracciones y cabezadas de la señora para entregarse con efusión al ardiente coloquio que enlazaba sus almas, en cláusulas cortas, balbucientes:

—¿Me había usted visto alguna vez?

—No, no... La impresión de usted en mi espíritu es antigua, eso sí... Cuando la vi entrar por esa puerta creí recobrar algo que se me había perdido...

—¡Qué cosa más rara!... Esta noche, cuando subía yo la escalera, sentí miedo, alegría y qué sé yo qué... No podía respirar..., por poco me caigo.

—Y ¿por qué pegaba usted a Lopresti?

—Es juego. Suelo darle así, con la sombrilla. A él le gusta, y conozco yo que está de mal humor cuando no le pego. Es un perro fiel, y me quiere con delirio. Esta tarde, al entrar, me dijo: «Le está esperando a usted un caballero muy guapo, de parte de su tío el señor Mendizábal.» Ya ve usted cuánto desatino. Me eché a reír..., y le casqué más fuerte que otros días. ¿Oye usted? Jacoba me dice que cante... ¿Qué debo hacer?

—Obedecerla, creo yo.

—Lo que agrade a usted haré, y nada más. ¡Qué extraño es lo que me pasa! Hasta esta noche me ha costado siempre mucho trabajo someterme a la voluntad de los demás. He sido voluntariosa, díscola, rebelde... Pues ahora creo que si alguien me pegase, me alegraría, y mi mayor gusto sería obedecer, ser mandada.

—¿Y si yo me tomase la libertad de decirle: «Aura, haga usted esto; Aura, sería yo muy feliz si usted...»?

—¿Si yo qué...? Había de mandarme cosas buenas, las que ahora me parecen buenas... Y también, también yo mandaría un poquito, que es muy grato para una mujer verse obedecida. Obediencia y mandato, pienso yo que deben ir juntos.

—Servidumbre y tiranía en una sola persona, en dos quiero decir—indicó Calpena enteramente trastornado—. El amor nos hace dueños y esclavos de la persona amada... Aura, esta noche, después que yo me retire..., y mañana, mañana, ¿se acordará usted de mí?

—Se lo diré cuando vuelva.

—Según eso, ¿he de volver?

Al llegar aquí sintió Calpena que se ponía tonto. A su primera audacia sucedió una timidez aplanante, y no encontraba fórmula adecuada para la expresión de sus afectos. Pero de súbito, en la tremenda revolución de su alma, vino el golpe de osadía, y poco faltó para que diese un grito, dejando salir, sin ningún recato ni miramiento, las llamaradas que le abrasaban. Con su mirar frío le contuvo la Zahón... Poco después le hizo Aura una pregunta insignificante:

—¿Cómo es su segundo apellido?

Y él replicó:

—Igual al primero... Aura, nos conviene que usted cante un poquito, y es de todo punto indispensable que, cuando usted pase al gabinete ese del piano, pase yo también y éstos se queden aquí.

Pronto lo arregló Aura dirigiéndose

a la próxima estancia y ordenando a Fernando, desde la puerta, que tuviese la bondad de *volverle la hoja*, pues no daba pie con bola sin mirar al papel... Y ya están allá; ya desliza Aura sus lindísimos dedos sobre las teclas; él a su lado, sin entender la escritura musical, hace como que atiende al papel, mira embelesado a la divina cantora, y más embelesado aún, o transportado al séptimo cielo, la oye. Canta ella el aria de *Semíramis, Bel raggio lusighier*, y después una canzoneta napolitana.

Duda Calpena si vive o muere, si duerme o vela. La voz de Aura le penetra en el sentido como un himno de deidades lejanas, desconocidas, apenas visibles en su envoltura de blancos cendales. A ratos siente como un súbito rayo que le hiere, que le destroza, que le arrojaría exánime al suelo si un poderoso estímulo de su voluntad no le contuviera. Desea que calle Aura; desea cogerla y llevársela consigo en aquel mismo instante, como el hecho más natural del mundo. A su timidez sucede una arrogancia que nada respeta, una prepotencia que todo lo allana. Se siente capaz de saltar por encima de los obstáculos más imponentes y de atravesar con su hermosa conquista por entre las multitudes, que a sus ojos se empequeñecen ya, y sólo se componen de figurillas despreciables, microscópicas... Aura sola es toda la vida; Aura, toda la ley; Aura, el Universo físico y moral; Aura, cuanto existe de Dios abajo.

En uno de los que podríamos llamar entreactos, el ardoroso galán, revolviendo papeles de música, como para escoger, le dijo:

—Aura, cuando entraste esta noche y nos vimos, ¿no comprendiste que te adoraba?

Acalorada por la turbación que al rostro en centellas le subía, Aura se abanicó con una pieza de música. No se hizo cargo el joven de que la había tuteado, y ella, sin parar mientes en la forma familiar usada por primera vez, pasó maquinalmente sus dedos por las teclas.

—El piano me responde por ti, Aura —prosiguió don Fernando—; el piano me dice que tú también me quieres, que no me dejarás morir de desesperación... Un instante ha bastado para hacerme pasar de una vida a otra vida, de la vida muerta a la vida viva... Si es verdad esto que pienso, no necesitas decírmelo. Me lo confirmarás callando...

—Si callo, y tú lo dices todo..., verá Jacoba que..., que tú me quieres, que me estás enamorando; y si hemos de hacerle creer que yo no te quiero, porque así nos convenga..., mejor será, tontín, que hable y que me ría, ¿sí?..., como hacen las muchachas que coquetean...

—Conviene que cantes otro poquito... Dos palabras antes del canto: hagamos de nuestros corazones un mundo aparte, sólo para nosotros...

—Mundo aparte... —murmuró Aura con firme acento, arrojando sobre los ojos de su amante toda la luz y el fuego de los suyos—. En un momento hago yo toditos los mundos que quiera.

—Aura, no hables más o me muero... —dijo Calpena; casi delirante, violentándose para no gritar—; y si no me muero, te arrebato ahora mismo de esta casa y te llevo a la mía... Canta, por Dios, canta un poquito.

—Y tú te callas... Después hablaremos.

—Un momento... ¿Dónde, cómo?

—Luego te lo diré... Silencio ahora.

Mientras cantaba con sublime expresión un trozo de la *Medea* de Cherubini, Jacoba y sus dos amigos, en la otra estancia, hablaban con elogio del joven Calpena. Propiamente, la Zahón lo decía todo, y ellos, bajo la influencia del dulce elixir que alegraba sus gastados cerebros, apoyaban con fáciles exclamaciones y con expresivo movimiento de cabeza las palabras de la diamantista. Maturana se había encerrado en los monosílabos; Milagro, por el contrario, se lanzaba a la verbosidad más desenvuelta; doña Jacoba tuvo que cogerle por un brazo, obligándole a recobrar su asiento y a contestar formalmente a lo que tres o cuatro veces le había preguntado sin obtener respuesta.

—No vuelvo a admitirle a usted en mi casa—le dijo—si no me contesta con claridad. A ver: si usted lo sabe, me lo tiene que decir... No valen misterios conmigo.

—Señora mía —respondió don José, plantándose la mano abierta sobre el pecho—: por el nombre que llevo, nombre ilustre si los hay; por la salud de mis hijos, por el amor purísimo de mi esposa, digo y juro que este mozo gallardo es

hijo del mismísimo don Juan Alvarez Mendizábal, mi augusto jefe.

—Me lo figuraba—dijo doña Jacoba, con mirada resplandeciente—. Pero me falta saber otra cosa... ¿Y la madre?... ¿Quién es la madre?

—¡La madre!..., ¡la madre!...—murmuró Milagro, como en grande confusión, pasándose la mano por el cráneo.

—Sí, hombre... ¿Quién es la madre?

—¡La mamá!... ¡Ah!, ya recuerdo... Con el maldito néctar se le va a uno la memoria... Pues la madre..., silencio..., que no nos oiga nadie..., es... ¡una reina!

—¡Una reina!—exclamó don Carlos, con espantados ojos.

—Chitón... Es un secreto... Y créanme a mí..., peligran las cabezas de los insensatos que lo divulgan...—dijo Milagro, puesto en pie, aplicando su dedo índice a los morros alargados—. ¡Una reina!... Chis... Aunque me amenacen de muerte, no saldrá de mi humilde labio el nombre del reino en que reina la señora reina que...

XXII

Todos los biógrafos del insigne Milagro están acordes en afirmar que al salir éste de casa de la Zahón para dirigirse con inseguro paso a la suya, quitóse el sombrero y con él se abanicó, ávido de frescura y de bañar en aire limpio sus sienes abrasadas, su cráneo sudoroso. Y añaden que con el aire y el ejercicio se le aclararon de tal modo las entendederas, que al atravesar la plazuela de Provincia, camino de la Concepción Jerónima, donde vivía, empezó a sentir en su conciencia la garrafal tontería que a propósito del señorito Calpena se había dejado decir, bajo la acción tóxica del nunca bastante maldecido curaçao... «Pero ¿he dicho yo esa barbaridad, Señor?—pensaba, parándose y mirando al cielo—. ¿Lo habré soñado?... No, no; lo he dicho... Aún me parece que me estoy oyendo cuando solté el trueno gordo, cuando afirmé que Mendizábal... ¡Jesús!..., y nada menos que una reina... Vamos, que me daría una tremenda bofetada en castigo de tanta necedad, de tanta estupidez... ¡Una reina..., Mendizábal!... ¡Válgame Jesús bendito! ¡Que un hombre formal como tú, oh Milagro, haya repetido, dándolo por cosa verídica, esos ridículos dicharachos con que se mata el tiempo en las oficinas!... Pues digo, si el señor ministro se entera de que yo... ¡Válgame mi santo Patriarca...!» Al pensar esto se le erizaron sobre el cráneo los escasos cabellos que poseía... Consternado, intentó volver a la calle de Milaneses para desdecirse de todos aquellos embustes, que no eran más que cháchara insustancial de gente ociosa y frívola; pero no se determinó a desandar el camino, juzgando muy oportunamente que *peor era meneallo*. Siguió, pues, hacia su vivienda, haciendo propósitos de rectificar serenamente, en noches sucesivas, los groseros dislates de aquella noche, y se recogió taciturno, caviloso. Su mujer le sintió desvelado, dando suspiros y pronunciando monosílabos con que a sí propio se ponía de oro y azul. ¡Infeliz Milagro!

Embebecidos en su amorosa charla, los amantes no repararon en la salida de don José, que les dijo: «¡Adiós!» desde la puerta del gabinete; ni se cuidaban de ser vistos u oídos por doña Jacoba, que hablando permanecía con el diamantista, entre cabezadas. Habían alzado, sin darse de ello cuenta, una valla anchísima entre su pasión y el mundo, y nada temían; la pasión crecía por momentos, como una enfermedad fulminante, y a las pocas horas de iniciada ya no cabía dentro de la reducida esfera del secreto: se salía, se ensanchaba, quería ser patente a los ojos extraños, o, por lo menos, no temía ser lo bastante poderosa en sí para afrontar la opinión y cuantos obstáculos ésta le ofreciera. Mejor que el narrador lo expresan ellos mismos:

—Antes de verte, antes de esta noche bonita—decía Aura—, yo, sin saber por qué, tenía la seguridad de que no estaba sola en el mundo. Cuando te vi se me quitó de encima del alma el peso terrible de mi soledad.

Y él:

—De ayer a hoy, ¡qué abismo! Ayer iba tras de tu sombra; hoy te poseo... Había de llegar, puesto que hay Dios, este divino abrazo de nuestras almas.

Y por aquí seguían, en un vértigo de fogoso idealismo, locos, ávidos de amplificar cada concepto con otro más apasionado y sutil.

Viendo que Maturana se ponía en pie, Calpena hizo lo mismo, y dijo a su amante, consternado:

—Horror de los horrores. Don Carlos se despide. También yo tendré que retirarme...

—Mañana volveremos a vernos..., lo más temprano posible.

—¡Mañana! Es muy lejano eso...

La mujer, en lances de pasión, posee más iniciativa y más arbitrios que el hombre. En voz muy baja propuso Aura algo que Calpena oyó con alegría. Cuchichearon... Despidiéronse luego en alta voz. Al poco rato, doña Jacoba daba al señor don Fernando la venia para retirarse y con afectuosos apretones de manos le ofrecía su casa y le rogaba que viniese a honrarla con toda la frecuencia que le permitieran sus obligaciones al lado del señor ministro. Juntos salieron el joven y Maturana; separáronse en la esquina de la calle de Santiago; vivía el diamantista en una de las casitas del Patrimonio, plaza de la Armería, junto a la casa de Pajes.

Consta en las monografías del buen Maturana que en el trayecto hasta su domicilio se agarró más de una vez a las paredes para no medir el suelo; y algún biógrafo añade que hubo de subir a gatas la corta escalera de su casa y que se acostó al instante, muy arrepentido de sus recientes abusivas relaciones con el curaçao. «No está bien, no está bien—decía, desnudándose al revés, quitándose las botas antes que el sombrero y las medias antes que la corbata—. Un artífice, un tasador no debe..., no, señor... Es muy expuesto...» Felizmente, era en él añeja costumbre no aceptar invitación de cena o merienda cuando llevaba en su cartera piedras de valor. Aquella noche no llevaba nada. Tardó en dormirse y daba vueltas en su abrasado cerebro a las ideas sugeridas por Milagro: «¡Vaya con don Juan Alvarez!... No hay grande hombre que no tenga sus enredos... Ya, ya se ve claro por qué arrambla todos los bienes del clero, que no es flojo botín. Naturalmente, ese dineral lo quiere para sí. Parece tonto, y pide para las ánimas... ¡Tremendas hormigas nos trae Dios acá! Bueno, hombre, bueno; cójase usted media España y constituya un reino para el niño, para ese hijo de reina... Y ya veo adónde va a parar con eso de coger todas las campanas de las iglesias y monasterios. Hará un palacio de bronce, todo de bronce, en el que las pisadas de los que entran y salen suenen como campanadas... ¡Ji, ji!... ¡Qué extraño!... El palacio del sonido..., tín, tan... Otra: lo mejor sería que afanase las innumerables alhajas de las Santísimas Vírgenes y toda la plata y oro de las reverendas catedrales, echándolo al mercado... ¡Por Belcebú, qué negocio, qué pujas!... No quiero pensarlo. De Londres, de Amsterdam y de Francfort vendrá la nube de marchantes... Mucho ojo, Maturana... ¡Por San Carojulián bendito, no te descuides!... Y tiene que venir, tiene que sacarse a subasta. Porque todo, digo yo, no ha de ser para el niño...»

El niño, el hijo de reina, se paseaba en la inmediata calle de Santiago. Aura le había dicho: «Mi habitación corresponde al último de los tres balcones por la otra calle. Cuando Jacoba duerma, me asomaré.» El hombre hacía su centinela entre las esquinas del Bonetillo y de Mesón de Paños, temeroso de perder, si se alejaba, el sublime momento en que su amada en el balcón apareciese. La noche era oscura; dieron las doce en el reloj de Palacio; no se veía por allí más gente que las pocas mujeres que entraban por el Bonetillo y se deslizaban calle abajo, y algún hombre que en la misma dirección iba, o hacia la taberna de la plaza de Herradores. El sereno se hacía presente por la luz de su farolillo, allá junto a los altos muros de San Felipe Neri.

Media hora pasó Calpena en gran ansiedad, recelando que doña Jacoba, enterada del propósito de los amantes, lo estorbase encerrando a la dama o conminándola con algún castigo. Paseo arriba, paseo abajo, sin quitar ojo del balcón, pensaba en aquella su mudanza súbita, tan semejante a la explosión de un volcán. Toda su vida era nueva; todas sus ideas habían cambiado, dispersándose las de ayer y entrando con empuje dominante las de hoy Ningún sentimiento de lo de ayer, refiriérase a la política, a los amigos, a la sociedad, en él persistía. De aquel espacio luminoso, donde flotaba la ideal imagen de Aura, venían nuevos conceptos de todas las cosas. Impaciente por la tardanza de ella, ni por un momento pensó que pu-

diera burlarle: tenía confianza absoluta en su firmeza y lealtad. Tampoco le amargó la sospecha de que Aura hubiese conocido el amor antes de conocerle a él. Era *mujer nueva,* como la esposa de Adán. Dios les había criado destinándoles el uno al otro, y no estaba en el orden del Universo que hubiesen precedido al feliz hallazgo otros encuentros, ni aun siquiera fortuitos y sin importancia. Tal era su ardor ciego y entusiasta, tal su fe en aquella felicísima obra de integración, dispuesta por el destino de ambos.

Al fin... oyó ruido en el balcón y apareciόse en él una forma blanca. Era principal el cuarto, y la distancia entre el balcón y la calle como de cuatro varas. Arrimόse el galán a la pared, y Aura echaba medio cuerpo fuera del antepecho, doblándose como un junco, para que el espacio entre las enamoradas voces fuera lo más corto posible. Explicó primero su tardanza, motivada por lo que Jacoba tardara en dormirse, a causa de sus dolores, siendo preciso darle friegas y ponerle bayetas calientes. Ya parecía dormida, y Lopresti, fiel esclavo, quedaba encargado de la centinela para avisar en caso de que la enferma remusgara. Recayó luego la conversación en un punto interesantísimo:

—Tú ¿quién eres? Conozco en ti al hombre que quiero, y me basta. Pero deseo saber quién eres para los demás. Lo mismo me da que seas noble que seas plebeyo, que seas mucho, que no seas nada, pues siendo para mí el único, me basta... ¿Te enteras bien de lo que te pregunto?

—Sí, vida y gloria mía... Yo no soy nadie. Ignoro quiénes son mis padres. Vivo de la protección misteriosa de una persona desconocida, por quien estoy en Madrid, por quien disfruto ese destinillo, y no sé más. ¿Verdad que es raro?

Contó en seguida concisamente su vida toda: su crianza en Vera, lo del padrino, la estancia en París, la traslación a Madrid y todo lo demás que ya se sabe, poniendo en su relato tal sinceridad y sencillez, que Aura se embelesaba oyéndole; y si no estuviera enamorada hasta la medula, es de creer que sólo con aquella historia tan poética y linda se prendaría locamente del pobre desheredado. Refirió ella que no había conocido a su padre ni a su madre: habíanla criado parientes egoístas que jamás le demostraron vivo afecto. Creíase sola en el mundo, hasta que Dios le deparó el compañero de su existencia, su salvador, su *única familia.* ¡Qué hermosura ser los dos solos en sí, reconocerse en medio de los espacios de la vida, como pajarito y pajarita que se encuentran en la espesura de la selva y, saludándose con sus piquitos, se unen para siempre! No faltaba sino que se declararan libres, sin más obligaciones que las que cada uno para con el otro había contraído, por vía de unión divina, como si Dios les echara un lazo y les dijera lo que dicen los curas cuando casan. De pronto, Aura tuvo una idea y la expresó al instante con infantil candidez:

—¿No sabes?... Como aún no hemos tenido tiempo de decirnos todas las cosas, no te has enterado de que yo soy rica. Sí, hijo, sí. ¿Pensabas que éramos nosotros unos pobrecitos, dejados de la mano de Dios? Mi padre, Jenaro Negretti, dejó mucho dinero. Lo tiene guardado el señor de Mendizábal, que es quien le da a Jacoba para mis gastos... Conque ya ves. No hay que apurarse... Estamos en grande y seremos los reyes del mundo.

—Pues yo—dijo el amante con tristeza—soy pobre; nada tengo; pero no me faltan alientos, ni tampoco, creo yo, disposiciones para trabajar... También te digo una cosa, Aura: bien podría suceder que de la noche a la mañana recibiera yo, como caída del Cielo, una fortuna grande... Se han dado casos; yo he leído de algunos casos...

—Pues si sale lo que esperas, ¡oh Dios mío, cuánta felicidad!.... Eso sería lo más lindo del mundo. Resultaríamos en posesión de unos dinerales que no nos harían maldita falta... Si quieres que te diga la verdad, a mí no me hace dichosa el dinero ni creo que sirvan las riquezas más que para disgustos. Con poseerte a ti me basta; y si mañana viniera el señor Mendizábal y me dijera: «Niña, no tienes ni un maravedí», yo me quedaría tan fresca. Y ¿tú?

—Pienso como tú piensas y siento todo lo que tú sientes... Quien nos ha puesto hoy el uno junto al otro se cuidaría de darnos lo necesario, si por nuestra parte no lo tuviéramos. Es hermosísimo, sí, lanzarse a la vida sin más

alas que las inmensas del amor. Somos jóvenes, nos adoramos... Esto es la suma dicha. ¡Qué bueno es Dios! Y la Naturaleza, ¡qué hermosa! Y nosotros, ¡qué bien hicimos en nacer!... Si tú o yo nos hubiéramos quedado por allá, ¡qué insigne tontería habríamos hecho!

—Es verdad; porque no naciendo, ¿cómo podría yo quererte con toda mi alma?

—Oye otra cosa, vida mía... Si te parece, nos casaremos pronto, muy pronto.

—Sí, sí—dijo Aura, con tan vivo movimiento de inclinación que pareció querer arrojarse a la calle—. ¿Cuándo?

—Pronto. Mañana...

—¿Mañana? Y hoy, ¿por qué no?... Pero ¡qué tonta soy! Eso no puede determinarse así en días, en horas. Tengamos paciencia y formalidad. Lo que acabo de decir es muy desvergonzado. ¿Me lo perdonas?

—Pues si el *hoy* te parece demasiado presuroso, diré: *ahora mismo.*

—Quita allá, hombre... ¿Acaso el casarse es cosa de un soplo? No, niño mío, no seas tan arrebatado. Ten juicio. Pues apenas hay que preparar cosas: ropas, papeles y, ante todo, casa.

—¡Casa! Tenemos el mundo por nuestro... Dime—añadió el galán, casi loco ya, señalando hacia la bóveda celeste—, ¿te gusta ese techo?

—Es precioso... Pero ahora, desde que te quiero, todo me parece cielo, y la oscuridad, claridad; y la noche tan bonita como el día, casi más, y Jacoba me parece amable, y todas las personas muy buenas... Pero tengamos calma y esperemos.

—Sí, esperaremos. ¿Qué nos importa retrasar la felicidad si la tenemos segura, si es nuestra ya?

Asaltado de una idea triste, cosa natural en aquella irradiación de ventura, Calpena no vaciló en expresarla:

—Dime, amor mío: si Jacoba, que me parece persona egoísta..., no sé en qué me fundo, pero me lo parece...

—Y lo es; tú tienes mucho talento y todo lo aciertas. Sigue.

—Pues si Jacoba, y lo mismo podría decir de otro cualquier pariente tuyo, se opusiese, por móviles de interés, a que nosotros nos amáramos; no, no, a eso no pueden oponerse..., quiero decir que se opongan a que nos casemos...

—Eso no puede ser..., porque nosotros saltaríamos por encima de todas sus artimañas y pisoteándoles nos juntaríamos y nos casaríamos, ¿sí?

—Pero suponte tú que contra toda nuestra buena voluntad y contra las energías de nuestra pasión, lograran separarnos, imposibilitarnos materialmente de...

—No, no puede ser; no será...—dijo la enamorada con expresión de voluntad tenacísima—. ¡Pues si Jacoba fuera tan mala que...! No, no quiero pensarlo.

—¿Qué harías?

Aura se irguió y apretando en su nervioso puño, con fuerza de mujer furiosa, el hierro del balcón, dijo:

—¡La mataría!

—No, no tendrías que tomarte ese trabajo, mi bien, mi vida, mi encanto, porque antes la habría matado yo.

—Y luego iríamos juntos al presidio, ¿sí?

—No pensemos en eso, que no ha de suceder. Yo digo: ¡qué más querrá Jacoba!...

—Claro: ¡qué más querrá ella! No te creas, Jacoba es buena siempre que no la arrastra a la maldad la infame codicia. Por un brillante de buenas aguas o por una docena de turquesas de *roca vieja* sería capaz de sacrificar a su padre.

A todas estas se les iba pasando la noche. Las primeras claridades del alba trajeron a la calle alguna gente de los mercados próximos, y el sereno pasó varias veces, dirigiendo a Calpena miradas recelosas. Aquí y allá sonaban porrazos; los gallos del comercio de aves, en la calle de la Casa, cantaban anunciando el día. Sobre esto llamó Calpena la atención de Aura, indicándole con pena que ya era hora de retirarse.

—¿Qué prisa todavía?... Esos pobres gallos enjaulados están tan aburridos por la falta de libertad que anuncian la aurora antes de tiempo.

—Ya es de día... ¿No lo ves?

—Y ¿qué? Mejor. Así podremos vernos las caras.

De improviso se abrió una de las puertas del piso bajo de la casa y Calpena se vió sorprendido por un mozo, soñoliento, que salía con una escoba. Luego se abrieron dos puertas más: una cacharrería y un despacho de huevos. Imposible seguir más tiempo allí. Los hados fieros ordenaban la suspen-

sión del coloquio dulcísimo y que los amantes guardasen la ley del recato ante el público, pues cada cosa tiene su ocasión y lugar propios. ¡Bonita idea tendría de la señorita de Negretti el vecindario de Milaneses si la veían colgada al balcón, al amanecer de Dios, picoteando con su novio! Antes que ella comprendió él la inconveniencia de prolongar la alborada de amor, y así se lo dijo. Convenidos el cómo y cuándo de verse en el curso del día, Calpena se arrancó con esfuerzo del celestial mùro. El día se recreaba iluminando con sus primeras claridades la ideal belleza de Aura, quien no se apartó del balcón hasta que hubo recibido el último saludo de don Fernando. Se fué y volvió el galán como unas tres o cuatro veces, jugando al escondite en la esquina de la calle Mayor, hasta que al fin, siendo preciso poner término al juego..., se arrancó de veras.

XXIII

Más que inquieto, lleno de zozobra por la desusada tardanza de Fernandito, le esperó levantado su amigo don Pedro, y al verle entrar conoció por su rostro encendido, por el febril centelleo de su mirada que algo muy grave le había ocurrido aquella noche. Interrogóle dulcemente y no obtuvo respuesta categórica.

—Luego me lo contarás—dijo Hillo—, que ya es hora de que me vaya a decir mi misa. Me has tenido toda la noche en vela. Como no es tu costumbre trasnochar, me alarmé. ¿Has estado en alguna logia? ¿Se trata de algún mal paso, de algún lance?... Pero no quiero molestarte ahora. No me cuentes nada, y descansa, pobrecito, que estarás muerto de sueño. Yo me voy al Carmen... Duerme todo el día si quieres, y a la tardecita me contarás...

Se fué don Pedro a celebrar, y al regreso de la iglesia, Calpena dormía. Acercóse a su lecho el presbítero y le vió dormidito como un ángel, con ese leve sonreír que indica un venturoso sueño. A la hora de comer quiso doña Cayetana despertarle; pero se opuso Hillo, diciendo:

—No, no, pobre hijo; dejarle que duerma; sabe Dios lo molido y ajetreado que estará ese bendito cuerpo. Guárdesele la comida.

Salió después a una diligencia que le entretuvo dos horas, y al volver a casa díjole Delfinita que don Fernando había comido presuroso y sin enterarse de lo que metía por la boca; que no respondía a lo que se le preguntaba, como si se hubiese dejado en otra parte el pensamiento y la palabra. Y lo más singular fué que, sin probar el postre, que era miel de la Alcarria y queso de Villalón, había cogido el sombrero y echádose a la calle con tanta prisa como si le llamaran a apagar un fuego. ¡Cosa más rara! Indudablemente, ocurrían sucesos inauditos. ¿Sería, por fin, la estupenda anagnórisis que Hillo por momentos esperaba? Entregándose a sutiles cavilaciones y al trabajo de adivinar, esperó el clérigo la vuelta de su amigo; pero tuvo el acierto de esperarle sentado, porque Calpena no entró en casa hasta la mañana del siguiente día.

Ya no pudo Hillo aguantar más los ardientes picores de la curiosidad, y tomando una actitud serena, le dijo:

—Hoy sí que no te me escapas sin contármelo todo.

Calpena, confuso, no sabía por dónde empezar. Hillo cortó la solemne pausa diciendo: «¡Habla!», con el acento con que esta palabra se pronuncia en las tragedias de secano.

—Pues... nada.

—¿Cómo nada? ¿Es acaso alguna intriga política?

—No, señor.

—Pues yo sé que en el Ministerio no se vela... Vamos, será cuestión de amoríos...

—Tampoco; porque los amoríos son cosa frívola y pasajera, y esto, no.

—Amor, entonces—dijo Hillo con benevolencia, y terminó la expresión de su idea con una nota humorística—: ¿Conque amor tenemos? Bueno; con tal que sea clásico...

—Y ¿qué entiende usted por amor clásico?

—El que se contiene dentro de los límites de la conveniencia y de la regularidad; el que no es motivo de escándalo, sino ejemplo de buenas costumbres; el que no es furor insano, sino afecto plácido y limpio; el que tiene por norte la familia y por cebo una re-

lación casta, con el consentimiento de los padres...

—Yo no tengo padres.

—Di que no los conoces. Mientras te llega la anagnórisis, tu padre soy yo; ye miro por ti y te guío en el camino de la vida.

—Me temo, querido Hillo, que después del paso que he dado tenga yo que arreglármelas solo para seguir andando... En fin, puesto que usted habla de amor clásico, diré a usted que el mío, como águila a quien quisieran encerrar dentro de un huevo de paloma, ha roto los moldes, ha roto el viejo y podrido cascarón del clasicismo.

—No te conozco—dijo don Pedro con sobresalto—. ¿Eres tú el joven Calpena?

—No, señor... El joven Calpena que usted conoció se ha transformado radicalmente en días, en horas. Cuando menos uno lo piensa, sobreviene la crisis capital de la vida...

—Hombre, eso es gravísimo. Y ¿quién es ella? ¿Acaso la niña que llamamos marmórea?... ¿Dices que no? Pues ¿de quién se trata? ¿No puedo saberlo? Sea quien fuere, podré darte una opinión franca, un buen consejo.

—Me hallo en una situación tal, que toda opinión que no sea la mía me hará el efecto de una enemistad irreconciliable; y en cuanto a los consejos, debe usted esperar a que yo se los pida.

—Arrogantillo estás. Por lo que dices, voy entendiendo que tus amores son de esos que llaman..., que llaman..., no sé..., esta clase de bregas son para mí desconocidas. Pero ello debe de ser cosa vergonzosa, una pasión de estas que nos ha traído el romanticismo y que suelen acabar con *descabello* de media Humanidad.

Interrumpió el diálogo la llegada de una carta. Era de la *mano oculta*, que no había escrito en toda la semana. A Fernando le dió un vuelco el corazón, y barruntando que el contenido de la epístola heriría su vidriosa sensibilidad, rogó al clérigo que la leyese. El oiría, procurando enterarse, pues su espíritu, en aquellos días de ansias y delirio, no acudía fácilmente al reclamo de la realidad próxima. Después de suspirar fuerte, don Pedro leyó:

—«¿Conque tenemos al niño enamorado? Ya me esperaba yo ese sarampión, que rara vez falla a los veintidós años. Paciencia, y pues no hay más remedio que pasarlo, no lo combatamos y póngase los medios para que brote bien... Tontín, se te tolera esa pasioncilla juvenil, que es el paso de la adolescencia a la madurez de la vida. Los hombres conceptúan eso necesario, inevitable; tales turbonadas, dicen, son necesarias, hasta convenientes. Sea; con pena lo admito y te suplico que acabes cuanto antes, no sea que la enfermedad se meta demasiado en lo hondo. No tengo tranquilidad hasta que sepa el radical fin de esa novelesca aventurilla, y no dudes que he de saberlo, como supe lo del banquete que te dió la Zahón, como tengo noticias del desenfado con que te pones a pelar la pava con la chiquilla de Negretti. También sé que es muy linda. No te acusaré de mal gusto, no; y como te tengo por hombre perspicaz y conocedor del género, presumo que en tus largos plantones al pie del balcón habrás tenido tiempo de comprender que la niña es diamante falso. ¡Ah tontín! La pedrería fina es muy escasa y no se encuentra en la primera cena a que nos convidan...»

Al llegar a esto, Calpena no pudo contener el dolor, la ira que estas apreciaciones le produjeron, y estalló diciendo:

—Eso es sencillamente infame... Dígalo quien lo dijere, es inicuo, ultrajante. No debo hacer caso de la opinión de persona anónima que no puede sentir la verdad como la siento yo..... Y juro que no habrá voluntad que me tuerza ni razón humana que me persuada de que esto no es para mí el supremo bien, el único bien posible.

—Espérate un poquito y déjame acabar. Sigo: «Como para estas aventurillas, que mejor será llamar calaveradas, se necesita dinero, te mandaré mañana seis onzas. Más, mucho más recibirás; pero entiende que este dinerito no debe servir para prolongar la enfermedad, sino para ponerle término... Y no te digo más por hoy.»

—¡No puedo, no puedo—exclamó Calpena, dando vueltas por la habitación como un loco—sufrir por más tiempo esta tutela anónima!... Y estas burlas, este desconocimiento de la yardad, me lastiman, me hieren más que si me asestaran cien puñaladas... ¡Oh, cuánto diera yo por conocer a la persona que me escribe, y poder decirle lo que siento!

No, no dudo que esa persona se interesa por mí, que me ama. También la quiero yo sin conocerla. Pues bien: yo la convencería... ¿Cómo no había de convencerla, si yo lo estoy firmemente, si llevo, dentro de mi alma, no sólo todo el amor, sino toda la lógica del mundo?...

—Hijo mío—le dijo Hillo con expresivo afecto—, lo que la señora incógnita te escribe es el puro Evangelio. Considera tú ese amor como una aventurilla pasajera..., cosas de muchacho, ejercicio vital... y... dale ya puntillazo...

Le miró Calpena, plantándose ante él desdeñoso, altanero, y con grave entereza contestó:

—Soy un hombre; tengo un alma que es mía, una inteligencia que me pertenece, y con ellas siento y juzgo lo que me incumbe. Ni de usted ni de esa desconocida persona admito lecciones, ni soy un niño para recibirlas en esa forma. Quien nunca ha tenido familia, bien puede declararse independiente como lo hago yo ahora. La soledad en que he vivido me ha enseñado a gobernarme por mí mismo. Soy libre, señor don Pedro; a nadie me someto. Los que me protegen por motivos que aún están rodeados de oscuridad, que den la cara, y entonces hablaremos. Si conseguimos entendernos, bien, y si no, lo mismo. No altero mis propósitos, no me someto, no me rindo.

Sin dejar de admirar esta noble gallardía, trató Hillo de reducirle a la obediencia ciega de la *deidad velada*, pues así también solía llamarla, no sabiendo qué nombre darle, y el primer argumento que empleó fué que le convenía dicha sumisión para no comprometer su brillante porvenir.

Echándose a reír, le contestó don Fernando que él no contaba con más porvenir que el que por sí mismo se labrase, pues todo lo demás eran fantasmagorías y sueños; y, en último caso, que no sacrificaría a ninguna consideración ni a interés alguno, por grande que fuese, la pasión que colmaba todos los anhelos de su existencia. Y como don Pedro insistiese en que la aventura no merecía el nombre de pasión seria, y que debía ponerle punto final, replicóle el joven con flema:

—No puede ser, mi querido Hillo. En esto he querido aplicarme fielmente el precepto fundamental de su filosofía práctica... Para que no diga usted que fracaso como todos los españoles que emprenden algo, me propongo *rematar la suerte.*

—¡Ah! pillo... ¿De modo que te casas...?

—Tal creo... Esto no es aventura..., para que vaya usted enterándose.

—Estás perdido, perdido sin remedio... Un joven llamado a... qué sé yo..., llamado a grandes destinos... ¡Por Dios, Fernandito de mi vida, mira bien lo que haces!... Y a mí que me parecían poco para ti todas las duquesas y princesas que andan por esas cortes.

—Yo soy pueblo, pueblo nací y pueblo me encuentro ahora. ¡Ay! amigo Hillo, me acuerdo de mi cuna. Era de mimbres, y estaba rota y medio deshecha. Yo ensanchaba los agujeros con mis manecitas, y me echaba fuera para jugar con un perro y dos cabras que había en la pobrísima estancia donde me criaron... ¡Y ahora me habla usted de duquesas y princesas! A usted le ciega, o más bien le enloquece, su bondad... Yo no soy lo que era. He dado un gran vuelco: mis ideas son otras. No tengo ya más que una ambición, y a satisfacerla se encaminan todas las potencias de mi alma. Me crió aquel bendito en la templanza, en la regularidad, en el justo medio de todas las cosas. Pues ya no quiero justo medio; ya me solicitan las situaciones extremadas... Quiero exceso de vida, energías poderosas, mucho gozar o mucho sufrir, luchar, hacer cara a los grandes desastres si vienen, hartarme de felicidad si Dios me la depara. No quiero andar por caminos trazados, ni que me cuenten los pasos que doy, ni que me lleven con andadores, ni que me muevan con hilitos, como si fuera yo figura de titiritero. No, no; de un salto me he echado fuera del retablo, y entro en el mundo yo solo. El mundo es grande. Un sentimiento, grande también, llevo yo conmigo. ¿Hay espacio? Sí. ¿Tengo yo alas? Sí. Pues a volar.

Y cogiendo el sombrero, se fué a la calle, sin añadir una palabra, dejando a su excelente amigo todo confuso y turulato, con las manos en la cabeza, desahogando con patéticas exclamaciones la turbación de su espíritu:

—¡Señor, devuelve el seso a este noble chico, digno de mejor suerte!... ¡Le he tomado tanto cariño, que sus asun-

tos me interesan más que los propios!... ¡Señor, descúbreme el misterio de Calpena; dame a conocer la *mascarilla* esa que le protege y le dirige! Que yo la descubra, para llegarme a esa divina tutora y decirle que se declare, que se quite la careta, único medio de que nuestro Fernandito entre en razón. *Tutora* he dicho, pero mejor será decir madre... En su estilo se ve la delicadeza, la gracia y un cariño intensísimo. Es madre, y además dama ilustre. Su estilo lo revela: esa discreción de alto tono, esa exquisita habilidad para ocultarse... ¡Dios mío, santo Apóstol bendito mi patrono, santa Virgen, y vosotros, santos, santos todos de la Corte celestial, despejadme esa incógnita, pues creo que entre ella y yo, puestos al habla, salvaríamos a este alucinado chico de la perdición, de la ignominia, de la muerte!

Su generoso anhelo sugirió al buen presbítero una idea, un plan y propósito firmísimo de empezar a realizarlo aquella misma tarde.

«Voy a minar la tierra para *desvelar* a esa *velada*. Dios me abrirá camino; Dios iluminará las oscuridades que encontraré en las comienzos de mi trabajo. A esta investigación consagraré mi tiempo, pues ya no me importa que me den ni que me quiten la cátedra que me corresponde... Y ahora digo yo: ¿por dónde empiezo?... A ver, Pedro, discurre un poco, *afina la suerte*... Por de pronto, si a ese loquinario le da la ventolera de desdeñar las cartas de su protectora, yo las recogeré cuando vengan, las leeré y las tendré bien guardaditas hasta que a él se le caiga de los ojos la venda. Y si envía dinero, como anuncia, yo lo guardaré también para írselo dando conforme a sus necesidades, que ahora presumo han de ser muchas... Esto lo primero; después...»

Dándose un golpe en la frente, lanzó una exclamación de alegría:

«*Eureka!*, ya sé cuál es el primer paso que tengo que dar: ir a la casa de esa mozuela de quien se ha enamorado, y verla y hablar con su familia, para lo cual me valdré o del compañero de oficina de Calpena, señor Milagro, o del señor Maturana, el diamantista, que vino a buscarle y se le llevó, con la cajita de Olorón bajo el brazo, en aquel aciago día... Perfectamente: ya tengo mi base de operaciones... Luego trataré de averiguar por qué medios, por qué espionaje pasan a conocimiento de la *velada* todos los actos de Fernandito, cuantos pasos da en este Madrid tan grande. Pondréme, pues, en relación con los acechadores o centinelas que tiene esa señora. Sepa ella que yo quiero ser también su misterioso vigía, y que ninguno habrá más diligente ni más desinteresado que yo... Procuraré además el trato y conocimiento de todos los amigos de Calpena: ese empleado tísico, ese Larra, ese Ros de Olano, ese Pezuela, ese Veguita... Ellos quizá me den alguna luz... Y si pudiera colarme en los dorados palacios donde el señorito fué introducido no hace mucho, también me colaría... Sí, señor..., dispuesto estoy a todo, hasta a disfrazarme... Sí, sí, señor don Fernando Calpena: usted no se ríe de mí; usted no se emancipa, no, mientras esté aquí su viejo amigo, este pobre clérigo, que beberá los vientos para evitar que un mozo de tales prendas, que evidentemente lleva sangre de reyes..., ¡lo dicho, dicho!..., sangre de reyes, caiga en los abismos del amor enfermizo y de la calentura romántica.»

XXIV

No constan los días que empleó el buen Hillo en su investigación preliminar; sólo se sabe que no fueron pocos y que al cabo de una semana conocía algo y aún algos de la familia Zahón y había hablado largamente con Milagro y con Maturana, los cuales, lejos de aclarar el enigma principal, lo que hicieron fué añadirle nuevas oscuridades... Sin desmayar ni un punto en sus tareas policíacas, trató de hacer cantar a Méndez; mas toda tentativa cerca del estirado patrón resultó inútil, bien porque nada de lo sustancial sabía, bien porque quisiera echársela de discreto, contraviniendo el tradicional tipo de los pupileros y fondistas. Cuando se veía el hombre muy estrechado por la apremiante argumentación de don Pedro, no se le ocurría más que remitirle a *Edipo* y al señor de Azara. Salía don Pedro al ojeo del polizonte, conseguía echarle la zarpa, le interrogaba, y el feo *Edipo* le decía:

—Señor de Hillo, estoy muy a gusto en mi *colocación* y no quiero perderla.

Tengo seis criaturas, que son, vamos al decir, seis candados que cierran mi boca. Si por contestar a sus preguntas me dejan cesante, no será usted quien me coloque. Conque déjeme en paz y llame a otra puerta.

Y don Manuel de Azara, el hombre más avinagrado y de mejores despachaderas que Dios ha echado al mundo, le recibía, después de plantones de tres horas, para decirle que se metiera en sus asuntos y dejara los ajenos. Ni un indicio, ni una ráfaga de luz, ni un vocablo indiscreto.

Acudió después mi hombre al tísico Serrano, que, llenándole la cabeza de mentiras y encaminándole por una pista falsa, le hizo perder el tiempo y la paciencia; y tantea aquí, tantea allá, se refugió en la amistad y en los grandes conocimientos sociales de su compañero de casa, Nicomedes Iglesias. Si al principio pareció que el politicastro tomaba el asunto con interés, pronto dejó de hacerlo: tan sorbido le tenían el seso los negocios políticos, el interés de las sesiones y el periodiquillo que había fundado en unión de su amigote reciente, Luis González o Luis Bravo, que de ambos modos respondía, en el cual papelejo apoyaban el grupito de oposición parlamentaria que formaron en *Procuradores* Caballero, López y el conde de las Navas. Si el hombre no estaba demente, le faltaba poco; su cortante lengua no desmayaba un instante durante el día ni su enconada pluma por la noche. Competía con él en acrimonia y acometividad el tal Bravo, andaluz, delgadito, aguileño, más vivo que la pólvora, cortado para la política de ruido y para soliviantar con gracia a las multitudes. Meses después, Bravo escribía en papeles moderados; Iglesias extremaba sus ideas revolucionarias en los del bando liberal; su consecuencia, que era una forma de su orgullo, le valía persecuciones y desdenes. Pero en diciembre del 35 todavía se le contaba entre los hombres del porvenir, aunque su irritación por no haber entrado en el Estamento le creaba enemigos, alejándole de la meta de su ambición.

Mientras Hillo con tan poca fortuna emprendía la reconquista de Calpena, éste se transformaba, haciéndose huraño, apartándose de sus primeras amistades para contraer otras nuevas con personas bien distintas de los literatos del Parnasillo y de los concurrentes a tertulias de tono. Abandonó en absoluto la sociedad elegante y no volvió a parecer por las casas aristocráticas, donde se entristecían por su ausencia las bellezas más o menos marmóreas. Cultivaba la amistad de los oficiales de la Guardia y de Infantería, yernos de Maturana, y conoció a los de Fonsagrada, la familia que más trato tenía con la Zahón. Algunas tardes paseaba con el soldadito chiclanero y poeta, amigo de Milagro, Antonio García Gutiérrez, autor imberbe de un drama caballeresco que tenían en su poder los cómicos del Príncipe.

Contra lo que Fernando temía, doña Jacoba no se opuso a sus amores con Aura; casi los alentaba y protegía, pero encerrándolos dentro de la esfera de castas relaciones con buen fin y sometiendo la fogosa pasión de ambos amantes a las reglas caseras que para tales casos se usan y que en aquel tiempo eran de una simplicidad enfadosa. Hacía esto la de Zahón, más que por sentimiento, por cálculo, mirando a su propio interés *antes* que al de la joven puesta a su custodia. Era ante todo traficante, se había criado en el compra y vende; todas sus canas, que eran muchas, y las jorobas que en su esqueleto se formaban, le habían salido en el continuo y anheloso estudio de la ganancia fácil. Por lo demás, su moral era tan ancha como las mangas del vestido que el reuma le obligaba a usar, y sus creencias religiosas, tibias como las aguas con que se lavaba. La moral de los contratos de cosas, interpretada a su manera, érale muy conocida y familiar; la otra, la tocante al honor y al recato, sólo existía en su conciencia con formas desleídas.

Sujetó, pues, a los amantes a un régimen de apariencias estrictamente morales, prohibiendo en absoluto las entrevistas de calle y balcón y permitiéndoles hablarse a horas fijas en su casa y en su presencia. Con esto cumplía y sentaba sobre bases decorosas su bien planeado negocio. Muy *mal* sabían a Fernando y a su dama esta reglamentación de colegio y este régimen de insulso noviazgo, aplicado a una pasión tan flamígera; pero lo soportaban en espera de los arranques de su albedrío, planeando también algo, que muy calladito

tenían, y desquitándose por el pronto con el carteo constante y clandestino de que era mediador el cuitado Lopresti. Con los Fonsagradas se les permitía salir alguna vez de paseo, bien vigiladitos, no pudiendo campar libremente ni a la ida ni a la vuelta, ni extraviarse en las arboledas de la Florida, ni jugar a la gallina ciega. Estaba, pues, Calpena hecho un novio *clásico*, contra lo que su temperamento y sus altas ideas le dictaban; pero se sometía o afectaba someterse, con la esperanza de que no había de durar mucho la insípida comedia. Por aquellos días iba al ministerio nada más que el tiempo preciso para no caer en falta, y a veces dejaba de asistir pretextando enfermedades. Rara vez le llamaba ya el ministro a su despacho para encargarle contestaciones de cartas. Hacíalo siempre dando las instrucciones a Milagro, el cual repartía la tarea y vigilaba la de su compañero, llevándolo todo a la firma.

Hacia el 20 de diciembre, poco antes de la célebre discusión del voto de confianza, en días en que Mendizábal estaba gozoso, como hombre que vislumbra el éxito y ve próxima la realización de sus ideas, llamó a Milagro y le hizo sentar frente a sí en la mesa de su despacho. Habíale tomado afición por la donosa vaguedad que sabía emplear en la redacción de cartas de pura fórmula, en que no se dice nada, y por el estilo cortesano y elegante en que envolvía el «perdone usted por Dios», receta contra los pedigüeños de gollerías.

—Ante todo—dijo Mendizábal con aquella presteza nerviosa que ponía en su trabajo—, póngame usted ahora mismo, pero ahora mismo, una carta a don Martín diciéndole que detenga el nombramiento de Catedrático de Retórica de un clérigo que se llama don Pedro Hillo, en favor del cual le escribimos no sé cuándo...

—Anteayer.

—Me había recomendado a este sujeto Musso y Valiente, si no recuerdo mal.

—Sí, señor, y antes don Manuel José Quintana...

—Y creo que también Juan Nicasio Gallego..., en fin, medio mundo. Tanto me han mareado, que me decidí a recomendarle a Heros. Pero después he sabido algo que me pone en guardia... Francamente, yo hago todo el bien que puedo; pero en este puesto, y rodeado de dificultades, no creo estar en el caso de favorecer a mis enemigos. Dígame, ¿conoce usted a ese Hillo?

—Sí, señor; vive con mi compañero de oficina, Calpena, y hemos ido juntos al café y a los toros. Es muy entendido en tauromaquia.

—¡Qué atrocidad!... Cura, torero y retórico... No he visto jamás ensalada semejante... Ello es que ese sujeto ha dado en perseguirme... Aquí viene todos los días a pedir audiencia. Como ahora no estoy para perder el tiempo, no se la he concedido. Pero el hombre ha dado en acecharme cuando entro en mi casa y cuando salgo. Todas las mañanas tira de la campanilla tres o cuatro veces. En la escalera, hoy, bajando yo con Cano Manuel y con Olózaga, me le encontré... Demudado, la voz temblona, me habló... La verdad, no me enteré bien de lo que dijo... Que no quería hablarme de la cátedra..., que se había hecho campeón de una causa de moralidad, de justicia..., que era preciso descorrer el velo... Esto del velo lo repitió no sé cuántas veces... En fin, me dió lástima. Paréceme que el tal presbítero no tiene la cabeza buena. Yo me zafé como pude y luego me dijo Olózaga: «¿Sabe usted, don Juan, que este pajarraco de sotana es de los que hacen correr por ahí historias denigrantes en que mezclan, sin ningún miramiento y quizá con aviesa intención, el nombre de usted?...» «¿Qué me cuenta, Salustiano? ¡Mi nombre!...» «Sí, señor: quieren minarle a usted el terreno, echando a volar especies absurdas, actos o relaciones de la vida privada.»

Al oír esto, palideció el buen Milagro, y contestando a su jefe con un monosílabo que expresaba tanta sorpresa como indignación, hizo solemne voto mental de no volver a probar el curaçao en lo que le quedara de vida.

—No es la primera vez—continuó su excelencia—que llegan a mí rumores de esta naturaleza, unos verdaderos, referentes a hechos y casos que no tienen nada de ignominiosos, otros absurdos y sin ningún fundamento, y todos van derechos contra mi reputación, contra mi prestigio. Nada de esto me sorprende ni me arredra: sé que en mi posición, y entre españoles, no puedo esperar más que una guerra en la cual se emplean todas las armas, sin desdeñar las más viles. Conque ya sabe usted: lo primero me es-

cribe esa carta. Que detenga el nombramiento para la cátedra de Alcalá. Ese señor Hillo tiene todas las trazas de un perturbado.

—No creo tal, señor—dijo Milagro—, Quizá oiría el señor Hillo algún disparate, de esos que hace correr la gente malintencionada, y el pobre señor lo habrá repetido... Y también puede ser que soltara la especie hallándose en ese estado de atontamiento que produce el..., la...

—Pero qué..., ¿es bebedor?

—No sé..., creo que... Una noche, estando varios amigos en el café con Maturana, el diamantista, éste pidió curaçao y quiso que yo le acompañara; pero como no pruebo nunca ninguna clase de bebida, me resistí, dándole las gracias. Hillo bebió y se puso perdido. Salió diciendo cada desatino... ¡Pero después, cuando el aire de la calle le serenó se desdijo de todo, y hasta lloraba el pobre recordando las borricadas que habían salido de su boca. No es mal hombre: el señor Olózaga me dispense; que si algo contra la respetabilidad de vuecencia ha dicho ese clérigo, no ha sido con mala idea...

—Bueno—dijo Mendizábal, cuya atención, queriendo abarcar mucho de una vez, se detenía poco en un asunto—. Escríbame usted la carta a Argüelles, incluyendo esta minuta de los principales puntos de Hacienda que debe tener presentes al defender el voto de confianza. Luego carta citando a Istúriz y a don Antonio González, para que nos pongamos de acuerdo sobre el orden y método de discusión...

Despedido el secretario familiar, entraron los que iban a la firma, y su excelencia trabajó con ellos el resto de la tarde. Dos días después empezó en el Estamento la gran tremolina parlamentaria del voto de confianza, en que Mendizábal, blasonando de atrevido gobernante, pidió a los Estamentos poder y autoridad para disponer de las rentas públicas, con el desembarazo que exigían las críticas circunstancias por que atravesaba la nación.

Ya en aquellos debates empezó a torcerse la buena estrella del reformador, que hasta entonces no había visto más que satisfacciones, bienandanzas y popularidad. Los patriotas extremaron su oposición: los llamados moderados llenaban sus discursos de reticencias maliciosas, chispazos que levantaban llamaradas y humareda en la opinión neutral; y los amigos de Mendizábal, que hasta entonces le habían defendido con ardor, empezaban a sentir ese frío triste que es síntoma de ver con malos ojos el bien ajeno. Algunos continuaban apoyándole, porque estaban ligados por la gratitud: otros hacían de ésta tabla rasa, y empezaban a mostrarse temerosos de que don Juan de Dios realizase lo que había ofrecido. Entre políticos, el fracaso de los grandes halaga a los pequeños. La masa total no se entusiasma con el éxito si éste lo representa un hombre. La vulgaridad colectiva tiende siempre a conservar el nivel.

Empezaron, pues, las inquietudes, las comezones, las ganitas de jarana y la curiosidad sabrosa de ver al jefe embarullado y sin saber por dónde salir. Claro que los más votaron como carneros; pero otros se hicieron los bobos, afectando escrúpulos de rigidez constitucional. A éstos llamaban *santones*.

XXV

Aburrido y desalentado, vió don Pedro Hillo entrar el año 36, a quien desde el primer día de su enero disputó por tan calamitoso y funesto como su antecesor, el maldito 35, que todo se pasó en guerras, disturbios y trapisondas. Nada había podido adelantar en la noble misión que se había impuesto, y el problema que desentrañar quería presentábaselè cada día más oscuro y embrollado. Para colmo de amargura, Calpena no le refería cosa alguna de su vida y planes; apenas pasaba con él breves ratos a las horas de comida y cena, y luego a sumergirse volvía en la tenebrosa cisterna del vicio y la deshonra, pues no otra cosa significaba para don Pedro la casa de la Zahón. Para mayor desdicha, tuvo el buen presbítero el disgusto de saber, por un amigo de *lo Interior*, que, hallándose extendido su nombramiento para la cátedra, don Martín de los Heros le había dado carpetazo por indicación del presidente del Consejo. Esto le llevó a un tristeza profunda, y no veía más que ocultos enemigos y persecuciones misteriosas... ¡Mis-

terio por todas partes, romanticismo y sombras espectrales! Lo único que alegraba su espíritu eran las cartas de *la incógnita*, que, autorizado por Calpena, leía y guardaba. En todas ellas latía la tristeza y el intenso cariño de quien las redactaba. Véase un ejemplo:

«Aunque diariamente recibo pruebas del olvido en que me tienes, no puedo acostumbrarme a tu desobediencia. Te mandé que fueras a la misa de once en el Carmen y no fuiste ni a ésa ni a ninguna, pasándote toda la mañana en casa de la diamantista. Te encargué la asistencia al Estamento para que oyeras y gozaras la discusión del voto de confianza, y tampoco pareciste por allí. Ni en *el Casón* de los Próceres se te ha visto tampoco, por más que te recomiendo concurrir a menudo, para que habitúes el oído a las buenas formas oratorias, para que tomes gusto a la política seria y veas de cerca a los hombres eminentes que han de gobernarnos ahora y después, los cuales serán malos, si quieres, pero con ellos tenemos que apencar, porque no hay otros.

»Te veo adquiriendo hábitos groseros; te has hecho huraño, desagradecido, siempre devorado por insana inquietud, presuroso en todas partes; te veo encenagado en una pasión loca, impropia de toda persona regular; no haces caso de nada, no miras a tu porvenir, no corresponde a la ternura de quien por ti se interesa y quiere dirigirte, sin que mueva tu voluntad el considerar lo que esta protección reservada cuesta y supone, ni las amarguras y sufrimientos que hay bajo de ella.»

Al terminar este pasaje tuvo Hillo que suspender la lectura para limpiarse dos lagrimones que por sus mejillas resbalaban. Luego siguió leyendo:

«Y no paran aquí los estragos de tu devaneo amoroso, pues no sólo te muestras ingrato conmigo, sino con ese buen sacerdote, tu compañero de casa, que tanto interés demuestra por ti. Le desdeñas, evitas su compañía porque quiere apartarte, como yo, del despeñadero a que corres. Has delegado en él la lectura de mis cartas y la custodia de tu dinero, p r u e b a de confianza que me agradaría si no significara indolencia y criminal olvido de tus obligaciones. El pobre señor De Hillo, por salvarte y correr tras de tus errores, ganoso de coregirlos, ha dado un mal paso. De los males que se le ocasionen eres tú responsable. Verdad que en su generoso afán incurrió el cleriguito en la tontería de pretender descubrirme y desenmascararme, y esto forzosamente había de producirle algún desvío, porque nosotras, las esfinges, solemos dar un zarpazo al que intenta descifrar el enigma que encerramos. Buscando indicios aquí y allá, interrogando a gentes diversas, el señor don Pedro ha oído enormes disparates, y cometido después la grave indiscreción de repetirlos. Algunas de las absurdas hablillas que tu amigo recogió en los cafés o en medio de la calle, afectaban al señor presidente del Consejo, y eran escandalosa infracción del respeto que se debe a la vida privada. Alguien se enteró de ello, y fué con el cuento al señor don Juan de Dios (a quien solemos llamar *Juan y Medio* por su gigantesca estatura), y he aquí que el gran hombre se amosca, demostrando cierta pequeñez de espíritu, pues lo que de él dijo nuestro capellán no merecía más que olvido y menosprecio: tan necia y ridícula era la invención. ¡Pobre Hillo! Acordado ya su nombramiento para la cátedra que pretende, el señor Mendizábal ordenó que se anulara. Paréceme este rigor poco digno de un hombre que se nos ha venido acá con la pretensión de traernos el reinado de la libertad, de la justicia y del orden social, y así pienso decírselo. Perdóneme el señor don *Juan y Medio;* pero me parece que ha obrado como un *santón* cualquiera de esos que ahora le están armando la zancadilla. El motivo de estas pequeñeces es que el grande hombre considera la popularidad como el principal fundamento de su fuerza, y le saca de quicio todo lo que pueda mermar o poner en peligro ese fantástico y vano poder. ¡Qué error! Fíjate en esto para que vayas aprendiendo. La fuerza la da el buen gobernar, el cumplimiento de lo que se ha ofrecido, la energía, la rectitud; de todo esto sale al fin el aura popular. Pero pretender el calor de la opinión cuando no se hace nada o se hacen las cosas a medias, es grande ceguedad. De este mal mueren todos nuestros políticos... La confianza en un prestigio ilusorio perderá a este buen señor, que po-

dría indudablemente regenerar el país si se cuidara menos de aspirar el incienso que le echan sus aduladores y paniaguados. Buenas ideas trae, grandiosos planes ha concebido; pero difícilmente logrará realizarlos, porque, como dice tu amigo, no sabrá *rematar la suerte.*»

Sonriendo pensativo, guardó la carta don Pedro en la gaveta donde metódicamente las iba poniendo, para dar cuenta a Calpena como secretario fiel. Desconcertado por su fracaso, permaneció un día en situación expectante, soñando con inesperadas sorpresas de la Providencia divina, hasta que llegó otra carta de *la incógnita,* con la particularidad de que no iba dirigida a Fernando, sino a él, al propio don Pedro Hillo, presbítero. Con vivísima emoción se encerró en su cuarto, recatando el papel cual tímido enamorado que recibe la primera esquela de la niña que adora, y leyó lo siguiente:

«Señor De Hillo: Me dirijo a usted como al único leal amigo del descarriado Fernando, para suplicarle con efusión del alma que, mientras yo trato de cortar el vuelo de esta criatura por los espacios tempestuosos del romanticismo, intente usted poner estorbos a su temeraria iniciativa y desbaratar sus planes, aunque para ello tenga que valerse de las artes del disimulo y poner en juego resortes que, si bien algo violentos, no son ilícitos tratándose de tan generoso y noble fin. Indudablemente, Fernandito y su desatinada novia traman alguna travesura que me temo sea de gravísimas consecuencias. Sé que ese insensato ha comprado armas: dos pistolas, espada, navajas grandísimas. Me permito encargar a usted que si el chico ha llevado las armas a su casa, procure quitárselas sin miramiento alguno y esconderlas donde no las pueda recobrar; le recomiendo además que le prive de dinero, dejándole sólo lo más preciso. Todo lo que enviaré estos días, en la forma acostumbrada, hágame el favor de recogerlo sin darle de ello noticia, y resérvelo para los gastos que ocasionen las diligencias que hará usted, conforme yo le vaya indicando, a medida que reciba más noticias de lo que traman esos pillos.

»Igualmente le invito, afrontando las objeciones que ha de hacerme su delicadeza, a emplear en sus atenciones propias la parte que estime conveniente del dinero de Fernando. No me venga usted con remilgos. Le nombro capellán o, si se quiere, ayo de ese inexperto joven, y es muy justo que perciba los emolumentos que de ley le corresponden. Déjese usted de cátedras y de más correrías por los ministerios pretendiendo una plaza que ya no le hace falta para nada. Me figuro que sus posibles se van agotando con tan ineficaz y largo pretender, y espero que sin reparo alguno acepte usted lo que con todo el respeto debido le ofrezco. ¿Qué sería de usted si no aceptara? ¿De qué vivirá si, como es muy probable, no le dan la dichosa cátedra? Usted no es hombre capaz de hacer el parásito; usted no se humillará a postulaciones impropias de su severa dignidad. ¿Qué remedio tiene mi buen clerigüito más que dejarse querer, y admitir lo que nunca será proporcionado al gran servicio que prestará a ese pobre niño? Además, ni tiene usted carácter para instruir muchachos, ni podrá nunca acomodar su condición amable a tan ingrata tarea. Si me promete no enfadarse, le diré una cosa: no está mi señor don Pedro muy versado en letras humanas, y apenas conserva en la memoria unas cuantas reglas de retórica anticuada y fiambre, y ejemplos sueltos de prosa y poesía, que ya están mandados recoger. ¿Ni cómo podía ser de otro modo, si usted no coge un libro a ninguna hora del día, y no hace más que hablar de política y toreo, y bromear con Nicomedes? El baúl de libros que trajo de Zamora lo tiene usted lleno de polvo y telarañas. No ha sacado usted más que un par de cuadernos del *almacén de frutos literarios,* de Burgos, y el primer tomo (A-B) del *Diccionario de Autoridades...,* pero no lo sacó para leerlo, sino para recalzar el colchón de su cama que se le hundía por los pies... Quedamos en que no más retórica, no más echar los bofes detrás de una cátedra que desempeñará mejor otro cualquiera. Desde hoy se consagra usted a Fernando, a salvarle del deshonor, a traerle al camino de la honestidad, de la obediencia a los superiores. Es usted, con menos humanidades, pero no con menor abnegación y cariño, el sucesor del benditísimo párroco de Vera, Narciso Vidaurre. No me replique, señor Hillo, ni me ponga esa cara compungida. Cállese usted y obedezca.»

Mediano rato estuvo don Pedro sobrecogido de la fuerte emoción, que hubo de manifestarse en lágrimas y suspiros. Estimando la confianza que en él ponía la divina incógnita, más que la oferta de recursos materiales, decidió aceptar oficialmente el cargo que ya por su voluntad oficiosa desempeñaba, y consideró que rechazar el estipendio sería insigne ingratitud y gazmoñería. Era una salvación milagrosa, pues ya se le acababan a toda prisa los dineros, sin que de ninguna parte pudieran venirle rentas ni gajes, como no fuesen los de la misa que diariamente celebraba. Precisamente había pensado días antes que, si no malbarataba todos sus libros, no tendría con qué pagar la casa.

Contento y animoso, sintiendo duplicado el interés por Fernandito y el respeto y admiración de la oculta deidad, dedicó toda su energía a desempeñar la misión que aquélla con suprema autoridad le había conferido. Registrado el cuarto de Calpena, no encontró armas. Recelando que las tuviera en la cómoda guardadas con llave, pensó en proveerse de ganzúa para sustraerlas, pues la incógnita le había mandado que no se parase en pelillos. Pero en esto llegó nueva carta, que decía:

«No busque más las armas, señor presbítero, porque las tiene en casa de un amigote con quien ahora intima mucho: Patricio de la Escosura, el artillerito ese a quien suponen, y debemos creerlo, la última mosca cogida en las redes de esa araña de la Oliván. Escosura y otro joven llamado Miguel de los Santos (no me acuerdo del apellido), son ahora los inseparables de Fernando: me figuro que este último le acompaña alguna vez a casa de la Zahón. Según mis noticias, es un truhán de primera, que de todo saca partido para divertirse. Vive en la calle de la Gorguera. Suele andar con uno de los chicos de Madrazo, Perico, a quien apenas apunta el bozo, pero que ya es poeta y prosista. Todos estos niños y otros se traen unas ideas sentimentales que creo yo harán más estragos que los devaneos fúnebres, incendiarios y sanguinolentos del romanticismo. Busque a ese Miguelito de los Santos y hágase su amigo.

»¡Y vamos a lo principal! Esté usted preparado para un viaje. ¡oh pacientísimo señor don Pedro!, y perdone que le haga andar de coronilla. Dentro de unos días, quizá mañana o pasado, será Fernando trasladado a una Intendencia de provincia, probablemente a Cádiz o Barcelona, lejos, lejos. Se le destina a las nuevas oficinas que se crean para la redención de censos y la venta de bienes del clero. No creo que se rebele contra las órdenes del ministro, negándose a salir. Si así lo hiciera, será preciso recurrir a otros medios. Pero no es probable que llegue a tanto su rebeldía... Oiga usted lo que tiene que hacer. En cuanto él reciba su nuevo nombramiento, que irá acompañado de una orden para salir en posta, usted le incita a no dilatar la partida, le dispone coche, se brinda a acompañarle, le dice que volverán pronto; pero la vuelta de ustedes será la del humo; y una vez allá, trínquemele bien. Si logramos apartarle de su infierno siquiera cuatro o cinco meses, estamos salvados, mi buen amigo y coadjutor.

»Otra cosa tengo que advertirle. Debe usted, desde que disponga el viaje, abandonar el traje eclesiástico y vestirse de corto. Hasta creo que le sentará bien la ropa *de hombre,* digo, *de paisano...,* tampoco es esto; vamos, de seglar. Como los vientos que hoy corren en España no son muy favorables a las personas eclesiásticas, por la guerra que éstas hacen al Gobierno, unos con las armas en la mano, otros con sermones y escritos virulentos, no le conviene a nuestro cleriguito echarse con sotana y balandrán por esos mundos. Tenga presente que dentro de quince días, lo más, saldrá el decreto en que se ordena limpiar a los frailes el comedero, y ya verá usted la tremolina que se arma... Conque cuidado: fíjese bien en lo que me permito indicarle, y procure cumplirlo, sin nuevos intentos de descubrirme, porque si llega a mis oídos el «mascarita, te conozco», no hemos hecho nada. Yo me quedo donde estoy; Fernando, en su laberinto de perdición, y usted, en su páramo de cazador de cátedras. Adiós.»

XXVI

Jurando *in mente* hacer todo lo que le mandaba la que tenía ya por autoridad suprema y tirana indiscutible, se fué Hillo al Estamento de Procuradores, donde

le había citado Iglesias para presentarle a don Agustín Argüelles. Habían concertado destruir, por mediación del que llamaban *Divino,* la mala impresión de Mendizábal con respecto a don Pedro, haciéndole ver que ni era loco ni había sido difamador de su excelencia, pues si bien dijo en cierta desgraciada ocasión cuatro palabrejas inconvenientes, hízolo con el noble fin de condenarlas. Menos le importaba la cátedra, con importarle mucho, que la opinión que el señor ministro formase de él; y hasta que no lograse rectificar aquel temerario juicio, no tenía tranquilidad. Mas desde el momento en que aceptaba el cargo que la divinidad incógnita le había conferido, ya la suspirada cátedra y los ministros que la concedían, y todo el Gobierno, y lo que Mendizábal pensara de clérigos locos o calumniadores, le importaba un bledo. Iba, pues, con ánimo de decir a Iglesias: «Amigo mío, no haga usted nada, ni se tome el trabajo de presentarme a estos señores, pues renuncio a *la mano de doña Leonor,* y es muy probable que me vaya a mi pueblo, a cavar.»

En los pasillos del Estamento había tanta gente que le fué muy difícil cazar a Nicomedes. La sesión era interesantísima: se discutía el voto de confianza. Anduvo de aquí para allá, saludando a los que encontró conocidos, y uno de éstos le dijo que Iglesias estaba en la tribuna oyendo hablar a Toreno. Hablaría después Mendizábal, y se procedería inmediatamente a la votación. Arrimóse Hillo a una de las puertas laterales, donde había una gran masa de intrusos aplicando la oreja al rumor oratorio, y oyó algunas palabras del conde, pocas y desvanecidas por la distancia. El local era malísimo: el salón de sesiones, una iglesia secularizada. Para formar los pasillos circundantes se habían derribado tabiques de la sacristía, aprovechando con fáciles chapuzas la parte de capillas y salas interiores que destruyó el incendio de 1823. Buscó Hillo mejor sitio de escucha por otro lado, y al fin, agazapándose en un rincón de lo que fué camarín de la Virgen, y que caía detrás de la Presidencia, pudo ver y oír algo. Por entre una crestería de cabezas distinguió a lo lejos la del señor Mendizábal y parte de su busto. Acababa de levantarse, y hablaba premioso, mirando, ya al pupitre, ya a los *señores de enfrente.* Por su gigantesca estatura descollaba don Juan entre aquel cúmulo de hombres chicos y medianos. A su corpulencia no correspondía su voz, parda y cavernosa, ni menos su oratoria, que en las cuestiones de Hacienda era muy árida y en las políticas elevábase tan sólo por la energía que le prestaba su convicción y los tonos dulces que le daba la sinceridad. Estirando mucho el pescuezo por entre brazos y cabezas de curiosos que bloqueaban la puerta, pudo pescar Hillo alguna que otra frase: «...Pues habiendo tenido la suerte de negociar un empréstito para una nación vecina de 74 por 100, cuando don Miguel...» Y después: «Se ha dicho aquí si el Gobierno, en virtud del artículo 3.°...» Siguió un concepto ininteligible, y luego: «Pero, señores, un Gobierno que no quiere apelar a poner una contribución extraordinaria, ¿cómo es posible que...?» Retiróse don Pedro aburridísimo, viendo que nada en limpio sacaba, y esperó paseándose, leyendo la orden del día puesta en una tablilla, o los partes de la guerra, que siempre decían lo mismo. Por fin, comenzaba la votación, los parroquianos de tribunas descendían a los salones bajos y pasillos. Los procuradores, conforme votaban, iban apareciendo por las puertas del salón de sesiones, y el tumulto crecía, la atmósfera era espesa y cálida, y el ruido bastante a marear la cabeza más firme.

Apareciósele Nicomedes, sofocadísimo, echando lumbre por los ojos, entre un pelotón de periodistas, y desde lejos le intimó en esta forma:

—¡Eh, clérigo..., en qué mal día viene! Imposible hacer nada hoy. Ya ve *su merced* el jaleo que hay aquí.

En pocas palabras le informó don Pedro de que no venía más que a retirar todo lo actuado, y a manifestar a su amigo que ya no quería más recomendaciones ni molestar a nadie. Sin hacer caso de lo que decía el presbítero, prorrumpió Iglesias en ruidosas exclamaciones, a las que siguieron cláusulas narrativas, en pintoresco y familiar lenguaje:

—¡Válgame Dios, qué discursos nos ha largado el *camello!* Lo que me hace más gracia es el tonillo sentencioso que toma para decir las mayores simplezas.

Apretóse el corrillo alrededor de Iglesias (metiéndose en él don Pedro con

empuje de codos), y uno de los jovenzuelos más avispados que en el cotarro bullían se echó a reír diciendo:

—¿Pero ustedes le oyeron los latines con que hoy nos ha obsequiado?... *Mutatas mutandas*... Es divino este señor.

—El no sabrá de *citas históricas*, como dijo ayer..., pero lo que es gramática...

—Esto del *voto de confianza* — manifestó con saña Nicomedes—resulta lo que digo en mi artículo de esta mañana: *un cubilete de charlatán.*

—Como que todo esto no es más que un tapujo de los agios y embrollos que este *don Juan y Medio* se trae.

—Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno—dijo uno de los presentes, mozo espigadillo, de grandísimos ojos negros, que relampagueaban en su rostro expresivo, con una seriedad que por ser tan seria resultaba extraordinariamente burlona.

—Eso mismo digo yo—indicó Hillo tímidamente—. Bueno, bueno, superior.

—Mi queridísimo amigo Miguel Alvarez—dijo Iglesias, presentándole.

Diéronse las manos, y don Pedro se mostró muy afectuoso, pues aquel encuentro y presentación colmaban sus deseos, y se permitió decir al joven Alvarez que ya le conocía de nombre por sus galanas poesías, por sus artículos y discursos...

—Discursos, no—replicó el otro con gravedad socarrona—, porque todavía no los he pronunciado. Los tengo, sí, aquí, en mi mente, y no los cambio por los de Cicerón. Pero todavía están inéditos, padre... Yo también tenía vivos deseos de conocerle a usted personalmente..., que de fama, ¿quién no le conoce? Mi amigo Fernando Calpena me ha hablado mucho de usted... Sé que es un profundo humanista y que distrae sus ocios en la afición taurina... Yo soy amantísimo de los toros.

«Lo que tú eres, bien lo veo—dijo Hillo para su sotana—: un guasón de primera.»

Y siguieron charlando, mientras Iglesias, con hueca voz ponderativa, encomiaba el discurso pronunciado en la primera parte de la sesión por don Agustín Argüelles, a quien se seguía llamando el *Divino*, si bien no aplicaban todos este lisonjero mote en sentido recto.

—¡Señores, vaya un discurso el de don Agustín! Es de los mejores, de los más elocuentes que ha pronunciado en su larga vida parlamentaria. Si el *camello* hablara así, ¿quién le aguantaba?

Y deteniendo a un joven espigado, pulcro, bien afeitadito, vestido con esmero y elegancia, que de un cercano grupo se desprendía, le dijo:

—Querido Juan, ven acá. ¿Qué te ha parecido el discurso de la *divinidad?*

—Verdadera divinidad tutelar es don Agustín para ese buen señor. ¿Qué sería de Mendizábal sin esta defensa, sin este escudo, sin esta protección?

—Sería lo que la hiedra, cuando muere el tronco del olmo a que se agarra —dijo uno de los que se adherían a Iglesias—. A ver, señor don Juan Donoso, usted que lo entiende, ¿qué opinión ha formado del discurso de don Agustín?

—Admirable como forma—declaró con aire de suficiencia el que llamaban Donoso, joven extremeño que iba para notabilidad literaria y política—, poco sólido como aparato dialéctico. Me recuerda la oración *Pro lege manilia.* Fáltale la primera condición de toda pieza oratoria, el convencimiento. Se ve que no cree en la leyenda de este buen señor, ni en sus planes, ni ve nada dentro del artificio del voto de confianza. Le defiende porque no es decoroso despedirle cuando hace tan poco tiempo que nos le han traído con tanta parambomba. Para mí, esto es claro. El generoso don Agustín, empleando excesivamente la argumentación *extra causam,* ha sabido cubrir con la púrpura de su elocuencia esta olla vacía...

Alejóse llamado desde el cercano grupo, y dejó el puesto a otro de los amigos de Iglesias, al inquieto y vivaracho González, el cual, antes de que le preguntaran, se metió en el corrillo diciendo:

—Caballeros, para mí, este buen don Agustín chochea...

Produjose después de esto un silencio repentino, porque apareció el propio Argüelles, viniendo del salón hacia la sala donde despachaban y recibían los ministros (que era parte del refectorio del transformado convento; en la otra parte se reunían las Juntas de Comisiones); pero acosado por los felicitantes y aduladores, el buen señor no podía dar un paso.

—Bien, don Agustín, sublime... Como siempre, el Demóstenes español...

Y él, con bondades y modestias, de esas

que se usan en la política, desplegando todo aquel sonreír dulce y un poquito clerical que caracterizaba su rostro austero, respondía:

—He salido del paso como he podido... No tenía más remedio que defender el voto de confianza, que es un resorte político y parlamentario muy recomendable en ocasiones como la presente... No sé de qué se maravillan estos señores moderados; si en el Parlamento inglés estamos viendo todos los días esta clase de concesiones amplias a la iniciativa gubernamental... Creo haber puesto la cuestión en su verdadero terreno... Ya se le habrá pasado el susto al pobre Mendizábal...

—Señor don Agustín—le dijo Iglesias con toda franqueza, compatible con el respeto—, es usted el hombre de más abnegación que existe en el mundo. Yo creí que ciertas virtudes eran incompatibles con la política; pero ya veo que no, ya veo que no.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el *Patriarca de la libertad,* más risueño que sorprendido—. He cumplido con mi deber... Están ustedes soñando si creen...

—No les ha parecido ésta buena ocasión para derribar el falso ídolo.

—Aquí no somos idólatras, amigo Iglesias: aquí no hay más que hombres de buena voluntad, que trabajan por la libertad y el bien del país, cada cual según lo que puede y sabe...

Y acosado por la turba de felicitantes, siguió de grupo en grupo, perdiéndose entre el gentío. Trueba y Cossío, secretario de la Cámara, pasó saludando risueño; mas no quiso dar su opinión. En un grupo de ministeriales, de los empedernidos, claveteados de optimismo, decían:

—Argüelles, haciendo equilibrios; Toreno, velado, avieso, dejando traslucir, hoy más que nunca, su mala intención; Mendizábal, admirable, diciendo claramente lo que debe decir y callándose lo que le conviene reservar.

—Esta es la verdadera elocuencia parlamentaria a la inglesa... Lo que yo digo: el Parlamento no es una academia. Aquí se viene a ilustrar las cuestiones.

Y más allá:

—Esto es una farsa. Lo que se quiere es desacreditar la representación nacional..., poner en un conflicto a la Corona...

—Y desquiciarlo y revolverlo todo, ya está visto, para traernos el reinado de la plebe...

—Que sigan así las cosas, y pronto tendremos que no hay más que dos partidos: la camisa sucia y la camisa limpia.

—Se ve venir el imperio de las chaquetas. Las levitas van a menos.

—No así las de *don Juan y Medio,* que cada día son más largas.

Salió al fin del tumulto don Pedro acompañando al joven Alvarez, y como éste dijera que iba al café del Príncipe, vulgo Parnasillo, se pegó a él, pretextando quehaceres en la misma calle, con la plausible intención de sonsacarle lo que supiera referente a Fernando. En la Carrera encontraron a Pepe Díaz, y estando con él de conversación, llegaron por la calle del Lobo otros dos, que Hillo no conocía. Eran Segovia y Juan Bautista Alonso, que traía bajo el brazo un rimero de poesías. Nada más frecuente entonces que ver a los mozalbetes por la calle cargados de paquetes de versos, como si vinieran de compras.

—Oye, tú—dijo Segovia a Miguel de los Santos, cogiéndole de las solapas—, he visto a ese chico que me recomendaste, ese Eugenio...

—Hombre, sí..., excelente chico. ¡Qué simpático, qué modesto! Por cierto que no acabo de aprender su nombre.

—Ni yo. Espérate a ver si me acuerdo...

—Yo me acuerdo, yo—dijo Díaz rascándose la frente—. Un apellido endemoniado..., así como...

—Es hijo de un alemán—indicó Alonso—. Le conozco, sí... Su padre le ha hecho un flaco servicio llamándose como se llama.

—Ya me acuerdo... *Arzen... Arzin...*

—*Arzembuch,* escrito con *H* y con *n.*

—Justo, así es—añadió Segovia—. Pues como te digo, el pobre muchacho no sabía qué hacer conmigo. Me llevó a su casa y me enseñó una obra... ¡Vaya una obra!

—¿En prosa o en verso?

—¿Pero qué dices ahí?... ¡Si era una mesa!

—¡Una mesa! Verdad que es carpintero antes que poeta.

—Si a la caoba llamas tú poesía, la mesa es una obra en verso.

—¿Y esa mesa no tenía cajón?

—Hombre, sí; y del cajón sacó cuatro tragedias y dos comedias del teatro antiguo barnizadas por él... *Los empeños*

de un acaso y *La confusión de un jardín.*

—Ya caigo—dijo Alonso—: es el autor de aquella famosa *Restauración de Madrid,* silbada horrorosamente en la Cruz hace dos o tres años.

—¡Pobre Eugenio! —exclamó Diaz—, es tan tímido, tan para poco, que no saldrá adelante, valiendo mucho y sabiendo lo que sabe.

—Pues veréis: entre las tregedias que sacó del cajón de la mesa había un drama, los dos primeros actos de un drama...

—*Los amantes de Teruel*... ¿Te los leyó?

—Empezaba yo a leer, cuando entró ese loquinario, ese Calpena, y... él fué quien leyó, ¡pero con una entonación, chico!... Vamos, tan bien leía, que si nos encantó la obra, no nos maravilló menos el intérprete.

—Ya le he dicho—indicó Alonso—que debe dedicarse al teatro, a la escena. Sería un gran actor.

—Y ¿dónde dejasteis a Calpena?—preguntó Alvarez.

—Con Eugenio ha ido al Príncipe, a ver el ensayo del *Antony.*

—Pues allá me voy... ¿Vamos?

Excusáronse Alonso y Díaz, por tener quehaceres, que debían de ser poéticos; pero Segovia se agarró del brazo de Alvarez, con ánimo de acompañarle. Calle abajo se fueron dos, y los otros, con el pegadizo don Pedro, se metieron por la del Lobo. Por cierto que el buen presbítero, ya en la pista de su don Fernando, si por una parte se hallaba satisfecho de haber encontrado en Miguel de los Santos un diligente y afectuoso auxiliar de su campaña, por otra se sentía contrariado de tener que abandonar el campo, cuando tan favorables circunstancias aquella tarde le ofrecía el Acaso, o la Divina Providencia. Al despedirse de Alvarez en la puerta del teatro por la calle del Lobo, le dijo apenado:

—No saben cuánto siento no poder colarme con ustedes en el ensayo. Me gusta extraordinariamente v e r ensayar... ¿Pero cómo entro vestido de cura? No puede ser. Otra vez será.

Y se fué triste y cabizbajo, diciendo a las baldosas de la calle: «Razón tiene la señora incógnita al recomendarme que para andar en estos trotes me vista de seglar... No más hábitos. Por San Juan Capistrano, mañana mismo los ahorco.»

XXVII

Salió don Fernando Calpena del ensayo de *Antony* con un grave aumento de la locura que ya por sus exaltados amores padecía, y al despedirse de su amigo Juan Eugenio en la esquina de la calle de las Huertas, le dijo que ni se había escrito ni se volvería a escribir un drama tan excelente, verdadero Evangelio de los desheredados a quienes oprime la balumba del artificio social. El carpintero-poeta, cuya mente conservaba un excelso reposo, no expresó nada en contra de tan radical opinión; pero algo tenía que decir, sin duda, sólo que se lo reservaba para más adelante, cuando los años y la experiencia le dieran la autoridad de que entonces carecía. No hizo más que mirar a su amigo con aquella expresión de intensísima agudeza que conservó hasta su vejez, y apretarle las manos. Al separarse le dijo:

—Tendré copiado el acto tercero el sábado, y en seguida podrás leerlo. Aparece Isabel en la primera escena, vestida para la boda... Luego entra don Rodrigo... En fin, ya lo verás. Adiós.

Y echó a correr hacia su casa, con pasito corto y vivaracho. Era pequeñín, todo nervios, con una cara ratonil, graciosa y llena de inteligencia, unos ojuelos que despedían lumbre y una boca como la de los ángeles feos, que también los hay, según dicen. Calpena le miró alejarse, y, melancolico, se decía: «¿Por qué Dios no me dió a mí su talento?... Bien podía habérmelo dado, sin quitárselo a él..., bien podía...»

La transformación moral del enamorado joven se traslucía claramente en lo físico: había enflaquecido; sus ojos, que antes eran hermosos y alegres, brillaban después de la crisis con mayor hermosura, y su alegría era extraña combinación de zozobra y delirio. Hablaba con más viveza, amontonando ideas sobre ideas, empleando con frecuencia imágenes felices. Vestía con elegante descuido, olvidado ya del atildamiento presuntuoso que hacía de él un perfecto *estatuista* en capullo. Dejaba crecer la negra melena y la mantenía crespa, indómita, dando a los rizos y mechones libertad para estirarse o encogerse como quisieran. Había llegado a adquirir, con estas y otras cos-

tumbres nuevas, un sello propio, personal, que le distinguía y señalaba entre sus amigos. Estos eran cada día en mayor número desde que se lanzó a la independencia, y los tomaba conforme le iban saliendo, aristócratas o plebeyos: se mezclaba en la turbamulta humana con indecible gozo, ávido de vivir, de ver, de apreciar y discernir, de ejercitar, en fin, toda la energía intelectual y moral que a raudales brotaba de todas las honduras de su alma renovada.

Hizo en aquellos días conocimiento con los Madrazos, Federico y Perico; el uno, precoz artista, el otro, escritor y poeta, ambos excelentes muchachos, entusiastas, locos por el arte y la belleza; con Ochoa, inseparable de aquéllos y cofundador de *El Artista,* para el cual unos escribían y otros dibujaban; con Villalta, con Trueba y Cossío, político audacísimo al par que escritor bilingüe, pues lo mismo escribía en inglés que en español; con Dionisio Alcalá Galiano, hijo de don Antonio, uno de los jóvenes más despiertos y más inteligentes de aquel tiempo; con Revilla, Gonzalo Morón, Larrañaga y otros que en la literatura, en la crítica y en la política empezaban a bullir; con ambos Escosuras, con ambos Romeas, con Guzmán y Latorre: y al propio tiempo intimó más con Espronceda, Mesonero, Roca de Togores, Ventura y otros que ya conocía. Aquella juventud, en medio de la generación turbulenta, camorrista y sanguinaria a que pertenecía, era como un rosal cuajado de flores en medio de un campo de cardos borriqueros, la esperanza en medio de la desesperación, la belleza y los aromas haciendo tolerable la fealdad maloliente de la España de 1836.

Más firme cada día en la fe de sus amores, veía Calpena en Aura algo más que una mujer bella: veía la mujer misma, con todas las cualidades propias del sexo en grado superior. Por perfecta la tenía desde la punta del pie a la última mata del cabello; perfecta era también en su inteligencia, que exhalaba rayos; en su voluntad ardorosa, rebelde a los términos medios; en sus caprichos, que escondían una profunda psicología; en todo, Señor, en todo, pues si Aura reía, toda la Naturaleza se alegraba con ella, y si lloraba, Cielo y Tierra se cubrían de tristeza.

Pues, señor: bastantes días habían pasado desde el ensayo del *Antony;* bastantes, sí, porque ya se había estrenado el revolucionario drama de Dumas, cuando ocurrió lo que ahora se referirá. Ello fué al principiar frebrero, pasadas las tremolinas parlamentarias de fin de enero, cuando se discutió la ley electoral y derrotaron al Gobierno, y el señor de Mendizábal, entre la espada y la pared, no tuvo más remedio que disolver los Estamentos y convocar nuevas Cortes. Y como el Diablo, cuando, no tiene qué hacer, se entretiene en coger moscas, don Juan de Dios, libre de la fatiga del Parlamento, que tan agobiado le traía, se dedicó a remover el personal de su Ministerio: todo era traslaciones, cesantías, empleados que venían no se sabe de dónde; otros que se iban a sus casas a «mascar el vacío», como dijo un cesante de aquel tiempo... En fin, que una tarde, hallándose Calpena en su oficina aburridísimo, esperando ansioso la hora, antes que ésta llegó un antipático, maldecido papel... ¡Ah!, era nada menos que su traslación a Cádiz, a las secciones recientemente creadas para la Liquidación de Créditos. El efecto que esto le hizo fué deplorable; vió en ello la malquerencia de un oculto enemigo, y echaba pestes contra los malos gobiernos y contra el propio don Juan de Dios, a quien desde aquel día retiró su admiración y cariño.

En aquel estado de amargura y rabia le encontró Hillo una mañana, cuando, de vuelta de misa, disponíase a endilgar la ropa *corta* para echarse a la calle.

—¡Pero, chico—le dijo—, si estás de enhorabuena! Vas a Cádiz, «la cuna de nuestras libertades», como decís los patriotas, y allí vivirás como un príncipe, y harás conquistas y beberás la rica manzanilla, y tienes ancho campo para conspirar con los Riegos de hogaño por la Constitución del doce.

—Ni usted sabe lo que se dice, ni yo voy a Cádiz—replicó Fernando de malísimo talante—. Pensaré de hoy a mañana lo que debo hacer, y se lo diré a usted... Veo la mano, sí; veo la mano que en las tinieblas me ha descargado este golpe de maza... Pero no caeré, no; si creen que voy a desplomarme, a rendirme y a pedir perdón, se equivocan. Abur.

Se marchó con esta seca despedida, y don Pedro no volvió a verle hasta el día siguiente. No pocas noches dormía fuera

de casa. Leyendo dramas o charlando de literatura en casa de algún amigo, se le pasaban las horas insensiblmente, y sorprendido por la aurora en esta febril tarea, se quedaba dormido en un sofá o en el santo suelo, ya en el hospedaje de Alvarez, ya en el de Pepe Díaz. También don Pedro andaba un poco salido: entre diez y once de la mañana se vestía de paisano y se lanzaba al divagar callejero; por tarde y noche frecuentaba los cafés, y hacía en unos y otros diversas amistades. En el de Solís encontró a Calpena con un chicarrón que iba cargado de dramas: le vió desde lejos, se acercó en el momento en que salía, le fué siguiendo, y, por fin, le dió alcance en la calle del Turco.

—Voy contigo—le dijo, poniendo en práctica las instrucciones últimamente recibidas—. Tenemos que hablar. ¿No sabes lo que ocurre? Pues que mañana nos largamos.

—¿Adónde, mi reverendo amigo y capellán?

—A Cádiz; tengo yo también allí un asuntillo. ¡Qué oportunidad! Me acompañas y te acompaño.

—Irá usted solo. Mejor va uno solo que mal acompañado. Yo, señor don Pedro Hillo, no salgo de Madrid... Y no me ponga usted la cara fosca y patibularia, porque como no es usted mi padre, ni mi tío, ni menos mi abuelo, y tan sólo es un amigo muy apreciable, yo no estoy en el caso de que usted me riña.

—Hombre, reñirte, no—repuso Hillo con mansedumbre—. Somos tan sólo amigos, dices bien, y ninguna autoridad tengo sobre ti, como no sea la que me dan los años. ¡Triste autoridad!... Bueno, bueno; no quieres ir a Cádiz, *Ergo*, ¿renuncias a tu destino?

—Renuncio, sin *ergo;* presento la dimisión...; le digo al señor Mendizábal que vaya él si quiere...

—Pues, hijo, siento hacerte una observación que te va a saber muy mal..., pero qué remedio, es mi deber hacértela, para que medites el caso y resuelvas según tu libérrima voluntad... Ya leo en tu cara que lo has adivinado. Palideces...

—Palidezco de verle a usted tan meticuloso, empleando rodeos y perífrasis para decirme algo que podrá ser amargo y triste, pero que no me anonada, no, señor, no me anonada... ·

—¿Sabes...?

—Y si no sé, sospecho... Vaya, suélteme usted pronto el rayo.

El bigardón que llevaba a cuestas mediano fardo de dramas y tragedias en cuatro y cinco actos, con prólogo y epílogo, comprendiendo que trataban de asunto delicado, se largó, dejándoles en su grave contienda en medio de la calle.

—Pues lo que debía suceder ha sucedido. La deidad próvida, la dulce enmascarada, nuestra grande amiga, nuestra...

—Hombre, acabe usted de una vez. Total, que se ha incomodado porque no quiero ir a Cádiz. ¿Y cómo sabe mi resolución?

—No la sabe, la teme, y dice en su última carta que si no vas no cuentes más con ella.

—Creo—dijo Calpena con gravedad—que no falto a la gratitud respondiendo que no acepto la protección en esa forma despótica, altanera. Se obedece ciegamente a una madre, a un padre, aun cuando la obediencia nos destroce el corazón; pero ¿quién puede exigir que sacrifiquemos libertad, dignidad, vida, a los caprichos de un fantasma? ¿Que no es fantasma dice usted? Pues que se quite la gasa, el capuchón... Abandonado estuve, abandonado estoy... ¿Qué me ha dado el fantasma? ¿Me ha dado un nombre? ¿Me ha dado algo más que algunos trajes y algún dinero? ¡Y a cambio de estos beneficios pide que me convierta en un párvulo sin voluntad, sin iniciativa para nada! Amigo Hillo, antes que el bienestar adquirido con una pasividad humillante, pueril, ridícula, quiero una pobreza con dignidad... No, no entra en mis ideas vivir de lo que se me arroja en mitad de la calle; soy joven, no me falta inteligencia; quiero vivir por mí y para mí...

—Todo eso está muy bien—dijo el clérigo—. Quieres trabajar, lucir tus facultades. ¡Magnífico! Pero, tonto, si con la protección del fantasma lo harás mejor que solo y abandonado. ¿A qué luchar desesperadamente para sucumbir?... En cambio, con la base de tu destinito...

—No sea usted inocente, don Pedro. ¡El destinito! ¡Vivir amarrado al pesebre de la Administración! ¿Pero no comprende usted que el que una vez prueba las facilidades de ese pesebre ya está enviciado para toda la vida, ya no se pertenece, ya es una máquina, que los ministros paran o echan a andar, según les

acomoda? No, no me digan que sea máquina... En los empleos tiene usted la explicación de la inercia nacional, de esta parálisis, que se traduce luego en ignorancia, en envidia, en pobreza...

—Muy bonito como teoría—, pero...

—De esto hablamos anoche largamente Larra y yo, y renegamos de los empleos, que son como el opio o el *haschisch* para esta nación viciosa, indolente. Por mi parte, digo que antes comerán en un mismo plato constitucionales y facciosos, antes se volverán chaquetas las levitas de don Juan Alvarez, que yo resignarme a ser toda mi vida funcionario público.

—Has empleado lindamente la figura que llamamos *imposible* o *adynaton*.

—Déjese ya de retóricas, don Pedro. ¿Cree usted que están los tiempos para retóricas? Eso pasó. Aquí vendrá un desquiciamiento si no vienen nuevas ideas, aire nuevo, a regenerarnos...

Y abriendo los brazos en plena calle, parados uno frente a otro, dijo a su amigo:

—Déjeme usted ser libre, déjeme usted probar mis fuèrzas... No quiero protección anónima. Si conoce usted a la divinidad encapuchada, dígale que quiero pertenecerme, pensar por mí mismo y poner en ejecución lo que pienso... ¿Que me estrello? Bueno. Pues estrellado y con media vida podré decir: «¡Viva la independencia! ¡Viva la dignidad humana!»

XXVIII

Separáronse. A los pocos días se despidió Calpena de la casa de Méndez, porque en su nueva vida independiente, abandonado de la invisible protección, necesitaba aposentarse con mayor economía. Tanto Méndez como su hija y esposa, con lágrimas en los ojos viéronle salir y le abrumaron con amabilidades quejumbrosas, mostrando lástima de su partida, por un *punto de quijotismo*, como decía el patrón, el cual añadió a esta frase sanos consejos y exhortaciones atinadísimas.

—¡Vaya que dejar un empleo tan bueno por no ir a Cádiz!—clamaba doña Cayetana, oprimiéndose el pecho, que rebotaba contra la garganta.

—Y ¿por qué no han de dejarle aquí? —decía Delfinita bizcando más el ojo—. También es tema querer echarle de Madrid... Todo por una mala novia...

En fin, que el hombre se fué, Hillo no se hallaba en casa cuando estas patéticas escenas ocurrían. Y por cierto que andaba el tal curita hecho un paseante en corte, vestidito de seglar, con bastón y sombrero de copa, todo el santo día de mazo en calabaza, y no ciertamente en las mejores compañías. Muchos, ignorantes de los móviles de su conducta, le tenían por echado a perder; otros sospechaban que los jacobinos y masones le habían seducido, atrayéndole a sus conciliábulos oscuros. Su buen nombre eclesiástico no ganaba nada con esto; pero a él le importaba ya una higa la opinión clerical y todo lo que no fuera el honrado objeto de sus trabajos y pesquisas.

Como Calpena no ocultaba su domicilio, calle de las Urosas, allá se iba don Pedro a diferentes horas, sin dar a sus visitas apariencia de persecución o de fisgoneo policíaco. Siempre buscaba un pretexto, comúnmente literario, y hasta llegó a fingir que escribía un *Florilegio de refranes* y que necesitaba compulsar textos muertos y vivos. Igualmente iba en busca de Miguel de los Santos; pero siempre con mala suerte; no se podía hacer carrera de aquel chico, dotado de excelsas cualidades, que desvirtuaba con su pereza.

—Miguelito—le decía Hillo, que al poco tiempo de amistad ya le tuteaba—, tú vales mucho y no serás nunca nada.

Acontecía no pocas veces que iba a buscarle a las nueve de la mañana y le encontraba en el primer sueño. Algunos días tomaba el desayuno a las cinco de la tarde. Con semejante vida, ¿qué había de hacer el hombre ni de qué le valía su grande ingenio? No concluyó jamás nada de lo que empezaba. De sus propias obras se aburría, a fuerza de admirar las ajenas; amaba a sus amigos entrañablemente; de sí mismo no hacía ningún caso.

Lo que a Hillo mayormente le incomodaba era no encontrar en él eficaz ayuda para traer a Fernando al buen camino, y siempre que de esto le hablaba salía el bueno de Miguelito con unas filosofías que dejaban helado al pobre don Pedro. Quería éste aplicar a todo los principios que establecen el gobierno de los individuos por la familia y de

la familia por el Estado, organizando una especie de colegio universal, y Alvarez profesaba un donoso fatalismo con profundas raíces en su mente. Sacaba de quicio al buen capellán el humorismo con que Miguel de los Santos trataba las cosas más graves; aquella pachorra, aquel mirar tierno con que afirmaba el imperio absoluto, soberano, de la fatalidad. Todo pasa como debe pasar y es inútil y ridículo pretender desviar personas y cosas del camino que les imprime la escondida fuerza que todo lo gobierna. De esto resulta que no debemos tomar a pecho ningún humano incidente. Desgracia y ventura no son más que términos de relación, convencionalismos. Así como no podemos influir en los fenómenos meteorológicos, nos está vedado el oponernos al fenómeno histórico, afecte a las naciones, afecte a los individuos... Lo único que sacó en limpio don Pedro fué alguna que otra noticia íntima referente a los amores de Calpena. La Zahón, que ya venía algo esquinada, sin que se sepa por qué, vió con malos ojos la renuncia que hizo Fernando de su destino: si primero le había tenido por príncipe con disfraz, luego le tuvo por un ladino pelagatos que husmeaba la dote de Aura; y deseando poner punto en tales relaciones, empezó por limitar las entrevistas de los novios y dificultar el carteo. De todo esto resultaba la espantosa murria de Calpena en aquellos días. Su exaltada mente le sugería, sin duda, proyectos audaces, caballerescos, traduciendo a la realidad el peregrino enredo de los dramas románticos.

—¿Querrá usted creer—dijo Alvarez—que a nuestro amigo se le ha ocurrido aplicar al caso de la calle de Milaneses el procedimiento del narcótico? Sí..., dar a la señorita un bebedizo para que se quede tiesa y fría, simulando la muerte... Vamos, como en *Romeo y Julieta* y en *Catalina Howard,* y luego cargar con la difunta, que no es difunta más que de mentirijillas, y... ya supondrá usted lo demás. De las distintas clases de rapto, pienso que no se le ha quedado ninguna por estudiar..., y ya verá usted cómo sale por algún registro inesperado, teatral, y a todos nos deja con la boca abierta.

Y mientras Miguelito poníale ante los ojos estas probables contingencias de trágicos lances, la invisible tutora le empujaba cada día con más apremio hacia el remolino que la voluntad y la pasión de Calpena iban formando. En una de las últimas comunicaciones de la *velada* le decía, entre otras cosas:

«Por Dios, no olvide usted lo que tanto le he recomendado: que le siga a esa zahurda donde vive, que procure por cualquier treta ingeniosa introducirse en ella. Cuide usted de que nada le falte, pues su abandono no es más que aparente. Sin que él pueda sospecharlo, páguele usted su hospedaje y encargue a los dueños de la casa que finjan el mal humor de todo patrono que no cobra... Y otra cosa espero de su hidalga cooperación. Sé que se junta de noche con los patriotas exaltados, que asiste a sus nefandas logias y a sus ritos extravagantes. Sin duda, al verse solo y perdido trata de reformar el mundo, armándonos aquí otra revolución como la francesa, con su Convención, guillotina y todo... Pues es preciso, mi querido amigo y capellán, que usted se meta también en esas logias y cavernas endemoniadas. ¿Qué le importa a usted, si su masonismo es fingido y conserva en su conciencia el amor de la Verdad y el desprecio de tales majaderías? Métase usted en la boca del lobo sin rebozo alguno ni temor de que le crean jacobino. Nada debe usted recelar, pues aquí estoy yo para sacarle de cualquier mal paso. Adelante y no vacile en hacernos esta grande y noble caridad. A nadie tiene usted que dar cuenta más que a Dios y a mí, y Dios sabe la rectitud con que procede mi buen capellán penetrando en los antros donde se forjan las revoluciones y el ateísmo. De allí saldrá usted como entre, y si consigue sacarme de ese y otros peores infiernos a esa querida alma extraviada, tendrá usted dos recompensas: la temporal y la eterna.»

—Bueno Señor, bueno—murmuraba don Pedro, cayendo en profundas meditaciones.

Y al día siguiente le decía *la incógnita:*

«No sólo le seguirá usted a todos los sitios adonde le lleve su reciente amistad con los patriotas furibundos, sino que debe penetrar en casa de la Zahón.

Dos días llevo pensando en el medio mejor para realizar ese metimiento, y creo haber encontrado uno magnífico, superior. Verá usted: la Zahón es socia, compiche o comadre de Maturana, el diamantista. Maturana, corredor y traficante de alhajas y obras de arte en toda Europa, gran perito, gran joyero, gran chalán, posee un abanico magnífico que ha pertenecido a la Pompadour, a la emperatriz Josefina, a Pepita Tudó, a la reina Hortensia, a mademoiselle Mars y a otras personas que no han adquirido celebridad. Es pieza de gran valor histórico y artístico, y con él pensó Maturana hacer un buen negocio, ofreciendo su compra a la reina Cristina. Pero su majestad, que ahora está por lo positivo y prefiere emplear su dinero en salinas, en minas, en empresas de utilidad, le ha ofrecido muy poco dinero, con lo cual ha estado el hombre fuera de sí, tirándose de los pelos. Por fin, creo que se entendió con la Zahón: han hecho un cambalache, dándole él su abanico a cambio de una colección de perlas. Hállase, pues, hoy la hermosa obra de arte en manos de la jorobada. Nada tiene de particular que el señor De Hillo, variándose el nombre y fingiendo el empaque de un señor aficionado a lo antiguo, se presente en la joyería de la calle de Milaneses y pida que se le muestre el abanico para comprarlo. Usted lo ve, lo examina por un lado y otro, mira bien el país, el varillaje, el clavillo, diciendo algo que revele al conocedor de estas cosas; elogia la perfección del trabajo de Lefebvre y el mérito de Lancret, pintor de la cabritilla...»

Traía después de esto la carta una prolija descripción del país, dando noticia de todas las figuras, de sus trajes, etcétera, y concluía:

«Para que no se maraville mi señor don Pedro de que tan bien conozca yo el abanico, le diré que lo he tenido en mi mano más de una vez y lo he mirado y remirado... Vaya, le diré todo: esa artística joya ha sido mía. La poseí dos años, sin que nadie lo supiera... Es decir, alguien lo supo; pero no Maturana... Una vez que usted la vea bien, pide precio, y, cualquiera que sea, se descuelga por la muletilla de que le parece caro y ofrece pensarlo. Después se hace mostrar perlas y diamantes, lo ve todo y se retira diciendo que volverá. Al día siguiente vuelve y manifiesta resueltamente y sin rodeos a la Zahón que le compra el abanico al precio propuesto siempre que ella se comprometa a romper de una manera radical las relaciones de Fernando con la chiquilla de Negretti. Esta manera radical no puede ser otra que sacar de Madrid a esa loquinaria y llevársela a Córdoba o a Cádiz, donde también tiene casa de comercio; pero de tal modo y con tal sigilo efectuada la salida, que no pueda Fernando saber adónde se la llevan, ni, por tanto, pensar en seguirla. ¿Qué le parece, mi bondadoso capellán, este pensamiento mío? Si lo estima feliz, mañana, cuando salga la primera vez de su casa, sobre las diez, póngase el sombrero bien terciado al lado derecho, de modo que le caiga sobre la ceja... Si lo encuentra mal, colóquese el susodicho aparato tapacabezas en forma rectilínea, bien aplomado, el ala todo lo horizontal que sea posible.»

Salió Hillo al siguiente día con el sombrero bien derecho. Conceptuaba peligroso y contraproducente el recurso del abanico para avistarse con la Zahón; discurría que siendo ésta mujer avariciosa, y además muy ladina, si se le ofrecía dinero por el quebrantamiento de relaciones, vería en esta oferta el reclamo de gentes poderosas. Era, pues, lógico que, encendida su ambición, pensara en afianzar las relaciones de los dos amantes antes que en destruirlas, o bien pediría más, mucho más que el precio relativamente corto del histórico abanico.

—Por esta vez—se decía Hillo—, no ha sido usted, mi señora incógnita, tan lista y perspicaz como de costumbre; y permítame que se lo exprese con el pensamiento, ya que de otro modo no pueda expresárselo... ¡En buena nos metíamos si esa mercachifle astuta llegara a entender que es Fernandito en el orden social persona muy distinta de lo que parece! Déjeme usted a mí, señora invisible, que ya me arreglaré yo para llegar al fin que todos deseamos.

En efecto, tomadas de un platero de la Concepción Jerónima, amigo suyo, dos lecciones de arte del diamantista, y aprendido cuatro terminachos, se fué

a casa de la Zahón y trató con ella, arrancándose a comprarle unos aljófares y media docena de *rosas;* todo ello de poco valor. En su segunda visita le habló del asunto con habilidad, enjaretando embustes muy sutiles, para llevar al ánimo de la corcovada sentimientos contrarios a los fines de Calpena. Harta ya Jacoba de un noviazgo que ninguna ventaja le traía, acabó de abominar de él con las tremendas cosas que don Pedro le dijo y se propuso tomar sin pérdida de momento las medidas necesarias para mandar a paseo al joven romántico y quitarle de la cabeza a la niña su desatinada pasión. Todo lo temía ya. Calpena, si le dejaban, consumaría el rapto de su *Julieta* con todo el salero, con toda la audacia de que ofrecían ejemplos mil las obras poéticas de aquel tiempo. Urgían, pues, resoluciones eficaces, perentorias; despedir a don Fernando y empaquetar a la chiquilla para Córdoba.

Un poquitín alborotada quedó la conciencia del buen presbítero después de su última conferencia con Jacoba, porque, en verdad, las atrocidades que allí soltó traspasaban quizá la medida de la intriga inocente.

—¡Qué pensaría Fernando de mí—se dijo, andando taciturno hacia su casa—si supiera que le he presentado como un desalmado hipócrita..., si supiera, ¡ay!, que le supuse en connivencia con Luis Candelas y otros eminentísimos ladrones!... Pero la buena voluntad me absuelve de esta triquiñuela, y Dios, que ve los corazones, sabe que en el mío no hay más que amor al bien, deseo de impedir el extravío de un ilustre caballero llamado a grandes destinos... Creo que no sólo Dios, sino el mismo Fernando me absolverá cuando le haya pasado esta calentura... ¡Ah, y entonces los dos nos reiremos de los disparates, de las abominaciones que dije!...

Y a la mañana siguiente le escribía la *velada:*

«Antes de enterarme, por lo que me manifestó quien pudo observarlo, de la postura recta de su sombrero, señor de Hillo, señal de su disconformidad con lo que le propuse, ya había yo reconocido que anduve muy descaminada en aquel plan de comprar con el precio del abanico la liberación de Fernando. ¡Qué despropósito! ¡Cuánto me alegro de que usted opinara de distinto modo, según declaró su *góndola!*... Es que con el cavilar continuo, mi cabeza se pone a veces perdida, señor capellán, y si *dormitó el buen Homero,* como dicen ustedes los retóricos, ¿qué extraño es que no sólo dormite yo, sino que sueñe disparates? Despejada mi razón, he visto claro que si la diamantista huele dinero estamos perdidos. Usted, seguramente habrá imaginado y puesto en ejecución otros artificios para llegar al fin que anhelamos. Eso no quita que yo desee adquirir el abanico, y lo adquiriré, Dios mediante, cuando salgamos de este atolladero. No quiero que aquella preciosidad, que ya estuvo en mis manos, vaya a parar a otras, ni aun a las de la misma reina. En este anhelo mío se manifiesta la mujer más de lo que yo quisiera, y quizá me vea usted frívola, caprichosa... Perdóneme, y cierro este paréntesis para decirle que no desmaye, que veo cercano el peligro. Si Fernando consigue apoderarse de Aura y desaparece, cualquiera los coge después... ¡Y si contrariados en sus amores, enloquecidos por la pasión, resuelven suicidarse juntos...! ¡Dios mío, qué horror! Crea usted que esta idea me persigue desde anoche... No duermo nada pensando en los distintos procedimientos de matarse que inventa el romanticismo y que los malditos poetas han puesto de moda, infundiéndolos a la juventud exaltada con el continuo ejemplo de dramas y novelas... Estemos alerta..., y si hay vislumbres de suicidio mutuo, entonces, ¡ah!, entonces no hay más remedio que transigir...: Todo, todo antes que ver morir a Fernando... Eso no, eso no..., repito que eso no... Concluyo, mi señor capellán, advirtiéndole que en la logia de la plazuela del Carmen andan ahora en grandes peloteras. Los libres se desatan, y en su delirio, en la fiebre del motín y de la bullanga, ayudan a los estatuístas a derribar a Mendizábal... Los de la moderación, que se traen ahora un cierto tacto de codos con el absolutismo, se proponen no dar tiempo a *don Juan y Medio* para la realización de su plan de reformas. Tiran a impedir que decrete la supresión de monacales y la venta de los bienes, porque calculan que con los recursos de la enajenación se haría fuerte el hombre, rodeándose de un baluarte de plata y oro... ¡Y esos

badulaques, esos patriotas exaltados no ven que son instrumento de los que abominan de la libertad! ¡Siempre lo mismo!... Conque ya sabe: métase allá y no vacile en ponerse al lado de los que alboroten en pro de Mendizábal. No nos conviene que caiga tan pronto don Juan: le necesitaremos más adelante, quizá muy pronto. Adiós, señor capellán; en sus oraciones no deje de encomendarme a Dios.»

XXIX

Según atestiguan personas coetáneas de la Zahón, tanto se afectó ésta con las inquietudes y cavilaciones de aquellos días, que se le disminuyeron las jorobas y la exaltación de su espíritu fué parte a mermar las graves pesadumbres de su cuerpo. Pero como otros autores afirman lo contrario, manifestando que las corcovas, y con ellas el dolor y tirantez de músculos, aumentaron horrorosamente, el narrador de estos sucesos cree obrar con prudencia quedándose en el justo medio entre tan opuestas aseveraciones, y así declara y establece que las protuberancias, los sufrimientos físicos y morales y el avinagrado genio de Jacoba Zahón eran los mismos que en los días aquellos del convite que abrió a Calpena las puertas de la casa.

Un día entero estuvo la diamantista rumiando una solución pronta y eficaz; escribió a su hijo, residente en Córdoba, ordenándole que viniese en su ayuda. Era urgente apartar de la familia al exaltado joven, a quien recibió y agasajó suponiendo en él secretos enlaces con damas poderosas y con ministros y personajes de gran viso. ¡Buen chasco le había dado el tal Fernandito, que resultaba un triste y desamparado poeta, uno de tantos pelagatos del romanticismo, sin más fortuna que su melena y su enfática misantropía! Y lo mismo pensaba seguramente el señor de Mendizábal, que habiéndole, sin duda, colocado por intrigas de las logias, acababa de ponerle de patitas en la calle. Vivía el tal miserablemente en un cuchitril de la calle de las Urosas, entre ratones, poetas, comicastros y quizá mujeres de mala estofa, y todo él, su traza y su fraseología, revelaba un presumido sin sustancia, abandonado de Dios y de los hombres. ¡Fuera, pues; fuera don Fernando..., que no era bien comprometer el grandioso porvenir de la niña ni arrojar a puercos las margaritas de la herencia de Negretti! Maturana y otras personas a quienes consultó opinaban del propio modo. ¡Fuera niños románticos, que no traían consigo más que desvaríos, barullo, hambre!

Aunque había días que la Zahón se esmeraba en manifestar al joven, ya con miradas desapacibles, ya con palabras ásperas, el desprecio que hacia él sentía, no le pareció bastante decisiva esta forma de romper amistades, y una tarde le espetó, con seca y rotunda frase, la orden de poner fin al visiteo.

La familia meditaba otros planes con respecto a Aurora; la familia tenía sobre sí la responsabilidad del porvenir de la huérfana de Negretti; la familia no necesitaba explicar a nadie el motivo de sus resoluciones; la familia...

—La familia de Aura soy yo —dijo Fernando con noble ademán y firme convicción; y dicho esto, se marchó altanero, no ciertamente como salen los que no piensan volver.

Pero a Jacoba se le figuró, en su desconocimiento de las humanas pasiones, que Fernando salía de su casa corrido, como si todas aquellas razones de la familia (y vuelta con la familia) hubieran convencido al romántico de la vanidad de sus pretensiones. Creyéndose, pues, victoriosa, ya no le faltaba más que llamar a la tontuela y echarle la rociada que preparado había para aterrarla y reducirla:

—Aura, ven acá, Aura. ¿En dónde te metes que no acudes cuando te llamo? Ves que estoy baldadita, que no puedo moverme, y no vienes...

Por fin apareció en la puerta, como alma del otro mundo, vaga en la forma, insensible el paso, la imagen de Aura, toda palidez en el rostro, en los ojos toda fuego, el pelo sencillamente recogido más que peinado; y antes que hablase la jorobada, le dijo con voz que parecía salir de algún hueco misterioso bajo el suelo de la habitación:

—Mi familia es él...

—¿Has oído lo que le dije, niña?

—Mi familia es él...; yo no tengo más familia que él.

—Vete a tu cuarto, simple, y a la noche hablaremos, que ahora espero visita y no me conviene incomodarme... Si

quieres tocar y cantar, puedes hacerlo, pero cierra la puerta.

Desapareció Aura y al poco rato llenaba toda la casa su voz ternísima cantando *Assisa al pie d'un salice*. Entraron dos marchantes y allá se entretuvieron largo rato con doña Jacoba examinando piedras, dándose recíprocamente la jaqueca con el regateo de quilates y precios. Fuéronse ya muy tarde, llevándose aljófar, media docena de esmeraldas de las llamadas *aguamarinas*, y aflojaron dinero: oro, plata. Arrastrando su cuerpo, más bien que llevada por él, llegóse la Zahón a los armarios, guardó preciosos objetos, estuvo mediano rato dando vueltas y más vueltas de llaves, y con la misma lentitud pudo ganar el sillón, donde se apoltronó hasta que Lopresti fué a anunciarle la cena. En el comedor la aguardaba una sopita de sémola y un plato de pescado frito. Viendo que Aura no acudía a la cena y que su cubierto continuaba baldío, la señora dijo al maltés:

—¿Y la niña?... Ya: ¿no quiere cenar *su alteza?*... Pues déjala, no la llames otra vez. Que coma música... Me importan poco sus rabietas... Era ya loca, y el maldito romanticismo me la ha trastornado más de lo que estaba. ¡Grande error ha sido! Pero se irá curando... ¡Qué remedio tiene más que someterse!... Con ayuda del tiempo y de la ausencia me prometo ponerla como un guante. No me dé Dios más trabajo que éste...

A poco de cenar la llamó. Continuaba la joven en el mismo desgaire, mal peinada, mal vestida, con un lindísimo *deshabillé* que marcaba sus incomparables líneas corporales, hermosísima, toda blancura en traje, cara y manos, toda tinieblas en el pelo y en los ojos..., el andar ligero, la mirada grave, pasiva, calmosa, fría como una espada cuando la clavaba en la Zahón.

—Siéntate a mi lado, hija mía—le dijo la corcovada, arrimando la silla más próxima—, y óyeme... ¿Qué? ¿No me has oído?... ¿Por qué estás ahí parada, inmóvil?... ¿Cómo quieres que hablemos con la mesa de por medio? Acércate más... Bueno, hija, te empeñas en hacer la fantasma y nada tengo que decirte. Tú te cansarás... De verte así, tan callada, me entra sueño..., y sueño me da también esa quietud con que me miras... En fin, si no quieres hablar, tendrás que oírme, porque no dormiría yo tranquila esta noche si no te dijese que ese falso duque y trovador de filfa no entra más en mi casa. Nos hemos equivocado, hemos estado en Babia. Acabarás por convencerte de dos cosas; digo, de tres; de tres, hija mía. La primera es que nada de lo que yo disponga puede ser contrario a tu felicidad; con razón se ha dicho «quien bien te quiere...», etcétera. La segunda, que te conviene por tu salud corporal y del alma..., te conviene, repito, tomar aires, salir de Madrid..., y para esto, niña, para llevarte y cuidar de ti, viene mi hijo...; le espero mañana... Y la tercera cosa es que encontrarás, no a docenas, sino a miles, galanes de más mérito y de más enjundia que ese tontaina de Fernandito, que no es más que un pobre pájaro aburrido, tan vacío de mollera como de bolsa... ¿No respondes? ¿Te vas convenciendo?... Parece que te has vuelto tonta... Aura, por Dios, da sueño mirarte...

Sin responder nada, Aura se fué con lento paso y Jacoba permaneció un instante con los ojos fijos en la puerta por donde se había ido. Puso atención después, aplicando la oreja...; pero nada oyó: ni ruido de pisadas, ni llanto, ni voz alguna.

—Cayetano — dijo después la señora apartando de Aura su atención—, tráeme eso y acerca más la luz.

Púsole delante Lopresti el tintero de cobre con polvorera y la negra carpeta sebosa donde la señora escribía. De ella sacó la jorobada un pliego de buen papel escrito ya en dos y media de sus carillas, y aproximado el quinqué y bien atizada la mecha, continuó su obra interrumpida, trazando con lentitud y vacilante pulso los caracteres, hasta que llegó al fin y puso la firma y rúbrica. Leyó cuidadosamente toda la carta, salpicando las comas donde le parecía, arreglando algún trazo de letra torcida o haciendo leves enmiendas que no afearan la escritura, y bien regado el papel de polvos abundantes, se entretuvo en doblarlo y cerrarlo con prolijo esmero, y extendió al fin despacio, letra por letra, el sobrescrito: «Excelentísimo señor don Juan Alvarez de Mendizábal, ministro.»

Muy satisfecha debió de quedar de su obra, porque sus ojos se animaban, sus

labios se movían, hablando para sí, silenciosos, y acariciaba la carta entre sus finísimos y blancos dedos... Pasado un rato de meditación, intentó ponerse en movimiento.

—Lopresti, ven, que no puedo levantarme, ¡ay, ay, ay! Cógeme por la cintura..., con cuidadito... ¿Y ésa?

—En su cuarto...

—Déjala... Se pasará toda la noche lloriqueando, y mañana estará más tranquila... Que llueva, que llueva..., para que el alma se descargue de nubarrones... Vete a ver si duerme.

—Me parece que sí... No siento nada —dijo el maltés, volviendo de su inspección, que sólo duró un par de minutos.

—Pues vamos...; sosténme bien, que me caigo... ¿Has cerrado todo..., has apagado la lumbre?... En seguida que yo me acueste..., ya sabes, te traes aquí una manta y te acuestas en el sofá de paja, para que estés toda la noche al cuidado. Deja encendida la luz.... Como tienes el sueño ligero, no se moverá un ratón en la casa sin que tú lo sientas... Clavadas como están las maderas de todos los balcones, me parece que tenemos completa seguridad... Yo me caigo de sueño...

Dejóla el buen Cayetano en su alcoba, donde se acostó vestida, bien cubierta de mantas. Una candelilla de aceite dentro de un vaso le daba la claridad suficiente para no estar en tinieblas. Entre la lana oscura lucía el lívido rostro de María Antonieta guillotinada, y no viéndose configuración de cuerpo, sino un enorme bulto, podía creerse que doña Jacoba no era más que una cabeza colocada al azar sobre montones de trapos.

Transcurrió más de una hora sin que Lopresti, tumbado en el sofá del comedor, conforme a las órdenes de su señora, observase novedad en la casa ni oyese ruido alguno. Los de la calle: sonar de relojes distantes, pasos de transeúntes, rumor de alguna pendencia, rodar de carros, quedábanse fuera y no había para qué poner atención en ellos. A las once y media comenzó el roncar suave de la Zahón, que luego fué en aumento, con notas aflautadas y acordes graves, que infundirían pavor a quien no estuviese acostumbrado a oírlos. Lopresti se adormiló un rato al son de aquella tan conocida música; pero la despertó algo que no era ruido..., un presentimiento no más, tal vez una idea.

Dudó un momento si le engañaban sus ojos o si era, en efecto, la propia persona de Aura aquella imagen que veía, avanzando cautelosa, deslizándose ante la pared del comedor como proyección de linterna mágica. La mesa interpuesta impedíale ver la mitad inferior de la figura... Traía una luz en la mano izquierda y con la otra apretaba contra el pecho un objeto que no se distinguía fácilmente... ¡Vaya si era Aura! Pues ¿quién podía ser más que ella? «Esta madamita está loca o es sonámbula», pensó el maltés. Pero esta última presunción no se confirmó, porque la joven fijó en Lopresti su ardiente mirada y luego fué hacia él indecisa, andando y deteniéndose por segundos. A medida que se acercaba iba perdiendo aquel aspecto de lady Macbeth con que se apareció a los encandilados ojos del fámulo. Dejó sobre la mesa la luz que traía y miró espantada a la puerta por donde los furibundos ronquidos de la Zahón llegaban al comedor. Eran el propio ser de la diamantista manifiesto en el sonido.

Lo primero que hizo Lopresti al tener a la señorita al alcance de sus manos fué tratar de quitarle de la mano derecha un largo y afilado cuchillo que con ella vigorosamente empuñaba: era el cuchillo de la cocina.

—Déjame, déjame, Cayetano... —dijo Aura con voz ahogada, defendiendo el arma con toda la fuerza que desplegar podía—. Esta noche la mato, la mato... Déjame.

Al pronunciar el último «déjame», ya Lopresti la había quitado el cuchillo. Aura se sentó, y poniendo los codos sobre la mesa y la cara entre las palmas de las manos rompió a llorar.

—Eso de matar es cosa mala, señora doña Aurorita; cosa mala casi siempre, y, en todo caso, no es obra para mujeres.

—Sí que la mato—reiteró Aura, pasando bruscamente de la sensibilidad al insano furor homicida—. Dame el cuchillo, Cayetano, dámelo y verás... ¿Para qué vive ese monstruo ni qué falta hace en el mundo? Es un bien que yo le quite la vida, que para nada sirve. ¿No quiere ella matarme a mí? Pues véala yo muerta antes de morirme.

—No, no—dijo Lopresti, escondiendo el cuchillo—; el matar es cosa fea y sucia. Se manchará de sangre la señorita, y esas manchas de sangre no se las quitará nunca, por más que se lave...

Vuelta a la llorera y a la aflicción intensísima.

—Mira tú, Cayetano: cuando hice intención de matarla y fuí por el cuchillo, estaba yo tan decidida que ya me parecía ver a Jacoba delante de mí, expirando..., sin derramar sangre, porque no la tiene... Yo la mataba de un golpe, así..., y le decía: «Villana mujer, ¿por qué quieres asesinar mi alma, matarnos a los dos de pena, de desesperación? Pues muérete ahora rabiando y vete a donde puedas desplegar toda tu infamia, toda tu avaricia, toda tu maldad hipócrita: al Infierno...»

Al decir esto Aura apretaba los dientes; sus ojos despedían llamas y accionaba fieramente con el puño cerrado. Los ronquidos de Jacoba eran en aquel instante de una intensidad aterradora.

—Y al entrar aquí—prosiguió la Negretti—pensaba yo que me sería muy difícil rematarla... ¿Quién hace pasar de la vida a la muerte todo aquel cuerpo lleno de jorobas? Sería preciso un hacha, ¿verdad, Cayetano?... Porque nada adelantábamos con querer darle en el corazón, porque no lo tiene... Sólo conseguiría yo matarle una o dos jorobas... ¡y ella siempre viva!... Es muy grande esa mujer... Hay en ella mujeres muchas, una dentro de otra, y todas malas, muy malas, a cuál peor... Matas una y siempre queda mujer, o demonio, para martirizarme y volverme loca... Sí, sí, tienes razón: mejor es que no la mate... ¿A qué, si ha de morirse pronto?... Le haremos un buen entierro, Cayetano, y le meteremos en la caja todos sus diamantes, perlas y rubíes para que se vaya contenta.

—Eso no, carambito... Quédense las piedras acá... En la otra vida no sirven más que para hacer peso en el que las lleve y no dejar que se salve...

—Esta no se salva ni con peso ni sin él... En el Infierno le recamarán el cuerpo con carbones encendidos y le darán a comer esmeraldas fundidas, calentitas, y por cada ojo le meterán brillantes tallados en pico...

Con esto se iba tranquilizando la pobre Aura y empezaba a sentir calmado el horrendo desvarío, repercusión insana del amor en su caldeado cerebro. Pasábase la mano por su frente ardorosa y por toda la cabeza, sentándose el pelo, y con aquellos pases diríase que se suavizaba su furia y se dispersaban las ideas de exterminio.

—Pero ¿quién es esta mujer maldita —dijo en tono más humano—para querer tiranizarme a mí, para imponerme su voluntad? ¡Si yo no tengo por qué obedecerla, si no es madre, ni tía siquiera, ni nada! Bueno que su marido, si viviera, me mandase... Pero ésta, este galápago codicioso, ¿por qué se mete a decidir de mi suerte? ¿Qué razón hay para que no la decida yo misma?... ¡Ah, qué desgraciada soy y qué bien haría Dios en quitarme la vida esta noche, a mí y a Fernando juntos, pues ni morirme..., mira tú, ni morirme quiero sin él!...

Rompió en lágrimas amargas, y Lopresti, en el colmo de la compasión, no acertaba a darle consuelo.

—Sí, sí—dijo Aura, bebiéndose su llanto—, mañana moriremos los dos... Lo hemos decidido y lo haremos... Cuando es imposible la vida juntos, el morir unidos es un bien, un gozo... Nuestras almas subirán abrazadas al Cielo y abrazadas estarán por toda la eternidad... Mañana, mañana mismo; ni un día más...

—¡Morirse, matarse..., cosa fea!—exclamó el maltés con el más agudo registro de su voz mujeril—. Mala es esta vida, pero... ¿y si la otra es peor? Nadie ha vuelto para decirlo... Verdaderamente que hay vidas aquí tan arrastradas, que le dan a uno ganas de arrojárselas a la muerte... Pero usted, señorita Aurora, y el señor don Fernando, no están de muerte... todavía... Pues ¡si yo fuera él, si yo fuera usted, cualquier día me mataba! ¡El tan guapo, usted tan hermosa...! ¡Ay, quién fuera ustedes!...

Y pasando de la compasión de sí mismo a la suprema piedad por los dos amantes, arrimó más su silla a la de Aura, bajó la voz todo lo que permitía el estruendo de los ronquidos del alma, y dijo:

—A la niña le pasan estas amarguras porque quiere. Cierto que doña Jacoba no debe imperar en usted. Manda porque la dejan. La autoridad no la tiene

ella, la tiene otro que está más arriba, mucho más arriba... En fin, mi doña Aurorita saldría del despotismo de este *coco* si hiciera caso de mí... Usted no discurre, señorita; yo, sí... Usted no tiene más que amor, amor y venga más amor, y yo calculo...

—¿Qué calculas tú?... ¿Piensas lo que a mí pueda interesarme?—preguntó Aurora, tardando mucho en comprender la idea del maltés.

—Ayer tarde, cuando usted se emperró a llorar después de lo que la señora le dijo, yo, desde aquel rincón, le hacía a usted señas para que no se apurase... y tuviera calma y hablara conmigo. Yo calculaba... Porque no ha de ser todo amor..., es preciso cálculo, señorita, cálculo.

—Que me muera ahora mismo si te entiendo.

—Quise entrar en su cuarto con el aquel de llevarle una taza de tila; pero la niña se había encerrado por dentro, y, naturalmente, no entré... Pues si me hubiera dejado entrar, le hubiera dicho lo que yo calculaba, lo que voy a decirle ahora para que se sosiegue y tenga esperanza de salvación... ¡Qué! ¿Por qué me come con los ojos?... Ahora se lo digo; pero prometiéndome antes hacer lo que yo aconseje...

Diciendo esto, le acercaba el tintero y le ponía delante la carpeta en que había escrito la Zahón.

—Tonto, más que tonto. ¿Me mandas que le escriba? Si ya lo hice esta tarde, diciéndole que sí, que nos mataríamos, que preparase todo... ¿No llevaste la carta?

—Chitón..., aquí no se habla... Ha prometido la señorita hacer lo que yo mande. En guardia. Aquí tiene papel, pluma... Cójala y escriba lo que yo le diga.

—Pero ¿a quién?...

—Ponga..., clarito, con buena letra: «Señor don Juan Alvarez Mendizábal»...

Absorta le miró Aura, posesionándose en un instante de las ideas que bullían en el cerebro del maltés, y lanzó una exclamación de gozo, como el que, perdido en tenebrosa noche, ve de súbito la luz que ha de guiarle.

—¡Qué gran idea, Cayetano!... ¡Qué gran idea! ¿Lo has cavilado tú?... ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Si los enamorados, en vez de pensar en la muerte, calcularan... Pero ¿qué han de calcular, si están locos?...

—Es verdad. ¡Qué gran idea! ¡Dios mío, qué alegría, qué esperanza!... ¿A quién he de pedir amparo más que al grande amigo de mi padre..., al que...?

—Doña Jacoba le ha escrito también esta noche.

—¿Qué me cuentas?...

—No importa. Puede que el *excelentísimo* reciba la carta de usted antes que la de ella. Eso es cosa mía. El *coco* manda su carta por Milagro. La de la señorita la mandaré yo por Méndez, mi amigo Méndez, portero en Hacienda. Vamos, vamos, no perder tiempo.

—Y ¿qué le digo?... Cayetano, yo, que acabo de estar loca, que casi lo estoy todavía, no acierto a discurrir nada.

—Ponga... «Señor o excelentísimo señor: Soy la hija de Jenaro Negretti»... Así, empezar con un golpe bueno: «Soy la hija de Negretti, y...»

—Y...

—Y... ahora vaya poniendo todito lo que le pasa.

Meditó la huérfana un rato mordiendo las barbas de la pluma, y no tardó en sentir la inundación de ideas en su cerebro, de que eran señal segura la coloración de sus mejillas y el júbilo que flameaba en sus hermosísimos ojos...

—Ya, ya... No necesitas dictarme, Cayetano. Ya calculo..., ya sé lo que tengo que decir.

Y escribió con más inspiración que soltura, sin quitar los ojos del papel, haciendo con sus labios unos hociquitos muy monos.

XXX

No se abatía con los reveses el animoso espíritu de don Juan Alvarez, ni por un tropiezo parlamentario, o por la defección de media docena de amigos a quienes tuvo por incondicionales, dejaba de creer que su buena estrella triunfaría de todo, llevándole al cumplimiento de las promesas hechas a la nación. La confianza en sí mismo no le abandonaba nunca. Formábanla el conocimiento de las energías que atesoraba su voluntad y los recuerdos de sus éxitos anteriores, todo ello amalgamado con un poquito de soberbia. En su gigantesca estatura, que dominaba los cuerpecillos

de sus compañeros de Estatuto, como el alto ciprés a los helechos humildes, veía un simbolismo de la supremacía de su voluntad. Fe ciega tenía en su entendimiento, más fecundo en recursos sagaces, en mañosos ardides que en concepciones hondas. Verdad que la política de entonces, como la de ahora, no es terreno propio para lucir las supremas dotes de la inteligencia: era un arte de triquiñuelas y de marrullerías. En la oposición sí desplegaban los políticos una ideación fastuosa, con carácter teórico, que deslumbraba a los papanatas del partido y a la parte de opinión neutral que toma en serio las batallas oratorias, comúnmente sin sacar nada en limpio de ellas; pero gobernando no eran más que unos pobres caciques, unos manipuladores más o menos hábiles del teclado de la cosa pública en pro de intereses siempre inferiores a los supremos de la nación.

Cierto que Mendizábal tuvo alguna idea grande y que su ambición, en vez de limitarse, como la de otros, a prolongar todo lo posible las maniobras caciquiles, picaba en los altos fines nacionales; pero no le asistió la inteligencia en proporción de la magnitud de su deseo. Buena es la fecundidad en arbitrios, buenos el ingenio y la travesura; pero el perfecto hombre de Estado, *rara avis*, debe unir a tales dotes otras de carácter sintético. La vista de Mendizábal solía percibir los remotos ideales; pero no discernía bien el camino para llegar a ellos, no poseía la completa y audaz visión del hombre de Estado, el cual necesita saber mirar, sin cegarse, lo mismo al sol que al polvo.

Las trapatiestas parlamentarias de la ley electoral, que terminaron con la derrota de don Juan de Dios, y el compromiso de proponer a la reina la disolución de los Estamentos, quebrantaron los ánimos del primer ministro. Verdad que la batalla había sido ruda. La cuestión electoral fué entregada sin detenido estudio a las iniciativas de una Ponencia compuesta de cinco procuradores mal elegidos. Todo era desconcierto, imprevisión, ignorancia de los métodos de gobernar. Salió, pues, un grande ciempiés que veían con gozo los moderados. En el partido de Mendizábal no faltaba gente práctica; pero no supo o no quiso prestarle ayuda, ilustrándole en el procedimiento parlamentario para sacar adelante las leyes, y el hombre pasó las de Caín en una mortal semana de estériles y rencorosos debates. Sobre si la elección debía ser directa o indirecta, por provincias o por distritos, sobre si se daría o no voto a las capacidades, estuvieron aquellos hombres, como locos, agotando toda la retórica insustancial que viene siendo la función abusiva de los cerebros políticos y ha concluído por esterilizarlos.

No tuvo más remedio el jefe del Gabinete, al término de esta desdichada campaña, que disolver los Estamentos. La reina no le puso obstáculo, y próceres y procuradores fueron mandados a sus casas. En la brega perdió *Don Juan y Medio* la amistad de sus dos más ardientes defensores, Istúriz y Alcalá Galiano, en quien ya, desde diciembre, se columbraban las ganitas de formar rancho aparte; juego escénico que ha llegado a constituir el resorte más rutinario y más amanerado de nuestra fastidiosa comedia política. Aunque a Mendizábal le llegó al alma esta defección, no por eso se acobardó, y aún soñaba con que el nuevo Estamento le proporcionaría medios eficaces de realizar sus grandes propósitos. Pero si no desmayaba en sus alientos y ambiciones, físicamente se sintió fatigado, pues la tarea de los últimos días de enero y de los comienzos de febrero fué para rendir a un gigante. Bien se le traslucía el cansancio en la palidez del rostro y también en la inclinación de su cuerpo, ya no tan espigado como cuando nos vino de Inglaterra radiante de esperanzas. El buen señor propendía más a la meditación; gustaba de la soledad, donde pudiese ahondar en los graves problemas que la realidad le ofrecía; mostraba menos confianza en las personas circunstantes y un poquito de asco de la adulación, de aquel incienso continuo con que algunos se recomendaban a su benevolencia. En tal situación moral y física le encontramos una noche en su despacho, a horas muy altas de la noche, engolfado en diversos asuntos apremiantes, queriendo resolverlos todos y aplicando desordenadamente su atención a éste y al otro con voluble inquietud. Había comido en casa de Seoane, retirándose después a su ministerio con varios amigos, a quienes despidió para po-

der trabajar. Deslizábase el tiempo entre la actividad febril y súbitas caídas en la sima de la meditación. Escribía, soltaba la pluma, revolvía papeles. Su pensamiento iba de un asunto a otro, ondulante, vagabundo, como mariposa que no sabe en qué flor quedarse. A lo mejor se posaba en una idea y en ella permanecía, perdiéndose en un discurrir opaco, dulce imaginar, que casi tocaba en la somnolencia.

—Este Córdoba..., este Córdoba...—decía entre dientes, escribiendo al general en jefe del Ejército del Norte—. ¿Será cierto que es la clave de la situación? ¿Será cierto que vivimos en el Gobierno porque nos tolera y que moriremos cuando se canse de vernos vivos?

Y luego escribía, interrumpiéndose a menudo para pensar los conceptos, cosa nueva en él, pues comúnmente enjaretaba un largo escrito, como el buen nadador, que aguanta mucho tiempo en las profundidades sin tomar aliento. Antes de terminar la carta al general la dejó para leer párrafos de otras ya leídas, que quería recordar... Y de pronto contemplaba con vago mirar un montoncito de cartas que aún no habían sido abiertas; las removía, se fijaba en los sobrescritos... Apareció de pronto un portero con dos más, y al poco rato volvió con otra que dejó sobre la mesa, sin que el señor ministro se dignara mirarla.

Cerrando por fin los pliegos para Córdoba, cayó la mente de don Juan en un sombrío bache de ideas que le tuvieron suspenso, fija la vista en los diferentes papeles que en la mesa había, sin ver nada. He aquí lo que pensaba: «Olózaga acaba de decírmelo, y no me decido a creerlo... En Palacio están hartos de mí..., estoy caído ya... Gobierno aún porque no han encontrado el modo, decoroso para ellos, de ponerme en la calle... Esto no puede ser. Olózaga es muy mal pensado y tiene en la masa de la sangre el odio a los Borbones... La reina me ha recibido hoy con visibles muestras de aprecio... Pero ¿quién se fía?... Será o no será sincera... ¡Dichosos reyes!..., y nosotros medio locos aquí por defenderles, por sostenerles en el trono; nosotros muriendo para que ellos vivan... No; no es verdad que esté acordada mi caída, ni mi sustitución por Córdoba o Martínez de la Rosa. Creo en la lealtad de Córdoba, que en su última carta, concretándose a cosas militares, nada me dice de política... En Martínez lo creo... De Toreno todo lo temo; los fabricantes del Estatuto se mueren de tristeza lejos del Poder... Los señoritos esos de la *suprema inteligencia* no acaban de persuadirse de que el país no existe exclusivamente para ellos... El país, *señores del Anillo,* no es un frac hecho a vuestra medida... El país...» Estimulado al trabajo por un aguijonazo de su voluntad, pasó la vista por otra carta y quiso contestarla; pero no tardó en distraerse de nuevo pensando: «Debe de estar en lo cierto Olózaga... Como que me lo ha dicho también Seoane... El señor don Fernando Muñoz, a quien Romero Alpuente llama con mucha gracia *Fernando Octavo,* no se recata para hablar pestes de mí; me llama *déspota,* y a Castrorreño le dijo que yo soy un *Calígula*... ¡Calígula! Este buen señor sabe menos Historia que yo. ¡Llamarme Calígula porque me apoyo en la voluntad del pueblo, porque me inflama el amor del pueblo, porque con y para el pueblo me propongo llevar hasta el fin mis planes!... Aguárdese usted un poco, señor Muñoz, buen caballero y amigo mío. Gusta usted, según dicen, de acercarse a los corrillos de las tertulias aristocráticas y palatinas y aplicar el oído y enterarse de lo que charlan, para dar traslado *al ama,* como usted dice... Pues lléguese usted aquí y oiga esto que el *ama* debe saber... Juan Alvarez Mendizábal ha caído en desgracia porque no quiere la cooperación francesa para terminar la guerra; porque no accede ni accederá a que *Palacio* nos traiga acá otro duque de Angulema, que es lo que aquí pretenden...» Rápidamente giraba de un punto a otro su pensamiento... La memoria le punzaba, haciendo dar a su atención un salto atrás. «Se me olvidó decir a Córdoba que no deje de poner diez mil bayonetas en el Baztán..., explicarle los motivos por que prefiero la intervención inglesa a la francesa...» Y no tardó en enlazar esta idea con otra: «Williers me apoya, Williers no me falta. Bien claro me lo dijo anoche, añadiendo que no recela de Córdoba. El y Córdoba son uña y carne. Se escriben todos los días... Pero me decía en París mi amigo Maury, el poeta, que no me fíe nunca de los

diplomáticos. Esta noche, charlando en casa de Seoane, dijo aquel joven, secretario que fué de Ofalia, no recuerdo su nombre..., dijo que Williers juega con dos cartas... Yo no hice caso... Confío en Williers. Su apoyo es sincero. ¡Que no tenga uno, en esta posición, un lente milagroso para ver las almas, para ver el pensamiento de los que nos hablan!»

Y divagando siempre, encontróse frente *al ama* y le dijo: «Señora ama, para que vuestra majestad se ahorre el pretexto de que no hago nada, voy a demostrar ahora que no quiero que la posteridad ignore quién ha sido Mendizábal... Todo lo paso, menos que los niños de la escuela, dentro de cincuenta años, pregunten: *¿Quién fué ese Mendizábal?...*» Buscó en la mesa un papel que le habían traído poco antes para que lo examinara, por si deseaba corregir algo en él, y no hallándolo tan fácilmente como creía, se impacientó. «Es mucho cuento... ¡Si lo tuve en mi mano hace dos minutos!... ¡Ah, no me negará la señora reina que está influída por el embajador de Francia!... Menudean las cartas del hijo de *Igualdad*... ¡Francia, Francia!, de allí ha venido siempre la perdicion de nuestros reyes borbónicos... ¡Francia!... ¿Pero dónde lo he puesto, Señor?... Y de los de acá, Martínez es el inspirador de vuestra majestad. Reconozco lealmente que Martínez es un hombre honrado..., pero..., padre del Estatuto, le molesta que mi personalidad anule su personalidad... Yo no he fabricado Estatutos; pero sé hacer países... Yo no soy poeta, pero soy hacendista, y en este momento voy a cantar una oda, que no le cabe en la cabeza al señor Martínez..., porque yo, señor Martínez, no sabré latín, pero sé... ¡Ah!, aquí está... ¿Pero dónde te habías metido, papel? ¿Quién te puso en este montoncito de las cartas de mujeres?...»

Fijó su atención en el largo escrito, y leyó cuidadosamente, recreándose en cada párrafo, en cada palabra, en cada letra. El preámbulo era frío, despiadado, cruel. El artículo primero, semejante a una inmensa hoz, decía con aterrador laconismo: «Quedan suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones, inclusas las de clérigos regulares y las de las cuatro Ordenes militares existentes en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en Africa...»

Continuando la detenida lectura, algo hubo de encontrar en el artículo quinto que no le gustaba. Trazó la enmienda entre líneas, y después de borrar y escribir de nuevo al margen, tiró de la campanilla. A poco de penetrar el portero y de recibir una breve orden del ministro, presentóse un señor de mezquina estatura, con anteojos de oro sobre el huesudo caballete de su nariz de trompa; traía en la mano un papel semejante al que don Juan de Dios acababa de leer.

—Mire usted, Sánchez—le dijo el ministro, dándole el decreto—, hay que modificar la disposición referente a los conventos de monjas que deben quedar. No están claras las atribuciones de las Juntas que han de determinar el número de religiosas... Prevengamos las malas interpretaciones, los abusos. Vea usted cómo he redactado el párrafo segundo del artículo quinto... Ponerlo todo en limpio y que lo vea Argüelles... Ese otro decreto (el que Sánchez le traía recién copiado) no necesitaba más enmienda. Perfectamente claro y preciso...

Recreóse también en su texto, fríamente ejecutivo, revolucionario. Como quien no rompe un plato, el artículo primero decía: «Quedan declarados en venta, desde ahora, todos los bienes raíces de cualquier clase que hubiesen pertenecido a las comunidades y corporaciones religiosas extinguidas, y los demás que hayan sido adjudicados a la nación por cualquier título o motivo, y también los que en adelante lo fueren, desde el acto de su adjudicación.»

—¿No tenemos ya nada que corregir aquí?—preguntó el de la aventajada nariz.

—Absolutamente nada.

—¿De modo que...?

—A la *Gaceta* con él...

—¡A la *Gaceta!*—replicó el funcionario, recogiendo de manos de su jefe el terrible documento.

—Daremos el otro dentro de unos días... Me lo trae usted mañana puesto en limpio... Y ahora... Medianoche ya..., pueden ustedes retirarse... Yo me quedaré un rato más examinando esta correspondencia... Que se aguarde Milagro.

Volvió a quedarse solo; y tan grande excitación sentía, que tuvo que espaciar

sus ideas y sacudir sus nervios, paseándose de largo a largo en la vasta pieza. «¡Para que digan que no hago nada!... ¡Qué revolución, qué colosal sacudimiento!... Entrego a la clase media... *cuatro mil millones...*, ¿qué digo?, más... mucho más.» Volvió a la mesa y rápidamente trazó algunos números... «*Seis, siete mil millones,* y aún me quedo corto...» Mirando al espacio, quedóse como en un embeleso dulce o embriaguez financiera... Su mente se lanzaba a las presunciones del porvenir, nadando en un océano tan revuelto como profundo, con olas de cifras cada vez más hinchadas...

XXXI

Otra vez en su mesa el señor don Juan, incansable, desvelado... Adquirida la costumbre de trasnochar, no le apuntaba el sueño hasta la madrugada. En las altas horas de la noche sentía sus facultades más claras, su ingenio más agudo y extraordinariamente aumentada su fecundidad de recursos expeditivos, de mañosas tretas, para escamotear las dificultades antes que para vencerlas.

—Que venga Milagro.

Y al punto se presentó el buen don José con varias cartas a la firma. Firmó Mendizábal, y entregó cuatro más que requerían contestación. Eran todas referentes a negocios electorales. Este pedía la procuración para sí; aquél para su pariente o amigo. Quién solicitaba humildemente; quién reclamaba con soberbia mal envuelta en cortesía, alegando servicios a la Libertad y una larga historia bullanguera. A unos se les contestaba con el *perdone, hermano;* a otros se ofrecían esperanzas bien rebozaditas, y ciertos y determinados nombres sacaban tajada, seguridades de éxito.

—Oiga usted, Milagro—dijo su excelencia, cuando ya el funcionario se retiraba—, hágame el favor de manifestar a su amiga de usted, a esa cansada Zahón, que no puede ser y que no puede ser... En una larga carta muy difusa, que no he podido leer entera..., me pide un desatino tal, que le contestaría con un puntapié si estuviera yo en otra posición... Pero, diga usted, ¿es loca esa mujer?

—Me parece que sí. Abusa horrorosamente del curaçao.

—Ya... Pues le dice usted que no me maree más... No le contesto por escrito, porque tendría que tratarla con dureza..., y puede añadir que ya sé el paradero del tío de Aurorita, Ildefenso Negretti, y que le escribiré un día de éstos para que venga a hacerse cargo de su sobrina. No quiero que esa pobre niña permanezca más tiempo en poder de la Zahón... ¿Y qué?... No sé quién me ha dicho que es hermosa.

—Hermosa es poco decir; es divina, señor...; pero tan romántica, que no hay quien pueda con ella. Mejor estará con su tío que con doña Jacoba.

Otra vez solo, engolfado el pensamiento en el *mare magnum* político: «Traeré un Estamento a mi gusto... La ingratitud de Galiano, la envidia de Istúriz, no prevalecerán... Yo no miro más que a la libertad, que deseo afianzar; a la guerra, que quiero concluir a todo trance; al país, a esta infeliz patria, devorada por las malas pasiones, por tantos odios..., pobre, sumida en la ignorancia... ¡Triste herencia la del tal don Fernando Séptimo! Si este señor hubiera sido de otra condición, ¡qué bien estaríamos!... Quizá podría yo ahora desarrollar tranquilamente mi pensamiento, madurarlo bien... Con estas prisas, allá va todo como Dios quiere... ¡Qué lástima, Señor, qué lástima!... Porque tiene razón Caballero. ¡Cuánto mejor, en política y economía, repartir al pueblo esta masa de bienes en vez de sacarlos al mercado! ¿La parte de deuda que se amortiza vale más o vale menos que los intereses territoriales que podrían crearse con ese reparto, hecho juiciosamente? ¿Es preferible el crédito circunstancial, para encontrar quien preste, a las ventajas futuras de la buena distribución del terreno?... Y ¿qué decir de los abusos que en las subastas pueden cometerse?... Resultará que los caciques de los pueblos, la clase bursátil, los que poseen ya una mediana fortuna, adquirirán bienes considerables pagándolos a largos plazos con el mismo producto de las tierras... Y en tanto, el pueblo agricultor y laborioso no podrá adquirir propiedad... ¡Si lo he pensado, Señor, si lo he pensado!... ¡Pero no le dan a uno tiempo para nada!... ¡Esta política, esta vida!... No es posible, no es posible. Que venga aquí el *Sursumcorda,* y se volverá para arriba, para el Cielo, sin haber hecho nada. ¡Vivir al día, defenderse hoy

de las asechanzas de mañana, temblando siempre, sin hora segura..., y tener que sufrir una descarga cerrada de discursos!... ¡Las dichosas polémicas, los malditos abogados!... Y menos mal si uno contara con tener bien cubiertas las espaldas... ¡Pero si Palacio le pone a usted en la calle el mejor día, como a un criado!... ¡Ah! Con esta inseguridad, con esta zozobra, ¿qué planes, ni qué reformas, ni qué soluciones grandes son posibles? Esto es un vértigo, dar quiebros al enemigo, agarrar el poder con las dos manos, sujetarlo además con los dientes para que los de allá no nos lo quiten... No puede ser, no puede ser... Pero Mendizábal no se va sin realizar algo, ya que no toda la grande obra, y le dice al país: Te he quitado treinta y seis mil frailes y diecisiete mil monjas; te doy cuatro mil millones, seis mil, para que empieces a formar un conglomerado social fuerte y poderoso... De mogollón lo hago... No me dan tiempo para más. Luego, Dios dirá...»

Cambio repentino de ideas: «Se me olvidaba... Tengo que decir a Córdoba que irá la remesa de zapatos la semana que viene... y dos millones en metálico. Lo apuntaré en la pizarra para que no se escape de la memoria... ¡Ya se ve..., con tal diversidad de asuntos!... ¡Pero este Córdoba!... El eterno enigma: si la reina le llama para que forme Ministerio, como cuentan por ahí, tratará de enjaretar una situación mixta, combinando las fuerzas moderadas con las liberales... En este caso, yo le ayudaría... ¡Pero si no puede ser; si es todo un puro embuste de los periódicos y de esa turbamulta de desocupados que hormiguean en este pueblo chismoso y novelero! Córdoba me dice que no se cuente con él para nada que sea política... Y en su alocución al Ejército, bien claro lo expresa... Va uno haciéndose, insensiblemente, a no creer nada, a considerar toda palabra de hombre... o mujer, como un ruido del viento, como el gotear de la lluvia... Veremos grandes cosas. El nuevo Estamento nos traerá batallas formidables. ¡Hablar, hablar y siempre hablar! Señor, en aquel Parlamento inglés es otra cosa: discuten y votan el mensaje en un día. Son mal mirados los oradores galanos que van a lucirse, y los abogados indigestos y sofísticos... Debo decir también a Córdoba que corre una especie saladísima: los grandes de España le proponen para formar Gabinete... ¿Quién meterá a los grandes en camisa de once varas?... ¡Ah! También le contaré lo que anda diciendo por ahí *don Fernando Octavo...*, que la Corte se trasladará a Burgos, para estar más cerca del Ejército... ¡Qué tontería!... No creo que el *ama* participe del cerval miedo de sus cortesanos.» (Nuevo trazado taquigráfico en la pizarra.)

Puso la mano sobre un montoncillo de cartas, algunas de las cuales aún no estaban abiertas. Diríase que una de ellas se pegó a sus dedos. La cogió maquinalmente, y empezó a leer por el medio:

«¡Bueno está!... *(Soltando la carta con desdén.)* Las Navas se me incomoda. Otro que se tuerce... ¡Como si yo pudiese hacer procuradores a todos los amigos de mis amigos!... Y aquí otra y otra carta pidiéndome destinos, contadurías, administraciones, secretarías, intendencias y... Pero ¿de dónde, señores y amigos, de dónde voy yo a sacar tantas plazas?... ¿Y este que se me atufa porque no le he dado privilegio en el asunto de las campanas?... No faltaba más. Bastante tengo con los azogues, que me darán no poca guerra cuando se abra el Estamento... ¡Dichosas campanas, azogues malditos!... Pero estos señores no ven en el Estado más que una vaca muy gorda y muy lechera, a cuyas ubres es ley que se agarren todos los ambiciosos, todos los glotones, todos los hambrientos... ¿A ver esta otra carta? Ya conozco la letra... ¡Pobre duquesa de Berry! También ésta se ha echado marido morganático, y hoy es condesa de Lucchesi Pella. Por andar menos lista que otras, ha perdido la tutela del chiquillo..., el delfín... A ver qué me cuenta. *(Lee por el final.)* Lo de siempre: sus hermanas no le hacen caso..., la vituperan por la campaña desastrosa de la Vendeé... *(Se ríe.)* Y no le perdonarán, no, el famoso episodio de la chimenea... *(Leyendo por el centro.)* Me da las gracias por haber admitido en el Ejército español al hermano de su esposo, el oficial napolitano Lucchesi, que recomendé a Córdoba... Y ¿qué más? Vaya, vaya, con las princesas destronadas..., parece que les hizo la boca un fraile. Ahora pide que admitamos a otro hermanito subteniente... ¿Por qué no les coloca en las tropas carlistas? ¡Ah, es que allí las pagas son en papel, en ilusiones!... Verdad

que las pagas de acá... también andan como Dios quiere.»

Puesta a un lado la carta, trazó con rápida mano nuevas apuntaciones en la pizarrita, y luego extendió las demás epístolas sobre la mesa, formando abanico... Entre los sobrecitos, de muy diversa escritura, vió uno que no se le despintaba. Sonriendo, se dijo: «Quien no te conoce, que te lea», y la sacó del semicírculo con ánimo de someterla a cuarentena rigurosa. «Pues sí, debo leerla —pensó, variando inmediatamente de propósito, en la versatilidad de su espíritu inquieto—; veamos qué cuenta.» Era una de tantas comunicaciones de los secretos agentes que el Gobierno tenía en la frontera. Diariamente llegaban dos o tres por diferentes conductos, y la que a la sazón leía su excelencia era remitida por una tal madame Aline, de fantasía tan novelesca y de tan extremado celo en el desempeño de su misión, que cuando no había sucesos graves que referir los sacaba de su cabeza; y si escaseaban las maquinaciones o no sabía la verdad de ellas, ponía en el telar los productos más inspirados de su numen. Engañado varias veces por los cuentos de esta poetisa del espionaje, Mendizábal le había tomado ojeriza, y aguardaba coyuntura para suspenderla del cargo; si ya no lo había hecho era por consideración a nuestro embajador en París, que aún creía en ella y se fiaba de sus embustes.

«Ya te veo. *(Leyendo.)* La historia de siempre... Que los carlistas han recibido proposiciones de la reina... Que han llegado a Oñate dos clérigos emisarios de Palacio..., los cuales se entienden con otro clérigo de Madrid para poner en autos a doña Cristina de los deseos y opiniones de don Carlos... Que los agentes de Aviraneta en Olorón han entrado también en negociación con los facciosos, ofreciéndoles un levantamiento en Madrid. Que al propio tiempo los realistas franceses se proponen armarla, si Thiers se decidiera al fin por la intervención. Que la frontera está infestada de frailes trashumantes y perdidizos, que huyen de las degollinas de Zaragoza, y muchos de ellos, transfigurados de la noche a la mañana, se afilian en el ejército de Gómez o de Villarreal... Que Zaratiegui y otros andan a la greña con los palaciegos y toda la *ojalatería* de Oñate, y que de tantos piques y desazones tiene la culpa el carácter despótico y entremetido de la princesa de Beira, que de continuo pasa y repasa la frontera, acompañada de monsieur Saint-Silvain, o sola, con dos pastores; las autoridades francesas no la molestan... Que don Carlos se propone formar Corte y Ministerio de verdad, y que para presidir el Gabinete faccioso ha venido de Londres don Juan Bautista Erro. Por el ministerio de Gracia y Justicia andan a la greña el obispo de León y don Wenceslao Sierra... El confesor del rey, don Juan Echevarría, gobierna interinamente el ramo de Guerra. En medio de este grande aparato político, en la Corte apenas tienen qué comer. Don Carlos y sus allegados van viviendo con castañas y leche... Las borrajas son el plato de cada día, y el cocinero de Palacio discurre los diferentes modos de poner las alubias... Por referencia de un ayuda de cámara del rey, que despidieron por haberle pegado una tremenda bofetada al gentilhombre de servicio, sabe la manifestante que don Carlos se casará en secreto con la princesa de Beira... Esta había comprado en Olorón varios objetos de bisutería falsos para su dueño y señor, y había vendido dos docenas de perlas magníficas para adquirir con el producto de ellas fusiles... También gestionaba que le vendieran dos obuses, ofreciendo unas arracadas que posee... La comunicante las ha visto, y no duda que su alteza encontrará quien por ellas le facilite un par de cañones... Que los realistas habían logrado entenderse con Aviraneta, ofreciéndole la Superintendencia de Policía para cuando triunfara don Carlos..., y que últimamente se le habían enviado desde Francia papeles que comprometían al señor Mendizábal, y al señor Caballero, y al señor duque de Zaragoza, documentos que se publicarían en *El Jorobado* para armar gran escándalo...»

Aturdido ya, la cabeza mareada con este aluvión de noticias, que no eran en su mayor parte más que repetición de anteriores informes, don Juan echó a un lado la carta sin acabar de leerla. Por natural encadenamiento de ideas, la mención de *El Jorobado,* papel violentísimo, le llevó a pensar en *El Mensajero,* que también había comenzado a atacarle, y en *El Eco del Comercio,* que ya cerdeaba... «No es bueno que la Prensa abuse

de la libertad—se dijo malhumorado—. A bien que con *El Liberal*, que fundaremos nosotros, zurraremos de firme a los que se vengan con injurias y enredos... ¡Lástima que no encontremos muchachos despabilados, de estos que salen ahora con la fiebre del romanticismo!... Me dice Palarea que casi todos los que valen están ya colocados en papeles enemigos... ¡Colocados!... Me río yo de esto. Ya vendrán, ya vendrán al reclamo...»

Apuntó algo en su pizarra, pertinente a Prensa y al nuevo periódico, y fijándose en otra carta, cuya letra menudita y elegante conocía, la leyó al punto:

«Pepe no escribe a usted porque está consagrado hoy en cuerpo y alma a la limpieza de sus panoplias y a la colocación de las espadas del siglo XVII, que ayer adquirió. A su gloriosa ferretería se han añadido unas espuelas, que diz pertenecieron a Iñigo Arista; el almirez que a doña Blanca de Borbón le servía para llamar a sus servidores en la torre de Sigüenza, y otras quincallas magníficas... En nombre de Pepe, y en el mío, le invito a usted a comer, mañana viernes. Por Dios, no falte, mi buen don Juan, que tenemos mucho que hablar, y he de contarle cosas mías muy tristes, ¡ay!... Si le sobran a usted campanas, mande hacer rogativas por que recobre el juicio su consecuente amiga, *Pilar*.»

«¡Pobrecilla...—pensó el grande hombre, soltando la carta—, sí que es desgraciada!... ¡Qué mundo, qué cosas!...» Y con mental propósito de aceptar el grato convite, pasó a otro asunto..., algo de elecciones, de una probable conferencia con Williers. Mas no tardó en distraerle otro sobrescrito que en la rueda de cartas lucía con gruesos y algo torcidos caracteres. Dijérase que aquella desconocida escritura le miraba y atraerle quería, pues los ojos de don Juan se habían como enganchando varias veces en sus letras. Habíalas visto ya y hecho intención de abrir y leer... Por fin, picado de curiosidad, se apresuró a satisfacerla. La carta, después del nombre y la fórmula de respeto empezaba con esta frase: «Soy la hija de Jenaro Negretti...» Era bastante larga. Leídos los dos primeros párrafos, no encontró, sin duda, el ministro interés bastante intenso en la lectura, y su mente fugaz corrió otra vez hacia la idea política. «¡Ah, me olvidaba... *(Modulando entre dientes.)* de la ley de mayorazgos! ¡Qué cabeza la mía!... Prometió Argüelles traérmela hoy, y yo, tan torpe, que no se lo recordé esta tarde... *(Rápida anotación en la pizarra.)* Mañana me explicará don Agustín su protección a la revista *El Mensajero*, que publica contra mí artículos que se atribuyen a Galiano... ¡Qué amigos, Señor!.... He de procurar atraer para el nuevo periódico a las primeras plumas... Ese Espronceda, ese Larra... Todos ellos, según dicen, viven miserablemente. Pues demos a Espronceda y a otros poetas destinos adecuados a su mérito: las secretarías de las subdelegaciones, plazas en las bibliotecas, si queda alguna... Dígase lo que se quiera, la Prensa no vive sólo de libertad...» Cayó en profunda meditación, cogiéndose la barbilla con las puntas de los dedos. Dió después un palmetazo sobre la mesa y formuló en su mente graves acusaciones contra sí mismo: «Hubiera yo podido impedir los sangrientos sucesos de Barcelona, que me han perjudicado enormemente... ¿En qué estabas pensando, Juan, cuando le diste al don Eugenio Aviraneta la carta para el general Mina? Tenemos cuartos de hora funestísimos, mortales... En un instante se compromete una posición; una idea mala y extraviada esteriliza mil es de ideas grandiosas, fecundas...» Se pasó la mano por la frente. Su cansancio era ya muy grande. Pensó en los pobres empleados que por la índole de su cargo tenían que permanecer en las oficinas a horas tan absurdas, mientras el ministro no se retirase.

Campanillazo...

—Que venga el señor Milagro. Mi capa, el coche...

Cayéndose de sueño, recibió Milagro las últimas órdenes de su excelencia para el siguiente día.

—Estas cartas me las contestará usted a primera hora; las demás no són tan urgentes. Es muy tarde. Estarán ustedes rendidos. Hasta mañana... ¡Ah! Milagro, un momento, no me olvide lo de la Zahón... Qué no puede ser..., que... En fin, mejor será ponerle una carta. Recuérdemelo usted mañana.

Y por engarce de ideas, ya cuando el portero le estaba poniendo la capa, volvió presuroso hacia la mesa por recoger algo que quería llevarse a su casa. «Soy la hija de Jenaro Negretti...» Este párra-

fo inicial de la dolorida carta le andaba por el cerebro, disputando el sitio a pensamientos de mayor bulto y gravedad. Fuése a su casa el grande hombre, soñoliento ya, revolviendo todo el fárrago de aquella noche: Córdoba..., Galiano..., Palacio..., ley de Mayorazgos..., campanas..., Aviraneta..., Prensa..., frailes..., chiquilla de Negretti...

XXXII

La desconsoladora respuesta que dió el señor ministro a la carta de la codiciosa diamantista puso a ésta en formidable, épica irritación. En tres días no le sacaron del cuerpo más que palabras airadas y monosílabos rencorosos; en sus manos escribió, con sus propias uñas, cifra lastimosa del despecho que la dominaba, y los marchantes o compradores que por allí asomaron salieron o desollados vivos o llamándose a engaño, con pocas ganas de volver. En la comida decretó parvedades de la escuela del licenciado Cabra; y tales fueron, que Aurora y Lopresti se habrían quedado en los huesos si no tuvieran la precaución de reservar en sus respectivos escondrijos pedazos de pan y otras cosillas de comer. Sentía la maldita Zahón odio a toda criatura humana, y a las que más próximas tenía hacíalas responsables de la bofetada que le diera el ministrillo gaditano, aquel que conoció con manguitos y la pluma en la oreja, *en la casa de los Méndez,* allá por los años 97 y 98 del siglo pasado. Porque el hombre de las levitas, el verdugo de frailes y monjas, el secuestrador de campanas no se contentaba con tomar a chacota la proposición de constituirse en administradora de la huérfana de Negretti (con lo cual aliviaba al señor ministro de sus cuidados), sino que la relevaba ingominiosamente del cargo honrosísimo de custodiar y dar alimento y educación a la niña, confiriendo estas funciones a Ildefonso Negretti, hermano de Jenaro.

No obstante su fiereza y despecho, pasados tres días de crisis, juzgó prudente disimular la grave herida de su amor propio, y astuta y cautelosa, reservó de la familia y de los amigos la dura respuesta de don Juan Alvarez. Ni se le pasaba por la imaginación oponer resistencia a las disposiciones de éste, pues su naturaleza medrosa, calculista, alma de mercader en pedrería, repugnaba el giro dramático en los actos de la vida y todo lo que fuese ruidoso y violento. Encerróse, pues, en una resignación torva, como gato a quien le han cortado las uñas; esperó los acontecimientos envolviéndose en sus corcovas con cierta dignidad, quejándose del reuma con más fuertes alaridos, elevando el precio del quilate en los brillantes de talla superior, y extremando los rigores con que celaba a la doncella puesta a su cuidado.

Aumentó su tristeza en aquellos días la demora de su hijo Laureano Zahón. Había salido éste de Córdoba hacia Sierra Morena; pero tales historias en el camino le contaron de los bandidos que la infestaban, que tomó ascos al paso de Despeñaperros y se volvió para su casa, con idea de esperar a que saliese tropa para venir con ella. Tal contrariedad no tuvo poca parte en la prudencia que desplegó la Zahón después de su fracaso. Con Aura era toda sequedad y desabrimiento; no le permitía apartarse de su lado y de su vista; no creyendo bien guardada la casa con la fidelidad de Lopresti, se procuró dos cancerberos más: una tal Verónica, asistenta para centinela de día, y para vigilante nocturno, Severo Meca, dependiente de Maturana, hombre a prueba de sobornos, incorruptible, probado en veinte años de manejo de alhajas. Con tal guardia y el examen y reparación que mandó hacer de todas las llaves, cerrojos y cerraduras, se creía libre de un atropello.

Inopinadamente se presentó Hillo a comprar otra partidita de aljófar, que regateó, poniéndose muy pesado, para encubrir con el negocio su espionaje, y haciéndose mostrar el abanico, pidió precio, que la Zahón fijó en setecientos y cincuenta duros, ni un maravedí menos. No le fué difícil al presbítero llevar la conversación comercial al terreno doméstico, y se enteró de la situación por referencia espontánea de la despechada doña Jacoba.

—No sabe usted bien—decía, poniendo los ojos en blanco—cuánto me agrada la resolución del *caballero ese de las campanas,* que por lo visto tiene tiempo sobrado para atender a todo. El sabrá lo que hace. No estoy yo para cuidar niñas, y menos a esta diablesa dislocada, sin respeto a nadie, ni a mí misma. Mentira

me parece que ha de venir su tío y ha de quitarme este cuidado, pues aunque tengo costumbre de guardar cosas de precio y de asegurarlas contra ladrones, no sé cómo se custodian estas joyas que andan y enredan, que discurren todo lo malo; joyas que es forzoso clavar en los estuches para que no se escapen de ellos... También le digo a usted, señor de Timoneda (con este falso nombre había ocultado Hillo su personalidad), que si deseo perderla de vista, no deseo menos conservarla, mientras esté aquí, libre de todo detrimento. Quiero que su nuevo guardián la reciba en situación de honestidad material, aunque mentalmente la haya perdido. Cuando esté fuera de mi casa, que haga lo que quiera, que se deshonre..., pero aquí, no... Esto es un sagrario, señor de Timoneda; aquí viven y han vivido siempre el recato, la virtud. De esta casa no ha salido jamás una piedra falsa... ¿Cómo había yo de consentir que ahora saliera?

Alabó mucho el disfrazado clérigo estos alardes, y se permitió aconsejar a Jacoba que, lejos de estorbar, favoreciese el traspaso de aquella joya al tío carnal, pues la tal niña le daría disgustos muy gordos si no la echaban pronto de Madrid. Y añadió a esto tales observaciones y noticias, que la jorobada, fácil al miedo, no necesitó más para verse rodeada de catástrofes. Dos veces más, en diferentes días, volvió don Pedro, regateando el abanico y haciéndose mostrar unos topacios, que no compró; y con esto finalizaron sus averiguaciones en la caverna de la Zahón, pues ya había adquirido los datos y conocimientos más importantes: Aura, delirante de amor; extremadas las precauciones para evitar que se vieran los amantes, y, por fin, próximo el arribo del tío carnal para cargar con la romántica niña y llevársela a los quintos infiernos. Cuando esto fuera un hecho positivo, sólo restaba impedir que Calpena descubriese adónde había ido a parar la cabra loca; y establecida la radical separación, no era ya difícil traer al buen camino al descarriado joven. A éste le visitaba diariamente, guardándose bien de contarle sus tratos y contubernios con la diamantista; lo que no impidió que Calpena los supiera por aviso de Aura, atisbadora infatigable de quién entraba y salía en la casa.

No pareciéndole aún bastante inquisitorial la incomunicación entre los tórtolos, sometió Jacoba a escrupuloso registro al menguado Lopresti, guardando bajo llave papeles, pluma y tinta: por su gusto habría borrado de las costumbres humanas, como ocasionado a la desobediencia, el arte de la escritura. No creyendo eficaces estos rigores y desconfiada del maltés, determinó asimismo la señora que no pusiera los pies en la calle mientras tal situación durase, y los recados los hacía Meca, el bárbaro y frío Meca, incapaz de aliviar una pena de amor, aunque le dieran un brillante de talla superior por cada lágrima que evitase. Ya se sabrá la causa de esta insensibilidad. El último mensaje que llevar pudo Lopresti a los portales de Santa Cruz, donde Calpena aguardaba la cartita, fué verbal y nada satisfactorio:

—Señor don Fernando—le dijo, afilando la voz más que de costumbre por la fuerza de su congoja—, ni traigo carta, ni la traeré más: válgame la Virgen. Estamos dejados de la mano de Dios. La señora me ha registrado al salir todo, señor, como si fuera yo una mujer... ¡Qué vergüenza me ha hecho pasar, ay! Y no es lo peor que me meta las manos por entre la ropa, haciéndome cosquillas, sino que ya no me deja salir de casa. ¡Preso yo también, sin comerlo ni beberlo!... Preso por desconfianza, porque hago este favor a dos que se quieren... Es mi gusto, señor; es mi único gusto servir a los amantes finos... Salgo esta tarde porque voy por la medicina, aquí, calle Imperial... ¡Ay! Dios mío, que no se le volviera solimán..., y ya me despido de la bendita calle, porque desde esta noche hace los recados ese Meca, montador que fué de la familia, montador de piedras finas, y hoy vive de la tasa y fiel contraste... Pues verá: la señorita, que, como enamorada, discurre más que cien doctores, me encarga diga a usted que esta noche le escribirá. Tiene papel y lápiz, que le he dado yo... Para mandar a su amador la carta ha inventado una graciosa treta... Ahora tenemos allí todas las noches a don José del Milagro. Entra..., deja su sombrero en la percha... En el forro del sombrero pondremos el papelito. ¿Qué le parece? Lo que no inventa el amor, ni Dios lo inventa... Pues lo que falta es que usted se haga el encontradizo con Milagro cuando éste salga de casa; que le convide; que le entre-

tenga hasta sacarle el embuchado; que mañana le vuelva a convidar y a entretenerle para que lleve la respuesta del mismo modo, y arreglárselas como pueda para seguir trayendo y llevando papeles ensombrerados cada lunes y cada martes... Conque ya lo sabe. Prevenido, señor... ¡Ojo al casquete!... Adiós don Fernandito de mi alma; no puedo entretenerme más... Si tardo, me mata.

Vease aquí cómo fué conductor inocente de la amorosa correspondencia el tubo grasiento y anticuado que cubría la venerable cabeza del buen Milagro. No le fué difícil a Calpena echarle la zarpa, acechándole a la salida de Milaneses, y le convidó a cenar (felizmente, por ser domingo, no tenía que ir a la secretaría de Hacienda), y hablaron cuanto les dió la gana. Concluyó Fernando por fingirse delicado de salud, y suplicar a su amigo que le hiciese diariamente compañía en los ratos libres, pues de ello recibiría gran consuelo. Hubo de manifestar sentimientos contrarios a los que llenaban su alma; hizo el papel de que le pesaba haber abandonado su destino; mostróse arrepentido de sus amores, sobre los que hacía recaer toda la culpa de tantos infortunios, y pedía consejo a su buen amigo sobre la conducta más propia y eficaz para volver a la gracia de su excelencia. Con gran júbilo le oyó Milagro, que de veras le apreciaba, y prometió visitarle en el rato libre entre la contabilidad de la Zahón y el trabajo nocturno de la oficina.

Con tal ardid tuvo Calpena carta fresca todas las noches. No eran palabras amorosas lo que Milagro llevaba y traía en su sombrero; era fuego, llamas cogidas a puñados del mismo sol. Véase la muestra:

DE FERNANDO A AURA

Si hallamos libre el camino del Cielo, al Cielo. Si no hay otro camino que el del abismo, al abismo... Todo antes que arrastrar esta oprobiosa cadena del presidio social; todo antes que sufrir el ultrajante despotismo de los cabos de vara que, con el nombre de autoridades, civil, doméstica y política, cobran el barato en este patio inmundo. Huyamos de ellos. Busquemos el aire libre, lejos del aliento infecto de los cabos de vara. Sobre todas las leyes, prevalece el amor, ley suprema, porque él es la creación, el principio de las cosas.

DE AURA A FERNANDO

Cariño: ¿verdad que me sacarás pronto de este encierro? Con esta esperanza vivo. Cuento las horas que me faltan para el momento dichoso en que dejaré de ver el rostro patibulario de Jacoba Zahón. ¿Cómo no odiarla, si me priva de verte? Si ella me asesina, ¿cómo no desear que se la trague el infierno, como se tragó Jonás a la ballena?... Digo, no: fué la ballena quien se tragó a Jonás, y no pudo digerirlo. Tampoco el Infierno digeriría a Jacoba, y tendría que vomitarla con todas sus piedras preciosas... Es la una de la noche: la bestia monstruosa duerme; yo velo. El amor siempre alerta. ¿Cuándo nos echamos a volar? Quiero ser pájaro y mirar desde lo alto de una ramita a estos pobres caracoles, que nos quieren llevar a su paso... Una de estas noches mi desesperación me inspiró la idea de matar a Jacoba... Estuve loca un ratito... ¿Verdad que me librarás pronto? ¿Verdad que si no nos dejan vivir nos mataremos? Sin ti, no quiero la vida ni la muerte. ¿Qué sería de mí solita dentro de la sepultura?... Voy a decirte una cosa que no sabes... Te adoro... Tonto, no te rías... Me estoy muriendo por vivir...

DE ÉL A ELLA

Duerme tranquila; yo velaré, velaré siempre. El sueño no quiere amistades conmigo. Si tu cárcel fuera de diamantes y la custodiaran todos los ejércitos del mundo, de ella te sacaría yo... Si Jacoba fuera la hidra de seis cabezas, yo se las cortaría todas... Nunca me tuve por héroe. Ahora lo seré porque te amo. El amor me hace indómito; el amor me hace invulnerable. Si fuese preciso ir hasta el crimen, hasta el crimen iré... Ser tú mía, ser yo tuyo, es hablar con vaguedad: somos un solo ser... ¿No sientes un solo ser en nosotros? No estamos separados, sino divididos; cada mitad en diferente esclavitud. Pronto estará todo el ser integrado en la libertad. Pronto te fijaré el día y hora en que debe terminar esta doble agonía. Será sin bullicio, sin aparato; será la suma sencillez... No puedo más. Bendiga Dios el divino fieltro en que irá esta carta. Adiós.

DE ELLA A ÉL

Poquito me faltó para besar el fieltro sublime cuando de él saqué la luz de mi

vida. Pero no lo besé... No hice más que acariciarlo... Pronto, sí, mi bien, que sea pronto. Estoy alegre porque tú me lo mandas. Jacoba despide de sus ojos un veneno verde, como el rayo de las esmeraldas. Pero ya no le tengo miedo: confío en mi caballero, a quien amo, a quien pertenezco por toda esta vida fugaz y por la eterna...

En este tono se escribían siempre. Arrebatado el espíritu de Calpena a las altas cimas de la idealidad no conocía freno. Tan profunda era su transformación, que hasta se olvidaba de cómo fué y de lo que había sentido y pensado bajo la férula del buen don Narciso Vidaurre. Aquella serenidad del alma, aquel justo medio en que blandamente se mecía su voluntad, ¿dónde estaba? ¿Dónde la placidez clásica, el amor de las reglas, el gusto de lo incoloro, del vivir cómodo y bien repartido en casillas metódicas? Todo aquel mundo blanducho y opalino se había resuelto en un orden de sentimientos y de ideas que le asemejaba al famoso héroe de Dumas, Antony. Como éste, se había erigido en desheredado, y con los fueros de tal, en aborrecedor de toda la sociedad; como éste, no vivía más que para un amor frenético, dispuesto a consumar, por la satisfacción de sus anhelos, las violencias y tropelías más abominables.

XXXIII

¡Quién le había de decir a Fernando Calpena, cuando con un amigo vió representar el *Antony* en la Porte Saint-Martin, que aquel drama, que entonces le pareció afectado, mentiroso, uno de tantos artificios con que los dramaturgos amañados satisfacen el convencionalismo teatral, había de ajustarse, traducido al castellano, a la realidad de su pensamiento! El drama de Dumas y el de Calpena, drama real, no se parecían en el asunto, aunque sí mucho en la enfática desesperación del héroe, no bien motivada, y en el ardor de su lenguaje. El odio a la sociedad no era en él más que una repercusión hueca del criollo de Dumas. En política había extremado bruscamente sus opiniones, simpatizando con los revolucionarios más ciegos y brutales. Para don Fernando no tenían derecho a la permanencia ni el Gobierno aquel, ni otro semejante, ni el trono mismo. La familia real, de cuyo seno había nacido una espantosa guerra, que llevaba trazas de no concluir nunca, tampoco debía continuar ligada a la suerte del país. Las disensiones entre los hijos de Carlos IV habían convertido a España en una inmensa jaula de locos furiosos. Por averiguar si debía reinar hembra o varón se vertían ríos de sangre... Y no pareciéndoles bastante sangría a nuestros prohombres, todavía andaban a trastazos por si repartían las mercedes del Presupuesto los negros o los blancos, los amarillos o los rojos. El propio Mendizábal, a quien siempre vió Calpena descollando sobre la turbamulta política, se había empequeñecido a sus ojos; ya no era el grande hombre que debía salvar y refundir la nación. Malogrados sus propósitos por falta de constancia o malicia para llevarlos a la realidad, resultaba perfectamente sentencioso y oportuno aplicado a él, como a todos los del oficio, el dicho de Hillo: «No remata la suerte.»

Por otra parte, si el conocimiento de las conexiones jurídicas de Mendizábal con Aura le indujo a mirar al ilustre gaditano con simpatía, cuando supo que a la carta de la joven había respondido verbalmente, por mediación de Milagro, sin darle más consuelo de su esclavitud que la promesa de mudarla de cárcel, sacándola de las cadenas de la Zahón para ponerla en las de Negretti, la simpatía hubo de trocarse en ojeriza y mala voluntad. Hallándose obligado a mirar por la huérfana, debió don Juan atender en otra forma a su angustiosa solicitud. Ni de tutor ni de caballero era esta fría respuesta: «Diga usted a esa señorita que estoy atareadísimo y no puedo ocuparme de ella todo lo que quisiera. He escrito a Ildefenso Negretti para que venga a recogerla. Yo hablaré con él y le recomendaré que la cuide mucho y procure perfeccionar su educación.»

«Pues yo le aseguro a usted, señor don Juan Alvarez—decía Calpena *in mente*, paseándose solo por las calles—, que cuando venga el tan cacareado tío carnal para hacerse cargo de mi Aura, no la encontrará. Aura me pertenece, y todos los Negrettis del mundo, auxiliados por todos los Alvarez gaditanos, que no saben «rematar la suerte», no me la quitarán. Ahora veremos quién puede más: si vuecencia con sus altanerías de minis-

tro y jefe de partido, o yo solito, inerme, sin más fuerza que la que me da la ley de amor... Ley ésta que no entiende ningún político, ni vuecencia tampoco... Creerá que es como la ley de Amortización de la Deuda, o la de Redención de censos, imposiciones y cargas... Y no necesito extremar las conjeturas, señor *Don Juan y Medio*, para ver segunda intención en su proyecto de poner a la huérfana en manos de un Negretti, que seguramente será sumiso ejecutor de los deseos de un amigo poderoso. ¿Tendremos aquí una comedia en que le toque a vuecencia el papel de tutor, de ese anciano verde, siempre chasqueado? ¿Le seducen a su excelencia los viejos de Moratín? Pues tampoco ha de valerle el hacer el don Diego, aun cuando tomara las precauciones para asegurar un desenlace contrario al de *El sí de las niñas*, porque aquí estoy yo para llevar las cosas a su término natural. Y si para esto tuviera yo que pegarle a vuecencia un tiro, se lo pegaría, como a Negretti, si éste me contrariara con malevolencia... Por mi Aura voy yo a las grandes y nobles virtudes, como a las más negras demostraciones de la maldad; por mi Aura escalo yo el cielo o me precipito en los abismos. Nada tiene valor para mí; cuanto hay en el Universo se cifra en ella. Póngame usted entre Aura y mi voluntad todas las llamadas leyes morales y sociales, y salto por encima de ellas; y si quieren que pase sin saltar, pasaré, y pisaré, y si pongo el pie sobre alguien que reviente con mi peso, quéjese al Diablo, porque Dios no ha de oírle.»

Entró en casa de Hillo, con quien hablar quería. Don Pedro le esperaba; encerráronse en el cuarto de éste.

—Tu puntualidad en acudir a la cita me demuestra que el caso es urgente. Necesitas dinero; ayer no pude dártelo; hoy te lo daré, pero no sin condiciones.

Adivinando las terribles condiciones que su amigo, cruel usurero en aquel caso, le impondría, Calpena sintió frío glacial en el corazón, y en la boca todo el acíbar que suele ser producto natural de la carencia de dinero.

—Te daré lo que necesites—prosiguió Hillo con severidad noble—; pero has de darme garantías, seguridades, de que ha de ser empleado dignamente. Esas órdenes tengo.

—Pero usted—dijo Calpena con voz cavernosa entiende por empleo indigno lo que para mí es el fin más alto que se puede imaginar. No nos entendemos.

—No nos entendemos... Yo tengo órdenes que he de cumplir estrictamente. Para lanzarte sin freno a la perdición necesitas oro. Es natural: sin dinero no se puede realizar el bien... ni el mal. Para el bien tendrás lo que quieras, Fernando: demuéstrame que quieres el bien, abandona tus locos devaneos, y partiendo los dos de Madrid esta misma noche...

Calpena se levantó del asiento sin decir más que:

—Guarde usted su dinero... Me voy.

—Oye..., no seas tan vivo de genio. No hago más que cumplir las órdenes que recibo... Muy dañado estás, hijo mío, cuando así me vuelves la espalda; a mí, que te quiero como a un hermano... No, no eres digno de esta hermosa fraternidad, ni tampoco, lo digo muy alto, ni tampoco eres digno de la piedad suprema, del cariño lejano, escondido, para que sea más bello, de la persona que...

Ahogado por la emoción, Hillo no pudo continuar, y se llevó ambas manos a los ojos...

—Para que yo venere a esa persona como ella se merece sin duda—dijo Calpena en grave desconcierto—, es preciso que..., se necesita que... Yo la adoraré si la conozco, lo primero... Encubierta, y oponiéndose a la felicidad de mi vida, no puedo, no puedo quererla.

Hillo le cogió de una mano, no secas aún sus lágrimas, y en grave tono le dijo:

—Te doy mi palabra de que si haces lo que dije... Renunciar radicalmente a ese devaneo, impropio de tu condición, y partir conmigo de Madrid esta misma noche, sin ver a nadie..., la deidad invisible dejará de serlo...; así lo declara y promete en su última carta... Se nos revelará.... pero es condición previa que tú..., ya sabes...

El rostro de Calpena se volvió de mármol; sus manos quedáronse heladas; sus miradas perdieron toda luz. Miró al clérigo con estupidez; hízole repetir la proposición. Repetida por Hillo, éste añadió hasta tres veces:

—¿Te conviene el trato?

De súbito fué acometido Fernando de un frenesí nervioso; cayó en un sillón, mordióse los puños, contrajo todo su cuerpo, y clavando las uñas en el brazo del sillón, prorrumpió en gritos dolorosos:

—No quiero..., no quiero... Me ofrecen un nombre a cambio de la vida. No, no... No me hacen falta parientes; no necesito familia... Que se vayan, que me dejen. Solo viví, solo estoy..., solo moriré..., moriremos... ¡No quiero, no quiero!...

Cogida en las convulsas manos la cabeza, como si quisiera arrancársela, no dijo una palabra más. Don Pedro no le veía el rostro.

—Serénate—le dijo, tocando suavemente sus cabellos, cuyos rizos desordenados por entre los dedos salían—. Te doy tiempo para pensarlo. La cosa es grave... No te precipites a resolver así..., airadamente.

—¡Si está resuelto—dijo el desesperado joven, incorporándose—, si no puede ser!... ¡Si es como si me mataran!... Y, francamente, no me dejo matar..., no me conviene morir todavía.

Y, puesto en pie, cogió el sombrero con gallardo ademán, mostrando en acto tan sencillo la firmeza de su resolución. Las últimas palabras de aquella breve conferencia fueron:

—Me equivoqué al pensar que usted podía darme... eso. Error grave fué pedirlo. ¡Qué bochorno!... ¡Pedir lo que no es nuestro lo que me darían, no por favorecerme, sino por comprarme! Dígale usted a quien sea, que no me vendo. El alma no se vende. ¿Por qué no la adquirió en tiempos en que fácilmente pudo hacerlo? ¡Y a h o r a quiere quitármela, comprármela!... Aunque yo quisiera venderme, amigo Hillo, no podría..., no me pertenezco... Y para concluir, guárdese usted su dinero, o devuélvalo a quien se lo ha dado. Para mí no ha de ser. Lo que yo necesito con urgencia, lo buscaré como pueda.

—Aguárdate..., hablemos otro poco.

—Usted puede perder el tiempo, yo no... Es inútil... Si cierra la puerta me descolgaré por el balcón... Quédese con Dios... No intente seguirme..., corro yo más que usted. Adios.

Y con la presteza que estas palabras indicaban salió de la casa, dejando a Hillo confuso y atribulado. Hubo de pasar un mediano rato antes que el buen clérigo pudiera sacar del desorden de su mente una idea clara y ver el derrotero más conveniente.

«No me queda duda, va a la desesperación... Loco de amor y sin dinero, algo hará que nos dé mucho que sentir... ¿Iré tras él? ¿Pero quién le caza? No, no, Pedro Hillo..., no te metas en cacerías peligrosas. Yo cumplo dando la voz de alarma, como me ordenan. Ha llegado el momento crítico, el momento del peligro supremo, que obliga a emplear el recurso final, lo que los médicos llaman el remedio heroico. Me han mandado que avise cuando estalle la crisis de locura, y aviso... Pedro Hillo cumple siempre con su deber; es hombre que sabe rematar la suerte.»

Escribió una breve carta, y al punto salió para entregarla al *señor Edipo*, que en determinada calle estaba de servicio. Hecho esto, se fué al club de la casa de Tepa, donde había quedado pendiente de la noche anterior una furiosa disputa, cuyo desenlace quería conocer. Allá fué a parar también Calpena, sin más objeto que matar el tiempo hasta medianoche, y ver a un amigo que le había ofrecido facilitarle algún dinero. Ya se comprende que este amigo no era poeta.

Por obra y gracia de la armonía resultante entre la exaltación de su espíritu y la atmósfera jacobina que en Tepa reinaba aquella noche, Calpena se lanzó, sin proponérselo, a la oratoria furibunda, notas estridentes de rabia política con juicios abominables de cosas y personas. Sus palabras eran materia inflamable arrojadas varonilmente en aquel rescoldo de pasiones. De una parte le aplaudían con rabia; de otra, le vituperaban. Entre don Pedro Hillo y otro señor tuvieron que cogerle por un brazo y bajarle casi a rastras de la tribuna. Parecía loco furioso, y su rostro echaba llamas. Después, entre el tumulto que en torno del joven se formó, Hillo le perdió de vista. Cuatro amigos le sacaron a la calle para que con el fresco de la noche se le despejara la cabeza. Fueron a un café, pasearon hasta las doce, hora en que Fernando se encaminó a su casa con el amigo que le había facilitado la cuarta parte del dinero que creía necesitar.

Solo al fin en su cuarto, y no teniendo nada que hacer, sentóse en la cama y se zambulló en el mar sin fondo de sus pensamientos.

«Con poco dinero, pero con dinero al fin, mañana será. No varío mi plan, ni tengo que modificar las instrucciones que Aura habrá recogido esta noche en el sombrero de Milagro. ¡Mañana!... Y a pedir de boca saldrá, pues previsto está

todo, y bien determinada la manera de sortear cualquier peligro... Mañana, en pleno día, cuando menos lo pienses, cuando nada temas, maldita Jacoba, soltarás tu presa... Y viviremos los que debemos vivir, y rabiarán los que deban rabiar..., y el que quiera reventar de ira, que reviente... Mi gusto es pisotear a la Zahón; al señor Mendizábal, no... Está próximo a una caída ignominiosa. En Palacio le tienen ya bien preparada la zancadilla con Istúriz y Saavedra... ¡Los dichosos políticos! No vendría mal una degollina de próceres y patriotas, como la que se ha hecho de frailes... Pues sí, señor de Mendizábal, bastante tiene vuecencia con la que le están armando. Hillo diría que ya se oye el cencerro del cabestro que viene para conducirle al corral. Y vuecencia matará los ocios del corral con la educación de doncellas... A Hillo no le deseo mal alguno... Ojalá le hicieran obispo. Bien se lo merece el pobre por su mansedumbre y buenas intenciones... Y en cuanto a Milagro, nuestra gratitud no se contenta con menos que con nombrarle ministro de Hacienda... Y a Lopresti, ¿cómo le recompensaremos sus servicios?... Es facilísimo: pinche mayor de Palacio, y además director de la Real Capilla; cocinero y tiple de su majestad... De todos nos despedimos, porque espero que no hemos de tener el gusto de ver rostros conocidos en mucho tiempo... Y que nos persigan, que nos busquen, que nos cojan ahora... El vuelo será alto..., y luego, nuestra cueva de amor tan profunda, que a ella no llegará ni la mirada de cernícalo de la Zahón ni el olfato de *Edipo*...»

Por este derrumbadero vertiginoso iban sus pensamientos, cuando llamaron con fuerte campanillazo y golpes a la puerta de la casa. Sorprendido del ruido y alarmado también, pues en su estado nervioso el vuelo de una mosca le hacía estremecer, salió Calpena a punto que alguien abría; y vió que avanzaban hacia la puerta de su habitación dos hombres de mala facha, los cuales, con formas rudas y descorteses, previa indagación de la personalidad, le ordenaron que se dispusiese a salir en su grata compañía.

—¿Pero adónde?...

—A la cárcel—dijo el más feo y bruto de la pareja, a punto que comparecían otros dos, de uniforme, pues eran salvaguardias de la subdelegación.

Lo primero que se le ocurrió a Calpena fué coger una silla, con intento de estrellarla sobre la cabeza del más próximo. Pero pronto se abalanzaron los esbirros a trincarle del brazo, y privado de todo movimiento no tuvo más remedio que entregarse, maldiciendo con terrible exclamación su fiero destino. Salieron en paños menores los patrones y algunos huéspedes a lamentar el triste suceso; y mientras uno se indignaba y le consolaba otro con frase vulgar, asegurando que todo era equivocación, los polizontes registraban la cómoda y mesa, para llevarse cuantos papeles encontraran pertenecientes al presunto criminal político.

Bajando entre tales sayones, taciturno, mas no resignado, devorando la angustia y terror de su alma, don Fernando empezó a ver claro en aquella inopinada prisión, y se dijo: «Es ella, es la *mano oculta* quien me lleva a la cárcel.»

De la calle de las Urosas al Saladero había mucho que andar. Por el camino vió dos traíllas de presos. Sin duda, el medroso Gobierno, acosado de conspiradores, viendo por todas partes misteriosos enemigos que le acechaban en la oscuridad de las logias, o le provocaban en el público escándalo de los cafés, había mandado echar la red. Cuando metieron al desdichado Calpena en el patio donde debía empezar la expiación de sus nefandos delitos, ya había llegado la primera cuerda, en la cual vió personas de aspecto decente. Al poco rato entraron dos racimos más, y ¿cuál no sería la sorpresa de don Fernando al vislumbrar en uno de ellos nada menos que la venerada, inofensiva persona de don Pedro Hillo?

En cuanto pudieron reconocerse, a la luz de los farolillos que alumbraban los tristes grupos, corrieron el uno hacia el otro y se dieron los brazos.

—*Tu quoque*... ¡También usted, don Pedro!—dijo Calpena con el gozo amargo de la venganza.

—También—replicó Hillo con voz opaca, casi llorando—: Y, en verdad, que, por más que me devano los sesos, no acierto a explicarme... De la cama me sacaron estos verdugos. Comprendo que a ti... ¡A ti, sí!... Era necesidad ponerte a la sombra.

—Yo no conspiro.

—Conspiras contra ti mismo. Yo, ni contra mí ni contra nadie... No he hecho más que hablar mal de Mendizábal..., y eso no mucho.

—No es Mendizábal, no, quien ha tenido la humorada de juntarnos aquí: es la *mano oculta*... ¿Tan candoroso es mi buen clérigo que no lo ve?

—¡Fernando!

—¡La invisible deidad, la tutelar, la próvida mascarita!... ¡Ah, no se quiere que el niño esté solo... Se teme su desesperación, se teme su rabia...

Enorme distensión de músculos en ojos y boca declaraba el estupor del buen presbítero.

—No está mal esto. ¿Verdad que no está mal?... Para que diga usted ahora que no *remata*

—¡Vaya si *remata...!*

Santander (San Quintín),
agosto-septiembre de 1898.

FIN DE
«MENDIZÁBAL»

DE OÑATE A LA GRANJA

I

DEBEMOS dar crédito a los cronistas que consignan el extremado aburrimiento de los reos políticos don Fernando Calpena y don Pedro Hillo, en sus primeros días de cárcel. Y que los subsiguientes también fueron días muy tristes, no debe dudarse, si hemos de suplir con la buena lógica la falta de históricas referencias Instaláronse en una habitación de pago, de las destinadas a los presos que disponían de dinero, y se pasaban todo el día tumbados en sus camastros, charlando si se les ocurría algo que decir o si juzgaban prudente decirse lo que pensaban, y cuando no, mirábanse taciturnos. El aposento, con ventana enrejada al primer patio, no hubiera sido más desapacible y feo si de intento lo construyeran para hacer aborrecible la vida al infeliz que morara en él. Componíase el moblaje de dos camas jorobadas, de una mesa que bailaba en cuanto se ponía un dedo sobre ella, de una jofaina y jarro en armadura de pino sin pintar, de cuatro sillas de paja y una percha con garfios como los de las carnicerías, clavada torcidamente en la pared. Depositario Hillo de los dineros de *la incógnita,* podían permitirse aquel lujo, propio de conspiradores, que les apartaba de la ingrata compañía de ladrones y asesinos. Otros presos políticos habíanse aposentado en iguales estancias del departamento de pago; en ellos han comido el pan del cautiverio, generación tras generación, innumerables héroes de los clubs y del periodismo que desde tales cavernas se han abierto paso, ya por los aires, ya por bajo tierra, hacia las cómodas salas del Estado.

Días tardó el señor de Hillo en salir de su cavilación silenciosa; no estaba conforme, ni mucho menos, con el papel que forzosamente se la hacía representar en aquella comedia lúgubre, y una noche, después de cenar malamente, quiso poner ya el freno de la reserva o cortedad que le impedía dar suelta a las turbaciones de su alma; mas no encontrando la formulilla propia para empezar, se arrancó con unos versos de don Francisco Javier de Burgos, a quien tenía por el primer poeta del siglo, y en tono altísimo recitó:

De cera en alas se levanta, Julio,
quien competir con Píndaro ambicione;
Icaro nuevo, para dar al claro
piélago nombre...

—No me recite versos clásicos, don Pedro—le dijo Calpena—, si no quiere que yo vomite lo que cené... ¡Váya con lo que sale ahora!

—O al púgil claro que la elea palma
al Cielo eleva, o rápidos bridones
inmortalice...

—Que se calle usted, hombre, o allá le tiro una bota.

—Ya no me acordaba de que nos hemos hecho románticos. Así estamos. Hemos caído, *nuevos Icaros,* derretidas las alitas de cera, y nos hemos roto el espinazo...

—Y no en un *claro* mar, sino en esta cárcel nauseabunda ha venido usted a purgar el pecado de meterse a redentor... Yo me alegro; créalo, me alegro como si me hubiese caído la lotería... Porque todo lo que le pasa se lo tiene usted bien merecido.

—Es verdad; lo reconozco. Y con toda la honradez de mi carácter declaro que la conducta de la señora invisible con este su humilde servidor es la conducta de un sátrapa de Oriente.

—¿Lo ves, clérigo, lo ves?—dijo riendo Calpena, que empezó a tutearle con familiaridad desdeñosa—. ¿No me oiste

protestar contra el despotismo de *la velada?*... Ahora que sientes el palo sobre ti lo reconoces...

—Ahora sí, pues si considero natural que la señora incógnita desee que una persona grave y sesuda custodie al niño en este encierro donde ha sido forzoso meterle, no me parece bien que arroje sobre mí el vilipendio de la prisión, sin acordarse de que soy sacerdote, aunque indigno...

—Las incógnitas, mi querido clérigo, suélen ser desmemoriadas. Esta que ahora nos ha metido en el *estaribel* no se para en pelillos; va a su objeto, caiga el que caiga. A los que se prestan a servirla les convierte pronto en esclavos.

—Bien sabe Dios—dijo don Pedro, suspirando—que me metí en este negocio de tu corrección con alma y vida, llevado de un sentimiento fraternal... Ningún sacrificio me parecía bastante. Olvidé hasta mi dignidad, vistiéndome de seglar y metiéndome en los clubs, donde he contrariado mis gustos y perdido el estómago oyendo «de ciega plebe el vocear insano...» Por amor al bien y a ti, por respeto de esa señora deidad, hice mil desatinos y ridiculeces. ¿Merecía yo que se arrastrara por la inmundicia de la cárcel la sagrada orden que profeso? Dime tú ahora con qué cara me presento yo en una iglesia pidiendo misa. Mas ¿qué digo, si a estas horas ya me habrá retirado el diocesano las licencias? Verdad que yo ahorqué los hábitos; pero me proponía volver a ponérmelos cuando lograra mi santo propósito de echarte el lazo y traerte a la virtud y a la honestidad. Y ahora, ¿quién me quitará la tacha de clerizonte renegado? ¡Preso por conspiración jacobina, envilecido mi nombre, pues aunque todo resulte de mentirijillas, a la opinión no le consta; en lo que me queda de vida, ¡ay!, he de pasar por un sacrílego, por uno de esos desdichados monstruos como el organista de Vitoria en Zaragoza, el infame fray Crisóstomo de Caspe, que de fraile se troco en masón y de revolucionario en asesino!

—Yo creo—indicó Fernando con sorna que la señora maga, si ha tenido poder para meternos en *chirona* con tanto salero, lo tendrá para darte a ti, ¡oh venerable capellán!, la reparación que te debe. ¿No dices que todo esto es pura comedia? Pues luego se te darán satisfacciones resultará que te han preso por equivocación, que eres un sacerdote ejemplar, un santo misionero que ibas a las logias a predicar el amor al despotismo y la mansedumbre de los carneros de Dios... Como ésta es luz, ten por cierto que *la invisible* no se quedará corta en la compensación. Para mí, en cuanto suban los nuestros, digo, los de ella, te largan una mitra, clérigo, una mitra, y no veo que se puedan tasar en menos los sofocones que te han dado.

—¡Mitra! No te burles.

—Bien te la has ganado, hijo; ya estoy viendo a *tu ilustrísima* echando bendiciones. Por de pronto, para quitarte el amargor de la cárcel, te tendrán dispuesta una canonjía..., eso seguro, como si lo viera... A estas horas tendrá firmado el nombramiento el señor Alvárez Becerra...

—¿Crees tú?... Hombre, no puede ser... Pues mira, en justicia... No es que yo lo pretenda, que soy, como sabes, desinteresado hasta la pazguatería... Pero...

—Pero tú debes renunciarlo; debes mantenerte en tu forzado papel de presbítero de armas tomar, y rebelarte ahora contra *la incógnita* y contra todos los poderosos que nos oprimen... Pásate a mi partido; unámonos contra ese poder oculto que nos trata como a parias; persigámosle hasta dar con él y asaltemos esa Bastilla hasta no dejar piedra sobre piedra.

—Fernando, no disparates más o quien tira lo bota soy yo, y te rompo con ella las narices.

—Ahora pienso, mi buen clerizonte, que, en efecto, desvarío, porque la estoy llamando *incógnita* y para ti no debe de serlo ya..., para ti, afortunado mortal eclesiástico, se ha quitado la careta...

—¡Por San Elas, por San Críspulo, tanto la conozco como a mi tatarabuela! No, hijo, no se ha quitado la careta; lo que hizo aquel día fué señalarme los medios perentorios de comunicación con su escondidísima y siempre encapuchada persona, y por tal medio puede participarle lo emperrado que estabas en el mal para que tomara, si quería, las medidas heroicas..., que..., ya sabes... ¡Cuán lejos estaba yo que de la tal medicina heroica me había de tocar a mí esta toma, más amarga que la hiel!...

—Y en los días que llevamos en este

infierno ¿no has recibido la cartita de letra menuda?

Don Pedro, clavados en el techo los aburridos ojos, denegó con la cabeza; y como el otro insistiese, denegó también con los pies, y por fin, con la boca.

—Puedes creer que no ha venido carta. Lo que trajo ayer *Edipo* fué recado verbal, que me dió en el rastrillo. No hizo más que preguntarme si estábamos bien asistidos y si necesitábamos algo: ropa, dinero, comida buena. Yo contesté que todo lo comprendido en estos tres sustantivos nos vendrá muy bien mientras no nos devuelvan la preciosa libertad.

—¡De modo—dijo Calpena, echando por delante de la frase un sonoro y descarado terno—que no sabemos cuándo nos sacarán de aquí! Esto es horrible, criminal. Si en España hubiera justicia, ya veríamos en qué paraban estas bromas horripilantes. Alguien había de sentirlo... Y ahora, ¿a quién, a quién, San Cacaseno bendito, h e m o s de endilgar nuestros chillidos de rabia y desesperación? ¿Es esto un país civilizado? ¿Así se prende a las personas, así se priva de libertad a un ciudadano, aunque sea enchiquerándole en calabozo de preferencia y pagándole la bazofia? También a los que están en capilla se les da de comer cuanto piden. ¡Qué sarcasmo! ¡Qué indigna y cruel farsa!... Ya ves que no ha parecido por aquí ningún cuervo jurídico a tomarnos declaración. ¿Y aquellas terribles conjuras en que estábamos metidos? Y los delitos de lesa majestad, ¿dónde están? Un país que tal consiente merece ser gobernado por mi jefe de oficina, el patriarca de los mansos, don Eduardo Oliván e Iznardi.

No dijo más y se volvió hacia la pared, donde se proyectaba su sombra a la macilenta luz del quinqué. La situación psicológica del antes protegido y después encarcelado mozo no era fácilmente apreciable y definible a los pocos días del encierro. La primera noche de prisión fué terrible: acometido Calpena de violentísimo frenesí, no cesaba de blasfemar, clavados los dedos en el cráneo; y se arrancaba l o s cabellos mostrando su i a en formas destempladas y tremebundas. Trabajillo le costó a don Pedro contenerle; si no es por él, sabe Dios lo que habría ocurrido y a qué extremos de furor y barbarie hubiera llegado el pobre Fernandito. Vino al siguiente día la sedación y lentamente fué cayendo el preso en un estoicismo melancólico. Su pensamiento tejía sin término el monólogo doliente, inacabable: «¿Qué habrá sido de Aura? ¿Qué pensará de mí? ¿Sabe acaso que estoy preso?» Conocedor del temple arrebatado y de la fogosa fantasía de su dama, no podía menos de temer los efectos de la desesperación. A u r a tenía instintos trágicos; misteriosas querencias la llamaban a los desenlaces fatalistas, puestos en moda por la literatura... La casa, la infernal cueva de la Zahón no se apartaba de su mente. ¿Habría llegado el tío carnal para llevarse a la infeliz huérfana? Y ésta, ¿se habría dejado conducir sin oponer siquiera resistencia pasiva, que es la fuerza de los débiles? Sin duda pasaban o habían pasado tremendas cosas, y el no saberlas le abrumaba más que le abrumaría el conocimiento de las mayores desdichas. «Es seguro—pensaba e n t r e pensamientos mil—que esta farsa de mi prisión concluirá cuando esté conseguido el objeto; cuando Aura, si es que aún vive, haya salido de Madrid... Habrán tomado precauciones para que yo ignore el punto adonde se la llevan, y quizá me tengan aquí más tiempo, pues transcurriendo días entre su partida y mi libertad me será más difícil averiguar adónde tengo que dirigirme para encontrarla... O quizá confían en la acción del tiempo, en mi cansancio. Esperan que me dé por vencido, que desmaye mi voluntad... ¡En qué e r r o r están, Dios mío! Mi voluntad, con el castigo se crece... Como ignoro a quién debo la vida, digo que mi padre es el *No importa*, y mi madre el *Más vale así.*»

El tiempo, que en aquel cautiverio tristísimo centuplicaba su extensión, le llevó adonde menos podía pensar. Es el tiempo un océano de aguas hondas y corrientes insensibles, que lleva los objetos flotantes a playas desconocidas y los arroja donde menos se piensa. Si en las primeras horas de su encierro veía Calpena en la desconocida gobernadora de su vida un tirano insoportable, lentamente fueron ganando otras ideas el campo de su turbado espíritu. Sin dejar de creerse víctima, sin que se amenguaran los dolores del tremendo garrotazo que había recibido, la figura ideal de la

persona designada con el vago nombre de *mano oculta* fué perdiendo aquel aspecto de deidad inexorable con que se la representaba su imaginación... Como se manifiestan indecisas por Oriente las primeras luces del alba, apuntaron en el alma de Fernando sentimientos más benignos respecto a la desconocida. Y aumentada de hora en hora la intensidad de estos sentimientos, se modificó su criterio en aquel punto, llegando a ver en el acto de la prisión algo que podía ser comparado a los procedimientos de la cirugía, la crueldad y la piedad juntas. La tiranía no podía negarse; pero ¿cómo dudar que el móvil de ella era un sentimiento tutelar intensísimo?... Determinaron estas razones el ansia vivísima de descubrir a la invisible y arrancarla el velo para comunicarse con ella, en la esperanza de llegar a la paz, conciliando las ideas de una y otro. Tal idea fué la verdadera medicina de su grave turbación, y acariciándola y fomentándola en su alma llegó a soportar resignado la sombría tristeza de la clausura. La idea de que se estableciese pronto la comunicación con el mundo, donde había dejado sus afectos más vivos, le alentaba, y deseando diariamente el mañana, esperándolo con fe, parecía que las horas eran menos pesadas, menos lentas. Viniera pronto noticia del exterior, aunque fuese mala; viniera pronto carta, papel o cifra que revelasen el negro misterio de lo sucedido en los días de cautividad. Que alguna voz sonara en aquella sepulcral caverna, aunque fuese la fingida voz de la mascarita, de la piadosa tirana.

No estaba menos inquieto Hillo por la tardanza de algún papel con explicaciones que confirmaran el carácter inofensivo de aquel bromazo, pues recelaba verse empapelado para toda su vida y metido en deshonrosos líos policíacos o judiciales. Por fin, en la mañanita que siguió al coloquio que referido queda, fué llamado al despacho del sotaalcaide el señor don Pedro, y allí recibió, de manos del señor *Edipo,* un voluminoso pliego. ¡Hosanna!... La conocida letra del sobrescrito le colmó de júbilo. Para mayor satisfacción, Fernando, que había pasado la noche en vela, dormía como un tronco, y así pudo el buen clérigo entregarse a sus anchas a la lectura, reservándose el dar cuenta o no a su amiguito del contenido de la carta, según fueran comunicables o secretas las instrucciones que contenía.

II

«¿Con qué palabras, mi buen Hillo—leyó éste—, pediré a usted perdón por el ultraje que de esta pecadora por caminos tan ocultos ha recibido? No hay términos para expresar mi pena, como no puede haberlos para la expresión de su inaudita paciencia y bondad. Porque no sólo ha sabido usted sufrir a Fernando en su demencia, sino que me sufre a mí en esta locura que padezco, y que voy soportando con ayuda de las almas caritativas, como el señor don Pedro Hillo... Sí, mi excelso amigo y capellán: obra mía y de mis artes infernales es el paso audacísimo, la temeraria estrategia de detención y encierro. ¿Verdad que usted aguanta ese atropello y esos sonrojos por amor al prójimo, por amor a Fernando? ¿Verdad que usted, como buen sacerdote, sabe padecer por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Verdad que en su conciencia siente el gozo del bien obrar, y desprecia las opiniones humanas? Me consuelo pensando que tales son sus sentimientos, caro señor mío, y si me equivoco, que Dios me confunda. Las atrocidades que la demencia de Fernando proyectaba yo no podía impedirlas sino encerrándole en una cárcel, único sitio de donde no se sale a voluntad. Yo no podía dejarle solo en ese antro sombrío; su desesperación y su abatimiento me daban más miedo que sus ignominiosos amores. ¿A qué persona en el mundo, como no fuera usted, podía yo confiar su custodia en tan peregrinas y nunca vistas circunstancias? ¡Qué hacer, Dios mío! Calcule usted mi ansiedad y discúlpeme. «A Roma por todo—me dije—, y que Dios y el señor De Hillo me perdonen.» ¿Hice mal?... Aún no he podido determinarlo en mi conciencia: sólo sé que no podía hacer otra cosa.

»Pues bien dicho lo más amargo, voy a manifestar lo que estimo triaca de tanto veneno. ¿Soy mala, señor mío? Quizá lo haya usted pensado así. ¿Podré algún día discutir esa desfavorable opinión, apartando de mi pobre cabeza las maldiciones que arrojado habrá so-

bre ella la indignación de mi pobre víctima? Lo veremos. Por de pronto, sepa el señor don Pedro que sobre su respetable persona no recaerá ningún oprobio por esta prisión; sepa que su nombre figura en los registros de la cárcel de tal modo desfigurado, que no le conoce ni el cura que se lo dió en el bautismo; sepa que saldrá sin mácula de ese muladar, y que sus delitos políticos se cargarán a cualquiera de los cándidos masones comprendidos en la última redada. No quedará rastro, señor De Hillo, ni nadie ha de vituperarle. Sólo me resta decirle que, siendo de estricta justicia que mi víctima tenga la compensación que por su extraordinario desinterés le corresponde, le doy a escoger entre los dos métodos o caminos para alcanzarla ¿Se decide por colgar el manteo, renunciando a la ventaja que pueda ofrecerle su carácter eclesiástico? Pues no vacile en secularizarse, y frente a Fernando tendrá usted siempre una posición, no digo de tutor, sino de amigo, de esos amigos que igualan a los hermanos más cariñosos. ¿Que no quiere usted renunciar a la carrera sacerdotal? Muy bien; pues yo le garantizo que tendrá la que más le acomode, y ya puede ir pensándolo mientras llega la anhelada libertad... Por hoy, mi buen presbítero, le recomiendo otra pequeña dosis, o toma, como usted quiera, de aquel precioso elixir que llamamos paciencia, y que corre en el mundo con la bien acreditada marca de Job. Entre paréntesis, hay marcas mejores, aunque no son del dominio público. Yo las conozco..., y las uso, ¡ay!»

Al llegar a este punto, tuvo Hillo que suspender la lectura para respirar. Sentimientos diversos agobiaban su espíritu y oprimían su corazón. «¡Extraordinaria mujer—pensaba—. ¡Cuánto sabe!... Que quieras que no, Pedro Hillo, perteneces a ella en cuerpo y alma. Con su garra enguantada te tiene cogido..., ya no escapas, no. Si Dios así lo quiere, adelante. Sigamos la lectura:

«Ya estoy viendo la cara que me pone mi bendito don Pedro al llegar a este párrafo de mi carta. «Pero esta mujer estrafalaria, ¿hasta cuándo nos va a tener encerrados aquí?... ¿Me ha tomado a mí por instrumento de sus artimañas y enredos?... ¡Vive Dios, que ya se me está subiendo a la coronilla el tal Fernandito! ¿Qué tengo yo que ver con que se le lleven los demonios o los Zahones y Negrettis, que es lo mismo? ¿Ni qué me va ni qué me viene a mí con que esta dama incógnita quiera o no quiera resguardar al niño y apartarle de la perdición? ¿Por qué no lo hace ella? ¿Por qué no le llama a su lado?...» Esto dice usted, y yo respondo: «Espérese un poco, carísimo maestro y capellán. Usted es muy bueno y no se me enfadará si le digo que puesto ya en el camino del sacrificio y la abnegación, no hay más remedio que recorrerlo hasta el fin. Todavía, siento decírselo, tienen ustedes Saladero para un rato, más claro, para unos días. ¿Qué significa esa corta esclavitud si la comparamos con la de los infelices magnates que estuvieron encerraditos en la Bastilla veinte y treinta años? ¿Y los que en otras prisiones o fortalezas, sin más culpa que la de usted en este caso, entraron jóvenes, rebosando vida, y salieron encorvados y llenos de canas? Hay que conformarse y esperar días, señor don Pedro, porque usted imagínese que si suelto a Fernando hoy o mañana, poco habremos adelantado, encontrándonos ante los mismos peligros y cuidados graves de aquella tristísima noche.

»Si son ciertas, como creo, las noticias que me traen, hoy o mañana debe partir con su tío Negretti, a quien la endosa Mendizábal, la muñeca romántica por quien ha enloquecido el niño. Pásmese usted, don Pedro: en su desesperación, creyéndose abandonada de su amante, hizo el paripé de querer quitarse la vida. Bajo la almohada le encontraron un cuchillo carnicero. Han tenido que ponerle centinelas de vista... En fin, que se la llevan con mil demonios, no sé aún adónde. Creo que al Norte. Me dicen que ese Negretti es hoy armero de don Carlos, contratista de cartuchos y fundidor de cañones para la Causa. Nada de esto me importa, que le hagan a don Carlos cien mil piezas de artillería con tal que me tengan por allá a esa calamidad de niña hasta el día del Juicio... Ahora conviene que el prisionero no esté libre hasta que le pase la calentura. Podría volver a las andadas; podría antojársele correr tras ella. No, no; que no sepa dónde está. De eso nos cuidaremos oportunamente... Entre paréntesis, señor cura: tengo que decirle que he comprado el famoso abanico que vió usted en casa de la Zahón. Era

gusto mío, capricho, disculpable vanidad. Fué allá una persona de toda mi confianza, que conoce la joya, y se hizo trato por ochocientos duros. Ya lo tengo en mi poder. Es cosa lindísima, de gran mérito; me paso algunos ratos contemplándolo. Cuando usted salga me hará el favor de volver allá, y comprará unas perlas que necesito, ya le diré cuántas, para emparejar con otras que poseo... También quiero unos brillantes superiores. Le preparo una sorpresa a Fernando para cuando sea bueno y se nos entregue arrepentido y bien curado de su demencia. Pero es prematuro hablar de esto.

»Repito, mi querido capellán, que deseche todo recelo, pues no figurará usted ni como conspirador ni como clerizonte renegado... Las buenas disposiciones de la Policía las habrá comprendido usted por el hecho de no haberle registrado ni retenido sus papeles. Bien guardaditas habrán quedado allá mis cartas y el aljófar comprado a la Zahón. Y si se pierde, que se pierda. Volverá usted a casa de Méndez con la *verídica historia* de que ha estado ausente por una misión electoral que le confió el Gobierno..., o misión eclesiástica, lo mismo da...»

Hillo tomó segunda vez aliento y se dijo: «¡Pero qué enredadora es esta madama oculta y qué cosas discurre! Verdad que arma sus tramoyas con suma gracia, movida de un elevado y nobilísimo sentimiento. No hay más remedio que bajar la cabeza y decir a todo *amen*. Adelante, y déjeme yo querer hasta que vea en qué paran estas misas.» La carta concluía con varias advertencias:

«Si tiene usted algo que decirme, escríbalo y dé la carta a *Edipo*. Pero mucho cuidado, amigo mío: este recurso no debe usted emplearlo sino en caso urgentísimo y perentorio. No siendo así, vale más que se guarde sus pensamientos para mejor ocasión. Acompañan a ésta tres pliegos, que son para Fernando. Ya sé que la estancia de pago en que viven ustedes no es de las peores... Y ¿qué tal les dan de comer? Supongo que será malísimamente. Veré si puedo mandarles algo superior... Adiós, mi buen amigo y capellán. Que Dios le asista en su santa obra; que vigile usted la salud, la vida, el honor de esa criatura, no por demente menos adorada... Adiós.»

Por los tres pliegos escritos a Calpena pasó rápidamente su vista don Pedro, y aguardó a que despertara para entregárselos. Dormía el joven profundamente; en su rostro demacrado advertíanse huellas de los pasados insomnios, de la cólera y tribulación de aquellos días. Contemplóle el clérigo con entrañable piedad, creyéndole digno de los extremados sacrificios que por él se hacían. En la sangre juvenil, en los hervores de la imaginación, en la misma inteligencia soberana de Fernando, hallaba disculpa de su desvarío, que esperaba sería sofocado pronto por las hermosas prendas de su alma.

—Todo te lo mereces, hijo—decía—, y andaremos de cabeza hasta llevarte a puerto seguro... Y que no es floja tarea... *Tantæ molis erat*...

En esto despertó Calpena desperezándose, y al verle abrir los ojos, le dijo Hillo con risueño semblante:

—¡Lo que te has perdido, hombre, por dormilón!...

—¿Qué hay..., clérigo maldito? ¿Ha llegado la carta?

—¡Qué carta ni qué niño muerto! ¡Si ha estado aquí la señora deidad y te miró dormidito...!

—¡Aquí!... No fuera malo Pues mira tú: yo soñé que venía, que entraba la máscara con su careta puesta, y...

—Y ¿qué? ¿No te enteraste de que dejaba para ti estos tres pliegos?

—¡Me ha escrito!... A ver—gritó Calpena, arrojándose del lecho—. ¿Quién lo ha traído? ¿Qué dice? ¿Y a ti no te escribe? ¿Hasta cuándo nos va a tener en este panteón?

—En esta cripta funeraria estaremos hasta que a su señoría le dé la gana. Somos románticos, y la nueva escuela manda que nos tengamos por felices en la tumba, máxime si hay ciprés. Quédanos el recurso de tomar un filtro narcotizante que nos haga parecer difuntos, para que nos lleven a enterrar, y así salimos... Luego le damos una bofetada al sepulturero, y pegamos un brinco... Toma, entérate...

III

«¡Buena la has hecho, niño; buena la has hecho!—leyó Fernando medio vestido y sentado en la cama—. No te falta-

ba más que ser preso por masón y revolucionario, por vociferar en los clubs como el último de los patriotas hambrones. ¿Te parece que está eso bien? Ya ves, ya ves adónde conducen las fogosidades políticas, ¡oh mancebo inexperto y desatinado! ¿Creías tu, nuevo Mirabeau, o Dantón en ciernes, que ibas a traernos con un gesto una revolucioncita a la francesa, con degollina, Convención y su poquito de *derechos del hombre?* Vamos, tal vez piensas que el trono de la *angélica Isabelita* se tambalea con el aire que hacen tus discursos. ¿Crees que halagando las orejas de los patrioteros, milicianos y demás alimañas *libres*, se puede alcanzar otra cosa que vilipendio, cárcel y coscorrones? Todo te lo tienes muy bien merecido. ¡Vaya que hablar horrores del *paternal Gobierno que nos rige* y confundir en un mismo anatema al Gabinete Toreno, al Gabinete Martínez, al Gabinete Cea y a todos los Gabinetes y camarines que hemos tenido desde que Dios llamó a su seno al angélico Fernando! Ahora te fastidias, y si esperas que yo te saque, estás en grave error, pues quiero que recibas el duro pago de tus delitos contra la patria, contra el orden santísimo, contra la religión pública y la libertad de nuestros mayores. De todos esos sagrados objetos hiciste escarnio, y es justo que caiga sobre tu cabeza *democratista* la cortante espada de la ley. No, no te saco: podría hacerlo, con una palabra, y lo que siento es que no haya en esa Bastilla mazmorras muy oscuritas y muy romáticas donde no veas la luz del día, y sayones que te atormenten, y un fiero alcaide que te ponga a pan y agua hasta que te quedes diáfano y transparente, con la melena larga como esclavina, bien enjutito y en los puros huesos, conforme al ritual de la escuela... Para que tus ensueños sean reales, quiera Dios que te visiten espectros, que te rodeen telarañas, que tengas por ropita un sudario y un capuz, que oigas responsos y *Dies iræ*, que a las rejas de tu cárcel se asomen los simpáticos murciélagos y por las grietas del suelo penetren los diligentes ratones para cantarte la *pititu* y el *trágala*, únicas trovas que cuadran a la insulsa canturria de tu romanticismo. Dime una cosa, niño: ¿qué pensarán de esto Víctor Hugo y Dumas? Llámalos para que vayan en tu ayuda. Y Robespierre, Saint-Just y Vergniaud, los románticos de la política, ¿qué hacen que no te sacan? Buena es la cárcel, buena, buena, buena..., como diría tu amigo Miguelito, porque en ella han tenido fin las inauditas aventuras de nuestro inflamado caballero.»

—Puedes creer, amigo Hillo—dijo Fernando, sonriendo por primera vez desde que estaba en la cárcel—, que me gusta esta señora, quienquiera que sea, por el donaire que pone en sus burlas despiadadas. ¿Y sostiene que esto es cariño? No diré que no. Sigamos leyendo, que el cartapacio parece que trae miga.

«Soy justa; pero no soy inhumana: no he de acortar el castigo que mereces; pero quiero y debo hacértelo menos penoso, proporcionándote algún esparcimiento en tus horas tristes. Te contaré diversas cosas buenas y malas que van ocurriendo en Madrid durante tu prisión, para que la soledad no te abrume, para que tus ideas se acompañen de otras ideas, enviadas a tu calabozo por el mundo de fuera, a que ahora no perteneces. La noticia, dulce amiga del hombre, te visitará y te consolará.

»Lo que te has perdido, badulaque, por meterte a politiquear en tonto! Si hubieras seguido formal y obediente, habrías asistido al estreno de *El trovador*, en el Príncipe. ¡Qué bonito drama, qué versos primorosos! Pocas veces ha estado nuestro gran coliseo tan brillante como aquella noche... ¡Qué selecto gentío, qué lujo, qué elegancia! La obra es de esas que hacen llorar en algunos pasajes, y en otros encienden el entusiasmo. Quizá tú la conozcas; el autor es un jovencito de Chiclana que andaba contigo y con Miguel de los Santos. Cuentan que la presentó a Grimaldi hace unos meses, y que éste la estimó en poco, determinando que fuese estrenada en la Cruz. Carlos Latorre fué el primero que vió en *El trovador*, por lectura, una obra de éxito probable, y algo de esto hubo de olfatear Guzmán, porque la escogió para su beneficio. La primera escena, en prosa, pasó bien; las siguientes, en verso, gustaron; todo el acto fué bien acogido. El segundo, con las escenas de la gitana, cautivó al público; el tercero le entusiasmó, y el cuarto le arrebató. Me parece a mí que este drama esconde una medula revolucionaria dentro de la vestidura caballeresca; en él se enaltece al

pueblo, al hombre desamparado, de oscuro abolengo, formado y robustecido en la soledad: hijo, en fin, de sus obras; y salen mal libradas las clases superiores, presentadas como egoístas, tiránicas, sin ley ni humanidad. ¡Vaya con lo que sacan ahora estos niños nuevos! El hecho que constituye la patética emoción del final de la obra, aquello de resultar hermanos los dos rivales, también tiene su miga: no es otra cosa que el principio de igualdad, proclamado en forma dramática. Bueno, bueno. Si he de manifestar lo que pienso, no creo en la igualdad, digan lo que quieran poetas y filósofos. La prosa y el verso nos hablarán de igualdad sin lograr convencerme... Pero ello no quita que en el fingido mundo del teatro admitamos todas las ideas cuando el artificio que las expone es de buena ley; por eso aplaudimos a rabiar a este inspirado chico, después de haber mojado los pañuelos con nuestras lágrimas... Cree que en uno de los mejores pasajes me acordé de ti. Al trovador me le tienen encerradito en una torre, y allí coge el laúd y se pone a cantar. ¡Pobrecito! Y esto lo hace cuando ya le tienen en capilla y andan pidiendo por su alma los agonizantes. Pensaba yo si tendrás ahí guitarra o bandurria con que acompañar las trovas que eches al viento por la reja, y si habrá por la calle alguna naranjera que te oiga y, compadecida, riegue con sus lágrimas el feo muro de tu cárcel... Por fortuna, no estás condenado a muerte, aunque por menos de lo que tú haces, le cortaron la cabeza al sinventura Manrique... En fin, *El trovador* gustó de veras, y no contento el público con aplaudir frenéticamente al autor pidió que compareciese en las tablas. ¡Ay, qué paso y cuánto siento que no lo hubieras visto! ¡Cómo salió allí el pobre hijo, casi arrastrado por la Concha Rodríguez! Es una criatura; cayó soldado en la quinta de cien mil hombres, y se hallaba de guarnición en Leganés, de donde ha venido a gozar este ruidoso triunfo... ¡Cómo estaría aquella pobre alma!, digo yo. No sé si tiene madre... Cuentan que en el teatro estaba vestidito de soldado, y que para salir a las tablas le quitaron el uniforme y le pusieron una levita de Ventura de la Vega. Esto me parece una tontería. Véase cómo los partidarios de la igualdad la contradicen en los actos corrientes de la vida. ¿Por qué no salió el hijo del pueblo con su verdadero traje a recibir el homenaje de las clases altas? ¿A qué esa levita, que es una nueva y postiza ficción? En fin, no hagas caso; no sé lo que digo. Continúo no creyendo en la igualdad.

»Me han dicho que en los pasillos no se hablaba más que del drama y de los alientos que se trae este chico. Todo eran elogios, congratulaciones, calor de simpatía y esperanzas risueñas de días luminosos para la literatura. Pero no faltaban ratoncillos que entre los grupos se deslizaran, hincando el envidioso diente. Para que fuese completo y redondo el éxito de *El trovador,* los roedores, mordiendo el laurel, lo hicieron más fragante. Uno de los que mordían, *sotto voce,* era ese amigo tuyo y compañero de oficina, que está tísico pasado. Para él no hay nada bello, como nada hay puro ni honrado. Quisieran éstos que el Universo se volviese tísico, como ellos; que el sol enflaqueciera y escupiese con horribles toses la pálida l u n a. Ahora me acuerdo: se llama Serrano. ¿No sabes? De ti cuenta horrores. Tan pronto dice que eres pariente del verdugo, como que desciendes del moro Muza y que fué tu nodriza una princesa del Congo. Asegura que estás preso por haber hociqueado en un complot para asesinar a Mendizábal... ¡Ya ves qué desatinos! Lo gracioso es que él habla de su jefe peor que tú, y está libre. Ha dicho que *Don Juan y Medio* lleva *señoras* a su despacho ministerial, por las noches, y que allí trincan y retozan, derrochando el *champagne.* ¡Qué infamia! ¡Dios mío, en qué repugnante atmósfera de hablillas indecentes viven nuestros pobres políticos! ¡Con qué armas tan viles les atacan! No sé cómo hay quien se resigne a ser hombre público en este país. Ya ves la que le armaron al pobre Toreno el año pasado con la hermosa gallega cuyos favores se disputaban él y el embajador de Inglaterra, Williers... Como que este asunto, y los catálogos que armaron las lenguas viperinas, contribuyeron no poco a que el conde saliese del Ministerio. La chismografía se ha tomado en esta desdichada tierra las atribuciones que en otros países corresponden a la opinión. Y que la manejan bien los españoles. Esto y las guerrillas, son las dos manifestaciones más poderosas del genio nacional.

»Quiero hablarte de Mendizábal para que veas la injusticia con que le has denigrado en logias y cafés. El hombre está ya con un pie fuera del Poder, aunque crea o aparente creer otra cosa. Es indudable que Palacio le ha hecho la cruz, y que se aguarda la apertura del nuevo Estamento para que el puntapié sea parlamentario, parodiando ridículamente la política inglesa. Está el buen señor tan ciego, tan penetrado del carácter providencial de su papel político, que no hace caso de las advertencias de los amigos más leales. Con todo, creo que la procesión le anda por dentro. Su amor propio no le permite declararse vencido, fracasado (¡como todos, niño, como todos); pero en su *forro interno*, como dice mi peluquero, se siente enfermo del mal político más grave: de desafecto de Palacio. ¡Abajo, pues, y otra vez será! Esto le decimos, y su cara se pone sombría. Es realmente hombre de gran mérito por sus cualidades morales, que no abundan en la gente política de acá. Quiere hacer el bien; su ambición es espiritual; anhela que perpetúen su nombre los bronces de la Historia... Cree, tal vez, que lo de los frailes le valdrá una estatua. Podrá ser; pero por de pronto, su ambición de gloria estorba a otras ambiciones menos desinteresadas y es forzoso quitarle de en medio. La Prensa se ha desatado en denigrarle. En los corrillos se pondera su ignorancia, su falta de lecturas, como si nuestros políticos fueran prodigios de ciencia y erudición. Salvo dos o tres, la turbamulta no es más que un cúmulo de ignorancia; el craso desconocimiento de todas las cosas, envuelto en una cascarita de latín y con tropezones de abogacía indigesta.

»Si es injusto tildarle de ignorante, aquí donde hay ministros que creen que la Habana es camino para Filipinas, la injusticia sube de punto cuando le tachan de interesado, de poco escrupuloso en la administración de los dineros del procomún. Tal juicio es absurdo, villano: no ha gobernado a España hombre más puro, menos picado de la codicia. En él la pasión patriótica es una verdad, no un papel, como los que otros desempeñan, mejor o peor aprendido. Por venir a salvarnos, por la ilusión de implantar en su país ideas nuevas, este hombre, este niño grande, tiró una fortuna por la ventana. De aquellas ideas sólo ha podido realizar una pequeña parte. Lo demás..., no le han dejado ni siquiera planearlo. Le tiran de los pies, de las manos, del cabello, de los faldones y le imposibilitan todo movimiento. Lo que le falta a don Juan de Dios no es entusiasmo ni voluntad recta: fáltale coordinación en las ideas, madurez, método. Quiere hacer muchas cosas a la vez; se encariña demasiado con sus proyectos, y en su viva imaginación llega a persuadirse de que es un hecho consumado lo que no es más que deseo ardiente. No conoce bien el personal político, ni tampoco el país que gobierna. Ha vivido largo tiempo fuera de España, medio seguro para equivocarse respecto a cosas y personas de acá. El hombre de Estado se forma en la realidad, en los negocios públicos, en los escalones bajos de la Administración... No se gobierna con éxito a un país con los resortes del instinto, de las corazonadas, de los golpes de audacia, de los ensayos atrevidos. Se necesitan otras dotes que da la práctica y que, unidas al entendimiento, producen el perfecto gobernante. Aquí no hay nadie que valga dos cuartos. Todos son unos intrigantes en la oposición y unos caciquillos en el poder.»

—Para, hombre, para—dijo el clérigo, echándose atrás en la silla para poder expresar más vivamente su entusiasmo—y déjeme que extático admire ese talento sin par... Pero ¿quien esto escribe es una mujer o un monstruo compuesto de los siete sabios de Grecia? ¿Has visto, has conocido quien con más arte y donosura exprese la triste realidad de nuestras pequeñeces políticas?... No, nuestra *incógnita* no es una dama. Estamos en grave error..., es Séneca redivivo, quizá con faldas... Y tú, gaznápiro, ¿no te admiras, no te deleitas, no pierdes el sentido ante los esplendores de ese entendimiento y ante las gallardías de esa pluma, que sí, sí..., es de mujer, ahora lo veo, por el claro análisis, por la gotita maliciosa que pone en sus conceptos? Créelo, este amarguillo me sabe a gloria. Sigue, hijo, sigue, que esto es oro molido.

IV

—Pues si me tomas juramento — dijo Calpena—declaro que estoy pasando un rato delicioso con lo que se ha servido escribir para nuestro recreo la señora tirana. Quien esto escribe es persona corrida, que ha visto mucho mundo y adquirido en él fino trato de gentes. Sigo:

«Como en la cárcel no tendrás periódicos, yo me encargaré de contarte lo que dicen y bien puedes agradecérmelo, que no es tarea fácil ni breve echarse al coleto todo este fárrago. Fuera de *La Abeja,* que en extremo me agrada, todo el periodismo me resulta enfadoso, indigesto y de escasa sustacia... Se escribe para los secretarios, no para la gente pacífica y neutral. Me encantan, eso sí, las letrillas políticas de Bretón, poniendo en solfa los acontecimientos de la semana con donaire decoroso, sin tocar jamás en la grosería, empleando extraños ritmos y consonantes endiablados, de extraordinario efecto cómico. Se pegan al oído ferozmente estas coplas; hace tres días que no ceso de repetir:

Así, beodo como un atún,
Marat hablaba del procomún.
¡Trun, trun, trun!...

»No puedo resistir los artículos que llaman serios, escritos por jóvenes ilustrados. No negaré su mérito; pero que los lea quien quiera. Han tomado ahora la muletilla del *espíritu del siglo*, y a todo sacan el argumento espirituoso. Los del grupo templado encuentran anárquico cuanto dicen y hacen los de enfrente, y los libres denigran a los otros, echándoles en cara el despotismo, el oscurantismo, las ideas retrógadas y otras cosas muy malas. *El Jorobado* ha roto el freno y no respeta ya ni la vida privada: a tal extremo llegan su desvergüenza y procacidad. *El Eco del Comercio,* con buenas formas, reparte navajazos a diestro y siniestro, y sus biografías continúan dando disgustos. El lance entre el general Bretón y Fermín Caballero no ha curado a éste de sus mañas: continúa mordaz, agresivo, y no dice cosa alguna sin intención aviesa. Un artículo de la semana pasada parece que dará lugar a la dimisión de Córdoba, lo que algunos estiman como la única calamidad que faltaba para consumar la perdición del país. Háblase de un nuevo periódico que fundará Carnerero, y que será agridulce como todos los suyos; pastelero y anfibio, sin contentar a nadie. En la *Revista Española, Mensajero de las Cortes,* continúa el anónimo articulista sacudiendo zurriagazos a Mendizábal. Parece que es Galiano el autor de estas fraternas. ¡Y eran íntimos amigos! No en vano dice Martínez de la Rosa, en las tertulias a que asiste, que vivimos *en el caos,* y propone como único remedio que traigamos, aunque sea embotellado, el *espíritu del siglo.* Que lo traigan, y en barricas el *justo medio.*

»Aumentan las desazones por la censura de la Prensa. Quién afirma que de todo este caos tienen la culpa los censores del Gobierno, que no cortan y rajan todo lo que deberían; quién abomina del demasiado rigor, pidiendo que se permita mayor desenfreno, para que la libertad, así dicen, cure y cicatrice las mismas heridas que abre; más claro, que el palo de la libertad es un palo medicinal como la quina, el regaliz y la cuasia. A los censores les juzga la opinión, mejor será decir la chismografía, con variados criterios: a unos, como Angel Fernández de los Ríos, Lorenzo Feijoo y Miguel Vitoria, les ponen en el cuerno de la luna por su tolerancia, por no prestarse a los rigores extremados y *dejar correr* algunos escritos de solapada oposición. En cambio, ponen cual no digan dueñas a don Juan Nicasio Gallego, a don Jerónimo de la Escosura y a Cipriano Clemencín, a quienes llaman «los inquisidodes de la Prensa». Estos son los que aprietan las clavijas. Les acusan de que, por conservar sus puestos, han hecho escarnio de la sacrosanta libertad de la imprenta, contraviniendo... *el espíritu del siglo.* Me consta que a don Juan Nicasio le tiene sin cuidado todo lo que de él se dice. Por nada se altera, y continúa muy amigo de todo el mundo, con aquella imperturbable pachorra y aquel cinismo de buen tono. Es un Diógenes ordenado *in sacris,* que ha tomado la vida por el lado práctico, aprovechando las bonanzas que nos ofrece, y presentando a las tempestades el murallón de una filosofía pasiva, de que son emblema su corpulencia, su sonrisa bonachona y sus epigramas

nemáticos. Como aquí los literatos y poetas no pueden vivir de la pluma, porque todos los españoles leen los libros prestados, y las ediciones se hacen cortitas, para regalar éste, como los más, vive al amparo del gran Mecenas de hogaño, que es el Gobierno. Habrás observado que todas las obras maestras de nuestros tiempos están escritas en papel de oficio, y con la excelente tinta de las oficinas. Pero hay alguno a quien no le sale la cuenta, pues a Ventura de la Vega acaban de limpiarle el comedero en *lo Interior,* por si escribió o dijo no sé qué. Hoy tienen que tener cuidado esos señoritos con el chiste, y ponerse el bozal para ir de café en café. A Espronceda le solicitan para el nuevo periódico que van a publicar los allegados de Mendizábal *(El Liberal* creo que se llamará); pero se resiste: está preparando un folleto que arde. Cuentan también con Larra; pero éste se arrima a los moderados, y ahora proyecta su viaje a París para sacudirse las murrias. Es de los que no caben aquí, según dice, y tiene razón. Yo sé de otras personas, no ciertamente del gremio literario ni político, que se hallan en el mismo caso. No caben, no encajan, y, sin embargo, aquí envejecen, porque a ello les obligan afecciones sagradas o deberes que cumplir. *Inteligente paca,* como dice mi peluquero.

»Ea, niño, que me canso. Tres pliegos llevo escritos, y me parece que es bastante por hoy. Mi objeto no es otro que crearte con esta dulce conversación escrita una atmósfera plácida, que sirva de lenitivo a tu alma enferma. De este modo, te voy infiltrando las ideas sanas, te adormezco en el *justo medio,* calmo tus locas ansiedades, te reconcilio con el mundo en que estás destinado a vivir, y voy poquito a poco restableciendo en ti el equilibrio de humores, y templando, hasta ponerlas en el son debido, las harto tirantes o harto flojas cuerdas de tus nervios. Ya no escribo más, que también yo necesito equilibrio. Otro día continuaré... Espero salvarte. Aún no has comprendido bien de cuánto es capaz una... Chitón.»

Quedáronse ambos meditabundos, ensimismados, y comentaron luego la sabrosa carta, leída segunda vez por Hillo. Dos días después *la incógnita* escribía:

«¿No sabes? La belleza marmórea tiene otro novio, Ramón Narváez, no sé si te acordarás, coronel del ejército, cara dura, dejo andaluz, carácter de hierro, más propio para manejar soldados y ganar plazas que para la expugnación de mujeres. Me consta que a la familia de ella agradan estas relaciones, porque el mozo, según dicen, va para general: tales condiciones ha demostrado, y fiereza tanta contra los anárquicos de aquí y los serviles de allá. Pero como sale dentro de unos días para el Norte a mandar el Infante, es fácil que sea sustituído por otro, quizá perteneciente a la clase civil, a esa echadura de abogados habladores que la nación empolla para sacar ministros. Así andará ello. Todos estos niños zangolotinos que hablan de Benjamín Constant, de Thiers y Guizot, del Parlamento inglés y del *bill de indemnidad,* me apesta. La petulancia militar, con ser tan grande, ofende menos que la de los juristas, por lo que voy sospechando y temiéndome que los generales han de ser los principales mangoneadores políticos cuando lleguemos a la paz. ¿Qué te parece e s t a observación? En tiempos de guerra mandan los civiles; en tiempos de paz mandarán los espadones..., no será floja empolladura la que nos dejará la guerra civil...

»Me dicen que en el Prado empieza el calorcillo primaveral. El tiempo delicioso favorece la aparición de esas humanas flores que se llaman María Cimera, las dos Malpicas, Pepa Parsent y Encarnación Camarasa. ¿Qué piensas de esto, niño? ¿Has perdido de tal modo el gusto y las aficiones de caballero que no anhelas la libertad para rendir homenaje a la belleza noble y honrada? ¿No te acuerdas ya de las ilustres casas que no necesito nombrar? ¿No conociste allí damas finísimas, cuya conversación tan sólo, honesta y graciosa, te enseñaba las buenas formas, te sugería pensamientos felices y educaba tu volutad y tu inteligencia para un porvenir noble y hasta glorioso? ¿No se te ha pasado por las mientes, loco de remate, que podrías hallar, andando el tiempo, y prosiguiendo en el seguro camino que se te trazó, una compañera de tu vida tan bella, tan virtuosa y distinguida como la que hoy es marquesa de Selva-Alegre? ¿Ya no tienes aspiraciones hidalgas? ¿Te has encariñado tanto con las violencias, con el colorido chillón, con la nota discordan-

te, con el contraste duro, que eres ya insensible al buen tono, a la gracia, a la armonía? No, no puedo creerlo... De fijo sientes ya en tu alma la reversión a los pasados gustos. ¿Verdad que deseas ver el «Prado por abril de flores lleno»? La novedad de este año es que se presentarán tres pimpollos, recién salidos del colegio; tres chiquillas monísimas. ¿No aciertas? Son las de Oñate, Juliana, Matilde y Carolina... Rabia, que ninguna ha de ser para ti; y si ante ellas te presentaras, con tu aire jacobino y esos modales *anárquicos* que has adquirido ahora, las pobres niñas se asustarían y echarían a correr chillando: «Que se lleven de aquí a este pillo y le vuelvan a meter en la cárcel.» Ya ves, ya ves a lo que has venido a parar... Me figuro que arrugas el ceño por esta fuerte peluca que te estoy echando, y casi, casi sientes impulsos de estrujar la carta y arrojarla sin concluir su lectura. Pues no, señor: aguántese usted y lea hasta el fin, que aún falta lo mejor.

»Corren voces de que dimite Córdoba. Se comprende que el hombre esté volado. Aquí se le censura porque no da una batalla por la mañana y otra por la tarde, creyendo que el dar batallas es tan fácil en el campo como en las mesas de los cafés. Y al paso que se hace una crítica estúpida de las operaciones militares, no se le mandan al general los recursos que solicita. Con un ejército descalzo, mal comido y sin pagas, quieren campañas victoriosas. Oyes en un café a cada instante esta opinión impertinente: «¿Por qué no se ocupa el Baztán?... ¿Por qué no se fortifican los pueblos de la orilla derecha del Arga?...» «Sí, hombre, les diría yo: vayan ustedes a posesionarse del Baztán, a ver si ello es tan divertido como hacer carambolas en el billar.» Yo mandaría al Norte a los carambolistas de Madrid, y a los vagos que por matar el aburrimiento se dedican a la estrategia... A todos les pondría el chopo en la mano, y les diría: «Hijos míos, id a la guerra y desfogad vuestro bélico ardor, y no volváis sino trayendo la cabeza del último faccioso...» La Prensa no hace más que denigrar al general en jefe. *El Jorobado* le llena de injurias; el *Eco* le mortifica con malignas reticencias. Los demás, o le defienden tibiamente, o callan hipócritas, haciendo más daño con su silencio que los otros con su procacidad. Esto es indigno: toda injusticia me subleva, y si en mi mano tuviera yo los rayos, como dicen que los tenía Júpiter, no haría más que repartirlos a diestro y siniestro, aniquilando tontos y malvados.

»No piensas tú como yo, pobre iluso?... ¿No ves en Córdoba la gran figura militar y política? ¿Has pensado alguna vez en ese hombre, que no nos merecemos, no, que se sale del cuadro de nuestras mezquindades y pequeñeces? Aquí somos miniaturas; él, retrato de gran talla. ¿No lo ves así? ¿Por ventura, tu inteligencia no se recrea en estos ejemplos vivos? ¿Los hombres culminantes, que sobresalen en este hormiguero, no te cautivan ya, despertando en ti la admiración, ya que no el deseo de imitarlos? Medita un poco; y si tus devaneos no te han privado de la facultad de discernir, verás en Córdoba la representación más alta de la inteligencia y la voluntad en tres órdenes distintos, el militar, el político y el diplomático. De ese ilustre soldado digo lo que ya te indiqué a propósito de Larra: es de los que no caben aquí. Se me ocurre una comparación, que me parece que no es mía: es de algún poeta, no sé cuál.... en fin, puede que sea mía, y allá va. Córdoba es un roble plantado en un tiesto. El árbol crece... Naturalmente, el tiesto se rompe...»

—Quien esto escribe—dijo Calpena con gravedad, suspendiendo la lectura—no es mujer... No veo aquí a la mujer.

—Pues yo—replicó Hillo, no menos grave y cavilosо que su amigo—te aseguro que ahora..., en este pasaje..., se me representa más mujer que nunca. Sigue, sigue.

V

«No pretendo echármelas de Plutarco... Esto sería ridículo. ¿Y qué podré decirte yo que tú no sepas? Si sigo hablándote de Córdoba y haciendo la debida justicia a sus altas prendas, quizá me digas tú: «¿Para qué se me ponen ante la vista ejemplos que no he de poder seguir? Yo no soy militar.» En efecto, militar no eres, porque... no es ocasión aún de que sepas este *porqué:* a su tiempo lo sabrás. ¿Acaso no se abren a tu inte-

ligencia otros caminos que el de la milicia? La política y la diplomacia ofrecen ancho campo al talento, si es asistido de dos cualidades preciosas: la honradez y la independencia. No me digas que hace falta el paso por las Universidades. Eso sí que no: detesto a los leguleyos. Lo que hace falta es el paso por los libros, y esa Facultad todo chico aplicado y con posibles la tiene en su casa. Te pongo ante los ojos el ejemplo de Córdoba para que veas que los grandes hombres que descuellan en la Humanidad se lo deben todo a sí propios y son hechura de su mismo espíritu. La desgracia de este hombre es haber nacido aquí, En el suelo ancho y fecundo de otro país, habría sido árbol corpulento. Bonaparte y él se parecen como dos gotas de agua. El hecho heroico de la Cortadura es hermano gemelo del estreno de Bonaparte en Tolón. El 7 de julio debía ser otra página como la de Brumario en las calles de París: si no lo fué, no le culpemos a él, sino a la estrechez de tierra en el maldito tiesto. Mendigorría es otro Marengo: si no conculyó la guerra después de aquel brillante hecho de armas, fué por al misma causa..., el tiesto, niño, el tiesto... Como diplomático, Berlín, París y Lisboa le conocen. Sus escritos de cancillería, como sus proclamas militares, son un modelo: aquéllos, de precisión y sagacidad; éstas, de calurosa elocuencia... Y ¿dónde me dejas al político? Observa cómo, aplacados los ardores liberales de la juventud, vino a profesar y sostener el realismo en su noble pureza. Este no es de los que se encastillan en las ideas de la primera edad, quedándose para toda la vida, como unos bobos, en *Las ruinas de Palmira;* éste es de los que aprenden a vivir en la realidad, en los hechos. La monarquía tradicional tuvo y tiene en él un acérrimo defensor; pero no quiere el brutal absolutismo, con su siniestro cortejo de verdugos e inquisidores, como lo soñaron don Víctor Sáez y Calomarde, no. Ya sabrás que declaró la guerra al sistema de *Purificación* y a las Comisiones militares hasta acabar con tanta barbarie... Es liberal sin morrión, monárquico sin cogulla. Cree que el despotismo mata a los pueblos por parálisis, como el estado continuo de revolución los mata... por el mal de San Vito.»

No pudo refrenar Calpena el comentario que de la mente al labio le salía, y dijo, apartando los ojos de la carta:

—Lo que noto yo aquí es una gran incongruencia. ¿A qué viene este panegírico del general Córdoba? En ninguna de sus cartas se ha dedicado mi señora incógnita a trazar vidas plutarquinas. Casi siempre trata con dureza o con desdén a los contemporáneos célebres. Las únicas excepciones son Mendizábal y don Luis Fernández de Córdoba; pero a éste me le pone por encima de todos..., sin venir a cuento..., digo sin venir a cuento, mi querido Hillo, porque yo y mi prisión, y los motivos de ella, ¿qué relación pueden tener...?

—Hijo, la relación quizá no la veamos nosotros; pero que alguna hay; aunque escondida, no lo dudes. Adelante.

—Sigo: «Te he pintado la figura, antes de decirte que corre por ahí muy válida idea de investir a Córdoba de las facultades de *dictador* para salir del atolladero en que estamos metidos. Asumiría las atribuciones de general en jefe del Ejército y de presidente del Consejo de ministros; La Corte se trasladaría a Burgos, y los Estamentos..., probablemente a esas logias legales y públicas se les echaría la llave hasta que la guerra quedase definitivamente concluída. ¿Sabes quién ha lanzado esta idea, quién la patrocina y está catequizando a Córdoba para que se deje querer? Pues Serafín Estébanez Calderón, auditor en Logroño. No te acordarás: es un malagueño muy despabilado a quien has visto en casa de Puñonrostro...»

—Pero yo, por vida de Quinto Curcio y de las once mil vírgenes—dijo Calpena en la mayor confusión—, ¿qué tengo que ver con todo esto?

Hillo meditaba, la barba apoyada en los dedos, la vista fija en el tapete mugriento y agujereado de la mesa.

—¿Qué piensas, clérigo?

—No, hijo, no pienso nada; no digo nada. Pero en tanto que se nos descubre el hondo pensamiento de la autora de ese escrito apologético, hágamos nuestras sus ideas, participemos de su ardiente devoción del afortunado caudillo. Aquí estamos para la obediencia, y no hemos de tocar nosotros el pandero, sino ella... Y a fe que está en buenas manos. A ver, ¿qué más dice?

—Pues sigue el panegírico del santo.

«Córdoba tiene todas las cualidades de César... Es guerrero y político... Si él no hace de esta tribu de alborotadores una nación, perdamos la esperanza de redimirnos. Mendizábal ha fracasado, porque no ha sabido rematar la suerte... Córdoba la rematará... Es el hombre único... Esperar nuestra salvación del Estatuto o de la Constitución del doce, es vivir en el reino de las pamplinas... Córdoba es el Bonaparte sin ambición, bello ideal de los dictadores... Una espada que piense: esto es lo que nos hace falta...»

—¿Y no dice más?

—Dice también que me pone ante los ojos esta noble figura militar y política para que me familiarice con la grandeza del personaje, aprendiendo en él a juntar la gallardía caballeresca con los primeros intelectuales. La caballería, aun con su poquito de romanticismo, encaja, creo yo, dentro de la perfecta disciplina social...

—Ya, ya voy viendo algo...

—Pues yo no veo nada...

—Y ¿qué más dice?

—Nada más.

Miráronse los dos largo rato, como si cada cual quisiera leer en la cara del otro un pensamiento, una conjetura, una sospecha... Suspiraron luego casi al unísono, y algo se dijeron, sin que ninguno diera a conocer lo que pensaba.

—Fernandito — indicó Hillo, poniendo término a sus cavilaciones—, ¿no te parece que debemos pedir que nos den de comer? Porque con estas cosas de dictaduras y de generales de la cepa de los Césares y Bonapartes se le despierta a uno el apetito de un modo horroroso.

—Soy de la misma opinión, clérigo insigne, y comeré lo que nos traigan, aunque sean los hígados de Chaperón, conservados en vinagre.

El señorito se encontraba en un estado de ánimo favorable a las picantes bromas. Mientras comían un cocido de caldo flaco y de garbanzo duro, dijo a su mentor y capellán:

—En vez de dedicarse con tanto ahinco a la literatura plutarquina, podía decirnos cuándo piensa sacarnos de aquí. Si esto es una humorada, que venga Dios y me diga si no es ya insostenible.

—Dame tu palabra de que irás conmigo adonde yo te lleve, y mañana mismo estamos en la calle.

—No puedo dar esa palabra, y si la diera no la cumpliría. Mi voluntad es libre, ya que mi cuerpo no lo es hoy, por causa de un bárbaro atropello... Pero esto no puede durar, y si durara, sería preciso creer que la justicia es aquí un nombre vano.

—¡Y tan vano!

—Y la política una farsa.

—Un sainete que hace llorar a algunos.

—Y la Policía un hato de bandoleros, vendidos a la intriga o a la venganza... Bien, señor: murámonos aquí.

—Morirnos no, porque todo es broma, y por mi cuenta no han de pasar las semanas de Daniel sin que se nos eche, por no resultar n a d a contra nuestras honradas personas.

Fernando no dijo más. Antes de concluir de comer abandonó la mesa, y se puso a medir con febril paseo la habitación, así a lo largo como a lo ancho. Luego, a media tarde, propuso que dieran una vuelta por los patios. Esto no le hacía maldita gracia a don Pedro, temeroso de ser visto de la canalla, y con prudentes razones intentó quitárselo de la cabeza. Mas tanto machacó el joven prisionero, que no pudo disuadirle su amigo del propósito de salir. Verdaderamente, tal vida de quietud no era para llegar a viejo. Deseaba moverse, estirar las piernas, respirar otro aire, aunque no fuera menos infecto que el de su cuarto; y como no le importaba nada codearse con la chusma del patio, bajó a dar una vuelta por aquella triste región. Don Pedro no quiso acompañarle, y se quedó en el corredor alto, paseando en corto, sin alejarse de la puerta de su madriguera, para escabullirse dentro en caso de sentir pasos de carceleros o visitantes.

Vió Calpena en el patio diferentes tipos de presos y detenidos, algunos chicos vagabundos y un cabo que cuidaba del orden en el departamento. Cuatro hombres de aspecto mísero, las carnes bronceadas del sol, los vestidos hechos jirones, robustos, con calañés terciado sobre la oreja, eran los únicos que tenían aspecto de criminales. Hallábanse sentados en ruedo, jugando con piedrecillas blancas y negras sobre un tablero trazado con carbón, y no apartaban de su juego la mirada más que para fijarla en el cabo, que iba de un lado a otro, las manos a la espalda, y a ratos se aproximaba familiarmente a un grupo de presos

pacíficos, que parecían gente habituada a tal vida y a tal sociedad. El tono de su conversación, su aire y modos reposados eran como de quien no siente la menor extrañeza de hallarse donde se halla. Miróles Calpena, y ellos le miraron, sin denotar curiosidad ni interés alguno. Algo les dijo el cabo, y siguieron charlando de cosas que debían de ser amenas, plácidas, quizá de lo buena que es la vida, y de lo acertado que estuvo Dios al criar al hombre, y éste al hacer las leyes y las cárceles.

Después de pasear un rato, se fijó Calpena en tres individuos que permanecían inmóviles, arrimados a la pared, junto al portalón cerrado del segundo patio, que ya en aquel tiempo se llamaba *de los micos*. Eran jóvenes, mal vestidos; el uno parecía no tener camisa, y se había levantado el cuello del levitín para disimularlo; otro llevaba por sombrero una gorra como las de cuartel, y el tercero botas de montar, zamarra muy ceñida con cordones y un sombrero de ala ancha. Observó Fernando que ninguno de los tres le quitaba los ojos desde que le vieron, y le seguían con la vista por dondequiera que fuese, demostrando, no sólo que le conocían, sino que algo y aun algos tenían que decir de él. No era ciertamente hostil ni burlona la mirada de los tres desconocidos, por lo cual se le despertó a Calpena la curiosidad, y después las ganas de entrar en coloquio con ellos. Encendió un cigarro, y éste fué incidente feliz que determinó la aproximación. Destacóse del grupo el de la gorra de cuartel, y con donaire campechano pidió a Fernando candela; diósela éste, y al devolver el otro el cigarro, todo con los mejores modos, le dijo:

—Señor de Calpena, muchas gracias, y que no sea ésta la última vez que tengamos el gusto de verle por este patio.

—¿Me conoce usted?—dijo Fernando vivamente—. Pues yo a usted..., no recuerdo.

—Zoilo Rufete... No se acordará. Soy hermano de un valiente militar perseguido por sus opiniones *libres*.

—En efecto: ese nombre...

—Nos conocemos de la lògia, señor de Calpena; sólo que está usted trascordado... En una misma noche hablamos los dos, y fuimos aplaudidos bárbaramente.

—Ya, ya voy haciendo memoria.

—Usted habló de la responsabilidad ministerial y de la manera de hacerla cumplir: yo, de la intervención extranjera, sosteniendo que los españoles nos bastamos y nos sobramos para defender la libertad contra todos los déspotas de la Europa y del Asia... Después me metí con los frailes, y probé que entre ellos y los palaciegos nos han traído la guerra civil...

—Es verdad, sí... Y ¿qué hacemos por aquí?

—Pues esperar... Creen que por prendernos adelantan algo... Yo me río de las prisiones... ¿Qué es ello? *Maquiavelismo...*, y si me apuran, miedo... Es la cuarta vez que me traen aquí, y aquellos dos compañeros llevan ya nueve encerronas... Si patriotas entramos, más patriotas salimos. Hoy más *libres* que ayer, y mañana más que hoy. ¿No piensa usted lo mismo?

—Exactamente lo mismo. Y dígame, ¿nos soltarán pronto? Porque la verdad, este es un bromazo...

—No creo que nos suelten hasta que se abran los Estamentos. Están locos... Créame usted, amigo Calpena: prenden a treinta o cuarenta por aquello de que vea Palacio que miran por el orden, y mientras usted y yo, y otros mártires del despotismo nos aburrimos en este *pandemonio*, cientos y miles de compañeros trabajan fuera de aquí por la causa del pueblo, sin meter bulla. Yo soy de los que dicen: revolución, revolución y siempre revolución.

—Siempre, siempre. Vengan terremotos, y encima... el diluvio.

—Lo que es ahora no tardará en estallar el trueno gordo. Y ¿qué me dice de la guarnición? ¿La tenemos ya bien catequizada?...

—¿Sé yo acaso...?

—¿Que no sabe?... ¡Bah, señor Calpena, misterios conmigo! Si aquí todos somos unos..., todos *apóstoles* de la revolución, y cada uno trabaja en su terreno.

Comprendiendo que aquel tipo le tomaba por un conspirador de oficio, Fernando siguió la broma: de algún modo le convenía justificar ante el vulgo su permanencia en la cárcel. Prisión por *patriotismo* antes enaltecía que deshonraba.

—Pues sí—dijo, tomando el tonillo y aires de un perfecto muñidor de motines—, el Ejército es nuestro.

—Ya lo sabía yo... ¿Pues por que está usted aquí sino por ser el que pone los puntos a la Guardia real?... Yo se los

pongo a la Milicia, y puedo asegurarle que toda ella respira por la santísima libertad...

—Así tiene que ser... ¡Buena se armará!

—¿De modo que la Guardia...?

—Como un solo hombre.

—Chitón... El cabo viene para acá. Disimulemos. Si tiene usted cigarrillos, señor de Calpena, le agradeceríamos que nos prestase media docena. Andamos mal de tabaco.

—Tome usted... Coja más. Arriba tengo para muchos días.

—Basta con diez. Muchísimas gracias. Esta tarde han de traernos tabaco, y yo pondré a su disposición buenos puros... El cabo nos mira... Me temo que me diga algo con la vara... Disimulemos... Es muy bruto ese cabo. Ha sido lego de convento y voluntario realista.

—Yo me vuelvo a mi cuarto.

—Usted allá, y nosotros aquí... *Meditemos...*, el triunfo es cosa de días. Bájese acá mañana, y hablaremos: tenemos mucho que hablar... Conviene que nos pongamos de acuerdo...

—Enteramente de acuerdo...

—Sobre éste y el otro punto... ¿Usted qué opina? ¿Constitución del doce?

—Hombre, pues claro está...

—No deje de correrse al patio mañana..., antes de la comida, de diez a once. A esa hora tenemos un cabo muy bueno: Francisco, de apodo *Resplandor*, uno que estuvo con Porlier... Podremos hablar... Mi compañero Canencia desea echar con usted un parrafito para quedar también de acuerdo...

—¿Quién es Canencia?

—El del sombrero ancho y botas. Ahora nos mira y se sonríe. Ha llegado hace días de Zaragoza. Ese es un lince para los de Artillería. Les tiene sorbido el seso.

—Y el otro ¿quién es?

—¿Pero no le conoce? Si es Fonsagrada, primo hermano de los amigos de usted.

—¿Los Fonsagradas..., dos mocetones muy guapos, sargentos de la Guardia?

—Cabal. Este chico vale más que pesa. Tiene minada la Caballería por dentro, por donde no se ve..., como la carcoma.

—Conozco a sus primos.

—Eleuterio, el mayor, estuvo ayer a vernos, y hablamos de usted..., y encargó a Zacarías, así se llama éste..., que le diese a usted memorias, y...

—¿Y qué más?

—¡Oído!..., que viene el cabo...: Compañero Calpena, hasta mañana.

—Hasta mañana, compañero Rufete.

VI

Subió Calpena a su cuarto muy dichoso de haber hecho aquel conocimiento, no sólo porque rompía el monótono y acompasado tedio de la vida carcelaria, sino porque del trato de aquella desdichada hez de la plebe turbulenta esperaba obtener noticias de sucesos exteriores para él muy interesantes. Encontró a Hillo muy embebecido en la lectura de un librote que el segundo alcaide le había prestado, y era nada menos que la *Vida de Carlos XII de Suecia*, del amigo Voltaire.

—¿No sabes, clérigo—le dijo gozoso—, lo que me pasa? Pues sin sospecharlo, ni tener de ello la menor noticia, he sido un conspirador terrible... Mi especialidad es seducir a los cabos y sargentos de la Guardia real, encariñándoles con la libertad y con el *venerando código* del doce.

—Hijo, de algún modo se ha de justificar tu prisión. ¿Y de mí, qué se dice?

—¿De ti? Que armabas un complot tremebundo para implantar una republiquita a estilo ateniense..., poniendo de protector o de *tirano* democrático...

—¿A quién?

—Al espejo de los caballeros, general Córdoba...:

—Pues mira, no estaría mal... Me satisface haber tenido esa idea—dijo Hillo, siguiendo la broma—. Pero en mi calidad de eclesiástico, más cuerdo sería proponer para cabeza de esa república a fray Cirilo de Alameda y Brea.

—¡Si ése está con don Carlos...!

—Pues entonces..., crearíamos una Tetrarquía que representara los cuatro brazos o las cuatro patas del cuerpo social. Yo, por el Clero; tú, por Aristocracia; por el Ejército pondríamos a Rufete, y por el Pueblo, al gran Avirane:a.

Toda la tarde la entretuvieron con estas bromas. Durmió Calpena intranquilo, y al despertar sobresaltado, no se apartaba de su mente la imagen de los dos Fonsagradas, a quienes conocía por las relaciones de aquella familia con la Zahón. El más joven de ellos era novio de una

de las chicas de Milagro. Lo que le turbaba el sueño era que Eleuterio, el mayor de los dos hermanos sargentos, le hubiese mandado memorias con aquellos perdidos del patio. Y según el dicho de Rufete, habían hablado largamente de él. ¿Qué dirían, santo Dios; qué dirían de Aura? Ansioso esperaba el día siguiente para entrar en palique con los tres presos, en quienes vió acabados tipos de *jamancios*, o sea la variedad política y revolucionaria de los que conspiran por hambre, metiéndose en mil trapisondas, con la mira de pescar algo de lo que repartían las logias en vísperas de motín.

Por la mañana, al salir a dar una vuelta por el pasillo, se encontró a Iglesias, que al cuarto de un preso de pago se dirigía, y hablaron, no maravillándose Nicomedes de verle en tal sitio.

—No todos los corifeos de la libertad —le dijo con cierta vanagloria—hemos disfrutado las delicias de un cuchitril de pago... Las dos temporaditas de prisión política que tengo en mi hoja de servicios, amigo Calpena, me las cargué en el patio y cuadra correspondiente, en amigable cohabitación con barateros y asesinos... Usted es de los privilegiados de la fortuna. También en esta región del martirio patriótico hay aristocracia, jerarquías...

—Dígame, querido Iglesias ¿cuándo se arma? ¿Ha caído Mendizábal..., se ha sublevado el Ejército al grito mágico de..., vamos, a cualquier grito mágico?

—La cosa está muy madura..., no puedo decir más...

—¿También ahora secretos...? ¡Amigo Nicomedes, si me parece que estoy en la logia! Baja uno a ese inmundo patio, y en cada tipo de calañés y zamarra le sale un compañero.

—Naturalmente, la masonería tiene en la cárcel sus ramificaciones. Aquí se conspira lo mismo que en cualquier otra parte. Comandante he conocido yo aquí que nos delató porque no quisimos hacerle Venerable; y entre los cabos hay muchos que hasta hace poco cobraban la peseta diaria que se daba por ciertos trabajos. En los días que estuvo aquí don Eugenio Aviraneta, el primer genio del mundo en el conspirar, era éste el centro de todos los Orientes, grandes y chicos, y aquí venían comunicaciones cifradas de los institutos armados, de las cancillerías extranjeras y hasta de los ministros... En fin, no puedo decir más. Paciencia, amigo, que pronto, muy pronto ha de cambiar la faz de la nación...

—¡Qué gusto! Dígame: será cosa tremenda, desquiciamiento total, confusión, ruinas...

—Poco a poco, amigo: los que hoy somos corifeos de la libertad nos creemos llamados a gobernar a la nación, no a destruirla. Trabajamos contra los malos gobiernos, contra las instituciones opresoras; pero queremos el bien del país.

—Yo también..., pero el bien del país exige un cataclismo.

—Lo habrá, hijo, lo habrá...; cataclismo prudente, en beneficio de la libertad y de los *libres*... Paciencia, calma, patriotismo.

—Sea como fuere..., ¿será pronto?

—¡Oh, eso sí! No puedo decir más. Y usted, mártir ahora de la Causa, esté muy orgulloso y alégrese de su suerte, esperando el día del triunfo... Pero no me pregunte cuándo será, pues si yo lo supiera, no se lo diría... Adiós, adiós. Mi enhorabuena.

Y se metió en el cuarto donde sufría larga y enfadosa detención, según Calpena supo luego, un tal Civit, compinche en otros días de Aviraneta, y que después se lanzó a trabajar por cuenta propia. Jamás salía de su cuarto. El cabo que servía a los de preferencia contó a Fernando que el señor Civit se pasaba todo el día y parte de la noche escribiendo. ¿Qué hacía? ¿Fabricaba constituciones, formaba lista de proscripción o listines de empleados nuevos? Nunca se supo.

A la hora señalada por Rufete bajó Fernando al patio, y si él fué puntual, más lo fueron los otros: en el mismo sitio del primer conocimiento les encontró y apenas le vieron abalanzáronse a recibirle, alentados por la presencia del más benigno de los cabos, el tal *Resplandor*, hechura de la masonería del año 20.

El jaquetón de sombrero ancho y botas, con patillitas de *boca e jacha*, quiso distinguirse por lo cariñoso y expresivo. Saludó con acento andaluz, que a Calpena le pareció afectado y mentiroso. En efecto: el señor Canencia, vástago de una dinastía de conspiradores que venía alborotando desde la *francesada*, era un andaluz muy *crúo*, natural... de Candelario. Pero habiendo rodado por Sevilla y Cádiz, algo también por Melilla, adoptó

la pronunciación de aquellas tierras, por creerla más en armonía con sus pensamientos andaluces, revoltosos y su natural pendenciero. Ceceaba por presunción de guapeza; su andalucismo era más de cuarteles madrileños que de sevillanos bodegones. Lo mismo servía para enseñar a los pobres pistolos la buena doctrina constituyente, que para dirimir las contiendas de juego *mojando* en el primero que se le ponía por delante. Pero si le apuraban a reñir de verdad, y se encontraba frente a un rival *poeroso*, se llenaba de prudencia y decía: «No quiero espuntar la navaja en er güeso de un amigo.» Era el abanderado de todos los motines, y el que más bulla metía, el más arrastrado y avieso si en el motín corría sangre; desplegaba un valor heroico siempre que en la asonada hubiese tropa *fraternizando* con el pueblo. En un tiempo en que las cartas motinescas venían mal dadas, metíase a contrabandista allá por Huelva; pero le salió mal la cuenta, y el bromazo le costó dos años de andar en malos pasos, con *calcetas de Vizcaya*, que pesan como un demonio.

Pues, señor, después del primer despotrique de Canencia, que se declaró comilitón de don Fernando en la obra grande de exterminar el despotismo, tomó la palabra Fonsagrada, el que para ocultar la falta de camisa o por defenderse del frío llevaba subido el cuello del levitín, con todos los botones prendidos, y, además, refuerzo de alfileres allí donde los botones faltaban. El paño que de sobra lucía en su pescuezo escaseaba en los codos, no siendo éstas las únicas claraboyas por donde se le ventilaba la carne. Cubría su cabeza con una elegante cachucha, prenda nuevecita, que formaba vivo contraste con las demás de su atavío.

—Pues sí, señor de Calpena, ayer cuando le vimos a usted nos dieron ganas de hablarle; pero la verdad, yo no me atrevía... Ahora que estamos juntos, congratulémonos de fraternizar aquí y bendito sea este martirio, pues por él la igualdad... *es un hecho*. Henos aquí, confundidos, sufriendo la misma pena, usted, aristócrata, y nosotros, que nos orgullecemos de ser pueblo.

—Hoy más pueblo que ayer, y mañana más pueblo que hoy—dijo otro, no consta cuál.

—Las masas no son tales masas sino cuando en ellas se mezclan las clases todas... *Hermanados* grandes y chicos en una masa, la revolución... *es un hecho*. Pues a lo que iba, señor de Calpena: mi primo Eleuterio le conóce a usted mucho, y *antier* me dió memorias para usted.

—Siento no haberlo visto. Quizá me diera noticias de personas que me interesan, y de las cuales nada he sabido desde que esta pillería del Gobierno me prendió.

—*Es un hecho*—dijo Rufete—que el Gobierno, por venganza, le ha desterrado a la novia. Lo mismo hicieron conmigo el año treinta y cuatro. *Maquiavelismo...*; pero no les vale, no les vale.

—No les vale—replicó Calpena—, porque yo, en cuanto me suelten, revolveré toda la tierra hasta encontrarla... ¿Ha dicho Eleuterio si mi novia vive, si se la llevó aquel tío que ahora cuida de ella por disposición de Mendizábal?

—Pero, señor, ¿hasta en eso se meten los ministros?... ¿En quitarle a uno su *jembra?*

—Sí, señor: vive y está buena; sólo que un poco desmejorada. Ya van en camino de...

—¿De dónde?

—Pues mire que no me acuerdo. Pero es cosa de las Provincias, allá, por donde anda el pretendiente con toda su facción.

—¿Será Fuenterrabía, Tolosa...?

—Me parece que no... Yo se lo preguntaré a mi primo cuando vuelva. Mi familia lo sabe todo por Lopresti, a quien despidió la Jacoba, y en casa le tenemos.

Tal impresión causaron a Calpena estas noticias rápidamente comunicadas, que disimular no pudo su alegría. Maquinalmente estrechó las manos de los tres conspiradores, los cuales atribuyeron demostración tan cariñosa al entusiasmo de sectario, a una viva efusión de fraternidad. Contestaron unánimes con igual calor, diciendo el que ceceaba, en confianzudo y jovial estilo:

—Zeñó Carpena, España pa loj españole. Diaquí a poco naide noz toze. Cuente zu merzé con ezte amigo pa cualziquiera coza de poer.

—¿Creen ustedes que estallará pronto el trueno gordo?

—Ya se le oye retumbando lejos; ya viene la tormenta—aseguró Rufete.

—Y cuando triunfemos—afirmó Fonsagrada, asegurando los alfileres que cerra-

ban su ropa — podra uno comer como buen ciudadano y vestirse y apalear a toda la canalla que nos ha quitado la libertad... Ya verán esos *maquiavélicos* lo que es el pueblo y la soberanía de nuestra *masa*.

—Amigos, adiós — dijo Fernando, deseoso de perderles de vista—. Bajaré mañana para que me den más noticias, pues Eleuterio volverá.

—Para servirle, don Fernando.

Pretextando ocupaciones, se alejó Calpena del patio, y la expansión de su alegría le llevaba por aquellas escaleras arriba como un pájaro. ¡Aura vivía! ¿Qué más podía desear por el momento el desconsolado amante? Aura vivía; el mundo recobraba su placidez luminosa; el sol alumbraba placentero y la cárcel misma era un lugar risueño y hermoso. Renovadas en él con súbito incendio las energías de su pasión, comprimidas, que no sofocadas, por el cautiverio, pensó que ante el hecho de existir Aura carecía de importancia su salida de Madrid bajo el poder del tío carnal. Ya la buscaría y la encontraría su fiel amante, aunque España fuese diez veces mayor de lo que es... ¡Aura no había sido víctima de su desesperación!... La catástrofe romántica, ya con puñal, ya con braserillo de carbón o con veneno, aquel espectro que había sido espanto del galán en sus noches de insomnio, ya no era más que un temor disipado. Aura vivía; y en camino para su destierro se conformaba con la seguridad de que volaría tras ella su caballero libertador. ¡Bonita empresa, singular aventura se preparaba, digna de los Amadises y Esplandianes, por donde había de resultar que las hermosuras morales de la edad de la caballería, en la nuestra, prosaica y materialista, gallardamente se renovaban!

Tan alegre entró en su cuarto, y con tal brillo de los negros ojos, que Hillo entendió que algún feliz encuentro había tenido en el patio. Y al verse abrazado por su amigo no pudo menos de interrogarle, inquieto:

—Estamos de enhorabuena, mi querido clérigo. ¿No adivinas por qué? Porque se armará pronto... La *cosa* está madura. La Milicia como un solo hombre, el Ejército como un hombre solo.

—¡Que nos coja confesados, hijo!

—No, que nos coja libres..., y si no, caeran los muros de esta infame Bastilla. El rugido popular ya se oye, clérigo mío; la indignación de la masa ya pronto estallará...

—¿Quién te ha llenado la cabeza, ¡oh joven inexperto!, de ese viento malsano?

—¿Pero no sabes? La masonería invade el Saladero; se mete aquí con los presos políticos y hace prosélitos de los cabos de vara... Y ahora, ¿no te parece que debes pedir a nuestra incógnita que nos saque pronto de este infierno? Si sigo aquí conspiro, te lo anuncio; haré la propaganda del degüello de ministros, y créame que hay en esos patios gente abonada para merendarse un par de ministros, y los dos Estamentos si fuese menester.

Perplejo y un tanto temeroso, cerró Hillo pausadamente el libro de Voltaire, y fijó la atención y los ojos en su amigo:

—Sí, sí, Fernando—dijo tras breve pausa—. Paréceme que ya para bromazo basta. ¿Qué hacemos aquí? Y si esto es un hervidero de conspiraciones, como dices, podría resultar que algún pillo nos comprometiera y que la humorada se convirtiese en chanza pesadísima.

—Que yo he de conspirar, liándome con los patriotas calzados y con los jacobinos descalzos que he tenido el honor de conocer aquí, no lo dudes. Entré inocente de toda culpa política y saldré para el motín o para la horca.

—Y ¿qué quieres que haga yo, Fernandito de mi alma—dijo Hillo, cruzándose de brazos—, si la mascarita no resuelve nuestra libertad y da en guardarnos aquí hasta que nos convirtamos en cecina o bacalao? Y me inquieta que van ya cuatro días sin que el *señor Edipo* nos traiga algún consuelo. Desde que recibimos el refuerzo de lengua ahumada, dátiles de Berbería y vinito blanco no ha vuelto el tal a parecer. Y yo digo: ¿si se habrán olvidado de nosotros y acabaremos por ser empapelados inicuamente?

Breve rato permanecieron los dos mirándose. Lo que con sus ojos se decían no es para traducido en palabras. Con ellas, y bien expresivas, manifestó Calpena que él discurriría con sus amigos del patio alguna sutil tramoya para escaparse. Hillo, caviloso y triste, no supo qué responderle, ni tuvo ánimos para contradecirle.

Transcurrieron tres días, en los cuales

llegaron a Calpena, por el mismo Eleuterio Fonsagrada, nuevas importantísimas. Primero, que Aura iba camino de las Provincias Vascongadas con su tío el señor Negretti, y que entrarían en Francia por Canfranc para tomar luego la frontera. El señor Negretti era contratista y constructor de armas de fuego en el campo realista. Agregó a estas nuevas el sargento que Palacio preparaba un cambio político, dando el pasaporte a Mendizábal y sustituyéndole con Istúriz; que al reunirse los nuevos Estamentos, procuradores y próceres se tirarían los trastos a la cabeza; que Lopresti cantaba mil donaires del furor de la Zahón y de las dramáticas, ruidosas escenas que presenció la casa y gozó el vecindario al partir la bella Aurorita, desolada y fuera de sí.

Con estos interesantes informes coincidió la carta de *la incógnita,* que llegó inopinadamente, cuando los presos comían. ¡Ay, era muy triste; revelaba inquietudes, aprensiones, amargura y desaliento!

VII

«Estoy enferma—decía la carta—. He pasado unos días crueles, privada del placer de escribir a mis buenos amigos. Ya estoy mejor; pero no ha sido, no, mal de mimo, que tan fácilmente padecemos las señoras. Aquí han creído que me moría. Gracias a Dios, de ésta me parece que no caigo. Y no me mortificaban poco en mi enfermedad la idea y la imagen de mis prisioneritos. «¡Buena la hemos hecho!—me decía yo en mis horas de febril insomnio—. Si ahora me muero, ¿qué va a ser de mis pobres conspiradores, Dios mío? ¿Quién les amparará, quién cuidará de ponerles en la calle?...» Hijos míos, dad gracias a Dios por mi mejoría, que, si llegáis a perderme, trabajillo os habría costado deshacer el bromazo y recobrar vuestra preciosa libertad.

»Al volver en mí, no ceso de pensar en vosotros ...Mi soledad, mi tristeza, el miedo a la muerte, cuya descarnada mano he visto tan próxima, me han sugerido la idea de que debo dar por terminada la encerrona de mi capellán y de su amiguito. El primer objeto que se quería lograr con este ingenioso golpe de mano bien cumplido está. El objeto segundo, que era extinguir la demencia en el turbado cerebro de mi señor don Fernandito, no sé si lo hemos conseguido. Presumo que no. Se hace lo que se puede; no debemos ir más adelante, so pena de inurrir en crueldad y despotismo. Dispongo, pues, ¡oh capellán mío, y tú, incauto jovenzuelo!, que se os abran prontito las puertas de esa mansión de tristeza. Tendréislo entendido, y os cuidaréis de tomar las medidas conducentes a vuestra próxima libertad.»

—¡Oh, bien, bien, y viva *la incógnita!* —exclamó Calpena, batiendo palmas—. Ya somos libres. Clérigo, abrázame.

—Despacito: veamos lo que dice después... Prosigo:

«Escribo a los dos, porque deseo abreviar y porque no hay nada que Mentor deba reservar de su extraviado Telémaco. Con los dos hablo a la vez. Esténme atentos. Si después de esta reclusión, que ha sido barrera contra los malos deseos, castigo de la temeridad y garantía del honor, no se da Fernando por limpio y curado de su mal de aventuras deshonrosas, entiendo que es locura proseguir mi empresa. No puedo más. Hice cuanto de mí dependía para levantar un valladar entre su presente ignominioso y el brillante porvenir que he soñado para él. Le he brindado con la paz, le exigí sumisión. ¿Quiere someterse y poner su existencia totalmente en mis manos? Me dará con esto la más grande alegría de mi vida. ¿No se somete, no se da por vencido, no quiere la paz que le ofrezco y que para él representa el bienestar, la posición, el honor y la regularidad de la vida? Pues yo lloraré sobre su ingratitud; a mí, entonces, me corresponderá darme por vencida. Llena el alma de dolor, renuncio a proseguir esta ruda batalla.»

La emoción que el clérigo sentía le cortó la lectura.

—Fernando, Fernando, hijo mío: ¿este noble lenguaje no hará profundo surco en tu alma? ¿Eres capaz de rebelarte aún?... ¿No ves cuán grande es su pena al suponerte contumaz?...

—Sigue—dijo Fernando, que, ávido de mayor conocimiento, leía por encima del hombro de su amigo—. Aún falta lo principal.

—A ello voy.

«En la puerta de la cárcel, la voz amiga, la voz tutelar, dice a Fernando: «Te ofrezco el destino de Cádiz, adonde partirás con tu mentor y capellán sin pérdida de tiempo. ¿No quieres? Pues no volverás a saber de mí. Y por mi parte procuraré que a mí no lleguen noticias tuyas. Uno a otro nos extenderemos la partida de defunción... No están los tiempos para vivir en plena zozobra, añadiendo por nuestra voluntad nuevas tristezas a las que ya nos rodean y que pertenecen a la vida común, al conjunto de males colectivos. La disminución de nuestros sinsabores bien merece la pérdida de un afecto, aunque al arrancarlos nos duela. Conque ya sabes. Libertad... Decide ahora de tu suerte.»

Quedóse Fernando pensativo, dejando vagar sus ideas por el insodable espacio que las últimas frases de la carta abrían ante él. Hillo le sacó de su abstracción con severo lenguaje:

—Ya sabes: a Cádiz conmigo, o solito al Infierno.

—Salgamos, salgamos pronto de aquí —dijo Calpena, paseándose inquieto, con las manos en los bolsillos—. Dentro de esta cisterna es imposible el discernimiento... Salgamos, y al respirar el aire libre decidiré.

Comprendiendo el presbítero que la resolución de *la incógnita* había hecho profunda impresión en su amigo, no quiso desvirtuarla con razonamientos y nuevas admoniciones. Mejor era dejarle solo con su conciencia, en la cual la verdad iba labrando el hondo surco. Después de la enseñanza y severo castigo de aquel encierro, ausente ya la que había sido causa de su locura, ¿no era razonable esperar que el joven adquiriese la serenidad suficiente para medir y pesar el pro y el contra de las acciones humanas?... Confiado en una victoria decisiva, Hillo recreaba su espíritu en la esperanza de libertad; mas no se veía totalmente libre de zozobra con las seguridades de que no sufriría menoscabo en la dignidad ni en su reputación. Por cierto que en la carta recibida en la cárcel el penúltimo día (en ocasión que Calpena rondaba por el patio), iba un pliego reservado para don Pedro, en el cual se le daban nuevas instrucciones, previniendo todo lo que pudiera ocurrir. Si Fernando, sometido incondicionalmente, aceptaba el destino de Cádiz, las cosas marcharían sin ningún tropiezo y la situación de Hillo sería la de mentor o *caballero de compañía,* liberalmente remunerado. En caso de rebeldía, la señora no pensaba desentenderse ni abandonarle, como le había dicho, empleando una ficción argumental de la que esperaba gran efecto sedativo. A dondequiera que fuese el descarriado joven, le seguirían el pensamiento y la acción tutelar de la deidad misteriosa que le protegía. Pero no atreviéndose a comprometer en empresas tan arriesgadas a su bondadoso capellán, se manifestaba dispuesta a desprenderse del incógnito, para él solamente, en plazo no lejano. La señora y el buen don Pedro celebrarían una conferencia, en la cual la primera le entregaría la llave de su confianza, el segundo prometería solemnemente guardar sobre cuanto oyese reserva absoluta, y entre los dos terminarían los planes más convenientes para ulteriores campañas.

Muy bien parecieron a don Pedro estas resoluciones, sobre todo la de arrojar la careta, enseñando el rostro verdadero, pues la lealtad y abnegación que él en tan delicado asunto mostraba bien merecían la supresión del disfraz. Otra cosa sería ya denigrante para él, ofensiva de su decoro. Tanto se penetró de esta idea el buen presbítero, que hizo firme propósito de *renunciar al cargo* si la señora no le daba prueba palmaria de su confianza abandonando el misterioso disfraz. Parecióle asimismo muy conveniente y grato lo del viajecito a Cádiz y el estalecerse en aquella ciudad, pues no del todo tranquilo respecto al efecto moral de su prisión, deseaba perder de vista a Madrid y a sus conocimientos de acá. Así nadie le haría preguntas impertinentes acerca de su cautiverio por motivos políticos, ni tendría que dar explicaciones del error de la Policía, de la torpeza del Gobierno... Sí, sí, a Cádiz... lejos, lejos, pues lo de la prisión era peor meneallo.

Subió Calpena del patio muy excitado, con informes fresquecitos; pero se guardó bien de comunicárselos a su mentor. Pusiéronse a tratar de varios asuntos relacionados con su próxima libertad, y lo primero que dijo Hillo fué que ni él volvería a la casa de Méndez, ni Calpena a la calle de las Urosas, debiendo ambos instalarse juntos en una fonda,

de donde partirían para Cádiz lo más pronto posible. Convino en ello Fernando y eligió la Fonda de Genieys. Designó esta casa, como hubiera designado la Posada del Peine o el Parador de los Huevos, porque de nada podía enterarse: tan violenta era la tempestad que desató en su cerebro el reciente coloquio con Eleuterio Fonsagrada. Estupendas noticias le dió éste del martirio de Aura y de los dramáticos resortes que fué necesario emplear para llevársela, pues hasta hubo intervención de la Policía y qué sé yo qué... Con esto recayó Calpena en la gravísima dolencia de sus amores furibundos, se encendió en su cerebro un hirviente volcán de ideas peregrinas y en su voluntad resurgieron los estímulos más osados y caballerescos.

Llegó, por fin, el ansiado día de libertad, que les fué notificada sin explicación del motivo por que entraron y por que salían ni de los términos del sobreseimiento. Entregaron a Calpena un papel y a Hillo otro papel, en el cual se le llamaba don Pedro Timoneda; y si esta burla de las leyes fué del agrado de ambos, no dejaba de inspirarles profundo desprecio del Poder público. Aunque vestido de seglar, no gustaba Hillo de recorrer la calle en pleno día y mandó traer un coche Simón, donde metieron su escasa impedimenta y se fueron a la fonda, simulando que venían de Leganés.

Las mejores habitaciones de Genieys, calle de las Infántas, estaban ocupadas por el célebre banquero don Alejandro Aguado, que había llegado de París dos días antes. Viajaba este prócer de la alta banca con gran aparato, en sillas de posta de su propiedad, y acotada para sí, su familia y servidumbre la mejor parte de la única fonda decente que había en Madrid. Los dos licenciados del Saladero tuvieron que acomodarse en una celda interior, oscura, con vistas al húmedo patio donde los cocineros desplumaban las aves y arrojaban los desperdicios de la cocina. Poco grata era tal residencia, y clamaron por otra mejor; mas el encargado, un italiano injerto en catalán, les notificó que no podía mejorarles de cuarto hasta que saliera para Andalucía el señor banquero, añadiendo por vía de consuelo que en otras ocasiones había este señor tomado mayor espacio. El año 29, cuando vino con Rossini, los huéspedes habituales de la casa habían tenido que dormir en los pasillos.

Instalados, al fin, de mala manera, se descolgó por allí Fonsagrada, que había convenido con Fernando en verse aquella misma noche. No le hizo gracia a don Pedro la tal visita, temeroso de las trapisondas de marras, y mayor fué su disgusto cuando Fernando le anuncio la presentación del capellán del segundo regimiento de la Guardia, don Víctor Ibraim y Coronel, que deseaba reanudar una amistad antigua. A Ibraim le conocía don Pedro de la sacristía del Carmen Descalzo, donde ambos celebraban años atrás, y nunca hicieron buenas migas, por ser de encontrada índole y gustos diferentes. A Hillo le cargaba el tal clérigo por andaluz, por charlatán, entremetido y fanfarrón.

Pues, señor, cenaron los tres (convidado Fonsagrada por Calpena), y cuando estaban en las almendras y pasas vieron entrar en el comedor, metiendo bulla y bastoneando fuerte, en traje de paisano, al tal don Víctor Ibraim, que se fué derecho a Hillo y, previo palmoteo en los hombros, le dijo: «Grasia¡ a Dios, amigo Jiyo, que nos echamos la vista ensima.» Y al punto, pegada la hebra, por cada palabra de don Pedro pronunciaba doscientas el otro; era una tarabilla *sesosa* que agradaba un rato y después aburría. De pronto, el señorito Calpena, con la incumbencia de tener que proveerse de tabaco, guantes y otras cosillas, salió a la calle con Fonsagrada, dejando a su amigo en las astas del toro. ¡Bonita noche le esperaba al pobre clérigo aguantando el jeringazo continuo de la charla de Ibraim, que hablaba de lo propio y lo ajeno sin medida ni pausas, eliminando las zedas de su pronunciación y usando voquibles gitanescos! Pero lo que le requemaba a don Pedro era que el pillo de Calpena, confabulado quizá con Fonsagrada, le había traído al castrense para que estuviese al *quite*, entreteniendo a Mentor con su capote mientras Telémaco hacía un quiebro y tomaba bonitamente el olivo. «¿Adónde habrá ido ese tunante?...—pensaba el capellán, sin sosiego, oyendo a Ibraim como se oye el zumbido de un abejón—. ¡Y a qué horas volverá...!»

VIII

Y ¿qué le decía el castrense andaluz? Nada que pudiese interesarle. Empezó declarándose liberal, atribuyendo el radicalismo de sus ideas a la influencia de las clases y oficialidad del *ilustrado* regimiento de la Guardia en que servía. Refractario al despotismo, Ibraim sostenía que la Iglesia de Cristo y la Libertad podían comer en un mismo plato. El clero regular no servía más que para desacreditar con su holganza la santa religión. Con el clero parroquial, el catedral y el castrense bastaba para esplendor de la Iglesia y conservar la pureza del dogma. Por no enredarse en disputas que excitarían más la verbosidad del capellán, Hillo daba su asentimiento a las estolideces que oía. Y algo dijo el otro después que le cargó soberanamente, por ejemplo: que entre los clérigos amigos de ambos criticaban a Hillo por meterse en belenes revolucionarios, arrimándose a las logias; y aunque su prisión había sido, según se contaba, un error de la Policía, no le hacía favor el paso por el Saladero. Por lo demás, le veía con gusto entre los pocos eclesiásticos que hacían ascos a la facción y se agarraban a las falditas de la *angélica Isabé*, pues el carlismo no había de triunfar y el porvenir era de los de acá, conforme el *ejpiritu der siglo*. El iba siempre con *er siglo*, y por ver en su compañero iguales ideas, *simpatisaban*. Debía don Pedro mirar con desprecio las murmuraciones oscurantistas y seguir adelante, procurando ingresar en el Cuerpo castrense, pues convenía formar un plantel de capellanes, *gente güena*, que diera la norma del futuro personal eclesiástico; y si venía una ley (que sí vendría) abriéndole el camino de los cabildos catedrales como descanso y premio del militar servicio, la carrera *de tropa* era una *bendisión*. Cierto que la vida de campaña tenía sus trabajos y penalidades; pero todo se compensaba con lo divertido de andar entre gente ilustrada y de humor alegre y con lo que *uno se solasa* cuando le toca la *sircunstansia* de un buen alojamiento.

Seguía Hillo dando a todo su aquiescencia, por ver si paraba un poco el molinillo de la palabra de Ibraim; pero ni por éstas. Mientras más conforme aparecía don Pedro, el otro apretaba más en su despotrique, y, por fin, se metió en la política palpitante. A Mendizábal no le podía ver, aunque eran casi paisanos (don Víctor había visto la luz en Coria del Río, *a la verita de Seviya)*. Mil ejemplos podría citar el clérigo hablador del detestable Gobierno de *don Juan y Medio;* pero como para muestra basta un botón, denunciaría la incapacidad del ministro con este solo caso. A poco de sentarse en la poltrona el gaditano, llegó él (Ibraim) de la propia Sevilla con buenas recomendaciones. No pretendía cosa mayor: el arcedianato de Morón o la rectoral de Osuna. Trabajó el asunto; ayudáronle los procuradores sevillanos don Juan Morales Díez de la Cortina y don Francisco Javier Osuna. Pero cuando ya creía tener bien trincado lo de Morón, quedóse como *er gayo der mismo*, sin pluma y cacareando, porque el *arrastrao don Juan* dió la plaza a un pariente suyo, un tal Méndez, de Chiclana, que en su vida las había visto más gordas, pues ni latín sabía y se pasaba el tiempo derribando v a c a s. Gestionó luego don Víctor lo de Osuna y quedóse también *per istam*. Se lo llevó uno que en sus sermones llamaba a los liberales *loj alurnoj e Lusifé*. Así estaba todo..., lo mismo que en tiempo de Calomarde. ¡Y para esto traían de *Londón un ministro santiguador que iba a poné la justisia!*... Gracias que el pobré clérigo andaluz, después de *aquel feo que le hiso* el ministro, pudo encontrar alguna protección en su paisano Joaquín Francisco Pacheco, que le metió en lo castrense con no poco trabajo.

Deseaba, pues, ardientemente el rencoroso Ibraim que cayese y reventara pronto *ese tío campanero*, que no era más que un *jormiguiya*, mucho moverse, mucho proyectar *de fantasía* y poco *chapitel*. Y seguramente sus días estaban contados: abierto el nuevo Estamento, se armaría la gran *saragata* y adiós mi don Juan para toda la vida. No recataba el castrense sus instintos revolucionarios, diciendo: «Debemos poné en la caye a ese sopenco y hasé un Ministerio de libre, con Argüelles a la cabesa.» También con esto hubo de manifestarse conforme don Pedro, dispuesto a decir amén a las mayores atrocida-

des; y no pudiendo aguantar más, indicó con bostezos y pestañeos sus ganas de dormir, para ver si Ibraim se *najaba*. Lo que éste hizo fué invitarle a ir un ratito al café, con lo cual vió el Cielo abierto don Pedro, porque negándose costésmente a gandulear tan a deshora, el otro, que debía de ser un gandul de primera, se marcharía solo. Pero no quiso Dios que tan a gusto de Hillo pasaran las cosas, porque Ibraim, lejos de parecer contrariado por la negativa de su colega, se mostró muy satisfecho y dijo que mejor y más *desahogaos* estarían allí. Al punto tiró de la campanilla, y al mozo que vino le mandó traer copas y cigarros.

En vista de esto, no le quedaban a Hillo más que dos partidos que tomar: o coger una silla y estampársela en la cabeza al enfadoso castrense, o resignarse y hacer cuenta de que Dios le aceptaría sufrimiento tan grande en descargo de sus culpas. Prefirió este último partido y se recargó de paciencia, invocando mentalmente la misericordia divina. «Laj onse—dijo Ibraim, mirando su reloj—. ¡Qué temprano!»

Era el castrense un mocetón como un castillo, bien plantado, esbelto, de poco más de treinta años, morena y agitanada la tez, los ojos negros, desmesurados, que habrían podido surtir dos caras, sobrando todavía un poco de ojos; temple sanguíneo muy acentuado; el testuz con remolinos de pelos que el corte frecuente hacía más ásperos; el morrillo formidable, bocado exquisito si cae en manos de antropófagos; no grande ni fea la pezuña, la mano fuerte, el entrecejo tenebroso por la enorme cantidad de ceja, la fisonomía poco atractiva, el aire total como de contrabandista o mayoral de diligencias. Hombre de poquísimas letras, muy metido en la carrera eclesiástica por no servir para otra cosa. De muchacho, era el primer gallina del pueblo y jamás se querelló con nadie; ni siquiera era fachendoso. Tenía su fuerza en la palabra, en el hablar sin término, almacenando con prodigiosa retentiva todos los chismes de cuatro leguas a la redonda. Se hizo cura sin esfuerzo, no viendo en las pasiones obstáculo grande para tal carrera. Luego fué adquiriendo vicios con el contagio de la vida de tropa. Midiéndolo por el nivel medio moral que comúnmente usamos, no fué un mal sacerdote antes de ser castrense, y hasta llegaron a contarse de él actos de virtud de los más vulgares. Para el púlpito no servía por su mala pronunciación y su falta de luces; para el confesonario, tal cual; era largo en las misas y algún malicioso dijo que, por el afán de hablar, añadía latines de su cosecha al formulario litúrgico. En funciones de ceremonia lucía por su gallarda estatura, y como siempre tuvo sonora y vibrante voz, aunque poco afinada, cantando la Epístola era un hermoso becerro con dalmática.

No le clasificó entre los rumiantes el bueno de Hillo, que la noche aquella, tediosa cual ninguna, hubo de hacer en su mente, para encontrar el símil de Ibraim, una chabacana combinación zoológica, fundiendo en una pieza el atún de las almadrabas de Huelva y la cotorra de las selvas africanas.

Las once y media, y Fernando no parecía... En el hueco que la ausencia de Telémaco dejaba en el espíritu del triste Mentor, Ibraim arrojaba sin secar conceptos incoherentes, sin conseguir llenarlo. Entre los diversos temas que iba tomando y dejando al compás de los sorbos de ron, nada le cargó tanto a Hillo como el impertinente y avieso comentario que de la conducta de Fernando hizo. Notó don Pedro que su hablador colega quería fisgonear, enterarse de lo que no sabía, adoptando el desleal sistema de las preguntas capciosas y de soltar mentiras para sorprender verdades. Pero a buena parte iba: Hillo sólo contestaba con vagas expresiones. Entre otras chismografías, Ibraim soltó la especie de que a Calpena no le habían preso por conspirador, sino porque se había metido a enamorar a la *hija de Mendizábal*. Echóse a reír el otro clérigo, sin ganas, por dar tono de burla a su respuesta, y el andaluz insistió en que lo había oído, apelando al testimonio de personas conocidas de entrambos.

—La chica e Mendisaba, hombre; una hija de extranjis, cuarterona de inglesa, que estaba en *poer* de una tal que yaman la Sayona, prendera o marchanta de piedras... El Gobierno ha tenío que escondé a la chavala y prendé a Carpena. Ya ve en que se ocupa mi don Juan.

Negó todo esto resueltamente don Pedro, calificándolo de absurdo y ridículo; el otro, deseoso de inquirir el origen

de don Fernando, afirmó que alguien le tenía por nacido de altas personas. Hizo Hillo el papel de quien guarda un secreto, y, no sabiendo nada, puso en mayor curiosidad a Ibraim, que terminó aquel tratado asegurando que él lo averiguaría.

Al filo de las doce se descolgó Calpena en la fonda, mostrando en su rostro aburrimiento y fatiga, como quien ha pasado las horas en pasos e indagaciones ineficaces. Hillo no le pidió cuentas de su tardanza, conociéndole en el rostro que no estaba en disposición de darlas. Lo que dió fué un gran bufido a Ibraim, que a tales horas aún intentaba pegar la hebra. Tocando retreta, se despidió al hablador hasta el día siguiente.

Acostáronse Mentor y Telémaco sin pedirse ni darse explicaciones de nada, y don Pedro se pasó parte de la noche revolviendo en su mente nuevas inquietudes por la situación que se presentaba. Pensaba que no pasaría el día venidero sin que el *señor Edipo* recalase con una carta sustanciosa y trajese, amén de instrucciones, los fondos necesarios para el viaje a Cádiz, si en efecto lo había; y anticipándose a lo que el papel dijera, fabricaba el capellán con loca fantasía estupendos castillos. Pero ¡ay!, la anhelada carta no vino al siguiente día, ni al otro, ni al otro, lo que, unido a que Calpena salía y entraba sin dar cuenta de sus actos, puso al clérigo en un estado de nerviosa ansiedad semejante a la pasión de ánimo. Al cuarto día el hombre no vivía; perdió el apetito, el sueño; fué atacado de una especie de histerismo que llevaba trazas de trocarse en locura. ¿Por qué callaba la señora cuando más falta hacían su voz y su autoridad? Tan pronto a enfermedad lo atribuía, tan pronto a muerte; y hasta llegó a imaginar que en todo aquello no había más que una refinada burla, de que él era la primera víctima. La tutelar deidad desaparecía entre nubes cuando llegaba la ocasión de cumplir el compromiso de desenmascararse. ¿Acaso la autora de las donosísimas y tiernas cartas era una guasona de primera, que se había divertido con él metiéndole en la cárcel, ofreciéndole canonjías y volviéndole más loco que estaban los orates de todos los manicomios del reino? Esto no podía ser, no, no..., la protección a Fernando bien efectiva era, con el dinero por delante, y en ello no cabían chanzas ni sainetes. Y ¿a quién, por San Caralampio bendito, a quien dirigirse para salir de la horrible duda? ¿Qué camino tomar para llegarse hasta *la incógnita* y decirle: «Pues usted no se descubre, aquí vengo yo a descubrirla; que ya no puedo más, que estoy loco, que me muero de congoja, de confusión; me muero del mal de ignorancia, el peor de los males»? No sabiendo qué hacer, echóse por las calles en averiguación de qué señoras de la aristocracia se habían muerto en aquellos días o estaban *in articulo mortis*.

Qué tal sería su trastorno, que hasta llegó a encontrar grata la compañía de Ibraim y se aventuró a confiarle algo de sus cuitas, recibiendo de él consuelos y esperanzas con la oferta de ayuda fraternal en el trabajo indagatorio. Ya Calpena le había dicho resueltamente que no contara con él para el viaje a Cádiz; y reiterándole su amistad franca y leal, le anunciaba que muy pronto habrían de separarse. Patético y grave estaba don Fernando; don Pedro, acongojado y lívido, como si le acosaran espectros. El primero dábase por totalmente abandonado de la divinidad tutelar; el segundo, por perdido en abismos de confusión y descrédito. No era fácil determinar si el eclipse de *la incógnita* causaba gozo a Calpena, pues a veces así lo parecía; pero de improviso se le veía meditabundo y apenado como el que ha perdido una ilusión o un bien positivo. Por otra parte, de las averiguaciones de Mentor burlábase Telémaco, juzgándolas inútiles, y éste, a su vez, indagaba con febril actividad cosas de índole diversa. Tan loco estaba Juan como Pedro; don Víctor mediaba entre ellos, queriendo conciliar sus respectivas locuras; mas con tan poco arte, que sólo consiguió aburrirles y embarullarles más de lo que estaban.

Y de las primeras requisitorias tocantes a la probable enfermedad o muerte de alguna señorona aristocrática, ¿qué había resultado? Nada. Atribuyéndolo don Pedro a que hacía sus pesquisas en un menguado círculo social, resolvió subir a más altas esferas. No estaban a su alcance más que las políticas, y a ellas se dirigió con ánimo resuelto y las entendederas bien aguzadas.

IX

Para ver *gente buena,* de esa que con un codo toca al pueblo y con otro a la aristocracia, ningún sitio como el Estamento de procuradores, que en aquellos días inauguraba la nueva legislatura, con real discurso y todo el ceremonila de rúbrica. Según el famoso dicho de Larra, no se abría el Estamento; quien se abría era el señor don Juan Alvarez Mendizábal, elegido por diez provincias. La política entraba en honda crisis, resuelto Palacio a cambiar de Gobierno, y siendo el Parlamento, como era, no más que una sombra de régimen, tapadera de la arbitrariedad, del capricho y de las veleidades cortesanas. Bastó, pues, que tres hombres de fama, un gran orador, un político hábil y un eximio poeta, marcasen un magistral cambiazo y se apartaran de Mendizábal, declarándose devotos ardientes del *justo medio,* que por entonces, como en todo el reinado siguiente, era el barro de que se echaba mano para la fabricación de ministros; bastó, digo, que aquellos tres señores se lanzaran al campo moderado, para que los liberales se vieran mandados a sus casas y el Poder pasase a los otro, a los de la suprema inteligencia y finas artes de gobierno. ¿Quiénes eran los tres? Alcalá Galiano, Istúriz y el duque de Rivas. Este fué a la conjuración llevado por amistades más fuertes que sus convencimientos políticos, de ningún modo por ambición, pues un hombre que había hecho el *Don Alvaro* bien podía conformarse con un papel incoloro y secundario en aquel teatro todo mentira y rencores. Los otros dos eran ambiciosos, con motivos para serlo, y su presente y su porvenir estaban dentro del escenario político.

La batalla política, dada en el terreno del mensaje, como ordenan la lógica y la costumbre, era de esas que, repetidas hasta la saciedad en nuestra historia parlamentaria, siempre con los mismos tonos y peripecias, resultan, vistas a estas alturas, absolutamente insípidas y sin ningún interés. Batallas son éstas que, por el ruido que en ellas se hace, parece que entrañan alguna trascendencia; en realidad, no interesan más que a las cuadrillas de desocupados que esperan destinos o temen perder los que poseen. En estos oleajes, comúnmente todo es espuma; en el de abril de 1836 apuraban los oradores un asunto ya resuelto por el poder real. Pero se creía necesario un simulacro de parlamentarismo, por aquello de que era *fashionable* vestir a la inglesa, imitando los debates políticos, como se imitaban los fraques.

—¿Qué hay por aquí?—dijo Hillo, que con Ibraim, los dos vestidos de seglares, sin collarín ni ningún signo eclesiástico, brujuleaban por los pasillos del Estamento, llenos de gente inquieta, bulliciosa.

Y enterado por Iglesias, que le salió al encuentro, de que Istúriz y Mendizábal se liaban en agrias disputas por un estira y afloja de conducta o principios..., palabras, hojarasca, juguetería política de muchachos grandes, expresó con buen sentido esta opinión sintética: «¡Qué ganas de perder tiempo y saliva! ¿A qué disputar un Poder que ya se sabe está destinado a la *moderación?* Yo que el señor don Juan no me prestaría a esta farsa, y, cogiendo mi sombrero, les diría a los procuradores: «Compadres: ya sé que estoy de más aquí. Ahí tienen ustedes el Poder, las carteras y las actas y credenciales, que yo me voy al corral por mi pie antes que me arrastren las mulillas.» Y a la señora reina le diría: «Señora: para quitarnos los collares y ponerlos en otros pescuezos, no es preciso que estemos aquí, como rabaneras, dias y más días, apurando el vocablo. Si la opinión no tiene influencia efectiva, ¿a qué fingirla con nuestros deslavazados, interminables despotriques? Hoy decimos lo mismo que ayer y mañana eructaremos lo de hoy. Conque... ahí tiene vuestra majestad la confianza que me dió. Puesto que ha resuelto quitármela, se la devuelvo, y así le ahorro el disgusto de despedirme como a un criado. Yo soy un hombre serio y formal, que amo a mi patria. No he logrado hacerla feliz, como me propuse y prometí. Mi voluntad ha podido menos que las intrigas y obstáculos con que desde el primer día han embarazado mi camino los políticos de profesión y las camarillas parlamentarias y palaciegas. Si no hice más, fué porque no me dejaron... De todo se le echa la culpa al pueblo. El pueblo es el

gato, el pueblo es el niño mal criado, mocoso y llorón que trastorna la casa. Pues si quieren que el pueblo aprenda a desempeñar su papel político, enséñenle los de arriba con el exacto y honrado cumplimiento del suyo. Conque... a los reales pies, etcétera..., que yo me voy a mi casa, de donde veré pasar las revoluciones...» Esto diría yo a ser don Juan de Dios, y me marcharía cantando bajito, dejando a los Istúriz y Galianos desenvolverse como pudieran, bajo los auspicios de doña María Cristina y de sus tertuliantes de El Pardo y La Granja. Caballeros...»

No parecieron mal a los circunstantes estas ideas, y alguno, al comentarlas, extremó la amargura y escepticismo que revelaban. En aquellos días, la opinión de la gente que politiqueaba y de los ciudadanos pacíficos empezó a mostrarse favorable a Mendizábal. Todo el mundo veía el juego que se traían palaciegos y estatuístas para plantarle en la calle, sustituyéndole con el que había sido su amigo íntimo, don Javier Istúriz. Hasta Nicomedes Iglesias, que meses antes echaba de su boca sapos y culebras contra el buen gaditano, reconocía la injusticia con que se le trataba y casi, casi se inclinaba a defenderle. Verdad que no era todo generosidad en esta conducta, pues el infatigable pretendiente, desairado por tercera vez en las elecciones, había adquirido pruebas de que no fué Mendizábal el causante de su desventura. Le constaba de un modo indudable que el ministro, ocho días antes de la elección, había querido sacarle *por los cabellos* en la provincia de Gerona; pero le marró la suerte, por confabulación de intrigas entre moderados y patriotas catalanes. Viéndose nuevamente detenido en el camino de su ambición, se tragó sus hieles, deplorando la doblez de algunos amigos, que habían trabajado en contra suya, y empezó a sentirse minado por el desaliento y la falta de fe. Pues no se le daba el honroso puesto que en la política creía merecer, lo asaltaría. Cuando no se puede avanzar ordinariamente con la ley, se avanza saltando con los motines, y pues se le marchitaban los ideales, daría un sesgo positivista a sus aspiraciones... ¿Con qué bandera conspiraría? He aquí el problema. Su despecho, a vueltas de largos insomnios y cálculos, le sugirió que la bandera que resueltamente debía seguir era la del éxito. ¡Unirse a los que podían y debían triunfar! ¿Quiénes eran éstos? Nadie sabría determinarlo hasta la solución de la crisis.

En esta situación de ánimo, su olfato finísimo le permitió apreciar que Mendizábal, caído tan a destiempo, víctima de sus propios amigos y de adversarios envidiosos, quedaría con fuerza moral no menos grande que la que tuvo al venir de Londres. En cambio, Istúriz y comparsa, al remontarse a la cucaña, empujados por Palacio, triunfaban en pleno estado de debilidad. «Los vencedores—se dijo Iglesias—son gente muerta; en cambio, el vencido vivirá.» De aquí que se inclinara a formar en el partido del ministro desairado y aparentemente maltrecho. Pensaba que don Juan de Dios se lanzaría con resolución a la política de venganza, que, soplando el cuerno revolucionario, haría revivir su popularidad, para con ella y los jirones que aún le restaban de sus desgarrados planes causar terror y desconcierto en los estatuístas de viejo y nuevo cuño. El hombre de mañana era precisamente el ministro despedido y vilipendiado de hoy. Así lo presagiaba el instinto de Iglesias, y con esta presunción bastábale para saber a qué faldones agarrarse debía. «Me voy con todo el que apunte alto y sepa hacer blanco seguro—se decía—. ¿Qué bandera? Supongo que don Juan tremolará la Constitución del doce, para decirle a Palacio que «al que no quiere caldo, taza y media». Presumo que nos apoyaremos en el elemento popular, la Milicia urbana. ¡Ay del que toque a la Milicia!»

Revolviendo en su mente estas ideas, preparaba su probable, casi segura reconciliación con don Juan Alvarez, hablando de él, en aquellas críticas circunstancias, con una benevolencia compasiva, que sería precursora de las alabanzas una vez que el largo cuerpo del gaditano acabase de caer al suelo.

—Sí, hay que reconocer que lo que se hace con este hombre es inicuo—decía en un apretado corrillo en que estaban Trueba y Cossío, Donoso y otros muchachos inteligentes—. Nadie le ha combatido como yo, cuando le he visto metido en transacciones peligrosas con el enemigo... Pero ahora que se le quiere atropellar... ahora, ¡oh!, nosotros, los

patriotas de toda la vida, no tenemos vergüenza si no nos ponemos a su lado.

Olózaga, que en aquellos días hizo su estreno parlamentario sentando plaza de orador de primer orden, sostenía lo mismo que Iglesias, aunque con menos ardor, porque su posición le imponía otros miramientos. López y Caballero aspiraban a formar grupitos aparte, y los *santones*, con Argüelles a la cabeza, se mostraban fríos en la defensa de Mendizábal, cual si desearan su anulación antes que pudiese adquirir la jefatura indiscutible del poderoso bando popular.

Indiferente a la marejada política; poco atento al drama de la sesión, en que unos y otros se peleaban por interpretaciones de conceptos, de poco valor práctico, don Pedro Hillo practicaba en aquel laberinto sus extrañas diligencias. Alguien encontró que podía darle luz: parásitos de las casas grandes; periodistas que democratizaban en las redacciones o en las logias, después de haber asistido a prima noche, vestiditos de frac, a comidas aristocráticas; procuradores noveles, fruto elegante del nepotismo moderado, que alternaban con lo más florido de Madrid. No tuvo que hacer don Pedro flojas combinaciones dialécticas para formular sus interrogatorios con la debida discreción, y al fin, ¿qué sacó en limpio? Véanse por la muestra los informes que adquirió del mundo elegante: la condesa de S. A., una de las más bellas Montúfares, padecía de horroroso dolor de muelas, que privaba a los amigos del placer de admirar su hermosura. La marquesa de B., ya en meses mayores, no se presentaba en sociedad; se sentía horriblemente molesta. La duquesa viuda de H. iba saliendo de su pulmonía, que ofrecía cuidado por la edad de la señora: ochenta y cinco años. La marquesa de A., la menor de tres hermanas célebres por su gracia y hermosura, estaba en cama, de sobreparto; pero iba bien: contaba veintitrés años y meses.

No satisfacían al buen clérigo estas gacetillas de sociedad, y en el ardor de su mente empezó a sospechar que quizá era error suponer a *la incógnita* perteneciente a la clase más alta de la sociedad. ¿Sería de familia de comerciantes acaudalados, de banqueros o asentistas? ¿Sería...? El hombre se volvía loco y cada vez se ennegrecían más los horizantes que le cercaban, pues también fueron infructuosos los pasos que dió para buscar a *Edipo*. Este había sido destinado a una sección de vigilancia en pueblos cercanos a Madrid, y se ignoraba cuando volvería. Mas no vencido Hillo con estas contrariedades, siguió metiendo el cuezo en los Estamentos, aficionándose más al de próceres. Una tarde fué sorprendido por la candente noticia de que Mendizábal e Istúriz se desafiaban. ¡Y habían sido Pílades y Orestes, camaradas en la adversidad, amigos en la próspera fortuna! Istúriz dijo al primer ministro, en un arranque de franqueza oratoria, que «no desempeñaba su destino con dignidad». Sensación, réplicas airadas de banco a banco, tumulto... Todo esto se le contó a don Pedro Luis González, y luego vino Ibraim a confirmarlo, dándole las proporciones que el asunto tomó en cuanto lo cogieron de su cuenta las lenguas de a populachería. Corrieron ambos al otro Estamento, donde ya era público y notorio que Mendizábal había designado a Seoane para que le apadrinara, pues estaba decidido a *lavar la afrenta*. Istúriz, a las primeras de cambio, se negó a dar satisfacciones, nombrando su representante al conde de Las Navas. Este y Seoane trataron de arreglarlo. A eso de las diez, hallándose los dos clérigos en el café Solís, agregados a una bulliciosa partida de periodistas, poetas y funcionarios públicos, supieron que no había componenda; que los dos insignes rivales se batirían a pistola, las seis de la mañana siguiente, en una posesión del señor de la Coreja, más allá del puente de Segovia; que el ministro estaba a la sazón en su despacho arreglando papeles y dictando las disposiciones que el caso exigía: testamento político, testamento privado quizá; que las pistolas con que se habían de fusilar eran de don Andrés Borrego, armas construídas ex profeso para lances de honor; que aún estaban discutiendo Navas y Seoane si la tragedia sería a veinte o a treinta pasos; que en las logias, los patriotas, alborotados, declaraban que armarían gran tremolina si el duelo resultaba una *tramoya moderada* para asesinar al ministro, *venganza de los frailes* o *represalias del servilismo...*, con otras particularidades, y los mil fantásticos comentos que había de producir un caso tan emocional en aquella situación, ya

bastante dramatizada por las trifulcas políticas y militares. Para que el romanticismo, ya bien manifiesto en la guerra civil, se extendiese a todos los órdenes, como un contagio epidémico, hasta los ministros presidentes iban al terreno, pistola en mano, con ánimo caballeresco, para castigar los desmanes de la oposición. En los campos del Norte, la cuestión dinástica se sometía al juicio de Dios. Los políticos, ciegos, medio locos ya, no pudiendo entederse con las palabras que de todas las bocas afluían sin tasa, apelaban a la pólvora.

X

Despidióse Hillo de la sabrosa tertulia y del bruto de Ibraim, que aún permaneció en el café con otros zánganos para irse desde allí sabe Dios a qué lugares vitandos y pecaminosos. Alguno de aquellos perdidos propuso a don Pedro una bonita excursión matinal: largarse todos temprano al sitio del lance, ya que no para presenciarlo, pues esto era difícil, para estar a la mira, oír los disparos, ver llegar y partir a los duelistas y a los padrinos, enterarse pronto del desenlace y *acompañar el cadáver* si del encuentro resultaba, que todo podía ser..., y hasta resultar podía que los dos contendientes quedaran patas arriba.

No quiso ser de la partida don Pedro, conformándose con que le contasen al otro día lo que diera de sí el tremendo lance; y se fué a coger la almohada, ávido de soltar sobre la ella balumba de sus graves pensamientos. Quiso su mala suerte que aquella noche no pareciese por la fonda el don Fernando, lo que puso a su mentor en grande intranquilidad, privándole del sueño. Presumió que andaría de francachela con los chicos de la Guardia, por entonces su sociedad favorita, y que no dejaría de acudir con ellos o con otros, por la mañana, a las inmediaciones del lugar del desafío para curiosear y traerse a Madrid las primicias informativas del extraordinario suceso, que lo mismo podía concluir en urbana comedia que en tragedia lastimosa. Véase por dónde tuvieron los propósitos de Hillo mudanza total; y no habiendo querido ir a la *feria del duelo*, allá fué, y no de los últimos, con esperanza de encontrar a su Telémaco y echarle el lazo.

No habiendo pegado los ojos en toda la noche, era su cerebro su horno, sus ideas, lúgubres, de una melancolía intensa, como si en el alma se le fuera metiendo el romanticismo de la clase nocturna y sepulcral, ese que huele a tierra de osarios y a siemprevivas putrefactas. Caminito de la puente segoviana iba el hombre muy cabizbajo, revolviendo en su magín el grave conflicto que le abrumaba: la desaparición o eclipse inexplicable de la dama incógnita, el tenebroso porvenir del infeliz joven a quien amaba como a hermano o como a muchos hermanos juntos, y su propia situación, que veía ya comprometida para siempre por aquel *enredo de comedia de máscaras* en que tan mansamente y sin pensarlo se había metido.

Recorrió todo el trayecto, sin darse cuenta de su longitud, y hasta más allá del puente no empezó a volver en sí, fijándose en las personas que encontraba, algunas de las cuales venían ya de la *feria*. En un grupo de muchachos alegres vió a Miguel de los Santos y le paró para preguntarle el resultado del lance. Afectado de negro pesimismo, creía don Pedro que de los dos combatientes no habían quedado más que *los rabos*, y su sorpresa fué grande cuando el guasón y maleante Miguelito le dijo que los curiosos volvían chasqueados, pidiendo que les devolviesen el dinero.

—¿Luego no ha corrido la sangre? —dijo Hillo.

A lo que contestó Alvarez que no, que lo que había corrido era bilis.

—Ha sido un duelo *a primera bilis* y ya está el honor satisfecho.

Siguieron los jóvenes su camino, y don Pedro el suyo, sin ver a Fernando ni encontrar a nadie que de él le diera razón. Luis Bravo le contó que los duelistas habían cambiado un par de tiros a veinte pasos, sin tocarse; antes de repetir, Istúriz dió satisfacción, y todo quedó terminado, sin que fuese preciso usar el esparadrapo y tafetán.

—Los dos se han conducido con dignidad y valor. Total, nada. Un escándalo más; un nuevo motivo para que este don Juan Alvarez se vaya pronto a su casa y nos deje el campo libre.

Cuando esto dijo pasaron los coches que conducían a los rivales, que acaba-

ban de recobrar el honor. El postrero, en que iba Istúriz con Las Navas, paró por indicación de éste para recoger a González Bravo, quien se despidió del presbítero, dejándole en mitad de la carretera.

No había concluído de saludar a los del coche cuando se llegó a él un hombracho formidable, los zapatos y el pantalón blanqueados por el polvo: era Ibraim, que en tal facha, encendido el rostro por las múltiples mañanas que había tomado, parecía más bárbaro que nunca. Apartándose de un grupo que venía del *anfiteatro del suceso* (de este modo expresaba el capellán andaluz la proximidad del lugar dramático), se mostró gozoso de encontrar a Hillo.

—¿No sigue usted con sus amigos?—le dijo don Pedro.

Y él respondió:

—No. Son unos locos que le comprometen a uno. Me quedo con usté, selebrando el encuentro; tengo que hablarle.

—¿A mí?

—A usté. ¿Quié que entremoj antej en un merendero a tomá la mañana?

—Hombre, yo no tomo mañanas ni tardes. Tómelas usted si quiere, aunque me parece que ya las tiene en el cuerpo. ¿Ha visto a Fernando?

—No señó... Der propio señorito hamos de platicá.

Fué todo oídos don Pedro, sobresaltado por el tonillo misterioso que en sus palabras el otro ponía, y no tardó en escuchar de los labios gitanescos una interesantísima declaración. Don Víctor Ibraim, la noche anterior, después de las horas pasadas en el café, había tenido ocasión de ver absolutamente disipadas las tinieblas que rodeaban la persona de Calpena, su origen, sus padres..., en fin, ya no había enigma. Todo estaba descubierto y tan claro como la luz del sol. En su estupor, no pudo articular palabra don Pedro, y a la terrible sorpresa siguieron ansiosas dudas. O Ibraim se chanceaba o alguien le había llenado la cabeza de mentiras. Hubo de insistir en sus terminantes afirmaciones el capellán de tropa, entrando en la explicación tal cómo y cuándo de su portentoso descubrimiento.

—¿De modo—dijo Hillo—que ya sabemos quién es la incógnita dama... que...?

Preparábase el buen presbítero a oír un rutumbante título de princesa o duquesa, y notó con disgusto que su amigo retardaba la declaración final, poniendo una cara burlona y guiñando los ojazos del modo más impertinente. Exasperado Hillo de tal falta de respeto, le incitó a expresarse claro, pronto y con la formalidad que el caso requería, pues la cuestión de parentescos y filiaciones de personas ilustres no era para tratada como los chismes de café. El demonio del clérigo gitano, mientras más serio se ponía su colega, más tentado parecía de la risa.

—La madre..., la madre..., ¡una gran señora...!—dijo don Pedro, cuya curiosidad se iba convirtiendo en coraje,

—Compañero, si ej usté un simple..., si no hay tal gran señora, ni prinsesa, ni archipámpana..., si es una grandísima coima...

Don Pedro sintió que toda su sangre se le agolpaba en la cabeza..., se le nublaron los ojos..., se agarró a un árbol. Y el otro, con fiera boca y alma llena de vileza, continuó su terrible información. La madre de Calpena era mujer de historia, que había ganado mucho dinero con tratos nefandos, de esos que la sociedad consiente por una inexplicable aberración de la moral pública. Su casa era muy conocida en Madrid. Pronunció Ibraim el nombre, que aquí no se estampa. «La...» Para don Pedro fué el tal nombre como si le entrara un rayo por el oído. Pero ¿cómo, cómo había podido averiguar...? No, no tenía ni visos lejanos de verosimilitud tal infamia. La señora invisible revelaba en sus cartas una cultura que no podía existir en ninguna hembra de tal estofa... ¡No podía ser..., no; mil veces no! A esto replicó Ibraim que la persona que había dado el ser a don Fernando Calpena, aunque de origen humilde y viviendo en la degradación de su comercio vil, era mujer de excepcionales dotes, de un talento superior no cultivado, y si no sabía escribir como los primeros literatos, secretarios tenía que le llevaban la correspondencia, distinguiéndose uno, el íntimo, el favorito, que era un célebre poeta...

Por un momento flaqueó la sólida convicción de Hillo; pero se rehizo al punpo, diciendo con gran entereza:

—Repito que no puede ser. Lo niego rotundamente. Aunque admitiéramos el engaño del estilo, hay algo en las cartas en que no cabe artificio ni fingimiento, y es la nobleza..., eso que da el na-

cimiento, la clase... No; repito que es un execrable embuste, y extraño mucho que un sacerdote, un caballero se preste a propalarlo.

Sin hacer caso de este arañazo, Ibraim prosiguio con fría crueldad, rebatiendo el argumento de la nobleza y oponiendo a las razones de su amigo otras que le desconcertaron.

—Además, nuestra buena incógnita es persona de posición, de riqueza—dijo don Pedro, creyéndose seguro en este terreno lógico. Pero el otro paró el golpe afirmando que la tal poseía un capitalito que dedicaba, en parte, tocada ya de arrepentimiento, a obras de caridad y a sostener parientes pobres.

—No puede ser... Esto es una farsa injuriosa, una burla sangrienta—gritó Hillo en tal exaltación, que su amigo hubo de retirarse cauteloso—. Si usted, señor don Ibraim o don Diablo, no quiere que yo le tenga por un embustero, ahora mismo, sin perder un minuto, lléveme a la vivienda de esa mujer; quiero verla, quiero hablarla, quiero conocer por ella misma el oprobio del desgraciado Fernando, a quien miro como hermano querido... En otras circunstancias, habría creído deshonrarme entrando en esa casa adonde usted me llevará; pero ahora más puede mi ansiedad que mis escrúpulos, y voy, sí, señor, pero ahora mismo... Vamos.

Y viendo que el otro vacilaba, se exaltó más, y cogiéndole por un brazo quiso arrastrarle hacia la puerta.

—No, si no tiene usted más remedio que llevarme. Quiero ir, quiero ver a esa persona, sea quien fuere, y aunque sus vicios sean tales que desaten el infierno en derredor suyo, la ha de ver, por San Judas Tadeo... Pues ¿qué? ¿Se dicen cosas de tal ignominia sin probarlas al instante?

—Se probará, señor Jiyo, se probará —replicó el otro, acoquinado, tratando de tomarlo a risa y luchando con las contracciones de su rostro, que se le alargaba—. Si quiere usté que vayamoj, iremos; pero sepa que la tal está de cuerpo presente. Ha fallesido anoche.

Agregó a esto que le habían llamado sus amigos para prestar a una señora moribunda los auxilios espirituales; pero la muerte le habia cogido la delantera. Subió a la casa, cuyas señas indicó. La difunta no se había enfriado aún. Las personas de uno y otro sexo que en la cámara mortuoria estaban, algunas de las cuales éranle a Ibraim bien conocidas, le contaron la historia. Cierto que no habían nombrado a Calpena; pero todas las referencias que del hijo de la muerta daban aquellas bocas deshonradas, concordaban con el individuo, circunstancias y calidades de don Fernando. Al llegar a este punto se rehizo don Pedro y vió que se desmoronaba el edificio lógico fabricado con podridos materiales por don Víctor; pero su curiosidad seguía siendo ardorosa y le incitó a seguir narrando, a referir textualmente lo que en aquel lugar nefando y fúnebre le dijeron, las cosas y objetos que allí vió, todo, en fin, cuanto pudiera esclarecer el tremendo enigma, más inescrutable ahora, representado por una esfinge muerta.

Contó Ibraim lo que su frágil memoria recordaba, y le refería mal, con torpeza y desorden. Las personas que rodeaban el cadáver de la *prójima* revelaban sentimiento de su muerte y ponderaron sus buenas prendas y excelente corazón, que algo bueno puede existir en los seres más envilecidos. Mujeres eran cuatro; hombres, tres; una de aquéllas debía de ser parienta de la difunta, pues tenía las llaves de la cómoda y alacenas donde guardaba sus riquezas, las que no había de disfrutarlas ya. A eso de las dos de la madrugada empezaron a sacar cosas, para hacer examen y aproximada valoración de todo. ¡Dios, lo que allí sacaron!... Encajes, aderezos, tabaqueras, abanicos, joyas diversas, pedrería suelta, grandes cantidades de esas perlitas que llaman *arjofas* y cartuchitos de onzas y ochentines. La mujer que parecía parienta, otra más joven que no cesaba de llorar por la muerta y un señor de mediana edad, muy calvo, efectuaron el rápido escrutinio, alumbrados por una vela que hubo de mantener en sus manos el señor de Ibraim, quien más ganas tenía de largarse a la calle que de hacer el desairado papel de candelero. Entre tanto, las otras dos individuas y los dos amigos de Ibraim (uno de ellos oficial de la Guardia), que le habían llevado a presenciar escenas tan desagradables, ocupábanse en amortajar a la que pronto había de vestirse de tierra y gusanos. Una de ellas dijo, besando el cadáver:

—¡Pobre *tal*..., parece que estás viva!

—¡Quién sabe si lo estaría!—dijo Hillo, que echaba chispas de puro nervioso—. Otra cosa: y ese señor calvo, ¿no sabe usted cómo se llama?

Respondió don Víctor que no había oído su nombre; mas por algo que habló el tal con las mujeronas dió a conocer que era de la Policía.

—Bien. Pues ahora procure usted recordar qué objetos vió en aquel escrutinio a la luz del candelero que usted mantenía. ¿Vió retratos de familia, alhajas de precio...? Y ¿no había paquetes de cartas?

Contestó Ibraim que había visto sacar, ya de estuches primorosos, ya de envoltorios de papel, cosas lindísimas: un retrato de militar, joyeles de diamantes, hilos de perlas y un abanico que los presentes alabaron como la mejor y más rara pieza que había en el mundo, tanto por su antigüedad como por su belleza.

La cara de Hillo parecía de cera; apenas respiraba. Pidió la descripción del abanico, y el otro rescándose la cabeza y plegando los ojos, como si aquel juego muscular le sirviese para atizar el mortecino rescoldo de su memoria, refirió que la joya había sido adquirida poco antes por la difunta a un alto precio.

—¿Y el vendedor?

Creía recordar Ibraim que más bien habían hablado de vendedora; pero el nombre, si es que lo dijeron, no se le quedó presente. En cuanto al abanico, era en verdad cosa linda... Varillaje de nácar caladito con mucho primor y las figuras de señorío a lo pastoril, con sus borreguitos correspondientes. En fin, pintura más bonita no se podía ver.

—Y ¿no reparó usted si al extremo de la derecha, en la base de una columna decorativa—dijo Hillo, poniendo toda su alma en la pregunta—, había...? Me refiero al país del abanico...

—Comprendido.

—¿No reparó si en ese besamento..., a la derecha, junto a una pastora con peluca muy alta, había un letrero en latín, una divisa heráldica, que dice...?

—¿Qué dice?

—*Virtus in arduis.*

Tenía don Víctor idea de haber visto unas letras, así como imitando inscripción en piedra jaspe, al modo de los epitafios..., pero no se fijó en si expresaban aquellos u otros latines.

Oído esto, fué acometido el buen Hillo de un temblor epiléptico, y montando después en cólera, se fué derecho a Ibraim, le agarró de las solapas y con tremebunda voz, acompañada de ademanes descompuestos, le soltó esta andanada:

—Usted me engaña, usted se ha propuesto burlarme y escarnecerme, usted es un vil. Hasta aquí he podido oírle con paciencia; pero ya no sufro más, y le digo a usted que esas historias que me cuenta son fábulas de su grosera invención... ¡Yo, yo lo digo y lo sostengo en el terreno que usted quiera!

Desprendió el otro con no pequeño esfuerzo sus solapas de la furibunda garra de Hillo, y de un brinco se puso a seis pasos; de otro brinco a una distancia considerable, que bien querría fuese de un par de leguas. Con atropelladas frases protestó de su veracidad, presa de un terror convulsivo que la espantosa ira del buen don Pedro justificaba. Corrió éste en seguimiento del andaluz, enarbolando el palo y aterrándole más con estas roncas expresiones:

—Sepa usted, mal caballero, que aquí está Pedro Hillo, el hombre pacífico y apocado, ahora dispuesto a volver por el decoro de una ilustre dama entre las más ilustres y a no permitir que ese decoro sufra la menor mancilla en boca de quien ha intentado confundir su persona con la de una miserable cortesana. Ahora mismo se desdice usted de los embustes que ha contado, o, de lo contrario, no volveremos los dos a Madrid: volverá uno solo.

Echo a correr Ibraim, que era el primer gallina del mundo con toda su estampa de perdonavidas, y no hacía más que decir:

—¿Se ha güerto loco?... ¡Señó Jiyo..., por lo clavoj e Cristo!

—¡No hay clavos que valgan—gritaba don Pedro, que invadido se sintió inopinadamente de un ardor caballeresco, el cual en un punto hizo gran revolución en su alma—. No habla el sacerdote, no habla el amigo; habla el caballero, y sostiene que no debe consentir el ultraje que un deslenguado infiere a la madre de Calpena, a la señora entre todas las señoras del orbe, a la dama nobilísima...

El otro, con más miedo que vergüenza, no hacía más que escurrir el bulto, tratando de calmar a Hillo con expresiones conciliadoras. Había referido hechos presenciados por él. No respondía de que fuesen una misma cosa lo que él había visto y oído y la historia de Calpena. Podía ser, podía no ser. Averiguáralo don Pedro, si quería... Esto dijo en cortadas frases, temblando, casi lloroso, mientras su colega, cuya mansedumbre se había trocado en bravura, trataba de cogerle las vueltas y cortarle el paso. Habíanse metido en terrenos sembrados, entre tapiales y casuchas, que debían de ser guaridas de gitanos. Don Pedro gritaba:

—¡Estamos solos..., en el campo estamos, campo del honor...! ¡Yo te reto, Ibraim!... ¡No traemos armas!... ¡Oh, quién tuviera las que han usado hoy esos duelistas de engañifa!... Pero si no hay armas cortantes, ni de fuego, tenemos bastones... ¡Dame satisfacción, menguado Ibraim, o te verás conmigo en duelo leal..., en lid de caballeros..., aquí mismo, sin que nadie lo pueda evitar!

—Satisfasión, Jiyo, satisfasión—decía el clérigo de tropa, siempre a distancia.

—Pero no corras, mala bestia. Ten valor para sostener tus infamias... Y si no quieres admitir el duelo; si como caballero no sabes responder de lo que has dicho, estoy decidido a apalearte... ¡So embustero! ¡Ven acá! ¿Para qué quieres ese corpacho, y ese trapío, y ese testuz, y esos remos?

Despavorido y sin malditas ganas de aceptar el caballeresco juicio de Dios que el otro le proponía, don Víctor no pensó más que en ponerse en salvo, y recogiéndose los largos faldones apretó a correr con toda la ligereza de piernas que le permitía su robusta humanidad de libras. Sin volver atrás la vista brincó entre zarzales, franqueó zanjas de inmundicia y hasta que no se puso a larga distancia no tomó resuello. Don Pedro le persiguió furibundo, esgrimiendo el palo, hasta que, rendida del colosal esfuerzo su máquina respiratoria, cayó en tierra como un tronco, rezongando:

—Canalla, me las pagarás... ¡Decir que es tal!... ¡Difamar a mi señora!... O te desdices o...

XI

No pudo apreciar el desdichado presbítero el tiempo que tendido estuvo en aquel terreno, más parecido a muladar que a campo de sembradura. Harapientas mujeres le ayudaron a levantarse y le limpiaron parte mínima del polvo y basura que decoraba su ropa negra. Apenas podía moverse de dolores agudísimos en todo el cuerpo; tardó un rato en recobrar el sentido de su situación y en traer a su mente claras imágenes de lo que había hecho y dicho. Dudaba de la realidad de la escena que le reproducía su turbada memoria, y cuando trató de dar las gracias a las tarascas que le socorrían, su lengua torpe no acertaba a formular sus pensamientos. Sentáronle sobre una piedra para descansar; pidió agua; se la dieron, y, reponiéndose poco a poco, se determinó al fin a emprender la marcha hacia el puente y calle de Segovia. «No quisiera topar con Ibraim, porque, si le veo, me volverá la rabia... ¡Dios mío! ¿Cómo he podido yo, que soy sacerdote...? ¿Será cierto que hice y dije todo lo que me va repitiendo la memoria? Y ¿qué fué? Que perdí el sentido, que al oír los disparates de ese bruto me volví caballero... ¿Puede uno volverse caballero en momentos dados aun siendo sacerdote? Se conoce que sí. He faltado a la moderación, a la humildad, a la paciencia que me impone el sacramento; he faltado y tendré que expiar mi culpa... Es que de algún tiempo acá, desde que la desconocida mamá de Calpena me fué metiendo con suavidad en este berenjenal romántico, no me conozco; no soy el Pedro Hillo de antes, de tantos años pacíficos y oscuros dentro de la paz sacerdotal... Me he convertido insensiblemente en otro ser, menos de Dios y más del siglo... Cuando he soportado que me encarcelaran, como un caso natural, ¿qué me queda ya que ver ni que sentir?... Soy hombre, sí; soy caballero, y no consiento que la llamen coima... Al que me lo diga le enseñaré yo quién es *señó Jiyo*, como dice ese bestia... No quiero, no quiero la deshonra de Fernando, a quien amo con todo mi corazón, y no le amaría más si le hubiera yo engendrado.»

En todo el trayecto hasta su casa, que fué lento y penoso, sus ideas sufrían una oscilación de balanza puesta en el fiel y empujada arriba y abajo por manos invisibles. Ya creía que lo dicho por Ibraim era falso, un embuste, una historia equivocada; ya veía en ello una verdad aterradora; y cuando esta idea de la posible veracidad del odioso cuento se clavaba en su magín, le entraba de nuevo la furia y ganas de emprenderla a bastonazos con el primero que encontrase...

«¡Vaya, si es verdad...! El polizonte, el abanico..., el misterioso resplandor testifical que irradian de sí las cosas verdaderas...»

Así pensaba un largo rato, y luego daba en creer que todo era mentira.

«No puede ser..., no, no. No se finge la nobleza; no hay arte que lleve el engaño a tal extremo de perfección.»

Había olvidado las señas de la casa mortuoria que le diera don Víctor; dudaba si había dicho Fuencarral o Arenal: era cosa acabada en «al». Por San Hermógenes bendito, debía buscar a Ibraim, pedirle perdón de las injurias y recoger de su boca la exacta dirección de la difunta incógnita. Pero ¿qué noticias iba a pedirle a una pobre muerta? Y ¿quién le aseguraba que los *adláteres*, el de la Policía, las mujeres malas no tirarían a sostenerle en el engaño, a embarullarle más y acabar de volverle loco?

Con estas dudas angustiosas llegó a Genieys, y agotadas sus fuerzas se arrojó en el lecho; no tenía ganas de comer: ningún alimento pasaría por su abrasado, seco y amarguísimo gaznate... no quería más que dormir, olvidar...

Calpena, que, según le dijo el mozo, había ido a las siete, marchándose después de tomar un copioso desayuno, volvió a casa por la tarde y le acompañó largas horas. A ratos lloraba el buen presbítero, sin que su amigo obtuviese de él explicaciones sobre los motivos de su pena. A los dos días recobraba la tranquilidad externa; pero su cabeza sufría extraños accidentes, pérdida repentina de la memoria, seguida del fenómeno contrario, esto es, extraordinaria viveza de los recuerdos. Fué Iglesias a visitarle y se alarmó del lastimoso estado cerebral de su amigo, y como notara que no se le atendía en la fonda con el esmero que su delicada salud requería, propuso llevársele otra vez a la casa de Méndez, lo que realizó aquella misma noche, sin aguardar a que el enfermo lo decidiera. Pagada la fonda con los pocos dineros que a Hillo le quedaban, fué trasladado a su antiguo hospedaje, adonde le siguió también Calpena.

—Amigo Nicomedes—le dijo don Pedro una noche, hallándose solos, el clérigo en su lecho, el otro sentado, leyéndole periódicos—: si usted no se enfada, le diré que no me interesa nada de eso que cuentan los papeles. Ahórrese el trabajo de leer en alta voz y lea para sí, que yo me estaré aquí calladito, pensando en mis cosas.

—Precisamente, amigo Hillo, leo en alta voz para distraerle de esos pensamientos que le traen tan extenuado. Es preciso que usted se ponga en cura resueltamente.

—A eso voy y de eso trato. Esta noche pensaba pedirle a usted un favor, en asunto pertinente a mi salud.

—Dígalo pronto, y si es cosa que está en mis facultades, délo por hecho.

—Pues usted, hombre de relaciones, conocerá a los señores de la Junta de Beneficencia. ¿No son éstos los que han de dar licencia para entrar en las casas de orates?

—Seguramente. ¿Tiene usted que visitar a algún pariente o amigo que esté encerrado en el Nuncio de Toledo o en Zaragoza?

—Pregunto si hay que dirigirse a esos señores solicitando el ingreso de un enfermo de enajenación.

—En efecto; los individuos de la Junta, previo informe de profesores de Medicina, dan la cédula de ingreso.

—Pues consígame al instante una cédula.

—¿Tiene usted pariente o amigo que se halle en ese triste caso?

—Tengo un amigo íntimo, sí, señor; tan íntimo, que usa mi nombre y apellido. El loco que deseo encerrar soy yo mismo, caro don Nicomedes, y dése usted prisa, porque los dineros se me acaban; yo no tengo ya posibles ni de dónde me vengan..., y como me siento rematado, en ninguna parte estaré mejor que en el Nuncio de Toledo.

Trató el bueno de Iglesias de apartarle de sus melancolías con festivas bromas; pero Hillo se confirmó más en

ellas, añadiendo estas alarmantes expresiones:

—Sí, lo digo a boca llena: estoy más perdido que Don Quijote y que cuantos locos hicieron disparates y simplezas en el mundo. Figúrese usted si lo sabré yo, que a todas horas no hago más que contemplar el barullo de mis ideas, los extraños sentimientos de que me veo acometido. Yo mismo he llegado a tomarme miedo, y quiero que me encierren, sí, señor, que me encierren y me aislen...

—Don Pedro, ningún loco discurre así sobre su propio desvarío. Pues no me lo diga mucho, porque doy en sospechar si estaré yo también trastornado.

—Cuidado, amigo, que así empecé yo —dijo don Pedro, incorporándose en el lecho bruscamente y mirando a su amigo con refulgentes ojos—. Y no crea que soy tan pacífico; no se fíe usted de mi natural tranquilo y manso..., no, no, no se fíe. Que también me dan terribles arrechuchos, y se me mete en el magín la convicción de que no soy sacerdote, sino caballero, desfacedor de agravios, como quien dice; y cuando me da esa tremolina hago y digo atrocidades sin número. Desafío a todo el que se me pone por delante y me siento con ánimo de comerme a bocados al que no diga y confiese...

Oyendo esto y viendo cómo braceaba el clérigo al decirlo, Iglesias tuvo miedo y retiró hacia atrás la silla en que se sentaba.

—Confío en que su amistad y sentimientos humanitarios—agregó Hillo, calmada su excitación—le inducirán a dar los pasos convenientes para meterme en el Nuncio, antes hoy que mañana. Temo empeorar, ponerme más perdido... ¿Conque lo toma como cosa suya? Crea usted que se lo agradezco, y desde mi encierro pediré al Señor que no siga usted mi camino.

—Hombre, no... Allá me espere usted largo tiempo—dijo Nicomedes tomándolo a broma; pero con la pulga en el oído, más inquieto de lo que parecía.

Viéndole tranquilo, Iglesias le manifestó que él se sentía también un poco trastornado por la maldita política. No sabía ya qué camino tomar, ni a qué aldabas agarrarse, porque ni los caminos conocidos ya le llevaban a ninguna parte, ni las aldabas, repicadas con furor, le abrían ninguna puerta. Su juego de acogerse a Mendizábal, casi en el suelo ya, no parecía resultarle eficaz, porque don Juan de Dios, en su orgullo, acababa de manifestar el deseo de *caer solo*, sin solicitar colchones ni paracaídas del partido en que militaba. No quería que los *santones* le echaran una mano, ni que lo recibieran en las suyas las sociedades secretas.

—¿Sabe usted, amigo don Pedro, lo que ha dicho hoy en los pasillos del *Casón?* Yo mismo se lo oí. «Me voy a una casita que tengo a noventa millas de Londres, y allí me estaré con mi familia, *viendo la marcha de las cosas de este país...*» Y luego, en otro corrillo, le dijo al propio Argüelles: «Sé vivir con *ochocientos reales mensuales* en Londres con mi familia, y vivir feliz. Traje mucho y nada me llevo. Que ustedes se diviertan.»

—Gran filosofía es ésa. El señor don Juan Alvarez merece toda mi admiración.

—Se retira..., al menos así lo asegura. Y henos aquí abandonados los que no hemos querido hacer causa común con el *santonismo.*

—De modo que ahora se encuentra usted como el alma de Garibay—dijo don Pedro, con una risa atronadora que puso muy en cuidado a su compañero de casa—. Pues decídase de una vez, Iglesias, y véngase conmigo.

—¿Adónde?

—Al Nuncio de Toledo. Allá estaremos tan ricamente, y nos contaremos uno a otro nuestras cuitas: yo le diré por qué peno, y usted me hará la historia de sus desairadas tentativas. Créame, no se puede luchar con el destino, y el mío, como el de usted, es no llegar nunca... Hemos nacido con desgracia: la obstinación en esta desigual batalla nos ha trastornado la cabeza. Aún estamos a tiempo, señor don Nicomedes; vámonos, encerrémonos antes de que salgamos por las calles tirando piedras. Corremos el peligro de hacer una barbaridad inesperadamente, y si no coincidimos en la ocasión de hacerla, es fácil que nos enchiqueren por separado, a mí en una parte, a usted en otra, y en este caso no hallaremos en la compañía el consuelo que deseamos.

Al siguiente día repitió Hillo su cantilena del Nuncio de Toledo, ya con verdadera reiteración monomaníaca, lo que puso en mayores cuidados a Iglesias. Conceptuando peligroso contrariarle, le

aseguró que ya había pedido la recomendación para ingresar los dos en cualquier casa de orates; y a este propósito dijo don Pedro cosas tan oportunas y juiciosas, que Nicomedes hubo de enmendar su opinión respecto a él, teniéndole por la misma cordura.

—A usted y a mí, señor De Iglesias, nos pasan tantas desventuras por habernos salido de nuestra jurisdicción, del terreno en que por nacimiento, por naturales gustos y por la ley del tiempo y de la vida debimos permanecer. En vez de mantenernos en jurisdicción, nos hemos ido por los cerros de Ubeda, y henos aquí, desorientados, huídos, en una palabra, sin saber qué rumbo tomar, como no sea el de la perdición. Yo, presbítero, me salí de mi terreno, arrastrado por un noble afán del bien, eso sí; y aquí me tiene usted castigado por Dios, que no ha visto con buenos ojos el abandono de mis deberes eclesiásticos, por meterme en caballerías impropias de la milicia cristiana a que pertenezco. Verdad que mi conciencia no me arguye ningún pecado grave; pero en religión, como en moral, no sólo es menester ser bueno, sino parecerlo, y yo no parezco un buen sacerdote. La nobleza de los fines que me arrastraron a esta vida de sobresalto no me exime de responsabilidad ante el clero; no, señor, no me exime, y hoy todo mi afán es volver humilde y sumiso al rebaño eclesiástico, prosternarme ante el Sacramento y elevar a Dios en mi alma, haciéndome digno de celebrar nuevamente el Santo Sacrificio... Pues expresada mi situación, voy a la de usted, que estimo muy semejante a la mía, aunque a primera vista no lo parezca. Por lanzarse a este vértigo de la política, donde esperaba satisfacer legítimas ambiciones, abandonó usted el bienestar y la paz rústica de su casa manchega; dió usted de lado a sus padres y hermanos, y trocó la tranquilidad oscura y modesta por los afanes ruidosos. Reconozco que sus aspiraciones eran rectas y nobles: servir al país, ilustrarle; aspiraba usted a manifestar en las Cortes sus ideas y el fruto de sus estudios, a desempeñar un ministerio, cosas muy santas y muy buenas... Empezó mi hombre su campaña con entusiasmo y brío, metiéndose en todo, huroneando en el periodismo, cultivando amistades; sin sentirlo, se fué metiendo en intrigas de mala ley, porque es la política un terreno movedizo y desigual, y andando por ella, ya se pone el pie en firme, ya se hunde en ciénagas malsanas. Cuando ha querido recordar, ya estaba el hombre metido hasta el cuello. Quizá por su misma inquietud, por el afán de llegar pronto, se ha perdido en estos laberintos, y ahora los esfuerzos para salir le meten en mayor confusión y en más cenagosos atolladeros... Trajo usted con sus aspiraciones legítimas una dosis no corta de soberbia, amigo mío, y por querer sentar plaza en los altos puestos, como a su parecer le correspondía, despreció los secundarios que se le ofrecieron, y ahora se dará con un canto en los pechos si obtener puede un destinillo de tercero o cuarto orden. No ha sabido usted esperar; ha olvidado aquel sabio precepto que se atribuye al último rey: «Vísteme despacio, que estoy de prisa.» Y por vestirse atropelladamente se ha puesto el chaleco donde debió estar la camisa, y la camisa en la cabeza, a guisa de turbante. Está usted hecho un mamarracho.

Sonreía Iglesias oyendo este retrato, en el cual vió la destreza del pintor, y alentándole a seguir, continuó el clérigo de este modo:

—Compare usted esta tracamundana en que ahora se encuentra, abandonado de sus amigos, y sin saber a qué santos o *santones* encomendarse, con la paz y la dulce *mediócritas* de su casa. En su querido Daimiel dejó usted padres y hermanos labradores; su hacienda bastaba para sostén de la familia, y con el trabajo de todos podía ser aumentada. Vino y pan abundantes, caza de lagunas, caza de jarales le sustentaban, ofreciéndole los esparcimientos y el saludable ejercicio del campo. Todo lo dejó usted por venir a quitarle motas a don Martín de los Heros, o a ver escupir por el colmillo a Ramoncito Narváez. De éstos esperaba usted la ínsula que ambicionó su compatriota Sancho Panza, y la ínsula no parece, y don Martín, don Juan de Dios, don Salustiano, don Javier, don Francisco y don Fermín no hacen más que marearle y traerle de Herodes a Pilatos con una soga al pescuezo. Y en tanto su familia, según usted mismo me ha contado, yo no lo invento, se ha cargado de deudas para sostenerle aquí, siempre en espera de que llegue carta con la feliz nueva de que el señorito es procurador,

ministro o, por lo menos, director de Rentas, y lo que llega es la requisitoria angustiosa del madrileño, pidiendo más dinero, más, porque la vida de la corte es cara, y no se pescan truchas a bragas enjutas; que si buena cartera se ha de ganar, buenos cuartos le cuestan las apariencias y ostentaciones que trae consigo la posición política. Total, que los viejos no saben ya qué hacer para el sostenimiento en Madrid del hijo *que va para gobernador,* y ya no tienen tierras que empeñar, ni granos que vender, ni tinajas de vino que malbaratar, y su único recurso será desprenderse de la camisa que llevan puesta para atender al grande hombre. ¿Es esto cierto, sí o no? ¿No estaría usted mejor allá, muy tranquilito en su labranza, comiendo buenas sopas de ajo y suculentas migas, harto más sabrosas, ¡ay!, que los bodrios indecentes que le da Genieys cuando usted convida o le convidan sus amigotes? Allá no le dirán que es un Mirabeau en agraz, ni que tiene el cuerpo lleno de *espíritu del siglo,* ni le meterían en la cabeza tanto viento y hojarasca; pero viviría usted en paz con Dios y con los hombres, y sería usted un hijo ejemplar y un buen padre de familia..., pues usted me ha contado, yo no lo invento, que le tenían preparado ayuntarle..., repito que no lo invento..., con una hija de ricos labradores, «alta de pechos y ademán brioso», como Dulcinea; y usted despreció el partido, porque la lozana joven comía cebolla cruda..., ¡vaya una tontería! Y no es sino que al niño se le metió en la cabeza que aquí estaban las hijas de los duques y marqueses esperándole para darle su blanca mano, y ambicionaba el trato social muy fino, las etiquetas y bobadas cortesanas... Confiésemelo: ¿era como lo digo? Pues la moza de allá se casó con otro, y ha parido dos hijos ya, como terneros..., yo no lo invento, y es feliz, y usted anda por aquí con la cabeza a pájaros, buscando un acomodo que no encuentra, ni en lo social, ni en lo político, ni en nada, ea. De buena gana, si pudiera volver los hechos al punto de lo pasado, y desandarlo todo, renegaría el buen Iglesias de su vida de estos años, amando lo que despreció, y amparándose a lo que antes tan mal le parecía. Hoy le viniera bien poder cambiar la fragancia de droguería que usan estas damiselas enfermizas, como disimulo de las pestilencias de la civilización, por aquel tufillo de cebolla, compañero de la salud del alma y del cuerpo. ¿Verdad que desharía usted la tela del tiempo, amigo Nicomedes, y la volvería a tejer con la urdimbre aquella..., y con la labradora de la Mancha?

XII

Igesias se reía, ocultando con el humorismo su tristeza.

—¿No nos vendría bien a los dos—prosiguió el presbítero—volver a nuestra jurisdicción: yo, a mi clerecía y al humilde magisterio de retórica; usted, a la paz de su Daimiel? Diría usted con el gran poeta:

¡Oh campo, oh monte, oh río,
oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestüoso.

Y a mí me tocaría decir con el mismo poeta, volviendo la espalda al tráfago social:

No condeno del mundo
la máquina, pues es de Dios hechura:
en sus abusos fundo
la presente escritura,
cuya verdad el campo me asegura.

Interrumpió esta grata y al propio tiempo triste conferencia la llegada de una esquela para don Pedro, la cual bruscamente llevó la atención de entrambos a negocio de mayor interés. La letra del sobrescrito revelaba la mano de Calpena. Hillo se puso de veinticinco colores previniendo una nueva desdicha que llorar, y rogó a Nicomedes que leyese, pues él sentía gran debilidad de vista y de cerebro. Iglesias leyó:

«Amado clérigo, mi dulce amigo, perdóname si me ausento sin despedirme. La despedida sería harto penosa, y en ella, si mi locura se viera combatida por tu razón, todos los esfuerzos de ésta serían inútiles, y prefiero que mi desobediencia no vaya precedida de una discusión inútil. Me voy. ¿Adónde? Ya te lo diré. He averiguado dónde está el único fin de mi vida, y tras ese fin sin fin corre mi destino ciego... Nunca te olvida tu

Fernando».

—Y con su poquito de culteranismo —dijo Iglesias dejando la carta sobre la mesa—. Este chico está más trastornado que nosotros.

—¡El romanticismo, el gran monstruo, es la tromba que a todos nos arrastra! —exclamó don Pedro dando un gran suspiro—. Bien, hijo, bien; la noticia no me coge de nuevas. Me lo temía. El Destino sobre todo... Arrojémonos a los profundos abismos, pues así lo quiere Dios... Dios, sí, que obra suya es el romanticismo, como lo es la vida clásica... Bien, hijo, bien; vete en busca de tu ídolo, y que Dios te ampare y te guíe por ese despeñadero. Y bien mirado, si eres nacido de *ésa*, vale más que huyas y desaparezcas... Deshonra por deshonra, no sé con cuál me quede Pero si me engañó el maldito gitano, si no es *ésa*, sino *aquélla*... Dios decidirá de tu suerte y de la mía. Venga la luz, y cualquiera forma que traiga la verdad, admitámosla y acatémosla.

Poco después manifestó deseos de vestirse y echarse a la calle: sentía vivas ganas de dar un paseo. No se brindó Nicomedes a acompañarle, porque tenía que acudir al trajín político: ver a Salustiano, recorrer tres o cuatro Redacciones, los dos Estamentos y otros lugares donde hervía la actualidad, y había que comerla calentita. Era hombre que cuando estaba dos horas sin politiquear no vivía, le faltaba el aire respirable: tan profundamente metido en el alma tenía el nefando vicio. Se fué, mientras el otro se vestía presuroso, ávido de rodar por esos mundos en busca de la puerta de su porvenir, que ni cerrada ni abierta encontraba ya. Ocurrió en aquellos días la caída de Mendizábal, suceso que no se efectuó sin estruendo. Aunque en Palacio le tenían sentenciado desde marzo, y estaba hecha ya la cama para Istúriz, se esperó una coyuntura decorosa, la propuesta de nombramientos militares para las Inspecciones de Milicias, Infantería y Artillería. Disconforme su majestad con los ministros, puso a éstos en el caso ineludible de presentar sus dimisiones. Mendizábal soltó la caña del timón, que había tenido en su mano durante siete meses, y empuñóla Istúriz, cuya vida ministerial había de ser aún más corta.

Así hemos venido todo el siglo, navegando con sinnúmero de patrones, y así ha corrido el barco por un mar siempre proceloso, a punto de estrellarse más de una vez; anegado siempre, rara vez con bonanzas, y corriendo iguales peligros con tiempo duro y en las calmas chichas. Es una nave ésta que por su mala construcción no va nunca adonde debe ir: los remiendos de velamen y de toda la obra muerta y viva de costados no mejoran sus condiciones marineras, pues el defecto capital está en la quilla, y mientras no se emprenda la reforma por lo hondo, construyendo de nuevo todo el casco, no hay esperanzas de próspera navegación. Las cuadrillas de tripulantes que en ella entran y salen se ocupan más del repuesto de víveres que del buen orden y acierto en las maniobras. Muchos pasan el viaje tumbados a la bartola, y otros se cuidan, más que del aparejo, de quitar y poner lindas banderas. Son, digan lo que quieran, inexpertos marinos: valiera más que se emborracharan, como los ingleses, y que borrachos perdidos supieran dirigir la embarcación. Los más se marean y la horrorosa molestia del mar la combaten comiendo; algunos, desde la borda, se entretienen en pescar. Todos hablan sin término, en la falsa creencia de que la palabra es viento que hace andar la nave. Esta obedece tan mal, que a veces el timonel quiere hacerla virar a babor y la condenada se va sobre estribor. De donde resulta, ¡ay!, que la dejan ir adonde las olas, el viento y los discursos quieren llevarla.

Aquella noche hubo en los clubs grande algarada. En el Estamento mismo no faltó quien propusiera «destronar a la reina» sin pérdida de tiempo, y «crear una regencia de otro sexo». Las logias ardían; los círculos de la Milicia Nacional eran verdaderos volcanes; el nuevo Gobierno, apoyado en la guarnición, tomó sus medidas para reprimir cualquier algarada, y preparaba el decreto para disolver las Cortes, elegidas el mes anterior. ¡Y hasta otra!

En casa de Seoane, adonde fué Nicomedes por la noche, vió éste a Mendizábal, que recibía parabienes por su caída. La adulación de unos, la cariñosa amistad de otros querían pintarle su muerte como su mejor vida, su batacazo político como un éxito evidente. Iglesias no vaciló en felicitarle también, augurándole una resurrección como la del Fénix; pero el despedido ministro no daba gran

valor a estos consuelos, y se aferraba más a la idea de abandonar un terreno en el cual no sabía moverse con desembarazo. Entre otras cosas, dijo estas palabras, que como textuales se copian aquí: «Yo no soy hombre de partido; la prueba es que el que se decía mi partido me ha abandonado: ¿y por qué? Porque he sido y soy y seré independiente: ésta es mi gloria.»

Y en un grupo que se formó después, agregándose varias señoras, repitió el gran hombre lo de los «ochocientos reales» que le bastaban para vivir con su familia en el *cottage* que poseía a noventa millas de Londres. También dijo esto, que es histórico y consta como en escritura: «Si tuve ambición de ser ministro, ya lo fuí; y si hacemos el inventario, me parece que estamos mejor que lo estábamos cuando me hice cargo, en septiembre. Conmigo traje mucho; conmigo no llevaré nada más que ojos para llorar la desgracia de mi inocente familia, a quien por la cuarta vez he arrebatado cuanto le pertenecía. Mis enemigos me llaman honrado y patriota, y esto no es flojo consuelo. Conserve yo tales motes, y todo lo demás nada me importa.»

Hablando con el propio Nicomedes y con Olózaga, que vaticinaban una trifulca próxima, y con ella la segura rehabilitación del partido de Mendizábal y su nuevo llamamiento al Poder, se mostró escéptico, desilusionado, sin entusiasmo por los pronunciamientos y sediciones, y sin malditas ganas de volver a empuñar el timón de bajel tan desconcertado y peligroso. «Siempre que mi patria me llamó—dijo, y esto es también textual—, me encontró. Nada quise, nada recibí, nada recibiré. Tengo parientes aptos para los empleos públicos: no los han obtenido; y para que no me llamen descastado, les formé un capital de mi pensión por lo que pedían. En mi retiro, en mi rincón seré siempre feliz y podré decir: *Hice lo que pude, lo que debí; nada le he costado a mi patria.*»

A la una próximamente se retiró a su casa, cuya escalera subió meditabundo, triste. Su amor propio se resentía de la conmoción del porrazo. Creíase capaz aún de grandes cosas, y el no poder realizarlas, ni siquiera emprenderlas, le inspiraba coraje de sí mismo y lástima de la nación que tal hombre se perdía. Reconociendo sus errores, sus inexperiencias, de unos y otras se lamentaba en el sombrío examen de su caída. ¡Oh, si se pudiera empezar de nuevo!... Pensando en su fama, en la gloria que ambicionaba, no vió muy claro su nombre en las doradas páginas de la Historia. Pensó también en las calumnias con que le había obsequiado el vano vulgo antes de su fracaso, y se dijo: «A estas horas no habrá un solo español que crea que entro en mi casa con las manos absolutamente limpias... Por Dios, que tan limpias las habrá, pero más no.» Al verle salir de casa de Seoane, Joaquín María López había hecho con cuatro palabras el exacto retrato del ministro de la Desamortización: «Alma candorosa y apasionada, cabeza fecunda en recursos, corazón a la vez de héroe y de niño.»

Traspasada la puerta de su morada, recibió como una onda salutífera, el embate del calor doméstico. Niños, mujeres, salían a su encuentro, personas queridas, deudos y parientes. Entre la turbamulta distinguió una modesta figura, un anciano, que en último término permanecía, medroso de avanzar a saludarle: era Milagro. Al reconocerle, no sin dificultad, pues no había exceso de luz en el recibimiento, don Juan de Dios expresó contrariedad y lástima...

—¡Por Dios, Milagro, usted aquí todavía! Cuando le dije que se pasara por mi casa esta noche y me aguardase en ella, no contaba con esta inesperada cena en casa de Seoane. Dispénseme, amigo mío. Le he dado a usted un plantón horroroso.

—No importa, señor—dijo Milagro, humilde y atento—. Mucho gusto en servirle.

—¿Desde qué hora está usted aquí?

—Desde las ocho.

—¡Y es la una! Carambo... Dispénseme.

—No importa, señor...

—Carambo, es usted el empleado *no importa.*

—Dice bien vuecencia: ése es mi lema... Las infinitas cesantías que he padecido me han obligado a adoptar esa fórmula de resignación.

—Pues ahora... «Cuando las barbas de tu vecino veas arder...»

—Sí, señor; ya..., ya he puesto las mías en remojo.

—Será ministro de mi ramo el señor Aguirre Solarte, buena persona... Agá-

rrese usted como pueda... Bueno, pues no quiero detenerlo más... Un momento, señor Milagro.

Hízole pasar a su despacho y, en pie los dos, el caído ministro dijo al vacilante funcionario.

—Pues le ha mandado venir a usted porque pienso utilizar sus servicios en trabajos que preparo para la defensa de mi gestión ministerial, si, como presumo, soy atacado y acusado con mala fe... Y por de pronto, antes de encargarle las copias de estados y documentos que tengo ya en casa, me hará usted un favor de otra índole.

—Vuecencia me tiene a su disposición para todo.

—¿Conoce usted a ese Maturana, diamantista que fué de Palacio?...

—Es grande amigo mío.

—Perito en alhajas, tasador, comerciante...

—Y hombre de gran conocimiento en todo lo concerniente a pedrería y metales preciosos..., muy relacionado con la Grandeza, con los marchantes extranjeros... Trabajó treinta y tantos años para la Casa real.

—Y le despidieron el año catorce por afrancesado, por amigo de Godoy..., no sé por qué, ni me importa. Vamos al caso. Puesto que es tan amigo de usted, búsquele mañana mismo. Le dice usted que Mendizábal desea hablarle..., tener con él una conferencia...

Dicho esto, el ex ministro permaneció un momento taciturno, fija la mirada en el suelo, oprimiéndose con dos dedos el labio inferior...

—Conferencia, sí..., que hablaremos detenidamente de un asunto...

—Bien, señor. Mañana, de nueve a diez, estaré en su casa.

—Y si accede, como creo, me lo trae usted... No saldré de aquí hasta las doce.

Con esto quedó despachado el buen don José. Al despedirle, don Juan Alvarez Mendizábal le vió con pena salir... Era el ministerio, la poltrona, la oficina, el diario trajín político, que cesaban, se perdían en una triste lontananza absorbida por el pasado... Suspiró don Juan... ¡Carambo, qué importaba! Mejor: salía del país y entraba en la familia.

XIII

Ya cargaba don Javier Istúriz, en medio de un gran barullo, la cruz de la presidencia ministerial, llevando por Cirineos a don Angel de Saavedra y a don Antonio Alcalá Galiano, cuando el gran Nicomedes Iglesias, que ningún sendero veía para sus ambiciones, fuera de la travesura revolucionaria, extremaba la oposición al Gobierno en la Prensa y en las logias, con la añadidura de su hablar malévolo en cafés y tertulias, que era la peor y la más terible arma. Una tarde del florido mayo le encontramos en Solís, perorando con todo el veneno del mundo, en la mesa del rincón, al frente de una pandilla de desocupados, de los que matan las horas arreglando el país entre terrones de azúcar y copitas de aguardiente. Asistían al sacro colegio, entre otros puntos, Eleuterio Fonsagrada, un amigote suyo, sargento de la Guardia real, cuyo nombre no hace al caso, y el tísico Serrano, que, amenazado de cesantía, llamaba a Cachano con dos tejas. Menos pesimista en lo tocante a su enfermedad, porque los aires primaverales le habían remendado el destruído pecho, se forjaba la ilusión de seguir viviendo; pretendía nada menos que ascender, tener dinero, darse buena vida; y si esto no podía ser, vinieran pronto las catástrofes a hacer tabla rasa de todo. Que su cadáver y el del país, su pobreza y la de la nación tuvieran una sola inmensísima tumba. Los tiros de aquel destacamento de patriotas, después de hacer gran destrozo en las cabezas ministeriales, apuntaban a más altas cabezas.

—Me parece—dijo Iglesias, medio ronco ya de tanto vociferar—que esa buena señora tendrá que volverse pronto a su pueblo, a esa Parténope con que nos han mareado los poetas.

—En ese caso—indicó Serrano, más ronco todavía que su compañero—, ¿conservaremos la regencia una, o estableceremos la trina?

—Tan torcidas pueden venir las cosas —afirmó Iglesias, dando a sus palabras una intención profética y misteriosa—, que ni Regencia necesitamos. ¿Quién sabe lo que puede sobrevenir? Tales disparates hacen en Palacio y tan ciegos es-

tán allí, que los cálculos y previsiones de los más expertos fallan... Esto es ya una casa de locos. ¿Adónde vamos? La honda no sabe adónde irá a parar la piedra.

—Pues todavía falta lo mejor. Resueltamente deja el mando del Norte el general Córdoba—dijo Fonsagrada—. ¿A quién nombrarán?

—A cualquiera—indicó Iglesias—. Para lo que ha de hacer, lo mismo da Pedro que Juan. Esta guerra no se acaba ya por los procedimientos comunes. Puesto que no tenemos un Hoche...

El auditorio se quedó suspenso: ninguno de los presentes sabía quién era Hoche...

—Mientras no se haga un escarmiento como el de la Vendée, nada se conseguirá por las armas. Tendrán que partir a España en dos reinos, quedando para los liberales, o sea, para la *angélica*, los estados de Getafe y Alcorcón.

—Madrid—dijo Serrano con humorismo catarral, echando luengas babas—, se constituirá en República de Capricornio, bajo la presidencial de mi coronado jefe don Eduardo de Oliván e Iznardi...

—Y ése, ¿no quedará cesante?

—¡Hombre! ¡Qué cosas tiene Iglesias! ¡Cesante el esposo putativo de la de Oliván! Buena se armaba; sí, señor, buena, buena, como dice Miguelito. Esa, sin ser de Parténope, tiene más poder que la señora de Muñoz, y como se le atufaran las narices, como le dejaran cesante a su Eduardito, crujía el Estatuto y se tambaleaba el trono angélico... Ya lo verán ustedes: no pasan tres días sin que el señor Aguirre Solarte le dé un ascenso al primer manso de Madrid. Ya sabrá ella manejar el tinglado. No hay cambio de situación sin que Eduardito dé un paso adelante en su carrera. Tiene la Historia contemporánea claramente escrita en su cabeza, como los ciervos llevan la cifra de su edad en cada rama..., pues...

Echóse a reír la pandilla, y Nicomedes afirmó que los tiempos eran desastrosos, que todo anunciaba próximos cataclismos.

—Lo que ocurre en todos los órdenes contradice la verdad y la lógica. La realidad es más peregrina que las invenciones de los poetas.

Trocándose han las cosas de manera
que nos parece fábula la Historia.

—Pues espérense ustedes un poco—dijo el de la Guardia, no Fonsagrada, sino el otro, cuyo nombre no hace el caso—, que ahora va a venir lo más gordo.

—¿Qué?—preguntaron todos, ávidos de mayores desatinos, de mayores calamidades públicas y privadas.

—Pues que se están preparando los datos para demostrar que la señora doña Cristina..., chitón, que esto es muy delicado, que la señora doña Cristina, no contenta con los dinerales que le dejó *Narizotas*, y queriendo meterse en mayores negocios de minas de carbón y saneamiento de marismas, ha hecho pacotilla de todas las alhajas de la Corona, para venderlas. Y que no era floja cantidad de pedrerías la que guardaban en Palacio los reyes, desde el que rabió: cientos de miles de esmeraldas, celemines de perlas, entre las cuales había una grandísima, que Felipe Cuarto llevaba en el sombrero, y había costado una fortuna.

—Algo de eso oímos anoche en Tepa—dijo otro, anónimo también, pues el mismo Iglesias no sabía cómo se llamaba, ex ejecutor de apremios, encausado tres veces—. Y a lo que parece, el señor Aguado, don Alejandrón, no ha venido a otra cosa que al negocio ese de las alhajas.

—Se asegura que el tal Aguado viene a establecer, con dinero de la reina, una línea de barcos de humo, digo, de vapor.

—Pues yo, francamente—declaró Iglesias, alardeando siempre de autoridad—, sin defender a doña Cristina del cargo de allegadora, sostengo que eso de las alhajas es paparrucha. ¡Si todo el tesoro de Palacio se lo llevó Murat!

—Así lo han dicho para despistar a los incautos. Murat afanó lo que pudo; pero se dejó lo mejor. En fin, ustedes lo verán.

—¿Y podrá probarse...?

—En ello andan. No están los palillos en malas manos.

Presentóse en esto don José del Milagro con cara tan mustia que daba lástima verle. Al llegar a la mesa, dejó sobre ella un fajo de papelotes que bajo el brazo traía, y se limpió fatigado el sudor de la calva.

—¿Qué traes, Milagrito?—le dijo uno de los tertulios, que con él tenía confianza—. ¿Por qué tan patibulario?

—No es preciso que nos lo cuente—indicó Nicomedes—, pues el pobre trae escrita en su cara la sentencia fatal.

—¡Cesante!—exclamó Serrano, lívido, esputando.

—Hoy, señores, hoy—manifestó Milagro lúgubremente—, al llegar a la oficina..., ya me lo anunciaba el corazón..., me encontré el jicarazo. Ese perro de Aguirre Solarte declara en este papelejo inmundo que el Estado no necesita de mis servicios... ¿Saben ustedes a quién le dan el triste hueso que yo roía? Pues al niño mayor de Oliván. ¡Válgame Dios, qué familia ésa!

—Si apenas le apunta el bozo.

—Pero le apuntan los botones en la frente—dijo Serrano.

—¡Luego se espantarán de que haya revoluciones!

—Y de que arda Madrid.

—Y de que reviente España como un polvorín, harta de estas vergüenzas y de tanta injusticia.

—Pueden creerlo—agregó otro, que no bajaba el embozo de la capa, muerto de frío en pleno mayo—, la Milicia está que trina.

—La desarmarán, hombre—dijo Iglesias con amargura pesimista—. Si ya hemos visto para lo que sirve la Milicia: para formar en las *Minervas* y hacer tonterías.

—¡Desarmarla!... ¿A que no se atreven?

—¡Pues no se han de atrever! Y el día en que toquen a desarmar, veremos a los bravos milicianos escondiéndose en las carboneras de sus cocinas, o entre las faldas de sus mujeres... Ya pasaron los tiempos de la vergüenza miliciana. Ya no hay un don Benigno Cordero, comerciante de encajes, que con un puñado de valientes sacuda el polvo a toda una Guardia real en el Arco de Boteros.

—Poco a poco—dijo el sargento incógnito—, no se permiten alusiones *maquiavélicas*... La Guardia de hoy no es como la de ayer, *órgano* del despotismo. Hoy la Guardia es o será *órgano* del pueblo...

—De Móstoles querrá usted decir.

—Digo y repito que el segundo regimiento, por lo menos, no *rendirá parias* al absolutismo.

—¡Hombre, *parias*...!

—En el segundo regimiento, que es el más ilustrado, reina un espíritu...

—¿Cómo es ese espíritu?—dijo Serrano—. No será el *espíritu del siglo,* que ése lo tienen cogido los moderados.

—Un espíritu... muy bueno.

—Entonces será el de vino, que es el mejor que se conoce.

Como recayese otra vez la conversación en lo de las alhajas de la Corona, tomó la palabra Milagro para expresar una opinión, según dijo, de autoridad irrebatible. La señora era inocente de la sustracción y venta de pedrerías de Palacio; y las acusaciones que en tal sentido se le hacían, enteramente gratuitas y mentirosas. ¿Quien probaba esto? Quien tenía medios sobrados de conocimiento para demostrar que el verdadero y único afanador de aquellos tesoros fué el señor don Joaquín Murat, general de mamelucos y después rey de Nápoles. Y por de pronto no decía más, aunque algo más sabía: la discreción, la confianza que en él habían puesto personas ilustres, le vedaban entrar en pormenores de asunto tan delicado.

—¿Es cierto, Milagrito—le preguntó el que más familiarmente le trataba—, que le estás ayudando a *don Juan y Medio* a escribir la defensa de los planes que no realizó?

—Yo no pico tan alto. El señor Mendizábal me ha encargado ciertos trabajillos; pero yo no le escribo su *Defensa:* en todo caso, lo que haré será ponerla en limpio... Y ya que hablamos de don Juan de Dios, diré a usted que la mayor de las infamias es sostener y propalar, como hacen por ahí más de cuatro deslenguados, que el señor ex ministro ha movido este zafarrancho de las alhajas palatinas para vengarse de quien tan sin razón le ha despedido del gobierno...

—Pues la cosa es muy lógica—apuntó Iglesias—. Don Juan debe tomar el desquite... Yo en su lugar...

—Usted en su lugar no lo haría, señor don Nicomedes—afirmó Milagro con gran entereza, dando porrazos sobre el papelorio que tenía en la mesa—, porque es usted un caballero, ni más ni menos que don Juan Alvarez Mendizábal, y aquí estoy yo para sostener, como lo sostengo, que don Juan Alvarez no es el que ha levantado esta polvareda contra la Gobernadora, sino el que se propone arrojar sobre el susodicho polvo un gran jarro de agua: Sí, señores y amigos, ese grande hombre, esa alma nobilísima le dirá pronto a su majestad: «No te apures, hija, que yo, yo, el caído, el despedido, me dispongo a demostrar al mundo que no tienes arte ni parte en esa distracción de

las piedras finas de tus mayores. Estate descuidada qué yo pago de este modo los agravios que recibo. Yo, Juan Alvarez y Méndez, caballero que tiene la verdad por Dulcinea, yo, yo..., yo lo demostraré.»

Decía esto Milagro con grande vehemencia, dándose un fuerte golpe en la caja del pecho cada vez que pronunciaba un *yo*. Después le ofrecieron un vaso de agua y apagó, bebiéndolo sin respirar, el volcán de indignación que en su seno ardía.

—No me parece inverosímil—dijo Iglesias—lo que Milagro nos cuenta. Mendizábal será lo que se quiera: un loco, un arbitrista, un hombre de triquiñuelas y de golpes de efecto..., pero le tengo por la persona más decente que ha calentado una poltrona ministerial... Por lo que usted nos dice, amigo don José, don Juan le amparará en su cesantía encargándole trabajillos...

—Espero que su excelencia no me abandonará. Con eso y mis traducciones daré de comer al ganado de casa. Vean lo que acaba de entregarme el editor don Tomás Jordán para que se lo traduzca: *El último abencerraje* y las *Cartas persianas*. También llevo números de *El almacén universal* para traducir articulitos de relleno, que me toma el amigo Mesonero para su *Semanario*, sin perjuicio de las leyendas caballerescas que pienso escribir para el mismo, género que gusta mucho. Ya tengo los *Infantes de Lara* y *La peña de los Enamorados*... Haré tres o cuatro docenas; todo de asunto español, romántico, pero con buen fin.

—Sí—dijo Serrano—, todo torreones, reinas enamoradas, alguno que otro moro, y luego el indispensable laúd, que lo lleva y lo tañe un individuo que en los grabados nos pintan con medias muy ceñidas y unos zapatos de larguísima punta... Señores, yo pregunto cómo se podía andar por los caminos con semejante calzado...

En las convulsiones de la tos que le ahogaba, seguía diciendo:

—Me pongo furioso, furioso... cuando me quieren hacer creer que hubo hombres..., ¡qué barbaridad!..., hombres que andaban en tal facha por los caminos... Mentira, mentira todo... Me ahogo..., ¡y con laúd a cuestas!

—Pero, Serranito—le dijo Iglesias zumbón—, ¿qué nos importa que en la Edad Media usaran para andar de viaje zapatillas puntiagudas? ¿O es usted de los que no creen en los *siglos medios?* Pues mire, aquí viene Ibraim, morisco auténtico, trasconejado...

—Es un caso de metempsicosis, como dice Juanito Donoso.

—Creo yo que éste era uno de los que acarreaban ladrillo para la construcción de la Giralda.

—Hombre, no; era la acémila que llevaba los trastos de San Fernando y el cofre de Doña Berenguela cuando iban de viaje... Chitón, que ya le tenemos encima.

XIV

Acercábase Ibraim a la mesa, diciendo: «Cabayeros...», y al instante empezaban todos a divertirse con su credulidad y falta de seso, encajándole bolas terribles, que ningún estómago, como no fuera el del proceroso castrense, habría podido digerir. Muestra de paparruchas: Aquella misma tarde había Junta de rabadanes de la Milicia para acordar el momento preciso de echarse a la calle toda la fuerza popular, proclamando la *Niña bonita*, o sea la Constitución del 12, *el mejor de los códigos*... Ya estaban de acuerdo Quesada, Van Halen, Rodil, el duque de Almodóvar, el de Ahumada y otros generales para secundar el movimiento, fraternizando, tropa y milicianos... Se le daría el canuto a doña María Cristina, constituyendo, no Regencia triple, sino Directorio, formado por don Evaristo San Miguel, Palafox y el divino Argüelles. Luego sería nombrado Palafox *Primer Cónsul*... Del general Córdoba decíase que se había pasado a don Carlos con parte de su estado mayor. Olózaga formaría el primer Ministerio del Directorio con don Eduardo Oliván de ministro de Hacienda, y el infante don Francisco, de Marina... La Guardia real se llamaría en lo sucesivo la *Guardia amarilla*, uniformándose de este color... Y el rudo capellán tragaba, tragaba, salvo en los casos de excesiva magnitud del noticón que se le quería injerir. Después él, llevando la información a otros círculos, lo trabucaba todo, y hacía unos pistos que corrían por Madrid y llenaban de confusión a los ciudadanos pacíficos. En el fondo no era

mal hombre; a su amigo don Pedro no le guardaba rencor por la violenta escena y acometida de marras. Siempre que iba a la *mesa de Solís,* preguntaba a Iglesias con vivo interés por el señor De *Jiyo.*

Este no parecía ya por los cafés; pasaba el tiempo en casa, revisando las cartas de *la incógnita;* y poniéndolas por orden de fechas en paquetitos cruzados con balduque, o bien se iba despacio, solito, por las afueras, meditando en su triste suerte. Sus noches eran casi siempre malas, y las pasaba de claro en claro, sin poder conciliar el sueño. Padecía de un mal que tiene su denominación retórica, como achaque de poetas y de los héroes trágicos y épicos, y consiste en la presencia de personajes imaginarios que hablan, sombras de entes que han existido y que vuelven a este mundo a manifestar algo de interés para los vivos. A tal forma de personificación llaman los eruditos *idolopeya.* Comúnmente, a don Pedro se le aparecía *la incógnita* en forma cadavérica, que dejaba entrever su hermosura, y se ponía a decirle cosas... «Me he muerto... ¿No ves que soy difunta?... ¡En buena te he metido, pobre capellán de secano!... Bien hubiera querido evitarlo; pero como me morí tan de repente..., ya ves... No puede una dejar de morirse cuando Dios lo dispone... Hice un gran esfuerzo por vivir un poco más, anhelando decirte lo que debía y librar tu alma de tan grande zozobra, pobre clérigo; pero no pude..., y me morí pensando en ti y en él... ¡Pobre Fernando!, ¿qué hará?... Me maldice... Mi alma no halla la paz; la muerte no me ha dado el descanso... Horrible pena, ansiedad sin nombre, me hacen insensible a las llamas del Purgatorio. No me duelen las quemaduras: me duele la conciencia... Pedro Hillo, perdóname...» Recitando este parlamento u otro no menos espeluznante, la sombra se iba por donde había venido y don Pedro se cubría la cabeza con la sábana, tratando de evitar la repetición de la *idolopeya.*

Por fin, ¡alabado sea Dios!, cuando él menos lo pensaba, tuvieron término feliz las angustias del bendito sacerdote, víctima de su inmensa bondad. La misma tarde en que ocurría la escena de café que poco antes se ha referido, quiso espaciar su ánimo don Pedro, y tiró hacia el Campo de Guardias, en cuya aridez esteparia estuvo dando vueltas y más vueltas como una media hora, deletreando los cardos y hierbecillas petisecas del suelo, hasta que sintió un deseo, una indefinible comezón de volverse a Madrid y a su casa. Ya caía la tarde cuando entraba por la Puerta de Fuencarral. En la calle del mismo nombre detúvose para comprar papel de cartas, pues tenía propósito de reanudar la comunicación epistolar con los parientes que le quedaban en Zamora; compró asimismo una cajita de obleas y avivó después el paso hacia su domicilio, pensando en que para distraerse y evitar las *idolopeyas* se pasaría la mayor parte de la noche escribiendo.

Pues, señor, llega mi hombre a la casa de Méndez, y, al abrirle la puerta, Delfina le da el jicarazo:

—¡Vaya unas horas de venir! Aquí ha tenido usted una señora esperándole toda la tarde.

El estupor de don Pedro fué tal que se le atragantó la palabra. Creía soñar. Añadió la chica nuevas explicaciones conduciéndole a su cuarto, pues el pobre clérigo no sabía por dónde andaba y se daba de hocicos contra las paredes.

—¡Una señora!... ¿De qué clase?.. ¿Gran señora..., mujer..., criada?

—Bien vestida..., muy decente. Madre dice que parece criada de personas muy principales. Cansada de esperar se ha ido, dejando una carta. Mañana volverá por la contestación.

—¡Una carta!... Delfinita de mi alma, no bromees... Por Dios, una luz... ¿Dónde está esa carta?..., yo no la veo..., no veo...

Entró en el cuarto doña Cayetana con el quinqué encendido. *Fiat lux.* ¡Dios poderoso! Cuando don Pedro cogió con mano trémula la carta y vió en el sobrescrito la tan conocida y deseada letra de *la incógnita,* a punto estuvo de perder el conocimiento. Se dejó caer en una silla. En sus oídos zumbaba la campana gorda de Toledo.

—Hijo, no se asuste...—le dijo la patrona—. Le daré una taza de caldo.

Por señas, pues hablar no podía, díjoles don Pedro que no quería caldo, sino que le dejaran solo con su carta, con su quinqué encendido, con su sensación hondísima de terror, de júbilo, no sabía de qué... Salieron las hembras, y lo primero que hizo el hombre, la carta sin abrir en su mano fría, fué recoger su espíritu

y dar gracias a Dios... Era su letra, su letra, aunque un poco insegura; era ella misma la divinidad que o no se había muerto o resucitaba en forma epistolar... ¡Ay!. ¡ay!... ¿Qué sería, qué diría..., qué...? Veámoslo.

«Señor don Pedro, mi grande y fiel amigo: No me he muerto, no... Pero si así lo ha creído usted, ¡qué poco, Jesús mío, ha faltado para que acierte!... He pisado el negro umbral; he visto la inmensidad eterna.,. Dios no me dejó dar el último paso, y quiso que atrás me volviera; me mandó vivir algo más, no sé cuánto..., presumo que no será mucho... Me sacramentaron..., por muerta me tuvieron. No duró menos de tres horas aquel simulacro de muerte. Sospecho que me amortajaron... Volví a este mundo; me encontré de súbito en la compañía de mis penas, por lo que conocí que vivía...

»Notará usted que mi pulso flaquea. Con gran esfuerzo puedo escribir ésta, que no será larga, no. Diré no más que lo muy preciso... Manifestado el motivo de mi largo silencio, no necesitaría pedir a usted perdón. No obstante, lo pido. Considero lo que habrá sufrido usted, pobrecito capellán mío, y el sobresalto, la incertidumbre de su alma generosa. Creo yo que me han vuelto a lá vida mi ansiedad, el deseo ardiente de hablar con usted, de hablar de Fernando, de proseguir mirando por él y luchando por recobrarle. ¿Le recobraremos? ¡Ay, mi pena es muy honda!... Pienso que ya no le veré más, que ha huído de nosotros para siempre, que se va, que se nos pierde en el torbellino de sus pasiones exaltadas... Quizá tengo yo la culpa, y esto me quita todo consuelo. Quizá mi intransigencia y excesivo rigor le alejan de mí..., y no puedo, no puedo resignarme a ello... Al borde del sepulcro, sintiéndome ligada a la vida por un solo pensamiento, vi claramente mi error y juré enmendarlo en cuanto pudiera. Transijo..., cedo..., cedemos y transigimos, señor capellán. ¡Deshonor, rebajamiento, palabras vanas! Lo que importa es que Fernando viva: que esté, ya que no conmigo, cerca de mí; que yo le sienta próximo; que pueda dirigirle; que yo alimente mi cariño diciéndole lo que se me ocurra, aunque él no me haga caso. Comprenderá usted, señor don Pedro, la formidable razón de este anhelo mío. Nunca quise expresar mis sentimientos con explícita frase; dejándolos velados, como mi persona, me parecía que eran *más míos*... No sé si me explico bien. Pero ya no, ya no más misterios inútiles..., ya me estorba la discreción, la delicadeza me es odiosa. Aunque la perspicacia de usted me ha cogido la delantera, yo quiero decirle lo que ya sabe, y así mi pobre alma se descarga de un insoportable peso. Fernando es mi hijo... Y esto que escribo quisiera que él lo leyese, y a él mismo se lo escribiría gozosa, añadiendo: «Hijo de mi alma, perdóname. Reconozco tu independencia; acato tu libre albedrío. Tus amores no me gustan, pero los respeto. Acabemos esta horrenda lucha. Dime tus condiciones y nos entenderemos.»

»¿Qué le parece a usted, mi buen amigo? No estoy para más luchas. Viviré corto tiempo. Depongo mi orgullo, ridiculeces, artificios de clase y de nacimiento, cuyo valor es nulo ante la Naturaleza, ante los afectos elementales. Me resta poca vida. En esta poca vida quiero tener un día, un solo día inefable: aquel en que yo pueda decir a mi Fernando lo que soy para él. Su corazón es noble. Tiene a quién salir. Confío que él hará muy dulce y bello ese día, ese gran día, después del cual pocos han de quedarme.

»Y ¿dónde está? ¿Adónde ha ido a parar esa criatura, arrastrada de su vértigo y demencia? Mis noticias son vagas, incompletas; no me fío, no me inspiran los informadores que ahora me sirven la confianza de los que en otros días me comunicaban hasta el respirar de mi querido Fernando... Lo que sí tengo por indudable es que partió de Madrid el día 14 en la diligencia de Valladolid y Burgos. Antes de salir de aquí escribió a su amigote Escosura, que ha vuelto al servicio activo en el ejército de Córdoba. Debo rectificar lo que dije en nuestra anterior campaña respecto al oficialete de Artillería y al apoyo y protección que daba a las locuras de Fernando. Un error de información me hizo atribuir a don Patricio la culpa de otro tarambana, amigo de los dos, y no menos desordenado en su vida. Espronceda, el poeta de las pasiones violentas, de los ayes de desesperación, cantor de piratas, corsarios y ladrones, fué quien alentó a Fernando a la rebeldía, enseñándole la

teoría y práctica de los raptos de muchachas. El que de niño ya conspiraba, fundando Los Numantinos, Sociedad de jacobinismo infantil; el que en unión de otros chicuelos mal educados escandalizó a Madrid con la llamada Partida del Trueno, que se divertía en apalear, romper cristales y cometer mil desafueros, no podía inspirar cosa buena a ese ángel echado a perder. Con tal maestro, ¡qué había de hacer Fernando!

»Me consta de un modo indudable que Espronceda le ha incitado a correr tras de la chica de Negretti, calentándole los cascos con la poética al uso, que es en aquellas cabezas destornilladas lo que los libros de caballerías en la del pobre Don Quijote. Esto de romper todo vínculo social; esto de despreciar toda conveniencia por satisfacer anhelos del alma soñadora; esto de querer traerme a la vida presente los hechos de generaciones medio salvajes, falaz armazón de dramas y poemas; esto de tomar en serio los delirios de los poetas del día para quienes la vida no es más que una visión de lo pasado, es muy del carácter de Espronceda, a quien yo metería de buena gana en una casa de orates. Su simpatía por Fernando se funda en la comunidad de errores, pues también Espronceda está enfermo de pasión insana, y corre tras de una Aura que conoció en Lisboa cuando estuvo emigrado. Por último, mi señor don Pedro, el endiablado cantor de aventureros, cosacos y otras gentes de mal vivir, ha facilitado a Fernando su viaje al Norte, poniéndole en relaciones con un sujeto de historia que va también hacia allá con fines que ignoro, aunque me da en la nariz que son políticos. Es el tal un sujeto llamado Rapella, natural de Palermo, que hace años andaba por Argel ejerciendo la medicina; casó allá con una española; vino a Madrid, donde se estableció como cambiante, logrando injerirse en Palacio y ser honrado por su majestad con diferentes comisiones, entre ellas la de traer y llevar recados a Napoleón. El fué quien acompañó a la princesa que vino a casarse con don Sebastián. Pero en lo que más se ha lucido el hombre ha sido en tender hábilmente los hilos de la intriga que ha dado en tierra con nuestro bonísimo Mendizábal. El siciliano servía de correo de gabinete entre Istúriz y la reina, y todas las noches iba a El Pardo secretamente, no siempre solo, pues el mismo Istúriz u otros le acompañaron más de una vez. El viaje de este pájaro al Norte paréceme a mí que significa una nueva y desesperada tentativa para el arreglo con don Carlos, mediante un convenio de familia o pastel dinástico, que aún no ha sido puesto al horno y ya huele a quemado. Allá veremos.

»Pues bien, mi querido y respetable Hillo: en compañía de ese intrigante y correveidile salió Fernando de Madrid. Como Rapella lleva salvoconducto, podrán penetrar en el campo faccioso, en el campo cristino y donde quieran. ¡Qué cosas vemos en nuestra bendita nación! Ignoro si ese descarriado hijo intimará verdaderamente con su acompañante: me figuro que no, por más que cerca de él desempeña las funciones de secretario, o quizá las de escudero. Esto me enloquece... ¿Y aún no abrirá los ojos nuestro pobre Telémaco?

»Ya no puedo más. El esfuerzo que he tenido que hacer para escribir ésta sólo Dios lo sabe. Pero mi voluntad se sobrepone a mi extremada languidez. Después de esa valentía estoy más sosegada. No, ya no le impulsaré a usted a nuevas aventuras, mi pobre Hillo; ya no comprometeré más su buen nombre, su decoro. Han cambiado las cosas. Transigimos, y ya no es ocasión de decir a nuestro Mentor que se lance por senderos tenebrosos tras de su discípulo. Basta, basta de locuras. Pero si no hemos de perseguirle, pensaremos en averiguar su paradero, para que usted, con su dulce voz de amigo, le diga: «Ven, hijo, ven; todo se te perdona y todo se te permite.» Y como esto hemos de concertarlo juntos, se acabó el incógnito: me quito la careta. La invisible, la escondida tutora se revela por fin. El misterio es ya imposible. Mi revelación, eso sí, permanecerá como un hecho absolutamente reservado, secreta inteligencia entre usted y yo; no necesito su juramento para saber que puedo contar con su incondicional lealtad en este punto.

»La persona que lleva esta carta es de mi confianza. Me traerá esta noche su respuesta; todo lo que usted quiera escribirme. Presumo no serán pocas las cosillas que tiene que contarme. No haga usted preguntas de ninguna clase a la intermediaria, porque es la discreción misma, y ya sabe que su única misión es

llevar y traer los recados que se le confíen. Por ella sabrá usted el día y ocasión en que ha de verme para que hablemos y dispongamos todo lo que nos dé la gana. Sólo espero a reponerme un poco, dos o tres días no más. Me siento muy fatigada; vivo de milagro... Que me escriba, señor capellán; que me diga usted muchas cosas, muchas, aunque sea para reñirme. Adiós, hasta luego.»

Leyó de nuevo la carta don Pedro, más que gozoso alborozado, y aunque la carta no aclaraba por completo las dudas respecto a la condición social de la mascarita, la promesa que ésta le hacía de quitarse el velo, que así ocultaba su rostro como su personalidad, motivo era de satisfacción y júbilo. Sin acordarse de comer ni parar mientes en que para este fin capital le había ya llamado dos veces Delfinita, no pensó más que en escribir a *la velada,* pareciéndole poco el papel que al volver a casa se le había ocurrido comprar. «¡Vaya, que no ha sido ésta mala corazonada! —se decía sonriente. preparándose de tintero y pluma—. ¿Por qué me dió aquel súpito de comprar papel?... ¿Por escribir a los primos? No, no era esto: tres veces les he escrito, y no me han contestado esos tunantes... Fué que yo barruntaba... Lo presentía dudándolo; lo creía temeroso de equivocarme... ¿Qué voz secreta me dijo en la calle de Fuencarral que esta noche necesitaría escribir? ¿Qué travieso geniecillo...? ¡Oh, no hablemos de geniecillos los que creemos en el Espíritu Santo!»

XV

Es ahora forzoso que así el que lee como el que escribe corran en seguimiento del llamado Rapella con toda la celeridad que los medios de locomoción de aquellos calamitosos tiempos permitan. Ello es que como el tal siciliano, argelino o lo que fuese y las personas que le acompañan hacia el Norte nos han tomado la delantera en estos endiablados caminos, no hallaremos galeras bastante veloces ni postas bastante rápidas para darles alcance, como es nuestro deseo, en los llanos de Castilla. ¡Y gracias que a todo tirar y a todo correr, reventando un pobre rucio con alas, degenerada descendencia del Pegaso, podemos cazarles en un poblado llamado Gamarra, radicante a corta distancia, por el Norte, de la nobilísima ciudad de Vitoria! Gran dicha fué para los que les perseguíamos que en aquel lugar se detuviesen los viajeros, pues de continuar su camino con la atroz arrancada que traían de Madrid, no les cogiéramos en toda la vida. Recorrido en diligencia el largo trayecto desde Madrid a Burgos, siguieron hasta Miranda en postas que pudieron conseguir con gran dispendio; de allí, en carromato, hasta la Puebla de Arganzón, donde alquilaron caballerías para llegar a Vitoria, y sin entrar en la ciudad, escabulléndose por las Brígidas y todo el contorno de Poniente, fueron a coger el camino de Bilbao, hasta dar con sus molidos huesos en Gamarra Mayor. Detuviéronse allí con el doble objeto de tomar algún descanso y de procurarse medios de proseguir su caminata, la cual no podía ser ni cómoda ni divertida, metiéndose, como era su propósito, en un país en armas, en el cráter mismo de la espantosa guerra civil.

El parador propiamente dicho hallábase ocupado en aquellos días por portugueses de la legión mandada por D'Antas; los viajeros hubieron de albergarse en una casa próxima, casi llena también de soldados lusitanos y españoles, con mayor número de caballerías que de personas. Instalados sin ninguna comodidad, el furibundo apetito les sazonaba la mala comida, y el cansancio les hacía llevaderas las fementidas camas. Allí se les dijo que el país venía padeciendo desde el año 34 la continua invasión militar, alternando facciosos con isabelinos. Toda la Llanada estaba perdida, la labranza muerta, los ganados dispersos; el invierno había sido muy crudo; el deshielo de las grandes nevadas aumentaba extraordinariamente el caudal de los ríos, y al humilde Zadorra se le habían hinchado de tal modo las narices, que ningún cristiano se atreviera con él para vadearlo. Corría ya la segunda quincena de mayo, y aún había copiosa nieve en los altos de San Adrián y la Borunda.

De tres personas no más constaba la caravana que hemos venido persiguiendo, y era jefe o capitán de ella un sujeto espigado y enjuto, en quien podría verse la reproducción exacta de Don Quijote, quitándole a éste diez años, dándole un poco más de carnes, y una ligera mano de belleza y frescura en el rostro. Pero

si en la figura recordaba al hidalgo cervantino, en la palabra, dulcificada por el acento italiano, se perdía toda semejanza, y más aún en la expresión y modales, pues, aunque de perfecta educación y notable figura, el personaje poseía todas estas prendas sin entonarlas con la gravedad ceremoniosa del gran caballero de la Mancha. El primer rasgo de carácter que sorprendía el observador en el aventurero Aníbal Rapella, al echarle la vista encima en su alojamiento de Gamarra Mayor, era la presunción, el cuidado de su persona. Llevaba infaliblemente consigo una cajita con los avíos y mejunjes de la decoración capilar y facial, y ya le cogiera la mañana navegando con mal tiempo en un falucho entre Africa y Europa, ya en la breve parada de diligencia o carromato, rodando por inhospitalarias tierras, nunca dejaba de consagrar a su *toalleta* una horita larga, cuando menos media hora, en casos de premura. A esta devoción del buen ver unía el siciliano el orgullo de una salud de hierro, de la que hacía continuo alarde, y el apostolado de ciertos preceptos higiénicos que entonces ofrecían novedad. Así, en aquella fría mañana de mayo, entre siete y ocho, le vemos en mangas de camisa, al aire libre, lavoteándose con agua fría en un artesón que pudo procurarse. Y entre la admiración y risa de los que le contemplaban, sostenía, tiritando, que aquello era el puntal de la vida. Lo que hizo después, metido en su aposento, cuya puerta no se cerraba y cuya ventana tenía los cristales rotos, debió de ser largo y prolijo, porque el hombre quedó fresco, refulgente, afeitado con gran esmero, limpio y oloroso; su largo bigote relucía totalmente negro, y en la ropa no se veía una mota. Aún no había terminado, cuando se le presentó el que llamaremos segundo de la caravana, español y navarro, natural de Ablitas, que sólo se parecía al escudero de Don Quijote en llamarse Sancho (de apellido, no de nombre; Ezequiel Sancho), sujeto de mediana estatura y complexión recia, amarilla la tez, ojos verdosos, y el pelo en escobillón. Habíale mandado el señor con un recado que, por la razón que traía, debió de resultar infructuoso.

—No está el brigadier. Después de recorrer una por una las casas del pueblo, me ha dicho persona verídica que la brigada que manda ese señor no está ya en el ejército del Norte, sino en el de Aragón.

—La brigada podrá estar en otra parte; pero Narváez puede haber quedado mandando otra división. Al menos así se decía en Madrid.

—En Madrid dirán lo que quieran; pero el señor don Ramón María Narváez no está aquí, porque está en Aragón, a no ser que pueda un hombre estar mismamente en dos partes del mundo, Aragón y la Llanada de Alava.

—¡Cuerpo de tal, sí!... Como tú, que estás al propio tiempo aquí y en Babia... ¿Quién te ha dado esos informes?

—Un señor coronel a quien conozco desde que él tenía diez años. Serví en su casa: su madre, gran señora; sus hermanos, guapísimos. Como hijos de militar, arrimados a la milicia... La señora me regañaba porque en los ratos libres nos poníamos todos, niños y criados, a jugar a los soldaditos. A éste le quise más que a ninguno, y el día que salí de la casa lloraba el pobrecico... Yo también lloré, porque le quería. Era un ángel... La señora nos hacía rezar el rosario de rodillas, y él se ponía junto a mí, haciéndome garatusas... Pues como iba contando, todos los hermanos siguieron la carrera militar..., éste...

—¿Quién es?... ¡Acaba de una vez, condenado!—exclamó Rapella, dando una patada—. Aburres al Verbo Divino con tus historias.

—A eso iba.

—Quién es, te pregunto.

—Don Leopoldo O'Donnell.

—Acabáramos.

—Decía que todos los hermanos, respirando como la madre, por el absolutismo, se han ido a la facción; éste es el único que ha dicho: «¡Pues libertad, ea!», y ahí le tiene usted con veintiséis años y ya coronel, propuesto para brigadier. ¡Me da un gozo cuando le veo!... Oiga usted: a los once años ingresó en el Imperial Alejandro; a los quince era la mima formalidad, tan gallardo con su uniformito...

—Basta... ¡Si no quiero cuentos, Sancho; si me apestan tus historias! ¿Dónde y cuándo has visto a O'Donnell? Te advierto que es amigo mío; luego nos hemos de ver, y si me cuentas algún embuste o le has contado a él alguna inconveniencia, ten por seguro que lo he de saber.

—Le encontré no hace un cuarto de hora, cuando volvía yo para acá, después de despernarme por todo el pueblo. Salía de su hospedaje, dos casas más arriba, con cuatro oficiales de su regimiento...

—¿Manda Gerona?

—Gerona, sí, señor. Por cierto que el año treinta y cuatro, siendo Leopoldito segundo comandante de la Guardia...

—¡Que no quiero historias, que no quiero historias!—gritó Rapella fuera de sí, esgrimiendo unas pinzas con que se arrancaba algunos pelos que asomaban en su nariz—. Adelante... A lo que te pregunto.

—Pues iba diciendo que en cuanto le vi, me fuí derecho a él... ¡Qué sorpresa, qué alegría! Claro que me reconoció, y dijo «¡Sancho!», así, con..., con confianza..., y yo dije «Niño mío, mi don Leopoldito...», y así, con..., con tristeza, porque me acordaba de aquellos tiempos felices, que ya no volverán... Me acordaba de cuando su mamá, aquella respetabilísima y santa señora...

—Sancho, que te pego.

—Voy..., voy... Pues hablamos un ratito... Le dije que venía al servicio de un señor diplomático...

—Muy bien.

—Y él se admiró..., y luego... nada... Notando yo que quería seguir hablando con sus compañeros de cosas del servicio, me despedí, y cuando le besaba la mano tuve el buen acuerdo de preguntar por el señor brigadier Narváez, y me dijo lo que consta.

—Vamos, hombre, gracias a Dios que dejas a un lado la paja y vienes al grano. Pues mira, Sancho, corre al instante en seguimiento del coronel de Gerona, y el mismo recado que te di para Narváez se lo encajas a él. ¿Has perdido la boleta con mi nombre?... Ahí la tienes: bien... Pues vas, le sueltas la boleta y le dices que deseo hablarle; que me señale hora y sitio... ¿Estás? Corre, Sancho amigo, que necesitamos ganar horas, minutos...

Salió Sancho presuroso, y el señor Rapella, abreviando los últimos trámites de su complejo tocador, dió golpes con los nudillos en una puerta próxima, diciendo a gritos:

—Fernando, hijo, ¿duermes todavía?

Como no recibiera contestación, empujó las mal ajustadas tablas que componían la puerta, y penetró en un camaranchón que recibía la claridad de un tragaluz del tamaño de medio pliego de papel. Allí, entre arcones cubiertos de polvo, sacos de paja y viejos instrumentos de labranza, yacía durmiendo bajo una manta Fernando Calpena, el cual, si despertó a las voces que daba su amigo, hubo de tardar algún tiempo en vencer el embrutecimiento que un profundo dormir en cuerpo tan cansado producía. Viéndole desperezarse, Rapella le dijo:

—Levántate pronto, y vístete y arréglate. ¿Conoces tú a O'Donnell?

—¿Enrique?

—No; Leopoldo.

—No le conozco. A su hermano, sí: en Madrid le dejamos.

—Porque verás: tropezamos con un grave inconveniente. Mi íntimo amigo Ramón Narváez, con quien yo contaba para que nos proporcionase caballos, no está ya en este ejército. Yo, en verdad, aunque traigo carta para Córdoba, no me atrevo a presentarme en el Cuartel general en estas circunstancias... En el momento de iniciarse un movimiento de avance hacia las líneas de Arlabán, no me parece oportuno dar a conocer que vamos al cuartel de don Carlos.

—Sí; podrían creer que llevábamos noticias de los movimientos del ejército cristino—dijo Calpena, sacudiendo la pereza—. Y, en efecto, ¿se mueve Córdoba?... Yo creí que soñaba, oyendo desde antes del alba cornetas y tambores... Soñé, ¡qué desatino!, que debajo de mi jergón se estaba dando la batalla de Bailén, y que no la ganaba Castaños, sino Mendizábal. Ya ve usted qué desatino...

—Intentaré entenderme con O'Donnell; le trato poco; es muy frío; parece un reverendo inglés. Y ¿a quién conoces tú en el ejército?

—A muchos. Pero con encontrar a Patricio de la Escosura tendremos lo que queramos.

—Facilillo es hoy cogerle. *Mali pri mia!*—dijo Rapella, lanzando una exclamación siciliana—. Ya siento que no entráramos en Vitoria.

—Si el ejército se pone en marcha, será como buscar una aguja en un pajar. ¡Fuera pereza!... ¡Ah! También conozco a Juanito Pezuela y a Ros de Olano.

—Pues anda, hijo, anda y mientras tú brujuleas por un lado, yo procuraré conquistar la fría voluntad del coronel de Gerona, y buscaré a Malibrán, grande amigo mío, y a Pepe Concha. También

está én el Cuartel real Mariano Girón, el hermano del duque de Osuna; a los dos les trato... Pero no es prudente que nos vayamos tan a fondo. Procurémonos tres caballerías, aunque sean de desecho, y escapemos hoy mismo por el camino de Villarreal, donde, según lo que allí nos digan, tomaremos la dirección más expedita para colarnos pronto en la mismísima Corte del señor pretendiente.

XVI

Arreglóse Fernando a toda prisa, chapuzándose en agua fría, que el mismo Rapella, con todo su empaque, le trajo en un cubo, y al cuarto de hora ya corrían los dos por las calles del pueblo, inquiriendo y tomando lenguas en busca de éstos o los otros amigos. El don Leopoldo recibió al italiano en medio de la calle con glacial cortesía, y a las primeras de cambio, hubo de oponer a su pretensión reparos y dificultades que equivalían a una cortante negativa. Así lo comprendió el otro, y como hombre agudísimo, de larga vista social, no insistió, absteniéndose al propio tiempo de preguntar cosa alguna que trascendiese a movimientos de tropas. Con astuta diplomacia no ocultó al coronel que llevaba al Cuartel de don Carlos una misión reservada cerca del infante don Sebastián Gabriel: «Arreglos de familia, ciertas negociaciones, ¿me entiende usted?, para las cuales llevo poderes de su majestad el rey de las dos Sicilias, de la princesa Carolina... y de otras elevadísimas personas..., asunto que, si bien de carácter doméstico, podría influir grandemente en la cosa pública, en la guerra, en la paz...» Oyó estas historias don Leopoldo con flemática atención sin demostrar un interés muy vivo en tales componendas. Era un chicarrón de alta estatura y de cabellos de oro, bigote escaso, azules ojos de mirar sereno y dulce; fisonomía imposible, estatuaria, a prueba de emociones; para todos los casos, alegres o adversos, tenía la misma sonrisa tenue, delicada, como de finísima burla a estilo anglosajón. Despidióse, al fin, cortésmente del estirado Rapella, dejándole en extremo descorazonado. ¡Ah, si estuviera allí Narváez, aquel temperamento ardiente, imperioso, altanero, gran servidor de sus amigos! Para las situaciones de grande apremio había puesto Dios en el mundo a los andaluces, con toda la vehemencia de sus afectos y todo el fuego de su torera sangre.

Más suerte tuvo don Fernando, que, a fuerza de huronear, metiéndose en los grupos de oficiales que a lo largo de la carretera encontraba, dió al fin con Ros de Olano, que a caballo venía con Pepe Cotoner. Grande y placentera fué la sorpresa de los simpáticos jóvenes al encontrarse en el propio teatro de la guerra a un disperso amigo de Madrid, con quien habían alternado *en los dorados salones*, como solía decirse. Los interrogatorios fueron festivos y breves por una y otra parte, pues no era ocasión de entretenerse en extensos relatos. Formuló Calpena la pretensión suya y de su compañero Rapella, a quien de nombre conocían los otros, por la fama de su metimiento en Palacio, y no respondieron dando esperanzas de una fácil solución. Cuando les notificó que iban al Cuartel de don Carlos, mostraron inquietud y asombro; pero Fernando se apresuró a quitar por su parte todo matiz político a tan desatinado viaje, diciéndoles:

—El objeto de mi compañero es un asunto de la familia real, cosas del rey de Nápoles y del infante don Sebastián; el objeto mío es apoderarme, por la fuerza o por la astucia, como pueda, de una mujer, de mi novia, que me ha sido robada infamemente. Es huérfana, señores: ¡cuidado!; se la disputo a un tutor, como en las comedias que ya están pasadas de moda.

Acogida fué tal revelación con grandes risotadas, y para predisponerles más a su favor, encareció Calpena los peligros y el dramático misterio de la aventura que emprendía sin auxilio de nadie, y en la cual, puesta resueltamente toda su voluntad, no veía más que dos términos: la victoria o la muerte. Imaginaciones lozanas, espíritus juveniles y entusiastas, que adoraban el bien y la belleza, Ros y Cotoner manifestaron a Fernando una simpatía ardorosa, y a éste, que no a otro resorte, debieron los expedicionarios la solución de la dificultad en que les puso la ausencia del brigadier don Ramón Narváez.

A la hora y media de este coloquio de Calpena con sus amigos en medio del camino, él a pie, los otros a caballo, re-

cibieron los viajeros dos magníficos jamelgos cojitrancos y un mulo lleno de mataduras, que les parecieron bajados del cielo, y las más gallardas cabalgaduras que habían visto en su vida. No quisieron entretenerse allí, temerosos de que se las quitaran, y tomando a toda prisa un par de bocados y algunos tragos de vino, picaron espuela por el camino de Villarreal; Rapella y Fernando, caballeros en los rocines: Sancho, con las maletas, en el matalón.

Mientras estuvieran a la vista del pueblo no iban muy tranquilos, y arrimaban espuela y látigo a las caballerías para ponerse pronto a la mayor distancia; después aflojaron, porque harto les significaban las pobres bestias que por su edad y achaques no estaban ellas para largos trotes. En todo el día, nada les aconteció digno de referirse. A la caída de la tarde, merendaron de los abastecimientos que el precavido Sancho había cuidado de recoger en el parador, y a eso de las siete les dieron el alto las avanzadas carlistas. Como iban con toda seguridad, pues Rapella llevaba pasaportes y salvoconductos expedidos por quien podía hacerlo, y además cartas para Villarreal, Guergué y otros a quienes personalmente conocía, nadie les molestó, y siguiendo hacia el interior del Estado faccioso, franquearon, con ayuda de un guía del país, un alto monte, hasta dar en un caserío próximo a Arechavaleta, donde se aposentaron y durmieron unas tres horas. Al siguiente día continuaron su marcha por laderas pobladas de bosque, hasta salvar la divisoria entre los ríos Deva y Aránzazu por Begoña, y a media tarde vieron bajo sus pies las torres y chapiteles de la noble Oñate, en la cual hicieron su triunfal entrada a punto de las seis.

Como a tal hora volvían a sus viviendas innumerables paseantes, la entrada de los tres viajeros en la capital del absolutismo por la calle Zarra fué objeto de gran curiosidad y sensación. Los grupos de clérigos y señorones se paraban a contemplarles; los chiquillos corían tras ellos; en ventanas y balcones asomaban las mujeres sus lindas caras. El tipo de caballero noble que a Rapella distinguía, la juvenil elegancia de Calpena, motivo fueron de comentarios, que corrían de boca en boca con la rápida transmisión propia del ambiente social de un pueblo aislado en que moran la ambición y la ansiedad. Favorables a los viajeros eran las opiniones que a su vista se formulaban aquí y allá, y el que menos les tenía por aristócratas castellanos o andaluces que venían a rendir pleito homenaje a la majestad del rey legítimo. Los más avisados creyéronles extranjeros, plenipotenciarios de alguna de las cortes del Norte, que llegaban con mensajes y quizá con dinero.

—Para mí—decía, apoyándose en su bastón de puño de oro el señor don Francisco Bruno Esteban, canónigo dignidad de Osma y teniente vicario general castrense—vienen de parte del rey de Prusia, y traerán un par de millones cuando menos, que de este envío y de tal plenipotencia hubo noticias no hace dos semanas.

—No hay nada de millones ni de prusianos—afirmó el ordenador, jefe de la Hacienda militar y civil, señor Labandero—. Si acaso, traerán buenas palabras... Me da en la nariz que son de la familia del entusiasta, del generoso conde Roberto de Custine. ¿No notan ustedes el tipo de caballeros a la antigua?

—Ya lo hemos notado—dijo el orondo don Tiburcio Eguiluz, superintendente general de Vigilancia pública—. Para mí, no es otro que el vizconde de la Rochefoucauld Jaquelin.

—Hombre, me parece que está usted soñando, señor don Tiburcio.

—Ya veremos quién sueña.

Por indicación de Sancho, que conocía la localidad, apeáronse junto al Ayuntamiento, a la entrada de la calle Barría, frente a la iglesia de San Miguel, la mayor y principal del pueblo. Allí les era fácil tomar lenguas de la mejor posada para los señores y de un parador para las caballerías. Viéronse al punto rodeados de diversa gente. Militares, paisanos, viejos, chiquillos y algunos clerizontes se abalanzaban a ellos deseosos de servirles, con la tradicional afabilidad vascongada. Sin que lo preguntaran, se les indicó el palacio de Artazcos, residencia de su majestad, quien aquel día se encontraba en Elorrio. Al oír esto, mostróse Rapella muy contrariado; pero habiéndole dicho los circunstantes que su alteza el infante don Sebastián permanecía en la villa y que residía en la Universidad, exclamó gozoso y enfático el siciliano:

—No podía su alteza, mi grande ami-

go, albergarse más que en el propio templo de la sabiduría.

Resolvió entonces entrar en una tienda de licores y pasteles que vió en el costado de la plaza, sin que le moviera otro propósito que librarse del enjambre de curiosos impertinentes y de chiquillos pegajosos, y allá se colaron también dos señores capellanes, extremando su cortesía.

—El mayor obsequio que pueden hacerme los que tan atentos se muestran, es llevar al serenísimo señor infante un aviso de mi parte. Basta con decirle que ha llegado su amigo Rapella y que desea pasar a ver a su alteza en cuanto éste se digne señalar hora para recibirle.

No habían transcurrido quince minutos cuando a sus oídos llegaba esta grata respuesta:

—Su alteza acaba de entrar de paseo y dice que le espera a usted ahora mismo.

—Ya sabía yo—dijo reventando de satisfacción el siciliano y dándose un tono tremendo entre aquella gente—, ya sabía yo que me recibiría sin pérdida de tiempo. Tú, Fernando, espérame aquí. Si su alteza me convida a cenar, como espero, te mandaré recado. Entre tanto, busca por ahí, en lugar céntrico, un buen alojamiento para los tres.

Y partió al instante con un capellán por cada lado y detrás un reguero de gente diversa. En la puerta de la repostería dieron a Calpena razón de un alojamiento próximo, añadiendo que tenían que resignarse a vivir con alguna estrechez, por estar Oñate lleno de gente forastera, con tanto empleado y tanto señor de oficina. Más que en la comodidad del pupilaje, el pensamiento de Calpena se fijaba en el capital asunto que embargaba su ánimo, y al punto empezó a formular preguntas.

—¿Conocen ustedes a un señor, don Ildefonso Negretti, que ha venido a la contrata de armas y municiones?

—¿Cómo dice usted...? ¿Negretti? El nombre no me suena. ¡Vienen tantos, unos a proponer pólvoras, otros armas, otros provisiones de boca! ¿Es por casualidad francés?

—No, pero quizá lo parezca. Ha venido con él una sobrina, hermosa joven morena.

—Ya sé quién es: bajito, de ceja corrida; mira un poco torcido. Traen consigo una vieja y una señorita que parece tísica.

—¡Tísica! No puede ser, a menos que... —dijo Fernando en la mayor confusión—. A ver, denme las señas de esa enferma. Puede una salud robusta desmejorarse rápidamente con los malos tratos.

—Una damita flaca—dijéronle en vasco mal castellanizado—, con el pelo de color de cola de buey.

—No, no es ésa... En fin, llévenme, si gustan, al alojamiento que crean mejor, y ya emprenderé mis indagaciones con toda calma.

Dos angelones como de doce a catorce años, guapines, rubios, cuyos rostros infantiles mostraban ya la seriedad y aplomo de la raza, le guiaron a la posada, de la cual era patrona la madre de uno de ellos, el más tierno, de aficiones militares, según contó a Calpena. El otro, en quien ya la voz llueca manifestaba el paso de niño a hombre, estudiaba para cura, y, por de pronto, aprendía música con su padre, organista de la iglesia mayor, y cantaba con él en las funciones. Hallábase la hospedería en una calle estrecha que pone en comunicación la de Barría con la de Santa María, y sale frente al torreón viejo del palaciote de Artazcos, morada del rey absoluto. Buena era ciertamente la tal casa; mas en días de tanta aglomeración resultaba estrecha, incómoda, y los huéspedes vivían en ella como sardinas en banasta, acomodándose cuatro en estancias donde tres no habrían tenido suficiente holgura. A Calpena le metieron en una alcoba donde moraban dos señores: un capellán nombrado Ibarburu, que del servicio castrense pasó a desempeñar la Secretaría del Despacho de Gracia y Justicia, y un teniente coronel, impedido de una mano, que prestaba servicio burocrático en la Junta Provisional Consultiva de Guerra; llamábase Cerio, y era hombre muy vehemente, la pura pólvora, de un optimismo delirante. Con ambos trabó conversación y amistad Calpena en cuanto se instaló, y en la cena, servida a punto de las ocho, con lentitud y apreturas, por ser corta la mesa para veinte que en ella se sentaban, oyó mil noticiones y el animadísimo platicar de toda aquella gente. Entre los comensales descollaba como número uno de los habladores el tal don Ceferino Ibarburu y metían bastante bulla don Teodoro Gelos, médico de cámara, vocal de la Junta Superior Gubernа-

tiva de Medicina y Cirugía del Estado; don Juan Francisco de Ochoa, intendente, y el señor Sureda, gentilhombre de Palacio.

—¡Menuda paliza se habrán llevado a estas horas!—dijo Cerio, el incorregible soñador de triunfos—. Y si no se la han ganado todavía, se la ganarán mañana.

—¡Vaya con las gracias que quiere hacer el señor de Córdoba!—dijo Ibarburu—. Pues ¿no se le ocurre al niño querer tomar las alturas de Arlabán?

Una carcajada burlona corrió de boca en boca por toda la mesa, y el señor Gelos, que se preciaba de táctico, aseguró que las alturas de Arlabán no las tomarían los cristinos ni con doscientos mil hombres.

—La desgracia que tuvimos en enero en aquellas posiciones, cuando las ocupó Narváez, fué por sorpresa...

—Como que entonces no nos cuidábamos de aquella posición—indicó el intendente—, y ahora la hemos fortificado. Es un hueso muy duro, donde se dejarán los dientes esos señores si intentan roerlo.

—Pero hablamos aquí sin conocimiento de causa—dijo Ibarburu, emprendiéndola con las habichuelas—. ¿Quién asegura que los cristinos van contra Arlabán? Entiendo que el objeto de Cordobita es una simple demostración militar hacia la Borunda. Este caballero (señalando a Calpena), que acaba de llegar de Vitoria, nos dirá si las tropas enemigas se dirigían hacia la Barranca o hacia las lomas de San Adrián.

Declaró Fernando que a su paso por Vitoria, él y sus compañeros de viaje habían notado movimiento de tropas, sin poder precisar qué posiciones tomaban los cristinos ni a qué lugares, para él desconocidos, se dirigían.

—Pero ¿el señor viene de Castilla?—dijo el gentilhombre Sureda, mirándole con su lente, pues era algo cegato, de formas corteses y un tanto atildadas, calvo, muy limpio, prototipo de figura palatina para desempeñar un papel decorativo junto a los candelabros y mesas barrocas—. Yo entendí que estos señores diplomáticos venían de Francia, y me dijeron que traían la estafeta de Viena y Berlín. Dispense usted. No es que yo pretenda saber cuál es su misión. Ya sé que el otro señor ha sido invitado por su alteza.

—Es, según oí—apuntó Ibarburu—, napolitano, persona ilustrísima, que en Madrid ayudaba al señor infante en sus investigaciones arqueológicas.

A todo asintió Calpena con medias palabras. De pronto, el médico Gelos, con notoria grosería, se dejó decir:

—Y ¿qué...? ¿Nos traen ustedes *conquibus?* Porque para palabras bonitas excusaban de venir... Dispense..., aquí somos muy francotes. Hace tiempo nos están mareando con el empréstito de Turín, que hoy, que mañana... Pero el tiempo pasa y *la mosca* no parece. Cuando vuelva usted a las Cortes de Europa, señor mío, bien puede decir a esos caballeros que ya basta de protección platónica; que aquí luchamos por la Causa de todas las potencias, por los tronos legítimos, contra las revoluciones y el jacobinismo, y que deben ayudar a nuestro excelso rey, no con metáforas floridas, sino con metálicas razones..., «por cuanto vos contribuisteis...», pues así venceremos más pronto... Digo más pronto, porque de todos modos, tarde o temprano, la victoria es segura. Está decretada por el Altísimo, y adonde no lleguen las valientes tropas de su majestad llegará la intercesión de nuestra Generalísima invencible, la Virgen de los Dolores.

XVII

De aquel importuno y desconsiderado Gelos se contaba que había sido barbero, luego maestro de cirugía menor, pasando a titularse doctor en Medicina por una serie de transiciones lentas. No carecía de habilidad empírica; teníale el rey por un sabio y puso en sus manos la asistencia de los heridos de su ejército; fué de los enviados desde Durango a la cura de Zumalacárregui, que resultó indocta, tardía, funesta. Distinguíase Gelos en el real de don Carlos por sus opiniones intransigentes, militaba con rabioso entusiasmo en el partido zaguero, arrimado a las violencias absolutistas, a la cacería y exterminio de liberales, partido en quien la barbarie no era inferior a la candidez. Llamábanse los tales *netos, puros,* y su ridículo y brutal fanatismo ocasionó el *menoscabo y vuelco* de la Causa, como diría el historiador Mor de Fuentes. En-

tre los netos y las principales figuras del ejército real latía una guerra honda, que se manifestaba en la superficie con el tiroteo continuo de acusaciones solapadas. Los valientes jefes de división, sucesores de Zumalacárregui, detestaban a la camarilla, haciéndola responsable de todas las desdichas. En cambio, los puros, en cuyo negro enjambre descollaba la frailuna personalidad de don Juan Echevarría, tenían por traidores a Villarreal, Gómez, Zaratiegui, soldados valientes que habían ganado palmo a palmo el terreno donde Carlos V pretendía establecer un ridículo simulacro de organización política y administrativa. Era un estado de papel, compuesto de denominaciones enfáticas, burocracia sin materia administrable, palaciegos sin palacio, intendencias sin dinero, ministros con las carteras y las cabezas totalmente vacías.

En la posada de Iriarte, que así llamaban al hospedaje de Calpena, marcábanse claramente los dos partidos, pues si Gelos y Ochoa se preciaban de facciosos a machamartillo, Sureda, Cerio, el mismo Ibarburu y la mayoría de los demás huéspedes no veían con buenos ojos la insolente preponderancia clerical; reconocían la lealtad y bravura de los militares, y mostrándose devotos de la Virgen y asistiendo con edificación a todas las funciones de iglesia a que les llevaba la santurrona piedad del rey, fiaban, más que en los rezos y letanías, en el poder de las armas, en el eficaz aprovisionamiento de las tropas, en la política seria, dirigida con templanza y arte mundano. A menudo, en las conversaciones de la mesa, salían a relucir estas diferencias, atemperándose los disputadores al tono forzosamente grave y al matiz opaco de aquella sociedad, donde eran mal mirados los que hablaban demasiado fuerte, y tachados de masones los que proferían palabrotas picantes.

—Si el señor Gelos me lo permite—dijo con exquisita finura el palaciego Sureda, echando vinagre en su plato de judías verdes—, indicaré que de los empréstitos y de levantar fondos en el extranjero se cuidará nuestro gran ministro don Juan Bautista Erro, que para algo le ha traído de Londres su majestad.

—Me aseguró ayer el señor obispo de León—manifestó Ibarburu, impaciente ya por meter su cucharada—que el ministro traerá planes sublimes. Su ilustrísima y don Juan vinieron juntos hasta la frontera... Es indudable que al salir de Londres dejó el señor Erro ultimado un empréstito de algunos milloncitos de libras esterlinas, vulgo monedas de oro de a cinco pesos. No nos saldrá éste grilla, como les salió a los cristinos el tal don Juan Mendizábal, que se vino también de Londres con mucho viento en la cabeza, y luego... ¿qué? Miseria, inicuo despojo del clero regular, que es un robo, señores; es como sacarle a uno el reloj del bolsillo...

—Yo me alegro, sí, señor, me alegro —dijo el señor Gelos, congestionado de tanto comer y aflojándose el dogal que la servilleta le hacía en el cuello—. Ese escandaloso robo será la mecha que ponga fuego a la mina. Los cristinos, en su satánica demencia, desafían a Dios..., ¡le meten la mano en el bolsillo a Dios, señores, para quitarle lo que pertenece a la santa Iglesia!... Me alegro, sí, me alegro, para que vean, para que aprendan los que aún no están convencidos... Hablando de esto, decíame esta tarde el señor Echevarría: «Es lo único que faltaba para que Dios y la Virgen Santísima estuviesen de nuestra parte...» Pues, qué, todos esos caudales, ¿de quién son sino de nuestra Generala? La piedad se los dió, el Infierno se los quita. Bien, bien; esto nos favorece. ¡Imagínense ustedes la cólera de Dios cuando haya visto...! ¡Están locos, locos!..., y nosotros más locos todavía si no nos aprovechamos de estos desaciertos del masonismo, abandonando los enjuagues y paños calientes, para marchar decididos al exterminio de la impiedad, de la revolución.

—Muy bien; así habla un devoto fiel de la Religión y el Trono—dijo, al extremo de la mesa, uno que se ocupaba en partir nueces para sí y los inmediatos, y era un antiguo guerrillero cojo, empleado en la Superintendencia de Vigilancia pública.

—Yo no me meto en dibujos—declaró Cerio, comiendo también nueces, único postre que había—, ni entiendo de si se deben llevar las cosas por lo blando o por lo duro. No pienso más que en el pie de paliza que a estas horas habrá dado Villarreal a Cordobita.

—Pero ¿se ha roto el fuego ya? No hemos oído tiros.

—Yo, sí. Esta tarde, viniendo de pa-

seo por el camino de Aránzazu, oíamos un espantoso tiroteo. Y unos viejos que bajaban del monte nos dijeron que ayer rompió el fuego la división de Espartero contra el castillo de Guevara y que a la primera embestida quedaron patas arriba como unos dos mil cristianos; que uno de los muertos es O'Donell, coronel del regimiento de Gerona, del cual sólo han quedado doce hombres.

—Me parece, señor don Matías, que no está usted bueno.

—Hombre, quién sabe, quién sabe... Y ¿dice usted que unos viejos que venían...?

—De San Adrián, adonde fueron a retirar cuatro vacas. Pues sí: Ribero, con su división, atacó por Zuazo de Salvatierra, y toda la Caballería que llevaba se precipitó en un barranco, donde ya pueden ustedes figurarse cómo quedaría. Desde aquí estoy viendo yo el montón de huesos de hombres y caballos.

—¡Bonito montón! También nosotros lo vemos, amigo Urra.

—No reírse, señores, no reírse—dijo con gravedad el intendente señor Ochoa—, que bien puede ser verdad lo que nos cuenta el amigo Urra.

—Y aún se ha dicho más—prosiguió don Matías—. Unas mujeres que venían de Ulibarri Gamboa contaron que reventó un cañón y mató a Córdoba, entrándole un casco por semejante parte, con perdón.

—También cae dentro de la jurisdicción de lo posible—dijo don Teodoro Gelos—; pero hasta que no venga el parte pongamos en cuarentena rigurosa todos esos barrancos llenos de Caballería muerta y esos cañones que se hacen añicos tan oportunamente... Como yo soy de los que creen en la Providencia..., ¡y lo digo muy alto!..., en la justicia divina, no me río de esas noticias..., las oigo y espero.

El tal don Matías Urra, infeliz veterano del absolutismo, había comenzado su carrera gloriosa en la regencia de Urgel y en el servicio privado del barón de Eroles. Emigrado a Francia, volvió a su tierra en calidad de ayuda de cámara del conde Penne de Villemur, el cual le tomó grande afición por su lealtad y esmero en el servicio. Deseando asegurarle un porvenir decoroso, le colocó, siendo ministro de la Guerra de don Carlos, en una humilde posición de Provisiones Militares. Poco después, el señor Arias Teijeiro, prendado de su fidelidad, se le llevó a Gracia y Justicia como auxiliar de Secretaría, cargo puramente nominal, pues le ocupaban en diversos menesteres; tan pronto se le veía en Correos como en la Comisaría de Vigilancia, siempre leal, atento a lo que se le ordenaba, celosísimo por la Causa del rey y la Religión. Queríalo todo el mundo en la llamada Corte, y no por humildes eran menos apreciados sus servicios. Hombre sencillísimo, sin pretensiones, con tanta fe en la Causa como en Dios, distinguíase por su actividad en la transmisión de todas las gratas mentiras que eran el consuelo de la *ojalatería* facciosa. No tenía familia, ni más amor que el rey, por quien habría dado cien veces su inútil vida. A más de poner en circulación mañana y tarde las nuevas fresquecitas de descalabros cristinos, del pánico que reinaba en Madrid, de la fuga de la gobernadora, se había constituído en *avisador* de todos los triduos, novenas, funciones mayores, rosarios y demás religiosos actos que en las iglesias y oratorios de Oñate se celebraban para edificación de las almas y alimento de las esperanzas políticas. El bueno de Urra informaba puntualmente, preguntáranle o no; y dotado de actividad prodigiosa, iba de casa en casa anunciando: «Esta noche, trisagio en San Miguel; mañana, trisagio en las Franciscanas; en Santa Marina, completas y salve, y en Bidaurreta, manifiesto y sermón del padre prepósito de San Agustín...»

Continuó picando la conversación en el candente asunto de la embestida de los cristinos a las posiciones de Arlabán, que unos tenían por cierto y otros no, y, al fin, hartos de judías, huevos cocidos, pescado en salmuera y nueces, empezaron a desfilar; los más impacientes y activos resolvieron no acostarse sin ver confirmadas o desmentidas las noticias guerreras que corrían, y para esto no había cosa mejor que dirigirse a los *centros*, donde seguramente habrían llegado partes.

—Yo me voy a Guerra—dijo uno—, que algo sabrán allí.

—Y yo, a Palacio—declaró Sureda—; entro de guardia esta noche.

—Pues yo—manifestó Ibarburu con retintín—me voy a Gracia y Justicia, donde tenemos multitud de asuntos al des-

pacho, y, francamente, ni el señor Arias Teijeiro ni yo gustamos de que se aglomeren los negocios.

Gelos se fué a la tertulia del señor Echevarría, al extremo de la calle Barría, y Matías Urra no se acostaba sin meter sus narices en la botica, primero y después en casa del señor vicario, su grande amigo.

Retiróse Calpena contento a su dormitorio, porque el trato de aquellos señores, en general afables y comunicativos, dábale esperanza del pronto esclarecimiento de su magno asunto, y, fijándose especialmente en Urra, en quien vió un eficaz correveidile, sabedor de cuanto en el pueblo ocurría, se propuso utilizar con maña su oficiosa complacencia. Rendido de sueño, se acostó pensando que tal vez estaba muy cerca de Aura. Bien podía ser que la enamorada doncella se encontrase a la otra parte de aquel tabique o pared que a su lecho tocaba... Bien podía ser, Señor; y si no era tanta la proximidad, en otro cualquier sitio de la población o de los caseríos del valle se encontraría. Ya la estaba viendo; la sentía respirar, la alcanzaba con su mano... Quedóse dormido con esta idea y toda la noche se la pasó en un sueño, del cual le sacó Rapella muy de mañana tirándole de una oreja.

—Levántate—le dijo—, que es tarde y tenemos que hablar. Su alteza me hizo el honor de invitarme a su mesa. Llegué muy tarde a la posada. Quisieron acomodarme aquí, en catre de tijera; pero yo, por estar solo, he preferido un camaranchón alto, donde guardan las ristras de cebollas... Para poder uno arreglarse y hacerse la *toilette*, es indispensable una habitación independiente, por pequeña y mala que sea.

Notó Fernando, incorporándose para vestirse, que su amigo y jefe estaba ya perfectamente revocado en rostro, cabellera y bigotes, bien cepillado de ropa, limpio y oloroso. Se había sentado a los pies de la cama, por no hallar silla disponible. Ibarburu, en planta desde el amanecer, tomaba su chocolate en el comedor próximo. Cerio dormía entapujado por la sábana y roncaba.

—Y ¿qué tal?—le preguntó Calpena, saltando del lecho—. ¿Cómo andamos de negociaciones?

—Chitón. Vístete, arréglate, y en la calle hablaremos. Yo me bajo, que tengo que dar órdenes a Sancho. Te espero en el pórtico de la iglesia. Ponte tu mejor ropa: vas a venir conmigo a ver al infante, que desea conocerte.

Antes de veinte minutos se reunían Rapella y Fernando en el pórtico de San Miguel, y lo primero que hicieron fué entrar a oír misa.

—Aquí, amigo mío—dijo el siciliano—, hay que atemperarse a las costumbres y a la atmósfera levítica del pueblo. Oigamos misa devotamente, y si cuadra oír dos, no será malo.

¡Miren qué casualidad! Por entrar en la iglesia se les apareció Urra, ofreciéndoles el agua bendita. Calpena se alegró de verle, y afectuosamente le preguntó:

—¿Se alcanza ésta, amigo don Matías?

—Ya no...—respondió el vejete, deshaciéndose en amabilidad—. Pero entren los señores en la capilla del Sagrario y aguarden un poquito, que va a salir la del señor padre prepósito.

Oyeron su misa con gran recogimiento y a la salida volvieron a encontrarse a Urra, que les embistió, amabilísimo:

—¿No se quedan los señores a misa mayor?

—Hoy no podemos—dijo Rapella—. Nos aguarda el infante y quizá tengamos que ir antes del mediodía a Elorrio a presentarnos a su majestad.

—Su majestad viene esta tarde. Por si no lo sabían, lo advierto a los señores. También les digo que para confesar la mejor hora es entre nueve y diez. Ahora, ya ven los señores cómo están estos confesonarios. Hoy se nos ha venido junta toda la oficialidad de Artillería, que comulgará después, en la tercera misa del Sagrario... Hasta más ver. Al señor infante le hallarán ahora en misa.

Salieron, y por hacer tiempo hasta la hora de visitar al infante y poder charlar a gusto, fuéronse a recorrer el pueblo, que en su pequeñez ofrece bastante interés, por la grandeza y hermosura de sus edificios públicos y particulares. Pasaron por delante de Palacio, subieron por la calle de Santa María hasta el camino de Legaspia, donde echaron un vistazo al convento de Bidaurreta, contemporáneo de doña Juana la Loca; bajáronse luego hacia San Antón, y cortán-

do las calles Zarra y su paralela Ikasola Kalea, fueron a parar junto al río, no lejos del gallardísimo edificio de la Universidad. En el curso de este largo paseo, sin que nadie pudiera oírle, Rapella expresó a su compañero la pena que sentía por el resultado escaso, más bien nulo, que en la primera entrevista con el infante habían tenido sus negociaciones.

—Has de saber, y esto es reservadísimo, Fernando, que el tal don Sebastián no se da a partido. Creían allá que con ofrecerle dignidades y honores se le ganaba, y todos nos hemos equivocado de medio a medio. Y no son flojas prebendas las que desprecia o afecta despreciar: capitán general del Ejército español, reposición en el Priorato de San Juan de Jerusalén, categoría de infante de España con renta fija de medio millón de reales, cesión del Real Sitio de Aranjuez para su residencia y acomodo de museos y colecciones, con la Flamenca y demás... Ya se ve: ha jurado odio eterno a la reina gobernadora, y estos rencores personales son difíciles de reducir. Los que tratábamos al infante en Madrid por los años del treinta y uno al treinta y tres, le teníamos por inclinado al liberalismo templado. Yo frecuentaba su cuarto con Martínez de la Rosa, con el matemático Vallejo y el humanista Tordera. Veíamos que la ilustración y el trato de los sabios podían en el príncipe más que la tradicional intransigencia borbónica. Créelo, resplandecía el espíritu del siglo en derredor suyo, y poco adelantaba su madre, la princesa de Beira, queriendo rodearle de tinieblas... Juró a Isabel, como sabes; todos le teníamos por un decidido campeón de la angélica reina, cuando de la noche a la mañana, por piques o disensiones que permanecen veladas en el arcano de la intimidad doméstica, se nos tuerce el buen infante, prendándose locamente de las ideas absolutistas... Para mí, y esto es reservado, Fernando, reservadísimo; para mí, el cambiazo de este caballero ilustre data de los días que precedieron al casamiento secreto de la reina con Muñoz. No vió don Sebastián en los preliminares de este suceso toda la dignidad, todo el decoro que debe acompañar a los actos, a las pasiones mismas de las testas coronadas, y...

—Oí contar..., éstas son hablillas de logias y clubs, que quizá no tengan fundamento..., pues oí decir que el serenísimo don Sebastián, príncipe ilustrado, artista, matemático, poliglota, reúne a estas prendas una mediana ambición..., lo que no tiene nada de particular, pues quien mucho vale, mucho alienta..., y debemos presumir que su ambición no se limitaría a los honores del infantazgo..., soñaba con la regencia.

—¡Qué disparate! Nunca le pasó a don Sebastián por la cabeza tal pensamiento.

—Perdone usted, debieron pasarle ése y otros, si no cuando la muerte del rey, algún tiempo después..., ¿me entiende usted?... Al tener noticia del noviazgo, llamémoslo así, de la reina con Muñoz...

—El infante se puso furioso...

—O se alegró..., lo humano es que se alegrara, porque el matrimonio morganático, en rigor de ley, debía inutilizar a doña Cristina para la Regencia.

—Patraña...

—O realidad. Yo me agarro a la filosofía de la Historia, y reconstruyo con elementos humanos un personaje oscuro. El príncipe se alegró, diciendo para su sayo: «Reina casada, regenta eliminada.» Pero la gobernadora fué más lista; no declaró oficialmente sus nupcias; se entendió con Roma..., manda sus hijos a criar al campo. Ni siquiera figuran sus alumbramientos en el Registro de la Facultad de Palacio. En la *Gaceta*, y dentro de las leyes del reino, es tan viuda de Fernando Séptimo como lo era el treinta de septiembre de mil ochocientos treinta y tres, a las veinticuatro horas de expirar el padre de Isabel Segunda. De modo que su amigo de usted se vió totalmente chasqueado, y es cosa muy natural y muy humana, que cae también dentro de la filosofía de la Historia, que un príncipe, en tal situación de amargura y desengaño, se encariñe con el absolutismo y se lance a pelear por él.

—No conoces a su alteza, carísimo, como le conozco yo, ni estás al tanto de los acontecimientos. Déjame que te explique...

—¿Para qué? Doy por verídico lo que usted piensa y quiere contarme, y retiro mi hipótesis, querido Rapella..., no es más que una hipótesis. ¿Qué nos importa, ni qué le importa a nadie que don Sebastián ambicionara la Regencia? ¡Si no se la han de dar, ni a nosotros han de darnos nada tampoco por averiguar-

lo...! Y a propósito, me ha dicho usted que me lleva a presencia de ese señor serenísimo, y a eso, ilustre Rapella, tengo que oponer una resistencia heroica, porque yo no he venido aquí a ver príncipes más o menos serenos, ni a ocuparme de nada que no sea el interés grande, para mí inmenso, que me ha traído a estas tierras. ¿Qué trato hicimos en Madrid cuando nos reunimos para emprender este viaje? Pues se convino en que yo no le estorbaría a usted en sus negociaciones, y que usted me ayudaría en las mías todo lo que pudiese. ¿Fué eso lo tratado?

XVIII

—Eso fué lo convenido y lo cumplo lealmente—prosiguió el siciliano—. ¡Qué si te ayudo! ¿Y si yo te dijera que ya no estoy tan ignorante como tú de la presa que perseguimos?

—¿Sabe usted algo? Por Dios, dígamelo, dígamelo pronto.

—Calma, que estas cosas son delicadas... Déjalo, déjalo de mi cuenta... ¿Pero tú sabes con quién hablas? ¿Te has enterado de que tu amigo Rapella es perro viejo en aventuras de amor? ¿Sabes que tiene sobre su conciencia de galán empecatado media docena de duelos con maridos celosos, burlas sin fin de padres severos o tutores ruines, y como unos diez raptos, dos de los cuales han sido del género novelesco, con escalamiento nocturno, incendio, pistoletazo y fuga a uña de caballo con la hembra a la grupa?

—Eso habrá sido en Sicilia, donde la vida romántica es cosa corriente.

—Eso ha sido en Italia, en España, también en Argel, con la circunstancia agravante del uso de cimitarra y del trato con eunucos y demás gentuza de serrallo. El caso tuyo es una simpleza, una comedia de principiante. Yo te respondo de que antes de tres días, si andan por aquí el tío de su sobrina y la sobrina de su tío, les encontramos, les sorprendemos y cargamos con la niña en pleno estado absolutista y patriarcal, burlando tíos, clérigos monjas, alcaides, justicias, pues en ninguna parte son más fáciles las burlas que en estas sociedades rigoristas, donde se alambica la moral y se extreman las preocupaciones... ¿Me aseguras tú que la niña desea que la robes, que preferirá escaparse contigo a permanecer bajo el poder de su guardián? ¿Estás seguro de eso?

—Como de mi propia vida.

—¿Es ella valiente, de estas que corren tras el amor como la mariposa tras de la luz, y que prefieren la quemadura y la muerte al aburrimiento de una vida regular?

—Es animosa, corazón grande, imaginación viva.

—Conozco el género. Pierde cuidado, niño.

—Pero dígame si ha podido averiguar

—Cállate ahora. Pon tu asunto en mis manos.

—No puedo traspasar mi iniciativa. Si no me dice usted pronto lo que sepa, no le acompaño a la visita del infante.

—Pues tú te lo pierdes, carísimo; porque si no me acompañas a la visita no te diré nada, y tardarás sabe Dios cuánto tiempo en averiguar lo que quizá sepamos dentro de media hora.

Calpena se paró en mitad de la calle para mirar fijamente la casa del italiano, que resplandecía de malicia, de doblez; cara de intrigante de oficio, curtido en enredos políticos de camarilla y en tramoyas mujeriles y palaciegas. Su fino sonreír dejaba entrever a Fernando un mundo de historias y una rutinaria destreza en artes que no se practican a la luz del día. Por un momento sintió desprecio del italiano, después miedo. Comprendiendo al fin la inconveniencia de huir de su lado en tal ocasión y en circunstancias tales, determinó seguir el impulso adquirido, hasta ver en qué paraban aquellos misterios.

—Pero yo quiero que me diga usted con sinceridad: ¿qué tengo yo que pintar en el palacio de su alteza, ni en qué bodegón hemos comido juntos ese señor y yo?

—Es sencillísimo. Su alteza me preguntó: «Y ese joven que ha venido contigo, ¿quién es?» Contesté la verdad: que eres un chico de gran familia, instruidísimo, de una educación perfecta, así en lo moral como en lo intelectual..., que posees el latín como Tito Livio y Cicerón y eres consumado humanista...

—Eh... ¿qué bromas son ésas? Me ha puesto usted en ridículo.

—Que sabes también el griego...

—Hombre, no.

—Algo de griego, le dije..., que posees vastísimos conocimientos en Historia y Arqueología.

—¡Ya escampa!

—Hijo mío, la verdad es una diosa muy bonita, que reside en el Cielo, y como allá la obligan a estar siempre en cueros, nunca desciende a nuestra pobre Tierra... Es muy vergonzosa. Adorémosla como ideal, pero...

—Pero la realidad nos impone la idolatría del mentir, ¿no es eso?

—Sí, porque siendo mentiroso cuanto nos rodea, si blasonamos de verdaderos, o nos encierran por locos o nos apalean a cada triquitraque. Falso es todo lo que ves, carísimo, y en esta Corte diminuta no hallarás más verdad que en la grande de Madrid; farsa es la religiosidad de la mayoría de estos cortesanos; hipócrita la creencia en el derecho divino de este pobre rey de comedia; engañoso el entusiasmo de los que mangonean en el ejército y en las oficinas. Sólo es verídico el pueblo en su ignorancia y candidez; por eso es el burro de las cargas. El lo hace todo: él pelea, él paga los gastos de la campaña, él muere, él se pudre en la miseria para que estos fantasmones vivan y satisfagan sus apetitos de mando y riquezas. No imitemos al pueblo, el gran inocente, el eterno bobo del mundo civilizado, el polichinela sobre cuya joroba recaen todos los palos. Y pues hemos de comer y de vivir y abrirnos paso en el tumulto de esta mascarada, pongámonos la careta. Dime, simple, ¿piensas que la empresa de arrebatar a la mujer que amas es realizable con los procederes de la verdad?

—Eso no...

—Pues entonces déjate conducir. Silencio y entremos a saludar al infante.

A este punto llegaron ante el grandioso edificio de la Universidad, fundación del oñatiense don Rodrigo de Mercado, obispo de Avila. Calpena se detuvo a contemplar la mole gallarda, la elegancia de sus contrafuertes, exornados de exquisita labor plateresca. La acción del tiempo y de la humedad, desgastando aquella hermosa pieza arquitectónica, dábale una pátina musgosa y espiritualizaba la morbidez pagana de sus líneas. En el portalón había guardia, por estar destinado el edificio en aquel lastimoso imperio de Marte a cuartel y oficinas militares. Soldados, oficiales de diversa graduación, sin más distintivo que la espada, entraban y salían, y no faltaban los grupos de mujeres y chicos que acuden al reclamo de la milicia activa. En dos de las crujías del claustro bajo, divididas por endebles tabiques, se habían instalado dependencias, designadas sobre las puertas con toscos letreros.

En el claustro alto veíanse también rótulos indicadores de los diferentes ramos del organismo militar, a excepción de la crujía de Poniente, separada de las demás por una cancela provisional, con mampara. Por allí se entraba a la rectoral y biblioteca y a la residencia del príncipe. Un portero anciano, con casaca amarilla, les introdujo al instante en la biblioteca, donde comúnmente recibía su alteza las visitas. Era don Sebastián de estatura mediana, tirando a corta, de pocas carnes, el rostro grave y desapacible, con un poco de estrabismo en los ojos, bien afeitado, el cabello compuesto al uso con un poquito de melena ahuecada sobre las orejas, y la raya al lado izquierdo del cráneo. Si vulgarísimo era por su figura, no así por sus modales, de exquisita distinción: digno sin altanería, accesible, cariñoso conservando siempre la superior postura. Sabía ser infante de España; sabía sostener su papel de ilustrado, peregrino papel en príncipes, y aun engalanarse con la flor de la modestia, que tan difícilmente se cría en la seca atmósfera de la adulación. Muy grata fué para Calpena la amabilidad con que don Sebastián Gabriel le recibió. Aunque su alteza disponía de poco tiempo, les mandó sentarse junto a una mesa atestada de mapas y librotes voluminosos.

—Ya me ha dicho Rapella lo mucho que usted vale. Siento que su venida a esta ciudad haya sido en ocasión tan impropia para platicar de cosas de arte, lenguaje y literatura. También yo tengo mis aficiones; pero la guerra, ¡ay!, y esta situación de continua inestabilidad me priva de consagrarme a mis estudios favoritos. Confío en que vendrán tiempos mejores; ya iremos a Madrid y allí, con toda calma... ¿Verdad, amigo Rapella, que iremos pronto a Madrid? ¿Qué piensa usted?

—Señor—dijo el siciliano, inclinándose respetuoso—, puesto que vuestra alteza anhela volver allá, sólo debo ma-

nifestarle que Madrid echa siempre de menos al mantenedor entusiasta de las artes y las letras.

—El señor Calpena—indicó el príncipe con gracia—no cree que vayamos pronto a Madrid; estima en poco la Causa que aquí defendemos. Se lo conozco en la cara. Naturalmente, tiene sus ideas, sus preocupaciones; trae todo el barullo liberal metido en la cabeza.

—Señor—replicó Fernando con firmeza—, puedo asegurar a su alteza que más de una vez, no sólo aquí, sino en Madrid, he considerado posible y probable que la Causa, por una serie de victorias decisivas, vea pronto expedito el camino de la capital de la nación.

—De eso se trata—dijo el príncipe con orgullo; y variando al instante de tema, por ser muy de personas reales el hacer grata la conversación cambiándola oportunamente, prosiguió así—: Ya sé que es usted un gran latino.

—Señor: Rapella me quiere tanto, que abulta espantosamente mis pobres méritos.

—Yo también he tenido mis aficiones latinas, y cuando disponía de tiempo y de tranquilidad, los clásicos eran mi delicia. No crea usted, también me permití ciertos atrevimientos; traduje la elegía de Propercio *Ad amicum*...

—Sí, sí... La conozco. Es una en que se queja de que le han robado a su amada, y llora y se desespera. Si no recuerdo mal, empieza así:

Eripitur nobis jam pridem cara puella.

—Justo; y luego dice

Et tu me lacrymas fundere, amice vetas...

—¡Ah, Propercio me encanta! También yo, con la presunción, con la audacia que dan los quince años, me metí a traductor... Sí señor: traduje en verso libre la elegía *Hora mortis incerta.*

—¡Oh, sí!—exclamó don Sebastián con júbilo—, es preciosísima. Comienza:

At vos incertam mortales funeris horam
Quæritis, et qua sit mors aditure via...

Aún repitió media docena más de versos, gozoso de mostrar su buena memoria, y después, cambiando el tono entusiasta por el quejumbroso, continuó:

—Ya ve usted si es triste abandonar los ocios dulcísimos de la buena literatura por esta actividad ansiosa a que obligan los asuntos de un Estado incipiente, de un Estado en el cual tenemos que creerlo todo, y por el estruendo de la guerra, que siempre es cruel y bárbara, aunque sea gloriosa... Desde que llegué a este país no he podido abrir un libro de los que han sido, en épocas más bonancibles, mi mayor deleite. Encargado por su majestad de organizar las Maestranzas de Artillería y de Ingenieros y de atender a las mil dificultades que ocurren a cada paso por falta de utensilios, de material, de personal idóneo, me paso la vida en un trabajo azaroso, no siempre coronado por el éxito. Verdad que me ayudan hombres inteligentísimos; pero el entendimiento nos da ideas, no la materia para traducirlas en hechos. Hemos podido, a fuerza de tenacidad y de maña, establecer la fabricación de cureñas y montajes; hemos fundido algunas piezas... En fin, no estoy quejoso, y la Historia dirá con qué pobres elementos hemos realizado trabajos tan difíciles. Asombra el considerar lo que pueden la inteligencia y la fe, ¿por qué no decirlo?, la fe de estos dignísimos oficiales, ayudada por la terquedad vizcaína. Con la fe hemos hecho algo que, si no es mover las montañas, se le parece mucho.

—Y entiendo—agregó Rapella con oficiosidad—que en los proyectiles de obuses no tiene este ejército nada que envidiar al cristino.

—Algo hemos adelantado, gracias a las nuevas máquinas que nos ha traído Negretti...

Lo que siguió no pudo oírlo Calpena: fué un murmullo dominado por la sonora y vibrante voz que, aun después de salir de los labios del príncipe, continuaba sonando con estruendo: «¡Negretti!» Era como un trueno... Tal fué la impresión recibida, que el joven no paró mientes en que proseguían conversando el infante y Rapella. ¿De qué hablaban?... No lo sabía, ni se cuidaba más que de aquel Negretti que en sus oídos retumbaba.

—¿Es usted aficionado a estas materias, a la balística, a la fundición de metales?

—Sí, señor—replicó el joven, impulsado de su gozo ardiente y del deseo de seguir tratando aquel tema antes de

que su alteza pasase a otro—. Soy muy aficionado.

Turbóse un instante. Comprendiendo al punto que un mentir descarado podría infundir sospechas, se apresuró a *ponerse en la rectitud,* como diría Hillo.

—Dispense vuestra alteza mi distracción...; quise decir: aficionado a Propercio.

En efecto, nada más imprudente que mostrar interés y conocimiento en las materias científicas de la Maestranza. Sobre que todo engaño de esta naturaleza sería pronto descubierto, aconsejaba la más vulgar discreción aparecer indiferente a tales trabajos, que sin duda se hacían con cuidadosa reserva, recatándolos de la mirada de gentes extrañas y forasteras.

—Soy enteramente lego, señor—repitió Fernando—en cosa de milicia y de ciencia militar.

Y Rapella, con seguro instinto, acudió a reforzar esta idea, diciendo:

—Tenemos aquí a un hombre que desde niño ha ejercitado sus facultades en los estudios históricos y literarios, y fuera de ellos es un ángel de inocencia. Me permitiré hacer una observación. Su carácter altivo y la independencia de que goza son causa de que no haya ocupado aún en la esfera escolástica del reino la posición que le corresponde... Sí, sí, querido Calpena, hago traición a tu modestia, manifestando a su alteza que acaricias la ilusión de desempeñar en este apartado pueblo, tan propicio al estudio, el noble ministerio de la enseñanza... No te atreves a decirlo; pero yo sé que ésa es tu idea... Te encanta este honrado país, te empujan hacia acá tus hábitos metódicos, tu carácter apacible; te solicita desde aquí, ¿por que no decirlo de una vez?, la atracción que ejercen sobre tu espíritu las ideas de estos ilustres señores y el régimen absoluto. Conocedor de tus pensamientos, porque poseo tu confianza, quiero ser tu órgano de expresión; la facultad de la franqueza que te falta, yo la suplo con mi atrevimiento... Sí, sí, serenísimo señor: este joven sería feliz consagrando su vida y su talento a las tareas de la enseñanza en cualquier localidad de la nueva Monarquía... Pues él no lo dice, lo digo yo, que le quiero como a un hermano y no deseo más que su bien.

Si a las primeras palabras del siciliano Calpena vacilaba entre el asombro y la ira, por tan audaz mentir, antes de que Rapella terminase ya pudo ver Fernando que aquel giro no era descabellado, y podía servir a la buena terminación de su asunto. Con la mirada y una leve sonrisa prestó asentimiento a la declaración de su amigo, que obtuvo del infante esta velada respuesta:

—Mucho me congratulo de las felices disposiciones y de los deseos de este joven, y, por mi parte, no he de oponerme a que los realice. Pero le advierto que no soy yo quien ha de decidirlo, pues ello incumbe al señor obispo de León, encargado de la Enseñanza. Para ejercer el profesorado en esta Universidad, la ley exige condiciones que sin duda podrá llenar cumplidamente el señor Calpena, aptitudes y conocimientos bien probados pruebas también de piedad y de pureza de costumbres. Toda precaución es poca en circunstancias de un Estado nuevo que quiere ser de todo en todo contrario al Estado caduco y corrompido que tenemos enfrente, y por eso se han establecido los ejercicios de reválida.

Diciendo esto, su alteza se levantó, señal de haber terminado la visita.

—Dispénsenme—les dijo alargándoles la mano, que Rapella besó—. Hoy es día de acontecimientos graves. Es seguro que han atacado nuestras posiciones por San Adrián. Desde muy temprano se oye el tiroteo muy vivo...

Y no acababa de decirlo cuando entraron presurosos dos señores, uno de ellos Cerio, el otro un ayudante de González Moreno: traían noticias que comunicaron a su alteza sin que Rapella y su amigo pudieran enterarse. Las noticias no debían ser muy buenas, a juzgar por la cara que puso don Sebastián al oírles. Volvióse luego a los visitantes, con cierta premura, como queriendo significarles de una manera delicada que tomaran la puerta.

—No debemos entretener más tiempo a vuestra alteza—dijo Rapella.

Y el príncipe:

—Nos veremos otra vez... Ya sabe el señor... Reválida para la incorporación de grados, pruebas de piedad..., juramento de defender el misterio de la Inmaculada Concepción, de condenar la impía doctrina del regicidio, la absurda soberanía del pueblo, el filosofismo anárquico..., juramento de no pertenecer ni ha-

ber pertenecido a ninguna Sociedad secreta, en fin, vea la *Gaceta*, decreto de nueve de abril... Adiós, señores...

XIX

Observaron al salir a la calle grupos de presurosa gente que iba de una parte a otra. Por las palabras sueltas que oían, coligieron que no lejos de Oñate, en las alturas que dominan el valle de Aránzazu, se estaban batiendo cristinos y facciosos. En la plaza eran más compactos los grupos, y de ellos se destacaban clérigos y militares que acudían a Palacio y a la Universidad en busca de noticias. No querían hablar Rapella y Fernando de lo que les incumbía hasta no encontrar un sitio solitario; con feliz acuerdo metiéronse en la iglesia, donde había terminado el culto de la mañana, y recorriéndola como que admiraban los retablos, la espaciosa nave y la capilla en que reposaban los restos del fundador de la Universidad, sin más testigos que algunas señoras y ancianos entregados a sus rezos y meditaciones, charlaron cuanto quisieron, *sotto voce*, cuidando de disimular al paso de algún sacristán o clérigo rezagado.

—A lo que parece, se están batiendo ahí arriba—dijo Rapella—. ¡Qué bien me vendría que se llevaran estos caballeros una paliza fenomenal! Confío mucho en Córdoba y su gente.

—Yo también. ¡Pero si les pegan y se ven obligados a salir de Oñate...!

—Mejor. Derrotados y fugitivos, entrarán en negociaciones más fácilmente que envalentonados y triunfantes. ¡Duro en ellos!

—Pues si en mi mano estuviera, yo detendría en este momento la espada de Córdoba. Me conviene el *statu quo* para las averiguaciones que pienso emprender esta tarde misma: si está Negretti aquí; si le acompañan su mujer y su sobrina; si no le acompañan; si ha dejado la familia en otra parte; si ha depositado a la sobrina en algún convento...

—Calla, hombre, calla. ¡Si te enterarás al fin de quién es Rapella!... ¡Si cuando tú vas a un punto ya estoy yo de vuelta! Todo eso que quieres saber ya lo sé yo... ¿Por quién me tomas? ¡A fe que tengo bonito genio para estar tanto tiempo ignorante de lo que interesa a mis amigos!

La aproximación de un sacerdote que se detuvo en medio de la nave mirándoles atentamente les obligó a callar.

—¿Quieres saberlo?—prosiguió el siciliano, libre ya del importuno clérigo—. Pues déjame terminar lo que diciendo venía. Para tu asunto es indiferente que evacuen o no evacuen la gloriosa villa de Oñate, porque..., vamos, aplacaré tu curiosidad: Negretti está aquí; tu niña, no.... Ya te contaré cómo lo supe.

—Cuéntemelo usted ahora.

—Silencio, que nos mira aquel tío gordo que parece un fraile vestido de paisano. Conviene que nos arrodillemos y hagamos como que rezamos un poco... Mucho cuidado con esa gente.

—No me tenga usted en esta ansiedad —dijo Fernando de rodillas, persignándose.

—Repito que para tu asunto es indiferente—prosiguió Rapella, dándose golpes de pecho—, y para el mío de gran interés que les arreen a estos caballeros una paliza muy gorda. No encuentro en don Sebastián las blanduras que yo creía: la amistad y el cariño que en Madrid me manifestaba se recatan ahora, se revisten, como si dijéramos, de una capa de desconfianza. Su ambición, que es grande y legítima, no se rinde a los reclamos de allá mientras de este lado tenga flores el árbol de la esperanza. Venga un cierzo que arranque toda la flor del árbol, y la ambición del príncipe no será tan arisca... Pero yo no he venido aquí a negociar sólo con don Sebastián Gabriel. Traigo otro grande embuchado para su tío, el rey absolutísimo, de quien no sacaré jugo mientras esté boyante y entero. Pero si sufre un descalabro y le cojo por ahí, con las manos en la cabeza, entre el barullo de sus soldados fugitivos, cree que se le aplacarán los humos. La Santísima Virgen, su inspiradora y Generala, ha de aconsejarle que me oiga y que acceda a lo que le propondré... Esto es más que reservado, y no esperes que te lo diga.

—Ni me importa saberlo. Lo que ha de decirme usted pronto...

—Voy... Pues supe que Negretti está en la Maestranza por el señor Roa, secretario de su alteza, con quien hablé anoche más de una hora de cosas de Madrid, de Oñate y de medio mundo. Aquí,

sobre todo, hay materia larga para la historia y la chismografía. Dos partidos que se aborrecen cordialmente, que sin cesar se vituperan, se calumnian, tirándose al degüello, minan el suelo del flamante Estado absolutista, y el mejor día vendrá el terremoto que todo lo convierta en ruinas. Pero vuelvo a tu asunto.

—Por Dios, sí..., me tiene usted en ascuas. ¿De modo que el señor Negretti está en la Maestranza?

—Y la Maestranza, en la planta baja de la Universidad. Hemos pasado junto a esta oficina cuando subíamos a ver al infante.

—¡Ay!, ya me lo dijo el corazón... Allí trabaja Negretti, allí estudia. ¿Acaso vive allí?

—Eso no lo sé. Lo que sí puedo asegurarte es que tu niña no está en Oñate. No se separa de ella la mujer de Negretti, que es una vascongada como un castillo. Hasta hace unos días hallábase en Durango; pero tu Aura se puso malucha, calenturas leves, anginas, no sé qué, y su tía se la llevó a un pueblo de la costa.

—¿Cuál? ¿Qué pueblo es ése?

—El nombre no me lo dijo Roa; pero lo sabremos, descuida.

—Salgamos de aquí. Me ahogo en esta iglesia.

Echaron un vistazo al claustro y salieron por él a la calle. Rapella, deseando noticias; Fernando, ávido de aire, de ver cielo y luz. La opresión de su pecho no le dejaba respirar. Halláronse en aquella parte de la plaza donde está cubierto el río, el cual corre un buen trecho por cauce abovedado, metiéndose por debajo del claustro de la parroquia. En los pórticos de ésta, y en el ángulo que forma con la mole del claustro, hallaron mucha gente, grupos en que se condensaba la ansiedad, la avidez de noticias. Allí, mirando a Palacio, residencia del rey (en aquel día ausente), mirando al Ayuntamiento, donde estaban el Principal, el Estado Mayor y además la oficina del llamado Ministerio Universal, los pobres *ojalateros* ponían su alma en el suceso del día. En el centro del más nutrido grupo, un clérigo alto y bastote exclamaba, abriendo los brazos:

—Si no puede ser, Señor, si no puede ser. Conozco aquel terreno palmo a palmo. Conozco las fortificaciones de Arlabán como si las hubiera parido, y declaro que son intomables.

—Eso mismo sostengo yo—dijo otro en quien reconoció Calpena a uno de los huéspedes de su posada—. Si la acción ha sido en Salvatierra, ¿cómo es posible que los nuestros hayan dejado desamparado San Adrián?... No puede ser, no puede ser.

—Para mí—apuntó un tercero, que era el mismísimo señor Modet, personaje en otros días de gran valimiento, entonces en desgracia—, de lo que ha tratado Córdoba es de apoderarse del castillo de Guevara. Por aquella parte sonaba el gran cañoneo. Llevaban tren de batir.

—¡Pero si acaban de decirnos..., y esto es para volverse uno loco..., que Espartero marchaba a las diez de Salvatierra hacia acá, como en dirección de Elguea! No puede ser, no puede ser.

Y con el «no puede ser» lo arreglaban todo. Metiéndose Rapella en el grupo con la oficiosidad urbana que sabía gastar como nadie, les dijo:

—Permítanme una observación, señores..., y esto no es discurrir por conjeturas; es fijar los hechos, hechos indudables que yo he visto. Vengo de los altos de Aloña, y puedo asegurar que se distinguen perfectamente los batallones de su majestad corriéndose desde San Adrián hacia Poniente. ¿No es lógico ver en este hecho una hábil estratagema de Villarreal para caer sobre la retaguardia del enemigo y destrozarla?

—Cabalmente: tal era mi idea—dijo muy orgulloso el clérigo, que no era otro que el propio Echevarría, alma del partido neto—. Y si Villarreal no ha hecho eso, ¿de qué nos sirve? ¿De qué le ha servido la escuela de don Tomás? No basta decir «Me bato, soy valiente.» Un general en jefe es una cabeza, señores, una cabeza que a cada momento debe inventar algún ardid para engañar al enemigo.

Y un señorete pequeñín, agobiado bajo el peso de un disforme sombrero de copa, sujeto de circunstancias que desempeñaba en Gracia y Justicia el negociado de Títulos del Reino, expresó con biliosa amargura una triste opinión:

—¡Pero si aquí no tenemos cabezas, en lo militar se entiende! ¡Si las que parecen llenas las guardamos en casa para simiente y mandamos a la guerra las vacías!

—Prudencia, amigo Barbáchano, y vámonos en busca de la puchera, que es

hora. Esta tarde sabremos la verdad, y Dios y la Virgen nos la deparen buena.

Saludáronse, y disuelto el grupo, Rapella y Fernando se fueron a comer a la posada. En la mesa no se hablaba más que del militar suceso, que cada cual arreglaba a su gusto, tirando siempre a lo favorable. El bueno de Urra llegó hasta el delirio.

—Puedo asegurar como si lo hubiera visto, señores, que esta mañana a eso de las ocho Espartero iba en desorden hacia Ulibarri Gamboa, perseguido por Simón de la Torre... Y me consta también, ¡oído!, me consta que el Requeté embistió sólo a cuatro batallones, matando todo lo que quiso, y que quedó sobre el campo un O'Donell, coronel de Gerona, y la flor de la oficialidad cristina...

No producían los optimismos de Urra, expresados con vivísima fe, el entusiasmo de otros días, pues por entre las encontradas noticias y opiniones flotaba en el espíritu de todos una sombra negra, el presentimiento de un revés, cuya importancia no podía calcularse aún. Gelos, bilioso y cejijunto, había perdido el apetito, mostraba desconfianza de Villarreal, y no se recataba de sostener que fué gran disparate quitar el mando a Eguía, cuyo único defecto era el carácter arrebatado, las palabras violentas. ¡Caramelos!, que blasfemase alguna vez, bregando con soldados, no quería decir que fuese descreído. Al contrario, era hombre muy pío, soldado de Dios, incapaz de transigir con la revolución usurpadora. De otros no se podía decir lo mismo, y... más valía callar.

Hizo gala el señor Rapella, en todo el curso de la comida, de su exquisita urbanidad, y para cada uno de los comensales tuvo una frase grata. Manifestó que se abstenía delicadamente, porque así se lo ordenaba su carácter diplomático, de expresar opiniones de «política interior» y del «giro de la campaña», aunque «hacía votos» por que el Altísimo bendijera las armas de Carlos V. Buscó y halló coyuntura para deslizar en la conversación algunas ideas que enaltecieran su personalidad a los ojos de aquellos inocentes funcionarios de un reino ilusorio. Véase la muestra:

—Créanlo ustedes: en el extranjero, todas las miradas están fijas en este naciente reino... Si algo vale mi opinión, no esperen ustedes gran cosa de Roma. ¡Roma, señores...!, la conozco bien... Roma es Roma, la cabeza del orbe católico..., pero por lo mismo, por su misión universal y divina, no puede volver la espalda resueltamente a un Estado establecido... De Viena y Berlín, ¿qué he de decirles? Es un asunto éste del cual me permitirán que no diga nada. Turín y Nápoles son amigos leales, y harán todo lo que puedan... Pero con quien hay que tener mucho cuidado es con Londres, con ese Saint James astuto, cuyo poder en el concierto europeo es indudable. Ya sabrán ustedes que a Canning le ha sabido mal el decreto de su majestad católica contra los extranjeros que sirven en el ejército cristino. Este decreto inhumano no puede ser grato a la Inglaterra; esperamos que el rey don Carlos acuerde su revocación; de eso se trata... Su majestad, que es un entendimiento luminoso, se hará cargo de las razones que se le exponen.

Y cuando le incitaban a ser más explícito, más se complacía en dejarles a media miel. Urra y los dos que a su lado machacaban nueces le oían con la boca abierta. Gelos, que siempre desentonaba, salió por este registro:

—Demos un par de golpes buenos con las armas; inspire la Virgen a nuestros caudillos; únase la espada de San Miguel a la de estos valientes, y me río yo de Vienas y Berlines y de todas esas Cortes que tan mal nos agradecen la gran obra emprendida por nuestro rey de aplastar la serpiente de la revolución europea. Porque aquí, para que usted lo sepa y pueda decirlo por esos mundos, estamos combatiendo contra el filosofismo, y una de dos: o perecemos todos o el filosofismo y el ateísmo no levantan más la cabeza.

—¿Y tendremos el gusto de verle a usted muchos días en Oñate, señor de Rapella?—le preguntó Sureda, rivalizando en finura con el siciliano.

—¡Ah, oh...! No depende de mí el permanecer mucho en residencia tan grata... Si su majestad viene esta tarde y tengo mañana el honor de ser recibido..., no sé..., tal vez. Mejor que nadie comprende usted que no puedo precisar si su majestad me retendrá algunos días o se servirá despedirme mañana mismo.

Una voz tonante gritó en la puerta del comedor:

—Señores. Su majestad el rey entra

en Oñate. Ya viene como a dos tiros de fusil de Golibán.

Tumulto, levantamiento general, golpeteo de innumerables patas de silla.

—¡A esperar al rey, a recibir y aclamar al soberano!—gritaron a una.

Y el comedor se quedó vacío; el no muy limpio mantel, lleno de migas y cáscaras de nueces. El pájaro del reloj, asomándose a la ventana y haciendo sus cortesías, cantó las dos.

XX

El esquilón de la ermita del Santo Cristo, situada al extremo del pueblo, por el camino de San Prudencio, fué el primer bronce que anunció la llegada del rey, y bien pronto a su alegre clamor se unieron las campanas de la parroquia de San Miguel, de las monjitas de Santa Ana y de los frailes de Bidaurreta, de San Antón y Santa Marina. La gente corría presurosa hacia la plaza y calle Zarra, por donde necesariamente había de entrar, y aunque le estaba viendo de continuo, ni de verle ni de aclamarle se cansaban los buenos oñatienses, que tenían la dicha, la gloria más bien, de ser convecinos del representante del Trono legítimo y de la santa Religión. Le querían de veras, sin conocerle más que como se conoce a las imágenes de iglesia, que no hablan ni se mueven, pues si hablasen, quizá muchas de ellas no tendrían tantos devotos.

Allá corrieron también Rapella y Fernando, metiéndose entre el gentío que aguardaba en la plaza el paso del rey de Oñate, y, colocados en el mejor sitio, viéronle pasar caballero en un alazán de mediano pelo, llevando a su derecha al Infante don Sebastián, que había salido a encontrarle; a su izquierda, a González Moreno; detrás, la turbamulta del Estado Mayor: ayudantes, asesor general, mayordomo de Palacio y otros que iban vestidos de paisano con sombrero de copa. Don Carlos vestía de capitán general, con sombrero de tres picos, sin más insignia que la cruz de Carlos III. Era el único faccioso que por razón de su alta categoría no usaba boina. Aclamado por el pueblo con gritos castellanos y vascuences, que se mezclaban formando una algarabía discorde, saludaba con la afabilidad fría y austera que contribuía no poco a fortalecer su prestigio ante aquella raza creyente, grave. Al satisfacer su curiosidad, tuvo también Fernando la satisfacción de que el personaje resultara como él se lo figuraba; que es un gusto sorprender en la realidad un reflejo de nuestras ideas. Vió, pues, Calpena en la encarnación del absolutismo el tipo que se había forjado en su mente: la cara de Fernando VII con menos nariz, más quijada, el labio grueso, bigote y patillas cortas, la mirada fría y oscura, de las que no penetran ni alumbran, señal de entendimientos apagados. Bien podía expresar la mandíbula del rey, más larga que saliente, la terquedad, que hacía las veces de voluntad firme, y su mirar vago el fatalismo religioso, que ocupaba el lugar de las ideas. La prolongación del maxilar hacía muy desapacible el soberano rostro, sin llegar a la fealdad que al de su hermano daba la trompa que tenía por nariz. Uno y otro eran diestros jinetes; se asemejaban asimismo en la desmedida soberbia y en la contumacia de sus creencias acerca del derecho divino, como enviados al mundo para oprimir a estos desgraciados pueblos.

Hizo Calpena mental paralelo entre su tocayo *Narizotas* y el llamado *Pretendiente*, llegando a la conclusión triste de que si hubiera un infierno especial para los reyes, en el más calentito rescoldo de este *tártaro* regio debían purgar sus pecados contra la Humanidad estos dos señores, que simbolizando la misma idea, por la supuesta ley de sus derechos mataron o dejaron matar tal número de españoles, que con los huesos de aquellos nobles muertos, víctimas unos de su ciego fanatismo, inmolados otros por el deber o en matanzas y represalias feroces, se podría formar una pira tan alta como el Moncayo. En todos los países, la fuerza de una idea o la ambición de un hombre han determinado enormes sacrificios de la vida de nuestros semejantes; pero nunca, ni aun en las fieras dictaduras de América, se han visto la guerra y la política tan odiosa y estúpidamente confabuladas con la muerte. La historia de las persecuciones del 14 al 20, de la reacción del 24, de las campañas apostólicas y realistas, así como del recíproco exterminio de españoles en la guerra dinástica hasta el Convenio de

Vergara, causan dolor y espanto por el contraste que ofrece la grandeza de tan extraordinario derroche de vidas con la pequeñez de las personas en cuyo nombre moría o se dejaba matar ciegamente lo más florido de la nación.

Considerados en lo moral, grande era la diferencia entre Fernando y Carlos, pues la bajeza y sentimientos innobles de aquél no tuvieron imitación en su hermano, varón puro y honrado, con toda la probidad posible dentro de aquella artificial realeza y de la superstición de soberanía providencial. Trasladados los dos a la vida privada, donde no pudieran llamarnos *vasallos* ni suponerse reyes cogiditos de la mano de Dios, Fernando hubiera sido siempre un mal hombre; don Carlos, un hombre de bien, sin pena ni gloria. En inteligencia, allá se iban, ganando Fernando a su hermano, si no en ideas propiamente tales, en marrullerías y artes de la vida práctica. Las ideas de don Carlos eran pocas, tenaces, agarradas al magín duro como el molusco a la roca, con el conglutinante, del formulismo religioso, que en su espíritu tenía todo el vigor de la fe. De la piedad de Fernando no había mucho que fiar, como fundada en su propia conveniencia; la de don Carlos se manifestaba en santurronerías sin sustancia, propias de viejas histéricas, más que en actos de elevado cristianismo. En sus reveses políticos no supo Fernando conservarse tan entero como cuando ejercía de tiranuelo, comiéndose los niños crudos; don Carlos mantuvo su dignidad en el ostracismo y en la mala ventura y acabó sus días amado de los que le habían servido. Fernando se compuso de manera que, al morir, los enemigos le aborrecían tanto como le despreciaban los amigos.

Entró el rey en Palacio, la casa-solar de los Artazcos, en la plaza, haciendo esquina con la calle de Santa María, no lejos del trinquete o juego de pelota. Era un bello edificio señorial, del mejor estilo del país, con airosos contrafuertes terminados en pináculos. Allí le esperaban don Juan Bautista Erro y el improvisado personal de dignatarios políticos y palatinos. El gentío continuaba dando vivas a la religión, al ejército y al rey; pero éste no se asomó al balcón, sin duda porque graves asuntos le solicitaron desde el instante de su llegada. Vió Calpena que no cesaba de entrar y salir gente de viso, presurosa, y en la calle se acentuaba la ansiedad por las noticias de Arlabán. A media tarde las impresiones no eran ya muy optimistas, salvo en aquellos que no se convencían nunca, resistiendo heroicos a toda realidad desfavorable.

Salió de Palacio don Juan Bautista Erro con cara mustia, incapaz de disimular los malas nuevas que traía, y al punto fué rodeado por los curiosos. Calpena se introdujo lo más cerca posible y le oyó decir:

—Nada, señores, no hay que apurarse, pues no se acaba el mundo por un revés pasajero. La acción sigue, y esperamos que Villarreal tome el desquite mañana mismo.

Y se abrió paso con esfuerzo de sus brazos vigorosos. Calpena le observó bien, admirando su alta estatura, no inferior a la de Mendizábal; como éste, bien parecido; de edad poco más o menos la misma, vestido con cierto esmero inglés. Como los liberales a don Juan Alvarez, los facciosos habían traído de Londres al señor Erro, movidos de su fama de gran rentista, y entró el hombre en el real de don Carlos prometiendo atar los perros con longanizas, terminar la guerra en seis meses, como el otro, y sacar dinero de debajo de las piedras. Luego resultó que todo era ensueños, cuentas galanas, humo... Acompañado de su secretario el capellán Ibarburu, salió también el señor Arias Teijeiro, hombre vulgar y antipático, que, improvisándose faccioso después de haber jurado a Isabel y hecho en Madrid aspavientos de liberalismo, había ganado el corazón de don Carlos y era en su Corte uno de los más furibundos *ojalateros*. Descollaba por querer meter en todo el formulismo burocrático, por el flujo de dar y quitar empleos, y fué una de las más inútiles y maléficas hierbas que crecían en el campo de la facción, estorbando allí donde no podían hacer daño. Pasó muy estirado y cejijunto entre la multitud, negándose a satisfacer la natural ansiedad de los vasallos del pretendiente; pero menos discreto Ibarburu, que en ningún caso desmentía su índole locuaz, formó corro al instante para decir *ore rotundo:*

—Señores, hay que tener calma y no ver un descalabro en lo que es pura y

simplemente... una fase, una peripecia de la acción, que no ha terminado todavía. Ya vendrá esta noche el conocimiento total de la batalla, que ha sido, que es, mejor dicho, empeñadísima desarrollándose en una extensión de muchas leguas. Lo que puedo asegurar, pues de ello se tiene noticia exacta, es que las bajas de los cristinos han sido horrorosas..., horrorosas.

—¡Horrorosas!—repitieron los del corrillo, y la palabra resonó extendiéndose y atenuándose con la distancia, como la onda en la superficie del agua.

—Tengamos calma; confiemos en la pericia de nuestros generales..., y, sobre todo, hay que confiar siempre en la protección del Cielo, que no nos abandona, que no puede abandonarnos, porque somos la fe, la razón, el derecho, la justicia, la honradez... ¡Pues estaría bueno que el Cielo, la suma Sabiduría diera la victoria al filosofismo, a la usurpación, a las *ateas discordias*!... No puede ser, Repitamos todos que no puede ser.

Y se conformaron, por el pronto, repitiendo como papagayos que no podía ser y que no podía ser. Otro de los que abandonaron a media tarde la regia morada fué don Rafael Maroto, figura de primera magnitud en el carlismo, que abrazó con ardor desde los primeros días del cisma dinástico. Había ingresado en la facción con el grado de teniente general; gozaba fama de ilustración, de práctica guerrera; pero la inquina que cordialmente le profesaba González Moreno, el brazo derecho y el seso militar de don Carlos, no le había permitido lucir como pudiera sus excelsas cualidades. La malquerencia entre Maroto y González Moreno era vieja en el estadillo absolutista, y en su cuenta se podían cargar casi todos los atascos y tropiezos de la Causa. Uno y otro tenían sus pandillitas o taifas, que fomentaban aquella discordia lanzándose fieros dardos de calumnia y dicterios crueles; pero Moreno llevaba la inmensa ventaja de haberle ganado al otro la delantera en la confianza lela del rey, quien no respiraba sin previa consulta con su jefe de Estado Mayor. Ni la paliza que el tal Moreno se ganó en Mendigorría, ni otros muchos descalabros que en acciones parciales sufrió, ni los odios que despertaba en el ejército movieron a don Carlos a retirarle su gracia. No tiene esto más explicación que la recóndita simpatía o afinidad que establece la Naturaleza entre dos grandes ineptitudes, como entre dos inteligencias superiores. La nulidad de Moreno y la de don Carlos se compenetraban. Uno y otro, formando una sola ceguera, desconocieron a Zumalacárregui; metiéronle en aquel desastroso empeño de Bilbao, donde perdió la vida el primero y único capitán del absolutismo. La página histórica que ha dado más celebridad a González Moreno fué la trampa que armó a Torrijos en Málaga para fusilarle impía y cobardemente con sus desgraciados compañeros. Si don Carlos no veía estos borrones, ¿qué había de ver el pobre señor?

Pues salió, como se cuenta, el señor Maroto de la real audiencia y del consejo, presidido por su majestad, que acababa de celebrar la Junta Provisional Consultiva de Guerra (que tales retumbancias denominativas eran alegría y entretenimiento del flamante Estado), y le rodearon al punto amigos y prosélitos ávidos de oír su parecer.

—Y ¿qué han acordado ustedes? ¿Se puede saber?—le preguntó el señor Ochoa, intendente general.

—¡Hombre, qué pregunta!... Están ustedes en Babia—replicó Maroto, que era de boca un poco libre—. Naturalmente, hemos acordado que somos todos unos imbéciles. Siempre que nos reunimos acordamos lo mismo.

—Y de Arlabán, ¿qué?

Soltó don Rafael Maroto dos o tres *voquibles* muy de tierra castellana, con lo cual, si no esclarecía el asunto, expresaba su indignación. Tenía fama de malhablado el general, costumbre muy conforme con la rudeza militar y con el ajetreo de mandar tropa. Don Carlos no le perdonó nunca que en una ocasión de gran aprieto, atravesando los dos de incógnito una fragosa sierra en Portugal, largase en su presencia una señora interjección tan rotunda como expresiva, que hirió las timoratas orejas del protegido de la Virgen. Y tan no se lo perdonó, que desde entonces hubo de caer Maroto en desgracia; mas no le sirvió de lección, porque rara vez hablaba sin remachar su discurso con aquellos clavos de acero de la elocuencia familiar española.

—De Arlabán, ¿qué quieren que diga?

¡Porra! No podía suceder más que lo que ha sucedido. ¿Qué se puede esperar, ¡porra!, de la dirección que da a la guerra ese rocín? ¡Porra!

—Pero si dicen que la acción no ha concluído todavía...

—Que todavía falta...

—Sí, falta la más negra, ¡porra, contraporra!

—Ha sido una peripecia.

—Sí, sí, buena peripecia nos dé Dios, ¡porra! Ha sido..., aquí en secreto, aquí en gran confianza, una paliza tremenda, una carrera en pelo como la de Mendigorría... ¡Si no podía ser de otra manera!... Si lo vengo diciendo...

—Pero todavía... podría ser que nos rehiciéramos.

—Sí, sí; para rehacernos está el tiempo. Lo que pueden ustedes rehacer es la maleta, ¡porra!, porque o yo me engaño mucho o esta noche se plantan aquí.

—¿Quién?

—Córdoba..., Espartero..., ¡qué sé yo!

Y se fué a su alojamiento, seguido de su comparsa, que aún no se cansaba de oírle. Era don Rafael Maroto de buena presencia, gallardo, casi atildado, de palabra expresiva y amena conversación, en la que no era fácil separar la frase feliz del abusivo adorno de «porras» y «contraporras».

XXI

Avanzada la tarde, se fué generalizando en el pueblo la triste idea de la necesidad de la evacuación. Con un movimiento admirable, nuevo testimonio de las grandes dotes tácticas del insigne Córdoba, secundadas por los generales de división Espartero y Rivero, el ejército cristino habíase posesionado con relativa facilidad de las formidables alturas del puerto de Arlabán y era dueño de las sierras de Elguea y del monte de San Adrián, que cae sobre Aránzazu. Desde las lomas que cercan a Oñate, así como de las torres de las iglesias y de los tejados de algunas casas, se veía perfectamente esta posición, ocupada ya por las tropas de la reina. A poco que éstas se dejaran caer, ¡adiós Corte de Carlos V, adiós capital del flamante Estado absolutamente absoluto! Y no había tiempo que perder. Antes de medianoche era forzoso que escapasen del pueblo, en busca de lugar seguro, el rey con toda su alta y baja servidumbre, el Ministerio Universal con sus dependencias, las secretarías llamadas Ministerios con sus respectivas cáfilas de empleados, el Estado Mayor, todos los ramos y ramilletes de Guerra, la Superintendencia de Vigilancia pública, la Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía, las diferentes Intendencias, Contadurías y Pagadurías, la Maestranza, etcétera, etc..., con todo el papelorio, que en el poco tiempo de existencia formaba ya una costra formidable, y el balduque, los tinteros, las obleas, los polvos de secar, y todo, Señor, todo, pues con ser aquello un reino en miniatura, abultaba ya casi tanto como la mitad o los dos tercios de un reino grande.

Y si no era floja impedimenta la caravana eclesiástica que llevaban por doquiera, capellanes sin número, familiares del obispo de León y de otros reverendos, confesores, ministros de la Generalísima, la caterva militar y palatina la superaba, pues había Guardias de honor de Infantería y Caballería para la real persona, y un cuerpecito de Guardias de Corps que no tenía más objeto que custodiar y hacer los honores debidos al estandarte de la Virgen de los Dolores, que don Carlos llevaba por delante en sus frecuentes correrías de soberano caracol, siempre con el trono a cuestas... No se veían más que señores que desalados corrían a las oficinas, a empaquetar legajos, y después a sus casas, con medio palmo de lengua fuera, a guardar las casacas, el que las tenía, y los trapitos de ceremonia.

—He de intentar colarme en Palacio, ofreciendo mis servicios al infante—dijo Rapella a su amigo, contemplando el inmenso trasiego de gente presurosa entre Artazcos y el Principal—. Y como estamos en peligro de quedarnos sin caballerías, porque los prófugos echarán mano de todas las que hay en el pueblo, conviene que mientras yo busco por aquí quien me introduzca, vayas tú a prevenir a Sancho para que dé un pienso a nuestros animales y ensille y disponga todo, que el golpe bueno es salir antes que nadie y agregarnos por el camino a la comitiva del rey o de don Sebastián.

Cuando esto decía vieron salir de Palacio un grupo, en el cual el siciliano

reconoció a su amigo Roa, secretario del infante, y se fué derecho a él. Era un señor de hermosa presencia, mejor vestido que el príncipe su amo y de trato afable y meloso. Hablaban rápidamente de lo difícil que era en momentos tan críticos obtener audiencia del rey o del infante, cuando se aproximaron otras personas que, azaradas y medrosas, hablaban de preparativos de marcha. Del Ayuntamiento salió un nuevo grupo. El señor Roa, que continuaba en medio de la calle charlando con Rapella y Fernando, dijo:

—¿No me preguntaba usted anoche por Negretti, el mecánico de la Maestranza? Aquí viene. Fíjese: es aquel de alta estatura, moreno, con boina azul y chaquetón de pana.

No necesitó más Calpena para poner toda su vista y toda su alma en el pelotón que del Ayuntamiento acababa de salir. Las señas que daba Roa no permitían confusión, pues Negretti descollaba en el grupo con su gallardía escueta de ciprés, alto, derecho y oscuro, Calpena le miró; en aquel punto desaparecieron de su mente la Corte, Oñate, Rapella, el carlismo y cuanto le rodeaba. No vió más que al hombre corpulento, fornido, de morena tez; no vió más que el rostro meridional, tostado, casi ennegrecido por el cálido resplandor de la fragua. Representaba unos cuarenta y cinco años; era su cuerpo de hércules, su hermosa cara, de matiz pizarroso en la piel del bigote y barba, afeitados con esmero; la expresión, grave; los ojos, dulces. Sus facciones delataban la raza, la incomparable estirpe de que era ejemplo perfecto la hermosísima Aurora. Por todo esto y por otros sentimientos que de súbito asaltaron a Calpena, el Negretti que de lejos veía le fué simpático. Fijóse más en él, aproximándose, y Negretti también le miraba. Como si esta mirada fuese chispa eléctrica, sintió el joven un terrible sacudimiento dentro de sí, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, movido de irresistible impulso, se fué derecho a él y, descubriéndose cortésmente, le dijo:

—¿Es usted el señor Negretti?...

—Servidor—replicó el atleta, llevándose la mano a la boina con militar saludo—. Y usted es el señor de Calpena. Le he conocido no sé en qué, pues es la primera vez que tengo el gusto de verle... Corazonada... En la manera de mirarme usted le he conocido. Y como el señor Roa me dijo esta mañana que dos caballeros de Madrid preguntaban con interés por mí y por mi sobrina...

—¡Aura!—exclamó Calpena tan turbado, que no sabía por dónde empezar—Aurora...

—Sí, ya sé, ya sé... Hace usted bien en hablar conmigo y en venir a nosotros por el camino derecho, porque yo no me como la gente; soy hombre razonable y sé ponerme en lo natural. Venga usted conmigo si quiere que hablemos un rato, que el tiempo apremia y tengo que prepararme.

—Ya sé que la familia—dijo Calpena, empezando a recobrar el aliento—está en un pueblo de la costa.

—Sí, señor... Como siempre me pongo en lo mejor, ése es mi natural, le supongo a usted con intenciones honradas y de caballero. Dígolo, porque si viniera con propósito de burlarme y de hacernos algún paso de comedia, ya puede volverse por donde ha venido, porque soy hombre que no se deja embromar... En el poco tiempo que lleva Aurora al lado nuestro le hemos tomado mi mujer y yo gran cariño. La queremos ya como si fuera nuestra hija...

Algo quiso decir Fernando; pero Negretti le tapó la boca con un gesto, queriendo abreviar, y prosiguió:

—Ya sabemos la historia. Con lágrimas y suspiros nos ha contado la niña que le quiere a usted, que no puede querer a otro... Está bien, muy bien... Ahora, en pocas palabras, señor mío, le manifestaré mi opinión. Si yo llego a entender que es usted digno de ella, no me opongo, ni Prudencia, mi esposa, se opondrá tampoco. Demuéstreme el señor Calpena que es un joven de familia cristiana y limpia; vea yo que por su honradez, por su seriedad, por sus circunstancias, es merecedor de tal joya, y ya estamos en vías de acomodarnos. Si me sale con la gaita de que es poeta o de estos que no tienen más oficio que escribir en papeles, no hemos hecho nada, señor. Curaremos a la niña de su mal de amores, lo que podrá ser difícil pero no imposible y «a rey muerto, rey puesto».

Nuevamente quiso hablar Calpena, pero el otro le cortó por segunda vez la palabra con éstas:

—Poetas y emborronadores de papel

no queremos en casa. ¿Es usted, por casualidad, propietario?

—No, señor.

—¿Es usted abogado? ¿Tiene alguna carrera?

—No, señor.

—Empleado, quizá...

—Lo he sido. Puedo volver a serlo.

—Los empleados tampoco me gustan. Pero, en fin, ya que no tiene usted carrera, de algo sabrá, siquiera sea un oficio... Me consta, por lo que relata la niña, que en Madrid pasaba usted por hombre de gran inteligencia..., y no sé por qué se me figura que en esto no va Aurorita descaminada. La cara del señor Calpena, sus ojos, me revelan entendimiento...

—No creo carecer de facultades para cualquier profesión u oficio a que me dedique.

—¿Sabe usted matemáticas?

—Muy poco.

—¿Latín?

—Eso sí... y humanidades.

—Algo es algo... En fin, señor mío, le acojo con benevolencia, pero no le abro mis brazos todavía; le mantengo a distancia. Ya ve que no soy tirano, y si usted ha venido con la idea de representar aquí un paso de teatro, quitándome a la niña con burla o con violencia, no es flojo chasco el que se lleva.

—No vacilo en confesar a usted—dijo Calpena en un arranque de sinceridad—que he venido con esas ideas; pero la presencia de usted, sus palabras, su persona misma y modo de ser me han desconcertado radicalmente... Hállome aturdido, sin saber qué pensar ni qué decir... Pero desde luego le aseguro, señor mío, que por nada del mundo he de renunciar al amor de Aura y que hacia ella he de ir por el camino que crea más corto. Si éste es el camino de la paz, mejor; por él iré.

—Está bien; pero debo asegurarle a mi vez que no hay para llegar a ella más que un camino, y en este camino estoy yo, Ildefonso Negretti; está también mi esposa. Ya ve que soy benévolo, que le hablo con lealtad, y de mi lealtad quiero darle aún mayor prueba diciéndole que Aurora reside con mi mujer en la villa de Bermeo; la he mandado a un puerto de mar, no sólo por ser aquél uno de los lugares más tranquilos dentro del país en guerra, sino porque espero que los aires de la costa han de probar bien a su salud, bastante delicada desde que salimos de Madrid. Viven mi mujer y mi sobrina en Bermeo, Barrencalle, número dos. Le digo a usted la dirección de mi casa para que vea que no le temo, que confío en que ha de responder con su lealtad a la mía.

—Barrencalle, dos—repitió Fernando, que habría querido ir allá de un vuelo.

—No le doy las señas para que vaya allá, sino para que, sabiéndolas, se abstenga de ir, entendiendo que no es mi gusto que vaya, ¿estamos? No me alborote usted a la niña, ni me la encienda la imaginación, que con un soplo, como usted sabe, se convierte de rescoldo suave en horno de ferrería; no me trastorne aquella pobre alma, que fácilmente salta del sueño al delirio y de la ilusión a la locura, ni me dispare aquellos nervios que mi mujer y yo, a fuerza de dulzura y paciencia hemos conseguido contener y amansar. No, no. Tengamos la fiesta en paz. Si se planta el novio en Bermeo sin mi permiso, fíjese bien, sin mi permiso, pues hablo como padre de Aurora, perdemos las amistades y no hay nada de lo dicho. Por lo que valga sepa que en la casa de allá no están las mujeres solas; en ella viven también dos fieras en figura de hombre: mi cuñado Hilario, capitán de barco, y un primo suyo, que también es de mar; excelentes personas, bravos y fieles, que no han de consentir ningún desmán en aquella honrada vivienda.

Por tercera vez quiso Calpena decir algo; pero el hercúleo Negretti, que tenía prisa, no le dejó tomar resuello:

—Aguárdese un poco, y concluímos. Ya he dicho antes que no soy tirano y que acostumbro ponerme en lo natural. Sé lo que son jóvenes; yo he sido algo joven, yo también he probado el amor y no desconozco lo que puede en nuestra alma. Sabedor de todo esto, y siendo además hombre honrado y buen cristiano, le digo al señor don Fernando que no me opongo, no, señor, no me opongo a que ame a la niña ni a que se case con ella. Pero he de advertirle que perlas como esta sobrina no están ahí para el primero que llega. Sobre lo que ella vale, está lo que posee, lo que ganó honradamente mi pobre hermano Jenaro, y si todo eso, la niña y su capital, han de ser para usted, no es mucho pe-

dir que me demuestre ser merecedor de bienes tan grandes. ¿Es esto claro, es esto real, es esto noble?

—Sí, sí, sí—afirmó Calpena con efusión, estrechándole la mano—. En un momento me ha conquistado usted, me ha hecho suyo, que es el verdadero camino, bien lo veo, para ser de ella.

—Pues no necesitamos hablar más por ahora. Antes de ir a Bermeo irá usted adonde yo esté..., y estaré en la Corte, pues no puedo apartarme del servicio de Maestranza en el real de don Carlos. Hable usted conmigo, entendiendo que para ganar aquella plaza tiene que ganar antes los baluartes que la rodean y defienden, y esos baluartes véalos en mí. Yo soy la muralla. Póngame usted sitio, y por los medios que emplee para conquistarme sabré yo si debo o no debo rendirme. Por de pronto escribiré a la niña diciéndole que he visto a su galán, para que esté tranquila... Conque...

—Pero ¿qué? ¿Nos separamos ya?—dijo Fernando con ansiedad, sintiendo que el tal Negretti se le metía en el corazón.

—Sí, señor. Yo tengo que preparar la salida del material, salvo lo que por su peso es forzoso dejar aquí. Me parece que ya hemos parlado todo lo sustancial. Ya sabe dónde me encontrará.

—Pues separémonos: pero no sin decirle que, contra lo que esperaba, hallo en usted la suma lealtad y la hombría de bien más pura. Yo me lo figuraba un monstruo un tirano, el mayor y más fiero enemigo de mi persona y de mi felicidad; pero ya veo...

—Adiós, adiós... Me esperan. Vea usted: allí me están llamando... Hasta que nos veamos; lo dicho, dicho... Adiós.

Y se metió corriendo en la Universidad, donde multitud de personas, unas de tipo militar, otras de obreros, le aguardaban inquietas. Calpena le seguía con sus ojos. Y ¡cuán solo y triste se quedó al verle desaparecer! En aquel momento ya oscurecía... Lloviznaba... ¡Qué triste anochecer!

XXII

Como chorro de agua fría derramado en un brasero fué la presencia y dichos de Negretti en el espíritu de Calpena, que vió de súbito convertido en cenizas mojadas todo aquel fuego que encendía su voluntad; y el drama romántico que el niño se traía, con violencias y fuertes emociones, con su rapto correspondiente, quizá con cuchilladas y tiros, se trocó en comedia casera. Verdad que ésta era de las buenas, de las mejores, según se anunciaba; mas, por el pronto, hubo desilusión, enfriamiento repentino, caída de las alturas, y esto siempre duele. Un rato estuvo el joven como atontado: casi, casi llegó a parecerle fantástica la aparición de Negretti, y sus palabras fingimiento del propio tímpano que las oyera. Por real lo tuvo reflexionando en ello y reconoció gozoso que el tío de su amada era una gran persona, sus palabras sinceras y honradas, en armonía perfecta con la noble expresión de su rostro. ¡Vaya con los cambiazos del Destino! ¡El enemigo, el tirano, el ogro, convertíase, como por magia, en un ser bondadoso, de ideas severas, eso sí, pero sanas! ¡Y con qué firmeza de padre tutelar le había planteado la cuestión de sus relaciones con Aura! ¡Con qué gracia y donosura había desbaratado el romántico artificio, como Don Quijote acuchillando el retablo de maese Pedro! ¡Y cuán hábilmente, entre las ruinas de cartón pintado, había puesto el cimiento angular de la vida razonable, discreta, lógica, como Dios y la ley quieren y formulan! Era el tal don Ildefonso todo un hombre y no había más remedio que bajar la cabeza ante su voluntad juntamente rigorista y protectora, aceptando los procedimientos pacíficos que proponía, los cuales significaban decencia, lógica y facilidad.

Dió vueltas Fernando por frente a la Universidad sin hacerse cargo de lo que a su alrededor ocurría: tan metido estaba dentro de sí. Pasado un rato y obligado por la llovizna a guarecerse bajo un alero, empezó a ver lo inmediato y circunstancial. «¿Qué tenía yo que hacer, Señor?—se dijo—. ¡Ah!, ya me acuerdo; me mandó *ése* que buscase a Sancho y le mandara preparar las caballerías.» Hallábase al decir esto entre la Universidad y el edificio destinado a hospital. A dos pasos de allí, en Ikasola Kalea, estaba el parador donde a la sazón debía de encontrarse Sancho; pero no acertaba con él; la noche se había echado encima, oscurísima, y la gente afanosa que por todas partes bullía le

estorbaba el paso. En la puerta posterior de la Universidad había lo menos diez carros cargando pesados objetos, y en la Caridad, por un portalón de la huerta, sacaban enfermos en camillas. El tumulto era grande; alumbraban estas operaciones farolillos mustios, y el vocerío en vascuence o mal castellano mareaba la cabeza más firme.

Trató Calpena de abrirse paso hacia el parador, y preguntando a éste y al otro pudo enterarse de que los jamelgos del señor Sancho habían sido embargados para el transporte de los heridos que bajaban de San Adrián. Pensó dar conocimiento al gran Rapella de estas novedades, que sin duda imposibilitarían la partida; pero ¿dónde demonios estaba el siciliano? Desde que se le apareció Negretti en la plaza, habíale perdido de vista. Si había logrado meterse en Palacio y se agregaba a la comitiva de don Sebastián, ¿cómo se las compondrían Sancho y Calpena para seguirle, no disponiendo de caballos? En fin, Dios diría. Llenóse de paciencia el aburrido joven y continuó buscando al escudero. De pronto vió que los hombres y mujeres que antes se agolpaban junto a la Universidad corrían hacia la plaza gritando: «¡Ya vienen, ya vienen...!» Pudo creer el forastero por un momento que los que venían eran los cristinos victoriosos, posesionándose, con la brutalidad del vencedor, de la villa y Corte indefensa. Pero no; los que venían eran dos batallones facciosos, el Requeté y el 2.° de Guipúzcoa, que se retiraban con mediano orden delante del enemigo, trayendo muchos heridos, hambre, cansancio, ira y la tristeza del vencimiento. Bajaban por el camino de Aránzazu, rotas las filas, presurosos. Calpena les vió entrar en el pueblo por la calle de Santa María; ante el palacio del rey dieron algunos vivas con voz apagada y ronca y pararon luego en la plaza en medio de una gran confusión. Oyó los gritos de los jefes queriendo ordenar las secciones, para repartirles pan y vino, y en tanto las mujeres se abalanzaban llorosas a los carros del 2.° de Guipúzcoa, reconociendo a los heridos, llamándolos por sus nombres; reconociendo también a los vivos y abrazándoles si les encontraban. Era un lastimoso espectáculo que oprimía el corazón; tanto dolor de una parte; de otra, tanta abnegación y entereza, y afligía considerar el enorme, inútil sacrificio que todas aquellas penas y virtudes representaban.

En los balcones de Artazcos se veían luces. Quién decía que Carlos V estaba cenando sus alubias y su sopita de ajo con un poco de vino, para emprender la marcha inmediatamente hacia San Prudencio; quién que había cenado y estaba rezando el rosario con su alta y baja servidumbre y los señores ministros; y esto lo decían con veneración, con el interés que inspira la persona más amada. En aquel barullo acertó Calpena a encontrar al chicuelo organista que le había guiado a la casa de huéspedes el día anterior, y le cogió del brazo, preguntándole:

—¿Has visto, por casualidad, al señor diplomático que ayer llegó conmigo?

Replicó el chico negativamente, y al punto agregóse otro bigardón afirmando que el caballero flaco había salido de Palacio con el señor Urra y el señor Echevarría, dirigiéndose al Ayuntamiento donde se disponían caballos y coches para el séquito del rey. De Sancho dijeron que creían haberle visto en la Caridad ayudando a la saca de los enfermos que debían marchar, y allá corrió Fernando con el organista, que, oficioso, se prestó a ser su escudero.

Nuevamente fué acometido Calpena, en ocasión de tanto apuro, del recuerdo de Negretti. «¡Qué bueno sería—pensaba— que nos encontrásemos ahora y logara yo que me llevase consigo en los carros de la Maestranza!» Con estas ideas se estremezcló la consideración del cambiazo súbito que le marcaba su destino, y al decir destino daba este nombre indebidamente al soberano gobierno de Dios, que dispone a veces, según su alta voluntad, todo lo contrario de lo que propone nuestra pequeñez ignorante y ciega. Bastaron unos minutos de coloquio con persona que trataba por primera vez para ver alterado totalmente el rumbo de sus caminos, vueltas del revés sus ideas y en la esfera de su voluntad sustituídas unas energías por otras. ¡Cuán lejos estaba el soñador Fernando de que su destino, Dios, mejor dicho, le preparaba desviaciones más radicales y sorprendentes!

Entró con su ayudante en el patio grande de la Caridad, donde vieron algunos enfermos medianamente acondicio-

nados en camillas para partir con la Corte. Eran soldados, oficiales, paisanos, víctimas de la guerra dinástica. Familia o amigos cuidaban de su transporte y no había ya más dificultad que encontrar músculos vigorosos que cargaran las camillas, por lo menos, hasta San Prudencio. Los que se hallaban en mejor disposición se acomodaron en los carros de la Maestranza, entre bombas, cartuchería y maquinaria, y algunos fueron llevados a la plaza para agregarse a la impedimenta del Requeté o del 2.° de Guipúzcoa. Recorrieron todo el patio en busca de Sancho, y en una de estas vueltas Calpena se sintió cogido de la esclavina de su abrigo; volvióse, y vió a una mujer lacrimosa, que, cruzando las manos y mirándole con vivísima ansiedad de postulante, como los que apremiados por la miseria imploran la caridad pública, le dijo:

—Señor mío, caballero..., no me negará usted que lo es, porque el que ha nacido caballero no lo puede negar... Si es usted tan noble y piadoso como me ha parecido me atrevo a pedirle que ampare a una familia desgraciada...

Hizo ademán Calpena de sacar limosna, y ella, retirando su mano, prosiguió:

—No, no; la caridad que pido no es ésa; pido su auxilio para salir de aquí, para proteger la vida de mi padre...

—Señora—dijo Fernando, cortés y compasivo—, mucho siento no poder ampararla... Soy forastero, no conozco a nadie y busco también quien me facilite la salida. Perdóneme usted..., no puedo.

Se alejó; pero no había dado diez pasos cuando sintió en su corazón el golpetazo de la piedad, en su garganta el ahogo de la conciencia que se rebela contra el egoísmo, y volvió hacia la mujer, que, arrimada al muro, lloraba sin consuelo.

—Bueno—le dijo—, veamos en qué puedo servirla. No llore y explíqueme... Difícilmente podré yo...

—No me equivoqué—replicó ella—al pensar que es usted persona hidalga. Entre tantos indiferentes o despiadados, sólo en usted, cuando le ví pasar, ví la esperanza.

—Pero ¿qué puedo hacer? Soy forastero...

—Yo también. Tanto usted como yo somos aquí gente extraña enemiga quizá al sentir de ellos... Bien se ve que no es usted de esta tierra...

—En efecto...

—Ni faccioso quizá. Y ¿qué? También hay en los facciosos caballeros, y usted lo es.

—De tal me precio... Pero... dígame... Lo primero: ¿quién es usted, qué clase de socorro desea?...

—Ya sabrá quién soy, quiénes somos pues conmigo está mi hermanita, más pequeña que yo. Por el momento, y en este grave apuro, sólo digo que tenemos aquí a nuestro padre enfermo y queremos llevárnosle, huir, escapar de esta casa y de este pueblo. La vida de mi padre corre peligro. Moriremos nosotras con él antes de abandonarle... ¿Podremos salir aprovechando esta desbandada?

—Perdóneme... No acabo de enterarme. Su padre de usted, ¿dónde está?

—Arriba...

—¿Quién es?

—Don Alonso de Castro-Amézaga, persona de gran posición y nobleza, natural de La Guardia, prisionero, enfermo, condenado a muerte un día y al siguiente indultado por la piedad de Carlos Quinto; aborrecido del pueblo oñatiense y de las tropas y servidores de este rey, de quien no quiero decir nada malo. Observe usted que no digo nada malo.

Lo que observó Calpena, en ocasión que los farolillos movibles alumbraban el rostro de la pobre señora, fué que a ésta le cuadraba más bien la denominación de moza o señorita. A oscuras y desfigurada por el llanto habíala creído mujer del pueblo, joven.

—Soy una persona decente—dijo la llorona, comprendiendo que Calpena rectificaba su primer juicio—. Aunque me vea usted en este abandono de vestir, motivado por los trabajos que nos impone nuestra desgracia, mi hermana y yo somos dos señoritas de una familia rica y noble. Cómo hemos vivido aquí, cómo nos encontramos prisioneras con mi padre, secuestradas propiamente por nuestro amor filial, sin amparo, sin consuelo, es cosa muy larga de contar. ¿Será usted bastante discreto para no pedirme ahora más explicaciones y bastante generoso para prestarme, como caballero, antes que se las dé, su apoyo y protección?

—Sí, sí... Veamos.

—No tardará usted en conocer por qué circunstancias y casos tan peregrinos se encuentran aquí dos damitas muy principales, al cuidado de un noble señor a quien sus entusiasmos locos han traído a esta terrible situación.

—Ya voy comprendiendo... Pues apela usted a mi caballerosidad, yo le aseguro que no ha llamado a la puerta del egoísmo... Señora, en lo que de mí dependa... Y ahora, ya que me ha dicho usted el nombre de su desgraciado padre, dígame el suyo.

—¿El mío? Me llamo Demetria... Mi hermana es Gracia, y sólo tiene catorce años. Yo he cumplido veinte.

—¡Veinte años!—exclamó Calpena—. ¡Y a los veinte años, en posición decente, encontrarse aquí..., así...!

Por un momento dudó Fernando. Pero en aquel punto pasó un fraile que llevaba farol; a la luz de éste vió el rostro de la que se había llamado damita, en la cual, efectivamente, se revelaban, sin que pudiera decir cómo, la principalidad y la buena educación. ¿Era bella? A la fugaz claridad del farol parecióle insignificante. Pero acertó a pasar otra linterna, y a la luz de ésta pintó la cara de Demetria con formas y matices que se aproximaban a una mediana hermosura.

—Quedamos en que Dios me ha deparado un caballero. Se lo pedí con toda el alma—declaró la joven mostrando su espíritu gallardo y animoso, ya que no su semblante, que continuaba desvanecido en la penumbra—. Vamos, suba usted conmigo.

—Si el caballero que Dios concede a usted soy yo, señora—dijo Calpena con no menos gallardía—, sepa que cuando se trata de amparar al desvalido no conozco el miedo. Adelante, pues, y Dios sea con nosotros.

XXIII

Subieron a punto que bajaban hombres y mujeres; pero nadie reparó en ellos, cada cual iba derecho a su asunto, sin cuidarse del prójimo. En un cuarto mísero, lleno de trastos, el primero que a mano derecha se encontraba, entraron Demetria y su protector, seguidos del chicuelo organista, a quien Fernando mandó retirarse. En la galería había luz; abriendo la puerta de la estancia se podía ver a medias el interior de ésta. Demetria entró dando albricias:

—Ya tenemos quien nos salve. Nuestro salvador aquí está; no le conozco, pero no importa. Dios me le ha deparado.

No distinguía Calpena la figura del don Alonso, que yacía taciturno sobre un montón de esteras liadas. Destacóse la figura de Gracia, delicada, esbeltísima, bañado también en lágrimas el rostro, y saliendo a la puerta expresó su turbación en estos términos:

—Y ¿el señor sabe quiénes somos? ¿Le has dicho...?

—En este cuarto—dijo la hermana mayor—dormíamos nosotros. Cuando se empezó a decir que la Corte evacuaba la ciudad no pensamos más que en la manera más fácil y pronta de escapar de aquí. Felizmente, señor... Pero no estará de más que me diga usted su nombre, y así nos entenderemos mejor... Pues sí, señor don Fernando..., felizmente los celadores y enfermeros no hicieron ningún caso de mi padre y cuando empezaban a sacar heridos echáronle de la cama y de la sala...

—Como a un perro—añadió la otra niña con rabiosa aflicción.

—¿Qué hacemos ahora? Incapaces nosotras de determinar nada, nos entregamos a la voluntad y a la iniciativa de usted.

—¿Hay algún peligro en que su señor padre salga públicamente... por entre el vecindario?

—Sí, señor; lo hay, puede haberlo..., porque..., verá usted...

En esto llegó arriba presuroso el organista con la nueva feliz de que el señor Sancho había parecido y estaba en el patio. Rogó Calpena a las niñas que aguardasen un momento mientras bajaba en busca de quien podía prestarle eficaz ayuda en aquel empeño. Presurosa salió Demetria a la escalera para decirle:

—Por Dios, no tarde usted mucho. Si usted no volviera o tardara, nos moriríamos de pena.

—Esté tranquila. Volveré al instante.

—¿Cómo demostrarle que no es conveniente exponer a mi padre a que le vean paisanos y soldados de Oñate en las calles del pueblo? Necesitaría contar

a usted una parte larguísima de esta triste historia para que lo comprendiese bien. Pero usted, sin explicaciones, me creerá..., me creerá sin pruebas. ¿Verdad, señor don Fernando?

—Creo..., sí...—afirmó Calpena; y al decirlo, mirándola de abajo arriba, pues ella se paraba en los escalones más altos y él descendía lentamente, vió en sus ojos algo que le infundía ciega fe. Demetria, bien lo observó entonces, era de estatura más que mediana, esbelta y de admirable conformación de cuerpo y talla.

En los últimos peldaños de la escalera le cogió Sancho, endilgándole apremiantes órdenes de su señor:

—Don Aníbal se va con el infante. Me dice que a usted le acomodará en un birlocho de los señores eclesiásticos, donde irán apretaditos, y a mí en una mula de los mismos, a la grupa del fraile de menos libras. Me dice que...

—¿Más todavía?

—Que recojamos del alojamiento sus pistolas, el abrigo de monte, la gorra de ídem y las demás prendas que allí tienen los señores, y que con todas estas cosas y nuestras personas nos dejemos caer por el Ayuntamiento, donde él se encuentra con el señor Erro y otros principales de acá.

No necesitó Calpena saber más para concebir con rápido pensamiento un plan y ponerlo en ejecución con voluntad decidida, en la cual no cabían dudas ni vacilaciones.

—Aguárdame aquí; tardaré un cuarto de hora todo lo más. Si no te encuentro cuando vuelva, Sancho, te aseguro que me las pagas. Obedéceme o sabrás quien soy. Aquí..., no te muevas..., te necesito. Un cuarto de hora...

Corrió a la calle; veinte minutos después hallábase de vuelta trayendo las pistolas y dos capotones de viaje, uno de los cuales a Rapella pertenecía. El motivo de haber tardado un poco más de lo presupuesto fué que al salir de casa de Iriarte, recogidos los bártulos y pagado el hospedaje, encontró interceptado el paso por la comitiva del rey. Iba Carlos V en su coche, tirado por tres poderosas mulas. Aun en tan desairada y triste ocasión el pueblo le aclamaba, adorando más bien la idea que la persona, a la cual no veía. Con lentitud atravesó el carruaje la plaza, llena de tropa, y entró en la calle Zarra, seguido de otros coches y de innumerables jinetes, entre los cuales descollaba por su militar arrogancia la guardia de honor del estandarte de la Generalísima. Lloviznaba otra vez, y las mujeres se echaban una enagua por la cabeza; los soldados aguantaban impávidos la lluvia, como poco antes habían resistido las balas. El tambor sonaba en las calles lejanas, aproximándose por esta parte, alejándose y perdiéndose por la otra. En los corrillos que a su paso encontraba oyó Calpena un alarmante rumor. Venían, venían los cristinos por San Adrián abajo..., ya estaban cerca de Aránzazu... Antes de amanecer ocuparían la ciudad... ¡Pobre Oñate pobres casas, infelices mujeres!

—¿Y la caja del señor y el estuche afeites y pinturas del señor don Aníbal? —preguntó Sancho, quedándose como en éxtasis.

—Sube conmigo y cállate la boca—dijo Calpena entregándole todo lo que había traído, menos las pistolas—. El estuche se lo he mandado al Ayuntamiento con la criada de Iriarte. A nosotros no nos hace falta, porque no nos pintamos. Lo que pudiéramos necesitar aquí lo tengo ya. Vamos, arriba pronto.

Demetria le salió al encuentro gozosa, cruzando las manos como quien da gracias a Dios. Ya estaba medio muerta de ansiedad, sospechando que su protector no volvería.

—Me detuve, señora doña Demetria, viendo pasar al rey, que ya va camino de San Prudencio y Vergara... Y dicen por ahí que vienen tropas de Oraa a ocupar el pueblo. ¿Esto nos favorece o nos perjudica?

—¡Nos favorece!—exclamó la joven volviendo a cruzar las manos y elevándolas al cielo—. ¡Dios mío, si fuera verdad...! Pero no perdamos tiempo, señor don Fernando... ¿Qué tal está de gente la calle?

—Por aquí escasea ya; en la plaza, un gentío inmenso... Vea usted este abrigo largo. Se lo pondremos a su señor padre. Es de un amigo mío que se va con la Corte.

—¿Qué trae ahí? Pistolas... ¡Ah! Parece que ha leído usted mis pensamientos, señor de Calpena, o que viene inspirado por Dios. Ya pensé yo que debía usted llevar armas por lo que pueda ocurrir.

—Nos defenderemos si es preciso. ¿Hay alguien aquí que nos estorbe la salida?

—Puede ser..., no sé. En la confusión de este momento angustioso para el pueblo saldremos o intentaremos salir después de encomendarnos a Dios fervorosamente.

Entró Calpena en la estancia precedido por Demetria y seguido de Sancho. En el suelo había un farol. Don Alonso se había puesto en pie. Miraba con espantados ojos a los dos hombres. Era un señor de tipo militar, grave, hermoso, tan horriblemente demacrado, que representaba sesenta años, no contando más que cuarenta y siete.

—Son amigos—le dijo Demetria, acariciándole—, amigos de los buenos, que nos acompañarán fuera de aquí hasta donde queramos; hasta nuestra casa. ¿Verdad, señores, que nos acompañarán?

—Amigos—balbució el enfermo con torpísima voz, sin quitar de ellos sus atónitos ojos—. ¿De qué tierra...?

—De la nuestra, de allá... Vamos vamos pronto. Póngase el abriguito que le ha traído este buen señor y arrópese bien, y cálese la capucha, que hace mucho frío... Así, así... ¿Ve qué bien está?

Calpena se ciñó el cinto de las pistolas. En aquel momento entró una vieja, que presurosa recogió del suelo el farol, diciendo en voz muy baja:

—Ocasión como ésta para salir, en toda la noche la hallarán. ¡Animo y afuera! Abierto todo... Corpas y Barastegui han ido corriendo a la plaza.

—Este buen señor—indicó Calpena, viendo que don Alonso se movía con notoria dificultad—, ¿está paralítico?

—Le llevaremos entre todos—dijo la niña mayor, angustiada.

—Sancho—ordenó don Fernando a su escudero en tono que no admitía réplica—, tú que eres fuerte cógele en brazos. Afuera todo el mundo... Demetria, agárrese usted de mi abrigo por este lado... Gracia, por la izquierda. Déjenme los brazos libres... Buena mujer, haga el favor de llevar este lío de ropa, que es mucho peso para la niña. Yo, con mis dos mujeres, delante; sígueme tú, Sancho, con el señor a cuestas... Vamos. Derechos a la salida por la puerta principal. Y luego todo el mundo a la derecha, lo más vivamente posible, hasta coger el puente y ponernos al otro lado del río. ¡Dios sea con nosotros! Saldremos sin tropiezo, y al que quiera detenernos no le doy tiempo a respirar.

Salieron en el orden dispuesto, con vivo paso, sin mirar a nadie. Por fortuna, en el patio había poca gente. Sentía Fernando el temblor de las dos muchachas cada una por un lado, y su ardimiento varonil se centuplicaba entre aquellos dos miedos femeninos. Todo fué muy bien hasta que, franqueada la puerta y torciendo hacia el río, pasaban frente a la Universidad. Dos galeras paradas en medio de la calle obligáronles a un largo rodeo, y en esto se les plantaron delante dos hombres con boina blanca *(chapelchuris)*, que parecían servidores de alguna ambulancia:

—Eh, ¿qué es eso, adónde van estos pájaros?... Atrás—dijo uno de ellos revelando en la pureza del habla que no era vascongado.

Sin contestarle, Calpena le dió un empujón, diciendo a su escudero:

—¡Vivo, Sancho, vivo!

—¡Atrás!, ¿quién es usted?—gritó el otro *chapelchuri* cortándole el paso.

Fernando le apuntó a la cara diciendo:

—¿Que quién soy? Vas a verlo. Un hombre que te dejará seco ahora mismo si le estorbas el paso...

Y como los otros retrocedieran, más sorprendidos que atemorizados, añadió en el mismo tono:

—Animales, ¿no veis que acompaño a dos señoras? ¿De qué tierra sois que no respetáis a las damas?...

—*Semos* de Cascante. Y ¿qué?

—Pues yo soy de *Cascón*. ¡Paso! No somos ladrones... No nós llevamos nada que no sea nuestro.

—*Pensemos* que venían de la cárcel.

—Abur, amigos...—dijo Calpena avivando el paso, siempre con la impedimenta de las dos aterradas niñas a un lado y otro—. El que quiera media onza venga por ella; el que quiera una bala también...

Y diciéndolo llegaron al puente, y pasáronlo a escape, sin mirar atrás. Las señoritas, adquiriendo por el miedo mismo súbita ligereza, no corrían, volaban, y Fernando con ellas, Sancho, con supremo esfuerzo de sus aceradas piernas, se puso prontamente a mayor distancia. La vieja que cargaba el lío de ropa fué la más rezagada; pero llegó la pobre, renqueando, sin tropiezo alguno.

—Si esos brutos—dijo Calpena cuando pudieron tomar aliento—vienen acá, que escojan entre una buena recompensa, ayudarnos y un par de tiros bien certeros por perseguirnos.

—Señor, no hay que temer—dijo sofocado el escudero, dejando en el suelo a don Alonso—. Esos mostrencos son de Cascante, media legua de mi pueblo que es Ablitas. Les conozco: están en la facción por compromiso. Son de los que llaman *pasados,* y sirven por los nueve cuartos. Si vienen, con una buena propina le servirán a usted de cabeza.

—No, no; más vale que no vengan. No quiero nada de Oñate, y menos de *chapelchuris* o *chapeles* del infierno. Alejémonos un poco más y luego tomaremos algún descanso. Animo, señoras, que ya estamos fuera. Y tú, Sancho, imita hasta donde puedas al bravo Esain, el *burro de don Carlos.* Sólo que nuestro pobre don Alonso pesa menos que el rey absoluto. Adelante. Esta buena señora hará el favor de llevar su carga un poquito más lejos. Allí se ve una luz. ¿Qué es aquello? ¿Hacia dónde vamos?

—Es la ermita del Santo Angel de la Guardia—indicó la vieja.

—El nos favorezca y nos acompañe —dijo Demetria, más animosa, haciendo la señal de la cruz.

—El señor Echevarría ha mandado que se alumbre la imagen toda la noche.

—¡Qué previsión la del señor confesor del rey!, esa luz piadosa nos guía en esta oscuridad—dijo Calpena—. Creo que nadie nos sigue... ¡Eh! Sancho, párate un poco. Cruzamos un camino. ¿Hacia dónde se va por aquí?

—Tirando a la izquierda, vamos a Lamiátegui.

—¿Es camino contrario al que lleva la Corte?

—Sí, señor; podremos, faldeando el monte Aloña, subirnos hacia Aránzazu...

—Eso eso—dijo Demetria prontamente—. Aránzazu... Aránzazu es nuestro camino...

XXIV

Dispuso el jefe de la expedición dirigirse al barrio de Lamiátegui, donde se procurarían medios para alejarse de la villa con más presteza y comodidad. Continuaron su marcha silenciosos, y llegado que hubieron cerca de las primeras casas de la anteiglesia, arrimáronse a un humilladero, que les pareció lugar muy apropiado para descansar y orientarse. Puesto en pie, don Alonso, sostenido por sus dos hijas, mirábales a todos, uno por uno, con ojos de sorpresa y terror.

—¿Dónde está Oñate?—preguntó con ronca voz, y mayor espanto en su mirada.

Los cuatro a un tiempo señalaron hacia donde se veían las mortecinas luces de la villa entre montes y espesuras borrosas..., y le hicieron notar el triste son de tambores que hacia aquella parte se oía. Encaróse don Alonso, erguido y fiero, con el espacio oscuro salpicado de luces, y cual si estuviera delante de una persona, blandió su bastón, exclamando:

—¡Ca... nallas, lad...!

No pudo concluir: su lengua era como un trapo, y sus esfuerzos por hacerla funcionar no producían más que sordos mugidos. Volvió a gritar:

—¡Ca... nallas!

Y lo que no pudo decir con la boca decíalo con el bastón, pues más de cinco minutos estuvo apaleando la atmósfera, hasta que sus hijas, haciéndole sentar en sitio que escogieron como menos incómodo, trataron de sosegarle con palabras cariñosas.

—Sí, sí—dijo Demetria, mirando a la villa e increpándola con más amargura que furor—, te hemos maldecido, Oñate; hemos llorado sobre ti más de lo que pudieran llorar por sus pecados todas las generaciones que en ti han vivido. Si logramos perderte de vista para siempre, sólo te decimos: «Oñate, quédate con Dios.»

En tanto, Calpena daba estas órdenes a Sancho, acompañadas del dinero preciso:

—Necesitamos a todo trance víveres y un carro del país. Este pobre señor no puede moverse, ya lo ves. En caballería, si alguna se encontrara, tampoco podríamos llevarle. Busca por las casas de Lamiátegui un carro de bueyes y lo tratas, sin reparar en precio. De paso que haces esta diligencia te traes la comida que encuentres y un par de botellas de vino, todo bien acondicionado en una cesta. ¡Figúrate qué noche nos espera si nos lanzamos por esos caminos llevando a cuestas a don Alonso, con estas pobres niñas hambrientas y nosotros desfallecidos! Si tuviéramos la suerte de que ba-

jaran tropas cristinas a ocupar a Oñate, menos mal. Pero me temo que no nos caerá esa breva... Anda, hijo, no perdamos tiempo. Toma más dinero si quieres y tráeme lo que te digo.

—Un carro si lo hay, que no lo habrá..., y víveres si los encuentro, que los encontraré..., pero no querrán dármelos. Bueno.

—Anda, y no seas agorero... Ya oíste que las señoritas quieren llegar hasta Aránzazu. Tratas el carro; si te preguntan qué clase de pasajeros han de ocuparlo, dices que peregrinos..., que un enfermo..., que un monje...; en fin, di lo que quieras. A tu talento y agudeza lo fío... Vete volando.

Partió el escudero con más diligencia que confianza, desesperando de hallar lo que deseaban los fugitivos, y éstos aguardaron su vuelta sentados al abrigo del humilladero. Don Alonso, arropado por la vieja, reclinó su cabeza sobre el hombro de Gracia, que le mimaba y arrullaba como a un niño. A la izquierda de este grupo, Demetria y Fernando permanecían en silencio, hasta que la joven lo rompió con estas o parecidas expresiones:

—Aprovecho este descanso, señor mío, para dar a usted noticia de las infelices personas a quieres concede hidalgamente su protección sin conocerlas. Si en todo caso merecería usted nuestra gratitud, amparándonos sin conocernos merece reconocimiento más grande, de esos que nunca pueden extinguirse. Sabrá usted, ante todo, que somos de La Guardia, villa de Alava, tan famosa por su antigüedad como por la riqueza que le dan sus campos de viñedo y sembradura; sepa también que mi padre, a quien ve usted en estado tan lastimoso, es uno de los señores de más ilustre abolengo en el país, y que a su nobleza corresponde un rico mayorazgo que se extiende por las mejores tierras de Paganos y El Ciego. No estará de más decirle también que en nuestra familia no sólo es tradicional la nobleza, sino la virtud, y que tuvimos y conservamos, y Dios quiera que siempre nos dure, el respeto y el amor de nuestros deudos y convecinos. Perdió mi padre a su esposa, nuestra querida madre, el año treinta y tres, y fué tan extremado nuestro duelo, que no creíamos que el tiempo nos pudiera consolar de aquella desgracia, porque... ¡ay!, no tiene usted idea de lo que valía mi madre, en quien la virtud y la suma discreción se juntaban, persona única, sin semejante, y tan hermosa además, para que nada le faltara, que a nosotras nos parecía tener en casa a la Virgen Santísima, así como veíamos en mi padre al primer caballero del mundo. Sólo me falta decirle, para darle a conocer la familia, que mis padres no tuvieron hijos varones, y que su única descendencia son estas dos pobres niñas, mujer y niña más bien, que hoy tiene usted bajo su amparo.

Fernando la oía con toda su alma, y ella tomando aliento, prosiguió así:

—La ocupación constante de mi padre, desde los tiempos que yo puedo recordar, fué siempre el gobierno de su casa y hacienda, la dirección de la labranza, en que empleaba, y empleamos aún, muchos caseros y servidores; el cuidado de los lagares y bodegas, de donde salen los más afamados, los más ricos vinos de aquella tierra. Distracción única o descanso de sus quehaceres era la caza, por la que tenía verdadero delirio. Su colección de escopetas y otros arreos era la envidia de todos los aficionados de la villa, y sus perros no conocían rivales. Salía mi buen padre con sus amigos, y se pasaba días enteros en aquel ejercicio saludable, del cual volvía siempre gozoso, pensando en nuevas campañas contra los pobres conejos o contra las perdices que en la Sonsierra tanto abundan. La vida, como usted ve, no podía ser más placentera en mi casa; los días se sucedían felices, empleados unos tras otros en el trabajo productivo y sin afanes, como de familia rica a quien todo le sobra, en socorrer a los necesitados, y en los deberes religiosos, que entre nosotros se han cumplido siempre con puntualidad y hasta con rigidez. Toda esta paz la trastornó la muerte de mi madre, ocurrida el veintinueve de septiembre del treinta y tres, de una enfermedad que empezó sin inspirar cuidado hasta que hubo de complicarse con un fuerte mal de corazón; y acometida de síncopes, en uno de ellos se nos quedó, y la perdimos, y Dios se llevó, ¡ay!, en un momento, toda la felicidad de mi casa. Fíjese usted, señor en la coincidencia de que perdimos a mi madre el día mismo del fallecimiento del rey don Fernando Séptimo, a quien tengo por causante de los males que nos ocurren, no sólo a nosotras, sino a toda España: hombre funesto, del cual no

puedo decir, por estar en el otro mundo, sino que le perdone Dios el mal que ha hecho... Si se cansa usted de oírme, callaré, señor don Fernando.

—No, hija mía, no; estoy encantado. Siga usted. Ya noté la coincidencia al oír la fecha. Con efecto: ese tiranuelo ha dejado a su patria una herencia lamentable, la espantosa guerra, estas discordias que hacen y harán de España por mucho tiempo un inmenso manicomio suelto. A ver, dígame ahora cómo pudo influir la muerte del rey en las desventuras de su familia.

—Pues como ha influído en las de toda la nación, no sólo la muerte, sino la vida de aquel rey que no supo gobernar en paz en sus estados, teniendo, como tuvo, medios de sobra para hacerlo, sólo con apoyarse en el cariño que le tenían los pueblos cuando vino de Francia. ¿Es esto un disparate?

—¿Qué ha de ser, Demetria? No es sino una observación muy atinada, que revela su buen juicio y superior talento. Adelante. La muerte del rey desató el infierno, y su padre de usted, que hasta entonces había sido un señor muy pacífico, atento a sus intereses, se dejó tentar de uno de los partidos, de una de las banderías en que se dividió la nación... ¿Es esto?

—Parece que me adivina usted. Es eso mismo, señor don Fernando. Mi padre, que jamás había parado mientes en la política, pues ni aun el año veinte, según oí contar, tomó partido por nadie, en cuanto se quedó viudo, por influencia quizá de la soledad y tristeza, varió completamente de costumbres y aficiones, desviándose hasta de su placer favorito, la caza. En aquellos días, La Guardia era un torbellino de pasiones y entusiasmos por esta o la otra causa, por estos o los otros derechos malditos, y mi padre fué arrastrado en aquellos oleajes, alzando bandera por la reina niña con tanta fe, con tanto calor, que nos puso en gran desasosiego a mi hermana y a mí..., porque ha de saber usted que en la villa andaban a tiros cada lunes y cada martes por un *Quítame allá un Carlos, o un Ponme acá una Isabel.* No puede usted figurarse qué alborotos, qué trapisondas, qué sustos... Siempre había sido mi padre aficionado a las buenas lecturas, y por las noches, en las veladas de invierno, se recreaba en su escogida biblioteca, y a mi madre y a nosotros nos leía pasajes entretenidos de viajes, novelas, o de historias muy interesantes. Pero desde que le tocó la demencia política, ¿usted sabe los libros y papeles que entraban en casa? Tres veces por semana nos traía el bagajero de Vitoria un fajo así, de folletos y periódicos, todos echando chispas, vomitando veneno. Y con los papelotes chicos venían después carros cargados de enciclopedias, de obras como misales, que trataban de libertad y cortes, de revoluciones y demonios coronados. En fin, que mi padre se pasaba los días y las noches devorando todo aquel fárrago, o discutiendo de política con los amigos que iban a darle tertulia y de tanto leer y de tanto pensar en aquellos maldecidos negocios, se fué poniendo como Don Quijote con los libros de caballería, enteramente perdido de la cabeza sin hablar de cosa alguna que no fuera aquel cansado tema, y llegando hasta creer que Dios le mandaba realizar no sé qué hazañas fabulosas, por las cuales reinaría en España y en todo el mundo la Dulcinea que adoraba... Advierta usted que la Dulcinea de mi buen padre era la libertad, esa señora hermosísima, según dicen, pero que a mí me parece tan imaginaria como la del Toboso; vamos, que no existe más que en la voluntad de los caballeros que la han tomado por divisa y bandera de sus aventuras.

Pausa. Fernando reía.

—Pero ¿qué? ¿Se ríe usted?

—Sí, señora: tiene usted muchísima gracia. Adelante.

—Pues a tal extremo llegó su desatino, que abandonó por completo los asuntos de su casa, y la labranza, y las bodegas, y tuve yo que entrar a gobernarlo todo, lo que no me fué difícil, por los ejemplos que había visto en mi madre y en él. Me puse al frente de la casa; me entendí con los caseros, pastores y criados, y gracias a esto se pudo evitar el trastorno grande que se nos venía encima. Mi padre, erre que erre en su política, soñando despierto, inventando constituciones, leyes y echando discursos de cortes y embajadas. Mi hermana y yo, asistidas de un tío de mi madre, cura párroco del pueblo, ideamos quemarle un día todos los libros y papeles, y tapiarle la puerta de su librería; pero no nos atrevimos, temiendo que con esto se entristeciera demasiado y cayese en locu-

ras más peligrosas. Estalló luego la guerra civil, y no quiero decirle a usted cómo se ponía cuando le contaban las batallas y encuentros de cristinos y facciosos... Nuestra pobre villa fué de las primeras que sufrieron la calamidad de la guerra. Un día se nos entraban allí los liberales, otro los carlistas. Tan pronto estábamos bajo el poder de Córdoba o Rodil como bajo el de Zumalacárregui, y en uno y otro poder las bodegas y los graneros pagaban el gasto. ¡Qué días, señor, qué meses angustiosos! Felizmente, llevamos algún tiempo bajo la dominación carlista, y ojalá no tuviéramos allí más peripecias.

—Hasta ahora—dijo Fernando—, no veo en el buen don Alonso más que un entusiasmo platónico. Sin duda, se lanzó después a empresas de acción...

—¡Ay, cómo lo acierta usted!... Pues sí, sin decirnos nada, antes bien, llevando sus propósitos con gran reserva, organizó una partida volante en la cual entraron algunos caseros de nuestras tierras y dos o tres cabezas ligeras de la villa, gente toda muy al caso para cualquier barbaridad: valientes, cazadores que conocían palmo a palmo toda la Sonsierra. Una mañana, callandito, salieron por la puerta del corral, y ya tiene usted a mi padre dispuesto a romper una lanza por Isabel Segunda, y a comerse crudos a todos los malandrines del otro bando.

—Ya..., y le derrotaron, y...

—¡Quiá! espérese un poco... Ahora no ha sido usted muy buen adivino. Lo que hizo fué dar un palizón tremendo a la partida de un guerrillero que llaman Lucus, matándole seis hombres y cogiéndole no sé cuántos prisioneros. A los dos días se batió con la vanguardia de no sé qué tropa carlista, y también les dió un revolcón muy grande...

—¡Vamos!

—¡Como que Oraa le felicitó delante de las tropas, y Córdoba le dió una cruz! ¡Vaya! ¿Pues usted qué se creía? Siguió guerreando por esos montes, sacudiendo de firme a las partidas que encontraba, hasta que le hirieron en la cabeza y volvió a casa muy alicaído. Sus compañeros de hazañas se dispersaron, no quedándole más que dos: un tal Polación y José Díaz, que le llevaron a La Guardia. Desde entonces se nos volvió taciturno, desconfiado, de genio regañón; y aunque curó de su herida, quedó muy propenso a padecer desvaríos, a veces accesos de furor. Tomamos cuantas precauciones puede usted imaginar para retenerle y apartarle de aventuras tan peligrosas, hasta que llegó un día funestísimo en que se alborotó la villa por una cuestión entre alojados del general Oraa y algunos vecinos del pueblo. Hubo tiros, sustos, carreras, un infernal barullo. En esta confusión, mi desgraciado padre saltó por la ventana de la bodega; uniéronsele dos de su anterior partida, el tal José Díaz y otro muy pendenciero a quien llaman *Puche*, escaparon a la sierra los tres solitos, a caballo, y de allí se fueron al cuartel general de Córdoba. Sin duda, esperaban encontrar otros desalmados que se les agregaran; tal vez soñaban que el jefe del ejército les daría soldados, para con ellos y el ardimiento que los tres llevaban en su alma conquistar medio mundo. Ante esta nueva desdicha, no pude contenerme; no vi más solución que correr yo misma en busca de mi padre y traérmele. Mi genio es vivo, mis resoluciones prontas. Cuando se me ocurre una idea que creo salvadora, me persuado de que Dios la inspira. Pensado y hecho. Mandé preparar un coche... Mi hermana no quiso separarse de mí, y abrazándose a mi cuello, me pidió llorando que fuésemos juntas; cedí..., salimos una tarde acompañadas de dos criados de casa de mi absoluta confianza y a todo escape nos dirigimos a Vitoria. Mi pensamiento era suplicar al general que ordenase a mi padre la vuelta a La Guardia, negándole todo auxilio de guerra... No creía yo difícil obtener esto. En Vitoria contábamos con la ayuda de familias que nos aprecian... Todo lo vi fácil, todo realizado prontamente conforme a mi deseo... Iba, pues, alentada por el amor filial, por el recuerdo de mi madre, por la satisfacción de ver representados en mí los sentimientos de la familia, el honor y la respetabilidad de nuestro nombre, y no bien llegamos a Vitoria...

Aquí fué interrumpida la historia por la llegada de Sancho.

XXV

El cual, con cara gozosa, dió cuenta de haber reunido algunas vituallas, que fué sacando ordenadamente de una cesta:

—Cuatro quesitos, dos botellas de vino, tres panes de a dos libras, docena y media de sardinas saladas, que, si a usted le parece, las tiraremos, pues ésta no es buena comida para señores, y menos en viaje..., cuatro bizcochos de Oñate, más viejos que mi abuelo..., pero, en fin, valen, y nueces. Ya ve usted cuántas. Las he probado, y más de la mitad salen fallidas. Del carro le diré que, al fin, encontré uno pequeño; pero quieren, por la subida hasta Aránzazu, onza y media, y además que el señor responda de la pareja, abonando su valor, si la secuestran carlistas o isabelinos. Esto es un abuso...

—Mayor abuso es que nos quedemos aquí toda la noche, o que tengamos que subir a pie, llevando en brazos al señor don Alonso. Anda y cierra trato en seguida, por lo que quieran, y venga pronto... Cuídate de que le unten bien los ejes para que no chille, pues no tiene gracia ir cantando por esos valles..., y haces que pongan un buen fondo de hierba seca, para que podamos llevar al enfermo acostado. Supongo que el carro tendrá toldo. Si no, que se lo pongan, y si no quieren ponérselo, no por eso deje de venir, que a mal tiempo, buena cara... Si de paso encuentras algo más de bucólica, venga, cueste lo que cueste. Deja aquí la cesta, y llévate las sardinas para tirarlas, si no quieres comértelas. No te entretengas, que es tarde.

En el tiempo que duró la segunda ausencia del buen Sancho, siguió la damisela su interesante relación. En Vitoria no hallaron a su padre: el general en jefe, a quien se presentó Demetria, le dijo que el señor de Castro campaba por sus respetos sin sujeción a ninguna disciplina, y que le mandaría preso y bien custodiado a su pueblo si se le traían. De las familias que en la ciudad conocía sólo encontró a dos señoras de Armendáriz, viejas, y a otro vejestorio incapaz, el conde de Samaniego, arqueólogo y numismático, por el cual supo que don Alonso había ido hacia Salvatierra, ganoso de gloria. Corrieron allá las dos muchachas, a quienes el cariño filial daba extraordinario valor y alientos. En Salvatierra les dijo persona bien informada que el incansable paladín cristino, con sus dos compañeros y otros tres que se le agregaron, habían partido hacia Galarreta, lugar que se halla en la falda de una sierra muy áspera, y a la cual no podía subir el coche, por la ruindad de aquellos pedregosos caminos. Viéronse allí abandonadas de Dios y de los hombres; mas ni en tan terrible desamparo se abatió el corazón de la animosa doncella, que resolvió seguir adelante en su empresa nobilísima, desafiando todas las inclemencias y obstáculos que la Naturaleza y la Humanidad le ofrecían. Gracia, agobiada de cansancio, no hacía más que llorar; Demetria, ya que no acobardada, afligida de la tribulación de su hermanita, llegó a sentir vacilación y dudas: uno de los criados aconsejó la retirada; el otro, seguir adelante. Hallábanse en estas angustiosas deliberaciones, cuando unos soldados trajeron la noticia de que el señor don Alonso y su gente habían tenido un desgraciado encuentro con facciosos en el puerto de Arrida, con pérdida de los dos tercios de su cuadrilla, o sea cuatro hombres, quedando el jefe desmontado y gravemente herido sobre el campo, mas no prisionero, porque pudo ir por su pie a una venta próxima, donde le ampararon, y allí le habían dejado ellos, tendido en un pajar, con la cabeza vendada, y hecho todo una lástima.

No necesitó saber más la temeraria joven para decidirse, y allá se fueron los cuatro monte arriba, encomendándose a Dios y a la Virgen, único amparo que podían esperar en aquellas soledades: ni los temores de encontrar facciosos arredraban a Demetria, pues creía, juzgando la voluntad de los demás por la suya generosa, que con exponerles el objeto de su peregrinación, no sólo no recibiría de ellos ningún daño, sino que quizá la favorecerían. Después de un fatigoso caminar toda la noche y parte de la mañana, llegaron a la venta de Arrida, donde les esperaban nuevo desengaño y tribulaciones mayores que las pasadas. A medianoche había pasado por allí una avanzada carlista, y descubierto don Alonso por los gritos que daba en su desbordada locura, se le llevaron prisionero a Oñate: de sus dos comilitones, el uno logró escapar saliéndose al tejado: el otro, prisionero iba también con su señor.

Ya en este punto las cosas, y presentando tan mal cariz la continuación del viaje, que exigía penetrar resueltamente en el terreno de la facción, los dos criados votaron por el retroceso. Gracia lloraba, asegurando que no se separaría de

su hermanita, y ésta declaró que aunque supiera que en ello se jugaba la vida, había de intentar rescatar a su padre de las autoridades facciosas, presentándose a cabecillas o generales, al rey mismo si necesario fuese. Dijo a sus criados que se volvieran si tenían miedo, y ellos ¿qué habían de hacer más que seguirlas hasta el fin del mundo? Adelante, pues, No habían andado media legua, cuando encontraron al compañero de don Alonso que había logrado escapar de la venta, el cual venía tan azarado y temeroso, que daba compasión verle; además, herido, con un brazo atravesado por bala de fusil, desangrándose. Contó el infeliz peripecias que partían el corazón: el señor don Alonso estaba completamente ido del cerebro. Su tema no era ya combatir en el campo, donde creía haber alcanzado tantas victorias. Precisamente, cuando le sorprendió la avanzada que le deshizo, dejándole tendido en un zarzal, iba con una idea desatinada, que sus amigos no podían quitarle de la cabeza. Se proponía presentarse a don Carlos y retarle a desafío para decidir en juicio de Dios, peleando con toda lealtad, la grave cuestión que motivaba la guerra. De este modo, según él discurría con su trastornado entendimiento, se pondrían en claro los disputados derechos al trono de España. El duelo había de ser a muerte, en campo abierto, a caballo los dos paladines, delante de los testigos que una y otra parte designaran. Todo esto lo decía con gritos desaforados, y cuando se hallaba en el pajar, los facciosos que entraron en la venta no le habrían descubierto, a no ser por las tremendas voces que daba, proponiendo a don Carlos, como si delante le tuviera, el singular combate en que había de decidirse la suerte de España. Terminó su relato *Puche*, que éste era su nombre, diciendo que ya no podía resistir ni el dolor de sus heridas ni el hambre y sed que le devoraban, por lo cual no podía volverse en compañía de las señoritas. Buscaba una cabaña de pastores en que guarecerse, para sanar o morirse. Don Alonso, con José Díaz, que también iba prisionero, debía de estar ya más abajo de Aránzazu, camino de Oñate. Demetria socorrió al desgraciado *Puche* con dinero, y siguieron adelante, siempre con la idea consoladora de que Dios, en trance tan terrible, no les abandonaría.

En este punto de la historia, llegó Sancho con cuatro bizcochones más y unas ciruelas pasas, y tras él vino el carro, que Fernando y Demetria vieron con grande alegría, como si les mandara el Cielo un barco encantado, o el mágico *Clavileño* de Don Quijote. Sin perder tiempo acomodaron a don Alonso sobre la hierba olorosa y le cubrieron con el capote de Rapella, poniéndole por almohada el lío de ropa: el pobre señor dejábase tratar como cuerpo muerto; les miraba atónito y no profería una palabra. Tratóse luego de si Sancho les acompañaba o no, y las razones que dió éste a Fernando le convencieron de que debía volverse a Oñate y partir en pos de su amo. Urgía dar al siciliano alguna explicación de aquellos inesperados sucesos, y del secuestro de su gabán. Seguramente lo aprobaría, pues era hombre que se pirraba por las aventuras, por todo lo que fuera intervención de lo inesperado y sorprendente en las cosas de la vida. Entregó Fernando al escudero un bolsillo con onzas, propiedad de don Aníbal, cogiendo algunas para agregarlas a lo suyo, por si le hacían falta en aquellas empresa, y le despidió con estas razones:

—Le dices que yo, de hoy a mañana, en cuanto deje a esta desgraciada familia en lugar seguro, de donde pueda volver a su casa, no pararé hasta reunirme con él y con la corte y séquito del señor Pretendiente.

Saludó Sancho a las señoritas, deseándoles un buen viaje y el feliz cumplimiento de sus deseos, y despidióse también la vieja con expresiones de cariño; Demetria y Gracia subieron al carro, y éste emprendió su marcha lenta y sin chillidos por las cuestas de Aloña. Lo primero que hizo Calpena fué invitar a las niñas a una frugal cena, y ellas, que con las esperanzas se veían ya menos agobiadas de su tristeza, no se hicieron rogar; partido el pan, dieron a su libertador una rebanada y medio quesito, pues a él tampoco le venía mal hacer por la vida. Comiendo se arrimó al boyero para trabar conversación con él y sondearle, pues de su lealtad y buena disposición dependía el éxito del viaje. Era un vejete forzudo y de pocas palabras, que hablaba medianamente el castellano; llamábase Gainza y no parecía mal hombre; comentando la guerra, expresó la idea de que el país estaba ya harto de tanta tra-

pisonda, esquilmado por las sacas continuas de mozos, forrajes, pan y contribuciones. Lo que el país ansiaba era: o que don Carlos se sentase en el *trono de todo el reino,* o que se entendiese con su cuñada para reinar los dos *apareados.* No desagradó a Fernando esta actitud, y sin mostrarse amigo ni enemigo de la Causa le recomendó que llevase su carro por los caminos que creyera menos frecuentados de tropas, así facciosas como cristinas, añadiendo que le recompensaría con toda largueza si lograba llevar salvas hasta la sierra a las dos niñas y a su padre enfermo, el cual era un señor muy pudiente que había venido a Oñate enviado por el rey de Francia para tratar con don Carlos de asuntos *católicos,* y habiendo cogido un aire de perlesía, iba en busca de unos afamados médicos de Vitoria que curaban este mal con aguas frías y calientes. A esto dijo Gainza, picando sus bueyes, que él había oído algo de curar el *paralís* con *chorros físicos* y *destemplados.*

—¿Querrá usted creer, don Fernando —dijo Demetria a su caballero de a pie, cuando éste acomodó su paso al del carro, apoyando la mano en el tablón zaguero—; querrá usted creer que esto poquito que hemos cenado nos ha sabido a gloria? Hacía tiempo que no conocíamos lo que era apetito, sustancia ni sabor de nada. Comíamos amargura y bebíamos nuestras lágrimas.

—Los quesitos son muy buenos, ¿verdad, don Fernando?—dijo Gracia—. Y los bizcochos, aunque saben a viejo, no están mal... Lo peor es que las hormigas se me suben por la cara y quieren comerme a mí.

—Ahora que están ustedes tranquilas, todo les sabe bien...

—¡Ay! ¿Ya cree usted que no debemos temer nada? Muy pronto lo dice, don Fernando. Yo no estoy tranquila. Lo dice usted por animarnos, y nosotras se lo agradecemos mucho... Mi hermana y yo, mientras usted hablaba con el viejo del carro, decíamos que si no es por usted no salimos nunca de aquel infierno... Verdaderamente, señor, no vale con decirle que nuestra gratitud será eterna, pues ni con eternidades se paga este inmenso beneficio.

—¡Oh, por Dios, no dé usted valor a un acto tan sencillo, tan elemental!... El cumplimiento de un deber no merece alabanzas.

—Ahora se hace usted el chiquito... No, no, que bien grande se nos ha mostrado. ¡Sabe Dios lo que significa para usted el sacrificio de su tiempo; sabe Dios los perjuicios que le traerá su buena obra! Y ¿quién me asegura que no le llamaban a usted a otra parte, esta noche misma, afecciones, compromisos sagrados, qué se yo...?

—¡Oh, para todo hay tiempo! Lo principal, que era sacarlas a ustedes de su cautiverio, ya está hecho. Pero aún falta un poquito, Demetria. Veremos si de aquí al día...

—No me asuste usted. ¿Nos abandonará Dios después de habernos amparado? No, no lo creo. El corazón me dice que triunfaremos, gracias a usted, a su firme voluntad y corazón valiente.

—¡Ay!—dijo Gracia, temerosa, sacando la cabeza fuera del toldo para observar el país que atravesaban—. Me parece que fué aquí...

—No, mujer, fué más arriba, mucho más arriba... No me lo recuerdes, que pierdo otra vez los ánimos y se me renueva el terror de aquella noche...

—¿Qué...? ¿Les pasó algo en estas soledades cuando bajaban hacia Oñate?

—¡Ay, si aún no le he contado todo! ¡Si nos han pasado cosas terribles, señor don Fernando! Aún no sabe usted lo mejor, digo, lo peor de aquel tristísimo caminar en busca de mi padre... No, no fué por aquí, Gracia; fué en un lugar muy feo y desolado, donde hay cavernas y abismos espantosos... ¿En qué quedamos de mi relación?

—Cuando se encontraron con *Puche,* y le socorrió usted...

XXVI

—Y seguimos, sí... Pues ahora es cuando empiezan los grandes desastres. Poco después de mediodía, tuvimos un encuentro con soldados facciosos, que nos dieron el alto. Afortunadamente, el teniente que les mandaba, alto, delgadito, era todo un caballero; yo me arrodillé delante de él, y le pedí por Dios que no nos mataran, contándole después lo mejor que pude el objeto de nuestro viaje. El hombre se portó hidalgamente. Siento no re-

cordar su nombre, pues si al fin nos salvamos, quisiera expresarle mi gratitud. Tratónos con miramiento; nos dió agua, pues ya estábamos muertas de sed, y no contento con esto, nos acompañó un buen trecho, diciéndonos palabras consoladoras... Pero ¡ay!, algunas horas después, ya cerrada la noche, que era de las más oscuras, nos salen unos tíos, ¡ay, qué gente, señor don Fernando, qué modales, qué voces, qué aspecto más de bandoleros que de tropa regular! A lo primero que dije, tratando de interesarles en favor mío, contestaron con injurias soeces. Uno de mis criados no supo contener su coraje; pero antes de que pudiera hacer uso de las pistolas que llevaba, le dispararon un tiro de fusil, que, por fortuna, no le ocasionó más que una herida leve en el brazo. Nosotras nos pusimos a chillar pidiendo misericordia, y el jefe o más bien capitán de ladrones, ordenó que no se nos hiciera daño alguno, siempre que los dos hombres entregaran sus armas y se dieran prisioneros. Ofuscada yo, vacilante, aturdida, creí que las mejores razones para convencer a aquellos cafres eran las onzas de oro, y saqué una culebrina que llevaba en el pecho. Nunca tal hiciera, pues sin aguardar a que yo les diese lo que me parecía sobrado para comprar su benevolencia y el paso franco que deseábamos, me quitaron todo el dinero, y nos llevaron presas... ¡Ay, qué paso, señor mío, qué horas de angustia por aquellos senderos pavorosos, entre bayonetas y trabucos, como criminales..., las personas honradas y buenas conducidas ignominiosamente por los salteadores de caminos!... Mi hermana y yo, enlazaditas del brazo, obligadas a llevar el paso presuroso de aquellas bestias con humana figura, rezábamos; todo el camino lo pasamos rezando, hasta que al amanecer de Dios, amanecer más triste que la más negra noche, entrábamos por la plaza de Oñate, y caíamos muertas de cansancio en las baldosas de la casa de Ayuntamiento, en una cuadra lóbrega, donde nos encerraron como a fieras dañinas... ¡Ay, no puedo seguir contando, porque se me nubla la esperanza, la alegría de esta escapatoria!... Luego seguiré... ¿En dónde estamos? ¿Hemos avanzado mucho? ¿Traspasaremos la cordillera antes de rayar el día?... ¿No nos saldrá otra partidita de realistas salteadores?...

Agotó Fernando los recursos de su palabra para darle alientos y desvanecer sus inquietudes, demostrándole, hasta donde esto demostrarse puede, que así como los males vienen siempre encadenados, tirando unos de otros, al iniciarse el bien vienen asimismo de reata y en creciente progresión los sucesos favorables. La ley de este fenómeno se esconde a nuestra penetración; pero su existencia misteriosa revélase a todo el que sabe vivir por duplicado, esto es: viviendo y observando la vida... En esto la pobre Gracia, rindiendo al cansancio su endeble naturaleza, se quedó dormidita, reclinada junto al cuerpo de su padre, que reposaba en un tranquilo sueño. Manteníase Demetria muy despabilada, insensible a la fatiga, atenta a los accidentes del país agreste, a los ruidos próximos y luces lejanas, y por más que Fernando al descanso la incitaba, no pudo obtener que se reclinara para descabezar un sueñecillo. Transcurrido un rato sin que ninguno de los dos hablase, dijo Demetria:

—Voy completamente entumecida, y no puedo entrar en calor. Si a usted le parece, bajaré: necesito ejercicio.

Parado un momento el carro, se apeó de un brinco la viajera, y siguieron ella y Fernando a pie larguísimo trecho, a ratos delante de los bueyes, a ratos detrás.

—¿De modo que los cuatro quedaron presos en el Ayuntamiento? —preguntó Calpena, deseando conocer todas las desventuras de sus protegidas.

—No, señor; a mi hermana y a mí nos llevaron en seguida a la Caridad, por no haber en Oñate cárcel de mujeres, y nos pusieron en aquel cuartito donde usted nos ha visto. Los dos criados quedaron allá. El paso de nuestra separación fué por demás doloroso, como comprenderá usted; al vernos apartadas de nuestros leales servidores, el cielo se nos caía encima. Florencio y Sabas fueron conducidos al día siguiente a Tolosa, donde los carlistas organizan un batallón con los penados, prófugos y toda la gente advenediza que cae en su poder, así extranjeros como castellanos, sin diferencias de edades ni talla. Eso he podido averiguar, pues a mis dos servidores no les he vuelto a ver ni he sabido nada de ellos... ¿Ve usted cuánta desdicha? ¿No era esto para desesperarse y desear la muerte? ¡Y con tantos golpes, nosotras siempre con-

fiadas en Dios, sacando de nuestra propia tribulación energía para salvarnos y salvar a nuestro infeliz padre! Cualquiera se habría rendido a la adversidad, viéndose, como yo me veía, presa y sin ningún amparo, en pueblo desconocido, donde todos eran enemigos, y nos habían tomado por mujeres malas, de esas que merodean en los ejércitos de uno y otro bando. ¿Cómo disipar esta mala idea? ¿Cómo hacerles comprender quiénes éramos y quién era mi padre? ¿Creerá usted que pasaron dos días sin tener conocimiento de la suerte del infeliz prisionero, casi convencidas ya de que nos le habían fusilado?

—Es verdaderamente horrible—dijo Fernando con inmensa compasión—. Pero ¿no contaba usted con algún conocimiento, con relaciones en ese maldito pueblo?

—Verá usted: en aquel conflicto, teníamos puesta toda nuestra esperanza en un señor, que sabíamos ocupaba en la Corte de este rey una elevada posición: don Fructuoso Arespacochaga... ¿Le conoce usted?

—No, señora. Entre las personas que he visto aquí no conozco a ese sujeto.

—¡Cómo le había de ver, si no está! Pues mis carceleros, gente mala y suspicaz, después de un día de lucha, me permitieron escribir a don Fructuoso. Es el tal de Vergara, si mal no recuerdo, solía pasar temporadas en La Guardia, donde tenía intereses; mi padre y él se hicieron muy amigos, y juntos iban de caza. Creía yo que con decirle mi nombre y el de mi padre bastaba para que tuvieran término pronto y feliz las calamidades que nos afligían. La ansiedad con que esperábamos la vuelta del que llevó la carta ya puede usted figurársela. Cada vez que sentíamos pasos en la escalera creíamos que subía don Fructuoso. ¡Ay, qué dolor, qué abatimiento cuando nos llevaron la noticia de que le habían mandado a Viena o qué sé yo adónde, con una misión diplomática!... ¿Le parece a usted?... ¡Misión diplomática! Hasta los gatos quieren zapatos.

—Pero, por Dios, ¿no quedaba en Oñate alguien de la familia de ese don Fructuoso?

—Sí, señor..., por lo cual verá usted que no estábamos enteramente dejadas de la mano de Dios. Mi carta fué a parar a manos de un señor Ibarburu...

—¿Clérigo...?

—Y empleado en lo que llaman aquí el ramo de... no sé qué.

—De Gracia y Justicia... Le conozco: hemos sido compañeros de vivienda. Es un capellán joven, con gafas, hablador, bastante fatuo.

—El mismo, sí, señor: muy redicho, de una amabilidad empalagosa, de estos que se oyen y se felicitan cuando hablan... Pues fué el capellán a vernos, y nos dijo que, encargado por don Fructuoso de todos los asuntos de éste, deseaba servirnos en lo que de él dependiera, siempre que no le pidiésemos cosa alguna en detrimento de la santísima Causa que defendía. Con todas estas rimbombancias y otras que no recuerdo nos hablaba el señor aquel, más fino que cariñoso, dejando entrever su egoísmo en sus actos de cortesía.

—No sé qué es peor, Demetria—dijo Fernando nervioso—, si tratar con bandidos o con fatuos intrigantes, como ese clérigo.

—¡Ay!, no diga usted eso, no: que el señor capellán, con toda su vanidad seca, nos sirvió. Gracias a él logramos ver a mi padre, tenerle a nuestro lado. Pudo hacer más de lo que hizo; pero hizo bastante: por mediación de él, Dios, si no puso fin a nuestras desgracias, las alivió, quitándoles crudeza. ¡Ay, sí! Mucho tenemos que agradecer al señor Ibarburu, por cuyo valimiento en la Corte alcancé la altísima honra, ¡pásmese usted!, de ser recibida en audiencia por su majestad el rey don Carlos Quinto... ¿Qué? ¿Se ríe usted?... ¡Pero si las cosas que nos han pasado, todo en el breve término de dos semanas, pues no ha transcurrido más tiempo desde que salimos de casa, son tales, que con ellas se podría escribir un libro!... Sucesos tristes, tristísimos, enlazados y contrapuestos con lances graciosos; horrores y tragedias por un lado; mil ridículeces por otro: todo esto ha sido mi vida en tan breve tiempo. A usted le habrá pasado, leyendo libros de entretenimiento, que todo le parece mentira, exageración de los que escriben tales obras; y recreándose en aquellos lances tan bien urdidos, no les da crédito... Yo he pensado lo mismo; pero ya no, ya no; creeré cuanto lea, y aun me parecerá pálido todo el cúmulo de desdichas y calamidades entretejidas que a veces nos ponen, para cautivar nuestra

atención y hacernos sufrir y gozar, los autores de novelas. No, no: ya sé yo que la vida sabe más que los autores, y lo inventa mejor, y más doloroso, más intrincado, y con más sorpresas y novedades.

—Muy bien. La realidad tiene más talento que los poetas.

—Y más..., ¿cómo dicen?

—Más inspiración.

Oyeron voces, y la inquietud les cortó el sabroso diálogo. Pero los que venían eran gente de paz: dos muchachos y una vieja que bajaban con leña. Interrogados en vascuence por Gainza acerca del avance de las tropas de Córdoba, respondieron los leñadores que no habían visto sombra de cristinos en aquellas cañadas. Por referencia de unos carboneros sabían que más arriba de Aránzazu, como a dos tiros de fusil, la partida carlista de Basurde se había tiroteado al anochecer con las avanzadas de Espartero, teniendo la partida que correrse hacia la sierra de Elguera. Y nada más. Buenas noches.

—Verá usted—dijo Demetria a Fernando—cómo no nos amanece sin algún mal encuentro, que sería la segunda parte de aquel famoso que le he contado a usted. Si Dios dispone que cuando creemos tocar la salvación perezcamos, cúmplase su santa voluntad.

Para despejar de temores aquel noble espíritu, Calpena se mostró alegre, confiado, asegurando que el reciente triunfo de Córdoba habría limpiado de facciosos el país que recorrían. Como soplaba un airecillo picante y andado había ya más de un cuarto de legua a pie por suelo tan desigual, Demetria volvió al carro, encontrando a su hermana como un tronco, y a su padre despierto. Ocasión era, pues, de darle algún alimento. Fernando mandó parar. Incorporaron al enfermo; diéronle pedacitos de pan, queso y bizcocho, que comió con ansia, y encima traguitos de vino. Dejábase manejar don Alonso sin oponer resistencia a nada de lo que con él hacían, como hombre que ya hubiera entregado a la muerte la mayor parte de su ser, y paladeando el vino que su hija en un vaso le ponía en los labios, decía cada vez que tomaba resuello:

—¡A casa!

—Sí, padrecito querido, a casa... Me parece que ya es tiempo. ¡Ay casa querida! Ahora..., a dormir otro poquitín.

Y tendido nuevamente en su lecho de hierba, zarandeado por los traqueteos del vehículo, siguió repitiendo: «¡A casa!...» No decía más ni sabía decir otra cosa, porque la parálisis le iba quitando gradualmente, por zonas, sus energías y facultades, ideas, memoria, palabras; de éstas quedábanle ya muy pocas. Observando que a cada instante ladeaba la cabeza a una parte y otra y que se llevaba al pecho la única mano de que disponía, su hija, inquieta, le preguntó si sentía alguna molestia o dolor. El denegó con la cabeza, respondiendo tan sólo:

—A casa...

Luego pareció más sosegado; cerró los ojos.

—Duérmase, padrecito, descanse. Ya somos felices..., ya hemos salido de aquel purgatorio.

Inmóvil, aletargado, aún dijo tres veces:

—¡A casa!

XXVII

Condolíase Demetria de que su caballero salvador tuviese que echarse a pechos, a pie, los empinados y ásperos vericuetos por donde iban, sin tomarse ningún descanso ni dormir siquiera un par de horas; pero Fernando le aseguró estar muy acostumbrado a pasar malos días y peores noches, encareciendo la urgencia de ganar tiempo y zafarse pronto de la peligrosa divisoria entre la España de don Carlos y la de Isabel. Reanudó entonces Demetria la historia de sus *dos semanas*, refiriendo que la causa de que el señor Ibarburu no pudiese resolver el conflicto de la familia de Castro fué una inesperada complicación que parecía obra del mismo demonio. Por aquellos días fué descubierto un complot para matar a don Carlos. Un desalmado catalán que había pertenecido a la Compañía de Jesús, de la cual le expulsaron en 1819, que después sirvió en el ejército carlista y fué condenado a muerte por intento de vender al enemigo una compañía, logrando salvar la pelleja por una audaz escapatoria, entró en Guipúzcoa por Alsasua, con dos mujeres jóvenes que vendían baratijas. Proponíase quitar de en medio a don Carlos. Delatado y cogido cerca de Oñate, le llevaron codo con co-

do a la cárcel de Vergara y se empezó a formar una causa en la que los señores del Consejo de guerra quisieron, sin duda, lucirse, complicando en ella a toda persona desconocida que a la sazón aportara por allí. La coincidencia diabólica de que el presunto asesino se llamase Juan Díaz, y José Díaz el compañero de don Alonso; la también endiablada circunstancia de que éste, en su triste locura, no hablase más que de resolver la cuestión dinástica, cuerpo a cuerpo, entre él y don Carlos, en el campo del honor, fué parte a que metieran al pobre don Alonso y al cuitado de Díaz en aquel embrollo, no pudiendo eximirse de culpabilidad las pobres niñas, como hijas de Castro, *según declaración propia*, y sobrinas, *según indicios*, del Díaz. Gracias que el señor Ibarburu, única persona que las amparaba, no creía en tal complicidad, y cediendo a los ruegos de la valerosa joven gestionó que don Carlos le concediese el honor de recibirla en audiencia.

Dos días fueron empleados en este negocio, desplegando Ibarburu toda la solicitud que su egoísmo le permitía. Aconsejó a Demetria que tanto ella como su hermana confesasen y comulgasen en la capilla de la Caridad, pues les convenía dar público testimonio de su catolicismo y devoción, encomendándose además a la Virgen de los Dolores, abogada de los que sufren persecución de la Justicia, patrona santísima de la Causa y Generala de sus ejércitos. Insistía Ibarburu en recomendar esta demostración religiosa, porque su majestad, monarca muy atento a las conciencias de sus vasallos, se enteraba de quién cumplía y quién no cumplía con Dios en el naciente reino. Gozosas se apresuraron las dos niñas a seguir el consejo del capellán, en lo cual satisfacían un deseo vivísimo de sus piadosos corazones, y al día siguiente fué Demetria a la audiencia, el alma llena de zozobra, avergonzada del deterioro en que se hallaba su traje, sin recursos para vestirse como le correspondía por su posición. A pesar de esto, rechazó la oferta que le hizo una señora presa de facilitarle un vestido de merino azul, pues prefería ir mal a ponerse ropa prestada.

—¡Ay, qué cosas, qué incidentes, señor don Fernando! La pobre señora se empeñó en peinarme a la moda y en ponerme sus peinetas, y no sabe usted el trabajo que me costó evitarlo sin que se ofendiera.

Recibió don Carlos a Demetria momentos antes de salir para Elorrio. Hallábanse junto a él en la real cámara (una sala destartalada, muy fea, con cortinas amarillas y unos cuadros grandes de pasajes de la Biblia) dos señores muy estirados, uno de los cuales entendió Demetria que era el señor Erro; el otro, eclesiástico rudo y agreste, como un tronco sin descortezar, debía ser el señor Echevarría; mal gesto, ojos suspicaces. Más que su turbación pudo en el ánimo de Demetria el grave anhelo que llevaba a *las gradas del Trono*, el martirio de su padre inocente, y arrodillándose delante de la pretendida realeza expuso con claridad y modestia su cuita. Don Carlos, en pie, la mandó levantarse, dándole a besar su real mano, y se mostró benigno, sin abandonar la tiesura y frialdad de rostro estatuario que le caracterizaban. Hombre de buenos sentimientos, en lo que no tocara a sus derechos y pretensiones, los manifestaba con austeridad, parco en palabras cariñosas.

—Ya se dispuso—dijo—la suspensión de la sentencia, y hoy he mandado que el preso sea trasladado de la cárcel a la Caridad, donde podrán cuidarle sus hijas. Su estado mental exige asistencia médica... Pero no está libre de responsabilidades hasta que informen los facultativos acerca de si es o no es fingida su locura, que todo puede ser...

Atrevióse la joven a exponer tímidamente una opinión respecto al carácter de su padre, refractario a la mentira. Pero Carlos V, oyéndola con benevolencia, agregó que no insistiera sobre aquel punto, pues harto había conseguido, y, ante todo, él tenía que cuidar de que se cumplieran las leyes. En esto de cumplir las leyes puso un acento de convicción honrada, candorosa, señal de que estaba el buen señor con las leyes como chiquillo con zapatos nuevos, cosa muy natural en estos reinados de creación repentina. Y no hubo más. Salió Demetria, si no enteramente satisfecha, consolada en su grande aflicción. Aquella misma tarde tuvieron las niñas de Castro el inmenso goce de abrazar a su padre.

—Pero, ¡ay!, señor don Fernando; nuestro gozo fué muy incompleto, muy amargado por la realidad, pues aquel hombre que estrechábamos en nuestros brazos, que besábamos con delirio, no era ya más que una sombra de nuestro padre. Un ataque de perlesía que en la prisión le dió, no sabemos en qué fecha, le tenía como usted le ve, sin vida más que en la mitad de su cuerpo, y ésa, tan débil y mermada, que tememos llegue a extinguirse cuando menos se piense; la inteligencia, limitada a un corto espacio de ideas; éstas, muy apagadas; la palabra, balbuciente, reducida a unos cuantos términos que repite sin cesar. ¡Dios mío, qué lastimoso cuadro! Y ¿será posible que Dios nos conceda, siquiera como compensación de tan atroz martirio, que logremos con nuestros cuidados, ya que no volverle la salud y la vida, al menos mejorarle, conservarle algún tiempo para nosotras, para su familia y para sus amigos?

—Sí, Demetria—afirmó Fernando, sin crer lo que decía—; el hogar propio, el ambiente doméstico, hacen prodigios en estas dolencias. Tenga usted esperanza, convénzase de que Dios le ha de conceder al fin muchos bienes en desquite de tantos males..., que parecen injustos, arrojados sobre estas cabezas inocentes... Dígame usted otra cosa: ¿y Díaz?

—A ese infeliz no le han soltado. En la cárcel está según dicen, *a las resultas,* y sabe Dios hasta cuándo durará su martirio.

—Con tiempo y buenas relaciones, créalo usted, gestionaremos para que le den libertad... Supongo, Demetria, que con el último pasaje de su historia ha puesto usted punto final a sus desdichas...

—¡Oh, no, todavía hay más, mucho más! No sigo por no cansarle, que esto ha de agobiar el espíritu del que lo oye como agobia el de quien lo recuerda. No me pida usted más tristezas... Procuremos confortar nuestras almas con la esperanza; olvidemos..., miremos al mañana, pensando que el mañana será hermoso... ¿Qué hora es?

—La una.

—¡Oh!, pronto será de día... En esta temporada tristísima he aprendido, con ayuda de los insomnios, a leer en el cielo la hora en que principia el día. A las tres y media ya clarea el horizonte; a las dos cantarán los gallitos, y luego, de tres a cuatro. Por aquí no hay gallitos que le digan a una la hora.

—Más adelante los oiremos, descuide usted. Paréceme Demetria, que tiene usted un sueño que no se lo merece. Recline la cabeza en el toldo y duerma un poquito. Yo voy al cuidado de todo.

—Sí que intentaré descabezar un sueñecito; pero, si canta algún gallo, despiérteme: quiero oírlo.

—Bueno, bueno; a dormir hasta que cante el gallo.

Durmióse Demetria profundamente, y a la media hora despertó Gracia sobresaltada. Creyó Fernando que la oía llorar, que la oía quejarse. Acercóse.

—Gracia, ¿qué ocurre, qué le pasa a usted?

—¿Dónde está mi hermana?—dijo la pequeña con gran azaramiento y aflicción—. Padre está muy malo... ¿En dónde está mi padre?

—Pero si ahí le tiene usted dormidito y tan sosegado...

—No... Le toco y no le siento... Yo he visto a mi padre muy malo, yo le he sentido decirnos adiós.

—Vamos, un mal sueño. Gracia, una pesadilla. Dormía usted con una postura muy molesta.

Despertó a las voces la otra hermana, y con aquel terror que la costumbre de sus desventuras solía dar a su acento en ocasiones tan críticas, preguntó qué ocurría.

—¿Venían ladrones, partida volante, carceleros del rey?

—Padre está muy malo—dijo Gracia, llorando—. He visto que está muy malo... Yo me creía dormida; yo no sé si estaba despierta..., pero padre no puede mirarnos ya...

—¿Cómo habías de ver en esta oscuridad? Por Dios, me pones en zozobra —dijo Demetria, acudiendo a examinar al enfermo y acariciándole el rostro.

En esto, don Alonso movió ligeramente la cabeza, y sin abrir los ojos pronunció bien claro y distinto su invariable tema:

—¡A casa!

—¿Ves, Gracia, cómo no hay ninguna novedad? Pero no estoy tranquila, no sé por qué... Paréceme que se enfría un poco. Arropémosle mejor. Quítate de ahí, Gracia, pásate a este lado... ¡Ay!,

con estos balances no podemos. Fernando, hágame el favor de mandar parar un momento... Yo me paso ahí, me siento en la delantera, de modo que pueda poner sobre mí la cabeza de padre... Pásate tú aquí... ¡Ay, canta un gallito!... Don Fernando, ¿lo ha oído usted?... ¡Que me gusta!... Son las dos.

XXVIII

Colocáronse las dos señoritas en la disposición ordenada por Demetria, y, emprendida de nuevo la marcha, no recobró la valerosa doncella su tranquilidad. Oía la respiración de su padre, más bronca que de ordinario, como si sufriera presión muy fuerte o cerramiento de la garganta.

—¡A casa, sí, a casita!—le dijo, para animarle.

Y no obteniendo contestación, añadió:

—Padrecito, le vamos a dar una sopita en vino; mandaré parar para que la tome con descanso... ¿Quiere que le incorporemos? Se aburre, ¿no es verdad?, de tanto tiempo tendido a lo largo. ¿Se atrevería mi padrecito a fumarse un cigarro, que le encendería este caballero que nos acompaña, que nos guía, que nos ha sacado de la cautividad de Oñate?

Don Alonso no se movía ni daba acuerdo de sí. Esperó Demetria un ratito más, y de pronto se oyó como un gran suspiro, que al salir de los labios permitió la articulación tenue del invariable «a casa».

En los breves ratos en que la atención de Calpena quedaba libre del cuidado de las simpáticas niñas y de su infeliz padre, se abstraía, metiéndose en la contemplación de sus propias tristezas. Veía la gallarda figura de Negretti; oía su palabra severa y franca; las calles y casas de Bermeo tomaban apariencias de realidad en su mente y allá, en los cantiles batidos por el oleaje cantábrico, se le representaba de continuo la persona de Aura, melancólica, como imagen de la poesía osiánica, que une sus lamentos al mugido de las tempestades. Guardaba en su alma, como en e rio la custodia, la pasión de Aura; le tributaba culto respetuoso y mudo, an helando acercarse pronto al objeto de su devoción y verlo y adorarlo, aunque se interpusieran cristales tan opacos como el señor Negretti y su esposa doña Prudencia. En esto pensaba, cuando sintió rebullicio en el carro. Gracia chillaba, Demetria dijo con voz angustiosa:

—Don Fernando, por Dios, venga usted...

Parados los bueyes, Calpena subió, mas en la oscuridad no pudo hacerse cargo de nada. Demetria decía que el enfermo había perdido el habla en absoluto, pues notó en él esfuerzos inútiles para articular alguna palabra. Gracia, besando el frío rostro de don Alonso, decía:

—Yo te aseguro que así puestas cara con cara, le oí decir: «A casa»; pero tan bajito lo dijo, que nadie más que yo pudo oírlo.

—Mi padre está muy malo, mi padre se muere—dijo Demetria con la entereza que le daba el hábito del infortunio—. Don Fernando, haga usted el favor, tómele el pulso; yo no se lo encuentro. ¡Dios mío, esta oscuridad! ¿En dónde estamos? ¿Hay cerca de aquí alguna casa donde puedan prestarnos socorro?

Buscó Fernando inútilmente señales de vida en las dos manos del señor de Castro, y no las encontró. En sus sienes no percibió ni un vago latido.

—¿Y el corazón?—dijo ansiosa la hija mayor.

Pensó el joven engañarla; pero ¿a qué tales supercherías en situaciones como aquélla, excepcional, de las que reclaman verdad y valor? Los consuelos caritativos habían de ser tan poco duraderos, que valía más afrontar la dolorosa certidumbre.

—Pues... el corazón..., la verdad, no lo siento... ¡Carretero! ¿Dónde estamos? ¿Hemos pasado de Aránzazu?

Dijo el guipuzcoano que el monasterio quedaba allá, a la izquierda, pues había tomado por un atajo para cortar camino y evitar el paso por lugares poblados...

—¿No hay allí monjes?

—¡Qué ha de haber, señor! No hay más que ruinas. Hace dos años, el general Rodil, cuando vino a Oñate con tantos miles de hombres, cogió presos a los frailes y mandó pegar fuego al convento. Yo lo vi arder por los cuatro costados.

Diciendo esto, oyóse el canto de un gallo hacia la parte donde el carretero señalaba las ruinas.

—Pero ahí vive gente... Oiga usted..., canta un gallo..., y otro.

—Sí, señor, gente hay: pastores y carboneros miserables de estos montes, que en las ruinas han hecho sus albergues, al amparo de los muros que quedan y aprovechando las bóvedas que no se han caído.

Como añadiese que en un par de leguas a la redonda no había pueblo, ni aldeas, ni más viviendas que las de los infelices que se aposentan en Aránzazu, mandó Calpena guiar hacia el destruído convento. La noche cerrada, el húmedo frío, la aflictiva situación de los viajeros, con la inmensa oscuridad delante de sí y la muerte entre sus brazos, eran para humillar los ánimos más valerosos. Acertado fué dirigirse en busca de seres humanos, aunque éstos fueran los más pobres y humildes: alguna puerta hospitalaria se les abriría; verían rostros compasivos... En aquel trayecto, más que ninguno lento y fatigante, pues el carro no pudo descender sino dando un largo rodeo por sendas inverosímiles, las niñas lloraban silenciosas, encalmadas en la hondura de su pena con resignación sublime. Si Gracia manifestó esperanzas, Demetria no, afirmándose en la seguridad de que Dios les mandaba apurar hasta el fin las amargas heces del cáliz. Fernando no les decía nada. ¡Ni qué había de decirles! Aseguró Gainza, cuando ya estaban cerca, que los habitantes de las ruinas abandonaban sus madrigueras antes del día para ir a trabajar. Por fin detúvose el carro ante la masa negra del incendiado monasterio; no se sentía ruido alguno que anunciase la proximidad de seres vivos, como no fuese el cantar de gallo, que resonaba dentro de los muros. El único consuelo que Calpena pudo dar a las pobres niñas fue anunciarles el día, y como si quisiera apresurar el amanecer con su deseo, aseguró que se iniciaba por Oriente la dulce claridad del alba.

Gainza y don Fernando dieron fortísimos golpes en el portalón que delante tenían, sin que nadie respondiera ni se oyese rumor alguno. La parada junto a las ruinas en espera de alma cristiana a quien pedir socorro fué un siglo para el caballero y las dos damitas. Estas rezaban atribuladas y con más dolor que miedo contemplaban el misterio inmenso de la muerte, explorando con los ojos del espíritu los espacios que tras de ese misterio señala la convicción...

Por fin, al apremiante llamar de los viajeros respondió una voz cascada y lúgubre. Poco después se abrió la puerta. Dirigióse Calpena al que abría, anciano de alta estatura, venerable, hermoso, vestido con pobreza, pero sin andrajos, y en pocos palabras elocuentes le informó del doloroso caso que motivaba la petición de auxilio tan a deshora. El viejo entendía el castellano pero no lo hablaba. Ayudado por el carretero, logró que se enterara Fernando de estas sinceras manifestaciones: él era muy pobre y no podía ofrecer a los viajeros más que un rincón del claustro en que, con vigas medio quemadas y pedazos de cascote, se había compuesto un humildísimo albergue, donde vivía con su mujer. Pero en el mismo claustro había viviendas mejores, y hasta cómodas, habitadas por familias menos pobres que el que hablaba, y allí seguramente podrían encontrar los señores su remedio. En esto apareció una mujer con un farol, que no fué poca suerte para Calpena, pues no sabía por dónde andaba en aquella lobreguez, y tras la mujer presentóse un hombre, no tan viejo como el anterior, con un capote por la cabeza, figura que al pronto imponía miedo. Lo mismo que había dicho antes repitiólo el joven con mayor vehemencia, y no tardó en oír palabras de consuelo. Ofreciéronle aquellos desdichados cuanto tenían, y le mostraron su casita, hábilmente construída en el coro bajo de la iglesia, la única parte del edificio totalmente respetada por la catástrofe. Al punto salió Fernando a comunicar a las pobres viajeras su hallazgo y el plan que imaginó rápidamente ante los apuros de aquel caso inaudito.

—Demetria, lo más urgente es que ustedes entren y descansen y se repongan de tanta ansiedad y pena tan grande. Hay aquí gentes bondadosas, caritativas, que no desean más que amparar a los desgraciados. Adentro, pues, y mientras ustedes se tranquilizan, estos buenos amigos y yo veremos qué remedios debemos aplicar a don Alonso.

Oyó esto Demetria con el respeto que su favorecedor le merecía; mas no hizo ademán de moverse del lado de don Alonso, pues aunque tenía el convencimiento de que era cadáver, hay lazos que ni en las ocasiones de necesidad suma pueden romperse fácilmente.

—No quisiéramos separarnos de nuestro pobre padre; pero pues usted lo cree preciso, y así nos lo manda, obedecemos, que aquí no hay más voluntad que la de nuestro salvador.

A pesar de esta demostración, costó trabajo sacarlas del carro. Abrazadas al inanimado cuerpo, no se hartaban de besarle.

—Vamos. Yo acompaño a ustedes y luego me vuelvo aquí—dijo Fernando, por decir algo, que en tal situación no hay frase que sea oportuna ni consuelo que no resulte una tontería.

Gracia se desmayó al bajar, y en brazos hubo de llevarla Gainza; Demetria, agarrándose con mano convulsa al abrigo de su libertador y apretándose el pañuelo contra la boca, le seguía con paso lento. De este modo entraron en el claustro y, precedidos de la mujer que alumbraba, llegaron a la vivienda labrada en el coro, la cual en su pobreza no carecía de acomodo. Los vetustos muebles revelaban en sus remiendos y composturas una mano habilidosa.

Lo primero que hizo Demetria al entrar en aquel tugurio fué ponerse a rezar de rodillas sobre un ruedo de estera, y lo mismo hizo Gracia cuando volvió de su desvanecimiento.

—Sí, sí—les dijo Calpena—, recen un ratito. Aunque no lo parece, aquí están en la iglesia. Vean estos machones de sillería gótica. Por allí aparecen los pies de un santo, y en aquella otra parte asoma una cabeza con nimbo.

En esto salieron de un cuchitril próximo dos preciosas chicuelas que se brindaron a servir a las señoritas en todo lo que se les mandase. Llegaron luego otros vecinos, un matrimonio joven, dos viejas muy despabiladas, y todos se mostraron sinceramente caritativos, misericordiosos.

Cuando ya aclaraba el día, salió Fernando acompañado del dueño de la covacha, hombre obsequioso, alavés fronterizo de Burgos, que hablaba perfectamente el castellano y mostraba conocimiento práctico de mil cosas diversas. Examinaron el cuerpo del infeliz don Alonso; reunióse allí todo el vecindario con el propio objeto; de la inspección de unos y otros resultó la tristísima verdad de que el señor estaba muerto, y la opinión de que el fallecimiento había ocurrido dos o tres horas antes. Sin ninguna duda respecto a la muerte, lo primero en que pensó Fernando fué en disponer que se diese a las niñas algún alimento, y ofreciendo recompensar con largueza los servicios que en tan crítica situación se les prestaran, mandó a sus aposentadores encender lumbre y preparar lo que tuviesen, con la mayor prontitud posible. Entró de nuevo en la casucha, donde pensaba que era indispensable su presencia. Aunque Demetria, perdida toda esperanza, se abrazaba a la resignación, le miró a la cara, atenta a las impresiones de él para modificar o sostener las suyas. Pero el rostro del caballero sólo expresaba un dolor calmoso.

—No necesita usted decirnos que somos huérfanas... Ya lo sabemos... Pero aunque lo sepamos y usted nos lo diga, yo lo dudo..., no puedo creerlo..., no, no es verdad: mi padre vive.

Y se lanzó como una loca fuera del cuarto, antes que pudieran sujetarla. Juzgó Calpena inconveniente que por sí misma se cerciorase de la tremenda verdad, y corrió tras ella; no quería llevarla y la llevó, sintiéndose sin autoridad para impedir escena tan aflictiva. Tuvo ánimo Demetria para examinar el rostro del que fué don Alonso, para besarle una y mil veces cara y manos, y no perdió el conocimiento y la firmeza de su alma, hecha sin duda para los grandes empeños de la vida. Con dificultad apartáronla del carro, que había venido a ser lecho fúnebre, y volvió por su pie al mísero albergue donde había dejado a su hermana vencida del dolor...

—Somos huérfanas—le dijo, abrazándose las dos estrechamente— somos huérfanas; Dios no ha querido que entremos en casa con nuestro padre.

Ninguno de los presentes dejó de poner de su parte cuanto le inspiraba la compasión para calmar tanta pena. Palabras tiernas, ofrecimientos de proporcionar a las señoritas descanso, comodidad, alguna distracción, todo lo agotaron aquellos infelices. Reunido lo mejor de cada casa, arreglaron dos camas bastante bien apañaditas para que las huérfanas descansasen.

—Al entrar aquí—le dijo Fernando a Demetria—, aseguró usted que me obedecería. ¿No fué así? Pues bien: empiezo a usar la autoridad que se ha dignado darme, y con ella dispongo que no se ocupen ustedes más que de reparar sus fuerzas en la medida que sea posible. Yo

me encargo de todo, y sabré cumplir cuanto me ordena la ley de Dios y la conciencia de mi deber.

—Sé que mejor que nosotras mismas sabrá usted disponer lo que aún falta. No es fácil que descansemos; sí lo es que tengamos confianza plena en la disposición, en la inagotable caridad de nuestro salvador.

—No merezco ese nombre. Soy un criado: en esta ocasión me glorío de serlo, y en ello tengo mucha honra.

—Criado, nunca. Mirándole como amigo, como protector de mi familia en tan terrible ocasión, estas pobres huérfanas ruegan a usted que se sirva dar cumplimiento a las resoluciones que voy a manifestarle. Dios ha querido afligirnos hasta el extremo de arrebatarnos la vida de nuestro padre en lugar tan desamparado. Ni hemos podido disponer de un médico que le asistiera moribundo, ni, muerto, podemos tributar a sus pobres restos la asistencia religiosa. No hay aquí, ni en los contornos, sacerdote alguno, y mi buen padre ha de ser sepultado sin las oraciones de la Iglesia, que no faltan al último de los mendigos. Imposible también llevarle con nosotras, por la larga distancia y por dificultades materiales superiores a nuestro deseo. Por tanto, es nuestra voluntad que se dé tierra a mi padre a la hora que usted disponga y en el lugar que designe, que bien podrá ser la cripta o panteón de los frailes de este monasterio. Bien señalado por usted el lugar de la sepultura, nosotras nos cuidaremos, en el plazo consentido por las leyes, de trasladar estos queridos restos al enterramiento de la familia en La Guardia. Asimismo hacemos voto solemne de socorrer a las humildes personas que nos han dado asilo y amparo en trance tan horrible. Dios ha querido que nuestro padre, en vida poderoso y rico, haya terminado sus días en medio de los seres más pobres, entre los pequeños, entre los desgraciados; que en su muerte no reciba honores mundanos ni religiosos; que su sepultura sea la misma humildad, la suma pobreza. Así acaban las grandezas humanas, y con estas lecciones nos dice el Señor que no somos nada Pues bien: no por vanidad, sino por efusión de nuestras almas, mi hermana y yo ofrecemos que si llegamos a La Guardia con vida y salud, estos pobres, a cuya cristiandad confiamos el cuerpo de nuestro padre, serán socorridos en lo que les reste de vida. El que hoy viva de limosna, no tendrá que pedirla más. Nosotras les agregamos a nuestra familia, y cuidaremos de que tengan pan y vivienda segura. Estos son los honores fúnebres que las pobres huérfanas tributan al noble caballero cristiano don Alonso de Castro-Amézaga.

XXIX

Oyeron todos los presentes con emoción muy viva las sentidas demostraciones de la infeliz doncella, y don Fernando se cuidó de rodear a las que llamaba sus amas de las comodidades posibles en la morada de los *Peciñas,* que éste era el nombre de los carboneros dueños de aquel escondrijo. Confinándolas dentro de él, sin permitirles salir, para obligarlas más al reposo, se ocupó en disponer, de acuerdo con los habitantes de las ruinas, el sepelio de don Alonso, el cual se efectuó por la tarde en la cripta que bajo la iglesia servía de enterramiento a los franciscanos. En espíritu asistieron Demetria y Gracia a estos actos, tan penetradas de ellos como si los vieran con sus ojos, y tan confiadas en don Fernando para tan tristes diligencias como en persona de la familia. Por la noche les fué servida una pobre cena; tratando de la continuación del viaje, manifestó Demetria que por su gusto se detendría un día más en las ruinas, como un tributo de presencia a las caras cenizas de don Alonso, y el caballero lo aprobó sin reparo, pues así era mayor el descanso de las huérfanas. Dos días pasaron allí, y a la segunda noche se dispuso todo para continuar de madrugada. Gainza recibió de Calpena aumento de lo estipulado, comprometiéndose a llevarles hasta el primer puesto de tropas cristinas. La despedida fué ternísima, y los pobres habitantes de los tugurios les vieron partir con duelo y emoción. A Gracia la venció la pena; a Demetria no porque los repetidos sufrimientos habíanla enseñado a soportar con cristiana entereza los males que humanamente no tenían remedio.

Despejóse el cielo a poco de amanecer, anunciándoles un buen día de viaje. Instaba Demetria a su caballero libertador a que entrase también en el carro; pero

él no quiso, por ser más propio y galante ir fuera, y por no mermar el espacio que las niñas necesitaban para su comodidad. Suponiendo que toda la cordillera estaría ocupada por soldados de Isabel II, deliberaron acerca del camino más corto para ponerse en salvo, y como opinase el boyero que debían picar hacia la venta de Arrida, se acordó tomar aquella dirección, aunque el nombre de la maldita venta fué un mal presagio para las huérfanas, que no podían olvidar la ida. Transcurrió toda la mañana sin ninguna novedad. Admiraban los grandiosos espectáculos que a una parte y otra les ofrecía la ingente cordillera, los inaccesibles picachos, los abismos insondables. El sendero se escurría tímidamente al pie de las eminencias y al borde de las simas, evitando el caer en éstas, deslizándose como reptil por las angosturas. Gracias al conocimiento de Gainza y a la pausa cautelosa con que andaban los bueyes, pudieron franquear los peligros de la montaña sin perecer en ellos.

Hacia el mediodía hicieron alto en un abrigo para comer del repuesto que les habían dado los pobres, y emprendida la marcha, charlaron de diferentes cosas. No queriendo Demetria volver sobre las desdichas pasadas, por no entristecer su espíritu más de lo que estaba, dijo a su libertador:

—Cuando nos hallemos completamente tranquilas contaré a usted la última parte de nuestro cautiverio, que es la peor y más dolorosa. Bástele ahora saber que, cuando mi padre fué conducido desde su prisión a la Caridad, quisieron matarle en medio de la calle. Pueblo y soldadesca le acosaban maldiciéndole... Y después, en la Caridad, ¡ay!... Los dos últimos días fueron terribles. En la propia sala de los enfermos, un herido gravísimo, delirante, saltó furioso de su lecho para lanzarse sobre mi padre... No teniendo armas para herirle, le mordió... ¡Dios mío, qué horrible escena!... Un señor Corpas, guardián o administrador de la casa, nos trataba con grosería y crueldad. Decíanos a cada instante que a mi padre no le valdría su fingida locura para librarse de un tremendo castigo por desafiar al rey, y qué sé yo... No, no quiero recordarlo. Hay penas que con gozo conservamos en nuestra memoria; otras piden olvido, olvido.

En estas y otras conversaciones llegaron a un punto desde donde divisaban inmenso horizonte. Comenzaba el descenso, y a las plantas de los viajeros se desarrollaban en inmenso paisaje los rápidos declives, las corrientes y barranqueras que caían hacia el Sur en busca del cauce del Zadorra. De pronto, paró el carro, y Gainza dijo a Calpena:

—Señor, por aquella loma..., mire, por aquí, enfilando estas encinas..., vienen hombres armados.

—¿Distingue usted desde aquí si son cristinos o facciosos?

Mientras las dos niñas, muertas de miedo, se encomendaban a la misericordia divina, Fernando y el boyero se apartaron un poco para explorar el peligro, y, en efecto, vieron unos seis hombres, con escopetas, que avanzaban subiendo, como a distancia de tiro de fusil.

—Parécenme facciosos—dijo Calpena—. Sean lo que fueren, adelante, y no entiendan que les tenemos miedo.

Tranquilizó como pudo a las damas, y siguieron. En las revueltas del camino, los escopeteros desaparecían y volvían a presentarse, cada vez más cerca. Por último, cuando estuvieron al habla se adelantó Fernando, viendo que también del grupo se destacaba uno, al modo de parlamentario.

Las primeras palabras fueron:

—¡Alto! ¡Viva Carlos Quinto!

Y Fernando respondió:

—Viva quien usted quiera; pero no nos estorbe el paso, que nosotros somos gente de paz... Vean ustedes: dos señoras y yo, que las acompaño. Vamos a Salvatierra para asuntos de familia. Si cobra usted peaje, porque así se lo ordenan, estoy dispuesto a pagarlo. Pero no me pida que detenga mi viaje, porque esto no puede ser.

—Ya, ya vea las mujeres—dijo el escopetero, un mocetón guapo, de marcial apostura que por el habla parecía vasco—. No estorbo el viaje, no molestaré a las señoras ni tampoco al caballero. Pero necesitamos los bueyes. Vengan pronto los bueyes.

Puso el grito en el cielo el dueño de los pacíficos animales, soltando una retahila en vascuence, colérico y fuera de sí, y el otro le contestó lo mismo. El *gurri gurri* llegó a tomar tonos tan violentos, que poco faltó para que vinieran a las manos. Y mientras Gracia y Demetria chillaban: «Sí, sí; que se lleven

los bueyes..., seguiremos a pie, don Fernando, diga usted que sí», Calpena contestó a la intimación que no podía dar la pareja porque no era suya; que daría, en todo caso, una cantidad por peaje, siempre que no se les molestara más, y se retirará la *fuerza* que a corta distancia permanecía arma al brazo, en actitud no muy tranquilizadora. Y el bárbaro insistía:

—Los bueyes, vengan pronto los bueyes—haciendo ademán de desuncirlos para llevárselos.

En esto se oyeron disparos a la parte de una profunda encañada que desde allí no se veía, por interponerse formidables peñas, y lo mismo fué oírlos, que se demudó el que parecía capitán de aquellos desalmados. Miró hacia donde estaban los suyos; les gritó en vascuence; los de abajo, antes de contestarle, apretaron a correr, no sin dirigir miradas de zozobra hacia la encañada por donde sonaron los tiros. Uno de ellos, más valeroso que sus compañeros, les abandonó en la veloz fuga y subió como en ayuda del jefe. Este vociferaba, incitándole a correr más ligero, y luego se volvía para repetir nervioso y hostil su intimación:

—¡Los bueyes, pronto, los bueyes!

Ciego de coraje ya, Calpena requirió su pistola y le soltó un tiro a boca de jarro, sin darle tiempo a hacer uso del fusil; vaciló el escopetero, braceando y echando maldiciones por aquella boca, y Gainza, más pronto que el rayo, le quitó el arma, y empuñándola vigorosamente por el cañón le estampó la culata sobre el cráneo con tan rápido acierto que el hombre cayó como tronco al borde del camino. Y mientras el boyero con ferocidad trataba de rematarle, Fernando gritaba al otro:

—Ven, ven pronto tú también, canalla; aquí te espero.

Debió el segundo escopetero comprender con seguro instinto que venían mal dadas, y que estaba expuesto a caer en peores peligros si no escurría el bulto, porque apretó a correr como un gamo en demanda de sus compañeros. Estos se detuvieron en un cerro frontero al camino, separado de éste por profundo barranco, y al amparo de las peñas hicieron una descarga cerrada, último escarceo de su frustrada escaramuza. El boyero seguía machacando al otro con la escopeta y con piedras de gran calibre. Hasta que corrió don Fernando a comunicar su victoria a las dos niñas, que de rodillas en el carro llamaban en su ayuda a todas las vírgenes y santos de la corte celestial, no se hizo cargo de que estaba herido. En la descarga que hicieron aquellos tunantes, le habían metido una bala en la pierna derecha.

—Ya no hay miedo; nos hemos salvado... Gracias a Dios y a que está próximo un destacamento de tropas, hemos puesto en fuga a esos bribones. Si nos cogen solos, nos quedamos sin bueyes... Gainza, adelante..., vámonos. Por aquí, a la revuelta, vienen cristinos... ¡Viva Isabel Segunda!... Avancemos un poco para encontrarles pronto... ¡Ay!, me han herido esos perros...

—¡Herido! ¡Jesús me valga!—exclamó Gracia.

—¡Herído! ¡Santo Dios qué desdicha!...

Y las dos quisieron echarse del carro.

—¡Si no ha sido nada!... ¿A ver?... Aquí, más abajo de la rodilla. Me duele y no me duele... No, no bajen ustedes, que seguimos... No es nada; ya ven, puedo andar...

Y antes de que el armatoste anduviera veinte varas, cojeaba Fernando horriblemente.

—No puedo, no puedo andar—dijo—. Pero no es nada, nada; no hay que asustarse, niñas... Para, para, que voy a subir.

XXX

A los cinco minutos encontraron la tropa isabelina, mandada por un capitán, que fué como ver abiertas las puertas del Cielo. En un instante, cambiadas rápidamente las informaciones de unos y otros, tuvieron todos noticia exacta de lo ocurrido, y el capitán felicitó a don Fernando por su comportamiento en el lance con el jefe de la partida.

—Ha sido terrible—dijo Demetria—; nuestro caballero se portó como un héroe.

—No haga usted caso; salimos del conflicto como pudimos, por pura chiripa... Hay cuartos de hora felices, como los hay desgraciados y este mío no ha sido de los mejores, porque me atizaron una bala..., aquí..., en esta pierna.

—No hay que apurarse—dijo el capi-

tán—; le curaremos para que continúe su viaje sin molestia. Aquí tengo un muchacho que le hará a usted la primera cura.

Era el capitán un mozo de lo más vivo y simpático que se pudiera imaginar; mediana estatura, rostro agraciadísimo y sonriente, edad poco más o menos la de Calpena. Este no cesaba de mirarle, queriendo reconocerle.

—Sí, sí—dijo, acudiendo a la memoria del otro para avivar la suya—; yo le conozco a usted, mi capitán, yo le he visto, yo le he hablado, pero no puedo recordar...

—Eso mismo pensaba yo en este momento.

—Usted es...

—Francisco Serrano Domínguez, para servir a usted y a estas señoritas... Nos hemos visto no hace mucho, allá por febrero debió de ser, en casa de mi madre, en Madrid. Mi madre tiene una tertulia a que concurren personas muy distinguidas, y usted fué una noche llevado por Miguel de los Santos.

—¡Oh, sí ya!... ¡Pues poco que hablamos aquella noche! Fernando Calpena, para servirle. Déme usted esos cinco, señor Serrano, y hágame el favor de mandar a su médico, o al albéitar si lo trae, que me mire esta pierna y me ponga algo que aplaque los dolores que empiezo a sentir.

—Al momento. Esperad un poco.

Y cuando le vieron alejarse, las dos niñas, consternadas, trataron de curar a su libertador. Mientras Gracia cortaba el pantalón hasta descubrir el sitio del balazo, Demetria reunía todos los pañuelos que llevaban para improvisar un vendaje conveniente. Volvió a la sazón Serrano muy satisfecho; venía de ver el cadáver del escopetero, y díjo a Calpena:

—No sabe usted bien el servicio que nos ha hecho librándonos de ese bandido, el más malo, el más sagaz de cuantos andan por aquí. Merece usted que se le proponga para una cruz.

—Pues si buena cruz hemos ganado, buen balazo nos cuesta.

—Eso no vale nada. Yo llevo ya cinco en diferentes partes de mi cuerpo, y ya ve usted... Con suerte, siempre con suerte. A ver, Roldán, ven acá; examina esta herida y dinos que no es de cuidado. ¡Ay de ti si te equivocas! Luego le curas de primera intención, para que pueda llegar a Salvatierra, donde hallará médicos de sobra.

El llamado Roldán que era un sargento practicante, dijo que estaba dentro la bala y que no le parecía la herida peligrosa, por no *interesar* la rodilla. Si el señor no sentía dolores muy vivos, era que la bala no había tocado el hueso. No cuadraba más tratamiento que vendarle, aplicada una unturilla que ellos traían, y después que cuidara el herido de evitar todo movimiento.

—Pues me divierto—dijo Fernando—. Ya no puedo andar. Pero, en fin, sea lo que Dios quiera y cúmplase el destino que está marcado a cada criatura.

Y mientras Roldán, asistido de las dos doncellas, le curaba, Serrano le informó de la gran victoria que habían alcanzado días antes con la ocupación de San Adrián, añadiendo que no bajaron a Oñate porque el general no lo estimaba práctico ni provechoso y prefería conservar aquella posición y tener asegurada la comunicación con Vitoria y Alsasua. Hablando de sus propios servicios en la campaña, declaró Serrano que se sentía con alientos para tomar parte en mil y un combates y avanzar en su carrera. No conocía el miedo; confiaba salir salvo de todos los encuentros: le enardecía el ruido de los combates; le embriagaba el olor de la pólvora. Había venido días antes del ejército de Aragón, donde servía a las órdenes de Palarea, y aunque sus deseos eran permanecer en el Norte, porque allí se presentaban mas ocasiones de lucimiento militar que en ningún otro campo, pronto tendría que marchar a Barcelona, donde le reclamaba por ayudante su padre el mariscal de campo Serrano y Cuenca. Allá no faltarían quizá ocasiones de entrar en fuego, que eran su delicia; y bien seguro de que las balas no le tocaban, permitíase jugar al heroísmo, en lo que no había ningún mérito.

—¡Qué gracioso es este capitán y qué buen genio el suyo para la guerra!—dijo Demetria cuando se quedaron solos.

—Y ¡qué guapo es y qué ojos tan pillines los suyos!—observó Gracia.

Convencido el jefe de la fuerza cristina de que no podía dar alcance a la partida facciosa, resolvió volver a Salvatierra. Los soldados se entretuvieron en arrojar al fondo del barranco el cada-

ver del jefe de los escopeteros, al cual llamaban *Basurde,* que es *Jabalí* en lengua éuscara. Para los viajeros fué motivo de alegría que Serrano no continuase la persecución, porque así tendrían custodia militar hasta Salvatierra, con lo que podían darse por definitivamente salvados y libres de todo peligro. Marcharon, pues, hacia abajo, precedidos de un coro de soldados que alegremente cantaban, llevando *al estribo* al capitán, que, obsequioso, daba conversación a las damas. La tristeza de éstas era honda, no sólo por haberse dejado en Aránzazu la mitad de su alma, sino por aquel funesto accidente de la herida de Calpena, que les aguaba el contento de su salvación. Toda aquella tarde la pasaron bien; a Fernando le molestaba poco la pierna agujereada; los tres comieron algo de los fiambres exquisitos que Serrano les dió y bebieron en vaso de metal un poquito de ron mezclado con agua de los cristalinos manantiales que encontraban al paso.

Sobre las diez de la noche llegaron a Salvatierra. Calpena iba intranquilo, un poco febril, empezando a sentir molestia en su herida. No quisieron las niñas aceptar el estrecho alojamiento que Serrano les ofreció, prefiriendo aguardar dentro del carro el próximo día. Ya Demetria no temía nada: en Salvatierra encontraría conocimientos, recursos para trasladarse a su casa con toda comodidad. Su mayor pena era la incertidumbre respecto al estado de su libertador, que no le parecía favorable, a pesar de los esfuerzos con que él disimulaba los agudos dolores que hacia medianoche le atormentaron. Apenas despuntó el día, partió la joven, acompañada de Gainza, en busca de los señores que allí conocía, y no tardó en volver gozosa con un séquito de cuatro personas que no deseaban más que ocasiones de servirla. Supo entonces que dos días antes habían pasado por allí, camino de San Adrián, tres criados de la casa y varios deudos y amigos, desalados, buscando a las señoritas y al señor don Alonso. Habíanse repartido por diferentes senderos y algunos de ellos no pensaban parar hasta Oñate.

No quiso la valerosa y avisada joven perder el tiempo en inútiles referencias, y dada cuenta de la pérdida lastimosa de su buen padre, requirió a los señores de Guinea (que tal era el nombre de aquellos sujetos, acomodado labrador el uno, el otro extractor de maderas) para que le proporcionasen inmediatamente, primero, el mejor médico que hubiese en la villa; después un buen coche, y si no lo había, una cómoda galera para continuar el viaje; todo ello acompañado del dinero que las ricas huérfanas necesitaban hasta llegar a La Guardia. Esta última petición fué prontamente y con creces satisfecha. Facilísimo estimaron también lo del médico, pues había físicos de tropa excelentes, y en cuanto a vehículo, que era lo difícil, ofrecieron revolver el pueblo y sus alrededores hasta lograr lo que la señorita deseaba.

—Oiga usted, Demetria—dijo Fernando cuando los tres se quedaron nuevamente solos—: de mí no hay para qué ocuparse ya. Puesto que se encuentran ustedes en lugar seguro, donde les sobran medios para volver a su casa sin ningún peligro, deben ustedes partir sin pérdida de tiempo y dejarme aquí, que ya me arreglaré con mis amigos del ejército para que me proporcionen un alojamiento donde me cure de este maldito balazo que ha venido a trastornar todos mis planes.

—Al pedirme que le abandonemos—replicó Demetria con gravedad—, hallándose enfermo, y enfermo por nosotras, pues recibió la herida en nuestra defensa, me pide usted la cosa más contraria a los sentimientos de mi hermana y míos... ¡Abandonarle, habiendo recibido de usted la salvación, la vida!... Porque allí nos habríamos muerto de terror si usted no nos saca... No, don Fernando, lo que usted propone no puede ser; o lo ha dicho por probarnos o le trastorna el delirio, en cuyo caso, estando usted peor, no seríamos quien somos si le abandonásemos. Quiero demostrarle que en mi raza no existe ni puede existir la ingratitud.

—Nada de lo que usted dice me sorprende, pues en el corto tiempo de nuestro trato he podido conocer cuánta bondad y nobleza atesora su alma. Pero yo debo advertirle que me precisa seguir rumbo distinto del que usted lleva. Me llaman a otra parte deberes sagrados, afecciones tan hondas, tan estimulantes como las que la llaman a usted a su casa. Póngase en lo razonable y...

—Me pongo en la razón misma y le contesto que cuando esté bueno tomara

el rumbo que quiera; pero ¿adónde va en tal estado el pobrecito don Fernando, cojo, sin poderse valer? Si le dejamos a usted, de aquí no podrá moverse en algún tiempo, que esa cura es lenta, si ha de hacerse bien y sin complicaciones... Y no hablemos más por ahora, que ya viene el buen Guinea con un señor que debe de ser el médico militar. De lo que diga depende lo que resolvamos, lo que yo resuelva, pues ahora se han trocado los papeles, amiguito. Ya no es usted el jefe de la expedición. Yo he tomado el mando, y a usted toca obedecerme.

Minucioso fué el examen facultativo. Demetria y el físico sostuvieron breve diálogo:

—¿La bala...?

—Evidentemente no está dentro. En la región superior de la pantorrilla se ve el rasgón de la salida.

—¿Es grave la herida?

—No, no. La gravedad resultaría si el señor no se sometiese a un absoluto reposo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un mes.

—Bien. Y ¿qué hay que hacer ahora?

—Aplicarle un vendaje que yo prepararé; renovar cada seis horas la planchuela de bálsamo Samaritano; permanecer acostado y con buen abrigo en todo el cuerpo.

—Perfectamente. ¿Puede el herido hacer un viaje, en coche, con toda comodidad?

—Sin duda, observando lo que prescribo: la renovación de la planchuela, el abrigo y la quietud posible dentro de un coche o galera bien acondicionada, que vaya al paso.

No se habló más. Hizo el médico la cura y proveyó a Demetria de bálsamo para tres días. Al ver partir al físico, Gracia rompió en joviales demostraciones de afecto hacia su libertador, diciéndole:

—Ahora, señor don Fernandito, se ha fastidiado usted y no tiene más remedio que ser nuestro prisionero.

—Nos le llevamos encantado—dijo Demetria, que en aquel punto recibió la noticia de tener dispuesta una hermosa galera—; encantadito en una jaula, como llevaron a Don Quijote a su pueblo.

—Pero ¿de veras—dijo Fernando, con extrañeza matizada de susto—me llevan ustedes a La Guardia?

—¡Pues estaría bueno que no! ¿Al hombre que nos ha salvado la vida habíamos de dejarle en manos mercenarias, en un pueblo como éste, donde los accidentes de la guerra podrían ponerle en la necesidad de huir con su patita coja? No, señor; por ley de Dios estamos obligados a pagar a usted sus beneficios, si no en la misma moneda, porque no la tenemos, en otra de un valor aproximado. A nuestra casa se viene usted calladito, y no se moverá de ella hasta que recobre la salud. Sano y bueno nos envió Dios el caballero que le pedíamos; sano y bueno deseamos devolvérselo. Y no hay más que hablar ni que discutir. Yo sé lo que dispongo; ya que no otras cualidades, tengo la de hacerme cargo fácilmente de mis obligaciones. Ahora el señor don Fernando calla y obedece, que bien sumisas y obedientes hemos sido nosotras cuando era él quien mandaba.

Algo contestó Calpena; pero sus razonamientos resultaban débiles ante la poderosa dialéctica de la huérfana de Castro. ¿Adónde iba, herido y expuesto a una inflamación de consecuencias mortales? Obligado al reposo, ¿dónde estaría como bajo la tutela y cuidado de las personas que le debían eterna gratitud? El Destino, Dios, mejor dicho, le presentaba su abrumadora sentencia revestida de una lógica soberana, y torciéndole sus caminos, mientras él lanzaba todo su espíritu con irresistible querencia hacia el Norte, le decía: «¿Al Norte? Pues yo mando que al Sur, y al Sur has de ir por el derecho carril que te trazo.» Conformábase el hombre, no sin interiores refunfuños, y pensaba que, si no el corazón, la pierna derecha había de agradecer aquel mandato inflexible de la Divina Voluntad.

Mientras Demetria, con actividad prodigiosa, en que revelaba sus dotes de gobierno, preparaba el viaje, arreglando el interior de la galera con los mayores refinamientos de comodidad, el pobre cojo, viéndola ir y venir tan dispuesta, no pudo menos de admirar en ella un raro prodigio de la voluntad humana. Al propio tiempo creía que si la discreción se encarnara en algún ser de los que andan por la tierra, no podía tomar otro cuerpo que el de la doncella mayor de Castro. Desde que llegó a Salvatierra se había transformado; ya su mirada no

expresaba el sobresalto y la fatiga; ya despedían sus ojos el rayo que determina la acción; ya no era la mujercita encogida y trémula de la Caridad, de Oñate; era la señora que campaba y disponía, con medios para ello, en su terreno propio; su mal vestir no desvirtuaba la gallardía de su cuerpo, reflejo de la resolución y aplomo de su alma. Más agraciada que bella, sin ser una hermosura, lo parecía casi siempre, sobre todo cuando daba órdenes a los inferiores, cuando expresaba su pensamiento con aquella sencillez persuasiva que no admitía controversia. Su frente serena y pura, su boca un poco grande, pero fresca y llena de gracias, componían admirablemente su rostro. El cabello advirtió Calpena que era castaño, abundantísimo; no pudiendo en aquel trajín peinarse a su gusto, se lo arreglaba de cualquier modo, cruzándose en derredor de la cabeza, a la buena de Dios, las apretadas trenzas. Gracia era más bonita; temple delicado, de esos que son infantiles aun después de pasada la tierna edad; quejumbrosa, paliducha, un poco lánguida, las manos no pequeñas, el cuerpo escueto, el cabello del propio color castaño, mas no tan fuerte como el de su hermana, blanca la dentadura, pero de un conjunto menos simétrico, la mirada dulce, amorosa, pasiva...

XXXI

—Por lo que veo—se decía Fernando, haciendo análisis de su propia existencia—, mi destino es sucumbir siempre a las *tiranías cariñosas*. Quiero tener acción propia y no puedo... Pero ya la tendré, que esto no ha de durar. Un mes ha dicho el físico. Pues no está mal que me cure y recobre el uso de mis dos piernas... Porque, lo que dice Demetria: ¿adónde demonios voy así? Estoy inútil, estoy inválido... ¡Pícaro Destino! ¡Imposibilitarme cuando más necesito de toda mi energía, de mi fuerza corporal!... A estas horas, el señor Negretti habrá escrito a Aura diciéndole que me ha visto... Y ¿qué pensará Aura de mí si transcurre mucho tiempo sin noticias?... En la primera parada que hagamos escribiré a don Ildefonso... Pero sabe Dios si recibirá la carta... Dudo que haya correos regulares entre este país y la Corte trashumante... Veremos, me informaré. Y adelante, cúmplase el Destino... Nuestras pobres vidas obedecen a un gobierno superior, y, como dice Miguel de los Santos, nada podemos contra la soberana disposición que nos arroja al Sur como pelota cuando queremos ir al Norte... ¡Felices los pájaros, que van a donde quieren!...

No eran aún las diez cuando ya Demetria había dispuesto con primor minucioso la galera destinada a Fernando. Excelentes colchones y almohadas, mantas de abrigo, cortinas que por ambas bocas del toldo resguardaran del frío el interior, nada faltaba. Mirando también a la decencia, determinó que el herido fuese solo en la galera mayor, arreglándose las dos hermanas en otra más pequeña, tampoco desprovista de comodidades. En la pequeña metieron varias cestas con víveres y bebidas, lo mejor que se pudo encontrar en el pueblo. Como tenía la mayorazga barro a mano, de nada quiso privarse, y el viaje había de ser como a personas tan principales correspondía. Pensó tomar dos mozos de la servidumbre del señor Guinea, que los acompañarían en todo el camino: uno para que fuese al cuidado de don Fernando en el primer vehículo, y otro al de ellas, en el segundo; pero poco antes de partir presentóse uno de los criados de Castro que habían salido a buscarlas, de lo que se alegraron y se entristecieron las dos niñas, porque el gozo de verle se amargaba con la pena de notificarle la pérdida del amo y señor de todos, don Alonso. Lloraron un poquito las huérfanas y su servidor, que se llamaba Bernardo, mozo muy despierto, que valía por dos, y, no faltando ya nada, dió la señora orden de partir. Despidióse el carretero de Lamiátegui, no sin que mediara una breve querella entre Fernando y Demetria sobre cuál de los dos le pagaba. Pero la de Castro cedió sin mostrarse obstinada, dejando al caballero todo el goce de su delicadeza. Bueyes tiraban de las galeras, por no haber animales de paso más vivo, lo que en realidad no era desventajoso, porque con el lento andar de los rumiantes iba más reposado el herido y lo que perdían en tiempo ganaríanlo en comodidad. Salió Serrano a despedirles, acompañado de

otro oficial, como él, guapín, simpático, con ricitos sobre la blanca frente, y al presentarle añadió:

—Dice Alaminos (tal era el nombre del camarada) que han venido al Cuartel general cartas para usted, señor Calpena.

—Venían dirigidas a Fernando Córdoba, el hermano del general en jefe. Pero ha salido para Madrid, y las ha dejado no sé si a Echagüe o a Pepe Concha, para que las entregaran a usted si venía por aquí. Ayer hablaban de esto.

—¿Es cierto que el general ha ido a Madrid?

—Sí, señor; ayer ha salido de Vitoria con su hermano y sus ayudantes, Casasola, Mariano Girón y el príncipe de Anglona. Pero volverá pronto. Ya digo: Fernando Córdoba habló delante de mí a Pepe Concha de dejarle las cartas que recibió para usted; pero como luego se trató de si Concha iba también a Madrid o se quedaba, me parece que debe de tenerlas Echagüe, porque le oí que se ofreció a desempeñar este encargo.

—Echagüe manda los *chapelgorris*.

—Justamente; y hoy está en la división de Espartero. Ayer le vi en Vitoria, donde permanecerá unos días restableciéndose de sus heridas.

—Pues tanto al señor Serrano como al señor Alaminos—dijo Demetria—, les suplico yo que cuiden de que esas cartas no se extravíen.

—¡Oh!, sí; yo averiguaré quién las tiene...

—Y yo.

—Y lo demás es muy fácil. Que envíen las cartas a La Guardia, a la casa de esta servidora de ustedes.

—Allá irán. Queda de nuestra cuenta. Cumpliremos, señora.

—Y nos reiteramos *humildes súbditos..., a los reales pies de vuestra majestad...*

Con esto apretáronse todos las manos, picaron los mayorales y las galeras emprendieron su marcha pausada por la calle principal del pueblo, hasta salir al camino que atraviesa el ameno valle del Zadorra. No habían traspasado aún las últimas casas, cuando se les agregaron otra vez Serrano y Alaminos a caballo y fueron dando parola a las niñas larguísimo trecho. Nada les ocurrió en el resto del día, transcurrido felizmente, ni en el curso del viaje sobrevino ningún accidente desgraciado. Todo era, pues, bonanza, y por añadidura el tiempo primaveral les favorecía grandemente. Sin detenerse en Vitoria más que para dar corto descanso a los bueyes, continuaron en dirección del condado de Treviño, y cuando más avanzaban hacia el Sur más risueño se les presentaba el paisaje y más lisonjero todo. Al aproximarse a Peñacerrada empezaron a encontrar las huérfanas personas conocidas: aquí, pastores de la casa de Castro; allá, campesinas y labriegos, algún cura; de todos recibían noticias de la ansiedad que reinaba por la ausencia de las niñas, y a todos las daban de sus trabajos y penalidades, así como de la muerte de don Alonso. Menos de dos días duró el plácido viaje, pues habiendo salido de Salvatierra un sábado antes de mediodía, pasaban la sierra de Toloño al amanecer del lunes y entraban en la feraz campiña de Paganos a punto de las ocho. Allí fueron tantos los encuentros de amigos y deudos, servidores, aldeanos, diversa gente del pueblo campestre, que hubieron de parar las galeras para dar espacio y tiempo a tanto saludo, a tantos plácemes y pésames, al incansable besuqueo en las manos de las dos señoritas, que lloraban de gratitud y emoción.

El mozo que iba al servicio de don Fernando, sin apartarse de su lado, le dijo:

—¿Ve usted este término con tantísima viña, que parece la gloria de Dios? ¿Ve usted aquellos trigos en que ahora juega el viento y ya los pone verdes, ya amarillos? ¿Ve usted aquel prado y aquel monte con tantas ovejas? Pues todo es de las señoritas... Sí, señor; son más ricas que el *Putosín*, y a cuenta que ahora no han de faltarles novios.

Admiró Fernando la belleza de los campos feraces, inundados de sol, y celebró mucho en su mente que todo aquello perteneciese a quien por sus altas prendas merecía cuantos bienes hay en la tierra. Y no pudieron recrearse sus ojos en tanta belleza, porque sentía en su pierna herida tirantez horrible, y de rato en rato punzadas acerbas que acrecían con el afán de disimularlas para que no se alarmasen sus bienhechoras. Con esto y con la pena de verse extraviado de su natural camino, su alma sobrenadaba en ondas melancólicas. Verdaderamente, era un prisionero que ya podía

dar gracias a Dios por haber caído en tales manos; admiraba a sus tiranas; teníalas por hermosa hechura de Dios; pero no concluía de conformarse con aquel giro que a sus planes daba el Destino... ¡Todo por una bala miserable! Si él estuviera bueno, ya habría revuelto toda Guipúzcoa, Vizcaya entera, en busca del bien de su vida... Pero ¿qué había de hacer? Paciencia. Dios manda, y en su nombre, en tal ocasión, las niñas de Castro-Amézaga. Contrariado y triste, ¡ay!, no podía menos de bendecirlas.

A la salida de Paganos llegóse al convoy un anciano cura que venía por la carretera adelante con balandrán y gorro negro, bastoneando fuerte. Era un gozo verle dar abrazos y besos a Demetria y Gracia, como si quisiera comérselas, tan grande cariño les tenía el pobre viejo. Ya se sabía en La Guardia, por un propio que mandaron de Peñacerrada, el gran acontecimiento de la vuelta de las niñas, salvadas milagrosamente por un cristiano, noble y animoso caballero; sabíase también el desgraciado fin de don Alonso a mitad del camino de salvación, y uno y otro suceso fué motivo para que el bendito cura estuviera unos diez minutos empapando en lágrimas su luengo pañuelo de hierbas.

—¡Ay hijas, qué días hemos pasado, sin saber de vosotras, maldiciendo la hora en que tuvisteis la temeridad increíble de lanzaros por esos mundos en busca del pobre Alonso; pidiendo a Dios que no os perdierais, que no os mataran, que volvieseis sanas y salvas a vuestra casita y a los brazos amantes de este viejo que os adora, y al pueblo que también os quiere y os estima como a hijas predilectas!... Pero ya estáis aquí. ¡La Virgen Santísima, a quien después de vuestra partida rezamos todas las tardes salve solemne, no nos ha concedido todo lo que le pedíamos, puesto que no traéis a vuestro padre; pero nos ha concedido mucho, sí, remucho—vuelta a los besos y a la emisión de lágrimas y babas—, porque os ha traído a vosotras, cielos míos, perlas de la casa y del mundo!

Informado por las niñas de que su generoso salvador, instrumento en aquel caso de la Divina Voluntad, era el viajero ocupante del otro carro; sabedor asimismo de que la herida que le postraba había sido alcanzada en terrible lid por defenderlas, corrió allá entusiasmado el buen cura, y quitándose el gorro, húmedo aún el rostro del llanto que vertía, le dijo:

—Señor mío, este pobre viejo desea el honor de estrechar la mano del noble caballero a quien debemos el rescate de estos ángeles. No sabe usted el bien que ha hecho, señor. Dios se lo premiará como mejor le convenga... Aquí me tiene usted a su servicio, aunque nada valgo... José María de Navarridas, cura párroco de Santa María..., tío carnal de la madre de estas dos perlas... ¡Bendito sea mil veces el que nos ha devuelto nuestro tesoro, y corónele Dios de gloria, rodéele de bienaventuranzas por su obra hermosísima!

Respondió Calpena mostrándose avergonzado de tales elogios, a lo que dijo el párroco, con muy buen juicio, que la modestia siempre ha sido inseparable del verdadero mérito. Cuando se ponían de nuevo en marcha llegaron dos mujeres que hartaron también de besos a las niñas, y don José María, por no recargar la segunda galera, se subió a la de don Fernando, diciendo a voces:

—Chicas, yo me subo aquí a dar palique a este caballero, que me parece va un poco triste. Seguid vosotras con ésas.

Y después de informarse de las circunstancias y proceso de la herida y de aventurar un favorable pronóstico asegurando que sólo con el buen trato, la dulce quietud y el rico vinito de la tierra se curaría en un periquete, repitió la cantilena del criado: «¿Ve usted esta inmensa campiña?... ¡Qué hermoso viñedo, qué gloria de Dios! ¿Ve usted aquellos trigos que parecen un mar con sus olas y su vaivén? Pues todo es de estos ángeles... ¡Pobre Alonso! Ya venía el infeliz tan trastornado, que no podía parar en bien... ¿Le parece a usted? ¡Desafiar a Carlos Quinto!... Luego, la temeridad de estas muchachas... ¡Lo que bregué con Demetria para quitarle de la cabeza la idea de ese viaje! «Pero, tío, si no vamos más que hasta Salvatierra, donde de fijo le encontraremos.» Y ya ve usted... Lo que pasa..., que un poquito más allá, que otro poquito... y a Oñate. ¡Jesús mío, nada menos que a Oñate se fueron como unas bobas!... Pues si Dios no les depara esta buena alma; este brazo valeroso, no sé qué habría si-

do de mis pobres ángeles... ¡Ay chiquillas, de buena habéis escapado! Bien os lo dije cuando salisteis: «Demetria, mira lo que haces.» Pero ya habrá usted conocido que esta niña mayor es una voluntad de hierro, dispuesta como ella sola, tenaz en sus empeños, y cuando dice «por aquí voy», ya pueden todos echarse a temblar.

No habían andado quince minutos, cuando aparecieron nuevos amigos, el cirujano don Segundo Crispijana, dos señores de capa, mujeres y, detrás, medio pueblo. Omítense por fastidiosas las escenas de besuqueo y lágrimas. El don Segundo, señorete de rebajada estatura, cara redonda con sotabarba, la nariz decorada con dos verrugas, los ojuelos muy perspicaces, edad como de sesenta años bien llevados, se llegó a la galera de Fernando, después del saludo a las señoras, y empezó a funcionar facultativamente a la primera insinuación.

—Eso no es nada. En cuanto lleguemos se dará un vistazo... Cuestión de un poco de reposo... Y qué, ¿duele? Tirantez de la piel, afectando hasta los músculos del tobillo... Perfectamente. ¿Qué médico le vió a usted en Salvatierra? ¿Aseguró que había salido la bala?... Eso lo veremos..., calma..., lo veremos... Conque... ¿duele?

—Sí, señor; no puedo ocultarlo ya... Me duele, ¡ay!, horrorosamente.

—Pues no lo disimule, caray... Chille todo lo que le salga de dentro.

—No, señor, no chillo...; le aseguro a usted que no chillo... Sé sufrir, sé comerme mis dolores... No quiero que las señoritas se alarmen..., se disgusten.

—Ya estamos en casa. Vea usted la ilustre villa de La Guardia.

Mirando por la delantera, vió Fernando una ciudad medieval, en lo alto de una escueta colina elíptica, rodeada de almenados muros con gallardos torreones. De entre aquella cintura de piedra se destacaba el caserío en agrupación cónica, con el remate de un castillo, torres, esbeltos campanarios, techumbres de peregrina forma. La vista de la ciudad fantástica, que surgía del suelo más bien como un hermoso embuste de la Leyenda o del Teatro que como una verdad de la Historia, embelesó los sentidos del pobre viajero, amortiguando por un instante sus dolores.

XXXII

Entraron por la puerta de Paganos, al oeste de la población, con lento andar por causa de la pendiente y del gentío que en torno a las galeras se agolpaba, y dieron fondo, no lejos de la puerta, en la señorial casa de Castro-Amézaga, la cual, con sus anejos, le pareció a Fernando tan grande como una mediana ciudad. Al gran patio principal, en cuyo fondo arrancaba la escalera, acudieron diferentes personas, muchedumbre de criadas, familias pobres, familias ricas, que aguardaban a las viajeras: los unos para darles el parabién y el pésame, las otras para besuquearlas; y en medio del tumulto salieron también tres, cuatro, seis o más perros de diferentes castas, cazadores los más, que armaron terrible algarada de ladridos, brincos y demostraciones de alegría. Para todos tuvieron caricias las huérfanas llorosas, principalmente para dos magníficos galgos, favoritos de don Alonso, los cuales no las dejaban dar un paso, echándoles sus patas al pecho y lamiéndoles las manos.

Todo esto lo vió Fernando mientras le bajaban en volandas de la galera, pues él no podía moverse, y le subían cuidadosamente dos robustos criados, bajo la inspección del señor cura, que puso sus cinco sentidos en tan delicada operación. Sin duda porque su estado febril le agrandaba los objetos, a Calpena se le representaba la casa con dimensiones colosales, como de castillo o alcázar de reyes; los corredores que daban vuelta al primer patio, en forma claustral, no se acababan nunca; las habitaciones por donde le pasaron eran inmensas cuadras de elevado techo; todo grandísimo, todo limpio y respirando bienestar y opulencia; mucho nogal oscuro y brillante; los pisos, de baldosines rojos bien bruñidos; las paredes, o blancas como la pura cal, o pintadas con festones y guirnaldas al temple; aquí cortinas de damasco; allá, muselinas tiesas; severa elegancia, riqueza de pueblo y acumulación de cosas pasadas, con escasas novedades y desprecio de las modas.

Lo primero de que se ocupó la familia fué de preparar el lecho en que debía descansar el herido, en uno de los más

claros y hermosos aposentos de la casa. Era el tal mueble imitación de un navío de tres puentes, el *Santísima Trinidad* de los lechos, con cabeceras de nogal, popa y proa, en las cuales, el tallado adorno de patos o cisnes completaba la semejanza con los artefactos destinados a la navegación. Bien abarrotada de mullidos colchones y con su cobertor de damasco rojo, era una cama olímpica. No bien acostaron a don Fernando y repararon sus fuerzas con caldo y vino, le tomó de su cuenta el señor Crispijana, que por orden expresa de las señoritas quería proceder sin pérdida de tiempo al examen y cura de la herida. Poseía don Segundo gran conocimiento y práctica en achaques de traumatismo, y no tardó en dominar con ojo certero el caso que allí se le presentaba. Positivamente, la bala no había quedado dentro: en el lado interno de la pierna se veía el punto de salida más grande que el de entrada, mediando un conducto bastante extenso, sin tocar en el hueso. La articulación estaba completamente indemne. Las molestias que sentía don Fernando y las que sentiría después eran motivadas por el flemón que se le formaba, complicación harto frecuente en esta clase de heridas. El caso, sencillísimo, no ofrecía peligro alguno, y don Segundo lo había tratado mil veces con feliz éxito en su vida profesional. El tratamiento que comúnmente practicaba era el de las incisiones o desbridamientos, si el flemón venía difuso, sistema que le había enseñado su maestro, el afamado cirujano de Torrecilla don Angel Asuero. Por de pronto, quietud y cataplasmas.

Descansó Calpena sus huesos en aquel lecho magnífico, más no pudo conciliar un sueño reparador, porque la agudeza de sus dolores no le dejaba dormir sino a ratitos; por la noche tuvo fiebre intensa; su turbado cerebro se atormentaba con la idea de reposar en un panteón de damasco encarnado. La profusión de esta rica tela en colcha, almohadones y cortinas le colmaba de inquietud y ansiedad. En la estancia había dos o tres arcas de nogal, sillones de vaqueta claveteados, y un cuadro de San Francisco en éxtasis que le infundía pavor... Reinaba en la casa silencio sepulcral, turbado tan sólo por lejanos ladridos de perros. Por la mañana, el criado que entró a llevarle el desayuno le enteró de que allí se comía cinco veces al día, empezando por el chocolate, acompañado de bollitos hechos en casa y de fruta de sartén. No tardó en presentarse Gracia, a quien Calpena encontró completamente transformada, vestidita según su clase, muy graciosa y elegante dentro de la modestia campesina y de los rigores del luto. Iba la niña dispuesta a estar en su compañía todo el tiempo que fuese menester, sin molestarle: le daría conversación si ésta le agradaba y le leería si la lectura no le causaba enojos. En la casa había muchos y buenos libros.

Agradecido a tantas bondades, Fernando preguntó por Demetria, de la cual dijo su hermana que vendría a visitar al enfermo cuando le diesen respiro las distintas tareas que embargaban absolutamente su persona durante la mañana, pues todo el trajín de casa tan grande estaba debajo de su jurisdicción y cuidado. Entre tanto, Gracia abrió las maderas de la ventana que caía frente al lecho por la fachada sur de la casa, y don Fernando pudo admirar el grandioso paisaje de la sierra de Cameros por aquella parte. El sol, que inundaba montes y llanuras, penetró también en la estancia, rehaciendo el abatido ánimo del enfermo, quien no pudo menos de ver en Gracia un ángel que le llevaba la luz y la vida.

Entre la lectura y la conversación, Fernando optó por ésta, gozando extraordinariamente con lo que la niña le contaba del pueblo y de la familia. Como durante la ausencia de las huérfanas no iban los trabajos de labranza y gobierno doméstico con la debida regularidad, y estaban las cuentas atrasadas y muchas cosas sin hacer, Demetria daba ejemplo con su diligencia y actividad al escuadrón de servidores de uno y otro sexo. En planta desde antes de amanecer, y consagrada la primera hora de la mañana al aseo de su persona, recorrió luego las varias dependencias de la casa, dando sus disposiciones y previniendo las diversas faenas del día. Esto lo hacía la niña mayor desde que, por muerte de su madre, se hizo cargo de las llaves y tomó el mando doméstico, en el cual no mostraba menos desenvoltura y facultades que aquélla. La dolencia del padre la obligó a dar extensión a su autoridad; no tuvo más remedio que encargarse de dirigir y administrar la labran-

za, de atender a los ganados, al laboreo de montes, explotación de leñas, y todas las demás faenas que abarcaba la extensa propiedad del opulento mayorazgo. La cooperación de servidores y mayordomos antiguos le facilitó los conocimientos necesarios para el manejo de tan grandes intereses, y a los pocos meses de tener bajo su mano la cuantiosa hacienda de Castro-Amézaga, ya sabía más que todos. Habíala dotado Dios de un sentido práctico que ya lo quisieran muchos hombres para sí, y de la facultad de ver claro y pronto en los asuntos más complejos. Era un portento Demetria, y a todo atender sabía sin embarullarse, siendo tal su método, que siempre le sobraba algún ratito para labores y cuidados que más pertenecían a la presunción que a la utilidad. Todo esto lo explicaba Gracia con ingenua admiración de su hermanita, declarándose incapaz de imitarla, y desprovista de aquel saber práctico hasta cierto punto vulgar. Fernando se deleitaba oyéndola, pues aunque había estimado a Demetria como una hembra superior, nunca pensó que sus méritos y aptitudes llegaran a un grado tan excelso.

—Mi hermana—prosiguió la niña en su relato—tiene el don de hacerlo todo bien y pronto, sin ruido. A sus órdenes, los mozos y criadas parece que tienen cuatro manos en vez de dos, y entre tanto trajín, no oirá usted una voz más alta que otra. Grandes y chicos en su obligación, y adelante. Hoy es día de los de más faena: tenemos amasijo y horno, porque en casa se hace todas las semanas el pan para los pastores y para los trabajadores del campo. Se les reparte en hogazas de cinco libras... En el patio grande, donde está el horno, había usted de ver a mi hermana, al amanecer de Dios, mirando si miden bien las cantidades de harina y moyuelo, inspeccionando a los amasadores y vigilando las cochuras. Luego viene el reparto de hogazas; primero los pastores, siguen los peones de Paganos, y después los de Samaniego. Mi hermana les lleva sus cuentas de pan, y de las ollas de habas que se les van entregando. Y al mismo tiempo que hace todo esto, la tiene usted disponiendo lo de cocina y despensa, dando las órdenes para lo que hemos de comer cada día, y para el sustento del sinnúmero de criados de esta casa. Más tarde, la verá usted atareada con lo de las bodegas: el vino que sale, el que hay que mandar a los alambiques porque se ha torcido; ordenar las cuentas de los marchantes, que unos pagan al contado, otros conforme van cobrando por los pueblos: ver si se necesitan cubas nuevas o adobar las antiguas; oír a los campesinos que calculan si la cosecha del año será tanto más cuanto y si se necesitarán más o menos cubas... Pues las cuentas del trigo que sale de nuestros graneros, por ventas; del que se lleva al molino para el gasto de casa, de la cebada que consumen nuestras mulas y del sobrante que vendemos, la obliga a llenar de números unos grandes librotes. Por la noche vienen los arrendatarios, los caseros, y la enteran de cómo está el campo. Se decide entre ellos y el ama si es conveniente un riego más en las huertas, si tal o cual tierra necesita otra cava, si se dejan descansar estos tableros o los otros, si sembramos garbanzos o habas, o si metemos o no metemos el ganado en tal pieza para que estercole... Pues no le quiero decir a usted cuando vienen las grandes labores, la siega, la vendimia, o la trasquila de las ovejas... Entonces mi hermana se multiplica; tan engolfada la ve usted en su trabajo, que de nadie hace caso, y no hay que hablarle más que de fanegas de trigo, de cubas de mosto o de vellones de lana...

Interrumpió en este punto el poema doméstico trazado por Gracia la entrada de la heroína, en quien vió Fernando una transformación radical. Entre la muchacha encogidita, de dudosa hermosura, desfigurada por el miedo, la angustia y el mal vestir, y la mujer gallardísima, en quien la serenidad era una gracia más y la confianza en sí misma una real belleza, belleza y gracia que a las de su rostro se añadían para darle una armonía seductora, había tanta diferencia como de la oscura noche al día claro. Vestía Demetria de luto, sin afectación de elegancia, sencillísimo traje casero, y con el blanco delantal, que al modo de escapulario le caía desde el pecho hasta los pies, habría parecido una guapa monjita si no tuviera lo que es raro ver en monjas: talle, cintura y formas corporales superiores. Reparó Calpena en el donaire con que se peinaba, recogiendo sus trenzas copiosas en copete de tres potencias; reparó también su limpieza ideal,

su aire señoril, la gravedad y el reposo que se pintaban en su frente marmórea, la penetración de su mirada, al propio tiempo dulce y picaresca sin malicia, la frescura de su boca grande; todo, Señor, todo lo reparó, y porque nada se le quedara, fijóse en los manojos de llaves de diversos tamaños que pendían de su cintura.

—Aquí estábamos hablando horrores de usted, Demetria—le dijo Fernando, mientras observaba lo que se indica—. Ya sé que está usted muy atareada, que no tiene un momento de reposo.

—¡Ay don Fernando!..., lo corriente, lo de todos los días, y nada más, Parece que no, y cuando falto de aquí no van las cosas como debieran. Por esto ha de dispensarme que no le acompañe. Gracia, que no tiene nada que hacer, se encarga de entretenerle para que no se aburra. ¡Ay, si supiera usted qué pena me da verle así!... ¡Y que eso le haya pasado por nosotras!... ¡Que se vea usted privado de acudir a sus negocios! En fin, Dios lo ha querido así..., no hay más remedio que conformarse... Pero me ha dicho don Segundo que la herida es leve; que todo se reduce a que se resigne usted a ser nuestro prisionero unos cuantos días, quizá mes y medio.

—¡Bendita cárcel y benditas carceleras!—exclamó Fernando con tanta admiración hacia las niñas como agradecimiento a sus bondades—. Lo que usted dice: Dios lo ha querido así. Sea lo que Dios quiere.

—Pensemos en que lo bueno y lo malo que nos envía es lo que nos conviene.

—Justo... Y vivamos siempre contentos, sin incomodarnos por nada de lo que nos pasa.

—Salvo alguna vez que otra. Mire usted: aquí donde usted me ve, hoy tengo mal humor, estoy enojada...

—¿Por qué, Demetria? ¿Qué le pasa a usted?

—Que en el tiempo que hemos estado fuera se me han muerto tres gallinas!... ¡Mire usted qué contratiempo!...

—Sí que lo es... Pues mire usted, lo siento yo también.

—Las tres más bonitas, las más ponedoras que tenía.

—¡Qué lástima!

—No, no se ría... A pesar de estas bajas, comerá usted huevos bien frescos. No hay que apurarse... Pero me estoy entreteniendo aquí como una tonta. Dispénseme, don Fernando. Hasta ahora.

Viéndola salir tan dispuesta, tan dueña de sí y en pleno dominio de su misión doméstica y social, cayó Fernando en tristes meditaciones, y después de reconocer cuán grandes prodigios hace la Naturaleza, dió en considerar los contrastes que la fecundidad de esa universal madre nos ofrece. «¡Espantosa desigualdad!—se dijo—. Veo a esta mujer tan útil, tan activa, repartiendo alegrías en torno suyo y aumentando el bienestar humano. Luego miro para dentro de mí y observo mi inutilidad, mi insuficiencia. Necesito de estos ejemplos para cerciorarme de que no sirvo para nada, de que no soy nada, de que mi existencia es absolutamente estéril..., al menos hasta ahora... He aquí un hombre sin carrera, sin profesión, que no sabe cómo vive hoy ni cómo vivirá mañana..., un hombre que todo lo espera del acaso, que apoya sus cálculos en lo desconocido, un hombre que desconoce el trabajo, y que no da señales de vida en la sociedad más que para perturbar.»

XXXIII

Acrecieron las molestias del herido en los días subsiguientes, manifestándose fiebre intensa y aumento de la hinchazón, que hacia la región femoral se corría. Noches malísimas pasó, y sus ánimos se abatieron grandemente. A la semana de estar allí, habiéndose iniciado la supuración, practicó el cirujano los desbridamientos con tanta habilidad y destreza, que el enfermo no tardó en sentir alivio. Como entonces no se usaban anestésicos, hubo de soportar Fernando el acerbo dolor que con sus cuchillas le producía don Segundo; pero trincaba bien los dientes y no exhalaba una queja, como varón cristiano y animoso.

Durante aquella semana tristísima, tuvo horas de verdadero aniquilamiento, en las cuales no era un ser de este mundo, sino un soñador, un delirante que moraba en negros y lejanos espacios. Apenas podía fijar la atención en lo que su ángel guardián, la encantadora Gracia, le contaba. Demetria subía todos los días a verle; pero sólo permanecía breves instantes, por causa de sus quehaceres. En

cambio, le acompañaba el buen don José María de Navarridas, que se había instalado en la casa de Castro, con su hermana doña María Tirgo. El motivo de su traslado de vivienda lo supo Fernando cuando se serenaron sus espíritus con la mejoría de la pierna. Fué que, al llegar las niñas con su caballero libertador, surgieron en la familia dudas acerca de la conveniencia de aposentarle en la propia casa. Al discutirse punto tan delicado, los tíos plantearon la cuestión en estos términos: dos niñas solas, solteras, hospedan en su morada a un caballero joven, soltero también. Esto podía dar lugar a necias interpretaciones en el pueblo, aunque la fama de discreción, pureza y honestidad de las huérfanas sería de fijo un valladar contra la suspicacia maliciosa. La respetabilidad de la casa era reconocida y acatada por todo el vecindario; mas no convenía exponerla a menoscabo, siquiera éste fuese por una inocente contravención de las reglas sociales. Demetria manifestó con firmeza que la gratitud exigía que las dos hermanas cuidasen por sí mismas al que había contraído tan grave dolencia por defenderlas y salvarlas; que ella, firme en su conciencia, tan segura de su honradez como de que la opinión del pueblo ni un momento se pronunciaría en contra suya, no estimaba indecoroso alojar al herido en su propia casa; pero si sus buenos tíos opinaban de otro modo, ella se sometería gustosa a lo que resolviesen. La hermana del párroco, doña María Navarridas, viuda, designada comúnmente con el apellido de su difunto esposo (Tirgo), señora excelente, bondadosa, discreta, algo cominera, bonita en su vejez como una Santa Ana, opinó que no desmerecía la demostración de agradecimiento llevándose a don Fernando a la casa del cura, donde estaría como en la gloria. Reconociendo lo acertado de estas razones, en principio, Demetria les opuso un argumento que echó por tierra la firme dialéctica de los tíos venerables.

—Efectivamente—dijo—, don Fernando estará muy bien en la rectoral, asistido con esmero, ¿quién lo duda?, pero como tendrá tan cerca las campanas de la parroquia, y éstas no cesan de tocar a todas las horas del día y de echar al viento repiques estrepitosos, el pobrecito no podrá descansar ni un momento. ¡Buena le espera con aquel toca que toca continuo en los mismos oídos!

—Tiene razón la chica—dijo don José María, dándose una fuerte palmada en la rodilla y levantándose airoso—. Ea, ya tengo la solución... Puesto que Demetria, con su raro entendimiento, nos ha hecho ver esa gravísima contra de las campanas, no irá, no, el enfermo adonde carecería de la tranquilidad y silencio que exige su estado, y para obviar el inconveniente de que se trata, yo y tú, María, nos venimos a vivir aquí mientras aquí more el caballero a quien todos debemos eterna gratitud. De este modo, con nuestra garantía ante el pueblo, no hay, no puede haber ni asomos de duda en lo que toca al buen parecer, al decoro de las niñas.

Parecióle muy bien a doña María Tirgo esta fórmula, que ponía en salvo las conveniencias sociales, y aquella misma tarde se mudaron, con grandísima complacencia de las huérfanas, que así gozaban de la continua presencia de sus amados tíos.

A la guardia que hacía Gracia en el cuarto del enfermo, se agregó desde el segundo día el bondadoso párroco, que sabía distraer a Calpena sin molestarle con habladurías importunas. ¡Y con qué esmero, con qué solicitud y cariño le cuidaban todos! No harían más por un hermano querido ni por su propio padre. ¡Vaya unos calditos sustanciosos que le daban! ¡Y qué vinitos: puros, confortativos, de antiguas cosechas, elegidos con esmero por el propio don José María en las ricas bodegas de Castro! Como durante las dos semanas primeras de su encantamiento la inapetencia de Fernando era absoluta, Demetria y doña María Tirgo, maestra en artes culinarias, no hacían más que discurrir platitos sustanciosos, agradables y que no cargasen el estómago, a ver si así le devolvían las ganas de comer. La impresión del joven era estar encantado en el más bello alcázar de Jauja y servido por hadas o serafines. A la hermana mayor la veía poco, mejor dicho, no la veía lo bastante para darle gracias por tan delicadas atenciones, y como se quejara de ello un día, Navarridas le dijo:

—A Demetria hemos de dejarla en sus ocupaciones de gobierno. Es una niña ésa que tiene dentro de sí todos los dones del Espíritu Santo. Para mí está de non

en el mundo: yo no he visto otro caso, ni creo que lo haya. Por más que usted discurra, no hallará una virtud que ella no posea, ni un mérito que no sea suyo.

Así lo reconoció Calpena, y no habían pasado diez minutos, cuando entraba Demetria con un pliego en la mano, el cual mostró al enfermo desde la puerta, diciéndole:

—¿Se acuerda usted, don Fernando, de que los oficiales Serrano y Alaminos nos dijeron que habían llegado al Cuartel general cartas para usted? Pues, temiéndome yo que aquellos loquinarios no se cuidarían del encargo que les hicimos, mandé un propio a Vitoria por las cartas, y aquí las tiene usted.

Algo se afectó Fernando al ver las cartas, que seguramente eran de Madrid: el sobrescrito era letra de Hillo.

—Gracia, si me hiciera el favor de abrirlas..., o usted, señor don José María, y decirme dónde están fechadas, y quién las firma. Supongo que serán largas y no tengo ahora la cabeza en disposición de leer mucho.

Abiertas las cartas por el señor cura, éste leyó en una: «La Granja, 30 de mayo»; y en otra: «La Granja, 8 de junio». La firma en ambas decía:

«Tu cariñoso amigo y capellán,
Pedro Hillo.»

Guardó el enfermo bajo su almohada las cartas, con intención de irlas leyendo a ratos, y no cesaba de pensar a qué abría ido a La Granja el bueno de Hillo. Un parrafito ahora, otro después, llegó al total conocimiento del contenido de ambas epístolas. La síntesis de ello era que *la señora incógnita,* a la sazón residente en San Ildefonso, había llamado al clérigo para conferenciar con él. No decía claramente si la dama se había descubierto o no; pero de algunas expresiones de don Pedro se desprendía que entre el Mentor y la deidad no había ya ningún velo. Lo que mayormente sorprendió a Calpena, causándole alegría, era que *la incógnita* tirana se inclinaba a la transacción. Por conducto de Hillo, incitábale a declarar su paradero, ofreciéndole respetarle en sus amores y repitiendo una de las fórmulas de avenencia empleadas por la misteriosa entidad en sus cartas de Madrid: «Tus amores no me gustan; pero acato los hechos consumados.» Ignorante de su residencia, dirigía las cartas a los amigos de él en el cuartel general, con la esperanza de que a sus manos llegasen, y por duplicado las enviaba también a personas conocidas del interior de Guipúzcoa y Vizcaya, entre ellas al propio don Juan Bautista Erro, ministro universal de don Carlos. Por uno u otro conducto esperaba establecer la comunicación. Insistía don Pedro con verdadera pesadez en que Fernando, si recibía las cartas, le escribiese al punto a La Granja, declarando su residencia (con señas bien explícitas), a fin de poder remitirle con toda prontitud el dinero que necesitase y nuevas expresiones de la tolerancia de *la incógnita* en la delicada cuestión de amores. Por un lado, se alegraba Calpena de estas noticias; por otro, se entristecía, pues continuaba bajo el despótico poder de persona desconocida, y aunque algo se iba transparentando el carácter de tal despotismo, quería el joven mayor esclarecimiento de aquella oscura faz de su vida. Por de pronto, era gran ventaja que no existiese ya la formidable oposición al inquebrantable propósito de recobrar a Aura y hacerla suya, el cual llenaba su corazón y su voluntad, sin que lo amenguara lo más mínimo su encantamiento en la dorada Jauja.

Cuando pudo manejar la pluma sirvióle Gracia los avíos necesarios, y escribió a Hillo, notificándole simplemente dónde se encontraba, sin más explicaciones. Al propio tiempo escribió también a Negretti, dándole conocimiento del accidente que le imposibilitaba de ir a tratar con él de sus honrados fines, y dirigió la carta a Durango, donde le dijeron que a la sazón residían don Carlos y don Sebastián.

Aunque la mejoría era franca a fines de junio, todavía tenía para un rato, pues persistía algo de inflamación, que exigió nuevo desbridamiento. A principios de julio empezó a recobrar el apetito y a reponerse de su grande extenuación. El pobrecillo, con tan larga inmovilidad, con las intensas fiebres y dolorosos insomnios que sufrido había, estaba en los puros huesos: su cara era toda ojos, y en éstos todo espíritu. Al recobrar las ganitas de comer, extremaron Demetria y doña María Tirgo sus habilidades culinarias para ofrecerle sabrosos manjares en cantidad discreta. En cada una de las cinco comidas que se

hacían en aquella Jauja preparaba Demetria alguna sorpresa para su enfermo. No hay que hablar de la abundancia, que en tal casa era como un continuo chorro vivificante de los múltiples dones de la Naturaleza. Allí, las carnes suculentas de cabrito y carnero; allí, la caza de monte y la pesca de río; allí, las riquísimas verduras y las frutas tempranas; allí, los sabrosos esquilmos del cerdo; allí, la miel, la monjil repostería, formaban como una caudalosa corriente entre la Naturaleza y el estómago, entre el divino crear y el humano digerir, corriente que por la variedad de sus dones no permitía el cansancio. Bien decía don José María, paladeando su vinito:

—En esta tierra de bendición, señor don Fernando, el que se muere es porque quiere.

Empezaban a hacer por la vida a las siete de la mañana, con el rico soconusco de la tarea que labraba en casa el mejor chocolatero de la villa, y lo acompañaban de unos bollos en que lucían su primor doña María Tirgo y las cocineras de ambas familias. A las nueve se servía la sopita de ajo con chorizo, infalible tentempié en aquella hora, y ya estaban todos como un reloj hasta las doce en punto, en que se servía la comida con todo el ceremonial de rúbrica. Rompía plaza la sopa dorada, de pan bastante a matar el hambre de los menos favorecidos por la fortuna, y luego entraba el cocido... ¡Compadre, v a y a un cocido! La carne de cebón y los aditamentos cerdosos dábanle poder p a r a resucitar un muerto; tras él llegaba la verdura exquisita, con su indispensable oreja, y *ainda mais,* morcilla. De principio, entraban los pollos asados, bien doraditos, tiernos, o los barbos del río, o la enroscada anguila; y de postre, el dulce de cabello (también hecho en casa o mandado por las monjas), el mostillo, las nueces, el queso (también de casa), la miel, el sinfín de frutas espléndidas que recreaban el gusto, la vista y el olfato..., y, por último, la indispensable copita de anís. A las cuatro sentíanse ya desfallecidos, y por vía de sostén tomaban otra vez chocolate con los correspondientes bollitos. Gracias a esto podían tirar hasta la cena, a las ocho en punto, empezando por la ensalada cruda, como aperitivo, siguiendo las sopas de ajo con chorizo, los huevos pasados, luego la chuletilla de cordero, la trucha frita, el plato de guisantes, judías verdes o tirabeques, y, por fin, la compota..., ésta no podía faltar, como tampoco un plato de leche, sin contar la interminable tanda de golosinas..., y otra vez la copita de anís, que tan bien ayuda la digestión...

A Fernando servíanle en su cuarto, en una mesita con mantelería limpia como el oro, que junto a su cama ponían, y así estuvo comiendo hasta muy avanzado julio, en que don Segundo le permitía levantarse algunos ratos; pero sin andar ni moverse del aposento. Con el trato continuo, Gracia, que le acompañaba y le servía gozosa, tomó la confianza de tutearle. Comúnmente le llevaba noticias de las cositas buenas que su hermana y la tía estaban haciendo para él.

—Hoy te van a poner unos pescaditos al horno que te vas a chupar los dedos.

Otra vez entraba con un par de palomos muertos:

—¿Ves esto?—le decía—. Pues te los van a poner con arroz. Toca, mira qué pechugas...

O bien entraba con cestas de frutas riquísimas, acabadas de traer de las huertas de Paganos, peras de a cuarterón, manzanas fragantes, cerezas gordas, y se las mostraba, encareciendo su abundancia y hermosura.

—De todo has de probar hoy, Fernandito. Demetria ha dicho que te haga comer un poquito de cada cosa para que veas todo lo bueno que crían nuestras tierras.

—Sí, hija mía, sí—respondía Fernando, no tan alegre como debiera—: ya veo, ya veo que Dios os ha dado muchos, muchísimos bienes; pero con ser tantos, no llegan a lo que vosotras merecéis.

XXXIV

Un mes largo tardó en llegar nueva carta de Hillo, sin duda porque los correos en tiempo tan desdichado no iban y venían con la debida regularidad. Manifestaba el buen capellán inquietud por no haber dado Fernando en su breve carta las explicaciones que se le pidieron. ¿Qué casa era aquella donde moraba? ¿Por qué decía que no podría salir en dos meses? ¿Acaso estaba enfer-

mo, herido? ¿Entre qué gentes o con qué familia vivía? De todo esto se esperaban pronto informes detallados. Por el pronto, se le remitían 20 onzas por un oficial de Ingenieros que iba a Vitoria. Cuidárase de recogerlas en dicho pueblo por persona de confianza. Aguardó Fernando a recibir el dinero para contestar, y en esto se pasaron otros quince días, pues el propio que se envió tras el oficial portador de las onzas no dió con él sino después de muchas vueltas de una parte a otra. En agosto se recibió nueva epístola de Hillo, en ocasión que Fernando, convaleciente ya, había dejado el lecho y podía pasearse por la habitación agarrado al brazo de Gracia o al de don José María. Continuaba el buen Mentor en La Granja, y hablando en nombre y por encargo de la próvida divinidad, anunciaba a Telémaco que ésta le escribiría directamente de asuntos interesantísimos. De quien Fernando no tuvo carta ni noticia fué de Negretti, lo que le causaba grande zozobra. ¡Qué habría ocurrido, Santo Dios! No veía las santas horas de recobrar su salud para correr hacia el país vasco, pues tanto tiempo sin saber de Aura en extremo le afligía. Su encantamiento le pesaba, era ya una monótona esclavitud; deseaba que el día último de su prisión llegase, sin dejar por esto de rendir a la gran Demetria, su nueva tirana, los homenajes que por su virtud, su gracia y adorables prendas merecía.

Avanzado agosto, llegó carta de *la incógnita,* que no contenía revelación alguna de lo que Fernando quería saber. Era el mismo estilo de antes, la misma voz dulce y un tanto burlona debajo de la careta. Le expresaba cariñosamente la idea de transacción; le permitía encenderse y achicharrarse en el amor de Aura; llevaba con paciencia hasta que la hiciera su esposa: rogábale que no dilatase su vuelta a Madrid, donde se le arreglaría una posición en armonía con sus méritos, abriéndole camino brillante en la política; para hacerle el paladar a los sainetes (en el doble sentido de esta palabra) de la vida pública, le refería sucesos graves ocurridos en la Villa y Corte por aquellos días, y presagiaba que en San Ildefenso no irían las cosas por los caminos derechos. Una carta de Hillo, dos o tres días después, terminaba con un alarmante párrafo: «En este momento me dicen que se ha sublevado la Guardia real, de guarnición en este Real Sitio, y que los sargentos se dirigen a Palacio a pedir a su majestad que restablezca, proclame y jure la Constitución del 12... ¡Dios nos tenga de su mano!»

El mismo día en que tales nuevas recibía don Fernando, y más aún al siguiente, corrieron por el pueblo rumores de serios trastornos políticos en Madrid y en La Granja. Los amigos de la casa de Castro, sabedores de que el huésped de ella se carteaba con personajes del Real Sitio, acudieron allá por noticias frescas. ¡Válgame Dios, que especiotas corrían de boca en boca entre el vecindario! Al coronel que allí mandaba la fuerza cristina dijéronle que los sargentos habían atropellado a la reina, llevándola presa al cuartel, porque se negaba a jurar la *Niña bonita.* En Madrid, los milicianos sublevados habían cometido mil tropelías, asesinando generales y ministros. Total: que se venía encima una revolución tan terrible y sangrienta como la francesa.

Mostróles don Fernando el conciso párrafo del clérigo; pero bien pronto pudo satisfacer la curiosidad de sus convecinos, porque recibió segunda carta de *la incógnita,* en que le refería, con preciosos pormenores, la inaudita trapisonda de La Granja como persona que todo lo presenciara. Era, pues, aquel relato la misma verdad, una página histórica, fresca, real, viva.

—Nada, señores—dijo don Fernando a los notables del pueblo que invadieron su cuarto en busca de noticias—, no ha ocurrido nada: ello ha sido un nuevo trámite de la revolución española que venimos elaborando entre todos desde el año doce. El caso es sencillísimo, propiamente español, producto de casos anteriores, engendro de nuestro carácter. La novedad bien a la vista está: lo que otras veces han hecho los oficiales de mediana y alta graduación lo han hecho ahora los sargentos de la Guardia real. Es la obra del pueblo, el cual, entre nosotros, no sabe actuar por sí, y se infiltra en las clases militares para dar forma, realidad tangible a sus ideas. Cómo ha podido suceder que el espíritu popular, encarnado en la humanidad de cuatro sargentos, haya sabido burlar la vigilancia de los guardianes de la Corte y sobrepo-

nerse a toda diciplina hasta llegar a la reina; cómo han tenido los tales sargentos energía y discreción bastantes, pues todo se necesita, para imponer a la gobernadora nada menos que el cambio de Constitución, es cosa muy compleja, de la cual no he podido aún hacerme cargo. La carta que he recibido es extensísima; ya ven: seis pliegos de letra menuda. He pasado la vista rápidamente por algunos párrafos; cuando despacio la lea y la relea, daré a ustedes noticia circunstanciada del suceso tal como me lo cuenta, con pelos y señales, un testigo presencial.

Los comentarios que hicieron el coronel, el alcalde y otras personas de viso que visitaban al huésped de Castro eran muy pesimistas. Vista la trifulca de La Granja desde tan lejos, resultaba la impresión de que el mundo se venía abajo; de que España se acababa, con aquel vilipendio de la autoridad real, pisoteada por cuatro sargentos que probablemente estarían borrachos. A esto dijo Calpena que no traería el tal suceso revolucionario más catástrofe que las usuales y corrientes: el cambio de empleados, el desconcierto de todo, la continuación de la guerra. Era la enfermedad general, ya crónica, que se agravaba. Mas no por ello moriría el enfermo. España tenía fibra y agallas para resistir tanta calamidad; su sobriedad de mendigo le garantizaba la existencia; su pasividad fatalista le permitía seguir arrastrándose y dando tumbos hasta que vinieran hombres y tiempos mejores, los cuales... ¡ay!, también podría suceder que no vinieran. En esto llegaban diariamente a La Guardia pormenores de lo ocurrido y papeles que lo traían todo muy bien parlado. Pero nada era tan sincero, tan profundamente humano y vivo como el cuadro descrito con femenino análisis y observación exquisita por *la señora incógnita,* el cual no cabe en estas páginas por su excesiva extensión. Podrá leerlo en otras quien tenga en igual grado la curiosidad y la paciencia.

Entró Demetria a ver a don Fernando, aplaudiendo la gallardía con que se determinaba a dar solito algunos pasos, con la ayuda de su bastón, y le dijo gozosa:

—Por dos motivos estoy alegre hoy: el primero es que me ha dicho don Segundo que pronto será usted dado de alta. ¡Cuánto ha pasado, pobrecito, en esta esclavitud! Ya sé lo que me dirá: que le hemos tratado muy bien. ¡Pues no faltaba otra cosa! Eso del buen trato no hay que decirlo, porque es verdad y porque no tiene ningún mérito; el cumplimiento de un deber, sin hacer nada extraordinario, no merece elogios.

—Y el otro motivo de alegría ¿se puede saber?

—Que han vuelto los dos criados que fueron con nosotras a Oñate y quedaron presos en la cárcel cuando a nosotras nos llevaron a la Caridad. ¡Pobrecillos, qué gozo he tenido al verles! Les llevaron a Vergara, después a Tolosa; de allí pudieron escaparse a Francia, donde se embarcaron para Santoña... Ya no pueden tardar los que fueron a llevar nuestra ofrenda a los infelices que nos dieron socorro en las ruinas de Aránzazu... De quien no hemos tenido noticias es del pobre Díaz. ¿Qué habrá sido de él? ¿Le habrán matado, estará preso aún?

—Escribiremos a mi amigo el señor Rapella para que gestione la libertad de Díaz mientras llega la ocasión de que pueda hacerlo yo mismo. En cuanto me asegure en la convalecencia, señora castellana de este noble castillo, me voy a Guipúzcoa y Vizcaya.

—Ya sé, ya sé que en Bermeo está su novia. Me lo ha contado el tío, con quien tiene usted sus confianzas—dijo Demetria con toda la serenidad del mundo—. Permita Dios que se le allanen a usted todos los caminos; que llegue adonde quiere llegar..., y encuentre a su novia buena de salud, firme de voluntad, siempre amante y fiel... Quiera Dios que esa señora nos perdone este secuestro de su galán; que no haya sufrido con harta crudeza el mal de impaciencia; que sepa ser constante en los afectos, fuerte en la adversidad... Porque, fíjese usted b i e n, fuerte en las bienandanzas lo es cualquiera; pero fuerte en el infortunio, en las largas ausencias, eso ya es harina de otro costal, eso sí que es mérito, señor don Fernando... Ea, no quiero cansarle; me llaman abajo para medir la hornada de mañana. Hasta ahora.

Y dió media vuelta para marcharse.

—Eh..., señora castellana, no sea usted tan ejecutiva. Con sus hornadas y sus continuos quehaceres ha olvidado usted mis encargos. Le he pedido que mande venir sastre o costurera que me ha-

ga la ropa que necesito... ¿O es que he de marcharme así, como un triste estudiante que no lleva más que lo puesto?

—Ya he mandado recado a quien le hará la ropita... El ejecutivo es usted, que no quiere más sino que le sirvan geniecillos, hadas y qué sé yo... Eso, lo de los cuentos de niños: dar una patadita, y ya está aquí el duende que dice: «Pide por esa boca.»

—Aquí no hay más hada, ni más duende, ni más genio que usted... Genio, sí, noto que lo va echando malo. De ayer a hoy me ha reñido usted tres veces.

—Sí, señor, y le riño la cuarta... por impaciente... No parece sino que le tratamos tan mal aquí. Pues sepa usted, señor fuguilla, que la opinión de don Segundo es que aún debe estarse quietecito otro mes, pues si se lanza por esos caminos a caballo o en carreta está muy expuesta a una recaída, sí, señor; y a que empeore la pierna, sí, señor; y la otra pierna y la cabeza...; sí, señor... Ea, ya no riño más; y aunque usted no quiera me voy.

Quedóse Calpena meditabundo, pensando en su partida, que con ardor deseaba, aunque presumía que no podría efectuarla sin pesadumbre. Por su mente fecundísima pasó una idea. ¡Vaya una idea! La formulaba de este modo: «Quisiera tener un amigo muy íntimo, uno de esos amigos que son como hermanos, uno de esos amigos a quienes amamos entrañablemente... Y mi mayor gozo sería que este amigo se hiciera amar de Demetria y que él la amase a ella, cosa en verdad facilísima. ¡Qué g u s t o verles casados, ver a mi amigo compartiendo con ella el gobierno de esta gran casa!... ¡Ah, se me olvidaba!, es preciso, indispensable, que el amigo tenga patrimonio para poder realizar decorosamente la feliz coyunda... Pero ¿dónde voy yo a buscar este amigo, dónde? Si al menos tuviera yo familia, quizá lo encontraría entre mis parientes... ¡Vaya con el tesoro que se llevaba el tal!... Pues he de buscarlo en cuanto me vea libre, he de buscarlo, sí... Feliz yo que ya tengo resuelto el problema de amor; que no sé, ni quiero, ni puedo desviarme de la línea trazada por mi destino. Al extremo de acá de esta línea estoy yo; al otro extremo, la verdadera castellana de los alcázares del Cielo, Aura divina, Aura humana, Aura total. Hacia ella me voy pronto, y por el camino, por todos mis caminos, buscaré el amigo, el hermano que necesito para Demetria...»

Esto pensó, y solicitado luego de la curiosidad, se puso a leer la extensísima carta, que contenía u n a prolija narración política, páginas llenas de vida y color. Atenta a la variedad, como grande artista, entreveraba los relatos de motines y trastornos con párrafos cariñosos, íntimos o apreciaciones burlescas de la Corte y de la sociedad que la rodeaba... Volvía luego a la pintura de escenas, ora cuartelescas, o r a palatinas, conjunción absurda de la grosería popular y del regio orgullo, en aquel caso desvirtuado por el miedo y la debilidad. Por transiciones bruscas, la emprendía después con su protegido, riñéndole amorosa, señalándole los caminos para recobrar su gracia; consintiéndole sus locuras, siempre que no rebasaran de cierta medida prudencial; y entre otros conceptos, tan delicados como ingeniosos, le decía: «Esa casa donde estás, ¿qué casa es?... ¿Con quién vives? ¿Has encontrado a tu Aura? ¿La tienes contigo?... No; si no te riño. Quiérela; te lo permito... ¡Viva don Fernando y viva con su *pepita*, digo, con su Aurita!... Pero has de contármelo todo; no me ocultes, por modestia, lo bueno que haces, ni por miedo a mi severidad me ocultes lo malo... ¡Dichosa severidad! Cansada del sinnúmero de medicinas que he tomado para calmar mis penas, probé la indulgencia, y no me va mal con esta droga... Tontín, ¿no sabes? Entre el bueno de Hillo y yo hemos descubierto a una pobre señora que te quiere con delirio, sin haberte tratado nunca, y esto es lo más raro. ¡Lo que te pierdes! Pues te diré: esa tu enamorada no te ha visto de cerca más que una vez, ¡y tan de cerca! De esto hace hoy, fíjate en la fecha de mi carta, veintitrés años justos y cabales... Rabia, que no te digo más.»

Santander (San Quintín),
octubre de 1898.

FIN DE
«DE OÑATE A LA GRANJA»

LUCHANA

I

En mi carta de ayer—decía la señora incógnita con fecha 14 de agosto—, te referí que nuestro buen Hillo me mandó recado al mediodía, recomendándome que no saliese a paseo por el pueblo, ni aun por los jardines, porque corrían voces de que los soldados y clases del Cuarto de la Guardia, los de la Real provincial y los granaderos de a caballo andaban soliviantados, y se temía que nos dieran un día de jarana, cuando no de luto y desórdenes sangrientos. Naturalmente, hice todo lo contrario de lo que nuestro sabio mentor con notoria prudencia me aconsejaba: salí de paseo con dos amigos, señora y caballero, prolongándose la caminata más que de costumbre, y no exagero si te digo que anduvimos cerca de un cuarto de legua por el camino de Balsaín; luego atravesamos todo el pueblo, llegando hasta más allá del Pajarón, y nos volvimos a casita con un sí es no es de desconsuelo, pues no vimos turbas sediciosas, ni soldadesca desenfrenada, ni cosa alguna fuera de lo vulgar y corriente. El drama callejero, *género histórico* en España, que deseábamos ver, no sin sobresalto en nuestra viva curiosidad, permanecía entre bastidores, en ensayo tal vez. Sus autores, temerosos de una silba, no se atrevían a mandar alzar el telón.

»Por mi parte, te aseguro que no sentía miedo; mis acompañantes, sí; sólo con la idea de que la revolución anunciada no pasase de comedia, se atrevían a presenciarla. Y comedia tenía que ser en la presunción de todos, pues de los jefes, del comandante general del Real Sitio, conde de San Román, nada debía temerse, conocida de todo el mundo su adhesión a la reina y a Istúriz; de los jefes tampoco, que eran *lo mejor de cada casa*. Las clases y tropa no son capaces de escribir por sí solas una página de la Historia de España, y el día en que la escribieran, ¡ay!, veríamos, a más de la gramática de hoy, una ortografía detestable.

»Al pasar por el teatro, nos hizo reír el título de la comedia anunciada: *A las diez de la noche, o los síntomas de una conjuración*. En las puertas del café del teatro vimos paisanos y sargentos en grupos muy animados, y por las palabras sueltas que al paso hirieron nuestros oídos, comprendimos que hablaban de política. Luego nos dijo Pepito Urbistondo, a quien encontramos junto a la Comandancia, que las clases de toda la guarnición estaban incomodadas porque el general había prohibido, bajo graves penas, cantar canciones patrióticas, y mandado que las bandas y músicas no tocasen otras marchas que las de ordenanza. A este Pepe Urbistondo no le conoces: ha venido no hace un mes del ejército de Aragón: es valiente y audaz en la guerra; en los saraos de Madrid, el primero y más arrojado bailarín de gavotas y mazurcas; buen chico, sólo que tartamudea un poco, y empalaga un mucho con sus alardes de finura, a veces sin venir a cuento. Hoy le tienes aquí de ayudante de San Román, y es el que anima con sus donaires los corros que diariamente, mañana y tarde, se forman en las Tres Gracias o en Andrómeda... Pues sigo diciéndote que la noticia comunicada por Pepito del mal humor de los señores cabos y sargentos no nos causó grande inquietud. Pero luego nos encontramos al canónigo de la Colegiata, don Blas de Torres, que nos puso en cuidado refiriéndonos lo que había ocurrido momentos antes, en el acto de la *lista*. Después de la música, y cuando ya la tropa formaba para volver al cuartel, el tambor mayor mandó a la banda tocar la

marcha granadera. Obedecieron los tambores; pero no los pífanos, que salieron por el himno de Riego, resultando un guirigay de mil demonios, efecto de la discordancia entre músicas tan diferentes. El comandante, volado, mandó callar la banda, y la tropa se dirigió al cuartel al son de sus propias pisadas. La vimos pasar. Era una escena triste, lúgubre. No sé por qué me impresionó aquel marchar de los soldados sin ningún son de música o ruido militar. Me fijé en las caras de muchos, y no eran, no, las habituales caras de soldados españoles, siempre alegres. Cuando entrábamos en casa de mis amigos volvimos a encontrar a Urbistondo, y nos dijo que, al llegar al cuartel, el comandante había mandado arrestar a toda la banda; que al tambor mayor, a quien se atribuía connivencia con los desentonados pífanos, le habían metido en un calabozo. La oficialidad recibió orden de permanecer en el cuartel toda la noche, y se prohibió que salieran los sargentos. Cuando nos daba Pepito estos informes, ya casi anochecía; los paseantes de los jardines volvían presurosos a sus casas; notábase en algunos aprensión, recelo; de la sierra bajaba un airecillo sutil, que nos hacía echar de menos los abrigos. Yo mandé a casa por el mío: la persona que me lo trajo traía también un billete en que se me instaba, mejor dicho, en que se me hacía el honor de llamarme a Palacio... Yo tiritaba; me había enfriado un poco al volver de paseo: creo que contribuyó a ello el ver a aquellos soldados tan tristes, marchando sin tambores ni cornetas... Aplacé la visita a Palacio para después de comer; pero luego vino un recadito más apremiante, verbal, y tomando el brazo del digno caballero que lo había llevado, me fuí allá. Quién me llamó de Palacio no puedo decírtelo, niño, ni hay para qué.

»Creí encontrar alarma en la morada real, pero me equivoqué... ¡En tantas cosas nos equivocamos! Sabían todo lo ocurrido en el cuartel del Pajarón y en la *lista;* tenían noticia de la descompuesta actitud de los sargentos en el café del Teatro, donde suelen reunirse; de la llegada de paisanos de Madrid, siniestros pajarracos que anuncian las tempestades políticas; mas no por eso habían perdido la tranquilidad y confianza. No debo ocultarle que yo había recibido de la Villa y Corte informes preciosos de lo que piensan y dicen ciertas personas de las que influyen en la cosa pública, lo mismo cuando están en candelero que cuando están caídas. Alguien se enteró de que yo tenía tales referencias y quiso oírlas de mis propios labios. De lo que yo sabía comuniqué lo que estimaba prudente y oportuno en las circunstancias actuales, lo que a mi parecer podría ser de utilidad y enseñanza para la persona que me interrogaba; lo demás me lo callé. ¿No te parece que hice bien? Ya veo que afirmas. Me gusta que opines en todo como yo.

»Pues verás: pasé un rato muy agradable con las niñas cuando las acostaban. La reinita Isabel discurre como una mujercita; Luisa Fernanda le gana en formalidad. Es grave la pequeñuela, y en su corta edad parece sentir y comprender ya que tanto ella como su hermanita son personajes históricos y que están llamadas a desempeñar primeros papeles en la escena del mundo. Isabel despunta por su inteligencia: cuentan de ella salidas y réplicas verdaderamente prodigiosas. Ya conoce por sus nombres a todos los palaciegos y a muchos generales; distingue los cuerpos y las armas del ejército por los uniformes, y los grados y empleos de los oficiales por los galones y charreteras. La cronología de los reyes, desde los Católicos para acá, la sabe de corrido, y en etiqueta suele dar opiniones saladísimas, que revelan su agudeza y disposición. Es muy juguetona, demasiado, según dicen algunos, para reina. Pero esto es una tontería, porque los niños ¿qué han de hacer más que enredar? Nuestra *angélica Isabel,* a quien aclaman pueblo y ejército como la esperanza de la patria, se iría gustosa, si la dejaran, a jugar a la calle con las chiquillas pobres. Dios la bendiga. Si esa guerra tiene el término que deseamos y el don Carlos se queda como el gallo de Morón, veremos a Isabel en el Trono, digo, la verás tú, que yo no pienso vivir tanto.

»No sé por qué me figuro que la juguetona y despabilada Isabel ha de ser una gran reina, como la primera de su nombre. El toque está en que sepan rodearla, en sus primeros años de reinado, de personas buenas, de severo trato y rectitud, de conocimiento en los negocios de Estado, pues no siendo así, ¿qué ha de ha-

cer la pobre niña? Ni con las dotes más excelsas que Dios pone en la voluntad y en la inteligencia de sus criaturas, podría desenvolverse Isabelita en medio del desconcierto de un país que todavía anda buscando la mejor de las Constituciones posibles y que no parece dispuesto a dejarse gobernar con sosiego hasta que no la encuentre; de un país que todavía emplea como principal resorte político el entusiasmo, cosa muy buena para hacer revoluciones cuando éstas vienen a cuento, mas no para gobernar a los pueblos... En fin, no quiero que me llames fastidiosa, y suspendo aquí mis acerbos juicios acerca de un país que todavía ha de tardar siglos en curarse de sus hábitos sentimentales... Conque ya vés lo que le espera a la pobre niña, mayormente si la dejan sola y no cuidan de poner a su lado quien la guíe y aconseje. Quiera Dios que mis recelos sean infundados, y que Isabel reine sin tropiezos, y haga feliz, poderosa y rica a esta pobrecita nación. Yo no he de ver su reinado, y si es próspero y grande, eso me pierdo. Lo que en la Historia resulte de la preciosa niña, a quien he dado tantos besos esta noche, tú me lo contarás cuando nos veamos en el otro mundo.

»Bueno: pues sabrás que al salir del cuarto de las niñas me dieron la noticia de que cuatro compañías de la Guardia real provincial, alojadas en el Pajarón, se habían sublevado. Me lo dijo una dama en quien el ingenio corre parejas con la edad (uno y otra son grandes), y sin duda porque su conocimiento práctico de la historia del siglo la familiariza con los motines, no acompañó la noticia con demostraciones de sobresalto. Ya no era joven cuando el tumulto de Aranjuez, en marzo del año 8, que presenció y refiere con todos sus pelos y señales. ¡Conque figúrate si habiendo visto desde la barrera aquella función y todas las que han venido después, estará curada de espanto la pobre señora! «No se asuste usted —me dijo—. No será de cuidado: todo quedará reducido a que nos machaquen los oídos con el *himno,* y a que pidan quitar el Estatuto u otra majadería semejante. Yo, a ser la reina, no vacilaría en variar el nombre de la primera ley del Estado, pues esto ni da ni quita poder... Estos pobres liberales son unas criaturas que se pasan la vida mudando motes y letreros, sin reparar en que varían los nombres, y las cosas son siempre las mismas. Ahora les da por jugar a las constitucioncitas..., ¡qué inocentes!... Yo me río... En fin, veremos en qué para esto. No le arriendo la ganancia al amigo Istúriz.»

»Respondíle que no podía yo participar de su tranquilidad, y hallándome bastante desfallecida y con un poquito de susto en mi pobre espíritu, le rogue que mandase me dieran una taza de caldo. «Pediré otra para mí, y además dos copitas de jerez con sus bizcochos correspondientes, porque, amiga mía, no puedo avenirme a esta novísima costumbre de comer a las tres y cenar a las once de la noche..., costumbres napolitanas deben de ser éstas... Y además, como podría suceder que en noche de revolución no haya la debida puntualidad en la hora de la cena, bueno es que nos preparemos para los ayunos que nos depare Dios de aquí a mañana. Y si a usted le parece, mandaremos que nos sirvan algún fiambre o una perita en dulce...»

»A todas éstas, notamos entrada y salida de militares, vimos caras de sobresalto; mas ningún rumor desusado se oía por la parte del pueblo. Cuando mi amiga y yo estábamos en el comedor chico haciendo por la vida, nos dijo el mayordomo de semana, todo trémulo y asustadico, que se había cerrado la puerta de hierro que comunica con la población trayendo las llaves a Palacio; pero se temía que los sublevados de fuera violentarían la puerta de la verja con ayuda de los sublevados de dentro. «¡Los de dentro!—exclamó mi amiga—. ¿Según eso, los del Cuarto regimiento también...? Era natural. Ya lo tendrían bien amasado entre todos.» Añadió el informante que el jefe de Provinciales y parte de la oficialidad trataban de contener el movimiento con exhortaciones y buenos consejos; pero se dudaba que lo consiguiesen. Aún quedaba la esperanza de que los Guardias de Corps se mantuviesen fieles a la disciplina, y en este caso, andarían a tiros unos contra otros. A esto dijimos las dos señoras que no, no..., de ninguna manera..., nada de tiros ni matarse, no, no... que se avinieran todos, y a la buena de Dios; que si ello quedaba en un cambio de Gobierno, con himno a pasto, proclamas, *entusiasmo* y un gracioso cubileteo de Constituciones, nos dábamos por satisfechas... Sobre todo, lo

que hubiera de venir, viniera pronto, para poder cenar, aunque fuese un poquito tarde, y dormir tranquilamente.

»Al volver a la antecámara ya sentimos extraordinario ruido al exterior, y en Palacio turbación, perplejidad, azaramiento, miedo.»

II

«Por aquí, por aquí—nos dijeron, señalando las salas cuyos balcones dan a la plazuela llamada la Cacharrería, y allá nos fuimos mi amiga y yo, deseosas de ver y gozar las escenas que se preparaban, presumiendo, no sé por qué, que éstas no habían de ser tumultosas, ni menos sangrientas. Sonaron algunos tiros, ¡ay qué miedo!; advirtieron por allí que eran disparos al aire, más en son de fiesta que de hostilidad, y el murmullo de voces que subía de la plazoleta no parecía en verdad resuello de revolución, sino más bien algo del *¡ah, ah!* con que en los teatros imitan torpemente el bramido de las multitudes furiosas. La noche era muy clara. Desde los balcones, atisbando tras de los cristales, distinguíamos el hormigueo de bultos oscuros moviéndose sin cesar, brillo fugaz de objetos metálicos, bayonetas, cañones de fusil, chapas de morriones, charreteras. Se intentaba, sin duda, la formación ordenada, y no era fácil lograr tal intento. En los vivas, que a poco de llegar los sublevados a la plazuela empezaron a oírse, alternaba la reina con la Libertad, uno y otro grito proferidos con igual ardor, de lo que deducíamos que nuestras vidas, así como las de las reinas, no corrían peligro alguno. Revolución que aclama a las personas que encarnan la autoridad no viene con mal vino. «Puede que ahora—observó mi amiga—salgan esos infelices con que han armado toda esta tremolina para pedir aumento de paga, lo que me parece muy justo, porque ya sabrá usted que ya no les dan más que nueve cuartos, de los cuales ocho son para el rancho. Reconozcamos que el soldado español es la virtud misma, por *un cuarto diario* consagra a la patria su existencia, *por un cuarto* se somete a los rigores de la disciplina, *por un cuarto* nos custodia y nos defiende hasta dejarse matar. No creo que en ningún país exista abnegación más barata. Pero ya verá usted cómo estos desdichados vienen pidiendo algo que no les importa, algo que no ha de remediar su pobreza. Verá usted cómo se descuelgan reclamando más libertad..., libertad que no ha de hacerles a ellos más libres ni tampoco menos pobres. Alguno habrá quizá entre ellos que crea que la Constitución del doce les va a dar cuarto y medio.»

»Otra dama que se nos agregó, esposa de un general que ha hecho su brillante carrera hollando alfombras palatinas (no te digo su nombre: es feíta la pobre; tan poco agraciada, que todo el mundo cree que tiene talento..., y el mundo se equivoca), nos aseguró que el escándalo que presenciábamos era obra del masonismo; que los soldados de la Guardia no entendían de Constituciones, ni sabían si la libertad se comía con cuchara o con tenedor, y que se sublevaban porque las logias les habían repartido dinero. Cuatro días antes habían llegado de Madrid doce mil duros... Mi amiga la interrumpió para decirle que no creía en esos viajes de las talegas. Yo fuí de la misma opinión. Pero ella insistió, asegurando lo de los miles como si los hubiera contado. Lo sabía por la doncella de una camarista, que tenía un novio cabo de Provinciales. El domingo anterior habían salido de paseo, y él la convidó a merendar en la Boca del Asno y le mostró piezas columnarias de esas que tienen dos globos y el letrero que dice *Más allá...* Dijo a esto mi amiga, revistiendo su socarronería de exquisitas formas, que con tales señas no podía ponerse en duda la venalidad de los sargentos sediciosos, y yo me vi precisada a expresar la misma opinión, añadiendo que en ningún caso es conveniente que las logias tengan dinero. Las tres hubimos de maravillarnos de que, poseyendo el rey y la grandeza los mayores caudales de la nación, sean todas las revoluciones contrarias a la monarquía y a la aristocracia. Por fuerza tiene que haber gran cantidad de moneda oculta, repartida en muchos poquitos entre la masa enorme de gentes ordinarias, oscuras y aun descamisadas que hormiguean en ciudades y aldeas.

»Bruscamente apartaron nuestra atención de estas filosofías a lo mujeril el aumento de ruido en la plaza y en la entrada de Palacio, la estrepitosa sonori-

dad del himno de Riego, cantado por mil voces, y el movimiento que advertimos hacia la escalera principal. Pronto vimos que subían los jefes de las compañías sublevadas. San Román y el duque de Alagón salieron a recibirles. No olvidaré nunca el breve y picante diálogo entre los generales palatinos y los jefes que tan desairado papel representaban en aquella comedia. «¡Pero ustedes...!» «¡Mi general, nosotros...!», y no decían más. Escribían un poquito de historia con estas palabras premiosas, acompañadas de un excesivo encoger de hombros. Uno de ellos pudo al fin explicarse con más claras razones: «Nosotros no nos sublevamos...; los sargentos de todos los cuerpos son los que se sublevan... ¿Qué habíamos de hacer? Hemos tenido que seguirles para evitar el derramamiento de sangre.» Y Alagón repetía: «¡Pero ustedes...!» «Mi general—se aventuró a decir el comandante de Provinciales—, creemos que dejándonos llevar de esta corriente irresistible prestaremos un servicio a la reina... Sin nosotros, sabe Dios adónde llegaría el movimiento...»

»San Román, pálido, dando pataditas, estampa viva del azaramiento y la perplejidad, creyendo que era su deber incomodarse para decir las cosas más sencillas, desplegó toda su cólera en estas palabras: «Pues ahora van ustedes a manifestar a la reina..., eso, eso..., a explicarle las causas del escándalo..., y eso..., eso..., que ustedes se han dejado llevar, se han dejado traer, para evitar mayores males..., y eso..., el derramamiento de sangre.»

»Más sereno Alagón, como hombre de trastienda y con más conchas que un galápago, les invitó a pasar a la presencia de su majestad, con el fin de darle conocimiento de lo ocurrido y de reiterarle su firme lealtad y adhesión. Adentro fueron todos, y los de fuera seguían desgañitándose con el himno, cual si lo hubieran aprendido en viernes. Poco duró la conferencia de los jefes con la gobernadora. Al verles salir, acompañados de un conde y un duque, no pudimos menos de observar que si ridícula era la situación de la oficialidad dejándose mover de la indisciplina de los inferiores, más ridículamente desprestigiados resultaban los generales, cuyo papel quedaba reducido al de introductores de las embajadas que los sediciosos enviaban a la reina.

«Que suba un comisión, una comisión de las clases...—decía San Román—. Veremos qué piden... Que suban seis.» Opinó Alagón que era excesivo este número. Bastaba, según él, que subieran uno de Provinciales y otro de la Guardia..., todo lo más tres: un tercero por los granaderos de caballería... En esto reclamaron a mi amiga de parte de la reina. A mí se me llamó poco después, y entré con otras dos señoras en el comedor pequeño, donde estaba su majestad disponiéndose a cenar antes de recibir a la comisión de los amotinados. No podía disimular la ilustre señora su turbación, su miedo ante aquel problema que el pueblo le planteaba, y que tenía que resolver pronto y con entereza, sin que la ayudaran ministros ni próceres. Creo que desde las tremendas noches de septiembre del 32, en aquel mismo palacio, cuando se vió sola junto al rey moribundo y enfrente la intriga de los apostólicos, no se ha visto doña María Cristina en trance tan apretado como el de agosto del año que corre. Quería comer, y lo dejaba por hablar y hacer preguntas atropelladas; queriendo decir algo importante, interrumpía los conceptos para comer precipitadamente sin saber lo que comía. Probó de una sopa, picó de un asado, tomaba la cuchara cuando debía coger el tenedor... Y en su exquisita amabilidad y hábito de corte, para todos tuvo una palabra grata, equivocando personas y nombres: eso ni que decir tiene. Advertí su rostro un poco arrebatado; a cada instante se pasaba la mano por la frente..., ¡y qué frente aquélla más bonita!..., o miraba en derredor, fijándose, más que en las personas, en los huecos que éstas dejaban al moverse. ¿Qué buscaba? Sin duda lo que no tenía ni podía tener: un hombre, un rey.

»Vestía la reina de blanco con sencillez soberana. Ordinariamente, su majestad come muy bien. Aquella noche, un tanto tempestuosa para la Corona, la inapetencia, la nerviosa ansiedad del primer tripulante del bajel del Estado, revelaban que no era insensible al malestar del mareo. Verdad que los tumbos del barquito eran horrorosos: la caña del timón había venido a ser irrisoria, como la que le pusieron a Cristo en su

santa mano. Tan turbada estaba la señora, que nos preguntó muy sorprendida que por qué no cenábamos, sin reparar que no cenábamos porque no nos servían. La servían a ella sola. Pronto echó de ver su inadvertencia, lo que fué causa de endulzar con un poco de risa forzada los amargores de la situación. Algo dijo la reina, no lo entendí bien, de que luego cenaríamos chicos y grandes con formalidad, si la revolución nos dejaba llegar a medianoche con vida; y de aquí tomaron pie los presentes para bromear un poco, mientras seguía por dentro de cada uno la tumultuosa procesión. Ni aun en aquel caso se eclipsaba la sonrisa ideal de María Cristina; sonrisa que era como un astro, siempre luminoso en medio de tales tristezas. Los hoyuelos lindísimos de su cara, el repliegue de aquella boca, no tienen semejante, ni creo exista en humanos rostros un anzuelo tan bien cebado para pescar corazones. Cuantos españoles han visto a esta reina se sienten dominados por su atractiva belleza. Es, creo yo, entre todas las testas coronadas, la única que posee el secreto del estilo gracioso, con preferencia al grave, para la expresión de la majestad.

»Como anunciara el duque que los sublevados habían elegido ya su Comisión, y que ésta esperaba la venia de la soberana para presentarse a ella, se discutió en qué departamento del palacio se recibiría tan singular embajada. No por humillar a los sargentos, sino por alejarse lo más posible de las estancias donde se sentía el temeroso bullicio militar y el insufrible sonsonete del himno, dispuso la reina recibir a la Comisión en una de las salas del archivo, que están en la parte del Norte, lo más desamparado, triste y recogido de la casa. Te daré una idea de la estancia en que se efectuó el imponente careo entre pueblo y rey, que, según dicen, ha de cambiar la faz del país... (Puede que varíe la cara nacional; el alma poco variará...) Es el archivo una pieza larguísima, como de doce varas, con la mitad de anchura, rodeada toda de armarios de madera rotulados, que supongo estarán llenos de papeles del Patrimonio, los cuales tengo para mí que no servirán para nada. El cielo raso del techo se ha caído en algunas partes, mostrando la armadura y tillado; el suelo está cubierto por esteras de las más ordinarias. Los muebles son una mesa de nogal y otra de mármol, arrimada a un lado como un trasto que estorbaba en otra parte y lo han metido allí, donde también estorba. Elegida esta pieza para parlamentar la Corona y la Revolución, llevaron un sitial para la reina, dos grandes candelabros con bujías, y creo que nada más. Pusieron guardias de Alabarderos en todo el trayecto desde la escalera hasta el archivo; en la puerta de éste, dos guardias de Corps, y un número grande de ellos en la pieza inmediata. Preparado todo, se dijo a la plebe armada que podía pasar.

»Formaban la diputación de los sublevados dos sargentos. El soldado que entró con ellos creímos que venía representando la clase de tropa; después supimos que, movido de la curiosidad, la cual debía de ser en él tan grande como su frescura, se había colado, agregándose a los sargentos sin que nadie le dijera nada. Así andaban las cosas aquella noche. En la escalera les recibieron el duque de Alagón y el general San Román, que después de mandarles dejar las armas, les echaron la correspondiente exhortación a la prudencia, no como autoridades inflexibles, sino como compañeros, pues se había borrado toda jerarquía, aunque los signos de éstas permanecieran adornando las personas, sin más valor que el que podrían tener los botones y ojales de la ropa. Dijéronles que miraran bien lo que decían ante la augusta persona de la reina; que doblaran ante ella la rodilla y le besaran la mano respetuosamente, y que si su majestad, siempre bondadosa, les recomendaba que se retiraran a sus cuarteles, lo hicieran calladitos y sin ningún alboroto. A esto dijo uno de los sargentos con bastante firmeza: «Mi general, si no hemos de poder manifestar a la señora las causas de esta revolución y lo que pide España, excusado es que entremos.» A este golpetazo de lógica nada pudo contestar el jefe de la guarnición. El duque añadió: «Sí, sí, entrad... Su majestad quiere veros y que le digáis las razones de haber dado vosotros este paso, sin que nadie os lo mandara... Entraréis; ¡pero cuidado, cuidado!... No nos deis una noche de vergüenza, ni nos pongáis en el caso de...» Lo demás no se oía... Precedidos de los generales, acompañados, escoltados más bien, por los jefes de Provin-

ciales y de la Guardia, avanzaron de sala en sala los dos sargentos y el soldado intruso. El nombre de éste no lo supimos; los de los sargentos nos lo dijeron ellos mismos a la salida: el uno se llamaba Alejandro Gómez y tiene veintidós años; el otro, Juan Lucas, y dos años más de edad. Ya ves qué pronto y con qué poco trabajo han entrado en la Historia estos dos caballeros: ¡Alejandro Gómez, Juan Lucas! ¿Qué significa esto?, te pregunto yo. ¿Cómo se entra en la Historia? Y tú me responderás que en la Historia, como en todas partes donde hay puertas, gateras o ventanillos, se entra... entrando.»

III

«Cuando llegaron a lo que en aquel caso era sala de embajadores, los tres emisarios de la Revolución iban tan azarados y temerosos, que se habrían alegrado, creo yo, de que les mandaran volver a la plazuela. El lujo de Palacio, para ellos sorprendente, desconocido; las personas graves, de alta representación social, que a su paso veían; la idea de encontrarse pronto frente a la majestad representada en la hermosa reina, toda gentileza, elegancia, superioridad por dondequiera que se la mirase, les abrumaba, les hacía temblar como reos míseros. Te aseguro que el soldado tenía cara de tonto; pero que no lo era, bien lo probaba su audacia. Y no hubo entre los palaciegos que les recibían o entre los jefes que les acompañaban uno a quien se le ocurriera decir: «Pero tú, soldadillo, ¿qué tienes que hacer aquí? ¿Quién te ha llamado, quién te ha dado poderes para llegar en comisión nada menos que al pie del Trono?» Esto te probará cuán azarados andaban aquella noche los grandes y los medianos. La ola que subió tan súbitamente les privaba de todo sentido.

»De los sargentos, el Gómez era sin duda el más despabilado: arrogante muchacho de color moreno encendido, vivos los ojos. Lucas parecía menos listo. Miraba al suelo: su papel político le agobiaba como un remordimiento. Por fin, entraron en el archivo silenciosos. Y al ver a la reina, rodeada de tantas personas de categoría y de la alta servidumbre, quedáronse como encandilados, tan cohibidos los pobres, que sus jefes tuvieron que cogerles del brazo para hacerles avanzar a lo largo de la sala. Detrás y a los lados del sillón regio estaban el señor Barrio Ayuso, ministro de Gracia y Justicia, el marqués de Cerralbo, el alcalde de La Granja, señor Ayzaga, y varias damas. San Román y Alagón se situaron a derecha e izquierda de su majestad. Hincaron la rodilla los tres representantes de la Revolución y besaron la mano de la gobernadora, que desde aquel instante pareció recobrar su serenidad. Abriendo camino a las explicaciones, la reina les electrizó con la sonrisa primero y después con estas cariñosas palabras: «Hijos míos, ¿qué tenéis?, ¿qué queréis?, ¿qué os sucede?...» La contestación de ellos tardó un mediano rato, que a todos pareció larguísimo. Los sargentos se miraron uno a otro, como diciéndose: «Habla tú»; pero ninguno de los dos rompía. Tuvo la reina que repetir su pregunta, y al fin, el comandante de Provinciales mandó al Gómez con gesto imperioso que contestase. En voz muy baja, balbuciente, rectificándose a cada sílaba, dijo el sargento algo muy extraño, que no parecía tener congruencia con la pregunta. Interpretando las cortadas expresiones del joven militar como se interpreta una borrosa inscripción o como se lee una carta rota cuyos pedazos no están completos, resultaba, poco más o menos, el siguiente concepto: «Señora, lo que nosotros pedimos a vuestra majestad es que conceda a la nación *aquello...*, *aquello* por que nos hemos batido en el Norte durante tres años, *aquello* por que han perecido la mayor parte de nuestros compañeros.»

»La reina interpretó al instante en el sentido más conforme con sus ideas las inciertas demostraciones del militar, que, en su rudeza, quería ser delicado, evitando la palabra poco grata a los reyes, y el pobrecillo no tenía bastante dominio del lenguaje para poder emplear eufemismos hipócritas. Pues bien: la señora reina se aprovechó de la turbación del soldado para sostener que *aquello* era ni más ni menos que los legítimos derechos de su hija la reina de las Españas, doña Isabel II.

»Vimos entonces en el rostro del sargento la rápida iluminación que da el hallazgo del concepto apropiado a las ideas que se quieren expresar. «Sí, seño-

ra—dijo—: nos hemos batido por los legítimos derechos de nuestra reina; pero también creíamos que peleábamos por la Libertad.» Viendo la gobernadora que no le valía la evasiva, extremó su bondad para decir: «Sí, hijos míos; por la Libertad, por la Libertad.» Animándose Gómez por su primer éxito, se atrevió a responder: «De la Libertad se habla mucho; pero no veo yo que la tengamos.» Expresó entonces la reina una idea de las que más han usado y manoseado los *estatuístas:* Libertad es que tengan fuerza las leyes; que se respete y obedezca a las autoridades constituídas. Al oír esto, despabilóse súbitamente el sargento, y en tono decidido, dueño ya de su palabra y de su asunto, salió con esta retahila que habría sido fácil ajustar a la música del himno famoso: «Entonces, señora, no será Libertad el oponerse a la voluntad de todas las provincias para que se *ponga* la Constitución; no será Libertad el desarme de la Milicia nacional en todos los puntos donde está pronunciada; ni la persecución de liberales, como está sucediendo hoy mismo en Madrid; ni será tampoco Libertad el que vayan al Norte comisionados a proponer arreglos y tratos con los facciosos para concluir la guerra.»

»Iba tomando un carácter poco grato la conferencia, que casi picaba en disputa, y la reina, un tanto nerviosa, la exacerbó asegurando que lo dicho por Gómez no tenía nada que ver con la dichosa Libertad, y que por su parte desconocía las persecuciones de liberales y los pronunciamientos de la Milicia nacional. Ya notaban todos que el sargentito no se mordía la lengua. San Román estaba de veinticinco colores, y Alagón de uno solo: su palidez era intensa, su silencio absoluto. Gómez no perdía ripio: allí fué contando por los dedos las capitales pronunciadas, particularizando a Zaragoza, y, por último, se dejó decir que si su majestad no sabía lo que pasaba en el reino era porque le ocultaban la verdad. ¡Amigo, ésta fué la gorda! Sonó un murmullo en toda la sala. La reina dejó de sonreír; el ilustre concurso estimaba irreverente y absurda la conferencia, que únicamente el miedo podía consentir. Y ¿quién era el guapo que la suspendía? ¿Quién mandaba a los sargentos retirarse con las compañías al cuartel? No había más remedio que hacer de tripas corazón. Los sublevados tenían la fuerza: cuanto miraban delante de ellos no era más que u n a debilidad ostentosa. Creciéndose más a cada instante, el sargento de veintidós años declaró respetuosamente, en nombre de sus compañeros, y juzgándose intérprete de miles y aun de millones de españoles, que para devolver la tranquilidad a España y evitar el derramamiento de sangre, *se hacía indispensable* que su majestad *mandase publicar* el Código constitucional del 12, pues no era otro el motivo de la insurrección.

»Tragando un poquito de saliva, quiso probar la gobernadora los efectos de su graciosa sonrisa para reducir y aniquilar a su contrario, el cual, si nada representaba por sí, por la masa humana que tenía detrás adquiría proporciones gigantescas. «¿Pero tú conoces la Constitución del doce? ¿La has leído?», le dijo; y él contestó impávido que en ella h a b í a aprendido a leer. Produjose en todos los presentes un movimiento de sorpresa, de hilaridad, y la reina mandó traer el libro de la Constitución. No fué preciso salir de la estancia, pues ya lo tenían allí preparado. El señor Barrio Ayuso, ministro de Gracia y Justicia, era de los que creían que aquella grave situación se dominaba con triquiñuelas, y entre él y la reina habían armado una: la oportunidad de ponerla en práctica no tardó en llegar. Abrió María Cristina el venerable librote, y leyó el artículo 12 que previene han de ser tres o cinco los regentes. «¡Según eso—exclamó su majestad—, sois vosotros los que queréis traer a don Carlos al Trono! *(Asombro e indignación de los sublevados.)* Sí, vosotros, pues por esta Constitución no puedo yo ser la regente del reino ni tutora de mis hijas, y eso por vosotros, que tantas pruebas me habéis dado de adhesión.»

»El efecto de este argumento fué desastroso en los inocentes revolucionarios, y las caras de triunfo que ponían los palaciegos al oír a su señora acabaron de desconcertarles. Miráronse por segunda vez uno y otro sargento, como diciéndose: «Ahora sí que estamos lucidos», y el señor Barrio Ayuso, reventando de vanagloria por el éxito de su pasmosa zancadilla, reforzó las palabras de la soberana con otras hinchadas y oscuras de jurisprudencia constituyente, con las cuales creía llevar a su último extre-

mo la confusión y apabullo de los sublevados. El alcalde, señor Ayzaga, que en el curso de la conferencia había demostrado su parcialidad apoyando con mímica expresiva cuanto decía una de las partes y poniendo morros de burla y menosprecio siempre que hablaba Gómez, se creció en el triunfo de la reina y quiso acabar de hundir a la desdichada comisión, interrogando al pobrecito soldado que en ella desempeñaba un papel mudo, pues aún no se le había oído el metal de voz... «Y tú, vamos a ver —le preguntó, entre las risas de los circunstantes—, ¿qué razones tienes para querer la Constitución del doce?» Como el soldado, estupefacto y hecho un poste, no contestara, repitió el otro la carga. «Te pregunto, fíjate bien, que por qué te gusta a ti la Constitución.» El soldado miró al techo, como los chicos que no saben la lección, y respondió al fin con no poco trabajo: «La quiero, la queremos..., porque es mejor.»

»Ya iba picando en sainete la histórica escena; la inocencia del soldadillo había puesto fin a toda seriedad, y de ello se aprovechó el alcalde para estrecharle y confundir más a sus compañeros de armas. «Pero, hombre, explícate mejor; di a su majestad en qué te fundas para creer que esa Constitución que ahora defiendes es mejor que otra cualquiera.» Tanto le apremiaban, que el pobre chico se arrancó con sus razones: «Pues yo no sé... Lo que sé es que el año veinte, en mi pueblo, que es La Coruña, para servirles, estaba libre la sal *(Risas.)* y libre el tabaco.»

»Y con estas candideces se regocijaban más los primates allí congregados, sin acordarse de que a pocos pasos de la estancia real, donde tales simplezas oían, se apiñaba inquieta y displicente una muchedumbre armada que pedía la Constitución del 12, sin que ninguno de los sediciosos supiera justificar su deseo con razones de más sustancia que aquella expresada por el soldado: *que era mejor.*

»Explícame esto, tú que sabes tanto. ¿Cómo se forma el sentimiento popular, casi siempre irresistible? ¿Quién enseña a las multitudes a querer ardientemente una cosa sin saber decir por qué la quieren? ¿Cómo es que la sinrazón popular, cuando es persistente y honda, tiene siempre razón? Explícame tú, que sabes de estas cosas... Pero, no; ahora no me expliques nada, porque no tendría yo cabeza para enterarme de tu sabiduría, como no la tengo, ni ojos, ni tampoco manos, para seguir escribiendo. El sueño me rinde. No puedo más. Me permitirás que termine aquí esta carta y no me reñirás por suspenderla en lo más interesante. Mañana seguiré, tontín; mejor dicho, empezaré otra, pues ésta quiero que salga en el correo que parte del Real Sitio al amanecer. Mas no la terminaré sin decirte que en la presente confirmo y ratifico cuanto en otras te manifesté respecto a mi tolerancia y deseos de transacción. No sólo no pongo ya el veto a tu frenesí amoroso, sino que para evitar mayores males te incito a que vayas en seguimiento de tu Aura. Sí, niño, sí: ¿tú la quieres? Pues sea. Como reventarías si no la encontraras y la hicieras tuya, tómala, te lo permito. Quiero que despejes esa incógnita de tu destino. Si he de decirte la verdad, ya me va interesando también a mí esa pobre joven, tan traída y llevada por parientes y tutores, oprimida y explotada por gentes mercenarias. Es muy triste no tener padres, ¿verdad? Mira tú, por esto sólo, por ser huérfana tu novia, he principiado yo a encariñarme con ella. Y es de poco tiempo acá la transformación de mis sentimientos con respecto a tu Aura. Debo esta mudanza a la señora de que te hablé..., ¿ya no te acuerdas?, la que te ha visto y no te ha visto, la que te conoce y no te conoce, la que... Vamos, niño, tengo mucho sueño. Hasta mañana.»

IV

«¿En qué habíamos quedado?—decía la dama invisible en su carta del 15 de agosto—. ¡Ah!, ya recuerdo. Quedaron cual atontados palominos los tres individuos que representaban a la Revolución. El Gómez, no obstante, se rehizo y sacó de su cacumen un argumento que revelaba mayor agudeza de la que esperaban reina y cortesanos. Asimilándose con rápido instinto las marrullerías del ministro allí presente, propuso que se mandase publicar la Constitución con la cláusula de que quedase en vigor toda ella menos el artículo referente a la Regencia. A esto replicaron que no era po-

sible extender el decreto sin que se reuniera el Ministerio para refrendarlo. Ante obstáculo tan insuperable, la única solución era que los sublevados se fueran calladitos al cuartel, con el mayor orden, satisfechos con la promesa que les hacía la señora de presentar en la próxima reunión de Cortes un proyecto de Constitución que había de ser muy buena, mejor todavía que la de Cádiz.

»Conformes en ello los tres militares, dudaban que sus compañeros se aplacaran con tal expediente y no querían volver a la plazuela, temerosos de ser mal recibidos. Entablóse una discusión larguísima y fastidiosa entre el ministro, el alcalde, Alagón y San Román, de una parte, y de otra, el sargento Gómez, pues Lucas no hacía más que asentir con cabezadas a cuanto el otro decía, y el soldadillo había renunciado cuerdamente al uso de la palabra... Por último, los señores primates, maestros en pastelería sublime, que era su única ciencia, discurrieron amansar la fiera con una real orden en que la gobernadora manifestaba al general San Román su voluntad de adoptar nueva Constitución con el concurso de las Cortes. Allí mismo la redactaron, y a los sargentos, crédulos y respetuosos, no les pareció mal. Así lo manifestó Gómez, añadiendo la duda de que con tal emoliente se diesen por satisfechos los sublevados. Pronto lo sabría, pues con la venia de su majestad bajaban a manifestar a sus compañeros el resultado de la *junta,* en la que se habían empleado tres horas; ya era más de la una cuando salieron a la Cacharrería, d o n d e impacientes aguardaban pueblo y tropa, roncos ya de cantar el himno. Al punto, según oí contar, fueron rodeados de sargentos y oficiales, que ansiosos les preguntaban si traían ya el decretito firmado por *el ama.* La noticia de que no traían más que una real orden dilatoria les sacó de quicio. San Román mandó dar un toque de atención, y obtenido el silencio preparóse a leer el *papel mojado,* empleando antes como vendaje el recurso de los vivas. ¡Viva la reina! ¡Viva la Guarnición de la Granja! ¡Vivan los vencedores de Mendigorría! Las contestaciones fueron calurosas, y el general creyó dominar la situación. Arrancóse a leer, y no bien hubo llegado a la mitad del documento, oyó un murmullo y luego el grito de: «¡Fuera! ¡Fuera!» En fin, que el hombre no tuvo más remedio que guardarse su papelito; y como sonaron disparos al aire, dió media vuelta y se metió en Palacio.

»Todo lo que fuera ocurría repercutió bien pronto en las apartadas estancias donde aguardaba María Cristina, desesperanzada ya de q u e el conflicto se arreglase fácilmente con arbitrios engañosos y evasivas oficinescas. Sin ejército ni Gobierno que apoyaran su dignidad y sus prerrogativas, no tuvo más remedio que darse por vencida, y contestando con desdeñoso gesto a los palaciegos que aún veían términos de acomodo, ordenó que volviese a subir la comisión de sublevados. Sin duda pensaba que los primates que en tal trance la habían puesto con su abandono y desgobierno merecían la bofetada que el pueblo les daba con la blanca y blanda mano de su hermosa reina. Adelante, pues, con el pueblo, que era, en suma, el burro de las cargas, el sostén de cuanto allí existía, el defensor de los derechos dinásticos el único guerrero que guerreaba, el único político que dirigía, con rudeza y desatino, eso sí, pero con fuerza. «¡Viva la fuerza, sea la que fuere!», debió decir para sus adentros la graciosa dama, que plebe y Trono no habían de reñir por una Constitución de más o de menos.

»Aquí lo tienes ya bien explicado todo. Subieron los sargentos, cerca ya de las dos de la madrugada, y manifestado por ellos que la guarnición no se satisfacía con la real orden, se pensó en extender el decreto. El alcalde, señor Ayzaga, que no cabía en sí de mal humor y despecho, fué encargado por la reina de redactarlo. Nada de esto presencié yo; me lo contó mi amiga en la antecámara, donde nos habíamos refugiado, rendidas de fatiga y de hambre, todas las personas que ya no tenían alientos para presenciar la fastidiosa escena histórica. Considerábamos q u e la página era interesante; pero ya nos aburría y deseábamos volver la hoja.

»Allí nos dió un poco de parola don Fernando Muñoz, que se mostró indignado, primero contra la Guardia, después contra el Gobierno, por no haber previsto suceso tan escandaloso. Ya él se había quejado de que la guarnición del Real Sitio era escasa y hecho ver al

ministro que estaba maleada por las logias; a esto nos permitimos oponer una observación que me parece irrebatible. Si hubieran mandado más tropas al Real Sitio, la Revolución se habría hecho quizá con mayor escándalo y transgresión más violenta de la disciplina. Después de todo, no habían pasado las cosas tan mal. «¡Ay mi señor don Fernando—le dijo mi amiga, demostrando su profundo conocimiento de España y de los españoles—, dé usted gracias a Dios por haber tenido aquí tan sólo a la Guardia real, que con otros cuerpos, más tocados del maleficio revolucionario, no sabemos lo que habría ocurrido! Lo que habría de acontecer, acontece con el menor daño posible. Y si no, vea usted cómo está Madrid, enteramente entregado a la anarquía. Barricadas, tumultos, muertes, atropellos. Pues aquí, donde parece que se desenlaza el drama, todo queda reducido a una revolución *di camera,* ni más ni menos. Con una escenita de ópera cómica hemos transformado la política, nos hemos divertido un poco con las gansadas del soldado intruso y hemos visto que la Monarquía no ha perdido el respeto del ejército. ¡Ay de nosotros el día en que ese respeto falte!» No se dió a partido tu tocayo con estas razones y agregó que la revolución *di camera* no podía formar Estado, como hecha por sorpresa, violentando el ánimo de la señora; que nada adelantarían los sublevados del Real Sitio si en Madrid se mantenía el Gobierno *en sus trece.* Ordenes se habían dado ya para que resistiera Quesada a todo trance el empuje de las turbas, ya fueran de milicianos, ya de plebe turbulenta, y Quesada era hombre con quien no se jugaba. Ya le conocían los patriotas; de él se esperaba el triunfo de la legalidad, de los buenos principios de gobierno. Si el pueblo quería nueva Constitución, manifestáralo por las vías derechas, por sus representantes naturales. Tanto mi amiga como yo creíamos oportuno expresar nuestra conformidad con estas rutinas, puesto que de rutinas vivimos todos, cada cual en su esfera, y los reyes más que nadie.

»Las tres eran ya cuando firmó doña María Cristina el decreto mandando promulgar el *divino Código,* y se retiró a sus habitaciones, dándonos las buenas noches con amable sonrisa. Llegó la hora de que celebráramos la feliz terminación del conflicto, comiendo alguna cosa, y así lo hicimos. Mi amiga me ofreció aposentarme, pues no era prudente que saliéramos tan a deshora los que vivíamos fuera de Palacio. A las cuatro todo estaba en silencio y la tropa se había retirado a sus cuarteles. Contáronnos al siguiente día que al bajar de nuevo San Román con el decreto, los sublevados prorrumpieron en vivas y mueras, estos últimos dirigidos especialmente contra la camarilla, sin mencionar a nadie. Algunos dudaban que fuese auténtica la firma de la gobernadora; pero les tranquilizó sobre este punto un tal Higinio Gracia, escribiente de San Román, el cual *dió fe* de que no había engañifa en la firma y rúbrica de su majestad. Agregóse Higinio a los sublevados. Resultó que también era sargento, y desde aquella ocasión ha continuado funcionando como uno de tantos cabezas de motín. Me dicen que fué con veinte soldados y un oficial a Segovia *para hacer allí el pronunciamiento.* Todos estos trámites son fastidiosos, ¿verdad? Las Juntas, la proclamación, los actos de entusiasmo con lápida de mal pintado lienzo; la continua y mareante cancamurria del himno, quizá con algunas estrofas y estribillos nuevos, debidos al numen de cualquier patriota versificador; los abrazos en medio de la calle; las congratulaciones de los ilusos que creen entramos en una era de felicidad, todo esto aburre, y si pudiéramos escondernos en el último rincón de España para no verlo ni oírlo, ¡qué bien estaríamos!

»Consecuencia de aquella mala noche en Palacio, viendo cómo se escribe, mejor dicho, cómo se hace la Historia, fué un dolor de cabeza que ayer y hoy me ha retenido en casa sin poder dar mi paseo de costumbre. Desde mi balcón vi anteayer la jura en la plaza, con asistencia de toda la guarnición de gran gala y mucho paisanaje, prodigando unos y otros, pueblo y tropa, las demostraciones de júbilo. Creo que la política no se hace con sentimientos, sino con virtudes, y como no tenemos éstas, poco adelantamos. El acto de la jura fué muy vistoso, con profusión de damasco rojo y amarillo en el adorno del tablado que se armó frente al Ayuntamiento. En esto llevamos ventaja a Madrid donde no

se ven más que percales indecentes para festejar los grandes sucesos. Tocó la música el himno, *por variar,* y los vivas atronaron el espacio cuando se descubrió la lápida, en cuya pintura puso sus cinco sentidos un tal Monje, encargado en el teatro de aviar las luces y de embadurnar los telones. Esmeróse el hombre en la artística obra, poniéndole unos veteados que imitan mármoles con gran propiedad; en la línea inferior hay un león amarillo muy incomodado, con una garra en la bandera española, otra en una rama de laurel y la feroz vista clavada en el libro de la Constitución, como si lo estuviera leyendo y enterándose bien de lo que dice para contárselo a la leona. En medio campean las letras: «¡Viva Isabel II y la Constitución!» ¡Con qué gana daban los vivas y con qué ardor eran contestados por la multitud! Gritaban hasta los chiquillos, y las nodrizas, y las criadas de servir. ¿Qué pensarán de todo esto? Allí queda la lápida, que ya hoy empieza a tener buches y se ven hincharse y deprimirse con el viento los mármoles que en ella figuró el artista. Pronto las lluvias otoñales la pondrán hecha una sopa y el león se convertirá en perro de aguas, y el libro de la Constitución quedará totalmente inservible. Durante el invierno colgarán jirones descoloridos, y quizá encuentren abrigo los pobres pájaros bajo el lienzo roto y allí fabricarán sus industriosos nidos, para que no pueda decirse que todo aquel aparato es enteramente inútil.

»Tu amigo Hillo fué ayer a Madrid, por acuerdo mío, con objeto de agenciar algo que a ti se refiere. No te digo lo que es, ni hay para qué decirlo por ahora. Desde allá te escribirá tu Mentor, que no desea otra cosa que servirte y hacerte grata la vida. Por su gusto iría contigo, pero yo no le dejo por ahora. Tu carta última me informa de que estás bien de la herida y de que ésta no inspiró nunca ningún cuidado; dices que te asisten los mismos ángeles... Necesito más pormenores. Cuéntale a don Pedro lo que él y yo ignoramos, pues no ha de faltarte tiempo para escribir, a no ser que con tantos mimos y con ese sibaritismo en que vives se te haya embotado la voluntad.

»Quedamos en que te traes a tu Aura. Falte sólo que te la den. Como eres tan poco comunicativo, no sé si te agradaría que alguien hablase de este asunto al señor Mendizábal. Explícate, hombre, habla: pide por esa boca. ¿También te enfadas porque cambio ahora los papeles, trocándome de tirana en sierva? ¡Si ahora eres tú el tiranuelo!

»Ya principian a decir que Córdoba no vuelve al Norte. Cualquiera que sea su sucesor, llámese Oraa, Rodil o Espartero, tendrás una eficaz recomendación para que te den todo el auxilio que necesites en tus románticas empresas. No te maravilles de esto: vivimos en el país de las recomendaciones y del favor personal. La amistad es aquí la suprema razón de la existencia, así en lo grande como en lo pequeño, así en lo individual como en lo colectivo... Y este descubrimiento, ¿no vale nada? Es verdad, ¿sí o no? ¿Qué tienes que decir?»

V

Conforme leía, Calpena daba cuenta a los visitantes de la casa de Castro de lo sustancial de estas cartas, o sea de aquella parte que era o había de ser histórica. Reuníanse allí por la noche media docena de personas de lo más granadito del pueblo, y charlaban de política, inclinándose los más a los temperamentos medios o incoloros. El general lamento era que España tenía todo lo bueno que Dios crió, menos gobernantes que supieran su obligación, resultando que con unos y otros siempre estábamos lo mismo. Alguno de los tertulianos respiraba por el régimen absoluto, pero en la forma antigua, patriarcal, no con las ferocidades que se traían los adeptos de don Carlos, y dos tan sólo, menos aún, uno y medio casi, eran resueltamente liberales, también con mesura y templanza, renegando del faroleo continuo de la Milicia nacional y de los desafueros de las logias. Excusado es decir que todos los concurrentes a la plácida reunión poseían bienes raíces y aun adquirirían muchos más cuando pasara el escrúpulo de comprar las fincas de los conventos. Aburríase Fernando en la tal tertulia de medias tintas, de una opacidad tristísima en las ideas, y si no estuvieran allí Demetria y Gracia le sería intolerable la sociedad de aquellos señores tan bien entonados. Más grato

que la tertulia había venido a ser para él rezar el rosario con las niñas, doña María Tirgo, don José y la servidumbre. Rezando, su mente vagaba por ideales esferas, donde veía resplandores místicos o profanos, a veces filosóficos, y hermosas imágenes, todo más bello que las opiniones grises y deslucidas de los notables de La Guardia.

Pasada la Virgen de Agosto (fecha de la fiesta y feria del pueblo, que aquel año, por motivo de la guerra, fué de muy escaso lucimiento), pudo Calpena salir a la calle, cojeando un poco. Don José María le acompañaba casi siempre y le mostraba lo notable de la villa, dándole frecuentes descansos, ora en la botica de Montenegro, ora en la tienda de Sacristán, para concluir en la iglesia, en la cual le fué enseñando todo lo que en ella había: altares, cuadros, sepulcros, ropas y vasos sagrados. Tan minuciosa prolijidad empleaba en la descripción y en la historia de cada objeto, que fueron precisas cinco largas tardes para que don Fernando se enterase de todo. Ni en la catedral de Toledo ni en San Pedro de Roma tardará más un cicerone de conciencia en mostrar antiguas riquezas. Y eso que las obras de arte de la parroquia de La Guardia no eran cosa del otro jueves. La última tarde, cuando Calpena no ignoraba ningún detalle cronológico ni artístico y conocía los santos de todos los altares como a personas de su intimidad, le metió don José en la sacristía, y obsequiándole con vino blanco y bizcochos se dispuso a comunicarle cosas de la mayor importancia.

—Aquí solitos, señor don Fernando—le dijo, sentados ambos en viejísimos sillones de cuero—, quiero poner en su conocimiento un delicado asunto referente a la casa de Castro, y no sólo me mueve a ello el deseo, casi estoy por decir la obligación, de enterarle de tal asunto, sino mi propósito..., yo soy así..., mi propósito de consultarle acerca del mismo.

—¿De qué se trata, señor don José María?—dijo Calpena, comenzando a asustarse por el tonillo misterioso que tomaba el clérigo—. ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada de particular, señor mío—replicó Navarridas, aproximando más su sillón—; el caso es sencillísimo, aunque nuevo en esta juvenil generación de la familia de Castro. Tratamos de casar a Demetria.

—¡Ah!..., no creía, no sabía..., no sospechaba—dijo balbuciente el joven, mirando a un lienzo antiquísimo, colgado en la pared frontera, y en el cual, entre las negruras del óleo secular, se distinguía la cara de un santo de sexo indefinido—. Es muy natural..., sí, señor..., casar a Demetria.

—Ya ve usted. Mi hermana y yo venimos poniendo en ello de un mes acá nuestros cinco sentidos, que son diez sentidos... La chica anda ya en los veintiún años. Es, como usted sabe, una rica mayorazga, la más rica de este término. Conviene, pues, buscarle marido; pues aunque ella no necesita de ayuda de varón para el gobierno de su hacienda, no es bien que la poseedora de estos estados permanezca soltera. Para la felicidad de ella, para su equilibrio, vamos al decir, así como para lustre de su nombre y de su casa, conviene que la niña tenga esposo. ¿No piensa usted lo mismo?

—Exactamente lo mismo—respondió el joven, que volvió a mirar al santo; y ya en aquel punto, o porque entrase más luz, o porque sus ojos se habituasen a la penumbra, ello es que le pareció mujer, es decir, santa y bonita.

—Celebro que sea usted de mi parecer. Pues un mes llevamos María y yo en este negocio, y creo que nos aproximamos a un resultado felicísimo, pues el punto delicado de la elección de esposo está casi resuelto.

—¿Y quién es..., se p u e d e saber..., quién es el venturoso mortal a quien se cree digno de poseer tal joya?

—Tiene usted razón: joya es de gran precio la niña, y mucho tiene que valer el que se la lleve... Ahí estaba la dificultad: elegir un hombre que si no igualase en prendas a Demetria, se le aproximara; vamos, que fuera de lo más selecto entre los jóvenes del día. Pues sí, señor: hemos encontrado ese *rara avis*.

—¿Puedo saber quién es? ¿Acaso le conozco?

—Espérese usted un poco. Como me consta el interés vivísimo con que usted mira cuanto a mis sobrinas se refiere; como no puedo olvidar que ha sido usted el espíritu valiente que las redimió de aquel endiablado cautiverio de Oñate; como sé todo esto...

—Acabe usted, por Dios.

—Cómo sé todo esto, y me consta la gratitud que las niñas le tienen y lo mu-

cho que estiman su caballerosidad, su hidalguía, su..., en fin, que usted debe saberlo antes que nadie. Pero el asunto es reservado; queda entre los dos... Pues decía..., ya..., a ello voy, decía que después de mucho discurrir mi hermana y yo, y de pasar revista a los linajes y circunstancias de todas las casas ilustres de veinte leguas a la redonda..., mi hermana..., para que usted lo sepa..., es muy fuerte en linajes y en historias de familias...; decía que al fin nos fijamos en la noble casa de Idiáquez. ¿La conoce usted?

—No, señor..., ese apellido me suena...; pero no..., no conozco.

—Los Idiáquez son una rama de la antiquísima casa de Lazcano, que viene a enlazarse por sucesivos entroncamientos con los Palafox y con los Guerras de Aragón, de la estirpe del Rey Católico; con los Borjas y Pignatellis, con los...

—Pero en puridad, señor don José María, ¿quién es el novio?

—El novio, señor mío, es y no puede ser otro que don Rodrigo de Urdaneta Idiáquez, conde de Saviñán y de Villarroya de la Sierra, el cual tiene su casa señorial en la renombrada villa de Cintruénigo; hijo de don Fadrique, o don Federico, lo mismo da, de Urdaneta, ya difunto, y de doña Juana Teresa de Idiáquez y demás hierbas, pues si fuera a designar todos los apellidos no acabaría en media semana.

—Bien; me parece muy bien — dijo Calpena, volviendo a mirar la pintura, que ya no le pareció santa, sino santo, y bastante feo. Fijándose más, vió que a los pies tenía una corona, como si la despreciara, y en la mano una calavera, que antes le había parecido un queso con ojos.

—Como usted comprende—añadió con gravedad don José María—, teniendo en cuenta todas las partes del individuo, no hemos reparado principalmente en su alcurnia, que es altísima, ni en su lucida riqueza, sino en sus virtudes, las cuales son tantas, al decir de la fama, que no hay lenguas que puedan elogiarle como se merece. Su edad es de veintiséis años, su presencia gallardísima, su rostro hermoso, espejo de un alma noble, sus acciones señoriles, su lenguaje comedido y muy galán... En fin, que parece haber venido al mundo adrede para emparejar con esta sin par niña, cuyos méritos conoce usted. Hace días que María y yo, por medio de una discretísima correspondencia, venimos tratando de este matrimonio, que esperamos bendecirá Dios, concediéndole numerosa prole.

—Según esto—dijo Fernando, sin ocultar su asombro—, ¿no conocen ustedes al candidato?

—Le conocemos y no le conocemos. El año veintiuno o veintidós, con ocasión del destierro de don Beltrán de Urdaneta... ¿No ha oído usted nombrar a don Beltrán de Urdaneta?

—¡Yo qué he de oír nombrar a ese señor!

—Pues es en estas tierras más conocido que la ruda. Decía que con motivo de su destierro por trapisondas políticas, residió aquí la familia como unos ocho meses. Rodriguito era entonces un chiquillo precioso: diez u once años todo lo más. Demetria tenía seis, si mal no recuerdo. Las dos familias intimaron: el niño y la niña no se separaban en todo el día, fraternizando en sus juegos infantiles. Recuerdo que en aquella Navidad les hice un nacimiento en la misma habitación donde usted mora. Lo que yo gozaba con ellos no es fácil imaginarlo. Desde entonces me dió el corazón que aquellos dos seres tan graciosos y angelicales habían de juntarse, con el tiempo, en santa coyunda. Don Beltrán, abuelo de Rodrigo, y don Fadrique, su p a d r e, salían con Alonso a cacerías interminables. Verdad que desde entonces no hemos vuelto a verles; pero mi hermana, que entabló cordial amistad con doña Juana Teresa de Idiáquez, ha seguido sosteniendo con ella correspondencia tirada; mi cuñado Anselmo de Tirgo tuvo en arrendamiento, por no sé cuantos años, la propiedad de los Urdanetas que llaman Mojón de los Tres Reyes, y fué de los que ayudaron a desempeñar la casa, que vino muy a menos por las imprevisiones y larguezas desmedidas del don Beltrán.

—Y Demetria, ¿tampoco ha vuelto a ver al don Rodrigo desde que jugaban juntos y usted les hacía los Belenes?

—No han vuelto a verse, no, señor.

—Y ¿se ha enterado de que quieren ustedes casarla?

—Se lo hemos dicho, naturalmente; y como es tan discreta y sesuda, nos ha contestado que agradecía mucho el interés que tomábamos por ella; que, en efecto, tiene noticia de las virtudes y mé-

ritos del señor don Rodrigo, y que accederá a ser su esposa, si, después de tratarle en esta edad del discernimiento, le encuentra digno de concederle, con su mano, su corazón.

—Muy bien contestado, señor don José. En todo revela su entendimiento superior.

—Los informes que tenemos del ilustre joven, fidedignos, tomados en fuentes diversas, convienen en que es un dechado de grandes y nobles cualidades; perfecto caballero, que cuida de conservar intacta la dignidad de sus mayores; de tan intachable conducta en lo moral, que nadie podría echarle en cara ni aun aquellas transgresiones leves que tan disculpables son en la juventud; grave en su trato, en su lenguaje comedido, llano con los humildes, digno entre los poderosos sus iguales, formal en sus tratos, esclavo de su palabra, señor en sus actos todos; enemigo de juegos y pasatiempos que no conducen más que al pecado; desconocedor de todos los vicios, amante de todas las virtudes...

—Diga usted de una vez que es santo y acabará más pronto.

—Pues nos han contado de él rasgos que casi elevan su virtud a la categoría de santidad, sí, señor. Para poder restaurar la hacienda de Idiáquez, que, como antes he dicho, quedó maltrecha con los despilfarros de don Beltrán y del don Fadrique, nuestro Rodrigo se consagró en cuerpo y alma a la práctica del orden, de la regularidad y administrativa, imponiéndose a la edad de veintiún años una economía implacable, que no sólo significaba la privación de todos los goces de la juventud, sino que le imponía una estrechez de vida más propia de padres del yermo que de caballeros de este siglo. ¡Mire usted que es virtud!

—O necesidad..., según como estuvieran las cosas.

—Virtud, digo, porque no era para tanto, señor mío. Verdad que en esto le ayudaba su madre, doña Juana Teresa. Esta sí que es una santa. Ella fué quien le enseñó la economía prodigiosa, gracias a la cual han sacado adelante los intereses, conservando casi todos los bienes raíces. Otro rasgo de virtud es que jamás se le ha oído a don Rodrigo una palabra malsonante, pues hasta para reñir a un criado que falta a su obligación emplea formas corteses. Sus pensamientos son siempre limpios; su vida, de una pureza ejemplar. Actos de religiosidad y cristianismo se cuentan de él a millares, señalándose principalmente por el rigor piadoso con que ayuna toda la Cuaresma, sin hacer gala de ello, y por su devoción a la Virgen... En el gobierno de su hacienda, lleva las cuentas de frutos y gastos con una prolijidad minuciosa, de modo que no se le escapa un maravedí, y en la casa, con tal sistema, todo marcha a maravilla... Conque vea usted por qué caminos de Dios vienen a unirse los que atesoran las mismas cualidades. ¿Qué ha de resultar de esto, señor don Fernando, más que la misma perfección, y por ende la felicidad suprema?

—Pues si me permite usted una observación, señor don José María, y me promete tenerla por sincera y leal, allá va. Si el don Rodrigo es tal y como usted me le pinta; si hay completa fidelidad en ese retrato, yo me atrevo a declarar, porque así lo pienso, que Demetria no ha de gustar de su novio cuando le trate.

—¡Por Dios, señor don Fernando!...

—Esta es mi opinión, señor de Navarridas. Apréciela usted como quiera. Puede que me equivoque; puede resultar que el don Rodrigo no sea enteramente igual al retrato que usted por referencias hace, pues no le trata hoy ni le ha visto desde que él era niño. Y también digo que si, retocando la pintura, le quita usted algunas de esas virtudes eminentes, tal vez sea más grato a la niña.

—¿Qué dice usted...? ¿Más grato a la niña cuanto menos virtuoso...?

—No depende el atractivo personal de las virtudes exclusivamente, señor mío. Claro que las virtudes algo significan; pero no son ellas solas las que hacen al hombre agradable, propicio al amor. No sé si me explico bien. Usted es un santo. Si este grave asunto se ha de decidir entre santos, tendré que inhibirme, porque yo no lo soy. Sujeto a las debilidades humanas, c r e o poder juzgar de cosas de amor, de simpatía, mejor que usted. Y perdóneme e s t a franqueza, mi buen amigo.

—Sí que le perdono...; usted me confunde. Tengo al señor Calpena en gran estimación y le coloco entre los primeros caballeros del mundo, conocedor de la sociedad y del corazón humano... Por lo que usted me ha contado, poniendo en mí su confianza, sé que tiene motivos pa-

ra dar lecciones al más pintado en lo tocante a los afectos entre hombre y mujer. Puede que esté en lo cierto... Pero como nada ha de hacerse sin que preceda el trato de los novios, y mi sobrina, según su gusto y parecer, es la que ha de decidirlo en definitiva, esperemos. Dentro de poco tiempo serán las visitas, pues aquí ha de venir el don Rodrigo con su madre y su abuelo don Beltrán, y entonces se sabrá si...

—Todo eso me lo contará usted, porque yo he de marcharme pronto. Mis asuntos apremian, y no estaré en La Guardia cuando se celebren las visitas, precursoras de esto que parece matrimonio de reyes.

—¡Sí que lo parece!... ¡Ja, ja!...—dijo gozoso Navarridas—. Aquí tenemos nuevo ejemplo del casorio de Isabel de Castilla con Fernando de Aragón. Veremos unidas dos casas poderosas: Castro-Idiáquez o Idiáquez-Castro... *Tanto monta...*

VI

En esto entró doña María Tirgo, que había pasado toda la tarde con otras amigas suyas en el camarín de la Virgen, desnudando a ésta de las ropas de gran gala que le pusieron para la fiesta y vistiéndola con el manto y túnica que usaría la Señora hasta el Adviento. No bien entró la dama, la informó su hermano de lo que acababa de revelar al amigo de la casa; y como añadiese nuevas observaciones laudatorias de la parentela ilustre de los Idiáquez y Urdanetas, tuvo que corregirle doña María, mostrando tanta suficiencia como fácil memoria:

—Por Dios, José María, todo lo trabucas. El entronque de don Rodrigo con los Iraetas no es por los Idiáquez, sino por los Asos de Sobremonte, que proceden de una sobrina carnal del propio San Ignacio de Loyola. Los Garros, que también tienen parentesco con los Tirgos, son los que enlazan la rama de los Idiáquez con los Javierres y los Aragón, por el casamiento de doña Justa de Garro Idiáquez con don Alonso de Gurrea, de donde vinieron Mariquita y Luisita, una de las cuales casó con don Calixto de Borja, bisnieto de un hermano del siervo de Dios, San Francisco. Siempre confundes esta familia con los Palafox, que son de otra cepa. Doña Juana Teresa es Palafox por su madre, no Gurrea, prima hermana de los marqueses de Lazán. Ya sabes que Pepito, el de Robustiana Palafox, casó con una señora de los Gonzagas de Italia, prima segunda del glorioso San Luis, y la Rosita..., ¿te acuerdas de Rosita, la de Alcanadre, que tuvo aquel pleito famoso con los Tirgos? Pues la Rosita era viuda de un Pignatelli, sobrino del padrastro de su primer marido, y en terceras nupcias con Gurrea y Azlor, emparentado con la casa de Aragón...

—Yo no sé cómo mi hermana—dijo festivamente don José María—tiene cabeza para desenmarañar esa madeja de entronques y parentescos... Pero dejemos esto para otra ocasión, y vámonos a casa, que las niñas nos estarán esperando.

Salieron de la iglesia, agregándose en la puerta las dos señoras que con doña María habían vestido a la Virgen, y tomaron por calles y plazuelas la dirección del palacio de Castro-Amézaga, marchando delante Navarridas con las de Alava (que así se llamaban las señoras primas o sobrinas en tercer grado del célebre general de Marina de aquel nombre), y detrás, Calpena con doña María.

—No debe usted darse por entendido con las niñas de este negocio del casamiento. A Demetria le hemos dicho que nadie sabe una palabra de nuestro plan. A usted le parece bien, seguramente. Como mi hermano está un poco ido de memoria, habrá olvidado decir a usted que don Rodrigo es caballero del hábito de Santiago. Pero no le elegimos por eso, ni por los dos condados, ni por sus virtudes. ¡Ah!... Según me ha dicho Demetria, usted nos deja pronto. Quiera Dios que cuando vuelva por aquí les encuentre casados.

Creyó entender Calpena, por el tonillo de doña María, que no deseaba la permanencia del huésped en la casa mucho tiempo más, y se apresuró a darle gusto, diciendo que, por lo apremiante de sus quehaceres, pensaba partir dentro de dos o tres días.

—Sí, sí, no sería prudente ni delicado retenerle a usted. Lo que yo digo: por más que no lo manifieste, se comprende que está aburrido en este poblacho, donde no hay sociedad para una persona como usted, tan alta, acostumbrada a

las pompas de la Corte y al trato de otra clase de gente.

Replicó Fernando que el trato de las familias de Castro y de Navarridas era para él gratísimo y aseguró que no había conocido nunca sociedad mejor.

—Vamos—dijo doña María, presumiendo de agudeza—, no se nos haga usted el chiquito. ¡Si de nada le vale a usted ocultarnos su condición elevadísima! Yo estoy en el secreto, porque lo que saben las sobrinas lo sé yo... No nos engaña el señor don Fernando con su modestia.

—Me confunde u s t e d, señora, suponiendo que soy lo que no soy.

—Cuando salía usted herido de Salvatierra, en la galera, y venían detrás mis dos sobrinas, en otro carro, bien se acordará..., se agregaron, dándoles escolta, dos oficialillos muy simpáticos, Serrano y Alaminos (mi memoria prodigiosa me permite recordar los nombres). Pues Alaminos y Serrano, charlando con las niñas, les dijeron que, según la pública voz, es usted de un origen muy encumbrado. Las razones que tendrá para no revelar ese origen usted las sabrá. Sólo digo que esas cosas no pueden ocultarse, sobre todo a las personas de fino olfato, como una servidora de usted. La sangre, la cuna, la educación saltan siempre a la vista, señor mío, y en usted está el mejor ejemplo de lo que digo, pues en su conducta, en su menor palabra, en su mirar, en el gesto más insignificante se conoce que viene usted de muy alto... No, no, si no le pido revelaciones... C a d a cual sabe lo que debe callar...

No quiso Fernando entrar en largas discusiones con la dama, y creyó más discreto dejarla en aquel error, que tal vez no lo sería. Si él no sabía nada, lo más prudente era callarse siempre que tal tema le tocaran. En el gran patio de la casa encontraron a Demetria y Gracia con varias señoras amigas, tomando la fresca; Gracia y otras de menor edad jugaban a las cuatro esquinas. La mayorazga, sentada en el corro de las personas graves, que acababan de tomar chocolate, no quitaba los o j o s de la puerta, esperando ver entrar a cada instante a sus tíos con don Fernando. Algo se habló de labores de campo, por iniciativa de las señoras de Alava, propietarias muy fuertes; Demetria dijo que ya había concluído de trillar las cebadas y que la cosecha era mediana en cantidad, pero el grano, superior. En estas y otras conversaciones se hizo de noche; retirándose las amigas; a poco de subir don Fernando a su cuarto, entraron Demetria y doña María Tirgo y la primera empezó a reñirle porque se había vuelto muy corretón y no hacía caso de las advertencias de don Segundo.

—¡Pero si ya está bien!—dijo la de Tirgo—. No le riñas, hija, que harta paciencia ha tenido el pobre. M i r a que aguantar tres meses y días en este lugarón, entre gentes rústicas...; sí, hija, pongámonos en lo justo; no le des vueltas: somos rústicas, y el señor don Fernando está acostumbrado a una sociedad más refinada que la nuestra.

—No, si no digo nada. Comprendo que debe marcharse... Y a propósito: aquí tiene ya su ropita, don Fernando. Va usted a salir de aquí hecho un señorito de pueblo. ¡Y que no se reirán poco de usted cuando le vean tan elegantón! Van a creer que este corte es de la moda de Londres, y preguntarán: «Pero ¿qué tijeras son ésas, hombre, que te han cortado esas prendas admirables?»

Fernando se reía mirando la ropa, y ella continuaba sus donosas chanzas:

—Ya, ya va usted bien apañadito. Le van a tomar por un alumno del Seminario de Tarazona que vuelve de vacaciones.

—Pues la ropa, búrlese usted todo lo que quiera, parece m u y bien cortada. Mañana me la pondré para que usted la vea, y quizá varíe de parecer.

—Sí, sí, lo mismo que la que dejó usted en Madrid. Lástima que no le hayan hecho también frac las sastras de acá, para que lo l u z c a en las recepciones palaciegas, cuando vuelva a la Corte... ¡Ah, qué cabeza! Se me olvidaba lo principal. Ha venido esta tarde en busca de usted un capitán de infantería que ha llegado de Madrid.

—¿Cómo se llama? ¿Trae cartas?

—No me dijo su nombre. Le trae a usted otras veinte onzas, y carta. Las pataconas no ha querido dejarlas. Díjome que volvería; la carta, aquí está.

—¡Pero si en el tiempo que lleva en casa ya es la tercera vez que le mandan veinte onzas!—exclamó doña María Tirgo—. ¡Ay! En cuanto coja aire por esos mundos, adiós mi dinero. Bien, hijo, bien; no se prive usted de ningún gusto de los que dan tono a la verda-

dera grandeza; derroche y triunfe, que por lo visto hay por allá una mina inagotable.

—Sí, señora, inagotable—afirmó Calpena, siguiendo el bromazo, que para las damas no lo era—; soy muy rico, soy muy grande, soy el niño mimado del Destino...

—No, no lo tome a broma—dijo Demetria—. Muy grande, sí, y nosotras unas pobres palurdas; pero es al propio tiempo tan delicado, que no nos deja conocer la diferencia entre usted y nosotras: diferencia por la clase, por la educación, por la ilustración...

—Si eso me lo dijera otra persona, crea usted no se lo perdonaría. Pero usted está autorizada para todo, hasta para llamarme fatuo, que fatuidad grande sería en mí creer en esa desigualdad.

—Pues me callo, señor... En fin, no le quitamos tiempo, que querrá leer la carta de su amigo.

—La leeré después.

—No, ahora, que nosotras nos vamos. Y si no ha de venir a rezar el rosario, dígalo para no esperarle.

—¡Pues no he de ir! ¡Y poco que me gusta a mí rezar el rosario con la familia!

—Pero que no pase lo de la otra noche—dijo Demetria, entre severa y jovial, delicada fusión de tan distintos matices en las luces de sus ojos.

—¿Qué pasó la otra noche?

—Pues nada en gracia de Dios. Que dijo que iba al rosario, y nosotras allá, esperándole un cuarto de hora, con el primer padrenuestro en la boca.

—Pues vamos ahora mismo. Después leeré la carta.

—No, no—dijo doña María, cogiendo por el brazo a su sobrina y llevándosela—. Déjale, déjale... No le marees.

—Voy en seguida.

Pasó rápidamente la vista don Fernando por la carta de Hillo, enterándose de lo más sustancial, con ánimo de leerla entera después del rosario y la cena. Así lo hizo. Al acostarse tuvo conocimiento de todo lo que el buen presbítero le decía y que, en extracto, a continuación se refiere:

«Aquí me tienes desde el 14, que vine a ciertas comisiones y encarguillos de la *Gobernadora* (no me refiero a nuestra soberana, hija de Partenope, sino a la reina sin corona que a ti y a mí nos gobierna, y bien puedes dar gracias a Dios de que así sea), los cuales aún no han tenido cumplimiento por lo trastornado que está todo en esta villa, a quien los retóricos llamamos Ursaria y que debiera llamarse hoy Babilonia la chica. ¡Qué barullo, Dios mío, qué espantosa confusión, no diré de lenguas, pues todos hablan la misma, pero sí de ideas y de voluntades! Por la mañana andan a tiros milicianos y soldados; por la tarde salen cantando el himno. Los ministros, con su señor Istúriz al frente, no saben qué hacer. A La Granja, donde yo dejé la revolución bien guisada, acudió Méndez Vigo, ministro de la Guerra, con ánimo de sofocar el movimiento. No llevaba tropas: llevaba dinero, que es, según dicen, la *summa ratio* de estas subidas y bajadas de constituciones; pero nada pudo conseguir. Ahora me dicen que hoy ha vuelto su excelencia acompañado de los sargentos triunfadores; entró en Madrid el representante del ejército llevando en su propio coche al sargento Gómez, uno de los héroes del día; ha sido un espectáculo edificante el paso del general por San Vicente y Caballerizas, hasta Ministerios, donde se han apeado. Si esto no es una casa de locos, no sé yo lo que es, mi querido Fernando.

»La Milicia nacional, derrotada y desarmada en todas partes, conserva la posición que ganó en los Basilios, arrojando de allí a los *peseteros* que defendían el convento. El Gobierno, tan pronto se cree vencido y se dispone a sucumbir ante el magistral *engaño* de los sargentos, como se *encampana, escarba, humilla*, pretendiendo restablecer con un buen *hachazo* el principio de autoridad. Pero éste, ¿dónde está? ¿Quién es el guapo que lo tiene? Si se confirma que Méndez Vigo y el señor Gómez, sargento de Provinciales, han traído del Real Sitio varios decretos firmados por la reina destituyendo a no sé qué ministros y nombrando otros, ¿adónde se ha metido el principio de autoridad? ¿Lo tienen Gómez, Lucas y García, lo tienen las logias o no lo tiene nadie? Me inclino a creer esto último... Y vamos a otra cosa, pues entiendo que, más que las noticias de este inmenso Carnaval en que vivimos, te interesará saber que por el capitán don Teobaldo García (no tiene nada que

ver con el esclarecido sargento del mismo nombre) te mando otras veinte onzas, por encargo de quien tiene esto y mucho más para subvenir a tus necesidades. Confiamos en que a la tolerancia de arriba corresponderás tú, desde tu posición inferior, con una conducta ajustada a la razón y a los buenos principios. No sabes tú bien lo que te perderías si así no lo hicieras. El sentido de tu última carta, aunque breve, sustanciosa, me da esperanzas de que te veremos formal y comedido. Sientes el hastío de los actos irregulares; ansías la paz de la conciencia, el reposo del ánimo. Muy bien: ya estás en el buen camino...

»Se transige con Aura, a pesar del origen no muy ejemplar de tu dama. Pero no hemos de ahondar demasiado en los fundamentos de cosas y personas, porque, haciéndolo, la vida sería imposible. Ello es que vivimos en plena revolución. En proceso revolucionario está la sociedad, y lo mismo puede decirse de las familias y de las personas. El pueblo va ganando la partida: hoy avanza un paso, mañana otro, y los viejos alcázares se desploman. La nación transige con los sargentos, acepta de ellos *la traída de la Constitución*. Pidamos a Dios que no salgan luego los cabos trayéndonos otra. En tu esfera has hecho la revolución, y de arriba viene la soberana voz que te dice: «Paciencia; aceptemos los hechos consumados.» Recoge, pues, a tu Aura; pero no pienses en que se te ha de consentir otra cosa que el matrimonio religioso y legal. Revolucionarios somos, pero *no tan calvos*, amigo mío.

»Y cuanto más pronto decidas ese punto capital, mejor, querido Fernandito. Si, como dices, ya estás curado de tu herida, abandona las delicias de esa Capua y vete a tu negocio. Con las onzas recibirás el salvoconducto, y en un paquete separado esta carta y las dos que presentarás a don Juan Bautista Erro, el Mendizábal del absolutismo, y al general Maroto; ambos te facilitarán tus diligencias en el país carlista. Ya verás que son bastante expresivas. Me ha dicho hoy Iglesias que aquí se consigue todo con buenas amistades. Pero yo veo que el pobre poco adelanta con llamar amigos a las tres cuartas partes de los españoles; de donde colijo que el abuso de los bienes es siempre un mal muy grande. Me asegura Nicomedes, invariable en su inquietud y en el anhelo de nuevas posturas, que esta revolución sargentil es un modelo del género, pues ha realizado una eficaz y provechosa mudanza por los medios más breves y pacíficos, sin derramar sangre inocente. Cree él que las naciones extranjeras nos han de copiar esta receta sencilla y familiar de los pronunciamientos, que hace inútiles las altas jerarquías de la milicia y la política. Allá veremos.

»Concluyo con una noticia que he adquirido esta tarde por feliz casualidad, pues tal ha sido mi encuentro con el señor Maturana cuando yo volvía de recoger las onzas. Sabrás, amable Telémaco, que don Ildefenso Negretti ha caído en desgracia en la Corte absolutista, por habérsele descubierto chicoleos epistolares con Mendizábal, a quien escribía cosas que no debieron ser del agrado de aquellos fantasmones. Interceptada la correspondencia por la Comisaría carlista de Correos, fué reducido a prisión el culpable, y lo habría pasado muy mal sin la protección que le dispensa el infante don Sebastián. No pudo decirme Maturana dónde se encuentra hoy. Tú lo sabrás pronto.

»Viene el señor don Teobaldo a decirme que no sale hasta mañana, y aprovecho la dilación para endilgarte un par de pliegos más esta noche, con referencias del giro que van tomando estas humoradas del Carnaval político y con algo de lo que a ti pueda interesarte.—*Vale.*»

VII

«¡Lo que te has perdido!—continuaba el buen clérigo—. No un día, sino dos, se ha retrasado en su marcha el señor don Teobaldo, lo que me permite notificarte que hoy, tempranito, hizo la reina su entrada en Madrid. ¡Vaya una ovación! ¡Qué calurosos vítores, qué delirio, qué derroche de flores, todo al compás del himno! Lo presencié en Caballerizas, y te aseguro que me conmovió la sincera alegría popular. Todas aquellas mujeres que como locas gritaban, ¿qué idea tendrán de la Constitución del año 12? Y si no tienen ninguna idea, un sentimiento ya tendrán; algo es algo. Ese sentimiento indefinido viene siendo

la energía que mueve toda la máquina social y política; pero, ¡ay!, andaremos mal si no se traduce pronto en ideas, en hechos pacíficos, pues no vive un país con el solo alimento de entusiasmos y cantatas. Hoy está todo Madrid *colgado*, que así expresamos el ornato de balcones con abigarrados lienzos, banderas, o colchas donde no hay otra coasa; y esta noche tendremos lo que llaman iluminación, que es un gran derroche de cabos de vela y lamparillas en los edificios públicos y particulares. Su majestad parecía muy satisfecha; las niñas, monísimas, saludaban con sus enguantadas manecitas, y el pueblo, tan satisfecho. He visto a muchos abrazarse en medio de la calle. Luego me dijeron que esperaban que bajara el pan y que todos los empleos se darían a los que *profesan el patriotismo*. Pues aún falta lo mejor, chiquillo. Dos horas después de la entrada de la reina hicieron la suya los sublevados de La Granja, encarnación del principio de libertad, ahora triunfante, y aquí fué el repetir las ovaciones con más ardor y franqueza, porque el respeto de los reyes siempre cohibe un poco en la manifestación del júbilo. Uno de los corifeos, el Higinio García, venía a caballo detrás del general Rodil, con su uniforme tan majo que daba gusto verle. Oí decir que el caballo era prestado, y que él se ha erigido en plaza ecuestre o en caballero del orden civil sin que nadie se lo mande. Lo cierto es que su buena presencia, su vistoso uniforme y las circunstancias de venir *a la verita* del general, como figura importante de la Milicia, le señalaron más a la admiración del pueblo, y para él fueron los grandes aplausos y los vivas más calurosos, tocándole menos parte al Alejandro Gómez, que marchaba en su puesto en la compañía de Provinciales. Oí decir en los corrillos que el autor de todo el fregado era Gómez y que a él debía la patria regenerada mayor servicio que al Higinio; pero que éste sabía ponerse en lugar más visible y apropiarse los plácemes y obsequios de que el otro era merecedor. Se aseguraba como cosa hecha que a los dos les van a nombrar comandantes del resguardo, sin darles ascenso en el cuerpo a que pertenecen, porque esto no ha parecido a todos muy regular. Ya ves que no carecen de modestia los pobres y se contentan con bien poca cosa, pues si en proporción de lo que han hecho se les premiara, los dos a estas horas debieran ser ya generales. O hay lógica o no hay lógica, amigo mío. No me negarás que llevando las cosas con rigor, si por el criterio de la aplicación de la Ordenanza les corresponde la pena de muerte, por el de los hechos consumados les corresponde la gracia del generalato. Esto es claro como el agua.

»En el trayecto por el interior de Madrid, pues fueron a parar al cuartel del Pósito, los vítores y palmas llegaban al delirio, y luego que quedaron francos de servicio Gómez, García y Lucas cayeron sobre ellos bandadas de los patriotas más pudientes y les convidaron a comer de fonda y a fumar buenos puros del estanco. Entre tanto, no quiero decirte la quina que habrán tragado a estas horas Istúriz, Galiano, Saavedra y los agarrados a ese Ministerio, que vino al mundo con la intriga que puso en el arroyo a nuestro bonísimo don Juan Alvarez. ¡Y que no echaban pocas rondas esos caballeros, ni se daban poco tono con su *suprema inteligencia!* Quisiera saber lo que piensa de todo esto tu amigo el señor Rapella, muñidor que fué del Gobierno de Istúriz, pues él llevaba y traía los recaditos al Pardo. Olózaga lo cuenta muy bien. Como que él descubrió el embuchado en la Puerta de Hierro, y por no escandalizar ni dar un mal rato a la reina taparon... Pero pronto se descubrió el pastel, y si una intriga de *opereta* derribó a Mendizábal para entronizar a su amigo Istúriz, éste cae a su vez ignominiosamente por un enredijo de *entremés con tonadilla*. La Historia de España, que hasta hace poco gastaba el coturno trágico, paréceme que se aficiona a la comodidad de los zapatos de orillo o al desgaire de la alpargata.

»¿No sabes? Ya tenemos Ministerio nuevo. Don José María Calatrava lo preside, según acaba de decirme Nicomedes, que ha entrado como una exhalación y volvió a salir como una centella. Díjome los nombres de los demás ministros, pero se me han ido de la memoria. Paréceme recordar que en Gobernación entra Gil de la Cuadra, y en Guerra, el general Rodil. De lo que estoy bien seguro es de que tenemos de capitán general de Madrid a don Antonio Seoane, en sustitución de Quesada, a quien los patriotas han tomado aborrecimiento y

le llaman *liberticida* y qué sé yo qué. Luego empezarán los cambios de personal. Nicomedes cuenta con que le harán jefe político. Espronceda ocupará un alto puesto, y tu antiguo jefe Oliván se ganará el ascenso que le corresponde en estos cambios revolucionarios cuando vienen con mansedumbre. Te diré, además, que el bruto de Ibraim ha dado pruebas estos días de la elasticidad de su estómago de buitre, pues ha estado de servilleta prendida en todas las comilonas con que obsequia a los sargentos *libertadores* la dislocada juventud de Tepa o de las Tres Cruces. Y para señalarse más, después de hartarse b i e n, larga u n o s brindis hinchados y chabacanos, que son la risa de sus oyentes. Serrano, el tísico, los repite, y tan bien remeda la voz y el tonillo andaluz, que es morirse de risa. No creo, como consta en las *rapsodias ibraizantes* de Serrano, que el capellán comparase a Gómez con Julio César; sí creo la imagen de que la Constitución ha venido en un carro triunfal, de que tiraban Gómez y García, y lo de que la Constitución será en España el cuerno de la abundancia. De mí sé decirte que sólo siento ser sacerdote, porque mi estado religioso me impide atizar un par de morradas a ese ganso por haberme dicho en abril último la mayor mentira que de humanos labios ha salido desde que hay mundo... Pues ayer tarde me aseguró que don José Landero y Corchado le ofrece una canonjía, y se me ha metido en la cabeza que se la van a dar. España está loca. Su manía consiste en hacer verosímil lo absurdo.

»Y la mía, querido Fernando, p u e s también yo estoy algo loco, es que regularices tu vida y no nos des más sofoquinas. Si he de decirte la verdad, soy menos indulgente que la señora incógnita, y creo en conciencia que las transacciones y tolerancias deben limitarse a la autorización de tus amores siempre que les des el giro matrimoñesco que exige el decoro. Si fuera yo el tirano, te fijaría un plazo para recobrar tu novia y unirte con ella en santa coyunda, dando con esto por cerrado el ciclo de tus aventuras caballerescas y obligándote a volver acá, donde hallarías casa y medios de vivir pacífica y holgadamente.

»No puedo ocultarte que mi mayor deseo es que la señora incógnita me mande a tu lado. Se lo he propuesto, y con mucha delicadeza me ha contestado negativamente. Te reproduciré sus propias palabras, que están bien fijas en mi memoria: «Quiero probar si ejerzo o no verdadera atracción sobre él, si mi autoridad, expresada con dulzura, es un lenguaje inteligible para su corazón. Como esta prueba no sería eficaz sin libertad, se la concedo y aguardo. Quiero que venga al bien, a la paz, a mi cariño, con espontaneidad y efusión; no atraído por maestros o empujado por rodrigones. El sistema de la vigilancia, del espionaje, de la previsión, me dió un resultado desastroso: ha sido la derrota del régimen absoluto. He de probar ahora el régimen contrario: la libertad. Triunfaré si consigo de su albedrío lo que no logré desplegando, al uso despótico, todo el lujo de medidas autoritarias y policíacas. No, no... Marchemos, como dijo el otro, por la senda constitucional. Yo legislo y no gobierno... Le marco a Fernando los caminos que creo conducentes a su felicidad, y cruzadita de brazos espero.» ¿Qué te parece? Cuando esto me dijo, no pude menos de lanzar un «¡viva la libertad!» con toda mi alma, y aún creo que canté un poco el himno.

»Pues bien, amadísimo Fernando: Pedro Hillo, tu mejor amigo, se permite decir, por vía de consejo, que no abuses de la libertad. Aborda tu asunto por las vías derechas; preséntate al señor Negretti y pídele a la niña; tómala, y vente corriendito para acá por el camino más corto y por los medios de locomoción más veloces. Créeme a mí... Tu viejo amigo no te engaña. Ya sabes, derecho al bulto, y *fijándote en la rectitud.* No hagas *pases de telón,* ni *cambiados,* sino exclusivamente *naturales.*

»Vaya, ¿qué me das si te digo una cosa? Pues aunque no me des nada te la diré, para alumbrar con viva luz el camino que piensas seguir. Si te presentas al señor Negretti y le pides la niña como caballero leal, la niña es tuya... Ea, ya lo sabes. Cuando Hillo te lo dice, por algo será, tontín... Conque vete pronto en busca de tu desenlace, y no te pese encontrarlo desabrido y sin peripecias; que los dramas son muy bonitos en el teatro o en la plaza de toros, pero en la vida..., líbrete Dios.»

Reanudada la tarea epistolar por la noche, decía don Pedro:

«Hoy he tenido el honor de hablar con una persona dignísima, en un tiempo respetada y admirada por ti; después... ¡Ah!, pillo, ya me has comprendido; ya sabes que el sujeto a que me refiero es don Juan Alvarez Mendizábal. Le he visto hoy por tercera vez desde que estoy en Madrid. ¿Creerás que me ha llevado a su casa un asunto político? Nada de eso, chiquillo: hemos hablado de cosas privadas, sin perjuicio de tirar un par de chinas al Gobierno. Hombre más amable y servicial que este don Juan de Dios no creo que lo haya. Estoy contento de él. No creas, se acuerda de ti y te tiene por muy despierto y simpático. ¿Qué tal? ¡Y luego dirás...!

»*Ultimátum:* Cuidarás de tenerme al corriente de los puntos donde resides, caminos por donde vas, *et reliquia*. Esto es indispensable. Si el despotismo vive en las tinieblas, o sea en la ceguera de la opinión, la libertad requiere luz, mucha luz. Fuera misterios; el régimen pide que estén las ollas destapadas para saber lo que se guisa. Dos veces por semana me escribirás, dando cuenta de tus pasos y especificando los lugares adonde debo dirigirte mis cartas. Niño de mi corazón, que vuelvas pronto. Con el alma en un hilo te espera tu viejo Mentor.—*Pedro Hillo*.

»*Epílogo.*—Corre la voz de que han asesinado al general Quesada. Ello ha sido en Hortaleza, d o n d e buscó más bien descanso que escondite el animoso general vencido; averiguado su paradero por las turbas rencorosas, le acosaron hasta dar con él, matándole villanamente. ¡Y creíamos que la revolución de *opereta* venía embolada! Me cuenta Nicomedes que este crimen estúpido, inútil, indiscutible, perpetrado a sangre fría después de la fácil victoria del pueblo, es obra de una pandilla de *jamancios*, algunos de los cuales estaban en el Saladero cuando nos encerró allí la señora incógnita p o r nuestros pecados. Frecuentaban en noches de tumulto las reuniones de Tepa. Tú les conocerás. Lamentan hoy los revolucionarios que cuatro sinvergüenzas canallas hayan desvirtuado la bonita leyenda de este movimiento popular, que empezó con la tenacidad, hasta cierto punto simpática, de los urbanos, y concluyó con el audaz golpe, hasta cierto punto caballeresco, de los sargentos de la Guardia real. Pero ya veo que si no hay función sin tarasca, no puede haber motín sin coces. Desconfía de la revolución que se pone guantes, porque entorpecida de las manos, te *acaricia* con las patas. Ea, no más. Adiós.»

VIII

Esta y las anteriores cartas de tal modo perturbaron el espíritu del señor de Calpena, que no d o r m í a con sosiego, asaltado de pensamientos contradictorios. No poco le inquietaba la noticia del disfavor de Negretti en la corte de Carlos, y como no había contestado el tal a tres cartas que Fernando le llevaba escritas durante su largo encantamiento en La Guardia, era l ó g i c o suponer que ya no estaba al servicio del pretendiente. ¿Adónde se dirigiría para dar cumplimiento a la empresa en que no sólo su amor, sino su honor y su dignidad estaban empeñados? Este problema se le presentaba, pues, oscuro y dificultoso. Por otra parte, dábanle ánimo ciertas expresiones vagas de la incógnita y las reticencias, algo menos nebulosas, del buen Hillo: indudablemente se había influído con Mendizábal para que éste recabara de Negretti el consentimiento, desenlace trivial de la comedia de costumbres moralizadoras. Las visitas de Hillo a don Juan Alvarez no podían tener otro objeto. Todos los caminos se le franqueaban al enamorado joven y se le abrían las puertas de su ventura con áureas llaves; querían trocarle su drama emocional y caballeresco en cuento infantil, de esos en que sale un hada benéfica que en un dos por tres lo arregla t o d o graciosamente. ¡Fácil y cómodo final! Pero tanto dicha era por punzantes dudas acibarada. ¿Dónde estaba Negretti? Si Mendizábal sabía su residencia, ¿cómo Hillo no tuvo la previsión de averiguar dato tan importante para comunicarlo a su Telémaco? Y si don Juan Alvarez no lo sabía, ninguna eficacia podía tener su noble mediación.

Analizando estas dificultades, pensaba en Rapella, que a fuer de intrigante y entremetido farsantón habría sido el más útil guía en tal laberinto. Pero ignoraba el paradero del siciliano, a quien dos veces había escrito sin obtener respuesta. Probablemente había desempeñado

su comisión política y vuéltose a Madrid, a Nápoles o al quinto infierno. En medio de estas confusiones sentíase agitado el buen Calpena por un sentimiento de calidad desconocida, que despacito y por lentos avances se le iba metiendo en el corazón, en aquellas regiones de él que hasta entonces permanecieron vacías. ¿Qué podía ser más que el afecto puro y hondo de la señora incógnita que le llamaba, que le atraía, cual si le estuvieran tirando, tirando de un hilo misterioso, el cual era más fuerte mientras en mayor tensión lo ponían? Y ¡qué instinto tan seguro el de la invisible al aplicar a su protegido el tratamiento de la libertad! Si por el sistema de la tiranía policíaca no logró hacerse querer, el nuevo régimen establecía la feliz concordia entre el pueblo y la autoridad, en cierto modo de derecho divino. Fernando la quería ya; pensaba en ella en sus insomnios; trataba de darle fisonomía y visible ser en su imaginación, y a ratos anhelaba ardientemente aproximarse a ella, maldiciendo airado la prolongación del misterio. ¿Por qué no se le revelaba de una vez para siempre? ¿Por qué ignoraba él lo que Hillo sin duda sabía ya? ¿Había alguna poderosa razón para perpetuar el juego de máscaras? ¿Se enojaría la divinidad si él resueltamente se aproximaba y con cariñosa mano arrancaba el velo? No; era lo más prudente dejar que la dama tapase y descubriese, según su deseo y conveniencia, pues la oportunidad de un acto de tal naturaleza sólo ella podía apreciarla. Lo que indudablemente persistía en el ánimo de Calpena, bien mirado el problema por todas sus facetas y aspectos diferentes, era la resolución de obedecer a su gobernadora en cuanto le ordenase; obediencia que debía de ser el signo más claro de gratitud por haber ella transigido en el magno negocio de los amores. Pues la Corona aceptaba lealmente el principio democrático, el pueblo sumiso celebraba firme y honrada alianza con el Trono. ¡Feliz concordia, que es el sueño de las naciones! En España no es sueño, es pesadilla, y al despertar de ella duelen los huesos.

Señaló, por fin, don Fernando, entrado septiembre, un día que debía ser término fatal de su encantamiento, pues ya su vida en La Guardia no era descanso, sino ocio. Aún insistía Demetria en que no estaba bien curado de su *patita coja*, y le incitaba a esperar a la época de la vendimia; pero él, estimando delicadamente estas insinuaciones como dictadas de la cortesía, no se dió a partido, y dispuso todo para su marcha. Como nada debe ocultarse, sépase que recompensó a los servidores de la casa con tan desusada largueza, que por mucho tiempo perduró en La Guardia la fama de la generosidad del caballero don Fernando, a quien tenían por uno de los mayores potentados del mundo. A don José María de Navarridas dió también una buena pella para que la repartiese entre los pobres del pueblo, y tuvo además la feliz idea de hacer sus visitas a cada una de las casas que conocía, sin olvidar las más humildes, lo que acabó de fijar en el ánimo del vecindario la opinión de la hidalguía y verdadera grandeza del huésped de Castro.

Y se alegraba éste de haber dispuesto tan en sazón su partida, porque según le dijo una tarde el cura, llevándole aparte con misterio, pronto debían de llegar a La Guardia los Idiáquez y Urdanetas, hijo y madre, que venían a vistas con aparatoso séquito de criados. También vendría el abuelo paterno del don Rodrigo, don Beltrán de Urdaneta; pero este señor, muy anciano ya, aunque todavía templado y entero, no haría más que tomar descanso de un par de días en La Guardia, para seguir después hacia el valle de Mena, donde vivía su hija Valvanera, casada con uno de los ricos Maltranas y madre de numerosa prole. No sentía malditas ganas Calpena de encontrarse con aquella familia, a pesar de la aureola de virtudes de que la rodeaba el bonísimo Navarridas, y se alegraba de llevar dirección contraria para no topar con ellos en el camino. Venían de Oriente los Idiáquez, como los Reyes Magos, y él se iba hacia Miranda de Ebro (Occidente).

El día de la partida, avanzado ya septiembre, fué para todos muy triste. Habiendo determinado el viajero salir a la caída de la tarde, revelaron todos su pena a la hora de comer con una inapetencia desusada en aquella casa. Habían regalado las niñas a don Fernando un caballo hermoso, con los mejores arreos que daba de sí la industria del país; fineza que agradeció, como es de suponer, en tales circunstancias, prometién-

dose corresponder a ella con otra superior en cuanto llegase a Madrid. Y como manifestara deseos de tomar a su servicio, para llevárselo, al mozo de la casa de Castro llamado Sabas, uno de los que acompañaron a las niñas en el viaje a Oñate, accedió Demetria gozosa, y el hombre, ya maduro, de probada lealtad y diligencia, no vaciló en admitir la propuesta, pues no había para él mayor gusto que emplearse en el cuidado y servicio de tan noble caballero. Las cuatro serían cuando abandonó don Fernando la ilustre morada de Castro. Multitud de personas fueron a despedirle. Las niñas, con doña María Tirgo, don José Navarridas y el señor de Crispijana, bajaron de la villa al camino, y al llegar a éste se apeó don Fernando para seguir todos a pie un buen trecho, pues la tarde estaba fresca y convidaba a dar un paseíto. Hablaron, como es de rúbrica en estos casos, de la próxima vuelta.

—Ya, ya; ¡si seremos tan tontas que creamos que vuelve por aquí! Deseando está él perdernos de vista—decía Demetria.

Y Navarridas:

—No, mujer, no digas tal. Pues ¿no ha de volver? Me lo ha prometido, y las promesas de caballeros de esta calidad son como una escritura ante notario...

—Sí, sí, fíese usted de escrituras ni de promesas.

Y Gracia:

—También a mí me ha dado palabra de volver, y si no vuelve, no tiene él la culpa, sino la novia, que le atará a la pata de una silla.

Y doña María Tirgo:

—Dejadle, tontuelas, que ya sabrá él lo que tiene que hacer. Venga o no venga, cuando ande por esas cortes y en esas grandezas se acordará de estas pobles aldeanas que se han esmerado en hacerle la vida agradable.

Calpena sentía un nudo en su garganta; deseaba poner fin a la despedida, que se iba haciendo en extremo patética, y no sabía ya qué decir ni con qué tonos y actitudes expresar la emoción vivísima que le embargaba. Dió el alto don José María, diciendo:

—Vaya, de aquí no pasamos.

Y el viajero apresuró la escena final. Dejóse abrazar por el cura; apretó con efusión las manos de las niñas y de doña María, y añadiendo pocas y oportunas palabras montó a caballo y se alejó al paso, volviendo atrás la vista. Gracia y don José María lloraban. Demetria, un tanto descolorida, conservaba la hermosa serenidad, mordiéndose los labios. Le vió alejarse con tristeza grave. Doña María agitaba su pañuelo.

Picaron espuelas amo y escudero y al llegar a la vuelta del camino donde perderían de vista a la noble familia, se pararon para darles el último adiós. Las dos niñas y la señora azotaban el aire con sus pañuelos; Navarridas repetía estas demostraciones con su paraguas en una mano y el sombrero en la otra... Y ya no se vieron más.

A la hora y media de camino, don Fernando, que iba cabizbajo y melancólico, sintió un súbito anhelo de volver atrás. Tan repentino fué, y al propio tiempo tan vivo, que maquinalmente paró el caballo y preguntó a Sabas:

—¿Dónde estamos? ¿Cuánto hemos andado?

—Qué, señor, ¿se ha olvidado algo? ¿Tenemos que volvernos?

—No, es que... En efecto, se me olvidó algo; pero no me hace falta. Sigamos.

—Se está tan bien en la casa de Castro, señor, que siempre que uno sale cree que se deja algo en ella. Y ¿qué es lo que se deja? La querencia, señor, la querencia de casa tan buena.

Permaneció don Fernando silencioso y con igual economía de palabras continuó larguísimo trecho, hasta que, ya de noche, aproximándose a La Bastida, entablaron amo y escudero el siguiente diálogo:

—Bueno, Sabas: ya que se nos va pasando el amargor de la despedida..., las despedidas, ¡ay!, son siempre muy penosas, y más cuando uno se separa de personas tan buenas, tan puras, tan..., en fin, ya que avanzamos en nuestra camino y vuelven a posesionarse de esta cabeza mía los pensamientos que motivan mi viaje, te diré que me han movido a tomarte a mi servicio, además de tus buenas prendas, otras razones... No me entiendes. Recordarás que anoche, hablando tú y yo de la Corte carlista, donde padeciste cautiverio y mil penalidades, dijiste, entre otras cosas, ya terribles, ya joviales, algo que ha sido para mí la única luz que distingo en la oscuridad que me rodea

—¿Qué dije, señor, que pueda ser luz de su merced? Ya no me acuerdo.

—Que el jueves llegaron de Vizcaya dos hombres, los cuales habían servido hasta el mes pasado en la Maestranza carlista; que el uno es compadre tuyo y que marchó a un pueblecillo cerca de Miranda, de donde es natural. Aquí tienes la razón de que yo corra hacia Miranda. Necesito hablar con ese hombre esta noche misma, si es posible. Llévame allí, que para eso, y nada más que para eso, vienes conmigo.

—Verdad, señor; el que vino de allá escapado, corrido, muerto de hambre y sin ganas de volver es Bonifacio Gay, primo y compadre mío, y ahora está con su familia en Leciñana del Camino, a legua y media de Miranda.

—Pues allá nos vamos.

—Si el señor tiene prisa; con seis horas de descanso en La Bastida será bastante para el ganado. Si salimos al alba, llegaremos a Miranda entre ocho y nueve. Tomamos un bocado, y a la hora de comer caemos en Leciñana

—Perfectamente... ¿Estás bien seguro de que tu primo trabajaba en la Maestranza?

—Donde hacen las balas, sí, señor. Es herrero y fundidor y entiende de toda suerte de artificios, verbigracia: norias, relojes, molinos y chocolateras. Diez meses se ha llevado trabajando para la facción, y visto que no había *de aquí*, y que sobre no pagarle le acusaban de masón, se escabulló y con mil trabajos pudo llegar a Salvatierra, de donde tomó el camino de su pueblo, pasando por La Guardia el jueves, como dije a su merced.

—Quisiera tener alas para llegar de un vuelo a ese lugar—dijo Fernando, picando espuelas—, pues cuando se me mete en el alma la curiosidad no sé lo que es paciencia y quisiera convertir las horas en minutos.

La conversación de los jinetes saltaba de tema en tema: la guerra, la paz, las cosechas, y fueron a parar al punto de partida de su jornada.

—¿Qué estarán haciendo ahora en la casa de Castro? Se habrán puesto a cenar. De seguro se preguntan unos a otros: «¿En dónde estarán ya don Fernando y Sabas? ¿Habrán llegado a La Bastida?»... La vida no es más que esto, señor—dijo el escudero—, y ella y la suerte son lo mismo: unos que se van y otros que se quedan..., unos que vienen y otros que están, porque vinieron antes, los cuales un día les tocará también ser... *idos*. Todos, señor, fuimos *venidos* y seremos *idos*.

Nada les ocurrió en La Bastida digno de referencia; nada tampoco en Miranda, adonde llegaron al siguiente día. Vieron mucha tropa ociosa; no había operaciones; el ejército del Norte aguardaba que sus generales tuvieran un plan. Todo el interés de la guerra lo absorbían entonces las atrevidas expediciones de Gómez y de don Basilio. El primero se paseaba por las Castillas y Extremadura como por su casa, y el segundo regresaba a las Provincias después de haber asolado la Rioja, Soria y corrídose por el riñón de Castilla hasta muy cerca de La Granja.

Sin detenerse en Miranda más que lo preciso para dar pienso y descanso a las caballerías, continuaron Calpena y Sabas su marcha hasta parar en Leciñana del Camino, lugar mísero rodeado de arideces, no lejos del Ebro y al pie de la sierra de Turiso. Con tan buena suerte y tan a punto llegaron, que no hubo necesidad de indagaciones para encontrar al señor Gay, pues en las primeras casas del pueblo dieron con él, a la puerta de un herrero, en ocasión en que con otros hombrachos se ocupaba en calzar unos mulos.

—Bonifacio—le dijo su compadre, sin más ceremonia—, venimos en tu busca, porque este caballero noble quiere plática contigo.

Un tanto receloso y huraño en los primeros momentos, y después franco y comunicativo, Gay, que era un hombre membrudo, como de cincuenta años, la cabeza blanqueada por canicie precoz, las manos ennegrecidas por la forja, dió los últimos martillazos en la pezuña del animal, y mandando traer un jarro de vino, entró con su compadre y el caballero en la única pieza vividera de la herrería. Atizándose tragos de mosto, respondió a las preguntas de Calpena con estas o parecidas expresiones.

IX

—¡Que si conozco al señor Negretti!... ¡Si era yo el obrero que más quería don Ildefonso, y a don Ildefonso le quería yo como a mi padre, por más que seamos los dos de la misma edad, año más, año menos! Y no se hallará otro, lo digo yo, que mejor entienda de todas las mecánicas del mundo, así como no le hay de tanta conciencia para el trabajo, pues a cuanto sale de sus manos o de las manos que obedecen su idea no hay que ponerle pero... Es lo que el señor dice: tal hombre no cuadra en el servicio de aquella gente y de aquel gobierno tan eclesiástico. Tanto a él como a todos los demás que no éramos de Guipúzcoa nos traían entre ojos, y como por la influencia del *sacerdocio,* que allí siempre está de centinela, había entre nosotros tantos soplones y cuenteros, pronto empezaron a decir si don Ildefonso era masón *volterano,* que si no confesaba, que si tal... Hasta que un día, allá por julio, hallándonos en Durango, los mequetrefes de la Comisión, que son los registradores de cartas, todos ellos muy aclerigados, legos de convento, mandaderos de monjas y *viceversa,* salieron con la gaita de que don Ildefenso se carteaba con ese ministro de Madrid que les ha limpiado a los frailes el santo pesebre... Justo, el señor Mendizábal. Resultado: que al maestro le llevaron preso a Tolosa, por delito que llaman de *ilesa majestad.* Salió a su defensa el infante don Sebastián, diciendo al rey que cerraba la Maestranza si le quitaban al hombre que más valía en ella y que mejor hacía las cosas. Resultado; que le soltaron; pero no le dejaban vivir, y adondequiera que iba le seguían dos o tres *iscariotes,* y el hombre andaba tan aburrido, que hasta perdió las ganas de comer. Por aquellos días nos pusieron un comandante nuevo de director de talleres. Era una acémila muy aclerigada, que no entendía jota de nuestro oficio. Había sido seminarista, ordenado de menores; después sirvió en las guerrillas de Guergué y en la Corte tuvo padrinos de la camarilla frailuna que le hicieron capitán de golpe y porrazo; y como el rey es así, que no ve más que por los ojos de cuatro cebones que están siempre gruñendo a su lado, aún pensaba que andaba corto en su carrera el tal Gorostia, en lenguaje de ellos *acebo,* y hágote comandante de ingenieros. Pues una mañana estábamos trabajando como locos para terminar unas granadas, cuando el tal comandante le dijo al maestro que aquello estaba mal; trabáronse de palabras, y don Ildefenso, que es hombre de malas pulgas, de mucho pundonor y tiene las manos de hierro, de tanto andar con él, le arreó una bofetada tan tremenda que le puso p a t a s arriba, echando espumarajos por la boca. No le quiero decir a vuecencia la que se armó. Resultado: que a don Ildefenso le metieron preso otra vez, y venga Consejo de guerra y vengan papeles... El hombre, cargado, dijó que se marchaba y que la culpa tenía él por haberse metido al servicio de cosa tan desatinada como es la facción...

Pues hay más, señor. Luego empezaron a buscarnos camorra a mí y a otros dos castellanos. Que si éramos de la cáscara a m a r g a, masones o perdularios ateos. Yo no hacía caso, y seguía en mi trabajo. Pero un día me acusó un chico de Eibar de que yo había dicho no sé qué cosa de la Virgen..., de esas expresiones que uno suelta sin pensar, cuando no le sale bien un trabajo o cuando a uno le salta una brasa a la cara y le quema..., pues de esas cosas que se dicen: total, nada. Pero, señor, yo, buen cristiano siempre, ¿cómo había de hablar mal de la Virgen? Y aunque algo dijera, es un suponer, no por eso deja uno de ser apostólico romano al igual de ellos. Siempre he sido devoto de Nuestra Señora. Aquí, colgada de mi pecho, llevo, mírela usía, la medalla de la Pilarica, que me puso mi madre... Pues nada, que allí salió el capataz, uno de Lezo, que le llaman Choriya, de esos que se comen los santos, y, amenazándome con un martillo, dijo que yo merecía que me atravesaran la lengua con un clavo ardiendo, por haber hablado de *peinetas* nombrando a la Virgen; y yo le respondí que las peinetas eran para él y tres más. Resultado: que me castigaron, y vino un capellán a echarme predicaciones, y lo mandé también adonde me pareció. Por esto, y porque a uno no le pagaban, resolví marcharme, y una noche me escapé con otros dos mozos, que también son de acá. No más, no más facción. Buen

chasco nos habíamos llevado, pues creímos que allá ganaríamos un jornal lucido, por ser aquello reino *pretendiente;* pero nos salió la cuenta fallida, porque allí no hay más que miseria, malos tratos y desconfianza de todo el que ha mamado leche castellana, como yo, que en tierra de Burgos, donde mismamente estampó sus patas el caballo de Santiago, vine al mundo. Resultado, que hemos vuelto acá sin un maravedí, ladrando de hambre, y ahora nos vemos en nuestra tierra mal mirados por haber servido a ese pavo acuático, que antes cegará que verse rey de las Españas.

A eso voy, sí, señor... Ya, ya entiendo que lo que le interesa conocer es todo lo que yo sepa al tenor de la familia del señor Negretti. Voy a eso: bebamos otro poco, que esto da la vida. Una de las razones por que deseaba volverme a mi terreno era el no ver tasado el vino, que allí se lo daban a uno por medida, y harto de agua, mientras que aquí lo bebemos de lo mejor sin pensar en que tiene fin... Pues voy a lo de la familia. Una sola vez vi a doña Prudencia y a la sobrina. ¡Carachis, qué guapa es; vaya un golpe de ojos! Oí decir que en Madrid un señor príncipe estuvo loco de amores por ella, y que los padres de él, por quitarle de que se casara, le encerraron en una torre, donde se arrancó la vida; que a ella, para que se le pasara la ilusión de su príncipe, la trajeron acá, y qué sé yo qué más historias... ¡Ah!, ya me acuerdo: que la niña, a quien llaman doña Laura o cosa así, es rica, pues su padre la dejó mucha pedrería fina de diamantes y topacios amarillos; pero que tenía más *opulencia* el príncipe su novio, el cual sólo en tierras había de heredar media España y una porción de islas de mar adentro. No sé, señor; cosas que dicen los criados, y que serán mentira, pienso yo... Vi a la tía y sobrina en Elorrio; luego se fueron a Bermeo, y ya no sé más sino que don Ildefonso iba allá los sábados para volverse los lunes. De su paradero hoy, no puedo decirlo, sino que cuando se retiró del servicio de la facción se fué a Bilbao, donde vive la familia de Prudencia. No he vuelto a ver al señor Negretti, ni he tenido de él más noticias que lo que decía éste o el otro de mis compañeros, hablar por hablar...

—Haga usted memoria, señor Gay—dijo Fernando, gozoso por lo que sabía, ansiando saber más—, y cuénteme todo lo que oyó, sin omitir nada, ni aun lo que charlaban sus compañeros sin conocimiento de causa, por presunciones o conjeturas...

—Ahora voy... Antes diré a usía una cosa que se me había olvidado. Por dos veces me preguntó el señor Negretti si yo conocía algún chico de confianza para mandarlo de propio, con carta de interés, a La Guardia, y yo le contesté que a ninguno conocía, como era la verdad. Digo esto, porque como el señor viene de La Guardia y, según parece, ha estado allí tres meses largos, calculo yo si aquello que me preguntó el maestro tendría que ver con la persona de vuecencia.

—Indudablemente, el mensaje, carta o recado era para mí; pero si al fin lo despachó Negretti, no llegó a La Guardia.

—No puedo asegurar a usía que don Ildefenso llegara a mandar el propio; pero se me antoja que sí, porque había en Durango un tuerto recadista que iba por los pueblos con un Niño Jesús pidiendo para el santuario de Iciar, y en aquellos días le vimos vestido con la ropa vieja de Negretti, y nos dijo que iba a dar la vuelta de Alava con su santirulico; después no le vimos más.

—Tampoco pareció por allá ese mensajero. Siga, siga, que aún le queda mucho en la memoria.

—Sigo. Pues en Durango dijeron que doña Prudencia se veía y se deseaba para resguardar a la niña de tantísimo pretendiente como la acosaba, por el aquel de su hermosura... ¡Carape, qué boca de cielo, qué gancho! Un capitán de barco la vió y quedó enamorado. Dos más de Bermeo, y un coronel carlista, la pidieron para esposa; pero ella diz que a ninguno hacía caso, motivado a que no podía echar de su pensamiento al príncipe difunto. De esto hablábamos los amigos de don Ildefonso, y uno de nuestra pandilla, llamado *Bachi guzur (Bautista el embustero),* chico de mucha idea, a quien da el naipe por inventar cosas, nos decía: «Yo me pienso que el príncipe no se ha muerto, y que a ella le han dicho la mentira de la defunción para desenamorarla, porque así conviene a la familia; y apostaría yo a que el serenísimo galán anda de la ceca a la meca disfrazado, buscándola, al modo de lo que pasa en las historietas inventadas, que a mí

me parecen verdad; y creo que nada de lo que rezan los libros es mentira, o que las mentiras son verdades que se miran por el revés.» Nada, señor; con estas habladurías nos entreteníamos a la salida del trabajo, y uno decía peras, otro decía higos, y pasábamos el rato... En fin, señor, creo haber declarado a vuecencia todo lo que sé. Si algo más me viene a la memoria, se lo diré esta tarde, en el presupuesto de que no se vaya hasta la noche o hasta mañana.

—Quisiera partir ahora mismo..., yo soy así... ¿Cree usted que encontraré en Bilbao al señor Negretti?

—Seguro... Y si él no está, estará la familia, de contado. No tiene usía más que preguntar en Bilbao por la casa de los Arratias. Cualquier chico de las calles le dará razón. Es allí por la Ribera. No tiene pérdida.

—¿Y esos Arratias son...?

—Hermanos de doña Prudencia. Tienen barcos que andan en la mar.

—Vamos, son armadores.

—Y comerciantes, que traen del Norte duelas, bacalao y toneles de una bebida que llaman cerveza, más amarga que los demonios; y arman también barcos chicos para *la pesquería del escabeche*... Si no estuvieran allí don Ildefenso y su esposa y sobrina, los Arratias le darán razón cierta de dónde moran.

Consultado Gay acerca del camino más corto y más seguro para ir de Leciñana a la capital de Vizcaya, manifestó que, aunque lo más derecho era tomar la vuelta de Orduña, no le aconsejaba tal camino, por estar toda aquella parte plagada de facciosos.

—Tú ya sabes—dijo a su compadre—. Te vas derechito por esta orilla del Ebro, hasta Trespaderne, y allí tiras para arriba, a esta mano. ¿Sabes la sierra del Gato? Pues la vas faldeando. Pasas por Cebolleros, Villacomparada y Villamezán, y ya estás en tierra de Mena. De allí a Valmaseda es como andar por una calle. total, que puedes llevar a *vuecencia* en cuatro días, con descanso.

No paraba mientes en ningún peligro don Fernando, que sin oír otra voz que la de su esforzado corazón, ansiaba lanzarse hacia el cumplimiento y remate de la empresa, por tan desgraciados accidentes entorpecida. Su espíritu de nuevo se inflamaba en la querencia de los actos maravillosos, en todo aquello que rompiese los moldes de lo común. ¡A Bilbao por Aura! Tal era su divisa, y ya se le hacían lentas las horas, pausados los minutos que tardara en realizar algún descomunal esfuerzo por la idea y fines que tal emblema expresaba.

Ocurría esto un miércoles. El jueves por la noche entraban en Trespaderne, a punto que salía un destacamento de fuerzas cristinas, y no tardaron en informarse de que una partida que había bajado del puerto de los Tornos, y otra que anduvo por Peña Complacera, se juntaban en San Pelayo, punto muy principal del valle de Mena, para recorrer aquellos pueblos y llevarse cuanto encontraran. A todos los trajinantes que iban en tal derrotero encarecía el alcalde de Trespaderne la conveniencia de que se detuvieran dos o tres días hasta que la situación se despejase. Insistía Calpena en continuar al siguiente día su camino; pero tales razones le dió Sabas, apoyado muy cuerdamente por el alcalde, hombre tosco y de buen sentido, que hubo de resignarse, pataleando, a una corta espera, que aseguró no pasaría de veinticuatro horas. La realidad, no obstante, impuso mayor detención y hacer acopio de paciencia. El mesón o parador en que se habían instalado era de lo peor del género, similar de las famosas ventas manchegas: la única estancia que ofrecía relativa comodidad ocupábala Calpena; y no sabiendo éste qué hacer en el largo aburrimiento y plantón fastidioso, pidió tintero y pluma, pues desde que salió de La Guardia le había entrado una viva comezón de escribir. ¿A quién? A los tres puntos cardinales de su afecto: al Norte, Negretti y Aura; los amigos de La Guardia, al Este; al Sur, los de Madrid. La náutica rosa de aquel corazón no tenía Occidente... Como la querencia del Sur había tomado en él extraordinaria viveza, por el camino redactó mentalmente multitud de cartas dirigidas a la misterioso deidad que le protegía haciéndole suyo en el presente y en el porvenir. En posesión ya de los avíos de escribir, se dijo, preparándose de papel: «Lo primero, a *ella*...» Pero con toda su aplicación no pudo pasar de la primera línea: «Mi señora desconocida...», fórmula que varió hasta lo infinito, sin encontrar la más apropiada. «Señora incógnita, mi muy amada protectora...» Y luego de encontrada la fórmula, ¿qué le diría? En

estas perplejidades, mirando al papel, mordiendo las barbas de la pluma, encontróle Sabas, que subió a decirle presuroso:

—Ahí está ese señor... Oiga las voces que da y el ruido que arman sus criados y caballerías. Es el viejo Urdaneta, don Beltrán de Urdaneta, ¿sabe, señor?, el abuelo de don Rodrigo que esperaban en La Guardia con toda su familia... verá qué viejo más salado. Va también hacia Mena, donde está su hija, casada con el mayorazgo de Maltrana.

X

—¡Al demonio tú y don Beltrán! Me has asustado. Creí que se trataba de otra persona. ¡Si yo no conozco a ese viejo, ni le he visto en mi vida!

—Pues ahora tendrá por fuerza que verle y que tratarle, porque es parroquiano antiquísimo de este mesón, y en él para desde el siglo pasado, siempre que va y viene. Como el único cuarto decente es éste, él tiene costumbre de ocuparlo: el mesonero le ha dico que se acomode aquí con el señor, que también es persona de la Grandeza de España.

—No quiero—dijo Calpena, a quien molestaba en aquella ocasión hacer conocimientos—. Me iré a un pajar, y que venga ese don Beltrán o don Cuerno a ocupar su aposento.

Y cuando se levantaba, decidido a escabullirse antes que el nuevo huésped llegara, ábrese la desvencijada puerta y penetra un simpático y noble anciano, de buena estatura, algo rendido al peso de la edad, de afable rostro y modales finísimos, revelando en todo el alto nacimiento y el refinado trato social.

—Perdone usted, señor mío, esta invasión de su aposento. La edad nos da privilegios bien tristes. No quiero, no, desalojarle..., no faltaba más. Me atrevo a proponerle que, pues en nuestro *hotel* no hay más que una estancia, la compartamos los dos como buenos amigos. Ni usted me estorba ni yo he de estorbarle; y sabiendo ya con quién he de vivir veinticuatro horas, sólo añado que es para mí gran satisfacción la compañía de persona tan principal.

Correspondiendo Fernando a la cortesanía del insinuante viejo, propuso retirarse dejándole toda la pieza, para mayor comodidad y desahogo; a lo que contestó don Beltrán que por ningún caso lo aceptaría.

—Respondo de que, a poco que nos tratemos, mi compañía no ha de serle a usted desagradable, pues a mí, que hoy le veo por primera vez, me encanta ya la suya.

A un movimiento de sorpresa interrogativa del joven, dió respuesta con estas palabras:

—No nos conocemos y nos conocemos, señor de Calpena, porque ha de saber usted que vengo de La Guardia, donde he dejado a mi nuera y a mi nieto, y en las veinticuatro horas que allí me detuve no han cesado aquellas buenas personas de hablarme de usted. El cura de Navarridas y las niñas de Castro estiman a su huésped en todo lo que vale. Ya sé, ya sabemos todo..., por qué serie de accidentes fué usted a parar allí, el servicio que prestó a las niñas, su conducta valerosa, gallarda... Y como al propio tiempo sé que don José María le habló a usted de mí, démonos por recíprocamente presentados, y tengámonos por amigos de larga fecha..., digo, larga no, porque es usted casi un niño.

Decía esto, tomando asiento, después de despojarse de su abrigo de viaje. Sin dar tiempo a que Fernando le expresara su agrado por tantas amabilidades, le dijo, reparando en el papel y tintero:

—Si estaba usted escribiendo, puede seguir. Tome la silla, y pues no hay otra, yo me pasearé en el domicilio común mientras usted escribe.

—No, señor; sólo por matar mi aburrimiento pensé escribir...; pero ahora que tengo compañía tan grata, quédese para mañana la escritura...

—Pues si usted no escribe, le propongo que nos vayamos a la cocina, donde tenemos un buen fuego, y estaremos muy bien. Siempre que paro aquí me paso las horas junto al hogar, en compañía de estas gentes sencillas y honradas, y de los gatos y perros. Ya me conocen hasta los animales.

—También a mí me gusta engañar las horas en las cocinas de los pueblos, mirando las llamas del fogón, sintiendo el hervir de los pucheros y echando un párrafo con los aldeanos. Vamos, vamos, señor don Beltrán.

—Déme usted el brazo, joven, que no

me hace gracia, a mis años, tomar medida a estas desvencijadas escaleras ¡Qué recuerdos tiene para mí esta casa! No le exagero a usted si le digo que he parado en ella unas sesenta veces. La primera, no hace nada de tiempo..., el año setecientos ochenta, yendo con mi padre a una cacería, invitados por mi pariente el condestable, el padre de Bernardino Frías, a quien usted conocerá; la segunda, cuando llevamos a mi hermana a profesar en las franciscanas de Medina de Pomar; tercera..., ni me acuerdo ya. Por aquí pasé para llevar a mi hija Valvanera a sus bodas con Maltrana, y a casa de mi hija voy también ahora. La fecha de aquel casamiento es de las que no se olvidan. En este parador, cuando íbamos a Villarcayo, nos dieron la noticia de la batalla de Bailén... En fin, pasé también el veintiocho, huyendo de las bandas apostólicas, y había pasado el veintitrés, por evitar un encuentro con las tropas de Angulema. Ibamos hacia la frontera Osuna y yo, el duque viejo (padre de estos chicos), Pedro Alcántara y y Mariano, y tuvimos que dar un largo rodeo para tomar un barco que salía de Santoña y nos llevó a La Rochelle... En fin, mi vida es muy larga, y en ella no faltan peripecias.

Tomaron posesión del mejor banco de la cocina, junto a la mesa de castaño, y don Beltrán anunció alegremente que había mandado asar un cordero y preparar ajilimójilis.

—Esta llaneza—dijo gozoso—me encanta; estas comidas elementales y primitivas son mi delicia. O esto o los refinamientos de la cocina parisiense. Y en cuanto a la sociedad, o la más alta o la de estos infelices, reforzada por los gatos y los perros, que ya tiene usted aquí, buscando mis halagos.

En efecto: uno de los dos michos de la casa se le había subido en el brazo, y el otro se rascaba contra sus piernas Dos magníficos lebreles le hacían la guardia a un lado y otro de la silla.

—A mí, señor don Fernando—continuó—, no me dé usted términos medios. O los palacios resplandecientes de lujo o esta humilde cocina. Y en cuestión de bello sexo, que siempre fué una de mis más caras aficiones, o las damas encopetadas o estas gallardas bestias campesinas... Que nos traigan vino blanco, que aquí lo hay superior. Chica, llévate esto, y dile a Ginés que si no tiene vino blanco, que mande por él inmediatamente a casa de Sopelana.

—Lo hay, señor marqués—dijo la moza—, y ahora mesmito se lo traigo.

—Pues date prisa, que aunque no me atiendas a mí por viejo... (¿Tú sabes lo que dijo Carlos Quinto..., no este Carlos Quinto, sino el otro?... Luego te lo diré...) Pues si a mí no me atiendes porque soy un vejestorio inservible, no harás lo mismo con este caballero tan guapo.

—A fe mía que lleva usted bien sus años, señor don Beltrán—dijo Calpena—. Conserva usted su agilidad, su buen humor, con las prendas todas del caballero de raza.

—¡Oh!, no, amigo mío; ya estoy muy acabado; ya no soy ni sombra de lo que fuí. Verdad que no me falta la cabeza y discurro como en mis mejores tiempos; pero la vista se me va. Hay días en que no veo tres sobre un burro, y si sigo así, pronto quedaré ciego. Esto me aflige, porque me he propuesto llegar a los noventa. Respecto de mi edad, habrá usted oído mil leyendas. Hay quien cree que he cumplido el siglo, y que me rebajo... Patraña: hace lo menos diez años que renuncié a ese inocente coquetismo.

—No representa usted—dijo Calpena queriendo halagarle—arriba de setenta..., setenta y dos todo lo más.

—¡Ay, qué lisonjero y qué *bon enfant!* No, hijo... aumente usted un poquito, y llegue hasta los setenta y ocho. Sí, señor: yo vine al mundo, en la noble ciudad de Olite, en mil setecientos cincuenta y ocho. Eche usted una mirada a todo lo que comprende el espacio entre esa fecha y este pícaro treinta y seis. Sí, señor, en mil setecientos cincuenta y ocho: le llevo once años a Napoleón y a Wellington, que nacieron el sesenta y nueve; Mozart era más viejo que yo en dos años, y Schiller, un año más joven. Goya, mi amigo, el pintor celebérrimo, me llevaba doce años, y yo le llevo nueve a don Manuel Godoy. Como Napoleón, otras celebridades que ya se han muerto. Beethoven, Moratín, Talma, eran mucho más jóvenes que yo...

—¡Qué prodigiosa memoria!

—No diga usted memoria; diga usted años. Cuando uno va de capa caída, se entretiene en ajustar estas tristes cuentas, en comparar vejeces... Consolemos yo mis cansados años, usted los suyos

verdes, con este vinito blanco... ¡Ah señor de Calpena!, habrá usted pasado en la casa de Castro una temporada agradabilísima...

Ponderó Fernando con frase entusiasta las excelencias de la vida en aquella señoril y opulenta mansión, y al panegírico que hizo de sus habitantes asentía don Beltrán entornando los ojos y paladeando el vino.

—Sí, sí..., las niñas son dos ángeles, Demetria, un prodigio; Navarridas, un santo, tan cariñoso, tan servicial..., aunque a veces el exceso de su amabilidad resulta un poquitín enfadoso, ¿verdad? Y en cuánto a doña María Tirgo, que es otra santa, otro prodigio, otro ángel, no dudo que le habrá mareado a usted más de la cuenta, hablándole de linajes, su ciencia y manía.

—Algo me hizo ver la señora de sus conocimientos genealógicos: por ella estoy bien enterado de la nobleza de los Urdanetas e Idiáquez. De los entronques con las primeras casas de Aragón y Navarra resulta que llevan ustedes sangre de mil y mil varones insignes y de santos gloriosos.

—Sí, sí; no falta parentela ilustre por los cuatro costados—dijo gravemente don Beltrán, con cierto desdén de buen tono hacia las humanas grandezas—. También nos vanagloriamos de que muchos de nuestra sangre estén en los altares... Y esta vena de la santidad no creo yo que se haya extinguido en mi familia.

—También supe por doña María y su hermano—prosiguió Calpena—el proyecto de enlazar familia tan ilustre con la también noble y poderosa de Castro-Amézaga, casando a su nieto de usted, el señor don Rodrigo, con ese espejo de doncellas, Demetria, de quien sólo con nombrarla creo hacer el más cumplido elogio.

—Oh, sí; la niña es una monada, y da gusto verla jugando a la administración.

—Pues, por lo que me han dicho, para encontrar quien en virtudes y mérito pueda igualar a tal niña, han tenido que pedir un esposo a la casa de Idiáquez.

—Sí, sí...—murmuró don Beltrán indiferente, pensativo, dejando correr su mente por espacios distantes.

—Y sólo en ella se han encontrado un varón digno de tal hembra.

—Sí, sí...

—No puede usted figurarse los encarecimientos que de su señor nieto de usted, don Rodrigo, me han hecho los hermanos Navarridas.

—Sí, sí... La fama no hay quien se la quite... Posee cualidades, indudablemente, grandes cualidades... ¿Qué duda tiene?... Juicioso, grave, reposado..., cumplidor de todos los preceptos...

Grande fué la sorpresa de Calpena ante la frialdad de don Beltrán en aquel asunto, pues esperaba todo lo contrario: que al noble anciano se le caería la baba en demostración de su orgullo por ser dos veces padre del prodigioso marqués de Sariñán. Notó además en el buen señor contrariedad o disgusto, deseo de hablar de otra cosa. Su cara inteligente habíase alargado; parecía más viejo, por la desaparición de la sonrisa que le rejuvenecía. Dos suspiros hondos salieron de su pecho.

Sentíase Calpena devorado de abrasadora curiosidad, y anhelando satisfacerla, se dijo. «Aquí hay algún secreto, quizá discordias de familia. ¿Qué será? He de tirarle de la lengua a este vejete para poner a prueba su discreción.» Pensando así, no cesaba de observar a Urdaneta, que en aquel instante hablaba paternalmente con un pobre aldeano. No había visto nunca Fernando rostro tan expresivo, de tanta movilidad y viveza, máscara de consumado histrión que *interpreta* las agudezas y marrullerías, así como las benevolencias seniles. De todo había en la cara de don Beltrán, finamente aristocrática, de líneas un tanto angulosas ya, por causa de la vejez. Calpena recordaba las imágenes que había visto de Voltaire, de Talleyrand, del abate L'Epée.

Las horas se deslizaron plácidas en la cocina, gozando don Beltrán las delicias de su popularidad en aquellas tierras. No cesaban de entrar aldeanos a saludarle, y él, dando a besar su mano, a todos les trataba con afabilidad exquisita de gran señor que sabe mantenerse en su puesto, mostrándose bondadoso y familiar con los humildes. Admiró Fernando la gracia y flexibilidad con que adaptaba su lenguaje al de aquellos infelices, y pudo observar que no era todo buenas palabras, pues cuando alguno de los visitantes se condolía de su precaria situación, echaba mano don Beltrán a su culebrina de seda verde, y allí era el salir de

monedas. Para los chicos llevaba siempre provisión de cuartos, que profusamente repartía. A pesar de pertenecer el noble anciano a lo que podríamos llamar el *siglo de las tabaqueras*, no había gastado nunca rapé. El contemporáneo de Napoleón, de Haydn y de Luis XVIII, anticipándose al siglo siguiente, fumaba, y de su repuesto de buenos cigarros puros y de papel liados en una vejiga olorósa, participaba todo el mundo, chicos y grandes. A este rumbo y gallardía, arte supremo de ser aristócrata en medio de la plebe, que poseen tan pocos, debía su popularidad en todo el país, desde Zaragoza a las Fuentes del Ebro y desde el Pirineo al Moncayo.

Despachado entre nobles y villanos un sabroso cordero con ajilimójilis, t r a t ó Calpena de sonsacar a don Beltrán alguna revelación que aclarase el punto oscuro que aquél había creído ver en la familia de Idiáquez-Urdaneta; pero el sagaz viejo esquivaba el bulto, sin soltar prenda. Cuando subían a su aposento para recogerse, don Beltrán, apoyándose en el brazo de Calpena, dijo a éste:

—¡Ay querido!, me acuerdo en este momento de que existe una razón poderosísima para que no durmamos los dos en el mismo cuarto. No se me había ocurrido antes... ¿No adivina usted lo que es?... Pues que ronco estrepitosamente..., toco la trompa y el violín, imito el trueno y el gallo..., según mé han dicho, que yo no me oigo..., y con mis ronquidos no podrá usted pegar los ojos en toda la noche.

Fernando replicó que no le importaba, aunque, la verdad, no le hacía maldita gracia la música que, con programa y todo, le anunciaba su amigo.

—No, no—añadió éste—; no consiento que duerma usted aquí. ¡Buena noche le voy a dar!... ¡Sabina, Gervasia, chicas!...

Acudieron a sus voces el mesonero y las mujeres de la casa, y don Beltrán, que allí no pedía, sino mandaba, les dijo:

—Chicas, dejad vuestra habitación a este caballero. Podéis, por una noche, dormir las muchachas con Sabina, y tú, Ginés, bien lo puedes pasar en la cuadra.

Accedieron aquellas pobres gentes a lo que el prócer disponía, y Urdaneta, mientras su paje le desnudaba, ya preparado el lecho con buen abrigo, bromeó con don Fernando:

—La solución no ha podido ser más oportuna. Ventajas para mí, que no estaré cohibido y podré desplegar toda mi orquesta, seguro de no t e n e r público. Ventajas para usted, que no oirá mis acordes, lo primero; lo segundo, que siendo a mí parecer somnámbula una de las mozas, la más bonita por cierto, es fácil que se le meta a usted en el cuarto a medianoche... Vaya, divertirse... Querido, hasta mañana.

XI

Lo que menos pensaba don Fernando al entrar en el cuarto que le dispusieron era que aquella misma noche, y por inesperado conducto, había de conocer algunos h e c h o s que le descifraban el enigma de la familia de Idiáquez.

—Señor—le dijo Sabas cuando entró a prestarle servicio de ayuda de cámara—, si no tiene mucho sueño le contaré los chismorreos de la casa de don Beltrán, que me ha estado refiriendo su espolique Tomé, el cual habla por siete, y se pirra por sacar a relucir las... cosas de sus amos.

—Cuéntamelo, por Dios, aunque ello sea tan largo que no acabes hasta mañana, y procura que nada se te olvide de esas hablillas de tu amigo, sin reparar que sean mentira o verdad.

—Pues sabrá su merced que este vejete salado y su nieto don Rodrigo están a matar. Don Beltrán ha sido toda su vida un disipador de lo suyo y de lo ajeno; como que no ha hecho más que divertirse y darse buena vida en los Parises y otras tierras de vicio. En cambio, su nieto ha salido tan allegador y de puño tan cerrado, que no hay más que pedir. Vea su merced trocados los papeles: el viejo, pródigo y manirroto, como un muchacho que está en la edad del gastar; el chico, agarrado a la cuenta y razón, como un viejo que mira por el orden y la hacienda. Me nacieron los dientes oyendo decir q u e don Beltrán ha sido y es el primer calavera del reino, y que se ha pasado la vida en comilonas, cacerías, recreos y larguezas de príncipe, con mucho aquel de buenas mozas, y viajes para acá y para allá. El lujo de su casa, y los trenes que tenía daban que hablar, señor. Verdad que otro más generoso y más galán no le hubo:

él se divertía; pero lo pagaba bien. Y a su puerta no llegó ningún pobre que se fuera desconsolado. Semejante a don Beltrán en lo dadivoso, aunque menos caballero, fué su hijo don Federico, a quien llamaban *don Fadrique* o *don Futraque;* y entre uno y otro dejaron en los huesos la casa de Urdaneta, tan poderosa antes..., la cual quedó hecha polvo; y con los restos de ella, y el caudal no grande, pero limpio, de los Idiáquez, ha podido doña Juana Teresa, marquesa de Sariñán, esposa de *don Futraque* y madre de don Rodrigo, amasar una fortunita, que es la que hogaño quieren hijo y madre librar de las manos pecadoras de este vejete... Desde la muerte del don Federico, la señora viuda y el marquesito ataron corto al abuelo. Este rezongaba; pero ¿qué remedio tenía más que bajar la cabeza? Cada poco tiempo, gran pelotera en la familia, porque don Beltrán pedía ocho para sus necesidades y no le daban más que tres. Si corto le ató la señora, más corto hubo de atarle el nieto al llegar a la edad de gobierno y al hacerse cargo de manejar el caudal. Cada día le daban a don Beltrán menos *de aquí,* y el pobre señor, con el aguijón de sus vicios rancios, trinaba y se le comían los demonios. Había venido a ser un niño, el niño de la casa, el señorito juguetón y travieso a quien se dan los domingos unas pesetillas mal contadas para que se divierta. A la postre, viendo que no podían hacer carrera de él, y que cuanto más le daban más pedía, le privaron de emprender viajes, quitáronle coches y caballerías, y hasta le tasaron el tabaco... Tan desesperado se vió el niño anciano, que fué y quiso despeñarse por una gran sima que hay más allá de Cintruénigo; pero... lo dejó para otro día. Y también se fué una noche hacia el Ebro para darse un remojón; sólo que por estar el agua muy fría, no se determinó.

Lo demás que refirió Sabas, repitiendo los anales transmitidos por el cronista de la casa de Idiáquez, Tomé Torres, quedó bien presente en la memoria de Calpena, que con aquellas noticias se durmió, aplacada la sed de su curiosidad. Cuando se veía don Beltrán en extremas apreturas, porque sus proveedores le fiaban y no hallaba medio de pagar, tomaba dinero a préstamo, pues por artes del demonio su crédito era grande en aquellos pueblos, y la casa no tenía más remedio que pagar las deudas contraídas por el gran niño, para evitar desdoro y escándalos, resultando de aquí mayores disturbios entre los tres, abuelo, nuera y nieto. Ultimamente, al tratarse en familia del magno asunto de la boda con la mayorazga de Castro, iniciado por doña María Tirgo, don Beltrán no intervino para nada. Mostróse después algo inclinado a la oposición, pero su nieto lo estimó como un artificio para obtener dinero, y se mantuvo en sus trece, dejando al anciano que saliese por donde le dictasen sus marrullerías. El venir a La Guardia con la familia no fué por acompañarla en las vistas precursoras de matrimonio, ni por gusto de visitar a las niñas y a sus tíos, con quienes tuvo siempre amistad. Era que el noble Urdaneta, cuando los de Cintruénigo le sitiaban por hambre, arrancábase como los lobos en tiempo de nieve. Del primer tirón se iba a Villarcayo, a que le sacase de apuros su hija Valvanera, esposa de un ricachón; allí pasar solía grandes temporadas explotando a su yerno, hasta que éste y la hija se cansaban, y con buenos modales le reexpedían para Cintruénigo.

Con su servidumbre salieron los tres de la casa señorial y tomaron el camino de La Guardia. Don Beltrán se había procurado algún dinero, no se sabe cómo, y llevaba su tren de costumbre: mula bien aparejada, los criados con las maletas y cuanto pudiera necesitar un gran señor que viaja por recreo. En La Guardia hicieron alto los marqueses de Sariñán y el señor de Urdaneta, con el objeto que ya se sabe. Alojados en la Rectoral, no faltaron querellas entre el abuelo y el nieto por la eterna cuestión de ochavos; mas todo quedó en la familia, sin que Navarridas se enterara. Instaba éste a don Beltrán a que se quedase por lo menos una semana; pero el prócer, pretextando negocios apremiantes y el deseo ardiente de abrazar a su hija y nietos *de la otra banda,* dejó los ocios de La Guardia al día y medio de reposo. Cabalgando a los alcances de Calpena por los mismos caminos, reuniéronse en la venta de Trespaderne, donde ocurrió lo que referido queda hasta la noche en que mudaron de cuarto a Fernando para evitarle la desazón de los ronquidos. Durmió tranquilamente el joven, sin que turbase su sueño el somnam-

bulismo de la moza bonita, como anunciado le había don Beltrán, y por la mañana, cuando Sabas le ayudaba a vestirse, entró Tomé Torres a decirle de parte de su señor que le esperaba para tomar juntos el desayuno.

—Y ¿para cuándo?—dijo Calpena a su noble amigo, sentados frente a frente en la cocina, tomando chocolate—, para cuándo calcula usted que se verificará la boda?

—¿Qué boda?

—La de su nieto con Demetria. Supongo que de las vistas saldrá la conformidad de ambos...

—O no... ¿Usted qué sabe? Podría suceder que el trato determinara una repulsión, un antagonismo de caracteres... Perdóneme, querido Calpena; pero no puedo ser más explícito. El respeto que debo a la familia me veda extenderme más en asunto tan delicado... Y si usted no se ofendiera, le diría que nuestra amistad es muy reciente para que pueda yo ponerle en autos de mis desavenencias con Rodrigo. Mi nieto y yo no congeniamos. Su carácter es radicalmente opuesto al mío... En cuanto a la boda, no pienso intervenir para nada en ella. Allá se entiendan.

—¿Acaso teme usted que don Rodrigo no sea feliz?

—Quizá..., y puesto a temer, no estoy muy seguro de que Demetria alcance la felicidad al lado de mi virtuoso nieto.

—¡Oh! Eso es imposible.

—O es usted un inocente, querido Fernando, o se pasa de listo y pretende de mí que le diga lo que sabe mejor que yo.

—Don Beltrán, ignoro por qué me habla usted de ese modo.

—¿Quiere las cosas claras? Pues allá van las cosas claras. Me equivocaré mucho si no resultara el completo fracaso de los planes de doña María Tirgo. Soy perro viejo; conozco el mundo, y el corazón de las niñas casaderas no tiene para mí ningún secreto. El fracaso puede venir, o porque Demetria no guste de mi nieto o porque esté enamorada de otra persona...

—¡Oh, no creo...!

—Pues si es usted simple, yo no, a Dios gracias, y ahora sí que lo afirmo resueltamente. Demetria no puede elegir ya. Su corazón pertenece a otro.

—¡Don Beltrán...!

—¡Don Fernando! Advierta usted que hablo con setenta y ocho años de experiencia, de observación y conocimiento de las humanas pasiones. Me basta una palabra, un gesto; me basta el tono, el acento de una frase, para comprender lo que pasa en el ánimo de quien la pronuncia... He pasado un día en la casa de Castro. Allí me contaron sucesos, escenas, lances, aventuras...; las he oído de boca de Navarridas, que las reviste de su candor. Las he oído de boca de las niñas, que en ellas ponían su alma. No he necesitado más. Salí de La Guardia con la impresión de que Demetria espiritualmente no se pertenece. La pobre niña, sin darse cuenta de ello quizá, ha entregado sus pensamientos y su alma toda a un hombre que no es mi nieto... Ea, no digo más: es usted un gran tuno si persiste en que yo le regale el oído con mis cuentos de viejo corrido. También usted corre que se las pela. A su edad sabía yo lo mismo que sé ahora o poco menos... Y punto final. Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de lo que usted quiera.

Trataron en seguida de la continuación del viaje. Calpena mostró gran impaciencia. Don Beltrán no tenía prisa. Su opinión era que esperaran tres días más para ir más seguros. Como don Fernando manifestase el propósito de seguir solo, le dijo quejumbroso:

—Lo siento en el alma, porque me inspira usted una gran simpatía. ¡Y yo que iba a proponerle que se pasara unos días en Villarcayo! Verá usted qué agradable familia la de Maltrana. Tengo dos nietas lindísimas.

—No puedo, señor don Beltrán, no puedo detenerme. Créame que lo siento.

—Sí, sí, ya recuerdo: me contó Navarridas que tiene usted su novia en Bermeo, o no sé dónde...; que es un compromiso antiguo, un afecto hondo, un lazo indisoluble. ¿Qué es ello? Alguna pasión de estas que nos ha traído el romanticismo. Cuéntemelo usted todo. Siento que mis años, y más que mis años esta ceguera maldita, me impidan acompañarle..., asistirle como amigo, ver y admirar a su amada, que me figuro será muy bella.

—Todo cuanto usted imagine, señor don Beltrán, será pálido ante la realidad de esa hermosura pasmosa.

—Mire usted que yo he visto mucho...; por delante de estos ojos, que ahora se

empeñan en borrarme los objetos, han pasado bellezas verdaderamente soberanas, bellezas celestiales..., sublimes.

—Con todo, si usted viera ésta, declararía que antes no había visto nada.

—Hombre, es mucho decir... Me pica usted la curiosidad de un modo terrible.

Y al expresar esto, el rostro de don Beltrán se rejuvenecía; se le encandilaban los ojos, medio ciegos ya, y se le aguaban los labios.

—Lo que sí estimaré en grado sumo, recibiendo en ello la mejor prueba de su amistad, es que no nos separemos hasta Villarcayo.

—Si no se detiene usted mucho en el camino para mí será gran satisfacción.

—Gracias... Y yo le compensaré a usted su esclavitud refiriéndole los motivos de mis discordias con Rodrigo de Urdaneta; seré más explícito en mis apreciaciones acerca del probable fracaso de las vistas de La Guardia; aventuraré algún consejo para que se aproveche de ese fracaso quien debe aprovecharse..., ya usted me entiende... En fin, ¿se aviene usted a que vayamos juntos?

—Sí, señor; pero no accedo a permanecer en Villarcayo más que horas.

—Bueno..., ya se verá eso... Hoy pasaremos aquí el día tranquilamente, charlando de nuestras cosas. Pero, voto a Sanes, no sea usted tan callado, ni me reserve sus afectos, sus planes, sus pasiones con tan extremada discreción. La juventud se ha vuelto ahora más taciturna y sombría que la vejez. Volvamos a los tiempos clásicos, amigo Calpena, y pongamos todos los misterios del alma encima de una mesa y entre dos copas de buen vino.

Propuso Calpena dar un paseo; pero como el cariz del tiempo anunciaba lluvia, quedáronse, después de una corta salida, al amor del fogón, en la cocina hospitalaria, acompañados de gatos y perros, viendo a Sabina y Gervasia mover cacharros y atizar la leña crujiente.

—Amigo mío—dijo don Beltrán, refrescando memorias de su mocedad borrascosa—, mi experiencia cree prestar a su juventud un gran servicio enseñándole con mi ejemplo a poner frenos a la imaginación, a no abandonar lo cierto por correr tras lo dudoso. ¿No me entiende? Pues oiga un poquito de historia personal mía, que se relaciona con la historia del mundo. El año setecientos noventa y cinco me fuí a París en persecución de una hermosura sorprendente, de esas que parecen hechas por Dios para trastornar a la Humanidad, para quitarnos el poquito seso que nos queda después de las revoluciones y degollinas que armamos por las ideas, por el pan o por el poder...

—Dispénseme, don Beltrán. Ha dicho usted el noventa y cinco. Me había contado Navarridas que estuvo usted en París de secretario de embajada el ochenta y nueve, y que presenció parte de la Revolución francesa.

—Es verdad. Lo tomaré desde más arriba. Yo me casé el ochenta y siete con una ilustre dama, sobrina del duque de Granada de Ega; enviudé el ochenta y ocho, al mes de haber nacido mi único hijo Federico; deseando aventar mis penas, pedí a Aranda que me destinase a una embajada, y en efecto, fuí nombrado segundo secretario de la de París. Todos los sucesos de la Revolución, desde los Estados Generales hasta junio del noventa y uno, en que el rey fugitivo con su familia fué detenido en Varennes y llevado prisionero a París, los presencié. Retiróse la embajada, y casi todo el personal volvió a España, y en España y en mis estados permanecí yo hasta el noventa y cinco... Como no es mi objeto contarle a usted aquel incendio terrible, la Revolución, voy a mi cuento, y lo sigo repitiendo que el noventa y cinco me fuí a París en persecución de una hermosura sobrehumana, a quien conocí en Zaragoza en casa de mis primos los condes de Bureta.

XII

—Adelante. Loco de amor fué usted a París...

—En pleno Directorio, hijo mío. ¡Qué distinto de aquel París del ochenta y ocho, tan aristocrático, tan tónico y elegante, en medio de los sustos que ya ocasionaba la Revolución incipiente!... Pero, ¡ay!, querido se me ha olvidado un detalle, y tengo que volver un poquito atrás.

—Volvamos... Salió *usted* de Zaragoza...

—Despreciando un partido de segundas nupcias que me arregló mi buen padre...

—Y ¿era hermosa, don Beltrán?

—Agradable, esbelta, mayorazga riquísima, de familia noble, bien educadita, hacendosa. En fin, una alhaja, querido, incomparable para una vida de descanso, de opulencia prosaica, con probabilidades de larga sucesión y mucha labranza, recreos de campo y caza... Pero yo no estaba por la prosa. Mi padre quiso sujetarme. Yo me escapé a París, como digo, y aquí viene la moraleja...

—¿Tan pronto? Según eso, la hermosura ideal que usted perseguía...

—Era un fantasma, y los fantasmas hacen la gracia de no dejarse coger. A los tres meses de revolver todo París buscándola, pues la vida y las circunstancias especialísimas de aquella mujer la rodeaban de misterios, la encontré, sí... En una palabra: la que para mí más que mujer era una diosa, la que en España me juró amor eterno, se había casado con un jefe de Policía, protegido de Barras.

—¡Demonio! Pues con la Policía parisiense no jugaría usted, don Beltrán, si es que persistió en perseguir a la beldad fantástica.

—Persistí: soy navarro. Cultivando mis antiguas relaciones y mariposeando de salón en salón, llegué a ser uno de los predilectos en el de madame de Beauharnais. Por cierto que... No, no olvidaré la noche en que vi entrar por primera vez a un joven militar, melenudo y pálido, de menos que mediana estatura.

—Ya le veo, ya...

—Era un *chico que prometía*. Al poco tiempo, la dueña de la casa, que era una gran coqueta saladísima y temible, atroz, enloqueció al *chico de Córcega*. Barras no influyó poco para que se casaran... Pues sigo mi cuento. Conté mi triste historia a Josefina, y Josefina se la contó a Napoleón. A poco de salir éste para mandar el ejército de Italia, la generala Bonaparte dió en protegerme, interesándose vivamente en mi causa amorosa. La hermosura fantástica no tardó en aparecer en los salones de Josefina.

—Y allí...

—Sí; pero ya el espectáculo del libertinaje parisién me había arrancado toda ilusión. La prodigiosa hermosura se me deshizo en humo..., no sé cómo expresarlo. La sociedad del Directorio transformó completamente mis gustos. ¿Quiere usted que lo cuente todo? Pues Josefina me agradaba extraordinariamente, y acabó por enloquecerme.

—Y ¿se atrevió usted, don Beltrán?

—¿Que si me atreví? A fe que era la niña asustadiza. Créalo usted: Napoleón era celosísimo, y algunos, no diré muchos, algunos motivos tenía para ser tan escamón... Y ya no le cuento nada más, porque es usted un niño y los malos ejemplos no convienen a las imaginaciones juveniles, exaltadas. Basta, pues, basta...

—Corriente. Respeto sus escrúpulos. Pero debo decirle que la lección que ha querido darme no encaja en el caso mío: no hay paridad.

—Eso, usted lo verá... Mire, hijo, cuando el Destino nos pone al pie de un árbol de buena sombra, cargado de fruto, y nos dice «Siéntate y come», es locura desobedecerle y lanzarse en busca de esos otros árboles fantásticos, estériles, que en vez de raíces tienen patas... y corren... Yo desobedecí a mi destino, y por aquella desobediencia no he tenido paz en mi larga vida. Créalo: donde no hay raíces no hay paz. Ea, doblemos la hoja.

—Doblémosla. Un momento, don Beltrán... Y ¿no volvió usted a ver a Napoleón?

—Le vi entrar en París victorioso después de Austerlitz. Años después, cuando la guerra de España, volví allá con mi primo Pepe Villahermosa, con Lorenzo Pignatelli y otros. Era entonces embajador mi primo Diego Frías, que hizo entonces la tontería de afrancesarse. *Don José Primero* le mandó allí representando a la España napoleónica..., ¡triste papel! Gran empeño tuvo mi primo en presentarme al *chico de Córcega* en el apogeo de su grandeza. ¡Y yo le había conocido ciruelo, es decir, novio de la viudita Beauharnais!... Me resistí heroicamente a saludar al verdugo de mi patria.

—¿Y a Josefina?

—Emperatriz, no la vi nunca. Después del divorcio, que, entre paréntesis, le estuvo muy bien empleado, fuí un día a la Malmaison a ofrecerle mis respetos. Pero no se dignó recibirme. Era muy lagarta. Murió a los tres meses de mi visita. Fuí a su entierro.

Otras anécdotas de su borrascosa vida galante contó don Beltrán a su amigo, cuidando siempre en sus relatos de po-

ner de relieve lo que sugiriese alguna enseñanza útil al joven Calpena y esquivando los ejemplos de depravación o cinismo. Terminaban casi siempre las historias con sabios consejos, mandándole que aplicara a su gobierno ciertas enseñanzas y que en otras pusiese todo su estudio en no tomarle por maestro, en hacer todo lo contrario de lo que el biógrafo de sí mismo había hecho. Así demostraba el señor de Urdaneta el afecto que con el trato continuo iba tomando a su compañero de viaje, y éste, quedándose a media miel en algunos pasajes interesantísimos de la vida del prócer libertino, agradecía el móvil honrado de las frecuentes omisiones históricas.

—No, hijo, no—le decía don Beltrán, al segundo día, permitiéndose ya tutearle—. Yo he hecho locuras y no quiero que tú las hagas, no. Eres un chico excelente y muy agudo y entendido. Mereces una vida pacífica y ordenada, por más que sea oscura, y no una vida de ansiedades y tropezones como la mía. Placeres sin fin he gustado; pero grandes amarguras he tenido que tragarme, y heme aquí, al fin de la vida, malquistado con mi descendencia... Esto es muy triste, Fernandito, y no lo deseo para ti.

Y cuando iban de camino (pues al fin se arrancaron del mesón de Trespaderne, después de dos y medio días de parada), platicando al paso de la pacífica mula de don Beltrán, repitió éste la parábola del árbol:

—No me cansaré de decírtelo, hijo. El que en su camino encuentra un árbol de grata sombra, cargado de fruto, es tonto de capirote si no se planta allí... Si lo desprecias y sigues andando, te expones a no encontrar más que paisajes fantásticos, efecto de eso que llaman miraje. Corres, corres..., y ¿qué ves?... Pues un magnífico plantío de cardos borriqueros.

En Villacomparada hicieron otra paradita, que hubo de ser más larga, porque el paso por Medina de Pomar era peligrosísimo. Renegaba Calpena de estos plantones, y a pesar del afecto que iba tomando al viejo se proponía dejarle y partir solo, arrostrando con su criado los peligros de la facción. Mas Urdaneta, con el poder de su razonamiento, ya grave, ya jocoso, pero siempre sugestivo y cautivador, le aplacaba los fuegos, reteniéndole junto a sí. La confianza, que rápidamente crecía, le fué quitando los escrúpulos de descubrir sus interioridades domésticas, y por fin, una noche, hallándose en la cocina de Villacomparada, se arrancó a decir:

—Este nieto mío no sale a los Urdanetas, donde no hubo nunca roñicas. Su madre, que es noble por los Idiáquez, procede, por la línea materna, de los Rodríguez Almonte, de Tarazona, que hicieron un gran capital con la usura y dejaron fama por la miseria con que vivían. A éstos sale mi nieto, en quien verás algo de lo que en la opinión corriente se llama virtud; cualidades buenas en principio, pero que dejan de serlo practicadas con abuso y aisladamente. Sabrás que mi nieto mostró desde chiquitín una extraordinaria capacidad para el arreglo: a los veinte años era un prodigio; a los veinticinco, una calamidad. Si le dejaran, arreglaría el cielo y la tierra y pondría cuenta y razón hasta en los dones de la Naturaleza. Figúrate que tiene veintiséis años y ya es calvo...; sí, hijo mío: se le cae el pelo de tanto cavilar haciendo números y enfilando largas baterías de reales y maravedises. Su calvicie procede también de la sordidez, de la sequedad del entendimiento, donde no han entrado más que los números. Su cabeza es hermosa; su rostro, correctísimo, con una expresión glacial. La fantasía no existe en él. Es una máquina de hacer cuentas: no se tuerce, no imagina, no sueña, no teme, no desea... Dime: ¿en conciencia crees tú que el no tener ningún vicio equivale a tener todas las virtudes?

—¡Oh! No, seguramente. Pero no me pida usted opinión sobre un personaje que no conozco, pues la pintura que usted me hace, con ser muy buena, es pintura, y entre un retrato y su original hay siempre un abismo.

—Es verdad. No quisiera yo decir nada malo de mi nieto... ¡Oh, no!... Quisiera decir mucho bueno..., y lo diré, sí; te lo diré, aunque me violente un poco. Rodrigo administra su hacienda como un matemático. Rodrigo es religioso, devoto de la Virgen; cumple con la Iglesia; jamás ha salido de sus labios una blasfemia ni una palabra malsonante. Enredos de mujeres, nunca los ha tenido...; es la misma castidad. Rodrigo no ha tomado nunca nada que no sea suyo: sobre su conciencia no pesa un solo

maravedí de propiedad ajena. Rodrigo no dice una mentira ni que le maten; no trasnocha ni pierde el tiempo en vanas tertulias de holgazanes; Rodrigo no fuma; Rodrigo no bebe; Rodrigo no escandaliza... Con esta pintura, querido, creerás que mi nieto es un santo.

—¡Oh! Nunca. Veo cualidades negativas. Todo ser humano tiene su reverso.

—Y el reverso es muy feo... Si te empeñas en que yo desdore mi casa dándotelo a conocer, lo haré... Rodrigo desconoce la compasión; para él, la caridad es muy semejante a las funciones administrativas y se reduce a ir juntando ochavos toda la semana, para repartirlos metódicamente el sábado a los pobres que llaman a la puerta de la casa. ¿Quieres que me alabe un poco? No me gusta alabarme, pero lo haré para que me salga el argumento. Si tuviera yo en este instante las rentas que he perdonado a mis caseros cuando se veían apurados por las malas cosechas o por otra desgracia, ¡los pobres!, sería hoy el primer ricachón de España.

—Y su nieto de usted, ¿no ha perdonado nunca?

—¡Perdonar!... ¡El! Primero se hunde el firmamento. En fin, querido, permíteme que no diga más. No es decoroso para mí sacar a pública vergüenza los defectos de personas de la familia. Yo he sido un disipador, un pródigo, lo reconozco; pero soy el jefe de una casa ilustre; soy un pobre viejo, un glorioso árbol caído, y merezco, si no que se me ame, al menos que se me respete. Juana Teresa, que me odia porque siempre he sabido ser noble y ella no, porque los inferiores, los humildes, me llaman a mí don Beltrán el *Grande* y a ella *doña Urraca*. Es tan corta de alcances, que no ha enseñado a mi nieto más que tres cosas: rezar de carretilla, contar dinero y aborrecer a su abuelo... Dos años llevamos de guerra sorda: el pasado rumboso y el presente cominero son incompatibles. Entre la madre y el hijo, rivalizando los dos en crueldad y sordidez, me han reducido a una estrechez humillante..., y lo peor es que ponen a prueba mi dignidad, obligándome a pedirles lo que necesito. De aquí las cuestiones, el choque inevitable entre mis apremios y sus negativas..., entre mi carácter de noble en decadencia y el de ellos, plebe enriquecida...: Yo no puedo menos de ser gran señor... Noble nací, noble moriré... ¿Ver yo una necesidad y no socorrerla? Imposible. ¿Escatimar yo las recompensas a quien me sirve? Imposible. Soy así; me glorío de serlo y creo que mi piedad es el contrapeso de mis faltas. Me presentaré ante Dios y le diré: «Señor, he sido un tal y un cual...; pero vea Su Divina Majestad estas cositas buenas que aquí traigo en mi haber...» Yo, poniéndome en lo razonable, Fernandito, comprendo que se me tase, que se me sujete a cierta medida, ahora que soy viejo; pero no tanto, no. Ni paso porque mi nieto me trate con esa sequedad administrativa que me envenena la sangre, ni porque trastorne de un modo monstruoso la ley de la Naturaleza, tratándome como a un niño mal criado y erigiéndose él en viejo autoritario. Esto es absurdo, esto es repugnante, esto clama al Cielo. ¡Yo, un niño calavera..., él, un viejo regañón!... ¿Has visto...? Tanto él como *doña Urraca* se me suben a las barbas y me riñen con cierta suavidad más cargante aún que el desabrimiento, con cierta monita y caída de ojos propias de mojigatos... Un día se escandaliza mi nieto porque, no pudiendo desmentir mi natural obsequioso, digo cuatro chicoleos de buen tono a las muchachas bonitas que van a casa. Otro día se me remonta *doña Urraca* porque he ido tarde a misa, porque me escabullo a la salida de la procesión o porque digo que nuestro capellán es un bendito alcornoque... Y luego me atacan los dos juntos porque me quejo de la poca variedad de las comidas o porque no se me dispone toda la ropa blanca que exige mi costumbre de mudarme diariamente; porque hablo de París o porque sostengo que lo más bello que Dios ha creado es la mujer; porque me río de los que se mortifican y se dan disciplinazos y sostengo que Dios no nos ha puesto en el mundo para que nos destrocemos las carnes, sino para que nos demos la mejor vida posible y seamos dichosos; porque doy mi ropa en mediano uso al veterinario, al maestro de escuela, o porque me miro un ratito al espejo, o porque no quiero arrinconar los retratos de algunas hermosas damas que fueron mis amigas, o por otras mil y mil cosas inocentes, propias de mi edad, de mi hábito noble, de mi condición generosa... ¿Verdad, querido

Fernandito, que soy muy desgraciado en mi vejez y que merezco otra familia? ¡Ay..., la entereza me falta!... Me siento decaer horriblemente; creo que el perder la vista es una forma física de la pérdida de la dignidad... Que me muera pronto es lo que me conviene. ¿Verdad que debo morirme, para no ser humillado, para no padecer...?

Terminó el pobre anciano sus quejas poseído de viva emoción, que se manifestaba en cortados suspiros, en la humedad de la nariz y de los ojos tiernos, la cual llegó a ser tanta, que hubo de acudir a ella con el pañuelo.

XIII

—Vamos, don Beltrán, no se aflija—le decía el joven con sincera y honda lástima—. Sería usted muy desgraciado si fuese ésa su única familia. Pero, por dicha suya, tiene a su hija Valvanera...

—Sí, sí..., es cierto...—murmuró don Beltrán, sonándose fuerte—. Pero tampoco allá, ¡ay!, faltan espinas... No es tanto como en Cintruénigo. Cree que Cintruénigo es para mí un purgatorio anticipado, donde estoy pagando todas mis tropelías contra la moral, querido Fernando... Pero déjales, que también ellos purgarán sus crueldades conmigo... Sí, me las pagan, me las pagan, y pronto. Dios es justiciero, Dios es vengador, Dios da a cada uno su merecido. Me recreo en mi venganza, en el castigo divino... Tú lo has de ver; no quisiera morirme sin verlo.

—Y ¿qué hemos de ver?

—¿No caes en ello? Pues las calabazas garrafales que le está preparando la mayorazga de Castro. La chica tiene entendimiento, sabe juzgar fríamente las cosas. Imposible que, después de tratarle un poco, deje de ver la sequedad de aquella alma, aquel villano egoísmo, aquella sordidez repugnante; y viendo esto, es imposible que le ame, mayormente cuando su voluntad se encariña con otro hombre, en verdad digno de ella. Demetria no es de estas que se alucinan; no se dejará coger, no, en las redes candorosas de doña María Tirgo ni en las astutas trampas de mi *doña Urraca*... De modo que... figúrate mi alegrón si triunfamos..., y triunfaremos... ¡Ah! Ese roñica ha entrado en La Guardia pensando en que pronto meterá en sus baterías de números las rentas del mayorazgo de Castro-Amézaga... No es flojo chasco el que se llevará... ¡Ay! Si Dios me concede que vuelvan a Cintruénigo corridos, no me quedaré sin ir a presenciar espectáculo tan delicioso... Créelo: pensándolo me rejuvenezco.

A esta última parte de las quejas y resquemores de don Beltrán no prestó Calpena toda su atención, porque le distraía un sujeto harto enigmático que momentos antes se había sentado junto al hogar, y no cesaba de mirarle con fijeza impertinente. No era la primera vez que le veía, pues al entrar en Villacomparada se le apareció por delante, caballero en un gallardo burro; luego se puso a retaguardia y fué siguiendo la caravana, acomodando al paso de ésta el andar de su pollino. No era el tal de aspecto desapacible, ni sus trazas las que suelen caracterizar a la gente sospechosa. Representaba veinticinco años lo más y era su estatura garbosa y aventajada, su rostro, más bien hermoso que feo, aunque ceñudo y lleno de oscuridades; su vestimenta y calzado de hombre rudo, huésped de las alturas pedregosas mas que de los valles amenos: zamarra y botas altas, boina, todo de un gris terroso. Si llevaba armas, no se le veían. No hablaba con nadie; consumía fuertes raciones de carne y vino, y comiendo y bebiendo, o sin más ocupación que hurgar el fuego con su vara, empleaba casi todo el tiempo en mirar a don Fernando, haciéndole objeto de un enfadoso y cansado estudio. Naturalmente, viéndose tan mirado, Calpena le observaba también; y como nada advirtiese por donde pudiera descubrir el motivo de aquel examen descortés, aprovechó las cortas ausencias del sujeto para indagar quién era. Los mesoneros no supieron darle razón. Por el habla parecíales vizcaíno; si llevara armas, creerían que era cazador. No le habían oído hablar con nadie más que con el burro, al cual debía querer como a hermano, pues a menudo daba una vueltecita por la cuadra para verle comer y acariciarle el lomo.

Por la noche, mientras cenaba, observó Calpena que el del asno, sentado a la mesa pequeña con otros dos, persistía en mirarle, como si le estuviera retra-

tando. Ya le cargaba tanto aquel tipo, que estuvo a punto de acercarse a él y pedirle explicaciones. Pero consultado el caso con don Beltrán, advirtióle éste que lo más propio de personas principales era no parar mientes en tal hombre. ni cuidarse de él para nada.

—Porque ahora resultará que él puede quejarse de la misma impertinencia por parte tuya, pues mirando a ver si miran, ello es que los dos se provocan, y confunden en una sola necedad sus necedades respectivas. Cambiemos de asiento, y así le tendrás a la espalda... Pues a mí también me mira... Voy a echarle un saludo con la mano... ¿Sabes que más que de cazador tiene trazas de chalán o tratante en caballerías? Verás cómo después de tanto mirar se sale con la gaita de que le compremos su burro.

Al siguiente día, caminando los viajeros hacia la sierra, pues por alejarse de Medina de Pomar, donde andaban a tiros cristinos y facciosos, tuvieron que dar un largo rodeo, se les apareció de nuevo el caballero del borrico, que casi juntamente con ellos entraba en la venta de Villalomil.

—Oye — dijo don Fernando a su criado—, hazme el favor de llegarte a ese hombre, y con cualquier pretexto averigua quién es, qué demonios busca por aquí y cómo se llama; y si consigues entrar en confianza con él, le preguntas que por qué me mira.

Cuando cenaban los señores entró Sabas a manifestar a su amo el resultado de sus investigaciones, el cual, contra su voluntad y diligencia, era enteramente nulo. Preguntado había, sí, todo cuanto preguntar puede un hombre que sabe su oficio de preguntón; pero el otro no respondía más que un marmolillo.

—Es mudo, señor.

Observó a esto Calpena que él le había oído hablar con su burro y con el mesonero de Villacomparada.

—Pues entonces, señor, sordo es—afirmó Sabas—; más gritos que yo le he dado no le daría el pregonero de mi lugar, y no se enteraba ni chispa.

Riéronse y no se habló más del asunto hasta dos días después, hallándose en los altos de Medina, con un tiempo horroroso de agua, viento y nieve, que les obligó a guarecerse en unas cabañas de Recuenco. Despejado un poco el cielo, aprovecharon una clara para seguir su camino en busca de mejor pueblo donde alojarse, y no habían andado media legua cuando divisaron burro y caballero, por vanguardia, saliendo de un bosque. Como a distancia de un tiro de fusil anduvo toda la tarde el desconocido, y al llegar al llano que hay cerca de Valmayor, empezó a dar carreras muy lucidas de una parte a otra, cual si quisiera ofrecer a los caminantes una verdadera función de jineta borriquil. Admiraban aquéllos las airosas carreras del asno, sus desplantes y corvetas, y celebraron la destreza con que lo manejaba su extravagante caballero. Más adelante viéronle parado junto a unos pastores. Como era indudable que hablaban, ya fuese con palabras, ya por señas, mandó don Fernando a su escudero que se adelantase para pedir informes de sujeto tan extraño.

—Y que le proponga que nos venda el burro—dijo don Beltrán—, que bien merece se le dé diploma de nobleza, elevándole a la categoría de caballo de orejas grandes.

Volvió Sabas al poco rato con las referencias que le dieron los pastores. No sabían más sino que el tal era bilbaíno y que solía venir por aquellas tierras a tratar de cortas de maderas para las ferrerías. A consecuencia de una enfermedad de la cabeza, se había quedado sordo; y aunque no era mudo, como lo decía todo en vascuence o en un castellano de perros, costaba Dios y ayuda entenderse con él. Le llamaban *Churi*.

Con esto, que no era poco, hubo de contentarse don Fernando, creyendo que el señor aquel no estaba bueno de la cabeza. En Valmayor encontraron los viajeros mejor acomodo, y no les vino mal, porque arreció el temporal de duro toda la noche, y fué una suerte que no les cogiera en despoblado. Tres o cuatro días tuvieron que permanecer allí, pues los caminos quedaron intransitables, y la glacial temperatura convidaba a no abandonar la proximidad del fogón. Reíase don Beltrán de ver a su amiguito tan descontento, y gozoso le decía:

—No te apures, hijo, que ya llegaremos, ya llegarás a donde te llama tu locura. Te advierto que no siempre estriba nuestra felicidad en llegar pronto a donde queremos ir, como dice un refrán; que yo sé por experiencia cuán venturoso es llegar tarde en multitud de casos, tarde,

sí, y cuando ya las cosas no tienen remedio.

No sólo sentía Calpena contrariedad y disgusto por los entorpecimientos de su viaje, sino tristezas hondísimas, motivadas por causas que no sabía desentrañar. Encontrábase ya demasiado lejos de la señora invisible; veía muy agrandado el espacio entre su persona y la desconocida y amante deidad protectora. Tantos días sin saber de *allá* le inquietaban, le entristecían, ennegreciendo horrorosamente la impresión de su soledad en el mundo. Una noche de espantosa ventisca, aburrido y desalentado, sin que lograsen sacarle de su melancolía los cuentos galantes y las festivas anécdotas de don Beltrán, llegó hasta sentir miedo de seguir avanzando hacia Vizcaya. Casi delirante, pensó que debía volverse. ¿Adónde? ¿A La Guardia, a Madrid? Ni él mismo podía determinar adónde le llamaban sus recónditos anhelos. La mañana calmó su confusión, y despejado su cerebro, volvieron a dominar los antiguos planes y propósitos. Adelante, pues, con la orgullosa divisa: *A Bilbao por Aura.*

Estaba de Dios que en vez de disminuir acreciesen los estorbos que así la Naturaleza como los hombres oponían al generoso anhelo de don Fernando, porque no bien abonanzó el tiempo y se secaron los caminos, viéronse detenidos los viajeros por un tropel de gente, que en dirección opuesta corría: aldeanos, mujeres, familias enteras, con sus animales, carros, provisiones y aperos de labranza. Eran meneses fugitivos, que abandonaban sus hogares amenazados por la facción. El pánico de que venían poseídos no les permitía precisar las noticias que daban. A muchos interrogó don Beltrán, sin sacar en limpio más que el hecho indudable de que los carlistas ocupaban parte del valle de Mena, y seguían avanzando, como con intento de cruzar la provincia de Burgos. Quién afirmaba que componían la expedición seis batallones mandados por Zaratiegui, con muchos caballos y artillería; quién que eran la mitad de la mitad, pero los bastantes para asolar y revolver toda la comarca. Entre tanta gente, hubo algunos que conocían a don Beltrán, y le dijeron:

—Señor, vuélvase y no piense en ir a Villarcayo. Su familia se ha refugiado en Espinosa de los Monteros.

No necesitó Urdaneta saber más para volver grupas, siguiéndole Calpena de malísimo talante. Desandado el camino, como a unas dos leguas encontraron tropas cristinas, las cuales les anunciaron que en Medina de Pomar no había ya facciosos, y que allí podían refugiarse con toda seguridad, añadiendo que no tardaría mucho la tropa liberal en despejar todo el valle de Mena hasta Valmaseda, guarneciendo el puerto de los Tornos y Sierra Salvada, a fin de cortar el paso del enemigo a la provincia de Burgos. Si intentara correrse por las Encartaciones hacia la de Santander, también se les pondrían buenas compuertas en Ramales y Guardamino. Con tantas contrariedades y las repetidas tomas de resignación, había llegado ya Calpena a un estoicismo torvo y displicente.

—¿Qué remedio tienes, hijo—le decía don Beltrán—, más que bajar la cabeza ante el Destino, o hablando cristianamente, ante la voluntad de Dios? Bien podría suceder que esto que juzgas adverso, fuera todo lo contrario: el principio de tu felicidad.

Y he aquí que Medina de Pomar, histórica villa, les recogió y agasagó rumbosa, pues allí tenía Urdaneta amigos y parientes; y no llevaban cinco días de aquella cómoda residencia, que para don Beltrán era un descanso y para Calpena una esclavitud, cuando vieron llegar buen golpe de tropas cristinas. Sucedíanse los batallones, que se iban escalonando en los pueblos del valle hasta Villasante; la división de Alaix llegó la primera, con numerosa caballería y trenes de batir; siguió la de Oraa, y por fin, una tarde vieron llegar con su lucido Estado Mayor al general en jefe del Ejército del Norte, don Baldomero Espartero, que se alojó en el palacio del condestable.

—En todo ha de tener suerte este Baldomero—dijo don Beltrán a su amigo, a poco de verle pasar—. Por traer consigo todo lo bueno, hasta el buen tiempo trae. ¿Cuántos días llevábamos sin ver la cara del sol? Lo menos diez. Pues lo mismo es llegar mi hombre que se abre un gran boquete en la panzaburra de las nubes, y los rayos del sol salen a juguetear en los entorchados del afortunado caudillo. ¿No advertiste que cuando entraba en la plaza se despejó el cielo y nos vimos inundados de claridad y de un dulce calor? Pues es la suerte, hijo la suerte de este hombre, que vino al

mundo en el signo de Piscis, los peces, por donde ha resultado que es un pescador formidable. Ya le tienes hecho un tenientazo general, y no por chiripa, sino ganando sus grados en acciones de guerra, batiéndose con arrojo y con éxito; y no es esto sólo, pues en aguas muy distintas de la milicia ha demostrado que es gran pescador. Aquí donde me ves, soy su víctima, querido Fernando; víctima de la loca estrella de este hombre, que no pone mano en cosa alguna que no le colme de ventajas. ¿Quiere que te lo cuente? Antes de ir a visitarle..., ya me vió al pasar..., notarías que me saludó muy afable, sonriendo..., pues antes de subir a su alojamiento, quiero satisfacer tu curiosidad, y al propio tiemoo ofrecerte una saludable enseñanza, que espero te sea provechosa... El año veintiséis vino Baldomero de América con reputación de valiente soldado, y le destinaron a Pamplona, donde yo residía entonces. Pronto nos hicimos amigos. El y otros jefes militares, con diversos señores y señoritos de la aristocracia navarra, matábamos el ocio de la tediosa vida de aquella ciudad en la agradable mansión de un amigo nuestro, segundón de Ezpeleta, donde teníamos una trinca..., hombres solos...

—Y allí se entretenían en verlas venir..., pasatiempo muy de militares más o menos gloriosos, y de nobles más o menos arruinados.

—Tú lo has dicho. Ya me había prevenido Ezpeleta: «No juegues con ese *ayacucho* que ha traído de América, con la pérdida de las colonias, una racha espantosa para perdernos a los de acá.» Pero yo no hice caso. Dominado por el maldito vicio, una noche nos pusimos a matar el tiempo... En menos de dos horas y media me ganó cuatrocientas onzas..., cuatrocientas onzas, querido Fernando, que todavía me están doliendo... Ya ves qué a pelo viene la moraleja. Hijo mío, no juegues, no te dejes dominar de ese vicio insano... Ten mucho cuidado con los héroes; que los afortunados en la guerra no lo son menos en el naipe...

XIV

...Mi desgracia, lejos de enfriar la amistad con Baldomero, la hizo más firme y cordial. Y en vez de mostrarme vengativo, aproveché la ocasión que me presentó el Acaso para prestar a mi desvalijador un gran servicio. Nada, que el *chico de Granátula* me debe su felicidad, la mayor y más bella victoria que ha ganado en el mundo. ¿Recuerdas el consejo que te he dado a ti? Pues hallándose Espartero en una situación de perplejidad semejante a la tuya, le dije: «Hijo mío, cuando encuentres un árbol de grata sombra y cargado de fruto, etcétera, etcétera...» Como tú, el buen *ayacucho* había encontrado el árbol, y como tú vacilaba, perdido el seso por una hermosura tras de la cual corría sin poder atraparla, una visión ideal... Pero yo, que gusto de encaminar a la juventud por las buenas vías que no supe seguir, no le dejaba de la mano, y en nuestros paseos por la Taconera, o charlando en la casa donde teníamos la timba, le enjaretaba a cada instante mi sermón fastidioso: «Cuando encuentres un árbol, etcétera...» Pues el hombre, al contrario de lo que haces tú, se penetró de la sabiduría de mi consejo y se sentó a la sombra. El árbol riquísimo es Jacinta Sicilia, rica heredera de Logroño, que se hallaba de temporada en Pamplona con su padre, grande amigo mío. Tuve la satisfacción de apadrinarla en su boda con Baldomero, lo que era un doble padrinazgo, porque la saqué de pila: es mi ahijada... Conque ya ves: pensé darte ahora una sola lección, y te he dado dos: la del juego y la del árbol. Mírate en ese espejo; mírate en ese general de fortuna, que hoy tiene cuanto puede apetecer un hombre: la gloria militar y la felicidad doméstica. ¡Qué mujer se ha llevado! No le echa Demetria el pie adelante en lo honrada y hacendosa, y en hermosura se queda a la zaga de Jacintita, que es, para que lo sepas, una preciosidad.

—Contesto lo mismo que antes, señor don Beltrán... No hay paridad. Este don Baldomero es el hombre de la suerte...

—Nació en Piscis: por eso ha pescado.

—Pues yo debí nacer en Escorpión, signo de la desgracia: todo se me dispone al revés de como lo deseo.

—Ríete de cuentos. Es que haces siempre lo contrario de lo que ordena la lógica.

—Dígame: ¿le ordenaba a usted la lógica ponerse a jugar con Espartero?

—En el juego no hay lógica; no hay

más que suerte. Y que Espartero la tenía favorable no puede ponerse en duda. Oye este golpe que me ha contado él mismo. Hallábase prisionero en no sé qué plaza de América y a punto de ser fusilado, cuando por intercesión de una hermosa dama, a quien obsequiaba el gran Bolívar, consiguió que le perdonasen la vida. Escapó como pudo, y estando en Quilea, en espera de un buque que le trajese a España, encontróse mi hombre sin ropa, sin alhajas, sin dinero, en situación absolutamente precaria...

—¿Y qué?... ¿Le deparó Dios un árbol?

—Precisamente. Según ha contado más de una vez, encontró en su camino árboles grandísimos que le convidaban a ahorcarse... Pero no lo hizo... Dios le deparó un alemán, sí, un alemanote rico, que iba también buscando barco. Hospedáronse en un caserío, donde no había nada que comer. Buscando por aquí y por allí, encontraron una baraja, y por matar el tiempo y engañar el hambre se pusieron a jugar. ¡Cuando te digo que nació en Piscis!... En un par de horas, Espartero le ganó al alemán ¡dieciséis mil duros! Ya ves: ¿es eso suerte o lógica?

—Es lógica, porque al alemán le quedaría otro tanto, y bueno era partir para que el otro pobre se remediara.

—Puede que estés en lo cierto. En fin, me voy a darle un apretón de manos. Ya habrá pasado todo el barullo de la recepción de autoridades. Espérame aquí, que no pienso entretenerme mucho.

Fuése don Beltrán a visitar al general en jefe, y Calpena le aguardó en la plaza, charlando con algunos oficiales que conocía. Enteróse de que los carlistas se cernían sobre Bilbao, lo que le puso en grande inquietud, aunque sus amigos, con optimismo juvenil muy propio de la raza, aseguraban que sería cuestión de días el hacerles levantar el cerco. Espartero no se andaba con chiquitas: hombre de formidable empuje, poseía el don divino de infundir a las tropas su bravura y llevarlas como a rastras a la victoria. No era un general de estudio, sino de inspiración, chapado a la española, hombre de arranques, de *cosas*, con el corazón en la cabeza. Las propias ideas le expresó don Beltrán al regreso de su visita. Los facciosos se disponían a sitiar a Bilbao en toda regla, decididos a perecer o tomarla. Por segunda vez ponían sus ojos y su alma toda en la valerosa villa, esperando domarla al fin y hacerla suya. Pero el hueso era demasiado duro, y Espartero había jurado que allí se dejarían los dientes. Por de pronto tenía que atender a cortar los vuelos a los facciosos mandados por Sanz, que merodeaban ya en el valle de Mena y querían pasarse a Castilla la Vieja. Desbaratada la expedición, llevaría todo su ejército contra los sitiadores de Bilbao. Los elementos con que contaba eran el valor de sus tropas, su buena estrella y la ayuda de Dios.

—Después de lo que me ha dicho Baldomero—añadió don Beltrán—, conceptúo, querido Fernando, que no hay locura comparable a la tuya si te empeñas en ir a Bilbao.

—Pues téngame usted por rematado —replicó el joven—. Antes que los carlistas establezcan su línea, he de intentar penetrar en ese pueblo glorioso, que ya rechazó un sitio formidable y rechazará también el segundo... Emprenderé mi caminata hoy mismo...; y si no puedo entrar por el valle de Mena, intentaré correrme a la parte de Santander para escurrirme por la costa.

—Por una y otra parte encontrarás peligros invencibles. Ya me aflige la pena, el presentimiento de que no volveré a verte, si persistes en tu disparatado empeño. Yo que tú, me agarraría a los faldones del afortunado general y correría la suerte del ejército de la reina. Si éste rompe el cerco, entraría con él, y si no, me quedaría tan fresco de esta otra parte, viendo venir los acontecimientos, que es la gran filosofía.

Objetó Fernando que aguardar a que Espartero entrase a socorrer la plaza era diferir por tiempo indeterminado su empresa. Decíale el corazón que no debía perder ni un día, ni una hora. Al juicioso consejo de que esperara siquiera los días necesarios para recoger en Villarcayo las cartas que de Madrid le escribirían, replicó que si Dios le favorecía en su empresa tardaría poco en volver satisfecho y triunfante, y que entonces recogería las cartas. Estrechándole más, anunciole Urdaneta irremisible perdición si emprendía el viaje a caballo con su escudero, en el pergenio de señorito rico que viaja por recreo; y a esto contestó Fernando que él y su criado dejarían los caballos en Medina al cuidado de los

servidores de don Beltrán, y emprenderían su caminata a pie, disfrazados magistralmente. Aún no había agotado el tenaz viejo sus argumentos, y por la noche, cenando, volvió a la carga con estas marrullerías:

—¿No sabes, Fernandito? Hablé de ti a Esparteró, y me dijo que te conocía... No, no; no te conoce personalmente. Tanto él como Jacinta han recibido cartas de Madrid rogándoles que se interesen por ti y que no te permitan hacer locuras. Esto sí que es raro. ¿Quién les ha escrito esas cartas? No ha querido decírmelo. Yo quedé en presentarte a él.

—A la vuelta, don Beltrán. Por más que usted crea lo contrario, volveré pronto. Al amanecer me pongo en camino. Pasado mañana estaremos Sabas y yo en Bilbao.

—Te apuesto lo que quieras a que no.

—Lo que usted quiera.

—Has dicho que me dejas tu caballo. Pues si antes de tres días estás de vuelta en el Cuartel general, pierdes.

—Y se queda usted con el caballo. Pongo cien onzas encima.

—Cierro.

—Cerrado. Y si dentro de ocho días estoy en el Cuartel general trayendo conmigo lo que voy a buscar, ¿qué me da usted?

—No puedo darte onzas, porque no las tengo. Tuyos son mis dos mejores caballos.

—Cerrado. ¿Gano también la apuesta en el caso de no traer conmigo lo que voy a buscar?

—¿La hembra?... No, no; si no la traes, pierdes. Venga la niña, pues no hay otra manera de acreditar que has entrado en Bilbao. A no ser que traigas su cabeza, o siquiera su cabellera. Retratos no valen.

—Pues sostengo la apuesta. Tres días para volverme si no puedo entrar.

—Pongamos ocho días para el pro y para el contra. Si vuelves sin ella, pierdes. Si la traes, mis caballos son tuyos, y de añadidura seré tu padrino de boda, siempre y cuando tus ideas sean matrimoniales.

—Lo son... Ya verá qué árbol, don Beltrán.

—Arbol que va y viene, no tendrá muchas raíces.

—Lo veremos. Tenga presente que el padrinazgo es parte integrante de la apuesta.

—Que cerrada entre los dos es como escritura pública. Mis dos mejores caballos y padrino de boda. No hay más que hablar.

—Mi caballo y cien onzas encima.

—¡Cerrado!

A la mañana siguiente, hallándose Calpena con Sabas en un caserío próximo a Medina, tratando de la adquisición de unos vestidos para disfrazarse, vieron al sordo que aparejaba su borrico majo para montar en él. Al verles llegar, dejó el animal atado a un árbol y entró presuroso en la casa; Sabas fué tras él, y le vió de rodillas junto a un arcón, muy atento a lo que con dificultad escribía con un lápiz en un arrugado papel.

—Señor—dijo el escudero a su amo—, está haciendo palotes, y le cuesta, le cuesta, sin duda, porque son palotes vascuences.

Al poco rato viéronle montar en su pollino y partir a la carrera, sin mirar atrás. Una mujer se llegó a Calpena, y dándole un papel le dijo que *Churi* había dejado para él aquella escritura, la cual era tan tosca, que a duras penas pudo descifrar Fernando sus groseros trazos. Con dificultad pudo interpretar este concepto: «Señor don Fernando: *bay ga sarri sarri Bilbo.*»

—Ese tonto—dijo Calpena—me recomienda que vaya a Bilbao, y pronto, pronto, pues cosa de prontitud creo que significan las palabras *sarri sarri*. Ha querido decírmelo en castellano; pero a la mitad le ha faltado la suficiencia.

Discutieron amo y criado si aquella misteriosa indicación era de amigo o de enemigo; inclinándose don Fernando a lo primero. Opinó Sabas que debían andarse con tiento en hacer caso de tal advertencia, que bien podía ser reclamo de ladrones o de facciosos para armarles una celada en las revueltas del camino. A esto hubo de objetar don Fernando que no sabía que en ningún tiempo empleasen los bandoleros tales añagazas. Obra de un pobre demente, más que de un malvado, era el tal papelejo, que ni le quitaba las ganas de ir a *Bilbo* ni a darse prisa le estimulaba.

Cerca de la Nestosa volvieron a encontrarle, sin que mediara entre unos y otro manifestación alguna, y más adelante, mucho más, próximos a Ontón, en la costa cantábrica, cuando se vieron detenidos por una imponente banda de

carlistas, apareció de nuevo el sordo. A la ligereza de sus pies debieron Calpena y Sabas, con otros trajinantes que les acompañaban, salvar la pelleja en aquel conflicto, y mal lo hubieran pasado si no buscaran pronto refugio en una estrecha garganta por donde salieron a las Encartaciones. En su veloz huída pudo Sabas advertir que al sordo le quitaban el jumento. ¿Perdió también la vida? Esto no trataron de averiguarlo, atentos a poner en seguridad la propia. Tenaz hasta la temeridad loca, intentó don Fernando tres días después atravesar la línea por Valmaseda, y allí, con mayor riesgo de perecer, hubo de darse por vencido, retrocediendo al valle de Mena con el pesar de ver frustrado su audacísimo intento.

—¡Cómo se va a reír mi amigo Urdaneta cuando nos vea llegar!—decía, recorriendo con Sabas veredas y atajos, temeroso aún de ver salir tras de cada mata el odiado fusil del guerrillero carlista—. ¡Y cómo se alegrará de haberme ganado la apuesta, pícaro viejo!... ¿Querrás creer que no puedo apartar de mi pensamiento al maldito sordo? ¿Le mataron? ¿Pudiste observar si escapó como nosotros, o si acabaron allí sus correrías?

—Señor—dijo el escudero—, cuando le quitaron el pollino acometió a los facciosos. O es loco rematado, o más valiente que el Cid, pues sólo la emprendió a patadas y mordiscos con un tropel de ellos. Juraría que en pelea tan desigual le vi caer patas arriba.

XV

Cierta era la anterior referencia. El desgraciado *Churi*, estimando más la posesión del asno que su propia existencia, embistió a los fieros enemigos que le arrebataron lo que más amaba en el mundo. Alguno de los facciosos le conocía, sin duda, e intercedió para que no le mataran. Le apalearon de lo lindo, dejándole, como observó Sabas, patas arriba. Pero en cuanto los carlistas se desocuparon de él, púsose patas abajo, todo magullado y con los huesos doloridos, y se dejó caer, o se deslizó gateando por un cantil hacia las rocas donde batía la mar brava, y allí estuvo escondido hasta que, asomando una y otra vez la cabeza entre peñas, adquirió la certidumbre de que los bárbaros iban lejos. Andando con los cuatro remos de costado por los cantos resbaladizos, más parecido a un enorme cangrejo que a un hombre, avanzó todo lo que pudo por la costa hacia el Este, pues los carlistas habían seguido hacia Occidente. Le anocheció cerca de la rada de Berrón. Recogido al amanecer por una lancha de Plencia, desembarcó en Algorta, y de allí salvó en otra lancha la barra, desembarcando al fin sus pobres huesos a la siguiente noche oscura en el propio Desierto. Entró en Bilbao por su pie; en su casa le agasajaron sus primos, padre y tíos, que alarmados estaban ya por su demora, y el primer cuidado fué darle friegas con aguardiente en todo el cuerpo y meterle en la cama, donde sólo permaneció horas, porque su viveza era incompatible con el reposo, y no quería más que correr a enterarse de cuanto en la gloriosa villa ocurría. Era la casa una de las de la Ribera frente a la Merced, con tienda famosa de artículos de mar, bien provista de toda clase de aprestos para la navegación de vela. La muestra ostentaba una fragata bastante bien pintada al óleo, navegando a toda vela, sin añadidura de nombre alguno ni especificación de lo que allí se vendía. Los dueños vivían en el entresuelo; el piso bajo estaba ocupado totalmente por el género comercial, hierros, lonas, cabos y mil objetos tan extraños de forma como de nombre, que la gente de tierra adentro habría creído caprichosos, fantásticos. El olor de alquitrán era como el alma del recinto; y tan connaturalizados con él se hallaban los habitantes de la casa, que les olía mal el aire libre cuando pasaban de la tienda a la calle.

Eran a la sazón dueños del establecimiento los hermanos Valentín, Sabino y Prudencia Arratia, hijos del difunto José María de Arratia, comerciante bilbaíno, que murió el 30, dejando un nombre intachable y restos de una fortuna quebrantada por malos negocios. Cada uno de los tres hermanos necesita filiación propia, por ser los tres caracteres muy significados y castizos en aquella raza tan inteligente como trabajadora.

Valentín Arratia, el primogénito, con cincuenta y tres años el 36, era piloto de altura, y había pasado lo mejor de su vida *rompiendo mares* en América y en el Norte. Mandó primero barco ajeno,

después barco propio, del cual fué capitán y armador. El 28 se divorció de la mar salada para dedicarse al comercio de tablazón, que hubo de abandonar al principio de la guerra, refugiándose en el establecimiento paterno. Era hombre al propio tiempo duro y dulce, como el turrón de Alicante, aferrado a un corto número de ideas en el orden social y moral y con gran caudal de ellas en todo lo referente a la náutica y gobierno de naves. Enviudó de su mujer el mismo año en que le hizo la cruz a la mar. Esta le dejó un reuma que le cogía todo el costado derecho, haciéndole andar escorado, y su esposa le dejó un hijo, que es el *Churi* del burro, y además una ferrería situda en Lupardo, barrio de Miravalles.

Prudencia, a quien se da el segundo lugar por respeto a la cronología, con cincuenta y un años el 36, casó en Eibar con un rico armero. Viuda a los tres años de matrimonio, contrajo segundas nupcias con Ildefonso Negretti, residiendo muchos años en Burdeos y Bayona. Esposa dos veces, nunca fué madre.

Sabino, el más joven de los tres hermanos, estuvo largo tiempo en desacuerdo con sus padres, por haberse casado a disgusto de ellos con una moza de Bermeo, hija de pescadores. Hechas las paces con la familia, vivió algunos años en Bilbao dedicado a la construcción de buques; era un habilísimo carpintero de ribera, y muy fuerte en arquitectura naval, que no aprendió por principios, sino por reglas y módulos de maestros empíricos. De su astillero salieron buques muy afamados, algunos tan veleros, que iban a parar a manos de los tratantes y cargadores de esclavos en el Golfo de Guinea. Era además buen mecánico en todo lo que se relacionaba con el arte naval, y muy entendido en la fundición y forja del hierro. Su mujer, que falleció del cólera, le dejó tres hijos: José. Martín y Zollo, que el 36 eran unos tagarotes de veintitantos años, y no desmentían la cepa vigorosa de la familia ni su consistente devoción del trabajo.

Lo más admirable en los Arratias era la unión y concordia que entre ellos, desde la muerte del padre, reinaba, haciendo de los tres hermanos y de su prole una verdadera piña. Apretados uno contra otro, sin que ninguno mirase al interés individual, aplicándose todos con alma y vida al bien común, ofrecían gallardo ejemplo de la fuerza que, según el proverbio, es producto de la unión. Se agruparon no sólo por virtud, sino por necesidad o espíritu de defensa, pues cuando perdieron a su padre, los negocios de éste iban de capa caída y no se hallaban en situación más próspera los de cada uno de los hijos. Valentín había tenido desgracia en sus últimas expediciones comerciales, perdiendo en las del Norte lo que había ganado en las de América. El bergantín *Aurra (El Niño)* se le quedó en los hielos de Stettin, y sólo pudo salvar parte de la madera de que estaba cargado, el velamen y los instrumentos. La fragata *Victoriana*, construída por su hermano, fué vendida a desprecio para cumplir compromisos comerciales, resultado de una operación demasiado ambiciosa en cacaos de Carúpano y La Guayra. Quedábale después de estos desastres un capitalito que empleó en el comercio de maderas de Riga, el cual habría sido de seguros rendimientos si no viniera la guerra a entorpecer y paralizar las transacciones.

Por su parte, Sabino había tenido también reveses: el tráfico de pescado estaba muerto por la falta de comunicación con el interior, y la ferrería de su hermano, que a su cargo tomó, exigía para funcionar con fruto un gasto considerable, por hallarse en mal estado la turbina y toda la maquinaria. A ello se aplicó con ahinco; mas cuando pudo vencer las dificultades y empezó a trabajar, fué menester dar a los carlistas a bajo precio, por vía de canon, la mayor parte de los frutos de aquella industria. En tanto Negretti, que iba medianamente en la fabricación de armas, fué solicitado para poner sus grandes conocimientos mecánicos al servicio de la causa absolutista. Le repugnaba comprometer su apacible neutralidad política; pero de tal modo le deslumbraron con fantásticas promesas, que al fin cayó en la red, y se ajustó con los agentes de Carlos V, contando con la colaboración de su cuñado Sabino; mas éste, influído por los patriotas de Bilbao, se asustó y no quiso ir a Oñate. Trabajó Negretti solo, primero con éxito y valiosas recompensas, después con dificultades y contratiempos mil, hasta que le salieron envidiosos y enemigos en número alarmante y, acu-

sado de masón, fué perseguido y encarcelado inicuamente.

El fracaso de aquel trabajador tan inteligente como honrado produjo verdadera consternación en la familia, y les movió más a todos a estrechar la piña o fraternal agrupación, así para ir a la conquista de la fortuna como para defenderse de la adversidad. Y conviene advertir, para mayor esclarecimiento de la eficacia de la trinca, que el esposo de Prudencia era para Valentín y Sabino tan hermano como la hermana misma; que a falta de hijos a quienes querer como tales, Ildefonso y Prudencia amaban a los de sus hermanos como si fueran de ellos, y que todos, tíos y sobrinos, hermanos y cuñado, padres e hijos, se confundían en un sentimiento amoroso, que era el aglutinante de aquella humana concentración de fuerzas.

Aunque ya se sabe también, bueno es repetir que antes de establecerse Negretti en el real de don Carlos como maestro armero y constructor de proyectiles para la artillería, fué a Madrid llamado por un amigo a quien respetaba, y de aquel viaje se trajo una sobrinita, llamada Aurora, que confiaba a su tutela y protección. Sábese que mientras Ildefonso trabajaba en Oñate o Durango, la niña residía en Bermeo con su tía Prudencia, alternando en acompañarla Valentín, *Churi* y los hijos de Sabino. Alguien creerá que al agregar a la familia la persona de Aura, mujer de excepcional hermosura, de educación harto distinta de la de los Arratias, algo anárquica en sus pensamientos, antojadiza, nerviosa por todo extremo y poco dispuesta a la subordinación, se introducía en ella un principio disolvente, un disgregador poderoso. Así lo creyó Prudencia en los primeros días de su tutela, que fueron en verdad penosos por el desorden mental y el desenfreno imaginativo en que Aurorita se encontraba. Poco a poco se fué adaptando ésta al modo de ser de los Arratias, y la realidad, el roce continuo con los parientes de su tío efectuaron en ella como una segunda educación. Algunas molestias ocasionó a Prudencia, en los comienzos de la temporada de Bermeo, el cuidado y disciplina de la joven, y no porque ésta hiciese o pensase cosas malas, sino porque todo lo que pensaba y hacía era extrañísimo, perteneciente a otro mundo, a otro planeta... También consideraba Prudencia como una calamidad no floja la belleza, no ya humana, sino divina, de la hija de Jenaro Negretti. Hermosuras tan extremadas, cuyo semejante se encontraba sólo en las pinturas, en las imágenes de santos o en las estatuas mitológicas, eran, según ella, una aberración dentro de la Humanidad. ¿A qué conducía, Señor, que las mujeres fuesen tan rematadamente guapas, más que a producir mil quebrantos y desdichas? Cuantos hombres veían a la moza se volvían locos por ella. Un general carlista que la vió a las dos de la tarde, le escribió a las tres una carta amorosa, y a las cuatro fué a pedirla en matrimonio. Los muchachos no cesaban de rondarle la calle. Los más atrevidos acosábanla en el paseo con requiebros fastidiosos; otros disparaban contra la casa un fuego nutrido de cartitas y amorosos mensajes. Verdad que la hechicera niña, lejos de favorecer estas demostraciones, a todos ponía cara de pocos amigos, y fiel a la devoción sagrada de su amor primero y único, no hacía cosa alguna por donde se la pudiese acusar de liviandad, de inconstancia ni aun de coquetismo. Falta decir que Aura correspondió al cariño de sus tíos con una adhesión intensa, y aunque este sentimiento no llenaba ni con mucho el vacío de su alma, servíale de gran consuelo para soportar la dolorosa ausencia, forma sensible de la muerte, como ésta silenciosa, con lentitudes de tiempo que daban la impresión de la eternidad.

Desde los primeros días de convivencia, lo mismo Ildefonso que su mujer y los hermanos y sobrinos de ésta respetaron en Aura el conflicto misterioso que la joven se traía consigo, aquella pasión, aquel drama no bien conocido, y del cual el mismo Negretti no tenía más que vagas impresiones o referencias. La niña se había dejado en Madrid a su enamorado, que era un príncipe o cosa así; un joven a quien muchos tenían por hijo de potentado, quizá de un rey, quizá del propio Napoleón. La familia de este nobilísimo joven había gestionado la separación o el destierro de la enamorada. ¡Qué drama, qué hermosa poesía! Había, pues, traído la niña de Madrid su leyenda, y con ella un inmenso duelo, que respetaron con singular delicadeza los Negrettis y Arratias. Ninguno de ellos trató de desvirtuar la leyenda ni aplicar al

dolor los emolientes vulgares. Nadie le dijo: «Olvida eso, que es un delirio, un sueño, una idea...»

XVI

Seguramente no se equivocaba la niña al pensar que gente mejor que aquélla no existía en el mundo. ¡Qué diferencia de Jacoba! No podía desconocer que el cambio de tutela había sido felicísimo, aunque se hubiera efectuado en las circunstancias más tristes de su vida. Había pasado del infierno al cielo: verdad que era un cielo sin Dios, porque éste se le había quedado por allá, en regiones desconocidas, perdido en lontananzas tenebrosas. La temporada de Bermeo fué relativamente grata para la joven, porque allí recobró la salud y adquirió un gran amigo que le rehizo el alma, no combatiendo de frente su dolor, sino suavizándolo con tristezas calmantes, después con melancólicas dulzuras; arrullándola con acento de vaga poesía; entreteniéndola con juegos y ejercicios muy saludables; templando sus nervios y regalando su imaginación con espectáculos plácidos o sublimes; asustándola a veces un poquito, como para fortificar su innata valentía: este amigo era el mar.

Instaladas en la casa de Sabino, fué a vivir con ellas Valentín. Los primos alternaban; no había igualdad en el turno, pues José abandonaba muy de tarde en tarde la ferrería, y Martín apenas se apartaba de la tienda, en la cual ninguno podía sustituirle sin quebranto. Los que más gozaron de los pasatiempos de la villa marítima fueron *Churi* y el hijo menor de Sabino, a quien pusieron Zoilo por su madre Zoila Maruri. El hijo único de Valentín se llamaba lo mismo que su padre; mas todo el mundo le conocía por aquel apodo. Le vino de nombre de un balandro que tuvo su abuelo, en el cual pasó el chico toda su adolescencia, por desmedida afición a la mar Fué bautizada la embarcación con e' nombre de *Choria (El Pájaro)*, convertido por el uso popular y las bocas marineras en *Churi*. Era el chico de una rudeza tal, que no pudieron aplicarle a ninguna profesión ni oficio, y se pasaba la vida entre los *chochos* de la ría; remando en chalanas de cuatro tablas podridas o lanzándose a prodiosos ejercicios de natación. Resistía largas horas en el mar, braceando o tendido de espaldas; y cuando se ofrecía bucear, ninguno de aquellos vagabundos anfibios aguantaba más tiempo en las profundidades. Jamás se logró meter en la cabeza dura de *Churi* ni una fórmula aritmética ni un concepto gramatical. Toda su geografía estaba comprendida entre Machichaco y Quejo; toda su ciencia, en el gobierno de una pequeña embarcación de vela, que manejaba con arte singular, gallardísimo, en días de Nordeste frescachón. Taciturno y medio salvaje, su vocabulario era muy escaso; sus ideas no debían de ser luminosas ni abundantes, como no las guardara para mejor ocasión; su voluntad no tomaba otras formas que la de la contumacia en su vivir independiente, y la de una completa inacción en tierra firme. Viendo que no podían hacer carrera de él, la familia se resignó a dejarle en aquel salvajismo y rudeza, tratando de utilizarle en menesteres bajos de los buques de la casa cuando éstos se hallaban en puerto. A los dieciocho años contrajo unas calenturas tíficas que le tuvieron entre la vida y la muerte. Decían que ésta le tenía ya cogido, y creyéndole pez, le había soltado con media vida en alta mar. Al sanar había perdido el pelo y la memoria, quedándosele la cabeza como un cudón totalmente limpio, sin ninguna aspereza por fuera ni ideas por dentro. Recobrando el cabello al contacto del agua salada, contrajo nueva enfermedad del cereoró, y al término de ella encontróse con que le había vuelto la memoria y se le había quedado por allá un sentido. Su sordera era como la de una campana que pierde el badajo y cae en los hondos abismos del mar. *Churi* no volvió a oír ningún ruido.

Con el don de oír se le fué también la palabra; pero esto temporalmente, porque a los tres meses de quedarse como una tapia empezó a sacar de su cabeza términos y frases vascuences. Diríase que pescaba con gancho las voces una por una, extrayéndolas como restos de un naufragio. A duras penas reconstruyó una lenta y torpe expresión, mitad éuscara, mitad castellana, que usaba para comunicarse con el mundo, reforzándola con señales muy parecidas a

las marítimas y movimientos de maniobra velera, que él solo y sus compañeros de mar entendían.

Lo más extraño en *Churi* fué que la transformación traída por la sordera le hizo menos insociable; la familia pudo retenerle en la casa más tiempo, y aun emplearle en comisiones que nunca había querido desempeñar, como la estiba de maderas en el almacén y el transporte de mena y carbón en Lupardo. Al año de la sordera ya se pasaba *Churi* meses enteros sin salir a la mar y aun sin verla, y a los dos años había tomado tanto gusto a la ferrería, que no sabía salir de ella. De la índole de los trabajos que allí se hacían provino la mudanza de sus aficiones, el cambio de lo que hoy llamamos *sport* y entonces no tenía nombre, se aficionó locamente al balandro vivo de cuatro patas; y si el primer día que montó en él estuvo a punto de desnucarse, pronto su terquedad vizcaína venció los rudimentos de la equitación, y al poco tiempo era un centauro asnal. Varios jumentos tuvo, que vendía para comprar otro mejor, y en ellos hacía excursiones a los montes próximos y lejanos para tratar cortas de leña y partidas de carbón vegetal, alimento de la industria ferrera. De este modo el vagabundo había llegado a ser un brazo más, aunque el menos útil ciertamente, en aquella familia de obreros incansables.

También Zoilo había sido de niño aficionado a la mar, como *Churi*, y bucea-ba en la ría, y se iba lejos, mar afuera, con sus amigos, en una *zapatilla*, sin miedo a los peligros que en costa tan brava ofrece la Naturaleza. Pero su inteligencia, su amor a la familia y el deseo de ser hombre y de ganarse la vida le moderaban en aquellas infantiles vagancias. Estudió algo de pilotaje; era aplicadillo y muy formal; practicó la carpintería de ribera con su padre; servía también para el comercio, y tenía mucho tesón, amor propio, vagas ambiciones de riqueza y poder. Sano y vigoroso, dotado de un temple acerado y de una naturaleza a prueba de inclemencias, no conocía el cansancio. A los veintidós años gustaba de mostrar su fuerza hercúlea en cuantas ocasiones se le presentaban. En el trinquete era un prodigio; en el trabajo del hierro no tenía igual. Su terquedad vizcaína tomaba en él a veces formas de una paciencia dulce, con la cual soportaba las más rudas tareas sin quejarse, siempre alegre y decidor. A su pujante vigor muscular correspondía su intachable conformación corpórea, de líneas estatuarias, y un rostro atezado, de serena expresión, toda lealtad y nobleza sin pulir. Cuando se reía, hacíalo con alma y vida, sacando enterito el corazón al semblante; no conocía ningún arte social de aquellos que tienen por instrumento la palabra; no usaba el disimulo, ni las perífrasis, ni la ironía. Expresaba con bárbaro candor todo lo que le apuntaba la mente, siendo a veces tan cruda su sinceridad, que la familia tenía que reprenderle y hasta castigarle. En el ardor del trabajo del hierro, sus negros ojos echaban chispas, y los resoplidos de su nariz, que se hinchaba respondiendo al énfasis interno, armonizaban con la música del fuego atacado por los chorros de aire. Tenía conciencia de su fuerza física, y ésta era su mayor gala; teníala también de su valor indomable, que también le enorgullecía; pero no sospechaba que era hermoso siempre, y más cuando, tiznado y cubierto de sudor, domaba la dureza de un metal menos consistente que su voluntad.

Su tío Valentín le llevó a Bermeo para que estuviese al cuidado de la casa y de sus moradoras mientras él pasaba un par de días en Lupardo, y tanto Zoilo como *Churi*, que iba cuando la parecía y se marchaba sin despedirse, se lanzaron a divertimientos de m a r. Ambos consideraban a la niña de Negretti como un ser superior, y sentían junto a ella cortedad y hasta miedo. En los primeros días tuvo Aura más de un acceso nervioso con gran disloque muscular, llanto interminable, gemidos y otras manifestaciones de desorden cerebral o de histerismo. Los dos chicos, que no habían visto nada semejante en las muchachas que trataban, creían que era aquella dolencia signo de principalidad, achaque propio de los seres de exquisita y refinada complexión, y viéndola sufrir, casi la admiraban tanto como la compadecían. A las dos semanas de esto, y cuando Aurora se iba calmando, Zoilo la incitaba a salir con ellos a la mar, donde podría arrojar todas sus penas para que el agua y el viento se las comiesen. *Churi* no le decía nada: no hacía más

que mirarla, sin hartarse nunca; la sordera le aumentaba el uso y los goces de la vista. Cuanto Aura decía producíale a Zoilo unos accesos de risa no menos bulliciosos que los traqueteos espasmódicos de la hermosa doncella. El otro no se reía nunca. Era por naturaleza refractario a la demostración facial del gozo del alma, y cuando lo sentía, expresábalo cantando, pero muy serio, y desentonando horrorosamente por la falta de oído.

Por nada del mundo dejaría Prudencia que Aurora saliese a la mar con aquellos tarambanas. No, no: la niña se embarcaría (pasatiempo muy indicado para la salud) con el tío Valentín. Debe indicarse que Aura, al poco tiempo de residir en Bermeo, llamaba tíos a los hermanos de Prudencia, y a los cuatro muchachones, primos. Pues sí: el tío Valentín, que no quería más que complacerla, en cuanto vino de Lupardo preparó una lancha de las mejores, arreglándola de velamen y de todo lo preciso. Lo que gozó Aurorita en sus excursiones cantábricas no es para dicho. Más intrépida que los marinos que dirigían la gallarda nave, cuando las mares gruesas con su hinchazón y el viento con su mugido les ordenaban volver, ella pedía que fuesen más allá, siempre más allá, Miraba el rostro impasible de Valentín, viejo amigote del Océano y de las tempestades y como no advirtiera en él alteración quería que el paseo se prolongase. Rara vez dejaba Valentín a su hijo la caña del timón no por falta de confianza sino porque retirado de aquellas luchas y otras mayores todavía gustaba de hacer gala de su pericia. Zoilo llevaba la escota. Entre los dos primos arriaban e izaban la vela en las bordadas y si a la entrada del puerto era forzoso empuñar los remos desplegaban en ruda competencia cada cual su vigor de puños, y callados bogaban, atentos a las órdenes del patrón, en quien veían un dominador infalible de todas las fierezas de la mar. Allí no se conocía el miedo: Aura, viéndoles tan animosos, tampoco temía nada. Un día de temporal duro habló Valentín, antes de decidirse al paseo, lenguaje de prudencia. No convenía salir. Asombróse Aura, y más aún al oír que los dos chicos apoyaban el dicho del veterano. Creyó que tenían miedo.

—Como es por recreo—indicó Zoilo—y no por necesidad, hoy no salimos. Si padre te deja ir sola conmigo, te llevo... Yo te respondo de que nos mojaremos, pero no nos ahogaremos.

Claro que Valentín no había de permitir tan loca aventura. *Churi*, que falto de oído se enteraba de cuanto se hablaba, reprendió a su primo por fachendoso. No se atrevía, no, ni era hombre para tanto. El sí se atrevía, y en embarcación pequeña, mejor: una mano en la caña y otra en la escota...

—Lo mismo lo hago yo—dijo Zoilo riendo—, y si quieren verlo...

Aura les aplacó cuando la cuestión iba rayando en disputa, proponiéndoles que el primer día que estuviera buena la barra saldrían los cuatro a pescar; a lo que asintió Valentín, mandando a Zoilo que preparase los mejores aparejos que en el pueblo, famoso por sus pesquerías, se pudieran encontrar. Pero aconteció que el primer día bueno hubo de salir Zoilo para Lupardo con un recado urgente, y no pudo el pobre chico disfrutar de los goces de la pesca, que fué un recreo divertidísimo para la niña. Al tercer día de este entretenimiento llegó Martín, el hijo segundo, que ordinariamente regentaba la tienda. Era el más afinadito de los tres; el que parecía más espiritual, sin duda porque no ostentaba formas atléticas como José María y Zoilo, ni desarrollaba la muscular energía con la espléndida brutalidad de sus hermanos. Era, sin género de duda, el más civil, el que más se adaptaba a la vida urbana de la capital vizcaína por los vínculos de sociabilidad propios del comercio. Hablaba Martín castellano correctísimo, usando frases atildadas y finas, al uso corriente. De los tres, de los cuatro, contando con su primo, fué el que menos zapatos pudrió en playazos y arenales, el que menos tiempo conservó las manos callosas del ajetreo de los remos. Poseía bastante instruccción, distinguiéndose en todo lo comercial; hablaba unas miajas de inglés y sabía las reglas usuales de la decencia y aun de la elegancia. En aquellos tiempos, la confraternidad de toda la juventud bilbaína era un hecho lisonjero, del cual tomó la villa su tesón incontrastable para resistir los asedios carlistas. El entusiasmo político la estrechó más, haciéndola invencible; el buen humor, propio de la raza, la refrescaba dándole más vida; el trabajo en la paz

la vigorizaba, y el común esfuerzo en guerra la elevaba a superior virtud. Partícipe de los sentimientos que daban un vigor homogéneo a la juventud bilbaína, Martín Arratia se afilió en la Milicia nacional desde el primer sitio, y aún continuaba satisfecho y confiado en aquel Cuerpo, esperando que la patria, es decir, Bilbao, pidiera a sus hijos nuevos sacrificios para su defensa. Tal era Martín, pieza bien concertada en aquel formidable organismo comercial y guerrero que supo hacer de Bilbao un baluarte inexpugnable contra el absolutismo y un emporio de riqueza. Pasaba en la familia por el de más talento; en la villa le alababan tanto como merecía por sus excelentes prendas, y no hay para qué añadir que en el comercio se distinguía por su severa honradez, pues siendo general esta cualidad en tales tiempos y en tal raza, es ocioso señalarla y hacer de ella un rasgo característico.

Dos días muy agradables pasó allí Martín, entretenido también en la pesca y en paseos por el mar, que le agradaban con buen tiempo. Aura se reía en sus barbas viéndole palidecer cuando eran fuertes las cabezadas de la lancha, y él, sin temor de parecer cobarde, aseguraba que cada día era más terrestre, añadiendo que en tierra no faltan ocasiones de mostrar un valor heroico. Si terribles son las olas embravecidas, no es menos pavoroso en ciertos casos el cumplimiento del deber, así en la guerra como en el comercio. Todo es navegar; todo es una continuada lucha, un gran derroche de esfuerzos, arte y valor para no ahogarse.

XVII

Aunque era Martín la misma sobriedad en los días laborables, cuando llegaba el domingo se le reconcentraban los comprimidos apetitos de toda la semana, y su estómago no tenía fondo. La jira campestre era su delicia o la comilona en casa, con enorme consumo de merluza en salsa, escabeches y fritanga, de añadidura mariscos, angulas, y encima y en medio de todo tomas muy fuertes de chacolí de la tierra. El domingo que le cogió en Bermeo rindió el debido culto a Baco y a Ceres, con espanto y risa de Aura, que se asombraba de ver comer a sus primos y de ver cuánto chacolí se atizaban sin emborracharse. Ya iba comprendiendo que no era buen bilbaíno el que no supiera banquetear en días festivos, después de haber sido la misma templanza en los de entre semana. Cada cosa en su tiempo: trabajaban con ahinco, hasta con hambre si era menester; pero en tocando a holgar, no había quien les aventajara; así reponían cuerpo y espíritu para volver con más ardor a la faena. Y estos ejemplos no fueron perdidos para la niña de Negretti, en quien se excitaba el apetito cuando sus primos tocaban a refectorio dominguero. También ella iba aprendiendo a comer fuerte y a empinar el codo, con lo que tomaba su faz un color luminoso que ya lo quisieran para los días de fiesta las ninfas de los sagrados bosques helénicos. Total: que con los comistrajos, los paseos marítimos y la vida plácida entre personas que se desvivían por distraerla, se le iban amansando a la enamorada joven las penas intensísimas de su alma. Se divertía viendo el gozo y voracidad de sus primos, que en tales jaranas se ponían como locos, hablando sin término y con donaire, pues el comer les inspiraba, les hacía ingeniosos, a ratos poetas. Y el cascado Valentín, con su medio siglo y su reuma que le hacía ir siempre de bolina, dejábase arrastrar también del vértigo juvenil: él había hecho lo mismo en su mocedad, y estaba dispuesto a repetirlo hasta llegar a la suma vejez, pues no sería buen bilbaíno si no hiciera en cualquier ocasión los honores debidos a un buen plato de bacalao con aquella salsa de bermellón y a una azumbre de chacolí de Somorrostro. Valentín reía con los demás, disparataba, hasta se permitía bailar en mangas de camisa y hacer un gasto horroroso de vocablos vascuences, de exclamaciones y juramentos de mar. El alborozo de la familia se introducía en el alma de Aura, ensanchando sus pulmones y avivando su sangre. Iba tomando su rostro, por la exposición continua al sol y al aire, un tono tostado caliente, de *terracotta*, enteramente gigantesco. El negro rabioso del pelo armonizaba con la tez, de un bronceado finísimo con veladuras de rosa. Sus ojos eran una inmensa dulzura con llamaradas. El ejercicio había extremado la flexibilidad de su cuerpo, acentuando sus líneas incomparables, dando mayor delgadez a lo delga-

do, mayor turgencia a lo carnoso. Hasta la voz parecía más vibrante en las alegrías, más blanda y cariñosa en las tristezas... Un domingo en que Martín no estaba, hicieron tantas locuras *Churi* y Zoilo a competencia, que Valentín, a pesar de no encontrarse en disposición de severidad, hubo de llamarles al orden. *Churi* se subía a los árboles como un gato, y luego se tiraba de alturas increíbles: Zoilo le desafiaba a correr, y partían como exhalaciones, luego se enredaban en un partido de pelota; o en gimnasias rudas, dando vueltas de carnero, o saltando el uno a los hombros del otro y de los hombros a la cabeza. La de *Churi* parecía de piedra. Incitándoles a divertirse con menos tosquedad, Valentín dijo a Aura:

—¡Qué par de brutos! El mío es un modelo de barbarie, como ves; pero Zoilo no le va a la zaga. Con todo, son dos criaturas; son buenos, inocentes, siempre listos para el trabajo. Mi hermano ha tenido suerte con sus tres hijos: cada uno en su género es una alhaja. Ya conoces a Martín, tan finito, tan caballero..., chico de gran porvenir. José María vale lo que pesa, y este Zoilo, aunque abrutado como ves, no tiene pelo de tonto y sabe ganar el pan que come. Ninguno de ellos se queja, aunque les tengas trabajando seis semanas seguidas sin ningún recreo. Vicios, no los conocen... Mira ese par de angelones con qué juego tan primitivo se entretienen: así caen luego en la cama, como piedras. No remuzgan en toda la noche. ¡Qué conciencias! Bendígales Dios. En sus cabezas no ha entrado nunca un mal pensamiento; no les oirás una palabra fea.

Esto no era rigurosamente exacto, porque en el ardor del pelotarismo y la gimnasia las pronunciaban a cada instante sin reparar que les oían mujeres.

De pronto le dió a *Churi* la ventolera de tirarse al mar. Hallábanse en un patio emparrado, cerca de la dársena y en tres minutos se fueron todos a la punta del muelle a ver nadar al sordo. Pronto se procuró éste traje de baño, el mejor posible, y se arrojó de cabeza, levantando un gran espumarajo. Salió a flor de agua muy lejos, y se le vió enfilar afuera y perderse en la inmensidad, braceando. La mar estaba serena, en pleamar viva, y daba gozo mirar en la escarpa del malecón el agua verde y profunda. Multitud de pilletes, desnudándose en las piedras más avanzadas de la escollera, se arrojaban al agua como Dios les echó al mundo; se veían luego sus cabezas, sus mofletes hinchados de soplar, y los cuatro remos en constante brega con el agua. Algunos salían tiritando y pasaban mil fatigas para enfundarse la camisa; otros, ya medio vestidos, se volvían a desnudar, por estímulos y competencias entre ellos, y si reñían por la palma de la habilidad natatoria, se pegaban, al vestirse, porque uno se había puesto los mojados calzones del otro. Aunque Prudencia había dicho a Zoilo que no nadara, porque estaba sudando y sofocadísimo, el chico se permitió en aquella ocasión desobedecerla, ganoso de no ser menos que su primo; y ansiando mostrar que éste no le aventajaba en resistencia de pulmones ni en fuerza de brazos, fué por un traje y vino ya en pergeño de bañista, con el formidable tórax y sus piernas estatuarias al aire. Aura y sus tíos no le vieron llegar. Arrancándose silencioso junto a ellos en el borde del abismo, se lanzó de golpe, describiendo una airosa curva en el aire hasta romper el agua con las manos enfiladas sobre la cabeza. Aura dió un grito al ver de súbito el rápido salto y la violenta caída del cuerpo, como si rompiera un cristal, levantando astillas mil, espumas y latigazos de agua que todo lo enturbiaron. La cortada superficie hervía y se llenaba de desgarrones blanquecinos.

—¡Qué susto me ha dado!—dijo Aura—. Este Zoilo es de la piel del diablo.

Y miraban al fondo sin ver nada. La pleamar era tan viva, que daba una profundidad de treinta pies.

—¡Pero no sale, no sale!—exclamó Aura, explorando la inmensidad líquida—. ¿O es que va a salir allá lejos, como *Churi?*

—No temas, que ya saldrá—dijo Valentín sonriendo, y Prudencia lo mismo.

—Pero tarda mucho... ¿Cómo se puede estar tanto tiempo sin respirar? De pensarlo sólo siento yo una opresión...

Pasó tiempo. Imposible precisar los segundos...

Por fin distinguió Aura, en medio de la opacidad cristalina del agua, una forma movible, que a medida que subía se determinaba mejor. Era un cuerpo de verdosa blancura, con movimientos de rana. Avanzaba subiendo..., hasta que

asomó la cabeza de Zoilo, que soplaba y escupía. Brazos y piernas seguían moviéndose para mantener el cuerpo en postura casi vertical.

—No seas bestia; no te aguantes tanto—le dijo Valentín—. Podrías pasarlo mal.

Volteando sobre la cintura, Zoilo se zambulló de nuevo. Se le vió descender con las zancas de rana funcionando hacia arriba pausadamente. El segundo cole fué más breve que el primero, y el tío, al verle salir, repitió sus gruñidos:

—Que no jueges, pedazo de atún. Ea, lárgate afuera con descanso a encontrar a *Churi*, que debe de estar de vuelta.

—No se le ve—dijo Aura—. Este ejercicio me pasma, me maravilla. Gran mérito es nadar así.

—Esto no es mérito—indicó Prudencia—. ¡Si desde que gatean se echan al agua estos diablillos! Ya el mar les conoce y hasta parece que se divierte con ellos sin hacerles daño.

—Y es la verdad—agregó Valentín—que adquieren una fuerza y una robustez que en ningún otro ejercicio se logra, amén del valor, de la serenidad que nos vemos obligados a sacar de dentro. Todo lo que ves hacer a ésos lo he hecho yo cuando tenía su edad. Mi *Churi* es un verdadero pez; y en cuanto a Zoilo, no hay quien le saque ventaja en ningún elemento, porque en tierra es una fiera para el trabajo. Así tiene esa naturaleza que le asegura una vida de salud y de poder para las luchas por el pan. El día que este chico se case, ¡vaya unos hijos que traerá al mundo! Será una generación de Hércules chiquitos, que después serán Hércules grandullones...

—Ya no se ve a Zoilo—dijo Prudencia—; al menos, yo no le distingo.

—Ya parecerán los dos. Como se vayan muy lejos, no podrán volver tan pronto, porque la marea antes de media hora tirará para afuera. *Churi* es muy capaz de ir a tomar tierra en cualquier playazo y volverse a la noche, cuando suba el agua.

Mirando con ojo experto a la inmensidad, creyó distinguir un punto: era un nadador.

—Zoilo vuelve. Por mucho que presuma, no resiste como su primo. Ea, vámonos al pueblo.

A poco de regresar a casa la familia entró Zoilo con la cara y manos extraordinariamente lavadas, húmeda la ropa de haberse vestido sin secarse el cuerpo. No podía ocultar su mal humor por no haber alcanzado a *Churi*, y si no siguió tra él no fué por falta de poder para ello, sino por obedecer a la tía Prudencia y a la prima Aura, que le mandaron volver pronto.

En aquellos días anunció Negretti en una misma carta la toma de Arlabán por los cristinos, la salida de Oñate para Durango y el encuentro con el señor de Calpena, noticia esta última que fué para la señorita como el estallar de un furibundo trueno. Quedóse al oírla como atontada, y luego prorrumpió en llanto y alabanzas al Señor por haber escuchado su ruego. La fuerza del gozo la ponía triste, temerosa de que tanta ventura se desvaneciera súbitamente con nuevas desdichas. ¡Don Fernando en Oñate, a cuatro pasos de allí! ¿Vendría pronto? Seguramente era cuestión de un par de días. No tardó el mismo Ildefonso en referir de palabra todo lo que había escrito, añadiendo que el don Fernando le había parecido un caballero de excelente educación y sentimientos honrados.

Algo dijo después que enfrió el júbilo y los entusiasmos de la pobre joven: don Fernando, según informes del señor italiano que con él vino de Madrid, había ido hacia Vitoria la misma noche de la evacuación de Oñate, acompañando a unas muchachas y a un señor enfermo escapado del hospital. Lo natural y lógico era que volviese cuanto antes. Consternada se quedó Aura al saber esto, y mil vacilaciones lúgubres y conjeturas pesimistas la desvelaron aquella noche. ¿Por qué retrocedía Fernando cuando estaba tan cerca? ¿Qué mujeres eran las que acompañaba? Y el enfermo, ¿quién sería? Se atormentaba imaginando sucesos absurdos, personas monstruosas; y comunicadas sus inquietudes a Prudencia, ésta le recomendaba, entre severa y burlona, que tuviese calma, pues la verdad de aquellas idas y venidas se sabría cuando llegase don Fernando..., y si no venía pronto, sus fines no eran buenos, sus intenciones no eran limpias.

A solas Prudencia y su marido, desahogó aquélla el mal humor que la noticia del encuentro con don Fernando le produjo. La repentina aparición del señorito de Madrid, cuando se creía que le

habían llevado muy lejos los vientos del olvido, desbarataba sus planes de mujer práctica y allegadora. La señora de Negretti, que físicamente era corpulentísima, bigotuda, recia, de palabra viva y cortante, en lo espiritual atesoraba una voluntad firme, constancia en los afectos, más aún en los caprichos y manías; además, un ardiente amor a la familia y un sentido calculista y aritmético que ya lo quisieran para los días de fiesta los Arratias masculinos. Desde que fué a sus manos la sobrinita de Ildefonso pensó que aquella joya, en uno y otro sentido inapreciable, debía ser para la familia. ¿No era tristísimo que una niña tan bella, dueña de un capital no menos bonito, fuese pescada por un aristócrata madrileño, que quizá era un silbante, un hambrón, una mala cabeza? Cierto que Aura tenía clavado muy en lo hondo el dardo de aquella pasión, y no era prudente arrancárselo tirando de él muy fuerte: lo mejor sería que el tal don Fernando se quedase para siempre en los limbos de la ausencia. El tiempo, gran milagrero, iría curando a la niña de afición tan desatinada, puro mimo, cosas de chicos, y despertaría en ella inclinación más conforme con su clase, nacida al calorcillo de la familia con quien moraba, y que la había hecho suya, rodeándola de cariños y atenciones.

No era la primera vez que Prudencia dejaba traslucir a Negretti la prodigiosa concepción de su genio doméstico. Aquella noche la reveló completa con cierto orgullo y vanagloria, como si se tratara de un invento mecánico, para mover mejor el ánimo de su marido, entusiasta de las invenciones. La maquinaria de Prudencia era que Aura y su capitalito quedaran definitivamente en casa. Bien para ella y bien para la familia. Modo de conseguir esto: casarla con uno de los sobrinos. El más indicado para tal objeto era Martín, por su educación, por su finura, por la respetabilidad que iba adquiriendo en el comercio. Era la gala y la honra de los Arratias y uno de los jóvenes más guapos y decentitos que a la sazón había en Bilbao. Claro que esto no se haría forzando las voluntades, sino amañándolas con destreza hasta que ellas mismas quisieran acoplarse... Dejáranla a ella sola en el manejo de Aura; quitárase de en medio el fantasmón de Madrid, y ella respondía de que la niña habría de comprender bien pronto el mérito del primo, y todo iría como una seda.

Reconoció Negretti la bondad del invento de su mujer, y lo tuvo por cosa excelente; mas no veía manera de llevarlo de la teoría a la práctica, porque el amor de la niña era muy fuerte, y viniendo el galán con buen fin y propósitos de matrimonio, sería locura pensar en desunirles. Ni por todo el oro del mundo, ni por los intereses todos que hay de tejas abajo, haría él cosa contraria a lo que su conciencia, su idea firmísima del bien y del mal le dictaban. Sólo resultaría práctico el invento en el caso de que el compromiso entre los amantes quedara desbaratado y nulo por sí mismo, por cosas de ellos, cualquier incidente o sesgo inopinado del drama de amor. Sin este desenlace previo, él no haría nada por desviar las cosas de su dirección natural. Su conciencia, antes que todo. Y lo que él no haría, no consentiría tampoco que lo hiciera su mujer. Dejar a Dios lo que es del alma..., ver venir serenamente los hechos humanos, mirando siempre a la verdad, a la rectitud.

Aunque Prudencia no practicaba el culto de la verdad con esta devoción suprema, que hacía de Negretti un carácter excepcional, no tuvo más remedio que acatar lo que él decía y ordenaba. Y pues don Fernando venía como primer ocupante, con indiscutible derecho, y Aura le esperaba y le quería, dejarles su bien, dejarles su paz.

—Ya sabes—le dijo Ildefonso, al partir—que mi tema es: a cada uno lo suyo, y a Dios siempre lo divino.

XVIII

Zoilo y *Churi* se fueron a Lupardo, recorriendo el largo camino con la escasa comodidad que les ofrecía un solo burro para los dos. Aunque Zoilo llevaba siempre el salvoconducto que le permitía franquear sin tropiezo las regiones ocupadas por carlistas, la seguridad de aquel documento (amplio favor que Sabino Arratia debía a su grande amigo el cabecilla Sarasa) no era absoluta, y más de una vez hubieron de esquivar con grandes rodeos o veloces marchas

el encuentro con la gente armada de Carlos V. Todo esto solía ser diversión para los dos muchachos, y motivo para desplegar en competencia su pasmosa agilidad y bravura. Alegres empezaban la caminata y alegres la concluían. Llegó un tiempo, ¡ay!, en que de sus caminatas debía decirse lo contrario: enojados y displicentes la comenzaban, furiosos la concluían.

Antes de la dichosa o infeliz (pues no era fácil discernirlo) aparición de Aura en la familia, Zoilo y *Churi* vivían unidos por una hermosísima fraternidad. Sus viajes eran un continuo juego con emulaciones que terminaban en bromas afectuosas; sus bienes terrenos, comida, moneda de plata o cobre, eran comunes, como las armas y herramientas: comían en el mismo plato, en el mismo vaso bebían y se tumbaban en el mismo rincón de la choza donde les cogía la noche. Zoilo suplía en *Churi* la falta del oído, comunicándole con signos de su invención, sólo de ambos comprendidos, los hechos materiales más difíciles de exponer sin palabra, las cosas del espíritu que aun con la palabra son de dificilísima expresión. Se entendían con mugidos, con muecas y patadas, con grotescas contracciones faciales, con rápida telegrafía de manos y dedos.

Pero llegó el día fatal, y aquel amor recíproco trocóse en recelo, y el libre lenguaje que los dos idearon para comunicarse su cariño sólo sirvió para arrojarse el uno al otro centellas de rivalidad, dicterios y amenazas. La causa de este que bien puede conceptuarse como uno de los mayores desórdenes de la Naturaleza, fué la presencia inopinada de una mujer en la familia. A las dos semanas de tal suceso, Zoilo y *Churi* dejaron de quererse. Como los dos disimulaban instintivamente ante la familia, la rivalidad que les desunía no se reveló hasta que se hallaron solos, camino de Lupardo. Iban por la cuesta de Unzaga: *Churi*, sombrío, taciturno; Zoilo, con alegría febril, cantando, divirtiéndose en pegar brincos para arrancar a tirones las ramas de los árboles. De pronto le cogió *Churi* por un brazo, y le dijo con desabrimiento, en vascuence:

—No me lo negarás: tú quieres a Aura... Aura te gusta, pillo.

Más sorprendido que asustado, respondió Zoilo que sí, y todo espontaneidad y efusión, agregó que Dios había pegado fuego a su alma, y que mientras podía conseguir que la prima le quisiese, se consolaba con amarla a su modo, pensando en ella siempre..., diciéndole cosas de las que se piensan más que se dicen. ¿Cómo se había enterado el sordo de este secreto que la misma Aura no conocía? Era *Churi* un observador prodigioso; veía en la mirada, en el gesto, en los actos y en la abstención de los mismos la verdad de los fenómenos del alma. Su penetración era el contrapeso de su sordera.

Allá se las compuso Zoilo como pudo para expresarle que no admitía su injerencia en aquel asunto; que él *(Churi)* no tenía nada que ver con que él (Zoilo) adorase a la niña por el aquel de adorarla, y que en las soledades de su conciencia se casase con ella y fabricara su felicidad con suposiciones o cálculos de cabeza, con un tremendo fuego de amor en toda su alma...

—Lo que tú tienes que hacer—le dijo, expresando las ideas con lenguaje verdaderamente epiléptico—es no meterte en lo que no te importa. ¿Qué entiendes tú de esto? ¡Amarla tú! No puedes. Eres sordo, y ¿cómo va a querer Aura a un hombre que no oye?

Este argumento no tenía réplica, y *Churi* se lo tragó entre amarguras, quedándose buen rato sin saber qué decir. De pronto saltó con una retahila, acompañada también de gesticulación epiléptica, mezcla de torpes cláusulas castellanas y éuscaras, que, reducidas a un solo idioma, eran así:

—Pues eso es un pecado muy grande, Zoilo, y ya verás cómo se ponen los tíos y los primos cuando lo sepan... Y aunque te volvieras otro de lo que eres, aunque Dios te diera un mundo de méritos, sinfín de cosas, Aura no te querría, porque ya tiene su corazón entregado a otro amor, a un novio más guapo y más fino que tú...

—¿Quién?—gritó Zoilo con furia, enarbolando una estaca que arrancado había de un árbol próximo.

—*Madrilgo gizona* (el hombre de Madrid).

Lanzó Zoilo carcajada burlona, y doblando por la mitad la fuerte rama, como si fuese junco, sin cuidarse de que *Churi* entendiera o no lo que decía, hablando solo más bien, exclamó:

—¡*Madrilgo gizona!* Ese no viene, se ha muerto; y si vive y viene, ya verá Aura que debe quererme a mí, y no a él; y si así no lo hiciera, si se aferrara a querer al otro..., entonces, ¡ah!, le mato, me mato..., mato a todos, a ella, a mí, a ti...

Viendo tal decisión, aunque los términos en que Zoilo se expresaba no le resultaban inteligibles, se recogió en la tristeza de su mente, en aquella bóveda sin ecos, pues el verbo humano sólo producía en ella sonidos ideales, y largo rato estuvo sin articular palabra, mientras el primo, que continuaba poseído de un furor tan elocuente, hablaba con los árboles: lo mismo podían ser para éstos que para *Churi* sus ardientes expresiones:

—Mía, mía tiene que ser... para mí, para mí..., o se sabrá quién es Zoilo. Aunque no le he dicho nada, conozco yo..., esto se conoce..., que sabe que la quiero; y yo sé que si ahora no me quiere ella, me querrá después, cuando vaya viendo... Pues cuando hay muchos en casa, al que más mira es a mí, y cuando dice algo que es de reír, me mira a ver si me ha hecho gracia..., y a los demás no les mira... Y cuando llego conozco yo que se alegra un tantico y aunque a cada instante me llama bruto, lo dice como diciendo: «Bruto, te quiero..., pues...»

—Ven acá—le dijo *Churi*, tras largo rato de silencio—. Cuando los tíos y tus hermanos sepan eso, verás cómo no te perdonan la desvergüenza. Porque Aura espera que venga el de allá, y si no viniera, bien puedes estar seguro de que no será para ti... Yo no oigo, pero veo, y veo más que tú, y nada de lo que piensan nuestros tíos se me escapa..., siento en mí la pasión que dan los sentires, los pensares de ellos cuando andan paseando por sus almas; lo siento todo, Zoilo; dentro de mí retumba... Pues te diré una cosa para que se te quite la esperanza. La tía Prudencia, que es la que manda en el tío Ildefonso, hace ascos al novio de Madrid y quiere que no venga, porque está en la idea de casar a la niña con tu hermano Martín, que es el señorito de la familia y el que vale más, porque nosotros, tú y yo, somos unos grandes gaznápiros, y él es fino, como quien dice, ilustrado. Pues sí; ésta es la idea de la tía Prudencia: yo se la he sacado por la manera como mira a Martín cuando viene y por el modo de mirar a Aura cuando habla de tu hermano... Y ahora, ¿qué dices, ganso? Porque a tu hermano no le has de matar... ¡Estaría bueno eso: matar a un hermano!... ¿Qué dices, qué piensas?

Zoilo no pensaba sino que el firmamento se le venía encima, y alzó las manos como para detenerlo antes que le aplastara.

—Eso no es verdad—dijo—; tú me engañas, *Churi;* tú eres un envidioso... Pero conmigo no juegas.

Momentos después, en gran abatimiento, lloraba como un niño. Puestos de nuevo en marcha, no hablaron más en todo el camino. Alojados en un caserío humilde, no se acostaron en el mismo montón de paja de maíz. Metióse *Churi* en el lugar más escondido, con la cabeza apoyada en el yugo, y allí se pasó la noche en triste monólogo, oyendo la respiración de su primo, que profundamente dormía.

—Yo también la quiero—decía, entre otros mil peregrinos conceptos—. ¿Cómo no, si es tan preciosa como los ángeles o más?... ¡Que no me digan a mí de ángeles ni ángelas!... Donde esté ella, que se quiten todos... Pero ¿qué caso ha de hacer de mí?... ¿Cómo ha de querer a un sordo..., a quien no le oye su voz?... Pues si yo oyera, Dios, ¿quién me la quitaba? ¡Ay, no hay mujer, bonita ni fea, que quiera al hombre falto de oído!..., pues aunque se pueda ser buen marido sin oír nada, no quieren ellas, no quieren..., y yo me pongo en lo justo... Pero si para mí no es, para este bestia de Zoilo, tampoco... ¡Estaría bueno! ¿Qué ventaja me lleva mi primo? Que oye... Y ¿quién me asegura que a él no le falta también algo? ¡A saber!... Y si no le falta nada, le sobra fatuidad... No, no será suya, sino del caballero de Madrid... ¡Ojalá viniera mañana, para que se la llevara y nos quitáramos todos de este suplicio!... ¡Cómo me reiría ya de este tontaina, fantasioso, fullero!... Echa roncas porque oye; que a lo demás no me gana, porque yo puedo más que él, y soy más valiente, y hasta más guapo... ¿Qué tiene Zoilo de más guapo que yo? Nada. Los ojos que le brillan... ¡Vaya una gracia! También me brillaban a mí antes de venirme el silencio...; pero ahora..., con el silencio

todo se le apaga a uno. Y Zoilo es un descarado que se está siempre riendo, enseñando los dientes... Pues eso no debe gustarle a ninguna mujer... Que venga, que venga pronto ese caballero de Madrid... Y el tal, ¿cómo será? Seguramente que silencioso no es... Pero será elegante; y tan fino, ¡arre allá!, que se meterá en los ojos de las mujeres... ¡Mundo maldito! Debiera uno morirse para no verte.

A los pocos días de esto, hallándose Zoilo en Lupardo y *Churi* en Bermeo, se enteró éste del encuentro del tío Ildefonso con Calpena, y le faltó tiempo para ir a contárselo a su rival. En aquel viaje llegó el pobre burro lleno de maduras: tanto le arreó el jinete para llegar pronto. Y llevando aparte a su primo, le soltó la tremenda noticia:

—Ya está; ya pareció..., ya viene... ¿No caes en ello? Zopenco... *¡Madrilgo gizona!*... Habló con Ildefonso en Oñate... Ya viene..., mañana..., verás.

—Es mentira—replicó Zoilo, blandiendo las tenazas—. No viene... y si viene, sin ella se volverá. Juro que no se la lleva...

Al día siguiente fué *Churi* a las Encartaciones a contratar leña, y los dos primos estuvieron dos semanas sin verse. Pasó en este tiempo Zoilo algunos días en Bermeo, donde tuvo la satisfacción de ver que fallaban los anuncios de la próxima llegada del señor de Madrid, príncipe o archipámpano. Observó en Aura tristeza, duelo, reproducción de los arrechuchos nerviosos, y viéndola llorar se decía:

—Llora, llora, que lo que es a ése no le verás más... Aquí está el hombre que ha de consolarte, tu Zoilo, a quien has de querer, porque él se lo merece..., y si no, pruébalo y verás... Este que te mira sin atreverse a decirte nada, por cortedad, te tiene guardado un amor como el de todos los corazones que hay en el universo..., de todos juntos en uno. El corazón mío es de un tamaño como de aquí al sol, o un poco más allá, según voy viendo... Llora, llora, que tras mucho llorar vendrá el olvidar... Con tanta lágrima se te lava el alma del amor v i e j o, y vendrás a tu Zoilo, a quien has de querer y adorar como él te adora y te quiere, que así lo manda la Divinidad.

Tales eran sus mudas declaraciones siempre que junto a ella se veía. En esto llegaron las tristes noticias del disfavor de Negretti, de las acusaciones con que la ignorancia o la perfidia le denigraron, de su prisión y de la causa que por infidencia o masonismo le formaban. Fácilmente se comprenderá la desazón que estos hechos causaron a toda la familia, particularmente a Prudencia, que adoraba a su esposo. Valentín rugía de cólera. Sabino ponía el grito en el cielo. Y ésta es la ocasión de referir que el buen Sabino era el único de los Arratias que sentía inclinaciones hacia el absolutismo, siquiera fuesen platónicas, determinadas por móviles religiosos más que políticos. Hombre piadoso, formulista y un tanto santurrón, disentía de su hermano Valentín, algo dañado de volterianismo, lo que no impedía que, profesadas una y otra opinión con tibieza y en el terreno ideológico, viviesen los dos en armonía perfecta, sin significarse públicamente por uno ni otro partido. Nunca llevó a mal Sabino que sus hijos perteneciesen a la Milicia urbana, pues sus ideas retrógradas en ciertos y determinados puntos cedían ante la suprema devoción de la ciudadanía bilbaína. Pero si nadie podía tacharle de carlista, tampoco él podía negar sus grandes amistades en el campo enemigo, de las cuales supo obtener algunas ventajas para los negocios de la casa de Arratia. El comandante general de la división de Vizcaya, Sarasa, era su íntimo y cariñoso amigo desde la infancia, y amigos eran también Guergué, los coroneles Urréjola y Altolaguirre, el brigadier Tarragual, de la división navarra, y el jefe de la división cántabra, don Cástor Andéchaga. A estos conocimientos debía el paso franco por la zona comprendida entre Bilbao y Bermeo y el favor inapreciable de que le permitieran trabajar en la ferrería de Lupardo, con la obligación de c e d e r a la Maestranza de Vizcaya cierta cantidad de hierro a precio bajo, forma indirecta de canon o impuesto de guerra.

Fiado en sus excelentes relaciones, corrió Sabino al interior del reino carlista, y ni en Durango, donde estaba el rey, ni en Tolosa, donde sufría Negretti la prisión, pudo conseguir nada en pro de su hermano político, el cual no habría concluído en bien sin la decidida protección del ilustrado príncipe don Se-

bastián. Y en tanto que esto ocurría, la familia continuaba agobiada de pesadumbres, pues para que nada faltase, ni parecía el don Fernando, ni de los motivos de su tardanza se tenían noticias, dando lugar este singularísimo caso a que se le creyera muerto en alguna escaramuza o lance de guerra. Mientras Aura languidecía, mostrándose al fin como fatigada de tan larga espera, con habilidad trataba su tía de infundirle el convencimiento de que el galán de Madrid había pasado a mejor vida y era locura aguardarle más tiempo y subordinar una lozana juventud a las idas y venidas de un fantasma. Bien podía la niña excusarse de llorar más, pues todo lo que suspirado había por la ausencia se le tomaría en cuenta por el fallecimiento. Que éste debió de ser glorioso no podía dudarse, siendo Calpena un noble caballero esclavo del honor. A pesar de que esto pensaba y decía, Prudencia, consecuente con su nombre, no se lanzaba a determinaciones radicales y esperaba la eficaz ayuda del tiempo para proponer a su sobrina, resuelta y gozosa, los desposorios con Martín Arratia.

XIX

Que Zoilo estaba en sus glorias con el largo eclipse del caballero de Madrid, y que *Churi*, por el contrario, se daba a los demonios y habría corrido gozoso en su busca, no hay para qué decirlo. El primero, fiado en su buena estrella, alentado por la fe que le infundía su ardorosa pasión, creía firmemente que el caballero no vendría ya, sin meterse en cálculos y averiguaciones del porqué de tal ausencia; el segundo, nutriendo su credulidad en su malicia y en el odio al primo, siempre esperaba que *Madrilgo gizona* se apareciera, cuando menos se pensase, a reclamar lo suyo, y esta esperanza era el consuelo picante, amargo, de su existencia silenciosa.

Por fin, a mediados de agosto, comunicó Ildefonso que estaba libre; pero tan harto de la suspicacia, estrechez de miras e ingratitud de la sociedad del nuevo reino, que no deseaba más que perderla de vista. Como no creía prudente que su escapatoria terminase en Bermeo, ni esta villa era muy segura ya para la familia, por alcanzar también al buen Sabino las malquerencias y desconfianzas de los facciosos, ordenaba que se fuesen todos a la ferrería y en ella permanecieran hasta que otra cosa se determinara. En el acto se dispuso Prudencia a levantar el campo, pues ya le incomodaba la residencia de Bermeo, donde todo se volvía perseguir a la niña mozos y señoretes, y hasta vejestorios, con ridículas manifestaciones de amor; y una mañanita salió para Lupardo con Aura, Sabino y *Churi*. No se cansaba le buena señora de lamentar la desgracia de su marido en el servicio del pretendiente, *lavándose las manos* al tratar de un asunto en que Negretti obró en absoluto desacuerdo con ella. Bien le había dicho y redicho que no accediera a las instancias con que los artilleros de Oñate asediaban su voluntad. Honrado y crédulo en demasía, Ildefonso había tomado en sentido recto las ofertas pomposas de aquellos señores, las cuales no eran más que cantos de sirena. ¿Qué resultó? Que el hombre se había matado a trabajar, sin que parecieran por ninguna parte las villas y castillos que se le ofrecieron. Salía de la Corte de Carlos V como había entrado: desnudo de todo capital y además perdido en el concepto de los liberales. Bien caro pagaba su obstinación y el desoír las advertencias de la mujer práctica, que siempre vió un señuelo falaz, una engañifa, en las galanas cuentas que se le ponían ante los ojos para deslumbrarle. ¡Perdido el trabajo de sus manos, perdido el fruto de su mente! Pero el sino de Ildefonso era sucumbir ante la maldad y el egoísmo, por ser excesivamente recto, confiado, esclavo de la conciencia hasta en las cosas nimias.

—Es un santo—decía Prudencia, terminando con un gran suspiro—, y yo, por más que he revuelto todo el *Año cristiano* buscando la santidad en la industria, no he podido encontrarla. De los conventos y de las soldadas han salido todos aquellos benditos; ninguno de los talleres.

Llegaron a Lupardo con felicidad, lo que no era poca suerte, según estaba el país de soliviantado por la facción, y allí vió Aura escenario bien distinto del de Bermeo. Hecha a los grandiosos espectáculos marítimos, que favorecen las expansiones del alma y estimulan el atre-

vido volar del pensamiento, la primera impresión de Aura fué de tristeza, como de caer en honda sima y sentir sobre sí pesos enormes de tierra y cielo desplomados. La estrechez del valle la oprimía el corazón. ¡Qué diferencia de aquella inmensa lejanía de los horizontes oceánicos, que hacía casi realizable el ensueño de medir lo infinito! Pues ¿y la pureza de los aires, aquella frescura que con la inmensidad de la luz inundaba cuerpo y alma? En el valle del Nervión pesaba la atmósfera, y las alturas verdes, las laderas cultivadas eran composturas mal hechas en la Naturaleza para el hombre y arreglitos que la echaban a perder. Entre las dos vertientes, a la orilla del río entintado por la arcilla ferruginosa, se alzaba el edificio de la ferrería, roja de medio abajo, de medio arriba negra, despidiendo humo denso a todas horas; harto parecida a un monstruo iracundo, por su respiración cadenciosa y los ruidos espantables que acompañaban sus funciones: el bullicio medroso de la turbina en lo más hondo, el martilleo con estridores metálicos arriba y el soplido ansioso del fuelle. Respiraba la ferrería, latía su sangre, daba puñetazos continuamente sobre la materia indomable. Así lo vió Aura en su viva imaginación.

La casa en que moraban los trabajadores era humilde, también roja y negra, sin más que lo preciso para que tuvieran breve descanso los duros huesos de aquellos atletas. Una alcoba pequeña, que ocuparon las dos señoras; una grande, donde dormían todos los hombres; otra pieza donde comían, pagaban los jornales y hacían sus cuentas, eran las piezas altas. En las bajas tenían la cocina, depósitos de leña y carbón vegetal; del lingote producido, enormes piezas dobladas por la mitad y algunas formando lazo. Allí encontró Aura al mayor de los primos enteramente transformado, pues las dos veces que le vió en Bermeo iba vestido de señor con bastante desavío, y en Lupardo cubría todo su cuerpo con un largo camisón de lienzo veteado de negro y rojo, mena y humo, los brazos arremangados, los pies en almadreñas, la cabeza descubierta. Era el más alto de la familia y el menos guapo de rostro, de pocas carnes, seco, acerado. Su rostro revelaba cansancio, resignación honda de todas las facultades ante la pesadumbre del deber, quizá desconfianza del éxito. Se parecía bastante a Zoilo, siendo éste hermoso, y José María, no. Su actividad no era vertiginosa, como la de *Churi* y Zoilo, sino reflexiva, paciente, llegando hasta una tensión increíble.

Prefería Sabino el trabajo directivo al material; era menos forzudo que sus hijos, los cuales, a excepción de Martín, habían heredado de su madre, Zoila Maruri, la constitución hercúlea. De esta señora se decía que si no la hubiera matado el cólera, habría vivido un siglo. Su madre y su abuela vivían aún, en Mundaca; contaba la primera ochenta años, y la segunda, ciento dos. Pues sí: Sabino tenía especial acierto para organizar el trabajo de los demás y daba sus órdenes de un modo paternal, persuasivo, sin gritos ni alboroto alguno. En cambio, Zoilo era todo viveza, todo ruido y alegría; desde el punto y hora en que Aura llegó a la ferrería se multiplicaba en el trabajo y redoblaba hasta lo increíble la cháchara y gorjeos de su alborozo juvenil. Coplas castellanas y vascuences salían sin cesar de sus labios; los rizos que ornaban su frente parecían, en manos del viento, aureola de salvajes crines. Su rostro era una paleta en que dominaban el rojo y el negro, mezclados y revueltos por el sudor copioso; la blancura de sus dientes y el carmín de sus labios brillaban con colorido picante en medio de tanta suciedad; sus manos tiznadas eran manos de un diablo que se ocupara en los menesteres más bajos del infierno; su gala era ser negro, y en los febriles accesos de júbilo cogía tizne con los dedos y se pintaba rayas en la frente y brazos. Renunciando a todo calzado, lo mismo chapoteaba en el fango que las lluvias acumulaban junto a los montones de mena, que en las verdosas aguas de la presa. Para secarse restregaba los pies en el polvo de carbón: hacía esto, según decía, para sacarse lustre a las botas. Iba de una parte a otra saltando, aunque transportara grandes pesos. Acudía más pronto que la vista adonde se le llamaba, sin repugnar ninguna faena por difícil y enojosa que fuese; su ardor era el asombro de todos, y no se le reñía más que por lo mucho que alborotaba y por sus expresiones incongruentes, pues no había que chillar tanto para hacer bien las cosas. Al llegar la

hora de la comida y tomar su asiento en la humilde mesa sin manteles, hacía, sin melindres, desmedidos honores a la pitanza, con gran contentamiento de Aura, que gozaba y reía viéndole comer, por lo cual extremaba él su apetito sin incurrir en la fea glotonería. Después de la cena, Sabino les convocaba en torno suyo para rezar el rosario y dar gracias a Dios, con jaculatorias de su invención, por la salud que disfrutaba toda la familia, para pedirle que ésta recogiese el fruto de tanto trabajo y que se acabara pronto la guerra. Terminadas las devociones, se acostaban todos. Zoilo tardaba en dormirse, porque su cerebro era una devanadera, en que sin cesar envolvía hilos interminables: amor, esperanzas, proyectos, palabras que pensaba decir a Aura, palabras que, a su parecer, ésta le diría. Cuando sentía que su padre y su hermano dormían, se echaba del camastro donde reposaba medio vestido y se iba al otro lado de la habitación, acurrucándose junto a un tabique desnudo y frío. Allí se pasaba otro rato devanando sus hilos con la más pura espiritualidad, y antes de dormirse daba repetidos besos al tabique. Al otro lado, en la próxima estancia, dormía la niña bonita.

Ningún mal pensamiento oscurecía el cielo purísimo de aquella pasión, toda nobleza y frescura infantil. Era Zoilo un hombre hecho y derecho, pues ya había cumplido veintidós años; pero su pasión le reverdecía la niñez con todas las candideces deliciosas de ésta, con sus ensueños y la facilidad increíble para ver trocadas en realidad las cosas más absurdas. No carecía de estudio su candorosa travesura, pues bien seguro estaba de que su ardor infatigable en el trabajo, su ligereza gimnástica, el comer mucho, el hablar cantando, el cantar riendo y otras extravagancias, agradaban a la señora de sus pensamientos. En esto no se equivocaba. Con penetración de enamorado descubría en los ojos y en la sonrisa de Aura una complacencia y gusto muy singulares al verle hacer cosas tan contrarias a la compostura. Empleaba, pues, el chico un original resorte de agrado que podría muy bien llamarse la contracoquetería, consistente en aplicar a su persona todas las reglas opuestas a las de la vulgar presunción. Adivinaba, veía, mejor dicho, que era más hermoso cuanto más libre en el vestir, dentro de la decencia, y que no le querían conforme al patrón de los señoritos atildados.

Más elegante sería cuanto más se pareciese al aire, a las olas, a los pájaros. Esto no lo razonaba, lo sentía, acariciando un vago propósito de dejar de ser pájaro y ola cuando las circunstancias le indujeran a ser hombre verdadero, y hasta hombre *fino*, si fuese menester.

El trabajo de la ferrería era muy duro: lo hacían exclusivamente José María, Zoilo, *Churi* y los guipuzcoanos contratados; vestían todos, menos Zoilo, largos camisones de lienzo. El capataz o jefe de la tarea era designado con el nombre vasco de *arotza*. Llamábanse *fundidores* los que aplicaban el fuego a la primera materia para obtener el hierro, operación que se hacía en un hoyo revestido de ladrillo, donde metían el mineral y gran cantidad de carbón. Sabino, José María y uno de los guipuzcoanos eran muy expertos en apreciar el grado de ignición y el temple necesario. Cuando estaba el mineral al rojo, formando la pasta o *zamarra*, comenzaba el trabajo de forja, y allí era de ver el arte combinado de los *fundidores* y los llamados *tiradores*, que descargaban los martillazos sobre la pieza candente, puesta sobre un firme o yunque, que tenía por base estacas hincadas a gran profundidad. Un agujero daba entrada al aire que arrojaban pulmones mecánicos, movidos por la turbina. El martillo tenía por cabeza una masa formidable de hierro, y por mango un árbol enorme, horizontal cuando no funcionaba, articulado por su extremo. Un mecanismo rudimentario lo movía, manipulado por los *tiradores*, mientras los otros manejaban con grandes tenazas la *zamarra*, dándole las necesarias vueltas para recibir por una cara y otra el golpe... Las tremendas cabezadas del martillo batiendo la masa roja y blanda iban limpiándola de escoria y ajustando las moléculas de aquel hierro incomparable para todos los usos de la agricultura y de la industria. Zoilo y un guipuzcoano solían hacer de tiradores, mientras José María y el otro volteaban la pieza con las tenazas. El *prestador* era el obrero de menor categoría en la forja; sus funciones se concretaban a preparar la comida, amasar la borona y ponerla entre las planchas calientes, y al propio tiempo ayudaba a los demás a cargar el horno, llevando espuertas de

mena. De *prestador* hacía comúnmente *Churi*, que guisaba muy bien, sin perjuicio de ayudar como el primero en el transporte del material y en dar fuego a la hornilla... Quemar mucha leña, atizar candela era su mayor goce.

XX

Comían ordinariamente caldos de habas secas con cecina, borona y buenos tragos de chacolí. Al comienzo de la campaña mataban una res, cuya carne salaban y ponían después al humo. En los días en que Prudencia y Aura aportaron por allí mejoró un poco la mesa de los cíclopes de Lupardo, porque la señora de Negretti había llevado un par de cestos de provisiones, entre las cuales sobresalía por su magnificencia un pan de trigo de cuatro libras; lo demás era una gallina asada, patatas, fruta seca, huevos y pasta de tomate en botellas, de industria doméstica. Esto fué lo único que pudo traer de Bermeo, donde ya escaseaban las provisiones de un modo alarmante, pues los arrieros que llevaban pan de Vitoria una vez por semana iban ya rara vez; sólo abundaba la merluza, que en aquella época del año, por preocupación incomprensible, era desestimada, y se vendía a ochavo la libra. Prudencia había hecho un riquísimo escabeche, que llevaba en orzas grandes bien acondicionadas.

Con estas viandas hubo proporción de celebrar en Lupardo verdaderos festines, de que participaban los guipuzcoanos, estimando éstos como bocado exquisito el pan de trigo, que no habían catado en meses, y que Prudencia repartía en discretas raciones. Y por contra, Aura gustaba con preferencia de los caldos de habas con cecina y de la borona; no hay que decir que Zoilo, por agradarla, consumía porciones monstruosas de aquel grosero alimento.

Hubiérale gustado a la niña bonita poner también sus manos en aquel rudo trabajo del hierro; pero como Prudencia la vigilaba, manteniéndola dentro de su jurisdicción de señorita fina, no hallaba ocasión de echarse a la cabeza una pesada cesta de mena para descargarla en el horno. Ya que no podía trabajar, se arrimaba lo más posible a la forja, sin miedo al calor intenso, sin reparar que se le sentaba en la piel del rostro el rojo polvillo del mineral. Si tuviera espejo, habríase visto trocada en figura egipcia, por el encendido color de cerámica que lucía como proyección de un incendio. Su belleza era entonces más para que la gozaran los dioses que los pobres humanos, estragados por el convencionalismo estético y las falsas artes de la presunción. Con el criterio vulgar de éstas juzgaba Prudencia el nuevo cariz de su sobrina, diciéndole:

—¡Ay hija, estás hecha una visión! Gracias que no hay aquí gente que te vea. ¡Lo que pareces con esa cara tan *abochornada*! ¡Cuándo querrá Dios que nos vayamos a Bilbao para que te adecentes!

No debía esperar mucho la señora para ver cumplidos sus deseos de adecentar a la niña, porque una tarde, cuando no llevaban cinco días de estancia en Lupardo, llegó Martín en un caballejo, y tuvo con su padre un vivo diálogo, del cual había de resultar la suspensión del trabajo de la ferrería.

—Padre—decía el joven, que a las primeras palabras planteó la cuestión—, esto no puede ser. En Bilbao nos critican porque mientras todas las ferrerías de Vizcaya suspenden, la nuestra sola trabaja. ¿Y por qué? Porque trabaja para ellos, para los carlistas, y de aquí sacan el material de guerra con que quieren asesinarnos. Esto no puede ser. Yo he corrido a avisarle para que se entere de lo que por allá dicen y piensan. Antes que le hagan parar a la fuerza, suspenda el trabajo por su determinación. Considere que somos bilbaínos y que tenemos que vivir con la opinión y con los sentimientos de nuestro querido pueblo.

Algo tuvo que remuzgar Sabino; pero cedió al cabo ante los expresivos argumentos de Martín.

—Soy miliciano nacional; a gala tengo el pertenecer al cuerpo que defiende la sagrada villa, y no puedo en ningún caso discrepar del parecer de mis compañeros.

Lo mismo opinaba Valentín. No convenía, pues, a la familia, por la índole y el estado de sus negocios, divorciarse de la opinión del pueblo, donde dominaba el espíritu de resistencia implacable. Bilbao sería un montón de ruinas antes que consentir que pisara su suelo Carlos V

O morir todos o defenderse hasta la desesperación. Ya era seguro que reunían sus batallones y se repostaban de artillería y balas para poner cerco a la capital, decididos a conseguir lo que no pudo Zumalacárregui. No dejaron de hacer su efecto en el ánimo de Sabino estas razones, pues si bien no sentía maldito entusiasmo por la causa liberal, érale imposible sustraerse a la solidaridad bilbaína, no sólo por amor al pueblo natal, sino por la influencia que sobre él ejercían su hermano y su segundo hijo. En otra ocasión habría tenido sus dudas; pues del campo carlista le tiraban amistades de gran fuerza y le seducía el carácter de religioso desagravio que a su causa imprimía el pretendiente; pero ya no podía ser. Su hermano mayor había soltado prenda por Isabel, prestándose a que le metieran en juntas de armamento y defensa; Martín era miliciano, y ambos figuraban como fervientes apóstoles del *Bilbao no se rinde*. Por nada del mundo daría Sabino el triste espectáculo de aparecer en desacuerdo con los suyos. ¡Qué horrible discordia la que hace enemigos a hijos y padres, a hermanos queridos! No, no. Antes la muerte que ver el odio en su familia, aunque este odio fuese político. Adelante, y allá se iban todos, bien apretaditos uno contra otro. Bilbao y la familia eran un solo sentimiento, y al decir *Bilboko echea* se decía lo más grato al corazón.

Determinóse, pues, que en rematando unas piezas que estaban en la forja apagarían los fuegos, y se retirarían llevándose todo el material de hierro que pudiesen, pues el que allí se dejara no tardaría en ser cogido por la facción. Logrado su objeto y después de un rato de plática con Prudencia y Aura, Martín se dispuso a montar de nuevo en su caballejo, pues no podía faltar de la tienda. Prudencia le dijo:

—Es un dolor ver a esta chica cómo se ha puesto. Mira qué cara, mira qué manos.

Aura reía, declarando con ingenuidad que aquella vida le gustaba, y que no creía desmerecer de figura por haberse puesto del color de la mena. Opinó Martín que aunque se pintara de negro humo o de almazarrón, siempre sería una divinidad; pero que no le correspondía perder su aire de señorita principal; y añadió que habiendo llegado a Bilbao la fama de su hermosura, ya había por allí muchas personas que deseaban conocerla. La sociedad bilbaína era muy entonada. Aura había de causar arrebato... El se alegraría mucho de que el domingo próximo, vestidita con su mejor ropa, fuese a ver desfilar la Milicia nacional cuando iba a misa a Santiago. Después tocaba la música en el Arenal, y allí se paseaban las señoritas con los milicianos y la oficialidad del ejército. Dicho esto y otras cosas pertinentes a la guerra y a la amenaza del sitio, se retiró el simpático joven con su jaco, despidiéndose de las señoras con un afectuoso «hasta mañana».

Caía la tarde, y no gustando Sabino de que su hijo fuera solo, mandó a *Churi* que montase en su burro y le acompañara, volviendo al día siguiente para ayudar al transporte del material. La familia iría en un carro del país, bien aparejado, saliendo a hora conveniente para llegar antes de anochecer. Mal le supo a Zoilo la disposición paterna de trasladarse a la capital, porque en aquel salvajismo de Lupardo se encontraba el mozo en sus glorias; y teniendo allí a su ídolo, y pudiendo tributarle ardiente y secreto culto a todas horas, no cambiara la ferrería por el Paraíso terrenal. Y casi, casi asegurar podía que a la niña tampoco le supo bien la traslación, porque allí gozaba viendo los trabajos, y ¡qué demonio!, viéndole a él; allí tenían los dos por intermediarios de sus amores, al menos por parte de él, las llamas y el calor de la forja, el aire del soplete y aquel campo ameno y triste, el río que mugía, los pájaros, la mena roja y el carbón negro. Todo aquello hablaba, todo sonreía, y era bueno y... *amigo*.

Se desesperaba el pobre Zoilo pensando cuán árida y fastidiosa sería la vida en Bilbao. Allá vestirían a la niña de damisela, llevándola de visita en visita, o me la tendrían todo el santo día en la sala, donde él apenas entraba; y si por fin de fiesta le confinaban, como era muy de temer, en el almacén de maderas de Ripa, se divertiría como hay Dios. En tanto, gozarían de la dulce presencia de Aura las visitas cargantes, los señores y las señoras de Ibarra, de Gaminde y Vildósola; y para colmo de fastidio, Martín podría verla a todas horas, y él no. Esto era en verdad peor que un castigo. Aura bajaría por las mañanas a la tienda, y

como tenía tan bonita letra, puede que Martín la pusiera en el escritorio, a su lado, a copiar cartas y facturas, tocándose el codo de él con el de ella... No, no mil veces: esto no lo sufriría. Como viera los codos juntos, de fijo haría cualquier barbaridad. Pensando estas tonterías se llevó casi toda la noche, y en lo más avanzado de ella, mientras su padre y hermano dormían, calentó con sus besos el frío revoco del tabique. Efectuóse al siguiente día tranquilamente el apagar de hornos, la recogida de herramientas, la disposición y arreglo de todo lo que había de quedar allí, el transporte del hierro elaborado, y en un carro, que mandaron traer de Miravalles, se trasladó a Bilbao toda la familia.

Resultó, ¡ay dolor!, lo que Zoilo temía: que desde la noche de llegada se vió la casa infestada de visitas, que acudían como las moscas; señoras y señoritas pegajosas, que iban a picotear, a guluzmear y a estarse las horas muertas en la sala. Las alabanzas a la bella sobrina eran entusiastas; los plácemes por tenerla allí, muy empalagosos. Zoilo hubiera cogido un zurriago y arrojado a la calle a todo aquel señorío importuno, que le quitaba a él su bien propio; pues con tanto mirar a la niña y tanto sobarla y besuquearla, colmándola de lisonjas, se llevaban pegadas a las manos y a las bocas partículas de aquel ser divino. ¿Qué le importaba a nadie que Aura fuese un prodigio de hermosura? Ni ¿qué tenía que ver aquella gente curiosona, entremetida, con que fuese huérfana, prometida de un principillo y qué sé yo qué? Ya se le iban atufando al hombre las narices y le entraban ganas de demostrar a chicos y grandes que sólo a él le importaba la guapeza y demás méritos superiores de su prima... No poco se alegró de que no le confinaran en el almacén de Ripa, atestado de maderas, barriles de alquitrán y brea, pues si su padre le señaló un trabajo que allí le retenía algunas horas, las más del día estaba en la Ribera ayudando a Martín en el trajín del despacho. Gracias a esto podía extasiarse en su divinidad, sin hartarse nunca. Si viéndola en el llano vestir de Bermeo y en el desgaire de Lupardo se había enamorado de ella como un tonto, en Bilbao, cuando se la vistieron de señorita para llevarla a misa o al visiteo, y con los trapitos de cristianar para presentarla en el Arenal, su tontería se trocó en locura con hondos desvanecimientos y accesos de rabia.

Efecto maravilloso y estupefaciente causó Aura en la juventud bilbaína, cuando hizo su primera salida con Prudencia y la señora y señoritas de Gaminde en el paseo del Arenal, pues si bien la fama había anticipado ya ponderaciones de tan singular belleza, la realidad empequeñeció la obra de la fama, al contrario de lo que en la mayoría de los casos sucede. Y aunque entonces, como ahora, la gallardía y hermosura mujeril eran cosa corriente en Bilbao, el tipo de Aura, su sencillez y majestad, las incomparables líneas de su cuerpo, su helénico perfil y la expresión divinamente humana de sus ojos, fueron motivo de general admiración y embeleso. Mirábanla los hombres encandilados, turulatos los viejos, con asombro receloso las mujeres, y no se oían a su paso más que alabanzas. Si por una parte satisfacían a Zoilo tales demostraciones, por otra le mortificaban horriblemente, porque de tanto mirarla y alabarla resultaba que no era suya, sino del público. Rondando solo, separado de sus amigos, por los bordes del paseo, tomaba las vueltas a su prima y observaba de lejos la cara que ponían los jóvenes, así militares como paisanos, al pasar junto a ella; o bien iba detrás de los grupos de paseantes, tratando de escuchar lo que decían. Las exclamaciones: «¡Vaya una mujer!...», «Es más de lo que dijeron...», «Esto ya no es mujer, es diosa», eran como otros tantos estiletes que clavaban en su pecho. Si más que mujer era diosa, los malditos dioses no consentirían que hembra tan superior fuese para él... Y cuando pudo ver y oír que en un grupo de milicianos, donde iba su hermano Martín, felicitaban a éste por tener a tal beldad en su casa, y le daban bromitas, faltó poco para que la emprendiese a bofetada limpia con aquellos majaderos desvergonzados... Nervioso y descompuesto, marchaba en una y otra dirección por el círculo más excéntrico del paseo, que era como el voltear de una noria, pensando que si hubiera pistolas de muchos tiros y él poseyera arma tan prodigiosa, la emplearía bonitamente en aquella ocasión... ¿Cómo? Arreando un tiro, ¡pim!, a to-

dos los que al paso de Aura decían: «¡Ah! ¡Oh!»..., y otro tiro, ¡pam!, a los que se permitieran comentarios de la hermosura, y qué sé yo qué..., y otro y otro tiro, ¡pim, pam!, a los graciosos y bromistas... ¡Hala!..., ¡y que volvieran por otra!

XXI

No le fué muy fácil a la hermosa doncella adaptarse al nuevo molde de vida y hacerse a tal ambiente; pero al fin hubo de rendirse al fuero de la necesidad y de la costumbre. La estrechez de la casa, un entresuelo sin luces en la parte interior, causábale opresión, angustia. Mejor respiraba en la tienda, aunque en ella dejaban poco desahogo los rollos de cabos, las piezas de lona y los innumerables hierros de barco que por todas partes había. Pronto se familiarizó con el olor de alquitrán, y gustaba de bajar a la tienda y de presenciar las animadas escenas de la venta y compra. El lenguaje marinero la encantaba, y la rudeza de aquellos rostros curtidos por el viento despertaba en ella simpatía y admiración. Llamada más de una vez por Martín para que le ayudase en el escritorio, descendía gozosa y copiaba facturas y cartas; después divagaba por el local, enterándose de la extraña nomenclatura marítima. Las tardes de poco despacho, los dos dependientes, viejos navegantes desembarcados ya por inútiles, se esmeraban en darle lecciones. Aura les preguntaba: «¿Para qué sirve esto? Aquello, ¿para qué es?» Y ellos, bondadosos, respondían a todo, dándole una idea de las maniobras en que habían gastado sus mejores años.

El escritorio era un rincón de la tienda, separado de ésta por tabique de cristales, que en tal sitio debía llamarse propiamente *mamparo*. No había más espacio que el preciso para revolverse con estrechez entre la mesa, con carpeta para dos personas, y el estantillo de los libros. Dos taburetes, la menor cantidad de asiento posible, completaban el moblaje. Lo demás del reducido garitón lo ocupaban estantes atestados de género, casi todo lo de pesca, paquetes de anzuelos, redes, plomos; en otra parte, piezas de lanilla para banderas, brochas, cepillos, defensas, y más arriba, pendientes del techo, bombillas de diferente forma, faroles de costado, etcétera...

Martín iba y venía del escritorio a la tienda por una puerta estrecha, no más holgada que las que suelen dar paso al camarote de un buque de mediana comodidad. Salvo a la hora en que le era forzoso escribir, recorría todo el local, desde la pieza grande, que daba a la calle, a la más inferior, fin de una serie tortuosa de aposentos en que el olor del alquitrán y la oscuridad y falta de aire remedaban el ahogado recinto de la bodega de un barco. En lo más hondo estaban los barriles de brea en piedra, de alquitrán, los bloques de sebo; y a lo largo de las estancias, los rollos de jarcia formaban una estiba bien ordenada, como sillares de una serie de columnas, dejando para el paso un angosto callejón. Viendo cómo cortaban de los rollos pedazos de cuerda y cómo los pesaban y vendían, aprendió Aura los nombres de las diferentes piezas de cáñamo usadas en la navegación, y supo distinguir el calabrote y la guindaleza de la flechadura y cabo de acolladores. Todo lo preguntaba y todo la retenía en su prodigiosa memoria.

—¿Te gusta este comercio?—le preguntaba Martín, que buscaba la manera de echarle una flor, sin poder conseguirlo: tales eran su timidez y respeto.

Y ella respondía:

—Las cosas feas se vuelven bonitas cuando vamos aprendiendo a ver en ellas la utilidad. Esto que parece tan feo, va dejando de serlo a medida que entendemos para qué sirve. Mira tú: yo me he criado entre piedras preciosas. ¡Como que he jugado con ellas! Pues ¿creerás tú que ese comercio nunca me hizo gracia?

—Como que es un comercio que sólo vive de la vanidad—dijo Martín, henchido de satisfacción—. Las piedras son objeto de puro lujo, y esto, Aura, esto es la vida, esto es el pan... Porque si no hubiera barcos, fíjate bien, prima, no habría comercio, y sin comercio no tendríamos ni camisa que ponernos y viviríamos como los salvajes.

Cuando entraba Zoilo y la veía sentadita en el escritorio, junto a Martín, y él corrigiéndole las copias, para lo cual se acercaba demasiado, juntando casi cabeza con cabeza, el pobre chico no sa-

bía lo que le pasaba. ¡Vaya que también ésa!... ¡Y *dar la casualidad* de que aquel hombre fuera su hermano! Si no lo fuese, ya le habría enseñado a ponerse a la distancia que debe guardarse entre caballero y señora cuando no son novios. Por suerte de Zoilo, existía la guerra, que evidentemente le favorecía. La *casualidad* de que hubiese guerra tenía sobre las armas a la Milicia urbana, y a cada momento, mañana o tarde, venía el ordenanza con avisos que hacían salir a Martín de estampía. «Don Martín, revista a las tres... Don Martín, a las dos, ejercicios.» Y primero faltaba una estrella del cielo que dejar el joven de acudir al llamamiento de la patria y de la libertad. Gracias a esto, Zoilo quedábase solito con Aura, y si había venta de cosas menudas la enseñaba a despachar o le daba previamente instrucciones para cuando viniese alguien en busca de agujas de coser lonas, de hierros para calafatear.

—¿Para qué sirve—le preguntaba ella—este zoquete redondo de madera con tres agujeros, que parece una cara con sus ojitos y abajo la boca?

—Esto llamamos *bigota*, y sirve para las flechaduras de la jarcia.

Seguía una larga lección de aparejo, que comúnmente Aura no entendía. Ello es que, sin entenderlo bien, pedía la niña noticia de todo; y él, con seriedad científica, le explicaba la aplicación de las distintas clases de grilletes, guardacabos y demás hierros. Le mostraba un *rempujo* y la manera de usarlo para coser velas, y se lo ponía y sujetaba con la hebilla, para que se hiciera cargo de aquel *dedal de la palma de la mano;* la instruía en el modo de calafatear, metiendo en la unión de las tablas y apretándola bien con hierros la filástica, que era la estopa de los cabos inútiles...

—Te enseñaré cómo se hace la filástica. Pero tus dedos son muy finos para esta operación. No, no; déjame a mí. No hay más que ir abriendo la estopa... Es muy fácil.

—¡Vaya, con todas las cosas que hay dentro de un barco! Me gustaría tener una fragata muy grande, muy grande.

—Y a mí. Para ir a ver tierras tú y yo... Y luego la traíamos llena de perlas y brillantes; cargada de piedras preciosas hasta las escotillas.

—¡Jesús qué disparate!

—Sí; de piedras preciosas, que, aun con ser tantas, serían pocas para adornar tu hermosura. Di que sí.

—¡Qué tonto!

—Es verdad. ¿Qué son las piedras? Morralla... Para adornarte a ti no hay más que el sol y las estrellas, con la luna en medio, y dos docenas de rayos por cada banda.

—¡María Santísima..., divino Dios!

—No hay más Dios divino ni más divinidad que tú... Y lo digo, y aquí estoy para sostenerlo...

Al fin se arrancó el hombre. Entre seria y festiva, Aura le contestaba riendo y volviendo la cabeza, burlándose un poco o asombrándose de su audacia.

—Pero, Zoilo, ¿estás loco?

—Sí, sí..., me da la gana de estar loco. Es mi gusto... Como lo será el morirme o matarme si tú no me quieres...

—Cállate, Zoilo..., no bromees con eso... Cállate, que la tía baja... Me parece que la siento.

Lo que hacía Prudencia era llamarla desde lo alto de la estrechísima escalera, más bien escala de barco, que comunicaba la tienda con el entresuelo. «Voy, tía», gritaba Aura, mientras Zoilo, contento de haber roto el fuego, de haber puesto fin a un mutismo que le requemaba el alma, se decía: «Esta lagartona de mi tía Prudencia la manda abajo cuando está Martín, para que el otro le diga cosas, y la llama cuando yo estoy, para que yo no pueda decírselas... Ya le enseñaré yo a mi señora tía quién es Zoilo Arratia.»

Y se puso a medir brazas de cabos, que los dos dependientes iban pesando.

Sabino y su hijo mayor se pasaban casi todo el día en el almacén de Ripa, donde tenían gran cantidad de duela, magníficas tosas de caoba y cedro y una regular partida de teca y riga que no lograban vender en aquellos calamitosos tiempos, por estar encalmada la construcción de buques. Por la noche reuníanse todos en el entresuelo de la Ribera y cenaban juntos, comentando la guerra, llevando al seno de la laboriosa familia ecos de la opinión del pueblo respecto a la inminencia de un segundo sitio, más apretado que el primero. Valentín, Martín y Aura eran partidarios de la resistencia a todo trance, y confiaban en el éxito, movidos de la ardorosa fe bilbaína. Sabino y José María

se hacían intérpretes de la minoría desconfiada y algo pesimista del vecindario. Temían que la villa tuviera que rendirse; no daban excesivo valor a las bravatas de los milicianos ni estimaban posible que la guarnición escasa hiciese maravillas. Al primer partido, patriótico y entusiasta, se arrimó Zoilo, afirmando que quería derramar su sangre por Bilbao y contribuir a la defensa con todos sus bríos. Apoyábanle unos, otros se reían, y Prudencia declaró, siempre dentro del sagaz criterio que le imponía su nombre, que la familia no debía significarse toda del lado isabelino, sino dividirse en las dos opiniones para estar a las resultas de los acontecimientos.

—Si todos—decía—nos vamos con la Libertad, ¡ay de nosotros en el caso de que venga la mala y se vaya la Libertad a paseo y triunfe el oscurantismo!

Pero estas razones las rebatió con firme lógica y hasta con elocuencia Valentín, sosteniendo que no era decoroso el doble juego, sino poner las dos velas a Dios y ninguna al diablo. Dios era la Libertad. De esta definición hubo de protestar Sabino, asentando que no había que mezclar a Dios en cosas de política. Que se juzgase conveniente defender la Libertad y el trono de Isabel, muy santo y muy bueno; pero nada de meter a Dios en estos líos, porque El no era constitucional ni realista, sino Dios a secas, y su divina voluntad era que no se derramase tan locamente sangre de cristianos.

En ello convinieron todos, como también en que si a Zoilo le pedía el cuerpo andar a tiros, se le procurase el ingreso en la Milicia nacional. Con gran alegría acogió esta idea el interesado, y Aura, también gozosa, propuso que se comprara sin pérdida de tiempo la tela para el uniforme, y que una vez cortado por el sastre, ella lo cosería con sus propias manos, aunque tuviese que velar.

—Ya tenemos a Periquito hecho fraile—dijo Prudencia—. Coseremos pronto la ropita; para que pueda lucirla en la formación del domingo.

Aquella misma noche andaba por el comedor y los pasillos con aire marcial. Sentía no tener listo su uniforme antes de que viniera *Churi*, el cual se había ido en su asno a sus acostumbradas exploraciones del país encantado o del valle de Mena, por puro vicio de independencia, más bien de vagancia, pues ya no había para qué traer leña y carbón. ¡Qué sorpresa le iba a dar si cuando volviese le encontraba en todo el esplendor y magnificencia de su facha militar! ¡Y que no rabiaría poco al verle! Que rabiara, sí, y que se le llevasen los demonios, en castigo de las burradas que al partir le había dicho. De lo último que hablaron se copia lo menos violento, dejando intraducidas y al natural las locuciones del maligno sordo.

ZOILO.—Estoy seguro de que me quiere... Ya no pienso en matarme, sino en vivir, en hacer cosas de mucha dignidad, en aprender todo lo que no sé, en ser valiente, en portarme como un caballero.

CHURI.—*Patuo*, no *cuerras* tanto..., por detrás el pingajo te cae... ¡Qué *pamparria* tener tú!... Eso *dite*, pues.

ZOILO.—Hazte a un lado, zopenco.

CHURI.—*(Sin entenderle.) Prinsipe arrecho* vendrá él, y casarse hará con ella, y más... Al *dimonio* tú aquí mismo, y más. Eso *dite*, pues... ¿Qué harás si la tía *Pudrencia* saberlo ella?... ¿Para qué es desir? Murirte harás... Reírme yo... *dite* qué *patuo* eres, *patuo* y *parol*.

ZOILO.—Cállate.... o verás.

CHURI.—Aura *sielo* es, y más... Tú *sarama... Sarama* al *sielo* subirse no hará. Con escoba que te arrecojan...

Ingresó Zoilo en la Milicia; hizo solemne estreno de su uniforme, y el endiablado sordo no parecía. Quien llegó fué Negretti, en un estado moral lastimoso, herido de cruel desengaño, renegando de la hora en que puso su inteligencia al servicio de la *pretensión*. Hombre de sinceridad, reconocía su error y se lamentaba honradamente de no haber seguido la opinión y consejos de su esposa. ¡Ay!, las mujeres suelen tener, en asuntos de negocios relacionados con la vida social, olfato más seguro y vista más penetrante que los hombres... Toda la familia se aplicó a consolarle desde el primer día, rodeándole de atenciones y cuidados, pues su salud, con tan graves quebrantos y sinsabores, se había resentido notablemente. Hablando a solas con Valentín del tristísimo pasado, del negro presente y de las cerrazones del porvenir, le decía:

—Me siento tan abatido, tan descorazonado, que como no vengan estímulos

de fuera de mí, dudo que pueda yo sacarlos de aquí dentro. Espero que pasen días, muchos días, a ver qué giro toma esta maldita guerra. Y también te aseguro que sólo he venido a Bilbao por tomar algún descanso y por el gusto de pasar unos días con vosotros antes de irme a Francia. Aquí no me encuentro, querido Valentín; no me atrevo a salir a la calle, temeroso de que me echen en cara el haber traído acá, pegadas a las manos, las limaduras de la Maestranza de don Carlos. Me tendrán por enemigo, quizá por espía... No me conocen lo bastante para ver en mí al obrero neutral, que sirve donde le pagan. La realidad, las flaquezas humanas, me han hecho comprender que la neutralidad es imposible, y por ello no se acaba esta guerra... Tesón allá, tesón aquí... ¡Desdichado de aquel que, como yo, se ve cogido y aplastado entre los dos tesones!... ¡Ah!, vosotros, más felices que yo, podéis levantar una bandera y defenderla y hasta morir por ella... Yo no puedo..., me he inutilizado para este partido y para el otro... Lo que sí te digo es que ya podéis prepararos bien, porque os van a sitiar, y con poderosos elementos. Nadie los conoce como yo... Os apretarán de firme, y como no venga un buen ejército a romper la línea de ellos, habréis de veros muy mal, pero muy mal, créelo. Si Bilbao no hace una hombrada, me parece que pronto seréis vasallos de Carlos Quinto... Es triste; y si en mi mano tuviera yo el fuego del cielo, os lo daría para resistir. Porque... no soy vengativo, eso no, ni quiero el daño de nadie; pero a ésos, ¡ah!, a ésos les deseo que se les indigeste Bilbao, a ver si revientan de una vez.

Los anuncios de Negretti respecto a la inminencia del sitio se confirmaron en los días siguientes. El 21 y 22 de octubre, los carlistas abrían trincheras en Artagán. Al otro lado del monte Archanda, sobre el camino de Bermeo, tenían los cañones que habían de emplazar en diferentes puntos para dominar Begoña y Achuri. Hacia Ollargan preparaban fuertes baterías contra San Mamés y la Concepción, y por Sodupe disponían los ataques a Burceña y el Desierto. La situación era, pues, gravísima. Desde las alturas de Santo Domingo y Archanda, por la orilla derecha del Nervión, y por la derecha desde las de Ollargan, los carlistas miraban a Bilbao en el fondo de la cazuela y no tenían más que alargar la mano para coger al pobrecito *chimbo* y devorarlo.

Y mientras a la defensa se aprestaba, más parecía la capital de Vizcaya un pueblo en plena fiesta que un pueblo condenado a los horrores de la guerra de sitio: diríase que se habían propuesto los bilbaínos animarse unos a otros con enfáticos alardes de júbilo y desprecio del peligro. Su actividad en los preparativos cobraba nuevos alientos de aquel gozo común, de aquella confianza que o sentían o simulaban. Gran virtud es en estos casos la ficción de entereza. Los pueblos viven del sentimiento colectivo, y los bilbaínos supieron en tan suprema ocasión cultivarlo, creándose previamente la atmósfera en que debían consumar sus inauditas hazañas; atmósfera falsa, si se quiere, pero que los hechos, la constancia y tesón de aquel divino mentir convertirían luego en real y positiva. Y organizaban el éxito con prematuros alardes, sostenidos sin desmayo, como papeles de una comedia heroica. Los histriones dejarían de serlo a fuerza de fingir bien y de mostrarse alegres cuando la realidad les imponía la tristeza. Era un pueblo de imaginativos, y los imaginativos que proceden con intensidad en su labor psicológica, acaban por crear.

XXII

Bien se comprende que en esta organización previa del éxito por la fanática confianza del pueblo en sí mismo tenían la mayor parte las mujeres, y entre éstas, las jóvenes trabajaban más que las maduras en la composición de la atmósfera marcial. Las señoras y señoritas de la clase mayorazguil, las del patriciado comercial, las de menestrales y tenderos, eran la nube en que se formaban aquellos elementos de extraordinaria eficacia, de donde luego tomarían el rayo los hombres. El fuego lo hacían ellas. Ejemplo de esta elaboración de coraje ofrecía la hermosa Aura, que, ligada ya por lazos de amistad con las niñas de Gaminde, con las de Orbegoso y otras de la villa, se pasaba todo el día picoteando en círculos femeniles acerca de lo que se hacía en las fortificaciones, de la

distribución y destino de las piezas, de lo que hacía y pensaba el gobernador, don Santos San Miguel; de lo que disponía el Ayuntamiento con los corregidores de Albia y Begoña, y comentando los planes del brigadier de Ingenieros, don Miguel de Arechavala; lo que preparaban la Junta de Armamento y Defensa, la Diputación y el verbo coronado. Todas ellas tenían el hermano, el primo, el novio, en la Milicia urbana; los padres de unas pertenecían a la Junta de Armamento; los de otras, a la Diputación. Sabían, pues, todo lo que ocurría, y lo que no sabían lo inventaban, sin darse cuenta de su fecundísimo numen militar. Tan pronto se pasaba Aura la tarde en casa de las de Gaminde, calle del Víctor, como en casa de las de Busturia (Artecalle), o bien asaltaban todas el domicilio de Arratia, y aquí y acullá, sus manecitas diligentes trabajaban sin descanso, con más gozo que en los aprestos de un baile, en la tarea lindísima de coser sacos de lienzo para los parapetos, en vaciar colchones para llenar sacas de lana, en disponer las camas para los hospitales de sangre y en hacer hilas, aunque esto no les parecía lo más urgente, porque antes que hubiera heridos tenía que haber baluartes y defensas; y las banderas debían ser muy vistosas; y todo lo que significase triunfos de la Libertad y palos al carlismo había de obtener la preferencia; las hilas y vendajes, que los hiciera el enemigo, como más necesitado de tales remedios.

Zoilo, una vez metido en hoz y de coz en la vida militar, hizo nuevos conocimientos con señoritos de las primeras familias, y apretó más el lazo de sus antiguas amistades. Destinado a la cuarta compañía del primer batallón, eran sus compañeros inseparables Pepe Iturbide, hijo del polero que tenía taller de motones, patescas y cuadernales junto al almacén de los Arratias, en Ripa, y Víctor Gaminde, hermano de las señoritas con quienes había hecho Aura tanta intimidad. Conmúnmente iba con su amigo a casa de éste, cuando quedaban francos de servicio, y allí se encontraba a su ídolo, que ansiosa le preguntaba:

—¿Dónde has estado hoy, primo? ¿Qué hay? ¿Qué has visto?... Cuéntanos.

—Pues por la mañana se ha trabajado en el fuerte del Morro, en Achuri, donde hemos puesto dos cañones más, y tres que había, cinco, que harán polvo todo el tinglado que están armando *ellos* más arriba. En Artagán tenemos cuatro piezas, di que cuatro infiernos, que arrasarán cuanto *ellos* se traigan por Santo Domingo y por Matalobos. Por la tarde hemos trabajado en San Agustín, donde hay una pieza de treinta y seis, más grande que este cuarto, y dos de veinticuatro, que da gusto verlas, y otras dos, y un obús que, cuando escupa, ya verán *ellos* lo que es canela. Dicen que mañana vamos a Sabalbide y a la batería de la Reinaga, donde pondremos sinfín de cañones que echarán el fuego más allá de Begoña. No deseo más que empezar para que vean cómo barremos para afuera. ¿Crees tú que no?

—Yo sí; yo creo que les barreréis, que no quedará uno para contarlo.

Y acompañándola después a casa, con su hermano José María y una señora tía de las de Gaminde, que iba a pasar un rato con Prudencia, de quien era amiga de la infancia, hablaron los dos cuanto quisieron, porque José y la señora mayor, que era muy pesada, iban detrás, y ellos, con juvenil ligereza, se adelantaron.

—A u r a—dijo Zoilo con greve acento—, no quiero más sino que *den el primer toque*, para que veas tú de lo que soy capaz. ¿Qué tienes que decirme a esto?

—No digo nada, Zoilo. Yo quiero que seas valiente... Me gustaría mucho que te celebraran y te pusieran en las nubes.

—¿Y si me celebran y me ponen más arribita de las nubes?

—Me alegraré mucho, créelo.

—Yo quiero que se diga que el más valiente defensor de Bilbao es uno... uno que a ti te quiere, que te quiere más que a su propia vida... Y dirán: «¡Dichosa ella, que la quiere el más valiente de Bilbao!»

—Bien, *Zoiluchu*... Si me lo dicen, me alegraré... Falta que seas tan animoso de obra como de palabra.

—Tú lo verás... Di que empecemos pronto... Que haya tiros, que lluevan granadas y bombas deseo yo y que tengamos que ir contra ellos a pecho descubierto... Ya me cansa tanto preparativo. Hacer fuego y atacar a la bayoneta, mándeme pronto... Lo mucho que te quiero me ha de salvar de la muerte. Con decir: «Aura, mi Aura me favorez-

ca», no habrá bala que se atreva conmigo... Pero si no me quieres, las balas no me respetarán; di que no.

—No seas tonto. ¿Qué tienen que ver las balas con el cariño?

—Si tienen que ver, di que sí. Yo estoy seguro de que diciendo: «Aura me ama; atrás, fuego de pólvora», no he de tener ni un rasguño. Y si no lo crees, lo verás, y lo creerás. Quiéreme y dime dónde hay siete mil serviles para ir solo contra ellos, solo yo.

—¡Jesús, qué locura!

—No, no te rías... Tú pídele a Dios y a la Virgen que empecemos de una vez... Que rompan ellos contra nosotros, que escupan, y ya subiremos nosotros a taparles las bocas y a meterles el hierro en las barrigas. Yo me consumo esperando, esperando. ¿Por qué no rompemos, con cien mil gaitas?

—Pues ya tengo curiosidad de saber en qué paran todas esas valentías tuyas. También quiero que rompan. Esto es hermoso. Un pueblo chiquito, metido en un hondo, defenderse contra tantos miles de hombres furiosos que le tiran desde las alturas. ¡Cosa magnífica, Zoilo, cosa sublime! Yo quiero verlo... ¿Me contarás todo lo que veas?

—Todo, todo te contaré, y tú me querrás; di que sí.

—No seas fastidioso... Ya sabes que no puede ser. Yo te quiero, porque eres mi primo; pero otra cosa no... Eres un buen chico, que puedes llegar a ser un gran hombre. ¿En qué serás gran hombre? Yo no lo sé; tal vez en el comercio, tal vez en la industria... Y ¿quién dice que no lo serás en la milicia?

—Yo seré lo que tú me mandes. ¿Que me aplique a la milicia y que llegue a general quieres tú?

—¡Jesús y María..., tan pronto!

—Si la guerra sigue, hazte cuenta... Yo seré lo que tú mandes, pero no me digas que no puedes quererme. Si me quieres, si me crees digno de tu amor, ¿por qué me lo niegas? ¡Buena tonta serías si me despreciaras a mí por uno que no ha de venir!

—Yo no te desprecio, *Zoiluchu*.

—Pues quiéreme..., verás qué valiente... ¿Qué cosa levanta más al hombre que el valor?

—Realmente.... el valor es más que nada.

—Pues yo soy tuyo, y todo mi valor es tuyo, y lo que yo hiciere gloria tuya es, porque yo, si no te quisiera, sería muy cobarde y me metería debajo de una mesa. Pero del quererte sale que yo desee subirme hasta las estrellas. Igualarme a ti concédame Dios. Ya verás luego... Espera un poquito.

—No, si yo espero... Ya ves que me paso la vida esperando.

—Esperando por otro lado lo que no ha de venir..., y aquí estoy yo para que no esperes más tiempo... Una batalla dame, y verás.

—Pero yo, ¿cómo te he de dar una batalla?

—Diciendo que me quieres. Se me ha metido en la cabeza que si me dices eso, en el momento de decírmelo estallarán en esos montes, y en aquéllos, y en los de más allá, todos de una vez, ¡brmm! los cañones carlistas.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida. Lo que es natural, Aura, tiene que venir. Lo natural es que tú me quieras y que los carlistas ataquen.

—Claro. Tú llamas natural a lo que deseas. Pues a mí, todo lo que deseo se me vuelve sobrenatural.

—Porque no haces caso de mí, que soy lo natural. Aura, fíjate... Pues ¿qué soy yo, más que lo natural?

No pudieron decir más. En la puerta de la tienda encontraron a Martín, que le dió noticia de la llegada de *Churi*, magullado, hecho una lástima, y, además, sin burro. Le habían hecho acostar; pero al anochecer, cansado de estar en la cama, se lanzó a la calle, corriendo a curiosear en los puntos fortificados. Se anticipó la cena de Martín y Zoilo para que volvieran a sus puestos, el uno en el Morrillo, el otro en Solocoeche. Habría querido su padre que estuviesen en la misma compañía a fin de que se prestaran auxilio en algún aprieto y cuidasen el uno del otro; pero no había podido ser. En la casa todo era tristeza. Sabino, que dirigía el rezo doméstico, agregó al rosario de costumbre infinidad de preces, recitadas unas, leídas otras devotamente, de rodillas, en un libro piadoso. Todo era por impetrar del Señor que pusiese fin a la guerra entre hermanos. Y tan largo fué el rezo, que cuando se pusieron a cenar ya estaban desfallecidos.

¡Terminar la guerra por intercesión divina! Ya, ya; bonita terminación se

preparaba. A fe que soplaban vientos de paz. Desde el amanecer de Dios empezaron los carlistas a largar bombas y granadas sobre la pobre villa. La plaza les contestaba en toda la línea de fortificaciones, desde Achuri a San Agustín y desde Ripa a San Francisco. El día fué de alarma, aunque no tanto como el siguiente. En casa de Arratia hallábanse solas las mujeres y Negretti, que forzosamente retenido en Bilbao por el sitio, no salía de casa, permaneciendo en un cuarto interior entregado a estudios y cálculos de mecánica. Algunas señoras de los pisos superiores bajaban al entresuelo, y cuando apretó el miedo, porque se dijo que habían caído bombas en la calle Somera y en Artecalle, bajáronse todas a la tienda, donde se creían más seguras. Ignorantes de lo que ocurría estuvieron hasta que, muy avanzada la noche, llegó Valentín a referirles que la defensa había sido brillante. Sabino había ido hacia Sabalbide, donde, según le dijeron, estaba Martín, y José María funcionaba en el hospital de sangre de la Concepción como individuo de la Junta de Socorro y Sanidad.

—¿Quién va ganando?—preguntó Negretti, que sólo por satisfacer esta curiosidad asomó a la puerta de su cuarto,

—¡Hombre, qué pregunta!... Nosotros —dijo Valentín.

Ildefonso pareció complacido y volvió a engolfarse en su tarea, mientras su cuñado explicaba a las mujeres de la casa y a las vecinas allí congregadas los combates de aquel día en los diferentes puntos de defensa. En todos demostraron los bilbaínos tanta serenidad como valor. Las bajas no eran muchas y los serviles no habían avanzado un palmo de terreno.

El siguiente día fué de grande ansiedad para los vecinos de aquella parte de la Ribera, porque a las primeras horas de la mañana se procedió a levantar un parapeto y barricada en la esquina del teatro, y trajeron un cañón grandísimo para hacer fuego desde allí contra las posiciones carlistas de Uribarri. En medio de alegre bullanga y animación llevóronse adelante los trabajos toda la mañana: chiquillos, viejos y algunas mujeres ayudaban a llenar sacos de tierra, mientras los soldados y milicianos desempedraban la calle. Todo se hizo rápidamente. Cuando empezaron a disparar, retumbaban los tiros en la casa de Arratia como si se viniera el mundo abajo. Guarecidas las mujeres en lo más hondo de la tienda, de allí no se movieron hasta que cesaron de oír disparos cercanos. Negretti continuaba en su aposento del entresuelo, paseándose inquieto y nervioso. Al oír un zambombazo, decía: «¡Esa es buena..., a ellos!...», y vuelta a revolverse y a suspirar fuerte, pasándose a cada instante la mano por la cabeza, a contrapelo, cual si quisiera hacer de ésta un perfecto escobillón. Su mujer quería llevarle a la tienda; pero se resistía, asegurando que la casa era sólida; lo más que podía ocurrir era que se hundiese el tejado. Dos días pasaron en esta situación, sin que ninguno de los Arratias pareciese por allí. Temían que Valentín, dejándose llevar de su temple fogoso, se lanzara al combate. Una vecina dijo que le había visto pasar al frente de una partida de paisanos que iban con picos y palas corriendo hacia el Arenal, donde también estaban emplazando piezas. Esta noticia las tranquilizó; y por la noche llegó Sabino, ¡gracias a Dios!, con nuevas felices de todos menos de *Zoiluchu*. Valentín, después de haber trabajado como un negro, estaba en el Consulado, donde se reunía la Junta de Armamento. José María había pasado del hospital de Bilbao la Vieja al de Achuri; Martín quedaba en Solocoeche sano y salvo, y de Zoilo no se sabía nada. Probablemente continuaba en el fuerte de Mallona. A *Churi* le había encontrado trabajando en la barricada de la Cendeja.

—¿Quién va ganando?—preguntó Negretti entreabriendo la puerta de su escondrijo.

—*Estos*—replicó Sabino.

Y como en aquel punto entrara Valentín y oyese, subiendo la escalera, el *éstos* pronunciado por su hermano, gritó con fuerza y entusiasmo:

—¡*Estos*, no; *nosotros*, nosotros!

Aunque a medianoche llegó Martín con la referencia de que Zoilo estaba vivo y sano en el fuerte de Mallona, no acabaron de tranquilizarse, pues su hermano no le había visto... Venía el pobre muchacho fatigadísimo, desencajado; el pundonor, más que el marcial denuedo, le sostenía, aunque se hallaba dispuesto a volver a empezar en cuanto se lo ordenasen. Su lividez, el desmayo de su cuerpo aterido, el sobresalto de su mirar

pedían tregua para reponer la enorme dosis de coraje y entusiasmo gastada en las últimas lides.

—El deber, hijo, el deber ante todo —le dijo su padre, acariciando el libro de rezos—. Cumplamos con lo que nos pide el honor de nuestro pueblo, y Dios dispondrá lo que nos convenga a todos. ¿Que dispone triunfar?... Pues triunfemos... ¿Que dispone morir? Pues muerte.

Valentín se había lanzado ya a un formidable ataque contra la cena, ya medio fría, que Aura ponía en la mesa. Martín le secundó con brío y ambos anunciaron su intención de posponer el rezar al comer. Tomó Negretti en silencio algunas cucharadas de sopa, sin poner atención a nada de lo que se decía, y Prudencia se extremaba en las órdenes que daba a su sobrina para cuidar y atender a Martín.

—Sí, tía—dijo Aura—, no me olvidé de guardarle el medio pollo. Lo he puesto a calentar. Ahora lo traeré.

Y sirviéndoselo, le decía cariñosa:

—Come, pobrecito. Tranquilízate... ¿Has hecho mucho, mucho fuego? ¡Qué sería de Bilbao sin los hombres valientes!... De fijo que *Zoiluchu* habrá hecho alguna calaverada..., alguna barbaridad...

—Es tan arrojado—dijo Valentín—, que me temo que sus bravuras le cuesten caras.

—Pero no hay que temer—añadió Prudencia—. A ése no le parte un rayo.

Martín no dijo nada; comía en silencio, con la avidez de reparación de la materia egoísta. La entrada de *Churi* renovó en todos la inquietud por Zoilo. Observando la cara sombría del sordo, temían que fuese portador de alguna mala noticia; pero a las interrogaciones que le hicieron, harto expresivas sin necesidad de usar la palabra, contestó con desabrimiento:

—¿Yo qué saber? Diecisiete muertos de Mallona sacar... Yo verlos. No estar Zoilo; ningún muerto de los diecisiete es él mismo... Más no sé...

XXIII

No se conformaba Aura con ignorar la suerte del menor de sus primos, y en la mañana del 26 a cuantos entraron en la casa preguntaba si sabían algo, si habían visto los muertos de Mallona. Nadie le dió razón. Todo aquel día, que lo fué de grande inquietud, porque en él dieron las compañías carlistas llamadas de *argelinos* un terrible asalto por Mallona, no llegó a la casa de Arratia noticia alguna de los hombres de la familia. Por la noche, sabedoras Aura y Prudencia de que a Víctor Gaminde le habían llevado herido a su casa, fueron corriendo allá. Prudencia no quería más que informarse y comadrear un poco, y dejando allí a su sobrina se volvió para que Ildefonso no estuviera solo. Vió Aura al joven herido y a la familia consternada: las hermanitas lloraban; la madre no sabía qué hacer, y el padre, don Francisco Gaminde, persona en quien la bondad no excluía la entereza de carácter, sonreía con heroico dominio de sí mismo, asegurando que el *puntazo* del niño no era de muerte; le curarían, le darían buenos caldos para reponer la sangre perdida, y «¡Hala; otra vez al puesto! Bilbao no quiere gallinas sino buenos gallos con espolones.» Todo se reducía a un desgarrón de bayoneta en el costado derecho, rozando las costillas. Hilas, esparadrapo, y a los tres días ya podía coger otra vez el chopo. También él lo cogería si fuera menester... Y en último caso, antes que consentir que el *absoluto* entrase en Bilbao, hasta las niñas, las bravas bilbaínas, tendrían que ir al fuego.

Conservaba el herido su buen humor y no estaba conforme con que le metieran en la cama. En esto entraron dos de sus compañeros, y alegrándose mucho de verles se lamentó de no poder estar enteramente curado al siguiente día, para volver allá. No había acabado de decirlo, cuando entró un tercer miliciano, manchado de sangre, la cara negra de humo, de tizne, del oscuro fango de las baterías: era Zoilo, el mismísimo Zoilo, pero en tal fecha, que Aura tardó en reconocerle; parecía más delgado, más alto..., ¡qué cosa tan rara!..., era otro..., no, no..., el mismo en espíritu; pero más estirado de cuerpo, ahuecada la voz, enflaquecido el rostro. A pesar de estas novedades *de aspecto*, bien se le reconocía en el mirar grave, en la arrogancia de su actitud, sin asomos de fanfarronería, en el aplomo con que presentaba su rudeza ante personas finas de uno y

otro sexo, no dejándose vencer de la cortedad. No había concluído de saludar a todos los presentes y de estrechar la mano de su amigo, cuando llegó presuroso Valentín, encargado de comunicar al señor Gaminde acuerdos importantes de la Junta, y de rogarle, en nombre de sus compañeros, que fuese al instante adonde estaban reunidos. Entre el cúmulo de asuntos diversos que éste y el otro, reunidos al acaso, expresaban con conceptos tan diferentes, descolló un instante la voz del miliciano herido diciendo:

—Los héroes de Mallona han sido dos...: el pobre Mendiburu y otro que está presente. Cuando los primeros veinte argelinos entraron por la brecha, más parecidos a fieras que a hombres, cinco de nosotros se abalanzaron a ellos... De esos cinco, tres se quedaron a media distancia; dos solos avanzaron resueltos. De los dos, Mendiburu cayó muerto; el otro está vivo, y es éste, *Luchu*, que ven ustedes aquí. Tras el muerto y el vivo corrimos los demás... No sé cómo fué aquello..., un milagro, un sueño..., no sé... Aún tengo dudas de que vivamos los que vivimos y de que quedaran en tierra destripados no sé cuántos argelinos... Ni sé cómo pudo pasar lo que pasó...; no sé, no sé.

Manifestó Zoilo, ante el relato de su hazaña, una calmosa modestia, sin hipócritas denegaciones ni alardes enfadosos. Su tío Valentín le dió una bofetada de cariño y tres besos que parecían mordidas, gritando:

—¡Si es Arratia, bilbaíno de las Siete Calles!... Y no hay más que decir.

Gaminde sin extremar la admiración, pues tales hechos debían considerarse, según él, como cumplimiento estricto del deber, no dijo más que:

—Bilbao está lleno de estos cachorros, que saben cumplir. ¡Cualquier día entran aquí los *absolutos!* Vámonos, Valentín.

—Vámonos—dijo Arratia a su sobrina—, que es tarde. Al pasar te dejaré en casa.

—Vámonos, *Luchu*. Vente a descansar —dijo la niña al heroico joven.

Y eslabonándose unos a otros con aquel «vámonos», salieron en cadena los cuatro. En la calle se adelantaron prima y primo; detrás, las dos personas mayores hablaban de cosas graves.

—¿Es verdad que has hecho lo que cuenta Víctor?—preguntó la doncella.

—Di que nada...—replicó el mozo, muy serio—. No me alabo yo de cosas que valen poco.

—Has sido muy valiente..., no lo puedes negar.

—Más habría hecho si me dejaran... Pero no le dejan a uno. ¡Qué rabia! Si los demás hubieran querido, salimos, y no queda un argelino para muestra.

—Has sido muy valiente—repitió Aura, parándose y mirándole a los ojos; los de ella resplandecían de júbilo.

Valentín y Gaminde se habían quedado muy atrás.

—No lo dude usted, don Francisco —decía el primero—. Es noticia auténtica. La han traído dos artilleros facciosos que se pasaron esta noche.

—Pero no es creíble...

—Pues créalo usted. Levantan el sitio. No tienen municiones. Las que han repartido hoy son las últimas.

—No nos caerá esa breva, Valentín.

—Además, hay piques entre ellos. Villarreal y Simón de la Torre están a matar, y éste se retiró hacia Munguía, negándose a obedecerle.

—Eso lo creo, pero no que se retiren.

—¡Qué levantan el sitio, don Francisco!

Al decir esto se aproximaban a la otra pareja, y Zoilo pescó el concepto «levantan el sitio». No pudo expresar la rabia que esto le produjo, porque llegaron a la tienda y se vió rodeado de su padre, hermano y tía, que por su vuelta le felicitaban cariñosos. Valentín y el señor Gaminde siguieron hacia San Antón, mientras Zoilo, subiendo de mala gana al entresuelo, vióse obligado a contestar a mil preguntas impertinentes. El no había hecho nada de particular; no le hablaran, pues, de hazañas ni heroísmos.

—Muy bien—díjole Sabino—; el buen soldado cumple con hacer lo que le manden, sin meterse a farolear. Cada cual en su deber, y luego Dios dispone.

Aura le sacó golosinas que guardara para él, lo mejor que en la casa había. Pero el chico, tristemente impresionado por la frase de su tío «levantan el sitio», no tenía ganas de comer. La indignación, el despecho le trastornaban. Sentía escarnecido su amor patrio, su risueña ilusión por los suelos.

—¡Levantar el sitio! —exclamó, gol-

peando en la mesa con el mango del cuchillo, cuando Aura y él se quedaron solos—, No, no; eso no puede ser. Si se retiran, tras ellos hay que ir y trincarles de una oreja, ¡cobardes!, y volver a traerles a las trincheras... ¡Allí..., fuego!... ¿No queríais sitio de Bilbao? Pues sitio de Bilbao... Firmes... hasta que no quede uno... ¡Qué rabia! ¡Retirarse cuando apenas habíamos empezado a cascarles!... ¿Qué dices, Aura? ¿Te burlas de mí?

—Yo no me burlo, no... Me gusta verte tan fogoso—replicó la doncella—. Pero si ya has hecho bastante, si te has portado como un valiente, ¿a qué quieres más gloria, tonto?

—Yo no hice nada—afirmó el miliciano levantándose de golpe, fiero, ceñudo—. Esos niños bonitos se admiran de cualquier cosa... Ea, no quiero cenar. Más comida no me saques; no quiero... Me pone furioso eso de que levantan el sitio; y de la rabia que tengo no puedo pasar la comida... Me haría daño; se me volvería veneno. Para mi hermano Martín guárdala; que vendrá luego, y vendrá muy contento si sabe lo que yo sé... Me voy a ver qué se dice. Estoy franco hasta las doce; pero no tengo sosiego hasta que sepa si seguimos o no seguimos. ¿Tú qué piensas?

—Pienso—dijo Aura—que sí, que levantan el sitio.

—¡Aura!

—Aguárdate..., se retiran para organizarse mejor y reunir más gente y más cañones y más balas. Cuando tengan todo eso, volverán. Se han propuesto coger a Bilbao, y lo cogerán si tú los dejas.

—¡Yo!... ¡Como no les deje yo!... Aura, no juegues... Si no te quisiera me importaría poco...; pero te quiero... Tú estás muy alta, yo muy bajo. Para llegar a ti, no más que un caminito hay: estrecho es y muy pendiente, formado todo de cuerpos carlistas; de cuerpos vivos, quiero decir, tan vivos que todos se echan el fusil a la cara cuando me ven. Pues por encima de todos esos cuerpos tengo que pasar para llegar arriba... y para pisar sobre ellos, y hacerles escalones míos, tengo que matarles antes... Conque hazte cuenta...

Aura sintió una corriente de frío intensísimo a lo largo de su espinazo... Dando diente con diente le dijo:

—Se retiran..., volverán con más cañones, con más fusiles, con más balas... ¡Pobre *Zoiluchu!*

—No me digas ¡pobre!..., así como por lástima. Yo no soy ¡pobre!... Y ¿por qué tiemblas? Tienes frío.

—Síií...

—¿Es de miedo?

—O de lo contrario..., no séé...

Retumbó en aquel instante un cañonazo que hizo estremecer la casa. Las mujeres chillaron, y oyóse la voz de Sabino diciendo que era fuego de la batería que *ellos* habían armado en Uribarri. De un brinco se abalanzó Zoilo a coger el fusil y se lanzó a la escalera como una exhalación, sin que su padre ni su tía ni la misma Aura pudieran contenerle. De seis en seis escalones bajó gritando: «¡Viva Isabel...», y ya estaba en la calle cuando acabó de decirlo: «... Segunda!»

Cañonearon toda la noche, y aunque siguieron el día 2 hostilizando la plaza, cundía de hora en hora la noticia de que levantaban el sitio, sin otra razón, a juicio de los bilbaínos, que el vigoroso escarmiento que recibieron al intentar la embestida de Mallona. El 28, flojos ya en sus ataques, empezaron a retirar alguna artillería de la que habían armado contra Banderas, y también por la parte de Ollargan. Al anochecer, las campanas de San Agustín anunciaron la retirada de considerable fuerza enemiga. Entregóse Bilbao a demostraciones de júbilo; pero los muchachos no las tenían todas consigo. La pobrecita Aura, queriendo decir a su primo una frase consoladora, había hecho una profecía. Lo raro fué que Negretti opinaba lo propio, asegurando secamente que volverían. Dudábalo Valentín; declaraba Sabino que sería lo que Dios quisiese, y Martín, ávido de descanso y con vivas ganas de cambiar el bélico ardor por la pacífica lucha comercial, presagiaba conforme a sus deseos:

—La lección ha sido dura, y no es fácil que vuelvan por otra.

Como todos los puestos seguían guarnecidos, y los servicios de plaza no sufrieron interrupción, Zoilo no parecía por su casa; según informes de José María, trabajaba en la reparación de los fuertes de Mallona, Circo y barranco de Iturribide, desplegando una actividad loca, pues sus brazos infatigables no descansaban de día ni de noche, insensible a la lluvia y al frío. Se había metido un tiem-

po del Noroeste capaz de apagar los entusiasmos más ardientes y de entumecer los músculos más vigorosos. Pero al novel soldado no le importaba el temporal: sus compañeros y los trabajadores mercenarios turnaban; él no turnaba más que consigo mismo, y solía decir:

—Esto es lo natural, Señor. Hago lo que debo, y debo hacer lo que puedo. Si puedo mucho, yo me sé por qué. ¡Hala!

Una noche (debió de ser la del 5) fué a su casa a mudarse. Aura le encontró más enjuto, el mirar más penetrante y luminoso, los rizos de la frente más juguetones, el rostro ennegrecido, las manos como enormes tenazas de acero. Era la encarnación de la fuerza física, alimentada por el horno interno, inextinguible, de la energía moral; formidable máquina muscular movida por la fe.

—¡Cómo acertaste!—dijo a su prima, gozoso, echando chispas de sus ojos negros—. Vuelven... Otra vez ya sobre Bilbao. Ahora... dos docenas de argelinos, que me traigan.

—Te has empeñado en ello—dijo Aura, sonriendo, mirándole a los ojos—. Ya estás contento...

—Di que sí... Han vuelto porque yo lo he querido, como yo sé querer las cosas. Todo lo que se quiere con fuerza se tiene, Aura.

—Hombre, todo no.

—Yo digo que sí.

Metióse en el cuarto donde su tía le tenía preparado un buen lavatorio y ropa limpia y cuando salió con la cabellera húmeda, en mechones duros y enroscados, semejantes a las serpientes de Medusa, se abrochaba con dificultad los botones del cuello de la camisa, por causa de la aspereza de sus dedos.

—Aura, échame aquí una mano...

Mientras la tía y la sobrina le pasaban los botoncitos, él, en jarras, mirando al techo, decía:

—Ahora se verá lo que es mi pueblo... Padre, ¿no sabe? Ya no manda Villarreal el *ganado servil*, sino el manco Eguía. A Villarreal me le han soplado en las Encartaciones para que no deje pasar a Espartero... ¡Si serán bobos!

—Hijo—indicó Sabino—, no califiquemos... Lo que Dios disponga será. No sabemos nada.

—Yo sí sé una cosa...: que Espartero pasará por encima de Villarreal, como yo paso por encima de esa estera; y que el marqués de Casa-Eguía entrará en Bilbao dentro de dos meses, el día de Reyes... Vendrá de Rey Mago, montado en el burro de *Churi*, luciendo su sombrerito de copa forrado de hule.

—Hijo, no bromees con las cosas santas ni con los sucesos de la guerra, que están sujetos al azar y a mil eventualidades... Yo, qué quieres, siempre deseo la paz. A todas horas le pido a Dios...

—¿La paz?... Pues yo la guerra..., yo le pido la guerra..., y ya ven cómo me hace más caso que a usted.

—Hijo, no desvaríes. No intentemos penetrar en los altos designios...

—Padre—añadió el miliciano, ya vestido, ostentando su derrotado uniforme, gallardísimo siempre—, ¿a que no sabe usted lo que dijo Dios cuando hizo el mundo?

—Hombre, pues dijo..., dijo... Aura, ¿qué fué lo que dijo?

—Pues, tío, me parece que dijo: «Hagase la luz.»

—Y la luz fué hecha. *Amen.*

—No, no es eso...—continuó Zoilo—. Después: más acá, cuando hizo a la Humanidad.

—Dios no hizo a la Humanidad toda entera de golpe y porrazo. No seas hereje... Dios hizo al primer hombre...

—Y a la primera mujer, y a poco ya estaba hecha la Humanidad. Pues cuando Dios tuvo formada la Humanidad, dijo: «¡Fuego!...», que quiere decir: «Hágase la guerra.»

Cenaron sin Negretti, que, melancólico y enfermo, no salía de su cuarto; Martín y Valentín cenaban con sus amigos los de Vildósola; *Churi* se había largado a pescar su burro..., que se le cayó al mar en aguas de Ontón, como burlescamente decía Zoilo; José María estaba en la tienda con los dos dependientes preparando un pedido de grilletes y jarcia que habían hecho aquella tarde los barcos de la Marina inglesa, *Ringdow* y *Sarracen*. Al concluir de cenar, Prudencia fué llamada por Ildefonso, y Sabino se quedó dormidito, apoyando la frente en el piadoso libro de oraciones. Solos Aura y Zoilo, preguntóle ella:

—¿Por qué eres tan belicoso? ¿Por qué te ha dado por querer la guerra?

—A quien quiero es a ti, que eres mi guerra y mi Bilbao, y mi *angélica Isabel*... O te conquisto, o muero... ¡Con-

quistar, morir! Decir esto, ¿no es lo mismo que decir guerra?...

Sintió Aura, como en noche anterior, el frío intensísimo que le corría por el espinazo.

—¿Ya estás tiritando? Las mujeres quieren la paz: son medrosas... Yo te quiero a ti; me gusta la guerra, porque ella nos enseña a ganar lo imposible. Un querer fuerte, con mucho fuego dentro, y la voluntad como hierro bien batido, todo lo vence... ¿No crees tú lo mismo?

—Síií...

—Pues prepárate. ¿Harás lo que yo te mande?

—Síií...

—Pues nada... Yo me voy—dijo el galán, mirando al pasillo, en cuyo término se oía la voz de Prudencia hablando con la criada—. Hasta que Dios quiera.

Despidióse de la tía; esperó a que ésta volviese a entrar en el cuarto de Ildefonso. Solos otra vez junto a la escalera, Zoilo repitió, no ya interrogando, sino con acento afirmativo:

—Harás lo que te mande.

Asintió la joven con movimientos de cabeza. En ésta llevaba un pañuelo de seda, cuyas puntas anudó sobre la boca, mordiendo el nudo. Sentía mucho frío y desmayo completo de la voluntad, correspondiente a un súbito agotamiento de su fuerza nerviosa. Se agarró al barandal de la escalera para no caer.

—Harás lo que te mande—repitió Zoilo, que, habiendo bajado ya tres escalones, tenía su cabeza al nivel de la cintura de ella.

—Pues lo primero..., acércate más para decírtelo bajito... desconfía de *Churi*, que es muy malo... Desconfía también de la tía Prudencia...

—¡Oh!, eso no... Prudencia me quiere.

—A ti, sí; pero a mí, no. Quiere más a otro... Paréceme que la siento... Adiós.

XXIV

Cumpliéronse hacia el 8 de noviembre los deseos de Zoilo, que tuvo la satisfacción de ver en los altos de Archanda numeroso *ganado* carlista que subía de Munguía. Traían gruesos cañones que emplazaron en Santo Domingo, amenazando a Banderas. El 9 recorrió las líneas el general Eguía con su sombrero de copa forrado de hule y su largo levitón, metida en el bolsillo la única mano de que podía disponer. Todo indicaba que atacarían los fuertes exteriores, sin perjuicio de hostilizar el interior de la plaza. Y Espartero sin parecer. En vano le llamaba el telégrafo de Miravilla, enarbolando sin cesar bolas y banderas. De Portugalete respondían con monótono lenguaje:

—Ya vamos; esperarse un poco.

Bilbao esperaba con estoica entereza, sin llegar aún a la suprema ocasión de apurar todas sus energías. Aún era grande el repuesto de fanatismo por la defensa, de coraje y de amor propio, que doblaban su fuerza con la sal y el picor de la jovialidad.

En la casa de Arratia, propiamente dicha, no había más novedad que la rotura de cristales y el apabullo de los buhardillones, con amago de incendio, que se cortó felizmente; en la familia no eran grandes tampoco las novedades, ni habían ocurrido sucesos que modificaran de un modo notorio la vida impuesta a todos por las circunstancias; pero algo pasaba en ella que, aun perteneciendo al orden oscuro y sin ningún brillo heroico, no merece el olvido. El narrador no dice nada. Deja que hable Prudencia, la cual, cogiendo a su hermano Valentín en el escritorio, donde acaloradamente disputaba con Vidósola sobre si era fácil o difícil tomar el fuerte de Banderas, le hizo subir, y por la escalera le manifestó lo que se copia:

—Apártate, hermano, siquiera por un rato, de estas novelerías de la guerra y del sitio, y ven en mi ayuda, por Dios, que ya principio a temer, no sólo por la salud, sino por la vida de Ildefonso. ¿Has reparado como está? En quince días ha perdido la mitad de su peso, los dos tercios de sus carnes, y toda, absolutamente toda la alegría de su espíritu. ¿Qué es esto? ¿Es enfermedad, es tristeza, es pasión de ánimo?... Fíjate en aquella cara que languidece; en aquellos ojos que tan pronto parecen nuestros, tan pronto relampaguean; observa cómo al ponerse en pie se le tuerce todo el cuerpo..., y se apoya en las paredes para no desplomarse; él, antes tan erguido, tan fuerte, tan vivo, hierro y pólvora... No, no: Ildefonso no está bueno; Ildefonso no puede seguir así. Quiero que le vean los mejores médicos de Bilbao; quiero que

acabéis pronto el sitio para llevármele a Francia, a la bendita Francia, lejos de estas luchas, de estos horrores... Valentín, por Dios, entra en su cuarto; no como otras veces, la entrada por la salida..., acompáñale, dale conversación, háblale como tú sabes hacerlo cuando quieres, con gracia..., procura desviar su entendimiento de la idea que le está devorando... Yo he agotado mi labia..., no he conseguido nada; no puedo más.

—Sí que lo haré... ¡Pobre Ildefonso! Ayer no me gustó..., francamente... ¿Continúa sin apetito?

—Hoy no ha comido más que un poco de borona. Dice que no puede pasar otro alimento..., borona, y si está quemada, oliendo a chamusquina, mejor... Oye lo que se me ha ocurrido: ¿si le habrán traído a ese estado los malditos inventos en que tiene zambullida a todas horas su imaginación? Esos planos que hace y deshace, y tacha y borra, y vuelta a pintar, con tantas rayas y letritas chicas, ¿que son? Pues ¿y cuando se está toda la noche llenando de numeritos un pliego de papel, y vengan numeritos y numeritos, que parecen patas de pulga..., y acaba un pliego y vuelta a empezar?...

—Mujer, son cálculos, dibujos..., proyectos de alguna mecánica..., qué sé yo... Entraré ahora mismo. Déjame solo con él... No te metas tú a farolear. Las mujeres, hablando más de la cuenta, lo echan todo a perder.

Entró Valentín en el cuarto de Ildefonso, y éste, sin levantar los ojos del papel en que trazaba líneas y guarismos microscópicos, le dijo:

—Parece que quieren quitaros Banderas. ¿Qué crees tú? ¿Se saldrán con la suya?

—No debes tú pensar tanto en si toman o dejan, Ildefonso. De eso, de disputarle un palmo de terreno, nos cuidamos nosotros. Hazte cargo de que no estás en una plaza sitiada, y si tiran, que tiren.

Respondió Negretti entre suspiros, suspendiendo por un instante su trabajo, que no podía sustraerse a los sobresaltos y al terror del asedio, porque si Bilbao no era su patria, éralo de su esposa y de los hermanos de ésta, a quienes como hermanos miraba; que habiendo cometido la insigne torpeza de servir a don Carlos como industrial y maquinista mercenario, sin entender que en ello comprometía su neutralidad política, se encontraba en tristísima situación moral, huésped de un pueblo que los carlistas asesinaban con las armas fabricadas por Ildefonso Negretti. Hallábase condenado a martirio indecible, y cada vez que sonaba un disparo sentía que los demonios corrían de un lado para otro, en diferentes partes de su cuerpo, pero principalmente en la cabeza y en el corazón. Siempre había tenido gran afecto a Bilbao, y admiraba a los bilbaínos por su honradez y laboriosidad. Eran la flor y nata de los hombres... ¡Y él había hecho los proyectiles con que les abrasaban! No, no tenía consuelo. Gracias que las carcasas incendiarias no eran obra suya, sino del francés a quien llamaban *Tutorras*, y no servían para nada. Ya lo dijo él cuando las estaban construyendo. Pero a las granadas y bombas..., por hijas las conocía. El las engendró, ¡ay!, para que destruyeran a la rica y noble Bilbao...

—¡Eh!..., no sigas, no sigas—le dijo Valentín, echándole los brazos al cuello—. Ildefonso, ¿tú qué culpa tienes? Nosotros no te odiamos. Bilbao no te quiere mal... Ni una palabra más de guerra y sitio. A olvidar tocan.

—A eso voy, eso quiero..., ahogar mis penas discurriendo, calculando.

—Pero no te metas muy a fondo en los cálculos—le dijo cariñoso su hermano—, que pudiera ser el remedio peor que la enfermedad... Y eso, ¿qué es?... ¿Puedo saberlo?

—Recordarás que una tarde, en Bermeo, viendo pasar hacia Levante un barco de vapor, te dije...

—Sí, me acuerdo: que la navegación al vapor, tal como hoy está el invento, no tiene porvenir, sobre todo en la guerra... Yo siempre dije que esas paletas al costado son buenas para navegar en ríos; pero en la mar, con tiempo duro, no hay gobierno posible. Viene mar gruesa, y la menor avería en las paletas deja la embarcación hecha una boya. Si el viento la hace escorar hasta mojar los penoles, ya tienes al animal con una pata debajo del agua y la otra en el aire. Esto es un engañabobos.

—Los inconvenientes de las ruedas al costado, en el buque de vapor—dijo Negretti con la frialdad y convicción del hombre de ciencia—, quedarán vencidos cuando se aplique un nuevo invento, del

cual se hicieron ensayos en Francia. Yo los he presenciado... Consiste en sustituir las dos ruedas por una sola.

—Ya, una sola rueda en el centro, funcionando dentro de un escotillón rectangular, abierto al agua. Eso es complicadísimo...

—Una sola rueda, Valentín, colocada a popa, en una perpendicular paralela al codaste.

—¿Rueda vertical, girando en sentido de la quilla?—dijo Valentín, con la incredulidad pintada en su atezado rostro—. ¿Y cómo la mueves?... ¿Con palancas, con bielas? ¿Cómo te gobiernas para que la transmisión funcione dentro del agua?

—No lo has comprendido. El problema es sencillísimo, algo por el estilo del famoso huevo de Colón. ¿No ves cómo anda un bote, una chalana, con un solo remo por la popa? El movimiento lateral de ese remo basta a imprimir a la embarcación una marcha uniforme, avante siempre en línea recta.

—Eso sí..., la suma de impulsos laterales, alternos, en sesgo más bien, dan...

—En sesgo, eso es. Pues construye tú un remo que produzca esos impulsos en sucesión, rotatoria...

—¡Un remo!...

—Llámalo rueda, pues se reduce a un movimiento circular.

—¿Con paletas que...?

—Resultará esto—dijo Negretti con aire de triunfo, mostrando un dibujo que a Valentín le pareció una rueda de fuegos artificiales—. ¿Me comprendes? Esto es una hélice. Aquí tienes la teoría muy bien expuesta. ¿Conoces tú la *Rosca de Arquímedes?*

—Mejor conozco las de harina.

—Sobre el eje reposan dos segmentos helicoidales...

—Mira, mira, a mí no me presentes el problema de la hélice, o de la rosca, en forma matemática. Soy muy bruto para entenderlo así. Explícamelo con ejemplos.

Dióle Negretti explicaciones vulgares de la hélice como organismo de propulsión, añadiendo que no era invento suyo, sino de un francés que no había logrado aún llevarlo a la práctica, por las dificultades que ofrecen la rutina y la envidia a toda innovación grandiosa.

—Yo lo estudio, y si Dios me da vida y se acaba la guerra, trataré de hacer aquí un ensayo. He modificado la teoría del francés, haciendo más agudo el ángulo de las paletas con la normal del barco; y en cuanto a la transmisión, me lanzo a un sistema nuevo, que ahora estoy calculando...

—Para que la transmisión sea práctica, la máquina tiene que colocarse a popa.

—¡Ah!, no. Yo me lanzo a colocar la máquina en el centro de la embarcación sobre la cuaderna maestra.

—El barco ha de ser pequeño.

—Yo estudio mi proyecto en un barco ideal, de tamaño doble del mayor que hoy se conoce.

—¿A ver cuánto? Mi *Victoriana* tenía doscientos cuarenta pies. El mayor barco mercante que he visto no pasaba de trescientos.

—Pues mi barco mide cuatrocientos pies—dijo Negretti con expresión de iluminado.

—¿Y colocas el eje de tu máquina de vapor sobre la cuaderna maestra?—preguntó Valentín, más atento al desvarío pintado en los ojos de Ildefonso que al problema mecánico—. Y para transmitir el movimiento... ¿qué pones? ¿Un rosario de noria, un juego de codillos, ruedas dentadas, o que?...

—No..., pongo un árbol de acero.

—Que tendrá forzosamente ciento ochenta pies lo menos: ese árbol girará sobre su eje...

—Conectado con la hélice..., ya ves qué cosa tan sencilla... Por el otro extremo le imprimirá movimiento una excéntrica.

—¿Qué diámetro tendrá ese arbolito?

—Pie y medio...

—Y de acero..., todo forjado, naturalmente... Dime otra cosa: con semejante chocolatera, andará tu nave..., lo menos, lo menos diez millas.

—¡Veinte millas, Valentín; veinte millas por hora!

—Hombre, dé poner..., pon cien millas —dijo el marino sin disimular ya su burlón escepticismo—. Y otra cosa: ¿La hélice queda debajo del agua?

—Exactamente.

—Y el árbol tiene ciento ochenta pies..., y es de acero..., y el barco mide, entre perpendiculares...

—Cuatrocientos pies...

—Pues, hijo..., avísame cuando todo eso esté, para ir a verlo. Y yo te pregunto: ¿De qué cargamos ese barco? Podríamos meter dentro de él una montaña.

—Justo una montaña...—murmuró Negretti, engolfándose de su trabajo.

Salió el viejo marino de la estancia tan descorazonado y mustio que Prudencia no tuvo que preguntarle su opinión acerca del desgraciado calculista. Para sí decía Valentín:

—Es hombre al agua. ¡Pobre Ildefonso! Su talento macho acaba con él.

Pero no queriendo alarmar a su hermana, atenuó su dictamen en esta forma:

—Le encuentro un poco ido de la jícara; y si por un lado veo la causa del trastorno en esta tragedia del sitio, por otro paréceme que los cálculos, en vez de ser un remedio, le acaban de rematar. ¡No es mala rosca la que el pobre tiene dentro de su cabeza!... ¡Qué cosas me ha dicho; qué invenciones, hija, obra del mismo demonio!... ¡Figúrate tú un árbol de acero de ciento ochenta pies de largo y pie y medio de diámetro..., puesto así, en semejante forma, y la máquina en la cuaderna maestra!... Perdido, hija, perdido... Pero si le contrarías, es peor... Dejarle, dejarle que invente barcos monstruos, con hélices a popa, y un andar de ochenta millas por minuto..., digo, por hora... Dejarle, dejarle... Yo traeré a don José Caño, que es el mejor médico del pueblo... Y entre tanto, cuida de hacerle comer..., inventa tú también la manera de meter carga en esa bodega y víveres en esa gambuza...; si no, tu marido casca... o se quedará lelo, que es peor... Yo volveré..., voy a ver qué ocurre... Hace un rato que no se oyen tiros...

XXV

Consternada oyó Prudencia estas apreciaciones, que no hacían más que confirmarla en su pesimismo, y comunicando éste a su sobrina, departieron ambas acerca del mejor modo de distraer al enfermo y apartar su espíritu, así de la tenebrosa cavilación del sitio como de los malditos cálculos de mecánica, capaces de secar el cerebro más jugoso y firme. Aura entraba en el cuarto algunos ratitos, y procuraba, con grata conversación risueña, llevar su pensamiento a regiones apacibles. Desgraciadamente, la situación de la plaza sitiada, que en aquellos días de noviembre se agravó con nuevos desastres y quebrantos, no favorecía los deseos de la joven. El tiroteo era continuo: a cada instante llegaba noticia de hundimientos de techos, o de estropicios semejantes en diferentes puntos, y no había medio de ocultar a Negretti la verdad de tantas desdichas. Entró José María, cuando menos se pensaba, con la triste certidumbre de que los facciosos habían tomado el fuerte de Banderas, y que también Capuchinos estaba al caer. Faltó poco para que Aura se echase a llorar de pena y rabia.

—No atribuyamos esto a negros ni a blancos—dijo Sabino con unción, que en aquel caso no era muy pertinente—: Dios es el que todo lo dispone. Ni ellos deben envanecerse ni nosotros afligirnos demasiado. Los designios del Señor sobre todo... Si dispone que muramos, será porque nos conviene.

No pararon en esto las desdichas, pues al día siguiente se rindió San Mamés, tras una defensa briosa, y la misma suerte cupo a los fuertes de Luchana y Burceña.

—Ni nosotros ni ellos hemos de decidirlo—decía Sabino a su hijo Martín, que entró abatidísimo por la pérdida de casi toda la línea exterior, con lo que se debilitaba sensiblemente la defensa—. Con la conciencia tranquila acataremos lo que resulte.

—Pues yo no acato—gritó Valentín, furioso, dando puñetazos—. Con fuertes o sin fuertes, Bilbao no se rinde; Bilbao perecerá, y que vengan por los escombros de las casas y por los huesos de los vecinos.

La opinión de Zoilo no se sabía, porque no aportaba por allí; continuaba peleando como un león en la batería nueva de la Cendeja. Martín, engranado espiritual y físicamente en la máquina de la opinión general, aseguraba, como su tío, que Bilbao se mantendría firme, siempre batallador, siempre glorioso y grande. El comedido Arratia no se tenía por héroe; pero sabría ocupar el puesto que se le designara, fuese o no de peligro, y obedecería ciegamente las órdenes de sus jefes. Nadie le superaba en el cumplimiento estricto del deber.

En una nueva entrevista que tuvieron Negretti y Valentín, aquél le dijo:

—Llevo cuenta aproximada de lo que va consumiendo el enemigo. Balas rasas de las que yo hice, han tirado como unas

trescientas de a veinticuatro y ochenta de a treinta y seis. *Mis* bombas de catorce pulgadas se van agotando... Usarán pronto otras, que ojalá estén peor fabricadas que las mías. De las de siete *mías* han hecho gran consumo... Los botes de metralla de treinta y seis y de veinticuatro no *me pertenecen;* lo declaro en descargo de mi conciencia...

Más desesperanzado y pesimista salía cada vez Valentín de aquellas pláticas con su hermano, y al punto comunicaba sus impresiones a Prudencia para ver si entre los dos discurrían algún remedio.

—Figúrate tú—le decía—si estará trastornado el hombre, que hoy, después de darme cuenta de las balas que arrojan los *serviles,* me ha largado más explicaciones de sus proyectos, sosteniendo que los barcos no se harán ya de madera, sino de hierro..., todos de hierro..., tú figúrate. Cierto que un casco metálico flota mientras esté vacío; pero échale a una embarcación de hierro de cuatrocientos pies máquina en proporción, y luego ese molinillo que él dice, de ciento ochenta pies... ¡Qué cosas discurre un cerebro desquiciado! Yo no he querido contrariarle, porque don José Caño recomienda que se le deje en el pleno goce de su chocolatera, pues si le escondiéramos los papeles o se los quemáramos, tendría quizá accesos de furor... No, eso no: el tratamiento, ya sabes, es darle de comer todo lo que se pueda; estibarle bien, aunque sea de borona, y evitar que se le remonte el genio... Y cuando se acabe el sitio, si vivimos, te le llevas a Francia, que allí bien puede ser que el hombre despliegue con más tino sus invenciones. España no es país para eso: aquí inventamos guerras y trapisondas. Cosas de maquinaria, siempre vi que venían del extranjero..., de donde deduzco que lo que aquí es locura, en otra parte no lo será.

Ni dentro ni fuera de España veía la buena mujer enmienda para el trastorno cerebral de su pobre marido, víctima, según ella, de su puntillosa rectitud y delicadeza... No, no debían ser los hombres tan rematados en la honradez. Prueba de las desventajas del excesivo puritanismo era Negretti, que se había pasado su vida trabajando, explotado por éste y por el otro, con escasísimo provecho suyo y desgaste de sus notorias energías. Pensando en esto, Prudencia se aprestó a recabar dentro del matrimonio la autoridad que hasta entonces había ejercido su esposo, el cual, consultando a veces a su costilla, determinaba por sí y ante sí, conforme a su rígida conciencia. Ya esto no podía ser: hallábase Ildefonso incapacitado para el gobierno; ella, pues, asumía todos los poderes, disponiéndose a resolver cualquier asunto pendiente, aunque fuese de los más graves. Ciertamente sus resoluciones serían menos rigoristas que las de Negretti, pero más prácticas, inspiradas siempre en el bien de todos, y en las eternas leyes del sentido común. Pensaba esto Prudencia, por encontrarse frente a un problema doméstico muy delicado; y después de mucho vacilar entre someterlo al dictamen y sentencia de Ildefonso, o resolverlo por sí, se decidió por este último temperamento, como más cómodo y expedito. Sobre sí tomaba la responsabilidad y la gloria del caso.

Y que el problema era delicadísimo se mostrará con sólo enunciarlo. El 2 de noviembre, uno de los días que mediaron entre el segundo y el tercer sitio de la valiente Bilbao, llegaron a ésta tres correos de Castilla, escoltados por el batallón de Toro y otros refuerzos que fueron de Portugalete al mando del brigadier don Miguel Araoz. Recibióse en casa de Arratia, con varias cartas comerciales, una para Ildefonso Negretti. Cogióla Prudencia, y, conociendo la letra del sobrescrito, la guardó, con ánimo de no entregarla a su marido mientras se hallase tan lastimosamente afectado del ánimo. Convenía evitarle quebraderos de cabeza, y alguno se traía la tal carta, de puño y letra del señor de Mendizábal. No era su ánimo abrirla, que esto habría sido contravenir la subordinación a su dueño y señor; pero pasó tiempo; Ildefonso no mejoraba; según las impresiones de Valentín y el dictamen de don José Caño, su trastorno era indudable. No se hallaba, pues, en disposición de ocuparse de nada. Sentíase Prudencia abrasada en curiosidad por ver el contenido de la carta. ¿Qué inconveniente había ya en abrirla? La enfermedad de Ildefonso era la abdicación de la soberanía matrimonial, que de hecho a la mujer correspondía. Fortalecida su conciencia con estos razonamientos, hizo lo que no había hecho nunca: abrir una carta dirigida a su esposo.

Grande fué su asombro y disgusto al

enterarse de lo que don Juan Alvarez a Ildefonso escribía. ¡Vaya por dónde salía el buen señor! Que si se presentaba don Fernando Calpena a pedir a la niña en matrimonio no se le pusiera ningún obstáculo y se dispusiese el inmediato casamiento de Aura con el tal don Fernando... Que éste era un sujeto de elevadas prendas, nacido de padres de la más alta alcurnia... Que poseía regular fortuna, y la poseería aún más cuantiosa dentro de algún tiempo..., y que patatín y que patatán...

—¡Persona elevada! —decía para sí Prudencia, guardando la carta en los profundos abismos de un cofre donde permanecería sin ver la luz por los siglos de los siglos—. ¡Tan elevada, que desaparece en los aires! Si este señor quiere tanto a la niña, ¿por qué no ha venido antes?... ¿Por qué la tiene en este abandono?... ¿Qué amor es ese que no se digna presentarse, ni siquiera escribir? Bajo mi responsabilidad, como mujer honrada y que mira por los suyos, me permito mandar a paseo al señor don Juan *de las campanas,* y disponer lo necesario para la felicidad de mi sobrina. ¡Sabe Dios en qué malos pasos andará el tal don Fernando y cuáles serán los motivos de su ausencia!... No, no; aquí no creemos en brujas ni en elevados personajes que no se sabe de quién han nacido... ¡Pues si con tanta facha resulta que el Calpena es un perdido, uno de esos que escriben en los papeles, un gorrón, un catasalsas!... No, no; bajo mi responsabilidad, la orden se acata, pero no se cumple. Si Ildefonso lo decidiera, seguramente añadiría una simpleza más a las muchas que ha hecho en su vida. Por ser tan rigorista está como está: pobre y arrumbado.

Dicho esto se afirmó en su resolución, y de tal modo expresaba su rostro la dureza de su carácter y el propósito de ir a su objeto sin vacilaciones ni melindres, que el entrecejo parecía más nebuloso, la mandíbula inferior más larga, las arrugas de su frente más hondas y hasta podría creerse que le crecía el bigote. Sin consultar con Ildefenso ni darle cuenta de nada, pues el hombre no estaba para calentarse la cabeza, determinó encaminar pronto y hábilmente los acontecimientos hasta ver realizado su sueño de oro. ¡Oh, qué ideal! Casar a Aurorita con Martín. Si esto conseguía, más había hecho ella por el bien de la familia que todos los Arratias desde la quinta generación.

Comprendiendo la necesidad de colaboradores, pensó que debía comunicar sus planes a Sabino. Con Martín había que contar, sin duda, aleccionándole previamente, pues era también de la cepa de los delicados, de los rígidos, de conciencia irreducible... Se procuraría llevar las cosas por lo derecho fomentando la afición y simpatía entre los dos seres que habían de casarse. Lo más difícil era convencer a la chiquilla y curarla de aquella ridícula deformación de su voluntad: el amor a un galán fantástico, volátil y perdidizo, que no parecía por ninguna parte. Pero si Aurora pecaba en ocasiones de independiente y arisca, sabiendo manejarla y aprovechar los giros de su imaginación y los desmayos de sus nervios, fácil era hacer de ella todo lo que se quería. Adelante, pues, y a trabajar con fe. En aquella familia de trabajadores no había de quedarse atrás la valiente obrera de las artes pertenecientes al alma.

Así, mientras los carlistas, tomadas las posiciones principales de la línea exterior de defensa, armaban de noche, a la calladita, nuevas barricadas y parapetos para emplazar su artillería contra la pobre Bilbao, Prudencia y Sabino, paralelamente a la labor facciosa, dieron comienzo a sus trabajos de asedio para expugnar el corazón de Aura y establecer en él su dominio.

—Es indispensable obrar con prontitud—decía la señora a su hermano—y llegar al fin antes que se acabe el sitio.

Y como manifestara Sabino que en tal negocio no convenían prisas que pudieran trascender a secuestro, se le hincharon las narices a Prudencia y contestó airada:

—Tú siempre con tus calmas, con tu *veremos* y tu *mañana será*... Ya ves el pelo que has echado con tal sistema. Déjame a mí, que con los calzones de Ildefonso, llevándolos mejor que él y que todos vosotros, sabré realizar esta gran idea.

Habíase guardado muy bien de comunicar a su hermano lo de la carta, temerosa de que saliese Sabino con la gaita del rigorismo y del caso de conciencia. ¡Otro que tal! ¡Así estaban todos tan perdidos! También ella tenía con-

ciencia; pero una conciencia práctica, y con su conciencia práctica arreglaría las cosas de modo que cuando viniese el madrileñito con sus manos lavadas a pedir a la niña, pudiera ella (Prudencia) salir y decirle con mucha finura, haciéndose de nuevas:

—¿Qué niña, señor? Usted se ha equivocado. Aurora Negretti es la señora de don Martín de Arratia.

XXVI

No desalentó a los bilbaínos la pérdida de los fuertes de Banderas, Capuchinos, San Mamés, Burceña y Luchana; antes bien, creciéndose al castigo, sacaron de sus desventuras nuevas energías para defenderse. Ni la guarnición se acobardaba, ni la Milicia y los vecinos tampoco. Cada cual sostenía su entereza, reforzándola con la alegría, de lo que resultaba una colectiva fuerza irresistible. El 17 de noviembre fué un día penoso: duró el fuego siete horas sin ninguna interrupción. Era principal objetivo de los facciosos poner su mano en lo que creían llave de Bilbao, el convento de San Agustín, situado entre el Arenal y el Campo Volantín, al pie de cerros elevados y casi al borde de la ría. Las compañías de Toro, Trujillo y Compostela se portaron heroicamente, secundadas por los milicianos. Los muros del convento se deshacían, se resquebrajaban por el cañón enemigo, y abiertos varios boquetes entre la mampostería derrumbada o hecha polvo, intentó el enemigo con empuje el asalto. Un empuje mayor de bayonetas y pechos valerosos les paraba la acometida. Allí se quedaban hechos trizas parte de los combatientes; pero las piedras de San Agustín continuaban bajo el poder y la insignia de Isabel II.

Sobrevino el 18 un temporal violentísimo del Noroeste, con viento y lluvia; cesó el fuego en San Agustín, ocupándose los sitiados en reparar los destrozos con sacos de tierra. Pero en el centro de la villa, y particularmente en las Siete Calles, cayeron bombas que hicieron estragos en edificios y personas. Amenazaba hundirse la casa de Busturia, en Artecalle, y sus habitantes se repartieron en casas de amigos, yendo a parar a la de Arratia dos señoras y un niño. En Goienkale, hoy calle Somera, casi todos los vecinos se habían bajado a las bodegas y sótanos. La animación era extraordinaria, mezclándose lloros de mujeres con cánticos de muchachos animosos y alegres. Ya escaseaban los víveres, y la relativa abundancia de esta familia iba en socorro de las escaseces de la otra, con admirable fraternidad. Corrían entre tanta desolación frases de esperanza, fantasías del patriotismo, centelleos de la fe que nunca se apaga. Espartero recalaba ya en Portugalete con tantísimos miles de hombres, y no tardaría en reventar las líneas carlistas, en apabullar el sombrero de hule del general Eguía y hacerles a todos polvo... Caían bombas aquí y allá; lloraban las nubes; las calles eran lodo, apestando a pólvora. Rojiza claridad siniestra iluminaba la villa. El viento avivaba el fuego, lo esparcía, lo llevaba de una parte a otra. De los sótanos subían los valientes bilbaínos a las techumbres para cortar incendios; andaban por arriba como gatos; descendían negros, ahumados, y en las profundidades de las casas, refugio de los seres débiles, respiraban atmósfera de cuerpos febriles; en las calles pisaban lodo, sangre en las baterías, y si no se volvían locos en noches como aquélla era porque sus cerebros se hallaban construídos a prueba de locura y fortificados por un convencimiento más duro que todos los metales que hay en la Naturaleza.

Amenazada de incendio la casa vecina de la de los Arratias, dispuso Prudencia trasladarse con Negretti a la morada de su amigo Antonio Cirilo de Vildósola, corredor de cambios, en el Portal de Zamudio. Aura y sus amigas las de Bustaria se fueron a la casa del señor Gaminde, ya del lector conocido, comerciante fuerte, que operaba en bacalao, lana y otros artículos. En estas idas y venidas hubo dispersiones. Los hombres no podían estar en todo, pues atendiendo a la mudanza y trasiego de mujeres, habían de abandonar urgentes trabajos en la batería de los Cujas y en la Cendeja. Prudencia, con las dos señoras de Busturia, encontró a Martín en Bidebarrieta, acompañando a la esposa y niños de Ibarra; se detuvo para decirle:

—No sé si Aura habrá llegado a casa de don Francisco. Iba con Nicolás Ledes-

ma, el organista, y Manuela Echevarri.

La tranquilizó Martín, asegurando que la había visto minutos antes con las referidas personas y con su hermano Zoilo.

—Entonces no hay cuidado. Recordarás lo que te encargué—díjole Prudencia, aparte—. Vas a cenar *donde* Gaminde, y allí tendrás a Aura en buena disposición para decirle lo que sabes... Procura ser galán y deja a un lado la sosería.

Observó el muchacho que la ocasión no era muy apropiada para las expansiones amorosas. Algo le había dicho ya por la mañana en su casa y en la de Vildósola, cuando fueron a llevar al tío Ildefonso, y por cierto que no se había mostrado la niña muy complacida de sus indirectas, que indirectas eran, pues a otra cosa no se atrevía.

—Eres un santo—le dijo Prudencia—, y a los santos, en cosas de amor, hay que dárselo todo hecho.

Siguieron las de Ibarra hacia la calle del Perro; Prudencia se fué al Portal de Zamudio; poco después entraba Martín en casa de Gaminde, componiendo en su mente una patética explanación de sus puros afectos para espetársela a su prima sin pérdida de tiempo. Por desgracia, había salido Aura con don Francisco y las chicas de Orbegozo en demanda de la morada de éstas, donde acababan de llevar herido a Juanito Orbegozo, de la segunda de milicianos, y a uno de los chicos de Gandasegui. Hubo de renunciar Martín por aquella noche a proseguir la amorosa batalla, porque otras obligaciones le llamaban a la batería de Mallona, donde entraba de servicio. Por el camino se encontró a José Blas de Arana, que le ajustó la cuenta de las bajas de aquel día, añadiendo con acento lastimoso:

—Como Espartero no se dé prisa, paréceme que tendremos que dejarnos aquí los huesos.

—Si es preciso, si Bilbao lo quiere—dijo Martín—, los dejaremos, y vayan por delante los míos, que para nada sirven.

Pues en medio de tantos desastres tuvieron calma y humor aquellos hombres para celebrar los días de la reina (19), recorriendo las calles en grupos clamorosos y vitoreándose recíprocamente tropa y milicianos, cual si se hallaran en vísperas del triunfo. Toda la tarde estuvo tocando la música en la batería del Circo, y las canciones enronquecieron las gargantas de muchos. Dios no les dejaba morir de tristeza y desconsuelo, sugiriéndoles cada día nuevas esperanzas. El 26, cuando el fuerte del Desierto anunció, con salvas de veintiún cañonazos, que Espartero había entrado en Portugalete, respiró la gloriosa villa por los pulmones y las bocas risueñas de todos sus hijos, cantando victoria y haciendo befa y escarnio del terrible enemigo. La artillería de éste, enmudeció, como si lo que anunciaba el cañón del Desierto impusiera pavura en el sitiador embravecido. Pero su silencio era el sordo trabajo preparatorio de la furibunda embestida que pensaban dar al día siguiente, 27. Al anochecer del 26 descansaron los carlistas en la firme creencia de hallarse en la víspera del fin. Una noche no más les separaba del premio de su constancia: la rendición de Bilbao.

Cinco días estuvo Aura sin ver a Zoilo y tres sin saber nada de Martín. Por uno y por otro pasó intranquilidad la familia, y Sabino no hacía más que ir de fuerte en fuerte interrogando a todo el que encontraba. Acompañóle Aura en una de estas excursiones, sin temor al peligro, y al cabo, volviendo del Circo, supieron que Martín no tenía novedad y había pasado a Solocoeche.

—Vaya, ya estás tranquila—le dijo su tío—. El chico vive y tú resucitas. Con esa impresionabilidad que te ha dado Dios, parecías muerta de susto y pena.

—Pero aún no debemos alegrarnos, tío; no sabemos nada de *Zoiluchu*.

—Es verdad; bien comprendo que ése no te llama tanto como Martín; pero también es hijo de Dios y debemos mirar por él. Aunque parece un tarambana, mi Zoilo vale mucho; a valiente le ganan pocos; tiene su pundonor y sabe llevar el nombre de la familia. Pero no se igualará nunca a su hermano Martín, pues éste es de los que entran pocos en libra. No podrás tú ni nadie señalar una buena cualidad que él no tenga.

Aura no dijo nada, y sintiendo Sabino la necesidad imperiosa de practicar dentro de un recinto sagrado las devociones con que diariamente alimentaba su fe, propuso a la joven entrar en la primera iglesia que hallasen abierta. Por fortuna, en la capilla de la Misericordia estaba el Señor de manifiesto, y allí se

metieron, empleando ambos como una media hora en rezos y meditaciones. Sentóse Aura; permaneció Sabino de rodillas larguísimo rato.

—He pedido al Señor dos cosas—dijo a su sobrina, tomando al fin asiento junto a ella, todavía con la boca llena de sílabas de rezos—. Primera, que nos conserve la vida del pequeño como nos ha conservado la de su hermano, y que igualmente ellos y nosotros lleguemos vivos y con salud a la terminación del sitio, sea cual fuere la solución que Su Divina Majestad le dé. Segunda, que me conceda el cumplimiento de un deseo santísimo que me alienta, tocante a Martín y a ti...

Aura no chistaba. Entráronle súbitas ganas de rezar, y se puso de rodillas, dejando un tanto cortado al buen Sabino. Pero éste no se abatió por tan poco; echó también a media voz, en pie, cruzadas las manos, una larga oración; y poco después, cuando estuvieron al habla para salir, volvió al ataque.

—Comprendo que la cortedad, el pudor, la timidez propia de una doncella pura no te permitan manifestar tus sentimientos...; pero tú quieres a mi hijo, ¿verdad?; tú reconoces en Martín el único marido *práctico* que te corresponde..., ¿verdad? Confiésalo, dímelo aquí, delante de Jesús Sacramentado.

—¿Qué quiere que le diga?—murmuró Aura con expresión dolorosa—. Que las cualidades de Martín son muy buenas..., únicas.

—Eso ya lo sé...; dime lo otro; dime que aprecias esas cualidades y que quieres hacer con las tuyas y las de él un hermoso ramillete de...

No le salía la figura. Sacóle de sus apuros retóricos la hermosa doncella, declarando que no quería oír hablar de casorios con Martín ni con nadie, porque estaba resuelta a no casarse más que con...

No acabó. Sabino le quitó la palabra de la boca para poner la suya:

—Quien vive de ensueños, hija mía, soñando muere. Tú lo pensarás... No has nacido para vestir imágenes, sino para que a ti te vistan de felicidad. A Martín no le faltan partidos, pero te quiere a ti... Ten compasión, que es la madre del cariño, y éste el padre del amor... Conviene que seas *práctica*, a estilo de todos nosotros; conviene que no mires tanto a lo pasado, pues el que mira mucho atrás, atrás se queda..., y el que vive entre fantasmas, en fantasma se convierte... o en estatua de sal, como la otra..., no me acuerdo cómo se llamaba... En fin, no te digo más, que aquí vienen doña María Epalza y Juanita.

Dos señoras, madre e hija, que acababan sus prolijos rezos, se les agregaron, y a todas dió agua bendita con sus dedos glaciales el bueno de Sabino. Picotearon un rato en la puerta sobre los desastres del sitio y la escasez de víveres. Ya no había carne, ni aun salada.

—Si ese generalote no viene pronto —dijo la señora mayor—, ¡pobre Bilbao!... Pero quieren que perezcamos todos gritando: «¡Viva Isabel Segunda!», y aquí estamos también las mujeres dispuestas a cumplir el programa.

—Será, señoras mías—manifestó Sabino con fervor, terciándose la capa—, lo que disponga el de arriba, que es quien dicta los programas. ¿Qué hemos de hacer más que acatar la divina voluntad?

—Y la voluntad divina—afirmó la señora menor, viudita joven y muy guapa—ordena que Bilbao perezca antes que rendirse.

—No, hija; que ni se rinda ni perezca..., pues pereciendo no tiene gracia. Hay que sacar adelante a la niña, a nuestra angélica reina... ¿No piensa usted lo mismo, Sabino?

—Señora, yo pienso...

En la punta de la lengua tuvo ya el conocido dicho de «quien con niños se acuesta...», pero se abstuvo de soltarlo, por escrúpulos de lenguaje y respeto a las damas. Propuso la viudita que pues aquel día no *tiraban*, podían correrse pasito a paso hasta la Cendeja para ver todo lo que allí habían hecho los *nuestros*, las defensas magníficas, imponentes, donde se estrellaría el coraje faccioso. Dudaba la señora mayor; manifestó Sabino recelo de andar por tales sitios; pero tan decidida y entusiasta curiosidad mostraron las muchachas, que allá se fueron por toda la calle de Ascao y la de la Esperanza, hasta que ya en el término de ésta les estorbaron el paso lo desigual del piso desempedrado, los charcos y lodazales, los montones de escombros. Por encima de un espaldón de tablas, reforzado con faginas, vieron que asomaba una cabeza desmelenada; la cabeza de un diablo guapísimo, alegre, que

llamaba con fuertes voces. Era Zoilo. Aura fué la primera que le vió.

—Tío Sabino, dime dónde está ese pillo.

Corrió el padre, corrieron las damas. Alargando su cabeza por encima del tablón todo lo que podía, el miliciano les dijo:

—Aura, padre, ¿has visto el letrero que hemos puesto por la parte de afuera de la batería para que lo vean ellos?

—Ya, ya sabemos—dijo Aura, mirándole gozosa—. Una calavera con dos canillas, pintadas sobre negro.

—Y un letrero que dice: «Tránsito a la muerte», o lo que es lo mismo: que todo el que venga a tomar esta barricada, muere, y que los que la defendemos aquí estaremos hasta que nos maten.

—Bien, hijo, bien; no hemos visto el letrero, pero nos figuramos lo bonito que será. Dios te la depare buena. No sabíamos de ti.

—Oye, Zoilo—dijo la señora mayor—: ¿está aquí Luisito Bringas, el hijo de mi sobrina, sabes?

—¿Luis, el del indiano? Sí, señora. Aquí cerca, en las Cujas está. Hace un rato comimos juntos él y yo.

—Dirásle que a su mamá le supo muy mal que pidiera venir aquí, donde hay tanto peligro, y que no hace más que llorar.

—Ese es de los temerarios, locos como mi hijo—observó Sabino—. Dios cuida de ellos.

—¡Bravo, *Luchu!*—exclamó Aura—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Dos días llevo ya. No salgo, no sea que el puesto me quiten.

—¿Por qué no avisaste a casa, hijo? Estábamos con cuidado. Tu prima y yo venimos del Circo y de Mallona, donde hemos preguntado por ti. Dime, ¿no tienes miedo?

—Sí, señor; un miedo tengo, uno solo. Temo que esos cobardes, después de tanto boquear, no nos ataquen mañana, como dicen.

—«¡Tránsito a la muerte!»—repitió Aura con admiración, sintiendo no ver el lúgubre letrero—. Pero no morirán... Eso se dice...

—Y se hace.

—Vámonos, vámonos...—dijo Sabino—. Este no es sitio para señoras. Zoilo, por si no lo sabes, José María y yo dormimos en casa de Melquíades Echevarri. Vámonos, no sea que...

—¡Si ahora no tiran! Están rezando el rosario.

Al despedirse Sabino tiernamente de su hijo se le saltaron las lágrimas, y Aura, de verle llorar, lloraba también.

—¡Ay, qué hijos éstos!—decía, suspirando, la señora mayor—. ¡Lo que inventan! «¡Tránsito a la muerte!»

—Es cosa de los de Trujillo, de los de Compostela—indicó la viudita.

—Y de éstos, de los nacionales. Todos son unos.

—¡Sangre de chicos, corazones de hombres!

Y doña María Epalza, con súbito arranque impropio de sus años y de su obesidad, se cuadró, y elevando sus brazos con frenesí convulsivo hacia el tablero por donde asomaban varias cabezas, gritó:

—Sí, cachorros de mi tierra. ¡Viva Bilbao, viva Isabel Segunda!

Se alejaron pisando fango, escombros, astillas... Oíanse lejanos disparos de fusilería; por la parte del barranco de San Agustín venía una humareda negra, olor de pólvora... Hasta el convento de la Esperanza fué Aura mirando para atrás para ver los aspavientos que hacía Zoilo, alargando medio cuerpo fuera del espaldón de tablas. La señora mayor, agarrándose a la capa de Sabino, le decía:

—¡Ay, me descompuse; me entró como un furor de alegría, de entusiasmo al ver el tesón de esos chicarrones!... No se puede remediar..., está en la sangre bilbaína...

Y la señora menor completó el pensamiento con esta frase:

—Bilbao muere, pero no se rinde.

—Así sea—dijo Sabino—. Y por encima de todo, la voluntad de Dios... Por de pronto, señora doña María, hoy tenemos las alubias a veintiséis cuartos, y el bacalao a siete reales... Pero dicen que no importa... No somos nada; el pueblo es todo, y el pueblo dice: «Morir antes que rendirse.»

Doña María, que apenas tenía movimiento después del esfuerzo que hizo para engallar y soltar los furibundos vivas, modificó el concepto: «Morir, tal vez; rendirse, nunca.»

XXVII

Lisonjera fué la mañana del 27. Cundió por la villa le creencia de que Espartero iba sobre Castrejana, y si conseguía forzar el puente y pasar a la orilla derecha del Cadagua, los sitiadores se verían comprometidos. Valentín Arratia, que conservaba su excelente vista marinera, subió a la torre de Miravilla, y puesto su ojo en buenos catalejos, distinguió los batallones isabelinos desfilando por el valle de Baracaldo. En Bidebarrieta y el Arenal los patriotas difundían la buena noticia de corrillo en corrillo.

—Para mí—decía Valentín Arratia—no pasa de mañana el tener aquí a don Baldomero. He visto las tropas de la reina, como les veo a ustedes, marchando en columnas hacia el puente.

—Lo que resultará no lo sabemos; pero que se están zurrando de lo lindo es evidente—dijo Antonio Cirilo de Vildósola—. Lo que fuere sonará.

—¡Si ya está sonando! Hemos oído un tirotero horroroso—aseguró don Francisco Bringas, rico indiano, exaltado liberal y el primer optimista de la villa—. Apuesto lo que quieran a que levantan el sitio esta tarde..., ¡contro!...

—Diga usted que convida, don Francisco, y todos seremos de su opinión.

—Pues me corro, ¡contro! Aún me quedan dos docenas de botellas de chacolí de Baquio.

—Tanto como esta tarde, no diré yo que nos perdonen la vida—indicó Arratia—; pero mañana temprano... Aquí llega el amigo Arana. Viene de la Diputación, donde habrán llegado gordas y buenas.

—José Blas, ¿qué sabes?

—Sólo sé que no sé nada, como dijo el otro.

—Te lo callas por no convidar.

El tal José Blas de Arana, uno de los más exaltados corifeos de la defensa, era comerciante en sebo, sardinas de barril, raba y otros artículos similares. En su campechana modestia, permitía que los amigos le llamasen *Borra*, y se cobraba esta conformidad aplicando apodos a sus conciudadanos.

—¿Convidar yo?... ¿A qué? A metralla, si quieren. Con todo, si se confirma que «renuncian generosamente a la mano de Leonorita», como dice Guzmán en *La pata*, convido. Poseo una bacalada y hasta medio ciento de galletas mohosas.

Acercóse Tomás Epalza, rico por su casa, banquero, como los anteriores perteneciente a la Junta de Armamento. Era hombre jovial, satisfecho en toda ocasión y circunstancias, de una fe ciega en la resistencia de Bilbao, dispuesto a dar cuanto tenía si de ello dependía el completo apabullo de la *pretensión*.

—Estos no piensan más que en comer—dijo riendo—. Bueno anda ello... A lo que parece, Espartero viene y nos trae pan de trigo.

—Y si no nos lo trajere o se perdiera en el camino—apuntó Arana—, aquí están los ricos de Bilbao, los más ricos, dispuestos a comer borona y gato estofado hasta que San Juan baje el dedo.

—Los ricos de Bilbao—afirmó el indiano Bringas con jactancia de buena sombra, que no ofendía—tienen su dinero para gastarlo en la defensa, ¡contro!, y en su mesa siempre hay un plato para todos los *Borras* que no se rinden al *yugo servil*. Ya sabes..., en la calle del Perro tienes la mesa puesta... ¿Te has comido ya todas las velas de sebo?... Pues en casa hay de todo, verbigracia, cacao en grano y nueces... Conque sepamos, ¿qué se cuenta?

—Que cansados de obtener victorias—dijo Vildósola, el cual se ponía muy serio para bromear—, se van a ponerle sitio a la peña de Orduña, donde está el tesoro escondido.

El indiano expresaba su regocijo rascándose la sotabarba, con cerquillo o carrillera de pelos grises, y dando pataditas para entrar en calor.

—Compañero—le dijo Epalza—, si tiene usted ganas de bailar el *aurrescu*, aquí viene Ostolaza, que no desea otra cosa para celebrar la venida de Espartero.

Era el llamado Ostolaza uno de los más valientes patricios, comerciante en las Siete Calles, tan aficionado a la danza éuscara, que no perdía coyuntura de armarla por cualquier motivo que hiciera vibrar la fibra patriótica.

Antes de que el tal hablase retumbaron terribles cañonazos.

—Ostolaza, ahí los tiene—le dijeron—.

¿No querías *aurrescu?* Don Nazario quiere bailarlo contigo.

—Bonita música, compañeros—replicó el bailarín, gozoso, restregándose las manos—. Yo sé por qué tiran... Es miedo; se les van las aguas de puro canguelo, y creen que tirando nos engañan, para que no hagamos una salida.

—Como les embista esta tarde el amigo Espartero, señores—dijo Bringas—, y dispongamos aquí una salidita con gracia, no se escapa ni una rata.

Acercóse al grupo don Juan Durán, el valiente coronel de Trujillo, que venía de casa del gobernador San Miguel, y les dijo:

—Nada, nada; esto es claro. Quieren gastar las municiones para hacernos todo el daño posible antes de retirarse.

—¿Está en Castrejana don Baldomero?

—Y arreando de firme, según parece.

—Pronto saldremos de dudas. Señores, a comer la puchera el que la tenga.

—La tengo yo para todos—dijo Bringas—, con cecina superior, ¡contro!

—Ea, señores, a comer. Cada cual a su borona... A las tres, junta.

—Y a las cuatro, *aurrescu.*

—Y a las cinco, abrazos... ¡Espartero!... ¡Arriba Bilbao!

Al dispersarse tomó Valentín la dirección de San Nicolás, donde tenía que dejar una orden de la Comisión de Guerra, y no había andado veinte pasos cuando vió venir a *Churi* con otros, corriendo a todo escape. En el mismo instante sonó vivo tiroteo hacia San Agustín. Llegándose a su padre, el sordo, con aterrada expresión, hablando más con el gesto que con la palabra, le dijo:

—En San Agustín, ellos..., visto yo... Fuego mucho... Por bajo entraron... Corra; verálos piso alto..., fuego.

Otros que venían de allí decían lo mismo con distintas expresiones. La noticia cundía con rapidez eléctrica... Valentín se plantó detrás de San Nicolás, vacilante... La curiosidad y el patriotismo empujábanle hacia San Agustín; el miedo le mandaba retroceder. Casi sin darse cuenta de ello fué arrastrado por un tropel de paisanos y nacionales que hacia la Cendeja corrían. Entre ellos vió a *Churi,* y cogiéndole por un brazo le llevó consigo.

—No te separes de mí... Vamos al fuego. Si hace falta gente, aquí llevo un sordo y un cojo; no tengo más.

Habían hecho los carlistas sigilosamente una excavación, por donde penetraron en la alcantarilla del convento; de ella subieron al piso principal, dominando la portería y claustros bajos. Sorprendida la tropa que guarnecía el edificio, se defendió con bizarría entre paredes, en las crujías bajas, viéndose obligada a retirarse ante la superioridad dominante de las posiciones del enemigo. Dióse una batalla disputando el paso a la sacristía. Ganada ésta por los facciosos, empeñóse otra acción por el paso de la sacristía a la iglesia. Los valientes de Trujillo hubieron de retirarse, dejando media compañía prisionera. Aún intentaron defender a la desesperada el paso al coro, y el de éste a la próxima casa llamada de Mencheca; pero sucumbieron ante el número. En aquella serie de acciones breves, terribles, dentro de un laberinto formado por murallones ruinosos y tapiales medio destruídos, aprovechando unos y otros las ventajas de un ángulo, de un boquete, de un escalón, desarrollaban instintivamente los mismos principios estratégicos que en un gran campo de guerra, donde hay río, colinas, desfiladeros y otros accidentes. ¡Espantosa miniatura! Todo lo que disminuía el tamaño del escenario aumentaba el horror de la tragedia; y los combatientes eran más grandes cuanto más chico el campo de su encarnizada porfía. Quedaron al fin los carlistas dueños del edificio y casa próxima; desde las altas ventanas dominaban las baterías que antes fueron segunda línea de defensa, y ya eran primera línea. En el frente de ésta podían leer la lúgubre inscripción: «Tránsito a la muerte.»

Cuando llegaron Valentín y *Churi* a la calle de la Esperanza, el fuego era horroroso. Las baterías carlistas cañoneaban sin cesar. Considerado el espacio entre San Agustín y el Arenal como llave de la plaza, el sitiador no tenía más que alargar la mano, alargar el pie para franquear aquel breve terreno, cosa en verdad muy fácil si allí no estuviera el corazón bilbaíno. Y éste se apresuró a obstruir el paso con tanta celeridad como bravura. Acudieron todos los jefes militares, todos los nacionales que no hacían falta en otros puntos, los paisanos que se hallaban en disposición de tomar un fusil. Mucha carne hacía falta para cerrar aquel boquete. Allí se jugaban los

bilbainos la suerte de su querida villa; un paso más de los facciosos, y Bilbao les pertenecía.

Toda la tarde duró el formidable duelo: uno de los primeros heridos fué el gobernador de la plaza, don Santos San Miguel, y a poco cayó también el brigadier Araoz; ni uno ni otro tenían heridas graves; pero quedaron inutilizados. Urgía elegir otro jefe de la defensa. Reunida en San Nicolás la Comisión permanente de Guerra, nombró al brigadier Arechavala, que mandaba en Larrinaga. Fué a buscarle Valentín Arratia, ansioso de ser útil, ya que no se creía apto para la lucha, pues ningún arma sabía manejar. Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, entregó a *Churi* el fusil y los cartuchos que le habían dado momentos antes, y se fué corriendo hacia Larrinaga. No bien se vió el sordo armado y con pertrechos de guerra, corrió adonde con más ardor hacían fuego nacionales y tropa. El también tiraba; su puntería no era mala. Del cañoneo y estruendo del combate no percibía más que un mugido y trepidaciones hondas; pero ¿qué le importaba? En un momento gastó los cartuchos que le había dejado su padre, y pidió más, y se los dieron, y sin cesar hizo fuego con vivo deleite de su alma ruda, solitaria. Habría querido poseer un arma que de un solo tiro lanzase infinidad de balas para matar a muchos de una vez, no importándole gran cosa que al caer los facciosos cayera también alguno de los *de acá*. Estimaba en poco las vidas humanas, y pues él no era feliz, ni podía serlo, por carecer de un precioso sentido, extendiérase por el mundo la infelicidad y reinara la muerte donde debía florecer la vida. Ignoraba absolutamente el porqué fundamental de la guerra, y no había sabido discernir el motivo de que la causa de *una* Isabel fuera mejor que la de *un* Carlos. Participaba, eso sí, sin darse cuenta de ello, de la fiera terquedad bilbaína. ¡Defenderse a todo trance! Esto era una causa, una razón, una bandera.

Corrió, pues, Valentín, al cumplimiento de su misión, como individuo de la Junta, y en la calle de la Ronda se encontró a José María, que venía del Hospital con un convoy de camillas, llevadas por viejos del Hospicio y algunas mujeres.

—Corre, hijo, corre, que buena falta hará todo esto... ¡No es mal chubasco el que hay por allá! Pero antes que las camillas harán falta buenos tiradores... Antes que pensar en heridos, pensemos en matar... Oye, oye. Si no te dan un fusil, ayuda al acarreo del agua... Llévate todas las mujeres del barrio... y señoras llévate.... que trabajen *a la hormiga*. Cubos hay en San Nicolás... Hoy perece Bilbao si no chamos el resto...

Partieron en dirección contraria. Al regreso de Larrinaga, pasando por la calle de Ascao, multitud de mujeres, así del pueblo como del señorío, refugiadas en tiendas y portales, querían detenerle con sus clamores, con ansiosas preguntas.

—¿Es cierto que también atacan por el Circo? Y de la Cendeja, ¿qué sabe, Valentín? ¿Hay muchos heridos?... ¡Qué horror de día! ¿Se acabará pronto?... ¿Entrarán?... ¡Cómo no entren!

De un grupo de señoritas y muchachas del pueblo, en deliciosa confusión, vió salir a Aura, pálida, desordenado el pelo, los ojos echando chispas.

—Tío Valentín, ¿están allí Zoilo y su hermano? ¿Sabe algo de ellos?

—Hija, no es ocasión de dar noticias.... ni puedo detenerme... No sabemos cómo acabará esto. Apretada anda la cosa.

—¿Entrarán?... Pero ¿entrarán?

—¿Quién?... ¿Ellos? ¡Nunca!...

Irguiéndose en medio de la calle soltó el registro más ronco de su voz para gritar:

—¡Viva Isabel Segunda, viva la Libertad! Y sepan que donde está Bilbao está la bravura española...

Las exclamaciones que respondieron a estos gritos atronaban la calle.

—Niñas, mujeres, señoras, *ser* valientes... Que los hombres no os vean cobardes... Si vosotras sois bravas, el *chimbo* no cae, ¡qué ha de caer!... Animo, y que desde allá os oigan reír, no llorar.... llorar no. Hoy no se llora aquí... Y si os mandan llevar cubos de agua, para refrescar los cañones... ¡hala con ellos, *a la hormiga!*

Los desplantes que tuvo que hacer al largar los vivas recrudecieron su dolor crónico, y se fué renqueando, mas no por eso menos presuroso, aunque le molestaba horrorosamente su antigua avería en la *aleta de estribor*. Oíase en toda la calle el coro, con diversidad de voces, cantando las animadas estrofas del him-

no compuesto en aquellos días por los milicianos Zearrote y Casales:

Entre ruinas, valientes bilbaínos,
vuestras sienes ceñís de laurel,
y en estruendo marcial sólo se oye
libertad y que viva Isabel.

Soldados de Trujillo y Toro, y algunas compañías de nacionales, defendían la Cendeja, llave del Arenal y de Bilbao, con un tesón de que sólo se encontraría ejemplo en las épicas jornadas de Zaragoza y Gerona. Decididos a que los dueños de la posición de San Agustín no dieran un paso fuera de ella, juraron hacer con su carne y sus huesos una compuerta que no abriría el sitiador sin desembarazarse antes de las vidas que la componían. Tan firme voluntad, entereza tan grande, produjeron en el curso de la tarde estupendas hazañas particulares y colectivas y lastimosas muertes. Cada instante el número de heroicos bilbaínos mermaba dolorosamente. Antes que resignarse los vivos a una muerte segura, discurrieron un arbitrio que les permitía fortificar sus posiciones y redoblar su esfuerzo. Para que los carlistas no pudieran hostilizarles con tan terrible insistencia en las formidables posiciones que habían conquistado, era menester proporcionarles ocupación distinta del tiroteo de cañón y fusil. Pensaron algunos combatientes de la Cendeja que si lograban pegar fuego a San Agustín y a la casa de Menchaca, el enemigo tendría bastante que hacer con apagarlo. Esta idea se fué condensando en las cabezas calientes que allí había, y al fin tomó cuerpo de eficaz resolución en la cabeza principal, en el jefe de la defensa, el brigadier don Miguel de Arechavala. Propúsolo en la cruda forma propia del apretado caso:

—Muchachos, ¿os atrevéis a incendiar el convento?

Respondieron que sí. Y el jefe de Nacionales, don Antonio de Arana, gritó:

—El enemigo quiere fumar: ¿hay quien se atreva a llevarle candela?

No se oía más que «¡Yo, yo, yo!»

XXVIII

Muy pronto lo dijeron; pero una vez dicho, no había más remedio que ejecutarlo. José María Arratia, que había hecho fuego sin cesar, agregado a los Cazadores Salvaguardias, fué de los primeros en traer de San Nicolás cantidad de paja en haces; otros acarreaban jergones, brea y alquitrán. Ya tenían la candela. ¿Quién era el guapo que al enemigo se acercaba para brindársela? El teniente de Nacionales don Luciano Celaya dió el ejemplo de temeridad loca, dirigiéndose a la puerta de la casa de Menchaca con un jergón debajo del brazo, como quien lleva un libro, y una tea encendida en la otra. Los carlistas abrieron la puerta y la volvieron a cerrar azarados; entre tanto, dos salvaguardias y un chico nacional trepaban por montones de escombros hasta ganar una ventana, y arrojaron dentro del edificio paja encendida. El nacional, que no era otro que Zoilo Arratia, se guindó aún a mayor altura, descalzo, y metió por donde pudo, despreciando la lluvia de balas, listones dados de azufre y ardiendo, que le alargaban otros no menos atrevidos, aunque no tan ágiles para trepar gatescamente, agarrándose con una mano y llevando el fuego en la otra... Tras de Zoilo subieron dos más: uno se cayó a la mitad de la ascensión, estropeándose una pierna; el otro, agarrado a una reja, cayó muerto de un disparo que le hicieron a quema ropa. En tanto, subieron dos más por la cortadura de la casa de Menchaca. Llevaban botes de alquitrán, haces de paja y mechas de pólvora. Felizmente, Zoilo consiguió ganar el tejado, y poniéndose panza abajo en el alero, logró coger de manos de sus camaradas las materias combustibles, y arrojarlas por una buhardilla medio deshecha: todo con tal rapidez y habilidad, que cuando acudieron los carlistas ya estaba él descolgándose por un canalón, en el cual no pudo realizar todo el descenso, porque se desprendió la mohosa hojalata, y con ella vino guarda abajo el animoso chico. Por suerte, todo el daño que se hizo fué en la ropa, y la sangre que echaba de un pie era de un rasguño sin importancia.

Repitióse la tentativa de incendio con increíble arrojo, perdiendo mucha gente. La mitad de los incendiarios se quedaba en el camino, a la ida o a la vuelta; el fuego de la fusilería enemiga era horroroso, apoyado por el cañón de los fuertes de Albia, Campo Volantín y Uri-

barri. A la caída de la tarde, el baluarte de la Cendeja hallábase atestado de muertos y heridos, que no era ocasión de retirar todavía, ni había quien lo hiciese; los vivos seguían batiéndose en ese paroxismo del coraje que no da espacio a la flaqueza ni tiempo a la reflexión, y el convento con la casa inmediata ardía como un infierno. El objeto estaba conseguido: los facciosos tenían dentro de casa un enemigo más, favorecido por furioso viento del Noroeste; que había venido a ser partidario de Isabel II.

Contuvo la quemazón a los carlistas y salvó a Bilbao. Llegada la noche, los héroes de la Cendeja, no molestados ya por la fusilería facciosa, pudieron recoger sus heridos y retirar los muertos. Pero nadie descansó aquella noche, porque toda fué empleada en reparar los destrozos del baluarte, reforzando la cortadura de la primera línea, desde Quintana a la Cendeja, y estableciendo otras dos de caballos de frisa. Además, se engrosó la batería por el costado que miraba al cañón de Albia; se dió mayor consistencia a los merlones en la parte del muelle y, por último, se prepararon las casas de la calle de la Esperanza para incendiarlas en caso de grande aprieto. Todo el vecindario que no estaba sobre las armas ayudaba en esta operación. Si el enemigo lograba conquistar en combates sucesivos el palmo de terreno radicante entre San Agustín y la Cendeja, se encontraría ante una inmensa barricada de fuego, que luego lo sería de escombros. El tenaz bilbaíno, por defender a todo trance el recinto de su villa sagrada, cogía una casa y se la estampaba en los morros al fiero sitiador; y si no bastaba una, allá iban dos, tres y más. ¡Fuego y piedra en ellos!

Vagaba *Churi* inconsolable por las inmediaciones de San Nicolás, viendo el tráfago incesante de los que entraban y salían con herramientas, sacas de lana y demás material de ingeniería militar. Le habían quitado su fusil para darlo a un combatiente más útil; mandábanle a veces cosas que al revés entendía, y por fin, ordenáronle salir, pues allí no era más que un estorbo. Incitado por José María, que se le encontró sentado en el quicio de una puerta, con la cabeza apoyada en las manos *oyéndose a sí mismo*, ayudó al transporte de heridos, y desde las diez de la noche hasta el amanecer estuvo cargando camillas, sin más descanso que el que se tomó en San Antón para comer un poco de pan y bacalao crudo. Su padre se agregó también al servicio sanitario, rivalizando en actividad con ilustres mayorazgos y comerciantes ricos. En el hospital, Sabino Arratia asistía con entrañable amor y piedad a los heridos, y consolaba a los moribundos, asegurándoles que de par en par se les abrían las puertas del Cielo, y que en éste encontrarían el eterno galardón por haber cumplido con su deber.

—Allá, digan lo que quieran, no se distingue entre absolutistas y liberales, y Dios les mira a todos como hijos, sin *fijarse* en que peleen por estas o las otras causas. Esto de las *causas* y de los derechos es cosa de los hombres, con un poquito de mangoneo de Satanás.

Dicho esto, iba por el Viático, que para los más era ya la única medicina.

También había hospital de sangre en Santa Mónica, con asistencia caritativa de *señoras* y *mujeres*, sin distinción de clases. A poco de amanecer arrimóse a la puerta Prudencia Arratia, con mantón, acompañada de la criada, que llevaba una cesta al brazo como si fuera a la compra. Necesitaba procurarse carne, aunque fuese de la peor, para dar a Ildefonso algo de sustancia, pues estaba el buen hombre perdido de la cabeza. Salió de la casa de Vildósola, y antes de dirigirse a Belosticalle, donde esperaba encontrar cabra y siquiera un par de huevos, llegóse a Santa Mónica por ver a su sobrina, que allí, entre el mujerío principal y plebeyo, prestaba a los heridos asistencia. No se determinaba a entrar la buena señora, temerosa de que la obligaran, mal de su grado, a funcionar de enfermera, y esperó a que recalara persona conocida que la comunicase con Aura. Ella tenía su enfermo en casa, su herido grave, y del cerebro, que es lesión peor que cualquier pérdida de pata o brazo, y cuidándole bien cumplía con Dios y con Bilbao. Llegaron en esto doña María Epalza y la viudita, y de ellas se valió Prudencia para transmitir a la niña la fausta nueva de que Martín estaba bueno y sano.

—Me hará el favor de decírselo en cuanto la vea, señora doña María..., que estará la pobre muerta de ansiedad... No ha sido flojo milagro que escapase el

chico en medio de aquel horroroso fuego. La Providencia, señora. Dios protege a los buenos.

—Pues bien bueno era Fernando Cotones—dijo la viudita prontamente, arqueando la cejas y frunciendo la boca—, y está si vive o muere.

Convinieron las tres al fin en que debían abstenerse de cargar tales cuentas a la Divinidad, y sentir las desgracias y alegrarse de las venturas, dando gracias a Dios por éstas sin meterse en más dibujos. Como dejara traslucir Prudencia el objeto de su salida, le dijo la señora mayor que no se cansara en buscas huevos, porque difícilmente los encontraría. Ella había comprado el día anterior los últimos que había en casa de Gorriti (calle de la Ronda), al precio exorbitante de veinte reales la media docena. Con un gesto de resignación se despidieron, y doña María Epalza y su hija entraron en Santa Mónica. No tardó la viudita en tropezarse con Aura en medio de aquel barullo, y le soltó las albricias. maravillándose de que no las recibiese con tanto júbilo como ella esperaba. Fueron las dos a la cocina en busca de tazas de sopa para los heridos, las cuales recogieron de manos de las ilustres cocineras señoras de Orbegozo, de Arana y de Mac-Mahón. También las pobres enfermeras tenían que mirar por su vida; una vez cumplida su obligación, se fueron a un ángulo de la cocina a tomar un sopicaldo.

—¿Sabes?—dijo a su amiga la viudita, que era muy despabilada y un tanto maliciosa—. Anoche nos quedamos en casa de mis tíos los de Arana. Llegó esta mañana Antonio Arana, ¿sabes?, el comandante de la Milicia, y nos contó las heroicidades de tu primo..., creo que Martín, pero no estoy segura. El llevó el primer fuego a la casa de Menchaca y al convento, y toda la tarde fué el número uno en el peligro... En fin, que ha sido el asombro de todos...

—Nada de eso sabía—dijo Aura, sintiéndose orgullosa, y orgullo debía de ser el ardor que le salió a la cara—; ahora lo oigo por primera vez; pero si alguno de mis primos ha hecho valentías, créete que no es Martín, sino su hermano.

—¿El pequeño?

—¿Pequeño? Es un hombre como hay pocos, con un corazón tan grande, que casi da miedo. No hallarás ninguno tan valiente ni que sepa, como él, poner toda su alma en lo que mandan el honor y el deber.

—Y es guapo, más guapo que Martín.

—Ea, vámonos, que estamos haciendo falta.

Todo el día estuvo Aura pensando en lo que le contó la viudita; y como por diferente conducto llegaran a ella noticias de las hazañas de su primo, sentíase muy satisfecha por la honra que en ello recibía la familia, y deseaba ver al héroe para darle la enhorabuena. Por la noche, cuando vino Sabino a recogerla para llevarla con las señoritas de Gaminde a casa de éste, hablaron de lo mismo. Al padre se le caía la baba repitiendo las alabanzas que en todo el pueblo se hacían del inaudito arrojo del chico.

—Se ha portado como un valiente, y ha subido hasta las estrellas el nombre de Arratia. Dicen que van a proponerle para la cruz de San Fernando, y también puede ser que de golpe y porrazo me le hagan teniente o capitán. Esto lo sentiría..., porque como es así, de un genio tan fogoso, podría tomar afición a la milicia... y los militares no son de mi devoción. Estoy por lo civil, por lo comercial, por la pacífico...

En casa de Gaminde contaron que aquella mañana, después de la brava respuesta que dió la plaza a la intimación del general carlista Eguía, reuniéronse Arana y otros jefes de la Milicia en el café del Correo, y convidaron a Zoilo, que por allí pasaba. Largo rato estuvieron brindando y cantando coplas, y vitoreando a Bilbao y a la Libertad. El uno improvisaba discursos, el otro nuevas estrofas del himno. En un rapto de alegría, Zoilo se soltó su brindis, en el cual las ingenuidades y las bravatas chistosas sonaban a militar elocuencia: «El no era valiente, sino terco... No le mataban porque se moría de ganas de vivir... Todo lo que el hombre quiere lo consigue cuando hay voluntad firme, que por nada se tuerce ni se dobla... Los carlistas no entrarían en Bilbao; quedaban en la villa muchas piedras, mucho fuego, las pelotas de los trinquetes, los puños de los hombres y los corazones de las mujeres, de donde salía toda la fuerza...» Tanto se entusiasmó Arana al oír estas frases ardorosas, que, después de abrazarle, le regaló una magní-

fica pistola que llevaba al cinto. Un señor muy anciano, bilbaíno, don Calixto Ansótegui, veterano de la guerra del Rosellón, se llegó a Zoilo y, estrechándole en sus brazos, le besó en la cabeza, y le dijo:

—En nombre de mi pueblo, te beso y te bendigo.

Estas y otras escenas y sucesos de aquel día despertaron en la mente de Aura ideas bélicas, de militar grandeza, y toda la noche se la pasó soñando, entre dormida y despierta, con héroes legendarios y con maravillosas hazañas. Los que había conocido humildes se crecían a su lado y eran ya grandes capitanes, caudillos, reyes..., ¡qué delirio! Y Bilbao era el pueblo sagrado, intangible, gracias al valor de sus hijos, que lo defendían y lo ilustraban con sus hazañas para luego hacerle rico y próspero entre todos los pueblos de la tierra. Se reía con lágrimas pensando esto y deseaba vivir para presenciar t a n t a grandeza. Y cuando Zoilo le contara sus actos de heroísmo, ella disimularía su admiración y se haría la indiferente, pues no era discreto ni decoroso que la viese tan entusiasmada. ¡Qué diría, qué pensaría!...

XXIX

Envalentonados por la fácil conquista de San Agustín, que aunque les resultó un guiso quemado, conquista era, emprendieron los facciosos el asalto de la Concepción, convento destinado a cuartel, a la otra parte del río. Después que se hartaron de cañonearlo con las baterías de Mena y Santa Clara, y cuando ya tenían hechos polvo los débiles muros de aquel edificio, lo asaltaron con denuedo. Los bilbaínos, sin más apoyo que el que les daba el cañón situado en la torre de San Francisco y la fusilería de la Merced, les resistieron bravamente a la bayoneta. Setenta muertos se dejaron allí los carlistas y más de cien heridos, algunos de los cuales pudieron retirar. Con este feliz suceso, que levantó los ánimos, coincidió el feliz parte transmitido desde Portugalete a Miravilla, por el telégrafo óptico, que decía: «Continúe Bilbao defendiéndose. Pronto será socorrida.»

En la defensa de la Concepción fué Martín levemente herido en el brazo izquierdo. No se contaba de él nada extraordinario: era un exacto cumplidor del deber, sin excederse nunca. La herida no tenía importancia; casi se avergonzaba de hablar de ella, refractario en toda ocasión a los alardes de valentía. Resistióse a que le hicieran la cura en el hospital, donde había que atender a casos más graves, y se fué a casa de Vildósola, buscando el arrimo de Negretti y Prudencia. Esta mandó al instante a buscar a Aura, y al verla entrar le dijo:

—Nos ha caído quehacer. Tenemos a Martín herido; y aunque no parece cosa muy grave, me temo que se complique, por ser del lado del corazón... Ahí le tienes, tan pálido y triste que da lástima verle.

Al instante procedieron las dos a curarle con gran solicitud, y él, recobrada su serenidad y buen humor, bromeaba con Aura, permitiéndose ponderar su belleza, y concluyendo con la exquisita galantería de que se conceptuaba dichoso de aquel estropicio para que tales manos se emplearan en curarle. Respondió la niña con buena sombra que la honra era para quien podía con su inutilidad prestar ayuda a la causa bilbaína, auxiliando a los héroes; rechazó con modestia el galán dictado tan sonoro, que a su hermano correspondía, y aseguró no apetecer más glorias que las de una ciudadanía decorosa consagrada al trabajo. Así estuvieron tiroteándose un ratito, hasta que llegó la criada de Gaminde con el recado de que fuera pronto allá la señorita Aura, pues Jesusita se había puesto mala y deseaba tenerla a su lado. Respondió Prudencia que más tarde iría con su tío Valentín. En vez de éste llegó Sabino, con un poco de bálsamo samaritano que había ido a buscar para la cura de su hijo, y con él salió al poco rato la niña. El hombre tenía prisa, pues había quedado en acompañar al Viático que a la misma hora daban a Leonardo Allende y a Paco Amézaga, heridos mortalmente en los últimos combates. Quiso la buena suerte de Arratia que antes de llegar a la esquina de la calle del Matadero se les apareciese Zoilo, que iba, después de tantos días, a echar un vistazo a la familia. Coyuntura tan feliz alegró al padre, que no

quería más que largarse al Viático, como si pensara que éste no era eficaz sin su concurso.

—¡Qué oportunamente llegas, *Luchu!* —le dijo—. Cuando te encontré en Santa Mónica y te mandé venir, no creí que anduvieras tan listo. Luego subirás a ver a tus tíos y a tu hermano; la herida de éste es insignificante. Ahora acompañas a tu prima a casa de Gaminde, y yo me voy por aquí a Santiago.

—Corra, padre, corra; que si se descuida no alcanza...

Habíase quedado la niña de Negretti completamente paralizada de voz y pensamiento al ver a su primo. Tenía muy pensadas las expresiones que debía dirigirle la primera vez que le viese después de sus heroicidades, y todo se le borro de la memoria.

—Vamos—dijo Zoilo, viendo desaparecer a su padre por la calle de la Tendería.

Y ella repitió: «Vamos», creyendo que con esto decía bastante.

«¿Por qué estará tan callado?—se preguntó cuando, recorrida toda la calle de la Cruz, llegaban al ángulo de la Sombrerería—. ¿Estará enfadado conmigo?... No sé por qué podrá ser.»

Al llegar a la entrada de la plaza Nueva, dijo el miliciano secamente:

—Por aquí, por aquí es por donde vamos.

—¿Qué pasa?—indicó ella—. ¿Está interceptada la calle de la Sombrerería?

—No; es que hace días, muchos días, que no nos vemos, Aura, y he dispuesto que demos un paseo... nosotros mismos.

—¡Pero, chico, si me están esperando!...

—Que esperen... Más he esperado yo... ¡Tantísimos días sin verte, y a cada instante creyéndome que llegaba mi última hora y que ya no te vería más!

—Ya sé que has sido muy valiente. Todo se sabe. Todito me lo han contado, y yo he dicho: «Se porta como quien es, y hace lo que se propone.»

—Para eso está uno en este mundo, dilo. Se hace siempre lo que se debe, y con voluntad se tiene cuanto se desea.

—¿Y qué tienes? ¿Qué has ganado con tus heroísmos?

—¿Qué he ganado?... ¿Pues te parece poco? Algo que vale lo que el mundo entero, y más. Te gano a ti.

—¡A mí!... ¡Qué cosas tienes!... Pero di, tonto, ¿adónde me llevas? ¿Salimos por aquí al Arenal? No vayamos muy lejos. Que el paseo sea cortito.

—El paseo será del tamaño que disponga yo mismo.

—Arrogante estás.

—¿Cómo no, llevándote conmigo?

—Un ratito corto.

—O largo...

—Si tardo, me reñirá tu tía.

—A ti no tiene que reñirte mi tía ni ninguna tía del mundo, porque en ti nadie manda más que una persona.

—Pero esa persona no está aquí.

—Esa persona está aquí y soy yo—afirmó el miliciano, parándose en firme.

—*Zoiluchu,* no digas tonterías; yo no te pertenezco.

—Tú me perteneces. Te he conquistado... Que he sabido ganarte, sábeslo tú, sábelo Dios... Sigamos hasta la Ribera, que aún tenemos mucho que hablar.

—Cuidado ¡Si nos ven solos por aquí...!

—Si nos ven solos, dirán: «Ahí va Zoilo Arratia, pues, con su mujer.»

—¡Jesús, qué barbaridad!

—Porque si no lo eres todavía, lo serás, sin que nadie pueda evitarlo, porque yo lo quiero, y también tú..., tú y yo, que es como decir *nosotros en uno mismo*... Puede que mi padre y mi tía lo lleven a mal, porque otros planes tienen; pero ni mi tía, ni mi padre, ni la familia entera, ni todo el género humano, impedirán lo que yo quiero, llamándome *nosotros*, lo que debe ser y será.

La firme voluntad de Zoilo, tan categóricamente formulada, sin atenuación alguna; poder incontrastable, irreducible, del orden de los hechos fatales o de las leyes de la Naturaleza, actuaba sobre el espíritu de Aura como una fascinación, como un exorcismo, más bien como la atracción sideral. Era ella el cuerpo pequeño que se veía arrancado de su órbita, asumido a la órbita del cuerpo mayor. El inmenso querer, el inmenso desear de Zoilo la envolvía y se la llevaba consigo en un giro infinitamente grande.

—Pero ¿qué estás diciendo?... Que tú.... que nosotros..., que yo...

—Digo que eres mi mujer, y dilo tú; que pues yo lo he querido, es así..., y ante esto, Aura, la familia y el mundo entero tienen que bajar la cabeza... Lo que vas a decirme, ya lo sé.

Sonó un cañonazo. Albia despidió un proyectil curvo; a los pocos segundos dis-

paró otro Landaverde. El uno se pasó; el otro vino a caer en la ría, más abajo del Arenal.

—Vámonos por Barrencalle a coger los Cantones... Por aquí... No tengas miedo. Esos mentecatos tiran a esta hora por las ánimas benditas... No temas nada. Dios ha dicho que ni tú ni yo moriremos en el sitio. Porque lo sé soy animoso, no por valor propiamente... ¿Me has entendido? Mi valor es Aura, mi fe es Aura, dilo..., y creyendo en Aura y teniéndola, no hay balas que a uno le toquen.

—Sí, fíate...—murmuró la doncella, queriendo reír.

—Pues sí; ya sé lo que a decirme vas: que si el compromiso, que si don Fernando... Don Fernando no viene ya..., o se ha muerto, o no es caballero... Y aunque venga..., ¿qué?... Reino abandonado, reino perdido. En su trono me he sentado yo, Zoilo Arratia, y a ver si me echa él..., con sus manos lavadas..., con sus manos bonitas... Las mías, quemadas y oliendo a pólvora, más que las suyas podrán.

—Eso no... *Luchu*, eso no...—dijo la niña muy apurada, no sabiendo encontrar en su mente fecunda más que aquella denegación anodina, infantil...

—Yo digo que sí... Nada temo. Estorbos para mí no hay. Voy contra un ejército si es necesario... No sé lo que es desconfianza; lo que es miedo no sé... Ni a ti misma te temo. Sé que he de triunfar de todo, y nada me importa don Fernando, venga o no venga, ni el mismo San Fernando, si del Cielo bajara, me importaría.

—¡Cómo te creces, primo!—exclamó Aura pensativa, subyugada por aquel torrente irresistible de voluntad—. Arrogante estás.

—¡Que si me crezco! Di que tengo vida de sobra... ¡Y lo que falta! Aura, por mucho que yo suba, aún estás tú más alta. Y verte tan arriba no me pesa... Mejor, así crezco yo más.

Muy poco adelantaban en su paseo, porque se paraban a cada frase para poder verse las caras frente a frente y aumentar con la vista y el mutuo llamear de sus ojos la expresión de lo que decían.

—¿De modo—dijo Aura—que tú nada temes?

—Nada. Dios me dice que tendré todo lo que quiero, porque lo sé querer.

—Según eso, tú, Zoilo..., ¿no dudas?

—¡Dudar yo! ¿De qué? Eres mi mujer, te tengo... Nadie te apartará de mí...

—Muy pronto lo has dicho. ¿Y si yo, suponiendo que quisiera ser tuya, no pudiera serlo?

—¡No poder... queriendo!... ¡Ah!, ya sé por qué lo dices... ¿Crees que hago caso de esa bobada de mi tía Prudencia, que quiere casarte con Martín?... Yo me río; ¿y tú?

—También.

—Pero no has tenido valor para decirle a la tía Prudencia y a mi padre que eso no puede ser.

—¡Oh, no me atrevo!

—Pues yo sí. Ahora mismo voy y se lo digo.

—¡Oh no, por Dios!... Lo que has de hacer ahora mismo es llevarme a casa de Gaminde. Basta ya de paseíto. ¡Qué dirán, qué pensarán!...

—Pensarán que d e b e m o s casarnos pronto.

—¡Dale!

—Nada: ¿no tiene don Francisco un hermano cura?

—Sí, don Apolinar; allí está siempre.

—Pues voy a verle, y después hablo con él para que nos case.

—¡Zoilo!—exclamó Aura, dando un paso atrás, aterrada de tan extraordinaria decisión. No había visto ella nunca una fuerza que a la de su primo se asemejara. El fogoso chico era la acción misma; no imploraba los favores del Destino, sino que cogía por el pescuezo al propio Destino y lo hacía su esclavo. Mientras dió la niña aquel paso en retirada, dijo Zoilo que si don Apolinar no quería casarles, él conocía un capellán de tropa que lo haría en menos que canta un gallo. La atracción, gravitación o lo que fuera, actuó de nuevo sobre el espíritu de Aura, que dió el paso adelante, sin atreverse a decir más que esto:

—Bueno, primo: creo que debemos irnos ya...

—Como quieras... Quedamos en que iré a verte en casa de Gaminde.

—¡Oh, cuánto hablaron de ti ayer, y cómo te ponían en las nubes! Yo, naturalmente, estaba muy orgullosa..., por la familia, por ti...

—Di que por ti más...

—También contaron lo del café; el brindis que echaste, lo que te dijo Arana al regalarte la pistola y el beso que

te dió, en nombre de Bilbao, el viejecito Ansótegui.

—El beso no era para mí, Aura.

Diciendo esto, y sin darle tiempo a retirarse, le cogió la cabeza, y apretándola fuertemente, le estampó como unos veintitantos besos en diferentes partes, desde la coronilla a la garganta.

—Por Dios, ¡ay, ay!, no seas bruto... ¡Qué atrevido, qué...! Déjame... Ya no más... Me haces daño... No, no; quita, quita... Que pasa gente... ¡Ay, no!

—Si pasa gente, que pase—dijo Zoilo al concluir—. Estaría bueno que no pudiera uno acariciar a su mujer donde se proporciona...

Ocurriéronsele a la niña razones de gran fuerza para protestar de aquella bárbara violación de la compostura, del respeto que ella merecía; pero entre la mente y los labios perdiéronse las razones, y cuando quiso buscarlas no parecían... Sólo pronunció entrecortadas voces, que eran, empleando un símil guerrero, como migas de pan arrojadas contra un baluarte de granito. La joven siguió su camino temblando como una brava res cogida y amarrada por potente cazador.

—Eres muy atrevido, Zoilo—dijo rehaciéndose cuando pasaban de la soledad de la calle de la Torre a la plazuela de Santiago—, y eso no está bien... Te repito que no está bien... Llegaré muy tarde, y me reñirán.

—No hagas caso. Yo soy tu dueño, y no te riño, pues.

—Y ti te regañará tu padre, si sabe...

—Soy hombre... Mi padre me respetará como yo le respeto a él... Si algo me dice, que estoy casado le responderé.

—Eres atroz, *Luchu*.

—Soy terrible... Cuando me convenzo de que tengo que ir a un punto, voy. Nada me acobarda... Nadie me domina, y yo domino todo lo que quiero y más.

—Es mucho decir...

—Más hago que digo... Yo hablo con las acciones.

En esto llegaron a la casa de Gaminde, y él fué tan juicioso que no la detuvo en el portal.

—Súbete pronto. Ya sabes que vendré a verte cuando el servicio me lo permita.

—Adiós... No hagas barbaridades. Bastante te has lucido ya.

—Yo no quiero lucirme... Me ejercito; me lo pide el cuerpo... y el alma... Así se hace uno fuerte para lo que venga, Aura. Adiós.

—Adiós... Me subo volando.

XXX

Al sentirse físicamente lejos de la esfera de atracción de aquella voluntad potente, volvió la niña a girar en su órbita y sintió recobrada en parte su personal fuerza.

«Es un bruto—se decía—; pero no hallo la manera de sustraerme a su poder. ¡Qué hombre, qué energía!... ¡Ay!, llo la manera de sustraerme a su podejarme dominar, pues, de lo contrario, no sé lo que pasará... Como mérito, lo tiene... ¿De qué será capaz Zoilo, si no le mata una bala? Pues de las cosas más grandes. Me asusta, verdaderamente me causa tanto miedo como admiración... ¡Qué mal he hecho en dejarme besar! Se creerá que le pertenezco, y eso sí que no. Pero me cogió tan desprevenida, ¡qué pillo!, que no pude... Cualquiera le dice que no a nada. Este es de los que no se dejan gobernar, y gobiernan a todo el mundo... Yo no sé lo que me pasa... Cuando estoy lejos de él, soy muy valiente...; pero se me acerca, y ya estoy temblando... ¡Vaya un hombre!... Pero no; es preciso que yo me mantenga en mi deber y en mi consecuencia, porque no puedo faltar a lo jurado... El *mío* es otro..., y aunque estoy muy enojada con Fernando porque no viene, ni se anuncia, ni nada, debo mantenerme firme... La verdad es que ya pesa, Señor, ya pesa este abandono en que estoy, y si yo me declarara independiente, no tendría razón ninguna en quejarse. Sabe Dios que le he querido y le quiero como cuando nos conocimos... No dirá que he faltado. El es quien falta... Y ¿quién me asegura que no se ha entretenido lejos de mí con otra mujer? Esto sería ya inicuo, esto sería ultrajante para mí... Pero yo soy quien soy, y espero, espero, espero... ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?... Digan lo que quieran, tengo yo mucho mérito, y la palma de la constancia nadie me la puede quitar...»

Pensando en esto, que era su continuo pensar, hizo propósito de esperar a Fernando hasta unos días después de la terminación del sitio... ¿Y si llegaba después

del plazo que ella fijara y daba explicaciones satisfactorias de su tardanza?... No, no; había que aguardarle hasta que se tuviese la certidumbre de que no había de venir.

Acontecía que en sus cavilaciones nocturnas sobre este tema, a veces la persona de Fernando presentábase en la mente de Aura un tanto desvirtuada en sus atributos. Como todo se gasta y perece, aquel ser tan traído y llevado en los sueños de la sensible joven desmerecía, se deslustraba, como las bellezas materiales que el tiempo y el uso van carcomiendo, como las flores que se marchitan, como las nobles vestiduras que se ajan, como las finas armas que se enmohecen... Sobre cuanto existe actúa el tiempo, artista minucioso que deshace unas obras, pieza por pieza, para hacer otras, o las reduce a polvo para vaciarlas en mejor molde. El maldito no está nunca quieto, y no hay cosa peor que dejar en su poder, para que lo guarde, algún objeto moral o físico de gran mérito y estimación. Si no se queda con él, lo devuelve transformado.

No estaba ociosa la niña de Negretti en aquellos días, pues sus amiguitas no la dejaban de la mano, llevándola de casa en casa a patrióticas reuniones femeniles para coser sacos, preparar hilas y vendajes, cuando no iban a Santa Mónica, según los turnos que designaban las señoras mayores. Una tarde, reunida una cuadrilla en que no había menos de dos docenas de muchachas, algunas de las más bonitas del pueblo, discurrieron ir a visitar al oficial herido Fernando Cotoner, que por su gentileza y donosura tenía gran partido entre el bello sexo. Custodiadas por una comisión de mamás invadieron su casa, y halláronle en vías de convalecencia, alegre y decidor como de ordinario; y tanto se excitó con la irrupción de niñas guapas, y tales apetitos de hablar mucho y vivo le entraron, que el médico tuvo que ordenar la inmediata salida del enjambre.

—De ésta no muero, amigas de mi alma—les decía clavado en un sillón, gesticulando con exceso, pues condenado a quietud absoluta, sin más juego que el de los brazos, usaba de éstos desmedidamente—. Sólo ha sido un agujero más, y ya he perdido la cuenta de los que debo a la guerra. La que se case conmigo ya sabe que se casa con una criba... Fernando Cotoner no entra en acción sin que le toque alguna china... Es el niño mimado de las balas... ¿Saben la carrera que sigo? La carrera de inválido... Adiós, flores bellas, alegría de mi corazón... Un momento, aguarden un ratito... ¡Vivan las niñas de Bilbao! ¡Viva la Libertad y muera Carlos Quinto!

Respondió el alegre coro desde la puerta y en el pasillo, adonde las empujaba el médico, don Miguel Medina, sacudiéndolas con su pañuelo como si ahuyentara moscas.

A menudo iba Aura a pasar un ratito con su tío Ildefonso, que con ella se animaba, saliendo por breves momentos de su taciturnidad sombría. Gustaba de que ella, y no los demás, le refiriese las sucesivas ocurrencias del sitio, las victorias que con su heroico tesón iba ganando el pueblo, la situación probable o supuesta de las tropas que venían en socorro de la plaza. Y él, siempre bondadoso, no desmemoriado a pesar de la turbación de su mente, gustaba de decirle lo que consideraba más grato para ella:

—Si Espartero viene pronto y salva a Bilbao, en cuanto se abran las comunicaciones tendremos aquí, creo yo, al buen don Fernando

Y otro día, con gran reconcomio de Prudencia, que se mordía los labios para comprimir sus ganas de controversia, dijo:

—Me da el corazón que el señor de Calpena está con Espartero, y que entrará con él.

Pasaron días sin que Aura y Zoilo se viesen, por causa de la permanencia casi continua del valiente chico en las líneas de defensa. En cambio, siempre que iba la niña a casa de Vildósola era infalible su encuentro con Martín, que tardaba en restablecerse de su herida más de lo que parecía natural. Prudencia daba largas al proceso traumático, aplicando vendajes con unturillas de su invención, completamente inofensivas. En el largo espacio que daba el tratamiento dilatorio logró el benemérito joven, con no poco estudio, aguijoneado por su tía, declarar a la hermosa doncella el amor puro, de honradísimos y santos fines, que le inflamaba, gastando en ello fórmulas algo semejantes a las farmacopeas de Prudencia. Contestábale Aura agradeciendo sus nobles sentimientos y decla-

rándose imposibilitada de corresponderle por el compromiso antiguo que a otra persona le ligaba. Por su parte, la sagaz gobernanta, siempre que a solas la cogía, incitábala a no ser tan huraña con Martín, asegurando que partido mejor no encontraría aunque lo buscara con pregón. La pobre joven rompía en llanto; deseaba que el tío Ildefonso se pusiera bueno para contarle sus cuitas y pedirle consejo; pero esto era muy difícil, porque Prudencia nunca la dejaba sola con su marido, temerosa de que Ildefonso, con su puritanismo y el rigor de sus principios, tan contrarios al sentido práctico, la torciese más de lo que estaba.

Y, por desgracia, el pobre Negretti iba de mal en peor. Una tarde, hablando de ello Vildósola, Valentín y Prudencia, delante de Aura, expresó aquélla con lágrimas su dolor por el desvarío manifiesto de las ideas de su esposo.

—Ayer—manifestó Valentín, suspirando—seguía con el tema de que ya no se harán los barcos de madera, sino de hierro, todo el casco de hierro...

—Esto no es absurdo, no, amigo mío —dijo Vildósola, hombre indulgentísimo, muy crédulo, y que no era pesimista en el caso de Negretti.

—Absurdo, no... Científicamente, puede ser. Lo gordo es que, según Ildefonso, todo ese hierro que se necesita para construir los barcos de mañana se llevará de Bilbao a Inglaterra. Vean por dónde nos vamos a quedar sin montañas.

—Poco a poco, Valentín. Hablando con franqueza, no veo el delirio, no veo el disparate...

—Pero, hombre, ¿estás tú loco?... ¡Embarcar toda Vizcaya en naves de hierro para llevarla a Inglaterra! ¡Ah, tunante!, como buen corredor de cambios, ya se te hace la boca agua pensando en el papel Londres que vas a colocar el día que...

—No es eso... Lo digo...

—Cállate, Cirilo... Se trata de barcos, y yo...

—Se trata de comercio, y yo...

—Esperen...—dijo Prudencia, cortando la cuestión—. A mí me aseguró que toda nuestra ría no será bastante para contener las embarcaciones grandes, grandes...

—A mí me dijo que dentro de cuarenta años se verían en estas aguas cuatrocientos barcos de dos mil a tres mil toneladas, descargando carbón y llevándose la mena... Para ese tiempo se empedrarían las calles de Bilbao con libras esterlinas, y tendríamos aquí fábricas y talleres tan grandes como de aquí al paseo de los Caños...

—Pues ese delirio—afirmó el corredor—merece mi aplauso, y no he necesitado más que oírlo mencionar para sentirme contagiado. Yo deliro también, Valentín. Yo creo en el hierro..., yo lo veo...

—Lo que tú ves es el cambio, los chelines y peniques. Tú no estás bueno, Cirilo... El sitio a todos nos volverá locos.

—Yo veo el hierro...

—Sí: tendremos que echarnos cabezas de hierro para poder pasar. Adelante.

—Con ser un delirio eso de exportar las montañas—añadió Prudencia—, no me resulta tan desatinado como la que me soltó esta mañana. Hablábamos del sitio, de si viene o no viene Espartero, y él, muy serio, convencidísimo y enteramente aferrado a su opinión, se dejó decir que para que Bilbao llevase su defensa hasta la última extremidad, volviendo locos a los carlistas y obligándoles a largarse corridos, era menester que pusieran de gobernador de la plaza, ¿a quién creéis?, a nuestro sobrino Zoilo. Dice que *Luchu* es la más fuerte energía militar que tenemos aquí. Y que si él estuviera al frente del ejército del Norte, ya no quedaría un carlista para un remedio.

—Es que anoche—indicó Vildósola—estuvo Zoilo contándole cosas de cañoneo y batallas, con las exageraciones y el ardor que el chico pone en todo lo que dice.

—Ya me cuidaré yo—afirmó Prudencia—de que no vuelva a pasar... Cuente Zoilo sus hazañas a los que están buenos, no a los enfermos del magín, que fácilmente se ponen perdidos oyendo hablar de encuentros, degollinas, zambombazos y demás gracias de la guerra, que a mí no me hacen ninguna gracia.

Oía estas cosas Aura sin aventurar de su parte observación alguna, y lo único que se le ocurrió fué el propósito de advertir a su primo, en cuanto le viese, que se abstuviera de contar al tío lances guerreros ni nada en que figurasen bombas, granadas y metralla. El día 5 de diciembre, poco antes de la salida que hicieron los sitiados por la parte de Artagán, creyendo obrar en combinación con Espartero, vió la niña al miliciano; pero no pudo hablarle. Iba ella con las

de Gaminde y las de Ibarra por la calle del Correo, a oír misa en Santiago, cuando pasaron las compañías de Milicianos y de Trujillo en dirección de Achuri; Zoilo la vió y ella a él. Aura no hizo más que sonreír y ponerse muy encarnada; el la saludó graciosamente con una sonrisa y fugaz movimiento de los labios. Por la noche, oyendo contar que la salida, aunque brillante, no resultó eficaz por el mal acuerdo de haberlo hecho sólo con cuatrocientos hombres, pensaba la hermosa joven que si Zoilo hubiera dispuesto la operación habrían salido lo menos mil... Vamos. ¿a quién se le ocurría mandar cuatrocientos hombres, ni aun contando con el apoyo de Espartero *por el lado de allá?* También ella se iba volviendo estratégica. La verdad, no comprendía cómo sus tíos encontraban tan disparatadas las ideas de Negretti con respecto a *Luchu*... Pues ¿qué? ¿Dónde había voluntad como la suya? ¿Quién le igualaba en grandeza de corazón, en bravura y serenidad? Pues así como tenía estas dotes, bien podía tener las otras, las del cálculo para saber por dónde se atacaba y con qué fuerzas, y en qué ocasión y momento.

Acostóse con la cabeza dolorida, congestionada de tanto pensar, y pasó malísima noche, sin poder conciliar el sueño, atormentada por una idea tenaz, monomaníaca, consistente en establecer paralelo entre don Fernando y su primo, midiendo y aquilatando las excelsas cualidades de uno y otro. Sin duda había pocos como Fernando, cuya inteligencia, caballerosidad, exquisita educación y finura cautivaban... Esto no quitaba que el otro fuera más hombre, más... no sabía cómo expresarlo. Era todo lo hombre que se puede ser. Con la voluntad que a él le sobraba se podían hacer cien personas enérgicas, o mil... No había más que mirar aquellos ojos para comprender que era su alma toda acción, de las que gobiernan y no se dejan gobernar, de las que subyugan y avasallan... Pero por ser menos hombre, no perdía sus hermosos méritos Fernando. ¡Qué talento, qué gracia, qué elegancia de formas! ¡Luego sabía tantas cosas, había leído tanto!... En cambio, Zoilo era un bruto, un bruto, eso sí, capaz de aprender en poco tiempo todo lo que no sabía, y llenar de conocimientos el profundo pozo de su ignorancia... Insistía la gentil niña, dando extensión absurda a estos paralelos febriles, en pertenecer a Calpena, en mantenerse fiel a su compromiso; pero mucho tenía que fortificar su voluntad para oponerse al torrente del querer de Zoilo, de aquel querer que no admitía réplica ni oposición, que todo lo arrollaba hasta imponer y afianzar su imperio. Para defenderse del audaz tirano lo más conveniente sería no verle más, no hablar con él... Y ¿cómo podía ser esto? Si Fernando viniese pronto, todo se arreglaría; pero, ¡ay!, le daba el corazón que Fernando, o tardaría mucho, o no vendría más. La insistencia de Ildefonso al afirmar que vendría con Espartero era un desatino de la perturbada mente del buen mecánico... Imposible, pues, sustraerse a la sugestión avasalladora, soberana, fatal, de su primo. Dios le había dado el don de querer con tan grande intensidad, que cuanto quería se le realizaba. No soñaba, hacía; pensamiento y ejecución significaban en él lo mismo.

Como era la niña tan inteligente, y además poseía su poquito de instrucción, extraordinaria para las muchachas de aquel tiempo, podía discurrir sobre estas cosas de humanos caracteres, y hasta encontrar forma relativamente apropiada para expresar sus juicios. Prosiguiendo el ingenioso paralelo, se dijo:

—Y este *Luchu*, ¿es romántico?... Puede que sí; pero no como Fernando, un romántico de soñación, sino de acción... Así lo veo yo. Todo el romanticismo y toda la poesía de Fernando es la de los dramas, la de los libros que andan ahora: en los libros y en los dramas, que son pura mentira, ha bebido él su romanticismo, como las abejas en las flores... Este *Luchu* no es así: todo lo tiene en su alma desde que Dios la hizo. Don Fernando sueña, se emborracha con lo que ha leído.... quiere llevar todo aquello a la acción y no puede... no le sale... Claro, como que no es suyo... *(Pausa larga de aturdimiento y confusión.)* Pero ahora caigo en ello. Zoilo no es romántico, sino clásico, tan clásico, que no puede serlo más... Se me ocurre el disparate de compararle con los dioses antiguos, que tomaban figura de hombres, y a veces de animales, para andar por el mundo y hacer lo que les daba la gana... Y se metían entre los ejércitos, y daban la victoria a quien querían, y destruían pueblos, y soltaban rayos, y

seducían mujeres... sin que nadie pudiera oponerse a su voluntad... Naturalmente, como que eran dioses.

XXXI

Tenía Valentín por ineficaz aquella dispersión de la familia en diferentes moradas, pues ningún lugar era seguro en el casco de la villa. El inmenso peligro que los vecinos de la Ribera vieron en esta parte del pueblo, cuando los carlistas preparaban su ataque a la Concepción, fué conjurado por la bravura bilbaína en la sangrienta jornada del 29 de noviembre. Si el enemigo hubiera conquistado aquella línea, poniéndose a tiro de fusil de todo el frente de la Ribera, ésta habría resultado inhabitable desde el Teatro hasta Barrencalle. Pero como continuaban en sus antiguas posiciones de Santa Clara y barrio de Mena, y lógicamente no habían de meterse en arriesgadas aventuras por aquella parte, pues toda su fuerza y vigilancia la necesitaban de la Salve para abajo, atentos a las pisadas de Espartero, los vecinos de la Ribera recobraban su tranquilidad, y los menos tímidos se iban metiendo en sus hogares. Determináronse, pues, Sabino y Valentín a congregar la dispersa familia: ya José María y *Churi*, que se instalaron en la casa para estar al cuidado de todo, habían comenzado las reparaciones convenientes en el tejado.

Prudencia opinaba como sus hermanos respecto a la concentración, pues no se hallaba muy a gusto en casa de Vildósola. Este y Rufina, su mujer, eran excelentes personas; no así la suegra, que de continuo cerdeaba y se ponía fastidiosa, dando a entender que la molestaban los huéspedes. Además, todo aquel barrio de Zamudio había venido a ser el más inseguro; las baterías facciosas del barranco de Santo Domingo y de Iturribide atizaban candela y bombas; en la calle de la Cruz y en la vuelta de la de la Ronda habían caído proyectiles, destrozando dos edificios. Para colmo de desdichas, en la noche del 13 una carcasa pegó fuego a la finca medianera con la de Vildósola; los vecinos de ésta hubieron de desalojar de prisa y corriendo, y Negretti fué llevado a casa de don José Antonio de Ibarra, amigo de la familia, procurador y comerciante con tienda y almacén en la calle de la Sombrerería. Aunque los Ibarras eran gente bonísima, hospitalaria y servicial, Prudencia no estaba conforme con vivir en prestados hogares, y decía, refunfuñando:

—Cada lobo a su cueva, y sea lo que Dios disponga.

Todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones en la Sanidad, empleábalo José María en el arreglo de la casa, ayudado por *Churi*, el cual cada día hacía menos uso del don de la palabra. Con un gesto expresaba todo lo que tenía que decir; con un mohín daba respuesta categórica y breve a cuanto se le preguntaba. Obedecía ciegamente a su primo, y juntos iban a comer a casa de Miguel Ostolaza, el individuo de la Junta y comerciante de las Siete Calles, que se distinguía por su bullicioso patriotismo y su desmedida afición al *aurrescu*. Otro de los Ostolazas tenía botica en Artecalle: con éste o con Miguel vivían indistintamente, según las peripecias del sitio, la madre y una hermana, Juanita Ostolaza, de quien era novio José María, con relaciones de exquisita honradez y compostura y planes de matrimonio. Desde que ambos eran niños andaban en aquellos honestos tratos, y de acuerdo ambas familias habían concertado la boda para cuando Bilbao estuviese triunfante y libre. Comían los dos primos de Arratia en la botica de Francisco o en la tienda de Miguel Ostolaza, y tornaban sin pérdida de tiempo a sus ocupaciones.

Frecuentaba también Zoilo la casa paterna por mudarse de ropa, lo que hacía con desusada frecuencia. Habíase vuelto muy presumido; se acicalaba; tenía su uniforme en perfecto estado de limpieza; iba a los combates como a la parada, gallardo, guapísimo; la cabellera corta, bien peinada; el bigotito juvenil, atusado con marcial donaire, bien afeitada la barbilla, los botones del uniforme relumbrantes. Si por acaso se encontraban en la tienda los dos primos rivales, no se dirigían la palabra; *Churi* ni siquiera miraba a Zoilo, y éste tampoco era muy expresivo con su hermano mayor. Atribuía el buenazo de José estas reservas a genialidades de uno y otro: *Churi*, con su sordera aisladora, se envolvía cada vez más en sus triste-

zas, labrándose un capullo para sepultarse dentro; *Luchu,* por el contrario, con sus ruidosos triunfos militares, propendía fatalmente a la expansión locuaz, al dominio. No desconocía José los méritos de su hermano ni los servicios que con su bravura y serenidad heroica había prestado a la causa bilbaína; casi encontraba justificado su creciente orgullo. Sencillote y benévolo, era el primero en extender a toda la familia las glorias del *gallito de Arratia,* y en gozar de su prestigio y fama, de lo que resultaba un reconocimiento tácito de su superioridad.

Continuaba Aura en casa de Gaminde, tan querida de las niñas Florencia y Jesusita, que no sabían separarse. Pero aconteció que la pequeñuela contrajo una calentura eruptiva, y temerosa Prudencia del contagio, llevó a su sobrina a casa de Orbegozo, donde también la querían y agasajaban. La señorita de Orbegozo poseía algunos tomos de novelas, que leyó Aura, entre ellas *Valeria y Beaumanoir,* de madame Genlis. Manjar tan empalagoso no era del gusto de la joven, que lo apetecía más tónico y amargo. Dulzona era también Socorrito y muy aficionada a novedades de moda y perifollos. No congeniaban. Más a gusto se encontraba Aura con las de Busturia, chicas criadas en una trastienda, sencillas, trabajadoras, heroínas domésticas sin afectación; pero aunque festejada por unas y por otras y deseando conservar tan buenas amistades, anhelaba volver a su casa, vivir entre los suyos, que suyos eran ya, con vínculos del alma, los Arratias chicos y grandes. Al propio tiempo que estas dispersiones enfadosas ocurrían, aumentaba el malestar de todos la escasez de víveres, ya en proporciones aterradoras. Una docena de huevos, de remota antigüedad, no podía adquirirse por menos de sesenta reales. Por cada gallina tísica había quien daba media onza. Los gorriones que los chicos cazaban y vendían por *chimbos* valían como si fueran pollos. Las alubias llegaron a cotizaciones fabulosas; las patatas no existían y el bacalao comenzaba a escasear. Algunos días se iba *Churi* sin decir nada por el Nervión arriba, hasta cerca de la Isla, y traía media taza de angulas, con las cuales obsequiaba Prudencia a los de Ibarra, festejando el bocado como un hallazgo preciosísimo en tales tiempos. Iban por allí el corredor Vildósola y José Blas de Arana, ambos famosos entre la gente bilbaína por sus anchas comederas así como por su inteligencia en artes gastronómicas. Se consolaban de las abstinencias del asedio hablando de suculentas comidas, de platos castizos, y recordando sus merendonas y *gaudeamus* en días mejores. Arana ofreció a *Churi* un morrión de miliciano y un sable si le traía una taza de angulas, y Vildósola refería con buena sombra sus sueños, que eran siempre de comer mucho y bien.

—Anoche, para hacer boca, despaché cuatro ruedas de merluza, y encima una docena de *chimbos de higuera,* que fueron seguidos por una tanda de *barbarines*...

—Ya podías haber guardado algo para nosotros—indicó Prudencia—. A Ildefonso le gustan locamente los *barbarines* fritos en papel.

—Pues yo—dijo Arana—, si soñase esas cosas me pondría malo y al despertar tendría que purgarme. Me reservo para cuando salgamos de este bromazo. Lo probable es que perezcamos todos, y moriremos acordándonos de la Libertad y del bacalao en salsa roja. Pero si tengo la suerte de salir con vida y de ver reventar a don Carlos, ojalá que esto sea en la época de los *guibilurdines* para celebrarlo con un buen atracón de tan rico vegetal.

—Mira—dijo Vildósola—, yo espero que terminemos antes de que vengan los *guibilurdines.* Te apuesto todo lo que quieras a que la entrada de Espartero la celebramos en el propio San Agustín con chacolí de Quintana, y angulas, y lo demás de la estación..., y todo esto antes que cante el gallo de Navidad.

—Yo te apuesto lo que quieras a que el gallo y pavo de esta Navidad serán de aquellos que andan por los tejados. Esto va largo, y es casi seguro que saldremos vestidos de máscara a tirotearnos con los *serviles.* Espartero está comiendo merluza y no se acuerda de nosotros... Pero ¿qué remedio? Comeremos clavos en vinagre. Oye, ¿no sabes? Bringas me mandó chocolate muy bueno y dos docenas de bizcochos que sobraron del primer sitio... En mi casa, con ocho de familia, nos defendemos con el maíz que quedaba en el almacén de Busturia. Lo machacamos: Hilaria sabe hacer unas

combinaciones muy buenas, bollitos, fruta de sartén, con un poco de salvado que nos resta, aceite de linaza, nuez moscada... Te convido si quieres, y para obsequiarte añado una rata magnífica que cogimos esta mañana en mi almacén..., cebada con raba y sardina, ya ves.

—Gracias; yo tengo hoy huevos de paloma y una cecina de macho cabrío que está diciendo «comedme».

—No; lo que dice es «tiradme». Es de la que tenía Cosme el de Belosticalle, que la untaba de pimiento choricero para que tomase color y pareciera jamón.

Con estas bromas se entretenían y conllevaban alegremente las tristezas de situación tan angustiosa. Desprovista del precioso humorismo y sintiendo en sí muy debilitada ya la vibración patriótica, Prudencia no veía las santas horas de que la pesadilla del sitio terminase. ¡Ay, sería como un despertar risueño! Ya no se podía sufrir el constante llover de bombas y granadas, los espectáculos de muertes y horrores, el hambre, que podían soportar hasta cierto punto los sanos, pero no los enfermos.

El deber patriótico a todos les traía revueltos, sufriendo mil molestias, viviendo a las veces en medio de la calle. Sabino, hombre de gran resistencia, solía llegar a la noche sin haber tomado más que un ligero desayuno; Valentín llevaba en sus bolsillos mendrugos de borona y se iba alimentando en el transcurso de las caminatas y ocupaciones que a todas horas le imponía su cargo en la Junta. Más de una noche durmió en un banco del *cuartel* de la plaza Nueva o en el duro suelo del café llamado *Gari guchi* (Poco trigo). Eran los *cuarteles* sitios de reunión, semejantes a los modernos casinos. Unos cuantos amigos alquilaban un local en buen sitio y aligeraban allí con sabrosa tertulia las largas noches de invierno, o se divertían con pasatiempos inocentes. El lujo era desconocido en tales instalaciones; el moblaje, lo indispensable para evitar la incomodidad de sentarse en el suelo o de comer con el plato en las rodillas. Había un *cuartel* en la plaza Nueva, perteneciente a un grupo de mayorazgos y segundones; otro en la calle de la Pelota, donde dominaba el elemento mercantil; y tanto en éstos como en otros de inferior pelaje, marcábase el embrión de los casinos que hoy son centros de recreo, de holganza y de peores cosas, en grandes y chicas poblaciones. Durante el sitio los *cuarteles* hallábanse abiertos para todo el que en ellos quisiese entrar y servían de cómodo apeadero para militares y paisanos que, teniendo que acudir de un lado a otro, necesitaban tomar un refresco sin necesidad de acudir a sus casas. Los patriotas se daban cita en ellos; los individuos de la Junta y los jefes de la guarnición tomaban en este o en el otro *cuartel* las medidas más apremiantes. A los más ocupados, que no podían descansar en toda la noche, les mandaban la cena al *cuartel*. La fraternidad era cordialísima, los alimentos, comunes. El que por cualquier causa, descuido de la familia o falta de aviso, no tenía qué cenar, metía confiadamente la mano en el plato del amigo.

El *Gari guchi* era una combinación de cafetín y *cuartel*, pues en el entresuelo, alquilado por varios mercaderes de las Siete Calles, habían éstos establecido su recreo de billar y mesas de tresillo. Ni allí, ni en el cafe del Correo, ni en ninguno de los cuarteles se hacía de comer. Pero ya se iniciaba de un modo rudimentario este progreso, pues si no se guisaba, calentaban la comida que de tal o cual casa traían; y el conserje o encargado también hacía café para los señores, los cuales no pagaban la taza, sino que *ponían* los ingredientes, resultando gratis la obra culinaria; no se le pasaba por las mientes al guardián del local el tomar dinero por aquel servicio. De tal modo las costumbres patriarcales apuntaban su evolución primera, anunciando esta moderna organización del egoísmo. Las guerras deshicieron el antiguo régimen patriarcal de las sociedades y fueron creando el vivir que ahora conocemos, donde todo se tiene y se paga, donde se desarrollan la comodidad y libertad individuales en el calor del hogar público, mientras se quedan solas las mujeres en el doméstico, cuidando de que no se apaguen las últimas brasas.

XXXII

Rendido de fatiga y con más hambre que cómico en Cuaresma arribó Valentín al *cuartel* de la plaza, donde tuvo la suerte de hallar al mayorazgo don Ne-

mesio Mac-Mahón, exaltado patriota, que le brindó a participar de las sopas que comía. En la misma mesa de despintado pino hacían por la vida los individuos de la Diputación don Vicente Ansótegui y don Antonio Irigoyen, con un capitán de Trujillo y otro de Toro. Versó la conversación sobre los movimientos de Espartero, que, después de inútiles tentativas por la parte de Aspe y Azúa, se había vuelto a la orilla izquierda, y a la sazón celebraba consejo de generales para resolver qué se haría en situación tan apretada, pues Bilbao, desangrada ya y sin víveres, parecía llegar al límite de la constancia. El telégrafo había dicho por tercera vez: «Siga Bilbao defendiéndose, que pronto será socorrida.» Pero el socorro, ¡vive Dios!, tardaba en llegar. Como en la mente y en la voluntad de todos la rendición era el mayor absurdo, no les quedaba más remedio que un morir glorioso, numantino.

En esto entraron Zoilo Arratia y su amigo Víctor Gaminde; Valentín dejó a los señores para correr junto a los muchachos, en quienes encontraba siempre viva la llama patriótica y el nativo coraje de la tierra. Habló Zoilo con el encargado del *cuartel*, un vejete con antiparras y cachucha, que jamás se quitaba la pipa de la boca. Entrególe un envoltorio de papel que traía, recomendándole la mayor actividad en la confección del mejunje, pues uno y otro se hallaban desfallecidos.

—¿Qué es eso, *Zoiluchu?* ¿Café, por casualidad?

—Por casualidad, es cáscara de cacao. Tengo más, y si usted quiere...

—Y azúcar—dijo Víctor Gaminde, dando al guardián otro cucurucho—. Lo hemos encontrado entre las ruinas de una casa que se quemó en la Esperanza. No tiene más sino que está hecha caramelo, por el fuego.

Y la ofreció a los señores con obsequiosa finura.

—Si quieren ustedes caramelo, aquí hay. Tenemos mucho más, y ahora vamos a tomarnos un cocimiento de cáscara de cacao bien dulce. Desde ayer no ha entrado en nuestros cuerpos nada caliente.

En esto llegó Sabino con la capa chorreando agua, porque llovía copiosamente; la colgó de una percha, diciendo con avinagrado mohín:

—A fe que se pone buen tiempo para que don Baldomero nos socorra. Me parece a mí que ése...

—Pero ¡este Sabino!... Ya viene murmurando del general en jefe—dijo Mac-Mahón—. ¿También tiene Espartero la culpa de que llueva?

—La tiene de no haber emprendido las operaciones antes de que el temporal se nos echara encima. Para eso es generalísimo. Dios manda el tiempo bueno y malo. El hombre debe mirar al cielo y aprovechar las claras.

—Pero ¿tú no sabes que no hay clara... que sea de fiar?

—Lo que sé, señor don Nemesio, es que no hay general cristino que no sea un pelmazo.

—Vamos, hombre, cálmate, que vas a enflaquecer. Siéntate aquí; te daremos unas cucharadas de sopa.

—Un poco tarde llegas, Sabino—le dijo Ansótegui—. Ni rebañaduras hay ya. Como no te entretengas en lamer todos los platos...

—Gracias. Vengo del café de Posi, donde Blas Arana y yo hemos partido media docena de sardinas y un plato de alubias... Allí me han dicho que don Baldomero, por variar, vuelve al otro lado del Nervión, y que están desarbolando quechemarines para armar un puente de barcas... ¡A este paso...! En preparativos se ha llevado el buen señor un mes, y todavía no ha concluído de resolver por qué orilla se arrancará... ¡Y Bilbao aguantando sitio y más sitio!... No me digan a mí de Numancia y Sagunto... ¡Deliciosa Navidad nos espera!

—Hombre, sí: Navidad sin pesebre.

—¡Y que tenga uno que celebrar el nacimiento del Hijo de Dios en esta situación!... Ya lo creo: el don Baldomero, con merluza y besugo a todo pasto, no tiene prisa... ¿Qué le importa que aquí nos comamos unos a otros?

—Pero, hijo, si la voluntad de Dios así lo dispone, ¿qué quieres que hagamos?

—No me quejo por mí. Pero he dado a Bilbao mis tres hijos, lo único que poseo, y no quiero verles morir de hambre... Ni a Dios puede gustarle eso. Dios dice: cumplid vuestro deber..., pero comed, alimentaos.

—¿Estás bien seguro de que Dios dice eso?

—Ahí están las Sagradas Escrituras... Pues ¿para qué multiplicó los panes y los peces?

—Ahí tienes tú un milagro que ahora nos vendría muy bien.

—Con que multiplicara los gatos, nos dábamos por bien servidos.

Arrimado a la mesa donde los jóvenes esperaban el remedio de su necesidad, pidió Valentín a Zoilo su opinión sobre lo que podría suceder si la tardanza de Espartero se prolongaba. Largo rato disertaron sobre ello. Había el miliciano adquirido tanta autoridad en la familia por razón de su denuedo y militar aptitud, que ya su tío gustaba de escucharle, y estimaba en mucho su discernimiento y parecer en cosas de guerra. La arrogancia del chico no excluía su deferencia con las personas mayores. Zoilo se había crecido moralmente en el espacio de un mes, adquiriendo aplomo, serena energía y una descomunal fuerza de convicción en cuanto sostenía y pensaba. Sin darse cuenta, su padre y tío aceptaban gradualmente la superioridad del inferior, la grandeza del pequeño, y no se sentían humillados por ello.

—Oye, hijo mío—díjole Valentín, mientras los tres saboreaban en sendos tazones la infusión caliente y dulce—: cuando Bilbao sea libre te decidirás por la carrera militar, para la cual muestras disposiciones de padre y muy señor mío... Si así lo haces, me alegraré por ti; lo sentiré por la casa.

—No, tío—replicó lacónicamente Zoilo—; no seré militar.

—Antes de diez años, si la guerra siguiera, te veríamos de general; tal creo —aseguró Valentín, sacando de su bolsillo mendrugos de borona que partió con los muchachos, apresurándose a reblandecer el suyo en su taza.

—Seguiré como estaba... Y si usted quiere, para que mi padre descanse, me pondré al frente de la ferrería.

—Francamente, a un hombre como tú, tan cortado para la milicia, valiente como ninguno, paréceme que no le cuadra el oficio modesto de *ferrón*.

—Pues si no soy *ferrón*, seré otra cosa: trabajaré por mi cuenta, y haré pronto un capital. Proponiéndomelo, he de conseguirlo... Todo lo que el hombre quiere con firme voluntad, lo tiene, y más.

—¡Qué alientos gastas, chico! Dios te los conserve... Celebraré verte al lado de la familia, para que a todos nos ayudes... Luego que se acabe esta guerra maldita, nos pondremos a trabajar como fieras, y sacaremos a flote la casa. Vosotros, los sobrinos, debéis estableceros en nuevas familias, debajo de nuestro amparo. Casaremos inmediatamente a José María, que tanto él como su novia están corrientes de papeles, con el cura a bordo; luego empalmaremos a Martín con Aura, que también están concertados, y tú bien puedes ir buscando novia, pues un pájaro de tu condición debe tener nido, y engendrar hijos robustotes y valientes.

—¿Novia dice usted?... Ya la tengo...

—¿Ya?... Bien, hijo, bien; así me gustan a mí los hombres: decididos, querenciosos. ¿Que se proponen un objeto, un fin? Pues a él, ¡contro! Cuando los otros van, ya tú vienes de vuelta encontrada... Y ¿quién es la parienta? ¿Se puede saber?

Callaron los dos mozos; Víctor Gaminde sonreía.

—Víctor sabe quién es... ¿No puedo saberlo yo? Bueno: estas cosas son un poco vergonzosas... Tú no has de hacer una mala elección. Me gustará mucho verte abarloado con una de las chicas más bonitas y honestas de la población. Y si la encuentras de esas... que pesan, ¿sabes?..., que pesan..., porque hay lastre de onzas en el arca, mejor, *Zoiluchu*, mejor. Has demostrado que vales mucho; tienes un gran porvenir. Para decirlo todo, hijo, eres guapísimo: nada te falta. Ya puedes traernos a casa lo mejorcito de Bilbao, que bien te lo mereces, bien te lo has ganado.

—Lo mejor del pueblo llevaré..., pierda usted cuidado... No sería quien soy si así no lo hiciera.

—Eres un hombre...

—Soy Zoilo Arratia, hijo de sus obras..., que cuando quiere..., quiere.

—Tú pitarás...; el mundo es tuyo.

Una vez tomada su frugal cena, levantáronse los muchachos. Iban al *Gari guchi* a entretener, jugando al billar, la horita y media que les quedaba antes de volver de facción a la Cendeja.

—Llueve a cántaros, hijos míos.

—¿Qué nos importa el agua?

—Como no nos importa el fuego.

—Iremos arrimaditos a las casas.

—Aguardad, aguardad un momento. Si

Sabino me presta su capa, voy con vosotros... No me gusta la compañía de los viejos, prefiero arrimarme a la gente joven, para calentarme en el fuego de vuestros corazones, que no temen, que desean con fuerza.

Obtenida la capa, se fué con ellos, y andaban por las calles enfilados unos tras otros, buscando el amparo de los aleros y cornisones. Cuando llegaban a la calle Nueva, donde estaba el *Gari guchi*, le dijo Valentín a sus amiguitos:

—No sólo vengo por acompañaros, sino por ver si alguien, en este café, me da noticias de *Churi*, a quien he perdido de vista hace tres días.

—Anoche andaba por la ría en una chalana—refirió Víctor Gaminde—. Nos lo dijo Iturbide, que le vió.

—Para mí—agregó Zoilo—lo que quiere *Churi* es escapar de Bilbao; no sé por qué..., ni qué interés puede tener en ello

—Cosas de ese chico—afirmó el padre—, que está más loco que una cabra. Me dijeron que hace días quiso pasar las líneas *de ellos* por encima de la Salve...

—Y no pudiendo escapar por tierra, puede que intente escabullirse de noche por la ría.

—Y ¿adónde va? ¿Qué se le ha perdido?

—Querrá comer, tío.

—Es la única explicación que me satisface. Pues si Dios me le libra de un balazo y logra escapar, y come hasta hartarse; si después de tal hazaña emprende la contraria, el retorno, aprovechando estas noches de lluvia y cerrazón, y se descuelga por aquí con un par de merluzas, vaya y venga bendito de Dios... ¿Qué os parece? Mientras llega el momento de gritar «¡Viva Espartero, que nos trae la Libertad!», gritaremos: «¡Viva *Churi*, el que nos trae las merluzas!»

XXXIII

Toda la mañana del 19 la pasó Prudencia en su casa, de limpieza y arreglo, ayudada por la criada de Vildósola, pues la suya había caído enferma de anginas. En la tienda, José María y un almacenero de Ripa trabajaban mañana y tarde poniendo cada cosa en su sitio; que en los días del pánico, habiendo entregado los Arratias para las obras de la defensa gran cantidad de clavazón, alambre, barriles vacíos y otros objetos, sacáronlo precipitadamente, y todo quedó revuelto y confundido. Llegó Martín, aprovechando un rato que tenía libre, y les dijo:

—Recójanme toda la clavazón que está esparcida por el suelo, separándome con cuidado los tres tamaños. Veremos si se pueden rehacer los paquetes deshechos. Y ya que se han bajado las pilas de cabos, yo las armaría en otra forma de modo que estorbaran menos.

—Ha dicho Zoilo—indicó José María—que pusiéramos las pilas de cabos de mayor en menor, no formando cilindros sino conos.

—No hagáis caso, y ponédmelo como estaba. Mi hermano entiende más que yo de cosas militares; pero en este tinglado sé yo más que él... Otra cosa os encargo: no me toquéis nada en el escritorio; aunque lo veáis todo revuelto, dejádmelo como está, que yo lo arreglaré.

—Zoilo es de parecer que se despeje un poco el escritorio, sacando a la tienda las chumaceras, los pasadores, las mallas y rasquetas, y dejando sólo el género de pesca.

—Realmente es más metódico... Ya lo arreglaremos así en otra ocasión. También deben quitarse de ahí los cáncamos y zunchos... Tiene razón mi hermano... En el escritorio no se cabe... Pero no toquéis nada por ahora... Temo que me desarregléis los libros, y que se deshagan los paquetes de cartas.

Ya se marchaba cuando bajó Prudencia, y llamándole aparte, le dijo:

—Estoy afligidísima. Ildefonso cada día peor. Ahora su manía es que en cuanto entre Espartero nos vayamos a Francia en el primer barco que salga, llevándonos a la niña, naturalmente... Me temo que cuando se entere de nuestro plan pondrá el grito en el cielo, y yo..., figúrate... No hay para mí mayor pena que contrariarle...

—Pues desistamos, tía—dijo Martín con un sentimiento en que se confundían la timidez y la delicadeza—. No quiero que por mí haya desacuerdos y disgustos en la familia... Aplacemos, por lo menos, el asunto, con la esperanza de que el tiempo nos lo resuelva...

—Todo iría como la misma seda, si esa loquilla entrara en razón y se hiciera

cargo de lo que conviene a su felicidad.

—¡Ay tía de mi corazón!—replicó Martín con tristeza, suspirando—, Aura no me quiere ni tanto así..., vamos, yo no le gusto... Ante este hecho no hay mas remedio que bajar la cabeza...

—Pues hay que saber gustar, caballerito; hay que matar el pavo y adquirir salero y gracia. Fuera yo hombre y verías tú si sabía yo domar a una bestezuela bonita y respingona...

—Pero ¿qué puedo hacer yo, tía?—dijo el pobre miliciano, apuradísimo, cruzándose de brazos—. Ordéneme usted lo que quiera, siempre que no me mande cosa contraria a la honradez.

—No, hijo, no te mando nada... Déjame; estoy loca... Vete a matar carlistas..., que es lo único para que servís... Por vuestro bien trabajo: buena tonta soy..., debiera ser egoísta y no importárseme nada... Anda, anda, que harás falta en otra parte.

Se fué el simpático joven, mohino y cabizbajo, al punto de servicio, y antes de llegar a él oyó el cañón de la Perla de Albia, que furioso tronaba contra las Cujas. El nombre de esta batería, ilustrada por memorables hazañas, provenía de unos bancos situados al extremo del Arenal y calle de la Estufa. Tenían los respaldos en forma semejante a las cabeceras de las camas que entonces se usaban, y se llamaban *cujas*. Allí, terminado el tiroteo de la tarde, nutrido y penoso, con algunas bajas, fué Sabino en busca de Martín para tratar con él de asuntos de familia; pero no le encontró, porque trocadas las compañías les destinaron a la batería del Circo; en cambio, estaba Zoilo, que desde lejos dijo a su padre que le esperase para ir juntos a casa.

Había pasado el buen Sabino la mañana en Santiago, donde encontró a sus amigos de iglesia, y a la salida se consolaron de sus amarguras hablando mal de Espartero, porque no iba pronto, aunque fuese por los aires. Tanto preparativo era miedo... Ya estaba visto que don Nazario, aunque manco, sabía dónde tienen los hombres la mano derecha. ¿Pues qué creían?... De la iglesia se fué al *cuartel* de la Plaza, donde Ibarra le dió malas noticias de Negretti, y acudió allá inmediatamente, encontrando a su cuñado bastante caído, taciturno y con cierta propensión a la ira. No hablaba más que para echar pestes contra Espartero, llamándole lacónicamente inepto y cobarde.

—Aquí no hay más que un hombre que sepa mandar tropas—dijo, descargando en la mesa un fuerte puñetazo—, y ese militar único es tu hijo Zoilo.

Por no irritarle con la contradicción, se manifestó Sabino conforme con criterio tan extravagante, añadiendo que *Zoiluchu* sería pronto general, y para entonces no se verían los bilbaínos condenados a comer ratones. Vildósola llegó a la sazón, y entre uno y otro trataron de desviar a Ildefonso de su vértigo-maníaco.

En tanto, Prudencia trabajaba incansable en arreglar la casa. A media tarde mandó llamar a su sobrina para que la ayudase, y las dos trajinaron hasta el anochecer con la muchacha de Vildósola, que se retiró a las obligaciones de su casa. Encendida la luz, continuaron las dos lavando la vajilla, hasta que de súbito llegó un recado urgente de casa de Ibarra, traído por el portero. El señor don Ildefonso se había puesto muy malo: le había dado un accidente: se le trababa la lengua y no podía mover el brazo izquierdo...

—Vamos, vamos a escape—dijo Aura, lavándose las manos.

Y Prudencia, para quien la noticia fué como un rayo, después de permanecer un ratito muda de terror, sin respirar, se secó también las manos precipitadamente, diciendo:

—Vamos, sí... No, no; yo iré sola... Tú te quedas... Ya no me acordaba. Ha dicho mi hermano Valentín que vendría a recogernos. No faltará. Con él vendrá Martín, que sale de servicio a las siete... ¿Tienes miedo de quedarte sola?

—Sí, tía; tengo miedo...

—Pues, vámonos... Ellos, al ver cerrada la puerta, irán a buscarnos allá.

Bajaban la escalera cuando entraron dos hombres. Eran Zoilo, y su padre. Enterados de la ocurrencia, Sabino dijo:

—Me lo temía: esta tarde, cuando le vi, no me gustó nada.

—Sea lo que Dios quiera.

—¡Cúmplase su santa voluntad!... Y Martín, ¿no está aquí?

—Estábamos esperándole. Quedó en venir con su tío.

—Quédate; *Luchu*—ordenó Sabino—, acompañando a la niña, que Valentín y tu hermano no tardarán...

—Subíos arriba..., que esto está muy oscuro..., o bajad aquí la luz—dijo Prudencia—. Pero t e n e d cuidado con el fuego.

—Descuide usted, tía... No nos quemaremos.

Salieron presurosos los dos Arratias, y Zoilo, al tomar la mano de Aura, creyó coger un pedazo de hielo tembloroso.

—¿Por qué tienes las manos tan frías?

—Me las lavé hace un rato... Luego, al saber que el tío Ildefonso... ¿Qué será?... Me he quedado yerta... ¿Subimos?

—No...; lo que haré es cerrar la puerta—dijo el miliciano, haciéndolo al instante.

—¿Por qué cierras?

—Para que no pueda entrar nadie... Y ahora bajaré la luz y la pondré en el escritorio...

—Por Dios, no pegues fuego.

Zoilo, que de cuatro brincos subió por la luz, bajó sin ella. No traía la luz; pero sí una claridad tenue.

—La he dejado en el pasillo, junto a la escalera.

—Por Dios, primo, no se queme algo.

—Allí no hay cúidado... ¿Por qué te llevas el pañuelo a la nariz?—le preguntó, observándola fijamente.

—Porque ahora siento el olor de alquitrán como no lo he sentido nunca... Parece que me envuelve toda, que penetra dentro de mí... Se me va la cabeza.

Cerrando los ojos dejóse caer, como extenuada de cansancio, sobre un montón de rollos de jarcia.

—Hemos trabajado bárbaramente... Me canso..., el alquitrán me marea... No es que me disguste el olor; pero..., te lo juro..., nunca me ha penetrado tanto.

—¿Tienes frío?

—Estoy helada..., muerta de miedo.

—¿Miedo, estando yo aquí?

—Ya ves..., por estar tú, quizá...

—No pensé venir...; pero me dijo mi padre que hoy quedaría concertado tu casamiento con Martín, y aquí estoy para impedirlo.

—¡Mujer yo de Martín! Eso no será, *Luchu*...

—Lo dices..., lo piensas así... Pero... ¿y si por medrosa te dejas llevar, te dejas casar...?

—Soy más valiente de lo que crees... Pero si necesitara más valor del que tengo..., tú me lo darías.

—A eso vengo, te digo... Aquí estoy yo, un hombre, que por nada del mundo consentirá que le quiten a su mujer.... y en tratándose de esto, para mí no hay hermanos; para mí no hay tío; para mí no hay padre... Soy mi dueño, y tú mía en esta vida y en la otra.

Antes de acabar de decirlo, la estrujó en sus brazos y le dió cuantos besos quiso, sin hartarse nunca.

—Zoilo..., *Luchu*..., por Dios..., que me dejes..., que no seas malo... Así no te quiero.

—Pues ¿cómo, cómo?

—Te lo diré..., déjame.... déjame hablarte.

—Dímelo pronto.

Casi sin respiración, Aura le dijo:

—Tienes grandes cualidades, *Luchu*... Mucho te estimo... Te admiro por la voluntad, por el valor; pero...

—¿Pero qué..., pero qué...?

—Te falta una cualidad, primo... No, no la tienes.

—¿Qué me falta? Dímelo, dímelo pronto para tenerlo al instante...

—Pues... te falta..., sí que te lo digo... Que no eres caballero.

Quedóse el muchacho suspenso y absorto. El tremendo hachazo recibido en su amor propio conmovió todo su ser...

—¡Que no soy caballero! Mira, mira lo que dices... ¡Que no soy caballero! Si otra persona me lo dijera, ¡vive Cristo!... Pero como me lo dices tú..., miro para dentro de mí, por verme, por ver si es verdad lo que dices.... y si yo me encontrara con que no soy caballero, aquí mismo me quitaba la vida.

XXXIV

—Si quieres—prosiguió Aura—que yo te tenga por caballero, pórtate como tal.

—Y ¿qué debo hacer?

—Lo contrario de lo que haces..., Zoilo, abre la puerta.

—Abierta está—dijo él, corriendo de un salto a la puerta y dando vuelta a la llave.

—Así, así me gusta. Siempre no has de mandar tú. El que quiere que le obedezcan, aprenda a obedecer... A h o r a siéntate ahí, frente a mí.

—Dime todo lo que fe malta para ser digno de la mujer que he cogido para mí, sin que nadie pueda quitármela. Te

he cogido; me perteneces. Si estoy decidido a no soltarte nunca, también deseo que estés contenta de ser mía.

—¿Que no me sueltas?

—No, no; di que no..., primero se hunde el firmamento. Si la familia no quiere, me importa poco la familia... Te cojo, te tomo a cuestas..., me voy contigo al cabo del mundo: yo sé hacer las cosas... Pero no me contento con hacer..., necesito también que tu corazón sea mío, y que digas: «Satisfecha estoy de que este hombre me haya cogido...: no hay otro como él.»

—No hay otro como él—repitió Aura en el torbellino de la atracción, gravitando hacia él con infalible ley física—. No hay hombre como tú..., *Luchu;* si me convenciera de esto, sería yo muy feliz.

—¿Qué me falta para que puedas decirlo?—le preguntó el miliciano, echando fuego por los ojos, mas guardándose a distancia de ella—. ¿Me falta instrucción? No soy torpe. Todo lo que otro sepa lo sé yo. Para eso están los libros, para eso los maestros. Aprenderé pronto todo lo que no sé..., cosas de ciencia y arte... ¿Qué más me falta? ¿La caballería? También la tengo, y tanto como el que más. Soy generoso, soy delicado. A honradez nadie me gana... Lo que me falta, tú me lo enseñarás con sólo quererme.

—¡Ay *Luchu,* primo mío..., no sé cómo decírtelo!..., yo te quiero y no te quiero..., yo tengo el alma dividida... Ahora se me va de una parte, luego se me va de otra. No hago más que cavilar y volverme loca... Cuando quiero no pensar en ti, pienso. Cuando quiero sujetar el pensamiento a ti, se me va... Soy muy desgraciada. Que Dios me acabe de traer mi bien, y me lo ponga delante; pero un bien, uno solo; que no me traiga dos, que no me tenga como el péndulo de un reloj... Esto no es vivir..., *Luchu,* yo pienso en ti, y cuando te elogian me lleno de orgullo... ¡Ser tuya, tuya para siempre, eso ya es más difícil!... Me cogerás, me llevarás a la fuerza..., te llevarás la mitad de mí, quizá un poquito más de la mitad..., cada día será la mitad más un poquito, *Luchu*... Yo estoy loca, no sé lo que me pasa; no hagas caso:..

—Pues ahora sí te digo que me harán pedacitos así antes que soltar yo mi conquista... ¿Qué hablas ahí de mitades?... Toda, toda entera para mí, pues aunque creas eso de los poquitos sobre la mitad, es una figuración tuya, cosa de tu cabeza más que de tu corazón... Con un día que vivamos juntos estoy seguro que me dirás: «*Luchu,* ya no más poquitos, sino toditos para ti mismo.» Me lo dirás. ¿a que sí? ¿Para qué es hablar más, Aura?... Di que todo está dicho... Esta noche, sin falta, me abocaré con don Apolinar.

—Hombre, todavía no... Espera...

—¡Esperar! Esa palabra la he borrado yo de mis papeles. Yo no espero cuando veo el fin de las cosas, cuando las toco, cuando las cosas me dicen: «ven» El que deja para mañana lo que puede hacer hoy, no merece tener la vida que Dios le ha dado. ¿Has visto tú que Dios espere a mañana? ¿Has visto tú que diga el Sol: «Hoy no salgo, mañana sí»? En la Naturaleza todas las cosas son y vienen a punto, y no se queda nada para después. ¿Está determinado que tal día salgo un pollito del huevo? Pues sale; no dice: «Voy a quedarme dentro de mi cascarón una semana más.» Los árboles nos enseñan la puntualidad: el que da fruta en agosto, no la guarda para diciembre. Lo que ha de ser, lo que esta maduro, no ha de dejarse que se pudra... Hace un rato me dijiste que no soy caballero... Pues para que no dudes de mi caballerosidad, en cuanto venga alguien de la familia, aunque sea Martín, te dejo para irme en busca de don Apolinar, que es mi gran amigo, para que lo sepas, y me quiere... Ya le he dicho algo, y el hombre me pregunta siempre que me ve: «*Luchu,* número uno de los *chimbos,* ¿cuándo os echo el *ballestrinque?*» Es muy marinero don Apolinar, aficionado a dos cosas: a la pesca y a casar a todo el mundo... Pues esta noche le pesco yo a él y le digo: «Don Apolinar, el *chimbo* y la *chimba* se quieren casar... Son honrados, se aman...; pero muchísimo, sin mitades con poquitos, y desean verse unidos por la santa Iglesia, para que no diga la gente...»

Fué acometida la gentil Aura de una risa nerviosa. Las expresiones y argumentos de Zoilo hacíanle muchísima gracia; y aquel determinar perentorio, aquella colosal aptitud para la ejecución, la subyugaban; eran como un poder milagroso, enormemente sugestivo, de irresis-

tible influencia sobre la mujer... Revolvíase la pobre niña con instinto de defensa; pero caía nuevamente, sujeta con invisibles lazos, que ignoraba si eran humanos o divinos. Gozoso de verla reir, continuó Zoilo exponiendo sus planes para lo futuro, y en esto empujaron la puerta. Eran Sabino y Valentín.

—¡Qué alegres están por aquí!—dijo Sabino, avanzando en la penumbra, con las manos por delante, como los ciegos, mientras Valentín reconocía el suelo con el bastón—. ¿Por qué estáis a oscuras?

—Aura temió tanto al fuego, que no quise bajar la luz.

—¿Estais solos?—dijo Valentín.

—Sí, señor—replicó el miliciano—: solitos y tan contentos. ¿Qué saben del tío Ildefonso?

—Que no es tanto como se temió... Un hervor de sangre... Ya pasó el peligro.

—No me conformo con esta oscuridad —dijo Sabino, subiendo en busca de la luz.

—Y ¿qué hacíais aquí tan solitos? —preguntó Valentín acercándose a la niña—. Aura... ¿Qué dices?... Al entrar te sentimos reír... ¿Te contaba éste alguna gracia?

—Sí, tío: me contaba... no sé qué de don Apolinar... No, no era eso... Cosas de *Luchu*.

—Cosas de *Luchu*—repitió éste, las manos en la cintura—. Las cosas de *Luchu* van ahora por caminos que usted no conoce, tío...; pero debe conocerlos. Ni usted ni mi padre se han enterado de que Aura, aquí presente..., es mi mujer...

Valentín creyó haber oído mal, o que el chico bromeaba. Miróles a entrambos. Aura bajaba la cabeza; Zoilo repitió el concepto, a punto que Sabino descendía con la luz.

—Hijo mío—dijo, parándose a mitad de la escalera—. En un hombre como tú, en un caballero militar, no caen bien las burlas sobre cosas tan delicadas.

—Yo no me burlo, padre. Soy muy formal, y ahora más que nunca. Aura es mi esposa. Ella lo quiere, y yo más. Nadie se opondrá, y el que se opusiere no será mi padre, ni mi tío, ni nada para mí. Mando en mí mismo y en ella..., y sépalo todo el género humano.

Sabino miró a Valentín y Valentín a Sabino, ambos con la boca entreabierta, embobecida. Aura se llevó el pañuelo a los ojos.

—Siento—agregó Zoilo—que no haya venido también Martín, para que supiera lo que ustedes saben ya. Aura Negretti es mi esposa, o la será mañana si don Apolinar me cumple lo prometido, y si no, curas no me faltan. Tómenlo como quieran. Siempre fuí un buen hijo, y ahora lo seré también, declarando que en este negocio, por encima de mi voluntad no hay voluntad ninguna: mi razón, como hombre libre, está por encima de todas las razones. No pido nada: me basto y me sobro.

—O estamos soñando—dijo Valentín—, a este chico tiene los diablos en el cuerpo y quien dice los diablos dice los ángeles o el rayo de la Divinidad...

—Hijo mío, mucho te quiero—declaró Sabino, dejando a un lado la luz, y desembarazándose de la capa, que aquella noche venía también mojada—. Pero ya sabes que la famiila tenía otros proyectos.

—Los proyectos de la familia—replicó Zoilo—quedan reducidos, por el querer mío, por el de ella a una cháchara sin sustancia. La familia no sabe hacer las cosas; yo, sí. Y si quieren probarlo, al frente de la casa que me pongan, cuando termine el sitio.

—¡Por Dios vivo y sacramentado—exclamó Sabino, que de la fuerza de la emoción y del asombro hallábase a punto de caer al suelo—, que no sé lo que me pasa!... Dejen que me tranquilice, que medite el caso, y si veo en él la voluntad de Dios...

—Aura, hija mía—le dijo Valentín cariñoso—, sácanos de esta duda. ¿Crees que tu primo se ha vuelto loco?

—Sí, tío: loco está... y yo también —repuso la hermosa joven, abrazando al viejo navegante.

—¿Pero tú...?

—Yo no sé... No me pregunte usted nada. No sé afirmar ni negar nada... Si me muero, mejor. Así no padeceré más.

—Y como no me gusta dejar las cosas para mañana, ni aun para después—dijo Zoilo—, en busca de don Apolinar me voy, pues.

—Hace poco entraba en casa de Achútegui—indicó el padre.

—Allá me voy. Don Canuto es mi amigo.

—Ven acá, fuego del Cielo, temporal del Sudoeste—dijo Valentín, cogiéndolo por un brazo—: párate y oye: no pue-

des entretenerte en correr tras de un clérigo. ¿No sabes lo que pasa? Se ha descubierto que el enemigo está minando en San Agustín. Por acá hemos empezado una contramina para salirle al encuentro debajo de tierra. En bonita ocasión vas a faltar de tu puesto.

—No falto, que allá mismo me voy ahora... A don Apolinar que me le hablen... Ello ha de ser como yo quiero, y de otra manera no... ¿Ya se van enterando de quién es Zoilo Arratia? Lo mío, yo lo dispongo. Respeto a los mayores; no les temo. Digan que yo sé hacer las cosas..., ya lo han visto...

Despidióse cariñosamente, con medias palabras, de la que llamaba su mujer, y de los que efectivamente eran padre y tío, y como exhalación corrió a la disputada y cada día más gloriosa Cendeja.

Apremiada por sus tíos, que la cogían cada uno de un brazo, sentaditos a izquierda y derecha en el montón de jarcia, Aura, con acongojada voz, dió estas explicaciones:

—Sí, sí..., hace tiempo que *Zoiluchu* me quiere..., y yo a él..., yo un poquito..., digo mal, un muchito... No, no hagan caso; no sé lo que digo... Es un hombre, y no hay otro como él... Vale él solo más que toda la familia de Arratia, habida y por haber. Con su genio bravo domina cuanto quiere. Mandará en mí, en ustedes todos, en Bilbao entero, si se lo propone... ¿Que si le quiero me preguntan? No sé qué contestar... Estoy ahora como los que salen de un mundo para entrar en otro... Un pie lo tengo en aquel mundo; otro pie en éste... ¿Dónde debo poner los dos pies? Yo no sé... Digo que estoy loca, y que no quiero estarlo. Que Dios me ilumine de una vez y sepa yo dónde estoy... Realmente no lo sé... ¿Voy o vengo? ¿Adónde vuelvo la cara?...

—Hija mía—le dijo Valentín con afecto, mientras Sabino no hacía más que suspirar—, serénate, reflexiona... Consulta tu corazón. Por lo que acabo de oírte, calculo yo..., vamos, tú quieres a Zoilo...

—Pero casarme no..., yo quiero esperar... Mi conciencia me dice que todavía no... Esperemos a que pase el sitio; esperemos más, más.

En este punto creyó Sabino llegada la ocasión de emitir su voto, y lo hizo con gravedad y el tonillo sermonario que emplear solía:

—Niña de mi alma, manifiestos los designios celestiales, el dilatar su cumplimiento será como si los pusiéramos en tela de juicio.

Dicho ésto, sin obtener respuesta, pues tanto Aura como Valentín callaban mirando al suelo, el buen Sabino arrastró también sus miradas por lo bajo; y como viera multitud de clavos y tirafondos esparcidos, se puso a recogerlos uno a uno, cuidando de que ni aun los más chicos se le escaparan. En esta operación asaltaron al pobre señor pensamientos lúgubres. Sus dos hijos, Martín y Zoilo, esperanza y gloria de la familia, hallábanse a la sazón en el puesto de mayor peligro, excavando la contramina para buscar al *absoluto* en las entrañas de la tierra. ¡Vaya que si a Dios le daba por decretar que pereciese uno de los dos en la espantosa refriega subterránea!... Aparte de esto, tristísimo sobre toda ponderación, reconocía y comprobaba que era enorme la cantidad de clavos de distintos tamaños esparcidos por el suelo. Mientras los recogía y agrupaba sobre un banco, pudiera creer que invisible ángel le susurraba al oído, de parte de la Divinidad, que uno de sus hijos moriría... La sangre se le congelaba en las venas... «No, Señor, eso no: aparta de mí ese cáliz...»

Advirtió que Valentín y la sobrinita hablaban susurrando; pero no se enteró de lo que decían, porque el rincón donde recolectaba clavos era el más distante del rimero de jarcia. Seguramente Valentín le aconsejaría que fuese razonable y se dejara de esperar la venida del Anticristo. Pero no era esto lo que le decía, sino estotro:

—Tranquilízate... y aguardemos al día de mañana, pues los dos chicos tienen sus vidas jugadas a cara o cruz... Estamos aquí haciendo cálculos sobre las vidas, y para nada nos acordamos de la muerte, que a veces es la que nos saca de nuestras dudas...

—¡En peligro, en peligro *Luchu*!—exclamó Aura, consternada—. Pues no quiero, no quiero... Que salga de la batería, que venga a casa. Basta de hazañas y de heroísmos... La familia es lo primero...

—Hija, el deber, el honor...—murmuró Sabino, que, aproximándose, pudo enterarse de este concepto.

—¡*Luchu* en peligro!—repitió Aura en

el tono de los niños mimosos—. No quiero más glorias..., no, no.

—Ea, no llores—dijo Sabino—; y si lloramos, que sea por los dos.

Al expresar esta idea, y a punto que dejaba sobre el banco el puñado de hierro que acababa de recoger, le asaltó el pensamiento lúgubre en forma más terrorífica, y el ángel volvió a secretear en su oído... La terrible sentencia no era ya que moriría uno de los dos hermanos. El Supremo Juez y Supremo Ejecutor hería de un golpe las dos cabezas. Temblaba el buen padre, y no se le ocurrió más que acudir al instante a la iglesia que estuviese abierta para prosternarse y regar con sus lágrimas el suelo, diciendo a la Divinidad:

—Los dos, no, Señor; eso sería demasiado... En todo caso, uno, uno no más..., y aún es mucho.

XXXV

Prudencia les mandó llamar, añadiendo al mensaje que Ildefonso se había tranquilizado, recobrando el uso de la palabra. Acudieron los tres allá, y nada dijeron aquella noche del caso de la niña; mas al siguiente día, apenas efectuada la mudanza, y reunido todo el cotarro en casa propia, estimó Sabino de gran oportunidad someter al eximio criterio de su hermana el nuevo problema que los chicos planteado habían sin encomendarse a Dios ni al diablo. No tuvo tiempo la señora de Negretti de expresar su estupor y disgusto, porque fué preciso acudir a la niña bonita, que cayó primero en un síncope, después con un acceso nervioso y convulsivo, seguido de aplanamiento, delirio y congojas.

No decía más que: «No quiero... *Luchu* muerto, no... Esperar, esperar...» Atendiéndola cariñosa, Prudencia sentía la chafadura de su amor propio, y no se conformaba con que su idea se desviase tan visiblemente de la línea por donde ella con toda previsión y talento quiso encaminarla. ¡El pobre Martín chasqueado, y ella desconceptuada como directora y gobernante! Era una jugarreta de la realidad, que tenía la maldita maña de resolver las cosas por sí y ante sí, haciendo mangas y capirotes de la lógica y el sentido común... Pero, en fin, del mal el menos. Siempre resultaba lo sustancial de su proyecto: que todo quedara en casa, y que el gandul de Madrid se fuese, si acaso venía, con las orejas gachas. A medida que la nueva inesperada solución iba haciéndose hueco en el pensamiento de la mujer práctica, reconocía ésta las cualidades de Zoilo, y con mayor benevolencia le juzgaba. No podía menos de alabar el garbo y audacia con que había tomado la delantera al sosaina de su hermano, demostrando una resolución enteramente varonil. Era un hombre, era un bilbaíno neto. Con su arrojo en la guerra y aquella *franqueza* gallarda para apoderarse de la niña y hacerla suya, sin pedir permiso a nadie ni andar en melindres, se había puesto de un golpe a la cabeza de todos los Arratias, y parecía dispuesto a no abandonar la bien ganada supremacía.

Aprovechando los ratos de sosiego de Aura y la relativa tranquilidad de Ildefonso, llamó Prudencia a don Apolinar y celebró con él una conferencia en el comedor, a puerta cerrada. Era forzoso casar a los chicos inmediatamente, porque habían demostrado tal impaciencia que se hacía indispensable arrojar sobre aquel amor la capa del matrimonio. Si así no se hiciera, podrían sobrevenir escándalo y deshonra. Mostróse conforme don Apolinar, para quien no había plato de más gusto que casar a alguien, y propuso explorar el ánimo de la niña y echar un parrafito con ella. Poseía el tal clérigo una singular delicadeza para meter sus dedos en la boca de las señoritas más vergonzosas y pudibundas; pero en aquel caso no sacó las revelaciones que obtener creía. Afligidísima y con más ganas de llorar que de confesarse, Aura sólo dijo que a *Luchu* sí..., le quería...; que *Luchu* era un hombre, y que con su voluntad era capaz de mover las montañas... Pero que ella no quería casarse hasta que no pasara mucho tiempo, mucho, pues había un compromiso antiguo, que, en conciencia, debía respetar... Su amor primero no se le había salido aún del pensamiento. Desalojaba poquito a poco..., pero aún tenía dentro la cabeza... o los pies... No podía ella discernir si eran los pies o la cabeza del otro amor lo que todavía no se le arrancaba... De aquí provenían sus dudas, su desazón del alma y del cuerpo, su falta de resolución..., su miedo de precipitarse..., sus

ganas de reposo y de un largo *veremos*...

Prudencia, enemiga declarada de los *veremos*, protestaba contra estas vacilaciones; pero ni ella ni don Apolinar pudieron reducir a la hermosa niña. ¡Vaya que era terca! A solas otra vez la señora y el clérigo, resolvieron prepararlo todo para las bendiciones, pues bien podía ser que los aplazamientos de Aura fuesen un coquetismo intenso, de arte sutil; que los nerviosos engañan y se engañan, dando por abominable lo que más ardientemente desean. La noticia de la espantosa lucha entablada en las tenebrosas galerías abiertas por sitiadores y sitiados entre Uribarri y la casa de Quintana, por bajo de San Agustín, desvió de aquel asunto las ideas de tía y sobrina, y no quedó en sus almas más que el terror. Aura, delirante, tan pronto se sumergía en un duelo lúgubre, como quería lanzarse a la calle, ansiosa de llegar hasta el lugar trágico, y oír los tiros, y ver sacar los muertos, y apurar la impresión directa de la catástrofe, como se apura un tósigo que pone fin al humano sufrimiento. Su romanticismo causaba extrañeza a la tía y al cura, que lo conceptuaron fenómeno patológico.

—No quiero dudas—decía—. Vivir o morir... Ni a media vida ni a media muerte quiero verme... Si ha de hundirse todo Bilbao, en un segundo, sea... Así acabaremos de dudar.

Con estos temores y sobresaltos, Aura, desbordando su imaginación; Prudencia y el cura encomendándose a la Virgen; Negretti, a ratos solo, a ratos con su mujer, sumido en una meditación cavernosa, pasaron toda la tarde, hasta que llegó Valentín con mejores noticias, dando a entender que se había conjurado el peligro... Venía el pobre navegante fatigadísimo, tiznado y lívido el rostro, tan fieramente dominado por su crónico reuma, que con gran trabajo tiraba de la pierna derecha para servirse de ella. Dejóse caer en una silla, los brazos colgando, el sobrero echado atrás...; aguardó un ratito, hasta que sus pulmones y su laringe pudieron funcionar regulamente.

—No he visto caso igual—les dijo entre toses—; yo me asomé a la contramina y salí horrorizado. A las ocho y media de la noche la empezaron con dos ramales. Había que ver a los chicos de tropa y milicia trabajando como los topos. Los viejos, entre los cuales estuve más de dos horas maniobrando de espuerta, sacábamos la tierra. A la madrugada, uno de los dos ramales de acá se encontró con el de ellos. El *oscurantismo* venía hocicando en la tierra y escarbando con las uñas desde la fuente de Uribarri, para buscar el tamborete de la casa de Quintana, que querían volar... Pero no contaban con que también aquí tenemos topos, no de los serviles que no ven, sino de la Libertad, muy despabilados... Cuando el boquete de acá y el de allá se juntaron, el sargento de zapadores, Elizagarate, agarró la pala facciosa y dió un achuchón tan fuerte, que del palazo destrozó la barriga del minero de allá... Sólo dos hombres podían trabajar en el frente de la galería, ancho de tres pies por una parte y otra. Abriendo hueco a todo escape, los de acá se precipitaron al otro lado: *Zoiluchu* reventó a uno con la pala y mató a otro de un pistoletazo. El agujero, que ya era corto, acortóse más con los dos cadáveres. ¿Pasarían ellos acá o nosotros allá? Y entre tanto, si la tierra se hundía, pues bien podía ser, allí quedaban todos sepultados... Yo llegué hasta cerca del boquete de comunicación, y me entró tal miedo que salí despavorido. Denme a mí agua y ventarrón: ni a la una ni al otro temo; pero con la tierra *jonda* no puedo... Me espanta verme en el sepulcro antes de morirme Cuando salí al aire, me pareció que resucitaba. No hay quien respire allá dentro... Y a la luz de las linternas ve uno brazos que le cogen y le enganchan la ropa... Son raíces de árboles...

Tomado aliento, refirió después cómo ahumaron las galerías con pimiento quemado para ahuyentar a los sitiadores. Los topos de allá se escabulleron, y cuando se iba disipando aquella pestilencia asfixiante, los de acá lanzáronse por la mina, respirando a medias. Contaban que llegaron hasta la boca, y que halláronla cerrada con sacos de tierra, como si quisieran defenderla. Luego se han escalonado los nuestros a lo largo del tubo, esperando ver si se atreven a hocicar otra vez. Si se atrevieran, ¡Dios sabe lo que pasaría! Pero avisados como estamos, no podrán ellos cargar la mina; nos hemos salvado, aunque queden las galerías cegadas con carne y huesos de valientes... Por fin, con las precauciones tomadas, piensan todos que si

hemos sabido cortar los vuelos del águila y cogerle las vueltas al gato, también sabremos taparle los agujeros al ratoncito faccioso.

A punto que tomaban una frugal cena, dando un huevo a Negretti y otro a la niña, con sopita de vino, entró Sabino, sofocado y gozoso. Después de pasarse todo el día de iglesia en iglesia, implorando la Divina Misericordia, se había personado en la Cendeja, donde acababa de tener la satisfacción de ver vivo y sano a su hijo Zoilo. A Martín no le había visto; pero por Pepe Iturbe sabía que continuaba en las Cujas sin novedad. «Gracias sean dadas al Señor», dijo Valentín; y Aura, con las felices nuevas, parecía recobrar la animación y el contento. Pasaron la noche tal cual, y al día siguiente, muy temprano, continuando Prudencia en los arreglos de casa, dispuso una variación que le parecía pertinente. En la alcoba grande, donde antaño dormían sus padres, que después ocupó ella con Negretti por temporadas, y que últimamente servía de dormitorio a Valentín, creyó que debía instalar a su sobrina. Preparó, pues, la pomposa cama matrimonial, y aunque despertó Aura con ganitas de levantarse, no consintió su tía que se diese de alta tan pronto. Desplegando exquisita amabilidad y dulzura, la trasladó de habitación y de lecho, diciéndole:

—No, hija, no; estás desmadejada...; bien conozco tu naturaleza... y sé que necesitas largo reposo para recobrar tu equilibrio. Te paso a la alcoba grande, para que vayas entendiendo que lo mejor de la casa debe ser para ti, y que todos nos desvivimos porque estè contenta y a gusto la perlita de la familia. Aquí tienes buena luz, por si te aburres y quieres leer un ratito. O te traeré tu costura, tu labor de gancho... Pero levantarte, ¡ay!, no lo pienses, que estás muy débil, y tendrías que volver a acostarte...

Asombrada de tanta finura y obsequios tantos, Aura se dejaba querer. Dondequiera que la pusieran, allí se estaba con sus cavilaciones, con sus dudas, con su cruel ansiedad. Llegó sobre las nueve el bendito Apolinar, y sin sentarse, preguntó a los tres hermanos, por dicha reunidos en el comedor, qué se resolvía sobre el grave caso de conciencia. No habían aún manifestado su opinión por la autorizada voz de la hermana, cuando sintieron ruido en la tienda. Eran Zoilo y José María que acababan de entrar. Propuso Sabino que sus hermanos con el señor sacerdote pasasen a platicar con la niña en la alcoba grande, mientras él hablaba dos palabritas con su hijo menor, pues su conciencia no estaría tranquila mientras no dilucidase con él, en el sagrado recinto del hogar de Arratia, un grave punto de moral... La moral, la sana conducta, la observancia rigurosa de las leyes divinas y humanas, habían sido siempre norma de la honesta familia, desde el primer Arratia venido al mundo hasta la ocasión presente. Llevóse a Zoilo al rincón último de la trastienda, y con gravedad y dulzura, hablando como padre y como amigo, le dijo:

—*Motill*, empiezo dándote un abrazo por tu comportamiento militar. Bilbao te glorifica, y tú, honrando a Bilbao, honras a los tuyos... Pero hay otro terreno, muy distinto del de la guerra, donde no te has conducido con la pureza y dignidad de un Arratia.

—¡Qué dice usted, padre!—exclamó Zoilo, que en su fogosidad no podía contener sus sentimientos dentro de formas comedidas.

—Digo que tu conducta con la niña desmerece de lo que ordena el decoro de nuestra familia... Si la querías, ¿por qué no te clareaste, para que nosotros inclinásemos su ánimo...?

—Porque yo me basto y me sobro para... inclinar ánimos.

—Pero luego has cometido una falta mayor, por la cual quiero reñirte... con blandura, no creas...—dijo Sabino, que ante la arrogancia del miliciano se achicó más de la cuenta—; quiero hacerte ver que has ofendido a Dios..., supongo que en un momento de extravío, de... No te riño... Se te perdonará si confiesas..

—¿Qué?

—Que por precipitar tu casamiento con la niña y hacer inútiles nuestros planes con respecto a tu hermano, has...

La mirada fulgurante de Zoilo le confundió. No pudo expresar su pensamiento ni aun con los eufemismos que el delicado caso requería. Comprendió el chico lo que su pade, turbado y balbuciente, quería expresar; y con entera y clara voz, poniendo a su indignación el freno

de las razones corteses y del tono respetuoso, le soltó esta andanada:

—Si lo que usted me dice, o quiere decirme, me lo dijera otro que mi padre..., si no fuera mi padre quien tal infamia supone en mí, ni tiempo le daría tan siquiera para arrepentirse de su mal pensamiento. Soy tan honrado como mi mujer, como la que será mi mujer, y no permito que en la honra de ella se ponga la menor tacha, ni en la mía tampoco. Ni una palabra más, señor padre... ¿Para qué es decirlo?

—¡Pero si no te reñía!... Ven acá, no seas tan bravo... Era un sospechar, hijo; era interrogarte..., y no me opongo, no me opongo a que te cases mañana mismo si quieres.

—¿Cómo mañana?—dijo *Luchu*, volviendo atrás y deslumbrando de nuevo a su padre con las centellas de sus ojos—. ¿Qué es eso de mañana?... Esta noche a primera hora me caso. Así lo he dispuesto. Y por si don Apolinar no quisiera hacerme ese favor, ya tengo hablado al capellán de Toro, que nos casará por lo militar, con cuatro palotadas... Vamos arriba.

No le sorprendió que Aura, a quien en su mente y en su voluntad tenía ya por esposa, ocupase la alcoba de respeto y el grandioso tálamo de cuja monumental, representación del nido histórico de Arratia. Cuando entró, las miradas de los que estaban en la habitación rodeando el lecho se fijaron en él, y las suyas se clavaron en la hermosa joven, que agazapadita, temblando de frío (que en aquel instante la acometió), velaba entre el embozo su lindísima cara, no dejando ver más que los soles de sus ojos y su negra cabellera desordenada. Le miró Aura, calladita, y él, por la presencia de la familia y del cura, no se abalanzó a remediar la destemplanza de su esposa con besos ardientes. El primero que rompió el silencio fué don Apolinar con esta juiciosa observación:

—Opina la señorita que debemos esperar.

—Sí, esperaremos—opinó Zoilo con resolución, dando algunos pasos hasta llegar al lecho y poner su mano en el bulto que hacían los pies de Aura—. Esperaremos unas horas. Esta tarde, señor don Apolinar, nos casará usted si quiere, y si no quiere, lo hará el capellán de Toro.

—Por mí no queda—balbució el clérigo.

—Pues, como decía, digo que hoy al anochecer nos casamos. Mi prima no tiene más enfermedad que un poco de susto... Aura, te levantarás al mediodía.

Nadie se atrevió a replicar a esto, pues el modo de decirlo excluía toda réplica. Atónita miraba la niña al que con tan tiránicos modos imponía su autoridad en cosa tan grave: y aunque le andaban por el magín fórmulas de protesta, éstas se tropezaron con sentimientos muy vivos y estímulos que quitaban toda eficacia a las ideas. Hallábase bajo el poder magnético, psicológico o lo que fuese; la tremenda atracción la sacaba de su órbita para llevarla a otra más amplia, de más rápido movimiento. No tenía voluntad: se entregaba, se sometía... *Luchu* la arrebató como se coge un fuego chico para unirlo a un fuego grande, formando una sola llama.

Valentín se creyó en el caso, como el mayor de la familia, de obtener de Aura una contestación terminante:

—¿Qué dices a eso, niña? ¿Te parece bien?

La niña se fué eclipsando entre las sábanas... Como el sol que se pone, se ocultaron sus ojos; después su frente: no quedó fuera más que un crepúsculo..., los cabellos negros esparcidos en las almohadas, como entre nubes. Prudencia se acercó y la oyó suspirar fuerte, allá entre los pliegues tibios de la ropa de cama.

—Esto es hecho—dijo en alta voz; y por lo bajo—: En estos casos, quien suspira otorga.

XXXVI

—Bueno—dijo Sabino en el pasillo, hocicando con su hermano—, se preparará todo para las siete... Es buena hora... Yo voy a Santiago a entenderme con el párroco... A las siete en punto, ¿sabes?... Y al pobre Martín, ¿qué le decimos? Ea, se le dirá que este pillo... No: se le dirá que la voluntad de Dios ha llevado las cosas, no por el camino, sino por el atajo... ¿Qué podemos nosotros, pobrecitos mortales, contra los designios?... Yo le hablaré... A las siete en punto: no te descuides. Sin aparato, sin bulla... Algo chismorreará mañana la gente; pero

¿qué importa?... Yo daré noticia a las familias conocidas... Diré que eran novios; que... puede quedar el matrimonio en secreto hasta que convenga darle publicidad. Yo hablaré con el párroco don Higinio, que nada me negará... Somos amigos desde la niñez: él, Guergué y yo nos pasábamos las tardes jugando al *cotán* en los Cantones... Valentín, ya sabes, a las siete en punto. Hay que estar allí a las siete menos cuarto... Yo me encargo del papelorio... Y a Ildefonso, ¿no se le dice nada?... Mejor será que lo sepa después. Ea, no descuidarse... Yo me voy.

Sin dejar de prestar a tan importante asunto la atención conveniente, dedicóse el veterano de la mar a buscar a su hijo, cuyas ausencias y largos eclipses le ponían en cuidado, así como su creciente taciturnidad y tristeza. Tres días con sus noches hacía que no se dejaba ver de la familia, y habrían dudado de su existencia si no dieran noticias de él los amigos que le vieron a diferentes horas chapoteando en la ría, a bajamar, o rondando tétrico por los extremos de la población. Arrastrando su pata coja, corrió Valentín por calles y plazas sin olvidar las inmediaciones de las baterías, con tan mala suerte, qué en ningún punto le encontró; en muchos de ellos dijéronle que le habían visto. Creyérase que el endiablado chico le tomaba las vueltas, burlando su persecución, ligero como un pájaro y escurridizo como un pez. Por la tarde hubo de renunciar a su fatigosa cacería, y fué a tomar descanso en las Cujas, donde encontró a su sobrino Martín ya con la píldora en el cuerpo, administrada por Sabino. Como si esto no fuera bastante, tenía una herida en la mano derecha, que de primera intención la curaba el físico cuando llegó su tío de *arribada forzosa*, navegando con una sola paleta. Por ambos estropicios hubo de propinarle Valentín los consuelos propios del caso. ¿Qué remedio había más que tener paciencia? Con travesura y arranque de hombre, *Zoiluchu* le había tomado la delantera. Menos mal que todo quedaba en la familia... Olvidara Martín el desaire, en el cual no habían tenido poca parte su cortedad y amorosa desmaña, y llevárálo con resignación, que novias guapas y *de peso*, gracias a Dios, no habían de faltarle. En cuanto a la herida, bastaríale guardar en completa quietud la mano, de la cual ya no tenía que hacer uso ni aun para casarse.

—¿Sabe usted el consuelo que me ha dado mi padre?—dijo Martín, queriendo sonreír, cuando aún rodaban por sus mejillas las lágrimas que le hizo derramar el acerbo dolor de la cura—. Pues, según él, este balazo es la forma expresiva con que la Divina Voluntad me manifiesta que no debo casarme. ¡Caramba, ya podía Dios habérmelo dicho de otro modo!

—Pienso lo mismo. ¡Vaya un modo de señalar que usa el Señor! Con quitarle a uno la novia bastaba... Ya estaba vista la intención...

De su herida tomó Martín pretexto para no ir a su casa aquella noche. El médico le había recomendado que fuese al hospital, y su padre le ofreció pasar la noche con él. *Le venía muy bien lo de la mano* para librarse del mal rato del bodorrio... Luego que se curase, a su casa volvería, y lo pasado, pasado: todos hermanos, todos unidos, y a trabajar por el bien común.

Apenado por la doble desgracia del sobrino, que éste soportaba con su habitual mansedumbre; afligido también por no encontrar a *Churi*, y acariciando el propósito firme de poner correctivo a su vagancia con una buena mano de pescozones, se dirigió Valentín al paso tardo de *pierna y media* a la casa de la Ribera. ¡Cuán ajeno estaba de que al entrar en ella, sobre las cinco de la tarde, hora ya de cerrada oscuridad en tal estación, no se hallaba lejos de allí el extraviado *Churi!* Agazapadito junto al pretil de la ría, en actitud semejante a la de los pobres que piden limosna, el sordo vió entrar a su padre en la casa; dando un gran suspiro se fué escurriendo a gatas, sin abandonar la sombra del pretil, en dirección del Arenal, y en todo este recorrido gatuno iba dando verbal forma a las ideas que agitaban su alma...

—Señor padre, adiós...—remuzgaba en oscuro lenguaje, que es forzoso aclarar y traducir—. Ahora que le he visto, ya nada más tengo que hacer... Adiós mi padre, adiós mis tíos y adiós mis primos para siempre, y adiós tú, casa mía..., que ya no veréis más a *Churi*, ni *Churi* ha de veros..., porque él mismo se echa fuera de Bilbao, con intenciones de no volver... No quiero más familia, ni más ca-

sa..., porque para morirme de rabia, o para volverme malo y matón, quiero más irme lejos, a otras tierras de adentro, o de afuera, o del demonio.

Atravesando a buen paso el Arenal, seguía su cantilena...

—Ya no veo mi casa... Adiós tú, casa, y adiós tú también, Bilbao, mi pueblo; que todos, familia, casa y pueblo, se me habéis vuelto como los venenos mismos, y si de aquí no me voy, me condeno... Ahora dirán: «¿Pero dónde está *Churi*, que no parece?» Creerán que me he tirado al mar, o que me ha cogido por la mitad una bala de cañón... No, señores, no... *Churi* se va... ¿No saben por qué? Pues que se lo pregunten a ese ladrón de Zoilo, a ese fantasioso, que se coge para sí la mujer de otro, y la ha conquistado por el miedo... Bien lo he visto... Adiós tú, Arenal, San Nicolás mío; adiós Cujas y Campo Volantín de mi alma; ya no me veréis más, porque *Churi* es bueno; *Churi* no quiere hacer una muerte, ni dos muertes, ni ninguna muerte, y para no hacerlas, se va al cabo del mundo... Puente colgante, adiós, y adiós Siete Calles y Cantones... Mientras vea tierra por delante, caminaré, que buenas piernas tengo; y si veo mar y me dejan embarcar, también me voy, lejos, lejos, a la otra parte de la tierra, que dicen que es redonda como una naranja, a ver si encuentro un país..., que puede que lo haya..., un país donde toda la gente sea sorda..., donde vivan *las humanidades* sin oírse ni una palabra, porque tengan otra manera de entenderse unos con otros..., ya por señales o guiños de los ojos..., que bien podía ser... Y el amor no necesita hablarse, sino hacerse, con garatusas...; en fin, no sé... Puede que lo haya, puede que haya ese país, donde no tengamos orejas, y en cambio tengamos otros instrumentos más grandes que aquí, el ver, el gustar..., no sé. El instrumento del oído no hace falta ni para comer, ni para dormir, ni para ser uno padre de familia...; no, no hace falta... Adiós, padre y pueblo, que lejos me voy...

Las ocho serían cuando navegaba río abajo en una chalana diminuta de tablas podridas, a las que había echado algunos remiendos la noche anterior, la menor cantidad de embarcación posible. Previamente había metido a bordo sus víveres, unos pedazos de borona envueltos en un trapo. Este era una de las banderitas españolas que solían poner los combatientes en las baterías; habíala afanado días antes, y la llevaba para el caso de que los barcos de guerra, al verle recalar en Portugalete, le mandaran izar pabellón de nacionalidad. Con su bandera, sus mendrugos de borona y un balde para achicar tenía bastante, y ya no le quedaba más que encomendarse a Dios para poder rebasar, al amparo de la cerrazón, los puentes de barcas que los carlistas habían tendido en San Mamés y en Olaveaga. Afortunadamente para el atrevido mareante, a poco de soltar sus amarras empezó a llover con gana, y venía por babor, de la parte de Baracaldo, un noroeste duro con rachas de galerna que levantaban olas en la ría. La tenebrosa oscuridad, la lluvia, el horrendo frío, eran causa bastante para que los facciosos no vigilaran; y para colmo de felicidad, el agua bajaba desde las nueve. Con dejarse ir al son de marea, arrimándose todo lo posible a barlovento, a la orilla izquierda, que era la de más abrigo, se escabulliría como un pez... Experto navegante, conocedor de la ría más que de su propia casa, sabiendo como nadie buscar los puntos donde más ayudaba la corriente, se dejó ir, sin hacer uso de los remos, para evitar ruido y el rebrillar del agua. La agitación de ésta, los rumores hondos de la Naturaleza, encubrían su escapatoria. Con que el tripulante se agachara al deslizarse entre las barcazas que sostenían los tableros de los puentes, bastaba para que la humilde chalana pasara por un madero flotante, arrastrado por la marea.

En todo lo que anhelaba fué el pobre *Churi* favorecido, así por la Naturaleza como por el acaso, y nadie le vió, ni oyó voces humanas, ni tiros de fusil disparados contra su nave. A las once salvó las barcas de San Mamés sin novedad, y antes de las doce burló las de Olaveaga; a la una divisaba las luces de los carlistas vivaqueando en las baterías de Luchana; pasó sin tropiezo, amparado de una espantosa descarga de agua, que por lo fría parecía nieve, y de un terrible golpe de viento; a las dos, dejándose ir a sotavento para alejarse del fortín del Desierto, cruzaba también inadvertido por este sitio. Vió más tarde, a estribor, las canteras de Aspe, y en aquellas latitudes, juzgándose ya salvado, se aguan-

tó con los remos, pues el agua empezaya ya a tirar para arriba. No tenía que hacer más que mantenerse allí, capeando la marejada que venía del Oeste, y enmendando a cada paso su situación, que la corriente le alteraba. Con esto, y con achicar sin tregua, pues de lo contrario la chalana se le iba a pique, tenía bastante faena hasta el alba, que debía de apuntar sobre las siete. Aguantóse, pues, sorteando viento y marea, y al ver por Oriente las primeras claridades de la aurora, arboló a proa su banderita, disponiéndose a ganar puerto. Sus observaciónes, sin más instrumento que los ojos de la cara, indicáronle demora de un cuarto de milla al este de Portugalete.

Ya no temía el fuego carlista: hallábase en aguas de Isabel. A las ocho divisó entre la neblina los bergantines ingleses *Ringdowe* y *Sarracen* (que ya conocía), otro barco de guerra, español, y varias lanchas cañoneras... La temperatura era glacial; el viento había rolado al primer cuadrante y traía lluvia fina, puntitas de nieve que pinchaban como agujas. A las ocho pasaba junto a una cañonera española, que le dió el alto... Comprendiendo que debía expresar sus sentimientos isabelinos, señaló con orgulloso gesto su pabellón, que sobre los colores tenía el lema «Isabel II, Libertad». Desde la borda de la cañonera le preguntaron:

—¿Traes parte?

Pero no se enteró, y siguió bogando. Poco después vió surgir del seno de la calima el puente armado sobre quechemarines y jabeques para pasar la ría entre Bilbao y Las Arenas; sonaban cornetas, tambores, campanas en tierra y en los buques: para *Churi* como si no. Por fin, la valiente *zapatilla* atracó a la escala de Portugalete, y al encuentro del audaz marino bajaron muchos preguantándole:

—¿Traes parte? ¿Qué ocurre en Bilbao?

Puso el pie en tierra con la gravedad de un almirante; quitando la bandera de la proa de la chalana, dió a ésta una patada, equivalente, al propósito de no volver a entrar en ella, y subió la escala con bandera al hombro, sin contestar a los preguntones. Entre éstos había no pocos que al subir le conocieron. «Es *Churi*, el sordo bilbaíno», decían, y nadie le molestó más con interroganciones fastidiosas. El no venía con papeles ni tenía que dar cuenta a nadie de lo que a buscar iba en Portugalete. Garantizado por su bandera, que agrupó a su lado mujeres y niños, encaminóse a una hermosa casa, contigua a la del Ayuntamiento, en la cual entró como persona conocida, sin saludar a nadie. Dos mujeres freían pescado en grandes sartenes.

—Hola, *Churi*, en buena hora llegas —le dijeron—. Por Bilbao, ¿qué hay? Mucha hambre, ¿verdad? Siéntate y descansa. ¿Tu padre bueno? Dicen que muerta gente mucha... Los dientes muy largos traerás, hijo. Dos ruedas de merluza aquí tienes, pues.

Sin sentarse, *Churi* devoró lo que se le ponía delante, y miraba a un lado y otro, como buscando a persona conocida.

—Ya sé a quién buscas, *Churi*—le dijo otra de las mujeres, que hablaba castellano correcto—. Aquí no está...

Y como el sordo entendiese que la persona ausente no estaba en aquel pueblo, afligiéndose mucho al creerlo así, la buena mujer le explicó como pudo, con terribles gritos, acompañados de gesticulaciones enérgicas, que la señá Saloma se encontraba en la *Casa de Jado*...

—¿Sabes? Por ahí, camino del Desierto. Tenemos la contrata de la Plana Mayor.

Allá corrió *Churi*, con una rueda de merluza en la boca y otra en la mano, y de rondón se coló en el edificio que se le designaba, sin hacer caso de la guardia que quiso detenerle. Metiéndose por una puerta a la derecha, fué a dar a la cocina, y en ella vió a una mujer gallarda, morena, guapetona, de ojos negros, que recibía de otra un plato con un huevo frito y un chorizo.

Contento se fué el sordo hacia la guapa moza, y ella, al verle, lanzó una festiva risotada, diciendo:

—Hola, *Churi*... Caro te vendes... ¿Por dónde has venido, por la mar o por los aires? Eres el demonio... Ay hijo, no puedo entretenerme... Aguárdate aquí, que voy a llevarle su desayuno al general en jefe...

XXXVII

Vió el sordo soldados y ordenanzas en la cocina, oficiales que sin cesar subían y bajaban por la escalera principal, a

la cual se asomó por matar el tiempo, esperando a su amiga. Esta reapareció diciendo:

—No vuelvo más arriba. Los ayudantes no la dejan a una vivir... Vean qué cardenales tengo en este brazo. Un asistente me ha dicho que el general está malo y no come nada...; que tengamos caldo para las doce... Tú, Casiana, dame a mí un poco de guisado, que estoy desfallecida... Echa, echa más, que comera conmigo el pobre *Churi*... ¿Verdad, hijo, que tienes gana? ¡Pobre sordito!... Siéntate aquí, cuéntame...

Tan viva de genio era la tal Saloma, que a veces parecía no estar en sus cabales. Dejándose llevar de su vena comunicativa, sin parar mientes en la sordera de *Churi*, le refirió, mientras comían, sucesos militares de notoria actualidad.

—Mira, hijo, aquí estamos desde primeros del mes queriendo socorrer a Bilbao, y quedándonos con las ganas de hacerlo. Tan pronto vamos por la orillita de acá como por la de allá, y en ninguna tenemos suerte. En Castrejana no hicimos más que perder mucha gente, y nos volvimos para acá con las orejas gachas. Allí enfrente, en Azúa y Lejona, no hemos hecho más que apuntar. Gracias que los ingleses, hombres de mucho tino, han armado en el Desierto un altarito que le dará que hacer al *servil*. Ahora parece que operamos por allí, y todo será que tomemos el puente y casas fuertes que esos perros han hecho en Luchana... Baldomero tiene ganas tremendas de darles una buena entrada de palos...; pero yo le digo. «Baldomero, ándate con tiento y no te comprometas... Tira primero tus líneas, mide terrenos y distancias... Es malo echar carne a la pelea sin haber antes medido bien...» Pero él no me hace caso... Es tan caliente de su natural, que si no tuviera armas, a bocados les embestiría... Aquí tenemos a don Marcelino Oraa, que tan pronto va como viene. Al otro lado están las tropas acampadas de mala manera, mal comidas, muertas de frío. Dime tú si así se pueden ganar batallas. Yo digo que no: Baldomero sostiene que la sangre española no necesita más que de su mismo fuego para pelear y vencer.

Por amabilidad, a todo asentía *Churi* con cabezadas, sin entender una jota. Dígase pronto, para evitar malas interpretaciones, que aquel Baldomero, a cada instante nombrado por la arrogante Saloma, era un sargento de Guías, que tenía el honor de llamarse como el ilustre caudillo del ejército del Norte; y añádase que descollaba por su arrojo, obteniendo cruces, y hallándose muy cerca de ganar el grado de alférez. Don Marcelino Oraa, de quien había sido asistente, teníale en gran estimación, y el mismo Espartero le conocía por su nombre (Baldomero Galán) y le distinguía.

—Pues para que te enteres mejor—dijo—, los ingleses nos ayudan como unos caballeros. Tienen talento para el ramo de cañones, y un ojo para la puntería que da gloria verlo. Baldomero dice que con ellos serviría más gustoso que con los de acá, porque pagan bien, comen mejor y son muy puntuales en todo... Yo le digo: «Aprende de éstos a echar líneas y tomar medidas antes de batirte... Fíjate en que no mueven una pata sin pensarlo mucho, y examinan bien el pedazo de suelo donde van a ponerla.» Y él me replica: «Sí, mujer, tienes razón: son de mucho estudio; pero acá uno es riojano, y antes de ponerse a estudiar se le enciende la sangre, y allá va el coraje sin sentirlo.»

Satisfecha su hambre, *Churi* sentía también vivas ganas de comunicar a una persona grata sus acerbas penas. Dióse por enterado, sin entenderlo, de lo que Saloma le había dicho, y continuando la conversación sin lógico enlace de ideas, le dijo en un vascuence mal castellanizado, que es forzoso traducir:

—Efectivamente, Saloma Ulibarri, yo no te olvido; y en cuanto determiné dejar a mi pueblo y a mi familia para siempre, he pensado en ti; y vengo a decirte que si estás en volver pronto a tu tierra de Navarra, como me dijiste la última vez que nos vimos, yo me voy contigo...

—Aquí me tienes pendiente de las operaciones—replicó Saloma—. Por mi gusto ahora mismo me ponía en camino para mi Aragón de mi alma, pues casi soy más aragonesa que navarra. Pero todo depende del punto adonde destinen a Baldomero, que ya va para alférez. Si en estas acciones lo gana, pedirá que lo manden al Centro... Yo también hipo por el Centro. Estoy harta de estas tierras frías y babosas..., con tanto llover y tanto comer pescado y alubias... Quiero ver mi Ebro, mi tierra que abrasa, mi cielo de allá, que es la alegría del mun-

do... ¿De veras te vendrás con nosotros?... ¡Ah! *Churi*, tú has hecho en tu casa alguna travesura muy gorda...

Por esta vez coincidió casualmente el primer concepto de *Churi* con el último de Saloma.

—No soy culpable—le dijo—, sino desgraciado; tan desgraciado, que de lástima que me tengo no me determino a quitarme la vida. Me voy, sí.

Súbitamente saltó el sordo con una pregunta que no parecía congruente:

—Dime, Saloma, ¿sabes si está por aquí un caballero joven que le llaman don Fernando Calpena..., paisano, a no ser que se haya hecho militar de poco acá..., guapo, noble, fino?...

Al pronto no dió lumbres la moza. ¡Había tanta gente en el Cuartel general, militares de distintas armas y procedencias, asesores, físicos, paisanos armados...! Rebuscaba en sus recuerdos, y al fin dió con la persona que entre la turbamulta buscaba.

—¿Don Fernando dices? Sí, sí; un joven de buena presencia, ojos bonitos..., muy amigo del general en jefe... Sí... Don Fernando no sé qué... Arriba está. En uno de los desvanes de esta casa se aloja con el señor Unagón, un paisano de ayer, hoy capitán... ¿Es amigo tuyo ese señor?

—Como amigo, no es... Pero tengo que escribirle una carta, que tú le entregarás... Papel y pluma que me traigan.

Algo tardaron en darle lo que pedía, y él, en tanto, deleitábase contemplando la hermosura lozana y picante de Saloma la *Navarra* como allí le decían. Bueno es advertir que en anteriores meses, y antes de que se iniciara en Bermeo la pasión ardiente que a tan lastimoso estado le había traído, padeció el pobre *Churi* el mal de amores, prendándose de Saloma con ansias y desvelos de calidad poco espiritual. Fué un desvarío juvenil, que se extinguió entre cenizas, después de mucho requebrar y pretender con resultado nulo. ¡Era desgraciado el hombre! Todo por la maldita sordera, por aquel tabique *de silencio* que, levantado entre él y la Humanidad, le impedía gustar las dulzuras del querer... Mal curado de afición tan secundaria y superficial, cayó en la enfermedad honda que le cogía el cuerpo y el espíritu, lo divino y humano. Desapareció de su mente Saloma con su gallardía incitante y su graciosa labia; la pasión integral y soberana eclipsó la parcial y plebeya. Quedaba siempre la cariñosa y leal amiga, que departía con él afablemente, le daba de comer y le agasajaba y atendía, condolida de la inferioridad a que su sordera le condenaba.

Casi toda la tarde hubo de emplear el sordo en su trabajo de escritura, porque excesivamente severo consigo mismo, nada de lo que escribía le contentaba, y unas veces por no acertar con el pensamiento que expresar quería, otras porque su torpeza caligráfica le hacía incurrir en garrafales errores, ello es que, rompiendo papel y trazando caracteres muy gordos, se le iban las horas. Por último, cuando ya oscurecía, quedó terminado aquel monumento, que leía y releía, buscándole faltas, añadiendo o raspando comas, sin llegar nunca a la deseada perfección.

—Tómate todo el tiempo que quieras, hijo—le decía Saloma—, y pluméalo bien, despacito, que el señor para quien es la carta se fué esta mañana al otro lado y no sabemos cuándo volverá.

Cansado de la penosa escritura, tanto como del viaje, el pobre *Churi* no se podía tener de sueño y quebranto de huesos. Saloma le dió un camastro en la casa de Portugalete (donde tenía su establecimiento de comidas, asociada con Casiana, los hermanos Anabitarte, vinateros), y en él cayó como una piedra el sordo, que si no lo fuera, no habría dejado de sentir aquella noche el horroroso temporal. El oleaje y remolinos de la barra daban espanto a la vista: el bramido de la mar, unido al del viento, ahogaban todos los ruidos de tierra, sin excluir los cañonazos de las baterías del Desierto contra Luchana. En toda la noche pudo la navarra pegar los ojos pensando en su pobre Baldomero, acampado al raso o al abrigo de cualquier paredón, allá en las posiciones del ejército en la orilla derecha. ¡Y que esto pasara un cristiano por los derechos de Isabelita, de Carlitos o del demonio coronado!...

Amaneció nevando. Las nueve serían ya cuando Saloma despertó a *Churi*, que no se hartaba de dormir, insensible al fragor de la Naturaleza.

—Arriba, hijo, que es tarde. ¡Pues no lo has tomado con poca gana! Ya tienes ahí a tu caballero de Madrid. Con el al-

férez Ordax ha pasado de Las Arenas acá en un chinchorro, porque el puente de barcas se ha roto con la furia de la mar. ¡Esa es otra!... Levántate pronto, gandul, y si quieres verle, vente conmigo allá, y te arrimas a la escalera, que el don Fernando ha entrado en la casa de Azcoiti, donde se alojan los de artillería, y pronto ha de ir a mudarse de ropa. Está caladito... Dame el *documento* y se lo llevaré cuando se mude, que no está bien que entre yo en su cuarto mientras el hombre se aligera de vestido.

Al poco rato de esta conversación veía *Churi* entrar al señor de Calpena y subir presuroso. Era él, el mismo; ya se le podía soltar el cohete sin ningún cuidado. Y a la media hora volvía Saloma a la cocina y daba al sordo cuenta de su comisión en estos o parecidos términos:

—¡Ay hijo, qué jicarazo se ha llevado el pobrecito señor con tu carta! Se quedó al leerla más blanco que el papel en que la escribiste. Me preguntó que quién eras tú, y de dónde venías, y yo, naturalmente, le dije que eres *de los ricos* de Bilbao, buen chico, muy marinero, sólo que un poco impedido de la *audiencia*... Ahora toma tu desayuno y arrímate al fogón, que el día no está para rondar por el pueblo.

Solo en su desván, y ya vestido de ropa seca, no apartaba don Fernando su pensamiento ni sus ojos de la carta que había recibido; y entre dar crédito a la tremenda afirmación que contenía, o conceptuarla maligna impostura, transcurría veloz el tiempo sobre la cabeza del joven, sin que éste lo sintiera. «Anoche casó Aura con Zoilo Arratia», decían en sustancia los garabatos del papel, trazados en letras gordas, como para suplir con el tamaño la torpeza de la escritura. En vano su amigo Uhagón (amistad reciente y cordialísima formada en aquellos meses) entró a decirle que si el temporal arreciaba no habría más remedio que suspender las operaciones. A todo callaba Calpena; él, tan decidor, tan entusiasta de aquella campaña, tan unido al ejército, que la acción de éste y la suya propia habían venido a ser una sola acción, no decía nada, no comentaba, ni opinaba siquiera.

—¿Qué piensas?—le preguntó su amigo.

Y él, encerrando dentro de su alma una tempestad más horrorosa que la que andaba por los aires, se levantó y dijo:

—Pienso... que hacen bien los carlistas en no dejar en Bilbao piedra sobre piedra...; pienso que la Humanidad es una vieja celestina y la Naturaleza una mujer frágil...

XXXVIII

Arreció en el curso del día el temporal, sin que su violencia estorbara a las valientes tropas isabelinas para lanzarse a la pelea. Desde el camastro donde yacía en la casa de Jado, daba Espartero las órdenes de ataque, previa la distribución de fuerazs en una y otra orilla, para operar concertadamente contra Luchana. La brigada Mayol, que se hallaba en Sestao, pasó el Galindo por el puente que habían construído los ingleses, y ocupó las alturas de Rentegui y la Torre de la Cuarentena, frente a la desembocadura del Azúa. Y en tanto, inutilizado por el temporal el puente de barcas sobre el Nervión, pasaron éste, en lanchones custodiados por las trincaduras de guerra, ocho compañías de cazadores, dos del primer regimiento de la Guardia, dos de Soria, dos de Borbón, una de Zaragoza y otra del 4.° de Ligeros y fuerza de Ingenieros y Artillería. En la travesía penosa, los pobres soldados coreaban la furibunda cantata del temporal con sus exclamaciones de ciego entusiasmo. Los zurriagazos de granizo con que les castigaba la Naturaleza, les embravecía más. ¡Bonita ocasión para proclamar la Libertad y declararse dispuestos a horrendo sacrificio por tan voluble diosa, que los infelices no habían visto nunca, ni sabían cómo era!... Desembarcados en la orilla derecha, se apresuraron a entrar en calor marchando contra el maldecido puente. La división del barón de Meer, que había pasado el día batiéndose en las riberas del Azúa, reanudó sus ataques con más brío al verse reforzada; los cazadores se abalanzaron sobre el puente sin encomendarse a Dios ni al diablo, y no era floja temeridad la de aquellos locos, porque los carlistas habían cortado un tramo y armado poderosas baterías por la otra parte, con cuyos fuegos y la fusilería incansable podrían abrasar a los mismos ángeles que se acercaran. Pocos ejemplos

de arrojo personal que al de aquella noche puedan compararse ofrecerá seguramente la historia militar del mundo; y por mucho que el narrador apure los resortes del lenguaje para describirlo, siempre ha de resultar como un combate fabuloso entre fingidos héroes de la Mitología o la Leyenda.

Luchaban unos y otros en la oscuridad de una noche glacial, pisando nieve, azotados por el granizo, calados hasta los huesos. Si a esto se añade que habían comido poco y mal, acrece la inverosimilitud de aquel esfuerzo, que empezó con una fanfarronería quijotesca y acabó con una realidad sublime. Rodaban los muertos sobre la nieve; se arrastraban los heridos entre peñas y charcos sin que nadie les socorriese; los vivos asaltaban el puente casi a ciegas y a gatas, y sin duda por no ver el peligro lo acometieron y lo dominaron. En pleno día, y con buen tiempo, tal empeño no habría sido quizá más que una honrosa tentativa. El éxito se convirtió en brillante hazaña, la más gloriosa quizá de aquella enconada guerra. Pudo suceder que los carlistas, fiados en la inverosimilitud del movimiento isabelino, y estimándolo demencia y bravata, se descuidaran en acudir con todo su poder a la defensa. También ellos luchaban en las tinieblas, envueltos en la glacial vestimenta del granizo y la lluvia: también a ellos les entumecía y paralizaba el frío, y la nieve les negaba un suelo seguro para combatir. A todos les trataba por igual la Naturaleza. En una y otra parte caían en tropel, los más para no volver a levantarse. La virginal blancura de la nieve se teñía de sangre. A las imprecaciones y gritos de salvaje marcialidad respondía el viento con bramidos más espantosos. Por fin, los liberales se calzaron el puente, lo hicieron suyo y pisaron el fango nevado de la orilla izquierda del Azúa. Emprendieron al punto los ingenieros la compostura del tramo destruído, para que pudieran pasar cañones, caballos y todo el ejército cristino.

No se daban cuenta los hasta entonces vencedores de la importancia de su victoria, ni acertaban a medir los obstáculos que, tomado el puente, habrían de encontrar todavía, pues los facciosos habían surcado de formidables trincheras los montes de Cabras y San Pablo. Como no las tomaran pronto los de aca, todo lo que habían hecho era una sangría inútil. Tan grande fué en los cristinos el impulso adquirido, y en tal grado de coraje y excitación se hallaban, que no dieron paz al cuerpo ni al ánimo respiro para seguir en demanda de las trincheras, con la ambición loca de pisar también en ellas y de hacer trizas a los que las defendían. De las nueve a las diez de la noche se empeñaron furiosos duelos a la bayoneta en la aspereza de aquellos montes: los isabelinos trepando, los otros a pie firme en los inexpugnables zanjones. Rodaban por acá cuerpos destrozados. Allá expiraban otros. Tan pronto avanzaban subiendo los liberales, como retrocedían precipitados, con la nieve hasta las rodillas; se hundían en ella, salían furiosos, y las bayonetas llegaron a parecer instrumentos de la Naturaleza: el hielo y el granizo, convertidos en afiladas puntas y movidos por el huracán.

Una batería enemiga, colocada sobre el flanco derecho de las tropas de Isabel, les sacudía sin cesar. Pero no hacían caso, y para concluir pronto y decidirlo de una vez no había más recurso que el arma blanca. Repetidos los ataques en una gran extensión, pues las tropas del barón de Meer pasaron a la orilla izquierda por un improvisado puente, las trincheras de los carlistas, hondas, labradas en terreno pedregoso y fuerte, continuaban inexpugnables. Eran hueso muy duro para que pudieran roerlo los de acá, enorme su extensión para que pudieran ganarlas por sorpresa. Y la noche no se aclaraba ni disminuía la crudeza iracunda del temporal. Diríase que el suelo quería tragarse a los hombres y convertirse en inmenso pudridero y osario de todo lo viviente. Serían las diez cuando el animoso y experto general Oraa, a quien Espartero, por su enfermedad, había conferido el mando, vió la imposibilidad de avanzar, ya que no la de sostenerse, y pidió refuerzos. Espartero le envió al instante la primera brigada de la división de Ceballos Escalera; después la segunda, al mando de éste. Siguieron la espantosa lucha, intentando escalar las trincheras y cayendo de espaldas para volver a la embestida, sin desmayo, *por entrar en calor*. Fueron heridos el barón de Meer, el brigadier Méndez Vigo y multitud de ofi-

ciales. El jefe de Cazadores, Ulibarrena, lo había sido ya mortalmente en el ataque al puente de Luchana. Los soldados caían a centenares.

A las diez y media vió el general Oraa que habían llegado al límite del humano esfuerzo; pronto traspasarían la línea que separa los últimos alardes de la desesperación eficaz de los primeros espasmos de la impotencia, y ordenando conservar las posiciones y seguir combatiendo, bajó a la ría, pasó con dos ayudantes y el coronel Toledo a la orilla izquierda y encaminóse, ganando minutos, a la residencia del general en jefe. Oía don Baldomero desde su cama el estruendo de aquella tenaz contienda, y entre sus dolores que le retenían y sus cuidados de caudillo que de fuera le solicitaban se revolvía inquieto, sin descanso, más castigado de la ansiedad que de la penosa cistitis. En el momento de su mayor quebranto llegó el valiente Oraa, y con militar rudeza le pintó en pocas palabras expresivas la situación apretada del ejército a la otra parte del río. Soltó al instante Espartero media docena de ternos gordos, y rechazando las ropas del camastro empezó a vestirse a toda prisa...

—Voy ahora mismo, aunque me cueste la vida... ¡Pues no faltaba más! Tomado el puente, ¿qué hemos de hacer más que *uparnos* arriba como fieras? ¿Qué hora es? Las once. ¡Bonita Nochebuena! Señores, hemos jurado perecer o salvar a Bilbao. Esta noche se cumplirá nuestro juramento.

Acudió un asistente a vestirle, y él, calzándose las botas, mandó que entraran los que permanecían en la estancia próxima aguardando su determinación.

—Gurrea, adelante... Toledo, pase usted... Pase usted también, Fernando... Pues ya lo ven: voy a echar el resto. O ellos o yo... Ahora nos veremos las caras... Ya me van cargando a mí esos *ojalateros*... Mi caballo..., pronto, mi caballo... Me ha dicho Oraa que ha muerto Ulibarrena... Les tengo que cobrar con réditos la vida de ese valiente... Venga el capote, el bastón... Ya estamos.... ¡Pobres soldados, muertos de frío!... Allá voy, allá voy, y a Bilbao de cabeza... No quiero tomar nada..., un poco de vino, y basta... Señores, el que quiera divertirse y oír cantar el gallo de Navidad, que venga conmigo.

Sobreponiéndose a su dolencia y ahogando la horrorosa molestia y dolores que sufría, se le vió pronto en militar apostura, gallardo, bien plantado, risueño. Su rostro amarillo, en que se manifestaba un reciente derrame bilioso, se animó con el fuego que la pasión guerrera en su alma encendía. Brillaban sus ojos negros; bajo la piel de la mandíbula inferior, decorada con patillas cortas, se observa la vibración del músculo; fruncía los labios con muequecillas reveladoras de impaciencia. Mal recortado el bigote, por el descuido propio de la enfermedad, ofrecía cerdosas puntas negras, y bajo el labio inferior la mosca se había extendido más de lo que consintiera la presunción. Aún no gastaba perilla. El bigote de moco daba a su fisonomía carácter militar, dentro del tono especial de la época: casi todos los sargentos de su ejército le imitaban en aquel estilo de decoración personal. Resultaban caras enjutas, secas, con algo de simbolismo masónico en la disposición triangular de los adornos capilares y expresión de tenacidad y constancia.

Pisaba fuertemente el suelo para entrar en calor, y mientras afuera disponían el paso a la otra orilla. Su mal de la vejiga le obligó a tomar precauciones, previendo que en la noche de largo batallar habían de faltarle hasta los minutos para las funciones más precisas. Y al propio tiempo no cesaba de dar prisa. Dijéronle que en cuanto volviesen las lanchas que habían llevado la segunda brigada de la división de Ceballos Escalera, pasaría el Cuartel general. Tal era el desasosiego de Espartero, que habría pasado solo en una tabla, y no pudiendo aguantarse más en aquella inacción, salió masticando la saliva y escupiendo alguno que otro venablo y mitades de interjecciones crudas... Le dolían partes de su cuerpo de las más sensibles; le dolía la situación comprometidísima de su ejército; le dolía el amor propio.

Cuando llegó al sitio de embarque advirtiéronle que su caballo ya iba navegando hacia Luchana. Empezaron a embarcar las compañías de Extremadura y casi toda la división de Minuisir. En la gabarra que más a mano encontró embarcóse el general con su plana mayor y agregados militares y paisanos. El corto bagaje que llevaba, con muy poca ropa, escasos alimentos y algunos chismes

y drogas, impedimenta impuesta por la enfermedad, embarcado fué en la misma lancha donde iba el caballo. Religioso y triste silencio imperó en la travesía. Nadie hablaba. Por un momento, en un desgarrón de las nubes, dejóse ver la luna menguante con medio rostro apagado. El temporal remuzgaba lejano. Eran las doce, la hora del Nacimiento de Jesús, que allí no anunciaron cantos de gallo ni festejó el rabel de inocentes pastores. Más bien las cornetas y cajas y el pavoroso silbar del viento proclamaban la destrucción del mundo.

XXXIX

Pisó tierra Espartero en la orilla derecha, y con él las tropas que de refuerzo llevaba. Delante de todos marchó el general a caballo, y pasado con precaución el puente famoso que había de inmortalizar su nombre, subió el primero hacia el monte de San Pablo, encontrando a su paso cadáveres dispersos, sobre los cuales blanqueaba ya el sudario de la nieve últimamente caída. Empezó por disponer que las tropas de refuerzo relevasen a los infelices que se habían batido toda la noche a la desesperada, con los pies insensibles, clavados en el suelo. Obligado por los accidentes del terreno a echar pie a tierra, departió don Baldomero con la tropa, contestando con expresiones fraternales a los vítores y gritos de entusiasmo con que fué saludado. Conferenció con su jefe de Estado mayor, el general Oraa, y acordaron suspender el ataque para organizarlo con toda la fuerza útil disponible, y relevar al instante los puestos avanzados. O la casualidad o un imprevisto accidente produjeron hechos contrarios a lo que la rutinaria lógica de los caudillos disponía.

Sucedió que Oraa dispuso que se diera el toque de alto, y el corneta de órdenes, sin saber lo que hacía, distraído o alucinado, ebrio quizá del frenesí batallador, tocó ataque, y lo mismo fué oír el estridor guerrero, lanzáronse unos y otros monte arriba con ordenado y rápido movimiento, rivalizando en ardor los que el general traía con los que allí encontró. Quiso Oraa contenerle y que se cumpliera su mandato, mal interpretado por el corneta; Espartero, con mejor instinto y rápido golpe de vista, se aprovechó de aquel felicísimo arranque de la tropa, y, con llama de inspiración, vió que era llegado el momento de seguir el impulso de los inferiores, de la gran masa bélica. Esta tomaba la iniciativa; ésta, en un fugaz espasmo colectivo, dirigía y mandaba. Procedía, pues, favorecer este arranque, dirigirlo, extremarlo y no permitir que desmayara. Blandiendo su espada, se puso frente a una columna, y con aquella voz sonora, con aquel tono arrogante y fiero que electrizaba a las multitudes, adoptando formas de lenguaje muy enérgicas y al propio tiempo fraternales, les dijo:

—Adelante todo el mundo, y arrollemos a esos descamisados... ¡Coraje, hijos, coraje!... Ahora verán lo que somos Delante del que de vosotros avance más va vuestro general, que quiere ser el primer soldado... ¡A la bayoneta..., carguen! ¡Coraje, hijos!... Por delante esta espada, que quiere ser la primera bayoneta... Que mueran ahora mismo esos canallas, ¡coraje!, o abandonen el campo, que es nuestro. ¡Viva la reina, viva el Ejército, viva la Libertad!

Y comunicado este furor a toda la división, avanzaron monte arriba con estruendo que hizo enmudecer los bramidos de la tempestad. Oraa se puso al frente de otra columna por la izquierda. Al llegar a la trinchera enemiga, oyeron rumor de pánico. Muchos carlistas huían, otros se defendieron con rabia heroica; pero la embestida era tan fuerte, que no pudo ser larga ni eficaz la resistencia. Ensartados caían de una parte y otra. La voz del general, no enronquecida, siempre clara y vibrante, les gritaba:

—No hacer fuego... Bayoneta limpia... ¿No quieren libertad? Pues metérsela en el cuerpo... Adelante: arriba todo el mundo. ¡Hijos, coraje!... Bilbao es nuestra, y de ellos la ignominia. Nuestra toda la gloria. Que vean lo que somos. Arriba, arriba... Ya huyen. ¡Firme en ellos!

No esperó el enemigo un segundo ataque, y huyó a la desbandada monte arriba, hacia la segunda línea de trincheras. De improviso, cuando ordenaban proseguir, descargó una tan fuerte lluvia con granizo, que los combatientes tuvieron que detenerse. No veían; el pedrisco les cegaba; el viento furibundo obligábales

a guarecerse tras un matojo, al amparo de cualquier peña, tronco o paredón en ruinas.

—Mi general, aquí—gritó un alférez, viendo a Espartero azotado vivamente por el temporal, la mano en el sombrero, el capote desabrochado por las garras del viento. Guareciéronse en el socaire de una peña. El caudillo le reconoció al instante:

—Ordax.... ¿no es usted Ordax? Avise usted al general Oraa dónde estoy. Que venga al momento. Esta racha pasará pronto...

El oficial, que era uno de los que más se distinguieron en el ataque del puente, corrió a cumplimentar las órdenes de su jefe. No tardaron en encontrar a éste sus ayudantes, y se agruparon para darle con sus cuerpos más abrigo. En la confusión de aquel momento, surcado el aire y azotada la tierra por los furiosos latigazos del granizo, oíanse gritos, voces, llamadas, nombres que sonaban desgarrados en medio de la furiosa tempestad. Espartero dejó oír su voz imperiosa:

—Aquí estoy... ¡Eh! ¡Gurrea..., Toledo..., aquí! ¡Demonio de tiempo! Ya les llevábamos en vilo... Que venga Oraa... ¡Oraa!... ¿Dónde está Ceballos Escalera?

—Aquí, mi general—replicó la voz potente del jefe de la segunda división.

—¿A qué distancia estamos de Banderas? Yo no veo nada. ¿Dónde está Banderas?

—Allí, mi general.

—Ya sé que está allí... Pero ¿a qué distancia, poco más o menos? ¿Sabe usted que me encuentro mejor de mis dolores? Me ha sentado bien el sofoco, y encima del sofoco la mojadura. ¡Vaya una noche! Y dicen que en esta noche nace Dios... No lo creo.

—Mi general, estamos a un tiro de fusil de Banderas... Pero aún queda que tomar otra línea de trincheras más arriba.

—¡Qué trinceras ni qué cuerno! De ésas les echaremos también..., pero a culatazos..., a patadas... Otra racha de granizo. Bueno: venga todo de una vez... Ya, ya para. Que den un toque de atención. No perdamos tiempo. ¿Qué hora es?

—Las tres y media, mi general.

En esto llegó Oraa, y Espartero le dijo:

—Escoja usted quince hombres decididos, de los que no creen en la muerte, y un oficial, para que vayan a hacer un reconocimiento en la altura de Banderas. No podemos presumir la fuerza que tienen allí ni si están resueltos a defender el puente a todo trance. Tiempo han tenido de fortificarse bien. Pero estén como estuvieren y hayan hecho más baluartes y baterías que tiene Gibraltar, allá nos vamos ahora mismo, *con la fresca*, a darles la última pateadura.

Habiendo cesado el chaparrón, salió don Baldomero de su escondrijo, y encareció a los soldados lo fácil que era subir hasta Banderas. Probablemente, el enemigo no tendría ya malditas ganas de ver caras isabelinas por allí, y saldría escapado en cuanto se enterara de la visita. Restablecidas las líneas que desbarató el temporal, trajéronle al general su caballo, y se le unió Carondelet, mientras Ceballos Escalera se alejaba a escape para cumplimentar las últimas órdenes. Los quince soldados y el oficial que se brindaron a ir de descubierta marcharon silenciosos monte arriba. ¡Infelices, cuán grande era su abnegación! Iban tan sólo para probar el grado de fuerza que en Banderas tenía el enemigo. Si éste les recibía con intenso fuego, señal era de que la elevada posición quería y podía defenderse. En tanto, las columnas avanzaban con orden de no hacer ruido, callados los tambores y cornetas, calladas también las bocas. Como a la mitad del camino, entre el punto de partida y Banderas, los quince tropezaron con una cabaña en ruinas, infestada de facciosos, los cuales, por los huecos de los tapiales destruídos, rompieron el fuego. El general y sus adláteres observaban esto desde una distancia inapreciable por la oscuridad; mas no veían gran cosa. Roto el silencio por la estruendosa voz de Espartero mandando ataque, retumbó el trueno en la masa de tropas, y allá se fueron las columnas como un ventarrón furibundo, barriendo cuanto encontraban por delante. En las ruinas, más de la mitad de los quince rodaban por los declives cubiertos de nieve. En la primera embestida a las trincheras altas, no pudieron los de acá desalojar al enemigo. El retroceso fué corto. No necesitaron ser jaleados para volver con ímpetu nuevo. Espartero y sus ayudantes picaron espuelas en busca del sitio de mayor peligro. Esto fué de grande eficacia para alentar a los soldados, que, despreciando la muerte, volvie-

ron a desafiarla cara a cara; y al tercer achuchón, los carlistas que no quedaron tendidos salieron por pies. A la izquierda, en la falda de San Pablo, la columna mandada por Oraa pudo avanzar con menos obstáculos. Espartero no la veía. Sólo por el ruido de tambores y las imprecaciones humanas que aventaba el temporal podían apreciar los de la primera columna que sus compañeros les llevaban alguna ventaja. Situándose más arriba de las ruinas de la cabaña, pudo Espartero distinguir las masas carlistas en el alto de Banderas, moviéndose de flanco. ¿Iban en retirada? ¿Iniciaban un movimiento envolvente? Sobre esto hicieron cálculos más o menos aventurados Carondelet y el general en jefe.

—Para saberlo con certeza—dijo éste—, vámonos arriba..., yo el primero. No hay que darles tiempo a nada... ¡Hijos, coraje! Más valemos muertos arriba que vivos abajo.

A medida que avanzando iban, veían más claro. Del cielo descendía escasa luz, aumentada por el reflector blanquísimo y lúgubre que cubría todo el monte, la nieve, cuya limpia y cándida superficie cortaban los montones de cuerpos humanos. La cabeza del carlista muerto asomaba por entre los brazos del liberal inerte. La oscuridad les agrandaba: creyéraseles cuerpos de gigantes alados, caídos de un espantoso combate en las nubes pardas, siniestras; éstas corrían también, embistiéndose, y esparcían por el cielo turbio sus desgarrados vellones. En la porfía de tierra, un horroroso estruendo de tambores, cornetas, gritos, vivas y mueras marcaba el paso de la nube humana, que se deslizaba sobre nieve, bramando como el trueno, hiriendo como el rayo. En la eminencia, el choque rudo produjo instantáneo retroceso. No se veía más que un trágico tumulto, confusión de cabezas y brazos, y entre ellos el centelleo de las bayonetas. No lejos de la columna de vanguardia, Espartero les decía:

—¡Duro, hijos, duro, que ya estamos en casa!... No hay quien pueda con nosotros... Allá vamos todos, yo el primero...

No tardaron los absolutistas en desbandarse por la vertiente norte. Iniciado el abandono del fuerte, los de acá pusieron en la cúspide sus manos, luego sus rodillas. El ejército de Isabel dió por fin en ella la furibunda patada que estremeció y quebrantó para siempre el inseguro reino de Carlos V. Serían las cinco cuando el caballo de Espartero tocaba el himno con su vigorosa pezuña sobre el suelo de la plaza de armas del fuerte. El noble animal no podía sofocar con sus relinchos la gritería de los soldados, ebrios de gozo.

El ejército que tal hazaña consumó era un gran ejército; mas para que luciera en toda su grandeza el santo ardor patriótico y el militar orgullo que le inflamaban era necesario que tuviese caudillos que supieran cogerle de un brazo y llevarle a las cumbres estratégicas, que simbolizan las altas cimas de la gloria. Sin tales pastores no puede haber rebaños tales. Pastoreaba las tropas cristinas en aquella noche terrible un soldado de corazón grande, que supo infundirles el sentimiento del deber, la convicción de que sacrificando sus vidas mortales salvarían lo inmortal de la patria, el honor histórico de las banderas El tiempo, en vez de amenguar la talla de aquellas figuras, las agiganta cada día, y hoy las vemos subir, no tanto quizá por lo que ellas crecen como por lo que nos achicamos nosotros, y aun lloramos un poquito, ya con todo el siglo dentro del cuerpo, viendo que gérmenes tan hermosos no hayan fructificado más que en el campo de la guerra civil. Creíamos que aquello era el aprendizaje para empresas de superior magnitud... Pero no era sino precocidad infantil, de las que luego salen fallidas, dándonos tras el muchachón de extremado vigor cerebral hombres raquíticos y sin seso.

No debe mostrarse aislado el ejemplo de Espartero en la gloriosa Navidad del 36; que unido a otros ejemplos y memorias de aquel caudillo, resplandece con mayor claridad y nos permite conocer toda la grandeza de los hombres que fueron. Antes de la liberación de Bilbao, los suministros del Ejército andaban como Dios quería. El Gobierno pedía victorias para darse tono, ¡victorias a soldados descalzos y hambrientos! Todo el mando de Córdoba fué una continua lamentación por esta incuria. No fué más dichoso Espartero, y en su afán de emprender vivamente las operaciones, ardiendo en coraje, atento a su decoro y a la moral de sus tropas, resolvió el conflicto de un modo elemental, casi inocente. Sin duda por ser del orden fami-

liar, no se ha perpetuado en letras de oro, sobre mármoles, la carta que con tal motivo escribió a su mujer, la bonísima, hermosa y sin par Jacinta Sicilia. Decía entre otras cosas: «Empeña tu palabra, la mía, la de los amigos; empeña tus alhajas y hasta el piano; reúne todo el dinero que puedas, y mándamelo en oro.» Tan diligente anduvo la dama, que con el mismo mensajero portador de la carta remitió a su esposo mil onzas. El general dió de comer a sus soldados, y a los pocos días, postrado en cama con mal de la vejiga, y viendo a sus queridas tropas en el grande aprieto de monte Cabras y monte San Pablo, salta del lecho, con una temperatura glacial, y hace lo que se ha visto... Desgraciada era entonces España; pero tenía hombres.

XL

Al despuntar el día que, como de los más chicos del año, no empezó a despabilarse hasta las siete, ayudando a su pereza lo turbio del celaje, vieron los vencedores a los vencidos desfilando a toda prisa por los senderos que conducen a Erandio y Derio. Otros tomaban presurosos los caminos de Deusto, para pasar a la orilla izquierda por los puentes de barcas que tenían en San Mamés y en Olaveaga.

—¡Lástima grande—dijo Espartero, viendo la desbandada del enemigo—no tener caballería disponible para que se fueran con todos los Sacramentos!

Tomado también, sin disparar un tiro, el Molino de Viento, y dejando éste bien guarnecido, así como el fuerte, siguió Espartero hacia el caserío de Archanda, donde ocupó la misma casa en que habían celebrado la Navidad, con espléndida cena, los jefes carlistas Eguía y Villarreal. Aún encontraron la mesa puesta, y en ella restos de manjares, todo en desorden, como si los comensales hubieran tenido que salir escapados, mascando aún y con las servilletas prendidas. Invadida la casa por la plana mayor y ayudantes, Espartero tomó asiento en el comedor, y les dijo:

—Ya ve España que he cumplido mi palabra. Salí para Bilbao, y en Bilbao estamos; al menos tenemos la llave de la puerta.

—Mi general—dijo Gurrea, que no cesaba de dar órdenes referentes a provisiones de boca—, he mandado que nos hagan café.

—Para ustedes. Ya sabes que ahora no lo tomo. Algo caliente tomaría yo... No he traído nada No me dió tiempo a llenar la fiambrera... Oye, que me hagan unas sopas de ajo... Vino caliente quiero.

—¿Qué tal se encuentra usted, mi general?—le preguntó Carondelet—. ¿Apostamos a que el julepe de esta noche le sienta bien?... La gloria, entiendo yo, es buena medicina.

—Hombre, sí... Yo creí que estaría peor. La misma excitación nerviosa me ha sostenido,.. Hubo un momento, lo confieso, en que los ánimos querían marchárseme. Fué cuando pregunté: «¿Dónde está la Guardia?» Y de un montón de cadáveres, blanqueados por la nieve, salió una voz moribunda que me dijo: «Aquí está lo que queda de la Guardia real.» Al oír esto sentí ese frío mortal que me sale de los riñones y por el espinazo me sube a la nuca... ¡Pero qué demonio! Di algunas patadas para soltar el frío y el miedo por las suelas de las botas...; vamos, que eché un nudo a todos los recelos, y también a los dolores que me atenazaban las entrañas, y me dije: «No fastidiar ahora... A la obligación; a reventar aquí o vencer. Dios nos ha favorecido: mandó a los truenos que tocaran el himno... No crean: cuando me eché de la cama me daba el corazón que íbamos a cargarnos a toda la *ojalatería* habida y por haber... ¡Y eso que la noche, compañeros, ha sido de las que llaman a Dios de tú!

—Mi general—dijo don Marcelino Oraa, entrando presuroso y risueño—, tengo una gallina asada, y me parece que después de lo que hemos hecho bien podemos comérnosla tranquilamente.

—Sí, hombre, sí; venga: nos la comeremos entre los dos... Pero mande usted que la calienten.

—Ya están en ello. Los señores *desocupantes* nos han dejado la cocina encendida.

—Y ¿hay fuego?

—Magnífico. Y ahora lo estamos atizando más.

—Pues vámonos allá... Estoy helado... A la cocina, señores.

Y camino del fogón, don Baldomero

apoyado en el brazo de Carondelet, pues su dolor de riñones le molestaba más de la cuenta, decía:

—¡Esos pobres soldados, muertos de frío, al raso!... Que todos los Cuerpos se provean de leña, que aquí la tendrían abundante los *ojalateros*... Que hagan hogueras... Y de rancho, que se les dé lo que haya, a discreción... Otro día se tasará; hoy no se tasa nada, pues ellos han dado *a tutiplén* su sangre y el fuego de sus corazones... Lo que yo digo: «En días como éste, debiera Dios hacer también algo extraordinario por los pobres soldados; y como es fiesta de Navidad, ¿por qué no manda caer una buena lluvia de pavos, pero asaditos, y de añadidura capones?» Hombre, todo no ha de ser granizo y balas. Yo, señores, estoy que no puedo ya con mi alma. Y si a ustedes les parece, después que me haya comido mi parte de gallina y las sopas de ajo, si me las dan, descansaré un rato. Oraa, ¿a qué hora entramos en Bilbao?

—Sobre las once me parece la mejor hora—dijo don Marcelino con la boca llena—. Allí no se han enterado todavía. No tardarán en subir bandadas de patriotas. El cuento es que de nutrición están peor que nosotros, y tendremos que darles de lo nuestro.

Con estas bromas comían unos y otros, ofreciéndose recíprocamente y aceptando lo que cada cual tenía. Sin cesar entraban oficiales y paisanos más o menos armados, de los que se agregaron al Cuartel general.

—¡Hola, Uhagón!—dijo Espartero—. Ya hemos salvado a su pueblo. Ya estará usted tranquilo. ¿Ve usted cómo no hay plazo que no se cumpla?

—Locos de contentos están mis pobres *chimbos*. Ya se oye el repicar de todas las campanas de Bilbao.

—¡Pobrecitos, qué ganas tendrán de vernos! Y yo a ellos también... Hola, Fernando: pase, pase. No creí que se hubiera usted atrevido a subir a este piso principal... bajando de las nubes. ¿Qué tal? ¿Presenció usted la locura de anoche? ¿Vino usted a retaguardia?

—No tan a retaguardia, mi general —dijo Calpena—que dejara de ver los milagros del soldado español.

—Milagro ha sido..., bien dicho está. Vea usted, vea usted, señor madrileño, cómo aquí sabemos cumplir.

—Ya lo he visto, y si no lo viera, nunca lo hubiera creído. Nunca, digo yo, ha sido la verdad tan inverosímil.

—Ya tiene usted que contar... Siéntese donde pueda, y busque un plato, que quiero obsequiarle con un alón de gallina.

—Muchas gracias, mi general. Uhagón, Ordax y yo, merodeando en el Molino de Viento con otros amigos, hemos tenido la suerte de descubrir nada menos que un cordero asado y una bandeja de arroz con leche.

—¡Hombre, qué suerte! Y ¿no ha quedado nada?

—Mi general: todo nos lo hemos comido.

—Bien: hay que tomar fuerzas para entrar en la plaza. Ya tiene usted a Bilbao libre, a Bilbao abierta. Y allí las muchachas bonitas esperando a la juventud. Entrarán ustedes conmigo.

—Si vuecencia nos lo permite, Uhagón y yo nos iremos por delante, a la descubierta, mi general. Los dos tenemos aquí familia.

—Enhorabuena: váyanse ahora mismo si gustan..., y digan que a las once entraré con mi Estado mayor a saludar a las autoridades de ese heroico pueblo, al pueblo todo, a la valiente guarnición, a la intrépida Milicia.

Anunció a la sazón un ayudante que por el camino de Deusto subía mucha gente, comisiones de la Diputación y Ayuntamiento y medio pueblo detrás. No esperaron más Uhagón y Calpena y se fueron monte abajo, salvando trincheras; pero como por los mismos vericuetos subía bastante gente, y entre ella muchos conocidos de Uhagón, a cada instante habían de detenerse. Entre saludos aquí, abrazos allá, y el contestar a los vivas, y el dar noticia sintética de los combates de la noche anterior, emplearon cerca de dos horas en llegar a Deusto. Ardiendo en impaciencia, Calpena tiraba de su amigo como de una impedimenta fastidiosa y necesaria. Cuando llegaban a la Salve, Uhagón hubo de contener el paso vivo de Fernando, diciéndole:

—No corras, que, aunque volaras, no habríamos de llegar tan pronto como deseas. Afortunadamente, al entrar en mi

pueblo no necesitarás hacer averiguaciones para encontrar lo que buscas. Conozco a los Arratias, Sabino y Valentín; conozco la casa de la Ribera. Lo que siento es no poder acompañarte: ya comprenderás que he de ir inmediatamente a mi casa, y antes de llegar a ella encontraré parientes, familia que me cogeran y me secuestrarán. Si no quieres venirte conmigo a casa, yo buscaré persona que te llevará a la Ribera... No puedes perderte... Sigues por esta orilla del Nervión. Ves el paseo del Arenal, y adelante siempre, junto a la ría; ves el teatro, y adelante... Y ya estás allí... Miras las puertas de las tiendas, y donde veas una fragata a toda vela..., una muestra con un barco pintado..., allí es.

A poco de decir esto el bilbaíno cayeron en un grupo entusiasta, frenético, en el cual más de veinte individuos abrazaron a Uhagón porque le conocían, a Calpena sin conocerle, y que quieras que no hubieron de detenerse a cantar odas y elegías ante los ahumados muros de San Agustín. Calpena no pudo ser insensible ni a las demostraciones de aquel patriotismo delirante, ni a la simpatía y afecto con que los desconocidos le llevaban de un lado a otro, enseñándole las gloriosas ruinas, los escenarios de muerte, trocados ya en históricos monumentos.

Viéndose separado de Uhagón, que en el barullo fué arrastrado lejos de su amigo, los que rodeaban a Calpena dijéronle con cariñosa urbanidad:

—Ya encontraremos a Celestino. Usted se vendrá a mi casa.

Y todos se brindaban a llevársele en cuanto vieran entrar al general victorioso. Agradecido, se excusó el madrileño cortésmente, y sin darse cuenta del tiempo que engañoso transcurría, se dejó querer, se dejó llevar. Llegados a la Cendeja, el gentío les estorbó el paso. Quisieron retroceder, y se encontraron frente a otro tumulto y vocerío más grandes. Espartero se aproximaba con todo su Estado mayor para entrar solemnemente en la plaza como libertador glorioso. En los remolinos del gentío para abrir calle vióse Calpena separado de los desconocidos que le acompañaban; buscóles con la vista; pero ni ellos ni Uhagón aparecían entre las mil caras de la muchedumbre, las cuales, por la unidad del sentimiento que expresaban, parecían pertenecientes a un solo ser. Imposibilitado de avanzar, arrimóse a un paredón, y vió al general a pie, avanzando con marcial gallardía por delante de San Agustín y atravesando después por el paso que al efecto abrieron en la Batería de la Muerte. La exclamación popular en aquel hermoso momento; el estallido de la muchedumbre, confusa mezcla de entusiasmo, de gratitud, de duelo, de amor, fué como un llanto inmenso. Engranado en el conjunto, y partícipe de la total emoción, Calpena lloraba también con gritos de alegría.

Mientras Espartero abrazaba en el Arenal a los jefes de la Milicia, los remolinos de gente llevaron a don Fernando de una parte a otra. No podía sustraerse al delirio del pueblo; sentía con él el júbilo de la victoria y el dejo amargo de los pasados sufrimientos. La ola humana, que reventaba en cánticos, en vivas y clamores diversos, le arrastraba. Se sintió ciudadano de la valerosa villa; se sintió sitiado, hambriento, moribundo, redimido al fin por el propio esfuerzo y el del héroe que en aquel instante confundía su legítimo orgullo con el del vecindario y su fe con la fe bilbaína.

Hasta que fué pasando lo más fuerte de la emoción popular no se vió Calpena fuera de la ola... Pensó en orientarse. Reconociendo el punto por donde había entrado y observado el curso de la ría, restableció su rumbo. «Por esta orilla, siempre adelante», le había dicho Uhagón. No tardó en reconocer el teatro, y hacia él se encaminaba, cuando se inició un movimiento de la multitud en la propia dirección. Vacilaron un instante los grupos delanteros. Aquí decían que el general iba al Ayuntamiento; acullá, que a la Diputación. Pero debieron estar en lo cierto los que indicaban el primer punto, porque la masa de bilbaínos, ardiente, bulliciosa, entonando patrióticos cantos y enarbolando trofeos militares, corrió hacia la Ribera.

«Hacia allá vamos todos», se dijo Calpena, dejándose arrastrar nuevamente por la ola y arrimándose todo lo que pudo al pretil de la ría para no perder su derrotero. Miraba una por una las casas fronteras, y antes de que terminara la curva que en aquella parte describe la línea de edificios, obediente al curso

del Nervión, vió encima de una puerta una hermosa fragata navegando a toda vela. ¡Allí era!... La multitud llenaba por completo la vía desde las casas hasta el río. Sobre el mar de cabezas en movimiento navegaba la fragata en dirección contraria, embistiendo con su gallarda proa la corriente humana. Así lo vió Calpena, observando al propio tiempo que en los balcones inmediatos al barco no había gente, y que la puerta de la tienda estaba cerrada.

Agarróse al pretil para zafarse de la ola, como el náufrago que se agarra a la peña. Realmente trazas de náufrago tenía. El fango le llegaba a las rodillas: temblaba de ansiedad, de frío...

Santander (San Quintín),
enero-febrero de 1899.

FIN DE
«LUCHANA»

LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO

I

En la derecha margen del Ebro y a cinco leguas de la por tantos títulos esclarecida Zaragoza existe la villa de Julióbriga, fundación de romanos, según dicen libros y rezan lápidas desenterradas, la cual, en tiempos remotos, mudó aquel nombre sonoro por el de Fuentes de Ebro, con que la designaron cien generaciones aragonesas. No por los hechos históricos que ilustran esta villa (pues en lo antiguo dicen que fué *lugar de moros,* y algún chinazo le tocó en la guerra de la Independencia y en los dos inmortales *sitios);* no por la fertilidad de su término, regado por el canal Imperial; no por las estameñas que fabrican sus tejedores, ni por las excelentes lechugas que crían sus huertas, ni tampoco por su gótica iglesia parroquial, donde yacen, en desmoronados sepulcros, multitud de condes de Fuentes, que rabiaron o hicieron rabiar al pueblo, aparece éste en la primera página de la presente relación, sino por la fama del parador de Viscarrués, situado en la plaza, junto a la llamada *casa del rey,* el cual gozaba de gran crédito y favor entre los arrieros y trajinantes que comunicaban a Zaragoza con el reino de Valencia. Asimismo confluían allí los trayectos peoniles y carromateros de la parte de Alcañiz, del Maestrazgo y Vinaroz, de la tierra baja de Teruel, Híjar y la cuenca del río Martín. Los barqueros del canal Imperial, así como todo el personal de fontanería, eran también fieles parroquianos de Viscarrués, el cual daba excelente trato a las caballerías primero, a las personas después, y poseía un amplio local con cuadras extensas, donde podían acomodarse, entre animales y arrieros, como unos treinta pares. En el piso alto no faltaban aposentos *para señores,* algunos hasta con camas, otros bien acondicionados de mullidos jergones. Era la cocina monumental, con el hogar guarnecido de poyos, y por uno y otro lado mesas largas, donde podían tomar el pienso hasta veinte parroquianos. Servía Viscarrués un cariñena superior, sin competencia en cuatro leguas a la redonda, y para todo pasto un tintillo de Contamina que en lo de alegrar corazones y cabezas parecía hermano de la jota. Uno y otra procedían de la misma cepa.

Los más de los días, Viscarrués y su familia no tenían manos para servir a la mucha y diversa gente que en el parador se juntaba. Uno de los criados, llamado Guasa (verdadero apellido, no apodo), natural de Jaca, y más vivo que el azogue, hacía milagros de ubicuidad y diligencia. Pero llegó un día, mejor dicho, llegaron tres días, en que ni el ventero con sus hijas y su mujer, ni Guasa con toda su agilidad ratonil, pudieron atender al golpe de personas y acémilas que se metieron por aquellas puertas con hambre y sed, pidiendo vino, cebada, carne y un montón de paja para dormir. Furioso Viscarrués por no disponer de cuádruple local, se tiraba de los pelos, y su mujer del moño; Guasa andaba de coronilla; la *parroquia* se impacientaba; todos pedían a un tiempo su remedio. Con gran trabajo y a puñados les iban acomodando aquí y allí, metiendo ocho en cada cuarto de arriba, estibando a otros en las cuadras, por grupos, por series, por manadas; y para dar de comer se ponían los platos en el suelo, por no haber ya mesas; los jarros de vino pasa-

ban de boca en boca, sin vasos; los guisados iban a la rueda en grantes fuentes, chorreando salsa, y no se oían más que voces airadas del que pedía su parte, del que, no contento con la primera ración, pedía la segunda. Aquí esgrimían cucharas, allá repicaban en los vasos con toque de cuchillos. El vino, abundante, suplía las escaceses del comer, y si en una parte echaban maldiciones a Viscarrues, en otra le vitoreaban como al primer posadero del mundo. «Hay que dispensar en días como éste», decía él, levantándose después la faja que se le caía. A Guasa colmábanle de injurias, que le excitaban a un enojo risueño; y era tal su sofocación, que regaba con honrado sudor los manjares que servía.

Fué causa de tan desmedida aglomeración la coincidencia de dos caravanas de pasajeros, la una que venía de Oriente, huyendo de la guerra; la otra, de Occidente, que hacia la guerra iba. Componían la primera familias neutrales o que querían serlo, algunos lisiados y enfermos; la segunda constaba, principalmente, de la oficialidad y clases de una columna enviada del Norte para incorporarse a la brigada de Borso di Carminati. La guerra mata y resucita, destruye y crea. La sangre que no se derrama en los combates circula con más vigor y nutre partes desmedradas del organismo social, mientras otras perecen. Viscarrués, que se estableció sin un cuarto en 1830, se retiró el 46 con el riñón bien cubierto. Sus hijos siguieron carrera en Zaragoza. Traspasado el parador a Guasa, éste se hizo también rico, y en 1860 poseía casa en La Almunia, un café en Cariñena y suyos eran los coches de la estación de Calatayud y los que hacían el servicio a Paracuellos de Jiloca. Volviendo a lo que se refiere, debe decirse que aquel tumulto del parador de Fuentes de Ebro pertenece a las cronologías del año 37, que hasta en los mesones había de ser año de confusión y trapisondas: el mes era *febrerillo loco*. Un solo dato pudo arrancar el historiógrafo a la empedernida memoria de Mateo Guasa: era que aquel día fué el primero del año en que se agregaron al cocido las habas verdes.

Y que estaban muy buenas, como declararon todos, con excepción de una señora, ribereña de Navarra, que sostuvo la superioridad de las habas de tierras de Cintruénigo... A esto observó uno, después de empinar el codo, que mejor que las habas le sabían a él las hembras de la Ribera, y buena muestra del género era *lo presente*, cuya gentileza y hermosura a todos cautivaban... Replicó ella con donaire que no era ensalada más que para uno solo y único dueño, el cual no admitía bromas. Pronto se corrió entre los individuos de aquel jovial grupo que la tal moza era casada y que iba a la guerra con su marido, sargento recientemente ascendido a alférez, el cual se alojaba también allí, y había salido a ocupaciones del servicio. Entrando en conversación la hermosa mujer, en quien habrá reconocido el lector a Salomé Ulibarri, les dió cuenta, con abundosa y pintoresca verbosidad, de los prodigios de Luchana y Banderas, y de las proezas que allí había realizado Baldomero Galán, su esposo, secundando las disposiciones del otro Baldomero. El empleo de alférez era recompensa mezquina para servicios tan eminentes... Despertada en el auditorio la curiosidad, se prolongó el relato de lo de Bilbao bastante tiempo, tan gustosos ellos de oír a la historiadora, como ésta de pregonar tan lucidas hazañas. Emprendieron después los otros historia fresca de lo del Maestrazgo, que habían visto; pero a lo mejor de ella, solicitada de otra parte la atención de Saloma, se apartó de la mesa. Mirando casualmente hacia la escalera del parador, vió que por ella descendía un caballero anciano en compañía de dos mozos, al parecer de su servidumbre, el cual, renegando con agrias voces de no encontrar alojamiento adecuado a su categoría, avanzó hacia la calle cogido al brazo de un criado. Tanto el fláccido rostro del noble señor, como su desmayado cuerpo y deslucida y polvorienta ropa, declaraban el cansancio de un largo camino. Fué tras él Saloma, y viéndole parado en medio del portal, se le puso delante, en actitud de quien intenta dar una sorpresa; mas no hizo el buen señor ademán de reconocerla. Impaciente y desconcertada la moza, además movida de grande compasión hacia el caballero, le tocó suavemente en el brazo, diciéndole:

—Pero ¿es posible que no me conozca o no quiera conocerme el señor don Beltrán de Urdaneta?

—¡Saloma..., hija..., chica!—exclamó el prócer, abriendo los brazos—. ¿Tú por aquí?... Maña, te he conocido por la voz..

¿No sabes? ¡Ay, me estoy quedando ciego!... Salgamos un poquito afuera para que con la luz de la calle pueda ver tu hermosura.

—Pero ¿adónde va por aquí tan descarriadico, señor?

—Hija..., es largo de contar—replicó don Beltrán, sacando un pesado suspiro de las honduras de su pecho—. Me muero de fatiga, de hambre..., y ese bruto de posadero no quiere alojarme... No puedo ya con mi cuerpo..., ni con mi alma.

—Todo lo de arriba está lleno... En cada aposento siete personas..., como sardinas. Tampoco yo tengo cuarto.

—Déjame, déjame que te mire...—dijo el prócer, acercando su rostro al de ella, embobado, sobreponiendo su afición estética a las tristezas del desamparo en que se veía... Sí, sí, te reconozco... ¡Qué linda eres! Si no fuera sacrilegio suponer que Dios se equivoca, le preguntaría por qué no te hizo nacer en posición elevada. Habrías sido una gran mujer, una gran dama, una...

Más atenta a proporcionar al noble señor el reparo que necesitaba que a sus delicados galanteos, le dijo que urgía disponerle al instante la mejor comida que se pudiese. Enganchándole del brazo, le condujo hacia la cocina, dando voces al paso, en requerimiento de Guasa y de los demás servidores de la posada.

—¡Qué desconsiderados sois!—dijo al propio Viscarrués—. Pero ¿no conocéis al señor, el primer noble de Aragón? No sabéis tratar más que con animales.

Disculpóse el ventero, alegando que no había conocido al señor don Beltrán, y se apresuraron amo y criados a ofrecerle cuanto tenían. A ratos ayudando a servirle, a ratos sentada frente a él viéndole comer y beber con gana, nuevamente le interrogó Saloma sobre su viaje, movida no tan sólo de la mujeril curiosidad, sino del interés afectuoso y desinteresado que el ilustre viejo le inspiraba.

—¿Va el señor a Zaragoza o viene de allí?

—Vengo, hija, vengo... He salido de Cintruénigo con ánimo de no volver más allá. Un rapto de cólera, de orgullo, de dignidad más bien... Yo soy así: no tolero que nadie me humille, y las impertinencias y groserías de Rodrigo y de *doña Urraca* han sido tales, que no he tenido alma para tolerarlas más tiempo. Salí del caserón de Idiáquez como un colegial que se escapa. A la falta de libertad, al despotismo de *doña Urraca* y de su hijo prefiero la vagancia, la miseria, la muerte misma... No más, no más...

—Supe que el señor había ido a Medina de Pomar.

—Y no encontré, ¡ay de mí!, la acogida que esperaba... Ya no hay hijos quiero decir hijos buenos. Esa raza concluyó. Con estas malditas guerras entre hermanos parece que ha venido al suelo toda ley de humanidad, y hasta los sagrados fueros del parentesco y de la sangre... Al hablar de estas cosas, se me atraviesa aquí, en el pecho, un bulto, una cosa dura y lacerante que no me deja comer ni respirar... Espérate a que pase... Ya pasa... Te contaré en dos palabras que al volver de Mena, donde, lo repito, encontré más egoísmo que piedad, desconsideraciones que me han llegado al alma, recibiéronme los Idiáquez de un modo muy desapacible. Los morros de *doña Urraca* se extendían cuarta y media fuera de las líneas borriquiles de su rostro, y mi esclarecido nieto no hacía más que contrariar mis hábitos y rodearme de estrecheces indecorosas. ¿La causa de esto? Es muy sencilla. Sabrás que entre mi nuera y doña María Tirgo habían concertado la boda de Rodrigo con una rica heredera de La Guardia. Celebráronse vistas. No sé lo que pasó, pues yo me hallaba en Mena; sólo supe, antes de salir de allí, que de improviso y con algo de estruendo se vino a tierra todo aquel tinglado de la boda.

—¿Y le echaron al señor la culpa?

—Naturalmente; yo soy el gato, el niño enredador causante de todas las roturas de platos y demás averías que ocurren en la casa. No hay quien le quite de la cabeza a Juana Teresa que por intrigas mías se deshizo el bodorrio. Y yo te aseguro que no he tenido arte ni parte en ello. Declaro ingenuamente, eso sí, que me alegré y me alegro del percance, festejándolo como justicia de Dios y castigo de la conducta inhumana de los Idiáquez con este pobre viejo. Pero nada más, nada más... Cansado al fin de la reglamentación de colegio a que pretendían sujetarme, me vi en el duro caso de preferir la miseria a la esclavitud, y la libertad al vivir triste, al régimen conventual de la casa de Cintruénigo. La imagen de *doña Urraca* se me ha hecho

tan odiosa, que por no verla me iría descalzo y pidiendo limosna a la más lejana región del mundo. Créelo, chica. Soy noble: no tolero la humillación. En cualquier estado sabré conservar mi dignidad.

Con pena y lástima muy vivas oyó Saloma el relato de don Beltrán, no atreviéndose a contradecirle ni a proponerle la vuelta al hogar abandonado, porque el respeto a tan gran caballero y a su desgracia la cohibía. Atenta al alivio de su necesidad, le dijo que, pues era totalmente imposible recabar de Viscarrués un buen aposento, no había más remedio que acomodar al señor en la cuadra. Ella respondía de arreglarle en aquel humilde lugar un lecho abrigado y cómodo, combinando los haces de paja y las buenas mantas que ella traía, de tal modo, que no echara de menos los infames camastros de la posada. Accedió a esto don Beltrán con expresiones de gratitud, muy conmovido, sonándose fuerte, y añadió que pues Jesucristo Nuestro Señor nos había dado ejemplo de humildad naciendo en un pesebre, bien podía sin desdoro un noble, que nada tenía de divino, dormir y hasta terminar su existencia en montones de paja, al abrigo de gentes sencillas y de rústicos animales.

II

—Ya sé—dijo después el prócer a la guapa moza, plegando los ojos para verla mejor—que, al fin, te has casado con Baldomero. No ha sido poca suerte para ese bruto. ¡Vaya una hembra que se lleva!

—Sí, señor... Pero ¿usía no sabe que es alférez?

—¡Qué me dices!... ¡Alférez! ¡Hola, hola!... ¡Todo un oficial del ejército! Siempre fué arrojadísimo, con una cabeza más dura que el mármol y un corazón insensible al miedo... Vaya, ¿y está aquí, en la columna que ha llegado del Norte?

—¡Y que no se alegrará poco de ver a vuecencia! No tardará en venir.

A uno de los mozos de Urdaneta, que en otra mesa comían, ordenó Saloma que saliese a buscar a Galán por las calles del pueblo y a darle conocimiento de la presencia de su antiguo amo. Nacido en Fuenmayor y recriado en Cintruénigo, Baldomero había servido a don Beltrán antes de entrar en el militar servicio. Seis años comió el pan de Idiáquez y Urdaneta, ya en el empleo de ayuda de cámara, ya en el ejercicio de montería o en otros menesteres de la casa. Bienquisto de sus amos, dejó en la familia memoria de leal y honrado, aunque muy duro de mollera. Andando el tiempo, ya soldado distinguido, sargento después, siempre que su batallón pasaba por Cintruénigo visitaba a los señores. Allí conoció a Saloma, que, rodando de aquí para allá con borrascosa y turbada vida, después del fusilamiento de su padre en Miranda de Arga, fué a parar a casa de una tía materna, que tenía en arrendamiento tierras de Idiáquez y vivía en una torre próxima al palacio señorial. Toda esta parte de la historia de Galán y Saloma es algo oscura y no ofrece bastante interés para que se emprendan, por esclarecerla, investigaciones muy minuciosas.

Volviendo al relato, se dirá que don Beltrán manifestó a su amiga que no iba, no, a la ventura por aquellos derroteros, pues le guiaba un fin concerniente a sus intereses y al remedio inmediato de su actual posición lastimosa.

—Ya te lo explicaré cuando esté más sosegado—agregó, recobrando algo de su animación—, pues supongo que iremos juntos largo trecho. Por de pronto, sólo te digo que salí de Cintruénigo con recursos muy inferiores a lo que exige mi categoría, que tendré que resignarme a ciertas privaciones... Mi principal inquietud es que me corten el paso las tropas de Cabrera o las partidas que sueltas y desbandadas infestan toda la tierra de Teruel. Otro temor me quita el sueño, y es que los dos únicos chicos que he podido traerme, Tomé el de la *Chata*, y Francisquillo Maestre, no puedan seguir en mi compañía más allá de Híjar, por el peligro de que les coja la facción. Tú les conoces: dos chicarrones de diecinueve años, que no manejarían mal el chopo, y de uno de ellos sospecho que lo cogería de buena gana por dar gusto al dedo. En fin, si les pierdo, ya sea por medrosos, ya por atrevidos, tendré que ir solo, encomendándome a Dios y a la Virgen, pues no puedo abandonar mi empresa, única solución decorosa para los pocos días que me restan de vida.

En esto entró Baldomero, que derecha-

mente, morrión en mano, se fué a besar la de don Beltrán, y poco le faltó para hincar una rodilla en tierra. Sincero, nacido del corazón era su acatamiento, pues amaba al anciano; y cuando éste abrió sus brazos para expresarle con un buen apretón su enhorabuena y el regocijo de verle oficial, Galán hizo pucheros y algunas lágrimas bajaron a humedecer su bigote de moco, imitación del de Espartero.

—Bien, hijo, bien, adelante... Capitán, será ya como tenerlo en la mano. Date prisa a ganar empleos, porque antes de morirme quisiera ver a Saloma hecha una señora coronela.

Era Baldomero Galán un mocetón en quien la estampa no desmerecía del apellido, alto, garboso, mejor formado de cuerpo que de facciones, pues su nariz excedía un tanto de la medida proporcional, y sus ojos, hermosos y grandes, bizcaban un poco, resultando una desmedida fiereza de expresión. Indomable en la guerra, fiel a sus deberes cual ninguno, pronto a dar la vida cien veces por el honor de su bandera, en la vida doméstica era un angelón, y su esposa no tenía que hacer el menor esfuerzo para dominarle. Hízole sentar don Beltrán a su izquierda: le sirvió vino, después de obsequiarle con un puro. Fumando los dos, el pobre viejo, gozoso de tener a quien contar sus infortunios, hizo segunda edición de lo que ya había referido a Saloma, recargando amargura en las acusaciones contra su nieto y nuera. Suspiraba Galán al compás de los suspiros de su antiguo señor, y no acertando con la mejor fórmula de consuelo, se ofreció a prestarle en su viaje toda la ayuda que el servicio le permitiera.

—Tanto Saloma como yo, señor don Beltrán, estamos a la disposición de usía para lo que guste mandarnos, y le cuidaremos y asistiremos como a un padre.

Urdaneta le apeó el tratamiento, pues del chicarrón que tuvo a su servicio al señor alférez que delante veía había distancia social muy grande. Agradeciendo al matrimonio sus ofrecimientos, manifestó que deseaba recogerse.

—Véase—dijo a Galán, mientras corría Saloma en busca de las mantas—cómo Dios no abandona a los buenos. Sólo y triste venía yo por esos caminos, agobiado del peso de mis desdichas, afligido al propio tiempo por mi ceguera, que crece de día en día, y cuando menos lo esperaba me salen al encuentro dos amigos cariñosos, dos almas caritativas que me consuelan, que me alientan... ¡Qué hermoso es encontrar en nuestro camino la gratitud! Tú y tu mujer me debéis algunos beneficios; también los prodigué yo al buen Adrián Ulibarri, padre de Saloma, y ahora me veo recompensado por vosotros... ¡Ah!, si me pierdo, que me busquen entre los humildes, que son siempre los agradecidos y generosos.

Irguiéndose, como si al restaurar las fuerzas de su cuerpo recobrase también vigor y esperanza su espíritu, emprendió, asido del brazo de Galán, el camino de la cuadra. Parándose a cada instante, decía:

—No, no: Urdaneta no puede ni debe terminar sus días en la humillación. Oye, Mero: ¿será fácil penetrar en tierra de Teruel hasta Mora de Rubielos, siquiera hasta los montes de Gúdar?

—Señor, *las hordas de Cabrera* son dueñas de casi todo el país—replicó Galán, que hablando de guerra solía emplear las fórmulas usuales de la Prensa patriótica, de las proclamas y órdenes generales en campaña—, y mientras no consigamos limpiar de *enemigos fratricidas* todo el territorio de esta Comandancia general, no le aconsejo a nadie que penetre, señor..., a menos que lleve un salvoconducto en regla, expedido por el *obcecado pretendiente.*

—Ya, ya lo pensaremos, pues entre los cabecillas facciosos no me faltan amigos.

En esto, Saloma escogía el rincón más abrigado de la cuadra, el mejor defendido contra las corrientes de aire y las patadas de los mulos, para armar en él un mullido nidal donde descansase el noble viejo. Fué robando puñaditos de paja en este y el otro montón; apartó toda la basura; hizo mudar de sitio a un gallo con varias gallinas, y la obra quedó terminada pronto a satisfacción del que debía disfrutarla. Todas las mantas que tenía las aplicó a la comodidad de don Beltrán, unas debajo, otras encima de su cuerpo. Mientras Mero le quitaba las botas, envolviéndole los pies en la manta de Tomé, Saloma le liaba a la cabeza un ancho pañuelo de seda, despojándole antes de su levitón y dejándole en mangas de camisa. Ofrecía el aristócrata una extraña figura, de la que él mismo se reía, cuando se tendió de largo a largo

sobre la paja. Con refajos y ropa suya improvisó Saloma una almohada, y no pareciéndole bastante, propuso que ella se acomodaría sentada junto a la pared, formando como cabecera del improvisado lecho, y sobre sus rodillas se apoyaría la almohada, sosteniéndola en alto de de modo que no se hundiese la cabeza de don Beltrán. Para completar la obra, se convino en que Galán pasaría la noche a los pies del señor, para contener el frío por aquella parte, mientras por la otra sostenía la calor el gentil cuerpo de Saloma. Hallábase Urdaneta algo acatarrado, y estornudaba constantemente; mas no sintiendo otra molestia real que el frío, procuraba agazaparse bien, y en medio de las mantas recobró su buen temple y jovialidad, dando por excelente tal situación y creyéndola un especialísimo favor de Dios en aquellos tristes días.

—Paréceme, hijos míos, que no debo quejarme—les dijo risueño—, pues ¿qué más puedo ambicionar que este tranquilo reposo, este abrigo que me habéis dado, y, sobre todo, el calor de vuestra compañía cariñosa? Os veo como a dos ángeles que Dios me envía para asistirme. Y es como si con vuestra presencia me dijera: «Ya ves, Beltrán mío, que no te abandono.» En verdad os aseguro que no cambiaría este lecho por el del Papa o el emperador de Rusia. Aquí se está muy bien, con un guardián y calentador por la cabeza y otro por los pies..., y esta sencillez, y esta libertad... Vamos, que estoy contentísimo, y ahora me permito despreciar todos los cuartos de fonda, con sus camas frías y sucias, y su soledad triste... Bien, bien: Mero y Saloma, mis buenos amigos, sed caritativos hasta el fin; y pues el sueño se ha declarado mi enemigo, contadme alguna cosita para engañar el tiempo.

Reclinado a los pies del señor, Galán habló largamente de la campaña del Centro, a la cual se daría gran impulso para exterminar de golpe a *los satélites del oscurantismo*. No lejos de ellos había otros grupos; y a medida que avanzaba la noche, fueron entrando en la cuadra más huéspedes, y se formaron entre paja y dornajos montones de humanidad que producían extraños ruidos: aquí conversaciones y disputas vehementes, allá un roncar estruendoso.

—Mero, hijo mío—dijo al alférez don Beltrán, de cuya persona no asomaba entre las mantas más que la nariz—, por alguna palabra que llega a mis oídos de lo que hablan esos tres hombres que están a tus pies, entiendo que son de Rubielos. Acércate y pregúntales si conocen a Juan Luco, rico propietario en término de Mora, alcalde que era de esta villa hace dos años.

Poco después se aproximó un hombre, de estatura más que alta gigantesca, vestido a estilo aragonés neto, con su pañizuelo en la cabeza, faja morada y muy caída, mal envuelto en una manta, como herido o enfermo, un brazo en cabestrillo, la faz atezada, ruda, huraña. De su andar no debía decirse que era cojo, sino que cojeaba, y uno de sus pies, envuelto en un lío de trapos, abultaba como la pata de un elefante. Sus primeras palabras, al acercarse al grupo, fueron torpes, balbucientes:

—El señor alférez me manda... que le diga... Gran señor, yo no veo dónde está su ilustrísima, ni sé quién demonios es... ¡Otra!... Ya le veo como enterrao en el panizo...

—Siéntate..., tú eres de Teruel: no puedes negarlo—dijo don Beltrán sin moverse, no enseñando de su persona más que los ojos sin vista y la nariz sin olfato—. Descansa, que, por las trazas, bien lo necesitas.

Con lentitud y ayes de dolor fué doblando su corpachón el aragonés hasta hundir la paja con sus asentaderas, no lejos del puesto de Galán, y cuando halló postura cómoda, dijo que de Teruel mismamente no era, sino de Cuatro Dineros, barrio de Montalbán, y que conocía todo el país entre Ademuz y Puerto de Beceite como la palma de su mano.

—¡Ah!—exclamó Saloma prontamente—, si ya te conocemos. Yo bien decía: conozco a este bruto. Tú eres Joreas, el que hace dos años trajinaba con mulas desde Vinaroz a Tudela... Y después te fuiste a la facción, y de la facción vienes ahora, puerco.

—Con perdón de la señá tinienta y de la compañía, digo que lo de puerco no es razón, y sí lo es que me llamo Tanasio Joreas. Como hombre honrado y cabal, no niego haber estuvido en la faición a las órdenes del Serrador, primero, del Royo de Nogueruelas, dispues, porque sentía de mi natural que debíamos ensalzar los divinos derechos del rey don Carlos... Pero aquí me tienen harto de desengaños

con más balazos en mi cuerpo que pelos en la cabeza, muerto de hambre, con mi casa y familia perdidas, porque una de mis masadas la arrasó el liberal, otra el legítimo..., mis hijos muertos, todo hecho cenizas, y yo poco menos que cadavérico. Lo que no me ha quitado el neto, me lo ha quitado la usurpadora; y al fin, cansado de pelear, y de sufrir, y de ver espantos, y de pisar tripas de cristianos, dije: «No más derechos legítimos ni no legítimos, no más, no más», y me escapé, y huyendo de la tremolina vengo por trochas y atajos en busca de un terreno donde haiga paz, donde los hombres sean cristianos, no carniceros... Yo he sido malo; yo he sido, como tantos, lo que dice la señora, faicioso y peleador y verdugo de mi natural; pero ya le he tomado asco al matadero. Me llamo *Joreas el escarmentado,* y voy a Zaragoza en busca de un pedazo de pan que yo pueda meter en la boca sin que, al mascarlo, me parezca que lo han amasado con sangre.

Callaban todos los oyentes, entristecidos por las lúgubres palabras del escarmentado, y al fin rompió el silencio don Beltrán, diciendo:

—¡Pobre Joreas! Tu arrepentimiento es de celebrar, y ojalá se convencieran todos como tú y siguieran tu camino... Pero vamos a lo que me importa. Conocerás a Juan Luco.

—De los mejores hombres de Aragón..., sí, señor..., gran persona... Y con muchas talegas. Suyas eran las dos masadas de Rubielos, y en Mosqueruela y Forniche Bajo tenía más de mil cabezas..., hombre cabal, buen amigo y padre del pobre...

—Explícate: ¿ha muerto?

—Señor, no se enfade conmigo, que yo no he sido más que destrumento. A la vuelta de Manzanera nos salió con catorce hombres armados de escopetas... Le cogió la partida de Peinado, donde yo iba, y no tuvimos más remedio que afusilarle... Señor, puede creérmelo: como Dios es mi padre le digo que le digo la verdad... Fué que cuando me mandaron tirarle y le tiré, las lágrimas me corrían... Yo decía para mí: perdóneme, don Juan, que no soy más que destrumento...

III

—¡Qué horror!—exclamó don Beltrán, haciendo sonar la paja con el estremecimiento de todo su cuerpo—. Bandido, quítate de mi presencia... No, no te vayas: da más explicaciones...

—Bandido, no, señor... Yo lloraba... Es la guerra, señor, la guerra. Aluego que le enterramos fuimos a quemarle la masada de Cabra de Mora.

—¿Y la incendiasteis?

—No pudo ser, señor, porque... la habían quemado ya los cristinos el día antes, llevándose dos yeguas. Fué la columna del coronel Buil, uno muy perro, que fusiló en Concud a mi hijo Agustín.

—Ojo por ojo y diente por diente. Los hijos de Luco vengarán a su padre.

—No, señor. ¿Les conoce vocencia?

—Sí, y sé que son valientes.

—Eran.

—¿También han muerto?

—No me eche a mí la culpa, sino al Nogueras, el más bruto que hay en la Usupación.

—¿Luego eran carlistas?

—Bruno, sí, señor; desde el tiempo de Carnicer se alistó en las sacras banderas. Luego andaba con el *fraile Esperanza* y con el *organista de Teruel.* No tenía trato con su padre ni con su hermano Cinto, el cual seguía la bandera puerca de Isabel... Por esto dicen que esta guerra se ha vuelto tan farisea o faricida.

—Fratricida, que quiere decir guerra entre hermanos.

—Y entre padres e hijos, y maridos y mujeres. Cinto Luco, casado en Aliaga con la hija mayor de Crescencio Marlofa, salió con los urbanos de la villa y un destacamento de tropa. Don Ramón, el propio don Ramón, les deshizo... Escapó Cinto con su mujer y el chico menor de Marlota, y se escondieron los tres en una cueva de Peñarroya de los Pinares, donde, descubiertos por el cura Lorente...

—¿También fusilados? ¡Qué villanía!

—No, señor..., les pusieron en cueros, sin distinguir..., vamos, que a la chica le quitaron hasta la camisa, y luego les alancearon...

—¡Cállate, por Dios!... Vete, vete a expiar tus delitos.

—Es la guerra, señor. Yo no tuve culpa, ni estuve en eso... Me lo contaron.

Habíanse agregado otros dos al grupo, recostándose junto a Joreas. Por las trazas eran sus compañeros, como él, escarmentados o arrepentidos.

—Yo lo vi—dijo uno de ellos, joven y de palabra fácil y correcta, revelando mejor educación y origen social que sus compañeros—, y desde aquel día me escapé con otros seis de la partida de Lorente, y nos agregamos a Forcadell. Nos teníamos por guerrilleros, no por bandidos.

—No sigáis—dijo don Beltrán, que no sentía ya frío, sino un calor sofocante, y sacó los brazos fuera de las mantas—; no sigáis, por Dios, pues también vais a decirme que el hijo menor de mi queridísimo Juan Luco, el pequeño, mi ahijado, Francisquín, ha perecido también en esa guerra de cafres.

—Francisquín fué pasado por las armas en la acción de Liria—afirmó Joreas.

—Tú no sabes de eso—dijo prontamente el segundo escarmentado—. Yo estuve en Liria, y puedo contarlo.

—Mi parecer—dijo Mero—es que todas esas historias fratricidas deben quedarse para mañana.

—Lo mismo pienso—manifestó Saloma—. El señor necesita descanso, y no se le han de contar tragedias, sino chascarrillos y donaires.

—Gracias, hijos míos; pero la ocasión es trágica: no podemos sustraernos a estos horrores... Que sigan: usted, joven, infórmeme de lo de Liria y de la suerte de mi ahijado Francisco Luco. ¿Es usted de este país?

—Eustaquio de la Pertusa, natural de Binéfar, en tierra baja de Huesca, para servir a usted; estudiante de Teología y Cánones hasta febrero del treinta y cinco; después, ayudante de Cabañero, alférez en la columna de Pertegaz, y, al fin, escarmentado y desengañado. Pues el veintinueve de marzo..., recuerdo bien la fecha, porque eran mis días: San Eustaquio, obispo..., sorprendimos la plaza de Liria. Don Ramón recorría el llano de Valencia recogiendo mozos, dinero y caballos. Pertegaz fué el encargado de la sorpresa. Antes de romper el día, nos llegamos callandito a las puertas de la ciudad, defendida por nacionales. Abrieron ellos, confiados, sin tener noticia de que estábamos en acecho, y fácil nos fué entrar, despachando en la primera embestida siete, después nueve, cogiendo veintisiete prisioneros, con algunos vecinos del pueblo. Saqueamos no más que dos horas; y al salir, don Ramón, que acampado estaba en Puebla de Balbona, nos mandó ir a Chiva con los prisioneros

—¿Y entre ellos estaba el pobre Francisquín?... ¡Ay!

—Sí, señor. Yo le conocía del Seminario de Huesca, donde juntos estudiábamos Teología, y por el camino de Chiva hablamos, y le dije que tuviera paciencia, que de fusilarles, lo haríamos previa confesión, según costumbre y ley de nuestro ejército, con lo que, si se perdía el cuerpo, se ganaba el alma, que es lo principal.

—Grandísimo perro..., la hipocresía de tu ferocidad me causa horror—exclamó don Beltrán sin poder contenerse—. ¡Pobre Franscisquín! Sigue, sigue.

—Pues en Chiva se mandó confesar a los prisioneros, que para estos casos lleva cada partida, por pequeña que sea, su capellán..., y...

—Basta. ¿Tendrás valor para referir que hiciste fuego sobre tu pobre amigo, tu compañero de estudios teológicos?... ¡Bonita teología aprendiste, mal hombre, mal subdiácono, si lo eres, mal español!... Si vives tranquilo será porque no tienes conciencia, porque no sabes lo que es Dios, aunque mil veces le hayas nombrado estudiando cosas que no has entendido... No me levanto—agregó el señor, excitadísimo, retirando su abrigo y removiéndose sobre la paja—, no me levanto y te doy un par de pescozones, porque creería deshonradas mis manos de caballero poniéndolas en la cara de un bandido.

—¡Eh! Sepa el vejete—dijo el otro, levantándose de un brinco—que mi cara no han de tocarla manos nobles y plebeyas. Y si es usted una senectud y no puede hacer la prueba, destaque alguno de éstos, y salgamos afuera.

—El que sale afuera bailando, con una patada que voy yo a darte ahora mismo, eres tú, so deslenguado—dijo con fosca serenidad Baldomero, disponiéndose a ejecutar lo que decía como la cosa más natural del mundo.

Don Eustaquio se engalló también; pero Joreas y el otro le contuvieron diciéndole:

—Guarda, hijo, que es tiniente.

—Y sepan—añadió Galán—que si los

señores escarmentados no guardan el respeto debido a las persona, aquí no faltará quien les dé la última mano del escarmiento.

—También aquí fusilamos—dijo Saloma iracunda—. ¿Pues qué creen éstos? ¿Que somos de manteca?

El tercero, que aún no había dicho nada, y era inclinado a la paz y enemigo de pendencias en tal sitio, tiró del brazo del teólogo don Eustaquio para apartarle, ayudándole también Joreas, que venía de la guerra con el cansancio y aborrecimiento de toda querella homicida. Terminó el lance de buena manera; alejáronse los dos más levantiscos; sólo quedó en el corrillo de don Beltrán el tercero, que se declaró escarmentado incondicionalmente, con propósito firme de no volver a las andadas; y aproximándose, como deseoso de ganar confianza, hizo la siguiente manifestación:

—Yo soy de Ablitas, señor don Beltrán de Urdaneta, y con nombrarle ya está dicho que le conocí desde que le vi meterse en la paja. Conozco también a Saloma Ulibarri y a Baldomero Galán, y a todos me recomiendo para que no me estimen en menos de lo que soy por esta locura de haber ido a la facción.

Maravilláronse todos de aquel encuentro, y el primero que rompió a reconocerle fué Baldomero, que le dijo:

—¡Ajo! ¿No eres tú Vicente Sancho, hijo de José Sancho? Desde que te vi me chocó el cariz tuyo, y dije: «Yo conozco a este pícaro.»

—El mismo soy. A todos les conocí; pero no quería dar la cara, por vergüenza.

—¡Vaya con Sanchico!—dijo Urdaneta—. Hombre, me alegro de que seas tú de allá... Oye: ¿no era tu abuelo Bartolomé Sancho, albéitar en Monteagudo?

—Sí, señor... Pues verán... Son estos dos amigos el uno muy bruto, y el otro, el *Epístola,* que así le llamamos, aunque no tiene las órdenes, muy vivo de sangre... No quisieron ofender al señor don Beltrán; y como les pidió que refirieran empezaron a contar, poniendo las cosas como fueron, que harto malas son ellas, sin que tenga la culpa el que cuenta con natural.

—Cierto: yo me acaloré—dijo el prócer—. Si a ellos se les ha pasado el enfado, que vuelvan y acaben de contarme lo de Chiva.

—Yo le enteraré mejor que ellos—dijo Sanchico—. Yo estuve también en Liria y Chiva; formé en el cuadro de los fusilamientos, y puedo asegurar que no matamos a Francisquín. En el camino de Chiva se nos perdió, bien porque lograra escapar, bien porque algún amigo le amparase. Matamos a los prisioneros en el patio de un convento, después de desnudarles. Luego, los que tenían gusto para estas cosas y mala entraña, se entretenían en quemarles los bigotes cadavéricos y en pegarles cuchilladas...

—¡Qué espanto! ¡No puedo oír esto! —murmuró don Beltrán—. ¿De modo que el pobre Francisquín...?

—Bien pudo ser que estuviera entre los que quedaron para otro día. Nosotros seguimos con don Ramón, que dió una batalla al general Palarea, en la cual no salimos bien. Nos retiramos ordenadamente hacia Liria. Sé que en Villar del Arzobispo fusilaron *el sobrante* de Chiva, menos unos cuantos que fueron llevados prisioneros a Beceite y de allí a Cantavieja. Tengo por muy probable que entre esos esté Francisquín Luco.

—Dime, Sanchico—preguntó Baldomero—. ¿Estuviste tú en lo de Alcotas? Porque allí pasaron por las armas a un primo mío, cabo primero en el regimiento de Ceuta.

—Aquel día estaba yo en Torrijas, adonde se nos mandó para pegar fuego al pueblo, después de fusilar al alcalde porque no suministró las raciones que se le pidieron. Al volver al Cuartel general, supe lo de Alcotas. Fué que a don Ramón le llevaron el soplo de que estaban allí los de Ceuta... Corre allá; los de Ceuta habían salido del pueblo, les sigue, les alcanza, les envuelve.

—Capitularon cuando se les concluyeron los cartuchos... Así lo oí... Y el tigre les dió palabra de respetar las vidas.

—Pues el no cumplir fué porque el padre Escorihuela llevó el cuento de que los de Ceuta habían hecho el entierro de Cabrera, en chanza, cantándole responsos por las calles de Alcotas, y que en la iglesia hicieron burla de los santos. Como don Ramón tenía el alma requemada por lo de su madre, les mandó fusilar. Eran ciento cuarenta y cinco.

—Les confesarían antes—dijo Urdaneta, que había recobrado su actitud de momia egipcia, y adormecía su pensamiento en una resignación filosófica no exenta de humorismo.

—El mismo padre Escorihuela que le contó al general las picardías de los capitulados se puso a confesarles de prisa y corriendo. Pero como don Ramón quería llegar de día a Manzanera y no sobraba el tiempo, no confesaron más que los oficiales...; los soldados, no.

—Dime tú, Sanchico—preguntó don Beltrán, inmóvil—. Cuando pasaban esas cosas, ¿no caían del cielo rayos y centellas que hicieran polvo a ese padre Estercolera, o como quiera que se llame?

—De eso de caer rayos nada sé: yo no estaba presente, señor. Mi partida se incorporó a Quílez, que nos llevó a tierra de Monreal, cerca de Daroca, donde derrotamos a los Voluntarios de Soria, mandados por Valdés.

—Y ¿a cuántos fusilasteis?

—Cayeron treinta y tres oficiales y diez miñones.

—Bien, hijo, bien. Y ¿hay todavía humanidad, género humano quiero decir, en esa condenada tierra?

—Fuera de los que combaten, señor, por ver quién reina, hombres, ninguno hay; mujeres y caballerías, pocas.

—Ahora que hablamos de mujeres: mi amigo y protegido Juan Luco, además de sus tres hijos varones, tenía una hija.

—Que es monja penitente, no sé... De esto le noticiará Joreas, que, como de Rubielos, conoce a toda la familia...

Diciendo esto, Sanchico miraba con recelo a un hombre que entró a dar pienso a dos caballerías. A la mortecina luz del candilejo que alumbraba la anchurosa cuadra de negro techo festoneado de telarañas, apenas se distinguía el rostro del tal sujeto; pero el chico debía de conocerle y temerle, porque al verle pasar cerca, en dirección de una de las puertas, se tiró boca abajo sobre la paja, haciéndose el dormido. Pasado el susto, el muchacho se incorporó diciendo:

—Es mi padre, José Sancho, que anda al servicio de un señor italiano, muy rico y principal. Llegó esta mañana, y cuando le vi no supe dónde meterme, de la vergüenza que me daba..., y del miedo, porque mi padre, el saber que yo me había ido a la facción, dijo que si no me mataban en la guerra, me mataría él cuando me encontrase por haberle deshonrado..., que a deshonra le sabe el ver a un hijo suyo debajo de la bandera de Carlos Quinto.

IV

Ya tenía don Beltrán la palabra en la boca para pedir más referencias de aquel señor extranjero, cuyo nombre y diplomático carácter no le eran desconocidos, cuando se armó un gran tumulto al otro lado de la cuadra. Empezaron peleándose dos, se enredaron luego cuatro, dándose morradas y coces; la querella habría pasado quizá a mayores si no intervinieran Baldomero Galán y dos sargentos que a la sazón entraron, los cuales, sacudiendo de plano y deshaciendo a tirones el racimo que formaban los contendientes, restablecieron el orden. A unos les hicieron salir, a otros arrojáronles sobre la paja, y ya no se oyó más que el resoplido de las cóleras sojuzgadas

—Es la de todos los días—dijo Baldomero volviendo al lado de don Beltrán—, la cuestión entre *cabreristas* y *nogueristas*. Unos dicen y sostienen que la madre de Cabrera estuvo bien fusilada, como castigo de ese tigre sanguinario, y otros que no, que el haberla matado sin culpa de ella ha traído esta situación tan *fratricida*. Ya les hemos aplacado los humos, y como repitan se mandará dar un recorrido de palos para que callen y nos dejen en paz.

—Y ahora, señor, que tenemos algún sosiego—dijo Saloma—haga por dormirse, que ya es tarde y todos necesitamos cobrar fuerzas para el ajetreo de mañana.

—Procuraré seguir tu sabio consejo —replicó el anciano, tomando postura cómoda y cubriéndose bien de nariz para abajo—. Pero dudo que pueda coger un buen sueño, pues ahora me doy a cavilar si ese señor italiano será o no será quien yo me figuro: uno que de Madrid y Nápoles fué comisionado al cuartel de don Carlos para tratar de un arreglo que pusiese fin a estos horrores. No me acuerdo del apellido de ese sujeto, que ya no hay nombre que quiera guardarse en la jaula deshecha de mi memoria; pero me da el corazón que es el mismo de quien tuve noticia por cierto caballerito que conocí y traté caminando hacia Villarcayo. Lo primero que has de hacer mañana es llegarte a Sancho y sonsacarle todo lo que de su señor quiera decirte: te informas de si va para Zaragoza o

para Levante, pues en este caso me convendría su amistad, que de seguro irá el hombre bien pertrechado de pasaportes. Y no sería malo que tú, tan despabilada y francota, te fueras a él, metiéndote en su cuarto, si es que lo tiene, con el pretexto de saber cuándo se va para ocuparlo yo, y una vez metida le dijeses quién soy y cómo me veo en estas estrechuras impropias de mi nobleza...

Prometióle la hermosa navarra conquistarle al italiano, y a toda la Italia si fuese menester; y en aquel punto, Galán, que había salido a recorrer los alojamientos de los soldados, volvió diciendo que corría por el pueblo el notición de la muerte de Cabrera. Sobre esto hicieron los tres comentarios prolijos, conviniendo en que si resultaba cierto, sería gran merced de Dios, apiadado al fin de la pobre España. Y ya no pensaron más que en dormir lo que pudiesen, cosa no fácil por los ruidos que a cada instante en el ancho local se levantaban, así de inquietudes de animales como de personas, y por los feroces ronquidos de algunos durmientes. Pudo vencer don Beltrán la molestia que éstos le causaban; y cuando ya iba cogiendo el sueño le despabilaron las voces de un condenado hombre que, sentado en el suelo, en postura turquesa, junto a la pared, solo, parecía rezar en alta voz con plañidera monotonía desesperante.

—¿No podríamos conséguir — dijo don Beltrán entre suspiros—que ese demonio de hombre se fuese a rezar a la calle? Si se va por una peseta, dásela, Saloma.

—Es el pobre Muel—dijo condolido Galán—, que de ver morir a tres de sus hijos, fusilados en Alventosa, se ha vuelto loco y se pasa la vida predicando por estos caminos en canto llano.

—Alventosa, ya sé..., es en tierra de Rubielos. Alguna de las propiedades que vendí a Luco allí están... Creo que fué un espanto la matanza que ordenó y ejecutó ese bribón del cura Lorente.

—Fusiló setenta y siete hombres y un niño de diez años, hijo de un capitán. Eran del regimiento de Extremadura, donde yo he servido. Les cogieron el Royo y Peinado en Arcos; les llevaban prisioneros, y el capellán Lorente propuso fusilarlos. Los dos cabecillas no querían; el clérigo, a fuerza de ruegos y amenazas, consiguió que mataran veintidós. Al siguiente día, en ese pueblo de Alventosa, volvieron a cuestionar sobre si mataban o no a los demás: Lorente que sí; Peinado y Royo, que no. En un descanso, el capellán mandó destapar un barrilito de aguardiente que llevaba. Bebieron, y con la borrachera, el Royo se puso de parte de Lorente. Salieron los vecinos del pueblo, con su párroco a la cabeza, y de rodillas imploraron la vida de los desgraciados prisioneros. Lorente le dijo al párroco: «Confiéselos ahora mismo, y para acabar más pronto, yo empiezo a confesar por una punta y usted por otra.» Negóse el cura de Alventosa, y se echó a llorar... El capitán pidió entonces a los cabecillas que no matasen al niño; pero para más crueldad fusilaron primero a la criatura, porque el padre lo viese, y luego a éste y a todos los demás después de desnudarlos... Al ponerse en marcha, Lorente dijo al cura de Alventosa que, so pena de la vida, dejara los cuerpos insepultos para escarmiento de las tropas cristinas que pasasen...

—Y ¿no ha habido un hombre honrado, valiente y justiciero — dijo don Beltrán, dando un salto en el lecho—; no ha habido un hombre, un aragonés, que haya cogido a ese vil clérigo, a ese sacrílego, y le haya colgado vivo por las patas, de la más alta rama de un alcornoque o del campanario de una iglesia para que se lo comieran los buitres?... Desconozco a mi raza..., esto no es Aragón. Si yo fuera mozo, créanlo, iría a esa guerra, no para defender ambiciones y derechos de reyes más o menos legítimos, sino para perseguir y castigar tan salvajes crímenes, para vengar a Dios de los ultrajes que unos y otros le infieren; sería implacable con los cobardes asesinos de uno y otro bando, llamáranse Nogueras, llamáranse Cabrera, y vengaría a la madre de éste y a la esposa de Fontiveros, y a todos esos infelices sacrificados con barbarie tan horrenda y estúpida.

—Está muy bien, señor—le dijo Saloma, cogiéndole de los brazos para hacerle acostar—; pero sosiéguese y no se desabrigue, que puede coger una pulmonía.

No había medio de aplacarle; de rodillas sobre la paja, apoyaba con enérgico ademán su ardiente protesta:

—No, no puedo sosegarme oyendo estas cosas. Esto no es Aragón, esto no es mi raza, la raza justiciera por excelencia, fuerte y benigna, guerrera y cristiana, iracunda y generosa... ¡Y ese pobre

hombre es víctima de este furor de matanzas! ¡Y ha perdido la razón viendo cómo los hombres se vuelven maestros de las fieras en la crueldad!... Ven acá tú, buen amigo, y hallarás aquí un corazón aragonés compasivo, no más que compasivo, pues que la vejez no permite otra cosa... Ven acá y nos consolaremos todos los buenos, abominando de los que pisotean la justicia humana y remitiéndolos a la divina.

El otro infeliz, oyéndose llamado, acudió allá con paso lento. Era un hombre de aventajada estatura, flaco, de tez tan morena, que a la escasa luz de la cuadra parecía negra; el pañizuelo liado a la cabeza; el cuerpo cubierto de un luengo camisón, sin faja; los pies desnudos, negros también, como la cara, como las manos, semejantes a manojos de sarmientos; todo el perfecto plagio de un santón árabe. Al aproximarse, venía rezando en alta voz, y una vez junto al grupo soltó esta terrorífica declamación, con duro y ronco acento:

—No te salvas, no te escapas, malvado Lorente, aunque te escondas entre pajas, teniendo por guardianes, por los pies a tu rey y señor, y por la cabeza a la reina de tu Iglesia maldita... No te escapas ya, clérigo de Satanás, serpiente, que mis ejércitos rodean ya toda esta fortaleza, y no hallarás puerta ni hendidura ni resquicio por donde puedas escabullirte... No morirás, no... Con el zumo de unas hierbas que hay en la torre de Pepo, nada más que allí, se te untará todo el cuerpo, y vivirás mil años, ¡mil años!, infame Lorente; y en todas las partes de tu persona, pecho, espalda, muslos, barriga y lo demás, te nacerán, por la virtud de aquella hierba, ojos, ¡ojos como los de la cara!, que vean, y delante de cada uno de estos ojos se te pondrá un fusilado para que lo estés viendo día y noche... Y horrorizado de lo que ves con tantos ojos, querrás descansar y dormir; pero no podrás, no podrás, porque esos ojos no duermen, ni pestañean, ni lloran, y los tendrás siempre bien abiertos y despabilados, mirando con cada uno de ellos a un fusilado por ti..., y así estarás mil años, trescientos sesenta y cinco mil noches y días... Luego se te dejará otros mil años ciego y sordo para que veas dentro de tu conciencia, y se te quitará la razón para que no puedas arrepentirte ni confesarte..., y se te pondrá una lengua venenosa para que blasfemes a todas horas, y se te secará el agua de lágrimas para que no puedas llorar ni afligirte...

—Basta, basta ya—dijo don Beltrán horrorizado—. No tanto, pobre Muel... Es demasiado castigo, infinitamente mayor que la culpa... Perdóname ya.

—Todavía no, todavía no... Otros mil años disparándote a cada minuto por el oído izquierdo un tiro de fusil con bala, la cual, después de retumbar dentro de tu calavera, saldrá por el oído derecho sin matarte...

—No más, no más, Muel... Perdón, perdón.

—Otros mil años...

—No, no... Baldomero, quítame de aquí a ese hombre... Por Dios te lo pido.

Suavemente le cogió de un brazo Galán y se lo llevó sin que hiciera resistencia, pues su locura era pacífica, inocente en las acciones, desbordada en las palabras. Día y noche se le oía la perorata cadenciosa y lúgubre: arengaba a sus imaginarias tropas, vencía y aprisionaba a Lorente; llevábale arrastrado por valles y montes hasta la torre de Pepo; encerrado allí el vencido monstruo, le imponía los sutiles castigos por series de mil años, hasta que, cansado de inventar horrores, volvía a los de la realidad y a la tragedia de Alventosa. Había sido maestro de escuela y diestro pendolista; no pedía limosna, comía lo que le daban; dormía en despoblado o bajo techo si se lo permitían, y vagaba en un radio de cinco leguas alrededor de Quinto, su patria. Echado al corral por Galán, volvió éste al lado del señor, a punto que Saloma, vencida del cansancio, cerraba los ojos y hacía reverencias. Durmióse al fin, apoyada la cabeza en la pared, y el prócer y Baldomero siguieron charlando en voz baja de cosas de guerra y política, hasta que oyeron el diligente estridor de la diana, que, avisando a todos el fin del sueño, fué el principio del de don Beltrán, el cual, por añeja costumbre, dormía las mañanas.

V

Cuando el pobre anciano despertó, después de dar a sus huesos algunas horas de plácido reposo, contáronle sus amigos

las novedades ocurridas en el parador durante su sueño. Había conseguido Galán reconciliar a Sanchico con su padre Sancho, no sin que éste se mostrara largo rato rebelde a las paces, haciéndose el inflexible con desmedida afectación, hasta que, desahogando su severidad en una descarga de bofetadas, lloró el chico, se aplacó el padre, y todo quedó perdonado, a condición de que el joven partiese aquel mismo día para Ablitas y no volviese a separarse de sus tíos. En la ruidosa querella de hijo y padre salió a relucir que Sanchico se había largado a la facción por contrariedades lastimosas de amor. Entre tirarse al Ebro y hacerse faccioso para que una bala le matase, prefirió esto último. El cuento fué que las balas no se metieron con él, y que el trajín de la guerra le curó de la morriña que le enfermaba el alma. Volvía, pues, mejor de lo que fué, saludable, fuerte, aleccionado del mundo, y habiendo visto sucesos mil, lisonjeros o desgraciados, que servían de grande enseñanza. Por lo demás, su afecto a la causa de don Carlos había sido puramente circunstancial, y lo mismo le importaban a él los derechos del rey legítimo que la carabina de Ambrosio. Cuando Urdaneta supo que Sancho iba para la Ribera, ordenó que se fuese con él uno de sus criados; se arreglaría sólo con Tomé; que los tiempos eran apretados y había que mirar por la economía.

Pero la gran novedad de aquella mañana fué que la gentil y desenvuelta Saloma logró avistarse con el italiano, sorprendiéndole en su cuarto cuando daba la última mano en su retoque personal. Desempeñado había con extraordinaria agudeza el encargo que le confirió don Beltrán, ganando, si no la confianza, las atenciones de aquel señor. Por las referencias de Saloma y el nombre del criado, se afirmó Urdaneta en que el tal no era otro que el siciliano de que Fernando Calpena le habló, intermediario clandestino entre las dos ramas borbónicas que se disputaban el trono. Toda la madrugada, hasta que se durmió, había estado el prócer devanándose los sesos por recordar la gracia de aquel sujeto. Su memoria era ya para los nombres un verdadero caos. Mas cuando Saloma le contaba su entrevista, se le metió súbitamente en el cerebro a don Beltrán el perdido nombre, y gritó: «¡Rapella, Rapella! Ya me acuerdo. En la punta de la lengua lo tenía.» Díjole por fin la navarra que el señor extranjero se alegró mucho al saber que en el propio parador se hallaba persona de tan alta alcurnia, a quien conocía de fama por sus amigos de Madrid, y que, deseando tener el honor de tratarle, le invitaba a almorzar.

—¿Ves?—dijo Urdaneta con alborozo, dando pataditas en el portal para entrar en calor—. Tú me has traído la suerte, pues yo venía con mala pata, y desde que te encontré, todas las cartas me salen buenas.

Antes de la hora del almuerzo juntáronse el viejo aristócrata y el pintado diplomático en la calle, y cambiando mil finuras hablaron después cuanto les dió la gana, sin parar hasta que terminó el comistrajo. Hizo gala Rapella de su cortesía, y derrochó sin tasa el énfasis de su especial oratoria familiar. Aseguró a don Beltrán que le conocía por lo que de él le habían hablado sus grandes amigos Bernardino Frías, Luis Córdoba, Paco Malpica, Martínez de la Rosa, Quintana y otros. Hablaron luego de Fernando Calpena, mostrándose Rapella muy gozoso de saber que vivía, pues ya le consideraba muerto; y por fin se eternizaron en el comentario de las cosas políticas y militares, la revolución de La Granja, las nuevas Cortes, la situación política en Madrid y en la Corte carlista, las intrigas de una y otra parte. Espartero, Cabrera, las expediciones de Gómez, don Basilio y Batanero..., el buen giro de la guerra en el Norte, el mal cariz de la misma en el Maestrazgo.

Por más empeño que en ello puso, no pudo el viejo conseguir que Rapella se clareara en lo de las misiones y recados que traía y llevaba de corte en corte. Se escabullía gallardamente de todas las trampas que el otro le armaba con capciosas preguntas. A veces, la agudeza de don Beltrán le cogía en contradicción. Dijo primero que iba hacia Vinaroz, donde le aguardaba un barco que debía llevarle a Nápoles; después indicó que el objeto de su viaje en tal dirección era sólo avistarse con su íntimo amigo Borso di Carminati para darle un abrazo y pasar unos días con él. Tenía en el ejército del Centro excelentes amigos, entre ellos su paisano Cialdini, muchacho de gran porvenir, ayudante de Borso. Inútil fué también el empeño que puso don Bel-

trán en sonsacarle noticias y cuentos de las interioridades del cuartel de don Carlos... Nada: el siciliano no daba lumbres. Y si no locuacidad, perdía un poco de su finura cuando él quería llevarle a cierto terreno, apartándole de los temas que elegía, siempre vagos, de generalidades y lugares comunes. Por fin llevó la conversación a las personas y hechos de Cabrera, de quien se mostró admirador, sosteniendo que era ya vulgaridad insigne tenerle por uno de tantos cabecillas, notable sólo por su inquietud y ferocidad. Desde que apareció en la guerra, conmoviendo y abrasando el país como fuego del cielo, mostróse g r a n caudillo, tan buen conocedor del suelo como de los hombres, táctico y estratégico de primera, audaz, incansable, heroico; y por entre estas cualidades apuntaba ya un gran político.

—¡Oh, no tanto! ¿Ya quiere usted hacer de él un Napoleón?

—Un Napoleón de montaña, a m i g o mío.

Respecto a las tan cacareadas crueldades del jefe carlista, dijo Rapella que habían sido estrictamente de carácter disciplinario militar hasta que los cristinos derramaron con bárbara torpeza la sangre de María Griñó. El asesinato de una mujer, sin más delito que ser madre de Cabrera, creó nueva ordenanza militar, dando una infernal lógica a las horrendas carnicerías consumadas p o r uno y otro ejército. Fuera de esto, para abrirse camino el travieso bigardón de Tortosa, y pasar en breve tiempo de seminarista pendenciero a caudillo y gobernador de hombres en los campos de batalla, no podía menos de emplear, como resorte de dominio, el terror, la fiereza y la brutalidad. No se había formado dentro de un organismo, sino que tenía que sacar el organismo del caos social, y esto no se hace sino desplegando desde los primeros momentos un genio implacable, aterrador, extraordinaria viveza para aplicar justicias rápidas, de moral severa y primitiva, haciendo sentir el peso de su mano antes de que pudiera discutirse el derecho con que la levantaba. En las guerras civiles, los hombres culminantes nacen así o no nacen nunca.

No le parecieron mal a Urdaneta estas razones, y como sacara a relucir la especie, muy corriente en aquellos días, de la muerte del famoso guerrero, nególa el siciliano, sosteniendo que había, sí, corrido grandísimo peligro en los últimos días de diciembre; pero que estaba vivo, aunque al parecer no muy sano. En septiembre del año anterior habíase unido Cabrera en Utiel a la expedición de Gómez. Juntos recorrieron Cuenca, Albacete, la Mancha, Andalucía y Extremadura... Si las tropas cristinas que les perseguían no pudieron deshacerles, tampoco ellos lograron su intento de sublevar las comarcas que invadían. Un correr continuo; exacciones y rapiñas en ciudades y aldeas; aislados lances de guerra, sin plan ni concierto, gloriosos unos para los liberales, c o m o el de Villarrobledo, ventajosos otros para los carlistas, pero sin que de ninguno resultara el aniquilamiento de la expedición, ni tampoco su triunfo; tal fué la obra combinada de Cabrera y Gómez, caracteres antitéticos, de cuya unión no podía resultar nada eficaz. La falta de engranaje entre uno y otro temperamento militar fué marcándose en desavenecias, luego en discordias, y los dos cabecillas, que juntos no podían formar una cabeza, riñeron al fin, a la vuelta de Cáceres, campando cada uno por sus respetos. Cabrera se escabulló fugaz y resbaladizo por el caminito que creyó más seguro para volver a sus riscos y barranqueras del Maestrazgo, donde en su ausencia las cosas de la guerra no iban muy prósperas, y amenazaba desbaratarse lo que él, con paciencia, rigor y firme mano, organizado había.

Lo primero que intentó al pisar su terreno fué pasar al Cuartel general de don Carlos en el Norte, para dar cuenta a éste de la desavenencia con Gómez y proponerle un nuevo plan de campaña en el Centro. Llegóse al Ebro, eligiendo el vado de Rincón de Soto como el único que en aquella estación cruda era practicable; pero le salió mal la cuenta, porque fué sorprendido por la columna de Iribarren, que le deshizo, matándole muchos hombres y dispersándole los que quedaron con vida. La suya estuvo en gran peligro. Acribillado de balazos, quedó al amparo de la oscuridad, junto a una pared, donde le recogió uno de los suyos, el cabecilla que llamaban *La Diosa*, y le llevó atravesado en una caballería, como un saco, pues montar no podía. Perseguido por las tropas de Iriba-

rren, debió su salvación a un cura que le escondió en el sótano de su casa; allí pasó largos días y noches entre la vida y la muerte, hasta que, mejorado de sus heridas, le trasladaron a un abrupto monte, espesura más propia de lobos que de seres humanos, donde permaneció en escondite, recobrando poco a poco la sangre perdida, y con ella el brío y la ferocidad. De este apartamiento provino la noticia de su muerte, que corrió por toda España, descorazonando a los suyos, y llenando de tristeza y confusión a todo el carlismo de aquende y allende el Ebro; pero ya en los últimos de enero (como unos quince antes de la fecha en que esto se relata) se supo a ciencia cierta que vivía, y que sin reponerse de sus heridas y enfermedades, preparaba nuevas correrías por la Plana de Castellón y riberas del Turia: que en tal hombre la ociosidad era imposible mientras alguna vida le quedase. Cuando esto narraba el señor Rapella, no podía decir fijamente dónde se hallaba el famoso caudillo; presumía que, medio muerto o medio vivo, recogía sus fuerzas, las reorganizaba, lanzándose al terreno que la Naturaleza parecía haber amoldado a la hechura intelectual y física del que bien podía llamarse, si no el león, el gato montés de la guerra.

—A fe mía—dijo don Beltrán—, que está usted bien informado. Ya cuidará de decir a su amigo Borso que se ande con tiento, pues este mozo no es de los que fácilmente se dejan destruir y aniquilar.

Por lo que a renglón seguido hablaron, comprendió el buen Urdaneta que en los cálculos de su flamante amigo no entraba el llevarle en su compañía, aunque en ello tuviera gusto, como se dejaba traslucir de lo que manifestó con exquisita urbanidad y palabras equívocas. Delicado en extremo, y muy ducho en artes mundanas, dió a entender don Beltrán que los fines de su viaje exigíanle también ir solo, sin más acompañamiento que el de sus criados; manifestación que puso en gran cuidado al otro, recelando que llevase también misión diplomática, quizá como apoderado o mensajero del patriciado aragonés. Pero no atreviéndose a entrar en explicaciones, cada cual, como de zorro a zorro, se encerró en su discreción, preparándose para continuar su caminata. Don Beltrán partiría con la columna que a la sazón estaba en Fuertes, y a que pertenecía Baldomero; don Aníbal aguardaba otra fuerza que llegaría por la tarde, mandada por un coronel íntimo amigo suyo.

Apercibiéndose para la partida, preguntó Galán a su antiguo señor que de dónde había sacado el hermoso caballo que traía, el cual, mientras Tomé lo limpiaba en el corral, era objeto de la admiración y curiosidad de todos los allí presentes. Replicó don Beltrán que había ganado aquella joya en una donosa y feliz apuesta; sin dar pormenores del caso, mandó venir a su presencia a los dos escarmentados Joreas y el *Epístola*, y en un poyo del portalón les interrogó acerca de los hijos supervivientes del desgraciado Juan Luco. De Francisquin nada sabían a ciencia cierta; de su hermana, monja profesa en el monasterio de Sigena, a cuatro leguas de Sariñena, dió el *Epístola* informes más concretos. Había despuntado Marcela, desde su entrada en religión, por su ciencia grave y su lucido ingenio; sabía latín, y dándose a la lectura, lo mismo platicaba de Teología que enjaretaba versos y prosas en loor de los sagrados Misterios.

—Hace tiempo—dijo don Beltrán—que a mí llegó la fama, no sólo de su santidad, sino de su vivo entendimiento.

VI

—Me consta—dijo el *Epístola*—, porque lo he visto y leído en parte, que otra más leída y escribida no la hubo nunca en aquel sacro monasterio, más antiguo que las Tablas de la Ley, pues lo hicieron en cuantico que empezó la cristiandad; hace unas docenas de miles de años. Oí que sor Marcela pasmaba a todos con sus latines hablados por gramática, y que a verla iban el arcipreste de Mequinenza, el abad de Veruela y muchos calonges y prestes de Huesca, Tarragona y hasta de Aviñón, que es la Roma de esta parte de Francia.

—Me contaron—añadió Joreas—que escribió un lindo poema sobre el milagro de los Corporales de Daroca, y también conozco unas quintillas a la Transfiguración del Señor. Sé que de diversas partes iban personas eruditas a consultar con ella puntos graves de moral, de filosofía o de religión, y que el meollo

de sus sentencias era el asombro de cuantos la oían. En el monasterio, con ser ella de las monjas mas jovenes, considerábanla como autoridad, y como a vieja la respetaban. En los principios de la guerra dicen que llamó a don Ramón para incitarle a no emplear medios de crueldad, y lo mismo hizo con Nogueras. El general Mina la visitó, y tambien fueron a platicar con ella en el locutorio Masgoret y Tristany. Pero el año que acaba de pasar, allá por septiembre, si no recuerdo mal, cuando Maroto vino a mandar en Cataluña, que más valia que no viniera, la partida de Llarch de Copons y la de otro cabecilla, que llaman *Camas-Crúas,* bajaron huidas de la parte de Lérida, donde Gurrea les pegó de firme; tomaron la vuelta de Benabarre y Albalate para pasar el Cinca, y con el furor que traían cometieron mil desmanes, saqueando las aldeas y arrasando cuanto encontraban. Incendiados por estos bárbaros el claustro alto y aposentos capitulares de Sigena, salieron dispersas las señoras monjas, como las abejas cuando les ahuman la colmena. Cada religiosa tiró por su lado, buscando el amparo de otros conventos o de casas honestas; y sor Marcela, a quien se creyó muerta o extraviada, apareció en una ermita solitaria de la Sierra de los Monegros, vestida con un saco al modo de penitente, el cabello suelto, como pintan a la Magdalena, sólo que más corto, los pies descalzos, una cuerda a la cintura; y diz que iba predicando a los pastores y gente rústica para que se apercibiesen a la guerra en nombre de Cristo, peleando contra los dos ejércitos, cristino y carlino, según ella legiones de Satanás, que quieren dominar la tierra y establecer el imperio de la injusticia.

—¡Vaya con la sabia!...—dijo don Beltrán—. Pues no me parece descaminada su locura, o más bien, creo que debajo de ese desvarío se esconde la misma discreción... Y díganme ahora, señores escarmentados: ¿qué tal cariz tiene la monjita? ¿Es su rostro de buen ver? ¿Su facha y apostura responden a la hermosa raza de los Lucos?

—Señor—dijo el *Epístola* con extremos de admiración—, es mujer de tanta gallardía y belleza, que aun con aquel desavío de penitente da quince y raya a las señoras más bien aderezadas. Y no diré yo que el empaque de santidad a lo anacoreta, como figura de retablo, la desfavorezca, que más bien me inclino a creer que su traje, al modo de mujer de la Biblia, hace lucir más todo aquel contorno de cuerpo que no tiene semejante, pues no ha visto usted escultura que pueda comparársela.

En esto se alejó el *Epístola,* llamado por sus amigos, y Joreas hubo de completar las informaciones con un dato, que apuntó en la forma más descarnada y picante:

—Este bribón de *Epístola* se calla lo mejor del cuento, señor, y es que habiendo encontrado sola a la Marcela en un camino junto al Pueyo, la requebró de amores, uniendo a las palabras de solicitación las acciones atrevidas. Pero no contaba con el geniecico de la que él llama estatua de bulto. Arreóle doña Marcela tan fuerte bofetada, que le tiró al suelo, y cuando pataleaba para levantarse, con un madero, que unos dicen era cruz y otros una tranca, le dió tales golpes en la cabeza, que, si no acuden a la defensa del chico los compañeros que por allí cerca andaban, la santa habría dado cuenta del *Epístola* y del mismo *Evangelio,* si así se llamara este pillo.

—¿Qué me cuentas? ¡Sobre la sabiduría, ese tesón, ese poder!... Vamos, que ya rabio por conocer a ese prodigio; y si no tuviera precisión de verla para que me informe de ciertos asuntos de su padre que me interesan como los míos, sólo por apreciar sus méritos y admirarlos, en lo que mi corta vista me lo permita, iría en su busca.

Lo último que dijeron Joreas y el *Epístola,* al despedirse para continuar hacia Zaragoza, fué que la Marcela penitente andaba por aquellos meses en el desierto de Calanda o en tierra de Alcañiz. Observó don Beltrán, al quedarse solo reflexionando en lo que veía y oía, que desde que llegó a Fuentes de Ebro todo le anunciaba la entrada en el reino de lo excepcional y maravilloso. Nada era ya común ni vulgar. Personas y cosas traían la impresión de un mundo trágico, el cuño de una poesía ruda y libre, emancipada de toda regla. No sentía más el buen señor que ser tan viejo y andar tan mal de la vista: que si él tuviera treinta años menos y sus ojos bien listos, había de serle muy grato el ver y tocar de cerca un mundo que de modo tan peregrino quebrantaba las rutinas sociales.

También le contrariaba mucho su escasez de dineros; mas como los fines de su viaje no eran otros que proveerse del precioso metal a quien amaba más que a las niñas de sus perdidos ojos, la esperanza de alcanzarlo y poseerlo le alentaba.

Salió en su hermoso caballo, marchando a retaguardia de la columna, y gran parte del camino fué al estribo, si así puede decirse, del carro en que con una señora capitana y otras dos mujeres iba Salomé Ulibarri; y por no desmentir su índole caballeresca y hábitos de sociedad, no cesó de entretener a las cuatro hembras con frases galantes, de refinada gracia, sin faltar a la decencia, y a todas festejaba por igual llamándolas hermosas, sin distinguir entre la belleza de la mujer de Mero y la fealdad repulsiva de la capitana, entre la desabrida juventud de la tercera y la vejez de la cuarta. Pero como él no veía bien, todas le parecían iguales, y por no haber allí género más noble y elegante, tratábalas como a damas de alta educación. Por dicha, la columna no encontró facciosos en el camino, y el viaje fué de los más felices, fuera de las molestias, el hambre, polvo y frío, que alguna tarde y mañana se dejó sentir, llegando el buen señor bastante molido a la ciudad del *Compromiso*, la noble Caspe.

Constante la fortuna en favorecer al caballero, encontró éste en la histórica ciudad a su antiguo amigo don Blas de la Codoñera, que allí era de los más pudientes, propietario de tierras y montes, padre de numerosa familia. Llevóle a su casa y le aposentó como a tan insigne caballero correspondía, tratándole a cuerpo de rey. Mucho agradecieron los asendereados huesos del buen Urdaneta la blandura de aquella cama, tan grande como la Colegiata, y las suculentas comidas y cenas con que le regalaron. Aun estaba la familia de luto por la muerte del hijo mayor, uno de los urbanos que fusiló Cabrera cuando entró a saco en la ciudad en mayo del 35. La señora y señoritas de Codoñera no se hallaban exentas de la rudeza baturra: su habla carecía de finura; su educación, perfecta en lo moral y religioso, era muy rudimentaria en lo social. Con todo, don Beltrán se hallaba en tal compañía muy a gusto, y se desvivía por corresponder con su exquisita urbanidad a los obsequios de la hidalga familia. Había sido el don Blas constitucional templado hasta el día funesto de la entrada de Cabrera; pero desde tal fecha se trocó en furibundo *patriota*, enemigo acérrimo del oscurantismo y de las antiguallas que quería traernos don Carlos. En la exacerbación de su sentimiento liberal, que ya era insano, llegaba hasta la impiedad y el volterianismo, abominando de la hipocresía, de la piedad extremada y hasta de las prácticas religiosas, con excepción del culto de la Virgen del Pilar. No pensaba abandonar a Caspe, pues ni él ni su familia tenían miedo; y como volviera Cabrera con su patulea de ladrones y asesinos, don Blas se batiría en la muralla rodeado de sus hijos de uno y otro sexo, los chicos bien armados de fusiles, las niñas y la señora bien preparadas con piedras y ollas de agua hirviendo. Eran los hijos guapos, aunque abrutados, y tan *liberalicos* como su padre. A todos ellos pidió don Beltrán noticias de la monja de Sigena, y los muchachos, que la habían visto y oído, se dividían en sus opiniones, pues mientras Rafael sostenía que era una mujer estrafalaria y medio loca, que ocultaba con las formas de penitencia sus ganas de corretear por el mundo, Pepe la tenía por hembra superior y de pasmosa virtud, que la distinguía de todas las gentes de nuestra edad, y a los mismos santos la equiparaba. Como expresara Urdaneta el firme propósito de ir en su busca, hízole presente don Blas el gran peligro a que se exponía viajando por aquellas tierras: expuso el otro lo inexcusable de su determinación, y hallándose en estas conferencias, trajo uno de los chicos la noticia de que la monja Marcela se hallaba cerca de Alcañiz asistiendo a su hermano Francisco en una grave enfermedad, con lo cual se le avivaron al anciano las ganas de ir a donde su interés le llamaba. De nuevo le pintó el señor de la Codoñera lo arriesgado de tal expedición, maravillándose de que don Beltrán hallase gusto en el trato de una monja *retrógrada* y oscurantista.

—A mí no me hable usted de gente *levítica*—dijo, recalcando esta palabra, que recientemente había adquirido en la tertulia de la botica de Cornejo—. Tengo declarada la guerra a esas ideas rancias, tan contrarias al *espíritu del siglo*.

Tampoco le gustaba a don Beltrán la

gente levítica; pero sus necesidades le obligaban a emprender aquel viaje, que felizmente no se alargaría más allá de Alcañiz. Todo se presentaba favorable al ilustre aristócrata, pues Borso de Carminati, desde Maella, ordenó que la columna recién venida se incorporase a las fuerzas acantonadas en Alcañiz. Disponiéndose Saloma para seguir a su esposo, se lamentaba de no poder acompañarle en las operaciones, pues había orden de que la impedimenta *faldamentaria* no saliese de los puntos de guarnición. Despidióse a la mañana siguiente don Beltrán de su generoso amigo. Tanto éste, como su esposa e hijos de uno y otro sexo, vieron salir con pena y lástima al noble anciano; y sospechando que tales calaveradas revelaban falta de seso y desvaríos de la senectud, presagiaban una desgracia. Las señoras le encomendaron a Dios, y lo mismo hizo don Blas, pues su aborrecimiento de lo levítico no le quitaba el ser buen cristiano.

Muertas de miedo iban Saloma y las otras militaras, y a cada rato creían oír tiros y ver un nublado de boinas aparecer por los cerros lejanos, lo que no era absurdo, pues días antes había pasado por allí el *Royo de Nogueruela* en dirección a Graus y Benabarre; tampoco andaban lejos Cabañero, Tena y Maestre. Contrastando con las señoras, don Beltrán era todo intrepidez y desprecio del peligro; y en su imaginación de viejo, reverdecida en la puerilidad, no veía más que bienandanzas. Habiéndole manifestado Saloma la inquietud con que le veía entrar en el teatro de tan bárbara guerra, le dijo:

—Cuando lleguemos a la gran Alcañiz, que, entre paréntesis, es patria de mi abuelo materno, don Diego de Paternoy, almirante de Aragón, señor de las casas y encomiendas de Isún de Basa y Usé, *etcétera...*, te contaré por qué voy adonde voy, y por qué busco a quien busco. Y si ahora supones en mi conducta un desarreglo del sentido, verás luego en ella la misma cordura... Es para mí cuestión de vida o muerte, de dignidad o vilipendio No creo que nos salgan partidas; y si salen, ya les sacudiremos. También te digo que si es Cabañero el que nos acomete, no temo nada. Le cuento entre mis mejores amigos, y no había de consentir que me tocaran el pelo de la ropa.

A la caída de la tarde entraron en la noble Alcañiz, que desde Romá viene fatigando a la Historia, ciudad vieja, como un libro de antigüedades de Aragón y un muestrario de piedras elocuentes. A la luz crepuscular, los esquinazos góticos y mudéjares parecían bastidores de teatro, dispuestos ya, con las candilejas a media luz, para empezar el drama. Resonaban las herraduras de los caballos en el pedernal de las calles levantando chispas, y el ruido de tambores jugaba al escondite, sonando aquí, apagándose allá, en los dobleces de la edificación, y volviendo a retumbar a retaguardia de la tropa. Las plazuelas se unían por pasadizos, y las calles se retorcían unas sobre otras, oscuras, ondulantes. Soldados y algunos viejos se veían discurriendo por las calles; mujeres en algunas puertas... Triste y belicosa parecía la ciudad, como un guerrero herido que se ve forzado a combatir con la mano que le queda.

VII

Metieron a don Beltrán en una casona llamada Corte que hace esquina con el Ayuntamiento, gótica, de ojivales porches al exterior, interiormente muy capaz, con ventanas pequeñas, las puertas no muy holgadas. Allí se alojaban oficiales de distintas graduaciones. Al pasar por un gran aposento abovedado, donde había gran chimenea encendida con troncos de encina, a cuyo calorcillo se arrimaban ateridos todos los que entraban de la calle, vió don Beltrán, agrupados en torno a una mesa, a varios oficiales y urbanos de tropa que se engolfaban en el juego, atentos con alma y vida a las manos del banquero y a las cartas que lentamente pasaban. Fuéronsele a Urdaneta los ojos hacia la timba, y subió con ánimo de volver luego, pues vió también que cubrían de manteles las mesas, como si aquella pieza fuese comedor. El cuarto en que le pusieron, juntamente con las militaras, no tenía camas; cada cual se arreglaría con las mantas, alforjas o sacos que llevase. Seis personas debían repartirse el suelo, que venía como a la medida, sin que sobrase ni una cuarta.

El cenar fué más difícil operación; y si no se plantan Saloma y la capitana en la cocina, no les tocara nada de las judías y gachas, que era lo único que ha-

bía, con pan moreno y algunas raciones de cecina. Pero al fin aplacaron su hambre las afligidas damas; don Beltrán, gozoso y dicharachero, tratando de alegrarlas con sus galanterías y con enfáticos elogios de las miserables viandas que comieron. Observó Saloma que al viejo aristócrata se le iban los ojos a la mesa de los jugadores, y como ya tomaba confianza con él, se permitió decirle:

—Señor don Beltrán, noto que mira vuecencia para el vicio, como si más en él que en nosotros y nuestra conversación tuviera toda el alma. Pues yo le digo que sería muy feo que con sus años y su respetabilidad diera el mal ejemplo de ponerse a tallar o apuntar entre aquellos perdidos. Sí así lo hiciera y se dejara vencer de la tentación del juego, que ha sido la causa de su ruina, sepa que me enfado, y no le quiero, ni le cuido, ni le mimo, ni nada.

Dicho esto a hurtadillas, sin que los demás se enterasen, contestó Urdaneta en la misma forma, reconociendo el buen juicio que tal advertencia revelaba, y ofreció no discrepar ni un punto de lo que su decoro y años le imponían. Si miraba era por observar las caras y ver quién perdía y ganaba. Antes de levantarse de las flacas mesas hizo conocimiento, por mediación de Galán, con dos oficiales muy simpáticos, uno de los cuales se había separado poco antes de la mesa de juego con los bolsillos totalmente vacíos. Informados de que el señor deseaba ver y tratar a la monja Marcela, brindáronse a llevarle hasta su presencia, en el cerro de Santa Lucía, donde a la sazón moraba; ambos la conocían y habían tenido más de una entrevista con tan extraña mujer, platicando de cosas de guerra, filosofía y religión, permitiéndose bromear con ella y echarle requiebros; que Marcela, en la multiplicidad pasmosa de su disposición y en la riqueza de su entendimiento, para todo tenía una palabra feliz y oportuna. No se le cocía el pan a Urdaneta hasta que no llegase la hora de la mañana que los oficiales fijaron para la visita, y pensando en ella se pasó la noche de claro en claro. Un poquito durmió el viejo después de amanecer, levantándose con los huesos doloridos de la dureza de aquellas mal cubiertas tablas. Saloma le preparó un aceptable desayuno, con huevos y chorizo que afanó como pudo en la cocina, y a las nueve ya estaba mi hombre junto a la chimenea esperando a sus flamantes amigos. Sólo uno se presentó, por tener el otro servicio extraordinario en el castillo, y sin más espera condujo al anciano hacia la puerta de la ciudad que da al río Guadalope y al grandioso puente. Fría estaba la mañana, los campos escarchados, el aire empañado por una niebla que borraba toda visión a regular distancia. Iba don Beltrán asido al brazo de su criado, necesaria precaución por la cortedad de su vista, que con la niebla era casi ceguera total. Pasado el puente, avanzaron buen trecho por una alameda interminable; y como levantara la bruma, el teniente hizo notar la gallardía de los desnudos álamos del paseo, y mirando hacia atrás, la hermosa vista de la ciudad, coronada por el castillo y ceñida por el Guadalope. Sin enterarse bien, manifestó don Beltrán su admiración, pues no gustaba de dar a entender que veía poco.

—¿Conque es usted aragonés?... Repítame su apellido, pues ya no me acuerdo.

—Estercuel.

—¡Hombre, Estercuel!... ¿Es usted de Ayerbe?

—Sí, señor. Mi padre, don Celestino Estercuel, administraba los estados de Ayerbe y de Boltaña; mi tío, don Bernardino Estercuel, canónigo de Jaca...

—Ya, ya... Y usted ¿por dónde me conoce a mí?

—No hay en todo Aragón persona más nombrada y famosa que don Beltrán de Urdaneta, a quien pobres y ricos señalan como el tipo de la grandeza, de la caballerosidad... Era yo muy niño y oía contar casos muy singulares de esplendidez...

—A ver, a ver... ¿qué casos?—dijo don Beltrán risueño y malicioso, deteniéndose.

—Pues que usted, poseedor de una riqueza incalculable, había mandado traer de París seis perros de caza, los cuales vinieron cuidados y asistidos por cuatro monteros y un mayordomo... Y un día, siendo yo muchacho, vi pasar unos trenes magníficos que iban para Canfranc. ¡Qué sillas de postas, qué caballos, qué galera con provisiones de cama y boca!... Pues mi tío, que entonces era capellán en la casa de Ayerbe, dijo: «Ahí va don Beltrán el *Grande* con los duques de tal y de cual...»

—¡Ay hijo mío!—exclamó Urdaneta

melancólico, acelerando el paso—. Aquéllos eran otros tiempos. ¡Lo que va de ayer a hoy!...

—Y decía mi padre que sólo en Mora de Rubielos y en la sierra de Mosqueruela poseía usted más de diez mil cabezas.

—Sí, sí; muchas cabezas tenía entonces, y ahora creo que ninguna, ni aun la mía propia. Pues en Mora de Rubielos me resta algo, y aun algos, que intento recobrar... Pero hablar de mí es mirar a lo pasado, visión triste: alegremos nuestro espíritu hablando de lo presente, de la juventud, de usted... Qué tal, ¿vamos adelantando en la carrera militar? ¿Siente usted ambición de gloria?...

—No mucha, señor... Un año llevo en esta vida, y le aseguro a usted que deseo la paz, aunque me quede en el grado que tengo. Y esta campaña del Centro no es para despertar verdaderas aficiones a la milicia regular. Aquí todo es cuestión de picardía, astucia y agilidad; todo cuestión de geografía... andada, ciencia de los pies. Además el carácter de cacería feroz que va tomando esta guerra no es para mi genio. He sido poco afortunado, pues desde que salí a campaña no he visto más que horrores y desgracias de nuestras armas. Para tener mala pata en todo, me estrené con un acto militar que ha dejado en mi espíritu una sombra lúgubre, algo como una mancha que no puedo borrar: el fusilamiento de la madre de Cabrera.

—¡Qué dolor!... ¡Barbarie inútil, impolítica!

—Empecé mi carrera destinado al regimiento de Bailén, quinto de Ligeros, que daba guarnición en Tortosa, y mandé el piquete que dió muerte a la infeliz mujer. Cuando al amanecer del dieciséis de febrero del año pasado se nos dijo que a las diez íbamos a fusilar a María Griñó, no lo creíamos. Los nacionales negábanse a cumplir la sentencia. Nosotros no podíamos menos de obedecer, pero aún esperábamos que tal atrocidad se aplazara indefinidamente, y aplazarla era como un indulto disimulado. Entre nosotros se decía que el alcalde de Tortosa, don Miguel de Córdoba, protestaba de tal iniquidad, y que quiso inducir al gobernador, general don Gaspar Blanco, a no dar cumplimiento a la bárbara orden. Ello era cosa de Nogueras, que ofició al general Mina, y de los allegados de éste... Reconocía el gobernador que disponer tal muerte no era propio de caballeros, y que si en algún caso procedía la desobediencia, había llegado la hora de poner en el oficio la fórmula: «Se acata; pero no se cumple.» Mas el hombre no se atrevió, y su desmayada voluntad y su corazón vacilante nos dieron aquel terrible ultraje de la justicia. Dicen que al resistirse a los ruegos del alcalde y de otras personas calificadas de la población se echó a llorar... Sus lágrimas fueron de esas que no producen ningún bien ni evitan los males..., ello es que metimos a doña María en el calabozo, y la cargamos de grillos, y le llevamos al cura don José María Trench, hombre bueno y compasivo, que también llorando a moco y baba, fué a interceder con el gobernador, sin conseguir ablandarle. Confesada, más no comulgada, pues para esto no le dimos tiempo, la llevamos a la barbacana. Por el camino, al paso de la pobre víctima, se agolpaba poca gente, pues la mayoría de los vecinos no se había enterado todavía; de los que vió, se despedía con palabras sencillas y cariñosas, como si para un viaje saliera. No puedo olvidar su figura modesta ni su traje, el mismo que tenía en la prisión: saya de cotolina azul, ya muy usada, jubón de pana verde. Llevaba al cuello un pañuelo oscuro con fleco, y a la cabeza otro, blanco, sin atar las puntas. Era delgada, de mediana estatura, rostro moreno y curtido con arrugas en la frente, el mirar dulce, expresión candorosa. En sus manos atadas llevaba una cruz. Su resignación, la paz de su alma, su tranquilidad sin artificio, nos maravillaban; el no pronunciar palabra ofensiva para nadie nos colmaba de pena, oprimiéndonos el corazón. La fortaleza con que afrontaba el suplicio hacía más vergonzosa la innoble cobardía conque nosotros, con tanto aparato de fuerza, destruíamos aquella vida, que no había hecho daño a nadie. «¿Qué resulta contra ella?», nos preguntábamos, o lo pensábamos, por no atrevernos a decirlo. No resultaba más sino que había dado el ser a Cabrera... Llegados a la barbacana, la hicimos avanzar como a veinte pasos del baluarte... El cura que la asistía, don Joaquín Curto, no se separaba de su lado tan pronto como convenía. La mirada que nos echó María Griñó al entrar en el cuadro no se me olvidará si mil años vivo. ¿Fué de menosprecio, de compasión? De cólera no era, ni tampoco su-

plicante..., no nos pedía que la perdonásemos. Tal vez quiso decirnos que ansiaba terminar pronto, concordando en esto fatalmente con las órdenes que habíamos recibido. Se le vendaron los ojos. Fué preciso, para abreviar, tirarle suavemente del manteo al cura para que se retirara. El pobre señor estaba turbadísimo: le dijo de cerca que rezara el Credo, y, luego, en voz más alta, alejándose, le anunció que iba a gozar de Dios... Yo tenía que dar la orden de fuego agitando un pañuelo. Me pasó por la mente la idea de no darla, sublevándome en nombre de Cristo. Pero la fuerza de la disciplina, de que no nos damos cuenta, se impuso. Ello es que sonaron los tiros, y cayó la mujer al suelo, de golpe, sin ruido ni contorsiones, como un vestido, como un colgajo de trapos que cae de una percha...

—¡Horrible..., y estúpido! —exclamó don Beltrán—. Si tiene usted más hazañas de éstas en su hoja de servicios, no me las cuente. Mi pobre corazón viejo no resiste esas emociones, ni aun contadas.

—Tres días estuve enfermo, sin poder apartar de mí la mirada de María Griñó, ni aquel modo de caer al suelo, como un vestido que se desprende de un clavo... El vecindario de Tortosa quiso alborotarse, y tuvimos que contenerle. Los nacionales trinaban y creían que se habían deshonrado por formar en el cuadro media compañía. Aseguraban que si se les hubiera mandado formar el piquete del fuego no habrían obedecido... Desde aquel día es para mí esta guerra una nube de plomo posada sobre mis ojos, como un telón a medio echar. Ni sube, ni baja..., ni veo bien la guerra, ni veo la paz... No habrá ya paz en la tierra de España. ¿Sabe usted lo que dijo Cabrera cuando supo la muerte de su madre? Mirando a las cumbres que cercan a Valderrobles, dijo que la sangre subiría hasta las cimas más altas. Y va subiendo, va subiendo... Para no cansar a usted, señor don Beltrán, le diré que mis campañas desde entonces no han sido más que una cacería infatigable. En multitud de encuentros me he visto, todos encarnizados: estuve en las acciones de La Jana y de Toga, al mando de Buil; allí tuvimos la suerte de derrotar al *Serrador*. En Ulldecona, cuando Iriarte dió una tremenda paliza al *Organista* y a Llangostera, también tuve la honra de encontrarme Marchas penosas, hambres y trabajos mil he pasado; peleando sin cesar, no veo que el aspecto de la guerra cambie. Siempre es lo mismo: las ventajas de hoy son el descalabro de mañana. Si una columna vence aquí, otra sucumbe dos leguas más allá. Se les echa de un valle, y aparecen en otro. Creyérase que salen de debajo de las piedras, y que la sangre de tantas víctimas, caliente y rabiosa, aun después de derramada, engendra facciosos en los bosques, en los charcos de los barrancos, en los escombros de las masadas destruídas. Esto no es guerra, digo yo; es un duelo feroz, nunca suspendido. Nogueras conoce el terreno, pero le falta cabeza. Borso tiene intención, pero no domina el suelo. Sin darse de ello cuenta, conduce sus tropas por el camino más largo. No encuentra nunca al cabecilla que busca, sino a otro que le sale inesperadamente por retaguardia, cuando no le salen dos. Así no acabamos nunca. Si no traen un ejército muy grande para ocupar todas las posiciones y pueblos de importancia, a la defensiva, tapándoles los boquetes y pasadizos para sus correrías, matándoles de hambre y provocándoles a que se enzarcen unos con otros, tenemos guerra para un siglo. Yo me doy a pensar en esto, y digo: «¿Por qué combatimos?» Ahondando en el asunto, encuentro que no hay razón para esta carnicería. ¡La libertad, la religión!... ¡Si de una y otra tenemos dosis sobrada! ¿No le parece a usted?... ¡Los derechos de la reina, los de don Carlos! Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo menos de echarme a reír..., y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos locos. ¿Cree usted que a Cabrera le importan algo los derechos de su majestad varón? ¿Y a los de acá los derechos de su majestad hembra?... Creo que se lucha por la dominación, y nada más: por el mando, por el mangoneo, por ver quién reparte el pedazo de pan, el puñado de garbanzos y el medio vaso de vino que corresponden a cada español... ¿No opina usted lo mismo?

—Lo mismo, querido Estercuel, lo mismo. Es usted un sabio. ¡Tan joven y ya profundiza!

VIII

En esto llegaban al término de la extensísima olmeda, de donde a los ojos se ofrecía un hermoso espectáculo: la cascada que forma el río Alto al precipitarse en el Guadalope. Cerros enhiestos formaban el marco de tan bello paisaje, que don Beltrán pudo gozar, porque, despejada la niebla, daba el sol relieve y colorido a todos los objetos.

—Si es éste el lugar que esa sierva de Dios ha elegido para sus penitencias—dijo el anciano—, a fe mía que ha tenido buen gusto.

—En aquella casucha que ve usted junto a dos peñas muy grandes, sombreada por una encina que parece partida por un rayo, moraba estos días la que llamaré ermitaña trashumante.

Aunque no estaba seguro don Beltrán de ver lo que su amigo le indicaba, allá se encaminó a buen paso; y antes de llegar al sitio designado, vieron que hacia ellos venían dos vejetes con trazas de pastores, por sus vestiduras de pieles más parecidos a osos que a personas, uno de los cuales, al llegar adonde pudo ser oído, les dijo:

—Si van en busca de la maestra, vuélvanse, que no la encontrarán.

—¿Pues dónde ha ido mi señora y capellana?—preguntóle Estercuel, sospechando que no le decía la verdad.

—¡Por vida de...!—exclamó Urdaneta, golpeando airado el suelo con su bastón—. No creí que la buena estrella que me guía en este viaje se eclipsara tan pronto. ¿Sabéis, buenos amigos, si ha ido muy lejos? Porque si supiera que no estaba distante, iría en su busca, que con mis setenta y tantos años no me arredran un par de leguas.

—Ayer de mañana—dijo el viejo—fué a la Ginebrosa con mi sobrino, y nos mandó que por hoy al mediodía la esperáramos en Castellseras, para ir juntos adonde ella disponga.

—Entre paréntesis: ¿sabéis si vive y dónde está Frascisquín Luco, hermano de Marcela?

—Vive, gracias a Dios..., pero del paradero no le diré, señor—replicó el anciano receloso, después de pensar lo que decía—. No sé...

—Sí sabes, tunante; pero no quieres decirlo. ¿No estaba gravemente enfermo? ¿No le asistía su hermana?

—Así parece, señor...

—Está bien... Por ventura, ¿no tendríais en vuestra covacha algo de comer? Porque con el fresco de la mañana y el paseo me siento un tanto desfallecido.

—Cuando les vimos venir estábamos cortando el pan para hacer unas pobres migas. Si los señores quieren participar de esta humildad, el gusto será nuestro, y la penitencia de los señores.

—Discreto eres... Ea, preparad esas migas con prontitud, y allá va con vosotros mi criado para que nos avise cuándo podemos ir a matar el hambre.

Al quedar solos don Beltrán y Estercuel, sentaditos en una piedra, dijo el militar al prócer:

—Se me había olvidadó informar a usted de lo que en el país se cuenta de las idas y venidas de la monja suelta, y de la prontitud, al modo teatral, con que aparece y se oculta, sin que nadie pueda saber de dónde viene ni por dónde se escabulle. Es una conseja, y a título de tal se lo cuento, advirtiéndole que esta guerra ha resucitado en el país la Edad Media, tan bien acomodada a su naturaleza bravía, a la rudeza de sus habitantes y a la muchedumbre de castillos, monasterios y santuarios que por todas partes se ven.

—Ya había pensado yo eso de que por ensalmo nos encontramos en siglo de feudalismo. Cuente, cuente pronto esa leyendita, que quizá no lo sea.

—Pues se dice, y hay quien lo jura, que el padre de esta señora ermitaña o peregrina era un hombre muy rico.

—¿Y a eso llama usted conseja? Puedo dar fe de las propiedades que poseía Juan Luco, las cuales fueron mías...

—Y a más de la propiedad, dicen que poseía grandes cantidades de dinero metálico...

—Naturalmente: era hombre que apenas gastaba el tercio de sus rentas... Y ¿qué más?

—Que antes de lanzarse a pelear por Isabel, Juan Luco puso en un lugar seguro una olla de onzas...

—Precaución muy acertada...

—Y en otro lugar seguro, a bastantes leguas del primer sitio, otra olla de onzas.

—Tenía propiedades en Rubielos...

—Y en Valderrobles, y en Calandas, y en Morella..., sus hijos hicieron lo pro-

pio. El primogénito sepultaba ollas en este monte, y el segundo en aquel barranco... De modo, señor mío, que por todas estas tierras y por parte de las del Maestrazgo, están esparcidas las riquezas de Luco.

—Pues, amigo mío—dijo don Beltrán grandemente excitado, levantándose y haciendo rápidos molinetes con su bastón—, no veo la conseja..., no veo más que un caso muy natural, la pura lógica, señor mío, el puro sentido común.

—Ollas en los montes de Gúdar, ollas en el desfiladero de Vallivana, ollas en Mosqueruela, ollas en Beceite, ollas en Calanda, en Peñagolosa..., y quién sabe si aquí mismo, bajo nuestros pies, habrá un puñadito de oro...

—Hijo, podrán ser más, podrán ser menos—dijo don Beltrán con grande animación, iluminado el rostro, brillantes los ojos, revelando una credulidad infantil—. El número de ollas no lo sé..., pero que las hay..., ¡ah!, lo creo y lo creo, como si las hubiera enterrado yo mismo... Y no me contradiga usted, porque cuando afirmo verdades como ésta, no es prudente contradecirme...

—No, si no me parece absurdo... Pero falta lo mejor de la conseja. Dice el pueblo, y cuando el pueblo lo dice es porque lo cree como el Evangelio, que esta señora monja ha tomado ese empaque ermitañesco y peregrino para recorrer y vigilar los lugares donde yacen escondidas las preciosas tinajas... Sin duda, conoce los sitios por inspiración del Cielo, o por topografías milagrosas que le ha comunicado el Espíritu Santo...

—No se burle usted, amigo mío, que estas cosas no son para tratadas con genio maleante... Y le advierto que me desagrada oír chanzas aplicadas a cosas y objetos de la mayor seriedad.

—Serio, profundamente serio es cuanto digo, si aceptamos la ficción de hallarnos en plena Edad Media. Prepárese usted, si persiste en penetrar en el país, a ver milagros y hazañas, casos inauditos de santidad o sortilegio, brujas, duendes, apariciones; subterráneos que empiezan en un castillo y acaban en un monasterio a siete leguas de distancia; verá usted hombres feroces, hombres heroicos, mujeres endemoniadas o angelicadas; verá usted, en fin, a la hermosa y andante Marcela, con aliento guerrero y olorcillo de santidad, corriendo por montes y barrancos para tomar nota de las mil y quinientas ollas de Luco, y trasladar a lugar seguro y profundísimo las que fueron escondidas a flor de tierra en parajes muy transitados; prepárese usted a ver todo esto, y si algo descubriese contante y sonante, avise, señor don Beltrán, que no ha de faltarle un buen amigo que, armado de pala y azadón, le preste ayuda.

—¡Tunante!—dijo el anciano, que, gozoso, se lanzaba a la confianza paternal—, si tuviera usted la suerte de encontrar uno de esos nidos, ya sé que le faltaría tiempo para ponerlo a un maldito caballo, o a un as indecente... No quiero dejar pasar esta ocasión sin echarle un réspice..., mi ancianidad me da derecho a ello... Yo le vi a usted anoche encenagado en el feo vicio. Paréceme que era usted el que tallaba...

—Sí, señor, por mi desgracia. No sé si advertiría usted que me desplumaron.

—Tanto como eso no reparé... Y ¿qué tal? ¿Eran atrevidos aquellos puntos? ¿Se traían alguna martingala?... Sea lo que quiera, un joven de sus méritos no debe dejarse dominar por la pasión del azar... Todo el dinero que caiga en sus manos guárdelo usted, hijo, guárdelo para sus necesidades de mañana. Piense en la vejez, que si en todo caso es triste y desabrida, sin dinero es suplicio grande. Pero, si no me engaño, oigo la voz de Tomé que nos llama, señal de que esas benditas migas nos esperan.

No tardaron en llegar a la choza; y tan grande apetito se le había despertado al buen señor por causa de la frescura matinal, del paseíto o quizá por la risueña visión de las ollas auríferas, que empezó a tragar migas, todavía calientes, a riesgo de abrasarse el gaznate; y comiendo decía:

—Pues de tal modo me interesa avistarme hoy mismo con la venerable madre Marcela, para tratar con ella de un grave punto de religión, que si estos señores van en su busca, les acompaño... No, no puedo detenerme... No trate usted de disuadirme, amigo Estercuel. Ni a mí ni a mi criado nos arredran ladrones ni carlistas. Si usted los teme, vuélvase tranquilo a Alcañiz.

—No por miedo, señor don Beltrán, sino porque mis deberes militares al pueblo me llaman, me veo precisado a dejarle partir solo.

—¡Ah! La obligación es antes que la

devoción. El buen militar no se pertenece... Pues iré con Tomé y estos ancianitos. ¿Qué distancia me ha dicho? ¿Legua y media? A pie mejor que a caballo. Me conviene un poco de ejercicio..., sí... Aún tengo bríos para andar largo trecho Si he de decir la verdad, me siento... así como rejuvenecido... Sin duda es el aire de esta tierra, no sé qué gozo del ánimo... Hasta parece que veo mejor... Sí, sí..., distingo perfectamente las pieles de estos hombres, la sartén, todo... No hay duda, no hay duda: veo mejor, amigo Estercuel... Y apostaría que después de un paseo de dos leguas se me aclararía la vista notablemente... Y ¿qué tal? ¿Se conserva bien la hermana Marcela? No la he visto desde que era muy niña.

Atacado de una locuacidad que no podía contener, enjaretaba cláusulas sin el debido enlace entre unas y otras. Como los ancianos no decían una palabra ni comían, pidióles cuenta don Beltrán, así de su silencio como de su falta de apetito, y el uno de ellos respondió que delante de tan gran señor no era decente que ellos, infelices mendigos, hablasen ni comiesen. Replicó a esto el afable aristócrata que ante Dios, Padre común del género humano, todos los hombres eran iguales, y que pues allí les reunía el acaso, no se acordasen de vanas categorías. Si ellos eran pastores, ¿qué oficio y estado superaba en nobleza y antigüedad al de conducir rebaños? Pastores fueron los patriarcas en aquel pueblo que Dios llamó suyo; pastores fueron los primeros que adoraron y reconocieron al Redentor del mundo en Belén, y éste había representado su misión debajo del simbolismo de un pastor del gran rebaño de la Humanidad. A esto replicaron los vejetes que no eran ellos pastores, y que usaban aquellos pellejos y los peales y zurrón por ser el traje más adecuado a la frialdad del tiempo y a la fragosidad del país.

—¿Pues qué sois?—dijo el prócer, suspenso, preparándose a probar de un queso que le ofrecían.

—Nuestro oficio es el de sepultureros; sólo que ya hemos dejado aquel empleo tan humilde por acompañar y seguir a la divina Marcela.

—¡Hombre, hombre..., sepultureros, enterradores! —exclamó Urdaneta con asombro—. Pues también es ocupación noble, antiquísima como el mundo, pues desde que hubo vida, hubo muerte. Y oficio santo, además, que en él se cifra una de las obras de misericordia. Muy bien, muy bien, pobrecitos. Me agrada vuestra compañía. Enterrar los muertos es noble misión. Dios manda que después de recoger El el alma, se dé a la tierra lo que le pertenece. Y ¿quién sabe si revivirá algo de lo que habéis soterrado? No todo lo que entra en la tumba es muerte. La fosa recoge también la vida, para sustraerla a la codicia y al latrocinio... Y difuntos aparentes habréis sepultado que volverán a la vida y... Pero de estas filosofías no entendéis vosotros... Y dime otra cosa: desde que os encontré, tú solo hablas. ¿Por qué no hemos oído la palabra de tu compañero?

—Porque se le traba la lengua, y no quiere que le oigan...

—Es tartamudo..., mudo, quizá. Ya sabe Marcela lo que hace, rodeándose de hombres callados, silenciosos, y cuando no, discretos como tú... Pero no perdamos más tiempo y pongámonos en camino.

Levantóse ágil, sin esfuerzo, con sorpresa de todos, y emprendiendo la bajada al camino, al llegar a éste se despidió del amable militar, que deseándole un regreso pronto y feliz, le dijo:

—Ya ve el señor don Beltrán cómo va resultando lo que anuncié. Edad Media, pura Edad Media... Supongo que le veremos esta noche por Alcañiz, y ya nos contará, ya nos contará... Quiera Dios que no tenga un mal encuentro... Es posible que pueda ir y volver felizmente, porque no hay noticias de que ahora anden por aquí partidas. Abur. A sor Marcela le da usted expresiones de mi parte, y que se deje ver... De buena gana me ajustaría yo en su cuadrilla de sepultureros, si supiera que tocaban a desenterrar... lo que usted sabe. Adiós.

Internándose a buen paso en la olmeda que conduce a la ciudad, decía para su sayo el buen de Estercuel:

—El pobre señor, reverdecido en la niñez, está ya en su elemento: la conseja.

IX

Anduvo larguísimo trecho don Beltrán por la margen izquierda del Guadalope, sin encontrar alma viviente, pues los caseríos estaban desamparados, los gana-

dos dispersos, hombres y animales del campo huídos; y tan presuroso iba por el estímulo de su deseo, que al llegar a las primeras casas de una aldea desierta, que debía de ser Castellseras, faltáronle súbitamente al anciano los alientos, y dejándose caer en un montón de tierra, cercano a un edificio en ruinas, dijo a sus acompañantes:

—Amigos míos, la costumbre de andar en coche y a caballo ha quitado vigor a mis piernas para la marcha peonil. Vosotros andáis sin fatigaros muchas leguas; yo no puedo. Me rindo, me entrego, y pues ya no estamos lejos del punto en que os habíais citado con la maestra, os ruego que os adelantéis y le digáis que la espero aquí. Recordad bien mi nombre: don Beltrán de Urdaneta..., el grande amigo y en otro tiempo protector de su padre...

Obedecieron sin chistar los dos viejos, y don Beltrán se quedó solo con su criado Tomé, el cual no hacía más que mirar a los cerros cercanos, pues en todos veía fusiles y boinas su medrosa fantasía. Por indicación suya, se pusieron al abrigo y sombra de aquellas derrumbadas paredes, de donde vigilarían quien viniera, y podrían esconderse si alguien se acercaba con malas intenciones. Allí se aguantaron como unas dos horas, y ya se impacientaba Urdaneta, cuando Tomé, encaramado en lo más alto, avisó la presencia de cuatro personas por el camino que habían seguido los viejos al partir.

—¿Ves a los enterradores?—preguntó don Beltrán ansioso—. ¿Viene con ellos una señora vestida de monja o penitente?

—A los dos abuelicos les veo—dijo Tomé cuando las cuatro figuras se aproximaron—; pero no viene ninguna monja, sino dos chicarrones, uno de ellos con sotana.

—¿Estás bien seguro del sexo?

—¿Qué dice, señor? Si llama sexo a lo de distinguir de machos y hembras, apuesto lo que quiera a que los cuatro son hombres naturales, aunque al uno no le veo piernas por bajo, y por arriba le veo melenicas como las de una imagen.

—Luego, ¿viene uno con faldas?

—Mas no son faldas ni andares de mujer, sino al modo de las túnicas de los santos, que siempre usaban sayos o camisones.

Y cuando ya cerca estaban, y amo y criado salían de las ruinas para recibirles, gritaba Tomé:

—Señor, señor, déjeme que me santigüe, pues esto no es cosa buena. El de los pelos largos y caídos es un muchacho amujerado o mujer hombruna. No he visto otra...

—Cállate, simple, y ponte a un lado, que ya veo los bultos y me adelanto a saludar a Marcela.

Del grupo que venía se adelantó una figura híbrida, tal y como Tomé la había descrito: para mozuelo, de regular talla; para mujer, de elevada estatura, con gallarda medida y proporción. Era el rostro moreno, tan tostado del sol, que semejaba al de una efigie secular cuyo barniz el tiempo ha oscurecido, dándole una dulce pátina con vislumbre sienoso. Los ojos grandes, negros y de profundo mirar, parecían de hombre; de la nariz para abajo representaba cara fina y graciosa de hembra, con hoyuelos en la barbilla y un poco de vello sobre el labio superior. El cabello caía en guedejas que parecían plumas de un gallo negro, y le llegaba hasta mitad del pescuezo, no menos tostado que el rostro, partiéndose en la frente en dos ramales espesos, ásperos, que a veces nublaban los ojos. Era el cuerpo de rara perfección, más de hombre que de mujer, pues no se le notaba elevación de seno, el cual era poco más alto que el de un mocetón de anatomía lozana; bien sentidas las cintura y cadera, sin ofrecer curvas muy acentuadas; el pie desnudo, de color de antigua caoba, de mediano tamaño, tirando a grande, y admirable forma. El sayal que vestía, de parda estameña, remedaba un hábito franciscano de varón, pero sin cuello ni capucha, sencillísimo en su traza y corte, ceñido a la cintura por una cuerda. Llevaba el rosario en un bolsillo interior del hábito, que se manifestaba en una abertura vertical al costado derecho, por donde asomaba la cruz de bronce. Mayor bulto que el de un rosario se veía por aquella parte; señal de que guardaba otros objetos, pañuelo quizá o sabe Dios qué. La voz, que hirió con sonoro timbre los oídos de don Beltrán en el primer saludo, era como de muchachón tierno, engrosado por la constante vida al aire libre en país tan frío.

—Aunque estos pobrecitos—dijo Marcela—equivocaron el nombre... *Don Jordán de la Beltraneta*, ya comprendí, se-

ñor, ya comprendí que era usted... el que me hacía el honor de venir en mi busca...

—El honor es mío—replicó don Beltrán descubriéndose y besándole la mano—, y me considero feliz de ver en opinión de santa a la que conocí muy niña... Ya, ya se anunciaba en ti la mujer superior, extraordinaria, eminente...

—Mi padre le apreciaba a usted de veras—dijo Marcela, cortando el elogio—. Diez días antes de morir estuvo a verme, y hablamos largamente del señor don Beltrán...

—Siempre tuve a Luco—afirmó al prócer, gozoso de lo que la ermitaña relataba—por uno de mis mejores amigos. De cuantas personas he tratado en mi larga vida, Juan fué la única en quien siempre vi la flor de la gratitud... Sabrás que a mi protección decidida debía tu padre los adelantos de su fortuna.

—Lo sé..., y a gala tenía él recordarlo... A mis hermanos y a mí, cuando éramos niños, nos enseñó a pronunciar con el mayor respeto el nombre para él sagrado de Urdaneta... Pero si el señor gusta de que hablemos, no piense en volverse hoy a Alcañiz y véngase conmigo, despacito, hacia Calanda, que allí tengo un alojamiento regular y podré darle algo de comer, siempre dentro de la suma pobreza.

Tan grata impresión habían hecho en el viejo las primeras palabras de la santa mujer, que a todo se prestó gozoso, diciendo:

—Vamos adonde tú quieras, hija mía, y no creas que me asusta la pobreza, pues he llegado a una situación en que mi gloria es confundirme con los humildes.

—Vivimos en el reino de la desventura —dijo la ermitaña con austeridad—. El azote de Dios nos ha reducido a todos, ricos y pobres, hombres y mujeres, a las extremidades de la miseria y a no contemplar más que espectáculos de tristeza y dolor. El Señor nos ha castigado, nos somete a prueba durísima, desatando a la Muerte para que a ninguno perdone. Convenzámonos de que sólo breves instantes nos faltan para morir, que no hemos muerto ya por cansancio de la misma Muerte, la cual apenas tiene aliento para cortar tantas vidas, y preparémonos...

—¡Oh!, sí; bien preparado estoy para cuando el Señor lo disponga...

—Y en tanto, fortifiquemos nuestras almas con la paciencia, con el gusto de las adversidades, y celebremos las miserias y trabajos que Dios nos envía.

—Sí, hija mía, sí..., celebrémoslo...; ya lo creo que debemos celebrarlo...

—«Que los trabajos bien recibidos y padecidos son, no sólo útiles y provechosos, sino gustosos y sabrosos...» Esto lo dijo Nicéforo, famoso historiador de la Iglesia, y añade que «son las adversidades satisfactorias por los pecados, y que los trabajos nos son útiles por la fortaleza que con ellos se gana» Tengamos fortaleza, señor don Beltrán, esta soberana virtud con que se vencen y encadenan todos los males.

—Sí, hija mía, sí—murmuraba don Beltrán—; seamos fuertes; yo busco la fortaleza.

—Dice el bienaventurado San Juan Crisóstomo que «aunque los trabajos no tuvieran otro bien sino el que el hombre recibe con su paz y quietud cuando le faltan, fueran de muy grande codicia».

—Paz y quietud anhelo yo, hija mía, y por Cristo que, a mis años, después de tantas luchas y fatigas, bien merezco el reposo. Y bien podría el Señor concedérmelo en premio de la valentía con que me lanzo por estos caminos infestados de facciosos. Cierto que cuando Dios nos manda trabajos y adversidades, ya se sabrá por qué lo hace; pero yo te digo ahora, con perdón de San Nicéforo y San Crisóstomo, que maldita gracia me hará que nos salga una partida carlista y nos deje en cueros, o nos apalee, o nos fusile...

—El verdadero cristiano—dijo la beata peregrina con acento firme, sin afectación—no sólo no teme la muerte, sino que la desea. Cuenta Eusebio en sus *Anales* que, «hallándose los mártires presos, se alegraban creyendo habían de ser los primeros que sacasen a martirizar, y cuando no lo eran quedaban desconsolados».

—Pues perdóneme el señor Eusebio...

—Y testifica San Jerónimo que el bienaventurado mártir San Ignacio escribía a Siria desde Roma, poco antes de su martirio: «Plegue a Dios dejarme gozar de las bestias que me esperan, las cuales ruego a Dios no sean perezosas en acabarme...» Donde dice bestias ponga usted facciosos, y digamos: «Que vengan cuando quieran y nos despedacen.»

—Todo eso es muy bonito para dicho:

pero como no soy santo, quiero guardar de ésos los pocos días que me restan.

Si en los comienzos del diálogo le encantaba a Urdaneta la firmeza de convicciones de la peregrina y el severo estilo con que la manifestaba, en cuanto empezó a largar citas se le hizo un poquito indigesta tanta sabiduría. Preguntóle que cómo podía repetir sin equivocarse tantos textos de sagradas escrituras, y ella lo explicó por su prodigiosa retentiva... Lo que una vez leía no se le olvidaba nunca, y su mente era una copiosa biblioteca, que usaba sin compulsar libros. Por todo el camino fué soltando citas de Santos Padres y de Aristóteles y Cicerón, que también éranle familiares los filósofos profanos; y ya un tanto mareado don Beltrán con aquella erudición fastidiosa, diputó a Marcela por un papagayo con más memoria que discernimiento. Aún era muy pronto, dice el narrador, para formar juicio tan terminante.

Al caer de la tarde llegaron a un barrio de Calanda, y metiéronse en una casa mísera, donde había tres mujeres. Ningún hombre se veía en todo el lugarejo ni en sus contornos. Impaciente por hablar largo y tendido con la santa, hizo propósito don Beltrán de plantear el magno asunto en cuanto despacharan la frugal cena de alubias, habas secas y algunos huevos con que fué regalado el huésped. Como si le leyese en el rostro los pensamientos, Marcela se apartó con él a un rincón de la estancia donde comieron, que era un establo de cabras, sin cabras, y le dijo:

—Señor don Beltrán, antes que empiece yo mis rezos y ejercicios de la noche, y antes que usted se acueste..., que para su nobleza se prepara en esta humildad un mediano lecho..., quiero que me diga la razón de venir a buscarme.

—Precisamente, ya se me hacía tarde el hablarte de ello, hija mía. Bien comprenderás que si a los riesgos de este viaje expongo mi ancianidad es porque me lo exige mi decoro, el honor de mi nombre.

—Fuertes razones habrá, sin duda. Recordando lo que del señor don Beltrán me dijo mi padre días antes de morir, lo que después oí a mis hermanos, y agregando lo que yo con mi pobre entendimiento adivino, creo conocer los motivos que acá le traen.

—Si lo has adivinado, me libras del enojo de decírtelo, que nunca es grato en un hombre de mi condición declarar sus necesidades. Pero algo debo referirte como antecedente necesario, y es el hecho de las desavenencias graves con mi familia y mi resolución de abandonar la casa de Idiáquez para no volver más a ella.

—También sé algo de esto—indicó la monja, con un dejo de severidad—, y creo que no es toda la culpa de su familia, que buena parte de esa culpa debe recaer sobre usted.

—Puede..., sí..., no digo que no...—murmuró, desconcertado, el aristócrata.

—Porque las opiniones están conformes en que ha sido usted un pródigo incorregible... Ha derramado su caudal, y ahora se encuentra escaso y pobre. *Effussus est sicut aqua; non cresces.* «Derramado has como agua, y ahora no creces, no tienes», como Jacob dijo a su hijo Rubén.

—Sí, es cierto..., sí... Pero yo, por mi condición generosa y mis hábitos de gran señor, desprecié siempre las cosas menudas, pequeñas...

—¡Ah!, señor mío. El *Eclesiástico* lo ha dicho: *qui spernit modica, paulatim decidet.* ¿Lo entiende usted?

—Hija mía, se me ha olvidado el poco latín que aprendí en mi niñez. Háblame castellano. En castellano neto te digo yo que si es cierto que con mi conducta he creado mis daños, ya no estoy en la edad de corregirme.

—Bueno, señor. Pues mi padre...

—Tu padre era, el primer año del siglo, un triste labrador que llevaba en arrendamiento algunas de mis tierras de Rubielos. Gran trabajador, gran economizador, el año seis y siete quiso comprarme las piezas de Alventosa y el prado grande de Alcalá de la Selva. Aunque otros compradores me ofrecían mayores ventajas, preferí a Luco, atento a su honradez y puntualidad... Además, siempre me ha gustado dar la mano al pobre. Quedóse tu padre con aquellas tierras, luego con otras, y me pagaba cuando quería, a su comodidad y desahogo. ¿Es esto cierto?

—Usted lo ha dicho.

—Siempre se mostró tu padre agradecido, y andando los años recibí pruebas de la estimación en que me tenía.

—Y jamás le apremió usted por los pagos; lo sé.

—Ni le cobré intereses por las demoras. Al fin, todo fué suyo; todo, no; quedábanme el monte de Mosqueruela y la encomienda de Forniche Bajo. El veintidós, hallándose ya Luco en gran prosperidad, por las buenas cosechas y el gran incremento que tomó el comercio de lanas, propúsele yo que me comprase la Mosqueruela para que redondeara sus estados, y accedió a ello, abonándome, desde aquella fecha hasta el treinta, los plazos en que estipulamos la venta. El año treinta y tres, hallándome yo algo escaso de fondos y necesitando reunir una cantidad para atenciones ineludibles, pedí a Luco dos mil duros, que me mandó al instante. Le cedí las rentas de la Encomienda por todo el tiempo que fuese preciso hasta la extinción de la deuda, y al año siguiente le propuse que me comprase también esta finca por la valoración que estimara justa. Todo se hizo conforme a la voluntad de tu padre, pues ni yo regateaba con un hombre de tanta rectitud y conciencia ni me hallaba en aquellos días, por el aturdimiento que me causaban mis afanes, en disposición de apreciar mil duros más o menos en mis negocios. Siempre he sido lo mismo. Pasó tiempo; y hace unos meses, hallándome yo en Villarcayo, recibo una carta de tu padre en que me decía: «Sé, mi noble señor, que por ruindad de los tiempos y caídas de grandezas humanas se halla vuecencia en escasez de posibles. Si con el caudal no ha perdido la memoria, recuerde que está en el mundo Juan Luco, y no olvide que Juan Luco no consentirá jamás que padezca necesidades el primer caballero de Aragón.»

—Así es—dijo la venerable, afirmando además con una fuerte cabezada.

—Y hay más, hay más, mi bendita señora—dijo don Beltrán, animándose con el buen giro que, a su parecer, llevaba el asunto—. En la misma carta decía: «Recuerde también el señor, y medite y repare que lo de la Encomienda fué más ventajoso para un servidor que para usía; y pues Juan Luco ha sido siempre hombre de conciencia, hoy, ante la verdad clara de sus adelantos de fortuna, quiere serlo en mayor grado, y, más que condenarse por egoísta, le gustará salvarse por generoso. Dígame, pues, el señor lo que necesita, y no será él tan presuroso en decírmelo como yo en acudir a su alivio y remedio...» Esto decía; y si lo dudas, angélica mujer, aquí tengo la carta...

—No, no ha de mostrármela, señor, pues lo que me dijo pocos días antes de morir mi honrado padre es en todo conforme con el tenor de su carta.

X

Echó don Beltrán de su pecho, al oír tan consoladoras palabras, un suspiro muy grande, con el cual pareció que se descargaba de la pesadumbre de sus desdichas. Miró a la santa mujer, que al suelo inclinaba sus ojos, sin expresar nada inteligible en su rostro de imagen. Pasado un ratito, la penitente miró al anciano, diciéndole:

—Hora es ya de que descanse, señor. Por lo que hemos hablado, bien se ve que sus deseos son recoger ahora lo que le ofreció mi buen padre, cosa en verdad fácil en mi voluntad, pero dificultosa en la de Dios, que es quien dispone las cosas... No puedo darle tan pronto respuesta terminante, pues ello ha de ser muy pensado... Recójase ya, duerma tranquilo y persuádase de que, puesto su negocio en mis manos, de la hija de Juan Luco no ha de recibir usted ningún mal, sino todos los bienes posibles...

Aunque estas vaguedades no satisfacían por entero las aspiraciones de Urdaneta, que quería solución clara y pronta, fuése el hombre al camastro esperanzado de lograr sus deseos y confiando en la rectitud de la piadosa mujer. Pasó la noche intranquilo, febril, y en los breves ratos de sueño creíase transportado a subterráneos de castillos o criptas de iglesias, donde entre tumbas aparecían ánforas llenas de plata y oro. Despabilado desde el alba, llamó a su criado para que le vistiera, y Tomé se apresuró a comunicarle lo que pensaba de la monja y de su compañía.

—Señor, debe de ser santa, porque la vi de rodillas más de cuatro horas, y a ratos echábase de cara contra el suelo y parecía que lloraba con ansias y congojas... Las otras dos mujeres también rezaban, aunque con menos figuraciones, para mí son, como ella, monjas des-

perdigadas y salidas... Yo no pude dormir del frío que hacía en aquella cuadra, y viendo tanto rezar, me puse a hacer lo mesmo... Los viejos y el muchacho, arrimaícos a la pared, roncaban como *tocinos*.

Algo más hablaron, comunicándose uno a otro sus impresiones. Sirvieron a don Beltrán las mujeres, muy de mañana, unas sopas que le supieron a gloria: y mientras las comía, díjole Marcela que habían de ponerse en camino inmediatamente, tomando ella con los viejos la vuelta de Alcañiz por el vado de Torrevelilla, pues tenían que hacer en la Codoñera. Irían juntos, y por el camino sabría don Beltrán lo que ella durante la noche había pensado del asunto que al señor tanto interesaba. Para resolverlo del modo más equitativo había pedido luces a la Divina Ciencia, recogiendo su espíritu en oración muy fervorosa, a fin de que Dios la iluminase en el fallo que tenía que dar sobre cosas temporales. Ya empezaba el caballero a inquietarse con estos requilorios, y se dispuso a seguir a la santa, ansioso de escuchar pronto su resolución o sentencia.

Salieron por un caminejo de herradura en busca del Guadalope, que por aquella parte corre encajonado entre cerros de mediana elevación. Marcela echó por delante a Tomé y a los dos viejos sepultureros, y abordó con don Beltrán el magno asunto:

—Ante todo, hija mía—le preguntó el prócer—, ¿por qué tus viejos, a quienes no sé si llamas discípulos o hermanos, llevan el uno una pala y el otro un azadón?

—Se han impuesto por penitencia dar sepultura a todos los muertos que dejan tras de sí, en sus horribles batallas, liberales y absolutos. Por mi cuenta han enterrado ya como tres centenares de cristianos sacrificados a la ambición de los poderosos del mundo.

—Dios les reciba en su santo seno... Pues, satisfecha esta curiosidad, dime ahora si debo esperar que des cumplimiento a la voluntad de tu padre con respecto a mí, voluntad bien manifiesta...

Con el estilo severo y elegante, aunque algo duro, que en la lectura de autores místicos se había asimilado, interpolando a cada instante citas de Santos Padres o de Aristóteles, Longinos, Teofrasto, Paracelso y otros sabios, como si con la erudición quisiera dilatar la sentencia, Marcela manifestó a don Beltrán que ella y su hermano Francisco ignoraban dónde yacían soterrados los dineros que Juan Luco poseía en sus últimos años, salvo una pequeña parte, cuyo paradero, por declaración de su difunto hermano Cinto, conocía; que si lograba descubrirlo y asegurarlo todo, cosa en extremo difícil en medio de guerra tan desaforada, lo destinarían a una obra de gran piedad, como desagravio al Señor por las iniquidades que las dos catervas de combatientes cometían. Ambos hermanos estimaban, en su acendrada fe, que dar tal destino a las riquezas de su buen padre sería muy grato al alma de éste, ya se hallara purgando sus pecados en el fuego del Purgatorio, ya estuviese gozando de Dios, purificada y limpia por su martirio. Francisco Luco, el menor de los tres hermanos varones, había hecho en Huesca sus estudios eclesiásticos, y disponíase a recibir las sagradas órdenes cuando el maldito clarín de guerra, hiriendo sus oídos y despertando en él ideas de bandería política y militar soberbia, le indujo a tomar parte por Isabel en la querella. Breves y no felices habían sido sus hazañas. En Liria fué verdadero milagro que no le fusilaran. Dolorosos meses de cautiverio pasó en Cantavieja Libre, al fin, al tomar la plaza el general San Miguel, volvió a sus anhelos pacíficos y religiosos, horrorizado de la guerra y de sus desmanes. Ante su hermana, y cuando ésta le asistía en la penosísima enfermedad contraída en el cautiverio, hizo voto solemne de consagrar a Dios su vida; su alma y sus pensamientos todos, sin esperar a ponerlo por obra más que el tiempo que se tardase en preparar las cosas materiales para tal objeto...

—Según eso—dijo don Beltrán, a quien con tales santidades se le había puesto un nudo en el tragadero, sin poder pasarle para arriba ni para abajo—, tu hermano entra en religión..., cantará misa, profesará en alguna Orden. ¿Dónde está? Yo quiero verle.

—Espérese usted... Francisco abrazará la vida religiosa; pero antes de abandonar el siglo tratará de descubrir y reconocer dónde se hallan los bienes en especie que padre trató de sustraer a manos rapaces. Y con decir yo esto, y usted con oírlo, queda manifestado, y por us-

ted comprendido, que hemos de destinar íntegro todo el caudal a una fundación santa para religiosos de la Orden que abrace mi hermano y a restaurar mi glorioso convento de Sigena.

—Sí, hija mía, sí..., comprendido. Pero dime: tu hermano, ¿dónde está?

—Hállase actualmente no muy lejos de nosotros, atento a lo que a él y a mí tanto nos importa; mas para poder efectuar sus pesquisas en materia tan delicada ha sido menester que se agregase a una columna cristina so color de prestar en ella servicio hospitalario, que otro servicio más guerrero no podría por causa del grave detrimento de su naturaleza...

—No dudo—dijo don Beltrán, cuya vista se nublaba, como si su pena fuera una oscurísima visera que le caía sobre los ojos—que si yo hablara con Francisco Luco en tu presencia, ambos me daríais prueba inequívoca de su piedad y rectitud, declarándome poseedor de aquello que vuestro padre determinó que había de ser mío.

—Si he de hablar al señor de Urdaneta con la plenitud de verdad que se desborda de mi corazón—dijo la monja, endulzando la voz—, le manifestaré que me parece impropio de sus años ese insano apetito de las riquezas. En la declinación de la vida, y cuando Dios ha decretado ya para usted el acabamiento de todas las vanidades, ¿para qué quiere lo que no puede disfrutar, ni tiempo tiene para ello?

—Hija mía, es que...

—Padre y señor mío, la verdad sale de mis labios sin que mi respeto pueda contenerla. Debiera usted despreciar las riquezas y alegrarse de haberlas perdido, renegar de que quieran dárselas..., y apartarlas de sí como se aparta la podredumbre pestilente... Sí, don Beltrán. Le recordaré, por si lo ha olvidado, lo que dijo San Pablo a los hebreos: «Con alegría recibisteis el robo que os hicieron de vuestros bienes.» Sí, sí, noble señor; alégrese de que le hayan despojado de sus tesoros y no ansíe volver a poseerlos...

—Pero...

No siguió el desgraciado anciano, porque tanto se le apretaba el nudo en su gaznate que no pudo articular palabra.

—Llénese, señor—continúó la santa con inspirado acento—, llénese de aquella virtud de la paciencia, que todas las demás virtudes compendia y resume: ame la pobreza, bendiga el no tener...

—Pero..., hija mía...—pudo decir, al fin, don Beltrán—, ¡si a paciencia nadie me gana!... Verás... Yo...

—Tertuliano dijo: «Donde Dios se halla, allí está con El su amiga la paciencia.»

—Estamos conformes... Tertuliano y yo...

—Y no olvide, señor don Beltrán, que la Divina Sabiduría dice en los *Proverbios: O viri, ad vos clamito, et vox mea ad filios hominum... Mecum sunt divitiæ...* Fíjese, don Beltrán: *Mecum sunt divitiæ et gloria, opes superbæ et justitia.*

—*Oh la mère latiniste!... Je n'aime pas les gens qu'à tout propos crachent du grec et du latin.*

—Señor don Beltrán, yo no sé francés.

—Señora doña Marcela, yo no sé latín. Hablemos en la lengua común.

—Pues en ella digo a usted que ya estamos en el Gûadalope, y que callemos ahora, pues juntamente con Tomé y con los ancianos que allí nos esperan emprenderemos el paso del río por aquel vado.

Efectuado sin contratiempo alguno el tránsito de una orilla a otra, siguió don Beltrán por aquellos vericuetos, taciturno y suspirante; a su lado iba la peregrina, rosario en mano, rezando al compás de la marcha lenta y fatigosa a través de montes solitarios, en un día destemplado y brumoso. En las agrias pendientes solía don Beltrán pedir descanso, para dar paz a sus viejos pulmones; y en una de estas paradas, sor Marcela, terminando presurosa entre dientes una oración, dijo a su aburrido acompañante:

—No se aparta de mi pensamiento, noble señor mío, su malestar, y me duele mucho la desazón que yo, sin quererlo, haya podido causarle. Pensando vengo en ello todo el camino y pidiendo a Dios que me ilumine con nuevas ideas. De Dios debe de venir, pues, esta que ahora me asalta y que voy a manifestarle.

—Sí, sí, de Dios tiene que ser, si es idea benéfica y compasiva. Dímela pronto.

—Pues he venido pensando por el camino que usted, en su vejez, triste occidente de una vida de prodigalidad y disipación, habrá contraído deudas, compromisos que afectan al honor y buena

fama, y que desea, como caballero cristiano, darles cumplimiento antes de morir.

—Hija de mi alma, hablas ahora como la misma sabiduría—dijo don Beltrán casi llorando, con ganas de arrodillarse y besarle la orla del saval.

—Bien, señor: se le dará lo que necesite para ese objeto, siempre que adopte vida religiosa, consagrando a la oración y penitencia el resto de sus días. No tiene usted que inquietarse de cosa alguna tocante a la providencia de pagar sus deudas y demás negocios mundanos. Mi hermano o persona que él designe se encargará de dejar bien puesto el nombre de Urdaneta, pagando lo que usted deba a los hombres. Usted no vivirá ya más que para pagar a Dios lo que a Dios debe...

—Pero... entendámonos... La idea no es mala... Explícate mejor... ¿Antes de que me arregléis mis asuntillos, tengo yo que meterme fraile?...

—Parece como que le espanta la idea.

—No, hija...; es que... verás...

—¿Se tiene acaso por persona más alta que el emperador y rey Carlos Quinto?

—No, no... ¡Si estamos conformes! Yo deseo el descanso, la abdicación—dijo don Beltrán, pensando que le sería forzoso dar su asentimiento, a fin de obtener después, por concesiones graduales, sentencia más conforme con sus deseos—. No tengo inconveniente... La idea es muy acertada... Pero hazte cargo de la urgencia de mis compromisos.

—Sobre toda urgencia está la de dar a las riquezas de Juan Luco la aplicación santísima que hemos determinado.

—Aprobado, hija, aprobado... La idea es grandiosa, ea...

—En obsequio al amigo y protector de mi padre, hacemos una sola excepción, consagrando parte de aquel caudal a poner en salvo la buena fama de un noble caballero aragonés. Pero esto no ha de hacerse sino consagrando usted previamente los días que le restan de vida a la oración y a la austeridad. Hágase cuenta de que Dios le da el miserable puñado de metal que necesita para cumplir con el mundo; pero no se lo da por su linda cara, sino a cambio de su alma, en lo cual se ve patente la bondad infinita.

No pudo dar por de pronto el pobre viejo más respuesta que un suspiro hondísimo, y afilando luego su entendimiento trató de acomodarse al deseo y planes de la monja con eufemismos delicados y vaguedades ingeniosas. En esto se les pasó una parte del camino, y cuando ya avistaban la villa que lleva el nombre de la Codoñera, situada en escarpado y agreste sitio, vieron venir por el sendero abajo a Tomé, despavorido y dando voces. Detrás de él venían los ancianos con menos veloz carrera. Dióle a don Beltrán un vuelvo el corazón, viéndose cercano a un gran peligro, y así era ciertamente, pues Tomé gritaba:

—¡Los facciosos! ¡Los facciosos!

No pasaron dos minutos sin que se viera justificado el pánico del chico; a la revuelta del sendero aparecieron seis hombres, luego más de veinte, y, por fin, un tropel de ellos, que a don Beltrán se le antojó un grande ejército. Todos traían boina y fusil, vestidos con un abigarrado desorden, enteramente contrario a la uniformidad.

Suspenso y aterrado, Urbaneta apretó los dientes, mascullando palabras airadas y blasfemantes; los ancianos temblaban; Marcela, impávida, se plantó en medio del sendero, mirándoles con sosegado rostro, en que no pudo advertirse la menor alteración.

XI

Llegó de los primeros al grupo de los peregrinos un mocetón con zamarra, chaleco rojo y polaina de cazador, blandiendo una espada, único signo de su jerarquía de oficial en aquella desalmada tropa, y encarándose con Marcela, descompuesto y groserote, le gritó con acento valenciano:

—En Mas Nuevo, la semana pasada, te dije que si te volvía a encontrar te fusilaba. ¿Adónde vas ahora? ¿Quién es este vejete?

—Voy a donde quiero, y este señor es quien es.

—No eches roncas... Mira, Marcela, que me tienes frita la sangre, y si te desmandas cumplo lo que te ofrecí.

—¡Salvaje, mátanos cuando quieras! —exclamó Marcela con tanto desdén como energía, lanzando un rayo de sus ojos—. Delante de las bocas de tus fusiles, yo y estos santos varones, te de-

cimos: ministro de Satanás, toma nuestras vidas. que Dios recogerá nuestras almas. ¿Ves estos hombres humildes, ves este anciano, de la primera nobleza de Aragón, que abandona su casa y honores por amor a la penitencia y los trabajos? Pues ni él, ni yo, ni los demás tememos la muerte. Moriremos, ¿verdad, don Beltrán?, moriremos alegres, pidiendo a Dios que perdone a nuestros verdugos.

Tales manifestaciones de santidad heroica, y la fosquedad siniestra que vió impresa en el rostro del cabecilla, persuadieron a don Beltrán de que había llegado su última hora. Miró en derredor suyo, buscando a Tomé. Lamentaba que la vida juvenil de su escudero fuese también sacrificada en aquel lance. Pero el despabilado chico, al dar aviso a su amo de la presencia de los facciosos, y antes de que éstos se acercaran, desapareció como un ave en la cercana espesura.

El bárbaro capitán contestó a las provocaciones de Marcela con estas palabras:

—Pues te juro que habremos de daros gusto. Sólo que como no tenemos aquí capellán que os confiese, forzoso será llevaros al pueblo. Y puesto que todos sois santos, preparaos unos con otros...

—¿Adónde nos lleváis?—preguntó don Beltrán, que con el ejemplo de la monja procuraba reforzarse de serenidad y entereza.

—A la Codoñera.

—¡Pues a la Codoñera! Y ojalá estuviéramos a cuatro pasos de ese pueblo donde hay capellán, que ya nos pesa el cuerpo, ya nos pesa la vida, como hay Dios.

Era el capitán un hombracho hermoso, atezado de rostro, gallardo de postura, vestido con cierta bárbara elegancia de buen ver. Mandó a los prisioneros que se pusieran en camino, los dos enterradores delante. entre la tropa de vanguardia; detrás, junto a él, Marcela y don Beltrán. No debía de ser hombre tan fiero como Urdaneta creyó en los primeros momentos, porque, aproximándose a la peregrina por la izquierda de ésta, le dijo:

—Todo esto te pasa porque quieres. Sabes que te estimo. Marcela, quédate conmigo, que más has de valer señora sentada que no monja andariega.

—Monstruo, prefiero que me maten de un tiro a morirme de asco...—replicó la religiosa, sin mirarle—. No te acerques a mí.

—Me da la gana de acercarme, y te digo que si haces lo que te propuse la semana pasada en Mas Nuevo serás feliz; vamos, que no te arrepentirás de ser mía y se te quitarán de la cabeza esas murrias del misticismo.

—En verdad te digo, Nelet, que los escarabajos, salamanquesas y cucarachas que adornan el trono de inmundicia de Satanás son menos asquerosos que tú.

—Y yo digo que los ángeles negros, que negros los hay también, son menos bonitos y menos salados que tú... ¿Qué ojos hay como los tuyos? ¿Qué boca se iguala con ese panal de santa miel? Pues ¿y ese cuerpo que debajo de las estameñas se cimbrea como un junco con carne? Marcela, si has olvidado que eres mujer, yo haré que lo recuerdes y te alegres de recordarlo.

—¡A matar pronto! Abra el dragón sus fauces y tráguenos. Extienda el buitre su garra y destrócenos. Somos de Dios y a El van nuestras almas.

—Si no me das la satisfacción de tenerte a mi lado, me consolaré con el goce de fusilarte... Es un gusto créelo, un gusto fusilar a quien se ama; así sabe uno que no ha de ser para otro..., y ver ese lindo cuerpo retorciéndose..., y luego cogerlo uno y meterlo en el hoyo y agasajarlo con tierra...

—¡A matar, a matar pronto!—repitió Marcela, iluminado el rostro, la boca seca—. Morir por Dios, morir en la pureza, viendo cómo el alma se aparta de tanta inmundicia, es la mayor gloria...

—Bueno es que el señor capitán entienda que no somos espías—dijo don Beltrán, que, al ver los afectos amorosos del cabecilla empezó a cobrar esperanzas—. Nosotros íbamos por aquí a nuestros asuntos de penitencia y a practicar las obras de misericordia.

—¡Por Dios, no sea usted cobarde, don Beltrán!—dijo Marcela, viva y colérica, dándole tan fuerte pellizco que le hizo ver las estrellas.

—¡Hija!..., ¡ay! Pues bien valiente que soy, ya lo ves... ¡Ay!, tus dedos son tenazas. Me has arrancado un pedazo de carne. ¡Si yo también quiero que me fusilen!... Pero, francamente, si hemos de morir, suprimamos los pellizcos...

Antes de llegar a la Codoñera se les

unió el grueso de la partida. El jefe, que debía de ser de graduación equivalente a la de comandante o más, examinó a los prisioneros.

—¿Es usted Peinado?—le preguntó don Beltrán, plegando los ojos y aproximándose—. Si es Peinado, no extrañe que por causa de mi corta vista no le reconozca. Fuimos amigos hace años.

—No, señor, no soy Peinado, soy Tena—dijo el cabecilla, hombre pequeño y vivo, que no carecía de formas corteses—. Peinado está con el general en jefe.

Y volviéndose luego a Nelet, le dió órdenes:

—Llévales contigo, pero no entres en la Codoñera. Por el atajo te corres esta tarde hacia Belmonte, y de allí, sin parar, a Valderrobles, donde me juntaré contigo mañana temprano. Yo tomaré la vuelta de Torrecilla, a ver si cojo la columna del marqués del Palacio... A estos cuatro simples no se les fusila. Si ella no fuera hembra y ellos unos vejestorios, les daríamos cincuenta palos..? Eso les vale. Llévales a Valderrobles, y yo les recogeré allí. Ya sabes que me dijo don Ramón que si otra vez cogíamos a esta saltamontes se la lleváramos. Quiere conocerla.

No se habló más, y en marcha todo el mundo. Muy entrada la noche llegaron los prisioneros de Nelet a Valderrobles; y aunque en el camino se les había dado algún reparo de alimento, don Beltrán no podía tenerse de hambre y fatiga; los huesos le dolían como si se los hubieran machacado; pero más que la molestia física le agobiaba la desesperación resultante del tristísimo fin de su loca aventura. «Tenía razón, Estercuel —decía, desplomando su humanidad sobre el suelo de un establo vacío en que les encerraron—. En plena Edad Media. ¡Maldita sea la tal Edad Media y el perro que la inventó!... Esto es horrible, Dios mío... A tal desastre me ha traído una vana ilusión, más propia de niño inexperto que de anciano sesudo: Y ¿cómo salgo yo ahora de esta cisterna en que me ha precipitado mi destino? ¿Cómo me libro de estos cafres?... ¡Para que me fíe otra vez de santos y de peregrinas, de monjas milagreras que entierran ollas. Esta tarasca me ha perdido, y ahora no será ella quien me salve... Merezco, sí, lo que me pasa, por codicioso, por crédulo, por niño... chocho... ¡Ay de mí! ¡Vaya una vejez, vaya un fin de la existencia! Yo que vine por proveerme del pan de la vida, y ahora me veo prisionero, amenazado de muerte, envilecido entre esta canalla y teniendo que aguantar sus groserías... ¡Me pegaría si no estuviera en tal estado, que no caben ya más dolores en mi cuerpo miserable...»

Esto se dijo, procurando el descanso. Por suerte suya, aproximáronse a él los otros viejos, y, acumulado el calor de todos, hallaron alguna defensa contra el frío. Por el opuesto lado se arrimó después Marcela, que, sentadita, rezaba en alta voz, hasta que don Beltrán, incomodado del sonsonete, le dijo:

—Rece para sí, hermana, que los viejos necesitamos dormir. Sabe Dios qué mañana nos espera.

Y a la madrugada, sintiendo el prócer un gran peso que le oprimía y comprendiendo que era el cuerpo de la santa mujer, que en el abandono del sueño se caía de aquel lado, le dijo:

—Suspéndase un poco, hermana, que me agobia todo el lado izquierdo y no puedo respirar.

Retiróse la monja, lamentándose de haberse dormido, pues su ánimo era velar la noche entera, y se aprovechó del empujón de don Beltrán para despabilarse y continuar sus rezos.

Leváronles al otro día, muy de mañana, por el desfiladero de Beceite, a salir a la Cenia, camino endemoniado, propio de cabras y guerrilleros. Intenciones tuvo don Beltrán de pedir que le arrojaran en el camino para que se lo comieran los buitres o que le fusilaran de una vez, pues así se acababan sus martirios. Compadecido el capitán Nelet, que no era mal hombre, aunque de genio harto arrebatado, le dió de comer, socorrióle además con un trago de aguardiente, y, por fin, le atravesó sobre la carga de una mula que llevaba sacos de forraje. Marcela continuaba a pie y a ratos se aproximaba al anciano para dirigirle estos o parecidos consuelos:

—En opinión del beato padre San Juan de la Cruz, tratándose de trabajos, cuanto mayores y más graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece.

—Déjeme a mí de padres beatos de la Cruz—le contestó Urdaneta—, que la

que tengo sobre mí pesa bastante... ¿Cómo quieres que me alegre de esta situación? Dime que me resigne y hablarás con seso...

Al cansancio y tristeza de tal viaje uníase el temor de que la columna carlista encontrase otra de la reina y rompieran el fuego, cogiendo en medio a los infelices que no habían hecho armas ni por Carlos ni por Isabel. Dos días pasaron en esta ansiedad, sin que nada de particular ocurriese; y al ver que descendían con precaución por ásperas pendientes, don Beltrán, sin poder apreciar por sí mismo el territorio, entendió que iban hacia la Plana. En una aldehuela poco distante de Albocacer se agregaron a una numerosa tropa carlista, que más que columna era ya división, y allí tuvo el pobre anciano la suerte de encontrar un alma compasiva, un capellán que, sin conocerle, o, más bien, reconociéndole por su traza y modo de hablar caballero de nacimiento, le prodigó atenciones y cuidados, acomodándole al fin en un carro de provisiones, donde el pobre señor se creía transportado del infierno a la gloria. «Dios no desampara a los buenos—se dijo—, y yo soy bueno, aunque otra cosa crea esa bigardona volandera que ahora se empeña en meterme monje del Císter. Yo no hice nunca mal a nadie, como no fuera a mí mismo... ¡Fraile yo! ¡Y me da a escoger entre la cogulla y una miseria deshonrosa!... ¡Vive Dios! que, puesto en tan horrible dilema, no sé a qué carta quedarme.»

Completó el capellán sus atenciones con la constante compañía, de que sobrevino una real amistad. Llamábase mosén Putxet, y era tortosino, un sí es no es ilustrado y muy corriente en todo. Contóle que en aquellos días habían trabado pelea en los campos de Torreblanca Cabrera y Borso, llevando éste la mejor parte. No cerradas aún las graves heridas que en Torre de Arévalo le pusieron a la muerte, Cabrera recibió un balazo en el muslo. A su serenidad y arrojó debió la salvación. Retirada su gente a Cuevas de Vinromá, el caudillo se ocultó en la casa del cura de la Jana, donde permaneció algunos días en lastimoso estado, febril, exangüe. La suerte suya y de sus tropas fué que Borso no supo aprovecharse de la victoria y con su inacción dió tiempo a que Cabrera se curase, como él lo hacía siempre, de prisa y corriendo; a que en el lecho dictara disposiciones para rehacer su ejército; a que éste, con ligereza inaudita, le secundase, marchando de nuevo en busca de nuevos triunfos, con su general a la cabeza, llevado en parihuelas.

—Por lo que usted me dice, nos encontramos en el cráter de un volcán —observó Urdaneta—, y estoy a punto de presenciar sangrientas batallas. Sea lo que Dios quiera. Sin duda es su voluntad que acabe yo mis días en medio de estos horrores.

—A todo se acostumbra uno—le dijo Putxet—. Mire: los primeros días no podía yo habituarme a la guerra; pero ya me voy haciendo a tales crueldades y pienso que Dios las consiente para que venga pronto el triunfo de su religión santísima.

No se atrevió el ladino viejo a manifestar al capellán lo que sobre esto pensaba, temeroso de perder su amistad, que en aquella triste aventura érale tan provechosa. Pasaba don Beltrán en vela las noches, y gran parte del día durmiendo, sin que supiera por qué adquirió en la molicie del carro esta costumbre. Una tarde, hallándose en letargo dulcísimo, después de comido y bebido con cierto regalo, soñó con terremotos, incendios, erupciones de volcanes. Despertando de súbito, hirió sus oídos horrísono estruendo de tiros, y echando la cabeza fuera del toldo vió que en una loma cercana estaban batiéndose facciosos y cristianos. Ellos debían de ser; mas no distinguía el pobre señor las boinas y morriones. Vió, sí, los fogonazos, y oía el murmullo de la pelea, como la reventazón entre peñascos de las olas embravecidas.

Parado el carro junto a otros, poca gente vió Urdaneta en su alrededor. Tras el pánico primero, una esperanza risueña animó el afligido corazón del anciano. ¡Si resultaba que la división o columna cristina que allí peleaba era la brigada de Borso y obtenía la victoria: que en dicha columna venía Mero, y Mero quedaba ileso, qué felicidad! Muy hermosas eran estas ideas para que la realidad las confirmase. Al ponerse el carro en movimiento, creyó Urdaneta que los carlistas se pronunciaban en retirada. Mas, ¡ay!, era lo contrario. Los cristinos abandonaban sus posiciones y

los facciosos iban sobre ellos ebrios de furor. Así lo comprendió por las voces que de lejos venían, por la alegría que en derredor suyo estallaba... El carro avanzó a retaguardia de los batallones victoriosos, y a poco vino la noche. Pararon. Urdaneta preguntó: «¿Dónde estamos? ¿Cómo se llama el lugar donde se ha dado esta batalla?» Respondiéronle con una retahila valenciana, de la cual no sacó nada en limpio. A poco de la parada, y cuando repartían el rancho, oyó entre ásperas voces del dialecto alguna castellana que anunciaba el fusilamiento de los prisioneros del ejército vencido. A don Beltrán se le erizó el cabello, y, recostándose sobre los sacos, se hizo un ovillo... «Que me fusilen también a mí, Señor, y así acabarán mis sufrimientos.». Pasado un rato, un extraño ruido le hizo abrir los ojos. Vió a lo lejos fulgor de antorchas: sonaron luego disparos, una descarga..., después otra, y otras, a las que siguió un lúgubre silencio... «¡Pobre Mero!—murmuró el anciano—, que Dios te acoja en su santo seno.»

Al poco llegó mosén Putxet, y subiendo al carro, donde tenía las alforjas, dijo a su amigo:

—Estoy rendido; no puedo más. Cada lance de éstos es para mí una enfermedad grave.

Y sacando de las alforjas el buen repuesto que llevaba, invitó a su compañero a participar de la cena. Excusóse el prócer con su falta de apetito, y el otro, declarándose también inapetente, afirmó que sin ganas tenía que alimentarse, so pena de hallarse al día siguiente desfallecido.

—¡A dieciséis he tenido que confesar! —dijo con dolorido acento—. Esto es muy triste. Las leyes de la guerra, implacables, lo conceptúan necesario... para asegurar el triunfo del Trono legítimo y de la Religión venerada... Hace usted mal, amigo mío, en no tomar algo. No se puede abandonar la nutrición del cuerpo. Verdad que usted, si ahora no tiene gana, a cualquier hora de la noche tomará lo que guste. Yo, pasadas las doce, no puedo, porque tengo que decir misa. Mañana es domingo; por eso se ha determinado que la *aplicación de los castigos* se efectuara esta noche... ¡Cruento sacrificio! ¡Maldita guerra! ¡Que sea necesaria la destrucción de vidas para llegar a la paz, y la injusticia para llegar a la justicia, y la crueldad para llegar a la benignidad!... Como usted ve, tengo que alimentarme. Son muchas horas, desde las doce de la noche a las diez de la mañana, hora de la misa de campaña.

Terminada la cena, no tardó el capellán en dormirse. Don Beltrán velaba; veló hasta el amanecer, engolfado en severas reflexiones. En tan triste noche, precursora de días más tristes, el viejo aristócrata, despreciando a su amigo, se sintió religioso, profundamente religioso.

XII

Al amanecer, cuando empezaba a conciliar el sueño, le llamaron... Creyó al pronto que iban a fusilarle, y dijo: «Vamos, estoy pronto. Acabemos de una vez.» No tardó en enterarse de que le mandaban a desempeñar una obligación harto triste: enterrar los muertos de la hecatombe de la noche anterior; y si el primer impulso de su orgullo y dignidad fué rechazar colérico un cometido tan impropio de su categoría, luego dejó lugar el orgullo a la conformidad cristiana que había criado en su alma con las meditaciones del pasado insomnio, y dando un gran suspiro, dijo:

—Vamos a donde ustedes quieran. Merezco esto y mucho más: seré sepulturero.

La idea de que entre los cadáveres podía encontrar el de Baldomero Galán hizo flaquear un momento su entereza pero logró rehacerse con estas consideraciones: «Si está, ¡qué puedo hacer más que llorarle! Contra los hechos, dispuestos o consentidos por Dios, nada podemos. Enterraré al pobrecito Mero, alférez y mártir.»

Terrible duelo y consternación produjo a don Beltrán la vista de los dieciséis cadáveres ya desnudos, rígidos en sus violentas contorsiones; y como no podía reconocer al que buscaba sino acercándose mucho, a todos los fué observando uno por uno, y tocaba los fríos rostros. Eran jóvenes, lozanas existencias destruídas bárbaramente en la plenitud del vigor. «No está Mero—pensó, sintiéndose aliviado de un gran peso—. ¡Pobres muchachos! ¿Por qué se les ha quitado la vida? España se desangra. España se

aniquila. Asisto al suicidio de una nación. Sepultémosla en su propia tierra...» Cogió el azadón que le destinaron y se puso a cavar tan tranquilo. La resignación, con este humilde trabajo, fué ganando más y más espacio en su alma, y con ella la certidumbre de que sus desdichas venían del Cielo y eran el contrapeso lógico de una vida de disipación y goces. Junto a él vió que cavaban los dos sepultureros de la compañía de Marcela; pero ni ellos le hablaron ni don Beltrán les dijo una palabra. Abiertos tres hoyos de gran capacidad, fueron cogiendo muertos y arrojándolos dentro, unos sobre otros, y después rellenaron y apisonaron. «Yo creí—pensó Urdaneta cuando concluían—que esto me impresionaría horriblemente. Pero a todo se acostumbra uno. Me desayunaría yo ahora mismo si me dieran con qué...» A su carro se dirigía con esperanza de encontrar las alforjas de mosén Putxet, cuando le mandaron al campo donde se diría pronto la misa. «Pues a misa», murmuró, declarándose, pasivo, dispuesto a cuanto le mandasen.

En el campo le habían puesto el altar, al pie de un soberbio algarrobo, vestido de espléndido follaje. El sol relumbraba esparciendo claridad y alegría, y picaba más de la cuenta. Del Mediterráneo, que no se veía, pero se adivinaba, venía una brisa suave y consoladora. Las tropas formaban para oír misa; los jefes, a caballo, ocuparon su puesto delante de los cuerpos. Allí vió don Beltrán al cabecilla Forcadell, uno de los lugartenientes de Cabrera y general de una potente división. Su rostro inflado, risueño y de hombría de bien, lo mismo podía ser de canónigo que de mayoral de diligencias. Pesaba sobre un poderoso alazán; vestía zamarra peluda, chaleco blanco abotonado hasta el cuello; la boina era de gran vuelo blanca con fleco dorado. De una tienda de campaña salió mosén Putxet revestido; eran acólitos dos granaderos del 1.° de Tortosa. Oyó la misa don Beltrán con recogimiento en el sitio que le destinaron y no lejos de sí, por delante, vió a Marcela de rodillas y a los dos sepultureros. Cuando alzaban, entre el estrépito de cornetas y tambores, el recuerdo de los pobrecitos que había enterrado le distrajo un poco de su devoción, Mas rehaciéndose, a punto que se santiguaba, decía para sus adentros: «Diablos de la guerra, mucho tenéis que llorar por vuestros crímenes para que *Ese* os perdone.»

De vuelta a su carro, Urdaneta preguntaba:

—Pero ¿dónde estamos? ¿Es ésta la Plana de Castellón?

Y sin enterarse de la respuesta, tendióse de largo a largo, y comiendo de lo que le dió el buen Putxet, pronto se quedó dormido. Por la noche, el zarandeo del carro era fuerte y molesto, señal de que iba de prisa por ásperos declives... A la madrugada vadearon un río de escaso caudal. La división, dotada de extraordinaria presteza de pies y pezuñas, avanzaba tragándose las leguas. Al día siguiente, vió don Beltrán un pueblo que llamaban Olla; después otro que nombraban Chestalgar o cosa así. A la siguiente medianoche pararon. Creyó notar Urdaneta que se juntaba más tropa: no cesaban de sonar tambores y clarines. Salió a estirar las piernas y dar un paseo... Putxet, cuando se retiró a dormir, díjole que estaban cerca de Buñol o cerca de Siete Aguas, no lo sabía con certeza, y que don Ramón, acompañado de Llangostera, había venido a conferenciar con Forcadell. Al amanecer oyóse tiroteo por la parte que el noble cautivo, mirando las estrellas, estimó como Levante. Por allí avanzaba una división cristina Serían las ocho cuando, no don Beltrán, que apenas veía, sino Putxet y otro clérigo que con él estaba, observaron que las tropas de la reina, vigorosamente atacadas en terreno desfavorable, se desbandaban; que luego se rehacían, reforzadas por su caballería... El tiroteo se generalizó, llegando a ser continuo por la zona del Sur... Dos batallones carlistas salieron corriendo como demonios a embestirles por el flanco.

—¿Qué pasa, qué pasa, amigo Putxet? —preguntaba don Beltrán.

Y el clérigo le dijo gozoso:

—La caballería no les vale esta vez... Allá va como deshecha y desmoralizada... ¡Qué victoria, *¡pacho!*, qué victoria!...

Sobrevino luego un incidente que determinó cierta indecisión... Fuerzas carlistas retrocedieron. Los carros tuvieron que alejarse. De la otra parte empujaban con furia.

De pronto vieron venir un gran tumulto, muchos jinetes que no corrían, vola-

ban, los ágiles corceles saltando zanjas y cercas, desmandados, locos. Frente a ellos, en un caballo blanco, venía un hombre vestido de colorines. Al pasar el jinete junto a la impedimenta, vieron los que allí estaban su rostro, harto parecido al de un gato, los ojos flamígeros, la color verdosa, henchida la nariz, como si las ventanillas de ella quisieran rasgarse para dar paso al aliento. Su capa blanca con vueltas rojas sujeta al cuello, ondeaba como una bandera. En la mano blandía la espada; se le oía claramente gritar: *Per asi, fills meus... Seguidme... Els destrosarem... ¡Viva Carlos Quinto! ¡Mueran eixos pillos, cobards!...*

La tromba, que tal parecía, de innúmeros caballos seguidos de tropel de infantería, describió un vasto círculo por la llanura. Cuando se alejó, la nube de polvo que levantaba impidió ver dónde había caído. Oyóse un chasquido formidable, como un desgarrón de masas enormes... Los carros hubieron de alejarse más, metiéndose en una hondura desde donde poco se distinguía.

—Este don Ramón es tremendo—gritaba Putxet, alzando los brazos al cielo, ebrio de gozo—: menuda paliza les están dando. No quedará uno para contarlo. ¡Viva el trono legítimo, señores! Esta brillante jornada nos abrirá las puertas de la hermosa Valencia, de la reina del Turia... Vean..., ya se disipa el polvo: por allí van desbandados los de Isabel..., distingo perfectamente los morriones... ¡Hola, hola! La caballería parece que quiere volver grupas y hacernos cara... Ya es tarde, *¡pacho!...*, ya es tarde. Don Ramón, que es el dios Marte en persona, les da una carga horrorosa, y se deja caer sobre el propio Buñol... Adelante, valientes. ¡Viva la Virgen de los Desamparados, nuestra Madre!

Con estas exclamaciones, de un entusiasmo pueril, iba señalando el clérigo las peripecias del combate que desde allí podían apreciarse. Hacia el mediodía todo el ejército carlista iba sobre Buñol, persiguiendo a los liberales fugitivos.

—Me estoy temiendo—dijo Putxet a su amigo, tomando un piscolabis en la carreta en marcha—, que tendremos función esta tarde... Sería yo muy dichoso si, variadas las condiciones en que hoy se hace la guerra, diéramos cuartel. Es ciertamente más humano perdonar al vencido, ¿verdad?

Llegados a la venta de Buñol, se procedió con método, parsimonia y naturalidad a fusilar a veintisiete oficiales y sargentos. Afortunadamente para Urdaneta, no le mandaron a enterrar. Oyó los tiros, vió llegar a su amigo desconcertado y melancólico, y nada más.

Dos días después, sabedor Cabrera de que una columna cristina andaba por Alcanar, mandó contra ella a Llangostera, que la deshizo y fusiló, victorioso, todo lo que quiso. Enterado también el fiero caudillo de que el capitán general de Valencia había salido hacia Castellón con fuerzas para relevar las guarniciones del Maestrazgo, mandó a la Plana al *Serrador*, y desplegando una actividad increíble, prodigiosa, organizó al propio tiempo la expedición de Forcadell a Orihuela. No satisfecho aún con la victoria de Buñol, y habiendo recogido armas y caballos, amén del fruto de las depredaciones en país tan rico, se fué hacia Requena, simulando un amago a esta ciudad; mas no se detuvo hasta Utiel: establecido allí su Cuartel general, apresuróse a fortificar la posición.

Estaba de Dios que en aquella parte de su cautiverio se agravaran las desdichas del noble don Beltrán, obligándole Dios con esto a mayor acopio de paciencia; su amigo, el buen Putxet, se separó de él antes de llegar a Requena, agregado a la expedición que invadir debía la tierra de Alicante, y ya no disfrutó el pobre viejo el beneficio del carro sino en contadas ocasiones, viéndose obligado a llevar peonilmente la carga de sus añosos huesos. Sacando fuerzas de flaqueza pudo llegar a Utiel, el calzado roto, los pies llagados, molido y hambriento, harto de trabajos, incomodidades y miserias. Pero le bastaba considerar que más había padecido Cristo por nosotros, para sacar alientos de su propio desmayo y prepararse a mayores infortunios.

Metiéronle en un zaguán húmedo, y de allí le pasaron a una bodega, con salida a un jardinillo petiseco, cercado de tapias; le acompañaban los dos enterradores. De Marcela, ni éstos ni don Beltrán sabían dónde había ido a parar. En el piso alto de la misma casa se alojaba, con otros oficiales, el capitán Nelet, que viendo desde el balcón a los viejos sentados en el jardinillo, tomando el sol, dijo a sus amigotes:

—No sé para qué nos traen acá tales

estafermos. Son tres bocas y ningún hombre. O fusilarles, en el caso de que se compruebe que son espías, o echarles a un camino para que se mantengan de limosna.

Como don Beltrán mirase para arriba, y con lastimero acento dijese que lo mismo le daba a él la muerte que la mendicidad, mandóle Nelet que subiera; obediente, el anciano subió la escalera con paso lento, tomando resuello a cada cuatro peldaños, pues no podía de otro modo, y fué recibido en una sala por el dicho Nelet y otros dos tagarotes. Entró Urdaneta con digno continente, descubriéndose, y permaneció en pie esperando las órdenes de aquellos bárbaros. Nelet, apoltronado en un sillón, y rascándose las pantorrillas, le dijo:

—¿Es cierto que es usted de la aristocracia?

—Sí, señor; me honro de pertenecer a la primera nobleza de Aragón.

—¿Es usted marqués?

—Mis títulos son los señoríos de la Torre de Albalate, de Olid, con grandeza de...

—Acabe usted, hombre, con esa letanía... Pues mire: de algún modo ha de ganar el pan que le damos.

Diciendo esto, se quitó las botas llenas de cuajarones de barro, y alargándolas al prócer, le dijo:

—En aquel cajón hallará usted cepillo y betún. Me las pondrá como un espejo.

Permaneció un instante don Beltrán con su mano extendida hacia las botas, inmóvil y rígido, empeñada su voluntad en terrible lucha entre dos movimientos: o coger las botas y estamparlas en la cabeza del grosero y estúpido capitán, o resignarse a tanta humillación y aceptarla por los méritos de Jesucristo. Prevaleció este último intento, y recibió con noble pausa las botas, recogiendo luego los adminículos de embetunar.

—¿Fuma usted?—le preguntó Nelet, haciéndole retroceder desde la puerta.

—Sí, señor.

Le ofreció un cigarrillo, y pareciéndole poco, le dijo:

—Tome usted más, para sí y sus compañeros, que la vejez entretiene sus tristezas con el tabaco.

—Gracias.

Y bajó el anciano tan gravemente como había subido, escalón por escalón, sin decir nada, casi sin pensar nada...

XIII

Ya por despistar a los cristinos, ya por otras razones o ardides estratégicos, determinó Cabrera fortificar a Utiel, y lo primero en que puso mano fué el convento o colegio de Escolapios y la iglesia parroquial, gótica, de buena y sólida fábrica. Para despejar las inmediaciones del primero de aquellos edificios, mandó demoler varias casas y cortar todos los árboles de una alameda que al camino salía. Empleáronse en tales obras noche y día multitud de hombres, y no hay que decir que el señor de Albalate y los dos ancianos fueron aplicados a este trabajo. Vierais allí al primer noble de Aragón descargando hachazos en los añejos troncos. Por primera vez en su vida era leñador, oficio que le pareció menos innoble que el de sepulturero y limpiabotas. El sargento que les mandaba y dirigía era por demás insolente y grosero, de estos que se envalentonan con los humildes. Grande era la resignación de Urdaneta, que se había propuesto tomar por modelo al patriarca Job; mas hubo ocasiones en que se vió a dos dedos de perder su pasiva actitud, por la fuerza explosiva de la dignidad aristocrática, que romper quería sus cadenas, atropellando paciencia, humildad y cristianismo. Viendo que aquel bruto abofeteaba inhumanamente a dos infelices que no habían entendido sus órdenes, o que por exceso de fatiga se mostraban perezosos, sintió el prócer vibración en todo su ser, efecto de la honda crisis o lucha de opuestos sentimientos, y se dijo: «Haré un esfuerzo sobrehumano por contenerme si ese gandul pone sus manos en mi cara; pero dudo que pueda conseguirlo, pues antes de que el corazón se humille, el estallido de mi dignidad hará que le parta la cabeza de un hachazo.»

Felizmente, con él no se desmandó el bárbaro sargento; no hacía más que rezongar, dar voces y decir a los viejos: *El que no traballa no menja; que aquí no estem para mantindre vagos.* Terribles hambres pasaban los tres al volver rendidos a la bodega y patinillo en que tenían su alojamiento. Nadie se cuidaba de darles de comer. El enterrador que hablaba, y que tenía por nombre Pedro Zaida, salía en demanda de alimentos;

no hiciera lo propio don Beltrán, prefiriendo perecer de necesidad a pedir su ración; el otro, nombrado Alfajar, tampoco pedía, por carecer de palabra. Así pasaron algunos días, manteniéndose de mendrugos de pan y de sobras de rancho, que Zaida recogía en los vecinos alojamientos, hasta que Nelet y los oficiales del piso alto se apiadaron de la miseria de los prisioneros, y les mandaban los restos de su comida. En un caldero bajaban la bazofia; de ella comían los infelices viejos, siendo tan atentos Zaida y Alfajar, que escogían para el señor los huesos vestidos aún de hilachas de carne, los trozos de comida menos deshechos, y las que podrían llamarse golosinas, reservándose para sí lo peor. «Hasta en esta región de miseria bochornosa se encuentran seres delicados, se encuentran caballeros», decía para sí Urdaneta, renunciando a tales preferencias, e imponiendo el reparto equitativo de piltrafas. A menudo, en estas u otras escenas semejantes, rodaban lagrimones por su cara. Una tarde salieron los oficiales al balcón para verles comer. A poco llegó el asistente con un pedazo de pastel en un plato y restos de bizcocho borracho, y entregándolo a los cautivos díjoles que aquello mandaban para el señor marqués. Luego volvió el chico con tres puros y el braserillo para encenderlos. Fumaron, y dieron las gracias a los señores, que riendo les miraban. Uno de los de arriba decía:

—Ese marqués del Cuerno paréceme un grandísimo pillastre...

Don Beltrán calló, no haciendo al deslenguado ni el honor de mirarle. Luego, a una insinuación de Nelet, que parecía dicha en defensa del anciano, se retiraron del balcón los oficiales. Volvieron los viejos al trabajo, que aquel día consistió en arrastrar los troncos hacia las entradas y puertas de la villa, para armar con ellos estacadas o parapetos. Cuando Urdaneta llegaba por las noches a su alojamiento y se tendía en el frío suelo junto a sus amigos, sin más abrigo que las pellizas de éstos; cuando, después de cenar lo que Zaida trajese o de arriba les mandasen, procuraban embriagar con el sueño sus infortunios, se le iba el pensamiento a la gran casa de Cintruénigo, la casa de Idiáquez, y hacía revivir en su mente el edificio y las personas, la vida toda de aquella señoril residencia. ¡Ay!, lo que allá tuvo humillación, era ya como una broma inocente. Modificadas por las enseñanzas de la realidad sus ideas y opiniones, lo que en Cintruénigo conceptuaba contrario a su decoro, ¿qué era? Nada, en comparación de la presente ignominia y miseria. Las estrecheces que allá estimó intolerables eran abundancias y delicias en parangón de lo de Utiel. Recordaba con desconsuelo el orden de aquella noble casa, donde todo estaba a punto, donde nada faltaba para comodidad y regalo de sus habitantes.

Y pensando en esto, se le representaba su nieto: le veía niño, tan cariñoso, tan dulce, tan formalito, tan amante de su abuelo... Era su propia sangre, encarnación de su nombre y nobleza... ¿Qué haría Rodrigo si le viese en tan extremada desdicha? La misma *doña Urraca*, si viese a su suegro, el noble Urdaneta, sufriendo tanta vileza y oprobio, comiendo sobras y migajas de la mesa de los oficiales, ¿qué pensaría?... Frente a su conciencia, que, severa, se encaraba con él, reconocía el grave error de no tolerar las asperezas o defectos de los convivientes, para que éstos toleraran los suyos. Bien claro veía que todas sus querellas con la familia eran por motivos que ya se le hacían vanos, pueriles. Veía también toda la fealdad de su soberbia, causante principal del malhadado viaje a tierra de Teruel; veía su codicia, su afán de atesorar dineros, que en su edad provecta casi no le eran necesarios. Pero amaba el rumbo y quería ser siempre amo y señor, dispensador de mercedes. ¡Bien le castigaba Dios, y cuán gallardamente le aplicaba su justicia severa!... Y mirándolo bien, no era Rodrigúito tan digno de menosprecio y rencor. Poseía todas las cualidades que a su abuelo le faltaban. Actos de verdadera maldad, nadie podía señalar en él. Y en cuanto a la impertinente, mandona y atrabiliaria *doña Urraca*, sus defectos no eran motivo para aborrecerla, Señor.

Estas reflexiones, en que se confundía la turbación de la conciencia con la dulzura de las memorias de familia, le habrían llevado al sueño reparador, si no lo estorbaran las picazones de su cuerpo, el sentirse acribillado por atroces punzadas que parecían mordidas. Daba vueltas a un lado y otro, y rascándose contra las durezas del suelo, volvían sus reflexiones a distraerle del acerbo picor.

«¡Vaya, que si Juana Teresa conociera la cama en que duerme el padre de su difunto esposo, lloraría de lástima; sí que lloraría!... ¡Ella, que cifra su orgullo en la limpieza ideal de las camas; ella, en quien más que gusto, es manía el tenerlas pulcras, inmaculadas como las vestiduras de los ángeles!... No hay en el mundo sábanas y almohadas como las de mi casa de Cintruénigo: huelen a manzanas, a violetas, a algo más oloroso que las flores, el aseo... Si Juana Teresa y mi nieto me vieran en esta inmundicia, llorarían..., ¡pobrecitos de mi alma!..., y no sólo llorarían de compasión, sino de rabia por no poder remediarlo.»

Salía Cabrera con mil o dos mil hombres, los más de los días, como en diversión militar, para hostilizar a Requena y figurar su propósito de ponerle sitio. En una de estas excursiones, al regresar del campo, entrando por la puerta de Caudete, donde se trabajaba para hacerla infranqueable, apeóse del caballo y examinó las obras. Con seca frase autoritaria hizo la crítica de lo que no le parecía bien: indicó los defectos y el modo de subsanarlos con el menor trabajo posible. Viendo avanzar a don Beltrán, que a duras penas sustentaba una espuerta de tierra, dió algunos pasos hacia él y le preguntó si era el caballero Urdaneta.

—Para servir a usted, general—dijo el anciano, mirándole atento y sin descargarse la espuerta.

—Lleva usted mucho peso... *Eh, tú, Lleuiset, no carregues masa a eixe pobre home, qu'es un señor poch acostumat a traballs. Sous molt brutos, y no teniu ni pizca de criteri ni talent, ¡caramba! Es precis que sapian distinguir entre un home y un señor. A atres que son burros de veritat, els trateu como si foren señorets, y no teniu llástima d'este pobre vell, acostumat a anar sobre alfombres.*

Comprendió el anciano que hablaba en su favor, y como al propio tiempo le quitaran la pesada carga que llevaba, murmuró una frase de gratitud. Cabrera no se hartaba de mirarle, fijándose últimamente en sus pies y en las destrozadas botas. También don Beltrán contempló a sus anchas al afamado guerrillero, a quien vió por primera vez en el campo de Buñol pasando como un rayo al frente de infernal cabalgata. Reconoció en él la cara de soberbio gato, que ya había visto, y quedó grabada en su memoria: cara triangular, de pómulos salientes, ojos grandísimos y negros, con la ceja corrida, la nariz de mala forma, con las ventanillas siempre palpitantes. Vestía con elegancia y cierta presunción de originalidad, no escaseando en su ropa los dorados y relumbrones; la capa blanca con forro encarnado completaba su típica figura. Con militar saludo se despidió para entrar en el pueblo. Por la noche, hallándose los tres viejos en el patinillo, comiendo de las sobras enviadas por Nelet, llegó un ordenanza que se puso a gritar en la puerta:

—¿Quién es aquí el marqués?... ¡Eh, marqués!

—Yo soy, buen amigo—dijo Urdaneta, que respondía por aquel título—. ¿Qué se ofrece?

—Pues aquí me manda el general con estas botas—dijo el chico, mostrando un par no muy nuevo, pero en buen estado.

—¡Ah..., ya!..., para que se las limpie... Bien: déjalas ahí.

—No es para que se las limpie, jinojo, sino para que se las ponga... Ya veo que le hacen falta. El general le manda éstas, que no se pone ya, y para usted están que ni pintadas; todavía en buen uso. Ya le miró a usted la pata, y sabe que le vendrán bien.

—¡Oh!... ¡Dios!—exclamó el aristócrata, decidiéndose a recoger el regalo—. ¿Y el general se acuerda de este infeliz?... Dile que estoy muy agradecido... ¡Oh, botas de la paciencia, de la humillación, venid a mis pies!

Y cuatro días después, hallándose en Cheste, emprendida la marcha sigilosa de todo el ejército hacia el llano de Valencia, fué sorprendido don Beltrán por un recado del general, llamándole a su presencia en la casa Ayuntamiento, donde se alojaba. Allá se fué el noble viejo, y encontró a don Ramón en una estancia del piso bajo con trazas de escuela pública, por los cartelones de letras gordas que colgaban de las paredes. Estaba el caudillo de sobremesa con dos mujeres guapísimas, de nacarada tez y ojos hechiceros, ataviadas a estilo popular. Los *caragols* sobre las sienes, cruzados por ganchos de oro; el moño de trenzas, atravesado por las agujas, ofrecían el clásico modelo del peinado valenciano. En sus orejas llevaban los arcalcos *polques* de oro con esmeraldas y perlas ba-

rrocas, joyas de apariencia bizantina, y en el cuello, hilos de aljófar. Toda la vestimenta, de tisú, era lujosa y elegante dentro de la más escrupulosa propiedad. Sin verlas más que como imágenes borrosas o como bocetos de admirables pinturas, don Beltrán, olfateando belleza con su especial nariz de perito en mujeres, las diputó por grandes señoras disfrazadas de campesinas ricas. Sentábanse a izquierda y derecha del general, muy arrimaditas; luego seguía un capellán, que parecía granadero, y al otro lado un cabecilla, en quien, por la facha y rostro de clérigo afligido, creyó reconocer don Beltrán a Llangostera.

Sospechó el noble aragonés, no sin fundamento, que Cabrera le llamaba para mostrarle a sus amigos como un objeto de curiosidad, como un ente raro, consistente la rareza en el vivo contraste entre tanta nobleza y miseria tanta. Mas no era éste el único móvil del llamamiento: había otro, que el general expresó después de contestar al cortés saludo del caballero:

—Pues le he mandado venir para advertirle que... esté preparado...

—¿Preparado a qué, general?

—Haría usted mal en creer que le tenemos aquí por gusto de su co...mpañía —dijo Cabrera, que hablando familiarmente tartamudeaba un poco: su lengua, disparándose en articulaciones rapidísimas, tropezaba a cada instante.

—¿Para qué debo prepararme, general?

—El sistema de represalias, que, como usted sabe, es obra de esos infames cristinos, me obliga a la crueldad, con... contra los sentimientos de mi corazón.

—Ya entiendo. Es para fusilarme. Bien preparado estoy. Esta vida que arrastro, señor, vale tan poco para mí, que el quitármela, más que de cruel, le acreditará a usted de piadoso.

—Yo lo siento..., sabe Dios que lo siento. Co...mpadezco a los que me veo precisado a sacrificar... Me duele, aunque mis enemigos crean otra cosa y me llamen tigre... Pero yo digo: todas las inocencias del mundo juntas no valen la inocencia de mi madre.

—Aunque no temo la muerte, mi conciencia, mi respeto a la verdad, me obligan a declarar que ni soy espía, ni he venido a esta tierra con ningún fin político ni militar.

—Sé que no es usted espía. Me lo ha dicho la monja Marcela, que me merece crédito... Pero aquí cobramos vidas por vidas, y pagamos muertes con muertes: ¿No se ha enterado usted de que la división de Iriarte ha cogido prisionero al hermano del conde de Cati, vocal del Consejo de su majestad en este reino?... Pues en cuanto sepa yo que le han fusilado, ya está usted de más en el mundo. ¿No le parece que esto es natural, justo y equitativo? Noble por noble, caballero por ca...ballero.

Mientras esto decía el implacable soldado, no se oyó una voz, ni un murmullo, que indicara protesta contra tanta barbarie, siquiera compasión. O la costumbre de tales horrores embotaba en hombres y mujeres todo sentimiento humanitario o no se atrevían a manifestarlos.

—¿Puedo retirarme ya?—dijo el viejo sin hacer comentario a la terrible conminación.

—Espere un poquito..., y sáquenos de una duda. ¿Es usted marqués de Sariñán?

—No, señor; el marqués de Sariñán es mi nieto, por enlace de mi hijo don Federico con una dama de la casa de Idiáquez.

—¿Ven como yo acertaba?—dijo una de las mujeres o damas disfrazadas, por lo que comprendió Urdaneta que habían tenido discusión sobre su personalidad.

—Y los títulos de usted, ¿cuáles son? —preguntóle el clérigo.

—Soy señor de la Torre y Casa-Fuerte de Albalate, señor de Rubielos, Merino mayor de Monzón, poseedor de varios lugares, fortalezas, vasallos y pechos en el antiguo reino de Sobrarbe; señor también de la Puebla de Olid, con grandeza de España, caballero del hábito de Montesa, maestrante de Zaragoza..., y no sigo por no ser enfadoso a los que me escuchan.

—¿No es usted pariente de los Cárceres?—preguntó la otra hembra bonita.

—Sí, señora—replicó don Beltrán, gozoso de oír la dulce voz, cuyo timbre le sonó a nobleza y elegancia—. Ramón Cárcer, cuarto marqués de Castelbell, es mi sobrino, y primos de mi esposa son los Borrás y Mezquita, así como Marianito Zagarriga, marqués de Creixel.

—Otra cosa—dijo Cabrera, a quien ya parecía enojoso hablar tanto de noble-

za—. ¿Qué tal le tratan a usted en mi Cuartel general? ¿Le dan bien de comer?

—Señor, un ejército en campaña no puede cuidar del pobre cautivo inútil, cuya vida no importa a nadie.

—Yo quiero que sea usted tratado con la co...nsideración que merece por su categoría... Y si alguno le faltase al respeto, lo que tarde yo en saberlo tardaré en ordenar que le den cincuenta palos.

—No vale hoy esta pobre vida que por ella se machaquen los huesos de un cristiano.

—¡Pobre señor! *Em dona molta llástima. ¡Y en quina dignitat porta la seua miseria!*

Algo pudo entender el prisionero de lo que la compasiva dama decía, y su piedad le llegó al alma. En tanto, Cabrera le ofreció un cigarro, que rehusó, porque no solía fumar a tales horas... Instó el general; insistió la dama, que de manos de su amigo tomó el puro para alargárselo a don Beltrán. Cuando éste salió del aposento iba como fascinado por la voz claramente oída y el rostro turbiamente visto de la beldad, y echaba de menos sus verdes años para corresponder a la compasión de ella con un amor grande, solitario y sin esperanza, como aquel inmenso infortunio de su vejez.

XIV

Mejor tratado desde aquel día, el prisionero vió urbanidad y benevolencia en algunos rostros; pero nada le maravilló como la radical mudanza del capitán Santapau, a quien conocía por el familiar nombre de Nelet. Empezando por mostrarse con él menos esquivo, se humanizó en un día, en otro se trocaron sus asperezas en afabilidad cariñosa, y acabó por declarar a don Beltrán su sentimiento de haberle ofendido y su deseo de trabar con él amistad. Aceptó gustoso este cambio de actitud el buen viejo, y sospechando que alguna recóndita intención se traía su flamante amigo, esperó a conocerle mejor para juzgarle. Respecto al paradero de Marcela, a quien había perdido de vista desde antes de la acción de Buñol, díjole Nelet que Cabrera la había mandado encerrar en un convento de monjas, hasta que decidiera el vicario general por don Carlos, que actualmente se hallaba en Navarra. A juicio de Cabrera, no era decoroso ni ejemplar que una señora religiosa anduviese al zancajo por los caminos, suelta de toda disciplina; pero Santapau no participaba de esta opinión, pues las benedictinas de Sigena estaban exentas de clausura como había declarado nada menos que el Concilio de Trento. Conocedor del monasterio y de su poética historia, el capitán había estudiado el asunto, y podía demostrar a su jefe la razón y derecho con que peregrinaba la santa señora y esposa de Cristo, Marcela Luco.

—Bien, hijo, bien—dijo don Beltrán, barruntando adónde iba a parar el guapo Nelet—. También yo veo con simpatía la libertad monjil, y en este caso la creo muy acepta a los ojos de Dios, pues, si no me engaño, Marcela corretea en seguimiento de intereses que quiere aplicar a grandiosas fundaciones pías, para mayor esplendor de la Fe y de la Iglesia.

Decían esto camino de Valencia, como a tres leguas de Chiva, donde habían pernoctado. Las intenciones de Caín llevaba Cabrera en aquella marcha, pues informado por sus espías de que los restos de la división de Crehuet, derrotada tres días antes en Buñol, andaban por aquel término, iba en su seguimiento. bien afiladas las uñas para destrozarlos. ¡Espléndido país aquél, hermoso cielo. alegres campiñas que aun en invierno dan testimonio de su fecundidad! Aspiraba don Beltrán el templado aire, que por el aliento metía en los cuerpos la vida, la esperanza, el contento del vivir: que duplicaba el vigor de los jóvenes, y a los viejos les aliviaba el peso de los años. Pensaba que aun para despedirse de la existencia es bueno un suelo feraz. un ambiente templado. una tierra pródiga en flores y frutos.

Los mil doscientos cristinos de infantería y el escuadrón de Lanceros, que, con los milicianos de Valencia y Liria, habían recibido órdenes de concentrarse en la capital, marchaban confiados, mal dirigidos, desconociendo con angelical inocencia el país que pisaban y el enemigo que tan cerca tenían. Como unos borregos de Dios se entregaron al descanso en un pueblo llamado Pla del Pou... Cuando más descuidados estaban, vieron encima la Caballería carlista. No les dió tiempo ni para tomar posiciones, ni si-

quiera para escapar con algún orden. No fué batalla, fué una carnicería sañuda: desordenada la Caballería cristina, se enredó en ella la Infantería, como una deshecha madeja en las patas de un animal que da vueltas sobre sí mismo. Los carlistas no combatían: mataban a su gusto y satisfacción. Los liberales no eran soldados, sino reses. Algunos de a caballo pudieron escapar; los pistolos que no perecieron en la matanza entregáronse a discreción para que los matarifes hicieran de ellos lo que quisiesen. Por de pronto, allá iban todos, prisioneros y vencedores, hacia Valencia, y ya que para embestir a esta grande y fuerte ciudad no tenía Cabrera poder bastante, se plantó en Burjasot, lugar cercano, para verla al menos y que ella le viese. Aunque de escaso relieve, la eminencia en que está fundado aquel pueblo es como atalaya que domina la huerta feracísima y, a lo lejos, el apretado caserío de la ciudad, guarnecida del verdor perenne de los naranjos, y destacando sus torres y chapiteles sobre una espléndida faja de mar azul.

Tan contentos llegaron a Burjasot los soldados del absolutismo, que no pensaron más que en celebrar su triunfo con la vena de abundancia que aquella lozana tierra les ofrecía. Guerreros infatigables que devoraban leguas y corrían de una comarca a otra con presteza gatuna, traían hambre atrasada. El país donde comúnmente operaban, Maestrazgo, Desierto de las Palmas, riberas del Palancia y Mijares, riberas del Guadalope y río Martín, puertos de Beceite y Ademuz, estaban ya esquilmados. Valencia era el oasis, la frescura, el descanso, la vida plácida con regalos mil. No fué de iniciativa de Cabrera, como se ha creído, el festín de Burjasot; fué idea de algunos jefes y de la oficialidad y subalternos, que ya anhelaban comer y beber sin tasa para reponer el cuerpo de tantas fatigas Bien se lo habían ganado, lo menos que podían hacer era consagrar un día, unas horas, a dar a sus cuerpos algún goce de gula, pues todo no había de ser marchas, hambres y sofoquinas. Pedido permiso al general, éste lo dió de buena gana, porque si sabía utilizar hasta la última tira de pellejo de sus soldados, también gustaba de que se divirtiesen y solazaran cuando la ocasión lo permitía.

Parte del vecindario invadió el campamento, metiéndose entre la tropa. Iban unos por afecto a la causa carlista; otros por curiosidad; muchos por ofrecer y colocar hortalizas, carne, peces, patos, frutas y hasta flores, que ya abundaban en aquel despuntar de la primavera. Habían dispuesto celebrar la comilona en aquella parte culminante del pueblo, formada de terreno calizo, bajo el cual se extienden los famosos silos o graneros subterráneos para depósito de cosechas. La iglesia de San Roque, objeto de gran devoción, situada también en la eminencia y no lejos del pueblo, encara su frontis hacia Valencia y el mar, como recreándose en tan bello panorama.

Pronto se vió la vasta planicie llena de cuanto Dios crió, viandas regaladas, viandas adquiridas. Se nombró una comisión que cuidase de allegar cucharas y tenedores, algo de mantelería y vasos para los jefes, y el obsequioso vecindario facilitó al instante todo cuanto se deseaba. Por aquí se encendían hogueras; por allá preparaban peroles y sartenes; en un grupo de soldados desplumaban patos; en otro desollaban corderos. Subían del pueblo, en hombros, zafras de aceite y pellejos de vino, cestos de naranjas, rimeros de lechugas. Soldado había que en estos acarreos se atracaba de forraje, como aperitivo. El vino empezó a correr desde el primer momento, vaciando los pellejos en jarros, éstos en los pocos vasos que había para tantas bocas. Los carlistas más señalados en la localidad por su fanatismo subieron sobre sus duros cráneos grandísimas mesas y montones de sillas, enganchadas traviesa con pata. Manteles también vinieron, aunque no tantos como habrían sido menester. Toda escasez se podía perdonar menos la del vino, que se remedió duplicando la provisión de hinchadas corambres.

A las tres y media, el aspecto de la bacanal era imponente: comían, devoraban sin orden ni medida, la tropa en el suelo, diseminada en grupos a los bordes de la meseta; los sargentos sentados también en tierra, formando cuadros con relativa corrección; más allá oficiales, unos de rodillas, otros *ensillados*, algunos tendidos a la romana. Frente a la ermita había mesas, donde se veía la figura clerical de Llangostera y la cara de corcho de Tallada, en la cual se confundían la

picaresca malicia y la ferocidad. Otras personas calificadas se veían por allí: el subdelegado castrense, del cual podían ser retrato los odres de vino que acababan de traer; intendentes, cirujanos, mariscales mayores. Los capellanes se señalaban por su ausencia, pues una grave ocupación les retenía en el pueblo. Cabrera, malhumorado, sintiendo algún recrudecimiento de sus achaques y molestias en sus mal cerradas heridas, se sentó un rato en la primera mesa: después iba de una parte a otra, hablando con todos, recibiendo felicitaciones. Las miradas se le iban hacia Valencia; apretaba las mandíbulas cuando sus íntimos le decían: «Don Ramón, estamos a las puertas del cielo... Haga usted una de las suyas y llévenos allá.»

En las clases inferiores reinaba una jovialidad frenética. Grupo hubo en que empezaron por los postres, las dulces algarrobas; luego descuartizaban un pato, tirando en cruz de las patas y alones. Aquí comían las lechugas sin aliñar, en rama; allí naranjas a bocados, mordiendo la cáscara, y encima pescado frito o a medio freír; vino sin tasa; después bollos de aceite y lonjas de tocino con azúcar. En las mesas o tenderetes de preferencia hubo arroces quemados, arroces crudos, anguilas, pajeles, pájaros y hasta morcillas; en otros comían el cordero a medio asar, chorreando sangre, partiéndolo con las espadas, por no abundar los cuchillos. El regimiento 1.° de Tortosa tenía una murga militar de una docena de instrumentos, trombones abollados, bombo, platillos y chinesco. Agregados a ella algunos músicos cogidos a las tropas de la reina, compusieron una mediana banda, la cual, desde los comienzos del banquete, tocaba *escogidos trágalas,* la jota y otras piezas de baile. Su discorde ruido hacía juego con los manjares a medio condimentar y con la desafinada alegría del festín. Aquí y allí gritaban: «¡Que se callen esos perros!», y tenían razón, pues los de la banda eran verdaderos sicarios del arte musical.

Casi a la fuerza fué llevado don Beltrán por Nelet a uno de los grupos que comían en el suelo, y apenas se había sentado, viendo que el capitán se retiraba, le dijo:

—¿Pero usted, Santapau, no come?

A lo que contestó Nelet, condolido de sí mismo:

—Ahora no puedo; tengo que fusilar.

—¿Pero qué?... ¡Ahora!...—exclamó aterrado el viejo, levantándose de un brinco inverosímil para su edad.

—¿Pues qué creías tú, abuelo?—dijo un teniente, que desde el principio de la comida estaba entre dos luces—. ¿Creías que les íbamos a perdonar..., y a convidarles encima?

Antes de que pudiera contestarles, resonó el estruendo de una descarga... Corrió don Beltrán hacia donde la humareda se veía, y distinguiendo los desnudos bultos de cadáveres junto al tapial del cementerio contiguo a la iglesia, lanzó una exclamación de horror y se llevó las manos a la cara. Veinte infelices habían caído ya. A poco trajeron otra cuerda: eran veinticinco, entre ellos los cadetes valencianos que acababan de ingresar en el ejército, y se estrenaban en aquella tragedia. Venían en cueros, resignados, los menos con pocos ánimos, tropezando en el camino; los más altaneros, provocativos. Algunos de ellos, alargando sus brazos hacia la embriagada turbamulta del festín, gritaron frenéticos: «¡Viva Isabel Segunda!...» La descarga les cortó la palabra y el fervor de sus exclamaciones; luego, los tiros sueltos para rematarlos sonaban a cacería. Excitados con los vivas insolentes de las víctimas, la soldadesca entregada a la gula prorrumpió en gran vocerío, aclamando a los suyos, escarneciendo a los vencidos, que no tenían bastante con la muerte. Mientras traían otra cuerda del cercano corral donde les desnudaban, en la explanada vaciaron más pellejos. Los vacíos yacían en el suelo, como cuerpos despanzurrados, sanguinolentos. En algunos grupos, donde con la borrachera se había perdido hasta el último destello de razón, gritaban: «¡Más, más!» ¿Qué pedían? ¿Más bebida o más muertes? Las dos cosas: vino bautizado con sangre.

Soldados del *Serrador* y de Tallada cogían entre dos los muertos, por pies y cabeza, y los iban arrojando a un lado, formando montón. Las gentes del pueblo, que al principio de la matanza se aproximaron con instintiva curiosidad y querencia insana del terror, huían ya despavoridas. La musiquilla seguía lanzando su chillar bufonesco en medio de la melopea espantosa de tal tragedia, declamada por los fusiles de una parte, de

otra por los ayes lastimeros o los arrogantes apóstrofes de las víctimas. Si pavoroso era el estruendo de las descargas, no lo era menos el granizado lúgubre de la banda o murga y el coro desenfrenado y soez de los que comían, bebían y pateaban sobre el propio Calvario...

Movido de inmensa compasión, de un sentimiento de protesta contra tanta barbarie, se fué don Beltrán con paso torpe hacia donde fusilaban... Le entró el delirio de unir un grito suyo al de los que gritando morían. No sabía por dónde andaba... Una mano vigorosa le apartó diciéndole: «¿Adónde va, buen hombre? Atrás o le coge una bala...» Retiróse, metiendo los pies en un charco de sangre... Vió los cuerpos desnudos retorciéndose en el suelo, y la presteza con que los remataban, como quien extermina una plaga de animales dañinos. Huyó el pobre señor horrorizado, sin saber adónde iba a parar; y más abatido por efecto del pavor que del cansancio, se dejó caer en tierra. Una nueva descarga, alaridos, vivas y mueras, y el coro de los bebedores, que era ya ronco, con voces arrastradas, grotescas, llevaron al colmo su espanto. Se tapaba los oídos; sus miradas buscaban en el movimiento de los grupos algo que indicase la terminación de la matanza; pero nada veía. El humo cubría la hecatombe. Volviendo sus ojos al cielo, ansiando ver algo que borrase de su espíritu la impresión de tales horrores, contempló un instante la inmensidad azul, calmosa y pura.

XV

No había concluído la función. Despachados los sargentos y oficiales, empezaron a exterminar soldados... De arriba gritaban: «¡Más, más..., todos!» Y los que se acercaron a Cabrera intentando convencerle de que el escarmiento no debía pasar de allí, oyeron de él la fría respuesta: «Hoy no les niego nada.» El general, molestado por horrible acedía y con su boca llena de un amargor insano, el rostro lívido, la mirada menos brillante que de ordinario, no había tomado más que un poco de vino con agua. Su inapetencia habría necesitado quizá, para remediarse, espectáculos menos terribles; o era que ni aun con los triunfos recientes se hallaba satisfecho, y su insaciable ambición pedía más al adusto Genio que le protegía. En medio de las alegrías del festín y de los horrores de la matazón, más que matanza, su espíritu se distraía de la realidad presente para volar hacia la ciudad cercana, bella y rica. Los ojos se le iban hacia allá, como si contar quisiera las torres y cimborrios de la que solemos llamar *ciudad del Cid*. ¡Qué no daría aquel nuevo dominador de pueblos por poderla llamar suya! Mirándola con ojos de codicia más que de amor, parecía decirle: «Ya ves cómo trato a mis enemigos. Permito a mis soldados que hagan esta pira de cadáveres, para que en ella veas a Cabrera. Aquí estoy; mírame, quiero que tiembles mirándome, quiero que toda España tiemble ante mí.»

Terminados los fusilamientos, un amigo de Nelet recogió a don Beltrán, atontado de la fuerza del susto, y le llevó a su alojamiento. A prima noche, Nelet le hizo acostar, dándole vino caliente, y el pobre señor, con los cuidados que su amigo, antes enemigo, le prodigaba, descansó del molimiento y de la pavorosa impresión, despertándose al toque de diana con regular apetito y el espíritu fortificado de resignación, así cristiana como filosófica. Vivía en los dominios del terror trágico y en las fronteras de la muerte; cuando llegara para él la hora del martirio, sabría, pues, afrontarlo con valor y dignidad.

Desayunándose con los restos del banquete, las tropas se pusieron en marcha muy temprano, dejando intacta la pila de muertos para que los enterraran los vecinos de Burjasot, si querían; algunos batallones se aproximaron a Valencia, simulando un ataque. El amago, sin más objeto que amedrentar al vecindario, significaba un *¡si voy...!* Pero no iba; para tal empresa no bastaban la audacia y la agilidad. Contentábase Cabrera con aumentar su hueste, con organizarla y darle hábitos y educación de ejército poderoso; sus crueldades no eran el nefando goce del mal, como en el depravado cura Lorente: eran los resortes de una infernal política, pues en su conocimiento del país y de los hombres, el leopardo no veía más camino que la fascinación terrorífica para domar a los pueblos. Destruyendo media España aseguraba el imperio sobre la otra media.

Hecha la demostración ante los mu-

ros de Valencia, emprendió Cabrera con su ejército la marcha hacia la Plana de Castellón, sin decir a nadie adónde iba ni qué planes llevaba. Santapau, recién ascendido a comandante, mandaba el 3.° de Tortosa, y en su estreno de plaza montada brindó a don Beltrán con la partición de su cabalgadura, llevándole a la grupa en todo aquel caminar, que no fué de los más acelerados. Dispuso el jefe una marcha por la margen derecha del Palancia, como si quisiera embestir a Segorbe; descendió inopinadamente hasta Sot de Ferrer; pasó el río, y a los dos días de lo de Burjasot pernoctaba en Alfandeguilla. Afirmóse en tan larga correría la amistad entre don Beltrán y Nelet, ganando éste con delicadas confianzas el corazón del anciano. A poco de emprender la primera jornada, y observándole taciturno y receloso, dijo que el general había manifestado, respecto a su noble cautivo, sentimientos de benevolencia y estimación. La verdad de esto demostráronla los hechos, pues en la parada que hicieron en Rafelbuñol, presentándose la noche lluviosa y fría, Cabrera mandó a don Beltrán un capote suyo en buen uso para que se abrigase. Cuidaba en tanto Nelet de apartar para él la mejor comida, y en los alojamientos le agenciaba toda la comodidad posible. Tanta era en Urdaneta la gratitud como la confusión, y llegó a sospechar que tales obsequios significaban un refinamiento de crueldad, y que le regalaban como a los condenados a muerte antes de quitarles la vida. Descansando y comiendo al pie de unos robustos algarrobos, después de pasar el Palancia, Nelet intentó quitarle de la cabeza los temores de fusilamiento, diciéndole que tal vez Cabrera le retenía con fines muy distintos de los que supone la prisión por rehenes. No comprendía el viejo qué fines podían ser aquéllos, dada su inutilidad, y ambos estimaron que el noble señor debía esperar los acontecimientos, tomando lo que le dieran, comiendo de lo mejor que hubiese, y abriendo su espíritu a la confianza.

—Dispuesto estoy—dijo Urdaneta—a comer todo que me traigan, y a ponerme la ropa del general, si continúa mandándome algunas piezas útiles. Pero mi espíritu no puede estar sereno, pues no se aparta de mi mente la matanza de Burjasot. Soy cristiano; protesto en silencio de estos horrores, y pido a Dios que los castigue.

—Lo de Burjasot—replicó Nelet con fría naturalidad—no es otra cosa que una hilada más de la pirámide de justicia que juró construir don Ramón, hallándose en Valderrobles, en febrero del año pasado. Esa pirámide no es aún bastante alta para que pueda lucir en su cima la imagen de aquella santa mujer, María Griñó... Pero ya tocan marcha. Andando, señor mío. Vamos a Nules, que es plaza nuestra. Yo le aseguro a usted que allí tendremos ocasión... y además motivos de hablar largamente.

A las diez de la mañana del siguiente día fué recibido Cabrera en Nules con arcos de triunfo, cortinas, músicas y danzas populares. Salieron a felicitarle y a ofrecerle ramitos de flores las chicas guapas del pueblo; huelgas y merendonas tenían dispuestas los calificados, y por la tarde corrida de toros en la plaza. En buena casa fué alojado don Beltrán, y tanto él como Santapau tratados a cuerpo de rey. Salió el comandante a obligaciones del servicio y a diligencias privadas, de que su amigo no tuvo conocimiento hasta la tarde, en la ocasión y sitio que pronto se sabrá. Comieron opíparamente, y cuando toda la oficialidad y el Estado Mayor a la plaza se encaminaban por ver la función de toros, Nelet propuso al anciano que, pues ellos no eran aficionados al barullo y tenían algo que platicar, se fueran a dar un paseo por donde menos ruido hubiese de festejo y de muchedumbre. Conforme en ello Urdaneta, se metieron por calles y travesías buscando la soledad, que fácilmente encontraron, por estar todo el golpe del vecindario en la corrida.

La villa, de construcción arábiga, blanca, de suelo plano y fácil, les engañó con la tortuosa red de sus calles; y cuando creían haber andado poco, halláronse lejos, en un arrabal separado del pueblo por anchas acequias. Metiéndose por entre dos tapias, fueron a dar frente a una iglesia de frontispicio blanqueado, con excepción de la puerta de piedra, barroca, de columnas salomónicas, de retorcidos follajes y garambainas.

—Como está usted cansado—dijo Nelet—y esta iglesia nos brinda con su soledad y silencio tan a punto para el descanso como para la buena conversación, entremos, señor don Beltrán, y aquí ha-

blaremos todo lo que nos dé la gana.

—Dígame, compañero—indicó el viejo cuando Nelet, llevándole de la mano, le metió en la iglesia, y se sentaron los dos en un banco—. ¿Es que yo me he quedado completamente ciego o que está esto más oscuro que boca de lobo?

—No tema por su vista. Yo tampoco veo nada. Venimos deslumbrados de la calle. Aquí nadie nos molesta ni nos oye. Voy a mi cuento, empezando por decir a usted que el hombre más desgraciado del mundo, el más digno de lástima, es el que con usted habla en este momento. Pensará usted quizá que mis penas son obra de la imaginación, a lo que contesto que, aun admitiendo esa idea, no dejan de ser efectivos, terribles, insoportables, los sufrimientos de su servidor. ¡Con decirle que en Burjasot, cuando mandaba los fusilamientos, envidiaba a los pobres que allí matábamos como moscas!...

—Pasión de ánimo se llama esa enfermedad; y ella debe de ser motivada por una mala impresión, por un vivo querer no satisfecho.

—Ya pone su dedo en mi llaga..., ¡y cómo me duele! No me equivoqué al pensar que usted, hombre muy corrido, que ha vivido en esas sociedades de tono, buen conocedor de hombres y mujeres y de todo el tinglado social, es el único para confidente, quizá para médico de mis males.

—¡Yo!... Tate..., tate... Amigo Nelet, o soy un niño inocente, o es causa de sus desdichas ese trastorno del alma, a veces del cuerpo, que llaman amor. Entre paréntesis... Ya principio a distinguir los altares... ¿No hay allí dos viejas?

—No, señor: son dos sillas.

—Me da en la nariz, Nelet amigo, que esto es convento de monjas. He sentido a mi espalda como un murmullo, como un roce de faldas..., y un cierto olor de incienso de monja..., que es un olor eclesiástico muy particular... ¿Me equivoco?

—No, señor.

—¿Está aquí detrás el coro?

—Y al través de la verja parece que veo un par de bultos blancos...

—Bueno, siga usted... ¿Conque amor? Y admito, sí, señor, que pueda yo ser médico de tal achaque por mi consumada experiencia, por lo que han visto estos ojos, por los innumerables afectos de diferentes clases que han turbado este viejo corazón. Adelante, y abreviemos ¿quién es ella?

—Antes de saber quién es ella, sabrá usted quién es él. Manuel Santapau, nacido en un *mas* próximo a Gandesa, de padres labradores ricos, no debió a éstos una crianza perfecta. Hijo único, sus padres no supieron enderezarle desde niño por los buenos caminos, y, en vez de contener su natural voluntarioso, le dejaron tomar vuelo; sus travesuras hacían gracia, y sus sinrazones eran alabadas antes que reprendidas, resultando que cuando unas y otras, con la edad, empezaron a ser maliciosas, ya no había autoridad que las contuviera. En fin, señor: yo, desde los dieciséis años, escandalicé la villa en que vivíamos, que era entonces Gandesa, y más tarde hice campo de mis abominaciones a Reus, a Vendrell y a Cambrils. Ausente de la casa de mi padre, salvo en las épocas en que iba a reponer mi bolsa, me lanzaba yo con otros amigos no menos inclinados a la vagancia, de pueblo en pueblo, cometiendo tropelías sin fin. Mis estudios, que no pasaban de leer y escribir y algo de cuentas, se completaron después en el libro del mundo, donde aprendíamos toda la ciencia del mal. Era vasto nuestro terreno, y en él ejercíamos diferentes artes malignas; pero la peor de éstas, y en que yo principalmente despuntaba, era la de seducir doncellas con mil engaños para abandonarlas luego miserablemente. Si robábamos alguna vez en ciudades o despoblados, era por modo de travesura; nuestro botín consistía siempre en jamones y morcillas, aves y otros comestibles, y jamás tomamos dinero de nadie. Esta es la verdad; y así como digo lo malo, digo lo bueno o lo menos malo. Alguna muerte tuvimos sobre nuestras conciencias, todas en riña, a veces por defendernos de padres burlados; a veces pendencias de esas que, sin saber cómo, salen del vino; porque, eso sí, a borrachos y camorristas nadie nos ganaba. Aunque me esté mal el decirlo, mi buena figura era la mejor ayuda de mi perversidad en la campaña de conquistar mujeres, embobarlas y perderlas sin ninguna compasión. El demonio, que no Dios, me había dado el rostro para enamorar y las palabras dulces y mentirosas; y con tales medios, cada día era yo más terrible acosador del sexo femenino, llegando a no respetar ya soltera ni casada, seducien-

do también por depravación a las que no eran bonitas, y a las religiosas, a las altas, y a las bajas, y a las medianas...

—Perdone usted, Nelet—dijo don Beltrán, que no podía contener las ganas de interrumpirle—. El tipo de don Juan que existe desde el principio del mundo, y es de todas épocas, tiene en la nuestra, por lo muy reglamentada que está la sociedad, poco terreno para sus audacias. Se lo dice quien ha visto mucho mundo; quien, si se pusiera a contar lances y aventuras donjuanescas, no acabaría en siete meses. Y yo pregunto: ¿cómo pudo usted ejercer tan largo tiempo de caballero seductor, sin tropezar con la justicia que le metiera en la cárcel, con un padre que le descalabrara, o un marido que le partiera por la mitad?

—Lo encontré... sí, señor: tuve mi castigo. Un marido, en Tortosa, me cogió desprevenido una noche, y con una barra me abrió la cabeza. Después agarróme por una pata y me tiró a una acequia, donde me habría ahogado si ésta llevara más de medio palmo de agua.

—Acabáramos... Reconozca usted que ya era tiempo, querido Santapau.

XVI

—Sí, era tiempo... Yo me lo tenía muy bien merecido. Por poco no lo cuento, señor don Beltrán. Me recogió el santero de una ermita que hay en Roquetas, y a su caridad y a la de su mujer debo la vida. No sé cuántos días me tuvieron en aquella cueva, debajo de la iglesia, donde había unos santos viejos tirados en el suelo, con las caras comidas de polilla, y toda la pintura y la estofa de sus trajes descascaradas por la humedad. Uno de ellos, que era por las trazas San Antonio de Padua, pero sin niño, pues éste y las manos se le habían quemado en un fuego de los altares, se puso en pie una noche, y llegándose a mí, me habló...

—¡Nelet!...

—Le veía y le oía, señor don Beltrán, como a usted le oigo y le veo. Díjome que Dios estaba muy enojado conmigo por mis grandes pecados, y que en castigo de haber yo perjudicado a tantas pobres mujeres fingiéndoles un cariño mentiroso, me pondría en el alma un amor violentísimo y verdadero hacia persona que nunca me había de querer, y con esta pasión no satisfecha, y con este fuego no apagado, padeciera todo lo que hice padecer a las mujeres que engañé.

—Soñó usted, en verdad, un ejemplo precioso de justicia y expiación.

—Verdadero o soñado, fué un aviso del Cielo, según me dijo el fraile mínimo con quien me confesé al siguiente día, porque yo estaba arrepentido, sentía como un pestilente sabor de boca, la suciedad de mi conciencia y quería limpiarla. Meses después, el mismo fraile de Roquetas (ya exclaustrado), que miraba por mi salvación espiritual y corporal, me aconsejó que me alistase en la facción y peleara por los derechos santísimos del Altar y del Trono. Así lo hice a fines del treinta y cinco; presentéme a Cabrera, que me recibió muy bien, y para que me fogueara me mandó a la partida de Quílez, después a la de Tena. Gracias a mi arrojo en los combates, a mi puntualidad en el servicio, adelanté bastante en mi carrera. Era ya alférez y me hallaba en Valderrobles, en febrero del año pasado, cuando los monstruos liberales dieron muerte a la madre de Cabrera; teníamos en rehenes en el dicho Valderrobles a cuatro señoras: la esposa del coronel Fontiveros; Mariana Guardia, hermana de un urbano de Beceite; Paca Urquiza y Cinta Foz, hermana y madre de otro urbano. Don Ramón las trataba con mucho miramiento, convidándolas a su mesa algunos días, y cortejaba a la Paquita: se corría la voz de que era su novio por lo fino y que se casaría con ella. Pero cuando supo la muerte de María Griñó, el furor de aquel hombre fué tal, que juró al Cielo derramar sangre inocente hasta anegar los valles y volver rojos los pequeños y los grandes ríos. A mí me tocó el paso amargo de fusilar a las cuatro mujeres. La Mariana Guardia me gustaba, y bromeando le había dicho yo cuatro cuchufletas de tentación, picado de mi antiguo vicio... Al ponerlas de rodillas en el cuadro, después de confesadas por el padre Vallés, el mismo frailecico que a mí me auxilió en Roquetas, las pobres, llorando como Magdalenas, me pidieron por Dios que no las matase. Pero yo, ¿qué había de hacer? La disciplina, que es más fuerte que la conciencia, me hizo de hierro el corazón... Murieron... A Mariana tuvimos que rematarla, porque con los tiros primeros no

quería morirse, y sus ojos se cuajaron, echándome una mirada que me traspasó... Ello fué que sentí luego un frío mortal, y al poco rato caí con tremenda pataleta y convulsiones, blasfemando y clavándome las uñas en el rostro... Por la noche, hallándome en un catre, donde me pusieron con los brazos atados para que no me golpeara, vino el demonio, y cogiéndome por los cabellos, me llevó a un alto monte que llaman Cretas, y allí...

—Alto, amigo—dijo don Beltrán—, ésa no cuela...

—Porque no cree en ello. Pero yo sí, y sostengo todo lo que he dicho. Tan cierto como que estamos aquí lo es que me vi en el picacho de Cretas, entre una caterva de demonios que allí estaban congregados; y después de zarandearme jugando conmigo a la pelota, me mandaron que les adorase, a lo que yo no accedí, y pusiéronme delante toda mi historia, representada en las figuras de las mujeres que perdí y ultrajé, las cuales iban pasando como las estampas de un libro. Ni por ésas me conquistaron; y cuando el demonio mayor, o capitán de ellos, me volvió a mi catre, arrojándome en él medio muerto, llamé al padre Vallés, que me consoló, haciéndome aprender de memoria oraciones que bien rezadas ahuyentarían los espíritus malignos.

—Pero ¿cree usted eso, pobre Nelet?

—¡Que si lo creo!—exclamó el guerrero con una convicción tan profunda y tenaz que don Beltrán juzgó inútil emplear contra ella las armas de la razón—. ¡Pues si fuera tan cierto que he de salvarme!

—Siga, y lleguemos pronto al punto principal ¿quién es ella?

—Ahora sale... Restablecido de aquel mal demoníaco, de cuando en cuando venía por mí el diablo que quería ser mi amigo, y me llevaba por los aires o al fondo de las cuevas que hay en la Portillada o a los breñales espesos del río Nonaspe, en lugares adonde ni los buhos penetran. Era el mes de agosto, y me hallaba con el *fraile Esperanza* en Calaceite, de vuelta del Mas del Hortal, donde nos habíamos batido con Nogueras, cuando me encontré, sin saber cómo, frente a una caverna, en noche cerrada, y oí una música preciosísima, que no puedo comparar a ninguna música de este mundo.

—Sobre todo, a la de la banda de Tortosa.

—De la gruta salió una luz azul, muy suave..., y, por fin, en medio de esta luz, una mujer... No puedo dar idea ni de la luz ni de la hermosura de la señora, ni sé cuál de las dos cegaba y confundía más

—Sería rubia...

—No, señor; morena, de ojos negros, el pelo suelto y corto caído sobre los hombros con infinita gracia; la mirada, como de los santos en oración; los pies, desnudos; el cuerpo, vestido de un sayal de penitente.

—Verde y con asa... Marcela... Ya me figuraba yo que en esto habían de venir a parar todas esas jugarretas diabólicas... Bueno. ¿y le dijo usted algo?... ¿Ella le habló?...

—No, señor; palabras no hubo; nada más que el quedarme yo extático, como sin sangre en las venas, la voluntad sobrecogida y sentir que toda la vida la tenía en el corazón y que en él se me metió un amor muy vivo y abrasador que de aquí no ha querido salir más.

—Pero se me ocurre una grave objeción. Fíjese usted en las fechas antes de lanzarse a referir sus leyendas, Nelet. Ha dicho que en agosto fué la maravillosa visión. Pues en agosto, según mi cuenta, Marcela no había salido aún de Sigena, ni podía presentársele en esa traza de penitente...

—Pues ahí está lo maravilloso, lo sobrenatural, que confunde a los que sólo creen y testifican las cosas ordenadas conformes al tiempo y a la verdad que se toca. Yo vi a Marcela antes de que ella adoptase la vida y hábitos de peregrina. Y en esta anticipación de las cosas advierto que es ella la destinada por Dios a la obra del terrible castigo que quiere imponerme, condenándome a una sed no saciada, y a un afecto no correspondido.

—Bueno; concretemos. ¿Dónde vió usted a Marcela en realidad... de ella misma?

—En la Ginebrosa, y no me sorprendió el verla, pues ya la conocía por su aparición, que he referido.

—¿Le habló usted?

—Le pedí amores, y me contestó muy esquiva, huyendo de mí. El segundo encuentro fué en Nuestra Señora del Pueyo. Le hablé con galantería fina y discreta que salía del corazón, y me dijo

que no sentía por mí más que asco y desprecio. Yo iba mandando una partida; en mi desesperación se me ocurrió fusilarla para matar con ella mi tormento... Pero no me atreví. Despidiéndola, le dije: «Vete, hechura de Lucifer, a donde yo no te vea más, que si otra vez te cruzas en mi camino, te fusilo sin compasión...» Parecíame que sacrificándola me libraba de mi suplicio, y que después podía seguir queriéndola hasta que me muriese o me matasen... Darle muerte no me parecía crueldad, sino una forma de amar, a mi manera, estilo de gran pecador y visionario de cosas grandes...

—¿El tercer encuentro...?

—De él fué usted testigo.

—¡Ah!... En la maldita Codoñera. Tiemblo de recordarlo... De lo que sigue tengo noticia, y la última es que Cabrera la mandó a un convento porque no gusta de monjitas correntonas.

—Sí, señor..., y el convento donde está encerrada es éste.

—¡Este! ¡Valiente pillo!—dijo don Beltrán, levantándose y dando algunos pasos hacia el coro.

—Cuidado, señor..., que no nos conviene llamar la atención.

—Como si lo viera. Los tratos de usted con los demonios ya sé yo en qué vendrán a parar, caballero Nelet—indicó el prócer, volviéndose al banco—. Estamos preparando una hazaña donjuanesca: violación de clausura, rapto de virgen del Señor... Pero entendámonos: ¿trata usted de sacarla por su gusto, por el orgullo de robar una monja o porque ella le ha dicho: «Nelet, ¿cuándo tocan a robar?»

—Ella no me ha dicho eso; pero constándome que le agrada la libertad, hace días, por un propio muy listo que mandé a Nules, le propuse abrirle las puertas de su encierro, y me contestó que en ello no había pecado, sino observancia de las disposiciones del Concilio de Trento. El capellán del Tercero, hombre muy leído, me ha prestado unos librotes en que están la fundación e historia de Sigena, y con esa lectura mi conciencia no se escandaliza del hecho de libertar a Marcela. Estoy tranquilo; he tomado mis medidas...

—Todo esto, mi querido Nelet—dijo don Beltrán reverdecido—, es hermoso, es poético y dramático. De la esencia de estas aventuras de amor vive el alma... Por tales emociones y otras semejantes no es el mundo un presidio. Dígame usted...

—Ahora, mi ilustre amigo, no puedo decir más, porque tenemos que separarnos. Es la hora precisa de ver a la demandadera, la cual ha de darme de palabra, o por escrito, una razón por donde sabré si la empresa se acomete esta noche o se deja para la de mañana. Aguárdeme aquí, que no estará solo más que el tiempo que yo tarde en esta diligencia.

Mientras estuvo solo, Urdaneta se dió a reflexionar en el extraño caso que, a su parecer, justificaba el dicho del teniente Estercuel. La guerra, el país, la raza, renovaban en todo los tiempos medievales. La vida tomaba esplendores poéticos y risueñas tintas que se mezclaban con el rojizo siniestro de la sangre, tan sin medida derramada. Exceso de vida era quizá, plétora de sentimientos y pasiones. El fondo, por añadidura, ofrecía característica decoración natural y el teatro más adecuado a tal desbordamiento de vida. La mezquina civilización *a la moderna* se desvanecía, se borraba como un afeite mal aplicado, dejando sólo las querellas feudales, el ardor místico, la superstición, las crueldades horrendas y eminentes virtudes, el heroísmo, la poesía, la intervención de ángeles y demonios, que andaban sueltos y desmandados por el mundo.

Volvió Nelet gozoso al cuarto de hora, y cogiendo del brazo a su amigo, le llevó fuera, a punto que un monaguillo a cerrar se disponía.

—Y qué: ¿será esta noche?—preguntó el anciano, taconeando fuerte por el puentecillo de la acequia.

—Aún no he leído su carta—replicó Nelet, que de la fuerza del contento temblaba.

—¡Ha escrito!...

—Y además me manda unos versos. Vámonos aprisa, que por el ruido que se oye y la gente que se ve venir hacia estos barrios paréceme que ha terminado la corrida. Esta noche, después que yo lea la carta, seguiremos hablando... Aún me queda lo mejor. Porque yo no le he contado a usted a humo de pajas mis desgracias y aspiraciones. Yo he visto en el señor don Beltrán de Urdaneta, noble de antiguo cuño, caballero muy corrido y de grandísima ciencia en cosas mujeriles, la única persona del mundo que

puede guiarme al fin que deseo tanto como mi salvación: que Marcela me ame, que pueda yo, triunfando de su esquivez, dar al traste con la leyenda de mi castigo, que me espetó San Antonio en la ermita de Roquetas.

—Yo tendré un placer inmenso—dijo el aragonés, parándose para hacerse oír mejor—en ilustrar a usted con mis conocimientos en materia tan grave. El corazón de la mujer no tiene secretos para mí: ciencia dolorosa, amigo mío, porque los maestros no llegamos a este doctorado sino a fuerza de amarguras y sufrimientos. En mí tendrá usted un asesor desinteresado, pero deje aparte toda consulta referente a espíritus más o menos diabólicos, pues yo no los he visto en mi vida, ni sé nada de esos caballeros. Eliminadas las potencias infernales, yo le aconsejaré lo más eficaz para conquistar el corazón y la voluntad de esa doncella... ¡Y que no es floja bestiecilla la que hay que domar!... Santa y arisca, filósofa y hombruna Pero ya veremos, ya veremos...

Llegaban al centro de la calle Mayor, donde se aposentaban, y ya no pudieron hablar más de su asunto, porque Nelet se vió rodeado de compañeros y amigos. Todos ellos, y don Beltrán no de los últimos, pensaron en matar el hambre, lo que no era difícil entre un vecindario casi totalmente afecto a la Causa y que se desvivía por obsequiar a sus defensores. En los bajos del Ayuntamiento, las estancias habían sido convertidas en comedores, donde se agolpaban oficialidad, capellanes y calificados vecinos del pueblo, mientras en el piso alto se hacía regios honores al general y a su Estado Mayor. Los compañeros de Nelet se acomodaron en una salita próxima a la escalera, donde se les dispuso espléndido comistrajo, con mariscos y pescado, arroz exquisito y otros manjares de grande estimación. Con no poca estrechez se fueron acomodando, no sin designar un puesto al noble cautivo. Mas no había tomado la primera cucharada de sopa, cuando entró un ayudante del general con este mensaje: «El señor de Urdaneta, que suba. El general le convida a comer.»

—¡A mí!... ¿Está usted seguro de que...?

—Vamos, dése prisa. Están aguardando por usted.

XVII

La entrada de don Beltrán en la sala del festín, donde ya ocupaban sus asientos los comensales; el despejo y cortesía con que adelantándose hacia el general compendió en una sola frase el saludo y las gracias por el honor que se le dispensaba, cautivaron a todos los allí presentes: bien se veía al aristócrata de raza, maestro en arte social. Con raras excepciones, los jefes carlistas que se sentaban a la mesa del general eran unos pobres gaznápiros, elevados por sus prendas militares a posiciones de las cuales desdecía su educación. Tal coronel había sido arriero, el otro pescador; sacristán, uno de los intendentes; contrabandista de mar y bandido de tierra el jefe de la Caballería, sin que ninguno de ellos poseyese el genial instinto con que Cabrera supo borrar de sus modales la humildad de su origen. Mal vestido y roto, don Beltrán descollaba entre aquella gente, que aun en el modo de mirarle revelaba la conciencia de su inferioridad. Hubo uno, vecino de Nules, que, menos avisado que los demás, se permitió decir al prócer:

—Vamos, abuelo, que no estará usted poco *inflao*. En toda su vida ha tenido honor como éste... ¡Comer con nuestro general ilustrísimo!

—Honor grande, que agradezco mucho —replicó don Beltrán—; pero que no es nuevo para mí. Yo he comido con Napoleón.

Esto de comer con tan grande celebridad produjo estupor, que se fué trocando en admiración. A lo largo de la mesa sonó un murmullo. Cabrera, hombre muy desahogado en toda circunstancia, mandó a Cala y Valcárcel, sentado a su izquierda, que desocupase el puesto, y haciendo una señal al caballero aragonés, le dijo:

—¡Con Napoleón!... ¿Luego era usted su amigo? Véngase a mi lado para que me cuente...

Trocados los asientos, ocupó Urdaneta la izquierda del general y, accediendo a sus deseos, prosiguió así:

—No debí decir Napoleón, sino Bonaparte, porque ello fué antes de la primera campaña de Italia. El tenía entonces menos edad que tiene usted ahora; era delgado, melenudo...

—Sí, sí—dijo Cabrera con admiración infantil—, poseo su retrato en la *Vida de Napoleón*, con láminas, que he leído cien veces, pues no ha existido hom...bre en el mundo que yo admire más.

Refirió don Beltrán escenas y pasajes interesantísimos de 1795 y 96, años IV y V de la República (¡ya había llovido!) por él presenciados, y añadía anécdotas graciosas, más atractivas que la historia misma; y con tal agrado Cabrera lo oía, que hasta se le olvidaba comer por no perder concepto ni palabra.

Y entre cuento y cuento, viéndose el aristócrata tan obsequiado, se decía, comiendo tranquilamente: «Tanta finura me da muy mala espina, pues de este tío no hay que esperar compasión: cuando se le hinchan las narices, ni hay para él amigos, ni tienen valor alguno sus atenciones y arrumacos. No puedo olvidar lo que me ha contado Nelet. A las cuatro desdichadas mujeres que en rehenes tenía en Valderrobles, las sentaba a su mesa, prodigándoles obsequios mil. A la de Fontiveros le permitía dar paseítos en una jaca que aparejaron para ella, y a la chica de Urquiza le hacía el amor por lo fino, con tanta insistencia, que hasta corrió la voz de que se casaban. Todo lo cual, ¡Dios mío!, no impidió que las mandara fusilar al saber la muerte de la Griñó. ¡Vaya un nene! Y no hay que hablar de arrebato, pues Cabrera supo lo de su madre el 20, si no estoy equivocado, y la matanza de las rehenes fué el 27. Sentenciadas días antes, no las mandó ejecutar hasta que no supo que sus dos hermanas, presas en Tortosa, se habían escapado... No me fío, leopardo, no me fío de tus halagos, y aunque me pases por el lomo la pata blanda, con las uñas escondidas, sé que las tienes muy afiladas, y que el mejor día, cuando más tranquilo esté el pobre don Beltrán..., ¡pum!, al otro mundo...»

—¿Por qué suspira usted?—le preguntó Cabrera—. ¿Está descontento del trato que le damos?

—¡Oh!, no señor. Estoy muy satisfecho y muy agradecido. Encuentro simpatías en su ejército, y en él he podido hacer algunas amistades gratísimas. Pero bien sabe usted que la privación de la libertad difícilmente halla consuelo.

—Es muy sensible—le dijo el leopardo hacia el fin de la comida o cena—que la ley de guerra, que no puedo eludir, no puedo..., me obligue a tenerle a usted bien trinca...ado en mi ejército para que su vida me garantice la de otro aristócrata que tiene en su poder Iriarte... Pero usted podría ahorrarme a mí el disgusto..., ya me entiende, y al propio tiempo salir de esta situación molesta... Sí, señor, comprendo que es car...gante eso de estar un hombre con la idea de que le van a pegar cuatro tiros... Sí, señor, usted podría...

«Te veo venir», pensó el anciano, antes de preguntarle cuál era el remedio de su angustiosa incertidumbre.

—¿Por qué el señor don Beltrán de Urdaneta, de la primera nobleza de Aragón, no se presta a reconocer al único rey legítimo de España? Para su majestad sería muy grato; y a mi entender, si usted se decidiese, le seguirían otros nobles de Aragón y de Castilla. Fírmeme usted una declaración en el sentido que le propongo, y yo la co...municaré al instante a mi rey...

—Señor general—dijo el noble caballero después de toser y limpiar el gaznate para expresarse con toda claridad—, estimo en lo que vale la excelente intención con que usted me propone ese reconocimiento de los derechos del infante, y espero que usted estimará del mismo modo la lealtad con que me veo precisado a evadir todo compromiso con la causa carlista. En conciencia, y estudiado el asunto, creo que la sucesión a la corona pertenece a la hija de Fernando Séptimo, y habiéndolo declarado así solemnemente como prócer del reino, no es decoroso para mí deponer ahora en favor del augusto príncipe, a quien reverencio como a tío carnal de nuestra reina. Finalmente comprenderá usted, ilustre soldado, que en mi clase y en mi raza, la religión del honor y de la consecuencia no nos obliga a menos que la otra religión con sus dogmas santísimos. Ni por cuantos bienes hay en el mundo, ni por la vida, que es el primero de los bienes, mancillaría yo con una traición el nombre que llevo... Y dicho esto con toda la entereza de que soy capaz, y todo el respeto que a usted debo, he de manifestarle también que, aunque partidario de Isabel, y convencido de la legalidad de sus derechos, no he tomado parte a su favor en esta contienda, ni con armas, ni con escritos, ni en ninguna otra forma. Soy hombre de paz, y

acato las leyes de la nación, vengan como vinieren. Ni guerrero he sido nunca, ni tampoco político. La pelea y la conspiración me son desconocidas. Soy un hombre honrado, isabelino en la intención, neutral en la conducta. No desconozco la convicción y lealtad con que tremola usted la bandera del infante. Pero yo no la seguiré nunca; ni puede usted catequizarme ofreciéndome la vida mía, que hoy tiene en su mano. Y si en vez de tener usted en rehenes este cabo de vida, ya caduca, triste y de ningún valor, tuviera usted una vida robusta; si yo fuera joven y mirase ante mí un porvenir de treinta, cuarenta o cincuenta años, lo mismo que ahora le digo le diría..., siempre con la consideración que debo a un hombre de su valer y de su inteligencia.

Oyó con atención y agrado el soldado del absolutismo esta declaración, dicha con cierto énfasis oratorio, y estimó delicadas las razones del caballero.

—Basta, señor mío, y no hablemos más del asunto—le dijo—. Yo lo siento por usted..., y también por la Causa, que, digan lo que quieran, no se ve muy apoyada por la grandeza de sangre... Pero ya vendrán, ya vendrán todos... Sólo que llegarán tarde, y les pondremos en última fila. Para entonces ya habremos creado nosotros, digo, el rey, una aristocracia nueva, sacada de las filas de la lealtad... ¿Qué hizo Napoleón cuando se vió sin nobleza de abolengo? Pues fabricarla. De sus generales hizo duques y príncipes, y hasta reyes... Traemos entre manos la fundación de una sociedad nueva, pueblo n u e v o, ejército flamante, aristocracia acabadita de salir... Y ustedes, los de la corte isabelina, se irán a cuidar cabras, o a destripar terrones... Sí, señor, si yo lo dispusiera, así sería. A todos los marqueses y archipámpanos que no han reconocido a Carlos Quinto les pondría yo una azada en la mano, y... ¡hala!, a labrarme las tierras del común...

Terminó la cuestión de un modo festivo, y con ella la comida. Retiróse don Beltrán, expresando nuevamente al leopardo su estimación. *quand même*, y se fué a dar con Nelet, que ansioso le esperaba. En una sala del mismo edificio, y en las propias mesas donde habían comido, los oficiales jugaban al ajedrez o a las damas. Cabrera, una vez alzados los manteles, se puso a trabajar con dos secretarios, dictando oficios y comunicaciones para el gobierno de lo que con visos de Estado tenía bajo su mano. No sólo había creado un ejército, sino una administración civil, tal como ésta podría existir en aquella vida de constante inquietud, de movilidad epiléptica.

Y en verdad que el Estado en esbozo y su terreno inseguro le venían cortos a don Ramón Cabrera, hombre que por su inteligencia comprensiva, su voluntad potente y sus dotes de organización, había nacido para más altas empresas. Su inquietud continua, la palidez de su rostro, el estado nervioso y febril en que de ordinario se encontraba, no eran más que la impaciencia loca para llegar adonde quería ir, el sentimiento de la desproporción entre sus facultades y la poca materia gobernable que cogía entre las manos. Lo que había creado con esfuerzo monstruoso, con los golpes fulminantes de su coraje guerrero, con su nativo conocimiento de los hombres y del país, era mezquino para quien se sentía capaz de manejar un imperio... Algo de esto pensó don Beltrán, recordando lo que hablaron durante la comida y el rostro siempre melancólico de Cabrera: «Es un hombre que con tener mucho entre las manos aún tiene más en la cabeza, y de este desequilibrio proviene su aspecto de gato triste..., dormilón, cuando sus ojos no despiden rayos. Su crueldad es la irritación contra el género humano porque no se le somete de golpe. Si este hombre triunfara y pudiera manifestar tranquilo y seguro lo que lleva en su corazón y en su cabeza, sería un dictador severo y paternal, rigorista y clemente, próvido para todo, y hasta liberal dentro de su poder soberano indiscutible.»

No le dejó Nelet hablar de nada que no fuera su asunto, y en cuanto tuvieron ocasión de arrinconarse, lejos del barullo de los jugadores, reanudaron el sabroso tema.

—No puede ser hasta mañana por la noche—dijo el militar—. Ahora sobreviene una dificultad que trato de vencer esta noche misma. Dícese que el general vuelve mañana hacia Liria; no sé qué planes tiene. Llangostera se queda aquí para ir sobre San Mateo, y después no sé adónde. Yo he pedido que me destinen a su división, pues deseo aproximarme a mi pueblo, donde necesito proveerme de ropa y dar un vistazo a mis intereses

—Y en tal caso, ¡ay de mí!, habremos de separarnos...

Creo que no. He hablado a Llangostera, que es grande amigo mío y paisano, y espero conseguir que se quede usted con nosotros. Daremos al general esta noche una razón que no tiene réplica. A Llangostera corresponde fusilarle a usted, en caso de que maten al hermano del conde de Cati, porque el tal estaba en su división cuando le cogieron. La cosa es de clavo pasado...

—¡Y tan pasado! No sabía que entre carlistas hubiera tales etiquetas.

—¡Anda..., y que se cumplen con todo rigor! En fin, que vendrá usted con nosotros.

—Mucho me place: y en cuanto a mi fusilamiento, lo mismo me da que sea Pedro que sea Juan el que me mande a mejor vida... Me alegraré, sí, de que sea usted el encargado de darme los tiros, pues no dudo que usted mandará que me apunten bien al corazón para que mi muerte sea instantánea y no esté yo pataleando como un buey a medio degollar... Conque vamos a nuestro negocio.

—Dígame sinceramente, echando mano de todo su saber mundano, si una vez libre Marcela, debo ir tras ella y emprender su conquista por asalto... ¿Cree que es mejor poñer paralelas?

—Hijo, sí; el asalto no es prudente hasta que la plaza no esté bien castigada y con ganas de rendirse. No haga usted la tontería de embestirla con violencia... Al contrario, es muy hábil aparentar desgana de entrar en el recinto, afectar que se desean los procedimientos del asedio galante, colmarla de atenciones, sin mostrar al principio una ansiedad viva de amor... Mujer que vive en el idealismo, fíjese usted bien, con el idealismo debe ser atacada.

—¡Oh, qué talento tiene usted—dijo Nelet, abrazándole gozoso—, y cómo conoce el corazón humano! Ha sido gran suerte para mí encontrar tal amigo.

—Y para mí también. Entre paréntesis, si quieres que yo hable con el desahogo que facilita la comunicación entre maestro y discípulo, permíteme que te tutee... Pues sí: como ella tira a lo espiritual, conviene que aprendas tú algo de fraseología mística y hojarasca de librillos devotos. Nada de violencias. Paralelas, hijo, paralelas y fuegos parabólicos..., por elevación. Según dices, no eres en este caso un seductor vulgar; solicitas el alma, el amor...

—El amor, sí, grande, abrasador, como el mío—dijo Nelet con acento teatral.

Movido de compasión y de un paternal interés, quiso el buen Urdaneta que sus consejos se llevaran por el camino menos aventurado y escabroso. Díjole que de los infinitos casos y ejemplos que atesoraba el archivo de su experiencia, escogía los de color más honrado y puro. Antes que atacar a la hermosa Marcela con asechanzas o artificios de mala ley, debía esperar a que ella se rindiera, poniendo en ejecución para esto los ardides de un hombre lealmente enamorado. Bueno sería empezar con la estratagema de los desdenes, la fingida frialdad o indiferencia, que en multitud de casos subyugaban más pronto que los extremos de cariño; bueno sería también mostrarse rival de ella en lo de suspirar por este o el otro santo, o por misterios de religión: y si esto no resultaba eficaz, se emplearía el galanteo fino y respetuoso, el anhelo de sacrificarse por la persona amada, el propósito de emprender trabajos no menos grandes que los de Hércules para obtener por recompensa una mirada dulce, una leve ternura, un favor sencillo. Tampoco vendría mal manifestarse caballero amador sin esperanza, por el gusto y la satisfacción espiritual, sin ningún melindre de los sentidos, haciendo gala de constancia a prueba de desprecios, de una adoración pura, en que el alma del galán fuera como esas sustancias puestas al fuego que nunca se derriten ni consumen. Alcanzado el primer éxito, se intentaría curar a la beata mujer de su místico arrebato, sacándola de aquel soñar continuo en una perfección imposible, y atraída al terreno de la vida corriente, se le propondría el matrimonio cristiano, bendecido por Dios: la unión honrada de dos almas y dos cuerpos por toda la vida.

—Este y no otro es el camino, querido Nelet—concluyó don Beltrán con serena entonación—, que puede aconsejarte un hombre cargado de años y de experiencia. Creo que si vas resueltamente por él, Dios te ayudará, indultándote del castigo que mereciste por tus pecados de libertinaje. Sí, sí, hijo mío: pues amas a Marcela, hazla tuya honradamente y constituye con ella una familia, y ten hi-

jos que criarás en la virtud y en el santo temor de Dios.

Tan grande entusiasmo despertó en el apasionado joven esta elocuente exhortación de su amigo, que se le saltaron las lágrimas, y hubo de dominar con vivo esfuerzo su emoción para no manifestarla ruidosamente ante la muchedumbre de jugadores que llenaba la sala.

XVIII

—¡Jesús, qué delicia!—exclamó Nelet, después de una corta pausa—. ¡Casarme con ella!... ¡Marcela mi mujer! ¡Y retirarnos a una vida pacífica, laboriosa y agradable!... ¡Y tener hijos, muchos hijos!... Sepa usted, don Beltrán, que hacienda no me falta. Conservo parte de las heredades de la familia... Entre ellas, un *mas* que es la gloria, cerca de Cambrils.

—Rico tú, más rica ella, el matrimonio se impone—dijo el anciano con tal gravedad, que a Nelet parecióle que hablaba por su boca el Concilio de Trento—. Has de saber que Juan Luco, padre de esa extraordinaria hembra, poseía grandes caudales, que yacen sepultados bajo tierra en diferentes puntos. Me consta.

—Algo de esto oí: mas no le daba crédito.

—¡Si serás tú simple! Crees en los demonios y pones en duda los hechos más naturales y corrientes... De acuerdo con su hermano Francisco, que también ha dado en la flor de que le canonicen, Marcela se propone consagrar todo ese metálico que hoy yace bajo tierra a una grande obra de fundación religiosa... Figúrate qué desatino... ¡Como si no tuviéramos en España bastantes conventos! ¡Y en qué ocasión se le ocurre emplear dinero en albergues para frailes y monjas..., cuando Mendizábal, de una plumada, ha echado por tierra las órdenes monásticas...! Pero poniéndonos en lo razonable, y a fin de no contrariar abiertamente la voluntad de una monjita, la dejaremos que consagre parte del tesoro a satisfacer aquel deseo santo, reservando un buen pico para las obligaciones sacratísimas que dejó pendientes Juan Luco. ¿No te parece?

—Si he de hablar claro, señor don Beltrán, amo a Marcela con amor del alma y fuego de todo mi ser, sin que esta pasión sea turbada ni envilecida por ninguna ambición tocante a intereses... Por mi vida, que más la quiero pobre: que a mis brazos venga sin otra propiedad que la estameña que cubre la hermosura de su cuerpo; estameña que yo trocaré gustoso por las sedas más ricas.

—Pero, hijo, lo que abunda no daña. Tú no tienes culpa de que la santa sea una ricachona. La mejor demostración que puedes dar de tu delicadeza es permitir que Marcela funde o restaure algún conventito no muy grande y que dedique luego una parte no floja de sus especies metálicas a dar cumplimiento a la voluntad de su padre.... a restituciones que son sagradas, hijo, sagradas...

—Con todo estoy conforme, pues cuanto usted me dice parece dictado de la misma razón y del perfecto conocimiento de la vida humana. No ha sido poca suerte para mí encontrar tal amigo y asesor.

—A buen árbol te has arrimado, hijo... Lo que yo no hiciere en este negocio, cuenta que nadie lo haría... Y si te parece, yo iré a recogerme, que me siento cansado y soñoliento... Alguien habrá que me diga dónde voy a tender esta noche mis pobres huesos.

Llevóle Nelet muy solícito a la cama que a él le habían destinado, y se determinó, con insomnio y desasosiego de amante, a pasar toda la noche en pie. Las solitarias calles de Nules le vieron rondar, al pálido fulgor de las estrellas, y disparar suspiros contra los blancos muros de las Mónicas, santuario y prisión de la bella teóloga.

Habiendo partido Cabrera al día siguiente en dirección al Júcar, por la noche se efectuó con facilidad y sin ningún tropiezo la evasión de Marcela, facilidad en parte debida a las ingeniosas disposiciones de Nelet, en parte a las ganas que tenían las señoras Mónicas de que la prófuga de Sigena se fuera a otra parte con sus filosofías y sus latines. Mucho sintió Urdaneta no haber sido testigo de un caso que tenía por interesante y teatral. Contóle el galán que Marcela había salido con su empaque de penitente, tal como en libertad la habían conocido, y que él, atento a seguir los sabios dictámenes de su amigo, se había mostrado atentísimo y caballerescamente cortesano, pero con cier-

ta frialdad parecida al desdén, según el programa trazado. Habiendo dicho a la monja que no le había movido a libertarla más que su amor a la religión y su respeto a las decisiones del Concilio de Trento, replicó ella que agradecía su libertad; mas, para que el favor fuese completo, había de buscar Nelet a los dos viejos enterradores que la acompañaban comúnmente y llevárselos para que la guiaran en su camino. No le fué difícil al enamorado dar con Zaida y Alfajar, y aquel día, muy temprano, la monja y sus servidores o discípulos habían partido juntos hacia Villavieja. Tuvo buen cuidado Santapau de advertir a su ídolo que no se alejase de la tropa que él mandaba, pues de otro modo podría topar con quien de nuevo la cogiese y encerrara, obedeciendo las órdenes de Cabrera.

—En todo, hijo mío querido—dijo don Beltrán, satisfecho—, has procedido con tanto tacto como previsión. Atento y, al propio tiempo, desdeñoso...; solícito en buscar a los viejos, que sin peligro de su virtud la acompañan..., y, por último, precavido para tenerla siempre a la mano y que no se nos escabulla.

—Trato de inspirarme en usted, que todo lo sabe, pues aunque yo he sido hombre muy corrido de mujeres, hacía mis conquistas al modo de pueblo y con la rudeza y malos modos de mi educación aldeana. ¿Cómo dice usted que llaman a los que se dedican a engañar mujeres y hacen de esto un oficio?

—Don Juanes.

—Pues si yo he sido un don Juanillo de pueblo bajo, sin finura, sin retóricas, basto y llanote, usted ha sido un señor don Juan cortesano.

Echóse a reír Urdaneta y no tuvieron tiempo de más explicaciones, porque tocaron marcha, y el regimiento de Nelet, componiendo con otros dos una brigada, al mando de Pertegaz, fué al socorro del *Serrador*, que apretado se veía en el sitio de Burriana. Cuando llegaron ya era tarde, porque el *Serrador* venía en retirada por causa de la gran resistencia que pusieron los valientes urbanos, socorridos por una columna de Castellón. Pocos días después, los urbanos, por orden de Borso, abandonaron la plaza, y entró en ella el cabecilla faccioso con el sentimiento de no encontrar a ningún jefe de la Milicia ni de tropa a quien fusilar. Pertegaz tomó la vuelta de Cantavieja para unirse a Cabañero, y Nelet volvió a incorporarse a la división de Llangostera, que marchó hacia Lucena, y de aquí a Albocácer, recogiendo cuanto encontraba: hombres y caballerías, víveres y forrajes, animales y personas. En todas estas marchas y contramarchas, don Beltrán se aburría de lo lindo, y Nelet no tuvo el gusto de encontrar a Marcela más que dos veces: la una, en la rambla de la Viuda; la otra, en Nuestra Señora de Hortiseda. Apenas pudo hablarle en el primer encuentro; pero en el segundo sí platicaron, y por consejo de su noble maestro se lanzó a demostraciones más expresivas, después de haber empleado los desdenes sin resultado práctico. No debió de quedar satisfecho el comandante, porque cuando partió con sus tropas en auxilio de Cabañero, que sitiaba a Cantavieja, iba muy temeroso de que le cogieran por su cuenta los demonios que atormentarle solían. Rendida Cantavieja por traición, quedáronse las fuerzas de Nelet a mitad del camino, en Iglesuela del Cid, donde recibieron orden de Cabrera para marchar a la Cenia, punto fortificado por los carlistas a la subida de los puertos de Beceite. Allí se enteraron de que Oraa era general en jefe del ejército del Centro, y que, decidido a dar impulso a las operaciones, había dividido su hueste en tres cuerpos, que mandaban los brigadieres Nogueras, Corral y Sequera; supieron asimismo que el infatigable y diabólico don Ramón se apresuraba a defenderse contra enemigo tan poderoso como *el Lobo Cano*, que así llamaban a don Marcelino, y seguramente, si con él no podía, había de *marearle* con sus audaces movimientos y prodigiosos brincos de un extremo al otro del país. Por de pronto, apresuraba la expugnación de la histórica villa de San Mateo para no dar tiempo a que en su auxilio fuesen los de la reina. Grandes acontecimientos se preparaban: don Beltrán, que era amigo de Oraa, confiaba mucho en su pericia; mas conociendo ya el fragoso terreno de aquella guerra y la fiereza y dura condición de los que en él peleaban por el absolutismo, no veía cerca ni lejos el menor vislumbre de paz. La Naturaleza era allí tan guerrera como el hombre.

Estaba de Dios que antes de salir de la Cenia presenciaran Nelet y don Bel-

tran espectáculo tan lastimoso como el de Burjasot, pues conducidos allí los prisioneros de San Mateo (que se rindió, como Cantavieja, por flaqueza o deslealtad de algunos de sus defensores, se procedió con toda tranquilidad a exterminarlos por un procedimiento fácil y barato. Apenas llegaron, metiéronles en diferentes mazmorras; algunos fueron recluídos dentro de un horno de pan. Y si por economía de víveres se les mataba de hambre, por ahorrar cartuchos se determinó concluirles a bayonetazos. Edificado el pueblo en eminencia rocosa, presenta por uno de sus costados un tajo formidable, vertiginosa caída a la profundidad aterradora de un barranco, donde brama un torrente entre peñas y zarzales. Al borde de este precipicio fueron conducidos de dos en dos los prisioneros, después de confesados por el padre Chambó, cura párroco de la Cenia. Unos cuantos *números* hacían de matachines; otros tantos arrojaban los cuerpos a la hondura tenebrosa y fría. Treinta y ocho oficiales y sargentos perecieron de este modo, sin contar un cadete de doce años, que fué al matadero emparejado con su padre, comandante del fuerte rendido de San Mateo. La última res sacrificada fué una cantinera portuguesa.

No tuvo papel Santapau en esta tragedia, pues habiéndose trocado, por la virtud de su amorosa llama, de feroz en benigno y humanitario, siempre que le daba en la nariz olor de degollina se ponía malo; y realmente lo estuvo de la cabeza y del corazón. Sin quejarse tanto como su amigo, don Beltrán no gozaba de buena salud. Ambos se alegraron cuando se dió la orden de que Nelet marchase con la mitad de su regimiento a relevar la guarnición de Benifazá, lugar que también tenían toscamente fortificado en el centro de aquel núcleo de montes elevadísimos que llaman la Tinenza. Por los desfiladeros del río de la Cenia, faldeando la Peña del Aguila, pasaron de la zona de Rosell a Benifazá y a la célebre abadía cisterciense fundada por don Jaime, edificio devastado sucesivamente por tres guerras: la de las Germanías, la de Sucesión y la que ahora se relata. Daba pena ver su noble arquitectura mutilada por bárbaras manos: aquí, señales de incendios; allá, desplomados muros; la iglesia con medio techo de menos, la torre melancólica y sin campanas, con sus espadañas ciegas y mudas, las junturas pobladas de jaramagos y ortigas, y el claustro, en fin, con sólo tres costados, más triste que todo lo demás y más poético y ensoñador. Aposentaron a don Beltrán en un pasadizo entre el claustro y la iglesia, d o n d e gozaba de la hermosa vista del despedazado monumento, que apreciar podía en su esbeltez de conjunto, no en sus riquísimos detalles. No era lego en arqueología el buen aragonés y sentía verdadera pasión por el estilo llamado románico y su elegante austeridad; en tiempos más felices había visitado con entusiasmo de artista los monasterios de Veruela y San Juan de Peña; conocía el de Rueda como su propia casa, y todo lo románico y gótico del siglo XIII que encierran las ilustres villas y ciudades de Aragón. Se extasiaba recorriendo los venerables restos de la construcción medieval, los tres ábsides semicirculares, el claustro, la sala del Capítulo, el palacio abacial; y tan dulce encanto encontró en aquella paz y en el poético lenguaje de las nobles y tristes piedras, que habría deseado permanecer allí todo el tiempo que su prisión durase.

También Nelet se sentía muy a gusto en el monasterio, que perfectamente cuadraba a su espíritu en aquella ocasión, como estuche ajustado a la joya que guarda. La dolencia que trajo de la Cenia se le calmó al primer día; mas repuntó al segundo con sus murrias negras y sus vibraciones nerviosas, anunciándole la visita de los entes infernales que con él se divertían. Los ratos libres de servicio pasábalos con don Beltrán, sentaditos en un rincón del claustro, hablando cada cual de sus tristezas. Como el présbita que se hace leer un libro de letra menuda, Urdaneta rogaba a su amigo que *le leyese el claustro*, esto es, que examinara uno por uno los capiteles y el simbolismo que representaban, para poder él juzgar de obra tan bella como si con sus propios ojos la deletreara. Después de describir varias esculturas en que no halló ningún interés, dijo Nelet con estupor:

—¡Ay, aquí veo mi propia historia!... No, no se ría; es mi historia, que aquí representaron aquellos artífices algunos siglos antes de que yo viniera al mundo.

—¿Qué ves, hijo?

—En este capitel del ángulo, por la parte de dentro, veo un guerrero que adora a una penitente. El está de rodillas; ella, en la tosquedad de estos relieves, ofrece gran semejanza con Marcela, los pies desnudos, suelto el cabello... En el capitel de fuera se ve la misma peregrina, con una cruz... Yo no estoy aquí..., parece como si me hubiera ido... Debo de estar más allá... Déjeme ver... Aquí no estoy; forman el adorno unos como perritos o leoncitos, y luego sigue otro con cabezuelas de ángeles, entre las púas retorcidas de cardos borriqueros... ¡Ah!, ya parecí..., aquí estoy, en este otro capitel, y me tiene cogido por el pescuezo el demonio que se permite conmigo sus bromas cargantes... Sigue otro en que hay muchas mujeres chiquitas, desnudas, entre llamas, que son las hembras que deshonré y perdí y por mi culpa están en el Purgatorio o en el Infierno...

—Hombre, no saques las cosas de quicio. Será otra leyenda que nada tiene que ver contigo... ¿Qué hay más allá?

—Pues un caballero con cruz en el pecho, como de templario, con un cuerno de caza en el cinto, en la una mano una pica y en la otra un halcón.

—Caballero noble... Ese soy yo... No me niegues que puedo ser yo.

—¿Cómo he de negarlo, si hasta se le parece en lo airoso de la figura?.... pues en el rostro tiene un cierto aire...

—Dime otra cosa..., fíjate bien. ¿No estoy hablando con alguna dama de alta alcurnia, reina o princesa?

—No, señor... Está usted solo.

—No puede ser. Puede que el tiempo haya desgastado la otra figura. Dama ilustre debe de haber, que me acompaña en el noble ejercicio de la caza; y si no es así no soy yo el que miras, Nelet.

—Créalo usted o no lo crea, yo sostengo, amigo mío, que vivimos en estos pedruscos. Esto que aquí nos rodea no es cosa muerta; esto tiene alma, como la tienen los montes, el viento, las cavernas y los torrentes que cantan y rezan en las profundidades...

XIX

—Más poeta eres de lo que yo creía —dijo don Beltrán, cogiéndole del brazo para pasear por el claustro—. Por cierto que una queja tengo de ti, y es que, habiéndote escrito Marcela, según me has dicho, más de una carta acompañada de versos, aún no me los has enseñado.

—No sólo he de mostrárselos, sino que quiero que ponga su mano de maestro en los que yo, en respuesta de los suyos, estoy inventando...

Rompió don Beltrán en una risa placentera; mas no pudieron seguir ocupándose en aquel ameno asunto, porque se acercó el ayudante del batallón, llamando a Santapau para urgentes resoluciones del servicio. Toda la tarde y parte de la noche estuvo atareadísimo, dando cumplimiento a órdenes de Cabrera para proveer a una corta de árboles, con objeto de proteger el camino cubierto entre la casa del abad y un *mas* situado a tiro de fusil, dominando el río y el sendero. Al día siguiente contó el comandante a su maestro que, no pudiendo dormir después de su trabajo, había visto a Marcela, o más bien una parte no más de su persona..., «pero tan claramente, amigo Urdaneta, como le estoy viendo a usted ahora».

—¡Demonio! Y ¿qué parte de su persona veías? ¿Se puede saber?

—Los dientes... Mire usted que es raro. No hay, créalo, en todo el mundo dientes como los suyos, blancos como la leche y tan iguales y bonitos que se emboba uno mirándolos... Por arriba y por abajo de las dos hiladas veía yo un poco de los labios... y nada más.

—Eso es que sonreía. Buena señal. Y ¿una sola vez lo viste?

—Más de veinte, y hoy también, como unas ocho veces.

—Aunque aquí estamos muy bien, es lástima que las obligaciones militares me separen de la divina Marcela.

Díjole Nelet que desde antes de ir a la Cenia era tal su anhelo de verla y hablarle, que había discurrido establecer comunicación con ella. Tanto tiempo ausente del ser que adoraba era peor desgracia que la muerte. Habiendo tenido la suerte de encontrar a un pastor viejo, muy conocedor de aquellos montes y cañadas, devoto de Marcela, a quien como santa miraba, le dió el encargo de rastrearla y descubrir sus guaridas. Al segundo día de estar en Benifazá le había traído el pastor razones satisfactorias. Marcela habitaba con preferencia

en las alturas, como las águilas, y en los santuarios de más devoción del país. Había morado algún tiempo en la Muela de Ares, después pasó a la cueva de la Balma, de allí a la Virgen de los Angeles, cerca de San Mateo, y en aquellos días se hallaba en el santuario de la Traiguera, entre Chert y Vinaroz. Como preguntara don Beltrán si había recibido carta en prosa o verso, replicó que las razones de que había sido mensajero el pastor eran verbales. Marcela enviaba un cordial saludo a sus dos amigos, asegurando que en todas sus oraciones pedía al Señor y a la Virgen que les diera salud y buenas ideas. A Nelet, particularmente, le enviaba nuevas expresiones de su agradecimiento y la promesa de acudir al punto que él designara, si algo tenía que decirle.

—¡Oh! Magnífico... No repugna acudir a la cita. Vamos bien, querido Nelet, pero muy bien... ¡Ay!, es triste cosa que ni yo por prisionero, ni tú por militar, esclavo de la ordenanza, podamos trasladarnos adonde nos llama nuestro deseo.

—En eso pienso, señor mío—dijo Santapau, caviloso—. Y harto ya de la esclavitud del servicio, estoy decidido a pedir mi licencia por enfermo, instalándome donde ella esté, aunque para esto tenga que hacer vida de penitente.

Aseguró Urdaneta, suspirando y casi lloroso, que él haría lo mismo si pudiese, agregándose a los enterradores que escoltaban a la divina mujer y dedicándose con ellos al manejo de la pala y azadón donde fuese menester remover la tierra. Añadió Nelet que para la comunicación con la monja había encontrado mensajero más rápido que el pastor, y era una mujercita del barranco de Vallivana, a quien llamaban *Malaena*, también con cariz de penitente o mendiga errante, envejecida por los trabajos, la miseria y los sufrimientos. Madre fué de dos hijos que andaban en la partida de Pertegaz, y cogido por Nogueras uno de ellos con un parte del *Serrador*, le fusilaron: al otro le aplicó Boil la misma pena en Concud, cerca de Teruel. Sin parientes ni habientes, viviendo de arrancar leña y vender teas, era *Malaena* un puro espíritu, pues entre los huesos y su piel no encontraba el escalpelo más diligente una hebra de carne. Frecuentaba los bosques; sabía escoger hierbas oficinales; comía raíces y mendrugos de pan, reblandecidos en el agua. En ligereza para pasar de un valle a otro salvando las más altas muelas y los puertos pedregosos, no la igualaban más que los pájaros. Aunque en algunos caseríos de Salvasoria la tenían por bruja y la recibían a pedradas, era una pobre y santa mujer, sencilla, inocente y fiel. Al escogerla Santapau para embajadora, vió en ella un ave discreta y solícita; y para tenerla en su gracia, empezó por regalarle una saya nueva, pañuelos y todas las alpargatas que para sus montaraces correrías necesitaba. Estas fueron inauguradas por un mensaje amoroso, en que puso Nelet sus cinco sentidos, consultándolo con don Beltrán, el cual hizo varias enmiendas, más para templar que para encender el ardor pasional del desgraciado joven.

Si la guerra vino de improviso a perturbar estos planes, tan distintos de la contienda entre Isabel y Carlos, luego los favoreció, como se verá más adelante. El 4 de mayo avanzó el general Oraa desde Vinaroz contra Cabrera y el *Serrador*, que ocupaban la Cenia y Rosell. En una y otra parte les atacó con brío, desalojándoles después de reñido combate. La fuerza de Benifazá acudió en apoyo del *Serrador*, y tanto éste como Cabrera hubieron de buscar refugio en la sierra de Bel. Dos días estuvieron tiroteándose en aquellas alturas las guerrillas de uno y otro bando, hasta que Oraa, falto de provisiones, hubo de retirarse a Vinaroz, y Cabrera y el *Serrador* volvieron a ocupar la Cenia y Rosell. Tal era la guerra del Maestrazgo, un tomar y dejar posiciones y un perseguirse, y sorprenderse, sin ventaja de los liberales, que no podían abandonar largo tiempo su base de operaciones; el juego sólo aprovechaba a los carlistas, que estaban en su casa, y desalojados de la sala, se metían en la cocina; perseguidos en ésta, se escabullían por el cañón de la chimenea y desde el tejado seguían combatiendo.

El ejército cristino, como se ha dicho, tuvo que bajar a Vinaroz; comió y volvió a subir, custodiando un convoy de víveres para socorrer a Morella, algo apurada de bucólica en aquellos días. Queriendo cortarle el paso, apostó Cabrera su gente en Chert; pero el *lobo*

cano anduvo más listo; conocida la jugada, dispuso sus tropas con arte y burló la astucia del *leopardo*. Trabóse batalla, en la que el *lobo* llevó la mejor parte, ganando sin dificultad el paso de Vallivana y entrando en Morella sin grave tropiezo. Repitióse a la vuelta la jugada, con mayor gasto de cartuchos y algunas bajas; pero el *lobo* pasó, rodeando las alturas de Catí, mientras su rival, desconcertado por este hábil movimiento, bajó a esperarle en el valle de San Mateo, donde la Caballería cristina le hizo frente, obligándole a volverse a las alturas. Poco afortunado Cabrera en aquellos lances, dividió de nuevo su ejército, y dejando a Llangostera en el Maestrazgo, se corrió con el *Serrador* y el *Fraile Esperanza* hacia Murviedro, donde esperó inútilmente sorprender a Nogueras, y de allí le veremos volver pronto hacia el Norte con la celeridad del rayo, para sitiar a Gandesa.

En el tiempo invertido en estas operaciones, que sólo por el cansancio que producían al enemigo eran al carlismo provechosas, pasó el buen Urdaneta días de ansiedad amarguísima, confinado primero en Chert, luego en la Jana, deplorando la ausencia de su amigo, de quien nada sabía; oyendo sin cesar el vivo tiroteo que por esta y la otra encañada de este y el otro monte venía; ignorante de quién perdiera o ganara en aquellos combates, a su parecer fantásticos y aéreos, sostenidos en las alturas o en los desfiladeros por bandadas de aves más que por hombres. Eran las guerras de fábula, entre animales de pluma o pelo, veloces, y que prontamente corrían de un punto a otro, sin dejar rastro. Recluído en la impedimenta de Llangostera, que escoltaban pocos infantes y caballos, sufrió el hombre tristezas, hambres y tratos groseros, hasta que, puestas en marcha las acémilas, cuando ya toda la rambla de Cervera y pasos de Vallivana estaban libres de cristinos, tuvo la satisfacción de ver a Nelet, que al frente de un corto destacamento de soldados venía de San Mateo, y lo primero que hizo el joven guerrero fué correr a abrazarle cariñoso. Poco le faltó a don Beltrán para echarse a llorar del gusto que aquel encuentro le daba, y antes que pudieran comunicarse sus afectos, hubo de notar Urdaneta que el rostro de su amigo, demacrado y macilento, revelaba enfermedad honda o turbaciones del ánimo. No quiso el comandante entretenerse en explicaciones, dejándolas para cuando llegasen al poblacho donde habían de dormir. Sólo dijo que, sintiéndose mal de salud, había pedido permiso a Cabrera para reponerse con algunos días de descanso y para cumplir un voto a la Santísima Virgen de Vallivana. Como se condoliera el maestro de no poder acompañarle ni en el descanso ni en la piadosa peregrinación, díjole Nelet que, pues en Catí encontrarían a Cabañero, bien se podía esperar que el bravo aragonés, deudor de don Beltrán por beneficios recibidos, le mostraría su gratitud en aquella ocasión sin faltar a sus deberes militares. Consolado con esta idea, recobró el noble señor su tranquilidad, ya que no su alegría, y charlando de los sucesos recientes se encaminaron uno y otro a Catí, venciendo trabajosamente la subida aspérrima que a tan enriscada posición conduce.

Lo primero de que se ocupó en el pueblo Santapau fué de ver a Cabañero, que con su legión zaragozana y oscense allí estaba desde el día anterior, y hablarle del desgraciado prócer a cuya generosidad debía el jefe aragonés los primeros zapatos que se puso en su vida. Así lo reconoció el tal, manifestándose muy sorprendido de que en pasos tan desdichados se viera el noble señor de Albaleta y Olid. Corrió a verle, y besándole afectuoso las manos oyó de don Beltrán las explicaciones que éste quiso darle de los motivos por que había venido a ser cautivo de Cabrera y de hallarse en rehenes, la más aflictiva situación de un hombre, ¡ay!, en tiempos tan calamitosos. Compadecido Cabañero y expresando su voluntad sincera de influir con el jefe para libertarle, le convidó a su mesa, harto pobre en verdad, pero aceptable en tales circunstancias. Tocado por Nelet el punto delicado de la escapadita a Vallivana para cumplir el voto que *los dos habían hecho* de visitar a la Santísima Virgen, accedió Cabañero a que el prisionero se ausentase del ejército por dos días no más, dejándole una garantía más valiosa que todos los rehenes o *prendas vivas*.

—Mi palabra de honor, ¿no es eso? —dijo don Beltrán, alargando su mano flaca—. Pues la tienes.

Respondió el aragonés con gallarda

confianza que la palabra de tan insigne caballero le bastaba para tener bien cubierta su responsabilidad, y no se habló más del asunto.

Vierais, pues, a la mañanita siguiente a Manuel Santapau y el señor de Urdaneta salir de Catí, solos, a pie, cada cual amparado de un nudoso garrote: el uno inerme, el otro armado de pistolas y un cuchillo de monte. Llevaba de añadidura Nelet provisión de pan y otras cosillas de sustancia liadas en un pañuelo. En el descenso de la montaña, por senderos de ovejas que sorteaban la pendiente con ángulos y curvas dilatadas, pudieron apreciar el grandísimo panorama que a su vista se ofrecía; belleza incomparable de que también gozó don Beltrán, pues si no apreciaba las menudencias y tonos medios del paisaje, percibía claramente las grandes masas rocosas que por su coronamiento romo y achatado, en aquella formación geológica, son llamadas *muelas*. Las vertientes cubiertas de verde espesura son en algunos puntos suaves; en otros, caen rápidamente, querenciosas de la vertical; todas de imponente majestad y hermosura. En una de las revueltas vieron el alto de la Virgen de la Salud, cerca de San Mateo, coronado por el santuario eminente; en otra revuelta, hacia el Oeste, la Muela de Ares, cima chata en la sierra de la Higuera. Hacia el Norte distinguían el oscuro monte de Vallivana, cubierto de verdor, y más allá asomaban el Castell de Cabres, la Moleta del Cid y los montes de la Cenia. Ningún ser humano encontraron en el camino. Llegado que hubieron a un ameno grupo de alisos entre peñas, se sentaron a descansar y a reponerse con un frugal almuerzo, y tumbados allí, en medio de la paz y quietud más deliciosas, Nelet empezó a desembuchar las noticias y peregrinos hechos que ansiaba someter al consejo de su amigo.

XX

Sin ociosos preámbulos refirió que había pasado noches horribles de insomnio y terror, pues al llegar a Calig, después de haberse batido en guerrillas un día entero con las guerrillas de Oraa, le cogieron por su cuenta como media docena de espíritus, a quienes primero tuvo por ángeles y luego hubo de reconocerlos por demonios efectivos, de la familia o casta de bellacos o maleantes, pues se le presentaron en un puesto de cantina, y convidándole a beber copas invitáronle a dar un paseo. Vestían de paño colorado, como oficiales de un ejército extranjero; y cuando ya se hallaron solos con él en lugar apartado, trocáronse por ensalmo en clérigos y le dijeron que le casarían al instante con la hermosa Marcela. Quiso huir Nelet, mas le cogieron y de un vuelo rapidísimo fué llevado al castillo de San Mateo, entrando por la plataforma de la torre más alta.

—Nelet, si es sueño— dijo don Beltrán, bondadoso—, cuéntamelo como sueño y con la importancia que a tales figuraciones de nuestro cerebro debemos dar.

—Lo cuento como me pasó y como lo sentí. Preste usted atención, y verá si es sueño o qué es. Pues, señor...: El que parecía jefe de la infernal comparsa me cogió por el brazo y me dió un rápido paseo por el interior del castillo, arrastrados él y yo de un furioso ventarrón que por todos los huecos entraba y salía, llevando consigo alimañas mil volanderas y un polvo que cegaba. Y con las propias voces del aire y los chillidos de las alimañas, mi demonio me hablaba. De todo lo que me dijo, sólo saqué en limpio que el amor que Marcela tenía a las cosas divinas se le había trocado, por arte maléfico, en afición a hombre, a mí, en una palabra; que en aquel momento hallábase en el santuario de Traiguera engañando a la Virgen para que la relevara de la obligación de sus votos. Debí manifestar al maldito diablo mi afán de trasladarme a Traiguera..., no estoy seguro de ello..., sólo sé que llevándome a un gran sótano que hay bajo la sala de armas del castillo, me mostró un agujero a modo de escotillón, de donde arrancan escalones hacia lo profundo... Como polvo, como humo se desvaneció mi acompañante, dejando tras sí un olor muy malo, y yo, precipitándome por aquella abertura, me vi dentro de un angosto callejón labrado en la roca, y por él me lancé, en la seguridad de salir a Traiguera. Una luz tristísima, que yo no sabía de dónde demonios podía venir, me alumbraba en tan feo camino. Seguí, seguí toda la noche

andando; toda la noche, señor, y al ser de día, o cuando a mí me parecía que alumbraba el sol en la región externa de la tierra, oí ruido de aguas que manaban de aquellas peñas y corrían por grietas y sumideros, haciendo unas como gárgaras muy imponentes... Halléme por fin en una caverna cuyo techo parecía la bóveda de una catedral; en el fondo de ella varios hombres cavaban la tierra... Acerquéme y les vi sacar del suelo un objeto largo y pesado, de color de tierra. «¿Es eso una momia, amigos.», les pregunté. Y ellos respondieron: «Mojama es de un muerto de metales, que agora sacamos y resucitamos por orden de la sacra señora, para mayor grandeza de Dios e de su religión.» Sin parar mientes en lo que hacían, les pregunté por dónde saldría más pronto a Traiguera, y su respuesta fué señalarme uno de los conductos que desde allí partían, abiertos en la roca. Por él me metí y a las seis horas de camino, por mi cuenta, salí a la luz y me encontré, no en Traiguera, sino en el castillo de Cervera del Maestre.

—Para, querido Nelet, para — le dijo don Beltrán—, y reconoce que todo eso es un desatinado sueño.

—Lo reconoceré si usted se empeña en ello. Pero hay algo aquí que no comprenderé si usted, con su universal conocimiento de las cosas, no me lo explica, y es que al salir a Cervera del Maestre encontréme tan molido como si me hubieran dado carreras de baqueta; mis pies sangraban; en mi cuerpo no cabían ya más cardenales... Y otra duda: si ello fué sueño y me dormí en Calig, ¿cómo desperté en Cervera?

—¿Estás bien seguro de no haber ido a Cervera... por tu pie?

—Segurísimo. Y ¿cómo, sin creer en los poderes ocultos, se explica que al bajar yo del castillo al pueblo de Cervera me encontré a *Malaena*, que muy sentadita en una piedra me esperaba? ¿Cómo sabía ella que allí estaba yo, habiéndole advertido que fuera a buscarme a Calig?

—Pues será bruja, como dicen... Y en suma, ¿qué recado te traía la mensajera?

—Que había visto a Marcela en el castillo de San Jorge, más abajo de Traiguera, ocupada con dos viejos en apisonar la tierra de una sepultura recién abierta y cerrada. Apisonaban dando pataditas encima los tres, marcando el compás, como de baile, con una oración entre rezada y cantada. Luego que acabaron, Marcela dijo a mi embajadora que si yo quería verla pasase el jueves, por hoy, a Vallivana.

—Y por eso estamos aquí y por eso vamos allá. Muy bien.

—La despaché en seguida con nuevo mensaje escrito, y hoy ha de traerme la contestación. Me espera en Salvasoria, que es aquella aldeita que blanquea allá lejos, en el fondo de este valle, y que desde aquí parece un hato de ovejas sesteando entre los matorros verdes.

Siguieron; y como don Beltrán intentara quitarle de la cabeza la pueril creencia de los caminos subterráneos, obra de la Edad feudal, dijo Nelet que a la tradición debía tal creencia y otras análogas, como la parte fundamental que toman en nuestra vida las potencias invisibles, ora sean ángeles, ora demonios. Replicó el anciano que la tradición era una vieja loca, que había sido poetisa, pero que ya, con la edad, chocheaba; y Santapau contó que su madre, natural de Ares de Maestre, riñón del Maestrazgo, hablaba de las galerías secretas entre los castillos de la Orden de Montesa y los monasterios de frailes y monjas, como si las hubiera visto y reconocido de punta a punta. Tomó la palabra Urdaneta para denegar tales absurdos, asegurando que si había pasadizos bajo tierra eran cortos y sólo servían para unir los castillos con algún reducto cercano, caminos naturales del arte antiguo de la fortificación. Respecto a la Orden de Montesa, de quien fué propiedad aquel territorio que veían y otros mayores en grandísima extensión por todo el reino alto de Valencia, dijo que él era caballero de dicho hábito; pero que ya tales caballerías eran una ficción de vanidad, porque todo lo sustancial de ellas se lo había tragado el tiempo insaciable, que va devorando, devorando, y no siempre crea cosas nuevas con que sustituir a las pasadas. En la antigua ciudad de Olite, patria de su madre, y en la casa solar de Urdaneta, en las Cinco Villas, subsistían no pocos retratos de esclarecidos caballeros de San Jorge de Alfama, Orden que se refundió en la de Montesa. Esta trocó su cruz negra flordelisada por la

roja y sencilla de San Jorge, que es la que aún dura. Uno de sus remotos abuelos, según constaba en pergaminos de la casa, don Gilaberto de Monsoria, fué gran maestre de Montesa, y con esta dignidad murió en la villa de San Mateo, donde seguramente se conservaría su sepulcro. «Otro ascendiente mío, por la línea materna, frey don Pedro Luis de Garcerán de Borja, fué comendador mayor y poseía por tal dignidad las villas y pueblos de Cuevas de Vinromá, Albocácer, Tirig, Torre den Dumenge y otras más que no recuerdo ahora. Clavero fué el hermano del fundador de mi señorío de Albalate, frey don Guillén de Corbera, almirante... Pues si las mudanzas de los tiempos y las revoluciones no hubieran hecho escombros de todo aquel orden social, tu amigo don Beltrán de Urdaneta sería hoy quizá gran maestre, y dueño, por tanto, de las villas y lugares de San Mateo, Traigueras, Chert, La Jana y algunos más. Figúrate... Nadie nos tosía en estos valles y montes; con mi gente armada y esta red de castillos y fortalezas haríamos aquí lo que nos diera la gana; a ti te nombraría bailío para que me gobernaras todo mi territorio: elegiríamos prior a un clérigo sumiso que a nuestro gusto nos gobernara todo lo espiritual; a las monjas de nuestra jurisdicción las obligaríamos a proporcionarnos todos los milagros que fueran menester; haríamos excavaciones para sacar tesores escondidos y... Pero despertemos a la realidad y caigamos innoblemente en este lodazal de miseria, de esclavitud y vulgaridad. Veamos nuestros castillos en ruinas, poblados de lagartos y murciélagos; nuestro poder, desvanecido como el humo; veámonos tan impotentes que sobre nadie tenemos autoridad y a nosotros nos mandan cuatro canallas groseros y estúpidos. ¿Qué somos? Unos pobres peregrinos que van tras de una monja suelta, de quien esperamos, tú, una limosna de amor, yo, una limosna de pan... Ya ves... ¡Qué triste despertar!... ¡Oh tiempo, oh fin de fines!...»

Callaron largo trecho; antes de llegar a Calvasoria se les apareció *Malaena* saliendo de un matojo, y Nelet se detuvo un instante con ella para recibir razones de su embajada. Don Beltrán distinguía de la mensajera una figurilla delgada y ágil, brazos y manos ennegrecidos, con rostro muy semejante en color y arrugas a una pasa, con ojos ratoniles. No hablaba más que valenciano, dulce y lacónico, apoyando con sus flacas manos los dichos, cual si quisiera estamparlos en el aire.

—*Pos hara* le dijo Nelet—*adelantat y espéranos en la font, al peu del mont. Allí pasarem la nit. Arreplega lleña y fes una bona fogata. Pren estas provisions, y si pots conseguir unes criailles, fetnos un bon guisado.*

En breve desapareció delante de los peregrinos la diligente pájara, y ellos siguieron taciturnos; Nelet mirando al suelo, recitando entre dientes algo que no se sabía si era oración o algún conjuro contra diablos entremetidos y enredadores; don Beltrán, mirando al monte, recreándose en aquella plácida soledad de sagrado bosque, propicio a los misterios. Sentíase el noble viejo a mil leguas de la sociedad y de sus afanes; diríase que ni la guerra, ni la política, ni ninguna lucha de humanos habían de extender hasta allí su tumulto y vocerío. Por no ver seres vivos, ni aun cabras veían. Era la soledad de los lugares no estrenados aún por la Historia y la leyenda... La imaginación del primer habitante los poblaba de seres invisibles, escondidos en el silencio.

Oyendo suspirar a Nelet, su maestro le dijo:

—Muy caviloso te veo. Eso que entre dientes hablas, ¿es rezo o un ensayo de lo que quieres decir a tu amada en la entrevista de esta tarde?

—No la veré esta tarde, sino mañana al amanecer, que así acaba de anunciármelo *Malaena;* y en cuanto a lo que mascullo, sepa usted que es la contestación que debo dar a unos versos que hace días me envió Marcela... Mi plan es glosarlos estrofa por estrofa, devolviéndole el discurso y dándole un giro peregrino, que, al propio tiempo que exprese mis afectos, sea muestra gallarda de un buen razonar... Compongo de memoria algunas de mis estrofas para que usted me las corrija, y en eso vengo trabajando con los sesos bien afinados y calientes.

—Ante todo, léeme o recita los versos de esa prodigiosa mujer, pues sin conocer la proposición poética, mal podré yo juzgar si en la conclusión rivaliza tu ingenio con el suyo.

XXI

—Recitaré a usted las primeras estrofas de ella, que estampadas con letras de fuego, como todas las demás, llevo en mi memoria. Dicen así:

Es Dios la original circunferencia
de todas las esfericas figuras,
pues cercos, orbes, círculos y alturas
en el centro se incluyen de su esencia,

De este infinito centro de la ciencia
salen inmensas líneas de criaturas,
centellas vivas de las luces puras
de aquella inaccesible omnipotencia.

—Enrevesadillo es..., pero no está mal. Yo que tú, me limitaría a contestarle en prosa llana que la quieres, que ahorque el sayo de peregrina y se deje de ensueños y se case contigo para que deis a Dios y a la sociedad, ella robusta, tú también, una *inmensa línea de criaturas*... Pero, sin perjuicio de este consejo, veamos cómo se compone tu cacumen para devolver esas estrofas.

—Pues verá usted... Yo le digo:

¡Oh Marcela! Si es Dios circunferencia
de la divina esencia,
explana de los orbes el abismo
en líneas, cercos, círculos y...

Al llegar aquí, la ley del maldito consonante me obliga a buscar el modo de meter la palabra «profundas» para poder rematar en el concepto:

Tú, que de amor y gloria te circundas,
eres centro del centro de Dios mismo.

Apretándose los ijares, rompió don Beltrán en una tan fuerte risa, que el bueno de Nelet, desconcertado, cortó la vena poética.

—¿Qué, señor?—le dijo—. ¿Es que no están bien hilvanados, o que no hay bastante sutileza y delgadez de razonamiento?

—Por San Jorge de Alfama y por el nombre que llevo—replicó don Beltrán, llorando de risa—, te juro que desde que hay poesía no se han compuesto versos peores... Pues los de ella también son malos adrede... Hijo mío, vuelve en ti; acógete a la opinión leal y a la experiencia del viejo Urdaneta y abandona un camino por donde vas, no a la conquista, sino a la total perdición de la plaza que quieres sitiar. Ven acá, y en un abrazo de amigo te comunicaré las ideas que deben curarte de esa enfermedad que padeces. Los demonios y los versitos son dos síntomas de un mismo mal: el mal de tontería, Nelet...

—Por Dios, que voy creyendo que tiene razón—dijo el discípulo, dejándose abrazar.

—¡Qué si tengo razón!... Como que, a no cambiar de sistema, Marcela se reirá de ti y acabarás por volverte loco. De un mal semejante al tuyo padece ella, y no has de curárselo sino con la aplicación de la medicina que produzca humor contrario a esas simplezas. Vuelve en ti; levántate de ese terreno, verdadero corral de pavos, en que te has caído. Ten presente que Marcela no ha de quererte por pavo, sino por hombre. No seas con ella el poeta huero; sé gallardo, fuerte, enamorado, siempre varonil; antes que ñoño y quejumbroso, sé atrevido y jovial. No hagas caso de duendes, que son muy mala compañía, ni te calientes los cascos componiendo endechas, que, aun siendo superiores, no agradarían a tu señora tanto como un buen poema de amor, sentido y expresado en los hechos, no en las palabras.

—¡Es verdad, sí, sí! ¡Viva don Beltrán!—exclamó Nelet entusiasmado, abrazándole más fuerte—. Lo veo claro... Hay que ser hombre, galán, fuerte, apasionado, dispuesto para todo...

—Sí, que vea y entienda la grandeza y el ardor de tu pasión; que en ti admire el tipo del caballero amante, de corazón fogoso y voluntad firme; que te tema un poco, pues es bueno una chispita de miedo para encender amor; vea también que a todos infundes respeto; que eres bravo, verdadero gallo en guerra y amores. Esta es mi opinión. Si no haces esto, no cuentes conmigo... Que te aconsejen los demonios y te amparen los versitos.

—No; no hay consejero como usted, ni quien sepa más de cosas de mundo y mujeres. A mi don Beltrán me atengo... Fuera demonios, fuera ensueños, fuera poesía, que no es tal poesía, sino lo que usted dice..., cosa de pavos... Fuera los quejiditos, y el no comer, y el miedo ridículo... El cuento es que cuando yo enamoraba a tantas sin que-

rerlas, sabía cumplir de palabra y obra; y a lo bruto..., porque yo era un bruto..., me desenvolvía muy bien... Pero con ésta no soy lo que fuí; ni acierto a enamorarla... Y es que me tiene prendada toda el alma, y el seso completamente sorbido..., y todo mi ser como derretido en ella y transformado...

—Acógete a mi doctrina, hijo, y adelante. Ganarás, ganaremos la partida, porque algo me ha de tocar a mí como maestro: la satisfacción de ver coronados tus deseos, de verte feliz, contento, padre de familia... ¡Y que no se alegrará poco este viejo de ver en ti y en Marcela florecer nueva rama de la honradísima familia de Lugo! Así se redondeará todo y evitaremos que el caudal de mi amigo vaya a parar a manos muertas... Con él constituiremos una gran familia, tronco de numerosa prole; y en esa familia prosperará la agricultura, la industria y resplandecerá la moral, la... Ya ves, ya ves cómo discurro y voy atando cabos. Hay que estar en todo, hijo mío.

—Venga otro abrazo—dijo Nelet con efusión, sintiendo que, al mágico influjo de aquella palabra persuasiva, el alma se le vigorizaba y se le inundaba el entendimiento de vivísima luz—, ya lo veo, ya lo veo. ¡Vaya un talento macho!... Adelante: soy hombre; no creo en duendes, quédense los versitos para barberos y estudiantes... Apresurémonos ya, que aún estamos distantes del sitio en que hemos de pasar la noche.

Grandemente excitado, don Beltrán fué charlando todo el camino, y el otro escuchaba gozoso las explanaciones que hizo de su pensamiento, y los ejemplos admirables que refirió en corroboración de sus teorías. Con esto se les pasó la tarde, y ya anochecía cuando llegaron al borde de la barranquera que le separaba del monte de Vallivana. Para dar descanso al viejo pararon allí, recreándose los dos en el paisaje que a sus ojos se ofrecía; soledad en lo hondo, quietud en las alturas, la majestad de la Naturaleza campando en su silencio augusto. Con precaución descendieron hacia el río profundo, que fácilmente se vadeaba, y paso a paso emprendieron la subida de la vertiente opuesta guiados por *Malaena*, que sin este auxilio no habrían podido encontrar el escalonado sendero entre la peña cubierta de vegetación. Llegaron por fin a la meseta, donde había una fuente de agua cristalina dentro de un nicho de variadas florecillas. En una gruta cercana descansaron. La noche se les pasó en coloquios muy entretenidos y en ratos de tranquilo sueño, después de una cena frugal. Al amanecer, previo lavatorio de cara y manos en la fuente, emprendieron la marcha hacia el santuario. Según los informes de la vieja, allí encontrarían a Marcela, que había llegado la noche anterior traspasando la sierra de Bel.

En efecto, serían las siete cuando, vencida ya gran parte del fragoso camino, vieron descender por entre matojos la figura mística de la monja Luco, seguida de los viejos. Estos se quedaron atrás y avanzó sola entre el verdor de los jarales, con lento paso de procesión; traía en la mano una rama de espino florecido. Cuando estuvo casi al habla saludó a sus amigos con grave sonrisa y un movimiento de la mano en que tenía el ramo, y se sentó en una peña. No lejos de ella, otra peña baja y extensa parecía puesta allí para que se sentaran los caballeros. Esmerádose había la Naturaleza en la hechura de aquel estrado para pláticas de novios o para honestas reuniones. Se miraron los tres un instante. Rompió el silencio Marcela con palabras de relleno:

—¿Verdad, señor don Beltrán, que es agria la subidita? Siéntese aquí, a este lado mío. Tú, Nelet, enfrente.

—La más penosa cuesta—dijo el anciano con refinada galantería—se vuelve ligera y fácil cuando al término de ella estás tú.

—Es lisonja, señor... No le quiero tan lisonjero.

—Es la verdad—afirmó Nelet, que ya se enojaba de permanecer mudo—. Por ti, Marcela, subo yo a este monte y a otros más altos, y cuanto más te subas tú, más gozo yo elevándome hasta donde estés, que es obligación de lo humano remontarse a lo divino.

—¡Jesús mío!—exclamó la monja, risueña, santiguándose—. ¡Cuán desatinados vienen hoy los dos!

—Alto ahí—dijo don Beltrán, tomando pie de las últimas palabras de Nelet—; si divina es Marcela, y como a tal la adoramos, no ocultemos que ahora la quisiéramos humana, sin menosca-

bo de su divinidad, pues, a mi entender, lo divino y lo humano deben compenetrarse, constituyendo el mejor estado dentro de la Naturaleza...

—Alto ahí, digo yo ahora, y a fe de Marcela sostengo que no soy divina, aunque a la divinidad aspira mi pobre humanidad baja, y la compenetración de lo humano y lo divino ha de ser por el modo que la propia divinidad señala cuando quiere hacer suyo lo humano.

Si Marcela gozaba en este torneo conceptuoso, Nelet sufría de verse en tales laberintos, donde se perdía su *intellectus*. Así, con gallardo arranque llevó la cuestión al terreno de la sinceridad y llaneza:

—No sé si es humano o es divino el sentimiento que aquí me trae, Marcela, sentimiento por el cual iría yo tras de ti hasta el fin del mundo. Lo que te he dicho en mis cartas ahora lo repito con el apoyo de mi buen amigo, y es que te quiero. Dios encendió en mí una llama que me devora y consume. Si me niegas el amor que te pido, creeré que este fuego es un pedazo del Infierno metido en mí.

—¡Oh!, eso no—dijo Marcela prontamente—, que el amor viene siempre de Dios. Fuego del Cielo es lo que te quema el alma, Nelet; mas no has de pretender que yo rompa mis votos para darte la tranquilidad. El amor, nacido en el alma, puede en ella tener su remedio, pues como divino, con divinos medios se modera y aplaca.

—Eso no—dijo el anciano—, con perdón de la ciencia, el amor como sentimiento de pura humanidad, sólo en la esfera humana encuentra su remedio.

—Perdóneme el señor don Beltrán; déjeme concluir. Ha dicho Séneca que el afecto de amor no se rige por la razón. Es sabido que el demasiado amor es muy peligroso y acarrea desastres y muertes. Y así, yo repito ahora el dicho de Chilon Lacedemonio: «No amarás ni desearás nada demasiadamente.» Y de que el amor no se rige por la razón tenemos en la antigüedad ejemplos mil. Pigmalión y Alcidas Rodio amaron estatuas; Pasifae, reina, amó a un toro; Semiramis, a un caballo; Jerjes, rey, a un árbol plátano; Hortensio, orador, amó a una murena pescado; Cipariso, a una cierva, y muerta la cierva murió él también de pesar...

—Pero yo no amo a una estatua, ni a un pez, ni a un árbol—dijo Nelet con viveza—, sino a una mujer, a un ser vivo y hermoso, en quien Dios puso todas las perfecciones...

—Déjame acabar mi argumento.

—Dejarla..., sí, dejarla—indicó don Beltrán, que notaba en Marcela un gran gusto de hablar de amor, y el empeño de disimularlo con frialdades eruditas.

—Hemos sentado que el amor no se rige por la razon—prosiguió la santa—. Y ahora, tratando de penetrar en la esencia de ese sentimiento, digo que lo que mueve el amor del hombre es toda perfección de la Naturaleza...

—Muy bien.

—Admirable.

—No lo digo yo: lo dice Aristóteles. Las cosas que incitan y mueven el amor en el hombre son: sapiencia, hermosura, eutrapelia, que es como decir buena conversación... Pues, apartando el alma de estas perfecciones de Naturaleza, a que llamo perfecciones imperfectas, y embebiéndola en la única perfección perfecta, que es Dios, el amor humano se extingue, y el alma se ve purificada, gozosa y satisfecha en el verdadero amor.

—Todo eso es muy sabio—dijo Nelet en pie, impaciente, decidido a llevar las cosas por lo humano, pues tanta divinidad y sutileza de palabra le enfadaban—, pero a mí no me traigas ese cuento de que el amor de Dios quita el amor de mujer...: No; a Dios se le quiere como Dios, y a la mujer, como mujer. Hombre soy, mujer tú. ¿Por qué no hemos de amarnos y ser felices? ¿Para qué nos ha criado Dios? ¿Para que nos aborrezcamos uno a otro y le queramos a El?, No, Marcela... Eso es un disparate, aunque lo digan Séneca, Aristóteles o San Simplicio. En cuestión de amor sé yo tanto como ésos y más, más... Si quieres darme una razón para no amarme, deja a Dios y a los santos en el Cielo, y háblame como se habla entre criatura y criatura. Dime que no te agrado, que no soy de tu gusto, y ante este argumento, que no es sabio ni está en latín, no tendré más remedio que callarme y devorar mi amargura y morirme de pena... Sí, Marcela, porque tu desprecio es mi sentencia de muerte...

—Bien, muy bien, Nelet—gritó don Beltrán radiante de satisfacción—. Así habla un hombre, y así te quiero, hijo mío.

—Hemos venido a pedirte una contes-

tacion a lo que de palabra y por escrito te he dicho. Yo estoy loco por ti. Desde antes de conocerte te amaba, y antes de verte te veía, y tan llena de ti tengo mi alma, que no hay en ella intención ni pensamiento que no sean tuyos..., de lo que se sigue que has de escoger entre quererme y que yo acabe mi vida. Esto es quererte a ti y querer también a Dios. Pero no me pidas, ¡ay!, que quiera a Dios sólo sin dejar nada para lo humano, porque eso es imposible.

Marcela mordía un palito de la rama del espino, sin fijar los ojos en ninguno de los caballeros, perdida su mirada en vagos espacios. Don Beltrán se aproximó a ella para observar su rostro, en el que creía notar cierta turbación o pugna de sentimientos, y aprovechando estado tan ventajoso, hizo seña a Nelet de que callase, dejándola un rato en aquel solemne careo consigo misma.

XXII

—No me negarás—dijo don Beltrán poniendo suavemente su mano en la rodilla de la santa—que el hombre en cuyo corazón has encendido fuego de amor tan grande es merecedor de tu cariño. Caballero leal en todas sus acciones, será para ti el mejor compañero que Dios podría depararte. ¿Lo niegas?...

—No, señor—replicó Marcela mirando al suelo—; no puedo negar lo que es verdad: reconozco sus buenas partes, y por su rendimiento y constancia me veo precisada a tenerle estimación; la estimación que permiten mis estrechos votos...

—Por algo se empieza, hija mía. Y ahora te digo que a Dios no podría ofenderle que trocaras la vida religiosa por la que llamamos mundana. Dios hizo el mundo, hizo la Humanidad para que en él viviese y de él gozara, y creó el amor para que la Humanidad se prolongase hasta lo infinito, de padres a hijos...

—Y no sé yo—dijo Nelet con bárbara lógica—que hiciera Dios conventos, ni mandase a hombres y mujeres que se apartaran de la existencia material..., porque la existencia material es el fundamento de toda vida y hasta del amor de Dios; porque para amar a Dios tenemos que vivir, y para vivir tenemos que nacer, y para nacer...

—Aunque me ven ustedes silenciosa —indicó la penitente, dando un suspiro—, no crean que me faltan razones para contestar a lo que uno y otro me dicen.

—¡Oh!, ya sabemos que silogismos y citas sagradas y profanas no han de faltarte... Pero ahora nos harás el favor de guardar a todos los sabios en el archivo de tu memoria y no consultar más texto que el de tu corazón. ¿Qué te dice éste? ¿Que desprecies a Nelet?

—No, me dice que le desprecie—replicó la monja sin mirar al interesado—, pero me persuade a no cambiar la vida de penitencia por otra vida.

—Pues yo he leído en no sé qué autor —dijo Nelet altanero—que la primera penitencia es el matrimonio, y la mayor gloria humana crear una familia. Y si te decides a permanecer en el siglo, donde me encontrarás amante, esclavo fiel, no te pesará, Marcela, y verás cómo Dios te quiere más y te bendice..., pues la vida que llevas no es vida de persona racional, ni Dios nuestro Criador puede querer eso.

—No creáis—repitió Marcela, inquieta y como azarada, sin mirarles, mascando el palito—que porque callo me faltan razones... Mas no quisiera que las razones que se me ocurren las tomara Nelet a desprecio... No, no; desprecio no es... Y..., no sé cómo decirlo... Es que aunque yo me propusiera arrancar de mí el amor de la vida religiosa y el gusto grandísimo de cumplir mis votos, no podría, no podría... Es más fuerte que yo mi devoción... Pero el afianzarme en ella no significa desprecio, no... Considero lo que Nelet merece..., y yo pediría al Señor que le concediese, en criatura mejor que yo, la satisfacción de su fina voluntad... Que las hay mejores, sí, mejores que yo, de superior mérito físico y moral, así por la presencia como por las virtudes...

—No, no hay quien te supere—exclamó Nelet levantándose con furor de abrazarla—, ni siquiera quien te iguale. Marcela, en dos letras pronunciadas por tu boca está la ventura y la salvación de un hombre. Pronúncialas. Fácil como el respirar es decir *sí*...: El *no* es sentencia de muerte, y tus labios divinos no me condenarán.

Levantóse Marcela y, poniendo en su rostro y en su acento una severidad que el menos lince habría tenido por afectada, dijo a los caballeros:

—Con su venia, subiremos a la iglesia, que yo tengo que rezar y ustedes también, pues han venido a cumplir una promesa.

Sin esperar respuesta echó a andar hacia arriba con grave paso, echándose al hombro la rama de espino que decoraba graciosamente su gallardo busto. Quiso Nelet avanzar tras ella para proseguir el coloquio interrumpido, pero don Beltrán le detuvo vigorosamente por un brazo, y aguardando a que la santa se alejara, le dijo:

—Tonto, ¿no has comprendido? Es nuestra, es tuya.

—Me ha parecido que su espíritu no es insensible al amor de hombre.

—Calla, hijo... Desde que comenzó a soltar filosofías y citas de autores observé que viene transformada. ¿Qué eran aquellas sutilezas más que un coqueteo de arte mayor? Es mujer, es mujer, hemos triunfado.

—¡Mujer!—repitió Nelet como un éxtasis.

—¿Pero no ves esos andares?... ¿No ves cómo se recoge la saya para andar cuesta arriba? ¿Y esa manera de llevar la rama florecida?... No es mala sofoquina la que le hemos dado con nuestro razonar irrebatible. Mírala, hombre, y dime si no es una mujer disfrazada de santa... El cuento es que está guapa de veras la he visto muy de cerca; me he fijado bien. Los dientes son ideales: no extraño que hayas soñado con ellos. ¡Y qué perfil el de su cara! ¿Pues y los ojos?... Nelet, dame un abrazo... Estás de enhorabuena... Yo no la distingo ya más que como un bulto. ¿Va muy lejos? ¿No mira para atrás?

—Todavía no ha mirado.

—Ya, ya la veo. Allá va. Pues bien, Nelet, yo te apuesto lo que quieras a que antes de llegar a aquel peñasco negro... ¿No hay allí un peñasco?

—Es una encina.

—Pues te apuesto a que antes de llegar a la encina se para y nos mira..., a ver si la seguimos. No, no te muevas.

Resultó, en efecto, lo que el ladino viejo decía. Paróse la penitente, y agitó la rama, como diciendo con ella: «¿Pero qué hacen que no suben?»

Como el tardo paso de don Beltrán no permitía la ascensión rápida, Marcela se adelantó largo trecho. De rato en rato miraba, y Nelet le hacía señas de que se detuviese; mas no hacía caso, y cuando los caballeros llegaron al santuario ya la monja y sus viejos rezaban ante al altar con gran recogimiento. Arrodilláronse no lejos de la puerta, a distancia de Marcela, para poder hablar a su gusto.

—Trastornadita y blanda la tienes ya —decía Urdaneta—. Y no debes atribuir esta mudanza a la constancia de tus manifestaciones amorosas. Obra es del contacto continuo con la Naturaleza, de la vida al aire libre, de la libertad, el campo, las montañas, los bosques sombríos y las fuentes cristalinas. Ya conocían el paño los que establecieron para penitencia de hombres y mujeres los recintos cerrados. La sociedad es gran conductora de amor; lo es también la Naturaleza... Por más que aún se defiende con sus sabidurías acartonadas, se ve que está vencida, tocada del mal de amor. En los andares lo conozco, en el metal de voz. A mí no me engaña queriendo hacer papeles de teóloga. Para rendir por completo su voluntad, y que nos largue un *sí* tan grande como esta iglesia, hemos de proceder con tino. Mucho cuidado, Nelet, con lo que ahora le digas...

Nelet rezaba; el prócer hizo lo mismo, pidiendo a la Virgen que le mejorara la vista y que le sacara del cautiverio que tan injustamente sufría. Examinaron luego la iglesia, conducidos por la santera, pues allí no había sacristán ni hombre alguno; vieron también el camarín y la imagen, y se salieron al atrio a pasearse y fumar un cigarrito... Marcela, terminados los rezos, apareció, al fin, tras larga espera, y tomando de la mano a don Beltrán, guió a los dos caballeros a un lugar abrigado junto a la hospedería, al pie de los copudos robles. Sentados los tres sobre la hierba, continuaron su coloquio, siendo ella la que rompió con estas palabras:

—He pedido a Dios y a la Virgen con todo fervor que me iluminen. No siento aún desgana de mis votos benditos, ni sombra de afición a otra vida. También he pedido al Señor que derrame alguna frialdad sobre ese fogoso afecto de Nelet, y espero que...

—Esto no lo enfría Dios—dijo el enamorado—. Lo que hace es avivar la lumbre, y cuando más te miro, más me enciendo, Marcela. Yo he pedido a Dios que de este fuego que a mí me sobra te

dé a ti algunas ascuas, infundiéndote el gusto de familia, de vida doméstica...

—Sí, hija mía: si te incitara Nelet a cosas impuras y pecaminosas, tus escrúpulos serían muy justificados; pero te propone, y yo con él, la unión bendita y santa ante el altar. ¿Qué sacas de esta vida errante? ¿A quién haces feliz con tus penitencias? ¿No es más cristiano y caritativo que libres de la muerte a un hombre honrado, y trueques sus martirios en dulzura, su infierno en cielo?

—¡Vive Dios—exclamó Nelet con insana vehemencia—, que lo ha expresado don Beltrán como el mismo Evangelio! Quisiera yo ver a Dios, como os estoy viendo a vosotros, para preguntarle delante de ti: «Dios ¿no es verdad que tengo razón y ella no la tiene?»

—Cálmate, Manuel—dijo don Beltrán, alarmado de tanto ardor—. Yo veo en el mirar dulce de este ángel que nuestras razones han ganado su entendimiento, que Dios pone el dedo en su voluntad, y le dice: «Hija bendita, levántate y sigue a tu esposo.»

Pausa. Nelet, pálido como un difunto miraba al suelo, y con su temblorosa mano se agarraba los mechones menos cortos de su cabello. Marcela tenía el rostro encendido, la respiración anhelante. Dejando caer a un lado su cabeza en actitud de Dolorosa, arqueando las cejas y bajando los párpados, pronunció estas palabras, sin autorizarlas con sentencias de santos ni de filósofos:

—Uno y otro, despiadados, me ponen en grande suplicio. Yo quiero ver a mi lado el bien y veo el mal; por causa mía inocente, enferma Nelet de la peor dolencia, de aquella para que no hay consuelo ni medicina, como no sea ella misma y las punzadas de su propio dolor: esto veo y no puedo remediarlo, que si en mi mano estuviera, pronto lo haría. Así, les ruego que no me atormenten más y me dejen partir.

—¡Partir!—exclamó Nelet suspenso, echando de sus ojos un siniestro rayo—. ¡Partir y dejarme en esta ansiedad! ¿Partir tú y no conmigo? ¿Es que no quieres verme más? Marcela, por Dios, no me lo digas; no quieras verme trocado de hombre en fiera..., no ofendas a Dios, convirtiendo en monstruo a una de sus criaturas... Si por otra causa o razón no te decides a quererme, hazlo por la santa obra de salvar un alma... ¿No te convenzo al fin?

—Si con que yo te vea y te hable, tu alma se sostiene en Dios—dijo la santa, bondadosa—, te veré siempre que gustes y haya buena ocasión para ello. Al decir que me dejarais partir, no quería, no, alejarme de ti para siempre..., decía que es hora de que por hoy nos separemos. Y en esta ausencia, ofrezco yo a Nelet con toda lealtad que seguiré pensando en el grave caso, y pidiendo a Dios fervorosamente que me ilumine para resolverlo.

—Yo te aseguro—declaró Santapau con acento en que se revelaba el propósito de una resuelta acción—que si al decir que partías lo hubieras hecho en son de despedida, para siempre, antes de que te fueras me habrías visto arrojarme por aquel despeñadero que da al barranco de Vallivana.

—Hijo mío, Marcela te promete volver, y volverá—indicó Urdaneta, conciliando voluntades con frase cariñosa—. Yo quedo de fiador. Tendremos otra entrevista dentro de pocos días, en el sitio que designaremos...

—Y no sólo he de consultar con Dios —agregó la beata—, sino con mi hermano Francisco; que es bien le dé cuenta de esta terrible novedad... De aquí me iré en busca de un confesor, a quien manifestaré las turbaciones hondísimas que han levantado en mí las palabras tentadoras de uno y otro; luego iré en busca de mi hermano, y hecho todo esto, les avisaré por *Malaena* para que nos reunamos.

—Y me des respuesta de vida o muerte—dijo el galán—. Está bien. Si me matas, mátame de un solo golpe. Si he de vivir, sépalo también pronto, para no vivir muriendo...

Levantóse Marcela, diciendo con gracia mujeril, que don Beltrán apreció como síntoma felicísimo:

—¿Me dan permiso para retirarme?

—¿Tan pronto?—murmuró Nelet.

—Me equivoqué, señores míos—añadió ella con nueva emisión de gracia, acompañada de sonrisa un tanto picaresca—. No debí pedirles permiso para retirarme, sino para suplicarles que se retiren... Perdónenme. Y para que nadie se ofenda, ustedes y yo nos retiraremos al mismo tiempo, por distintos lados... Yo me voy monte arriba, a salir a Bel.

—Y nosotros, barranco abajo a salir a donde Dios quiera—repitió don Beltrán—. ¿Ves?... Nelet no se conforma con que nos prives tan pronto de tu divina presencia... Pero yo le persuadiré a la resignación; descuida. Tiene en mí un aliviador de sus males de ánimo, y un atemperante de sus nervios.

—Me conformo, sí—dijo Nelet con noble ademán—. Propuesta por ti la separación con ese modo gracioso y... de mujer, la acepto... Más te quiero mujer que santa, y entre santa de todos y mujer mía, prefiero esto..., porque la santidad no llega tan adentro del alma como el querer entre criaturas...

—Yo celebro verte en esa conformidad—afirmó ella, dando los primeros pasos hacia el sendero que había de seguir—. De las diferencias entre santicio y mujericio, mucho podría decirte; mas ahora no puede ser.

—¿Tardarás mucho en decírmelas?

—Dios es quien ha de fijar el cuándo. El solo es el marcador de las ocasiones.

—Bueno: también me conformo. Esta mansedumbre que en mí ves no tiene otra causa que el haberte visto benigna... Has sonreído, Marcela, y sólo con eso me desconozco, me siento mejor de lo que fuí.

—Ahora..., como si lo viera...—dijo la penitente, sonriendo con más gracia y viveza que antes—, irán ustedes caminando despacito, y parándose a cada instante para mirar hacia atrás.

—Y ¿tú no harás lo mismo?—observó Nelet más vivo que la pólvora.

—Si alguna vez vuelvo la cara—replicó ella conteniendo la risa—, será por observar la tontería de los hombres, y porque no crean que es desprecio el no mirar alguna vez... Vaya, en marcha. Nelet, don Beltrán, el Señor les acompañe.

Se separaron lentamente, y como a diez pasos gritó don Beltrán:

—Conste que no soy yo el que mira, sino este truhán, vicioso del mirar.

—Adiós—repitió la divina mujer.

A bastante distancia, hablaban así los dos caballeros:

—¿Qué?... ¿Se detiene a mirarnos?

—Ahora... ¡Y que no haya tenido yo valor para darle un abrazo!

—Calma, hijo. Tiempo tienes. Y ahora, ¿vuelve la cara?

—Va despacito..., alza los ojos al cielo. Ya no la veo. Pasa detrás de un grupo de árboles... ¡Qué figura, qué aparición celestial!... Yo estoy loco.

—Calma... Repito que tiempo tienes. A punto de completa madurez la verás pronto.

—Ahora reaparece otra vez.

—¿Y mira?

—Sí, señor... Se ha puesto en la boca una ramita de hinojo. ¡Ay, qué delicia de hinojo!...

—Tiempo tienes... Anda, anda...

—No, no es de este mundo esa mujer

—De este mundo o del otro..., tuya es.

XXIII

Muy consolado el uno en sus fatigas amorosas, satisfecho el otro del buen giro que a su parecer tomaba el asunto en que como consejero intervenía, llegaron los dos caballeros a Cati. De lo que hablaron por el camino no se hace mención. Baste decir que a los recelos que manifestaba Nelet, como amante que con menos que la definitiva victoria no se satisface, oponía Urdaneta las seguridades optimistas, fundado en su conocimiento y larga práctica de negocios mujeriles. Para el anciano prócer era como tenerlo en la mano. De allí a las bendiciones matrimoniales poco trecho había que recorrer.

Hallaron en Catí la novedad de que Cabañero había salido con dos batallones, por orden del general, y en su lugar quedaba Llangostera, pronto también a partir con fuerza considerable hacia la frontera de Cataluña. A la mañana del siguiente día pasó por allí Cabrera con su ejército en veloz marcha. Venía de cerca de Murviedro, donde se había batido con las tropas de Oraa, y a Gandesa se dirigía llevando algunos cañones para poner formal sitio a esta plaza. Grande fué la desazón del pobre Urdaneta cuando le despertó Santapau para decirle:

—Mi querido viejo, la fatalidad, y en su nombre don Ramón Cabrera, ha decretado que nos separemos. Desde Salvatoria mandó aviso de que se incorporen sin dilación a su ejército el tercero de Tortosa y tres compañías del primero de Valencia. Parece que vamos a sitiar a mi pueblo... No puedo, ni con pretexto de enfermedad, ni con otra artimaña, li-

brarme de la maldita obediencia al superior... Pero ya me canso, ya me canso de la esclavitud, y a la primera oportunidad pediré la absoluta. Imposible repicar y andar en la procesión, como usted sabe. Amor y ordenanza no casan bien... Y no más, amigo mío. Le dejo bien recomendado a Llangostera, que se ha de situar en Rossell, para cortar el paso del Pla a las tropas que vayan en auxilio de Gandesa... Conque adiós... No siento más sino que venga *Malacna* y no me encuentre. Pero ya le advertí que en este caso se vea con usted... Con decirle dónde estoy, basta. Es buen sabueso; dará conmigo... No puedo detenerme ni un segundo más. Adiós.

Muy triste se quedó el pobre caballero, señor de tantas torres; y su único consuelo fué que a poco de despedirse de Santapau le deparó Dios una antigua amistad, el capellán mosén Putxet, que dos días antes había llegado con destino al 1.° de Tortosa, de la división de Llangostera. Aunque no podía sustituir el clérigo la franca y ya entrañable amistad de Nelet, al menos le entretenía con su charla, y le prodigó no pocas atenciones, entre ellas el agenciarle una buena mula para el paso desde Catí a Rossell, que Llangostera, con seis batallones, efectuó en la noche del 15 de mayo y parte de la mañana del 16. Llegó don Beltrán molido y displicente por el duro trotar de la condenada bestia, y lo primero que solicitó de la bondad de su amigo fué que le metieran en cualquier mechinal, para poder estirar su esqueleto y darse algún descanso. En un aposento de la sacristía de la iglesia mayor le colocó Putxet, con gran satisfacción del noble, que no esperaba tan buen hospedaje. Lo que deseaba era que le dejasen allí, previo juramento solemne de no quebrantar su esclavitud y estar siempre a disposición de la autoridad carlista que le reclamase. Pero, ¡ay!, que si el Cielo le concedió la quietud material que por el momento deseaba, no fué benigno con él en aquellos tristes días. El 18, muy temprano, cuando las claridades del alba despuntaban sobre Oriente, despertó el caballero con sobresalto, sin que nadie le llamase, por efecto de un súbito golpetazo de su corazón.

—¿Quién está ahí?—dijo, sin moverse, viendo avanzar hacia su lecho un bulto negro.

—Soy yo, querido don Beltrán—respondió al poco rato Putxet, pues no era otro, acercándose más—. No venía a despertarle, sino a ver si dormía... Pero es temprano... Duerma una hora más..., aunque sean dos horas..., todo lo que quiera.

—¿Qué sucede? ¿Tenemos que partir?

—No, no... Por ahora, no... Es que... Sentiría mucho que usted se alterase... Calma, ilustre señor. Me voy, para que duerma otro poquito.

—Ya no podré dormir, caramba, pues esta entrada de usted a hora tan intempestiva, la turbación que noto en su acento, son para despabilar al sueño mismo. Me dice el corazón que tiene usted algo que... comunicarme.

—No es tiempo aún... ¿Quiere usted que se le haga café?...

—¡Demonio! Tan pronto me dice que duerma como me ofrece café. Ea, señor Putxet, ¿qué le trae acá? No valen melindres conmigo.

—Pues sí—dijo el capellán, que en su tristeza y azaramiento, cuanto más hábil quería ser, más torpemente procedía—. Mejor será que se despabile y se levante... No se altere, señor, no pierda su aplomo y serenidad... A un hombre como usted, tan entero y..., y que se hace cargo de las cosas, se le puede decir... Nada, no es nada, señor; es que... ha ocurrido una gran desgracia.

—Acabe usted, acabe, hombre pusilánime, hombre enclenque, hombre femenino...

—Pues sepa el hombre fuerte, sepa el hombre valeroso y grande, que ayer, en un pueblecito llamado Belén, más allá de Tortosa, los infames cristinos fusilaron a don Alonso de Almela, hermano del conde de Catí.

—Y en represalias de esta barbarie, los infames carlistas harán lo mismo con el noble don Beltrán de Urdaneta —gritó el anciano, poniéndose en pie, medio desnudo, sobre el camastro—. Bien, bien; aquí me tenéis, asesinos; aquí estoy, dispuesto a morir. Noble por noble, como me dijo en Cheste el jefe de los matachines Ramón Cabrera... ¡Y para anunciarme esto, señor Putxet, ha entrado aquí tartamudeando y poco menos que haciendo pucheros!... Aguarde a que me vista; dispense que tarde en ello algún tiempo, pues, acostumbrado a valerme de ayuda de cáma-

ra, soy algo torpe en estas operaciones matutinas... Pero si tienen mucha prisa por despacharme, ¡demonio!, llévenme a medio vestir, que la muerte no ha de poner reparo. Por falta de ropa, ni he de ser menos animoso, ni vosotros menos viles y cobardes.

—Si no hay prisa, señor—dijo el capellán, abrazandole—. De aquí a las nueve nos sobra tiempo... Y pues tiene la costumbre del ayuda de cámara, yo soy bastante humilde para prestarle ese servicio.

—Gracias, no pretendía yo tanto—replicó don Beltrán, sentándose en el lecho, mientras el otro le traía las botas, el pantalón, disponiéndose a vestirle—. Y pues con tanta generosidad mis verdugos me conceden estas horas, sepa que no renuncio al café que me ha ofrecido...

—Al momento mandaré que se lo preparen. ¡Pues no faltaba más! Sería una desconsideración imperdonable privarle de alimento.

—Bien, hijo mío; se agradece... ¡Con qué destreza me ayuda a vestirme! Parece que en toda su vida no ha hecho usted otra cosa.

—Fuí paje del ilustrísimo señor don Víctor Sáez, obispo de Tortosa.

—¡Sáez, el ministro del absolutismo! ¡El que ayudó a Fernando Séptimo en su tarea de ahorcar a medio mundo! Bien, hombre, bien. Pues ya que usted tiene la bondad de ser por un instante mi criado, no vacilará, si es tan humilde, en prestarme todos los servicios que necesita un hombre como yo... Adelante... Tenga usted cuidado con esta pierna. Trátela con miramiento, que está reumática... Ahora el chaleco... Este me lo dió don Ramón, y me ha hecho un gran servicio. Bueno, bueno... No corra usted tanto... Le recordaré el dicho de nuestro gran tirano, el ahorcador de gentes, Fernando el *Deseado*... contra una esquina... Ya sabe usted que él fué quien dijo: «Vísteme despacio, que estoy de prisa.» Ahora, hágame el favor de pedir el café...

—Lo tendrá usted a punto. Sabe Dios cuánta pena me causa tener que notificarle... Anoche me llamó Llangostera, que, entre paréntesis, está muy afligido por verse en el duro trance de...

—¡Pobrecito! Si está tan afligido le compadezco...

—Pero el deber...

—Claro, el deber... En estas guerras salvajes, trastornadas las conciencias, aplicais a los crímenes palabras santas que se inventaron para expresar la virtud, y asesináis en nombre de la justicia, que es como poner al diablo en los altares... Bien..., que sea pronto.

—Suplicóme el señor Llangostera que me encargase..., y con gran sentimiento acepté comisión tan triste... Era yo el más significado para este paso, por la amistad..., de que me honro.

—La honra es mía. No sea usted tan modesto...

—Y encargóme al propio tiempo que le preparase..., si usted se dignaba elegirme entre los cuatro señores capellanes que estamos hoy en Rossell...

—Hijo, sí, por elegido... Lo mismo me da.

—Mi amistad atribulada—dijo el capellán, buscando una bonita expresión retórica—se consuela con esta preferencia que el noble caballero se digna concederme.

—Mi confesión no será larga—indicó don Beltrán, paseándose por la habitación—, y si usted quiere, ahora mismo...

—Antes haré que se le sirva el café... No hay en ello inconveniente, pues no tendremos comunión..., y no por culpa mía. El párroco del pueblo nos ha hecho la jugada de abandonar su iglesia para unirse a la partida del *Organista*. Está el hombre furioso desde que los liberales le mataron al sobrino...

No necesitó el capellán separarse de su amigo para la diligencia del café, pues el oficial de guardia en la estancia próxima, interesado también por don Beltrán, y de su desgracia compadecido, había dado las órdenes para que se le llevase pronto aquella tónica bebida. Dió el anciano las gracias a los que se la sirvieron, mostrándose con todos muy afable. Tomado el café, que por singular merced no estaba mal hecho, volvió al capítulo de su confesión, diciendo con animado lenguaje:

—Pues sí: mi conciencia ve su luz y su sombra perfectamente deslindadas, y no vacila al señalarlas... No hay en mí casos dudosos, enigmáticos, oscuros. Soy claro y bien definido... En esta crítica hora, mi memoria se aviva y no habrá nada que se me quede en el tintero, llamando tintero al antro del olvido. Lo

que Dios sabe, yo le digo sin rebozo y con facilidad al sacerdote que me auxilia, a cuantos quieran oírlo, pues la vida de Beltrán de Urdaneta es pública, su carácter bien diáfano, y sería en mí ridículo melindre el hacer un misterio de lo que sabe todo el mundo, todo Aragón... Soy público en Aragón, soy popular, mejor dicho...

Y observando que oficiales y soldados, de guardia en la estancia próxima, se asomaban a la puerta, movidos de curiosidad, les dijo:

—Entren si gustan, y oigan; que los pecados que declara mi boca no son tales que produzcan espanto, y refiriendo mis maldades, puedo decir que el que se encuentre limpio de ellas tire la primera piedra. No es que yo deje de creerlas vituperables: al contrario, en esta hora clara de la conciencia veo y reconozco cuánto he ofendido al Señor y qué mal uso hice de las cualidades que se dignó poner en mi alma. Siempre fuí religioso, creyente ciego de cuanto su Iglesia nos enseña, aunque muy perezoso y descuidado en cumplir los preceptos que se nos dieron para conservar y enaltecer el nombre de cristianos. He faltado en esto gravemente, más que por desamor de Dios, por la continua distracción en que me tenía el bullicio vano del mundo y la frivolidad con que la sociedad noble embelesa nuestros sentidos. Siempre fuí más devoto de los placeres que de las abstinencias y más gustoso de la buena vida que de las mortificaciones, sin llegar nunca a la embriaguez ni a la glotonería, y no porque ambos excesos son pecados, sino porque siempre los creí de mal gusto... He sido vanidoso, amante de la ostentación y de la lisonja, mirando siempre a que lo mío fuese superior a lo ajeno, a que ninguno me igualara en grandeza y lujo; y cuando veía por alguna parte algo que me oscureciese, sufría mal de tristeza y me lo curaba con nuevos esfuerzos para extremar la presunción y humillar a los demás... Pero también digo que jamás cometí vileza contra nadie y que conservé la dignidad que mi raza y mi nombre me imponían, mostrándome siempre caballero noble con los iguales: cortés, afable y cariñoso con los inferiores... Mi pecado mayor, manantial inagotable, en vida tan larga, de innumerables errores, ha sido mi locura, que así la llamo, de galantear y ser grato al bello sexo. Mi goce más vivo fué en todo tiempo el trato de damas altas, bajas o medianas, y llamo damas a cuanto se comprende dentro de la muchedumbre femenina. Mi desatino ha sido tal, que todo lo he pospuesto a la satisfacción de mis gustos. Verdad que dentro del fuero del amor no he cometido vilezas; pero sepan que ese fuero es puro artificio inventado para nuestro uso por los galanteadores, y que no vale ante la ordenanza del Decálogo. Yo, pues, he pecado gravísimamente, y al declararlo reconozco sin atenuaciones ni disculpas todo el mal que hice, añadiendo que mis infamias no tuvieron término por severidad de mi conciencia, sino porque el desmayo de la naturaleza les puso freno, contraviniendo mi liviandad y hábitos viciosos. De esto me acuso, y reconociendo mi error me encomiendo a la misericordia divina. También es p e c a d o grave el poco o ningún cuidado que puse en el manejo de mi hacienda, que la riqueza Dios nos la da para que la usemos con templanza y la transmitamos a nuestros hijos. Yo he sido u n a mano verdaderamente horadada. Ciertamente que algo atenúa este pecado mi generosidad sin límites, pues todo se ha de decir; yo hacía partícipes de mi bien a cuantos me rodeaban o se me acercaban en demanda de auxilio. Yo he remediado muchas miserias, enjugado no pocas lágrimas. Ningún colono ni sirviente mío puede decir que le oprimí; y si esto se lleva como litigio a tribunal divino para fallar sobre mi alma, tengo por cierto que innumerables seres depondrán en favor mío. Váyase lo uno por lo otro, que si largamente derroché, no con menos largueza di mi mano a los miserables para que se agarraran... Defecto capital mío ha sido el amor a ese resorte de mi vida material que llamamos dinero, despreciado por los filósofos, vilipendiado por la religión, pero del cual no podemos prescindir dentro de la sociedad a que pertenecemos, porque su empleo y distribución se ha hecho ley que a todos nos sujeta, so pena de volvernos salvajes o ermitaños, lo que no digo que sea peor ni mejor que el estado social. Sólo afirmo que mis apetitos, mi presunción, me han espoleado siempre para proveerme de ese metal, que no llamaré precioso ni vil, dejándole en

esta ocasión sin ningun título ni apodo. Pero bien sabe Dios que en las situaciones aflictivas a que me condujo el afán de prolongar mis goces y conservar mi fama de rumboso y señoril, jamás tomé nada que no viniese a mí por caminos legítimos, aunque ruinosos. Sobre mi conciencia pesan muchos pecados, muchos; pero no pesa ni un solo maravedí que pueda llamarse ajeno. Si alguna vez me rebajé al empleo de resortes que humillaban un tanto mi dignidad, nunca me movió el intento de traer a mí lo perteneciente a otro..., eso, nunca. Limpio estoy de esa clase de manchas... No puedo decir, ¡ay de mí!, que de todas esté limpio, pues pecador fuí, por pecador me tengo y como pecador empedernido me confieso en la hora de mi muerte. Ya lo habéis oído; ya veis, señores, la conciencia de don Beltrán de Urdaneta, a quien todo Aragón llamó en otro tiempo *don Beltrán el Grande*. Ni cosa mala he callado, ni cosa buena hay fuera de lo manifestado. Si algo se me olvida, quiera Dios ordenar mi memoria de modo que los olvidos sean de cosas y hechos favorables y que nada de lo malo se me quede escondido en la mente. Creo que no... Tal como fuí y como soy, a vosotros, a mi confesor y amigo me presento; y sumiso, pesaroso de haber menospreciado la divina ley, entrego mi alma a Dios, infinitamente Justiciero, infinitamente Misericordioso.

XXIV

Cuantos vieron y oyeron al infortunado caballero aragonés quedaron maravillados de su sinceridad y presencia de ánimo. Del grupo de oficiales y soldados que en la puerta se arremolinaban se destacó uno, al parecer teniente, que, adelatándose hacia el prócer y besándole la mano, le dijo:

—Señor, cuando esté usted en el Cielo acuérdese de un servidor, Nicasio Pulpis, que tiene sobre su conciencia los mismos pecados de usted, y no sus virtudes.

—Bien, hijo—replicó don Beltrán, abrazándole—. Que mis desgracias y fin desastroso te sirvan de espejo para que en él te mires y procures enmendarte.

Putxet, en tanto, inconsolable, expresaba su consternación en estos o parecidos términos:

—Una y otra vez he dicho al señor Llangostera que hoy no es día hábil para ejecuciones. Figúrese usted: dominño, y, por añadidura, Pascua de Pentecostés... ¡Cuando la Iglesia conmemora nada menos que el grandísimo misterio de la venida del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles para infundirles la divina ciencia!... ¡Cuando tal festividad augusta y solemne celebramos, tener que consumar un cruento sacrificio, por más que las leyes de guerra, ¡malditas leyes!, lo autoricen y sancionen... No, no puede ser; protesto..., y he de insistir, pidiendo que se deje para mañana. Me parece que, corriendo a mi cargo la dirección espiritual del regimiento, tengo derecho a que se me oiga... No estamos aquí los capellanes sólo para confesar de prisa y corriendo... Vea usted, por no hacerme caso, hoy no puedo celebrar: no tenemos formas... Es inconcebible este descuido... ¡Pues cartuchos no faltarán! Todo lo de guerra está corriente, eso sí..., y lo espiritual, nada...; así anda ello.

—No se sulfure, amigo Putxet—le dijo don Beltrán, que se había sentado y quería meditar—. Y no se apure por el aplazamiento de mi... sacrificio. ¿Qué más da un día que otro? Si el día es solemne, no importa. Bien sabe Dios que andan ustedes algo atropellados y no pueden acomodar sus acciones al almanaque. En la guerra, ya se sabe, todo es permitido. Como si se presentara hoy buena coyuntura para una batalla... ¿Iban ustedes a dejar de aprovecharla por ser Pentecostés? No; y en Pentecostés matarían unos y otros gran número de cristianos. Si admitimos como lógico y razonable el dar a nuestro Padre celestial el nombre de *Dios de las Batallas*, que usan los capellanes en sus sermones y los generales en sus proclamas a la tropa; si Dios es, como dicen ustedes, capitán general o generalísimo, ya pueden contar con su indulgencia por aplicar leyes de guerra en días de solemnidad litúrgica... Por mí no deseo el aplazamiento, pues aunque me encuentro tranquilo y resignado, no respondo de que en esas veinticuatro horas se me conserve la resignación y tranquilidad. Somos hombres, y el morir violentamen-

te, en acto preparado y ceremonioso, agobia..., sí, señor... Mátenme de una vez y no pongan a prueba mi fortaleza.

No se dió por convencido el terco capellán, y, perseverando en su idea, dijo al infeliz prócer:

—Quiero dar un nuevo ataque al jefe. En seguida vuelvo; de paso mandaré que le sirvan a usted un par de huevos fritos... He visto que hay tomate..., y si usted quiere...

—Bien, hijo, bien; lo mismo da... Gracias por todo... Haga usted lo que quiera. Yo no tengo voluntad... Quiero convencerme de que ya no vivo.

En el rato que estuvo solo, el pobre condenado cayó en reflexiones tristísimas, buscando el porqué de su tragedia, que en tales trances y en otros menos lastimosos propendemos a escudriñar los orígenes o el móvil inicial de todo suceso que nos afecta. «Ello es de toda evidencia—pensaba—que Dios me envía mi muerte en forma tan terrible para castigarme de mi enormísimo pecado de estos días. He prestado a Nelet ayuda insidiosa para la seducción de la monja Marcela, y aunque desde el primer momento le señalé forma y fines del matrimonio, cosa es muy grave, y si se quiere sacrílega, el inducir a una esposa de Cristo al rompimiento de sus votos. Y lo peor es que con malicia instruí al enamorado y le aconsejé, dándole por normas las inicuas reglas que yo he ido sacando de la experiencia de mi vida libertina... ¡Ah, bien merecido me está lo que ahora me pasa! ¡En ello veo tu mano, Dios de justicia!... Hice muy mal en tomar a mi cuidado las desazones del pobre Nelet. ¿Quién me mete a mí a zurzidor de voluntades guerrilleras y monjiles? ¿Qué voy yo ganando con que una tarasca y un endomoniado se casen o dejen de casarse? ¡Ah, en el fondo oscuro de mis intenciones veo la maldita codicia y el afán de allegar recursos! No fué otra la causa de mi metimiento en tan feo negocio. Y que la monja andariega, por las reglas infames que di a Nelet, se ha trastornado y siente el veneno de amor en su sangre no puede ponerse en duda. Por culpa mía y de mi sabiduría pérfida romperá sus votos y ofenderá a Dios... Me ha movido el villano interés, la idea de que, casándose, me habían de entregar lo que para mí designó Juan Luco... Mal pensé, mal hice, y Dios, en pago de mi perversidad, permite que estos bribones me den cuatro tiros... ¡Ay de mí!»

Interrumpióle Putxet con la noticia de que, oídas las razones canónicas expuestas por el capellán, que amenazó con poner el caso en conocimiento del vicario general, había decretado Llangostera aplazar el acto hasta el día próximo, de madrugada. No supo Urdaneta si la resolución del jefe le causaba tristeza o alegría. Si fué esto último, era una alegría triste. Almorzó con mediano apetito, departiendo con el capellán y el teniente Pulpis, que le custodiaba en la capilla. Por la tarde, su tristeza se exacerbó en grado sumo y la compañía de aquellos señores le causaba enojos. Y pues no le dejaban solo, echóse en un camastro como intentando dormir; mas lo que hacía era sumergirse en la contemplación de lo pasado y en traer al pensamiento su familia, su casa de Cintruénigo... «¡Ah! Si Rodrigo y Juana Teresa me vieran en esta horrenda situación, ¡qué amargo llanto derramarían!... Sí, sí; porque me quieren, aunque riñamos y nos enemistemos por tonterías que, vistas desde aquí, son de una insignificancia que mueve a risa y desprecio. ¡Dios mío, qué lección me das al fin de mi vida! Paréceme que estoy ya en la eternidad, donde presumo que hemos de ver todas las cosas del mundo en su natural pequeñez. Me quieren, sí, me quieren, y yo también quiero a mi nieto y a la madre de mi nieto, que es la esposa de mi hijo... Las contrariedades que en mi necedad estimé graves ofensas, ahora las perdono de todo corazón. Y cuando ellos sepan, ¡ay de mí!, cómo ha concluído don Beltrán el *Grande*, también me perdonarán los agravios que les hice, mis malas palabras, mis actos rencorosos. Pues ¡poco que se condolerán de mi suerte! Rezarán por mí, pedirán a Dios que me acoja en su seno y harán sufragios por mi alma. Ya estoy viendo a todo el clero de Cintruenigo atareado por largo espacio de días en misas, funerales y responsos... Confío, sobre todo, en la eficacia de mi arrepentimiento. Pésame, Señor, de todo corazón el haberte ultrajado sistemáticamente, empleando tan mal la vida larguísima que me has dado. Pésame también el rencor que sentí hacia los míos y el regocijo que tuve al ver descompues-

ta la proyectada boda de mi nieto con la mayorazga de Castro-Amézaga. Pésanme mis bravatas, mi orgullo, mi disipacion, mi ansia de coger dinero para presumir y disimular mi ruina... Pésame todo el daño que hice y esta última travesura de querer arrancar a Marcela de la vida religiosa para satisfacer el liviano amor de Nelet...» Consagro también tristes pensamientos a su hija y yerno de Villarcayo, perdonándoles sus últimos desaires; besó mentalmente a sus nietos y de todos se despidió con efusión de lágrimas y suspiros. Sus amigos fueron pasando después por su mente uno tras otro, en melancolica y pausada procesión, siendo de los últimos Fernando Calpena, por quien sentía paternal cariño. Condoliase de que en Bilbao le hubieran birlado la novia. Si hablarle pudiera en aquel instante, ya no se atreveria, no, a inducirle a solicitar boda con Demetria... No, no; guarda, Pablo. Demetria debía ser para el marqués de Sariñán. Que doña María Tirgo y Juana Teresa rehicieran los descompuestos planes. Buscara Calpena otra mayorazga, que buenos partidos no habían de faltarle... Hasta del pobre Mero se acordó y de Saloma, deseándoles vida, salud, felicidad y rápidos ascensos... Y ¿qué sería de Tomé?... Y del caballo ganado a Calpena, ¿qué habría hecho? En Alcañiz habían quedado también su breve equipaje y el reloj, magnífica repetición, que no llevó consigo al salir en busca de Marcela, porque, roto el espiral a poco de partir de Cintruénigo, para nada le servía. Guardado con unos pocos duros y pesetas quedó en una bolsa de vejiga que antes usara para el tabaco...

La primera parte de la noche la pasó inquietísimo, hablando sin fatigarse horas enteras, y ya referia sucesos de su vida, ya dictaba disposiciones para que Putxet recogiera en Alcañiz su equipaje y caballo, remitiéndolo todo, con la noticia y relato de su muerte, a la villa de Cintruénigo. Hizo intención de escribir a su nieto y a su hija: mas sintiendo muy desvanecida la cabeza y el pulso tembloroso, no trazó más que unas seis líneas con la declaración de su inocencia y de su trágico fin. Moría como caballero cristiano, dolorido del mal que había hecho, y a todos perdonaba, sin excluir a los que inicuamente le quitaban la vida. Esmeróse en la firma, trazándola con todo el vigor y claridad que le fué posible. Después dijo:

—Quisiera que ahora mismo acabáramos. Las horas que faltan pesan sobre mí como siglos futuros que se convirtieran en presentes.

Repetida y ampliada la confesión con piadoso recogimiento, incitóle Putxet a dormir. Negóse a ello don Beltrán y estuvieron departiendo hasta la madrugada. Viendo cercana la hora, llamó el reo a los oficiales del piquete para despedirse de ellos. Formando rueda en torno a la mesa oyeron esta manifestación tan sencilla como sustanciosa:

—Amigos, les agradezco la simpatía y delicadeza que en esta ocasión me han manifestado. Son ustedes caballeros; yo también lo soy. Como tal quiero morir; como tales se conducirán ustedes en el trance final, acabando mi vida con rapidez y sin martirizarme inútilmente. Yo les perdono de todo corazón. Y si me es permitido, por el fuero de ancianidad, dirigirles algunos consejos, allá voy, y esto que ahora les diga sea para ustedes de autoridad, como expresión postrera del pensamiento de un moribundo. Condenado sin culpa, no diré palabra injuriosa ni vengativa contra el bando político que me arranca la vida, ni contra vuestro ejército... Todas estas cosas quedan para mí en un término lejano. Sin vituperar esta causa ni la otra, sin enaltecer a ninguna de las dos, os digo que no derraméis más sangre de españoles. Guardad esta sangre para mejores y más altas empresas. No defendáis con tesón tan extraordinarios derechos de príncipes o princesas, pues voy entendiendo yo que tanto valen unos como otros y que cuando la cuestión se dilucide y haya un vencedor difinitivo, habréis desgarrado a vuestra patria, que es la legítima poseedora de todos los derechos. Mientras ponéis en claro, a tiros, cuál es el verídico dueño de la corona, negáis a la nación su derecho a la vida, porque la estáis matando todos sus hijos y le destruís sus ciudades y le arrasáis sus campos. Será muy triste que cuando de vuestras querellas salgan triunfantes un trono y un altar no tengáis suelo firme en que ponerlos. ¿Para qué queréis altar y trono, si luego han de cojear, como esos muebles a que falta una pata? Allanad y afirmad el suelo an-

le todo, y esto lo haréis con las artes de la paz, no con guerras y trapisondas. Haced un país donde haya todo lo contrario de lo que unos y otros, a quienes no sé si llamar guerreros o bandidos, representáis; haced un país donde sea verdad la justicia, donde sea efectiva la propiedad, eficaz el mérito, fecundo el trabajo, y dejaos de quitar y poner tronos... Lo que va a resultar es que, cualquiera que sea el resultado, estáis fabricando una nación de bandolerismo, que en mucho tiempo, gane quien ganare, ha de seguir siendo bandolera, es decir, que tendrá por leyes la violencia, la injusticia, el favor, la holgazanería, el pillaje y la desvergüenza. En un pueblo a que dais tal educación, cualquier trono que pongáis será un trono figurado, de cuatro tablas frágiles y cuatro mal pintados lienzos...

...Quizá vosotros, llenos de vida y de ilusiones, no veáis esto como lo veo yo, viejo y moribundo. Creéis que toda la vida vais a estar guerreando, con miras de gloria y ascensos: creéis que España ha de ser patrimonio y casa de guerreros, los cuales, en la paz, tendrían que ser empleados. ¿Empleados de qué? ¿Guerreros para qué? Sois muchos a comer rancho; sois muchos a vivir de distinciones, de cintajos y signos categóricos. Y yo os pregunto: ¿quién trabaja? ¿De dónde sale el rancho, el sueldo, la ropita con galones? Esto es absurdo: estáis matando el país y haciendo de él un magnífico cementerio poblado por maniquíes, que ostentarán su presunción paseándose entre las sepulturas... Y ahora, puesto que me oís con tanta atención, me permitiré daros consejos de otro orden. No es tan grande autoridad el virtuoso que nunca ha pecado como el pecador que reconoce, aunque tarde, sus yerros. Y puesto que conocéis mi vida, os incito a no imitarme en la parte corrompida de ella. No seáis pródigos; adoptad con discreta medida las prácticas de los miserables; llevando cuenta y razón de lo que tenéis y consumís, para que nunca os salga la necesidad más larga que su remedio ni la sábana más corta que la pierna. Entre la sordidez y la excesiva largueza, preferid lo primero, que os hará antipáticos, pero no infelices. La generosidad practicada sin medida puede ser viciosa, porque muchas veces la dicta la presunción antes que el verdadero espíritu de caridad... Y tocando, por fin, el punto más sensible, no me atrevo a deciros que no seáis enamorados, porque esto sería contravenir una gran ley de Naturaleza; pero sí os recomiendo que lo seáis sin apartaros de las leyes eternas, y que evitéis toda empresa de amor en que veáis probable daño de tercero. Esto es muy malo, hijos míos, y os lo asegura quien, por seguir la regla contraria, ha tocado en la experiencia sus perniciosos efectos. En todo caso, sed respetuosos y veraces con las mujeres. Es más conforme a Naturaleza, dejarles a ellas el uso del engaño, arma con que compensan su debilidad, y tomar el hombre para sí el uso continuo de la lealtad, que es la fuerza; y los riesgos que de esto se ocasionen, cada cual los sortee como pueda, buscando siempre el bien. Que las alabéis y las obsequiéis con flores del ingenio no es cosa mala, pues muchas con esto sólo quedan satisfechas, y vosotros nada perdéis en ello. Los que sean casados harán bien en guardar la fidelidad matrimonial, aunque les haya tocado un culebrón... Por eso conviene mirarlo despacio y enterarse antes de contraer esos vínculos que duran toda la vida. Sostened siempre la paz dentro de la familia que os resulte del nacimiento y de las uniones, y si hay en ella caracteres ásperos, procurad haceros a sus asperezas para que los demás contemporicen con las vuestras, que de seguro las tendréis. Espinas sufrimos, espinas tenemos, y el que crea que no las tiene y se duela de que le pinchen, es tonto de remate. Y ya no me queda que deciros sino que seáis trabajadores, que os procuréis un modo de vivir independiente del Estado, ya en la labranza de tanta tierra inculta, ya en cualquiera ocupación de artes liberales, oficios o comercios, pues si así no lo hacéis y os dedicáis todos a *figurar*, no formaréis una nación, sino una plaga, y acabaréis por tener que devoraros los unos a los otros en guerras y revoluciones sin fin... Sed cultos, bien educados y emplead las buenas formas, así en el lenguaje como en las acciones, que la grosería es causante de terribles males privados y públicos. La rudeza y los procederes ordinarios han sido aquí, bien lo veis, semilla de discordias entre los pueblos, y por esa falta de formas se hacen interminables las guerras, pues la grosería engendra el odio, y el odio nos

lleva al salvajismo y a la barbarie... Y basta ya: no lloréis por mí, ni tengáis demasiada lástima de mi muerte, pues soy muy viejo y no sirvo ya para nada. A nadie soy util, a nadie hago falta; mis días son de absoluta esterilidad; ya he vivido bastante, y al quitarme de en medio, casi, casi no cometéis crueldad, pues no h a c é i s más que arrancar un tronco añoso y seco, que estorba el nacimiento de nuevos árboles... A todos ruego que me perdonen, y yo en los presentes perdono a cuantas personas de este y el otro bando hayan podido causarme algún agravio... Entereza no me falta, ya lo veis; confío en la misericordia divina, a quien entrego mi alma, abominando de mis culpas, sin pedir un galardón que no merezco y deseando sólo la indulgencia que Dios no niega al último pecador. Les ruego, además, que entierren mi cuerpo en lugar decoroso, designando mi sepultura con una cruz y alguna inscripción, pues mi familia pretenderá seguramente transportar e s t o s tristes despojos al panteón de Cintruénigo... Por mí, los dejaría en cualquier parte; pero los Idiáquez no lo consentirán... Ea: ya he concluído, y perdonen que haya sido hablador prolijo en este trance. Acabemos pronto y cumplan ustedes su deber, que es matarme, como yo cumplo el mío muriendo en paz con Dios y con los hombres.

XXV

Uno tras otro le fueron abrazando, admirados no sólo de su entereza, sino de su talento y gracia. Algunos minutos habían pasado ya de la hora designada para el suplicio, y don Beltrán, impaciente, dijo con buena sombra:

—¿Pero qué hacemos, señores? Estamos perdiendo un tiempo precioso...

El sol entraba por la ventana anunciando un esplendente día primaveral. Suspiró Urdaneta próximo a la ventana, y dirigiendo miradas de tristeza hacia el campo verde y risueño, vió en primer término unas cabras; junto a ellas un burro viejo, amarrado por las patas.

—¡Pobre animal!... Le harían ustedes un gran favor sacrificándole conmigo... Pero él no querrá, naturalmente. Aunque viejo y con los dientes gastados, aún le gusta la hierba... ¡Goloso!... Conque ¿vamos..., o qué?

Entró Pulpis a decir que el jefe había mandado un recado urgente... ¡Que aguardaran...! Sin duda, querría despedirse del señor don Beltrán...

—Pues, hombre—dijo éste, suspenso y ansioso—, que venga de una vez... ¿Viene ya?

Dos minutos de c r u e l expectación transcurrieron hasta la entrada de Llangostera en la estancia. Su rostro de clérigo afligido, si algo expresaba, era la premura y el diligente afán del puntual servicio.

—Siéntese, señor—dijo al reo, sin más saludo—. No tenemos prisa. ¿Qué tal le han dado de comer?

—¡Comer yo! ¿Para qué?... No como nunca tan temprano.

—Que le traigan algo... Hay cordero asado, que quedó anoche.

—Gracias; no tomo nada entre horas.

—Pues ocurre... Nada, que tenemos otro aplazamiento. Perdone usted; bien sé que es molestísimo...

—Sí, señor, eso digo... De modo que... un día más—murmuró don Beltrán, mirando al campo y al sol.

—¿Un día?... ¡Qué sé yo cuántos días serán!... Este Ramón ni descansa ni deja descansar a nadie. Hace una hora que ha llegado de Gandesa la partida del *Arcipreste*. Recibo por ella este parte—mostrándolo—, en que se me dice, entre varias cosas que no son del caso, que...

—Que me atormenten un poco más.

—No, señor; que antes de fusilarle..., naturalmente... Vamos, que no le fusilemos y que hoy mismo se le mande a Gandesa. Quiere interrogarle sobre cosas que sóla usted puede saber.

—¡Yo!... ¡Cosas!... ¿Estoy soñando?

—Presumo lo que será... No es que él me lo haya dicho. Pero el que más y el que menos, todos aquí sabemos por dónde va el agua... No se devane el caletre. A Gandesa hoy mismo, dentro de dos horas, con dos compañías del Tercero y los pocos caballos que aquí tengo. Lo que Ramón le preguntará es cosa de política..., de lo que pasa por allá..., en la Corte.

—¿En la corte celestial?

—O en otra de más abajo... En fin, allá ustedes.

—Pues, señor—dijo don Beltrán, levantándose c o m o un niño entumecido

que quiere correr—, vamos a Gandesa y hablemos de cortes y cortijos o de lo que quiera don Ramón. Yo no sé una palabra..., o tal vez lo sepa sin saberlo, sin enterarme de que lo sé... Sí, sí..., algo podré decirle de grandísimo interés... Señor de Llangostera, si esto es una forma de indulto, Dios se lo pague, que alguna parte habrá usted tenido en ello.

—Yo, no; si no viene esta orden, ya estaría usted gozando de Dios... Conque... sea enhorabuena.

—Gracias... Viva usted mil años, señor Casa de Val, alias *Llangostera*... Y acordándome ahora de su gallardo ofrecimiento, que me traigan el cordero asado. Se me despierta un apetito horroroso.

—Pues que aproveche... No descuidarse; a las ocho, en marcha.

Apenas traspasó la puerta el cabecilla, arrancóse Putxet a dar a su amigo un abrazo tan fuerte, que a poco más le ahoga.

—A mí, a mí me debe usted su salvación, nobilísimo señor, pues sin la tremenda batalla que ayer di, por ser Pentecostés, la orden de don Ramón le habría alcanzado a usted en la sepultura... Y lo hice, puede creérmelo, más que por ser Pentecostés, ¡pacho!, porque me dió la corazonada de que ganando un día salvábamos al hombre. Acerté... Ya sabía yo que anda Cabrera muy caviloso estos días con chismes que le han traído del Cuartel real...

—¡Pero si yo estoy tan enterado de las cosas del Cuartel real como de lo que pasa en la luna!

—Quia..., eso no puede ser... Por algo se fija don Ramón en usted y espera que le aclare lo que ignora...

—Juro que...

—Y en todo caso, si usted no lo sabe, invéntelo, ¡pacho!... Para mí, ya está usted indultado, y puede que muy pronto libre.

—Sea lo que Dios quiera, amigo Putxet. He visto la muerte tan de cerca, que no podré desechar la idea de que vivo de milagro. Cúmplase la voluntad de Dios. Pronto estoy a todo, a vivir y a morir.

A la hora designada salió de Rosell el gran aristócrata con las tropas que marchaban a Gandesa, y todo le fué lisonjero aquel día: se le facilitó un buen caballo, y para colmo de felicidad iban con él Putxet, capellán del 3., y el teniente Pulpis, que en el corto tiempo de conocimiento mostraba hacia el aragonés gran simpatía y cordialidad. Por montes y laderas departían los tres de diversas cosas, humanas y divinas, hallándose don Beltrán tan inspirado aquel día y con su inteligencia tan despierta, que los otros no se hartaban de oirle. Refirió sucesos interesantísimos de su vida y de la vida general, o sea Historia, con sin igual donaire y expresión justa, ingeniosa, contestando sin fatiga a cuanto le preguntaban. Y entre párrafo y párrafo introducía, a guisa de estribillo, ponderaciones de los espectáculos de la Naturaleza que contemplaba. Todo le parecía bello, aun lo que no lo era.

—Y ¿no saben ustedes una cosa, amigos míos? Pues estoy asombrado de ver... que veo mejor que antes... No sé a qué atribuirlo. Pero no hay duda: se me aclara considerablemente la vista. No sé si será porque..., ¡pacho!, como estuve casi dentro del reino de la muerte, mis ojos se preparaban para ver lo que aquí tenemos por invisible, y se afinaron..., aprendieron algo nuevo en el arte de la visión..., no sé...

Todo el día y parte de la noche emplearon en el paso de los puertos de Beceite, pernoctando en la bajada de monte Caro. Al amanecer se les agregaron varias partidas, y avanzando cautelosos con buenos guías y precavidos de espionaje, evitaron el encuentro con las fuerzas cristinas que operaban en aquella zona. Al caer de la tarde supieron que don Ramón, atacado por Nogueras ante los muros de Gandesa, había tenido que levantar el sitio de esta plaza, retirándose a Bot. A este punto se dirigieron a marchas forzadas, y a medianoche encontraron a sus compañeros, acampados al raso, en árida y polvorosa colina junto al río Seco. La temperatura era ardiente; la tierra, caldeada por el sol, apenas se refrescaba en la segunda mitad de la noche. Escaseaba el agua y los soldados abrían pozos buscando con qué aplacar su sed. En una mala tienda hallábase Cabrera, desvelado, inquieto, en un grado de biliosa displicencia que hacía temblar a cuantos para asuntos de servicio se le acercaban. No bien se enteró de que habían llegado las fuerzas pedidas a Rossell, mandó llamar al viejo Urdaneta, sin darle punto de reposo,

tal era su avidez de interrogarle. Muerto de cansancio y de sueño llegó a la tienda el buen aragonés, y con el saludo pidió al *leopardo* que le permitiese echarse en el suelo, pues no podía tenerse en pie; antes de obtener la venia, se desplomó. Dos sillas de tijera había en la tienda: en una se sentaba el general, envuelto en su capa blanca, pues tenía frío a pesar del tiempo bochornoso; en la otra, convertida en mesa, había papeles, un tintero de cuerno y un farol. El secretario se sentaba en el suelo, en postura turquesca.

—Póngase usted a su comodidad—dijo Cabrera al prócer—. Aquí no aguardamos etiquetas... Yo voy a hacer lo mismo, pues el dolor de riñones no me deja estar sentado.

Hizo una seña al secretario para que se largara, y se tendió frente a don Beltrán, apoyando la cabeza en un rollo de mantas. No era hombre que se resignaba a perder el tiempo: los minutos eran para él preciosos y aborrecía las vanas palabras. Sin preguntar al prisionero cosa alguna referente a su viaje ni a su interrumpido suplicio en Rossell, abordó el asunto que, sin duda, le inquietaba hondamente.

—Conque... va usted a responderme con claridad, con precisión, y, sobre todo, con verdad a lo que le pregunte, señor de Urdaneta. No piense usted en engañarme, porque a Ramón Ca...brera nadie le ha engañado todavía, ni guarde reserva sobre punto alguno de mi interrogación..., porque se arrepentirá de ello. Lo que me oculte, yo he de saberlo después..., y le pediré cuenta de su silencio; lo que me diga con falsedad lo descubriré al oírlo, porque Dios me ha dado el don de distinguir lo falso de lo verdadero en lo que me dicen... Y si algo de lo que me manifieste es de carácter delicado, quedará entre los dos; yo sé callar como nadie..., pero como nadie sé oír y aprender.

—Sepa yo pronto de qué se trata, general—replicó don Beltrán—, que, por Dios, ni aun sospecho cuál puede ser el asunto de mi conocimiento que a usted interese.

—Ahora lo veremos. Prepárese a responder con cla...ridad y, sobre todo, con exactitud. En febrero de este año pasó usted por Fuentes de Ebro, camino hacia Caspe y Alcañiz. En el parador de Viscarrués comió usted y habló largamente con un sujeto italiano, su amigo, llamado Rapella, que iba en seguimiento de Borso y venía del Cuartel real del Norte.

Después de asentir con la cabeza a los primeros conceptos del *leopardo*, manifestóle don Beltrán con acento sincero que, en efecto, había hablado con Rapella, pero que no era amigo suyo, y en Fuentes de Ebro le vió y trató por primera vez. Por cierto que, movido de la curiosidad y sin ningún interés positivo en ello, había intentado tirarle de la lengua, para sorprender la clave de sus continuas viajatas diplomáticas entre Cortes borbónicas; mas nada pudo obtener, como no fuera la certidumbre de la cerrada discreción del siciliano.

Mostróse Cabrera incrédulo de esta declaración, y en tono agrio le dijo:

—Veo que es usted de la misma escuela. No me sirven los diplomáticos, y usted tampoco quiere servirme...

—He dicho a usted, mi general, que ni una palabra pude sacarle... Pero no he dicho que ignore los líos que se trae ese señor...

—Pues si lo sabe...

—Es que usted, general, debió empezar por decirme: «Urdaneta, ¿qué sabe usted de esto?», y no interrogarme al modo capcioso, como se hace con los espías enemigos.

—Tiene usted razón—dijo Cabrera, rindiéndose a la noble actitud del aragonés—. Perdóneme; no supe distinguir. ¡La costumbre de tratar con canallas...! Es usted un caballero, y lo que sepa acerca de este asunto me lo dirá..., como de amigo a amigo.

—A ello voy. No sirvo a ninguna causa; no vendo ningún secreto, referiré lo que sepa, para mí falto de interés, para usted quizá no...

Minucioso y elegante narrador, maestro en el arte de dar interés al relato más sencillo, don Beltrán expuso gallardamente lo que sabía y opinaba; que no todo fué relación de hechos, pues hubo también un disertar gracioso sobre cosas políticas hondas, de las que rara vez salen a la superficie. Habiendo trabado amistad, en su viaje desde La Guardia a Villarcayo, con un joven madrileño muy simpático que el verano anterior había visitado la Corte de Oñate en compañía de Rapella, pudo cono-

cer el carácter de éste, sin más datos que las referencias de aquel joven. Era el siciliano muy astuto, corrido en intrigas de mujeres y en diplomacia menuda, de gabinetes secretos, de combinaciones políticas a hurtadillas de los ministros o cancilleres. Pintó Urdaneta la Corte de don Carlos, repitiendo lo que le había contado su amigo, y por cierto que no escatimó las tintas burlescas en la pintura, sin que por ello se escandalizara el que le oía. Dióle noticias de la amistad del siciliano con el infante don Sebastián, con quién, al parecer, no se había entendido en las negociaciones o enredos que llevaba. Lo que resultó de las conferencias del tal embajador con don Carlos en Durango, su amigo no lo sabía, pues un accidente inesperado le separó de él el día mismo de la evacuación de Oñate a consecuencia de la toma de Arlabán. Presumía que la base del proyectado convenio para poner fin a la guerra era la reconciliación de las dos ramas borbónicas por medio de un casamiento; mas como éste no había de efectuarse hasta que la reina Isabel y el hijo de don Carlos llegasen a edad de matrimonio, tal proyecto era un sueño; y para celebrar la paz y que se abrazaran los dos ejércitos, se buscaban otras fórmulas de transacción y avenencia.

Levantóse Cabrera de un salto, nervioso y colérico, exclamando:

—Yo no me abrazo con nadie... ¡Abrazos a mí!... ¡Transacción!... Juro que no... No saben quién es Cabrera... Ni por un puñado de oro, ni por grados y ventajas en la carrera me cubro yo de vilipendio entregándome a los cristinos. Si don Carlos cede, allá se las haya... El en su casa y yo en la mía... ¡No quiero, no quiero!... ¡Matrimonios de príncipes!... ¿Se casa la luz con las tinieblas?... ¿Se casa la justicia con la injusticia, la razón con la sinrazón? Pues si se casan, con su pan se lo coman. Yo no me caso con nadie. Ramón Cabrera no se casa.

XXVI

Volviendo a ocupar su silla, acarició con movimiento maquinal los papeles que en la otra tenía, alumbrados por el mustio farol. Don Beltrán, sin cambiar de postura, flemático y perezoso, siguió manifestando al caudillo apreciaciones que creía interesantes. Por lo que había oído en Medina y Villarcayo, por algo que pudo descubrir conversando con su grande amigo don Baldomero Espartero, los tratos para buscar fórmula de paz no habían cesado desde los principios de la guerra. Proposiciones se hicieron a Zumalacárregui, proposiciones a Maroto, y él mismo, Cabrera, no habría estado libre de que en su oído se murmuraran palabras tentadoras...

—A mí no, a mí no—dijo prontamente el *leopardo*—. Ya saben que mandaría fusilar al que me trajera recaditos de doña Cristina o del rey napolitano.

—Del rey de Nápoles, a quien entiendo yo que no debemos la invención de la pólvora, es agente oficioso el tal Rapella. Anda también en estos tratos y trotes un legitimista francés, marqués de no sé cuántos.

—No es marqués, sino barón..., y ha entrado en España con el supuesto apellido de Neuillet. Me da en la nariz que el nombre de Rapella es también falso y que bajo él se esconde un correveidile de Cristina, maestro en intrigas, que en Madrid era conocido por marqués de Lagrua.

Insistió Urdaneta en que no podía dar ninguna luz sobre esto, pues no se había echado a la cara al tal don Aníbal hasta su paso por Fuentes de Ebro, y de él no tenía más noticias que las anteriormente comunicadas. Asimismo ignoraba si el siciliano se había visto con Borso; pero Cabrera le sacó de dudas, afirmando que tres días permaneció aquél en Castellón en compañía del general y de un italiano llamado Cialdini, embarcándose después para Marsella.

—Le tengo a usted por un caballero —añadió don Ramón con cierta solemnidad, después de larga meditación—, y estoy con...vencido de que me ha dicho todo lo que sabe. Sus opiniones parécenme muy bien fundadas.

Algo más dijo el *leopardo;* pero don Beltrán, que ya venía dando fuertes cabezadas, hundió al fin la barba en el pecho, y cogió un sueño profundo, que por causa de la mala postura había de ser breve.

—Sí, sí; duérmase usted, amigo mío —murmuró el general con lástima—, que bien necesitado está de descanso. Le envidio su facilidad para el sueño.

Y cogió de la mesa-silla, ávido de nueva lectura, la carta que desde Sangüesa le había escrito Arias Teijeiro. De aquellas apretadas líneas de menuda letra española provenían sus inquietudes y desvelos. Informábale con prolijas referencias su amigo, principal figura en la camarilla del pretendiente, de que la magna expedición, al mando del propio rey, había partido de Navarra el 17, con dieciséis batallones, nueve escuadrones, el estandarte de la Generalísima y su lucida escolta, y un inmenso bagaje, como correspondía al sinnúmero de funcionarios de Corte y Administración que acompañar debían a la real persona.

—Le tengo por un gran farsante—dijo don Beltrán, despertando súbitamente—. ¡Ah..., mi general! ¿No me preguntaba usted su opinión sobre ese Rapella? Opino que el ir a Marsella es para ganar más fácilmente la frontera de Navarra y agregarse al llamado Cuartel real.

—Así es, en efecto. Viene en la expedición magna.

—Pero ¿qué es eso? ¿Se lanza don Carlos a una correría como las de Gómez, Batanero y don Basilio?

—No sé... Eso se dice... Allá veremos...

Siguió pensando el *leopardo* en lo que la carta decía, y comentando con interno juicio las noticias de ella. Traducida con la posible fidelidad la expresión muda de su pensamiento en valenciano, resulta *mutatis mutandis:*

—¡Pacho, con la impedimenta que nos traen! La caterva de empleaduchos, la taifa de gente allegadiza que quiere comer a costa nuestra! ¡Vaya una plaga, pacho! Aquí nos vemos y nos deseamos para poder vivir... El país, esquilmado..., apenas hay raciones para mal comer..., y ahora nos viene encima esa nube. Tenemos un rey que sabe tanto de guerra como yo de afeitar ranas. ¿Por qué no se estará quietecito en su Corte, esperando a que le hagamos rey de todas las Españas?... ¡Y que se trae unos consejeros y unos ministros que no tienen precio para ayudar a misa, para pegar botones o cepillar la ropa! Vendrán de generales el tontaina de don Sebastián, el buey cansino de González Moreno y el bribón de Gómez, a quien yo pondría de capataz de un presidio, que es lo único para que sirve... Duérmase de una vez, don Beltrán, que aquí no gastamos etiquetas. Me da pena verle luchar con el sueño.

—Es que... verá usted..., decía yo que indudablemente hay tratos y contubernios entre *Palacio* y ese..., ¿cómo le llaman? Ya no me acuerdo... El rey, hombre... Felipe Quinto..., digo, Carlos... La reina, que no perdona lo de La Granja, parece que no quiere nada con liberales... Luis Felipe desea que se acabe la guerra de cualquier modo, por creerla un peligro..., y la cuádruple alianza..., sí, señor, la cuádruple...

—A dormir... Tenga usted este lío de mantas para que descanse la cabeza.

—Muchas gracias, querido Nelet..., digo, no, señor don Ramón Quinto... El sueño me rinde, me trastorna... Gracias.

Sin poder apartar de su mente las ideas que le atormentaban, Cabrera se paseó en el estrecho espacio de la tienda, embozado en su capa blanca. No se conformaba con que el ejército real, mal organizado y pésimamente dirigido, viniese a compartir con él el dominio en la región valenciana. Recordaba sus desavenencias con Gómez, por cuál mandaba más. Cierto que al rey no podía disputársele la supremacía. Aunque incapaz para la guerra y para el gobierno, era el rey, por divino mandato, la sacra bandera, el símbolo de la Causa; y de la regia persona, absolutamente inepta para todo, provenía la fuerza moral de las cohortes del absolutismo. No había, pues, más remedio que cargar con el ídolo, aunque éste fuera una de las obras más burdas del fetichismo dominante. ¡Y por semejante figurón, hecho al modo de las imágenes vestidas, que por dentro no son más que una armazón de madera tosca, se peleaban tantos hombres valientes y se vertían ríos de noble sangre!... Claro que todo se hacía por *la idea.* El grosero ídolo era una idea. Por ella combatían fieramente los de acá, mientras los defensores de la idea contraria cifraban su valor en la adoración de una linda muñeca... En suma: lo que ponía en grande irritación al caudillo del Maestrazgo era que se había de convertir en auxiliar y mequetrefe del ejército real en cuanto éste pasase el Ebro. Las operaciones ya no serían suyas: tendría que subordinarlas a lo que dispusiese cualquiera de los reverendos sacristanes que venían agregados al santón del absolutismo...

Verdad que la carta de Arias Teijeiro no escatimaba las lisonjas al héroe del

Maestrazgo. En el Cuartel real se le tenía por un estratégico de primer orden, firme columna de la Causa, y el soberano deseaba ocasión de mostrarle personalmente su real aprecio. Pero tras estos inciensos venían anuncios de resoluciones que desagradaban al *leopardo*. La expedición real, a la que se uniría Cabrera para engrosarla y fortalecerla, llegaría con la ayuda de Dios hasta el propio Madrid, y entraría en la capital de la monarquía *sin disparar un tiro*.

Esto de rematar la campaña *sin combatir* sacaba de quicio al ardiente Cabrera. Todo lo que no fuese ganar a sangre y fuego el triunfo de la Causa pugnaba con su temperamento batallador, con su corazón fiero y, ¿por qué no decirlo?, noble. Los arreglos por concesiones recíprocas de mercedes, o por casorio y pactos de familia, le olían a podredumbre. Tan viles eran los unos como los otros si a ello se prestaban. Uno de los dos rivales debía perecer: eso de que vivieran y triunfaran los dos, partiéndose la torta disputada, no se acomodaba a su lógica ruda ni a su primitivo y elemental criterio de cosas políticas. ¡Entrar en Madrid unos y otros con *sus manos lavadas!* ¡Ah, pacho, y reconocer a doña Cristina y a don Carlos como *reyes padres*, los dos en igual categoría dinástica..., y ver a los nenes asistidos de un Consejo mixto, y apoyados por un ejército mixto o mestizo!... Y en tanto, ¿qué se haría de las ideas? Pues juntarlas todas en una redoma para sacar otra mezcla indecente, que no serviría para nada. ¡Libertad y absolutismo desleídos en agua, *según arte!* Rey y pueblo abrazaditos!... ¡Religión y ateísmo en una pieza, pacho!

Colmaba la indignación del general esta frasecilla de la carta: «Aún no puedo ser muy explícito, mi querido don Ramón. Solo me permitiré anticiparle que las bases de un arreglo decoroso están sentadas por manos muy peritas, y que no veo lejano el día glorioso en que podamos descansar de nuestra ruda campaña, viendo triunfante lo más esencial de nuestra doctrina.» ¡Descansar! ¡Si él no quería más descanso que reventar combatiendo!... La gentuza civil, la patulea de holgazanes y vividores que acudían a la Causa como las moscas al panal, era la que anhelaba el descanso de la paz, para chupar a sus anchas, repartiéndose el momio de los destinos. Ese descanso de lo civil era el militar vilipendio, y él no..., él no quería descanso sin honra, sino honra con cansancio.

A esto llegaba cuado despertó el noble caballero sobresaltado, con ahogos de pesadilla. Soñó que le sacaban al cuadro para fusilarle, que le ponían de rodillas y le vendaban los ojos... «¡Al corazón, hijos míos, al corazón! No me hagáis padecer», murmuraba sin abrir los ojos; y cuando los abrió, reconociéndose despierto, pidió perdón al general:

—No me haga usted caso. Estoy fatigadísimo, y si aquí molesto, me saldré a dormir en campo raso.

—No, no; quédese aquí. Le diré, para su tranquilidad, que ya está libre de la sentencia de rehenes. Aunque allá fusilen media aristocracia, la vida de usted en mi poder no corre peligro. Rehenes por gente civil, no me convienen.

—No sé con qué palabras expresar a usted mi agradecimiento por su magnanimidad—dijo Urdaneta, conmovido—¿De modo que soy libre...?

—Libre no. Aún será usted mi prisionero por una temporada. Puede que le necesite, por su gran conocimiento de cortesanías y politiquerías de Madrid.. y de toda la morralla civil. Tenga un poco de paciencia, y por de pronto duerma en mi tienda todo lo que el cuerpo le pida.

—Me pide mucho, general... Traigo un atraso horroroso en el dormir. Lo menos me debe a mí el sueño cuatro noches. Figúrese..., a mi edad.

Ayudado de aquel sosiego que las últimas palabras de Cabrera dieron a su espíritu, cogió don Beltrán el sueño, quedándose en él con profunda quietud hasta muy avanzado el día; pero cuando ya su cuerpo hubo recibido la reparación de que estaba tan necesitado, el cerebro se soliviantó, dándose a los sueños extravagantes. Después de mil visiones vagas, indefinibles, vióse atormentado por seres malignos y traviesos que le traían y llevaban sin ningún respeto a su nobleza y ancianidad. Eran, sin duda, los familiares demonios de Nelet, que por contagio de la amistad pasádose habían del joven al viejo, del creyente al incrédulo. En medio de la turbación del soñar, su razón, siempre vigilante, le decía: «De esto tiene la culpa Santapau, por contarte sus diabólicas aventuras con

tantos pelos y señales.» Ello es que la internal cuadrilla cogió por su cuenta al señor de Albalate, y de un vuelo me le transportó a Cintruénigo, donde vió a doña Juana Teresa ahechando trigo, y a Rodriguito con la pluma tras de la oreja contando los garbanzos que se habían de echar al puchero. Visto esto, volvieron los diablillos a cogerle por los sobacos y por el cogote (no estaba bien seguro) y le llevaron a la cima del Moncayo; de allí a Veruela, y metiéndole por un subterráneo, le arrastraron hasta salir del castillo de Loarre, en tierra de Huesca. Entretuviéronse en jugar con él a la pelota, lanzándole de un torreón a otro, y después le llevaron, cogido por las orejas, a la sierra de Guara, desde cuyas cumbres le mostraron todo el territorio del antiguo reino de Sobrarbe, diciéndole... Pero de lo que decían no pudo enterarse bien. Despertó con el cuello dolorido, y viendo la necedad de su ilusión, requirió nuevamente el sueño, tomando mejor postura.

No debía despertar el noble señor sin que su turbado cerebro se lanzara a mayores travesuras, sucediendo a las imágenes de un orden bufonesco otras de carácter lúgubre y penoso. Tan claramente como se ven cosas y personas en la realidad, vió a Nelet, que, asistido de unos cuantos facciosos con rabo (por donde se colegía su calidad demoníaca), crucificaba a un hombre, clavándole en un largo madero. El hombre, que debía de ser un bendito, se dejaba crucificar risueño, diciendo a su verdugo: «¡Pacho!, no sabes lo que haces.» Largo tiempo, si es que la lentitud o rapidez de éste son apreciables en una pesadilla, atormentó al soñador la visión espantosa, que terminaba y se reproducía como el ensayo de una escena teatral. El propio don Beltrán, angustiado, quiso más de una vez gritar a su discípulo: «¡Pacho!, no sabes lo que haces.» Pero no podía... ¡Vive Dios, que no podía!... Las palabras se le pegaban al cielo de la boca cual si fueran obleas.

XXVII

Horrorizado y tembloroso despertó el anciano, y lo primero que vió fué a Cabrera durmiendo, tendido en el suelo boca arriba sobre una manta, envuelto en su capa blanca y roja, la boina sobre los ojos para resguardarlos de la luz. El secretario, con violenta postura, escribía en la silla de tijera, y un ayudante que hacía cigarrillos sentado en tierra indicó a don Beltrán con un signo que evitase el ruido para no turbar el descanso del general, que se había quedado dormido después de salir el sol. A poco entró un ordenanza, y en voz muy baja dijo al prócer que afuera le esperaba desde el amanecer un señor comandante amigo suyo. Echóse de la tienda don Beltrán, andando poco menos que a gatas por la gran debilidad que sentía, y encontróse a Nelet sentadito en una piedra, la cabeza entre las manos, el espinazo en violenta curva, imagen de la melancolía negra o de la desesperación. Después de tocarle en el hombro, el desmayado viejo encaminóse a una cercana tienda, de donde un penetrante olor a fritangas le llamaba con reclamo irresistible. Tuvo la suerte de tropezarse allí con el teniente Pulpis, que inspeccionaba las sartenes; pidió que le diesen de comer, aunque sólo fuera pan y cebolla, y, obtenido algo más confortable y suculento, se puso a devorarlo mientras hablaba con Santapau, que se le arrimó al instante con apetito de conversación.

—Hijo mío, te encuentro muy desmedrado. ¿Estás herido? ¿Has perdido tu preciosa sangre en las acciones de estos días frente a los muros de Gandesa?... ¿O es que te sobrevino algún disgusto, quizá otra jarana con los *chicos de Lucifer?*

—No..., a ésos no les temo ya. Curado estoy del mal de demonios—replicó Nelet, suspirando, agobiado de tristeza—. Un saludador de mi pueblo me ha dejado las cámaras interiores muy limpias de esas alimañas con un bebedizo que, por lo amargo, debe de estar hecho con la hiel de Judas. Al decir de ese médico, los diablos huyen ahora de mí y se albergan en los cuerpos de mis amigos.

—Cierto debe de ser eso—dijo Urdaneta, haciendo por la vida con ansia fisiológica—, porque anoche se han dignado visitarme esos mequetrefes, y en ellos reconocí a los que contigo se divertían. Pues que ya desalojaron tu interior, haz que abandonen también el de tu maestro, que no gusto de tales inquilinos... Entiendo, por la murria que noto en ti,

que el desahucio no ha sido completo, y que algún intruso se quedó trasconejado dentro de tu pobre humanidad.

—No es murria de diablura la que tengo, sino de conciencia, y tan grave y honda, que anoche faltó poco para que pusiera fin a mi vida. Suspendí el dispararme por esperar a consulta con usted acerca del caso que me anonada, caso tremendo de los que no tienen solucion.

—¿Qué sabes tú si yo la encontraré? Déjame que coma un poco más de este guisado de cabra que me da la vida y me fortalece el magin para evacuar consultas... Come algo, hijo, que del alimento corpóreo se nutre también y conforta lo más espiritual de nuestro ser: la conciencia.

—Las hambres de la conciencia no se aplacan sino echándole la propia carne para que se la coma...

—Cuéntame, cuéntame pronto, y veré la causa de tu aflicción.

—Acabe usted y salgamos de aquí. Vámonos adonde no haya personas que vean y oigan. El oído y el ver humanos me dan tanto enojo que a todo el mundo dejaría ciego y mudo. Sólo Dios debe ver, y sólo deben sonar las tempestades, que son su voz.

—Hijo, poético estás y lúgubremente metafórico... Sólo que tus imágenes son de un cuño que está ya mandado recoger por anticuado y candoroso. Ea, terminé mi almuerzo, que por el hambre que tenía me ha resultado opíparo. Vamos a donde quieras.

Llevóle Nelet a un ejido donde estaban herrando caballos, y allí, entre relinchos, aún mejor sonantes que las palabrotas de mariscales y soldados, refirió el caso que tan hondamente le preocupaba.

—La malhadada acción de Gandesa —dijo—la perdimos porque, en lo mejor del combate, muchos de nuestros hombres fueron atacados repentinamente de un mal de estómago, por haber bebido en charcos corruptos, y con fieros retortijones caían muertos. Mi regimiento fué de los que más sufrieron de este maleficio. Creían mis soldados que el enemigo había envenenado las aguas..., les entró el pánico... Entre el físico y yo quisimos convencerles de que la ponzoña era natural en aquellas estancadas lagunas... Para abreviar: enfermos y desalentados nos batimos en guerrillas en todo el flanco derecho. Nogueras embistió el centro. Vi que flaqueaban; apretamos más y más, perdiendo gente y ganando terreno, hice lo que pude, más de lo que podíamos y debíamos, hasta que Cabrera nos mandó retirar. Hícelo yo con un orden perfecto, pues conozco como los dedos de mis manos todos los caminos, atajos y veredas que rodean al pueblo donde nací, Ninguna fuerza cristina me atacó en mi retirada, que hice vadeando el río y tomando la vuelta a Algás. No habíamos andado legua y media, cuando sorprendimos y copamos unos veinte hombres cristinos, que al parecer habían salido de descubierta. Tan torpes andaban y tan ignorantes del terreno, que se nos vinieron a las manos en sitio donde no podían escapar. Algunos, arrojaron las armas, emprendieron la fuga con pies ligeros; pero mis tiradores no tardaron en cazarlos; solo dos piezas perdimos. Los otros se nos entregaron como borregos atontados, pidiéndonos misericordia. ¿Qué hacemos, mi comandante? ¿Les fusilamos, o qué? Nos da el corazón que éstos andaban por aquí envenenando todo el río...» Respondí que bueno... Yo me sentía un poco emponzoñado..., estaba furioso..., echaba fuego de todo mi cuerpo... Por ahorrar cartuchos, mi gente les iba despachando a bayonetazos... Yo no sé, amigo don Beltrán, por qué me entró aquel día tal furor de matanza. Demonios no llevaba dentro de mí; pero sí un amargor que me irritaba, que me volvía feroz. Por la mañana había tomado el brebaje de que antes hablé..., me escocía horriblemente el cuerpo. Las moscas que se cebaban en mi pobre caballo, me tenían loco con sus furiosas picaduras. Y además, yo sudaba..., ¿cómo diré?, a mares, un sudor amargo y venenoso, según creo, y mosca que me picaba, moría. Mas eran tantas, que hube de apearme por huir de ellas... Mientras mis soldados exterminaban hombres, yo daba vueltas a pie por entre vivos, muertos y a medio morir; y en esto vi a un cristino tumbado contra un árbol, herido ya... No sé por qué me dió el arrechucho de atravesarlo con mi espada..., le tomé por una mosca, o por el padre de todas las moscas... Apenas retiraba de su costado izquierdo mi espada, me saltó una idea..., sí, era una idea. ¿Qué vi yo en la cara y en los ojos de aquel hombre? ¿Qué vi para lanzar un alarido, pues alarido de

rabia y dolor fué la pregunta que le hice? «¿Eras tú Francisco Luco?» Lo pregunté dos veces, y él respondió con la cabeza, moviéndola de golpe..., así... Con la cabeza dijo que sí, y también con los ojos al mirarme; mas con la boca no dijo nada, porque entre el intento y la palabra se metió la muerte.

—¡Dios nos tenga de su mano!—exclamó Urdaneta, desahogando su pena con un gran suspiro.

—Dígame usted ahora si habiendo dado muerte con tan estúpida crueldad al hermano de la que adoro, puede haber consuelo para mí. ¿No debo desear que se abra la tierra y me trague? ¿Para qué está ya Manuel Santapau en el mundo?

—Poco a poco..., no hay que perder la serenidad. Primero, pudo haber error. Al dar el hombre esa fuerte cabezada, como dices, quizá no fué su ánimo responder a tu pregunta... Aquel movimiento debió de ser la tensión de músculos, propia del morir...

—¿Y la semejanza con su hermana? ¡Si era su propio rostro! Los ojos, en la mirada que me echó, pareciéronme los ojos de Marcela.

—Tampoco eso prueba nada. O pudo ser un parecido casual, o no había tal semejanza más que en tu imaginación excitada por el combate, por las preocupaciones, por el brebaje y... por las moscas. ¡Y quién sabe, quién sabe, querido Nelet, si en esa tragedia habrán tenido alguna parte *los chicos de Luzbel,* valiéndose de un cubileteo, de una simulación de rostros para trastornarte! Aquí donde me ves, influído, sin duda, por el ambiente que respiro, por el aspecto romántico del país, voy creyendo en la realidad de las travesuras diabólicas, de que antes me reía... Y, ¡qué diantre!, atenúa mucho tu responsabilidad el haber sido cosa repentina, imprevista, como accidente de una batalla... La ocasión, la ley de represalias, que no puedes eludir como subordinado de Cabrera, te disculpa en cierto modo...

—No, no; mi conciencia no lo cree así... Mi conciencia se ha vuelto muy rígida, muy exigente y escrupulosa... Natural es que el amigo y maestro quiera consolarme... Pero no hay consuelo para mí. He cometido un verdadero parricidio. El querer matarme ahora, ¿qué es, señor mío, más que el afán de huir de mí por el horror que me causo?

—Calma, juicio, reflexión...—dijo el maestro, desalentado, más queriendo disimular su pesadumbre—. Repentino y fulminante parece tu mal de conciencia; pero no falta remedio para él: yo te lo fío, yo te lo aseguro... Has de prometerme no tomar ninguna resolución airada, y oírme y consultarme en todo, que si experto soy en amores, no me faltan luces ni conocimientos para los casos más graves de conciencia turbada. Déjalo a mi cargo. Descansa en mi autoridad, triste ciencia de los años...

Como a continuación expresara el ladino viejo la idea de que bien podía Marcela ignorar siempre quién había sido el matador de su hermano, se remontó Nelet de la tristeza lúgubre a la ira, diciendo:

—¿Cree usted que con esta cara puedo yo presentarme a ella y guardar el secreto de mi crimen? En el estado de mi conciencia, es imposible el disimulo, porque mi cara, mis ojos, llevan retratado el crimen que cometí. En mis pupilas verá Marcela la imagen de su hermano moribundo, respondiéndome *sí* con la cabeza. Si usted me aconseja que le oculte la verdad, no es usted tan completo caballero como creí: no, no lo es.

—Te perdono tus dudas acerca de mi caballerosidad. Tú no estás bueno, querido Nelet... En cuanto a que declares, a que confieses tu crimen, admito y apruebo que lo hagas; pero sólo en el tribunal de la penitencia. No veo por qué motivo ha de ser Marcela tu confesor...

—Sí lo es..., debe serlo, y yo quiero que lo sea—gritó Nelet.

—No grites, por Dios...

—O me mato para callar, o vivo para confesar con ella.

—Pues colocada la cuestión entre los términos de ese terrible dilema, decido, ea, que vivas y confieses.

—¡A ella! Este fuego que ahora prende en mi conciencia, y que me está quemando cuerpo y alma, no se aplaca más que con la verdad... Luego, que sea de mí lo que Dios quiera.

Con la idea de calmarme, fingió don Beltrán asentir a lo que Santapau decía: confiaba que el descanso, el sueño, las obligaciones militares, el roce con sus compañeros, le traerían pronto a la vida normal y al equilibrio de su mente. Procuró distraerle, hablándole de diversos asuntos, y después de contarle con pin-

toresco estilo, no exento de gracejo, la escena de su interrumpido suplicio en Rosell, le notificó que Cabrera, con benignidad increíble, le había levantado la sentencia de rehenes y que confiaba en obtener pronto su libertad.

Tuvo esta palabra la virtud de animar un poco al atribulado Nelet.

—¡Libertad!—exclamó—. Yo también quiero ser libre... ¡Muerte y libertad! ¿No es cierto que la conciencia oprime? Pues hay que matar al déspota, como dicen los patriotas y jacobinos..., matar al tirano para ser libre. Por eso digo yo: «Muramos, libertémonos.»

XXVIII

Con sutil ingenio trató de hacerle ver don Beltrán lo disparatado de aquel conceptismo, dando su verdadero valor a las ideas de libertad y muerte, harto graves ambas para ser tratadas en estilo de madrigal, y en estas y otras charlas llegó la hora de partida, dispuesta repentinamente por Cabrera cuando con más descuido saboreaban todos el descanso después de tantas fatigas. ¡En marcha! ¡A correr, a combatir! ¿Adónde iban? Cabrera no acostumbraba a decirlo, y marchando al frente de sus tropas les señalaba el camino. Agregóse don Beltrán en un caballejo que le proporcionó su amigo Putxet, y entre éste, que hablaba por los codos, y Santapau, que parecía privado del don de la palabra, emprendió la caminata por un sendero ingrato y polvoroso. Y por Dios, que ya se cansaba el buen señor de tanto ajetreo; sus huesos le pedían descanso; quizá en el nuevo estilo de Nelet, le decían: «Libertad, muerte.» Gracias a su vigorosa fibra, a su carácter jovial y un tanto aventurero, podía resistir los movimientos y privaciones inherentes a la vida militar; y cuando el cansancio físico parecía irresistible, su imaginación, reverdecida en lo juvenil, le deparaba algún nuevo estímulo para proseguir en la carrera. Por dicha suya, o por desgracia, que esto es dudoso, ante su vejez declinante no se cerraban nunca los horizontes.

Grande fué el disgusto del prócer en aquel camino, viendo que Nelet, sin mejorar de su desazón espiritual, decaía visiblemente, como atacado de un mal físico grave. A media tarde observó su amigo en él fiebre intensísima; al anochecer, entrando en Arenys de Lledó, cayóse el comandante del caballo. Recogiéronle como cuerpo muerto y le arrimaron a una pared, en tanto que Urdaneta, consternado de ver a su discípulo en tan mala disposición, se determinó a manifestar al general la imposibilidad en que aquél se hallaba de continuar su marcha. En la casa del cura, donde tenía su alojamiento, recibióle Cabrera malhumorado, revelando en su ceñudo rostro que no se había podido escoger peor ocasión para pedirle favores. Mas el intrépido aragonés, a quien no acobardaban entrecejos, no sólo pidió que Santapau fuera dado de baja por enfermo grave, y quedase hasta su restablecimiento en aquel pueblo, donde tenía familia, sino que se arrancó a solicitar que a él se le permitiese también permanecer allí para asistirle. Observando en Cabrera el centelleo de los ojos, el bilioso color tirando a verde y la inquietud *leopardina* con que se paseaba de un ángulo a otro de la jaula, creyó que a cajas destempladas le despediría, sin acceder a sus peticiones. Mas no fué así: como un hombre afanado que aparta su atención de las cosas menudas para aplicarla por entero a las grandes, Cabrera le manifestó que tanto él (don Beltrán) como Santapau se fueran... a cualquier parte, o *mucho con Dios*, pues ninguno de los dos le hacían falta para nada.

—Usted, señor de Urdaneta—le dijo, plantándose ante él—, está libre y puede volverse a sus estados de Aragón. Para rehenes no me dan juego los aristócratas, y para prisioneros me convienen los que trabajan y toman las armas. No es desprecio, señor... En cuanto a Santapau, que se me presente así que esté curado, y si no cura y se muere, Dios le perdone... Puede usted retirarse. Quizá no nos veamos más, porque usted es muy viejo, y yo, aunque joven, moriré pronto... de un berrinche... Adiós.

Retiróse agradecido el señor de Albalate, y Cabrera celebró Consejo, para someter a la deliberación de unos cuantos individuos, clérigos la mayor parte, el asunto que revestir quería de autoridad consultiva, conforme a las fórmulas de gobierno impuestas por don Carlos. No estorbaba tal trámite al caudillo del Maestrazgo, que sabía cubrir el expedien-

te de *oir* a los señores, y afectando respeto a sus dictámenes, hacía después lo que le daba la gana. Los consejeros quedaban muy satisfechos, creyéndose ruedas indispensables de la máquina administrativa, y si alguno pudiera entrever que en el gobierno de aquella región no eran más que figuras de adorno, churrigueresco por añadidura, se consolaban con la risueña esperanza de obtener plaza en *la audiencia de ministros* de Valencia, o en el Consejo y Cámara de Castilla, el día del triunfo.

Al salir de la visita al general se cruzó don Beltrán con los consejeros que entraban, y sin dársele un ardite de aquella farsa, no pensó más que en la obligación de alojar a su amigo enfermo, para lo cual lo primero que hizo fué buscar a los parientes que tenía Nelet en Lledó; pero como éstos no parecían ni nadie daba razón de dónde habían ido a parar, no hubo más remedio que acomoderse en alguna de las casas donde, mediante pago, se les brindaba regular albergue. Eligió don Beltrán, por despejado y saludable, un *mas* a la entrada del pueblo, con casa vieja y grandona entre arboledas. El *masovero* era un viejo catalán, asistido de dos nietas guapas, la una más que la otra, y ambas obsequiosas, atentas, un poquito redichas y algo coquetas, razón por la cual la tal familia se le entró a don Beltrán por el ojo derecho. Dieron al enfermo un cuarto alto de la casa, con mediano lecho, y al caballero anciano otro contiguo, donde había simientes y colgaderos de hierbas en manojos puestos a secar. No le pareció mal su residencia, a pesar de la dureza de la cama, que a las piedras igualaba, y habría vivido allí muy gozoso si el mal cariz de la dolencia de su amigo no le tuviera en tan grande sobresalto.

Pasó Nelet la primera noche en un estado que a su maestro le pareció gravísimo, con fiebre muy alta, delirio y agotamiento de fuerzas. Al día siguiente amaneció con una fuerte erupción en toda la cara y parte del cuerpo, como si le hubieran picado abejas. Don Beltrán no se apartaba de su lecho ni de día ni de noche, atento a cuidarle con ayuda del *masovero*, hombre tan bondadoso como amañado, y de sus nietas, más amañadas aún para todo lo doméstico. Como en el pueblo no había médico, ni siquiera albéitar, entre don Beltrán y *Chimeta* (que así se llamaba la mayor de las muchachas, y al propio tiempo la más bonita y dispuesta), celebrando frecuentes consultas, diagnosticaron y prescribieron lo que les dió la gana, determinándose por el sistema expectante, el más fácil y barato, y tal vez el más científico. Quietud, limpieza y frecuentes tomas de agua bien endulzada, fueron la única terapéutica en los ocho días que duró la gravedad de Nelet, y en que los brotes de la cara tomaron un aspecto por demás alarmante. Según el *masovero*, no era caso de viruelas, que él conocía muy bien por haberlas visto más de una vez en su familia; era tan sólo un hervor de sangre motivado de *berrinche suspenso*, es decir, de una sofoquina que por prudencia no había salido del cuerpo. Decía que no hay cosa más mala que enfadarse en día de calor y no desfogar la rabia con palos y bofetones. El que tal hace, lo paga con la salud y a veces con la vida. Sucedieron a los ocho días de gravedad otros ocho en que cedió la erupción, resolviéndose en muda de la epidermis; desapareció la fiebre, y el enfermo pudo tomar alimentos, aunque siempre con repugnancia. Su inteligencia, completamente oscurecida en aquel período, revelaba una honda crisis: su palabra era torpe, cansada, regañona. Tanto don Beltrán como *Chimela*, persistiendo en la puntual asistencia, se confirmaron en la superioridad incontestable del tratamiento acuático, sin mezcla de ninguna droga, y proclamáronse curanderos de primer orden, capaces de ejercer el arte con no poca fama y provecho. Era *Chimeta* muy graciosa, y a don Beltrán se le caía la baba oyéndola bromear y reír por cualquier fútil motivo. En su aturdimiento senil, olvidado ya del trance terrible de Rossell y de los actos de arrepentimiento con que allí limpió su conciencia, se le reverdecieron las aficiones de toda la vida, y su habitual culto del bello sexo encontraba ante aquella sencilla y tosca ninfa ocasiones de gran lucimiento. Para ella era un deleite novísimo oír los galanteos refinados, y hasta cierto punto paternales, del señor de Urdaneta, y a él se le refrescaba el alma, se la avispaba el entendimiento, se le aliviaba el peso de los años. Todo era inocente, madrigalesco, puro juego de frases agudas untaditas de miel: sobresalían en él las buenas maneras y

el propósito, casi siempre logrado, de no caer en lo ridículo; en ella se veía la mujercita exuberante de vida que quiere adquirir soltura en la esgrima y en el lenguaje de la lucha pasional.

Mas, ¡ay!, cuando *Chimeta*, llamada de sus obligaciones, dejaba de acudir al enfermo, y con éste se encontraba solo don Beltrán, ya no podía el hombre librarse de la tristeza. Cierto que había recobrado la libertad, inapreciable don; pero el asunto que le trajo a tierra de Teruel continuaba sin resolver. No creía ofender a Dios deseando que viniera a sus manos lo que estimaba de su legítima pertenencia; y sin apartarse del orden de sentimientos que el angustioso paso de Rossell despertara en su alma, se condolía de tener que volver a Cintruénigo en situación desairada y con las manos vacías. Las esperanzas de remedio que había concebido se disipaban ya, pues Nelet tenía trazas de quedarse idiota: no razonaba; sus conceptos eran incoherentes o de una simplicidad rayana en la estupidez. Para mayor desdicha, nada se sabía de la monja vagabunda y enterradora de caudales. No aportaba por allí *Malaena* ni para traer ni para llevar sus velocísimas embajadas, sin que esta ausencia pudiera achacarse a ignorancia del lugar donde los caballeros residían, pues por los oficiales del 3.° de Tortosa, a quienes se dejaron instrucciones muy precisas, debía tener conocimiento de la enfermedad de Nelet y de su forzada estancia en Lledó.

«Aunque no sea más que para decirnos que nada sabe de la hija de Luco—pensaba don Beltrán en sus soledades tristes—, la mensajera tiene que venir.»

Y tanto deseó a la mujercilla ratonil, y con tanta fuerza la reclamaba su voluntad, repitiendo el «vendrás, tiene que venir», que una mañana, como por virtud de conjuro, apareció la vieja. ¡Hosanna!... Veinte días llevaba ya de enfermedad el pobre Santapau, y su entendimiento despertaba perezoso, tratando de cobrar con lenta cacería las ideas dispersas, fugitivas, descarriadas.

En la huerta del *mas* recibió don Beltrán a la embajadora loco de contento, y éste subió de punto al saber que Marcela no andaba lejos de allí; pues, sabedora de la muerte de su hermano, se encaminaba con los viejos a Gandesa por el monte Caro, con el fin de recoger el cadáver y darle sepultura. No quiso el buen caballero que *Malaena* se presentase a Nelet, pues aún no estaba éste en disposición de recibir emociones vivas que podrían retrasarle en su penosa convalecencia; y dando de comer a la mensajera, y aposentándola en la cuadra con comodidades para ella desconocidas, la interrogó prolijamente, tratando de indagar, no sólo los propósitos, sino el estado de ánimo de la santa mujer. Poco pudo informarle *Malaena* de estos particulares. La última vez que vió a Marcela fué cerca de un castillo que hay a la bajada del monte Caro para ir hacia Pauls. Iban ella y los viejos cuesta arriba, llevando una olla muy pesada, tan pesada, que se relevaban para cargarla.

—¿Les viste saliendo del castillo o entrando en él?—preguntó don Beltrán con afectada indiferencia.

—Hacia él iban, señor—replicó la vieja en valenciano, que el caballero tradujo fácilmente—; mas no sé si llegaron o siguieron de largo, pues la sacra señora, dándome pan y queso, me mandó que me retirara, y yo me retiré comiendo, sin mirar para atrás.

Eran estas referencias como una mano blanda y tentadora que en el alma del noble anciano revolvía, y con sus halagos despertaba la codicia, sierpe aletargada desde las efusiones cristianas del terrible día de Pentecostés. Se argumentaba para calmar su conciencia, diciéndose que desear lo suyo y perseguirlo no era desatino grave, sino intención equitativa; pero entre el desear y el temer, ello es que perdía el sueño, y su espíritu se distrajo de las alegrías que el trato de *Chimeta* le daba, alegrías tras de las cuales se ocultaba con senil rubor una honesta adoración, un sentimiento que casi no era más que estético goce.

XXIX

Viendo muy mejorado a Nelet, dióle cuenta de la reaparición de *Malaena* y de lo que habían hablado; excitóse el enfermo, recobrando de golpe su locuacidad, y a las primeras palabras hubo de comprender don Beltrán que se renovaba en toda su intensidad el enfadoso mal de conciencia; no vaciló el maestro en atacarlo con brío diciendo:

—Entrégate a mí, pues no estás en disposición de resolver por ti mismo cosa tan grave. Yo lo arreglaré con tan buena maña como pura honradez. Tus escrúpulos se disiparán, y Marcela será tu esposa. Tu delicadeza es ya locura. Conviene que moderemos hasta nuestras virtudes... Y si te encuentras en disposición de caminar, no será malo que salgamos en seguimiento de la divina mujer.

Accedió Santapau, y se convino en esperar dos días para mayor acopio de fuerzas, pues no teniendo caballos ni posibilidad de adquirirlos, era forzoso emprender a pie la dura caminata.

Llegado el día de la marcha, salieron, y fué un paso triste para don Beltrán el separarse de la linda *Chimeta*, que con sus donaires y risotadas se le había metido en el hueco preferente del viejo corazón. No digamos que le turbaban pretensiones absurdas respecto a la muchacha: no era sino que le dolía separarse de ella, como duele el arrancarnos cualquiera raicilla que penetra en el alma, y la de don Beltrán tenía un terruño muy propicio al arraigo de toda hierba. ¡Nunca más, ¡ay!, volvería a ver a la ninfa tosca de Lledó! Era un adiós en la puerta de la eternidad, adiós dado al bello sexo, a la humana belleza, a las únicas flores que alegran este valle de lágrimas. Casi con ellas en los ojos, realmente conmovido, se despidió el señor de tantas Torres besando la mano áspera y gordezuela de *Chimeta*. Le deseó un buen novio para hacer de él un buen marido, y le recordó los consejos que le había dado para dominar a los hombres y hacerse querer locamente de ellos. Agradecida la ninfa, así como su hermana y abuelo, a las bondades de los dos señores, les vieron partir con pena, pidiendo a Dios para ellos salud y prosperidades.

Acompañados de *Malaena* se metieron por los atajos y recodos que conducen a Horta, donde pensaban terminar su primera jornada. Parecían dos pobres titiriteros, seguidos de un perrillo con faldas, o mejor, de un cuadrúmano con cuyas monadas y brincos pedirían limosna de pueblo en pueblo. Iba Nelet vestido como en la facción, sin insignias, armado de cuchillo, pistolas; mas en la traza total de la cuadrilla, las armas, a primera vista, parecían trebejos para el arte de volatines o prestidigitación. Muy mal de ropa estaba el primer noble aragonés; pero aun así no se despintaba su empaque de persona principal. Andaban despacio, guardando silencio en largos trayectos, charlando a veces con lánguida conversación. Temerosos del encuentro con alguna columna cristina, mandaban a *Malaena* por delante, a la descubierta, para que ojeara toda emergencia de gente sospechosa en aquellos horizontes. En el descanso de Horta, albergados en una paridera a la entrada del pueblo, explayóse Nelet a contar a su maestro *las cosas que le andaban por dentro del espíritu*, en verdad, muy extrañas, y las visiones que desde los comienzos de su enfermedad le acosaban, alguna de las cuales tuvo poder bastante para oscurecer a las demás y resplandecer sola y continua en el campo luminoso de la óptica interna.

—Esto que voy a contarle—dijo Santapau, recostándose en el suelo junto a su amigo, después de mal cenados—lo vi muy claro la primera noche de mi enfermedad en Lledó; después se me fué apagando..., lo veía turbio, desvanecido, mezclado con otras imágenes; pero al entrar en convalecencia volví a verlo claro, cada noche más, y más..., llegando a tanto su claridad, que ya lo veo también de día y con los ojos abiertos.

—Cuéntamelo pronto, que ya estoy ardiendo en curiosidad. No dudo que ello tendrá relación con el fin y empresa que mueven tu vida, y que la imagen de Marcela será centro de todas esas esferas y círculos de tu soñar loco...

—Pues oiga usted. Desde que *me entra*, ya me tiene usted corriendo a caballo tras de la monja de Sigena.

—¡Y ella..., a patita! Poca ventaja te llevará.

—No puedo decir cómo va, pues no la ven mis ojos... Sé que va delante, la siento, la olfateo. Yo grito; ella no me oye.

—Y sigues, sigues... arrimando espuela.

—No espoleo, porque voy desnudo de arreos, de ropa y hasta de carne. Soy un esqueleto. Mi caballo es también esqueleto..., de caballo, se entiende..., y ni yo tengo más espuela que el hueso del carcañal, ni él tiene barriga en que yo pueda espolearlo... Mas no es preciso, porque corre, corre sin que yo le diga nada, haciendo con sus cuatro cascos un compás

de música que no se aparta ya de mi oído. «Pataplás, parrataplás...», siempre así.

—Sufrirás mucho corriendo tras un fantasma sin alcanzarlo nunca.

—Más que la persecución del fantasma me hace padecer el «pataplás» de mi cabalgadura y los estragos que causa al sentar alternadamente los cuatro cascos como mazas de hierro... ¿Por dónde voy en esta carrera? Por un campo que parece árido y no lo es. Lo parece, porque en él no nace ningún árbol ni mata ni hierba; no lo es, porque está todo lleno de seres vivos, chiquitos, que nacen en él y por entero lo cubren... No se ve el suelo: no hay donde poner una pieza de dos cuartos. ¿Qué son?, dirá usted; ¿qué vidas son aquéllas? Pues son niños, señor don Beltrán, no ángeles, que alas no tienen, sino criaturas como las de acá, como las del mundo, como nosotros cuando teníamos un año, dos años...

—Hombre, sí que es raro, estupenda visión... Pero ¿esos niños...?

—Nada, señor, niños. ¿No sabe usted lo que son niños, criaturas, o como dicen los gitanos, *churumbeles*? El campo absolutamente llenos de ellos. ¡Y qué lindos, qué graciosos! Gorjean, ríen con esa carcajada del chiquillo que se embelesa mirando una luz. ¿De dónde salen? De la tierra, pienso yo, apretados unos contra otros, como los tallos de la hierba..., desnuditos, rollizos, ligeros... Bueno: pues por este campo de niños paso yo a la carrera. Mi caballo les va destruyendo con sus patadas y ellos vuelven a salir, vuelven a nacer, y a gorjear y a reír..., siempre chiquitos y monos; ya digo, de año y medio a dos años, y en número incalculable. En todo lo que alcanza mi vista, no se ve más que el campo lleno de nenes. Se agita el sinfín de cabecitas haciendo ondas, como un campo de trigo, y las ondas traen y llevan el gorjeo. Mi caballo recorre como el viento leguas y leguas, y siempre lo mismo, machacando criaturas, que vuelven a salir vivitas, alegres... Si le digo a usted que son cuatro mil cuatrillones..., no digo nada, pues son más, más...

—¿Y su única voz es el gorjeo? ¿No has reparado si dicen «papá» y «mamá»?

—No lo dicen; pero es como si quisieran decirlo.

—Está bien. ¿Y qué hace mi señora beata en el campo de niños?

—No sé..., allá lejos va..., ya no la veo. Se me antoja que al golpe de sus pisadas brotan las criaturas.

—Hijo, visión más peregrina no atormentó jamás a ningún cristiano. Lo que no alcanzo es qué relación pueda tener ese campo infantil con tus cuitas, Nelet.

—Yo tampoco lo alcanzo... Pero ello es que la visión no me deja. Hasta de día y muy despierto la tengo ya. Los gorjeos también se agarran a mi oído. Y no miento si le digo a usted que a toda esa inmensa chiquillería la quiero ya..., ni más ni menos que si fueran mis hijos... ¿Lo serán?, pienso yo. ¿Serán los que tuve o debí tener en cuatro mil cuatrillones de siglos que viví antes de esta vida?

—¡Demonio, echa siglos y generaciones!... ¿Sabes que tu fantástico sueño es para marear y confundir la cabeza más firme?

—La mía no puede ya con más confusión.

—Y eso es contagioso... Temo que me pegues tu mal. Cállate ya, por Dios, que yo voy a soñar también lo mismo..., pisoteando nenes...; quita allá..., ¡qué atrocidad!... Cállate, que no quiero yo soñar eso, no quiero.

Guardaron silencio, y a poco dormían ambos; mas se ignora lo que soñaron y si fué un hecho el contagio que don Beltrán temía. A la mañana siguiente, que se presentó lluviosa, continuaron andando con no poca molestia amparándose bajo los árboles cuando el llover arreciaba. El suelo arcilloso, lleno de charcos, les causaba grande enojo, y tan pronto se detenían ateridos al abrigo de un paredón, como aceleraban su andadura afanosos de llegar pronto a poblado. Renegando de tales contratiempos y de las perversas condiciones en que viajaban, dijo Santapau a su amigo, guarecidos en una aldea mísera:

—Ni usted ni yo nos resignamos a andar de camino como unos miserables titiriteros, careciendo de todo, mal vestidos, perdiendo la paciencia, el tiempo y la salud. Necesitamos caballos, vestidos, dinero. Puesto que estamos tan cerca de Cherta, donde tengo familia, amigos y un *mas*, cuya renta de doscientos ducados no he cobrado este año, nos llegaremos allá, o me llegaré yo solo, si usted no se halla muy dispuesto. Sólo estaré el tiempo preciso para recoger todo el

dinero que pueda y proporcionarme un par de caballos o mulas, o aunque sean borricos...

Parecióle de perlas a don Beltrán este propósito; mas se declaró perezoso de acompañarle, pues se hallaba rendido, aspeado, lleno el cuerpo de dolores y con ganas de guardar sus huesos en abrigo media semana para repararlos de los efectos del último remojo. Convinieron en que iría solo Santapau al romper el día: conocía perfectamente todos los senderos y atajos, y no contaba emplear, andando sin sofocarse, arriba de tres horas. Don Beltrán se quedaría en la aldea, que era el barrio más lejano de Prat de Compte, al cuidado de *Malaena*, reponiéndose del quebranto producido por la caminata y la mojadura. Partió Nelet tempranito, agregado a una cuadrilla de mujeres que iban a Cherta con haces de leña, y el ilustre señor se quedó en un blando lecho de paja, arreglado por la que había venido a ser su camarera. En la memoria del buen viejo se reprodujo la noche pasada en Fuentes de Ebro, bien apañadito en montones de paja. ¡Pero qué diferencia entre la bella Saloma, tan graciosa y diligente, y aquella desmañada viejecilla de Vallivana, que no servía más que para correr de monte en monte! La compañía de la navarra, su excelente disposición y cháchara festiva, trocaba en palacios las cuadras de los mesones, mientras que *Malaena* todo lo afeaba y envilecía. Encargóle don Beltrán unas sopas de ajo, y tan mal las hizo, que sólo a fuerza de hambre pudo pasarlas el pobrecito viejo. Por su ineptitud para todo lo doméstico, por su salvajismo y suciedad, se le había hecho antipática, y le azaraba con su prurito de confianza y de palique cuando más deseaba él estar solo, callado y libre; el brillo y la continua vigilancia de sus ratoniles ojos le ponían nervioso; sus familiaridades llegaron a ser una pesadez impertinente, como si desconociera el respeto que a tan alta persona debía guardarse. Creyérase que le tomaba por titiritero arruinado en el oficio. Sentadita frente a él sobre la paja, le dijo en dulce valenciano, que es forzoso traducir:

—¿Qué hace ahí tan metido en su magín, cavilando maldades? *Vosté* no está ya más que para ponerse en paz con Dios.

—Pienso lo que me da la gana—replicó don Beltrán, esquivando la mirada de las cuentas de azabache que *Malaena* tenía por ojos—. ¿Quién te manda a ti meterte...? ¡Vaya!

—Me meto por llamarle a Dios, que ya es tiempo. Más vejestorio es *vosté* que yo. Me da lástima de que la muerte le coja descuidado.

—¡La muerte! ¿Acaso estoy yo para morir?

—Yo no sé leer escrituras, pero leo la muerte en la cara de la persona.

—Vete al demonio... Te encargó Nelet que me acompañaras, no que me faltaras al respeto.

—No falto al respeto diciéndole a *vosté* que se muere. No me equivoco.

—¡Embustera, quítate de ahí! Aunque algo cansadito, me siento fuerte, y paréceme que aún tengo años por delante.

—Días tiene, y los dedos de una mano le sobran para contarlos.

—¡Lárgate pronto, condenada!—gritó don Beltrán, estirando violentamente una pierna contra la paja.

La vieja se fué. Y en su imperfecta vista creyó el pobre caballero que desaparecía como un ratón por entre los informes y oscuros objetos que llenaban la cuadra, revestidos de telarañas y polvo... Solo ya, meditaba. ¡Si tendría razón la maldita vieja! No, no: él no hacía caso. ¿Qué podría saber de vidas y muertes una pobre rústica, salvaje, casi idiota? ¡Vaya que estaba divertido! ¡Después de una mala noche, soñando con el campo de niños y oyendo sus gorjeos, un día de prisión junto a semejante sabandija, que no era, no, que no podía ser cosa buena...! Sintió un ruidillo de dientes sobre cosa dura, y a poco se le apareció *Malaena* royendo algo que llevaba de la mano a la boca con movimiento jimioso. Acercóse a él y le observó, aproximando su rostro de pasa. Al verse mirado por los ojos ratoniles, don Beltrán sintió frío miedo.

—Vete—le dijo—. Me molestas.

Y ella:

—Ya me voy. ¿Quiere estar solito para calentarse los cascos con sus malas ideas?... Diviértese *vosté* jugando con el pecado de la codicia, y piensa que le van a dar ollas de dinero...

—¡Calla, vete pronto—gritó Urdaneta ronco, fuera de sí.

Y tan sobresaltado quedó el hombre para todo el día, que cuando *Malaena*

se acercaba al lecho de paja, sentía el hombre verdadero pánico. Tomó el partido de cerrar los ojos y rodearse la cabeza con los brazos como para llamar el sueño; pero éste no le favoreció, ni tampoco Nelet regresando aquella tarde como había prometido. ¡Qué soledad, qué triste abandono! Pasó la noche agitadísimo, sintiendo que *Malaena* le tiraba de los pies para llevárselo... ¿Era bruja, era un diablo humanizado en la forma más odiosa? No hacía el pobre más que dar golpes en la paja, al modo de coces, murmurando «Vete, demonio, vete; déjame.»

Pero ¡ay!; mientras Santapau no volviese, ¿qué remedio tenía más que vivir resignado bajo el poder de la infernal bestezuela de Vallivana? Dejábase cuidar de ella, y probaba con repugnancia los bodrios que le servía... Pasó todo el día entregado a las absurdas creencias. El, que nunca fué supersticioso, ya creía en demonios aviesos, en asquerosas brujas y en trasgos maleantes. Y como a la segunda noche tampoco pareciese el bueno de Nelet vióse el señor de Albalate tan desamparado, que hubo de volver los ojos a Dios. Sólo con esto se le fué del alma la superstición, y abominando de tales torpezas, se sintió profundamente religioso, como lo había sido en algunas ocasiones aflictivas de su cautiverio, y singularmente en el tremendo paso del día de la Pentecostés. Sobrevino, pues, el estado de arrepentimiento y contrición, dolor de haber ofendido a Dios con una vida de libertinaje; sobrevino el desprecio de las riquezas, el espanto de las malas acciones, así pasadas como presentes. Al amanecer del tercer día llamó a su ratonil guardiana, y con buen modo le dijo que hablase a los dueños de la casa antes que salieran al campo, concertando con ellos que le llevaran un sacerdote, pues sentía vivísimo anhelo de confesarse. Cumplió la vieja el encargo con toda diligencia; mas como no había en el lugar ni en sus contornos clérigo alguno, hubo de quedarse el noble señor sin el consuelo y descanso que deseaba.

Enojosas fueron para él las horas de aquel día, pues sin que se calmara el infantil terror que la seca viejecita le inspiraba, le atormentó el tumulto de su alborotada conciencia. Veía muy clara su abominación, pues cuando Dios le conservó la vida en Rosell, en vez de mostrar gratitud conservando su alma en la pureza y descargo de su arrepentimiento, lo que hizo fué reincidir en sus antiguos vicios. No fué cosa grave el encandilarse un poquito con la gentil *Chimeta*; pero sí lo era el incurrir de nuevo en la fea codicia, afanándose por el legado de Juan Luco, y más aún la persistencia en agenciar con móvil egoísta el casorio de Nelet y Marcela. La situación moral había empeorado, pues, al pecado antiguo de querer secularizar a una esposa de Cristo, se unía el propósito de engañarla, ocultándole que su galán o pretendiente era el matador de Francisco Luco. ¡Oh qué grande malicia, Señor! ¡Y de este modo y con intenciones tan protervas, pagaba la inmensa benignidad de Dios, que le había concedido la vida cuando ya casi apuntaban a su pecho los fusiles facciosos!

Encendida su alma en fuego de contrición, gritó llamando a su guardiana:

—*Malaena*, ven. Ya no me inspiras miedo. ¿Verdad que no eres demonio ni bruja? Yo veía en ti el daño y corrupción que en mí propio llevaba. Perdóname. Eras para mí lo que para los niños el coco. Pero ¡ay!, ya he visto que el coco dentro de mí lo tenía yo: era mi conciencia... Pues te digo que Dios me ha iluminado, y vuelvo al bien y a la virtud. Si me muero, que me muera. No más, no más pecar, no más pensamientos infames. Corra quien quiera tras un puñado de oro; yo no. No más supercherías con Marcela... Gobierne la santísima verdad los días que me restan, pocos o muchos. Quiero salvar mi alma. Mi alma merece salvarse...

En esto sintieron ruido de gente y caballerías. Era Nelet que llegaba de Cherta.

XXX

No fué el gozo de don Beltrán, al abrazar a su amigo, proporcionado a un ausencia de tres días: fué como por ausencia de tres años, y de la fuerza del contento se le trastornó el sentido, viendo a Nelet más fuerte, más gallardo, restablecido de su reciente mal, la cara limpia del rojizo color de quemadura. Era ilusión del pobre viejo, que veía lo que deseaba. Por su parte Santapau encontró a su maestro más caduco, encorvado, jadeante, algo ido del cerebro, progreso de

senectud excesivo para tres días. Mostróle muy satisfecho lo que traía: dos soberbios burros, pues caballos no los encontraba ni a peso de oro. Eran excelentes piezas, de cómoda andadura, y muy bien enjaezados. Traía también ropa para los dos, y un repuesto copioso de vituallas en una cesta barriguda. Despedido el criado del *masovero* que había venido en el segundo pollino con la cesta y equipaje, los dos caballeros pusiéronse a cenar. Tiempo hacía que Urdaneta no probaba cosas tan ricas: butifarras, diversas clases de suculentos embutidos, pollos asados, frutas escarchadas, chocolate, bollos de sartén... Más que en saborear aquellas viandas, gozaba don Beltrán viendo a *Malaena* devorar con atrasadas hambres comidas tan finas en increíbles dosis.

—Pues he tardado tres días—dijo Nelet—porque las grandes novedades que encontré en Cherta y el barullo de gente y amigos me imposibilitaron el despacho de mis diligencias en el tiempo que yo creí.

—Oí que estos días ha pasado hacia allá mucha tropa de uno y otro ejército. ¿Qué ocurre?

—Sí..., tropas de Isabel, tropas de don Carlos. Se ha batido bien el cobre... Vámonos pronto de aquí, antes que nos coja el paso de los míos, que ahora son en número mayor que antes. En una palabra: ya tenemos la expedición real del lado de acá del Ebro, en Cherta, gracias al talento militar de Ramón Cabrera y a su arrojo y prontitud. Está el hombre que no cabe en su pellejo de puro orgulloso... Sí, sí: no se asombre usted. Don Carlos ha pasado el Ebro. Yo le he visto..., he visto al rey, a nuestro ídolo, y le aseguro que me quedé como si hubiese visto a cualquiera que no fuese ídolo de nadie. Yo me figuraba otra cosa, otro empaque, otra representación de gran monarca, hijo de reyes y ungido de Dios. De esta hecha, nuestro *leopardo,* como usted dice, ha puesto una pica en Flandes, porque gracias a su buen tino para ordenar las cosas, ha podido don Carlos librarse de Borso y Nogueras, que le perseguían. Junto a Cherta dió Cabrera una batalla al señor de Borso, obligándole a retirarse. Nogueras cometió la mayor pifia que se puede cometer en la guerra, que es no llegar a tiempo. La guerra no es más que el arte de la oportunidad, y éste lo posee don Ramón como nadie, y lo completa con su diligencia y conocimiento del terreno. Pasó Carlos Quinto tranquilamente el gran río de España, en lanchas al caso preparadas, y los gritos de entusiasmo de las tropas competían en estruendo con el instrumental de las músicas. Enronquecieron gargantas y trombones. Ayer, la sacra majestad y todo su séquito mataron el hambre en Cherta, que la traían atrasadilla, porque la batalla que ganaron en Huesca les dió más prisioneros que bucólica. El comistrajo que se les preparó era de lo más opíparo, y para que hubiera de todo, hasta helados hubo... Cabrera, el día del paso, que fué anteayer, estaba como loco, demacrado, los ojos del tamaño de toda la cara, echando rayos y centellas. Daba sus disposiciones ronco de tanto gritar, vestido con su peor ropa, pues ni para engalanarse como acostumbra tuvo tiempo. Cuando se presentó al rey en la orilla izquierda para pasarle acá, no le conocían, y los cortesanos se preguntaban asombrados: «Pero ¿ése es Cabrera?, ¿ése?» El soberano le manifestó su real agrado. No serán flojas envidias las que van a salir ahora, pues corre la voz de que su majestad quiere nombrarle generalísimo, y poner bajo su mando todos los reales ejércitos.

—Así tiene que ser, pues, según tengo entendido, de los figurones que rodean al infante poco debe esperar éste... Y dime otra cosa: ¿Oíste o viste si con el rey viene un italiano llamado Rapella, que es el correveidile entre cortes verdaderas y falsas para tratar de un arreglo por bodorrio?

—Creo haber oído algo de un italiano de campanillas, y de otros extranjeros que en la comitiva del rey vienen, entre la turbamulta de empleados y gentileshombres. Pero como yo, por el estado de mi espíritu, no podía prestar a lo que allí veía una gran atención, no puedo asegurar nada de italianos ni correveidiles.

—Y ¿qué se dice? La expedición, con su rey a cuestas, ¿dirígese a Castilla o a Valencia? Puede que reforzada con Cabrera, y quizá mandada por éste, no se detenga hasta Madrid. ¿Oíste algo?

—Oí..., oí..., no sé lo que oí—dijo Nelet aturdido—. ¿A usted le interesa saberlo?

—Absolutamente nada.

—Lo mismo que a mí. Que vayan, que vengan, que suban, que bajen. No me interesa ya más que un reino, el mío. Cada cual se arregle en su reino como pueda.

—Muy bien dicho. Peleáis por poner en el trono a un buen hombre cuya incapacidad es bien manifiesta. Si tus amigos triunfan, estableceréis un imperio caedizo, pues en los tronos disputados, el vencedor no lo será definitivamente si no posee estas cualidades: bravura, don de mando, ciencia militar. Gane quien ganare en este pleito, querido Nelet, la monarquía carecerá de fuerza y vivirá con vilipendio, entregada a las facciones. Ten presente que no se hace nada de provecho sin fuerza, entendiendo por esto, no el poder de las armas, sino una virtud eficaz y activa, que a veces reside en una persona, a veces en las leyes. Ni las leyes tienen aquí fuerza, o llámese energía gobernante, ni hay rey o príncipe que tal posea. Puede que nazca algún día; mas yo te aseguro que a la fecha no ha nacido. De modo que paz, lo que se llama paz, no la veréis en mucho tiempo los que sois jóvenes, ni quizá lo vean vuestros hijos y nietos... Conque lo que tú dices: cada cual a su reino..., y en el reino chico de cada uno, que no falte una ventanilla para ver pasar la Historia.

No prestaba Nelet a estos profundos juicios la debida atención, ni se extendió tampoco en pormenores de lo que presenciara en Cherta, porque sus impresiones eran confusas, como de quien ve muchas y abigarradas cosas en corto tiempo, sin interés ni recreo alguno de su ánimo. Mirando no más que a su reino, propuso que partieran a la mañana siguiente en busca de Marcela, pues, por fidedignos informes que en Cherta adquirió, venía ya de vuelta de Gandesa, después de recoger el cuerpo de su desgraciado hermano y darle sepultura. Al capellán del 1.° de Tortosa, que la encontró una mañana junto al río Seco, dijo la monja que pensaba detenerse un día en el santuario de San Salvador y encaminarse luego a Arenys de Lledó a visitar a un enfermo. Iba, pues, en busca de sus amigos, los cuales se apresurarían a salirle al encuentro. Para mayor seguridad, dispuso Nelet que partiera la embajadora aquella misma noche, con instrucción precisa de las etapas que los caballeros seguirían y puntos de descanso, y la consigna de que esperasen en Lledó los que primero llegaran.

Conforme con tan acertado plan, y admirando el tino con que Nelet lo concertaba, creyó don Beltrán llegada la oportunidad de manifestar al discípulo el estado de su ánimo, y sin más exordio le dijo:

—Durante tu ausencia, hijo mío, no he cesado de reflexionar en el caso de Marcela, complicado ahora con la desastrosa muerte del pobre Francisco, y discurriendo la solución que debemos darle, me sentí acometido del mal tuyo reciente, el mal de conciencia. Dios ha entrado en mí. Como avisos o presagios de la naturaleza flaca, precedieron a mi mal miedos supersticiosos, la idea de una muerte próxima. Era Dios que llamaba a la puerta de mi alma, no entendía yo su llamamiento, hasta que le vi entrar y me iluminó con su divina gracia. ¡Ay!, querido Nelet, no quiero en mis postrimerías comprometer mi alma. ¿Amo a Dios, le temo? Amor y temor por igual me consuelan y sobrecogen; amor y temor me infunden el anhelo de ser bueno en lo que resta de vida, de sostener con una conducta ejemplar la paz, mejor será decir la salud de mi conciencia... Reniego ya de aquel propósito y consejo mío de ocultar a Marcela la verdad de tu culpa, pues si con ese artificio ganaríamos bienes terrenales, perderíamos seguramente los eternos. No, no, Nelet; tú estabas en lo cierto y yo en lo errado; tú en la verdad, yo en la mentira; tú procedías como cristiano caballero, yo como un hombre vil... Pero ya no... Ahora te digo que la ocultación, o siquiera disfraz de la verdad, es gran pecado; me paso a tu partido, y en él te fortalezco.

—Pienso amigo mío—dijo Nelet con gravedad—, que esta concordancia de la voluntad de usted con la mía es cosa muy feliz. No hay duda: Dios o los ángeles han andado en ello. Hoy como ayer considero felonía el negar a Marcela mi culpa; mas no teniendo yo valor ni cara para confesarla ante ella, convendría que usted le hablase antes, y de la sentencia que se sirva dar depende mi destino.

—Muy juicioso me parece lo que has discurrido. Yo le hablaré antes, yo le diré... ¡Oh, si te perdonara reconociendo que fuiste víctima de un arrebato!... ¡qué triunfo, hijo! Me da el corazón que

así será, pues los caminos de la verdad siempre llevan al bien.

—¡Perdonarme!—exclamó Nelet, clavando sus miradas en el suelo—. ¡Pues si así fuera...! Pero lo dudo... Ya no veo la cabeza de Francisco Luco diciendo que sí con aquel movimiento fortísimo..., la veo diciendo que no..., así, así..., que es decirme: no hay perdón.

—Basta ya de visiones, hijo. Tus desvaríos me contagian, y estas noches he soñado que también yo cabalgaba por el campo de niños..., sólo que mis nenes, los nenes que yo destruía, no volvían a nacer.

—Pues los míos..., en las noches últimas..., ya no reían, sino lloraban... Vi a Marcela cogiéndolos a puñados y metiéndoselos en el seno... Pero, lo que usted dice: basta ya... No duermo, no quiero dormir; pasaré la noche pensando en que ella viene en nuestra busca y en que le salimos al encuentro. Descanse usted, y yo le llamaré cuando sea hora de partir Voy a despachar a *Malaena* y a dar un pienso a nuestros burros.

Cumplióse con toda puntualidad lo que Santapau disponía, y antes del alba salieron ambos caballeros oprimiendo los lomos asnales, don Beltrán algo remediado de ropa, Nelet bien provisto de armas, pues ignoraban qué clase de gente encontrarían. Anduvieron toda la mañana sin ver alma viviente, entreteniendo las lentas horas con el inagotable y pavoroso tema: «¿Me perdonará?» Llegados al caer de la tarde a una ermita en la derecha margen del río Seco, que era el punto de cita con la embajadora, recibieron de boca de ésta las deseadas noticias. Había dejado a Marcela con sus viejos en el convento abandonado de San Salvador, y allí pasaría la noche en rezos y meditaciones; al amanecer recalaría en el castillo de Horta, donde los señores podían reunirse con ella para seguir juntos a Lledó, o al punto que de acuerdo fijaran. Aumentóse hasta lo increíble la ansiedad de Nelet. ¡Ya estaba cerca! Sólo una noche y un breve espacio de terreno le separaban de la solución del temido enigma: «¿Me perdonará?» Incapaz de todo sosiego, acordó seguir hasta Horta, y en ello emplearon las primeras horas de la noche. Con no poco trabajo pudieron hallar albergue y pienso para los burros y *Malaena* en una reducida cuadra; descansó en el mismo recinto don Beltrán algunas horas, mientras Nelet se paseaba suspirando, a la luz de la luna, en un próximo corral, como caballero que vela sus armas; y antes que fuera de día salieron los dos a pie hacia el castillo, distante sólo del pueblo veinte minutos de marcha cómoda, y situado en un mogote de mediana elevación entre el río y el camino de Bot. Esqueleto de muros despedazados, recompuestos y vueltos a despedazar por sucesivas guerras, era el tal castillo, festoneado de hiedras y jaramagos, y conservando en algunas de sus gastadas piedras cruces y escudos de San Jorge de Alfama. Ponían el pie los dos caballeros en el primer cerco de ruinas, cuando Nelet, asaltado de súbito terror, se paró y dijo a su amigo:

—Pienso, señor don Beltrán, que Marcela se nos habrá anticipado, llegando aquí por alguna galería subterránea que comunica esta fortaleza con el monasterio de San Salvador. La encontraremos más adentro, y es tal mi miedo de verla, o de que ella vea mi cara y mis ojos, que me clavo en tierra sin poder dar un paso hacia adelante.

Trató Urdaneta de devolverle la tranquilidad, negando que hubiese tales conductos por donde pudiera la monja presentarse, al modo teatral y fantástico, y le indujo a no ser temeroso y afrontar con varonil aplomo la entrevista. Mas advirtiendo en él señales de mayor pánico, antes que de entereza, le dijo:

—Y en suma, si no puedes vencer tu aprensión, y persistes en que le hable yo primero y explore su ánimo, manifestándole la verdad que tanto temes, retírate a Horta y déjame aquí en espera de la señora penitente y de los viejos Zaida y Alfajar. Pero ten la bondad de conducirme a un sitio donde pueda yo sentarme, que apenas veo, y no acierto a llevar mis pobres huesos por entre tanto pedrusco.

Condújole Nelet, evitando tropezones, a un lugar despejado con buen asiento, y más medroso cuanto más avanzaba, le faltó tiempo para escabullirse, diciendo a su amigo:

—Parece que la siento ya..., como si subiera por un pozo... Me voy al pueblo. Allí espero mi sentencia... Adiós.

XXXI

Quedóse don Beltrán solito en las ruinas, lo que no era muy divertido para el pobre señor, pues el frío de la mañana le obligaba a requerir su abrigo, envolviéndose bien en el capote que le había traído Nelet. No menos de una hora estuvo rezando, atacado también de vagos temores, semejantes a los de Santapau, y a cada instante creía sentir blandos ruidos que le parecían el roce del sayal de la monja contra las piedras.

—No—se decía—, no sentiré roce de vestidos ni de pisadas. Veré aparecer primero la cabeza, después los hombros, y sin hacer ruido alguno se me pondrá delante...

No veía nada el buen caballero; pero vió amanecer, y distinguió los telones de piedra desgarrados, en el centro de los cuales se encontraba; y cuando reconocía con su menguada vista la decoración, oyó voces efectivas, sílabas vibrantes de mujer y catarrosas de hombre, y... era ella, sí, Marcela, seguida de los enterradores, que aparecían por un hueco de los muros...

—Aquí estoy, hija mía—gritó el anciano gozoso, sin miedo ya. Ligera como una corza saltó la beata por entre las piedras, y fué a besarle la mano al prócer, que besó también la de ella. Entre beso y beso dijo la penitente:

—¿Y Nelet?

—Hija mía, no te asustes—replicó don Beltrán, pesaroso de la mentira venial a que le obligaban las circunstancias—. Está bueno; pero tan delicado en su convalecencia, que no le he permitido abandonar el lecho antes del día. En Horta le dejé, y allá nos vamos en cuanto tú y yo descansemos. Como se fijó este lugar para nuestro encuentro, he venido yo solito para que no creyeras que faltábamos a la cita.

—Pudo usted mandar a *Malaena* y evitarse este madrugón, que no le sentará bien. A su edad, señor mío, no hay que jugar con la salud.

—Verdad, sí..., pero no mandamos a la vieja..., porque..., verás—dijo Urdaneta tartamudeando, pues se le atragantaba la nueva mentira venial que le exigía la situación—. *Malaena* se nos puso anoche mala de un cólico..., de tanta butifarra como comió la pobre... Pues descansemos y hablemos un poquito antes de bajar al pueblo... Siéntate a mi lado... Más cerca..., así. Desde Vallivana no te hemos visto. Hora es ya de que resuelvas. El pobre Nelet espera tu determinación. ¿Has pesado bien el pro y el contra?

—Se asombrará usted—dijo Marcela, vacilando en las primeras declaraciones—, y quizá me tache de ligera...; pero no es ligereza, no, señor..., cuando me oiga..., no sé cómo expresarlo... Pues bien: sabrá que han ahondado en mi ánimo las razones de mis dos amigos y el rendimiento y constancia del pobre Nelet.

—¡Ah, qué felicidad!... Yo esperaba..., en efecto...

—Y a esta mudanza de mi voluntad creo firmemente que no es extraña la voluntad de Dios... Divina es a mi parecer la voz que me incita a querer a Nelet, y a cambiar de vida y vocación... Por santo tengo el matrimonio..., sus votos severos y sus obligaciones nos llevan a una vida eficaz.

—Es cierto. Y ¿has consultado el caso con tu confesor?

—Sí, señor, y me ha dicho que dedicando a una fundación religiosa parte del caudal de mi padre, si sentía honrada inclinación a la vida secular, la adoptase, previas las dispensas de Roma, teniendo en cuenta el trastorno que nos traen estas guerras y revoluciones.

—Y ¿consultaste con tu hermano Francisco? Ante todo sabrás que la noticia de su muerte me ha llegado al alma. Eres ya la única descendiente de Juan Luco, y este hecho debe pesar en tus resoluciones... ¿Tuviste tiempo de consultar con tu hermano el caso extrañísimo de tu cambio de vida?

—¡Ay!; sí, señor..., y mi pobre hermano, que sabía desentrañar lo presente y lo futuro, me aconsejó que abrazase el nuevo estado, pues si grave es el quebrantamiento del voto, debíamos mirar también a la conservación de los bienes de nuestro padre, así raíces como en especie, recogiendo los que aún están esparcidos y librándolos de la perdición. Díjome que él en las propias circunstancias que yo se encontraba, pues habiendo topado en término de Falset con una honesta, discretísima y bella joven, nacida de noble familia, y prendádose de ella, creía que este suceso era como aviso

de Dios, con que le mandaba trocar una vocación por otra, y así, era su propósito no pensar más en vida de claustro, y adoptar las penitencias y dura regla de matrimonio con aquella bendita niña de Falset. Largamente hablamos de nuestro negocio, y él expuso ideas tan juiciosas, que parecen dictadas de la misma Sabiduría. Pensaba que debíamos apartar un tercio del caudal específico de nuestro querido padre para consagrarlo a una fundación pía, y que con los otros dos tercios y los bienes raíces, equitativamente partidos, podríamos constituir dos familias cristianas, dedicadas a servir a Dios y a perpetuar el nombre y patrimonio de Luco. Declaró también que de estos dos tercios metálicos debíamos, en conciencia, retirar una suma para dar cumplimiento a la moral obligación contraída por mi padre con su grande amigo y protector don Beltrán de Urdaneta, fijando, de acuerdo con éste, la cifra prudencial para tan sagrado objeto...

—¿Eso dijo?... ¡Oh Providencia, oh divina equidad!—exclamó el viejo, sintiendo que un rayo penetraba en su alma, trastornándola—. Bien, hija, bien... Pero dime otra cosa: ¿tenía Francisco conocimiento de la pasión que has inspirado a Nelet?

—Ya lo sabía, pues en los comienzos de nuestra conversación se lo dije. Su parecer fué que si yo gustaba de Nelet, le aceptase, pues tiene fama de valiente y leal, aunque algo arrebatado, y posee bastante hacienda en Cherta y Cambrils.

—¡Eso te dijo!... ¿Estás segura de que tal era su pensamiento?

A las manifestaciones afirmativas de la monja contestó el anciano con nuevas alabanzas del poder de Dios. El pobre señor veía más claro; recobraba la vista, y en su turbación no sabía por qué caminos llevar la interesante conferencia. Por fin, salió del paso con esta pregunta:

—¿Cuántos días antes de morir te dijo tu hermano lo que acabas de manifestarme?

—Dos días. Después, el pobrecito siguió a su ejército, y la tarde misma de la batalla de Gandesa, volviendo con otros veinte de cumplir una orden del general, fué sorprendido por una partida de facciosos en retirada, y le asesinaron con saña, vileza y cobardía.

—¡Oh, qué desgracia!... Y sabiendo su triste fin, sin duda por los compañeros suyos que lograron escapar, ¿cómo no supiste quién dispuso y consumó hazaña tan inicua?

—Dijéronme que un capitán o no sé qué, cabeza de aquellos sayones, traspasó a mi hermano con su espada.

—¿De modo que no sabes...?

—No, señor; no lo sé.

—Y si conocieras al matador, ¿le perdonarías?

—¡Oh! Como cristiana tendría que perdonarle; como cristiana, señor... ¿Acaso lo que yo ignoro lo sabe mi don Beltrán...?

Como anillo al dedo venía en aquel punto de la entrevista la temida, pavorosa revelación; mas el noble caballero, señor de tantas torres, no se atrevió a sacarla del pensamiento a los labios. Era hombre; careció del valor necesario para un acto que requería verdadera santidad. Habíase propuesto ser bueno, purificar sus últimos días con virtuosas acciones; mas no era santo, no; no lo era.

—¿Lo sabe usted?—repitió Marcela espantada de su silencio.

Y don Beltrán, sintiéndose a cien mil leguas de la cristiana perfección, dijo en un grave suspiro:

—Hija mía, no sé nada.

Apareció en aquel instante Santapau por entre el hueco de unas altas piedras, y bajando de un brinco, como sillar desplomado con estruendo, gritó:

—Sí, lo sabe; mas no tiene valor para decirlo.

Marcela se levantó bruscamente, como un ave que quiere emprender el vuelo, y saltando sobre piedras, se alejó despavorida.

—Ven, Marcela, ven..., no huyas—dijo Nelet.

—¿Cómo vienes aquí?...—balbució la penitente con sílabas entrecortadas—. ¿Por qué vienes así, en esa forma, que más que de hombre es de demonio?

—Porque lo soy. Demonio del Infierno es quien dió villana muerte a Francisco Luco. Nuestro amigo no tiene valor para decirlo: lo tengo yo.

Horrorizada, Marcela se llevó las manos a las sienes, volviendo la cabeza. Luego cayó de rodillas.

—Levántate—dijo Nelet, acudiendo a ella—. Yo soy el que debe humillarse. Humillado te diré que aunque no merez-

co tu perdón, lo solicito, lo quiero.... Fué una ceguera, embriaguez de sangre..., el maldito hábito de esta guerra, el matar por matar..., por destruir vidas contrarias.

—¡Perdón, perdón!—exclamó don Beltrán, también de rodillas, llorando como un niño.

—¡Monstruo!—dijo Marcela, encorvada, las manos en la cabeza, mirando de soslayo torvamente al infortunado guerrero—, monstruo de maldad!... Como cristiana, te perdono... Pero huye, vete al fin de la tierra, o a donde yo no te vea más... Condenado, no quiero condenarme contigo...; tus miradas corrompen... Yo no quiero verte ni respirar el aire que respiras.

—¡Paz, paz!...—repetía el buen Urdaneta alargando sus flacos brazos—. Hijos míos..., sed cristianos... No habléis de condenaros. Salvaos, salvémonos todos.

Huyó Marcela, y tras ella, saltando de piedra en piedra, corrió Nelet, como anhelante cazador.

—No te acerques a mí—gritaba la monja—. Condénate tú solo; yo no.

Poseído de insano furor, Nelet dijo:

—Solo no. No más soledad. Tú conmigo.

Y viendo a la desdichada mujer buscar refugio tras unas altas piedras como res acosada que se esconde, allí la persiguió, y allí, antes que los atontados viejos pudieran acudir en defensa de su maestra y señora, le dió bárbara y pronta muerte. Retumbó el pistoletazo en la tristísima cavidad del castillo como si todas sus piedras de golpe se derrumbaran. Sobrecogido, exánime, el rostro contra el suelo, don Beltrán dijo:

—Nelet, ¿qué haces?

Pasados algunos segundos de pavoroso silencio, oyó el anciano la respuesta, que fué otro tiro no menos estruendoso y lúgubre que el primero.

Los pobres sepultureros, a quienes el estupor y su propia debilidad senil paralizaron en la fugaz duración de la tragedia, no supieron ni aun requerir sus azadones para impedirla. Al primer tiro, cayó Alfarjar de espaldas con temblor epiléptico. Zaida, más animoso, blandió su herramienta de sepultar, abalanzándose hacia Nelet con móvil de venganza o justicia; mas no pudo anticiparse al criminal, que la hizo rápida y eficaz con su propia mano.

Transcurrió un lapso que ninguno de los tres ancianos apreciar podía. Zaida se llegó a don Beltrán, y tocándole en el hombro, con angustiada voz le dijo:

—Señor, señor, ¿vivimos o morimos?

—No sé, amigo—replicó el caballero, despegando del suelo su rostro—. ¿Vives tú? ¿Qué es esto?... Dame la mano; probaré a levantarme... ¡Ay!, la juventud perece..., a sí misma se destruye. Nosotros, tristes despojos de la vida, aún respiramos... ¿Y para qué? El siglo no quiere soltarnos. ¡ay de mí!

—Señor, nuestro deber ahora no es otro que abrir dos hermosas sepulturas...

—Amigo, no: abramos una sola, hermosísima, y enterrémosles juntos.

Todo el día permanecieron los tres ancianos en el lugar de la tragedia; y cuando se retiraban, al caer de la tarde, consternados y llorosos, oyeron lejano bullicio de clarines y tambores. A medida que iban venciendo con lento andar el camino de Lledó, arreciaba el marcial rumor. A la puesta del sol, Zaida, que era de los tres el que gozaba de mejor vista, distinguió por Oriente, en las áridas colinas de la margen del río Seco, líneas de gente armada, las cuales avanzaban ondulando como serpientes en las curvas del terreno, mitad en sombra, mitad en luz. Eran las mesnadas de vanguardia de la expedición real, que marchaban hacia la frontera de Aragón.

Santander, (San Quintín),
abril-mayo de 1899.

FIN DE
«LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO»

LA ESTAFETA ROMANTICA

I

DE DOÑA MARÍA TIRGO A DOÑA JUANA TERESA

En La Guardia, a 20 de febrero de 837.

Amiga y señora: Por la tuya del 7, que me trajo el seminarista de Tarazona, he comprendido que la mía del día de la Candelaria no llegó a tus manos, o que anda por esos caminos atontada y perezosa; que esto suele acontecer a todo papel que al correo se fía, a quien ahora damos un nombre que le cae muy bien: *la mala*. Repito en ésta, asegurada por la mano de unos ribereños que llevan trigo, lo que te dije en la que se atascó en esos baches, y le añado novedades que han de causarte admiración, como a mí sin que aún podamos afirmar si serán adversas o favorables a nuestro asunto.

Salvo los alifafes con que nos obsequia la edad, a José María y a mí, todos acá disfrutamos de salud corporal, gracias a Dios; pero a los dos viejos no deja de visitarnos la tristeza, ni hallamos fácil consuelo al término desairado de aquellos planes que eran nuestra ilusión. Las niñas están que da gozo verlas, sanas y alegres, como si nada hubiera pasado: Demetria, inalterable en sus hábitos de mayorazga y gobernadora de hacienda; Gracia, juguetona y risueña los más de los días, los menos caída y quejumbrosa.

No he podido sacarle a Demetria razones claras de su negativa. Otro amor, dices tú. Yo digo que otra inclinación, mas no otro novio... Te aseguro que el sujeto a quien desde el principio tuve por causante de nuestro fracaso lo ha sido sin intención suya buena ni mala. Entre tal sujeto y *la perla de la familia* no se ha cruzado declaración, ni *síes* ni *noes*, ni frase alguna que haya traído o llevado melindres de amor. De los demás pretendientes coterráneos que han presentado con gran encogimiento sus memoriales, hace la niña tanto caso como del canto de los grillos. No la pierdo de vista en casi todo el día y parte de la noche, y sé que para ella no hay *mas sujeto que el sujeto* de quien tienes noticia. No hay otro; no puede haberlo. No sólo es Demetria la misma honestidad, sino la discreción y comedimiento en todo. No digo liviandades, pero ni siquiera coquetismo se ha conocido jamás en ella, ni las presunciones y vanidades de otras. Su carácter grave la induce a permanecer metida en sí guardando sus devociones y querencias sin manifestarlas, engañando su soledad con los quehaceres continuos. A veces, observándola bien, como lo hago yo, se asoma por entre el tráfago de sus ocupaciones una puntita de tristeza, pero la pícara se da prisa a meterla para adentro, temerosa de que se la descubran. Esta es Demetria. Yo, que la conozco, la creo capaz de estar así toda la vida, al menos toda su juventud, si Dios Omnipotente no produce en ella una feliz mudanza.

También te digo que en las dos cartas que aquí se recibieron del sujeto, escritas en Medina y Villarcayo, no hay nada en que se pueda vislumbrar oposición al plan que creímos realizable con las dichosas vistas: leí las tales cartas, como las contestaciones de acá, y te aseguro que no contenían más que las finezas propias de una amistad respetuosísima, expresadas por él con gallarda pluma, por ella con frialdad cortesana y muy decorosa, como de joven soltera que tiene cabal idea de los comedimientos de palabra y de escritura que le impone su estado. Y dicho esto, querida Juana, paso a comunicarte la novedad que motiva principalmente éstos renglones, y que no es otra que las tremendas calabazas

ha dado al sujeto su novia, una tal Aura, que dicen es mestiza de italiana e inglesa. Ya sabes que el caballerito tenía con ella compromiso, y aun creo que mediaba palabra de matrimonio. Ello es que al llegar a Bilbao, donde residía la niña con unos tutores o no sé qué, resultó un gracioso paso de final de comedia. Entró don Fernando, con no poca prisa, acompañando a las tropas vencedoras de la facción, y la primera noticia que tuvo de su ídolo fué que el día anterior se había casado con un primo, miliciano nacional y comerciante de quincalla. ¿Qué te parece? No sé si al caer el telón, después de este final, cogió a don Fernando dentro o fuera del escenario. Creo que se quedó fuera, y ya me figuro su desairada y ridícula situación. ¡Vaya con la niña! Yo te aseguro que él no merece tan feo desaire, pues no hay otro más caballero y delicado. Por juicioso no lo tengo; es de estos que con tanta lectura y la facilidad para discurrir, se llenan la cabeza de viento y piensan y obran a la romántica, según ahora se dice. Pero con todo, no merecía ser plantado en forma tan villana... Y ahora pensarás tú, como yo al enterarme de las calabazas de nuestro amigo, que el rechazo de este golpe ha de sernos desfavorable, porque, naturalmente, desairado el hombre y sin novia, libre ya de su compromiso, buscará en La Guardia el remedio de su tristeza y la sustitución de aquel amor perdido. Piensas eso y lo temes, ¿verdad? Yo también lo temí; pero recordando el carácter de don Fernando se me ha quitado esta zozobra. Tanto José María como yo creemos que no es hombre el señor de Calpena que da fácilmente su brazo a torcer. No es pretendiente de oficio ni buscador de dotes, ni de estos que presentan ante una mujer como Demetria la cara enrojecida por el bofetón de otra mujer. No: el desairado amante no aportará más por aquí; se irá a su natural centro, que es Madrid, donde pocas personas tendrán conocimiento de su descalabro, y podrá dorarlo y desfigurarlo con una mano de romanticismo. Por todo lo cual, querida Juana, estimamos más favorable que adversa la livianísima conducta de esa inglesaitaliana que de un modo tan odioso ha burlado al buen caballero. ¿Nos dejará el campo libre? Así lo creo. Falta que nuesta adorada *perla* y mayorazga entre en razón, y nos rinda su arisca voluntad. Así lo pedimos a Dios en nuestras oraciones mi hermano y yo, confiando en que su Divina Majestad no nos llevará de esta vida sin que veamos unidas las gloriosas casas de Idiáquez y Castro-Amézaga.

José María me encarga te exprese todos los rendimientos de su fineza y buena memoria, anunciándote que en cuanto le desaparezca el achaquillo de la mano derecha, escribirá largo al señor don Rodrigo. A éste darás de mi parte el abrazo más apretado que puedas... Se me olvidaba decirte que sentiré mucho se confirmen tus temores respecto a tu desquiciado suegro, el pobre don Beltrán. ¿Pero es cierto que su desatino ha llegado al extremo caso de abandonaros, escapándose como un colegial y corriendo a tierra de Teruel en busca de dineros?... Ya dije yo, cuando vino acá con vosotros, que el pobre señor no rige ya de la cabeza... Que Dios le conserve y le guíe y le enriquezca, cosa esta última bien distante de lo posible... ¡Siempre el mismo don Beltrán, a quien viene bien llamar ahora *el Grande* por la enormidad de su desvarío! Os supongo disgustadísimos con esta chiquillada del viejo. Llevadlo con paciencia, y estad a las resultas, que bien podrían ser fatales. A Dios, amiga, que te me guarde cuanto deseo.

María.

P. D.—Abro ésta para incluir otra novedad, calentita, de esta noche, y aquí la meto juntamente con la sospecha de que pueda tener alguna relación con nuestro asunto. En la tertulia de las niñas han hablado de un caso doloroso, en Madrid ocurrido días ha, y que no sé si ha venido en el descaro de los papeles o en la reserva de cartas particulares. Ello es que se ha suicidado, pegándose un tiro en la sien, un joven de talento y fama, por despecho amoroso, de la rabia que le dieron los desdenes de su amante, la cual es casada. Digo yo si será... El nombre del criminal ninguno de nuestros tertulianos acertó a decirlo: sólo aseguraron que era hombre de pluma y firmaba sus escritos con nombre supuesto; que figuraba entre los llamados románticos, y qué sé yo qué. No estoy bien segura de saber lo que significa esto del romanticismo, que ahora nos viene de *extranjis*, como han venido otras cosas

que nos traen revueltos; pero entiendo que en ello hay violencia, acciones arrebatadas y palabras retorcidas. Ya vemos que es romántico el que se mata porque le deja la novia, o se le casa. El mundo está perdido, y España acabará de volverse loca si Dios no ataja estas guerras, que también me van pareciendo a mí algo románticas. Pues bueno: al oír la noticia, observé que Demetria palidecía, y en seguida me puse a atar cabitos. Nuestro *sujeto* es romántico, y sus ideas no van por lo corriente y natural, como nuestras ideas: nuestro *sujeto* debió de parar en Madrid de la carrera que tomó al recibir las calabazas: nuestro *sujeto* ha sido plantado por su novia, que le amó de soltera y le despreció casada; nuestro *sujeto* usaba también remoquete, pues nadie me quita de la cabeza que Calpena no es su verdadero nombre..., y en fin, corazonada, hija, corazonada. Veremos si acierto. También te aseguro que mientras ataba cabitos, mi sentimiento era muy vivo..., pues el *sujeto*, romanticismos aparte, es digno del mayor aprecio. No he podido dormir en toda la noche pensando en aquella hermosa vida cortada por sí propia en un arrebato. Si es, porque es, y si no, por quien sea, pordónele Dios, y ojalá entre el disparo y la muerte tuviera el pobrecito espacio para un soplo de arrepentimiento... Vuelvo a cerrar ésta, que ya vienen por ella los que han de llevármela bien segurita. Vive y manda.

II

DE LA SEÑORA MARQUESA DE SARIÑÁN A DOÑA MARÍA TIRGO

Cintruénigo, 1 de marzo.

Amada Mariquita: Por desgracia nuestra, de cosas muy diferentes de las que contiene tu carta tengo que hablarte en esta mía, que escribo en la mayor desolación. Si no ha llegado a vuestra noticia la grande novedad de acá, sabe que nuestro pobre don Beltrán, arrastrado lejos de su casa por el desatino de su imaginación, ha tenido el triste fin que Dios reserva a los cortos de juicio y anchos de ambiciones. El infeliz anciano, que a nadie quería someterse, ha perecido en el primer tropiezo de sus descarriadas aventuras. Llegó sin novedad a Caspe, donde fué alojado por el amigo don Blas; de allí se trasladó a la villa de Alcañiz, partió después en dirección desconocida, a pie, sin más compañía que la de uno de los chicos que llevó de aquí, y antes de que supiéramos el objeto que en tal correría le guiaba, hemos sabido que, cogido por los carlistas en las inmediaciones de un pueblo que llaman la Codoñera, fué llevado a Valderrobles, donde recibió bárbara muerte. Ya puedes figurarte nuestra consternación al tener conocimiento de esta tragedia, castigo superior a los yerros del *primer noble de Aragón*. Purificado por su martirio, Dios le habrá acogido en su santo seno. Era don Beltrán quisquilloso y díscolo, y además el primer manirroto que se ha conocido desde Moncayo al Pirineo; mas no se le podían echar en cara bajas acciones. Teníamos nuestras disidencias, eso sí, por ser mi carácter totalmente distinto del suyo; reñíamos con más acritud que saña por la cosa más ligera; mas nuestras reyertas no tenían hiel: era como un bromear algo vivo, y nada más. El me llamaba a mí *doña Urraca*, zahiriendo con este nombre mis hábitos de arreglo; yo le llamaba a él *don Gastón*... Pues me pesa, sí, pésame haberle dado este mote, que expresa nobleza y vicio de prodigalidad. ¡Pobre señor, pobre viejo..., y cómo se acordaría de la paz y el regalo de su casa; cómo nos echaría de menos en el desamparo, en las agonías de aquella muerte inicua! ¡Que mis lágrimas le hayan suavizado el camino para subir hasta la bienaventuranza eterna; que Dios haya tenido en cuenta sus cualidades generosas, su hidalguía y demás prendas de caballero!

Pasados los primeros instantes de nuestro duelo angustioso, determinó Rodrigo que las exequias fueran solemnísimas y de nunca vista suntuosidad, como a tan esclarecido difunto correspondía. Ayudados por nuestro buen amigo y capellán el párroco de esta villa, que deploraba no tener a su disposición todo el golpe de clerecía que para el caso era menester, expedimos propios a Tarazona y Calahorra solicitando la asistencia de los excelentes amigos de la casa en aquellas insignes diócesis, y gracias a esto hemos tenido la satisfacción de ver en nuestra parroquial de San Juan veintitantos señores canónigos, abades y racioneros, sin contar con los can-

tores y músicos que reunimos, agregando a los de aquí los de la colegial del Santo Sepulcro de Tarazona. Con tal concurso de señores sacerdotes, ya puedes figurarte la magnificencia de las honras y la edificación y devoción con que a ellas asistió todo el pueblo. Ofició el señor arcediano de Tarazona, don Froilán Calixto, a quien conoces, asistido del doctor don Juan Crisóstomo de Montestrueque, canónigo entero de la colegial de Borja, y don Francisco Viruete, racionero medio de Calahorra. Entre los que concurrieron, citaré los más granados: el doctor don Pedro de Clavería, abad del Burgo de Alfaro y canónigo entero patrimonial; el arcediano de Berberiego, don Roque Tricio; don Miguel de Paternina, vicario y teniente foráneo; don Alonso de Herce, prior y canónigo medio de la colegial de Albelda; don Ventura de Armañón, canónigo cuarto de frutos en la colegial de Nájera; el chantre de Tarazona, don Juan Clúa; el provisor y vicario general, don Francisco Tris; el prior del Santo Sepulcro de Jerusalén, de Tarazona, y alguno más que se me olvida, de fijo, pues mi cabeza, como puedes suponer, con el barullo de estos días, no anda tan firme como yo quisiera. Tenemos la satisfacción de que no se han visto por acá funerales más lucidos; no les llevará mejores ni con más decoro de personal un infante de España, y si nuestro pobre *don Gastón* los viese, él, tan amigo de la pompa en los actos públicos, habría quedado muy satisfecho. Por causa de sus achaques no pudo asistir el prelado de Tarazona; pero nos escribió una dulce y consoladora carta, que nos fué de grandísimo consuelo, por su ausencia. Nada quiero decirte de la hermosura y alteza del túmulo ni de la prodigiosa cantidad de cera que en torno de él ardía, dándole apariencias de monte de plata y oro refulgente: en ello puso sus cinco sentidos nuestro buen párroco don Mateo Palomar, que mandó construir la carpintería del catafalco y colgó en ella los paños más ricos, con bordados y flecos, que facilitan las monjas de la Trinidad de esta villa. En fin, Mariquita mía, que todo se ha hecho noblemente, como nos correspondía, y Rodrigo y yo estamos muy aliviados de nuestra tristeza con la satisfacción de haber cumplido este deber, sin que nos duela el excesivo dispendio ante tan sagradas obligaciones. Rodrigo, que lleva cuenta minuciosa de todo, me ha dicho que sólo la traída de los cantores de Tarazona y el emolumento de los de aquí monta mil trescientos veintisiete reales... A este respecto, figúrate lo demás.

Bien comprendes que no habré estado ociosa estos días, pues he tenido que poner mesa para todos los señores dignidades, canónigos y racioneros que han tenido la dignación de asistir a las honras. La víspera del ceremonial no pude sentarme en diez horas seguidas, y a mi servidumbre tuve que agregar tres mujeres de las más amañadas del pueblo. Ello había de ser de lo más opíparo, conforme al lustre y nombre de la casa, y más valía pecar por carta de más que por carta de menos. Ayer, al salir el sol, ya llevaban mis pobres huesos hora y media de trajín, y la función religiosa no pude gozarla entera, pues antes de que sonaran los piporrazos finales tuve que venirme a casa con mi gente a dar los últimos toques a la mesa, puesta con la friolera de veintiséis cubiertos. Nada te digo de la mantelería, pues ya sabes que ésta es mi pasión y que, gracias a Dios, conservo piezas que no tienen que envidiar a las del palacio de un rey. De plata repujada ostenté lo que Rodrigo y yo hemos logrado salvar de los derroches del pobrecito *don Gastón*, a quien Dios perdone. Conservamos algunas piezas del riquísimo tesoro de la casa de Urdaneta, y todo lo mío, que no es poco. Grandes apuros pasé para presentar comida digna de tales personajes, y me vi y me deseé para reunir diecisiete pavos, adquiriendo todo lo que en estos contornos había. Pollos tuve bastantes con los de casa, pues de las echaduras del año pasado guardaba más de cincuenta; liebres y palomas encargué a Viruela, y de Borja me trajeron las riquísimas truchas. De bizcochadas y dulcería no me ha faltado lo mejor que hacen estas monjitas y los confiteros del pueblo. En fin, que creo no hemos quedado mal con estos reverendos señores, y, a mi parecer, no se han ido pesarosos de haber tributado este homenaje a nuestra casa. Grandes elogios hicieron de mi mesa y cocina, así como de los ricos vinos blancos y del rancio de nuestras bodegas. A todos les probó muy bien, menos al licenciado Viruete, racio-

nero medio de Calahorra, el cual quiza por algún exceso en la comida, se sintió por la tarde sofocadísimo y hubieron de llevarle a la botica, donde le aplicaron, para destupirle, los remedios del caso. El señor prior de Albelda, con quien hablamos de ti, me encargó mucho que te mandase memorias en mi primera carta: allá te van. Piensa ir a La Guardia antes de quince días: él te dirá si les tratamos como se merecían.

Y vamos a lo nuestro, aunque no me extenderé mucho, porque me llaman mis ocupaciones: el funeral y el convite me han dejado la casa muy revuelta, y primero que vuelva todo a su sitio han de pasar algunos días. Lo de las calabazas, por un lado me complace; por otro, me apena. En ese descalabro de nuestro maldecido *sujeto* veo la mano de la Providencia, que ha querido castigar con cruel desengaño al que a nosotros nos ocasionó turbación tristísima que no merecíamos. La desavenencia que nosotros lloramos págala él con creces y con vergüenza y amarguras mayores que las nuestras. Que se fastidie, que se le lleven los demonios. Pero no participo de la candidez con que estimas favorables las calabazas. No, Mariquita, no; ése vendrá ahora contra la *perla*, haciéndose el inconsolable y buscando que ella le consuele; y la niña, con toda su bondad y dulzura, se os volverá romántica, o loca, que viene a ser lo mismo. Créelo: así será. Tú y don José María sois muy angelicales y todo lo veis por el lado risueño y feliz. Enteramente angelical es esa idea tuya de que don Fernando nos va a dar el *rasgo* de ausentarse para siempre, extremando su delicadeza. No, hija, no; basta que sea romántico para que proceda de un modo contrario a lo que piensas. Verás cómo trata de aplicar a su descalabradura el ungüento prodigioso de Castro-Amézaga, sabedor de que la niña lo administra bien y lo aumenta cada año.

Y a propósito de romanticismo, Mariquita mía, ¿estás en Babia? El que se ha suicidado en Madrid es Larra, un escritor satírico de tanto talento como mala intención, según dicen, que yo no le he leído ni pienso leerlo. Las señoras, a sus quehaceres en casa, y si hay algún ratito libre, a buscar buenos ejemplos en el *Año Cristiano*. Déjame a mí de sátiras que no entiendo y de literaturas que siempre traen algún venenillo entre la hojarasca. Pues sí: ese desdichado firmaba sus escritos, que no sé si eran en prosa o en verso, con el apodo de *Fígaro*, nombre de un barbero que hubo en Sevilla, según me dice Rodrigo. Se mató por contrariados amores con una casada. ¡qué abominación!... Mira: al leer esto, que no va con buena gramática, cuida de no confundirte: el que se pegó el tiro no fué el barbero, sino el satírico. Dios le haya perdonado. Déjate de atar cabitos, que nada tiene que ver el muerto de allá con el calabaceado de Vizcaya.

Está de Dios que yo no acabe esta carta, pues al querer ponerla fin se me ocurre decirte otra cosa, y ella es tal que no la dejo, no, para otro día. Hoy hemos entrado Rodrigo y yo en el cerrado cuarto de don Beltrán para hacer inventario de lo que allí guardaba el pobre viejo y poner mano en sus papeles. ¡Ay Mariquita, qué cosas hemos encontrado en la caverna del primer noble de Aragón! Mi primer impulso fué entregar al Santo Oficio su colección de retratos de mujeres; pero hay entre ellos algunas miniaturas preciosas, y eso los ha salvado del auto que merecen. Siempre fué el arte abogado del maleficio. No pude resistir a la tentación de examinar algunos. La mayor parte representan hermosuras francesas o españolas afrancesadas del tiempo del Imperio, con aquellos trajes ceñidos, enseñando las carnazas del cuello, de los hombros y algo más... ¡Hija, qué indecentes! Dice Rodrigo que son damas; pero yo digo que son otra cosa, porque en mi tiempo y en Aragón se vestían las señoras con cierto desavío parecido a la desnudez; pero la que era verdaderamente honesta se tapaba, sin estar por eso menos a la moda. Examinados los retratos, sacamos de las papeleras paquetes de cartas. Entre diversos legajos que no contienen nada de interés, hallamos el archivo de Satanás: cartas de enamoradas; de seducidas, de amigas confianzudas, de bribonas que se titulaban amigas. ¡Qué horror! Muchos de estos documentos históricos están en francés. Propuse quemarlo todo; pero Rodrigo defendió la conservación del archivo con argumentos tan juiciosos, que logró convencerme. Dice que entre aquellos papeles los hay de gran interés para los que coleccionan autógrafos o para los

que allegan datos personales con que escribir la Historia. Total: que en París o Londres, y en Madrid mismo, hay quien paga en buena moneda las cartas de celebridades, ya sean de *monsiures*, ya de madamas notadas por su belleza. ¡Sabe Dios lo que podrá valer el archivo del pobre *don Gastón*, que, además de lo que te digo, contiene esquelas y aun largas epístolas de hombres que han dado mucho que hablar! ¡Figúrate que hay un billetito de convite firmado *Bonaparte!* Del vizconde de Chateaubriand vi algunos pliegos, y de una que llamaban *madama Récamier*, o cosa así, de Talleyrand, del príncipe de..., ea, no sé escribirlo... En fin, hasta de cardenales tenía cartas mi suegro; dos de ese Lamartine, tres de un cómico a quien llamaban Talma y una de *lord Vellinton*.

Por último la emprendimos con los libros, en grandísimo número, algunos muy buenos, superiores, de Historia y letras profanas, otros endemoniados, novelas, artes de amor, aventuras galantes, escenas picarescas, broza, hija, materia infernal que yo habría condenado a la hoguera; pero Rodrigo no está por quemar nada, pues, según dice, el libro que no es valioso por su contenido, lo es quizá por el lujo y la rareza de la edición. Consérvese, pues, todito, y archívese y catalóguese.

¡Y ahora resulta que quien no deja a sus herederos ni especie metálica ni bienes raíces, les beneficia con el propio matalotaje de sus hábitos viciosos. ¡Hija, la Providencia...! Libros devotos de los mejores poseía también; pero de poco le sirvieron para mejorar de costumbres, porque nunca los leía ni por el forro. Dios le haya perdonado. Sin duda le habrá valido su buen corazón, que en verdad lo tenía excelente, excelentísimo, y debemos creer que sus frivolidades y falta de celo no serán parte a privarle de la eterna gloria que con alma y vida le deseo. Que tú y José María me lo encomendéis y recéis por él. De todos los que nos honran con su amistad esperamos el mismo favor.

A mis niñas les dirás que sigo enfadada, muy enfadada; pero que no las quiero mal. Deseo vivir mucho para ver por mis propios ojos la felicidad que encontrará Démetria fuera de la que nosotras le hemos propuesto y ha menospreciado. Que me escribas pronto todo lo que ocurra. Dios te me guarde y prospere como ha menester tu amante amiga,

Juana Teresa.

III

DE DON JOSÉ MARÍA DE NAVARRIDAS AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE SARIÑÁN

La Guardia, 16 de marzo.

Ilustre amigo y dueño mío: ¡Que no fuera este papel ave ligerísima que de un vuelo llegase a las nobles manos de usted, y con ella mi alegría, mi felicitación, mis gritos de júbilo! Pero no, no seré yo el primero que a Cintruénigo comunique la fausta nueva, pues ya por diferentes conductos sabrán ustedes que nuestro don Beltrán vive, que fué mentira la noticia de su fusilamiento. Acábese el duelo; huya la tristeza de la ilustre morada, y las campanas que días ha sonaron con fúnebre clamor repiquen ahora con toque de triunfo y alborozo. ¡Ay, qué alegría tan grande, mi señor don Rodrigo! ¡Mi señora doña Juana Teresa, yo estoy loco de contento!... Abrácenme ustedes, abrácenme todos en espíritu, ya que a tan larga distancia no podemos hacerlo corpóreamente, y juntemos y confundamos nuestro gozo en una sola exclamación: «¡Ay, qué felicidad!...» Ha deshecho la impostura mi amigo y ahijado Nicasio Pulpis, de quien acabo de recibir carta en que me notifica el falso rumor de la muerte de don Beltrán en la Codoñera, agregando que fué equivocación o trastrueque de nombres. Bueno y sano estaba el prócer en Utiel y muy considerado de Cabrera, que le sentaba todos los días a su mesa y no hacía nada sin consultarle. Incluyo la carta de Pulpis para que ustedes gocen en su lectura y lloren sobre ella de alegría, como he llorado yo. Esta resurrección de nuestro anciano viene a confirmar la idea que con tanta gracia como tesón solía manifestar, y era que él tenía hecha la contrata o asiento de un siglo de vida, y que, por tanto, lleva forrado el cuerpo de una costra de confianza que no traspasan balas ni epidemias. El cólera le mira con miedo y la muerte vuelve la vista cuando a su lado pasa. ¡Viva, pues, don Beltrán, y viva

con su pepita, con los defectillos y púas de su carácter, los cuales no empecen para que le admiremos y le queramos todos. Bien sé que ustedes le adoran. ¿Cómo no, si es tan bueno, aunque pródigo? Y mi señor don Rodrigo, penetrándose bien de la lección que nos dió nuestro Divino Maestro en su admirable parábola, dirá: «Traed un ternero cebado, y matadlo y comamos, porque este mi abuelo era muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido hallado.»

Ya sabrán ustedes que el día 6 le hice mi funeral, todo lo que aquí puede hacerse, y entre los coadjutores y yo le hemos aplicado como unas nueve misas. Nada de esto vale. Mejor. Dios quiere que el señor don Beltrán el *Grande* nos entierre a todos... Cedo pluma y papel a mi señora hermana, que me da prisa para tomar su vez en la demostración de nuestro júbilo por el feliz suceso. Vivan todos mil años, repito, besando las manos de usted su muy obligado servidor y capellán,

José M. de Navarridas.

IV

DE DOÑA MARÍA TIRGO A SU AMIGA DOÑA JUANA TERESA

(Incluída en la anterior)

Hoy, lunes, 16.

Ya decía yo, mi amante amiga, que os habíais corrido con harta precipitación a celebrar el funeral, dando por verdaderas las primeras noticias que recibisteis. Os movió a ello, sin duda, vuestra gran piedad y el deseo de ayudar al buen viejo, con vuestro sufragio, en la reparación de su alma. No necesito decirte cuánto nos hemos alegrado de que viva el noble señor y de que aun tengáis que sufrir alguna de sus impertinencias, propias de la edad. Mil y mil felicitaciones, amados Juana y Rodrigo, por la vuelta del pródigo *don Gastón*. Pero se me ocurre que si continúa tu suegro en lo que llaman el *teatro de la guerra...*, que teatro había de ser para mayor perversión..., no esté su vida muy segura, pues allí fusilan a cada triquitraque, y a muerte natural le exponen, además, sus años cansados y las penalidades, ajetreos y hambres que ha de sufrir. Manda, pues, que se conserve todo lo que se preparó para las frustradas honras, catafalco, blandones y demás, y si por desgracia viniese con veras lo que antes vino con engaño, cumples disponiendo un ceremonial decoroso y modestito, evitando esa traída de señores eclesiásticos, buena cosa para una vez, como demostración de la nobleza y poderío de tu ilustre casa.

Las niñas me encargan os exprese su alegría por esta felicidad de la resurrección del caballero. Las pobrecitas lloraron por su falsa muerte, y ahora no caben en sí de satisfacción: le querían, le quieren; se encantaban oyéndole cuando aquí estuvo con vosotros, y celebraban el recreo y finura de su conversación y su especialísimo donaire para obsequiar a las damas, cualidad en que nadie le iguala debajo del sol. «¡Viva don Beltrán! — clamaban Demetria y Gracia, batiendo palmas—. Quisiéramos tenerle aquí para darle las dos a un tiempo, cada una por su lado, un abrazo apretadísimo.»

Y paso a nuestro asunto. Sabrás, mi buena Juanita, que el pájaro, o llámese sujeto, ha parecido. No es que esté aquí, ¡Jesús! Por acá no ha venido, ni creo que venga; pero sabemos dónde está. Después de muchas vueltas de un punto a otro de Vizcaya, buscando en quién descargar su cólera por el chasco sufrido, ha ido a parar, ¿adónde crees?, a Villarcayo. Allí le tienes hospedado tranquilamente en la casa de tu cuñada Valvanera. No es mal sitio para reposar de tantas fatigas y digerir las enormísimas calabazas. Pues de su presencia y descanso en tierra de Mena tenemos noticia por Sabas, un criado de casa que se llevó de escudero; y aunque todavía sigue a su servicio, ha venido a ver a su madre enferma y sacramentada. Una cosa rarísima, querida Juana: Sabas no ha traído carta del sujeto para las niñas ni para nadie de esta familia. Cuenta que tan sólo le encargó dar a todos la más finas expresiones. Mi hermano, muy contento de saber que vive y está bueno don Fernando, ha dado en la tecla de escribirle pidiéndole noticias de su vida y milagros en todo este tiempo. Yo he dicho a José María que, persistiendo en nuestra buena memoria del señor de Calpena, por el servicio que prestó a las niñas sacándolas de Oñate,

debemos abstenernos de entrar ahora con él en relaciones de cartitas y bobadas, pues ya cumplimos con lo que nos mandaba nuestro agradecimiento. Que en esto del daca y toma de cartas se sabe dónde se empieza y no dónde se concluye; y hasta podría ser que se nos plantara aquí y no tuviéramos más remedio que alojarle en casa de las niñas o en la nuestra. No, no; bien se está San Pedro... en Villarcayo. Te pasmarás si te digo que tratando ayer en la mesa de este punto grave, de si convenía o no escribirle, y manifestándonos José María y yo de contrapuestos pareceres. Demetria apoyó mi opinión. A esta niña no la entiende nadie.

Tienes razón: he sido una simple al querer atar al cabo de la muerte del satírico madrileño con este otro cabo suelto de acá. Creía yo que las mismas causas podían dar los mismos efectos; pero mirándolo bien, hay menos semejanza entre los dos de lo que a mí me parecía. El de Madrid usaba, en efecto, nombre de un barbero para firmar sus romanticismos prosaicos. Demetria, que conserva todos los libros de la biblioteca de su pobre padre, a quien en otra forma mató el romanticismo, ¡Dios le tenga en su santa gloria!, está muy enterada de todo esto y dice que el difunto suicida era un hombre que con su propio pensamiento, como la cicuta, se amargaba y envenenaba la vida. A este propósito mostró Demetria un libro ya por ella leído, y que pensaba leer de nuevo, en que otro romántico de los más gordos pone el ejemplo del enamorado que se mata por tener la novia casada. Llámase *Las cuitas del joven Uberte*, o cosa así, y ello es una historia muy sentimental y triste, porque el hombre no se conforma con su suerte y está siempre buscándole tres pies al gato, hasta que le da la idea de pegarse un tiro, lo cual debo condenar por garrafal tontería, a más de condenarlo por pecado execrable. ¡Vaya unas abominaciones que se escriben! Tu suegro debió de conocer al autor de este libro, un tudesco de nombre muy atravesado, que parece vizcaíno, así como *Goiti* o *Goitia*. Entiendo yo que Demetria ve más emparentado al don Fernando con el personaje de esta historia, fingida o real, que con el melancólico y desesperado muerto de Madrid. Ella no dice nada; pero se lo conozco y me da mala espina esta afición que ha sacado ahora por la literatura, prefiriendo la sentimental y de lloriqueos, tristezas y desastres, pues no sólo anda resobando al tal *Uberte* o *Güerter*, sino también a otros libros y novelas de amores contrariados, siendo más extraña esta afición cuanto que siempre fué perezosa para toda frivolidad. Ahora la ves agrandando cada día los ratitos perdidos, o sea los que consagra a este entretenimiento de los libros que me parece son prohibidos, si bien entiendo que por dañosos que sean no han de causar malicia en entendimiento tan claro y voluntad tan sana como la suya. Las de Alava le han traído una historia escrita por ese que se mató y que se titula *El doncel de no sé qué rey*, y otra de un autor escocés que tú conocerás: yo no acierto a escribir su nombre. Estaré con cien ojos, a ver en qué paran estas lecturas. A Dios, que te me guarde muchos años.

María.

V

DE DON FERNANDO CALPENA A DON PEDRO HILLO, PRESBÍTERO

Villarcayo, 28 de febrero.

Aquí me tienes, ¡oh insigne Mentor y capellán mío!, aquí está tu Fernandito, que, determinado ya, por el rigor de sus desdichas, a no tener voluntad propia, abraza la orden de la obediencia y se convierte en materia pasiva, a quien gobiernan superiores, indiscutibles voluntades. Quien manda, manda. Mi supremo tirano (cuyas manos mil veces beso) dice: «Que vaya el niño a Villarcayo.» Pues ya tienes al niño camino de la villa menesa. «Que se aloje el chiquitín en casa de Maltrana, donde será bien recibido y agasajado.» Pues aquí está gustando las delicias de una hospitalidad amorosa. Hoy no tiene tu discípulo más goce que renunciar a todos los que de su propia iniciativa pudiera esperar, ni más orgullo que la humildad, ni más albedrío que el no tenerlo, ni más independencia que la absoluta sumisión al gusto y ordenanzas de los que quieren y, por lo visto, deben mandar en él. Cuando un hombre se equivoca en el grado de mis equivocaciones; cuando las propias iniciativas

salen de tal modo frustradas, justo es que imponga a su torpe voluntad esta penitencia de la radical anulación.

Sí, sí, mi amado sacerdote; esta bribona de mi voluntad ha de pagarme la que me ha hecho: condenada la tengo a desempeñar por ahora en mi vida un papel semejante al de los diputados que no dicen más que sí y no, según las órdenes del Gobierno. Y que no me va mal, gracias a Dios, en el nuevo régimen, de mi pasividad o vida boba, pues en este Limbo en donde la autoridad me confina, estoy a qué quieres boca, tan mimadito y agasajado que sería yo la misma ingratitud si me quejara.

Y ¿ahora sales, ¡oh amigo maleante!, con la gaita de que te cuente los pormenores de mi atroz caída y de la catástrofe de mis ilusiones? Francamente, me encuentro muy tranquilo en este descanso, y no me hace maldita gracia volver sobre sucesos que más son para olvidados que para referirlos. Aun no se ha disipado la turbación que en mi alma produjeron, ni el despecho rencoroso, ni la vergüenza, que vergüenza he sentido y siento, de tan inaudito desaire. Pero ¿tú qué entiendes de estas cosas, hombre solitario, apartado por tu ministerio de la mala compañía de las pasiones? Si en ello insistes, y a todo trance quieres que yo mismo te pinte mi caricatura, lo haré; mas deja que mi espíritu se sosiegue y que mi amor propio se cure sus heridas, ya que va mejorando de las magulladuras y cardenales. Conténtate en estos días con lo que desde Balmaseda te escribí, dándote la tríste síntesis del desenlace de mi drama, el cual habrás silbado, porque lo merece, como final sin lucha, sin solución ni catástrofe, terminado en las tablas por un monólogo de desesperación, mientras dentro suenan voces y canturrias de epitalamio... Ya habrás comprendido que no me pegué el tiro mortal ni tuve intención de ello... Y a propósito, hombre: cuéntame lo del pobre Larra. Algo más habrá de lo que se dice por aquí. ¿Fué por la de C...? Y en el entierro, ¿qué? ¿Fuiste tú? Mándame los versos de ese nuevo poeta.

Quedamos en que mi tristísimo y pedestre desenlace se guarda, por ahora, inédito. Ya me lo he silbado yo. Guarda tus pitos para mejor ocasión. Y porque no te quejes de mí, satisfaré tu curiosidad, más de monja que de clérigo, dándote noticias de la hidalga familia en cuyo seno he rendido mi voluntad obediente al supremo mandato.

Al ir hacia Bilbao..., y más me hubiera valido meterme en el mismo Averno, hice conocimiento con esta noble familia. Llevóme a su casa de Medina de Pomar el papá de la señora, don Beltrán de Urdaneta, cuya interesantísima figura histórica y social te describí ligeramente en mi primera carta de Balmaseda. Obsequiado fuí entonces por el señor Maltrana y su esposa, moviéndoles a ello el cariño que me tomó el primer caballero de Aragón, a quien entré por el ojo derecho; pero mayores han sido ahora los agasajos, sin que pueda de tales extremos darme explicación: para encontrar alguna tengo que recurrir al misterio que me rodea desde que entré en ese Madrid de mis pecados. Me han tomado por su cuenta las hadas, y pienso que las de Madrid tienen buenos compinches en las de Villarcayo. Mientras llega la ocasión de confirmar mi sospecha, *soñeños, alma, soñemos.*

Bueno. Sabrás que el señor don Juan Antonio de Maltrana es un buen caballero, no del cuño histórico de don Beltrán, sino de esta nueva caballería que se va creando ante nuestros ojos, transacción del rancio españolismo con las novedades del pensamiento francés. Liberal templado, adora el justo medio; detesta por igual el absolutismo y las revoluciones; cree que por componendas se obtendrá la paz de los espíritus y el bienestar de los pueblos; que debemos buscar el compadrazgo de la religión y la filosofía de la libertad y la autoridad; y para que todo sea bienandanza, la reconciliación del romanticismo con el clasicismo dará los mejores frutos tos del arte. Hombre rico, espera que salgan a la venta los grandes predios que fueron de monacales para comprarlos. Entrevé el desarrollo de la riqueza, la asociación industrial, las máquinas agrícolas, el papel moneda y otras muchas cosas que aguardan el último tiro de la guerra para pasar el Pirineo. Sus ideas no son luminosas, son propiamente sensatas, producto de la fácil asimilación, que no es lo mismo que el estudio. Su palabra es fácil, gramatical, opaca, comedida en las disputas; su elocuencia, propiamente ilustrada, muy propia para unos tiempos en que la política es

el arte de un conversar ameno sobre todas las cuestiones. Desea el hombre ser diputado, y lo será; y si no se planta en los primeros puestos, tampoco se quedará en los últimos. Para dártele a conocer físicamente, te diré que se parece bastante a Salustiano Olózaga, pero con más años: la misma hermosura de ojos; talla y aire majestuosos, cierta presunción o contento de sí mismo, don de gentes, cortesía exquisita.

De su mujer te diré que, sin ser hermosa que digamos, cautiva más que si lo fuera, por su gracia, su afabilidad, su señorío, maravillosamente fundido con la llaneza. Como no la conoces, amado clérigo, no has visto la encarnación del buen gusto; eso es Valvanera: el buen gusto convertido en mujer, digo, en señora, pues no hay otra que mejor merezca tal nombre. Hasta en los actos más insignificantes se revela su cualidad suprema, el don de la forma. Me encanta verla dar de comer a sus hijos pequeños; si la oyes reñir a su criado, quisieras tú ser el reñido; y si por algo te reprende, no tienes más remedio que darle las gracias. Creerás que es una señora de pueblo, de esas que a la ranciedad de la nobleza y de las costumbres unen la tosquedad que da el vivir constante en villas de corto vecindario. Pues te equivocas; nacida en noble cuna, educada en los mejores colegios de Francia, Valvanera es verdaderamente *castellana* en el sentido feudal de este término; verás en ella el aire campesino y la singular majestad que dan la cuna y la educación esmeradísima. Doce años hace que vive aquí. No echa de menos el bullicio de Madrid ni la elegancia parisiense, adora la residencia oscura donde ha criado a sus hijos y comparte con su marido el gobierno de una inmensa propiedad. Suelen bajar a Burgos por temporadas, y a Bilbao algún verano. Viven como príncipes; se sienten superiores a los que gastan su existencia y sus riquezas en las grandes ciudades, con escaso provecho del espíritu y fugaces placeres. Esta nobleza campesina se va concluyendo, mi querido Hillo, por la concentración de las principales familias en las llamadas cortes. Permanecen desperdigados en las villas algunos hidalgos adheridos al terruño, tan ordinarios ellos como sus esposas, atacados ya de la nostalgia de los centros populosos. El día en que se queden solos en el campo los pobres colonos y cultivadores de la tierra, vendrá la consunción nacional. Por esto admiro a Valvanera, que, notando en su esposo cierta tendencia centrípeta, trata de retenerle; ella es centrífuga, un tanto melancólica por la influencia de las soledades agrestes. Te aseguro que yo también me voy volviendo centrífugo. Por de pronto me hallo muy bien aquí y bendigo la mano que me ha confinado en este dulce presidio.

Bueno, bueno, mi querido Hillo..., ¿de qué estábamos hablando? ¡Ah!, ya me acuerdo: de que me gusta el sosiego campestre, esta vida de *château*, esta aristocracia labradora, *a la extranjera*, porque, pásmate, el vivir un noble en sus propiedades rurales ha venido a ser rareza exótica y hurañía extravagante... Paréceme que al llegar aquí dirás que me estoy poniendo enfadoso con esa novísima *postura*, que creerás afectada, como entusiasmo caprichoso semejante al *furor* de las modas. Piensas que distraigo mi hastío aficionándome a lo que en elegancias se llama *la última*. No, hijo, no; es viejo en mí el gusto de la nobleza campesina, una de las hermosuras que vamos perdiendo, para convertirnos todos en desabridos señoretes de la Corte. Pero no sigo, no. Te veo haciendo guiños, deseoso de que te hable de cosas más gratas, y a ello voy, clérigo; aguarda un momento. Conociendo tus aficiones, te pongo delante a las dos niñas de Maltrana, Nicolasa y Pepita, tiernas y lánguidas, como a ti te gustan; desaplicadas, para que sus encantos sean mayores, rebeldes a la educación clásica; la una de dieciséis años, de catorce la otra; inflamadas ambas en el santo horror de la gramática y de la aritmética; delirantes por el baile, por las comedias, que apenas han visto; por la sociedad, que desconocen, pues sus iguales no existen por acá; inocentes aún y cerradas a toda malicia. ¡Dios así las conserve!; obedientes a sus padres y de correctísima crianza moral, bonitas, algo traviesas y juguetonas, y no las llamo ángeles porque desconfío de los ángeles terrestres, y cuando veo algunas niñas con alas, digo, como el loco: «Guarda, que es podenco.»

Han hecho los Maltranas cuanto en lo humano cabe para dar a sus niñas, en la estrechez de esta vida rústica, la edu-

cación que a su clase corresponde. Un aya francesa las acompaña constantemente y las enseña idiomas y el código de las etiquetas sociales; un preceptor les llena la cabeza de principios científicos y de conocimientos históricos; un maestro de música traído de Zaragoza, y otro de baile que de Bilbao viene por temporadas, las instruyen en las artes llamadas *de adorno;* y con esto y el cuidado de su buena madre, serán dos mujercitas bien dispuestas para la vida en altas esferas. ¿Cuál será su suerte? Presumo que no ha de ser buena, y me contrista verlas tan gozosas de la vida presente, desconociendo la verdad de la humana desdicha. Las casarán con mayorazgos de campo, con militaritos bien apadrinados que lleguen pronto a generales, quizá con algún *título* de Madrid, y en cualquiera de estas posiciones serán desgraciadas, contribuyendo a ello su educación misma, que les abre los ojos a toda la miseria y podredumbre del cuerpo social. ¡Venturosos los ignorantes, los que se mantienen del fruto que se arranca de la tierra o que se extrae del mar! Sí, sí; estoy pesimista, mejor dicho, lo soy, y todo lo veo negro, no porque finjan caprichosamente la negrura mis ojos turbados, sino porque lo es. Sí, querido capellán, todo es del color de tu sotana, y lo poquito que colorea y fulgura imita el viso de ala de mosca que tienes en ella.

Mayor tristeza me dan las niñas de Maltrana, cuando considero lo endeble de su salud. Azarosa es la vida de sus padres, que si las oyen toser se echan a temblar y a cada instante les mandan sacar la lengua. Probablemente morirán en el paso peligroso de los dieciocho a los veinte años. Sí, hombre, se mueren; no lo dudes ni alardees de una confianza basada en ñoñerías religiosas. Y si quieres que te diga una barbaridad, te la digo. Si se van, como creo, se libran del sufrimiento humano, y eso van ganando. Habrán vivido tan sólo en la época feliz, o que lo sería sin el martirio de las lecciones y del odiado estudio, que no ha de servirles para nada. Figúrate el jugo que sacarán en la otra vida de sus conocimientos gramaticales de acá. ¡Tanto mortificarse por conjugar, por construir las oraciones, por escribir correctamente la *ge* y la *jota!* Pues ¿y las nociones geográficas? ¡Qué les importará de nuestras pobres penínsulas, de nuestros ríos y continentes, de si Prusia linda con la Polonia o con sus Batuecas! No, no creo que nuestras sabidurías permanezcan allá, pues la Muerte no sería, como dicen, dulce amiga si al caer en sus brazos no saliera de nuestros cerebros todo este serrín que nos metéis a la fuerza los profesores, amenazándonos con el infierno de la ignorancia, el cual tengo yo por un bonito y cómodo infierno.

Vuelvo a mi asunto para decirte que mi temor de la desgracia de estas niñas no es infundado. El hijo mayor de Maltrana murió tísico, en Madrid, hace tres años, contando diecisiete, y aquí tienes explicado el aborrecimiento de Valvanera a esa Villa y Corte. Los otros hijos son tres varones y pequeñuelos, el mayor de diez años, el chiquitín de cinco. Su raquitismo, malamente combatido con la vida del campo, con los continuos paseos, el estudio y cuidado que en alimentarles se emplea, es el tormento de sus padres. Son inteligentes, muy desarrollados de cerebro, zanquilargos, flacuchos y tan propensos a los enfriamientos, que es gran felicidad que no estén constipados. Siento una pena indecible ante estas tres criaturas: en sus rostros, como en el de sus hermanitas, veo la fúnebre sentencia, que les condena a seguir los pasos precoces del primogénito hacia un mundo que llamamos mejor antes de conocerlo. Yo tengo mis dudas: sólo afirmo que peor que éste no puede ser... Pues para mí no hay mayor confusión que esta descendencia menguada y enfermiza, siendo Maltrana un hombrachón vigoroso, que se precia de no haber padecido en su vida ni un dolor de cabeza, y Valvanera una mujer saludable y fuerte, aunque algo seca de carnes. Será una manifestación aislada, como otras mil que vemos, del cansancio y pesimismo de la raza española, que indómita en su decadencia dice: «Antes que me conquiste el extranjero, quiero morirme. Me acabaré, en parte por consunción, en parte suicidándome con la espada siniestra de las guerras civiles.» Si tuviéramos buenas estadísticas, se vería que ahora muere más juventud que antes. Y ¿qué me dices de la facilidad con que los chicos y chicas que han sufrido algún desengaño siguen las huellas del joven Werther? Pues ¿y la guerra civil, esta sangría con-

tinua, esta prisa que se dan unos y otros a fusilar rehenes y prisioneros, como si cobraran de la tierra o del negro abismo un tanto por cadáver? ¿No es esto, en la vida española, una instintiva querencia del aniquilamiento? No te rías... Yo aplico mi oreja a la raza, y la oigo decir: «Puesto que ya no sirvo para nada, quiero darme a la tierra.» Si no piensas como yo, no me importa, ignaro capellán.

Pues sabrás que las niñas de Maltrana, a quienes sus padres no niegan ningún esparcimiento de buen gusto, han dado ahora en la flor de representar en casa una comedia o drama, distribuyéndonos los papeles entre todos, según las aptitudes escénicas de cada uno. Se me ha encargado de dirigir la construcción del teatro en la más grande pieza de la casa, y asistido de un carpintero y pintor de brocha gorda, daré hoy comienzo a mi tarea de armar bastidores y el tablado, y la batería de luces, y todo lo demás que constituye una perfecta escena. La obra elegida por las niñas es *El trovador*, ¡ay de mí! Están locas con ese drama. Lo han leído no sé cuántas veces, y se lo saben de memoria. De Nicolasa, me ha dicho su madre que despierta a medianoche declamando con sonora entonación los famosos versos del ensueño. Lo terrible es que se empeñan en que yo he de hacer el Manrique, creyendo que en este papel dejaré tamañito a Carlos Latorre. No sé cómo salir del paso. Trato de quitarles de la cabeza la idea de estrenarnos con obra tan difícil; no me llega la camisa al cuerpo pensando que tengo yo que salir vestido de trovadorcito, con mi laúd y todo, y soltar la andanada:

> En una noche plácida y tranquila
> que recuerdo, Leonor; nunca se aparta
> de aquí, del corazón: la luna hería
> con moribunda luz tu frente hermosa,
> y de la noche el aura silenciosa
> nuestros suspiros tiernos confundía.

No, no me llama Dios por ese camino: lo haré muy mal. Ya les he dicho que debemos elegir *El sí de las niñas*, y Maltrana y Valvanera me apoyan en este juicioso consejo. Pero las chiquillas no conocen la obra, y, por más que les explico el argumento, no se dan a partido. No sienten la sencillez ni la prosa en el teatro, que para ellas, o es verso patético o no es tal teatro. Desgraciadamente, no he podido encontrar ningún ejemplar de la comedia, aunque para ello hemos revuelto todo Villarcayo. Se pidió a Bilbao, y contestaron que ningún despacho de libros lo tiene. Espero que nos lo facilitará un amigo de Medina de Pomar, moratinista furibundo. Si lo encuentro, haré los imposibles por convencer a las niñas, enseñando a la más pequeña el papel de Paquita y a la mayor el de doña Irene. Yo seré el don Diego, es mi papel... Pues te aseguro que lo haré con gusto, y aun que lo haré bien. Hay dentro de mí mucho que ha envejecido. Me siento don Diego... Pero en este instante, ¡oh mi dulce Mentor!, lo que prevalece en mí, ahogando todo sentimiento y toda idea, es un sueño intensísimo. Obediente a la Naturaleza, pongo fin a esta carta deseándote lo que no tiene tu triste

Telémaco.

VI

DEL MISMO AL MISMO

Sin fecha.

Hoy, cuando más contentos estábamos armando bastidores, y vigilando las copias de *El sí de las niñas*, que al fin he impuesto a mis discípulas del arte escénico, llamaron con recio golpe al portalón de esta casa-palacio. Era un huésped fúnebre, la nueva tristísima de la muerte de don Beltrán de Urdaneta en el Maestrazgo. ¡Y qué desastroso fin el del noble y simpático viejo! No te quiero decir la que se armó aquí. Valvanera cayó con un síncope, y las niñas, afectadas de súbita pena y de cierto terror, sufrieron desmayos de menor cuantía, que, afortunadamente, fueron de corta duración. Todo lo tienes ya revuelto en la casa, suspendidos los trabajos de arquitectura teatral y de estudio de papeles, la vida de todos amargada y descompuesta, los pequeños recaídos en sus enfermedades, un trasiego continuo de medicinas de la botica a la casa, alteradas las horas de comida y cena, y, sobre todo, el chaparrón de visitas de pésame. Maltrana y yo hemos tenido que vernos enfrente de innumerables caras compungidas, de levitones negros y de manos que se llevaban el pañuelo a los ojos. Me ha causado inmensa pena el fin desgraciado del

gran prócer y libertino, que no se decidía no, a una jubilación honrosa. Ha sido preciso que le fusilen para hacerle soltar el papel de caballero pródigo, de viejo galán incorregible. Le quería yo de veras, y él a mí mucho más de lo que merezco. Me tomó un afecto semejante al tuyo; fué también mi Mentor, y me dió consejos sapientísimos que no seguí. ¡Pobre don Beltrán! Gozó setenta y ocho años de vida. Lástima que no haya dejado *Memorias* escritas, que serían el más ameno libro del mundo: infinitos ejemplos que no te digo sean ejemplares, pero sí divertidísimos, rebosantes de humanidad, de gracia, de aroma, de flores, de incienso citereo...; no sigo por no enfadarte...

Hoy estoy de malas. La murria, que había conseguido disipar dejándome querer de esta noble familia, ha vuelto a meterse en mí, negra, sofocante. La noble familia, más atenta a su dolor que al mío, me deja solo, y caigo otra vez en la cavilación tétrica que me caldea los sesos. ¿Querrás creer, mi buen amigo, que a la hora presente no he podido dilucidar el punto más oscuro de aquel desenlace funestísimo? Todavía ignoro si la traición fué consumada por la propia voluntad de la persona en quien creía yo como en Dios, o si debo ver en ello una tenebrosa conjura doméstica seguida de catástrofe, en la cual hay dos víctimas: ella y yo. No es la primera vez que ocurren estas coacciones monstruosas, confabulándose diversas personas para someter el albedrío de un ser débil, sin escatimar ningún medio: la mentira, el terror, las promesas falaces... Esta idea me hace llevadera mi desdicha. Pensando constantemente en ello, reconstruyo con segura lógica el plan y conducta de los Arratias: les veo desarrollando su odiosa maquinación con astucia mercantil, tan parecida a la diplomática. Maestros en el engaño, ávidos de absorber el patrimonio de Aura para restaurar su decaído crédito comercial, basan su horrible intriga en la impostura de mi muerte, que ellos propalan y atestiguan no sé por qué procederes indignos. Conseguido el objeto capital de mandarme al otro mundo, prosiguen en este su designio, ejerciendo sobre la desgraciada niña una sugestión infame. Imagino mil modos y estilos de engañarla, a cual más extravagante y malicioso. No te los refiero, porque te horripilaría la fecundidad de mi entendimiento para estas hipótesis de la humana perfidia. Prefieres, sin duda, que me atenga a los hechos, a lo que me ha pasado, a lo que he visto, a lo que me han dicho, y así lo haré, aprovechando este anhelo de confidencia que ahora siento en mí. Desde aquel tremendo día me ha repugnado hablar de mi caída sin dignidad, de mi tragedia sorda, desairada, enteramente circunscrita a la escena del alma, sin ruido, sin armas, sin gloria. Ni el placer muscular de la lucha, ni el goce amarguísimo de manifestar con violencia la ira, ni el desahogo de la venganza; nada, mi querido Hillo. Ha sido una originalidad artística que jàmás pude soñar: la terminación de un drama por el vacío, introduciendo la humana pasión en la máquina neumática y asfixiándola inicua y estúpidamente.

¡Mi entrada en Bilbao, mi aparición en la casa fatal! ¿Quieres saberla? En Portugalete, un anónimo me anticipó la verdad terrible. Alguien debió de prevenir a los Arratias de mi llegada, porque huyeron, y cuando llamé a la casa no había en ella más que una criada anciana, que me saludó por mi nombre antes de que yo se lo dijera. A mis preguntas respondió empujándome suavemente hacia la puerta de la tienda. «Los señores se han ido... Casaron ayer... Si quiere saber más, avístese con don Apolinar.» Y me dió las señas. Salí furioso del local oscuro, lleno de clavazón y rollos de cabos, apestando a brea, y en medio del delirio con que aclamaba el pueblo mártir a su libertador, emprendí mi *vía crucis* por calles jamás por mí pisadas, buscando al clérigo que debía d a r m e la clave de aquel nuevo misterio de mi existencia. No podría lanzarme en peor ocasión a la cacería de un sujeto desconocido, en un pueblo que yo veía por primera vez, entre aquel remolino de entusiasmo, forcejeando con el oleaje de un vecindario loco que invadía las calles. Las canciones patrióticas retumbaban en mi cerebro como un eco de las tempestades de la noche de Luchana. Gracias a Pedro Pascual Uhagón, cuyo auxilio solicité y obtuve, di con el dichoso don Apolinar a la caída de la tarde, en su propia casa, cuando volvía de la calle, ronco de perorar en los *cuarteles* y en los grupos callejeros. Demostrándome, sin fal-

tar a la cortesía, que mi visita le era enojosa, me notificó, como autoridad eclesiástica, que el día anterior, previa manifestación de la libérrima voluntad de la niña de Negretti, y comprobada por diferentes testimonios la noticia de mi fallecimiento, había casado a la expresada señorita con Zoilo Arratia. Los cónyuges se habían ido, después de la boda, a un pueblo de la costa, donde se embarcarían para Francia. «¡Pero yo estoy vivo!», exclamé sin poder refrenar mi enojo, perdido todo respeto y olvidada toda urbanidad. A esto repuso el clérigo que él se lavaba las manos, que habiéndole pedido casamiento, lo había dado con sumo gusto, como amigo cariñoso de ambas familias, Arratia y Negretti. Uhagón no vió mejor manera de calmarme que abreviar la visita, y sacándome de allí, díjome, al bajar la escalera, que Ildefonso Negretti, paralítico, desquiciado de la voluntad y el entendimiento, era hombre al agua. Con esta noticia empecé a recibir luz, confirmándome en la existencia del complot doméstico. Aquella misma noche supe que la muñidora del precipitado casorio había sido la esposa de Negretti, marimacho arriscado y astuto que lleva el nombre de Prudencia.

No me satisfacían estas claridades, harto tenues, que arrojando iba el trato de diferentes personas sobre el oscurísimo problema, y al siguiente día, después de una noche de horrible insomnio y tensión de nervios, volví al maldecido almacén de Arratia, donde encontré a un joven llamado Martín, que me saludó tímidamente, y con voz temblorosa repitió que él también se lavaba las manos, que allá lo habían compuesto los mayores de la familia, y que los recién casados, con el padre de Zoilo y los tíos Ildefonso y Prudencia, no se hallaban en Bilbao. Repitió sus cortesanías, dictadas por el azaramiento y turbación que embargaban su ánimo, y me despidió entre paquetes de clavos y hediondas breas, incitándome a tener paciencia, a lavarme también las manos, como se las había lavado él..., y ofreciéndome su inutilidad para cuanto en Bilbao se me ocurriese. Secamente le di las gracias, y salí de la horrenda casa, tan semejante por su ahogada estrechez a la bodega de un buque, que me faltó poco para sentir los efectos del mareo. Puse el pie en tierra, o sea en la calle, arrancándome del corazón con vigoroso esfuerzo la raíz doliente. ¡Ay, cuánto dolía! Uhagón, que en aquel trance me demostró leal amistad, aconsejóme que diese por terminado aquel asunto y lo enterrara antes que sobreviniese la descomposición, echándole encima la mayor capa posible de olvido. Esto no era fácil; mas lo intenté, y empecé a arrojar sobre mi fosa puñados de tierra. El cadáver no se cubría, y pasados dos días de estos esfuerzos por taparlo, asomaba todo entero y aún parecía que resucitaba. Decíame constantemente Uhagón, deseoso de mi alivio, que no pensase en más averiguaciones y abandonara mi loco propósito de perseguir a los recién casados para obtener una explicación de su traidora y desleal conducta. Hízome ver la fuerza que al complot de los Negretti debió dar mi prolongada ausencia, la falta sistemática de noticias de mi persona. De la indudable virtud de estos argumentos obtuve más y más tierra con que llenar el fúnebre hoyo. Al propio tiempo, no dejaba de comprender que mi situación iba entrando en el período de ridiculez; que la monotonía de mi desesperación lúgubre comenzaba a ser enfadosa en los círculos que yo frecuentaba. Disimulé por el pronto. El carácter de Werther sin suicidio no me convenía en modo alguno, ni era papel airoso para ningún cristiano. Nunca he gustado de los llorones: yo lo fuí tan poco tiempo, que no llegué a excitar la conmiseración burlesca de mis amigos. Pero mi terquedad, debajo de los disimulos y de las composturas de mi rostro, continuaba induciéndome a la investigación solapada, al descubrimiento de la trama traidora, a la querencia de más viva luz. Decidí seguir a Espartero en las operaciones que emprendió en el interior de Vizcaya, pues me daba el corazón que podría encontrar algún rastro de mi res secuestrada o perdida; pero entre Uhagón y Fernando Cotoner me quitaron de la cabeza este audaz pensamiento, cuya realización me habría ocasionado quizá nuevos reveses y mayores desdichas. Pasé a Balmaseda, donde me puse al habla contigo y con el mundo. Venía yo de otro planeta. Tu primera carta, mi buen clérigo, fué para mí nueva revelación de mi destino, gran consuelo de mis penas. Volví a Bilbao solicitado de amistades generosas. No parecí por la tienda de efectos navales ni por

sus cercanías. Sentíame bastante aliviado: el hoyo había disminuído y el cadáver apenas se veía ya de tanta tierra como sobre él eché.

Recibida en aquellos días la orden dictatorial inexcusable de venir aquí, me apresuré a cumplirla, observando que toda presión de otra voluntad sobre la mía desmayada y caduca me hace gran provecho. «Bendito sea el despotismo—dije entonces—. Soy como un pueblo desgarrado por las revoluciones, hecho trizas por el jacobinismo y la anarquía, y que antes de perecer se entrega al dulce dominio de sus reyes históricos.» La dictadura me ha traído la paz, y aunque me entristece el pisar mis iniciativas, caídas de mí como coronas marchitas y deshojadas, me consuelo con la conservación de mi existencia dentro de una plácida esclavitud. Confinado en este castillo de Villarcayo, donde me guardan los más bondadosos carceleros que es posible imaginar, se han recrudecido los dolores de mi caída, vuelven las dudas a inquietarme y a encenderme el magín las cavilaciones acerca de las causas, todavía oscuras, de la traición no perdonada. Es que, mientras la acción del tiempo no labra las gruesas capas de olvido, el silencio y la paz favorecen el reverdecimiento de las penas cuando éstas no son muy próximas ni están aún muy distantes. Hay un período medio entre lo reciente y lo remoto, que es el más abonado para las recaídas. Yo he recaído a intervalos, sin saber por qué. Los motivos de gozo, la tranquilidad misma son a veces causa misteriosa de reincidencia. Una palabra insignificante despierta los dormidos dolores; una escena, un paso cualquiera, sin congruencia con nuestra cuita, hácenle revivir, como otro pasaje o sucedido lo adormece. Explícame esto. La tristeza que reina en esta casa por la desastrada muerte de don Beltrán, a quien no puedo apartar de mi pensamiento, ha sido parte a que mi hoyo se vacíe de la tierra que había logrado echarle... No sigo: no quiero entristecerte.

Allá te van, pues, los pormenores que me pedías. No te quejarás ahora; bien explícito he sido y bastante carne y hueso, despojo de mi disección lastimosa, te mando en estos renglones. Entierra toda esa miseria. Que sólo la vea quien verla debe y apropiarse los dolores que llevan esos pedazos de mí mismo. Vive y triunfa. Otro día espera ser menos tétrico tu infeliz amigo,

Fernando.

VII

DEL MISMO AL MISMO

Marzo.

Desocupado sacerdote: Sabrás que anoche se me apareció Larra, quiero decir que soñé con él o que se me apareció en sueños, que es lo mismo. Era el Larra que conocí y traté hace año y medio, antes de su viaje a París. Vino a mí en un bosquecito próximo a esta casa, en el cual suelo pasar algunos ratos divagando, y se mantuvo a distancia de cuatro o cinco pasos, mirándome con la fijeza que a sus amargas bromas precedía comúnmente. No le veía yo más que medio cuerpo de la cintura para arriba; en su cara no había más alteración que el crecimiento de la barba. Ignoro si al morir era más barbudo que cuando le conocí. Su boca entreabierta dejaba ver los dientes ennegrecidos, y lo blanco de sus ojos amarilleaba más de lo habitual; tenía los lagrimales muy rojos, con irritación que le hacía pestañear de continuo. Aunque nunca nos habíamos tuteado, yo le dije:

—Hola, Mariano; dichosos los ojos que te ven.

Y él a mí:

—Fernando, no sé qué me pasa; no me encuentro sin oír hablar mal de mí... Verdad que ya no oigo palabra buena ni mala, porque me he quedado enteramente sordo. Háblame por señas. Y tú, ¿por qué lloras? ¿Por mí acaso?

Respondíle que yo no lloraba por él ni por nadie, y la visión entonces, dando un gran suspiro, me dijo que había yo hecho mal en matarme tan joven.

—Paréceme—le contesté—que aún vivo, pero no estoy muy seguro de ello. Tú también vives; vienes a desmentir la noticia de tu suicidio...

Pasó un rato en que tanto él como yo nos desvanecimos, nos apagamos, y luego volvimos a vernos en el comedor de la casa, junto a la chimenea más cerca uno de otro; pero ni él ni yo teníamos piernas, por lo que no puedo asegurar si estábamos en pie o sentados.

—Debemos matarlas a ellas—díjome Larra con triste sonrisa— y a nosotros no. ¿Qué culpa tenemos nosotros de sus traiciones...? No pensemos en eso, que aquí no hemos venido más que a leer nuestras obras. Lo que a mí me trastorna es que se me han olvidado casi todas las mías, harto famosas, y sólo recuerdo *El día de difuntos* y *Nadie pase sin hablar al portero.* Por más esfuerzos que hace mi memoria no consigo apoderarme de los otros títulos. ¿Verdad que era yo un gran escritor?

—Has sido único, Mariano—le dije—. Y ¿no te acuerdas del *Castellano viejo*, ni de la *Junta de Castello Branco?* ¿Has olvidado las críticas de *Antony*, del *Trovador*, de *Catalina Howard...?*

—Sí, sí; tienes razón; todo eso fué mío... Pero si los títulos van viniendo a mi memoria, no recuerdo nada de lo que escribí debajo de ellos. La pólvora mata la memoria..., ¿no cree tú? ¿Qué medicina hay para esto?

Al decirlo tocó mi mano, y el frío intensísimo de la suya, que más que mano de hombre era un témpano de hielo, me comunicó un temblor convulsivo, agónico.

Ya puedes comprender que desperté con aquel frío glacial. Así terminó la *idolopeya*, que fué seguida de un desvelo enojoso, porque habiéndoseme caído, con las vueltas que di la colcha que me abrigaba, tuve que salir del lecho para buscarla a tientas y ponerla en su sitio, y creyéndome, aun despierto, en presencia del tan infeliz como glorioso escritor, continué angustiado, febril y tembloroso toda la noche... A cada instante temía ser sorprendido por la *idolopeya* de mi grande y simpático amigo don Beltrán; pero no vino el buen señor, a quien, sin duda, ha dado Dios por premio de su trabajosa vida un hondo, inalterable descanso.

Lunes.

Hice propósito esta mañana de romper lo que ayer te escribí de mis sabrosas plátícas nocturnas con las ánimas del Purgatorio; mas luego he pensado que no merecen estas aberraciones de nuestra mente, mientras dormimos, absoluto menosprecio, por disparatadas o ridículas que al despertar nos parezcan. Ejemplos mil hallaremos del misterioso sentido, con que suelen estos delirios anunciarnos sucesos felices o desgraciados de la vida real, y vas a verlo, mi buen Mentor, en lo que hoy te escribo Pon mucha atención en esto y no te rías. La *idolopeya* del satírico sin ventura fué como un vaticinio simbólico de otra visita que hoy tuve no de fingida, sino de real persona; no del espectro hablador, sino de individuo callado. En el mismo bosquete donde me paseo meditabundo se me apareció, serían las tres de la tarde, un personaje llamado *Churi*, a quien no vacilo en colocar entre las figuras poemáticas de segundo orden, comúnmente enviadas por las deidades que rigen los destinos de los héroes para comunircarles revelaciones o mensajes. Veo tu asombro, motivado por el desconocimiento de tal figura, y satisfago tu curiosidad diciéndote que *Churi* es un sordo que habla. Aquí tienes la primera relación entre el sueño y la realidad, pues recordarás que Larra me dijo: «Heme quedado enteramente sordo.» *Churi*, primo carnal del ladrón de mi ventura, fué quien me anunció, camino de Bilbao, con signos expresivos y enigmáticas escrituras, la traición que se me preparaba. En aquellos días, y no hace mucho, cuando se me apareció en Balmaseda saliendo de entre las matas de un monte cuyo pie baña el poético Cadagua, vi en él una figura mitológica, de las que llamáis *ex machina*, emisarios del enojo o de la protección de algún dios que no quiere dar la cara. Tiene algo de Fauno o de Silvano por la ligereza con que corre, o de las personificaciones de los vientos portadores de diversos mensajes, y se llamaban Cœcias, Boreas, Euronoto y qué sé yo qué. Pues verás: otra relación de *Churi* con la *idolopeya* es que cuando puso su mano en la mía con ademán cariñoso sentí un frío glacial que me corrió por todo el espinazo. No quiero entrar en explicaciones de este mi sordo *ex machina*, y voy a la sustancia del coloquio de hoy. En Balmaseda me había contado su fuga de la casa paterna sin explicarme las razones de ella, añadiendo que no volvería más a Bilbao. Hoy me ha dicho que por servirme y ayudarme al castigo de los traidores irá nuevamente al seno de su familia. Mi primera impresión ha sido de repugnancia y miedo; luego me he dejado tentar de aquel diablete o correveidile

fabuloso, y nos hemos metido en un coloquio de extremada dificultad, pues su sordera es desesperante y tienes que valerte de signos y modulaciones labiales muy acentuadas para hacerte comprender. Se expresa en un lenguaje híbrido, rudo, atropellando los términos castellanos con los vascuences. Al decirme «no te mates», su fisonomía, su mirada, su boca eran las mismas de Larra al pronunciar en correcto castellano la misma frase. Poco a poco fueron interesándome sus revelaciones. Lo culminante de ellas es que mi traidora no lo fué realmente por dictado de su libre voluntad, sino por el maleficio con que la trastornó ese pillo de Zoilo, bigardón dotado de una formidable terquedad vizcaína, y con esa fuerza de terquedad que es como el poder que gozan los magnetizadores y taumaturgos, reduce a esclavitud a cuantas personas caen bajo su dominio. Añadió que si yo quiero puedo fácilmente romper ese poder de encantamiento con que el primo tiene aprisionada en sus redes maléficas la voluntad de Aura y volverla a su ser propio. No pude sustraerme al efecto que hicieron en mi espíritu las ideas con rudeza y profunda convicción expresadas por el maldito sordo, y como yo, mostrándome conforme y dispuesto a todo, preguntara qué medios emplear debíamos para quebrantar el encanto, díjome que empezáramos escribiendo yo a la Negretti una carta que él se encargaría de poner en sus manos sin que Zoilo ni la tía Prudencia se enteraran de ello. ¡Tentación irresistible! Díjele que lo pensaría y que volviese. No te pido tu parecer, porque, desde luego, lo tengo por contrario a la reincidencia que me propone este endiablado sátiro, que tal me parece, o geniecillo maléfico de los bosques. Déjame a mí que lo resuelva. Estoy loco. Las brasas que quedaban entre las cenizas se han avivado y ya son llamas otra vez. Quiero apagar, y no puedo...

Martes.

He dicho a *Churi* que no vuelva. Es posible que no quiera obedecerme...

Apenas me puse a escribir ésta, sentí gran ruido y movimiento en toda la casa, voces de alegría. «¡Fernando, Fernando!—gritaba Valvanera—, hijo mío, ven, ven...» ¿Qué había de ser, mi querido Hillo, sino la estupenda, felicísima nueva de que don Beltrán de Urdaneta el gran aragonés, ha resucitado? Falsa era la noticia de su muerte, llorada por toda esta familia; inútiles los funerales y misas que se aplicaron por su alma. Ya lo decía yo. ¡Si a ése no le parte un rayo! ¡Si es el siglo, si es la época, si es un período histórico que no puede terminar hasta que la propia ley histórica lo dé por fenecido! Figúrate el júbilo de estos señores, y el mío también, pues a ese buen viejo le quiero como le querrías tú si le trataras. ¡Con cuánto gusto iría yo a su encuentro si, como dicen, viene hacia acá triunfante y vendiendo vidas. Pero estoy preso y no puedo salir de mi dulce cárcel; en cuanto se lo indiqué a Valvanera arrugó el divino entrecejo, al de Juno semejante, y me notificó que no piense en obtener la libertad mientras ella, mi tirana por delegación, no rompa los hierros que me oprimen. Su grave sonrisa, su maternal dulzura convierten en r o s a s los eslabones de mi cadena. No me muevo por no ajarlas. Mi carcelera varía de conversación con gracia, incitándome a continuar l a s interrumpidas obras del teatro; aplauden las niñas; corro en busca de mis papeles de *El sí;* quiero atender a todo: al ensayo de la obra y a la preparación de los trebejos teatrales. Paso toda la tarde ocupadísimo *Churi* no parece, y como el tal es entremetido y pegajoso y se cuela burlando la vigilancia de la servidumbre, doy órdenes terminantes para que no le dejen llegarse a mí.

Se me ocurre cambiar de obra, sustituyendo la magistral comedia de Moratín por *Bertrand et Raton,* que aquí llamamos *Arte de conspirar.* Tradujo esta obra el pobre Larra y es de vivísimo interés. Recuerdo bien a Luna en el papel de Rantzau y me parece que yo le imitaría muy bien. Pero no, no quiero lucirme; que se luzcan ellas, las simpáticas y enfermizas niñas de esta casa. También he pensado en *Marcela,* que desecho porque sólo hay en ella un papel importante de mujer. Nada, nada; a Moratín me atengo y a mi don Diego... Perdóname; viene el pintor a enseñarme un boceto de telón de boca, el cual se compone de un pórtico griego albergando la estatuta de la Libertad en paños menores; un pavo real con la cola abierta se posa en el frontón y en el

pico sostiene un letrero que dice: «Coliseo doméstico de los excelentísimos señores de Maltrana.» Enmiendo el pórtico, cuyos pilares me sabían a gótico; convierto el pavo en águila; borro el letrero sustituyéndolo por el *castigat ridendo mores;* le quito al cielo unas nubes que parecían morcillas; indico una bandada de pajarillos que van volando para romper la monotonía del azul sin nubes; propongo algunas modificaciones en la estatua para que se parezca más a la Comedia que a la Libertad, la proveo de ropa, le quito las Tablas de la Ley que lleva en la mano izquierda, poniéndole un libro que diga «Plauto, Calderón, Moratín...», y doy instrucciones para la decoración de posada que necesitamos. Con tantos quehaceres, no serán largas las epístolas que ahora te mande. Dícenme que ni hoy ni mañana sale correo, por causa del temporal de agua. Detengo ésta, y si mi esclavitud me ofrece alguna peripecia lo que no es creíble, tendrás el honor de que te la comunique tu príncipe y señor.

Fernando.

★

Jueves.

Estoy contento: reboso de satisfacción y orgullo; me siento Mecenas; quiero proteger a todo el mundo. Como el primero de los humildes que miro debajo de mí y el más atrasadito en su carrera eres tú, por ti empiezo el derroche de mercedes con que quiero manifstar mi alegría. No me satisfago con hacerte canónigo. Hágote cardenal, que eso y mucho más te mereces tú. Eres desde hoy príncipe de la Iglesia romana y te firmarás «Pedro, cardenal de Hillo.» Te vestirás, como los cangrejos, de colorado. Allá te mandaré la birreta con el ordinario, y la estrenas en la primera corrida de toros a que asistas. Ahora propónme las demás mercedes que repartir quiero entre mis fieles súbditos. A propósito: ¿anda por ahí el bonísimo don José del Milagro? Me lo figuro pereciendo de necesidad, en los horrores de su cesantía famélica, y recurriendo al caso extremo de comerse a sus hijos, como Ugolino. Lo sentiré por toda la familia, y mayormente por la niña mayor, o la segunda, no recuerdo bien, que tocaba el arpa con tanta maestría y gusto. Pues le dirás, no a la niña, sino al infeliz padre, que de golpe y porrazo le nombro ministro de Hacienda previa decapitación del señor don Pío Pita Pizarro, que por la cacofonía de su nombre, amén de otros delitos, merece la última pena. A Nicomedes Iglesias, si le ves, puedes anunciarle que se le expedirá dentro de pocos días su nombramiento de comisario general de Cruzada, para que se redondee y no conspire más...

Bromas aparte, te diré que la causa de mi contento es para mí desconocida. Heme levantado con el propósito de reintegrarme en la dignidad de mi persona; para lo cual es indispensable que no queden impunes los que me han burlado inicuamente. Pensando esto, se apodera de mí la convicción de que debo escribir la carta propuesta por *Churi,* trámite inicial de esta obra de justicia... Entro, pues, en lo que los retóricos llamáis *catástasis,* la complicación del asunto, precursora de la *catástrofe,* que es a mi espíritu necesaria, pues no me conformo, no, no, con el desabrido desenlace que conoces, el cual cada día pesa más sobre mi alma y la enturbia y ennegrece. Yo era un hombre honrado y bueno; dejaré de serlo si no consigo dar un fin decoroso a mi sin igual aventura. Tú, clérigo, ¿qué entiendes por amor propio, dignidad social? La resignación que me recomiendas no es virtud caballeresca. Suprime la ley de honor en estas sociedades complejas, y ¿qué queda? Nada... Te digo que no puede ser. Hace poco creía yo que estaba de más en el mundo. Hoy pienso que el que está de más es otro. Si uno de los dos sobra, urge que se vaya, que despeje. Próximo está el abismo, y uno de los dos forzosamente caerá en él.

¡Ay mi querido Hillo, no estoy contento! Interpreta al revés todo lo que te digo, y lee: «Estoy rabiando, estoy dado a los demonios.» Quiero engañarte con las bromas o con las pedanterías que escribo. Pero mi risa, volviéndose uñas, se clava en lo más sensible de mi alma... En verdad, de ayer a hoy soy digno de compasión. Tal es el estado nervioso en que me encuentro, que vivo en perpetuo sobresalto presagiando mayores desdichas, recelando de todo el mundo, temiendo las horas que vienen tanto como abomino de las que han pasado. Esta mañana me entregaron una carta que ha traído el correo para mí.

y aún no he querido abrirla; veo, presiento en ella una nueva desdicha. Por más que examino la letra del sobrescrito no puedo adivinar a quién pertenece. No es la primera vez que veo esa escritura; pero todas mis cavilaciones no bastan a descifrar la enigmática persona que se esconde detrás de aquellos rasgos. Y que se esconde, divirtiéndose con mi curiosidad y mi turbación, no tiene duda. Es un espíritu burlón, que traza sus pensamientos con letra firme y correctísima. Pero adivíname quién es... Ya te veo reír, diciéndome que fácilmente saldré de esta horrible duda abriendo la carta. Te contesto: «Gran señor, no quiero.»

Entran iracundos y dando voces doña Irene y Calamocha... Hace media hora que les tengo a todos de plantón aguardándome para el ensayo. La verdad, no me acordaba. Tiene la culpa este maldito clérigo, que me entretiene preguntándome cosas. ¡Allá voy!... Ya ves, me riñen por causa tuya... Algo me queda por decir... Aquí, en la negra cavidad del tintero lo dejo bien guardadito para otro día. Duerme, come y vive mejor que tu amicísimo.

Fernando.

VIII

DE DON JOSÉ M. DE NAVARRIDAS A FERNANDO CALPENA

La Guardia y marzo.

Ilustre señor y dueño: Si no me prohibiera mi religión los juramentos, juraría, para que usted a pies juntillas me creyese, que hilvano esta carta a escondidas de toda la familia, pues ni mi señora hermana ni mis sobrinas aprobaron la idea que días ha, de sobremesa, les propuse de escribir a usted. Pero como a terco y voluntarioso no me gana nadie he aquí que burlando el severo dictamen de la señora y señoritas, tomo la pluma, como el escolar que, amenazado de castigos por escribir a la novia, más se enciende en su vicio de emborronar papeles de amor. Allá va ésta, y perdónenme las tiranas de aca mi desobediencia, motivada del gran afecto que usted me inspira; y lo primero que tengo que decirle, para evitar interpretaciones erradas, es que la antedicha oposición de las damas no es ocasionada por el desvío, sino por sentimientos de contraria índole. Fué que se enojaron porque usted no nos dió noticias de su persona, viajes y accidentes más que con un recado verbal, por Sabas, desconociendo u olvidando lo mucho que le apreciamos todos. Creen ellas, sobrinas y tía, que bien merecíamos enterarnos de las felicidades o desdichas del señor don Fernando por una carta de su puño y letra. Para su tranquilidad, le diré que el enojo de esta familia mujeril ha sido y es muy leve: Gracia lo expresó con su natural vehemencia; Demetria, más comedida y poniéndose siempre en lo razonable, alegó, en disculpa del caballero libertador la magnitud de las ocupaciones de éste y la necesidad en que se veía de consagrar toda su atención a personajes y asuntos de Madrid. Del mismo parecer fué mi señora hermana, agregando a las razones de *la perla* otras de gran peso; y dividida la familia en dos bandos, la pequeñuela y yo, mantenedores inflexibles de la acusación, gastamos no poca saliva en acumular sobre la pobrecita cabeza del señor don Fernando los terribles cargos de ingrato y olvidadizo. No se pudo obtener definitiva sentencia por totalidad de votos, ni hubimos de concertar nuestros pareceres más que en el dictamen de que ninguno de la familia debía escribir a usted. Así lo acordamos, y ya ve usted con qué fidelidad lo cumplo.

Gracia entró ayer en mi cuarto un poquito llorona, y de buenas a primeras salió con ésta: «Querido tío, digan lo que quieran mi hermana y mi tía, debemos perdonarle a don Fernando su olvido. Con el gran disgusto que sufre el pobrecito y las angustias y desconsuelos que estará pasando, buenas ganas tendrá de ponerse a escribir a nadie. Sin que mi hermana lo sepa, porque se enfadaría, voy a enjaretar una esquelita diciéndole que sentimos sus aflicciones y que deseamos que se conviertan en alegrías.» Esto, palabra más, palabra menos, me dijo la chiquilla, y el disuadirla de escribir tal carta y el resolverme a endilgarla yo fué todo una misma idea. He aquí, mi señor ilustre, el porqué de estos desaliñados renglones.

Y si no me tachara usted de entremetido me permitiría decirle que esas penas o accidentes de la vida no son de los irremediables pues tales muertes traen

aparejada su resurrección, o lo que es lo mismo, que si un afecto perdió, otros que más valgan hallará en la Corte, donde pienso yo que habrá pocos que le igualen en el lucimiento y partes de la persona, así por lo tocante a prendas del corazón como por lo que atañe a los adornos de la inteligencia, saber, memoria, conversación, amena y sustanciosa. Anímese, pues, el señor Fernando, y no se deje vencer de tristezas impropias de un varón fuerte, de quien las pasiones, creo yo, no deben ser amos, sino esclavos..., y no sigo tratando de este delicado punto, no sea que la pluma se me corra de la sinceridad afectuosa a la oficiosidad impertinente... Cepos quedos: José María, no te metas... Déjalo, déjalo, y pasa a informar al señor don Fernando de las novedades de esta casa. Ya sabrá usted que aquel magnífico plan mío, que tuve el honor de comunicarle en la sacristía de mi iglesia, ha quedado en *veremos;* mejor será decir que tanto mi hermana como yo nos llevamos un solemne chasco al ver que lo que creíamos tan lógico, natural y sencillo, no le pareció del mismo modo a la persona cuyo albedrío había de resolverlo. De todo ello se deduce, señor mío, que en achaque de proyectos matrimoniales, el que más cree saber sabe menos. No es esto decir que nos demos por vencidos. Con más fe mi hermana que yo en la compostura de este negocio, perseveramos en llevar a buen término la unión de las dos familias. Pero la voluntad de Dios sobre todo, digo yo, y ésta no la veo, no puedo verla nunca contraria a la voluntad de los que han de casarse.

Deseando, además, que no ignore usted un rasgo sublime de la sin par Demetria, hago traición a su modestia poniendo en conocimiento de usted y de todo el mundo si pudiera que al tratar de la repartición de los bienes de Castro-Amézaga entre las dos únicas herederas del difunto Alonso, Demetria ha hecho renuncia formal de su derecho a la mitad de los bienes amayorazgados; de modo que según esta declaración, que ratificará al llegar a la mayor edad, el cuantioso patrimonio se repartirá por igual entre las dos hermanas. ¿Verdad que es hermoso rasgo? Lo que ella dice: «¿No hemos nacido las dos de los mismos padres? ¿Qué razón hay para desigualdad tan contraria a la ley de Naturaleza?» Ya puede usted decirle a su amigo Mendizábal que hay mayorazgos que van más allá que el legislador, distribuyendo las riquezas con espíritu cristiano y amor de familia.

De Gracia diré a usted que va ganando de día en día en gravedad y perdiendo en travesura perezosa. Ayuda a su hermana en cuanto se lo permite su endeble complexión; es ya menos inclinada a las melancolías y se fortifica de cuerpo y espíritu que es un primor. Ambas se arreglan de modo que les sobren ratitos que consagrarán a la lectura de libros de entretenimiento. En esto tengo que andar con cien ojos, pues como en la biblioteca del pobre Alonso no escasean obras prohibidas, me constituyo en censor, viéndome obligado a darme atracones de novelas y poesías, cosa en mí desusada y fatigosa. Con Demetria, teniendo en cuenta su elevada inteligencia y criterio superior, uso de gran tolerancia; le permito que apechugue con las *Cuitas del joven Werther,* y hasta con *La nueva Eloísa;* pero a la pequeña he de medirla con más corta vara. Aduanero soy implacable, y le quito de las manos lo que estimo nocivo para su juvenil corazón y avispada fantasía, dejándola en el pleno goce del *Bertoldo,* del *Robinsón* y del *Viaje al país de las monas.* Y nada más tengo que contarle referente a las adorables niñas, sino que no pasa día sin que Gracia le nombre a usted, recordando algún caso de su residencia en esta villa o dichos y actos suyos, grabados profundamente en su memoria.

Y antes de terminar debo manifestarle que hace dos días recibí carta de un carísimo amigo de Madrid, frey don Higinio de Socobio y Zuazo, de la Orden de Calatrava, del Consejo de su majestad, auditor decano de la Rota y capellán mayor del real convento de la Madre de Dios de la Consolación, vulgo Descalzas reales, el cual es hermano del don Félix de Socobio, vicario foráneo de este pueblo, y del doctor don Vicente de Socobio, canónigo patrimonial de media ración en la Insigne Iglesia Colegial de Vitoria...; déjeme tomar resuello para decirle que Higinio me escribe recomendándome a un amigo suyo a quien profesa particular estimación, el doctor don Pedro Hillo, ejemplarísimo sacerdote y gran humanista, secretario de la Vica-

ría general de los Ejércitos, el cual viene a este país por asuntos de servicio vicarial castrense y expresamente a esta villa de La Guardia para particulares negocios. Los encomios que del señor Hillo leo en la carta y el encarecimiento de que le trate y obsequie como lo haría con la propia persona del recomendante, han movido mi curiosidad, despertando en mí recuerdos de ese nombre, que más de una vez oí en boca del señor don Fernando. Este señor Hillo, a quien diputo por eminencia en las letras divinas y profanas, ¿es el mismo que a usted escribía en agosto último, refiriéndole las trapisondas de La Granja y Madrid? No olvidará usted que me leyó párrafos de aquella docta, amenísima correspondencia, y si no estoy equivocado díjome además que el tal era su capellán y había sido su preceptor en humanas letras. Porque si resultara que el recomendado de Socobio es al propio tiempo el grande amigo de don Fernando, ya me parecerían pocos todos los agasajos de que yo pudiera disponer. Le aposentaría en mi propia casa, y mi hermana y yo nos multiplicaremos para servirle y hacerle grata la vida en este lugarón. Espero que satisfará usted mi justa curiosidad, y ahora sí que no tiene más remedio que coger la pluma y echar para acá una buena parrafada. ¿Ve usted cómo le he cogido? ¡Si conmigo no vale huir el bulto y hacerse el mortecino, no, señor! Soy un posma terrible. Ya le cayó que hacer al señor don Fernando. Y por de pronto, aguante el apretado abrazo que en estas letras le envío. El Espíritu Santo nos conceda sus dones, y a usted larga vida y salud. Su afectuoso capellán,

José M. de Navarridas.

IX

DE VALVANERA A SU PATERNAL AMIGA PILAR

Villarcayo, marzo.

Amiga del alma: La carta de Juan Antonio a Felipe te habrá informado de la horrible desazón que por acá hemos tenido con la falsa noticia de la muerte de papá. El contento de verla desmentida no ha borrado los efectos de la consternación y amargura de aquel trance, y aquí me tienes sin levantar cabeza desde que nos fué comunicada la falsa tragedia. Espero que disculpes, por este motivo, mi tardanza en contestarte, y confío en que ahora y siempre la falta de carta mía no te inducirá a creer que descuido tus encargos ni que dejo de cumplir la santa misión que en mis manos has puesto. Practico al pie de la letra tus teorías acerca de la sustitución del cariño legítimo por el prestado. ¿No puedes manifestarle tu amor públicamente? Pues yo le quiero como a mis hijos y se lo manifiesto a todas horas del día. ¿No puedes verle? Pues yo hago por traer a mis ojos los tuyos, a fin de que con los míos le veas. Si esto en la realidad no pasa de un vano deseo, entiende, amiga querida, que te sustituyo en la vigilancia amorosa y que no haría más por Fernando si fuera su madre.

No creas: algún trabajillo me ha costado convencer a Juan Antonio de que ningún daño puede ocasionarnos e s t a buena obra y sí el beneficio de salvar una vida preciosa. He logrado catequizar a mi marido y ya conviene conmigo en que Fernando se lo merece todo. ¡Excelente corazón el de este chico y qué hermosura de inteligencia! Se resiente de haberse criado s o l o, consumiendo su propia sustancia, sin un cariño verdaderamente tutelar que le dirija. El brutal desengaño que acaba de sufrir le ha herido en la cabeza y en el corazón. No creas que las huellas de tal golpe se borrarán pronto. Tú cuentas poco con el tiempo querida Pilar; es tu flaco. En el colegio eras lo mismo: te ponías furiosa, te golpeabas la cabeza cuando no dominabas en un día lecciones en que las demás empleábamos semanas enteras; entre el pensamiento y la realización pones siempre menos espacio del que pide la realidad. Tu inquietud loca es espuela de tu existencia, haciéndote vivir con demasiada prisa, ávida del mañana. Yo te llevo dos años, y, según me ha dicha Carlota Cisneros, representas diez más que yo.

Pues sí: no esperes que a Fernando se le pase pronto el malestar causado por la conmoción reciente. A cualquiera le doy yo un trance de esta naturaleza. El pobrecito ha soportado su desairada situación con verdadero heroís-

mo; pero aún no le tenemos en los días de convalecencia, como tú crees... ¡Tú siempre viviendo y sintiendo a escape!... Aún se ve atormentado por renovaciones de la ira, de la amargura y despecho que esas caídas suelen producir. Pero no temas nada; yo velo, yo no me descuido un instante; soy como el médico que consagra toda su ciencia a un solo enfermo y no le quita los ojos de encima a ninguna hora. Tu temor de que la desesperación le venza, de que imite al joven Werther en la manera de dar solución a sus penas, no tiene fundamento. Desecha esa idea; d u e r m e tranquila. El mismo me ha dicho que jamás atentará contra su vida, que ama su sufrimiento y no quiere desprenderse de él... Ya ves... Por las noches, después que las niñas y los pequeños se acuestan, se queda un ratito con nosotros en el comedor; nos acompañan dos venerables amigos del pueblo, furibundos tresillistas y lectores de papeles públicos. A ratos se aparta Fernando conmigo y me cuenta su triste historia: el conocimiento de esa buena pieza en la casa de una diamantista: los amores, como incendio repentino o estallido de un volcán; las mil peripecias y contrariedades que sobrevinieron; sus estudios de raptos y lances amatorios que no sirvieron para nada; la poesía de sus entrevistas secretas con la niña, y la prosa de su encierro en la cárcel por intriga tuya. En todo lo que me refiere se revela el mal gravísimo que tiempo ha viene padeciendo y no es otro que la desproporción monstruosa entre lo que piensa, siente o sueña y lo que le sucede. ¡Tanta poesía en su espíritu y prosa tan baja en la realidad! La última expresión de este desequilibrio ha sido la catástrofe de Bilbao; ya puedes figurarte: caer desde la poesía más alta a una prosa rastrera y tristísima. Tienes razón, hay que equilibrarle, querida Pilar; pero persuádete de que esto no se consigue en dos días ni en cuatro. Déjanos a mí y al tiempo. Tus arranques comprometen el éxito de tus ideas, las cuales son siempre más felices que oportunas tus acciones. ¿Me explico?

Convencida de que al anhelado equilibrio no podemos llegar sino pasito a paso, te digo formalmente que me parece un desatino abordar tan pronto el asunto de La Guardia. Créelo: no está el horno todavía para esos pasteles. Mis informes acerca de las niñas de Castro concuerdan con los tuyos; papá, la última vez que estuvo aquí se hacía lenguas de la mayor de ellas y hablaba con donaire de la adoración y entusiasmo que ambas sienten por nuestro enfermito. Pero no nos precipitemos, amiga de mi alma; la idea es admirable, como tuya; déjame a mí la ejecución lenta, gradual, que ya no es la cosa tan fácil como tu viva imaginación te la representa, pues las pretensiones de mi sobrino complican terriblemente el asunto. ¡Buena se va a poner tu hermana si descubre que ando yo en estos tratos! Y no quiero, no, no quiero cuestiones con Juana Teresa; ya sabes quién es y el genio que gasta. Lastimado su amor propio por la esquivez de la niña de Castro, que no quiso ver en Rodriguito el mejor de los esposos, no ha renunciado a convencer a la que tuvo por la mejor de las nueras. Me consta que tanto ella como los de Navarridas trabajan a la desesperada por enderezar este negocio, llevándolo a la solución que desean. Si de acá echamos nuestro memorial y ellos fracasan nuevamente, verán en nosotros la causa del desastre y no quiero decirte los disgustos que a Juan Antonio y a mí nos traerán las iras de Juana Teresa. ¡Pues si ellos ganan la partida y nosotros nos llevamos el sofión, figúrate!... Un segundo desengaño de esta naturaleza, tan reciente y doloroso aún el primero, no lo soportaría tu Fernando. Además, la situación moral en que ahora se halla no es la más propia, no, para improvisar matrimonios, ni siquiera noviazgos formales. Pues ¿qué? ¿Tienes a Fernando por un cazador de dotes? ¿Es airoso para tal caballero el quitar tan pronto la mancha de la mora madura con la verde? Ni él está en tal disposición, ni yo, que tanto le quiero, le aconsejaré nunca esa prisa para mudar de amor como se cambia de ropa. Calma, y que los sucesos lleven su marcha natural y lógica. Déjalo de mi cuenta, que estoy con un ojo en Cintruénigo y otro en La Guardia.

Ya que tanto interés manifiestas en este asunto, infórmame lo más pronto que puedas del estado presente de tus relaciones con Juana Teresa. ¿Son éstas cordiales, son frías y de pura etiqueta, como las mías? No desconocerás la im-

portancia de esto, Pilar de mi corazón. Sé que después de algunos años de completo desvío y quejas por una parte y otra os reconciliasteis, cruzando correspondencia fraternal, en la que hacíais gala una y otra de haber arrojado al viento antiguas querellas, y concertadas las paces prometíais amaros como hijas que sois de un mismo padre. Pero me ha dicho Carlota Cisneros que hará dos años volvisteis a torceros por no sé qué groserías de Juana Teresa, y lo creí, porque ésta no puede desmentir la sangre de los Almontes de Tarazona. Es envidiosa, egoísta, y cuando le tocan a su amor propio o a sus intereses salta la fierecilla y no hay medio de que con ella nos entendamos. No me maravillará saber que habéis vuelto a los antiguos antagonismos. De vuestro común padre tenéis poco; cada cual es trasunto de su madre; la tuya, mi benditísima madrina, la mayorazga de Loaysa, era una gran señora, mientras que la de Juana Teresa... En fin, no sigo. Sois el día y la noche. Esto lo repite Carlota Cisneros siempre que habla de vosotras, y la última vez que hizo mención de tu media hermana la calificó de *noche de truenos*, según está de atrabiliaria, mandona y desapacible. ¡Ay!, si oyeses a papá referir dichos y hechos de su nuera te morirías de risa.

Bueno, querida mía: quedamos en que yo estoy a la mira de lo de La Guardia, y por ahora no hace falta más. Tu confianza en mí es absoluta, ¿verdad? En nuestra juventud, en los primeros años de nuestra juventud, éramos como dos cuerpos con una sola alma. Pues ahora también. Te sustituyo en el cuidado de esta querida criatura, soy tú misma. Convengamos, Pilarica de mi corazón, en que tú discurres, pero no ejecutas; juntémonos para ser la idea y la acción combinadas. Prométeme decirme todo lo que pienses y hacer todo lo que yo te mande. Lo primero, que no te olvides del estado de tus relaciones con Juana Teresa; si hay discordia y mutuo desvío, quiero saber las causas. Lo segundo, que utilices tus conocimientos para lograr que los amigos que tiene Fernando en Madrid le escriban de cosas literarias y que le manden versos, o prosas el que las haga, y libros, y referencias de teatros o de autores noveles. Me hacen suma falta elementos de distracción, recreos del espíritu, que son gran medicina, por desgracia escasísima en las farmacias de acá. No sabiendo qué inventar para distraerle, pues las cacerías le aburren y los paseos por el campo y el monte le entristecen más, hemos conseguido que las niñas organicen una representación dramática, con otras señoritas y muchachos del pueblo. La obra elegida es *El sí de las niñas*. ¿Te acuerdas de cuando la vimos juntas en Zaragoza, veinte años ha? ¡Tristes memorias! Aquella noche, de vuelta del teatro, encerraditas las dos en el gabinete de las estampas y cornucopias, en casa de tu tía Leonor, me confiaste tu secreto...

Pues se me olvidaba lo principal: al decirme cómo estás de relaciones con Juana Teresa, añadirás si sabe lo que yo sé... ¡Pues apenas tiene importancia!... No más por hoy. Juan Antonio te besa las manos; Fernando y mis hijos, el rostro, y te lo llenan de babas. No te olvida tu amante amiga.

Valvanera.

X

DE DON FERNANDO A DOÑA AURA

Ni sé dónde estás ni si conservas memoria de mí. Avivando tus recuerdos, volviendo con insistencia y fe tus miradas a lo pasado, quizá logres, hermosa Aura, reconocer al que ésta te escribe. No te asustes creyendo que recibes carta de un muerto. Vivo estoy, aunque no tanto como parece. Vivo estaba cuando llegué a Bilbao y llamé a la puerta de tu casa y una mujer de aspecto desapacible me dijo que tú no vivías ya para mí.

Menos tiempo del que suele durar la memoria de un muerto duró en ti la memoria de un vivo que te amaba y a quien juraste fidelidad eterna, entendiendo por eternidad el espacio de un sueño o la duración de nuestras alegrías más fugaces.

Dime que estamos soñando, que dormimos lejos el uno del otro, y ello me parecerá menos increíble que la noticia de tu casamiento. ¿Tan persuadida estabas de mi muerte que ni siquiera la pusiste en duda, esperando la certificación y seguridades de que yo no existía?

Las personas que verdaderamente aman suelen resistirse a creer que han perdido su bien. Aun ante la evidencia dudan. Fáciles en dar crédito a los anuncios de muerte son los que la desean o no la temen, Y si engañada la creíste, ¿no merecía yo que pusieses entre el muerto y el vivo mayor espacio, para que uno y otro no se junten en tus sentimientos? No es bien que anden mezclados en tu corazón la lástima del que se va con el respeto del que llega. ¿No te confunde, no te entristece que no sepas distinguir las pisadas del que sale de las pisadas del que entra?

Pero al acusarte sin conocimiento claro de los hechos, me expongo a ser injusto, Perdóname; que tiempo tengo de acusarte cuando sepa qué móviles han determinado este caso inaudito. ¿Eres más débil que culpable? ¿Has cedido a sugestiones cuya gravedad y fuerza no puedo yo apreciar desconociendo los caracteres que te rodean y el ambiente que respiras? ¿Te convencieron de mi muerte, con lo cual, adormecida tu voluntad, fácilmente la hicieron esclava? ¿A qué artificios del infierno debo esta sustracción infame de lo que me pertenecía? Porque aún están deslumbrados mis ojos con los destellos vivísimos de tu entendimiento; aún veo los hermosos arranques de tu corazón, el poder afectivo que parecía desafiar cielo y tierra, y no se me alcanza cómo tales fenómenos, que yo juzgué energías indomables, han podido trocarse en el fenómeno contrario: la endeblez, la impotencia y la pasividad. Sospecho que eres, más que criminal, víctima no menos digna de lástima que yo. Presumo que no me burlaste, sino que los dos hemos sido burlados. Dímelo así, si es verdad; si mi desgracia es obra tuya, dímelo también sin rebozos, que no he de volver contra ti el daño que me has hecho. Creeré que te has muerto y conservaré el recuerdo de la pasada Aura pensando que la existente es otra, una mujer insignificante, disfrazada con el nombre y facciones de aquélla.

Pero si confirmas mi sospecha; si por declaración t u y a me convenzo de que me han robado a mi Aura, aunque hayan sabido cohonestar el secuestro con la formalidad sacramental consumada por sorpresa y con perfidia y traición, engañando a Dios o queriendo engañarle, aquí estoy dispuesto a dar a los impostores su merecido. Contéstame pronto; te lo suplico, apelando a tu compasión, ya que no puedo invocar otro sentimiento. M á s quiero la desesperación que la duda; más quiero un go pe mortífero de la verdad que el consuelo de esperanzas mentirosas. Pido a Dios que si no me respondes claramente nunca tengas paz.

Fernando Calpena.

XI

DE DON PEDRO HILLO A TELÉMACO

Madrid, abril.

Mira, niño maleante y ocioso, hazme el favor de no gastar esas bromas públicas de ponerme en el sobrescrito de tu carta los títulos y remoquetes de «Cardenal». La que recibí ayer movió gran escándalo en la casa. Asustado venía el cartero, y la criada se asustó más cuando se enteró de que moraba en la casa un príncipe de la Iglesia sin que ella lo supiese. Debía de ser un *monseñor* disfrazado. Méndez creyó al pronto que en Correos confundían su casa con la Nunciatura. Huésped hubo que se tragó la bola, creyendo que en el próximo Consistorio me concedería el capelo la Santidad de Gregorio XVI; y algunos, no sé si por chunga o por inocencia, me daban la enhorabuena. Luego empezaron las bromitas, algunas muy enfadosas...

Antes que se me olvide: Milagro está colocado en Gobernación, él dice que *por intrigas*, y lo creo. Vive temblando, porque Joaquín María López no cesa de hacer cesantías para colocar gente de las logias. Iglesias va a la Habana con un buen destino, creo que en Aduanas o en Rentas, de lo que me alegro infinito, a ver si levanta cabeza y puede socorrer a sus padres, que están en la miseria por sostenerle aquí. Debe la plaza, según me han dicho, a influencias moderadas. ¡Qué vueltas das, oh mundo! El pobrecito, no sabiendo ya a qué santo encomendarse, se dedicó a besar peanas que antes había escupido. Ya está haciendo las visitas de despedida, con sombrero nuevo y la ropa flamante que pregona su nuevo estado.

De Serrano no sé más sino que estaba en las últimas; mas no por eso menos

desollador del prójimo. Desde el día del entierro de Larra, en que cogió un enfriamiento, no ha vuelto a salir a la calle. De tus amigos, el que más veo por ahí es Miguel de los Santos, a quien prometí una docena de botellas de jerez, un jamón de Trevélez y una caja de mantequilla de Soria si te escribía una carta contándote los sucesos literarios. Me prometió mandármela hoy para incluirla en ésta; pero dudo que cumpla su compromiso aquel ingenioso y sutil holgazán. A Ventura le he prometido nada menos que una capa nueva, con embozos de terciopelo, si te escribía. ¡Peste de literatos! No hay quien haga carrera de ellos. Quéjanse de que las letras no dan para vivir, y se pasan la vida limpiando con los codos las mesas del Parnasillo y ensuciando con sus lenguas las reputaciones... clásicas. Pero dejemos a los poetas que vivan y rabien, y vamos a nuestro asunto.

La carta que acabo de recibir te me presenta volviendo tus ojos a lo pasado, y yo que tal veo échome a temblar. Mientras no consideres ese pasado triste como cosa muerta y sepultada, tu vida no tendrá sosiego. ¿Qué hablas ahí de venganzas? Tu desaire y el mal comportamiento de otras personas, ¿qué tienen que ver con tu dignidad? Esta nace de nuestra buena conducta, no de los villanos hechos de los demás. ¿Entiendes por dignidad la del señor Hernani, que, sin más razón que un puntillo de honra, se mata cuando don Ruy Gómez le toca el cuerno? ¿Es dignidad la obcecación del bruto de Otelo (¡negro había de ser!), que por los falsos indicios de un pañuelo y carta, y por el soplo del indecente de Yago, mata a su mujer, sin averiguar si es culpable o no? Y buscando mejores ejemplos en el clasicismo, ¿crees que es digno Orestes matando a Clitemnestra, su mamá, por culpas que sólo debía castigar Júpiter? ¿Estimas que Medea obró con dignidad vengando en sus hijitos las ofensas del sinvergüenza de Jason? Y a Edipo, a Menelao, a Eneas y a todos esos mal llamados héroes ensalzados por los poetas, ¿les tienes también por hombres dignos? Será tu perdición el querer proyectar en la vida real una sombra de las figuras poéticas, reduciendo a hechos los sentimientos hinchados y artificiosos que son la armadura de tragedias y dramas. Esas cosas se leen, se admiran, pero no se imitan, porque acabaríamos por volvernos locos. Es como si ahora salieras tú en la vida real con la tecla de hablar en verso. Desde la gran señora a la cocinera, todos y todas se reirían de ti. Una cosa es declamar, querido Fernando, y otra es vivir. Examinemos tu asunto: quisiste a una mujer; se ausentó de ti; por circunstancias independientes de tu voluntad, por entorpecimientos de fuerza mayor, obra de la guerra y de contratiempos naturales, no pudiste llegar al lado de la que amabas. Pasó tiempo..., que ése es su oficio, pasar, pasar siempre, trastornando los planes mejor combinados de las criaturas. La niña, que por las trazas no es de esas que están constituídas para largas esperas, se cansó, cosa muy natural, pues cada uno se cansa cuando su temperamento lo dispone. Entre paréntesis, desde que yo la vi en casa de aquella condenada Zahón, que Dios confunda, la tuve por demasiado viva de genio, carácter impaciente, voluntarioso, atropellado. Bueno: pues se cansó de esperar; eso de tener paciencia o no tenerla lo da Dios, hijo. Y como tú no llegabas ni de ti se tenían noticias, otro sujeto, que no debía de ser rana, siguió la doctrina de uno de los siete sabios de Grecia, a quien debemos el gran aforismo: «Aprovecha la ocasión.» Y aprovechando, aprovechando, ya con ardientes galanteos, ya por otros medios que le suministró la fatalidad, tal vez por sugestiones de una familia egoísta, y resortes de embaucación y engaño, o sin engaño, no lo sabemos, triunfó, y suyo fué lo que por tuyo tenías. Bueno, ¿y qué? Esto lo vemos un día y otro. Por tonto y vulgar, el caso ni aun merece que se le ponga en verso y en escenas parladas para salir al teatro.

Llegaste al fin, pero llegaste tarde, cosa también vulgarísima y de clavo pasado, pues desde que el mundo es mundo la Humanidad incurre en esa fatalidad vulgarísima de llegar tarde... Pues, amigo, aprende para otra vez, y da el negocio por concluído. ¿No es ridículo que quieras salir ahora haciendo la fantasma que se presenta entre las alegrías del festín de boda y ahoga con lúgubres apóstrofes los c a n t o s del epitalamio? ¡Niño, por Dios! Quítate el caperuzo de espectrón y vete a tu casa. ¿O es que representas el galán desesperado, melenudo y ojeroso, que cuando las cosas ya no

tienen remedio, pues están echadas las bendiciones, se aparece espada en mano, queriendo atravesar a la dama infiel, al segundo galán solapado, al primer barba, que es el padre; al segundo, que hace de sacerdote, y a la característica, zurcidora de aquel enredo? ¡Niño, por Dios! Hasta en el teatro apestan ya esas cosas. En la vida real, casos de esa naturaleza se solucionan dando media vuelta el galán, el cual deja tras de sí, para que los culpables lo recojan, si quieren, un desprecio de buen tono; y aquí paz y después gloria. Para tu tranquilidad, urge que mandes echar el telón sobre ese final tonto, y te metas en tu casa, donde, si te dejas querer, no tardarás en recibir memoriales de innúmeras novias de más mérito y de tanta hermosura, por lo menos, como la que ha demostrado no ser digna de ti. Hijo mío, las tendrás a pares, a docenas; si te gustan pobres, pobres; si las quieres ricas, ricas hasta dejarlo de sobra, y honestas, de resistencia para todo el tiempo que se las mande esperar; discretas y amorosas, de excelente educación moral y profana. Y no te digo más.

Tanto me ha enojado tu carta, que no me atrevo a dar cuenta de ella a *su majestad;* he tenido que soltarle el venial embuste de que no habías escrito, prefiriendo para ella el disgustillo de no tener noticias al disgustazo de leer esas bobadas de venganza, dignidad y dramáticos desplantes, que traen pegados el polvillo y las telarañas de guardarropía.

Otra cosa: se había determinado que este indigno capellán se pusiera en camino hacia esas regiones; pero su éxodo ha sufrido aplazamiento. El mejor día, no sé cuándo, tendrás el disgusto de ver aparecer mi jeta en esos horizontes, y yo, la inmerecida satisfacción de darte un abrazo. Sabrás, ¡oh Telémaco!, que tu Mentor ha ingresado en la secretaría del Vicariato general castrense, con jerarquía eclesiástica que le da derecho a usar medias moradas. ¿Qué te creías? Por donde menos se piensa, se va a Roma. Dame bromitas con el cardenalato. Monaguillo te vean mis ojos, y de hombres se hacen los obispos, dicen viejos refranes. Conque no más chirigotas.

Llega en este instante la carta de Miguel de los Santos, que te incluyo. Tuyo de corazón,

Hillo.

DE MIGUEL DE LOS SANTOS A FERNANDO CALPENA

(Incluída en la anterior)

Queridísimo y nunca olvidado Fernando: Dijo el grande Hipócrates, y si otra cosa no hubiera dicho ésta bastaba para acreditarle de grande en genio, entendimiento y ciencia; dijo Hipócrates, en griego para mayor claridad, lo que alguien tradujo al latín: *Ars longa, vita brevis, judicium difficile, experimentum periculosum.* Con tal sentencia por delante, nada tenemos que añadir los doctos para recomendarnos a la benevolencia del blando lector. En verdad te digo que me tiemblan las carnes en cuanto agarro la pluma, pues nada tengo por más difícil que referir lo que hemos visto y comentarlo o exponer opiniones sustanciosas que no apesten de viejas y sobadas sobre cualquier asunto. Y añado que no es menos espinosa la descripción de lo real que la de lo fingido, pues en esto tenemos campo libre para elegir o desechar lo que nos diere la gana, mientras que en la narración real, que los sabios llamamos Historia, el respeto de la verdad nos embaraza y confunde, y el miedo de mentir corta los vuelos de la fantasía. Ahora veremos si sirvo yo para este negocio de contar lo sucedido, con la añadidura de reciente, de quien son testigos, no uno, sino mil de nuestros semejantes, que pueden desmentirme y abochornarme si en la descripción yerro o en los juicios desbarro. Voy medroso al asunto, pues aunque escribo, al parecer para ti solo, en familiar estilo, no puedo tomar la pluma sin pensar que ha de leerme la posteridad, y en las cartas de mayor confianza pongo todo mi estudio clásico y mis profundos conocimientos del lenguaje, para enseñanza y admiración de las generaciones futuras. Guardarás, pues, esta epístola como oro en paño, para que, andando los tiempos (y ellos andan, ¡ay!, más de lo que quisiéramos), figure en el abultado mamotreto de mis *Obras completas*, o en el de las *Póstumas* si me malogro tempranamente, lo que no quiera Dios. Y basta de prólogo con morrión.

Gran dicha es, mi querido Fernando, que todas estas cosas que voy a contarte hayan pasado en tu ausencia: dicha

grande, sí, pues si tú las presenciaras yo no escribiría esta carta, y ya veo lo que se perderían las letras castellanas, tan pobres y deslucidas en el género epistolar. Gracias a tu ausencia y a mi solicitud en informarte de lo que no has visto se encuentra la patria literatura con esta joya, que no esperaba... Y basta: ahora sí que entro en materia.

Supe yo la muerte de Larra al día siguiente del suceso, o sea el 14 de febrero. Fuí a verle con otros amigos a la bóveda de Santiago, donde habían puesto el cadáver; allí me encontré a Ventura y a Roca de Togores, tan afligido como yo y Hartzenbusch, que me acompañaba. «¿Y por qué?...—decíamos todos, que es lo que se dice en estos casos—. ¿Cuál ha sido el móvil...?» Quién hablaba de un arrebato de locura; quién atribuía tal muerte al estallido final de un carácter, verdadera bomba cargada de amargura explosiva. Tenía que suceder, tenía que venir a parar en aquella siniestra caída al abismo. ¿Y ella? Si alguien la culpaba en momentos de duelo y emoción, no había razón para ello. No era ya culpable. Por querer huir del pecado había surgido la espantosa tragedia. En fin, querido Fernando, suspiramos fuerte y salimos, después de bien mirado y remirado el rostro frío del gran *Fígaro*, de color y pasta de cera, no de la más blanca; la boca ligeramente entreabierta, el cabello en desorden; junto a la derecha, el agujero de entrada de la bala mortífera. Era una lástima ver aquel ingenio prodigioso caído para siempre, reposando ya en la actitud de las cosas inertes. ¡Veintiocho años de vida, una gloria inmensa alcanzada en corto tiempo con admirables, no igualados escritos, rebosando de hermosa ironía, de picante gracejo, divina burla de las humanas ridiculeces!... No podía vivir, no. Demasiado había vivido; moría de viejo, a los veintiocho años, caduco ya de la voluntad, decrépito, agotado. Eso pensaba yo, y salí, como te digo, suspirando, y me fuí a ver a Pepe Espronceda, que estaba en cama con reuma articular, que le tenía en un grito. ¡Pobre Pepe! Entré en su alcoba y le hallé casi desvanecido en la butaca, acompañado de Villalta y Enrique Gil, que acababan de darle la noticia. El estado de ánimo del gran poeta no era el más a propósito para emociones muy vivas, pues a más de la dolencia que le postraba, había sufrido el cruel desengaño que acibaró lo restante de su vida. Ignoro si sabes que Teresa le abandonó hace dos meses. Sí, hombre, y... En fin, que esto no hace al caso. Gran fortuna ha sido para las letras patrias que Pepe no haya incurrido en la desesperación y demencia del pobre Larra. Gracias a Dios, Espronceda sanará de su reuma y de su pasión, y veremos concluído *El diablo mundo*, que es el primer poema del *idem*... Sentéme a su lado, y hablamos del pobre muerto. En un arranque de suprema tristeza vi llorar a Espronceda; luego se rehizo, trayendo a su memoria y a la de los tres allí presentes los donaires amargos del *Pobrecito Hablador*, el romanticismo caballeresco de *El doncel* y el conceptismo lúgubre de *El día de difuntos*. También hablaron de ella, y tal y qué sé yo, diciendo cosas que no reproduzco por creerlas impropias de la gravedad de la Historia. Villalta y Enrique Gil se fueron, porque tenían que dar infinitos pasos para organizar el entierro de *Fígaro* con el mayor lucimiento posible, y me quedé solo con el poeta, el cual, de improviso, dió un fuerte golpe en el brazo del sillón, diciendo: «¡Qué demonio! Ha hecho bien.» Yo rebatí esta insana idea como pude, y para distraerle recité versos, de los cuales ningún caso hacía. A media tarde entró de nuevo Villalta con Ferrer del Río y Pepe Díaz. Espronceda sintió frío y se metió en la cama. Yo, caviloso y cejijunto, hacía mis cálculos para ver de dónde sacaría la ropa de luto que necesitaba para el entierro...

¿Qué te parece mi estilo histórico? Ya ves que Jenofonte, Tito Livio y el propio Tácito se quedan tamañitos. Aquí doy un salto, dejando inéditas mis fatigas y diligencias para encontrar un amigo de mi talla y carnes que para el entierro me vistiese, y paso a contarte la escena solemnísima del cementerio, que no olvidaremos jamás los que la presenciamos. Atacado de esa comezón o prurito de maliciosa crítica que suele posesionarse de nuestro espíritu en las ocasiones más luctuosas, no pude menos de reparar en la ropa de cada cual, dividiendo por clases de primera, segunda y tercera a los que la llevaban superior, media o mala. Vi levitas de intachable corte y hechura llevadas por cuerpos para los que no era novedad el cubrirse con ellas;

vi otras que pedían con sus dobleces volver al arca de donde las sacó la etiqueta; las había que se estiraban para corresponder al crecimiento de su dueño; había no pocas de las vinculadas: levitas madres, levitas abuelas, transmitidas de generación en generación... Pero todo este observar indiscreto, irreverente, fué ahogado por la emoción que nos embargó al descubrir el ataúd y ver las ya macilentas facciones del gran satírico, próximas a desaparecer para siempre en la tierra. Aún nos parecía mentira que del primer ingenio de nuestra época no quedase más que aquel despojo miserable. ¡Veintiocho años, Señor, la edad de vivir!... ¡Y verle allí mudo, inerte; su arte y su pluma enterrados con él!... El primer discurso fué de Roca de Togores, que a todos nos conmovió profundamente; no pude contener mis lágrimas. Algo dijo después en prosa el conde de las Navas, y en verso Pepe Díaz. Cuando ya se daba por terminado el acto, rompió el cerco aquel Massard, ¿te acuerdas?, Joaquín Massard, más conocido en Madrid que la ruda, empleado en la secretaría del infante don Sebastián. Pues traía de la mano a Pepe Zorrilla, lo que nos sorprendió mucho, pues si sabíamos que éste había hecho unos versos a la muerte de Larra, pensábamos que eran para *El Mundo*, no para leerlos en el cementerio.

A Pepe Zorrilla no le conoces. Vino escapado de Valladolid después que escapaste tú de la Corte. Es de la estatura de Hartzenbusch, y con menos carnes; todo espíritu y melenas; un chico que se trae un universo de poesía en la cabeza. Verás: temblando empezó a leer; pero al segundo verso su voz no era ya humana, sino divina... Yo le había oído recitar mil veces; admiraba su voz bien timbrada y dulce; pero aun conocido el órgano, me maravilló la sublime ejecución de aquella tarde. Hace las cadencias de un modo nuevo, con ritmo musical, melódico. Necesitas oírlo para poder apreciarlo... Los versos ya los conocerás; se han divulgado por toda España. Al tercer verso,

vano remedo del postrer lamento,

sentí una emoción tan honda, que tuve que agarrarme al más próximo para no caerme. Yo era un mar de lágrimas. No hacía más que mirar al muerto, que me pareció que pestañeaba. Todos los vivos se llevaban el pañuelo a los ojos. El poeta se fué serenando, se fué creciendo; cada vez leía mejor, y cuando concluía nos pareció que llegaba al cielo. El estupor y la admiración se confundían con la extremada tristeza del acto para formar un conjunto grandioso en que andaban la muerte y la vida, la podredumbre y la inmortalidad, la realidad y el arte, tomando y dejando nuestras almas como olas que van y vienen. Corrí a dar un abrazo a Zorrilla, de quien soy amigo del alma... Juntos estudiábamos en Valladolid la ciencia del Derecho... por los textos de Víctor Hugo, Walter Scott y Byron. Pero no pude llegarme a él, porque un tropel de gente le rodeaba. En esto vi que metían en el nicho el ataúd de Larra. El creador de páginas inmortales se iba para siempre: la puerta negra se cerraba tras él. No era más que un nombre. No lejos de allí, Zorrilla, vestido como yo de prestada ropa, pálido de la emoción y del frío, temblaba recibiendo plácemes: era un nombre nuevo que allí había salido de la tierra, a punto que el pobre cuerpo del otro entraba. Yo vi en mi mente poemas y dramas que aún no se habían escrito, que yo no escribiría seguramente, que serían la obra, la fama, la gloria de aquel querido amigo de mi infancia, con quien había correteado en la capital de Castilla la Vieja. Hasta entonces le quería; desde aquel momento le admiré y le tuve por un oráculo, sin asomos de envidia; porque yo me siento autor de las obras más bellas, de las obras de otros; sé muy bien que no he de escribirlas nunca, así me conceda Dios mil años de vida, y admiro el numen, que me figuro mío, transmitido a los demás para que no se pierdan mis inspiraciones.

Ya tapaban con ladrillos el nicho cuando pude estrechar en mis brazos a Pepe. Harto sabía él que mi felicitación era sincera. Dos hermanos no se quieren más. No pude gozar de su compañía en aquella hora triste y feliz de entusiasmo y lágrimas, porque vino Luis Bravo rompiendo por entre la multitud con aquellos modos ejecutivos y perentorios que gastar suele, y cogiéndole de la mano le arrastró tras sí. Dijéronme luego que se le habían llevado en coche dos señores de los que ostentaban mejores levitas en el entierro. A la salida hube de reparar

nuevamente en las prendas de vestir, de variedad suma, complaciéndome en ver no pocas de peor calidad y ajuste que la mía. Comparado con algunos que no quiero nombrar, yo estaba deslumbrador. Los mejores trajeados eran Roca de Togores, Mesonero Romanos, Villalta, Julián y Florencio Romea, Carlos Latorre, Donoso, Villahermosa, los Madrazos... Ventura y Bretón no iban mal apañados. Plebe endomingada éramos Ferrer del Río, Pepe Díaz, García Gutiérrez, Juan Eugenio, Gil y Zárate y el eximio autor de *La protección de un sastre.*

El cual, a la mañana siguiente, hallándose no diré que en el primer sueño, pero sí en el segundo, sabrosísimo, fué despertado por Zorrillita, que entró, como siempre, metiendo ruido. Despertar yo y él abrazarme sentado al borde del mullido lecho patronil, fué todo uno. Ni Pepe ni yo sabíamos qué hora era, ni nos importaba, hechos ya a mirar el tiempo con menosprecio, por lo cual habíamos resuelto alejar de nosotros a esos impertinentes marcadores de la oportunidad que llamamos relojes. Para nada los necesitábamos. Desperezábame yo, y Pepe me contaba sus triunfos de aquella noche, en que no había dormido, ni siquiera entrado en su casa. Presentado por Luis Bravo al señor del coche, un alemán muy rico que se llama Buschental, a quien tú no conoces ni yo tampoco, porque no nos tratamos con gente de dinero, ni maldita la falta que nos hacen tales compañías, pues ya sabes cuán difícil es que entre un rico en el reino de los cielos; presentado al banquero, digo, éste y otro cuyo nombre ignoro, y por eso se queda sin pasar a la posteridad, le llevaron a comer a Genieys, y le obsequiaron y le colmaron de lisonjas. Corrieron el jerez y el champagne. ¡Manes del gran *Fígaro,* escribir el artículo de ultratumba: *Del cementerio a la fonda!* Concluído el comistraje, le llevó Brabletín. Tanta felicidad le tenía embobado, y también a mí, que con sus triunfos gozaba lo que no puedes figurarte. Era el hombre del día. La suerte iba en su busca con el laurel en una mano y treinta duros en la otra. Tan desusado y peregrino nos pareció esto, que resolvimos celebrarlo con toda pompa, dedicando a la Providencia una solemne fiesta *eucharística* o de acción de gracias, la cual debía de consistir en alegres festines y en gozar de cuanto Dios crió. Yo bailaba vistiéndome, y Zorrilla se tomó mi chocolate. Sentía él no disponer ya de los primeros seiscientos reales de *El Porvenir;* pero como yo poseía algunos, resolvimos consagrarlos a las indicadas expansiones *eucharísticas,* en las doradas puertas de la inmortalidad que para mi amigo se abrían. Embolsado el dinero, nos echamos a la calle, creyendo que el mundo y la Naturaleza se engalanaban en nuestro obsequio; que los transeúntes bailaban o debían bailar de regocijo como nosotros; que el sol alumbraba más que otros días; que las calles reían a carcajadas; y más ricos que Fúcares, más ufanos que Napoleón al día siguiente de Austerlitz, reventando de salud y de júbilo, nos lanzamos en busca de cháchara festiva, de comidas sabrosas, de ardientes emociones y estimulantes placeres.

¿Sabes cómo escribió este condenado Pepillo los versos que en un abrir y cerrar de ojos le han dado fama y una plaza de treinta durazos? Pues con un mimbre, porque no tenía pluma, y mojado en pintura, no sé si azul o verde, por no haber tinta en la casa. Hasta el 14 de febrero la morada del caballeresco poeta fué una suntuosa cestería; mas hoy por hoy, tanto él como yo, príncipes de las letras, hemos ordenado que se nos prepare la Alhambra de Granada o el Alcázar de Toledo.

Dícenme, mi buen Fernando, que no ha sido venturoso el fin de tu aventura

ileso de las batallas de la vida. En mi calidad de profeta y oráculo te administro un consejo, al cual, para que más fácilmente se grabe en tu memoria, doy forma métrica, sin lima, pues he proscrito el uso de esa herramienta:

¡No ames a nadie nunca: allá en tu [mente
goza con tu amoroso pensamiento;
nunca tu corazón crea imprudente
hallar en otro amor y sentimiento!

Vuelve al mundo, hijo mío, y no desgastes tu noble espíritu en melancolías, que son causa de malas digestiones. Contempla las bellezas de la creación, y extasíate en lo que Dios ha fabricado para nuestro recreo; admíralo todo. El mundo es bueno, superior, y en él se acreditó de maestro el Supremo Artífice.

¿Qué hay que pedir? ¡Tenéis cielo y [estrellas,
y sol y luna y otras cien mil cosas
que, a más de ser a vuestra vista bellas,
son acabadas máquinas grandiosas!
¡Rayos, truenos, relámpagos, centellas
tenéis, que os dan mil fiestas luminosas!
.....

¿Qué me decís del mar? ¿Y los volca- [nes?...
¿Y las minas? ¿Y el reino vegetal?
¿Pues dónde dejaremos los afanes
que habrá costado hacer un animal?
Miserable mortal, no te me ufanes
creyéndote animal excepcional,
que el mismo tiempo malgastó en ti Dios
que en hacer un ratón, o a lo más, dos.

Admira el universo, abominando sólo de dos cosas: de la mujer, que fué criada para echar a perder todo lo demás, y de la filosofía, que sólo sirve para envolver en importunas gasas la verdad y no permitirnos gozar de ella. Oye estos sublimes pensamientos míos acerca de la filosofía:

A cada paso se oye un NO y un sí...
Algunas veces se oye un YA SE VE;
se habla de Dios: definiréle así,
diciendo que Dios es un ENTE A SE.
En alma no es A SE, ni vive EN sí,
que vive en Dios, por quien creada fué...
Quien me entienda, me entienda, porque [yo
ni entiendo al que me entienda, ni al [que no.

Y por fin, querido Fernando, aunque dicen que lo bueno nunca es largo, doy fin a esta carta, repitiendo las advertencias que al principio te hice para que a documento tan precioso no se le entorpezca el pase a la posteridad. Guárdala en el más seguro estuche de tu relicario; rotúlala con mi nombre para que extraños y propios aprecien sin leerla su inmenso valor literario, y date con un canto en los pechos por haber merecido el honor de que *Nos* (uso el plural, como el Papa) hayamos vencido nuestra suplime pereza para escribírtela. No esperabas tú esta diligencia mía, tan contraria a las preciosas virtudes de no hacer nada y de pensarlo todo, que son mis virtudes favoritas. Por ellas, *La Divina Comedia*, que debió ser mía, es del Dante; mi *Vida es sueño* pasó a Calderón; mi *Sí de las niñas* se lo cedí a Moratín, y todo lo bueno y hermoso de estos tiempos, por generosa renuncia de mi ingenio soberano, ha pasado a reflejarse del sol de mi caletre a la luna de los autores que andan por ahí, resultando que son espejos que, sin quererlo yo, reproducen mis ocultos esplendores. Yo me envanezco de ser autor de todas las grandes obras del humano saber. Soy feliz, y deseo que mi clásica epístola te colme a ti de felicidades, despejando tu cabeza de nubes enojosas, tornándote a la salud y al contento, a la conciencia de tu porvenir, y determinándote a salir de esas soledades para volver acá, donde te esperan abiertos en cruz, en olímpico desperezo, los brazos de tu amante amigo.—Nos,

Miguel de los Santos Alvarez.

XII

DE PILAR A SU AMIGA VALVANERA

Madrid y abril.

Querida mía: Te escribo de prisa y corriendo porque tengo que salir a una visita fastidiosa, inevitable, y no quiero perder el correo de hoy. Sin perjuicio de consagrarte otro día todo el espacio que piden mi cariño y mi gratitud de una parte, de otra el amor a Fernando, y las mil cosillas que a mis dos amores tengo que decirles, atiendo a la urgencia de tus preguntas.

Mis relaciones con Juana Teresa son las de dos personas que no se aman, pe-

ro que no quieren dar al mundo el espectáculo de la desavenencia, desamor mejor dicho, entre dos hijas de un mismo padre. Si nuestras madres se hubieran conocido, se habrían detestado cordialmente. La mía y la suya eran dos madres de índole, sangre y gustos muy distintos: como ellas salimos nosotras; fuimos nuestras madres redivivas, sin que el padre común nos diera nada que igualase la desigualdad ni conciliara lo inconciliable. Hace algunos años, la herencia del tío Sobremonte fué causa de que nos pusiéramos al habla mi media hermana y yo para evitar litigios dispendiosos: no hubo más remedio que entrar con ella en correspondencia, la cual dió aspecto de paces duraderas a lo que no fué más que negociaciones transitorias, mirando cada cual por sus intereses. Concluímos, y al final dióme Juana Teresa nuevo testimonio de su malicia y desconsideración. No hemos vuelto a escribirnos. Ya te contaré cosas de ella, y cosas mías, que ambas las tenemos, cada una según su natural, y comprenderás cuán difícil es que seamos amigas enteras, siendo, por ley de Naturaleza, hermanas partidas. Yo no me ocupo de ella jamás, ni la nombro para nada; ella no procede del mismo modo con respecto a mí, y la distancia que nos separa no impide que lleguen a mi oído (por desgracia, sutil) las ironías de Cintruénigo. Por hoy no te digo más.

¡Ah!, sí: te digo que mi secretico de dos caras, por una suplicio, gozo inefable por otra, no lo sabe Juana Teresa. Si lo supiera, creo que ya sería del dominio público y me cantarían los ciegos por las calles. Hoy por hoy, amada mía, sólo hay cuatro personas vivas que lo conozcan, y una de ellas eres tú, mi consuelo, mi esperanza...

He llorado un poquito. Valor, y adelante, que es forzoso concluir ésta. ¿Y ese adorado tontín ha recibido y gozado la carta de Miguel de los Santos? ¿Ves? Hace poco lloraba, y ya me río. ¿Y está su cabeza tan trastornadita que no ha caído en mi gracioso enredo? ¿Se ha tragado la carta como del propio estilo y mano de Alvarez? ¿No ha visto que es de mi cosecha, y que la forma, ya que no lo que allí se relata, salió de mi magín? Conste que me he reído con gana mientras tramaba esta superchería, como se reirá él cuando la descubra. ¡Pobrecito mío! Por estas bromitas, que salen de mi corazón, pienso yo que ha de quererme más. No le digas nada; déjale en su error, a ver por dónde sale. ¡Cuál no habrá sido su asombro al ver epístola tan larga firmada por aquel supremo holgazán! El conoce a Miguelito, y sabe que es un somnámbulo de mucho ingenio, que sueña y anda, pero no escribe. Ya le contaré más adelante a mi somnámbulo (pues también Fernando lo es) cómo he podido adquirir conocimiento de todo lo que pasó antes, en y después del entierro. Para mayor burla, le diré que Miguel no asistió al acto porque no pudo encontrar quien le prestara ropa de luto..., como que en aquel día y con el consumo de todos *se agotaron las levitas*... ¡Pobre niño mío! Que juegue yo con él un poco. Esto me endulza el alma. Me parece que me quitan veinte años y que le tengo sobre mis rodillas contándole el cuento del ratoncito Pérez. ¡Adiós!, no puedo más hoy. Te idolatra tu

Pilar.

XIII

DE FERNANDO CALPENA A DON JOSÉ MARÍA DE NAVARRIDAS

Villarcayo, abril.

Mi respetable amigo: No a desatención ni olvido, sino a la indolencia que el estado de mi ánimo me imponía, debe atribuirse el hecho de no escribir a usted y su noble familia cuando Sabas partió para La Guardia. Espero que me perdonará esta falta antes que yo mismo me la perdone, y fiado en ello me tranquilizo de la turbación que su carta ha levantado en mi conciencia. No quiero dar a usted más disculpas que la de mi desgana de toda ocupación en aquellos días, y es bastante; que el guerrero que vuelve derrotado y maltrecho en horrendos lances y peripecias abrumadoras, tiene derecho al descanso, llamémosle pereza. Ha sido precisa la intervención de una deidad providente para que yo me decida a no aplazar por más tiempo la contestación a su cariñosa carta.

Sí; la señora de este castillo me ha cogido hoy por una oreja, y llevándome al despacho de su digno esposo me ha conminado con penas de supresión de almuerzos y comidas si no escribía hoy

mismo al buen párroco de La Guardia. La ilustre señora me ha hecho ver la fealdad de mi conducta, demostrándome además cuánto conviene a mis males íntimos el apartar de ellos la atención. A esto añado, por cuenta propia, que nada es más grato para mí que platicar de lejos, ya que de cerca es imposible, con usted y con su dignísima hermana y encantadoras sobrinitas, a quienes manos y pies beso con todo el rendimiento de la más leal amistad.

Grande satisfacción me causan sus noticias acerca de la excelente salud de las niñas de Castro, de su alegría y buena disposición. Veo con gusto que la jugueiona Gracia se hace poquito a poco persona formal, ayudando a su hermana, y que ésta multiplica sus dotes y aptitudes, como si no quisiera dejar mérito alguno para los demás. Al propio tiempo, he de manifestar a usted mi sentimiento por que su nobilísimo plan no haya tenido realización a la hora presente. Tanto Valvanera como yo hacemos votos por que los deseos de usted y de su hermana se realicen lo más pronto posible, y no dudamos que la negativa de la mayorazga ilustre de Castro será un incidente pasajero. He dicho mayorazga sin acordarme de la abnegación con que Demetria ha partido sus bienes con la hermana menor. Sin duda su alma, ambiciosa de perfecciones, ha querido añadir a sus coronas la de esa generosidad hermosísima. No digo a usted que la felicite en nuestro nombre, porque quizá al echar el incensario de su magnanimidad daríamos, sin quererlo, un golpe a su modestia. Persistan usted y su hermana en su buen propósito, y al fin la voluntad de Dios y la de la sin par Demetria aparecerán en perfecta armonía.

En efecto: el señor don Pedro Hillo, cuya visita le anuncian de Madrid, es mi amigo más amado, y el discreto corresponsal de cuyos relatos interesantes di a usted conocimiento; persona por diversos títulos digna de su estimación y de los agasajos que le prepara, pues une a su saber de cosas sagradas y profanas el trato amenísimo y la gravedad del carácter.

No me parece mal que las niñas consagren a la lectura sus ratos de ocio, que en esa vida laboriosa no pueden ser muchos. Demetria no necesita andadores para correr con paso firme por los altibajos de toda la literatura habida y por haber, pues su criterio superior le permite discernir claramente lo bueno de lo malo y lo sano de lo enfermo. Déjela usted, que ya sabe ella por dónde anda, y no la *Nueva Eloísa* ni el joven *Werther* ni los fogosos atrevimientos del modernísimo Víctor Hugo, si éste ha llegado a La Guardia, turbarán su espíritu reposado. A Gracia sí conviene atarla un poquito corto en sus tareas de lectura, porque no posee todavía el seguro discernimiento de su hermana. Pero ¿qué he de decir yo sobre esto que usted no sepa, mi bondadoso y respetable Navarridas, maestro y capellán de esas nobles criaturas?

Concluyo, amigo mío, con un encargo que mi castellana se permite hacer a Demetria, por conducto mío. Venimos a ser usted y yo no más que dos torres telegráficas por donde el pensamiento de Valvanera se transmite a la incomparable gobernadora de los estados de Castro. Ponga usted atención, tome nota de las señales que enarbolo, y llénese de paciencia, porque ahora sale mi señora con que no es un encargo, sino dos, y quizá tres. Allá van: sabedora Valvanera de que en La Guardia se cosechan los mejores tirabeques de la Rioja alavesa, y quizá del mundo, desea que Demetria le suministre la semilla suficiente para sembrar, en la huerta de esta casa, un tablero como de ocho varas de largo por dos de ancho. Los tirabeques que aquí conocemos son estrechos, según dice, mal granados y con hebra excesiva y gruesa; desea de los grandes, torcidos a lo cuerno de carnero, jugosos y mantecosos, como los que le mandaron de regalo las de Alava, allá en la *ominosa década*, si no recuerda mal. ¿Se ha enterado usted bien, señor don José María? Mire que si se equivoca no me echen luego la culpa a mí, pobre vigía de esta torre primera... Adelante. ¡Ah!, dice Valvanera que, si puede ser, disponga el envío lo más pronto posible, para sembrarlos en el menguante de este mes. Otrosí, que añada instrucciones sobre el sistema de cultivo y tutores que ahí se emplean para esa planta, comúnmente viciosa y de altísimas guías. ¿Enterado?

Pues allá va otro encargo: receta para hacer dulce de tomate, que es una de las más sabrosas especialidades de mi señora doña María Tirgo: riquísimo lo ha-

cía una monja de Medina de Pomar pero ya se ha muerto, llevándose el secreto de su arte. Que añada si se mezcla o no con ciruela, pues entiende mi castellana que el tomate dulce de doña María tiene algo de trampa. Las ciruelas de aquí son excelentes, y si hay mezcla no se duda del buen resultado. De paso... (y aguante usted el nublado, mi señor don José María), que a la receta antedicha agregue Demetria la que usan en esa noble casa para hacer el incomparable mostillo que han podido gustar, mas no imitar, los amigos que de regalo lo han recibido. La señora de Castro-Amézaga, madre de las niñas reinantes, elevó el crédito de los mostillos de esa casa a colosal altura. Si no hay receta escrita, habrá en la familia tradiciones, que Demetria conservará religiosamente. Y si a la dignación de mandar las semillas y las recetas añaden las señoritas la prontitud, el favor será doblemente agradecido.

¿Quiere usted más, mi buen don José María? Pues no hay más, sino que deseamos a usted y a su hermana y las niñas toda la felicidad que se merecen; y por mi cuenta digo que las expresiones usuales de cortesía me parecen pálidas para manifestar a todos mi cordial respeto. Besa las manos de usted su afectísimo

Fernando Calpena.

XIV

DE PEDRO PASCUAL UHAGÓN A FERNANDO CALPENA

Elorrio, marzo. (Recibida en abril.)

Aquí me tienes, querido Calpena, disfrutando de todas las dichas que trae consigo la vida militar: hambres, golpes, cansancio hasta morir, fríos y calenturas, que de todo hay, sin contar las heridas, de las cuales, en el reparto diario, me han tocado tres como tres soles, que me han hecho ver las estrellas. A quien no he visto es a la señora gloria, que a todos nos engatusa con su coquetismo, llevándonos tras sí como carneros. Según te decía en mi anterior, salimos de Bilbao a cooperar en el plan del general inglés Lacy Evans. Consistía en atacar al faccioso por tres puntos distintos: Sarsfield por Navarra, nosotros por aquí, amenazando el interior de Guipúzcoa, y el inglés por Hernani y toda la zona fronteriza. Según Espartero, este disparatado plan es de los que se proyectan todos los días en las mesas de los cafés de Madrid. Lo sacó de su cabeza el jefe de la división inglesa, y aceptado por el Gobierno, no hemos tenido más remedio que ponerlo en ejecución: así ha salido. Nosotros llegamos hasta esta villa de Elorrio, y de aquí nos volvimos a Bilbao, no diré que con las manos en la cabeza, pero sí desalentados y con la rabia de ver la inutilidad de nuestros esfuerzos. A Lacy Evans le zurraron en Hernani, y Sarsfield se volvió a Pamplona sin llegar al punto designado. Con muchos planes de éstos no dudo del triunfo de la *ojalata* en plazo próximo. El tiempo lluvioso y frío, digno hermano del de aquella noche memorable, nos ha entorpecido las operaciones, resultándonos un sinfín de enfermos y haciéndonos pasar mil trabajos. Quiera Dios que esto acabe pronto y nos retiremos a nuestro Bilbao, donde al menos comerá el que lo tenga.

De tu asunto no puedo decirte nada en concreto, pues en Durango no vi a la persona que pensé podría informarme. Un amigo mío de Bilbao, ayudante de Ceballos Escalera, me ha dicho que no hubo tal coacción ni cosa que lo valga; que desde los comienzos del sitio vió a la niña sola por las calles con Zoilo Arratia, como dos tórtolos que en medio del fuego se arrullaban. Te lo cuento a título de dato verosímil, sin darlo como verdadero, pues no me inspira plena confianza el informante. Mi opinión es que te propines buenas tomas de olvido, y a otra, chico. Echate a la espalda el amor propio y búscate algo en qué pensar que no sea esto, que no te faltará algún quebradero de cabeza por otro lado. Distráete aunque sea con disgustos nuevos, y el tiempo, con nuevos afanes, de los viejos te curará. Y buenas noches, que me caigo de sueño.

Amanece, y oigo que salimos. Y ¿cómo te mando ésta? Si vamos a mi pueblo, de allí te la enviaré con la relación de lo que nos pase por el camino, que me figuro no ha de ser cosa buena, y noticias de tu pleito, si en alguna parte las hallo.

Bilbao, 26.

Chico, aquí me tienes cubierto de gloria. ¡Al fin!... En Galdácano dimos una batalla, después de otra honrosísima en Zornoza, ambas protegiendo nuestra retirada. Los *ojalateros* que hemos dejado tendidos en el campo, en una y otra parte, no te los puedo contar, su número es infinito. Espartero ha sido el hombre de siempre, el primer soldado, el caudillo sin par, creciéndose en los malos pasos, más valiente cuanto más enfermo. De mí puedo decirte que también he sido esforzadísimo guerrero, digno de que Marte me prohije y Belona me quiera. Bromas a un lado, estoy satisfecho, y en conciencia creo haber cumplido con m deber. No me ha tocado ninguna bala: Dios ha querido sacarme ileso, para que pueda contarte lo que leerás ahora mismo, todo el misterio de tu novela descifrado, y el caso oscuro puesto en un foco de luz que nos permite verlo en su realidad. Las noticias son de buen origen Queda retirado lo que en Elorrio te escribí; no hagas ningún caso de mis recomendaciones de olvido. Desconocedor de la enfermedad, te receté un disparate

Confirmado está plenamente que hubo coacción horrible y un complot pérfido fundado en la falsa noticia de tu muerte, que supieron presentar como hecho indubitable. Quien esto me ha dicho, y de ello da fe, sospecha que también hubo amenazas, imposición por el miedo. La extremada sensibilidad de la pobre niña, y la viveza de su imaginación, dan verosimilitud a esta sospecha. Tenemos aquí, pues, un caso sumamente grave, y yo desafío a los inventores de dramas románticos a que saquen de su cabeza uno como éste. Escucha sin temblar: todos los artificios de los secuestradores de la Negretti no lograron impedir que el mes pasado se enterase del monstruoso engaño, por confidencias de una criada joven, de una criada vieja..., no estoy bien seguro de la edad de la confidente. Ello es que Aura se volvió loca, es decir, loca enteramente no: llamémoslo trastorno, rabia, furor insano contra sus embaucadores. Apelaron a todos los medios para tranquilizarla: medicinas, recreos, pláticas de clérigos más o menos elocuentes, sin obtener más que la exasperación de su mal, y, por último, no tuvieron más remedio que llevársela a la ferrería de Lupardo y encerrarla allí, bajo la vigilancia de su tía Prudencia y de José María Arratia, el mayor de los tres hermanos, que casó hace poco con la chica de Busturia. Pero más que la vigilancia y el cuidado de los carceleros pudo la energía expansiva de la dama y su furia de libertad, porque bonitamente se les escapó una noche, saliéndose por el tejado, y ésta es la hora en que no han podido recobrarla. Todos los Arratias se lanzaron por diferentes puntos en busca de ella, sin dar con su persona: sólo hallaron un rastro, que es para ti dato interesantísimo, y por eso te lo transmito sin pérdida de tiempo. Lo único que pudieron averiguar los *chimbos* es que Aura pasó por Llodio un domingo muy de mañana. Preguntó en varios puntos por el camino de La Guardia, mostrando propósito firmísimo de ir a esta villa. La vieron internarse en la Peña de Orduña. Ni con buenos ojeadores ni con perros han podido cazarla. En esta resolución de la joven, que ya no me parece locura, sino todo lo contrario, veo yo un carácter, el rechazo o reacción formidable de su timidez anterior, el renacimiento súbito de una voluntad oprimida y sojuzgada por los engaños. Esto he sabido de labios que me merecen crédito, y te lo comunico para que estés al corriente... ¡En La Guardia, chico!... Puede que ya esté allí. Me da el corazón que e s t á. ¡Alerta, Fernando!

Yo, que no creía en el romanticismo práctico, ya me rindo, caro amigo, y declaro que todo lo que imaginan los poetas, de Víctor Hugo para abajo, se queda tamañito junto a lo que la propia vida nos muestra. Esta captación de la voluntad de una mujer hermosa; el artificio de hacerte pasar por muerto para persuadirla más fácilmente; la caída de ella en el terrible lazo, por timidez, por terror, quizá por sortilegios desconocidos, ¿no son una primera parte de drama que supera a cuantos vemos en el teatro? Dime una cosa: ¿estás bien seguro de que en la segunda visita que hiciste al almacén de Arratia, en los primeros días de enero, no te cogieron, no te convidaron a beber, no te dieron algún narcótico hasta que quedaras como muerto, poniéndote en el ataúd y encendiéndote velas para que ella te viese y no tuviera duda de tu viaje al otro mundo? Porque yo todo lo creo ya y todo lo temo, y las

cosas que antes me parecían novelescas, ya las tengo por naturales y comunes. No puedo desechar la idea de que todas esas gentes de apellido italiano se traen un surtido de venenos o filtros adormecedores, para con ellos ayudarse en sus trágicas intrigas.

Bueno: pues ahora viene la segunda parte del drama. La casan a la fuerza, quizá previo el empleo de algún otro bebedizo que convierta a las personas en máquina y les permita moverse y hablar sin darse cuenta de lo que hacen y dicen. Me la casan; parece que han triunfado, y de repente sobreviene la confidencia, la revelación de un parte de por medio, criado desleal o traidorzuelo mal pagado. Y aquí todo varía: surge la locura de la dama, la resurrección repentina de su albedrío; tras esto tenemos nuevos embrollos de la familia para echar tierra al asunto y no dejar que tales infamias se hagan públicas; la niña se les escapa; corre sola por esos caminos, buscando el de La Guardia, donde cree encontrar su bien, sú solución... ¿Llegará? ¿La cazarán antes sus perseguidores? He aquí el misterio del acto último, aún no descifrado. ¡A l e r t a, Fernando! ¡A La Guardia! ¡Ahí va!

No sigo, que es tarde y se va el correo. Ultima noticia: no es cierto, como te dije, que haya muerto Ildefonso Negretti. Vive, aunque en un estado muy semejante a la imbecilidad. Me lo ha dicho Vildósola, que ignora o afecta ignorar todo lo demás de esta historia lúgubre. Pero no desmayo en mis averiguaciones, y todo lo que yo sepa lo sabrás en el tiempo que tarden en llevarte mis cartas nuestros detestables correos. Consérvate sereno y no tomes resoluciones precipitadas. Para todo cuenta con tu fiel amigo

Uhagón.

XV

DE PILAR A VALVANERA

Madrid, abril.

Amada mía: A mis penas crónicas ha querido Dios añadir una de las más agudas que podría enviarme. Estoy afligidísima; grandes satisfacciones tendría que concederme Dios para consolarme de esta pena. Se me ha muerto hace dos días Justina, mi criada de toda la vida, la que me ha servido con increíble abnegación, cariño y fidelidad desde que me casé, desde antes, pues ya la conociste sirviendo a mi madre, que no podía pasarse sin ella. Lo mismo me ocurre a mí: el vacío de Justina es horrible; no era ya mi criada, sino algo que no puedo expresar con las palabras amiga y hermana; era la confidente de t o d o s mis secretos, así de los que amargan como de los que endulzan mis horas; no puedo acostumbrarme a vivir sin ella, pues era como parte de mi pensamiento; había llegado a pensar por mí; su voluntad era parte de la mía, parte cada día mayor, llegando a suplírmela por entero. Ultimamente casi me gobernaba; su criterio fué siempre justo; sus determinaciones, acertadas. ¡ P o b r e mujer, cuánto me amó! Era tal su adhesión a mí, que mil veces habría perdido la vida por evitarme un disgusto. Consagrada en cuerpo y alma a mi servicio inmediato, el más íntimo, el más familiar, creo que hasta parte de mi conciencia estaba en ella, y al perderla siento que se me va también allá lo mejor de mí. Por no abandonarme rechazó proposiciones de boda; ha muerto soltera, con seis años más que yo; expiró consagrándome sus últimos pensamientos. ¡Qué ejemplo de abnegación, de sacrificio! ¡Y luego dicen que ya no hay santas! Voy entendiendo que Justina lo era.

Desde que cayó enferma no me separé de su lado. Ni por mi madre habría hecho más que por ella. Murió santamente, recordándome alegrías y penas pasadas que las dos sentimos sin dar a nadie participación, y sus últimas palabras, agarraditas sus manos a las mías, fueron consagradas al ser a quien amaba tanto como yo. ¡Ah Valvanera mía, no tengo consuelo! Te dije en mi anterior que cuatro personas poseían mi secreto: ya no lo poseen más que tres.

No sé si decirte que le leas esta carta al prisionero. El no sospecha que le han amado corazones ausentes, desconocidos. El de Justina gustaba de recrearse en el amor a Fernando, y siempre le veía niño. Los primeros cuidados que se prodigan a los recién nacidos, de ella los recibió Fernando. Le vió después, teniendo él cuatro años, pues con el fin de que inspeccionara su crianza la mandé a Vera, y siempre le recordaba en aquella

edad. Me ponderaba su belleza, su parecido a mí; me pintaba con graciosas imágenes el color de sus cabellos, de sus ojos. El día en que murió, le describía chiquitín, como si le hubiera visto la semana pasada. Díjome que su pena mayor era morirse sin verle caballero formado; recomendóme que cuando yo le tuviese a mi lado le expresase su cariño, y le diese en nombre suyo muchos besos. De tal modo me impresionó con estas demostraciones, que las dos parecíamos moribundas, yo quizá más que ella. Díjome que no llorase ni me afligiese; que Dios, con lo mucho que había yo sufrido, me perdonaba todas mis culpas, y que si aún faltaba algo por perdonar, ella se encargaría de obtener en el Cielo la total absolución... Sí, sí, es preciso que le leas ésta: quiero que sepa que se ha muerto Justina; que Justina le amaba, que Justina es para mí una pérdida irreparable... Ayer ha sido el entierro; mañana iré al campo santo a llevarle las flores más bonitas que pueda procurarme. Le gustaban tanto como a mí, y siempre que salía traíame las mejores que encontraba. Ahora todas me parecen indignas de ella. Las de mi corazón, que son las más bellas, no se ven, y en estos homenajes, ¡ay!, no nos satisfacemos sino con lo que entra por los ojos. ¡Dios mío, qué sola estoy!... ¡Pero qué sola! Lo dicho: léele esta carta, o dásela para que se entere, y dime el efecto que le causa.

No está de más que en ésta repita mis exhortaciones para la custodia del bien que he puesto en tus manos. Ordeno y mando que el prisionero renuncie por ahora incondicionalmente al uso de su voluntad, sometiéndose a la tuya, que por delegación es la mía. Te transmito toda mi alma, me encarno en ti. Ya le devolveré al señorito su voluntad cuando yo entienda que está en disposición de usar de ella dignamente. Toda cautela me parece poca mientras dure el horrendo trastorno de una ilusión arrancada de cuajo. Yo sé lo que es eso. Que no tome resolución alguna, ni aun aquellas que parecen más insignificantes, sin previa consulta contigo, que eres *migo* Que no se aleje de tu casa, a no ser con Juan Antonio o personas de gran confianza. No puedo echar de mí la imagen del *Joven Werther*, que es desde hace tiempo mi fantasma perseguidor. Por la impresión que hizo en mí esta obra al leerla por vez primera, juzgo la que hará en un espíritu admirablemente preparado para la imitación del caso que en ella se presenta... Dios le perdone al señor de Goethe el mal que ha hecho.

Paréceme acertadísima la campaña teatral que han iniciado tus niñas. Es un entretenimiento de buen gusto y honestísimo, si hay buena elección en las obras que representen, y la de *El sí de las niñas* no puede ser más acertada. ¡Cuánto daría yo ahora por ver tu teatro y aplaudir a mis queridos cómicos! Pero no puede ser, ¡paciencia!... Aquí te pongo veinte mil suspiros de los más hondos. Guárdamelos por allá, pues en cada uno de ellos va un poquito de mi alma.

Y no te escribo más hoy: lo que aún tengo que decirte no es nada grato, y no quiere amontonar tristezas sobre tristezas tu amantísima

Pilar.

XVI

DE LA MISMA A LA MISMA

Madrid, abril.

Gracias a Dios, amiga de mi vida, que hoy puedo escribir todo lo que quiera. Hoy me siento discípula del *Tostado*, y me será fácil hacer honor a tan gran maestro. Felipe se ha ido a la Encomienda con Gravelinas, Castro Terreño, Jenaro Villamil, el pintor, y un chico que ahora despunta en la política y los periódicos, Luis Sartorius. Creo que Fernando le conoce. Allá se estarán unos días cazando y hablando mal del Gobierno. Después van a Segovia, donde Villamil se propone pintar la Fuencisla, el Parral y qué sé yo qué, y mi marido ver y tasar una colección de clavos de puertas, bisagras y aldabones que a la venta sale. Por allá se estén luengos días, y si fueran meses, mejor, para que yo respire. ¡Preciosa libertad, cuánto vales! Así podré llorar a mis anchas a mi amada Justina, y llevarle flores y hablar contigo emborronando todo el papel que me dé la gana. ¡Benditas cacerías de la Encomienda y benditos clavos de Segovia! Claro que mi libertad sólo es relativa, porque siempre quedan aquí personas que al volver Felipe le cuentan todo lo que hago; pero esta clase de esclavitud la

sorteo yo perfectamente. Hoy me siento mía, hoy respiro, y los suspiros que te mando llevan alegrías de mi corazón y esperanzas.

En estos veinte años largos de ansiedad y lucha, de persecuciones, de estudio sutil para sortear el carácter receloso, inquisitorial de Felipe, Dios me ha favorecido, no puedo negarlo. Concedióme primero la compañía y ayuda leal de Justina; después, que a Felipe no le fuera antipática mi fiel sirvienta, pues si se le ocurre tomarla entre ojos y privarme de ella, ¡pobre de mí! Verdad que Justina poseía un arte supremo para el disimulo, para hacerse agradable y necesaria a las personas con quienes estoy obligada a vivir en paz, y se ha muerto la pobrecita sin que nadie sospeche que entre ella y yo había tan entrañable inteligencia en puntos muy delicados. Felipe ha sentido su muerte, y el día que la sacramentaron estaba muy afligido. Le agradecí mucho su pena, y ganó terreno grande en mi estimación. A los veintiocho años de casados es triste, tristísimo, que mi marido tenga que hacer méritos para conquistar sentimientos míos que debió poseer desde el primer día. Entre Felipe y yo hay un gran espacio vacío, glacial, que en tanto tiempo no ha podido llenarse ni encenderse con afectos. La vida común no ha hecho más que poner en pugna constante sus asperezas con las mías, sin limarlas. ¿Tengo yo la culpa? ¿La tiene él? ¿Es culpa de los dos? Averígüelo quien quiera, pues ni *Vargas* creo yo que domine tan difícil averiguación. Por centésima vez te lo digo, querida Valvanera: yo no he tenido la suerte tuya; tu marido te resultó ajustado a tu ser espiritual. Hicisteis pareja feliz, con unidad de pensar, unidad de sentir. Las pequeñísimas diferencias pronto fueron destruídas por el roce. A mí no me resultó ese bien tan grande. Y lo de hacer o no hacer pareja es cuestión de suerte, créelo. Porque ni una piensa ni los padres tampoco, y aunque en ello pensaran rara vez acertarían. Los caracteres se conocen bien cuando envejecemos, y siempre la casan a una cuando es niña o casi niña, fundándose en sentimientos superficiales que luego se convierten en humo.

Tengo que fastidiarte con estas confidencias, que en parte no son nuevas para ti, pues en otras ocasiones me has oído decir lo mismo; mas ahora es preciso que yo extreme mi sinceridad, a fin de que puedas hacerte cargo de la relación entre mis cuitas matrimoniales y este magno asunto secreto. Fácilmente comprenderás cuánto he tenido y tengo que discurrir para que entre estas dos mitades de mi vida no haya ningún contacto. Semejante trabajo de incomunicación es una obra maciza de disimulo, de ocultaciones, de supercherías más o menos inocentes, y representa una energía mental tan extraordinaria que, aplicada a otros órdenes, podría bastar a la formación de un perfecto hombre de Estado. Que la incomunicación entre las dos esferas era necesaria, bien lo comprendes tú, que conoces a Felipe. No podía yo hacer otra cosa: Felipe y Fernando eran y son incompatibles, irreconciliables: el uno es la ley, y el otro su transgresión. En la noche aquella de Zaragoza, después de ver juntas *El sí de las niñas*, supiste que yo había cometido una falta muy grave. Sobre esto no hay que volver: convinimos en que yo había sido criminal, faltando a la mas sagrada de las obligaciones; yo me acusé y tú me sentenciaste. Yo no merecía perdón; tú me compadecías y procurabas consolarme; yo me declaraba perdida para siempre en el terreno matrimonial. Me aconsejaste el silencio absoluto, el arrepentimiento y propósito de enmienda ante Dios, y que procurara echar un velo... Esto del velo no se me olvida... Bueno: pues aquí tienes mi falta muy bien tapada y en condiciones de no ser por nadie descubierta. No me costó poco trabajo; pero ello es que conseguí lo que me proponía... Pasa el tiempo y continuamos Felipe y yo desavenidos, inarmonizados, como dos notas discordantes que desgarran el oído cuando suenan juntas. Dios no quiere poner ningún remedio al desajuste de nuestras almas: no nos da hijos. El es él y yo soy yo, sin que en ningún momento nos encontremos en perfecta unión. Mis esfuerzos por sonar acordes son cada día más infructuosos. Carece él de inteligencia, yo la tengo de sobra; pero ni puedo darle a él, de lo mío, lo que le falta, ni él sabe apoderarse del fuego sagrado. Pasa más tiempo, querida Valvanera, y seguimos lo mismo, quiero decir peor, pues el tiempo parece que se complace en desafinar más a Felipe siempre que se empeña en sonar junto a mí. No nos en-

tendemos: soy para él un libro en lengua chinesca; él es para mí un libro en blanco. No me dice nada.

Bueno; pues en esta situación me acuerdo de mi falta; cada día pienso más en las consecuencias de ella. Allá, donde Dios quiso, dejé un ser muy envueltito en ropas blancas. Me lo figuro dando los primeros pasos, me lo figuro queriendo hablar..., le siento después grandecito. Dícenme que es muy guapo, de buena índole, y tan inteligente que causa miedo a los que se encargan de educarle. Luego le siento hombre y me informo de que posee las prendas todas del perfecto caballero: su corazón es generoso, sus procederes nobles, su lenguaje discreto... Me vuelvo loca de alegría... Allá se me va toda el alma; y cuando procuro convencerme de que estoy libre, de que puedo hacer manifestación de mis sentimientos y ser dichosa, me encuentro paralizada por el deber, por una obligación contraída legalmente y santificada por la religión. Ya me tienes fuera de mi centro natural y atada a otro centro que no sé lo que es: ¿legal, artificial? No me atrevo a definir estas cosas. Ni un solo instante me ha pasado por la cabeza concordar aquello con esto; conozco a Felipe y sé que no perdona lo que en su criterio, reflejo exacto del criterio general, es imperdonable. La magnanimidad es una virtud que le viene muy ancha, como la armadura de un coloso. Mi marido es de los que celebran culto en los altares de la rutina social y de todo el artificio que nos rodea. A tal extremo llega el fanatismo, que si hubiera inquisición de esos dogmas él sería familiar primero de ella y un implacable quemador de herejes. Resulta, pues, que para poder yo vivir y amar lo que la ley de Naturaleza me manda que ame, no veo más camino que la incomunicación que antes te dije, levantando un muro muy alto entre Fernando y Felipe.

Y ahora necesito referirte otras cosas y hacer comentarios tan sinceros como dolorosos de mi carácter y del de Felipe, para que comprendas cuánto me ha costado levantar ese muro y la vida de ansiedades que he llevado y llevo para impedir que se me derrumbe y nos aplaste a todos. Concédeme otro poquito de atención.

A la falta mía, desconocida de todo el mundo (con tres excepciones no más), falta efectiva y real que yo reconozco y confieso a quien me da la gana, siguen otras, las faltas supuestas, fantásticas y mentirosas que la malicia me atribuye. Por la verdad nadie me acusa, por la mentira me denigran. Bien comprenderás que a ti no te oculto nada, que hablo contigo como con Dios. Pues yo te juro que cuantos milagros me cuelga la fama son absolutamente apócrifos. Años ha que te lo he dicho; pero podrías creer que en el tiempo transcurrido desde que no nos vemos he hecho algún milagro. No, amiga querida; ni antes, ni después, ni nunca. Ten la firme convicción de mi inocencia en todo ese tiempo, que bien puedo llamar *periodo fabuloso*. Harás quizá la observación de que la fama persistente, aunque se equivoque, no siempre es injusta, y a eso contesto que alguna explicación debo dar a la constancia de las lenguas en hablar de mí con engaño y error. Puesta a declarar en el banquillo, expongo toda la verdad, no sin esfuerzo, pero con franqueza suma. Eres tú mi espejo: me miro en ti y te doy mi exacta imagen. Pues sí, querida de mi alma, aunque lo sabes, bueno es que yo lo manifieste: he sido una coqueta formidable. Aquí tienes la explicación de mi fama, sin hipocresías ni atenuaciones. El coquetismo, pues todo hay que decirlo, ya nos perjudique, ya nos favorezca, ha sido en mí defensa contra la soledad del alma, un medio de producir alegría, movimiento, bullicio de cosas y personas, un arte de guerra para devolver al mundo mis sufrimientos, que, en gran parte, de él y de sus leyes recibía yo. Me dirás que esta disculpa no vale. Bueno, pues coqueteaba por aburrimiento. ¿Tampoco vale ésta? Pues coqueteaba... porque sí.

La verdad es que a una existencia frustrada que ha perdido su órbita no se le puede decir que vaya muy derecha. Sé que hay ejemplos de otras existencias también frustradas o sin órbita que se han mantenido en la rigidez absoluta de los principios y de las formas. Yo las admiro: no he tenido virtud para imitarlas. Han buscado su alivio en el adormecimiento místico, religioso o como quieras llemarlo. También a mí me dió por ser beata; pero sólo me duró cuatro días la ventolera. No podía ser... Pues sigo: si mi coquetismo me

produjo diversión, encanto, vanagloria, el placer maligno de *hacer rabiar*, trájome por otro lado males acerbos. Ya lo sabes. Mi ligereza exacerbó el carácter receloso, trapacero y mortificante de Felipe. No tardamos en llegar a una situación de continua suspicacia, de celos y reconvenciones enojosas, de desconfianzas recíprocas. El fué siempre duro, altanero, fiscalizador de las acciones más inocentes. Sin quererlo, cultivé en él otras cualidades muy malas: la grosería, la falta de delicadeza. Gustaba yo de atormentarle, y él a mí lo mismo: llegamos a tener discordias muy agrias por cualquier tontería, extremando nuestra desavenencia en las cuestiones de intereses. Quiso reducir mis gastos; yo me opuse a sus derroches de coleccionista. Nos hacíamos una guerra implacable. Hasta en política disentíamos, pues yo, sólo por llevarle la contraria, alardeaba de patriotería liberalesca y hasta de jacobinismo. Empezaron las prohibiciones por parte de él, las rebeldías por mi parte. Ya ni asomos de concordia había entre los dos, pues hasta en las comidas fueron nuestros gustos diferentes. Sus sospechas le llevaban a indagaciones indecorosas para mí. Espiaba mis pasos; vigilaba todas mis acciones; intervenía mis cartas; veía fantasmas en torno mío; mi gusto excesivo de los placeres sociales, mi cháchara, mis alardes de libertad le irritaban más, y ya no fué sólo grosero, sino brutal, y el más fastidioso tirano que imaginarse puede... Ea, querida mía, que viendo la cosa malparada, hube de recoger vela. Capaz era Felipe de un desatino, y yo, también. ¡Figúrate si descubre...! Pero no, daba todos sus golpes en la herradura y ninguno en el clavo. Era ciego: no veía la verdad; corría disparado tras multitud de mentiras.

Amainé, como te he dicho, en mi coquetismo; tuve que recogerme y entrar en mí. La edad hizo lo demás: me aproximaba ya a los cuarenta años, aunque..., ya me viste..., los llevaba muy bien. Después, querida Valvanera, desde la última vez que te vi he dado un bajón tremendo. Ya no me conocerías... Pues verás: reflexioné, me di en pensar en que si mi existencia había sido hasta allí frustrada podía ya no serlo en lo sucesivo. Dios quizá me deparaba una segunda existencia. Había encontrado mi órbita, la verdadera, la única, y en ella podía correr a mis anchas sin desviarme. Pero, ¡ay de mí!, que para seguir mi órbita me estorbaba enormemente Felipe..., aquel Felipe continuo, pegado a mí como mi sombra y de quien no podía en modo alguno desprenderme. Y para mayor desdicha, era cada día más fastidioso y fiscalizador más impertinente. ¿De qué me valía tener órbita, amiga de mi alma? Comprende mi padecer, mis estudios maliciosos, que algo tenían de la diplomacia, algo del arte de los prestidigitadores, para que mi tirano no penetrara en aquel vedado terreno donde yo quería vivir sola, y si no sola, sin él. ¡Qué martirio! En esta campaña, que precisamente coincide con la época en que tú y yo no nos hemos visto, he desplegado las dotes de astucia más extraordinarias, he inventado las combinaciones más sutiles, me he batido a la defensiva, en la sombra, con una habilidad de que no puedes tener idea. Y he triunfado, al menos hasta hoy. En medio de mis grandes amarguras, tengo la satisfacción de que Felipe *no lo sabe*. Viéndole a mi lado en efigie, en espíritu siempre lejos, le digo con el pensamiento: «No lo sabes, no te doy el gusto de que tengas razón contra mí. Porque eso es lo que tú quieres, tener razón contra tu mujer, y eso no lo tendrás. Soy aragonesa.»

En este período, Valvanera mía, ha sido mi único consuelo la lectura y el trato de personas inteligentes, la lectura sobre todo. Mi marido dió en llamarme romántica; es su manera personalísima de repudiar lo que se sale de lo vulgar y corriente. Yo acepto el mote, si romántico quiere decir revolucionario, porque..., no te asustes..., te advierto que yo lo soy. Me siento un poco masónica, quiero decir que prefiero los males de la libertad a los del orden... Esto es una broma, querida; no hagas caso.

Motivo de burla y chacota son para Felipe mis aficiones a la lectura, que en los últimos seis años han sido un verdadero vicio. Ya sabes que su inteligencia es muy limitada; lo que yo arrojo de mi mente (perdona la inmodestia) como hojarasca inútil, ya lo quisiera él para los días de fiesta. Es de esos que llevan dentro del cerebro una baratija de ideas, adquiridas y coleccionadas en el trato de los hombres más vulgares,

porque de los eminentes no haya miedo que se le pegue nada. La tiene en forma y distribución de papeletas clasificadas. Para cada tema que surge, su papeleta correspondiente. ¿Se habla de teatros? Papeleta. ¿De moral, de matrimonio, de religión, de política, de viajes, de ornato público? Pues allá va la cédula. A mí no me des entendimientos de esta condición. Ya comprenderás que quien piensa por papeletas, en las acciones procede de un modo semejante, y ha de ser formulista, esclavo de la letra de ordenanzas y reglamentos. En esto nadie le gana a mi Felipe, naturaleza de tal modo conformada, que halla su felicidad en el fastidio. El fastidio, hablando por papeleta, *es su elemento*... ¡Si al menos hubiera yo podido lograr una separación decorosa! ¡Que si quieres! ¡Para separación está el tiempo! Felipe no puede vivir solo; le soy necesaria. No se halla sin mí: soy el agua salada para ese pobre pez. No viéndome aburrida, no ejercitando en mí su vigilancia, no interviniéndome en todo y por todo, se muere de asfixia. Ya ves qué sino el mío... Pues mira tú; por ley de costumbre, y no insensible a la obra del tiempo, he adquirido resignación; sé ya lo que no sabía: aceptar mi pesada cruz y subir con ella. Lo haría fácilmente quizá si estuviera libre, quiero decir, si no me llamara mi órbita como me llama, la íntima, la que es a un tiempo ilegal y sagrada, la mía.

En justicia debo añadir que de algún tiempo acá Felipe me mortifica menos, y que ya sea porque he ganado fuerzas, ya porque la cruz ha perdido algo de su enorme peso, ello es que la llevo mejor y aun me siento menos medrosa de que mi secreto se descubra. El tiempo también fortifica, y la próxima vejez parece que derrama tesoros de indulgencia y que protege las grandes reconciliaciones. ¿No crees tú lo mismo? Sí, sí: mi temor de la luz va disminuyendo, me creo capaz de afrontar las responsabilidades que antes me aterraban, de dar un salto decisivo. ¿Qué te parece? Anímame, amiga del alma; dime que sí, que sí...

En el tiempo este que nos ha hecho la gracia de tenernos separadas no he visto decrecer la pasión de Felipe por el coleccionismo de armas y de hierros viejos. Sería el primer caballero del mundo si ello dependiera de la adoración y conocimiento de los signos de caballería. Otro que más entienda de espadas y que mejor clasifique las de cada siglo, y las de Milán o Toledo, no lo hallarás. En lo que ha decaído es en la esgrima, pues con los años su destreza va quedando reducida *al compás*, y gracias. Aún se recrea en su sala de armas tirando un rato con los amigos, y aún vienen en busca de sus lecciones espadachines muy afamados. También acuden a casa los que se ven en el trance de aceptar o promover un duelo, porque la primera autoridad de Madrid en lances de honor y en sus complejas y delicadas reglas es mi marido. Todos respetan y siguen ciegamente su opinión, y el hombre está en sus glorias ejerciendo de definidor y pontífice: se humaniza, se vuelve menos áspero y su amabilidad relativa indica su satisfacción y vanagloria. Yo, siempre en guardia, aprovecho para mis combinaciones los preciosos momentos en que funciona el oráculo de los lances de honor. Cosas a que no me atrevería en días normales, las acometo valerosa cuando se trata de la elección de armas, de los pasos que ha de dar adelante o atrás, en el terreno, cada uno de los duelistas. Y ya puedes suponer con cuánto fervor pido a Dios, en momentos, para mí críticos, que haya desafío, que se peleen dos caballeros por cualquier futesa de política, de amores o de juego, para que vengan a mi casa en busca del oráculo, y éste se entusiasme y yo respire.

Y ya no escribo más hoy, que estoy cansadita, aunque no tanto como lo estarás tú cuando me leas. Cree que no son ociosas estas explicaciones para que te hagas cargo de mis sufrimientos y del servicio impagable que prestas a tu amiga. Tu cooperación me la tengo bien ganada... Vaya, no te canso más. Soy como esos visitantes fastidiosos que, después de despedirse, vuelven a pegar la hebra repitiendo lo que ya dijeron; y en pie, y en la puerta ya, todavía vuelven sobre lo mismo. No más, no más, quédense para mañana otros secretos que aún guarda para ti tu amante amiga

Pilar.

XVII

DE LA MISMA A LA MISMA

Abril.

Ya sé, ya sé, picarona, el mote que vas a ponerme. Vas a llamarme la *Tostada.* Pero no me ofendo, y casi, casi me gusta el apodo, porque me estimula más al horroroso gasto de tinta y a marearte con mis largas escrituras. Lo que siento es distraerte de tus ocupaciones todo el tiempo que exige la tarea de leerme. Pero lo llevarás con paciencia, ¿verdad? Y que no puedo ser concisa. Tras de una idea se me ocurre otra, y cuando quiero recordar, ya tengo bien llenitos de garabatos cuatro pliegos de papel.

Tienes razón en decir que soy una pura pólvora y que la impaciencia me pierde. Por mi gusto, cosa pensada, cosa realizada. No puedes figurarte el cariño que le he tomado a ésa mayorazga de Castro-Amézaga desde que me contaste sus extraordinarios y nunca vistos méritos. ¿Y tal joya no será para mí, para mi Fernando? ¡Ay, si Dios me concediese esto, daría por bien empleados todos los martirios de mi vida!... No pienso más que en Demetria, la estoy viendo, hablo con ella. ¡Qué hermosura y qué talento, qué aplomo y dominio de sí misma! No me digas que el fantasmón de mi sobrino puede quitárnosla. Pues ¿qué? ¿No ha manifestado bien claramente la niña discreta que le repugna el candidato propuesto por la familia? ¡Y ha tenido entereza para negarse a ser su esposa, sin reparar en el semicompromiso que suponían las vistas, resistiéndose a la presión que sobre ella ejercían sus tíos y Juana Teresa! ¡Eso es una mujer! Sólo este rasgo basta para que yo la ponga cien codos más alta que todas las de n u e s t r o sexo. ¡Cualquier día la coge a ésa un tonto! Ya puedes figurarte lo que yo gozo considerando el despecho, la rabia de Juana Teresa, que en su vida se ha llevado un sofión tan merecido. La veo echando fuego por los ojos y masticando fuerte... Pero se me caen las alas del corazón al pensar que aún tiene esperanzas de arreglo. No, no puede ser; no es delicado insistir después de una repulsa tan categórica... ¡Ay! Mi falta de libertad me requema la sangre. Pues si yo pudiera meter mi cucharada en ese negocio, ¡con qué gracia había de llevarlo a término feliz, abatiendo para siempre los hocicos de mi media hermana!... Déjame, déjame que desahogue el ardor de mi alma. Luego me dicen revolucionaria, romántica. Sí, lo soy: quiero imitar a esa sin par niña, que odia, como yo, los raciocinios por papeleta, y cuando le han presentado la de su casamiento la ha deshecho con garra de leona. ¡Esa, ésa es la mujer que quiero para compañera de Fernando!

Pero nada adelantaremos, tienes razón, mientras el alma de nuestro querido hijo no salga del insano estupor en que la tiene una pasión frustrada, una tan grave herida del amor propio. No le riño; conste que no le riño; considero la delicadísima situación de su espíritu y confío, como tú, en el tiempo... Pero, ¡ay!, el tiempo tiene dos caras: es amigo que infunde esperanza y enemigo que amedrenta. ¿Quién me asegura que, andando días, no lograrán los de Cintruénigo rendir por cansancio la fortaleza de Castro? Juana Teresa es muy lista, maestra en gramática parda, en marrullerías plebeyas. Rodriguito, según mis noticias, suple con su tenacidad la pobreza de su entendimiento. Temo a los tercos, a los pleiteantes temerarios, a los que ponen toda su intención y sus fines todos en una sola papeleta... No, no me entrego yo al tiempo: eso es de perezosos. Confío en tí, que aunque me dices que espere y no me precipite, seguramente pondrás tus cinco sentidos en esta obra magna para que no se nos malogre y allanarás a Fernando el caminito de La Guardia. Demetria es su paz de toda la vida, el perfecto equilibrio de sus facultades. ¿No lo ves así? ¿No ves en ese matrimonio la maravilla de la Providencia?... Impedir que se unan es un divorcio, amiga mía; es obstruir los caminos de Dios.

No te asustes de mi exaltación. Soy así: ver yo el bien y no lanzarme tras él al instante es imposible. Déjame que te diga una cosa, y si la tienes por delirio no me importa. Pues la hazaña de Fernando al sacar a la niña del cautiverio de Oñate, con riesgo de su vida, bien merece el desenlace, el divino coronamiento de esta unión. Dime que sí.

Aquella página hermosa, aquel viaje por los montes infestados de facciosos, la muerte del desgraciado padre, la herida de Fernando, que se nos quedó cojito, prisionero de sus protegidas, ¿qué son más que trámites de la grande obra de la Providencia? Y la abnegación con que el caballero, abandonando sus amores (buenos o malos, que eso no hace al caso), se convierte en paladín de dos muchachas desconocidas, ¿no significa nada? Pues y la nobleza de su proceder en todo el camino, su delicadeza y solicitud, la gratitud de las niñas, la entrañable amistad que entre ellos se establece, ¿no nos dan a conocer el arte sublime con que Dios elabora sus obras maestras? ¡Ay!, quisiera ser poeta para poner en versos magníficos aquella peligrosa y al cabo feliz aventura, composición que les entregaría, diciéndoles: «Héroe y heroína, Dios os ha juntado en este hermoso poema, porque quiere haceros fundamento de una generación que reuna la voluntad y la inteligencia. No falta más que una estrofa, que vais a escribir ahora mismo.»

A todo trance, mi amada Valvanera, es preciso que el *Caballero de Aránzazu* (mira qué título se me ocurre) no se acuerde más de la catástrofe de Bilbao, ni de la condenada diamantista, que noramala vaya. Tráemele pronto, por tus hijos te lo pido, al terreno en que hallará el reposo y la felicidad, y yo también. Sería yo capaz, si viera terminado el poema con lógica belleza; sería capaz, digo, de romper la insoportable noción en que vivo y arrostrar las humillaciones y las amarguras que suponen las papeletas de Felipe arrojadas en terrible avalancha sobre mí... ¡Vaya si lo haré! ¿No es estúpido que vivan las almas aterrorizadas por un vano fantasma, la opinión, la cual, mirada de cerca y por dentro, se compone de cuatro trapos no muy limpios sobre cuatro torcidas cañas?

Pero tengamos calma. A medida que escribo me voy exaltando más... Por obedecer en todo he detenido el viaje del benditísimo sacerdote, nuestro amigo, a La Guardia; pero no acabo de conformarme con este aplazamiento. Se me ha metido en la cabeza que haciéndose don Pedro amigo del señor de Navarridas se nos vendría todo a la mano. Pienso también que Demetria... En fin, pienso tantas cosas, que vale más que me las guarde y las madure bien antes de comunicártelas. En la confianza de tu pericia me adormezco yo. Sé que sacarás triunfante mi bandera, la bandera del bien, que tiene por escudo un corazón de madre y por leyenda esta sola palabra: «Naturaleza.»

Vamos, que estoy desatinada; no me digas que no. Y otra cosa. ¿No puedo aún escribir a Fernando? ¿No debo decirle...? ¿Te decides a descorrer el velo, o no es tiempo todavía? Ya que no me contestes a esto, dime pronto si va recobrando la serenidad; si su corazón se restaura en los sentimientos dulces, o es aún presa del vértigo de rabia y se ahoga en las olas de amargura. Porque no puedo arrojar de mí una zozobra crudelísima. ¿No está convencido aún de que la maldita Negretti es esposa de otro? ¿O es que sobre eso hay dudas todavía? No lo veo yo claro. Las referencias del suceso son vagas, como de un caso problemático, alterado al pasar de boca en boca. Que sepamos la verdad. Entérate bien; interrógale, aunque esto sea poner el dedo sobre las heridas aún no cerradas. Estaría bueno que ahora saliéramos con que Fernando abriga todavía esperanzas... Por Dios, vigila, no te descuides..., entérate de si aún sostiene alguna comunicación con Bilbao, aunque sea indirecta, por vía de espionaje o información. Hay que ver esto, Valvanera de mis pecados; hay que estar en todo... Adiós; ya no puedo más. Toda mi alma está contigo y con él... Una palabra para concluir: «¡Muera Cintruénigo!»

¡Qué disparates pienso y escribo!... Voy a decirte el que se me ocurre en este momento. ¡Jesús me valga! Admitida la idea de que el motivo del desaire sufrido por mi antipático sobrino es que el corazón de la mayorazga pertenece a otro, me asalta la idea de que ese otro no es Fernando. ¿No se te ha ocurrido averiguar si hay algún factor desconocido? Lo que ahora sospecho, ¿es acaso inverosímil? Fíjate en que no tenemos ninguna prueba de que la repulsa de la niña sea por amor a Fernando. Todo se reduce a suposiciones, conjeturas, fingimientos quizá de nuestro deseo. Hay un punto oscuro, muy oscuro, querida Valvanera, y es urgente aclararlo. Acláralo, por Dios. Tengamos, ¡ay!, un hecho fi-

jo y seguro en que fundarnos para que este plan mío y tuyo no sea un alcázar aéreo. ¡Pues bonito papel haríamos si ahora resultara que...! Me vuelvo loca... Compadece a tu pobre amiga...

No escribo más; quiero serenarme; la pluma se me vuelve un pedacito de rayo. Siento en mí las sacudidas de los nervios, que me dicen que no escriba más. La *Tostada* se rinde.

Te mando millones de besos para que los repartas como quieras. Los que le toquen a Fernando, como no puedes dárselos tú directamente, se los aplicas a tus nenes para que éstos se los pasen a él. Adiós otra vez. Os adora vuestra

Pilarica.

XVIII

DE DON JOSÉ M. DE NAVARRIDAS *(incluyendo esquelas de las niñas de Castro)*
A FERNANDO CALPENA

De La Guardia, a 6 de mayo.

Ilustre señor y dueño: Dios le premie a usted el regocijo que ha dado a este viejo dignándose comunicarnos noticias directas de su persona; y que no ha sido menor el alegrón de toda la familia por este feliz suceso, lo comprenderá usted sin necesidad de que yo se lo diga. Mi gozo subió de punto al notar que el tono y conceptos de su carta no indican una grande turbación del ánimo. Si por algún renglón de la misma veo asomar la melancolía, la cual más en lo que calla que en lo que dice se manifiesta, me tranquiliza el pensar que no es mal de cuidado cuando recae en jóvenes a quienes la inteligencia ofrece mil recursos contra el fastidio y las tristes memorias. Un hombre como usted, mi señor don Fernando, tiene en su lozana imaginación, en su variado saber de todas las cosas, el remedio contra los desmayos del ánimo. Dénos pronto la noticia, que aquí recibiremos repicando muy recio, de que se le han pasado esas murrias. Y si me permite darle un consejo, le diré que sólo con medir la distancia entre su mérito altísimo por los cuatro costados y la bajeza de los que le han ofendido, ha de sentir gran consuelo. Esto y el perdonarles de todo corazón serán medicinas de notoria virtud. Viva mi señor don Fernando y déle Dios toda la felicidad que se merece.

También agradezco infinito a mi señora doña Valvanera que haya contribuído a vencer la pereza de usted para escribirnos; y si por mil respectos no mereciera esa noble dama mis homenajes, por esta sola fineza quedaríamos obligados eternamente. Hágame el favor de decirle que en esta carta van cumplidos sus encargos con toda la eficacia que nos permite nuestra inutilidad. Incluyo las respuestas de puño y letra de mi sobrina mayor, la cual ha manifestado un deseo muy vivo de servir a la señora de Maltrana.

Mi hermana María agradece a usted sus finos recuerdos y se los devuelve con sinceros votos para que conserve usted su salud, así del cuerpo como del alma, deseando que encuentre su tranquilidad en la esfera del mundo que por su nobleza le corresponde. Tanto mi señora hermana como yo hemos leído con especial satisfacción el parrafito de su carta en que se muestra deseoso del buen giro de nuestros planes con respecto a la unión de las casas de Idiáquez y Castro-Amézaga. Conociendo lo que aprecia usted a esta familia, esperábamos esa manifestación, a la que tenemos el gusde de contestar dándole esperanzas de que nuestro proyecto se realice, pues, reanudadas las negociaciones, hemos visto que presentan un excelente cariz. Quiera Dios que pronto pueda dar a usted la buena noticia de que es un hecho el enlace de los escudos de Castro y Sariñán. Y si se dignara usted honrarnos asistiendo a la boda, no tendríamos palabras con que mostrarle nuestro reconocimiento.

Concluyo, pues las chiquillas quieren escribir a usted en este mismo pliego. Ya les he dicho que escriban aparte y aquí meteré los papeles que me den. De todos modos, no quiero cansar más a usted; sólo le digo que no se ha armado floja revolución en la casa con sus dulces encargos. No sintiéndose bastante fuerte en sus conocimientos la señora Demetria, reunió concilio de autoridades, que bien puedo llamar ecuménico por la muchedumbre de eminencias que concurrieron. Las de Alava fueron las primeras en penetrar en aquellas salas vastísimas, y al instante trabaron una tan fuerte controversia escolástica con

mi hermana sobre el punto del punto que se debe dar al dulce de tomate, que hube de retirarme medio loco. Acudieron también al conclave, llamadas por Demetria, dos monjas exclaustradas de esta localidad y de Vitoria, maestras en toda suerte de *dulzuras*, y si le digo a usted que tres tardes con sus respectivas primas noches gastaron en dilucidar los problemas, invocando éstas las tradiciones conventuales, aquéllas la experiencia de unas y otras casas, no me tenga por hiperbólico. De los estados de Paganos y Samaniego, y aun de la remota Bastida, vinieron labradores viejos cuyo dictamen y luces se estiman indispensables para determinar las mejores tierras y el abono más adecuado a los tirabeques, así como para la elección de simiente, etc., etc...

He aquí, señor mío, que entran las dos estrellas matutinas de la casa trayendo cada cual el papelito que debo incluir en ésta. El de Demetria viene abierto para que yo lo lea y le dé mi *exequátur* antes de enviarlo a su destino. El de Gracia llega cerrado con tales cerrojos de obleas y candados de lacre, que no hay curiosidad bastante aguda para penetrar en las entrañas de este mamotreto. La chiquilla se ríe al entregármelo, y presumo que habrá metido sinnúmero de cuchufletas para embromar y divertir al amigo melancólico. Esto me parece de perlas y accedo a no intervenir el manuscrito. Allá van uno y otro y celebraré infinito que los informes de Demetria satisfagan por entero a la señora de Maltrana y que los inocentes donaires de la pequeñuela recreen el ánimo del noble caballero a quien van dirigidos. Aquí termino, pidiendo a Dios que me le guarde cuanto he menester. Su atento amigo y capellán,

José M. de Navarridas.

ESQUELA DE DEMETRIA

Señor don Fernando: Mi buen tío le informará de cuán festejada ha sido su carta, por la cual vinieron, al fin, las nuevas de su existencia y de la buena memoria que conserva de estas pobres campesinas. Si su salud no es tan buena como usted merece y todos deseamos, cuídese, distráigase y lleve con paciencia su mal, que éste no es de los incurables y casi estoy por decir que quizá sea de los benéficos, o que, pareciendo que matan, lo que hacen es dar a la larga mejor vida. Usted me entiende.

Por dos trajineros de toda confianza que llevan trigo de casa a Balmaseda y Bilbao, mando a la señora de Maltrana los mejores tirabeques que por acá se han podido encontrar, cosechados en nuestras tierras de Paganos. Hemos escogido la clase llamada aquí de cuerno de carnero, que es la más tierna y se cuece de un hervor. Plántenlos inmediatamente que lleguen, poniendo diez o doce en cada surco, sin echarlos en remojo, pues no quieren extremada humedad. La tierra, que sea bien suelta, con abono muy hecho, mezclado de ceniza. Basta con la primera cava por toda labor, arropándolos bien y disponiendo los tutores antes que tomen direcciones viciosas. En esto han de mirar mucho, pues siendo su crecimiento de más de seis palmos, conviene guiarlos desde el principio con dos varas para cada pie, o tres si ellos mismos indicasen la necesidad de más apoyo. En las cruces pongan palos de mayor robustez, tirando cuerdas desde éstos a las varas laterales, conforme la extensión de las guías altas lo vaya pidiendo. El toque está en acomodar la planta para que suba bien derecha y no se tuerza, pues si caen y se doblan, se malogra, por falta de aire, parte del fruto. Si a pesar de estas precauciones se doblan por causa de fuertes vientos, vale más dejarlos jorobaditos, que en este caso la enmienda es tardía y empeora su situación. Se les deja como están y se aprende para otra vez. ¿Entendido? Lo demás lo hace Dios. Celebraré que cuando el señor don Fernando los coma se encuentre ya bien derecho y con propósito firme de no volver a torcerse.

El dulce de tomate lo hacía mi madre sin ciruelas. Pero no faltan aquí autoridades que recomiendan el empleo de esta fruta, mezclada en proporción de una libra por tres de tomate. Mi madre, como digo a usted, lo hacía sin mezcla. Recuerdo muy bien la operación, pues en ella le ayudé miles de veces; recomiendo que se fijen principalmente en la elección de tomates, siempre de mediano tamaño, rechazando todos los que tengan daño o picadura por pequeña que sea, pues éstos, aun los de apariencia más bonita

la pegan. Es condición precisa cogerlos cuando empiezan a pintar. Se les extrae la semilla por un corte en redondo hecho en el pezón, de modo que resulten huecos y enteros, conservando la pulpa menos blanda. Ponía mi madre libra de azúcar por libra de tomate, teniéndolos veinticuatro horas en almíbar. Luego los hervía tres veces a un punto no extremado, pues desmerecen si se deshacen y reblandecen demasiado. Tenía las orzas al aire, sin cubrirlas, otras veinticuatro horas. Con esto concluye mi ciencia, pues no sé más, y sentiré mucho que no quede satisfecha con tan escasos conocimientos esa digna señora. Su arte suplirá mi insuficiencia, y espero que usted, que es tan goloso, se chupará los dedos cuando le sirvan el tomate en dulce. Mi madre decía que mientras más desabridas son las frutas más apropiadas resultan al buen dulce; el mejor de todos, que es el llamado *de cabello*, se hace de calabaza.

Y vamos ahora al mostillo. Suponiendo que el arrope de Villarcayo es excelente y muy azucarado, el mostillo que de él se saque no será inferior al de mi tierra. Mi madre ponía el arrope a cocer en un gran perol, a fuego lento, echando en él nueces peladas y cortezas de naranja y limón. Después de bien hervido lo apartaba del fuego, y entonces empezaba la operación más delicada, consistente en echarle harina, dando vueltas al caldo con cuchara de madera sin cesar, y de la cantidad de polvo que se echara dependía el poco o mucho cuerpo del mostillo y su mayor o menor mérito. Tenía mi madre para esto tan buena mano, que rara vez le salía mal, y cuando no quedaba a su gusto por demasiado espeso y pegajoso, o por muy flúido y clarucho, lo desechaba, haciéndolo de nuevo, sin acordarse más de la inutilidad de su tarea ni lamentarse de ello. Su sistema era empezar de nuevo lo que una vez salía mal, sin tratar de enmendarlo. Y tenía razón, porque las equivocaciones rara vez pueden corregirse. Y lo mejor es aprovecharlas como enseñanza..., y a otra. El punto del buen mostillo es como el de natillas claras, ni más ni menos. Luego se pone en orzas vidriadas, fíjense en que han de ser vidriadas por dentro, y se tapa con un pergamino bien sujeto a la boca, para que la cerradura sea perfecta. Y ya no falta más que comerlo. Yo estoy preparando una tarea de la cual mandaré a la señora de Maltrana unas orcitas, si me sale bien, lo cual es dudoso, porque con tantos cuidados voy perdiendo un poquito los papeles. Pero he de esmerarme en la obra, recordando a mi madre y su arte consumado para estas cosas.

Creo haber respondido a las consultas con que usted me honra por encargo de la señora de Maltrana, a quien con este motivo tengo el gusto de ofrecer, juntamente con mi hermana, mis respetos más afectuosos. Tanto ella como yo deseamos que nos franquee ocasión de poner a su servicio nuestra inutilidad. Y usted, señor de Calpena, disponga de su amiga

Demetria.

PAPELITO DE GRACIA

Ferrandito: Eres un pillo y no mereces que te escribamos, pues tú no nos as escrito a nosotras, sino al tío, y eso lo iciste porque esa señora en cuyo palacio vives te cogió de una oreja y te púso la pluma en la mano; que si no, maldito lo que te acordabas tú de nosotras, ni de La Guardia, ni de las cortinas de damasco, ni de los mimos que yo te acía para que comieras y recobraras el apetito y el buen umor. ¡Vaya con la ingratitud del señorito! ¿Qué te abíamos echo nosotras para que así nos trataras? Pues aora, como vuelvas acá, que no volverás, ni falta; pues como vuelvas, ni te doy golosinas, ni te cuento cuentos, ni te ago vendas para tu patita coja, ni nada. Me tienes furiosa, deseando que rabies, que te desesperes y lo pases muy mal, que así las pagarás todas juntas. Cada cual lleva su merecido según sus acciones, y las tuyas son de lo más perverso que emos visto. No puedes figurarte mi satisfacción al saber que tuviste un desengaño muy tremendo. Eso les pasa a los casquivanos y desagradecidos, que se van por el mundo en busca de aventuras... Mira, niño, entre paréntesis te digo que no agas caso de mi ortografía, no porque sea muy mala, siño porque como me equivoco siempre en las *haches*, e determinado suprimirlas, y así no tengo que devanarme los sesos por saber dónde caen y dónde no El montón de *haches* que me

sobran lo pongo al final, por si quieres enmendarme con ellas la plana.

Bueno; pues si cuando te dieron ese sofoco te ubieras venido a casa, aquí lo abrías pasado bien, y tú contándonos el lance, y nosotras riéndonos de ti, te abrías curado, que más pronto se cura un corazón flechado que una pata erida de bala. ¿No te acuerdas ya de cuando te pegaron el tirito los cafres del *Jabalí?* Pues yo sí me acuerdo. Sabrás que an venido aquí dos pobrecitos de los de Aránzazu a traer carbón. Allí ya no hay miseria, porque emos señalado a cada familia un diario, que todos los meses van a cobrar a Salvatierra. Nos an preguntado por ti, por el buen caballero, y yo les dije que tú ya no eras caballero, sino un pillo muy grande... Sabrás también que vinieron a esta villa dos ombres de mala traza preguntando por ti... Parecían quincalleros o titiriteros; traían una carta que no quisieron dejar. En la casa donde se aposentaron, que era la de la Bonifacia, calle de Enmedio, dijeron que tú eras príncipe, y que una princesa muy ermosa, vestida de zagala, te andaba buscando por los pueblos del llano de Vitoria. Conque ya ves cuánta noticia te doy. La más gorda la dejo para lo último, y antes te diré que todos los conocidos nos tienen mareadas preguntándonos por ti. Unos dicen que te as casado, y otros que todavía no. Las de Crispijana y las de Paternina andan en averiguaciones de quién podrá ser esa princesa disfrazada que te busca.

Más noticias: uno de los lebreles pequeños se nos a muerto de moquillo. La *Leona* no te olvida, y todos los días viene a echarse en la alfombrita que está a los pies de tu cama. Tu cuarto está lo mismo que lo dejaste, y en el jarrón aquel que tiene la pintura de Juanita de Arco vestida con armadura, no pongo ya flores, como cuando estabas aquí, sino cardos borriqueros. Este año emos tenido tanta cereza, que después de regalar a todo el mundo, y de acer mucho dulce, aún a sobrado para los de la vista baja, con perdón. ¡Lo que te as perdido!

Y ¿qué me dices de lo sabia y leída que estoy? De ver leer a Demetria me entró la afición; sólo que el tío me quita de las manos lo que según él es lectura mala para niñas. Yo afano todo lo que puedo, y a más del *País de las monas,* e leído *El doncel de don Enrique el Doliente,* escrito por ese que se mató. ¡Cuánto me a gustado! Me parece que te estoy viendo a ti con armadura toda negra, calada la visera, entrar en el palacio, castillo, o lo que sea... Pues ¿y la dama, aquella doña Elvira? ¡Qué simpática...! ¿Y el tunante del marqués de Villena...? Todo es precioso. También me an dejado leer la *Atala,* que es muy triste, y la *Serafina,* que ace llorar a las piedras. A Demetria, que tiene licencia del tío para leer todo, le an traído una obra que se llama *Nuestra Señora de París,* que dicen es la más romántica de todas cuantas se an escrito. Del autor no me acuerdo, es *don Víctor* de no sé qué. Las de Crispijana dicen que es el acabóse de lo bonito, y que vuelve locos a los que la leen, de tanto romanticismo y tanto amor estrepitoso. Una tarde pude quitársela a mi hermana, y leí un poquitín, que me enamoró. Es una muchacha bonita que tenía una cabra, a la que abía enseñado a leer. Por las láminas e visto que el más enamorado que allí pone el autor es un corcovilla que toca las campanas de la iglesia mayor de París. El tío me a prometido darme *Los mártires,* que dice son cosa bonita y muy de religión, y los versos de Quintana, que serán muy buenos, pero que a mí me aburren, porque no los entiendo. Yo quiero relaciones de galanes y damas, amores con lances muchos, y trapisondas y contratiempos, que acaban en casarse, pues cuando se matan o no les casan me entristezco tanto que lloro como si los ubiera conocido y fuesen de mi familia. Que aya mucho interés y sorpresas, me gusta; que se pase miedo y zozobra, siempre que al fin se casen. Yo compongo también mis novelas, y todas las acabo casando a los que se aman, y aora estoy pensando en que conozco a dos que se quieren, pero no se lo an dicho, porque ninguno quiere ser el primero. Les da vergüenza; el galán calla y ace muchos melindres por aquello de ser galán; la dama, por el aquel de ser dama, no debe tampoco declararse..., y con estas tonterías puede que suceda una cosa muy mala, y es que el segundo galán, uno que está en acecho y no para de echar memoriales, se aproveche de la poca resolución del galán primero y logre lo que no merece ni le corresponde.

Mira Fernandito: lo que voy a decirte aora es secreto. Por Dios, no me comprometas. Cuidadito, cuidadito como me vendas; que no seas malo, Fernandito; que no me agas la trastada de ablar de esto al tío cuando le escribas. Y si cayeres en la tentación de ablarle, no me nombres a mí para nada... Vaya, que no me atrevo a decírtelo por miedo a que me vendas. Ea, sí te lo digo. Pues sabrás que eres el mayor tonto del mundo en apurarte tanto y ponerte melancólico y medio tísico porque tu novia se a casado con otro. ¿Sabes lo que pienso? Que Dios te favorece, pues ay otra que vale mil millones de veces más que la que as perdido, y te quiere más. ¿Quién es? Pues si no lo adivinas eres más tonto todavía. El nombre no lo pongo aquí; no debo, no quiero. Me da mucha vergüenza. Creo que la misma tinta se pondrá colorada. Sólo te digo que si tú le propones amores con buen fin, te contestará con un sí tan grande como esta casa.

¡Ay, qué vergüenza! Pero, en fin..., no puedo retirar lo escrito. No te descuides... Vosotros los sabios no servís para estas cosas. Por eso un tonto cualquiera os quita las novias.

Y punto final. *¡Hadiós!* Con *hache* y todo, para que no digas.

Que lo pases muy mal; que te mueras muy pronto y que te vayas a los infiernos desea tu enemiga, que te aborrece de corazón,

Gracia.

XIX

DE VALVANERA A PILAR

Villarcayo, mayo.

No creas, mi querida *Tostada*, que las dimensiones de tus cartas puedan serme enfadosas. Al contrario, las leo de punta a cabo con indecible placer, y siempre me saben a poco; suelo quedarme desconsolada de que aún no vengan un par de pliegos más. Y ello es así, porque en tu escritura y estilo te veo tan viva como si delante te tuviera. No hay persona que tan claramente se muestre en lo que escribe. En tus cartas estás como eres: traviesa, sutil, amante, nerviosa, voluble. A veces tu sinceridad me asusta tanto como me admira; tus juicios, tan pronto son acertadísimos como desatinados. Da gracias a Dios por tenerme a mí de reguladora de tu carácter en este negocio, pues si yo no moderara tus arrebatos y te alentara en tus decaimientos, no sé lo que pasaría. Lo mismo piensa Juan Antonio, a quien leo mis cartas y las tuyas. Recordarás que esto fué lo convenido por nosotras, pues no quiero poseer secretos que no conozca mi marido ni traer entre manos enredillos cuyo principal hilo no esté en las de él. Se interesa por el buen giro de tu asunto tanto como yo, y sus consejos y observaciones son la luz que en estos laberintos me guía. Y basta de preámbulos, q u e tenemos mucho que hablar.

Disparatada me parece, como chispazo de las hogueras de tu romanticismo, la idea de que la niña de Castro pueda tener otro novio, otro amor. La existencia de un desconocido, cuarto factor, es un supuesto absurdo. Según mis noticias, corroboradas por las que hace pocos días dieron a Juan Antonio personas de gran crédito, Demetria viene a ser como un santito puesto en el altar del respeto y estimación que le tributan sus convecinos, y ni con palabra ni mirada se digna responder a ninguna manifestación amorosa, venga de quien viniere. Desecha esa superstición, pues no merece otro nombre. No hay más figuras sobre el tablero, no hay más factores que los tres que conocemos.

Y allá va otro hecho notable que no debes ignorar. Demetria renuncia al mayorazgo, quedando las d o s hermanas, por virtud de este arranque generoso, igualmente partícipes del gran patrimonio de Castro-Amézaga. ¿No te parece que e s t a novedad permite vislumbrar una solución equitativa? A otra cosa: enterada de la tirantez de tus relaciones con Juana Teresa, he resuelto escribir a mi ladinísima y cuquísima cuñada, poniendo en ello tal diplomacia y cautela, que hemos tardado Juan Antonio y yo como u n a s tres noches en enjaretar nuestra epístola. Ello va b i e n hilado, con las necesarias marrullerías para conseguir que se claree. Le hablamos de ti, sin mezclarte para nada en la intriga que traemos. Esperando estoy su respuesta, que nos dará pie para otros avances y manifestaciones.

Lo que ha de sorprenderte y alegrarte

es la noticia de que he logrado tender un hilo a La Guardia y ponerme en comunicación con las niñas de Castro. «¿Cómo?», dirás. Hija, no sólo tú tienes talento para estas cosas; concédenos algo de tu diplomacia y delicada trastienda. Pues verás: en la contestación que dió Fernando a una carta del cura Navarridas injerí unos encarguitos o consultas hechos a las niñas requiriendo la contestación inmediata. Cayeron en la trampa, y a los pocos días vi gozosa que el valijero me traía la deseada respuesta. Te incluyo las cartas de La Guardia, para que las leas, medites sobre ellas y me des tu opinión... Pero dejemos esto, que quiero hablarte de lo más importante, y por Dios que no es muy lisonjero lo que ahora leerás. No te asustes antes de tiempo y fíjate bien en lo que escribo.

Hace días que notábamos en Fernando un recrudecimiento grande de sus tristezas, agravado con estados nerviosos que me ponían en cuidado. Poco atento al ensayo de la comedia, pretextaba dolores de cabeza para encerrarse en su cuarto o pasear solo por las inmediaciones de la casa. El lunes, interrogado por Juan Antonio, dijo que necesitaba forzosamente ausentarse por pocos días; que nos prometía volver; que nos lo juraba con palabra de caballero. Fingimos acceder a su pretensión, proponiendo yo que mi marido le acompañase, y en eso quedamos. El miércoles por la noche, viéndole sombrío y taciturno, preparando la maleta pequeña que usa para viajes cortos, le llamé al cuarto de los niños, que ya dormían, y empleando la severidad combinada con las expresiones más dulces del cariño materno, logré que me confesara el motivo del trastorno que no podía disimular. ¡Pobrecillo! Es tan bueno, tan noble, que no se llama, no, a su corazón sin que éste al punto responda. Con hidalga franqueza díjome que había recibido una carta de su amigo Pedro Pascual Uhagón, en la cual le manifestaba sucesos de indudable gravedad; dócil a mis instancias, me dió la carta para que la leyese, y enterada de lo sustancial, se la devolví. Saqué un extracto, que incluyo. Entérate y juzga. Los documentos que con ésta recibes son de un interés palpitante: nos manifiestan sentimientos efectivos de las personas a que se refieren, estados de las almas..., y debemos meditar sobre ellos.

Naturalmente, traté de arrojar la mayor cantidad posible de agua fría sobre la hoguera que el pobre chico llevaba en sí; pero bien comprenderás que no me habrá sido fácil apagarla. A las razones que le di encareciendo el desprecio y olvido, me respondió con otras que, expresadas por él, eran de una elocuencia y fuerza incontestables, por supuesto; y cuando los hombres sacan ese Cristo, nos quedamos las pobres mujeres muy desguarnecidas de razones. En efecto: si ahora resulta que esa hembra loca, después de dejarse secuestrar tan torpemente, rompe con su nueva familia, atropella toda conveniencia y se lanza decidida en busca del hombre a quien había jurado fe, para que éste la ampare, deshaciendo la odiosa trama de su forzado casamiento, pueden sobrevenir incidentes de la mayor gravedad. Yo insistí en que no hiciera caso, y que, pues el matrimonio religioso era efectivo, no procedía ninguna clase de acción protectora en favor de la infeliz Aura. Pero no he podido convencerle. Sobre todas las leyes sociales y religiosas está la caballería. Un hombre, un galán, un caballero no puede desamparar en trance aflictivo a la que fué su dama, aun teniéndola por culpable. La caballería, tal como Fernando la ve, es la suprema justicia, superior a todas las justicias de nuestras leyes divinas y humanas: la idea de castigar una traición y de restablecer las cosas en el estado anterior a la intriga villana. Y aquí nos tienes, mi amada Pilar, en pleno drama o novela. Pocas novelas he leído yo desde que me casé; pero por lo que recuerdo de libros y teatros, en tales asuntos, inventados y compuestos con arte, domina la idea de justicia caballeresca, y de tal modo subyugan a los lectores y espectadores, que éstos enloquecen de entusiasmo cuando ven atropellada la ley y aun la misma religión. Los desafíos, los raptos de monjas, la burla de padres o esposos, son admitidos con aplauso, sobre todo si el galán que tales atrocidades acomete es atrevido, insolente y guapo por añadidura.

Discutía yo con Fernando sobre estas materias, y no quiero decirte que con su ingenio y gracia me arrollaba lindamente. Yo, al fin, no sabía por dónde salir. Nuestro asunto, pues, toma ya el carác-

ter de obra dramática o novelesca, y o mucho me engaño, o se trae un chisporroteo romántico que pone los pelos de punta. ¿Qué me dices a esto? La dama escapadita de la casa conyugal, los burladores burlados, el galán con ganas de salir al encuentro de la dama y ampararla contra los viles que la engañaron, el traidor acechando en las tinieblas y preparando alguna nueva trapisonda... No, querida, no te asustes; te digo esto para que veas cuán malo es el romanticismo. Inmenso servicio se haría a la sociedad suprimiendo tales invenciones, que no sirven más que para dar malos ejemplos a la juventud. Cierto que Fernando me arrojó a puñados los rayos y centellas de su exaltación caballeresca y dramática; pero yo no me dejé cegar, ¡buena soy yo!, y con fría calma, razonando con el juicio que Dios me ha dado, le solté todas las andanadas del buen sentido, del respeto que debemos a las leyes y prácticas sociales. Como esto no era bastante, saqué también mi Cristo. Díjele que te morirías de pena si él, por meterse en lances de poesía teatral, comprometía su existencia, su opinión, aquel honor mismo que invocaba; añadí que todo escándalo que por tales violencias sobreviniera, además de herirle a él y menoscabarle, a ti principalmente habría de lastimar..., y ante esto vi que flaqueaba su tenacidad quijotesca. Si no era ya mío, era tuyo, y eso me bastaba. En fin, para no cansarte, me prometió no salir de aquí sin darnos de ello conocimiento, y que no buscaría el drama, concretándose a proceder como caballero si el drama le buscaba a él. Así hemos quedado: está más tranquilo, y yo también. ¿Vendrá el drama? Pues si viene, algo se me ocurrirá para espantarlo. Por de pronto nos recreamos con la dulce comedia de Moratín. Hoy han vuelto a ensayar, y Fernando, recobrando su aplomo, nos ha hecho pasar un rato agradabilísimo.

Es tarde, mi buena *Tostada*. Mañana continuaré.

Martes.

Nada ocurre hoy digno de contarse, como no sea que el drama no ha aparecido. Por si viene me dispongo a esperarle detrás de la puerta, pertrechada con el palo de una escoba. Si ahora resultara que no hay tal drama, que el que nos asusta es pura invención o engaño del corresponsal bilbaíno, este merecería el escobazo por ponernos en tal zozobra. No afirmaré que sea inverosímil: los buenos dramas tampoco lo son; pero algo hay en éste que me parece extraño a la realidad. La dichosa carta de Uhagón me huele a verso. Con todo, no nos fiemos mucho, engañadas por la atmósfera desabrida de la vida corriente. En ésta, cuando menos se piensa, salimos todos hablando en verso sin saberlo, y a lo mejor suceden cosas que convierten en cuentos de niños las invenciones novelescas y teatrales. No estoy tranquila, no, y a cada ruido extraño que siento fuera de la casa tiemblo y me digo: «Es el drama, que llega.»

Se me había olvidado decirte que la carta de ese Miguel de los Santos no engañó a nuestro caballero, pues antes de llegar a la mitad de la lectura reconoció por tuyo el salado escrito. Lo ha leído veinte veces, celebrando tu ingenio; el legítimo orgullo se le sale por los ojos en llamaradas. Me ha dicho que ese Miguel es un talento perezoso y un corazón de amigo como pocos se encuentran, y se pasma de que te hayas asimilado tan graciosamente su original socarronería en el pensar y en el escribir. Espera que le mandes nuevos engaños como ése.

Y hablando de otra cosa, que por cierto no es nada grata, tengo a la niña mayor malita. Se nos constipó ayer en el ensayo, porque teníamos todo abierto por causa del calor, y debió de sofocarse interpretando con demasiado brío la escena de doña Irene con don Diego. Me faltó tiempo para meterla en cama; la tos me la ahoga. Ya nos tienes a todos con el alma en un hilo... En fin, dice el médico que no es nada; pero yo no me fío, conociendo la propensión de estos chicos a las afecciones pulmonares. Desde que perdí a mi Angel tiemblo cuando les oigo toser. A estos dramas de la salud de mis hijos les temo más que a los otros, pues no puedo ahuyentarlos a escobazos. Empiezan con la tos; luego la calentura que ni sube ni baja; siempre lo mismo días y días, consumiéndose, perdiendo las carnes. Cada catarro de mis hijos es una ansiedad mortal de cuatro o cinco semanas. Toda la fortaleza quiso Dios que fuera para los padres, que somos dos robles; fortaleza que sin duda no es necesaria para soportar las dolencias de la familia menuda. Y el pequeñín no anda

bueno tampoco. Toda la noche se la pasa en un sudor; está triste; no tiene apetito; se le ve desmejorar por días. Gracias a la riquísima leche que aquí tenemos, y a los sanísimos aires de este país, les voy defendiendo. Por su salud ofrezco al Señor la mía; pero a Dios no le conviene el trato, y sigue quitándoles porciones de vida que a mí me da. El se sabe lo que hace.

Con el cuidado de la niña no vivo, amiga del alma, y como nuestro asunto no nos traiga alguna sorpresa, no te escribiré ni mañana ni pasado. Pídele a Dios que no me quite a mi hija, y yo espantaré los dramas que vengan por acá..., no te dé cuidado. Tu amantísima

Valvanera.

XX

DE DOÑA JUANA TERESA, MARQUESA DE SARIÑÁN, A LA SEÑORA DE MALTRANA

Cintruénigo, junio.

Hermana y amiga: He tardado en contestarte, esperando a tener noticias claras, fehacientes, de tu padre, las cuales ayer llegaron por un propio que nos envió nuestro buen amigo don Blas de la Codoñera. Resulta que no sólo vive, sino que goza de envidiable salud. Allá le tienes en el campo de Cabrera, hecho un brazo de mar, agasajado por el cabecilla, bienquisto de todos, desempeñando no sé qué papeles de consejero o de asesor en negocios políticos. Es mucho don Beltrán. No hay otro en el mundo de más suerte; allí donde matan, él vive y triunfa; allí donde reinan la desolación y la estrechez, él se las arregla para figurar en primera línea y darse vida y tono de príncipe de sangre real. Sería curioso conocer los prodigios de labia y finura con que ha logrado catequizar a tales verdugos. ¡Qué cosas les habrá dicho! ¡Qué invenciones habrán salido de aquella cabeza fecunda en lindos enredos! Voy creyendo que tu padre tiene siete vidas como los gatos. Por conducto de don Blas a todos saluda y bendice, añadiendo las carantoñas que sabes son muy de su carácter, y con las cuales se hace perdonar sus graves defectos; nos pide dinero y ropa. Hemos acordado Rodrigo y yo enviarle una cantidad no muy crecida, ocho onzas, que me parecen suficientes para mantener su decoro entre aquellos salvajes o para regresar si lo desea. Dime si estás dispuesta a contribuir con la mitad del dicho emolumento, o sea cuatro onzas, pues si a ello te negaras y tuviéramos que acudir solos al remedio del noble señor, nos concretaríamos a seis onzas. Justa es la mitad de esta carga tuya, y aun no sería malo que por entero la llevaras tú, pues nosotros harto hemos hecho por él teniéndole en casa y aguantándole el genio. También te digo que si, cansado de aquellas glorias y de los papelones que allí hace, vuelve al arrimo de la familia, sería para nosotros un gran alivio que le tomaras tú por una temporada. Hija, no hemos de estar los de acá siempre a las agrias y tú a las maduras. Para que se reparta equitativamente la persona del *primer noble de Aragón*, es preciso que tú le tengas y le aguantes un año por lo menos. Así lo propondrá Rodrigo a su abuelo en la carta que le escriba mañana por el propio de don Blas: habla tú de esto con Juan Antonio y dime lo que resolváis, sin olvidarte de mandar las cuatro onzas consabidas. Puedes entregárselas a Capistrana, a quien di el encargo de comprarme y remitirme un buen carnero merino y doce ovejas.

Mejor informada de lo que yo creía estás en el asunto de la proyectada boda de Rodrigo con la niña de Castro-Amézaga. De lo sucedido el otoño último, cuando fuimos a vistas, te enteraría tu padre, de seguro pintando las cosas con exageración y un poco de mala fe. ¡Dichoso don Beltrán! Dios me le perdone; no puedo menos de atribuirle alguna parte de culpa en el desgraciado giro de aquel proyecto. No hubo tal desaire, ni manifestación de desagrado por parte de la entonces mayorazga: al contrario, bien nos demostró que apreciaba en todo su valor las prendas morales de mi hijo, su nobleza y virtud, y que las físicas le causaban impresión favorable, fundamento de un honesto cariño. Todo habría concluído felizmente si no mediara la envidia oculta, que por medio de cábalas y manejos viles procuró el deprecio de la moneda legítima para poder pasar la falsa. El proyecto se malogró por entonces, perdiendo más en ello Demetria que Rodrigo. Pero tengo el gusto de participarte, para que hagas correr la noticia, que reanudadas las negociaciones hace

dos semanas, presentan un semblante lisonjero. Escribió mi hijo a la señorita de Castro reiterándole su anhelo de hacerla marquesa de Sariñán, y ella contestó casi a vuelta de correo. A la vista tengo su carta, que es una monadita de humildad y discreción. Se cree indigna de honor tan grande..., su negativa no fué desprecio, *etcétera...*, ni desconocimiento de las cualidades, *etcétera...*; fué que en aquellos días sentía vocación de soltera. *etcétera.* Si el *sí* de las niñas tiene mucho que estudiar, no son menos intrincados y misteriosos los *noes* de estas muchachas trabajadorcitas y que no quieren ser marquesas... El tono de la carta revela que aquellas ganitas de consagrarse a vestir imágenes pasaron ya: eran sin duda uno de tantos trastornos ocasionados por el cambio de edad, por el despertar de la imaginación, de los nervios, *etcétera...*, en fin, tonterías, y algo del *no quiero, no quiero, échamelo en el sombrero.* Dice la niña que le demos un par de meses para determinarse... Esto es para no aparecer que lo desea con vehemencia, o una manera garbosa de volver sobre su acuerdo. Tantos melindres y gazmoñerías no tienen otro objeto que dar más valor a la aceptación. Yo traduzco la carta al lenguaje de la sinceridad, y leo así: «Señor marqués, estoy rabiando por casarme con usted..., pero quiero darme todavía otro poquito de tono, y pongo la boca chiquita y arqueo las cejas para expresar la vergüenza que siento cuando me hablan de boda.»

De veras te agradezco el interés que muestras por mí en este asunto; mas esto no me quita los agravios que de ti tengo, causa de que no te escribiera más pronto. Y como me estorban los enojos muy guardados en el alma, allá van los míos, Valvanera, y ojalá queden desvanecidos con tus explicaciones. Aquí estoy aguardando a que me digas la razón de albergar en tu casa, un mes y otro mes, a un sujeto con quien ni tú ni tu marido tenéis parentesco conocido. Verdad que para saber si hay parentesco falta el dato principal: quiénes son los padres de ese mozalbete y su verdadero apellido. No acabo de entender que Juan Antonio, hombre tan mirado, tan atento al decoro de su casa, consienta estos huéspedes fijos, que parece forman parte de la familia. Dime: ¿habéis puesto fonda? Y que le tratáis a cuerpo de rey, según mis noticias, con unos mimos y un regalo que sólo se prodigan a las personas muy amadas. Podrá en esto no haber ninguna malicia; desde luego declaro que tu reconocida virtud no desmerece por esto a mis ojos; pero no debes creer que sea tan benévola como yo la opinión. No habrá malicia, repito, pero sí hay un acertijo que no entiende nadie, y Juan Antonio debe apresurarse a darnos la clave. Del misterio al escándalo poca distancia hay que recorrer, y como el escándalo habría de afectar a toda la familia, Rodrigo y yo tenemos derecho a que se nos diga quién es ese sujeto, y por qué ha echado raíces en tu casa. Del tal, a quien no puedo llamar caballero mientras no conozca su procedencia, su familia, su nombre, sólo sabemos que con pretexto de una herida leve se pasó en la casa de Castro-Amézaga tres meses y medio, a mesa y mantel, cobrándose en vida regalona los servicios que prestó a las niñas en su escapatoria de Oñate; sabemos también que es de la cáscara amarga, es decir, romántico, y el romanticismo no significa otra cosa que el disimulo de la holgazanería y los vicios; todo ello cuadra muy bien a un personaje que no se sabe de dónde ha salido ni de quién recibe el dinero que gasta. No me saques a mí el cuento de que ignoras quién es. Esa no pasa, Valvanera: tú lo sabes, y vas a decírmelo; de lo contrario, tendría yo que imaginarlo, exponiéndome a errores. No he de suponer tampoco que tu huésped es un gorrón de oficio que reparte el año comiendo tres meses en cada casa. Como a la mía no ha de venir, porque aquí no se mantienen vagos, nada de esto me importa; pero la protección que das a ese sujeto podría ocasionarnos peor gravamen que el comernos un codo, y así te suplico me digas para qué tienes ahí a ese hombre, y qué hace, y en qué se ocupa, y por qué no se va a Madrid, que es el terreno del romanticismo y del libertinaje.

Y vamos a otro asunto, que con éste no tiene, supongo, ninguna relación. La carta que contesto es la primera tuya en que me hablas de mi hermana Pilar, cosa que me sorprende, pues siendo mis relaciones con ella tibias, casi nulas, no parece lógico que me pidas a mí noticias de su salud, mayormente cuando con ella te carteas tan a menudo. Yo soy quien debo pedirte a ti noticias de mi desgra-

ciada hermana, pues siempre fuiste tú su amiga y confidente. ¿A qué sales ahora con la falsa tecla de que no sabes de ella y temes por su salud? Sea lo que fuere, te diré que directamente nada sé de Pilar; pero por referencias me consta que está buena, mas con la grandísima pesadumbre de haber perdido a su criada Justina, su mujer de confianza; la que poseía todos sus secretos, que no debían ser pocos, según mi cuenta. Yo también he sentido a la pobre Justina, mujer de una lealtad a toda prueba, reservada y discretísima, como correspondía a quien consagra su vida al servicio reservado de una señora como Pilar. Pues bien: cuando cayó enferma Justina, fué a verla Jerónima, su hermana, que, como sabes, reside en Cintruénigo, y al volver me dijo que Pilar menudea cartas contigo, y que cada semana te emborrona cuatro pliegos. Conque... ten cuidado, Valvanera, ten cuidado: ya ves qué pronto te he cogido en una mentirilla... Es que sois tontas de remate; yo soy lista, muy lista, aunque me esté mal el decirlo, y ninguna simplona como Pilar y como tú, cada cual por su estilo dañadas de romanticismo, ha conseguido engañarme nunca. Nadie me iguala, puedes creerlo, en descubrir en la menor palabra, en cualquier frasecilla insignificante, la punta de un hilito. No puedes figurarte hasta qué punto son sutiles mis dedos para coger la hebra casi invisible y tirar de ella. Claro es que algunas veces me equivoco, y no saco nada; pero otras ¡suelen venir a mis manos ovillos tan gordos!... Conque... ándate con cuidado conmigo, Valvanera, y no me busques el genio, que lo tengo muy malo, quiero decir, sagaz, investigador, calculista. *Hame dado en la nariz...* Y no más por hoy.

Pues dejando esto aparte, hazme el favor de decir a Pilar, en tu primera contestación a sus largas epístolas, que no la quiero mal; que me duelen nuestras discordias, motivadas por mil pequeñeces que no debieran enemistar a dos hijas de un mismo padre; que debemos perdonarnos recíprocamente nuestros agravios y picardihuelas y esperar la muerte tratándonos como hermanas. Queda convidada a la boda de mi hijo con la niña de Castro, si, como creo, se realiza en el otoño próximo, y tendré una gran satisfacción en alojarla en mi casa, siempre que venga sola, pues con Felipe no espero hacer nunca buenas migas... Y aquí pongo punto final, guardándome todavía no pocas cosillas y reconcomios que ya irán saliendo. Un abrazo mío muy apretado mando a Juan Antonio, a tus hijos muchos besos, y a ti todo el afecto de tu cariñosa hermana

Juana Teresa.

XXI

DE DON FERNANDO CALPENA A DON PEDRO HILLO

Villarcayo, junio.

Querido capellán: Hemos pasado unos días crueles con la enfermedad de los niños. Cayó Nicolasa con calenturas el 15 del pasado, reponiéndose al séptimo día; mas antes de que esto sucediera, el segundo de los varones, Federico, fué atacado del mismo mal, que degeneró en tabardillo. Veinte días hemos tenido a la pobre criatura entre la vida y la muerte. Figúrate la ansiedad de los padres, que ha tiempo vienen siendo enfermeros de su prole, dañada de no sé qué mal profundo, insidioso. Tengo la satisfacción, en medio de mis tristezas, de haberme asociado a los afanes de esta noble familia, y por fin, al gozo de verles vencedores del terrible mal. A fuerza de cuidados y desvelos *hemos* rechazado a la muerte, y lo digo así porque no he sido yo menos padre que ellos, en el sentido de la solicitud vigilante. Cuando el cansancio les rendía, yo he ocupado su puesto, poniendo toda mi alma en aquel servicio humanitario. La gratitud de estos nobles amigos me envanece más que si hubiera yo ganado laureles de los que vivamente halagan el amor propio.

Y no es ésta la única conquista que he realizado en estos días de prueba. Ya sé lo que es calor de familia; en mí anidaron y criaron sentimientos dulcísimos que ya llevaré conmigo en lo que de vida me reste; me va muy bien con ellos; me espanta la soledad en que yo quedaría si estos sentimientos me faltasen, y me compadezco de mí, acordándome del tiempo en que no los conocía. Tengo que razonar para convencerme de que no es mi hermano el pobre niño que hemos salvado de la muerte: sus padres no sé qué son míos; sólo afirmo que les quiero y que me quieren. En los días de ansiedad

y de lucha con la muerte, respirábamos los tres con un solo aliento; ellos me daban su temor; yo les daba mi esperanza.

La mañana feliz en que consideramos salvado a Federico, Valvanera selló nuestro espiritual parentesco con una confianza sublime. Incapaz de contener su efusión maternal, me llamó a su cuarto, y en presencia de Juan Antonio me descifró el enigma de mi vida. Ya sabía yo que ella y mi madre son amigas íntimas, que desde la infancia se adoraban. Ahora sé el nombre que ignoraba, la condición social y otras particularidades de mi nacimiento y de mi niñez... El desgarrón del velo que envolvía mi origen me hizo caer en un estupor parecido al idiotismo he pasado un día sin darme cuenta de cosa alguna, mirando con embargada atención la fórmula resolutiva de mi problema, y los nuevos problemas que de aquella solución se derivan... Por la noche, solo en mi aposento, lloré largo rato, sintiendo dentro de mí un desconsuelo inexplicable, no sé qué, sin duda reflejo de las aflicciones que por mí ha pasado la persona que me dió la vida. Pensaba que si yo hubiera muerto al nacer habría evitado sus acerbas penas, y luego las mías. Ya no puedo evitar nada; soy impotente para todo, y la idea de que mi amor y mi gratitud a ese noble ser han de esconderse en la oscuridad y en el disimulo, como si fueran delitos, me vuelve loco.

En tanto, mi drama se ha empequeñecido. Dentro de mi espíritu lo veo cada día perdiendo volumen y claridad. Síntomas de olvido empiezan a manifestarse: he notado que pasaba largas horas sin que de su terrible argumento y de sus personas me acordase. Pero ayer y hoy he advertido que me ronda, que viene en mi busca. Una nueva carta de Pedro Pascual me informó ayer de que los Arratias están furiosos contra mí. No ha podido averiguar mi amigo si Aura había regresado al domicilio conyugal: sospechaba que no. Como puedes comprender, estas noticias me inquietan, me trastornan, impidiéndome condensar las ideas y fijar mi voluntad en una sola dirección. Tengo que dividir mi espíritu, como un caudillo militar que dispersa sus tropas para la ofensiva necesaria en un punto y la defensiva en otro. Me halaga la esperanza, querido clérigo, de que se den órdenes para que no se aplace más tiempo tu viaje. Aunque Valvanera y Juan Antonio colman mis anhelos de sociedad y de amistad y todo, parece que me falta algo. ¡Que vengas, hombre! Quiero marearte un poco y hacerte rabiar. Por esta noche no escribo más.

Sábado.

He pasado el día haciendo muñecos de papel al niño convaleciente. Te asombrarías como yo de mi habilidad en este arte. He construído una docena de clérigos graciosísimos con sus tejas descomunales, y otras tantas monjitas con blancas tocas; sobre la cama los iba poniendo en correcta formación el pequeño. En la sección de animales he sido menos afortunado; pero aun así, mis gatos, mis burros y mis elefantes han cumplido el objeto para que fueron creados. Por cada cucharada de alimento o de medicina que toma el chiquillo, cobra anticipadamente una figura, y en ocasiones un cuarto. Por la noche, cuando le rinde el sueño, y después que el contacto de su frente y muñecas nos dice la frescura de su sangre, recogemos en una cestita todas las colecciones clericales y zoológicas, para hacer en ellas las reparaciones convenientes. Pero dudo que mañana obtengan el mismo éxito; ya se me ha indicado para mañana un nuevo mundo que debe salir de mis manos hacederas: torres, puentes, barcos de guerra y fortalezas con cañones.

Te dije ayer que el drama me acecha: hoy te digo que ha venido *Churi;* pero no le han permitido entrar en la casa, ni yo he de salir a verle; le tengo miedo. Desde mi ventana le he visto rondar por estas inmediaciones, con cara famélica y ansiosa. ¿Qué querrá decirme? ¿Me traerá alguna carta? Mejor es que no lo sepa. Juan Antonio ha encargado a uno de los mozos que le despabile, amenazándole con dar parte a la justicia y meterle en la cárcel si no se larga de esos contornos. ¡Pobre *Churi!* ¿Qué me querrá?

Valvanera y su marido me han predicado un cariñoso sermón sobre la obediencia, y yo he reconocido que a ella me obligan todos los respetos y las nuevas afecciones que siento en mí. No haré más que lo que ellos dispongan. Forzosamente vuelvo a la niñez. La querida persona que se ha pasado lo mejor de su vida sin poder acariciarme y gobernar-

me, quiere hacerlo ahora, y yo me apresuro a ofrecerle mi sumisión incondicional. Es difícil, no obstante, que pueda darle gusto en una cuestión que, según me ha declarado Valvanera, es su sueño dorado. Bien comprenderá que no puedo disputar al marqués de Sariñán la excelsa niña de Castro, cuyos méritos son tales que hoy me avergonzaría yo de dirigir hacia ella mis aspiraciones. ¿Qué piensas de esto? Sería imponerme una ridiculez; sería lanzarme quizá a un nuevo desastre. Me siento sin fuerza moral para tal empresa; necesito un largo reposo y restaurar mi espíritu desquiciado y en ruinas.

Y sobre todo, ¿quién soy yo, ¡triste de mí!, para pretender honor tan grande como la posesión de esa maravilla de la Humanidad? ¿En qué sentimientos he de fundar mi campaña? ¿En la admiración que hacia ella siento? Eso no basta. Mi conciencia, hoy por hoy, no me permitiría expresar otros sentimientos... Me ha revelado Valvanera la situación social dolorosísima en que mi existencia pone a mi madre, y esto acaba de hundirme. Me achico cada día más; me siento enano, microscópico; me pierdo entre las multitudes plebeyas, y deseo que nadie se fije en mí ni me pregunte quién soy ni de dónde he venido.

La tristeza se me va aposentando en el alma, no como huésped, sino como propietario que se decide a ocupar por siempre su domicilio heredado; no podré arrojarla nunca; la siento que se acomoda y agasaja, que enciende el hogar, que coloca sus muebles, que imprime aquí y allá su huella y va calentando este y el otro rincón. ¿Pero qué me importa no ser nadie, si soy todo para una sola persona, y esa persona es todo para mí? Te aseguro que si no existiera mi madre y la cadena que a ella me une, para mí no habría un bien como la muerte. Me halaga la idea de no sentir nada: de sentir, si acaso, la vaga impresión de la quietud, de la carencia de todo estímulo. Es dulce notar vacíos de interés los dramas y dormidas en nuestro regazo las pasiones. Ayer fuí con el párroco a visitar el cementerio: no puedes figurarte la envidia que me daba de los que duermen bajo aquellas lápidas, protegidos por una cruz. Los hay sin lápida; los hay anónimos, de olvidada filiación; los hay sin cruces ni signo alguno. Toda la noche he visto en mi mente las cruces solitarias, algunas no muy derechas, y me ha sido grato pensar en la placidez de los que duermen en la tierra, soñando quizá que ha desaparecido del mundo el mal y la ridiculez. Mándame las *Noches*, de Young, que encontrarás en la librería de Boix, Carrera de San Jerónimo, o en la de Pérez, calle de las Carretas, frente al Correo. Mándame también las *Noches lúgubres*, de Cadalso. Adiós: me acuesto sin sueño.

Domingo.

Hoy, oyendo misa con Juan Antonio en la parroquia, no he cesado de pensar que podrías interpretar torcidamente lo que anoche te escribí acerca de mis nuevas amistades con la muerte. El recelo de que supongas en mí intentos de suicidio me inquieta, querido capellán, pues nada más lejos de mi ánimo que el propósito de poner fin a mi pobre existencia. La convicción de que si a mí mismo *no me necesito* para nada, a otras personas queridísimas soy necesario, me obliga a rectificar aquellas ideas. El vivir no me gusta; pero es un deber; como tal acepto la vida y procuraré su conservación. No quiero hacer más víctimas. Que las personas que aman mi vida la tengan, aunque a mí me pese. ¿Sabes lo que discurría anoche, desvelado, dando vueltas en mi cama? Pues que Dios debiera pasar a mi naturaleza la enfermedad, raquitismo, o la que sea, que destruye a los hijos de Maltrana, transmitiendo a éstos mi salud vigorosa. ¡Qué contentos se pondrían sus padres con este cambio! Pues aunque a mí me lloraran, me llorarían una vez, y sus hijos son cinco, cinco duelos en perspectiva. Hoy me rectifico, amado clérigo, y no pido a Dios semejante cambio de naturaleza; es mucho mejor que los chicos y yo vivamos. Por consiguiente, verás que tacho el párrafo en que te pedía me mandases las *Noches*, de Young y Cadalso. Déiame a mí de *Noches*, hombre, y mándome *días* si los hay. En vez de esos librotes que inducen a la melancolía, haz un paquete con el nuevo drama de Víctor Hugo, *Angelo, tirano de Padua*, con la *Gabriela de Belle Isle*, de Dumas, y todo lo demás que de este género encuentres en casa de Boix, y me lo echas para acá con el primer ordinario que salga. Que sean en francés: no quiero traducciones.

Ultima hora: a mí llega un runrún que, si se confirma, me librará de la falsísima, indelicada posición a que quiere llevarme mi buena madre, haciéndome pretendiente de secano de la sin par Demetria. Susurran de La Guardia que al fin hay arreglo, y que en el frontispicio de Castro-Amézaga se pondrá la corona de Sariñán y de Villarroya de la Sierra. Tú lo verás si vas por allí, que yo no pienso verlo. Paréceme muy lógica tal unión, y no siento más que no tener aquí a mi don Beltrán para pasarle la noticia por los morros. ¿Serán felices? Averígualo tú, que yo no puedo. Vuelvo a creer que sólo los muertos son dichosos.

Ahora que me acuerdo: mándame también el tomo de poesías de Víctor Hugo *Hojas de otoño*. Este poeta me enloquece. De Walter Scott quiero la *Fiancée de Lammermoor*, que conozco y quiero leer de nuevo, y la *Hermosa de Perth*, que no conozco. Me siento ávido de poesía y literatura; mas no me mandes nada clásico, que me apesta. Tu don Javier de Burgos y tu don Félix Reinoso, que me esperen allá hasta el día del Juicio, con sus versos acartonados, que ya deben saber de memoria sus lectores fervientes, los ratones. Al buen Horacio déjale dormir en el baúl, junto al somnífero Despreaux. En cambio, me harás feliz si me empaquetas para acá los volúmenes que me quedaban de Lope, ya que no sea posible recuperar los que le presté a Pepe Díaz y a García Gutiérrez, y añades los dos tomos que tenía de Schiller. Relamiéndome estoy pensando en el drama *Los bandidos*, que leeré hasta aprendérmelo de memoria. Vaya, no te da más jaqueca de férvido amigo y discípulo

Fernando.

P. S.—Me enseña Juan Antonio un periódico de Madrid que anuncia la reciente publicación de un nuevo tomo de Víctor Hugo, *Les voix intérieures*. Por lo que más quieras, Hillo de mis pecados, vete corriendo a casa de Boix y cómprame ese libro, si lo tiene, y si no lo tiene dile que lo pida al momento. Aquí no hay medio de encargar ningún libro a París, como no mandes un propio con el dinero. Ya me muero de ansiedad por leer esas *Voces*... Ya me parece que las oigo antes de leerlas. ¿Quién no tiene voces dentro? Sospecho que las que ha escrito Hugo no son las suyas, sino las mías.—*Vale.*

XXII

DEL SEÑOR DE MALTRANA A SU HERMANA POLÍTICA LA SEÑORA MARQUESA DE SARIÑÁN

Villarcayo, 1 de julio.

Hermana mía y amiga: La grave enfermedad de nuestro hijo Federico ha privado a Valvanera del gusto de contestar a tu carta. Aún hoy, ya mejorado el niño y contentos nosotros de que nos le conserve Dios, mi mujer no se decide a tomar la pluma: su cansancio, después de tantas noches de ansiedad y desvelo, ya puedes figurártelo. Yo me encargo de cumplir aquel deber, empezando por manifestarte que accedo gustoso a contribuir, en la parte que me corresponde, para el auxilio del pobre don Beltrán; quedan entregadas las cuatro onzas, y no tendré inconveniente en aprontar mayor suma, si necesario fuese, para sacar definitivamente de aquel infierno al *primer noble de Aragón*. Haced por que venga y le tendré en mi casa todo el tiempo que guste, si él se aviene a esta soledad desabrida, donde halla tan pocos atractivos su exquisita sociabilidad. Voy creyendo que ni los años ni el desdichado sesgo de sus últimas aventuras han sido parte a quebrantar su genio de señor prepotente, ni a domar sus ambiciones de grandeza y rumbo. Pero venga como viniere, aquí será bien recibido y tendrá la consideración, el respeto y cariño de todos.

Por encargo especial de Valvanera, y por cuenta propia, tengo el gusto de manifestarte que el señor don Fernando Calpena es persona dignísima, y ya debiste comprenderlo así sólo con saber que hace meses le tenemos en nuestra casa. Pertenece a una noble familia con quien tuvo mi padre relaciones de íntima amistad, y que actualmente reside en el mediodía de Francia. A su hidalguía, a su intachable conducta, une el señor de Calpena una ilustración extraordinaria, pocas veces vista entre nosotros, que hace de él una de las personas más gratas y amenas que es posible tratar. Creo que bastará esta manifestación mía para que levantes la injusta sentencia que habías lanzado contra nuestro caballero y rectifiques juicios temerarios, originados quizá de vulgares hablillas.

En la primera carta que a Pilar escriba tendrá mi mujer la satisfacción de expresar a ésta tus disposiciones de concordia, y le transmitirá tus frases de piedad y cariño. Creo que celebraremos muy de veras la reconciliación, y ver terminadas vuestras desavenencias con un tierno abrazo fraternal. También será para nosotros motivo de júbilo que se realicen tus proyectos de unión con la casa de Castro-Amézaga, suceso que consideramos felicísimo para una y otra familia. ¡Dios nos dé a todos salud, y paz y reposo a nuestra querida patria, que vemos desangrada y empobrecida por crueles guerras interminables! Que miren por el procomún los hombres de arraigo y buena voluntad como Rodrigo, tratando de llevar sus buenas ideas a la vida política, es lo que conviene, para imposibilitar las maquinaciones de los malos patriotas y holgazanes, causa de tantas desdichas. Unámonos los hombres de posición y de ideas juiciosas, y España se levantará del suelo ensangrentado en que yace, recobrando su dignidad y poderío. Digo esto porque ha llegado a mi noticia que aspira Rodrigo a la diputación a Cortes en la vacante de Tudela, y, si es verdad, le felicito y felicito al país. Que disponga de mí y de mis buenas relaciones en la Ribera, así como de mi amistad con Olózaga, con Luzuriaga, Arrazola y Carramolino.

Recibe los cariños de Valvanera y de mis hijos y la constante amistad de tu afectísimo hermano

Juan Antonio.

XXIII

DE GRACIA A CALPENA

La Guardia, julio.

Si sigues así, tan descuidado, tan triste y estúpido, la que te ama caerá en la desesperación, y la desesperación es mal remedio de amor. Declárate pronto y no te pongas baboso y pesado. No hagas lo que Ernesto de Melville en la *Eponina*, que por su cortedad de genio dejó morir de pena a su amada, y él, no sabiendo cómo desenlazar la novela, se tiró a un estanque. Me figuro yo a Ernesto de Melville melenudo, de mal color, los ojos en blanco y el dedo metido en la boca como los niños mal criados. Así estás tú también, y yo, si no te quisiera, te pegaría una buena mano de cachetes. Como te descuides, como sigas haciendo el figurín de la delicadeza, lo pierdes todo; la que te ama se morirá de aburrimiento, y tú, al fin, no tendrás más remedio que tomarte un veneno. Ya ves: podían los dos ser felices, y serán muy desgraciados, por estarse mi niño con la boca abierta, mirando a la higuera, a ver si le cae la breba en la boca.

Otra cosa tengo que decirte, para que estés sobre aviso. El sábado pasado llegó a casa una mujer preguntando por ti. Salí yo a la puerta y puse en su conocimiento que no estabas aquí, sino en Villarcayo. Te daré las señas, a ver si sacas por ellas quién puede ser la que te buscaba. Era de buena estatura, delgadita, bien hecha de cuerpo. Venía mal trajeada, descalza, rendida de cansancio, sucia y cubierta de polvo. Tenía la piel de la cara desollada, del sol caliente y del aire frío, y por esto y por el polvo no pudimos saber si era bonita o fea. Si he de decirte la verdad, me pareció gitana. La Rosenda y yo le hicimos preguntas, y no contestó más sino que tenía que entregarte una carta; díjele que me la diera y yo te la mandaría, y no quiso la muy perra. Tomó el pan y unos cuartos que le di y se bajó al camino. Desde mi ventana vi que se le unían dos hombres de mala traza, también algo agitanados, y despacito se alejaron y se perdieron de vista.

Cuando Demetria se enteró de esto mandó a Bernardo en seguimiento de la cuadrilla; mas no pudo dar con ella hasta un día después, en La Bastida, donde vió a los hombres, pero no a la mujer. Esta, según los tales le contaron, había caído mala de una fortísima pataleta motivada de cansancio y penas. Dijéronle también que ellos no la conocían ni sabían su nombre; que, encontrándose en el camino, habían andado juntos algunos días. Averiguó después Bernardo en el parador que la mujer, enferma de gravedad, había sido recogida por unos vecinos piadosos, que la llevaron al hospital de Miranda, y *colorín colorao:* no sé más.

Valdría más que no me dejaran leer novelas, porque ahora, si no leo las invento y se me ha metido en la cabeza que esa que parece gitana es tu novia,

la que fué tu novia. Pero quizá sea un disparate muy gordo lo que se me ocurre. No hagas caso. Demetria es de opinión que no debemos decirte nada de esto; yo creo que conviene que lo sepas, por si son gente perdida que se lleva alguna idea mala contra ti. Yo me figuro que si la gitana es *ella*, uno de los hombres es el marido, y que van todos disfrazados con las caras pintadas para robarte y matarte después. Yo que tú, si parecen por ahí, daría parte a la Justicia para que les metieran a los tres en la cárcel. Yo veo un complot como el de *Valeria y Beaumanoir* cuando la novia que hizo la gran traición se une a los húngaros..., en fin, ya no me acuerdo.

¡No me ha costado pocas fatigas escribir esta carta sin que se enteren mi hermana y mis tíos! Te la mando con Sabas, que hoy vuelve a Villarcayo para que tú dispongas si sigue o no sigue a tu servicio. Con él mandamos a doña Valvanera cuatro onzas de mostillo, orejones y tres pares de palomas de la nueva raza que nos han traído, blanquitas, chiquitas, con la cola como un abanico. Cuando las veas acuérdate de lo que te digo. Que te decidas y no hagas más el Ernesto de Melville, que se tiró al estanque de puro loco. Mira que ya la que te ama se cansa de esperar, y el amor que te tiene se convertirá en aborrecimiento, en menosprecio de tu necedad. Abur, amigo. Esta carta no la firmo, para que no te des tono con ella. Sólo pongo

La misma.

XXIV

DE PILAR A VALVANERA

Madrid, julio.

Amada mía: Hoy está Felipe de malas, quiero decir *de peores*, suspicaz y fiscalizador como nunca, queriendo meter en todo sus robustas narices. Aprovecho su ausencia, que no puede ser larga; ha ido al ministerio de Estado y volverá pronto, para que su víctima no descanse ni respire...

Bueno; me corre por el cuerpo toda la electricidad de una mediana tormenta. Trueno y relampagueo. Debo decirlo al revés: primero el relámpago... Creo que mi excitación sube de punto con el júbilo de saber que tu niño está ya fuera de peligro. ¡Qué días he pasado!... Bendito mil veces sea el Señor que te le conserva y a mí me da este gran consuelo. Mi alma, que ha tiempo mora en Villarcayo, vuelve acá de un vuelo cuando la necesito, y ha estado trayéndome y llevándome recaditos con las alas de mi ansiedad. Ahora la mando otra vez para allá, con las alas de mi amor, para decirte que ese plan de transacción decorosa, asignando a cada galán una de sus niñas, me parece de perlas. Pero conste que, en todo caso, la mayor, la buena, ha de ser para mí. Mi sobrino, que sólo busca una dote, puede apencar con la pequeña, en quien veo una nerviosilla sin juicio, quizá malhumorada y enferma. No me conviene. He leído las cartas de entrambas. La gravedad con que Demetria se sostiene en su papel, permitiéndose tan sólo alusiones muy finas e ingeniosas a la situación de Fernando, me encanta. En la de Gracia no veo clara su intención. ¿Aboga por su hermana o por sí misma? Digas lo que quieras, por el texto de la carta no podemos colegir si es una pobrecita inocentona o si se vale de la inocencia para declararse. Esta duda me inquieta. ¿Es ella la enamorada, o es la otra? No sé qué novela he leído, de las más románticas, en que esta duda y confusión llenan las páginas de un voluminoso libro, para salir con la patochada de que las dos aman, y cada una resuelve sacrificarse, de lo que resulta que una y otra se envenenan. ¡Qué horror! Y lo más chusco es que el galán se casa luego con una tercera, con la que las indujo al sacrificio. ¡Qué simpleza! El romanticismo me tiene cogida, llenando mi cabeza de ideas tétricas, de complicaciones diabólicas. Ese Dumas trae loca a la Humanidad.

Quiero espantar de mi mente todo ese mundo imaginativo. Bastante tengo con mi drama, de cuya realidad no puedo dudar por los torozones y horribles sacudidas que me causa pataleando dentro de mí. Este sí que es un drama, y por Dios que ya deseo un desenlace, aunque sea de los más violentos. No puedo ya con tanto disimulo y ficciones tantas. Mi arte se agota; cada día tengo que inventar resortes nuevos, y mi potente iniciativa para el enredo envejece y se apaga. Quiero uno solución, cual-

quiera que sea. Desde hace dos días me absorbe completamente la idea de consultar el caso legal con un buen abogado que al propio tiempo sea hombre de honor y delicadeza. He pensado en Cortina, y no pasará el día de mañana sin que le escriba pidiéndole hora para una consulta, con la advertencia de que se trata de cosa muy secreta, que ha de quedar entre los dos. Sí, sí; no vacilo más; tendré que revelarle el caso de pe a pa, sin omitir nada, absolutamente nada. Si para el fin que persigo no hubiere más remedio que romper por todo; romperé, estallaré como una bomba; que ya toda esta pólvora, toda esta metralla que llevo dentro de mí años y más años quieren salir a que les dé el aire.

Me apresuro a concluir, temerosa de que vuelva Felipe, que hoy está tremendo, hija, un Júpiter tonante, jaquecoso, que por rayo tiene los interrogatorios impertinentes. ¡Ay, comprendo el suicidio ante un fiscal semejante! Se ha empeñado en saber qué empleo doy a los dineros que recibo para mis gastos particulares. Los extraordinarios cuantiosos para vestidos que aún no se han hecho; los que pedí para embellecer y amueblar el palacito de Balsaín, ¿dónde han ído a parar? Ya no compro cuadros ni abanicos; más bien vendo. Mi marido se asombra de mis aptitudes mercantiles; todo le parece bien, menos que él ignore en qué empleo mi dinero. Poco antes de salir, sintiéndome ya colérica y a punto de dispararme, le dije que bien puedo dar a las rentas de mi patrimonio la aplicación que mejor me acomoda. Naturalmente, no se conformó con esta teoría. Es el esposo; no me priva de lo mío, pero tiene derecho a saber... Ya viene, siento el coche. Adiós, mi amadísima. Mañana, si me deja este monstruo de curiosidad, repetiré... Mil y mil besos.

Pilar.

Miércoles.

No tengo tiempo más que para cerrar ésta, después de añadir cuatro palabritas. Mi pariente, en todo el esplendor de su impertinencia. Ha faltado poco para que le tire a la cabeza una tetera de porcelana. No puedo más, no puedo más. Mañana hablaré con Cortina. Dios me fortalezca y a él le ilumine.

Con la prisa no te dije que mi alegría fué grande al leer en tu carta que habías revelado a Fernando mi nombre y demás... ¡Lo que lloré aquella noche!... ¡Ay, bien lavaditos tengo ya mis pecados! No son flojos ríos de lágrimas los que he derramado sobre ellos.

Hoy, escribiendo corto, también soy *Tostada*... Me *achicharra* este hombre.

XXV

DE SABAS A DON FERNANDO

Miranda de Ebro, 20 de julio.

Respetable señor y amo mío: Para comunicar a usted con la brevedad que desea el cumplimiento del encargo que se sirvió hacerme, me valgo de la pluma de mi primo Bonifacio Cebrián, coadjutor de la parroquia de este pueblo, pues ya sabe que soy muy torpe de escritura, y sobre que tardaría en poner la carta más tiempo del regular, la llenaría de disparates, con perjuicio de la buena explicación de las cosas. Si descansado llegué a Villarcayo, donde el señor me ordenó volver para acá con esta misión de que voy a darle cuenta, no llegué lo mismo a Miranda, pues como las órdenes eran de apretar el paso, tan a la letra lo hice que la yegua no pudo pasar de Leciñana, y allá me habría quedado yo también si Gay no me proporcionara un jamelgo. Sobre él entré en esta ciudad a las nueve de la mañana, y al momento, ganando minutos, me personé en el hospital y pedí razón de la mujer enferma que en dicha santa casa debió ingresar la semana pasada. Manifiestas las señas que en el papel apuntamos para que no se me olvidasen, ya que no podía dar el nombre, por ignorarlo, díjome el capellán de aquel establecimiento que la desgraciada señora o mujer cuyas señas con las de nuestro papel concordaban había muerto anoche, después de siete días de enfermedad, con pérdida de todo conocimiento y de toda sensación. De su nombre sabían en la santa casa tanto como yo, pues no se había encontrado papel ni prenda alguna por donde su estado y circunstancias pudieran conocerse. Descorazonado yo de no hallarla viva, pedí que me la mostraran difunta, lo que no pudo ser porque media hora antes se la habían llevado

al cementerio. Allá corrí sin detenerme en parte alguna; mas también llegué tarde, pues acababan de darle sepultura y no alcancé más que a ver cómo colmaban el hoyo, apisonando después la tierra. Bien habría querido yo que ésta fuera cristal para poder ver la fisonomía del rostro mortuorio de la difunta y sacar de sus facciones macilentas algún dato, alguna luz que al señor sirviera para salir de su confusión; pero no vi más que la tierra, la cual era como las demás tierras que vemos. Ni me dijeron nada tampoco las caras de los sepultureros, a quienes miré largo rato, porque como el señor me dijo: «Mira bien, observa...», ¿yo qué hacía? Mirar y observar hasta secarme los ojos.

Pienso yo, señor, que con el cuerpo de la fenecida señora o mujer enterraron la carta, que debía de tener cosida en las ropas de dentro, a no ser que antes se la quitaran, lo que también pudo acontecer. Yo miraba, miraba a la tierra, calculando a qué profundidad estaría, y me figuraba que estaba m u y honda, muy honda. Desconsolado, convidé a los sepultureros a unas copas, lo que ellos agradecieron y aceptaron, y les llevé a la taberna más cercana, con la esperanza de que algo podían decirme de lo que yo no había visto y ellos sí. Uno de ellos, el que menos bebía y me miraba mucho, díjome que la enterrada era m u j e r en quien por encima de lo cadavérico se traslucía una gran hermosura, sí, señor, así me lo dijo. Y el otro afirmaba con la cabeza. Por la fe de los enterradores, puedo dar sólo este dato.

He cumplido, señor, el encargo que me confió, y mi conciencia está tranquila respecto a la rapidez de mi marcha, pues ni volando por los aires habría llegado más pronto de lo que llegué. En ninguna parte me entretuve: todo lo hice aceleradamente; pero más que mi buen deseo pudo la casualidad, o que así lo dispuso Dios. Mi amo me mandó en busca de conocimiento de una persona viva; mas no quiso que yo tomara razones de la eternidad, porque a ésta yo no la entiendo ni mi amo tampoco. He cumplido, aunque sin ningún fruto, o con el solo fruto de saber que era bella, si no me engañó el sepulturero; que también pudo ser que a él le pareciera hermosura la fealdad, cosa muy natural en los que andan entre muertos.

Y no teniendo nada que hacer aquí, después de escribir al señor, como me encargó, tomo un buen caballo, y sigo para La Guardia con las cartas y regalos que allí tengo que entregar a las que fueron mis señoras.

Mi primo Bonifacio, a quien debo el favor de relatar en buena escritura lo que yo le iba diciendo, aprovecha esta ocasión para ofrecer al señor don Fernando sus respetos y su inutilidad como presbítero y primo del infrascrito, y detrás de él echo yo todos los afectos del corazón de este su fiel y humildísimo criado, que lo es,

Sabas de San Pedro.

XXVI

DE PILAR A VALVANERA

Madrid, julio.

Amada mía: Dame la enhorabuena, dámela pronto, por esta paz, por esta confianza que desde ayer entraron en mi alma, novedad grande para la pobrecita, pues tiempo ha que no conocía más que zozobras, ansiedad, terror y anhelos no satisfechos. Debo este grande alivio al mejor de los hombres y al más sabio de los jurisconsultos, Manuel Cortina, ante quien descorrí ayer la que encubría mis secretos, mostrándole mi vida toda, mi corazón, mi voluntad. No habría hecho tanto con mi confesor, pues a éste sólo se le muestra la falta, y en el caso presente, reuniéndose en una sola persona el sacerdote, el amigo y el letrado, he tenido que v o l c a r la sagrada arqueta hasta dejarla vacía, echando fuera todo, todo, lo bueno y lo malo, no reservando ni nombres de personas, nada absolutamente de lo que he sentido, de lo que he pecado, mis artificios y sutilezas para ocultar mi falta, así como mi firme resolución de unirme a quien tiene derecho a mi amor y mi vigilancia. Todo lo sabe: sabe algo que tú ignoras, porque aún no ha sido ocasión de decírtelo, pero te lo diré.

Entré temblando en el despacho de Cortina; yo le había prevenido que tenía que hablarle de un asunto en extremo delicado, contando con su caballerosidad, y reclamando una audiencia larga, de un par de horas lo menos. Mas estas

ideas que mandé por delante, como batidores que me despejaran el camino, no me salvaron del grande apuro de romper en mi declaración. Los primeros minutos, querida mía, fueron horribles. Un acceso de llanto y la exquisita bondad de mi letrado confesor sirviéronme como de puente para salvar la parte más escabrosa. Después me sentí en terreno llano y pude continuar con desahogo, adquiriendo poco a poco el dominio de las ideas y de la palabra, el cual en la última parte fué ya tan grande, que te habrías maravillado de oírme. Ayudábame don Manuel anticipándose con gran perspicacia a mis juicios y aun a la referencia de los hechos... Es también adivino, y me trazó el cuadro de mis tormentos antes de que yo se los manifestara. ¡Qué alivio, amiga mía! Ahora podré fortalecerme con los sentimientos de madre, y prepararme una vejez dichosa y tranquila. Para llegar a esto, dije a Cortina que aceptaré los procedimientos que él determine, imponiéndome cuantos sacrificios sean necesarios, los cuales estimo como una operación quirúrgica, con dolores transitorios. Venga todo lo que quiera. Hago en mí una revolución: destruyo lo pasado y fundo un régimen nuevo.

Cuatro largas horas duró la conferencia, pues en la segunda parte, cuando ya me había serenado y abordamos la cuestión legal, hízome una exposición clarísima de las diversas soluciones que podían darse al asunto, según la cantidad o extensión de escándalo que yo afrontar quisiera. Sin ningún ruido, y guardando el secreto, es imposible que mis deseos tengan satisfacción. Si consiguiéramos (y él hablaba en plural, como haciendo suyo el asunto) conquistar a Felipe, tendríamos andada la mayor parte del camino. Pero ¿quién es el guapo que conquista a mi señor? Examinando esta dificultad, mostró Cortina más confianza que yo. Según él, los hechos consumados, irremediables dentro de la Naturaleza, tienen fuerza colosal para domar las voluntades más rebeldes; de seguro hará Felipe demostraciones imponentes, de gran aparato, más escénico que real, y acabará por rendirse, prestándose a un arreglo que evite el escándalo.

A mis aspiraciones, demasiado ambiciosas, de que Fernando posea todo mi bienestar material o gran parte de él, llevando además mi nombre y un título de Castilla, opuso Cortina razones que me convencieron. No es posible que lleguemos al deseado fin sino por caminos sesgados: tenemos que resignarnos a que la personalidad de Fernando sea modesta y oscura, no exenta del misterio original; aspiramos a que el esplendor de su nombre se funde en los méritos y ventajas personales, no en el abolengo y tradiciones de familia. Debemos darnos por satisfechos con crearle una posición mediocre bien guarnecida de provechos materiales; pero nada más por hoy. El ilustrará su vulgar apellido, si quiere y se aplica.

Para llegar a esto, lo primero es abrir un hueco en la gruesa muralla que nos cierra el paso para todos los caminos, y esta muralla es Felipe. No quiero cansarte refiriéndote todo lo que hablamos don Manuel y yo, ni podría tampoco trasladar fielmente la parte suya, tan elocuente en algunos pasajes, serena y dulce siempre, a veces graciosa. Díjome al concluir que puesto el asunto en sus manos, debía serenarme, descansando en la seguridad de que sabría corresponder a mi confianza. Estudiado concienzudamente el asunto, para lo cual se tomaba cuatro días, me propondrá lo que crea de más fácil y conveniente realización. Como caballero, como amigo y como letrado, me prometió poner en este asunto su inteligencia toda y algo de su corazón: yo debía prometerle sumisión incondicional al plan que me trace, en el cual habrá dos órdenes de actos: los actos sociales y morales que yo debo efectuar conforme a su consejo, y los actos de ley, de cuya dirección él se encarga. Con alma y vida le expresé la abdicación de mi voluntad en la suya para todo lo que quisiera disponer y ordenarme, y tratamos al fin de los documentos y papeles que debo poner inmediatamente en sus manos: la partida de bautismo de Fernando, toda mi correspondencia con el cura de Vera, señor Vidaurre, y algo más. De la documentación referente a mi propiedad hereditaria, a mi dote, gananciales y demás nada necesita, pues para conocerlo le bastan las copias del pleito con Osuna que tiene en su archivo. En fin, mi amadísima compañera, que estoy contenta. ¡Siento un alivio!... Mi cruz sigue siendo pesada; pero acabo de encontrar un robusto Cirineo que a llevarla me ayuda.

Para que no haya nunca dicha completa, ahora que mi drama parece entrar en vías de solución... clásica, ¡gracias a Dios!, me inquieta más el de allá. Esa mujer errante; ese peligro de que resucite la funesta pasión que nos ha traído tantas desdichas; las complicaciones que pueden sobrevenir; las represalias posibles, las probables escenas de venganza, no se apartan de mi mente. Agravo yo las situaciones con mi pesimismo, y estoy por decir con mi inventiva, que a veces me parece poética; y de sucesos comunes, inocentes tal vez, hago escenas terroríficas, de estupendo asombro, de interés palpitante; escenas que no vacilo en llamar bellas, aunque me causen pavor. ¿Para qué me daría Dios esta imaginación tan viva? Con ellas, en otro tiempo me rodeaba de bienandanzas, cuando en realidad estaba rodeada de peligros; mas con ellas también, en días no tan lejanos y en los presentes, levanto en derredor mío aparatos de consternación, con materiales que quizá sean más para mover a risa que a terror. No ceso de pensar en las sorpresas, y para que no lo sean ni me cojan desprevenida, estoy siempre imaginando cosas malas probables, con la idea de que previniéndolas no sucedan. ¿Has visto? Lo mejor es poner freno a la previsión pesimista, y decir aquello tan sencillote, y al parecer tonto, que nos enseñaron nuestras madres: «Sea lo que Dios quiera.»

Noto a mi Felipe un poquito moderado en sus hábitos de mortificación. No sé lo que le pasa. Tiene conmigo atenciones desusadas, y se cuida menos de contrariarme y contradecirme. No obstante, desconfío de estas apariencias, y sigo empleando mis inveteradas precauciones. He perfeccionado el escritorio que en mi cuarto de baño tengo (ya te hablé de este ingenioso aparato), y puedo consagrarme con toda libertad a mi correspondencia secreta, guardando todo de un modo segurísimo cuando concluyo, o por cualquier causa tengo que interrumpir el trabajo... Siglos se me hacen los cuatro días que me ha señalado Cortina para proponerme la solución que ha de ser término de mis afanes, llevándome de una vida de artificios a otra moldeada en la realidad. ¿Será posible, amiga querida, que en esa vida me vea yo? Ese día no me voy a conocer. Creeré que me he muerto y he resucitado, que soy otra, que no soy yo, sino la señora tal, o tal mujer, lo mismo me da... Y desde mi nuevo ser veré el pasado triste, y tendré lástima de lo que fuí...

Me canso un poquito. Seguiré mañana.

Martes.

No sé por qué, pienso que Felipe barrunta la tempestad que le tengo armada. Algo noto en su cara, en sus ojos, que me pone en este cuidado. ¿La suma suspicacia no puede llevar a ser el sumo adivinar?... Para mí es una desdicha esta penetración que el histrionismo social en su desarrollo más perfecto me ha dado. Como yo leo el pensamiento de los que me rodean, pienso que los demás leen el mío.

Y hay más, cara Valvanera. Hoy encontró Felipe a Cortina en el ministerio de Gracia y Justicia y le convidó a comer. El hecho no tiene nada de particular y ha ocurrido más de una vez. Pero se me ha metido en la cabeza que este convite no es un caso natural, inocente quiero decir, sino que encierra la cruel intención de ponernos frente a frente al letrado y a mí para observarnos las caras... Veo que te ríes. Sí, la malintencionada soy yo. Es que el cerebro se me ha convertido en un nidal de dramas... Me paso la mano por la frente y afirmo, todavía con un poquito de recelo, que la invitación de Cortina, como la de Narváez, como la de Salamanca y otros, tambien para esta noche, es absolutamente ajena a toda idea dramática.

Se me había olvidado decirte que no me fío de los cariños de Juana Teresa. Su agudeza corre parejas con su maldad. Esto no es suspicacia: es experiencia. En la historia de estas dos medias hermanas, todos los capítulos que empiezan con sus carantoñas acaban con mis rabietas. Si no estuviese yo decidida plenamente al abandono de toda ficción, sus sospechas me harían temblar. Pero ya no temo nada. El paso de mentirosa a verdadera me ha de costar algunas amarguras; pero una vez en terreno firme, ¿qué me importa lo que *doña Urraca* piense, averigüe y conozca? Me compensará de mis pasados berrinches el placer de birlarle la niña de Castro... Y a propósito: nada sé del señor Hillo. Espero con afán su primera carta.

Miércoles.

Mis temores respecto a la invitación de Cortina resultan infundados. Bien decía yo que soy harto maliciosa; pero, por más que me reprendo este defectillo, no hay forma de corregirme. La comida, agradabilísima, con pocos pero buenos comensales. A Narváez le conoce tu marido; de Salamanca, que ahora principia a figurar, no tenéis noticias. Es un granadino muy despierto, de gallarda figura y finísimo trato, y en la amenidad de la conversación se lleva el primer premio entre todos los que conozco. Despunta en la política, y más aún en los negocios. Cortina no me habló nada de mi asunto, naturalmente, y sólo en un ratito que estuvimos sin testigos repitió su promesa de darme la solución en el día fijado, recomendándome la serenidad y paciencia... Mis comensales y las señoras que vinieron después picotearon de política, ya puedes suponer; algo de teatros y óperas, de bailarinas y cantantes, engolosinándose al fin con un poco de chismografía social. Todo esto me aburría, pues no hay tema que no me parezca desabrido, insignificante, si le aplico las ideas revolucionarias que alborotan mi espíritu. ¡Oh, cuándo llegará eso que llamo mi tránsito, paso inevitable de una vida a otra! ¿Será como una muerte, será como una resurrección?

¿Imaginas tú algo más enojoso y abrumador que una vida en que tenemos que figurarnos y representarnos de otra manera que como somos? En esta existencia, amasada y recompuesta por la general simpleza, no sólo nos es forzoso disimular nuestras faltas, sino también nuestro talento..., la que lo tenga. No, no te rías. No habiendo recibido de Dios el don de tontería, es forzoso proporcionarse una tontería artificial. Yo he sido y soy una tonta *de trapo*; y aunque sé muchas cosas que he aprendido en mis lecturas (y otras que he cursado en mis desgracias), me revisto de una ignorancia deliciosa, que es el encanto de mis amigas. No soy la única que adopta este sistema; pero sí la más aprovechada, la que sabe esconder con su disimulo un mundo más grande de conocimientos y un mayor tesoro de agudezas. Rara es la que no se ha creado una representación falaz de su persona para poder vivir; pero en mí el histrionismo es más meritorio que en ninguna, por la enorme distancia entre lo que soy y lo que represento, entre mi ingenio secreto y mi estolidez pública.

Pues bien, amada mía: yo quiero romper este capullo que con mis palabras y pensamientos *de representación* he tejido, quedándome encerrada en él. Ya tengo mi pico bien afilado para taladrarlo y echarme fuera...; quiero volar, pues me han salido aquí dentro unas alas grandísimas.

Amiga de mi alma, siento una efusión divina, un inmenso anhelo de volar hacia ti, por ti y los tuyos, y por *el mío* que entre los tuyos y en tu amante compañía tienes. Dile a Fernando todo lo que se te ocurra. Tú eres la maestra, la doctora, la que dispone lo que ya debe saber y lo que todavía conviene que ignore. Todo ello, lo sabido y lo ignorado, ha de ser para que me quiera más. Creo que me amará mucho, como yo a él..

Adiós, mi bien. Hasta que pueda contarte lo que me propondrá mi gran letrado para romper el capullo. Reparte mil abrazos y besos por cuenta de tu amantísima

Pilar.

XXVII

DE DON PEDRO HILLO A FERNANDO CALPENA

La Guardia, agosto.

Distraído Fernando: Pero ¿no reparas que ya estoy aquí? ¿No me has visto? Echa para La Guardia tu catalejo y alcanzarás a ver a este clérigo insigne, a esta lumbrera esplendorosa del Vicariato General Castrense, esparciendo su claridad por los ámbitos de... No acabo la figura, porque ignoro qué ámbitos debe iluminar la inspección que me encomendaron..., ni sé qué inspecciono, ni por qué me han mandado, ni a qué he venido. Presumo que me atraen a esta tierra todos los intereses posibles, menos los del instituto religioso-militar a que pertenezco. Por de pronto, aquí me tienes aposentado en la parroquial vivienda del gran Navarridas, que es como decir que habito en el reino de la cortesía y de la abundancia. Tanto el bondadosísimo don José como su bendita hermana se desviven por agasajarme, y te aseguro que ni probé jamás tan mullido y al-

bo hecho como el que aquí disfruto, ni entraron por esta boca pecadora condimentos tan sustanciosos, ricos y variados como los que en obsequio mío presentan diariamente en su mesa. Hijo mío, ¿qué tierra es ésta, tan fecunda en galanos amigos y èn frutos regalados? Aquí quiero pasar mis días entre la sencillez amable de los hombres y las amorosas caricias de la prolífica tierra. Aunque te enfades, *prorrumpo* en versos clásicos:

¡Oh tú, del Arlas vagaroso, humilde
orilla, rica de la mies de Ceres,
de pámpanos y olivos! Verde prado
que pasta mudo el ganadillo errante,
áspero monte, opaca selva y fría...

En esta región de delicias he visto al fin la deidad que en ella preside las funciones de la Naturaleza, la que a todo imprime hermosura y majestad con su divina presencia, la escogida entre las escogidas; y de tal modo me prendaron su gracia y su nobleza, que a no hallarme imposibilitado por mis votos, de que son emblema las negras ropas que visto, entre el primer saludo que le dirigí y una respetuosa declaración de amor habrían mediado pocos alientos. ¡Pues si yo fuera seglar y joven, cualquiera me quitaba a mí esa sin par hembra!... Nada quiero decirte de su discreción, que conoces mejor que nadie. Sabrás que hablamos largamente *de omni re scibile*, quedándome pasmado de la solidez de juicio y de su dulce serenidad. En fin, amado discípulo, que aquí me tienes enamorado (no retiro la palabra), enamorado de ese portento, y alabando al Supremo Artífice por esta nueva maravilla que ha puesto ante mis ojos... Aquí me venía bien otra clásica estrofa para expresarte mi entusiasmo:

¿A quién primero ensalzaré cantando
sino al gran padre que la estirpe humana
y la celeste rige...?
El es primero y solo; igual no tiene
su esencia soberana;
si bien segunda en el honor divino,
inmediato lugar Palas obtiene.

Pienso, querido Fernando, que aquel condenado Rapella, a quien echamos tantas maldiciones, merece ahora nuestra gratitud por haberte llevado a Oñate, donde encontraste a la *celeste Palas*. No me retracto de nada de lo que acabo de escribir. Todo lo sostengo, y lo hago cuestión personal. Es Demetria el cielo en la tierra y la divinidad humana. Así lo firma y signa con el emblema de nuestra redención tu amigo

† *Pedro Hillo*

XXVIII

DE FERNANDO CALPENA A DON PEDRO HILLO

Villarcayo, agosto.

¿Que yo vaya a La Guardia, querido clérigo? ¿Con qué fin, con qué razón o apariencias de ella? ¿Por verte y abrazarte? Para eso, más natural es que tú vengas aquí; si así lo hicieres, en ello me darías mucho gusto, y me evitarías el decirte por escrito lo que con más prontitud y claridad se dice de palabra.

Por de pronto, sabrás que recibí los libros: desde que a mis manos llegaron, he vivido en ellos, ya reanudando antiguas amistades, ya entablándolas nuevas. Grandes y leales amigos son los libros, ¿verdad, mi caro capellán? Gracias a ellos ningún vacío de nuestra existencia deja de amenguarse un poco. Leemos, y lentamente caen sobre nuestra alma gotitas de un bálsamo consolador. Lo que siento infinito es que no encontraras las *Voces interiores* del gran Hugo, que anhelo conocer, y ojalá suenen tanto que apaguen la vibración de las mías. Confío en que Boix no dejará de pedir y enviarme ese libro, y lo espero, porque sé que no falta en Madrid quien le apremie para complacerme. Gracias mil a todos.

Mi drama ya no es drama: la última escena conocida se me presenta en forma de leyenda de un color harto lúgubre, sobria en sus líneas, altamente patética. Como todas las leyendas que ha puesto en circulación el romanticismo, reviste forma enigmática, o así me lo parece a mí, sin duda porque no conozco más que un fragmento de ella. Verás: una mujer desconocida, de mísero aspecto, aparece en La Guardia portadora de un mensaje para cierto caballero residente a la sazón en Villarcayo. No encontrando al caballero en ese pueblo donde tú estás, dirígese a este donde estoy yo; pero al llegar a Miranda, muere... En las leyendas, como en la vida, la

muerte viene siempre a tiempo, es decir, cuando según nuestro criterio no debe venir. La oportunidad del morir es siempre contraria a todos nuestros deseos y previsiones. Sin esta lógica artística del morir no habría leyendas, ni tampoco vida, la cual también es una gran obra de arte. Falta en la leyenda lo más interesante, que yo me atrevo a planear del modo siguiente: Lee: Muerta la señora, es enterrada. Sabedor de ello el caballero, corre a Miranda, y obtenido permiso de la autoridad exhuma a la señora: quiere reconocerla, recoger la carta... ¡Oh gran Hillo!, vieras allí la tristísima escena: abrirse la tierra, entregando su secreto; vieras la duda curiosa penetrando con atrevida mano en el seno de una tumba, para sacar lo que al olvido y a la descomposición pertenecía ya. Todo eso verías tú, si lo vieras. Sale el cadáver, después de tres días de descanso y corrupción, y el caballero le dice: «¿Quién eres? Dame la carta.»

Ya te oigo preguntándome: «¿Quién era? ¿Qué decía la carta?» No contesto, porque esta segunda parte no es más que una idea, es lo que yo debí haber hecho y no hice ni haré. Desde que he renunciado a la voluntad, no sé dar fin a las leyendas, ni aun siendo tan reales como la que te cuento. Me quedo en mis horribles dudas tejiendo con ellas nuevas historias, terminadas siempre en ignorancias que desgarran el corazón, en enigmas que trastornan la mente. Con los libros platico, en ellos busco soluciones, les pido consejo, les doy mis ideas a cambio de las suyas; pero la ardiente amistad que con ellos trabo no me da la serenidad que apetezco, no me despeja el cerebro de sombras. Los libros me compadecen; pero no pueden, y bien claro me lo dicen, no pueden remediar mi mal. Ellos imitan la vida, pero no son la vida; son obra de un artista, no de Dios.

¿Y en tal situación quieres que yo vaya a La Guardia? No puede ser. Quien ha venido a ser mi dueño absoluto y mi gobernante no me ha mandado eso, ni me lo mandará, porque me ama y me estima, y no me pondrá jamás en una situación desairada. Así me lo ha dicho Valvánera, que es como ella misma, y además la propia discreción. Yo no puedo pretender los favores de la *divina Palas*, porque, pretendiéndolos, tendría que fingir una disposición de espíritu que estoy muy lejos de tener desgraciadamente. ¿Soy un aventurero? No. Ni ella ni tú podéis suponerlo. La situación moral y psicológica en que me encuentro aumenta de un modo increíble mi respeto a la sin par mayorazga. Creo que si ante ella me viese de improviso, me turbaría como pobre chicuelo sin sociedad, educado en convento o seminario, que tiembla y se ruboriza ante una mujer. Observo qué sentimientos nacen en mí al pensar en Demetria, y por más que me estudio, sólo encuentro vergüenza, cortedad, una infinita modestia ante criatura tan fuerte y grande. No dudes que soy una nulidad social y moral. Mi amor propio en ruinas me señala como el último de los seres. Si alguien lograra restaurar en mí la arrogancia perdida, me sentiría yo menos pequeño, y al paladearme, empleando en mi propio examen el sentido del gusto, me encontraría menos desabrido.

Además, oh prudente amigo y maestro, la descomposición de mi voluntad ha dejado en mi alma un residuo amargo, la duda, que se ha extendido por todo mi ser, y no puedo ya pensar en cosa ni persona sin que al punto la vea desvirtuada y deslucida. Dudo de cuanto existe. Cierto que no puedo negar la virtud, los méritos notorios de la niña de Castro; pero si a ella me aproximara con las intenciones que tú quieres sugerirme, cree que a mis ojos desmerecería. No podría ser ya la Demetria en que vi tantas perfecciones... Contémplala en su altura, en su apartamiento, que ella, como todo lo sagrado, más ha de valer y representar cuanto más distante se encuentre de la acción de nuestros sentidos, y déjame a mí en esta miseria tristísima. Estoy recogiendo uno a uno los huesos dispersos de mi esqueleto, hecho pedazos en el espantoso choque de la caída. Poco a poco iré armando mi personalidad, que con tantas soldaduras y pegotes no podrá ser nunca lo que fué. Gracias que pueda sacar de mí mismo la resignación, o sea la cola con que me voy pegando y uniendo mis propios fragmentos. Luego que el vaso esté bien sujeto con lañaduras, recogeré, si puedo, las varias esencias del alma que salieron volando en la catástrofe, y andan por ahí como vapores que trae y lleva el viento. Procuraré condensarlo todo. Algo he recogido ya, pero es poco: no sé por qué espacio andarán esencias mías muy sutiles, de las cuales

no me ha quedado más que el olor... Ya, ya sé lo que vas a decirme: que algo mío anda por ahí y que debo ir a buscarlo. No: lo único mío que en la explosión pudo volar hacia La Guardia es el respeto, y ése vale más que se quede por acá para que lo unas a tu admiración y hagas un lindo ramillete con que obsequiar a la *celeste Palas*. Otra clase de flores no me pidas. Ya sabes, Mentor mío, que las rosas

no nacen entre el hielo; y si nacieran,
sólo al tocarlas ya se marchitaran.

Por hoy no te marea más tu fiel amigo

Fernando.

XXIX

DE PILAR A VALVANERA

Madrid, agosto.

Amada mía: Llegó por fin el supremo instante. El oráculo, Manuel Cortina, me ha presentado la cuestión social y jurídica con pasmosa claridad, procurando atenuar las amarguras que la solución del problema traerá forzosamente. Con grande ansiedad le oí; con sumisión he prometido aceptar y seguir el plan que me trace. Imposible transmitir a Fernando un título de nobleza de los muchos que tengo (y que no me sirven para nada) sin obtener un rescripto del Papa, Sospechando que ello no habría de ser grato a mi querido hijo, renuncio por ahora a satisfacer este anhelo de mi corazón. Para transmitirle aquella parte de mi patrimonio de que puedo disponer libremente, es forzoso que me valga de un fideicomiso. De este modo entraría en posesión de mis bienes a mi muerte. Para asignarle desde ahora, sin más dilaciones, una renta decorosa, necesitamos emplear artificios legales, cuya forma me ha explicado detenidamente el gran jurisconsulto. No acabaré nunca de alabar la claridad con que este hombre expone las ideas, realizando el milagro de hacer comprender a una mujer como yo, ignorante de estas cosas, las más áridas cuestiones de Derecho. Jamás, en los enmarañados pleitos de mi casa con Osuna y con Gravelinas, pudo entrar en mi cabeza una idea jurídica. Hoy mis ansiedades maternas me han aclarado considerablemente el sentido, y aquí me tienes hecha una estudianta de Leyes, capaz de obtener buenas notas si de ello me examinara.

Ha insistido Cortina en que no podré evitar el escándalo, es decir, la publicidad del *hecho de autos*, y añade la terrible afirmación de que en este *vía crucis* el primer paso es el más doloroso informar a Felipe, aspirando a obtener su benignidad en el caso moral, su colaboración en el jurídico. ¡Inmenso conflicto, trámite inmenso!... Preguntóme el letrado si me encontraba yo con fuerzas para esta terrible confesión, y le respondí resueltamente que no. No tengo ese valor, que es valor de suicida. Propúsome diluir mi revelación en una carta, discutimos; casi accedí al procedimiento escrito, en el cual puedo desplegar recursos mil; hablamos también de una tercera persona, de mi tía Consolación Armada, de mi confesor padre Acosta... Herida por un rayo de inspiración, le dije: «Y ¿usted?» Meditó un rato, y por fin manifestó su asentimiento con palabra lacónica: «Bueno: yo me encargo... Quiero atenuarle a usted la amargura del cáliz... Para esto conviene mutación de escena; que el matrimonio se traslade a regiones frescas. El calor excesivo no es favorable a las operaciones quirúrgicas.»

Sabrás que Felipe y yo andamos desde julio en desacuerdo por si salimos o no de Madrid. No sólo porque el calor me molesta poco de algunos años acá, y la experiencia me ha demostrado que en este mi palaciote vetusto lo paso mejor que en ninguna parte, sino porque veraneando en la Corte entreveo más probabilidades de quedarme sola, heme resistido este año a la temporadita de Balsaín. Felipe, por no darme el gusto de la soledad, apechuga con el calor. Aquí nos tienes haciendo vida monástica, sin salir al Prado ni una sola vez. Nuestros jardines nos dan por la noche esparcimiento y frescura. Un reducido contingente de amigos, que no llegan a media docena, nos acompaña en nuestros recreos nocturnos; comemos al aire libre, a la graciosa luz de farolillos de papel colgados de los árboles; charlamos hasta muy alta la noche en lugares placenteros, defendidos del sol durante el día; las ranas de los estanques nos dan música, que a mí me encanta... En fin, no es tan des-

preciable el verano en estas condiciones, ¿verdad? Yo lo defiendo y Felipe lo ataca; me acusa de extravagancia, de mal gusto. Yo me obstino en no salir, esperando que él se canse y huya del calor; él reniega y persiste en estar a mi lado. La disparidad de voluntades nos junta con una cadena de presidio.

La opinión expresada por Cortina de que la cirugía no es eficaz en las altas temperaturas me hace cambiar bruscamente de gustos veraniegos, y propongo a Felipe que nos vayamos a Balsaín. Me descuidé en la forma del cambiazo, haciéndolo con sospechosa precipitación, y el resultado ha sido contraproducente. Ahora Felipe no quiere salir: pretexta ocupaciones, temor al reuma en las humedades serranas. ¡Qué torpeza la mía! ¡No haber visto la necesidad de las gradaciones para mudar de gustos en cuestiones de residencia estival! Bien dicen que el mejor escribano... Es que el largo uso de mis facultades diplomáticas y esta crisis que ahora se plantea me han trastornado. Me vuelvo chicuela sin juicio, una pobre aprendiza de arte social... La suma experiencia y el cansancio me tornan inexperta y descuidada. Afortunadamente, mi director me manifiesta, *sotto voce,* que podremos conservar la misma escena. La mutación no es necesaria. Viene en mi ayuda una tormenta que refresca la atmósfera, y nuevamente me declaro entusiasta del clima de Madrid en la canícula. Felipe reniega y medita: habla poco.

Miércoles.

La proximidad del día, digamos momento, designado para el tremendo paso quirúrgico me causa un terror indecible. Mi pánico es tal que se me ocurre huir a la calladita. Cortina me recomienda la serenidad, desaprobando toda idea de fuga. Debo permanecer en casa, confinándome en mis habitaciones, mientras él, armado de fieros instrumentos de disección, se encierra con Felipe. Debo disponer mi alma para el sacrificio y la penitencia, realizando un acto religioso en mi capilla. Confesaré, comulgaré... Después mi estado nervioso me impondrá un reposo absoluto; el médico me prescribirá la permanencia en el lecho, apartada de todo lo que pudiera ser causa de viva emoción. Se me dejará en aislamiento riguroso, sin más compañía que la de mi doncella, y esto durará uno, dos, tres días, lo que fuere menester...

Amiga de mi alma, ya me duelen las heridas que don Manuel, actuando de cirujano, ha de hacer a Felipe. Creo que a los dos nos descuartizará juntamente. No puedo más hoy. Desfallezco y parece que me acabo.

Jueves.

El letrado ha decidido un nuevo aplazamiento, dándome para ello razones cuya sensatez reconozco. Verás: aun en el caso de que Felipe entre en razón y se preste a facilitarme la transmisión de parte de mis bienes a Fernando, ello ha de ser penoso y lento. Como he manifestado mil veces la urgencia de construir (no encuentro otra palabra) la personalidad de Fernando, sacándole de esa denigrante situación de inclusero; como todo mi afán es rodearle de dignidad, levantar su espíritu, poniéndole en posesión de los medios sociales que le corresponden, el gran jurisconsulto acude a esta necesidad por medio de un expediente ingenioso, que exige la colaboración de otra persona, y, por tanto, nueva violación del delicado secreto. No me importa. Momentos he tenido estos días de verdadero delirio, en que me ha faltado poco para revelar todo a la primera persona que entre en mi casa. La necesidad de expansión y confidencia es hoy en mí casi orgánica. Me sorprendo a ratos hablando como una cotorra, sin saber lo que digo; pero ello es algo como una lección aprendida, que me figuro ha de embelesar a los que me oyen.

No me hicieron temblar, antes bien causáronme regocijo, estas palabras del buen sevillano: «Nadie como Salamanca podría prestar a usted este servicio. Respondo de su discreción y caballerosidad. Es necesario que usted le hable. Yo prepararé el terreno poniéndole al corriente del caso fundamental... Algo te he dicho ya de este simpático granadino, uno de los hombres más admirablemente dotados para la vida social, y para obtener de ella lo que él llama «los frutos de la civilización», pues posee todas las cualidades o virtudes que inducen a la amistad, a la confianza, a las relaciones útiles. Es inteligente, sagaz, amenísimo en su lenguaje, extremado en la cortesía, sin llegar a empalagoso; tresillista de primer orden, de los que no pierden la dignidad en las peripecias des-

graciadas del juego; comensal delicioso por su gracia tanto como por su apetito de buen tono, y su mucho saber de arte culinario; hombre, en fin, que despunta gallardamente en la política, aplicándose a sus negocios con una habilidad nada común. Su buena figura es la mejor ayuda de su talento en estas campañas. Salamanca será una gran personalidad del siglo, salga por donde saliere, ya se aplique a sumar voluntades, ya a multiplicar dinero.

¿Creerás que cuando vino a verme, instruído y aleccionado ya por nuestro buen amigo, le recibí con serenidad, sin que me turbara la idea de considerarle poseedor de mi secreto? Sus primeras expresiones, delicadas y de cierta ternura, me dieron más ánimos. Me sentí valerosa, y abordando el asunto, le dije: «La bondad de Cortina me libra del trance duro de contarle a usted historias viejas que no sé hasta qué punto podrían interesarle. Hoy necesito del auxilio de usted. Es la satisfacción de un deseo, de un capricho..., no debo entrar en más explicaciones. Amigo Salamanca, es preciso, indispensable, que usted me proporcione una cantidad... No se asuste...» Respondióme con gracejo que no se asustaba de que una dama le mandase buscar dinero. Para complacerme, lo sacaría de las entrañas de la tierra. Cambiados conceptos ingeniosos por una y otra parte, expresé la cuantía de mi necesidad metálica con frase cortante y seca: «Va usted a traerme, amigo Salamanca, cincuenta mil duros.» Vi que su sonrisa se trocó en severo asombro. La cifra le asustaba, y me la devolvió descompuesta en reales. «¡Un millón, señora!...» «Un millón—repetí yo muy tranquila—. ¿Cree usted que no puedo yo responder, con mis bienes, de esa cantidad?». «No se trata de eso. La garantía es más que sobrada, lo sé... En fin, yo estudiaré la forma de realizar el préstamo que desea, el cual, según me ha dicho Cortina, tiene por objeto constituir por medio de tercera persona una renta en favor de... La cosa es clara. No sé si podré obtener los cincuenta mil duros tan pronto como usted desea. Si yo los tuviese, ahora mismo lo arreglábamos.» Añadí que, si la diligencia no era fácil para él, me lo dijese francamente, y yo buscaría otro amigo que de ella se encargara, con lo que di tan fuerte pinchazo a su amor propio, que el hombre rebotó, diciéndome que se creería indigno de mi amistad si no me dejaba servida y satisfecha en el improrrogable plazo de tres días. Así terminó nuestra conferencia. Confío ciegamente en la eficacia de este hombre tan activo, inteligente y bondadoso, y ya puedo anunciarte que antes de que termine la semana quedará instituído en cabeza de Fernando el capital inmueble que le proporcionará una renta decorosa, sin perjuicio de mayor propiedad y beneficios. Con lo que disfrutará pronto, no dudo que ha de reconocerse con personalidad bastante para pretender sin desdoro la mano de la niña de Castro-Amézaga.

Y ahora, mi amada compañera, esperemos el giro de la gran crisis, la revelación magna y decisiva, que es para mí como llegar a la cumbre de mi destino. ¿Qué habrá del lado de allá de este monte inmenso, por cuyas asperezas subo ya fatigada y sin respiración? Veré un valle risueño o un negro y espantable abismo? Ya poco me falta para dominar la cúspide. No sé qué me pasa. Este peñón áspero es Felipe. Detrás de él está la paz, el sosiego, la vida. ¿Llegaré?

Pilar

XXX

DE LA MISMA A LA MISMA

Madrid, septiembre.

Amada mía: Estoy en la noche que precede al día crítico. Te daré cuenta del romanticismo que se apodera de mí como una enfermedad del cuerpo y del alma, con fiebre y terrores, en los cuales no puedo menos de ver algo de belleza, a ratos una belleza extremada, sin que ello me cause vanagloria, por no ser mi dolencia muy original que digamos. Los sentimientos y visiones que me turban paréceme que no son míos; no han nacido en mi ser; son algo que he leído; son el arte ajeno, que se convierte en ansiedades propias, en dramáticos lances. La ignorancia, ¡ay!, es una bendición: el saber, un suplicio. Me creo espejo de la vida artística, y sus imágenes en mí se vuelven reales. Vas a creer que estoy loca. Más lo creerás cuando te cuente que esta noche he tenido por real y efectiva la escena que voy a referirte. No sé a qué hora, Valvanera de mi corazón, mas

era sin duda la hora del miedo, Felipe me mandó llamar. El pobre Pantoja, nuestro anciano mayordomo, me trajo el recado con una solemnidad teatral, inclinando su venerable cabeza calva al manifestarme el deseo del señor duque. Allá me fuí, de sala en sala, arrastrando por los pavimentos esterados de fino junco la cola de mi vestido, sin que entonces ni después supiese yo la causa de aquella prolongación de mi ropa, ni entendiese lo que me decía el extraño ruido que tras de mí iba dejando al andar. Pasé por oscuras estancias, por estancias iluminadas. En algunas conocía mis cuadros y tapices; en otras vi objetos y adornos que no eran de mi casa. Llegué por fin a la sala de armas, donde encontré a Felipe y a Fernando platicando de cosas de guerra, armas y ciencia militar, y si no me causó sorpresa verles juntos, tampoco me asombró que mi esposo y mi hijo hablasen de asaltos, de castillos, de combates encarnizados, con espadas, lanzas y mosquetes. Todo me parecía natural, y el cariño y confianza que uno y otro se mostraban éranme tan gratos, que permanecía silenciosa y embelesada el tiempo que tardaron en advertir mi presencia. Por fin, el señor duque me presentó a Fernando, y éste y yo nos saludamos con pausadas inclinaciones de cabeza, sin decirnos una palabra. Sin duda no era conveniente que aparentáramos conocernos de muy antiguo, desde que él vino al mundo y yo inauguré la era de mis desgracias. El duque me dijo que Fernando era un famoso capitán que entraba a su servicio, y que por tal servidor valiente de nuestra causa le reconociese yo. Manifesté mi benevolencia con una sonrisa, ignorando todavía qué causa era aquella en que nos había salido tan esforzado paladín. A una señal del duque, trajo Pantoja ánforas de plata y copas de oro. Debíamos beber los tres a la salud de la familia y de su nuevo defensor. Mandóme el duque que escanciara yo el vino; llené las tres copas; a la mitad de esta operación me temblaba la mano; miré a Felipe, cuya cara parecía de cartón; miré a Fernando, que aguardaba con grave compostura. Mi marido cogió una de las copas, y al dármela para que yo lo ofreciese a Fernando, lancé un grito... Esto que te cuento, Valvanera mía, me pasó estando despierta, te lo aseguro...; lo vi como estoy viendo ahora el papel en que te escribo... No sé lo que pasó después de aquel instante en que rompí a chillar... ¿Bebió Fernando? Creo que no... Felipe se me apareció entonces con armadura, en una facha altamente caballeresca, que nada se parecía a su común vestir y actitud usual. Su talla crecía, su ademán era noble y fiero. Yo di vueltas y me pisé la cola, enredándome en ella... Te aseguro que todo esto acaeció hallándome sentada en la misma silla en que estoy ahora. Entendiendo que mi mente exigía disciplina, cogí la *Imitación de Cristo*, y su lectura me produjo gran consuelo. No tardé en reírme de aquel delirio, y preparéme para los actos religiosos con que debo inaugurar, dentro de algunas horas, el día de la tremenda prueba. No ceso de pensar en don Manuel, y de figurarme la expresiones que emplear debe para la exposición de mi deshonra ante Felipe... ¿Permitirá Dios que al fin salga yo de este infierno? Tremenda es la boca de salida, y el dragón que la guarda quiere devorarme; pero le arrojo mi reputación, mi dignidad si es menester, y mientras su glotonería se satisface, me escapo, agarradita a la mano del gran Cortina.

Al fin siento algo de sueño, más bien atonía cerebral. Me acostaré, figurándome que voy a dormir; mas con mi engaño no engañaré las horas. Hasta mañana.

Martes.

Pásmate: he dormido; he despertado con la impresión de un sueño muy bonito. Fernando y yo visitábamos la Alhambra, paseándonos solos por sus patios y estancias, agarraditos del brazo... Serían las ocho cuando comulgué en mi capilla, después de confesarme. Gran consuelo han sido para mí los actos de religión, y a ellos debo la serenidad con que aguardo mi sentencia. Humillándome ante Dios y sometiéndome a su soberana voluntad, he fortalecido mi alma, he serenado mi conciencia. Y pues mis faltas no pueden desaparecer del tiempo, venga la nueva, la real situación que la propia falta impone. ¿Qué ganamos con vivir en el engaño social, desempeñando mentidos papeles, decorándonos con una opinión ficticia, y haciendo creer que somos lo que no somos? Cada uno es lo que es: bueno o malo, tuerto o derecho, cada ser represente su propio carácter.

Apartémonos de la comparsa social, renunciemos a la fastidiosa obligación de marchar a compás, haciendo figuras más o menos airosas. Lo que cada uno es ante Dios, séalo ante los hombres. Impere la verdad, siempre superior a los embustes mejor compuestos y con más arte pintorreados. Arrojemos las pelucas, los postizos, los afeites, las ballenas que oprimen, los mil artificios que son deformación y tormento de nuestro ser. Dios abomina de los cosméticos, de las máscaras y de toda farsa. Nos quiere sinceros, puros, con nuestra conciencia bien diáfana, manifiestos nuestros delitos si los tenemos, así como nuestras virtudes, que algunas hay siempre. Así he de ser yo, y el valor que ahora siento no ha de faltarme. Me encierro en mis habitaciones, conforme a la voluntad de Cortina. El calor es hoy extremado, arde la atmósfera, y el cielo parece que está preparando rayos y centellas, quizá un pedrisco asolador. Oigo truenos lejanos.

A prima noche.

Esta tarde, mientras estallaba una de las tempestades de verano más ruidosas e imponentes que he visto en mi vida, he sentido un pánico horroroso. La idea de que entrase Felipe en mi cuarto a recriminarme, pronunciando el trueno gordo, me ha causado un sobresalto indecible. La tempestad casera que he temido y temo me asustaba más que la que rodar sentía por los espacios, con sus nubes negras preñadas de electricidad. A las cinco, próximamente, mi susto era tan vivo, que determiné huir. Vestíme en un instante; mi doncella recogió alguna ropa en una maletita. Concertamos que ella traería un buen coche de alquiler, situándolo en la Ronda, y que nos escaparíamos lindamente por la puerta del jardín sin que nadie nos viese. Luego me pareció algo ridícula esta manera de ausentarme y determiné salir rápidamente por la escalera y puertas principales sin decir nada. Fuera de mi cuarto ya, retrocedí, acordándome de que había prometido a don Manuel no tomar resolución alguna sin su dictamen, y he vuelto a mi encierro, donde estoy como en capilla. Heme acogido al Kempis, que por dondequiera que se abra nos muestra un admirable pensamiento de pasmosa concordancia con lo que sentimos o padecemos. He leído: «Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los demás, y sin dificultad satisface a los que le odian.»

A medianoche.

A las nueve y media, cuando yo acababa de mal comer en mi habitación, entró Cortina. Antes que me hablase conocí en su rostro grave que el paso había sido tremendo, y que el servicio que me ha prestado merece eterna gratitud. Llorando quise besarle las manos, lo que él no permitió. La revelación, según me dijo, lenta, dificultosa, impresionó a Felipe de un modo tal, que nuestro amigo llegó a temer un acceso de locura. Vino después un abatimiento hondísimo, postración de todas las energías físicas y espirituales, y el hombre se reconcentraba en su dolor con cristiana paciencia. Había cogido el Kempis y leía: «El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque descansa en Dios, no en el mundo.»

Habíase encerrado en su aposento con rigurosa consigna, como yo. Cortina le acompañaría hasta medianoche, procurando conservar en su ánimo la serenidad y prepararle para los actos razonables. Lo que no tiene remedio debe afrontarse con valor y espíritu de concordia. Terminó diciéndome que continuase yo prisionera de mí misma, alejando de mí todo temor de escenas ruidosas y de manifestaciones imponentes. Sus últimas palabras me hirieron en el corazón: «Felipe la ama a usted con locura... Esta es la verdad..., quizá sea forzoso reconocer que nó ha sabido amarla, porque el amor, dígase lo que se quiera, no sólo es un sentimiento, sino también un arte. Adiós, amiga mía. Ya estamos del otro lado.»

Miércoles por la mañana.

No ceso de repetir la última frase de mi salvador: «Ya estamos de la otra parte.» Me parece mentira. Ya Fernando es mío, y yo soy suya. Ya podré vivir para él a cara descubierta. ¡Cuánto me ha costado llegar a esto! Pero al fin he llegado, estoy en mi terreno, donde pisaremos él y yo libremente. Dale, dale la feliz noticia, con las discreciones y atenuantes que tu buen juicio te sugiera. Que participe de mis esperanzas. En medio de mi triunfo, que triunfo es, estoy triste, no se aparta de mi mente la ima-

gen de Felipe, abrumado de dolor por mi causa. ¡Cuántos años de mentira y disimulo! Y ¡cómo pesarán sobre él!... Si queriéndole yo nos aliviáramos ambos de este horrible peso, mi corazón se halla dispuesto al amor de todos, a la concordia, a la reconciliación. No sé si esto será posible, dado su orgullo, su dignidad puntillosa, llena de asperezas... Pero por mí no quede. Quiero amar a todos, y que todos me amen, merézcalo o no. Abro el Kempis y leo: «Espera un poquito y verás cuán presto se pasan los males.»

Por la tarde.

El silencio y la quietud reinan en mi casa. Parece esto un panteón, y a mi sepulcro no llega ningún rumor. ¿Qué pasará en el de Felipe? A ratos me entran vivos deseos de correr de mi cripta a la suya y decirle... No, no me atrevo. Espero que el muerto de allá me visite. Lo deseo y lo temo. Me inquieta que hoy no haya venido Cortina: mas por mi doncella sé que pasó toda la mañana en las habitaciones de Felipe.

Ha roto esta monotonía un billetito de Salamanca, diciéndome en estilo de negocios: «Hecho. Mañana otorgaremos la escritura. Espero instrucciones.» Le contesto que se entienda con Cortina. Ya ves: vamos bien. El programa se cumple, y mis deseos se van condensando en la realidad. Pronto será Fernando poseedor de un millón de reales; ya no podrán decirle que se ignora de quién recibe el dinero que gasta. Afirmar puede ya que es rico porque lo es su madre, y su madre soy yo, que aún tengo otros millones guardados para él. Ya no es humillante su actitud ante la incomparable niña de Castro-Amézaga. Con valer ella tanto, mi hijo no desmerece, y aun sostengo que vale más, por su gran cultura, por su talento y finísima educación. Dile a Juana Teresa, si la escribes, que se vaya a paseo, que busque la marquesa de Sariñán entre los Almontes de Tarazona, enriquecidos por la usura, o entre los Sopuertas de Alagón, que a fines del siglo pasado fabricaban albardas, y ahora las llevan ellos, rellenas de vales reales. La niña de Castro es para mí, para nosotros, y en todo caso, les cedo la pequeña, siempre que no repugne unir sus floridos años a la seca y utilitaria juventud del mayorazgo de Idiáquez.

Rabio de ganas de escribir a Fernando directamente, diciéndole todo lo que se me ocurra y firmando con mi nombre entero, según la usanza y fuero de mi mayorazgo, que me manda poner en primer término el apellido materno. Recibid el corazón y el alma de

Pilar de Loaysa

XXXI

DE VALVANERA A PILAR

Villarcayo, agosto.

Amada mía: La ansiedad que revelas en tu carta se me comunica, y no vivo hasta saber el término y solución de la gran crisis de tu destino. Bendigo a esos buenos señores, amigos fieles, Cortina y Salamanca, que te ayudan en tu magna empresa. Inspíreles Dios, y a ti te dé fortaleza y serenidad. No ceso de pedirte que encierres con cien llaves tu romanticismo, todo ese imaginar insano que debes a las lecturas continuas, al hábito de vivir dentro del misterio, a esa fatalidad de tener drama oculto, vida de novela por dentro. ¿Me explico? Aguardo impaciente la carta en que me digas el resultado de lo que llamas operación quirúrgica. Encomiéndate a Dios, que no dejará de mostrársete benigno, viendo atenuada tu enorme falta por el sentimiento purísimo que es consecuencia de ella. El pecado y la virtud, ¡qué cosa más rara!, se ven enlazados en la vida humana, y donde menos lo piensas encuentras un eslabón de oro entre los de hierro de tu cadena. Te reirás de las figuras que se me ocurren. Algo se me pega de tu florido ingenio.

Delicadísima es tu situación frente a Felipe, y todo el tacto que empleares para sortearla me parecerá poco. Considera, Pilar, que las espinas de su carácter están en la superficie; su corazón es bueno. Desgracia grande ha sido que no supiera conquistar el tuyo, aun después del tropiezo. Ya es tarde para la concordia Si el cariño no puede existir, sálvense la estimación y el mutuo respeto. Te digo todo lo que se me ocurre, sin reparar en que mis exhortaciones lleguen tarde. Pongámonos en manos de Dios, que ha de resolver este magno problema. El decidirá de tu vida futura, poniendo fin

a tus sufrimientos o dándote otros en vez de los actuales. Si así fuere, acéptalos con resignación, recordando estas dulces palabras del Kempis: «Tanto se acerca el hombre a Dios, cuanto se desvía de todo consuelo terreno. Y tanto más alto sube hacia Dios, cuanto más bajo desciende en sí y se tiene por más vil.»

Quiero endulzar tus penas contándote cosas de acá, placenteras: teníamos a Fernando alicaído y triste; hoy está muy gozoso con la visita de su amigo don Pedro, que se nos entró por las puertas ayer tarde, sin previo aviso. Figúrate la alegría del pobre Telémaco. En el tiempo que aquí lleva, nunca le he visto tan animado, tan expansivo y bien dispuesto. Juan Antonio y yo hemos recibido en palmitas al señor de Hillo y le agasajamos todo lo que se merece. En cuanto habla, se manifiesta el cariño que tiene a Fernando y el afán de verle dichoso. Lástima que sólo esté en nuestra compañía hasta mañana, pues tiene que partir para Vitoria, con no sé qué graves comisiones de su ministerio castrense. Creo que Fernando le acompañaría de buena gana; pero no nos resolvemos a concederle autorización para este viaje. Tanto él como nosotros nos hacemos cargo de que en estas difíciles circunstancias, y en la expectativa de la gran crisis tuya, no debe alejarse. Podrá ser necesaria en un momento dado su presencia aquí, tal vez en Madrid. Dice don Pedro que volverá, y esto me alegra, porque su compañía, su afecto y su festivo temple son el mejor antídoto de las melancolías de nuestro amado caballero.

Y allá van otras noticias, que, aunque parezcan extrañas a nuestro asunto, quizá tengan con éste indirecta relación. He recibido carta de mi padre, desde Albarracín, donde se halla muy obsequiado por los figurones de la facción. ¡Qué hombre, qué carácter flexible y ameno! No hay quien le iguale en el don de ganar amigos y de hacerse simpático a todo el mundo. Me dice que su salud es excelente; que tras las penalidades sufridas con cristiana conformidad, ha recobrado su vigor, el apetito de sus mejores tiempos, la fácil labia y el prurito social. No hay otro don Beltrán de Urdaneta. Es el prodigio de la Naturaleza y la unión del siglo pasado con el presente. Me dice que quieren agregarle a la expedición de don Carlos, el cual parece no ha de parar hasta Madrid. En la presunción de que mi padre recale por la Villa y Corte, y que vaya a parar a tu casa, como otras veces, he pensado que no debes vacilar en informarle del asunto, ganando su voluntad antes que los Idiáquez. Creo que teniéndole preparado y conquistándole hábilmente, como tú sabrás hacerlo, le tendremos a nuestra absoluta devoción en el delicado negocio de La Guardia. ¿Estás enterada?

Ayer hemos expedido un propio para llevarle nuestra carta y el dinero que nos pide, necesario para que pueda incorporarse decorosamente a esa ambulante corte del llamado rey, que quizá lo sea pronto de verdad, por convenio entre las dos ramas borbónicas. Le hablo de Fernando, a quien profesa paternal cariño, diciéndole que le albergo en mi casa desde principios de año, y añado algunas explicaciones de los motivos de este hospedaje, que entiendo han de ser para él una revelación. Le encargo que si a Madrid va, hable contigo de mi huésped, y con esto me parece que ayudo bastante a su penetración y agudeza. Estoy bien segura de que a un hombre como mi don Beltrán, de tanto conocimiento en cosas y aventuras pasadas, le bastarán las medias palabritas que le escribo para posesionarle de tu secreto. Cualquiera que sea el resultado de esta crisis, creo que el saberlo mi padre no puede ocasionarte ningún perjuicio, y sí ventajas grandes. Agasájale, sé sincera y cariñosa con él, y tendrás un excelente apoyo, un leal consejero y auxiliar.

Y punto final por hoy. Te anuncio el milagro de que mis cinco hijos están buenos, sin ninguna molestia ni alifafe. Dios me les guarde así mucho tiempo. Fernando se ocupa en reanudar los ensayos del *Sí*. En buen hora sea. Adiós, querida: que tu carta próxima me traiga felices nuevas, el término de tus afanes, el alivio de tu conciencia, y vea yo sobre tu cabeza la bendición divina y la piedad humana. Concluyo recomendándote que mires a Felipe con respeto y cariño. El amarle será para ti un inmenso consuelo. No te canso más. Tuya siempre

Valvanera.

XXXII

DE PILAR A VALVANERA

Septiembre.

Amiga de mi alma: Pensaba escribirte hoy cosas gratas, y mi destino dispone que no lo sean. Sobre mí pesa, sin duda, una maldición. No creo en maldiciones: creo en castigos, y el mío es grande, más doloroso y largo de lo que a mi parecer me corresponde, sin duda, por la magnitud de mis faltas. En los dos días que han pasado desde el memorable de la espantosa revelación, mi alma se consume en una ansiedad monótona y sin accidentes. Felipe no sale de su cuarto. La noticia de que está enfermo, a mis oídos llegada por referencias de servidores más o menos discretos, me causó ayer inquietud, hay pena indecible.

He llamado a Pantoja, el cual me asegura que el señor duque no padece más que una indisposición nerviosa. En distintos aposentos de una misma casa, mi marido y yo vivimos tan distantes como si fuéramos antípodas uno de otro. Esto es horrible, y de una tristeza que anonada. Hoy, por dos veces, no pudiendo refrenar mi ardiente afán de hablar con él, he salido de mi habitación con ánimo de entrar resueltamente en la suya. A la mitad del camino heme vuelto para mi hemisferio, temblando de pavor. Llegué a mi alcoba rendida y sin aliento, como quien ha corrido largo trecho por senderos pedregosos. Anoche pasé horas de terrible miedo, creyendo que a mi cuarto venía: sentía sus pasos, era él... Componía yo mi rostro, preparaba las frases compungidas que debía dirigirle al entrar... Pero no era, no: mi espíritu, no sé si deseándole o temiéndole, fingía la proximidad de su persona, sus pasos, su acento, su cara... Hoy puedo decirte que sin dejar de temerle, deseo ardientemente que venga y me diga lo que, según la gravedad del caso, debe decirme. Su silencio me duele tanto como mi culpa. Imagino en él padecimientos crueles, que agravan los míos. Por primera vez en mi vida, creo que siento con él, que su corazón y el mío laten a la par.

No puedo seguir. De estas cosas no hables nada a Fernando. Que sepa cuanto a mí se refiere; pero esto no, aunque seguramente lo comprendería. Dile tan sólo que le amo mucho, y que Dios quiere, sin duda, que mi amor arda en nuevos crisoles para purificarse. Tarda en llegar el bien; aún está lejos la paz dulce y hermosa... No le hables de esto, no; que podría descorazonarse, como yo, y caer en hondísima tristeza. Basta con que sepa que vivo y viviré para él.

Viernes por la noche.

Otros dos días han pasado, querida mía, en la misma lúgubre calma, sin que Felipe me vea, sin que pronuncie una palabra delante de mí. Ni me habla, ni me mira, ni me injuria, ni me mata, ni me perdona. Esto es horrible. El buen letrado me ha dicho que espere. Hoy no vino a verme, y su ausencia pone el remate a mi tribulación. Mañana rompo esta cárcel de silencio y soledad en que estoy metida: necesito una palabra de mi esposo, cualquiera que sea; necesito mi libertad, cueste lo que costare.

Dícenme que Felipe no está en cama; que no recibe ninguna visita, ni aun la del médico: que pasa los días sentado en un sillón o paseándose en su cuarto; que no prueba la comida; que escribe cartas larguísimas y las rompe... No sé qué daría yo por saber si pregunta por mí. Recados suyos a mi calabozo no llegan. Yo repito los míos, esperando respuestas que no vienen, que no quieren venir por más que las llamo. Lo único que me dice Pantoja es que el señor asegura que no está enfermo, que apetece la soledad, que despide a sus servidores con expresiones de bondad flemática. Me asombra saber que no riñe, que no se impacienta por cualquier motivo baladí, que no alza la voz para dar sus órdenes; esto me inquieta más, porque un cambio tan radical en su carácter indica trastorno profundo. La magnitud de la impresión, la sorpresa y dolor han desquiciado su naturaleza, revolviéndola y agitándola desde lo más hondo a lo más superficial. Lo peor será que tras esta crisis venga una enfermedad grave, la muerte quizá. ¡Y ello sería por mi culpa! Amada mía, no le digas esto a Fernando: confidencias tan delicadas, tan íntimas, son exclusivamente para ti. Sólo las mujeres entendemos esto.

Sábado.

Llega Cortina y me dice que la situación moral de Felipe es la misma; que debemos esperar a que la benéfica acción del tiempo le restituya a su ser normal. Me recomienda, dando a entender que obra por inspiración propia, pasar unos días en la quinta de mi tía Consolación, en Carabanchel. Al pronto acepto con regocijo la idea, que abre un paréntesis en mi ansiedad y me saca de esta atmósfera de panteón o presidio; pero luego me nacen en el alma energías de protesta contra tal viaje, que se me figura una forma delicada de expulsión. Cierto que mi salud exige descanso, cambio de aires, y en ello insiste don Manuel, añadiendo que intentará convencer al duque de la conveniencia de buscar distracción y recreo en el campo. Es probable que pase un par de semanas en la Encomienda, y al mismo tiempo debo yo permanecer junto a mi tía. Accedo a todo: me invade la obediencia, sobreponiéndose a todas las fuerzas de mi espíritu. Me siento máquina...

Dentro de una hora saldré para Carabanchel, donde espero recobrar mis facultades dispersas. Aguardad un día, dos, y recibiréis la verdadera expresión personal de vuestra amantísima

Pilar.

XXXIII

DE LA MISMA A LA MISMA

Carabanchel, septiembre.

Aquí respiro, amada mía; todas mis penas conmigo me las traigo; pero las atenúa, las suaviza la libertad, el alejamiento de mi martirio. La tía Consolación es un calmante enérgico de mi estado espasmódico, por su bendita indiferencia de todos los asuntos que no sean sus devociones y la paz de su casa, por carecer en absoluto del defecto esencialmente femenino, la malditísima curiosidad. No he visto pasta de ángel como la suya. Si ello es un profundo egoísmo, celebremos la razón de la sinrazón que en determinadas circunstancias reviste los vicios de las apariencias de excelsas virtudes, ofreciéndonos los provechos de éstos. A mi tía Consolación no le importa nada de nada: vive siempre en, por y alrededor de sí misma, contenta del medio social, como los pececitos que se hallan bien en su redoma de agua limpia; hablando mucho de las excelencias de la otra vida, y procurando por todos los medios permanecer en ésta el mayor tiempo posible; rodeada de curas y de médicos, a quienes oye y atiende como a sibilas de la salud espiritual y física; disfrutando de sus riquezas con parsimonia y régimen intachables; practicando la caridad con medida; exacta en todo, fría en sus afectos, cuidadosa de sus pelucas y de sus huéspedes...

A propósito de huéspedes: ¿a quién creerás que me encuentro aquí? A nuestro don Juan Nicasio Gallego, que veranea en la quinta inmediata de Montecastro. Compite en corpulencia con mi tía Consolación, y la supera indudablemente en ingenio y en ese desahogo frailuno que nos hace tanta gracia. Su conversación me ha distraído un tanto de mis amarguras: ya me notarás semejante a mí misma, aunque todavía no puedo reconocerme *todo lo yo* que ordinariamente soy. Paso ratos agradables sentadita en el jardín en compañía de don Juan Nicasio, que se ha dignado recitarme, con la entonación y compás clásicos, su oda a *La influencia del entusiasmo en las bellas artes*, que yo no recordaba. Se muestra lastimado de que le excluyeran de la dirección de Estudios, después de haber hecho el plan de enseñanza general. La jubilación le duele como un castigo injurioso, y habla pestes del régimen traído por la *sargentada* y de la nueva Constitución, que, según él, dará opimos frutos dentro de *quinientos años*... Si tuviera mi espíritu sereno, a Fernando escribiría yo de mil cosillas referentes a gente de pluma, pues también andan por aquí Bretón y Gil y Zárate; Ventura de la Vega viene algunas tardes a la quinta de Vistabella. Todos me visitan, y aunque procuro huir de la sociedad, no puedo eximirme. Me acosan, me asaltan, y he de oírles, por lo menos.

Diariamente recibo noticias de Felipe, que no ha ido a la Encomienda: continúa en nuestro palacio de Madrid, sin alteración en su tristeza y aislamiento. Las noticias de hoy me hacen recaer en el abismo de mis penas, y esta tarde no he querido recibir a nadie, ni al mismo Gallego, que vino acompañado de Eulalia Montecastro y de Pilar Selva Fría.

La tía Consolación les dió chocolate de Astorga, y don Juan Nicasio contó chascarrillos de confesiones de baturros. Desde mi cuarto, en el piso principal, oía la voz gruesa del clérigo y las francas risas de su auditorio.

Hoy domingo.

Llegó don José Moya, el socio del librero Boiz, y he hallado un consuelito a mi pena tratando con él de un envío de libros que pienso hacer a Fernando. No puedes figurarte cuánto he gozado viendo el catálogo de obras francesas, enterándome de los precios y oyendo apreciaciones, no muy autorizadas, sobre el mérito literario de estos o los otros autores. Eligiendo y desechando libros he pasado un buen rato, figurándome que Fernando estaba presente y que aprobaba mi escrutinio, enteramente acorde con mi gusto. La caja contendrá la nueva edición del *Ossian*, con grabados magníficos, y la última *Vida de Napoleón*, también con láminas muy hermosas. Por cierto que hay entre éstas una de la cual no quiero hablar ahora; pero ya te diré algo en ocasión oportuna. Es muy triste, Valvanera mía... A su tiempo hablaremos... También le mando la traducción francesa del *Don Juan* y del *Giaur*, de Byron, y la *Corina*, de la señora Staël. De latinos recibirá bastante historia: Tito Livio y Suetonio, que son muy buenos, y no lo afirmo porque yo los haya leído; de españoles van Solís y Masdéu, acompañados de Quintana. Las *Vidas* me gustan, aunque son un poquito pesadas; pero no hay que hacer caso de mi juicio. Y para colmar la caja, he añadido todo el romanticismo que encuentro en los catálogos: dramas de acá y de allá, algunos que, sin leerlos, estimo de baja literatura, por un cierto tufillo que se desprende de sus cubiertas; otros medianos, friotes, con rimbombancia de frase y pobreza de ideas... Pero, en fin, allá va todo. Son juguetes que pronto estarán rotos en manos del niño. Este señor Moya me promete enviar la caja mañana mismo por un ordinario de confianza. ¡Si pudiera meterme en ella, como un mal drama, qué feliz sería yo! Mi felicidad me consolaría de la pena de ser drama malo.

Martes.

Ayer me trajo Salamanca, que vino acompañado de un escribano y su acólito, un rimero de papeles que firmé. Esto y una carta de Cortina me aseguran que es un hecho la situación provisional de Fernando. Ya no puede decir nadie que sólo tiene de caballero la figura, la ilustración y los modales. Cuéntame qué impresión le causa esto, y si es grata, como supongo, me consolaré de no haberlo hecho antes. Pienso yo que las riquezas deben ser siempre para la juventud, bajo la tutela y dirección de los viejos. Lo que Fernando disfrute con la discreción y buena medida propias de su honrado carácter, será mi gloria, mi orgullo. Que tú y Maltrana le habléis de esto, demostrándole que le pertenece lo que hoy está en mis manos. Soy su arca, su hucha; no tiene que agradecerme nada, y yo mucho a él por poner en mí su confianza. Que me le aleccionéis bien, queridos Valvanera y Juan Antonio. Adiós por hoy.

Viernes.

En los dos días que he pasado sin escribirte me han ocurrido cosas que no puedo contarte sin emoción muy viva. Aún me dura el grandísimo dolor que he sentido ayer; encontrarás mi carta como anegada en un mar de amarguras, turbio el estilo y sin ninguna gracia. Buscaré compensación en la claridad y el fiel traslado de los hechos, huyendo de las impresiones de romanticismo que, a pesar mío, me asaltan el magín. Con un esfuerzo supremo de mi voluntad las echo de mí, presentándote en forma descarnada lo que he visto y lo que he padecido al verlo... Pues desde el miércoles sentía yo una viva comezón de volverme a Madrid, de entrar en mi casa y adquirir por mí misma noción clara de lo que allí ocurre. Sospechando que me ocultan algo, que no es posible la continuidad de la monotonía fúnebre que dejé allí, ayer preparé con mi doncella una escapadita, que realizamos felizmente. No tuve dificultad para entrar en casa, no diré en secreto, porque esto era dificilísimo, pero sí precavida contra las indiscreciones de los criados que me vieron. No me dirigí a mi habitación, pues para esto habría tenido que atravesar los sitios de *más peligro;* metíme en aquel cuarto oscuro, ¿sabes?, entre el billar y la sala de armas, y allí permanecimos Rafaela y yo muy agazapaditas, acechando una ocasión de aproximarme al encierro de Felipe, que es el gabinete de la esquina,

entre su alcoba y el salón rojo. Caía la tarde. Pasó tiempo, y sobre la casa vino la oscuridad, entristeciendo todo y poniéndome a mí más triste que las mismas tinieblas. Ya era noche cerrada cuando el duque mandó que le llevasen luz. De puntillas acerquéme a la puerta de la habitación, que había quedado entornada al salir Mariano, después de preguntar éste a su señor (así me lo figuré) si deseaba comer. Creí entender, adiviné más bien, que la respuesta había sido negativa, y lo confirmó el que pasara mucho tiempo sin que Mariano volviese con el servicio.... Nadie me vió, ni yo pude tampoco ver a Felipe, sentado sin duda en el diván que hay en el mismo testero de la puerta. Esperaba yo que pasease o que cambiara de asiento, poniéndose en el sillón de enfrente, debajo de la gran panoplia colgada entre el Ribera y el Juan de Juanes. No puedo decirte cuánto tiempo estuve en acecho sin oír ruido alguno. «¡Si yo me atreviera a entrar bruscamente!», pensé, fatigada del largo plantón... Pero lo pensaba no más, hija, y la idea de hacerlo me estremecía. Cautelosa me retiraba ya, buscando las partes más oscuras del salón rojo, cuando le sentí ponerse en pie. ¡Ay, se paseaba!... ¡No, no: salía! Tuve tiempo de esconderme detrás del piano a punto que aparecía su figura en el cuadro de la puerta, iluminado por la lámpara del gabinete, y pasó, pasó muy cerca de mí, le vi perfectamente a la tenue claridad del salón. ¡Dios mío, qué impresión, qué inmensa pena! Aquel hombre no era Felipe, no era el esposo mío..., o más bien era él mismo tal como pienso yo que será dentro de veinte años. ¿Pero han pasado veinte años sin que yo lo advierta?... ¿Estaré yo en ese grado de vejez? ¿La crisis que atravieso me hace avanzar de golpe casi un cuarto de siglo? Tanta era mi confusión como mi terror por lo que veía, y no daba crédito a mis ojos. La cabeza de Felipe, que apenas blanqueaba hace quince días, es ya enteramente blanca; su cuerpo, antes arrogante y derecho, se encorva hacia la tierra; su paso es vacilante; se agarra a las sillas que encuentra próximas. A la escasa luz, el rostro demacrado, cadavérico, me causó tan viva aflicción, que a punto estuve de perder el conocimiento. ¡Dios de mi vida, qué lastimosa ruina, qué desmoronamiento fugaz! Desapareció hacia la sala de armas; le seguí apoyándome también en los muebles para no dar con mi cuerpo en tierra... Pasó por habitaciones oscuras, por habitaciones mal alumbradas. Iba hacia la mía, hacia donde yo vivo, donde duermo, donde sufro y medito y tramo mis combinaciones mentirosas. Allí está mi pensamiento, que permanece en aquel ambiente cuando yo salgo, y allá va Felipe a buscarme... No encuentra de mí más que una idea, y esto le basta. ¡Y yo tan cerca en cuerpo y alma, sin que él lo sospeche! ¡Pobre de mí! ¿Es tan grande mi culpa que merezco el suplicio de anoche? Sin ver a Felipe, porque la oscuridad me lo impedía, me lo figuraba postrado en mi sillón favorito, los codos en las rodillas, el rostro en las palmas de las manos, evocándome con su pensamiento, quizá para reñirme, para mortificarme, quizá para pronunciar palabras dulces de perdón. Hablaría con la idea de mí, reconstruyendo el pasado, nuestra larga vida matrimonial, y condoliéndose de que haya sido tan árida, tan triste... ¡Que no pudiéramos hacerla nueva, perdonándonos el uno al otro, desprendiéndose cada cual de sus asperezas!... Me faltó valor para esperarle y verle de nuevo a su regreso, que quizá sería muy tarde. ¡Sabe Dios el tiempo que durarán aquellos actos de contemplación o éxtasis! Sentí vergüenza, y la conciencia de mi inferioridad ante aquel sentimiento intensísimo me precipitó en una fuga loca. Corrí en busca de Rafaela, y nos lanzamos fuera del palacio por la escalera de servicio, metiéndonos en el coche que nos aguardaba en la calle. Por primera vez en mi vida me he tenido por idiota: tal era la fuerza de mi estupor. Se me revelaba un mundo nuevo, ¡y cuándo, Dios mío!, cuando apenas hay tiempo ya para poder apreciarlo y disfrutar de sus hermosuras. Felipe y yo hemos vivido sin duda en el seno sombrío de una fatal equivocación. ¡Tan cerca uno de otro, y no nos hemos conocido, no nos hemos visto, no sabíamos ni que existiéramos!

Al llegar a Carabanchel me arrojé en mi lecho sin querer ver a nadie, y lloré no sé cuánto tiempo lágrimas muy amargas. ¡Cuánto habría dado porque él las hubiera visto! Su figura claudicante, agobiada por el dolor, los blancos cabellos, el rostro extenuado, la respiración ansiosa, se representaban no sólo ante mi ima-

ginación, sino ante mis ojos. Toda la noche me tuvo la visión en un estado de angustia contemplativa, y aún hoy, en pleno día, no ha cesado de acosarme. ¿Será esto romanticismo? Sólo sé que es verdad. Y la verdad romántica es la revolución desencadenada en nuestras almas, el pueblo que se encrespa, los tronos que caen, la pequeñez volviéndose grandeza... No sé lo que digo. Comienzo a desvariar y suspendo mi escritura. Me tengo miedo.

Mis penas, en vez de disminuir, aumentan. Mi paz no aparece. ¿Volveré a Madrid? ¿Me arrojaré a los pies de Felipe? ¡Cuánto daría por tenerte a mi lado para que inmediatamente me respondieras a esta consulta! Yo me consulto y no sé qué aconsejarme. Estoy loca. Sólo sé sentir; pensar no puedo. Llamo a Cortina, que es mi pensamiento. No puedo más. Cariños sin fin de vuestra

Pilar.

XXXIV

DE DON BELTRÁN DE URDANETA A DON JUAN ANTONIO DE MALTRANA

Herrera de los Navarros, 26 de agosto.

Amado hijo: Gracias mil por la prontitud, en estos tiempos milagrosa, con que contestasteis a la que desde Albarracín escribí a Valvanera. Me han sido entregados por el primo de Pulpis los sacros dineros, que vienen a remediar las escaseces de este vetusto prócer, y a devolverle la perdida dignidad en presencia de los señores y príncipes en cuya compañía me encuentro. Si en todas las ocasiones la carencia del precioso metal ocasiona a los humanos infinidad de males, en ese mi crítico estado la desdicha del no tener llega a proporciones increíbles, amados hijos míos. Sois mis ángeles consoladores, sois la alegría de mi ancianidad, pues a más de haber contribuído con los tacaños de Cintruénigo, en la parte correspondiente, al alimento del viejo loco, añadís por vuestra cuenta mayor y más generoso alivio. Dios os lo pague en salud de vuestros pequeñuelos, mis nietos adorados.

No es flojo gusto el que me da la carta que incluís de Fernandito Calpena, mi simpático amigo, de quien conservo tan grata memoria. El saber que lleva luengos meses en vuestra compañía me colma de gozo, y si no he podido descifrar aún la charada en que Valvanera, para ejercitar mi caletre, me da como una explicación enigmática de las causas de ese hospedaje, tengan por cierto que en cuanto a ello me ponga la descifraré, que bien sabéis que soy un águila para los acertijos. Ya escribiré despacio a mi amiguito cuando tenga algún descanso, que ahora me falta. Decidle que no olvide mi parábola del árbol, y que no desperdicie ninguna coyuntura que para llevarla a la realidad se le presente. Decidle, y sabed vosotros también que esta situación favorable en que ahora me encuentro la debo al industrioso italiano con quien fué a Oñate, y que ahora se ha trabado conmigo en grande amistad. Nos encontramos cerca de Alcañiz, cuando yo, vencido de la pesadumbre de mis años, no menos que de las horribles hambres, fatigas y sustos que he padecido, intentaba salir de este peligroso terreno, tomando a pie las vereditas de mi tierra, y me brindó con su apoyo, y sustentóme con sus vituallas, y me fortaleció el espíritu con su donosa conversación, como el cuerpo con sus vinos; y habiéndole yo caído en gracia por mi entender social y político, como él a mí por su fino trato, intimamos y nos unimos en los alojamientos y en las caminatas, para las cuales hubo de franquearme un hermoso caballo, aunque no iguala, no, al que gané a Fernando. De esta amistad vino la del infante don Sebastián, mandarín en jefe de estas tropas reales (que así me veo forzado a llamarlas), el cual se ha dignado ver en mí no sé qué superioridad de maneras de juicio y de conocimiento que me llena de confusión. En todo el tiempo que le deja libre el militar servicio quiere tenerme a su lado. Nuestras pláticas, así literarias como políticas, no acaban nunca, y suelen ser de gran sustancia por mi experiencia del mundo y esta larga vida mía, que con la virtud de mi feliz memoria, me ha hecho histórico archivo de cosas y hombres. Conozco a medio mundo; sé juzgar lo que he visto y describir con exactas líneas los caracteres en lo privado y en lo público.

De todo ello ha resultado que el infante quiere llevarme en su Cuartel real hasta Madrid, hacia donde marchan re-

sueltamente. Parece que ahora va de veras y que están las cosas bien amasadas para que la discordia de las dos ramas tenga un término dichoso y se ataje este río de sangre que en todas las partes de la madre patria brota por las crueles heridas de la guerra. No puedo deciros más sobre este punto, sino que, habiendo recapacitado en la conveniencia de llevar a Madrid estos pobres huesos, acepto la invitación del excelso infante, y mediante el beneplácito de su señor tío, a quien a boca llena llamamos rey, me agrego a la Corte y con ella voy, como el famoso loro, *a onde me leven*, siempre con el sano propósito de desviarme si el punto de parada definitiva no es la Villa del Oso. En ésta me aguardan innúmeros amigos y algunos intereses desperdigados a los que no vendrá mal mi presencia para entrar en vereda. De Madrid, si llegan allá mis nobles pedazos, os escribiré.

En un lugar cercano, Villar de los Navarros, se dió ayer una batalla en la cual quedaron vencidos los que aquí llaman facciosos, mandados por Buerens. Perdieron mucha gente; corrió sin tasa la sangre. ¡Oh desdicha, oh tiempos! El brazo derecho y el brazo izquierdo de la nación, contra el pecho de ésta descargan a compás furibundos golpes. ¡Cuánto he visto, Dios mío, y cuántas abominaciones me permitirás ver todavía!...

Vaya, no más. Mi bendición a todos, mis amantes besos a los niños, y a ese gallardo mancebo, el de la charada, un cariñoso abrazo de vuestro padre,

Beltrán.

XXXV

DE DON BELTRÁN DE URDANETA A FERNANDO CALPENA

Madrid, septiembre.

Feliz mortal: Díceme una linda boca, a quien ni los años ni las penas han privado de su nativa gracia, que te recreas en los estudios históricos. Yo voy a contarte sucesos recientes, presenciados por mí, y que mañana, si hoy mismo no, han de entrar en los dominios de Clío; que no es bien que yo me muera sin transmitirte conocimientos que mi vejez ya no puede utilizar. Tú, joven inteligente y lleno de vida, archivarás éste como otros sucesos que te he contado, para que los perpetúes si quieres, dedicándote a la enseñanza de gentes y a la extirpación de la ignorancia, el más grande mal que hay sobre la tierra.

Ya sabes que tu amigo Rapella, el siciliano astuto que anduvo en esos fregados de concertar las dos ramas borbónicas, obrando mancomunadamente con un francés que responde por Neuillet y otros pájaros que revolotean en la Corte trashumante, fué quien me puso en candelero entre la caterva militar y civil de don Carlos. A él debo los honores y atenciones que he merecido de don Sebastián; por él he llegado sano y salvo a Madrid, y esto bastará para que yo le esté muy agradecido los pocos años que me quedan. Débole asimismo algunas ideas referentes al embrollo que traía, las cuales, con el auxilio de mi natural perspicacia, me han servido para descubrir todo este pastelón que ofrezco a tu paladar de historiador curioso.

Y antes de continuar doy gracias a Dios por verme libre de la pejiguera de llamar rey a don Carlos, reales a las tropas y generalísimo al señor infante, mi amigo. La justicia oblígame a declarar que debo también gratitud al titulado rey, por haberme permitido agregarme a la expedición desde Albarracín hasta Arganda; algunas atenciones le merecí, pocas y frías, de esas que no llegan al corazón. Tuvo mi respeto, pero nada que a cariño se pareciese, y me atrevo a decir que la mayor parte de los que le siguen se hallan en la propia situación de ánimo. El hombre no sabe ser guerrero ni político, ni posee el arte de tratar a las personas cuyo concurso anhela. Distingue a los clérigos de los seglares; pero ni a éstos ni a los otros sabe distinguirlos entre sí. Entiendo que me ha mirado con benevolencia desdeñosa, no considerándome *buena presa*, es decir, no creyéndome útil para su partido, por causa de mi decaimiento y pobreza, que han cuidado de revelarle los aragoneses que me conocen. En la misma moneda de compasivo respeto le he pagado yo. Declaro en conciencia, sin asomos de pasión, que la única vez que he tenido el gusto de escucharle, comiendo en la casa de los Muñoces, en Tarancón, oí de sus augustos labios soberanas vulgaridades. No tenía yo ideas

muy optimistas de su inteligencia; mas aquel día formé opinión cabal y definitiva de los puntos que calza esta pobre majestad, y no vacilo en afirmar que no calentará el Trono si en él llega a sentarse.

Trataré de poner método en mi relato, Fernandito mío, para que te enteres bien. Lo primero que te digo es que no creas que esta carta es falsificada, como la que recibiste con la firma de un Miguel de los Santos Alvarez, y luego resultó escrita por blanca mano; que no fué mal bromazo el que te dieron. Esta es mía, obra de mi feliz memoria y de mi cacumen, sin que tenga con aquélla otra semejanza que el ser también escrita para distraerte y aventar tus penas, de las cuales, ¡ah!, me río yo después de sabido lo que sé. Fernando de mi corazón, eres el niño mimado de la Fortuna y han sido tus amas de cría y tus niñeras todas las hadas de los cuentos infantiles. Entras en el mundo con pie derecho; tú lo tendrás todo: la Naturaleza te dotó generosamente y las diosas y ninfas de la tierra te abren sus amantes brazos... Yo te bendigo, yo te auguro un esplendoroso porvenir, porque tú... Pero dejemos esto, y vuelvo a mi asunto.

Con el pegote de mi asendereada persona salió la real expedición de tierra de Teruel, pasando a la de Burgos, donde se nos unió Zaratiegui. Huyendo de la persecución de Espartero, nos volvimos hacia el Este, corriéndonos hacia Cuenca. No quiero hablarte de las batallas, más bien encuentros y escaramuzas, que he presenciado. Ellas son de una monotonía desesperante. No sé si a ti te pasará lo que a mí, que jamás he podido leer ningún libro que relate exclusivamente batallas y contradanzas de campeones. Y lo que no me gusta leer, no me agrada escribirlo. Te ahorro los malos ratos que he pasado yo contemplando de cerca la estupidez de estas guerras. Es una demencia sin ningún brillo y un pugilato salvaje con mecánica bravura y poco o ningún arte polémico. Compadezco al que tenga que escribir esta parte de la historia patria. Me figuro que andando el tiempo, si nos civilizamos, nadie leerá las páginas que de esto se emborronen, o más bien determinaremos que se envuelva el aciago período en una espesa capa de silencio y las generaciones echarán capa sobre capa, hasta erigir en honor de la guerra civil, de sucesión o como quiera llamársela, el grandioso monumento del olvido.

Quedamos, pues, en que le escamoteo a la señora Clío las idas y venidas de estos llamados ejércitos, que más bien son bandas; la sorpresa de aquí, la derrota de más allá, el inmolar de prisioneros, las rápidas marchas y contramarchas. Si mal dirigido anda el brazo del pretendiente, no lo está mejor el de acá. Uno y otro brazo no dan más que palos de ciego. Francamente, en la campaña contra la expedición real no he reconocido el militar arranque de mi amigo Baldomero. Es hombre de rasgos, de momentos, de inspiración; pero se las arregla mal sobre el mapa. Verdad que la desorganización del Gobierno es causa de que ninguno de nuestros generales tenga en su mano los elementos precisos para combatir con éxito. Córdoba con su talento macho, Oraa con su pericia, Espartero con su bizarría, no han podido realizar más que hazañas aisladas; no vemos resultados de conjunto, y ello consiste en que no hay cabeza que administre y gobierne. Todo se vuelve aquí intrigas y discursos, miedos grandes de mujeres y ambiciones pequeñas de hombres. Falta un noble carácter de rey, juicioso, valiente y honrado. Los liberales no tienen cabeza y la de los facciosos es una cabeza de cartón. Te reirás de mi filosofía histórica; pero lo dicho, dicho está, y pruébame tú lo contrario.

Desde la fácil victoria de Villar de los Navarros hasta que se nos unió Cabrera en Buenache de Alarcón, en mi memoria se marcan principalmente los días por los *Te Deum* que cantaban algunos pueblos al ver entrar al rey, por las misas que éste mandaba celebrar, por la continua matanza de prisioneros. Las fragosidades de Albarracín por la parte de Teruel y por la de Cuenca nos vieron correr de misa en misa, de ración en ración, de susto en susto. ¡Qué horribles pueblos! Me resisto a inscribir en las lápidas de la Historia los nombres de Villar del Humo, Trama-Castilla, Calomarde, Salvacañete, Campillo de Alto Buey... No puedo asociar a tales nombres más que la miseria y la barbarie. La incorporación de Cabrera me fué muy grata, porque en él he visto siempre un caudillo de verdad, y en

aquella ocasión hallé un amigo que me consideraba más de lo que yo merezco. Verías allí cómo todo se animó en el ejército real, donde se codeaban los admiradores del tortosino con los envidiosos de su gloria. Con tal hombre en su mano, otro rey habría intentado un golpe decisivo; pero aquel buen señor es incapaz de golpe alguno, como no sean los golpes de pecho. Ni sabe lo que posee, ni distingue los hombres extraordinarios por su mérito efectivo de los que lo parecen por su destreza en la lisonja. Les mide por la adhesión idolátrica que le manifiestan; ha venido haciendo el ídolo de pueblo en pueblo, fiado en que Madrid le tendría dispuesto el altarito.

En confianza te diré que tuve una conversación a solas con el *leopardo*, y las medias palabras que pronunció me revelaron su pensamiento, conforme con el mío, de que con este buen señor no se va a ninguna parte. Recelaba el fiero cabecilla que la aproximación a Madrid era un movimiento político antes que militar y que corríamos a un desenlace de comedia de figurón. Preguntóme si sabía yo algo de enjuagues proyectados; respondile que no, en lo cual me permití ser más diplomático que verdadero, pues así me lo exigía mi delicadeza. Lo que yo sabía no podía decírselo a Cabrera ni a nadie, y si a ti te lo cuento ahora es porque el fracaso del laborioso arreglo me libra del compromiso de la discreción. Si aún conviene guardar el secreto en las conversaciones frívolas, no pequemos de remilgados frente a la Historia, y la Historia eres tú, el hombre del porvenir, ante quien este viejo del pasado vacía el saco de sus conocimientos.

Los personajes de mi comedia son la reina doña María Cristina, su hermano el rey de las dos Sicilias, la infanta doña Luisa Carlota, Luis Felipe, rey de los franceses; don Carlos V, pretendiente al Trono de España; y por bajo de estas cabezas más o menos coronadas, y no muy provistas de seso, figuran embajadores y mensajeros con nombres efectivos o figurados: el príncipe de La Tour Maubourg, emisario del francés; el barón de Milanges, enviado del de Nápoles, y otros como tu amigo Rapella, de quien he sabido que anduvo en Francia ostentando un título de marqués. Figura también entre los actores el banquero Rothschild, que habla poco, pero con sustancia. Los ministros de la reina, o no se han enterado o hacen como que no se enteran; pero hay algún general y más de cuatro próceres que están en el secreto, aunque no dan la cara, por lo cual me abstengo de escribir sus nombres, que no conozco con absoluta certeza. No apunto más que lo que sé, y dejo dentro del saco las sospechas y presunciones.

Sale Cristina maldiciendo, en férvido monólogo, la llamada revolución de La Granja, que ha mancillado su real dignidad. He aquí la Corona de España manoseada por cuatro sargentos, y la suprema autoridad traída y llevada del cuartel a la cámara regia. La reina no se cree tal reina, sino un juguetillo masónico, y la situación liberal nacida de aquella rebeldía grotesca cáusale pavor y repugnancia. Desde su palacio ve a los liberales enjaretando con infantil candor una nueva Constitución, que se ve obligada a reconocer y jurar como el mejor de los entretenimientos posibles. Ha vuelto los ojos a los moderados, que no calman sus ansias, pues también se hallan dañados de liberalismo, y ve sombrío y dudoso el porvenir de sus tiernas niñas. Los remedios y soluciones que le propone su esposo morganático, don Fernando Muñoz, no tranquilizan su turbado ánimo, pues entre los moderados no se alcanzan a ver fuerzas y caracteres que repriman la patriotería, acabando al propio tiempo la lucha civil. *Sale* la infanta Carlota, mujer de pesquis y entereza, y afirma que el mal grande, comprensivo de todos los males, es la guerra, y que mientras no se dispare el último tiro, ya sea con bala, ya con pólvora seca, no puede esperarse que las cosas de la real familia vayan por el camino derecho. Retírase Muñoz por el foro, y las dos hermanas continúan hablando en italiano con familiar viveza, ambas avispadas, nerviosas. Sostiene Carlota que urge terminar la guerra como se pueda, sacrificando algo si es menester, no parándose en pelillos, pues no están los tiempos, ni las cosas de los tiempos, para escrúpulos y fililiés. Sálvese una parte, si no todo, de lo que se posee, y no se haga puntillo de honor de los llamados derechos, pues éstos, en toda ocasión histórica, no son tales derechos si no les acompaña y robustece la fuerza. Donde

no hay más que una fuerza limitada, intercadente, quebradiza, los derechos se debilitan y acaban por ser *torcidos:* nadie les hace caso. Llegan, por fin, las dos señoras italianas a la conclusión de que la realidad impone una franca inteligencia con don Carlos, el cual, a su vez, por no disponer tampoco de toda la fuerza que ha menester, no ha de llevar a punta de lanza la cuestión de derechos. Cediendo cada parte un poco de su divinidad legal, se celebrará un acto de concordia, quedando todos contentos y disfrutando por igual de sus provechosos puestos en las cabeceras de la mesa nacional.

Salen en esta parte de la escena multitud de partes de por medio, italianos y franceses, que llegan de Nápoles o reciben instrucciones para partir hacia allá. Cambia la escena. Aparece Fernando II, rey de las Dos Sicilias, trayendo a su lado por confidente a Rapella, y le dice que ha meditado en el caso gravísimo de la sucesión de España, sacando en limpio de sus cavilaciones que María Cristina es prisionera de la revolución y un instrumento de la anarquía española. Desea, p u e s, el soberano de Parténope que su querida hermana se aleje del foco revolucionario, cortando relaciones con la caterva masónica, que ha convertido el suelo ibérico en una morada infernal. Por usurpadora tiene la llamada *Causa de la angélica Isabel,* y reconoce y declara como legítimo sucesor de Fernando VII a don Carlos María Isidro, en quien ve el escudo de la fe y la salvaguardia de los buenos principios de gobierno. Acuerda, pues, proponer a su hermana doña Cristina que busque medio de evadirse del cautiverio en que la tienen liberales y democratistas, trasladándose a un punto donde pueda reconocer la legitimidad de su egregio cuñado. Corren emisarios con estas determinaciones hacia el Cuartel real de Guipúzcoa y hacia Madrid, los cuales regresan trayendo misivas en que se acepta el plan de reconocimiento de don Carlos como única majestad católica a condición de que las hijas de Fernando VII obtengan la posición más próxima al Trono, y si es posible, en el borde del Trono mismo. Se propone un casamiento, y para la reina madre se piden preeminencias y jerarquía de soberana exenta, sin que sea parte a menoscabar su dignidad el casamiento equívoco con don Fernando Muñoz.

De todo esto se trata por embajadas que van y vienen, hasta que *sale* Luis Felipe, también echando pestes contra la revolución y el jacobinismo, pues aunque él debe su Trono a un alzamiento popular, no fué éste denigrante y rastrero como nuestra sargentil algarada. Ha meditado en ello, acariciándose con la gruesa mano su cabezota en forma de pera, y saca de su magín la clara idea de que el decoro monárquico exige a la pobrecita reina Cristina burlar, con una bien dispuesta escapatoria, el cautiverio en que la tienen los masones y carbonarios disfrazados de hombres de gobierno. Da instrucciones a su embajador La Tour Maubourg para que no se separe de la reina de España, induciéndola a emprender con sus niñas el viaje de Madrid a Santander, donde embarcaría para Francia. No le parece bien al rey de los franceses que nuestra soberana ponga su realeza en manos de don Carlos. Opina que las paces deben hacerse en Francia, despacito, por medio de apoderados de una y otra rama, procurando conciliar los derechos de todos. En cuanto al proyectado casamiento de Isabel con el hijo de don Carlos, Luis Felipe no se halla plenamente convencido de su conveniencia desde el punto de vista europeo. Quizá fuera más conforme con el interés general pensar en otros enlaces y combinaciones matrimoñescas; pero se abstiene por el momento de pronunciarse en tal sentido, y sólo desea que, si Cristina rompe con los liberales, sea tratada por las tropas y agentes de don Carlos con todo el miramiento que por su rango merece, como viuda de un rey y gobernadora del reino, *quand même...* Su matrimonio, que considera un grande error político y una increíble debilidad, no puede ser tenido en cuenta para lo que se determine respecto a la suerte de España. No se retira Luis Felipe de la escena sin informarse de la opinión de Metternich sobre los asuntos españoles, y de paso inquiere si Rothschild e s t á dispuesto a prestar dinero a don Carlos en caso de que sea reconocido rey efectivo por la madre de Isabel II. En brevísimas expresiones, apareciendo y ocultándose rápidamente, dice el señor Rothschild que cuando se vea claro c ó m o termina el

grave delito entre la revolución y la Monarquía en España, verá si le conviene o no abrir su caja al rey, reina o dictador que flote en la riada. Cierto que la cara de la revolución le asusta a él, *don Dinero;* pero la de Carlos V, que también trae mueca revolucionaria, y de las más feas, no es muy tranquilizadora. Sépase quién logra condensar una fuerza eficaz, potente. Ese tendrá el dinero a espuertas, por la sencilla razón de que las fuerzas efectivas se juntan naturalmente, por ley de atracción... ¿Sabes, Fernandito de mi alma, que este hombre es muy práctico y discurre con admirable sentido? Siempre lo dije: cuanto más rico es un hombre, más razona y sentencia. El sofisma, la falsa dialéctica, la palabrería ociosa, insustancial, ¿qué son más que el natural producto de la pobreza? Cuando veas que se pierde en el mundo la razón, no la busques en la guarida polvorienta del filósofo; búscala en la tienda del guerrero dominador del pueblo o en el palacio del allegador de caudales.

Y perdóname, Fernando amigo, que emplee un estilo que calificarás de zumbón, y formas de planear comedias, en este histórico relato. Pesimista quizá, convienes conmigo en que no merece el asunto mejor empaque y vestidura; quizá compasivo con la ancianidad, le permites imitar en sus manifestaciones la ligereza de la infancia. De estos dos criterios estimo por muy justo el primero, pues, aunque muy entrado en años, tu amigo don Beltrán no chochea todavía. Como viejo, he juzgado con tonos de broma la intriga, induciéndome a ello lo cómico del desenlace. Estas combinaciones de príncipes para transigir sus discordias o repartirse el goce de sus derechos resultan serias o festivas según el término que les dan sus autores. Rematada felizmente conforme a programa la tramoya, que llamaré napolitana para darle algún nombre, habría merecido los honores de una narración grave; concluída por un fracaso, entra en los dominios sainetescos.

Y aquí he de tomarme un respiro, pues aunque me encanta platicar con los jóvenes y contarles cositas que ellos, pobres inexpertos, no han visto, cree que me canso de este largo escribir. Suspendo por hoy, prometiéndote continuar mañana mi epístola. Mi bendición te mando y con ella votos sinceros por tu felicidad, la cual quiero que sea tan grande como tú te mereces. Me incita al descanso una gentil persona que se ha empeñado en tenerme de huésped, y en ello he consentido, gozoso del honor que me hace y de su dulce compañía. Encárgame que te exprese los afectos de su corazón. ¡Cuán fácilmente pago su hospitalidad! ¡Si la hubieses visto llorar cuando le dije que yo te amo también, que desde que te conocí te hice un hueco en mi corazón...! En fin, no sigo. Repito que eres el hombre de la suerte y que me convido a tus bodas, resuelto a ser padrino si queréis, aunque ruja Cintruénigo. Te abraza tu veterano amigo

B. de U.

XXXVI

DEL MISMO AL MISMO

Madrid, septiembre.

Aquí me tienes otra vez, Fernandito mío, pluma en mano, dispuesto a concluir mi cuento, que no lo es, aunque lo parezca. Sabrás que la marcha desde Buenache de Alarcón a la villa de Arganda fué alegre y al modo triunfal, pues no he visto pueblos más regocijados con la presencia del rey ni campanas más vocingleras en el repicar. Arcos de ramaje vi en algunos puntos; en otros hubo toros, cañas y berridos de entusiasmo. Como toda esta región central es la menos castigada por la guerra y están los pueblos vírgenes de exacciones, encontramos abundantes víveres, con lo cual remediaron su hambre atrasada los expedicionarios y el sinnúmero de clérigos y covachuelistas que siguen al rey. Tal séquito era una horrorosa carga que estorbaba las marchas y ofrecía dificultades mil para los alojamientos. Venía toda la administración de don Carlos, sus Juntas y Consejos, un verdadero ejército de caracoles y tortugas, con la casa a cuestas, es decir, con todo el papelorio de las oficinas. Entre la turbamulta de parásitos había cundido la idea de que entrarían en Madrid sin disparar un tiro, por estar el pastel bien amasado y dispuesto para comerlo por mitad. Lo creían como el Evangelio y no anhelaban más que llegar a la Vi-

lla y Corte para ocupar cada cual su blando puesto en las secretarías y ministerios o en la Intendencia palatina.

De este optimismo participaba el rey, a quien los italianos que le rodeaban habían hecho creer que entraría pacíficamente, acatado por tropa y pueblo, dirigiéndose a Palacio, donde, reunida toda la familia real, se daría solemne sanción legal al concierto dinástico. Mal defendido Madrid por escasa guarnición y por la Milicia nacional, no había que temer seria resistencia, en caso de que el masonismo lo intentara. Se contaba con la connivencia de varios generales, incondicionalmente afectos a Palacio. Otros habían recibido instrucciones para hacerse los desentendidos. En las líneas del Este y del Sur, puertas de Atocha y de Toledo, mandaban jefes *de confianza*. No había, pues, nada que temer. Madrid era del rey, y Madrid es la llave de España y sus Indias. Con tales ideas, los últimos días de marcha fueron alegres, sin que turbaran el contento batalla de ningún militar compromiso. Pasado el Júcar, más acá de Alarcón, entramos en un camino triunfal. No recuerdo el lugar donde salió a recibir al rey el escuadrón de Terpsícore, un grupo de muchachas muy lindas, con panderetas y canastillas de flores, bailando y cantando. Las coplas no eran de lo más clásico, pero resultaba un bonito efecto. El comistrajo ofrecido al rey no fué malo, según dicen, pues yo no lo caté. En Tarancón alojaron a S. M. C. en la propia vivienda del padre de don Fernando Muñoz, donde no halló desahogo de aposento ni un trato muy fino, y mi humilde persona se arregló con Cabrera en casa de unos hidalgos labradores, que nos trataron guapamente. La recua clerical y covachuela lo pasó tal cual ese día, pues no hubo para ella buen acomodo, quedándose algunos en cuadras pestíferas y en bodegas oscuras. Pero no faltó vino para todo el parasitismo, con lo que los duelos fueron menos y el quebranto tolerable. En Fuentidueña salió el clero con palio, el Ayuntamiento con estandarte, y la sacra majestad se dirigió solemnemente a la iglesia, donde la obsequiaron con religiosos cánticos. Igual demostración de gratitud al Omnipotente tuvimos en Villarejo de Salvanés, con merienda suntuosa y pellejos de vino a discreción. La alegría de la *ojalata* llegó a manifestarse con estruendo impropio de gente tan sesuda y de la gravedad de un monarca que hacía su regio papel imitando a los ídolos. Llegamos por fin a la villa de Arganda, famosa hasta hoy por sus caldos y que lo será en lo sucesivo por la solemnidad del *Te Deum* que nos endilgó con desusada fiesta de pólvora, colgaduras y demás manifestaciones de pública inocencia. Divisadas desde allí las torres y chapiteles de la metrópoli de las Españas, prorrumpieron tropas y clérigos con alaridos de monárquico frenesí. ¡Cuán cerca estaba el triunfo! Un día no más les separaba del descanso. Concluiría la guerra; se inauguraría el reinado de la justicia y la legitimidad, quedando encadenada para siempre la infame hidra de la revolución.

El impetuoso Cabrera se aproximó el 12 a Vallecas, tiroteándose con unos desdichados milicianos que salieron por la puerta de Atocha. Ello fué poca cosa, más bien nada. Al mediodía recalaron en el real alojamiento de Arganda tres pajarracos de la Junta carlista de Madrid. Dijéronme, pues yo no veo bien, que no traían caras de Pascua, sino de tristeza y desaliento. Por la tarde, aun con mi corta vista, pude apreciar la consternación que se pintaba en los rostros de los expedicionarios del brazo eclesiástico, así como del militar y civil; y lo apagado y cavernoso de sus voces, oyéndoles cuchichear, me demostró que las risueñas ilusiones de aquellos infelices eran juguete del viento. En la bodega donde Rapella y otro italiano y dos franceses se alojaban, supe que la reina Cristina *se había vuelto atrás*. No había nada de lo dicho, y lo convenido y tratado entre las dos ramas enemigas no debía mirarse más que como una broma.

Creí yo que éste no era el desenlace, pues don Carlos tenía bastante fuerza para demostrar que con él no se juega. Esperábamos todos que al día siguiente, 13, se daría un ataque formal a la coronada Villa. Cabrera no deseaba otra cosa; quería ser el primero en asaltar la guarida de la revolución y el masonismo. Mal guarnecida la Corte, el pretendiente tenía frente a sí la ocasión suprema, la hora crítica de su destino. Se jugaba la Corona, eso sí; mas no le faltaban probabilidades de ganarla, y

ganarla en tal momento era ser rey de carne y hueso, no de cartón. Cualquier hombre de juicio claro y de corazón grande no habría vacilado en acometer la empresa, arriesgando el todo por el todo. El sino de don Carlos María Isidro era no hacer nada a tiempo y ver silencioso y lelo el paso de las ocasiones.

A eso de las diez se nos dijo que su majestad, celebrado Consejo, había decidido retirarse. Saldría la expedición a las dos de la madrugada en dirección de Alcalá. ¡Oh desencanto, oh infinita tristeza! Vi movimientos de desesperación, manos que, iracundas, asían mechones de cabellos, resoplidos de angustia y rabia. ¡Vaya que tocar a Madrid con las puntas de los dedos y no agarrarlo! A Cabrera no le vi. Supe que trinaba; que el matiz de su cara era verde; que sus ojos echaban fuego; que rechinaba los dientes. Dicen que dijo: *Mentras este abad de Poblet nos mani, no farem cosa bona.* Por mi parte, no pensé más que en preparar también mi retirada, o sea mi separación de la Causa, lo que no me fué difícil, ocultándome, de acuerdo con don Aníbal, en la bodega de mi alojamiento. Al rayar la aurora del 13, cuando ya no se veían ni rastros de carlistas en las inmediaciones de Arganda, agreguéme a unos trajinantes que venían a Madrid, y, oprimiendo los lomos de una poderosa mula, hice mi entrada triunfal por la puerta de Atocha sin que salieran a recibirme muchachas con panderetas ni el fastuoso clero con alzada cruz. Una corazonada felicísima, que más bien me ha parecido después secretito del Espíritu Santo, me llevó a pedir hospitalidad a cierto palacio tan viejo como suntuoso que extiende sus amenos jardines no lejos de las Vistillas y de Nuestra señora de la Almudena. Y vieras tú cómo allí me recibieron con palio y me cantó el *Te Deum* una dulcísima y fiel amiga a quien he diputado siempre como la hembra de más sutil ingenio que merecieron doradas cunas. Gala es de ambas aristocracias castellanas y aragonesas, y digna que se estampe con letras de oro en el libro de la fama su bonito nombre: Pilar de Loaysa, por nacimiento condesa de Arista, amén de otros sonoros títulos; por enlace, condesa-duquesa de Cardeña y Ruy-Díaz. En su corona se juntan los ilustres timbres de los Bustos de Lara y de los Idiáquez y Loaysa... Mas tantas preeminencias históricas no igualan a la grandeza de su talento, a la supina aristocracia de su amabilidad y cortesanía. Hame recibido como a un rey, agasajándome y proveyéndome de cuanto necesitaba mi caduca salud. Hemos hablado largamente a solas, querido Fernando, concluyendo por ponernos los dos muy alegres, y con esto te digo más que si te escribiera seis pliegos.

Se me olvidaba una cosa: Pilar y yo tenemos parentesco, no muy lejano, por los Sobremontes, por los Pignatellis y Javierres, y otras ramas que se cruzan e injertan en nuestros respectivos árboles nobiliarios. Pero esto no quita ni pone. Lo importante es que te estimé cuando te conocí, y ahora te conceptúo el primero de mis amiguitos, hallándome dispuesto a guiar tus pasos en la vida social con mis consejos, con la inagotable ciencia a que me han dado mis años y el continuo vivir entre gente de viso... Pronto hemos de vernos, pues en cuanto yo dé a mi pobre osamenta algún reposo y me recobre del quebranto de estos siete meses de increíbles aventuras, tomaré el caminito de Mena, y juntos en esa dulce casa, en compañía de mis hijos y nietos, os contaré los lances, ora trágicos, ora festivos, interesantísimos todos, de mi larga permanencia en el campo de la facción. Sucesos oiréis que os pondrán los pelos de punta, otros que os moverán a risa, y algunos que debieran perpetuarse en letras para enseñanza de las generaciones futuras. Y entreverando mis historias de viejo con la tuya juvenil, te diré cosas que han de serte de gran provecho en la brillante vida que te aguarda.

Y ahora sólo me falta rematar el cuento pasado con la explicación del porqué y cómo de haber doña Cristina dado al pretendiente el solemnísimo chasco de Arganda. No acertaba yo con la clave de este político enigma, ni pudo mi mente salir de confusiones, hasta que Pilar de Loaysa me refirió lo que te transmito, sintiendo que al pasar de sus labios a mi pluma no conserve el encanto y la gracia que ella sabe dar a cuanto dice. Fué que a mediados de agosto se sublevaron los oficiales del ejército de Espartero, acantonado en Pozuelo, Aravaca y El Pardo, pidiendo la caída del Ministerio Calatrava, el cambio de Gobierno

y de política, o sea, la anulación de todo lo creado en la trifulca de La Granja por los atrevidos sargentos Gómez y García. Acudió a sofocar el movimiento el conde de Luchana, asistido de sus buenos amigos Seoane y Van-Halen, y de primera intención fueron separados del servicio los oficiales revoltosos, y ascendidos los sargentos para cubrir las vacantes. Pero como el nubarrón venía de lo alto, sin más objeto que destruir todo lo hecho desde la infausta noche de San Ildefonso, y volver las cosas al estado que tenían antes de aquel suceso, intervinieron voluntades palatinas para que los oficiales fueran reintegrados en sus empleos y honores. Armóse tumulto en las Cortes; tu amigo Mendizábal señaló al propio Baldomero como autor de este inesperado cisco; defendióle Seoane; los ministros increparon el pronunciamiento, invocando las sagradas libertades, la disciplina y demás cosas bellas que nadie ha sabido respetar, y al fin resultó lo que se deseaba, que era el *menoscabo y vuelco* de la situación liberal y masonil. Los oficialitos, en suma, han quedado triunfantes, y se vanaglorian de haber destruído la obra de sus subordinados, el audaz Alejandro y el astuto Higinio. La buena lógica pide que la revolución de sargentos sea enmendada por oficiales, y la de éstos por generales, hasta que las hagan los mismísimos reyes, sublevándose contra su propia majestad y prerrogativas. Henos aquí, mi buen Fernando, en presencia del fenómeno histórico que singulariza a la España de nuestros días; y perdona que tome este tonillo cargante y este amanerado estilo de discurso para señalarte el dicho fenómeno. Tantas frases sonoras y campanudas se me ocurren para maldecir esta endiablada máquina de las sublevaciones militares, que prefiero no transcribir ninguna, seguro de que otras voces y plumas lo expresarán más campanuda y gravemente que yo en el curso infinito de nuestras políticas trapisondas. Es un hecho, es un vicio de la sangre, del cual participamos todos, y con él hemos de vivir hasta que Dios quiera curarnos. Yo no he de verlo, y se me figura que tú tampoco lo verás.

Dicho esto, voy a la miga del cuento, y aquí recobro mis mañas de vejete maleante, diciéndote que *salen* doña María Cristina y doña Luisa Carlota batiendo palmas de gozo. Dan por fenecido el vergonzoso estado político que instituyeron con brutal grosería Higinio y Alejandro. El liberalismo y las logias cayeron. Su majestad y alteza han convencido a Espartero de que se deje nombrar presidente del Consejo de ministros, poniéndole de compinches al indispensable don Pío Pita Pizarra, a Bardají, Vadillo, Salvato y general San Miguel. El aura popular del de Luchana, su autoridad a n t e el ejército y el grande amor que le tienen jefes y tropa devuelven a la reina la confianza perdida desde la sargentada. Ya no cree su Causa en peligro, ya respira, se crece, se sacude el miedo; ya se atreve a mirar cara a cara al *obcecado* pretendiente. Y restablecidas en su travieso carácter ambas hermanas, dan por nulos y sin ningún valor los tratos para reconciliar los dos brazos de la familia, y adiós soberanía de don Carlos, adiós casamiento, adiós ilusiones del absolutismo, adiós paz del reino... Sabedoras las napolitanas de que el figurón anda con sus tropas por Vallecas, desde palacio dirigen hacia allá sonrisas de burla y desdén, y una de ellas da a San Miguel la orden de que sea trasladado al centro el general que mandaba en las líneas de Atocha, pretextando que por tenerle en gran aprecio se le quería apartar del punto de más peligro. El tal (me callo su nombre) estaba en el ajo: su misión, de prevalecer el convenio, era franquear la entrada a la facción, y su recompensa ser nombrado ministro de la Guerra por el rey absolutísimo.

Se me ocurre presentarte aquí un lindo ejemplar de sombras chinescas. Imaginemos, caro Fernando, un blanco muro, que es el fondo de la historia patria. Sobre él aparecen dos lindos bustos negros. En las graciosas cabezas, de perfil, reconoces al punto a las dos napolitanas, señalándose por más bello y picante el contorno de la reina, colocado delante del de su hermana. Ambas aplican el dedo pulgar a la punta de la nariz, extendiendo la mano y dando a los otros dedos un temblorcito gracioso. Vuélvense las caras y manos hacia la parte aquella del Abroñigal, donde se supone que está el pretendiente recomendando a los suyos la confianza absoluta en la protección de la Santísima Virgen de los Dolores.

De fijo llevarás a mal que trate yo una grave cuestión histórica por arte bufo-

nesca. Pero, hijo, considera que los años me hacen infantil: quiero ser serio, y no lo consigo. Mi experiencia, madre de mi descreimiento en estas materias, es abuela de mi humor festivo. Añade a esto que el descanso, la paz y las comodidades que disfruto en este palacio, después de tantas desdichas, despiertan en mí una alegría retozona. Te presento el lado gracioso de esta real intriga, porque es el que más a mis ojos se destaca. Tú, niño ilustrado, a quien las probabilidades de tomar un buen papel en la política imponen la seriedad, podrás darle la vuelta (todas las cosas tienen dos caras) y presentarlo por el lado grave, para gobierno y enseñanza de esta generación, más estudiosa en los libros que en los hechos. Por mi edad y mi ciencia del mundo, estoy autorizado a ser extravagante, a tener *cosas*, a reírme de lo que vosotros miráis con ojos de carnero y expresáis con retóricas almidonadas. Mi relato histórico pecará de burlesco... A mi modo, soy también romántico, de la cepa maleante. El romanticismo es la juventud y también la vejez. El mundo antiguo y el presente en él se enlazan. Por un lado llora, por otro ríe. Risa y llanto constituyen la vida, y yo no estoy ahora en disposición de llorar. En todo caso, imagínate que me he muerto ya, y que tienes delante de ti, contándote historias verídicas, no a un hombre, sino a un esqueleto. Mi calavera, asaz expresiva en sus ojos huecos y en su rasgada boca, te cuenta con gracejo lúgubre los errores de nuestros primates y el inocente abandono de nuestro pueblo.

Y sigo. El pobre don Carlos es víctima de su ineptitud. Las traviesas napolitanas, que iban de capa caída, llevan ahora la mejor parte. Han derribado a Calatrava y su partido inepto, que no gobierna ni administra; se han congraciado con Luis Felipe, que juega con dos cartas, halagando por un lado al *absoluto*, por otro a la reina, y solicita de ésta que sofoque el incendio revolucionario y masónico; se han agarrado al brazo fuerte de Espartero; han dado a la oficialidad el gusto de anular la obra de los sargentos. Pondrán freno a la libertad de imprenta, convertirán en un p a p e l mojado la reciente Constitución, y éste no es más que el primer paso para ir a un régimen de fuerza y autoridad. ¿Qué sucederá después? Si quieres que sea también profeta, te diré que seguirá funcionando la máquina de los pronunciamientos; que no habrá revoluciones temibles, porque el pueblo es un buenazo, a quien se engaña con colorines y palabras vacías; que tendremos disturbios, cambiazos y trapisondas, todo sin grandeza, pues no hay elementos de grandeza, y las ambiciones son de corto vuelo. Redúcense a obtener el mando, y a que los triunfadores imiten a los vencidos en sus desaciertos y mezquindades. No late en la raza la ambición suprema de un Cromwell o un Napoleón. Todo es rivalidad de comadres y envidias de caciques. ¿Qué, te ríes? Pues tú lo verás, tú, que has de ser actor de esta comedia, y te contentarás con hacer tu papelito modesta y gravemente, creyendo que haces algo. Cuando llegues al término de la vida, nuestras dos calaveras tendrán un careo gracioso en las honduras de la tierra..., y nos reiremos.

Entre tanto, vive y goza. Es preciso que lo que ha padecido por ti esta noble dama, mi excelsa castellana, se trueque ahora en goces de los dos, en alegrías y confortamientos recíprocos. Hora es ya de que ella te tenga, y de que tú le entregues tu corazón y tu voluntad. Lo dicho: me iré pronto allá, llevándote mi sabrosa compañía, mi conversación amena, mis consejos sapientísimos, mis reglas de vida. Te anticipo la severa amonestación de abordar sin recelo tu enlace con la niña de Castro. No hagas tonterías, Fernando; déjate de melindres y repulgos, que no servirían más que para dar la victoria a *doña Urraca*. Esto me produciría la muerte instantánea, del berrinche tan grande que cogería. De modo que si no lo haces por ti mismo, hazlo por tu madre, que te adora, y por mí, que te bendigo. Apresuraré mi viaje todo lo que pueda, pues para esos arreglos me pinto solo, y de concierto el señor Hillo y yo, abordaremos al buen Navarridas; y a doña María Tirgo, si no se pone de nuestra parte, la encerraremos en un armario de la sacristía, y todo quedará solventado en horas veinticuatro. Hazme el favor de anticipar a mis hijos los tiernos abrazos, y a mis nietos los besos, que pronto les dará el antes desgraciado y ahora feliz viejo

Beltrán de Urdaneta

XXXVII

DE PILAR A VALVANERA

Madrid, septiembre.

Dame mil abrazos y besos, mi amiga del alma, y recibe con mis ternuras la feliz noticia de que mi problema está resuelto. Felipe me perdona y consiente en facilitar todos los arbitrios legales que proponga Cortina para transmitir a Fernando una parte de mis bienes, por donación *inter vivos*, por..., en fin, no sé cómo, pero ella será. Felipe decreta mi libertad, permitiéndome que dentro de algún tiempo, previas las gradaciones y habilidades convenientes, viva con Fernando fuera de Madrid. ¡Ay, qué felicidad, que descanso tan dulce al término de este fatigoso viaje de mi vida!

Has de saber ante todo que Felipe ha mostrado una grandeza de alma que nunca creí pudiera existir en él. ¡Vaya, que preciarme de tan lista, serlo efectivamente, haber cultivado en secreto las dotes de mi inteligencia, la observación y estudio de caracteres, y no haber comprendido la grandeza de este hombre! Pero no es culpa mía que dicha virtud no se haya revelado hasta que se planteó la magna crisis. Las almas desvirtuadas por el artificio social no se descubren en su íntimo ser sino cuando las agitan graves problemas emanados de la Naturaleza. Sin las sacudidas del cataclismo no es fácil que se descuajen los caracteres de formación apelmazada y dura. ¡Cómo nos eternizamos en nuestros errores, mayormente cuando no seguimos el camino de la verdad y vivimos en un mundo de mentiras y disimulo! Comprenderás que mi dolor ha sido inmenso al ver el de Felipe en los primeros días, y después su resignación y calma sublimes. Todo lo he visto de lejos y en acecho, querida mía, pues desde la operación quirúrgica no ha mediado una sola palabra entre él y yo. Quebrantada su salud gravemente, envejecido en pocos días, cual si sobre su cabeza recayera en un día el peso de quince años, su primo San Quintín le catequizó para llevárselo a la Encomienda, y allí está. Yo me vine de Carabanchel al día siguiente de su partida, y dos después se me presentó aquí tu padre, a quien recibí como puedes suponer, no vacilando en seguir tu consejo de informarle de todo. Me ha dado ánimos, y asegura batiendo palmas que me prestará su eficaz ayuda con alma y vida. ¡Pobre don Beltrán! Viene cansado, muy mal de la vista; pero con el espíritu más despierto que nunca, el corazón henchido de benevolencia, y en todo el esplendor de su ingenio chispeante, peregrino. En cuanto se reponga te le mando allá.

Volviendo a Felipe, te diré que su profundo abatimiento, su inmensa turbación, con formas de cristiana humildad, me han trastornado a mí de un modo que no puedo expresar. Cree que a esto debo los días más tristes y angustiosos que he pasado en mi vida. Lo que me atormentó mi conciencia, culpándome de tan terribles males, no es fácil decirlo con palabras. Me creía mujer perversa, indigna de perdón, justamente condenada a crueles martirios en esta vida y en la otra. Por fin, mi alma ha recibido consuelo; me lo trajo el buen Cortina, que vino ayer de la Encomienda con la definitiva sentencia del dueño de mi destino.

Felipe me perdona, deplorando que en tantos años haya escondido este terrible secreto por miedo a sus rigores. Sin dejar de comprender cuán difícil era mi revelación, siente que yo, con mi silencio, haya malogrado toda nuestra vida matrimonial, poniendo entre los dos el espesor y frialdad de una muralla de recelo, y confinándonos una y otro en triste soledad.

Tratándose de un hecho irremediable, y sin atenuar mi enorme falta, no hay más remedio que bajar ante él la cabeza, pues nada se adelanta con las soluciones violentas y trágicas a nuestra edad, que ya reclama sosiego y volver los ojos a mejor vida. El no aspira más que a una vejez oscura, preparándose a un b u e n morir. Desea que yo procure ponerme en paz con Dios, limpiar mi conciencia y no traer más desventuras sobre las que ya deploramos.

Autoriza cuanto Cortina crea pertinente para los fines que anhelo y cuya justicia reconoce, y al concederme la libertad me impone la obligación de seguir residiendo en nuestro palacio de Madrid, hasta la fecha que él determine, a fin de evitar en lo posible los inconvenientes de una separación brusca y escandalosa.

Aunque espera que al fin se extinguirá en su alma el resentimiento, por hoy re-

chaza toda reconciliación formal, y proscribe las escenas de abrazos, lágrimas, protestas y demás manifestaciones de un gusto teatral. En un largo plazo, que él fijará, no nos veremos, ¡ay!, Felipe y yo. Seguirá en la Encomienda hasta muy entrado el invierno. Accede a la proposición que le han hecho de enajenar el palacio en la primavera próxima para demolerlo y construir en él casas de vecindad. Cuando vuelva a Madrid, habitará en un palacito moderno que le proporcionará Salamanca, y yo donde quiera. Prefiere que me establezca lejos de Madrid.

¿Qué te parece, querida mía? Las papeletas de que te hablé perecieron todas en este terremoto seguido de incendio, y en su lugar veo surgir el espíritu de un gran hombre, de un santo más bien. No sólo me inspira ya veneración, sino un amor puro y acendrado. Mi mayor gloria sería infundir en el alma de Fernando este nuevo cariño... Porque el duque y Fernando no se verán nunca. En su santidad, ahora descubierta, conserva Felipe el tesón y la intransigencia de raza.

Explicado lo más esencial, y sin perjuicio de contarte más cosas, vamos a lo nuestro. Ya estará Fernando enterado de lo que más directamente le interesa, pues Juan Antonio, al darle cuenta de la donación, le habrá informado de los motivos de hacerla en esta forma, la única posible. Escribo también a Hillo, para que regrese a Villarcayo y entre todos incitéis al caballero a pedir la mano de Demetria. Si estimáis más pertinente y delicado preparar antes el terreno, partiendo Fernando a Vitoria y La Guardia, como un hábil medio de reanudar amistad con las niñas, no me opongo: al contrario, me parece muy bien. Luego se unirá tu padre a la conjuración, y él se encarga de poner en conocimiento de los Navarridas quién es Fernando y los bienes que posee y poseerá. No creo que surjan escrúpulos por parte del buen párroco y su señora hermana. Y en último caso, la *divina Palas* es quien ha de decidirlo. Cuento con la vehemencia de su afición y la firmeza de su carácter. Tenedme al corriente de lo que resolváis. Allá se va toda el alma de vuestra amantísima

Pilar.

XXXVIII

DE FERNANDO CALPENA A PILAR DE LOAYSA

Villarcayo, octubre.

Amada madre mía: La mejor satisfacción que puedo dar a quien por mí ha padecido tantas amarguras es consagrarle lo que de éstas ha sido causa, mi existencia, mi pobre existencia, martirio ayer de quien me dió el ser, hoy consuelo y esperanza. Allá va, pues, con mis cariños más ardientes, la protesta de ofrecer a usted toda mi voluntad, de ponerla bajo su amparo y gobierno, para que en el dominio constante de ella reciba mi madre las alegrías que apetece, fruto tardío de su grande amor y compensación de sus acerbas penas. Juntas y confundidas nuestras voluntades, la mía se complacerá en la obediencia, sabiendo como sé que el clarísimo entendimiento de mi señora madre ha de imponerme actos y resoluciones de innegable sensatez. La oscuridad de mi nombre, al que no puedo añadir el más grato a mi corazón, no me exime de ser caballero. Leal y honrado nací; aspiro a que mi conducta intachable y noble me dé la consideración, el aprecio de las gentes, y aun el brillo social a que no puedo aspirar por mi nacimiento. Con orgullo puedo decir que algún rayo de la pasmosa inteligencia de mi madre ha venido de su ser al mío, y esta riqueza que mi alma posee no la cambiara yo por las más gloriosas vanidades de los nombres. La luz de mi madre arde en mí, y con esto y su amor me basta; no quiero nada más, ni otros bienes apetezco.

Deseo vivir y tener salud para gloria y felicidad de la que ha vivido padeciendo por mí; deseo agradarla en todo, amoldar absolutamente mis acciones a sus deseos. Acepto la explicación que se sirve darme de su plan referente a mi matrimonio con la niña de Castro-Amézaga, y le agradezco infinito que haya tenido en cuenta las razones que por conducto de Valvanera le expuse para no precipitar este asunto y someterlo a los trámites que me imponen la dignidad de todos y mi delicadeza. No haré, pues, manifestación alguna de propósitos matrimoniales, contretándome a pasar por La Guardia de regreso de Vitoria, en compañía del

buen Hillo. En esta visita veré cómo soy recibido, formaré juicio de los sentimientos de aquella ilustre familia con respecto a mí, y de las direcciones que haya tomado o tome la voluntad de la *diosa*, como dice nuestro capellán. No haré papeles de pretendiente ni de rival del marqués de Sariñán, concretándome a reanudar mis buenas amistades con ambas señoritas. ¿Estamos conformes con esto, madre querida? ¿Soy razonable, discreto, noble y al propio tiempo sumiso y obediente hijo? Creo que sí; y seguro de que mis sentimientos están en perfecta concordancia con los de usted, no recelo en emprender mi viaje. Prontos a partir, estas letras de despedida llevan a usted los respetos del gran Hillo, el cariño de los Maltranas, chicos y grandes, y el corazón y el alma toda de su amante hijo

Fernando.

XXXIX

DE VALVANERA A DON PEDRO HILLO

Villarcayo, octubre.

Amigo mío: Mando la presente por un propio, que expedimos en seguimiento de ustedes, encargándole que pique espuelas para alcanzarles pronto. Lleva la carta que hoy se ha recibido de Pilar para su hijo, la cual nada contiene de particular, y la envío para que sirva de pretexto al viaje del propio: el verdadero fin de éste es informar a usted de un hecho que me ha producido alguna inquietud. Se lo cuento en esta carta, que el mozo le entregará, según mis órdenes, sin que Fernando se entere.

Esta mañana presentóse en casa un sujeto, a caballo, con trazas de caminante afanado y presuroso, y habiendo preguntado por Fernando con vivo interés, renegó de sí mismo y de su suerte cuando le aseguramos que había partido. Resistióse a creerlo, y como Juan Antonio, en vista de la insistencia y disgusto que mostraba, le dijese que bien podía manifestarnos a nosotros el motivo de su viaje, nos contestó lo que fielmente le transmito, mi señor don Pedro: «Pues sepan, señora y caballero, que yo soy Zoilo Arratia, para servir a ustedes. El objeto que aquí me trae sólo al señor don Fernando puedo manifestarlo, por ser cosa de la incumbencia suya y mía particularmente, y así díganme pronto a qué punto de España se encamina, para correr tras él hasta que le encuentre.» Ya tenía Juan Antonio la palabra en la boca para responder la verdad, pues es hombre a quien mucho trabajo cuesta ocultarla, cuando yo, que vi al instante un peligro en dicha verdad, anticipé la mentira de que Fernando iba camino de Burgos para seguir luego hasta Madrid, adonde le llaman sus intereses. En el rostro vivo del tal Arratia conocí que no me creía. El hombre es rudo, fuerte, bien plantado, de hermoso rostro moreno y ojos como centellas. Debió de ver en los míos el temor y la curiosidad, y quiso explicarse mejor con estas otras palabras, que, grabadas en mi memoria, copio con la posible fidelidad: «Señora y caballero, sepan que le busco para proponerle que seamos amigos, y si no lo quieren creer, no lo crean. Como digo también que si don Fernando no quisiera las paces, en la guerra me encontrará, y ya verá quién es Zoilo Arratia. Dispénsenme los señores, y manden lo que gusten a su servidor.» Se fué a la posada, donde le aguardaban otros dos del mismo pelaje, que en su compañía vinieron y siguen. Al mediodía supimos que, después de dar un pienso y corto descanso a sus caballos, trotaban hacia Miranda. ¡Qué mal hice en indicar la vuelta de Burgos, sin acordarme de que forzosamente la tomarán por Miranda de Ebro! No me perdono esta torpeza mía.

En fin, mi señor don Pedro, ello podrá ser un hecho insignificante, sin malas consecuencias; pero nos hallamos inquietos, y hemos acordado avisar a usted para que esté con cuidado, y evite, si es posible, el encuentro con ese maldito bilbaíno, cuya presencia inesperada viene a turbar mi gozo por el buen giro que tomaban los asuntos de Pilar y Fernando. Puesto el caso en su conocimiento, nos tranquilizamos, en la seguridad de que sabrá usted evitar nuevos disgustos. Quedamos pidiendo a Dios que les guíe, y que a todos nos dé la paz que merecemos. De usted atenta servidora y amiga,

Valvanera.

XL

DE DOÑA JUANA TERESA A LA SEÑORA DE MALTRANA

Cintruénigo, octubre.

Amiga y hermana: No tengo sosiego hasta no desahogar mis agravios contra ti, y hoy me decido a manifestártelos, que si en ello tardo más, de seguro reviento. Yo sé que tu casa es, como si dijéramos, el cuartel general de las intrigas fraguadas contra mi hijo y contra mí, lo que no entiendo, a menos que me demuestres la razón de querer más a tu sentimental y misterioso huésped que a tu sobrino, hijo de tu hermano, mi esposo, que santa gloria haya. Descíframe este acertijo, o de lo contrario creeré que te has vuelto romántica y que mereces salir al teatro con velo negro por la cara y puñal en la mano. Si no estás loca rematada, haciendo pareja con la pobre Pilar, explícame la protección que das a ese trovadorcillo y la celada que intentáis armarle a la niña de Castro-Amézaga.

¡Si creerá Pilar que a mí me engaña! Sus enredos vienen a mi conocimiento sin que yo los busque, y a poquito que yo extienda mi tela de araña, cojo a la pobre mosca y la devoro. ¡Qué lejos está ella de que le he tendido la red! Pero no: más bien ha sido obra de Dios, que vela por los inocentes y estorba las maquinaciones de los envidiosos. La casualidad, o, hablando cristianamente, la Providencia, ha puesto en mis manos un testimonio de los devaneos antiguos de mi media hermana, los cuales fácilmente se enlazan por ley de naturaleza con sus embrollos presentes y con la existencia del mancebo romántico que ostenta en su escudo todos los emblemas nobiliarios de la Santísima Inclusa... Dos días hace que me ocupo en atar cabitos, y no quiero que ignores el resultado de mis trabajos. Yo también me doy a la historia menuda, lo que puedo hacer con grandísimas ventajas, porque ha puesto Dios en mis manos el archivo mundano del más glorioso perdido del siglo pasado y de parte del presente, don Beltrán de Urdaneta.

Estoy recopilando mis apuntes, que pondré a disposición de las personas a quienes incumbe el llamar al orden a Pilar, a pararle un poco los pies, reduciéndola al papel de penitente que le corresponde. Y para que no creáis que obro con alevosía, a ti, que es como confiarlas a ella, confío mis investigaciones, empezando por la más grave y delicada. ¿Qué dirás que me saltó a los ojos una tarde que me entretuve, sin malicia, puedes creerlo, en revolverle el papelorio a mi libertinísimo suegro? Pues una carta que con fecha de julio de 1811 le dirige a París una tal *Lea Delisle* (¡buena pieza sería!) desde Aix de las Termas. Traducida en su parte más interesante por Rodrigo, que, para que lo sepas, posee muy bien el francés, dice así: «Yo te conté que la duquesa tu amiga se dejaba hacer la corte por su alteza el príncipe José Poniatowsky (pongo mucho cuidado en copiar este nombre diabólico letra por letra), general del Imperio, gran figura caballero insigne, sobrino del rey de Polonia. Hoy puedo asegurarte que el príncipe guerrero, a quien llaman el *Bayard polonais* (esto lo dejo en francés), y la dama española, están unidos en apasionada *liaison* (en francés lo dejó también para mayor decoro de nuestro idioma). Anoche, al volver de una excursión a la cascada de Orlu, se perdieron en el bosque de Ascou. Aún no han vuelto.»

Yo no lo he buscado: a la mano se me vino por designio de la Prividencia, como vinieron luego otras cartas de la misma pendanga, en que decía que el príncipe y la duquesa habian parecido. Lo que no parece, digo yo, es el decoro de Pilar. Buscando, buscando, por si Dios me deparaba nueva luz, encontré una esquela de Engracia Pignatelli, tía de Pilar, en la que consta que ésta fué a pasar una temporadilla en Zaragoza, de donde pasó a Lumbier, residencia de su amiga Serafina Palafox... En fin, no quiero hacer cuenta del tiempo, ni ajustar meses, compaginando fechas con fechas... No vayas a decir que soy cruel con la que merece lástima, y a tanta lejanía de tiempo, algo de indulgencia. Ya sé que ha llorado mucho. Ignoraba yo la causa: ahora no diré lo mismo.

Al pronto se me ocurrió felicitarte, Valvanera de mi corazón, pues no cae todos los días el honor de hospedar en nuestra casa a un príncipe polaco, descendiente de reyes, que, aunque destronados y errantes por esos mundos, siem-

pre han de conservar algún aire o tufillo de testas coronadas; pero hablando de esto con Rodrigo, que sabe muy bien historias de todos los países, agarró una Enciclopedia que le saca de todas sus dudas, y en ella vimos que el tal señor de Poniatowsky, el *Bayardo polonés*, como le llaman, después de diversos hechos heroicos en las campañas de Rusia, Varsovia y no sé qué otros puntos, murió el año 13, al pasar a caballo un río de nombre muy enrevesado. Y luego de leídas estas referencias, hojeó Rodrigo la *Historia de Napoleón*, con láminas, y me mostró una que representa al príncipe luchando con la corriente del río en que se anegaron y perecieron tantas glorias. Si no miente la estampa, era un guapo mozo y debía de ser hombre de gran coraje.

Cuéntale todo esto a tu amiga, y adviértele que *doña Urraca*, a pesar de todas estas cosillas que andan en libros extranjeros, no la quiere mal; que se halla dispuesta a la indulgencia, al olvido de las historias de 1811 y 1812 y a reconocerla y diputarla como una mujer ejemplar, siempre y cuando ella sea comedida; que obligadas al comedimiento están las que no se hallan libres de ciertas máculas. ¿A qué se empeña esa loca en cosa tan absurda y desleal como cerrarnos el caminito de La Guardia cuando a punto estábamos ya de verlo franqueado y mis deseos satisfechos? ¿A qué se mete ella en este negocio, que por mal que vaya para mí no ha de ir bien para ella, pues la mercancía adulterada que pretende introducir no puede ser admitida, no, allí donde todo es nobleza y virtud y se ha de mirar mucho al honor y limpieza de los nombres? Que su necedad no me ponga en el caso de emplear la malicia por derecho de defensa. Ella me conoce: soy muy buena, muy tolerante, amantísima de la familia; en todo caso, estoy dispuesta al perdón, y soy la primera en arrojar velos y más velos sobre las faltas de las personas que me son caras; pero que no me pise, por Dios, que no me pise, porque al sentir el ultraje y el pisotón me revuelvo y clavo el diente..., no lo puedo remediar... Y basta por hoy.

Muy enfadada me tienes, como encubridora y auxiliar de esa pérfida; pero nada temas de mi enojo. Soy tu amiga, te quiero, reconozco tus virtudes, y en mis oraciones, siempre que pido a Dios que conserve la salud de mi hijo, nunca se me olvida echar una palabrita por ti y los tuyos. Mil afectos a todos de tu cariñosa hermana

Juana Teresa.

Santander (San Quitín),
julio-agosto de 1899

FIN DE
«LA ESTAFETA ROMÁNTICA»

VERGARA

I

DE DON PEDRO HILLO A LOS SEÑORES DE MALTRANA

Miranda de Ebro, octubre de 1837.

SEÑORA y señor de todo mi respeto: Con felicidad, mas no sin estorbo, por causa del sinnúmero de tropas que nos han acompañado en todo el camino, marchando en la propia dirección, llegamos a esta noble villa realenga ayer por la mañana. Soldados a pie y a caballo descendían por las cañadas o aparecían por atajos y vericuetos, y engrosando la multitud guerrera en el llano por donde el Ebro corre, nos vimos, al fin, envueltos en el torbellino de un grande ejército, o al menos a mí me lo parecía, pues nunca vi tanta tropa reunida. Generales y convoyes aspaban sin cesar a nuestra lado, tomándonos la delantera, y ya próximos a Miranda vimos al propio caudillo, conde de Luchana, seguido de brillante escolta, y a otros afamados jefes y oficiales, que al punto conocieron a Fernando y le saludaron gozosos. Nuestra entrada y acomodamiento en la antigua Deóbriga fué, como pueden ustedes suponer, asaz dificultosa. Eramos un brazo que se empeñaba en introducirse en una manga ya ocupada con otro brazo robusto. En ningún albergue público ni privado de los que en toda población existen para personas y caballerías hallamos hueco, ni aun pidiéndolo del tamaño preciso para alfileres; y ya nos resignábamos a la pobreza de acampar en mitad del camino, como mendigos o gitanos, cuando nos deparó Dios a un sujeto, que no sé si llamar enemigo o amigo, aunque en tal ocasión y circunstancias bien merece este último nombre, el cual, con demostraciones oficiosas y todo lo urbanas que su rudeza le permitía, nos colocó bajo techo, entre cabos y sargentos de artillería montada, con los correspondientes arreos, armones, sacos, cajas y regular número de cuadrúpedos.

Era el tal don Víctor Ibraim, capellán castrense, antaño en la Guardia real, hogaño en un regimiento de artillería, y tengo que calificarle, con perdón, como uno de los más soberbios animales que han comido pan en el mundo, si bien yo creo que a este sujeto todo lo que come le sabe a cebada y paja, y como tal alimento lo saborea. Cuando yo tenga el gusto de volver a esa noble casa contaré a ustedes los motivos de la santa inquina que profeso a mi colega, el marcial presbítero, andaluz por más señas, y tengo por seguro que se han de reír de tan donosa historia. Por hoy conste que perdono al señor Ibraim sus agravios de otros días, y reconozco que nos ha dado a Fernando y a mí una prueba de cordialidad, procurándonos este alojamiento, que si detestable y con enfadosas apreturas, nos permite comer algo caliente y guardar nuestras personas al abrigo de la intemperie. Nuestras bestias campesinas han entrado en gran confianza con los guerreros caballos del regimiento; Sabas y Rufino hacen buenas migas con la tropa, y nosotros anudamos cada hora nuevas y más alegres amistades con oficiales muy simpáticos y con capellanes menos brutos que el desdichado Ibraim No nos va mal, y Fernando ha tenido el gusto de encontrar amigos queridísimos entre estos campeones de Isabel II: don Juan Zabala, don Antonio Ros de Olano y otros cuyos nombres y títulos se me escapan de la memoria.

Antes que se me olvide, señora y caballero: recibí de manos del propio, en Leciñana del Camino, el mensaje reservado, y puedo asegurarles que el pobre chico lo hizo con la discreción que le fué prescrita. No se enteró Fernando, a

quien di la carta de su mamá, dejándole que se entregara con avidez al gozo de leerla; y en cuanto yo tuve coyuntura de soledad leí la de ustedes, que me ha causado sorpresa, ira y recelo. Pero ¿qué pretende ese badulaque? ¡Habrá insolencia igual! ¡Atreverse a medir su barbarie con la finura de Fernando, y brindar a éste una concordia que para nada le hace falta, o amenazarle con una hostilidad que no puede infundirle ningún temor! En fin, sea lo que quiera, y venga con estas o las otras intenciones, yo estaré con muchísimo cuidado, a fin de cortarle el paso si a nuestro caballero quiere aproximarse, o inutilizar su malicia y audacia, aunque para ello tenga que valerme de nuestras relaciones en el Cuartel general..., ¡y qué relaciones, señora y señor míos!

Ya comprenderán que teniendo Fernando tantos amigos en la liberal milicia y gozando como nadie del don de simpatía, en pocas horas se ha visto obsequiado y traído de una parte a otra. De boca en boca llegó su nombre a oídos del gran Espartero, el cual anoche le mandó llamar por uno de sus ayudantes. Allá se fué; departieron un ratito, casi todo consagrado a comentar el increíble viaje de don Beltrán al campo del Maestrazgo, y su prisión y nunca vistas desventuras en aquella tierra facciosa. Hoy repitió la visita, regresando al poco rato con la embajada de que fuese yo también a la presencia del de Luchana, pues éste deseaba verme, y tenía que hablarme, ¡ay!, de mi incumbencia eclesiástico-castrense. Creí que eran bromas del señorito, o que con mi timidez y cortedad quería divertirse, pues ya sabe él y saben todos que no soy hombre para codearme con señorones y celebridades de tal fuste; pero tanto insistió mi discípulo, que allá nos fuimos, después de dar restregones a mi balandrán para limpiarlo de barros y otras materias, y tuve la satisfacción de ver de cerca al gran héroe y de platicar mano a mano con él durante unos diez minutos, que me parecieron diez horas; tan sofocado y descompuesto estaba yo por el honor inmenso de aquella entrevista. Díjome que había separado del servicio a tres capellanes, por sospechas de espionaje, y que celebraba y agradecía que el Vicariato pusiese mano en purificar el personal, desechando a todos los individuos del *cuerpo* que por sus antecedentes o su mala conducta no eran dignos de seguir bajo las banderas gloriosas. Contestéle, con trémula voz, manifestando un asentimiento incondicional a todo lo que de sus autorizados labios salía... Añadí la oferta de mi inutilidad para mejorar el importantísimo servicio castrense... Indiqué, divagando, que en el *cuerpo* hay dignísimos sacerdotes; mas otros, aunque en el servicio se muestran puntuales, fuera de él, y en los ratos de ocio, emulan con los oficiales en la desvergüenza de palabras y en la liviandad de la conducta... Que se intentaba purgar el *cuerpo* y limpiarlo de todo maleficio para que respondiese a los fines del ministerio militar y religioso..., etc. Serenándome al fin, solté cuatro generalidades pomposas para disimular mi indiferencia de todo lo que al dichoso *cuerpo* se refiere.

Ya ven los señores que mi conferencia con el insigne caudillo fué luminosa por todo extremo, inspirada en el *bien público* y en el *espíritu del siglo*. No me asombrará que de ella den cuenta los papeles, pues mis palabras fueron gratas al general, que las apoyó con cabezadas enérgicas. Espero que el día del juicio dará opimos frutos la inspección que el Vicariato ha encomendado a mi ardoroso celo castrense, a mi...

Obligado me veo a interrumpir ésta, porque del Estado Mayor me llaman para un asunto muy grave... No asustarse, señora y caballero, pues no es cosa nuestra, ni hay en ello relación derecha o torcida con el señor don Fernando. Sólo a un servidor de ustedes afectan las tristezas del desagradable negocio que me encomienda el Estado Mayor, y en cuanto me desocupe de esta obligación dolorosa tendrá el gusto de referirla puntualmente su obligado servidor, amigo y capellán

Pedro Hillo.

II

DEL MISMO A LOS MISMOS, TERMINADA POR DON FERNANDO

Miranda, 30 de octubre.

Señores míos muy amados: Si no lo sabían, esta carta les informará de que soy el hombre más pusilánime y para poco que ha echado Dios al mundo. ¡Ay

de mí! Jamás pensé verme en trance tan aflictivo como el que hoy ha llenado mi espíritu de turbación y congoja. Ni en pesadilla sentí jamás angustias como éstas: tales fueron, que durante largo rato las tuve por hechura de mi mente febril. Figúrense mi terror cuando el brigadier señor Aristizábal me comunica que tengo que auxiliar a no sé cuántos reos de muerte, por no haber en este ejército suficiente personal de capellanes para tan triste servicio. Yo que tal oigo, échome a temblar; los cabellos se me ponen de punta y no me queda gota de sangre en el mísero cuerpo. Nunca había visto yo la muerte violenta más que en la plaza de toros, donde, por tratarse de animales, rarísima vez de personas, nuestra emoción no pasa del grado inferior, y va compensada del entusiasmo y alegría que a los aficionados a ese arte nos comunica el calor del fiero espectáculo. Pero, ¡ay Jesús mío!, en ningún tiempo vi matar a mis semejantes, y menos con la fría serenidad aterradora de los actos de justicia. No, no; yo no sirvo para eso, y abomino del ministerio castrense, que somete al mayor de los suplicios mi alma generosa y cristiana. «¿Pero qué reos son esos a quienes tengo yo que auxiliar?—me decía yo, vagando como un demente de una parte a otra con las manos en la cabeza—. ¿Qué delito han cometido para que se les sacrifique inhumanamente? Antes que conducirles al matadero, iré a ver a mi amigo el de Luchana, y de rodillas le pediré la vida de esos infelices, probablemente condenados por alguna falta de disciplina, la cual, digan lo que quieran los espadones, no es ley moral ni cosa que lo valga.»

Y cuando esto decía me vi cogido del brazo por Fernando, el cual me hizo notar que toda la tropa se ponía en movimiento hacia el camino de Vitoria, con vivo estrépito de cajas y clarines. Hermoso era el espectáculo, según él; a mis ojos, tristísimo, porque la formación, y los toques militares, y el paso guerrero, y la vista de los gallardos jefes a caballo, y todo aquel tumulto de vocerío y colorines, traía con más vigor a mi mente la idea de la cruel Ordenanza. Llevóme consigo Fernando a los alcances de la tropa, y por el camino me dijo que se preparaba un acto de reparación con toda la pompa y rimbombancia que la justicia militar exige. Espartero quería castigar con mano severa los actos sediciosos de Miranda, Hernani, Vitoria y Pamplona, y a los infames asesinos de Ceballos Escalera y don Liborio González, de Sarsfield y Mendívil, pues si no se contenía la indisciplina, el ejército se convertiría en horda salvaje; el arma creada por la nación para su gloria y defensa sería una herramienta de ignominia..., y entre facciosos y jacobinos harían mangas y capirotes de la pobre España, resultando al fin que las naciones extranjeras vendrían a ponernos grilletes y bozales. Declaro que Fernando me convencía y no me convencía; no sé cómo expresarlo. Sus razonamientos eran juiciosos; pero a mí no me entraba en la cabeza que por achaque de marcial honrilla tuviese yo que añadir mi autoridad religiosa al acto fúnebre de castigar a los que por matar *sin reglas* deshonraron su oficio de matar. Esta idea me volvía loco. En el principio se dijo: «No matarás.» Cristo Nuestro Señor nos ordenó perdonar las ofensas y hacer bien a nuestros enemigos. Al que me compagine esto con las guerras y con la Ordenanza militar, le regalo mi jerarquía vicarial castrense, con el uso de collarín y botones morados, y, de añadidura, mi encomienda de Isabel la Católica, última gracia que merecí de los superiores, sin que sepa nunca por qué.

De nada me valía mi santa indignación, y allá me fuí casi arrastrado por Fernando, que presenciar quería la hecatombe. Y por Cristo que don Baldomero había dispuesto con arte la escena, formando toda su hueste en un grandísimo cuadro. Detrás de la infantería del Provincial de Segovia, que era el cuerpo delincuente, vi masas de caballería formidable; a esta otra parte, la artillería, cargada con metralla, según me dijeron, enfrente, los *guías del general*, la tropa de más confianza; en medio, recorriendo las filas, el de Luchana, en un fogoso caballo que pintado parecía. El gallardo mover de sus remos, la arrogancia de su enarcado cuello, como su espumante boca, mostraban el hervor de su sangre guerrera. Con militar grito, que hacía poner los pelos de punta, Espartero mandó armar bayoneta. El chirrido que a esta operación acompaña recorrió las filas de un cabo a otro, produciendo en mi pobre piel el mismo efecto que si to-

das las puntas de aquellos hierros quisieran acariciarla. Siguió un silencio angustioso, en el cual se precipitó de improviso, como los truenos en el seno de la noche, el ruido de todos los tambores redoblando juntos. Cuando callaron, el silencio era más imponente. En mis oídos zumbaba la sangre de mi cerebro, repitiendo la palpitación de los pulsos de todos los hombres que estaban allí. Mirando a las caras más próximas, en ellas veía reflejada mi pavura.

Mandó Espartero a su escolta y ayudantes que se alejasen, y se quedó solo en medio del cuadro... Accionando con la espada, rompió en voces que parecían truenos... Nunca, ni en el púlpito, ni en los clubs, ni en las Cortes, oí una voz que más hondo penetrara en el oído de los que escuchan. Apliqué mi oreja, haciendo con la mano pabellón, y sin entender bien los conceptos ello es que me conmovían, no sé por qué. El tono elocuente me llegaba al alma, y si el sentido se quedaba en el aire, yo adivinaba en él no sé qué grande, sublime lección. Al principio, apenas cogía palabras sueltas; luego, como si el silencio, a cada instante más profundo, destacase las ideas, llegué a pescar trozos oratorios. Oí éste: «Sangre preciosa, tantas veces prodigada en los campos de batalla...» El orador hizo luego una interrogación, a la que contestó todo el ejército con un sí que me sonaba como el silbido de un huracán.

Después oí algo más, esta frase: «Era la noche..., un fúnebre ensueño ocupaba mis sentidos... La feroz discordia que peina serpiente por cabellos...» Por Dios, que fué de mi agrado la figura; mas no comprendí a qué venía. Parecióme después que el general se lanzaba a la *idolopeya...;* describía la aparición de un espectro, que no podía ser otro que el de Ceballos Escalera... «Sombra ensangrentada, despeluznada, yerto el rostro y despedazado su cuerpo...» Pensé yo que en el estilo militar podían perdonarse tantas asonancias... La sombra habla al orador, y le dice: «Mira cómo me dejaste, mira cómo me ves. Repara mi agravio, salva a la patria...» En aquel momento, la voz de Espartero no parecía voz humana. Sin poder fijarme en la retórica, yo lloraba. Quería ser crítico, y era un pobre ignorante, fascinado por la ocasión, por el aparato escénico, y, sobre todo, por el acento, por el arranque, por el gesto del orador. Vuelto hacia el paraje donde yo me agazapaba tras de la tropa para oírle, señaló con la espada a la villa, y pude oír claramente estas expresiones: «Allí..., allí, unos cuantos asesinos, pagados por los agentes de don Carlos, clavaron el alevoso puñal en el corazón de un hijo predilecto de la patria... Allí, el trono de la inocente Isabel se conmovió al faltarle una de sus más fuertes columnas...; allí os arrebataron un amigo, digno de serlo vuestro, porque lo era mío; allí el príncipe rebelde consiguió una brillante victoria con la muerte de un poderoso enemigo, y allí, por último, los manes humeantes de la ilustre víctima claman venganza...» Vuelto hacia el otro lado, soltó un hermoso *epifonema,* después una *vituperación,* inmediatamente una *histerología* o *locución prepóstera,* y luego, señalando al Provincial de Segovia, en cuyas filas se ocultaban los asesinos, gritó: «Que les delaten inmediatamente sus compañeros o el regimiento será diezmado en el acto.» La voz y la espada eran rayos... Me retiré con las manos en la cabeza. No podía oír más. ¡Horrible susto!... Creí que ya estaban contándolos para matar uno de cada diez.

Después supe que, aterrados y confusos, algunos delataron a los culpables. Eran éstos treinta y tantos... Yo corrí; pero con mala suerte, porque me cogió Fernando, señalándome el camino que había de seguir, el cual a una venta próxima conducía. «¿Y qué tengo yo que hacer en la venta?», le dije. No pude escabullirme, y allá me llevaron, teniendo la desdicha de encontrar por el camino al maldito Ibraim, que me daba prisa, como si fuéramos a una fiesta o a apagar un fuego. La tropa se puso en marcha... Vi a los delincuentes escoltados por los Guías... Metiéronles en la venta... Un consejo de guerra, que actuar y sentenciar debía sumariamente, les aguardaba... Cinco capellanes éramos; pocos, a mi entender, para tantas víctimas. Luego supe que los condenados a morir, o sea los más criminales, eran sólo diez. Los demás irían a presidio. ¡Diez! También me parecía mucho.

No tuvimos que esperar largo tiempo los ministros espirituales, porque los de la ley humana despacharon en un periquete, dándonos el ejemplo de la

brevedad, tan recomendada en cosas militares; Ibraim me pareció satisfecho de contribuir con su capacidad eclesiástico-castrense a la purificación del ejército. Encontraba muy natural la pena y se condolía de que hubiera tardado tanto su aplicación. Mejores entrañas revelaban los otros tres compañeros, y uno de ellos allá se iba conmigo en aflicción y pusilanimidad. Al entrar y ver el tristísimo grupo de los diez pobres condenados, no pude contener mis lágrimas, y mentalmente les dije: «Pero, hijos míos, ¿a qué habéis hecho esa gran tontería de matar a vuestro general? ¿No sabíais que esas locuras se pagan con la vida...? ¡Vaya, que si vuestras madres os vieran en este trance...! ¿Por qué no os acordasteis de ellas antes de hacer fuego contra el superior...? Sin que me lo digáis sé yo que todo fué obra de un arrebato, una funesta obcecación. No fuisteis a él, no, con intención de matarle; pero la enredó el demonio y os perdisteis en un momento. Sin duda habíais bebido más de la cuenta... Ya os veo arrepentidos; lo estabais antes de ser condenados, ¿verdad? No sois vosotros tan malos como el general os cree. ¡Vaya, que os ha dicho unas cosas!... Perdonadle también, y preparaos a gozar de Dios, que os espera...» Casi las mismas expresiones empleé después con los dos que me tocaron, guapos chicos, ¡ay dolor! Y que estaban de veras arrepentidos. Mataron como por juego, sin mala idea. La guerra les enseña a segar vidas, a hendir con la bayoneta vientres y espaldas, a disparar el fusil contra cráneos y pechos, y acaban por apreciar en poco las vidas de nuestros semejantes. Cierto que su general era su general. ¡Pues estaría bueno que las honrosas armas empuñadas para defender a la reina contra un corifeo de la misma augusta señora se volviesen! Hay que matar con reglas, ya que el matar dicen que es necesario. ¡Maldita guerra, escuela de pecados, salvoconducto de los impíos, precipicio a que ruedan las almas, simulacro del infierno!

El segundo que confesé era un chiquillo que para interesarme y conmoverme más demostraba un valor sereno, enteramente a la romana. Creía merecer su castigo, lo aceptaba con estoica fiereza y una torva conformidad con tan cruel justicia. La confesión fué breve y me llenó el alma de angustia. Con la ternura más viva le prometí el Cielo, le pinté en breves rasgos las miserias de este mundo, ponderé las delicias de la bienaventuranza con que galardona Dios a los pecadores que llegan a El purificados por el martirio, limpia la conciencia de todo mal... El pobrecillo me creía... Vi en su rostro un no sé qué de confianza y placidez... Díjome que era vizcaíno y que por intimar demasiado con camaradas de mala conducta se veía en aquel trance; que si era cierto que podía entrar en la Gloria moriría pensando que Dios le franqueaba las puertas de ella y pediría misericordia con toda su alma. Repetíle mis consuelos, las seguridades de que pasaba a un mundo de perdón y felicidad. Le di un abrazo apretadísimo... Habría prolongado mis exhortaciones, mis cariños, pero no podía ser: ya todos concluían; las ejecuciones debían seguir al acto religioso con la prontitud que es norma del procedimiento militar. Breve es la misa, breve la confesión, todo rápido y a paso de carga, para tener contento al tiempo, el gran amigo de Marte.

Sacáronles a unas eras cercanas y les colocaron de rodillas junto a una tapia, nosotros junto a ellos, hasta que con una seña nos mandaron retirar. Ibraim daba fuertes voces a los dos que asistía. Yo, a los míos, no sabía ya qué decirles. Creyérase que me fusilaban también a mí, según estaba de macilento y lívido. Por fin... Yo no había presenciado nunca cosa tan horrible. Sentí un pánico superior a toda mi entereza de varón y de sacerdote; quise huir; tropecé...; recogióme en sus forzudos brazos el bruto de Ibraim. Por un instante perdí el conocimiento, y al abrir los ojos vi los diez cuerpos en el suelo, entre charcos de sangre. Sonaban los tambores como mil truenos.

Vi al capitán y a dos capellanes que se inclinaban sobre el fúnebre montón, reconociendo entre las víctimas a una que se incorporaba pataleando. Era el mío, que había quedado vivo, sin ninguna herida mortal. ¡Jesús, qué susto, qué congoja! Alguien habló de rematarle. Sintiendo como si un rayo me traspasara, me arrodillé ante el capitán de Guías y le dije: «Si a éste, que se ha salvado milagrosamente, no se le perdona la vida, que me fusilen también a mí. Así se lo diré a mi amigo el general en jefe.»

En tanto, el pobre chicose ponía en pie, ensangrentado, mas por la sangre de los demás que por la suya. Le cogí en mis brazos, gritando como un loco: «¡Perdón, perdón!» Los oficiales, para gloria suya lo digo, se pusieron de mi parte y el capitán corrió a ver a Espartero. Minutos después, venía el indulto... Dispénsenme mis buenos amigos: al llegar a este punto me siento tan mal por causa de la extenuación, de las terribles angustias de este crítico día, que me veo precisado a suspender la carta. Mi temblor y debilidad exigen que me recoja. La pluma dejo a Fernando, que rabiando está por quitárnela, no sólo por su afán de que yo descanse, sino por el gustazo de escribir a ustedes. El lo hará con menos turbación que este su atribulado amigo y capellán

Pedro Hillo.

TERMINA DON FERNANDO

¡Qué pena, amigos de mi alma, ver a nuestro pobre clérigo en funciones tan impropias de su alma candorosa, de su condición pacífica y dulce! El pobre ha sufrido lo indecible, sacando fuerzas de su flaqueza y alientos de su cristiana ternura. He quitado de su mano la pluma, pues su estado nervioso y febril me inspiraba inquietud, y obligándole a tomar algún alimento lo mando a la cama, entendiendo por esto un abrigado espacio entre albardones, mullido con buenas mantas.

Leída su relación, la encuentro tan ajustada a la verdad que en ella no tengo que añadir ni una tilde. Contará la Historia el terrible escarmiento tal y como nuestro capellán lo ha referido, con la añadidura del milagro del pobre chico ileso, que más bien parecía resucitado. Le corresponde cadena perpetua; pero su juventud puede confiar en los indultos que traiga la política o en los sucesivos actos de regia clemencia. Se llama Buenaventura Iturbide y es natural de Bilbao. Le han metido en la cárcel, donde apenas pueden revolverse los infelices presos por espionaje, deserción y otros delitos. Mis amigos y yo les hemos socorrido para que no perezcan de hambre. Las tristezas del desgobierno de la nación, el espectáculo de los infinitos males y desórdenes que ocasiona la guerra abruman nuestro espíritu, incitándonos a buscar en un oscuro retiro el olvido y el aislamiento. Deseo con toda mi alma salir de este pueblo, reponerme del fúnebre espectáculo de la justicia militar. Terminada esta carta, escribiré a mi madre con la extensión que ella desea y que es para mí el más grato empleo del tiempo; le contaré todo, le daré razón detallada de mis pensamientos más íntimos, y cumplido este deber buscaré algún descanso entre albardas, para continuar nuestro viaje mañana tempranito.

En mi cerebro traje y conservo con amor vuestra casa y vuestras personas. Vivís todos en mí: la casa, con su placidez, con su blancura; vosotros, con la bondad y el cariño que en mí habéis puesto, y a que correspondo queriéndoos como hermanos. ¿Qué me dicen mis discípulas, qué mis queridos chicuelos? Me considero estampado en su memoria, como ellos están en la mía, donde les veo y les oigo. Nos hemos quedado muy tristes con esta ausencia, ¿verdad? Yo les juro que de buena gana picaría espuelas hacia Villarcayo, si no tuviera el compromiso de acompañar a mi capellán hasta Vitoria. No se conoce la intensidad de los afectos y la dureza de sus ligaduras hasta que nos damos un tirón como este que me ha separado de vosotros. En fin, no digáis que me pongo romántico, sentimental. Más sencillo es deciros llanamente que os quiero con el alma. No os he perdido, no, porque deje de veros. Feliz como ninguno será el día en que os recobre vuestro hermano

Fernando.

III

DE PEPE ITURBIDE A SU PADRE, CASIANO ITURBIDE, RESIDENTE EN BILBAO

Miranda de Ebro, 1 de noviembre

Señor padre: Sabrá que mi querido hermano Ventura es salvo, no por misericordia del superior, sino por milagro que hizo el Altísimo no permitiendo que le dieran muerte las balas disparadas sobre él; con lo que queda dicho que le fusilaron, sin que pudiéramos mis compañeros y yo hacer nada por librarle de la pena, por lo que le diré ahora o

después; que tantas cosas desgraciadas nos ocurren, juntamente con la felicidad de ver vivo a Ventura, que no sé por cuál empezar. Trajéronle a la cárcel, donde le están curando las heridas, que no son graves su condena, por conmutación, es de presidio para toda la vida, y aquí le tenemos, con lo que dicho queda que en esta malditísima cárcel moramos todos, el que suscribe, y Zoilo Arratia, y también el amigo Pertusa, a quien damos la encomienda de escribir por todos, pues ya sabe usted lo torpes que somos Zoilo y yo para la escritura corrida y lo bien que menea la pluma don Eustaquio.

La parada que por cosas de Zoilo tuvimos que hacer en Villarcayo nos retrasó, y llegamos aquí más tarde de lo que creíamos. Era mi propósito entregar al general Van-Halen la carta del señor de Gaminde y empezar mis diligencias al objeto de sacar a Ventura del Provincial de Segovia (señalado, por indisciplina, para un severo castigo) y pasarle a otro Cuerpo. Pero la mala suerte o nuestra tardanza, ¡ay de mí!, quisieron que aquellos cálculos tan juiciosos salieran fallidos, pues apenas entramos en el pueblo, y cuando nos hallábamos reparando el cuerpo con unas sopas, fuimos detenidos y apaleados, se nos registró de la coronilla a los calcañales, quitándonos cuanto llevábamos, dinero, armas, cartas y papeles, y para remate de tanta picardía nos encerraron a los tres en el más pestilente calabozo de esta cárcel, donde pedimos a Dios y a la Virgen Santísima que los gruesos muros se vuelvan de cartón para escaparnos, o que a traernos la preciosa libertad venga una mano bienhechora.

Pero han pasado días y no viene a salvarnos mano de hombre ni providencia de Dios, y estamos ya en el colmo de la desesperación, maldiciendo al cielo y a la tierra. Zoilo es el más inconsolable; se da golpes en la cabeza, se arrastra por el suelo, echa de su boca horrores, muerde los barrotes de la reja, como un ratón cogido entre alambres. Pertusa es el que lleva con más calma nuestra prisión, pues su acendrada fe le da confianza en Dios misericordioso y en el triunfo de la inocencia. Mientras Zoilo blasfema y se da golpes, Eustaquio reza; su religiosidad se me va pegando, aunque no tanto como yo quisiera. Yo lloro, pienso en mi casa y mi familia y aguardo el instante de la libertad preciosa que nos han robado estos cafres. Desde el calabozo, diré más bien sepulcro, oímos ayer el ruido de la tropa que salió a formar cuadro hacia la parte del camino de Vitoria. Al estruendo de los tiros temblamos de pavor, redoblando cada cual sus demostraciones: yo mis llantos, Zoilo sus blasfemias, Eustaquio sus padrenuestros y avemarías. A poco de esto v i m o s por la reja que traían a Ventura vivo, aunque manchadito de sangre; me puse a chillar con fuertes alaridos, y los carceleros se apiadaron de mí, permitiéndole entrar en nuestra mazmorra para que yo pudiera abrazarle y él contarnos el caso feliz de su fusilamiento milagroso. Dice Eustaquio que ya en esto se ve claramente la mano de Dios, la cual no ha de tardar en venir hacia nosotros, pobrecitos inocentes perseguidos de infame justicia. Luego se llevaron a mi hermano a la enfermería para curarle sus leves heridas con salmuera y vinagre, y no he vuelto a verle, aunque sé por el calabocero qué está bien, comiendo como un descosido y deseando q u e le destinen adonde ha de cumplir su condena.

Por la declaración que hoy nos han tomado caigo en la cuenta de que nos acusan de espías del faccioso, y a mí, por añadidura, de desertor, lo que sí es verdad por un lado, por otro no lo es. Cierto que me escapé del Provincial de Toro; pero yo y otros doce muchachos bilbaínos que fuimos agregados al batallón no servíamos como tales soldados de la reina, sino como milicianos auxiliares, y no teníamos obligación de estar en filas más que dentro del terreno de Vizcaya, conforme a fuero, y así consta en papeles que firmaron don José Arana y el general San Miguel... De los trece, cinco abandonamos el batallón en Guardamino, después de batirnos heroicamente, aunque me esté mal el decirlo. Bilbaínos somos, y pertenecemos a la sacra Milicia Urbana, que obligada está, ¡vive Dios!, a defendernos contra esta picardía de meter en la cárcel a tres hombres de bien, que han derramado su sangre preciosa por la patria, bajo estas o las otras banderas.

Haga por librarnos de tan horrendo suplicio, amado padre, poniendo en conocimiento del señor Arana, del señor Ga-

minde y de todos los pudientes de ésa la desgracia que nos aflige, para que manifiesten al señor Van-Halen y al invicto general Espartero nuestra honradez y circunstancias.

Cedo la vez a Zoilo, que ahora sale con la tecla de no querer escribir, porque su rabia le corta el dictado y no sabe poner sus ideas en orden, como es conveniente en todo buen discurso. Reniega del género humano, y hasta de las potencias celestiales, llegando a la gran abominación de decir de Dios cosas muy feas por haber consentido este vituperio. Tanto yo como don Eustaquio, con su bendita mansedumbre, tratamos de traerle a conformidad y le hablamos de su cara familia para despertar en él sentimientos que no sean la ira loca. Pero no cede a nuestras razones blandas, ¡pobre amigo!, y me temo que su furor de independencia y el ver su voluntad entre hierros, le lleven a convertirse de hombre sesudo en bestia feroz. ¡Dios tenga piedad de él y de nosotros, ay! Por su cuenta notifico que no hemos encontrado a *Churi*, y que en ningún punto de los recorridos nos han dado razón del desdichado sordo. Dice don Eustaquio, y por su cuenta lo pone, que cuando le conoció en el Bocal iba pegadito a las faldas de una que llaman Saloma la *Baturra*, de quien estaba locamente enamorado, en tal extremo de pasión, que era un puro volcán que reventaba con gestos furiosos y expresiones desatinadas. Le tuvo entonces por hombre perdido, abocado a un fin desastroso, el cual teme sea ya un hecho, o lo que es lo mismo, que ya no se encuentre el pobre *Churi* en el mundo de los vivos. Con todo, si nos devuelven la libertad y Zoilo recobra su ser indagaremos hasta encontrarle, empezando por tomar lenguas de esa señora baturra, que pertenece a la cuadrilla del llamado *Uva*, cantinero.

Concluyo, mi señor padre, pidiendo a usted la bendición, y mandando los cariños más acendrados a mi amadísima hermana Mercedes y a mis hermanitos Deogracias y Lucas, a quien repartirá usted cuantos besos sean menester para contentarles a todos, así como buenas memorias a la Encarnación y a Camilo, y a los demás de casa. ¡Cuánto han de llorar, señor padre, usted el primero, cuando sepan la infausta prisión mía! Señor, desde este infierno, lanza un ¡ay! dolorido en demanda de socorro, y con las alas del corazón hacia Bilbao gimiendo vuela, su cautivo amante hijo

José Iturbide.

P. D.—Como hasta hoy martes, día de los fieles Difuntos, no puede salir la carta, le añadimos este parrafito para que sepan que seguimos en la propia miseria y desesperación, ignorantes de cuál será nuestro fin. A mi hermano le oímos cantar anoche en el calabozo donde está con sus compañeros, condenados a pasarse la vida en Ceuta. ¿Qué harán con nosotros? Espartero se ha ido; Van-Halen con él, y estos tres míseros mortales sepultados aquí, esperando que la Caridad y la Justicia nos abran la puerta. ¿Por dónde andan estas señoras?... Y entre los tantísimos santos de ayer, ¡solemne fiesta!, ¿no hay uno, uno siquiera, que nos salve? ¡Oh injuria del Cielo, oh negación de la omnipotencia!... Señor, estamos locos. Don Eustaquio le escribe al obispo, a la reina gobernadora, a don Pío Pita Pizarro, y creo que también al Papa. Me ha dicho que esta mañana, mientras yo dormía, Zoilo dictó y firmó una carta para el caballero de Villarcayo. Ha trocado el furor por la risa, una risa enferma que da escalofríos. A sus carcajadas acompañan temblores de todo el cuerpo, y cuando don Eustaquio le habla de Dios, ríe mordiéndose las manos. ¡Señor, Señor, piedad de estos pobres!...

IV

DE DON PEDRO HILLO A LOS SEÑORES DE MALTRANA

La Puebla de Arganzón, noviembre.

Aprovecho, mis caros amigos, un corto descanso en esta villa para darles referencia de nuestra feliz salida de Miranda, ambos con la triste impresión de la tragedia que muy a pesar nuestro presenciamos. Si Fernando goza de perfecta salud, no puedo decir lo propio de su acompañante, el cual, por el camino, ha sentido que le rondan achaques antiguos. Hállase el tal, es decir, yo, un tanto febril, y no veo las santas horas de llegar a Vitoria para descansar a mis anchas. Creo que el susto de Miranda, que considero el más terrorífico de mi vida, me

ha revuelto toda la naturaleza, sacando de los últimos fondos de ésta males viejos, que yo creí dormidos o arrumbados para siempre. No se asusten, porque ello no será nada, y con reponerme de aquel terror y con alimentarme y coger un largo sueño, pienso que he de tornar a mi habitual temple.

El tal Zoilo Arratia y sus dos compañeros entraron en Miranda, según mis noticias, el mismo día que nosotros, habiendo hallado alojamiento con rara prontitud, aunque la vivienda que se les dispuso no fuera muy de su agrado. A poco de llegar se abrieron para los tres las puertas de la cárcel, donde gimen por los graves delitos de deserción y espionaje. De esto se les acusa; falta que sea verdad su delincuencia, y me guardo mucho de sentenciar a nadie sin conocimiento, que yo también, ¡ay!, he sido enchiquerado por conspirador, hallándome tan inocente y puro como los ángeles del cielo. Sean o no criminales los antedichos sujetos, tienen mi compasión por la pérdida de su libertad, y les deseo un buen juez, *rara avis*, que les redima o les condene según su merecido. Creí yo que el bilbaíno, tan oportunamente puesto a la sombra, no nos molestaría; pero no ha sido así. Poco antes de partirnos de Miranda, y cuando nuestro caballero se despedía de sus amigos en el parador cercano, llegó al nuestro una esquela escrita en la prisión por el Arratia, y a Fernando dirigida, en la cual manifiesta sentimientos contradictorios, extraña confusión de arrogancia y miedo, de amenaza y súplica, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda desesperación y delirio tienen su asiento. No viendo que por ahí nos pueda venir peligro, y atento a evitar a Fernando hasta el más leve motivo de disgusto, guardé la carta y nada le dije. Informo a ustedes del suceso, porque es mi deber procurar que nada ignoren; mas no vean en él motivo alguno de intranquilidad, pues para mí no lo hay. Sólo me inquieta mi endeble salud y el deseo de llegar pronto a la gran Vitoria, donde nos alojará mi amigo el canónigo patrimonial, don Vicente de Socobio y Zuazo, a quien daríamos el gran berrinche si nos fuéramos a la posada. Cualquiera que sea nuestro albergue, el señor de Socobio recibirá las cartas que de Villarcayo, de Madrid o de otra parte del globo terráqueo se nos dirijan... Ya viene Fernando; ya nos avisan que todo está dispuesto. Oigo el piafar de los briosos corceles. Partamos... Dios nos acompañe. Reciban los vivos afectos del caballero y los dos mozos, así como de este humilde capellán,

Pedro Hillo

V

DE DON FERNANDO CALPENA A PILAR DE LOAYSA

Vitoria, noviembre.

Querida madre: Ya no puedo ocultar a usted por más tiempo el verdadero motivo de nuestra larga detención en esta ciudad. No había querido hablarle de la penosa dolencia de nuestro buen don Pedro, esperando a que su estado me permitiese juntar en una sola noticia la enfermedad y su alivio. Por desgracia, no puedo hacerlo así, ni sabe ya contenerse mi aflicción, la cual ha de ser mayor si no la manifiesto a la persona que más quiero en el mundo. Sí, madre querida; nuestro excelente y leal amigo, el que a entrambos nos dió consuelo y ayuda en los tristes días de nuestra separación, se halla gravemente enfermo desde que a Vitoria llegamos, y hasta hoy vanos han sido los cuidados y la solicitud con que le asistimos, tanto yo como el señor de Socobio y sus angelicales sobrinitas. El mal que le aqueja es de los peores y más dolorosos: una antigua afección a la vejiga, exacerbada en este viaje. Gran quebranto sufrió la flaca naturaleza de nuestro amado presbítero con el espanto de las terribles escenas de Miranda de Ebro; mas aunque le vi profundamente afectado, pensé que con la distracción del viaje y mi compañía, para él siempre la más grata, no quedarían rastros de aquel trastorno. Ello es que no volví a ver en mi amigo la jovial sonrisa y el temple festivo que constituyen su personalidad. En La Puebla empezaron a molestarle los síntomas primeros de su mal: su tristeza en todo el camino me reveló su padecimiento, aunque se esforzaba en ocultarlo. En cuanto nos apeamos fué preciso llamar al médico, y el ataque tomó en los días siguientes alarmantes proporciones. Mantúvose una semana en situación

estacionaria, sin alivio notorio del sufrimiento ni crisis de mayor gravedad. Pero en la siguiente, ésta se ha manifestado con caracteres inflamatorios que me hacen temer un desenlace funesto. Nada he de decir a usted de la conformidad y paciencia con que este santo varón lleva su terrible mal: ahoga sus quejidos para no causarme pena, y en los trances más dolorosos intenta enmascarar su inmenso padecer con una sonrisa que me destroza el alma. Habla de la muerte sin temor y hasta con regocijo; asegura que no le importa morirse después de ver arreglados nuestros asuntos, y a usted y a mí en libertad y disposición de amarnos. Esta era su aspiración, éste su anhelo. Viéndolo cumplido, no tiene nada que hacer en el mundo. ¡Cuánta abnegación, qué alma tan hermosa!

La asistencia facultativa es excelente, pues el señor Busturia, hombre de no común saber, grave y estudioso, pone sus cinco sentidos en mi enfermo. De mi cuidado y vigilancia, velando a su lado noche y día, nada tengo que decir a usted, pues ya comprenderá que no haría más por el hermano más querido... Si ocasiono a usted una gran pena, contándole el malestar de nuestro pobre amigo, me consuela el dar a mi madre una parte de mi tribulación, seguro de que la tomará, por ser mía y por ser objeto de ella, el hombre nobilísimo y desinteresado que con tanta lealtad nos ha servido.

En estas ansiedades que sufro, siento a mi madre conmigo; ella me da aliento; ella redobla mi abnegación; su grande espíritu me conforma. Quiera Dios que en mi próxima carta pueda enviarle mejores noticias su amante hijo

Fernando.

VI

DEL MISMO A LA MISMA

Vitoria, diciembre.

Madre querida: Si en mis tres últimas vengo transmitiendo a usted esperanzas con gradación muy lenta, en ésta, que es la cuarta de diciembre, creo poder darlas con menos miedo de equivocarme. Me dice el médico que cree sorteado el gran peligro y que el enfermo entra en un período de reparación, si bien es tal su debilidad que aquélla no puede ser rápida. Ya su estómago admite alimento y estas noches últimas ha dormido con sosiego algunos ratos. El grave riesgo de la reabsorción parece conjurado totalmente. No obstante, me abstengo de entregarme aún a la alegría del triunfo, pues éste es dudoso. Aprovechando los momentos en que le tenemos despejado, le he leído algunos trozos de las últimas cartas de Madrid, y aquel en que me expresaba usted su anhelo de vernos juntos los tres festejando el restablecimiento de nuestro capellán le afectó de tal modo que hube de suspender la lectura porque el llanto le ahogaba.

Por cierto que no sé cómo hemos de pagar a este señor de Socobio y a su familia abnegación tan extremada. Llevamos aquí cuarenta días con las increíbles molestias que ocasiona un enfermo grave, y ni un instante he visto desmentida la bondadosa paciencia de estos señores ni en ninguna cara muestras de contrariedad o cansancio. ¿Proceden así por efusión caritativa o por un exceso de sociabilidad, en la cual prevalece el culto de los cumplimientos? Creo que de todo hay en un grado superior.

Mucho me complace que ya esté en Villarcayo nuestro ínclito don Beltrán. Aguardo impaciente su primera carta. Ojalá sea histórica y que siga el hombre con la vena de comunicarme los sucesos políticos y militares con su gracioso pesimismo. La última que me escribió de Madrid con la reseña biográfica del nuevo Ministerio es deliciosa. ¡Cuánto más dignas de los honores de la letra de molde son esas donosas pinturas que las infinitas insulseces que *fatigan las prensas* uno y otro día y que sólo servían, como dice Bretón, «para envolver los dátiles y el queso»! Y ya que hablamos de notas biográficas, algo tengo que decir a usted de las mías, pues mi pobre historia, aunque parece dormida, no lo está, y cuando menos lo pienso se remueve, causándome tristezas y zozobra. Cuando esté más tranquilo y vea libre de todo peligro a mi caro capellán, le contaré a usted... Pero no, no; se lo contaré ahora mismo para que no caiga en cavilaciones que la mortificarán más de lo justo.

Vamos a ello, que tengo toda la noche

por mía para darle a la pluma. Hillo duerme y yo velo platicando con mi adorada madre, que se me figura está detrás de mí, mirando por encima de mi hombro lo que escribo. Esta mañana, hallándose el enfermo muy animado y, según decía, con ganas de vivir, habló-me así: «Fernando, se librará mi alma de un gran peso si te revelo un secretico.» Total, que Zoilo Arratia se presentó en Villarcayo preguntando por mí el día siguiente al de nuestra salida. No es esto sólo. En Miranda, adonde se cree que fué en mi seguimiento, acompañado de otros dos individuos que Hillo desconoce, me libré de tan enojosa visita por la circunstancia de haber sido presos los tres caminantes a poco de su llegada, ingresando en la cárcel. ¡Qué raro es todo esto! ¿Verdad, madre mía? Entiende don Pedro, por algo que oyó en Miranda, que les detuvieron por espías y desertores. Casi estoy por salir a la defensa de Zoilo Arratia, no creyéndole capaz de tan feos delitos, si bien por otras infames violaciones de la ley moral le juzgo merecedor de condenación eterna. Bueno; sigamos, que aún falta lo mejor del secretico. En su calabozo escribióme el bilbaíno una carta, que recibió don Pedro mientras estaba yo en la calle despidiéndome de mis amigos. Naturalmente, por no disgustarme se abstuvo de dármela y la guardó en la cartera donde lleva sus testimoniales y otros papeles de importancia. «Busca, hijo, busca ese documento y descífralo si puedes, que para mí el que tales desatinos ha escrito, más que en el calabozo de una cárcel, debiera ser aposentado en la jaula de una casa de locos.» No tardé en encontrar la carta, y a la vista la tengo. Escrita con excelente letra española de pendolista, lleva en torcidos garabatos la firma del esposo de Aura. Extracto en forma breve sus conceptos delirantes y su nervioso estilo. «Estoy preso. Juro a usted que soy inocente. Bien puede creerme esto, como creerá que le odio con todo mi corazón. He venido en busca del señor don Fernando para que celebremos pacto de amistad, matándonos como dos hombres bravos... Sálveme, señor... Usted me aborrece, yo le aborrezco... Decidamos noblemente cuál debe vivir. Si usted estuviera preso, yo le salvaría. Yo carezco de libertad: démela usted; sálveme, que bien puede hacerlo con sus influencias. Seamos uno y otro libres, y al punto se verá cuál de los dos debe vivir y cuál no...»

Vea usted, señora madre, una verdad romántica, salida de la vida real, y rectifique lo que no hace mucho me escribía, asegurando que el romanticismo no tiene existencia más que en los libros y en el irritado numen de los poetas. La tranquilidad espiritual que ahora goza usted le inspira estos juicios. Según vivimos, así pensamos. Las ideas audaces, las antítesis violentas, son el centelleo de las pasiones que nos agitan. La sensatez y el razonar frío nacen de la regularidad, de la satisfacción de los deseos... La intensidad dramática de un conflicto personal, de uno de esos nudos fatales que ofrece la vida, hacen de cualquier hombre vulgar un personaje de Víctor Hugo o Dumas. Andan por el mundo más Hernanis y más Antonys de lo que ordinariamente se cree... Sea usted benévola con mi pedantería y no se inquiete por el repentino hallazgo de la carta, romántica, que a mí no me ha causado el efecto que su autor, en este caso poeta sin saberlo, ha querido producir en mí. La guardo y espero. Me va muy bien con este clasicismo a que hemos llegado, después de tantas turbaciones y angustias, y no quiero salir de un estado en que gozo la inefable dicha de vivir en comunidad de ideas y sentimientos con mi querida madre. Pongo fin a estas cosillas con un aforismo que acabo de descubrir, y del cual doy a usted traslado para que se ría o nos riamos juntos: «La felicidad es clásica.»

Domingo.

No tuve prisa en terminar mi carta, porque el furioso temporal de nieve nos priva de correo, según dicen, en dos o tres días. El de Villarcayo me trajo ayer carta de Valvanera, con la noticia de estar Pepita afectada de calenturas, aunque leves, alarmantes por la deplorable propensión de esas criaturas a los males de pecho. Afortunadamente había remitido la fiebre, y esperaban una pronta mejoría. Trájome también una donosa epístola de don Beltrán, de letra de Nicolasita, pues la menguada vista del ilustre señor difícilmente le permite ya, ni aun con cristales de gran fuerza, largas tareas de escritura. Pero su inteligencia y gracia no merman al compás

de la vista. Había de leer usted, para gozar de ellas como yo, la pintura de las fatigas que está pasando el pobre conde de Ofalia en la Presidencia de ministros. Según don Beltrán, las napolitanas han llevado al Ministerio al noble prócer y diplomático don Narciso de Heredia porque en él ven el único arreglador de la intervención extranjera que nos libre de la guerra civil. Créese que esta vez, como las anteriores, Luis Felipe, a pesar de su amistad personal con Ofalia y de lo mucho que le considera, dirá, como el pastor: «Con tu pan hagas las migas, que con el viento no se oye.» En cambio, el bondadoso conde anda como atontado entre el barullo de las Cortes, elegidas antes de su nombramiento, compuestas de oradores fogosos que a todo trance quieren *ministrar*, aunque sea sólo por un par de semanas, para repartir docena y media de destinitos entre los hambrones de la familia. Las disensiones del general en jefe con el Gobierno le traen loco; el militarismo crece y todo lo avasalla. ¿Dónde está el hombre de Estado por quien la nación suspira? El festivo historiador Urdaneta cree que el Mesías político que esperamos no es otro que su nieto, el marqués de Sariñán, hace días electo diputado por Tudela y ya camino de la Corte, *apretándole a ello* la falta que hace en España su presencia, según los agravios que piensa desfacer y entuertos que enderezar. Con estas burlas de su propia estirpe mezcla don Beltrán gallardamente juicios muy acertados sobre las diversas cuestiones pendientes, como esa zaragata que ahora se traen por restablecer los diezmos en el ser y estado que tenían antes del corte que les dió Mendizábal. La lucha entre el *progreso* y el *retroceso*, como ahora dicen, se parece a la controversia que entablaron los conejos acerca de si era pachón o podenco el can que les perseguía. Confía don Beltrán que *Higinio* y *Alejandro*, los héroes de La Granja, habrían de encontrar arbitrios de gobierno más eficaces que los de estos señores, si les pusieran en las poltronas y les dejaran proceder conforme a su elemental criterio, sin nada de lo mal aprendido en libros o peor cursado en las aulas parlamentarias. No le oculto a usted que el donaire de nuestro anciano me hace dichoso y que no puedo menos de ver en el fondo de él una observación sagaz y un sentido justo. Es el siglo pasado, filósofo y analizador, que se ríe del barullo en que nos hemos metido los del presente, queriendo cambiar de mogollón ideas, formas y costumbres. Si digo un disparate, no me haga usted caso.

Martes.

Continúa el mal tiempo y los correos empantanados, contratiempos que tengo por insignificantes junto a la felicidad de ver a mi querido clérigo en franca mejoría. Lo que siento es no poder transmitir a usted por los aires la expresión de mi gozo. Hoy quería don Pedro escribir a usted un parrafito; pero no se lo he permitido, porque aún está muy débil. Ya lo hará otro día, cuando los buenos caldos de gallina que le administran estas señoras vayan dando a sus sentidos corporales la energía de que hoy carecen. Leo al enfermo lo que escribo y con esto se entretiene y es feliz. De esta familia de Socobio contaré a usted muchas cosas: aún no es tiempo. Son todos ellos, varones y hembras, un poco arrimados al *retroceso*, lo cual no quita un ápice a la bondad de sus corazones y a la excelencia de su conducta social. Parientes cercanos tienen en la facción y alguno va y viene que les trae noticias frescas de lo que en ella pasa. Me abstengo, por delicadeza, de hacer indagaciones sobre estos particulares, y nada les pregunto. Hoy hablaré a usted con preferencia de un conocimiento que hice anoche mismo, a poco de cenar, por mediación de nuestro bondadoso don Vicente de Socobio. Hablóme de un joven que ardientemente deseaba conocerme, y abriendo yo al instante las puertas de mi confianza al desconocido sujeto, no tardé en verle llegar a mí. En el comedor trabamos un largo coloquio, del cual vino algo parecido a la amistad, con las naturales reservas, pues el individuo de autos me ha parecido sumamente agudo, de estos que, revelando extenso saber de cosas, aún dan la impresión de que ocultan mucho más de lo que revelan. Es pájaro de cuenta, según las primeras sensaciones de mi olfato, y no rehuyo las nuevas visitas que me anuncia, pues la de hoy, para hacer boca, ha sido sustanciosa y de gran interés para mí, como verá usted por lo que voy a contarle.

Don Eustaquio de la Pertusa, que así

se llama, o dice llamarse, este despabilado mozo, empezó revelándose como uno de los tres individuos presos en la cárcel de Miranda el día mismo de nuestra llegada: sus compañeros de viaje y de infortunio eran Zoilo Arratia y otro bilbaíno nombrado Iturbide. ¿Qué tal? Esto no lo esperaba usted, ni tampoco que mi visitante se declaró autor de la carta de Zoilo en su parte caligráfica y en algunos toques de su extravagante estilo. Vamos de sorpresa en sorpresa, mi querida madre, y no es la menor que el señor de la Pertusa está libre, como atestigua su presencia corporal, y los otros infelices continúan presos. ¿Por qué esta diferencia de suerte? ¿Será porque se ha demostrado que Iturbide y Arratia son criminales y don Eustaquio inocente? No, señora; precisamente ocurre todo lo contrario, y vea usted el giro paradójico de este singular caso, que entra de lleno en la esfera de las creaciones románticas. En un arranque de sinceridad y de confianza, que no sé si me asombra o me asusta, el señor de la Pertusa me ha revelado que sus compañeros se hallan tan limpios del crimen que se les imputa como los ángeles del cielo; él, mi romántico personaje, no podía decir lo mismo. Sin dar tiempo a que yo expresara las observaciones que sobre tan extraña confesión se me hacían, me agració con preciosos datos de su historia. En su agitada vida militar y política había desertado dos veces: la primera, de las filas de los urbanos de Huesca, donde defendió la causa de Isabel; la segunda, de las filas de Cabrera (división de Forcadell), donde combatió por la causa de don Carlos. La realidad y la experiencia persuadiéronle de que ambos ejércitos eran cuadrillas de locos, igualmente ominosas ambas banderas, funestos sus caudillos, infernales sus armas, y por estas y otras razones que no podía revelar, hase afiliado en las banderas de la paz, o sea en el salvador, en el honrado y noble partido que trabaja por la terminación de la guerra, no con pólvora y balas, sino con perdones y abrazos. Siguió a esto un ardiente encomio de los elementos de inteligencia y fuerza que constituyen el tal partido, al cual pintó como un gran cuerpo invisible dentro y debajo de las multitudes combatientes y en toda la extensión de la masa social española. Clero y milicia, nobleza y estado llano, forman la inmensa hueste de la concordia, y ha de alcanzar ésta provocando lo contrario, o sea la discordia, en el seno de cada uno de los partidos guerreros. No me parecía mal este plan de campaña de los pacíficos, y al punto lo relacioné con los últimos disturbios en el ejército de la reina y los síntomas de indisciplina en el de don Carlos. En buen hora viniese la descomposición, si con ella venía la paz; pero ésta no me parecía, y así se lo dije, muy firme y sólida fundada sobre el cimiento de las energías corruptas.

Oyendo al exaltado joven, que se me iba representando como un pez muy largo y de muchísima trastienda, me asaltó una idea, después otra... Pensé primero en la monstruosidad inconcebible de que siendo culpable don Eustaquio e inocentes sus compañeros, hubiera recobrado el malo la libertad y los buenos no. Interrogado por mí con vehemencia acerca de este punto, díjome calmoso, clavando en mí sus ojos penetrantes: «Ellos están presos porque no tienen quien les ampare. Yo estoy libre porque cuento con relaciones, y por muy hondo que caiga, no me falta nunca un clavo sólido a que agarrarme. Escribí a un amigo, éste habló con un personaje que no puedo nombrar, y héteme en la calle, sin que se nos dijera por qué salía yo y mis compañeros se quedaban.» Tanta iniquidad, injusticia tan cínica y desvergonzada, me sublevaron. Pero ¿España es así y ha de ser siempre así? ¿Es en ella mentira la verdad, farsa la justicia y únicos resortes el favor o el cohecho? Y sobre ese terreno, más bien charca cenagosa, ¿se quiere fundar cosa tan grande como la paz?

Voy a la otra idea, que sin atormentarme como ésta, también embargaba mi espíritu. «¿Por qué viene don Eustaquio a contarme a mí todas estas cosas?—me decía yo, observándole sin dejar de oírle—. ¿Qué ha visto en mí que pueda inducirle a tales confidencias? ¿Es un conspirador, un temible espía o un farsante insustancial? Si su oficio es el espionaje, ¿por cuenta de quién lo practica?» De pronto surgió rápidamente de estas ideas otra, y sin preparación alguna se la solté en esta forma ruda: «Señor de la Pertusa, usted es agente de don Eugenio Aviraneta. No le pregunto por qué o por quién conspira, ni me importa saberlo. Sólo le digo que pierde usted el tiempo si ha intentado tantearme para que le ayu-

de en sus maquinaciones.» Y él replicó al instante, gozoso, estrechándome la mano: «Señor don Fernando, no puedo revelar a usted quién es mi jefe inmediato. Sólo le digo que soy soldado de la paz, algo más que soldado, aunque no es bien que declare por ahora mi graduación. Por la paz trabajo, por la paz sufro persecuciones. He querido conocer y tratar a usted, porque el señor Socobio, a quien reverencio como a uno de los más calificados de la *Causa pacífica*, le designó entre los que creen que para terminar la guerra debemos meter cizaña en ambos ejércitos, desacreditar a sus caudillos, fomentar el cansancio de la tropa, el hastío de los pueblos.» Yo no había sostenido que esto se hiciera y trabajara como se amasa y cuece un pan, sino que era un hecho, un caso real, engendrado por hechos y casos precedentes. Pertusa, que, como todos los conspiradores, declaraba obra suya los fenómenos históricos, producto de la vida colectiva, afirmó que lo que yo llamaba hechos era resultado de la campaña de los *pacíficos*. Despedíle al fin, fatigado de tan larga conferencia; pero él me anunció nueva monserga para el siguiente día, ansioso de comunicarme cosas que, a su parecer, me interesaban, y a cambio de este servicio me pediría mi cooperación en una forma que no había de comprometerme. Más que mi recelo ha podido mi curiosidad, y aquí me tiene usted con más deseo que temor de que vuelva.

He vacilado, querida madre, en expresar aquí una idea que me asaltó; pero dejando pasar la noche sobre ella, mi voluntad se ha decidido a manifestar a usted todo lo que pienso. He dormido mal, atormentado por esta idea, más bien propósito, que va usted a conocer ahora mismo. La injusticia me irrita, me subleva. No sea el favor instrumento del mal; séalo alguna vez del bien. Tengo amistades valiosas; dispongo de algún favor. No soy digno de mí si no voy a Miranda y pongo en libertad a los dos inocentes, Zoilo Arratia y José Iturbide.

Su querido hijo

Fernando.

VII

DEL MISMO A LA MISMA

Vitoria, diciembre.

Madre amadísima: Doy y usted me da los parabienes por la mejoría de nuestro capellán, ya bien manifiesta, y la informo de la segunda aparición del tal Pertusa, en el cual veo ya claramente un pájaro muy sutil. Añado que es agradable, de rostro moreno, con vivísimos ojos de ratón, sonrisa de pícaro redomado, mediano de cuerpo, de palabra fácil y graciosa. Un detallito para concluir de pintarle: estudió para cura, hasta recibir las primeras órdenes. Dejando la Iglesia por las armas, recibió en las filas de los urbanos primero, en las de Cabrera después, la última mano de la educación social, con borla de doctor en toda humana picardía. En filas le dieron el mote de *el Epístola*, que ostenta como recuerdo glorioso de sus campañas.

Voy a mi asunto. En la de hoy interesante visita (transposición tenemos), empezó por suplicarme el suministro de cuatro onzas para proseguir su viaje, de que han de resultar notorios beneficios a la *Causa pacífica*, y antes de saber mi conformidad con este audaz expolio, me doró la píldora, notificándome que en Vitoria se hallaba la cuadrilla de *Uva*, en la cual hay personas que podrán darme informes preciosos de lo que más vivamente me interesa. ¿He dicho algo a usted de la cuadrilla de *Uva*? Creo que sí. En efecto, la banda de cantineros ha entrado en Vitoria con la división de Buerens. Y puedo decirlo por propio conocimiento, pues cuando escribo ésta ya estoy de vuelta de la posada de San Blas, donde, guiado por el amigo Pertusa, he podido ponerme al habla con los apreciables vagabundos que surten de aguardiente a nuestros soldados. El primero que me saltó a la vista, por conocerle de antiguo, fué *Churi*, el endiablado sordo, que se manifestó descontento de verme, y no empleaba, como otras veces, el lenguaje de sus garatusas expresivas. Su estado de ropas y carnes es lastimoso. Me causó mucha pena; díjele como pude que a Bilbao volviese con su familia, y el señor *Uva*, un sujeto que afecta gravedad impropia de su condición y oficio.

respondióme por él que eso mismo le recomendaba la cuadrilla toda, sin conseguir quitársele de encima. Una mujer a quien llaman *Seda,* huesuda, larguirucha y muy charlatana, pegó la hebra; y como notase en mí no poco agrado de oírla, me llevó aparte, y entre sacos de paja y dornajos, me largo esta página biográfica, que extracto para no cansar a usted.

El tal *Churi,* que padece la enfermedad o monomanía del amor, con la contrariedad de que su sordera le imposibilita para satisfacer su espiritual anhelo, se prendó locamente de una hermosa mujer llamada Saloma la *Navarra;* rechazado por ésta, y brutalmente apaleado por un tal Galán, al parecer marido, recayó el infeliz en su dolencia, eligiendo para dama de sus pensamientos a otra graciosa mujer, también llamada Saloma, con el aditamento diferencial de la *Baturra,* y tanto la persiguió el pobre bilbaíno con sus galantes obsequios, tales muestras le dió de la fineza de su inclinación, que hubo la moza de sentir, si no amor, compasión, accediendo a concederle su cariño. Si éste satisfizo en los primeros días al desgraciado joven, pronto hubo de encontrar que el forzado afecto de la *Baturra* no colmaba la ilusión de su alma enamorada, ávida de inefables consuelos. Se advierte que las aspiraciones amorosas de *Churi* son elevadísimas, no contentándose con la fácil conquista de la mujer, sino pretendiendo la suprema comunión, el himeneo ideal...

Ya comprenderá usted, querida madre, que con los datos que me da la señora *Seda* en su r u d o y deslavazado estilo compongo yo la historia, procurando la mayor fidelidad en lo sustancial. Sigo, con el recelo de que usted verá, en lo que escribo, antes la novela que la historia. Lo mismo da, adelante... Pues a las dos semanas, Saloma no podía resistir ni la persona ni las extremadas demostraciones patéticas del pobre *Churi.* No pocos anduvieron en compañía de dos individuos de la cuadrilla de *Galvana,* trayendo y llevando recados a una señora que se apareció medio loca en Orduña y anduvo desatinada por los caminos hasta que su familia la recogió en Salinas de Oñoro. Con los enredos que de dicha señora se traían, fueron Saloma, *Churi* y sus dos compañeros a La Guardia; siguieron hasta La Bastida, y, como la *Baturra* no se recatase en manifestar su preferencia por uno de los de *Galvana,* guapo mozo, cabal en todos sus sentidos, trabáronse el tal y *Churi* en grande pelea, primero a puño limpio, luego con navajas, de la cual porfía resultó la dama más estropeada que los galanes; volvió el sordo lleno de achuchones y puntazos al corral pacífico de *Uva,* y de Saloma no se supo más sino que en Miranda terminó su turbada existencia, recibiendo cristiana sepultura en el campo santo de aquella villa.

Madre mía, oigo a usted exclamar «Novela, novela», y yo digo: «Historia historia.» Pulimentando la forma del texto, por el maldito vicio de corrección a que nos induce la llamada cultura, sé que echo a perder el pintoresco relato de la señora *Seda.* Pero ya no tiene remedio. ¿Cuándo inventarán un daguerrotipo de los sonidos que nos permita sorprender la palabra humana en toda su espontánea belleza...? Pues sigo...

No, no sigo, que estoy cansado. Hasta mañana.

Viernes.

¿Se fijó usted en la muerte de la *Baturra?* He aquí un enigma descifrado. Yo mismo empiezo a dudar, y digo con usted: «¿Novela...?» Adelante. Agregado *Churi* otra vez a esta cuadrilla, no pasó mucho tiempo sin que aparecieran nuevas erupciones del volcán de su pecho No habiendo por allí hembras del buen ver de las dos Salomas, navarra y baturra, ofreció su alma a una viuda que vendía tabaco, la cúal le doblaba la edad, conservando restos apenas perceptibles de una destruída hermosura, contemporánea de Talavera y Arapiles. Díjome *Seda* con discreción que, si no había logrado el sordo poner digno remate a su conquista, no debía de andar muy lejos de ello, a juzgar por ciertas blanduras que notaba en el arisco carácter de la *Pringosa,* que así llamaban al nuevo ídolo. Lleváronme a verles en un corral donde el galán y la dama, con otros de la partida, se ocupaban en los poéticos menesteres de limpiar él los borricos, y ella de remendar los aparejos. Hallé en la dama notoria semejanza con una característica que hemos visto en Madrid mil veces haciendo papeles de patrona o de celestina en piececillas y sainetes; pero no puedo recordar cómo se llama. Traté

de interrogar a *Churi* para que me aclarase el punto (convengamos en que la verdad se tuerce y descompone en mis pobres manos, convirtiéndose en novela), el punto oscuro, digo, de la señora trastornada, de la señora que vagaba por la Peña de Orduña, de la señora..., en suma, de la que habría tenido un dramático fin si no la recogiera su familia en Salinas de Oñoro; mas nada pude obtener del desgraciado mozo, que parece ya tan corto de inteligencia como de oído, y es un arca cerrada con las llaves de la imbecilidad. Sus ojos, antes tan vivaces, ya se cuajan atónitos y mortecinos; su boca ha perdido los mohines que sustituían la palabra; su cuerpo languidece. No hay manera de entenderse con él ni de que pronuncie dos conceptos acordes. Parece que sólo le entiende la *Pringosa*, y que su alma, aislada de todo el Universo, sólo para ella tiene lenguaje y expresión de alma humana. Dejéle, al fin, cansado de sacudir g o l p e s en aquella puerta para que se abriese. Está enmohecida, y las ideas que guarda también son roña y podredumbre. ¡Infeliz *Churi!*

Antes que se me olvide: el gran presbítero entra en convalecencia franca. Come y bebe con mediano apetito. Le permito el uso de lápiz y papel para que satisfaga el deseo de escribir a usted participándole su resurrección. Pues sigo: me ha parecido que el servicio del *Epístola*, dándome a conocer la sociedad de los aguardenteros, a quienes debo tan útiles informes, bien merece una recompensa. He puesto en su mano tres onzas, asegurándole que disfrutará de otras tres si cuando regrese de Vizcaya, para donde parte sin dilación, me trae noticias auténticas de todos los individuos de la familia de Arratia.

Sábado.

Me ha turbado toda la noche, quitándome el sueño, el recelo de que usted no apruebe el encargo que di al condenado *Epístola*. Lo primero que hoy hice, al levantarme, fué mandarle venir a mi presencia para retirar mis órdenes y deseos de nuevas noticias. Con otra pelucona completo lo que me pidió, y le advierto que no quiero saber nada, que no se acuerde más del santo de mi nombre. Pero mientras corto comunicación con un pasado triste, veo que se adhiere más y más a mi espíritu la idea que ya manifesté. Quiero libertar a Zoilo Arratia, quiero emplear en aquel desgraciado enemigo mío los sentimientos de justicia que llenan mi corazón. Nada haré sin el consentimiento de usted. ¿Cree que me conviene guardar para otra ocasión mi sed de justicia, y que mi cristiana idea no debe tener aplicación por ahora? Dígamelo, que no hay para mí mayor gozo que someter mi criterio al de mi buena madre y expresar con mi subordinación mi grande amor. ¡Oh, que no fuera mañana mismo el venturoso suceso que usted me anuncia, reunirnos en una casa que comprara en Burgos, Briviesca o Medina de Pomar! ¿Dónde? Si usted no me lo dice, me encariñaré con el sitio antes de conocerlo. Puesto que usted aguarda sólo a que calmen los fríos para venir cerca de mí, a mi lado quizá, yo al lado suyo contaré los días que restan de diciembre, los del próximo enero, calculando que al término de ellos comenzará la mayor dicha de mi vida. Y cierro ésta: ya es bastante. El tiempo mejora; la nieve se derrite; el frío es tolerable. Que pase, que pase pronto. Días asoleados y placenteros, venid, venid. Abrazos mil de su amante hijo

Fernando.

VIII

DE PILAR DE LOAYSA A DON FERNANDO

Madrid, enero de 1838.

Hijo mío, niño, sí, sí, cuando pasen los fríos... Pero estos fríos, ¿qué hacen que no pasan? Por mí no los temo, a pesar de mi delicada salud; pero me han fijado ese plazo y es forzoso que yo me someta a la voluntad de quien puede y debe dirigirme... Ya han pasado los Santos Reyes, tan guapos con sus trajes de púrpura, su lucido séquito, sus camellos arrogantes... Ahora estoy esperando al venerable San Antón, con la barba hasta la cintura, su tosco sayal y el cerdito, tan mono; le oigo ya los pasos... Tras él, muy cerquita, viene San Sebastián, y poco falta ya para estar a las puertas de febrerillo loco. Pronto, niño mío, sí, prontito... ¡Qué gusto!

¡Ay, ay, cuánto he llorado con tu última carta! Tu anhelo de justicia, tu sublime rasgo de caridad, salvando al enemigo injustamente condenado, te enalte-

ce a mis ojos; me siento orgullosa de ti. Ríanse otros de la caballería, de ese ideal del bien y la justicia, tan arraigado en almas españolas; yo no me río, no puedo reírme de eso. Lo llevo en la masa de la sangre. Caballeros mil tengo entre mis antepasados. En ti se reproduce mi raza generosa, cristiana, grande por el valor, por la abnegación y el heroísmo. Tienes a quién salir.

Te diré con entera franqueza lo que pienso sobre el particular. La catástrofe de tus amores en Bilbao me obligó a imponerte una sumisión absoluta, y con ella te salvé de mayores desastres; pero no he querido, no, decapitar tu voluntad ni matar tu iniciativa. No puedo menos de considerar, al propio tiempo, que al revelarme a ti y descorrer el velo de tu origen, si te he dado el consuelo dulcísimo de poseer una madre, he quitado a tu personalidad en el mundo aquel brillo, aquella dignidad, ¿por qué no decirlo?, que ostentan personas nacidas de padres menos ilustres, pero en condiciones normales y regulares. Esto es tan delicado, que no sé cómo decirlo. Pero tú lo entiendes, mi bien, y me basta. Bueno: pues el conocimiento de tu origen nos trajo, creo yo, la abdicación de tu voluntad. Mi amado hijo me resulta un muñequito, ¡ay, sí!, un lindo juguete, sin vida para recrear la mía. No, no; esta condición muñequil no puede satisfacerte, ni a mí tampoco me satisface. El vacío de que antes hablé, producido por la irregularidad del origen, no se llena sino con la rehabilitación de la voluntad, para que con ella emprendas altas y nobles acciones. Lo que te falta, aprecio de ti mismo, conciencia robusta de tu valer, créalo tú con potente audacia, fundando un hombre nuevo sobre las ruinas del pobrecito chasqueado en la villa heroica; lo que de menos tienes en dignidad por tu origen, búscalo ahora y agrégatelo y complétate... ¿Me entiendes? Creo que sí... Pues bien: tus impulsos de caballería me saben a gloria... Soy muy caballeresca. Te reconozco. Apruebo plenamente que quieras ganar lo perdido. Tus ideas cristianas de suprema hidalguía y virtud son la grandeza que yo quiero para mi hijo. Sí, da libertad a ese hombre.

Pero, ¡ay!..., aguarda..., no... Me dejo arrastrar de mi imaginación... ¿Y si te pasa algo? Ya sale aquí la madre. ¡Oh, sí!, la madre tiene que mirar por tu vida, por tu felicidad. ¿Y si todas esas grandezas morales y caballerescas me privan de tu felicidad, de tu vida...? No, Fernando, no hagas caso de ajenas desdichas. Deja a ese hombre que se arregle como pueda... Retiro lo que habrás leído. Habló antes la ricahembra; ahora habla la madre. Súbitamente me vuelvo muy ñoña. No me resigno a que el amor de mi vida afronte los peligros de la ingratitud, de la brutalidad de un hombre que es quizá un malvado... No, no; consérvateme, muñequito; desechemos las aventuras, el quijotismo, las sublimidades peligrosas... Ya soy vieja y quiero mi paz, tu felicidad. Seamos clásicos, muy clásicos...

Permíteme que suspenda esto y que aguarde algunas horas para pensarlo mejor...

He pensado, y me decido, al fin, por que no tomes ninguna resolución, al menos hasta que yo vaya y hablemos. El otro podrá aguardar en la cárcel. ¿Qué le importa un mes más o menos? Seamos egoístas..., digo clásicos.

No estoy conforme, no. Me tomaré un plazo más largo, toda esta tarde y toda la noche. Mañana, con mi cabeza despejadita y fresca, pronunciaré sentencia definitiva. En tanto, no habiendo para mí otra alegría que escribirte (pues mientras vacío en el papel mis pensamientos me figuro, como tú, que por encima de mi hombro miras lo que escribo), déjame que garabatee un poco más, hablándote de otros asuntos. Pues sí: le cuento los pasos al buen San Antón, y preparo mis bártulos minuciosamente, apuntando todo lo que he de llevar para que no se me olvide nada. A mi muñequito le llevo mil juguetes. Otros muñequitos como él, que se llaman Víctor Hugo, Dumas, Byron, Walter Scott, a los que he provisto de elegantísima ropa, encuadernación lujosa, con cantos dorados. Esto de los cantos dorados es objeto de mis mayores ansias, y a propósito del brillo y pureza del oro he tenido terribles agarradas con el sastre de libros, vulgo encuadernador Para tu romántica persona llevo también tapas lujosas, abrigos de pieles, pues me temo que aun después de mi llegada persistan los fríos enojosos. Y para nuestro buen capellán no faltará provisión de magnífica ropa de invierno. Vigilo el arreglo de mi silla de postas y la proveo de todas las comodidades. Y no quiero ocul-

tarte que iré bien preparada también de recursos morales, de hábiles defensas contra las intrigas de Juana Teresa. Por Valvanera he sabido que fué a La Guardia con el único objeto de denigrarme, revelando a los Navarridas secretos que descubrió revolviendo los papeles de don Beltrán. La impresión producida en aquella gente sencilla y timorata ha sido de recelo y disgusto, pues *doña Urraca* supo presentar las cosas por el lado que le favorecían, y llenar de escrúpulos el cerebro de las muchachas y de sus apreciables tíos. La situación, hoy por hoy, es la que a renglón seguido te expreso: Doña María Tirgo, resueltamente en contra nuestra, con terquedad irreducible; don José María, vacilante, sufre grandes angustias y bascas, pues queriéndote de veras y admirándote, se siente bajo la presión y horrible dominio de los de Cintruénigo. Su mansedumbre y debilidad son un gran peligro, pues me temo que, al fin, su hermana le arrastre y le veamos en una actitud marcadamente hostil. Fíjate bien en que don José María es tutor de las niñas, y que Demetria se halla bajo la autoridad tutelar hasta los veintitrés años, que cumplirá en mayo del 39. ¿Te vas enterando? Demetria no podrá contraer matrimonio sin licencia de su tutor, y éste, según la ley, no está obligado a dar ninguna explicación de su negativa. Por todo lo expuesto, mi querido hijo, en conciencia debo aconsejarte que suspendas por ahora tu viaje a La Guardia. Conviene que nos demos un poquito de tono. Nuestra dignidad nos exige no mostrar un interés excesivo, ni las prisas del solicitante importuno. Ello ha de venir por su propia madurez: no nos precipitemos. ¿Estás conforme? Aseguro que sí.

Y va de noticias. Ha llegado a Madrid mi excelso sobrino el marqués de Sariñán, con la investidura de diputado por Tudela. Pásmate: no ha ido a buscar alojamiento apropiado a su categoría en Genieys, ni en las otras dos medianas fondas que aquí tenemos, y se ha metido en casa del amigo Mendizábal, sujetándose a un modesto pupilaje. Viste regularmente; pero sus camisas, obra de la tijera y aguja de *doña Urraca*, ofrecen un corte de cuellos de extraordinaria novedad. A poco de jurar su cargo, se ha lanzado a la oratoria, haciendo su estreno en la marimorena de los diezmos con un discursito pálido, aprendido de memoria, que ha pasado como un rumor, sin dejar eco más que en el *Diario de Sesiones*. Forma en las filas del más furioso *retroceso*, con Alejandro Mon y Castro y Orozco. Dícenme que gestiona la compra de bienes monacales a bajo precio, entendiéndose con los que liquidan y tasan. De esto no respondo. Lo verosímil no siempre es verdadero.

Domingo.

He pensado, he meditado anoche... Vuelvo de misa; en mi espíritu se confirma esta resolución, que, sin duda, me inspira Dios. Hijo mío, haz lo que te dicte tu gran corazón. No me determino a limitar tu libertad, la preciosa iniciativa de quien lleva en sus venas sangre de tantos héroes antiguos y modernos. Sé lo que digo, y lo escrito, escrito está. Llena mi alma la convicción de que Dios ha de protegerte y a mí no me negará el consuelo de verte triunfante. Ansío que tu alma se fortalezca de dignidad, que tu conciencia se recree contemplando la nobleza de tus acciones. Dios está contigo. ¿Cómo no, si yo soy buena, si te idolatro, si eres mi vida? No temo nada. Que a ti y a mí nos gobierne tu magnánimo corazón. Mil besos de tu madre amorosa.

Pilar.

IX

DE DON BELTRÁN DE URDANETA A FERNANDO CALPENA

Villarcayo, enero.

Joven ilustre: En estos regalados ocios mi ancianidad se repara de sus quebrantos, y heme aquí menos vejestorio, no te rías, de lo que a primera vista represento. Hasta la facultad de ver, que era entre todas las mías la más averiada, parece recobrarse, y aquí me tienes escribiéndote sin auxilio de Nicolasita. Esta y su hermana me encargan que no deje para lo último el ponerte sus memorias; insisten en que las eche por delante, en los comienzos de la carta. Así lo hago, y relámete, ingratuelo, con los dulces afectos que te envían mis nietas. Toda la decadencia de mis queridos hijos está vendiendo vidas, lo que me regocija en extremo, porque dice

Valvanera que yo he traído la salud a su casa. ¡Qué orgullo para mí!... Entre paréntesis, me hiciste mucha falta para las magnas obras del nacimiento que armé a los chiquillos y para la venida de los Reyes, que representamos en el solón con desusada solemnidad, sin que faltaran camellos corpóreos, negros *de carne* y la estrella refulgente. ¡Y tú en Vitoria, detenido por la enfermedad del eximio capellán! Gracias sean dadas a Dios por la mejoría de tu amigo. Sólo falta que decrete pronto el restablecimiento y os traiga a los dos para acá.

Ya sé que presenciaste en Miranda un suceso histórico. Fea y horripilante página te tocó, joven ilustre. Pero así se aprende. En mi campaña del Maestrazgo hube de familiarizarme de tal modo con los fusilamientos y el continuo sacrificio de seres humanos, que ya ni un ligero temblor me producían espectáculos tan terribles. ¡Bonita Historia de España están escribiendo unos y otros, mi querido Fernando! En parangón con esos trágicos anales, debemos presentar nosotros los del género festivo, de que te mandé algunos capítulos matritenses que guardarás como oro en paño. La Providencia se encarga de encariñarme con esta para mí fácil tarea, proporcionándome activos corresponsales que me envían, sin yo pedirlos, preciosos datos. Dime tú: ¿tienes noticia de la toma de Morella por los carlistas? ¿Sabes cómo fué? ¿A que no? Pues yo he recibido hoy mismo carta de un amigo que dejé por allá, Nicasio Pulpis, el cual, como autor principalísimo en aquel lance, me lo describe puntualmente. Antes de referírtelo, déjame filosofar un poco, déjame que sea también algo profeta, que el profetizar es propio de ancianos alumbrados por la experiencia. Pues digo que ahora, con la posesión de aquella plaza en el riñón del Maestrazgo, centro de una imponente masa de baluartes construídos por la Naturaleza, Cabrera, cuyo militar instinto y ciega bravura conozco *de visu*, será dueño de toda la región española que derrama sus aguas en el Mediterráneo. Pronto le verás dominando la plaza de Castellón. Ambas riberas del Ebro, desde Caspe a los Alfaques, serán suyas, y, por fin, Valencia prolífica, con sus codiciados frutos y sus lindas muchachas, caerá en la garra del fiero *leopardo*. Este se ha de crecer, no sólo por la importancia colosal de las posiciones que posee, sino porque su ejército y territorio se mantienen libres de la discordia y corrupción que reinan en el Norte. Lo que creó Zumalacárregui en Navarra y Guipúzcoa se desmorona por la imbecilidad del partido eclesiástico; en cambio, lo creado por Cabrera en Oriente adquiere cada día más vigor, porque allí no hay partidos, allí no hay más que la voluntad férrea de un gran soldado. El dualismo destruye la facción en el Norte; la unidad la fortifica en el Este. Verás muy pronto a Cabrera emancipándose de la autoridad de su menguado rey y combatiendo por un absolutismo acéfalo que llamaremos protectorado, dictadura. He aquí, Fernandito, que lo que no han podido las realezas con el apoyo clerical y las defecciones del ejército lo puede un pelanduscas con algunos puñados de barro popular. Apunta todo esto que digo para que, si cierro el ojo antes de lo que deseo, veas confirmada en los hechos la profecía del humorístico don Beltrán. Cuando la realeza falla, cuando la milicia es impotente, inepto el cleriguicio, incapaz la aristocracia, veamos, hombre, veamos si aparece algo grande y fuerte en medio del surco abierto en la tierra, allí por donde anda la reja del arado. ¿En dónde crees tú que está la energía? ¿En los señoritos, en la nube de palaciegos y empleados, en los de pluma en la oreja, en los de espada al cinto, en los asentistas y contratantes, en los que comen de fonda, en los que andan muy huecos porque han bebido algunas gotas de lo que llaman *el espíritu del siglo?* No sabes contestarme. Miras en derredor tuyo y no ves la energía. Yo tampoco la veo; pero sé dónde está, y me lo callo porque no crean que chocheo, que desvarío. Y como te veo arrugar el ceño, corto aquí mi vena profética y te contaré cómo ganaron los carlistas la plaza de Morella y el ingente castillo enclavado en risco inexpugnable. Pues salió de la plaza un aprovechado artillero cristino, más traidor que Judas, y propuso a Cabrera construir una escalerita cuyas medidas bien tomadas dió, con la cual podían subir al castillo veinte hombres, favorecidos por la oscura y tempestuosa noche. Ello fué un asalto de teatro; vieras allí trepar a los baluartes, franqueando ásperas rocas talladas a pico.

a la vil comparsa con el traidor a la cabeza. Sorprenden al centinela y le dejan seco. Apodéranse del depósito de granadas de mano y la emprenden contra la guarnición, que acude a una defensa tardía. El gobernador trata de forzar la puerta del castillo, ya en poder del audaz asaltante, y resbala y cae y se disloca ambos tobillos. La guarnición desmaya, recoge del suelo a su jefe y adiós Morella. Se largan de la plaza viendo la imposibilidad de defenderla una vez perdida la cúspide del fortísimo mogote, que es como un gigante con cabeza de hierro, manos de fuego y patas de granito.

¿Qué te parece de este hecho de armas? Dirás que es vulgar, villano. No, hijo; es la guerra elemental y primitiva. Ahí tienes cómo sin paralelas ni planos, ni artillería, ni minas, ni nada de la ciencia militar, se toma una formidable plaza. Pero ¿qué digo? Fundamento de la militar ciencia es la astucia. Añádele el arrojo y tienes el perfecto soldado. Ahora irán los sabios a recobrar a Morella, y verás lo que sacan... Te lo repito, sé dónde está la energía; pero me lo callo. Quiero llevarme a la tumba ese supremo conocimiento.

Y hablemos de otra cosa, ea. Al pobre don José M. de Navarridas le tenemos loco, de la grande perplejidad en que le ha puesto *doña Urraca* pintándote como un monstruo de vilipendio. ¡Horror de los horrores! ¡Vaya, que tú monstruo! Y yo, ¿qué seré?... Lo menos el Anticristo. Nuestra generala Pilar, que ya se dispone a venir a regocijarnos con su presencia divina, nos manda suspender las hostilidades y a mí me recomienda la prudencia, pues opina, con muy buen juicio, que si tomo partido por vosotros con demasiado coraje, el furor de la *hidra de Cintruénigo* puede precipitar las cosas de un modo desfavorable para ti. No hay duda que el benditísimo Navarridas, a quien tiene trincado por los cabezones la implacable Tirgo negaría el consentimiento si fuésemos tan simples que pidiéramos a deshora la mano de la niña. No haremos tal. Nos consta que las últimas embestidas para que apechugue con Rodriguito han sido tan infructuosas como las de marras. Se mantiene en sus trece, ¡vaya una hembra!, guardando en su alma, con piadoso recogimiento, la devoción del monstruo.

Adiós. hijo mío. Recibe los dulces afectos de esta familia y la bendición de tu anciano amigo y maestro

Don Beltrán.

X

DEL MISMO AL MISMO

La Nestosa, febrero.

Chiquio: Allá te va más historia, y de la palpitante, de la que duele. Henos aquí refugiados en la villa de La Nestosa, donde hemos tenido que replegarnos todos con la familia menuda, batería de cocina y regular impedimenta de provisiones, huyendo del dios Marte, que se metió inopinadamente en nuestro valle de Mena, mandando primero por delante gavillas de facciosos, trayéndonos después dos divisiones del ejército del Norte, que iban al socorro de Balmaseda. Tan feo mohín vimos en la cara y entrecejo del citado dios de la guerra, que acordamos retirarnos por el foro, trasladándonos a la casa de Juan Antonio en La Nestosa, donde hemos esperado el resultado de los brillantes hechos de armas que han despejado aquel territorio, arrancando a Balmaseda *de las garras del retroceso* (así dice el alcalde de esta villa, el cual goza de merecida fama por la finura de su estilo).

A la salida de Villarcayo me encontré a Baldomero, con quien charlé como una media hora, de la cual consagramos algunos minutos a tu persona, pues él me preguntó por ti y yo le informé de tu feliz situación presente, agregando los vituperios que me parecieron del caso. También vi al general Fermín Iriarte, a Latre y a Castañeda. Conociendo mi repugnancia de referir hechos militares, que comúnmente son cortados por un patrón casi invariable, no me exigirás puntual noticia de los achuchones que en aquellos riscos y barranqueras se dieron unos y otros. Ello es que el caudillo faccioso Cástor Andéchaga recibió un tremendo palizón y que serán inscritos en el libro de la Historia los nombres de Biérgol, Orrantía y Gordejuela, donde corrieron torrentes de sangre, según dicen, que yo no lo he visto. Uno y otro día, desde el 29 de enero, escaramuzas y combates se sucedían, llevando la mejor parte los de acá. Pero tanta y tan-

ta fuerza acumularon esos *indinos* en los montes circundantes de Balmaseda, que el de Luchana tuvo que echar el resto, embistiendo con el brío que suele gastar, y, al fin, las *huestes del progreso* (sigue hablando mi alcalde) forzaron el paso por Orrantía, con lo que quedó sellada la victoria, y el *servilismo* en desordenada fuga. Veremos lo que duran estas ventajas, pues, según observo, en la presente guerra no hay más que un tejer y destejer continuo y un tomar y dejar territorios. Cruel sangría derrama la vida de la patria en el suelo de ésta, y, si no se la cierra pronto, las venas no contendrán más que miseria y podredumbre. Ya me parece un bromazo demasiado cruel la contienda entre *don Isidro* y la *angélica,* y hay que pedir a Dios y al rey de Francia otros cien mil tataranietos de San Luis o de San Felipe que vengan a poner orden y concierto en esta casa de orates donde no hay ningún loquero que sepa su obligación.

En fin, hijo mío, que tú has de ver muchas cosas que ojalá no s e a n tan tristes como las presentes. Aunque todo ha terminado y Balmaseda y su comarca son de Isabel, y ningún riesgo correríamos en Villarcayo, seguiremos disfrutando del buen tiempo y del sosiego de este lindo valle y aquí estaremos hasta que recale tu madre en Medina, acontecimiento dichoso que nos anuncia para el próximo marzo. Valvanera y Juan Antonio te escribirán. Hoy me toca a mí con el auxilio de Nicolasa (pues la condenada vista se me ha resentido de la jarana de estos días), ponerte al corriente de nuestra fuga, sin que grandes ni chicos hayan sufrido la menor alteración en su salud. Ni una tos infantil hemos oído en el tiempo que aquí llevamos, y fuera de la ansiedad por lo que pudiera ocurrir en la casa de Mena, todo ha sido bienandanzas. Que te veamos pronto, niño, y que tu capellán se recobre, y que tu mamá nos visite, y que nos reunamos todos para general satisfacción, presididos por la venerable persona del viejo

Urdaneta.

XI

Agotada la preciosa colección de cartas que un hado feliz puso en manos del narrador de estas historias (lo que no ha sido tan flojo alivio de tan rudo trabajo), su afán de proseguirlas revistiendo de verdad la invención y engalanando lo verdadero, oblígale a lanzarse otra vez por valles y montes, ojeando los acontecimientos y las personas, que de unas y otros da pingüe cosecha la España de aquellos días. Favorecido de otro hado benéfico, de los muchos que andan entre gente de pluma, tuvo la suerte de adquirir en su primera salida conocimientos muy útiles, y allá van del magín al papel, comenzando por la noticia, bien comprobada, de que hasta principios de marzo no pudo abandonar Calpena la hospitalaria esclavitud de los señores de Socobio en Vitoria, por no permitir salida más temprana la convalecencia del capellán, que sólo en aquella fecha se presentó segura. En un buen coche, con escolta de los dos criados, bajaron a Miranda, donde sólo se detuvieron algunas horas. Después de celebrar breve plática con d o n Leopoldo O'Donnell, que mandaba la fuerza; de repararse de alimentos y dejar en la cárcel un recado verbal, por mediación del presbítero Bonifacio Cebrián, primo de Sabas, partieron para Briviesca, donde estaba concertado el encuentro con la señora condesa de Arista, que venía de Madrid. No consta la fecha exacta de la extremada felicidad de la madre y el hijo, al verse juntos de hecho, aunque ya por el pensamiento y el amor lo estaban muy estrechamente; pero ello fué algunos días antes de la festividad del glorioso patriarca San José. Y como el más lerdo puede imaginar, c u a l si las viera, las ternuras, la hermosa efusión del encuentro de aquellas almas, se omite la descripción prolija del suceso. Fernando reconoció en su madre la d a m a ilustre, amorosa, inteligente, tal como su viva imaginación la construyera; Pilar le había visto, como al escondite, en teatros y sitios públicos el año de Mendizábal; mas viéndole ya sin miedo y teniéndole tan seguro en sus brazos, por larguísimo rato le apretó en ellos con rígida fuerza, como si temiera que se le quitaran. En el agraciado rostro de Pilar de Loaysa, la huella de las penas y ansiedades largo tiempo sufridas concordaba las facciones con la edad; pero en el cuerpo y talle salían burlados los años, pues por mucho que se quisiera

estirar, los cálculos no podían pasar de los treinta. De la dignidad, nobleza y elegancia de su porte, cuanto se diga sería pálido. Voz y modales declaraban la mujer de alto nacimiento.

—¿Recuerdas haberme visto alguna vez?—preguntó a Fernando.

—Sí; una vez, una noche, en el teatro del Príncipe.

—Es verdad. Hacían los *Hijos de Eduardo*. ¿Y tú...?

—No sospeché, no... Recuerdo haber dicho: «¡Qué elegante señora!...» Usted me miró un momento con los gemelos, nada más que un momento... Yo la miré con los míos largo rato. Entró en el palco mi entonces jefe, el gran don Juan Alvarez.

—¿Por qué no me tuteas?

—Porque, con su permiso, el tutear a las personas mayores me parece irrespetuoso. No todas las modas novísimas me convencen.

Este breve diálogo y el decir don Pedro, elevando al cielo las palmas de las manos, que aquél era el día más feliz de su vida, fué una suave transición desde la escena de ternura a la espléndida comida que se les sirvió en el parador de Briviesca. Traía la condesa cuatro individuos de servidumbre, de los cuales tres pertenecían al sexo fuerte, y un mediano cargamento de baúles y cajas. En lo restante de aquel día y parte de la noche no dieron don Fernando y Pilar paz a las lenguas, ávidos de la comunicación verbal, que por primera vez gustaban y que les resarcía de las reservas y discreciones que impone la escrita. El gesto, el signo, la sonrisa, la expresión de ojos y boca eran para entrambos nuevo lenguaje que estrenaban con delicia. No se saciaban, no veían el fin de su charla seria, festiva, grave, infantil. Durmieron tranquilamente, y al siguiente día, tempranito, partieron, por Oña, a Medina de Pomar, con la buena compañía de un tiempo primaveral, que estimulaba el regocijo de sus corazones. Entraron en la ilustre villa al caer de la tarde, ocupando una de las mejores casas del condestable duque de Frías, arrendada por Pilar desde principio de año y ya con todo esmero provista de cómodos muebles y de cuanto han menester las personas hechas a la vida regalada. Con los criados que desde febrero estaban allí y los que acompañaron a la condesa, el caserón tomó prontamente aspecto de señoril morada, sin que nada faltase en ella. Las primeras visitas fueron las de Maltrana y don Beltrán, que no cabía en su pellejo de alborozado y vanaglorioso. Poco tardó en presentarse Valvanera con sus niñas, y no hay para qué decir que el besuqueo y las ternezas no tenían fin. Quince o más días duraron aquellas satisfacciones, y tan del gusto de Pilar era la compañía del viejo Urdaneta, que al despedirse los Maltranas le retuvo en su palaciote, con mucho gusto de él y de don Fernando. Forzoso era que éste partiese al cumplimiento de obligaciones que se había impuesto y en las cuales hubo de confirmarse, previo el asentimiento de su buena madre, que una y otra vez le repitió estas memorables expresiones: «Hijo mío, yo te privé de la voluntad en una época de revolución; pero te la he devuelto. En ti resigno toda autoridad; tu corazón grande a ti y a mí nos gobierna. Confío en Dios, que apartará de tu cabeza todo mal.»

Convinieron en que don Pedro no le acompañaría, por el quebranto, no bien reparado aún, de su salud endeble, y se agregó a la servidumbre de don Fernando un criado antiguo de la casa de Cardeña, al cual Pilar trajo consigo; hombre muy para el caso, honrado y valiente como buen guipuzcoano, del propio Eibar fuerte como un oso, leal como un perro muy corriente en lengua éuscara, y conocedor de la topografía del país, así como de toda Navarra y alta Rioja. Llamábase Juan Urrea, que quiere decir *el oro*, y había servido en los estados aragoneses de Arista y Javierre antes de pasar a la guardería de la Encomienda, famoso coto de la casa ducal, cerca de Madrid. Pilar fiaba en sus cualidades, que realmente eran oro puro, y en su poder muscular, semejante a la virtud del acero. Retiróse a Villarcayo el criado de Maltrana, y don Fernando salió con Urrea y Sabas, dejando en Medina el coche, que más bien les servía de estorbo en los caminos que habían de emprender. Triste se quedó la de Arista en su caserón; pero confiaba en la buena estrella de su amado hijo, sobre cuya cabeza veía y sentía la bendición del cielo juntándose para fortificar esta confianza el amor y la fe. Don Beltrán y don Pedro extremaban los recursos sociales

para distraerla, y a los pocos días le mandó Valvanera, en compañía del mayordomo de la casa y del cura de Medina, a su hija Nicolasita para mejor asistencia en la soledad de la noble señora.

Llegado que hubo el caballero a Miranda, se personó en el alojamiento de O'Donnell y allí se estuvo dos largas horas; salieron juntos, regresaron con otro señor que parecía como anfibio, entre paisano y militar; la siguiente mañana se la pasó don Fernando midiendo repetidas veces con sus pasos la distancia entre la cárcel y el Ayuntamiento, y entre éste y la Comandancia militar, acompañado en estas correrías por el diligente padrito Cebrián, pariente de Sabas. Durillo estaba el empeño en que puso toda su energía el señor De Calpena; mas tanto pudo, al fin, su constancia, su abnegación, y en algunos puntos del *vía crucis* su largueza, que al fin, a las seis de la tarde del 4 de abril, entró en la cárcel de Miranda con la orden *a raja tabla* para que el alcaide pusiera en libertad a los presos Zoilo Arratia y José Iturbide. Era un caso, no nuevo, de las corruptelas de la justicia en tiempo y país de guerra; mas el caso suele acontecer aquí en tiempos y territorios de paz. Achaque es éste del favor, forma del *milagro administrativo,* sustituto de la razón así para el mal como para el bien.

La entrada de don Fernando en el calabozo donde materialmente se pudrían en mísera inanición dos seres humanos fué por demás patética.

—¡Eh!... Iturbide, Arratia—dijo al franquear la puerta, seguido del calabocero y del curita—, están ustedes libres. ¡Al fin!... Más vale tarde que nunca.

Iturbide saltó del suelo, en que yacía como un ovillo, y exclamó abriendo los brazos:

—¡Jesús, Jesús mío!

Zoilo, tumbado como un tigre moribundo, rugió palabras ininteligibles. No se enteró de lo que oía; su actitud era de estupor soñoliento, casi de idiotismo. Por la reja entraba bastante luz solar para que Calpena pudiera ver la frente y mejillas del bilbaíno, despellejadas por sus propias uñas; el desvarío de su mirada, la demacración de sus facciones. Hubo de atender a Iturbide, que, atacado de loca alegría, se hincó a sus pies, besándole las manos

—¿Es usted... ese don Fernando? Le esperábamos... Nos dijo el padrico que usted nos sacaría... Zoilo juraba que no... Yo confiaba en Dios..., y en usted, don Fernando de mi alma.

—Fuerte bromazo, ¿verdad? ¡Cinco meses!

—¡Cinco siglos, señor!...

—Y ¿qué ha dicho la ley?

—¡La ley...! Esa puerca indecente, ¿qué ha de decir? Aquí han entrado los ministriles a preguntarnos cosas que no sabíamos, y a enredarnos en mil trampantojos... Tan pronto éramos desertores como ladrones en cuadrilla. Y papeles van, papeles vienen. Preguntar a Bilbao, preguntar a Burgos... Ya ni sabíamos qué declarar; y si mentíamos, malo; si decíamos la verdad, peor. Hemos estado en el infierno antes de morirnos, y bendito sea el ángel de Dios que nos ha sacado, bendito mil veces.

—Dígame... ¿Qué ángel sacó al compañero de ustedes, el *Epístola?*

—Un señor militar que no conocemos. Entró y dijo: «Pertusa, ven», y nada más. Nos quedamos solos Arratia y yo.

—Y ¿nadie ha mirado por estos dos pobres mártires?

—Por estar padre baldadito, vino un amigo de casa; pero nada pudo conseguir. Llegó luego don Sabino, el padre de Zoilo, con un rimero de cartas para generales, clerigones de acá y de allá, y después de andar de Herodes a Pilatos, como un loco, se fué en busca de Van-Halen, que está no sé dónde, y de don Santos San Miguel, a quien se habrá tragado la tierra. Un mes hace que don Sabino se despidió de nosotros, hecho un mar de lágrimas, diciendo: «Volveré pronto», y ésta es la hora que no le hemos visto. Si usted no nos salva, creo yo que aquí nos habríamos muerto de rabia y miseria.

Zoilo, en esto, se había puesto en pie con no poca dificultad, arrimándose a la pared, y miraba con espantados ojos a los tres sujetos allí presentes. No creyó don Fernando que era ocasión de mayores explicaciones dentro de aquel insalubre, odioso recinto, y cogiendo a Zoilo por un brazo le dijo:

—Aquí no hacemos nada. Vámonos fuera.

Dejóse llevar el bilbaíno sin proferir palabra. La impresión del aire, la viva luz de la calle abatiéronle de tal modo,

que no pudo tenerse en pie, y cayó como cuerpo muerto. Urrea y Sabas, que en la puerta aguardaban, cogiéronle en brazos y le llevaron al alojamiento de su señor, en una de las mejores casas de la calle principal. Iturbide, ansioso de vivir, animalizado por el hambre, devoró los primeros alimentos que se le presentaron. Zoilo fué colocado en el propio lecho de Calpena, donde no hacía más que dar vueltas, morderse los puños y proferir expresiones oscuras, que ya parecían rencorosas, ya de piedad o desconsuelo. Gran parte de la noche, su aspecto y actitud fueron de un animal herido. Cayó por fin en profundo sopor. Durmióse don Fernando en la propia estancia, sobre un duro canapé, y a la madrugada, despertado súbitamente por la torcedura de cuello y los dolores que su angosto lecho le producía, sintió rebullir a Zoilo y creyó que lloraba.

Así era, en efecto. Le observó, acercando a su rostro el candil que había quedado encendido, y en tono campechano, de amistosa reprensión, le dijo:

—Señor Arratia, paréceme que las tres de la madrugada no es la hora más propia para llorar Más cuenta le tendría comer algo, pues desde que salió de la cárcel no ha entrado en su cuerpo ni un buche de agua... Qué, ¿no me contesta...? Bueno; pues yo me voy a dormir a otro cuarto, y llore usted todo lo que quiera... Mire; sobre aquella mesa hay un buen trozo de cordero asado que, aunque frío, está muy sabroso, y pan y vino superior. Elija entre vaciar de lágrimas el cuerpo o echarle el sustento que ha menester. Yo no he de ponerme más gordo ni más flaco por lo que usted coma... Qué, ¿no contesta y vuelve la cara...? Pues le aseguro que no tengo ningún interés en que usted viva... Cada uno hace de su vida lo que le place... Bueno; ahí se queda. Yo me voy...

Ya salía, cuando Zoilo le cogió por el faldón, deteniéndole suavemente, sin mirarle. De pronto, se incorporó, diciendo con voz opaca:

—Señor, yo lloro de rabia..., de rabia contra mí mismo... Sepa usted que soy hombre de un querer muy fuerte, y cuando quiero una cosa, la quiero tanto..., que por la fuerza de mi querer sucede. ¿Me entiende?

—Explíquese mejor, amigo.

—Pues libre estoy rabioso, como rabioso estuve preso, porque no me ha salido la cuenta. Yo quería la libertad; pero quería que me la diese otro, no usted.... y quería que no hiciera caso de la carta que le escribí... Este era mi querer fuerte, fuerte como todo querer mío... Y luego resultó lo contrario: que no me sacó otro, que me sacó usted, que hizo caso de mi carta, que se olvidó de nuestras ofensas..., y por eso estoy furioso, señor, porque no me gusta equivocarme, porque no me he equivocado nunca..., y porque ahora me encuentro que, siendo usted mi salvador, tengo que quererle, y no quiero, no quiero...

—¡Oh! Eso es mortificarse vanamente, pues a mí me importa poco que usted me quiera o no. Si le agrada el tenerme rencor, porque así lo siente, téngalo en buen hora; si piensa que busco el agradecimiento, se equivoca. A nada está usted obligado conmigo Y libre queda el hombre para querer quererme o para querer lo que más le acomode. Ea, que yo necesito descansar. Ahí se queda usted con sus quereres y sus rabias, y puede elegir, a su libérrimo querer, entre la comida que allí tiene y el comerse sus propios puños. Abur, amigo, y hasta mañana.

Sin añadir una palabra ni esperar respuesta se retiró don Fernando a otra estancia donde pudo dar algún descanso a sus molidos huesos.

XII

Trajo el siguiente día la novedad de que la expedición del conde de Negri había entrado en tierra de Burgos, lo que puso en inquietud a Calpena, por si la guerra turbaba el sosiego de su madre en el apacible retiro de Medina. Mas O'Donnell le tranquilizó, asegurándole que las operaciones contra Negri eran hacia la parte de Belorado y límite de Soria. Desayunándose con su gente en una estancia baja, que sólo porque comían en ella tenía derecho al nombre de comedor, le dijo Iturbide:

—A ese bruto de Zoilo hay que dejarle con sus manías y no pretender meter una razón dentro de aquella cabeza, que es un sillar redondo, señor, un verdadero sillar, que no tendría precio para rueda de molino... Ahora está con la te-

ma de que agradecer es carga muy pesada. Para mí no es carga, señor, sino más bien alas con que uno vuela.

—Y ¿qué tal? ¿Ha comido?

—Todo el cordero que allí había, y otro tanto que le llevé yo después. Come que come, pues una vez en ello no sabe acabar, me decía: «Veré si con el alimento voy entrando en caja y me sale la gratitud. Es un compromiso, Pepe, deberle uno la libertad a ese don Fernando... Nunca creí que yo pudiera ser esclavo de nadie, y ahora lo soy, pues, para mayor pena, hasta nos da de comer. Tengo que ser su amigo, y él podrá despreciarme si quiere y hacerme más infeliz de lo que soy.»

Creyendo ver Fernando en la franqueza de Iturbide buena ocasión para adquirir los anhelados informes de la familia de Arratia, se le llevó de paseo y no fué necesario ningún estímulo para que el bilbaíno, siempre locuaz, en aquel caso agradecido, desembuchase cuanto sabía.

—Puedo asegurarle, señor, que Zoilo casó el mismo día o noche de Luchana, y que sin esperar a la entrada de Espartero se largó a Bermeo toda la familia, con los recién casados... ¿Qué dice? ¿Que ya esto lo sabe? ¿Sabe también que Aura, por soplos de gentuza, se enteró de que usted vivía y de que fué a Bilbao, trastornándose con la noticia y poniéndose tan perdida de la cabeza que tuvieron que encerrarla? ¿Sabe también que se escapó y que más de un mes estuvieron sin poder encontrarla, y la dieron por muerta y hasta le cantaron el funeral?

—Lo del funeral no lo sabía. Sigue.

—¿Sabe que una vez encontrada, y conducida en coche a Bilbao, ha sufrido unos rarísimos cambios de humor, un quita y pon de razón y locura, pues semanas tenía de querer a su marido y hacerle fiestas, semanas de odiarle y recibirle con las uñas cuando a ella se acercaba.

—De ese tejemaneje de sinrazón y cordura no tenía noticia. Adelante.

—Todas las mujeres son de muy extraña condición; pero ésa, más que ninguna. ¿Sabe usted que Zoilo estaba dado a los demonios y no vivía y se tiraba de los pelos, y que no quedó médico en Bilbao que a la niña no visitara? ¿Sabe que Zoilo encontró una carta escrita por usted a doña Aura y llevada por *Churi*..., y que cuando la leyó se puso más loco que su mujer y quiso pegar a su padre y a su tío y a todo el género humano? Pues fué un paso terrible, del cual se enteró todo Bilbao. El motivo de venir *Luchu* a estas tierras fué como le voy a contar. Quería buscarle a usted y proponerle, por buena composición, que se hiciera otra vez el muerto para que, con el convencimiento de que el don Fernando no existía, entrase en razón doña Aura y pudiese el matrimonio vivir en paz. Si usted a esta figuración de muerto se prestaba, de acuerdo con la familia, serían los dos amigos, Arratia y don Fernando; si a la farsa saludable no se avenía, no quedaba más remedio que quitarse de en medio uno de los dos, desafiándose a muerte. Esta era su idea; pero la familia no quería verle en tales trapisondas, y le estorbaba la salida. Muy terco es él, como usted sabe, y cuando se le mete una idea en la cabeza, antes muere que dejársela quitar. Su tío Valentín era el único de la familia que apoyaba el viaje de Zoilo a Castilla para que recogiese a *Churi* y le llevase atado codo con codo. Esto y el aquel de acompañarme a mí, cuando mi padre me mandó a sacar a mi hermano del Provincial de Segovia, sirvieron de pretexto al amigo Arratia para ponerse en camino... Y sólo me falta decirle que más allá de Balmaseda nos encontramos a Eustaquio de la Pertusa, con quien habíamos hecho amistad en Bilbao, estimándole por su agudeza y buena conformidad. Juntos los tres, el *Epístola* nos sirvió de mucho para franquear los pasos ocupados por facciosos, pues con ellos hace buenas migas. Entre paréntesis, diré a usted que Pertusa reparte papeles impresos con la cantilena de *Paz y fueros netos*, que es la bandera que sacan ahora los que ya están hartos de guerra y de pretendiente absoluto... Pues sigo: andando los tres, cada cual con su objeto, llegamos a Miranda, donde nos pasó lo que usted sabe; que, a mi cuenta, nuestra prisión y desgracia no tuvieron otro motivo que el haber venido con Pertusa, hombre muy travieso y fino, que se mete por el ojo de una aguja, por lo que le anda siempre buscando las vueltas la Policía del general Espartero... Ya conoce el señor el milagro a que debió mi

hermanillo la vida en el fusilamiento del treinta de octubre, y la conmutación de su pena... De los cinco meses de martirio en la cárcel nada tengo que decirle, pues anoche le conté cuánto padecimos hasta que se nos apareció el ángel en forma de don Fernando, que nos dió la libertad y la vida. Bendito sea mil veces y Dios le prospere y haga dichoso, en premio de su grande caridad.

—Ignoraba yo—le dijo Calpena, gozoso—mucho de lo que me has contado, y con ello se disipan las dudas que me atormentaban. Ya empiezo a cobrar tu parte de deuda conmigo por la libertad que te di. Si quieres completar el pago, habla con ese bruto, persuádele a que sea explícito y franco conmigo, declarándome sin ningún rebozo todo lo que piense y cuantos propósitos respecto a mí le inspire su terquedad. Los tercos en ese grado me hacen gracia; digo mal, me cautivan, me entusiasman; creo que de los tercos indómitos es el reino de la tierra.

Toda aquella tarde estuvo Iturbide trasteando a su amigo y amansándole el genio, para lo cual, en vista del reparador apetito que se le había despertado, empleó argumentos de comida exquisita y de vinos superiores, y la cabeza de *Luchu* recobraba lentamente su facultad pensante sin perder nada de su dureza de pedernal. Toda la mañana siguiente estuvo Calpena en la Comandancia recogiendo noticias de la guerra, sin desechar las que de política corrían, las unas verosímiles, absurdas las otras. Véase la muestra: se había descubierto una conspiración civil y militar para quitar la regencia a doña María Cristina y darla..., ¿a quién, Señor?, al infante don Francisco de Paula. Por lo disparatado y extravagante, encontró este noticion fácil acceso en la mayoría de las cabezas. Ello debía de ser, en opinión de muchos, un nuevo delirio masónico. Por otra parte, el moderantismo triunfante, o *retroceso*, desataba vientos de discordia. En casi toda la Península se había declarado el estado de sitio, sin más objeto que perseguir y encarcelar a los *libres;* la imprenta era toda mordazas; el Ministerio marchaba francamente por la senda del absolutismo, emulando al príncipe rebelde en la estolidez de sus disposiciones tiránicas, y para colmo de locura, se arrastraba a los pies de Luis Felipe, pidiéndole una intervención humillante para terminar la guerra, sin obtener más que los *desdenes de las Tullerías* (así hablaban los que querían distinguirse por un fino lenguaje). Y en tanto, las dos hermanitas napolitanas habían reñido, y la gobernadora, que hasta entonces fiara en la espada de Espartero como garantía de su causa, comenzaba a recelar del Luchana, volviendo sus ojos a Ramón Narváez, como amparador más seguro y arriscado. Para dárle la fuerza material de que carecía, se le mandó organizar un ejército llamado de reserva, con cifra de cuarenta mil hombres, y el aparente objeto de perseguir bandidos y facciosos en las provincias manchegas y andaluzas. De todo esto, que a Miranda llegaba desfigurado y con más bulto del que realmente tenía, acaban los oficiales comidilla y distracción en la tediosa vida del campamento.

De vuelta Fernando en la casona que habitaba, hallóse a Iturbide de gran parola con Arratia en el comedor, frente a un jarro de vino, y con el pasatiempo de una barajilla sebosa. Soltó Zoilo con desdén las cartas al ver a su libertador, y brindándole el asiento más próximo, se arrancó al instante con lo que tenía que decirle, ya muy pensado y medido desde por la mañana:

—Señor, dice Pepe que sea yo franco con usted, y yo digo a Pepe que más claro he de ser que el agua, pues la claridad está en mi natural. Con lo que he comido se me ha vuelto a meter la razón en esta parte de la cabeza donde tiene su hueco, y con la razón y la claridad en mí, por muy bruto que yo sea, no puedo desconocer que al señor le debo la libertad y la vida, contra lo que yo deseaba. Pero ante lo que es, no valen suposiciones ni falsos quereres... Hasta hace poco tiempo era mi voluntad que usted se muriera, y créame que la noticia de su verídica muerte habría sido mi mayor alegría. Hoy, ya que no puedo desearle la muerte de verdad, sí quiero que lo sea de figuración, para que mi esposa se cure de su mal de recuerdo, y perdida la esperanza, se acaben en ella los arrechuchos lunáticos que son mi desesperación, mi rabia y la mayor desdicha que puede padecer un marido enamorado.

—Pero, hombre—le dijo Calpena con jovialidad—, ¿cómo quieres que yo me haga el muerto? Dile a tu mujer que no

existo, a ver si te cree. Corres el peligro de que, habiéndola engañado la primera vez, no te crea en la segunda... Pero, en fin, ¿cómo hemos de componer esa falsa opinión de mi muerte? Explícalo tú.

—Pues, señor... o muriéndose de verdad..., o fingiéndolo, como en una comedia que vi yo en Bilbao, en la cual uno, que no me acuerdo cómo se llamaba, salía en el ataúd, y en el propio panteón le metían, resultando que no estaba sino dormido por la virtud de un brebaje...

—Y ¿esas paparruchas de comedia quieres tú que las llevemos a la vida real? La curación de tu mujer podría costarme cara, y no estoy yo en disposición de prestarme a esos fingimientos ridículos y peligrosos, después de lo que padecí con su deslealtad y tu atrevimiento, pues tú no ignoras que Aura era mía, y con tu obstinación, ayudada de malas artes, la engañaste y la hiciste tuya. Ya no te la disputo: puedes estar tranquilo; pero no he de ayudarte a devolverle la razón, pues no fuí yo quien se la quitó, sino tú.

—Señor—dijo Zoilo, levantándose con movimientos difíciles, como quien sufre desazón y mal gobierno de todos los músculos de un lado—, si me riñe lo aguanto, porque es mi deber aguantarlo... Pero yo no callo nada de lo que siento, y con toda la verdad de mi corazón declaro que no hay más que dos caminos para mí: o que usted se muera o que yo me mate, pues así, créamelo, Zoilo Arratia no puede vivir.

—Yo he cumplido contigo un deber de conciencia y nada más tengo que hacer. No quiero yo la vida para jugar con ella imitando lances de teatro, y mientras estés en mi compañía no he de consentir que te mates.

—Señor, si mi mujer no cura, yo no vivo.

—Tu mujer curará.

—¿Cuándo? Veinte médicos han dicho que no curará mientras sepa que vive el que me escucha.

—Pues hay otro médico que dirá lo contrario, si le consultas.

—¿Cuál? ¿Dónde está?

—Es el tiempo, bruto.

—¡El tiempo!... Eso dice mi padre. Claro, si viviéramos quinientos años puede que para entonces...

—El tiempo corre y pasa, y por tanto, cura, más pronto de lo que tú crees... ¿Qué dices, qué piensas?

—Señor—replicó Zoilo tras larga pausa, en la cual parecía querer horadar su frente con el dedo índice—, estoy pensando una cosa... Se me ha ocurrido una idea, una gran idea... ¿Quiere que se la diga? Pues pienso que para el caso nuestro, ya que usted no se muere, al menos, al menos... debía casarse. Todo es matar la esperanza.

—¡Casarme! Y ¿es ésa la defunción fingida que me propones?... No te digo que no me case algún día... ¿Qué estás remusgando ahí? ¿Que ha de ser pronto? Pues, hombre, ¡no pretendes poco!... Todo se ha de arreglar a tu satisfacción.

—Siempre quiero las cosas con fuerza, con toda mi alma, y por eso lo que yo quiero es.

—También yo he querido con fuerza, y... nada.

—Porque no quiere como es debido... Porque usted duda y sabe cosas que le hacen dudar más; porque usted no es un bruto del querer.

—Pues ahora quiero una cosa... Verdad que es fácil. Pero aunque fuera difícil se haría. Mañana nos vamos. ¡Oído! Que todo el mundo se prepare. Os llevaré a Vitoria, donde me has dicho que está tu padre.

Aseguró Iturbide que por unos alaveses llegados aquella mañana se sabía que el señor don Sabino había salido de Vitoria en busca de su grande amigo el general carlista Guergué. Mandó don Fernando a Sabas a la Comandancia para que se informase del paradero del tal cabecilla, pues el bien montado espionaje daba diariamente noticia de los movimientos del enemigo, y la respuesta no tardó en venir: Guergué estaba en Peñacerrada. Al pronto no se hizo cargo don Fernando de la situación de esta villa, cuyo nombre hirió sus oídos como lugar conocido; pero Sabas le sacó de dudas, diciendo:

—Está entre La Guardia y el condado de Treviño.

—Pues por esa parte—dijo don Fernando con nervioso susto, más bien desgana, que no pudo disimular—irán ustedes; yo, no.

—¿Lo ve, lo ve?—gritó prontamente Zoilo, gesticulando con ardor—. No sabe querer... ¡A La Guardia, señor!.... lo

quiero con toda mi alma. Lo quiero, lo quiero, y como no vayamos todos allí me estrello la cabeza contra la pared.

—Eres un bárbaro... Y ¿qué fundamento, dímelo, qué razón tienes para ese querer tan vivo?...

—¡A Peñacerrada y La Guardia!

—¿Crees que encontrarás a tu padre?... ¿Y si antes de dar con él dan con nosotros los carlistas y nos prenden o nos matan?

—Usted teme, usted no sabe querer.

—Hombre, es que...

—El que quiere con fuerza no teme.

—Está bien. Pero supongamos...

—El que quiere con fuerza no supone nada: va derecho a su fin... A La Guardia, señor...

—¿Por qué ese empeño en que vayamos a La Guardia?

—Señor, porque allí está su novia.

XIII

Festivo y locuaz estuvo Calpena el resto de la tarde, tirando de la lengua al bruto de Zoilo para gozar con sus extravagantes teorías del querer fuerte, y, reunidos en el llamado comedor, bebieron y jugaron con discreta fraternidad amo y criados y amigos, guardando cada cual su puesto en las alegrías de aquella igualdad temporal. Como llegaran nuevas referencias del paradero de Guergué, dándole por internado en el condado de Treviño, resurgieron las dudas acerca del punto adonde se dirigirían. Iturbide se mostró temeroso, Zoilo aferrado a su violento querer, y, al fin, propuso Fernando que decidiera la suerte, comprometiéndose todos a la obediencia de lo que el misterio de la fatalidad les señalara. El arduo caso fué sometido al fallo de *cara* o *cruz*, encargándose Zoilo, como el más inocente de la cuadrilla, de arrojar al aire la moneda, previa designación de La Guardia por la figura y Treviño por la cruz. Salió ésta y nadie se atrevió a manifestar oposición a tan grave sentencia. Los medrosos y los arrojados ocupáronse con igual ardor en los preparativos para la caminata del siguiente día, que emprendida fué sin tropiezo, al despuntar de la aurora, por el camino real de La Puebla.

Buenos caballos adquirió Fernando para los dos bilbaínos; pero Iturbide, que se había pasado la vida, primero en su oficio de fabricar poleas, después en el servicio militar de Infantería, no era un prodigio en la equitación, y su impericia daba lugar a cada instante a lances muy graciosos. A Zoilo, regular jinete, no le permitía su debilidad mantenerse en la silla con todo el garbo que él deseara. No habían andado dos leguas cuando encontraron un destacamento de tropas que salió de Miranda la noche anterior. El capitán que lo mandaba les dijo:

—Pero ¿están ustedes locos? ¿Adónde demonios van?

De los informes resultó que todo el condado hervía de facciosos, que las comunicaciones con Vitoria estaban interrumpidas, que en Peñacerrada habían acumulado mucha fuerza, fortificando todas las alturas. Lo mejor que podían hacer los caminantes era volverse a Miranda, o tirar para Salinas, aunque por este punto también había peligro.

Pasados los primeros minutos de perplejidad, manifestáronse dos opiniones: en la boca de don Fernando, valeroso y prudente, la de seguir el juicioso consejo del capitán; en la de Zoilo, que era la temeridad irreflexiva, la de marchar hacia adelante, obedientes al oráculo de la moneda arrojada al aire. Seguramente prevalecería la voluntad del que era señor y amparo de todos, en quien el sentimiento del deber y la responsabilidad de las ajenas vidas se aunaban. Apartándose del camino, echaron pie a tierra para descansar y tomar alimento al pie de unos álamos que ya se vestían de su hoja nueva y eran como apacible tienda de sombra y frescura. Allí se repusieron, y no habían concluído de matar el hambre cuando vieron venir una partida de aldeanos de uno y otro sexo, en borricos y a pie, como gente presurosa o fugitiva.

—Paisanos, ¿qué ocurre?...—les preguntó Sabas, saliéndoles al encuentro—. ¿Hay olor de facciosos por esta parte?

—Olor no, sino peste de ellos—replicó un viejo ladino que montaba el burro delantero—. Somos de Berganzo, y de allí nos ha echado el *asoluto*, después de quemarnos el pueblo. *Asolación* mayor no se ha visto.

—Hacia la parte de Samaniego, ¿ocurre algo?

—En Samaniego—chilló una mujer

que, con dos niños en brazos, montaba el segundo borrico—no han dejado esos perros ni cántara de vino, ni doncella, ni nada.

—¿Qué sabéis de La Guardia?

—Que anoche, *dende* Toloño, se veían las llamas de la villa, ardiendo por los cuatro costados... En Peñacerrada han metido los *carlinos* sinfín de tropa y han puesto cañones en el castillo, cañones en Larrea... No es mal hueso el que arman allí... Díganme, señores: ¿vendrá don Espartero a roerlo? Porque si no viene, y pronto, ¡pobre Rioja alavesa!... Dios nos tenga de su mano. Ea, caballeros, que tenemos prisa para llegar a Miranda, pues de atrás no vendrá cosa buena. Hace un cuarto de hora, al rebasar de Berantevilla, oímos ruido de zalagarda... ¡Hala, que es tarde!... Abran calle... Agur, y viva *la Isabel*...

Apenas se alejó, buscando el camino real, la medrosa caravana, miraron todos el rostro de don Fernando, que, poniendo corto espacio entre la duda y la afirmación, resolvió de plano con firmeza y aplomo.

—Amigos — dijo —, avancemos por el rastro de esa pobre gente, y tal vez hallaremos otros fugitivos a quienes podamos prestar socorro.

Con gallarda confianza respondieron los cuatro a tan airosa determinación, y Zoilo se lanzó delante, gritando:

—¿Ve usted, señor, cómo sale lo que yo quería? Mi querer fuerte apuntó para La Guardia, y a La Guardia vamos. ¡Marchen! No puede pasarnos cosa mala.

Media legua más allá encontraron nuevos grupos que confirmaban las alarmantes noticias del primero, con alguna variación, pues el pueblo que desde Toloño se había visto arder no era La Guardia, sino Paganos. Cada cual agregaba nuevos horrores dictados por el miedo. Halló Sabas gente conocida; le daba en la nariz el tufo de su tierra, oliendo a quemado, y el hombre no vivía; habría querido ir de un vuelo y ver y apreciar la extensión del desastre. Las últimas noticias recogidas a media tarde eran que los *absolutos* habían pasado la sierra de Toloño; que casi todos los habitantes de La Guardia habían huído, pasando el Ebro por el lado de Cenicero, no sin peligro, pues también rondaban partidas por aquella parte; que Peñacerrada era un infierno de fortificaciones; que..., en fin, que se acababa el mundo y que nos encontraríamos todos en el valle de Josafat.

Sin perder sus bríos ante tales demostraciones de pánico, siguieron su marcha, y a la caída de la tarde Sabas descubrió dos aldeanos de Samaniego, el uno pariente suyo, por quien tuvieron más claros informes de lo que vivamente les interesaba. Aterrados por el incendio de Paganos, escaparon de La Guardia todas las familias pudientes que no pertenecían a la opinión *servil*. Las niñas de Castro y doña María Tirgo, formando caravana con las de Alava, no fueron de las últimas en la escapatoria; mas ignoraba el informante si corrían hacia el Ebro, pues algunos que tomaron aquella dirección habían regresado desde El Ciego, huyendo de una partida. Era lo más probable que hubieran tratado de escabullirse hacia San Vicente de la Sonsierra, para buscar el vado y pasar a Briones... Mientras más embarulladas y contradictorias eran las noticias que recibían, más se confirmaban los cinco expedicionarios en la resolución de ir adelante, movidos simultáneamente de un generoso impulso que no sabían definir. Era la voz del Destino que aquella dirección les marcaba, impeliéndoles hacia un fin favorable o adverso, hacia el cual corrían como las mariposas hacía la luz.

Anduvieron hasta el anochecer en medio de una gran desolación. La tarde estaba serena, el cielo transparente y limpio, como un rostro que quisiera expresar la absoluta indiferencia de toda cosa humana... Hablaban poco; tan pronto iba Zoilo delante, tan pronto a retaguardia, canturriando entre dientes, erguido sobre el caballo, y olfateaba el horizonte, curado ya como por ensalmo de aquel torcedor doloroso de su cuerpo. A sus espaldas se puso el sol, y ellos, picando siempre hacia Levante, que con los reflejos del sol poniente se tiñó de resplandores opalinos, luego de un gris violáceo muy puro y uniforme en suave gradación. Sobre esta densa cortina se fué destacando un astro rojo: Marte. La noche entró tenebrosa, sin otra claridad que la de las estrellas. Víspera de luna nueva, el disco de la luna había precedido al sol en el ocaso. De pronto, al descender de una loma vieron los jinetes frente a sí siniestra claridad roji-

za que se difundía en el morado intenso del cielo. Era la cabellera de un incendio. Detenidos por un solo impulso, los cinco dijeron a una voz:

—Un pueblo que arde.

Conocedor del terreno, Sabas examinó con experta vista el horizonte.

—No puedo calcular la distancia del fuego—dijo—; pero si está a dos leguas, no puede ser más que Berganzo; si está más lejos será Peñacerrada.

Y don Fernando:

—Sea lo que fuere, adelante. El que tenga miedo que se vuelva.

Nadie pronunció palabra y Zoilo se colocó nuevamente en vanguardia, alejándose buen trecho del grupo principal. El fuego parecía crecer: ráfagas de viento Sur desmelenaban el resplandor hacia el Norte. De pronto vieron los caminantes que Zoilo se detenía; picando para llegar pronto adonde él estaba, oyéronle decir:

—Viene gente armada.

Aguzaron todos el oído, imponiendo silencio, pero no percibieron ningún rumor; mas Zoilo insistía en que había sentido algazara de tropa. Afirmó que nadie le ganaba en fineza de tímpano, así como en alcance de vista, teniendo, además, la cualidad de ver en las tinieblas, como los gatos. Adelantóse otra vez y volvió asegurando que estaban próximos a un pueblo, que él veía paredes negras y una torre y que oía runrún de gente. No supo Sabas determinar qué aldea o villorrio caía por aquellas soledades y habló de una gran casa de labor o alquería del marquesado de Zambrana. Fuera lo que fuese, a los pocos pasos confirmaron todo lo anunciado por Arratia, pues ya se hallaban a medio tiro de fusil de unas tapias altísimas y no tardaron en oír claramente voces humanas.

—La Santísima Virgen nos ampare —murmuró Iturbide—. Como ésta es noche, hemos caído en una trampa facciosa.

Detuviéronse los cinco por cesación súbita, pavorosa, del impulso interno que hasta allí les había llevado. Transcurridos algunos segundos, que horas parecieron, dijo don Fernando:

—Si estamos cogidos, sepamos por quién; que no hay suplicio como la incertidumbre.

Y aún no había concluído de decirlo, cuando una robusta voz estalló en la oscuridad, gritando:

—¿Quién vive?

Y en el mismo instante se oyeron las voces:

—¡Alto, alto!

A la repetición estentórea del «¿quién vive?», respondió don Fernando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡España!

De las tinieblas surgieron varios hombres con los fusiles preparados. Su aspecto no era de tropas regulares, pues vestían con desiguales prendas y arreos, y llevaban gorra de piel los unos, los otros boina blanca o roja. Adelantóse uno diciendo:

—Alto, y se les reconocerá. ¡Viva Isabel Segunda!

A este grito, que ponía fin a la ansiedad de aquel encuentro, los caminantes, gozosos, libres ya de su mortal sobresalto, respondieron con otro «¡viva!» en que echaron toda el alma... Breve y satisfactorio fué el primer reconocimiento; pero les mandaron no dar un paso más hasta que llegase el capitán. Salió por fin éste, repitiendo las preguntas de ordenanza; cumplidamente las satisfizo Calpena, que a su vez se permitió interrogar:

—¿Qué fuerza es ésta, mi capitán?

—Es la columna que mando yo, Santiago Ibero. Pertenecemos a la división de don Martín Zurbano.

Y cuando esto decía fué reconocido por Sabas, que prorrumpió en exclamaciones de gozo:

—¡Don Santiago..., Santiago Ibero!

—¿Eres de La Guardia?

—De Paganos, para servirle, y usted también. Pero ¿no conoce a Sabas de Pedro?

—¡Otra! ¿Eres tú...? Adelante, señores... ¿Traen comida? Apéense en este corralón. Entremos y hablemos y comamos...

El júbilo de los expedicionarios por verse entre amigos era tan grande que no podían expresarlo sino con risas, gritos y exclamaciones patrióticas. Enterados de que la partida andaba mal de víveres, mandó don Fernando a Urrea que franquease todo el repuesto que llevaban, y la alegría se hizo general. Entraron en un lugar desmantelado, al que seguían cuadras espaciosas, reconociendo Sabas la casa labrantía de Zambra-

na. Mientras acomodaba las bestias y les daba pienso, Urrea iba distribuyendo pan, queso y vino a la tropa en el corralón. Ibero y don Fernando, antes de ponerse a comer, departieron largamente, diciendo el primero:

—También a usted le reconozco. Es usted don Fernando, el caballero que trajo de Oñate a las niñas de Castro, y que luego, herido en un pie, pasó una larga temporada en la casa.

Nombrada la familia, no se hartaba Calpena de pedir informes acerca de ella, y el otro los dió con mil amores. La Guardia no había caído en poder de los carlistas; pero se temía que la ocupasen, por ser muy débil la guarnición. Las familias ricas habían salido, siendo de las primeras las niñas de Castro con doña María Tirgo y las de Alava. Bien podía el informante dar fe de la feliz escapatoria, pues él con su gente habíalas acompañado hasta el paso del Ebro, y pudo enterarse de que sin novedad llegaron a Fuenmayor. Doña María Tirgo, muerta de miedo, proponía que no parasen hasta Cintruénigo; pero Demetria opinaba que no debían pasar de Logroño, donde estarían bien seguras.

Era Santiago Ibero un mozo gallardísimo, franco, con toda el alma en los ojos y el corazón en los labios, cetrino, de mirada ardiente. Nacido en Paganos de una familia de labradores acomodados, su genio impetuoso, su ansia de gloria, más potentes que toda razón de conveniencia, habíanle lanzado a la campaña, antes que por querencia de la profesión militar, por su amor ardentísimo a las ideas representadas en la bandera de Isabel. Quería dar su sangre, su vida por la libertad y el progreso, en los cuales veía fuente inagotable de dichas para la nación. Con tales beneficios, España saldría de su apocamiento y pobreza, mejorarían las costumbres, nos veríamos tan civilizados como los ingleses y tudescos, y seríamos fuertes, grandes, sabios y ricos. Odiaba el oscurantismo, y veía en la hipocresía farisaica de los partidarios de don Carlos la causa de todos los males que nos afligen y del atraso en que vivimos. Al exterminio de esta secta nefanda quería consagrar su existencia, todas las energías de su alma honrada y valerosa. Habiendo visto en Martín Zurbano, a quien conoció en Logroño, la más feliz encarnación de aquellas ideas, y admirando en él, además, el coraje, la perseverancia, la militar pericia, se afilió con entusiasmo en su bandera. Con él peleaba, y con él moriría, si necesario fuese, por la santa causa de *los libres*, que era el porvenir glorioso de la Monarquía y de España.

A la media hora de charla ya eran amigos Ibero y don Fernando, y éste tuvo conocimiento de la situación de la columna. Los carlistas se habían apoderado de Peñacerrada, que, por su posición topográfica en terreno montuoso, era una fortaleza natural. Fortificados también otros puntos de la sierra, ocupados pueblos importantes del Condado, quedaba interrumpida la comunicación de Vitoria con las líneas del Ebro. La situación era, pues, gravísima, y si no venía Espartero con fuerza grande a desatar el nudo, sabe Dios lo que sucedería. Según las noticias del capitán, don Baldomero se preparaba, y en tanto había mandado al general Rivero a la parte de Nanclares, mientras don Martín, en la Rioja alavesa, molestaba al enemigo todo lo que podía, quitándole raciones y amparando a los pueblos. Con este fin, ordenó a Ibero que con su columna limpiase de facciosos los caseríos de la sierra de Toloño, y en ello se vió el capitán muy comprometido, pues, atacado por fuerzas superiores, había tenido que batirse a la desesperada. Intentaba retroceder hacia la Rioja alavesa, para reunirse con su jefe; mas no tenía seguridades de poder conseguirlo. Hallando a su paso en la tarde de aquel día la casa de labor de Zambrana, en ella se hizo fuerte, con el propósito de defenderse bien si alguna partida le atacaba. En caso de gran apuro, y si veía dificultades para retroceder hacia La Bastida, trataría de pasar el Ebro por el vado de Ircio.

En tanto que Ibero y don Fernando se comunicaban sus planes y pensamientos, Iturbide y Zoilo no se apartaban de los de tropa, comiendo con ellos, contándoles peripecias del sitio de Bilbao, a cambio de las recientes hazañas de los *zurbanistas*, referidas, la verdad sea dicha, con disculpable uso de la hipérbole. Aquella tarde se habían peleado heroicamente con doble número de *serviles*, matándoles al jefe y cogiéndoles quince prisioneros. Luego tuvieron la desgracia de que en otro encuentro, en la misma tarde, perdieran ellos tres hombres, lo que no

sintieron tanto como el que se les escaparan los quince cautivos cuando se disponían a fusilarlos en castigo de su amor al *retroceso*. Aquel segundo combate había quedado indeciso, sin grandes ventajas de una parte y otra, perdiendo el contrario dos burros cargados de cebada, y ellos los prisioneros, que *fué un gran dolor*. Si se les hubiera quitado de en medio en cuanto fueron cogidos, no se habrían ido riendo... Pero, en fin, como hay Providencia, no debía desesperarse de volver a cogerles.

A medianoche, unos dormían en grupos tendidos en el suelo, otros hacían guardias en los ángulos exteriores del caserón, y los mejores escuchas de la partida aplicaban la oreja al suelo, en observación de los ruidos lejanos. Ibero y don Fernando se tumbaron en el sitio que mejor les pareció de la anchurosa cuadra primera; pero el capitán no tenía sosiego, y de rato en rato se levantaba para dar vueltas por el corralón y asomarse a las bardas de éste, sin poder desechar el presentimiento de que antes de amanecer le atacarían, con refuerzos, los que en la funcioncilla última de la tarde habían quedado a media paliza y con ganas de llevársela entera.

Durmióse en las alternativas de estos temores don Fernando, teniendo junto a sí a Urrea y a Sabas, y aún era muy incierta la claridad del nuevo día, cuando le despertó un rumor vivo, compuesto de voces corajudas y guerreras. Los facciosos venían, se aproximaban... Silencio, calma y prepararse todo el mundo.

XIV

Brincando entró Zoilo en la cuadra, y dijo al capitán:

—Dénos fusiles, jinojo, si los tiene, y si no los tiene, déjenos ir a quitárselos a esos danzantes.

Fusiles había, los quince de los prisioneros fugados, y al punto dispuso Ibero armar a los dos bilbaínos.

—A mí también—dijo don Fernando—y a mis dos escuderos, que no vamos a estar aquí con las manos cruzadas.

Para todos hubo armas y cartuchos.

—Calma, no atropellarse—repetía el valiente Ibero—. Aunque sean más de mil no nos copan, y aún permitirá Dios que se dejen aquí los dientes. Cerrar todo, amontonando en el portalón del camino las piedras que mandé preparar esta noche para que no puedan abrirlo. Cerrar también, dejándola sin parapetar, en disposición de ser abierta, la portalada del corralón de la noria, que da al campo por nuestra derecha... Ya saben los de la buena puntería que su puesto es arriba, en las ventanas del pajar que dominan el campo. Fuego sostenido, y mucho ojo, amigos... Ya saben los ligeros dónde han de situarse: en el corralón de la noria. Si en la entrada por el camino ponemos piedras, en la otra parte pondremos carne para que esta carne me haga una salidita cuando yo lo ordene. Calma, y fijarse bien lo que mando... Ahora todo el mundo a su puesto, y apagar luces: hagámonos los dormidos para que vengan confiados y se dejen abrasar como borregos.

—Yo me voy con los ligeros—dijo Zoilo—, si el capitán no me manda otra cosa.

—Y yo con los tiradores—añadió don Fernando—, pues no es del todo mala mi puntería. Amigo Ibero, ponga usted en el mejor sitio a mi criado Urrea, que es gran cazador; al enemigo a quien éste eche el ojo, pronto lo verá usted patas arriba. Sabas, tú ¿qué tal tiras? Vente conmigo.

Antes de que don Fernando y los suyos llegaran al ventanucho en que les colocó Ibero, ya empezaban los sitiadores a tirar coces a la puerta. Desde el pajar se les contestó con vivo fuego. Los ligeros, trepando a la noria, disparaban también, sin abandonar el cuidado del portalón. Ibero recorría los puestos, y tan pronto estaba en el segundo corral animando a los chicos, como subía para cuidar de que el servicio de cartuchos se hiciera con prontitud. Sereno en medio del combate, a todos infundía su valor y confianza. Arreció el fuego desde fuera contra los huecos del pajar, y el capitán ordenó a los suyos que aprovechasen bien los tiros, afinando la puntería. Los estragos de la de Urrea se apreciaban fácilmente, viendo cómo se clareaban los grupos enemigos y oyendo sus vociferaciones; don Fernando afinaba también, y Sabas, que no se creía con bastantes ánimos para afrontar el tiroteo, fué destinado prudentemente al servicio auxiliar de los dos diestros ca-

zadores. Con doble juego de fusiles, Sabas y un viejo de la partida cargaban, mientras aquéllos, el fusil en la cara, aseguraban con ojo certero la pieza.

Fiados en su número, los sitiadores, que ninguna ventaja adquirían con el ataque de fusilería, intentaron el asalto, trepando por la parte más accesible de la tapia. Ibero, que les había calado la intención, bajó presuroso, después de dar órdenes arriba para arreciar el fuego, abrasando a los asaltantes todo lo que se pudiera, y sin cuidarse de que diez o quince penetraran en el patio, dispuso la salida por la portalada del corral de la noria. Ello se hizo con rapidez y bravura. Como unos treinta hombres se lanzaron fuera, y la emprendieron a bayonetazos o a navaja limpia con los sitiadores, sorprendiéndoles y aterrorizándoles de tal modo en su impetuoso arranque, que con la sola pérdida de tres de los suyos escabecharon cuádruple número de los contrarios, y a los demás les impelieron a la fuga. Obedeciendo como máquinas la orden de Ibero, volviéronse adentro, después de causar el efecto que se proponían, y atrancaron la puerta con piedras y troncos y cuanto hubieron a mano. De los que habían saltado, algunos quedaron dentro, sin vida; otros, lograron salvarse, y a poco se oyó una voz ronca y frenética que gritaba: «Ibero: volveremos...» Levantado el sitio, los de arriba vieron al enemigo retirarse, llevándose sus heridos. Como a cien pasos, dispararon de nuevo en descarga cerrada; mas Ibero mandó que no se les contestase, gritando a los fugitivos:

—Animales, gastad cartuchos, gastadlos, que yo reservo los míos para cuando volváis.

Gozosos celebraban su victoria, y Zoilo parecía demente, del júbilo que le embargaba, no vacilando en relatar él mismo sus hazañas con infantil orgullo. Sin la obligación de acatar al jefe, que había mandado a los ligeros volverse después de la primera embestida, él se habría traído la cabeza de un faccioso, a quien ya tenía cogido en excelente disposición para decapitarlo. Reconocido el campo, encontraron dos heridos graves, que recogieron, y tres muertos propios. Los enemigos eran catorce, que abandonaron sin cuidarse de darles sepultura. Descansando de la refriega, elogió Ibero la destreza inaudita de Urrea y la de don Fernando. Iturbide se había portado bien entre los ligeros, y Zoilo, al decir de todos, con extraordinaria bizarría y temeridad. Pronto surgió en la mente del jefe de la columna el grave problema de la resolución que debía tomar. ¿Se fortificaban en aquella excelente posición, aguardando tranquilos las embestidas del faccioso, que de seguro no tardaría en recalar con mayor fuerza? La solidez del edificio y la bravura de su gente, reforzada con cinco números, de los cuales tres por lo menos eran de gran precio, le garantizaban una defensa gloriosa; pero si la situación se prolongaba, como era de temer, ¿de dónde sacaría municiones y víveres?

Dificultosa era la salida; pero con todos sus riesgos les ofrecía menos probabilidades de una perdición segura. Marchando hacia Miranda era menos probable el encuentro de una considerable fuerza facciosa; marchando hacia el Este, este peligro acrecía, mas lo compensaba la contingencia ventajosa de encontrar el grueso de la división de don Martín. Encaminarse al Ebro para vadearlo y pasar a la Rioja le parecía desairado: era el recurso último, era imitar a las mujeres y a los pobres viejos aldeanos que huían de sus hogares. Oír quiso la opinión de don Fernando, en quien reconocía un juicio claro y sereno de todas las cosas, y el caballero, que tan gallardamente había sabido conquistar su amistad, no titubeó en darle este terminante voto:

—Yo que usted iría en busca de la peor y de la mejor contingencia, que las dos se le ofrecen por el lado de Oriente; batirme a la desesperada con fuerzas superiores o encontrar el amparo de la división de mi jefe. ¿Quién le dice a usted que don Martín, sabedor o sospechoso del conflicto en que usted se halla, no viene en su socorro?

Esta última razón llevó tal luz a la mente de Ibero, que ya no hubo más dudas.

—Nos vamos ahora mismo—dijo—, apartándonos del llano y metiéndonos en las fragosidades de la sierra de Toloño. Por allí no nos buscarán. Salgamos sin ruido, en secciones, que no han de perderse de vista.

A la media hora ya estaban en marcha, confiados en su buena estrella, Ibero fortalecido por su fe ciega en el ideal de

los libres, que creía obra de Dios. Aunque odiaba el fanatismo, era creyente y buen cristiano; y lejos de ver incompatibilidad entre la libertad y el dogma, teníalos por amigos excelentes, y por amparadores de la Causa a todos los santos de la Corte celestial. Grandes fatigas y trabajos sufrieron en su larga caminata por la falda de la sierra, describiendo curvas extravagantes para huir de los puntos que suponían ocupados por destacamentos carlistas. El tiempo se les torció al segundo día, metiéndose en agua, encharcando la tierra y convirtiendo en torrentes las cañadas que descendían de los montes; mas no conceptuaron por muy desfavorable el temporal, fuera de las molestias que ocasionaba, porque el continuo llover era como una cortina del cielo que les ocultaba en su marcha sigilosa, y la humedad del suelo, si a ellos les estorbaba, quizá en mayor grado entorpecería los pasos del enemigo. En cuatro días de marcha penosa no tuvieron ningún mal encuentro; al quinto toparon con una partida inferior en número, que batieron sin dificultad, y el peligro de que tras ella vendría mayor fuerza lo sortearon escabulléndose en dirección contraria a la que habían seguido los derrotados.

Consumidos los escasos víveres que sacado habían de su fortaleza, empezaron a sufrir terribles hambres. Merodeaban en los abandonados plantíos; algunos cazaban; mas los conejos parecían huir también de la guerra, como su enemigo el hombre. Erizos y otras alimañas encontraron en la espesura del monte; en una aldehuela miserable, sólo habitada por cuatro mujeres y dos vejetes, entraron a saco, arramblando con todo lo que en aquellas pobres viviendas había: algunos panes, cecina y alubias. Dos cabras fueron después gran hallazgo, y mejor aún unas alforjas perdidas, con el tesoro de cuatro quesos y algunas cebollas. Con tales apuros iban viviendo, marchando de noche, ocultos y dispersos de día, hasta que, sabedores por sus avanzadas de que en una paridera próxima a Peciña descansaban veinte facciosos, cayeron sobre ellos de madrugada, y, sorprendiéndoles dormidos, a unos mataron, dispersaron a otros, quitándoles todo lo que tenían. El único que entre ellos quedó prisionero, con un brazo roto, les dijo que don Martín, después de dar un achuchón a los carlistas cerca de Avalos, se había corrido a Leza, internándose después en la Sonsierra. Arrimados a las asperezas del monte, siguieron su camino en busca de Zurbano; y por el afán de avanzar todo lo posible, anduvieron largo trecho en una noche tempestuosa, con horrísono tronar y golpes de granizo, viendo caer rayos y alumbrarse toda la tierra con siniestros resplandores. Pero sus templados corazones, insensibles al miedo, querían ampararse de los accidentes espantables de la Naturaleza para recorrer mayor espacio, prefiriendo los senderos escabrosos e inaccesibles. Por último, más arriba de Leza, les deparó Dios una columa cristina de tropas regulares, perteneciente a la división del general Buerens. Estaban salvados.

Provistos de municiones, pues las pocas que llevaban se les habían inutilizado con la humedad; reparados sus míseros cuerpos con alimento sano, aunque no muy abundante, y adquirido informe verdadero de la situación de don Martín, siguieron en su busca, y al caer de una plácida tarde le hallaron en un desfiladero por donde pasa el camino de herradura entre La Guardia y Pipaón. ¡Feliz encuentro, a los doce días de haber salido de Zambrana, realizando una prodigiosa marcha por país enemigo! Aunque el mérito de ésta no se le ocultaba, Zurbano recibió a Ibero con una fuerte chillería, pues era su condición mostrar rigor y displicencia en todo asunto del servicio, sin duda por hacerse respetar y temer de sus subordinados. Según decía, si hubiera seguido Ibero puntualmente sus instrucciones, no alejándose de La Bastida más que lo preciso para picar la retaguardia a la partida del *Zurdo*, no le habrían pasado tantas desventuras. ¡De buena había escapado! En fin, a olvidar los desastres y a repararlos sacudiendo al enemigo todo lo que se pudiera.

Era Martín Zurbano (a quien se le despegaba el don postizo) un hombre tosco y desapacible, de rostro aclerigado, ceño adusto, boca fruncida, de regular estatura y lentitud parsimoniosa en sus movimientos. Usaba boina blanca y chaquetón forrado de pieles sin ninguna insignia: sable y pistolas al cinto. Hablaba incorrectamente y con acento duro, erizado de interjecciones, lenguaje del valor de aquel tiempo en la milicia montaraz. A pesar de estas asperezas y quizá

porque en ellas veía la perfecta imagen del Marte español, Ibero sentía por él amor y entusiasmo, y aunque sirviendo a sus órdenes quería imitarle en la rudeza de los modales y en las groseras voces, no siempre lograba el objeto, pues más que su proselitismo podían su nativa delicadeza y buena educación. El felicísimo encuentro con don Martín no les proporcionó ningún descanso, pues lo mismo fué llegar y juntarse y recibir Ibero la peluca de su jefe, que se pusieron todos en marcha. No era muy satisfactoria la situación de los cinco caminantes agregados a la partida, pues Iturbide iba en estado febril, tendido en un caro; a Sabas le había salido un grano en el muslo; Zoilo tenía el pescuezo torcido de una fuerte torticolis. Los mejor librados eran Calpena, que padecía extenuación nerviosa por la falta de sueño, y Urrea, que sólo se quejaba de ganas de comer no satisfechas.

La tremenda contrariedad de no poder comunicarse con su madre puso a don Fernando en gran tristeza. Cogido en la trampa de un ejército de operaciones, tenía que permanecer entre las fuerzas cristinas, pues por una parte y otra el enemigo ocupaba montes, villas y lugares. Arriesgadísimo, por no decir imposible, era volver a Miranda con sus cuatro compañeros o pasar el Ebro para refugiarse en Logroño, y no había más remedio que esperar el despejo de la situación y el término feliz o adverso de aquella campaña. Por todo el camino en la marcha fatigosa, no cesaba de pensar que Dios no le había sido hasta entonces propicio en su expedición, quizá por haber emprendido ésta sin lógica ni criterio, dejándose llevar de las corazonadas del insensato Zoilo, o quizá de inexplicables querencias suyas, que él mismo no sabía definir. Y llegado a tal punto de confusión, como el que se pierde en un laberinto, sin encontrar salida, no hacía más que interrogarse de este modo: «Y yo, ¿adónde voy? ¿Por qué he venido aquí? ¿Volveré a ver a mi madre, a mi querido capellán, a mis entrañables amigos de Villarcayo? ¿Habrá dispuesto Dios que deje yo aquí mis pobres huesos? ¿Tendré que hacer el héroe por fuerza para llegar a serlo de verdad? ¿Es ley constante que las acciones muy estudiadas y previstas resultan siempre bien? ¿Es seguro que los actos de impremeditación y de temeridad, comúnmente tenidos por locuras o necedades, enderezan siempre al mal? ¿Qué caminos llevan a la vida, qué veredas llevan a la muerte? ¿Toda senda tenebrosa conduce al Infierno? ¿Toda senda iluminada y florida conduce al Cielo? Si yo tuviese aquí a mi madre para que me ilustrara en estas dudas, mi tristeza no sería tan honda. Ya que no la tengo, traeré su pensamiento al mío, y con esta luz veré lo que solo no veo: la esperanza. Adelante, y sea lo que Dios quiera.»

XV

Llegados, entrada la noche, a media legua de Pipaón, pueblo perteneciente a la Hermandad de Peñacerrada (que *hermandades* y *cuadrillas* son allí las divisiones territoriales), hizo alto la columna al amparo de unas casas destruídas, y don Fernando descansó junto a su amigo Ibero, el cual le dijo que don Martín tenía órdenes de destruir o molestar, por lo menos, a todas las columnas carlistas que llevaran provisiones a Peñacerrada, y, por último, de hacer un esfuerzo para ocupar a Baroja, lugar al norte de dicha plaza, y perteneciente a su hermandad. La tradición designaba aquel territorio con el histórico título de *Tierras del Conde*, por haber pertenecido en tiempos muy antiguos a un don Gómez Sarmiento, repostero del rey de Castilla don Enrique II. Como país montuoso, en los habitantes de la hermandad dominaban las ideas de *retroceso*, así como en las tierras bajas crecía lozana la planta de la libertad. Trabajillo había de costarle a Espartero la destrucción de aquel baluarte que últimamente habían armado entre peñas los soldados del absolutismo, con la intención bien clara de dominar los pasos del Ebro y amenazar las puertas de Castilla.

En tanto, don Martín hizo saber a los cinco individuos de la cuadrilla de don Fernando que si querían continuar agregados a la división y participar de sus víveres y ampararse de ella, era forzoso que estuviesen a las agrias y a las maduras, afiliándose resueltamente como soldados de Isabel II, a lo que accedió el caballero en nombre de todos, enorgulleciéndose de combatir a las órdenes de Zurbano por la gloriosa causa de la rel-

na. En los tiradores de caballería encajaron admirablemente don Fernando y Urrea, buenos jinetes y excelentes escopeteros. Iturbide y Zoilo prefirieron servir como infantes, y Sabas, que aunque valiente no manejaba el fusil con la necesaria destreza, pidió que le agregaran a la ambulancia. He aquí, pues, a los cinco expedicionarios metidos en militar danza por ley de la fatalidad o de la Providencia, que el nombre no altera el sentido o filosofía del hecho. Ninguno de ellos sospechaba, al salir de Miranda, que iban a pelear por Isabel agregándose a su ejército. Pero Dios lo había dispuesto así, sin duda porque, deseando terminar la guerra, quería que a esto se llegara echando toda la carne en los respectivos asadores. La incorporación en las filas fué acogida por don Fernando sin repugnancia ni entusiasmo, como un deber impuesto por circunstancias ineludibles, y lo mismo puede decirse de Urrea, que en todo reflejaba los sentimientos de su amo. Sabas se resignaba; Iturbide parecía contento y Zoilo estaba como demente, poseído de un frenesí de militar gloria.

Quince o más días duraron las operaciones de la brigada y sus veloces marchas en el quebrado país que separa las Tierras del Conde del territorio de Canpezu, los montes de Isquiz, el valle del Ega, los pueblos de Marquínez y Apellániz. El objeto era interceptar los convoyes que el carlista traía de Estella y embarazar toda comunicación de Alava con Navarra. Brillante fué aquella página militar, y los prodigios de valor y agilidad que la formaron apenas caben en la Historia, que por hallarse bien repleta de tales hazañas ya no tiene hueco para más. Firme en su puesto, y atento a su deber, Calpena no se propuso nunca hacer el héroe ni señalarse por el desmedido ardor guerrero: cumplía con su deber, y nada más. En cambio Zoilo era el propio espíritu de Marte: su ambición de brillar y distinguirse nunca se saciaba; hallábase poseído de una loca temeridad; sus hazañas eran, no ya extraordinarias, sino inverosímiles. La envidia hubo de trocarse al fin en general admiración.

Había don Martín tomado afecto a Calpena, con quien echaba párrafos entretenidos, en los cortos ratos de descanso, y hablando de Zoilo le dijo:

—¿Pero de dónde ha sacado usted ese diablete? Nunca he visto mejor madera de militar, ni creo que haya en el mundo quien se le iguale. ¡Maño!, en cuanto vea al general he de proponerle para alférez, y aún me parece poco.

Esto era muy grato a don Fernando, que, sin saber por qué, sentía que el bilbaíno ganaba terreno en su corazón. Verdad que Zoilo le mostraba un afecto sincero; contábale con infantil sencillez sus actos de heroísmo, y parecía olvidado de todos los asuntos que les hicieron rivales. Si no hablaba nunca de lo pasado, Calpena hubo de recordárselo en una ocasión que es forzoso referir.

—Ven acá, chiquillo—le dijo haciéndole sentar a su lado la noche antes de incorporarse la brigada al ejército de Espartero—. Quiero darte la buena noticia de que serás pronto teniente, quizá capitán. Pero, pues has lucido bastante tus dotes guerreras, en las cuales hemos visto que no tienes semejante, debo decirte que no expongas tu vida con tan desmedida bravura... Tiemblo por ti, hijo. Obligado estoy a devolverte a tu familia por compromiso que contraje con mi conciencia. No me haría ninguna gracia verte despanzurrado el mejor día en el campo de batalla... Y ¿tú no temes morir? ¿No piensas en la pena de los tuyos cuando sepan que has perecido? ¿No te acuerdas ya de tu mujer?

Nublóse el rostro de Zoilo al oír esto, y la contestación se hizo esperar:

—Sí que me acuerdo—dijo, al fin—. ¡Pues no he de acordarme, si Aura es mi vida, la vida que he dejado allá...!

—Pues tienes que volver a su lado y hacerte dueño de su afecto en absoluto, sin alternativas lunáticas, ¿sabes? Yo haré cuanto deseas, morirme o casarme... Todo es cortar la esperanza y hacer liquidación de lo pasado.

—Ya ve—declaró Zoilo—cómo hemos venido a ser amigos usted y yo. Desde que nos metimos en la guerra se me fué del alma el rencor contra usted... Porque yo tengo dos vidas, dos amores: mi mujer y la guerra. Guerreando la quiero más, si más es posible, y se me quitan todos los resquemores. Valgo yo más que nadie, y no se ofenda... Y también le digo que no tenga cuidado por mí, porque no hay bala que me mate ni enemigo que me venza... Si me hacen capitán de ejército, ya no hay quien me separe

de la vida militar. Y si consigo curar a mi mujer y quitarle los malos recuerdos, ¿qué más puedo desear?... Como esas dos cosas quiero, las he de conseguir.

—En cuanto sea posible—dijo Calpena—h e m o s de procurar comunicarnos con nuestras respectivas familias. Tú anunciarás a la tuya mi muerte o acabamiento, y yo a la mía la conquista de tu amistad. Son dos buenas noticias, y cada una hará su efecto. Voy pensando, como tú, que querer es poder. Queramos y podremos.

Poco más hablaron, porque Zoilo, rendido de casancio, se caía de sueño. Don Fernando durmió también tranquilamente, y gozoso fué el despertar, porque recibieron orden de marchar a reunirse con Espartero.

El primer amigo que Calpena encontró en el ejército del conde de Luchana fué Juanito Zabala, ya coronel, que mandaba cuatro escuadrones de una brillantísima caballería, dos de húsares tiradores y dos de lanceros. Mucho se alegraron uno y otro de verse, y no esperó don Fernando a que Zabala le interrogase para contarle el cómo y cuándo de andar en aquellos trotes. Previo consentimiento de Zurbano, pasaron Fernando y Urrea al cuerpo adventicio que se había formado con paisanos de Rioja y con desertores de la expedición de Negri; pero a Zoilo no quiso don Martín soltarle, aunque le dieran en oro molido, o sin moler, lo que aquel endiablado chico pesaba.

Y comenzaron, ¡vive Dios!, vigorosas operaciones contra Peñacerrada. Una de las divisiones, compuesta de tropas de la Guardia real, la mandaba el general Rivero; la otra, que era la tercera del Norte, el general Buerens. Entre ambos reunían dieciocho batallones, distribuídos en tres brigadas por cada división. Mandaba la artillería el brigadier don Joaquín de Pont, y la caballería el que ya conocemos. Zurbano se apoderó de Baroja, y Espartero se posesionó de las alturas de Larrea, que al punto fueron atrincheradas. Desde allí podía batir el castillo de Peñacerrada a tiro corto de cañón. Tres días de furiosos combates precedieron al asalto. Los carlistas, mandados por Guergué, se batían con indomable valor, intentando destruir las líneas que Espartero iba formando para emplazar su artillería. Ventajas obtenían los unos, ventajas los otros, disputándose el terreno palmo a palmo. Los batallones alaveses hicieron gallarda salida con un empuje que la caballería de Zabala pudo contener. Y tras aquellos terribles días, otros tres se emplearon en escalar con vigor de gigantes los muros del castillo, ganando ahora un montón de piedras, para después perderlo y volverlo a ganar con horrendo sacrificio de vidas. Incansable, buscando siempre el primer puesto en el peligro, Espartero era el gran soldado, el caudillo que de su magnánimo corazón sacaba la increíble fuerza que a su gente infundía. Creciéndose con las dificultades, cada tropiezo era escalón donde afianzaba el pie para seguir adelante. Quedó, por fin, bajo la enseña de Isabel el formidable castillo, con sus murallas hechas polvo y sus piedras salpicadas de sangre.

En tan terrible cuanto gloriosa ocasión, don Fernando, que asistido había con ardor y curiosidad a todas las peripecias del combate, peleando también siempre que funcionaba la Caballería contra los alaveses, fué herido en la cabeza y hubo de retirarse. Urrea le llevó a Baroja, donde pasó un día con las facultades turbadas a causa del golpe, y tres o cuatro en completa inutilidad para la guerra. Su herida no era grave; mas no le permitía volver a las andadas en algún tiempo. Pasó dos días devorado de impaciencia y de sed, asistido del capellán Ibraim y de un físico muy experto, sin formar cabal idea de las sucesivas pericias militares, pues tomado el castillo, obstináronse los carlistas en defender la plaza a estilo zaragozano, disputando muro por muro y casa por casa, y fué menester echar contra ellos todo el coraje de acá y la inagotable energía del jefe y de su tropa. Oía Calpena el continuo cañoneo, ansiaba conocer el resultado de tan fiero batallar. Por fin, una noche entró Urrea en el establo donde yacía, y le dijo:

—Peñacerrada es nuestra, señor. Hemos cogido el hueso, y allá van corriendo hacia Toloño los perros que lo tenían.

No tardó Zabala en darle las albricias. Todo era júbilo en Baroja, y la línea desde este pueblo a la plaza ganada ardía en entusiasmo.

La inquietud mayor del caballero al abandonar su mísero alojamiento era no saber de Zoilo ni de Sabas, pues Zurba-

no había salido en persecución de los fugitivos. Zabala, que también les fué a los alcances, volvió sin satisfacer las dudas de don Fernando respecto a sus amigos. Si poco temía del arrojo de Sabas, no podía desechar la idea de que el bilbaíno pagaba a la muerte el tributo que su desmedida ambición de gloria le debía. En estas ansiedades le cogió don Baldomero, que de Larrea, después de la entrada oficial en Peñacerrada, trasladó su cuartel a Baroja. Mandóle llamar, y mientras tomaba en el Ayuntamiento un frugal tentempié, del cual no participó Calpena por la radical inapetencia que sufría, hablaron de lo humano y lo divino. Enterado el de Luchana de diversos particulares, interesantísimos, y hasta cierto punto novelescos (por revelaciones que le hizo don Beltrán no lejos de Medina, en febrero último), se arrancó a felicitar al caballero con la confianza militar que gastar solía, y díjole después:

—Pero, amigo mío, ¿en que estaba usted pensando cuando consintió que su madre se estableciera en Medina de Pomar? Si todo aquel país no ha sido hasta hoy de los más castigados, pronto le veremos arder... No, no; allí no está bien. Debió usted llevarla a Logroño, donde ella y Jacinta se habrían acompañado lindamente. Allá la seguridad es completa, Nuestra casa es grandísima; buenos alimentos, buenas aguas. A Logroño han ido a parar muchas familias de estas hermandades, entre ellas las niñas de Castro, que creo son amigas de usted.

Dióle el caballero las gracias con efusión, añadiendo que procuraría trasladar a su madre a Logroño, si la guerra duraba...

—¡Que si dura!.. Esto no se acaba nunca..., esto es un bromazo terrible... —clamó Espartero, dando rienda suelta a la franqueza militar y española, que iguala en la indiscreción a pequeños y grandes—. Y ¿qué quiere usted que pase con el desbarajuste de ese Gobierno?... Yo pregunto: ¿quién aconseja a esa buena señora?... Cada día más *retroceso*, más errores, más desconfianza de la libertad y del pueblo, cuando el pueblo, la masa...; en fin, no quiero hablar de esto... Usted fíjese... ¿Ha visto el país una situación más desatinada? Les he dicho cuanto hay que decir... No hacen caso: ellos se lo saben todo..., y ahora nos quieren traer mayores enredos y conflictos con esa contrarrevolución que han inventado, la bandera de *Paz y fueros*... ¡Otro disparate, señor! ¡En qué cabeza cabe!... Créame usted: si el patriotismo no me amarrara a este puesto, si no creyera yo que me debo a mi patria, al pueblo sano y liberal, ya me habría ido a mi casa... ¡Ah, sí!...

Asintiendo a todo, don Fernando aprovechó las franquezas del general para pedirle que le facilitara medios de enviar una carta a Medina de Pomar, y tuvo la dicha de que Espartero colmara sin tardanza sus deseos, pues al siguiente día pensaba enviar una comunicación a Castañeda, que operaba por allá. Pidió permiso Calpena para retirarse a escribir, y lo hizo con calma y amor. Desde aquella hora todo fué bien, pues a poco de soltar la pluma, en el rincón del establo donde había hecho su vivienda, tuvo razón de *Luchu*, y al siguiente día le vió llegar tan famoso, radiante de orgullo, en toda la gallardía teatral de su heroísmo auténtico, contando sus hazañas sin atenuarlas con modestias anodinas.

—Sepa usted, señor don Fernando, que don Martín me ha dicho: «Animal, eres capitán.»

XVI

Contó luego Zoilo el caso inaudito de Iturbide, que habiéndose portado, el primer día de ataque al castillo, con toda la decencia militar de un buen bilbaíno, había ensuciado su reputación y su carrera, pasándose a un batallón alavés. Creyó que los carlistas ganaban; se le aflojaron los calzones... Allá se fué... Siempre le había tirado el *servilismo*.

—El infeliz—dijo don Fernando—ha creído que por los caminos de la facción volvería más pronto a Bilbao.

—Sabe Dios adónde irá... ¡Otra! Ya me río de pensar que habrá visto a mi padrino Guergué, tal vez a mi padre, y les habrá dicho que estoy aquí, en el ejército de Espartero, y que soy capitán, y que...

—Y que eres mi amigo. No serán pocos motivos de confusión para tu padre.

—Pues hay más. Si parece que esto lo hace Dios, conforme a mi querer, más

fuerte que todas las cosas!... Pues la última vez que estuvimos juntos Pepe y yo, el jueves por la mañana, nos dieron la noticia de que usted había caído, en la segunda carga, con una herida mortal en la cabeza. ¡Jinojo, qué sentimiento! Pasa media hora, y viene Segundo Corral y nos larga en seco la noticia: «¡El pobrecito don Fernando acaba de expirar!» ¡Jesús!

—¿Lo creíste?

—Yo no. No creo en la muerte de los que, según mi querer, deben vivir.

—Pero Iturbide se tragó la bola, y a estas horas se lo habrá contado a don Sabino, si es que anda todavía con ellos.

—¡Otra! A mi padre le tiene usted ahora más contento que unas pascuas, dando gracias a Dios...

—¿Por mi muerte?

—Cabal... A no ser que crea que yo le maté a usted... Todo es creíble allá... Y en este caso, alegrándose, rezará mucho porque Dios me perdone.

—¡Y tú y yo tan amigos!

—¿Esto qué es?

—Romanticismo, Zoilo. La lógica de las cosas absurdas, la risa del dolor, la tristeza del placer...

—Y ¿eso qué quiere decir..., poesía?

—Tal vez... Misterios de las almas. Tú dices que querer es poder. Yo digo que mereces ser dichoso y lo serás... Vaya, chico, a tu obligación, que es tarde. Separémonos. Hasta mañana.

Aquella noche, hecho un ovillo en su pesebre, sintiéndose febril, con honda ansiedad en su espíritu, agobiado el cuerpo por la debilidad, rebelde al sueño, el señor de Calpena con esta idea se atormentaba: «¡Si al fin dispondrá Dios que este loco se salga con la suya!» Efecto de la fatiga y de la pérdida de sangre, complicadas con añoranzas muy tristes, se le insubordinó el estómago, rechazando todo alimento, y los pícaros nervios se declararon en audaz anarquía. En Baroja habría tenido que quedarse, si no le llevaran en un carro, muy bien asistido por Urrea y Sabas, que dejó gustoso las armas por el servicio de su querido amo. Ibero y Zabala le acompañaban todo lo que podían, y Zoilo más de lo que debiera, descuidándose del servicio, sin miedo a las reprimendas de don Martín. En tal estado, y siempre en seguimiento del Cuartel general, pasó el puerto de Población. Dos días de descanso en Eripán, donde le deparó Zabala un buen alojamiento, fueron el comienzo de su reparación, que había de ser completa dos semanas más tarde en la histórica y por tantos títulos famosa ciudad de Viana.

Resolvió Espartero quitar al enemigo el único punto fortificado que aún conservaba en la región alavesa, la villa de Labraza, cabecera de la hermandad de su nombre en la cuadrilla de Vitoria, guarnecida de viejos muros y de robustas torres, de las cuales hizo el carlista punto de apoyo para remediar en lo posible la pérdida de Peñacerrada y asegurar sus comunicaciones con Estella. Mientras se disponían los elementos necesarios para la expugnación de Labraza, pasó Espartero a Viana, donde estuvo dos días, y de allí a Logroño, ávido de un breve descanso en su casa. No le vió Calpena al partir; pero tuvo conocimiento de que el ilustre caudillo no le olvidaba por un recado amistoso que Zabala le transmitió, con estas palabras que de confusión le llenaron: «El general, además, te ruega que le esperes aquí, a su regreso de Logroño, pues tiene que hablarte.» Por más que se devanaba los sesos, no acertaba don Fernando en el descubrimiento del negocio que con él quería tratar el conde de Luchana. «¡Hablarme a mí! ¿De qué...?» Y en esta incertidumbre vivió una semana, aguardando la solución del acertijo, con el gozo de ver restablecida gradualmente su salud, pues las aguas y los alimentos de Viana hicieron entrar en razón a su estómago. A los pocos días de descanso y vida regalona en pueblo tan interesante, pudo montar a caballo y dar buenos paseos con sus amigos por el camino de Logroño, hasta llegar a los cerros de donde se descubre el curso del Ebro caudaloso, la mole de la Redonda y el caserío y torres de la capital riojana.

Grata fué la residencia del caballero en aquel pueblo de tanta nombradía en los anales de Navarra y Castilla; disfrutó lo indecible examinando las señales y vestigios de nobleza en calles viejas y palacios desmantelados, en las antiquísimas iglesias de San Pedro y Santa María. Mucho había que leer en aquellas piedras. Los curas del arciprestazgo y los regidores de la ciudad franqueábanle códices y papeles interesantísimos, donde vió y gozó históricas hazañas, como la

defensa que hizo el esforzado mosén Pierres de Peralta contra las tropas del rey don Enrique II, y los horrores de aquel memorable sitio, en que las mujeres, así casadas como doncellas, manejaban las «bombardas, trabucos, cortantes y otras diversas artillerías». Y fué tal el hambre que pasaron los vianeses, que viéronse obligados a comer «caballos e otras fieras inusitadas», según reza un viejo pergamino. En la guerra de los Beaumonteses, que arrancó a Viana de la corona de Navarra para pasarla a la de Castilla, también había mucho digno de perpetuarse para ejemplo de los presentes. Vió don Fernando el sepulcro de César Borja, duque de Valentinois, que allí murió, y los de otros ilustres varones de aquella tierra.

En estos entretenimientos le interrumpió Sabas, manifestándole que pues las queridísimas niñas de Castro-Amézaga se hallaban refugiadas en Logroño, distante sólo dos leguas cortas, él iría, si su amo le daba permiso, a visitarlas por su propia cuenta, como Sabas de Pedro, y a enterarse de si estaban saludables y contentas. Parecióle a don Fernando muy atinada la idea de su escudero, y le despachó al instante con la misión que se expresa y la añadidura de un recado muy afectuoso de su parte. Pero, ¡ay!, al día siguiente volvió Sabas cariacontecido con la triste novedad de que no había encontrado a las niñas, pues la señora doña María Tirgo, después de una temporadita de residencia feliz en la capital de la Rioja, había logrado arrastrar a sus sobrinas hasta Cintruénigo, donde a la sazón pagaban a los señores de Idiáquez la visita que éstos hicieron a La Guardia. ¡Ojo al Cristo!

Muy mal le supo al caballero esta desairada vuelta de Sabas; mas cuidó de disimular la nueva tristeza que a las suyas y a su nostalgia se añadía. Pasaba las noches entretenido con sus amigos, entre los cuales *la fiera inusitada* de Ibraim hacía el gasto de los chistes burdos y sainetescos. Rodaba el tiempo, y todo el afán de Fernando era que volviese pronto Espartero, que allí le había mandado esperar... Esperar ¿qué? ¡Oh incertidumbre!... P a r a mayor aburrimiento, pasó el caudillo una noche por Viana, sin detenerse más que media hora, y Calpena recibió por el ayudante Serrano Bedoya nueva edición del recadito de marras: «Que no se mueva de aquí hasta que yo regrese, o le avise dónde debe ir a encontrarme.»

—Pues, señor, la broma es ya más que pesada—decía Calpena, buscando medio de entretenerse con nuevos estudios de las antigüedades vianesas—. Cuanto más libre me creo y más empeño pongo en disponer de mi persona, más esclavo me encuentro. Mi sino es éste, la esclavitud constante, el arrastrar cadenas... de rosas si se quiere; pero cadenas al fin. ¿Qué habrá en mí para que chicos y grandes me honren con sus afectos más vivos...? Siento no tener a mano al gran Zoilo, el filósofo del querer potente, para que me dé su opinión sobre esto.

En tanto que don Baldomero iba contra Labraza, en Viana corrían voces de que la tal operación sería de las más sangrientas. Para sustituir a Guergué, que perdió su valimiento con el desastre de Peñacerrada, don Carlos había nombrado general de su ejército del Norte a don Rafael Maroto. Este, cogido el bastón, se metió en Estella, ocupándose en reorganizar los batallones y en proveerlos de lo necesario para una activa campaña. Desde allí mandó recadito a los de Labraza, encargándoles que se defendieran hasta morir, que él iría en su socorro, provocando a Espartero a singular batalla en aquellos campos. Todo anunciaba una brillantísima página histórica; alguien creía próximo el último acto y quizá la escena final del drama de la guerra. Pero así como los dramas suelen flaquear en su desenlace por inhabilidad del poeta que los compone, los lances guerreros también salen fallidos por torpeza o desidia de estos poetas de la espada. En resumidas cuentas: que el de Luchana apretó el asedio; que Labraza se defendió bien, hasta que no tuvo más remedio que rendirse, sin que de Estella viniese Maroto con todo aquel aparato de fuerzas que anunció. La esperada lucha decisiva quedóse para mejor ocasión, y Espartero, que había ido con terribles ganas de romperse el bautismo de una vez y para siempre con su rival de hoy, ayer compañero de fatigas americanas, volvió grupas, un tanto descorazonado como militar, como político no descontento de la prudencia de Maroto y de su pereza en sostener el reto.

Llegó por fin la ocasión que tan vivamente deseaba Calpena, y viendo entrar

a don Baldomero en Viana al caer de la tarde de un caluroso día de julio, no tuvo sosiego para esperar a que el general le llamase y se fué a la casa de los Tidones, donde se alojaba, y solicitó audiencia, que al instante le fué concedida. Sentábase a la mesa don Baldomero para cenar con el arcipreste don Alonso de Aimar, con el alguacil mayor o Merino, don Lázaro Tidón, tres señoras de la familia de Tidón y Asúa, el general Van-Halen y otros; y convidado Fernando, aceptó gustoso la grata compañía. Hablando de la guerra, dijo el de Luchana con su franca llaneza:

—No me la dió Maroto... Ya me había tragado yo que no vendría. Le conozco, es muy ladino, y no quiere comprometer el mando, que deseaba y que no le conviene soltar...

Sin saber cómo, la conversación recayó en cosas muy distintas de los sucesos militares, como la calidad de las judías verdes de Viana comparadas con las de Logroño. Sostenía el vencedor de Peñacerrada, conciliando la justicia con la galantería, que si al carnero de la merindad de Viana *había que quitarle el sombrero,* en judías *de riñón* y en pimientos morrones, *donde estaba* Logroño y su ribera, no había que mentar hortaliza. ¡Y para que se vean los misteriosos engranajes de la palabra humana! ¿Cómo pudo ser que del tratado de las alubias pasasen aquellos señores a la personalidad de César Borja? Ello fué así, como también lo es que ninguno de los comensales, incluso el héroe, poseía nociones exactas de la vida y muerte de aquel afamado cardenal y guerrero, teniendo Calpena que desenvainar modestamente su corta erudición para ilustrar al esclarecido senado. No prestó gran atención Espartero a estas historias añejas, que otras más vivas le solicitaban, y, aferrado a su idea, no cesaba de repetir:

—Es muy ladino, muy ladino...

No pasó mucho tiempo después de la cena sin que la expectación de don Fernando quedase... a medio satisfacer, pues Espartero, al conferenciar con él en su despacho, no hizo más que mostrarle los bordes, digámoslo así, del asunto que tratar quería, reservándose el cuerpo del mismo. Con su consabida franqueza ruda, que en muchos casos le resultaba bien, le dijo:

—Pero ¿a qué tiene usted esa prisa por volverse a Medina? Un hombre como usted, de sus circunstancias, no puede estar cosido a las faldas de la mamá.

—Mi general, he conocido a mi madre hace poco tiempo.

—Ya, ya sé... Vamos al caso. Usted vale mucho, yo sé lo que usted vale. No vengamos ahora con modestias ridículas. ¡Entre nosotros...! En fin, usted es hombre de grandísimo mérito. Lo sé, lo afirmo y no hay que desmentirme, ¿estamos? Usted quiere que yo le regale el oído repitiéndole que es un modelo de caballerosidad, una inteligencia de primer orden, un joven ilustradísimo... Ea, lo digo yo y basta.

—Pues basta, mi general. Y ¿qué más?

—De sus modales y finura de trato, nada hay que decir, pues bien a la vista están...

—Cuando usted acabe de echarme incienso, respiraré.

—No es incienso, es justicia... Me habló Urdaneta y otros, otros amigos que le conocen a usted bien... Y para que el hombre resulte completo, también somos valientes, ¿eh? Me ha dicho Martín... Pero no trato yo ahora de valentías militares; estimo, sí, que sea usted hombre de corazón, de voluntad bien templada...

No exageraba don Baldomero al manifestarse convencido de los méritos del joven, pues, en efecto, don Beltrán le había ponderado, quizá con lujo de hipérbole, la inteligencia, cultura y dotes sociales del hijo *extranjero* de Pilar de Loaysa. Quizá estas cualidades eran agrandadas por el de Luchana en su viva imaginación, que ciertamente la tenía, como soldado de arranques, de momentos heroicos.

—Bueno, señor mío—añadió, poniendo punto final a los elogios—. Convencido de que usted vale y de que puede prestarme, a mí precisamente, no, a la Patria, a España, a la Libertad, servicios grandes, no dudo en... Decláreme usted ante todo una adhesión incondicional a los principios que represento, digo, que representamos todos los leales, que representa la causa legítima de Isabel Segunda, la causa de la Libertad.

Confirmada por Calpena su profesión de fe política, el de Luchana prosiguió así:

—No cuento con usted para cosas de

milicia, le quiero para una comisión, misión, mejor dicho, misión... que le comunicaré cuando estemos perfectamente de acuerdo en las cuestiones preliminares. Ea, señor don Fernando, yo no le suelto ya. Si se aflige usted por la ausencia de su mamá, la traeremos a la Rioja...

—Mi general, tenga la bondad de explicarme...

—No explico más, ¡caramba! Lo dicho, dicho. Le tengo a usted trincado por los cabezones. Escribiremos a la condesa si es necesario. Yo me voy mañana a Logroño. No le diré que venga conmigo; pero váyase usted pasado mañana, cuando guste, y allí seguiremos hablando. Por hoy, ¿eh?, fijarse bien, como si no nos hubiéramos visto... Esto es reservado. Doy de barato que sobre las buenas cualidades que usted tiene domina la que de todas es maestra, la discreción, fijarse, la discreción. Y no digo más. Retírese usted ya... Buenas noche. Descansar. Hasta luego.

Y se fué el caballero a su hospedaje, sabiendo... que no sabía nada, sospechando, queriendo adivinar... Toda la noche estuvo viendo ante sí, en la oscuridad, los ojos de Espartero, negros, penetrantes, ojos de trastienda y piçardía, y su rostro atezado, duro, que parecía de talla, labradito y con buches, el bigote triangular sobre el fino labio, la mosca, las patillas, demasiado ornamento de pelos cortos para una sola cara. La mirada del guerrero le decía más que sus palabras, y a fuerza de leer en aquélla, creyó descifrar el pensamiento que éstas no querían manifestar.

—Una misión—se decía—. ¿Acaso...? ¿Qué entiendo yo de misiones y tratos y enredos...? ¿Qué quiere hacer de mí? ¿Un diplomático, un polizonte? Me ha escogido porque cree que la discreción están en mi naturaleza..., como hijo del secreto que soy..., el secreto mismo. No acepto. Me voy con mi madre.

XVII

Dormido con la resolución de no aceptar, despertó con la contraria idea; que estas mudanzas suele traer el sueño a nuestro espíritu; y ya no se ocupó más que en disponer su traslación a Logroño, buscando antes a Zoilo para saber si pensaba continuar en la columna o solicitar licencia y volver al lado de su familia. Este era el anhelo de Fernando, y esto le dijo, al encontrarle de regreso de un reconocimiento practicado por Zurbano en el pueblo de Aras. Alegrándose de verlo, expresó el bilbaíno que desde su regreso de Labraza, donde había cumplido como bueno, sentía que se le iba enfriando el entusiasmo militar. Harto de gloria y satisfecha su ambición, renacían en él las querencias de la familia. Dos días y dos noches llevaba ya con el pensamiento empapado en la memoria de su mujer, a quien dormido y despierto veía en su mente, anhelando verla con los ojos de la cara, para recrearse en su belleza y entregarle el alma y la vida. Si su mujer le quería y se curaba de aquella maldita enfermedad de recobrar a otro y esperarle, él sería más feliz que los ángeles del Cielo, y ninguna falta le hacía la gloria militar; que ésta, sabíalo Dios, la buscó para dar a su querer una compensación de aquellas amarguras y por llenar los vacíos de su corazón. No cesaba de pensar que su mujer le echaba de menos, que indagaba su paradero, que padecía por la ausencia de él soledad y tristeza...

—Y de tal modo—proseguía—se me han clavado en el magín estas ideas, que ya no puedo menos de tenerlas por cosa cierta y fundada; que lo que yo pienso con gana, sucede, sí, señor, siempre sucede.

—También yo—dijo Calpena—, de algunos días acá, tengo la corazonada de que tu mujer se ha curado de esa locura de recordar lo muerto y esperar lo imposible. Sin ningún dato en que fundarme, lo siento, lo creo, y en ello me voy afirmando cada día más. Es para ti contrariedad grande el verte ya cogido en las redes de la Ordenanza y no disponer de tu persona para largarte a tu casa cuando te diere la gana.

Quedóse Zoilo al oír esto muy pensativo, acariciándose la cabeza, sin que en ésta brotase la idea que sin duda buscaba, y al fin, suspirando fuerte, se consoló de la oscuridad de su entendimiento con estas expresiones:

—En fin, con un querer firme todo se arregla... Volveré a mi casa.

—Pero ándate con mucho tiento, chico, y no se te pase por las mientes la idea de la deserción, que podría salirte

cara. No juegues con las leyes militares. ¿Gloria quisiste? Tus triunfos te obligan a la obediencia. ¿Quieres ir a tu casa, a ver a tu mujer? Pues aquí me tienes a mí para proporcionarte esa satisfacción, a mí, que te saqué de la cárcel y que adquirí con mi conciencia el compromiso de devolverte a los tuyos sano y salvo. Prométeme no hacer ninguna locura, pues al ponerte a mi lado entraste para siempre en el terreno de la razón. ¿Estamos conformes?

—Conformes, mi general. Así le llamo porque usted manda. Y váyase, váyase pronto a Logroño, y si está allí su novia, como dicen, cásese con ella, antes hoy que mañana, aunque para ello tenga que robarla... Si hace falta un amigo de coraje, avise. A casarse, y así estaremos todos contentos.

—Ni mi novia está en Logroño, ni yo he de robarla, ni ése es el camino, *Zoiluchu*.

—¿Pues cuál es el camino, señor?...

—Esperar obedeciendo.

—Pues obedezco esperando, como soldado de filas.

No hablaron más, y con apretones de manos se despidieron, trasladándose don Fernando con sus dos criados a Logroño, adonde llegó muy entrada la noche. Los oficiales de Gerona que iban con él encaminároнle al parador del Camerano, en la calle del Mercado, no lejos de la Redonda, iglesia mayor del pueblo, y halló regular acomodo para sí y su gente; cenó y durmió tranquilo; y como no se le cocía el pan mientras celebrar no pudiera nueva conferencia con el héroe, al siguiente día, en cuanto llegó la hora oportuna para visitas, se personó en el palacio de su excelencia, una casona grande y severa, con fachada de sillería y ornamento barroco en balcones y ventanas. En la puerta se encontró a varios oficiales que conocía, y en el primer tramo de la escalera su amigo Pepe Concha, quien muy contento de verle le introdujo en el billar, espaciosa sala del entresuelo. A la sazón, el general despachaba con su secretario: era forzoso que Calpena esperase un rato, el cual resultó breve por la compañía de aquel simpático oficial, jefe de la escolta, y del ayudante Allende Salazar. A la media hora subió Fernando al primer piso, y Espartero le salió al encuentro muy afectuoso. Vestía de paisano, en traje muy ligero por causa del excesivo calor; y aun no había concluído los saludos, cuando, volviéndose hacia una puerta entreabierta, gritó:

—¡Jacinta, Jacinta!

Al conjuro de aquella voz, que era la voz del trueno en los campos de batalla, y que allí sonaba tan apacible, apareció una dama de excelsa hermosura, majestuosa en su familiar porte, sin el menor asomo de presunción en la sencillez casera con que vestía. Al saludo ceremonioso de Calpena contestaron los dos, marido y mujer, con esa confianza de buen gusto, propia de personas de viso que gustan de disimular su superioridad. La dama, más aún que su esposo, poseía un arte magistral para combinar la llaneza con lo que modernamente se llama distinción, la gracia con la autoridad. En pie los tres, doña Jacinta (la etiqueta de la época obliga a conservarle el *doña)* dijo festivamente al caballero:

—¿Me acierta usted de quién es esta carta?—y al decirlo mostraba una que tenía en su mano muy dobladita—. A ver, a ver..., ¿conoce la letra?

—Es de mi madre—dijo Calpena, mirando el papel que la condesa de Luchana puso ante sus ojos.

—Ya hablaremos, ya hablaremos. Tengo que reñirle a usted... Así me lo encargan. Por cierto que usted es el hombre de la mala suerte en sus viajes. Ayer, ayer mismo pasaron por aquí las niñas de Castro, de vuelta de Cintruénigo... Pero siéntese, don Fernando. Si tienen ustedes que hablar, me voy.

—No, no; tiempo hay—dijo el héroe, sonriendo—. Y ¿qué me cuenta usted de ese desastre de Morella?

—¿De Morella? No sé una palabra.

—El pobrecito Oraa se ha visto precisado a levantar el sitio.

—¡Qué dolor!—exclamó la dama suspirando, ya sentados los tres—. Lo he sentido por todos: por la reina, por el Gobierno, por los liberales, y principalmente por don Marcelino... Es un hombre muy bueno, un militar que sabe su obligación, y le quiero de veras.

—Yo también—afirmó el de Luchana—. La empresa no era un grano de anís. ¡Sabe Dios los entorpecimientos con que habrá tenido que luchar el pobre Oraa, la falta de recursos!... Es la mía: el Gobierno quiere acabar la guerra, y nos tiene sin raciones, las tropas descalzas. Crea

usted, Calpena, que esos malditos moderados nos llevarán al abismo, si no se les ataja... En fin, este mal paso de Morella, esta retirada ante Cabrera ensoberbecido... nos parte... ¡Qué contratiempo, qué desdicha! Por acá íbamos muy bien; ya usted lo ha visto.

—Crea usted, mi general—indicó Calpena—, que este inmenso litigio de la guerra civil no se ha de sentenciar en el Centro.

—Se sentenciará en el Norte, convenido...; pero los sucesos de allá ayudan o entorpecen, y este resbalón del pobre don Marcelino... Cuidado que yo le quiero... Este resbalón ha de traernos consecuencias funestas. ¡Qué lástima, Señor!...

—Pero, Baldomero—dijo la condesa con esa familiar lisonja que tan bien cae en labios españoles cuando son de mujeres buenas y amantes—, tú no puedes estar en todas partes.

—¡Yo!...—exclamó el caudillo con modestia, que sin duda no sentía—. ¡Sabe Dios si me hubiera pasado a mí, o quizá algo peor!... La guerra es un azar, un compromiso, y por más que uno ponga de su parte todo lo que tiene dentro, siempre hay algo que no depende más que del Acaso, de...

—Y usted, mi general, ha sabido entenderse con el Acaso.

—¡Oh!, no crea usted... También me ha jugado algunas... Pero, la verdad, no hay queja...

—No tenemos queja—repitió doña Jacinta—. Dios no nos abandona... ¡Ay qué pena! No puedo apartar de mi pensamiento al pobre don Marcelino... Pero, en fin, dejemos por ahora las cosas tristes..., que a don Fernando tengo yo que decírselas muy gratas, pero muy gratas.

—Todo lo que usted me diga, señora, me será siempre agradabilísimo.

—¿Está bien seguro de eso?... Bueno; luego hablaremos. Váyase usted preparando.

—Ya lo estoy.

—Y, por ahora, dispénseme—dijo, levantándose—. Tengo que hacer. No crea usted: todavía no he acabado de leer la carta...

En pie los dos, el visitante y la señora, cambiaron frases de donosa cortesía:

—¡Vaya si hablaremos!... Esta noche hará usted penitencia con nosotros... No, no se admiten excusas. ¡Si usted lo desea!... Está usted rabiando porque le hable yo de cierta persona...

—No digo que no.

—Pues, para su tranquilidad, le diré que ayer estuvieron aquí las niñas a despedirse. ¡Si viera usted qué guapa está Demetria!

—Lo creo.

—Y Gracia, no digamos...

—También lo creo.

—Pero no creerá que por el lado de Cintruénigo hay nubes...

—¿Y truenos?

—Truenos, todavía no... Vaya, no más por ahora. A las siete, don Fernando.

Solo con el conde, manifestó verdadero ardor porque éste acabara de dar solución al acertijo de Viana.

—Pero ¿qué prisa tiene usted?—le dijo Espartero, sonriente—. ¡Si ahora le vamos a tener secuestrado aquí por mucho tiempo! Ya le dirá Jacinta esta noche su plan de traernos aquí a la condesa...

La entrada del general Ribero, al que siguió, con minutos de diferencia, la del brigadier Linaje, cortó la visita, y Calpena creyó discreto retirarse. Acudió al anochecer a la invitación para la cena, que fué gratísima, con asistencia del general Van-Halen, del coronel Zabala, del ayudante Gurrea y de la lindísima Vicenta Fernández de Luco, hermana de madre de la condesa, y bastante más joven que ésta. Doña Jacinta apenas pasaba de los treinta, y Vicenta no llegaba a los veintidós. Casó el 41 con Pepe Concha.

Llevó el peso de la conversación el brazo militar, comentando y discutiendo el desastre de Morella. No obstante disponer Oraa de veintitrés batallones, doce escuadrones y veinticinco piezas de artillería, y de contar con los expertos generales de división Borso, San Miguel y Pardiñas, no pudo contrarrestar el empuje de Cabrera, amparado de las fragosidades y quebraduras de aquellos montes inaccesibles. Según Van-Halen, que conocía bien el Centro y la clase de guerra que allí se hacía, la culpa del descalabro del buen Oraa era del Gobierno, que en punible abandono tenía los servicios de administración, en atraso las pagas, descuidado el vestuario, así como el suministro de municiones. Debía Cabrera su renombre, más que a sus cualidades de astucia y arrojo, a la incuria

de nuestros gobernantes, que no habían sabido poner en manos de los defensores de la reina armas eficaces para combatirle. De sobremesa, mientras por un lado despotricaban los caudillos sobre este para ellos sabroso tema, por otro doña Jacinta y su hermana platicaban con don Fernando de la admirable resistencia de la niña mayor de Castro, en el asedio que nuevamente le ponían los Idiáquez con ayuda de su fuerte aliada doña María Tirgo. De buena tinta sabía la condesa que, desesperados los sitiadores de la constancia de la señorita mayor, habían tratado de entenderse con la menor, creyendo encontrar en ella ambiciones de ceñir corona de marquesa. Pero la vivaracha niña quería imitar a su hermana en la vocación de quedarse para vestir imágenes. De todo ello resultaba que don Fernando no tenía perdón de Dios si no cambiaba su actitud circunspecta por otra más decidida. Sin mostrarse el galán abiertamente contrario a estas ideas, pues la galantería se lo vedaba, halló medio de rebatirlas aceptándolas y de hacerlas suyas agregándoles cantidad de ingeniosos *peros*, todo con gran derroche de ingenio y picardía graciosa. Así entretuvieron la primera noche, retirándose Calpena muy agradecido a tanta bondad, y ligado ya por cordialísima simpatía a la familia del héroe.

Ningún día dejó de acudir al palacio de la plazoleta de San Agustín. No siempre pasaba al despacho de Espartero, que a menudo tenía visitas o tareas urgentes con Linaje u otro secretario, a las cuales consagraba largas horas, fumando constantemente puros habanos de los mejores. En doña Jacinta observó Calpena el prototipo de la dama casera, pues no había otra que la igualase en dirigir y conservar en orden perfecto su casa y servidumbre, sin olvidar por esto las obligaciones sociales. Inflexible para exigir a todos cumplimiento, era tan ordenancista en su hogar como don Baldomero en los campos de batalla. Las comidas se anunciaban a toque de campana, y ¡ay del que dejara de acudir a su puesto! El general mismo no se desdeñaba de dar a conocer su miedo a las severidades de la digna esposa. Era muy sobrio en las comidas, y para él no había mayor suplicio que estar largo tiempo en la mesa. En días de convite o de extraordinario, se deshacía en impaciencia, anhelando que llegase pronto el momento del café y los puros. Ensalzaba las comidas breves; solía decir que debíamos buscar un medio de injerir de golpe los alimentos en el estómago, «como se carga un fusil».

Cuidábase Jacinta de poner coto a la excesiva largueza del héroe en socorrer pobres y dar auxilio a necesitados, pues, aunque era caritativa, no gustaba del despilfarro, que aun por generosidad es cosa mala. Espartero fué hombre que no reclamó nunca del Gobierno las pagas atrasadas, ni se cuidó de que la nación le reintegrara las sumas que anticipó de su bolsillo para dar de comer a los soldados, y así lo hizo más de una vez, porque era fuerte cosa pretender llevarles a la victoria con los estómagos vacíos. Los parientes pobres de Granátula y Almagro habían encontrado en el general una mina inagotable, y los desvalidos de Logroño no padecían hambre. Si le adoraban los soldados por valiente, pródigo de su sangre, no le querían menos los pedigüeños por el arrojo con que vaciaba sus bolsillos. Estos y su corazón estaban siempre abiertos al heroísmo y a la limosna.

Sin contrariarle abiertamente, procuraba doña Jacinta reducir su magnanimidad a límites razonables; mas no alcanzaba en este terreno, la verdad sea dicha, tantas victorias como él combatiendo a los sectarios del *retroceso*. Gozaba la excelente señora la simpatía y admiración de todo el pueblo, por lo bien que sabía manifestar su superioridad social sin ofender a nadie, porque guardando las etiquetas era cariñosa y accesible. Adoraba el orden, creía en la eficacia de los puestos personales y deseaba que cada cual ocupase el suyo y respetase los ajenos. Con los humildes sabía ser cariñosa, con los grandes un poquito encopetada, con todos afable y digna. Su amistad con Pilar de Loaysa databa de cuando ésta se casó y Jacinta era una niña que aún vestía de corto. En Zaragoza se conocieron, ligándose con entrañable ternura, a la que siguió más tarde relación continua por correspondencia cariñosa. Juntáronse años adelante, por muy pocos días, en Pamplona, cuando Jacinta, soltera todavía, galanteada por Espartero, estaba en todo el esplendor de su hermosura y ya la duquesa de

Cardeña peinaba canas; después no se vieron más. El secreto de su amiga lo supo la condesa de Luchana por la revelación que a Espartero hizo don Beltrán; y si antes de conocer a Fernando le estimó, conocido le miraba con afecto fraternal, como de hermana mayor; y cuando la informó doña María Tirgo de que era hijo de un príncipe, le tuvo en mayor aprecio, y vió más claras sus altas dotes de inteligencia, nobleza y elegancia.

XVIII

No se habría conformado don Fernando con la ociosidad en aquella tierra hospitalaria si la frecuente correspondencia con su madre no vigorizara su espíritu. No cesaba la noble señora de recomendarle que prolongase su permanencia en Logroño, que fuese agradecido a las bondades de Espartero y su familia, pues le convenía ciertamente estar al arrimo de quien, por su autoridad militar y la política que iba adquiriendo, parecía llamado a ser en breve tiempo el árbitro de los destinos de la nación. «Doloroso es para mí—le decía—el verme privada de tu ausencia, pero me consuela de mi soledad el saber dónde y con quién estás, el considerar reconocido y apreciado tu mérito, principio quizá de las grandezas que deseo para ti.» Y contestando a la carta en que se le manifestaba el deseo de doña Jacinta de traerla a Logroño, decía: «La impresión primera ha sido de regocijo; pero después la reflexión me ha hecho conocer que mi presencia podría perjudicarte. Tú no lo creerás así; yo veo las cosas con frialdad y no puedo desechar la idea de que por algún tiempo debes permanecer sin mí al lado de esos señores. Bien sabe Jacinta cuánto le agradezco sus afectos cariñosos. Pero en su buen juicio comprenderá que a todos nos conviene mi oscuridad y que ésta es necesaria para que tú brilles.» Contestaba don Fernando a estas razones que él no quería brillar; que ningún bien social podía compensarle de la ausencia de su querida madre, y que, por tanto, persistía en ir en su busca en cuanto los caminos se hallasen despejados, para mayor seguridad del regreso.

Notó el caballero que constantemente llegaban a Logroño y conferenciaban con el general personas diversas, venidas unas de Madrid, otras de Pamplona, como emisarias del virrey, general Alaix; otras, de pinta muy extraña, parecían procedentes del Cuartel de don Carlos. Entre las caras madrileñas, algunas reconoció Fernando como significadas en la patriotería más ardiente. Creyó ver también a don Antonio González, a Ferraz, a Sancho y a otros partidarios juiciosos del *progreso*. Indudablemente el general apoyaba con decisión la idea que empezó a llamarse *progresista*, declarándose enemigo del bando moderado y disparando contra él bala rasa, sin reparar en las manifiestas concomitancias de este partido con la gobernadora. Le traía muy inquieto la protección que ésta y su camarilla daban a Ramón Narváez, permitiéndole organizar el ejército de reserva como un medio indirecto de hacer sombra a Espartero y de levantar frente a él nuevo ídolo militar. No le gustaban a don Baldomero estos ídolos secundarios que podrían ser dioses mayores el día menos pensado, y la influencia política que alcanzado había con su victoria no se la dejaría arrancar, ¡vive Dios!, a dos tirones. Un día y otro mandaba a Madrid quejas del abandono del Gobierno, hacía responsables a ciertos y determinados ministros de las privaciones del Ejército; amenazó con su dimisión si no dejaban sus puestos Mon y Castro, y al fin, con este *modo de señalar* dió cuenta del Ministerio del conde de Ofalia. Nombrado presidente el duque de Frías, poeta y diplomático, Espartero le exigió que desmembrase el ejército de reserva formado por Narváez, agregando dos divisiones al de Castilla la Vieja, para contener las facciones de Merino y Balmaseda; pidióle que, en reemplazo de Oraa, fuese nombrado Van-Halen general del Centro. A regañadientes, cediendo a la presión del que dueño se hacía de todos los resortes, *quia nominor leo*, el buen don Bernardino, excelente hombre, prócer ilustre y, ante todo, poeta insigne, se doblegaba y sucumbía por su propio miedo o por los altos miedos palatinos.

Nunca habló de estas cosas Calpena con el general, quien, en sucesivos coloquios, fué menos reservado respecto a la índole de la comisión que confiarle pensaba. Uno de los primeros días de

septiembre, a punto que el Cuartel general se movía para emprender operaciones de que nadie tenía conocimiento, dijo Espartero a su amigo, en forma que no admitía réplica ni excusa, que a seguirle se preparase. Llevado de la fascinación que el héroe sobre él ejercía y cediendo además a una extraña querencia del misterio y a ideas de elevada ambición que le rondaban la mente, no vaciló en obedecer. Despidióle la condesa con afecto maternal, asegurándole que en compañía de su marido no podía correr ningún riesgo; afirmó él gozoso que nada le importaba exponer su vida con tal de ser grato a su ilustre amigo, y partió entre la comitiva del Cuartel general, llevando a uno solo de sus criados, Urrea.

Por toda la orilla derecha siguieron, sin parar hasta Lodosa, y era general la persuasión de que se preparaba un ataque a Estella. Al anochecer de aquel día, 3 de septiembre, las avanzadas de Espartero se tirotearon con guerrillas carlistas; pero éstas desaparecieron durante la noche, y el ejército liberal siguió hasta Artajona. Nueva detención, que en este punto fué más larga, porque recibió el general noticia de un descalabro de las tropas de Alaix, virrey de Navarra, el cual, empeñado en duro combate con los carlistas, en el Perdón, fué rechazado con bastantes pérdidas, resultando heridos el mismo virrey y su segundo, Espeleta. Esto y la noticia de que Cabrera, ensoberbecido con el triunfo de Morella, mandaba una división a engrosar las fuerzas de Navarra, detuvieron a Espartero en su marcha, si es que ésta tenía por objeto atacar a Estella, lo que no se sabe, pues a nadie comunicó su pensamiento. Humor endiablado tenía el general en aquellos días, y su indecisión revelaba la crisis de su ánimo. Dió instrucciones para que don Diego de León, que operaba en la Solana, ocupase determinados puntos, y para que la división de Hoyos hiciese un reconocimiento hacia Los Arcos, y otras disposiciones tomó, cuyo alcance nadie podía penetrar. Al quinto día llamó a Calpena, y sin encerrarse con él, paseándose juntos en un abandonado huertecillo de la casa donde el general se alojaba, hablaron. La conversación, oída de lejos, habría podido pasar por insignificante, pues carecía de toda solemnidad y de tonos graves y misteriosos.

—Yo me vuelvo a Logroño a darme otra descansadita—dijo don Baldomero con jovialidad—; pero usted, amigo don Fernando, aquí se queda, y, por de pronto, se incorpora a las fuerzas de Diego de León. Luego hará usted lo que le mandaré ahora mismo en pocas palabras. Oído: dentro de un rato se va usted a su alojamiento, y no se mueve de allí hasta que reciba un recado mío.

—Bien, mi general.

—Mi recado es lo que menos puede usted figurarse. Consiste en un mazo de puros habanos, y se lo llevará un arriero... No sé si usted lo ha visto... Le encontramos en Lodosa con su recua... Todo el ejército lo conoce.

—En efecto, le vi, y me dijeron su nombre; pero no me acuerdo.

—Se llama Martín Echaide. Es popular y muy querido de estas tierras. Tanto nosotros como el enemigo le permitimos franquear las líneas y recorrer libremente el país, porque se ha declarado neutral y sostiene su neutralidad como un caballero.

—Pero no lo será realmente.

—Me figuro que no—dijo Espartero con acento de marrullería fina—. El objeto de llevarle los cigarros es para que le conozca a usted y se fije en su rostro... ¡Ah!, no haya miedo de que se le despinte. Nada le dirá a usted, ni usted a él tampoco, como no sea el mandarme gracias por los cigarros.

—Hasta ahora, mi general, la misión que usted quiere encargarme es facilísima.

—Después no lo será tanto. Se queda usted, como digo, con Diego de León, y en el momento en que Echaide se le presente y diga: «Don Fernando, vámonos», le obedece usted como si yo se lo mandara.

—¿Y para esto, mi general, tendré que disfrazarme de arriero?

—Justo; procurando, naturalmente, la mayor perfección en cara y ropa. Disfrazará usted también a su criado, que me ha parecido de un tipo muy para el caso. Con Echaide va usted a donde él le lleve, que le llevará bien seguro a donde debe ir.

—Faltan ahora las instrucciones fundamentales, mi general, pues presumo que mi misión no es tan sólo arrear las caballerías del señor Echaide.

—Ciertamente que no. Ya no es un secreto para usted que este bueno de Echaide me pone en comunicación con una persona del campo enemigo; pero las cosas graves que entre una y otra parte se han de tratar no son para expresadas por Echaide, ni es prudente fiarlas al papel. En estas embajadas, amigo, no se cruzará ningún papel escrito.

—Ya entiendo, mi general: el papel soy yo, mi buena memoria, y mi palabra, la escritura.

—Justamente. Con su comprensión rápida de todas las cosas me ahorra usted largas explicaciones. Echaide no es más que el... el...

—El vehículo; la idea soy yo.

—Exacto. Como nada se escribe, como todo ha de ser verbal, he tenido que escoger una persona muy inteligente, instruida, que se penetre bien de mis condiciones, que reciba las del contrario, que las discuta si es preciso, que transmita fielmente lo que uno y otro digan... También he tenido en cuenta su caballerosidad, su conocimiento de la Historia y de la política. Para decirlo todo, su falta de ambición me agrada, y su independencia es para mí una garantía de fidelidad. Conque...

—Comprendido todo, mi general. Ahora falta que escriba usted en mi mente su pensamiento con signos bien claros, de modo que yo me penetre bien y no padezca ningún error el transmitirlo.

—Tengo la seguridad de que ni escrito iría con más claridad. Esta noche se viene usted por aquí, y le diré mis condiciones para la paz. Son tan sencillas y tan breves, que caben en un papel de cigarro. Procure el hombre fijarse bien. Mañana vuelve usted. Paseamos un rato en este jardinillo y repetiré las condiciones para que se graben en su memoria. No me escriba usted ni una letra, por los clavos de Cristo... Y por último, nada he de decirle de la reserva, de la absoluta reserva...

—¡Por Dios, mi general...!

—No, no; si estoy bien seguro.

—Pero falta una cosa. Al llegar yo donde está esa persona, ¿cómo acredito mi calidad de embajador?

—Todo está previsto. Las credenciales que usted ha de presentar son una sola palabra. Ya lo hemos convenido él y yo: desde Burdeos me lo propuso.

—¿Una sola palabra?

—El nombre de un pueblo del Perú donde él y yo nos conocimos. Fácilmente lo grabará usted en su memoria. Mañana se lo diré. Cuando llegue usted al punto donde ha de celebrar su primera conferencia, Echaide será su introductor de embajadores. Conque...

—¿Me retiro?

—Sí. Hasta la noche.

Retiróse Calpena en un grado de excitación indescriptible, la mente pletórica del sinfín de ideas que en ella despertaba el grave asunto en que iba a ser actor, y actor histórico con visos de novelesco. Era un mundo que se le metía en el pensamiento, con imágenes mil fabulosas, con representaciones de actos en que probaría su valor y su inteligencia, con ideas elevadas, con fin nobilísimo como era el de la paz. Adelante: no se avenía con las seguridades que el general le dió de que en su misión no correría peligro. Sí, sí, que los hubiera, pues los peligros y la gloria de vencerlos satisfacían los anhelos de su alma generosa más que una campaña fácil y sin accidentes. Ningún fin alto y grande se alcanza sin sacrificio, y es forzoso ver en las penalidades la consagración de toda labor benéfica.

Recibió puntualmente los cigarros: repitió las visitas al general por la noche y mañana siguiente. Oyó dos voces las instrucciones, mejor dicho, las condiciones, que estampadas con letra de fuego quedaron en su memoria; tomó el santo y seña, o mejor, signo de inteligencia; vió partir al caudillo para Logroño; incorporóse al ejército de León, y ya no hizo más que esperar, clavados los ojos en la imagen borrosa de su destino.

El diálogo que se transcribe es exacto en sus ideas y sentido; el arriero Echaide, rigurosamente histórico.

XIX

Muy a gusto se agregó el caballero al ejército de León, y no poco orgullo sentía de hallarse tan cerca del héroe, cuyas fabulosas hazañas parecíanle dignas de un Romancero. El creciente influjo político del de Luchana impuso el nombramiento de Alaix para ministro de la Guerra, no obstante su reciente descalabro; y vacante el virreinato de Na-

varra, fué designado León para este puesto, que tan bien ganado tenía. Siguióle Fernando a Pamplona, donde hizo nuevas amistades, muy gratas: Manuel de la Concha, ya coronel; hermano de Pepe, y que si en la gallarda figura se le asemejaba, no así en el carácter, que era vivísimo, tirando a violento, poseído de la pasión militar en sumo grado y del anhelo de saber mucho y de practicar lo que aprendía; Domingo Dulce, distinguidísimo oficial de Caballería, muy intrépido; Federico Roncali y otros. Con ellos pasó buenos ratos en los ocios de Pamplona, que no fueron largos, porque León, nunca harto de combatir, ni saciado de gloria, salió en busca del enemigo con ansias dementes. Era un hombre febril, hercúleo, que empezaba en un inmenso corazón y acababa en una lanza. Se le podrían aplicar los cuatro enérgicos calificativos de Aquiles: *impiger, iracundis, inexorabilis, acer.*

Encaminóse el héroe a Tafalla, buscando camorra a los carlistas. No era de estos que aguardan las ocasiones más favorables para trabar batalla. Según él, todas las ocasiones eran buenas. Provisto de víveres para tres días, se lanzó por aquellos campos, como andante caballero, en busca de lo que saliere, y en Obanos, Legarda y Muruzábal encontró carne enemiga en que cebar las picas poderosas de sus terribles lanceros. Admiraba Calpena su gallardía, su varonil rostro, en que relampagueaban los grandes ojos calenturientos. Los bigotes rizosos del general eran los mayores y más bellos que en aquel tiempo se conocían. El chacó, con cimera de plumas ondeando al viento, agrandaba su figura y hacíala fantástica; su apostura sobre el caballo no tenía semejante. Fascinaba a la tropa, comunicando a todos, hombres y caballos, su ardor y fiereza. No le vió Calpena manejar la lanza. La primera hazaza de Belascoaín había sido algunos meses antes; la segunda, que debía ilustrar su nombre, fué meses después, en abril del 39. Cuando se dieron las reñidas acciones de Sesma y Los Arcos en diciembre del 38, ya don Fernando no estaba en el ejército de León, pues un día de octubre, hallándose meditabundo en Artajona, rumiando su impaciencia, y amargado por las añoranzas, presentóse Martín Echaide y pronunció el conjuro sibilítico:

—Don Fernando, vámonos.

Como asimismo le dijese que uno de sus hombres marchaba a Logroño con dos acémilas de vacío, no quiso desperdiciar Calpena tan buena ocasión de escribir a su madre, y lo hizo despacio y amorosamente, enviando a doña Jacinta la carta, con súplica de que por el conducto más rápido la remitiese.

Ya en marcha, en una aldea próxima a Mendigorría, emplearon gran parte de la noche en la operación de vestirse de máscara don Fernando y Urrea, con las ropas que Echaide traía para el caso, agregando a ellas la posible alteración de los rostros, en lo que pusieron todo su esmero y exquisitos primores de arte. Ya don Fernando había descuidado sus barbas y cabellos, y en éstos aplicó tales refregones de tierra, que pronto quedaron incultos y enmarañados a usanza salvaje. Levándose ambos la cara, si así puede decirse, con polvo del camino, obtuvieron el tono y pátina de una epidermis horriblemente áspera. Cortóse Fernando el bigote, igualándolo con las barbas, para que todo el rostro quedase como no afeitado en dos semanas. Cuidaron asimismo de las manos y uñas, procurando en aquéllas la endurecida costra de suciedad, en éstas el luto riguroso, y con un poco de hollín, diestramente aplicado a las orejas, sienes y carrillos, quedó Calpena hecho un mostrenco, tan zafio y bestial, que no había más que pedir. En Urrea no fué tan necesaria la transformación, porque su aspecto proceroso y su cara vulgar le asemejaban a lo que quería ser. Haba hecho don Fernando estudios de lenguaje, asimilándose un castellano burgalés de los más rudos con dejos de baturrismo. Bastábale a Urrea con su sonsonete éuscaro, en lo que poco o nada tenía que fingir. Quedaron, por añadidura, convenidos los nombres que habían de sustituir a los verdaderos, llamándose don Fernando Aquilino Orcha, y más brevemente *Quilino*, natural de Briviesca; y el otro, Francisco Muno, por la parte de Aramayona. Suponíase, por lo que pudiera suceder, que Muno había servido cuatro años en la partida de Lucus, y *Quilino* otros tantos en la de Merino, retirándose del servicio por la derrengadura que se le produjo al caer del techo de una ermita en el ataque de Lodosa. Habíale quedado un impedimiento del costado derecho, y natural torpeza

para mover los remos de aquel lado. Fingía muy bien el caballero la imperfecta andadura, con ligerísima cojera en que no podía verse la menor afectación.

Componíase la cuadrilla de cuatro sujetos: Echaide, los dos noveles y un cuarto arriero, como de sesenta años, a quien de apodo llamaban *Santo Barato*. Era el arriero jefe cincuentón, de mediana estatura, tan chupado de rostro, que los carrillos se le juntaban por dentro de la boca, formando al exterior dos cavernas velludas; los ojos se le metían hasta el cogote, sin que de ello resultara aspecto de fiereza, sino más bien como de anacoreta, o como las malas imágenes que representan a los benditísimos padres del yermo. Su ronrisa de beatitud convidaba a la confianza. En el cinto de cuero llevaba el rosario de cuentas negras y pringosas y un puñal. Era el vestido de los cuatro calzón corto con peales, chaqueta parda y pañizuelo a la cabeza, las camisas del más tosco hilo campesino. En suma: a Urrea le faltaba poco para ladrar; Fernando resplandecía, si así puede decirse, de oscuro idiotismo y de tosquedad y barbarie. Llevaban cuatro bestias, dos mulos y dos borricos, mejor apañados que las personas, con sus aparejos en buena conformidad, y la carga era de pellejos de aceite, algunos garbanzos, pimentón molido, vinagre y otros artículos de menor cuantía.

Con sus cuerpos y los de sus animales llegaron a Estella al caer de una tarde de octubre, metiéndose en una posada próxima al Castillo y al paseo de los Llanos. Gran aparato de fortificaciones observó Fernando en todo el contorno de la ciudad. En la escarpa de los picachos de Santo Domingo y en los altos de Santa Bárbara todo era baluartes y trincheras formidables. Hacia la otra parte, en Porfia y sobre el Púy, vió también cortaduras y reductos. Las puertas de la ciudad por el camino de Puente de la Reina, y en la entrada del paseo, y en las cabeceras de los puentes, donde arranca el camino de Viana, eran verdaderas fortalezas. En el centro de la ciudad vió bastante tropa, bandadas de clérigos, corrillos de oficiales en la plaza frente a San Juan, y en la calle Mayor; observó el descuido de policía como signo de bárbara guerra, los pisos desempedrados, formando charcos fétidos; cerrados los comercios, los establecimientos de pelaires, los talleres de carda de lanas, los batanes y tintes, en completa paralización y abandono. Recomendóle Echaide que anduviese lo menos posible por la ciudad, manteniéndose en el parador al cuidado de las bestias, lo que le pareció muy bien, y pronto hubo de advertir la sabiduría de este consejo, pues en el parador, y en una próxima tienda de bebidas con algo de comistrajo, pudo observar a sus anchas, sin despertar la menor sospecha, el estado de la opinión; sólo con poner sus oídos en las disputas vió claros los dos partidos que agitaban el cotarro pretendentil.

En esta parte decían que era de necesidad fusilar a Maroto; en aquélla, que no había decencia si don Carlos no se limpiaba de las alimañas que se le comían vivo: el cura Echeveste, el capuchino Lárraga, el obispo de León, Arias Teijeiro y otros tales. Pedían aquí que viniese Cabrera a enderezar el torcido altarejo de la Causa, pues era el único hombre de empuje y circunstancias, y allá que la perdición del rey estaba en los generales de anteojo y compás, y que los propiamente facciosos que no sabían leer ni escribir le darían la victoria. En ciertos círculos del bodegón no se recataban paisanos y militares de hablar pestes de don Carlos, que todo lo fiaba a la Virgen y consultaba sus planes de guerra con las monjas flatulentas, hartas de bazofia. Los más devotos de su majestad llevaban muy a mal que cuando iban las cosas de la guerra tan torcidas y hallándose el país esquilmado y en la miseria saliese don Carlos con la gaita de casarse. ¡Vaya, que tener que aguantar también reina, sobre tantas cargas como abrumaban a los pobres pueblos! ¡Y que no vendría poco finchada la de Beira, ni traerían poca fachenda sus damas y gentiles-caballeros, todos con atrasadas ganitas de trono y de parambombas reales, en medio de los desastres y de la inseguridad de la guerra!

Metían su cucharada en los coloquios *Quilino* y Muno, expresando las opiniones más contrarias a todo buen criterio, como seres nacidos para discurrir al tenor de los animales; y así pasaron tres días en tranquila sociedad y distracciones de bodegón, dando tiempo a que entregara o colocara Echaide la carga que llevó, y que tomase otra, consistente en piezas de paño del cuento 24, casimiros

y bayetones estrechos, barriles de vino y algunos trebejos de calderería. Nada tenían ya que hacer allí Dos días antes de la llegada de Echaide había salido Maroto para Alsasua, de donde seguiría hacia Cegama y Oñate. La misma dirección, por caminos y atajos endemoniados, tomó Echaide con su cuadrilla, escalando los desfiladeros de Andía, y en todas las ventas y encrucijadas, así como en los puntos guarnecidos, encontraba el arriero amigotes, con quienes departía del cisco que tan revueltos traía a castellanos y navarros. Ningún entorpecimiento hallaban en su marcha por aquellos vericuetos, porque la solicitud con que Echaide desempeñaba los encargos y la forma escrupulosa que sabía dar a su neutralidad, le garantizaban contra todo recelo. Por la noche, ya le cogiera ésta en alguna venta, desmantelada choza o tejavana, echaba mano a su rosario, obligando a los suyos a secundarle en sus extremadas devociones. A los clientes atendía con solicitud, cobrándoles a conciencia, y en el servicio de todos desplegaba tanta honradez como puntualidad. Jamás trajo ni llevó soplos referentes a movimientos de uno y otro ejército, y en ambos tenía protectores y amigos que apreciaban sus raras cualidades de ermitaño trajinero.

Bajando de los puestos de Aralar hacia Cegama, les cogió un temporal de nieve y ventisca, que por algunos días les tuvo prisioneros sin poder ir adelante ni atrás, defendiéndose contra el frío en unas cabañas de pastores. Hasta las soledades inhospitalarias en que se guarecían llegaba el rumor de la ola revolucionaria que por abajo corría. También allí, viejos que parecían salvajes, pedían que descuartizaran a Maroto y lo echaran a los perros, y soldados errantes que iban a unirse con sus cuerpos abogaban por que se ahorcase a Guergué con las tripas de Arias Teijeiro. Con hogueras se defendían los trajinantes del horroroso frío, que recrudeció la cojera de *Quilino*, obligándole a unos andares enteramente grotescos. Aprovechando una clara, avanzaron por la vertiente abajo en busca de mejor abrigo: en una casa en ruinas, donde se agazapaban media docena de soldados que venían de Ormáistegui y unos leñadores míseros, se trabó disputa tan brava sobre quién o quiénes habían traído el reino a tanta perdición, que no se pudieron contener en la pendiente de las palabras a los hechos, y algunos palos tocaron a Calpena, que hubo de aguantarlos con cristiana mansedumbre, porque el coraje no delatara su condición, tan bien disfrazada. Entre el tumulto, y mientras se frotaba la parte dolorida, se oyó su voz protestando en esta forma:

—Ridiós, si vus digo que razón tenís más que serafines. Que afusilen a Maroto, si vedis que no cumple; pero que si cumple escabecen a los empostólicos que le suerben el seso al soberano rey... Eso vus digo, y tamién que afusilando, afusilando, al que no ande derecho, veredes la faición comó una balsica de aceite.

—Mia tú, *Patarrastrando;* pues que te afusilen, que a derecho no andas.

—¡Otra! Que me arrimatis con gana. ¡No paicís amigos, ridiós!...

—Desapártate, bruto, y no rebuznes de pulítica.

Un tanto repuestos y desentumecidos en Cegama, arrearon para la noble Oñate, y en ella dieron fondo en un día de lluvia torrencial, chapoteando en el lodo, caladitos y con parte del cargamento averiado. Albergados en un parador de la calle Zarra, advirtieron inquietud grave en el vecindario y en la gente de tropa. La noticia de que habían sido presos y sometidos a un Consejo de guerra los generales Zaratiegui y Simón de la Torre, a paisanos y tropas les traía muy alborotados. En las cuadras del parador vieron a no pocos individuos que se recataban para leer papeles impresos repartidos por los agentes de Muñagorri, el escribano de Berástegui, que alzado había la bandera de *Paz y fueros*. Al siguiente día, despejado ya el cielo y seco el fango de las calles por un furioso viento, vieron escenas interesantes que revelaban el gran rebullicio de la opinión y el descontento de unos y otros. Casi a las puertas de la iglesia mayor un grupo de soldados insultó a dos clérigos que salían de sus devociones, y a la entrada de la calle de Santa María un grupo alborotaba con amenazas a la Intendencia, por la detestable calidad de los víveres. Corrían voces de que se habían interceptado cartas de Maroto a generales de Isabel, proponiendo condiciones para dar el pasaporte a don Carlos; mas alguien sostenía con visos de autoridad que la tal correspondencia era falsa, obra pérfida

de los fueristas de Muñagorri y de otros intrigantes que hormigueaban en la frontera, protegidos por el Gobierno de Madrid y el comodoro inglés lord John Hay, vulgarmente llamado *Lorchón.*

Y como en Oñate nada tenían que hacer, sabedor Martín de que en un punto no lejano podrían realizar el fin oculto de su viaje, partieron hacia Vergara, y a esta renombrada villa llegaron en ocasión que no se cabía en ella de tanta tropa como entraba por el camino de Durango. Era el ejército de Maroto.

XX

Lo primero que hizo Echaide, después de albergar sus caballerías, rompiendo como pudo por entre la militar turbamulta, fué dirigirse a cumplir sus devociones de costumbre ante el célebre *Cristo* de Montañés, que se venera en la iglesia parroquial de San Pedro de Ariznoa. Largo rato estuvo allí en compañía de *Quilino* (a quien ya más comúnmente llamaban *Patarrastrando),* y cuando acabaron de rezar ante la imagen con extraordinaria edificación, en la misma nave oscura del templo le dió las instrucciones que creía pertinentes:

—*Patarrastrando,* hijo mío, tú te vas al parador, y allí te estás como un santico hasta la hora de la cena. Echate a dormir si te parece; no hables con nadie, que aquí, motivado a estar el rey, hay soplones y mequetrefes de la Policía. No te fíes de nadie, ni aunque sea sacerdote, o pongo por caso, canónigo. Te duermes; después que cenemos te diré adónde tienes que ir, con respeto, hijo, con muchísimo respeto.

Puntual le obedeció don Fernando, y por la noche, después de cenar, entrególe cuatro botellitas de aguardiente, con encargo de que las llevase a una señora muy principal del pueblo, llamada doña Tiburcia Esnaola, habitante detrás de la iglesia donde habían venerado al *Cristo.* No tenía pérdida: era un caserón de sillería, con gran escudo cubierto de negros paños, y en el portal había una imagen de Nuestra Señora, alumbrada con dos farolitos. Fué *Patarrastrando* con las botellas, cogidas con muchísimo cuidado para que no se le cayeran en el camino, y hallada fácilmente la casa, entró, y una moza lozana le llevó por la bruñida escalera hasta la estancia donde salió a su encuentro una señora bien vestida, no joven, aunque de buen ver, la cual le mandó poner las botellas sobre la mesa; y no había acabado de hacerlo, cuando se abrió una puerta, y en el marco de ella apareció gallarda figura de militar cincuentón, con bigotes, rostro pálido, rugoso y grave, puro en la boca, el ceño ligeramente fruncido. El mensajero se acercó pronunciando una singularísima palabra: *Inquisivi.* Dijo el militar: «Pase usted», y tras él y *Quilino* se cerró la puerta, quedando todo en silencio, pues la señora se retiró por otro lado. La casa parecía dormir con descuidado y dulce sueño.

Descabezaba Echaide el primero de aquella noche en la cuadra del parador, rodeado de animales y arrieros, ya cerca de las doce, cuando le tiraron de una pata. Revolvióse y dijo:

—*Quilino,* ¿eres tú? Túmbate, hijo, y duerme; o echaremos antes un tercio de rosario si te parece.

Así lo hicieron, y entre los murmullos de rezo perezoso metían las cláusulas de un coloquio breve:

—¿Despachasteis?

—Sí, padre.

—¿Tenemos algo más que hacer aquí?... «Ahora y en la hora de nuestra muerte.»

—No, padre.

—Temprano cargamos y salimos. «Amén.»

Y temprano cargaron y salieron, «amén»; que a Echaide no le hizo mucha gracia la marejada que en la villa advirtió, entre *ojalateros* y marotistas, entre la camarilla *impostólica* y los que llamaban moderados. Hablábase de nuevas prisiones de jefes, de fuertes agarradas entre la reina y el obispo Abarca. Don Carlos se había casado en Azcoitia, y llevaba consigo a la reina con séquito palatino muy vistoso, dentro de la modestia que la guerra imponía. Pero el infante don Sebastián, hijo de la de Beira, se peleaba con Echevarría, y Arias Teijeiro con Maroto; y éste con toda la turba palaciega; y la reina se volvía *moderada;* y el rey quería contentar a todos y a nadie daba gusto; y con el nombre de su hijo, el llamado príncipe de Asturias, apuntaba un nuevo cisma, fundado en la abdicación; y Villarreal y Elío, famosos caudillos, ponían el grito en el cielo, re-

negando de los apostólicos; y su majestad frecuentaba los locutorios de las monjas para pedirles consejo y oír sus inspirados vaticinios, haciéndose digno de que se le aplicaran, con más razón que a su hermano, los ridículos versos de Rabadán:

Las pobrecitas vírgenes claustrales
de tratar a su rey están ansiosas:
don Carlos, con entrañas paternales,
¡ha dado en visitar las religiosas!

Hablando de todo lo observado en Vergara, que era mucho y bueno, partieron hacia Beasaín, para tomar la vuelta de Navarra siguiendo itinerario distinto del que habían traído. Nada les ocurrió digno de ser contado, sino que uno de los burros enfermó en el paso de Lecumberri para bajar a Irurzun, y resultando ineficaces los remedios que le aplicó Martín, maestro en artes veterinarias, el pobre animal entregó su vida a la inmensidad y su carne a los buitres. Inútiles fueron también las diligencias para sustituirlo, y, al fin, no hubo más remedio que malvender parte de la carga del difunto asno y llevar a cuestas, repartida entre todos, la restante. Trabajosa fué la expedición en aquellos días de riguroso invierno, y hasta Puente de la Reina, donde llegaron a primeros de diciembre, no tuvieron descanso ni abrigo. Pero la salud no les faltaba, si bien *Patarrastrando* empezó a sentir verdadero el impedimento muscular que había sido fingido, lo que felizmente tuvo compostura con los veterinarios remedios que le aplicó Echaide. En esto encontraron a León con su ejército, que victorioso volvía de las acciones de Sesma y Los Arcos. Contaban los soldados maravillas de audacia del general y heroísmos de su tropa. Animados por tan feliz suceso, apresuraron los arrieros el paso, para llegar pronto a tierra baja, pensando que el palizón recibido por Maroto era parte a precipitar la solución que todos deseaban. En dos jornadas se pusieron en Sesma, y al siguiente día pasaron el Ebro por Lodosa, picando hacia Logroño. A media legua de la ciudad dijo Echaide a *Quilino* y Urrea que se quedasen a dormir en una venta que allí hay, mientras él avisaba al general del feliz arribo de la embajada: creía complacer a su excelencia dándole ocasión de escoger sitio y hora para recibir a don Fernando antes de que éste entrara en la ciudad. No iba descaminado el ladino arriero, pues su precaución agradó mucho al de Luchana, y a la mañana siguiente mandó recado con el mismo Echaide para que *Quilino* le esperase en la Fombera, preciosa finca, propiedad de doña Jacinta, a corta distancia de la venta que antes se menciona. Allí pasó el día don Fernando, y se entretuvo recorriendo las huertas de frutales y los variados recreos de tan hermosa posesión, que aun en pleno invierno tenía mucho que admirar. El arbolado de sombra no desmerecía de la rica colección de peros y manzanos; espléndido era el corral, bien poblado de aves y por fin, un brazo de la Iregua penetraba en la finca, formando en ella como una ría o lago delicioso, donde su república tenían ánades y patos. Sirvió el guarda a don Fernando la comida que al objeto mandaron los señores, y por la tarde llegaron Espartero y doña Jacinta, sin compañía de ayudantes ni de ninguna otra persona, y lo primero fué reír ambos de la pintoresca transfiguración del caballero, jurando que no le habrían conocido si le encontraran fuera de aquel sitio. Diéronle luego noticias muy buenas de Pilar, y con las noticias las cartas que le aguardaban, dejándole que a su gusto se entregase al deleite de leerlas, o al menos de repasarlas rápidamente. El rostro del caballero mientras leía revelaba su regocijo y satisfacción. Su madre gozaba de excelente salud, y aunque desconsolada por la ausencia de su querido hijo, se alegraba de verle campeón de noble empresa, propia de un gran caballero cristiano y español. Enterado de lo que más vivamente le interesaba, se puso el caballero a la disposición del general, que ya impaciente aguardaba una pausa en los afectos filiales. Apartóse la condesa con la mujer del guarda para pasar revista al ejército de gallinas, y en tanto Espartero y don Fernando, paseando despacito, hablaron todo lo que quisieron. Desde lejos se podía ver el rostro del héroe expresando ya el asombro, ya la ira; oía muy atento, pronunciando algún monosílabo con vigoroso apretón de quijadas o arqueo de sus negras cejas.

Imposible transmitir la conversación, que hubo de quedar en vaguedad incierta, como nebulosa de un suceso histórico. Otras conversaciones se relatarán

ésta, no. El oído indiscreto, procurando apoderarse de las ideas allí manifiestas, sólo pudo coger algún concepto deshilvanado.

—¡Pero ese hombre está loco!—dijo Espartero, pisando fuerte—. ¡Pretender que se conserven en la persona de don Carlos los honores de rey... y que a la de Beira también la declaremos reina! Pero dígame usted, joven: ¿cuántas reinas vamos a tener aquí? La pobre España sería el país de las innumerables reinas... Esto no puede ser.

Y después se oyó también este cabo suelto:

—No puedo conceder más que el reconocimiento de la mitad de los grados adquiridos en el ejército carlista. De Madrid me han venido indicaciones para que reconozcamos la totalidad..., pero no puede ser. ¿Adónde vamos a parar? ¿Qué presupuesto resistirá un Estado Mayor semejante? La guerra nos ha hecho pobres y la paz nos hará mendigos... No puede ser...

Y por último, cuando ya terminaba la conferencia:

—De aquí a mañana rectificaré algunas de mis condiciones, a ver si recortando yo y recortando él llegamos a una inteligencia. ¡Qué demonio de hombre! Me había hecho creer que se hallaba en mejor disposición... Pero ¿qué espera? ¿No teme que los apostólicos, sanguinarios, sedientos de venganza, llenos de ira y de veneno, le fusilen el mejor día?

Refirió Fernando lo que en su viaje había observado, la sorda revolución que a modo de volcán mugía en las entrañas del partido carlista, poco antes formidable en su potente unidad guerrera y religiosa; mas nada de lo que dijo fué novedad para el conde, que por su bien organizado espionaje no ignoraba nada de lo que ocurría entre el Ebro y el Pirineo. Concluyó el general diciéndole que se preparase a volver con nueva embajada, pues una vez iniciado su servicio, no había de renunciar a la gloria que le reportase. Replicó el caballero que no ambicionaba gloria, si por esto se entienden los honores y exterioridades que acompañan a los grandes hechos. Se contentaba con la satisfacción de su conciencia, y si lograba coadyuvar a obra tan hermosa, de su parte en el triunfo gozaría en la oscuridad en que pensaba encerrar para siempre su vida.

—¡Qué pena, don Fernando—le dijo la condesa—, dejarle a usted aquí tan solito! Pero ya que se ha impuesto, por amor de la patria, tantos trabajos y privaciones, habrá hecho buen acopio de paciencia. Ya cuidaremos de que nada le falte aquí.

—Con paciencia dicen que se gana el Cielo, y con ella he ganado yo el afecto de ustedes, para mí tan caro.

Despidiéronse muy afectuosos, y Calpena se quedó solito, dueño de aquel vergel, en cuyas amenas anchuras daba expansión a su espíritu, libertad a sus pensamientos, para que vagasen de la mente a la Naturaleza y de la Naturaleza otra vez a casa. Exploraba el porvenir, tratando de ver la probable salida de aquel arduo negocio, y ponía en orden todos los datos y conocimientos adquiridos para deducir de ellos la histórica resultante. Recordaba la tenacidad de Maroto en el sostenimiento de sus proposiciones, y no veía fácil que tal dureza se ablandara sin el castigo de la guerra. Al propio tiempo, si sufría una cruel derrota, quedaría imposibilitado para negociar, porque los apostólicos le quitarían el mando y quizá la vida. Veía la situación del general faccioso erizada de peligros y dificultades, y le admiraba por el tesón con que afrontarla sabía. No estaba Maroto, no, exento de moral grandeza, y miraba al interés patrio, tratando de conciliarlo con los restos, que restos eran ya, del Estado carlista. Con agrado recordó Calpena el trato franco y ameno del caudillo de las campañas chilenas, del vencido en Chacabuco. Su despejo manifestábase desde las primeras expresiones, y su conocimiento del personal del absolutismo revelaba un observador sagaz. Poco afortunado en los campos de batalla, lo era en la organización, en adiestrar hombres y componer muchedumbres para la guerra. Hubiera sido quizá mejor político que militar. Su destino hizo de él uno de esos hombres que, dotados de amplia fuerza intelectual, no aciertan jamás con los caminos derechos, y llegan siempre adonde no querían ir.

Dos días no más permaneció don Fernando en la deliciosa Fombera, trabando amistad con patos y gallinas, dando migajas a pájaros y peces, hasta que, recibidas del general las nuevas instrucciones, que se hizo repetir para grabarlas

bien en su memoria, partió con la cuadrilla al alba de un día de diciembre. Con carga de vino, siguieron todo el curso del Ebro, aguas abajo, para vadearlo por Tronconegro y tomar allí la dirección de Salvatierra, por La Guardia y Peñacerrada. Lo que menos pensaba Calpena era pasar por la patria de las niñas de Castro en tan extraña disposición, y fué para él un rato triste y al propio tiempo placentero recorrer la villa a medianoche, ponerse a la sombra del caserón de Castro-Amézaga, cerrado a piedra y barro; reconocer también la casa de Navarridas, la iglesia parroquial y demás sitios que renovaban en su alma memorias dulces. Contempló largo rato, a la claridad de la luna creciente, el palacio donde había vivido tres meses, cuidado por los ángeles, y miraba una tras otra las ventanas, señalando por ellas las piezas y el interior grandioso: el cuarto donde él dormía, el de las niñas, el comedor, y hasta se fijó en las tejas, por donde pensaba que andarían los mismos gatos de su tiempo. Ningún rumor se sentía, fuera del cantar de gallos en el corral de la casa. Esta dormía con el sueño del justo...

¡Oh, cuánto le embelesó aquella paz, aquel solemne descanso de la vida laboriosa, de las conciencias puras! ¡La paz! El la quería, la deseaba con toda su alma. Por la paz del reino, trabajaba, y si Dios le concedía también la suya, procuraría, sí, agasajarla dentro de la envoltura más propia de aquel bien supremo que era la oscuridad junto a seres queridos.

XXI

De su arrobamiento le sacó el amigo Echaide, y salieron arreando para Peñacerrada. Llevaban, en sentido contrario, el mismo camino que había recorrido con las niñas en el éxodo de Oñate. ¡Cómo recordaba su travesía en el carro y las escenas de Salvatierra, el encuentro con Serrano, la batalla con el *Jabalí*, la herida, y, por fin, Aránzazu con sus habitaciones de mendigos y el humilde sepelio del pobre don Alonso! La vieja historia se le presentaba página por página, como un libro repasado al revés.

En Aránzazu les cogió la Nochebuena, y allí la celebraron entre amigos, que de Echaide lo eran algunos de los leñadores en las ruinas aposentados. Pudo enterarse Calpena del bienestar que todos debían a las generosas niñas, y aunque algo habló de esto con sus huéspedes, no quiso darse a conocer ni repetir la triste historia. Cenaron y bebieron alegremente arrieros y leñadores, y *Santo Barato*, hombre sin semejante para toda fiesta y bullanga, cantó villancicos en castellano y en vascuence y bailó la jota y el aurrescu con mozos y mozas de Aránzazu, en medio de grande algazara. Aun en aquellas alturas apartadas del trajín social se oía el resoplido de la profunda revolución de la Causa, signo indudable del cansancio del país y de las ganas que tenía de sacudirse tanto parásito militar, frailesco y político.

La primera parada después de Aránzazu fué en Mondragón, donde Echaide tenía parientes, una prima hermana casada con el sacristán de la parroquia, otro primo albéitar y muchos y buenos conocimientos. Era el sacristán hombre muy leído, se sabía de memoria las *Gacetas* carlistas y estaba al tanto de cuanto pasaba en las regias cortes, empezando por la del *legítimo*. Apostólico furibundo, abominaba, como el obispo de León, de los generales de anteojo y compás, y en ellos veía el trastorno y ruina del reino. Hablaba campanudamente buen castellano, con ínfulas y tonillo de orador, y creía que la única imperfección del régimen absoluto era *no tener Cámaras*. Con buenas y sabias Cámaras, que debían ser presididas por un obispo y sujetas al rigor dogmático podrían los hombres de estudios ilustrar las cuestiones; y el rey, desde su real tribuna, lo oiría todo, conservando la libertad de hacer lo que le diera la real gana, que para eso era ungido de Dios.

Bueno; pues mientras cenaban Echaide y los suyos en casa de los primos con cierto aparato de limpieza y mejor comida que de costumbre, disfrutando de tenedores y hasta de mantel, se lanzó Videchigorra, que tal era el nombre del sacristán, a unas pomposas peroratas que, por ser enteramente hueras, no cuadraban a la rusticidad de su auditorio. Calpena le oía con afectada admiración, y el orador observaba en el rostro de él, como en un espejo, los efectos de su elocuencia. Entre tanta hojaras-

ca, algo hubo de encontrar *Quilino* que no le estorbaba para su conocimiento total de las cosas públicas y de la guerra. Era en verdad peregrino que habiendo estado en Logroño, tan cerca del hombre que en aquel tiempo movía los hilos del retablo político, no se hubiese enterado de la representación dirigida por él a la reina, documento que alborotó a España toda. Pero en la soledad de la Fombera, ¿quién había de informarle de cosas tan graves, como el mismo general no lo hiciese? Sofocado ya del derroche oratorio, mas sin perder su hinchada serenidad, Videchigorra decía:

—Si hay revolución en nuestro reino, no es floja zaragata la que han armado los corifeos de allá. Ahí tenéis al espadón de *los libres* echando a la titulada gobernadora un memorial sedicioso, irreverente, que no es más que la voz de su enojo contra Narváez por si le dan o le quitan el mando de cuarenta mil *pistolos*, los cuales no han cogido el titulado fusil con otro objeto que desbaratar la preponderancia del *rotulado* conde de Luchana... ¿Qué es esto? Celos y envidias, señores; verdadero furor masónico por la dominación. ¿Qué vemos ahí? El nefando *progreso*, negación de Dios; el execrable culto de la Libertad, negación de la Virgen... ¿Qué quiere el apócrifo general y conde de engañifa? Pues quiere la dictadura militar; quiere ser Atila, señores, el azote del género humano, y venirse luego acá con la guillotina, la Convención, el culto de los dioses paganos y la libertad de la imprenta. Espartero, bien lo veis, impone su autoridad a doña Cristina y le disputa el gobierno de las facciones de Madrid, las tituladas Cortes, Ministerios, Oficinas y Arbitrios. El masonismo quiere tener en una mano las arcas reales y en otra los soldados que con engaño y violencia defienden el falso Trono...; quiere, por medios infernales, derribar el Trono verdadero, que se apoya en el lábaro, y traernos el imperio del error y del materialismo... Pues si por el lado político no es floja la revoltura de los idólatras de la Constitución, por el lado militar van de capa caída y no tardarán en recibir el golpe de gracia. No negaré que hemos tenido algún tropiezo, como el de Los Arcos, que debió ser gran victoria y no lo fué por la ineptitud de un Maroto; pero nosotros al gran triunfo de Morella podemos añadir orgullosos el que ha logrado, no lejos de Caspe, el invicto entre los invictos, el Macabeo de España, don Ramón Cabrera, neto conde del Maestrazgo. Supisteis, y, si no, ahora lo sabéis, que en los campos de Maella protegió de tal modo el señor las armas de nuestros leales, que, a éste quiero, a éste no quiero, hasta que se hartaron de matar no dieron paz a los sacros fusiles y a las cortantes bayonetas. En la refriega cayó muerto el corifeo que les mandaba, un titulado general Pardiñas, que gozaba fama de temerario, y los prisioneros fueron mil y cuatrocientos. Quedó el campo de Maella empapado en sangre de cristinos y cubierto de cadáveres, en lo que se vió clara la mano del Altísimo y su protección a la divina bandera de don Carlos. Nuestra Generalísima merece mayores homenajes y devociones más pías que las que le tributamos. Adorémosla, reverenciémosla; no apartemos su imagen de nuestro pensamiento ni su amor de nuestros corazones. Seamos macabeos, seamos valerosos y píos hasta dar cuenta de la hidra, señores, de la bestia masónica y atea. Y pues hemos cenado en paz y gracia de Dios, juntándonos en esta honrada casa, vosotros, humildes y sencillos como los apóstoles, yo, más ilustrado que vosotros; yo, que os supero en conocimientos, mas no en fidelidad al rey ni entereza para defenderle, pues hemos cenado con bendición y hasta con cierto regalo, recemos ahora el rosario santísimo, para que Dios nos mantenga en su gracia y en la pureza de nuestra fe.

—«Amén»—dijo Echaide, sacando el rosario, y «amén» repitieron *Quilino* y los demás, preparándose al acto religioso, tan favorable a una buena digestión.

No se vieron libres los pobres trajinantes, a la hora del descanso, de un nuevo chaparrón oratorio del señor Videchigorra, que, furioso, les siguió a la cuadra para contarles picardías mil descubiertas por los agentes de la Superintendencia de Policía. Astutos emisarios del masonismo se habían introducido en el campo carlista, sembrando la discordia con escritos infames, con falsificadas epístolas en que se suponían tratos y contubernios de los leales con la rebeldía de Madrid. El diablo andaba suelto y con máscara de paz, que le servía para en-

gañar a muchos incautos. Enmascarados de fueristas venían también los prosélitos de Muñagorri, titulándose *nuncios de paz*. ¡Buena paz nos dé Dios! En su delirio habían concebido el diabólico plan de robar la persona augusta de don Carlos en Azcoitia, sorprendiéndole con un centenar de hombres osados que de Fuenterrabía se embarcarían para Guetaria y de este puerto se precipitarían sobre la residencia real en la oscuridad y silencio de la noche. Pero ¿qué había de hacer Dios mas que desbaratar proyecto tan sacrílego? Bastóle al Señor producir entre los infames regicidas una confusión semejante a la de Babel, de modo que cuando se congregaban en Fuenterrabía para poner en práctica la villana idea viéronse de súbito imposibilitados de comunicarse sus pensamientos, porque querían decir una cosa y decían otra, y las palabras no salían nunca conforme a la voluntad, sino expresando lo contrario de lo que ésta disponía. Y hombre hubo además que, creyendo hablar vascuence, resultaba expresándose en lengua tudesca o polaca, cosa en verdad inaudita, prodigio sublime con que el Señor justiciero anonadó a los enemigos de su causa.

—«Amén»—murmuró Echaide, casi dormido.

Roncaban ya estrepitosamente los demás, con excepción de *Quilino*, que le paró los golpes con una tirada de bostezos, sobre los cuales trazaba la señal de la cruz. Con esto, Videchigorra se retiró, según dijo, a escribir una carta urgente, y allá dentro se le sentía charlando con su mujer. Durmióse el fingido arriero hasta medianoche, en que se levantó para dar agua a las bestias y aparejarlas, pues querían salir de madrugada: y hallándose en este trajín, vió que por el patio adelante, bien iluminado por la luna, avanzaba como fantasma la flexible figura del parlero sacristán. Tembló el pobre mozo.

—Pues eres tú—le dijo la fantasma—el único que está despierto, a ti confío mi encargo. Es una carta, hijo; una carta de grandísimo interés, que entregarás en Durango, en la propia mano del señor a quien va dirigida. ¿Sabes leer? ¿Sí? Pues entérate bien del sobrescrito, y que se te grabe en la memoria el nombre de uno de los más entusiastas defensores de la religión y del rey, *don Eustaquio de la Pertusa*. No será malo que añada para tu gobierno las señas del tal sujeto: talla mediana, color moreno, edad próximamente como la tuya, ojos pequeños y sagaces. Y para satisfacción tuya y mía, agrego que en ese señor verás a uno de los que con más ahinco se consagran a la persecución de intrigantes y al descubrimiento de las perfidias que nos consumen; hombre tan piadoso como valiente y leal, que daría su vida por el rey, como la daríamos tú y yo si necesario fuese..., porque..., te diré..., óyeme.

Por quitarse de encima la nube dió *Quilino* su palabra de entregar la carta en propia mano, y apartóse todo lo que pudo, prefiriendo la sociedad de los burros a la de los oradores. Mas no le valió su esquivez, porque el otro se le fué encima, brincando por sobre dornajos y montones de escombros, y le acometió ferozmente con este metrallazo:

—Los que no tengan fe, váyanse con Maroto; los que duden, pónganse faldas y dedíquense a las faenas mujeriles...

En esto llegó Echaide, que fué pararrayos de Calpena, porque sobre él descargó la nube, sin que pudiera defenderse con el rosario, por no ser ocasión de ello. Partieron al fin de madrugada, y a la salida, por el camino de Elorrio, fué con ellos el hablador, arreándoles con el látigo de su palabra. Recomendóles que mirasen bien con quién hablaban y que no se dejasen tentar de ningún intrigante; que no acogiesen papeles impresos y que si a sus orejas llegaban las *chinchirrimáncharras* de algún *pacífico fuerista neto*, lo pusieran en conocimiento de las autoridades. No tuvo Echaide más remedio que desenvainar el rosario, y *Santo Barato*, hombre poco sufrido y de malas pulgas, empezó a recoger pedruscos con idea de abrirle el camino del Cielo, por un martirio semejante al de San Esteban.

Dejándole atrás, le vieron hablando con un árbol, hasta que pasaron dos mujeres y de parola con ellas se volvió a Mondragón. Ya muy adelantados en el camino, Echaide, quedándose atrás con *Quilino*, le dijo:

—Nos guardaremos de dar esa carta del primo Videchi, que, como has visto, tiene en la cabeza un molinillo y no piensa ni dice más que disparates. Conozco a este Pertusa, que es uno que

anda en enredos de los *fueristas netos pacíficos;* otro más agudo y metidillo no lo hay acá. Ha engañado al pobre Videchi haciéndole creer que trabaja por lo *impostólico.* Todos esos tunantes hacen juego doble y se fingen lo que no son para trabajar por lo suyo, que es hacer tabla rasa de estos pequeños reinos y mandar a don Carlos a tomar aires. La carta de Videchi no es más que una lista de los *netos* de Mondragón y otra de los *ojalateros,* que allí son pocos, y explicaciones de lo que tiene cada uno y de lo que vale. Debemos, pienso yo, no dar el papel, que nos pondría en el compromiso de hablar con ese Pertusa, mequetrefe muy entremetido que querrá entrar en confianzas para curiosear. Andémonos con tiento, hijo. Nosotros a nuestro trajín, a nuestros burros, a la buena con todos, sin que nadie pueda decir que quitamos o ponemos. Dame la carta y yo me encargo de echarla en el buzón de la eternidad.

Parecióle muy juicioso a Calpena el acuerdo de su amigo y jefe; mas desprendiéndose del encargo no pudo apartar de su mente en todo aquel día y la siguiente noche la imagen del condenado *Epístola.* ...

XXII

Como recuerdo espectral, de esos que pintan y entonan la figura y voz de personas ausentes, perseguía don Eustaquio al caballero, quien no podía menos de admirar la travesura del astuto aragonés. Habríale gustado penetrar el secreto de sus artimañas, sorprender entre sus ágiles dedos los hilos que manejaba; observar la sutil hipocresía con que se infiltraba en la sociedad que quería corromper. La llegada al arrabal de Pinondo, en Durango, donde se albergaron, borró aquellas impresiones, que no revivieron hasta el día siguiente por la tarde, en ocasión de hallarse el caballero rendido de cansancio y un poco febril. Grande había sido el ajetreo de entregar y recoger mercancías; como unas quince veces recorrió cada uno la distancia entre el parador y el centro de la villa, sin que nada de particular les ocurriese. En retirada iban hacia su vivienda *Quilino* y Muno, atravesando por frente a los arcos de la parroquial de Santa María, cuando vieron salir de ésta una luenga procesión con estandartes y cruces, seguidas de imágenes, y un concurso inmenso de fieles de uno y otro sexo, sin que faltaran cantores y un lucido cleriguicio. Movidos de la curiosidad, aproximáronse los dos arrieros, y confundidos entre la multitud pudieron admirar la devoción que en los rostros y actitudes de todo el gentío se manifestaba, y aún hubieron de sentirse influídos por la masa, que les atraía y les arrastraba sin que de ello se dieran cabal cuenta. En dos filas larguísimas iban con lento paso, a un lado y otro del palio, personas de clases diferentes: señores y pueblo, paisanos y militares, todos con vela encendida, agregando su voz a la salmodia de los curas. Sinfín de mujeres se agolpaban fluctuando, onda de paño negro y caras compungidas, y metían también sus desentonadas voces chillonas en el coro litúrgico. El acto tenía por objeto impetrar del Altísimo el remedio del mal humano, pidiéndole expresamente que pusiese fin a las discordias que hacían de su elegido reino un campo de Agramante. Cada cual agregaría, quizá de su cuenta, las peticiones que creyera más prácticas, como la extinción del *marotismo* o la ruina de Muñagorri y su canalla.

Observaba el arriero las caras que iban pasando, graves, mirando al suelo con beata compostura, y de pronto le dejó suspenso la presencia de don Eustaquio de la Pertusa, que marchaba en la devota fila con vela y escapulario, emulando con los más celosos en devoción y recogimiento. Mas no podía sostener su papel de clavar en tierra las miradas y las esparcía de rato en rato por la muchedumbre, sin quitar de ellas la expresión santurrona. Vióle don Fernando pasar cerca de sí, y Pertusa le vió al propio tiempo, clavando en él, sorprendido, sus ojos ratoniles... Pasó, y *Quilino,* cogiendo del brazo a Muno, apartóse de la procesión, abriéndose paso a fuerza de codazos, pues ya todo lo había visto y no le quedaba nada que ver.

Antes de llegar a Pinondo, la fiebrecilla que se le había presentado tomó más fuerza. Intenso escalofrío le corría por todo el cuerpo y apenas podía tenerse en pie. Arreglado el mejor lecho que fué posible en la cuadra, donde todos dor-

mían, se acostó el hombre, perseguido por el espectro de Pertusa con escapulario y vela, andando al compás de la procesión con devoto paso y actitud y echando de soslayo sobre el gentío el rayo de sus sagaces ojuelos. Y si por el organo de la vista se hallaba el buen caballero bajo la sugestión del *Epístola*, por el oído se le entraban los campanudos discursos de Videchigorra. No podía su voluntad librarse de ambas visitas espectrales; a Pertusa le tuvo en su retina toda la noche y no cesaba de oír el insufrible moscardón, repitiendo su oratorio zumbido: «¿Qué pretende el corifeo de los *libres?* La dictadura, tras de la cual vendrá el satánico reinado de la diosa Razón... Pueblos engañados por el masonismo, despertad, venid... Carlos os abre sus brazos amantes; Carlos pío, Carlos soberano, a todos perdona. Su reino es la paz, el dogma, la obediencia.»

Pasó la noche intranquilo, apeteciendo bebidas frescas y azucaradas. Urrea le arropó cuidadoso, dándole de beber a menudo, y se mantuvo a su lado vigilante. Sin descabezar un sueño hallóse al siguiente día más despejado, y durmió algunos ratos, descansando así de la visión de Pertusa como de las retóricas de Videchigorra. Pero al caer de la tarde, hallándose solo en la cuadra, ya invadida por la penumbra, se creyó nuevamente víctima de su delirio... ¿Cómo podía ser esto si los sentidos del enfermo gozaban de suficiente despejo para no confundir las impresiones mentirosas con las reales? El individuo que vió acercarse a su lecho humilde no era una engañosa imagen, sino el propio *Epístola* en su natural ser, todo vivacidad, agudeza y travesura.

—No se me esconda, señor don Fernando—le dijo cauteloso, bien seguro de que nadie le veía—. Le conocí en la procesión, a pesar del bien dispuesto disfraz. Un poco difícil me ha sido después dar con usted; pero guiado por mi olfato finísimo, ya lo ve..., he descubierto a mi hombre.

Creyó Fernando de malísimo augurio semejante encuentro, y habría dado cualquier cosa de valor porque el *Epístola* que veía fuese creación de la fiebre. Sintió impulsos de agarrar el palo que próximo al lecho tenía y ahuyentar a garrotazo seco la importuna imagen, por desgracia muy real; pero luego estimó peligroso este procedimiento, por el escándalo que ocasionar podría. Dejó pasar un rato; y mientras el entremetido aragonés se despachaba a su gusto con demostraciones de cordial amistad y respeto, discurrió qué resortes emplearía para librarse de él, o, por lo menos, para alejarle sin comprometer el incógnito riguroso que quería guardar.

—Mire, don Eustaquio—le dijo—; si cree usted que yo vengo en esta traza con algún fin de intriga política, se equivoca grandemente; y como me contraríe y me salga con alguna necedad que estorbe mis planes, sepa que no le sufro, pues no soy hombre que se deja burlar por el primero que llega. Yo le aseguro que si no me guarda las consideraciones que debe a mi persona y al disfraz que he tomado, por motivos y razones que nada tienen que ver con el carlismo, yo le aseguro, repito, que si no se conduce usted, con respecto a mí, como si no me hubiera visto, le haré entender lo que es discreción y delicadeza, en caso de que me convenza de que no lo sabe.

—Pero, don Fernando, ¡si yo...! No se sulfure, óigame...

—No tengo que oír nada. Usted es quien tiene que andar con tiento, pues al menor descuido le meto una bala en el cráneo y me quedo tan fresco.

—Pero, señor, ilustre señor..., ¡si no me ha dejado explicarme! ¿Cómo puede suponer que yo me acerco a usted con intenciones que no sean leales y con todo el respeto que usted se merece? Por Dios, devuélvame su estimación, que en un momento de desvarío parece negarme. Créame, señor: no me ha pasado por el magín que se haya usted puesto en esa facha para fines y enredos políticos; eso se deja para los desdichados que no tienen qué comer, como un servidor... En cuanto le vi a usted, mi finísimo olfato y mi penetración, que nunca fallan, me dijeron que el señor don Fernando anda en estas comedias por cuestión de amores. Con esta idea, créalo, hallé fácil explicación a su presencia en Durango... ¡Como que esperaba verle a usted por acá, cambiado de rostro y vestimenta! He aquí la razón de haberle reconocido al primer golpe de vista.

—Pues ya que su penetración por esta vez ha dado en el clavo, pues de amo-

res se trata y por amores vengo, suspendamos aquí la conversación y váyase por donde ha venido, que yo en mis soledades vivo y con ellas me basta para lo que me propongo. Sea usted discreto y déjeme.

—¿Está bien seguro, señor, de que no me necesita?

—Segurísimo.

—Piénselo, piénselo, y si en ello se confirma, me retiraré con la promesa y palabra que doy de respetar fielmente su secreto. Pero yo confío en que un poco de reflexión le convencerá de que puedo serle de grande utilidad en su empresa, por no decir aventura.

—Paréceme que no, señor don Eustaquio. Nada puede usted hacer en obsequio mío...

—¿Ni aun allanarle algún camino..., decirle lo que ignora, señalarle el punto donde encontrará el cazador la res en cuyo seguimiento viene?

Los ojuelos penetrantes de *Epístola* turbaron a don Fernando, que no supo ya en qué actitud ponerse, ni si tomar o no en serio el orden de ideas a que el astuto aragonés quería llevarle. Picado de la curiosidad, y no queriendo ser menos agudo que su interlocutor, le dijo:

—Agradeciéndole sus buenos deseos de servirme, debo manifestarle que sus informaciones llegan tarde, pues ya sé todo lo que me conviene saber.

—En ese caso, señor mío, nada tengo que añadir, sino que me perdone lo que creerá oficiosidad. Si usted sabe dónde ha de encontrar a la dama, el cómo y cuándo de poder verla y hablarla, resulto, en efecto, inútil... No obstante...

—¿Qué...?

En el colmo de la confusión y viéndose en un terreno desconocido, don Fernando no sabía qué postura tomar. Pertusa, atravesándole con su mirar fino, prosiguió así:

—Permítame que le haga una pregunta: ¿la vió usted ayer tarde en la procesión?

Afirmándose en el nuevo terreno, que aún no conocía, Calpena respondió con intención capciosa.

—Sí, señor, la vi.

—Iba con doña Prudencia. Don Sabino formaba en la fila, dos cuerpos delante de mí.

—Todo lo observé, sí, señor—aseguró don Fernando, haciéndose cargo del nuevo terreno a que su destino le traía por mediación de aquel diabólico sujeto—. ¿Para qué tengo yo los ojos en la cara, señor don Eustaquio?

—Naturalmente; lo que no ven los ojos de un enamorado, no lo ve el mismo sol. Y ¿sabe usted también la residencia de la hermosísima doña Aura?

—Sí, hombre, sí... ¿Cree usted que yo he venido aquí a perder el tiempo?

—Pus si todo lo sabe, no soy un amigo útil, sino un visitante fastidioso, y con la venia del señor don Fernando me retiro.

Miráronse un rato en silencio, rivalizando los ojos de uno y otro en penetración y picardía; y como Pertusa repitiese su ademán de retirarse, le agarró Calpena por el faldón, diciéndole:

—Aguárdese usted un rato... Deje que me levante... Estoy un poco enfermo, pero no es nada..., puedo salir... Hablaremos en la calle... Aquí no conviene.

Vistióse presuroso el caballero; dió algunas vueltas por la estancia y las cuadras próximas para cerciorarse de que no le observaban sus compañeros de arriería, y echóse a la calle precedido del aragonés. Ya era de noche.

—Vámonos por estos callejones—dijo el caballero, guiando—, que no nos conviene encontrar gente conocida, y hablaremos... Pues, sí, señor de la Pertusa; si usted me descubre el nido de ese lindo pájaro, practicará una de las obras de misericordia: enseñar al que no sabe.

—¿No decía yo que podría serle de gran utilidad? Al fin me salí con la mía. Por lo que veo, usted supo que la familia reside en Durango.

—Eso sí..., pero ignoraba...

—Su casa... Ahora mismo vamos allá pero tomémoslo con calma, que es lejos al otro lado de la población, en el barrio de Curuciaga.

—Aunque sea en el fin del mundo, vamos allá.

—Pues sí, don Fernando; cuando le vi a usted, mi primera idea fué suponer que venía con algún intríngulis político. Hoy por hoy, conspiran aquí hasta las piedras... Después me acordé de haber visto a doña Aura, y dije: «No, no; éste viene a la querencia antigua... Es natural.»

—Y ¿qué sabe usted de Zoilo?

—Que desde lo de Peñacerrada no se tienen de él noticias buenas ni malas.

Esta loco. ¡Mira que meterse a guerrear en la partida o división de Zurbano!... No me sorprenderá que venga el mejor día el relato de su muerte.

—¿Se supo por Iturbide que Zoilo se batió en Peñacerrada?

—Sí, señor..., por Pepe Iturbide, que se pasó a los alaveses y con ellos estuvo hasta que su padre y los amigos le cogieron y se lo llevaron a Bilbao.

—Muy bien. Dígame otra cosa: ¿trata usted a don Sabino Arratia?

—¡Anda!... Somos amigos. Y pues no debo escatimar a usted mi confianza, para merecer la suya, le diré... Sé que hablo con un caballero y que mis informaciones quedarán entre los dos.

—Hágase usted cuenta de que habla con esa pared.

—Pues don Sabino es de los que he logrado traer a la devoción de mi Causa...

—*Paz y fueros...*

—Bajito, que aquí cada pedrusco es una oreja. Don Sabino es mío y no quiere más que el acabamiento de esta estúpida guerra y que se vaya *Isidro* a que le mantenga el rey de Francia.

—¿Entra usted en casa de don Sabino?

—No, señor; nos hemos visto y hablado en casa de un amigo común, también de los de acá.

—¿Qué otras personas de la familia de Arratia, a más de Aura y Prudencia, están aquí?

—Ninguna más. El venirse a Durango es por averiguar el paradero de Zoilo, pues se dijo que había caído prisionero en una acción que se dió el mes pasado en la parte de Campezu o de Contrasta, no estoy seguro.

—Y ¿trajeron acá los prisioneros?

—Algunos... Pero entre ellos no ha parecido Zoilo.

Interrogado acerca de Ildefonso Negretti, si era difunto o había sanado de sus trastornos de cabeza, nada pudo contestar don Eustaquio. En esto atravesaron todo el pueblo, y pasado un camino campestre entre paredes de piedra seca, franqueando después un llano pantanoso, en el cual vieron dos lóbregos edificios y una iglesia negra cuya espadaña se recortaba sobre el cielo azul estrellado, llegaron a Curuciaga, barrio compuesto de dos docenas de casas esparcidas entre huertas, prados y arroyos. La noche era serena y fría y sobre todos los objetos extendía el relente una humedad glacial. Embozado en su manta, don Fernando sentía calor y el corazón le palpitaba furiosamente. Parándose, Pertusa le dijo:

—¿Ve usted esta tapia con portalón? ¿Ve usted más allá, dentro del espacio cerrado, el cuerpo alto de una casa grandona? Pues aquí viven, y ahora están cenando. Por esta otra parte se ve la luz del comedor... Allí, allí están... Pero que no se le pase a usted por las mientes llamar ahora, ni... En fin, como ignoro sus intenciones, no sé qué debo aconsejarle... No hemos venido, pienso yo, más que a explorar el terreno, a conocer las posiciones del enemigo, el grado de resistencia de la plaza... ¿No es eso?

Completamente abstraído, cual si no viviera ya su espíritu en este mundo, don Fernando no decía nada, y por los dos hablaba el otro. La viveza y locuacidad del aragonés se anticipaban a las ideas del que parecía privado del don de la palabra. Las miradas, el alma toda del caballero, se anegaban en aquel iluminado espacio cuadrangular, ventanas de un aposento donde había personas vivientes, pues había luz. Y aquellas personas, que él a una sola redujo, la soberana persona fundamental, ¿qué haría, qué diría, qué pensaría?

XXIII

—Ya voy entendiéndole, señor—dijo Pertusa, cuya grande agudeza sorprendía los pensamientos del caballero—. Lo que usted quiere saber ahora es si podremos hacer un reconocimiento del interior de la casa, de sus entradas y salidas, de los espacios y rincones de la huerta delantera y del corral; todo ello desde alguna de las casas próximas. Si tal es su deseo, le diré que dejando pasar la noche podremos observar cuanto nos diere la gana por esta parte de acá... Véngase..., déme la mano..., saltemos este pedazo de pared destruído...; por esta otra parte hay una casita, que también tiene huerta. ¿La ve? Un tejado con abolladuras, y bajo el alero un balcón jorobado y un ventanico tuerto. Pues aquí se albergan dos señoras petisecas que hace treinta años eran poderosas y ahora vi-

ven de la caridad... Son amigas mías, furibundas apostólicas, que adoran a don Carlos y le ponen velas... Pero esto ¿qué importa? Mañana vendremos, y mediante una limosna nos franquearán su vivienda para hacer de ella la garita o atalaya más cómoda que se pudiera imaginar... Y ahora, vámonos, señor don Fernando, que el rondar es peligroso en estos tiempos y en estos barrios extraviados. Los espías hormiguean. Todo el suelo que pisamos dentro y fuera de Durango, mejor dicho, todo el territorio de Vizcaya y Guipúzcoa, está minado..., hablo figuradamente..., y las minas cargadas, no con pólvora, sino con ideas y sentimientos, reventarán pronto. Ya no es fácil encontrar dos carlistas que piensen del mismo modo en las innúmeras cuestiones que agitan la Causa. Quizá, quizá, exista la unanimidad en la idea de que *Isidro* no sirve para el caso. Las ilusiones de esta buena gente caen por el suelo. Vámonos de aquí poquito a poco, y por el camino seguiremos hablando, ya digo, con cautela, que ahora no hay palabra segura ni sílaba que no comprometa.

Como se había dejado llevar, dejóse traer Calpena, sin oponer réplica ni comentario a los dichos de su compañero. Andando, miraba a las estrellas, lo que no dejó de ocasionarle algún tropezón, cuyas consecuencias evitaba cuidadosamente el *Epístola* echándole una mano. Llegados al centro rompió el silencio don Fernando con estas palabras:

—Quedemos, amigo Pertusa, en reunirnos mañana temprano, y fijemos para el caso la hora y sitio más convenientes.

—¿Sitio? El pórtico de Santa María. ¿Hora? La que usted quiera, pues para mí todas son iguales... Ya que entre los dos se establece la confianza, le diré que desde esta tarde ha empezado a faltarme la seguridad que aquí disfrutaba yo, que si antes no inspiraba sospechas, ahora me tienen entre ojos, no por descuido mío, sino por soplos indecentes... Me ha entrado un grandísimo miedo de estos infames polizontes, y no me encuentro con ánimos para volver esta noche a mi casa. Antes de salir en busca de usted di fuego a todos los papeles cuya conservación no creía de importancia, y los que no debo destruir los he dado a guardar a un amigo de toda confianza, veterinario, el cual se avino a prestarme este favor, a condición de que albergaría mis papeles, mas no mi persona... En fin, que no puedo contar con que me deje pasar la noche en su casa. Seamos claros, como buenos amigos, y confiémonos el uno al otro sin reparo alguno. Yo pensaba que usted, a cambio del servicio precioso de ojearle a doña Aura, me concedería el amparo de admitirme en la cuadrilla de arrieros, al menos hasta salir a cuatro leguas de Durango por una parte u otra, mejor por la parte de Elorrio, Mondragón y Vergara... ¿Qué dice?... ¿Es atrevimiento lo que pido?

No dió contestación don Fernando a la propuesta del *Epístola*, porque al punto de oírla vió los gravísimos inconvenientes de acceder a ella. Sin duda Echaide no permitiría que semejante pájaro se les agregara, ni el caballero tampoco habría de consentirlo. Detestable compañía era la de don Eustaquio, pues si por nada del mundo se le debía dar conocimiento del contrabando que los arrieros llevaban, tampoco a éstos convenía correr la suerte del conspirador *fuerista*, ni exponerse a participar de los palos y encierros con que le amenazaba la Superintendencia. Visto así por don Fernando con toda claridad, se apresuró a cortarle los vuelos, sin meterse en explicaciones, que verdaderas serían indiscretas y mentirosas le repugnaban.

—Con nosotros no puede usted venir, amigo Pertusa—le dijo—, ni en la posada donde estamos, y cuyo dueño es furibundo apostólico, debo yo albergarle. Lo más prudente es que nos separemos esta noche. Yo me voy a mi casa, y usted se guarecerá donde pueda hasta el amanecer... ¿Qué dice? ¿Por qué suspira? ¿Es que no halla sitio seguro donde pasar la noche? ¿Tiene usted miedo?...

—Sí, señor, un miedo horroroso; no puedo ocultarlo.

—En ese caso, no es hidalgo que yo le abandone, siendo su deudor por el servicio de esta noche y por el que me prestará mañana. Pasaremos juntos las horas que faltan para la salida del sol y tempranito buscaremos medio de introducirnos en la casa de las señoras vecinas de don Sabino Arratia.

—Eso haremos, sí, señor... ¡Ay!, me tranquiliza el verle a usted junto a mí toda la noche. Dígame, señor: ¿lleva por casualidad armas?

—Hombre, no; en el parador dejé las pistolas.

—¿Por ventura lleva dinero?

—Eso sí..., alguno llevo.

—¡Ay, qué alivio!—exclamó el *Epístola,* recobrándose de su pavura—. Arma formidable es el dinero, y en ocasiones más eficaz para la defensiva que las piezas de a veinticuatro. Puesto que usted posee proyectiles del precioso metal, ya me vuelve el alma al cuerpo: ha de saber que entre mantenerme con miseria y atender a los gastos de mi comisión se me han ido hace dos días los últimos maravedises. Ahora nos volvemos hacia Curuciaga, y pediremos albergue en un bodegón de las últimas casas de la villa, en el cual suelo comer algunas noches. Los dueños de él son buena gente, y tienen trato con la Policía; pero los pajarracos que van por allí son de esos que venderían a *Isidro* por un pedazo de pan: tal es el hambre a que les tiene reducidos el titulado ministro de Hacienda. En cuanto vean ellos el *in utroque felix,* caen atontados. Bastará con media onza para cada uno en el caso de que se nos presenten... Vámonos por este callejón a salir al campo, que los caminos solitarios son los menos peligrosos.

Siguióle don Fernando, y ya en descampado, franqueando cercas y cruzando prados, se le soltó más la lengua al *Epístola,* ya repuesto de sus angustias por la compañía de un señor benévolo y rico, aunque no lo pareciese por el artificio de su plebeya facha.

—Somos felices, señor don Fernando —decía, ayudándole a saltar zanjas y a romper zarzales—, y podrá usted, en todo el día de mañana, dar fin a su aventura, que entiendo es de las más bonitas que pueden presentarse a un hombre de su calidad. En la tienda de Zubiri nos recogeremos para pasar la noche, y en cuanto aclare el día nos colamos en la casa que ha de ser atalaya nuestra, vivienda de dos señoras que se alegrará usted de conocer, la una un tanto poetisa y con su poco de latín, la otra muy pagada de su finura y cháchara social, ambas sesentonas, y aún me quedo corto, muy gustosas de recordar sus tiempos de grandeza, que deben de ser los de Maricastaña. Le bastará a usted correrse con media onza, que será para ellas como si en la casa se le metiera el Espíritu Santo. No son vizcaínas, sino navarras, de la parte de Cintruénigo, huérfanas de un general de la guerra del Rosellón, y en su tiempo tuvieron aquí mucha propiedad, que perdieron por mala cabeza del marido de una de ellas, don Gaspar de Oñabeitia. Aquí se las conoce por *las niñas de Morentin,* nombre que les daban el siglo pasado y que viene perpetuándose de generación en generación. Hemos de inventar un bonito ardid para darles la media onza, pues como limosna de un desconocido no han de aceptarla, y por ello será preciso fingir una carta del propio *Isidro,* o de Arias Teijeiro, lo que yo puedo hacer muy lindamente, porque *domino* la letra de casi todos los señores de la cámara y camarilla, en la cual carta se les dirá que por premio de su devoción al soberano y de su lealtad bien probada, se les manda aquel recuerdito, que también podrá ser un *pequeño óbolo* de su majestad la reina...

Replicó a esto don Fernando que pues las señoras niñas eran naturales de Cintruénigo, y en esta villa navarra tendrían lejana parentela y quizá relaciones, no era preciso que don Eustaquio se molestara en fingir cartas del rey ni de sus adláteres: más eficaz sería, para el objeto de cohonestar la limosna, un artificio que al caballero le pasaba por las mientes. En ello se convino, y llegados al lugar donde debían pasar la noche, llamó Pertusa, les abrió una mujer gorda, soñolienta, y entraron a ocupar dos camastros en la trastienda, entre pellejos de aceite y de vino, sacos de maíz y haces de hierba. Descansaron sin que nadie les molestase, y por allí no recaló ningún polizonte ni persona alguna que intimidarles pudiera. Durmió Pertusa, veló el caballero, recalentándose el pensamiento con ideas resucitadas que se peleaban con las novísimas, y al amanecer, el *Epístola,* después de platicar en la tienda con el patrón, fuése a don Fernando y le dijo gozoso:

—Por milagro de Dios nos hemos librado de la canalla, señor mío, y para mayor seguridad, si hemos de pasar el día en estos arrabales, no será malo que demos al bueno de Zubiri una de las medias onzas que destinábamos a los podencos del absolustimo. Untándole así los hocicos a este buen hombre, que, entre paréntesis, me estima, le tendremos a nuestra devoción para negar que he-

mos pasado aquí la noche, si preciso fuere. y despistar y confundir a la maldita Superintendencia.

A todo se prestó Calpena, pues aunque comprendía que las sutilezas de don Eustaquio no tenían más objeto que tomarle por proveedor de sus necesidades y alivio de sus deudas, quería recompensarle con favores positivos su ayuda en aquella campaña. Además, los ingeniosos arbitrios del aragonés le hacían mucha gracia; daba con gusto la media onza, y bastante más, por verle desplegar tanto donaire y travesura. Acertados anduvieron los que de él habían hecho un instrumento de conspiración, que otro más cortado para el caso no se encontrara en toda la redondez de la tierra, Serían las ocho de la mañana cuando, previos los informes y advertencias que Pertusa creyó útiles para entenderse fácilmente con *las niñas de Morentín*, a la casa de éstas fueron en derechura, tramando por el camino la fingida historia que debía justificar el soborno y darle apariencias delicadas. Llamó don Eustaquio al portalón, y abierto éste por la niña mayor, viéronse en un corral poblado de hermosas gallinas. Ambas *niñas* se ocupaban en aquel menester, y mientras la una reconocía con hábil dedo a las aves que debían poner aquel día, la otra les daba la pitanza de berzas cocidas con salvado, y les renovaba el agua, y les arreglaba los nidos.

Eran muy parecidas las dos damas: pequeñas, vivarachas, limpias, con sus pañuelos a la cabeza a estilo bilbaíno, dejando ver sobre las orejas mechones de purísimas canas; vestidas humildemente, chapoteando en el fango del corral, con almadreñas, que hacían un «clocló» muy campesino, eco celtíbero sin duda que nos trae los rumores de antaño a través de cientos de siglos. Doña Marta y doña Rita acogieron a los dos mozos con recelo, sobre todo a Calpena, cuya traza no era en verdad muy tranquilizadora. Mandáronles subir, y soltando las almadreñas fueron ellas por delante, venciendo con ligereza impropia de su edad los gastados peldaños de una escalera que marcaba los pasos con gemidos. Lo primero que vió don Fernando al entrar en la residencia principal, que bien merecía el nombre de sala, fué un primoroso altar con multitud de imágenes vestidas y angelitos desnudos, estampas varias, todo ello resguardado de las moscas por tules verdosos, y profusión de flores de trapo con infantil arte dispuestas, y papeles que imitaban el brillo de la plata y el oro, y rizadas velas sin encender. En el centro de la mesa, cubierta de blanco paño con encaje, había un gran vaso lleno de agua en sus dos tercios inferiores, lo demás de aceite. En éste flotaba una cruz de lata con puntas de corcho, y en el centro de la cruz ardía una lucecita modesta, familiar, diminuta, que difundía en torno de sí, con su débil claridad, cierta confianza dulce y plácida, como un ángel doméstico representado en la forma más humilde.

En cuanto abocó en la estancia, dándose de hocicos con el altarito, cayó de hinojos don Eustaquio, y sus expresivas demostraciones de piedad maravillaron y entontecieron a las dos señoras. Calpena, con menos prisa y devoción no tan ferviente, se arrodilló también, y mientras rezaba entre dientes, observó que en lo más bajo del altar, cubriendo la peana que sostenía la imagen de Cristo, campaba el retrato de Carlos V, mediana estampa de colorines. La graciosa lucecita iluminaba el rostro antipático del rey (que si algo expresaba era lo contrario de la inteligencia) y su busto exornado de cruces y bandas. Rezaron también las dos *niñas*, y una de ellas no quitaba los ojos de don Fernando, como si las facciones de éste no le fueran desconocidas, o si algo quisiese deletrear en ellas. Y al verle persignarse y ponerse en pie, se apresuró a decir:

—Si no me engaño, el señor es de Cintruénigo.

XXIV

—No soy de Cintruénigo, sino de Ablitas—replicó don Fernando muy cortés, olvidado del lenguaje baturro que en aquella tierra fingía, y adoptando su natural dicción—, y traigo para las señoras un encargo del señor don Beltrán de Urdaneta, mi amo.

Mudas de asombro, las dos damas hicieron intención de santiguarse, y después cruzaron las manos. Entre tanto, Calpena pensaba que era muy conveniente abordar sin circunloquios el asunto, para ganar tiempo, para inspirar confianza.

—¡Jesús mío..., Beltrán...! ¿Pero es cierto? ¡Acordarse de nosotros Beltrán! —exclamó la una mirando a la otra.

—¡Beltrán, ay!... ¡Si no le hemos visto desde el año cinco, cuando...! ¡Qué confusión en mi cabeza!

—Sí, mujer: ¿no te acuerdas? En noviembre del año cinco. Estando nosotras en Tudela, fué a comunicarnos, por encargo de padre, la triste noticia de la muerte del nuestro hermano don Luis en Trafalgar.

—¡Oh Beltrán, Beltrán!... Hace cinco años, a la muerte de Fernando llamado Séptimo, supimos que vivía el primer noble de Aragón, y que andaba un tanto decaído de intereses.

—Pues aún vive y está bueno—dijo Pertusa, conforme a la lección que su amigo y él llevaban bien aprendida.

—Y su decaimiento de fortuna—añadió Calpena, aceptando el asiento que las señoras le señalaron—se ha trocado ahora en grandeza y abundancia, porque, verán ustedes... ¡qué suerte de hombre!, un tal Franciso Luco, que en la guerra del Maestrazgo perdió a sus hijos, dejó a don Beltrán por heredero de todas sus riquezas, consistentes en cincuenta o sesenta ollas de dinero..., no recuerdo el número..., sepultadas en diferentes puntos. Desenterradas lleva ya unas cuarenta y pico, y el dinero lo vamos transportando a Cintruénigo, donde hay una estancia no más chica que ésta llena de sacas de onzas y medias onzas...

Las dos *niñas* se miraban absortas, y luego se pasaban la mano por la cara como dos gatitos que se relamen limpiándose los hocicos. No acababan de creer lo que oían, maravillas de cuentos infantiles.

—Y como es don Beltrán caballero muy hidalgo y generoso, hecho a mirar por las desgracias ajenas antes que por las propias, decidió repartir la mitad de aquellos caudales entre familias de su conocimiento que se hallan faltas de recursos. Cuatro criados del señor don Beltrán andamos en este trajín del reparto, y a mí me ha tocado la tierra de Vizcaya, y todo el señorío pobre que traigo en esta lista...

Diciendo esto, sacó el papel en que trazado habían una luenga cáfila de nombres y pueblos, y después de mostrarlo a las señoras, que en su aturdimiento y estupor apenas pudieron enterarse de lo que veían, echó mano al cinto y dió a luz una onza. Momentos antes había pensado, generoso, duplicar la cantidad presupuesta, por la profundísima lástima, con algo de respeto, que la digna pobreza de las *nenas de Morentín* le infundía.

—Esto es lo que corresponde a las señoras, según mi lista. Pero podrá tocarles mayor cantidad, pues el amo me encargó que lo resultante de las partidas fallidas lo repartiese a la vuelta entre los existentes. A muchos no les hallo; otros han muerto, dejando algún acomodo a sus familias...

Cogió doña Marta la onza no sin cierto recelo; pasó después la hermosa pelucona a las manos de la doña Rita; la miraron y remiraron por un lado y otro De una mano que la sobaba pasaba a otra que la movía para ver el reflejo ¿Creyeron las señoras la burda historia tramada por los dos hombres? Si éstos no la inventaron mejor y más fina, fué porque no lo creían necesario. Una de las *niñas,* la que, según los informes de Pertusa, hipaba por la poesía y el latinismo, se tragó sin esfuerzo el voluminoso embuste; la otra, más práctica y reflexiva, debió de ponerlo en cuarentena; pero esta divergencia de impresiones no impidió la unanimidad de aceptar y guardar la onza, expresando gratitud al mensajero y pidiéndole noticias de la familia de Idiáquez. Diólas cumplidísimas don Fernando, y agregaron las señoras que habían tenido cuatro años antes carta de doña Juana Teresa, mandándoles regalitos y un delicado socorro en metálico, que agradecieron con toda su alma; escribieron ellas, y hasta la fecha no habían vuelto a tener noticia. Amplió Calpena sus informes con pormenores mil de las familias de Cintruénigo y Villarcayo, edad y referencias de los nietos; y después de oírle atentas y gustosas las dos *nenas,* dijéronle que observaban cierta discordancia entre su traje y su manera de producirse, la cual más bien parecía de caballero bien educado. A esto acudió Pertusa con la manifestación de que el mensajero de don Beltrán había cursado estudios mayores en Tarazona, continuando, no obstante su mediana ilustración, al servicio de casa y familia tan alcurniada.

Tomó luego la palabra don Fernando para contar cómo el señor de Urdaneta, que había recorrido media España con

la expedición real, al absolutismo pertenecía en cuerpo y alma, y ya se le indicaba para ministro universal de Carlos V el día no lejano del triunfo y salvación del reino. Profesando él las mismas ideas que su amo, podía correr libremente por el señorío de Vizcaya, sin más precaución que la de alterar un poco su facha, y hacerla más grosera y tosca, con el fin de que nadie le supusiera portador de cantidades relativamente cuantiosas. Al llegar a este punto parecieron ambas más tocadas de credulidad: a Pertusa le conocían por sectario furibundo de la realeza carlista; el otro, que entonces veían por primera vez, parecióles más fino y apersonado que su compañero, a pesar del pelaje humilde. Recayó suavemente la conversación en los negocios de la facción, mostrándose Calpena tan entusiasta, que su fanatismo daba quince y raya al de los más feroces. Tronó contra Maroto, viendo en su doblez el origen de las desdichas del reino; ensalzó hasta las nubes a don Pedro Abarca, obispo de León, que debía ser canonizado por valiente apóstol de la causa de Dios; igualmente encareció los sublimes talentos de Echevarría, padre Lárraga y Arias Teijeiro, y terminó sosteniendo que San Fernando, San Luis y San *qué sé yo qué* eran soberanos de alfeñique en parangón de la extraordinaria majestad y grandeza de Carlos V.

Por fin, viendo a las dos *nenas* tan complacidas, amansadas ya y bien dispuestas para la última suerte, acometieron ésta, tomando la iniciativa el ladino Pertusa. Uno y otro amigo se hallaban fatigadísimos de la caminata que habían hecho a pie desde Elorrio, y pedían a las señoras hospitalidad sólo por el día, ofreciendo marcharse a la noche, pues les era forzoso continuar su viaje hacia Bilbao, llevado el uno por comisiones graves de la real Superintendencia, el otro por los encargos que de Cintruénigo traía. Al pronto, las dos *nenas* se mostraron recelosas, balbuciendo excusas; pero tan expresivo lenguaje usó el *Epístola* para convencerlas, y con tanta nobleza y franca cordialidad apoyó el otro las demostraciones de su compañero que hubieron de ceder, siempre con un poquito de escama. Agregada por Pertusa la indicación de que pagarían con largueza el gasto de una modesta comida, dijeron doña Marta y doña Rita que muy frugal tenía que ser, pues en su despensa no había más que huevos, algo de pan y alubias. ¡Magnífico! Pedir más era gollería.

—Mi compañero Blas—dijo don Eustaquio, percatándose de la necesidad de bautizar a su amigo—está más cansado que yo, y agradecería mucho a las señoras que le permitieran tumbarse en cualquier aposento de los que en la casa tienen para guardar trastos inútiles.

Tanta labia y metimiento desplegó en ello el astuto aragonés, que pasado un rato se hallaba don Fernando en un cuarto próximo a la sala, con ventanucho que dominaba la huerta de la cercana finca. Era una pieza de techo bajo, atestada de rotos muebles y cachivaches, vestigios luctuosos del antiguo esplendor de las de Morentín, y no fué difícil improvisar en ella sobre un arcón vacío, al que se agregó una silla, cubriéndolo todo con mantas, un camastro de relativa comodidad. Encerrado el caballero en aquel cuchitril pudo disfrutar a sus anchas del beneficio de la ventana, principal objeto de aquella improvisada comedia. El hueco de piedra, como de una vara en cuadro, se dividía en cuatro vanos por gruesos barrotes en cruz. Excelente era el miradero, segura la atalaya, pues desde allí no sólo se veía todo el huerto vecino, sino algo del interior de la casa por las abiertas ventanas de ésta. Avido se asomó el caballero, y un rato permaneció sin ver a nadie.

Siglos le parecieron los minutos: apoyado su pecho en el muro, su corazón rebotaba contra éste, marcando las ansias que transcurrían antes que la curiosidad fuese satisfecha. Por fin vió una criada, que al parecer se ocupaba en la limpieza de habitaciones. Un anciano con almadreñas atravesó la descuidada huerta, en cuyo suelo crecían hierbas lozanas. Entretuvo el caballero su angustiosa expectativa examinando los frutales sin hojas, los añosos perales de rugosos troncos arrimados a la tapia en forma de espaldera, los manzanos escuetos, las higueras derrengadas, la vieja parra de torcida y áspera cepa, agarrándose a la pared de la casa, y enganchando en el balcón sus sarmientos más altos. Junto al muro medianero, entre el corral de Morentín y la huerta de Arratia, debía de existir un pozo, que don Fernando desde su atalaya no podía ver; y junto

al pozo había sin duda pila de lavar, porque a los oídos del vigía llegaba rumor de chapoteos en el agua, el golpetazo de la ropa sobre la piedra y una voz de mujer canturriando bajito. En estas observaciones le cogió una súbita sorpresa, que fué como un rayo... En la ventana de la izquierda apareció Aura... Don Fernando, ¡caso inaudito!, tardó algunos segundos en conocerla, en cerciorarse de que era ella, y más que por el rostro y figura, la reconoció por la voz, cuando dijo a la mujer que lavaba:

—María, por Dios, ¡qué calma!... Ven pronto.

Desapareció de la ventana, mientras la mujer hacia la casa corría.

Dudó el caballero si lo que había visto era realidad o visión engañosa. Y de tal modo quedó estampada en su mente la imagen, que continuaba fijando los ojos en la ventana, no convencido aún de que estaba el marco vacío. ¿Había ganado o perdido en hermosura la romántica moza? Imposible discernirlo. Sólo era indudable para él que había engrosado sin perder su esbeltez y gallardía. El color había cambiado: era más morena; hasta llegó a parecerle negra. La impresión recibida fué como una serie de impresiones muy rápidas, de centésimas de segundo; la luz vibrante cambiaba el color y las líneas. ¿Había visto una imagen temblorosa en ráfagas del aire?... Pasó algún tiempo, durante el cual introducía el caballero su mirada por las ventanas, como el ladrón que prueba las ganzúas en ojos de llaves. Creyó sentir la incomparable voz; mas no pudo entender si reñía o lanzaba notas de júbilo... El sol despejó las neblinas, y se presentaba un hermoso día de invierno. Abrigada por sus altas tapias, la huerta debía de tener un temple muy grato, y la faja meridional, bien asoleada, ofrecía en las callejuelas que separaban los bancales un piso firme y seco. Apareció un gallo pintado con dos gallinas, y escarbaba descubriendo bichos que entre sus damas repartía. Un gato vino después, que se paseó con parsimonia inglesa entre las coles respingadas, buscando ratoncillos campestres; un perro de cuatro ojos, negro y con las patas amarillas. se dirigió hacia el pozo, después hacia la casa, grave y meditabundo, y se tendió al sol junto a la cepa. Pensó Calpena que todas aquellas apariciones de animales anunciaban nueva sorpresa. La primera que sobrevino no fué muy agradable, pues consistió en una mujerona alta y bigotuda, que no podía ser otra que Prudencia, la cual surgió por la derecha dando voces a otra mujer en tono displicente. Era cosa de tendederos de ropa, de cuerdas quitadas de su sitio para amarrar un burro en la pradera, de palitroques caídos y que debían ser repuestos. Retiróse por el forillo derecho, encargando que no faltase leña para la tarde. Su voz desentonada continuó largo rato sonando a la otra parte de la casa, donde sin duda estaban la cocina, el corral y leñera. A poco de esto abrióse la puerta central de la fachada que observaba Calpena, la que a un lado tenía la parra y encima el balcón. Abrióla una mujer que barrió las baldosas del umbral y el empedradillo delantero. El corazón del galán, golpeando furioso contra la piedra del ventanucho en que se apoyaba, le decía que por aquella puerta saldría pronto la mayor belleza del mundo...

Pasó un siglo... En las medias horas veía el caballero piezas enormes, tiras sin fin de una eternidad que se desarrollaba ante su espíritu. Oyó rumor de cháchara, risas que indudablemente eran de ella. Ningún reír humano podía confundirse con el reír de Aura, y pensándolo así, el caballero apretaba con ira el barrote cruzado de su atalaya, porque era en verdad muy inconveniente que ella estuviese tan regocijada mientras él se estremecía de dolor, amargado por los recuerdos. ¿Qué motivos tenía para tales esparcimientos del ánimo gozoso? ¿No estaba su marido ausente?... ¿Acaso habían llegado noticias de él? Era muy probable que nada se supiese, y que continuaran en la familia los temores y sobresaltos por la suerte del atrevido mozo. No estaba de más que la esposa, que bien podía ser viuda ya, mostrase un poquito de gravedad y compostura. En estas ideas le cogió un estupor, una emoción inexplicable. No veía nada, y veía un mundo salir por aquella puerta. Más bien temía, sospechaba, por misterioso aviso de su corazón, la presencia de un caso, de un hecho, monstruoso y al propio tiempo bello, sublime quizá. «Ya viene», se dijo; y diciéndolo vió que Aura salía con un niño en brazos.

XXV

Salió con un niño en brazos...

Salió con un niño en brazos. Sólo diciéndolo más de una vez se expresa la tardanza del observador en darse cuenta de aquel caso natural, tan natural que ya en los últimos nimbos de su pensamiento lo había previsto. Pero tardaba en creerlo, y mirándolo, viendo a la madre, como nunca hermosa; viendo al chiquillo, que parecía robusto, alegre, deseoso de vivir, hubo de añadir a la evidencia la confirmación de la palabra, y dijo:

—Es ella con su niño, con su niño..., porque suyo es... Se le ve que es suyo.

Venía doña Aura mal vestida, y un tanto despechugada, señal de haber dado la teta poco antes. No hacía más que saltar al chiquillo, que al sentirse bañado del aire y del sol, empezó a echar unas carcajadas graciosísimas, elevando sus manos rojas. Saltaba en los brazos, y ella le decía mil ternuras, y a éstas seguían tantos, tantos besos, que el chico protestaba, prefiriendo los saltitos al refregón pegajoso de los labios de su madre. Avanzó ésta hacia el lavadero; pudo verla don Fernando a una distancia como de seis varas y reconocer su hermosura, no disminuída, sino antes bien realzada por nuevas bellezas... El color era más moreno; pero en su tez resplandecía la salud; su seno, más abultado, hacía resaltar la flexibilidad de su talle. El chiquitín parecía de cinco o seis meses, de notable desarrollo y viveza... Por un momento se vió don Fernando sorprendido por la idea de que el niño se le parecía... ¡Qué disparate! Era su pena, que al desgajarse en aquella inmensa emoción, fluctuaba entre lo inconsolable y los consuelos comunes, impropios de un criterio sano. Observándole bien, vió que el niño era el retrato de Zoilo; tenía los ojos de su padre, y en ellos la chispa del querer fuerte.

Dió Aura la vuelta por entre las coles, y mostraba a su hijo el gallo y las gallinas, queriendo que entrara en conversación con ellas por el lenguaje de *pipís*...

«¡Y ésta es la mujer que hace un año andaba loca por los caminos—pensó don Fernando—, corriendo tras el problema de su vida! ¡Y al fin la Naturaleza se lo ha resuelto de un modo muy contrario a sus deseos de entonces! ¡Oh Dios, oh grandeza del tiempo y de la realidad! Pensé encontrar una lunática, y me encuentro la razón misma. Creí encontrar una enferma, y me encuentro una madre. Se ha curado dando vida a otro ser. Este caballero de meses, este nuevo Arratia, nos ha conquistado a todos, nos ha devuelto a todos la vida, la calma, la salud, quitándonos de los puestos que habíamos tomado en el terreno antiguo para ponernos en nuevo terreno. ¡Oh vida, oh Naturaleza!... ¡Y nosotros, enfatuados con la idea de buscar la solución de nuestras pasiones, en el juicio nuestro, cuando nuestro juicio no es más que un pobre ciego sin lazarillo!... Debo hacerme justicia diciendo que yo había previsto este caso; sí, lo había previsto...»

Fuera por lo que fuese, ello es que don Fernando, lastimado por lo mismo que admiraba, apartóse del ventanucho y se sentó, sosteniéndose en las manos la cabeza, que por la gran pesadumbre de sus ideas difícilmente se conservaba erguida. Largo rato permaneció en aquella postura, viendo pasar por la oscuridad de su pensamiento una triste procesión de imágenes, el maravilloso hallazgo de Aurora Negretti en casa de la diamantista; el rostro de ésta, trasunto de María Antonieta guillotinada; las figuras burlescas de Milagro y Maturana, y por fin la persona de Aura en distintos aspectos, siempre hermosa, interesante, espiritual, resplandeciente de ingenio y hechicera gracia... Vió la escena de Bilbao, la horrible decepción, que parecía desenlace trágico-tonto y no lo era, pues el verdadero desenlace lo había traído aquel lindo mocoso, que acababa de tomar el pecho y pronto a tomarlo volvería. Las rebeldías de ella, sus dudas horrorosas causantes de locura, ya no eran más que el recuerdo de una dolencia curada, sin dejar ningún rastro. Nada de aquel trastorno podía volver. El chiquillo era el médico, era también el amo, y su existencia a todos imponía vida nueva y nueva conducta.

Al asomarse de nuevo, Aura estaba sentada en un banco de piedra frente a la casa, dando de mamar a la criatura. Veíala de espaldas, frente a Prudencia, que en pie exhibía su figura procerosa a la admiración del observador. Este la encontró vulgar, antipática. No podía

menos de odiarla: a todos perdonaba don Fernando menos a la tarasca intrigante, autora de tantas desdichas. Y al fin no había manera de negarle el triunfo... ¿Habría sido aquella mujer instrumento de la Providencia?... También se hizo el caballero esta pregunta, y por cierto que no supo qué contestarse. ¡Estaría bueno que la obra de Prudencia fuera la mejor, la más lógica, y que los equivocados fuesen los demás y no ella! ¡Oh tiempo, juez y maestro, definidor augusto, eternamente sabio!...

Ocurrió después que, asomadas a su balcón las *niñas* de Morentín, Aura las vió, y ya tapado el pecho y el chico harto, se vino hacia esta parte, saludándolas con mucho afecto.

—¡Rey!... Mira, mira las *nenas*...

Y las *nenas* le decían mil ternezas, y a ella otras tantas.

—¡Qué guapa está usted!... ¡Ay! Cada día más hermosa, rebosando salud... Y el cachorro como una bola de manteca... ¡Hija, qué bien lo cría usted..., da gusto verle, qué guapín!... Vaya unos ojos asustadicos. Parece que quiere decirnos algo...

Y Aura repetía:

—Es un pillo: no saben ustedes lo tunante que es... Pero malo, malo de verdad.

Luego los besos restallaban como cohetes. Fernando se retiró otra vez con el corazón traspasado. Tanto besuqueo le lastimaba.

No tardaron en entrar en el aposento don Eustaquio y doña Marta.

—Pero ¿qué le pasa a usted?—le dijo ésta—. Parece que ha llorado.

—Sí, señora. Padezco una enfermedad muy rara; ello es cosa antigua en mí. Empiezo con dolor de corazón y acabo echando un poco de agua por los ojos. Agua, nada más que agua.

Le compadeció la señora, asegurando que para males de tal naturaleza no había mejor remedio que el comer. Pronta estaba ya la comida, que era de las más elementales: tortilla y un plato hecho al horno por Pertusa, con pan, huevos, tocino, alubias, queso y castañas. Era don Eustaquio un gran cocinero, que sabía improvisar manjares exquisitos con las provisiones de la despensa más pobre. A comer y a dejarse de penas y de echar agua por los ojos.

Comiendo en modestísima mesa, con pobre y muy blanco mantel, vajilla desportillada y cubiertos desiguales, pero todo limpio como el oro, charlaron de diferentes cosas. La conversación se inició con el tema de la familia de Arratia, diciendo las señoras que trataban a doña Prudencia y su sobrina sin otro motivo que el de la vecindad. De Aura sabían que a poco de casarse padeció una endiablada enfermedad nerviosa, *a consecuencia de un susto*; se le trastornó el sentido tan gravemente, que no podían sujetarla, y se lanzó a los caminos, buscando a un príncipe imaginario, héroe de los cuentos infantiles. Recogida por la familia, siguió a su locura una temporada de sosiego y de armonía matrimonial; y al fin, ya estaba la guapa moza curada del modo más feliz, sólo por la virtud de su alumbramiento, *que le hizo revolución en la naturaleza*, y por el gozo que le daba el verse madre de tan precioso niño. Mas como nunca hay dicha completa, la familia lloraba la ausencia del hijo, sobrino, esposo y padre, el cual era un valentón a lo Don Quijote y una cabeza desclavijada. Quince meses o más iban transcurridos desde que se lanzó con otro loco bilbaíno en busca de aventuras, y a la fecha no se tenían de él noticias directas. Sabían que estuvo preso en la cárcel de Miranda; que luego le cogieron y embaucaron los cristinos, afiliándole en sus infames ejércitos, infortunio grande, ¡ay!, pues más vale la muerte que el pecado y desdoro de pelear contra Dios. Añadieron que las últimas noticias, recogidas de la misma Aura la tarde anterior, eran que el Zoilo vivía y andaba *con ese Zurbano*, luciendo su bravura, y que don Sabino había salido nuevamente en su busca para rescatarle del cautiverio cristino y traerle a su familia y a las dulzuras de su hogar. La tal Aura era una madraza, sin más demencia que el amor de la criatura, y como ésta viviera, no había que temer nuevos arrechuchos. Así lo aseguraba la sabia Prudencia, cuya cabeza reunía la ciencia de veinte doctores. Todo su afán era recobrar a Zoilo, quitándole de la cabeza las locuras guerreras y cuidándole para padre, pues convenía traer al mundo tres o cuatro criaturas más, con lo que se aseguraba la conformidad y curación de la mujer. El matrimonio viviría pacífico y dichoso, y mientras más fecunda fuese doña

Aura, más y más felicidades vendrían sobre la familia.

Oyó estas cosas Calpena, cuidando de ocultar el interés que en él despertaban Por no infundir sospechas, no preguntó nada referente a Ildefonso Negretti y siguió a las *niñas* en el sesgo político que dieron a la conversación.

—No puedo creer—dijo doña Marta—lo que ayer oímos; ese fantasmón de Maroto ha separado a trescientos oficiales sólo porque pertenecen a la *divina intransigencia,* que es el partido de su majestad.

—Pues créanlo—dijo el *Epístola*—, que del don Rafael no hay que esperar cosa buena.

—Y mientras no le quiten de en medio —añadió don Fernando—, no se enderezará la Causa, que está bastante torcida, como una torre que se quiere caer.

—¡Caer, no, Jesús!—exclamó doña Rita, echando lumbre por los ojos—, que aún tiene el rey a su lado muy firmes puntales. El señor Arias Teijeiro, que en cuanto habla parece inspirado por el Espíritu Santo, ha dicho: «Señor, los *brutos* llevarán a vuestra majestad a Madrid.»

—Y los brutos—agregó doña Marta—son los limpios de corazón y al propio tiempo valientes y arrojados; que el arte de las armas es por naturaleza rudo y se da de cachetes con las letras; y el heroísmo no casa con cosas matemáticas que traen acá los militronchos de planitos y anteojo.

—Ello es que la Causa, señoras—dijo Calpena suspirando—, anda revuelta, y los que adoramos al rey vivimos con el alma en un hilo. Y ahora, para afligirnos más, nos salen con que la sacra y católica reina también se tuerce, queriendo transacción, que es decir «¡Viva Maroto!»

—Eso sí que no lo creo, aunque me lo aseguren frailes capuchinos—dijo doña Marta, palideciendo—. ¡La reina, la señora reina..., transacción...!

—Es que anda por ahí una nube de pillos—afirmó Pertusa—, pagados por Muñagorri o por Espartero, que sirven al demonio echando a volar mentiras. A mí me han dicho ayer que Maroto aseguró a su majestad que le aceptarán los liberales si les concede una chispita de Constitución y unas miajas de libertad de la imprenta.

—Sí, sí; con eso y con que se declarara que no hay Dios, ya estábamos todos iguales. Una de dos: o Maroto dimite, o le arrancarán de las manos el bastón. Para esto se necesita un hombre.

—Un faccioso de ley.

—¿Qué hombre hay aquí capaz de colgarle el cascabel al gato?

—Hay uno, sí: Guergué.

—Pues Guergué—dijo Pertusa, dándose mucha importancia—y otros dos espadones de mucho brío que no quiero nombrar..., en fin, los nombro; pero bueno es que guardemos reserva..., pues Guergué y los generales don Francisco García y don Pablo Sanz le tienen armado el cepo a don Rafael, y ustedes han de verle pronto cogido por una pata, ya que no por la cabeza...

Como el que despierta de un sueño, don Fernando recayó de súbito en la realidad de sus obligaciones, diciendo:

—El tiempo vuela... ¿Qué tenemos que hacer aquí?

Miráronle con asombro las *niñas,* pues más le creían perezoso que impaciente, y una de las dos (no consta cuál) le preguntó si había de distribuir en el propio Durango más partijas del donativo de su señor. Con el tumulto que en su mente habían levantado las recientes emociones, se le fué de la memoria el embuste urdido para justificar su entrada en la casa; y al caer en la cuenta de la torpeza con que contestó a la *niña,* no se cuidó de enmendarla.

—Muy agradecidos estamos a la hospitalidad de las señoras—dijo—; pero tenemos mucho que hacer, y nos retiramos.

Mirábale Pertusa, queriendo penetrar el motivo de aquella súbita retirada, y por no aparecer desacorde con su compañero, repitió:

—Tenemos, sí, mucho que hacer. Es mediodía.

Y las *niñas,* desconfiadas, alzando manteles y recogiendo loza, dijeron:

—Entendimos que en casa permanecerían hasta la noche... La verdad, pensábamos que querían ocultarse, y ni sabíamos ni pretendemos saber el motivo... Pero, pues no hay ocultación, más vale así.

—Bien podemos—dijo don Eustaquio—andar por todo el pueblo con nuestras frentes muy altas, pues aquí, que yo sepa, no ha tendido sus redes el *marotis-*

mo... Y si las señoras no lo llevan a mal, volveremos, y nos darán la satisfacción de leernos algunas de las composiciones poéticas, producto del ingenio de mi señora doña Marta.

—¡Ay, no, no, don Eustaquio, por Jesús vivo!—exclamó ruborizada la señora, en la puerta de la cocina, secando un plato que acababa de fregar—. El pobre ingenio mío no merece tales honores. Si me entretengo a ratos perdidos en jugar con las musas, hágolo para mí misma, para nosotras, o para personas sencillas, no para que se rían de mí los ilustrados, porque usted, Pertusa, tiene estudios, y el señor, por bien que lo disimule, no es lo que parece.

—Sea yo lo que fuere—declaró don Fernando sonriendo—, tendré mucho gusto en oír los versos de la señora. Se me ocurre que si quiere usted dar las gracias a don Beltrán, lo haga en una linda décima, como es uso y costumbre en las personas agradecidas que saben metrificar.

—¡Oh!... ¡Qué compromiso! ¡Por Dios, Blas!... Pues no es floja encomienda la que usted me da.

—Y ello, la verdad, no puede ser más razonable—agregó la otra, ruborizándose también por cuenta de las dotes poéticas de su hermana—. Sí, Marta: compón la decimita, que ha de ser muy grata al señor de Urdaneta.

—Y esta tarde—afirmó don Fernando—volveremos nosotros a recogerla. Ea, que no perdono la décima. No valen modestias aquí. Y si quiere usted componer otra a la majestad del augusto monarca, será miel sobre hojuelas.

—Tema—dijo Pertusa—: Carlos el *Grande* corta las cabezas de la hidra *marotista* para fundar sobre ellas su trono.

—¡Ay, ay, ay, qué magno asunto!... Eso no es para mí. Señores, no, no... Mi lira es un guitarrillo humilde... Para eso se necesita trompa..., y lo que es trompa..., no, eso no me ha dado Dios.

—Pues con trompa o con guitarra—dijo Fernando, ansioso de salir—, las décimas estarán listas para cuando volvamos. Señoras, dispénsennos... Hacemos falta en otra parte.

Aún quiso don Eustaquio, bromeando, entretener algunos minutos; pero a Calpena se le caía la casa encima: quería salir pronto, huir, ponerse lejos. Cogió por un brazo a su compañero, y repitiendo las cortesanías se despidió de las señoras, que hasta la salida les acompañaron, insistiendo doña Marta en empequeñecer sus facultades poéticas, y en ponderar la magnitud del literario compromiso en que sus huéspedes la ponían. Cuando se cerró el portalón, dejando dentro las dos caras de gatitas blancas y relamidas, don Eustaquio preguntó a su compañero si volverían, y la respuesta fué:

—Como el humo. Cumplido el objeto que aquí nos trajo, doblemos esta hoja; y adiós para siempre las *niñas de Morentín*, adiós su casa... y su vecindad. Historia pasada..., mundo concluído.

XXVI

No menos entremetido que curioso, ardía el aragonés en impaciencia por conocer las intenciones de su amigo y el estado de la que juzgó aventura de amor.

—Pero qué, señor don Fernando, ¿no entramos en la casa de Arratia? ¿No hemos venido a sorprender y llevarnos a la hermosa mujer con niño y todo?

—Cállate la boca, simple. Da por terminada la aventura y no hagas preguntas a que no he de responder. Alejémonos pronto de este barrio, al cual no he de volver en todos los días de mi vida.

—¿De modo que...?

—Chitón.

—¿Y ahora?

—Ahora yo haré lo que me acomode, y tú callarás. ¿Cómo quieres que te tape la boca: con dos onzas para que acabes de pagar tus deudas o con una morrada de las mejores?

—Prefiero la primera de las dos mordazas presupuestas; y aunque en todo caso mi silencio ha de ser profundísimo, mi felicidad sería mayor si a las dos onzas agrega vuestra señoría una media más.

—Bueno... Ya sabes que ahora nos separamos, que no has de pensar en seguirme, ni en buscarme, ni menos en hablar a nadie de mí.

—Conforme. No necesita encargarme la discreción, pues soy agradecido, y aunque a veces no lo parezca, *caballero también soy*, como dijo el otro... Si estas razones no bastaran para garantizar

mi fidelidad, hay otra, señor, y es que los dos trabajamos por la misma causa.

—¿Tu qué sabes? Mi causa nada tiene que ver con la cosa pública.

—Es deber de usted afirmarlo así, y nada contesto; pero si don Fernando cumple reservándose, yo cumplo callando lo que mi finísimo olfato me enseña.

—¿Qué?

—Que andamos en hociqueos con Maroto.

—¿Quién, tú?

—Usted... Mis papeles son inferiores; pero a un mismo fin vamos todos. Conque...

—Estás en un error grave.

—Separándonos ahora, yo apostaría... que nos encontraremos en Vergara.

—¿A que no? Yo me voy en busca de Zoilo Arratia, y hasta el fin del mundo no pararé mientras no le encuentre.

—Pues no irá usted al fin del mundo, sino a Campezu, que por allí anda Zurbano.

—Abreviemos, que tengo prisa. ¿En dónde te entrego las dos onzas y media?

—Lleguémonos a la tienda de Zubiri, cuatro pasos de aquí.

Pasado un rato, alejándose de la tienda, repitió don Fernando sus amonestaciones, acompañadas de una despedida terminante:

—Si quieres ser mi amigo, demuéstrame con hechos que mereces serlo. No me sigas, no me busques, no hables de mí.

—Ni sigo, ni hablo, ni busco; pero si veo... y callo.

—Es que si no callaras no habría de faltar quien te cerrara la boca para siempre.

—Comprendido.

—Y vete adonde quieras.

—No hago misterio de ello. Voy a Vergara, donde encontraré no pocos amigos, oficiales de Maroto.

—Andate con tiento.

—Cuide usted de su pelleja.

Y con un adiós afectuoso y apretones de manos se despidieron, corriendo don Fernando hacia el parador de Pinondo, en cuya puerta le aguardaba Urrea, loco ya de impaciencia y zozobra, después de pasarse la noche y el día recorriendo las calles del pueblo y todos sus arrabales. No tenía por qué darle el caballero explicaciones de su ausencia, y entrando en busca de Echaide, que también estaba con el alma en un hilo, hubo de soportar resignado la reprimenda que el digno jefe de la cuadrilla se permitió echarle, valido de la confianza y llaneza que con él gastar solía en la dura vida de caminantes. El estupor del buen arriero subió de punto cuando *Quilino* le manifestó severamente su propósito de trasladarse al territorio donde operaba Martín Zurbano. Halló por fin el otro fácil modo de conciliar todas las obligaciones, pues despachado primero el asunto capital en Vergara o Tolosa, tomarían la vuelta de Salvatierra, para franquear los montes de Andía y bajar a Campezu, que no era mal camino para Logroño. De acuerdo en esta transacción, preparáronse para la madrugada siguiente. Pasó don Fernando muy mala noche, con ardores de fiebre, atormentado por la persistencia de las emociones de aquel día. Con más intenso colorido y acentuación más viva que en la realidad se le reprodujeron las escenas y figuras observadas desde la atalaya; de tal modo se poseían de ello su espíritu y su naturaleza toda, que le dolía la mano derecha de tanto apretar el barrote que partía en cuatro la luz del ventanucho. Y ya de camino, al romper el día, sacando fuerzas de flaqueza para seguir a sus compañeros, continuaba el horroroso dolor de la mano... empuñando la cruz de hierro.

Vergara, donde entraron a media tarde, rebosaba de gente, así militar como paisana. No sólo había llegado Maroto con su ejército, sino don Carlos con todo el matalotaje de su corte vagabunda. Clérigos y frailes discurrían en grupos, reforzados con señorones administrativos, que vivían sobre el país justificando su existencia con el consumo de tinta y papel en inútiles escritos. Corrillos de oficiales obstruían los lugares de mayor tránsito: en unos se advertía la intranquilidad, en otros la tristeza. Cualquier observador que conociese el personal habría podido advertir que los amigos de toda la vida no se hablaban ya y se dirigían miradas recelosas. *Quilino* y *Santo Barato* anduvieron por calles y plazas, respirando los aires de discordia que por todas partes corrían. Gran tumulto de gente les atrajo hacia la iglesia de San Pedro. El rey con su rebaño apostólico salía de Palacio para

ofrecer al Cristo sus soberanos respetos, y la multitud a su paso se agolpaba. Bien pudo apreciar Calpena la diferencia entre los entusiasmos cariñosos que había visto en Oñate y la frialdad de Vergara. Aún le respetaban: ya no le querían; y por entre la doble fila de sus vasallos, a quienes congregaba la curiosidad antes que el amor, pasó Carlos V saludando más severo que amable; que así creía representar mejor la majestad del derecho divino. Su rostro no ofrecía ninguna alteración: era un rostro de efigie inexpresiva, de esas que no dicen nada al devoto que las adora. Su mirada resbalaba en la superficie de las cosas, y los vasallos no veían en ella más que un convencimiento tenaz y un fatalismo irreducible. Ni alegría ni tristeza pusieron nunca sus resplandores en aquel rostro apagado, semejante a los rayos de luz fingidos con madera y estofa en los retablos churriguerescos. No iba con él la reina, que se había quedado en Azpeitia, un tanto aburrida y descorazonada por el mal giro que tomaban las cosas. Arias Teijeiro miraba al suelo, Valdespina parecía distraído y el padre Echevarría desafiaba a la multitud con miradas altaneras. Mediano rato duró el acto piadoso del *pretendiente* en la capilla del Cristo, y de allí se fué a visitar a las monjas clarisas, cuya priora le fascinaba por el optimismo de sus juicios y por la gravedad de sus sentencias. Esta ilustre señora fué la que le dijo que confiara en los *brutos*, que así como los apóstoles, sin saber leer ni escribir, habían *sacado triunfante* la Iglesia de Cristo, don Basilio y Balmaseda y todos los *lerdos* de la Causa pondrían en el trono de Madrid al legítimo rey.

De vuelta a Palacio, ya cerrada la noche, fué a visitarle Maroto, que entró con su Estado Mayor, apretando los dientes y atusándose los bigotes, movimientos en él habituales. Algunos días después fué del dominio público lo que hablaron don Carlos y el caudillo. Pretendía éste que el rey separase de su lado a los más rabiosos intransigentes: que cambiara sus ministros por otros menos furibundos y destemplados; que llamase al orden a los militares y altos funcionarios que abiertamente conspiraban contra el general jefe del Estado Mayor (que éste era el título de Maroto), y amenazó con sentar la mano a los rebeldes si el rey no lo hacía. Como siempre, don Carlos contestó lo que le inspiraban su indecisión y pusilanimidad, que sí y que no, y que *ya se proveería*. Odiaba cordialmente a Maroto, no por mal militar, que no lo era, ni por desafecto a su causa, sino porque en cierta ocasión de apuro, atravesando la frontera de Portugal, había soltado don Rafael en los regios oídos la interjección más común en bocas españolas, desacato que el meticuloso rey no perdonó nunca; pero como le temía tanto como le detestaba, ni tuvo corazón para quitarle el mando, ni agallas para entregarle su camarilla.

Esperó Echaide la hora que le pareció más conveniente para mandar a *Quilino* con el encargo de un barrilito de aceitunas consignado a la señora doña Tiburcia Esnaola. Las nueve y media serían cuando partió el mozo al desempeño de su comisión; como la primera vez, se le franqueó la puerta y una criada le introdujo en la estancia donde encontró a la misma señora, sentadita en el propio canapé. No había puesto aún el hombre sobre la mesa, al pie del velón, lo que llevaba, cuando la señora le mostró un papel no más grande que el de un cigarrillo. Con tinta vió escrita la palabra que servía de contraseña: «Inquisivi»; y debajo, con lápiz: «Aquí no puede ser. Váyase a Estella.»

—¿Se ha enterado usted?—dijo la señora; y ante la respuesta afirmativa del mozo, rompió el papel en pedazos muy chiquitos.

Con lo dicho queda explicada la salida presurosa de la expedición arrieril camino de Oñate, para pasar a Salvatierra. Daba prisa don Fernando, a pesar de sentir muy quebrantada su salud, y era el más diligente en arrear por aquellos caminos, pues se le había metido en la cabeza que siguiendo la ruta de Campezu o de Contrasta le sería más fácil encontrar la brigada de Zurbano, objeto por entonces de su más ansioso interés. El tiempo se les puso frío y seco, y en Salvatierra hallaron las aguas cubiertas de hielo durísimo y los caminos pulimentados por la humedad cristalizada. Con esto se le agravó al pobre Calpena el quebranto de huesos que desde Durango traía, viéndose obligado a pedir fuerzas a su animoso espíritu pa-

ra continuar el viaje. Faldeando la sierra de Andía, en dirección de Rióstegui, Urrea le llevó a cuestas por un empinado sendero, y al fin determinó Echaide desocupar de carga a uno de los mulos para transportar al enfermo con relativa comodidad de todos. Renegaba don Fernando de su naturaleza, que había creído más resistente y a prueba de trabajos, y a Dios pedía las ágiles patas del lobo o el vuelo de las águilas para franquear sin cansancio aquellos vericuetos. En los descansos nocturnos, la fiebre le acometía con furia, y a fuerza de abrigo, verdaderos montones de lana que acumulaban sobre él sus compañeros, se iba defendiendo. Por fin, en Ulibarri se sintió mejorado, y la blandura que sobrevino, derritiendo los hielos, fué un bien para todos, hombres y animales.

Al bajar a Orbizo tuvieron las primeras noticias de Zurbano: días antes, la helada crudísima le obligó a retirarse a La Solana, y por allí andaba, entre Los Arcos y Dicastillo, aguardando que abonanzara el tiempo para reanudar las operaciones. Siguieron los cuatro en e rumbo indicado, y al llegar a Espronceda encontraron una columna de la brigada de don Martín, que salió poco después de entrar ellos en el pueblo, sin que pudieran adquirir las noticias que deseaban. Para dar reposo a don Fernando y evacuar con la debida prontitud la diligencia que les desviaba de su itinerario, determinó Echaide dejar al caballero en Espronceda con Urrea, bien acomodados en casa de un amigo, y adelantarse él con *Santo Barato* hasta Muez o Los Arcos, para indagar si Arratia continuaba en la división o se le habían llevado los demonios. Poco afortunado el primer día, tropezó al segundo con Ibero, por quien supo que en una acción cerca de Nazar había caído prisionero el capitán bilbaíno con otros diez. Conducidos a Estella, Zurbano había propuesto un canje, sin resultado. Se ignoraba la suerte de los once cautivos, héroes y mártires. Cuando volvió Echaide con nuevas tan tristes, la pesadumbre del caballero fué extremada. Creyó a Zoilo perdido para siempre; vió frustrado el soberbio plan moral que era su ilusión más risueña: devolver a *Luchu* a su familia y reconstruir ésta sobre bases inconmovibles. La pasmosa suerte del bilbaíno le había hecho al fin traición y sus teorías del querer firme fallaban por primera vez. Algún dato más, recogido de los labios de Ibero, añadió Echaide, a saber: que dos días antes se presentó el padre de Arratia en la brigada, con salvoconducto en regla y cartas de recomendación de Van-Halen y Buerens, y que sabedor del desgraciado caso había partido para Estella en busca de su amigo Guergué, por cuya mediación esperaba libertar al pobre chico si no le habían quitado la vida. Desorientado en sus ideas, lleno de acerbas dudas, mandó don Fernando picar hacia Estella sin dilación. Tres nombres giraban en su mente describiendo círculos de fuego: Maroto, Zoilo, don Sabino.

XXVII

Al pasar por Irache, ya próximos a la ciudad, supieron que Maroto había entrado algunas horas antes y que, alborotados pueblo y milicia, se esperaba una colisión sangrienta entre los dos bandos que se disputaban la opinión y el imperio. Llegados al puente que da ingreso a la ciudad frente a San Pedro, vieron mucha tropa en las inmediaciones del castillo. Hallando cortado el paso para el parador, hubieron de dar un gran rodeo por la ciudad para dirigirse a Los Llanos, y al pasar por la plaza vieron muchedumbre de soldados que a paso de carga traían a un clérigo amarrado codo con codo, entre vociferaciones brutales y despiadadas. No tardaron en saber que el tal no era sacerdote, sino el general don Francisco García, que se había disfrazado con sotana y manteo para escapar. Minutos después vieron conducido entre bayonetas a un hombre pequeño y rechoncho, de fiera catadura, cabello hirsuto, ojos sanguinolentos, la boca espumante.

—Es Guergué—dijo Echaide en voz baja—. ¡Mal día para los *impostólicos*!...

Con no poca dificultad, por causa del gentío que azarado corría de una parte a otra, lograron ganar el parador y allí supieron que los cabecillas apostólicos, ayudados de paisanos y clérigos, tenían preparada una sublevación contra Maroto, habiendo seducido primeramente a dos batallones navarros que al aproxi-

marse aquél salieron a tomar posiciones. En la entrada de Estella por Los Llanos, y por el camino de Fuente la Reina, habían comenzado a levantar barricadas; pero don Rafael anduvo más listo, presentóse como llovido del cielo, y tomó medidas perentorias y radicales en el momento mismo de poner el pie en la ciudad.

¿En qué se fundaron los netos para proceder así contra el general? Se habían interceptado papeles en que Maroto y Espartero concertaban la paz, transigiendo el uno en el reconocimiento de grados, el otro en aceptar un poquito de Constitución con algo de libertad de conciencia. Estos papeles existían y se mostraban de mano en mano; mas eran falsos, obra de los calígrafos del absolutismo o de los fueristas de Muñagorri. Ello es que Maroto puso corto espacio entre su llegada y el acto audacísimo de meter mano a sus enemigos, cogiéndoles en sus domicilios, en la calle o dondequiera que se les encontraba. No les dió tiempo a nada, y en un instante se les cambió la festiva tramoya en trágico desenlace, las burlas en veras. Pasando el general por la calle Mayor para dirigirse a la Merced, desde un balcón fué saludado con risas y chacota. Media hora después, en aquella misma casa era preso el intendente don Javier de Uriz, rabioso apostólico. A las cuatro horas de la entrada de don Rafael ya estaban en el castillo los generales Guergué, García y Sanz, el brigadier Carmona, el intendente Uriz y el oficial de la secretaría de Guerra don Luis Ibáñez. Cogidas las seis cabezas del motín, no se entretuvo Maroto en fiestas de procedimientos jurídicos y militares. Sin Consejo de guerra, sin auxilio religioso, sin otro trámite que cargar los fusiles y formar el cuadro, fueron pasados por las armas de dos en dos. Allí quedaron las seis cabezas de la hidra hechas pedazos. El estupor no les dió tiempo ni aun para protestar del bárbaro suplicio. Se enteraron cuando se les mandó ponerse de rodillas. Nadie se cuidó de vendarles los ojos. Guergué gritó: «¡Viva el rey, viva la religión!»; en el rostro del intendente se mezclaron las lágrimas con la sangre. Los demás gritaron: «¡Canallas, traidores!», y todo acabó.

Retenes de tropa recorrían las calles, y aquí y allí continuaban haciendo prisioneros. Mudo, paralizado de terror, el vecindario se refugiaba en sus casas, atrancando las puertas. Cerráronse los comercios; no se veía un clérigo en las calles, y algunas iglesias se incomunicaron con los fieles devotos. Ordenó Echalde a lo suyos que no saliesen, y en las cuadras del parador, en el despacho de bebidas y en los comedores próximos los parroquianos habituales no volvían aún del susto ni osaban expresarse con la libertad de otros días. Llegada la noche, la ciudad ofrecía un aspecto terrorífico: con sus tinieblas y su silencio parecería una ciudad muerta si los ruidos de tropa no dieran señales de vida, semejantes a una palpitación febril.

Mientras llegaba la ocasión de acudir a la cita que se le había dado en Vergara, don Fernando no perdía ripio para buscar el rastro al padre de Zoilo, suponiéndole en Estella, y a cuantos guipuzcoanos o vizcaínos vió en el parador interrogaba, añadiendo que traía un encargo para dicho sujeto. Por fin, después de mil indagaciones inútiles, dió con un vizcainote inválido, buen bebedor y atrozmente sedentario, por obligarle a ello su obesidad y su pierna izquierda, que era de acebuche. Resultó que el tal había visto el día anterior al don Sabino Arratia, con quien tuvo algún conocimiento en Bermeo y Elorrio, y hablaron un rato breve, lo bastante para enterarse de que venía en seguimiento de uno de sus hijos, prisionero.

—Mas ahora caigo—añadió el cojo—en que no será fácil que le encuentres. Era, según me dijo, amigo y compadre de Guergué, de quien esperaba la salvación del mozo, y muerto el general de este modo *trágico*, el pobre señor se habrá metido siete estados bajo tierra, o habrá echado a correr huyendo de la chamusquina. Yo me lo encontré saliendo de la Parroquia de San Miguel, a punto que él entraba. ¿Sabes?, es la iglesia que está en un alto, en el centro del pueblo. Nos conocimos; el hombre se echó a llorar, porque es muy *lagrimero*. Me dijo que si el hijo, que si Guergué, que si tal, y nos despedimos: él entró a rezar... Es aquélla la iglesia que más le gusta, por ser la más recogida... Allí se pasa todo el tiempo que le dejan libre sus diligencias. Como no le cojas en San Miguel, en Estella no le busques.

Tempranito se fué Calpena a la men-

cionada iglesia, y el toque de misa que oía, cuando a ella se aproximó, alegraba su corazón. Entró, admirando la severa puerta románica y el interior sombrío, que impresionaba por su riqueza arqueológica y por su ambiente sepulcral, con olor de tierra húmeda y de ataúdes podridos. Sólo dos ancianas oían misa: no había más varones que el cura y monaguillo... Salió don Fernando, y por aprovechar la mañana dirigióse al Santuario del Púy, al que por larga cuesta se asciende desde el hospital próximo a San Miguel. También en el Púy tocaban a misa; vió que algunas viejas y un mendigo entraban delante de él. Cobró esperanzas, deseó con viveza encontrar lo que buscaba, imitando el querer ardiente de Zoilo, y por aquella vez no fué ineficaz la efusión grande de su espíritu, porque a poco de entrar en la iglesia, y cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad que en ella reinaba, distinguió un bulto, un hombre de rodillas, al cual, sin mayor examen, tuvo por el propio don Sabino Arratia. No se movía el pobre señor, que más bien parecía fúnebre estatua, y a ratos se llevaba el pañuelo a los ojos como para limpiarlos de la humedad luctuosa que de ellos afluía. Oyó la misa con suma devoción; oyéronla Calpena y los demás en corto número asistentes al acto, y cuando éste terminó y hubo visitado tres altares el señor desconocido, se le acercó don Fernando, y a boca de jarro le dijo:

—¿Es usted don Sabino Arratia?

—Yo no..., no, señor—replicó muy asustado el tal—. ¿Qué quiere usted?... ¿Qué se le ocurre?

—No se me ocurre más sino que es usted don Sabino Arratia—añadió Calpena, que en el parecido con *Luchu* le reconocía—, y hace usted mal en negármelo, porque soy su amigo y no le causaré daño alguno.

—Pues sí..., yo soy... Ya ve usted... Con estas cosas... ¡Ay de mí!—dijo el bilbaíno sollozando y acudiendo a sus ojos con el pañuelo—. ¿Puedo saber quién eres?..., ¿quién es usted?... Porque aquí estamos todos con el alma en un hilo... y aun dudamos si somos vivos o muertos.

—Estamos vivos. ¿Y Zoilo?...

—Vivo también.

—¿Dónde?

—Aquí, en el Santo Hospital... ¿Es usted su amigo?... ¿Conoces a *Luchu*?... Salgamos, si le parece.

—Salgamos, sí, señor.

—Somos amigos. Ya comprendo la terrible situación de usted. Vino aquí fiado en la amistad de Guergué, que era su compadre, padrino de Zoilo, y allí donde creía encontrar usted un protector... encuentra un cadáver...

—¡Pero has visto qué crueldad, qué salvajismo! ¡Ay!, no comentemos. ¿Puedo saber quién es usted?

—Un amigo de Zoilo, que le sacará del hospital, de la prisión, o de dondequiera que se halle.

—¡Oh señor!...—exclamó don Sabino, que con sus ojos llorantes se quería comer el rostro del caballero—. Prisionero y enfermo está, ¡qué dolor de hijo! Todo por su temeridad... ¡Qué cabeza, señor!

—¿Le ha visto usted?

—¡Si no me ha dado tiempo ese condenado Maroto, fusilándome...! A mí, no..., a Guergué, el mejor de los hombres, el amigo más cariñoso... Pero dime tú, diga usted, ¿es éste el mundo creado por Dios, o es otro que nos han traído del infierno? Yo digo que están condenados cuantos sostienen esta guerra, reyes y reinas, archipámpanos y ministriles... ¡Qué dolor! Y todo por un papelito, la Pragmática Sanción... ¿Estamos todos locos, o somos tontos de remate? En ello pensaba yo, mientras oía la santa misa... ¿Acaso sabes tú, sabe usted en qué vendrá a parar esto? Aquí tienes a un hombre que se aguantó todo el sitio de Bilbao a pie firme, padeciendo aquellas terribles hambres, hijo, y el continuo caer de bombas. Pues terminado el sitio, y cuando en el pueblo entró la felicidad, para mí y para mi familia empezaron las mayores desdichas que es posible imaginar. No puedo recordarlo sin que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Volvamos a lo presente. ¿Desde cuándo no ve usted a Zoilo?

—Desde que sin mi permiso, y contra la voluntad de toda la familia, se lanzó a *quijotear*, en octubre del treinta y siete, siendo en sus aventuras tan desgraciado, que al intentar la primera se ganó cinco mesecitos de cárcel... Después se me mete con los cristinos... Siempre fué el chico muy guerrero, con grandísima disposición para las armas, y una valentía y una terquedad que más parecen divinas que humanas... Pues, como digo, me lo cogen los cristinos, y ya está loco

el hombre... Tan pronto acudo a consolar a la familia como a perseguir y a rescatar a mi caballero, y en este trajín se me van meses y meses... Parezco yo también un Tío Quijote, buscando lo que no hallo, y recibiendo en todas partes sofiones y descalabraduras... Si a usted le parece, sentémonos en esta piedra, que estoy desfallecido. Pues verás, verá usted... Hasta julio del año pasado no supimos que estuvo mi hijo en la acción de Peñacerrada. Yo me hallaba entonces en Vitoria aguardando una ocasión de abocarme con el pobre Guergué... También yo le digo que si mi Zoilo es más guerrero que el propio Marte, a mí no me ha llamado Dios por ese camino, y nada me turba y descompone tanto como los espectáculos de luchas y muertes. Tiemblo al oír tiros, y si me aproximo a un campo de batalla éntrame sudor de agonía... Ni con cien salvoconductos me atrevía yo a penetrar entre las *hordas* de Zurbano... Me acercaba, y retrocedía... Mejor me acomodaba entre carlistas, porque siempre me tiró de ese lado mi fervor religioso..., la verdad, te digo la verdad... Si mi Zoilo se hubiera metido a guerrear por la Fe, fácil me habría sido cogerle y retirarle de la milicia; pero entre cristinos no me hallo..., no respiro... El aire que anda entre ellos me huele a libertad de cultos, libertad de la imprenta y pueblo soberano... No, no... Mil veces pensé abandonar al chico, dándole por perdido para siempre; mil veces me llamó el amor que le tengo, y volví a rondarle, siempre medroso, siempre desconfiado... Dios me decía: «Ve por él y sácale de la sentina...», y yo iba a la sentina y me acercaba, y tenía miedo... y... Por fin, desesperado, me aboqué con el general Van-Halen, el cual me agregó a un convoy que llevaba socorro a Zurbano. Vi a éste en Dicastillo; me echó muhos *ajos*, me trató con desprecio, ensalzando a mi hijo y llamándome oscurantista y retro... no sé qué. Pero, en fin, dióme las noticias que deseaba, y a Estella me vine. Por llegar, mira tú qué suerte, me entero de que Zoilo está en el hospital... «Esta es la mía», dije para mí; y me fuí en busca de Antonio Guergué..., de chicos jugábamos en los Cantones de Bilbao... Encontréle muy inquieto... ¡Toma, como que estaba urdiendo el golpe para hundir a Maroto! Con mal cariz me dijo: «Mañana»... ¡Mañana! Aquel mañana de Guergué fué ayer, hijo, y ¡pum!, fusilado..., y yo muerto de ansiedad, de miedo..., lo diré todo, muerto también de hambre... ¡Ay, dolor!... Si eres caritativo, como parece, y no temes andar por la ciudad, llévame adonde ye tome algún alimento, pues desde ayer por la mañana no ha entrado en mi cuerpo cosa caliente ni fría.

Compadecido del infortunio, así como de la flojedad de ánimo del pobre señor, don Fernando le agarró el brazo para llevárselle a su posada. Por el camino, a pesar del tranquilo continente del que ya se había constituído en su protector, no se recobrada de su horrible susto el buen Arratia, receloso de cuanto veía, temiendo engaños y traiciones.

—Bien comprendo — decía — que eres que es usted marotista, y no me pesa. Si me apuran, no creo lo que ayer se decía de tratos nefandos para que don Carlos nos dé la libertad de conciencia Y pues Maroto ha venido a ser el amo, tráiganos una paz decente, con la religión sobre todo, y debajo de la religión el rey o reina que nos quieran poner... ¿Adónde me llevas? ¿A tu casa? Si eres militar, ¿por qué vistes de carbonero, y si eres carbonero, dónde demonios has conocido a Zoilo, y por qué te interesas por él?... Párate un poco, que me canso horriblemente... Ya estamos en la plaza... Por aquí llevaron al pobre Guergué como se lleva un cerdo a la matanza. ¡ay!, y al general García, vestido de sacerdote... Al verles, creí que de terror me moría... Otra cosa: ¿cómo te llamas?... ¿Cuál es la gracia de usted?... Perdona: con el hambre que tengo, hasta se me olvida la buena educación... Sigamos otro poco. ¿Falta mucho todavía? Ya no puedo tenerme... Pues sí, hijo mío: venga pronto la paz, sea como quiera, como tal que no toquen a la religión sacratísima, ni al clero, ni a sus bienes raíces, ni nos metan en casa la libertad de pensar... ¡Ay, qué ganas de llorar! Deja que me seque los ojos... Pues tan extenuado me encuentro, que ahora daría yo todos los dogmas por unas sopas de ajo bien calientes, con chorizo. ¿Falta mucho?

Pronto llegaron, y lo primero que hizo don Fernando fué ponerle delante cuanta comida encontró, y bebida sin tasa. Gozaba viéndole comer, y el hombre se mostró muy agradecido, y con mayor luz

en la mollera para dar a sus pensamientos claridad y fácil expresión...

—¡Oh, qué bueno es Dios—exclamaba mirando al techo, por no haber allí cielo que mirar—, y qué excelente cordero es éste!... Cuando más desconsolados vivimos, se nos aparecen las buenas almas. Es usted un ángel, Aquilino, un ángel sin alas. Repito que no me asusta Maroto, y que bendeciré la paz que nos traiga, si no vienen con ella libertades de pensar... El dogma sobre todo... Vino de ley es éste, ¿verdad?

Satisfecha el hambre, se caía de sueño, como quien pasara la noche anterior al raso, sin atreverse a entrar en su vivienda, que era la misma donde el pobre general García se había disfrazado de cura. Llevóle Calpena a un camastro, donde le dejó bien arropadito, sin cuidarse más de él, porque otras graves obligaciones le llamaban. Echaide y el mozo se miraron, añadiendo pocas palabras a lo que con ojos se decían. Había llegado la hora. Fuéronse los dos a la residencia de Maroto sin rodeos ni precauciones, que en tal ocasión no se necesitaban; quedóse a la puerta Echaide, y entró *Quilino* con una caja de puros, abierta, dentro de la cual había puesto un papel que en gordos caracteres decía. «Inquisivi.»

XXVIII

Recibió el general a don Fernando familiarmente en una gran pieza donde tenía su lecho y una mesa de escribir. Habíase levantado poco antes, y aún estaba la cama revuelta. Junto a una de las ventanas veíanse, sobre derrengada mesilla, la navaja y trapos de barba, llenos de jabón, señal de que su excelencia acababa de afeitarse. En la cómoda cercana estaba el servicio de chocolate, el cangilón rebañado, migas de bollos y la servilleta sucia. Vestía don Rafael levita vieja militar con el cuello desabrochado, dejando ver la camisa de dormir, pantalón azul y unas enormes pantuflas de abrigo que cuadruplicaban las dimensiones de sus pies. A poco de entrar Calpena, y despedido el asistente, se echó un capote por los hombros y sentóse a la mesa de despacho, donde tenía papeles a medio escribir, picadura esparcida y cigarrillos recién hechos. Sentados frente a frente, el emisario de Espartero expuso las condiciones de éste, que oyó el carlista con atención y sonrisa marrullera, y al terminar se produjo un silencio que a Calpena le pareció larguísimo: el general, recogiendo aquí y allí la picadura, y aprovechándola minuciosamente, tardó en formular la respuesta, que había de ser solemne por tratarse en ella de los destinos de la infeliz España.

—Ya no estamos en la situación de hace dos meses—dijo al fin, mirando al mensajero en las pausas—. Entonces no tenía yo fuerza..., me refiero a la fuerza moral..., y ahora la tengo. Ya se habrá usted enterado de la justiciada que hice ayer. No había más remedio. Me importa poco que don Carlos refunfuñe. Al fin me dará la razón, cuando yo consiga, y lo conseguiré, librarle del cautiverio en que le tienen cuatro clerigones y cuatro buscavidas. No descansaré hasta no hacer la limpia total... Pero vamos al caso: decía que ahora tengo fuerza, y procuraré mejorar todo lo posible, si hacemos la paz, la situación ulterior de ese rey que tan ingrato es para mí. Puesto que todo puedo decirlo, y lo que a usted diga es como si lo hablara con el propio Baldomero, sepa que la reina y su hijo don Sebastián ven las cosas de un modo más razonable que don Carlos... Naturalmente, poseen luces, criterio, que Dios no ha concedido a su majestad..., y hoy por hoy se contentarían con el reconocimiento de los derechos de don Carlos, abdicando éste en su hijo y en Isabel juntamente... ¿Conoce usted la historia de Inglaterra?

—Un poco. El caso es como el de Guillermo y María.

—Justo: sólo que lo que allí hizo el Parlamento, aquí lo haría don Carlos en nombre de Dios. Pues bien: sepa Espartero que en este punto no cedo ni un ápice, ¡porra!, pues así lo he concertado con la de Beira... Claro que el pobre don Carlos es ajeno a todo; pero ¡qué ha de hacer el buen señor más que conformarse!

—Mi general, desde luego aseguro a usted que esa combinación no ha de aceptarla mi poderdante. De ella resultará una familia real gravosísima, con toda esa plaga de reyes padres y reyes madres... Y luego, ¿en qué condiciones ejercerían el Poder real Isabel y Carlitos?

—Como los Reyes Católicos, manco-

munadamente, firmando juntos, pues si en aquel matrimonio se casó Aragón con Castilla, en éste se casan y conciertan dos ramas igualmente legítimas, para bien de la nación y para establecer una paz duradera. Creo yo que esto es muy patriótico.

—Será muy patriótico; pero imposible en la práctica. Délo usted por rechazado.

—Muy pronto lo asegura—dijo Maroto, dándole un cigarrillo que acababa de liar—. Si Espartero me acepta esto, admito yo sin más discusión lo referente al reconocimiento de grados tal como él lo propone..., y hemos concluído... Fíjese usted en que tengo fuerza, y ahora no hemos de estar arma al brazo. Mis soldados anhelaban batirse; yo también. Aquí falta unidad; yo acabo de hacerla, ¡porra!, y sin necesidad de que venga en mi ayuda ese loco de Cabrera, que para nada me hace falta, intentaré bajarle el tupé al amigo Espartero. El vale mucho; hace tiempo le conozco... Pero nuestras discordias le han ensorbebecido; los laureles de Peñacerrada los debió a la ineptitud de Guergué y a lo desordenado que estaba aquel ejército. Batallones hubo allí enteramente a mi devoción; otros padecían la rabia apostólica. Yo he curado esa rabia, ¡porra!, y mi ejército es mío: todo él respira con mi aliento... De modo que... En fin, dígame usted algo.

—¿Sobre qué, mi general?

—Sobre estos propósitos míos de aplacarle un poco los humos a su amigo de usted, ¡porra!

—Pues mientras no se llegue a la paz, ninguna contingencia de la guerra podría causarme asombro, ni sobre ellas tengo por qué anticipar opiniones. Buen militar es usted, y del arrojo de sus soldados nada he de decir, pues reconocido está por todo el mundo. Podrá suceder que alcance usted una victoria con que se olvide el desastre de Peñacerrada; podrá suceder lo contrario... ¿Quién lo sabe? Si se me permite una opinión radical, diré que ya han demostrado unos y otros su valor; que España no desea mayores pruebas de pericia militar y de personal bravura. Hemos llegado a ese punto del duelo en que se impone la cesación de los golpes y el abrazo de los combatientes. Los jueces del terrible lance han visto maravillados la entereza heroica de los dos caballeros; estiman como de igual importancia las terribles heridas que uno y otro se han hecho; el juicio de Dios está cumplido, y la sentencia no puede ser otra que la conservación de las vidas de entrambos. No hay más remedio que envainar los aceros. La paz se impone. ¿Qué quiere usted? ¿Convertir a España en el sepulcro de dos inmensos cadáveres? Pues España no quiere eso: anhela vivir, y el obstinarse en que muera, en que muramos todos, paréceme una terquedad salvaje... Formule usted de un modo más práctico el artículo referente a la familia real y a la situación de cada príncipe después del convenio, y la paz, tal creo yo, tardará lo que tardemos en concertar la entrevista final de Maroto y Espartero. Se ha de mirar antes por los fueros de España y de la Humanidad que por los intereses de tanto y tanto príncipe, que con sus pretendidos derechos están desangrando a la raza y nos la dejarán anémica.

—Pues si en los derechos de príncipes, ¡porra!, hay que quitar *jierro*, ¡porra!, empiecen ustedes por dar carpetazo a los de Isabel.

—Eso no puede ser.

—¡Ah!... ¿Conque no puede ser? Pues lo mismo digo yo de los de don Carlos... Ya lo ve usted: volvemos al principio, y nos encontramos en septiembre del treinta y tres, ante el cadáver de Fernando Séptimo, que, entre paréntesis, era una mala persona.

—No divaguemos, mi general.

—No divaguemos. Conste que no puedo ceder en la combinación propuesta por mí. Reinarán Isabel y Carlos, o Carlos e Isabel, *tanto monta*, con iguales derechos, con iguales prerrogativas...

—Anticipo a usted que Espartero rechazará la combinación.

—Pues antes que ceder en ello, cedería yo en lo del reconocimiento de grados, aunque sé que daría un disgusto a muchos personajes de acá, que esperan las paces para saber la paga que han de cobrar...

—No divaguemos. Me voy descorazonado, temeroso de que el de Luchana me acuse de no haber sabido expresar su pensamiento. En nombre suyo rechazo la organización estrambótica y complicada del poder real, que sería lanzarnos a la mayor confusión y desconcierto. Piénselo usted, mi general, y aguardaré hasta mañana.

—Lo he pensado bien—dijo el caudillo

dando un puñetazo en la mesa—. No puedo yo, Rafael Maroto, tirar a los pies del caballo de Espartero los derechos de don Carlos.

—Pues ya verá usted..., ya verá. permítame que se lo diga, el pago que le dará don Carlos por esa transacción a la inglesa, a la protestante. Todo lo que no sea reinar él solo, con poder absoluto, brutal, le parecerá el triunfo de la revolución y de la herejía.

—¡Ah lo sé!... Pero yo cumplo con mi conciencia, ¡porra!, y hay otras personas en la familia de su majestad que no se han puesto en esa actitud intransigente, por no estar dominadas por un cleriguicio loco ni por la cáfila de parásitos... En fin, no puedo ceder en esto. Si él no cede tampoco, sea lo que Dios quiera...

—¿De modo que es cosa cerrada? ¿Puedo retirarme?

—Cerrada es..., pero no se vaya usted tan pronto. Quiero obsequiarle con una copita...

Levantóse Maroto; de una próxima alacena sacó botella y copas, y al dejarlas en la mesa, requiriendo después su capote, que se le caía, dijo:

—Ya sé que no pierde usted ripio, y que aprovecha estas embajadas para distraerse con alguna conquistilla... Cosa muy natural... Crea usted que no se mueve la hoja en el árbol en todo este país sin que yo lo sepa.

—Ya, ya veo que hay más polizontes que criminales, señal cierta de un estado moribundo. Pero si todo lo que su policía le cuenta es tan verdadero como mis conquistas, está usted muy mal servido, mi general.

—¿De veras? Por eso les digo yo: *et surtout, point de zèle,* ¡porra!... Va usted a probar un vinito que me ha regalado nuestra excelsa soberana.

—¿Cuál? Porque, según la cuenta de usted, el arreglo de reinas nos ha de resultar muy parecido a las monteras de Sancho: una reina para cada dedo.

—Ya veremos eso... Convinimos en no discutir más ese punto... Este vino me lo regaló la princesa de Beira, hoy reina de Castilla.

—Pues si usted no me riñe, bebo a la salud de Isabel Segunda.

—Yo también, que una cosa es la galantería y otra la convicción política.

En el momento en que el general bebía, le vió Calpena tan claro, como si todo su interior gráficamente en signos externos se mostrara. El mirar vivo del carlista y su rostro inteligente se iluminaron, si así puede decirse, con la bebida, y se le transparentó el alma. Recordó don Fernando la frase que oyó a Espartero en Viana: «Es muy ladino, muy ladino», y como tal se le manifestaba en la entrevista de Estella. Estrenando los puros de la caja traída por Echaide, y divagando los dos, entre humo, sobre asuntos familiares y sin importancia. formuló Calpena de este modo la situación psicológica de don Rafael Maroto en aquel instante de la Historia: «Ya te veo, ya te veo claro. Hace dos días te hallabas en lastimoso estado moral, y te habrías entregado a Espartero sin condiciones. No tenías fuerza: ahora, por virtud del golpe de mano de ayer, la tienes y grande; te has crecido, te sientes capaz de imponerte a don Carlos y de manejarle como a un títere. Naturalmente. ahora no te conformas con aceptar las condiciones de paz que el otro quiere poner, sino que aspiras a que él acepte las tuyas. El orgullo de tu éxito reciente te trastorna la cabeza; sueñas con obtener una victoria, que te pondría en condiciones excelentes para dictar luego los artículos del convenio de paz. Todo eso que propones referente a las ramas dinásticas y al modo de organizar el Poder real no es más que un expediente dilatorio. Conoces, como yo, lo disparatado de semejante idea; pero tu cálculo revela tu agudeza: mientras voy con tu mensaje y vuelvo con la negativa, te preparas, eliges una posición ventajosa, das una batalla, la ganas, destrozas el ejército de la reina y ya eres el hombre culminante, único, que tiene en su mano la clave de los destinos de la nación. Eso piensas, ése es el ensueño forjado por tu travesura, por tu marrullería, que no le va en zaga a la de tu rival...»

De esta meditación le sacó bruscamente don Rafael, diciéndole con picardía:

—Caviloso estáis... No se devane los sesos por adivinarme, ¡porra!... Cuando vea usted a Espartero le dice que, aunque enemigos políticos, le quiero bien, y deseo darle un abrazo. Bueno. Hablemos de otra cosa. Andese usted con cuidado con las mujeres navarras, que todo lo que tienen de bonitas lo tienen de fanáticas. Rara es la que no está afiliada en

la Policía, mejor dicho, en la masonería apostólica. Le venden a uno con toda la gracia del mundo.

—Descuide usted, mi general..., ya he previsto ese peligro... Y si le parece, me retiraré ya.

—Hijo, sí; yo tengo que hacer. ¿Lleva usted bien aprendida la lección?

—Tan bien aprendida que no se me olvidará ni una coma... Y por último, mi general, tengo que abusar de su bondad pidiéndole un favor en asunto completamente extraño a estas embajadas.

—Venga pronto.

—Es cosa sencillísima.

—Aunque fuese o r o molido. Venga... ¿De qué se trata? Ya..., de poner en libertad a un prisionero. Y yo, si usted no se enfada, le pregunto: «¿Quién es ella?»

—Aquí no hay *ella*... En fin, cuento con su benevolencia para una obra de caridad.

—Bien, hombre, bien; me gustan a mí los caballeros caritativos. Pero le advierto que yo lo he sido demasiado, y por ello no estoy donde me corresponde, ¡porra! Pero, en fin, venga.

Expuso don Fernando su pretensión, a la que accedió gustoso el general, extendiendo de su puño y letra una orden *a rajatabla,* de esas que, en nuestro sistema de gobierno, enteramente personal, tienen más fuerza que la ley. Dióle el caballero las gracias; despidiéronse con vivos afectos, expresando los dos la esperanza de llegar en la próxima entrevista a una concordia lisonjera, y Calpena salió, si pesaroso por no haber obtenido ventaja en el asunto de interés público, contentísimo de su feliz éxito en el privado.

En la calle le esperaba Echaide, que le preguntó:

—¿Tienes que volver?... *¿Acabatis?*... ¿Nos vamos?

—Todavía no; tengo que hacer algo aquí.

—¿Cosa de...? Vamos, por el aquel de la paz.

—Sí, hombre, por el aquel de las paces, de las benditas paces.

XXIX

Profundamente dormido halló a don Sabino en el parador, tumbado boca arriba, rígido, cruzadas las manos, el rostro ceñudo y cadavérico. Creyó por un instante que había pasado a mejor vida el infeliz; pero un suspiro y una voz gutural le convencieron de que vivía y soñaba. Un rato aguardó, por no turbar su descanso; pero al fin, obligado por la urgencia del asunto, determinóse a despertarle, dándole fuertes sacudidas y voces.

—No, no, Antonio Guergué—murmuraba con torpe voz el bilbaíno—. No te conozco ni te he visto en mi vida... Me estás comprometiendo... Yo no me meto en nada.

Fijando los ojos en don Fernando, le observó con asombro primero, con alegría después, viniendo por esta gradación a la realidad. Y estirando brazos y piernas en largo desperezo, dijo claramente:

—¡Oh, tú!... Señor... Bien... Muchas gracias... Yo bueno... ¿Y en casa?

Díjole el caballero que era un hecho la liberación de su hijo, y que se levantara y fuera al hospital para sacarle; mas tan torpe de entendederas se hallaba el desdichado señor, que no se hizo cargo de la feliz nueva, o por demasiado feliz no le daba crédito.

—No habrá paz, no volveremos a ver paz...—decía—. Moriremos t o d o s... El amigo nos engaña y el enemigo se disfraza de amigo para vendernos. Tú, *marotista,* ¿qué nos traes? La libertad de cultos y el que cada uno piense lo que quiera, haciendo mangas y capirotes del dogma sacratísimo. Esto no lo podemos admitir los creyentes. Mi amigo, llame usted a otra puerta... Con libertad de conciencia no queremos paz... ¿Qué paz ni qué porquería? Es una paz pringada... No, no. Lo primero es el dogma, después los fueros, y luego, arréglense los reyes y príncipes como gusten para ver quién calienta el Trono... ¿Cuál es mi Soberano? Dios... Dios mi *pretendiente* y mi *absoluto*... Esto digo.

Y volviéndose del otro lado cogió nueva postura para seguir durmiendo: su quebranto de huesos era enorme; su sueño atrasado, de muchos días. No viendo la posibilidad de hacer comprender al desdichado bilbaíno lo perentorio del ca-

so ni la solución tan fácilmente conseguida, decidió abandonarle a su descanso y proceder por sí mismo. Antes de dar paso alguno hubo de consultar con Echaide, el cual le aconsejó que no diese la cara en asuntos de presos liberados, ni presentase por sí mismo la orden del general. Convinieron en que Urrea desempeñaría muy bien la diligencia, y así se dispuso, personándose el guipuzcoano en el hospital, donde ninguna dificultad encontró; y al caer de la tarde, entre dos luces, viéronle entrar en el parador, trayendo a Zoilo del brazo, tan extenuado que daba dolor verle, lívido el rostro, la cabeza liada en un sucio pañuelo; flojo de piernas, trémulo de palabra; los labios, de color sanguinolento; el pelo, caído en algunas partes de su cráneo, como si le arrancaran o se arrancara mechones; un brazo inválido, con magulladuras lastimosas; y en tan mísero estado de ropa, que las enjutas carnes se le veían por distintas claraboyas de la chaqueta y el pantalón.

Metiéronle en un cuarto alto que les proporcionó el posadero, y allí le rodearon Echaide y don Fernando, a quien al punto y sin vacilar reconoció, diciéndole:

—No se me despinta, no, el caballero, aunque se ponga en esa facha... Y no he de meterme en averiguar por qué viste como viste, que eso es cosa suya y no mía...

—¿Tienes hambre, Zoilo?

—Estoy como cuando salí de la cárcel de Miranda, desganado de rabia y enfermo de mala suerte. Ya me creí difunto, y cuando me sacó este buen hombre creí que me llevaban a enterrar.

—Dinos una cosa. ¿Cómo te dejaste coger prisionero? ¿No te valió en aquel caso tu querer fuerte?

—Es la primera vez que me ha fallado... Pero algún día había de ser... Tanto va el cántaro...

—Esto te decía yo y no querías creerme. No hay que fiar tanto de la suerte y del arrojo... Aprenderás ahora y vivirás dentro de la razón... ¿No me preguntas por tu familia?

Fijó Zoilo una mirada estúpida en don Fernando, y tan sólo dijo:

—¡Mi familia!... ¡Qué lejos se han quedado! ¿Cuántos años hace que no sé de ellos ni ellos de mí?... ¿Se han muerto?

—Hombre, no; todos viven y están buenos. Sosiégate, descansa, y no te descuides en tomar alimento. ¿Qué quieres?

—Agua... No, no: vino.

—Aquí lo tienes. Entona ese cuerpo.

—Y mi padre, ¿vive también?

—Como tú y como yo.

—¿Mi mujer...?

Al decirlo se le llenaron de lágrimas los ojos, y se dió un fuerte puñetazo en la rodilla, cual si quisiera rompérsela.

—Tu mujer..., tan famosa..., esperándote... Recuerda los meses que han pasado desde que no te ha visto.

—Ya no se acordará de mí.

—¿Tú qué sabes? Dime otra cosa: ¿se te ha pasado la borrachera de la gloria militar?

—Sí, señor... Estuve loco... De tanto querer cosas grandes, parece que se me ha gastado el alma, y en estos días ¿sabe usted lo que quería? Morirme.

—¿Y esperabas ver a tu mujer en el Cielo?

—En el Cielo, sí; ¿pues dónde había de verla si yo me moría...? Digo la verdad, señor: no me cabe en la cabeza que mi mujer esté en la tierra.

—Pues en la tierra está. Procura reponerte y la verás pronto, y de ella no te separarás en lo que te reste de vida.

Rompió de nuevo en llanto, y Calpena, para curarle la aflicción, que parecía un achaque hereditario, le administró comida, un par de huevos, un pedazo de carne. No recibió con repugnancia la medicina el bruto de *Luchu*, y a la media hora de este tratamiento ya era otro. La locuacidad se despertó en él, y cuando su amigo le hablaba de Aura, el contento daba rosados tintes a su rostro demacrado, luz a sus ojos. Queriendo activar la reparación psicológica, ya que la física iba por buen camino, llevóle don Fernando a otros asuntos muy apartados del familiar y doméstico que tan hondamente le conmovía. Pedido informe de las operaciones de Zurbano en el tiempo que no se habían visto, refirió Zoilo, no sin trabajo, en cláusulas entrecortadas, la campaña laboriosa en los montes de Bedaya, la arriesgada correría por Treviño y valle de Cuartango, la defensa gloriosa de Subijana, la acción indecisa, sangrienta cual ninguna, de Avechuco, en la que tuvo la desgracia de caer prisionero; agregó sus desdichas en el largo *vía crucis* hasta Estella, donde le tuvieron trabajando más de un

mes en los fortificaciones de Santo Domingo, con hambre y palos, hasta que, acometido de unas terribles calenturas, se vió luengos dias entre la vida y la muerte. Concluído su relato, comió con más gana y le mandaron acostarse. En los aposentos de abajo continuaba don Sabino en su reparador sueño, empalmando una noche con otra.

En tanto, preparaban los arrieros su salida, señalada para el día siguiente; al amanecer subió don Fernando al cuarto de Zoilo, y hallándole despierto, bastante aliviado de su postración y con los espíritus en buena conformidad, no quiso dilatar el darle conocimiento de lo que creía más interesante.

—Hola, *Zoiluchu,* parece que vamos bien. Con un par de dias en tu casa, al lado de tu mujer, te pondrás como un roble. En tu familia, te lo aseguro, encontrarás una novedad, una estupenda novedad.

—¿Mala o buena? No me encoja el corazón más de lo que lo tengo.

—Hombre, no; si quiero ensanchártelo. Necesitas ahora querer más de lo que querías, amar más de lo que amabas.

—¿Más? Imposible. Si mi mujer está buena y no me recibe con despego, soy feliz.

—Está totalmente buena, curada para siempre con una medicina que le ha dado Dios. ¿No caes en ello, bárbaro? ¿A qué pones esa cara estúpida?... ¿No se te ha ocurrido que en los dieciséis meses que has faltado de tu casa, ya por tus borracheras de gloria, ya por el castigo que Dios ha dado a tu orgullo, no se te ha ocurrido, pedazo de alcornoque, que en tan largo tiempo podían ocurrir novedades en tu familia?

—Sí, señor..., pensaba yo..., lo vengo pensando desde que estábamos frente a Peñacerrada.

—¿Qué?

—Que mi mujer...

—Sí, hombre; tienes un hijo... Has vivido dieciséis meses soñando, y en tanto tu mujer, buena parroquiana de la Naturaleza y de la realidad, ha sabido cumplir sus deberes de esposa. En Durango la tienes hechas una madraza...

—¡Don Fernando!—exclamó Zoilo, cerrando los puños—. No gaste conmigo esas bromas... ¡Mire que...!

—¡Broma que tú seas padre! P u e s ¿para qué te has casado, animal?

—Para eso; justamente, para eso.

—Pues allí tienes, en Durango, a tu cara mitad loca con un hijo, digo, loca no, cuerda, enteramente cuerda y bien curada de sus arrechuchos, y esperándote, esperándote, hombre, para que seas feliz con ella y con el crío...

—¡Don Fernando, mire que...!

—La edad del chiquillo no la se seguramente; sólo me consta que es rollizo, guapote, y, como tú, querencioso de vivir. ¿Qué? ¿No lo crees? Pues en Estella está tu padre, que no me dejará mentir. ¿Tampoco crees que está aquí tu padre? ¿Y si te le presento antes de diez minutos? Aguárdame.

Salió don Fernando, dejándole en tal confusión que no sabía el hombre si tirarse al suelo o coger el techo con las manos. No tardó en volver el caballero con don Sabino, al cual agarraba por un brazo p a r a tirar de él, ayudándole a vencer los empinados peldaños. Al entrar en el cuarto, el viejo Arratia decía:

—¿Cómo cinco meses? Siete meses y seis días, si usted no manda otra cosa, pues nació mi nieto el trece de julio, día de San Anacleto, papa, y de San Salutario, mártir.

El encuentro de hijo y padre fué tan solemne y patético como si cada cual viese al otro resucitado. Se abrazaron, y don Sabino inundó a Zoilo con el raudal de su llanto salido de madre. Al hijo le faltó poco para perder el conocimiento, de la fuerza de la emoción, y viendo confirmada la noticia de su paternidad y de la mental reparación de Aurora, entregóse a una alegría delirante y como fantástica: primero se colgó de una viga del techo, al cual alcanzaba puesto en pie en la cama; hizo allí varias suertes acrobáticas de singular mérito, y después se lanzó a gran distancia, andando un trecho con las manos, las patas en el aire.

—Nada tengo que hacer aquí—dijo don Fernando—, y me voy. Pueden descansar hijo y padre en este mesón el tiempo que les convenga.

—¡Descansar!—exclamó don Sabino, aleteando con los brazos, como si le contagiara el frenesí gimnástico de su hijo—. Nos iremos a escape, si el *marotismo,* que es ahora el amo, nos proporciona un salvoconducto.

Recibiendo de manos de Calpena el pasaporte en toda regla, hijo y padre se

abrazaron de nuevo. Don Sabino, que creía en los milagros pasados, pero no en los presentes, amplió su fe milagrera, declarando prodigiosas y sobrehumanas las felicidades que llovían sobre él. Mayor fué su asombro, que hubo de traducirse en religioso entusiasmo, cuando el posadero le notificó que podía disponer de un mulo y un borrico, sin ningún estipendio, con la sola obligación de entregarlos en Durango en el punto que se les designaba. Dinero para el viaje también les fué suministrado, lo que les vino de perillas, pues Zoilo no tenía blanca y la bolsa de don Sabino había venido a una flaqueza casi equivalente al vacío. Prorrumpió el vizcaíno en exclamaciones bíblicas con solemne acento, que fué de gran edificación en la posada.

—Señor, no hay lengua que entone tus alabanzas... Tu mano desciende a nuestro muladar, y henos aquí vestidos de luz... En tu misericordia con estos tristes veo la señal de que envías la paz al mundo. Glorifiquemos a Jehová paternal, a Jehová pacífico... ¡Hosanna! ¡Bendita sea tu paz, Señor, que ha de venir sin libertad de cultos ni libertad de la imprenta!... ¡Hosanna!

En la exaltación de su júbilo llegó a creer Sabino que el misterioso arriero bienhechor no era persona de este mundo, sino un ángel tiznado, un ordinario celestial que traía encargos del Cielo para repartir entre los mortales, preparando el reino de la paz. Aparte hizo don Fernando a Zoilo advertencias muy oportunas, dictadas por un prudente recelo.

—Chico, no hagas la tontería de decir a tu padre quién soy.

—Comprendido... No debe saberlo... ¿De modo que el señor don Fernando se ha muerto?

—O se ha casado, que es lo mismo.

—Bien, hombre, bien... Déme usted otro abrazo... ¡Qué gusto! Y ¿cuántos hijos tiene ya?

—¡Hombre, todavía...!

—Es verdad... Todavía es pronto. Pero tendrá muchos..., como yo.

—Sí..., muchísimos. Procura tú largar uno cada año... Vaya, adiós. Yo tengo prisa.

Y al partir, dejándoles en disposición de hacer lo propio, sintió la tristeza que acompaña al acto de enterrar un muerto querido. Sobre una parte principalísima de su existencia ponía una losa con epitafio harto breve: «Aquí yace...» Las letras borrosas, ilegibles, que decían y no decían un nombre, parecían sepultar más lo sepultado, y ponerlo más hondo, y hacerlo más muerto.

XXX

Sin tropiezo ni accidente alguno llegaron los cuatro asendereados hombres a Logroño, y la primera diligencia de Echaide fué dar aviso al general para saber si era su gusto recibir al embajador, en la Fombera o en otra parte. La contestación fué que el caballero podía despintarse ya, soltar el disfraz, presentándose en el palacio de la plazuela de San Agustín lo más pronto posible. Toda una tarde y parte de la mañana siguiente empleó don Fernando en la tarea de volver de aquel estado rústico al de persona fina, pues tan dura era la costra de su figurada barbarie, que para romperla y rasparla fueron menester muchas aguas y restregones muy fuertes. Por fin, restaurado el hombre, entró muy satisfecho en la casa de sus nobles amigos. Después de una corta espera en el billar, tuvo el gozo de ofrecer sus respetos a doña Jacinta, que le encontró muy negro, quemado del sol y de los aires fríos, pero con aspecto de salud y robustez. Dióle las cartas de su madre que allí le aguardaban, y, comprometiéndole para la comida de aquel día, se retiró para que leyera. Así lo hizo, primero repasando los plieguecillos con avidez, luego despacio y enterándose de todo. El caballero se sentía dichoso y no se contentaba con echar a volar el pensamiento hacia Medina de Pomar: quería irse todo entero y descansar de tantas fatigas junto a la persona que más amaba en el mundo.

Hasta la hora de comer no vió a Espartero, que aquel día tuvo tarea larga en su despacho. Le saludó muy afectuoso, presentándole después al jefe político interino de Logroño, don Joaquín Berrueta, a quien debía el general su conocimiento con el arriero Echaide. Probablemente aquel señor estaría en el secreto; pero no hablaron sílaba de tal asunto. Los convidados, a más de Be-

rrueta y de Fernando, eran Pepe Concha y don Leopoldo O'Donnell. Nunca estuvo don Baldomero tan impaciente por que la comida acabase pronto: saltaba en su asiento, miraba con inquietud el traer y llevar de platos. Por fin, escaldándose vivo con el café, que tomó muy caliente, se levantó y dijo:

—¡Qué calor hace aquí! Venga usted, don Fernando.

En el próximo billar, donde se cruzaron con el criado que traía el braserillo para encender los cigarros, dieron lumbre a los suyos y por una escalerilla de piedra que en dicha pieza existía bajaron al jardín, como de treinta varas en cuadro, poblado de corpulentos árboles, con una fuente en el centro. Paseándose en la parte más asoleada, dió cuenta Calpena de su segunda entrevista con Maroto, y ello fué motivo para que el de Luchana montara en cólera y dijese:

—Toda esa componenda de reyes y príncipes es una farsa. Lo mismo le importan a él las ventajas que puede obtener la familia de don Carlos que la carabina de Ambrosio... Lo que quiere es confundirme, acabarme la paciencia... Pero ya, ya verá quién es Baldomero Espartero.

Pedida venia por don Fernando para exponer el juicio que había formado de la situación psicológica del caudillo faccioso en el momento de la entrevista, trazó la figura moral e intelectual completa, tal y como él la había visto. La cara de Espartero revelaba su conformidad con el retrato, en que veía una obra maestra de observación penetrante.

—Es usted—le dijo cariñoso—un gran conocedor del corazón humano. Me trae usted un Maroto vivo con el pensamiento pintado en la cara. Es cierto, sí..., ése es el hombre. Se ha ensoberbecido con el golpe de Estella; pretende ahora tener un chiripón a mi costa, y si lo consiguiera podría dictar a su gusto la paz, esa paz con fueros de un lado, y de otro, la caterva de príncipes consortes y de reinas viudas... Dejémosle en esa ilusión, para que el trastazo que le voy a dar le coja en el Limbo... ¡Pobre Maroto!... En fin, vámonos arriba. Esta noche venga usted a cenar y seguiremos charlando.

De lo que hablaron en la cena pudo colegir don Fernando que el ejército del Norte se ponía en marcha. Dadas las ordenes aquella noche, oyóse de madrugada el trompeteo de la caballería. Los jefes que mandaban tropas acantonadas en los pueblos a largo del Ebro, entre Logroño y Miranda, salieron también. Hablando con Espartero, Calpena se aventuró a decirle:

—Mi general, por la dirección de las tropas, el trastazo será en el ala izquierda y líneas de Balmaseda, plan felicísimo para mí si me permite acompañarle.

—No le permito, sino que le mando venir conmigo. Falta la mejor parte de la misión, caballero don Fernando, la más delicada y difícil. En premio de sus buenos servicios, le llevo a ver a su madre. No crea usted que la sorprenderá... Ya lo sabe..., ya le espera. Tienen las mujeres una policía y un espionaje que vale un mundo. Si quiere usted adelantarse, váyase con Ribero, que llegará antes que yo.

Gozoso replicó el caballero que, a pesar de su vivísimo afán de llegar pronto, prefería seguir al Cuartel general. Despidióse de doña Jacinta y de Vicentita con vivos afectos, así como de todas las personas con quienes había hecho amistad en la casa. Sentía un inmenso regocijo y se creyó compensado de tantos afanes y sufrimientos con las alegrías de aquella marcha en dirección de sus amores. Medina de Pomar, Villarcayo, se le presentaban luminosos, como estrellas refulgentes marcando la meta de su destino, y hacia la derecha del sendero distinguía también un resplandor lejano entre las lomas de la Rioja alavesa. Alguna luz brillaba constante, inextinguible, del lado de La Guardia.

No habían llegado aún a Fuenmayor, cuando topó con su amigo Ibero, que de la brigada de Zurbano había pasado a la división de Alcalá, con adelanto considerable en su carrera, pues era ya primer comandante con grado de teniente coronel, y mandaba el segundo batallón de Luchana.

En cuanto se vieron, concertaron el ir juntos en la marcha. Ibero se manifestó a don Fernando muy orgulloso de sus éxitos recientes, y al compás de los adelantos de jerarquía iba creciendo su entusiasmo por la Libertad y el Progreso, ideales hermosos, que exigían el sacrificio de cuanto existe en el hombre, menos el honor. Tan penetrado se hallaba el valiente Ibero de estas ideas,

que no vaciló en confiar a su amigo la repugnancia de que terminara la guerra por tratos y componendas con los facciosos, reconociéndoles grados e igualándolos con los que habían derramado su sangre por Isabel. Esto era inconveniente, indecoroso, inmoral. Con el absolutismo no cabían arreglos; hacer concesiones al *retroceso* era reconocerle como un Estado. Transigir con él era una declaración de impotencia. No, no mil veces; los soldados de la Libertad debían perecer antes que terminar la campaña por otro medio que el hierro y el fuego. Si se quería establecer una paz durable, era forzoso descuajar el carlismo y abrasar toda semilla, para que en ningún tiempo ni ocasión pudiera germinar de nuevo. Con los elementos que a la sazón poseía la Libertad, debía emprenderse la extinción completa, radical, de aquel bando execrable que pretendía implantar un despotismo asiático, la superstición y la barbarie.

—Que en todo el siglo y en los siglos que sigan no se oiga hablar más de pretendientes, ni de clérigos salteadores, ni de fanatismo, ni de estas antiguallas odiosas. Como así no se acabe, como sólo nos contentemos con cortar al monstruo una de sus cabezas y luego le demos de comer por las bocas que le queden, no conseguiremos nada y la Libertad morirá con vilipendio, amigo mío. Esto pienso, esto aseguro, y mientras viva pensaré lo propio, a fe de Santiago Ibero.

No dejaron de producir efecto en el ánimo y en la inteligencia de don Fernando las razones de su amigo. Pero se apresuró a rebatirlas con suavidad, haciéndole ver que el carlismo era una fuerza social difícil de destruir. La fatalidad había traído a esta pobre nación a un dualismo que sería manantial inagotable de desdichas por larguísimo tiempo. La idea absolutista, la intransigencia religiosa hallábanse tan hondamente incrustadas en los cerebros y en los corazones de una gran parte de los hijos de España, que era ceguedad creer que podrían ser extirpadas *de un tirón*. Dios había sido poco benigno con España, poniéndola en manos del mayor monstruo de la Historia, Fernando VII, que sobre ser déspota sin talento no supo establecer con firme base la sucesión a la Corona. La herencia de este nombre funesto había de ser insufrible carga para la nación; su testamento ponía los pelos de punta. Dejaba a su país un semillero de guerras, discordancias irreducibles entre los españoles, un Estado siempre débil, una Monarquía fundada en la conveniencia antes que en el amor de los pueblos, una religión formulista, una paz armada, métodos de gobierno con carácter provisional, como si nunca se supieran las necesidades que había de traer el día de mañana. ¿Era conveniente la transacción, aun siendo mala cosa? Sí, porque con ella, si España no mejoraba, al menos viviría, y los pueblos rehusan la muerte aún más que las personas. Si no fueron éstas las razones que a las de su amigo opuso Calpena, debieron de ser muy parecidas. Una y otra vez, en el curso de la marcha, hablaron del mismo asunto, abominando el uno de los arreglos y defendiéndolos el otro como el médico que aplica los calmantes en un incurable mal.

A los cuatro días de la salida de Logroño llegaban a las tierras altas de Burgos, y Calpena, con permiso del general, se dirigió a Medina, donde tuvo la inefable dicha de abrazar a su madre y a los Maltranas, que en aquella villa y en el palacio de la condesa habían buscado refugio. Todo habría sido venturas para el caballero sin la pena de ver a la niña mayor atacada de la pícara dolencia pulmonar constitutiva en los hijos de Valvanera, y a uno de los pequeños enflaquecido y transparentado como si la tierra le reclamase. Para colmo de infortunio, el insigne don Beltrán, perdido de la vista, había caído en gran tristeza y abatimiento, que agriaba su carácter y le despojaba de las amenidades que embellecían su trato. No se conformaba el buen aristócrata con aquel bajón impuesto por su naturaleza ya gastada y caduca; protestaba, quería suplir las fuerzas corporales con energías de concepto y alardes de temeridad, y don Fernando agotaba su ingenio para producir en él una dulce componenda entre la esperanza y la resignación. En cambio, encontró a don Pedro bastante fuerte, sin nuevas amenazas de la dolencia que le postró en Vitoria, muy bien adaptado a la cómoda existencia de capellán palatino. La condesa gozaba, según dijo, de una salud perfecta, como nunca la disfrutó, y se animaba grandemente vien-

do su casa tan bien poblada de amigos cariñosos. Todo lo regía y gobernaba con actividad casera, cuidando de que sus numerosos huéspedes estuviesen contentos y los enfermos atendidos como en su propia casa. Con ella se franqueó el hijo en secretas conversaciones, refiriéndole sus embajadas y comentando los dos el probable giro de aquel negocio, según lo que resultara de la campaña emprendida. El último esfuerzo de Marte traería la paz, dando este nombre a un armisticio de algunos años o lustros. Los que vivieran muchos verían extrañas cosas. Y como ante todo ansiaba ver don Fernando la grande empresa de Espartero y su gente ante las líneas de Ramales, una vez consagrados tres días a las más puras satisfacciones de su espíritu, abandonó las ociosas alegrías junto a su madre para meterse en el fiero trajín de la guerra.

XXXI

Cerca de Agüera encontró don Fernando al coronel inglés Wilde, a quien había conocido en Logroño. Comisionado por el Gobierno de su país para estudiar la guerra, habíala seguido en todos sus accidentes desde Peñacerrada, compartiendo las fatigas y aun los peligros de nuestros soldados. Era persona muy simpática, instruída, de finísimo trato, y habiéndose propuesto con tenacidad sajona dominar la lengua de Castilla, andaba ya muy cerca de conseguirlo sin perder su nativo acento. Con él iba un capitán de la misma nación, que no había podido vencer aún, por el corto tiempo que llevaba en España, las dificultades elementales de nuestro idioma, y lo destrozaba graciosamente sin miedo al disparate, ávido de aprender, como se aprenden todas las cosas: errando. Ingleses y españoles celebraban la ocasión que les unía y se concertaron para presenciar juntos las peripecias de la *campaña de Occidente*, como decía Wilde. Formando un cuerpecillo militar de siete hombres (con el criado de Calpena y los ordenanzas que el general había puesto al servicio de los extranjeros) se colaron en el teatro de la guerra y su primer paso fué aproximarse a don Leopoldo O'Donnell, que había sucedido a Van-Halen en el cargo de jefe de Estado Mayor. Causaba espanto ver las posiciones ocupadas por los carlistas en los montes que rodean a Ramales y Guardamino; imposible parecía que de tales alturas pudiera ser desalojado un enemigo intrépido que con tiempo supo plantarse allí, al amparo de rocas ingentes. Allí el arte militar semejaba al instinto guerrero de las bestias feroces. Hablando los ingleses con O'Donnell, que por la pinta y la serenidad flemática parecía más inglés que ellos, dijéronle:

—Pero ¿están ustedes seguros de poder ganar esos picachos, si en ellos los lobos tendrán que mirar dónde ponen la pata?

—No estamos seguros de llegar arriba, coronel—replicó don Leopoldo, con la sonrisa que ponía en sus labios, así para los dichos triviales como para los que precedían a los grandes hechos—; pero subiremos hasta donde humanamente se pueda. Mis soldados no miden los caminos con la vista, sino con los pies, y no se hacen cargo de los peligros sino después de estar en ellos.

—Los que hemos visto la subida de Banderas—indicó Fernando—, estamos curados de asombro.

—Lloverán piedras seguramente—quiso decir el capitán inglés, mezclando de un modo pintoresco las hablas española y británica—. La ventaja del enemigo es que no necesita gastar pólvora ni proyectiles.

—Eso, lo veremos—dijo don Leopoldo—. Señores, con Dios. No puedo entretenerme.

—General, a sus órdenes. ¡Gloria a Dios en las alturas!

—Y paz en la tierra, etcétera... La paz, ¿dónde está?

—Donde menos se piensa..., aquí.

Siguieron faldeando el cerro, y a cada paso encontraban fuerzas acantonadas. Se había dispuesto que la división del general Castañeda, con las tropas de O'Donnell, disputara a los carlistas las alturas del Moro y el Mazo, empresa que parecía fabulosa. Toda la tarde de aquel día la empleó la partidilla hispanoinglesa en enterarse de las posiciones del ejército constitucional: Ribero, con la Guardia, hallábase en la loma de Ubal, en observación de Maroto, que ocupaba el valle de Carranza. A Espartero no pudieron verle; pero se aproxi-

maron a sus avanzadas en el camino de Ramales a la Nestosa. Pasaron la noche en la falda de Ubal, entre oficiales del Tercero de la guardia, y al amanecer del día siguiente, 27 de abril, salieron en la dirección que se les indicó como más conveniente para encontrar a O'Donnell; pero no lograron su propósito, pues el que Wilde llamaba *el gran irlandés* habíase remontado en la vertiente de la peña del Moro hasta una altura en que era muy difícil alcanzarle ya. El tiroteo que desde las ocho empezó por diferentes puntos obligóles a buscar algún abrigo: procuraron guarecerse de las balas, ya que no podían hacerlo de la lluvia de piedras. En una y otra eminencia, el Moro y el Mazo, el vigoroso ataque subiendo era un prodigio de agilidad y serena bravura. La roca erizada de picos, ofreciendo a cada paso accidentes difíciles de franquear, cortaduras, grietas, cresterías inabordables, centuplicaba las fuerzas absolutistas y disminuía las liberales. Pero lo inverosímil se hizo verdadero poco después del mediodía. Cástor Andéchaga y Simón de la Torre no supieron sacar partido de sus admirables posiciones, y se las dejaron quitar, cumpliendo con una resistencia formal de dos horas. ¿Qué fué? ¿Cansancio, escepticismo, deseos de acelerar el desenlace que preveían y deseaban? Aun admitida esta causa del desfallecimiento de los facciosos, siempre era grande el mérito de los soldados de Isabel, que treparon por aquella escalera de piedras cortantes con un precipicio en cada peldaño.

Faltaba un hueso muy duro que roer, pues los demonios de la facción habían fortificado una cueva que dominaba el camino entre la Nestosa y Ramales. Una pieza de a cuatro, que disparaban con metralla, era el monstruo de aquella caverna, apostado en su boca.

Allí no escapaban hombres ni ratas. Alentado don Baldomero por la toma de las alturas del Moro y el Mazo, decidió apoderarse de la cueva, y embocando hacia ella ocho piezas de artillería, que fueron como otros tantos perros que atacaran al monstruo, y soltándole además lo más granado de la tercera división, hizo polvo al guardián formidable. Día bien aprovechado fué aquél: Espartero debió marcarlo con piedra blanca, pues entre sol y sol, peleándose con las montañas más que con los hombres, disputó y obtuvo los baluartes que convertían en gigantes a sus poseedores. Con esto les hizo pigmeos y él adquiría una talla que le igualó a la que había sido enemiga y era ya su aliada: la Naturaleza.

No pudieron los ingleses, con su agregado español, presenciar el ataque a la cueva, porque cuando llegaron al Cuartel general ya estaba todo concluído; pero lo oyeron relatar a Echagüe, capitán de Guías del general, y a un oficial de Artillería, Osma, ambos partícipes de la gloria de aquella jornada. Al anochecer acompañaron a los vencedores a la cima de Ubal, donde Espartero mandó construir un reducto, cuyos trabajos se emprendieron sin dilación, alardeando todos de incansable actividad. Favorecíales una noche espléndida, que en aquellas alturas, dominando valles y montes, era de una majestad y belleza incomparables. En amenas pláticas la pasó don Fernando con sus amigos Echagüe y Dulce, pronosticando glorias y venturas, brillantes acciones de guerra, precursoras de una dichosa paz. Al día siguiente bajó con los ingleses a Boláiz, visitaron la famosa cueva, hicieron alto en todos los puntos donde encontraban oficiales y conocidos, aquí Gándara, allí Linaje y Urbina. En Los Valles ofrecieron sus respetos al general en jefe, a quien hallaron contento, en estado de excelente salud, disponiéndose a embestir y ganar los fuertes de Ramales y Guardamino, con lo cual *les aventaría* (era su expresión habitual), obligándoles a replegarse a las guaridas de Vizcaya y Guipúzcoa.

A su amigo Ibero le encontró Calpena un tanto melancólico por no haber entrado en fuego en los combates del 27. Era de los que cuando no pelean, viendo pelear a sus compañeros, se juzgan ofendidos y hasta cierto punto despojados de lo que les pertenece. Hablando de esto y de las próximas luchas, las conversaciones venían a parar en cálculos diversos sobre lo que haría Maroto con sus veinticuatro batallones apostados en el valle de Carranza. ¿Aceptaría el reto de su grande enemigo? En la previsión de que se presentase por Gibaja, reforzó Espartero el extremo de su ala izquierda, tomando posiciones y fortificándolas bajo el fuego de las guerrillas enemigas.

En los primeros días de marzo rompieron fuego las baterías contra Ramales y avanzaron los batallones. No fué todo a pedir de boca, que algunos cuerpos retrocedieron, aunque sin desorden, y lo que se ganaba en una hora en otra se perdía. Pero a media tarde los defensores del fuerte, viéndose amenazados por diferentes puntos y desmontada la artillería, se retiraron precipitadamente a Guardamino, situación más áspera, más defendida de la Naturaleza, y allí se encastillaron con la seguridad de que el hueso era de los que no podían roer los liberales sin dejarse en ellos los dientes. Ya se vería esto.

En efecto: no era blando el hueso, y dos días estuvo Espartero bregando con él sin obtener grandes ventajas. Pero el día 11, cargado ya el hombre de perder soldados y movido de su valor impaciente, que no admitía largas dilaciones para satisfacer su anhelo, dispuso un ataque simultáneo contra todos los puntos en que presentaba el enemigo mayor resistencia, y con sus intrépidos Guías, el Segundo de Luchana y la escolta dió una de esas cargas que hacen memoria en los fastos militares. El mismo peligro corría don Baldomero que el último de sus soldados, pues el avance fué a la desfilada, bajo el fuego mortífero de los fuertes y de las trincheras abiertas por los carlistas en montes altísimos, que en algunos pasos ofrecían una verticalidad aterradora. Electrizados por la presencia y la actitud arrogante del caudillo, los soldados avanzaban husmeando la victoria, gozándola antes de obtenerla. Algunos caían, es verdad; pero los más andaban bien derechos. En lo mejor de la marcha vió Espartero que una compañía bajaba en retirada; pero con unas cuantas voces, que si en otra ocasión podían ser innobles, en aquélla eran la más gallarda de las imprecaciones poéticas, les obligó *a volver caras*. Adelante todo el mundo, sin miedo a la muerte; que allí no había que pensar en cosas tristes, sino en la grande alegría de arrojar al enemigo al otro lado de los montes, a la corriente del Cadagua... Adelante, pues, y vengan balas. Llegaron a un punto en que la desigualdad del terreno no permitía funcionar a la Caballería. Los individuos de la escolta pidieron permiso para desmontarse y acometer a pie los parapetos desde donde los facciosos les abrasaban a tiros. Fué concedido el permiso, que Espartero no negaba nunca para los actos de temeridad loca. Los jinetes sin caballos no pudieron tomar a la primera embestida los parapetos; pero su ejemplo enardeció a los menos decididos, su locura se comunicó a los más sensatos, y a la segunda embestida los carlistas abandonaron la indomable almena natural en que peleaban. En tanto, Linaje les daba un fuerte achuchón por la parte de Gibaja, y viéndose amenazados por el flanco se retiraron de todo el monte, quedando Guardamino entregado a su propia fuerza. Mas era por naturaleza tan robusto, que a la intimación de Espartero para que se rindiese contestó con un «no» redondo y procaz.

Era ya cuestión de tiempo y paciencia el someter a tan fiero gigante, emplazando en las alturas toda la artillería de que Espartero podía disponer y haciendo polvo con cañoneo constante la armadura de roca que el coloso vestía. Incansables, comenzaron por la noche la operación de subir las piezas; pero al amanecer del día 12, hallándose el general en una ermita desmantelada, donde pasó la noche, sin otro alimento que un pedazo de pan y un chorizo que llevaba en sus pistoleras, por cama la dura peña, por descanso la impaciencia ansiosa, recibió un parlamentario de Maroto con las condiciones para rendir el fuerte. Proponía que la brava guarnición de Guardamino, prisionera de guerra, fuese canjeada por igual número de liberales que los carlistas tenían en sus depósitos. Invocaba Maroto la humanidad, y por humanidad accedió don Baldomero a lo que su rival le pedía. Todo el día duró el ir y venir de parlamentarios desde Carranza a la ermita, porque el gobernador del fuerte no quiso rendirse sin que su general se lo ordenase directamente; pero al fin ello se arregló y las comunicaciones mediadas entre ambos caudillos fueron afectuosas por todo extremo. Entregóse, pues, Guardamino con su artillería, municiones, pertrechos y víveres. Los rendidos fueron inmediatamente enviados al cuartel de Maroto, que no tardó en pagar la carne facciosa con igual peso y medida de carne liberal. Alardearon uno y otro de hidalguía y generosidad. La victoria

de Espartero fué de las más grandes que obtuvo en su gloriosa vida. En la elocuente orden del día que dió a las tropas les dijo: «El enemigo no quiso aceptar vuestro reto para una batalla general. Encastillado en sus formidables posiciones, allí quería que se estrellase vuestro arrojo. Allí os conduje. Allí vencimos. Allí completamos su ignominia.»

XXXII

La brillante hazaña de Espartero sobre Guardamino fué presenciada por los caballeros de la trinca angloespañola. Marcharon en la retaguardia de la escolta, de tal modo fascinados, que no advirtieron el peligro hasta que no se hallaron en la imposibilidad de evitarlo. Tuvieron la suerte de salir ilesos, con excepción de Urrea, que recibió un balazo en el muslo sin que le tocara el hueso. Perdió alguna sangre, continuó a caballo, y al fin de la jornada le curó veterinariamente un práctico del escuadrón. Hasta el día 13 no tuvo Calpena noticias de Ibero, que había sabido hartarse del manjar de su gusto: peligro, temeridad, gloria. Entre él, con los de Luchana, y Echagüe, con los Guías, habían tomado los parapetos que decidieron la victoria... El hombre no cabía en su pellejo. No quería grados, no buscaba recompensas. Bastábale el gozo de haber empujado a la Libertad hacia las altas cimas donde debía tener su asiento, de haber arrojado hacia los valles cenagosos al *monstruo del oscurantismo*.

Maroto se internó en Vizcaya; Espartero, fijando en Ramales su Cuartel general, dió descanso a sus tropas antes de emprender la ocupación del país vasconavarro, contando con el desaliento del enemigo y con la descomposición y ruina de su antes poderosa unidad. Pasado el temporal de agua que en lo restante de abril y principios de mayo entorpeció los movimientos, avanzó el ejército cristino hacia Orduña, que fué ocupada sin disparar un tiro. Con pretexto de tratar de un nuevo canje de prisioneros, envió el de Luchana a su rival un parlamentario, al cual acompañaban el coronel Wilde, encargado por su Gobierno de hacer cumplir el convenio Elliot, y dos o tres personas más, afectas al servicio del militar extranjero. Recibióles Maroto un tanto displicente. Expuso el parlamentario, brigadier Campillo, lo referente al canje; el inglés hizo presente su propósito de trasladarse a Tolosa para someter al *elevado criterio* del rey los deseos del Gabinete británico, inspirados en sentimientos de humanidad y justicia; disuadióles Maroto de esta idea, brindándose a dar cumplimiento por sí mismo al convenio Elliot, pues poder y autoridad tenía para ello; y una vez retirados de su presencia los mensajeros con sus respectivos secretarios, mandó recadito al caballero español que en calidad de intérprete al coronel Wilde acompañaba. Encerrándose con él a medianoche en la destartalada estancia del caserón donde tenía su alojamiento, solos, sin más luz que la del candil que alumbraba un cuadro negro de las Animas del Purgatorio, hablaron lo que a renglón seguido, con la posible fidelidad, se reproduce:

—He leído la carta de Espartero que usted me trajo—dijo Maroto, paseándose, las manos en los bolsillos—, y empiezo por decirle que no me parece bien el abandono del disfraz, ¡porra!..., aunque me sea muy grato verle a usted en su porte de caballero distinguido y llamarle por su verdadero nombre... Pero no es prudente, no. Estamos, estoy rodeado de espías infames... Tome usted asiento.

—No tema usted por mí, general—dijo Calpena, siguiendo a Maroto en su paseo—; yo sabré guardarme..., y vamos al asunto.

—Pues al asunto. Veo que su jefe de usted está tan bien enterado como yo de las intrigas de los apostólicos contra mí.

—Europa entera conoce la rabia vengativa y el furor venenoso de ese bando que, aun después de vencido, se revuelve contra el hombre fuerte que le apartó del rey...

—Todos los que don Carlos desterró por exigencia mía..., naturalmente, tuve que cuadrarme..., plantear la cuestión en el terreno de la dignidad; o ellos o yo, ¡porra!..., pues todos aquellos que eran la perdición y el descrédito de la Causa, en la frontera trabajan contra mí, con mil enredos y calumnias... Lo que yo digo: no necesitan volver a ganar el corazón del rey, porque lo tienen bien ganado. Carlos Quinto les ama y a

mí me detesta. Eso lo sé, lo he visto muy claro. Su majestad cedió a mi exigencia porque no tenía corazón para resistirme. Yo apelaba a su dignidad, a su conveniencia, y a falta de éstas encontré su miedo... Pero el miedo aplaza, no resuelve. Estamos lo mismo: el rey no se apea ni se apeará del burro de su intransigencia apostólica y absolutista... Y ¿sabe usted que ese danzante de Arias Teijeiro, en vez de largarse a Francia, como el rey le ordenó, se fué al Maestrazgo? Allí le tiene usted reconciliado con Cala, a quien acusó de venal, y partiendo un piñón con Cabrera. Entre todos arman grandes tramoyas contra mí. Nada conseguirán mientras yo tenga junto al rey a mi gran aliado, el miedo; pero el día en que su majestad se recobre del susto que le di, y apoyado se vea por los *brutos*, que así califican a la fidelidad, perderé mi mano, y creo que la vida, con él...

—La situación de usted, mi general, es harto difícil. Las circunstancias, los hechos, con su lógica incontrastable, imponen a todos la paz...

—La paz... Venga pronto, si ha de ser honrosa, como yo puedo admitirla y proponerla... Sentémonos, señor mío... Y ahora que me acuerdo. Felicite usted en mi nombre a Espartero por el nuevo título que le ha concedido su reina: *Duque de la Victoria*... Es hermoso y hasta cierto punto me lo debe a mí. No debe olvidar que le abandoné voluntariamente las posiciones de Ramales y Guardamino, por evitar el derramamiento de sangre...

—Me permitirá usted, mi general, que no exprese ninguna opinión sobre los hechos militares del pasado mes... Y no es porque no los conozca, que observé al ejército en todos sus movimientos y seguí al duque en su prodigiosa marcha sobre Guardamino.

—El fuerte hubiera resistido mucho tiempo. Se rindió porque yo se lo ordené.

—Cierto; pero...

—Pero... No discutamos. Sólo digo que el título de duque de la Victoria en gran parte me lo debe a mí don Baldomero, ¡porra!... Reconozco que es un militar valiente y un hombre honrado, que desea el bien de su patria... Yo también, ¡porra!, yo, sin llamarme duque, quiero la felicidad de España.

Nervioso y exaltado, Maroto se levantó a poco de sentarse, diciendo con fuertes voces:

—Y me hará el favor de advertir a su jefe que no me mande parlamentario militar, so color de canje de prisioneros. Esto me compromete, ¡porra! No tardan mis enemigos en llevar el soplo a Tolosa..., que si andamos en arreglos, que si vendo al rey... No, no quiero parlamentarios. Siempre que llega uno, tengo que dar a mi ejército una orden del día echando sapos y culebras, ¡porra!..., para disimular el mal efecto... Y vamos al asunto.

—La ingratitud del rey es tan manifiesta, lo mismo que su tenacidad en sostener el retroceso y la barbarie, que no insistirá usted, así lo creo, en las condiciones que me manifestó en Estella referentes a la familia real.

—No, no insisto en ello, renuncio a mi propósito de enlace de los hijos; renuncio a conservar a don Carlos las preeminencias de rey padre... Que se vaya al extranjero, con título y calidad de infante aburrido y de pretendiente chasqueado, a comerse la pensioncilla que se le dará para que viva con decoro... No merece otra cosa; no ha nacido para más; aún saca más de lo que le corresponde por su menguada inteligencia..

—Espartero contaba con esa rectificación de las antiguas ideas de usted, y, una vez de acuerdo en cosa tan importante, espera que la conformidad en los demás puntos no se hará esperar.

—Poco a poco—dijo el carlista, súbitamente acometido de una gran agitación—. Si cedo en lo de las personas reales, no puedo ceder en los principios, pues no pretenderá Espartero que yo le entregue todo, la fuerza y las ideas... Eso no sería transigir; sería por mi parte una debilidad vergonzosa... ¿Qué quiere ese hombre? ¿Dejarme a mí un papel ridículo y conservar él la gloria de la pacificación? Dígame usted: ¿qué papel hago yo entregando mi ejército al masonismo y a la impiedad revolucionaria? Eso no puede ser, y no será... Antes moriremos todos... Asegure usted a su general que no suscribiré nunca una paz que no vaya fundada en un régimen político mucho más restringido que el existente.

—Pues el general Espartero—declaró Calpena con solemnidad—pone por condición primera que se ha de conservar

el régimen político existente, la Constitución del treinta y siete, con todas sus consecuencias... ¿Le parece a usted justo que después de la sangre derramada por la libertad ofendamos la memoria de los hombres heroicos que por ella han perecido? ¿Qué quiere usted? ¿Que el representante de las ideas liberales acepte y patrocine el absolutismo? Eso no será transacción. Será entregar nuestra bandera al enemigo vencido para que la pisotee.

—Pues quédese cada cual con su bandera y perezcamos todos—gritó don Rafael, no ya agitado, sino furibundo—. Sepa Espartero que trata con un general que manda fuerza considerable, no con un monigote sin decoro ni vergüenza. Corra la sangre; no haya humanidad ni compasión. Lo que no se hace por un rey inepto, lo haremos por la defensa de los grandes principios.

—Veo, señor mío, que, obedeciendo a un Destino fatal, será usted el instrumento del obispo de León, de Arias Teijeiro y del clérigo Echevarría. Usted les detesta y al propio tiempo les ampara. Ellos pregonan la cabeza de Maroto, ignorando que al matarle matarían a su mejor amigo.

—No, no defiendo yo el absolutismo —gritó Maroto fuera de sí, con fuertes voces—, ni las ideas de esa canalla. Defiendo un régimen templado, en que el rey gobierne inspirándose en las necesidades positivas de los pueblos; un régimen sin tiranía del soberano ni alborotos de los súbditos, con la unidad católica bien garantizada y los clérigos levantiscos bien sujetos; un régimen en que puedan hacerse oír los hombres ilustrados y callen los ignorantes y díscolos; un régimen de justicia, de gobierno paternal, con el consejo de un escogido número de personas graves que ilustren al rey y enfrenen a la plebe... Eso quiero, eso propongo, y sin eso no habrá paz, no puede haberla, porque... denme todo lo que quieran, mi destitución, mi muerte; pero no pidan a Rafael Maroto que firme una paz a gusto de los masones y comuneros. Eso no puede ser... Yo le suplico a usted que no me contradiga, ¡porra!

—Bueno, mi general... Realmente, yo no contradigo a usted: no hago más que exponer las que creo ideas y propósitos de la persona en cuyo nombre hablo. Siento infinito volver allá con la triste obligación de comunicar el fracaso definitivo de las negociaciones.

—Pues comuníquelo usted... No hay paz, no puede haberla—dijo Maroto, desplomándose en la silla por una cesación súbita de aquel frenesí nervioso—. ¿Qué me importa? Si todo se hunde y se lo lleva el diablo, no es por culpa mía. Es culpa del señor duque *nuevo*, que quiere arreglar todo a su gusto para su sola gloria y provecho, dejándonos a los demás como trapos...

—No es eso, perdone usted...

—Es eso..., y no me contradiga. Como trapos... ¡Bonito papel quiere asignarme!... ¡Y él, ¡porra!, el héroe, el pacificador, el niño bonito, el niño mimado!... Pretende el mangoneo universal, y ser el amo, y traernos a todos cogidos de la nariz... ¡Ay!

Este ¡ay! fué una exclamación dolorosa, como punzada en el corazón, el lamento de una naturaleza profundamente herida.

—¡Ay!—repitió oprimiéndose el costado—. Puede usted creerme: deseo una muerte repentina que ponga fin a mis sufrimientos. No era esto lo que yo presentía, lo que yo soñaba al venir al carlismo. No era esto, no, lo que me impulsó al abandono de las posiciones de Ramales. Pensé yo que Espartero me comprendería, que sería generoso... Pero su egoísmo está bien manifiesto: quiere una paz que sea para él un triunfo y un oprobio para mí... Lo peor es que... Siéntese usted: aún tenemos algo que hablar.

Con acento quejumbroso, de hombre enfermo, de un alma sumida en acerba pena, prosiguió así:

—Y a pesar de todo, créame usted, deseo la paz..., sí, señor; la deseo como soldado y como español..., porque yo amo a mi patria... Bien sabe Dios que el absolutismo mío no es el régimen absurdo y tenebroso que predican los clérigos de Oñate. Espartero me conoce... No quiera hacer de mí un monigote... Si en ello se empeña, no habrá paz, y España se acabará... Más quiero verla muerta que en brazos del masonismo y de la revolución.

—Espartero—dijo Calpena compadecido del general carlista, por el lastimoso estado a que le habían traído sus errores—no pretende humillar a usted ni apropiarse la gloria de este bien tan gran-

de: la gloria será de los dos, para los dos la inmensa gratitud de España.

—Así debiera ser...—murmuró el carlista con emoción, que afeminó por un instante su voz varonil y guerrera—. Nadie me gana en el amor a este terruño donde hemos nacido... En mi larga vida militar y política no he tenido otro móvil que el bien de los españoles... Pero los buenos deseos son una cosa y los buenos caminos otra... Cuestión de suerte, amigo mío; cuestión de acertar o no en los primeros pasos... ¡Oh, pues si yo lograra que España dijese: «A Maroto debo la paz»!... Pero no me caerá esa breva, ¡porra! La fatalidad dice que no..., que no... La fatalidad me ha tomado entre ojos...

En la pausa que siguió a estas palabras, don Fernando vió al general agobiado en el sillón, los codos en las rodillas, el rostro en las palmas de las manos, y respetó su dolor guardando silencio. Después sacó don Rafael del bolsillo del capote un pañuelo grandísimo, y se sonó con estrépito. Tenía los ojos encendidos y húmedos.

—Mi general—le dijo Calpena, aprovechando con delicadeza la emoción que observaba—, me detendré aquí todo el tiempo que sea menester, si de la espera resulta que puede llegar una proposición de concordia. Piense usted en ello un día, dos; considere su situación, la ansiedad del país, el deseo de todos los partidos...

—¡Pero si estoy ya loco de tanto pensarlo!... No, no pienso más. Ya es cuestión de decidirse, de escoger la primera carta que salga.

Suspirando, volvió a su inquieto pasear por la estancia. De pronto se paró ante Calpena, diciéndole:

—Puesto que no tiene usted prisa de volver a Orduña, ayúdeme a buscar una solución decorosa para mí. Verá usted lo que se me ocurre... Tenga paciencia y hablaremos algo más.

XXXIII

Dirigióse a la cómoda en que estaba el candilón, el cual, dicho sea por respeto a la puntualidad histórica, había dejado extinguir una de sus dos mechas, manteniendo encendida la otra por puro compromiso, al parecer, pues bien se le conocían las ganas de dormirse en la oscuridad. Don Fernando miró al general, que revolvía papeles en el cajón primero de la cómoda, y tras él veía también mal alumbradas por la luz dormilona las pobrecitas ánimas del Purgatorio, sus cuerpos desnudos entre llamas rojizas. ¡Con qué gusto las habría sacado de aquel martirio, extrayendo al propio tiempo al propio general, que en las llamas de su ansiedad e irresolución ardía!

—Verá usted—dijo don Rafael, hallando lo que buscaba y volviendo el rostro hacia el mensajero de su rival—; aquí tengo una carta interesantísima. No haré con usted misterio de su contenido ni de la persona que la firma: es un amigo íntimo de Simón de la Torre y mío. En ella se me propone una entrevista con el comodoro lord John Hay, el cual tiene instrucciones de su Gobierno para proponer a Espartero y a mí fórmulas de paz

—Debo decir a usted que a mi jefe no le gusta que los extranjeros medien en este asunto. Notaría usted que el coronel Wilde no pronunció una palabra de condiciones de arreglo. También debo decirle, general, que a Espartero no le supo bien que usted cambiara comunicaciones con el mariscal Soult sobre este negocio. Es muy delicada la intervención extranjera, así en la guerra como en la paz, porque casi siempre los poderosos que nos prestan servicio tan eminente lo cobran después con una pesada injerencia política y diplomática.

—Es verdad; pero yo no puedo negar al comodoro la entrevista que me propone. Sólo que no sé dónde ni cómo celebrarla. Pien podría servirme de pretexto la orden que a León ha dado Espartero de quemar las mieses de Navarra. Esto es una violación del tratado de Elliot.

—¿Ha contestado usted a La Torre que acepta la entrevista?

—No, porque de nadie me fío ya. No me determino a enviar una carta de tanta gravedad por mano de carlista: la traición y el espionaje tienden aquí sus redes que es un primor.

—¿Y no hay un hombre leal que establezca la comunicación verbalmente?

—No le hay, o al menos yo no le veo junto a mí—replicó Maroto con la desconfianza pintada en su inquieto mirar.

—Permítame usted que le diga, mi general, que en el recelo y suspicacia que

me manifiesta veo una enfermedad del ánimo, efecto de su singularísima situación entre la guerra apostólica y la paz nacional; veo el delirio persecutorio, que usted logrará vencer, mirando con más serenidad cosas y personas.

—Puede que tenga usted razón... Déjeme seguir. Simón de la Torre y yo estamos de acuerdo; el amigo que nos comunica es un joven bilbaíno muy simpático, que ha servido con Córdoba y con Espartero...

—¡Oh, qué luz, mi general!... ¿Es acaso Pedro Pascual Uhagón?

—¿Amigo de usted, por ventura?

—Sí, señor... Yo sabía que andaba por aquí; me constaba su amistad con Simón de la Torre... En fin, ¿quiere usted que yo me vea con Uhagón?... ¿Dónde está?

—Muy cerca de aquí: en Amurrio.

—Pues allá me voy. ¿Debo decirle que está usted dispuesto a celebrar la entrevista con el comodoro?

—Justo; ¿pero dónde nos encontramos, Señor?... ¿Debemos reunirnos por casualidad o por reclamo del inglés, para tratar de la cuestión de las mieses incendiadas?

—Deje usted a mi cuidado el determinar la entrevista de una manera lógica, en forma que le ponga a usted a cubierto de toda sospecha.

—Si así lo hiciere, me prestaría un servicio inmenso en las actuales circunstancias...

—¿Conque en Amurrio? Cuente usted con que mañana comemos juntos Pedro Pascual y yo; cuente con que un día de éstos se verá usted sorprendido por lord John, y obligado aparentemente a conferenciar con él... Y cuente con que las proposiciones del inglés diferirán poco de las de Espartero.

—Pero la sanción de una potencia extranjera, amigo mío, es alivio grande de la responsabilidad...

—Convenido. Luego veremos el grado de desinterés de la gestión inglesa... En fin, mi general, viva la paz, *aunque viva con su Pepita*...

—Eso, eso—dijo Maroto, riendo por primera vez en la conferencia de aquella lúgubre noche—, *que viva con su Pepita*. Y ahora...

—Sí; debo retirarme.

—Que no se le olvide felicitar a Espartero por su ducado.

—Lo agradecerá mucho.

—Sí, sí; los dichosos agradecen los plácemes de los tristes—dijo don Rafael sin ocultar su pena inmensa—. Conque, buenas noches. No tengo vino superior con que obsequiarle.

—Ya beberemos pronto a la salud de España pacificada. No me detengo. Querrá usted dormir; yo también.

—Yo no duermo.

—Descansar, por lo menos.

—Tampoco.

—Ya vendrán para todos el descanso y la tranquilidad.

—Dios lo quiera.

—¡Animo, sinceridad, patriotismo! Adiós, mi general.

—Adiós. Le deseo lo que yo no he tenido nunca: buena suerte.

—La tendremos... ¿Qué hace falta? El corazón siempre por delante.

—¡Ay!... Eso se dice, eso se intenta... pero no siempre el corazón se pone donde quiere, donde debe... Adiós.

Salió Calpena de la triste casona; palpando paredes se encaminó a su alojamiento, y lo primero que hizo fué dar órdenes para partir de madrugada. El coronel Wilde y el brigadier Campillo dormían profundamente; procuró hacer lo propio, y al romper el día trotaban los seis, desandando el camino que habían traído. Las diez serían cuando las avanzadas del ejército liberal les indicaban la proximidad de Amurrio. Dijo don Fernando a sus compañeros que si no querían esperarle en aquel pueblo, donde una diligencia importante le detendría, siguieran a Orduña. Divididas las voluntades, el brigadier determinó encaminarse sin demora al Cuartel real, y Wilde se quedó, pues no había para él compañía más grata que la del caballero español. No vaciló éste en ponerle en autos del asunto que motivaba su detención en Amurrio; uno y otro, cada cual en su esfera, trabajaban por la paz, y solían comunicarse una parte de sus secretos. La primera diligencia fué tomar lenguas del paradero de Uhagón, también del inglés amigo, y sin grandes molesias dieron con él en casa de Zárate, donde estaba en gran parola, *inter pocula*, con Ibero y otros oficiales, entreteniendo los ocios con historias picantes y libaciones de chacolí. En el mismo hospedaje se metieron Calpena y Wilde, formando alegre compañía, al poco tiempo de sociedad ya se habían

trazado los conspiradores de la paz el plan más acertado para llevar adelante las vistas entre el comodoro y el general de don Carlos. Por desgracia, lord John se hallaba por aquellos días en Bayona; Pedro Pascual tenía que trasladarse a Bilbao, buscar embarcación que le llevase a Francia y volver luego con el comodoro. Convinieron en que Wilde le acompañaría en la expedición marítima, mientras a Orduña pasaba don Fernando para dar cuenta al general. Algunos días retuvo el duque de la Victoria a su amigo, no sólo porque descansase, sino por creer que en el estado de las negociaciones convenía dar largas a Maroto, para que su turbado ánimo, con la tremenda crisis del carlismo, viniese a mayor decaimiento y desorden más grande. La primera comisión que don Baldomero dió a su fiel servidor después de aquel descanso fué llevar a Maroto los cartas de los emigrados apostólicos, que, interceptadas por el Gobierno, fueron impresas en la *Gaceta de Madrid*. Por ellas se veía que el partido intransigente, a quien el rey, con fingida corrección, había separado de su gracia, se mantenía con éste en inteligencia clandestina. Por miedo a Maroto había decretado don Carlos el destierro de los clérigos Echevarría y Lárraga, de Marco del Pont y Arias Teijeiro; pero no tardaron éstos en ponerse de nuevo al habla con su señor, tendiéndose desde la frontera a la Corte un hilo de conspiración que no fué el paso menos interesante de aquella tragicomedia.

Volvió, pues, don Fernando al Cuartel de Maroto, acompañado de Ibero en calidad de parlamentario militar para un nuevo canje, y halló muy desconcertado del entendimiento al general sin ventura, variando de opiniones y actitudes a cada instante, pasando bruscamente del ardiente furor al desmayo mujeril. Ya tenía conocimiento, cuando el mensajero le mostró la *Gaceta*, de los tratos que sostenían los emigrados con el rey absoluto, y a este propósito le hizo Calpena, con seguro conocimiento de la Humanidad, estas profundas observaciones:

—Vea usted, mi general, cómo se reproducen en la Historia los mismos efectos cuando las causas no varían, y cómo se repiten los hechos cuando las personas no cambian. En don Carlos tiene usted la imagen viva de su hermano Fernando Séptimo; son los mismos perros con el mismo Toisón de Oro al cuello, y perdóneseme la comparación. Diferentes parecían uno y otro hermano, y son el mismo sujeto repetido en el tiempo, desmintiendo a la muerte. Si discrepan en cualidades secundarias, en lo principal son idénticos y proceden de igual manera. La situación en que el estadillo carlista se encuentra es la misma del Estado español en aquellos famosos años del veinte al veintitrés. La pesadumbre y la barbarie del absolutismo han traído una revolución, y esa revolución, esa protesta contra el régimen tiránico y clerical, Maroto, a pesar suyo, la representa. Por una serie de circunstancias, la fuerza ha venido a estar en manos de usted. El rey no supo serlo absolutista, no sabe serlo tampoco liberal, y doy este nombre al partido *marotista* o de *transacción* para establecer un término relativo que facilite mi argumento. Liberal es usted, aunque no quiera confesarlo; liberales son Simón de la Torre, Zaratiegui y aun el mismo Elío, por extraño que parezca. Digamos que han admitido un átomo de la idea liberal; en ese átomo está todo lo sustancial del principio. Pues bien: don Carlos ha venido a ser prisionero de usted; tiembla de miedo viéndose sometido o la fuerza que odia; aparenta ceder; aún dice: «Marcharemos y yo el primero...» Por intimación de usted, separa de su lado a su camarilla; destierra muy contra su voluntad a los que cree sostenedores de su soberanía absoluta; pero continúa entendiéndose con ellos, dándoles ánimos para que conspiren, adquieran fuerza y vengan a libertarle. ¿Duda usted esto? ¿Cree la pintura recargada y violenta? Su silencio y su mirada me dicen que no. Pero si aún duda, pronto ha de ver cuán fundado es este juicio mío. ¿Recuerda usted la sublevación de los voluntarios realistas? ¿Recuerda las partidas levantadas por clérigos y frailes salteadores? Pues pronto hemos de verlas reproducidas. El bando apostólico, apoderándose de los soldados que usted manda, levantará la bandera del absolutismo neto y rabioso contra la transacción que este ejército representa. Harán creer a los pueblos que usted secuestra al rey, que tiene embargado su real ánimo... Y por fin, y esto es lo más triste, esa bandería furibunda vencerá por lógica ley al partido de la moderación, y

Maroto será tratado, no como un hombre que mira por el bien de su patria, no como un general que sirve intereses superiores a los de una persona, sino como un vulgar ambicioso, y le impondrán pena infamante. Por muy extraño que parezca, será usted en su papel político y en su fin desastroso muy semejante al infortunado Riego. Le llevarán a la horca en un serón arrastrado por un burro... y...

—Cállese usted...—dijo Maroto, apretando los puños y despidiendo lumbre por los ojos—, que, si algo hay de verdad en el paralelo que hace, no puedo admitir mi semejanza con Riego.

—Ya lo veremos.

—Yo sabré morir con dignidad.

—No lo dudo. Pero es lástima que usted muera, pudiendo vivir con honor y hasta con gloria, facilitando la obra de la paz.

Poco más hablaron; Maroto se volvió muy tacitúrno, sumergiéndose en sus melancolías. Luchaba fieramente, ¡infeliz hombre!, con el turbio, revuelto oleaje de su destino, más embravecido cuanto más en él pataleaba.

XXXIV

Fué un hecho, al fin, a fines de julio, en Miravalles, la entrevista de Maroto con lord John Hay. No se halló presente Calpena; pero su amigo Uhagón supo después que no habían llegado a un acuerdo. Quizá Maroto, harto ya de guerra, y deseando ponerle fin a todo trance para salvar su honor militar y su vida, habría dado asentimiento a las condiciones presentadas por el inglés, muy semejantes a las de Espartero; mas no podía por sí solo cerrar trato sin el asenso de los demás jefes encariñados con la paz, pero más exigentes en punto a condiciones. Necesitaba tomarse tiempo para traer las demás voluntades al punto de cansancio y desesperación en que ya estaba la suya, y propuso a Espartero, por conducto del comodoro, la suspensión de hostilidades. De la respuesta del duque de la Victoria a esta martingala de su rival sí fué testigo don Fernando, el cual vió con gusto que el criterio del duque no diferría del suyo. Nada de armisticio. Maroto, juzgándose impotente ya para presentar batalla, no quería más que ganar tiempo, esperando del acaso una solución menos terrible para él que la que anunciaba la realidad. Volvió, pues, el inglés al Cuartel carlista, en Arrancudiaga, y expresó a Maroto la negativa de Espartero, y su propósito de reanudar sin demora las operaciones. He aquí la razón de la marcha del ejército liberal desde Amurrio a Vitoria por el desfiladero de Altuve. Ocasión tuvo el carlista, en aquel paso peligroso, de contener a su rival y aun de batirlo; mas no quiso o no supo aprovecharla. Sólo algunas guerrillas molestaron a Espartero en Altuve; y cuando entraba en Vitoria, casi sin disparar un tiro, los facciosos abandonaron el puente fortificado de Arroyabe, corriéndose hacia las líneas atrincheradas de Arlabán y Villarreal.

Decidido siempre y con sus ideas bien claras, como turbias eran las del otro, atacó Espartero resueltamente, no dándole tiempo a prepararse. Maroto aceptó aquel combate como el suicida que ve en la segura muerte la única solución del conflicto que le agobia. La proclama que dió a su ejército era el lenguaje de la impotencia y el orgullo, y estos sentimientos se comunicaron a la tropa carlista, que en aquella jornada, como en otras muchas, desplegó un valor heroico, una grandiosa entereza. Porfiado cual ninguno fué el combate; de una parte y otra se desarrolló toda la fuerza espiritual y física que siempre fué don de soldados españoles en las grandes apreturas de la guerra. Perecieron aquí y allá valientes en gran número. Venció al fin el qué tenía razón: Espartero fué dueño de Villarreal. De las alturas de Arlabán desaparecieron los carlistas como una nube empujada por el viento, y escabulléndose por las tristes hoces de Aránzazu, caían sobre Oñate y los valles guipuzcoanos, cuna y sepulcro de la Causa.

Antes de la gloriosa ocupación de Villarreal por Espartero, supo éste que en el campo enemigo, por la banda de Navarra, ocurrían sucesos graves, que, confirmando la rápida gangrena del cuerpo lacerado del absolutismo, venían a favorecer los planes de pacificación. Algunas compañías de los batallones Quinto y Doce de Navarra se sublevaron en Irurzun al grito de «¡Viva el rey, mueran los traidores, abajo Maroto!» Era la enfermedad histórica de la nación, la protesta arma-

da, manifestándose en la monarquía absoluta de Oñate como en el régimen constitucional de Madrid. La ineptitud y doblez de los hijos de Carlos IV, tan semejantes en su soberbia como en su incapacidad para el gobierno, eran quizá la causa determinante de aquella dolencia que con el tiempo había de corromper la sangre nacional. El rey tenía una cara para los transaccionistas y otra para los apostólicos. Creyérase que Fernando y Carlos eran el mismo hombre. Pues bien: los sublevados de Irurzun encaminánronse a Vera, soliviantando a los pueblos del tránsito; diéronse allí la mano con los emigrados, que dejaron de serlo, pasando la frontera. El obispo Abarca, Gómez Pardo, el cabecilla o general don Basilio y el famoso canónigo y confesor Echevarría constituyéronse en autoridad revolucionaria en nombre de Carlos V. Era como una sombra de la regencia de Urgell. ¡Tristes amaneramientos de la Historia!

Lo primerito que se les ocurrió a los sediciosos, demostrando en ello buen tino, fué nombrar su comandante general; y aunque entre ellos estaba don Basilio, hombre de guerra, recayó la elección en el canónigo, quien de confesor de su majestad pasó a jefe del Estado Mayor de la Generalísima. Empuñó el hombre su bastón, y pasada revista a las tropas con una felicísima mezcolanza de unción y marcialidad, largó su correspondiente proclama, poniendo a Morato a los pies de los caballos, y procurando levantar el decaído espíritu de aquellos pueblos infelices, honrados, inocentes, que habían hecho por la realeza de Carlos Isidro el sacrificio de su sangre y su hacienda. Pero los pueblos, la verdad sea dicha, no respondieron con el calor que se esperaba a la invocación del clérigo metido a Macabeo. La fe en un rey que no sabía gobernar ni combatir se debilitaba rápidamente. Paces querían ya, aunque no se les hablara tanto de religión, que bien segura veían por todas partes..., porque, verdaderamente, si tan *partidario* de don Carlos era Dios, ¿a qué consentía los avances de Espartero y los palizones que éste venía dando a los caballeros del Altar y el Trono?

Y no se paraba en barras el conde-duque, seguro ya de ganar la partida. Desde Villarreal de Alava avanzó hacia el fuerte de Urquiola, donde fué muy débil la resistencia. Sabedor de que su rival ocupaba a Durango con fuerzas considerables, allá corrió dispuesto a batirle; pero Maroto, ya en el grado último de turbación y azaramiento, le abandonó la villa, marchándose a Elorrio. Hizo, pues, Espartero entrada triunfal en Durango, y la animación y el orgullo de sus tropas, vencedoras sin disparar un tiro, contrastaban con el desmayo y tristeza de los batallones guipuzcoanos

No estará de más decir que no fué para el señor Calpena motivo de gozo la entrada en Durango. Temía que el encuentro de los Arratias le produjese una situación penosa, y que los recuerdos apagados se avivasen con la presencia de personas que no quería ver más en lo que le restara de vida Por fortuna suya, en el retraimiento que se impuso, encarcelándose y entreteniendo sus ocios con lecturas, le descubrió el sabueso de más fino olfato que por aquellos reinos andaba: el sagacísimo don Eustaquio de la Pertusa, que una mañana se le apareció como por escotillón, sirviéndole el chocolate, según testimonio del propio don Fernando en sus *Memorias* escritas y no publicadas. Adivinando el motivo de la encerrona de su noble amigo, el astuto conspirador se apresuró a tranquilizarle refiriéndole que todos los Arratias de uno y otro sexo habían levantado el vuelo hacia Bilbao, en cuanto se agregaron a la familia Zolio y su padre. ¡Memorable día de abrazos y besos, reconciliaciones y extremos de cariño! Felices parecían todos al emprender la marcha hacia sus lares, y tan embobada con la criatura iba la juvenil pareja, que era lógico esperar se cumplieran los deseos de doña Prudencia, la cual no se contentaba con menos de una criatura por año. La fecundidad de la guapa moza garantizaría su dicha y la paz del matrimonio. Para don Fernando fueron estas referencias como si la sepulcral losa que en el cementerio de su corazón guardaba sus primeros amores se levantase y se volviera a cerrar. Trató de asegurarla bien, soldándola o claveteándola con buenas razones, y trazó sobre ella con escoplo más firme las tres fúnebres letras R. I. P.

Luego entró don Eustaquio en informaciones muy interesantes de la trapatiesta apostólica. Por un lado, don Carlos no quería indisponerse con Maroto, a quien creía capaz de un regicidio; por

otro, alentaba a los que en rigor de ley eran rebeldes. Para negros y blancos tenía una palabra benévola. El lo había visto, él, don Eustaquio de la Pertusa; nadie se lo contaba. Desde Lesaca mandó don Carlos un recadito secreto al canónigo general, y éste, bien disfrazado, fué a verle, y toda una medianoche pasaron conferenciando. Suponía el *Epístola* que el objeto del conciliábulo no era otro que ver el modo y ocasión de armar una ratonera en que coger descuidado a Maroto y hacer con él luego el mayor y más ruidoso escarmiento de traidores. Al propio tiempo, Zaratiegui, encargado por Maroto de sofocar la insurrección de los batallones navarros, se situaba en Etulaín, decidido a liarse con ellos. Y el general Elío, que también quería paces, mandaba al campo insurrecto a un frailazo llamado Guillermo, marotista por excepción, para que arengase a los navarros y les trajese a la disciplina, todo ello invocando siempre el Altar y el Trono, que ya casi no tenían forma, de tanto como los manoseaban, de tanta saliva como ponían en ellos los labios de los oradores. Pero el buen fraile no sacó de sus prediques más fruto que una ronquera penosa y el desaliento con que volvió y dijo a Elío que fuera él a convencerles. En tanto, ¿qué hacía don Carlos? Inalterable en su doblez medrosa, largaba otra proclamita, diciendo horrores de los rebeldes, llamándoles *puñado de extraviados*, y amenazándoles con destruir por sí mismo aquel germen de *cobarde* y *vil traición*. En las cartas que se cruzaron entre Maroto y el canónigo Echevarría, éste le llamaba con todo desenfado *traidor* y *asesino*.

Informado el duque de estos hechos, mandó a Calpena que fuese al Cuartel general de Maroto y allí se instalara, valiéndose de cualquier arbitrio, con objeto de vigilar sus actos e influir en sus resoluciones, pues, del estado de trastorno en que se hallaba, todo podía temerse. Al propio tiempo llevaba el encargo de anunciarle la proposición de entrevista, que muy pronto se haría oficialmente por conducto de un parlamentario. Si no lo aceptaba, se le atacaría con esfuerzo combinado en toda la línea, obligándole a una capitulación en que no le sería fácil obtener las ventajas que él y sus compañeros obtendrían del convenio proyectado.

Con estas instrucciones partió don Fernando a Salinas acompañado de Urrea y de Pertusa, que se agregó muy contento a la embajada, estimando que su concurso había de ser eficaz para el caballero, por su gran metimiento y sus amistosas relaciones en el campo marotista. Poco antes de que los tres llegaran a Salinas había salido Maroto para Mondragón; siguiéronle, agregándose a la retaguardia sin ningún cuidado, pues el *Epístola* era en aquel ejército como de casa, y el día próximo alcanzaron al general no lejos de Vergara, por donde pasaron sin detenerse. Iba Maroto decidido a refrenar en Lesaca la insurrección apostólica, y a colgar de un alcornoque al canónigo Echevarría, enracimado con otros clérigos y bárbaros caciques. Pero al llegar a Villarreal se encontró don Rafael con una novedad que hubo de causarle tanta sorpresa como disgusto. Entraba su vanguardia en el pueblo por el lado de Anzuola, y por el de Zumárraga comparecía la guardia de honor de don Carlos. Detrás venía la brigada del Cuartel real, con el propio rey, procedente de Villafranca. A regañadientes, y con el cuerpo lleno de bilis, Maroto no tuvo más remedio que afrontar la presencia de su señor, y se llegó con su Estado Mayor a recibirle, creyendo que allí permanecería. Pero don Carlos no hizo más que una parada momentánea, sin apearse del caballo; y al recibir los homenajes de su general, pálidos ambos como difuntos, recelando el uno del otro, le dijo:

—Sígueme: voy a Anzuola...

Automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se agregó a la escolta, y siguieron rey y vasallo silenciosos hasta cerca de Descarga. Allí paró un instante don Carlos, y llamando a su lado a Maroto, repitió:

—Sígueme hasta Anzuola. Tenemos que hablar.

Maroto, que había dejado en Villarreal su escolta y ayudante, presintió que se le quería llevar a una encerrona. Se vió fusilado ejecutiva y cruelmente, en el estilo sencillísimo que él empleara con Guergué, y evocando su entereza contestó al hijo de Carlos IV:

—Señor, los cuerpos están formados y tengo que darles una orden muy precisa.

Y sin añadir otras razones ni aguardar las que el rey pudiera darle, volvió grupas, caminito de Villarreal. De lejos,

alzando la voz, queriendo ser enérgico y sin dejar de ser tímido, el pretendiente le dijo:

—Cuidado..., que te espero en Anzuola.

Con un movimiento de cabeza respondió Maroto que sí, y se alejó al trote, difiriendo la entrevista para la vuelta, que sería *la del humo.*

XXXV

Hasta el día siguiente muy temprano no pudo ver don Fernando al general, porque se encerró en su alojamiento con órdenes de no dar paso a nadie. ¿Qué hacía? ¿Qué pensaba? Le atormentaba el cruel dilema de obedecer a su señor o volverle la espalda para siempre. Antes de ser recibido, supo Calpena que había pasado la noche en cama con alta calentura, privado a ratos de conocimiento. Al entrar el caballero en la alcoba de Maroto, tardó un instante en conocerle: tan desfigurado estaba por los sufrimientos. Además, acababa de afeitarse, quitándose el bigote. Su cara parecía otra, por efecto de esta mutilación, del color cárdeno de sus ojeras, de las arrugas que surcaban su piel amarilla, del desordenado cabello. Había envejecido diez años, perdiendo su gallardía militar. Al ver a don Fernando, le dijo:

—Hola, *Inquisivi*... ¿Otra vez por acá?

—Sí, mi general: otra vez aquí con la esperanza de ser a usted útil, y de servir, no a mi partido, sino a mi patria.

Abordando el asunto, notó Fernando un grave desorden en las facultades del caudillo, que tan pronto expresaba sus anhelos de paz, como su repugnancia del dictado de traidor que en el Cuartel real se le aplicaba. La proposición de entrevista le puso en un estado de inquietud epiléptica. Llevándose las manos a la cabeza, con voces roncas, destempladas, replicó:

—No puede ser... Me comprometen... ¡El rey!... Soy general de Carlos Quinto, soberano legítimo... ¿Usted qué opina? ¿Debo ir a la entrevista?... ¿Acaso irá Simón de la Torre?

—Creo que sí—dijo Calpena, juzgando de gran efecto la afirmativa.

—Pues que sea suya la responsabilidad. ¿Y asistirán también los ingleses? ¡Malditos ingleses!... Yo no, yo no puedo ir... Lo consultaré con don Carlos. A nadie conviene más la transacción que a nuestro pobre rey, ese bendito, ese bendito... Pero no, no: antes tengo que colgar de un alcornoque al canónigo... Sin eso, no hacemos nada... Y de otro alcornoque, a don Basilio, y empalar al malvado Teijeiro...

No había manera de sacarle de este círculo de ideas. Descompuesto y contradiciéndose a cada instante, ordenó que se preparara su escolta, reforzada con la mejor caballería de su ejército, y sin tomar ningún alimento montó a caballo y se fué al Cuartel real. Regresó al anochecer; en Villarreal se aseguraba que Maroto había presentado su dimisión al rey: que éste, poco menos que llorando, le había dicho:

—¿Conque ahora me vas a abandonar?...

Algo enternecido también, don Rafael se deshizo en demostraciones de lealtad, manifestándose dispuesto a sacrificarse por la Causa... Esto se decía, y sobre ello endilgaron comentos mil don Fernando y Pertusa, con los oficiales que les hacían coro en la cantilena de la paz. Convenían todos en que no era fácil entender a don Rafael Maroto, monstruoso enigma en que se reunían todas las complejidades psicológicas. Decía el *Epístola* con sutil ingenio.

—Esta mañana, después de una horrible noche de insomnio y fiebre, el general debió de saltar del lecho con una idea salvadora..., así me lo figuro yo y así tiene que ser... Pues saltando del lecho cogió la navaja de afeitar... Por un momento pensó en degollarse, la mejor solución de sus horribles dudas... Después pensó otra cosa quizá más práctica...: escapar a la calladita, vestido de cura... Por esto se quitó el bigote. No tiene otra explicación.

No pareció mal a los amigos presentes la versión del *Epístola,* y convinieron con Calpena en que todos, rey, generales y canónigo, habían perdido el juicio. El carlismo había venido a ser un campo de orates. Al día siguiente dió un súbito cambiazo la voluntad indecisa del desdichado caudillo, y en vez de dirigirse a Lesaca, según lo convenido con el rey, se encaminó a Elgueta. No bien entraron en este pueblo, supo don Fernando la llegada de su amigo Zabala, ya brigadier, que con el carácter de parlamentario

venía de parte del duque de la Victoria. Negóse Maroto a recibirle; trabajó Calpena por lo contrario, empleando más de una hora en argüirle con cuantos resortes lógicos creía propios del caso, y al fin accedió el general, gruñendo:

—Pues sea, y acabemos de una vez, ¡porra!...

El día 25, a las seis de la mañana, se reunían en la venta de Abadiano, entre Durango y Elorrio, don Baldomero Espartero con el brigadier Linaje y el coronel inglés Wilde, representando la idea constitucional, y por la idea absolutista don Rafael Maroto y el general Urbistondo, jefe de los batallones castellanos. La magna cuestión de los fueros trajo el desacuerdo de los conferenciantes, porque los carlistas pedían que se reconociese el régimen foral en toda su pureza, y Espartero no quería comprometerse a tanto, dejando el grave asunto a la resolución de las Cortes. Manifestóse Linaje contrario a los fueros, sosteniendo que el fanatismo había sido el único móvil del levantamiento carlista; cruzáronse agrias contestaciones entre Linaje y Urbistondo, y entre el jefe de los castellanos y Maroto, pues éste, al llevar a su compañero a la conferencia, le había manifestado que en las negociaciones preliminares ambas partes estaban conformes en el reconocimiento incondicional de los fueros. Nególo Espartero, atribuyendo la idea de su rival a mala inteligencia. Al cabo de tanto discutir se separaron en desacuerdo. No había paz, no podía España disfrutar de este inmenso bien.

Cuando se retiraban, cada cual por su lado, llegó don Simón de la Torre, que fué en seguimiento de Espartero, y alcanzándole cerca de Durango, se declaró dispuesto, con los ocho batallones de su mando, a transigir resueltamente sin regatear ninguna condición. En tanto, volvió Maroto a Guipúzcoa dando tumbos, que no de otra manera puede expresarse la inseguridad de sus movimientos, reflejo de la horrible lucha de su espíritu, y en la villa de Elgueta se encontró nueva sorpresa y emociones tan vivas, que ellas bastarían a quitarle el seso si alguno en aquella ocasión le quedara. De improviso se presentó el rey con su escolta en el Cuartel general, y antes de que Maroto pudiese tomar resolución alguna, mandó formar los catorce batallones para pasarles revista y arengarles. Así se acordó en una junta celebrada por Carlos V el día anterior, al tener conocimiento de la entrevista de Abadiano. Había llegado el instante en que el rey lo era de hecho, y, como tal, procedería con soberana entereza y celeridad. Pronto vería el mundo si merecía la corona. Revistar a las tropas que formaban el núcleo de su ejército; presentarse a ellas, no sólo como rey, sino como generalísimo, asumiendo el mando directo; destituir en el acto al desleal caudillo y aplicarle sin consideración, sumariamente, la pena que le correspondía, era un acto propio de monarca guerrero. Si el programa se cumplía, ¡qué hermosa solución de los enmarañados problemas pendientes, qué gallarda manera de cortar el nudo que en vano con su estira y afloja había querido desatar!

Ante el aparato que en torno al soberano se desplegaba, Maroto se vió perdido, se sintió fusilado... De su cráneo a su olfato descendía el olor de pólvora. Para mayor solemnidad del acto, presentábase el rey de gran uniforme, con todas sus cruces, bandas y collares, radiante de inepta vanidad, y le acompañaban su hijo Carlitos, príncipe de Asturias; el infante don Sebastián y los generales Eguía, Valdespina, Villarreal y Negri... Formaron las tropas. La expectación era para algunos como si esperaran el fin del mundo... Rompió al fin el rey en una perorata que llevaba bien aprendida; pero su voz no vibraba, no sabía llegar a los oídos lejanos, no era insrumento para conmover y entusiasmar a las muchedumbres. Se observaban en su rostro y en su actitud los inútiles esfuerzos para ponerse en la situación que el grave caso exigía, para desempeñar airosa y noblemente el papel de rey, para imitar la marcial fiereza, la grandiosa altivez de los más célebres capitanes en circunstancias como las de aquel momento. Oyeron los más próximos algunos conceptos en que el hijo de Carlos IV evocaba las sombras del César y Aníbal; algo dijo luego de los cántabros indomables; de Roma, señora del mundo... No dejó de causar sorpresa que omitiese la rutinaria invocación a la Generalísima, Nuestra Señora de los Dolores. No estaba, sin duda, la Causa absolutista para tafetanes... Por fin, vien-

do el buen señor que no producía el efecto que se proponía, y conociendo que ni su acento ni su ademán respondían a la majestad que intentaba poner en ellos, se comió la mejor parte del preparado sermón y fué derecho en busca del efecto final.

—Hijos míos—exclamó, ahuecando la voz todo lo que pudo—, ¿me reconocéis por vuestro rey?

La contestación fué un «¡Sí, sí..., viva el rey!», que corrió, extinguiéndose en las filas lejanas.

—Y ¿estáis dispuestos—añadió—a seguirme a todas partes, a derramar vuestra sangre en defensa de mi causa y de la religión?

Silencio en las filas. No se oyó ni un murmullo ni un aliento. El general Erguía, alzándose sobre los estribos y poniéndose rojo del esfuerzo con que gritaba, dió varios vivas que fueron contestados fríamente

De las segundas filas vino primero un rumor tímido, después exclamaciones más claras, por fin estas voces:

—¡Viva la paz, viva nuestro general, viva Maroto!

—¡Voluntarios! —gritó entonces don Carlos, y en ocasión tan crítica la dignidad brilló en su rostro... ¡Al fin descendía de cien reyes!—. Voluntarios, donde está vuestro rey no hay general alguno... Os repito: ¿queréis seguirme?

Silencio sepulcral. El brigadier Iturbe, jefe de los guipuzcoanos, acudió a remediar con un pérfido expediente la desalrada angustiosa situación del monarca.

—Señor—le dijo—, es quo no entienden el castellano.

Y don Carlos, tragando saliva, le ordenó que hiciera la pregunta en vascuence. Pero Iturbe, que era de los más comprometidos en la política marotista, formuló la pregunta con una alteración grave:

—*¿Paquia naidezute, mutillac?* (¿Queréis la paz, muchachos?)

Y con gran estruendo respondió toda la tropa:

—*¡Bai jauna!* (¡Sí, señor!)

Debió don Carlos sacar su espada y atravesar con ella al brigadier guipuzcoano, castigando en el acto la grosera, irreverente burla. Volvió la cara lívida, y vió tras sí a Maroto, que de su mortal zozobra se recobraba viendo convertido en sainete el acto iniciado con trágica grandeza. Don Carlos, incapaz de arranque varonil, tuvo dignidad. Dijo a los de su escolta: «Estamos vendidos.» Y, sin más discursos ni pronunciar ligera recriminación, volvió grupas y picó espuelas, saliendo al galope por el camino de Villafranca, con la reata de príncipes y generales y la menguada escolta. Corrieron, corrieron sin respiro, temerosos de que los sicarios de Maroto fueran en su seguimiento.

XXXVI

Testarudo como él solo, don Carlos no se daba ni en tales extremidades por vencido, y apenas llegó a Villafranca, jadeante, llamó a Consejo a sus adictos, los generales que le acompañaron en la fracasada escena de Elgueta, el padre Cirilo de Alameda, el barón de Juras Reales, Erro y Ramírez de la Piscina, algunos de los cuales aún se llamaban ministros. Opinaron casi unánimemente que su majestad debía situarse en punto cercano a la frontera, para poner a salvo su sagrada persona en el deshecho temporal que la Causa corría. Trabajillo le costaba al buen señor determinarse a partir arrojando en las puertas de Francia su corona, y acariciaba el ensueño de reunir algunos batallones navarros y alaveses que le llevaran en procesión al Maestrazgo, donde aún tenía un ejército y un general incorrupto y valiente: Cabrera. Estimaron todos peligrosa la marcha al Centro; pero le dejaban consolarse con esta ilusión. Aferrado a su realeza, don Carlos enderezó nueva proclama a sus míseras tropas en la cual les hablaba «de la traición más infame que habían visto los nacidos» y concluía llamándoles *héroes* y dando vivas a la sacra religión. ¡Bueno estaba el país para estos suspirillos!

En tanto, Maroto, después del triunfo de Elgueta, caía en gran postración, atormentado por su conciencia, y procurando en vano salir limpio y airoso de la charca en que se había metido. Calpena y Uhagón, que acudieron a su lado el 26, un día después de la famosa revista, se maravillaron de verle en un grado increíble de turbación y apocamiento. Poco le faltaba para llorar; sus conceptos habían quedado reducidos a una ex-

clamación maníaca; no decía más que:

—No soy traidor... Maroto no pasará a la Historia con un dictado infamante... Convencido estoy de que el absolutismo es imposible..., pero no cedo, no cedo si no me dan los fueros íntegros, la gloria de este país. Maroto no es traidor. Maroto es un hombre honrado, un buen español... ¡Ay del que lo ponga en duda!

Toda la tarde y parte de la noche permanecieron a su lado los dos amigos, arguyéndole con habilidad, sin lastimar su amor propio, antes bien, fundando en éste todo el trabajo sugestivo con que querían llevarle a la aceptación incondicional del Convenio. ¿Qué otra solución podía soñar? ¿Qué esperaba, qué temía? Retiráronse en la creencia de que le dejaban convencido, pues esperanzas de ello daban sus expresiones conciliadoras; pero don Fernando, que ya conocía su indecisión y el confuso laberinto a que había llegado su voluntad, no las tenía todas consigo... Repetida por la mañana la visita, le encontraron escribiendo una carta. Despidióles el general con acritud. La carta que escribía era la famosa retractación dirigida a don Carlos, en la cual le decía: «Nunca es más grande el monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos... Don Eustaquio Laso presentará a vuestra majestad los sentimientos de mi corazón para que se digne dirigirme las órdenes que fuesen de su agrado.»

Ignoraban Calpena y su amigo esta humillación increíble; mas del trastorno de Maroto tuvieron prueba clara cuando se llegó a ellos un ayudante con el recado conminatorio de que si los caballeros y el llamado *Epístola* no se largaban pronto del Cuartel general se les mandaría fusilar. No eran cobardes; no perdieron la serenidad con esta brutal amenaza; mas la prudencia les aconsejaba ponerse en salvo, y a ello se disponían cuando llegó don Simón de la Torre, que, informado de los desvaríos de Maroto, les tranquilizó con respecto a sus vidas. Conferenciaron los dos jefes y por la noche salieron con sus fuerzas reunidas en dirección de Azpeitia. Los tres paisanos ignoraban a qué razón militar o política obedecía tal movimiento, y no se ocuparon más que de seguir a las tropas, acogidos a la caballerosidad e hidalguía del simpático La Torre. En Azpeitia se les dijo que Espartero avanzaba triunfalmente por el interior de Guipúzcoa; que había entrado en Vergara, donde le acogieron con ardientes demostraciones en favor suyo y de la paz. De Vergara pasó a Oñate, y la vieja Corte le recibió con palmas. Dirigióse Maroto a Villarreal, donde como llovido se le presentó el conde de Negri con una orden del rey para que le entregase el mando. Al recibir don Carlos la carta palinodia, habíala estimado como la mayor prueba de traición y perfidia. Los de la camarilla vieron en aquel paso un ardid diabólico para aproximarse al vencido monarca, apoderarse de su persona y entregarla en trofeo a los constitucionales para un sacrificio que fuera digno epílogo de guerra tan sangrienta. Rompió el soberano la carta del vasallo infiel y mandó a Negri a desposeerle del mando, determinación ridícula en situación tan extremada. Como es natural, tanto Maroto como La Torre acogieron al conde de Negri con escarnio de su persona y de quien tal comisión le daba. Salió de estampía el buen conde, que al volver al lado de su triste rey le dió, con la respuesta de los que fueron sus generales, franco pasaporte para Francia.

Ante la irresistible presión de este suceso, Maroto confió decididamente, al parecer, a sus compañeros La Torre y Urbistondo la misión de llevar a Oñate su conformidad con el Convenio, tal como se le había presentado en Abadiano. *Alleluia!* La paz era un hecho. Al despedirse para tan grato mensaje, don Simón reconcilió a sus amigos con el jefe, que sin acordarse ya de que había pensado fusilarles, les convidó a comer muy afectuoso. Durante el día observáronle más sereno y en vía de recobrar su equilibrio; mas por la noche advirtieron de nuevo en él cierta intranquilidad y una insistencia monomaníaca en hablar de fueros *netos*, intangibles. Temerosos de un nuevo cambiazo en el veleidoso general, trataron de explorar su pensamiento.

—Por mi parte—les dijo—, a todo estoy dispuesto, y cuando me traigan de Oñate el Convenio cuyas bases he admitido, lo firmaré... Pero dudo que algunos cuerpos de mi ejército, principalmente los guipuzcoanos, lo acepten... De modo que no hemos hecho nada, y la guerra continuará.

A esto arguyó Calpena que antes de

proceder a la solemne ratificación de lo tratado debía el general conferenciar con los jefes y oficiales, uno por uno, y darles cuenta de las condiciones de paz a que todos debían someterse.

—Háganlo ustedes—dijo Maroto, revelando en su tono y en su actitud una indolencia que llenó de asombro a los dos amigos.

—Pero, general—le contestaron—, ¿qué autoridad tenemos nosotros para convencer a las tropas vizcaínas y guipuzcoanas de que, ante el bien inmenso de la paz, deben contentarse con la fórmula vaga del reconocimiento de fueros?

—No es tan vaga Se estipula que Espartero propondrá a las Cortes...

—Pero eso, sea poco, sea mucho, es lo que el duque les concede, y deben saberlo. Usted, su jefe, que ha de firmar por todos el pacto, está en el caso de instruirles...

—Mi cansancio es tal, amigos míos, que ya no sé cómo valerme ni halla mi pensamiento voces con que producirse... Hay momentos en que me c r e o sin vida...

—Pero el trabajo restante para llegar a un fin glorioso es breve y fácil, mi general.

—Fácil no, ¡porra!

¡Cualquiera le convencía! Llegaron de Oñate los comisionados La Torre y Urbistondo con Zabala y Linaje, portadores del Convenio, que Maroto firmó sin ninguna dificultad. Al propio t i e m p o traían la comisión de proponerle que al día siguiente, 30 de agosto, se reunirían en Vergara los dos ejércitos, con sus caudillos a la cabeza, para dar forma solemne a la grande obra de la reconciliación. A todo asintió don Rafael, que aliviado parecía de un peso abrumador.

Uhagón y Calpena pasaron el día recorriendo los cuerpos, en que tenían no pocos amigos, y hablando con unos y otros campechanamente. Si en todos reconocían la satisfacción y júbilo por ver terminada la odiosa discordia, causóles no poca inquietud el observar que los soldados y oficialidad carlistas descansaban en el engaño de que el pacto reconocía los fueros en toda su integridad y que así se declaraba de una manera explícita. Maroto les tenía en esta persuasión, pues nada en contrario les había dicho desde la ineficaz entrevista de Abadiano. Era, pues, indudable que surgirían en el momento que se creía final nuevas complicaciones, quizá un gravísimo conflicto, p o r la indolencia del general, por su falta de carácter y de resolución para presentar los hechos como realmente eran. ¡Torpeza insigne, abandono de autoridad!

Sobresaltado, temeroso de ver perdido en un instante el ímprobo trabajo de tantos meses, creyó don Fernando que debía prevenir a Espartero de lo que ocurría, evitándole un triste desengaño al llegar a Vergara, donde contaba con la presencia y conformidad del ejército carlista. Pensado y hecho: de madrugada m o n t ó a caballo y seguido de Urrea y Pertusa se fué al encuentro de su general, a quien halló a media hora de Vergara. No daba crédito don Baldomero a la triste realidad que le comunicó su amigo, y ante la insistencia de éste, más de un cuarto de hora estuvo echando ternos y maldiciendo la hora en que entabló negociaciones con hombre tan inseguro y tornadizo. En efecto: poco antes de entrar el duque en Vergara, llegó Maroto, sin más compañía que la del general La Torre y algunos oficiales de su Estado Mayor. Y los veintiún batallones y los tres escuadrones que debían figurar como convenidos, ¿dónde estaban? Sin pérdida de tiempo avistóse Espartero con su antagonista, el cual hubo de contestar a la anterior pregunta, con turbado acento, que las tropas se negaban al cumplimiento de lo pactado mientras no se reconociesen las fueros provincianos en toda su integridad. Según esto, Maroto declaraba a su ejército en rebeldía y se presentaba él solo, *con cuatro gatos*, y él solo reconocía los derechos de Isabel, dejando en el aire la obra de la paz y a las tropas apartadas de toda reconciliación.

—A este hombre hay que dejarle—dijo don Baldomero, luego que Maroto, afectado de gran postración, se retiró a descansar—. Imposible hacer carrera de él... ¡Qué hombre, santo Dios! Verdad que su situación y los contratiempos que ha sufrido son para trastornar la cabeza más firme.

En esto, La Torre se apresuró a manifestar a Espartero con gallardo arranque que él se comprometía, en el término de veinticuatro horas, a convencer a los vizcaínos o morir en la demanda.

No descansó Maroto, pues su conciencia y sus embrollados pensamientos no se lo permitían, y llamando a Calpena, como se llama a un confesor en la última hora, le dijo:

—Hágame el favor de comunicar al coronel Wilde que no creyéndome seguro al lado de Espartero, por haber venido aquí sin tropas, me acojo al pabellón inglés.

A esto respondió el caballero que no necesitaba añadir a sus errores la mengua de ampararse a una nación extranjera; bien seguro estaba en el Cuartel general del duque de la Victoria, toda vez que reconocía la legalidad por éste representada. En tanto, los bravos generales carlistas La Torre, Urbistondo y el brigadier Iturbe, con riesgo de sus vidas, tratarían de reducir a las tropas a la aceptación de lo tratado, después de darles conocimiento del artículo primero del Convenio...

—Y ¿cómo queda redactado al fin? —dijo Maroto vivamente—. Ya no me acuerdo.

—Poco más o menos dice: «Artículo primero. El general Espartero recomendará con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente a proponer a las Cortes la concesión o modificación de los fueros.»

—¿Y las Cortes...? Claro, las Cortes... Me parece bien... Buenos tontos serán esos pobres muchachos si no aceptan, si no fían resueltamente en la promesa del duque, de cuya caballerosidad nadie puede dudar... Por mi parte, no escatimaré ningún sacrificio. Hágame el favor de llamar a mi ayudante, don Enrique O'Donnell, para dictarle algunas órdenes. Aún soy general en jefe de mi ejército, del ejército real, desde hoy incorporado al de la nación.

XXXVII

Mientras La Torre trabajaba por reducir a los vizcaínos, Urbistondo hacía lo mismo con los castellanos. No tuvo igual fortuna Iturbe con los de Guipúzcoa, que, enterados de la vaga promesa consignada en el artículo primero, se negaron a suscribir el Convenio, gritando: «¡Traición, traición!»; y declarados en franca rebeldía, manifestáronse dispuestos a unirse con don Carlos. Al fin pudo Iturbe contenerles en Descarga. Urbistondo situó fuerzas castellanas en la carretera, con objeto de observar a los guipuzcoanos, y corrió en busca de Maroto para que saliese en busca de ellos y con su autoridad les redujera. Era la noche del 30, y don Rafael, que estaba en cama, dolorido, incapaz para toda acción, dijo a Urbistondo que se entendiese con Espartero. Así lo hizo. Se convino en no contar para nada con don Rafael, que se había echado en el surco, como hombre históricamente concluído, y no hubo más remedio que intentar la pacificación de los guipuzcoanos, comprometiendo entre ellos la vida, catequizando uno por uno a jefes y oficiales, sin reparar en la clase de argumentación con tal de llegar al fin deseado. En esto se empleó toda la noche del 30; al fin, el 31, de madrugada, desfilaban hacia Vergara los batallones reacios, precedidos de cuerpos castellanos, para que la moral de éstos fuese para todos ejemplo provechoso, y así, con más maña que fuerza, empleando sin cesar la palabra convincente, cariñosa, paternal, que igualaba al jefe con el soldado, fueron aproximándose al redil.

Era éste un extenso campo a la salida de la villa, entre el río Deva y el camino de Plasencia. Allí formó muy de mañana el ejército de Espartero, y ante él fué desfilando la división castellana, con su jefe el general Urbistondo. Maroto, que parecía resucitado, a juzgar por la repentina transformación de su continente, que recobró su gallardía, así como el rostro la expresión confiada y el color sano, ocupó su puesto; al punto apareció con su brillante Estado Mayor el duque de la Victoria, y recorridas las líneas, cautivando a todos con su marcial apostura y la serenidad y contento que en su rostro se reflejaba, mandó a sus soldados armar bayonetas; igual orden dió Maroto a los suyos. Espartero, con aquella voz incomparable que poseía la virtud de encender en los corazones la bravura, el amor, el entusiasmo y un noble espíritu de disciplina, pronunció una corta arenga, perfectamente oída de un lado y otro de la formación, y terminó con estas memorables palabras: «Abrazaos, hijos míos, como yo abrazo al general de los que fueron contrarios nuestros.» Juntáronse los dos

caballos; los dos jinetes, inclinando el cuerpo uno contra otro, se enlazaron en cordial apretón de brazos. Maroto no fué de los dos el menos expresivo en la efusión de aquella concordia sublime. En las filas, de punta a punta, resonó un alarido que parecía explosión de llanto. No eran palabras ya, sino un lamento, el ¡ay! del hijo pródigo al ser recibido en el paterno hogar, el ¡ay! de los hermanos que se encuentran y reconocen después de larga ausencia. Era un despertar a la vida, a la razón. La guerra parecía un sueño, una estúpida pesadilla.

Se había dispuesto que las divisiones vizcaína y guipuzcoana entrasen en el campo del convenio después de comenzado el acto, para que la solemnidad de éste y su ternura influyesen en el ánimo de los reacios, y el efecto correspondió a lo que Espartero y Urbistondo con tanta habilidad y conocimiento del humano corazón habían dispuesto. Las tropas guiadas por La Torre como las conducidas por Iturbe se vieron envueltas en la inmensa atmósfera de fraternidad que ya se había formado. Los corazones respondieron con unánime sentimiento. No podía ser de otro modo. La idea de unidad, de nacional grandeza, de moral parentesco entre todas las razas de la Península, ganó súbitamente los entendimientos de castellanos y éuscaros, y ya no hubo allí más que abrazos, lágrimas de emoción, gritos de alegría, aclamaciones a Espartero, a la Constitución, a Isabel II, a Maroto, a la Religión y a la Libertad juntamente, que también estas dos matronas se dieron de pechugones en aquel solemne día.

XXXVIII

En los mismos 30 y 31 de agosto, don Carlos continuaba emitiendo proclamas desde Andoaín y desde Lecumberri, en las cuales hablaba *del rebelde Espartero* como de un enemigo insignificante; echaba la culpa de sus desgracias a la intriga, a las malas artes de los pérfidos; delataba *planes maquiavélicos* de los dos generales *compañeros en las revoluciones de América;* atribuía la defección de Maroto al *oro que había recibido de los constitucionales,* y, por fin, hacía postrer llamamiento a sus fieles súbditos para que se acogiesen a *su paternal benevolencia,* ofreciendo olvido de lo pasado si volvían a la defensa del Trono y la Religión. A los leales les llamaba *la más preciosa joya de su corona.* ¡Y con estas retóricas sermonarias, con este lamentar de pastores pretendía el pobre hombre congregar de nuevo su disperso rebaño! La desbandada se inició al tener conocimiento del abrazo de los generales, que fué ternísima reconciliación de los dos ejércitos. El *sálvese el que pueda* resonó en los valles que había ensordecido el estruendo guerrero de seis años de lucha fratricida. Cada cual pensó en salvar lo que poseía, y en último caso la pelleja, que es *la más preciosa* joya de cada mortal. Los restos de los sublevados de Irurzun y Vera, de aquel flamante ejército apostólico y neto, que, levantando bandera por la integridad de los derechos de Carlos, puso a su frente el canónigo Echevarría, se desbordó en la más horrible desmoralización, convirtiéndose los valientes navarros en vulgares ladrones y desalmados homicidas. So color de castigar traidores, acosaban a los infelices *ojalateros* que iban buscando su salvación por los caminos de Francia y les arrebataban cuanto tenían. El pillaje y el asesinato, la persecución de hombres y el atropello de infelices mujeres fueron la campaña postrera de aquellos degenerados vestigios de un grande ejército. El mismo Echevarría estuvo a punto de perecer a manos de sus soldados ebrios; don Basilio y Guibelalde, puestos en capilla, escaparon de milagro. Menos dichoso el general González Moreno, de lúgubre memoria, el *verdugo de Málaga,* caudillo inepto en Mendigorría, hombre de quien puede decirse que fué una de las más negras fatalidades del bando carlista, pereció cerca de Urdax, de un modo desastroso y vil, digno término de una ruin vida. Dieron en creer los forajidos que iban llenas de dinero las cajas que el general llevaba en su presurosa fuga, y *como a un cerdo* (así lo cuenta un testigo presencial) le mataron en medio de las calles.

La que aún se llamaba Corte, el fracasado rey y los fieles que le seguían continuaban en Elizondo sin saber dónde meterse ni por qué resquicios escurrir el bulto. Incansable, corrió allá Espartero; don Carlos oyó el galopar de su caballo y acercóse más a la frontera. Allí quemó

el absolutismo su postrer cartucho. El batallón cántabro, último en la fidelidad, primero en el valor, defendió con estoica bravura las posiciones de Urdax contra las fuerzas triplicadas que allí mandó el duque de la Victoria. Batiéronse con desesperación; mártires de la fe, del deber, los cántabros pudieron decir a su expugnador: *morituri te salutant*. Una columna de cazadores y una sección de tiradores de la Princesa, mandados por Zabala, dominaron el terreno, dando por terminada la acción y con ella la guerra del Norte. Antes de que sonaran los últimos tiros montaron a caballo el rey, la reina y demás personas de la familia y servidumbre, y a todo correr emprendían la fuga sin parar hasta Francia. Había entrado Carlos seis años antes por el mismo boquete de la frontera, siendo recibido por Zumalacárregui; se retiraba escoltado por algunos números de su guardia, solo, triste, más abatido que desengañado, sin ninguna gloria personal. La corona de la dignidad con que supo sobrellevar su destierro fué la única que poseyó en su vida.

Don Fernando Calpena y don Santiago Ibero, testigos de la última refriega con los valientes cántabros, admiraron el tesón de éstos y les colmaron de alabanzas. De regreso al Cuartel general de Elizondo, expresaron los dos amigos su alegría por la terminación feliz de tan dura, enconada campaña, y cada cual dijo lo que le sugería su conocimiento de hombres y cosas.

—Hemos acabado una guerra—declaró Ibero con melancolía—, y yo me felicito de este descanso que pronto disfrutaremos. Un descanso, por corto que resulte, siempre es de agradecer. Pero le diré a mi amigo con franqueza que no creo en la paz... Soy ateo de esta religión que ahora fanatiza a mis compatriotas... No creo, no creo...

—Yo tampoco. La grande obra de nuestro general es una tregua que debemos alargar todo lo que podamos. Las treguas son necesarias. Así nos prepararemos para dar al problema, en otro día, solución más segura y radical.

—Yo estoy triste..., no sé por qué... Lo diré sin rebozo... Me gustaba el delirio, la barbarie, la guerra, en fin.

—Es realmente un estado muy vital, y además interesante y pintoresco.

—Si vivimos, no envejeceremos en la paz.

—Seremos siempre jóvenes, es decir, guerreros.

—El Convenio, el abrazo, no son más que la fórmula del cansancio.

—Del descanso, querrá usted decir.

—Eso. Se nos permite echar una siesta en día caluroso, el día del siglo.

—Durmamos un poquito.

—Y descansemos, que buena falta nos hace.

★

En la opinión del carlismo quedó Maroto como el prototipo de la traición y la perfidia. No era justo. A sus defectos, con ser grandes, toca menos responsabilidad que a su destino cruel, y a la disparidad entre su carácter y el personal absolutista, entre sus ideas y la causa que defendió. El brazo eclesiástico, firme apoyo de la facción (descoyuntado en Vergara, recompuesto después), no perdonó a Maroto su cooperación en la obra de la paz, como se verá por este hecho rigurosamente histórico. Recompensado por el Gobierno de Isabel con un alto cargo militar, residió don Rafael algún tiempo en España. Su hija Margarita, joven de acrisoladas virtudes, que no se descuidaba en sus prácticas religiosas, fué a confesar una mañana, una tarde (no importa la hora), en un iglesia que no hace al caso. Cumplió serena y contrita, declarando sus pecados, que no debían de ser graves, y cuando terminaba, le preguntó el sacerdote su nombre. La pobre niña, tímida y pura, ¿qué había de hacer? Se lo dijo... Lo mismo fué oírlo el cura que de un bote se levantó iracundo y con destempladas voces la despidió, negándose a darle la absolución. Atribulada, llorosa, salió la penitente de la iglesia y no paró hasta su casa. ¿Se pone en duda este hecho? Pues de él puede dar testimonio doña Margarita Maroto, viuda de Borgoño, anciana respetabilísima, que aún vive. Reside en Valparaíso.

Santander-Madrid, octubre-noviembre de 1899.

FIN DE
«VERGARA»

MONTES DE OCA

I

En los cuarenta andaba el siglo cuando se inauguró (calle de la Abada, número *tantos)* el comedor o comedero público de Perote y Lopresti, con el rótulo de Fonda Española. No digamos, extremando el elogio, que fué el primer establecimiento *montado* en Madrid según el moderno estilo francés; mas no le disputemos la gloria de haber intentado antes que ningún otro realizar lo de *utile dulci,* anunciándose con el programa de la bondad unida a la baratura y cumpliendo puntualmente, mientras pudo, sus compromisos. La exótica palabra *restaurant* no era todavía vocablo corriente en bocas españolas; se decía *fonda* y *comer de fonda,* y *fondas* eran los alojamientos con manutención y asistencia, así como los refectorios sin pupilaje. Es forzoso reconocer que si nuestros antiguos bodegones y hosterías conservaban la tradición del comer castizo, bien sazonado y sustancioso, los italianos, maestros en ésta como en otras artes, introdujeron las buenas formas de servicio y un poco de aseo, o sus apariencias hipócritas, que hasta cierto punto suplen al aseo mismo. No fué tampoco reforma baladí el sustituir la lista verbal, recitada por el mozo, con la lista escrita, que encabezaban los *ordubres,* estrambótica versión del término *hors d'œuvre.* Lo que principalmente constituye el mérito de los italianos es la introducción del precio fijo, la regla económica de servir buen número de platos por el módico estipendio de doce reales, pues con tal sistema adaptaban su industria a la pobreza nacional y establecían relaciones seguras con un público casi totalmente compuesto de empleados y militares de mezquino sueldo, de calaveras sin peculio o de familias que empezaban a gustar la vanidad de comer fuera de casa en días señalados o conmemorativos.

Para dar a cada uno lo que le corresponde con imparcial criterio histórico, conviene indicar que no fueron Perote y Lopresti verdaderos innovadores en materia y formas de comer, sino más bien los que divulgaron aquel arte precioso para la vida de los pueblos. Ya Genieys había dado a conocer las *croquetas,* los asados un poquito crudos; las chuletas a la *papillote* y otras cosillas; pero Lopresti popularizó estos manjares poniéndolos al alcance de los bolsillos flacos, acreditando su saber, así como la equidad paternal de sus precios. Al propio tiempo superaba a Genieys en los arroces a la valenciana y milanesa, así como en el bacalao en salsa roja; era maestro en el cordero con guisantes, en el besugo a la madrileña, en las pepitorias, en los macarrones a la italiana y principalmente en los guisotes de pescado y mariscos a estilo provenzal o genovés. En el renglón de vinos, el poco pelo de la clientela limitaba el consumo a los tintos de Arganda o Valdepeñas para pasto, y un jerez familiar y baratito para los libertinos domingueros y para los que iban de jolgorio, con mujerío o sin él, a horas avanzadas de la noche. En estas francachelas de un carácter confianzudo y pobretón no se conocía el *champagne.* El agua, de que algunos parroquianos hacían considerable gasto, se anunciaba como de la Fuente del Berro, mas era de la Academia o de la Escalinata. En el servicio de vinajeras introdujeron los italianos cristalería fina en armaduras elegantes, y presentaban los mondadientes en gallitos y monigotes de porcelana. Inferior era el lujo en la mantelería y lienzos de mesa, de dudosa blancura los más días del año.

Por todo ello tuvo la Fonda Española un éxito tan rápido como lisonjero, y el público invadió desde los primeros días el modesto y lóbrego local de la calle de la Abada, recinto que aún conservaba olor y trazas de logia masónica, piso bajo con dos rejas a la calle y entrada por el portal. Era éste ancho, con zócalos de azulejos negros y blancos como tablero de ajedrez, bien alumbrada a prima noche por un farolón de dos mecheros, oscuro a última hora y expuesto a tropezones, que a veces eran graves, sin contar el desagradable *quién vive* de las humedades mingitorias. Adoptaron los dueños, porque no podía ser de otro modo si habían de tonificar el establecimiento, el horario francés, dando la comida fuerte por la noche, con supresión de cocido. A mediodía servían almuerzos de seis y ocho reales, con huevos fritos y uno o dos platos y el invariable postre de pasas y almendras, con añadidura de un bollito de tahona, régimen que las casas de huéspedes han perpetuado como una institución hasta nuestros días, y será preciso un golpe de revolución para destruirlo.

Fué uno de los primeros fundadores de la clientela el benemérito don José del Milagro, que, aunque cesante en todo el tiempo que vivieron los dos Gabinetes moderados presididos por don Evaristo Pérez de Castro, habíase agenciado algunos modos de vivir, honradísimos, y podía permitirse almuerzos de seis reales y comiditas de ocho. Como tributo a una firme amistad antigua, los italianos le concedían rebajas discretas y abríanle créditos de una y de dos semanas, confiando en que el agraciado guardaría reserva sobre este privilegio para no desmoralizar a la parroquia. Debe advertirse aquí, para evitar juicios temerarios acerca de aquel digno sujeto, que estaba viudo desde el 38; que una de sus hijas, notable arpista, se había casado con un bajo italiano de la compañía de la Cruz, la otra con un subteniente de la Guardia real, y que los chicos menores vivían en Illescas con su tía doña Tránsito. Campaba, pues, el buen hombre por sus respetos y ganándose la pitanza con traducciones de leyendas históricas o de historias poéticas, y con tareas de contabilidad, vivía suelto, libre, en solitaria y a veces triste independencia, viendo venir las cartas políticas, esperando la ruina del llamado *Moderantismo* y el triunfo del *Progreso*, que debía llevarle a la holgura y descanso de la Administración. En cuantito llegara el *Progreso* y agarraran la sartén sus ilustres prohombres, nadie podía disputarle a Milagro su placita de dieciocho mil, digno premio del fervor consecuente, acendrado, incorruptible, con que había defendido siempre las libertades públicas.

Correspondía Milagro a la generosidad de los italianos corriendo la voz de la excelencia y baratura del establecimiento, y a los pocos días ya eran feligreses don Víctor Ibraim, castrense del Segundo de la Guardia, y uno de los hermanos Fonsagrada, teniente del Cuarto, con otros individuos de que se dará conocimiento. El más calificado entre éstos era un don Bruno Carrasco y Armas, manchego de buena sombra, de insaciable apetito y de mucha correa en el discurso, que llevaba cuatro años en Madrid gestionando la resolución de un embrolladísimo expediente de Pósitos; hombre que pasaba por rico y que lo acreditaba convidando espléndidamente a los amigos cuando las esperanzas del pronto arreglo de su negocio le ponían de buen temple. Siempre que almorzaban juntos Milagro, Ibraim y Carrasco se establecía entre los tres una feliz comunidad de criterio para juzgar las cosas públicas. Unánimes convenían en el aborrecimiento del régimen imperante, persuadidos de que la viuda de Fernando VII era la mayor calamidad arrojada por Dios sobre las pobres Españas.

A todos excedía Milagro en la firmeza de su convicción y en el ardor con que últimamente la manifestaba. Aquel hombre sin ventura, a quien hicieron escéptico las turbaciones políticas; aquella víctima, aquel mártir que había sufrido con admirable resignación los desastres que al individuo y a la familia ocasiona todo cambio de Gobierno, llegó a comprender que la neutralidad y la falta de convicciones son la mayor de las desventajas en el orden social, y que por tal camino, por lo mismo que es el más derecho, no se va a ninguna parte. Sus dolorosas cesantías, sus hambres y escaseces, demostráronle la necesidad de poseer un temperamento vivo, ya sea real, ya figurado, para no quedarse a la cola en el movimiento general. El manso, el pru-

dente, el descreído que se planta y espera, es arrollado por la multitud que avanza ciega y ardorosa. Sentó plaza, pues, el buen Milagro, curado al fin de su insana neutralidad, en las falanges del *Progreso*, y se puso en las filas de vanguardia enarbolando, si no la bandera, el primer trapo de colorines que encontró a mano.

Una noche de julio convidó el manchego sin tasa, agregando jerez y licores, no ciertamente porque tuviera buenas noticias de su asunto, sino porque las tenía detestables, y la desesperación le indujo a echar la casa por la ventana, difiriendo sus esperanzas y colocándolas en el día no lejano del triunfo de los *libres*. En la boca y en el corazón de los amigos reverdecieron las tales esperanzas con el contento que dan el buen comer y un beber abundante a costa de generoso anfitrión. Al segundo plato, el gozo era inefable, a los postres vocinglero. Los roncos acentos de Ibraim y su ceceo bárbaro llenaban la sala, expresando las ideas más audaces, con escándalo de algunas orejas timoratas. De pronto se levantó un vejete que con tres individuos comía en una mesa lejana, y, llegándose a la del manchego, insinuó una protesta en tono humorístico un tanto destemplado. Véase la muestra:

—Oí patadas y dije: «Caballería tenemos.» Señores, se les saluda. ¿Qué hablan ustedes ahí de reinas y ministerios, ni qué entienden de esto los caballeros del margen?... Y usted, señor de Milagro, no se agazape ni vuelva la cabeza, que ya le he conocido, y sus facciones, aunque hace un siglo que no nos vemos, no se me despintan. No vale, no, hablar mal de los moderados después de haber comido con ellos a mandíbula batiente. Pues ¿qué quería usted, alma de Dios? ¿Que le tuvieran colocado toda la vida, y encima... le nombraran canónigo? ¿No han de comer los demás? ¡A fe que hay pocos padres de familia entre los moderados, con seis, siete y hasta doce criaturas!... Hoy les toca el pesebre a los morenos, mañana a los blancos... Si usted quería pan perpetuo, ¿por qué no aprendió un oficio, como lo aprendí yo, que a los catorce años ya me ganaba un cocido trabajando en la orfebrería con mi amigo Leandro Moratín? ¡Ja, ja, pues no me sale usted ahora con pocos humos!... ¿Qué espera mi hombre del *Progreso?* Tonto, más que tonto: pida limosna antes que limpiarle las botas a Linaje, y no se fíe de Espartero, que repartirá todos los *piensos*, digamos destinos, entre los animales manchegos, o sea los vecinos de Granátula. Esto lo veo yo..., ¡ja, ja!..., y el que no lo vea es porque tiene ojos en la cara, no en el entendimiento..., ¡ja, ja!

—No le había conocido, señor don Carlos Maturana—dijo Milagro, adoptando el tono zumbón, después de pintar en su rostro, en sucesivas expresiones, la sorpresa, el enojo y la hilaridad—. Con esas barbas que se ha dejado da usted el pego a sus buenos amigos.

—No me disfrazo para conspirar, como usted, ni uso bigote de moco para adular al duque.

—No adulo... Los pelos de mi cara siempre significaron *libertad*.

—Antes iba usted afeitado.

—Ya no, para no parecerme a los curas.

—Cuéntele eso a su compañero, el castrense que me oye.

—Este no es oscurantista.

—Ya; es retinto.

Don Víctor Ibraim echó mano a una botella. Acudió don Bruno a contener la irá del capellán, y apaciguándole con un gesto y cuatro voces de lo más crudo volvióse risueño hacia el diamantista y le ofreció una copa de jerez, acompañada la oferta de estas campechanas expresiones:

—Si me ha llamado usted animal, y recojo la alusión como hijo de Granátula, aunque no pariente de don Baldomero, yo le llamo a usted zopenco, y con estos insultos terribles no hacemos más que pasar el rato..., porque aquí venimos a pasar el rato, no a pelearnos por una reina ni por un general. Beba usted, y luego nos diremos cuatro cuchufletas, si tiene humor de jarana. Estos amigos son pacíficos... Yo no he venido a Madrid a pedir un puesto en el pesebre, sino a que me hagan justicia.

—¡Justicia!—repitió Maturana empinando—. A eso vienen todos, y luego... En fin, señores, perdonen mi desenfado. Hablaba como hablamos hoy todos los españoles, como un loco. No hagan caso: sin quererlo, dice uno mil desatinos. ¡Feliz España si fuera la tierra de los mudos! Señor Ibraim, si le llamé a usted

retinto fué por pasar el rato. Seamos amigos.

—Siéntese el buen Aguilera.

—¿Qué hay de noticias?

—Nunca sé nada que no sea de oposición... Sólo sé que nuestra excelsa reina sigue su viaje triunfal por Cataluña y que no faltará quien le acuse las cuarenta al caballero de Granátula.

II

Entablaron luego coloquio amistoso; si la acción del jerez lo encendía más de la cuenta, no tardaba en enfriarlo don Bruno arrojando en las ascuas su buen sentido, su pasta conciliadora y un lenguaje hábil para contentar a todos. Según Maturana, por el comunicado de Mas de las Matas, que más bien era manifiesto, Espartero merecía la destitución, y Linaje, cuatro tiros. Cierto que no había un Gobierno bastante fuerte para ponerle el cascabel al gato... Un hombre existía con hígados bastantes para arrancar el bastón de manos del duque; un hombre, sí, de grande ánimo y convicciones profundas: don Manuel Montes de Oca; pero ¿que podía un solo individuo, por animoso que fuera, entre tantos que creían resolver las cuestiones con disursos, con arreglitos y dimes y diretes? ¡La conciliación! ¡Buena conciliación nos diera Dios! La soberbia de Espartero no cabía dentro de las leyes y era forzoso resquebrajarla para hacerle hueco.

Con no poca dificultad, tartamudeando y corrigiéndose a cada instante, expresó el castrense andaluz opiniones enteramente contrarias a las del diamantista. Don Manuel Montes de Oca no era más que un barbilindo que no servía para nada. Sus habilidades consistían en componer versitos clásicos de la escuela del señor Reinoso y pronunciar discursos acaramelados imitando a Martínez de la Rosa. Todos sus actos como político y como escritor eran los de un Quijote chico que había tomado a María Cristina por Dulcinea y al moderantismo por ley de la andante caballería. Esto lo dijo Ibraim con formas premiosas y groseras, que traducimos al lenguaje usual para no afear con ellas estas páginas.

Con palabra más fácil, aunque algo entorpecida por el jerez, hizo Milagro el panegírico de Espartero, llamándole libertador, pacificador y *apóstol de todos los adelantos*. ¿No había concluído la guerra, o estaba a punto de concluirla? ¿No le debía España el completo exterminio de las *hordas de la reacción?* Pues suyo era el país, suyas las leyes, suya la autoridad y todo aquello que llamamos *cosa pública*. Desde que el mundo es mundo, desde Moisés a Bruto, desde Guillermo Tell a Cromwell y desde Bonaparte a Espartero, el que ha tenido la fuerza y la razón ha tenido *la cosa pública* en el bolsillo. ¿Para qué nos servía esa reina, viuda de Fernando VII, casada hogaño con un Muñoz, dama graciosa y bonita, cuya linda mano movía el *timón de la nave* como si éste fuera el abanico? ¡Cuánto mejor gobernaría Espartero, hombre de buen puño! El trono de Isabel necesitaba un protector macho y España un regente bien bragado y de muchísimos riñones. Que viniera pronto y colocara en sus puestos los *funcionarios probos*, destituídos por la infame *moderación*. Viniera, sí, antes hoy que mañana, a traernos la justicia, eliminando de las oficinas a los pancistas, intrigantes y gorrones, y dando la merecida redención a los pobres mártires de la política.

Acogía Maturana con cascada risilla senil las manifestaciones egoístas de su amigo, y el buen manchego, tomando muy en serio su papel conciliador, discurría una componenda que sería felicísima si fuese práctica. ¡Lástima grande que doña Cristina hubiera incurrido en la flaqueza de emparentar secretamente con Muñoz; lástima grande también que Espartero se hubiera precipitado a desposarse con doña Jacinta Sicilia! Si uno y otro estuvieran solteros en aquel crítico momento de la historia patria, con una simple boda se realizaría la felicidad de la nación, afirmando la paz para siempre y repartiendo entre las dos familias o bandos los puestos administrativos. Casado el *Progreso* con la Corona, se casaban y refundían todos los derechos, y comían todas las bocas y se acababan todas las hambres; el contento general traería la general justicia, y la hartura sería el fundamento de la felicidad; no habría ya pronunciamientos, ni logias ni cadalsos, y daría gusto ver cómo marcha-

ban fácilmente los asuntos, cómo prosperaba el trabajo, cómo hallaban su acomodo los pobres, y los acomodados la riqueza, y los ricos la opulencia; daría gusto ver despachados en un periquete los expedientes de arbitrios, los expedientes de Pósitos, los Pósitos, ¡Señor!, què eran la tela de araña en que se enredaban y perecían, como pobres moscas, los hombres más honrados de la nación.

Soltó la risa con mayor estrépito don Carlos Maturana, y levantándose se volvió a la mesa de donde había venido. Su reír picante, recorriendo la sala, era como si al andar se soltaran rodando por el suelo las cuentas de un rosario. Un tanto corrido, dirigía Milagro hacia la distante mesa los cristales de sus gafas; mas como era tan cegato, ni aun con los vidrios podía distiguir a los dos comensales del diamantista, a quienes éste comunicaba su risa burlona.

—Dígame, Ibraim—preguntó al capellán—: ¿conoce usted a esos tipos que comen o han comido con don Carlos?

—El que ahora se burla de nosotros —replicó don Víctor—no es para mí cara desconocida. Le he visto mil veces; me han dicho su nombre; pero en este momento no puedo traerlo a mi memoria. El muy sinvergonzonazo se ríe en nuestras barbas mirándonos con un ojo solo, porque es tuerto.

—Ya, ya le conozco—dijo el manchego—: es ese poeta..., demonches..., autor de una comedia que la llaman *Morios y veréislo*.

—¿Poeta, tuerto..., *Muérete y verás?* —exclamó el buen Milagro, dando un palmetazo en la mesa—. Bretón de los Herreros.

Presuroso y también tocado de risa, corrió a la mesa del rincón más distante, y acogido por el poeta con un apretón de manos, oyó estas palabras de cordial benevolencia:

—También aquí disputamos, también nuestra mesa es un campillo de Agramante, o Cortes en miniatura, con izquierda y derecha, oposición y mayoría. Maturana y yo somos el orden establecido, vulgo Ministerio, y este señor...

En un paréntesis hizo el poeta la presentación de su amigo, un joven alto, moreno, de rostro varonil y hermoso, que denunciaba la profesión de las armas, disimulada por el traje civil:

—Mi amigo, casi paisano y casi pariente, don Santiago Ibero, teniente coronel de los Ejércitos nacionales, propuesto ya para coronel... Fabulosa carrera, pero bien ganada; que éste no es de los de farsa.

—¡Vivan los héroes—vociferó Milagro—que nos han librado al fin de esa plaga indecente de la facción! ¡Ibero!... Un nombre que no falla. Llamándose así no hay más remedio, señor mío, que ser español, valiente y liberal.

—Lo que decía—continuó Bretón—. Don Carlos y yo somos en esta mesa el pobre Gobierno, y Santiago *los señores de enfrente*. Figúrese usted si estará forrado de liberalismo el niño este, que ha sido y es el brazo derecho de Zurbano. Un cuerpo cubierto de heridas y una cabeza llena de viento. Ya me lo dirá, ya me lo dirá cuando los años le amansen el genio y cuando vea..., porque todo es cuestión de ver pasar cosas y personas, reinados y gobiernos, tiranías y revoluciones. ¿Qué edad tienes, Santiago? ¿Treinta y dos? Ya me contarás tu *progresismo* cuando rebases de los cuarenta, si es que yo puedo alcanzar el tiempo de tus desengaños, pues la vida que llevamos los españoles no es para llegar a viejos. Sólo los que se pasan el día y la noche politiqueando, como este Milagro, realizan el de vivir mucho, porque con todos comen y en todas las salsas mojan su mendruguito.

—Pido la palabra. El pelo que ha echado un servidor de ustedes—replicó el aludido—, bien a la vista está, y los frutos de mis intrigas pueden calcularse por la opulencia en que vivo... Bromas a un lado, el señor de Ibero nos dirá si podemos dar la guerra por concluída, o si aún nos queda en Cataluña y Aragón algún rabo faccioso que desollar.

—Atrasado está de noticias el amigo Milagro—dijo Maturana, echándole familiarmente mano al cuello—. ¿No sabe la noticia de esta tarde, la retirada de Cabrera después de la paliza que le ha dado León en Berga? Ya no hay guerra, señores: ya no hay más que política, lo que a mí me parece un grave mal, pues España es un enfermo que no puede vivir sino a fuerza de sangrías... No reírse. La política sola paréceme más mortífera que la política con guerra. La una corrompe, la otra purga... En fin, los que vivan lo verán.

—Se acabó la facción... ¡Viva Espartero!

—No cantemos victoria tan pronto—indicó Bretón guiñando el ojo con malicia—, que en este bendito suelo el último tiro de una guerra civil es el primero de otra. Ya nos estamos preparando para un pronunciamiento; que nuestras tropas, ¡vive Dios!, no es bien que estén ociosas. ¿Verdad, Santiago, que os pronunciaréis?

Contestó Ibero gravemente que en el ejército del Norte y del Centro nadie pensaba en insurrecciones, a menos que la libertad peligrara.

—Ya pareció aquello—manifestó el autor de *Marcela,* acompañando su dicho con toquecitos de tambor sobre la mesa—. Siempre que queréis sublevaros nos habláis de los peligros que corre la señora Libertad, a la cual yo comparo con la monja pudibunda que preguntó cuándo tocaban a violar. Eso decís ahora vosotros, pillos, demagogos, jacobinos; eso decís: «¡Que violan!» Y os equivocáis, porque nadie ha pensado ni piensa en atropellar la virtud de nuestra diosa. Aquí no viola nadie más que vosotros, liberales, que cada día os fumáis una ley más o menos virgen.

—Don Manuel—dijo Milagro, vivamente interesado en la cosa pública—, déjese de bromitas y vamos al grano. Señor de Ibero, si no hace mucho que ha venido usted del Maestrazgo, sabrá qué opiniones privan en el Ejército, si seguiremos con la regencia una o la estableceremos trina...

—Yo no sé nada de eso—replicó el militar—. Allá no pensamos más que en perseguir al enemigo.

—Que nos cuente sus hazañas—propuso el diamantista—, pues más debe interesarnos un poquito de Historia, por breve que sea, que todos los chismes masónicos.

—No tengo hazañas que contar—afirmó Ibero, sacando la petaca y ofreciendo puros, que todos aceptaron, menos Bretón—. Mis proezas no han sido más que el cumplimiento de un deber sagrado, sin ninguna función heroica ni cosa que lo valga. Estuve en las acciones de Segura y Castellote, ambas muy reñidas. Me encontré en el sitio de Morella y en los combates que hubimos de dar para posesionarnos de parte del país circundante; pero no presencié la rendición de la plaza ni la fuga de los carlistas, porque tuve que venir a Madrid con una comisión de servicio...

—Comisión de que no nos dirá una palabra, ni nosotros hemos de fastidiarle con preguntas—apuntó Maturana—. Ya sabremos del pronunciamiento cuando oigamos el primer berrido.

En este punto de la conversación, y mientras Ibero denegaba festivamente, riendo y gesticulando, llegó el mozo con la botella de jerez, brindándoles *de parte de los señores de la otra mesa.* Un gesto campechano del diamantista y un llamamiento jovial de Milagro produjeron la reunión de los dos grupos; mas no cabiendo todos en una mesa, parte de Milagro y la totalidad del corpacho de Ibraim ocupaban la inmediata. Una rápida presentación hecha por don José, cantando los nombres, unió a los seis individuos en accidental intimidad. El rumboso don Bruno, que ni a tiros quería soltar el lucido papel de anfitrión, mandó traer más vino y puros de a dos reales; rechazó Bretón el exceso de bebida protestando de su templanza, ya que hacerlo no podía de la de los demás; festejaron Maturana y Milagro la esplendidez del conterráneo de Don Quijote, abalanzó su ávida manaza Ibraim hacia los puros, y todos parecían dispuestos a prolongar la placentera reunión hasta hora muy avanzada. Y cuando por la retirada lenta de los parroquianos íbanse quedando solos los seis puntos de la improvisada tertulia, gozosos de poder alborotar un poquito si el cuerpo y los espíritus así lo pedían, dejábase ver Lopresti con mandil y gorro blanco, saludando risueño a los señores con atiplada mujeril voz. Era en él costumbre salir, terminado el trabajo, a recrearse oyendo las observaciones que sus feligreses le hicieran sobre los platos del día, o las alabanzas de su maestría culinaria. Acercóse tímidamente dando las buenas noches, y Milagro, con el sombrero echado atrás, la mirada fulgurante y el labio trémulo, llegósé a él y le ofreció una copa, diciéndole:

—Inclito Cayetano, brinda por la Libertad, por la regencia *trinitaria,* por el duque nuestro padre, que a todos nos sacará del Purgatorio... Amén.

En tanto, interrogado por Carrasco, amplió Maturana las noticias recientes: la reina, después de ser recibida en Lérida por Espartero con todos los honores

de rúbrica, continuaba su viaje a Barcelona. Trabóse en seguida acalorada discusión de principios, llevando la voz don Santiago Ibero y don Carlos Maturana por las ideas liberal y moderada, respectivamente.

—Yo no entiendo de política—dijo el militar con sinceridad y convicción—; no sé lo que son partidos, ni para qué existen logias; pero declaro que creo en la Libertad y la tengo por cosa excelente. Antes de haber leído lo mucho y bueno que sobre la Libertad han escrito hombres muy sabios, sentía yo en mi alma la fe de esta idea, y con entusiasmo la adoraba. Antes que en mi entendimiento, estuvo en mi corazón el deseo de que los pueblos fuesen libres. Amo a mi patria tanto como a mi familia y a mí mismo: quiero para ella los bienes del progreso. Alguno me hablará de los males que ocasiona: yo no los conozco; pero los males son chicos y pasan, los bienes son grandes y quedan. Creo que con libertad, igual para todos, tendremos ilustración, dignidad, riqueza; sin libertad caeremos en la ignorancia, en la pobreza y en la ignominia. Si esto es un disparate, no pierdan el tiempo en demostrármelo, pues no hay razones que destruyan mi idea. Más que convicción clara, es esto fe ciega. Yo no discurro: creo. Yo siento; no razono. Así soy y así pido a Dios que me conserve.

Murmullo de entusiasmo, en el cual el vozarrón de Ibraim y la voz femenina de Lopresti formaban las notas extremas, acogió las palabras del militar, que, a fuer de sencillas y leales, casi eran elocuentes. Bretón se levantó, y abrazando a su amigo le dijo:

—Te admiro, Santiago..., y te compadezco. Adiós, hijo mío. Señores, divertirse. Mi mujer me riñe si entro tarde.

Maturana reservaba en lo profundo del pensamiento sus opiniones: antes del discursillo de Ibero había reclinado su cabeza, haciendo almohada con los brazos, en el respaldo de la silla, y se quedó dormidito, como una criatura a quien padres viciosos obligan a trasnochar.

III

Pasaron días. De nuevo aparecen en la Española comiendo juntos Carrasco y Milagro, y en una mesa próxima Ibero con un señor desconocido. Una y otra vez los parroquianos fundadores se aproximaron con llaneza cordial al caballero alavés, movidos de una simpatía misteriosa. Dígase, para encontrar la explicación de tal sentimiento, que movía sus corazones la confianza en las ideas que Ibero expresaba. El fatigado pretendiente y el viejo cesante buscaban los rayos de un sol que desde el momento de la aurora, y aun antes de ella, ya calentaba un poquito. Maturana fué alguna vez con su sobrino, y gracias a éste supo mantenerse en una templanza que le quitaba todo su mérito de personaje cómico *per accidens*. Era, en el estado ordinario, un señor apreciabilísimo, de una sensatez ejemplar y desabrida. A Bretón no se le vió más por allí. Ibraim fué una noche con Fonsagrada, al cual se juntaron luego dos sujetos de los llamados del bronce, acompañados de una bulliciosa trinca de mozas alegres... Corrieron más días. El calor arreciaba; Madrid era un páramo ardiente sin agua, sin alegría, sin placeres, ambiente apropiado a la desesperación y a la locura; el Ministerio Pérez de Castro había sufrido nueva metamorfosis, echándose por tercera vez tapas y medias suelas; en el quita y pon de ministros, sólo permanecía inmutable don Lorenzo Arrazola, el conciliador sempiterno; tenebrosa confusión reinaba en la casa pública, y todo anunciaba sucesos inauditos.

Una noche de aquel agosto triste de Madrid, de aquel bochornoso mes casi siempre precursor de tempestades en nuestro calendario histórico, comió Ibero en la Española con su capitán de la Guardia, y hallábanse ya rematando el postre de pasas y almedras, cuando se presentaron Milagro y el manchego, ya bien comidos al parecer, pues el uno traía puro en la boca y el otro palillo, y, llegándose a la mesa con aire misterioso, dieron a entender a medias palabras que tenían que tratar con el alavés de un asunto grave y delicadísimo. Para dar mayor solemnidad a su mensaje, Carrasco propuso a Ibero que se dejase llevar al rincón opuesto de la sala, vacío de gente, donde podrían secretear a su gusto. No creyendo bastante reservado aquel sitio, hubiérale llevado Milagro a la cocina, o a lugares más recónditos. Impaciente Ibero, y tomando a broma los aspavientos de sus amigos, que parecían padrinos

de duelo o conspiradores de profesión, les incitó a explicarse pronto y con menos arrumacos.

—Calma, señor mío, que ya le enteraremos con todo el sigilo que el caso requiere.

—En este ángulo, hablando bajito y con disimulo, como si tratáramos, verbigracia, de una cuestión *faldamentaria*, estaremos bien seguros. El hecho es que...

—Yo, yo...—dijo don Bruno, reclamando la primacía.

—El caso es que...

—Déjeme a mí, querido Milagro. Vamos por partes. No nos hagamos un lío. Recordará el señor de Ibero que hace días le hablé de mi sobrino, Modesto Gallo...

—Sí, sí; grande amigo mío.

—Como usted, teniente coronel del Ejército.

—Subtenientes nos conocimos, y desde capitanes hemos peleado juntos, haciendo vida común, compartiendo las penas y alegrías de la guerra, los peligros de siempre, las glorias de algún día.

—Pues bien—dijo Carrasco con una solemnidad que casi era terrorífica—: Modesto ha llegado.

—¿Aquí? ¿Dónde está? Quiero verle —exclamó Santiago con no menos sorpresa que alegría.

—Poco a poco—indicó Milagro, queriendo llevar el espinoso asunto con la pausa que su extrema gravedad requería—. Ha llegado ayer. Le hemos visto esta noche.

—Y al tiempo de saludarnos nos ha preguntado si sabíamos de usted y dónde podríamos encontrarle.

—Yo también quiero verle, ¡caramba! ¿Dónde está?

—Calma; no perdamos la serenidad.

—Necesita hablar con usted esta noche..., ¡ojo!, esta noche.

—Vamos allá.

—Quieto... No se entere la gente. ¿Ve usted? Ya nos miran.

—Esto es ridículo. Parecemos conspiradores.

—Chitón...

—Prudencia, amigo mío.

—En fin, ¿dónde veré a Modesto? ¿Para en casa de usted o en alguna posada?

—No sabemos dónde mora. Vino a mi casa con la urgencia de que le buscáramos a usted esta noche..., sin falta.

—Tiene usted que verse con él inmediatamente—susurró Milagro en voz tan baja que apenas se le oía.

—¿Pero si no sabemos dónde está, ¡Cristo!, cómo he de verle?

—Silencio. Usted le encontrará sólo con dirigirse sigilosamente y sin comunicarse con nadie a donde yo le indique.

—¡Pues acabe usted de explicarme, ajo!...

Adoptando las formas de disimulo más exquisitas, el manchego sacó de su bolsillo un papel, un cartón, la mitad de una tarjeta, y presentándola a su amigo con delicadas afectaciones de naturalidad, le dijo:

—Con esto se encaminará el señor don Santiago al sitio propuesto por mi sobrino. Yo le diré la calle, número de la casa y piso..., y no hay que perder tiempo, señor mío; despáchese usted..., pague la comida, despídase de su amigo, sin darle a conocer este negocio, y vámonos a la calle. Aquí no me atrevo a decirle lo que aún ignora.

Obedeció Ibero, y una vez los tres en la calle oscura, desembuchó Carrasco lo que del misterioso mensaje aún quedaba en su cuerpo. La casa en que el teniente coronel Gallo citaba a su amigo era un piso segundo en el número 13 del Postigo de San Martín.

—¿Y qué tengo yo que hacer allí?—dijo Santiago, perplejo y de mal talante—Esto me huele a tapujo masónico... Yo no soy masón, para que ustedes lo sepan.

—Ni yo—iba a decir don Bruno; pero Milagro se apresuró a cortarle la palabra con manifestaciones que, si no revelaban escuetamente las fórmulas rituales del masonismo, eran de la casta más próxima.

—Tampoco nosotros; pero *blasonamos* de liberales, queremos la felicidad de la patria y contribuímos en nuestra esfera humilde al triunfo de los buenos.

—Nada, señor de Ibero—declaró con austeridad Carrasco—: cuando mi sobrino le llama a usted a este punto, es porque se le necesita, es porque... se le estima útil, indispensable como quien dice. No se trata de un cualquiera: se trata de un bizarro jefe, cuya autoridad puede ser de gran peso...; en fin, yo no sé...; hablo por corazonadas, pues Modesto nada me ha dicho...

—Como si lo dijera—añadió el cesante—. Podrá ser que, si usted no acude a la cita, los acontecimientos sigan un cur-

so..., es un suponer..., un curso torcido, distinto del que anhelamos todos. Poco tiene que andar el señor Ibero, pues el Postigo de San Martín lo tenemos aquí propiamente..., a dos pasos... Le llevaremos hasta el mismo portal del trece. Conozco la casa, que es la más antigua de la calle, y en ella estuvo la panadería de los frailes allá en los tiempos ominosos.

Ibero se dejó llevar. Si el cariño de su compañero le avivaba el paso, se lo contenía el temor de lo desconocido y la sospecha de que le llevaban a una encerrona para envolverle en alguna maraña política. Recordaba el carácter de Gallo, un chico excelente, intrépido militar, amigo intachable; pero de cascos muy ligeros, así en cuestiones de mujeres como en las que atañen a la vida pública. De una impresionabilidad excesiva, se remontaba fácilmente de los afectos a las pasiones; su fácil palabra y su asimilación, más fácil todavía, fomentaban en él los entusiasmos bruscos, el ardor sectario; no sabía querer sin violencia, ni profesar opiniones sin llevarlas hasta el delirio. Tal era Modesto Gallo, a quien Ibero reconocía en aquella forma novelesca de darle cita con media tarjeta, con el sigilo teatral del mensaje confiado a dos amigos. Por último, a los temores del alavés se sobrepuso la curiosidad, y cuando se aproximaba con sus conductores al Postigo de San Martín, ya se le hacían largos los minutos para llegar a la solución del enigma.

—¿Será prudente que nos veamos a la salida?—preguntó el honrado manchego, vacilando entre el miedo y la curiosidad.

—¡Sabe Dios—indicó Milagro, alardeando de discreción—si el señor de Ibero podrá contarnos...! No, no; resoluciones tan graves no se comunican ni al cuello de la camisa. Vámonos; no está bien que rondemos la calle.

—¡Oh!, no... ¡Podrían creer que nosotros...! Vámonos de aquí—dijo Carrasco, sintiendo frío.

Era el temor de la persecución policíaca, que por primera vez en su vida contristaba su ánimo; y no era sólo temor, sino repugnancia y algo que ofendía su dignidad. ¡Verse él, español pacífico y acomodado, padre de familia, señor de ganados y tierras; verse, pensaba, en trotes de persecución, traído y llevado por guindillas inmundos! No; el papel de víctima política, fuera por esta o la otra causa, no cuadraba, no, a su hidalga condición. Amaba la libertad, más que por propio convencimiento, por lo que de tal señora había oído decir y contar; pero no sentía ganas de martirio por ninguna religión política; sólo un gran ideal le movía: el satisfactorio despacho de un triste expediente de Pósitos.

Al despedir al militar, quiso Milagro arrancarle la promesa de que acudiría luego al café del Siglo; mas no consiguió sino una vaga respuesta condicional sobre este punto. Retiráronse viéndole perderse en el lóbrego zaguán, y avanzando silenciosos hacia la plazuela de las Descalzas, Milagro imaginaba trastornos inminentes, a la medida de su loco deseo, y Carrasco sentía, en medio del sofocante calor estacional, ráfagas de frío, el sobresalto de la conciencia, que le afeaba sus concomitancias con gente intrigante y revoltosa. Las sombras de la noche aumentaban su recelo, y, agarrándose al brazo de su amigo, aceleró el paso para llegar pronto a la Puerta del Sol, que ya en aquellos tiempos era lo menos oscuro y solitario del viejo Madrid. Para mayor intranquilidad del buen compatriota de Sancho Panza, creyó ver desusado movimiento en la Puerta del Sol y grupos más compactos que de ordinario frente al Principal. Quiso don José aproximarse y meter sus narices en el gentío; pero el manchego le llevó a empujones, diciéndole:

—Amigo mío, no olvidemos que somos ciudadanos pacíficos, honrados..., quiero decir que no nos metemos en quitar y poner ministros. Allá se las hayan... Adelante; allí, junto al reverbero, parece que leen *La España* y *El Guirigay* maldito. ¿Habrá noticias? Ya nos lo dirán en el café. ¿Tendremos libertad? Que la traigan con mil pares; pero nosotros no nos metamos, don José, no nos metamos... Somos gente de orden.

Subió el buen Santiago al segundo piso de la misteriosa casa; llamó tirando de un sucio cordón; le atisbaron por un ventanillo reforzado con cruz de hierro, y franqueada al fin la puerta vióse ante un hombre escueto que lo mismo podía parecer torero de invierno que sacristán de las cuatro estaciones, el cual, previo examen de la media tarjeta, le introdujo y encerró en una estancia con las paredes cubiertas de imágenes, estampas pia-

dosas y objetos de devoción. Oyendo el intenso murmullo de pláticas muy vivas en próximos aposentos, entretuvo el corto plantón contemplando a la luz de un quinqué pestífero las estampas religiosas y un retrato de Gregorio XVI con el ropaje bordado en mostacilla, y de pronto se vió sorprendido por su amigote Gallo, que le abrazó con toda la rudeza cariñosa que gastar solía.

—Chiquio—dijo Ibero—, explícame pronto esto. ¿Qué me quieres?

—Ya te lo diré..., aguarda un poco —replicó Gallo, sintiéndose cohibido, premioso en su sinceridad.

—Siento voces. ¿Qué gente es ésa? ¿En dónde estoy?

—Entre amigos... Llamado por mí, no debes temer cosa mala. Esta noche conocerás a un hombre..., ¡qué hombre, Santiago! Es el más noble, el más digno, el más caballero..., ¡con un talento, chiquio, con una penetración y conocimiento de las personas, de las cosas...!

—¿Quién es? ¿No puedo saber su nombre antes de verle?

—Ya la sabrás, sí..., ahora lo sabrás —repuso el otro algo turbado—. Pero empecemos por decirnos tú y yo algunas palabras, pocas..., tirémonos, si es necesario, cuatro mordiscos... Somos amigos; debemos confiarnos el uno al otro el estado de nuestros corazones en punto a... Más claro: confesémonos tú y yo lo que pensamos de esta quisicosa que llaman *la situación*.

—Lo que yo pienso ya lo sabes—afirmó Ibero con severidad.

—No se piensa lo mismo en campaña que en Madrid. Allá pensamos en batirnos, en defender la vida; aquí, en buscar la verdad, en defender los principios...

—¡Metafísico estás!... Menos retórica y más franqueza, Modesto. ¿Somos o no somos amigos?

—Amigos hasta morir. Siéntate un momento. Hablemos como hermanos.

Arrogante y garboso era el tal, y muy bien le caía el nombre de Gallo. Menos que mediana era su estatura; pero no había otro mejor plantado ni que mejor retratara en su continente la bravura indómita y en ciertas ocasiones provocativa. Su encrespado cabello parecía una cresta; sus ojos despedían el fuego de Marte; usaba bigote espeso, largo y caído, imitando el personal estilo de su adorado jefe, don Diego de León. Su voz vibraba en las disputas como clarín guerrero, y acompañábala con gesticulaciones de una energía despótica. Argumentaba cerrando el puño y solidificándolo como una maza de hierro. Empuñaba el argumento como una lanza.

IV

—Tú has venido aquí—dijo Gallo—como uno de los hombres de confianza del general en jefe, para preparar...

—No hemos preparado nada; no hacemos más que sostener... La misión del Ejército es apoyar a la opinión pública y oponerse a los que quieren ir contra ella.

—¡Inocente! Hablas como *El Correo Nacional*.

—Hablo como hombre de verdad y como soldado de honor.

—No lo dudo, chiquio. Pero niego que seas tú el único que interprete lo que llamamos la opinión. No constando en ninguna parte de una manera clara lo que la nación siente y desea, todos usamos el derecho de ser sus intérpretes; y yo, que también tengo mi criterio y, aunque bruto, ¡ajo!, sé formar juicio de las cosas, sostengo que el país no quiere la preponderencia de don Baldomero, ni ve con buenos ojos que se pretenda rebajar la dignidad de doña María Cristina, tratándola como a una mala patrona.

—Veo, querido Gallo—dijo Ibero, levantándose—, que no estamos ya juntos frente a un enemigo común; estamos el uno frente al otro, cada cual en su terreno. Somos dos amigos... enemigos. Apenas sofocada una guerra civil, inventamos otra para nuestro uso particular.

—De los capitanes afortunados nacen los grandes ambiciosos, digo yo. Ahí tienes la peor calamidad de las guerras, que nunca son tan malas y desastrosas como cuando concluyen.

—En suma, querido amigo, creo que ya hemos hablado bastante. Confieso mi error. Yo creí que todos los generales formados a la sombra de Espartero apoyaban la causa liberal, en contra de la camarilla moderada.

—Algunos hay para quienes no existe más causa que la de la reina, cuyo

nombre está escrito en nuestras banderas y en nuestros corazones..., corazones muy brutos, ¡ajo!, pero muy leales.

—Háblame con franqueza. ¿Es León el único que resueltamente está contra Espartero?

—No; hay más. Pasa revista en tu memoria a la plana mayor de nuestro Ejército. Fíjate en lo más brillante, en lo más ilustre, en lo más inteligente. Entre éstos, elige lo mejor de lo mejor. Resultará que todo lo bueno está contra el ídolo.

—¡Ay amigo mío!—dijo Ibero con profunda tristeza—. Convéncete de que has dado un golpe en vano llamándome, y déjame salir de aquí. Estoy violento, y de seguro te estorbo.

Hizo ademán de retirarse, y el otro le retuvo estrechándole afectuosamente las manos. En el mismo instante oyéronse voces y ruidos de pasos. Alguien entraba o salía.

—Aguárdate—indicó Gallo, bajando la voz—, deja que salgan ésos. Aún tenemos algo que hablar...

—La reunión concluye—dijo Ibero, poniendo atención a los ruidos de voces y pasos que indicaban la salida cautelosa de un número de personas difícil de apreciar por el oído—. Tienes razón: algo falta por decir. Lo que ha pasado esta noche entre nosotros, y lo que no ha pasado, todo, todo, quedará en el mayor secreto

—Naturalmente. He contado con Santiago Ibero, ¡rediós!, que es contar con la decencia misma, con la caballerosidad.

—¿Puedo ya tomar la puerta, chiquio?

—No. Abuso de tu amistad reteniéndote un poquito más. Has formado mala idea de mí y quiero rehabilitarme en tu concepto. No quiero que quedes bajo la mala impresión de la tosquedad con que yo expongo mis ideas; quiero que éstas lleguen a ti por boca mejor que la mía, por la persona de que antes te hablé... No; no te dejo ir sin que le veas. Dame ese gusto, hombre..., no te hagas el interesante. Ya no hay en esto compromiso alguno, ni aquí se trata de conspiración, ¡ajo!, ni de narices. Somos dos amigos que oyen la palabra hermosa de un tercer amigo, y así le llamo porque sé que te cautivará No tengas ningún recelo, ¡contro! Repito que no hay en ello compromiso...

—Por agradable que sea hablar con hombres tan eminentes, yo creo que debo retirarme.

—Aguarda un momento. Pues nada tenemos que hacer aquí, ni se ha de resolver cosa alguna, quizá salgamos juntos los tres. Aguarda, te digo, no más que dos minutos.

Sin dar tiempo a que Ibero hiciese nuevas observaciones, salió Gallo, y a los pocos instantes volvió acompañado de un sujeto, a quien presentó en forma solemne:

—Don Manuel Montes de Oca, ex ministro de la Corona.

La primera impresión de Ibero fué de disgusto, como de quien se ve objeto de una emboscada. Permanecieron los tres un instante mudos, esperando cada cual que uno de los otros dos dijese la primera palabra. En este breve lapso de tiempo el enojo de Ibero se dulcificó ante la fisonomía grave, dulce y melancólica del joven gaditano a quien conocía por su nombre, un poco altisonante, y por su fama de caballerosidad. Habíasele imaginado viejo, adusto y con cara de pocos amigos; y viendo su juventud, su hermosura, su expresión soñadora y romántica, sus azules ojos, que antes revelaban las tristezas del poeta que las energías del sectario, reconoció que nuestra existencia no es más que un tejido de errores y que gran parte del tiempo que vivimos lo empleamos en la necesaria rectificación de juicios y creencias.

—No sé cómo pedir a usted perdón —dijo Montes de Oca, a punto que los tres se sentaban—por haberle traído a una reunión cuyo objeto, momentos antes de llegar usted, dábamos ya por fracasado. Ha sido usted muy oportuno en llegar tarde, y así no hay para nadie ni sombra de compromiso. Con media palabra me ha dicho Gallo que no habríamos podido contar con usted. Más vale así, ya que nada hemos hecho ni podremos hacer por ahora. Ello es muy triste, pero de una realidad que a todos se impone.

—Llegando tarde es menos violenta para mí la negativa que yo habría dado a los que, por lo visto, se reunían para defender una causa perdida,

—Por el momento, quizá — dijo Gallo—. Luego veremos.

—En política—afirmó Montes de Oca,

acentuando su expresión de tristeza—, el momento presente es lo que más importa. Al intentar dar una batalla nos hemos encontrado sin fuerzas y, lo que es peor, sin terreno. Usted, señor de Ibero, piensa que somos locos, y en ello tiene mucha razón... Pero no; el único loco soy yo, y las personas a quienes he querido hacer partícipes de mi delirio han tenido el buen acuerdo de dejarme solo. Respetando las ideas de usted, y en la esperanza de que usted, como hombre leal, respetará las mías, yo me permito emplazarle para dentro de un año, de dos... Entonces veremos dónde está la sinrazón y dónde la cordura.

—Las convicciones arraigadas, señor mío, aunque sean erróneas, merecen siempre respeto. Reconociendo que el proceder de usted en este asunto es obra de una alucinación, celebro infinito que mis compañeros no hayan querido o no se hayan atrevido a secundarle.

—El tiempo hará lo que yo no he podido hacer. Quizá es conveniente que el mal madure y crezca, para destruirlo más pronto y desarraigarlo. En los momentos críticos de la vida de los pueblos no es fácil saber dónde está la alucinación y dónde la claridad del juicio. Alucinan los triunfos repentinos, no la desgracia; la usurpación puede ser un delito; el derecho no lo es. Y en cuanto a la nobleza de los móviles, yo le invito a usted a que haga un paralelo, una comparación entre los que defienden la fuerza material y los que patrocinamos la espiritual. Dígame usted qué cree más digno y noble: si alentar el poder ciego de las armas o apoyar la ley, representada en lo más augusto, que es la Monarquía; en lo más hermoso, que es la mujer; en lo más sagrado, que es la infancia.

—Señor de Montes de Oca, usted es elocuente; yo, pobre soldado, no sé más que sentir. Siento las ideas..., no sé si digo un disparate. En mi corazón, en mi cabeza dura las junto con el honor, con el deber militar, con la idolatría de mis jefes, bajo cuyas órdenes he derramado mi sangre; las junto también con el amor de mi querida patria, de la Libertad, a quien adoro sin saber por qué..., y con todas estas cosas hago un solo sentimiento, que es mi vida. Así soy y así me encontrará usted siempre. Conmigo no podrá usted ganar batallas, y yo haré cuanto pueda para que las pierda.

—Dejemos para lo futuro las lecciones que podamos recibir el uno del otro—dijo Montes de Oca—. Por hoy, ya que entre los dos no resulte amistad, separémonos como caballeros que somos. Me reconozco vencido antes de combatir. No abusen ustedes de su poder antes de ser vencedores. Declaro que si yo tuviera fuerza material, impediría la usurpación que se prepara. Entre los defensores de ella hay muchos que la creen odiosa, brutal; pero no se atreven a combatirla. Yo me atreveré, por poco que me secunden, y espero que mi ejemplo traerá prosélitos a una santa causa. Prepárese usted, y los que como usted piensan, a las audacias de un enemigo terrible: ése soy yo, se lo advierto desde ahora para que sean implacables conmigo, como yo lo seré con ustedes. De seguro verán en mí una actitud quijotesca, una pasión que por querer remontarse a lo heroico resulta ridícula. No me importa; está en mi naturaleza el acometer las empresas grandes que casi parecen imposibles, y no porque lo sean me acobardan a mí... En la expresión de su cara, oyéndome, veo que mis arrogancias no le asustan ni le enfadan.

—En efecto—replicó Ibero—; me agrada su tesón y lo admiro.

—No, no puede considerarse perdida —afirmó Gallo con cierta brutalidad de gesto y de palabra—una causa que tales leones cría.

Levantóse Montes de Oca, y después de dar algunos pasos por la estancia detúvose ante los militares y les dijo:

—Lo que ahora tememos algunos, lo que ustedes preparan, lo que unos amigos de Espartero niegan con hipocresía y otros anuncian con insolencia, será un hecho dentro de veinte, treinta o más días..., qué sé yo cuándo. ¿Y este atentado se consumará sin que en el Ejército español, donde hay tantos hombres de honor, se desenvaine una sola espada para impedirlo?... Usted lo cree así... Yo no, yo no puedo creerlo... Si lo creyera, maldeciría a mi patria...

Honda impresión hicieron en el alavés estas palabras, a las que no pudo contestar sino con otras torpes y balbucientes. Era un rudo soldado, incapaz de filosofar sobre cosas públicas; un monomaníaco del patriotismo, que no en-

tendía bien las razones contrarias a la breve fórmula de su demencia. Ello no impidió que sintiera misteriosa simpatía por el gaditano, viendo en él un desdichado caballero que se prendaba de los imposibles y a pelear se disponía, solo y triste, por una idea rancia y sin lucimiento..., ideas de capa y espada, cosas de la *edad media* o de cualquier edad donde no había progreso.

La despedida fué breve: Ibero le estrechó la mano, sintiendo, y así lo dijo, no ser su amigo. El otro se fué delante, dejando tras sí un suspiro, y hasta que no le sintieron en el tramo más bajo de la escalera no se determinaron los militares a salir, para dejar entre ellos y el paisano un largo espacio de calle. Descendieron silenciosos lentamente, y en la calle no vieron más que media docena de vecinos que, huyendo del calor de las habitaciones, hacían su tertulia en las aceras, mientras los chicos jugaban en el arroyo. De los portales y cuartos bajos salía un olor de humanidad comprimida que destapa sus madrigueras para no ahogarse.

—Estáis locos—fué lo único que Ibero dijo a su amigo, aproximándose a las Descalzas.

—Es verdad—replicó el otro, sacando con dificultad las palabras del cuerpo—. Locura es pelear uno contra veinte. Que triunfen, y sólo con el hecho de triunfar nos ponen en la proporción de veinte contra uno... ¿Qué es lo que ahora pasa? Que no hay oposición. Pero en España la oposición se forma en cuatro días después del éxito. Nace como la mala hierba y crece como la espuma. Verás, verás... Yo lo he dicho: para poder apedrear bien a un ídolo hay que ponerlo arriba... Arriba, y bien alto, para que no se pierda ni una china, ¡ajo! Di que estamos locos. Los locos son ellos, y tú Santiago, tú...

V

Al día siguiente de este suceso recibió Ibero orden de partir para Valencia, conduciendo cuatro compañías de Borbón y dos de San Fernando. Las únicas personas que de política le hablaron el día de su partida fueron los inseparable Milagro y don Bruno, sin que ninguno de los dos obtuviera de él ninguna referencia de la misteriosa reunión del Postigo de San Martín. Medroso, turbado por la visión continua de graves disturbios, el manchego se mostraba pesimista, con más ganas de volver al terruño que de continuar en Madrid su inútil *vía crucis* de oficina en oficina. En cambio, don José soñaba despierto con una resolución pacífica y absolutamente limpia de sangre, que nos trajera la justicia y el reinado de la honradez; jarana filosófica, ante la cual habrían de prosternarse todos, reconociéndola buena, eficaz y definitiva, como principio de una era de perdurable ventura.

—Este país se gobierna con una hebra de seda, señores—decía con tenaz convencimiento, que parecía fe religiosa—. Y lo que es una revolución pacífica, que resuelva de una vez todas las cuestiones, no ha de faltarnos. Yo, yo me comprometo a ello sólo con que me dejen tres días de *Gaceta*. Nada, nada; es cosa sencillísima... Tres días de *Gaceta* me bastan, y si me apuran, dos... Soy sastre viejo, conozco el paño. Pero, señor, ¿no es principio de los principios la voluntad nacional? Pues teniendo ésta bien manifiesta, basta con un *cúmplase*. Que se cumpla, y todo el mundo boca abajo. Y no me salgan los moderados con la tecla de que la santísima voluntad de los españoles no es clara como el agua. España clama libertad con justicia y honradez en todas las esferas, y al pedirla señala con el dedo bien tieso quién puede darnos el bien que no gozamos. ¿Lo quieren más claro? Pues para claridad ahí tienen lo que ocurrió al paso de la reina por Zaragoza. El pueblo aclamó con mayor estruendo a la señora duquesa de la Victoria que a la propia doña María Cristina. ¿Y eso? Pues a cada instante vemos demostraciones no menos elocuentes de la voluntad de la nación... Yo gobernante, ustedes gobernantes, ¿qué haríamos? Decir *cúmplase*... y cumplir... Ya ven a qué sencilla fórmula se reduce todo mi sistema. ¡Cumplir, cumplimiento! Y no más trapisondas, no más discusiones, no más derramamiento de sangre... Declaro que no soy partidario de la violencia, ni de los tumultos, ni de que se haga uso de las armas... No se ofenda usted, querido Ibero, si le digo que a todos los

militares, en tiempo de paz, les mandaría yo a sus casas, quedándome sólo con una corta fuerza para contener a los malhechores... ¿Para qué necesitamos tanta tropa una vez que todo quede establecido en regla? Para nada. Más bien servirán ustedes de estorbo que de ayuda... Y luego, un gasto fabuloso, inútil, mi querido don Santiago. Yo emplearía las tres cuartas partes del presupuesto de Guerra en fomentar la riqueza pública, y por cada fusil que suprimiera plantaría un árbol, y en vez de regimientos pondría sociedades de Amigos del País, y los cuarteles se convertirían en universidades, y las banderas servirían para adornar las imágenes en nuestros templos... En fin, poca fuerza y mucha ilustración. Que me dejen la *Gaceta* y verán qué pronto...

Hubiera seguido desarrollando con fácil vena sus proyectos, producto inagotable de su reciente desvarío político, si el buen Ibero, que comúnmente se interesaba poco en la aplicación de los principios, por serle más grata la contemplación mental de los mismos en abstracto, no acelerase la despedida. Deseáronle los dos amigos, y otros que a la sazón llegaron, un viaje feliz, y partió a la cabeza de las seis compañías. Era un anochecer caluroso. Para no fatigar inútilmente a sus soldados, Ibero dispuso aumentar las jornadas nocturnas, abreviando las caminatas durante el día. No podría imaginarse peor tiempo de viaje, siquiera éste fuese de tropa, que en toda ocasión debe y sabe ir a donde la llevan. Los caminos eran polvo; el aire, fuego; del sol diríase que arrojaba la luz a torrentes y con ella el polvo, y del suelo, que ensuciaba y resplandecía. Y a través de aquel territorio arábigo, seco y ardiente que media entre las puertas de Madrid y las riberas del Jarama, los soldados iban locos de alegría; el calor y la sequedad eran su elemento; ni el peligro ni el temor de guerra podían inquietarles; no aguardaban ni perseguían a un enemigo fiero; no les faltaban alimentos, ni agua, ni obsequios de vino; era su viaje un paseo triunfal por pueblos feos, tras de los cuales vendrían pueblos bonitos, y en todos ellos encontraban muchachas de distintos pelajes a quienes embromar. El contento de la tropa, soltando chispas a lo largo del árido camino, iba prendiendo fuego y levantando llamas de alegría; para los pueblos era una dicha el paso de la tropa, y ésta no deseaba sino que España fuese del tamaño de todo el mundo para que la marcha no tuviese fin. ¿Qué más podía desear el soldado sino que le pasearan por el mapa, viviendo y gozando sin funciones de guerra? Vida más deliciosa no podrían soñar los pobres hijos del terruño español, destinados poco antes a matarse despiadadamente. Hermosa era la paz y grande entre los más grandes el que la había traído...

En medio de la infantil alegría de su tropa, Ibero iba triste, agobiado por el calor. Recorría largas distancias sin hablar con los compañeros que le rodeaban más que lo necesario para los actos del servicio. Como Don Quijote en sus horas de melancolía soñolienta, dejaba tomar al caballo el paso que quisiese y contemplaba las vagas líneas del horizonte, o las nubes, si por acaso las había en el cielo, o las ondas de polvo que el viento llevaba consigo, arreándolas como a una recua de fantasmas. No se crea que el militar adormecía su entendimiento en un éxtasis de cosas políticas, discurriendo si tendríamos mayor o menor grado de libertad. Esto le interesaba, le había interesado en los tiempos de la campaña activa; mas, desde los meses que precedieron al abrazo de Vergara, Ibero había sufrido la brusca invasión de una enfermedad del espíritu muy propia de sus años viriles, la cual, por venir algo tardía, entró con más fuerza, cogiéndole de un extremo a otro todo el campo de la naturaleza física y moral, sin que quedase parte alguna que no estuviese afectada por tan grave dolencia. Que ésta era el amor, fácilmente se comprende; un amor como los que se estilaban en aquella época: abrasador, exclusivo, con tendencias lloronas y funerarias, sabores de amargura y relámpagos de lirismo.

La historia era de las más comunes. Apenas conocía Santiago el amor más que por inclinaciones o caprichos insustanciales, cuando se prendó de una señorita de La Guardia, a quien había conocido en la niñez y en la juventud florida de ella, sin que jamás se le ocurriera que viniese a ser la dama de sus pensamientos. Ello fué repentino, obra de un par de tardes apacibles; se ini-

ció en una fiesta popular; siguió desarrollándose en un paseo junto a la iglesia, después de un refresco que dió el cura párroco al señorío principal de la villa; y para determinar el incendio de la grande alma de Ibero no hubo más combustible que unas palabritas de simpatía disimulada con donosas burlas; después otras de él, que debieron ser de lo más atrevido dentro del comedimiento social, y luego... un par de cartas muy respetuosas, con las indispensables fórmulas de rendimiento y ternura. Obtuvieron éstas una cortés acogida, que ya significaba mucho en la condición de la niña, y a tal demostración siguieron bromas delicadas que encerraban veras muy dulces; en sucesivas entrevistas se marcó el gusto que recibía la señorita de verse amada por un joven tan gallardo como Ibero y de tan honrosos adelantos en la carrera militar; mas no queriendo entregar su alma sin la preparación y trámites que pide la decencia, echó por delante risueñas esperanzas, con las cuales el hombre se tuvo por amante dichoso. Pero, ¡ay!, en cuanto le alejó de La Guardia la dura obligación militar, ya no fué vida su vida, sino un martirio continuo, pues lo mismo le atormentaban sus alegrías delirantes que sus lúgubres tristezas. Un correo amoroso, enviado y recibido de tarde en tarde, sostenía su pasión en el punto de mayor ardimiento. Cartas recibió en Miranda, en Morella, en Madrid, y cartas expidió desde aquellos y otros puntos. No queriendo dudar, dudaba; la niña, fuese por estudio, fuese porque así lo dictaba la realidad, a lo mejor salía proponiendo rupturas. ¿En qué se fundaba? En razones de familia muy atendibles que no podían exponerse por cartas; en repentinas veleidades de vocación religiosa, que despertaban en Ibero furiosos celos de Jesucristo... Ello es que el hombre no vivía y sus inquietudes subían de punto con la idea mortificante de no ser grato a la familia, que si le apreciaba como a un joven de mérito, de honrada progenie y buen acomodo, quizá no le creía digno de poseer un bien tan grande como la niña de Castro-Amézaga, noble por los cuatro costados y poseedora de un rico patrimonio. En el aburrimiento y soledad de aquel viaje a Valencia, sus temores y tristezas se resumían en el propósito de dirigir una expresiva carta al señor de Navarridas, no bien llegara al término de su caminata. Urgía despejar la terrible incógnita. Pensando en ello, ocupada la mente noche y día por la linda imagen de su dama, iba el hombre tragando lenguas, bebiendo polvo, espaciando la vista por las llanuras abrasadoras o distrayéndola en los cerros piníferos, cumpliendo como una máquina sus deberes militares, sin más gusto que el de tolerar a los soldados todos los esparcimientos que no fueran escandalosa violación de la disciplina.

Nada ocurría en el cansado viaje que alterara la desazón tediosa del alma de Ibero. ¡Si al menos hubiera guerra, enemigos que combatir, ocasiones de exponer la vida y de ganar nuevos laureles! ¡Acabarse la guerra cuando él se hallaba casi a las puertas del generalato! La faja hubiera sido un título ante el cual los Navarridas no podrían mostrarse inflexibles... Pero ya no había que pensar en nuevas campañas, pues Espartero había asegurado la paz por mucho tiempo. ¡Qué cosas trae la vida, Señor! ¡El, Santiago Ibero, que había peleado sin ambición, movido tan sólo del ardiente amor a la Libertad y del gusto de afianzarla con las armas, apenas terminada la lucha sentía en su alma el gusanillo, la avidez de más altos títulos y empleos para deslumbrar con ellos a una noble familia! Y no era él hombre para despreciar la paz, ni haría cosa alguna que contribuyese a renovar los pasados horrores. Su conciencia antes que todo. Si no le daban la niña de Castro, no podría vivir. La muerte sería la solución, un morir no menos glorioso que el de los campos de batalla, pues lo mismo daba caer a los pies de Cupido que a los pies de Marte, que tan dios era Juan como Pedro.

Por efecto del calor y del cansancio, que le quitaban el apetito, al pasar las Cabrillas iba el hombre tan espiritado, que el caballo, si en ello pensara, habría podido darse cuenta de una notable disminución en el peso de su jinete y señor Ya en el llano de Valencia, donde los soldados se entregaban a locas alegrías, convidados de la dulzura del clima y de las abundancias de aquella tierra, Ibero se sintió invadido por tristezas más crueles, que se le agarraron al hígado, al corazón, y luego despedían negros vapores hacia la cabeza. Marchando en las se-

renas noches se complacía en ver espectros que surgían a uno y otro lado del camino y pausadamente se alejaban ante el regimiento, mirando hacia atrás con fúnebres ojos. No eran, no, las nubes de polvo que levantaba el viento; eran ilusorios o verdaderos fantasmas, seres de otro mundo que venían a penar en éste y en el propio lugar donde fueron despojados de su carnal vestidura; eran las sombras de los infelices españoles brutalmente fusilados en los mataderos de Utiel, Chiva y Burjasot. De un suelo harto de sangre se evaporaban los trágicos horrores de la guerra para turbar los días serenos y las noches plácidas de la paz. Fuese porque estas imaginaciones le trastornaran, fuese porque al pasar bruscamente del achicharradero de la meseta central a las humedades ribereñas contrajera algo de paludismo, ello es que entró en Valencia con escalofríos y sed insana. El físico le recomendó descanso y pócimas; mas no hizo caso, tendiendo sólo, antes que a su salud, a buscar en el correo o en la Capitanía general las cartitas de La Guardia. Contaba con ellas como con la salida y puesta del sol a la hora marcada por los almanaques. Pero los divinos papeles, ¡ay!, o no habían llegado o andaban perdidos en los laberintos de la ciudad, quizá en manos de personas extrañas que los profanaban leyéndolos. ¡Qué abominación! Horrenda catástrofe era que se perdiesen y crimen nefando que los violara la curiosidad. Lo primero merecía una revolución; lo segundo, un cruel castigo..., fusilar sin piedad a todo español que desflorase una carta.

VI

La enfermedad de Ibero no fué grave ni larga, y aún habría durado menos si llegaran las deseadas epístolas. En cambio de esta soledad del corazón, veíase mentalmente asaltado de continuas impresiones, pues los amigos le llevaban todo el fárrago de noticias que diariamente llegaban de Barcelona y de Madrid. El capitán don Jacinto Araoz, que amaba a su superior como a un hermano, le ponía en autos de las graves ocurrencias, refiriéndolas con el calor que todo español pone en las cosas del procomún, principalmente cuando no le afectan ni poco ni mucho. En Barcelona, *archivo de la cortesía*, según Cervantes; arca del liberalismo, según los moderados, había estallado un motín. Decían los enemigos de Espartero que la trifulca era obra de Linaje. ¿Qué querían los revoltosos? Pedían, a juzgar por sus gritos, cosas muy buenas. ¡El duque, la Constitución, nuevo Gobierno! La reina y el general no se habían entendido en la formación del Ministerio ni en el programa de éste, pues de un lado tiraban a que la nueva ley de Ayuntamientos, violación de un principio constitucional, fuese sancionada, y de otro, a que no lo fuera. Don Baldomero se atufaba y anunciaba la dimisión de todos sus cargos; la reina no sabía de qué lado volverse, pues los hombres civiles de valía no eran la fruta más abundante en el país. Todos resultaban enanos, medrosos, obedientes a la espada o bastón de quien había sabido mantener el uso exclusivo de estos emblemas de autoridad. El motín fué escandaloso, repugnante; ni los amotinados sabían hacer revoluciones ni las autoridades el arte y modo de contenerlas. Ocurrieron desmanes vergonzosos, actos de estúpida crueldad; moderados y liberales se injuriaban o se agredían en medio de las calles. Ante los balcones de la residencia del duque vociferaban los unos, y ante el carruaje de la reina, los otros hacían demostraciones ridículas. Hubo no pocas víctimas, algunas gloriosas; rasgos personales de caballeresca audacia, que contrastaban con el salvajismo de la soez multitud. Terminó, al fin, la jarana con prisiones y bandos y el indispensable cambio de personas en los primeros cargos militar y civil.

Por variar, el mismo 18 de julio estallaba en Madrid otro motín y los pobres ministros no sabían a qué santo encomendarse. Todo lo arreglaban dimitiendo; con delicadezas y remilgos querían gobernar un país revuelto y desquiciado. Felizmente, la Milicia de Madrid supo cumplir y todo se redujo a los himnos y vociferaciones de costumbre en calles y plazuelas, a los atropellos de gente pacífica por gente desalmada. Libertad pedían los revoltosos, y en nombre de este ideal acometían a las mujeres que llevaban galgas y a los hombres que por su traza elegante, ¡oh contra-

dicción!, parecían enemigos del *progreso*. La tropa permaneció fiel a la disciplina; los ministros, pasado el peligro, acordaron que se cantara un solemne *Te Deum* para celebrar la paz. ¡Bonita paz nos daba Dios! Lo más grave de todo, según el bueno de Araoz, era que Inglaterra y Francia, las dos potencias más poderosas y camorristas del mundo, tomaban partido en nuestras discordias, declarándose los ingleses por la libertad, y Luis Felipe por la *moderación*.

—Era lo que nos faltaba—decía el ingenioso capitán—: que las naciones extranjeras vinieran a enzarzarnos más de lo que estamos. ¡Vaya una paz que hemos traído, chico! Ya voy viendo que la mejor de las paces es la guerra y que nunca están los españoles tan sosegados y contentos como cuando les encharcamos con sangre el suelo que pisan. Preparémonos para otra campaña, querido Santiago, la cual no veo clara todavía, pues no sé quiénes serán *ellos* ni quiénes seremos *nosotros;* pero entre media España y la otra media andará el juego. A prepararse, digo, que aquí la paz es imposible, y si me apuras, desastrosa, porque el español ha nacido eminentemente peleón, y cuando no sale guerra natural la inventa, digo que se distrae y *da gusto al dedo* con las guerras artificiales.

Poco interés ponía Ibero en estas cosas, pues para él guerra y paz, progreso y oscurantismo se borraban en su mente ante el inmenso problema de que llegara o no la deseada carta. Corrieron días, y al anuncio de que la reina saldría de Barcelona para Valencia comenzaron atropelladamente los preparativos para la recepción. Llegó su majestad por mar, en un vapor mercante, y desde que fué avistado por el vigía acudieron las tropas a formar en El Grao. Agregado a la sazón Ibero al Estado Mayor, debía escoltar a la reina hasta su alojamiento, que era el suntuoso palacio de Corvellón. Desde muy temprano se agolpaba la multitud en el puerto. Desembarcó la gobernadora, y las primeras aclamaciones con que fué recibida al poner el pie en tierra no revelaron un delirante entusiasmo popular. Ibero la vió en el momento en que al coche subía, oído el breve saludo de las autoridades, y quedó encantado de la gentil presencia de Cristina y de la incomparable gracia de su rostro. El mirar dulce, las lindas facciones, los hoyuelos que al sonreír se le hacían al uno y otro lado de la boca le fascinaron. No había visto jamás mujer tan bonita, con excepción de una, de una sola, que por soberanía de amor no podía tener semejanza. Y lo más extraño fué que entre aquélla, la suya, y María Cristina encontraba misterioso parecido. No eran iguales el color del cabello ni el corte de la frente; pero la boca, y singularmente los hoyuelos, decían: «Aquí estamos todos.» Con tal semejanza y la impresión que hizo en él la reina, cuya imagen llevó estampada en la mente mientras duró el trayecto de El Grao al centro de la ciudad, tuvieron gran alivio las melancolías del buen alavés; casi estaba contento; veía rosados y luminosos los horizontes de la vida, que horas antes se le presentaban negros, y se sentía menos desconfiado y pesimista.

En el tránsito de las personas reales, las manifestaciones del pueblo resonaron débiles y frías. Habría querido Ibero más calor, más entusiasmo, que bien lo merecían los peregrinos hoyuelos y la seductora expresión de aquella sonrisa. ¿Qué importaba la insana preferencia de la gobernadora por los moderados, si encantaba al mundo con su gracia hechicera? Nuevamente vió el alavés a su majestad al parar el coche para recibir a las muchachas que le ofrecieron ramos, y mayor fué entonces su admiración de tanta belleza y más vivo el sentimiento plácido que invadía su alma, algo como confianza en lo futuro y retoños de esperanza. Un cuarto de hora después de la entrada de la reina en palacio, y hallándose Santiago en el cuerpo de guardia, se le acercó presuroso su asistente y con voces de alegría confianzuda le dijo:

—Mi teniente coronel, ¡dos cartas, dos! Ahora mismo llegaron por el correo... Ahí las tiene. Y que no abultan poco...

Cogió las cartas Santiago, quedándose un rato como si no viviera en este mundo, y las guardó en el pecho para leerlas en la primera ocasión. Como una tarabilla, continuó charlando con sus compañeros, a quienes no pudo ocultar la alegría que inundaba su alma. Todas las cosas tomaron risueño color a sus ojos: la oficialidad era más diligente

en el servicio; los soldados ganaban en marcialidad y compostura; los generales estaban ya de acuerdo para dar patriótica solución a las graves cuestiones; los políticos de clase civil deponían su ambición y sacrificaban al interés público todo interés personal. ¡Y la reina...! ¡Oh la reina!... Al retirarse a su alojamiento, metiéndose la mano en el pecho para acariciar lo que pronto había de leer, se decía: «Esa mujer divina es quien os ha traído, adoradas cartas... Me parece poco llamarla reina; es un ángel, una diosa...»

Las cartas no decían nada y lo decían todo. Traían las mismas dulzuras de otras y las propias esperanzas. No fijaban el porvenir de un modo concreto y esquivaban la cuestión capital; referían con gracia encantadora mil cosas de familia, y en medio de estas intimidades dejaban entrever el obstáculo que era la mayor tristeza del valiente militar. Luego expresaban el gozo de que hubiese terminado la guerra y entonaban un himno a la paz. De la paz resultaría mucho bien, así a los grandes como a los pequeños. No bien las hubo leído Santiago, le asaltó el formidable tumulto de ideas para la respuesta; había tanto que decir, que difícilmente podría decirlo todo.

Días después, habiendo tomado el mando de Borbón (17 de línea), entró de guardia y su majestad le convidó a comer. En su vida se había visto en trances de tanta etiqueta. El honor de la invitación le vanagloriaba, y el miedo de hacer un papel desairado le afligía; mas se tranquilizó pensando que para salir del paso bastábale su buena educación castiza, sus hábitos de caballero y militar. No necesitaba, pues, experiencias cortesanas, pues al soldado de temple no se le había de exigir un conocimiento prolijo de la vida social. Durante la comida, y en la breve recepción que la siguió, su majestad estuvo con todos amabilísima y a cada cual supo decir un concepto grato. Distinguió a Ibero, consagrándole algunas palabritas más de lo que acostumbraba, y ellas fueron tales que el agraciado no pudo olvidarlas en mucho tiempo.

—Señor de Ibero—se dignó decir la reina—, se cuenta por ahí que anda usted terriblemente enamorado. Aunque me consta lo que usted vale, temo que una pasión tan fuerte le distraiga del servicio.

—¡Señora!...—murmuró Ibero en el colmo de la turbación, trémulo como un niño, viendo de cerca los lindísimos hoyuelos que daban infinita gracia a la boca de su majestad—. Señora..., yo... digo que el servicio de mi patria y de mi reina es antes que todo.

—Sí, lo sé... Mientras más enamorados, más caballeros y mejores servidores de estas pobrecitas reinas. Y qué, ¿no se piensa ya en casorio? No descuidarse, señor de Ibero. Ya, ya sé..., me lo ha dicho Jacinta... Una huérfana mayorazga. Son dos hermanas.

—Las dos de muchísimo mérito.

—Todo se arreglará. Cree Jacinta que todo irá por buen camino...

—La señora duquesa de la Victoria —dijo Ibero, arrancándose con una audacia de pretendiente—podría interesar en mi favor a la familia de..., a los señores de...

Bruscamente cambió de asunto su majestad, como herida de un recuerdo vago que anhelaba precisar.

—Me parece—dijo—, no estoy bien segura...; paréceme que en la lista de ascensos a coronel que me han presentado ayer está el nombre de Ibero.

—Bien puede ser, señora—replicó el militar—; sé que el señor duque me había propuesto.

—¡Coronel!... Lo habrá usted ganado bien.

—Deberé mi ascenso, más que a méritos míos, a la munificencia de vuestra majestad.

—Subir un escalón más en la milicia es cosa muy buena para los enamorados que desean casarse, pues cuanto más suben más fácilmente ven a sus novias.

Oyó esto Ibero como un rumor lejano, pues atraían y fijaban toda su atención los hoyuelos jugando en derredor de la regia boca. Distrájose Cristina recibiendo el saludo del general don Leopoldo O'Donnell y del regidor don José Félix Monge, que entraron en aquel momento; cambió con ellos algunas palabras; volvió luego junto a Ibero, o más bien pasó frente a él, y por despedida le dijo:

—Señor teniente coronel, ¿a quién quiere usted que hable: al ministro de la Guerra o a Jacinta?

—A los dos, señora—replicó Ibero con

una espontaneidad que al poco rato turbó gravemente su conciencia.

Al retirarse no tenía consuelo, y furioso consigo mismo, se echaba en cara la grosería de aquella respuesta. «¡Qué gaznápiro me hizo Dios!—se decía—. Debí contestar de una manera fina, con gracia y modestia, no a lo bruto... ¡En qué estaba yo pensando!... Di una respuesta egoísta, ambiciosa..., una respuesta *moderada.*»

VII

Viviendo en sus soledades, sin dejar de atender con mecánica regularidad a su militar obligación, nada le importaban a Ibero los acontecimientos políticos, y las noticias del motín del 1 de septiembre en Madrid le afectaron muy poco. El *movimiento* no fué iniciado por la plebe ni por los militares. El Ayuntamiento rompió plaza, declarando su propósito de no cumplir la ley Municipal, y poniéndose enfrente del Estado. Era una nueva forma de revolución, a lo pacífico, como la preconizaba el buen Milagro, y ello debía de estar bien guisado, porque la Milicia se apiñó resueltamente al lado de los ediles, y el Ejército fraternizó con el pueblo. Con este modo de señalar, claro es que no había de correr sangre, ni había para qué.

Llegaban a Valencia las noticias abultadas y con cierto cariz poético. ¡Qué orden tan admirable! Verdaderamente no había pueblo más digno de la libertad que el español. Así se engrandecían las naciones. Los extranjeros se admiraban de nuestra cordura, de nuestra cívica virilidad. Se repetían las frases ardientes de González Bravo, pronunciadas en el Ayuntamiento; las proclamas de San Miguel a la Milicia, y los dichos catonianos de este y el otro individuo, que entonces empezaban a figurar en la Historia. Naturalmente, se formó una Junta, que asumió todos los poderes, y su primer cuidado fué dirigir una respetuosa exposición a la reina. Todo se hacía con respeto, con respeto se convirtió un Municipio en Estado, y la fuerza pública se ponía a las órdenes de un alcalde, con muchísimo respeto. Oyendo contar a su amigo Araoz estas novedades, Ibero lo encontraba todo muy natural; pero no pudo menos de reír al enterarse de que en la flamante lista de secretarios de la Junta de Madrid figuraba el claro nombre de José del Milagro.

Dígase entre paréntesis que la ley de Ayuntamientos, causa de toda la trapisonda, no era más que una triquiñuela legal de los moderados para reducir a su mínima expresión la fuerza popular de los comicios y matar de raíz las aspiraciones progresistas. Revelaron en ello, si no la *suprema inteligencia* de que blasonaban, una trastienda frailuna de que sus contrarios carecían. Los caballeros del *Progreso,* aferrados a la política sentimental, todo lo resolvían con himnos, abrazos y banderolas; los otros iban un poco más al bulto.

Cundió por toda España el ejemplo de Madrid, y el pronunciamiento no tardó en ser nacional. Vencida por un superior juego, la reina no tenía ya más que una carta, y la jugó sin vacilar: Espartero fué presidente del Consejo de ministros... Vió en ello Ibero la solución más natural y conveniente, pues el duque y la reina, las dos personas más altas de la nación, encontrarían la forma y manera de hacer felices a los españoles, dándoles leyes justas y gobernando con prudencia y eficacia. Siempre había sido Ibero un gran inocente, y bajo la influencia soñadora y narcotizante de su refinado amor, lo era mucho más. Pensaba como un niño, y en la paz los tonos rudos de su fiereza militar se avenían singularmente con el carácter incoloro y anodino de sus ideas. Por aquellos días recibió su nombramiento de coronel, y fué a dar las gracias a la reina, que le recibió muy afable, sin repetir las delicadas bromas acerca del noviazgo. Sin duda, la señora no se acordaba ya de tal cosa: su semblante revelaba insomnios y tristeza. La gravedad de la situación política la reconoció Ibero claramente en los hoyuelos, que aparecían algo desvanecidos y con pocas ganas de broma. Salió de la regia estancia compadeciendo a su majestad y deseoso de que el pronunciamiento le trajese días gloriosos, cosa en verdad menos fácil de lo que parecía.

Recibió el coronel con su honroso grado el mando del Príncipe, y en la toma de posesión y en los trabajos de revista de material, documentación, caja y demás, se le pasaron algunos días. Consagróse después a un rudo trabajo episto-

lar, mandando para La Guardia en pliegecillos de papel toda su alma y ternísimos memoriales, y mientras escribía con destreza febril, apenas se enteró de que el recibimiento hecho en Madrid al duque fué un delirio, de que la Junta revolucionaria, como quien no dice nada, se permitía pedir a la reina que diese un manifiesto «reprobando los consejos de los traidores que la rodeaban; que separase de su lado a todos los funcionarios palatinos y personas notables que habían concurrido a engañarla», etcétera. Poco después no fueron tan sentimentales acuerdos de la Junta, pues se arrancó a proponer al duque la reforma de la regencia, con arreglo a los buenos principios. La reina era excelente persona, según la Junta, y «estaba animada de las mejores intenciones; pero en su inexperiencia encontraban un campo fácil de explotar los que aspiran a perdernos». Para no cansar (el documento es largo y mal escrito), querían los junteros «asociar a la augusta persona otras que participaran con ella de carga tan pesada... y merecieran la estimación y confianza nacional»...

En esto, formaba el duque su Ministerio, lo que no le fué difícil, dueño como era de la fuerza y de la opinión, y, con sus ministros en el bolsillo, tomó el camino de Valencia, adonde llegó el 8 de octubre, harto de ovaciones, siendo la más solemne y estrepitosa la que en la ciudad del Turia dispuso y efectuó la gran mayoría del vecindario, el Ejército y Milicia. A la Cruz Cubierta salieron a esperarle generales y jefes, el Ayuntamiento y gentío inmenso de todas las clases sociales. Locos de entusiasmo, los chicos de Milicia y pueblo desengancharon los caballos de la carrtela y tiraron de ella tan guapamente hasta el interior de la ciudad, en medio del estruendo de las aclamaciones patrióticas, que semejaban a los fragores de la Naturaleza. Comparsas y músicas unían su clamor a la delirante voz del *Progreso*. De balcones, ventanas y azoteas llovían flores, coronas, dulces, confites, versos del inspirado Arolas. Al llegar el pacificador a su alojamiento, en casa del marqués de Mascarell, cantaron un himno los coristas del teatro, digno remate de función tan lucida y grandiosa... No ha existido en España popularidad semejante, tanto más hermosa cuanto eran más efectivos los méritos que la justificaban. ¡Qué caminito para fundar algo grande y duradero! Ya se irá viendo, a medida que vaya clareándose el balance histórico, lo que España debió a Espartero y lo que Espartero quedó a deber a España. Esta pobre vieja siempre sale perdiendo en todas las cuentas.

—Eso de que la regencia sea doble —dijo Ibero en aquellos días, imponiendo su opinión a la oficialidad, mientras tomaban café en el cuarto de banderas—me parece una inspiración del Cielo. Los dos partidos, las dos ideas se juntan y gobiernan y transigen como un matrimonio que no se puede disolver. Si esto no cuaja, señores, sea porque aquí ya no hay patriotismo.

Opinaron todos como él, y pusieron en el cuerno de la luna lo que llamaban la co-regencia, invención de la Junta municipal y constituyente de Madrid. Mientras de esto platicaban los militares, haciendo de paso sátiras muy acerbas de los personajes moderados que componían la camarilla de la reina, ésta escuchaba en su cámara la lectura del programa ministerial, en el cual, entre vanas retóricas, se soltaba esta idea: «Pero lo que más generalmente se desea es que vuestra majestad se acompañe de hombres prácticos en la ciencia de gobierno...» Luego remachaban con este otro parrafito: «Es opinión tan generalizada, que hasta en los pueblos más pequeños y que menos parece se ocupan de las cosas públicas existe, y es tal la exigencia respecto a este punto, que la creemos irresistible, y un escollo contra el cual se estrellaría cualquier Gobierno que intentase contrarrestarla.» Oyó la reina, y no dijo si le parecía bien o mal el documento, discreción, en verdad, muy extraña, pues para saber lo que opinaba del programa se lo habían leído. Como para quitar a los consejeros el mal efecto que había hecho su mutismo, requirió Cristina el Crucifijo y Evangelios para que los tales juraran, y con esto y el acto solemne de tomarles la prenda de sus conciencias, les tranquilizó, y ellos se tuvieron ya por ministros efectivos. Salieron de Palacio, y pasó ún lapso de tiempo que por su importancia en aquella comedia hubo de merecer diversos cálculos acerca de la duración. Fué lo que podría llamarse un *rato histórico*, y su longitud la apreciaron unos en más, otros

en menos. Don Joaquín María Ferrer lo fijaba en veinte minutos; don Manuel Cortina, en quince, y Gómez Becerra en media hora. Ello es que no había transcurrido después de la jura una larga existencia ministerial, cuando Espartero, que aún no había salido del palacio de Cervellón, fué llamado precipitadamente. Su instinto le anunció algo grave, y no se equivocaba el señor duque, hombre de olfato seguro, pues al entrar en la regia estancia, la gobernadora, nerviosa y demudada, retorciendo en sus lindas manos el pañuelo, le dijo sólo tres palabritas: «Espartero, yo abdico.»

¿Qué hablaron en el resto de la conferencia, que duró más de una hora? Claro es que Espartero empleó aquel tiempo en disuadir a su majestad de la resolución expresada. Debió de argumentar como ministro, como general y como caballero, y las varias razones salidas de sus labios no debieron de tener otro fin que la demostración del daño grande que al país ocasionaría la renuncia. En ningún archivo histórico consta, ni puede constar, aquel diálogo; pero la verosimilitud y el arte hipotético pueden reconstruirlo. Lo verdaderamente indescifrable es el pensamiento de uno y otro mientras hablaban; lo que dijeron no ofrece dificultad grande al historiador. Claro como el agua se ve que el duque agotó todo su caudal lógico para quitarle de la cabeza a la bella Cristina la ventolera de abandonar su cargo, y que la reina se obstinó en la renuncia, como quien ha tomado un acuerdo irrevocable, con su cuenta y razón. O anhelaba descanso, vida doméstica, goces más tranquilos que los del Poder, despojado ya de todo encanto para ella, o vislumbrando un porvenir de dificultades insuperables hacía la jugada de endosar al vecino su parte de responsabilidad. Cualesquiera que fuesen los móviles, estrategia o fatiga, ello es que la soberana y el soldado se separaron cada cual con su tema. No hubo acuerdo más que en la conveniencia de que sólo el Gobierno supiese la grave resolución, y de que al día siguiente se celebrara Consejo para discutirla.

Pero, ¡ay!, el Gobierno no fué más afortunado que su presidente: los pobres ministros, que se creían en situación muy desairada ante una reina que, mientras tomaba juramento, tenía guardado el escrito de su renuncia en la gaveta de la mesa donde estaban el Crucifijo y los Evangelios, hablaron sin tasa para disuadirla. Todo inútil. «Yo me voy, yo me voy, y yo no puedo más.» Con esta misma tenacidad categórica rechazaba María Cristina todos los extremos del programa ministerial, negándose a suspender la ley de Ayuntamientos y a reconocer la legalidad de las Juntas y abominando de la co-regencia.

—¿Por qué vuestra majestad no nos dijo todo eso antes de hacernos jurar?

—Porque no podíamos prescindir del juramento, señores míos; porque era forzoso que hubiese un Ministerio en quien resignar el poder para que la nación no quedase sin gobierno.

Ni con estas razones ni con otras que expuso la dama se dieron por convencidos, y acordaron dejar en suspenso la discusión, celebrando nuevo Consejo al siguiente día. En el intermedio preparóse Cristina de nuevas armas dialécticas, que fácilmente encontraba en el arsenal de su camarilla, y el Ministerio, tras una fatigosa disputa en la fuerza lógica de seis hombres de autoridad, se estrellaba en la tenaz porfía de un ser débil (hecho en verdad muy humano, que ocurre constantemente en el orden privado), se declaró vencido... Espartero y los suyos hubieron de aceptar la situación creada por la renuncia; mas no se puede determinar, a estas distancias cronológicas, si al acto de aceptar el hecho acompañó tristeza o alegría de los corazones. La actitud de Cristina tomaba toda su fuerza de la propia debilidad mujeril y del respeto y exquisitas consideraciones con que era forzoso tratarla. Había pronunciado con toda la majestad del mundo un «ahí queda eso», y ya podían venir a predicarle abogados, generales y hacendistas. Si éstos querían hacer un poco de historia con elementos más o menos políticos y literarios, ella sabía componerla con un mohín tan enérgico como gracioso, con un rasgueo de abanico y un estira y afloja de los expresivos hoyuelos.

No tardó en hacerse público el estupendo caso, y cada cual lo comentó como quiso, prevaleciendo el criterio de que doña María Cristina daba muestras de gran patriotismo quitándose de en medio para que viniesen otros *a labrar* la felicidad de la patria. Entre tantas opiniones, el historiador debe preferir las que

rompían los vulgares moldes del juicio de los más, revelando en su propia extravagancia un cierto poder de adivinación. A la tertulia del cuerpo de guardia de Palacio asistía diariamente un señor de edad madura, a quien llamaban *don Nicolás*, no se sabe por qué, pues no era éste su verdadero nombre. Gustaba de andar entre militares, sabía revolver la historia de su época y apuntar sobre cosas y personas juicios muy donosos. Valenciano neto, poseía la perspicacia levantina, el decir sentencioso y un sentido de la realidad que los ribereños del Mediterráneo deben a la frecuencia con que les visita el espíritu de Maquiavelo.

Don Nicolás expresó una opinión que fué motivo de risa y chacota entre los circunstantes, bebedores de café y copas, fumadores de tagarninas. «Pues la razón de todo esto—dijo—es el odio que la señora ha tomado a Espartero. Le aborrece; no puede matarle con su autoridad y le mata con su dimisión. La cosa es bien clara. ¿Cuál es para Cristina la mejor manera de hundir al duque y de inutilizarle para siempre? Un hombre, un rey, le arrancaría de las manos el bastón de generalísimo. Una mujer posee otros medios de venganza y castigo más eficaces... ¿Qué es ello? Pues ponerle en la situación de que la patriotería le haga regente. Cátate regente por virtud y gracia de los patriotas, cátate perdido. Esto es juego muy fino, señores, la quinta esencia del saber político y humano. Para poseer esta ciencia sutil hay que ser de la otra banda, haber nacido al pie del Vesubio o del Etna. Acá somos más llanotes y atacamos al enemigo por lo derecho... ¿Que se ríen? Le da la regencia; él la toma; y ella, sentadita a la otra orilla, le ve patalear y hundirse...»

Rieron, porque si el juicio era tan disparatado que *no merecía los honores de la refutación*, en él resplandecían la originalidad y el ingenio. Por toda Valencia cundía, entre carcajadas, con el estribillo de *cosas de don Nicolás*.

VIII

Ya en el trance de dar forma legal a la renuncia, el Gobierno se aplicó a endilgar del mejor modo posible la página histórica, para que los venideros tiempos no tuvieran nada que decir en punto a formalidades, y allí hubo de lucir todo su talento el que luego adquirió fama imperecedera, don Manuel Cortina, hombre muy fuerte en jurisprudencia y en el conocimiento de la Humanidad. Resultaba dificilísimo fundamentar la renuncia de la gobernadora, que en 16 de septiembre había dicho en un decreto famoso que «satisfaría las necesidades de los pueblos». ¿Con qué razones se justificaba la ligereza de negar en octubre lo que un mes antes había ofrecido conceder? Aquí del ingenio político, aquí de las elasticidades del pensamiento y de la palabra, para concertar un sí con un no y fundar encima el catafalco de la renuncia. Si por su entendimiento descollaba Cortina, no valía menos por la rectitud de su conciencia; y no hallando razones públicas con que motivar ante la posteridad el paso de la reina, creyó que debía buscarlas en el orden privado. Demostró en ello más inclinación a resolver todo conflicto con resortes humanos que con artificios forenses, y rebosando de sinceridad y buena fe, propuso a la reina que por cimiento de la dimisión se pusiera el hecho firme, desde el punto de vista legal, de su casamiento morganático.

Debe decirse que si lo del casamiento no era más que un rumor, la naturaleza maligna del caso le daba tanto crédito que ya en 1840 poquísimas personas lo negaban. Ultimamente, la desavenencia ruidosa entre Cristina y su hermana contribuyó a difundir el secreto, pues doña Carlota, refugiada en París, no halló mejor modo de distraer los ocios de su proscripción que refiriendo con pormenores de verdad todo el idilio palatino y morganático. Se cuenta que su alteza patrocinó un libelo que sobre la regia historia escribieron plumas venales en la capital de Francia, el cual no pudo ver la luz pública porque nuestro embajador, marqués de Miraflores, se cuidó de recoger toda la edición y destruirla, no sin que se escaparan algunos, muy poquitos ejemplares.

Bueno, Señor. El sabio, el íntegro Cortina, que creía verdad lo del casamiento, y, sin duda, no lo tenía por delito, sí por impedimento para ejercer la regencia, se atrevió a ser sincero con su majestad. Mas la viuda de Fernando VII no juzgó que había llegado aún la oportunidad de hacer público aquel suceso, o enten-

día que su figura histórica se achicaba enormemente si aparecía prefiriendo la actitud amorosa a la política, y sin mostrar sorpresa ni indignación, denegó el caso. Ya no tuvo más remedio don Manuel que devanarse los sesos para construir el castillete retórico que debía ser una página más de esa historia falsificada que elaboran diariamente los gobiernos con ideas muertas y palabrería de mazacote, historia indigesta, destinada al olvido. Otra cosa será cuando no haya tanta distancia entre la psicología de reyes o gobernantes y los moldes de la *Gaceta:* entonces tendremos la real historia escrita al día. Pero es muy dudoso que este tiempo llegue; resignémonos a una vida de ficciones, y a recoger los granitos de verdad que a duras penas extrae la observación del fárrago indigerible de la literatura oficial.

Aplicáronse los señores ministros a resolver diversos problemas secundarios, nacidos de la renuncia, tales como la cuestión de tutela, la disolución de Cortes, etc., y no se cayó el firmamento, ni subió el vino, ni vieron los españoles la menor alteración en su vida bonachona. Comía el que tenía qué y todos hablaban cuantó querían de lo humano y lo divino, derrochando su aptitud crítica, que era y sigue siendo la virtud o el vicio del siglo.

Santiago Ibero, cuyas tristezas se exacerbaron cruelmente en los días de la renuncia, por los motivos que él mismo dirá, se fué una mañana, la del 10, según los informes más autorizados, a la residencia del duque su ilustre jefe, y solicitó audiencia de la señora duquesa, que aquel día no prestaba servicio en Palacio al lado de la reina. Tras corta antesala se dignó la señora recibirle, y no manifestó en aquella ocasión crítica toda la afabilidad que en su bello rostro hallaban comúnmente los que tenían la dicha de tratarla: sin duda, la inquietaba la próxima partida de la reina, y anticipándose mentalmente a volver aquella hoja histórica, veía quizá oscuras y garrapateadas las páginas siguientes.

—¿Qué traes por aquí, Santiago?

Se sentó indolente, señalándole el asiento próximo. Como Ibero, indeciso y turbado, permaneciese en triste mutismo, continuó la dama:

—¿Qué te parece de esta renuncia? ¿Has visto cosa más inesperada y sin fundamento? ¿Qué opinas tú?

—¿Yo, señora? Nada, absolutamente nada—replicó el coronel con toda su alma—. No he tenido tiempo de pensar en ello, abrumado por... En fin, no quiero aburrir a usted con mis lamentaciones.

—Sí, hijo; no hagas el Jeremías, que no estamos para llorar. ¿Qué te pasa? Dímelo de una vez.

—Vengo a suplicar a usted que interceda con el señor duque para que me mande a Vitoria. Me ha dicho el ayudante del señor Linaje que el mismo día de la partida de la reina saldrá el Príncipe para Madrid. Yo, que en tiempo de guerra jamás solicité cambio de destino, en tiempo de paz, y viendo una absoluta incompatibilidad entre mis intereses particulares y el real servicio, estoy decidido a pedir la absoluta si no se me manda al Norte.

—Y ¿por qué esa prisa de ir a Vitoria? ¿Qué se te ha perdido allí?

—Se me ha perdido, o se me quiere perder, lo que para mí vale más que cuanto existe en el mundo. Perdone usted: debí empezar por ponerla en antecedentes para que se haga cargo de las causas de mi desesperación. En la carta que recibí momentos antes de saber la renuncia de la reina..., parece que el demonio lo hace, señora: mis alegrías y mis penas coinciden con los sucesos políticos más graves..., pues momentos antes recibí una carta..., ya me esperaba yo este jicarazo, que se me había anunciado en cartas anteriores... Total, que la familia quiere que rompa a todo trance, porque se ha determinado que Gracia dé su mano al marqués de Sariñán, a fin de unir las casas de Idiáquez y Castro-Amézaga.

—¡Dios nos asista!... Pero ¿es ella quien te lo propone?

—Ella, movida, según dice, de la obediencia, del respeto a los superiores... Bien quisiera protestar de tal tiranía; pero se halla sin fuerzas para la rebelión: su voluntad, no muy fuerte, se halla cohibida por la de su hermana, que es, como usted sabe, la que piensa y obra por las dos. A usted sorprenderá, como me ha sorprendido a mí, que Demetria, la gran Demetria, sacrifique la felicidad de su querida hermana por el marquesado de Sariñán.

—Santiago Ibero, tú no estás en tus

cabales, y la pequeñuela de Castro juega con tu corazón, sin duda para ponerlo a prueba. Eres un niño: el amor te tiene tan ciego, que no ves toda la picardía de ese angelito juguetón de quien te has enamorado.

—Quizá habría pensado como usted si con la carta de Gracia no hubiera recibido otra de Navarridas en que me canta la misma tonadilla...: que renuncie, que no insista; que la familia determina otra cosa por razones muy respetables... Y todo ello en un tono seco y autoritario que me ha puesto, como usted ve, fuera de quicio y con ganas de adoptar los medios revolucionarios. No me resigno, señora; no me estimo en tan poco como Navarridas quiere tasarme. Quiero que el señor párroco de La Guardia me diga esas cosas en mi cara; que Demetria también me las diga..., que no me lo cuenten por cartas..., que me suelten el tiro a boca de jarro, si se atreven a ello... Decidido estoy a todo: si el jefe no accede a lo que le pido, me iré de paisano. ¿Qué vale ya mi carrera militar, ni para qué la quiero?

—Pero, tonto, si pides la absoluta, bien podría ser que te hicieran menos caso. Pongamos que convenzo a Baldomero y te da el mando de un regimiento de los que están en el Norte, Farnesio. Cuenca, no sé... Vas, llegas...

—Y me persono en La Guardia, y pido explicaciones, y propongo a Gracia la rebeldía, la evasión, la fuga... Cerco la casa, la incendio; arrebato a Gracia, la robo, hago el trovador: no me arredran los lances de comedia... Y si no pudiera conseguir lo que intento, porque la familia, el enemigo, se me anticipara con precauciones y defensas, el volcán de mi alma reventaría por el cráter de la venganza... Ya lo ve usted: sin quererlo me vuelvo poeta..., y hago versos... en prosa..., sin que ello me resulte ridículo... Pues sí, ¡venganza, justicia!... Cintruénigo me la pagará... Pegaré fuego al palacio de Idiáquez, arrasaré la villa, no dejaré piedra sobre piedra... ¿Para qué estamos los militares más que para castigar la maldad, para meter a todo el mundo en cintura?

Rompió en franca risa la señora duquesa, y le dijo:

—Pues, hijo, medrados estamos con tus ideas... No se os han dado las armas, no, para que con ellas atropelléis a la gente pacífica, ni para esas venganzas de teatro. ¡Pues estaría bueno!... Santiago, si sigues diciendo esos disparates, creeré que eres capaz de hacerlos, y Baldomero, que se interesa por ti más que tú mismo, te mandará a un castillo hasta que te pase la calentura. Ten formalidad y yo te prometo interceder para que te dejen ir a ver a la niña, y puedas echar un párrafo con María Tirgo... Vamos, hombre, que no serán tan negras las cosas como tú las pintas... Es que con la paz, los valientes os volvéis otros, digo yo, y todo el furor de guerra que teníais en el cuerpo os sale en forma de tonterías, y os ponéis babosos, y qué sé yo...

—¡La guerra!—exclamó Ibero dando un gran suspiro—. Los días más penosos de la campaña, aquellos en que me vi en mayores peligros, en que sufrí más hambres, fueron, ¡ay!, los más felices de mi vida... Ya no volverán.

—Ni falta que nos hace. Pues qué, ¿siempre hemos de estar peleando para dar gusto a estos señoritos alocados?

—No digo que siempre estemos en guerra...; digo que aquello para mí era mejor, que me gustaba más.

—Buen provecho te haga. No, no; España quiere ahora paz, y una paz larguísima, para que prospere todo, hijo, y seamos un pueblo ilustrado y rico.

—Así lo he pensado yo; pero no me sale la cuenta, señora.

Algo más quería decir; pero le interrumpió la entrada de Espartero. Levantóse Santiago con marcial presteza al sentir el ruido de la mampara, y dando media vuelta se encontró ante la cara cetrina del pacificador, que aquel día no revelaba un temple muy favorable a las conversaciones ociosas.

—¿Qué quiere Santiago?—preguntó casi sin mirarle.

—Quiere que le mandes a Vitoria—dijo la duquesa entre seria y festiva, poniendo toda su bondad generosa al servicio de una causa de amor harto simpática—. Y realmente tiene que hacer allí. Es una iniquidad que le quiten su novia y la casen por fuerza con otro, a estilo de comedión pasado de moda. Los Navarridas dan un bofetón al Ejército español, y esto no debe consentirse.

—¿A Vitoria...?—repitió Espartero, que engolfado en otros asuntos y pensamientos no se hizo cargo de lo que oía—

¡Válgame Dios, qué jaqueca nos está dando esa buena señora! Hoy hemos salido locos. Pero ¿no comemos, Jacinta? No es que yo tenga ganas; pero hay que comer, no sólo para vivir, sino para salir pronto de esta obligación de la comida, y ocuparse uno en lo que ha de hacer por las tardes... Ahora me acuerdo: tenemos que esperar a Cortina, a quien he convidado... Me parece que ya está ahí; ése es de los puntuales. Santiago, te quedarás a comer con nosotros... No hay excusa, yo lo mando. ¿Conque a Vitoria? Por ahora no puede ser. Ibero irá siempre adonde yo le necesite, y yo le necesito a mi lado..., en Madrid.

IX

La repetición de este concepto, al siguiente día, quitó a Ibero toda esperanza de que el general accediese por el momento a trasladarle al Norte; y para colmo de desdicha, siempre que de esto se le hablaba, respondía Espartero con mayor severidad y firmeza, tomando a broma lo de la licencia absoluta, que calificó de chiquillada indigna de un hombre serio. No tuvo, al fin, Santiago más remedio que resignarse, ayudándole en su conformidad la bonísima doña Jacinta, que le prometió escribir a La Guardia para informarse de la intriga o cábala matrimonial que hacía de un bravo coronel de ejército un desairado personaje de comedia sentimental. En los días que precedieron a la partida de la reina se distrajo con las precauciones que hubieron de ser tomadas para impedir que se turbara el orden, pues corrían voces de que la caterva reaccionaria produciría un motín en el momento de salir su majestad de la misa en la Virgen de los Desamparados para dirigirse al muelle. El plan era precipitarse al coche, cortar los tirantes y, haciendo de borriquitos los señores y pueblo, llevarse a la real persona con rápida tracción a Palacio. Así desbarataban caballerescamente todo el plan de embarque, dando por nulo y sin ningún valor el acto de la *llamada* renuncia.

Bueno será indicar el extrañísimo estado psicológico de Ibero con respecto a la reina, para que a nadie sorprenda que se alegraba de verla partir, aun conservando hacia ella una simpatía dulce y compadeciéndola por la pena de separarse de sus hijas. El amor, que desatado con violencia desequilibra las facultades y centuplica la sensibilidad y la fantasía a expensas de la razón, probó de un modo excepcional todo su poder en el valiente Ibero, llevándole al delirio, y haciéndole ver en la Naturaleza y en la sociedad fenómenos y relaciones propios de la edad primitiva. No llegó, ciertamente, a un estado de locura como el de Cardenio; pero sí a creer y sentir como hijo de las selvas, de las espeluncas o de cualquier otro sitio donde no había civilización, ni ciencia, ni pacto social, sino rebaños de hombres soñadores y pacíficos ante los sublimes espectáculos del cielo y de la tierra. El bravo coronel veía signos de celestial escritura en las dispersas estrellas y constelaciones o figuras humanas que recorrían con pausada solemnidad la inmensa bóveda; animaba con su naturalismo creador los objetos terrestes, atribuyendo a los árboles, a las peñas, a las sombras de los edificios, y aun a las cosas más innobles, figura, existencia y personalidad, y separando todas estas visiones en las dos categorías de benéficas y maléficas. Un poste, a veces, le miraba con saña; un ventanucho le sonreía; una caja de cigarros le decía: «cuidado, Ibero», con fraternal interés; una banderola ondeando al viento le gritaba: «tonto, ¿por qué vives?» Aprendió mil supersticiones, sin que nadie se las enseñara, y mil formas de *jettatura*. Reconociendo él mismo la ridiculez de aquel trastorno, actuaba sobre sí con la voluntad, y trataba de quitarse tales tonterías de la cabeza, diciéndose al fin: «¡Qué bien te vendría, Santiago, que estallase otra guerra para que los cuidados y peligros te limpiaran el entendimiento de esta mugre!»

Cuando llegó doña María Cristina, la peregrina casualidad de que en un mismo día y hora apareciesen la reina y la carta que le hizo tan feliz, fué parte a que Santiago creyera su destino amoroso asociado a la persona de la soberana. Los hoyuelos del divino rostro de Cristina eran la cifra o representación de la divinidad misteriosa que preside el amor, y ellos le infundían esperanza, le señalaban un camino, le recomendaban la perseverancia y la fidelidad, anunciándole nuevas dichas cada vez que en público

se mostraban. Pero, de pronto, el influjo benéfico de la regia persona trocóse en maléfico influjo. Con la renuncia de la regente en el mundo político, grande y ruidoso trastorno, coincidieron en el individual mundo del enamorado las tristísimas nuevas venidas de La Guardia en las cartas de Gracia y Navarridas. No fué preciso más para que la reina se trocase de ángel en demonio, entendiendo por esto un ser muy bello, pero de muy malas intenciones, que provoca desastres y ruinas sólo con una mirada. Otras mil ocasiones de probar la sombra maligna de la viuda de Fernando VII se le presentaron, pues observó más de una vez que siempre que la veía le pasaba algo desagradable. En fin; convertida la reina en el genio adverso del buen militar, en la fase negra de su destino, ¿qué había de desear sino que se marchara? Y para desbaratar su poder maléfico convenía que saliese por donde había venido: por la inmensidad del mar. Mares y cielos traen y llevan las fuerzas invisibles del mal y del bien.

Conjurado por el Gobierno y las autoridades el peligro de aquel tremendo complot para no dejar salir a la reina, se preparó todo para la mañana del 17 de octubre. Ibero y otros jefes recorrían desde el amanecer la carrera, disponiendo la distribución de fuerzas del Ejército y la Milicia, desde la Puerta del Mar hasta El Grao, y reforzando los puntos débiles como si se tratara de tomar posiciones para una batalla. Cuando se aproximaba la hora vió pasar, camino del puerto, a todos los personajes que eran figuras de primero y segundo orden en el mundo oficial, luciendo sus uniformes con bandas y cruces. A las seis de la mañana, ya el corto muelle de El Grao se hallaba tan obstruído por la muchedumbre de funcionarios como en tiempos modernos por las cajas de naranjas en días de embarque. Militares había en gran número, y magistrados y clérigos, y a unos y otros hubo de señalarles Ibero los puestos convenidos para que pudiesen ver a su majestad y saludarla sin confusión. Allí estaban, representando al Ejército y la Marina, el mariscal de campo Borso di Carminati, el subinspector de Artillería don Casimiro Valdés, el comandante de Ingenieros don Juan de Quiroga, el comandante del Tercio Naval don José de Julián. Por el clero iban el chantre de la catedral, don Miguel Soler; el magistral, don Vicente Llopis; el penitenciario, don Juan Broto, y multitud de curas párrocos, señalados algunos por concomitancias *cabreristas*. De la Justicia eran dignos representantes don Vicente Fuster, regente de la Audiencia, y el fiscal don Andrés Ruiz Morquecho, amigo y conmilitón de Ibero. Empleados de categoría formaba la masa oscura, sin casacas ni relumbrones, figurando entre ellos el administrador de Loterías, el de Aduanas, el comisionado de Amortización y, tras éstos, los síndicos del Ayuntamiento y el «administrador interino de ramos decimales», que no era otro que aquel *don Nicolás*, filósofo de la Historia y profesor de maquiavelismo.

Antes de las seis llegó la reina, en coche de cuatro caballos; había recorrido el trayecto desde la casa de Cervellón sin que saliesen las *turbas moderadas* a desenganchar para ponerse a tirar del coche. Todo resultaba fácil y corriente en la realidad, y la gobernadora dimisionaria salía del reino sin producir más entorpecimiento que una partida de naranjas. Tras ella, en otros coches, llegaron los individuos que la opinión señalaba como figuras culminantes de la camarilla: el duque de Alagón, capitán de Guardias de la real persona; el conde de Santa Coloma, mayordomo mayor; el marqués de Malpica, caballerizo, y algunos otros, cuya celebridad iguala a su insignificancia. Y seguían doña Jacinta y otras damas de la reina, llorando; algunas partían con su majestad, otras se separarían de ella para siempre por disposición de los hados políticos. Los generales Seoane y Espartero formaron a un lado y otro de su majestad para conducirla a la falúa. La despedida fué ternísima. María Cristina, tan pronto se llevaba el pañuelo a los ojos como saludaba a la multitud, agitándolo, sin poder decir más palabras que «adiós, adiós»... Vióla Ibero embarcarse y partir sin apartar los ojos de tierra y del gentío, que vitoreaba. Los hoyuelos, si para todo el mundo eran la afabilidad y el cariño, para él fueron la expresión de una ironía diabólica.

Ibase, al fin, bendita de Dios; su ausencia daba al enamorado militar esperanzas de un cambio feliz en su sino. Era el ocaso de una constelación adversa, que no volvería, no, a traspasar la

línea del horizonte. Vió Ibero a la reina subir la escalera del barco y agitar en lo más alto de ella su pañuelo mirando a tierra. El vapor, que humeaba ya presuroso de salir, levó anclas y empezó à dar paletadas, no tardando en tomar carrera fuera del puerto y en emprender su marcha ceñido a la costa. El Mediterráneo, tranquilo aquel día, se puso de azul intenso para recibir y transportar a la *ninja de Parténope.* Debió de recapitular la reina en su mente, mirando las costas españolas de que se alejaba, los diez años de su vida en nuestra tierra. ¡Qué cosas pensaría, qué cosas debió de decirse!... Recordaría también su salida de Nápoles, en 1829, cuando vino a casarse con el rey odioso y feo, y cotejando aquella salida con la de Valencia, diez años después, quizá pensó que su vida transcurría entre volcanes: allá, el Vesubio; aquí, la guerra civil, y tras ésta, la inmensa pira del *Progreso,* que no esperaba más que una mecha encendida para arder por los cuatro costados... A tiempo se iba, después de haber desempeñado un glorioso papel político. Si enemigos crió, de amigos sectarios entusiastas dejaba también buena empolladura. Hijos no le faltaban; que la Naturaleza habíala hecho bien prolífica, y si dos tiernas criaturas quedaban aquí, otras hallaría en Francia, sin contar lo que viniera después. Más satisfecha como mujer que como reina, se consolaba de sus desgracias políticas considerando la dificultad del cargo. Pero, en conjunto, no le había sido adversa la fortuna, y recapitulando al son de las paletadas del vapor, le salía más crecida la cuenta de los bienes que la de los males.

No tardó en perderse el vapor *Mercurio* mar afuera, y a las diez de la mañana, los *moderados,* doloridos, que desde el Miquelete o en altos miradores seguían con catalejos el curso de la nave por la azul inmensidad, no descubrían ya más que un tiznón sobre el horizonte. Por allí iba... ¡Qué dolor! ¿Volvería?

X

Antes de terminar octubre, ya estaba Ibero de nuevo en Madrid, hastiado del viaje de regreso, igual al de ida en aburrimiento y monotonía, sin más diferencia que la producida por el estado atmosférico, pues si le achicharraron en verano los calores, en otoño las pertinaces lluvias le mojaron y refrescaron más de lo que quisiera. Fué casi todo el camino en la custodia y acompañamiento del general Espartero, viéndose obligado a presenciar unas cuarenta ovaciones en pocos días. Habríale gustado dar convoy a la reina y a su hermanita; pero casi todo el camino fueron una o dos jornadas por delante, con su lucido acompañamiento de damas, caballerizos, escolta y numerosísima servidumbre. Sólo en la subida de las Cabrillas las vió, y fué junto al regio coche un buen trecho. Por cierto que iban las dos niñas muy monas, picoteando con las damas que ocupaban la delantera y dirigiendo a cada instante su voluble atención, con juguetona risa, hacia toda novedad de cosas o personas que hallaban en el camino. Por cierto que se fijaron en el coronel, y aun le hicieron un poquito de burla, porque habiéndose interpuesto unos gitanos que bajaban el puerto con media docena de jumentos, se desorganizó un tanto la marcha de coches y jinetes. Ibero trató de restablecer el orden, arreó latigazos a los borricos, y la gitanería defendió su derecho al camino con graciosos denuestos. Tal incidente fué muy del agrado de las niñas, y la incomodidad de Ibero, no proporcionada quizá al motivo del lance, les hizo mucha gracia.

Desde aquel día, las niñas se adelantaron y no las vió más. Iba el coronel en compañía de personas fastidiosas, de funcionarios sin ninguna amenidad, que no hablaban más que de política, como si nada existiese en la Naturaleza digno de atención. El 28 llegaron a Madrid, siendo recibido el Gobierno provisional o Ministerio-regencia, que de ambos modos se le llamaba, con todas las músicas disponibles y con las aclamaciones de ritual. El mismo día de llegada se confirió a Ibero el mando de Saboya (Sexto de línea), acuartelado en el Pósito, y la primera ocupación del coronel fué arreglar su instalación personal no lejos del cuartel y de la Inspección de Milicias, donde fué a morar el duque con su familia. El 30 tenía ya su acomodo en una casa de la calle del Turco, agregándose a una familia riojana en calidad de huésped, pues firme en su tenaz idea de marchar al Norte a la primera ocasión que se pre-

sentase, no quiso poner casa ni embarazar su libertad. El continuo trajín militar, la dignidad de su mando y, más que nada, las noticias consoladoras que recibió de La Guardia, aplazando el conflicto y reverdeciendo esperanzas, le aliviaron grandemente de su mal, y su mente se despojó de aquellos delirios supersticiosos que le habían atormentado en Valencia. Alguna vez le sobrecogían temores hondos, sin otro motivo que presenciar la caída de una cafetera o escuchar la desafinada voz de un ciego que pregonaba el *Huracán*. Pero se dominaba, consiguiendo llevar a sus nervios la disciplina, a su razón la luminosa fuerza.

Reanudando sus amistades de otros días, encontró a Bretón amable y gracioso, a pesar de las tristezas de su cesantía. Por ley que parecía obra de la Naturaleza, tal era su regularidad, el nuevo régimen le había separado del comedero de la Biblioteca para poner en él a persona más conforme con las ideas dominantes; frecuentaba Ibero su trato y el de su familia, gozoso de la paz de aquella casa, donde moraban la honradez, la modestia y todas las gracias castizas en verso y prosa. De muy distinto género y estilo era la amistad de Gómez Bravo, el periodista impetuoso del *Guirigay*, el que se puso a la vanguardia del motín de septiembre, penetrando a la cabeza de los primeros grupos en el Ayuntamiento. El triunfo del pueblo había hecho de Luis González un energúmeno: en vez de aplacarse con el acabamiento de la tiranía moderada, se inflamaba más en ardor patriotero y en ansias de libertad. Se decía que, contrariado porque no le habían metido en la Junta, quería llevar las cosas a los extremos de la licencia y la anarquía, ayudado de su amigo Nocedal, tipo del perfecto miliciano, el primerito en el servicio como en las asonadas. Más desinteresado que éstos, movido de su loco idealismo, como poeta, y de un sentimiento popular sano y hermoso, Espronceda escribía con un rayo, pidiendo, no ya la libertad, sino la República. No se paraba en barras; no sabía contenerse retorciéndose y achicándose dentro de los moldes circunstanciales, ni quería mantenerse en el terreno común a moderados y progresistas. Su ardiente imaginación, su temple audaz, familiarizado con el libre vuelo del pensamiento, le lanzaba a las grandes empresas, y las acometía presagiando la inutilidad de sus esfuerzos. Pero ¿qué le importaba si satisfacía su ideal y se recreaba con los fantasmas creados por sí mismo? No tardó Santiago en afirmar la amistad que en el verano había contraído con Espronceda, afinándola y robusteciéndola con recíprocas confidencias. Bien conocía el alavés que las ideas de su amigo eran irrealizables, ideas poéticas y de otro mundo, ¡pero qué hermosas! Arrancaban del pasado y nos conducían a un porvenir risueño; se fundaban en lo más hermoso de nuestra alma y pertenecían, al propio tiempo, al ensueño y a la razón. Contradiciéndole, movido de los respetos inherentes a su posición militar, el coronel gustaba de oírle y le incitaba a desbocarse por los espacios donde jamás penetró el pensamiento de los hombres comunes. Era Espronceda el vate político, y bajo su influjo, la religión liberal de Ibero se iba convirtiendo en un culto secreto de dioses lejanos.

Muy distinta era la amistad que reanudó con el buen Milagro, pues en éste no veía más que un pobre maníaco, inofensivo, de estos que lo sacrifican todo al ansia de vivir y a las complejas necesidades de que se ven cercados. Infatigable en su propósito de no quedarse atrás en la procesión social, don José había logrado meterse en la secretaría provisional de la Junta, y tales servicios prestó allí desplegando todo su saber burocrático, que a la llegada del Ministerio-regencia halló fácil medio de colarse en Gobernación con *veinte mil*, y a los pocos días se le indicaba para un puesto de jefe político en provincia de tercer orden. Transformado de ropa y cara le encontró Ibero, pues se había rapado completamente, al uso antiguo, quitándose el bigote de moco que le sirviera de emblema revolucionario, y se había provisto de la ropa indispensable para un funcionario de su fuste, que pronto tomaría el mando de una provincia. Sorprendió a Ibero el aire de dignidad y mesura que en sus ademanes ponía el buen Milagro, y las ideas sensatas que derramaba de su boca.

—Vea usted, señor don Santiago—le dijo la segunda vez que fué a visitarle en su oficina—, cómo se ha realizado lo que yo presagié con buen ojo. Ya tenemos el Gobierno del pueblo por el pue-

blo; ya no hay tiranías palaciegas ni camarillas indecentes; ya no hay más que legalidad, justicia y libertad, perfectamente hermanadas con el orden. Ahora procuramos que el Gobierno de la nación entre en su cauce natural, cesando en sus funciones la Junta de Madrid, después de cumplida su misión salvadora. Cierto que algunas Juntas de provincias no quieren disolverse; pero la razón a todas se impondrá... ¡Qué cordura la de nuestro pueblo! ¡Qué energía en la acción, qué prudencia en el triunfo! Aquí vienen todos los días en la Prensa de Inglaterra y Francia demostraciones de lo que nos admiran los extranjeros. Pasar del despotismo a la libertad sin derramamiento de sangre es g r a n cosa, ¿verdad? Ahora se verá lo que es España y qué reformas, qué progreso, qué adelantos. No dirá usted que se duermen los ministros, pues cada día larga la *Gaceta* un decreto reformista que da gusto... Así, así se gobierna. Luego tendremos el gran problema de la regencia, que resolverán las Cortes legalmente elegidas. ¡Y qué Cortes!... Las más liberales, puede usted decirlo, que se han visto desde que tenemos régimen. ¿Será la regencia una o trina? Eso lo dirán los doctores políticos. Luego, con un *cúmplase,* queda todo concluído... Aquí me tiene usted, sacrificándome por la patria, pues el ministro me retiene hasta medianoche... Como hay t a n t a gente nueva, no saben por dónde se andan. Luego, la taifa moderada dejó esto en el mayor desorden; no venían aquí más que a fumar cigarrillos y a hablar mal de Espartero... Y, a propósito: ¿qué tal está el duque? Dijeron ayer que se había metido en cama molestado por un ligero ataque de retención de orina. Yo sé lo que es eso, y empleo la zaragatona, uso interno y externo. Recomiendeselo usted, que le ve todos los días... Que se cuide, que se cuide, pues él es la columna en que descansa todo este gran edificio de la Libertad...

Hablaron luego del amigo don Bruno Carrasco, con quien conservaba Milagro relaciones muy cariñosas. La circunstancia de tener amistad antigua y aun algo de parentesco por afinidad con el señor Gamboa, ministro de Hacienda, fué para don Bruno como la venida del Espíritu Santo, pues a más de prometerle resolver a su gusto el expediente de Pósitos, el Gobierno deseaba utilizar sus servicios en la administración, nombrándole para una plaza de consejero de Hacienda o cosa tal. Había llegado el reinado de los buenos, el predominio absoluto de la honradez. A la sazón estaba Carrasco en su pueblo, ocupado en la faena de levantar la casa para venirse a vivir a Madrid con toda la familia, apretándole a ello el vivo afán de aplicar su inteligencia y su respetabilidad a la cosa pública.

—Eso, eso es lo que nos hace falta, señor mío—decía Milagro con enfática suficiencia—, y eso es lo que yo sin cesar predico. Que vengan a Madrid los hombres pudientes a dar tono a la política, para que ésta no sea patrimonio de cuatro danzantes... Si me promete usted la reserva, amigo Ibero, le confiaré un proyecto que *acariciamos* Carrasco y un servidor de usted. Aún no sé qué ínsula me darán; pero se trabaja para que ésta sea Ciudad Real. Si allá me mandan, tenga usted por cierto que Bruno sale diputado..., vaya si sale. Allí tiene arraigo, bastante propiedad, numerosos amigos y deudos..., y a mí, *a mí, que las vendo,* ja, ja... No le digo a usted más.

Anunciole también don José que, viéndose mejorado notablemente de recursos pecuniarios y de posición social, había traído a su lado a los niños pequeños y a las hijas mayores, la esposa del bajo y la del subteniente Piquero, separada de su marido por la mala vida que éste le daba. Contento de la restauración de su hogar, había tomado un pisito en la calle de las Infantas, modesto asilo que se permitía ofrecer al señor de Ibero, por si gustaba de honrar a la familia con su presencia en los ratos de ocio Allí no encontraría lujo ni etiquetas; pero sí cordialidad, franqueza y alegría. Las muchachas eran muy instruiditas para lo que aquí se acostumbra; aficionadas a la música y a la literatura, y en el poco tiempo que llevaban de su nueva instalación en Madrid comenzaban a formarse un núcleo de excelentes relaciones.

Agradeciendo mucho la oferta de casa, prometió el coronel no privarse de la honra y agrado de tal sociedad. Milagro, al despedirle, se condolió de que no fuese la dicha completa en su familia, pues si su hija mayor y los chiquillos no le daban ningún motivo de tristeza, érale muy penosa la situación de su hija menor, esposa de un perdido, y separada

de él: ni casada, ni soltera, ni viuda... ¡Qué dolor! Gracias que la niña era un ángel, la misma virtud. Don José padecía lo indecible viéndola en aquel divorcio de hecho, criatura perdida para los grandes fines sociales, destinada a vivir como una monja en el hogar paterno. Véanse aquí las consecuencias de un mal matrimonio, contraído precipitadamente, por ventolera irresistible de la muchacha y audacias del mozalbete. En fin, ya no tenía remedio.

—Mis hijas—agregó don José—son dos obras maestras, aunque me esté mal el decirlo, notables por su talento y por todo lo tocante a la exterioridad, belleza, donaire, etcétera. María Luisa, que era una notabilidad en el arpa, ha descuidado el instrumento desde que se casó; pero la obligaremos a estudiar un poco para que usted la oiga. Su esposo, Romano Cavallieri, es uno de los primeros bajos del mundo, y en Madrid no hay otro que ponga más alta la buena escuela italiana, así en ópera como en funerales. Mi hija segunda, Rafaela, fué siempre tan suave por la figura, los modales, las aficiones, y al propio tiempo tan melosa y atractiva en su manera de hablar, que unas vecinas nuestras dieron en llamarla *Perita en dulce,* y en casa casi siempre le dábamos ese nombre. Después de su infeliz matrimonio, nada ha perdido de su dulzura y delicadeza: al contrario, parece que la conformidad con su desgracia la hace más tierna y cariñosa... En fin, amigo, no se ría usted de mis debilidades paternas... Nada quiero decirle a usted de los chicos pequeños, que han hecho en Illescas unos exámenes brillantísimos. ¡Si viera usted las planas que me ha traído el mayorcito! Creo que será hombre de provecho, buenos ciudadanos, buenos *progresistas*... Quedamos en que usted nos honrará...

Con una afirmación cordial se despidió el coronel, que desde el Ministerio se fué a casa de Espronceda, y después a casa de Olózaga, y de allí a ver a Pacheco, a quien había conocido en Valencia, y luego al café, donde encontró a varios militares amigos. Así mataba el tedio con sucesivas y amenas visitas, y si no lo mataba lo hería gravemente.

XI

¿Se disolvían las Juntas? ¿Sería disuelto el Senado? ¿Era cierto que el infante don Francisco salía con la gaita de reclamar la regencia? ¿Qué tal el manifiesto de la reina Cristina, tronando contra la situación que había creado con su renuncia? Vamos, que el Ministerio-regencia no se mordió la lengua en la refutación de aquel documento. ¿Qué había del *conflicto eclesiástico?* ¿Nos quedábamos sin nuncio, absolutamente incomunicados con la corte y curia romanas? ¿Qué se decía de casamiento de príncipes y princesas brasileñas con infantes e infantas españoles? Y a la reinita ¿con quién la casaban?... De todas estas cosas y de otras menudencias políticas y sociales que en equellos días (ya entrado noviembre) fatigaban la opinión, habló y oyó hablar Ibero en sus primeras visitas a la modesta casa de Milagro. Fué allí por añadir un recurso más a los que empleaba para combatir su aburrimiento, y en verdad que no le pesó, pues la familia era muy agradable, las niñas muy despiertas, el bajo muy complaciente, y en la tertulia nocturna, alrededor de la camilla, no faltaban señoras dicharacheras ni aun *hombres políticos* que decían cosas muy atinadas sobre los problemas del día. Los chiquillos pequeños eran el único desconcierto de la grata armonía doméstica, porque no brillaban por su buena educación, ni sabían hacerse agradables en la edad que precede al último estirón de la infancia. Eran pegajosos, entremetidos, preguntones y cargantísimos. Pero, en fin, a esta pejiguera servía de compensación la discreta amabilidad, la risueña juventud de María Luisa y Rafaela.

Ya llevaba Ibero algunos días de conocimiento y no podía conseguir que María Luisa tocase el arpa. Se excusaba pretextando rigidez de dedos por el abandono de la ejecución en largos meses; y en tanto, como el instrumento padecía también de la dilatada inacción, el bajo, que era hombre para todo en cosas musicales, se pasaba las horas componiéndolo y echándole nuevas cuerdas. María Luisa no había dado aún nietos al buen Milagro; a los siete meses de casada, un mal parto malogró las esperanzas pater-

nales, que de nuevo reverdecían en el invierno de 1840; y como se hallaba ya de cinco meses, a don José no le gustaba que se la instara demasiado a lucir sus habilidades de arpista, no fuera que con el ajetreo de pies y manos y con las sofoquinas que suele producir la inspiración, cuando es de ley, se malograse el fruto. El pobre Cavallieri era un hombre excelente, conocedor de sus deberes como presunto padre de familia. A pesar de hallarse sin contrata, pues por no lanzarse a viajes costosos había rechazado las que le propusieron de los regios teatros de San Petersburgo, Londres y Nápoles, sabía traer dinero a casa, sacando un jornal de todas las solemnidades religiosas y de los funerales de primera. Además, daba lecciones de canto, y también componía su poco de música, ora un invitatorio, motete o tanda de villancicos, ora alguna canción con letra de Espronceda para acompañamiento de guitarra. En casa era de una seráfica mansedumbre: respetuosísimo con su suegro, obediente a su mujer, sin exigencias en las comidas, dispuesto a todo, aun a cosas tan contrarias al arte de Rossini como el planchar vuelillos y el peinar a las señoras.

La casa era modestísima; los muebles, viejos y descabalados, simbólica expresión de la vida procelosa de Milagro y de las cesantías, traslados a provincias y demás accidentes de la vida del funcionario público en esta desordenada tierra.

Notó Ibero los apuros que había cuando los visitantes vespertinos o nocturnos excedían del número de sillas, contando para los *grandes llenos* con las de la cocina. Mas no por estas escaseces de mobiliario, ni por otras faltas que a cada paso se ponían de manifiesto, perdían aquellos benditos el gusto de la vida social, y cada vez querían atraer y recibir a más personas, sin reparar que fueran de mejor pelo y de clase superior a la suya. No les era difícil sostener la casa con el sueldo de don José y las ganancias no deslucidas de Cavallieri: la experiencia de Milagro y sus dotes de gobierno impusieron desde el primer día el sistema salvador de gastar menos de lo que ingresara, y por nada del mundo se alteraba este método, al que debían la tranquilidad, un comer apropiado a las necesidades, y una vida, en fin, decorosa, aunque humilde. Los chicos no iban rotos a la escuela, ni don José a la oficina con facha indigna de su posición; para todo había, y aún se juntaba duro a duro el presupuesto de sastrería que había de dotar a Milagro de todas las prendas indispensables a un jefe político.

La menor de las hermanas, la que, según el dicho de su padre, no era viuda, ni casada, ni soltera, Rafaela, en fin, por mote familiar vigente aún la *Perita en dulce*, daba quince y raya a todos en lo hacendosa y hormiga para su atavío particular. Otra que mejor y con más gusto se arreglara los cuatro pingos que poseía, y los lazos, cintas y moños, no ha existido en Madrid. ¿Qué arte secreto era el suyo para vestirse y emperifollarse, y qué hacía para parecer tan bien con su trajecillo pobre y con cualquier trapo de bien combinados colorines que se pusiera? Verdad que ayudaban al mágico efecto su rostro bonito y la perfecta conformación de su talle; pero algo más había, y era un instinto, una adivinación, y el conocimiento genial de todas las modas y sus cambios, sin sobar figurines ni andar entre modistas. Descollaba Rafaela entre sus iguales como la rosa entre mastranzos; su superioridad consistía quizá en que nunca delató con la afectación su prurito de elegancia, en que su sencillo atavío no revelaba el estudio previo y paciente para obtener tan feliz resultado. Era su rostro finísimo y algo picaresco, de un estilo (si estilo hay en las formaciones de la Naturaleza) que bien podría llamarse Pompadour, pintiparado para el traje de pastoras de abanico, con empolvado pelo, corpiño estrecho y espléndidas faldas recogidas. El pelo era rubio, la tez de una blancura porcelanesca, los ojos oscuros, reveladores de amor, de ensueño, a veces de inteligente malicia.

No se creía don Santiago infiel a su compromiso de amor porque la *Perita en dulce* le gustase. Le gustaba, sí; pasaba ratos muy entretenidos a su lado; pero todo el goce que recibía en ello era superficial y no le llegaba al corazón. Le divertían los conceptos extravagantes que expresaba Rafaela sobre cualquier tema de los usuales de la vida, y reconocía en ella una inteligencia no común.

—¿No les parece a ustedes—dijo la *Perita*, una noche, no hallándose presente su padre—que esto de la libertad es una paparrucha? La libertad como el retro-

ceso, ¿qué son sino los motes o letreros que se ponen estos o los otros señores para mangonear? ¡Ay Virgen del Rosario, que no me oiga mi padre!... Me mataría.

Oído aquel disparate gracioso, le soltó Ibero un discursillo enalteciendo las ventajas que obtienen los pueblos del régimen que felizmente disfrutábamos, y no fueron risas y chacota las de ella para zaherir tan manoseadas retóricas.

—¿Conque libertad? ¿Y para qué sirve esa libertad? Para escribir en los papeles mil disparates, para insultar a los ministros y no dejarles gobernar; libertar para los que alborotan, y entre tanto, el pobre, pobre se queda, y los ricos se hacen más ricos, y nosotras, las mujeres, seguimos esclavas. Dígame usted qué libertad es esta que a mí me tiene prisionera de una equivocación. Mi marido es un mal hombre, y no soy yo quien lo dice: es el juez, es su propia familia, es todo el mundo. ¿Pues por qué no había yo de poder descasarme y volver a la soltería?

—Por mí—dijo Ibero—, que vuelva usted. No me opongo.

—Poco sacamos de que u s t e d no se oponga.

—Las Cortes, el rey, el Papa, el Concilio de Trento, tienen que poner mano en eso para reformarlo.

—Pues ya verá usted cómo no lo reforman... Tanto hablar de libertad y no nos traen el divorcio. Que mi padre no me oiga decir la herejía de que no tendremos u n a buena Constitución hasta que no traigan las reglas de descasar..., y otras cosas, Señor, otras cosas que por ahora me callo, para que usted, señor de Ibero, que es tan remilgado y para poco, no se nos escandalice. En fin, vengan libertad y pobreza, que me parece a mi que andan unidas... Yo, si ustedes no se asustan y me prometen no contárselo a papá, diré que, a mi modo de ver, en tiempo del moderantismo y de la camarilla había más dinero.

—¡Qué cosas tienes, mujer!—dijo María Luisa, que no por contradecir a su hermana dejaba de gozar oyéndola—. ¿Más dinero entonces? ¿Dónde?

—En casa, no; a eso no me refiero. En Madrid quiero decir.

—No va descaminada Rafaelita—indicó una señora mayor, esposa de un compañero de oficina de Milagro, muy rolliza de carnes, y de ideas harto enjuta, pues no hablaba más que de novenas y modas, o del eterno sisar de las criadas—. Ello es que en todos los comercios se quejan. Es lo que dice Gerardo: que aquí los ricos no tienen patriotismo.

—Lo que yo sé—declaró el músico Cavallieri—es que sólo en los tiempos moderados se ha sostenido aquí una buena compañía de ópera. Cuando yo salí en la *Serva Padrona*, ¿se acuerdan?, y cuando hice el don Magnífico de la *Cenerentola*, era en lo más crudo de los tiempos ominosos, mandando el señor Cea Bermúdez.

—Hoy me ha dicho doña Rosaura, la de la tienda de encajes—afirmó Rafaela—, que desde que han venido los *libres* no venden ni la mitad. Y en casa de Bárcena, hay días en que no entran en el cajón arriba de catorce reales. ¡Ya ven..., una casa como aquélla!

—El dinero—observó María Luisa—, como dice papá, no se pierde: lo que hace es ocultarse.

—Pero ya le haremos salir, ¿verdad, señor don Gerardo?—dijo Ibero, dirigiéndose a un sujeto acartonado, esposo de la no ha mucho citada señora rolliza—. En Gobernación, según oí, preparan un sinfín de decretos para desarrollar la riqueza pública.

—Así es—replicó don Gerardo, hombre comedido, discreto, que se oía cuando hablaba, y no hablaba más que lo preciso; funcionario excelente, de procedencia masónica de los *Tres años*, que no había llorado largas cesantías, y usaba en invierno y verano levita muy larga y sombrero de copa de desmedida elevación—. Ya ve el país que el señor de Cortina no se duerme. Hombres como don Manuel son los que han de regenerarnos. Prepara reformas en todos los ramos: en minas, en policía, en caminos vecinales, y, sobre todo, en instrucción pública, que es el *barómetro*, ya lo saben ustedes, el *barómetro de la civilización de los pueblos*. Con esto, y el buen gobierno de la Hacienda y las economías, la riqueza pública y privada tomará gran desarrollo. Un buen Gobierno trae la confianza, y la confianza trae la riqueza, el curso de los capitales, la circulación del numerario...

—Esas son tonadillas, don Gerardo—dijo Rafaelita, burlándose con gracia del rígido funcionario—, tonadillas que nos

cantan todos mientras tienen la sartén por el mango. Pero como al fin resulta que lo que es buen Gobierno aquí no lo hay nunca, tampoco tenemos confianza, y todo se queda en música: música de himnos, música de discursos, y en tanto el dinero no parece..., que es a lo que vamos.

—No hagan caso de mi hermana—dijo María Luisa—, que ha tomado ahora este tema del dinero por pasar el rato y matar el fastidio. Rafaela varía de gustos a cada triquitraque; no es como yo, que siempre soy la misma.

—Cuando eran ustedes solteras—observó la señora rolliza—pasábamos ratos muy divertidos oyéndolas recitar versos.

—Sí..., y los aprendíamos de memoria, y parecíamos cómicas; en casa no nos podían sufrir. Naturalmente, con la edad cambian los gustos. El tiempo pasa, y una se va formalizando. Vienen las necesidades, y ante la cara dura de las necesidades, ya no está una de humor de poesías. Pero a mí me gustan siempre.

—A mí no—dijo Rafaela—. Hace algún tiempo les he tomado una tirria tremenda. Ellas tienen la culpa de muchas desgracias. Los poetas son los que traen los malos casamientos, la falta de verdadera libertad y la pobreza..., y lo digo... y lo pruebo.

Celebraron todos con risas estos donaires de la *Perita en dulce*, y el señor don Gerardo se permitió defender la poesía, que adoraba por haberla cultivado sin fruto en su mocedad.

—Hace cuatro noches—dijo—tuvo María Luisa la bondad de recitar unos versos divinos... Yo me entusiasmé de tal modo que se me saltaron las lágrimas. El señor de Ibero no estaba presente aquella noche, y como yo deseo que oiga lo que oímos y que goce lo que gozamos, solicito de la simpática señora de Cavallieri que nos repita la función.

¡Ay Dios mío! ¡Qué melindres los de la señora de Cavallieri! No se acordaba... Tenía un poquito de ronquera... ¡Qué compromiso! No sabía recitar sino en familia, o entre amigos muy íntimos... Le daba vergüenza.

Las súplicas de Ibero, a las que unió tímidamente su autoridad Cavallieri, no vencieron la modestia de la dama. Intervino Rafaela diciendo:

—Lo que recitaste fué *La gloria y el orgullo*, de Pepe Zorrilla. Yo lo sabía también, pero se me ha olvidado. Si lo recordara, verías qué pronto despachaba yo. No me acuerdo más que de aquel pasaje:

De un dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana...

Con tal estímulo se arrancó al fin María Luisa, y recitó la composición entera, con tono y énfasis de teatro, exagerando un tanto la expresión del rostro para comunicar vida y color a cada concepto y a cada palabra. Oyéronla con religioso pasmo los presentes, fijos en el rostro bonito de la declamadora, y a medida que avanzaba, graduando la sensibilidad y el entusiasmo, se iban quedando sin aliento. Cuando llegó al pasaje culminante en que dice el poeta:

Gloria, madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza
cercado de paisajes halagüeños,

don Gerardo tuvo que llevarse el pañuelo a los ojos, y el buen Ibero, fácil a la emoción, hacía visajes, pestañeaba, componía su rostro para que no vieran llorar a un soldado rudo ni flaquear una entereza forjada en las batallas.

XII

—No es propio de una dama—dijo Ibero a Rafaelita, otra noche, en grupo apartado de la peña de tertulianes—mostrarse tan *materialista*, tan aficionada al dinero, que, según todos los filósofos, es cosa despreciable.

—Como no he leído a ningún filósofo, no sé lo que dicen, don Santiago, ni creo que me haga falta saberlo. Todo eso de los filósofos estará escrito en latín. Cualquier día lo leo yo... En cuanto al dinero, si es cosa tan mala, yo tiraré a la calle el poquito que tengo, si los demás hacen lo mismo... Pues vería usted lo que pasaba. El dinero que los ricos tirasen lo cogerían los pobres, y volveríamos a estar lo mismo; unos con mucho, otros con nada.

—Pero usted..., vamos a ver, ¿por qué se nos ha hecho tan ambiciosa? La ambición es pecado de hombres, como la modestia es la virtud de las mujeres.

—¿Que por qué soy ambiciosa? Pues porque no soy tonta ni ciega. ¡Ay! ¿No lo entiende? ¡Qué torpe se hace usted cuando le conviene!

—Tiene usted talento.

—Puede. Si Dios me lo ha dado, ¿qué quieren que haga con él?

—Naturalmente, emplearlo. Es usted hermosa.

—No digo que no.

—Y no se resigna a una vida oscura.

—Dígame usted: ¿para qué nos ha dado Dios la vida?

—Para amarle y servirle, según el Catecismo.

—Con perdón del Catecismo, Dios nos ha dado la vida para que vivamos... No nos la ha dado para que nos muramos.

—Y, naturalmente, usted no quiere morirse...

—Si Dios me manda una enfermedad y la muerte con ella, ¿qué remedio tengo más que conformarme?... Pero lo que es de fastidio no quiero morirme.

—Ni yo tampoco; por eso vengo aquí, y viéndola a usted y gozando de su conversación, y admirando sus gracias, no sé lo que es hastío.

—Vamos, que viene usted a pasar un rato en mi compañía. Yo se lo agradezco. Algo es algo. No soy tan desgraciada como parece. Pero... verá usted lo que va a pasar. El mejor día se cansa usted, o encuentra mejor entretenimiento en otra parte, con personas de más viso, de la clase que a usted le corresponde, y adiós, don Santiago. El pájaro voló de esta casa, huyendo de la pobreza.

—Se equivoca usted, amiga mía. Soy muy constante, y si no tuviera esa virtud los méritos de usted me la darían.

—Fíjese usted en lo que dice.

—Sé lo que digo. No sabe usted lo que vale, Rafaela, ni la atracción que ejerce.

—Mire, don Santiago, que eso que me dice es muy grave, y que podría yo tomarlo por declaración... volcánica.

—¿Y qué?

—Que si usted se empeñara en declararse, yo tendría que decirle que soy casada.

—¿Y qué más?

—¿Le parece poco? También podría darme la ventolera de admitirle..., con la condición de ser, ¡ay!, sumamente platónico.

—A eso iba, a que seamos... ¡terriblemente platónicos!

—Hable usted bajito. Mire que estamos llamando la atención. Mi hermana me mira.

En esto entró don José con la cara muy larga, afectando seriedad y mordiéndose los labios para contener la risa. Era la cara de las buenas noticias, que sus hijas conocían muy bien, y en cuanto le vieron se lanzaron hacia él, cogiéndole cada una por un brazo.

—¿Qué hay, papá? ¿Eres ya jefe político?

—¿Jefe político? ¡Qué cosas tenéis! ¿De dónde habéis sacado el disparate de que vuestro pobre padre fuese mandarín de una provincia?

Con estas denegaciones festivas preparaba siempre el buen hombre sus anuncios de felicidades. Don Gerardo se abalanzó a estrecharle la mano, diciéndole:

—No martirices a tus hijas, Pepe, y dales pronto el alegrón... Yo lo supe esta mañana; pero no he querido decir nada por no quitarte el gusto de las albricias.

—Mil enhorabuenas a usted, mi queridísimo don José—le dijo Ibero, abrazándole con efusión—, y otras tantas a don Manuel Cortina, por un nombramiento que le honra. ¡Viva el Gobierno! Así se regeneran las naciones, así, llevando la probidad y la inteligencia a los puestos de peligro...

—Y recompensando a los buenos liberales.

—A los probados, a los consecuentes.

—Y ¿qué provincia, al fin? La que yo quería. ¡Pues hemos bregado poco por ella, en gracia de Dios!—dijo don José paseándose por la salita, como si padeciese un delirio de actividad—. Querían mandarme a Lérida. Se han convencido de que para mejor servicio de la situación y de la libertad, debo ir a la Mancha. Ciudad Real es mi ínsula, y los compatriotas de Sancho mis súbditos. Buena gente, según me han dicho; país sano: excelente carne de cabra, y a veces de carnero... Su capital goza fama de sucia y villanesca; pero la mejoraremos, introduciendo los adelantos. Los moderados han tenido al país aquel en un abandono lamentable... ¡Ya se ve!... Son gente que no gobierna, que no instruye a los pueblos, que no les inculca la civilización...

—No te olvides, Pepe—díjole don Gerardo con una gravedad administrativa que fué la admiración de todos—, de lle-

var allá la *Memoria* y estudios de los pozos artesianos...

—¡Vaya si los llevaré!..., con planos y presupuesto...

—Como allí entren por ese adelanto, a la vuelta de un par de lustros todo el páramo manchego será un vergel magnífico.

—Y la cosa es sencillísima... Figurémonos un tubo..., varios tubos que se van hincando en la tierra..., hasta llegar a la capa húmeda..., y, una vez en ella, frrrrr..., sale el agua con un chorro que da gusto. Me ocuparé de eso, procuraré hacer un ensayo a poco de mi llegada, para lo cual me llevaré tubos en cantidad suficiente... Allí tenemos un ingeniero muy listo, que ha estado en Francia... Tengo tiempo de prepararme aquí para la implantación del *artesianismo,* porque no puedo irme antes de diez o doce días. Sobre que no me ha concluído el sastre los trapitos de gobernar, Carrasco quiere que le espere aquí, para celebrar con él y con el ministro, quizá con Espartero, un par de conferencias. ¿Conviene o no conviene que el Parlamento, que ha de elegir la Regencia, vengan hombres de probado amor al *progresismo,* hombres de arraigo, hombres de circunstancias...? Pues no tengo más que decir. Bruno estará en Madrid dentro de pocos días, pues en su última carta me dice que activaba la venta de sus cosechas de vino y pan, que ya tenía ultimados los arrendamientos de sus propiedades y se ocupaba en el levantamiento de casa y transporte de toda la familia.

Tratóse luego de si don José llevaría consigo a los hijos menores, o a su hija Rafaela, para que en las soledades de la ínsula le cuidase; pero esta idea fué pronto desechada por la resistencia ingeniosa que la *Perita en dulce* opuso al proyecto paternal. Erale forzoso permanecer en Madrid, a la mira de los incidentes del pleito que había de entablar reclamando alimentos. No se reiría de ella, no, el bribón de su marido. En cuanto a los muchachos, mejor seguirían sus estudios en Madrid que en la Mancha, y el papá, sin la incumbencia de cuidarles y vigilar su educación, podría dedicarse en cuerpo y alma al gobierno político y a la grande innovación de los pozos. Apoyó María Luisa el sesudo dictamen de su hermana, sosteniendo que el gasto sería menor permaneciendo en Madrid toda la familia y don José solito en su Barataria, donde viviría como un príncipe, casi de balde, pues había que contar con regalos de comestibles y con el servicio de ordenanzas. Del mismo parecer fué don Gerardo, que por triste experiencia conocía los dispendios y molestias de cargar con familia cuando se iba destinado a provincias, y en apoyo de su aserto expresó la contingencia de que, efectuadas las elecciones, fuese trasladado don José a un *mando* de primera clase. Por gusto de hacer coro, Ibero sostuvo la misma opinión.

Toda la noche, hasta la avanzada hora en que terminó la tertulia, estuvo el buen Milagro dándose un tono fenomenal, ora llevando a gloriosa regeneración los graves asuntos nacionales, hora los manchegos. Las esperanzas optimistas, los risueños programas afluían de su boca como un fresco manantial inagotable, que, fecundando toda la tierra, la poblaba de venturas. Las extensas plantaciones de arbolado darían a la Mancha frescura y sombra, y la desecación de las lagunas de Ruidera aumentaría en muchos miles de fanegas los terrenos laborales. Con una administración proba y activa y otros cuantos *toques de Gaceta,* el país de Don Quijote sería un edén y vendrían en tropel a establecerse en él los extranjeros, cargados de capitales; y el día en que Inglaterra y Francia probaran el valdepeñas, adiós burdeos y toda la porquería de vinos de la Gironda. Retiradas las visitas, reiterando los plácemes, entregóse la familia al descanso, y se adormecieron grandes y chicos en rosados ensueños de gloria. No podía María Luisa apartar de su mente los versos

No baste a mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa
sin las llaves de espléndido tesoro,

y dormida los recitaba con la misma entonación de teatro y el propio juego de ojos y boca. Rafaela no concilió fácilmente el sueño, rehaciendo en su mente los últimos coloquios con Santiago, el cual le agradaba en extremo por su condición blanda, dentro de la superficial fiereza militar; por su corazón sano y potente, sin picardía; por su poco mun-

do y el candor honrado con que juzgaba de cosas y personas.

En la tarde que siguió a los sucesos referidos, Rafaela cogió por su cuenta al coronel, y sin cuidarse de la presencia de su hermana, que cosía la ropa de los niños, le trasteó con gran maestría.

—¡Qué lástima, amigo Ibero, que se haya concluído la guerra!

—Y ¿qué razón hay, señora *Perita*, para que usted no se crea dichosa en la paz que disfrutamos?

—Porque si tuviéramos guerra todavía, usted, tan valiente y pundonoroso, sería muy pronto general.

—Más quiero la paz que cien fajas; puede usted creérmelo.

—Pues yo no pienso lo mismo. Por que usted se pusiera dos entorchados, por lo menos, vería yo con gusto una tremolina muy gorda.

—Agradezco el buen deseo por lo que a mí se refiere, pero tengo que decir que es usted muy inhumana.

—Diga usted lo que quiera; pero yo pienso que con las guerras, aunque sean civiles, las naciones crían callo y se hacen más fuertes... Y ¡qué sé yo!...; me parece a mí que las peleas encarnizadas ilustran, quiero decir que despabilan a la gente. En fin, si es disparate que lo sea. Lo que usted no me negará es que con las guerras se aumenta el dinero.

—¡Anda, morena! Si la guerra, señora mía, es la paralización, la ruina del comercio, de la industria...

—Ya pareció el estribillo... A mí no me venga usted con estribillos, don Santiago, si no quiere que le tenga por tonto. ¡Paralización! ¡Vaya una música! Bien a la vista está que concluída la guerra salen por ahí hombres riquísimos que antes eran pobres. ¿Usted no ha oído hablar de uno que hace años, no sé cuántos años, iba vendiendo paja con una reata de tres mulas? Pues ahí le tiene usted hecho un caballero millonario, que de algo le ha valido el suministrar a los ejércitos tanta paja y cebada. Y ¿qué me dice de los maragatos que antes venían aquí con sus cargas de trigo de Castilla, y después, llevando víveres al ejército, o haciendo que los llevaban, se han forrado de dinero? Mi padre conoció a uno que vendía por las calles piezas de lienzo, y ahora revuelve con pala los montones de onzas. En pocos años de guerra ha salido de pobre. Pues eso quiere decir que con la guerra hay más hombres ricos que antes, y que éstos, si mucho tienen, mucho han de gastar..., o lo gastarán sus hijos, sus mujeres..., sabe Dios quién se encargará de dar aire al dinero.

—En todo eso que se cuenta, crea usted que hay mucho de leyenda o fábula.

—Pues mi padre, hombre que lo entiende, nos decía: «Hay más de cuatro que desean la continuación de la campaña, porque en ella se están cubriendo el riñón.»

—Esos pesimismos de don José eran el desahogo natural de las tristezas de la cesantía. Vea usted cómo ahora no lo dice.

—Bueno; ya veremos quién tiene razón: si usted, que es un ángel, o yo, que aunque me esté mal el decirlo, soy más lista que usted, y no se ofenda. No ha de pasar mucho tiempo sin que vea usted construir en Madrid casas magníficas..., me lo ha dicho quien lo sabe..., casas como no se han conocido aquí nunca, con portales al modo de palacio y comodidades por dentro y decorado muy bonito. Y ¿usted no sabe que a esta fecha están llegando de París todos los días modistas que traen la última novedad y además una caterva de perfumistas, camiseros, estufistas? Pues ésos, ¿a qué vienen, sino al olor del dinero que ahora saldrá? ¿Cree usted que vienen por la libertad? ¡Ay, qué simple!

—Es el resultado de los adelantos, Rafaela.

—¿Y usted no ha oído decir que van a poner en Madrid una cosa que se llama *el gas* para alumbrar toditas las calles?

—Sí, sí; y también se habla de caminos de hierro para ir de aquí a Aranjuez en dos o tres horas. Pero eso no es porque hayamos tenido guerra civil.

—Es porque ahora hay ricos y antes no los había—prosiguió la *Perita* con gracia—, es porque nos hemos despabilado con la sacudida de las guerras. Pues otro: y ¿qué me cuenta de los ricos nuevos que van a salir, de todos esos que están comprando por un pedazo de pan las tierras y casas que fueron de frailes? ¿Y los que afanaron, como dice papá, el papel de Deuda que tenían las monjas? Vamos, que habrá cada millonario que meta miedo, y eso, eso es lo que conviene. La grandeza tiene cada

día menos dinero, así lo cuenta don Gerardo, que entiende de estas cosas. Pero ya le oyó usted anoche: ahora va a salir otra grandeza nueva, la de los que vendieron paja y después compraron dehesas de frailes; la de los que daban de comer a las tropas, y luego establecerán *los adelantos*, haciendo caminos nuevos y poniendo máquinas para todo..., qué sé yo, cosas muy buenas. El cuento es que haya dinero y que corra.

—Vamos, que es usted una *materialista* tremenda—dijo Ibero, que a medida que la *Perita* se metalizaba la veía más graciosa y dulce.

Sus atractivos no despertaban en él un afecto puro, sino más bien curiosidad ardiente, como un deseo de conocer a fondo aquel carácter extraño y de ver hasta dónde llegaba el vuelo de sus ideas atrevidas.

—Me han hecho materialista mis desgracias—replicó Rafaela, mirando un trazado ideal que con el dedo hacía en el tapete de la mesa—, y la necesidad en que me veo de abrirme sola los caminos de la vida... También me hace materialista el que no me siento yo..., ¿cómo decirlo?..., de madera de pobre..., cosa rara, ¿verdad?, pues en la pobreza nos hemos criado. La pobreza es cosa muy mala, y hay que huir de ella sin faltar a la decencia.

—Ahora comprendo por qué le son simpáticas las guerras, y desea que se repitan.

—¿Por qué?

—Porque en una nueva guerra podría perecer Piquero, víctima de su arrojo. Usted se quedaría libre y en disposición de arreglarse mejor con otro.

—¿Con otro marido? Falta que lo encontrara como yo me lo merezco.

—Yo sé de algunos que se determinarían..., corriendo el riesgo de que usted les volviera locos.

—Veo que me está tomando miedo por esto del materialismo. Yo lo conozco en que ya no me hace declaraciones.

—¿Es que quiere usted que las repita? Ya me he cansado de hacerlas inútilmente.

—Porque usted, por otro lado, es también de un materialismo que da miedo. No es fácil que nos entendamos.

—Porque usted me pide, como medida previa, que la divorcie, y yo lo haré con mucho gusto el día que me nombren Papa.

—Lo que hay es que usted quiere que *toquen a divorciar*, como mandaría tocar fajina.

—Diga usted de una vez que no soy su salvador, su libertador, y así habremos acabado.

—No digo eso, y bien podría decir todo lo contrario... ¿Ve usted? Ya está lleno de fatuidad, porque esto que he dicho, casi sin pensarlo, lo toma el señor don Santiago a declaración.

—Claro; como que lo es.

—Silencio: viene mi hermana.

—Y me temo que venga también Cavallieri a cantarnos el aria que acaba de componer.

—Para que se convenza usted de que aquí no podemos hablar.

—Imposible que hablemos aquí con libertad; ya lo he dicho.

—Yo he sido quien primero lo dijo.

—Y yo quien propuse que buscáramos otro sitio donde...

—Si no fuera usted tan pillo, desde luego.

—Basta de melindres. ¿Mañana?...

—¿Dónde?

—Un paseíto, y nada más.

—¿A qué hora?... ¡Chitón!... Luego veremos.

XIII

Cómo pasó Ibero por suave pendiente desde las alturas del amoroso ideal caballeresco a una liviandad caprichosa y pasajera, lo comprenderá quien considere su soledad triste, su juventud misma vigorosa y la fuerza de los hábitos militares en tiempo de paz, y a veces de guerra. Emprendió, pues, la fácil aventura, manteniendo en su espíritu con secreto culto la fe del amor verdadero, sin que le costase muy grande esfuerzo establecer la distinción, el deslinde de campos, conforme a las ideas vigentes en nuestra edad y a la imperfecta educación moral y religiosa del hombre del siglo. Trazada la raya entre lo accidental y lo permanente, entre la superfluidad de unos días y el deber de siempre, se divirtió el hombre todo lo que pudo, con no poca ventaja de su espíritu y de sus nervios, porque en verdad se hallaba necesitado de esparcimiento y también de variedad en su monótona existencia de caballero soñador. No se tome por giro

retórico esto de la fidelidad que a su ideal señora conservaba, y adviertan los que le critiquen que se pasaba la vida sin verla más que en figuración de la mente. ¡Cualquiera sale indemne de semejante prueba!

Lo más gracioso del caso fué que con los deslices del señor coronel coincidieron las buenas noticias de La Guardia, y ello hubo de producirle alguna inquietud de conciencia, no mucha, y bastante confusión en los pensamientos, porque era en verdad cosa muy peregrina que el Destino le recompensara sus traicioncillas con esperanzas en lo que más amaba. No por este contrasentido se despertaron sus hábitos mentales de superstición ni aquella manía de ver en todos los objetos signos de felicidad o ventura. Por el contrario, la distracción, el contento que recibía de aquella forma de vida, siquiera no fuese un contento integral, pleno y comprensivo de todo el ser, le aliviaron de sus murrias, haciéndole olvidar las aberraciones que sufrió en Valencia, donde a punto estuvo de practicar la quiromancia y otras artes diabólicas. *Similia similibus:* un diablo bonito le había sacado del cuerpo los feos diablos; al propio tiempo se divertía, se recreaba, como quien espacia su ánimo admirando las hermosuras de la Naturaleza, y además aprendía, pues seguramente aquellos fugaces amores eran muy instructivos, ¿quién podía dudarlo? El carácter de Rafaela, que iba observando día por día, viéndolo manifestarse en mil accidentes y ocasiones, le producía la satisfacción del que adquiere conocimientos, del que descubre mundos, aunque sean áridos; del que viaja y ve panoramas bellos, lugares donde no ha de vivir, pero que contempla y examina para poder describirlos.

¡Y que no tenía poco que estudiar la dichosa *Perita en dulce!* Si al descubrirla en la casa paterna la tuvo el militar por una pizpireta de mucho cuidado, luego, en el trato íntimo, pensó que se había quedado corto en la opinión que formara de sus hechiceras malicias. Si al principio se dejó coger en el sentimentalismo que con supremo arte tendía Rafaela como una suave y fina red para cazar a los tiernos de corazón, pronto supo escabullirse rompiendo las mallas. Cualidades extraordinarias desplegaba la hija de Milagro en la seducción; era en ella un don nativo, y así como conocía, sin que nadie se las enseñara, las artes del adorno y de la elegancia, sabía emplear mil sutilezas para establecer su dominio. La dulzura, los alardes de puntillosa estimación de sí misma, el llanto, la risa, la seriedad o el abandono, los admirables métodos de disimulo que empleaba para revestir de decencia su liviandad y evitar el escándalo, todo era de una admirable falsificación psicológica, imitando sabiamente la verdad. Pero en nada se revelaba su inspirado histrionismo como en los superiores artificios para inspirar lástima, haciendo una pintura muy patética de su situación social, ni casada ni viuda, queriendo ser buena y no pudiendo conseguirlo, incapacitada por ley de su naturaleza para ser vulgar. Habíala hecho Dios para un fin, y si a él no se dirigía era porque el mismo Dios le cortaba los caminos, como arrepentido de su obra.

Con todas estas artimañas estuvo a dos dedos del peligro el valiente Ibero, y por espacio de una semana se vió el hombre aturdido, sintiendo que algo profundo, negro y aterrador, como una sima sin fondo, ante sus ojos se abría. Tuvo la suerte o la entereza de contar los pasos que le faltaban para llegar al borde y se propuso atajar vigorosamente su carrera, valiéndole de mucho para conseguirlo la serenidad con que fijó el pensamiento en la ideal señora de La Guardia, pidiéndole con mental invocación que en aquel trance le socorriese.

Dígase ahora, para componer el buen orden de los sucesos, que Milagro no había podido detener su viaje a la ínsula manchega tanto como quería; apremiado por el señor ministro para ponerse en camino, partió antes de que don Bruno Carrasco abandonase el terruño. Allá conferenciaron días y noches cuanto les dió la gana y exigía el grave negocio de la elección; y dejando el manchego bien preparados los trastos caciquiles y arreglado lo tocante a sus haciendas en los pueblos de Peralvilla y Torralba de Calatrava, cargó con toda la familia y se vino a Madrid, pensando en la falta que haría en la Corte su presencia para deshacer tantos agravios entre pueblo y Monarquía y resolver tanto litigio hispánico, ultramarino y europeo.

Cuando el manchego y su gente llegaron a Madrid, medio derrengados todos del traqueteo de la infame galera, ya habían pasado muchos días, lo menos veinte, del enredillo de Ibero con la hija del jefe político; mas tan sutil era el arte de Rafaela para rendir el debido homenaje al formalismo de una sociedad dominada por la etiqueta religiosa y moral, que los allegados a la familia no tenían de aquel lío conocimiento. Siempre encontraban a la *Perita* en casa, por las noches, con rarísimas excepciones, tan simpática, graciosa y elegantita con cuatro pingos muy bien puestos, haciendo la víctima interesante y encantando a todos con su sencillez y modestia. Los amigos de Ibero sí que lo sabían; pero estaban en esfera tan distante de la casa y relaciones de Milagro, que la opinión respecto a Rafaela no había podido variar todavía. En el ámbito de Madrid, que es lugar grande, pero lugar al fin, corrían ya malignas especies; mas la murmuración andaba todavía muy desorientada, y como toda ruindad de pensamiento tiende aquí a envilecerse más y más revistiéndose de ruindad política, los comentaristas, que veían a Rafaela vestida de seda, dijeron: «¡Cómo le luce la jefatura política a ese buey cansino de Milagro!... ¡Y decían que era ciego! Pues si llega a ver el hombre, ¡pobre Mancha! ¡Se trae para su casa hasta la langosta!» Quedaba el recurso de menospreciar estas malicias con la muletilla: «Cosas de los moderados.»

Una vez lanzado a la irregularidad, fácilmente recayó Ibero en otros vicios muy propios de la vida militar y de los ocios de la guarnición en tiempo de paz. Por distraerse, dejábase llevar de la corriente licenciosa de sus compañeros y amigos. En la calle de la Aduana tenían una timba, exclusivamente para militares, algo como casino o *cuartón*, que había sido logia en tiempos no lejanos, y en el callejón de Sevilla había otro *asilo* de esta clase para pasar las noches, no menos corrupto, pero más divertido: el local era más bonito y casi lujoso y en él no reinaba sólo el naipe, sino la galantería, si este nombre puede darse al trato de mozas guapas; no puede negarse que la disipación era allí más amena. A uno y otro sitio concurría Santiago y anegaba en el azar su hastío, con tan mala suerte que al poco tiempo tuvo necesidad de pedir dinero a su familia para salir de compromisos. Por dicha suya, era su carácter de los que, poseyendo lo que hoy llamaríamos *freno automático*, saben contenerse en el filo de la perdición, y esta entereza, que le había salvado en el caso de Rafaelita, le salvó asimismo en los desórdenes del juego.

Ya que se ha nombrado a la *Milagro* (así solían nombrarla ya), sépase que Ibero no se habría desprendido tan pronto de sus redes si a ello no le ayudara un amigo, llamado Manuel Catalá, comandante de Caballería, con grado de teniente coronel, valenciano, de buena presencia, muy corrido en lances amorosos. En aquella ocasión, las cosas vinieron rodadas del modo más feliz para don Santiago, pues Catalá quiso jugar una mala partida a su compañero, quitándole su hembra; hizo a ésta la corte ganoso de alcanzar una victoria; aprovechó el otro la ocasión, con seguro instinto, haciendo una retirada hábil, y Catalá se encontró dueño del campo, creyendo deber tan fácil triunfo a sus propios méritos. Gozoso de su liberación, hizo Ibero el papel de sentirse herido en su amor propio; mas este fingimiento no fué de larga duración, pues no tardó el valenciano en comprender que había sido estratégica la sustitución. Por su desgracia, fué cogido muy estrechamente en la red y ya no tenía escape: el arte sentimental de Rafaela hizo su efecto y el comandante se prendó de ella con pasión tan viva y ardiente que allí fenecieron sus vanaglorias de conquistador y empezaron sus martirios de conquistado.

La nube de rivalidad entre Ibero y Catalá se disipó bien pronto, pues el uno supo sostener su papel con dignidad, y el otro no hizo alarde de vencedor; volvieron a ser amigos; no dejó de serlo Santiago de Rafaela, y siempre que la veía en su casa o en la calle le hablaba en tono de protección fraternal, recomendándole aplicar enérgicos emolientes a la llaga lastimosa de su materialismo. Entre el defecto capital de Rafaela y la pasión cada día más loca de Catalá hubo de entablarse colosal lucha, y ésta trajo conflictos graves, estallidos de ira, dolor intenso, riñas y reconciliaciones en que uno y otro ponían el fuego de sus almas. A tal extremo

llegó la desesperación de Catalá algunos días, que hubo de recurrir a Ibero, solicitando su amistosa mediación.

—Chico—le dijo, echando lumbre por los ojos, balbuciente y trémulo—, soy hombre perdido; ni puedo consentirle sus infamias ni puedo dejar de quererla. ¡Ya ves, yo, tan corrido, tan dueño de mí en otros lances de mujeres! Pues aquí me tienes loco, niño, imbécil; no sé qué soy. Creo lo que nunca hubiera creído: que se dan y se toman filtros o venenos para enloquecer. Yo no me conozco. Antes de dos días haré lo único que cabe para poner fin a esta situación: la mato y me mato. He comprado dos pistolas muy seguras y las tengo bien cargadas... Porque no me quiere, la mato a ella; porque la adoro, me mato yo.

Esto dijo en la calle con frase entrecortada, sin añadir explicaciones que permitieran a Santiago formar juicio exacto de los motivos de la inminente tragedia; pero luego, solos en el cuarto de banderas del cuartel del Conde-duque, dió vuelta el lastimado amante a sus agravios, refiriendo al coronel cosas que le afligieron y abrumaron en extremo, pues si no amaba a Rafaela no gustaba de verla tan despeñada por la pendiente del mal.

XIV

Sin pérdida de tiempo trató Ibero de ver a Rafaela en su casa, decidido a hablarle severamente; pero encontróse con un obstáculo formidable, porque habiendo llegado aquel día don Bruno con todo su rebaño, las hijas de Milagro se consagraron con alma y vida a la instalación de la familia manchega. Se les había tomado el principal de la misma casa; mas como no estaba aún pertrechado de camas, se les daba vivienda provisional y comida en la casa de Milagro, para lo cual no hubo más remedio que poner colchones en el suelo y arreglarse todos como Dios quisiera. La casa era una Babel y los chicos manchegos y matritenses, enredando juntos, producían un estruendo insoportable. Atendían Rafaela y María Luisa, multiplicándose, al menester de preparar comistrajo para tantas bocas, y las viajeras, hijas y señora de Carrasco, descoyuntadas y muertas de fatiga, dormitaban en sofás y sillones, mientras don Bruno y Cavallieri se ocupaban en clavar escarpias en las paredes del nuevo domicilio y en abrir baúles y colgar perchas. Vió Santiago que no era ocasión para lo que se proponía, y se fué, no sin anunciar a Rafaela que se preparase para una buena reprimenda.

A primera hora de la noche se fué Ibero a pasar un rato en casa de don Antonio González, con quien había contraído amistad recientemente, por Seoane. ¡Cuánto mejor aquella sociedad que los garitos en que se había dejado su dinero y su decoro! Diríase que en las moradas de cierto tono a que por entonces concurría restauraba su personalidad, medio deshecha en la borrascosa vida del vicio. El único inconveniente de los salones era que en ellos se hablaba demasiado de política, hasta el punto de producir mareo y confusión en los que, como él, tenían ideas fijas que apenas admitían controversia. Pero esta dificultad se obviaba dejándose llevar de la corriente general y no haciendo gala de un radicalismo chocante en las opiniones. En casa de González jugaba sus tresillos con Sartorius y con la señora de Seoane, o con Beltrán de Lis y el brigadier Latre; de allí solía ir al café Nuevo, donde encontraba a Espronceda, a veces a González Bravo y a los Escosuras. De la primera tertulia sacaba la impresión de que todo iba como una seda: vendrían unas Cortes elegidas con libertad, representación genuina del *progreso*, que era la voluntad del país; se elegiría la regencia, una o trina, y entraríamos en un período de bienandanzas y prosperidad. De la segunda reunión, ahumada por los cigarros, sacaba impresiones contrarias: íbamos a un cataclismo si no venía pronto el gobierno del pueblo por el pueblo, la verdadera igualdad, la supresión de monigotes y de ficciones ridículas. ¿Qué saldría del cataclismo? Pues la regeneración grande y sólida, un Estado potente, costumbres europeas y una civilización de nueva planta. Retirábase Ibero a dormir, procurando conciliar en su mente unas opiniones con otras, estas y aquellas esperanzas, y en su tarea de imposible conciliación, dando vueltas al endiablado problema, concluía por anegar sus ideas en el sueño.

Volvió a casa de Milagro a la hora del

siguiente día que le pareció más oportuna; pero Rafaela estaba ausente, pues había tenido que ir de compras con la señora de Carrasco para proveer a lo más apremiante en cosas de vestimenta. María Luisa también revoloteaba por tiendas de telas y comestibles. Ya se iba el hombre, huyendo de las arias mortíferas de Cavallieri, cuando le cogió por su cuenta el señor de Carrasco, que no quería soltarle a dos tirones, y le invitó a comer para que probara los chorizos, hechos en casa, que había traído de su pueblo, cosa excelente sobre toda ponderación, y las perdices escabechadas y el mostillo.

¿Qué había de hacer Ibero más que quedarse, cediendo a los agasajos y carantoñas del buen Carrasco? Su aquiescencia le deparó el gusto de conocer a la noble familia, transportada como una tribu desde las soledades manchegas al bullicio de la corte. Doña Leandra Quijada, esposa de don Bruno, era una señora flaca, más que vieja, envejecida, muy descuidada de su persona, llena de arrugas la faz, los ojos lacrimosos, áspero el cabello entrecano y partido en *bandós* aplastados sobre la frente y sienes. Estaba la pobre mujer atontada, en una estupefacción triste, como quien no se da cuenta de lo que pasa ni entiende lo que oye. El ruido, *la mucha gente que iba por las calles*, el paso continuo de coches, la altura de las casas, los gritos de los vendedores, todo cuanto veía y escuchaba le había infundido más terror que asombro. Su anhelo era huir de este barullo, volviéndose al sosiego de donde había venido; pero la timidez no le permitía manifestar su tristeza y miedo más que con suspiros. Su vestido, totalmente negro, de lana, y el pañuelo del mismo color, anudado bajo la barba, dábanle aspecto lúgubre. Hablaba poco, respondía con urbanidad concisa a cuanto Ibero le preguntaba del viaje y de sus primeras impresiones en Madrid, y cuando nada le decían tomaba una actitud meditabunda, cogiéndose la barba y fijando los ojos en el suelo.

Nacida en Paralvillo, casada con don Bruno en Torralba de Calatrava, de donde no había salido más que una vez para visitar a sus primas en la ciudad de Almagro; hecha desde muy niña a la vida de propietaria rica, a los espectáculos de la Naturaleza y a las faenas de la labranza; formando su carácter en una sociedad de cariz feudal, en la cual se pasaban los años viendo pocas y siempre las mismas caras; acostumbrados sus ojos a la horizontalidad expansiva de su tierra, su oído al silencio campestre, su vida a las casonas grandísimas, no podía menos de sentir, traspasados ya los cincuenta, el brusco salto de aquel medio a otro tan distinto. La casa en que había venido a parar le pareció un gallinero, un palomar, algo peor y más estrecho aún; las personas que aquí veía le hicieron efecto de estar locas o borrachas. Hablaban para ella tan aprisa, que comúnmente no entendía palotada. Ni era el lenguaje de Madrid como el de allá. En su tierra se hablaba más fuerte y con tono más reposado, y las palabras sonaban con más pompa. Las primeras comidas que pronto le supieron a broza desabrida, insustancial. ¡Qué chocolate! ¡Y el caldo qué insípido! El pan no alimentaba ni tenía gusto. Se aterró cuando le dijeron lo que en Madrid costaban dos palominos, un cabrito o una docena de huevos. Sin duda en Madrid no vivían más que ricachones. Y toda aquella gente que veía por las calles, ¿qué gente era, en qué se ocupaba, adónde iba?

Compadecido Ibero de la buena señora, y deplorando lo violento del trasplante, procuró consolarla con la esperanza de un próximo cambio de hábitos y gustos.

—Verá usted —le dijo— qué pronto se hace a esta vida y cómo acaba por encontrarla mejor, más cómoda y placentera que la de Torralba de Calatrava. Madrid es un pueblo en el cual se aclimatan fácilmente los españoles de todas castas y terruños. Comprendo que le costaría un gran esfuerzo arrancarse de su concha... La cosa es dura, lo veo; sé lo que es una casa donde han vivido tres o cuatro generaciones de nuestra sangre una cocina que huele a las carnes ahumadas de un siglo, de dos...; sé lo que es una tierra propia, un árbol que ya era grande cuando nacimos, un burro que nos mira diciendo: «Yo también soy de la familia.»

Doña Leandra echó media docena de suspiros, y, sin abandonar su actitud de melancólica resignación, dijo:

—Sí que me dolió el arrancarme, señor; pero Bruno lo quiso, y yo... La verdad al principio no me entraba en el pensa-

miento la idea de venir. Yo quería meterla y ella... no entraba. Pero Bruno decía que nos desterráramos, porque así nos convenía, y por dar carrera a los hijos, y yo..., todo lo que Bruno quiera se hace, cueste lo que cueste...

Calló y sus ojos, húmedos, volvieron a mirar al suelo.

Componíase la familia de Carrasco de los mismos elementos que la de don José: dos hijas mayores y dos chicos pequeños, entre los ocho y los doce años. Solteras eran las muchachas, de la misma edad, próximamente, que María Luisa y Rafaela, pero de tipo, casta y educación muy diferentes. Ambas eran negruchas, desgarbadas, desapacibles. A la primera ojeada que Ibero echó sobre ellas las diputó por feas; observándolas mejor y aseándolas mentalmente, suponiéndolas despojadas de los horrorosos vestidos de pueblo y trajeadas a estilo de Madrid, vió que eran susceptibles de una mejora radical en su cariz y facha. *En principio,* no pertenecían al odioso reino de la fealdad; pero mucho había que desbrozar en ellas para obtener dos mujeres bonitas.

A la mayor, bautizada Leandra, por su madre, la llamaba su padre Lea, para evitar el inconveniente de la igualdad de nombre en dos personas de la familia. Eufrasia era la segunda, y los chicos, Bruno y Mateo. No fué tan penoso como el de la madre el trasplante de las dos señoritas, por razón de la edad, por la ilusión de ver Madrid y de afinarse y embellecerse. Con todo, a su llegada no podían vencer el azaramiento y confusión, que era la conciencia de su inferioridad. Hablaban muy poco, temerosas de decir algún disparate o de pronunciar algún término que pareciese ridículo a la gente de Madrid. Apenas echaron la primera ojeada por las calles, comprendieron que venían hechas unos adefesios y que ningún pingo de los que habían traído de su lugar les servía para lucirse en la coronada villa. Miraban a María Luisa y a Rafaela con arrobamiento, asombradas del lindo talle de la segunda, del aire garboso de la primera, a pesar de su embarazo de cinco meses; admiraban su ropa, su aire de soltura y elegancia, los andares, el habla fácil y descarada, con airosas cadencias; la gracia del reír y la movilidad de expresión en sus bellas facciones. Las pobrecitas Eufrasia y Lea habían recibido la mejor educación posible en las soledades manchegas. Un preceptor muy hábil les había enseñado a escribir con letra española de casta de archivo, redonda, y ponían una carta con bastante primor. Sus lecturas habían sido escasas; sus labores, la costura casera y puntilla de Almagro. De conocimientos generales andaban medianas, porque el preceptor no daba de sí más que la aritmética elemental, una geografía y una gramática primitivas. Avergonzadas, reconocían las dos muchachas su rusticidad, al llegar a Madrid, comparándose con María Luisa y Rafaela, que, por lo que hablaban y las cosas lindísimas que decían en su conversación, debían de ser unas sabias de tomo y lomo.

Traían a Madrid las hijas de Carrasco las virtudes castizas en grado eminente: la fe religiosa, el sentimiento del honor y la dignidad, el culto de la opinión y el respetuoso amor a los padres, a quienes daban el tratamiento de *su merced,* conforme a la tradicional costumbre manchega. En los pequeñuelos, la adaptación fué repentina, pues apenas se juntaron con los chicos de Milagro, hiciéronse todos unos; se asimilaban cuanto en sus amiguitos hallaron de novedad en habla y modos, y no querían más que estar siempre en la calle viendo cosas y saltando y brincando con libertad y alegría.

Cuando Rafaela y María Luisa se encontraban solas hacían apreciaciones reservadas de la familia Carrasco, que conviene consignar.

—Es buena gente—decía la *Perita en dulce*—; corazones muy sanos, con toda la honradez que da la vida de pueblo; pero trabajo les ha de costar desasnarse. La pobre doña Leandra me parece que ha venido tarde para rasparse la corteza. De Lea y Eufrasia no digo lo mismo, y como son mozas, aprenderán pronto la civilización. ¡Mira que vienen salvajes las pobres! ¡Qué cuerpos, qué talles y qué manera de vestirse! Si bien se las mira, mal formadas no son; pero con aquellos justillos y aquellas faldas son verdaderos espantajos. También te digo que no tienen un pelo de tontas: anoche hablé largo rato con Eufrasia, y si vieras cómo se suelta... Estas paletas lo que tienen es mucha hipocresía.

—Ya verás cómo se transforman en poco tiempo—dijo María Luisa—. Son mujeres, y eso basta. El problema es que

aprendan a lavarse, que no hay costumbre más difícil de quitar que la del desaseo. Luego vendrá el vestirse bien. Lea no ha cesado de hacerme preguntas: quién nos hace los vestidos, lo que cuesta una buena modista; cómo se estilan ahora los cuerpos. Yo, que no me paro en barras y me intereso por ellas, ¡pobrecillas!, le dije: «Mira, Lea, lo primero es que tires a la basura todos los pingos del pueblo, los cuales dan el quién vive con el olor ovejuno.» ¿No has reparado que traen también pegado a la ropa un tufo de cominos, de anís o no sé qué?... En fin, dinero no les falta. Doña Leandra no se desprende de un pellejo, a modo de vejiga, que parece lleno de onzas. Querrán vestirse, y hemos de procurar presentarlas como personas ricas de provincias, que vienen a Madrid a ocupar una posición, y quizá a figurar más de lo que ahora parece.

—Ha dicho don Gerardo que don Bruno es de madera de ministros... ¡Mira que si nos le hicieran ministro!...

—Eso me parece mucho. Pero de que viene diputado no tengas duda, que allí está papá, lanza en ristre, para sacarle por encima de todo. Y una vez diputado, sabe Dios lo que le harán.

—Eufrasia y Lea tienen de su padre una idea que ya, ya... Creen..., así me lo ha dicho Lea, que Espartero y don Bruno se pasean del brazo, y que Cortina le consulta todo lo que hace. Así se contaba en Torralba de Calatrava y en Peralvillo.

—No me parece disparatado que a don Bruno le den la poltrona —dijo María Luisa con seguridad dialéctica—. Mira lo que son otros, de dónde han salido, y compara. Cierto que no sabe lo que papá. Papá sí que es de madera de ministros. Yo siempre lo he dicho... Pero su cortedad de genio le pierde, y a nosotros más, y siempre estaremos lo mismo, pobres, olvidadas, viendo

caminar lentos
los turbios días y las lentas horas.

XV

Ven a mis manos, ven, arpa sonora.
Baja a mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del querube emana.

Esto recitaba María Luisa una tarde atizando el fogón para poner a calentar unas planchas, cuando sintió entrar a Ibero en el comedor, donde estaba Cavallieri copiando música. Presurosa salió a recibir al coronel, que en aquella casa merecía de continuo extremadas consideraciones, y con oficiosa y dulce voz, antes que la del bajo acabase de saludar al visitante, le dijo:

—Santiago, por Dios, aguardela usted, que no puede tardar: ha salido con doña Leandra a comprar loza.

Con pretexto de trasladar a sitio más decoroso la visita, fuése con Ibero a la sala, donde acabó los conceptos que expresar no quería delante de Cavallieri.

—No pase lo de ayer y anteayer, ¡por Dios!... Usted no tuvo paciencia para esperarla, y así se nos va el tiempo y se escapan los días sin que Rafaela oiga las verdades que usted tiene que decirle. Crea usted que está muy echada a perder. Si usted no la sujeta, no sé, no sé, amigo Ibero, adónde va a parar mi hermana. Anoche también entró en casa a las doce dadas... Ya no sé qué decir a los amigos, ni cómo explicar estas ausencias... Luego no pasa día sin que lleguen aquí unos recados estrambóticos, traídos por mujeres de mala traza... ¡Ay Santiago, estoy afligidísima!... ¡Pues si llegara mi padre y viera estas cosas! Usted es quien puede traerla a la razón, y ya que no a la virtud, a la decencia, Señor, al buen parecer, al recato... Yo le digo: «Mujer, ten cuidado, piensa en tu familia, piensa en el nombre sin tacha de nuestro padre, que ahora, por hallarse en alta posición, es *el foco* de las miradas de amigos y enemigos.» Responde que sí, que tendrá cuidado, ya ve usted el cuidado que tiene. Yo, que la conozco, estaba contenta cuando vi que se entendía con usted, guardando las debidas reservas. «Del mal el menos», dije. Cuando se da con personas nobles y decentes, queda el consuelo de que no habrá escándalos... Pero viene el rompimiento, que sentí, me lo puede creer, como si se nos cayera la casa encima, y mi hermana se disloca, y una tarde nos arma ese bruto de Catalá una gritería en el portal, y una mañana se planta en casa el otro, el *don Frenético*, que así le llamo yo, y con pretexto de encargar música de bajo le cuenta a mi marido mil historias que parten el corazón... Nada, nada, sea usted cariñoso y al mismo tiem-

po terrible: que ella vea su amistad y que coja miedo, mucho miedo. Yo sé que a usted le respeta más que a nadie, Santiago; que le estima..., y es natural que así sea... Duro en ella; pegue usted fuerte...

—A duro no me gana nadie, amiga mía; yo pegaré... Tengo una mano como la maza de Fraga...

—Chitón, que ahí está... Es ella la que entra. Yo me escabullo por la alcoba...

Dos minutos después, Ibero y Rafaela, solos en la sala, producían una escena que, sin ser histórica, merece ser puntualmente relatada. ¿Y por qué no había de ser histórica, siendo verdad? No hay acontecimiento privado en el cual no encontremos, buscándolo bien, una fibra, un cabo que tenga enlace más o menos remoto con las cosas que llamamos públicas. No hay suceso histórico que interese profundamente si no aparece en él un hilo que vaya a parar a la vida afectiva.

—Al fin—dijo Ibero—, te cojo a tiro, y ahora no te me escapas. Buena la has hecho y contento tienes al pobre Catalá. No creí nunca que tu ambición te enloqueciera hasta ese punto... Ya sé lo que vas a decirme: que yo, por haber contribuído a corromperte, no tengo derecho a predicarte ahora la moral. Pero no tienes razón, Rafaela: yo te cogí dañada y bien dañada, y traté de que anduvieras todo lo derecha que podías con el daño que tienes. No habrás olvidado cuánto bregué contigo. El día de nuestra separación te dije que..., ¿no lo recuerdas?

—Que te dabas de baja como amante, y de alta como inspector mío..., así dijiste..., pues pensabas vigilarme, no permitir que yo descarrilara...

—Así me lo propuse, pensando en el pobre don José. Si yo fuera un egoísta, habría dado media vuelta, diciendo como aquel rey: «Después de mí, el diluvio.» Pero no puedo hacer esto; no soy tan malo, y aunque rabies, me constituyo en tu fiscal, en tu juez y, si es menester, en tu verdugo, por mucho que me duela. Conque tú verás, Rafaela. Ya me conoces: soy un pelma terrible.

—Pega todo lo que quieras. He venido al mundo para víctima, y víctima seré siempre, hoy de un marido villano, mañana de otros que no lo son y quieren gobernarme como si lo fueran.

—No debías tener queja de Catalá, Rafaela. Arréglate pacíficamente con él, porque es un hombre de corazón muy bueno. Sabiendo manejarle, harías de él lo que quisieras. Como todos los vehementes, en el fondo es un niño; como todos los que gritan mucho, en el fondo es la misma docilidad. Pero le has irritado, has cogido una tea encendida y con ella le has chamuscado el corazon. ¡Los celos!, ¡qué cosa tan mala! El que debía ser cordero se te hace tigre.

—Estoy divertida, como hay Dios—dijo Rafaela, sacudiéndose con gracia los golpes que recibía—, con estos protectores que me salen ahora. Yo les pregunto qué es lo que me dan, sepámoslo, a cambio de esta esclavitud en que quieren tenerme. ¿Me han descasado para que yo pueda volver a casarme y tener una posición decente? ¿Me han hecho más persona de lo que yo era? ¿Qué pretenden? ¿Que yo les guarde fidelidad y me sacrifique por ellos sin que de ellos reciba nada de lo que me falta: dignidad, nombre, posicion?

—Nosotros no podíamos descasarte. ¿Somos por ventura el Papa? En eso de las posiciones tú no has pensado bien lo que dices, porque... posición totalmente honrada no puedes tenerla sino resignándote a estar metida entre cuatro paredes, haciendo la viuda inconsolable. Al declararte independiente, podías aspirar a lo mejor dentro de las posiciones falsas, a un bien relativo, a una moral de circunstancias. Pues todo eso lo habrías tenido con Catalá, que se ha enamorado de ti como un trovador... Por lo que me ha dicho el pobre, casi llorando, habría llegado hasta la bondad inaudita de casarse contigo en caso de que enviudaras... Ya ves si esto es bondad, si esto es amor, y amor de los que gastan la venda más espesa.

—¡Casarse conmigo! Si tan largo me lo fías... Mi marido goza de buena salud, según me cuentan; es de familia de vividores, pues su abuelo tiene ochenta y seis años y lee sin gafas y da paseos de dos leguas; familia de Matusalenes... ¡Vaya un consuelo!

—Confiésame con sinceridad—dijo Ibero un tanto confuso, sin saber en qué terreno ponerse—que ni a mí ni a Catalá nos has querido con verdadero amor. Confiésamelo, ten franqueza y alma grande para declarar que fué mentira todo lo que á mí y a Manuel nos dijiste...

—Si te empeñas en ello—replicó la *Perita en dulce*, gustosa de mostrar la grandeza de alma que su amigo le recomendaba—, te daré una prueba de rectitud declarando que ni tú ni Manuel habéis sabido interesar mi corazón. ¿Quieres más franqueza? Pues por mí no queda, Santiago. Sabrás que a uno y otro no os he mirado más que como escalones...

—¡Como escalones...! —repitió Ibero, aturdido del golpe, pues la arrogancia calmosa y un tanto cínica de Rafaelita le desconcertó—. No te servíamos más que de peldaños para subir hasta don Federico Nieto, a quien tu hermana llama *don Frenético*. Bien. Vale más que te expliques con claridad para saber qué clase de armas debo emplear contigo.

—Y es ridículo, Santiago —prosiguió más altanera y fría Rafaela—, que tú me pidas amor, cuando no me tomabas más que por pasatiempo: me alquilabas, Santiago, no me hacías tuya. ¿Me explico bien? No podía ser de otro modo, porque el amor verdadero se lo guardabas a la señorita de La Guardia, con quien estás en relaciones honradas y con quien quieres casarte... Hace poco lo he sabido, como sé también que están verdes. Nada me dijiste de estos amores tuyos, tan finos, ¡ay! Y tomándome por *mujer-simón* para una carrera o unas horas, pretendías que yo te amase, que me pusiera flaca y ojerosa y lánguida por ti. ¡Pero qué tonto eres, qué cosas tiene mi maestro!

—Si no recuerdo mal—dijo Ibero más desconcertado por la certeza lógica de la que fué su amante—, te manifesté que tenía un compromiso antiguo, serio... Pero Catalá no se encontraba en ese caso... Catalá no estaba ni está ligado a otra mujer por una cadena espiritual, y tenía, por tanto, derecho a tu amor.

—El amor no es cosa que se reclama por derecho. Se inspira sabiéndolo inspirar, se siente cuando se siente; pero no pueden venir alcaldes y alguaciles a decirle a una: «Pague usted el amor que debe.» Manuel Catalá será todo lo bueno que tú quieras; pero su carácter violento y sus celos furibundos no son para enamorar a nadie... Luego, hijo mío, si quieres que te lo diga todo, yo..., vamos, soy algo ambiciosa...

—El *materialismo* es tu locura, y será tu perdición. ¿Qué entiendes por bienes de la vida? ¿Das este nombre a lo que puede adquirirse con dinero?

—Dime una cosa, Santiago: ¿Por qué te has batido tú, por qué has pasado tantas fatigas y trabajos en la guerra? ¿Lo has hecho por quedarte siempre de soldado raso? ¿No soñabas tú con ascensos, con ser lo que eres, más aún, brigadier, general? Claro; ahora que has ascendido dirás que no, que lo hacías todo por la gloria, ¡angelito!

—¿Y qué tiene que ver la carrera militar con esa carrera tuya, despeñadero del vicio? ¿Adónde vas tú? ¿Qué quieres? ¿Riquezas, posición? Aquí no hay eso para los mujeres que se salen del camino derecho. Somos, gracias a Dios, un pueblo muy morigerado, un pueblo virtuoso...

—No era mala virtud la que me predicabas tú cuando...

—No te burles...—gritó Ibero, que enrojecía del calor de la discusión—. Lo que yo afirmo, y no puedes desmentirme, es que aquí no hay posiciones ni riquezas para las mujeres que descarrilan. En Francia sí lo hay; pero ésa es una moda que no ha de venir.

—Yo no traigo modas, Santiago; las traéis vosotros, los que hacéis las guerras, los que hacéis las revoluciones, los que, perseguidos, emigráis y luego venís diciéndonos que aquí somos salvajes, que no hacemos más que rezar y que España está infestada de clérigos; tú lo has dicho, tú..., y que las mujeres apenas sabemos leer y escribir y no tenemos el aquel de las extranjeras, ni la coquetería extranjera, ni la finura extranjera... Conque yo no traigo modas, ¿sabes?

—Ni yo. Lo que haré contigo—dijo Ibero, sospechando que Rafaela manifestaba tan sólo la parte menos interesante de su ser, que en su alma había un doble fondo, en el cual no era fácil penetrar—, lo que yo haré contigo es cortarte los vuelos, no dejarte correr con la velocidad que quieres tomar.

—¿Y qué harás para cortarme los vuelos—dijo Rafaela con altanería desdeñosa—, amarrarme a Catalá?

—Amarrarte, no: convencerte de que debes ser benigna para él, de que debes limitarte a su amistad, sin buscar otras

—¿Y si no me dejo convencer?

—En ese caso, emplearé otros medios pues por el estado en que se encuentra el pobre Manuel preveo una tragedia y

no quiero tragedias en ti ni en tu casa. No lo hago sólo por ti, lo hago principalmente por tu padre.

Y encrespándose y tomando bríos, como quien siente muy sólido el terreno que pisa, se levantó, y, con arrogante ademán, continuó el vapuleo:

—Que no te escapas, Rafaela, que no tienes salida. Tú a que has de ser mala, y yo a que no. Tú a caminar torcida, y yo a cogerte y a llevarte derechita. ¿No quieres de grado? Pues a la fuerza. Soy muy bruto: tú lo has dicho y ahora vas a verlo...

—Veamos, pues—dijo la infortunada, fingiéndose asustadica—. Lo primero que me manda mi sátrapa es que haga buenas migas con Manuel.

—Que le guardes fidelidad, que seas suya y sólo suya... Después..., no, no, antes o al mismo tiempo, que despidas, quitándole toda esperanza, a ese don Federico Nieto... Eso has de hacerlo prontito, Rafaela, porque si no, yo, yo me encargo de romperle el espinazo al *don Frenético* para que no te trastorne más. Si hay *materialismo* de por medio, y lo habrá, porque ese caballero es rico, no me importa. El y su dinero van rodando... Créelo como te lo digo... Conque ya ves cómo las gasto. Me he propuesto que seas buena, y lo serás, vaya si lo serás. Y para que te convenzas de la energía, de la honradez de mi resolución, te diré que me constituyo en tu hermano. Con el esposo perdido, el padre ausente, ¿qué sería de la pobrecita Rafaela si ahora no tuviese el amparo de un hermanote muy bruto, muy leal, muy honrado?... ¡Ay!, honrado no lo fuí, ahora lo soy, y derecha has de andar, mal que te pese, porque y), con la voz de tu padre y la mía juntas, te digo: «¡Rafaela, cuidado; Rafaela, que soy tu hermano, y como tal te dirijo, te castigo y, si es preciso..., te mato!»

—¡Matarme!—exclamó la *Perita en dulce,* abstrayéndose, balanceando su pensamiento en vaguedades recónditas, lejanas—. Puede que ésa fuera la mejor corrección.

—Lo dicho... Ya me conoces. No gasto palabras ociosas. Desde hoy ten en cuenta que te vigilo, que no darás un paso sin que yo lo sepa... Por mucho que te recates, por grande que sea tu habilidad para escabullirte, no te librarás de mi vigilancia... Mucho ojo, señora doña Rafaela del Milagro.

—¡Vaya por Dios!... ¡Qué hermanito tan fiero! ¿Y me libraré de la tragedia queriendo a Catalá?

—Queriendo a Catalá, que bien lo merece el pobre; a él solo, solo... Adiós... Ya es hora de comer. Hasta mañana.

Salió dejándola más meditabunda que asustada, y en el pasillo se encontró a María Luisa, que había oído lo más sustancial de la conferencia, agazapadita tras la vidriera de la alcoba, y no quiso dejarle partir sin expresarle su entusiasmo y gratitud por la buena obra. No estimando discreto el hablar del caso donde Rafaela pudiese oírla, se contentó con besar las manos del valiente y generoso amigo de la casa.

XVI

Obediente quizá a estímulos de su conciencia o a otros móviles que por el momento nadie conocía, volvió Rafaela a la vida regular, entendiendo por ésta el no excederse demasiado en los desatinos, no dar motivo a los desplantes furiosos de Catalá y suspender las salidas nocturnas.

No pudo gozar todo lo que quisiera el buen Catalá de la dichosa enmienda de su ídolo, porque a consecuencia de los pasados berrinches cayó gravemente enfermo de un ataque a la cabeza, y por poco toma el portante para el otro mundo. Con algo de espontaneidad por su parte, y con no poca docilidad a los mandatos de Ibero, Rafaelita se portó muy bien en aquella ocasión, visitando diariamente a su amigo enfermo, asistiéndole con exquisitos cuidados y consolándole con su presencia En cuanto al *don Frenético,* no fué posible espantarle tan pronto como se quisiera. El enamorado petimetre limitábase a obsequiar a su ídolo, no ya con ramos de flores, que no eran admitidos, sino con novelas, mostrando una preferencia de buen gusto por las pocas de Balzac que en aquellos tiempos se habían traducido al castellano. Rafaela no sabía francés; pero *don Frenético,* galómano furibundo, como recriado en París, había querido iniciar a su amada en el conocimiento y admiración del gran pintor de las pasiones, miserias y vanidades humanas. Un día y

otro dejó en la casa *Ursula Mirouet, Honorina, El lirio en el valle, La piel de zapa.* Leía María Luisa, tardando algún tiempo en tomar gusto a una literatura en todo diferente de la poesía caballeresca de acá; y después tocaba el turno a Rafaela, que comprendía y apreciaba los profundos análisis de aquel soberano ingenio mejor que su hermana.

—Esto es muy filosófico—decía María Luisa—y no va con nosotras...

A los entretenimientos que retenían en el hogar a las dos hermanas, se unió bien pronto la faena de ayudar a las de Carrasco en la magna obra de vestirse a la moderna para presentarse en público como les correspondía. Largos días y semanas largas se emplearon en esto, primero con la elección de modelos y de telas, después con las tareas prolijas del corte y costura. La primera lección que dieron las de Milagro a sus amigas fué la de prescindir de modistas, trayéndose a casa buenas costureras que bajo su dirección trabajasen. María Luisa era maestra en el corte, y Rafaela no tenía rival para el ajuste, combinación de colores, conforme al modelo vigente de la elegancia, ni para la adaptación de cada forma al tipo, talle, estatura y corte de cara de la persona que había que vestir. Poseía el don especialísimo de ver el efecto, y en todo lo que trazaba ponía un sello personal de gracia y tono. Instalado el taller en la casa de Carrasco, allá se pasaban todo el día, cortando y cosiendo, con ayuda de buenas oficialas, y no duró menos de un mes la campaña. En las probaturas que se hicieron para cada pieza resultaban las chicas manchegas completamente transformadas; eran otras, y doña Leandra creía soñar viendo a sus niñas tan elegantes. Ante el espejo, Eufrasia y Lea reventaban de satisfacción observando que las caras se les ponían más bonitas sin necesidad de afeites, y los cuerpos más esbeltos y airosos por la virtud de aquellos corsés, que parecían obra de magia.

A cada una de las señoritas de Carrasco se le hicieron dos vestidos de calle y uno para teatro y sociedad. Para los primeros eligió Rafaela las telas llamadas *barèges* y *popelines,* entonces muy en boga, y resultaron lindísimos: claro el uno, oscurito el otro. En los faralaes dispuso la directora una gran sobriedad; hubo fuerte discusión entre ella y su hermana, y, al fin, en la primera prueba, todas le dieron la razón, rindiéndose a su maestría. Los cuerpos o jubones con el cuello alto, ostentando una imitación de camisa con chorreras, fueron el éxito más brillante de la Milagro. No se verían en Madrid cuerpos tan bonitos. Pero en lo que extremaron su ciencia fué en los vestidos de sociedad, verdaderas obras de arte por la interpretación fiel de la moda, dejando algo a la invención y *fantasía* personal. Eran de los que llamaban *Pekín glacé,* con rayas arrasadas de colores pálidos y guarnecidos de encajes, canesúes de batista bordada con hilo de Escocia y cuellito fruncido *a la Lucrecia.* ¡Vamos, que el día que los estrenaran darían el golpe!

Para doña Leandra se confeccionaron dos vestimentas, una de calle y otra para teatro, entrambas muy apropiadas a la seriedad y modestia de señora tan respetable. Echaron en el primero no pocas varas de muselina de la India, de color llamado de *escarabajo,* y en el segundo, tafetán negro de Italia, que adornaron con plegado de cintas *à la vieille,* todo muy rico, muy bien compuesto, sin extremar el adorno, porque así lo recomendaba de continuo doña Leandra, que no quería desmentir su nativa sencillez, y hacía un verdadero sacrificio en ponerse aquellos ringorrangos. En las pruebas no disimulaba su mal humor, repitiendo que tales magnificencias no eran para ella, que no se acostumbraría jamás a ir por la calle vestida de señorona, y que ya se sofocaba pensando que la gente se mofaría de su facha. ¡Qué dolor, qué Madrid éste! En los trapos que ella había de lucir, violenta, forzada, vistiéndose de máscara por dar gusto a la familia, se había empleado el valor de seis cochinos, y todo el trapío y galas de las hijas suponía una piara entera, ¡Señor!, la más lucida de Peralvillo de Calatrava.

Rematado hasta en sus últimos perfiles el grandioso aparato de los trapitos, lanzáronse todas a la calle, rivalizando en elegancia, pues las Milagros no querían dar su brazo a torcer, y endilgaron sus más lindos trajes y perifollos. Hubo días espléndidos de sol en aquel invierno, lo que a todas vino muy bien para lucirse: iban al Prado y al Retiro, sin descuidar las visitas de presentación, y al propio tiempo las madrileñas mostraban a las novatas todas las curiosidades de Ma-

drid, no olvidando llevarlas, como había recomendado expresamente desde Ciudad Real el buen don José, a ver la Historia Natural y Caballerizas. No sólo se iban soltando con este ajetreo social Lea y Eufrasia, adquiriendo modales y la desenvoltura madrileña, sino que en sus cuerpos y rostros se determinó radical mudanza; el encogimiento desapareció al primer revuelo, y nadie diría que habían venido de la dehesa, cogidas con lazo. Desprendiéronse pronto del pelo por virtud del poder asimilativo de la mujer y de las lecciones vivas que continuamente recibían de las chicas de Milagro. El éxito coronó la aplicación de las discípulas, así como la dirección de las maestras, pues a las pocas tardes de andar por el Prado y Retiro, ya llevaban tras sí las manchegas una reata de novios, señoritos elegantes que las miraban y las seguían haciendo mil cucamonas.

Doña Leandra, pasados los primeros días, se resistió a los largos paseos, no sólo por cansancio, sino porque la mareaba el gentío, y aumentaban su murria el barullo y regocijo de las tardes de Madrid. Prefería quedarse en casa, adormecida en triste éxtasis, indelebles memorias del abandonado terruño, o bien rezando rosarios y pidiendo a Dios que se realizaran las esperanzas que trajo a Madrid toda la familia pastoreada por Bruno. Ya le daba en la nariz a la buena señora olor de reveses, porque habiendo salido del Ministerio de Hacienda el señor de Gamboa, se rompían los asideros de Carrasco en aquella casa; el expediente de Pósitos no acababa de resolverse, y lo de la diputación no se veía claro, a pesar de los lisonjeros vaticinios que mandaba en todas sus cartas el seráfico don José.

Siempre que el servicio se lo permitía, acompañaba Ibero a las señoras y señoritas en su paseo, pues con Bruno no había que contar: se pasaba la vida en los ministerios y tertulias políticas de café y redacciones. Algunos amigos de Santiago, paisanos y militares, se agregaban a la feliz cuadrilla, y la charla sabrosa y galante no tenía término. Entre ellos se señaló un teniente coronel, que hacía continuo derroche de finezas, sin decidirse por las solteras ni por la casadita, como si fuera su plan tocar todas las teclas a ver cuál le sonaba mejor. Era de cuerpo pequeño, de carácter francote y comunicativo, cetrino de color, escaso de bigote y barba, el habla durísima, gorda, catalana. Una tarde que iban las manchegas y sus amigas con Ibero por la calle de Alcalá, le encontraron en la esquina de la calle del Turco; paróse Santiago al reconocerle, se abrazaron y al instante hizo la presentación: «Mi amigo muy querido Juan Prim.»

Siguieron todos hacia el Retiro. Prim, que vestía de paisano, contó a Ibero rápidamente sus tribulaciones militares y políticas, y luego pegó la hebra con las damas, que le oían con singular agrado, maravilladas de su simpática franqueza, de sus atrevimientos gallardos, que se acomodaban, como el vaso al líquido, a la ruda lengua catalana. Hallándose María Luisa un poco pesada, próxima ya a meses mayores, solía ir a retaguardia con Ibero y don Gervasio. En una de éstas, interrogado el coronel por su amiga, refirió que el tal Prim era un bravo militar, que había empezado su carrera de *pesetero* en la guerra de Cataluña, adelantando rápidamente por su valor sereno y su militar instinto en la dirección de tropas. Chico despejadísimo, llegaría adonde llegan pocos; y si por entonces parecía fuera de juego y no tenía mando, no era por falta de méritos, sino por significarse en política más de lo prudente, con ideas harto exaltadas.

—Pues abran ustedes mucho ojo para vigilar a este pájaro—dijo don Gervasio, parándose para acentuar mejor el tono profético—. Yo podría sostener que las ideas del teniente coronel Prim, más que exaltadas, son jacobinas; me consta que no hace muchas noches pronunció en casa de Pacheco palabras que le valdrían una temporada de castillo si el duque las supiera. Hay en este mozo algo que contradice las costumbres que observamos diariamente en todo joven que politiquea. Fijémonos bien en esta circunstancia: su amigo de usted profesa ideas que casi, casi tocan en el republicanismo y, no obstante, se junta con retrógrados, y sus principales amigotes son lo más granado de la *moderación*. Le verá usted siempre con Carriquiri, con Salamanca, con Sartorius, y creo que con Fernandito, el hermano del general Córdoba. ¿No le sorprende a usted esta contradicción entre las ideas políticas y los gustos sociales?

—Le diré a usted, amigo don Gervasio

—replicó Ibero—: antes que ese contraste veo yo otro más fundamental en ese bravo chico, y es que siendo de origen muy humilde no le gusta tratarse más que con aristócratas. Ya ve usted qué bien viste: no hay otro que lleve mejor la ropa ni quien le iguale en el refinamiento de los gustos; su rumbo, su esplendidez, nos harían creer que es noble de nacimiento; sus ideas dicen que es hijo de la plebe. Yo le quiero y lo admiro.

—Pues a mí me da mala espina... Mi opinión es que se vigile a estos plebeyos que andan demasiado elegantes y a estos *peseteros* que adquieren costumbres de próceres.

—La contradicción yo no la temo y hasta la creo natural, don Gervasio. Todo hombre es una carrera, una vida que viene de un punto y a otro se dirige... Si el hombre no se aleja del punto de partida, ¿en d ó n d e está el progreso, nuestro *Progreso,* que tanto amamos y por el cual hemos dado terribles batallas? En Prim ve usted las ideas avanzadas de origen plebeyo y las aficiones aristocráticas; las p r i m e r a s son los principios; las segundas son los fines.

Creyera o no don Gervasio paradójica y vana la explicación de Ibero, ello es que no añadió más que lo siguiente:

—Estamos perdidos si no se vigila a los exaltados que andan entre oscurantistas. Lo dice un hombre de larga y dolorosa experiencia de las cosas públicas. Si yo tuviera, como usted, mi querido amigo, acceso diario en la casa del señor duque, le saludaría siempre con estas palabras sibilíticas: «Palo al jacobinismo, palo al retroceso.»

Procuró I b e r o quitar importancia a estos vaticinios del funcionario que se pasa la vida temblando por su nómina, y siguieron. A la semana siguiente, agr è g a d o también Prim al convoy, halló ocasión de quedarse atrás con su amigo, y le dijo:

—Sé que vas a la parte en los favores de la viudita, y...

—¿Qué viudita? ¿Rafaela?... Es casada.

—¡Ah!, sí, la c a s a d a solitaria, de quien me han contado... ¿Qué? ¿Seré indiscreto?

—Sigue, hombre, sigue.

—Es monísima, y sabe como ninguna hacerse la candorosa. Diríamos que no rompe un plato. Pero ¿es verdad que tú...?

—Sí, hombre, sí. Sigue, ¡ajo!

—P u e s me alegro de tu franqueza, porque así puede la mía serte de algún provecho. Al amigo, la verdad... Esa... te engaña.

—Sí, h o m b r e, sí. Acaba pronto... ¿Quién...?

—Vas a saberlo. Ayer salíamos de almorzar en casa de Carriquiri, Narciso Ametller, Luis Sartorius y yo... Al volver la esquina de la calle de las Huertas vimos a tu amiga salir de un coche con Federiquito Nieto, y entrar..., ¿sabes ya dónde?

—Basta; no sigas; esta noche la mato.

—Hombre, no es para tanto.

—¿Qué sabes tú?

—Siento...

—No sientas nada..., te digo que la mato... Y a ese *don Frenético* le pisotearé en medio de la calle en cuanto le encuentre. Ella me había prometido... No, no fué a mí..., no soy yo. Cállate, déjame. Yo sé lo que tengo que hacer.

—Pues Ametller me contó algo más...

—No sigas; estamos llamando la atención. Ya ves: se paran todos esperándonos.

—Creerán que conspiramos. Y si quieres, por mí no ha de quedar. Conspiremos, Ibero.

—¿Ves? Se ríen de nosotros.

—Se reirán de ti...

—Cállate ya... ¿En dónde nos veremos mañana para poder hablar?

—En ninguna parte, porque yo me voy a Tarragona, donde espero salir diputado.

—Bien, hombre, bien... Para ti es el mundo. ¿Y votarás la regencia una o trina?

—Creo que con un solo regente basta y sobra. De lo malo, poco.

Uniéronse al grupo y el paseo tuvo su desarrollo natural, sin incidente alguno. En torno de las damas revolotearon los pretendientes, derrochando su gárrula estolidez amorosa. Ibero, metido en sí, no cesaba de pensar: «¡Pobre Catalá! Bien le decía yo a María Luisa que estas saliditas de mañana no tenían explicación, y ella me porfiaba que sí.... que iba a la cordonería, al tinte... Enredos... María Luisa tapa. Pues aquí estoy yo para destapar a la tapada y a la tapadera.»

XVII

No tuvo Ibero reposo hasta que vió llegar la mejor coyuntura para interrogar a Rafaela. La increpó con severidad, afeándola su hipocresía y falta de juicio, y ella, negando al principio, balbuciendo luego una tímida confesión, sin descubrir el doble fondo, echó por fin un raudal de lágrimas sobre la disputa. El rígido censor, apiadado, no quiso añadir un martirio más a los que a la pecadora infligía su conciencia, y calló, mandándole que se sosegase. Aquella misma tarde habló a solas con María Luisa, de cuya boca oyó conceptos que calleron como lluvia glacial sobre su corazón. No esperaba, ciertamente, aquella filosofía de comodín que era al propio tiempo censura y tolerancia de los deslices de Rafaela, ni el desdén con que apreciaba la intervención caballeresca de él en asunto tan grave como el honor de la familia.

—No podemos hacer carrera de ella —decía María Luisa—. Y lo que siento, amigo Ibero, es que usted se dé tan malos ratos para no conseguir nada... Hablando con franqueza, yo no creo que Rafaela sea un monstruo, ni mucho menos... Los actos de las mujeres no deben juzgarse sin mirar un poco a las circunstancias, y las de mi hermana ya sabe usted cuáles son. Hay que verlo todo, amigo mío, y no ser demasiado severo. Francamente, yo me pongo en el caso de Rafaela... El tal Catalá no es hombre de tantísimo mérito que merezca sacrificios extremados. Si se tratara de usted, ya sería otra cosa...

Aterrado más que sorprendido, Ibero no supo qué contestar.

—Yo comprendo—prosiguió María Luisa—que si usted no hubiera rifado con ella, haría muy bien en ponerle el grillete... Tal como están las cosas, no podrá usted enderezar a mi hermana todo lo que deseamos, y de veras lo siento yo; no podrá enderezarla, digo, porque usted la enseñó a torcerse... No es esto censura, líbreme Dios..., ojalá durara..., es decirle a usted que no se aflija porque sus sermones sean de tan poco efecto...

—Tiene usted razón, María Luisa—dijo Ibero, cayendo de un nido, de las nubes, de más alto aún—; soy un necio, el mayor mentecato de la orden de diablos predicadores. Usted me abre los ojos... No es sólo Rafaela la que está dañada en esta casa.

Las señales del grave daño estaban a la vista, pues rodeaban a María Luisa muestrarios de telas, piezas riquísimas de *barege eoliana*, de muselina de la India, de tafetán de Italia, y cachemires, crespones y *popelines* de dobles reflejos. Tantos y tan lucidos trapos se veían allí, que el gabinete parecía un taller de modas de los más elegantes. Ya había notado Ibero que la transformación indumentaria de las manchegas fué para las Milagros como súbito envenenamiento: la elegancia de sus amigas les inoculó el virus del lujo, y éste prendió al instante con aterradora intensidad. La primera envenenada fué Rafaela, que no tardó en comunicar a su hermana el pegajoso mal. Bien pronto invadieron la casa figurines y piezas de tela, mil arrumacos elegantes de seda y encaje, modelos de los abrigos llamados *twines* y *kasadawekas*, que se adornaban con pieles riquísimas, y Rafaela frecuentaba la famosa casa de madame Petibon, depósito de todas las monerías parisienses de última novedad.

—Aunque tarde—dijo Ibero melancólico, tirando a la indulgencia que un hombre debe a la flaqueza mujeril—, caigo en la realidad y veo la ridiculez de mis pretensiones puritanas. ¿Me permite usted, María Luisa, que le hable con la libertad a que tiene derecho un amigo que se despide? Pues si usted no se me enfada, le diré que el dinero enviado por don José para gastos de ropa (y conozco la cantidad, porque ha pasado por mi mano) no basta ni con mucho para ese aluvión de trapos...

—No hay que asustarse, amigo Ibero... Mucho de esto se devuelve; lo hemos traído sólo para verlo...

—Déjeme seguir. Si ustedes pensaban que debían estirar los pies a mayor largo que el de las sábanas, ¿por qué no me piden a mí el dinero necesario, como mil veces le he dicho a Rafaela?... No se enfadará usted tampoco si, como leal amigo de don José, le digo que es un grandísimo peligro esa ostentación..., vamos, ese insulto a la medianía de un jefe político que blasona de honrado, y que lo es..., lo es.

—Papá nos autoriza para vestirnos decentemente, contando con lo que nos mandará luego. No quiere que hagamos mal papel al lado de las manchegas. Además, diré a usted que a Cavallieri han venido a buscarle para que cante los meses que quedan de temporada en la Cruz; un contrato ventajosísimo, amigo don Santiago. El público no está contento de Reguer, y Becerra se ha puesto ronco. Tendrá usted a mi marido de primer bajo, con obligación de cantar *Chiara di Rosemberg, Marino Faliero, Il conte Ory,* del gran Rossini, y la ópera que ha escrito nuestro celebrado Saldoni, *Cleonice, regina di Siria.*

—Lo celebro infinito. Iré a dar mi aplauso al amigo Cavallieri y a admirarlas a ustedes en su palco de la Cruz. No se ofenda por lo que he dicho, ni aquí hay nada que censurar, como no sea mi conducta: me daría de bofetadas..., tal rabia me tengo, puede usted creerlo..., por meterme yo en donde no me llaman. Todo lo que dije de querer ser su hermano y de guiarlas y protegerlas como tal contra los infinitos riesgos de este Madrid diabólico no es más que un quijotismo que, ya lo ve usted, viene a parar en lo que para siempre el meterse a pelear con aspas de molino. Aquí me tiene usted caído y con los huesos quebrantados; pero aprovecho la lección, vaya si la aprovecho, ¡canastos! No volveré, no, a romper lanzas por el honor de nadie ni a enderezar mujeres que quieren torcerse. Hermoso me parecía lo de ser hermano de estas pobrecitas, y ello me servía como de un buen descargo de mi conciencia; pero ya veo que el oficio de hermano postizo tiene sus quiebras y... dimito el cargo.

—Siempre será usted un buen amigo nuestro, por más que no quiera—dijo María Luisa, un poco asustada de verle con tal impresión de tristeza y desaliento—. Diríjanos y aconséjenos todo lo que guste, que bien sabe Dios cuánto hemos de agradecérselo. Lo único que le pido es que no sea demasiado regañón con nosotros, vamos, que no nos grite ni ponga los ojos fieros, porque me asusto..., crea que me asusto..., y como entro ya en meses mayores, cualquier sobresalto repentino podría..., ya sabe...

—Esté usted tranquila, que por culpa mía no ha de fracasar la criatura. Le deseo un felicísimo alumbramiento, y a Cavallieri ovaciones sin fin. Conque..., a ver si acaban ustedes todo el traperío, para que se pongan bien guapas y tiemble Madrid.

—¡Burlón, mala persona!

—Adiós, amiga mía, adiós.

Se fué, no ya triste, sino consternado, pues era hombre a quien afectaban hondamente las rupturas o interrupciones de amistad, de cualquier orden que fuesen. Aquel mismo día visitó al pobre Catalá y le halló tan tranquilo, tan confiado, que habría sido no sólo impertinente, sino criminal, turbar su almo reposo. Por todo ello se confirmaba en su propósito de abandonar definitivamente la redención de pecadores, obra que a Dios pertenecía, no a los hombres, y menos aún a los que se hallan distantes de la perfección. «Hagamos todo el bien que podamos—se decía—, pero dejando siempre a un lado los trastos de redimir.»

En los siguientes días, atraída su alma solitaria con nueva fuerza desde La Guardia, fué a ver a doña Jacinta y después al duque, con la pretensión de que si no le trasladaban al Norte, como era su deseo, se le diera al menos una licencia de un mes, de dos semanas. Don Baldomero, meditabundo, mas como nunca benévolo, le dijo:

—Ten paciencia, Santiago. Ahora no puede ser. En cuanto se reúnan las Cortes y éstas elijan la regencia, podrás ir a donde quieras.

Por algo que dejó escapar la suma discreción de Espartero, por lo que poco antes le había dicho la duquesa y por lo que oyó después en la Secretaría, entendió Ibero que el Gobierno olfateaba conspiraciones. Síntomas de displicencia apuntaban en ciertos círculos, resto nefando de las antiguas logias; cuchicheos misteriosos sonaban en los cuarteles. El *retroceso*, abrazando con sentimental quijotismo la causa de Cristina y declarándola víctima inocente de una intriga brutal, se apiñaba para adquirir una fuerza de que carecía. Los moderados elegantes y ricachones usaban del resorte social de las suntuosas comidas para producir la agrupación lenta de adeptos, para definir y caldear las ideas que, por el pronto, sólo se expresaban en forma de chistes y agudezas contra el duque, su familia y adláteres. Figuras importantes del Ejército iban marcando

su actitud *paladinesca* en favor de la ilustre proscrita, que recibía corte de descontentos en su residencia de la Malmaison, comprada a los herederos de Josefina. No era sólo Belascoaín el que cerdeaba. Manuel de la Concha tenía muy arrugado el entrecejo, y su hermano Pepe, amigo de Espartero y a punto de emparentar con él, no podía vencer la sugestiva atracción de su hermano; de Juanito Pezuela nada podía asegurarse; O'Donnell era declarado cristino, mas su fría cara irlandesa no revelaba sus intenciones. Seguros eran Seoane, que mandaba en Valencia; Van-Halen, en Cataluña; Ribero, en Navarra. En cuanto a la Milicia nacional, se creía en su fidelidad como en Dios, viéndola cada día más firme en su liberalismo chillón, ardoroso, pintoresco.

Dos días después de la visita a Espartero hizo otra a Linaje, que le rteuvo más de una hora, encareciéndole la necesidad de vigilar con cien ojos y de aplicar el oído a las conversaciones de la oficialidad, siquiera fuese de las más íntimas. Se habían emprendido trabajos en algunos cuerpos por el sistema llamado de *triángulo,* y no eran pocos los jefes y oficiales que andaban en estos enredos. Urgía conocerles y desenmascararles antes que las cosas fuesen a mayores. Por lo demás, no se temía nada serio y la popularidad y buen crédito del duque garantizaban una paz durable... Con todo se mostró conforme Ibero, y prometiendo ser un Argos de buen oído y no perdonar medio alguno, por duro que fuese, para imponer castigo a los que se salieran de la estricta disciplina, se despidió del famoso secretario del duque, creyéndole atormentado por pesadillas horrendas, a no ser que inventara las conspiraciones para dar a sus servicios un valor que fuera del terreno policíaco no podían tener.

Recibió en aquellos días Ibero una carta de Navarridas muy grata y consoladora. ¡Cuánto habría dado el hombre por poder llegarse allá y recrear sus ojos en la contemplación del dulce objeto de su amor fino, y hablar con Gracia, con la sin par Demetria y con Navarridas de proyectos felices cuya realización no debía de estar lejana! Pero, ¡ay!, vana ilusión, sueño de esclavo era pensar en esto. Viéndose tan sin libertad privada por servir a la pública, fué acometido de un tedio sombrío, con desvío de la sociedad y repugnancia del trato de gentes; se pasaba en su casa largas horas leyendo novelas, sin distinguir de géneros y estilos, devorándolas todas con igual atención; y en medio de aquel fárrago pasaron también las de Balzac, que semanas antes le había dado María Luisa y procedían de la mano dadivosa de *don Frenético.* Volvieron a despuntar en su mente los delirios supersticiosos que le habían trastornado en Valencia, y por las noches, cualquier sombrajo en la habitación oscura o en la calle, tomaba forma de animado ser para significarle sucesos terroríficos. Una mañana fué a coger su bastón del sitio donde comúnmente lo ponía, y el bastón cayó al suelo, y al bajarse para recogerlo movió con el hombro un colgadero portátil de ropa, que vino a desplomarse sobre la mesa. En ésta había un plato (del servicio de chocolate), que al golpe se rompió por la mitad, mostrando en uno de los pedazos rotos el perfil perfectísimo de una cara burlona, la cual cobró vida y voz en el instante de la rotura, y así le dijo: «Teme a los traidores.»

XVIII

A los traidores ya les temía y execraba, sin necesidad de que el maligno ente se lo advirtiera. Lo que hacía falta era descubrirles y saber por dónde andaban, para meterles mano y hacer en ellos un cruel escarmiento. Coincidieron estas travesuras de la imaginación con un soplo que en aquellos días le dió el mayor del segundo batallón de su regimiento, don Gabriel O'Daly. Mandaba la primera compañía del mismo un capitán llamado Vallabriga, tildado de inquieto y sospechoso. Según O'Daly, hombre de carácter muy serio y de bien probada veracidad, Vallabriga andaba en malos pasos y en peores trotes. No era difícil comprobar que había leído proclamas clandestinas a varios sargentos de su compañía; se supo que frecuentaba una reunión nocturna de *jovellanistas* en una de las calles jorobadas y tortuosas que caen detrás de Buenavista, no lejos de las Salesas, conciliábulo a que concurrían otros militares de distintos cuerpos. Con éstos nada tenía que ver don Santiago;

pero como descubriera y evidenciara al traidor de su regimiento, sorprendiéndole *con el puñal levantado sobre el corazón de la patria,* no se contentaría con menos que con atravesarle de una estocada sin más dimes ni diretes: ni sumaria ni Consejo de guerra. Nunca le había gustado el tal Vallabriga, que componía versos de moros y cristianos, blasonaba de ideas estrambóticas y solía concurrir a las tertulias de café peor reputadas. Hizo propósito de seguirle la pista y de echarle la zarpa, sin dar cuenta a nadie de su cacería ni valerse de persona alguna militar ni civil.

Pero estaba de Dios que en aquellos días su alterada mente no tuviera reposo, porque tras una impresión desagradable venía otra de un orden distinto, y el hombre no ganaba para disgustos. Hallábase una tarde en el cuarto de banderas, durante el acto de pasar lista, tocando la música en el patio, cuando entró Catalá demudado y trémulo y con balbuciente voz le dijo:

—La mato, Santiago, la mato, la degüello... Ahora no la salva ni el *Sursum corda.*

A las preguntas de Ibero no respondía sino con expresiones desconcertadas y delirantes, acariciando una pistola que llevaba en el bolsillo interior de la levita.

—¿Sabes tú dónde podré encontrarla?... Porque en su casa no está... ¡Cuatro noches pasadas fuera! Es un demonio, es la mentira, la traición. De hoy no pasa que le meta una bala en el cráneo... No me mato yo..., yo no...

Y diciéndolo salió disparado sin oír las exhortaciones de su amigo, que a la moderación le incitaba. No se sentía Ibero con ganas de tomar en la cuita del comandante un papel activo; bastaba con tenerle lástima y con desear que las cosas se arreglaran por buenas, sin catástrofe. Desde que renunció al desairado papel de paladín de la honra Milagrera, sus comunicaciones con las graciosas hermanas eran casi nulas. Supo que María Luisa había dado a luz con toda felicidad un niño que se parecía mucho a Cavallieri y se enteró de que a éste le habían dado una grita fenomenal en la Cruz, cantando *Le Prigioni d'Edimburgo,* de Ricci, con la Mazarelli, la Lombía y Ojeda, y que, a consecuencia de este desastre, enmudeció en los teatros la espléndida voz de bajo para tronar de nuevo en los responsos y funerales. De Rafaela no supo más sino que la había visto sola, por la calle de Alcalá abajo, luciendo un *twine* de todo lujo, guarnecido de pieles, y que en el teatro del Circo había llamado la atención en su palco, con elegantísimo vestido, en compañía de las manchegas. Las relaciones de Ibero con Catalá no eran ya muy íntimas. Como el pobre comandante no acababa de restablecerse del mal de su desconcertada cabeza, Santiago influyó para que se le retirase del servicio activo y a sus instancias le colocó Linaje en la Secretaría del Montepío Militar.

La tarde en que se presentó Catalá en el cuarto de banderas de Saboya con aquel rapto de ira, no pudo Santiago ir en su seguimiento para impedir una barbarie, porque había recibido invitación para comer con los señores duques, y el meterse a componedor habría comprometido su puntualidad. Por la noche, en el café de Pombo, supo que no había ocurrido tragedia clásica ni romántica, porque los compañeros de oficina de Catalá habían recogido a éste, llevándosele a su casa y quitándole las pistolas y todo instrumento que pudiera ocasionar muerte. Mas no pudiendo permanecer de guardia indefinidamente en su alcoba, temían la repetición del acceso de furia, el cual no era un fenómeno morboso, sino arrechucho normal producido por discordias terribles con su amada infiel.

A los tres días de esto, el 19 de marzo, se abrieron las Cortes y ya no se hablaba en Madrid más que de la elección de Regencia y de si ésta sería una, trina o cuaternaria. Muchos amigos tenía Ibero en el Parlamento que había de resolver cuestión tan peliaguda. Triunfaron Prim y Olózaga; elegidos fueron también González Bravo, Ametller y Posada Herrera. En cambio, el pobrecito don Bruno Carrasco había sufrido una derrota ignominiosa, a pesar de *tener el padre alcalde;* y el bonísimo don José del Milagro, a quien el fracaso produjo terribles amarguras, fué acusado por los amigos de no entender la mecánica electoral, de haber conducido a las urnas el rebaño votante con el modo y pasos de la más candorosa legalidad y de una corrección infantil. Por no parecerse a los

moderados, había dejado indefensa la candidatura del amigo, y él quedaba como un modelo de la probidad más imbécil. Tal era el criterio de la llamada razón política, enteramente reñido *et nunc et semper* con toda idea moral.

Ya se aproximaba la elección de regente cuando Ibero, libre de todo compromiso social y militar, escogió una destemplada noche de marzo para lanzarse al ojeo de aquel indigno Vallabriga, que era el oprobio de la brillante oficialidad de Saboya. Un dato de la Policía, transmitido por O'Daly, le dió a conocer que la junta secreta de jacobinos y moderados (¡nefando amasijo!) a que concurría el pérfido capitán se había trasladado a una de las calles próximas a la plazuela de Afligidos, entre el cuartel de Guardias y la Cara de Dios. Allá se fué el hombre, en traje de paisano y trazas de cesante, bien embozado en su pañosa y con un sombrero del año 23 que completaba el disfraz de un modo perfecto. Calles arriba, calles abajo, midió todo el barrio durante dos lentas horas, sin descubrir rastro ni sombra de lo que perseguía, y cansado ya de su inútil acecho, se retiraba por la calle del Limón cuando vió salir de un portal tenebroso a una mujer cuyos andares y figura le revelaron persona conocida, sin poder discernir quién era, pues iba bien entapujada con manto negro y cuidadosa de no dejarse ver la cara. El corazón, más que los ojos, fué quien le dijo a Ibero: «O yo veo visiones o ésta es Rafaela.» La siguió a distancia. Avivaba ella el pasito, como si hubiera notado la persecución; al llegar a lo alto de la calle torció a la izquierda por un solar vacío y tomó la calle de Amaniel; acortó Ibero la distancia, y observando mejor a la luz de los reverberos, se confirmó más en su sospecha. Entró luego la tapada en la calle de San Hermenegildo, lóbrega, solitaria, de aspecto mísero, y el galán tras ella. La macilenta luz de los escasos faroles apenas permitió al ojeador distinguir el bulto, que no ya de prisa, sino a la carrera, por la calle avanzaba. De pronto se filtró en un portal. Reconoció Santiago la casa donde había desaparecido la mujer y observó que no era de mal aspecto; la mejor de la calle, sin duda. Una luz pitañosa, semejante a la mirada de un ojo enfermo, brillaba en lo más hondo del portal larguísimo y angosto.

Hasta aquí la aventura era por demás insípida, pues aun suponiendo que la hembra escurridiza fuese Rafaela, ¿qué interés podían tener ya para Ibero los pasos rectos o torcidos de la que fué su amante? Pensó retirarse, y una fuerza íntima, nacida de su suspicacia y de su curiosidad juntamente, le retuvo.

—Me da el corazón—se dijo—que aún he visto poco y que debo quedarme aquí para ver más.

Aunque comúnmente no era hombre para largos plantones, determinó hacer aquella noche pruebas de paciencia, y buscando el sitio más adecuado para garita dió con un cerrado portal, que parecía un nicho, en uno de los trozos más oscuros de la calle, en la acera opuesta a la de la casa misteriosa y a una distancia tal de ésta que no era difícil observar quién entraba y salía. Porque en la tal casa había de ocurrir algo extraordinario; a Ibero se lo dijo la singular fisonomía que resultaba de la disposición de sus huecos; se lo dijo la ordenada fila de las tres repisas de balcones, la combinación de pintura roja imitando ladrillo y de pintura blanca imitando piedra; díjoselo también una ventana figurada, y, por último, se lo confirmó un letrero pendiente entre las dos rejas del piso bajo. Pudo leer el primer renglón: «Imprenta», y el «de» que había más abajo; pero el nombre expresado en la tercera línea no era legible ni hacía falta por el momento.

No habían pasado quince minutos de plantón cuando Ibero vió salir a dos hombres embozados en luengas capas. Tiraron hacia la calle de San Bernardo. Parecían señores. Diez minutos después salió uno solo, enfundado en un gabán con alzacuello altísimo. Aquél sí era señor efectivo. Le vió Ibero pasar cerca, porque tiró hacia la calle de Amaniel. No pudo ver su cara; no le conocía por el cuerpo y andadura. De pronto, el tal sujeto retrocedió como azarado, vaciló un instante y al fin salió por pies hacia la calle Ancha con no poca prisa. Antes de perderle de vista vió salir a otro, y luego a dos...

«Pero ¿qué jubileo es éste? Aquí hay una guarida de conspiradores—pensó, dejando caer el embozo—. Vamos, no aguanto más. Me pondré en la misma

puerta, y si sale *mi traidor,* el *Judas* de Saboya, no le dejaré hueso sano...»

Con paso resuelto avanzó hacia la casa, y al aproximarse al portal casi estuvo a punto de chocar con dos bultos que salían.... un hombre y una mujer. Esta era Rafaela: la vió cara a cara; no podía dudar de lo que veía. Y como en aquel súbito encuentro, obra de un instante, aplicara toda su atención a la hembra, no pudo distinguir bien la persona del hombre, que al verse sorprendido se embozó hasta la nariz. No obstante, en rápida visión que Ibero pudo comparar a la fugaz claridad del relámpago, se le manifestó un semblante hermoso, un bigote rubio..., nada más. Quedó en su retina la vaga impresión de un rostro conocido; mas ni en aquel instante ni en los que sucedieron al encuentro pudo discernir quién era.

Avanzó la pareja por la calle adelante, hacia la de San Bernardo, y a distancia les siguió Ibero. Iban hombre y mujer muy pegaditos, hablando en intimidad confianzuda. Al pie de la mole churrigueresca de Montserrat se pararon un rato; el desconocido parecía reñir amorosamente a Rafaela. Siguieron, y en otra parada comprendió Santiago lo que podría llamarse el sentido escénico de aquel coloquio. Sin oír nada, pues la distancia no lo permitía, pudo, con la sola observación de la pantomima de ambos, comprender que el galán la incitaba a que se separaran. No convenía, por estas o las otras razones, que f u e s e n juntos. Ella se obstinaba en acompañarle; él, en que no. Hubo, sin duda, transacción entre las opuestas voluntades, porque siguieron hasta el Noviciado. En una nueva paradita, reparó Ibero que la Milagro lloraba, llevándose el pañuelo a los ojos, y que el caballero le apretaba las manos. Pareció indicarle que se retirara por la calle de los Reyes al punto que debía de ser su residencia eventual. Ella se resistía. Cedió, al fin, ante exhortaciones o mandatos impuestos por voluntad firme... La despedida fué tierna, penosa, lenta; se apartaban y volvían a reunirse, siendo ella la que tras él corría, como desconsolada de verle partir. Esto fué obra de un minuto, quizá de dos, y por fin el hombre arrancó presuroso calle abajo, y la sombra de ella se desvaneció en la travesía más próxima.

Dudó un instante Ibero... ¿A cuál de los dos seguiría? El primer impulso fué dar caza a Rafaela; pero de pronto una sospecha vivísima le indujo a la determinación contraria: seguir al hombre. Creyó haber encontrado en sus recuerdos la clave del enigma de aquel rostro, visto en un relámpago, y quería comprobarlo con nueva observación. El hombre iba de prisa por la acera del Noviciado, Ibero por la opuesta, avivando el paso con intento de tomarle la vuelta y mirarle de frente. Pero cuando ya el desconocido iba cerca del Rosario, vió pasar un simón: lo tomó precipitadamente y metióse en él, dando al cochero la orden desde dentro. Santiago, que se aproximó cuando el caballero cerraba con violencia la portezuela, no pudo ver lo que deseaba. Fué luego en seguimiento de Rafaela; mas ya era tarde. Ni aún pudo determinar la casa de que la vió salir en la mísera y tenebrosa calle del Limón.

XIX

Al día siguiente visitaron los corchetes la casa de la calle de San Hermenegildo en cuyo piso bajo estaba la imprenta de Minutria; mas no se encontró nada que trascendiese a conspiración. En el principal había un colegio de niñas, y los vecinos del sotabanco eran vendedores ambulantes, un cochero y dos limpiabotas. En la imprenta se había tirado *El Eco del Comercio,* después *El Huracán,* y a la sazón se imprimían dos papeles, cuyo ministerialismo no podía ponerse en duda; el dueño de ella era un miliciano nacional, considerado en el cuerpo como de intachable adhesión al duque.

Pensó Ibero, como síntesis de sus cavilaciones de aquella noche y del siguiente día, que no cuadraban al decoro de su posición militar las correrías y acechos de polizonte, desfigurando su persona; y creyendo haber descubierto un rastro de criminales *liberticidas,* se propuso seguirlo, mas no con tapujo, sino a cara descubierta, de uniforme y a plena luz. Comenzó por la tarde sus indagaciones en la calle que fué principio de su aventura, y tan propicia le fué la suerte, que a primera hora de la noche ya conocía el escondrijo de Rafaela, el

cual resultó ser la vivienda de una planchadora llamada Encarnación, nodriza que fué del chiquillo mayor de Milagro. Comió el coronel a la francesa, con unos amigos, en el próximo cuartel de Guardias, y a punto de las ocho se personó en la casa, presumiendo, como en efecto sucedió, que al preguntar por la extraviada la negarían.

—¿Cómo se entiende? Sé que vive aquí; sé también que está en casa—dijo en tono que no admitía réplica—, y si se obstinan en negarla, ya veré yo la manera de despabilar a los que ocultan la verdad.

Diciéndolo, empujaba suavemente a la mujer que abrió la puerta, y sin reparo alguno se colaba por un pasillo, a cuyo extremo compareció un hombre corpulento, en mangas de camisa, al modo de tapón para cerrar el paso. Antes que el tal formulase una protesta, le echó mano al cuello don Santiago, diciéndole:

—Que salga pronto Rafaela, ¡ajo!; y renuncien a ocultarla si no quieren ir a la cárcel todos los inquilinos, empezando por usted y concluyendo por el gato.

El gato apareció detrás del dueño, mirando receloso al intruso; dos chicos tiznados salieron detrás del gato, haciendo pucheros; se persignaba la mujer, rezongaba el hombre, escupiendo palabras descorteses; y en esto se abrió una puerta vidriera al opuesto extremo del largo pasillo, y la turbada voz de Rafaela dijo claramente:

—Sí, sí, Santiago, aquí estoy. Puedes pasar.

—¡A mí con estas bromas de negarte! Ya comprenderás que vengo como amigo, y que no te causaré ningún daño...

Entrando en la sala con esta breve insinuación, y posesionándose de la primera silla que se le vino a mano, invitó a la Milagro a sentarse. Alumbraba la estancia un quinqué bastante avaro de claridad, con pantalla de cartón, puesto sobre una cómoda, y en todos los muebles se veían prendas de vestir, esparcidas con desorden, ropa blanca recién planchada, zapatos y ligas. Rafaela, envuelta en un mantón, despeinada, los pies metidos en pantuflas turquesas de tafilete amarillo bordado de plata, se acomodó en un sillón frente a Ibero mediando entre los dos un brasero sin lumbre. Parecía enferma o profundamente atribulada, y en su bello rostro, que nunca fué romántico, se advertían las transparencias opalinas y el nácar violáceo de las penas hondas y del llorar frecuente.

—¿Qué te pasa, mujer?—dijo Ibero, compadecido de veras—. ¿Se te ha muerto alguna persona querida? Es la primera vez que veo en ti un dolor vivo, y esto, dejando a un lado nuestra discordia, no puede serme indiferente. Acaba de suspirar y cuéntame...

—Soy muy desgraciada—fué lo único que respondió—. Si con esto no te basta, peor para ti, pues poco más podré decirte.

—No creas que voy a mortificarte con interrogaciones, aunque el caso de anoche las justificaría—dijo Ibero—. Pero algo tendrás que decirme... No; no te asustes antes de tiempo.

En aquel punto juzgó Santiago que sería muy estratégico no atacar de frente la cuestión que bien podría llamarse política. Para obtener claro informe acerca de los visitantes de la casa misteriosa, convenía figurar que esto no interesaba, desviando las indagaciones hacia otro objeto, y suponiendo en este objeto convencional un interés que no existía. Embistió, pues, por el lado de las liviandades y de los desvaríos amorosos, hablando de Catalá, de su estado de furor y de los accidentes graves que podrían sobrevenir si Rafaela no ponía fin a sus locuras.

—Pero ¿no habíamos quedado—dijo ella—en que ya no éramos hermanos y en que no te importaba lo que yo hiciese o dejara de hacer? Son cosas mías, Santiago, cosas malas si quieres, pero mías, y lo que es mío no es de los demás.

—Perfectamente; pero las cosas tuyas afectan otras personas, a muchas personas, Rafaela... ¡Quién sabe si también a mí!

—¿A ti?

—Tus *cosas*, como dices, van tomando tal carácter de gravedad, que será difícil ya que tu padre deje de tener conocimiento de ellas. Tu hermana misma, a quien yo vi tan dañada como lo estás tú, y que ha contribuído a lanzarte por el mal camino, ya se asusta de su complicidad... Hasta los pequeños, Rafaela, hasta tus hermanitos sienten o adivinan que hay en ti algo que no es hon-

roso para la familia, y van aprendiendo a pronunciar tu nombre con miedo, con vergüenza. ¿Esto no te dice nada?

—Eso me dice algo, me dice mucho, Santiago—contestó Rafaela, la voz cortada por la emoción—; y si te aseguro que ahora me encuentro verdaderamente arrepentida, oirás una verdad como un templo... y no la creerás. Pues tienes que creerla, tienes que creerla.

—¡Si supieras, amiga mía—dijo Santiago dando un gran suspiro—, cuánto me gusta creer en el arrepentimiento de las personas que han hecho algún mal! Pero en este caso, para que yo vea clara tú enmienda, es preciso que conozca el estado de tu ánimo, tus pensamientos todos y los motivos de tu pena. Que la cosa es grave, lo veo en el desorden de tu vida, en tu cara demudada, en tu llanto, en este encierro, en ese acento tuyo tan distinto de lo común en ti, que parece otra la que habla. Para que tu carácter se me presente cambiado, lo ocurrido en ti debe de haber sido, más que un suceso, una revolución. Cuéntame esa revolución, y sólo el contármela te aliviará de tu pena.

Le oía Rafaela sin mirarle, inclinando el rostro sobre el pecho.

—Apostaría yo—dijo Ibero, después de una pausa en que se cansó de esperar respuesta—a que el origen de tus desgracias no es otro que infame *materialismo*. ¿Dices que no? ¿Por qué niegas con la cabeza? ¿Te has quedado muda?

—No es la ambición, Santiago; te digo que no es la ambición.

—En los días en que yo pude enterarme de lo que hacías te vi menospreciando la medianía decorosa por buscar la amistad de personas que no tenían otros atractivos que su dinero.

—Una vez en el mal camino—dijo Rafaela con una sequedad que contrastaba con su pena—, me parecía una simpleza perderme sin gracia... Para pobreza ya tenía la de la honradez... ¡Perdición pobre...! Es como ahogarse en un mar hediondo.

—La pobreza y las privaciones son cosa mala, es cierto... Pero podías haberte limitado a una situación media...

—Me entró la locura de las cosas grandes, y no podía contenerme. Quizá no comprendan esto los hombres que pueden satisfacer sus vanidades de mil modos, con los títulos, con los galones, con la gloria, qué sé yo. Nosotras no tenemos más que un medio de satisfacer el orgullo... Por eso yo decía: «Ya que no tengo nada de lo bueno, Señor, tenga de lo malo lo más bonito.»

—Y tu hermana, que al principio te contuvo, viéndote después por el camino de las conquistas lucrativas, te jaleaba para que siguieras.

—María Luisa es más ambiciosa que yo, y también más cobarde. Tiene, para mantenerse honrada, motivos que yo no tengo: es casada de hecho y madre de un niño. Para ella ha sido muy cómodo que yo peque. De este modo resalta más su virtud, y como nos queremos y siempre hemos partido lo que teníamos, no sale mal librada, sin pecar, por supuesto.

El terrible juicio que en pocas y secas palabras hizo la dolorida de las relaciones morales entre las dos hermanas causó al coronel verdadero terror. Quedóse un largo rato absorto, contemplando aquel cuadro siniestro en que la virtud y la maldad comían en el mismo plato.

—De todo lo que me cuentas—dijo, saliendo al fin de su meditación—, resulta que tu hermana y tú no tenéis idea ninguna de la verdadera decencia; resulta también que tú, Rafaela, eres una preciosa muñeca que habla y ríe por mecanismos naturales, pero que no piensa ni siente; no conoces la fe, ni el amor, ni ningún sentimiento grande. Si algún mérito hay en ti es la sinceridad; pero esta virtud no compensa, no, la falta de tantas otras. El día que nos separamos me dijiste que eras incapaz de amar, que...

—Que no comprendía el amor, ya me acuerdo. ¿Y a eso llamas sinceridad? Nunca he dicho una mentira tan atroz. Como nos despedíamos y no te había engañado nunca, quise echar sobre ti de una vez el engaño mayor del mundo, para que te fueras con todos los sacramentos, bien engañadito, sin entenderme ni tanto así, sin conocer a la mujer que habías tenido, sin poseer de ella lo que más vale, que es el corazón... En esto que te digo ahora sí hay sinceridad, y lo aseguro, aunque te duela.

—Si crees que esa franqueza tuya, tardía, me mortifica, estás muy equivocada, Rafaela—dijo Santiago, haciéndose el valiente—. Más te quiero sincera y leal

que engañosa..., por más que me lastime un poco el no haberte conocido cuando debí conocerte, y el descubrirte ahora, cuando la verdad de tu mentira, como dijo el otro, no debiera importarme...

Siguió a esto un largo silencio. Las aficiones policíacas contraídas en una noche habían despertado en Ibero curiosidades impertinentes; no pudo contener su avidez de examinar los objetos que le rodeaban, y dirigiéndose a la cómoda miró dos o tres libros, un retrato de señora colgado de la pared y un papel a medio escribir, que resultó apunte de ropa hecho por mano para él desconocida. Ni esto ni los grabados de periódico, adheridos con obleas a la pared blanca, eran materia sospechosa en la que pudiera encontrarse relación con los preparativos de un pronunciamiento militar.

—Lo que me has contado me hace el efecto de ver entrar la luz en un cuarto oscuro. El cuarto oscuro eres tú, y el que a ciegas estuvo en él, dándose trompicones contra las paredes, era yo... Enciendes tú la luz y ahora te veo. Me alegro de conocerte. Resulta que la que yo tuve por muñeca, linda figura rellena de serrín, es mujer, con todo su relleno interior de sentimientos elevados... Tienes corazón..., ¡vaya!, me alegro... Sabes lo que es amor, eres capaz de amar..., digo que me alegro y te felicito. Ya veo claro que tu desgracia viene de..., de eso, del amor. Y ahora completa tu confesión, declarándome..., porque aquí encaja la cuestión magna, Rafaela: *¿Quién es él?*... ¿Te cuesta confesarlo? Pues yo te ayudaré, yo digo: «La que para mí y para todo el mundo ha sido muñeca, mujer ha sido para uno solo, y este *uno* es el caballero de anoche.»

XX

—Para el caballero de anoche... ¿Acierto? Respóndeme.

—Es verdad lo que dices. No puedo negártelo.

—Pues ahora... has de decirme quién es.

—Te cuento el milagro; el santo, no.

—¿No me darás siquiera alguna explicación para que pueda yo formar juicio? ¿Es pasión antigua?

—Sí.

—¿Anterior a tu casamiento?

—No; después...

—Y ¿es el único amor de tu vida?.... el único verdadero y desinteresado, quiero decir.

—El único...

—¿Por qué lo tenías tan oculto? ¿Cómo llegó a tanto tu disimulo de esa pasión, que te formaste un carácter artificial para desorientar a cuantos te conocíamos?

—Lo guardaba porque era verdadero, porque era lo único bueno que yo conocía... Lo tenía bien guardadito en mi sagrario, sin que nadie lo viera, y a solas lo adoraba.

Daba Rafaela estas respuestas sin mirar a su confesor, inclinada hacia adelante, con las manos ante la boca, soltando las palabras por entre los dedos, como si éstos fuesen la reja del confesonario.

—Muy bien—dijo Ibero, abrasado de curiosidad—. No me conformo, amiga querida, con que cuentes el milagro sin nombrar al santo. Necesito conocer a éste; dime pronto su nombre.

—Eso sí que no puede ser.

—No hay excusa. Si no me dices el nombre, la confesión no vale.

—La confesión vale sin el nombre. Ningún confesor pregunta nombres, Santiago.

—Pues yo los pregunto, porque no soy un confesor como otro cualquiera: soy un amigo.

—Los buenos amigos deben ser discretos.

—Dímelo, por Dios, te lo suplico.

—Imposible..., no insistas.

—Pues necesito saberlo—dijo Ibero alzando la voz—. Es conveniente que lo sepa. Rafaela, no me obligues a tratarte con dureza.

—Con amenazas conseguirás lo mismo que sin ellas, pues aunque yo viera la muerte sobre mí, y aunque de contestar yo a tu pregunta dependiera mi vida, respondería lo que has oído ya. No puedo decirte más.

Tenacidad tan formidable reveló la pobre mujer en esta declaración, que Ibero retrocedió, dolorido y algo colérico. No esperaba tal entereza; y como a terco no le ganaba nadie, hizo mental juramento de no salir de allí sin domar la fierecilla. No habiéndole resultado eficaz la investigación directa, acordó em-

plear la parabólica, con rodeos y hábiles artificios de palabra.

—Ya que no me digas el nombre, dame al menos alguna referencia de tus relaciones con ese sujeto, para que yo conozca la extensión de tu desgracia y pueda aconsejarte los mejores remedios. Quedamos en que le conociste después de casada... ¿Fué antes de separarte de tu marido?

—Antes.

—Corriente... Le conociste y te agradó... Sin duda, es persona de superiores atractivos..., aunque también se dan casos de que las mujeres se vuelvan locas por hombres vulgares y sin ninguna gracia... Bueno; quedamos en que le quisiste ciegamente. ¿Tuvo tu hermana noticia de esta pasión?

—Sospechas, indicios..., siempre s i n saber quién era la persona.

—Es, sin duda, persona de posición más alta que la tuya. Esto se ve claramente y no puedes negarlo.

—No lo niego... Es mucho más alta.

—Bien. En tus amoríos, de fijo hubo interrupciones, ausencias... A pesar de esto, ¿era tu pasión durable, continua?

—Para mí, como eterna, como lo que no puede tener cambio ni fin... Para él... Pero muchos cosas quieres saber.

—«Para él, no», ibas a decir... Vamos, que le veías un día, otro día..., pasaban semanas, meses quizá sin verle... ¿Puedes decirme si esto era antes o después del primer Ministerio Pérez de Castro?

—No me hables a mí de ministerios. ¿Qué entiendo yo de política?

—Es para precisar fechas... Otra cosa: ¿ese hombre tan amado por ti te daba esperanzas de que tú llegarías junto a él a una posición más regular, a una posición en que no tuvieras que avergonzarte de quererle?

—Nunca me dió esas esperanzas.

—Luego eras para él un pasatiempo, un juguete para días, para horas quizá, menos, mucho menos de lo que has sido para nosotros...

—No sé...—murmuró Rafaela, los ojos húmedos, mirando al techo.

—Ahora compagíname esa pasión que has pintado como sublime, con la otra pasión tuya del lujo. Yo, la verdad, no acierto a juntar en un solo corazón, en un solo carácter, dos querencias tan distintas: la una tan ideal y por lo fino, la otra tan baja.

—¿No entiendes eso? — dijo Rafaela, mirándole como compadecida de su ignorancia en punto a pasiones—. Pues yo gustaba del lujo, y me lo procuré por todos los medios que se me venían a la mano. No pudiendo subir a las alturas por la escalera natural, dejaba que los diablillos me subieran volando. Yo quería subir... Más fácil me era verle..., a él..., arriba que abajo, y arriba podría de algún modo atraerle; abajo, no.

—Otra pregunta se me ocurre, y es delicada. Vas a darme la mejor prueba de amistad contestándola lealmente. Dime: en el tiempo mío, en mi corto reinado, ¿veías y tratabas a ese hombre?

—No; te juro que no. No estaba en Madrid.

—¿En dónde estaba?

—Eso no te importa. Si hubiera estado aquí, ya ves si soy leal, te habría...

—Me habrías engañado..., dilo claro.

—Quizá no. Habría tenido el valor de decirte: «Santiago, no te q u i e r o, no puedo ser tuya.»

—Bien. En tiempo de Catalá y de *don Frenético* has tenido frecuentes entrevistas con tu ídolo. Eso no lo negarás... Bueno. Lleguemos a lo que podríamos llamar historia contemporánea, a calentita... En otros días, deseando retenerle, te determinaste a salir de tu casa para gozar de alguna libertad. ¿Puedes decirme si le veías siempre en la calle de San Hermenegildo?

—Allí, nunca... Fué u n a casualidad que nos vieras salir de aquella casa.

—Ya, ya comprendo. Vuestro nido era éste, éste el asilo de amor. Pero anoche supiste, no sé cómo..., eso ya me lo dirás algún día..., supiste que los que se reunían en aquella casa corrían peligro de ser descubiertos, y te faltó tiempo para llevar a tu amante el aviso de que se pusiera en salvo.

—No..., no..., eso no es cierto—replicó Rafaela desconcertada—. Fué porque tenía que hablarle...

—¿A qué iba tu hombre a esa casa?

—Yo no lo sé..., ni me importaba... Nos veíamos allí...

—Has dicho antes que allí no eran las citas de amor. Te contradices. Si en todo lo anterior has dicho la verdad, ahora no la dices; te lo conozco en la cara. Fuiste a dar el aviso, la voz de alarma... Por eso, a poco de entrar tú salieron los mochuelos, uno a uno o en parejas...

¡Y que no llevaban el paso poco vivo! ¿Ves cómo sé la verdad, aunque tú quieres ocultarla?

—No sabes la verdad; la supones, la inventas para desorientarme. Ya no contesto a más preguntas. He confesado lo que debía confesar; lo demás no te importa.

—Ya verás si me importa—dijo Ibero, lanzándose al método capcioso para buscar la luz—. Tampoco querrás revelarme los nombres de los que estaban reunidos con tu ídolo. Yo los sé... Aquel alto, que salió con otros de regular estatura, era don Leopoldo O'Donnell.

—¡Pero si O'Donnell está de cuartel en Pamplona!

—Y tú ¿cómo sabes eso?

—Lo sé... no sé cómo.

—¿Niegas que uno de los que salieron era O'Donnell?

—Yo no niego ni afirmo: no sé.

—¿Niegas que el que salió solo, después de la pareja, era don Manuel de la Concha?

—¡Yo qué sé de Conchas ni conchos! Déjame en paz...

—¿Y me negarás también que entre los conjurados estaba un capitán indigno, llamado Vallabriga, pequeño, lívido, bilioso?... Claro, todo lo niegas..., no has visto nada... Esta niña inocente pasa junto a los volcanes sin enterarse...

—Estás loco..., yo no entiendo una palabra de eso—dijo Rafaela temblando de frío—. Me harás un gran favor dando por concluída mi confesión. No puedo más.

—Mucho siento mortificarte, Rafaela; pero la confesión no está concluída. Vuelvo a mi tema. Fáltame la clave de todo..., el nombre.

—He dicho que no.

—¡El nombre!... Es necesario que yo lo sepa—dijo Ibero, golpeando el suelo con el pie.

—Si hasta el día del Juicio final estás preguntándomelo, por los siglos de los siglos te responderé yo que no lo sé, que no me da la gana de decírtelo.

La obstinación de Rafaela, absolutamente inexpugnable al parecer, produjo en Santiago un arrebato de ira. Nunca la creyó capaz de guardar un secreto, imitando a los héroes defensores de plaza sitiada. Nuevas intimaciones del coronel dieron el mismo resultado. Ni había podido escalar por sorpresa los muros, ni abrir brecha en ellos con furiosa embestida.

—¡Mira que conmigo no se juega; mira que estoy decidido a no salir de aquí sin tu respuesta!

—Estate todo lo que gustes.

—Pues aquí me planto—dijo sentándose—. No lo tomes a broma. Primero te cansarás tú que yo.

—Cansada estoy de oírte, puedes creerlo; pero no por eso me rendirás. El callar es fácil... Yo callo y tú alborotas.

—Te digo que conmigo no juegas—gritó Ibero poniéndose en pie con súbito movimiento, y conminándola con reiteradas expresiones de amenaza, airado, descompuesto, brutal.

—No te vale tu fiereza—dijo la Milagro con dignidad flemática, envolviéndose en su manto, como un romano en su toga—. ¿Qué es lo peor que podrías hacerme? ¿Matarme? Pues a ello, Santiago. Aquí me tienes. No chistaré. ¿Crees que muerta he de decirte lo que viva me callo? ¿O piensas que amenazándome con puñal o pistola has de hacerme hablar no queriendo yo? Pruébalo. ¿Traes pistolas?

—No juegues, te digo.

—Espero el tiro en completa tranquilidad. Apúntame a la sien..., aquí. Ya ves. No me muevo. ¿O es que no traes arma de fuego? Pues ahí tienes la espada. ¿De qué te sirve ese chisme, si con él no me atraviesas el corazón, en castigo de que no quiero responderte? Haz la prueba hombre... Ya ves..., soy más valiente que tú.

La actitud de la Milagro, que sentía o afectaba una rigidez de voluntad y un estoicismo a toda prueba, desconcertó a Ibero, sin aplacar su ira, antes bien, encendiéndola más. En un tris estuvo que las amenazas verbales se trocaran en bárbaras obras; pero el hombre supo echarse todo el freno, que tal era su principal virtud, y espaciando su cólera con pasos de tigre por la estancia, vinieron a resolverse sus furores en una brutalidad pueril. Cogió una silla, y de un solo golpe contra el suelo la hizo pedazos. Las astillas saltaron. El trozo de respaldo que le quedó en la mano voló a estrellarse contra la pared.

—¡Qué culpa tendría la pobre silla! —exclamó Rafaela.

—Alguna tuvo... En ella se sentaría ese hombre—dijo Ibero casi sin aliento,

poniendo en su voz un matiz de humorismo lúgubre.

Siguió una pausa larguísima: en el espacio de ella sonó un reloj en la vecindad; después, otro más lejano. ¿Qué hora era? Ninguno de los dos lo sabía; ninguno se cuidaba de apreciar la marcha del tiempo. Pero debía de ser muy tarde, porque el velón parecía próximo al total consumo de su aceite. Ibero se sentó al fin, diciendo, ya con voz más reposada:

—Quedamos en que de aquí no me muevo hasta que hables. Mestizo de las razas de Aragón y Alava, soy más terco que la terquedad.

Se acomodó en un sillón, poniendo delante una silla para estirar las piernas. Y ella, entapujándose más y cerrando los ojos:

—Eres dueño de estarte aquí todo el tiempo que quieras: así se verá quién es más terco. Nos dormiremos, tú con tu curiosidad, yo con mi angustia.

Transcurrió otro largo espacio de tiempo, en cuya longitud bostezante sonaron los relojes, dando un número de campanadas que ninguno de los dos se cuidó de contar. De improviso, y como si continuara una tranquila conversación suspendida por la pereza, Ibero preguntó a su amiga:

—¿Y ese hombre es casado? ¿Tampoco esto querrás decírmelo?

—Es soltero; pero como tú, vive prendado de una señora ideal, de una Dulcinea; a esa mujer, más que verdadera para él, soñada, consagra su alma toda... Le pasa lo que a ti, que la dama está muy alta, y no podrá, no podrá llegar a ella...

—La altura de la mía no es tanta... ¿Por qué no he de llegar?

—Pues él no llegará, no llegará.

—¡Enamorado de otra!—dijo Santiago compasivo y triste—. Y a ti, que tanto le quieres, que sólo por él tienes alma y corazón; a ti, Rafaela, que para él vives, te trata como a una mujer a quien se encuentra en la calle y en la calle se deja... ¿No es esto?

—Eso, o poco menos es.

—¡Dime su nombre, y te juro!... Vamos..., no me conoces, no sabes de lo que es capaz Santiago Ibero..., te juro que le persigo, le cazo y te le traigo amarradito de pies y manos. Voy viendo que es un miserable ese hombre... Merece una lección dura.

—Pero no podrás tú dársela ni hay para qué. Mi destino es el sufrimiento, la muerte, y nadie me salva... Todo por querer a un hombre... Naturalmente, ha visto en mí una mujer extraviada... ¿Y cómo podría yo convencerle de que tal vez no lo sería si él me quisiera?

—Esas cosas no caben dentro del convencimiento. Lo que tú dices es el sino... Tu desgracia no tiene remedio. Pídele a Dios que te dé el olvido.

—Lo pido; pero ya verás cómo no me lo da. Le querré siempre, y ahora más, ahora más.

—Explícame una cosa. Anoche, ¿disputabais sobre si os separabais o no?

—Cierto: él decía que no era conveniente que nos viéramos más; yo, que no puedo vivir sin verle. Las razones que él daba no puedo decírtelas. Fué una lucha tremenda... y en medio de la calle... El no quería más que alejarse..., alejarse..., y yo correr tras él, trincarle fuerte y no soltarle más. Por fin, hizo lo que quería. Yo me vine aquí desolada, el corazón partido en no sé cuántos pedazos. Pasé una noche horrible, y esta mañana, ¡ay de mí!, recibí una carta suya...

—En que te daba la despedida...

—¡Para la eternidad!...—dijo Rafaela, rompiendo en un llanto desgarrador—. Se despedía..., ya no nos veremos más... Su esfera y mi esfera son tan distintas, que no caben más aproximaciones... Así lo escribía... Me recomendaba la calma, la formalidad y buscar en otro amor más ajustado a mi esfera... la... no sé qué... Me mató con esa carta..., ¡y adiós para siempre! ¡Qué ingrato!

—¡Qué infame, dirás, qué monstruo de egoísmo!... Rafaela, dame la carta.

—La he roto—respondió la infeliz, anegada en llanto.

—Se podrá leer recogiendo los pedazos.

—Los he quemado...

—¿Las cenizas...?

XXI

El amarguísimo llorar de Rafaela, inútilmente combatido por las palabras consoladoras del buen Ibero, vino a parar en una congoja o espasmo con imponente anarquía de nervios, gritos de dolor, convulsiones, tentativas de arrancar-

se mechones de su espléndida cabellera. El coronel y los dueños de la casa se confundieron en el auxilio de la dolorida, prodigándole cuantos cuidados eran del caso; pero entre tantos médicos que aplicaban, ya remedios comunes, ya las exhortaciones cariñosas, sólo el tiempo obtuvo resultado feliz. Al rayar el día, desgastada la energía nerviosa de la pobre mujer, acostáronla, y pena y trastorno entraron en la natural sedación.

—Ahora te duermes—le dijo Ibero al despedirse—, y mañana, más tranquilos tú y yo, te diré lo que pienso. No te asustes: ya no te haré preguntas. Nada quiero saber; me doy por vencido y levanto resueltamente el sitio que te puse... Trataré de volverte a la vida regular. Veremos si aplaco a Manuel, y una vez reducido a la conformidad, lo que no creo difícil si tú me ayudas un poquito, te llevaré a tu casa... Adiós, hija, que duermas.

Se fué el hombre, rendido del largo asedio, no satisfecho de sí mismo, pues habría sido más caballeroso que desde las primeras declaraciones de ella respetase su silencio. Aún no sabía si Rafaela, después de la incompleta confesión, se había empequeñecido o agrandado a sus ojos. Sintió un estupor extraño ante la imagen de ella, que apartar no podía de su mente; era Rafaela otra persona; la *Perita en dulce* perdíase en las brumas del pasado, como el recuerdo de personas muertas; en su lugar otra mujer aparecía.

Los quehaceres de aquella semana no distraían a Ibero de su cavilación tenaz. Rafaela era otra; Rafaela no era tal y como él la había visto, víctima de una equivocación, de un error de los sentidos y del entendimiento. ¿Valía más o valía menos después de manifiesta en su genuino ser? A la resolución de este acertijo consagraba el coronel sus horas, y si, fatigado del mental devaneo, le arrojaba de su mente, pronto se le introducía en la bóveda cerebral con sutileza de ladrones, agregándose a otras ideas de muy distinta calidad, a ideas políticas, a ideas con el servicio militar. Véase por qué no puso sus cinco sentidos, como parecía natural, en la elección de regente, suceso memorable que debía despertar en él entusiasmo vivísimo por haber prevalecido la regencia única, recayendo el voto parlamentario en el salvador y pacificador de las Españas, don Baldomero Espartero. El día en que acudió a felicitarle con la oficialidad de su regimiento, encontró Santiago al señor duque menos satisfecho de lo que creía, sin duda porque abrumaba su conciencia el peso de la responsabilidad que la nación había echado sobre sus hombros. No encontró tampoco en doña Jacinta ninguna señal de vanagloria, y oyó de sus labios esta frase donosa:

—¡Ay Santiago, más quiero reinar en la Fombera, en medio de un pueblo de patos y gallinas, que *regentar* en España! Este corral no es para nosotros.

Cuando esto pasaba, ya el coronel había dado nuevo testimonio de su inaudita bondad a las desdichadas hijas de Milagro, pues no sólo consiguió arrancar de la mente de Catalá, con un trasteo ingenioso, las ideas trágicas que hacían temer mayores escándalos, sino que condujo a Rafaela a su casa y la devolvió al cariño de su hermana y hermanitos, inventando todas las historias necesarias para cohonestar la ausencia. Fuera que su sino adverso no se hartaba de perseguirla, fuera que el Señor quisiera imponerle el castigo que merecían sus culpas ello es que la pobre mujer no pudo gozar de la tranquilidad que su casa, tras las pasadas tormentas, le ofrecía, porque a los pocos días de entrar en ella, cayó con una insidiosa enfermedad que hubo de agravarse inesperadamente, degenerando en tabardillo. Altísima fiebre, delirio, pérdida de toda energía fueron los síntomas predominantes, y pasaban días y semanas con alternativas de mejoría y retroceso, sin que a la postre pudieran la familia y el médico esperar una solución que no fuese la irremediable. Ibero no dejaba pasar día sin ir a informarse, y en los de peligro acudía dos y hasta tres veces, traspasado de compasión cuando las noticias eran tristes, alegrándose si observaba en las caras de Cavallieri o de María Luisa señales de esperanza. En ningún caso pretendía verla, temeroso de que su presencia despertara en la paciente recuerdos desagradables. María Luisa le contaba todo: el número de cucharaditas de medicina que había tomado, las tazas de caldo, las personas por quienes preguntaba.

Se administraron a Rafaela los Santos Sacramentos en primeros de mayo, siendo la confesión larga y compungida, y

en el acto del Viático edificó a todos por su piedad. A la semana siguiente sobrevino un estado que calificaron de mejoría por la desaparición de la fiebre; pero su debilidad era tan extremada que se le trastornó el sentido.

—Anoche y esta mañana—dijo María Luisa al coronel, que ni un solo día desmintió su puntualidad—nos ha dado una sesión de política. ¡Cómo tiene la cabeza la pobre! Dice que vamos a tener otra revolución; que se sublevarán las tropas para quitar a Espartero la regencia que ha robado y dársela otra vez *a la patrona de los moderados, doña María Muñoz*... ¡Qué risa! Lo cuenta todo como si lo viera. Dice que O'Donnell y otros militares que andan por París lo están fraguando, y que muchos que aquí pasan por fieles están metidos en el ajo.

Ninguna observación hizo Ibero sobre estos delirios, y a los pocos días, cuando se decidió a penetrar en la alcoba, apenas cambió con Rafaela las expresiones comunes en visitas a enfermo. Grande era la demacración de la joven, tristísima la máscara que el estrago morboso había puesto en su dulce fisonomía. Los ojos se comían toda la cara, según la expresión de María Luisa. Nunca había visto Ibero retrato más vivo de la Magdalena, por su expresión de espiritualidad y de sentimiento intensísimo. El cabello espléndido aumentaba la semejanza; sólo faltaban una calavera y una cruz tosca para que fuese perfecta. Después de recomendarle que se alimentara poquito a poco, para recobrar la salud y el vigor, salió el hombre de la visita más triste que había entrado, y la imagen de la convaleciente ejerció una tenaz persecución sobre su espíritu. Llegó en aquellos días a sentirse contagiado del enflaquecimiento de su amiga: también él se contaba los huesos; también era mucho espíritu y escasa materia, y tomaba el cariz de un escuálido penitente del yermo; también perdía el apetito; y sentía un ardentísimo amor de la meditación y la soledad.

Entre las innumerables cosas raras que le pasaron al coronel Ibero en la primavera y verano del 41, se mencionarán algunas que no parecen indignas de la Historia. Apenas se dió cuenta de que había disminuído el interés ansioso que comúnmente le inspiraban las noticias y correspondencia de La Guardia. Fué, en verdad, estupendo que faltasen un mes las cartas sin que él lo advirtiese ni de ello se inquietara; y cuando el correo las trajo, no se alegró todo lo que debía leyéndolas, ni saboreó con la fruición de otras veces su lisonjero contenido. Otro singular caso de los que le turbaron entonces fué que una tarde, casi una noche, pues anochecía, vió en la Puerta del Sol a un caballero que le recordó al misterioso acompañante de Rafaela en la calle de San Hermenegildo. ¿Era o no era? Su primera impresión fué la de una perfecta conformidad del rostro de aquel sujeto con la imagen que en rápido instante vió la noche de marras. Después dudó... Salía del Principal el señor aquel con tres personas, una de las cuales era conocida como de las más afectas a la situación; los otros dos pasaban por moderados rabiosos. Vióles Ibero perderse entre el gentío, y se retiró tratando de cotejar en su mente facciones con facciones: las del sujeto que acababa de ver y las de otro personaje de historia que conoció en cierta casa donde por sorpresa le metieron una noche amigos oficiosos. No le fué difícil establecer la concordancia entre el sujeto que a la sazón veía y el del Postigo de San Martín; mas la de éste con *el caballero de Rafaela*, no le salía. Tan pronto le parecía el uno más alto, tan pronto más bajo el otro, y el aire, color y andares no eran los mismos. No hubieran quizá embargado su ánimo estos cotejos en otras circunstancias; pero en aquéllas no podía librarse, por extraña rutina de su mente, de consagrarles más atención de la que sin duda merecían.

La persona con quien más intimó en aquel tiempo fué su paisano Bretón, que desde el tropiezo de *La Ponchada*, pieza infeliz en que ridiculizó a la milicia, venía corriendo un temporal duro, agravado por la cesantía. El infeliz poeta, desamparado de la Administración, no tuvo más remedio que tirar de pluma, y su fecundidad fué en aquel año progresista más prodigiosa que nunca. En el Liceo y en el Príncipe estrenó varias obras con vario éxito, ocultando a veces su nombre, temeroso de los milicianos, que, por atreverse con todo, también faltaban al respeto a las musas. Ibero tomaba la causa de Bretón como propia, llevando al teatro en las noches de estreno una imponente *alabarda*, compuesta de los ami-

gos de Saboya y de toda la gente decidida que podía reunir. Pero así como el más tranquilo refugio de Bretón fué por entonces el Liceo, mansión neutral, apacible templo de la poesía y las artes, también Ibero buscó en aquel oasis la frescura y descanso que su alma necesitaba. Allí se encontraba una noche, oyendo recitación de versos, canturria de cavatinas y salmodia de discursos, cuando fué a buscarle con prisa el ayudante de su regimiento de parte del brigadier Linaje.

—Creo, mi coronel—le dijo al salir—, que nos mandan a Vitoria.

No tardó en confirmar el secretario del regente la disposición que a satisfacer venía, después de tanto tiempo, los deseos del caballero alavés. Al fin los hados benignos, y en su nombre el señor duque de la Victoria, levantaban el destierro de un corazón amante para que corriese al lado de su ídolo, poniendo fin a una separación que era la mayor crueldad de los tiempos pretéritos y futuros. Pero como en aquel período de la vida de Ibero venían a producirse todos los sucesos con un contrasentido que era burla de la lógica y juguete de la razón, resultó que la noticia de su traslado, en vez de inundar de resplandores el alma del coronel, condensó sobre ella nubes, dudas, tristezas... No sabía lo que era aquello, porque si su voluntad, por el movimiento adquirido, persistía en querer lanzarse al Norte, al propio tiempo el alma toda se le inmovilizaba en una inercia estúpida, contra la cual poco podían voluntad, antiguos deseos y compromisos.

Como era forzosa la obediencia, no había que pensar ni en discutir la orden. De labios de Linaje oyó confirmada la disposición; mas no era Vitoria el punto de su destino, sino Pamplona, a las órdenes del capitán general Ribero: probablemente se le daría un mando en la brigada de su antiguo jefe y maestro Zurbano. Esto le desconcertó, pues había presumido que al frente de Saboya iría. No, no: Saboya quedaba en Madrid, y él iba sin mando, con otros dos jefes, Seisdedos y Clavería, criados también a los pechos de don Martín. «Se conoce —pensó Ibero—que del Norte vienen soplos de frío, y hay que templar aquel ejército con soldados de los que echan lumbre. Pues, Señor, al Norte, a la guerra. Olor de sangre me da en la nariz. Venga bendita de Dios, si ha de ser para bien mío y de la Libertad.»

Habiéndole marcado un plazo improrrogable para la salida, no se despidió más que de los que habían sido sus subalternos, de los amigos Bretón y Espronceda y de la familia de Milagro, a la cual consagró todo el tiempo de que en su último día de Madrid pudo disponer. María Luisa lloraba su partida como la mayor desgracia que sobre la casa podía recaer, y Cavallieri no hacía más que suspirar con grave diapasón de bajo profundo. Rafaela, ya levantada, mas sin poder moverse de un sillón y recobrándose muy lentamente de su debilidad, sostuvo con él un corto diálogo en que le aconsejó precaverse contra las balas. Cuando al Norte se le mandaba con tanta prisa, era que teníamos guerra en puerta. Que ésta sería implacable, crudelísima, sanguinaria, ella lo sabía por seguros indicios, por sueños terroríficos y pesadillas espantosas que aquellas noches la atormentaban. Llevado de una secreta inclinación a pensar y sentir como Rafaela, apoyó Ibero los vaticinios lúgubres de su amiga. También él había tenido sueños horribles, y veía los ríos del Norte enrojecidos por española sangre. Si Dios así lo permitía y quizá lo ordenaba, ¿qué remedio había más que cumplir la soberana voluntad? Diéronse las manos, apretándoselas fuertemente durante un tiempo, que no se sabe cuánto tiempo sería, y Rafaela le miró de un modo singular, con piedad y dulzura inefables, o al menos, él así lo veía. Tal impresión le hizo aquel mirar, que creyó llevarse los ojos de ella dentro de los suyos... Y pronto hubo de ver que ni cuando él dormía dormían los ojos intrusos..., siempre alerta, siempre cebándose en un mirar continuo, eterno.

XXII

Como se le señaló la ruta de Soria y Alfaro, no había que contar por el momento con una escapadita a La Guardia. Divertido habría sido para Ibero el viaje si el hombre se encontrara en mejor disposición de ánimo, porque sus compañeros Clavería y Seisdedos eran los caracteres más abonados para la vida de bromas y regocijo: de un viaje molesto y con mil peripecias fastidiosas hacían un

divertido Carnaval. La caminata por pueblos alcarreños y sorianos fué una continuada serie de escenas cómicas, incluyendo en este género no sólo los encuentros felices, los galanteos y comilonas, sino también los peligros, retrasos, vuelcos y fatigas. Pasaron el Ebro por Alfaro, y ansiosos del descanso que sus molidos cuerpos necesitaban, siguieron hasta la nobilísima ciudad de Olite, asentada en un llano fértil. En la corta guarnición encontraron no pocos amigos, entre ellos, Baldomero Galán, gobernador militar de la plaza, que se tuvo por dichoso de obsequiar al coronel Ibero aposentándole en su casa, donde tanto él como su digna esposa, doña Salomé de Ulibarri, se desvivieron por hacerle grata la existencia en el tiempo que durara su descanso. Regalada era allí la vida por la abundancia y variedad de comestibles de la tierra y por el esmero y arte que en el condimento de almuerzos, comidas y cenas ponía la señora de Galán, la cual, entre paréntesis, era una mujer guapísima, de ojos negros, deslumbrantes, de aire desenvuelto y franco, el habla graciosa con golpes de baturrismo.

Muy bien lo pasó don Santiago en tal compañía. Llevóle Galán a visitar las hermosas ruinas del castillo, predilecta morada de los reyes de Navarra en siglos remotos, y estando el coronel con su patrón y amigo embebecido en la admiración de los soberbios baluartes corroídos por el tiempo, de los gallardos torreones festoneados por lozanas hierbas que en las grietas crecían, vió salir por entre los muros del despedazado monumento a un hombre, cuyo rostro le causó sigularísima impresión de estupor y miedo. Era rostro conocido; no se le despintaba. Mirándole atentamente, advirtió su condición de caballero, que el traje no desmentía; tras él, saltando también por entre los sillares arrumbados, iba otro sujeto, que saludó cortésmente a Galán al paso. Apenas les vió desaparecer entre las ruinas, pidió Ibero informes acerca de ellos a su comilitón, y éste le satisfizo con lo que sabía:

—El que me ha saludado es don Francisco Tiemblo, vecino de Olite, persona, según dicen, de mucha sabiduría en achaque de historias, el que aquí más entiende de lo que fueron y significan estas piedras antiguas. De memoria le refiere a usted todos los letreros, y le explica las figuras que vemos en las iglesias de San Pedro y Santa María y en el convento de Claustrales, madriguera frailuna que fué. El señor que va con él es de Madrid, según creo, y aficionado también a estas quisicosas de la caballería andante. Por lo que oí no hace muchas tardes, paseándonos aquí con varias personas del pueblo, pienso que es poeta, de estos que lo tienen por oficio, pues a cada triquitraque soltaba un verso y se pasmaba delante de las ruinas, que visita de día y de noche. No le conozco, ni don Francisco me ha dicho su nombre, o porque no lo sabe o porque no quiere decirlo.

—Y ese señor arqueólogo, ¿qué opiniones tiene? ¿Es liberal?

—¡Anda, anda..., si es más moderado que Judas!

No hablaron mas del asunto y se fueron a comer. Ibero pasó una tarde tristísima, negándose a toda distracción y a los pasatiempos de billar, damas o ajedrez que Galán le propuso. Creyendo la patrona que le había hecho daño la copiosa comida, preparábale infusiones de diferentes hierbas, que el coronel no quiso tomar. Pasó la noche luchando con el insomnio, perseguido por la imagen de Rafaela, que no le dejaba vivir, le mordía el pensamiento (así como suena) y armaba un terrible desconcierto revolucionario en su desquiciada voluntad. Procuraba desecharla; pero ella, la pertinaz imagen de Magdalena penitente y cabelluda, hacía que se iba, y tornaba más luminosa, más bella. Lo peor del caso era que a ratos gozaba tanto en contemplarla, que no cambiara aquel goce por ningún otro del mundo. Hacía propósito de imponerse el correctivo de huir de la Milagro para siempre, de no volver a estar donde ella viviese; pero dudaba que pudiera cumplirlo. Grande era la atracción del abismo: ¿se arrojaría en él o emplearía el tiempo mirándolo desde la boca, para que con la continuada vista de la hondura se le pasaran las ganas de arrojarse?

Dispuso la partida hacia Pamplona para la mañanita del tercer día, y la noche precedente, después de cenar, le dijo Galán con misterio:

—Ha venido a verme el amigo Tiemblo con la incumbencia de que el señor aquél de las ruinas, el poeta, desea hablar un ratito con usted, mi coronel. Me pregunta si debe venir aquí o si prefie-

re usted ir a su casa, que es la posada de Fadrique, la mejor del pueblo. Me temo que éste trae la mala idea de leerle a usted versos, pues yo sé que a otros los ha leído, y en verdad que no han quedado satisfechos, por ser muy melancólico lo que el tal discurre. Para mí que está algo tocado. ¿Qué contesto?

—Que iré a su posada mañana temprano—replicó Ibero, con propósito de hacer lo que decía; mas al amanecer, después de otra noche de crudelísimo desvelo, sintió desgana horrible de acudir a la cita. El personaje incógnito, fuera o no quien sospechaba, le infundía miedo, un terror instintivo, primario, y no porque de él temiese ningún daño material: temía que su presencia, su habla, despertasen un tumulto de pasiones, quizá sentimientos contrarios, el odio, la admiración, el cariño, la envidia...

No, no, no. Mejor era que partiese sin verle. ¿A santo de qué venía tal entrevista? No mil veces; él se largaba por su camino, y quisiera Dios que en ningún punto se encontrara con el caballero hermoso y triste. Firme en su propósito, partió con sus compañeros, y el otro, que desde muy temprano le esperaba, saliendo al balcón de su aposento siempre que sentía pasos en la angosta calle, se descorazonó cuando, ya muy avanzada la mañana, le dijeron que el señor coronel Ibero, con los comandantes Seisdedos y Clavería, llevaba una hora de camino en dirección de Tafalla.

—Nos ha dado un buen quiebro—dijo al melancólico, sin ánimo de consolarle por aquel contratiempo, un individuo que desde la tarde anterior le acompañaba y al nombre de Gallo respondía—. No lo esperaba de un chico tan atento... Por supuesto, como nada habíamos de sacar, más que nosotros pierde él perdiendo su opinión de persona fina. Y pues este pueblo ruin ha dado ya de sí todo lo que podía dar vámonos con viento fresco a Estella, de donde bajaremos a Viana, para seguir luego a La Guardia...

—Vámonos—repitió el otro suspirando, sin poder desechar el enojo del desaire sufrido—, y en otra parte seremos más afortunados, aunque voy viendo que no se encuentran caballeros a la vuelta de cada esquina. El siglo los va descastando y llegará día en que no se halle uno para un remedio. Vámonos.

En un cochecillo derrengado partieron antes de mediodía hacia Tafalla, y sin entrar en esta ciudad siguieron a Estella por Larraga y Oteiza, con calor sofocante, respirando un aire seco y polvoroso. A media tarde comenzó a cubrirse el cielo de nubes pardas, que avanzaban del Oeste, y con ellas de la misma parte venía un mugido sordo, intercadente, como si por minutos se desgajaran los montes lejanos y rodando cayeran sobre la llanura. No era floja tempestad la que se echaba encima. Para zafarse de ella apalearon los viajeros al infeliz caballejo que tiraba del coche, mas no obtuvieron la velocidad que deseaban. Descargó la primera nube antes que llegasen a Oteiza. El iracundo viento quería revolver los cielos con la tierra, y durante un rato el polvo y la lluvia se enzarzaron en terrible combate, como furiosos perros que ruedan mordiéndose. Los giros del polvo querían enganchar la nube, y ésta flagelaba el suelo con un azote de agua en toda la extensión que abrazaba la vista. El polvo sucumbía hecho fango y retemblaba el suelo al golpe del inmensísimo caer de gotas primero, de granizo después. Los campos trocáronse en un instante en lagunas; retemblaba el caserío de las aldeas como si quisiera deshacerse, y los relámpagos envolvían instantáneamente en lívida claridad la catarata gigantesca. Grandiosa música de esta batalla era el continuo retumbar de los truenos, que clamaban repitiendo por todo el cielo sus propias voces o conminaciones terroríficas, y cada palabra que soltaban era llevada por los vientos del llano al monte y del monte al llano. Como al propio tiempo caía el sol en el horizonte y la luz se recogía tras él temerosa, iban quedando oscuros cielo y tierra y la tempestad se volvía negra, más imponente, más espantable. En la confusión de ella se perdieron, como la hoja seca en medio del torbellino, los cuitados viajeros que a media mañana habían salido de Olite en un mezquino carricoche. Se les vió luchar contra los elementos desencadenados, avanzar por en medio de la espesa lluvia y del desatado viento, queriendo achicarse y escabullirse; pero tal navegación era imposible, y en la revuelta inmensa desaparecieron bien pronto el carro y caballo y caballeros.

Para encontrar nuevamente a los que

aquel día desafiaron a la irritada Naturaleza, hay que dejar pasar días, meses, y no habrá que rebuscar media España para dar con ellos, pues reaparecen a cara descubierta y a plena luz en la por tantos títulos ilustre ciudad de Vitoria, cabeza del territorio alavés. Alava, con Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya, es la tierra que podríamos llamar del martirio español, el fúnebre anfiteatro de sus luchas de fieras y el redondel en que se han despedazado los gladiadores por el gusto de las peleas y la embriaguez de la sangre. Allí las cañas han sido siempre espadas; los corazones, hornos de coraje; la fraternidad, emulación; y las vidas, muertes. Allí las generaciones han jugado a la guerra civil, movidas de ideales vanos, y se han desgarrado las carnes y se han partido los huesos, no menos ilusos que los niños jugando a la tropa con gorros de papel y bayonetas de junco. Pues allí, en una de las cabeceras del territorio éuscaro, que los liberales no entregaron jamás a la facción, aparece el melancólico galán de la causa de María Cristina, levantando bandera negra contra el regente, a quien declara usurpador, y haciendo tabla rasa de toda ley y estado posteriores a la renuncia de la gobernadora en octubre del año anterior. Ya tenemos en campaña otra guerra fratricida, en nombre de principios más o menos claros, invocando el sagrado lema de la defensa de la débil mujer contra el varón fuerte, de los derechos de la sangre contra los artificios de la soberanía nacional.

Don Manuel Montes de Oca, el más ardiente paladín de la regencia de Cristina, el que la proclamó condensando en una idea política el sentimiento poético y la caballeresca devoción de su alma soñadora, noble en su delirio, grande en su loco intento, al propio tiempo insensato y sublime, gigantesco y pueril, aparece en Vitoria al frente de un artificio de Gobierno, con poderes reales o figurados del soberano ausente. Sin pararse en barras, contando con la insurrección de generales en Zaragoza y Pamplona, sostenido en Vitoria por la guarnición que se subleva al mando del comandante general Piquero, entra en funciones como presidente de la Junta Suprema de Gobierno, *mientras llegaba doña María Cristina,* con una resonante proclama en que dice:

«La nación no reconoce; vosotros—a los nobles vescongados y navarros se dirigía—no podéis reconocer como válida y legítima la renuncia del Gobierno de la Monarquía hecha por su majestad en Valencia, porque fué, y así lo ha declarado su majestad, un acto insolente de fuerza...

»Doña María Cristina es la única regente y gobernadora del reino; la única tutora de las ilustres huérfanas llamadas a regir los destinos de esta nación tan rica en gloria como escasa de ventura. Esta es la bandera de los leales; esa bandera se levanta hoy en todos los ámbitos de la Monarquía española... Los generales más ilustres, los militares valientes, los que ganaron en campos de batalla honrosas cicatrices, los que nunca faltaron a la fidelidad ni nunca cometieron el crimen de perjurio, siguen esa bandera magnífica y radiante que conduce a la victoria. Ella es el símbolo de nuestra santa religión y de nuestra católica Monarquía... Con ella triunfaremos nosotros como triunfaron nuestros padres.»

XXIII

Armado de nuevo el sangriento juego nacional, los desgarrados pendones, un tanto sucios ya del largo uso sin la renovación conveniente, se vieron otra vez en alto, añadiendo a sus lemas el de la sacratísima religión. Para mayor gloria de ésta, se levantaban en armas cuatro caballeros, hijos de la política los unos, del ejército los otros, y por dar mayor fuerza a su audaz aventura agregaban a su bandera el programita de restablecimiento de fueros, cebo magnífico para llevarse consigo a toda la población éuscara, pisoteando el Convenio de Vergara. Bien, bien. ¡Qué delicioso país y qué Historia tan divertida la que aquella edad a las plumas de las venideras ofrecía! Toda ella podría escribirse con el mismo cuajarón de sangre por tinta y con la misma astilla de las rotas lanzas. El drama comenzaba a perder su interés por la repetición de los mismos lances y escenas. Las tiradas de prosa poética y el amaneramiento trágico ya no hacían temblar a nadie; el abuso de las aventuras heroicas llevaba rápida-

mente al país a una degeneración epiléptica, y lo que antes creíamos sacrificio por los ideales no era más que instinto de suicidio y monomanía de la muerte.

Los primeros días del alzamiento fueron risueños, días de esperanza y de ciego optimismo. Vista la insurrección desde Vitoria, que parecía ser su centro y atalaya, la idea sediciosa prendía en todo el territorio vasconavarro como el incendio en la seca mies. A la voz de Montes de Oca, que lanzaba a los pueblos endechas rimbombantes, responde Bilbao, sublevándose también con su Diputación al frente y parte de la Milicia nacional. Montes de Oca tira de pluma y devuelve a la invicta villa en un decreto el derecho de bandera y otros privilegios abolidos; en Miranda toma partido por Cristina el provincial de Burgos, que a Vitoria se dirige para dar su apoyo al movimiento; Portugalete y Orduña se pronuncian también; el cura de Dallo y el escribano Muñagorri reunen al instante sus partidas y se lanzan por collados y montes a matar liberales. En tanto, daba mayor vuelo a la insurrección el general don Leopoldo O'Donnell, que había ganado el regimiento de Extremadura y un escuadrón de Caballería, y con ellos proclamó la bandera de Cristina y fueros de la ciudadela de Pamplona. En Zaragoza, Borso di Carminati echaba mano al segundo regimiento de la Guardia real y salía con él para llevársela a O'Donnell. Toda esta fuerza, con el batallón y los escuadrones que Piquero había sublevado en Vitoria, eran una base admirable de insurrección. Ya vendrían luego más pronunciamientos de tropas donde menos se pensara, que bien se había trabajado en la seducción de jefes. Todo era empezar; los primeros que se lanzaron daban la mejor prueba de iniciativa heroica, de que luego tomarían ejemplo los reacios y pudibundos. Pero las más risueñas esperanzas de los aventureros estaban en Madrid, donde levantarían la propia bandera media docena de adalides militares, los más ilustres de nuestro ejército, la flor de los héroes de la última guerra. En cada correo creían recibir el notición de que la Regencia elegida por las Cortes era un cadáver y de que sobre él se alzaba ya la soberanía incuestionable de la reina gobernadora, devuelta al amor de España.

En su residencia oficial de la Diputación trabajaba don Manuel Montes de Oca, sin dar paz a su mente ni a la pluma, despachando los asuntos varios que en aquel embrión de Gobierno pendían de su autoridad, como vicario indiscutible de doña María Cristina, y desempeñaba su papel con tal fe y ardor, que era lástima no fueran aplicados a más práctico objeto. De noche, cuando hallaba algún espacio para dar reposo a su fatigado espíritu, solía pasearse solo o con un par de amigos fieles por la soledad del Campillo, núcleo de la antigua ciudad, o recorrían las calles concéntricas que lo cercan; y en verdad que no podía espaciar sus ilusiones por sitios más apropiados al carácter feudal y poético de ellas. Los monumentales caserones habitados por el silencio, las calles que en rueda circundaban el primitivo recinto, encorvándose unas sobre otras y enlazando su término con el punto de partida, reproducían al exterior el giro poético de la imaginación del paladín que amaba el pasado y lo llevaba de continuo en el pensamiento, en una u otra forma, siempre volteando sobre sí mismo. La colegiata, majestuosa en el barroquismo de su robusta torre; los palacios del Cordón, de Alava y de Bendaña, que hablaban con sus rostros de piedra el lenguaje medieval, le acariciaban los pensamientos y se los hacían más luminosos. ¿Por qué no habíamos de ser lo que fuimos, nación de santos y de héroes? ¿Por qué no habíamos de restablecer las grandezas de la sangre y de la inspiración, del militar coraje y de las virtudes sublimes? Al par que esto, deseaba la ilustración, la libertad con medida, la práctica de todas las virtudes domésticas y públicas y el culto de las artes y las letras. La grosería le enfadaba; la irrupción de las muchedumbres ignorantes, que imponer querían su fuerza, su garrulería y suciedad, le sacaban de quicio, y por encima de todo poder ponía el histórico, que en el caso de autos recibía mayor realce del consorcio feliz de la soberanía con la belleza y de la majestad con la gracia.

Era, en suma, don Manuel Montes de Oca representación viva de la *poesía política*, arte que ha tenido existencia lozana en esta tierra de caballeros, mayormente en la época primaria de nuestra renovación política y social. Desde

que se introdujo la novedad de que todos los ciudadanos metieran su cucharada en la cosa pública empezaron a manifestarse los varios elementos que componían la raza; y si vinieron al Gobierno los hombres de temperamento peleón y los militares de fortuna; si entraron los abogados y tratadistas con todos los enredos de su saber forense y su prurito de reglamentación, no podían faltar los trovadores, que se traían un ideal de la ciencia gubernativa, derivado, más que de la realidad, de los manantiales literarios. Más de cuatro poetas o trovadores hemos tenido en la vida pública de este siglo de probaturas; que ellos son fruta espléndida, abundantísima, de uno de los seculares árboles del terruño español, y gran daño han producido anegando las ideas en la onda sentimental que derramaron sobre algunas generaciones. El pobrecito Montes de Oca, por ser de los primeros y haberle tocado la desdicha de venir con su lira en una época tumultuosa y candente, fué víctima del error gravísimo de querer dar solución a los problemas de gobierno por la pura emoción; pagó con su vida su desconocimiento de la realidad; merece una piedad profunda, porque era espejo de caballeros y el más convencido y leal de los poetas políticos. Otros que vinieron después han perecido ahogados en su propia inspiración.

No transcurrieron muchos días de octubre sin que las ilusiones de los revolucionarios de Vitoria (en nombre de la reina Cristina y por su expresa delegación) comenzaran a marchitarse. Por el lado de Zaragoza y Pamplona no iban las cosas muy a gusto del presidente del gobiernillo provisional, porque la tropa que sacó Borso di Carminati, vivamente perseguida por el general Ayerbe, no quiso pasar de Borja; capitularon los oficiales, algunos soldados volvieron a la disciplina y otros se dispersaron, quedándose solo el infeliz caudillo italiano que pronto había de ser cogido y fusilado. En las Provincias Vascongadas no contaba la insurrección con éxitos notorios, porque desde San Sebastián avanzó Alcalá, aventando a toda la chusma de Muñagorri y del cura de Dallo; y si bien Urbistondo y los miqueletes bilbaínos adelantaban algo en el interior de Vizcaya, se veían amenazados por Iturbe y Simón de la Torre, que permanecieron fieles a Espartero. En tanto, Zurbano, con los provinciales de Laredo y Logroño, se posesionaba de Miranda, preparándose a invadir la Llanada. El incansable guerrillero supo aprovechar la torpe división que los insurrectos habían dado a sus fuerzas, y avanzó resueltamente, ocupando el puente de Armiñón; al paso encontró a siete miñones que llevaban despachos de la Diputación rebelde, y les fusiló sin piedad, dispuesto a hacer lo mismo con Piquero y con todo jefe insurrecto que encontrase, cualquiera que fuese su categoría.

La noticia de estas atrocidades, fruto natural de la guerra, tal como aquí comúnmente se hacía, llegó a Vitoria juntamente con la mala nueva del fusilamiento de Borso en Zaragoza, y un desaliento tristísimo se apoderó de los que habían abrazado la causa sentimental. Pero el esforzado corazón de Montes de Oca no se abatió con aquellos reveses ni amenguaron su confianza en el triunfo definitivo. De alguna parte había de venir el remedio, por ser divina la Causa que defendían, como pleito del derecho contra la usurpación, y, en cierto modo, de lo bello y delicado contra los avances de la grosería y del prosaísmo.

No tardó el gobernante sedicioso en verse poseído del delirio medieval a que le llevaba su numen político, informado en el *Romancero*, y se metió en el peligroso callejón de las represalias, de que difícilmente se sale; la muerte de los miñones le indujo al error de poner precio a la cabeza de Zurbano. Creyó, sin duda, que no faltarían en su mesnada hombres con la ferocidad suficiente para cortar aquella cabeza y llevársela, con lo cual creía fácilmente decapitado el cuerpo soez de la bestia patriotera y repugnante que arrancado había su diadema a la más hermosa de las reinas de fábula. Suelen tener sus quiebras estos dramáticos arranques, y entonces se vió más que nunca la inseguridad del procedimiento, pues Zurbano no parecía dispuesto a dejarse degollar: al contrario, marchaba por la Llanada resuelto a cercenar todas las cabezas que pudiese y hacer con ellas espantoso adorno de los caminos.

En esto, el general Alesón ocupaba los desfiladeros de Pancorbo y Rodil con su numerosa hueste; partía de Burgos

para perseguir a O'Donnell y desbaratarle si salía de la ciudadela de Pamplona. Iban tomando cada día peor cariz las cosas del naciente reino cristino, tan mal fundado en los cerebros de unos cuantos calaveras del ejército y de la política. De pronto, supieron el fracaso de la intentona de Madrid, el combate en la escalera de Palacio y la fuga de los audaces caudillos que, en plena Corte, habían concebido el proyecto, más propio de gigantes que de hombres, de secuestrar a la reina y llevársela a Vitoria, sede provisional de su autoridad. Todo era absurdo, propio de un partido de orates, y así salió... Mas no se crea que el desengaño traído por estas noticias se comunicó al espíritu alucinado de Montes de Oca ni que desmayó su temeridad, no; de su cabeza, en que bullía la leyenda; de su corazón, inflamado en sentimientos de monarquismo romántico, brotaron nuevas energías; y cuando los hombres prácticos, sabiendo la ocupación de La Puebla por don Martín, mostraron el gravísimo peligro de continuar en Vitoria, se obstinó en permanecer en ella, organizando una defensa que por lo brava y tenaz emulara las de Zaragoza y Gerona. Tal era su pensamiento cuando la insensata empresa de restauración estaba perdida y los más ardientes auxiliares de ella no pensaban más que en la fuga o en el escondite, aguardando a que pasara el nublado para procurarse una saludable reconciliación con el regente. Pero Montes de Oca no cejaba. Abrazado había la Causa de *la señora* y enarbolado su bandera con un ardor semejante al de los cruzados que iban a combatir por el sepulcro de Cristo; otros procedían por egoísmo y despecho; él, por una fe generosa y por la devoción, que otro nombre no puede dársele, de la reina, que era su ídolo. No daba entrada al miedo en su corazón ni cuartel a los arbitrios de la cobardía ni a componendas o transacciones. Era hombre macizo, homogéneo, sin las complejidades que la vida moderna exige a todos los que en ella buscan algo de provecho. ¡Lástima de primera materia, tan sólida y pura, en un siglo que no suele emplear para sus grandes obras lo puramente elemental, en un siglo de combinaciones y de alquimias cada día más complicadas! Toda la caballería del bravo Montes de Oca, toda su exaltación de gobernante poético tenían por ideal sostén la soñada, más que real, persona de una reina cuya capacidad para dirigir la nación no había sabido manifestarse claramente. El, no obstante, adoraba en ella, creyéndola adornada de atributos intelectuales y morales no menos efectivos que los de su seductora belleza. Valía más el Quijote que la dama y era ella menos ideal de lo que la suponía el ofuscado caballero. Si en la imaginación de éste ahechaba perlas, a la vista de todo el mundo ahechaba trigo candeal superior la buena de Aldonza Lorenzo.

XXIV

Semejante a los héroes de un cuento infantil, se obstinaba Montes de Oca, falto de todo recurso y amenazado de una deserción total de su gente, en defenderse dentro de Vitoria, sacrificando la vida de esta ciudad al orgullo de una causa que no debía de interesar grandemente a los hijos de Alava. Ya que la victoria se presentaba difícil por el momento, quería el caballero un poco de leyenda, y si Dios disponía que él y sus fieles pereciesen ante un enemigo superior, se enorgullecía pensando concluir a la numantina. Pero las nubes que ennegrecían el horizonte eran cada vez más temerosas, y aunque el hombre continuaba insensible al miedo, confiado siempre en los auxilios imaginarios que había de recibir de nuevas sublevaciones, por fin le determinó al abandono de la plaza un hecho que hubo de abatirle los ánimos más que el aluvión de tropas enemigas y la merma creciente de las suyas. Fué que los generales que iban contra Vitoria agregaron a la orden del día un papel enviado de Madrid dando cuenta de la comunicación de nuestro embajador en París, don Salustiano de Olózaga, el cual venía con el cuento de que *la propia cosechera*, doña María Cristina, le había dicho *mutatis mutandis:* «¡Pero si yo no sé nada de esa insurrección ni tengo nada que ver con esos locos! No sólo soy extraña al movimiento, sino que lo repruebo terminantemente.» El efecto que esto hizo en el valeroso paladín ya puede suponerse: no creía que el cuento del diplomá-

tico fuese verdad; teníalo por una de tantas mentiras diplomáticas empleadas como resorte político; no le cabía en la cabeza que habiendo Cristina puesto en manos de los sublevados armas y bandera, renegase de sí misma y de su causa cuando la conceptuaba perdida y llamase locos a los que por ella daban su sangre y su honor. Esto no podía ser; tales villanías, cosa corriente en el carácter falaz de Fernando VII, no cabían en la nobilísima condición de la reina, toda rectitud, lealtad y entereza, según Montes de Oca. Sobre esto no tenía duda el exaltado caballero, y la ideal soberana no desmerecía en su pensamiento por la malicia de Olózaga. Lo que agobió su ánimo valeroso fué que aquellas mentiras entraron fácilmente en los cerebros de todos los que le rodeaban; que el vecindario de Vitoria les dió fácil crédito y las aceptó hasta con gozo, viendo en ellas el mejor pretexto para dar término rápido a la insurrección y librarse de los desastres y apreturas de un sitio. Ya no podía Montes de Oca sostener la moral de la plaza, ni menos el entusiasmo, harto ficticio y ocasional, por lá que fué gobernadora; cayó de golpe desde la cumbre de la poesía política a una realidad miserable. Llegaba el momento de huir, exponiéndose a una muerte ignominiosa, la del pirata o bandido. Salió, pues, de la plaza acompañado de Piquero y de los militares y paisanos comprometidos, sin más tropas que los miñones y algunas compañías de Borbón. Muy distante, ¡ay!, se hallaba de la ocasión en que puso a precio la cabeza de Zurbano; nadie pensaba en traérsela, y, en cambio, Rodil pregonaba la de Montes de Oca, ofreciendo por ella *diez mil duros*... Vamos, no era mal precio, dado el escaso valor que ordinariamente tenían en el mercado de nuestras guerras civiles las cabezas humanas, aun siendo de las mejor provistas de sólidos tornillos.

La salida fué tristísima, nocturna, sigilosa. Antes de que amaneciera, en la rápida marcha por el puerto de Arlabán hacia Vergara, desertaron las compañías de Borbón y se fueron a Miranda para presentarse al general de Espartero. Celebraban consejo los fugitivos para determinar el camino que debían seguir. No pocos oficiales comprometidos señalaron como la mejor dirección de escape la de la costa cantábrica; sabían de un barco preparado en Lequeitio para recoger a los que quisieran fiar su salvación al mar. Montes de Oca, aunque marino, prefirió seguir por tierra la derrota de la frontera; despidiéronse allí no pocos amigos y compañeros de locura, entre ellos el comandante Gallo y otros que, andando el tiempo, fueron generales, y se encaminaron hacia la costa; Montes de Oca, acompañado tan sólo de Piquero, de los señores alaveses marqués de Alameda, Ciorroga y Egaña, y de ocho miñones, siguió adelante. En Mondragón despidieron a los miñones, pues para nada necesitaban ya la fuerza militar y cuanto menor fuese el número de los fugitivos más fácilmente podían deslizarse por montes y cañadas hasta ganar el boquete de Urdax. Pero los miñones no quisieron separarse de los desdichados restos del Gobierno cristino, cuya suerte debían correr todos los que en tan necia desventura se habían metido. En Vergara se alojó la caravana en las casas exteriores de la villa, no lejos del histórico lugar donde se habían abrazado Espartero y Maroto; cada cual se arregló como pudo en humildes aposentos o mechinales, y a medianoche el sueño dió algún descanso al asendereado cabecilla de la insurrección y a los que aún le seguían, más comprometidos ya por la amistad que por la política.

Medianoche sería cuando turbaba el silencio de aquella parada lúgubre el cuchicheo de los ocho miñones, alojados en una cuadra, donde moraban también una mula y una pareja de vacas. Los pobres chicos, desvelados por la inquietud, se condolían de su perra suerte. ¿Quién demonios les había metido en aquel fregado ni qué iban ellos ganando con que la Cristina le birlara la regencia a Espartero? En verdad que habían sido unos grandes idiotas apartándose de la ley que ligaba sus vidas y su honor militar al Gobierno establecido. ¿Quién les metía en el ajo de quitar y poner regentes? ¿Quién les hizo instrumento de la ambición de unos cuantos caballeros de Madrid y de media docena de militares que querían empleos y cintajos?... ¡Y que no era flojo el riesgo que corrían los pobrecitos miñones! Desde Vergara a la frontera, ¿quién les aseguraba que no toparían con un destacamento de tropas

leales? En un abrir y cerrar de ojos serían despachados para el otro mundo, y aún podría suceder que los señores que les habían arrastrado al delito alcanzasen misericordia; para los hijos del pueblo no habría más que rigor y cuatro tiros... Aun suponiendo que pudiesen escapar, ¿qué vida les esperaba en Francia? ¿Por ventura se encargaría de mantenerles *la reina esa* por quien se habían jugado la vida? ¡Ay, ay!, el pobre siempre pagaba el pato de estas tremolinas; para el pobre, en la derrota o en el triunfo, no había más que desprecios y mal pago... ¡Qué mundo este! Valía más ser animal que español!

Estas ideas rumiaban, esto se decían, y en verdad que no habría sido vituperable su razonamiento si de él no saliese, como de la fermentación el gusano maligno, un ruin propósito. A dos de ellos se les ocurrió en el curso de la conversación, pero no se atrevieron a manifestarlo. Un tercero, que era, sin duda, el más arriscado, se lanzó a exponer la terrible idea, y la primera impresión que en los demás produjo fué de miedo, un miedo más vivo que el de la propia muerte. Eran hijos de familias honradas y desde niños habían visto en sus hogares la norma de todas las virtudes, el temor de la infamia, el aborrecimiento de la traición. Callaron un rato, y la perversa idea hizo nido en el cerebro de cada uno de ellos, empollando diversas ideas que corroboraban la idea madre. El mismo iniciador de ésta la explanó hábilmente, revistiéndola de aparato lógico; achicó los inconvenientes morales, agrandó las ventajas. En primer lugar, salvaban sus vidas, y esto de mirar por las vidas era cosa buena, pues para que el hombre se defendiese de la muerte le había dado Dios la inteligencia. En segundo lugar, se ponían en buena disposición con los que mandaban; Dios había dicho que debe darse al César lo que es del César. A más de esto, ¿quién dudaba que Espartero era el más valiente entre los españoles? Zurbano no le iba en zaga en el valor; sólo que se pasaba de bruto, hablaba mal y tenía la mano muy dura. Pero pues era el hombre que más podía en aquellas tierras, hijo también del pueblo, debían favorecer sus ideas y ponerse a su lado para todo. Por último, triunfantes o vencidos, su sino era quedarse tan miñones como antes, con la triste paga, el rancho mísero y la condición de soldados rasos. Buenos tontos serían si no sacaban algún provecho de la trapisonda en que se habían metido. Cierto que alguien saldría diciendo si eran tales o cuales..., pero ellos no *habían dado el grito;* ellos no habían levantado la bandera de Cristina ni entendían de estas cosas. Zurbano había ofrecido diez mil duros por la cabeza de Montes de Oca; deber de ellos, que la tenían en la mano, era entregar aquella cabeza, la verdaderamente culpable, la que *había dado el grito.* Y no dijeran que era una lástima entregar al pobre don Manuel indefenso para que en él se cebara el furor de los vencedores. Por fas o por nefas, la vida de don Manuel era ya cosa perdida. En su persecución iban ya varias columnas y pronto le cazarían como a una liebre. Podría suceder que entregándole ellos se compadeciera Zurbano del infeliz señor y que el gran Espartero le perdonase, con lo cual quedaban todos contentos, Montes de Oca con vida, y ellos, los pobrecitos miñones, con sus diez mil duros en el bolsillo, a mil doscientos cincuenta duros por barba.

El que pronunció el discursillo que extractado se copia había empezado a estudiar para cura en Vitoria, sirviendo luego de amanuense a un escribano de la Puebla de Arganzón, y en sus diferentes tareas escolares se le había pegado el arte del sofista. Cedieron prontamente algunos de los compañeros; para reducir a los otros fué necesario que el orador emplease lo mejorcito de su arsenal dialéctico, y, al fin, convinieron todos en consumar sin demora la execrable acción. La oscura noche les estimulaba..., el silencio les envalentonó para un hecho que exigía, sin duda, más arrojo que el desplegado en los combates. El coloquio vascuence en que desarrollaron su plan y los procedimientos más seguros para ponerlo en ejecución duró apenas un cuarto de hora, y bajaban tanto la voz que apenas se oían, temerosos de que la mula o las vacas, únicos testigos de la terrible conferencia, la entendiesen y renegasen de tal villanía, como honrados animales.

XXV

El modo y forma de hacer efectivo su pensamiento fué para los miñones sencillísimo. Lo propuso uno que en su niñez desplegaba felices disposiciones para robar fruta en las huertas y alguna que otra gallina en los corrales. Salieron los ocho a un cercado frontero a las dos casas en que se alojaban los paladines de la reina, y con fuertes voces empezaron a gritar: «¡Zurbano, Zurbano!...» El efecto de este toque de diana fué inmediato y decisivo. Los caballeros durmientes saltaron despavoridos de sus lechos, y a medio vestir, lanzáronse fuera por los primeros huecos que abiertos encontraron: Egaña saltó por una ventana, y a Piquero se le vió surgir por un boquete angosto que daba al campo en la parte posterior del edificio. Poner el pie en tierra y apretar a correr en busca de la espesura del monte más cercano fué todo uno. Los otros dos, tomando la salida por la puerta con más tranquilidad, no tardaron en desaparecer. Como en los incendios y naufragios, cada cual se afanaba por salvar su propia pelleja, sin cuidarse de la del vecino. Dos miñones pusiéronse de guardia en la escalerilla estrecha que a la estancia ocupada por el jefe conducía, con objeto de apresarle cuando saliese, y, viendo que tardaba, presumieron que se había escondido en los desvanes. Los inquilinos de la casa, un hombre y dos mujeres, que, a poco de sonar las primeras voces de alarma, abandonaron también sus madrigueras y vieron la veloz huída de los cuatro señores, aseguraban que el quinto de ellos no había salido. Viéronse precisados los traidores a subir en su busca, creyendo que o se había muerto del susto o que por escrúpulo de conciencia quería expiar sus culpas bajo el poder del temido Zurbano.

A las primeras luces del alba subieron dos miñones, el de los discursos y otro que blasonaba de arrojado, al aposento mísero donde reposaba, en un pobre camastro, el jefe de la insurrección, y le hallaron profundamente dormido. Su tranquilo sueño era la expresión de su ciega confianza en los ocho corazones alaveses a quienes había entregado su v i d a. Por un instante creyéronle muerto, tales eran el reposo y palidez de sus nobles facciones. Uno de ellos le llamó. «Don Manuel, señor don Manuel...» No despertaba. Imposible parecía que con la batahola y vocerío que armaron los guardianes durmiese con sueño de ángel aquel hombre que reunía en su espíritu la fiebre poética y el bélico ardor. Fué preciso sacudirle de un brazo para que despertase. Abrió al fin los ojos, y miró largo rato a los dos chicarrones, sin darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Es hora de salir?—dijo—. Vamos al momento. ¿Se ha levantado Piquero?

El más desenvuelto de los dos traidores quiso expresar el verdadero sentido de la situación, y no halló la frase propia.

—Es usted preso—dijo el otro, cortando por lo sano—; los demás señores han huído; usted no puede, don Manuel, y ahora se viene con nosotros a Vitoria.

Empezaba el infeliz hombre a comprender la situación; pero aún no la veía en toda su trágica realidad, ni le entraba fácilmente en la cabeza la idea de que los honrados hijos de Alava le apresaban para venderle por los diez mil duros que ofrecía Rodil. Se incorporó vivamente, miró en torno suyo. No tenía armas, nunca creyó que podía necesitarlas.

—¡Y vosotros—dijo—me prendéis y me lleváis a Vitoria...! Pero no lo haréis movidos del premio que dan por mí. No valgo yo tanto, amigos.

—Señor don Manuel—dijo el valiente, ya repuesto de su turbación—, no nos enredemos en palabras que no vienen al caso. Vístase pronto, que tenemos prisa.

—Está bien—replicó Montes de Oca, pasando brevemente de la ira a la resignación, por la virtud de su grande alma—. Me vestiré al instante. Habría sido mejor que no viniéramos acá. Mi deseo, ya lo sabéis, era no salir de Vitoria y esperar allí a los vencedores. Entregándome yo, los diez mil duros habrían sido para mí, aunque... ¡sabe Dios la cuenta que me harían!... Bueno, hijos, pues tenéis prisa, ahora mismo nos vamos. Dejad que me lave un poco: es costumbre mía, que vosotros sin duda no tenéis. Amanece ya; saldremos con la fresca y marcharemos tan rápidamente como queráis.

Partieron a escape: a los miñones se les hacían siglos las horas que faltaban para cobrar el importe de la res que

vendían. Para recorrer la tiradita desde Vergara a Vitoria en el menor tiempo posible, echaron por los atajos y desfiladeros más apartados de toda población, temerosos sin duda de que algún destacamento de tropas les quitase la gloria de su hazaña y el precio de su botín. Dieron a don Manuel un caballo, y tanta era la prisa, que no cuidaron de llevar víveres, ni fácilmente podrían adquirirlos en las soledades por donde caminaban. Tiraron hacia Legazpi, y de allí a los altos de Aránzazu, royendo mendrugos de pan el que los tenía. En uno de los breves descansos que hicieron, más por dar alivio a la caballería que al desdichado jinete, manifestaron a éste que, hallándose preso y a disposición de las autoridades, maldita falta le hacía el dinero que aún conservaba en sus bolsillos para los gastos de la insurrección primero, de la fuga después. Dió Montes de Oca una prueba de buen gusto y de austera dignidad evitando toda discusión sobre el infame despojo, y entrególes, sin el honor de una protesta ni de un comentario, la culebrina en que llevaba unas cuantas onzas, que no llegaban a diez, y alguna plata menuda. Y hecho esto, arrearon de nuevo.

Hablaban los miñones entre sí el idioma vascuence, del cual el infeliz preso no entendía palabra, resultándole de esto un tormento mayor: el sentirse más aislado, más lejos de su patria. Entre ésta y el poeta se interponían un suelo desconocido, una gavilla de bandoleros y una jerga que nada decía a su entendimiento ni a su corazón. En el fatigoso paso por veredas y trochas, mortificado del hambre y la sed, sin otro sentimiento inmediato que el desprecio que le inspiraban sus guardianes, sufrió el desdichado caballero indecibles angustias. No había para él más consuelo que aislarse, con esfuerzo de su viva imaginación, procurando no ver fuera de sí más que la naturaleza, y dentro, las hermosuras de su grande espíritu, así en el orden moral como en el estético. Las bellezas del paisaje y del cielo, las ideas propias, que iba sacando del magín con cariño de avaro, para en ellas recrearse y volver a esconderlas cuidadosamente, permitiéronle, si no el completo olvido de su desgracia, alguna distracción o alivio pasajero. Mas las exigencias físicas del hambre y la sed le volvían a la realidad de su martirio; otra vez era el hombre vendido, la bestia llevada al matadero por cuatro carniceros infames, y la ininteligible cancamurria vasca otra vez le cortaba el cerebro como una sierra.

La molestísima andadura del jaco, apaleado sin cesar por los miñones, magullaba los huesos del pobre jinete. Habría preferido caer al suelo y que en él le fusilaran sin compasión; pero su vida valía diez mil duros, y no podía esperar de los mercaderes una muerte gratuita. Estas ideas lleváronle a mayor resignación y a conformidad más profundamente cristiana con su fiero destino. El sentimiento caballeresco y la ilusión del sacrificio pudieron tanto en su alma, que no le fué difícil llegar a la tranquilidad ascética que permite soportar un intenso padecer y aun alegrarse de los martirios. Instantes hubo en que se creyó dichoso de ser tan infeliz, y el goce amargo de los sufrimientos refrescaba su alma y la erguía y la vigorizaba para mayores resistencias. Hermoso era el dolor, bellas las angustias que preceden a la muerte. Contra nadie tenía queja. Y no creía ciertamente que la persona por quien en tal suplicio se veía un hombre de bien fuera indigna de semejante holocausto, no. Todos los males presentes y otros peores que vinieran los sufría gustoso por la reina, por una divinidad que no habría sido bastante divina si no creara mártires, si ante su triunfal carro no cayeran aplastadas cien y cien víctimas. Bien sabía la reina lo que sus fieles padecían por ella y bien empleado estaba que los caballeros penaran y murieran para que sobre tantos dolores y sacrificios se alzara la gloriosa *redención monárquica*.

¡Y los malditos alaveses arreando sin descanso, como diablos solicitados de la querencia del infierno!

—Basta, hombres, basta; ya llegaremos—les decía Montes de Oca, compadecido del caballejo más que de sí mismo—. Por mí, no me importa; pero vosotros tampoco vais a ninguna fiesta. Tened lástima del pobre animal, que no puede ya con su alma.

Vino la noche y con ella redoblaron los palos sobre la cabalgadura... No corrían: volaban. En un día anduvieron diecisiete leguas, imposible jornada cuando se va en seguimiento del bien o a realizar una noble acción. Sólo el mal

hace a los hombres tan ligeros. A las nueve de la noche llegaron a las proximidades de Vitoria, donde pararon, mandando aviso por dos de ellos al general Alesón, con las nuevas de la valiosa presa que traían. Tropas llegaron al instante y se hicieron cargo del reo, llevándole, con no poco aparato de fuerza, a la Casa Consistorial, que entonces estaba en San Francisco, donde también había cuartel. A la luz de tristes faroles entró el jefe de la insurrección en el aposento que le destinaron, y lo primero que con él se hizo fué registrarle para ver si tenía documentos de algún valor. En efecto: descuidado, como buen poeta, conservaba en sus bolsillos dos papeles que había escrito antes de la salida de Vitoria y que se olvidó de destruir. El uno era una carta dirigida a O'Donnell en que amargamente se quejaba del abandono en que se le tenía. «Ni un fusil, ni un real, ni una comunicación he podido conseguir, a pesar de mis esfuerzos... Si hubiera tenido armas, a esta hora contaría la causa de la reina con un ejército de 20.000 hombres. Si se pierde esta coyuntura, la causa de nuestra reina se hundió para siempre...» El otro era un oficio en que se leía: «*Gobierno Provisional*... Excelentísimo señor: Este infame pueblo nos ha vendido y su Ayuntamiento ha oficiado a Zurbano diciéndole no harán resistencia y me entregarán... Se hace, pues, indispensable abandonarlo, y lo verificaremos esta noche...» Aquí se ve cuán galanas cuentas hacen los revolucionarios, cuya imaginación fácilmente traduce en realidad los deseos locos. ¡Fusiles, dinero! Pero ¿de dónde los había de sacar O'Donnell? Para él los hubiera querido. El que no sabe allegar estos ingredientes antes de izar la bandera, que no se meta en tales andanzas.

Después de bien registrado entraron a verle el general Alesón y el jefe político; que, según se cuenta, no estuvo cortés ni generoso con la víctima. Tras éstos llegó el coronel don Santiago Ibero, encargado de cumplir el sanguinario bando de Rodil, lo que en realidad no exigía larga tramitación. Bastaba con identificar la persona para proceder al corte de cabeza, con lo cual quedaba fuera de combate la hidra revolucionaria. Luego declaró el reo con voz entera su nombre, el pueblo de su nacimiento (Medina Sidonia), su estado (soltero), su edad (treinta y siete años menos dos meses). Otras cosas dijo que no fueron más que una nueva página de poesía política.

Al quedarse solo con Ibero, Montes de Oca le dijo afectuoso:

—No es la primera vez que nos vemos.

—En el castillo de Olite...

—Y alguna vez antes.

—Alguna vez, sí, señor—replicó Ibero, saciando sus miradas en el rostro del infeliz reo—. No una sola vez, si es fiel mi memoria... Perdone usted que le mire y le remire... Deseaba mucho verle; pero no, válgame Dios, en esta tristísima situación.

XXVI

—Si a usted no le parece mal—dijo Montes de Oca, sin aliento casi, estirando sus miembros doloridos—, descansaré. No tiene usted idea de cómo me han traído esos perros, de Vergara a Vitoria. Creí que me quedaba en el camino, y no habría sido malo para mí.

—He mandado que le pongan a usted una buena cama, y podrá descansar. También se le traerá la cena. Yo siento mucho que usted no hubiera sido más cauto en su fuga. Debió usted salir de aquí, en la noche del diecisiete, en la diligencia que le prepararon sus amigos.

—¡Qué quiere usted!... No tengo, no he tenido nunca el instinto de la fuga. Me siento amarrado al puesto en que me coloca mi deber. No quería Piquero que yo partiese sin él, ni quería yo dejarle aquí. Juntos nos lanzamos a esta calaverada, juntos debíamos salvarnos o perecer. No me pasó nunca por la cabeza que los miñones fueran mi Judas.

—Egaño y Ciorroga, ¿por qué no impidieron este oprobio que los miñones han arrojado sobre la raza alavesa? Si aquí mandara yo, crea usted que, después de darles el dinero, les mandaría hacer testamento y les fusilaría sin escrúpulo de conciencia.

—¡Ah! Esto no puede ser—replicó el reo, que, de improviso, apartó su mente de aquel asunto, más atento a la cama que entraron los asistentes y a designar el sitio donde debían ponerla.

Dió sus órdenes con severidad, cual si se hallara en las ocasiones ordinarias de la vida, y volviendo la espalda al co-

ronel ayudó a colocar los cojos bancos sobre que se ponían las desunidas tablas para sostener los colchones.

—Agradeceré mucho—dijo cuando los asistentes traían sábanas y abrigo—que me den lo necesario para asearme un poco: agua, cepillo, peines. Nada me molesta como la suciedad, y este viaje ha sido funesto desde el punto de vista de la pulcritud... Mire usted qué manos... Mi pelo es un bardal.

Dió órdenes Ibero de que se le trajesen los avíos de tocador de que se pudiese disponer y agua abundante.

—Es triste cosa—dijo Montes de Oca, quitándose el gabán y la levita y preparándose a un leve lavatorio—que, siendo yo fanático por la limpieza, me vea en tal suciedad. No se asuste usted ni me riña si le digo que mi intento ha sido lavar al país... Y ahora resulta que no se deja..., como los niños mal criados, que no tienen más gusto que revolcarse en el fango de los caminos... Y yo, tan aficionado al aseo general, ahora me veo en la porquería particular más repugnante, sin otro consuelo que unos cuantos buches de agua para darme un refregón en cara y manos... Pero, en fin, pronto no me hará falta el agua para estar bien limpio.

Terminada la frase con un gran suspiro, empezó sus abluciones, que la corta medida del agua había de limitar más de lo que él quisiera. Salió don Santiago a prevenir la cena, ordenando que fuera lo mejor posible, y al volver junto al preso le encontró refregándose el rostro con la toalla.

—Pues sí—dijo Montes de Oca, expresando lo que había pensado durante el lavatorio—, la noche de marras, ¿se acuerda usted?, cuando nos conocimos en una casa..., el nombre de la calle se me ha ido de la memoria... Pues yo le emplacé a usted...

—Y yo anuncié a usted y a Gallo que esto era una locura y...

—Justamente. Cada cual dijo lo que sentía. Este desastre, que tengo por accidental, no modifica mis ideas sobre lo fundamental. Hoy hemos sido vencidos, somos la primera fila de combatientes, que tropieza y cae. Pero detrás vienen otros y otros... No lo dude usted: triunfarán la verdad y la justicia. No puede ser de otra manera. Confirmo, pues, mi pronóstico.

—Y yo el mío... Pero no es ocasión de empeñarnos en discusiones ni en alabarnos de profetas. Los grandes cambios de la vida general vienen cuando ellos quieren, y no está en nuestra mano traerlos fuera de tiempo. ¿No piensa usted lo mismo?

—No, señor—dijo Montes de Oca, peinando con fruición su espléndida cabellera—, y dispénseme que le contradiga. Es deber del hombre impulsar los acontecimientos buenos, los que realizan la justicia y el bien, porque si nos abandonamos, si la apatía nos vence..., el mal se hará dueño del mundo.

—Cierto. Pero no confundamos los acontecimientos buenos, como usted dice, con los que parecen tales por la forma engañosa que les da nuestro deseo.... o, si se quiere, nuestro fanatismo.

—¡Fanatismo! Sí, a eso vamos a parar. El mío tiene por objeto el culto de las cosas eternas. Vea usted por qué no estoy tan afligido y agobiado como corresponde a mi situación, según el criterio vulgar.

—Muy bien, señor mío. Pero yo sé que no pensaban mucho en las cosas eternas otros que se lanzaron a esta insensatez—afirmó Ibero, que antes de concluir la frase cayó en la cuenta de su inoportunidad.

—Quítense ustedes el éxito y hablaremos de lo que es insensato y de lo que no lo es—dijo Montes de Oca, ya peinado, sentándose frente al coronel, rodillas con rodillas—. Por de pronto, este pobre vencido y condenado sostiene ahora que vale más, mucho más, hacer locuras por la justicia y la verdad, que hacer cosas muy sensatas y muy correctas por la usurpación y por la mentira. Yo he cumplido con mi deber: mi conciencia no hace ahora distinciones entre la demencia y la cordura; no ve más que lo justo y lo injusto. Con lo justo estuve y estoy, con todo lo que vemos de la parte de Dios. Soy religioso; la muerte no causa terror a los hombres de acendrada fe. ¿Qué tiene usted que decir?

—Nada, nada más sino que admiro su entereza y que me causa vivo dolor que hombres de tal temple... En fin, señor mío, hablemos de otra cosa, porque al paso que vamos resultará que tendrá usted que consolarme a mí y darme ánimos, cuando lo que procede... Ea, ya es-

tá aquí la cena. ¿Tiene usted apetito?

—Regular—dijo el reo, preparándose a caer sobre el primer plato—. Antes de lavarme sentía gran debilidad... Realmente, necesito alimentarme para que no se apoderen de mí las ideas tristes... No le invito a usted a que me acompañe, porque habrá cenado a hora más conveniente. Los condenados a muerte tenemos unas horas absurdas para nuestras comidas.

Empezó con mediano apetito, y, según avanzaba, iba recibiendo más gusto de la cena. Mientras ésta duró oyéronse mugidos del viento; las persianas del único balcón de la pieza se movían con lastimero chirrido, y en los buhardillones sonaban porrazos, como de algún batiente abierto que era juguete de las impetuosas ráfagas del aire.

—Viento del Oeste—dijo don Manuel con absoluta serenidad, sin dejar de comer—. Esta tarde, cuando ya bajábamos por las Peñas de Zaraya, soplaba el Sur sofocante. El cariz del cielo me dijo que antes de medianoche rolaría el viento al tercer cuadrante.

—Y tras este ventarrón tendremos agua.

—Si se agarra al Sudoeste, tal vez; pero por intermitencia de las rachas, paréceme que rola al Noroeste... Vendrá el agua..., pero más tarde... No seré yo el que se moje.

—¡Quién sabe!...

—Que no, digo. Le apuesto a usted todo lo que quiera a que no me mojo...

Le vió Ibero soltar el tenedor y quedarse inmóvil, fija la vaga mirada en el mantel. Quiso decirle algo, y aún pronunció algunas palabras de vulgar consuelo; pero pronto enmudeció. Le constaba que no había esperanza; era, por tanto, crueldad llevar al ánimo del reo una vana ilusión, que, al desvanecerse, haría más acerbo su suplicio. No se le ocurrió más que la simplicidad de invitarle a dormir, buscando en el sueño la reparación de fuerzas... Y ¿para qué las necesitaba?... Más inquieto por su descanso que por su vida, el reo formuló una pregunta:

—Dígame: ¿querrán que esta noche amplíe mi declaración?

—Mañana, quizá. No piense usted ahora más que en descansar.

—¿De modo que por esta noche no vienen a molestarme? Magnífico... Pues, si usted me lo permite, me acostaré ahora mismo.

—Y dormirá. El cansancio es un excelente narcótico.

—Yo tengo un sueño fácil. Dormía profundamente cuando los miñones tramaban venderme.

—Y este furioso viento, que hace ruidos tan extraños, ¿no le impedirá dormir?

—¡Quia! ¡No me despertó la traición y cree usted que me despierte el aire! Ya conozco yo al viento; somos amigos. No es malo el viento, no; por lo menos, traidor no es. Mejor estaría yo ahora en medio de la mar que aquí. A un temporal duro del Oeste se le capea; a una mar gruesa se la domina poniéndole la proa; pero, contra estas infamias de los hombres, ¿qué podemos?

—Y ¿por qué dejó usted la vida del mar por las ignominias de la política?

—¡Ah! No puedo contestarle tan fácilmente... Mucho hablaríamos usted y yo si tuviéramos tiempo; pero ya verá usted cómo no lo tenemos... Llevarán las cosas muy aprisa, y más vale sí.

—Sí, más vale... Pero no se detenga usted si quiere acostarse ni le importe que yo esté presente.

—Gracias. Pues es usted tan amable que me permite el descanso, me acostaré.

Y diciéndolo, iba dejando sobre dos sillas próximas las prendas que se quitaba. Ibero, que desde la llegada y entrega del prisionero se sentía devorado por intensísima curiosidad, anhelando aclarar un punto oscuro de sus breves conexiones con el interesante cuanto infeliz caballero, creyó que la ocasión era propicia para permitirse apelar a su confianza.

—Señor de Montes de Oca—le dijo, cuando el reo acababa de meterse en la cama—, quisiera que me sacase usted de una duda... Hemos recordado esta noche la entrevista que tuvimos Gallo, usted y yo...

—La tengo tan presente como si hubiera sido ayer...

—Y yo... Pero no es eso. Yo estoy en que nos vimos después en otra parte.

—¿Después..., cuándo, dónde?—preguntó el condenado, mirándole un rato con gran fijeza.

—Si no sabe usted cuándo y dónde, es que no recuerda, o que, en efecto, no me vió..., o que no le conviene decirlo...

—Desde la entrevista con Gallo no volví a ver a usted hasta que nos encontramos en el castillo de Olite.

—Perdone usted—dijo Santiago, notando disgusto en la fisonomía del preso—; cometo quizá una inconveniencia interrogándole... Quitar a su descanso algunos minutos es verdadero crimen. Me retiraré para que usted duerma.

—Gracias. Pues mire usted, aunque parezca mentira, tengo sueño.

—¿Y dormirá?

—Creo que sí. Cuando navegaba, dormía sosegadamente en las noches de temporal duro, siempre que no estaba de guardia, se entiende. Ahora, no sé... En fin, pásese usted por aquí dentro de un rato y lo verá.

XXVII

Retiróse Ibero en un estado de agitación vivísima, pues la persona y circunstancias del reo, su figura, su palabra, su no afectada filosofía le trastornaban profundamente. Diera él por salvarle la vida parte de la suya; mas no estaban las cosas para esperar clemencia ni había posibilidad de que por caminos indirectos o ilegales se desviase de la muerte la desgraciada vida de don Manuel Montes de Oca. Fué a visitar al general Alesón para darle cuenta de las medidas tomadas para la seguridad del prisionero, de la resignación y estoicismo de éste, y acordaron el plan de servicio para el siguiente día, que habría de ser en Vitoria día de luto. Tímidamente apuntó Ibero la idea de perdón; mas ni aún le dejó tiempo el general de expresarla por entero y le mostró la orden de Rodil disponiendo la inmediata ejecución del preso... ¡Y hasta fijaba la hora, como suele fijarse la de una fiesta! Llena el alma de amargura, volvió Santiago al Ayuntamiento y a las habitaciones habilitadas para prisión y capilla. En ésta, los soldados de guardia dormitaban en un banco, y dos ordenanzas, asistidos por empleados del Ayuntamiento, preparaban la mesa en que se había de poner el altar; los candeleros y el Cristo estaban aún en el suelo, junto con una Dolorosa, arrimadita a la pared. Encargó el coronel a su gente que despachase pronto la faena, evitando cuidadosamente todo ruido para no despertar al pobre reo. Como objetaran los tales que no podían colocar el cuadro de la Virgen sin clavar alguna escarpia, les ordenó el jefe que toda operación ruidosa se aplazara hasta la mañana.

Entró luego de puntillas en el dormitorio, alumbrado por un velón, delante del cual se había puesto un grueso libro de canto, haciendo de pantalla, y vió al reo profundamente dormido. El suave ritmo de su respiración indicaba un sueño dulce y ésta era la forma visible de una conciencia tranquila, de un cerebro despejado de cavilaciones. Parecióle mentira al coronel lo que veía, y admiró al mártir dormido más que le había admirado despierto. Cautelosamente abandonó la alcoba, despidió a los que armaban el altar, pues tiempo había de ponerlo todo muy bonito a la mañana siguiente, y se quedó solo con la guardia. Poco después entró el oficial que la mandaba; acordaron entre los dos que los soldados estarían mejor en la estancia próxima, guardando la puerta por el exterior; y pues la alcoba del preso ofrecía completa seguridad, por no tener otra puerta que la de comunicación con la capilla, no era preciso poner gente en ésta. El patio a que daba el balcón de la alcoba estaba perfectamente custodiado y ni en sueños se podía temer una evasión. Además, el preso era un santo, un verdadero santo que con su propia mansedumbre, con su resignación cristiana y filosófica se guardaba. Poco después de este breve diálogo, Ibero estaba solo en la capilla, alumbrada por dos cirios del altar, que encendió por sí mismo, pues no gustaba de la oscuridad. Se paseó de un ángulo a otro; pero asustado del ruido de sus pasos se sentó en un sillón de cuero, traído expresamente para que lo ocupase el cura en el momento de la confesión.

«Yo, que no estoy en capilla—se dijo—, no podría dormir ni un minuto en esta noche de ansiedad y amargura; y ese hombre... Pero no he visto otro como él, ni creo que exista en el mundo. Señor, ¿de qué materia y de qué espíritu le has hecho?... ¿Esa serenidad es convencimiento de que ha luchado y muere por una causa justa? Convencimiento es, aunque erróneo, que es como decir obcecación. Hombres así quiero para toda

causa que yo defienda. Buen ejemplo nos da, bueno. No lo olvidaré, por si algún día me toca la china...» Divagó un instante el pensamiento del coronel, siempre alrededor del mismo sujeto y asunto, y vino a parar en la idea dominante: «Voy creyendo que no es *el caballero de Rafaela*... Avivo mi memoria, y la semejanza de éste con el que vi en aquel instante breve no es, en efecto, de esas semejanzas que alejan toda duda. Aquél era más alto, y como guapo, qué sé yo... Este tiene quizá más expresión, más dulzura en el rostro... ¿En qué me fundaba yo para creer que aquél y éste fuesen uno mismo? Era presunción mía..., un no sé qué..., el dato de ser hombre superior, de alta posición, según Rafaela me dijo; el dato de que allí estaban tramando esta revolución... No es delicado, no; no es humano que le haga yo preguntas sobre los sitios en que conspiraba.» Al pensar esto, sintiéndose ya con amagos de somnolencia, oyó violentísimas sacudidas del viento y los bramidos lastimeros que daba al pasar rascándose contra las paredes del vetusto edificio. En la techumbre sonaba también un traqueteo metálico, como si un tubo de chimena, tronchado por el huracán y sujeto aún a su base por una tira de latón, quisiera desprenderse y volar. Entre estos desapacibles ruidos creyó sentir también algo como un suspirar vago, como articulación de tenues sílabas... Sin duda, Montes de Oca hablaba dormido, agobiado quizá por una pesadilla. Asomóse pausadamente Ibero a la puerta de la alcoba y distinguió en la penumbra el rostro del durmiente en la propia disposición en que antes lo viera, brazos y manos en la misma postura.

Instalado de nuevo el coronel en su sillón de cuero, que, dicho sea de paso, no carecía de comodidad, estiró las piernas sobre una silla próxima, diciéndose: «Parece que el sueño de ese hombre bendito, de ese caballero sin mancilla, me contagia... No creí que podría yo pegar mis ojos esta noche... Pero no, no es esto sueño: es modorra, el gotear lento de mi tristeza... Ahora cesa el viento..., gracias a Dios. Se le oye distante, no como si él se alejara, sino como si le enterraran a uno... A ese hombre hermoso, honrado y bueno, víctima de un fanatismo como otro cualquiera, vencido en la plenitud de la fuerza y de la vida, le enterraremos mañana, no porque él se muera, que bien sano está, sino porque le matamos. Y mis soldados, por orden mía, serán los que le hagan fuego... Esto es horrible... Mentira parece que se duerma uno pensando estas cosas... Pero no es dormir: es sentir en hondo, y pensar en negro... No me duermo, no.»

Y diciendo que no se dormía quedóse en ese estado intermedio y confuso que es un soñar en vela, o un insomnio con descanso. Razonaba el propio soñar de esta manera: «La prueba de que no duermo es que oigo los mugidos del viento y veo todo lo que hay en la capilla: las velas de cera, la Dolorosa, que todavía está en sl suelo... Yo dispuse que se dejara para después la operación de colgarla en su sitio, y convine con Rafaela en que ella clavaría la escarpia... Debe de ser la hora convenida, porque aquí entra Rafaela Milagro con el martillo... Se acerca a la alcoba, observa, ve que duerme don Manuel, y no quiere despertarle...»

—Aún es pronto, mujer—dijo Santiago a su amiga, que en forma corpórea, dormido o despierto, pues esto no estaba bien claro, ante sí veía—. Luego colgaremos tú y yo la santa imagen, que, entre paréntesis, se parece mucho a ti.

Desapareció Rafaela sin que Ibero pudiese advertir por dónde, y durante un lapso de tiempo de inapreciable dura, perdió el coronel toda sensación de la realidad. Sonaron de nuevo las voces del viento en forma y tonalidad muy singulares. Por las rendijas de las cerradas maderas se colaban los filos del aire, y tanto se oprimían, que el sonido se aguzaba y era más lastimero y terrorífico. A ratos entraban palabras delgadas y larguísimas, que decían cosas..., conceptos de estructura semejante a la de una espada. Rafaela volvió a presentarse, con el cabello suelto y una calavera en la mano, y llegándose a Ibero le dió un golpe en el pecho, diciéndole:

—Eres un cobarde, un vil, si permites que le maten...

—Pero ¿qué puedo hacer yo, mujer?...

—Es facilísimo. Yo le despertaré. Mientras se viste, tú mandas que se retire toda la tropa que hay en el patio. El y yo nos descolgaremos por el balcón. Tengo dos naves para poder salir al otro patio y a la calle.

—¿Y yo..., pero yo...?

—¡Tú!... Harás lo que me has dicho: o pegarte un tiro, o dar la cara como encubridor de la fuga, sacrificando tu honor militar. Escoge lo que te parezca mejor.

—Necesito un día para pensarlo. Déjame ahora.

El chillar horrísono de las palabras que se introducían por las junturas taladraba los oídos del buen coronel. Llevóse ambas manos a las orejas para cortar el paso de voces fieras, insultantes, provocativas, que querían penetrar en su cerebro... Vió a Rafaela pasar velozmente de una parte a otra de la estancia y meterse en el dormitorio del reo. Hizo un movimiento para detenerla...

XXVIII

Vió don Santiago al oficial de guardia, que ante él se inclinaba, repitiendo una pregunta que acababa de formular sin obtener contestación. Tuvo el coronel la palabra en la boca para decirle: «Esa mujer que ha entrado aquí, ¿dónde está?» Pero no tardó en comprender la incongruencia de este concepto, y sólo dijo:

—¿Qué hay?

—Mi coronel, ya es de día. Creo que el preso ha despertado. Los señores capellanes están a sus órdenes. ¿Les mando que entren? ¿Se acabará el arreglo de la capilla?

—Es muy temprano aún. Retírese usted, y los capellanes que aguarden hasta que se les avise... Yo no dormía. Es que me duele horriblemente la cabeza. Este maldito viento...

Nuevamente solo, sintió toser a Montes de Oca, y allá se fué casi de un salto. El reo había despertado, conservando la misma postura del sueño, y recibió a su amigo con una sonrisa cariñosa y un cortés saludo.

—¿Se ha descansado?—fué lo único que dijo Ibero, que, recayendo en su incertidumbre, registró con inquieto mirar toda la estancia.

—Es de día—dijo Montes de Oca—¡Qué pronto viene!

—Aún puede usted descansar un poco: yo se lo permito.

—Lo agradezco. Aunque no dormiré más, me quedaré un ratito en la cama... Créame usted: están mis pobres huesos como si me los hubieran roto. No puedo moverme. Déme usted un cigarro.

El coronel le alargó su petaca; cogió de la misma un cigarro para sí, y encendiéndolo en la lámpara, dió lumbre al reo. Cuidóse luego de apagar la luz y de abrir las maderas para que entrase la claridad del día. Iluminado por ella, el rostro del reo salía de la noche y del sueño con marcada expresión de santidad, y cuando se incorporó con la dificultad premiosa de sus huesos doloridos, Ibero le halló más demacrado que la noche anterior, y notó en su semblante mayor dulzura y serenidad. Pero debía de ser ilusión, efecto quizá de la débil luz matutina, porque no podía una sola noche determinar cambio tan brusco, habiendo cenado y dormido el hombre como en días normales. «Esta es la mía —se dijo Ibero, sentándose junto al lecho, y viendo cómo se confundía el humo de los dos cigarros—. No encontraré mejor ocasión para salir de dudas. Haré mi pregunta con la mayor delicadeza: «¿Conoce a una tal Rafaela Milagro, viuda...? ¿Salió con ella de una casa, etcétera?...» No había encontrado aún la fórmula más discreta para empezar cuando Montes de Oca se le anticipó planteando la conversación a su gusto.

—Las ocasiones críticas de nuestra existencia—dijo—son las más propicias para avivar en nosotros el recuerdo de cosas pasadas, a veces muy remotas, representándonos los sucesos lejanos tan vivos como si fueran de ayer; y lo más particular es que comúnmente reproducimos, en estos casos críticos, escenas, pasajes y actos que no tienen nada que ver con nuestra situación presente. Le contaré a usted un prodigio de mi memoria, si no le molesta oírme.

—De ningún modo... ¿Ha tenido usted sueños, reproducción fingida de lo que fué real...?

—Algo soñé; pero fué después, hallándome despierto poco antes de que usted entrara, cuando vi repetirse en mi mente un suceso de mi vida pasada... con tal viveza, amigo mío, que llegué a creer que no vivía en este tiempo, sino en aquél, y que no pasaba lo que ahora pasa, sino aquello... ¡Cosa más rara!... Oigalo usted. Ello fué el año veintinueve: yo tenía entonces veinticinco años, ¡dichosa

edad!, y era alférez de navío... No crea usted, había navegado mucho: en la fragata *Temis*, en la *Sabina*, en la *María Isabel*, en la corbeta *Zafiro*. Ya me conocían los mares... Pues, como digo, hallábame en Cádiz, cuando encalló en aquellas playas un barco de piratas, y, reducidos a prisión todos sus tripulantes, resultó la más execrable patulea de bandidos que se pudiera imaginar. Sus declaraciones espantaban: incendios de buques, asesinatos de navegantes, robos inauditos, violaciones de mujeres, cuantas atrocidades ideó el infierno... El capitán, que era un francés de buena presencia y modos elegantes, lo refería todo con la mayor indiferencia, contando también las horribles crueldades que hubo de emplear para imponerse a la vil chusma que con él servía. Nombráronme a mí su defensor..., y figúrese usted mi compromiso. Era el francés muy simpático, y en la cárcel, cargado de grillos, cautivaba a todo el mundo por su lenguaje fino y discreto y la resignación con que esperaba su sentencia. A mí también me cautivó: aires tenía de gran señor, conocimientos de historia y literatura, palabra muy amena y un don de simpatía irresistible. Naturalmente, movido de esa misma simpatía y de la compasión, quise salvarle; pero vea usted aquí lo más peregrino del caso. Verdier, que así se llamaba, no quería por ningún caso dejarse salvar. «Don Manuel—me decía—, no se empeñe usted en lo imposible. Mis delitos sólo alcanzarán perdón en el Cielo; ningún tribunal del mundo puede ni debe absolverme.» Firme en su resolución, que sostenía con una tenacidad admirable, todos los esfuerzos que yo hacía para disculpar sus crímenes los destruía el francés declarando más horrores y presentando ante el tribunal nuevos cuadros de maldad sanguinaria. Aquel hombre, créalo usted, me ponía en gran confusión. ¿Cómo negar su grandeza, no inferior a sus crímenes? «Don Manuel—repetía—, es inútil cuanto haga para salvarme. No quiero, no quiero. Emplee su talento en defender a otros, que también están manchados de sangre, pero no tanto como yo, y además son padres de familia, tienen hijos. Yo no tengo a nadie. No tengo más que a mi conciencia, que me manda morir.»

—¡Qué hombre! Amaba el castigo.

—Se enamoró de la muerte; la muerte era su ilusión, como lo había sido antes el crimen. En fin, que me convencí de la imposibilidad de salvarle la vida, y me apliqué a conseguir para otros la conmutación de pena. Verdier subió al patíbulo demostrando un arrepentimiento sincero, una dignidad caballeresca y una efusión cristiana que fué el pasmo de todos... Y ahora voy al fin de mi cuento. Esta madrugada, un rato en sueños, y después tan despierto como estoy ahora, vi al pirata entrar por esa puerta. No tengo duda de que hablamos y de que me dijo: «Don Manuel, que se le quite de la cabeza el redimirme. Ya me redimo yo.» Y todas las escenas, todos los incidentes de la causa, cuanto hice y vi en aquellos días, se me ha reproducido con claridad maravillosa.

—En verdad que es inaudito... Yo también..., yo también he visto personas y sucesos pasados, no tan remotos como los que usted cuenta... He visto...

—Y fíjese en otra particularidad: ninguna relación tiene el caso del pirata con este caso mío. ¿Por qué mi memoria eligió caprichosamente aquel suceso de mi vida para reproducírmelo ahora con tanta claridad...? ¡Pobre Verdier!... Materia de bandido que, fermentada en la desgracia, se volvió espíritu de caballero cristiano...

Callaron ambos, pensando cada cual en cosas íntimas, y no se determinaba Ibero a formular la interrogación consabida. No es delicado mortificar a los reos de muerte con preguntas que sólo interesan al interpelante, y es caritativo dejarles la iniciativa de la conversación en la angustiosa espera de la capilla. Cortó la pausa el oficial de guardia, dando al coronel aviso de que el general le llamaba. Inmutóse Montes de Oca con la repentina entrada del oficial, y se preparó a salir del lecho, murmurando:

—Será tarde..., y yo aquí con esta calma... Fuera pereza.

Ibero salió, aplicando con más empeño su mente a la solución del acertijo, y aunque ningún dato nuevo justificaba su repentina inclinación al término afirmativo, no cesaba de decirse: «¡Es, es.... vaya si es!...» Llamábale Alesón para designar de común acuerdo *la hora y el sitio*.

XXIX

Cuando volvió a la capilla, que los ordenanzas habían arreglado en lo que se persigna un cura loco, poniendo en su lugar cada sagrado objeto, y la Dolorosa y el Cristo, encontró a Montes de Oca en el momento solemnísimo de oír su sentencia de muerte. Habíase vestido y acicalado con todo el esmero posible en la pobreza de su cárcel, y en su rostro grave y triste no se advertía ni temor ni arrogancia. Contaba ya con la muerte, y aceptábala sin creer que la merecía, como el coronamiento más digno de su desastre revolucionario. Vivir vencido con vilipendio no era muy airoso, y la noble causa que había defendido se sublimaba con la sangre de los que intentaron ser sus héroes. A la pregunta de si ampliar quería su declaración de la noche anterior, respondió que se confirmaba en ella. Se había sublevado contra el Gobierno, induciendo a paisanos y tropa a la rebelión, porque, en conciencia, creía que era su deber desobedecer a Espartero. Para él toda autoridad que no fuese la de la reina doña María Cristina era ilegal y usurpadora. Declaróse miembro del Gobierno provisional, que proclamaba la regencia legítima, y como tal expidió decretos y efectuó diferentes actos gubernativos. ¿Quiénes eran sus cómplices? Todos los corazones leales. Su honor no le permitía decir más.

Dicho esto, y elegido para confesor el cura de San Pedro, entre los dos que le presentaron, dejáronle s o l o con el sacerdote. Y el buen Ibero se alejó diciendo para sí: «Es..., es; ya no tengo duda. ¿Por qué lo afirmo? No lo sé... No puedo separar en mi pensamiento la imagen de él y la imagen de ella, y me cuesta trabajo convencerme de que no fué real lo que anoche vi... Y yo pregunto: ¿se acordará de ella? Quizá no. Fué un amor pasajero, aventura que se repetía en las buenas ocasiones. El no la amó nunca... ¡Qué misterios! Ella, insensata; él, sensato en amores; loco en política. Se asemejan más de lo que parece. Una reina le hace a él mártir, y él ha martirizado a una pobre mujer humilde, la cual me transmite a mí su martirio. Y veóme aquí siendo el último mártir. El muere, moriremos todos, uno tras otro... ¡Qué cadena de dolores y muertes!... No doy un paso sin creer que encuentro a la pobre Rafaela pidiéndome la vida de este hombre. Anoche quizá habría sido posible, dejándole escapar por la ventana y arrojando también por ella mi honor militar y mi nombre sin tacha. Más vale así. Muera el que debe morir ahora, el que ha faltado a la ley política y a la ley de amor. Después seguirán cayendo las otras víctimas, y yo la última, la que en sí acumulará el dolor y el martirio de todas.»

Fué a su alojamiento con idea de mudarse de ropa. Encerrado en la estancia, ni grande ni lujosa, más bien destartalada y oscura, sufrió un acceso de aflicción intensísima, que se tradujo en sacudidas convulsas y en gritos de dolor. Arrojóse en el lecho, de cara contra las almohadas, y clavándose los dedos en el cráneo, no se calmaron sus ansias terribles hasta que no hubo echado en lágrimas parte del dolor que el alma le obstruía... «Yo no puedo salvarle — pensaba—. Ni debo, ni quiero. Cumpla su destino. Será dichoso. El no hace más que morir: los demás padecemos.» Y al reponerse de tan fiero trastorno, entendiendo que no era ocasión de arrebatos sentimentales, se echó en cara su flaqueza de ánimo. Si sus compañeros y subordinados, en el tremendo acto que ya estaba próximo, le veían tan afligidos, con señales de haber llorado, creerían que el valiente Ibero había caído en ridículas afeminaciones. Compuso su fisonomía lo mejor que pudo. La inspección de policía que hizo en su persona fué muy rápida, y partió al cumplimiento de sus deberes. Era la primera vez, en su vida militar, la primera vez que temblaba. Ya conocía el miedo, y éste le perseguía haciéndole el coco en formas pueriles. Al menor ruido se estremecía; cualquier sombrajo le asustaba. Al ver los fusiles de sus soldados, la idea de que dispararan le causaba terror.

Procurando sobreponerse a esta ridícula mujeril flaqueza, volvió el coronel a la capilla y encontró a Montes de Oca ya confesado. El general Alesón había entrado a visitarle. Agradeciéndole su cortesía y caridad, pidió el reo se le permitiera dar vivas a Isabel II, a la reina Cristina y a los fueros. En delicada forma, excitándole a renunciar a estas demostraciones inoportunas, negó su per-

miso el general. No debía pensar más que en Dios, apartando en absoluto su espíritu de toda idea política. Asimismo quiso el mártir que se le consintiera mandar el fuego, y con tal afán lo pedía, que hubo de acceder Alesón, recordando que había no pocos ejemplos de esta tolerancia en la rica historia del fusilamiento nacional. Pero al propio tiempo que la autoridad militar asentía, protestaba la eclesiástica: el sacerdote declaró con grave acento que el dar la víctima las voces de mando en acto de tal naturaleza era contrario a los principios religiosos. La muerte en esta forma consumada era un suicidio, y por ningún caso la autorizaba.

Ausente el general, después de reiterar al preso sus sentimientos de piedad y cariño, se reanudó la cuestión, pues Montes de Oca insistía en mandar el fuego, y el cura, inflexible; llevando su negativa a los extremos de la intolerancia, declaró que se retiraría si el reo no se conformaba con que diese las órdenes el oficial encargado de esta triste función. El debate fué empeñadísimo: tomó Ibero partido en él por Montes de Oca, y en apoyo del sacerdote acudieron otros dos clérigos, que hicieron gala de su saber teológico. Por fin, el mismo coronel, viendo que se prolongaba demasiado la contienda, propuso a su amigo esta forma de transacción:

—En vez de dar las voces de mando usted dirá: «Granaderos, la religión me prohibe el mandaros hacerme fuego: el caballero oficial cumplirá este deber.» Y para satisfacción de usted, no mandará el oficial; mandaré yo, que es como si usted mismo mandara con su voluntad, no con su palabra.

Parecióle al condenado muy aceptable esta proposición, y los clérigos, aunque entre sí rezongaban, no dijeron nada en contra.

XXX

La hora se acercaba. Trajeron un breve almuerzo que don Manuel había pedido, y de él comió muy poco, sin apetito, bebiendo algo de vino y bastante café. Sentado frente a él, Ibero le contemplaba silencioso, sin atreverse a pronunciar palabra: tal era el respeto que aquel inmenso infortunio, soportado con tanta grandeza de alma, le infundía. En el rostro del reo se hacía visible, desde el amanecer, una lenta transfiguración. Parecía de purísima cera, la frente más blanca que todo lo demás, de una blancura ideal. A ratos, mientras comía, fijaba don Manuel sus ojos azules en los negros de Ibero. Era el cielo mirando a la tierra.

La expresión inefable, dulce y amorosa de aquellos ojos removía toda el alma del coronel, y tan pronto le devolvía su valor perdido como se lo quitaba por entero. En una de aquellas miradas, Ibero pensó que el reo quería decirle algo. Sí, sí; llegaba el momento de expresar la última idea de este mundo y pronunciar la palabra última de los idiomas terrestres. Habló nuevamente Montes de Oca con el sacerdote, apartados junto al altar, y luego acercóse a Santiago y le dijo:

—Amigo mío, le veo a usted demasiado afligido y como temeroso...

—He tenido miedo—replicó el alavés, abrazándole con efusión—; podía mi compasión más que mi entereza. Pero la presencia de usted me restablece en mi carácter, en mi valentía natural. Para no perderla en lo que queda, me hago cargo de que los dos vamos a morir juntos, sin duda porque merecemos el mismo fin. Con esta idea, la grandeza de usted se me comunica. Ya no tiemblo. Yo, ejecutor, soy tan bravo como el reo.

—¿Es hora ya?

—Sí... Un momento más. ¿No tiene usted algo que encargarme?... ¿No tiene algo que decirme? Aunque ha dejado escritas sus disposiciones, puede haber persona o suceso que se hayan extraviado en su memoria..., persona o suceso que no merezcan olvido...

Montes de Oca, sin perder un momento su serenidad ni el tono claro de su voz, le abrazó dos veces, diciendo sucesivamente:

—Este abrazo, por usted, señal de un afecto que es mi mayor consuelo, después de la idea de Dios, en la hora de mi muerte... Este otro..., ya ve usted que también es apretado..., este otro para que usted lo transmita a las personas que me han querido.

—¿A las..., a quién?

—A toda persona de quien usted sepa que me ha querido mucho... Vámonos. El tambor nos llama.

Salió sin sombrero. En el patio que daba a la calle de San Francisco esperaba una carretela. A ella subió el reo, con el capellán a un lado y el coronel enfrente. Muy bien cumplida por el cochero la orden de acelerar el paso, pronto llegaron a la Florida. Poca gente había en las calles y a la entrada del paseo. El honrado pueblo de Vitoria hizo al mártir los honores de un respetuoso duelo, alejándose del teatro de su martirio. Las personas que acudieron a verle pasar, le compadecieron, silenciosas. Algunas le miraron llorando. Durante el trayecto fúnebre, Montes de Oca habló algo con el capellán, menos con el coronel; el sol hería de frente su rostro, y con su mano bien firme, no afectada ni de ligero temblor, defendía sus ojos de la viva luz.

La parte de ciudad que recorrió dejaba en su alma impresión de soledad, de silencio, de olvido. Creyó que muriendo él, moría también Vitoria, la que había sido capital del efímero reino de Cristina. En Cristina pensaba el mártir cuando bajó del coche en el lugar donde formaba el cuadro, y al ver a los soldados del regimiento que llevaba el nombre de la augusta princesa, de la diosa, del ídolo, de la Dulcinea más soñada que real, sintió por primera vez el frío de la muerte, y una congoja que hubo de sofocar con titánico esfuerzo para que no se le conociera en el rostro...

Pusiéronle en el sitio donde debía morir; le abrazaron nuevamente con efusión el capellán y el coronel. Las cláusulas del Credo gemían en los labios temblorosos. Santiago no pudo cumplir su promesa de mandar el fuego: su valor, rehecho con ayuda de Dios, a tanto no llegaba. Dos palabras dijo al oficial, mientras el bravo Montes de Oca, con acento firme y sonora voz, dirigía la breve alocución a los granaderos y daba los vivas a Isabel y a Cristina. El Credo seguía lento, premioso...; la bendita oración era como un ser vivo que no quería dejarse rezar. Sonó la descarga, y herido en el vientre, el reo permaneció en pie, las manos en los bolsillos del gabán, presentando el pecho a los fusiles. Dió un paso hacia la izquierda; la segunda descarga le hirió en el pecho; se tambaleó, cayendo, por fin. Pero continuaba vivo. Ibero se acercó: los azules ojos del mártir le miraron, y sus dos manos señalaron las sienes. Ojos y manos le decían: «Tirarme aquí, y acabemos.» Un soldado le remató.

Sólo falta decir, por ahora, que don Santiago Ibero no se apartó del muerto hasta que le puso con sus propias manos en la fosa, abrigándole con la tierra y señalándole con una cruz. Quédese para otra ocasión lo restante del cuento de este noble militar, el luto que guardó a su amigo, las resoluciones que tomó, instigado por la dulce y trágica memoria del mártir, los falsos caminos por donde le llevaron sus desdichados pensamientos y los desmayos y caídas que en ellos sufrió hasta encontrar, por aviso de Dios, la vía verdadera.

Madrid, marzo-abril de 1900.

FIN DE
«MONTES DE OCA»

LOS AYACUCHOS

I

In *diebus illis* (octubre de 1841) había en Madrid dos niñas muy monas, tiernas, vivarachas, amables y amadas, huérfanas de padre, de madre poco menos, porque ésta andaba como proscrita en tierras de *extranjis*, con marido nuevo y nueva prole, y aunque se desvivía por volver, empleando en ello las sutilezas de su despejado entendimiento, no acertaba con las llaves de la puerta de España. Vivía la parejita graciosa en una casa tan grande, que era como un mediano pueblo: no se podía ir de un extremo a otro de ella sin cansarse; y dar la *vuelta grande*, recorriendo salas por los cuatro costados del edificio, era una viajata en toda regla. Subiendo de los profundos sótanos a los altos desvanes, se podían admirar regiones y costumbres diferentes en capas sobrepuestas, distintos estados de sociedad que encajaban unos sobre otros como las bandejas de un baúl mundo. En la bandeja central, prisioneras en estuches, vivían las dos perlas, apenas visibles en la inmensidad de su albergue.

La magnitud de éste daba a las niñas idea vaga de la grandeza de su familia, que era, como puede suponerse, de las más linajudas, y así lo pensaban, pues si en el albor de sus inteligencias creían que todas las casas del pueblo eran como la suya, no tardaron en comprender que la de ellas era, con gran diferencia, mucho mayor que todas, y más bonita por dentro y por fuera. A falta de padres, rodeábalas muchedumbre de personajes vistosos, de damas bien emperifolladas, de hombres muy graves con toda la ropa bordada de oro, y no se podían contar las tropas lindísimas que fuera y dentro de la mole palatina se congregaban día y noche para custodiar a las nenas, por donde venían éstas en conocimiento del valor y mérito de sus personitas y adquirían el sentido de la realeza. Los primeros destellos de la razón llevaron a sus entendimientos la idea de que en derredor suyo existía mucha, mucha gente que las amaba. Y por ellas se trabó años atrás una espantosa guerra: ¡como que había también regular porción de gente que no las quería nada! Su natural viveza y la intensidad de vida histórica que las rodeaba fueron parte a que se despabilaran pronto; todo lo entendían, y apoderada de sus cerebros la idea de nación, participaron de las tristezas y alegrías de ésta. Con las primeras oraciones aprendieron los himnos que en loor de ellas cantaban los pueblos.

—Me parece—dijo la hermanita menor a la mayor, después de oír cantata o recitación de poesías—que eso de *soles de inocencia* lo dicen por nosotras.

Y la mayor:

—Claro que con nosotras va todo eso. Lo de *augustos ángeles* lo dicen por las dos, y lo de *iris de paz* por mí sola..., porque a ti no te llaman *iris*...

La Historia de España durmió con ellas en las doradas cunas, y tomaba, para penetrar mejor en el entendimiento y adherirse a la voluntad de las regias niñas, la forma y ademanes tiesos de las lindas muñecas con que jugaban. Aprendieron a leer más pronto que otras criaturas de su misma edad, y deletrearon los emblemas liberales, interpretándolos como el mimo que todo un pueblo les daba, o como el cariñoso arrullo para que se durmiesen. Tuvieron por *coco* al faccioso, uno a quien llamaban *pretendiente*, y como a libertadores paladines de cuentos de hadas, vieron a Córdoba y Espartero, a León y O'Donnell, caballeros fantásticos que corrían por los aires

montados en hipogrifos y volvían trayendo sartas de cabezas facciosas. Nunca llegaron a creer que su causa se perdía, pues en las horas de desaliento oían coros populares en que se ensalzaba la virtud del nombre de Isabel, mágico emblema que levantaba las piedras contra la *Pretensión*, y abría los abismos en que se hundía el monstruo rebelde. Se criaban y crecían en medio de una atmósfera poética, compuesta de marciales cánticos, y en su infantil imaginación veían adornados de rosas y claveles los fusiles de la tropa. Lloraban de gozo cuando veían a las multitudes acercarse a la casa grande cantando al paso de la marcha, y, si la muchedumbre era de chiquillos, cosa frecuente, no era menor su alegría. La Milicia nacional no les agradaba menos que la tropa, pues si ésta sobresalía por su marcialidad, aquélla daba los vivas con un ardor que hacía mucha gracia. De los enredos políticos, subidas y bajadas de ministros, no se enteraban, porque de estas cosas no les decían una palabra los palaciegos. Conocían a Mendizábal por sus largas levitas, al duque de Frías por su peluca, a Toreno por su elegancia, a Montes de Oca por sus bonitos ojos, a Calatrava por sus blancas patillas, y no podían hacer mayores distinciones. Los motines y disturbios ruidosos, desde el de La Granja en 1836 hasta el de Barcelona en 1840, sólo fueron para las niñas rumores ininteligibles, en que no fijaban su voluble atención. La historia viva no hizo impresión en ellas hasta los sucesos de Valencia, que hubieron de tomar en su mente color muy vivo por causa de la partida de la reina mamá. Era la primera vez que la lección histórica les dolía, y con el dolor se les quedó presente. No entendían por qué se embarcaba su madre dejándolas aquí, y al ver llorar a toda la gente de Palacio, eran un mar de lágrimas. La princesa no tenía consuelo. Isabelita, que ya cumplía diez años y era muy precoz, comprendió mejor que su hermana la grave mudanza, y charlando las dos sobre ello, le decía:

—No seas tonta; no es para que llores tanto. Yo también lloro, ya lo ves. Pero me hago cargo de que cuando mamá nos deja es porque así debe ser. Ya volverá. Espartero también nos quiere mucho; ya lo sabemos. Mamá nos deja encargadas a Espartero y a la Milicia nacional, que es muy buena, pero muy buena.

Viéronse vitoreadas con mayor estrépito que nunca en su viaje de Valencia a Madrid, y en la capital los milicianos hicieron locuras, igualando en sus demostraciones de entusiasmo a Espartero y a las niñas. Entraron de nuevo en la casona grande, y no pasó mucho tiempo sin que se manifestara un cambio de costumbres y renovaciones del personal. Muchas damas salieron, entraron otras, y hasta en la baja servidumbre vieron las pequeñuelas sustitución de unas caras por otras. De aquí sobrevino cierta relajación en los estudios, lo que a ellas no les causó gran enfado, porque estudiando poco tenían más tiempo para jugar. Pudieron enterarse entonces de lo que eran periódicos, que habían visto más de una vez en manos de damas y gentileshombres, sin lograr que se les permitiese leerlos. Algunos llegaron al fin a poder de las niñas, y los leían, sin encontrar en lo más sustancial de ellos nada que las divirtiera, pues aquel continuo tratar de si venían o no venían las Cortes, maldito lo que les interesaba. ¿Qué eran las Cortes y por qué se hablaba tanto de ellas? Isabelita empezó a comprender que no eran cosa de juego, y que habían dado y aún darían mucha guerra. En la Historia de España que su maestro les iba enseñando a sorbitos, no se decía claramente lo que las Cortes significaban: de las antiguas se hacía mención; pero a la vista saltaba que aquellas Cortes eran de otro costal. La institución moderna que con aquel nombre designaban los periódicos, escribiendo acerca de ello interminables parrafadas, continuaba nebulosa para las regias alumnas, porque el librito de Historia no decía nada de elecciones, ni de diputados que pedían la palabra, ni de la razón y objeto de aquel diluvio de retórica; no traía más que hazañas de caballeros, los hechos gloriosos de los reyes, guerras sin fin por pedazos gordos y a veces por piltrafas de reinos, y los casamientos de estos príncipes con aquellas princesas, de donde venían paces, cuando no guerras más encarnizadas.

Llegaron por fin días en que Isabelita, bastante inteligente para saber medir los vacíos de su instrucción, y ansiando acortar el inmenso campo de lo que ignora-

ba, dirigía preguntas mil a las personas de su elevada servidumbre:

—Y ¿estas Cortes qué harán ahora? ¿Van a poner otra regencia? ¿Qué es eso de la una y la trina? Y de Espartero, ¿qué? ¿Gobernará *trinando,* como gobernaba mamá, hasta que yo sea grande y pueda gobernar sola?

Rodaron los días, hasta que en uno de ellos vieron las niñas que era aclamado el duque de la Victoria, y que andaban por Madrid milicianos y pueblo con músicas, cantando los himnos de costumbre. Menos mal si siempre se destacaba entre la gritería el mágico nombre de Isabel. Luego se presentó Espartero en Palacio, de gran uniforme; rodeábanle sinfín de personajes de la milicia y de lo civil, relucientes de bordados y cruces, y entre ellos muchos de casaca negra, que debían de ser los de las Cortes. Vestidas las nenas de ceremonia, Espartero les besó la mano, y sonaron vivas. ¡Cómo las querían todos! Había venido Isabel al mundo con buena estrella: benéficas hadas rodearon su cuna y después su dorada camita de niña mayor. ¡Feliz ella, destinada a ser reina de tal pueblo, y feliz el pueblo que se encontraba con aquel *iris de paz* después de tantas cerrazones y tempestades!

Pasado algún tiempo, que las regias señoritas no podían precisar, se personó en Palacio un señor viejo, alto, amarillo, con unas patillucas cortas, el mirar tierno y bondadoso, el vestir sencillísimo y casi desaliñado, sin ninguna cruz ni cintajo ni galón. Era don Agustín Argüelles, elegido por las Cortes tutor de las hijitas de Fernando VII. ¡Y que no había visto poco mundo aquel buen señor! Condenado a muerte por el padre, al cabo de los años mil las Cortes le nombraban padre legal de las huérfanas. ¡Qué vueltas daba el mundo! En pocos años celebró cuartas nupcias el déspota; le nacían dos hijas; reñía con su hermano; reventaba después, aligerando de su opresor peso el territorio nacional; renacían las Cortes odiadas por el rey; surgía una espantosa guerra por los derechos de las dos ramas; vencía el fuero de las hembras; muerto el oscurantismo, lucía el iris con los claros nombres de *Libertad e Isabel,* y el que mejor había personificado la resistencia del pueblo a las maldades y perfidias del monstruo entraba en Palacio investido de la más alta autoridad sobre las criaturas que representaban el principio monárquico. Sorprendió a éstas la extremada sencillez de su tutor, que más que personaje de campanillas parecía un maestro de escuela; pero éste no tardó en cautivarlas con su habla persuasiva, dulce, algo parecida al sonsonete de los buenos predicadores. Decía cosas muy bonitas, enalteciendo la virtud, el respeto a la ley, el amor a la patria y la unión feliz del Trono y la Libertad. Su palabra, educada en la tribuna y más diestra en la argumentación de sentimiento que en la dialéctica, iba tomando, con el decaer de los años, un tonillo plañidero; su voz temblaba, y a poquito que extremase la intención oratoria se le humedecían los ojos. Naturalmente, las reales criaturas, cuya sensibilidad se excitaba grandemente con el ejemplo de aquel santo varón, concluían por echarse a llorar siempre que don Agustín a la virtud las exhortaba con su tono patético y la bien medida cadencia de su fraseo parlamentario, hábilmente construído para producir la emoción. Y no podían dudar que le querían: él se hacía querer por su bondad simplísima y por el aire un tanto sacerdotal que le daban sus años, sus austeras costumbres, su dulzura y modestia, signos evidentes de su falta de ambición. Caracteres hay refractarios al disimulo, y que en sus fisonomías llevan el verídico retrato del alma; a esta clase de personas pertenecía don Agustín Argüelles, del cual sus enemigos pudieron decir cuanto se les antojó, pero a una le señalaron todos como ejemplo de un desinterés ascético, que ni antes ni después tuvo imitadores, y que fué su culminante virtud en la época de la tutoría y en el breve tiempo transcurrido entre ésta y su muerte. Baste decir, para pintarle de un rasgo solo, que habiéndole señalado las Cortes sueldo decoroso para el cargo de tutor de la reina y princesa de Asturias, él lo redujo a la cantidad precisa para vivir como había vivido siempre, con limitadas necesidades y ausencia de todo lujo. Se asustó cuando le dijeron que el estipendio anual que disfrutaría no podía ser inferior al del intendente de Palacio, y todo turbado se señaló la mitad, y aún le parecía mucho. Cobraría, pues, la babilónica cifra de noventa mil reales.

Pero si no le seducían las riquezas, su

ánimo no podía librarse de la vanagloria tribunicia, ni su orgullo podía satisfacerse con otros lauros que los ganados en las Cortes. No en balde había visto nacer el Sistema, figurando en nuestras asambleas deliberantes desde la gloriosa aurora del 12, pasando por los torneos admirables del Trienio, renaciendo en el Estatuto después de la emigración y en las tumultuosas Cortes de la regencia. Había llegado a ser el patriarca parlamentario, y no sabía vivir fuera del templo y sacristía de aquella religión. En las postrimerías de su laboriosa existencia, su apego a la vida del Parlamento era tal, que se consideraba hombre perdido si le obligaban a cambiar por la tutoría la grata rutina de oír y pronunciar discursos. Aceptó el honroso cargo con la condición precisa de seguir presidiendo las Cortes. No quería sueldos, honores ni cruces: no quería más que hablar. Por su elocuencia, que en los albores del régimen arrebataba, le llamaron *Divino*. La posteridad ha dejado proscribir aquel mote, fundado en vanas retóricas, y le ha puesto marca mejor: la de su honradez, que ciertamente en tales tiempos y lugares no parecía humana.

II

Estaba de Dios que las pobres niñas vieran cada día nuevas caras en su mansión regia, pues a poco de ser declaradas pupilas del orador asturiano, hicieron conocimiento con doña Juana de Vega, condesa de Mina, señora gallega, notoria por sus virtudes y grande ilustración. Designada para el cargo de aya de la reina y princesa, resistió con protestas vehementes la aceptación, temerosa de ahogarse en la atmósfera palatina. Pero al fin, los primates del partido lograron convencerla, y con su entrada en Palacio se alborotó el gallinero, como suele decirse; que en lo grande como en lo chico, las mismas causas traen iguales efectos. Marquesas y condesas de la antigua servidumbre se conjuraron para presentar sus dimisiones *in solidum*, con lo que creían poner al Gobierno en un grave conflicto. Bien se vió en ello una intriga de los retrógrados, que se tenían por irremplazables en el mangoneo de Palacio, y por depositarios exclusivos de la influencia en la voluntad, no formada todavía, de la reina niña. No les salió el juego tan terrorífico como esperaban: aceptadas fueron las dimisiones, y todo se redujo a buscar por Madrid damas que sustituyesen a las antiguas. Saludable política era ésta, y el despejo de la atmósfera debía facilitar la educación nacional de las niñas; pero a éstas no les hizo gracia el cambio de personal, porque tenían muy arraigadas sus afecciones, y el paso de las viejas a las nuevas les costaba no pocas lágrimas. Con palabra grotesca decía un grave personaje coetáneo, buena cabeza, lengua detestable, que ya se irían «jaciendo». En efecto se jacían a las nuevas amistades y cariños con la fácil adaptación de la infancia; y para que no extrañaran demasiado el cambio de escena, Argüelles repuso a no pocas personas de la servidumbre moderada, alejando de Palacio a las que se conceptuaban más peligrosas.

Casi al mismo tiempo que la condesa de Mina entró en funciones la nueva camarera mayor, marquesa de Bélgida, y poco después don Manuel José Quintana, nombrado ayo y director de estudios. La primera impresión de las niñas no fué la mejor, porque le encontraron muy feo; pero no tardaron en congraciarse con él y en hacerse sus amiguitas. El gran poeta se pasaba insensiblemente las horas departiendo con las regias chiquillas, atento al examen de sus caracteres y a las cualidades o defectos que en ellas apuntaban. En ambas halló bien manifiesta la sensibilidad: en Isabel, particularmente la nobleza del corazón y los arranques gallardos y generosos; en Luisa Fernanda, mayor reserva en la manifestación de los mismos sentimientos, como si les impusiera el freno de la razón; en Isabel, suma espontaneidad, franqueza grande, que llegaba hasta la fácil confesión de sus yerros cuando los cometía; en Luisita, mayor capacidad para asimilar el convencionalismo social. Pensó que en la crianza de Isabel, nuestra reina constitucional, era forzoso desarrollar mayor reflexión a expensas de la espontaneidad generosa; infundirle el sentimiento claro de las funciones neutrales y del criterio sintético del rey en el flamante sistema; hacerle sentir vivamente la justicia, la equidad y la tolerancia de todas las opiniones, sin

abrazarse con ninguna. Esto pensaba, y esto emprendería con paciencia y entusiasmo, si le dejaban. Necesitaba para ello tiempo y facultades amplísimas. Si contribuyó a la implantación del régimen en la esfera representativa y popular, tendría la gloria de completar la maravillosa maquinaria, dotándola de su rueda más importante: el rey. Materiales excelentes le deparaba Dios para su obra.

¿Era esto una ilusión de poeta? El que amaestrado había su espíritu, con supremo arte, en la fabricación de robustos versos pindáricos u horacianos, bien podía equivocarse soñando con el artificio de una organización política del más puro abolengo inglés. Mientras Quintana, en su ruda labor poética, forjaba al yunque y retorcía las voces y cláusulas del Romancero para componer odas que eran el asombro de los académicos y que el pueblo no entendía ni gozaba, en otras manifestaciones literarias de la época, no menos lucidas, podía observarse que la lengua se rebelaba contra la esclavitud, rompía las cadenas pindáricas y se volvía con gozosos brincos al Romancero, así como se escapaba del potro inquisitorial de la tragedia clásica para refugiarse en las amenas regiones del drama español y caballeresco. Pues si esto pasaba en literatura, bien podía la política reservarnos sorpresa igual en los desenvolvimientos futuros del sistema, esto es, que la materia, o más bien los materiales, se rebelaban, se escabullían, no querían servir. Si era forzoso vivir a la moderna, ¿por qué los caballeros de 1812 y de 1820, en vez de estudiar la reforma en la emigración, no la estudiaban en el terruño patrio?

No le pasaban por las mientes estos recelos al bueno de don Manuel José Quintana, empapado, como padre de la criatura, en las ideas llamadas *doceañistas*, y entreveía un porvenir político venturoso. La Providencia nos había dado una cría de rey en la cual resplandecían todas las cualidades de la raza española, y no era floja ventaja que la cría estuviera en poder de la nación desde su edad temprana, coyuntura feliz para que la misma nación a su gusto la moldeara, sin maléficos influjos de otros principillos ni de palaciegos del ominoso régimen.

Si algo había en la reinita que le desagradaba era ciertamente de un orden secundario: resabios, desenvolturas infantiles fáciles de corregir. En cambio, encantábale su escaso apego a las grandezas de pura vanidad, su gusto de la vida popular, la simpatía con que miraba a los humildes, a los pobres, a los que vivían de un honrado trabajo. Al propio tiempo, su amor al pueblo despertaba en ella el gusto de toda manifestación artística del genio español en las bajas esferas de la canción y del baile; y aunque estos pueriles entusiasmos debían corregirse o templarse, eran hermosos como síntoma, y merecían un cultivo inteligente. Luego vendría la dignidad real a moderar el excesivo gusto de las cosas plebeyas, y la completa educación artística le enseñaría ideales más elevados que las malagueñas, el *vito* y la *cachucha*... En fin, que estábamos de enhorabuena: poseíamos una tierna plantita de soberana, y la nación no tenía que hacer más que poner a su lado buenos jardineros para criarla lozana y dirigirla derecha.

No era tiempo aún de enseñar a la reina la teoría y práctica del mecanismo constitucional. Su inteligencia no estaba preparada para conocimientos tan sutiles; antes había que perfeccionarla en los estudios elementales y aleccionarla en la historia general, pues la española no bastaba ciertamente para el caso, como escuela de la arbitrariedad y del absolutismo. En tanto que esta grave enseñanza se disponía, era forzoso atender a la instrucción primaria, que don Manuel José encontró en las niñas muy débil, por el abandono y mala dirección de los años pasados. Lo primero que hizo fué organizar, de acuerdo con la condesa de Mina, un plan de lecciones y un método de trabajos que permitieran ganar el tiempo perdido por las regias educandas. Verdad que éstas no eran un modelo de subordinación; a lo mejor se *pronunciaban*, no sólo contra el nuevo plan de estudios, sino contra los maestros fastidiosos y prolijos que les puso Quintana, y no había en Palacio quien osara someterlas a rigurosa disciplina. La etiqueta y la enseñanza no andaban muy acordes, y tanto la autoridad del tutor como la del ayo se detenían balbucientes en los límites del respeto que las nietas de cien reyes les imponían. La condesa de Mina era la mejor domadora;

pero en casos de rebelión declarada no tenía más remedio que doblegarse, y dejar a las chiquillas que hicieran lo que les daba la gana. Valíase Quintana de los arbitrios más ingeniosos para hacer estudiar a unas criaturas contra cuya desaplicación no cabían castigos ni severidades; las entretenía con amenos discursos, con ejemplos, apólogos y parábolas que sacaba de su cabeza, y hacía que se enfadaba, y se ponía muy afligido, como si le ocurriese una desgracia. Algo conseguía con esto, porque las chicuelas eran de buena índole; pero no se las podía llevar más allá de su propio gusto, y cuando estallaba el *pronunciamiento*, con todos los caracteres de brutalidad y de insolencia de esta enfermedad nacional, ¿quién era el guapo que intentaba restablecer el orden?

Y mientras el cantor de la Imprenta pasaba estas fatigas, el divino Argüelles padecía crueles tormentos por la endiablada cuestión del personal palatino, que resultaba la más grave que a un estadista pudiera ofrecerse. Loco le traían los empleados salientes y los entrantes, y en un solo día recibió el buen señor cartas, peticiones, memoriales y anónimos con que se podría cargar un carro. Los servidores despedidos ponían el grito en el cielo, declarándose víctimas de una clasificación injusta, pues no eran moderados ni cosa tal. Aseguraban que los de la cáscara amarga, los más afectos a Cristina y el oscurantismo, habían conseguido, con hipócritas manejos, quedarse dentro, y a los buenos y leales se les había quitado el garbanzo. A este bullicio se unían los clamores de la gente nueva, que solicitaba puestos en Palacio, alegando lo conveniente que sería para las instituciones una servidumbre *exclusivamente reclutada entre las filas del Pogreso*. Decía don Agustín que manejar todos los ministerios y conducir bajo una sola rienda todo el personal administrativo de España era tarea más fácil que gobernar la casa del rey.

Siempre que visitaba a las nenas exhortábalas al estudio, pidiéndoles, casi con lágrimas en los ojos, que fuesen aplicaditas. España esperaba de ellas días gloriosos, y para corresponder a la idolatría de la nación era preciso que se esmeraran en la escritura y tuvieran mucho cuidado con la ortografía. ¿Qué cosa más fea que una reina ignorante de dónde se ponen las haches y dónde no? Pues la Aritmética también les era necesaria, pues aunque las *testas coronadas* no tienen que andar en enredos de cuentas, deben saber cómo las hacen los intendentes, para no dejarse engañar. De la Gramática ¿qué había de decirles, sino que en ella verían la imagen hablada de la nación? Sin una buena sintaxis no puede un soberano ordenar los discursos que tiene que echar a los embajadores de otros monarcas, ni poner bien una carta sobre negocios de Estado. ¿Qué dirán los reyes y emperadores de Europa si reciben carta de la reina de España con una mala construcción y un giro defectuoso? En cuanto a la Historia, estudiándola entablaban las niñas mental conocimiento con personas de su propia familia: sus abuelos y tatarabuelos. ¿Qué trabajo les costaba aprenderse de memoria todo el catálogo de reyes y los nombres de las principales batallas, de los hechos culminantes y gloriosos descubrimientos? Nada más bonito, nada más ameno podían encontrar en letras de molde. Para los chicuelos de Juan Particular se escribían los cuentos comunes, inocente literatura de la infancia. Para *las niñas de la nación* se había escrito el más bonito de los cuentos: la Historia de España.

Lo mismo Quintana que don Agustín concluían sus cariñosos sermones diciéndole a Isabel que su nombre glorioso la obligaba a emular las virtudes y el talento de la otra Isabel, a quien apellidaron *Católica*. Todos, hasta los criados, le decían lo mismo. Con ello estaba conforme la hija de Fernando y Cristina, y por su parte procuraría dejar bien puesto el nombre. Preguntaba qué tendría que hacer para dar a su reinado los esplendores del de Isabel I, y nadie le daba respuesta clara... ¡Toma! Pues si los grandes no lo sabían, ella, *tan chiquita*, ¿cómo había de saberlo?... El cuento era que tenía que hacer algo, algo que llevase la fama de su reinado a los siglos venideros, para que todas las gentes dijesen: «¡Isabel II, ah!...» Pero si no se le presentaban ocasiones de descubrir otras Américas y de conquistar otras Granadas, ¿qué haría? Pues dar muchas limosnas para que no hubiera pobres en el reino... Dinero no había de faltarle, corazón le sobraba... Pues ¡viva Isabel II!

III

Día tras día, llegaron los de octubre del 41. Respondiendo a voces internas (que en un corazón de once años no faltan cositas que vocear), Isabel se decía:

—Tengo que fijarme en todo lo que sucede para ir viendo, para ir conociendo... Porque a lo mejor aquí andan a tiros y se revoluciona toda la gente sin que una se entere de nada. ¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué andan a la greña unos y otros? Es preciso que yo lo sepa y que tenga mucho cuidado con lo que ocurre. No se me pasará nada, y estaré con mucho ojo para que no puedan engañarme. A los malos habrá que castigarlos, y premiar a los buenos.

Esto lo pensaba en la tarde del 7 de octubre, paseando con su hermanita por lo reservado del Retiro. De regreso a Palacio les dieron de cenar, y luego emplearon un rato en la lección de música, bajo la dirección de la profesora doña Rosario Weiss, que aún no desempeñaba la plaza en propiedad. El maldito solfeo era un aburrimiento para las niñas, y la maestra tenía que desplegar toda su bondad y dulzura para contener la insubordinación que a menudo se manifestaba con síntomas alarmantes. Al fin transigían, compensando la aridez del solfeo con las canciones fáciles, aprendidas de memoria, al piano, música de Iradier, de Basili, de Cuyás o de la misma Weiss, quien empleaba esta enseñanza como prolegómenos del pomposo canto italiano.

Bueno, Señor. Acabáronse las lecciones, y las niñas se acostaron y como ángeles se durmieron, sin advertir que bajo sus almohaditas sonaban mugidos de volcán. Quizá el historiador esté en lo cierto indicando el hecho de que la viva imaginación de Isabel no permitió a ésta un sueño sosegado. Por la tarde había pensado en la necesidad de observar los acontecimientos, en averiguar el porqué de las revoluciones, calentándose los cascos más de la cuenta con este discurrir cosas impropias de su edad. Fué, pues, muy lógico que turbaran su sueño sin interrumpirlo sonidos lejanos o próximos de tiros y zambombazos; como también pudo suceder que en sueños oyese rumor de batalla real, no soñada, no lejos de su dormitorio. Lo que no tiene duda es que al despertar de nada se acordaba. Sorprendidas y aterrradas quedáronse las dos niñas cuando la condesa de Mina entró en el dormitorio y les dijo que aquella noche había ocurrido en Palacio un suceso muy grave: nada menos que una batalla en la escalera, entre *unos locos* que querían entrar y subir, y los alabarderos que supieron cumplir y cortarles el paso. No podía doña Juana de Vega empequeñecer y desvirtuar la página histórica reduciéndola a las proporciones de un cuento de niños, y a las curiosas preguntas de la reina y la princesa contestó que los tales locos eran generales... ¿Quiénes? Precisamente los más nombrados, los héroes de la última guerra, los Conchas, León, Pezuela..., y tras ellos, coroneles, oficiales, alguna tropa... Pero no creyeran las niñas que el intento de éstos era matarlas o hacerles daño material, no; el ciego designio que les había impulsado a tan grande atropello no era otro que coger a la reina y a su hermanita y llevárselas con *muchísimo respeto* a donde pudieran proclamar caducada la Ley que *felizmente nos regía,* y establecer nueva regencia. ¡Locos, locos rematados! Pero en el pecado llevaban la penitencia, porque el plan se les deshizo desde que quisieron ponerlo en ejecución, y antes de amanecer ya habían huído todos, escondiéndose cada cual donde pudo. No acababan las niñas de crer que era historia y no cuento lo que oían. La historia nace casi siempre así, adoptando formas de locura o de pueril conseja. Una de las dos hizo observaciones acerca del suceso, mostrando incredulidad, y la otra (no se sabe cuál) quitaba importancia al asunto:

—Vaya, que no se enojará poco mamá cuando lo sepa. Se pondrá furiosa.

Isabel, que aprendiendo iba ya la asimilación de las ideas y las sentía pasar con murmullo grave en torno de su cabecita coronada, expresó con toda formalidad esta opinión:

—¿No será todo eso intriga de la Inglaterra?

Sonrió la condesa ante la ingenuidad y candor de sus discípulas, y añadió que no era la Inglaterra la que andaba en aquel fregado.

—Más bien la Francia...

Dió luego explicaciones de lo sucedido. Mientras la tropa y los alabarderos andaban a tiros en la escalera, toda la ba-

ja y alta servidumbre se puso en pie, previniéndose para cualquier eventualidad, y los monteros de Espinosa permanecían en la antecámara, decididos a perecer antes que consentir el paso de los sublevados hacia las regias habitaciones. Hubo un momento de desconfianza, de ansiedad, de pánico, pero fué de corta duración; y cuando vieron que la Milicia nacional rodeaba el Palacio, y que no venían nuevas tropas sediciosas a reforzar a las que peleaban en la escalera, ya no dudaron de que la locura sería castigada. Quiso Isabel que la llevasen a la escalera para ver los estragos de la batalla, los cristales rotos, los agujeros que en la pared habían hecho los balazos, las manchas de sangre...; pero la condesa no lo permitió. Pronto advirtieron las hermanitas que todo estaba trastornado en Palacio y que las caras no eran aquel día muy risueñas. En algunas se veía el estupor, en otras el miedo, en muy pocas la confianza. Lo único bueno para las *penas de la nación* en aquel día triste fué que no había clase. Naturalmente, con tan desusados trastornos políticos, ¿quién pensaba en dar lecciones? Lo peor era que no habría tampoco paseo. Se entretendrían con las muñecas, o mirando desde los balcones la tropa que pasaba, la gente que a Palacio acudía, militares que entraban y salían a cada instante: atisbando también el ir y venir de palaciegos por la galería interior, o a través de los luengos pasillos y de la interminable serie de salas, saletas y salones.

A los diferentes conocimientos de las niñas habíase anticipado con singular precocidad el de la etiqueta, y cuando no conocían la Gramática ni la Geografía, y apenas sabían leer y escribir, érales familiar la ciencia de los uniformes, y distinguían admirablemente el carácter oficial de cada sujeto por los galones del casacón que vestía. Del personal de Palacio ningún individuo se les despintaba, en la vastísima escala que desde los servidores mercenarios más humildes asciende hasta los próceres más empingorotados. Muchos nombres sabían, y a falta de ellos aplicaban motes, fundados en las observaciones que de fachas y rostros hacían continuamente, así como de la delgadez o gordura de pantorrillas revestidas de medias rojas, negras o *de color de carne*. El cambio político que arrojó de Palacio a una gran parte de la servidumbre rancia llenó los huecos con gente nueva, recomendada por liberales, con lo que se quería renovar la atmósfera y meter en la morada de los reyes el *espíritu del siglo*. A muchos de los *nuevos* tardaron las niñas en conocerles por sus nombres, y más cómodo que aprenderlos era para ellas sustituirlos con remoquetes de su propia inventiva y de significación pintoresca, los cuales se adaptaban fácilmente al tipo a quien eran aplicados. Había un sumiller que para las niñas era el *bonito*, y un gentilhombre a quien conocían por el *patizambo*. Con algunos personajes que por razón de su proximidad a las reales personitas las trataban con relativa confianza, subsistió la travesura de los apodos después de conocidos los nombres, y en este caso se hallaban el gentilhombre don Mariano Díaz de Centurión, a quien pusieron el mote de *don Chepe*, que habían aprendido en unos versos andaluces de Rubí o de Andueza. Hallábase entonces muy en boga el género andaluz, escenas de mujerío, guapezas de contrabandistas, amores y navajazos, con ceceo y habla macarena. Las niñas sabían de memoria trozos de esta literatura, y en ella encontraron el *Chepe*, que aplicaron a una persona ceceosa, dicharachera y un poquito cargada de espaldas. El día de que se viene hablando, 8 de octubre, jugaban Isabel y Luisa con sus amiguitas en la estancia interior que da a la galería, cuando vieron pasar por ésta al señor de Centurión. Isabel, que estaba pegando en la vidriera unos muñecos de papel recortado, obra de la niña de Alava, vió al cortesano y le llamó repiqueteando con los deditos en el cristal. Al propio tiempo, Luisa, antes que las dos azafatas de servicio pudieran impedirlo, abrió la otra ventana y gritó:

—*Chepe, Chepe*...

Aproximóse el gentilhombre a la reja, y la primera que le habló fué Isabelita, agraciándole con estas cariñosas palabras:

—No te incomodarás si te llamamos *don Chepe*. Es una broma.

—Vuestra majestad—replicó Centurión, doblándose por el espinazo—puede llamarme como guste, y con cualquier nombre que me aplique me tendré por muy honrado.

—¡Qué fino eres y qué lengua tan gra-

ciosa la tuya! Bien sabes que te estimamos. Oye una cosa: la condesa no quiere que salgamos de paseo. ¿Por qué no influyes para que nos deje ir siquiera a la Casa de Campo?

—*Don Chepe*—dijo Luisa Fernanda, sacando sus dos manecitas por la reja—, no seas malo, y haz que nos lleven de paseo. Estamos muy aburridas.

—Permítame vuestra majestad, permítame vuestra alteza que llame su atención sobre la inconveniencia de pasear esta tarde—declaró el cortesano, cuyo ceceo se omite por *no molé*—. En todo Madrid es grande la inquietud por los gravísimos sucesos de anoche. A la penetración, al buen sentido de vuestra majestad y de vuestra alteza, no se ocultará que la prudencia nos aconseja no proponer la salida de las reales personas..., y menos hacia la Casa de Campo, donde, según la voz pública, se han ocultado *más de cuatro pillos* de los que anoche quisieron dar a la patria un día de luto. Tomadas por retenes de tropa están todas las entradas y salidas de la real posesión, y como los *ilusos*, por no darles otro nombre, que se esconden en aquellos matorrales han de hacer alguna barbaridad en el último rapto de su locura y desesperación, no es prudente andar por allí. Hace un ratito creímos oír tiros hacia aquella parte.

—¡Qué miedo! Tienes razón. Mejor será que nos vayamos al Retiro.

—La más vulgar prudencia nos aconseja que tampoco vayan su majestad y alteza del lado del Retiro, no porque se estime peligroso, pues Madrid no anhela más que aclamar a su querida reina, sino por otras razones. La primera es que el tiempo no es bueno: el cariz del cielo nos anuncia que nos mojaremos pronto. La segunda es que el serenísimo regente vendrá esta tarde a visitar a su majestad y alteza.

—¿Viene Espartero? Pues nos alegramos mucho.

—Ello será, según oí, después de las cinco, cuando termine el Consejo de los señores ministros. En tanto, si las señoras se aburren, yo les traeré otro romance andaluz, muy bonito...

—Ya hemos leído el de los guapos de Triana. Es precioso. ¡Cómo se parecen a ti en el modo de hablar!

—Los que se parecen—dijo Luisa Fernanda—son el *Curriyo* y *Media-Oreja*; cuando se van al *Perché* y tiran de las navajas...

—Traeré a las señoras la *Feria de Mayrena*, descripción en el gusto clásico y castizo, sin perjuicio de la gracia andaluza. Voy por ella.

—Aguárdate un poco, y cuéntanos más cosas de lo de anoche.

—Si vuestra majestad me lo permite, le diré que no soy yo el llamado a referir a la reina de las Españas los vergonzosos, los criminales sucesos de que fué teatro anoche el Alcázar de nuestros reyes. No hay en todita la Historia ejemplo de un atentado semejante. Repito que a mí no me incumbe relatarlo a vuestra majestad... Y con la licencia de mi reina me retiraré, pues no es bien que estemos *pelando la pava* en esta reja...

—No, no, *don Chepe;* no te vayas—dijo Luisita, agarrándose con fuerza a los hierros para columpiarse.

—Tenga cuidado v u e s t r a alteza... Adiós. Si me dan permiso...

—¡No hay permiso!

¿Qué ez ezto, Zeñó, qué ez ezto?,
exclama, saliendo, Chepe.

—Y después dice:

...Zus mersees
han mojao la palabra...
Ez que onde yo la mojo
ni el Papa mezmo ze mete

—¡Qué feliz retentiva la de vuestra majestad y alteza!... Voy a traerles el otro romance. Y no se descuiden las señoras, que el regente viene... Pronto las llamarán para vestirlas.

—Y tú ¿no nos acompañas, querido *Chepe?*

—No estoy de servicio... Aprovecho la tarde en escribir a mi familia y amigos.

—Y ¿qué les cuentas? Dínoslo...

—¿Les hablas de nosotras?

—Naturalmente. Hablo de la felicidad que Dios ha concedido a España y del glorioso reinado que se aproxima.

—Dios te oiga, *don Chepe*—dijo Isabel—. ¡Y no te has acordado de traerme el retrato que me prometiste de Isabel la Católica! El de mi libro de Historia es muy feo, y no da idea de aquella gran reina.

—Pues el mío es muy guapo, y ahora mismo lo traeré... Ea, no más.

—Adiós. ¡Viva *don Chepe!*

Fuése el gentilhombre por la galería adelante hasta la escalera de Cáceres, por donde debía subir a su habitación, y en todo el largo trayecto no enderezó la curva de su cuerpecillo ni deshizo la sonrisa que plegaba sus finos labios. Representaba don Mariano Centurión cincuenta años, excediendo la edad aparente a la verdadera, que apenas de los cuarenta pasaba, diferencia que atribuían los chismosos a la disoluta vida del caballero. Segundón de una casa noble de Andalucía, criado desde su más tierna edad en la holganza, sin serios estudios, sin disciplina que le contuviera ni buenos ejemplos que le llevaran a mejores fines, acabó por perder la salud y el escaso caudal que heredó de su padre. Con estos segundones pobres reza el adagio: «Iglesia, mar o casa real.» Mas no habiendo puesto Marianito sus miras oportunamente en el estado eclesiástico ni en el militar de mar o tierra, ya no tenía edad ni espíritu para procurarse otro refugio que el de un triste empleo; y repugnándole, por la dignidad de su noble alcurnia, las plazas de oficina, se dió a solicitar un puesto en Palacio, conforme le aconsejaba el sabio refrán. Era Centurión hombre de escasos conocimientos en los diversos ramos del saber, pero de mucho despejo natural y de memoria felicísima; narrador ameno de cuentos y sucedidos, y con instintos de escritor que habrían sido verdaderas dotes si los cultivara. Se había pasado la juventud, sin sentirlo, en los ocios corruptores de las villas andaluzas: *zambras* y jaleos, *peladuras de pava,* cañas y toros, meriendas y timbas. Cuando empezó a comprender la vanidad de semejante vida, ya era tarde para emprender otros rumbos: encontrábase viejo a los cuarenta años, el cuerpo lleno de dolores y flaquezas, que le obligaban a doblarse como una caña, el espíritu sin ilusiones, la bolsa enteramente vacía. Su hermano, con quien andaba continuamente a la greña por cuestiones metálicas, le negaba todo auxilio; y la demás parentela le hacía la cruz como a un prodigio que deshonraba la clase y nombre ilustrísimo de los Centuriones. Rechazado el hombre en su patria, y no bien visto de sus compañeros de libertinaje, emigró a la corte, dispuesto a coger una silla y un plato en el comedero social.

Lo infructuoso de las gestiones de Marianito en Madrid y las miserias y desaires que aquí sufrió le llevaron mansamente a un cambio radical de las ideas que trajo de Andalucía; y habiendo salido de allá con pelo moderado, berrendo en absolutista, efectuó la muda tomando la pinta liberal, por ser liberales las únicas personas que le dieron socorro y le mataron el hambre. Su cruel destino empezó a marcar la mudanza favorable en los días del famoso pronunciamiento llamado de septiembre. Un individuo de la Junta le dió un destinillo para que viviera, y González Bravo, a quien había caído muy en gracia, le presentó a personas que le tomaron bajo su protección. Una ilustre dama, cuyo nombre no hace al caso, le recomendó con eficaz empeño a cierto personaje, muy ligado con el duque de la Victoria; y cuando éste volvió de Valencia presidiendo el Gobierno-regencia, fué don Mariano sorprendido con el nombramiento de gentilhombre del interior, en la casa real, con servicio en la cámara, cerca de las reales personas. Vió el cielo abierto Centurión y se tuvo por el más feliz de los mortales, dando por bien empleadas sus anteriores desdichas y humillaciones. Diósele aposento en los altos de Palacio; su trabajo era fácil y de pura ceremonia; veíase entre personas de alta categoría, y soñaba con mayores grandezas y honores, llegando hasta el atrevido ensueño de procurarse un bodorrio con viuda rica, aunque no fuese noble. La nobleza, fuera del aparato externo, representativo de un papel en el mundo, le importaba un comino. Buscaría, pues, con el cebo de su nombre y alcurnia, una consorte rica a la cual no habría de hacer ascos porque perteneciese a la clase de carniceros o trajinantes enriquecidos. Los tiempos habían cambiado: la libertad y las ideas revolucionarias hacían mangas y capirotes de las antiguas jerarquías, y se estaba formando una sociedad nueva, una flamante aristocracia, cuyo blasón era una onza de oro sobre dos mundos de plata y el lema *in utroque invicta.*

Como se ha dicho, don Mariano Centurión, apenas llegado a su aposento bajó sin tardanza para llevar a las niñas lo que les había prometido. Satisfecho del cumplimiento de su deber, libre de servicio aquella tarde, y no teniendo que dar solemnidad con su persona al acto de la visita del regente, volvió

arriba, y despojado de sus galas empezó a tirar de pluma, trazando una carta no breve con esmerado estilo y letra correctísima. No era la primera que a su buen amigo y favorecedor dirigía, ni había de ser la última.

IV

DE DON MARIANO DE CENTURIÓN A DON FERNANDO CALPENA, RESIDENTE EN BARCELONA

Madrid, 8 de octubre.

Ilustre señor: Cumplo la oferta que a usted hice de tenerle al corriente de todo suceso extraordinario que en estos Alcázares ocurriese, y si persiste usted en su propósito de reunir estas y otras noticias para levantar con ellas una torre históricosocial, a cuya altura pueda subirse el siglo venidero para ver y examinar las sinuosidades del nuestro, reciba con júbilo esta primera remesa de *cosas reales,* que ellas son carne pura, historia viva y vista, historia que duele, por ser nosotros miembros del grande cuerpo de España que la padece...

Nota.—Amigo mío: Desde que estoy en este trajín palaciego y consagro todas mis horas baldías a la lectura de antiguos y modernos escritores, noto que va disminuyendo como por milagro mi ignorancia. No puedo olvidar que usted, en los primeros días de nuestro feliz conocimiento, me calificó de *diamante en bruto.* Esta benévola opinión me ha estimulado a darme con la lectura, o sea con el roce continuo del saber ajeno en la tosca superficie de mi rudeza, un pulimento que empezó por desbastarme y acaba por tallarme facetas que arrojan alguna lucecilla. Me asimilo fácilmente lo que leo, y se me pegan las formas de escribir; pero de ello resulta que, a medida que voy sabiendo algo, aprecio mejor mi insuficiencia, y soy más escrupuloso y descontentadizo: ya no poseo aquella facilidad del disparate que en otros tiempos aceleraba mi pluma; y mi afán del acierto es tal, que veo en mis escritos más faltas de las que cometo y ningún rasgo ingenioso que pueda ser grato a quien me lea. Digo esto, señor ilustrísimo, porque el parrafillo con que encabezo la carta ha sido para mí un parto laborioso. Tres o cuatro veces he tenido que escribirlo, intentando sacarlo a luz, ya por la cabeza, ya por los pies, y aun así no ha salido robusto y bien formado, sino enteco y con jorobas. Pero ¿qué le importan a usted las angustias de mi aprendizaje? Se las cuento para que vea mi deseo de agradar a la persona que me sacó de la esclavitud y del desierto para traerme a esta vida de libertad y bienandanza. El Señor se lo pague, y a mí me dé larga vida para que se dilaten las expresiones de mi agradecimiento. Y para que no me tenga por maleante andaluz, ni crea que estoy contándole *el cuento de Charpa,* voy al asunto.

Ya sé que Ramón Nocedal le manda a usted hoy un relato prolijo de todo lo que hicieron esos tunantes para preparar la llamada *revolución del orden,* el plan que tramaron para cargar los unos con la reina mientras los otros se apoderaban de la persona del regente. Nocedalito, que está bien enterado de todo (ése... paréceme a mí que es de los que nadan y a un tiempo guardan la ropa, y perdone usted el paréntesis), le contará cómo se les frustró el magno complot, por precipitación, por azaramiento y más que nada por obra de esta Providencia particular de nuestra España, que nos saca de todos los apuros; le diré también cómo sacaron a la Princesa (regimiento de línea) o parte de él, por la complicidad de Ramón Nouvilas; cómo les faltó la Guardia real, gracias a las precauciones que tomó el Gobierno; cómo León, que debía ser el primero en la peligrosa lid, vino a ser el último; cómo los Conchas, de quienes el regente tenía seguridades de lealtad (pocos meses ha los egregios duques concedieron a Pepe la mano de Vicentita, hermana de doña Jacinta, y perdone usted este otro paréntesis), han sido los más audaces en el atentado, seguidos de Juanito Pezuela. A mí me corresponde tan sólo contar a usted lo que vi en Palacio; y a fuer de historiador puntual, no maleante, consigno que estaba yo comiendo en esta misma mesa las sopas de puchero, que son mi más gustoso alimento por las noches, cuando sentí el tumulto y los primeros tiros en la puerta del Príncipe. Salí despavorido, con la servilleta colgando, y al bajar por la escalera de damas vi subir a dos ujieres y a un mozo de las cocinas, más que corriendo, volando con las alas que les ponía su miedo; y como dijeran que por la misma

escalera subían los amotinados, tiramos todos hacia arriba, devorando escalones, hasta dar con nuestros cuerpos en el tejado. Allí supimos que los raptores de la reina daban el asalto por la escalera principal, y hacia las claraboyas del salón de columnas nos corrimos. Arriesguéme yo a mirar pos los ventanales de la escalera, y vi..., no fué más que un momento, porque el instinto de conservación echóme para atrás..., vi a los insensatos de la Princesa, mandados por un paisano, el cual no era otro que Manuel Concha... Los alabarderos le intimaron la retirada; adelantóse un tenientillo, que, según después he sabido, se llama Boria, y empezaron a tiros. Los alabarderos se parapetaron en las ventanas que dan a la galería, y en tan buenas posiciones, dieciocho hombres (que no eran más, y juro a usted que ya no pondré más paréntesis) contuvieron a toda la chusma dirigida por un *gachó* tan valiente como Concha.

Ya comprenderá usted que mientras esto pasaba, los altos del regio Alcázar se poblaban de personal palatino de uno y otro sexo, huyendo de la quema. También consigno que me aventuré a bajar al piso principal, para cerciorarme de que las niñas no corrían peligro. A las doce duraba todavía el fuego; pero no tan graneado y persistente como en los primeros instantes. Creo haber visto a León de gran uniforme atravesar el patio desde la puerta del Príncipe a la escalera grande y volver luego con uno, que debía de ser Pezuela, al centro del patio; pero no lo aseguro, que en estos casos se confunden las cosas que uno ha visto con las que le cuentan. Contáronme, y de ello no dudo, que Fulgosio, viendo que venían mal dadas en la escalera, corría por las galerías bajas buscando otra entrada y subida más fácil por donde colarse al robo de la majestad. Y mire usted si sería precavido el hombre: llevaba sobre los hombros una luenga capa para envolver y abrigar a la reina cuando, arrebatada de su camita, pudiera llevársela en la grupa del caballo, que debía de ser de la casta de *Clavileño*. ¡Si estarían locos!

Las doce o poco menos serían cuando por la puerta del Príncipe se retiraron con bastante bullicio, que me sonó a despecho y desesperación. El mismo demonio que los trajo se los llevaba, y la criminal intentona se desbarataba y deshacía como obra de insensatos o imbéciles. Al verlos partir, llorábamos de júbilo los leales; y cuando sentimos los tiros de la Milicia, posesionada de las calles del Viento y de Requena, dijimos: «Duro en ellos, y que la paguen. No haya misericordia para los que han querido robarnos el Trono y la Libertad.»

Ha de saber usted que los *caballeros del orden* han tenido auxiliares dentro de la propia morada de nuestros reyes, y sólo así se explica su audacia y el ardor y confianza con que se metieron aquí. Un caballerito oficial llamado Marchesi, que era el jefe de Parada, les franqueó la puerta del Príncipe, y dentro estaban en el ajo algunos gentileshombres, como el marqués de San Carlos y el conde de Requena, los cuales se pusieron a las órdenes de los sublevados, en traje de paisano el primero, el segundo luciendo su bordado casacón. ¡Y luego quieren que tengámos paz! ¡Paz cuando abrigamos en sus puestos a los que intentan derrocar la regencia legítima votada por las Cortes para restablecer a la *Desgobernadora* con su camarilla y sus Muñoces! Si nuestros gobernantes tuvieran sentido de la realidad habrían hecho la limpia total de Palacio, contestando con hechos, no con floridas retóricas, al manifiesto-protesta de doña María Cristina, cuando fué nombrado tutor el señor Argüelles. El momento lógico de la limpia fué aquel en que presentaron en cuadrilla sus dimisiones la camarera mayor, marquesa de Santa Cruz, y las trece damas. En vez de concretarse el Gobierno a cubrir estas vacantes, debió hacer el general expurgo de personas, mandando a sus casas a todos los individuos de la servidumbre, nobles y villanos, altos y bajunos, de procedencia absolutista o significados como sistemáticamente afectos a la madre de la reina. Se contentaron con echar a los más rabiosos, abriendo algunos claros, en los cuales tuvimos colocación los que hoy representamos aquí a la voluntad nacional; pero dejaron en sus puestos a los hipócritas, a los que se hacían los mortecinos para que no se les tocara..., y órdenes de hacerse los tontos recibían de la Malmaison. Por estas condescendencias del Gobierno tenemos hoy la casa real infestada de adictos a Cristina, que minuciosamente la informan de todo lo que aquí pasa y has-

ta de lo que hablamos en nuestras conversaciones reservadas. No quiero citar nombres; diré a usted tan sólo por ahora, con toda discreción y sin escrúpulo de conciencia, que aún colean aquí gentileshombres de interior y de cámara que son hechura del duque de Alagón, y en el ramo de azafatas y mozas de retrete no escasea el género que aún obedece a la camarera dimisionaria. Esta servidumbre baja demuestra un celo terrible en el espionaje y en llevar y traer cuentos y chismes. Veo y oigo cosas que me sacan de quicio, y la obligación de callarlas me pone a punto de reventar...

¿No es un oprobio que todavía tengamos aquí, y que se codeen con nosotros, los representantes de la voluntad nacional, más de cuatro individuos de la cepa de los Muñoces, de Tarancón? Y los tales están bien agarrados, pues haylos que se defienden quitándole motas a don Martín de los Heros; haylos en la capilla de Palacio, en forma de clérigos o capellanes más o menos brutos; haylos y haylas en el servicio inmediato de su majestad y alteza, bien avenidos, a fuerza de adulaciones, con la señora marquesa de Bélgida, hoy *nuestra* camarera mayor, de quien nada tengo que decir, como no sea que despliega excesiva indulgencia y blandura con el personal desafecto a la regencia votada por las Cortes. ¡Oh señor mío!, haga usted entender a quien corresponda que Palacio es madriguera de mucha y diversa humanidad dañada del repugnante absolutismo y del pérfido moderantismo; que urge entrar en este magno edificio con escobas y zorros para limpiar de basuras y telarañas todos los rincones, donde se esconden, ¡ay!, alimañas venenosas, cuya picadura es mortal para las libertades públicas.

Sé de buena tinta, y puedo tapar la boca con pruebas al que ose poner en duda lo que voy a decir, que en esta sangrienta y al par ridícula tentativa de robarnos a la reina fué aplicado sin tasa el infalible unto para ganar voluntades de hombres reacios o de leales sin grandes escrúpulos. ¿De dónde ha venido este numerario con que los *caballeros del orden* han seducido a tantos infelices para lanzarlos a la muerte? Pues no sólo ha salido de las arcas de Muñoz, sino de las del Gobierno francés, enemigo declarado de la España desde *el grito* de septiembre, que restableció la prepotencia de la voluntad nacional... En Palacio, puedo dar fe de ello, se trató de corromper a muchos para que franquearan esta o la otra puerta, y aun hubo quien discurrió convidar, con pretexto de la Virgen del Rosario, a los monteros de Espinosa, para emborracharlos, imposibilitándoles así de prestar su servicio junto al dormitorio de las reales personas. ¿Hase visto mayor abominación? Y crea usted que si de este nefando cohecho tengo certidumbre por la verídica confidencia de un amigo, de otros puedo dar fe por propio testimonio. A mí, don Fernando, a mí, al gentilhombre del interior don Mariano Díaz de Centurión, colocado en esta casa, más que por sus méritos, que son bien escasos, por el lustre de su nombre y por el apoyo de usted y del serenísimo regente; a mí, señor don Fernando, han querido corromperme también, y fué tercero del villano mensaje un clérigo insinuante y tierno de la real capilla, llamado Socóbio, pariente de don Serafín de Socobio, a quien dejaron cesante en Palacio para colocarme a mí. El hombre está que trina, lo que no ha impedido que tratara de comprarme, imitando a los ladrones que arrojan pan al perro guardador de la casa que intentan asaltar... ¡Mendruguitos a mí para que no ladre! Lo que siento es que lo tomé a broma y a nadie quise comunicar los halagos del clérigo; que si hubiera yo comprendido la malicia que el hecho entrañaba, mis ladridos se habrían oído en los antípodas.

No necesito dar a usted más noticias del intrigante y sutil Socobio, pues entiendo que conoce usted a esa familia, a quien más que por familia tengo por una dinastía de clérigos y seglares aclerigados, sanguijuelas del reino y vampiros de la Administración. Entre todos ellos reúnen, según oí, diecinueve empleos muy pingües, ora en la Rota, ora en cabildos catedrales, éste en el Noveno y Excusado, aquél en Rentas Decimales, sin que falten chupadores del Presupuesto en las secretarías del Despacho y en tribunales y consejos. Todos los individuos de esta tribu asoladora de los Socobios brillan por el frenesí rabioso de su absolutismo. El odio a la Libertad y a la ilustración se llama Socobio, y se personifica en una caterva de chupadores de la sangre nacional. Para mejor

sostener su imperio y establecer una piña inexpugnable se han dividido en dos secciones: la absolutista neta, con sus dos colores fernandista y carlista, que es el núcleo principal, y la moderada, que es el cuerpo avanzado por el cual se ponen en relación continua con el poder público. En el seno de este rebaño de clerizontes de sotana y levita hay magistrados y consejeros, todos con el sello de Calomarde; militares que sirvieron con el conde de España, se batieron por don Carlos y luego, por gracia del famoso Convenio, han vuelto a los comederos de acá; monjas intrigantes y marisabidillas; empleados a la moderna, criados a los pechos de Cea Bermúdez, de Burgos, de Garelly y de Toreno; hay, por fin, el ejemplar de Socobio palatino, que por milagro de Dios ha venido a quedar cesante en el último arreglo de la casa real.

Pues bien: el *seráfico* don Serafín, mi antecesor en este puesto, mi enemigo capital, a quien deseo mil años de cesantía, y a los demás de la familia, igual daño, hasta que de cesantes se pudran, intentó corromper mi lealtad...

¡*Camaraíta*, cómo se va el tiempo en la dulce tarea de comunicarle la palpitación vital para sus historias! Con adusta cara me dice el reloj que se aproxima la hora de volver al servicio.

Adiós, mi don Fernando. Quédense para otro día las muchas cosas que aún tiene que contarle su muy atento servidor y agradecido amigo

Centurión.

V

DE DON SERAFÍN DE SOCOBIO A DON FERNANDO CALPENA

12 de octubre.

Señor mío de toda mi estimación: Dios no ha querido que sean alegres las nuevas con que me estreno en el honroso cargo dé suministrar a usted provisiones para la Historia; pero hemos de acomodarnos a la divina voluntad, aceptando con resignación las amarguras que se digna enviarnos, en espera de lo bueno y dulce que vendrá..., crea usted que vendrá, mi señor don Fernando. Dios no abandona a los suyos.

Debo ante todo decirle, para su tranquilidad, que ninguna desazón ni estorbo me ocasiona esta faena de las cartas, pues bien sabe usted que estoy cesante, víctima de una ruin intriga, y en nada tan útil puedo emplear mis forzados ocios como en ir fijando en el papel la fugaz imagen de personas y sucesos para que no los desfigure luego la infiel memoria. La delicadeza oblígame a prevenir una salvedad necesaria en estas informaciones, y es que, por respeto a las buenas migas de usted con el regente, callaré las verdades amarguísimas que acerca de este funesto personaje sugieren los hechos. Pero si contra Espartero nada digo, permitirá usted que despotrique a toda mi satisfacción contra la cuadrilla masónica que le rodea, criminal autora de estos desastres, y que entone el *tu nos ab hoste protege*, que, son palabras de completas... Sí, sí, mi señor don Fernando; esta Regencia intrusa que nos han traído dará al traste con España, si Dios misericordioso no pone mano en ello..., que sí la pondrá..., ya verá usted cómo la pone.

Voy a la carne, amigo mío. Por los papeles públicos y por cartas de otros amigos más diligentes tendrá usted noticia del fracaso de los intrépidos caballeros que arriesgaron sus vidas para salvar a nuestra excelsa reina y a su serenísima hermana de la esclavitud en que la tiene el jacobinismo, que allá se va esta situación de las personas reales con la de sus egregios parientes, Luis XVI y consorte, con la diferencia de ser dorados estos calabozos, y los de allá, negros y vestidos de suciedad y telarañas. La generosa empresa de los leales salió torcida por impericias en la preparación. y bien lo dije yo dos días antes, receloso del éxito al ver con cuánta ligereza prevenían el golpe los que en ello andaban. Escapó cada cual como pudo, refugiándose algunos en los altos de Palacio, escabulléndose otros por las espesuras del Campo del Moro y de la Casa de Campo; no todos con igual suerte, pues si bien ambos Conchas y Pezuela, Lersundi y Nouvilas están ya salvos, y lo mismo creo de San Carlos y Marquesi, aunque no alcanza mi convicción tan largo como mi deseo, otros, ¡ay!, han caído en la garra del *Cromwell de Granátula* (perdone usted). Cayeron el bravo Quiroga y mi compañero en Palacio, el señor conde de Requena; los heroicos te-

nientes Boria y Gobernado, el coronel Fulgosio, y por último, y esto es lo más sensible, víctima de la propia nobleza de su corazón, víctima también de su sordera, fué sorprendido y hubo de entregarse en Colmenar Viejo el rayo de la guerra, el valiente entre los valientes, ante quien mudo se postró Marte; el héroe que hacía temblar el suelo de España con su pujanza, siendo temido hasta de la misma muerte; el que llevó siempre la victoria en la punta de su lanza y con ella agujereaba los ejércitos enemigos como si fueran un pliego de papel. Permite Dios a veces cosas tan abominables que necesitamos afianzarnos en nuestra fe y evocar toda nuestra sensibilidad religiosa para no protestar de ellas... Yo he llorado como un niño al saber que el moderno Cid era conducido a esta corte y encerrado en Santo Tomás como el último vocinglero de los clubs a quien el hambre y la ignorancia convierten en furibundo *maratista*. ¡Belascoaín prisionero de la revolución, a la cual, con pleno derecho, como español, como militar y caballero, combatía! Contra tal absurdo deben levantarse hasta las piedras. ¡Ay!, las piedras no se han levantado; yo tengo por seguro que se levantarán...; pero mientras llega el caso, el horrible contrasentido prevalece y tenemos al Cid sometido a un Consejo de guerra. Por las formalidades de la Ordenanza, que en ciertos casos no favorece más que a los pillos, vemos hollada la ley moral, la eterna ley. Esperemos. ¿Permitirá el Cielo que perezca la lealtad aplastada bajo el pie grosero de la usurpación?

En tanto que se desarrolla este drama, del cual sólo hemos visto aún los primeros actos, repetiré una vez más que el principal resorte de la máquina esparterista no es otro que *el oro inglés*. Ya le veo a usted reírse de este concepto mío, que oye como la muletilla de un maniático; pero yo sigo en mis trece, y si antes a cada momento sacaba a relucir la *seducción aurífera* en nuestras disputas, ahora lo haré con mayor motivo y convicción más firme, porque ya no son runrunes, sino pruebas y hechos innegables los que llegan a mí. En el plan de grandioso alzamiento para libertar a nuestra reina hallábanse comprometidos generales, jefes, oficialidad y cuerpos en número harto mayor del que figuró en la desgraciada noche del 7. ¿Por qué faltaron en el momento preciso? Díganlo las conciencias poco fuertes, las voluntades flacas, fácilmente reducibles a los halagos del metal. Dentro de Palacio se contaba con la connivencia de más de cuatro caballeros de la alta y mediana servidumbre, que se brindaron a franquear las puertas interiores y, si no estoy equivocado, a producir una discreta somnolencia de los monteros de Espinosa. ¿Por qué sólo San Carlos y Requena respondieron a su compromiso? *Averigüelo Vargas*.

Créame usted, señor don Fernando: la Inglaterra ha comprado a buen precio la ruina de nuestra industria algodonera, librándose por el medio más sencillo de un competidor formidable. El esparterismo, o sea la revolución, necesita para sostenerse del apoyo de los ingleses. ¿Quién gobierna en España? En apariencia, su ídolo de usted, elevado al poder supremo por las turbas indoctas; en realidad, el embajador británico, asistido de la caterva de *ayacuchos*, que con nombre tan feo designamos a los que componen la camarilla del regente. En cuanto al Gobierno, Ministerio responsable o como usted llamarlo quiera, téngalo por un insignificante grupo de personajes decorativos, inmóviles y estupefactos como figuras de cera vestidas con prestados trajes y expuestas al público para producir la ilusión de que tenemos mandarines españoles al frente de cada ramo. Pero estos remedos de ministros a nadie interesan y se cambian de un puntapié. Los *ayacuchos* son los que todo lo mangonean, ayudados del unto maravilloso que reciben de las arcas londinenses, y si usted lo duda, pronto ha de verlo si observa todo el mecanismo interior del retablo de *maese Baldomero*. Verá usted que lo mismo da un Ministerio que otro, y que cuando se habla de crisis, su alteza les interpela con serenísimo desdén en lenguaje *riojano* o *ayacucho*, que viene a ser lo mismo: «Ea, *chiquios*, si queréis *disus, disus*, y si no *estaisus*, como *vus* dé la gana.» Naturalmente, los ministros prefieren quedarse, y así lo hacen hasta que salta un *ayacucho* que necesita *entrar al pienso*.

Concluyo ésta con la noticia, que acaban de darme, del fusilamiento de Borso di Carminati en Zaragoza. Empieza

la carnicería; será muy chusco, de una ridiculez espeluznante, que a estos figurones se les ocurra emplear el rigor contra los sublevados, a quienes movió la ley de honor, el respeto a las damas. Sublevarse por una reina ultrajada es de caballeros. He aquí un caso en que no es aplicable la pena de muerte, como no sea pisoteando el almo código de la decencia. A pesar de esto, no estoy tranquilo, porque todo se puede temer de los ignorantes hinchados de soberbia. Dícenme que ayer, arengando Espartero a los pobrecitos milicianos, les soltó la bomba de que sería implacable en el castigo. *Optime trompetasti,* digo yo, recordando los burlescos ejercicios oratorios de mis felices tiempos estudiantiles. Este señor siempre dice *mu* cuando habla. Dispénseme usted; no puedo remediarlo. La indignación se desborda en mi alma. Pidiendo a Dios que envíe pronto un rayo para el aniquilamiento de todo el *progresismo,* a usted exclusivamente le pongo pararrayos, mi querido amigo, para que se salve solito entre tantos antipáticos o perversos. Porque no hay colectividad, por mala que sea, en la cual no haya algo bueno. Dios le guarde y a mí me dé paciencia para ver lo que veo y oír lo que oigo. Siempre suyo,

Socobio.

VI

DE DON MARIANO DE CENTURIÓN A DON FERNANDO CALPENA

Octubre, 13.

Ilustre señor: A lo dicho anteriormente acerca del abortado crimen de lesa majestad y de lesa patria, debo añadir que días antes del ataque a Palacio llegó a las narices del Gobierno el olorcillo de la conjuración, y la Policía no cesaba de olfatear el rastro de los *caballeros del orden,* que, escondidos unos en misteriosas casas, disfrazados otros en la calle, daban los pasos y ponían los puntos para coordinar su infamia. La Policía, por cuya fidelidad no pongo mi mano en el fuego, no descubrió el lugar donde esos tunantes se reunían; cambiaban de escondrijo cada noche, amparados quizá de los mismos esbirros, a quienes no creo incapaces de dejarse deslumbrar por los *ojos de buey,* vulgo onzas del tesoro cristino. Después del desastre se ha sabido que anduvieron en el ajo Andrés Borrego, hoy enemigo de la Libertad, y dos caballeros de mi tierra, Istúriz y Benavides, fanáticos por la llamada reina madre. A tientas adivinando la conspiración antes que conociéndola andaba en aquellos días el Gobierno y en su perplejidad acertó en una de las medidas tomadas el 7 por la mañana. Separada toda la oficialidad del primero de la Guardia y ascendidos a oficiales los sargentos, cuando los del *orden* se presentan en el cuartel para sacar a la tropa les reciben a tiros... He aquí el primer contratiempo de los *ternes* de doña María, principio de su desconcierto y de las tonterías que hicieron en la noche que yo llamo de San Marcos. El jefe del movimiento debía ser León. Habían concertado que aquí se diese el *grito* que secundasen en las provincias O'Donnell, Borso, Piquero y Urbistondo... Anticípanse los de allá; los de aquí dudan, no se determinan; les falta la Guardia; ciego se lanza Concha a Palacio; León tiene celos, creyendo que el otro *gachó* se le quiere poner por delante y oscurecerle; corriendo mil peligros y cuando tropa y milicianos están ya sobre las armas, montan a caballo León y Pezuela y se plantan en Palacio, sabiendo que van a una muerte segura. Aquí de los *crúos*...

En Palacio arrecia el fuego. Don Domingo Dulce, a quien ni el plomo ni el oro rinden, les da toda la *canela* que piden, y los caballeros *desocupan,* dejándose los dientes en la escalera. Lo demás es ya público y notorio. León se entregó en Colmenar a los húsares de la Princesa, mandados por Laviña, y aunque éste quiso facilitarle la fuga, el nuevo Cid rehusó aceptarla. Dijo que no había huído nunca, y es verdad. Por Madrid se corre que no le aplicarán la última pena. Los que el día de su captura pedíamos su cabeza andamos ahora compadecidos, que esto es condición de españoles. Si bien se mira, no fué Diego de León el más culpable; si a mí me dejaran aplicar justicia en este caso, mandaría pasar por las armas a los paisanos que han venido de París con este fregado y a las cabezas pensantes del *moderantismo.* Uno de mis compañeros en funciones palatinas, *jovellanista* rabioso, me ha dicho que se alegrará de que ha-

ya víctimas, porque el sentimiento popular las convertirá pronto en mártires y en el terreno del martirio germinará fácilmente la idea cristina, bien abonada con el *parné,* que lo hay, v a y a si lo hay; y la señora no omite gastos ni escatima sangre contraria y propia para reponer las cosas en el estado que tenían antes de lo de Valencia. Como el Gobierno sabe que en la Malmaison anhelan que aquí se castigue y que les hagamos víctimas y mártires, es seguro que a León y compañeros de locura no se les mandará *rezar el Credo.*

Y dejando este triste asunto, voy a llenar, ¡oh mi don Fernando!, lo que me queda de este pliego con noticias más gratas, que no pertenecen a la serie de los hechos llamados históricos; son menudencias de la vida y observaciones del orden privado, de las cuales podremos sacar útiles enseñanzas. Mis impresiones acerca del carácter y cualidades de la reina no pueden ser más excelentes; la veo todos los días, me honra departiendo conmigo familiarmente sobre diversos asuntos, y he formado el juicio de que tendremos en ella una gran soberana. Buena falta nos hacía. Llevamos una temporadita de reyes malos, que ya, ya... Si tantas calamidades, léase Carlos IV, Fernando VII y María Cristina, vinieron sobre esta nación por los pecados de los españoles, ya debemos de estar limpios, porque la expiación ha sido tremenda.

Pues sí; hablo a menudo con nuestra gloriosa reina y siempre acabo diciéndole que si la queremos tanto es porque esperamos que deje tamañita a la Primera Isabel. Ella se ríe; advierto a usted que es donosísima y muy salada y que se va desarrollando tan bien que ha de tener el cuerpo de una mujerona. Su inteligencia es de las más vivas; todo lo comprende; tenemos que atajarla en su anhelo investigador y en su preguntar continuo de todas las cosas. De su corazón no hablemos; es tan tierno y sensible, que por su gusto a nadie se castigaría, ni a los mayores criminales. Su generosidad ha de ser tal, si no se pone mano en contenerla, que no habrá tesoros bastantes para cansar su mano dadivosa. Hasta en sus travesuras demuestra la nobleza de su alma, y en sus juegos y recreaciones late el españolismo más puro. De tal modo se compendia en ella la raza, que para tenerlo todo no le falta ni aun la insubordinación, que por la edad y el rango viene a ser en Isabel una gracia. Aunque no ignora la etiqueta, apuntan en su majestad tendencias a quebrantarla por cualquier motivo, y sin darse cuenta de ello ama la igualdad. Vea usted aquí, mi señor don Fernando, por qué tengo a nuestro ídolo por la representación más pura de los principios que profesamos.

La afabilidad de la reina fácilmente viene a parar en confianza, y sus etiquetas acaban en bromear con todos nosotros. No podemos resistir al encanto de sus donaires y gozamos cuando nos demuestra con graciosas burlas su estimación. Yo digo: «¿No es esta confianza prenda segura de la feliz concordia entre la Monarquía y el pueblo? Si la reina ama al pueblo, si ante él no se muestra jamás estirada ni orgullosa, ya tenemos realizado el fin supremo de ver reunidos, formando un solo ente, la Libertad y el Trono. Haya confianza mutua, y estamos salvados. Familiarícese la reina con sus súbditos, y éstos con su reina, y veremos el ideal de los estados florecientes.» Decíame d o n Manuel José Quintana, con quien he hablado más de una vez de asunto tan capital, que él quisiera más formalidad en Isabel II, menos propensión a familiarizarse y dar bromitas. Confía en que la edad y la educación modificarán este aspecto del carácter de la excelsa soberana y en que el ejercicio de la potestad le dará el grave conocimiento de la dignidad regia. Opine lo que quiera don Manuel, los niños son niños, y cuanta más viveza y desenfado nos muestren más claramente nos anuncian un fondo de lealtad. Por mi parte, cultivo la confianza de Isabel y me congratulo de que me tome afecto, correspondiéndole yo con todo mi amor de súbdito fiel para que la señora me perpetúe en su servicio. Tiemblo de pensar que los cambios políticos me priven de una posición en la que veo resuelto el problema de mi vida, permitiéndome disfrutar de un reposo muy honorífico al término de una juventud ignominiosa. ¡Qué buena es la regeneración del hombre y qué saludable y útil!

Adelante, mi querido amigo. Voy a contarle a usted que don Manuel José Quintana, con ser el respeto mismo, no se ha librado de la graciosa, inocente

malicia de su majestad y alteza para poner motes. Me he permitido preguntar a las augustas niñas qué fundamento tienen y de dónde han sacado el remoquete de *Tío Pasahuevos* con que designan al gran poeta; pero ninguna de las dos ha sabido contestarme y rompen en divinas carcajadas cuando les hablo de esto. Hayan sacado el tal nombre de algún entremés que han leído, háyanlo inventado ellas, no encierra significación ni malicia. Por Palacio se ha corrido la voz de que la reina y princesa habían dado al cantor del mar una pesada broma, y sobre ello debo hacer, después de referir a usted el bromazo, las rectificaciones oportunas. Es el caso que el señor intendente entregó a las niñas, como regalo de la Fábrica de Moneda de Segovia, grande porción de ochavitos de plata, acuñados en aquel establecimiento. Lo que agradecieron Isabel II y su hermana este obsequio fácilmente lo comprenderá usted. El juguete era de los más lindos; guardaban las niñas su tesoro en preciosos saquitos de seda y se divertían contando cada una lo suyo y haciendo distribuciones y partijos para reunirlo después y guardarlo; tan encariñadas estaban con los *chavitos* de plata, que no daban uno a sus meninas ni por un ojo de la cara, y al mismo Quintana, que les pidió media docena para obsequiar a su sobrino, se la negaron. Esto sucedió no hace tres semanas, y no hará diez días que corrió por Palacio la especie de que la reina y la princesa habían mandado traer unas yemas, e introduciendo moneditas en algunas de ellas diéronlas a comer a sus servidores, y que don Manuel fué uno de los que cayeron en el engaño y se tragaron con el dulce el pedacito de plata. Añadían que la travesura había sido ideada por la princesa de Asturias y puesta en ejecución por la reina, que supo meter el matute con disimulo y arte en el sabroso corazón de la yema. Y como después de tragada la pieza insistiera el ayo en que sus excelsas alumnas le dieran las monedillas, empezaron ellas a batir palmas y a reír como locas, y Luisa Fernanda le dijo:

—Pero, tonto, ¡si la tienes ya dentro de tu barriga!

Esto se dijo; y la malicia moderada, que no duerme y de todo suceso, por insignificante que sea, saca partido para ensalzar a los suyos y vilipendiar a los de acá, trató de ridiculizar al respetabilísimo señor y maestro de la reina y princesita, por permitir a sus alumnas chanzas de este jaez. Pues bien, señor don Fernando, el hecho es cierto; pero el tragador del ochavo no fué Quintana, sino un servidor de usted, con lo cual queda probado que no hubo falta de respeto, pues las reales niñas me distinguen con su confianza y nada tenía de indecoroso que en mí, como en humilde criado, ejercieran sus travesuras. Lo que habría sido irrespetuoso en don Manuel José Quintana, figura magna del reino, así en la literatura como en la política, varón digno de todo acatamiento por sus virtudes, por sus talentos y por sus años, no tiene gravedad alguna tratándose de mí, que nada soy ni nada valgo; si me quitan la casaca bordada me quedo en clase de nulidad o de pelele para que conmigo se diviertan los chicos. Y si los de las calles podrían tomarme por juguete, ¡con cuánto mayor motivo podrán hacerlo los que a sus sienes ciñen la real diadema! Por lo demás, no llevaré mi condescendencia hasta sostener que me supo bien la *pega*, pues pasé veinticuatro horas con mediana ansiedad y una expectativa dolorosa, si bien los retortijones no fueron tan acerbos como al principio temí. Puestas las cosas en su lugar, sólo tengo que añadir que en ello demostraron mi soberana y la inmediata sucesora al Trono su donosura, señal de inteligencia y de la confianza con que me distinguen. Que esta confianza dure, que con la edad se amplifique y extienda, trayéndonos la perfecta familiaridad entre el pueblo y la Corona, y seremos felices.

Creo en conciencia, y así lo digo a mis amigos, que todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a modelar el carácter de Isabel II de modo que tengamos en ella una soberana ferviente devota de nuestras ideas, un jefe del Estado que pertenezca en cuerpo y alma al *Progreso* y que excluya para siempre de sus consejos al infame *moderantismo*. Lo que del regio carácter conozco y veo me permite creer que así será; pero no hay que descuidarse, porque el enemigo, encastillado aquí en buenas posiciones, aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para infiltrarse en la voluntad de nuestra muy amada reina.

Y ya que de esto me ocupo y he tenido la inmodestia de hablar de mí, apuntando los servicios que presto y los mayores que puedo prestar aún a nuestro partido, acabo de quitarme la máscara de la vergüenza para decir a usted que me convendría muy mucho..., a fin de realzar mi dignidad y darme en Palacio el lustre que no tengo..., me convendría, digo, que el serenísimo regente me designara al señor ministro de Gracia y Justicia como acreedor a ostentar junto a mi nombre un título de Castilla, cosa en verdad no difícil dada la antigüedad y nobleza de mi alcurnia, pues con revalidar alguno de los que pertenecieron a la casa de Centurión, y que por incuria están preteridos, basta para llenar este vacío que hoy siento y que usted en su buen juicio apreciará. No lo olvide y aproveche para darme ese gusto la primera coyuntura que se le ofrezca, en lo que dará un nuevo motivo de agradecimiento a su invariable y ferviente amigo

Mariano.

DEL MISMO AL MISMO

14 de octubre.

Apenas franqueada en el correo mi carta de ayer, llegó a mí noticia que don Diego de León ha sido condenado a muerte y que mañana, ¡ay dolor!, se ejecutará la terrible sentencia. Me apresuro a comunicárselo y omito, por falta de tiempo, los comentarios que este grave suceso me sugiere. Aún tengo esperanza de que un acto de clemencia detenga la mano de la Justicia. Corren voces de indulto, y si viene, no seré yo de los últimos en aplaudirlo. Soy de los que piensan, mi buen don Fernando, que sería torpeza insigne dar al bando contrario la ventaja que supone una víctima como León. Lo que han perdido por su criminal atentado lo ganarían con la gran fuerza sentimental que ha de darles el martirio de un héroe. En fin, no soy yo quien ha de decidirlo y el señor regente sabrá lo que más conviene al país y a la Libertad. Suyo devotísimo.

Centurión.

VII

DE DON SERAFÍN DE SOCOBIO A DON FERNANDO CALPENA

16 de octubre.

Señor mío: Escribo a usted de tal modo traspasado por el dolor que no acierto a concentrar mis ideas con la buena estructura gramatical. El dolor desquicia mi entendimiento y éste desconoce el arte de dirigir la pluma. Perdóneme usted; vaya leyendo hasta donde pueda y lo que le resulte oscuro interprételo con buena voluntad.

Se confirmaron, ¡ay!, las corazonadas que a usted manifesté en mi carta de anteayer. No hubo clemencia. Esta es virtud de las grandes almas y la del regente, con perdón de usted, de puro pequeña, es totalmente invisible. Desearíamos creer que ese hombre no tiene alma. No obstante, como cristiano digo que quien no la tuvo para la clemencia la tendrá para el arrepentimiento. De nada valieron los esfuerzos de tantas personas sensibles y honradas para enternecer el corazón de piedra del señor duque-regente. La marquesa de Zambrano, madre política del héroe condenado, se arroja a los pies de su alteza; la propia doña Jacinta intercede con lágrimas. La reina quiere escribir una cartita al tirano, y no la dejan. ¿Qué más? La Milicia nacional, en quien el hombre de corazón duro funda y apoya su prepotencia, le dice: «No mates a León»; y el hombre fiero responde: «Yo no mato a León; lo mata la ley.»

¡Buena está esa ley que todos han hollado! ¡La ley! ¡Del felpudo que han puesto como un guiñapo a fuerza de pisotones quiere hacer Espartero un inmaculado emblema de la Justicia!... El argumento empleado por Roncali en la defensa de León no tiene réplica, y fué como decir al regente que no podía tirar la primera piedra. Y es de oro lo que dijo uno de los jueces, el general Grases: «Si por sublevarse condenan a un hombre, ahorquémonos todos con nuestras fajas.» No le relato a usted el juicio porque carece de interés; la carta que encontraron a León y que éste no se cuidó de arrojar de sí le comprometía seriamente. Pero ¿qué importa

todo esto? No era posible negar su parte en la conjuración. No se trataba más que de saber si merecen la muerte los que faltan a la disciplina con móviles políticos. Era un hecho que obedecían a la regente legítima congregando al Ejército para reponerla en su autoridad. No eran desleales, ni eran traidores; cumplían un deber sagrado. Yo reconozco que Espartero, en su posición, siquiera ésta sea usurpada, no podía apreciar el caso del mismo modo. Pero sobre el criterio estricto de la ley están el buen sentido y el principio cristiano que dice: «O todos o ninguno.» Espartero no ha mirado el porvenir, no ha visto las tremendas represalias. Lagos de sangre formarán pronto el arroyo que sale de las venas de los primeros mártires. Por esto repito que el juicio carece de interés; acusan los unos con razones; la defensa razona cumplidamente, y entre estos dos grupos de razones está Jesucristo con los brazos en cruz, que dice: «Sois unos grandes fariseos, esclavos de la letra. Callad y haced lo que en vuestro gárrulo lenguaje llamáis la vista gorda, perdonándoos la falta que unos contra otros y otros contra unos habéis cometido. Todos sois jueces, todos sois reos; los sillones del Tribunal son banquillos de acusados, y las causas que escribís hacen víctimas de los verdugos y verdugos de las víctimas, según se las lea por el derecho o por el revés.»

Acongojado escribo que no hubo perdón, y a ratos me pasa por la mente la terrible idea de que para los grandes fines españoles y humanos el no haber perdón ha sido provechoso, pues la causa que con víctima de tal calidad se fortalece es causa ganada, y la que con tan torpe barbarie se envilece, causa perdida es. A los sacros derechos de la reina gobernadora faltaba un holocausto; ya lo tiene... Mas por de pronto, el doloroso sacrificio hace brotar de nuestros ojos ríos de lágrimas. Lloremos, y nuestro llanto, mezclado con la sangre, fecundará la tierra.

Soy hermano de la Paz y Caridad. ¿No lo sabía usted? He prestado auxilio a muchos reos de muerte, bandidos los unos, desgraciados aventureros políticos los otros, y aunque mi corazón está encallecido por las emociones de estos espectáculos y trances dolorosísimos, he sentido ahora la mayor angustia de mi vida. Era para volverse loco ver a tal hombre, en la plenitud de la vida, del vigor, todo nobleza y generosidad, separado de la muerte sólo por un instante y por una palabra. El instante, al tiempo implacable pertenecía; la palabra pudo salir y no salió de la boca de un déspota, que quiso engrandecerse haciendo el papel de Fatalidad... No puedo expresar a usted mis sentimientos en aquellas horas del 14 y de la mañana de ayer 15, día de la gloriosísima doctora Santa Teresa de Jesús. Llegué a creerme víctima de un sueño, de espantosa pesadilla, y que nada de lo que veían mis ojos era verdad. Hombre no me parecía ya el excelso León, sino más bien un ser sobrenatural y fabuloso. Le fusilaríamos y las balas rebotarían en aquel pecho que ha sido el primer baluarte del honor patrio... Imposible que la muerte destruyera un ser tan grande, Aquiles que ni en el talón ni en parte alguna de su cuerpo podía ser vulnerable. ¡Qué llamear el de aquellos ojos negros, qué fiereza en la hermosura de su rostro, qué gallardía y robustez en su talle y apostura! Le vi por primera vez cuando acababa de confesar; le vi cuando mandó que rompieran en tres pedazos su lanza de combate; le vi cuando dijo con voz de trueno: «¡Y he de morir yo!...» Le vi también resignado y tranquilo, platicando sosegadamente con Roncali; le vi y le hablé yo mismo, sin que pueda recordar ahora qué palabras comunes salieron de mis labios, ni descifrar las que él con tanta gravedad pronunció..., y turbado de ver tanta desdicha en quien merecía todas las venturas, y de considerar tan cerca del sepulcro al hombre más arrogante del Ejercito español, al primer caballero del siglo, me salí despavorido, como el que presencia una grave alteración del orden de Naturaleza. El mundo se desquicia; tales abominaciones no podían pasar sin algún grave desconcierto en la máquina universal. Ausente de la capilla, vi a León tan grande, que los hombres en derredor suyo parecían hormigas. ¿Cómo podían matarle las hormigas, ni el feo y negruzco hormigón llamado regente, por uno de estos artificios de lenguaje que usamos en nuestra república de insectos?

La curiosidad llevóme de nuevo a las lúgubres salas de Santo Tomás, y si hu-

biera tardado un minuto no habría visto salir al mártir para el lugar del suplicio... Me agregué a mis compañeros de la Hermandad que iban en el último coche, y seguí la fúnebre comitiva. De gran uniforme, cubierto el pecho de cruces, iba el general en carretela descubierta, a su lado el sacerdote, enfrente Roncali... ¿Qué pensaría el hombre que llevaban a ajusticiar cuando, al pasar la vista por las tropas que cubrían la carrera, reconoció los cuerpos que se habían comprometido con él para el movimiento del 7? Eran los que debieron ser suyos, y tan no eran ya suyos, que le conducían al matadero. ¡A esto se llama justicia! Carnaval trágico debiera llamarse. Por momentos creí que León era conducido a una apoteosis, que aclamado sería por las tropas y que éstas se volverían contra Espartero. ¡Y qué día espléndido, qué sol de fiesta, qué ambiente de alegría! Madrid quería estar fúnebre y el cielo quería reír. La gente se agolpaba en la carrera por toda la calle de Toledo, resplandeciente de luz y de dolor; y cuando veía pasar al reo, tan gallardo y hermoso en su serena resignación, figura militar incomparable, que simbolizaba en la mente del pueblo las hazañas más estupendas de la guerra y los prodigios más extraordinarios del valor español, no daba crédito a lo que miraban sus atónitos ojos. No era así la Historia de España que estábamos acostumbrados a ver, compuesta de alternados espectáculos de revoluciones y patíbulos. No iban a la muerte hombres como aquél, que todo lo podían, que con un poco de suerte habrían destripado en un santiamén el régimen imperante. No podía ser que los sublevados cometieran las torpezas de la noche del 7, ni que Espartero tomara tan cruel venganza. Personas hubo (y así me lo han dicho más de cuatro) que no se persuadieron de la verdad del fusilamiento hasta que sonaron los tiros. La Milicia nacional, que formaba en la plaza de la Cebada, donde hoy está Novedades, le vió pasar con pena, y si la dejaran le habría tocado el himno de Riego y cogídole en brazos para pasearle en triunfo. Y, sin embargo, *don Fatalidad* manchego se salió con la suya. Había dicho muerte, y muerte fué.

No puedo pintarle a usted, señor de Calpena, mi impresión de piedad y espanto cuando León, a quien vi en aquel instante como si tocara el cielo con su cabeza, se plantó en actitud majestuosa ante los granaderos y les gritó: «¡No tembléis..., al corazón!» Oyéndole estoy todavía. ¡Qué voz!... Yo miré a todos lados. ¿No vendría en aquel instante algún emisario de Espartero trayendo el indulto? No, señor, no vino nadie... Huí despavorido... A no sé qué distancia oí la voz del general dando los gritos de mando... Todavía los oigo, ¡ay!... Después, la descarga. Huí más rápidamente, aterrado, como si me persiguieran demonios, y me vi envuelto entre soldados. No quise ver al coloso muerto ni me parecía que había suelo en que cupiese tan gran cadáver... No sé por qué me vine a casa. Mi familia creyó que me había vuelto loco... Perdí el sombrero..., y la cabeza con él.

Octubre, 17.

Alea jacta est. A la bárbara provocación contestamos con un terrible «nos veremos». Contados están los días de este hombre, a quien no califico por respeto a la cordial amistad que usted le profesa. Si España ha de vivir, si España ha de ser algo más que un charco de ranas, entiéndase *ayacuchos,* urge apartar del Gobierno a esta gente, que quiere conducirnos a la disolución y anarquía más espantosas. Y la salvadora empresa debe empezar por la desinfección del Alcázar de nuestros reyes, donde más que en ninguna otra parte es nociva la pestilencia del *Progreso.* Pone los pelos de punta el pensar que inculquen a nuestra soberana doctrinas peligrosas y que la educación en general sea deplorable, liberalesca y un sí es no es *enciclopedista.* ¡Abominación y escándalo! Los que vemos en la calle a las regias personas, cuando pasan hacia el Retiro, hemos notado que están desmejoradas y que van perdiendo carnes de día en día, señal, por lo menos, de que no viven alegres y de que se las martiriza con estudios impropios de su edad. Claro que en mis juicios acerca del nuevo estado palatino no voy tan lejos como el vulgo, que ha pronunciado sentencia terrible contra Quintana y Argüelles, dando a éste el revolucionario mote de *zapatero Simón.* No diré yo que las augustas niñas sufran malos tratos, hambres y golpes; pero debemos ver

siempre en las exageraciones populares un fondo de verdad y reconocer que ni el ayo ni el tutor son hombres cortados para la cría de reyes. Me consta que alguno de los preceptores ha hecho alarde de un descarado democratismo. No hay tiempo que perder; liberemos pronto a nuestra soberana de esa maligna influencia; y como al propio tiempo se ha de barrer el suelo de la nación hasta que no quede ni el menor rastro del *progresismo,* hemos de procurar que la reina se penetre bien de la sana doctrina *moderada,* para que ésta sea norma de su conducta en lo por venir y tengamos un reinado próspero, pacífico y glorioso.

Convendrá usted conmigo en que si el *progresismo* no es exterminado de modo que no pueda volver a levantar la cabeza, nuestra patria perecerá víctima del desgobierno y la anarquía. Sobre que estos hombres no pecan de escrupulosos en la administración del procomún (con excepciones, amigo mío, con raras excepciones que reconozco), no hay manera de hacerles comprender que las teorías políticas extranjeras más dañan que benefician trasplantadas a nuestro país. Son además groseros, visten como espantajos, se pagan de la patriotería declamatoria y todo lo arreglan con palabras huecas, sin sentido. No miran por los *intereses creados,* reforman sin criterio, persiguen a las *clases conservadoras,* aborrecen las camisas limpias, confunden la libertad con la licencia y no saben poner sobre todas las cosas el *principio de autoridad.*

De los asuntos particulares que se ha dignado confiarme n a d a nuevo puedo comunicar a usted. Estos días han sido inútiles para los negocios y no he puesto los pies en ninguna oficina, seguro de no encontrar a nadie o de hallar a mis señores funcionarios distraídos y atontados con los graves sucesos políticos. De añadidura, tenemos ahora el estero, que son tres días de holganza. Con todas estas demoras y la ignorancia del *progresismo,* bien puede decirse que no hay Administración. Vengan pronto Dios o el diablo a traernos la vida, que no es otra cosa que el orden. Suyo, etc.,

Socobio.

VIII

DEL MISMO AL MISMO

26 de octubre.

Mi señor don Fernando: Demos gracias a Dios y a nuestro amigo d o n Eduardo Oliván e Iznardi, uno de los pocos mortales que no comen el pan de la cesantía, por virtud especial que posee para salir a flote en todos los naufragios; démosles gracias, digo, porque sin ellos no podría yo mandarle noticias del expediente de Hacienda ni de la favorable nota con que lo ha despachado la Asesoría general... Pero ha de saber usted que antes de llegar al señor ministro forzoso es que pase por tres o cuatro de los llamados *centros,* donde emplearán l a s semanas de Daniel e n leerlo y resobarlo, en escudriñar precedentes y compulsar las distintas jurisprudencias que atañen al caso antes de que se aproxime a la superior resolución. Reúna usted, pues, mi buen amigo, toda la paciencia necesaria y apriete los resortes para que tanto en Madrid como en Barcelona operen con rapidez y desembarazo, revolviendo de plano y a gusto de la parte interesada. Aproveche usted la situación presente, en la cual goza de toda la influencia y de ninguna su infatigable enemigo el señor marqués de Sariñán y Villarroya, que si las tornas se vuelven pronto, como espero, y el moderantismo empuña el mango de la sartén, el señor marqués será poderoso, y usted, no.

Hablé del caso con don Manuel Cortina, uno de los pocos progresistas que merecen un trato afable y consecuente, y su opinión es que a los mayorazgos de Centellas y Valldeveu, de los estados de la casa de Loaysa, no pueden afectar las reclamaciones de la Real Hacienda contra la casa de Idiáquez. Esto es lo único que puede decir sin conocimiento de los orígenes de la cuestión. Secuestrado muy a su disgusto por la política, pronto reanudará los trabajos de bufete, y lo primero que detenidamente estudie será el asunto que a usted tanto inquieta. Así lo ha escrito a la señora condesa en reciente carta; y ya que la nombro, no dejo pasar yo tan buena ocasión sin tributarle, por conduc-

to de usted, mis homenajes más respetuosos.

Amigo mío, despeje su ánimo de esas aprensiones y tome el camino de La Guardia, donde lo menos que puede hacer es casarse, si han llegado ambas familias a una feliz inteligencia... Quiero que conozca usted las contradictorias especies que corren por aquí acerca de esa boda, que tan pronto se nos presenta por el lado claro, tan pronto por el oscuro. Mi primo don Vicente de Socobio, canónigo patrimonial de Vitoria, en cuya casa pasó su grave enfermedad el señor don Pedro Hillo, me escribe acerca del particular algo que no se compadece con las referencias del señor don Víctor Ibraim, capellán de honor de la real casa, el cual asegura que la boda es un hecho, mas con variantes que han de causar grande sorpresa. No se casa usted con Demetria, sino con Gracia, y aquella sin par señorita, cuyas virtudes trompetean cuantos la conocen, ha resuelto consagrar su preciosa vida a vestir imágenes, o encerrar su virtud en las Huelgas de Burgos. Ateme usted esa mosca. Y cuando no me había repuesto del estupor que esta noticia me causó, viene mi tío frey don Higinio de Socobio y Zuazo, de la Orden de Calatrava, y me dice que Santiago Ibero ha dado un tremendo esquinazo a la niña de Castro-Amézaga, la cual, furiosa de verse plantada, no halla mejor consuelo de su desaire que aceptar las propuestas del férvido marqués de Sariñán. Bien podía usted enterarme de la verdad, si la sabe, en este juego de las dos niñas, que tan pronto se casan como se enclaustran, y de si triunfan los Idiáquez, pues desde aquí estoy viendo la cuarta de jeta que alarga doña Juana Teresa, si, como se dice, logra incorporar a su estado los predios de Paganos y Samaniego.

Y para que mi confianza, señor don Fernando, sea estímulo de la suya, le contaré lo que por mí mismo he podido averiguar, valiéndome de una terrible encerrona que di a Santiago Ibero la semana pasada. Le cogí por mi cuenta en el casino de la calle del Príncipe, y solos en un apartado aposento traté de confesarle. Mas no valían con él *indirectas*, y a mis preguntas sólo contestaba como el lego que reparte la sopa de San Francisco, echando cucharadas del caldo de arriba. «Hermano—le dije—, eche *de profundis*»; y por fin, sacó de lo más hondo una parte de sus secretos, una parte no más, la que principalmente nos interesa. Pues el caso es que ha roto su compromiso con Gracia porque no se cree digno de ella. Añade nuestro buen amigo que se tiene por un miserable, que él mismo se desprecia y qué sé yo qué. Se ha pasado con armas y bagajes a la literatura de tumba y capuz de que tanto nos hemos reído, y sus melancolías entiendo que son una enfermedad ocasionada por desvaríos de amor. Me da mucha pena el pobre Santiago, que es un pedazo de pan, un niño cándido, de altas ideas y caballeresca voluntad, cuando no se deja embromar por los *mengues*. Le hacía falta un buen amigo que le sacara de estas oscuridades; su apagada razón necesita otra refulgente como la de usted para lucir como debe.

Bomba. Sepa usted que su alteza serenísima (hablo del regente) emprenderá un viaje a Zaragoza, en busca de popularidad según creo, pues la de aquí parece que se le va disipando. El pobre señor no se ha enterado todavía de que el movimiento era contra él, contra su desdichada administración, c o n t r a su ineptitud para el gobierno. En sus alocuciones disimula la escama diciendo que los sublevados iban contra la voluntad nacional, contra los sacros principios, etcétera... Me recuerda al baturro que habiendo recibido un par de coces en la oscuridad de una cuadra, gritó: «Alumbra, Magdalena, que la borrica me ha tirao una coz, y no sé si me ha pegao a mí o a la paré.» Yo le diría a su alteza: «A la pared, señor mío, que es usted, y a usted, que es la pared, pues pared y regente se confunden en una sola persona dura.»

Supongo que irá usted a verle, y él le contará sus cuitas, que no son pocas, y algún proyecto descabellado para conjurar la tormenta que se le viene encima. ¿Querrá encomendarse a la Virgen del Pilar para que le saque del atolladero? No, no: la Pilarica no puede amparar al que se complace en conceder mercedes a los rufianes y en fusilar a los caballeros... Dispénseme usted que le hable con esta libertad. Mi indignación no conoce freno: ansío que venga de la parte de Francia nueva tanda de paladines bien repuestos de armas y de todo el oro francés, inglés o turco que puedan

allegar, para que salgamos de esta esclavitud degradante. La jugada de septiembre fué muy fea, y juro *por el Cirineo de Cascante* (como dicen los brutos de mi tierra) que nos la han de pagar.

Noviembre (no marca el día).

Vivimos en la más estúpida de las tragedias, y hechos a sus horrores, hablo a usted de fusilamientos como hablaría de una moda flamante o de una función de teatro. Ayer le quitaron la vida al pobrecito Boria, un teniente, una criatura, un héroe barbilampiño que hizo prodigios de bravura en el ataque a la escalera de Palacio. No quise ir a verle en la capilla, pero los hermanos que fueron me han contado que no se ha visto otro ejemplo de fortaleza y elevación de ánimo. ¡Pobre niño, excelso mártir de la más gloriosa de las causas! El subteniente Gobernado sufrió la misma pena. No sé si he dicho a usted que días pasados pereció también el brigadier Quiroga. Estas carnicerías se repiten con tal frecuencia que ya se nos van de la memoria las víctimas y cada día decimos: «¿A quién le toca hoy?...» Pero el que demuestra disposiciones más felices para la extirpación de españoles es el tal Zurbano, el Marat del *Progreso*, que en tierras de Vizcaya y Rioja se despacha a su gusto repartiendo tiros sin ton ni son y llenando el suelo de cadáveres. Ahí tiene usted un esparterista que sabe su obligación. ¿Han llegado a conocimiento de usted las bárbaras proezas del hombre de la zamarra, personificación del fanatismo liberal en su más salvaje aspecto? Pues entérese y estudie el caso, que es interesante, pues estas violencias traen, en el ordenado vaivén del tiempo y de la Historia, su propia reparación, y los que deseamos la ruina de esta regencia aplaudimos a los Zurbanos que se cuidan de desacreditarla y hacerla odiosa. Vamos bien.

Ya tiene usted a su ídolo en Zaragoza, recibiendo el delirante aplauso de los nacionales. No le vale su escandaloso abuso de la oratoria militar, y caerá entre los mismos ruidos de su levantamiento. El trágala que en septiembre del 40 cantó el señor duque a la reina madre, se lo cantarán pronto a él, con la propia música, los caídos del anterior. La Historia se repite con acompasado amaneramiento y los grupos o gavillas de hombres alternan en las mismas formas salvajes de darse y quitarse la tranca de gobernar. Ya oigo a los míos cantando bajito lo que mañana cantarán bien alto:

A la *tira-floja* perdí mi caudal;
a la *tira-floja* lo volví a ganar.

Sea usted indulgente, mi buen amigo, con la irrespetuosa sinceridad de su devotísimo servidor

Socobio.

IX

DE DON FERNANDO CALPENA A DON MARIANO DÍAZ DE CENTURIÓN

Sitges, diciembre.

Señor mío y amigo: La delicada salud de mi madre, que en el presente invierno ha redoblado mi inquietud, es el único motivo de mi permanencia en Cataluña, motivo que basta y sobra para que aquí nos plantemos, ella porque se encuentra en la costa de Levante mejor que en parte alguna, yo porque no quiero ni debo separarme de su lado y no estoy bien sino donde ella está. Buscando un retiro sosegado, ameno, de alegres horizontes por mar y por tierra, de ambiente puro, de vecindario sencillo y poco bullanguero, he creído encontrarlo en esta preciosa villa de Sitges, situada como a siete leguas de Barcelona, en la misma orillita del Mediterráneo. El mar es azul, la villa blanca, toda blanca; mirada de lejos, como un nido de palomas o de cualquier especie de aves cuya saliente cualidad sea la blancura; de cerca, limpia, risueña, hospitalaria, amiga. Imposible ver este pueblo sin amarlo y querer ser suyo. No se ría usted; aquí es uno un poquillo poeta sin saberlo, sin intentarlo; sólo que en la expresión flaqueamos los que no hemos recibido del Cielo el sagrado numen. De los habitantes poco puedo decir aún, porque apenas los conozco; pero a la primera observación me han parecido sencillotes y honrados, de trato dulce, de carácter tímido, respetuoso con el forastero. Los ignorantes no llegan a zafios y los más pobres parecen contentos de su estado, de la hermosa tierra que pisan y de la compañía de aquel mar placente-

ro. Denme un pueblo que sepa los rudimentos de la cortesía, sin perder su rudeza, y no lo cambio por el señorío de ninguna ciudad grande.

Aquí nos instalamos hace seis días, alquilando una de las mejores casas del pueblo, asentada en una peña donde rompen las olas; hemos traído de Barcelona todo el moblaje necesario, de lo mejor que había, y ya falta poco para que nuestra vivienda sea el *non plus ultra* de la comodidad. He comprado una falúa magnífica, la mejor que se ha podido encontrar por aquí, sólida, grande, gallarda, provista de cuanto ordena el arte de la navegación a la vela y al remo. Los más hábiles carpinteros de ribera, los mejores calafates y los más entendidos artífices en obras de mar se ocupan en componerla y decorarla; será el asombro de Sitges y de los cercanos pueblecitos costeros; quiero que tenga la majestad, la hermosura y elegancia de un galeón de príncipes o del maravilloso barquito en que salía de pesca la señora Cleopatra, según narra Suetonio, y si no es Suetonio, otro será el que lo cuente. Mi madre gusta mucho de los paseos marítimos, y yo he querido proporcionarle este recreo, que para mí también lo es. Siempre que haya buen tiempo nos lanzaremos al mar, llevando un patrón que, por las trazas, llama de tú a Neptuno, y ocho marineros, que son la envidia de todo el personal de la costa, sólo por estar a nuestro servicio. Si queremos pescar, pescamos, y si no queremos más que deslizarnos mansamente sobre los hombros del Mediterráneo, sin otra ocupación que admirar los grandiosos espectáculos de la costa, así lo haremos. Hemos bautizado a la barca con el lindo nombre de *Nuestra Señora del Pilar*.

Porque mi madre está contenta lo estoy yo, y porque su salud es aquí mejor que en otra parte, amo a este país. Claro que la felicidad completa, la íntegra satisfacción de los ideales y de los deseos no la tengo, no, y soberbia loca sería pedir al Destino lo que rara vez es concedido a los mortales. Poseo muchos bienes, ¿quién lo duda? Pero alguno me falta, y en el vacío de esta falta suele hacer su nido la tristeza.... Pero dejemos este asunto, cuya oportunidad es muy dudosa, y vamos al que principalmente motiva la presente.

Me hará usted un señalado favor, amigo Centurión, averiguando con la mayor prontitud posible qué es de Santiago Ibero, dónde está, qué le ocurre y por qué no ha contestado a las cinco cartas que desde octubre le llevo escritas. A mí han llegado noticias contradictorias acerca de ese para mí tan caro amigo, algunas tan absurdas que no me atrevo a darles crédito, otras bastante extrañas y oscuras para llenarme de inquietud. Ruego a usted encarecidamente que le busque por todo Madrid, que indague y escudriñe cuanto pueda, hasta dar con la extraviada persona del que familiarmente llamábamos *el ángel negro*, por su morena faz y lo candoroso de su alma. Me permito incluir una carta cerrada para que tenga usted la bondad de entregársela en propia mano en cuanto pueda ponerle la suya encima. Yo he sabido, por conductos indirectos, que el sujeto a quien escribo la presente es visitante asiduo de una familia manchega relacionada íntimamente con otra de Madrid. Alguien hay en ésta que puede dar razón de los laberintos en que se nos ha perdido Ibero. ¿Ve usted cómo todo se sabe, amigo Centurión? Por las damas manchegas introdúzcase en el sagrado de las madrileñas, que no son otras que las hijas de Milagro, mi compañero en la secretaría particular de Mendizábal y hoy gobernador de no sé qué provincia. Fué muy amigo mío y me sirvió en juveniles amoríos de que no quiero acordarme; conocí también a las chicas. Y a propósito: la hechicera de nuestro amigo ¿es la que tocaba el arpa y traducía del francés, o la otra? Me acuerdo de sus caras como si las estuviera viendo; pero sus nombres han volado de mi memoria. Creo haber oído que una casó con un tenor y otra con un militarcillo. Animo y a ellas... Pero no; ahora caigo en que estoy actuando de diablillo tentador, y podría suceder que por buscar a un perdidizo se nos perdiera hombre tan sesudo como don Mariano Centurión. No me meto a señalarle a usted caminos que tal vez estén erizados de malezas y obstruídos por zanjas peligrosas. Búsqueme a Ibero y cácemele como pueda, procurando guardarse de todo mal en las trochas por donde le persiga.

No concluiré sin decir a usted, mi noble amigo, que sus cartas me agradan

en extremo y que mi mayor ventura sería que usted no se cansase de escribirlas. Pero si la relación de los hechos, tal como usted la hace, no merece más que alabanzas, me permitiré indicarle que en el juicio de las personas y en las apreciaciones políticas se va un poco del seguro, llevado de sus resentimientos personales y del apego, muy natural por cierto, a su flamante posición. Reconozco que es difícil juzgar con frialdad los hechos recientes, en los cuales todos los vivos tenemos alguna parte más o menos activa; la imparcialidad, virtud del espectador lejano, rara vez se encuentra en los que ven la función sobre la misma escena. No pido ciertamente una rectitud de juicio que no podría tener el que se entretuviera en describir un incendio situándose en medio de las llamas; pero sí mayor serenidad para calificar los móviles humanos de los actos políticos, pues hombres son los que politiquean, los que en la prensa o en las Cortes, a plumadas o a tiros, conducen por estos o los otros caminos al rebaño que llamamos nación. Paréceme que no revela conocimiento de la Humanidad al atribuir cualidades tan contradictorias a los que en uno y otro bando luchan por sus ideas, ni al suponer que éstos son ángeles y aquéllos demonios, que los de acá proceden por estímulos honrados y todo lo que piensan y hacen es la misma perfección, mientras los de allá no imaginan ni ejecutan nada que no sea perverso, criminal o desatinado. Con semejante criterio, no lograremos fundar aquí sólidas instituciones ni con tal manera de combatir se puede ir más que a la continua guerra civil, al desorden y a la barbarie.

Seamos menos exclusivos en nuestras apreciaciones, y no abramos un foso tan profundo entre las dos familias. Diré a usted que conozco a no pocos moderados que son personas excelentes, y todos conocemos a más de cuatro liberales sin ningún escrúpulo. Cosas muy buenas han legislado y dispuesto nuestros amigos, y otras que son evidentes disparates. No todo es oro acá ni allá todo escoria, que en uno y otro montón abundan el precioso metal y las materias viles. No debemos despreciar, tratándose de política, las formas, amigo mío, las socorridas formas, necesarias en este arte más quizá qué en ningún otro; formas pido a los hombres en lo que escriben, en lo que decretan, en lo que hacen; formas en el trato político como en el social, y sin formas, las ideas más bellas y fecundas resultan enormes tonterías. No desconocerá usted que nuestros amigos tienen mucho que aprender en cuestiones de etiqueta del pensamiento, de la palabra y de la acción, así como también digo que los moderados están igualmente necesitados de disciplina en este y en otros puntos,

Perdóneme el sermón, amigo mío, y siga escribiéndome con libertad, juzgando cosas y personas como usted las vea. Ahora caigo en que la mejor historia debe de ser la guisada en su propio jugo, la que habla el lenguaje de su tiempo... No haga usted caso del sermón; no he dicho nada. Lo que sí digo y repito, más impertinente yo cuanto más servicial usted y cariñoso, es que me busque a Ibero y le dé mi carta, que me escriba lo que acerca de él indague, dirigiendo la carta a esta encantadora villa de Sitges. Mil años de vida le desea su buen amigo

Fernando.

X

DE LA SEÑORA DE MALTRANA A PILAR DE LOAYSA

La Bastida, diciembre.

Aún estamos aquí, mi adorada Pilar: ni Juan Antonio ni yo nos decidimos a volver a nuestra casa de Villarcayo, mientras no se amortigüe este dolor inmenso. Cuatro meses ha que perdí a mi hija, y aún me parece que fué ayer, y que la casa está llena del terror, de las angustias de aquella muerte; la idea sola de entrar en ella me hace temblar. Tú no sabes lo que es esto. A Dios gracias, los niños se defienden bien del crudo invierno. Esta casa de La Bastida, aunque de pocas anchuras, nos ofrece la ventaja de su abrigo seguro y de su situación risueña en medio del campo poblado de vides, poco húmedo, con llanadas sin fin donde pasear. Los alimentos son superiores, las aguas purísimas, el clima mucho más dulce que en Villarcayo, lo que nos mueve a permanecer aquí todo el invierno, y no me pesa, no sólo porque nos sentimos más distantes de nuestro dolor, sino porque veo a Juan Antonio muy

entretenido en el cuidado y mejora de las tierras que poseemos en La Bastida y en San Vicente.

De mi padre sólo puedo decirte que se mantiene acartonadito; come y duerme, y no pierde ocasión de asegurar que ha decidido no morirse todavía; pero ya no es aquel don Beltrán tan ameno y señoril que fué el encanto de tres generaciones: su palabra tropieza cuando quiere usarla demasiado, y de su inteligencia, que rápidamente se amortigua, no brotan ya los destellos que nos causaban tanta admiración. Pásase largas horas sentadito en su poltrona, se hace leer alguno de los papeles públicos que llegan acá, dormita cuando los chicos le dejan solo, y en más de una ocasión le he sorprendido rezando quedamente, cosa nueva en él, pues nunca fué hombre de grandes ni pequeñas devociones; pero ello es hoy muy natural, y demuestra no sólo que Dios le llama, sino que él le oye y quiere acabar santamente sus trabajados años.

No necesito deciros cuanto se acuerda de vosotros; no cesa de nombraros; en la mesa, o jugando con los chicos, o de paseo, le oímos a cada instante: «¿Qué diría Pilar de esto? ¿Qué haría Fernando si tal viese?» Os quiere con delirio. Bien le conozco que tiene rabiosas ganas de irse con vosotros; pero su vejez le ha hecho tímido y ya no manifiesta sus deseos. Yo le proporcionaría este gusto, que es, sin duda, el último aliento de una vida caprichosa, ávida de los placeres sociales; pero no me atrevo a mandárosle allá, ni aun con buena escolta de criados. El pobrecito no está ya para tales trotes. Podría quedársenos en el camino.

Y voy al asunto magno, Pilarica de mi alma. Novedades muchas y gratas tengo que contarte. La primera visita de las niñas de Castro fué de pura etiqueta de duelo, y nada pudimos hablar. Como estamos tan cerca, fuimos a La Guardia Juan Antonio y yo a pagarles la visita, y tampoco pude meter baza, por estar las damiselas en plena cautividad de doña María Tirgo y de las de Alava, que de ellas no se apartaban un momento. Dios dispuso las cosas para nuestra satisfacción y gusto: lo primero que hizo fué agravar los achaquillos reumáticos de la Tirgo para que no pudiera moverse, ni acompañar a las niñas en sus viajatas por estas tierras; y hecho esto, inspiró a Demetria y a su hermana la feliz idea de llegarse acá una tarde, con lo que vi el cielo abierto.

Llegaron las niñas el viernes de la semana pasada en un lindo coche que tienen ahora para pasear, y como yo les manifestara mi sorpresa, no inferior al gusto que me daban, Demetria me dijo:

—Me moría de ganas de hablar con usted, Valvanera, y si no me engaña el corazón, también usted tiene ganitas de hablarme...

—Ganitas rabiosas—le contesté—; como que habíamos tramado ya Juan Antonio y yo tomaros por asalto el mejor día.

Encargada Pepilla de entretenerme a Gracia todo el tiempo que yo necesitara para explicarme con la hermana mayor, cogí a ésta por mi cuenta, nos encerramos, y allí fué el derroche de confidencias y sinceridades que voy a referirte. Ya era tiempo, ¿verdad?

Déjame que tome respiro, que no puedo escribir muy largo; me sofoco; paréceme que hablo todo lo que escribo, y me falta el aliento. Para contarte lo que hablamos Demetria y yo, parte aquel día, parte el lunes en Samaniego, punto concertado para pagarles la visita, tengo que emborronar lo menos seis pliegos. Empiezo por decirte que con tantas penas la joven sin par no ha perdido nada de su belleza grave, que crece y brilla más cuanto más se la mira. En el tiempo transcurrido desde la muerte de su padre, la entereza, don primero de esta singular niña, se ha fortalecido con los sinsabores de la terrible lucha con su familia y los Idiáquez... En broma, en broma, tu presunta nuera anda ya en los veintiséis años, cifra que nos induce a no perder más tiempo, y que nos da la explicación de que haya roto el papel que viene sosteniendo, harto enojoso y duro de representar a estas alturas. La pobrecilla oye dentro de sí las voces que le dan sus veintiséis años, juntamente con el bullicio de la Naturaleza y los clamores revolucionarios de la juventud, que reclama su fuero. Ha llegado el momento crítico de su voluntad, que ya no quiere ser esclava, sino señora, cosa muy natural, y darse el gobierno de sus propias acciones.

Sábado.

Mira, Pilarica, lo que se me ha ocurrido: en ello verás la explicación de ha-

ber tardado ocho días en referirte todas estas cosas, que parecerían un buen trozo de novela sentimental si no fueran la verdad misma. Escribo de primera intención todo seguido, poniendo en forma narrativa los conceptos que Demetria y yo nos decíamos, mezclados con las observaciones que se me iban ocurriendo. Pero leído por Juan Antonio mi cartapacio, encontrólo pesado y oscuro, y no fué preciso más para que mi lastimado amor propio de historiadora me inspirara la idea de darle forma distinta, en lo que se me fueron dos días con sus primas noches. He pensado que resultará mayor claridad para la lectora presentándole la copia de estas largas conferencias en disposición semejante a la de un Catecismo, con preguntas y respuestas, que hacen imposible toda confusión. Verás lo que digo, metiéndole a la niña los dedos en la boca, y lo que ella con sereno juicio y corazón henchido de nobles sentimientos me responde. A su tiempo sabré si me he lucido con mi catecismo, o si ello es una extravagancia de que tú y Fernando os reiréis a costa mía. No me importa, con tal que te enteres bien. Allá voy.

PREGUNTA MÍA.—Lo primero que tienes que explicarme, querida, es lo que pasó entre vosotros, tú y Fernando, cuando éste, después del Convenio de Vergara, te escribió por sugestión de su madre una carta muy afectuosa, diciéndote que se acordaba mucho de ti y otras cosillas dulces y discretas. Era natural que fuese él quien primero se insinuase. Esperábamos que de esta correspondencia saliera lo que nosotros deseábamos, y tú también, por lo que ahora me dices. No podía Fernando espetarte una declaración a boca de jarro: necesitaba explorar antes tus sentimientos... Tres cartas de él cruzáronse con dos tuyas. ¿Qué razón hubo para que este correo se suspendiese bruscamente y para que tu carta postrera fuese la misma frialdad y como un delicado aviso de ruptura?

RESPUESTA DE ELLA.—¡Ay!, no fueron tres las cartas suyas, sino dos; si en efecto escribió esa tercera carta, y verdad debe de ser cuando usted lo afirma, yo no la recibí, puede creérmelo. No debe sorprendernos esta falta, porque precisamente en aquellos días los de Cintruénigo apretaban las clavijas, queriendo vencerme, ya con los halagos, ya con el miedo; mi tía, absolutamente a devoción de ellos, pretendía secuestrarme la voluntad, el pensamiento y hasta la respiración. No nos asombremos de que doña María, en un arrebato de celo, retuviese en su poder la carta que para mí llegaba. La enfurecía mi correspondencia con don Fernando, y siempre que me encontraba con la pluma en la mano teníamos un disgusto. En cuanto a la frialdad de mi segunda carta, la explicaré por una de esas tonterías que hacemos las mujeres, engañadas del falso arte de amor que hemos aprendido en los libros. Se me puso entre ceja y ceja que debía emplear el jueguecito del desdén con el desdén, y ya ve usted qué mal me salió el meterme en tales dibujos. Escribí la carta fría, creyendo que él la contestaría con otra muy fogosa; la carta de él no pareció..., creí que no quería más cuentas conmigo. Lo que padecí en largos meses, después de aquella fecha, sólo Dios puede saberlo... Aprendí entonces que en los casos graves de la vida, los disimulos y las comedias no traen nada bueno, y que siempre debemos proceder con rectitud, expresando lo que pensamos, y no desfigurando con artificios de mujeres vanas la verdad que sale de nuestro corazón.

PREGUNTO YO.—Y ¿cómo, hija mía, no se te ocurrió poner en práctica la sabia regla que acabas de exponer? ¿Por qué no expresaste en tu segunda carta la verdad de tus sentimientos?

RESPONDE ELLA.—Fíjese usted bien, Valvanera: era la situación mía muy distinta de la de don Fernando. Yo no había querido a hombre ninguno antes de conocerle y tratarle, en el terrible tránsito de Oñate a mi tierra, por los altos de Aránzazu... Para mí fué don Fernando desde aquellos días, más que un hombre, un ángel, un caballero bajado de los cielos... Yo le quería..., lo diré todo claro, pues usted así lo desea..., yo le quería, y considerándome indigna de juntar para siempre mi existencia con la suya, me consolaba queriéndole a mi modo, sola conmigo y con las imágenes de él, que no me dejaban despierta ni en sueños... Pues bien: si yo no había tenido jamás ningún amor más que el de que estoy hablando, él amaba, bien lo sabe usted, a otra mujer... Y aunque es público y notorio que esta mujer le había dado unas grandes calabazas, él no renunció

a ella, y el año 38, cuando fué a Miranda, revolvía la tierra por encontrarla, y ella por otro lado corría en busca suya, no sé si cuerda o loca... Después oí contar que el señor de Calpena anduvo por tierras de Vizcaya y Guipúzcoa disfrazado de trajinante, negociando secretamente con Maroto las condiciones del Convenio. Dijéronme que Zoilo Arratia, el maridillo de Aura, se había dejado los huesos en Peñacerrada... La noticia vino de Cintruénigo, con indicaciones de que los amantes de Madrid, los separados en Bilbao por inconstancia o traición, se encontraban de nuevo, y libres ambos, hacían paces duraderas... Verdad que todo esto fué desmentido por ustedes; pero cuando don Fernando me escribió, después del abrazo de Vergara, no me constaba de una manera cierta que su pasión por la de Madrid fuese una hoguera totalmente apagada... Ha dicho usted que don Fernando no podía empezar su correspondencia con una declaración, ni menos con propuesta de matrimonio. Pues menos podía yo hacerlo. Su carta era muy afectuosa, revelaba una gran estimación de mí; pero esto no me satisfacía. Digan ustedes lo que quieran, en mi primera respuesta le abrí camino para que se declarara. El, la verdad, estuvo a dos deditos de la declaración. Tuve yo la ridícula idea de coquetear, como antes he dicho, y todo lo eché a perder... Crea usted que la falta de libertad, la horrorosa imposición de mis tíos son la causa de que todo ello no se decidiera en pocos días, pues si me dejan, yo habría traído a mis pies al caballero y le habría hecho confesar lo que ahora confiesa y reconoce, y es que si para Demetria no hay más hombre que él, para don Fernando no hay otra mujer que yo. Las cosas, claras.

HABLO YO.—Bien, niña mía. Así se expresa una mujer de corazón y de virtud inmaculada. Cuéntame ahora las peripecias de estas terribles luchas que has tenido que sostener con tus tíos. Durante el año 40 no cesaban de llegar a nosotros noticias de concordia entre las castellanas de Castro-Amézaga y el castellano de Idiáquez, y la insistencia de estos rumores les daba tal verosimilitud, que perdimos toda esperanza. A principios del 41, hallándose Rodrigo en Madrid, como diputado en las Cortes que eligieron regente a Espartero (y él fué de los que dieron voto contrario), anunció a sus conocimientos que antes de primavera se casaba contigo. Luego vino el notición de que te metías monja. Explícame todo esto en breves palabras.

HABLA ELLA.—No tiene usted idea de mis padecimientos en esos dos años; fueron tales, que pienso que ellos solos me bastarían para ganar la gloria eterna. Los de Cintruénigo, después de abrumarme con cartas de amor, alambicadas y fastidiosas, me abrumaban con regalos. Admitirlos no quería yo; pero mis tíos me cortaban la voluntad. Vino doña María Tirgo con una corte de clérigos y hasta con el obispo de Calahorra... Por cierto que en aquellos días parecía mi casa el Vaticano: no se veían más que sacerdotes elegantes, que gastaban rapé oloroso y hablaban latín fino: doña María echábame homilías semejantes a las de los *misterios gozosos y dolorosos;* me aseguraba en todas ellas que se moriría de pena si no le daba yo el gusto de ser su hija. Todo el clero que a la de Idiáquez acompañaba no tenía más que una voz para prometerme la bienaventuranza eterna si me casaba con don Rodrigo, y ella ponía el remate a la tentación diciéndome que era muy poco lustre para mí el título de marquesa, que Rodrigo se proponía obtenerlo de mayor resonancia y que él y yo ceñiríamos coronal ducal. Figúrese usted lo que me importan a mí títulos ni relumbrones. Dijo también que a Rodriguito le habían prometido los moderados hacerle ministro en cuanto los perros cambiaran de collar y echáramos al regente, y qué sé yo qué más... ¡Dios mío, qué de cosas me han dicho y qué valor y constancia he necesitado para mantenerme en mis trece!... Llegó después el marquesito transformado de ropa, pues ya recordará usted que de sus primeros viajes a Madrid volvía siempre vestido con tres modas de atraso, revelando en su facha la miseria que no podía desechar de su alma. Alguien debió de advertirle que nada es tan necesario a un galán pretendiente como el revestirse de formas elegantes, según el estilo que viene de París. Traía muchos y variados levitones y levitines y creía conquistarme mudándose de traje por la mañana, otra vez al mediodía y luego por la tarde y noche. Me daba fatiga ver a un hombre que no hace más que vestir-

se y desnudarse cuatro veces en la brevedad de un día... Bien comprende usted que con esto me convencieron menos que con las coronas ducales y marquesiles. Mi tía ponderaba la elegancia de Rodrigo, y yo, aburrida ya y deseando morirme, hacía lo propio, a ver si así lograba que el galán y su madre salieran con viento fresco y me dejasen tranquila. De aquí nació la falsa idea de que yo cedía y empezaron a correr voces de avenencia... Como doña María, reforzaba con las de Alava, pretendiese un día arrancarme declaración de consentimiento, me planté, soltando los registros más fuertes de la entereza que Dios me ha dado y les dije que en todo haría el gusto a mis amados tíos menos en casarme con un hombre que no me inspiraba ningún amor. Fuése del seguro mi tía y acabamos la función ella y yo, no con voces airadas, que eso no está en nuestra condición, sino echándonos a llorar como Magdalenas. Mi tío también lloraba y a Gracia le dió un síncope que nos puso en gran alarma.

Al fin pronuncié yo la sentencia que me dictaba mi voluntad. De una vez para siempre declaré que no me casaría con don Rodrigo aunque me lo trajesen encasquillado en oro, con perlas y brillantes; que no queriendo contrariar a mi familia ni acceder tampoco a pretensiones que ofendían mis sentimientos, me consagraba al servicio de Dios; que no me casaba, vamos, ni ahora ni nunca... Vuelta a llorar mi tía; Gracia pierde otra vez el sentido, y mi tío cae a mis pies y me los besa diciéndome que soy un ángel...

Yo.—Pero no un ángel cualquiera, sino un ángel heroico, de la mejor y más sublime casta. Déjame que te abrace y te dé mil besos, y aun así no expreso toda la admiración que me causa tu firmeza de voluntad.

Ella.—*(Besándome con efusión y derramando un llanto dulce entre risas patéticas, estallido de un corazón que ya no sabe ni puede contener el brote descompasado de sus afectos.)* Lo que yo he padecido por mantenerme firme en esta guerra y para no dejarme conquistar, no puede usted figurárselo... ni nadie lo entiende más que Dios. Don Fernando quizá lo comprenda si, como usted dice, de veras me ama. Bien puede agradecerme ese pillo la resistencia que he tenido que sacar de esta pobre alma mía y lo que me ha costado el guardarme para él... Yo me guardaba y esperaba... hasta el fin del mundo.

XI

CONTINÚA LA CARTA DE VALVANERA

Domingo.

La segunda entrevista fué en Samaniego, que así lo determinó ella, fijándome día y hora. Convinimos en que yo iría con Juan Antonio, ella con Gracia y el mayordomo que suele acompañarlas, y podríamos estar juntas media tarde, libres y en todo el goce de la recíproca confianza, pues ya cuidaría ella de que ni los tíos de las amigas se le agregasen. Doy a esta segunda conversación la misma forma que a la primera di. Gracia no asistió a la conferencia; mi marido, sí; pero no figura en el coloquio hasta el momento final. Empieza ella diciéndome lo que copio:

«Con mi resolución de entrar en un convento no se dieron mis tíos por derrotados; mas cambiaron de método para mi conquista, y ya no vinieron contra mi voluntad frente a frente, sino de soslayo. No tenía yo que hacer misterio de mi inquebrantable adhesión a don Fernando y del tenaz propósito de ser suya o de nadie. Trataron de quitarme de la cabeza esto que llamaban desvarío; pero viendo que con sus exhortaciones no lograban sino exaltarme más en él, dieron en denigrar a mi salvador, más que en su propia persona, en la de su señora madre. En rigor de verdad, mi tío, que es un santo, no decía cosa alguna que pudiera sonar a difamación: no hacía más que presentarme como inconveniente el matrimonio con don Fernando, sin que ello le impidiera reconocer las admirables dotes de éste; mi tía no pronunciaba difamaciones ni alabanzas del caballero; mas por boca de las de Alava y de las de Manterola quería demostrarme que me cubriría de vilipendio dando mi mano al hijo de la condesa, y que más me valdría la oscuridad de un convento, la muerte misma, que tan absurdo matrimonio...

Hablo yo.—*(Sin poderme contener.)* Pero tú, niña salada, no te acobardarías

ante esos pérfidos ataques. Ya supongo que no se paraban en barras; te pintarían el nacimiento de Fernando como la mayor de las ignominias, y a Pilar como un ser odioso que lleva tras sí el oprobio y el escándalo. Pero tú, que sabes más que ellos; tú, que tienes alma grande y un entendimiento superior, capaz de medirse en buena lid con todo el Concilio de Trento, te sacudirías fácilmente las moscas, ¿verdad?

ELLA.—¿Que si me las sacudía? Habría usted de oírme. Mi tío don José, que no puede disimular, ni aun delante de su terrible hermana, el amor que tiene a don Fernando, casi, casi me daba la razón y sin darse cuenta de ello apoyaba mis argumentos. Yo concluía mis sermones declarando que ni yo ni ellos éramos llamados a juzgar a la señora condesa de Arista; que entre esta señora y yo, sin conocernos personalmente, no podían mediar rencores ni desconfianzas, sino más bien la mutua estimación y un leal cariño; y en cuanto a su hijo, todos debíamos cerrar los ojos ante su origen y abrirlos bien abiertos para verle y admirarle en los méritos de su persona. Que me negaran estos méritos y ya me tenían a mí como una leona, sacando para defenderle cuantas uñas me puso Dios en el magín. La verdad, no se atrevían a desconocer el talento, la cortesía, el noble corazón del hijo de la condesa, y a mi tío se le escapaba de los ojos alguna lagrimilla cuando recordaba el tiempo en que aquí tuvimos a nuestro caballero con su patita coja.

En esto apuntó el noviazgo de mi hermana con Santiago Ibero, que vino a enredar las cosas, ya bien encaminadas, porque mi resistencia movió a los Idiáquez a poner sus miras en la hermana menor. Vieron que por parte mía estaban verdes, y en la pobrecita Gracia viéronlas maduras. Fué mi primer impulso reprobar los amores de mi hermana con Santiago; pero entendiendo que el noviazgo no era cosa de juego, sino muy seria, observando a la chiquilla muy enamorada y reconociendo en él cualidades y circunstancias que nadie podía negarle, apoyé los deseos de entrambos, y aquí me tiene usted en nueva y encarnizada lucha con mis buenos tíos. No acabaría nunca si refiriese pormenores de tantísimas escaramuzas y batallas. Mi casa ha sido el campo de una terrible guerra civil, en la cual, si no de sangre, torrentes de lágrimas se han derramado.

Si por un lado he visto en mi casa un campo de Agramante, por otro paréceme teatro, en el cual las comedias han sucedido a los dramas, y a los dramas los entremeses para reír, que de todo hay en la escena del Señor.

YO.—Me figuro lo que habrás padecido y luchado, pobrecita de mi alma, y tu heroísmo va más lejos de lo que yo creía y él te da el diploma de mujer incomparable, única. Dime ahora si es cierto que Ibero, por causas desconocidas, ha roto con tu hermana, quedando ésta libre, y si la niña inconsolable, como cuentan, se decide a sepultar en un claustro su desconsuelo.

ELLA.—Eso lo veremos. Yo no doy por terminado este asunto. Por de pronto, los de Cintruénigo, que hace meses cogían el cielo con las manos, han recobrado esperanzas, y con las esperanzas se le han hinchado las narices a doña Juana Teresa, que vuelve a estar insufrible de altanería y despotismo. Ha desatado la curia contra su hermana la de Arista, acosándola en pleitos, y también a nosotras quiere enredar en ridículas cuestiones por los linderos de las piezas de Caparroso con unos andurriales donde apacientan cabras los Almontes de Tarazona. Pero de todo esto me río yo, como se reirá don Fernando de las dificultades que le ha movido por los mayorazgos de Valldeveu y de Centellas en Barcelona. Lo que principalmente ahora me inquieta es el estado de abatimiento de la pobre Gracia y mi temor de que su tristeza le cueste la vida. No sé cómo saldremos de este nuevo conflicto; pero no renuncio a una buena solución si en ello me ayuda la única persona en quien todo lo fío y de quien todo lo espero.

YO.—*(Con solemnidad.)* Don Fernando, tu esposo, y así le llamo porque Juan Antonio y yo no salimos de aquí sin celebrar contigo un compromiso sagrado. El hombre que te sacó del cautiverio de Oñate ahora te sacará del encierro en que tu voluntad y la de tu hermana están prisioneras; mas para esto es preciso que suya, eternamente suya, te declares, como él por mediación nuestra se reconoce tuyo, y muy tuyo.»

Al decir esto, Juan Antonio y yo nos

pusimos en pie y con una solemnidad que comprenderás sin que yo te la describa le dijimos:

—Demetria, mi marido y yo te hacemos formal entrega del corazón del hombre que amas, y por encargo de él te pedimos el tuyo para enviárselo, y él lo guardará hasta que uno y otro corazón puedan en la realidad de la vida juntarse y en uno solo refundirse.

No sé si *me salió* como lo escribo; debió de ser en forma más tosca y con palabras inseguras; pero tal fué la sustancia de lo que dije. Habló entonces Juan Antonio, y palabra más, palabra menos, allá va:

—Esto no es una simple conversación de amigos; es un compromiso grave, en el cual usted, Demetria, responde de su voluntad, como nosotros respondemos de la de nuestro amigo. ¿Está usted decidida a sobreponerse de un modo absoluto a las sugestiones de su familia y dar su mano al que nos autoriza para ofrecer la suya?

ELLA.—Sí lo estoy. Sea Dios testigo de que lo deseé siempre, y ayúdeme a sostener que, si antes no pudo ser, ahora será.

JUAN ANTONIO.—Convengamos en que esto es un casamiento por poder; y aunque para dar fuerza a la ficción no hay más garantía que la de nuestras conciencias, como éstas son muy puras, acordemos que lo que aquí se ate ningún poder humano podrá desatarlo. Déme usted su mano y haga cuenta de que la mía es la de don Fernando. Lo que falta, las formalidades civiles y las bendiciones del cura, harán efectiva la unión vital; y en espera del sacramento, las voluntades ya ligadas no pueden separarse.

No lo dijo mi marido tal como aquí lo lees, sino con mayor familiaridad y menos tiesura gramatical. Pero tómalo así, pues él me ha escrito el parrafillo, en que verás su pensamiento con toda claridad y precisión. Contestó Demetria repitiendo hasta tres veces el «sí quiero» con firme acento y emoción muy viva, y dimos por terminado el acto. Ya lo ves; véalo también el caballero de los escrúpulos; nos hemos excedido en nuestra misión, pues nos encargasteis que exploráramos, y no sólo hemos explorado, sino que hemos descubierto y os ponemos en la mano un mundo hermosísimo. Yo estoy muy contenta, todo lo que puedo estarlo dentro de las sombras de mi pena indeleble, Tú también te pondrás como unas pascuas cuando esto leas, y del caballero nada digo, porque me lo imagino celebrando su felicidad con todo el ardor y toda la vehemencia que puso antaño en llorar su desgracia. ¡Vaya, que se lleva una hembra!... Mucho vale tu niño, Pilar; pero con ser tan grande su mérito, aún creo que no iguala, no, a este acabado modelo de chiquillas casaderas (no tan chiquilla ya), que será pronto perfecta casada. Dice Juan Antonio que no ha visto otro caso ni cree que exista mujer que a Demetria pueda compararse. No nos cansamos de admirar su discreción, su aplomo, su gracia, en la dosis precisa para no perjudicar a la formalidad; su belleza, que en alto grado tiene cuando bien se la mira; su conocimiento de la vida; su inteligencia casera y gobernante, sin que deje de ser mujer en todo cuanto ordena y ejecuta; y por último, su salud vigorosa, pues su cuerpo es de intachable configuración, airoso y flexible; las carnes, apretadas y duras; la mirada, serena y viva; el color, tostado; la musculatura, de acero. ¡Qué hermosa sangre, qué admirable vida! Te anuncio una cáfila de nietos que harán tus delicias, y serán como robles. A Fernando que se apresure a tomar posesión del mundo que él descubrió y que nosotros le hemos conquistado. Si algún impedimento hubiera aún por acá, lo arrollará la terquedad de esta señorita, que ya se tiene por casada en espíritu y quiere serlo de hecho. Es muy natural: ha cumplido los veintiséis. Su talento, su vida exuberante le dicen a gritos que es lástima dejar que el mundo se acabe.

Nota.—Todo esto me lo ha puesto Juan Antonio, que se mete a colaborar en mi carta, quitándome la pluma de la mano y añadiendo observaciones y juicios de su cosecha. Declino la responsabilidad... Pues sí: decimos que se dé prisa don Fernando; por acá la prisa es grande, en razón de lo tardío de esta unión. Ya debías tú tener un par de nietos, muchachones como castillos, si las cosas hubieran ido por el camino que debían llevar. Pero no tarda quien a casa llega. La niña de Castro no espera más, y antes que dilatar su dicha y el cumplimiento de sus naturales fines, se pondrá por montera a toda

la familia y a la caterva de allegados y deudos que la atormentan. No espera, digo, y harto lo revela su rostro sanote, de un color de salud y vida que es la mayor gala de la naturaleza. El sol está en su cara, y las generaciones hormiguean en sus ojos... Basta; le quito la pluma a Juan Antonio para decir que no es decente meter tanta prisa.

Bien quisiéramos, amiga del alma, acompañaros en vuestros paseos por la mar. ¡Qué hermosa será vuestra galera empavesada, deslizándose..., y las ondas azules, y...! Aquí me paro, porque no sé yo decir esas cosas. Cuando pase el invierno quizá podamos satisfacer nuestro afán de verte y embromarte, dándole un fuerte mordisco a ese caballero y un tremendo abrazo a don Pedro Hillo. ¡Qué guapos estaréis todos navegando por esas aguas y pescando besugos o lo que den los mares de allá!

Pues ahora, Juan Antonio, no contento con meterse a colaborar en mi carta, ha dado en retocarla toda, añadiendo parrafitos, borrando lo que no le parece bien, enmendando lo que cree oscuro. El cuento es que, por no enviártela llena de tachaduras y garabatos, tengo que ponerla en limpio, y al hacerlo veo que lleva un empaque gramatical que no entra en mis hábitos. Así se aprende. Dice mi marido que debe ir el *documento* muy bien apañadito, porque su indudable importancia lo destina ciertamente a la conservación; esta carta es de las que se guardan como oro en paño en las familias, y hallándose, por tanto, *amenazada* de pasar a la posteridad, debemos darle una pasadita de piedra pómez.

En mi próxima te mandaremos, de acuerdo con tu nuera, instrucciones acerca de la mejor forma, del tiempo y lugar más adecuados para la celebración del casorio. Tiene razón mi marido: ¡a casarse, a vivir!

Veinte mil besos de mis hijos y míos, innumerables docenas de abrazos de Juan Antonio y de don Beltrán, y recibid toda el alma de vuestra amante amiga

Valvanera.

XII

DE DON SERAFÍN DE SOCOBIO A DON FERNANDO CALPENA

Enero de 1842.

Ilustre amigo: Su carta del 12 me alivia del susto que la del 3 me dió, pues veo en ella bien manifiesta la mejoría de su señora madre, que ni aun en ese dulce clima tolera los rigores invernales. Felizmente no es cosa mayor esa dolencia que en tan grande alarma nos puso a los amigos de acá, y doy gracias a Dios por el alivio, pidiéndole que sea completo, y que las aflicciones de usted por este motivo no vuelvan a repetirse. Al propio tiempo allá van mis felicitaciones por lo que me manifiesta respecto al buen giro del interesante asunto de La Guardia, más relacionado con el corazón que con los intereses. También pido a Dios que le acelere el desenlace que ha de colmar sus justos anhelos. Si da Dios la felicidad a quien la merece, bien puede usted decir que ya la tiene en la mano. Cierre usted el puño para que no se le escape.

No resisto a la tentación de dar a usted algunas noticias que con ese negocio se enlazan. Ha llegado la semana pasada el señor marqués de Sariñán, que trae el propósito de aprovechar la famosa ley del 2 de septiembre último, por la cual se declaran bienes nacionales todas las propiedades del clero secular en cualesquiera clase de predios, derechos y acciones que consistiesen, de cualquier nombre y origen que fuesen, y con cualquier aplicación y destino con que hubieran sido donadas, compradas o adquiridas. Alcanza esta ley a los bienes, derechos y acciones de las cofradías y fábricas de las iglesias. Al olor de estas compras acuden terratenientes de los pueblos y logreros de las ciudades. Sigo creyendo que la ley es un despojo inicuo. El de Sariñán no se duerme, y como tiene ahorros, efecto natural del miserable y roñoso trato que se da, será de los que arrebaten con viva mano los mejores bienes de aquellas manos muertas. Allá se las haya con su conciencia. Pues bien: interrogado el señor marqués por un amigo mío acerca de lo que llamamos el negocio de La Guardia, repitió que pronto quedarían vencidas las dificultades

que suscitaba la malicia. Se lo digo para su gobierno, en la seguridad de que usted compaginará las noticias que recibe con las que me da.

Otra incumbencia, además de la compra de tierras eclesiásticas, le trae a Madrid, y de ello puedo dar testimonio, porque a un servidor de usted le han encargado las diligencias necesarias para llevarla a efecto. Desea el señor marqués añadir a sus títulos nobiliarios el de duque, y consultado el caso conmigo, aconsejé pedir la reválida del ducado de Nuévalos, que en tiempos de don Pedro V de Aragón perteneció a la casa de Idiáquez, pasando luego por enlaces a la de Lazán y perdiéndose hacia 1710 por muerte del poseedor don Fadrique de Lazcoiti y dejación de sus herederos, que se ligaron a la causa del archiduque y emigraron a Francia. Conforme con mi dictamen el señor marqués, quedé yo en comenzar las gestiones y en llevarlas con la mayor actividad. Esto me huele a próxima boda. No diga usted esto a nadie, mi buen don Fernando, que el señor don Rodrigo me ha encargado la reserva.

Dejemos a un lado al noble mayorazgo de Cintruénigo, y vamos con su amigo de usted, de quien al fin puedo darle nuevas, que siento no sean felices... No tiene usted idea, mi señor don Fernando, de las vueltas que di por Madrid, ni de las calles y costanillas que tuve que recorrer para encontrar al desdichado Ibero, tarea ingrata, que me ha puesto perdido de los callos, pues hay que ver, amigo mío, la ruindad y abandono de los empedrados de la Villa y Corte en estos tiempos de regencia esparterista. ¡Qué Ayuntamientos! Así está todo. Vamos al abismo, si no vienen pronto los *hunos*. ¿Sabe usted quiénes son los *hunos?* Pues son los *otros*. *Inteligenti pauca.*

Decía que tropezando aquí y acullá, tomando razones de porteras soeces y de aguadores zafios, di con Santiago Ibero en una vivienda modestísima de la calle del Limón. ¿Sabe usted dónde esta calle cae? Allá por el cuartel de Guardias, que es donde Cristo llamó, según cuentan, y no le oyeron... Sorprendióse de verme, y lo primero que hice fué hablarle de usted, por cuyo mandato iba yo en su seguimiento y captura. Al pronto pareció no recordar, no digo la persona, pero ni el nombre de usted, de donde saqué la convicción del lastimoso estado de su caletre; pero luego, mi segunda y tercera amonestación le refrescaron los aposentos de la memoria, y se manifestó complacido del recuerdo, añadiendo que no existía ningún amigo que tanto le interesase. Como yo le dijese que era fea ingratitud olvidar a tal amigo y no responder a sus cartas, contestó mil incongruencias: que no tenía tiempo de plumear; que no acertaba con lo que debía escribir a persona tan amada; que sus ideas variaban como unas setecientas veces cada día; que escritas con no poco trabajo dos cartas, las había roto; que escrita una tercera, olvidada se le quedó en el bolsillo dos largos meses, entre migas de pan y picadura de tabaco.

No es cierto que le hayan concedido la licencia absoluta: la pidió al regente; pero éste, mejor dicho, el gran mangoneador Linaje, no ha querido dar curso a la solicitud. Está el hombre de cuartel, abominando del servicio militar y de todo lo que sea guerra, fusiles y ordenanza. Causóme no poca sorpresa ver gruesos libros en la mesa del mísero cuarto en que me recibió, y de punto subió mi asombro viendo que eran obras místicas: el *Tratado de la paciencia,* de Malón de Chaide; la *Vida de Cristo,* del padre Nieremberg; el *Evangelio en triunfo,* de Olavide, y algo más que no recuerdo. A mis preguntas acerca de sus nuevos gustos literarios, contestó con evasivas. Luego vi que un armario próximo albergaba novelas, algunas traducidas del francés, y me parecieron, por los pocos rótulos que leí, la más abominable literatura del mundo. De paisano vestía el pobre coronel, cubriéndose casi todo el cuerpo con una luenga bata negra que más parecía sotana, los pies en pantuflos colorados: ni en cuellos ni en puños vi asomos de camisa, *gloriosa nuditas.* Lo más extraño de todo es que en la frigidísima estancia no había lumbre. Interrogado por mí acerca de este punto, díjome que ignora lo que es frío, que arde su cabeza y que su corazón es un rescoldo inextinguible. En tanto que con él hablaba, se me iban los ojos por todos los rincones del aposento, buscando rastro de mujeres o alguna señal de femenil existencia. Vi retratos de escaso mérito, que no representaban ciertamente tipos de hermosura; vi ropas colgadas de clavos y perchas, entre las cuales había prendas de mujer, viejas y sin ninguna elegancia; botas y

zapatos de pie breve vi también, ya desfigurados por el uso. Mujer había, sin duda, mas era de baja estofa, según las trazas, o de las que por los caminos de liviandad vienen muy a menos.

Con la discreción más sutil traté de sonsacarle quién era ella y el porqué y el cómo de tal envilecimiento; pero no quiso clarearse, demostrando en ello más marrullería que demencia y una grande habilidad para eludir las contestaciones concretas. Y luego, exaltándose de improviso, me dijo: «Soy un hombre sin honor, y toda persona que estime debe huir de mí como de un apestado. No merezco que ningún caballero me dirija la palabra. Caballero fuí yo; pero ya no lo soy, ni a serlo volveré.» Y como yo intentara quitarle de la cabeza ideas tan sombrías, se encalabrinó más, echando tal lumbre por los ojos que empecé a sentir miedo. Mi turbación llegó a su colmo cuando le vi levantarse súbitamente, cual muñeco de resortes, y medir a zancajos la estancia, cogiendo un libro de una parte para ponerlo en otra y masticando palabras ininteligibles, como quien no está en sus cabales. A toda prisa solté las frases de retirada, y él, apretándome la mano hasta que me hizo ver las estrellas, echóme su despedida en los términos más insólitos: «Le felicito a usted porque se marcha..., muy señor mío y dueño... Huya usted, apártese de e s t e hombre indigno... Buenas tardes... Expresiones... Váyase pronto y no vuelva... Aquí manchamos, digo, yo mancho... Conservarse. Me hará el favor de no volver por acá.»

Asustado en el momento de despedirme, compadecido cuando salvo me vi en la escalera, bajé con propósito de obedecerle en lo de no repetir la visita. Olvidaba decir a usted que no me salí sin entregarle su carta, y que él la tomó con rápido impulso, y sin mirarla la puso entre las hojas de un voluminoso libro, cuya tapa cerró con estrépito. Me figuro que aquel y otros infolios son el panteón donde yacen sepultadas todas las cartas que el infeliz hombre recibe.

Conque ahí tiene usted todo lo que directamente he podido inquirir del caballero sin ventura, a quien ha hechizado vilmente alguna de estas a quienes vilipendió Aristóteles llamando a toda la clase *animal imperfecto*. Si por vía indirecta puedo averiguar algo más, no tardaré en comunicárselo. Sé que otros amigos de usted andan en exploraciones por el lado de ciertas familias manchegas y matritenses, y quizá saquen de ello algún fruto... A propósito: me han contado que el protegido del regente, Marianito Centurión, que de garrochista andaluz pasó a gentilhombre de Palacio, *¡o tempora!*, anda por estos sociales laberintos buscando una hembra de buena dote con quien entroncarse, sin reparar que sea un espanto de fea. Parece que el hombre ha encontrado su *para cual* en la hija de un don Bruno, coterráneo de Don Quijote; pero no se lleva mal chasco si la pide en matrimonio y se la dan, pues no es oro todo lo que reluce, ni la riqueza de esa familia es lo que cree Centurión, que ya se tiene por poseedor de media Mancha. Y de una de las chicas he oído que anda un poco descarriada, cosa natural en este Madrid, que a los vicios ingénitos une hoy los que nos ha traído el *progresismo*, conductor de nuevas costumbres y de relajaciones extranjeras. ¿Si será esta oveja churra, descarriada, la pretendida de Centurión? Me alegraré mucho, para que, sin llevarle gran cosa de dinero, le adorne la cabeza como él se merece y le cuadra muy bien, y así podrá decir que la boda «le sale a mocha por cornada».

Pasando a otra cosa, mejor enterado estará usted que yo de ese movimiento de Barcelona, del cual dicen que es *democrático-socialista*... ¡Vaya unos términos que vamos sacando ahora! Es lo que nos faltaba: que el desbarajuste esparteril nos trajese también un poco de democratismo, tras del cual veo asomar la oreja del republicanismo, o sea la disolución social. Por aquí se asegura que el *Tío Cromwell*, tan severo con los *caballeros de Octubre*, será blando con los insurrectos de Barcelona, lo que no ha de maravillar a nadie, por aquello de *asinus asinum fricat*. Bueno, Señor, bueno.

En las nuevas Cortes, los más ciegos pronostican grandes tumultos. López y Caballero están haciendo ya los guiños parlamentarios que preceden a la rabiosa oposición. Cortina y Olózaga tiran chinas contra las nulidades del Ministerio; y mi señor regente no sabe salir del círculo de su tertulia de *ayacuchos*, ni gasta más ideas que las que allí le suministran. Vamos bien, tan bien que no iríamos mejor si estuvieran en nuestra

mano las riendas del desgobierno. La situación es consoladora para los leales, y muy recreativa para todos, porque nos deleitamos con las crueles bufonadas de *La Postdata* y de *La Guindilla*. ¡Qué ingenio para las burlas! ¡Con cuánto gracejo y desparpajo escarnece la libertad de imprenta a los que la patrocinan, y qué bien allana el camino a los que reniegan de ella! La Prensa, amigo mío, es un perro que no muerde más que a sus amos. ¿A nosotros qué ha de mordernos, si desde el primer día le ponemos bozal? En fin, que sigan ciegos y locos cometiendo torpezas, autorizando escándalos, corrompiendo al país, revolcando en el suelo *el principio de autoridad*, y no tendremos que hacer más que cruzarnos de brazos hasta que llegue el momento de recoger aquel sagrado principio, roto y sucio en medio de las calles. Y como estará tan puerco, de las manos progresistas, habremos de cogerlo con un papel..., que será la Constitución genuinamente *moderada*.

¿Qué tiene usted que decir de esto? ¿Verdad que estoy en lo firme anunciando la catástrofe progresista y el triunfo de los buenos? Y los buenos somos nosotros, señor don Fernando: ya lo verá usted, que también es bueno *en general*, y como tal le reconoce su incondicional servidor y amigo

Socobio.

XIII

DE GRACIA A DON FERNANDO CALPENA

La Guardia, marzo 1842.

Grandísimo badulaque: Te escribo por encargo de mi hermana, que no puede hacerlo hoy con el detenimiento que piden las circunstancias. Como entre Demetria y yo no hay secretos, las órdenes que ella tenía que darte, dóytelas yo, y es lo mismo, ¿sabes? No te enfades por no ver letra de mi hermana. Está buena, y rabiando porque se nos ha llenado la casa de visitas, y heme aquí encerrada en mi cuarto con pretexto de dolor de cabeza, para estar sola y poder mandarte estos rasgos... Advertirás que ya sé poner las haches: lo aprendí para no hacer mal papel cuando me carteaba con el ser más indigno que hay en la creación, con el que en lo traidor y engañoso te supera..., digo, a ti no... En fin, punto final en esto.

Pues verás: dice Demetria que ya es ocasión de que vengas. Luego te diré el cómo y dónde has de presentarte. ¡Ay de mí! Vas a ser feliz, y ella también. ¡Con cuánta pena, con cuánta envidia lo digo!... No temo pasar por envidiosa: lo soy, ¿y qué? Cierto que no le quitaría yo a mi hermana ni un pedacito de su felicidad, ni a ti tampoco; pero me duele ver dichosos a los demás, cuando yo me muero. ¡Ay Fernandito, qué desgraciada soy, qué martirios han destrozado y destrozan el alma de tu hermanita! Mis ojos, que eran tan preciosos, tú me lo has dicho, están secos de tanto llorar, y llorando he de seguir, pues mi pena no se acaba, me va labrando por dentro y comiéndome las entrañas: y si no quiero morirme es por esto que nos dicen de que somos eternos... ¡Eternos; y allá también sentiremos las penas de aquí! ¡Eternos o inmortales, lo mismo da, creo yo, para no hallar consuelo en los siglos de los siglos!... No, no: más quiero vivir, por ver si este dolor se me calma. ¿Qué crees tú?... No me hagas caso. ¿Te acuerdas cuando nos trajiste de Oñate? Pues, ¡ay!, si me hubiera muerto yo con mi padre, habríame ahorrado tantos dolores y ahora estaríamos descansando juntitos... En fin, dicen que Dios lo dispone todo: yo me conformo; digo, no me conformo, no me da la gana... Sólo que... Francamente, ¿qué saco de no conformarme? Pues padecer más y afilar los cuchillos de mi pena.

Te diré que como no hay secretos entre mi hermana y yo, he visto las veinte cartas que desde la reconciliación de Samaniego le has escrito, y las diecinueve contestaciones de ella también han pasado por estos ojitos, que ahora con el llorar se vuelven tan fecs. Pues sí: el día que tocaba carta era para nosotras gran fiesta: la guardábamos para leerla a medianoche, y cuando llegaba el momento encendíamos nuestra luz, y cabeza con cabeza leíamos con cuatro ojos, y con dos bocas recitábamos tu escritura, niño bobo. ¡Ay, ay, ay, qué lindas cosas le decías a tu novia! ¡Cuántas veces vi que a Demetria se le dilataba el pecho, se le cortaba la respiración, y ni llorar podía! Otra noche, leyendo aquella carta en que le hablabas de tu mamá, y de que tu mayor gloria sería que

nosotras la adorásemos, a Demetria y a mí se nos caían a hilo las lágrimas..., y luego mojamos tanto los dos pañuelos que se podían torcer.

Ya puedes estar satisfecho, Fernandito: ¡qué mujer te llevas! Yo creo que buscándolo bien, revolviendo la tierra, se podría encontrar un hombre como tú; lo que no encontrará nadie es otra Demetria, ni aunque la busquen con las antiparras del Padre Eterno; y debo decirte también que si satisfecho estás tú, ella lo está más, porque... ¡Ay, ay!, me echo a llorar como una simple, y los goterones que caen sobre el papel me lo ponen perdido... Espérate un poco.

Sigo: pues te decía que Demetria no cabe en sí de satisfacción: desde que te declaraste por boca de Valvanera, está como chiquillo con zapatos nuevos... Pavonéate, hombre: tu novia te quiere con delirio, y no es esta pasión de ayer ni de la semana pasada, bien lo sabes tú; trae la fecha de nuestro conocimiento: nació en el camino de Aránzazu y se fué criando en esta casa, cuando te tuvimos aquí curándote la herida y dándote tanto mimo. Aunque yo no tenía entonces la reflexión que me han dado después los años, comprendí que mi hermana te quería; mas como ella callaba, yo también. Demetria es muy reservada, y a mí me trataba como a una chiquilla, absteniéndose de confiarme sus pensamientos íntimos. Llegó un día en que dejé de ser chiquilla; también me entró la demencia de amor..., ¡ay, nunca lo hubiera hecho!..., y entre mi hermana y yo empezaron las confianzas. Yo, por movimiento natural, le contaba todo lo que me ocurría. Correspondiendo a mi sinceridad, me dió a entender Demetria que no eras tú para ella saco de paja, hasta que una noche... Fué cuando los tíos apretaban de firme para que diera el *sí* al tacaño de Cintruénigo; la pobre no sabía qué hacer, ni cómo desenvolverse de tal compromiso... Pues una noche de verano, cálida y serena, de esas noches en que no nos llama el sueño ni apetecemos la cama, y gusta una de pasar embobada las horas mirando a las estrellas, nos hallábamos las dos niñas de Castro en un balcón de casa tomando el fresco, o esperando el primer fresco que quisiera bajar de la sierra. Yo hablaba como una tarabilla, y ella no me contestaba más que con lo que yo llamo suspiros hablados. Ya era muy tarde, ya nos daba en las caras algún soplo fresquecito, cuando vi que mi hermana lloraba, cosa en ella rarísima, pues sabe contenerse como ninguna, y es maestra en disimular sus aflicciones... En fin, que allí me abrió las arcas de su alma, confesándome que desde Aránzazu te quiere con pasión grande y avasalladora, y que no puede querer a otro, ni hacer caso de quien le proponga tal absurdo; que aunque le habían dicho que tú también la querías, no podía darlo por cierto mientras tú no te declararas, y que entre tanto, su destino era esperar, esperar siempre, pues o se casaba contigo o con palma la enterrarían. Luego, hablando de mí, Demetria me dijo: «Ya que no pueda ser yo feliz, me cuidaré de que tú lo seas...» ¡Ay de mí!, ahora resulta que ella es la dichosa, y que las desgracias se ceban en mí como los buitres en la carne muerta. ¡Jesús mío, Virgen del Carmen, Madre del alma, qué desgraciada soy!... No sigo, porque el pecho se me oprime, una mano de hierro me aprieta la garganta, y... Déjame, déjame que llore todo lo que me dé la gana...

Ya pasó la congoja. Tengo por cierto que me moriré pronto; no puedo vivir, ni quiero... ¿Para qué vivo yo? Me gusta que se me deshaga el pecho, que agua se vuelva mi sangre y que me vaya consumiendo hasta que llegue el instante de apagarme como una luz. Me pondrán entre cirios y me cantarán tristes responsos... Después me enterrarán y... No, no, que enterrada sentiré los pasos de mi hermana y los tuyos, y les oiré a los dos haciéndose fiestas... Ustedes muy felices y yo enterrada. Francamente, no quiero. Me rebelo, me pronuncio, no quiero... O dichosas las dos o ninguna... Igualdad pido a Dios, justicia...

¡Pues está esto bueno! Dos pliegos llevo ya, y aún no he dicho lo principal, el cómo y cuándo has de venir a casarte... Déjame que tome aliento, que ya no puedo con mi alma, y la pluma me pesa tres arrobas... Bueno: ya he descansado, y sigo diciéndote que si me vieras, Fernando, no me conocerías: tan desfigurada me tienen los pesares. Mi delgadez aumenta cada día, y con la mayor facilidad del mundo me cuento toditos los huesos. Padezco toses y desvanecimientos que me ponen a morir; no duermo; como a la fuerza, porque mi hermana me

vea comer. En fin, hijo de mi alma, que estoy hecha una vieja... No lo tomes a broma. La otra tarde fuimos de paseo mi hermana y yo por el camino de Avalos y salió una mujer a pedirnos una limosna. No nos conocía; hablamos con ella, y al despedirse le dijo a Demetria: «Dios se lo aumente, y a su señora mamá le dé salud.» La mamá era yo, y bien me señalaba cuando lo decía. Pues creo que aún se quedó corta, pues no ya madre, sino abuela de mi hermana parezco. No lo dudes: estoy viejísima y horrorosa... Pero, ¡ay!, no vayas a creer que se me han caído los dientes. Eso no: ¡bonita estaría yo si perdiera los huesos de la boca!... Tampoco se me ha caído el pelo; pero ya no lo tengo ensortijado... Canas, no faltan. Ayer me conté más de doce. Tiempo ha que no se ven colores en mi cara; los ojos se me han hecho más grandes, y tengo en las sienes unas arruguitas muy feas, pero muy feas.

Otra cosa tengo que contarte, para que llores o te rías de mí, lo dejo a tu elección: ya no me entretengo con las palomitas; ya no me cuido de darles de comer ni de limpiarles los nidos; ni tampoco me paso las horas muertas con los pájaros, alimentando con cañamones a los prisioneros y con migas de pan a los libres. Los salvajes gorriones, como los verderones y jilgueros, están a la cuarta pregunta por causa de mi pena. Ya mis amigos son los murciélagos; no les cojo ni les doy de comer; pero me gusta acecharles a la hora de ponerse el sol, para verles salir disparados de sus agujeros. Me entretiene seguir su vuelo con la mirada, y paréceme que observando estos animaluchos la tristeza se me alivia un poco... Tampoco me verás jugar con los corderos, como antes. ¿Sabes qué animales me gustan más? Pues los burros... Nada me encanta como un borrico chiquitín, cuando va detrás de la madre. Uno hay por aquí tan monín, que ya dan en decir que es mi novio. Le doy muchos besos, † que él me pagó con coces la otra tarde, porque no le dejaba mamar. ¡Qué ingratitud!

Pero yo aseguro que el ser más ingrato del mundo no es el asno, sino el hombre. ¡Ay! Los hombres son lo más odioso que ha creado Dios, y *vele* ahí por qué yo les detesto a todos, como a un solo hombre..., a todos menos a ti, porque mi hermana te quiere, y porque me consta que la quieres tú. Si no fuera esto, te aborrecería con todo mi corazón. ¿Quieres que te confíe un secreto? Pues mira: el hombre villano que un día me inspiró cariño, y hoy una tan grande aversión que no hay palabras con que yo pueda expresarla, ese hombre, ese miserable, ese vil, me fué simpático, primero, por las cualidades que creí ver en él; segundo, por la sola razón de ser amigo tuyo. Parecióme a mí que el ser amigo del hombre amado por mi hermana era ya un gran mérito... Había pocos, muy pocos, que ostentaran un título tan hermoso. Pues por eso le quise, ya ves; por eso exclusivamente no; quiero decir que influyó mucho el ser él tu amigo. Sin que me lo cuente nadie, sé que te ha causado indignación la vil conducta de ese hombre; pensarás que no sólo a mí me ha ofendido, sino también a ti; le habrás arrojado de tu corazón para siempre, cerrándole la puerta, por si quiere, como los ladrones, meterse otra vez dentro. Creerás, como yo, que es mentira todo lo que de él se decía, que ni es valiente en la guerra ni caballero en la sociedad, que no hay en su alma ni chispa de honradez, ni asomo de virtud en nada de lo que hace. En fin, si por acaso le ves, y te dignas descender a cruzar con él una palabra, le dirás que el mundo no tiene bastante anchura para contener el desprecio que siento hacia él. Así mismo se lo dirás.

XIV

CONTINÚA LA CARTA DE GRACIA

Ya he llenado otro pliego, y todavía no hemos entrado en materia. Vamos allá. Dice la mujer feliz que ya puedes venir cuando quieras, que cuanto más pronto, mejor. Para vosotros es el mundo... ¡Ay, qué pena!... Adelante: no se te pase por las mientes, hijo, venir a La Guardia, porque aquí estará doña Juana Teresa todo el mes de abril, y tu presencia en el pueblo traerá no pocos disgustos. Te vienes para acá muy calladito, sin decir nada a nadie, y sigues por el Ebro adelante hasta Briones; por allí hay un vado: lo pasas... No, no; cuidadito, que en estos meses suelen empezar las crecidas... Por Dios, no te metas a caballo en el Ebro. Sigues hasta Haro, y de allí te vie-

nes a La Bastida, dos leguas de camino. Avisas a mi hermana desde Zaragoza o desde Logroño, dirigiendo la carta, como todas, a Nicanor, y fijas el día probable de tu llegada a La Bastida, donde encontrarás a todos los Maltranas, que te aguardan con una docena de brazos abiertos. Valvanera te dará las instrucciones para el resto del programa... Creo, ¡ay de mí!, que el pensamiento de mi hermana es celebrar el casamiento por sorpresa, pero sin que falte ningún requisito. Me consta que ya tiene conquistado al cura de Samaniego, el cual (esto me irrita, me subleva) es tío carnal de... ese monstruo de cuyo nombre no quiero acordarme. Bueno: lo del bodorrio de sorpresa y al modo teatral es barrunto mío, pues nada me ha dicho tu adorada... Siento una congoja inmensa, como si el firmamento todo se desplomara sobre mi alma... En fin, recibidas en La Bastida las últimas órdenes, montas en tu *Rocinante* y picas espuelas por el camino de Samaniego, y antes de llegar al fin de la jornada verás dos quitasoles encarnados; más de cerca verás dos mozas: la una bien proporcionada de carnes, talle y miembros; la otra, flaca como un junco. Son tu Dulcinea y su hermana la Micomicona, que ha venido muy a menos y se pasa la vida llorando. En fin, lo demás se verá. ¿Te has enterado bien?...

Preséntase de improviso mi señora hermana, la reina de esta casa, y después de reñirme por escribir tan largo, hase dignado leer la epístola, y se ha dignado reírse, señal evidente de que no le ha parecido mal. De ello me congratulo. Ruégole yo que añada algunas palabras, como fe de vida, a las por mí trazadas, con lo que tendréis mejor testimonio de su aprobación. Responde a mi súplica que no puede hacerlo en este instante, porque la etiqueta exige de ella que sin perder tiempo prepare unos bizcochitos borrachos que apetecen las señoras de Alava y otras no menos golosas que con ellas han venido. Yo digo que ojalá se les vuelvan veneno los tales bizcochos, y Demetria me contesta que no sea mala. Nos ponemos a disputar; yo, que estoy ahora muy impertinente y muy mimosa, he dicho: «Ya lo veo..., no quieres poner el parrafito, porque la carta no te gusta.» «Que sí me gusta, mujer —responde ella—; está lindísima.» «Mira que si no te gusta la rompo...» «Que me gusta...» «Que la rompo...» Y para salvar la carta y darla por buena la besó con un cariño, ¡ay!, con una emoción que no puedo expresarte... Luego se fué, diciendo que volvería en cuanto embriagara los bizcochos.

¡Ay, qué cosa! El beso que dió mi hermana en estos pliegos, ¿sabes dónde ha caído? Pues en el mismo renglón en que pongo lo de los besos que daba yo al borriquito..., más arriba, en el tercer pliego. Para tu gobierno, marco con una crucecita el punto en que puso tu novia sus divinos labios. Fíjate, hombre, fíjate en la crucecita. Cuando nos veamos has de decirme si te fijaste.

Mi hermana no se zafa de la visita tan pronto como quisiera, y allá la tienen bien cogida las señoras borrachas, digo, las golosas de bizcochos de Baco. Me aburro de esperarla, y mato el fastidio escribiendo: por variar, te digo que no hay tristeza que a la mía pueda compararse, que de tanto sufrir me ha venido una enfermedad que dará conmigo en el sepulcro.

Juraría yo que tengo calentura y que el pecho se me quiere romper. Necesito luchar como una fiera conmigo misma para no echarme a llorar. ¡Cuánto daría yo por perder la memoria y porque muchas cosas que me fueron gratas no volvieran a pasarme por las mientes! No sé por qué se habla tan mal del olvido, cuando, si bien se mira, es una de las pocas cosas buenas que nos ha dado Dios. Lo triste es que no olvida una cuando quiere, sino cuando al señor olvido le da la gana... Y también digo que los hombres son muy malos, lo peor de cada casa, y que nada se perdería con que no hubiera hombres. Es lástima que los niños crezcan, lástima que no se queden siempre niños... Que crecieran sólo las niñas sería lo bueno... Después que tú te cases, yo, si fuera Dios, mandaría que no hubiera más casamientos, y aboliría los hombres, ¿qué te parece?... Pero ahora caigo en que no puede ser: los hombres son necesarios, porque ellos son el mal, y si no existiera el mal no habra libre albedrío, y sin libre albedrío no tendríamos virtud. Si el hombre nos faltara, no podríamos purificarnos abominando del amor, apeteciendo la soledad y la penitencia; creo yo que si el hombre no existiera, amaríamos menos a Dios... Ya ves, chico, qué sabia me es-

toy volviendo. Me admiro de mí misma, y a veces, de tanto como sé, me dan ganas de darme coscorrones en el cráneo y de arrancarme un par de mechoncitos...

Veo que te aburro, y para que se te alegren los espíritus hablaréte otra vez de mi hermana y tu novia, de esa reina, de esa diosa que te ha caído en suerte, como a mí me cayó el último diablo de los infiernos. La sin par Demetria, la misma sabiduría, es a veces más boba que yo, y con esto se dice todo. Tanto hablar de su gran carácter, de su entereza, y en ocasiones es la misma timidez. Ahora me estoy riendo de una cosa: ya había recibido la reina seis o siete cartas de su rey, escritas con la mayor confianza, y no se determinaba a tutearle... Y eso que el tutear por escrito no da tanta vergüenza como el tutear *de boquis*. Tú no te parabas en barras y en tus cartas apasionadísimas le dabas el tratamiento usual entre los que han determinado ser marido y mujer. Pero ella, la muy tonta, siempre con el *usted* y el *don Fernando*. «Pero, mujer—le dije yo—, ¿no ves que él te tutea? Le ofendes con esa etiqueta ridícula.» Al fin la convencí, pero, créeme, le costó algún trabajo entrar por el aro de la familiaridad. Es ella tan mirada, tan celosa del decoro, que no sabe ir sin rodeos desde los cumplidos a la confianza. Yo no soy así; el día mismo que Santiago me hizo su declaración..., y bien sabe Dios que esto lo recuerdo con ira y vergüenza..., pues el mismo día le traté de tú, soltándole mil injurias y perrerías muy gordas, porque en serio no me atrevía... Pues ya verás cómo, a pesar de haberos escrito tantas ternezas, el día en que te presentes a ella se ha de poner muy colorada..., y las primeras palabras que pronuncie ante ti las dirá temblando y equivocándose, como el que habla un idioma mal aprendido. Pero tú no hagas caso, y en cuanto la veas le abres los brazos y le das un fuerte estrujón, que eso, por más que ella se ponga melindrosa, ha de gustarle..., digo, me parece a mí.

Llega en este momento la majestad de doña Demetria I, harta de visitas y de amigas. ¡Gracias a Dios que se han largado! Lo primero que hace la señora reina es leer lo que acabo de escribir, y alarga los hociquitos; después se sonríe, duda, me riñe, y se le van bajando los morros. Yo le digo que si me tacha lo del abrazo, rompo toda la carta. Ella dice que no, que todo lo aprueba y que para que conste escribe de su puño y letra un parrafito. Pongo en sus reales manos la pluma, que nosotros los *poetas* llamamos *péñola*.

Escribe la hermana mayor.—Pronto, prontito. Fernando. Si tu madre está bien de salud, no tardes. Por Valvanera sabrás lo que tienes que hacer al llegar a La Bastida. Ha escrito mi hermana no pocas tonterías graciosas: hay que dejarla, y si su espíritu quiere retozar, que retoce. Gracia es tu hermana; te quiere porque me quieres. Hagamos nuestra su pena y juntémosla con nuestra felicidad, a ver si de este modo podemos endulzarla... Doy mi suprema sanción a cuanto ha escrito en esta linda carta, y para que conste, estampo aquí mi real sello †. Tendréislo entendido, etc... Yo no puedo entretenerme más. Las visitas me han revuelto toda la casa y me han trastornado el día. Encargo a nuestra secretaria que agrege algunas advertencias que se le habían olvidado... Te espero. Tiempo hace que cuento los días; desde hoy contará las horas tu

Demetria.

Vuelve a mis flacas manos la pluma. Mientras su majestad acude a remediar la revolución que esas entremetidas señoras han hecho en nuestra casa, te escribo lo que ella me encarga, es a saber: que en tu viaje no pases por Cintruénigo, o lo hagas de noche, bien disfrazadito... Mejor será que te tomes la vuelta de Estella y recales por Campezu. En fin, tú sabes el mejor camino. Dice también que no dejes de traer a Sabas, que nos inspira absoluta confianza. Para que tengas una idea del giro que va tomando nuestra *guerra civil*, te informo de que el tío Navarridas no necesita más que un empujoncito muy flojo para caerse de nuestro lado. En cambio, la tía se cae con todo su peso de la otra parte, y ahora todo su afán es casarme a mí. ¿Sabes que se me ocurre pronunciar un *sí* como una casa? ¡Quién me verá a mí de tacaña...! Pero no; yo no estoy más que para morirme. Quiera Dios darme el descanso que deseo y a vosotros la felicidad que merecéis.

¿No te fijaste, tonto, en que tu novia

puso también el sello en lo que escribió? Ella fué la que pintó la crucecita después de besar el papel. Luego me dijo, ¡valiente pícara!, que el beso era para mí. Naturalmente, para ti no había de ser..., ¿qué creías? Pero, en fin, fíjate, hombre.

Y concluyo, que estoy cansada. Tengo fiebre. ¿Se me queda algo por decir? ¡Ah!, sí, que doña Juana Teresa se pasa la vida empollando pleitos para fastidiarte, ya que no ha podido conseguir que mi hermana te aborrezca. Ahora la emprenderá con tu madre, por los derechos a no sé qué castillo viejo de Aragón. Eso te lo contarán los simpáticos procuradores y escribanos. Dice Demetria que no hagas caso ni te afanes por estas venganzas miserables. Pero te aconseja que tomes tus medidas antes que cambie la veleta política, porque si, como dicen, echan a tu amigo Espartero y vuelve la *moderación*, no será extraño que te den un disgusto, que te persigan, que te destierren o quizá algo de mayor cuidado. Me encarga la excelsa soberana que te fijes mucho en esto.

Y ahora ¿se me olvidará algo? Creo que no. Lo único que se me había quedado en el tintero es que me mata el dolor y que no hay consuelo para mí. Aunque lo hubiera, yo no lo querría, no; y así, cuando os caséis y seáis felices, haced el favor de no consolarme a mí y de no decirme nada que sea consolación. Ven pronto. Por cuenta de tu novia, y sin que ella lo sepa, ¡buena se pondría!, aquí te pongo la tercera cruz †. No has de decirle nada de esto... Adiós; no tardes. Compadece a tu moribunda hermanita

Gracia.

XV

DE DON FERNANDO A PILAR DE LOAYSA

La Bastida, mayo.

Mi querida madre: Si han llegado a manos de usted mis cartas de Zaragoza, de Tafalla y de Campezu, lo que es muy dudoso por el desorden de estos correos malditos, sabrá que han dilatado mi viaje los cielos y la tierra, pues entre temporales de granizo y agua y el deterioro de los caminos de herradura que hemos tenido que recorrer, todo ha sido adversidades y entorpecimientos. Pero al fin aquí estoy, aunque parezca mentira, sano, bueno y alegre, sin otra pena que la de contar las muchas leguas que ha puesto mi destino entre usted y yo.

A todos los de esta casa y familia encuentro en buen estado de salud, y hasta el mismo don Beltrán, con el regocijo de verme, parece que se ha remozado. No sé el tiempo que duró esta mañana la zurribanda de abrazos con que me recibieron. Este me soltaba y el otro me cogía, y concluída la rueda, empezaba otra vez. Tan estrujado me vi, que hube de pedirles que tuvieran piedad de mi pobre cuerpo molido; pero me dijeron que la mayor parte de los abrazos se daban a mi persona en representación de la de usted, y al oírlo repetí la ronda hasta que no me quedó hueso sano. He comido como un bruto, pues hambre atrasada traía... Sabas también ha llegado bien; su compañía me ha sido de gran utilidad.

Lo primero que me ha dicho Valvanera es que cree injustificadas las precauciones de mi viaje y el largo rodeo que me señalaron las niñas de Castro. Asegura Juan Antonio que no tengo por qué ocultar mi presencia en estas tierras ni hacer misterio de que voy a casarme, toda vez que la voluntad de la que será mi mujer se ha manifestado tan categóricamente. Las pobrecillas temieron, sin duda, que el despecho de don Rodrigo y la venenosa inquina de *doña Urraca* me ocasionaran alguna desazón en el camino. Ello no es más que la expresión de la timidez, de la inquietud de ambas señoritas y del cariño que me profesan. Las instrucciones llegaron hace días; pero ayer han sido anuladas en esquela, traída por un propio anunciando que hoy vendrían las definitivas órdenes a que debo ajustar mi conducta. Quien manda, manda. Me someto a la ley que hoy tiene toda la autoridad, bien ganada con su resistencia heroica y la sublime constancia de sus afectos. Hablando de esta mujer incomparable. Juan Antonio y Valvanera no encuentran nunca la última palabra del elogio.

Martes.

Llegó ayer por la tarde un papelito donde la hacendosa mano había escrito este lacónico decreto: «Ven mañana a Samaniego, ni antes de las cuatro ni

después de las cinco y media de la tarde.»

El mañana es hoy, querida madre... Dios vaya conmigo.

Miércoles.

Ten paciencia, como la tengo yo. Voy a contar lo que me pasó ayer, cosa en verdad singular, peregrina, inesperada. Estoy triste... Pero no, no se asuste vuestra merced, señora madre. Ello no es malo; digo, es un poquito malo, sí; mas pertenece a ese género de mal subentendido, convencional, que forma parte de un plan dispuesto para producir mayores bienes. Mejor lo entenderá usted con la relación del caso... Pues a la hora señalada monté a caballo llevándome a Sabas, y tomamos el camino de Samaniego. Ya próximos a este ameno lugar, me sorprendió mucho no ver lucir entre los verdes viñedos las dos sombrillas rojas de que me habló Gracia en su carta. Eran en mi pensamiento las tales sombrillas estrellas que al Oriente de mi ventura habían de conducirme. El calor sofocaba; un motivo más para que yo no creyese que las niñas expusieran sus cabezas al sol. ¿Dónde estaban, pues? ¿Faltaban a la cita? No duró menos de diez minutos mi ansiedad. Un hombre nos salió al camino, cerca ya de las primeras casas, y señalando un grupo de árboles, a la derecha, me dijo: «Allí está el ama esperándole, buen señor.» Vamos, esto me volvió el alma al cuerpo. Enteróme Sabas de que la casa cuya blancura clareaba entre el follaje de los álamos era Majada Mayor, propiedad de las niñas, inmensa construcción, donde tenían lagares, graneros y bodegas, corrales y otros edificios necesarios a una gran labranza y ganadería. Allá me dirigí por entre viñas lozanas, y no tardé en ver a Demetria, que, en pie, me esperaba guarecida del sol bajo un árbol. La emoción de verla, absorbiendo todo mi ser, impidióme reparar en el primer momento que no estaba Gracia con ella. Unos pasos más, y advertí que no estaba sola. Vi a su lado un objeto oscuro que me pareció tronco de un árbol. Otro paso, y vi que era un clérigo... No me causó pena ver un sacerdote en compañía de mi presunta esposa. Parecióme que el cura alzaba ya la mano para echarnos la bendición... Pero no; lo que hacía era quitarse el sombrero para saludarme.

Me apeé sin que nadie me tuviera el estribo, y al poner el pie en tierra, Demetria se acercó a mí y yo le besé la mano. Tan conmovido estaba, que no acerté con las expresiones apropiadas a un caso tan excepcional y a tan feliz encuentro, y no puedo asegurar qué palabras le dije ni qué palabras callé... Algunas pronunció ella... Más turbada que yo, enrojecieron sus mejillas. Dirigiéndonos los dos hacia unos troncos donde debíamos sentarnos, advertí que mi futura esposa sonreía y que se le saltaban las lágrimas. No hallo diferencia notoria entre la Demetria de ayer y la del siglo pasado, que tan largo me parece el tiempo transcurrido sin gozar de su presencia; si hay mudanza, sólo consiste en un poquito más de carnes, en mayor blancura del rostro, que antaño era más tostado del sol. Durante nuestra conversación hubo momentos en que rodeada la vi de una aureola de majestad que me habría rendido al vasallaje si ya no lo estuviese.

Antes que yo le pidiera explicación de la ausencia de Gracia, me dijo que, hallándose su hermana enferma, se había decidido a venir sola por no condenarme al suplicio de la impaciencia, que suele convertirse en desesperación. Era esto un buen tema para romper la cortedad que a entrambos nos embargaba. Hizo ella una breve exposición del estado moral de su hermana, y por enlace natural pasó a referirme que los de Cintruénigo habían reanudado la batalla con refuerzos terribles.

—Pero yo no me acobardo—me dijo—; ahora, después que nos hemos visto y podemos hablar, me atrevo con todos y no habrá dificultad que me rinda. ¿Sabes qué clase de aliados ha traído doña Juana Teresa para darnos la batalla? Pues en mi casa tengo de huéspedes al ilustrísimo señor obispo de Calahorra y al ilustrísimo de Tarazona con todos sus familiares, y en la rectoral se alojan los reverendísimos arcedianos de Nájera y Santo Domingo, y el abad de San Millán de la Cogulla. ¿Creerás que en mi casa se prepara un concilio? Así es, y lo que quieren es el consentimiento de Gracia, que hoy no está nada *conciliadora*.

Contestéle yo que a su disposición me tenía si entraba en sus planes espantar a los reverendos más o menos mitrados

que querían meterse a gobernar familias ajenas.

—No, no; por ahora hemos de andar con mucho pulso. Te necesito, pero no para eso. A los aliados de doña Juana Teresa les espantaré yo dentro de unos días, y para ello me basto y me sobro, sin irreverencia, quedando en muy buenas migas con la Iglesia de Dios.

—Sepa yo pronto en qué puedo ayudarte. ¿Para qué estoy aquí, para qué soy tuyo en cuerpo y alma?—le dije, impaciente ya, deseando que en algo grande y difícil me ocupara.

En esto creyó la señora que se había descuidado en la presentación del clérigo, que a nuestra conferencia silencioso asistía, y apresuróse a enmendar su olvido. El tal cura, alto y voluminoso, viejo, de buen color y risueño semblante, era don Matías Baranda, tío carnal de Santiago Ibero por parte de madre y párroco de Samaniego. Una vez presentado retiróse el presbítero sin añadir palabra, con delicada y oportuna discreción, y nos dejó abandonaditos bajo la espesa verdura de los álamos. Sólo un perro grandullón, blanco manchado, quedó en nuestra compañía, alargando su cuello para que le acariciáramos Demetria y yo, con lo cual nos facilitaba la aproximación de nuestras manos. Fué aquél un momento de los más solemnes, de los más hermosos de mi vida. Tuve la suerte de encontrar las expresiones más sinceras, más apropiadas, más dulces para expresar a la ideal mujer mis sentimientos, que habían nacido de la admiración y que con el tiempo y quizá con la ausencia misma se habían elevado a las gradaciones más altas del afecto. Madrigales sin fin había dedicado yo a Demetria por escrito; pero creo que los más bellos que se me han ocurrido son los que de palabra le dije ayer. Estoy seguro de haber expresado con igual intensidad el amor y el respeto, y todos los matices delicadísimos de mi veneración ardiente por esta sin par mujer. También ella me dijo cosas muy bonitas, realizadas con la naturalidad más pura y deliciosa. Ni lo mío ni lo suyo cuento, porque estas expansiones y este hablar íntimo entre dos que se quieren empalagan a los que están distantes. Usted puede imaginarlo sin que yo rompa el secreto que constituye todo el encanto y dulzura de los coloquios entre enamorados. Por el tono podría creerse que hablábamos de temas de santidad, empleando los términos elementales del lenguaje místico, sin sutilezas, con efusión del alma, que también el amor tiene su *padrenuestro*, la oración más honda, más tierna y más clara.

Ocurrió al término de nuestro picoteo amoroso algo que fué para mí contrariedad grande, súbito desengaño que derramó un vaso de amargura sobre mi alegría. No sé cómo fué rodando la conversación al punto interesante de nuestro casamiento, y yo manifesté a mi futura la seguridad de que se cumplirían nuestros anhelos aquella misma tarde, o al día siguiente tempranito, pues así me lo hacía creer la presencia de aquel señor cura tan simpático. Puso Demetria una cara desconsolada, que no puedo describir. Era su desconsuelo infantil y al mismo tiempo grave. A mí se me nubló el alma cuando tal vi, y se me acabó de ennegrecer, volviéndose noche oscura, cuando los divinos labios dijeron:

—¡Ay, hijo, siento decirte que hemos de esperar otro ratito! No nos casamos hoy ni mañana; aún no es tiempo, y tú convendrás conmigo en que un nuevo plantón es necesario...

Protesté..., no me conformaba; se alteró un momento la placidez seráfica que había empleado en el palique de novios.

—¿Qué entiendes por *otro ratito?* ¿Qué quiere decir un *nuevo plantón?* Estoy cansado ya de los ratitos, que han sido siglos de ansiedad en mi existencia, toda ella compuesta de situaciones provisionales. Ya estoy harto de plantones, pues los he llevado terribles, y uno más, ¡santo Dios!, creo que me ocasionaría la muerte. Quiero ya el descanso, llegar al fin y arrancar de mi alma la terrible expectación, que ha sido y es mi mayor martirio.

Suspiró ella muy fuerte, miró fijamente la cabeza del perro, que yo acaricié con más gana que antes. Encontréme entre los pelos del animal la mano de Demetria, que cogí y besé, teniéndola en la mía todo el tiempo que quise. Entonces ella, con gracia suma, mirándome y lloriqueando un tantico, sonriendo para formar con las lágrimas y la sonrisa un argumento de supremo poder, me dijo: «Quieres apostar a que te conven-

zo si hablamos dos palabras más? Tú eres bueno, piensas con cordura, sabes sentir. Con una ideíta sola y un sentimiento grande voy a convencerte... ¿Por qué no hemos de pasearnos un poco? ¿No te cansas de este asiento tan duro? Vamos por este sendero adelante hasta llegar a la ermita que ves en aquella loma.»

Sí, sí; yo quería también pasear por el campo, y que en medio del verdor lozano me dijera mi dama las ideítas y los sentimientos que habían de convencerme... Mucho tenía que apretar la sabiduría de la sin par doncella para persuadirme de que no debíamos desposarnos en aquel mismo momento, o al otro día con la fresca, lo más tarde. ¡Vaya con lo que sacaba en el instante que yo creía el más crítico de mi vida, el punto culminante de mi destino! ¿Conque más *ratitos* y más *plantones?* No, no; esto no podía ser. En aquel paseo, que habría sido encantador si en él no sintiera por nuevos peligros acechada mi felicidad, vi un pedazo de tierra todo lleno de amapolas. ¡Qué graciosa elegancia la de aquel vestido de la madre tierra! El perrazo iba delante de nosotros; miraba hacia atrás a cada instante por ver si le seguíamos. Vi corderos blancos como la nieve, negritos o berrendos, amarrados lejos de sus madres y balando por ellas; sentí el rumor del rebaño que bajaba de las lomas, y presencié la embestida que dió nuestro perro a dos o tres gozquecillos que andaban por allí y que a su parecer nos estorbaban el paso. No quería el *Serrano* (que así se llamaba) que ningún perro feo, tiñoso y vagabundo interceptase la senda que seguían sus señores. Hasta se ponía nervioso viendo a los pájaros que se posaban en el sendero, y a las personas echaba miradas iracundas, dándoles a entender que no respetaría clases ni especies zoológicas para tenernos franco el camino. Demetria me dijo, y cuando lo decía pasábamos un segundo manchón de amapolas, más bonito aún que el primero:

—¿No has alabado la resistencia mía? ¿No aseguras que tenía yo más mérito por haberme sostenido en la soledad, sin ningún apoyo y casi sin esperanza? Pues si ahora te pido yo un poquito de resistencia, ¿por qué no me la concedes? No la pido sin razones, y ahora verás si esas razones pesan o no pesan. Quien ha esperado tanto, ¿por qué no esperará días, tal vez semanas...?

—Por Dios—dije yo—, no me hables de semanas. Déjalo en días y me conformo, muy a disgusto, por supuesto.

Replicó entonces que no sentía menos que yo el aplazamiento de nuestra unión, y que había llorado mucho aquella noche antes de determinarlo; y cuando llegamos a la ermita y a la sombra de su blanco muro nos sentamos en una piedra, observé en su rostro expresión festiva, un si es no es burlona, y presumí que lo de las largas me lo decía *por hacerme rabiar*, con travesura infantil. Echéme a reír, diciendo:

—Todo es broma..., juegas conmigo...

Y ella, envolviéndome en su mirada toda penetración y ternura, me sorprendió con esta salida:

—Tú me has dicho en una de tus cartas que eras Hércules, o que te asemejabas a Hércules, en que la divinidad te había impuesto unos grandes trabajos, los cuales tenías que emprender con fe y valentía para ganar el premio de la felicidad.

—Sí que lo pensé y lo escribí; pero ya caigo en que fué mala comparación.

—No lo creo yo así. Haz el favor de recordarme, tú que eres tan sabio, cuántos fueron los trabajos del señor de Hércules.

—La Mitología nos dice que fueron siete; pero debo advertirte que todo lo mitológico es mentira, Demetria.

XVI

PROSIGUE LA CARTA DE DON FERNANDO

—Será mentira—dijo con gracia mi futura consorte—; pero el que tales papas inventó quiso representar con ello que los grandes fines no son alcanzados por el hombre sino a fuerza de penalidades y sacrificios.:.

—¿Y te parece que aún no he penado yo bastante para merecer la gloria terrestre, que eres tú?

—Cállate la boca y déjame acabar. Pasemos revista a tus trabajos a ver cómo están tus cuentas con la gloria terrestre. El primer trabajo fué cuando te lanzaste al Norte, en plena guerra, con aquel pillo de Rapella, en busca de tu novia, la diamantista: tenemos *Uno*.

—Uno—repetí yo, que viéndola contar por los dedos, abrí mi mano junto a la suya para llevar por duplicado la suma.

—Sigue ahora el trabajo de más mérito, el más difícil, el más heroico, el que te ha dado celebridad en todo el mundo, la grande hazaña de sacar del cautiverio de Oñate a las niñas de Castro y traerlas a su casa... Y van *Dos*. No es flojo el *Tercero:* la osadía de entrar en Bilbao y en la propia casa de los que te birlaron la novia, y acosarles y perseguirles exigiéndoles la confesión de su infamia... Sigue después otro magnífico trabajo: el de tu madre, sostenido para recobrar su independencia y poder llamarte hijo. Este trabajo te lo apunto a ti, porque si ella era quien aparentemente lo realizaba, de ti recibía la fuerza: el Hércules eras tú... No admito discusión. Van *Cuatro*. Después viene otro trabajito, que se lo doy yo al más pintado. ¡Vaya una campaña! Por ella debieras pasar a la Historia. Tus viajes disfrazado de trajinero para tratar con Maroto las condiciones de la paz bastarían para darte fama de sagaz y valiente. Tenemos *Cinco*. Sigue la reconciliación con Zoilo, la busca de Aura hasta llegar a verla con el niño en brazos, manteniéndote en la increíble virtud de no dejarte ver de ella, y coronando luego esta brillante hazaña con la magnanimidad de mandar al marido a su casa para que hiciera las paces con su mujer. ¡Sublime acción! Van *Seis*. Y me parece que no hay más, mi señor don Fernando. Falta, pues, el *Séptimo* trabajo, que debe ser el que dé quince y raya a lo demás, y éste voy a imponértelo yo.

La miré sin decirle nada, pensando que aquella celestial mujer iba a volverme loco. Reconocíame yo incapaz de comprender la sublimidad de mi futura, si sublimidad era el matarme a trabajos antes de concederme su mano valiosa. Ardiendo de impaciencia por saber en qué pararían aquellas bromas, o tristísimas veras, le supliqué me dijese pronto cuál era el *Séptimo*. Me daba el corazón que no había de ser cosa fácil.

—Pues haciendo yo ahora de divinidad—me dijo muy seria—, sepa mi buen Hércules que obligada me veo a imponerle un trabajo de mediana dificultad, y no bien realice mi caballero este séptimo y último empeño, lo celebraremos casándonos como unos benditos... ¿Qué tienes que hacer para que ambos recibamos el premio de nuestra constancia? Pues ir adonde sea necesario para buscar y prender a Santiago Ibero y traérmelo acá de grado o por fuerza, cualquiera que sea el estado en que se halle, cuerdo o loco, feliz o desgraciado, sano o enfermo...

—Aguarda un momento. ¿Estás segura de que Santiago vive?

—Me consta que vive.

—¿En dónde está?

—En Madrid estaba hace diez días. Pero no aseguro que allí permanezca. Tú, como buen Hércules, perseguidor de Aura, buscador de Zoilo, salvador mío en Oñate y en Aránzazu; tú, emisario de Espartero y confidente de Maroto, sabrás lo que tienes que hacer para descubrir a tu amigo y echarle la zarpa dondequiera que le encuentres.

—Tu idea—respondí—es noble y atrevida, bastante seductora para tentar a un hombre como yo, adiestrado ya en lances de igual naturaleza; la idea me agrada; pero permíteme que dude de su oportunidad. ¿Acaso crees que aún no he demostrado bastante que soy digno de poseerte? ¿Te hacen falta más pruebas del temple de mi voluntad y de la constancia de mis afectos? ¿O es que te diviertes haciéndome creer que quieres dar largas a nuestro casamiento para gozarte en mi martirio?

—Si yo te propusiera lo que te propongo por pura diversión, no sería quien soy, ni tampoco digna de ti. Bien probado tienes lo que vales, y mi corazón está satisfecho; con quererte como te quiere, le basta para ver en ti el mejor de los hombres.

Estas manifestaciones, de cuya sinceridad no podía dudar, no disipaban mi confusión. Tan pronto creía yo que el imponer trabajos a un amante caballero obedecía ciertamente a un concepto moral muy elevado; tan pronto que no era más que un rasgo de mujer caprichosa, de imaginación exaltada y corazón frío; y aunque esto último pugnaba con la idea que yo tenía de Demetria, idea muy conforme con la opinión general, di en admitir el capricho como razón única de las heroicas pruebas. Produjo esta creencia efectos muy raros en mi espíritu, pues si al principio me turbó, no dejó de causarme un cierto regocijo: era la satisfacción crítica, el orgullo de haber encontrado un defecto en la misma perfección,

que de ese modo se alegran los astrónomos cuando descubren las manchas del sol. ¡Demetria caprichosa!... ¡Qué monstruosidad! Para salir de dudas, pues aún no estaba seguro de mi crítica, explicaciones le pedí en esta forma:

—Bien veo que tu plan responde a la noble idea de catequizar a Ibero y traerle de nuevo al amor de tu hermana, para curar a ésta de su dolencia, que no es otra que un grande amor contrariado y sin esperanza. Hasta aquí vamos muy bien, Demetria: todo lo que piensas es de fácil comprensión para mí, y téngolo por natural dentro de la grandeza de tus ideas. Pero si veo bien claro el pensamiento, no se me alcanza su oportunidad. Lo natural y lógico es que habiendo yo venido aquí a casarme contigo según el convenio que hicimos tú y yo por mediación de los Maltranas, cumplamos sin pérdida de tiempo lo que nos prometimos y por igual deseamos, porque, francamente, no veo yo incompatibilidad entre nuestra dicha y el proyecto de buscar y traer a Santiago. Habríala si el casarnos fuera operación larga; pero bien sabes que teniéndolo todo corriente y el papelorio en regla, ese señor cura nos despachará en un cuarto de hora. Dime ahora tú si no hablo como la misma razón; dime si el plan más lógico no es éste: casarnos esta noche, o mañana, y luego partir los dos juntos, o los tres, en persecución del descarriado. Figúrate lo que voy a penar yo solo en este nuevo trabajo, sin apartar de ti mi pensamiento, temiendo que algo inesperado sobrevenga, que una desgracia tuya o mía para siempre nos separe; temblando por todo, ciego porque no te veo, triste porque no sé qué nuevas asechanzas te pondrán mañana los de Cintruénigo; lejos de ti y de mi madre, que sois mis luces y los únicos regocijos de mi alma.

—Cierto que esto es penoso, y para mí lo es tanto como para ti. Presentado el caso como tú lo presentas, no hay duda. Pero aún no hemos visto la cuestión más que por un lado, y ahora vamos a verla por el otro, que dos lados tienen siempre las cosas. Si yo te propusiera el *Séptimo* trabajo sin una poderosa razón; si fuera tal como tú lo has visto, como una prueba más sobre tantas, sería yo una mujer insoportable. ¿Cómo has podido creer eso?... Pero vamos a la explicación que necesita mi buen caballero, y ha de ser tal que no tendrás nada que decir contra ella.

—Razón tiene que haber, pues si no, no serías tú Demetria Primera.

—No tengo para qué ponderar —dijo ella con dulce confianza, posando su mano en mi rodilla—cuánto quiero a mi hermana. ¿Pues ella a mí? Nuestro cariño es tal, que en ciertas ocasiones nuestras almas llegan a confundirse, y a pensar y sentir tan de acuerdo como si fuesen una sola. Juntas nos criamos; desde que quedamos huérfanas yo la miraba como a una criatura, y ella a mí como si fuera yo la madre que perdimos. Llegó día en que además de hermanas cariñosas fuimos amigas y nos confiamos nuestros amores; los míos eran entonces muy tristes, alegres los suyos. Rebosaban de esperanzas los de ella; los míos..., ¿qué tengo que decirte a ti sobre esto? Cambiáronse luego los papeles, y todas las felicidades de mi hermana se pasaron al lado mío, y al de ella se fueron mis desgracias mucho más acerbas en ella que en mí. En la carta que te escribió habrás visto el desconcierto que padece el espíritu de la pobre niña y cuán honda es su tribulación. Te decía que aborrece a Santiago, y lo que hace es quererle con más delirio que antes. Gracia se muere de pena. Si la vieras, te daría mucha lástima, Fernando, y serías el primero en procurar su salvación. Todo lo que eres capaz de hacer por mí lo harás por ella, ¿verdad? Yo he contado contigo sin dudar un momento. ¿Verdad que lo harás? ¿Verdad que la quieres porque yo la quiero, porque es nuestra hermana? Cien veces daría ella su vida por nosotros. Hagamos nosotros por ella lo que te propongo, que es menos que dar la vida.

Ya no necesitaba más Demetria para rendirme absolutamente a su voluntad. El acento, la expresión casi divina con que me hablaba, me cautivaron de tal modo que hube de contenerme para no sellar nuestra concordia con un abrazo. Pero las explicaciones no eran completas, ni la razón suprema de anteponer al casamiento el trabajo hercúleo érame aún conocida. Esperé un momento para saberla, ¡oh qué mujer!, y tal como ella lo expresó lo copio con ligeras variantes.

—Mi hermana y yo nos adoramos, pero no nos parecemos, y quizá nuestra semejanza nos ha centuplicado el cariño. Su carácter es de un modo, el mío es de

otro muy distinto. Yo soy una mujer fuerte; Gracia es una mujer delicada y toda nervios. A los veinte años continúa siendo niña; de mí cuentan que de chiquilla parecía mujer, y que cuando me ponía a jugar con las de mi edad, pronto las mandaba y todas me obedecían. Yo tengo una salud de hierro; la de ella es muy endeble; yo guardo mis penas sólo para mí, y con ellas me aguanto; Gracia no las oculta; yo soy muy seria, y ella muy jovial, hasta el punto de decir chistes en las mayores aflicciones... En el tiempo que aquí te tuvimos aprendiste a conocernos bien; pero ignoras el estado en que hoy se encuentra Gracia, el desorden traído por el pícaro amor, y las pasiones nuevas que la pasión contrariada despierta en ella. ¿Conoces tú los rarísimos efectos de la envidia en los niños? No es esta envidia como la de las personas mayores, pasión fea: es un desconsuelo del alma, una consunción del cuerpo, como si una y otro quisieran aniquilarse para no ver el bien ajeno. Mi hermana me adora, y se muere si yo me caso y ella no. ¡Mira tú qué cosa tan rara! La envidia infantil no aborrece; es una enfermedad de amor propio, y se alimenta de la idea de no ser nada, de no valer nada, de estar de más en el mundo. Hazte cargo del padecer terrible de la pobre niña, de los estragos que tantas pesadumbres han debido de hacer en su naturaleza delicada: de algún tiempo acá, su vida es un verdadero milagro. He venido notando que cuando se presentaban bien las cosas para que nosotros, tú y yo, viéramos cumplidos nuestros deseos, la pobrecita se agravaba en sus desazones. Hacerse quería la valiente; luchaba con el gusanillo que la devoraba; pero no podía nada contra él. Estos días, desde que te supimos en camino de Barcelona a La Bastida, el decaimiento de Gracia llegó a tal extremo que yo temí que Dios me cobraba el precio de mi felicidad con una desgracia terrible. El sábado pasado tuvo un vómito de sangre, poquita cosa, pero bastante a ponérmela como una moribunda. Guardó cama y se pasaba el día llorando, la noche hablando conmigo, pues yo no he dormido en tantas noches por hacerle compañía. La mandé levantarse; paseábamos juntas; notaba yo que hacía grandes esfuerzos por alegrarse cuando yo le indicaba que te ibas acercando...; pero, ¡ay!, qué poco le duraba el fingimiento: se caía, se agostaba de improviso como una flor cortada puesta al sol... «Mira tú, hermana—me decía—, yo sé que voy a ser para vosotros un estorbo muy grande. Pídele a Dios que me lleve consigo, y así no tendrás delante de los ojos esta tristeza que os ha de ennegrecer la vida.» Ayer, sabiendo ya que estabas en La Bastida, se puso tan mal, que decidí acostarla. Llegaba el trance durísimo de decirle: «Gracias, tú no puedes venir a Samaniego; iré yo sola, y ya sabes a lo que voy.» No me atreví a despegar mis labios. Pero ella me adivinaba los pensamientos; sabía que esta tarde vendría yo acá; que puesta de acuerdo contigo, nos iríamos a La Bastida, al amparo de Valvanera y Juan Antonio, y nos casaríamos, quedándome yo allá todo el tiempo que mis padrinos determinasen... «Ya sé lo que me espera —me dijo anoche Gracia cuando, después de cenar, me senté en la cama para charlar con ella—. Te vas, y la primera noticia que tendré de ti será la bomba que caerá en casa... La bomba será una cartita con estas razones: «Ya no soy soltera, señores tíos, y para lo que ustedes gusten mandar, aquí estoy. He determinado casarme en esta forma, por mi libérrima voluntad, para evitar cuestiones con la familia, y para verme libre de importunos huéspedes y de la nube de clérigos y mitrados que han caído sobre mi casa.» Esto dirá tu carta, y oiré yo el estallido, y del susto me moriré, porque los corazones de las niñas de Castro no pueden separarse, y los dos han de tener la misma felicidad o la misma pena, y de no ser así, uno de los dos tiene que reventar.» Yo la consolé como pude: le dije que aunque me casara no podía ser feliz mientras ella también no lo fuese...

Pasó tiempo; era ya medianoche, y Gracia se iba quedando dormidita. De pronto, su rostro me pareció el de un cadáver. ¡Pobre hermana mía! La llamé, abrió los ojos y nos abrazamos llorando, como si nos despidiéramos para la eternidad... Acostéme con ella, y arrullándola como a un niño, conseguí que conciliara el sueño. Yo velé hasta el día, y en aquellas horas de insomnio se me encendió el pensamiento, Fernando, ¡pero de qué modo!, y la voluntad se me puso..., no acierto a decírtelo..., se me puso como una columna muy grande y muy recia, capaz de aguantar el peso de todo

el mundo. Ahí tienes cómo concebí este gran proyecto de juntar en una sola idea y en un solo plan la felicidad de mi hermana y la mía, y hacer con tu ayuda un colosal esfuerzo para que Gracia no se muera cuando yo vivo, sino para que vivamos las dos. Creo que Dios me ha iluminado... Esta mañana, ordenándole que se quedara en la cama, le dije, dándole muchos besos: «Estate tranquila; volveré soltera. No voy más que a saber si puedo contar con Fernando para una cosita, para una idea que se me ha ocurrido... Verás qué idea más preciosa. Si él quiere, se hará, Gracia: Fernando puede mucho. Verás cómo nos trae las dos felicidades, la mía y la tuya.» No daba crédito a mis palabras cariñosas. Imposible infundirle alegría y confianza. Su cara cadavérica me causaba terror. ¡Pobre Gracia, pobre hermanita de mi alma!... Dios me dice...

Le faltó el aliento, y las ganas de llorar pudieron más que su propósito de contarme lo que Dios le decía. Apretándose el pañuelo contra los ojos, lloró un buen rato, sin que a mí se me ocurriese ningún concepto, pues yo tenía mi corazón tan traspasado como el suyo, y más estaba para que me consolasen que para consolar.

XVII

CONTINÚA LA MISMA CARTA

Antes que ella me serené yo, y díjele lo que me parecía su plan: admirable como abstracción; oscuro en la práctica, como todo problema en que se cuenta con un factor desconocido. De la grandeza de alma de Demetria y de su poderosa iniciativa no había duda; también podía contarse con mi leal colaboración para dar realidad a sus altos pensamientos; pero ¿qué adelantábamos si Santiago Ibero no parecía, o si, pareciendo, no quería de ningún modo prestarse a la combinación? ¿En qué se fundaba ella para creer que la huída del *ángel negro* no fuera irrevocable? ¿Estaba segura de que no había contraído nuevos compromisos, de que otros, más madrugadores, no le habían echado ya lazos imposibles de romper...? A estas dudas mías contestó de este modo la celestial mujer:

—Dios me dice que Santiago Ibero no está tan perdido como creemos. Es una idea que hace tiempo se me ha fijado aquí, y no hay manera de que yo la deseche. Y cuando las ideas se me clavan a mí en el pensamiento con tanta tenacidad, es que no son absurdas, Fernando. Todo lo que se ha metido en mi caletre con esa fijeza, ha resultado verdad. Yo di en creer un día y otro, y año tras año, que tú vendrías a mí, y has venido. Pues lo mismo pienso de Santiago; sólo que ése no vendrá por su pie: tiene que traerlo a cuestas o a rastras un hombre de firme voluntad... Te diré también, aunque tú debes saberlo, que Santiago Ibero es un alma de Dios, por más que otra cosa quiera decir su cara negra, su hermosura de militar terrible y su entrecejo airado. Santiago Ibero es un niño, un corazón blando, lleno de honradez; tímido en todo lo que no sea ganar batallas y meter la espada hasta el puño en cuerpos de enemigos; irresoluto, fácil a la influencia extraña, sobre todo si es buena; hombre que está deseando que le quieran para querer él con fuerza doble, y que por esta cualidad se habrá dejado coger en alguna red mala... Me dice el corazón que lo que hizo con Gracia fué obra de un arrebato, de una situación transitoria, y que si se le abre alguna veredita para volver, le faltará tiempo para entrar por ella... ¿Qué dices? ¿No opinas tú lo mismo? ¿Será esto un sueño? Dime todo lo que pienses. En último caso, ¿perdemos algo con intentar lo que te propongo? Algo perdemos, sí; un poco de tiempo; pero tú me dirás qué significa este tiempecillo en comparación de lo que ganaríamos si... Dime lo que se te ocurra. ¿Será mucho calcular en quince días, un mes, el tiempo que tardes en buscarle y en cogerle y hacerle nuestro?

—¡Quince días, un mes...!—dije yo, engolfando mi pensamiento en las dificultades de la empresa—. Puede ser mucho más; también puede ser menos si Dios me dispone las cosas de un modo favorable.

—Si cuando Ibero nos jugó aquella mala pasada Dios me hubiera hecho la merced de convertirme en hombre, no quedan las cosas en aquel triste estado, ni habrían sido de larga duración los padecimientos de mi hermanita. Yo voy, lo cojo, le doy un par de gritos, le pongo como un cordero, restituyo en él la caballerosidad y la hombría de bien, y pun-

to concluído. Creo que aún llegamos a tiempo, Fernando. No me preguntes por qué lo creo. Sólo te contestaré que porque sí.

Tenga usted por cierto, querida madre, que de la esencia divina que Dios ha distribuído entre los humanos le ha tocado a esta mujer mía un lote desproporcionado: es cosa segura que si algunos tan poco poseen en tal esencia es porque no ha sido equitativo el reparto, y mientras hay privilegios, como mi Demetria, que se hartan de divinidad, otros quedan ayunos de ella. Perdóneseme esta figura extravagante. Asimismo declaro que el alma de esta mujer se me comunica, y no sólo sus afectos, sino sus ideas todas, vienen a ser mías en virtud de un trasiego que comprenderá usted cuando vea sus ojos y oiga su acento, que en ciertas ocasiones no parece humano. Como se me había comunicado el dolor por las desventuras de Gracia, se posesionó de mi espíritu la fe de Demetria en el remedio de tanto infortunio. Yo también creí que no era tarde para intentar la captura y catequización del buen Ibero, y sentía gozo íntimo en suponerme colaborador eficaz de los planes grandiosos de la mayorazga de Castro. Claro que el hacerla mi mujer era la suprema gloria, y a ello debían subordinarse todas las demás ilusiones y proyectos; pero ya me estaba trastornando el juicio la idea de lanzarme otra vez, como caballero andante, a pelear por el bien y la justicia. Dar la batalla a un Destino adverso, matar al gigante opresor de la Humanidad y recibir luego el premio más hermoso que pudo soñar mi ambición, era ya una dicha que por su grandeza esplendente no parecía de este mundo. En estas reflexiones me sorprendió mi mujer (decididamente así la llamo) con estas peregrinas ideas, que hizo más dulces el favor inefable de apoyar su mano sobre la mía:

—Ya sabes todo lo que pienso. La imposición del séptimo trabajo no es realmente imposición, sino más bien súplica. Yo no digo: «Fernando, haz esto», sino: «Fernando, mi gusto y mi alegría es que esto hagas.» No te pido obediencia, pues yo debo ser tu sierva; tú, el señor mío. Propongo a mi dueño que no deje morir a mi hermana, que me allegue los medios de igualarla conmigo y de darle bienes semejantes a los que yo poseo. Yo era mayorazga, y partí con ella las tierras que la ley a mí me daba. Ahora me ha concedido Dios otro mayorazgo: me ha concedido el hombre que eligió mi corazón entre todos los que existen y pueden existir en el mundo... A punto de morir de pena veo a mi hermana. ¿Qué hacer, Dios mío? Un marido no puede partirse; un marido no se divide. ¿Pues cómo resuelvo yo este problema? Necesito dos maridos: uno para mí, otro para ella; para mí el mío, por fuero de amor; para ella el suyo, por la misma ley. Tengo fe en mi proyecto. ¿La tienes tú?

¿Qué había yo de contestar a esto? La fe llenaba mi alma. Yo no podía querer sino lo que ella quisiese, por más que la tardanza del casorio me ocasionara un vivo desconsuelo. Mi deber como esposo presunto y como caballero era decirle:

—Tengo fe, y haré lo que deseas. No soy tu señor, sino señores recíprocos, tú y yo, dueño el uno del otro, y procedemos con un acuerdo que es nuestra gloria y nuestra paz. Duele el aplazamiento; pero alivia de este dolor la idea de redimir a esa pobre niña de la esclavitud de su pena, alzando para ella y para nosotros un trono de felicidad donde haya dos parejas de reyes, dos coronas, dos...

Creerá usted, madre, que me he vuelto loco. Si es locura, mi excelsa mujer me la transmite: ella es la que disparando rayos de su divinidad me ha trastornado el juicio. En fin, miradme, Cielos, nuevamente lanzado a la andante caballería: miradme vestido de todas armas, pronto a combatir por altos ideales de justicia, ansioso de perseguir el mal y aniquilarlo, y de acometer toda obra de reparación en obsequio de la virtud: mirad en mí al infatigable soldado del bien... Va usted a creer, señora madre, que estoy delirando... Pues decía que me siento paladín, Hércules si se quiere, que emprenderé el séptimo trabajo bajo la protección y auspicios de mi excelsa maestra y dama.

Apareció en esto don Matías por la misma senda que habíamos seguido nosotros, y cuando estuvo al habla, me acerqué y le dije:

—Ya no hay casorio, señor cura... Sí: lo hay, lo habrá; pero dentro de unos días..., cuando yo vuelva de cumplir un encargo que me hace Demetria.

Y en el rostro del cura se pintó viva satisfacción; se le encandilaron los ojos,

se le humedecieron; su gruesa voz temblaba cuando me dijo, cogiéndome las manos y queriendo besarlas:

—¿Conque usted se determina...? ¡Vaya un corazón, amiguito! Déjeme que le abrace, ¡caramelos!, pues virtud tan grande no creí yo que la tuviera ningún nacido... ¿Se decide a traernos a ese perdulario, a ese bruto, paloma sin hiel, a quien tienen cogido los gavilanes, o alguna gavilana indecente, ¡caramelos!?... La niña me habló de su pensamiento, y no creí que usted se prestara, ¡caramelos!, a realizarlo. Era mucha virtud, demasiada virtud..., me parecía a mí..., porque todos somos de barro, y... lo que digo... En fin, sea para mayor gloria de Dios y de la familia. Dispuesto a casarles estaba yo aquí o en La Bastida, cuando el señor y la señora quisieran: en mi iglesia están los papeles y todo preparado...

Al oír esto flaqueó un instante mi entusiasmo de aventuras, y las glorias de amor eclipsaron en mi espíritu las de la andante caballería. Pero me fortalecieron de nuevo estas palabritas de la sinpar Demetria:

—Fernando y yo sabemos lo que no saben todos, esperar. Virtud es la esperanza, y el que espera con fe, gran premio alcanzará.

Mientras esto decía, su mirada inundaba mi alma de un gozo inefable. Sus ojos eran la admiración misma, el orgullo de tenerme por suyo, y la persuasión de que yo era digno de ella.

—Me has de prometer—le dije—que has de llevar a tu familia el convencimiento de que si no eres aún mi mujer, lo serás en cuanto yo vuelva, con o sin lo que voy a buscar.

—Ten por seguro—replicó ella, en pie, estrechándome la mano frente al cura, en actitud semejante a la de los que se casan—que hoy mismo haré pública nuestra determinación, sin ocultar nada... No me importa ya que sepan toda la verdad..., que he venido a Samaniego, que en Samaniego nos hemos visto, que hemos hecho ante el señor cura don Matías, buen fiador, juramento solemne de ser mujer y marido en la fecha y ocasión que nos convenga.

—Y yo respondo—declaró el cura rebosando júbilo—que el amigo Navarridas vendrá con las orejas gachas, y querrá quitarme la gloria de casar y bendecir a la mejor pareja de la cristiandad; pero no se la cederé, ¡caramelos!, aunque me ofrezca todas las arrobas de vino blanco que tiene en sus cuevas.

Demetria dijo más:

—Puedes ir tranquilo; pidamos a Dios que abrevie los días que has de tardar. Yo tengo fe. Tenla tú, Fernando. Que esto ha de salir bien y que salvaremos a nuestra hermana, es para mí como el Credo... No caben dudas... Anunciaré yo misma nuestro pacto de próximas bodas: Juan Antonio y Valvanera, bajo cuyo amparo me pongo, lo ratificarán del modo más solemne ante mi familia, y ellos se encargarán de evitar que mis tíos, y los que no son mis tíos, me causen nuevas desazones.

La fiebre caballeresca llegó en mí al grado superior, y mis pensamientos se espaciaron en el delirio. Creo que dije mil disparates, aunque de ellos no respondo: lo que sí recuerdo bien es que hallándome en lo más remontado de mi navegación por el inmenso piélago, observé la disminución de la luz solar: el día no quiso esperar a que acabáramos nuestro coloquio, y se nos iba mansamente... Confieso que la cercanía de la noche turbó mis ideas, enfriándome los ardientes anhelos de dar batallas por el bien humano y por la divina justicia. Aproximábase el momento, ¡ay!, en que mi mujer y yo debíamos separarnos, y la idea de que ella se fuese por un lado y yo por otro empezó a parecerme absurda, tan absurda como lo sería el intento de atajar la noche. Miré a Demetria, y vi en su cara la perplejidad. Ni ella osaba decirme a mí que era hora de separarnos ni yo a ella tampoco. El cura nos sacó a entrambos de tan duro compromiso:

—Vaya, madama y caballero, ya es tarde: antes de que suene el toque de oración debe la señora emprender el camino para La Guardia.

Por sostenerme, ¡qué tonto es uno!, en mi grave papel, confirmé las sesudas palabras de don Matías. Demetria fué más allá que yo, sosteniendo que se había entretenido más de la cuenta, y que con las glorias se le habían ido las memorias. Le besé las manos no sé cuántas veces; yo empalmaba besos con besos y no tenía trazas de acabar nunca. Díjome ella que pusiera punto, ósculo final, y el cura, marchando delante, co-

mo la magna cruz en una procesión, nos guió hacia el bosquecillo próximo a la casa de labranza. Seguía el *Serrano* taciturno, dándonos a entender a su modo que no *era partidario* de la separación; tras él íbamos Demetria y yo cogiditos de las manos, silenciosos. ¿Eramos dos chiquillos inocentes que jugábamos a lo ideal, hasta que el tal juego nos enseñara su inconsistencia y vanidad? Yo no sé lo que éramos. Ya próximos al fin de la senda, mi celestial esposa me dijo gravemente:

—Quedamos en que tienes tanta fe como yo.

Y le respondí que emprendería con intrépido corazón el séptimo trabajo y a su término lo llevaría sin flaquear un momento... Llegamos al grupo de árboles en que nos habíamos encontrado. Junto a la casa esperaba el coche, y las impacientes mulillas, haciendo sonar los cascabeles, contaban los segundos que aún me restaban de aquella fugaz dicha. Bajo los árboles, en el momento de esconderse el sol en el horizonte, Demetria se detuvo para darme la despedida; la vi pálida y llorosa, como si la grave virtud de su entereza en el momento de prueba se desmoronara como un castillito de naipes. Por efecto de aquella comunicación que en nuestras almas se establecía vi que la mujer fuerte flaqueaba. Estas palabras suyas me lo confirmaron:

—Si te parece que el sacrificio es demasiado penoso..., si la idea de diferir nuestro casamiento para buscar a Santiago te parece absurda, aún estás a tiempo... No quiero que emprendas a disgusto este gran trabajo.

No puedo expresar a usted la lucha que al oír esto entablaron mi amor propio y... no sé qué otra fuerza de mi alma. Ello es que el amor propio, aun reconociéndose vencido, se las mantuvo tiesas y dijo:

—No voy a disgusto; voy confiado en Dios y en ti, seguro de realizar un gran bien...

Un segundo más, una vacilación de Demetria, y me caigo redondo desde la ideal cima a las reales blanduras de un suelo cubierto de flores. Pero ella, con rápida acción; ella, la guía, la maestra, la doctora, acudió al remedio de tan gran desastre rehaciéndose con brío y volviendo a su ser poderoso, como divinidad gobernante.

—Dios te bendecirá por tu buena obra —me dijo, tocándome en el hombro—. Seremos felices, viviremos todos..., ¡ay, los cuatro...! ¡Qué dicha! No hay que volver atrás de lo tratado. Seamos personas formales, no chiquillos sin fundamento... Marido mío, adiós, hasta luego, hasta muy luego. Date prisa...

No me dió tiempo a contestarle porque echó a correr apretándose el pañuelo contra la boca, y pocos segundos tardó en llegar al coche. Tras ella fuí, y dándole la mano para subir, besé la suya otra vez, sin acertar a decirle más que...:

—Ya verás qué pronto me tienes aquí... Un ratito más... ¿Qué prisa tienes?... Vaya, no hay más remedio; adiós, adiós. Volveré volando...

El coche partió, y saludándonos seguimos mientras podíamos vernos. Me entraron ganas de correr detrás del coche gritando:

—Mujer, mujer mía, detente..., vuelve atrás... Estamos borrachos de ideal, de ese insano bebedizo que me has dado... Desemborrachémonos..., c a s é m o n o s...

XVIII

DEL MISMO A LA MISMA

La Bastida, junio.

Instóme el cura para que a cenar le acompañase, y accedí gustoso por platicar con él y prevenirme de cuantos datos y advertencias pudiera darme el buen señor referentes a su sobrino, cuya captura mi caballerosidad emprendía. ¡Triste de mí! Mientras cenábamos, los elogios que el clérigo hacía de mi resolución, del sacrificio momentáneo de mi felicidad, no disiparon las nieblas que envolvían mi alma. Apagado el entusiasmo que la presencia de mi mujer despertaba en mí, se me oscurecía la confianza y un desconsuelo intensísimo se me posaba en el corazón. ¡Qué pena, qué amargura! Con Demetria sí que emprendería yo las más audaces aventuras y daría terribles batallas para destruir el mal humano; lejos de ella era cobarde, perezoso y egoísta.

Pero ya no había más remedio que

sostener la palabra y el papel y afianzarme bien en mi pobre cabeza el yelmo de Mambrino para que no se me cayese. Dióme don Matías referencias de Ibero, que retuve en mi memoria como utilísimo conocimiento de las posiciones del enemigo. Las últimas noticias eran que Santiago estaba en Madrid, haciendo vida solitaria, apartado de amigos y sin compañía de mujeres, dato este último en extremo satisfactorio, porque ya no tenía que batirme con los dragones más espantables. También había escrito a don Matías un su amigo, coadjutor de San Millán, que el *ángel negro* hacía vida devota tirando a penitente; que las horas muertas se pasaba en La Latina, en Nuestra Señora de Gracia o en San Andrés, engolfado en rezos y ejercicios espirituales de grandísima edificación. Numerosas eran las personas que le habían observado en esta laudable faena y no pocas las que podían dar fe de su flamante religiosidad por haberle oído explanar, en círculos de sacristía, enrevesados puntos teológicos. Francamente, esta inopinada conversión de mi amigo no me hacía maldita gracia ni era lo más lisonjero para la empresa a que con tanta bravura me lanzaba yo. Si por artes del demonio, digamos más propiamente por inspiración del Cielo, el hombre se arrojaba en brazos de Dios, ¿qué podría yo contra encantador tan formidable? ¡Pues digo, si cuando lograse ponerle mano encima me encontraba con que había cantado misa, valiente negocio hacíamos! ¡Pobre Gracia, triste de mí, si lanzándome a la caballería por cazar un marido, cazaba un sacerdote!...

Del dinero que llevaba di algunas onzas a don Matías para repartir entre los pobres de aquel lugar y atender a necesidades de la parroquia, y luego porción bastante para un encarguillo con el cual asegurar quería la comunicación con mi amada esposa. El buen párroco me agradeció mucho, así la limosna como la confianza, y prometió servirme de cabeza, ¡caramelos!, lo mismo que si yo fuera su padre. Fué mi principal cuidado advertir al cura que en cuanto ocurriese alguna novedad grave, digna de mi conocimiento, despachase un propio a Madrid, a mi costa, sin reparar en precio de la caballería ni en gastos de viaje. Dile nota bien clara de la dirección que habían de llevar las cartas de mi futura, y yo dirigiría mi correspondencia, mientras Demetria no dispusiese otra cosa, al reverendo don Matías Baranda, cura párroco de Samaniego. De acuerdo el clérigo y yo en estos pormenores importantísimos, me despedí, ya sobre las diez de la noche, y hasta largo trecho más acá de su pueblo fué don Matías acompañándonos, sin cesar de repetir las alabanzas de mi virtud, de mi sacrificio, más divino que humano, del cual sólo se encontraban ejemplos en las vidas de los santos, que por triunfar así de sus ambiciones y apetitos habían merecido la bienaventuranza. Bueno, bueno; pues esto y mucho más que el bendito señor me dijo no me consolaba de mi tedio ni me quitaba del magín la insidiosa idea de haber hecho una descomunal tontería..., pues ¿qué se me había perdido a mí con Gracia ni qué culpa tenía yo de sus penas y de que el otro la dejara, etc?... Sólo pensando en Demetria y recordando su dulce acento, su aplomo soberano, expresión justa de la grandeza de su alma, podía yo arrojar de mi mente aquella idea que me atormentaba como un bufón maligno.

Llegamos a La Bastida cerca de las doce, y levantados, contra su costumbre campesina, nos esperaban Valvanera y Juan Antonio, ansiosos de conocer las resultas de mi viaje. En realidad, como no me esperaban a mí, sino a Sabas, con la noticia de que yo no era ya soltero y de que iba con mi esposa sobre La Guardia, cuando me vieron llegar pusiéronme cara recelosa, y viendo que la mía no era muy alegre, imaginaron cualquier desastre. No quisieron esperar al día siguiente para que yo, punto por punto, les contase *el tratado de Samaniego*, y hasta las dos o poco menos estuvimos de palique. ¡Ay madre! Todo ello se les antojaba rarísimo, un tanto alambicado y estrambótico y sin la debida conexión con la realidad humana. La idea de la niña de Castro les pareció un rasgo de santidad, y por tan sublime la tenían que no les entraba en el caletre. Ya comprenderá usted mi aflicción y el mal sabor de boca que me dejó la ineptitud de nuestros amigos para comprender idea tan grande y hermosa. No he dormido en toda la noche... No sé qué daría, querida madre, porque estuviese usted a mi lado y pudiese yo saber su opi-

nión. Tan penoso ha sido mi desvelo, tan vivo mi afán de comunicarme con usted, que abandoné las sábanas ardientes y a la última luz de una lámpara que luchaba con la primera del día empecé esta carta, que no puedo seguir ya, porque los ojos se me pronuncian y ya no respondo de que los garabatos que hago en el papel expresen lo que les ordeno... Déjeme usted que descabece un sueño en la silla, en la mesa... Buenas noches, digo adiós...

Hoy (no sé que día es).

Pues hoy he notado una ligera modificación en el criterio de mis amigos. Entraron a verme Valvanera y Juan Antonio a una hora que no sé, porque se me ha parado el reloj. (Por esta falta de respeto a mi persona, le castigo severamente privándole del sustento de la cuerda en todo el día.) Sin duda por consolarme, hame dicho Valvanera que puesta ella en el caso y circunstancias de Demetria, habría determinado lo mismo que mi augusta señora determinó. Juan Antonio, radicalmente desafecto a la caballería, declara que, a ser él yo, habría, sí, aceptado el séptimo trabajo hercúleo, pero echando por delante el casamiento, como alivio de penas y necesario refrigerio del alma. Lo dicho, señora y madre, esta gente es bonísima; pero lo sublime no le cabe en la cabeza... Voy entendiendo que la sublimidad es una exótica planta que sólo crece en esas estufas que llamamos tratados de retórica, y que es locura pretender criarla en la intemperie de nuestra vida. En ello me confirmo, después de consultar el caso con el agudo don Beltrán, sapientísimo definidor de teología mundada, el cual, con gracejo, me dió patente de doctrina, sosteniendo que la primera y más meritoria santidad de un caballero es cumplir con las damas. Así lo manda la ley de galantería, *summa ratio*, ante la cual todas las leyes y la caridad misma deben humillarse. En cuestiones de esta índole, intervenidas por el amor, con o sin matrimonio, la caridad empieza por u n o mismo, dígase mejor por los dos que se aman. Tanto Demetria como yo no éramos más que unos lindos muñecos rellenos de serrín.

Bueno, bueno, bueno. Quiero marcharme, volar hacia Madrid. Mi tristeza es mortal. Sale de estampía para Miranda un criado de esta casa encargado de procurarme el mejor coche que allí se encuentre y los caballos más veloces. Pago los relevos al precio q u e quieran. Tráiganme el *Pegaso*, el *Clavileño* o cualquier hipogrifo nacido en las yeguadas de la sublimidad.

Esta tarde.

No tengo paciencia para esperar más horas, y me decido a partir con Sabas, al anochecer. Escribo a mi rigurosa Dulcinea una carta dulce y triste, pidiéndole que me ampare y sostenga, que lance por mi camino ráfagas de su espíritu vivificante, y con el mismo fervor a usted me encomiendo, señora madre y sibila de este aburrido caballero.

De nuestros amigos pongo aquí mil finezas, y todo el cariño filial de

Fernando.

XIX

DEL MISMO A LA MISMA

Madrid, junio.

Madre querida: Mis cartas de Aranda de Duero y de la Venta de Juanilla (a dos leguas de Somosierra), donde se me rompió una rueda del coche, viéndome precisado a pasar el puerto a pie hasta el mismísimo Buitrago, habrán enterado a usted de las peripecias de este viaje, que la fatalidad quiso hacer lento y que yo he podido acelerar a fuerza de valor, de terquedad y de dinero. He llegado a Madrid en plena crisis ministerial; ya hablaremos de esto. Me metí en los Leones de Oro, donde no estuve más que medio día, en insufribles apreturas, y no sabiendo dónde encontrar comodidad, consulté el caso con Salamanca, para quien fué mi primera visita, no por preferencias de amistad, sino porque a él tuve que acudir a reponer mi bolsa de los tientos que me fué preciso darle en el camino. Después de abastecerme del precioso metal, me llevó Salamanca en su coche a la carrera de San Jerónimo, donde se ha establecido un suizo llamado Lhardy, que es hoy aquí el primero en las artes del comer fino. Vino a Madrid el 39, estrenándose con la industria pastelera, que fué gran adelanto con relación a lo bueno que aquí teníamos, por lo que se dijo que ha-

bía puesto corbata blanca a los bollos de tahona (que a mí me gustan mucho, aun mal vestidos); alentado por el éxito, introdujo el dar de comer, y ha ganado tal fama por su puntualidad, esmero, pulcritud y por la ciencia de sus cocineros, que ya no h a y en Madrid quien se le ponga por delante. No tiene alojamiento para huéspedes, pero dispone de un par de habitaciones para un solo pupilo, siempre que se trate de persona bien recomendada y rica, y como vuesa merced quiere que yo lo sea y que me dé lustre de tal, he consentido que Salamanca me entregue al patronato del amigo Lhardy. Aquí me tiene usted, pues, señorilmente aposentado, solo, bien comido, bien bebido y dado a los demonios porque la distancia a que estoy de los seres que amo me quita toda tranquilidad y todo contento.

Me cuenta Salamanca que el Ministerio González ha venido a tierra, y que él, Salamanca, tuvo la culpa de que empezara la situación a desmoronarse por la parte más endeble, el ministro de Hacienda, señor Surra y Rull. Los líos que, por intereses de no sé qué empréstito, mediaron entre nuestro buen malagueño y el secretario de Hacienda son tan largos de contar, que prefiero callármelos, para evitar a usted una jaqueca por cosas que pronto han de desvanecerse en el tiempo y borrarse de toda memoria. Ahora bien: ¿quiénes son los perritos en cuyos pescuezos lucen ahora los collares ministeriales? Pues perrito de cabecera es el general Rodil, que mandaba en el Norte. Siguen: Almodóvar, que ha cambiado la guerra por la diplomacia; Zumalacárregui, que gobierna en Gracia y Justicia; don Ramón Calatrava, que tendrá las llaves del arca nacional; el viejo Capaz, que empuña el remo de la Marina, y en Gobernación nos ponen al señor Solanot, muy señor mío. Dios les dé a todos buena mano.

Ofreció don Baldomero a Olózaga la Presidencia del Consejo; pero no quiso aceptarla Salustiano, a quien traen ensoberbecido sus triunfos oratorios. Tanto él como López acaudillan en las Cortes una partidita de diputados y entre uno y otro hacen el caldo gordo al *moderantismo*... No puedes figurarte el efecto que me causa oír a esta gente ni la desazón de sorpresa y asfixia que invade a los que, viniendo de fuera, entramos de súbito en esta atmósfera. Yo digo: «Pero ¿aquí están todos dementes? ¿Es esto la metrópoli de una nación, o el patio de un manicomio?...» Y pregunto dónde se ha metido el sentido común, sin que nadie acierte a responderme... A juzgar por lo que se oye, el país es un insensato que, aburrido de sí mismo y no sabiendo cómo vivir, pide a los demonios que se lo lleven... El Ministerio entrante es calificado como de la peor extracción *ayacucha*. Y yo pregunto: «¿Qué significado tiene esta palabra y qué se quiere expresar con ella?» Ni Espartero estuvo en la batalla de Ayacucho, funesta para nuestra nacionalidad en América, ni los feligreses de su camarilla, a quienes acusamos de infinitos males, pelearon tampoco en aquella célebre acción de guerra. Esto es tan peregrino como el llamar borracho a José Bonaparte, que no lo cataba. La imaginación popular emborrona la Historia y luego nos cuesta Dios y ayuda descubrir con raspaduras la verdad.

Martes.

Todos los amigos a quienes hoy he visto me han preguntado si soy *ayacucho*, y les he contestado con picardía, según el gusto y aficiones de cada uno. Quiero sustraerme a la política; pero no doy un paso en las gestiones que motivan mi viaje sin tropezar con algún delirante que quiera comunicarme su locura. Hoy me ha dicho Espronceda que no habrá paz hasta que no venga la República, una República enteramente a la griega, por supuesto... (me figuro que habla de la Grecia de Byron); Borrego me ha demostrado la circulación clandestina del *oro inglés*, como causa principal del *ayacucho* desconcierto en que vivimos; González Bravo sostiene que es forzoso poner patas arriba la Regencia y su tertulia, declarando mayor de e d a d a Isabel II para que gobierne por su propia inspiración infantil, y después salga lo que saliere; López quiere arreglar a España derramando sobre ella, desde las etéreas regiones, frases de talco de mil colorines; en Fermín Caballero descubro un radicalismo extremado, que conceptúo más peligroso por la rigidez de castellano viejo, por la forma fría y clasicona con que lo expresa; en fin, que todos desvarían y yo no encuentro dos adarmes de seso por ninguna parte. y

véome apurado para reponer el mío, que en este ahumado laberinto se me pierde y se me acaba.

Y entre tanto, señora madre mía, Ibero sin parecer. Desde muy temprano empiezo mis pesquisas, y cierra la noche sin obtener ni vagos indicios de la caverna del león fugitivo. Clérigos y seglares he visto en los barrios de acá y de allá; Iglesia y Milicia me resultan igualmente ineficaces para el conocimiento que busco. Esto me anonada. ¿Qué debo hacer? ¿Dar por terminada mi misión, con fracaso evidente, o persistir, revolver más escombros humanos y meter el gancho hasta lo más hondo del montón? ¡Ay, qué daría yo porque usted pudiese contestarme ahora mismo..., pero ahora mismo!

Jueves.

He almorzado en una taberna de la calle del Humilladero, por no abandonar una pista que segura me parecía y que al fin resultó más falsa que Judas. Donde creí encontrar a Santiago topé con un sacristán loco que compone imágenes de santos poniéndoles cabezas de chisperos y atributos de tauromaquia. De allí (calle de Luciente, 3) me vine a casa, donde recibo la grata sorpresa de que ha estado a visitarme don Juan Alvarez Mendizábal. Me puse a escribir a mi mujer y a mi madre, y entró..., adivínelo usted: Miguel de los Santos. Nos abrazamos con efusión y nos pusimos a recordar cosas de nuestro tiempo. No ha variado nada Miguelito, que es el mismo holgazán perdurable y el gran autor eternamente inédito. Me hizo reír burlándose de la poesía, que considera como el diploma de la miseria y la ejecutoria del hambre; hablóme luego de un proyecto magno que ha concebido para ganar dinero, el cual no es otro que construir una fastuosa casa de baños en el Manzanares, a *estilo del extranjero,* y por complemento un recreo de naumaquia o cosa tal, encauzando el río para jugar con él y decorarlo, en una considerable extensión, con *cascadas artificiales* y con surtidores..., ríase usted..., con surtidores de vino. Me ha entretenido toda la tarde con estos donaires, y riéndome como un tonto he olvidado mis penas. Dios se lo pague. Le convido a comer. Si él se dejara, le ajustaría yo para que me acompañase algunas horas del día; pero a esto contesta que no puede comprometerse a consagrarme su tiempo *porque tiene que trabajar...* ¿Qué hace? Dice que intenta corregir el *Quijote* y enmendar *La Divina Comedia,* para que sean obras dignas del respeto de los siglos. A su juicio, la *Biblia* necesita de algunos toques para ser un libro aceptable, y él se compromete a dejarla como nueva si le dan en Gobernación una plaza igual a la de Pepe Díaz, con libertad para dedicar las horas de oficina a la composición y lima de versos.

Viernes.

Comimos juntos Miguel y yo y nos fuimos al Príncipe. Al teatro le han dado una mano de pintura y le han refrescado el oro. A pesar del afeite, lo encuentro más triste que en nuestros tiempos. La concurrencia me ha parecido la misma; las damas que lucían en plateas y entresuelos no se han movido de sus palcos, tal fué mi ilusión, desde la última vez que las vi. La de Oliván, *empero,* ha cambiado de lugar: su constelación deriva un poco hacia el proscenio, metiéndose más en *Capricornio* y confundiéndose con *Arcturus.* La *Osa Mayor* (ya sabe usted quién es) no ha cambiado de sitio en el firmamento teatral, ni *Berenice,* la de la espléndida cabellera. Junto a ésta brilla *Mercurio,* que ha tiempo, según dicen, rompió con la mayor de *las Cabrillas.* Vi *La escuela de las casadas,* de Bretón, que me recuerda *L'école des femmes.* Es linda comedia, y la representan a maravilla Romea y Matilde. En el segundo entreacto subimos al cuarto de Julián, donde fuí recibido con vítores y palmadas y la indispensable denominación de *ayacucho.* Porque allí, como en todas partes, no se habla más que de política, y el aposento del actor parece club, logia o rincón de café patriótico. La procerosa figura de don Juan Nicasio se destacaba entre el ilustre senado, y no faltaban Vega y Rubí, con quienes reanudé mis amistades, entablándolas nuevas con un poeta que yo conocía de vista, Ramón Campoamor, ahora muy mimado del éxito, autor de un tomo de lindísimas fábulas, que compré en casa de Boix y estoy leyendo. Si a muchos vi con gusto, mas sin interés grande, tuve el sentimiento de no tropezarme con Bretón, a quien expresamente buscaba yo anoche, porque ha

de saber que este ilustre riojano es quien me ayuda en la cacería de Ibero con una solicitud que le agradeceré toda mi vida.

Domingo.

Mi desesperación, señora madre, a su colmo llega ya. Ocho días aquí, sin adelantar un solo paso en esta formidable aventura, que ya me está pareciendo del género tonto y deslucido de las leyendas caballerescas que en mi tiempo se escribían. No puedo más. Me fijo un plazo improrrogable de tres días para dar por suficientemente apurado mi empeño, y al cabo de ellos, triunfante o derrotado, tomo el camino del Norte, pues el imán de mis deseos me tiene loco de tanto mirar allá... Tan aburrido estoy, que suelo buscar distracción en la lectura de los periodicuchos que difaman al Gobierno, al regente y a todo lo que significa jerarquía y autoridad, y más me seducen y divierten cuanto más groseros y estúpidos disparates escriben. *La Guindilla* trae un muñeco que imita la persona de Rodil, con su cara de histrión, su rasgada boca y sus bucles sobre las sienes. Le representa bailando el zapateado y pone en sus labios unas ridículas décimas con glosa. Adulando los bajos gustos de mucha gente, el papel llama *Bobil* al presidente del Consejo, y a todas las figuras culminantes de la nación las señala con soeces motes. Almodóvar es *Poenco;* Mendizábal, *Mamacallos;* Calatrava, *la tía Ramona,* y Argüelles, *Pinchaúvas.* Por cierto que ahora vienen alborotados los periódicos con lo que llaman *escándalos palatinos.* Andan a la greña la camarera mayor, marquesa de Bélgida, y el aya, condesa de Mina. *Pinchaúvas,* impávido, se entretiene en quitar y poner maestros a su majestad. A la separación del señor Ventosa sigue el nombramiento del coronel don Francisco Luján para profesor de Historia y Ciencias exactas de las regias niñas. Unos alaban y otros denigran al señor Luján, como hechura de don Antonio González y redactor de un papelejo (creo que *El Espectador)* que defendía las crueldades de Zurbano y le daba el dictado de *Washington español.* ¡Vaya unos delirios! Vivimos entre locos desmandados. En el novísimo lenguaje de la Prensa callejera aparecen cada día nuevos términos y frases que al instante entran en el uso común del pueblo y se apegan a todas las bocas. A los moderados les llaman ahora *traseristas,* con lo que se significa que progresan hacia atrás.

Martes.

La Prensa populachera de hoy habla de un gran cisco en Palacio, entre *Pinchaúvas* y las azafatas. Estas se rebelaron en cuadrilla contra el tutor y quisieron arañarle. Parece que dos antiguas azafatas, en connivencia con uno de los nuevos preceptores, entregaron a la reina un medallón con el retrato en miniatura del hijo mayor del infante don Francisco. Se había prohibido por la tutoría soliviantar a su majestad con cartas, recaditos o miniaturas de los príncipes que aspiran a su mano, y la desobediencia flagrante a tan sabias instrucciones ha sido motivo del zipizape y del furor del austero don Agustín. Se asegura, y no me cuesta trabajo creerlo, que el retrato causante de la gresca procede de la infanta Carlota, que ya empieza a barrer para su casa. Anúnciase la llegada del primogénito de la infanta, don Francisco de Asís, y se inicia ya en Madrid la formación de un núcleo de opiniones afectas a la candidatura de este jovencito para marido de nuestra soberana. Con tiempo lo toman. La feliz inventiva española para bautizar ridículamente las ideas ha dado en llamar *paquistas* a los que se entusiasman con este casamiento.

Tendrá usted conocimiento de la desastrosa muerte del duque de Orleáns. ¡Qué horrible desgracia! ¡Morir de fatal muerte, súbita como el rayo y ciega, en la flor de la edad, en la más alta posición, rodeado de todos los bienes, adorado de los suyos!... ¡Qué triste!... Me entra el frío de los presentimientos lúgubres.

Jueves.

Madre querida, no quiero hablar a usted de mi tristeza, por temor de comunicársela. Si mañana no puedo darle mejores noticias, irá la de mi salida para Miranda. Anoche estuve en el Circo, que han convertido en teatro, sin conseguir que esté menos feo que antes; pero al espectáculo de los caballitos es preferible la ópera italiana con buena orquesta y cantores de mérito. Oí *La Vestale,* de Mercadante, que me habría gustado si

estuviera mi espíritu mejor dispuesto para las emociones del arte. No hay música, por sublime que sea, que ahogue la interna voz de nuestra alma, cuando da por cantarnos el *requiem*. Oí la ópera como se oye un organillo de las calles, y admirando el buen estilo de la Teresa Vovay y de Olivieri, les habría dado dos cuartos por que callaran.

Hoy haremos Bretón y yo la última tentativa para que pueda llevarme la conciencia bien sosegada. Si Dios no dispone otra cosa, sólo un día separará esta carta de la que anuncie a usted la partida de su amantísimo hijo

Fernando.

XX

DEL MISMO A DEMETRIA

Madrid, julio.

Señora y dueña, reina, emperatriz y más si lo hubiere: ¿Con qué palabras te daré las albricias? Ayer te dije que Bretón y yo nos declarábamos vencidos, y hoy, cuando menos lo esperaba, se me presenta el gran riojano y me suelta esta bomba: «¿No le dije, mi señor don Fernando, que yo con un ojo solo había de encontrar, más pronto que usted con los dos suyos, la aguja que buscamos en un pajar?»

En fin, adorada mujer, que ya pareció el *ángel negro;* al fin Dios ha tenido lástima de mí, de ti y de tu pobre hermana, si, como creo...

Espérate un poco: no sé cómo contarte con brevedad lo sucedido. ¡Si fuera posible pegar desde aquí cuatro gritos para que tú me oyeras! Pues leyendo versos estaba yo cuando entra Bretón y me abraza, y rompe una copa de agua que yo tenía en mi mesa, y mientras acudo a contener la inundación que cae sobre el libro, pasando por mi chaleco, le oigo decir: «Ya tenemos hombre...». En fin, que Ibero vive, aunque no se responde de su perfecto equilibrio cerebral... Y no vayas a creer que tengo ya entre las uñas al novio de tu hermana: aún no le he visto. Para que nuestra dicha no sea completa, el *ángel negro* está, como quien dice, a la vuelta de la esquina..., se ha ido a Cataluña... No recuerdo si Bretón dijo que reside en Barcelona o cerca de ella... Lo mismo da. ¿Te parece que es floja caminata la que tengo que emprender ahora, mujer mía? De la pena de no verte pronto me consuela el gozo de que veré a mi madre... Fluctúo entre dos cielos. Ya los juntaré yo.

Escucha y alégrate: por obra de la casualidad (disfraz que toma Dios para sorprendernos, embromarnos y reírse de nuestros afanes), supo Bretón que Santiaguillo había sido huésped del rector de Montserrat, en la calle de Atocha, por un mes largo, y de que el dicho rector y otro clérigo catalán se concertaron caritativamente para curarle de sus manías y aliviarle de sus penas, determinando al fin que no había para ello medicina mejor que el cambio de aires y la compañía de sujetos graves. Dos días antes de mi entrada en Madrid empaquetáronle en una galera de las que llaman aceleradas, consignándole a una casa religiosa donde tendrá la mejor asistencia. ¿Te vas enterando? Pues añado (y esto no se lo digas a tu hermana) que los buenos clérigos de acá, en cuyas manos cayó por designio de Dios nuestro pobre amigo, creen que su reciente vocación de vida religiosa, lejos de ser síntoma de locura, señal clara es de iluminada discreción y juicio, por lo cual recomiendan a los padres de allá que, después de cuidarle y de nutrirle con sanos alimentos, le administren los más eficaces, o sea la doctrina necesaria para que en un plazo no muy largo cante misa.

¡Sí, sí; no es mala misa la que le voy a cantar yo!... A mi pesimismo de los pasados días ha seguido un recrudecimiento ardoroso de aquel entusiasmo con que acepté y acometí las duras penitencias que determinaste imponerme. Vuelvo a creer que me destina Dios a consumar una grande hazaña y a producir una de las más bellas eflorescencias del bien humano. Adelante, y echa la bendición a este tu enamorado caballero, que no dilatará el partir a Barcelona más tiempo del que tarde en prevenirse de los lazos mejores para captar novios fugitivos que se acogen a lugar sagrado... Ya te lo explicaré mañana, porque estoy aturdido, loco, y no respondo de que mi trémula mano escriba lo que pienso.

Tu segunda carta me ha causado tanta alegría como tristeza me dió la primera. ¡Vítor mil veces!... ¿Conque tenemos a nuestra hermana consolada, por virtud de las esperanzas con que tú, di-

vina médica, has fortificado su espíritu? Y ¿no es broma, Cielos, que mi amigo Navarridas se tiene tragado que somos marido y mujer como quien dice? ¿Hase enterado de que nos vimos en Samaniego y de que allí charlamos y resolvimos cuanto nos dió la gana? ¿Tendrá celos de nuestro bravo capellán y casamentero don Matías? ¡Cuánto me alegro, y qué feliz me haces con estas noticias! Mayor sería mi júbilo si me anunciaras que ha reventado doña María Tirgo, o que apuntan síntomas del pronto estallido de tan digna señora... ¡Vaya, que la retirada de los tacaños con su brillante Estado Mayor eclesiástico es por demás donosa! ¡Lástima que no estuviera yo allí para avivarles el paso, picándoles la retaguardia con azotes, zorros o escobas! ¡Y ya las de Alava, ¡Dios clemente!, me llaman *ilustrado, elegante* y *de buena educación!* Su tardía indulgencia me hace llorar de risa...

La Prensa popular no se recata para enaltecer las ideas republicanas. La República es el mejor gobierno, según estos tribunos de las calles, porque tiene por base y principio el *temor de la justicia del pueblo.* Al paso que estas ideas se propagan, la procacidad, las groseras injurias a personas respetables son diario alimento de la general demencia. Como París en los días del terror recomendaba el uso constante de la guillotina, Madrid recomienda el *corbatín* como eficaz correctivo de ministros y personajes. Se me ha quedado presente una cuarteta que acabo de leer, en la cual se pide que den garrote al ministro de la Gobernación del reino, señor Solanot:

> Al que todo lo trabuca
> y en la adulación se ensaya,
> el corbatín de Vizcaya
> le pusiera yo en la nuca.

Muletilla constante en la baja Prensa. y aun en la de más fuste, es que mientras el pueblo paga, los ministros no hacen más que guardar millones. El Ministerio es una cuadrilla de viejas flatulentas, rapaces, embrujadas; el real Palacio, una casa de Tócame Roque, donde los dómines y las azafatas, las mozas de retrete y los caballerizos, a diario se tiran de los pelos; la Tesorería, el puerto de Arrebatacapas; el regente, un *santón* repleto de oro; Rodil, un payaso; Capaz, un *Tío Carando;* San Miguel, un...

¡Ay, ay, ay niña de mi corazón..., ahora reparo que pongo en tu carta cosillas destinadas a la de mi madre, que desea le cuente algo de enredos y trapisondas políticas! Como a las dos escribo a un tiempo, alternando en mis dos amores para igualarlas en mi cariño, tiene fácil explicación el error... ¿Qué te importa a ti la política?... Sea lo que quiera, no tacho nada de lo escrito... ¡Ay, ay, ay! Espérate: descubro en este momento que en la carta para mi madre he puesto por equivocación un parrafito que es forzoso trasladar a la tuya. ¡Cómo está mi cabeza! Copio en ésta lo que en la otra carta escribí, y que a la letra dice: «Mi opinión es que no atiborres de optimismo el espíritu enfermo de mi cuñadita. No vaya a creer Gracia que ya tiene reconquistado el novio, y que le llevaré la felicidad como podría llevarle una caja de pastillas para su rebelde tos. Esperanzas tengo, y eres tú quien me las da, el recuerdo de ti, la fe en tus altas concepciones, cara esposa, emperatriz y papisa mía. Ríete lo que quieras de mis disparates.»

Me estremece de alegría, de orgullo, de no sé qué, tu proyecto de derribar el tabique de la sala de oriente, junto a la que ocupé yo, para hacer con las dos una estancia que será de legua y media de largo, lo menos, donde instalarás mi biblioteca. Cuando leí en tu carta que ya habías mandado llamar a los albañiles para comenzar la obra, di un brinco, que no fué más que instintivo impulso de abrazar a los tales artífices, aunque me pusiese perdido de cal y yeso... ¡Bendita sea tu alma de gobernante y arquitecta! Cuando pienso que desde que nací hasta que te encontré en Oñate pasaron tantos días sin yo quererte, me causa terror aquel estado de ceguera, de ignorancia y de estupidez. Pues sí, acepto lo de la biblioteca, por el gusto de tenerla, de recrearme en el descubrimiento de que para nada la necesito, pues no hay para mí ya más biblioteca que tus ojos, y ellos son mi Enciclopedia, mi Historia, mi Biblia Poliglota y mi Homero y mi Dante... Harás de mi parte fiestas muchas, muchas, al noble *Serrano.*

Ya concluyo por hoy, y como ahora tengo que echarme a la calle, puntual a la cita que me ha dado Bretón, mañana terminaré la carta para mi señora madre, a quien me permitiré mandar in-

finitos besos de parte tuya. Antes de salir para Barcelona te escribirá de nuevo tu fiel caballero, y esposo cuando Dios quiera,

Fernando.

XXI

DEL MISMO A PILAR DE LOAYSA

Madrid, julio.

Mater admirabilis: Imposible partir para Cataluña sin ver a Espartero y a Jacinta, pues con los afanes de estos días y el continuo callejear no tuve espacio para visitarles. No me riña usted. Hoy he ofrecido mis respetos a sus altezas serenísimas, y sin que yo se lo cuente, comprenderá usted que fué tremenda la chillería que me echó Jacinta por mi tardanza. Disculpéme con mis ocupaciones; pero aún tardó gran rato la duquesa en desarrugar el ceño. Quedéme a almorzar con ellos, y hablamos de todo, de lo público y de lo privado. Ofrecióme don Baldomero escribir a Van-Halen, que allí manda por lo militar, para que me ayude sin restricción alguna en cuanto yo intente. Llevo, pues, carta blanca, y con ella espero que se me consentirá el uso y el abuso de mis iniciativas caballerescas.

No era yo el comensal único de los regentes en el almuerzo de hoy. Sentáronse también a la mesa don José Posada Herrera y don Santiago Alonso Cordero, quien no abandona por nada del mundo la etiqueta popular de sus bragas de maragato. Es un hombre risueño y frescote, con cara de obispo, de maneras algo encogidas, en armonía con el traje castizo de su tierra, de hablar concreto, ceñido a los asuntos. Se enriqueció, como usted sabe, en el acarreo de suministros, y hoy es uno de los primeros capitalistas de Madrid. Ha comprado el solar de San Felipe, inmenso ejido polvoroso, para construir en él una casa que allá se irá con El Escorial en grandeza, y será la octava maravilla de la Corte. Da pena ver las tristes ruinas, el despedazado claustro, los escombros del mentidero y las covachas. Ha dicho hoy Cordero en la mesa que propondrá al Ayuntamiento el derribo total de la Puerta del Sol, para hacerla de nuevo con mayores anchuras, a fin de dar cabimiento al paso de tantísimo coche como ahora rueda por estas calles. En el centro se pondrá un monamento *conmemorativo* de la Milicia nacional, con un par de fuentes de pilón bien amplio, para que quepan todos los *maestros de baile* que ahora llenan sus cubas en Pontejos. ¿Qué le parece a usted de estas elegancias y composturas de su viejo Madrid?... El otro comensal, Posada, es un asturiano muy listo, que en nuestro tiempo no se había dado a luz, de cuerpo enjuto y semblante un tanto ratonil, a que dan mayor expresión de agudeza sus orejas no cortas. En el Congreso brilla por su perorar discreto y persuasivo, sin ringorrangos, y brillaría más si el ministerialismo no quitara sal a su elocuencia, pues defendiendo a los que están en candelero, que es como estar en la picota de la impopularidad, no se ganan las palmas oratorias.

Al gran don Baldomero le encuentro agobiado y melancólico, señal de lo que le pesa el fardo *ayacucho*, y de las ganas que de soltarlo tiene. Recayó la conversación en la libertad de imprenta y en sus repugnantes excesos, y contra la opinión de Cordero y Posada, a la que me permití agregar la mía, sostuvo el regente que nada perdíamos con que las ranas callejeras chillaran todo lo que quisiesen y escupieran fango sobre los ministros. A él no le afectan las injurias y cree siempre en las ventajas eternas de la libertad, sin mirar a sus pasajeros inconvenientes. ¿No se había expresado del modo más claro la voluntad de la nación pidiendo que todos los ciudadanos fuesen libres? Pues ya lo eran. Veremos pronto quién acierta, si la opinión general o la gritería y los resoplidos de cuatro ambiciosos. Se propone sentar la mano de aquí en adelante a los que turben el orden, ya vengan con bandera cristina o moderada, ya con los pingajos de la revolución social. Cumplirá con su deber, sosteniendo los principios de progreso, y si a pesar de esta lealtad llueven capuchinos de bronce, *se encasquetará el sombrero* hasta que pase el nublado. La nación permanece; las tempestades corren; lo que debe quedar queda. O este fatalismo nos revela, señora madre, la más alta filosofía política, o supina ignorancia de las artes de gobierno. El tiempo lo dirá.

Prometiendo volver por la noche, despedíme de los duques y dediqué la tarde a las visitas que usted me ha encargado,

empezando por su fiel amiga, la de Selva Fría, que rabiaba por conocerme. Bien lo comprendí en la manera de recibirme, pues su figura y gracia quedaron oscurecidas por las demostraciones de curiosidad: tan minucioso fué el examen que la marquesa y dos de sus amigas allí presentes hicieron de mí, mirándome cara y ojos con atención que rayaba en impertinencia, y haciéndome mil preguntas, cuyo objeto debía de ser el estudio de mi ser moral. Y aún creo que en el largo tiempo de la visita otras miradas ansiosas me observaban detrás de los cristales de la pieza inmediata, como a un bicho raro. Interiormente me reía yo, y procuré que la amiga de mi madre viera en mí una persona bien educada, cariñosa y galante. Con perdón de usted, y empleando un término de la literatura popular andaluza, hoy tan en boga, le diré que su amiga de usted me ha parecido una *ezgalichaota;* no hallo mejor manera de expresar su ceceo andaluz y la indolencia de sus posturas, por causa de la excesiva lozanía de carnes, que sin duda le pesan: en el desbarajuste de aquella máquina creeríase que las distintas piezas quieren caerse cada una por su lado. Una de las damas presentes era la que llamamos *Berenice,* a quien yo traté, ya casada, en las tertulias de Castro-Terreño. Sigue cultivando su incomparable cabellera negra, y las dos cascadas de tirabuzones que lleva en las sienes causan maravilla. La otra no la conocía yo; era la de Soterraña, que, según dicen, *habla* con Sartorius. Habíala visto yo en el Prado, donde días pasados encontré a muchas señoras de mi tiempo y a otras que en el período de mi ausencia se han trocado de señoritas en mamás. La espiritual, la etérea Matildita Illán de Vargas, a quien yo hacía cucamonas el año 35, hállase en meses mayores; la vi agarrada al brazo de su marido, que le daba remolque con mucha dificultad. No me acuerdo del nombre de él; sólo puedo decir que era inseparable de Ros y de Echagüe. Ya le contaré a mi madre otros encuentros míos en el Prado, más peregrinos, y las paralelas que no una, sino hasta tres familias, han querido ponerme, echándome unas niñas tiernas, con más perifollos que seso. Imagínese usted el caso que de estos halagos haría yo, *gentilhomme campagnard,* desengañado ya de las esperanzas cortesanas y unido con eterno vínculo a la *diosa Ceres,* nada menos.

El calor ha dispersado a no pocas familias, y hay muchas bajas en el Prado. A Francia y a las provincias no sé que hayan ido más que las Montufares, la de Santa Cruz, Salamanca, Osuna, Bedmar... Otros se han ido a los no lejanos *châteaux* de Carabanchel, Aravaca y Navalcarnero, o se aposentan en pajares a que se da el engañoso nombre de *quintas.*

He vuelto por la noche a la casa de los duques regentes, que, por cierto, viven con modestia suma, y su palacio más parece un cuerpo de guardia. Vi a Seoane y a Linaje, furibundos en la declamación contra moderados; vi al bonísimo Cantero y al ardiente Sánchez Silva; vi, por fin, con no poca satisfacción, al gran *don Juan y Medio,* que me abrazó y estuvo conmigo muy cariñoso, encargándome hasta tres veces que le lleve a usted sus fieles memorias y los más respetuosos afectos. Ha envejecido bastante; mas persevera en las costumbres de la correcta elegancia inglesa, con su peinado de rizos, su pie pequeño bien calzado, con zapatito bajo, sus estirados cuellos y el corte y largura de sus afamadas levitas. Ofrecióme cartas expresivas para Barcelona, que han de serme de no poca eficacia, encargándome mucho que no deje de visitar de su parte a su amigo el cónsul de Francia, Ferdinand de Lesseps.

Esto y una frase hermosa que dijo Espartero han sido lo más agradable para mí esta noche, sin contar los obsequios de Jacinta y la emoción con que habló de usted y de sus deseos de verla y abrazarla. En el círculo que rodeaba al regente como un coro de sacerdotes de chinesco ídolo se trató del proyecto de prorrogar la minoría de Isabel II, idea que en estos días flota en el ambiente político sin que se sepa qué intenciones inocentes o pérfidas la han echado a volar. Don Baldomero rechazó la idea con una imagen gráfica que admirablemente expresaba su pensamiento: «Si como puedo adelantar las horas de ese reloj —dijo señalando a la esfera de uno feísimo puesto en la más ordinaria de las consolas—pudiera yo acelerar los días que nos quedan de regencia y llegar al término de la menor edad de Isabel II, crean ustedes que ello sería mañana.» Cansado está el hombre, y menos ambi-

cioso de lo que generalmente se cree. Al salir me encontré con Nocedal y a Luzuriaga, que iban disputando. Delante de mí, y poniéndome por testigo, hicieron una audaz apuesta. El uno sostenía que no duraba dos meses la regencia del conde-duque; el otro, que aún tendríamos regencia y minoría para cinco años. Me vine a casa sin calentarme los sesos en calcular el vencedor probable.

Me hará usted el favor de decir al carísimo Hillo que no he visto a Montes, y lo deploro... No torea ya en Madrid hasta septiembre, por lo cual, a más de privarme del gusto de aplaudirle, falto a la promesa de darle un recadito de parte de nuestro capellán. Sin duda se pondrá éste muy afligido cuando usted le enseñe mi carta y lea el fatídico «No he visto a Montes», pues podría creerse que de ver o no ver al tal Montes depende la armonía o desconcierto de las esferas. En verdad lo siento, y tanto él como yo hemos de llevarlo con paciencia. En otoño lucirá su destreza en esta plaza el *chairo crúo;* mas para entonces no seré yo quien le vea manejar la *muletiya* y el *mondadiente.* ¡Ay, con qué júbilo *tomo el olivo!*

Espero aún dos días para ir bien preparado de los necesarios elementos de investigación y de los resortes más eficaces para captar a la fiera. Antes de que se cumpla la semana abrazará y besará mi madre a su

Fernando.

XXII

DE DON FERNANDO A DEMETRIA

Sitges, julio.

Amadísima mujer: Te escribo en la mayor consternación. Encuentro a mi madre enferma, con grave recrudecimiento de su achaque pulmonar, intensa fiebre, postración grande; disneas frecuentes a menudo disminuyen mis esperanzas y aumentan mis temores. Hoy es uno de los días más tristes de mi vida. Llegué con la emoción que puedes figurarte, y al ver de lejos la villa blanca el corazón se me saltaba del pecho. Mi entrada en la casa fué como el testarazo del ave ciega que en su vuelo rápido se estrella contra un muro. ¿Quién comprenderá mi pena como tú, quién como tú la compartirá? Me consuela el pensar que en cuanto recibas mi carta, seremos dos a soportar esta pesadumbre. ¿Ves, querida mía, cuán cara cuesta la felicidad, y cómo se hace valer, y cómo se hace esperar, y con qué infame perfidia juega el Destino con nuestros deseos?... No me extiendo más. Basta por hoy con darte conocimiento de mi tribulación. No puedo separarme de mi madre, ni consiento que otras manos cuiden de ella, ni que otros ojos la vigilen, ni que otra boca la consuele y la conforte. El dolor aviva mi comunicación contigo; paréceme que no estoy solo, y cosas pienso que sospecho me las dices tú al oído... Ilusión es ésta de las más vanas. ¡De La Guardia a Sitges, qué inmensidad de leguas! ¿Estarán más separados los muertos de los vivos?... Te adora tu

Fernando.

DEL MISMO A LA MISMA

Sitges, agosto.

Está visto, reina, que Dios quiere someternos a pruebas durísimas, como si aún no tuviera bien probada nuestra fortaleza. Yo pregunto: ¿qué hemos hecho para que se desaten contra nosotros los furores del mal humano? Y si salimos tú y yo vencedores de esta batalla, ¿qué compensación de felicidad nos dará Dios? No me digas que no es esto un ensañamiento de la divinidad: cuando mi madre, a fuerza de cuidados y de ciencia, nos vuelve a la vida, tu hermana recae en sus trastornos, se agrava, la crees muerta, vive tan sólo en un aliento, en un suspiro. Aunque tu carta de hoy me da esperanzas y no deja de ser consoladora la opinión del amigo Crispijana, no acabo yo de tranquilizarme. Estoy muy pesimista, y todo lo veo lúgubre, desde que la enfermedad de mi madre me cortó los vuelos.

No creas que me descuido en mis obligaciones *hercúleas;* en cuanto he visto a mi madre recobrando lentamente la vida, no he pensado más que en lo nuestro, y no siéndome posible separarme de mi enferma ni un día ni una hora, he mandado a Sabas a Barcelona, bien asistido de personas prácticas, para que vaya desbrozándome el terreno y averigüe si ha llegado el hombre y dónde está y

qué demonios hace. Aún no ha vuelto.

Mi madre te consagra todos sus pensamientos. Es tantó y tan ardoroso lo que habla de ti, que a veces tengo que mandarla callar, porque el continuado uso de la palabra no le hace provecho. Ninguna idea la turba y aflige tanto como la presunción de morirse sin verte. No sé las veces que me ha pedido nueva relación de lo que hablamos tú y yo en las célebres vistas de Samaniego, lo que me dijiste, lo que yo te contesté, y qué cara ponías cuando yo te manifestaba mi repugnancia de los trabajos si no iban precedidos del casorio. No cesa de preguntarme cómo eres, si es bonito tu metal de voz, si tus ojos son pardos tirando a negros, o negritos del todo. Figúrate tú, mi cara mitad, lo que yo le diré, y qué perrerías se me ocurrirán acerca de tu persona. La pobre va muy despacito en su restablecimiento, y estoy con el alma en un hilo temiendo las recaídas y temblando de que la hiera un traidor soplo de aire.

He tomado aborrecimiento a nuestra embarcación y a los paseos marítimos, pues de ahí vino este arrechucho... Cuatro días antes de mi llegada, salieron mi madre y don Pedro a su diversión por el Mediterráneo; hallándose muy afuera, les cogió una fuerte virazón al Oeste, y aunque la fortaleza de la embarcación les garantizaba del peligro de ahogarse, pasaron un gran susto. Corriendo a la vela con rizos en demanda del puerto, no les fué posible cogerlo, y tuvieron que arribar a Cubella, bajo el azote de un tremendo chaparrón que a todos les caló hasta los huesos. Mojados de agua de las nubes, se dieron otro remojón de salada al desembarcar a hombros de marineros. Mi madre se puso tan mala que tuvo que pernoctar en Villanueva y Geltrú, donde se les manifestaron los efectos de la mojadura y el enfriamiento. Me ha contado Hillo que al día siguiente del *naufragio*, cuando venían para Sitges en la desvencijada tartana que pudieron encontrar, pasó la mayor angustia de su vida, creyendo que mi madre se le quedaba en el camino. No hay bromas con Neptuno. He suprimido el departamento de Marina, y he mandado que me saquen a tierra la barca y que le quiten el aparejo y la cubran con vela, condenada a servir de albergue a dos mareantes que no tienen otra casa. Mírala allí tumbada de un lado, vergonzosa de su mala acción, aunque ella dice que no tiene culpa de lo sucedido, que fué la mar, juguetona mar, quien nos hizo la jugarreta... Y la mar dice que no fué ella, sino el cielo... Ve tú a entenderlos...

Adiós por hoy, vida mía. Cariños mil de tu pobre Hércules, prisionero del amor maternal.

Miércoles.

Hoy te mando más de una receta de medicamentos que creo de gran eficacia para tu hermana. Las drogas son excelentes, y las he obtenido en largas experiencias farmacopsicológicas. Mas para que obren con seguridad y energía ha de haber mucho tino en la administración de ellas; a tus manos delicadas y a tu conocimiento de los diferentes estados en que puede encontrarse la enferma fía el buen éxito de este tratamiento.

Allá van mis prescripciones y advertencias del modo de aplicarlas. Si ves a Gracia muy triste, quejumbrosa, con mimo infantil, pero sin fiebre ni postración física grande, le dices que Santiago Ibero está en un pueblecito próximo a Barcelona, bueno y rollizo... Es Santiago quien está rollizo, no el pueblo. Gracias a la reposada vida que allí hace y al nutritivo alimento que le dan, curado está el hombre de sus negras murrias, y su intelecto vuelve a lucir con todo el brillo de la sindéresis más pura. Guárdate de añadir a esta receta la noticia de que Santiago se propone, y a ello tiran los buenos religiosos sus maestros, cantar misa en el próximo diciembre, para lo cual se dan prisa a meter l a t i n e s y fórmulas litúrgicas en los huecos cerebrales donde antes estuvieran las liviandades amorosas... No le digas esto de la misa, por Dios, que sería trocar en veneno la medicina.

Podrás usar, en caso de gravedad manifiesta, de otro antiespasmódico sumamente enérgico, y es que Ibero no la olvida, que se arrepiente de su botaratada, que todo fué obra de un fugaz rapto de locura. Esto no es verdad, digo, no me consta, pero puede ser cierto, y cae dentro de la jurisdicción de lo probable y admisible. Para el caso de muerte, no me falta una prescripción que ya no es medicinal, sino milagrosa. Cuando hayáis amortajado a Gracia y estéis a punto de ponerla en la caja, le dices al oí-

do: «Ya vienen Fernando y Santiago, decididos a casarse con nosotras, naturalmente cada uno con la suya. Santiago te ama, y viene a pedirte perdón.» Verás cómo de un brinco sale nuestra querida hermana del ataúd. Conque ahí tienes la terapéutica gradual que usar puedes, según los aspectos que vaya tomando el desconsuelo de Gracia, representado en la vida física por imponentes alteraciones de la salud, más aparatosas que reales.

Ahora te diré, ¡oh dulce esposa!, el motivo de que yo te mande estas especies farmacéuticas, por las que verás que no desconfío del buen término de mi trabajo, si la salud de mi madre me permite consagrarme a él con alma y vida. Llegó Sabas de Barcelona a los tres días de salir de aquí, y en la cara le conocimos que alegres nuevas nos traía. No halló facilidades para ver a Ibero, y las tres o cuatro veces que llamó al portón de San Quírico, residencia de los padres de la Instrucción Cristiana, en un pueblo que llaman Papiol, no vió más que caras displicentes. La intervención de un amigo nuestro, de Barcelona, don Magín Cornella, gran beato, más admirador de Tristany que de Espartero, y muy considerado de los que visten por la cabeza, venció toda la resistencia frailuna, y Sabas tuvo la satisfacción de verse frente a su compatriota en el locutorio de San Quírico. Cuenta que Santiago le conoció al punto, saludándole con la mayor cordialidad, y alegrándose de verle. Por todos los vecinos de Samaniego le preguntó, recorriendo el ciclo de familias sin que ninguna se le olvidara, mas no nombró a las niñas de Castro, ni a ningún habitante grande ni chico de Majada Mayor. Fiel a mis advertencias, Sabas tampoco hizo mención de las señoritas ni de sus propiedades y colonos. En nada de lo que dijo Santiago se advertía la menor perturbación: sus juicios eran claros, su palabra reposada y cortés. Hablando de sí mismo empleó esta figura, que mi escudero ha reproducido con feliz memoria: «Me cogieron en lo mejor de mi vida terribles tempestades, y después de estrellarme en los escollos del error, he venido a tomar tierra en la playa del desengaño.» Preguntó luego por mí, y al enterarse de que vivo en Sitges y de que no pasarán muchos días sin que mi madre y yo nos traslademos a Barcelona, palideció el hombre y se quedó como suspenso. «Don Fernando—dijo—fué mi mejor amigo, y yo le quiero como a un hermano. Si se acuerda de mí, estará muy enojado porque a sus cartas no di respuesta.» Cuidó Sabas de tranquilizarle sobre este punto, asegurándole que no agravios, sino terribles ganitas de verle y abrazarle tenía yo, y él se mostró agradecido a esta manifestación y consolado de su recelo. Como preguntara con gran interés si me había casado y con quién, al saber que pronto seremos tú y yo marido y mujer se puso muy contento y se le encandilaron los ojos. A punto estuvo mi criado, en tal coyuntura, de hablarle de la señorita Gracia; pero, recordando a tiempo mis instrucciones, calló. Al despedirse, indicóle que yo tendría sumo placer en visitarle, si tanto él como los padres me daban su licencia, y a esto respondió que por su parte no pondría reparo, mas no podría ser en algunos días, pues al siguiente le mandaban a Ripoll para dar comienzo a no sé qué espirituales ejercicios... ¡Déjale estar, que ya le daré yo ejercicios, y buenos pases de la teología más sutil! Las impresiones que me ha traído Sabas y que te transmito son excelentes. Tenemos lo principal, el hombre, y no enfermo, sino en completa salud; no perdido en los laberintos de un caótico pensamiento, sino bien hallado en la claridad de ideas juiciosas. Su espíritu no nos pertenece: ha tomado rumbos muy distintos de los que pretendemos señalarle; pero si la obra de rectificar su sendero es difícil y arriesgada, no me parece de imposible realización. Allá veremos: nosotros lo intentamos, y Dios decide. ¿No es esto lo que piensas tú?

Cuenta Sabas que la fisonomía de Ibero es la misma, y que aún no se ha quitado el bigote. Viste de paisano, traje negro de feísimo corte y fementida traza, que desmienten la esbeltez y arrogancia del sujeto... Ya, ya le vestiré yo a mi gusto. Te digo que tengo esperanzas, y observo que cuando las echo de mí, vuelven presurosas, como los pájaros al nido. ¿En qué me fundo para creer que al Señor le da la ventolera de allanarme la senda *hercúlea*, después de haberme dificultado con tantos tropezones los primeros pasos que en ella di? ¿En qué me fundo, señora mujer mía? ¿Lo sé yo

acaso? Otra cosa te diré para mejor inteligencia de mi optimismo. Mejora mi enferma de día en día, y ello es probado que cuando mi madre respira bien y se anima, yo lo veo todo risueño; así como cuando tose y se abate no veo más que sombras y horrores. Vamos bien; pero la convalecencia de tu mamá política no ha de quedar asegurada antes de quince o veinte días. No quiero pensar ahora lo que tendremos al descenso de la estación, cuando nos mande el otoño los primeros fríos. Verás, verás qué idea se me ha ocurrido para el caso de que me obliguen las circunstancias a continuar junto a mi madre... Pero ahora no te lo digo, no, porque es tarde y tengo sueño. Quiero además hacerte rabiar un poquito, y que sigas frunciendo el bonito entrecejo: «¿Qué incumbencias me traerá mi señor marido?...» Agur, *sedes sapientiæ, turris davidica.* Te abraza y besa tu

F.

XXIII

DE PILAR DE LOAYSA A DEMETRIA

Sitges, septiembre.

Hijita: Ya llegó el día de mi gran contento, el día en que puedo escribirte. ¡Qué gusto! Dios es muy bueno, dejándome vivir para que pueda estar algún tiempo entre vosotros y veros felices. Fernando ha ido hoy a Barcelona en compañía de un excelente amigo nuestro, el cónsul de Francia, monsieur de Lesseps, que vino a buscarle, y entre su tocayo, que de él tiraba, y yo, que le empujé cuanto podía, le decidimos a ponerse en camino. ¡Pobrecillo, cuánto le cuesta separarse de mí! Ya sabes a lo que va; sabes también que en todo este largo cautiverio de tu novio junto a mi cama no ha cesado de poner mano en el *séptimo trabajillo,* valiéndose de personas diligentes. Pero su presencia en Barcelona y en Papiol ha de ser más eficaz que todos los mensajes y pasos que otros llevan y dan en su nombre. Nos han dicho que a esta fecha habrá vuelto el señor Ibero de sus ejercicios en Ripoll. Dios misericordioso, que ahora parece menos airado contra nosotros, hará que los dos amigos se vean y se entiendan.

No ha querido partir mi hijo sin que yo le haga juramento de escribirte hoy confirmando y apoyando lo que hace días te escribió él, movido del afán de que prontamente nos reunamos todos y formemos una piña, no sólo para satisfacer el anhelo de nuestros corazones, sino para que juntos ayudemos mejor al caballero en su magno trabajo. Cree Fernando que a mí has de hacerme más caso que a él, y aunque esto no puede ser cierto, porque nadie le supera en el dominio de tu voluntad, yo te suplico en su nombre y en el mío, pues no podemos nosotros apartarnos de aquí, por razón de mi falta de salud y del negocio de San Quírico, te vengas tú acá con tu hermana. ¿Qué mal hay en ello? Según tus últimas cartas has plantado con gran tesón en tu castillo y ante tus buenos tíos la bandera de tu independencia. Dueña y señora absoluta eres de tu persona y de tus actos, y si por mis males principalmente, y por lo despacio que va la *cogida* de Ibero, resulta que os ha salido mal la cuenta que hicisteis de la duración del *séptimo trabajo,* ¿qué razón hay para que os impongáis el martirio de ausencia tan larga, siendo los dos libres y anhelando uno y otro la dulce compañía y el sostén recíproco en las adversidades?

Decídete, decidíos, y ten por seguro que a tu hermana le ha de sentar a maravilla el cambio de aires, la distracción de la viajata; y de nosotros, ¿qué puedo decirte? El único peligro es que la alegría de verte nos vuelva locos. Pues no puede ir Sitges a La Guardia, véngase La Guardia a Sitges; ello es tan lógico, tan elemental, que no me sorprendería saber que ya os habéis puesto en camino. También te digo que no están de más las precauciones para la seguridad y rapidez de vuestro viaje: en cuanto sepamos que te determinas, te mando a Sabas y con él a Urrea el que acompañó a Fernando en sus correrías para las negociaciones de la paz, y si menester fuese, irá una escolta formal, y hasta un mediano ejército para custodiaros. Otra cosa: como entiendo que no hay por allá coches buenos, construídos según los novísimos adelantos, para ti y tu hermana, doncella y mayordomo que os acompañen, tengo yo una silla de postas que es un prodigio de ligereza, amplitud y comodidad. Niñas de mi alma, no vaciléis, decidme una palabra, y sa-

len rodando para allá mi coche y los criados de confianza, y además un galerón, también muy bueno, en que podréis traer todo el equipaje que os dé la gana, almohadones, víveres, vajilla y hasta perros y gatos...

¿Qué? ¿Os asusta el paso por Cintruénigo? Pero, hija, ¿crees que los rencores de mi hermana son tan extremados que lleguen hasta causaros daño material? No tanto, no. Juana Teresa azuzará contra nosotros curiales y leguleyos; pero no asesinos. No temáis nada, y si quieres protección de personas eclesiásticas en tu largo camino, ya que mi hermana tiene por aliados a los reverendos de Calahorra y Tarazona, puedo yo, si quieres, ponerte bajo el amparo de mi buen amigo el cardenal arzobispo de Zaragoza... El de Barbastro, por cuya diócesis tienes que pasar, también es de los míos. Digo más: soy santa de su devoción, como que me debe la mitra. ¡Y que no me costó poco trabajo sacársela..., que Istúriz y el señor Barrio Ayuso no querían, ni por un Dios, y el nuncio andaba muy reacio!...

¡Ay! Se me ocurre en este momento una felicísima idea.

Como en tan largo camino, pasando por la Ribera, no podrías librarte de algunas horas, tal vez días, de inquietud, vente por Francia, y así compensas la mayor tardanza con la absoluta tranquilidad. De tu pueblo al paso del Bidasoa podrás ir en dos días. Descansas en Bayona, y de esta ciudad a Perpignan tienes un camino magnífico, precioso, que recorrerás fácilmente en tres o cuatro días sin fatigaros, echando una paradita en Toulouse. A Perpignan irá tu novio a encontraros, y luego os venís por Figueras y Gerona cantando sardanas. ¿Qué te parece mi plan? Soberbio: no digas que no. ¡Si estoy por mandarte la silla de postas y el regimiento de criados antes que tú me des conocimiento de tu resolución! Contando con la carta que viene, con el aviso que va y el tiempo que se pierde en preparativos y despedidas, calculo que podrás estar aquí dentro de un mes. ¡Qué largo se me hace!

Perdóname, hija de mi alma, que sea tan machacona, y que con tanto ardor me lance a dirigir las voluntades ajenas. No veas en ello metimientos oficiosos; no veas sino la conciencia de que yo soy la causa de que Fernando y tú viváis atormentados por la separación. Esto me abruma. ¿Cómo remediarlo, si no está en mi mano mi salud, ni puedo decirle a mi hijo: «Márchate y déjame»? Ni él lo haría ni tú verías con gusto que se separase de mí. No pudiendo llevar a Mahoma a la montaña, quiero traerme acá la montaña... Sí, sí: por causa mía os ha venido este horrible plantón. Tengamos paciencia: tú de la pena que te causo, yo de causártela; y cree que me paso la vida cavilando en los medios de remediar tanto mal. Pon un poquito de tu parte, y todos seremos menos infelices. Véate pronto o tarde, nadie me quita el gusto de sentirte vibrar en el corazón de mi hijo, en sus miradas y en su voz. Para tu hermanita te mando mil besos, para ti otros tantos y la bendición de tu madre.

Pilar

XXIV

DE DON FERNANDO A DEMETRIA

Sitges, octubre.

Turris eburnea: Llego de Barcelona echando venablos y maldiciendo de los enfadosos clérigos de San Quírico, que después de hacerme detener tres días más de lo que pensaba, salen con la gaita de que el educando y corrigendo don Santiago no vuelve de Ripoll hasta fin del corriente, porque el preste, rector o sacripante mitrado de allá le señala mayor suma de ejercicios, sin duda para embrutecérnosle más de lo que está. Esto no se puede sufrir, esto es burlarse de todas las leyes divinas y humanas... Perdóname: no sé lo que me digo.

Me ha consolado de estos berrinches tu amorosa carta, y lo más bonito de ella es tu conformidad, en principio, con la idea nuestra de que os vengáis acá. ¡Bendígaos Dios, oh excelsas niñas de Castro! Me contraría la reserva de que no te determinas a emprender la marcha sin que haya motivos en que fundar esperanzas razonables de la captación de Ibero, pues de otro modo te sería muy difícil convencer a tu pobre hermana de la conveniencia de veniros acá. Como siempre, te sobra la razón en todo lo que dices. Traer a Gracia sin abrirle por esta parte algún horizonte, es empresa dificilísima. Si con horizontes figurados

la traemos, y al llegar aquí se le cierran, los efectos del viaje podrían ser desastrosos. Tengamos calma.

Toda vez que mi madre no tiene novedad, y parece asegurarse en su mejoría, a principios de semana saldré a una segunda exploración, y acompañado del bravo Lesseps me iré hasta Ripoll. Ha quedado éste en acopiar buenas recomendaciones eclesiásticas, para que se allanen nuestros caminos. Incomparable amigo es este cónsul, no tan francés como parece, pues su madre es española, de los Kirkpatrick, de Málaga, hombre amenísimo, cortés, muy corrido en sociedad, de estos que en la familiar conversación echan de sí, sin darse cuenta de ello, ideas grandes... Pues bien: Lesseps, a quien enteré del fin que me propongo perseguir, me alienta con simpatía generosa, incítame a llevar adelante el asunto, sin reparar en medios, desplegando, si el caso lo exige, toda la osadía feudal y todas las impetuosidades caballerescas que fuesen menester... Si en esta primera excursión a Ripoll adquiero las deseadas esperanzas, te las mandaré a escape. ¡Que no puedan ir con el pensamiento! Dice el cónsul que pronto establecerán los ingleses el telégrafo eléctrico, y que Francia no tardará en adoptarlo. Mira qué bien nos vendría el gran invento para comunicarnos a tanta distancia y poder yo decirte al oído cuatro pérrerías, o mandarte... los rosados horizontes en cuanto los hubiera. Pero ese adelanto prodigioso tardará un siglo, ¡vive Dios!, en llegar a nuestra España, y en tanto nos gastamos una millonada en levantar torres, que son un telégrafo por medio de garatusas, como las que se hacen los novios entre el balcón y la calle.

Excelente, como de mi madre, es la idea de veniros por Francia. En los caminos españoles no temo yo a los *tacaños*, sino a las partidas que a lo mejor pueden levantarse, producto espontáneo del suelo; a los ejércitos que se pronuncian por un quítame allá esas pajas, a las juntas patrióticas, al paisanaje que politiquea con formas de bandolerismo. Aquí no hay hora segura, y hoy están las cosas en tal estado de madurez revolucionaria que bastará un *grito* cualquiera para que se arme. Sí, sí, por Francia: no hay que vacilar...

Mi madre sigue mejorando, y hasta el presente, la entrada de otoño no le ha causado ninguna desazón. La facilidad con que respira y las fuerzas que recobra son para mí un sentido favorable en las enigmáticas rayas de la escritura del Destino. Cada uno tiene su manera de deletrear el porvenir.

Adiós, *janua cœli* (que quiere decir puerta del cielo). Te adora tu penitente caballero,

Fernando.

XXV

DEL MISMO A LA MISMA

Barcelona, noviembre.

Mujer: Déjame que rabie y patalee, y perdona que comience mi carta con airadas expresiones, antes que con las dulces finezas propias de amantes. Pongo el grito en el cielo y llamo a los demonios en mi ayuda... Para que te enteres pronto, volvemos Lesseps y yo de Ripoll, donde hemos visto a Ibero; hablé con él como media hora, saliendo de mi conferencia tan a oscuras como cuando la empezamos. Todo por la interposición de cuatro fantasmones negros, con sotana, que actuaron de centinelas de vista. El material de sitio que llevábamos, recomendaciones y cartas de beatos, sólo nos ha servido para que nos concedieran ver al catecúmeno en presencia de cuatro padres, que es como tener de pantalla a los papás de la novia en una visita de amor. La conversación a solas no la concedieron por más ruegos que les hice, y esto me hace creer que la vocación del *ángel negro* no es muy segura, y que temen que la tuerza o debilite la persuasiva influencia de un pariente o de un amigo.

Encontré a Santiago en excelente estado de salud, recobrado de sus desazones, el cuerpo ágil, el rostro lleno, la mirada viva, sincera. Ya le han quitado el bigote para ponerle la marca eclesiástica, y con ello se desfigura el negro rostro que hemos conocido tan marcial y varonil... En ciertos momentos de nuestra conversación le vi recobrar la prontitud airosa de sus ademanes y aquel gesto de impaciencia y resolución. El amigo enmascarado habría soltado todos los artificios de su disfraz si le dejaran solo conmigo. Pero, ¡ay!, siempre que

intentaba yo sacar a relucir los recuerdos cuya evocación me convenía, el más antipático de los presbíteros de guardia pronunciaba un *absit* parecido al del doctor Pedro Recio de Tirteafuera, y añadía: «No nos parece bien que se le reverdezcan al señor don Santiago las memorias de sus padecimientos.» Por tres veces intenté yo meter baza, y la Inquisición, que tal parecía, no me dejaba. Un momento hubo en que me faltó poco para echar mano a la silla en que me sentaba y estrellarla en la cabeza del Pedro Recio, que no me permitía comer, hablar... Díjome entre otras cosas Santiaguillo que su vocación era tan firme, que no había ya móvil ni mundano interés que de ella pudiera desviarle. Pensé que de otro modo hablaría quizá mi amigo si la esclavitud de aquella casa no hubiera cargado de grillos y esposas su sinceridad. Tan contento estaba de verme, que no me quitaba los ojos, poniendo en ellos una emoción muy viva, y siempre que yo le manifestaba mi cariño, del único modo que hacerlo podía, con palabras, se levantaba para darme abrazos apretadísimos. ¡Pobre Santiago! Nos habló extensamente de Jesucristo y de las hermosuras de la religión, cosas en verdad nada nuevas para mí, pues yo también amo a Cristo y admiro como el primero las bellezas del dogma, sin que por ello se me haya pasado por las mientes meterme cura. Por fin, me propuse que no terminara la visita sin que yo, a despecho de los enfadosos centinelas, soltase alguna expresión o concepto que hiciera vibrar el alma del catecúmeno. Así fué, y ya en pie, despidiéndonos, le dije: «Santiago, sabrás que Gracia no se ha consolado del desprecio que le hiciste, y ha tenido bastante grandeza de alma para perdonártelo. Aún espera de tu caballerosidad que...» No pude seguir porque vi venir sobre mí a los cuatro clérigos con una melosa amonestación para que me callara. Santiago cerró los ojos al oírme, y se volvió hacia sus guardianes como para pedirles auxilio contra mi atrevimiento. Pero yo vi la flecha penetrando en sus carnes, y el efecto estaba conseguido. Despedíme prometiendo volver, y mientras dos de los curas cogían al *ángel negro* y para dentro se le llevaban como a un colegial castigado, los otros salieron a despedirnos con empalagosas cortesanías y melifluos agradecimientos por la limosna que les di. Rezarían mucho, según me aseguraron, para que Dios aumentara mi hacienda y pudiera yo hacer caridades sin tasa, asegurándome así el reino de los Cielos. Díjeles que, estimando sincera la vocación de mi amigo, yo miraría por la Instrucción Cristiana, ayudándola en sus necesidades, y me retiré viéndoles hacer muchas cortesías. Quedaron ellos esperanzados de tenerme en su predicamento; yo me fuí con la intención de un jarameño debajo de mis urbanidades afectuosas.

De regreso a Barcelona, discutíamos Lesseps y yo los procederes más eficaces para sacar el ánima de Ibero de aquel que no sé si llamar Purgatorio a que sus pecados le habían conducido. Era mi opinión que las ofrendas copiosas serían el mejor arte de redención; pero mi amigo me contradijo con vehemencia, manifestando que de todos los caminos, el más errado era el de los sufragios en especie metálica, porque los buenos padres de San Quírico harían la gracia de quedarse con el dinero y con el ánima. Debo yo emplear la intriga o la violencia, según las cosas se presenten. Mas lo primero es explorar seriamente el ánimo de Santiago y traerle a una conferencia sin testigos. Para esto nada mejor que los resortes militares, si puedo conseguir que Van-Halen me preste su cooperación decidida. Puesto que no tenemos seguridad de que se le haya concedido al coronel la licencia absoluta, el capitán general, ignorándolo como yo, o afectando ignorarlo, puede reclamarle para un acto de servicio, como, por ejemplo, prestar declaración en un Consejo de guerra, interrogarle acerca de tal o cual duda en cualquier cuestión que no es necesario precisar. De este modo, Ibero saldrá por más o menos tiempo de su clausura, y podré hablar extensamente con él. Nos facilita este procedimiento la circunstancia de que el *ángel negro* no ha recibido aún órdenes mayores ni menores, y, por tanto, no le alcanza la jurisdicción eclesiástica.

Con repentina fuerza se posesionó de mí la opinión del cónsul de Francia, y no había concluído de exponerla cuando ya la tuve por excelente, y me propuse traducirla en hechos con toda prontitud... Hoy, apenas llegado a Barcelona y cumplida la primera de mis obliga-

ciones, que es escribir a mi cara mitad, tengo que ocuparme de nuestra instalación: ya te dije en mi última carta que resueltamente abandonamos a Sitges, porque los médicos no creen provechoso para mi madre que viva tan próxima a las humedades del mar. Nos aposentaremos aquí, en la misma casa que antes teníamos, Bajada de Santa Clara, y dispuestos varios pormenores de alojamiento, mañana voy por mi madre, pasado estaremos aquí y al otro veré a Van-Halen para que me preste su ayuda en la honrada barbaridad que intento. ¿Qué dices a esto? Veo en tu entrecejo gracioso que se impone el respeto a la moral. Muy elástico es eso: tomamos por leyes morales las pragmáticas dictadas por la tiranía, por la codicia y el egoísmo humanos, y contra toda esta farsa opresora se alza con soberano y libre criterio la orden de caballería, amparo de los débiles, de los injustamente aherrojados y oprimidos. Déjame a mí, que no me faltan hombros para soportar el hercúleo trabajo y también la responsabilidad del mismo, que no es floja pesadumbre.

Hasta mañana. Escribiéndote se ha calmado la furia con que empecé este pliego. Ya no rabio, ya no pataleo. ya no maldigo.

Jueves.

Ya estamos acá todos, y para ti es nuestro primer pensamiento al pisar la venerable casa donde nos alojamos, rodeada de silencio, de soledad, de nobles piedras, escritura y lenguaje de la poesía histórica. Mi madre y yo te hablamos con una sola voz y te escribimos con una sola pluma. Las buenas esperanzas, los presentimientos felices entran en nuestro espíritu como una bandada de chiquillos juguetones; les echamos y vuelven, acosándonos con sus graciosos juegos y risotadas. Queremos ponernos en una guardia de pesimismo, que es la más segura, y no podemos. Comprenderás esto cuando sepas que a la hora de bajar del coche en el patio de nuestro caserón entró a visitarnos el general Van-Halen, creyendo que habíamos llegado el día anterior, lo que explica su inoportunidad, que luego hubo de resultarnos oportunísima. Ha recibido la carta que me ofreció el regente, y otra de Jacinta encomendándole con el interés más expresivo que visite a mi madre y se ponga a sus órdenes para cuanto a ella y a mí se nos ocurra mientras residamos en esta ciudad. Pensé yo que no debía diferir el ponerle en autos de nuestro negocio, y el general, un poco serio al principio, risueño después (que esta contradicción fisonómica corresponde a las dos caras, dramática y cómica, del proyecto mío), me ofreció su colaboración oficiosa. Allá van, pues, unas poquitas de esperanzas, que espero remitir con aumento dentro de muy pocos días... Hablando otra vez los dos en uno, mi madre y yo te mandamos nuestras bendiciones, o bendiciones y cariños mezclados, para que tú hagas el apartadijo como puedas. También te van besos y un coscorrón: los primeros, naturalmente, son de mi madre (no te equivoques); el coscorrón no es más que un saludo, quizá demasiado expresivo, de tu

Fernando.

Sábado.

Cara mitad: Vuelvo de la estafeta con la carta, que no he podido franquear porque están cerradas las oficinas y en el ventanillo un cartel diciendo que *oy no ay coreo*. Verás lo que pasa. No te asustes. Andan a tiros milicianos y soldados y la cosa es tan seria, que a casa he tenido que volverme *parabólicamente*, a fin de evitar el paso por las calles donde sonaba música de fusilería. Por no dejar a mi madre sola, aunque no se asusta tanto de los tiros y de las callejeras trapisondas como pudiera creerse, no me determiné a meter mis narices en los lugares donde más empeñada está la lucha. Si he de decirte la verdad, no conozco bien los motivos de esta zaragata, porque vivo en radical apartamiento de la política, no leo ningún periódico de Barcelona ni de Madrid, y en los últimos días, mis ausencias de la ciudad me han cortado la comunicación con las personas que habrían podido informarme. Notaba yo hace tiempo cierta agitación sospechosa y un recrudecimiento grande del síntoma insano de hablar pestes del Gobierno. Pero no creí que el disgusto popular pasara de los dichos a las armas. Tan acostumbrado estoy a oír diatribas contra nuestros mandarines, sin que ello pase de un desahogo natural de los corazones, que no di valor al ronquido soez de la famosa *vox populi*... Anteayer hu-

bo, según acaban de decirme, no sé qué reyerta entre matuteros y empleados de consumos; ayer anduvieron los milicianos por diferentes sitios de la ciudad provocando con injurias a los soldados, y hoy ha estallado el volcán, sin que yo pueda decirte cómo se ha preparado esta erupción ni de dónde ha venido el empuje. Oigo decir que la causa del furor de los barceloneses es la *cuestión algodonera.* ¿No sabes lo que es? Sencillamente, que se ha pensado en rebajar los derechos de los tejidos ingleses, con lo cual creen los de aquí que se arruinarán sus industrias. Ni tú entiendes de esto ni yo te escribo de materias tan fastidiosas. Hablan también de quintas, porque no es el gusto de los catalanes que les sorteen y les hagan soldados como a los hijos de castellanos y aragoneses. Tampoco de esto quiero hablarte. Lo cierto es que por las quintas, con o sin algodones, o por otras causas que ignoro, han roto el fuego, y esto va tomando un cariz tan malo que no sé cómo acabará.

Oigo en este momento unos terribles zambombazos; el amigo Van-Halen, deseando acabar pronto, reducir a polvo las barricadas y aterrar a sus defensores, emplea la artillería contra los pobrecitos milicianos. Horroroso fuego de fusilería le contesta. Esto se pone cada vez más feo, niña mía; pero no temas nada por nosotros, que estamos bien seguros en nuestra casa. Vivimos entre la catedral y la plaza del rey, en el sitio más recogido de la ciudad, grupo de casas antiquísimas, en estrechas calles, donde no podrá revolverse la artillería ni es tampoco lugar favorable para barricadas. Mi madre no está tan intranquila como al principio de la jarana temí. La veo animosa, y trato de sostener su fortaleza. Juntos lamentamos que la discordia política, motivada por cualquier idea insustancial, cubra de cadáveres el suelo de esta bella ciudad, que tanto amamos.

Crece mi afán por conocer los móviles de la furia de los barceloneses. ¿Qué será ello? Los algodones dan, en efecto, bastante juego; lo de la conscripción les ha irritado más, porque se ha dicho que venía Zurbano con el encargo de hacerla efectiva, y las brutalidades del hombre de la zamarra sublevan a esta gente. Pero aún no veo bastante claros los motivos de que un pueblo como éste se lance a revolución tan furiosa y tenaz. Algo más habrá que no conozco. Dícenme que los milicianos gritan contra Espartero. No quieren más regencia, abominan del Gobierno *ayacucho* y retiran todo su afecto al antiguo ídolo de los libres... No sé qué gato encerrado es el que anda por dentro de esta insurrección, moviendo con sus bufidos y arañazos tan terrible tremolina... Los vecinos de las casas próximas acuden a la mía; nos agrupamos para que entre todos podamos sobrellevar con más conformidad el luto de esta sangrienta jornada y el terror que los disparos infunden. Oigo hablar de república y tampoco creo que de ahí venga la borrasca, pues partido tan ideológico y de tan escasa difusión por el momento no lanza los hombres al combate. Te daría yo una explicación de lo que ha sido, es y será el republicanismo; pero aun contando con que pudiera serte grata mi pedantería, no es bien que de estas cosas áridas hable un hombre con su novia...

A medianoche.

Después de anochecido, y cuando cesó el fuego, y a los tiros y voces de espanto sucedió un silencio lúgubre, arrastróme la curiosidad fuera de mi casa. Quería ver los lugares trágicos, marcados aún de la pisada y de la garra de los combatientes y ver el destrozo de personas y edificios, para dar mayor pasto a mi compasión y hacer más amargo mi desconsuelo, que en esto se goza el alma ante los grandes lutos de familias y ciudades: si grande es el sentimiento por lo que se ha oído, queremos llevarlo a su grado mayor por la vista. Barcelona ensangrentada es para los que amamos a esta bella ciudad un tristísimo espectáculo; pero queremos verlo y apreciarlo en todo su horror, para que, siendo más honda nuestra pena, sea más grande el tributo de lástima que ofrecemos al ser querido. Es habitual en mi espíritu personificar las ciudades y amarlas o aborrecerlas como entes humanos. Las hay simpáticas, las hay odiosas; las veo carilargas o mofletudas, pálidas y exangües, o rollizas y frescas; véolas también risueñas llamándome, o adustas despidiéndome. Barcelona me puso una cara muy afectuosa desde la primera vez que nos vimos.

Pues, como venía diciendo, me fuí a ver la ciudad herida, ensangrentada, ja-

deante de bélico ardor... Bajé por la calle de la Libretería a la plaza de San Jaime, donde había no pocos horrores, y en busca de los más imponentes me interné por la Bajada de San Miguel hasta la Enseñanza... Pero ¿a qué ponerte aquí indicaciones topográficas, si tú no conoces la ciudad ni sabes nada de esto? El convento de la Enseñanza fué de monjas benitas, y ahora, naturalmente..., es cuartel de la Milicia nacional. Desde que empezó la trifulca establecieron los nacionales en este edificio su base de operaciones. Los primeros proyectiles fueron piedras, que desde las azoteas arrojaban, y aumentando luego el calibre de los instrumentos de destrucción, las casas de la Rambla vomitaron sobre la tropa tiestos, bancos y hasta una cómoda. Lo que empezó motín acabó en espantosa batalla, de las más encarnizadas y furibundas que en el interior de ciudades se han visto, extremando su coraje hasta el heroísmo nacionales y soldados.

De la extensión y gravedad de la pelea me informaron en la calle personas que, por haber intervenido en los actos de guerra o haberlos presenciado en diferentes barrios, eran la historia misma contándolo por sus bocas. Desde aquel núcleo donde se inició el incendio, éste se fué comunicando a diferentes puntos de la ciudad. Van-Halen, que no contaba más que con dos mil hombres, atacó por la Rambla... ¿No sabes tú lo que es la Rambla? Ya te lo explicaré. Tampoco sabes lo que son los baluartes, que robustecen de trecho en trecho el circuito fortificado de esta gran plaza. Ni tienes idea de la enorme ciudadela, que defiende y amenaza la ciudad por el Nordeste. Ya te daré noticias de esto..., cuando estemos casados y tengamos tiempo para tan largas explicaciones... Sólo te digo por el momento que a la hora en que andaba yo tomando lenguas de lo ocurrido y examinando el campo de batalla, nuestro amigo Van-Halen, sin fuerza bastante para dominar la insurrección, o poco diestro en elegir los medios y puntos de ataque, se vió precisado al abandono de sus posiciones y se replegó a la ciudadela... Esto me cuentan, y si a la primera lo puse en duda, la repetición de la noticia me ha obligado a creerlo. Barcelona está en poder de la revolución victoriosa, que de la noche a la mañana se trocará en insolente, y hemos de ver, si Dios no lo remedia, no pocas brutalidades. Me tranquiliza, no obstante, la confianza en el pueblo catalán, cuyas virtudes conozco. Es bravísimo si le hostilizan sin razón, fácil a la concordia si se logra herir la cuerda del sentimiento fraternal que en él existe, aunque está bastante honda. Es apacible en su casa, en el común trato sincero y rudo, buen amigo, mal enemigo, amante si le aman, fiero si le aborrecen... El peligro que corremos hoy los que estamos bajo la férula del pueblo barcelonés y de la Juntita que a estas horas se forma, es que se injieran en su seno los perdidos vividores que ordinariamente están al acecho de estas situaciones irregulares para desvirtuarlas y corromperlas.

El espectáculo que a mis ojos se presentó en el patio de la Enseñanza, convertido en hospital de sangre, no te lo describiré, por dos razones: no sé hacerlo con la exacta expresión del horror que me produjo; no quiero poner ante tu vista cuadros tan lastimosos. Los muertos de las guerras campales no son como los muertos de la paz, víctimas de las enfermedades, expresando en su quietud y lividez serena el término natural de la vida. Pues si los muertos de la guerra en campo son más tristes de ver que los de normal muerte, y causan mayor espanto, los muertos de revoluciones, tirados en las calles, los cadáveres sin cabeza o los trozos de cuerpos descuartizados por la artillería nos dan impresión de terror más espeluznante que ninguna otra clase de muertes, y el espanto llega a su colmo cuando vemos vivos, con la mitad de su naturaleza muerta, un tronco que alienta, arrastrando extremidades difuntas, o un agonizante que enloquece y pide que acaben de matarle... No más de estos horrores, niña querida: no quiero que la noche que esto leas tengas pesadillas angustiosas. Y por atenuar las trágicas impresiones con otras del orden contrario, que en los mayores desastres no hay quien separe lo humorístico de lo terrible, te contaré una chusca ingenuidad del jefe de nacionales que mandaba la barricada próxima a Capuchinos. Envióle Van-Halen un parlamentario con proposiciones honrosas para que se rindiera, y de oficio le contestó lo que vas a leer. Herido en la mano derecha, y no pudiendo escribir, dictó la respuesta a un sargento, que la retiene

en su memoria, para regocijo de los que amamos la espontaneidad popular. Dice así: «A Antonio Van-Halen, jefe de las fuerzas enemigas.—Antonio: no te canses, no cederemos. Si te obstinas en hostilizarnos, te daremos para peras.—Patria y libertad.»

No veo, no, en esta brava gente la ferocidad del revolucionario sin camisa que persigue el pillaje y la disolución, para despojar a los ricos; veo a los sanos y buenos hijos del pueblo que en la última guerra prestaron a la causa nacional servicios tan eminentes que no habría honores bastantes con que pagárselos. La Milicia nacional de Barcelona, guarneciendo los pueblos del llano y la montaña y resistiendo terribles embestidas de la facción, demostró una fibra y una resistencia que en muchos casos llegó a las alturas del heroísmo. Ahí están Prim, Lorenzo Miláns, Ametller y otros, que pueden contarlo... A esta gente, que tan claras nociones tiene del deber, y tan bien entiende del honor y el patriotismo en sus más elementales formas, no la temo yo. Temo a los pillos que se inoculan en el cuerpo popular y trabajador para envenenarlo y derramar por sus venas elementos de podredumbre.

Cuando a casa me retiré, las opiniones que oía no estaban acordes en señalar el punto adonde Van-Halen se replegaba. Unos le suponían en la ciudadela; otros, marchando hacia Montjuich. ¿Sabes tú, señora de mis pensamientos, lo que es Montjuich? ¡Ay, que no lo sabe!... ¿Creerás tal vez que es un castillo como el de La Guardia, situado en lugar céntrico y eminente y compuesto de quebrantados murallones y de piedras romas, entre cuyos huecos habita la prolífica república de lagartos? El castillo de tu pueblo es un pobre inválido que de su impotencia se consuela recordando sus tiempos heroicos, cuando la guerra de sitio se hacía con flechas, hondas y otros ingenios. Castillo es también Montjuich, pero más fuerte y buen mozo que el tuyo, y armado de mejores arreos y cachivaches de guerra. Se alza en un empinado monte al sur de la ciudad, a la que tiene bajo su planta y dominio, y no se sabe si las miradas que arroja sobre ella son de protección o de amenaza. De día parece un padre amante que a su adorada hija contempla, con el chafarote levantado, eso sí, por si a la niña se le antoja desmandarse. De noche verías en él un marido celoso que espía el sueño de su Desdémona, recelando que pronuncie dormida palabras que enciendan más el volcán de sus celos... Es tan alto Montjuich que desde su cumbre o cabezo, con el yelmo de murallas y cabellera de cañones, me parece a mí que se ha de ver tu pueblo... No tomes esto al pie de la letra. No se te ocurra coger el catalejo que tiene Navarridas para ver los mosquitos que se pasean en el horizonte, y ponerte a mirar hacia acá, creyendo que vas a verme en la cimera de este formidable castillo. En todo caso no me verías a mí, sino a Van-Halen con las manos en la cabeza, loco y turulato, sin saber de qué medios valerse para volver a echarle el lazo a esta ciudad, florón espléndido de los reinos de España, Barcelona, la hermosa y pizpireta...

Al llegar a casa encuentro a mi madre algo inquieta por mi tardanza. La tranquilizo sin dificultad, refiriendo los hechos a mi gusto, desfigurando el argumento de la tragedia.

Adiós, mayorazga de los Cielos. Adorándote, tu

Fernando.

XXVI

DE DON FERNANDO CALPENA A DON SERAFÍN DE SOCOBIO

Barcelona, noviembre.

Señor mío: Antes que a mí llegara su carta pidiéndome noticia de estos trastornos gravísimos, nació en mí la intención de comunicárselos, recordando lo que le agrada el conocimiento exacto de las cosas de nuestro tiempo, a veces más oscuras que las remotas, y comúnmente desfiguradas por narradores ignorantes o de mala fe. Considero asimismo que, por el amor grande que tiene usted a esta ciudad, donde pasó su infancia y lo más florido de su juventud, al lado de su tío el reverendo don Lázaro de Socobio, arcediano de esta santa catedral, le interesará doblemente una información concienzuda de las desdichas de Barcelona en estos aciagos días, y aquí estoy yo para satisfacer. Aunque no necesito hacer ante usted ningún alarde de mi honradez de narrador, debo manifestarle que me aferro a la más estricta imparciali-

dad, y usted así lo apreciará cuando lea conceptos y juicios desfavorables a mis amigos y otros que no han de agradar a los del bando contrario, pues éste es un caso en que todos merecen igual vituperio.

No le contaré los pormenores de la espantosa jornada del 15, pues todo lo aparente de ella debe usted conocerlo ya. Aún le queda por conocer lo invisible, lo que estuvo en las conciencias, no en las manos que disparaban los fusiles ni en las bocas que apostrofaban al Ejército y al regente. Lo primero que tiene usted que hacer para penetrarse de la verdad es desechar la idea corriente de que esto ha sido una sublevación de republicanos. Desconfiemos siempre de las ideas de fáciles, cil adaptación al criterio vulgar; desconfiemos del amaneramiento de la opinión, que no es más que un remedio contra la incomodidad de pensar por cuenta propia. Cierto que el 15 se habló de república, y este nombre fué gritado por muchas bocas; cierto que algunos, más exaltados de palabra que de pensamiento, cantaban el *ja la campana sona, lo canó ja retrona; a n e m, a n e m republicans, anem.* Pero también es cierto que esto decían porque así se les había mandado, y muchos lo repitieron como en broma, sin verdadero calor. No se trataba, pues, de asaltar la Bastilla y demoler aquel emblema del despotismo, sino de quitar de en medio a un triste Gobierno y con él a una situación política, la regencia de Espartero.

Puedo asegurar a usted que ninguno de los que combatían en nombre del *poble* invocó a la cesante reina gobernadora ni a nadie se le ocurrió proclamarla; y, no obstante, por ella derramaron su sangre los muy locos, sin saberlo, que es lo más triste del caso. ¡Infeliz pueblo, criado en la inocencia y en la ignorancia de la ciencia política! El ha sido y es el instrumento de los que han estudiado las artes revolucionarias y el mecanismo de los motines. Con esta táctica, los que tiranizan al pueblo saben muy bien cómo han de componérselas para convertirlo en caballería que les arrastre el carro de sus triunfos, mientras que los defensores de la soberanía popular, los propagandistas de la libertad, ignoran hasta las más elementales reglas para utilizar la fuerza de las masas en defensa de sus ideas.

Hablaré primero del teatro. He recorrido toda la escena y puedo apreciar por mí mismo los estragos de la lucha en los sitios de la ciudad donde fué más encarnizada. En ninguna parte se batió el cobre como en el baluarte del Mediodía. Allí, y en las barricadas que levantaron los insurrectos entre la Puerta del Mar y la Aduana, perecieron oficiales y soldados en gran número. Vi en los Encants los destrozos causados por las balas de cañón, lodo ensangrentado, objetos mil que habían servido para improvisados parapetos, todo en tal desorden, que ha de pasar mucho tiempo antes que recobre el desgraciado pueblo los modestos bienes que allí sacrificó al furor de una guerra que no entendía. Cerca de la Virgen del Mar y en el Borne he visto también no pocos desastres frágiles, casas acribilladas a balazos, muertos que en la mañana del 16 no habían sido aún recogidos. En la calle de Assahonadors encuentro fúnebres escenas: mujeres y niños que tratan de reconocer mutilados cadáveres, y en la plaza de San Agustí Vell veo una casa derrengada que amenaza caerse si no la derriban pronto. Colchones y trastos entorpecen la vía pública; las mujeres, convertidas en furias, maldicen a Espartero y a Van-Halen, a los *algodoneros* y a Zurbano, como autores de tantas desventuras. En la calle de San Pedro Mas Baja hallo un reguero de sangre, y lo voy siguiendo hasta salir por la Riera de San Juan a Junqueras, donde se contaron los muertos y heridos casi en tanto número como los que había en Puerta de Mar. El claustro se ha convertido en hospital, y de allí salen imprecaciones y lamentos. Zurbano es el más malo de los infernales instrumentos del Gobierno de Madrid; Zurbano es el que quiere traer a Barcelona las odiosas quintas... *Mes li ha de costá trevall posar á ratlla al poble catalá... ¡Qué torni per un altra!... Avans mori qu'ésser esclaus d'un castellá que no sab ahont te l'cap.* Sigo, y en la Puerta del Angel y calle de Santa Ana observo que no queda un solo canto de los empedrados. En los charcos nadan gorras de milicianos, y en los montones de piedras se ven fusiles rotos, restos de comidas, manchones de sangre, un brazo con manga de paño azul y otros despojos repugnantes. No tengo ya ni alma ni piernas para seguir observando el teatro en sus

bastidores de Estudios y Canaletas, del Carmen y Hospital. Hagamos alto, mi querido don Serafín, en la Boquería, lugar donde antaño ajusticiaban a los reos de muerte, y óigame decirle que aquí hubiera yo hecho un escarmiento en los que han alborotado tan sin sustancia al pueblo barcelonés.

Sabrá usted, ¿quién no lo sabe?, que en esta revolución ha despuntado un héroe, un imitador de Massanielo. ¿Qué idea ha formado usted del que en las primeras horas del día 15 se constituyó en cabeza de motín y fué por tantos infelices aclamado y obedecido? Juan Manuel Carsy, el alma de esta trapisonda, es un valenciano que hace poco vino aquí; comerciaba sin dinero ni mercancías y se metió a periodista sin saber escribir. Ni posee el don de elocuencia para fascinar a las muchedumbres ni la prodigiosa facultad del mando para conducirlas al combate. Es hombre vulgarísimo; y reconociéndolo así toda Barcelona, nadie se detiene a pensar en el enigma de su rápido encumbramiento. Yo encuentro la clave en la inocencia angelical de los hijos del pueblo y en la ceguera de los pobres nacionales, que saben batirse sin que se les ocurra ahondar en los motivos y fines de su arrojo. Me consta que desde el 14 disponía ese oscuro y ridículo Carsy de grandes sumas de moneda corriente, en plata y oro, las cuales no debió ganar en el comercio ni en el periodismo... Y pregunto yo: ¿de dónde ha salido este dinero?... Un infalible axioma militar nos dice que el oro es el más eficaz elemento de guerra; no es menos axiomático que no se han hecho ni se harán revoluciones *a palo seco*. Ya le oigo a usted contestarme que el unto con que Carsy ha engrasado esta máquina es el *oro inglés;* yo lo niego, porque el *oro inglés*, móvil y nervio de la cuestión algodonera, no había de ser derramado en obsequio de la misma industria que el Gobierno británico pretende arruinar. Descartada esta versión absurda, dígame usted: ¿lo que ha brillado en las manos puercas de este Carsy, sería *oro republicano?* ¡Ay don Serafín de mis pecados, los sacerdotes de esta sonrosada religión que todavía no ha salido de las catacumbas de la inocencia son pobres de solemnidad y no acuñan otra moneda que la de sus generosas ilusiones! Convenzámonos de que el oro no era inglés ni republicano. Basta con lo dicho para que usted comprenda de qué arcas procedía, y si me lo niega, no tendría yo inconveniente en demostrárselo, sin otro argumento que el sencillísimo *cui prodest.*

¿Quién va ganando en esté revuelto río más que su ídolo de usted, la gobernadora cesante, no resignada con su papel de majestad proscrita, harta de honores y riquezas? Desde que puso el pie en Francia no ha hecho más que conspirar por la conquista del perdido reino. Por precipitación y desatino le salió fallida la tremenda conjura de octubre, y fueron lastimosas víctimas de la ambición regia los infelices León y Montes de Oca, Quesada y Borso y otros de menor talla... El Gobierno *ayacucho,* atento a privar de medios de acción a la reina conspiradora, le corta los víveres, suprimiendo la renta que percibía como viuda de Fernando VII, y luego le disuelve la Guardia real, que era el plantel o seminario de donde salían todos los adalides cristinos más o menos audaces. La ilustre señora se envalentona con esto. Firme en su inquina contra Espartero, y más encalabrinada cada día en su mujeril antojo de un pronto desquite, no se satisface con la guerra frente a frente, y mientras prepara un nuevo alzamiento de los paladines (que ahora celebran en París diarios concilios), emprende, *por si pega,* el juego de carambolas, lucido juego de manos blancas... y negras. Crea usted, amigo Socobio, que cuanto le digo es el Evangelio, que no le pase por las mientes el rebatirlo con argumentos sentimentales, de los que ya están mandados recoger. Añado que la señora, resueltamente favorecida por Luis Felipe, se lanza intrépida a todas las aventuras con que suelen matar sus ocios los reyes destronados o dados de baja, descollando en estos manejos los que cuando eran reyes *de alta* no supieron hacerse amar de sus pueblos. Si quiere usted convencerse de la connivencia de Cristina y *Felipete* (así le llaman aquí los periódicos exaltados, ignorantes de que le sirven), léase la Prensa francesa y refresque la memoria de los acontecimientos de España en los últimos años. Me preguntará usted si me fundo en hechos positivos para sostener que el impulsor de este movimiento ha sido el *bálsamo cristino,* acrecentado con sumas respetables

de la *Farmacia* francesa; y contesto, sí, contesto que en hechos positivos me fundo para sostenerlo; mas no puedo ni comunicarle los hechos, ni referirle cómo los he conocido, ni nombrar a persona alguna como parte activa en estas oscuras y nada limpias maniobras. Conténtese con saber el milagro, que del santo no hay que hacer mención.

Para ilustrar el criterio de usted, le mando dos fajos de periódicos de aquí. El uno es *El Republicano,* órgano de la gente más levantisca; el otro es *El Papagayo,* voz de los señores moderados, de los que se tienen por la viva encarnación del orden y de la justicia. Léalos detenidamente, y no una sola vez. Vea usted que el uno es la exaltación misma, el delirio y la procacidad en su mayor grado; el otro, cruel, venenoso, feroz en el ataque, implacable en el aborrecimiento. Cuando usted los haya masticado con frecuentes lecturas, podrá saborear esas al parecer diversas opiniones con paladar seguro. Notará que en el fondo tienen tal semejanza y parentesco, que bien se puede asegurar que en el engendro de una y otra hay confusión de padres. Tanto la señora *República* como la señora *Papagaya* son un poquito y un muchito adúlteras, y cada una de ellas se deja enamorar del marido de la otra. Nada más digo de esto; entrego a su penetración los periódicos de los colores rojo y negro subidos, para que los lea y sobre sus páginas ardientes medite y quizá llore. Mándole también un número del *Journal des Débats,* llegado ayer aquí, para que en cuatro líneas de él oiga respirar al Gobierno de Luis Felipe, que no se cuida de disimular el júbilo que le causan los disturbios de esta ciudad. «Si el regente—dice—reprime el movimiento de Barcelona, se acabó su popularidad; si no lo reprime, se acabó su poder.» ¿Verdad que al pie de esta congratulación, de esta seguridad del éxito se ve la elegante firma: *Yo, la reina?*

Hablando de otra cosa, mucho le agradezco, mi buen don Serafín, las interesantes noticias de la Milagro, que amplían y completan las que pude yo adquirir en Madrid. Confirmo lo que escribí a usted acerca de Ibero, es decir, que está bajo el amparo de la Instrucción Cristiana. Los individuos que conozco de esta congregación sublime me han entrado por el ojo derecho, y no ceso de admirar su virtud, su modestia y el no común saber que a todos adorna. En buenas manos ha caído el pobre Santiago, y bien seguros estamos sus amigos de que con tales ejemplos será un buen sacerdote. Tiene usted razón, señor de Socobio: después de los errores cometidos, gravísimas transgresiones de la moral cristiana, el *ángel negro* no podía esperar la salud más que del arrepentimiento y de la penitencia, medicinas que en el grado que nuestro pecador las necesita no puede aplicarle el mundo falaz. Si en Madrid discordamos en esto, y me manifesté pesaroso de la vocación del coronel, ya reconozco mi yerro, y estamos conformes en que dicha querencia del supremo bien y de la verídica salud no debe por nosotros ni por nadie ser combatida... Venga, pues, muy pronto la carta que me ha ofrecido para el prepósito de la Instrucción, padre Bohigas, pues me ha entrado el deseo de apadrinar a Santiago en el solemne acto de su primera misa, y con esto y una buena limosna que hará mi madre manifestaremos cuánta simpatía y admiración nos inspira el naciente instituto religioso.

Y concluyo, mi señor don Serafín, sacándole a usted de un error, no grave ciertamente; pero error. Todavía no estoy casado; me casaré, *Deo volente,* en cuanto se me despeje la salida de esta ciudad, trocada en infierno por el furor político. Los respetos y afectuosos homenajes que usted, en su amable carta, a mi esposa tributa, guárdense para cuando sea efectivo lo que aún no lo es más que en nuestra decidida voluntad. Mi madre me recomienda con insistencia que á usted devuelva sus finas memorias. Despidiéndome hasta la próxima carta, que espero no se me pudrirá en el cuerpo, me repito de usted constante amigo,

Calpena.

XXVII

DEL MISMO AL MISMO

Barcelona, noviembre.

Que el primer acto de Carsy, cuando por artes diabólicas se vió dueño de esta gran ciudad, fué constituir la indispensable Junta, ya lo sabe usted; mas ignora que la componen personas de escasa o nula representación social y comercial

Presididos por el valenciano dictador, gobiernan a Barcelona un confitero de la plaza Nueva, un hojalatero de la calle de Tantarantana, fabricantes de fideos, de fósforos, de velas... No les nombro porque no quiero dar malos ejemplos a la Historia sugiriendo al público nombres de mosquitos.

Las tropas que aún resistían en el fuerte de Estudios y en Atarazanas nos dieron el espectáculo ignominioso de capitular con esta Junta, y en ello fueron mediadores personas influyentes de la ciudad, que obraban por miedo, y el cónsul de Francia, que no ha sabido disimular su parcialidad en favor de los insurrectos, ni las ganas que tiene de ver humillado a Van-Halen como general de la regencia. Apunte usted este dato, señor de Socobio. A propósito del cónsul, diré a usted que es mi amigo, que le debemos mi madre y yo mil atenciones y que le apreciamos y distinguimos por su exquisito trato y afabilidad. A pesar de esto, no hemos querido aceptar el ofrecimiento que nos hizo de darnos asilo en el bergantín *Méléagre*, fondeado en este puerto. He puesto en delicado entredicho mi amistad con Lesseps, reduciéndola a las meras relaciones entre caballeros, y encerrando con cien llaves la política siempre que hablamos; de otro modo sería difícil evitar un rompimiento desagradable, pues el juego tapado que viene haciendo el representante de Francia, contra lo que previene su obligación de neutralidad, merece todas mis antipatías. El día en que concertamos nuestro entredicho, conviniendo en ser amigos *extramuros de la política*, se me escaparon de la boca conceptos un tanto duros, a los que contestó con otros que pudieran reducirse al *mensajero soy, amigo; non merezco culpa, non*. Vaya usted apuntando.

Nuestro capitán general no está, como diría cualquier periódico, a la altura de las circunstancias. Es Van-Halen gran soldado y caballero intachable; pero no parece haberse hecho cargo aún de la humillación que han sufrido sus tropas. Más que el restablecimiento de la normalidad, le inquieta el deseo de no producir mayores estragos, y sueña con que las componendas y los tratos honrosos entre Gobierno y sublevados den solución al conflicto. No ha muchos días subió a Montjuich, desde donde truena con timidez e inoportunidad; tronando antes con fuerza, se habrían evitado tantos desastres. Cada vez que el fiero Montjuich dice alguna cuchufleta a la ciudad que a sus plantas mora, me acuerdo de usted, señor don Serafín, porque al disparo responde acá con su grave son la señora *Tomasa*, en la torre de la catedral, y al oírla me viene a la memoria lo que usted me ha contado de su infantil diversión con otros chicuelos también sobrinos de canónigo, y me parece que que les veo asaltando la torre de la catedral y sobornando al campanero para que les dejara tocar, y a usted, más travieso que los demás, imponiendo su predilección por tirar del badajo de la *Tomasa*.

El barrio en que vivimos parece, hasta hoy, protegido por una deidad benéfica, y en él no se han visto escenas de sangre y duelo. Mi gusto de la arqueología y los honores que hago a esta ciencia, más como aficionado devoto que como conocedor inteligente, me ligan a este rincón histórico, que es mi encanto y el único solaz de mis horas tristes: por un lado tengo a la catedral, de imponente y severa hermosura; a esta otra parte, la plaza del Rey, con el Palacio mayor y la capilla, donde duermen tantas grandezas. Lo que hablan estas piedras pardas y el silencioso ambiente que las circunda, mejor lo sabe usted que yo, investigador de las edades gloriosas de esta ciudad y de los culminantes hechos de condes y reyes.

Pero no es ésta la mejor ocasión para los éxtasis arqueológicos, amigo mío; que *la Tomasa sona*, y al oírla vuelvo a mis cuidados de cronista. El miedo a un bombardeo de Van-Halen y a otro del propio don Baldomero, que se da por seguro, ha traído la deserción de todo el vecindario rico. Los caminos que parten de Barcelona por el Norte y por el Sur no tienen espacio para tanta familia fugitiva. Nosotros, si ello no se arregla antes de la venida del regente, nos iremos a San Feliu de Llobregat, donde nos brinda con espléndido hospedaje nuestro amigo el beato don Magín Cornellá.

Jueves.

Ya tenemos nueva Junta, en sustitución del areópago de Carsy, quien se ha visto obligado a ceder el puesto a lo mejorcito de la ciudad. Ya ésta respira; en la Junta nueva tiene usted a los Xifré

y a los Güell, a los Maluquer y Badía, a los Codina y Arola, personas de fuste, entre las cuales hay no pocos amigos de usted y alguno que en sus mocedades le acompañó a tocar la *Tomasa*. Renuévanse las negociaciones, y con ellas la esperanza de que este inmenso lío se arregle por buenas. De muchos sé que si pudieran desbaratar lo hecho, de buen grado volverían al estado anterior al día 15. Muchos liberales, ricos de origen plebeyo, ayudaron a los milicianos y a Carsy por miedo a la solución arancelaria en sentido de favorecer los intereses británicos; pero ya están convencidos de su error y deploran haber caído en la red que la sagacidad moderada les tendió, presentando en su Prensa el problema algodonero con evidente perfidia. Pero estos *pobres ricos* son la mayor calamidad presente, pues la fe en el sistema liberal se les va mermando en proporción del crecimiento de su peculio, y cuando llegan a poseer millones, ya están en plena desconfianza de la idea, temerosos de que los revolucionarios vengan a quitarles el dinero. Los menos peligrosos de estos señores son los que se cruzan de brazos, entregándose a una neutralidad estéril, sin conservar de liberales más que el vano formulismo y un retrato de Espartero en cualquier aposento de sus casas; los verdaderamente dañosos son los que, en el retroceso que su miedo les impone, no paran hasta tropezar con los arrimados a la Iglesia, y ya les tenemos de manos a boca con la hermandad carlista. El clero, bien lo sabe usted mejor que nadie, recibe con toda clase de carantoñas a estos asustadicos de la idea liberal, que reculan con las talegas a la espalda, y congregándoles junto a sí, les ofrece cuantos remedios espirituales creen necesarios para la tranquilidad de sus conciencias.

Pues bien: estos liberales de poca fe han contribuído también al enaltecimiento de Carsy, aunque no tanto como los carlistas: aquéllos lo hacían por inocencia, éstos por remover el país, a ver si en una de las vueltas salía otra vez del montón la cara de Carlos V. Unos y otros, influídos por los beatos, han venido a concordar en un orden de pensamientos que me apresuro a manifestar a usted para su satisfacción. Lo primero: quitar de en medio al regente *ayacucho*, pues bien se ha visto que no sirve para nada; lo segundo: creación de nueva regencia, que ha de ser triple; lo tercero y principal, para en su día: casamiento de Isabel II con el hijo de don Carlos, y ya tenemos paz duradera. Luis Felipe prestaría su apoyo a la reconciliación de las dos ramas, siempre que a él le dieran la princesita Luisa Fernanda para uno de sus hijos. Siga usted apuntando...

Lunes.

Pero ¿no sabe usted, señor don Serafín, con lo que salimos ahora? La Junta de *respetables*, de que hablábamos ayer, digo, la semana pasada, no ha tenido valor para hacer frente a la situación. ¿Ve usted lo que le he dicho de la timidez y egoísmo de estos ricachos? ¡Qué idea tendrán de la ciudadanía que pretenden ilustrar con sus nombres, y qué casta de amor será el suyo al pueblo en que han labrado su riqueza!

Continuadas las tentativas de arreglo con Van-Halen, ni éste cedía un ápice de sus exigencias ni los otros aumentaban el canto de un duro en sus concesiones. La Milicia no quería desarmarse, cosa muy natural, y a mayor abundamiento, el bueno de Carsy y sus compinches formaban tres batallones más, con lo peor de cada casa. A esta nueva fuerza dieron sus fundadores el nombre de Tiradores de la Patria; el vulgo la llamó *Patulea*, y por *patuleos* respondían los nuevos nacionales, sin ofenderse del tratamiento ni pretender que se lo apearan. Pues aun con esta gentuza anduvo el capitán general en dimes y diretes, sin decidirse a pegar de firme. En fin, mi querido Socobio, por no cansar a usted con esta menguada historia, que parece el cuento del paso de las cabras, le diré que en pocos días han sucedido Juntas a Juntas. Primero tuvimos la llamada de los *Veinticinco*, que fué un relámpago; luego la de los *Veintiuno*, que también pasó como las rosas; y vino al fin la de los *Diez*, que hubo de cuajar, ¡gracias a Dios!, y si no hizo todo lo que debía para llegar a la inteligencia con Van-Halen, consiguió matar en flor las glorias de la *Patulea*. Desarmada ésta, el amigo Carsy se vió solo y sin defensa; y rota en sus manos la estaca de la vil dictadura, fué a esconderse a bordo del bergantín francés *Méléagre*, donde como a buen amigo le acogieron. Apunte usted, «señor escribano»:

Miércoles.

Se aproxima el momento supremo, mi señor don Serafín. Tenemos a Espartero en puerta, decidido a que no se rían de él las *Juntas ricas*, ni las *Juntas pobres*, ni la caterva de *jamancias*, *tiradores* y *patuleas*. La Junta de los *Diez*, ahora de los *Once*, por habérseles agregado Laureano Figuerola como secretario, vuelve del Cuartel general, donde Rodil les ha dicho que no cede sino ante el desarme total. Al notificarlo así a las comisiones de nacionales, éstos ponen el grito en el cielo, y declaran que antes que soltar las gloriosas armas nos darán un nuevo *tableau* de Numancia, al mágico grito de «¡Honor catalán!» «¡Patria y Libertad!»

¡Por Cristo, que nos vamos enmendando! Creíamos que expiraba la revolución, y hela aquí renaciendo con mayor vida y pujanza. Aún falta la situación culminante en estas populares tragedias: el manoteo y las coces de los más desalmados, sin ningún freno, grillete ni bozal. Sintetizo las ideas de mi crónica con este juicio, que no ha de ser grato al amigo Socobio: «Los descontentos de septiembre del 40, los vencidos de octubre del 41, la emigrada majestad, inconsolable por su cesantía del Poder, son los *empresarios* de este Carnaval. El pueblo, crédulo y sencillote, grotescamente engalanado con trapos y caretas republicanas, baila al son que le vienen cantando moderados y carlistas.» Esta es la verdad, que sostengo sin temor a que ningún cristino pueda rebatirla. El amigo Socobio dirá: «Y ¿qué papel hacen en este sangriento Carnaval los *caballeros del Progreso*, sus amigos de usted, señor don Fernando?» Sobreponiendo mi sinceridad y rectitud a todo sentimiento de compañerismo, contesto sin rebozo que si los *señores de la moderación* se han conducido desde que terminó la guerra como una cuadrilla de hipócritas y tunantes, los *caballeros del Progreso* están demostrando que son un hato de imbéciles.

XXVIII

DEL MISMO AL MISMO

San Feliu de Llobregat, diciembre.

Amigo mío: Aquí estamos ya sanos y salvos, con la pena de haber dejado a la bella Barcelona en las bestiales manos del motín. La última extracción de revoltosos se ha echado de jefe a un vendedor ambulante de perfumería llamado Crispín Gaviria, el cual debe de ser hombre para un fregado como para un barrido. Se pasa el día redactando bandos terroríficos, que son fijados en las esquinas por sus agentes, a los cuales precede un pelotón de tropa tan heterogénea en el vestir como en las armas que lleva. Unos van con morrión y otros con barretina o pañuelo; éste lleva zamarra y trabuco; aquél, levita, fusil y pistolas. En los bandos se conmina con pena de muerte al que no se presente con armas al toque de generala; la menor falta se castiga con cuatro tiros, como medicina preventiva, y para sufragar los gastos de la defensa de la ciudad decrétase la *ocupación* de bienes de todos los que, habiéndose ausentado, no acudan prontito al llamamiento de don Crispín.

El vecindario huye despavorido. Centenares de nacionales esconden las armas y se escapan como pueden, por mar o por tierra. Los *jamancios* y *patuleos*, desarmados por los *Diez*, y armados de nuevo por organización espontánea, se constituyen en cuadrillas de vario contingente, dedicándose a cobrar la salida de los que huyen. Familias enteras son despojadas de cuanto tienen, hasta de la ropa, en el momento de embarcarse. En tanto que en el puerto y en las salidas de la ciudad unas *secciones de Tiradores intervienen* la emigración, otras recorren los barrios céntricos y comerciales *tomando nota* de existencia metálica, o *recaudando* lo que la *Patulea* necesita para dejar bien puesto su honor en aquel lance. Algo de esto vi, señor don Serafín, y algo me han contado que no repito para que no diga usted que recargo la pintura con fuertes brochazos y tintas chillonas.

Esperábanos ya en San Feliu nuestro generoso castellano don Magín, y por

cierto que su primera conversación conmigo fué un tanto resbaladiza, y me faltó poco para quebrantar las leyes de hospitalidad contestando a sus sandeces con los puños, antes que con la boca. ¿Pues no se condolía del anunciado bombardeo, calificándolo de bárbaro, de inaudito y criminal? Y dos clérigos allí presentes, cruzando las manos y arqueando las cejas con hipócrita sentimentalismo, también dijeron pestes de Espartero porque bombardeaba, y le llamaron Tamerlán, Atila, azote de Dios y otros hinchados disparates. Con lo nervioso que yo estaba, bastaron los ridículos enternecimientos de Cornellá y el farisaísmo de sus amigos para que me volara. ¡Qué oportuna estuvo mi madre al contener con una mirada y un gesto la rabia que me enardecía! Tan sólo les dije: «Pero ¿qué quieren ustedes? ¿Que deje a los *patuleos* en plena posesión de la ciudad, y encima les mande raciones de chocolate de Astorga?...» En fin, mi madre no me dejó seguir, y se restableció la concordia, conteniéndome yo dentro de las reglas de la más elemental urbanidad.

Desde San Feliu veíamos las tropas de Espartero en Esplugas, y el avance de los convoyes de provisiones hacia la eminencia de Montjuich. Hubiera sido muy de mi agrado llegarme allá para ver a Espartero y hablar con él; pero no quise hacer ostentación de mis concomitancias *ayacuchas*, y empleaba las horas de aquel destierro paseando con los curas amigos de Cornellá y míos, uno de los cuales era ilustradísimo, de buena sombra y un tantico maleante; el otro, cerril y tozudo, con un acento catalán tan gordo y áspero, que me costaba trabajo entenderle cuando llenaba su boca de palabras castellanas como si la llenara de sopas calientes. No me causó sorpresa oírles hablar con hiperbólica admiración de los clérigos regulares de San Quírico, poniendo en los cuernos de la Luna su prodigiosa sabiduría y la austeridad de su regla...

Ha pasado un día. Continúo con la noticia de que en el actual momento, que señalará la Historia, ha comenzado el bombardeo, amigo don Serafín. ¡Pobre Barcelona! Lo digo por las casas, pues todos los habitantes dignos de consideración se hallan fuera de aquellos profanados muros. A las once y media largó el duque los primeros confites: la función, mirada sólo como espectáculo, resulta bonita desde esta planicie del Llobregat. Se ve admirablemente la línea parabólica que trazan los proyectiles y la caída de éstos en la infortunada plaza. Se me figura que Espartero bombardea con miramiento y pulso, procurando hacer el menor daño posible, en espera de que don Crispín pida misericordia. Corren aquí voces de que los nacionales que salieron de la plaza y gran número de vecinos honrados darán seguridades al regente de que la plaza se rendirá esta noche, y en caso contrario, ofrécense todos, en unión de la tropa que ha traído su alteza, a forzar las entradas de la ciudad... Dios quiera que todo esto sea cierto. Dícenme además que una nueva Junta de *respetables* ha surgido ayer, y que en ella figuran su amigo de usted y mío don Antonio Mas y Brugada, y el *simpaticone* Ramoneda... El duque ha trasladado su Cuartel general de Esplugas a Sarriá, donde esperan verle los nuevos junteros y acordar con él la salvación de Barcelona. Dios ponga tiento en sus manos, y a todos les ilumine, para que veamos pronto el término de estas aflicciones y respiremos el dulce aire de la paz.

A medianoche termino ésta, mi buen don Serafín, con la noticia de que ha cesado el fuego. Montjuich, desarrugando el ceño torvo y conteniendo el resoplido ardiente, mira compasivo a su esposa, y una vez aplicados los palos que su decoro de marido exigía, parece que examina y cuenta los cardenales que le ha hecho, y le recomienda que se los cure pronto para que luzca en toda su hermosura. «Ráscate un poco y ponte unas compresas, que eso no es nada—le dice—. *De tant que t'estimo t'punyego.*» Es opinión general que mañana entrará Van-Halen en Barcelona, y que terminado el imperio de *jamancios* y *patuleos*, volverán las cosas a su antiguo ser y estado, con los quebrantos y rencores que son infalible secuela de estos sacudimientos. En Esplugas, adonde fuí al anochecer con los cleriguitos que se dignan acompañarme, he adquirido noticias del próximo desenlace de la tragedia. Espartero cree haber cumplido con su deber, como jefe del Ejército y del Estado, y su conciencia no le acusa de crueldad; antes bien, estima que se ha mantenido

en la justa medida del rigor que las circunstancias hacían indispensable. No me lo ha dicho su alteza, pues no he tenido el honor de hablarle; pero conozco su pensamiento por referencias del coronel don Felipe Navascués, amigo de usted, según me ha dicho, y que desde esta noche lo será mío. Usted, que le conoce, comprenderá la prontitud campechana con que se ha manifestado en los dos la corriente de simpatía y cuán de mi agrado es, singularmente, el carácter abierto y leal de este noble hijo de Navarra. No hacía un cuarto de hora que nos habíamos ofrecido amistad, y ya me brindaba su cooperación para cualquier barrabasada que yo le propusiera, añadiendo que mayor sería su gusto cuanto mas atrevido y extravagante fuese lo que juntos acometiéramos. No es fácil que usted me entienda, ni ha llegado la ocasión de que yo le hable con más claridad. Por mi conducto, mi flamante amigote Navascués le manda a usted sus recuerdos con toda la ruidosa vehemencia y toda la incorrección que gastar suele.

Un día más. Desmedidas alabanzas me han hecho mis clerigüitos de la piedad y virtud de don Magín Cornellá, añadiendo en loor suyo que es una de las más firmes columnas de la Instrucción Cristiana, y el protector más ardiente de San Quírico. Su ejemplo me ha contagiado de tal modo, que no he querido ser menos que él; y aquí me tiene usted, mi señor don Serafín, arrimando el hombro a la Congregación para sostenerla en sus necesidades y ayudarla en el cumplimiento de sus altos fines. A más de llevar mi óbolo modesto al cepillo de la Instrucción, he querido significar a los padres mi simpatía con el regalo de un cáliz de plata sobredorada y de un terno completo para misa de tres en ringla; por fin, sabedor de que no rebosaban de provisiones las despensas de Papiol, heme permitido mandar allá cuatro celemines de garbanzos, tres de judías y dos arrobas del delicioso vino blanco de Sitges.

Ya le veo a usted sonreír, ¡oh espejo de los ladinos!, don Serafín de Socobio... Pero no dudo que al fin hará justicia a la bondad de mis intentos, conservándome su preciosa confianza y mandando la bendición a su constante amigo

Calpena.

XXIX

DE DON FERNANDO A DEMETRIA

Molíns de Rey, diciembre.

Maestra: ¿Cómo escribe un hombre a su mujer cuando de un lado le tiran el deseo y la obligación de la carta, y de otro los graves quehaceres que impiden coger la pluma? Pues garabatea lo sustancial en cuatro términos rapidísimos, y si la señora se amosca, que se amosque. El tiempo me apremia; las horas se me escapan..., atajo unos minutos para decirte que, apenas franqueadas las puertas de la ciudad, fuí a Barcelona con mi madre, a quien dejé instalada en nuestra casa gozando de cabal salud. Dios se la conserve. Digo también, con la debida celeridad, que sin perder horas me vine a Esplugas, donde vi a Espartero, y hablamos..., naturalmente, de política, declarándome yo el más férvido de los *ayacuchos;* de Esplugas víneme a Molíns de Rey, donde estoy... ¡Ah! Se me olvidaba decirte que me traje a Sabas y a Urrea y a seis hombres más, a quienes tengo por descendientes de los almogávares que fueron a Constantinopla; tan decididos y arrogantes son, ávidos de gloria, de... Toda mi gente es de a caballo, y como material caballeresco me traigo un coche, un carro, un arsenal de magníficas armas..., ¿y qué más?

¿Qué más?... Trae un formidable caudal de esperanzas tu caballero

F

DEL MISMO A LA MISMA

Esparraguera, diciembre.

Mujer: Tampoco en ésta puedo escribirte largo. Con palabra concisa, ¡aleluya mil veces!, te referiré los hechos grandes.

Recibieron hoy los benditos padres de San Quírico una orden del comandante de la fuerza estacionada en Molíns de Rey reclamando, de parte del coronel de Zamora, al coronel retirado don Santiago Ibero, para que prestara declaración en una causa militar... ¿Te interesa saber qué causa era ésta y de qué formas se había revestido la donosa impostura? No te interesa..., ni a mí tampoco.

Naturalmente, el portero de San Quírico despidió con cara de palo al mensajero de la orden, y tres horas después vimos llegar al mismo portón un piquete de soldados con instrucciones tan fieramente ejecutivas, que toda la Congregación anduvo de coronilla, como si ardiera la santa casa por los cuatro costados. Salió el rector echando venablos; más gordos los echó el teniente; protestó el primero de que la Congregación no era facciosa ni allí se había conspirado nunca contra el *Progreso* ni contra nada; formuló el militar el tercer apercibimiento, declarando que no valían excusas, y que, o se le entregaba por la buena la persona del señor coronel retirado, o él entre bayonetas la sacaría..., y todo esto pronto, pronto, que no iba el hombre dispuesto a gastar tiempo y saliva en ociosas discusiones.

Vieras una hora después al amigo Ibero, entre dos padres, avanzar hacia Molíns de Rey a buen paso, conducidos por el piquete como criminales, y viérasme a mí y a Navascués salirles al encuentro en una arboleda situada entre el canal y el río. Se les mandó hacer alto para que tomaran un refrigerio que apercibido tenían mis almogávares; mas no quisieron los curas refrescar, expresando su enojo con displicentes excusas. Llevóme Navascués a lo más umbroso de la olmeda, y con donaire socarrón, que no olvidaré nunca, me dijo:

—He visto en mi vida no corta todas las clases de raptos que a mi entender podían existir. Yo mismo robé a una doncella esquiva el año treinta y dos, cuando fuimos a la persecución de bandoleros de la serranía de Ronda; vi en Navarra el hurto de una casada tierna que quería cambiar de dueño, y presencié el rapto de una viuda entrada en años, allá por las Cinco Villas de Aragón; he visto robar niños, por piques entre padres y abuelos; he visto afanar ganado y gallinas; pero no he visto jamás robar un cura, y esto lo veré ahora, que es caso de grande novedad e interés.

Respondíle que no era sacerdote el caballero sacado de los claustros de Papiol, pues si lo fuera no osara yo cometer pecado tan feo como es el de poner mis manos en persona sagrada. No hacía más que llevármele conmigo lejos de la influencia de los padres, para examinarle a mis anchas el espíritu y la conciencia, y ver si en efecto... No me dejó acabar, y echándose a reír me dijo que le parecía de perlas mi determinación, y que ansioso estaba de ver cómo me desenvolvía yo de aquel delicado negocio. Su mayor gusto sería ponerse a mi lado hasta el fin de la empresa, proporcionándome un rapto sacrílego de los más leves, con ayuda de tropa. Pero esto no podía ser, ni sus deseos de servirme le permitían mayor transgresión de sus deberes. Ya el Ejército me había dado todo el apoyo que podía: en los restantes arreglárame yo como Dios me diese a entender, y él esperaba la función para verla y gozarla desde la barrera. A esto respondí que con lo hecho en favor de mi causa me bastaba, y ya no quería más. Dándole las gracias, le indiqué que podía mandar que se retirase la tropa si era su gusto.

Pasado un rato, y cuando los soldados se perdieron de vista, llegáronse a mí los dos padres que acompañaban a Ibero, y he aquí que me dicen:

—¿Se servirá usted explicarnos, caballero, si esta farsa ha concluído y podemos retirarnos?

Respondí que podían regresar a Papiol, si gustaban; y agarrando a Ibero por un brazo y haciéndole dar un violento paso hacia mí, dije en alta voz, para que los tres se enteraran bien:

—Los señores curas se vuelven a su casa, y este caballero seglar se vendrá conmigo.

Desprendiéndose de mi mano, Santiago puso el rostro fiero, y con voz turbada declaró que no me seguiría como no le llevaran a rastras.

—No te llevaré a rastras, sino en un buen coche que para el caso traigo. Y no te valen protestas, Santiago, ni has de pensar en una resistencia que habría de ser inútil. Tú me conoces: he dicho que te llevaré conmigo, y con decirlo dos veces basta para que no dudes de que conmigo irás.

Como ni aun con esto cediera, tuve que subir un poquito el tono:

—Teniendo yo la fuerza necesaria para cargar contigo, quiéraslo o no lo quieras, no necesitaré usar de mi superioridad; que no es de caballeros amenazar con el rigor de las armas a hombres indefensos. Pero si necesario fuese apelar a este recurso, por mí no queda... Los señores sacerdotes, que merecen todo mi respeto, pueden irse cuando gusten o

quedarse aquí. Tú, Santiago, eres mío, y si no puedo llevarte vivo, entiende que muerto te llevaré.

—Y ¿quién te ha dado esa comisión? —dijo el *angel negro* con más estupor que furia.

Por un momento no supe qué contestarle. Salí del paso con esta respuesta, que luego tuve por inspirada:

—¿Quién me ha dado esta comisión? Pues el juez que ha de juzgarte, Santiago...

Meternos en disputas habría sido quitar a la acción toda su fuerza.

—Ahí tienes el coche—dije a Santiago—. Entra en él sin chistar, y entiende que al menor asomo de resistencia entrarás atado de pies y manos. Escoge lo que más te agrade.

Miró Santiago en derredor suyo, y viendo que había gente sobrada para realizar mi amenaza, se metió en el coche con rápido impulso, gruñendo:

—Contra la fuerza bruta, ¿qué puedo yo? Hazaña es ésta, señor don Fernando, sin maldita gracia, y más propia de bandidos que de caballeros.

Los sacerdotes apoyaron con timidez esta airosa protesta.

—Júzguenme como quieran—repliqué yo, más atento al fin que a los medios, y entré en el coche.

Desde la ventanilla me despedí de los padres, diciéndoles que, a pesar de aquel desafuero, no les quería mal, y que la Congregación tendría siempre en mí un diligente protector y amigo. Di la voz de arrear de firme, y con bullanga partieron coche y galera y los almogávares de a caballo. Alejándonos a toda carrera camino del puente, vi a los dos pobres clérigos como estatuas, no recobrados aún de su estupor medroso.

Pasado el Llobregat al caer de la tarde, seguimos por el camino real sin ningún obstáculo, llamando excesivamente la atención de los payeses de aquellas aldeas, que, picados de curiosidad, nos seguían con los ojos. Parecíamos viajeros de otra edad, señores que caminaban con séquito por país infestado de ladrones o cuadrilleros que conducían un preso de alta categoría. No tengo espacio para contarte lo que hablamos Santiago y yo desde la captura hasta que llegamos a este pueblo. Ello ha sido como los primeros saludos de arañazos y golpes entre la fiera y el hombre, cuando en la jaula se ven juntos y alargan, la una su garra, el otro su mano. Ya lo sabrás cuando a la conversación de hoy pueda añadir otras de más sustanciosa miga.

Diera yo, cara esposa mía, mi mejor caballo por saber ahora qué te ha parecido la forma y los accidentes del rapto cuasi sacrílego que acabas de leer. Pensarás quizá que mi hazaña carece de mérito y no debe ser anotada en los anales de la caballería. Disponiendo yo de la fuerza con exceso, vine a ser un atropellador vulgar, un señorito pudiente de los que con dinero y buenas amistades imponen su capricho a los que de aquellos resortes están privados. No me alabo del lance ni de él abomino, reservándome la crítica para cuando se haga el integral juicio de mi *séptimo trabajo*, y puedan verse con claridad los afanes y atrevimientos, las sutilezas diplomáticas y los guerreros lances que han de componerlo. Si es hazaña o no es hazaña lo del robo de cura, luego lo veremos, pues se han de juzgar los hechos por los beneficios que producen, y no es justo que maldigamos los medios cuando bendecimos los fines. Doctrina corriente es ésta en nuestra edad y ya sabemos la fuerza que traen las doctrinas que por lo extendidas debiéramos llamar atmosféricas. La caballería misma, con ser un organismo tan libre y autonómico, en cada época se acomoda al suelo, al ambiente y a la reinante constitución moral.

A ti, que eres mi conciencia y la luz de mi alma, te digo que el acto de arrancar a Santiago de la Instrucción Cristiana no fué un producto espontáneo de esta pobre cabeza mía: me lo inspiró la misma sociedad en que vivimos, y el espectáculo de las violencias a mansalva y de los procederes autoritarios que aquí emplean los hombres para conseguir sus fines. No habría hecho yo lo que hice si la revolución de Barcelona no me hubiese dado ejemplos y enseñanzas de persuasión irresistible. He visto a los poderosos, que ambicionan recobrar el mando que perdieron, emplear la corrupción para ganar a los venales y la brutalidad para sojuzgar a los incorruptibles; he visto que la ley no es nada, que de ella se burlan los institutos armados como los magnates del orden civil, y que sólo la fuerza y el compadrazgo hacen el papel tutelar que a las leyes corres-

ponde: El que dispone de un poco de fuerza y de la firme adhesión de unos cuantos amigos a quienes halaga y sostiene con obsequios o favores, lo tiene todo, y puede burlarse del derecho ajeno. He visto también a los poderosos que mandan permitir mil atropellos por sostenerse en el puesto de sus satisfechas ambiciones, y consentir la insolencia de los fuertes y el vejamen de los tímidos. Aquí tienes explicado el rapto de Ibero por la filosofía que aprendí en los nefandos motines de Barcelona. Y yo digo: si mis fines son honrados y nobles, ¿qué importa que me haya valido del engaño y la barbarie para realizarlos? ¡Qué sofisterías, dirás tú, se trae ahora mi caballero! Yo respondo, dulce mujer mía, que los que debemos al Cielo una buena posición y un apoyo de amistades poderosas, resucitamos, sin quererlo, en nuestra edad de pólvora, las gracias y desgracias de la edad feudal; y, naturalmente, al trasplantar la caballería, le imprimimos el carácter de la vida presente, de donde resulta que, teniendo los modernos adalides más afinidad y parentesco con los caciques de salvajes que con Cides y Bernardos, la orden que profesamos debe llamarse del *Caciquismo* antes que de la Caballería. En fin, ¡oh gran Demetria!, que de tejas abajo lo podremos todo, y si no somos felices, será porque de arriba nos venga la contraria.

Que me caigo de sueño..., que no puedo más..., que las letras que escribo me pinchan los ojos, como lluvia de alfileres... No suelto la pluma sin decirte que vamos bien, que puedes administrar una dosis prudente de esperanzas; y a ti propia, ¡oh dulzura y paz de mi vida!, te administrarás los veinte mil abrazos, ni uno menos, que en esta carta te manda tu marido.

Fernando.

XXX

Agotado, con la carta que antecede, el precioso archivo epistolar que a la narración con indudable ventaja sustituía, continúa el relato de los hechos, los cuales rigurosamente se ajustarán a los informes que de palabra y en notas ha transmitido el propio don Fernando a sus amigos, admiradores y paniaguados. Lo primero que debe decirse, tomando el hilo desde que salieron disparados por el camino real los salteadores y su presa, es que transcurrió más de un cuarto de hora sin que don Santiago y el señor de Calpena se dijeran una palabra. Miraba el uno al campo por el vidrio de la derecha, y el otro por el de la izquierda, viendo cómo se oscurecían los amenos campos al avanzar la noche, y cómo se desleían los risueños colores en las sombras opacas. Ibero exhaló un gran suspiro, como los de Don Quijote cuando encantado le llevaban en el jaulón, y al oírle arrancóse don Fernando con estas palabras:

—Lo primero que has de decirme es la calidad de tu persona. Cómo he de mirarte, ¿como sacerdote o como caballero?

Desdeñoso contestó Santiago que le mirase como quisiera, y picado el otro, agregó lo siguiente:

—¿Es que has perdido la condición de caballero sin haber adquirido la de sacerdote? Seas lo que fueres, yo no he de soltarte; pero quiero saber si puedo contar con que llevo al lado mío a un caballero.

—Dame armas—replicó el otro—y podré responderte mejor.

—Pues para eso mismo te lo preguntaba, para darte armas. Tú y yo tenemos que ajustar una cuenta y poner en claro un grave punto de honor. ¿Estás dispuesto a ello?

—¿A romperme el alma contigo? Sí, hombre: ahora mismo. Manda parar el coche. ¡Si habrás creído tú que Santiago Ibero, porque aprende para cura, no tiene ya el corazón donde antes lo tenía! No confundamos, señor mío, cosas con cosas. La religión es la religión, y el honor es el honor, y ningún hombre, aunque sea Papa, debe quedar mal cuando quieren atropellarle...

—Me alegro de oírte hablar del honor. Yo creí que con tantos rezos lo habías olvidado.

—Y te demostraré que es acción vil arrancar a un hombre de sus obligaciones, de sus compromisos y de la vida que es su mayor gusto... Manda, manda parar el coche.

—No, hijo: la satisfacción que tienes que darme, y ello será con las armas si en otra forma no recibo yo tus descargos, ha de ser en lugar y ocasión más oportunos. Por el momento, veo en los

dos una gran desigualdad. Tú vienes solo; yo con mis criados. Abusaría de mis ventajas si en este momento saliéramos del coche para ponernos, el uno frente al otro, pistola o sable en mano. Comprende que esto no puede ser.

Ibero calló. Viéndole don Fernando en sombría taciturnidad, que no sabía si era meditación o rezo, no quiso interrumpirle. Llegados a Esparraguera, donde ya tenían apercibido alojamiento, por aviso enviado la noche anterior, tomaron algún descanso; mas éste había de ser corto, porque temía Calpena que los padres de la Instrucción Cristiana instigaran al alcalde de Papiol a tocar a somatén y mandaran vecinos armados en persecución de los cazadores sacrílegos. Sabas, que venía a ser como un jefe de Estado Mayor, puso centinelas en el camino con la consigna de avisar al menor ruido sospechoso, y esta previsión les permitió dedicar algunas horas a la cena y al sueño. Mientras todos juntos, caballeros y servidores, cenaban en una misma mesa, que tal confusión democrática era muy del gusto de don Fernando, no pudo éste sacar una palabra del cuerpo a su cautivo; pero notando que comía con gana y que no despreciaba ningún plato, señal de que no le agitaban escrúpulos de penitencia, se alegró mucho, y vió en ello un agüero felicísimo. De rato en rato, Ibero miraba de soslayo a su secuestrador, sin que éste pudiera discernir si aquellas ojeadas eran de rencor o de miedo, o significaban un afecto tímido, de esos que no aciertan con la forma de revelarse. El cambio que la falta de bigote determinaba en el rostro del *ángel negro* desorientó a Calpena en los estudios de la expresión fisonómica del cautivo. Por momentos creía que era un reverendo cura el que a su lado tenía. Aquella cara no era la otra, la del aguerrido y noble militar: mirarla era como leer un libro mal traducido de nuestro idioma a un idioma extranjero. Poco después de la cena, Ibero reposaba en un camastro y cogía fácilmente el sueño; Calpena escribía... De madrugada salieron en dirección de Igualada.

Desapareció el temor de que los vecinos de Papiol fueran en somatén tras de los fugitivos, y si ello, por una parte, tranquilizó al señor de Calpena, por otra le produjo una vislumbre de desilusión, pues ya se regocijaba imaginando la paliza que los suyos habrían de dar a los payeses, si en efecto hubieran salido a perseguirles.

—Más adelante—decía ya lejos del pueblo—será fácil nos salgan moscones, y no me alegraré poco, pues habiéndome traído todo este aparato de fuerza ofensiva y defensiva, me gustaría tener ocasión de emplearla.

Cansado de la reclusión dentro del coche, dispuso que Sabas ocupara su puesto junto al cautivo, y él montó a caballo, marchando entre los jinetes hasta llegar a Igualada. Tampoco allí les ocurrió contratiempo alguno, fuera de los extremos de curiosidad de los vecinos, que al ver el lucido convoy y los coches se agolpaban en calles y plazas para gozar de tan extraña y teatral caterva de viajantes. Mientras descansaban en la posada, presentóse a don Fernando el alcalde con arrogancia de autoridad, y quiso saber qué significaban aquellos coches y aquellos bergantes armados. Mas el caballero, mostrándose altivo y sin ganas de explicaciones, exhibió pasaporte dado por el capitán general y un refrendo del cónsul de Francia, con lo cual se le bajó el copete al alcalde, que se ofreció a prestar al caballero cuantos servicios necesitara.

Ya le iban cargando al señor de Calpena las facilidades que en el desarrollo de su aventura se le presentaban, pues él quería que no fueran las cosas tan mansamente, sino que le salieran al encuentro peligros y obstáculos que afrontar, para que quedase bien probado su ánimo valeroso.

—Donde menos se piense—decía—saltará la liebre. Tengo por cierto que los padres de la Instrucción Cristiana no me perdonan este bromazo; habrán llevado sus quejas al obispo, y éste, con perdón, habrá echado los pies por alto para que se me detenga. ¿Quién me asegura que por medio de las señas telegráficas de esas malditas torres no habrán avisado a Cervera o a Lérida, para que me corten el paso y me quiten el contrabando que llevo?

Díjole en este Sabas que en la soledad y aburrimiento del coche había tirado de la lengua a don Santiago, el cual le manifestó su curiosidad vivísima de saber adónde le llevaban. El escudero no había contestado en concreto, ale-

gando que no lo sabía. Luego nombró el cautivo a las niñas de Castro, preguntando si estaba concertado el casamiento de las dos o de una sola; y como Sabas le dijese que la señorita Gracia no quería que le hablasen de novios ni de casorios, pues había tomado en aborrecimiento a los hombres, don Santiago se puso a dar manotadas y a querer tirarse del coche, y afirmó que, si el propósito de Calpena era llevarle a La Guardia, antes que consentir en ello se daría la muerte arrojándose en cualquier precipicio o estrellándose la cabeza contra una piedra. Por la noche, haciendo alto en la venta del Violín, Ibero dijo al capitán de la cuadrilla que bien podían en aquel lugar solitario solventar la cuestión de honra, internándose sin testigos en un bosque cercano y rompiéndose tranquilamente la crisma, a la luz de la luna, ya con pistolas, ya con sables.

—De buena gana lo haría—replicó don Fernando—, que se me hacen años los días que yo tarde en obligarte a confesar tu infamia. Pero es forzoso que esperemos a que te crezca el bigote, para que yo pueda verte en tu ser natural; que tal como estás apenas te reconozco, y si me bato contigo he de creer que me peleo con un cura, lo cual pugna con mis ideas religiosas y turba mi conciencia, como si cometiera un gran sacrilegio. No acabo de convencerme de que eres tú mi amigo Santiago, a quien tanto quise y estimé; ni he de darte la lección de honor mientras no pierdas ese aspecto de clerigacho, incompatible con toda virilidad y toda gallardía de hombre verdadero.

Tembloroso y echando por los ojos lumbre, desahogo de su tremenda ira, dijo Ibero que los pelos de su cara pronto le crecerían, y que si tirando de los cañones con tenacillas pudiera él hacerlos salir y medrar más aprisa, lo haría, aunque la cara se le pusiera como la de un *Eccehomo*. Pidió luego que le proporcionara un barbero, pues tenía ya barba de seis días, y afeitado todo el rostro, menos el labio superior, se iría señalando lentamente el bigote. Vino el barbero, y el hombre fué rapado como quiso. Ya se transparentaba el antiguo rostro sobre las sombras desvanecidas del cariz eclesiástico, y en cada parada pedía Ibero espejos donde mirarse y hacer examen atento de la gradual resurrección de su mostacho. Un día después, metidos los dos caballeros en el coche, entre Cervera y Bellpuig, habló el cautivo con mayor desembarazo, y todo lo que dijo se resume en esta manifestación de sus dudas:

—Puesto que hemos de esperar a que yo me componga la cara para sacudirnos el polvo, mientras eso llega, bueno será que me des a conocer el punto de honor por que nos batiremos, pues en conciencia no te he causado a ti la menor ofensa; y si es que vienes por delegación de otras personas, sepa yo qué personas son y en qué las ofendí.

En este terreno quería verle don Fernando, y se agarró a la ocasión para sacar de ella todo el provecho posible. Díjole que no era propio de un caballero el acto de cortar sus honestas relaciones con la señorita de Castro, tan sin motivo ni oportunidad, constándole como le constaba el amor puro, la ardiente fe de la pobre niña. Se había conducido como un lacayo, como un hombre sin principios, como un rufián, y esto no podía quedar sin castigo. No tenían las señoritas de Castro en su familia un hombre a quien fiar el encargo de tomar reparación de tal agravio; pero concertada ya la unión de Demetria con don Fernando, éste se consideraba ya como de la familia, y su presunta mujer le había dado la misión de castigar la villana burla.

Oído esto por Ibero, se le inmutó el rostro, y con grave acento dijo al que fué su amigo:

—Podrá la religión haberme desfigurado el rostro, el habla, los ademanes, la ropa; pero me ha traído un bien muy grande, y es que ha fortalecido mi conciencia, y me ha dado el valor de confesar mis faltas, mis yerros, mis delitos, si así quieres llamarlos. Todo lo que has dicho de mi infamia en el caso de Gracia es verdad, lo reconozco. No es esto motivo de batirnos, pues lo que llaman Juicio de Dios, cualquiera que fuese su resultado, a ti no te daría más razón contra mí ni a mí me aliviaría del peso de mi culpa. Ya ves si soy sincero: confesado por mí el mal que hice, no veo motivo de riña en duelo, sino de castigo... Venga el castigo: yo lo acepto de Dios por ser Dios, y de ti por pertenecer ya, como dices, a la familia de Castro-Amézaga.

Siguió a esto una pausa que bien podría llamarse solemne. Sintió don Fernando impulsos muy vivos de abrazar a su amigo; mas aún faltaban no pocas explicaciones para llegar a los actos de ternura. El primero que rompió el silencio fué Santiago con estas palabras:

—De ti recibiré el escarmiento. Puedes tomar una de dos determinaciones: o quitarme la vida, tirándome por una barranquera, para que no quede rastro de mí en los caminos, o mandarme otra vez a mi refugio de la Instrucción Cristiana... Conque, ya lo sabes...: o muerte o religión..., que casi viene a ser lo mismo...

Tan confuso estaba el otro caballero, que tardó un mediano rato en contestar:

—Pues digo que ni religión ni muerte, que son en verdad cosas bien distintas. Un verdadero creyente debe decir: «Religión, vida.» La muerte es el pecado, el deshonor... Por de pronto declárate mi esclavo, y yo haré de ti lo que crea más conveniente para tu alma y para poder llevar a mi familia (por tal la tengo) las seguridades de que la injuria que le hiciste está ya desagraviada.

Llevó luego don Fernando la conversación a otros asuntos, queriendo asegurarse de la firmeza del juicio de su amigo, y oyéndole se confirmaba en que no padecía la menor alteración cerebral: el hombre deshecho se restauraba notoriamente en todo el esplendor de sus nobles qualidades.

Al salir de Bellpuig para Lérida, en una tarde serena y brumosa, dijo Ibero a su señor que le molestaba la inacción dentro del coche y el entumecimiento producido por el frío. Desde que empezó la caminata, vivísimas ganas de montar a caballo le atormentaban. Si don Fernando no veía en ello inconveniente, permitiérale *echar una cana al aire*, cabalgando un buen trecho. Como acogiese el caballero con finas reservas la proposición, picóse la dignidad del otro:

—Qué, ¿temes que me escape? Yo te doy mi palabra de honor de que no me separaré de la partida. ¿Crees en ella, crees en mi palabra?

—Creo en ella como en el Evangelio, Santiago—dijo don Fernando con espontaneidad generosa.

Y al punto determinó que Ibero montara el caballo de Sabas, lo que fué tan grato para el cautivo que se entretuvo un rato en hacer piruetas, maravillando a todos con su destreza en la equitación. Era un chiquillo a quien devuelven el juguete de que ha sido privado en castigo de sus travesuras. No cabía en su pellejo de orgullo y alegría, y se recreaba en ver cómo iban acentuándose los signos de su resurrección.

XXXI

Distraídos en vago coloquio, marchaban los dos caballeros a vanguardia de la escolta y coches, conservando distancia como de medio tiro de fusil, y de improviso, por fácil transición, don Fernando fué a parar a lo siguiente:

—No te valen tus artificios para desvirtuar tu historia en los últimos meses, Santiago. Es ridículo que con tantas reservas quieras tapar sucesos que casi son del dominio público. ¿Qué me das si te cuento todo el argumento del drama que te ha traído a esta situación, drama que tú creías desenlazado, y ahora resulta que vengo yo a ponerle un epílogo?... No me interrumpas, ¡canastos!, que no he de callar aunque me lo pidas de rodillas... A principios del cuarenta y dos, cuando volviste de Vitoria enfermo y medio trastornado de la impresión que te dejó el fusilamiento de tu amigo Montes de Oca, fuiste a caer de nuevo en la jurisdicción de la Milagro, a quien encontraste hecha una santa, deteriorada su belleza con el llorar continuo, y no pensando más que en sus soledades, amarguras y penitencias. No tardaste en hacerle el dúo, que nada es tan contagioso como estas enfermedades de la santidad en las almas apasionadas y soñadoras. Pero el diablo, que con más diligencia se mete allí donde no le llaman, se metió entre vosotros, y tanto hizo el maldito que, de la noche a la mañana, atizando candela en vuestros corazones, convirtió vuestro misticismo en amor, y he aquí que mis dos santos, Santiago y Rafaela, ven más fácil, cómodo y seguro irse derechos al matrimonio que a la canonización. Rafaelita era ya viuda.

—Te diré... Es preciso que comprendas...

—Cállate y déjame acabar. De aquella fecha data tu gran delito de despreciar a Gracia, y manifestárselo en una carta.

que fué como un rayo para la pobre niña.

—Pero has de añadir que yo... Escucha.

—Ya..., ya veo por dónde quieres salir. Puede que estés en lo cierto si sostienes ahora que no habías dejado de querer a Gracia con puro, con ideal cariño; que tu apego a la Milagro era una fascinación, una... Palabras mil hay para expresar esto; pero me las callo ahora por no atormentarte. Doy de barato que así fué. Si pudo en ti la fascinación de Rafaela más que el amor dulce y honesto de la niña de Castro, probaste que eras un hombre sin consistencia ni reflexión, de sentimientos volubles, a merced del primero que llegara y los quisiera coger.

—Todas las cosas tienen su doble fondo, Fernando; yo te aseguro...

—No asegures nada, y convéncete de que, con doble o con sencillo fondo, no hay acción mala que no tenga su escarmiento, y el tuyo fué de los más salados. Al volver de Valencia, adonde te mandó Espartero con una engorrosa comisión, hallaste una novedad terrorífica: la *Perita en dulce* había catequizado en toda regla, para convertirle a la religión del matrimonio, al pobrecito Federico Nieto y Angulo: los muchachos de mi tiempo le llamábamos *don Frenético*, y nadie le conoce en Madrid por otro nombre. Es un cuitado ese joven, honradote, de buena posición, elegante, con un barniz parisiense que le hace parecer lo que no es. Su carácter se pinta con decir que se dejó cazar con liga por la Milagro... Que ésta no tiene un pelo de tonta, bien a la vista está. La niña se pierde de vista: sabe hacer santos y maridos. Total: que a la semana de llegar tú a Madrid de la comisión de Valencia se casaron en tus barbas...

—¿Acabarás de una vez?—dijo Ibero nervioso, apretando las quijadas y haciendo encabritar al caballo.

—Ya concluyo. Tu desesperación fué un furibundo pataleo romántico. Dos caminos tenías: matarlos a los dos o hacerte clérigo. A ellos les convenía más lo segundo, naturalmente, y tú hacías una obra de caridad quitándote de en medio... Ignoro si sabes que la *Frenética* (nadie le quitará ya este nombre) se porta bien, y cuantos la conocen hoy elogian su buena conducta... ¿Quieres más noticias?

—No quiero sino que te calles—dijo Ibero, marchando al paso—. Ya me está cargando tu demasiado conocimiento de esas miserias...

—El casorio de la *Perita* fué para ti como el canto del gallo para San Pedro: la voz de tu delito y el aviso de tu conciencia. Entonces te acordaste de la divina Gracia, a quien habías ofendido y negado, y dijiste...

—Yo no dije nada, Fernando.

—Dijiste...: «Señor, que me trague la tierra, pues soy el mayor imbécil que criaste... Desprecié la vida por la muerte, y ahora...»

—¡Que no dije eso, hombre!...

—Pero ya no podías volverte atrás. Conocedor de tu falta, y teniéndola por irreparable, te condenaste al presidio de la vida eclesiástica, único reparo posible... Tu dignidad no te permitía volver el rostro hacia las niñas de Castro, porque te exponías a que la ofendida y su hermana te lo escupieran.

—Y habrían hecho muy bien—afirmó Santiago, acometido de una hilaridad que parecía epiléptica y que terminó con formidable terno.

—Huído, muerto de vergüenza, menospreciado de ti mismo, te retiraste a la Instrucción Cristiana, digno cementerio de tus despojos, pobre Santiago... Pero Dios tuvo piedad de ti, y no queriendo darte ni el amor ni la felicidad, porque nada de esto merecías, te dió una firme vocación, y con ella te salvaste, y con ella te redimiste... ¿Verdad que tu vocación es intensísima, irrevocable, arrebato ardiente del alma?...

—Si sabes que lo es—dijo Santiago displicente, casi grosero—, ¿para qué me lo preguntas?...

—Creo en tu inquebrantable unión con la Santa Iglesia, y porque la creo me determino a confiarte una idea mía, que creo será de tu agrado...

En esto vieron aparecer por una revuelta del camino un grupo de gente, que no distinguían bien por haberse venido encima la noche, arrojando pesadas sombras sobre la tierra. Por el ruido, más que por la vista, se percataron de que eran militares, y detuvieron el paso; hasta que viéndoles ya cerca oyeron el «quién vive».

—*¡Ayacuchos!*—contestó don Fernando con firme voz.

En este punto, el carruaje y coche con

la escolta de almogávares avanzaban y detrás de los caballeros se detenían. Adelantóse el jefe de la tropa, y dijo con sorna:

—¿Conque *ayacuchos?* Ahora lo veremos. Eh..., registrarme pronto ese coche y toda la carga del carro.

—Mi coche y equipaje no se registran —dijo don Fernando con toda la serenidad del mundo.

—¿Que no se registran? Y ¿quién lo prohibe?

—Yo... Lo más que puedo hacer en obsequio de usted es enseñarle el pasaporte y salvoconducto que llevo del general Van-Halen para viajar por estas tierras o por otras, en la forma que me dé la gana.

—Ya no es Van-Halen capitán general de Cataluña: lo es el general Seoane.

—Eso no quita validez a mis papeles.

—Ni a mí la facultad de hacer el registro. No es la primera vez que los contrabandistas que detengo contestan como usted: *¡ayacuchos!*, creyendo que esa palabra es la bula de Meco.

—No traemos contrabando. Basta que yo lo diga—afirmó Calpena, parando el caballo al frente de los suyos, en actitud no muy tranquilizadora. Con rápida observación midió las fuerzas del adversario, que eran como de quince hombres; ávido de acometer algún lance peligroso que diera resonancia y honor a su trabajo; comparadas mentalmente sus fuerzas con las del enemigo, se determinó a sentarle la mano. Ya estaban en alto las armas, ya sonaban los primeros gritos de guerra, cuando con un fuerte bote de su caballo, se abalanzó Ibero, y encarándose con el oficial, le gritó:

—Nicasio Pulpis, convenido de Vergara, hoy teniente de la primera división de Zurbano, mira lo que haces; respeta la dignidad de este caballero, pues de lo contrario yo, él y yo, mejor dicho, con la gente que llevamos, os arrimaremos tan fuerte palizón que de los hombres que mandas no quedará uno para contarlo.

Conocióle el oficial por la voz, y acercándose más para verle el rostro, rompió en esta exclamación:

—Por los ajos de Corella, que o yo estoy loco o es usted el coronel Ibero... En su cara encuentro una novedad... ¿El que veo es don Santiago, ridiós, o cura que se le parece?

—¡Santiago soy, por los caños de Borja!

—Ahora recuerdo... Se dijo que entraba usted en el sacerdocio. ¿Es cura, ajo de Corella?

—No soy cura—contestó recordando un dicho baturro—, que soy hombre, «tan hombre como mi abuela, y eso que era mujerona, ¡maño!».

Soltaron todos la risa, y ya nadie pensó en batirse.

—Eche acá esos cinco, don Santiago —dijo Pulpis—, y dispénsenme todos.

—Este caballero es de los más ilustres del reino, y ha obrado como tal oponiéndose a que le registres... Ya entiendo: estás en las columnas que persiguen el contrabando.

—Sí, señor; y no hay vida más perra que esta del resguardo. Don Martín nos tiene dicho que registremos a todo el mundo sin exceptuar a obispos y monjas... Y son tan *mañeros* los contrabandistas de verdad, que cuando les echo el alto, responden: *¡Ayacuchos!* Han tomado ese tranquillo..., *¡mañeros!*

—Ya que somos amigos—declaró don Fernando—, diré al señor Pulpis que me dispense si tomé tan a lo vivo lo del registro. No llevo ni una brizna de contrabando. Si quiere volver atrás, pues la noche viene fría y Lérida no debe de estar lejos, le convido a que allá refresquemos todos, su tropa y la mía, y charlemos un rato.

Agradeció Pulpis la fineza, mas no pudo aceptarla, pues tenía órdenes de pernoctar en Bel-lloc, que sólo distaba ya media legua. De nuevo apretó las manos de Santiago, diciendo:

—Me alegro de que no sea usted cura, mi coronel. Ya sus amigos le hacíamos obispo lo menos.

Y con estas y otras expresiones de cordialidad se despidieron, y cada cual tomó su camino, siguiendo don Fernando y su gente hacia Lérida, que sólo legua y media distaba ya.

El frío arreciaba espantosamente anunciando nevada próxima, y los dos caballeros buscaron el abrigo del coche donde continuaron la conversación que el encuentro con Pulpis habíales interrumpido en lo más interesante.

—Está de Dios—dijo Calpena—que resulten fallidos mis deseos de armar camorra con alguien en estos caminos.

—A mí también me pide el cuerpo un

poco de jarana. No sé qué tengo... Me pegaría con el primero que en algo me contradijese... Pero vamos a lo nuestro. Cuando apareció la fuerza de Pulpis decías que ibas a revelarme el porqué de esta situación mía, en conformidad de prisionero, de loco o de encantado...

—A eso voy. Convencido de que tu vocación es inquebrantable, no siendo ya posible que yo te pida la reparación consabida, porque sería someter a prueba muy dura tu conciencia, se me ocurre que debo llevarte conmigo a La Guardia, adonde yo voy...

—¡Fernando!... ¡Por los ajos de Cristo... o de Corella!...—exclamó Ibero, desconcertado y casi furioso—. No me hables de que yo vaya a La Guardia, pues desde ahora te digo que sólo haciéndome picadillo podrías llevarme... ¡En La Guardia yo! ¿Crees que he perdido la vergüenza? ¿Crees que esta cara puede presentarse allí sin que se vuelva una máscara de fuego?... Tú estás demente o quieres martirizarme.

—Déjame seguir, hombre, y no te sulfures. Cierto que si las cosas estuvieran allá como tú supones, razón habría para que antes te arrancaras los ojos que mirar con ellos a las niñas de Castro. Pero verás lo que pasa: Gracia padeció grandes amarguras por tu desprecio; vino tras el dolor la resignación, luego el olvido de tu falta... Tanto ella como su hermana recibieron de Dios la facultad de ahogar los agravios en el perdón, que es una gran virtud. Pero hay más: pasados meses desde el día terrible en que la heriste, la infeliz joven comenzó a sentir anhelos de vida religiosa, y esto fué ganando tal espacio en su espíritu que rápidamente llegó a la más pura exaltación de la piedad. El mundo había concluído para ella. Dios la llamaba, ofreciéndole el consuelo único, que es la verdad eterna. Ya la tienes en brazos de Dios, o poco menos, porque todo lo ha dispuesto para entrar en las Huelgas de Burgos y sólo espera mi llegada para despedirse de la familia y realizar su santo propósito. Su fe es tan ardiente y viva, que cuantos la oyen se quedan maravillados, y creo que si estuviéramos en otros tiempos la canonización de Gracia sería segura. Hasta se ha dicho que hace milagros, y Navarridas lo asegura y da testimonio de ellos. Yo, la verdad, no los he visto; pero me inclino a creer que algo hay...

—Pues yo—dijo Ibero turbado, inquietísimo—no los creería mientras no los viera... Por lo demás, siempre tuve a Gracia por criatura celestial, más digna de Dios que del hombre.

—A eso voy... Ha sido un gran bien que dejaras a Gracia, para que así luzca más espléndidamente su excelsa virtud. Yo me la figuro como otra mujer cualquiera, casada, cargada de chiquillos, y ya no es la hermosa figura de santa que ahora nos causa tanto asombro. Conviene, pues que vengas conmigo, y así se cumplen dos elevados objetos: que tú admires su mística perfección y que ella se extasie en admirar la tuya. Sois tal para cual, dos nobles espíritus purificados por la adversidad, que derramarán uno sobre otro la luz que han recibido...

—Voy creyendo—dijo Santiago, descompuesto y nervioso—que te burlas de mí, y esto no lo tolero, Fernando, no lo tolero... ¡Por los ajos de..., por Dios, no abuses!... Me robaste, me traes aquí prisionero y encima te chanceas...

—Si no es burla, tonto... Te digo la verdad. ¿Y no sería el más bello complemento del cuadro que tú cantaras misa en Burgos el mismo día de la profesión de Gracia, y que...?

—¡Que te calles!—gritó Ibero, furioso, abriendo la portezuela—. Que te calles, o me tiro al camino para que las ruedas me pasen por el cuerpo y me acaben de una vez... Yo no voy a La Guardia... Me llevarás muerto; vivo, no... Si profesa, buen provecho le haga... Suéltame, Fernando; suéltame, por Dios, y déjame volver con los *mañeros* padres... Eso si no quieres matarme aquí mismo, que sería lo más cristiano, lo más humano...

XXXII

La entrada en Lérida puso fin por el momento a esta conversación; mas no creyendo don Fernando bien apurado el tema, mientras cenaban volvió a la carga en esta forma:

—Esa vergüenza que de ir a La Guardia sientes ahora, se te irá disipando en el curso de este largo viaje... Y como no me parece natural y decente que a la que fué tu señora, y ya lo es de Dios, y

hermana de los ángeles, te presentes en una facha impropia de tu nuevo estado, conviene que pongas fin al crecimiento del bigote. Ni tú lo necesitas ya para presumir de caballero militar, ni yo para verte cara de varón y figurarme que podemos batirnos. Ya no hay duelo... Mañana vendrá el maestro rapista para que te afeite toda la cara, dejándote como un canónigo.

Nada respondió el cautivo, contentándose con echar a su amigo miradas fulminantes. A la mañana siguiente subió el barbero a la estancia donde Santiago dormía, y a poco le vieron bajar despavorido y dando voces. El *señor acleriga-do* le había despedido como a los ladrones, amenazándole con tirarle por las escaleras si no desfilaba pronto. Entró don Fernando temiendo por la salud de su prisionero, y le halló muy destemplado y con cara de insomnio. Había pasado una noche cruel y sentía ganas de pelearse con el Sursuncorda. Notaba en su espíritu el renacimiento de la perversidad, y lo mejor que hacer podría su dueño era soltarle para que a Papiol se volviese. Díjole Calpena que en principio aprobaba el regreso a la Instrucción, visto que era un hombre enteramente aferrado a su destino religioso; pero no se determinaba a soltarle aún porque creía necesitar de su alianza y ayuda para defenderse de un gran peligro que en aquel viaje, más allá de Zaragoza, se le había de presentar. Instado por Ibero a ser más explícito, dijo Fernando que por soplos de su espionaje y advertencias de amigos sabía de ciencia cierta que entre Tudela y Alfaro le preparaban una emboscada los *tacaños* de Cintruénigo, y que ya se relamía de gusto pensando en la tunda que se iban a ganar los guapos de la *tacañería*. Lo que se animó Ibero con esta revelación no es para dicho; apretando los puños y estremeciendo el suelo con fuerte patada, afirmó que no había para él regocijo más grande que pelear por la honradez y la justicia.

—Y ello ha de ser tan serio, según mis noticias—añadió Calpena—, que tendré que prevenirme y llevar mayor golpe de gente, con un hombre de guerra que me la mande, porque también he sabido..., y esto te lo digo con la mayor reserva..., he sabido que el de Sariñán ha reclutado una mesnada con los perdidos más feroces de aquellas tierra, y que no queriendo aparecer como hombre que fía sus venganzas al brazo de la patulea, los presentará en batalla con color político y bajo la enseña de doña María Cristina nos embestirá, dándonos por partida o mesnada del bando *ayacucho*.

—¿Has dicho mesnada? ¿Por ventura estamos en la Edad Media?

—¿Pero tú has creído acaso que España ha salido de la Edad Media y del feudalismo?... Señores feudales fueron los frailes y curas, y decretado que ya habían mangoneado bastante, ahora los feudales somos nosotros, los caballeretes más o menos ilustrados, que, protegidos por el Gobierno, hacemos lo que nos da la gana, hasta que viene otro Gobierno y trae nuevos caciques que nos mandan a nuestras casas.

—Algo de eso había pensado yo... Pero explícame una cosa. ¿No está don Baldomero bien seguro en su regencia?

—¡Qué ha de estar, hijo mío! Media España, por no decir los dos tercios de la nación, se vuelve contra él, porque ya lleva largos días de mando, ¡dos años y meses!, figúrate, y sus amigos se eternizan en el comedero. Es urgente echarle y que venga otra vez la gobernadora con la cáfila de moderados rabiosos, transidos de hambres. En Madrid hasta los más fanáticos del *Progreso* están ya contra el duque: Olózaga cerdea, López se amosca y Fermín Caballero llama a una coalición a toda la Prensa. No pasarán muchos días sin que se pronuncie algún regimiento, o quizá división, con la bandera de volver las cosas al estado que tenían antes de septiembre del cuarenta, y, entre tanto, verás cómo salen de debajo de las piedras partiditas que den el grito de «¡Cristina y moralidad!» o «¡Abajo el ladronicio! ¡Mueran los *ayacuchos!*»...

—¿Y crees que el de Sariñán lanzará su cuadrilla con esa bandera?

—Con esa bandera, por presumir; pero con la intención de apalearnos, ya que no nos quiten la vida. Lo que desean es ponernos en ridículo y presentarnos ante todo Aragón y Navarra como unos cobardes.

Tan tremendos fueron los golpes que dió Santiago en el suelo con sus pies, que tembló toda la casa, y los que en la habitación de abajo comían creyeron que las vigas del techo se quebraban y

el posadero subió a cuatro trancos a ver si los señores querían agujerear el piso para llamar a la servidumbre con más comodidad. Pidieron, en efecto, que se les diera de almorzar, y mientras lo hacían abajo, en la templada cocina, junto a un buen fuego, siguieron hablando del mismo asunto y gozándose de antemano en los palos que habían de repartir. Por desgracia, no podían apresurar su viaje porque nevaba copiosamente y el tiempo no tenía trazas de mejorar. Escribía don Fernando larguísimas cartas a su madre y a la ideal Demetria; Santiago pasaba el tiempo tumbado en su cama, a ratos dormitando, a ratos zambullido en éxtasis o meditaciones hondas. En ningún momento le sorprendió Calpena rezando, y como en todo el viaje no le había oído hablar de santidades ni mentar cosa alguna de liturgia o temas teológico, llegó a creer que lo de la vocación era una sombra, falaz apariencia... Mas hizo propósito de no hablarle de esto, dejándole en sus cavilaciones hasta que su sinceridad reventara por algún lado, y disfrazando su intención, solía decirle:

—En cuanto demos el testarazo a los *tacaños* de Cintruénigo, te suelto para que te vuelvas a Papiol, que ya te consume la impaciencia y se te hacen siglos las horas que dilatan el cumplimiento de tu santo deseo.

Callaba Ibero, y como pudiese, llevaba la conversación a terreno muy distinto del de los dogmas y la orden sacerdotal, diciendo con seriedad y viveza:

—Creo que con diez hombres nos bastará, con tal que sean de superior arranque, como los hay por estas tierras. En Zaragoza conozco yo más de cuatro fieras que se relamerían de gusto peleando a mis órdenes... Y hemos de poner mucho cuidado en elegir las armas, Fernando, pues la superioridad de éstas no es de menos valor que el coraje de los combatientes.

Salieron una tarde, en la segunda quincena de diciembre: en Fraga encontraron la novedad de que se había roto el puente sobre el Cinca, y con este contratiempo y el horroroso frío viéronse obligados a pasar allí tristísimas, solitarias Navidades... Hasta después de Reyes no pudieron seguir, y el tiempo seco y con hielos permitióles avanzar bastante durante el día, acogiéndose de noche al abrigo de las ventas de Peñalba, Bujaraloz, Arroyales de Pina y otros pueblos. Pernoctando en Alfajarín, a cuatro leguas ya de la gran Zaragoza, hallábase Santiago en el subido punto de la melancolía negra, atacado de rebelde insomnio, con todas las apariencias de una opresora pasión de ánimo. Creyenlo don Fernando que próxima al momento de su explosión estaba la sinceridad del *ángel negro*, y que el mayor favor que hacérsele podría era darle un golpecito para que estallara más pronto, le dijo:

—Los síntomas de tu cara, de tus ojos y de tu respiración revelan que quieres confesarme... no sé qué, y que te faltan bríos para sacarlo de la hondura de tu pecho. Vamos, hombre, atrévete y vomita...

—Pues así es, y de hoy no pasa el que yo suelte una verdad que no he sacado antes porque me daba vergüenza. No se trata de acción mala, sino de un error, de un fingimiento mío, que entiendo me cubre de ridiculez si no te lo confieso pronto... Ya me has adivinado... Pues sí, chiquio, bien puedes decir que la querencia religiosa que yo siento ahora te la claven en la frente. Y hay más: no sólo no la tengo, sino que me voy convenciendo de no haberla tenido nunca. Si me metí en esa vida, dejándome llevar por los que así creyeron hacerme un bien..., y sabe Dios que lo agradezco..., si me colé hasta llegar al punto de idiotez en que me has visto, fué por efecto de mi tristeza y del sentimiento de mi grosería y falta de caballerosidad en el asunto de Gracia. Me metí en la Iglesia como el criminal que cree librarse en lugar sagrado de los demonios burlones que le persiguen; como el avergonzado y desnudo que se mete en los sitios más oscuros para que no le vean: como el leproso que se zambulle en la piscina creyendo que allí se ha de curar de sus lacerias.

—Gracias sean dadas a Dios, Santiago —dijo Calpena, abrazándole—, por habernos traído a esta inteligencia, pues yo sospechaba lo que acabas de decirme y deseaba no equivocarme... Bien fundadas eran mis sospechas. Tu misticismo, ¿qué era más que la desesperación?

—Justo: desesperación negra, más negra que la que nos lleva a pegarnos un

tiro..., porque el cuento es que yo no quería morirme, sino quedarme en la tierra; en fin, yo no sé lo que quería... ¿Por dónde salir de aquella cueva espantosa en que me había caído? Pues vi un agujero, el único agujero practicable, y por él me metí. Los amigos que me arrastraban a la santurronería hacíanlo de buena fe, y de buena fe me dejaba yo llevar, creyendo que me darían la paz... En Papiol perseveré más en mi equivocación, y tan ciego estaba y tan sorbido me tenían el seso los padres, que no concebía ya para mí mejor vida de aquélla. Cuando me sacaste túveme por desgraciado... Pero el aire libre, hijo de mi alma; el tiempo, la influencia de ti, el ver otras caras, el correr por estas tierras, me han despejado el caletre... Ya veo el mundo, me veo a mí mismo de otro modo, y si cuando pasábamos por Esparraguera y por Igualada, donde a mi parecer se sentía el tufillo de Papiol, se me iban allá los ojos del pensamiento, ahora me espanta la idea de volver atrás.

—Bien, *ángel negro*, bien. Dios, por mediación de este amigo indigno, te aparta de la vocación falsa para traerte a la verdadera... Ya despunta el día. ¿Tienes tú sueño? Yo, no; vistámonos, mandemos a nuestra gente que enganche y ensille y vámonos a Zaragoza, donde algo has de ver y oír que te interese. ¿Qué es? Aquí no quiero decírtelo. Es pronto. Vámonos.

XXXIII

Por el camino contó el coronel que los padres de San Quírico no le dieron jamás motivo de queja, sino de gratitud y estimación. Eran muy buenos y le instruían con amor, luchando, eso sí, con la incapacidad del neófito para los latines y para las lecciones teológicas. Nada de aquello le entraba en la cabeza y cada día se iba convenciendo de que nunca sería más que un pobre curángano de misa y olla. Pruebas de cariño habíanle dado los sacerdotes, y él, por su parte, pensaba, en la primera ocasión que se le presentase, demostrarles su afecto. La regla era muy rigurosa, y épocas había en el año en que le mataban de hambre. En los rezos era tan torpe que a cada momento se equivocaba, ocasionando grandes desazones a los maestros y renegando él de su falta de memoria. Más de una vez les propuso que no le criaran para las órdenes mayores, sino que le tuvieran allí como familiar o lego, y él les cuidaría el jardín, única cosa para que servía, pues otros menesteres de lavar ropa, coser y afeitar no le encomendaran al hijo de su madre.

Dijo también que los padres, con toda su mansedumbre y sus austeridades, conspiraban a más y mejor. Dos veces por semana iban allí don Magín Cornellá, el señor de Ramoneda y otros pájaros gordos de Barcelona, de cuyos nombres no se acordaba. Sólo sabía que algunos eran o habían sido carlistas, y otros, liberales de los que imitan el andar ladeado de los cangrejos. El enjuague que se traían aquellos señores con los *papiolistas* y otros clérigos muy apersonados que venían de Manresa, de Vich o de Tarragona, era formar un potente bando político religioso que apoyase el casamiento de la reina con el hijo de don Carlos, para que así quedara triunfante la santa religión. Este partido rechazaría el casamiento con cualquiera de los hijos del infante don Francisco, pues ambos, a lo que parece, están dañados de masonismo, y masona es también la infanta Carlota... Se trabajaría también contra la candidatura del Coburgo, pues de éstos ya se sabe que no vienen aquí más que a comer, y a cajas destempladas había que despedir a todo príncipe extranjero, ora fuese tudesco, ora napolitano. A los hijos del rey de Francia, nietos de *Felipe Igualdad*, cañazo limpio; a los de Portugal, contra una esquina; y a todo protestante, un portazo en las narices. No había más rey consorte que el hijo de Carlos V, con lo que de las dos legitimidades se hacía una sola. De esto trataban y ésta era la razón de entrar y salir de recaditos y mensajes. Creía Santiago que su rector era el que llevaba la correspondencia con la majestad de Bourges y quien recibía órdenes del señor don Fernando Muñoz; mas de ello no tenía pruebas. Dábale el olor de estos guisados; pero, como él no había de catarlos, jamás quiso meter sus narices en la olla.

—Ahora echo de menos—dijo don Fer-

nando—que no hubiéramos dado una carrera en pelo a los padres, para que fueran a contárselo al proscrito de Bourges y al señor de Muñoz... Pero es mejor que les perdonemos la vida y que no nos ocupemos de esas pequeñeces de la cosa pública. Vengamos a lo nuestro, que es lo grande. Agradéceme, Santiaguillo, que te haya sacado del poder o compañía de esa gente, que habría hecho de ti un muñeco negro. Otros podrán ser excelentes sacerdotes; tú no lo habrías sido nunca. Y por hoy nada más te digo. ¿Qué pienso hacer de ti, me preguntas? Respondo que en Zaragoza lo sabrás.

De noche entraron en la por tantos títulos gloriosa ciudad y se alojaron en la posada de las Animas, feligresía de San Pablo, el barrio popular, heroico y baturro, que tanto Ibero como Santiago amaban por todo extremo. Lo que el asendereado *ángel negro* vió y sintió en la mañana del siguiene día, no bien se abrieron sus ojos después de un profundo y reparador sueño, es episodio de extraordinaria importancia que merece lugar preferente en estas historias, y no ha de pasar una línea más sin referirlo con todos sus pelos y señales. Despertó el hombre en la cama de canónigo que le destinaron, y esparciendo sus miradas por el aposento, que era grandón, bajo de techo y alumbrado de luz de la calle por dos ventanas, vió cosas que al punto tuvo por fantásticas, error de sus sentidos y burla de su imaginación. Se incorporó en el lecho, observando con estupor lo que veía, y no satisfecho aún de su examen, se lanzó de entre las sábanas y tocó los objetos, cerciorándose de que eran efectivos y reales. En un sofá de paja vió y tocó su levita de coronel, nuevecita; en una silla próxima estaba el pantalón, y aquí y allí el capote, morrión, espada, tahalí, botas, espuelas y todo el arreo militar de su categoría, para traje de campaña. Vistas y tocadas cien veces las prendas, las encontró superiores, y sin ponerse nada, todo le pareció a la medida. No se sabe adónde habría llegado su confusión si no viera entrar muy oportunamente a don Fernando, que con su franco reír se dió a conocer como autor del bromazo.

—Chiquio—dijo Ibero—, me asaltó la idea de que mientras dormía unos serafines sastres (que también de ese oficio los habrá) me habían tomado medidas y...

—Detén tu fantasía—respondió el otro—, y ve aprendiendo a ver las cosas como son. Aquí no hay más serafines que nosotros. Esa ropa te la hice en Barcelona por mis medidas, que creo exactamente iguales a las tuyas, y allí compré la espada y demás. Eso te prueba las intenciones que traigo desde allá, y mi propósito de arrancarte del molde nuevo y volver a meterte en el viejo molde.

—Por los ajos de Corella que has estado acertadísimo, previsor, y que eres mi ángel... Me has resucitado, ¡maño!, y esta nueva vida a ti te la debo... Maestro, ¿y ahora?

—¿Pero aún dudas lo que tienes que hacer? Vístete sin tardanza y veamos si alguna pieza necesita reforma.

—Me vestiré, sí... ¡Qué gusto, qué honor! ¡Vuelvo a cubrir mis pobres carnes, oh ropa de mi salud, de mi vergüenza y de mi dignidad!... Bendito sea quien me ha resucitado... Ello es como lo digo: abro los ojos después de un largo y estúpido sueño; salgo de un hoyo lóbrego, pestilente, y al despertar veo y siento que he vivido muerto... No sé expresarlo de otro modo. Tú, Fernando, grande amigo, has venido a mi sepultura y me has dicho: «Lázaro, levántate»; y he sido yo un muerto tan mentecato, que a los primeros gritos tuyos no he querido levantarme... Era la pereza, hijo, la pereza de esta muerte, o de este dormir bobo... ¿Conque a vestirme? Pero antes quisiera afeitarme, si no te parece mal. Mira, mira cómo medran estos pelos del bigote. Cada vez que me afeito resaltan más, y antes de quince días estarán como antes de que me metieran en el hoyo profundo... ¡Por el Cirineo de Cascante, que estoy contentísimo!...

Media hora después, viéndole vestido y satisfecho de la elegancia y bizarría de su marcial facha, don Fernando le anunció que vendría un sastre a corregir las imperfecciones de la hechura. Era Santiago bastante presumido en la vestimenta militar y no perdonaba la menor falta. Aquel día no fueron pocos los reparos que puso al pantalón y las correcciones que señaló en la espalda, cuello y otras partes de la levita; pero reventaba de gozo infantil, y los defectos de la ropa no le impedirían echarse a la calle. A la

pregunta de Calpena sobre el objeto de su salida, respondió así:

—Pues, chiquio, de aquí me voy derechito a la Virgen del Pilar, a quien tengo que decir que si ella no quiere ser francesa, a mí no me peta ser cura, y que me perdone el haberla engañado con tantos rezos como le eché, diciéndole que me metía en lo religioso... Hocicaré un poco en el pilar que he besado tantas veces de niño y de hombre y ahora he de besarlo con más devoción que nunca, porque yo soy muy buen hijo de la Pilarica, y le debo haber salido sin un rasguño en cien combates; le debo más, Fernando..., porque nadie me quita de la cabeza que es ella la que mandó a su ángel, a ti, a sacarme de aquel pozo en que me metieron mis horrendas melancolías, a despertarme de aquel sueño, de aquel error en que he vivido como los muertos no sé cuántos meses, que hasta la duración de mi estúpido letargo se me ha ido de la memoria. Y ya que voy al Pilar, no saldré de la iglesia, ¡maño!, sin arrancarme ante la Señora con un sinfín de peticiones; gollerías, hijo, que sólo a ella me permito proponer, pues con Dios no me atrevo..., francamente. La Virgen, sí; la Virgen no le niega nada a un buen militar español... En fin, allá veremos. Si quieres acompañarme, nos iremos luego al café del Coso.

Respondió Fernando que ante todo tenía que ir a casa de la señora marquesa de Lazán, prima de su madre, donde encontraría, según lo concertado con Demetria, la cartas de La Guardia. Desde la casa de Lazán, en la Pabostria, pensaba ir a La Seo, donde tenía que entregar una ofrenda que su madre le encomendó para el Santísimo Cristo que allí se venera; luego al Pilar iría con otra ofrenda. En la basílica acordaron, pues, los dos caballeros reunirse, y de allí, terminadas las devociones, se irían a un café, después a otro, hasta encontrar a sus buenos amigos militares, de guarnición en la plaza.

XXXIV

Cumplido el programa tal como por la mañana lo indicaron, comieron los dos caballeros con varios oficiales en la Fonda Nueva, establecida en la calle de San Gil, y hasta la noche no les fué posible zafarse del lazo cariñoso que la amistad les echaba para retenerlos. Al verse solos en su posada, don Fernando y el coronel soltaron la sin hueso, que no era poco ni baladí lo que tenían que decirse. El que provocó las explicaciones fué Ibero, diciendo:

—Grande es tu idea. Has querido resucitarme y volverme a la vida militar, porque adivinaste la falsedad de mi inclinación religiosa, y me has traído, como se trae a los locos o enfermos, con sutiles engaños. Pero has de dejar a un lado ya la farsa piadosa, porque resuelto yo a obedecerte ciegamente, lo mejor para conducirme será la verdad.

Respondió el caballero reconociendo los artificios hasta entonces empleados, y ofreciendo que no se repetirían, pues ya no tenían objeto, ya no restaba más que dar a la conciencia de éste la definitiva paz. La falta gravísima de Santiago Ibero, causante de todo su trastorno, no podía ser borrada más que con el perdón de la ofendida niña de Castro, y para que aquél tuviese la debida solemnidad y eficacia, era forzoso que el pecador, apadrinado por su amigo, fuese a La Guardia...

Sin dejarle concluir, propuso Ibero que todo aquello del perdón solemne se hiciese por escrito, pues era para él muy duro dar la cara después de su mal comportamiento... No, no mil veces: la idea sólo de verse ante Gracia le turbaba de tal modo, que de fijo no podría, no, afrontar la presencia de la dama ofendida, de aquel ángel de paz y de amor, sin perder el conocimiento. Salió don Fernando al encuentro de estas razones diciéndole que considerase los hechos en la nueva situación creada por el tiempo; ya no era Gracia la enamorada doncella, herida por un cruel desaire de su amante; ya casi casi no era mujer, sino criatura celestial, digna de ser puesta en los altares, y ante ella no había que sentir vergüenza, sino anhelos de mística adoración. Ni una palabra le diría la santa niña que pudiera lastimarle, ni de sus labios purísimos saldría la menor referencia o recuerdo del lamentable caso. Podía, pues, el caballero resucitado ir a La Guardia con la mayor tranquilidad, y para que no le quedase ningún recelo, le mostraba la carta de Demetria que había recogido por la mañana en la casa de Lazán.

Avidamente leyó Ibero la epístola. Es-

crita por la mayorazga con puntual observancia de las instrucciones que desde Lérida le había dado don Fernando, en síntesis decía que se despojara el *caballero negro* de toda cortedad al presentarse a las niñas de Castro, pues ningún desabrimiento había de recibir en la visita, sino un gusto inefable, como el que ellas tendrían de verle. El olvido de las ofensas era la virtud de las almas grandes. Las dos hermanas extremarían ante el coronel la cortesía y afabilidad que emplear sabían con todos los buenos amigos de la casa. Dispuesta ya Gracia para tomar el camino de las Huelgas de Burgos, adonde la llamaba su destino, o por hablar mejor, los divinos brazos del único esposo digno de tal doncella, esperaba que Iberó llegase antes de su partida, para decirle adiós y manifestarle su fraternal afecto... Algo más decía la carta en explanación de estas ideas. No se hartaba Santiago de leerla, y de todo cuanto decía se penetró, teniéndolo por la misma verdad, sin sospechar el gracioso engaño con que la mayorazga le facilitaba la vuelta al amoroso redil. Tal era el carácter candoroso y leal de aquel hombre, que en su mente no penetraba la malicia sino con gran trabajo, y para todas las ideas nobles y puras, aunque fueran mentirosas, estaban abiertas de par en par las puertas de su alma.

Después de mirar al suelo y al techo sucesivamente, echando para arriba y para abajo tremendos suspiros, Ibero se levantó y dijo:

—Pues vamos a La Guardia... Podrá ese ángel de Dios tratarme con la piedad que dice su hermana..., no lo dudo, pues ella lo declara... Mas ¿quién me asegura que Navarridas y mi tío no dirán al verme: «Cómo tiene cara este canalla sin vergüenza para venir acá?» En fin, ¿tú lo mandas? ¿Las niñas lo mandan? Pues ya estamos en camino... Pero no precipitemos la marcha, querido Fernando, y demos tiempo a que el bigote se me desarrolle en toda su totalidad, porque..., formalmente te lo digo..., de mí obtendrás todo lo que quieras, menos que yo me presente en La Guardia con cara de cura o de semicura...

A esto objetó don Fernando que no podían dilatar el viaje, porque Gracia el suyo a Burgos detenía por esperarles y no era propio de caballeros ocasionar desavío a mujer de tal calidad por razón tan frívola como el tamaño de unos bigotes. Y aun podría ser que hallándose Gracia transformada en sus gustos, viera con mejores ojos las caras rapadas que las peludas... No se dió por convencido Ibero, que en todo transigía menos en aquel punto delicado, y acordaron salir al día siguiente, reservándose acelerar o contener la andadura según el grado de lozanía que se fuera observando en el crecimiento del mostacho.

Al partir muy de mañana, en coche, por el Portillo, a tomar la carretera, dijo Ibero a su amigo:

—Anoche, querido Fernando, no he podido dormir pensando lo que vas a saber. Se me metió en el magín la idea de que a mi adorada Gracia le ha pasado lo que a mí. ¿No entiendes, hombre? Pues que se ha caído en el pozo, como me caí yo; que la han enterrado; que es una pobre muerta, y que tú debiste emprender, antes de venir por mí, la grande obra de sacarla, o resucitarla, o despertarla, que de todas estas maneras puedo decirlo... Aún será tiempo, chico. Sácala, por los ojos de Corella... Se me figura que la Virgen del Pilar no habría de ofenderse... Todos nos alegraríamos; y que ladren de rabia las *mañeras* monjas de Burgos.

XXXV

Fluctuando entre risueñas ilusiones y angustiosos recelos, iba don Santiago por el camino real que, bordeando la derecha margen del Ebro, enlaza la metrópoli de Aragón con la Ribera de Navarra y con la feraz Rioja. En la Venta de Pepe, a dos leguas de Alagón, donde la partida hizo alto para el necesario repuesto de piensos y comidas, la locuacidad del señor coronel revelaba una grande expansión de su espíritu. Entre las peregrinas cosas que dijo a su compañero de caballería, la siguiente fué del orden más utilitario:

—A ti y a mí se nos ha olvidado un detallito muy importante. Muy lejos ya las austeridades de Papiol, paréceme que eso de voto de pobreza no reza conmigo. Dígolo, mi querido Fernando, porque ya no tengo idea de lo que es un duro, ni un real, ni un maravedí. Creo que debes completar tu obra de regeneración prestándome algún dinero, para que yo no

vaya por estos caminos como un pelagatos de mucha facha y poca enjundia. Ten entendido que no pasaré más allá de Logroño sin hacerme toda la ropa de paisano que requiere mi posición social. Los trapitos de Papiol los dimos a un pobre: pero ahora resulto yo más pobre que San Francisco, y de nada me vale tener en Samaniego un lucido acopio de rentas. Yo lo destinaba, puedes suponerlo, al fomento de la Instrucción Cristiana; pero... están verdes. Lo dividiré en dos partes: una para mí, otra para la Virgen del Pilar... Conque, ten entrañas caritativas, hombre, y compadécete de este humillado caballero.

Soltando la risa, reconoció Calpena su descuido en materia tan importante, y le dijo que no necesitaba pedir dinero, sino tomarlo del bolsón de Sabas, que era el intendente y cajero de la partida. Todos los bienes de ésta eran comunes, comunes los peligros y venturas, y si el *parné* se les acababa, practicarían el latrocinio, como galanes bandoleros. Viéndose con tan amplias licencias, poco tardó Santiago en hacer abundante provisión de metálico: cambió en la primera parada onzas en duros y éstos en plata menuda y cuartos, y era una mano rota para dar limosnas a cuantos pobres le salían en el camino. Venían en enjambres, en cuadrillas, en invasoras tribus. En Luceni y Gallur, en Pedrola y Mallón, fué grande el remedio de necesidades y el socorro de gandules pedigüeños. A cuantos clérigos veía, daba Ibero ración de plata para los feligreses pobres de sus parroquias, o para monjas que padeciesen hambre y escaseces, y más habría repartido a no andar. Sabas tras él echando recortes a su espléndida caridad... Por cierto que al paso por Tudela, Alfaro y Aldea Nueva, notó Santiago que no parecía por ninguna parte la *mesnada de los tacaños de Cintruénigo,* que, según lo dicho por don Fernando, les acechaba en aquellas encrucijadas para embestir con la bandera de Cristina al valiente escuadrón *ayacucho.* Las risas de Calpena confirmaron a Santiago en lo que ya sospechaba, esto es, que lo de los *tacaños* era uno de los tantos artificios ingeniosos para llevarle el genio y conducir más fácilmente su espíritu a la regeneración deseada. Insistió Ibero en que su amigo aclarara por completo sus planes, poniendo el asunto en los términos de la más severa verdad; mas no quiso el jefe de la partida *correr todo el velo* de golpe, y poquito a poco lo hacía, llegando al total descubrimiento en Logroño, donde se determinó que el descanso no sería muy breve.

Alojados en el mismo posadón donde estuvo don Fernando en los días de sus visitas a Espartero, aprovechaban el tiempo en abastecerse de todo, entre sastres, zapateros y costureras de ropa blanca. La segunda noche que allí pasaron, no pudiendo ya el *ángel negro* contener sus ansias de poseer la verdad, pidió a su amigo el favor de la franqueza.

—Por nuestras últimas conversaciones en Alfaro y en Calahorra, he comprendido que desde que me cogiste en Molíns de Rey has venido usando diferentes caretas que traías para este viaje. En Lérida y Zaragoza arrojaste las que más disfrazaban tu rostro; pero todavía te pones alguna que, aunque de las más claras, quisiera ver desechada también. Ya con tu compañía de tal modo se me va despejando el caletre, que las cosas que me presentaste como verdades se me antojan grandes desatinos. Déjate, pues, de ficciones, y tenme al corriente de todo, sea lo que fuere. He dado en creer que la noticia del arrebato místico de Gracia y de su monjío es un embuste más, y que aquella divina mujer, agraviada por mí en un momento de ofuscación, es tan santa como yo y como mi abuela. A Gracia no la ha tirado nunca la Iglesia. Si he de decirte la verdad, cuando me contabas lo de su extremada perfección, yo no acababa de creerlo, y *para entre mí,* muy *para entre mí,* decía: «Esta no cuela, Fernandito...» ¿Me equivoco?

—¿Qué has de equivocarte, si estás hablando como la misma razón?—replicó Calpena—. Ni Gracia es santa, ni beata, ni nada de eso, sino una mujercita excelente, delicada, enfermiza, tierna, piadosa de amor, sin más debilidad que quererte como una simple ni otro deseo que ver entrar por la puerta de su casa al bruto de Santiago Ibero para decirle...

—¿Qué?... ¡Aclárate pronto, por los benditos ojos de Corella!

—Que todo aquel agravio no es más que una broma, que el perdonar es la mayor gloria del corazón de la mujer, y que si tú eres caballero, ella será tu señora, y os casaréis como unos benditos tontos...

Acometido Santiago de una emoción que empezó manifestándose con los tonos más vivos de su altivez, se cuadró delante de su tirano libertador, y le dijo:

—Mira, Fernando, que si me engañas de nuevo no tienes perdón de Dios... No puedo, no, resignarme más tiempo a que juegues conmigo, primero con mi voluntad, después con mi corazón... Pero, no; tú no puedes ser un farsante... Dime toda la verdad: entre Demetria y tú os traéis alguna intriga contra mí, digo, contra mí no, sino en provecho mío y de toda la familia... ¿Acierto?

—Te mostraré todas las cartas de Demetria—dijo don Fernando, sacándolas de la maleta en que su tesoro guardaba—; lee y entérate... Verás los móviles de toda esta comedia que he tenido que representar para hacerte nuestro y restablecerte en tu primera condición; verás también el tristísimo estado de salud, de mortal desconsuelo, a que ha venido la pobre Gracia por tu culpa, y la obligación que te impuso Dios de devolverle la salud y la vida... Toma, hijo..., ahí lo tienes todo: ya para ti no hay secretos. Te dejo, para que a tus anchas leas, sientas y medites.

Salió Calpena, dejando en sus manos el papelorio, y se fué a ultimar la compra de diferentes prendas de vestir para los dos caballeros, y principalmente para Santiago. Al regresar a la posada encontró a éste abrumado en un sillón ante la mesa, la cabeza en ambas manos sostenida. Las cartas estaban en dos montoncitos, uno de los cuales parecía intacto.

—¿Has leído?—preguntó al coronel.

—Todo no—replicó éste, encarando hacia el amigo su demudada faz—; pero sí lo bastante para conocer lo que ignoraba... También te digo que no es muy nuevo para mí lo que dicen las cartas; yo lo sospechaba... En Papiol, más de cuatro noches soñé todo esto.

—Y leído el protocolo, ¿qué piensas, qué sientes?

—Que Gracia es señora tan alta, tan hermosa por su constancia y su perdón, que ahora me entra a mí el furor de ser digno de tal dama. De tu Demetria no puedo decirte sino que mujer no me parece. Te casas con el Padre Eterno.

—Motivos tienes para estar contento, y te veo triste.

—Triste de puro alegre y medroso de tanto bien. Ahora doy en pensar que llegaremos tarde..., o que estoy soñando, que la felicidad a que me llevas es mucha, mucha felicidad para que sea cierta... No pueden trocarse tan fácilmente y por arte mágico los males en bienes... Dime tú: ¿no podríamos seguir nuestro viaje con el vuelo de las águilas? Salgamos ahora mismo; no perdamos una hora, ni un minuto... ¿Llegaremos tú y yo a La Guardia? ¿No se abrirá la tierra en el camino y nos tragará? ¿Veremos, tú a Demetria, yo a Gracia, los dos a las dos..., vivas, gozosas de vernos, más gozosas aún de ser nuestras mujeres?

XXXVI

Antes de salir de Logroño fué asaltado don Fernando de ideas tétricas. Recapitulando en su memoria los incidentes de la captura de Ibero y el largo viaje, se decía: «Este *séptimo trabajo* que mi mujer me impuso ha resultado tan fácil que debemos dudar de su desenlace lisonjero. No he tenido que afrontar peligros, ni que dar batallas, ni que vencer obstáculos serios de la Naturaleza y de los hombres. Si después de tantas felicidades llegáramos al fin del *trabajo* viendo realizado todo lo que apetecíamos, se alteraría el orden natural de las cosas humanas. Me apoderé de Santiago con la más tonta y rudimentaria de las maniobras; nadie me persiguió, ningún impedimento me ocasionó molestias; fácilmente también vi al pobre enfermo del alma renacer a la vida y a la razón, declarándome sus errores y disponiéndose a enmendarlos. En fin, que el hombre fué mío y pude modelarlo entre mis dedos y hacer de él lo que a los planes de Demetria y míos conviene. La protección del Cielo ha sido bien manifiesta desde que emprendí el *trabajo* hasta la presente hora. En lo que falta, es forzoso que algo adverso sobrevenga, pues no hay ejemplo de que las empresas humanas sean en su totalidad tan a gusto del que las acomete. Esta es mi aventura, que no merece tal nombre: todo ha sido caminos llanos, todo claridad, y tienen que venir veredas tortuosas y sombras tristes... Es inevitable, de todo punto inevitable, pues así está escrito en los libros del Destino, y la religión también

nos lo enseña... Me causa miedo el cúmulo de chiripas que han marcado uno tras otro los días de mi expedición. A remachar tanta ventura vienen las cartas aquí recibidas: informada Gracia de que su hombre ha resurgido y es el mismo de los buenos días de sus amores, de que le llevo conmigo y vamos tan contentos a casarnos, cada uno con la suya, se ha curado de todos sus males, y no tiene ya más enfermedad que la manía de contar las horas que faltan para nuestra llegada... No, no; tanta dicha es imposible. Vería yo más lógica en el destino de los cuatro si al aproximarnos a Samaniego (adonde Demetria nos manda ir) supiéramos que Gracia había caído con calenturas, o que había ocurrido un incendio en la casa de La Guardia..., salvándose todos, por supuesto. También sería lógico que mi cautivo, próximo al fin de nuestras ansias, se cayera del caballo y se descalabrara... Con estos contrapesos de las facilidades y dulzuras del viaje podría yo esperar un éxito dudoso, agridulce; con tantas venturas y todo tan ordenadito, no puedo creer sino que algún golpe nos espera y alguna desazón muy gorda nos prepara la Providencia, el Acaso, Dios en fin; pues si no, habría que suponer alteradas, en provecho nuestro, las leyes de la vida, que ordenan la contraposición y enclavijado de males y bienes. Tiene que ocurrir algo malo: lo que será, no lo sé. Tal vez que al vadear el Ebro nos ahoguemos Santiago y yo..., que a Gracia la muerda un perro rabioso..., o que..., vamos, que Demetria se dé un pinchazo en un ojo con las agujas de hacer media y se me quede tuerta..., o que a mí me salga un grano en la nariz que me ponga como un adefesio...»

Semejantes eran en pesimismo y sombrío recelo los pensamientos de Santiago, a quien la contemplación de tantas dichas inspiraba la angustiosa sospecha de terribles desastres. En la posada de Fuenmayor dormían los dos, en sendos camastros, distantes uno del otro como dos varas, cuando despertó Ibero con fuertes voces:

—Fernando, Fernando, ¿duermes? Despierta, y dime si lo que veo es realidad o sueño... Me muero de congoja. Escucha: he soñado lo más horrible, lo más espantoso que puedes figurarte. ¡Se ha muerto Demetria!

—¿Cuándo?... ¿De qué muerte?—dijo Calpena saltando en el lecho y poniéndose de rodillas.

—Esta noche..., de muerte repentina..., un ataque al corazón..., lo mismo, Fernando, lo mismo de que murió su mamá... Lo he visto, lo he visto... No es la primera vez que un sueño me ha revelado sucesos reales..., tristísimos, ¡ay!

—Pues yo—dijo el otro con voz cavernosa—, cuando me despertaste con tus gritos, soñaba que se había muerto Gracia.

—¡Las dos muertas! Eso no puede ser; sería demasiado... ¡Pero quién sabe!... Quizá la una muriese del dolor de ver expirar a la otra... Es lógica.

—Serenémonos—dijo Calpena—. Cierto que podrá ser. ¿Sabes lo que se me ocurre?

—Lo que a mí: levantarnos, pasar el Ebro. Al amanecer estaremos en La Guardia.

—Eso no: Demetria y Gracia nos mandan ir a Samaniego.

—¡Pero si se han muerto!

—En este caso, si Dios ha llamado a sí a nuestras mujeres, vamos al Ebro, no para pasarlo, sino para ahogarnos en él... Lo que se me ha ocurrido es mandar un propio...

—Sí, que vaya un propio... Me levantaré; no puedo dormir. Que salga Sabas inmediatamente. Imposible vivir en esta inquietud. Queremos saber si viven y están buenas.

—Irá Urrea. A Sabas le necesitamos al lado nuestro. Si he de decirte la verdad, buen Santiago, aunque estoy persuadido de que no llegaremos al término de nuestro viaje sin que nos ocurra una desgracia, no pienso que ésta sea tan grande como el fallecimiento repentino de nuestras esposas.

—Dios te oiga. Y dime: en tu sueño, ¿de qué muerte moría mi adorada Gracia?

—De la mordedura de un perro rabioso.

—¡Por los ajos de Corella!—exclamó Ibero, sentado ya en el camastro, dándose un puñetazo en la rodilla—. Eso mismo pensaba yo ayer tarde, y a todo perro que veía le arreaba un fuerte latigazo... Pues tú dirás lo que quieras, pero yo no estoy tranquilo.

—Ea, tengamos juicio: el mal que ha de venir..., porque eso sí, tiene que venir..., no puede ser tan extraordinario.

Y puesto que el dormir es imposible y no hay descanso para nosotros, salgamos a pasearnos por el pueblo en la deliciosa oscuridad... Pero no, ¡demonio!: hace un frío horroroso, y no tendría maldita gracia que cogiéramos una pulmonía.

—Lo que yo haré será aguardar un poco, y al toque de alba me salgo, me meto en la iglesia mayor... Algo tengo que hacer allí. Miremos al Cielo, Fernando, en esta ocasión crítica. Si los sueños que hemos tenido no son verdad, pueden serlo, o tal vez se nos preparen sorpresas menos terroríficas... Déjame a mí. Seamos buenos cristianos.

Bajó Fernando a poner en planta a su gente, y antes de que apuntara el día dirigióse Santiago a la parroquia, palpando paredes, que no era posible de otro modo recorrer las empinadas, tenebrosas y retorcidas calles de Fuenmayor, hasta dar con la plaza. Sin su conocimiento de la topografía del pueblo, fácil habría sido que a la mitad del camino quedara el coronel perniquebrado y maltrecho; y fué lo peor que, llegando por fin al término de su atrevido viaje, encontrara cerrada la puerta de la iglesia. Requiriendo su capote, arrimóse al muro y esperó; a poco llegaron dos beatas pobres, de las que acuden a la primera misa, y se maravillaron de verle, y aun se persignaron creyendo que era el diablo en traje de cristiano militar. Dióles él limosna, que tomaron agradecidas, y en esto sintió voces que desde lo profundo de un callejón frontero le llamaban. Claramente oyó:

—Santiago, Santiago, ¿dónde demonios estás?

Gran susto le causaron aquellas voces; mas luego conoció que era Calpena quien las daba, y viéndole aparecer en compañía de Urrea, avanzó a su encuentro.

—¿Qué haces aquí?—le dijo su amigo—. Déjate ahora de rezos; no importunes a las potencias celestiales, que sin duda están descuidadas..., y por ese descuido nos van saliendo tan bien nuestros asuntos; no lo dudes: la máquina del bien y del mal anda descompuesta. Vente conmigo.

—¿Partimos ya? ¿No podré entrar un rato en la iglesia, oír una misa?

—Tiempo tenemos de oír misas... Ahora, no, hijo, no pidamos nada... Me da el corazón que ni Dios ni la Virgen del Pilar se han fijado en nosotros... Podría ser que nuestras peticiones despertaran a esta o la otra potencia celestial que duerme, y que alguien de allá arriba cayera en la cuenta de que, trastornado el mecanismo de los acontecimientos felices y desgraciados, tú y yo nos aprovechamos de ese trastorno para robar la felicidad eterna... No pidamos..., pueden oírnos..., notar el desconcierto, repararlo a escape..., y en este caso, figúrate la catástrofe que nos espera.

—¡Ay, ay, querido Fernando! Estás más loco que yo, que es cuanto hay que decir.

—Más loco que tú... Yo digo que estamos a la puerta del Paraíso, en un momento en que por descuido la han dejado abierta, y que debemos colarnos callandito, muy callandito, sin llamar, sin hacer el menor ruido..., chis...

XXXVII

Trastornado, en efecto, parecía el buen *Hércules*. Su voz no era clara ni segura, ni sus ideas las de un hombre en perfecto equilibrio cerebral.

—Vente conmigo—dijo a su compañero, cogiéndole por el brazo—, y sabrás lo que pasa. Sigue la broma del Destino, chico, que con tal furor desata los bienes sobre nosotros que debemos apresurarnos a llegar al fin antes que venga el estacazo. Démonos prisa... y nada de rezos por a h o r a. Tiempo habrá... Pues oye: acababas de salir para echarte a rodar en busca de la iglesia, cuando llegó a la posada un propio, mandado por nuestras damas...

—¡Jesús!... ¿Y no se han muerto?

—¡Qué se han de morir, si están las dos bonísimas, como dos manzanas, como dos soles, y hoy de mañanita salen para Samaniego, donde nos esperan!

—Fernando, Fernando, más loco que yo, no me traigas esos cuentos, que me vuelve otra vez el terrible espanto, el miedo al Destino. Imposible que de aquí a nuestro encuentro con las niñas deje de ocurrirnos algún accidente muy malo, pero muy malo.

Llegaron a la posada, d o n d e ya la marcha se disponía, y allí pudo Santiago escuchar de los labios del mensajero las felices nuevas.

—¿Estás seguro de que gozan las señoritas de cabal salud?—dijo al mozo con acento de incredulidad—. ¿Alguna de las dos no se quejaba siquiera de dolor de cabeza, o de fatiga en la respiración? Porque con estos fríos andan unos resfriados terribles, que suelen parar en calenturas malignas.

Desmintiendo el pesimismo de Ibero, los motivos de satisfacción se multiplicaban. El propio, juntamente con el recado verbal, había traído una carta de Demetria, que don Fernando dió a su amigo para que la leyese. Sólo decía que la salud de toda la familia era excelente; que Gracia deliraba de puro contenta, y que las dos saldrían temprano para Samaniego. Concluía recomendando a los expedicionarios que por acelerar su viaje no vadearan el Ebro por Tronconegro, sino que se subieran a Briones y pasaran el puente, yendo en derechura de Avalos. Este camino era el más seguro en tan rigurosa estación. Las últimas frases eran un tanto escamonas, como un eco de los presentimientos fatídicos de los dos andantes *ayacuchos*. Decía la dama: «Tanta felicidad me llena de inquietud, y la disposición venturosa de los sucesos, sin ningún percance, sin ninguna sombra, me hace temblar... ¿Nos permitirá Dios que veamos llegar sanos y salvos a nuestros caballeros? Y a nosotras, ¿no se nos caerá el cielo encima antes de verles?... No perdáis tiempo, amiguitos... Tened mucho cuidado. Venios por Briones. Confío en Dios.»

No fué para Ibero muy tranquilizadora la esquela de la mayorazga, y aunque de pronto no dió a conocer sus nuevas inquietudes, cuando iban de camino hacia Cenicero, ya en pleno día, extremó los reparos y cavilaciones:

—Hablando ingenuamente, después de la cartita veo menos claro que antes. ¿Por qué no trazó Gracia algunas líneas al pie de la escritura de su hermana? Francamente, el silencio de mi novia no tiene explicación. Doy en pensar que no ha concluído la farsa, que me traes aquí con un objeto que ignoro, que..., vamos, lo diré tal como se me ocurre... Pienso que Gracia no existe, que Gracia es un mito.

Soltó la risa don Fernando, y por sosegar al fatalista díjole que aliviado se sentía de aquel delirio de los presentimientos; que en el orden natural del cielo y de la tierra está la repetición y constancia de los bienes, como lo está la suerte contraria en casos mil; que así como es frecuente ver que sobre tal o cual hombre caen las desdichas con aterrador encadenamiento, del mismo modo acaece que llueven felicidades, sin que se vea el término de ellas. Negó con energía don Santiago el segundo punto y con ejemplos reforzó sus negaciones. Esperaba con cristiana conformidad los infortunios que Dios le mandara y se condolía de que su amigo le hubiera tan intempestivamente arrancado de la puerta de la iglesia, impidiéndole rezar un poquito, que buena falta hacía para dulcificar las iras celestiales. A esto replicó el buen Hércules que se reconocía culpable de la necedad de no dejarle entrar en la iglesia, y la explicaba por el temor de irritar a Dios pidiéndole golleríias. Fué como un pánico irresistible... Pero pronto se le despejó la cabeza, y ya se reía de los disparates que había pensado y dicho aquella mañana. No obstante su equilibrio, seguía lleno de ansiedad y no respiraría mientras no viese claro y feliz el desenlace en los campos de Samaniego.

—Pues hay otra cosa, Fernando—dijo Ibero—, que a mí me trae con el alma en un hilo. No quería hablar de esto; pero mejor es que lo sepas. Nos manda la señora que no vayamos por el vado de Tronconegro, sino por el puente de Briones. Malo debe de estar el vado, es cierto, porque con las nieves últimas vendrá el señor Ebro con las narices hinchadas. Pero ¿tú no sabes que el puente de Briones amenaza ruina y que el invierno pasado le echamos tapas y medias suelas en uno de los estribos, con lo que se quebrantó más, y ahora todos los que le pasan van con el Credo en la boca? Mira tú: tendría gracia que estuviese decretado por Dios el hundimiento del puente en el instante preciso de pasar nosotros... ¡Por los ajos de Corella, no me digas que es imposible!

—Hombre, imposible, como imposible, no. Pero ¿tan desgraciados habíamos de ser que...?

—Es lógico, querido Fernando, es lógico que tantas dichas no sean eternas. ¿Quién te dice que no se nos prepara un tremendo desquite del aluvión de felicidades que disfrutamos sin merecerlas?

Yo no aseguro que se caiga el puente... Digo tan sólo que el hundimiento sería natural y muy puesto en razón... Y otra cosa vengo pensando. Veo yo una idea sublime y espantosa en esa casualidad, digo, providencia, de que sea Demetria el instrumento designado por Dios para darnos el tremendo jicarazo, pues ella es quien nos lleva por arriba, que yo, francamente, guiándome de mis impulsos naturales, al paso por Briones preferiría el vado de Tronconegro, con todos sus peligros...

—Cállate, cállate, por Dios—dijo Calpena palideciendo—, que ya me contagias otra vez de tu pesimismo. Venzamos, querido Santiago, estas manías, que no son más que una flaqueza de nuestros cerebros fatigados. No pensemos en desgracias ni horrores, y adelante, confiados en Dios y en nuestras damas, que con sus divinos alientos nos hacen invulnerables.

Ni con estas envalentonadas expresiones, dichas con el doble objeto de animarse a sí propio y de animar al amigo, se tranquilizó Santiago. Por todo el camino, hasta Briones, fué taciturno y suspirante, viendo la reproducción de su fúnebre fatalismo en objetos diferentes que a su paso encontraba. Un árbol escueto se le representó como diablo burlón que, después de reírse de él cuando pasaba, le seguía buen trecho amenazándole con una vejiga; un gato acurrucado en el alféizar de una ventana con rejas tenía la mismísima cara del rector de Papiol; un esquinazo de vieja casa en ruinas, con podridos aleros y ahumado escudo, era un monstruo que le amenazaba echando fuego de sus ojos. La bandada de palomas que del terrible esquinazo levantó el vuelo al paso de la partida describió extrañas curvas, en las cuales vió el coronel letreros que decían cosas muy malas. En tanto, don Fernando, sin quitar los ojos de un negro celaje que aparecía por el Norte, decía:

—Es lo que nos faltaba: una nube, el diluvio, un fuerte golpe de nieve que nos detenga, una crecida repentina que arrastre el pueblo o una descarga de rayos y centellas que nos abrase a nosotros o a nuestras benditas mujeres. Estamos divertidos, como hay Dios.

Comieron o hicieron por comer en Briones, que ninguno de los dos tenía gana, y se lanzaron al paso del puente. Los vecinos aseguraban que no habia cuidado, como no viniera una fuerte riada. Santiago se anticipó, diciendo:

—Si hemos de perecer, sea yo el primero que caiga, por haber dudado...

Y pasó, pasaron todos felicísimamente, y tras ellos y delante, mulos y personas pasaban también sin el menor recelo. Y como si la Naturaleza quisiera festejar la dichosa entrada de la caravana en el territorio alavés, fin y objeto de sus ansias amorosas, disipóse la nube que había infundido tanto miedo a don Fernando y un sol espléndido iluminó los campos y los lejanos montes. El paisaje soltaba una juguetona risa y los dos caballeros respondieron a ella con expansión dulce de sus oprimidos corazones.

—Santiago, ya no temo nada, ya estamos en casa—dijo Calpena a su amigo—; y, por más que te devanes los sesos, no discurrirás una desgracia que en tan corto tiempo pueda sucedernos.

—Todavía, todavía—murmuró el *ángel negro*, poniendo frenos al júbilo que en él se desbordaba—. Mientras más cerca estoy del fin, más trabajo me cuesta desechar la pícara idea de que Gracia es lo que llaman un mito.

—¡Tú sí que eres un mito!...—dijo Calpena, rebosando de gozo—: el mito de la desconfianza. Adelante.

Pronto distinguieron las primeras casas de Avalos. Paró de pronto el buen *Hércules* su caballo, y, señalando a un punto lejano, gritó:

—Santiaguillo, ¿no distingues allí dos manchas o dos cuerpos negros?

—¿Son ellas?

—No, que son ellos: dos reverendos curas.

—Ya, ya los veo... Son mi tío y don José Navarridas, que vienen a traernos alguna mala noticia.

—Ya se acercan, montados en sendas burras... Ya nos han visto. Navarridas nos saluda; Baranda levanta en alto el paraguas cerrado, que abulta como una manga-cruz.

XXXVIII

Dos minutos tardaron en estar al habla, en saludarse con exclamaciones de alegria loca y en darse apretadísimos y

palmeteantes abrazos. Según afirmaron los reverendos, a la media hora de andadura encontrarían a las niñas, que, paseando despacito, venían por la vega de Samaniego, y ya la impaciencia de los dos caballeros no pudo conceder a la cortesía más que breves segundos.

—Dejen las borricas y métanse en el coche—dijo Calpena a los curas—, que nosotros nos adelantamos al trote...

Así lo hicieron.

—Y ahora, ¿dudas?—fué lo único que don Fernando dijo a su compañero.

—Hombre, espérate un poco. ¿Ves algo?

—Es pronto todavía. Como tenemos el sol enfrente, su resplandor nos encandila. ¿Ves tú algo?

—¿Qué he de ver, ajos de Corella, si me estoy quedando ciego?

—¿Has mirado fijo al sol?

—Sí..., hombre..., me pareció ver en el sol una cara que me decía que no desconfiara más...

Paró Calpena, paró Santiago. El primero prorrumpió en gozosas exclamaciones...

—Mira, mira, bruto, *ángel negro* maldito. ¿No ves allá dos puntos rojos? Son las sombrillas. Pica bastante el sol... ¿No ves como dos gotas encarnadas en medio del gris de las tierras y de los viñedos sin hojas?

—Espérate un poco... No veo, no veo. Con esta tontería de mirar al sol, no veo más que soles por todas partes: soles violados, soles verdes, soles amarillos... Corramos. ¡Hala..., al galope!

—Allí están..., ¿las ves ahora?... Nos han visto; nos saludan con sus pañuelos...

—Ahora sí, ahora sí las veo; pero las veo violadas, verdes; estoy encandilado de mirar al *mañero* sol... Sí, veo las sombrillas, los pañuelos... Fernando, grande amigo, no sé qué me pasa... Me caigo del caballo... Lleguemos hasta aquellos árboles y allí nos apearemos.

Dicho y hecho. Las niñas avanzaban, agitando pañuelos y sombrillas.

—¿Dudas todavía?

—No dudo, no; pero siento un miedo horrible, una vergüenza que... Fernando, deja que me arrime a este arbolito...

—Bestia, no temas... Míralas qué guapas, míralas qué esbeltas, míralas qué gozosas, míralas llorando de emoción de ver a sus caballeros, la tuya por ti, la mía por mí... ¡Animo, Santiago, y a ellas!

—¡Oh!, déjame, ya voy... Siento ganas de arrodillarme.

—Nunca. ¿Lo ves, ves cómo todo es buena suerte, cómo estamos aquí y aquí están ellas? Observa que de los cuerpos y de las cabezas de las niñas de Castro sale un resplandor celestial.

—Sí, sí, lo veo. Son mitos, digo, ángeles, ángeles efectivos que mañana serán nuestras mujeres...

—Observa mejor: la gran luz, el fuerte resplandor que nos ciega sale de Demetria.

—Sí, sí; es el Padre Eterno. ¡Oh, qué alegría! Ya no temo nada. Soy más valiente que Dios, y al que lo ponga en duda le enseñaré quién es Santiago Ibero. ¡Fernando, a ellas, a nuestras divinas hembras, a nuestras esposas! Ya están aquí. Ellas lloran; nosotros, no. Abracémoslas, cada uno a la suya..., y fuerte, fuerte. Yo beso a la mía.

—Y yo a la mía.

★

En todo lo restante no hubo más que plácemes, alegrías y gratitudes al Señor por tantos y tan bien ganados bienes, y llegó el día del doble casamiento, que fué principio de una era matrimonial gloriosa y fecunda. De esto se hablará en otra parte de estas historias, alternando con sucesos graves, como la caída del gran *ayacucho* y el cuento de unas bodas más afamadas y no tan venturosas.

Madrid, mayo-junio de 1900.

FIN DE
«LOS AYACUCHOS»

BODAS REALES

I

Si la Historia, menos desmemoriada que el Tiempo, no se cuidase de retener y fijar toda humana ocurrencia, ya sea de las públicas y resonantes, ya de las domésticas y silenciosas, hoy no sabría nadie que los Carrascos, en su tercer cambio de domicilio, fueron a parar a un holgado principal de la Cava Baja de San Francisco, donde disfrutaban del discorde bullicio de las galeras y carromatos y del grande acopio de vituallas, huevos, caza, reses menores, garbanzos, chorizos, etc., que aquéllos descargaban en los paradores. Escogió don Bruno este barrio mirando a la baratura de las viviendas; fijóse en él por exigencia de su peculio (que en las dispendiosas vanidades de la vida en Madrid iba enflaqueciendo) y por dar gusto a su esposa, la señora doña Leandra, cuyo espíritu con invencible querencia tiraba hacia el sur de Madrid, que entonces era, y hoy quizá lo es todavía, lo más septentrional de la Mancha. En mal hora trasplantada del *cortijo a la corte,* aliviaba la infeliz mujer su inmenso fastidio poniéndose en contacto con arrieros y trajinantes, con zagalones y mozos de mulas, respirando entre ellos el aire de campo que pegado al paño burdo de sus ropas traían.

Pronto se asimiló doña Leandra el vivir de aquellos barrios; la que en el centro de Madrid no supo nunca dar un paso sin perderse ni pudo aprender la entrada y salida de calles, plazuelas y costanillas, en la Cava y sus adyacentes dominó sin brújula la topografía y navegaba con fácil rumbo en el confuso espacio comprendido entre Cuchilleros y la Fuentecilla, entre la Nunciatura y San Millán. Era su más grato esparcimiento salir muy temprano a la compra, con la muchacha o sin ella, y de paso hacer la visita de mesones, viendo y examinando la carga y personas que venían de los pueblos. En estas idas y venidas de mosca prisionera que busca la luz y el aire, doña Leandra corría con preferencia cariñosa tras de los ordinarios manchegos, que traían a Madrid, con el vino y la cebada, el calor y las alegrías de la tierra. Casi con lágrimas en los ojos entraba la señora en el mesón de la Acemilería, calle de Toledo, donde paraban los mozos de Consuegra, Daimiel, Herencia, Horcajo y Calatrava, o en el del Dragón (Cava Baja), donde rendían viaje los de Almagro, Valdepeñas, Argamasilla y Corral de Almaguer. Amistades y conocimientos encontró en aquellos y otros paradores, y su mayor dicha era entablar coloquios con los trajinantes, refrescando su alma en aquel espiritual comercio con la España real, con la raza despojada de todo artificio y de las vanas retóricas cortesanas. «¿A qué precio dejasteis las *cebás?*... ¿No *trujisteis* hogaño más quesos que en los meses pasados?... Soñé que llovían aguas del cielo a cantarazos por todo el campo de Calatrava. ¿Es verdad o soñación mía?... Mal debe de andar de corderos la tierra, pues casi todo lo que hoy he visto es de Extremadura. Vendiéronse los míos para Córdoba, y sólo quedaron tres machos de la última cría y dos hembras que pedí para casa... Decidme vos: ¿ha partido ya la María Grijalva, de Peravillo, que casó con el hijo de Santiago el *Zurdo,* mi compadre?... ¿Supisteis vos si al fin se tomó los dichos Tomasa, la de Caracuel, con el hijo de don Roque Sendalamula, el escribano de Almodóvar? *Hubieron* puñaladas en la venta de la tía Inés por mor de Francisquillo Mestanza, el de Puerto Lápice, y a poco no lo cuenta el novio, que es

mi ahijado, y sobrino segundo de la tía de Bruno por parte de madre... ¡Ay, qué arrope traéis acá y con qué poco se contenta este Madrid tan cortesano! El que yo hacía para mis criados era mejor... *Idvos, idvos* pronto, que yo haría lo mesmo para no volver, si pudiera; este pueblo no es más que miseria con mucha palabrería salpimentada; engaño para todo, engaño en lo que se come, en lo que se habla y hasta en los vestidos y afeites, pues hombres y mujeres se pegotean cosas postizas y enmiendan las naturales. ¿Qué hay en Madrid? Mucha pierna larga, mucha sábana corta, presumir y charlar, farsa, ministros, papeles públicos, que uno dice *fu* y otro *fa;* aguadores de punto, soldados y milicianos que no saben arar; sombreros de copa, algunos tan altos que en ellos debieran hacer las cigüeñas sus nidos; carteros que se pasan el día llevando cartas..., pero ¿qué tendrá que decir la gente en tanta carta y tanto papel?... Carros de basura, ciegos y esportilleros, para que una trompique a cada paso; muertos que pasan a todas horas para que una se aflija, y árboles, Señor, árboles sin fruto, plantados hasta en las plazuelas, hasta en las calles, para que una no pueda gozar la bendita luz del sol...»

Estos desahogos de un alma prisionera asomándose a la reja para platicar con los transeúntes libres, que libres y dichosos eran, a su parecer, todos los seres que venían de la Mancha, calmaban la tristeza de la pobre señora. Por gusto de respirar vida campesina, extendía su visiteo a paradores donde más que manchegos encontraba extremeños, castellanos de Avila o de Toro, andaluces y hasta maragatos. El mesón de los Huevos, en la Concepción Jerónima; los del Soldado y la Herradura, los de Torrecilla y de Ursola, en la calle de Toledo; el de la Maragatería, en la calle de Segovia, y el de Cádiz, plaza de la Cebada, junto a la Concepción Francisca, veían a menudo la escuálida y rugosa cara de doña Leandra, que a preguntar iba por jamones que no compraba o por garbanzos que no le parecían buenos. «Los suyos—decía—eran más redondos y tenían el pico más corvo, señal de mayor sustancia.»

Al regresar a su casa, hecha la compra, en la que regateaba con prolija insistencia, despreciando el género y declarándolo inferior al de la Mancha, entraba en las cacharrerías, compraba teas, estropajos y cominos, especia de que tenía en su casa provisión cumplida para muchos meses, así como de oréganos, laurel y otras hierbas. Gustaba del paseo, se internaba con su criada por las calles que menos conocía, como las del Grafal, San Bruno y Cava Alta, recreándose en los míseros comercios y tenduchos a estilo de pueblo que por allí veía, harto diferentes de los que ostentan las calles centrales. Las pajerías le encantaban con su olor a granero, y las cererías y despachos de miel por el aroma de iglesia y de colmena reunidos; en la Cava Baja, como en la calle de Toledo, parábase a contemplar los atelajes de carretería y los ornamentados frontiles, collares, cabezadas, albardas y cinchas para caballos y burros; las redomas de sanguijuelas en alguna herboristería fijaban su atención; los escaparates de guitarrero y los de navajas y cuchillos eran su mayor deleite. Rara vez sonaba en aquellos barrios el importuno voceo de papeles públicos por ciegos roncos o chillonas mujeres; las patadas y el relinchar de caballerías alegraban los espacios; todo era distinto del Madrid céntrico, donde el clásico rostro de España se desconoce a sí mismo por obra de los afeites que se pone y de las muecas que hace para imitar la fisonomía de poblaciones extranjeras; veíanse por allí contados sombreros de copa, que, según doña Leandra, no debían usarse más que en los funerales; escasas levitas y poca ropa negra, como no fuese la de los señores curas; abundaban, en cambio, los sombreros bajos y redondos, los calañeses, las monteras de variada forma y los colorines en fajas, medias y refajos; y en vez del castellano relamido y desazonado que en el centro hablaban los señores, oíanse los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera, con las inflexiones más robustas, el silbar de las eses, el rodar de las erres, la dureza de las jotas, todo con cebolla y ajo abundantes, bien cargado de guindilla. Por lo que allí veía y oía doña Leandra, érale Madrid menos antipático en las parroquias del Sur que en las del Centro, y tan confortado sintió su espíritu algunas mañanas y tan aliviado de la nostalgia, que al pasar por algunas

calles de las menos ruidosas le parecieron tan bonitas como las de Ciudad Real, aunque no llegaban, eso no, a la suntuosidad, hermosura y *despejo* de las de Daimiel.

El contento relativo de doña Leandra en su matutina excursión amargábase al llegar a casa cargadita de orégano y hojas de laurel, porque si era muy del gusto de ella la mudanza a la Cava Baja, sus hijas Eufrasia y Lea renegaban de la instalación en barrio tan feo y distante de la Puerta del Sol; a cada momento se oían refunfuños y malas palabras, y no pasaba día sin que estallara en la familia un vivo altercado, sosteniendo de una parte los padres el acierto de la mudanza, y las hijas maldiciendo la hora en que unos y otros juzgaron posible la vida en aquel destierro. Los chiquillos, que ya iban aprendiendo a soltar su voz con desembarazo ante las personas mayores, seguían la bandera cismática de sus hermanas y las apoyaban en sus furibundas protestas. Vivir en tal sitio era no sólo incómodo sino desairado no teniendo coche. Amigas maleantes las compadecían, repitiendo con sorna que *se habían ido a provincias;* veíanse condenadas a perder poco a poco sus amistades y relaciones, que no podían sustituir con otras en un barrio de gente ordinaria; lo que ganaban con la baratura del alquiler perdíanlo con el mayor gasto de zapatos; los chicos, con el pretexto de la distancia, volvían de clase a horas insólitas; hasta en el orden religioso se perjudicaba la familia, porque las iglesias de San Millán, San Andrés y San Pedro hervían de pulgas, cuyas picadas feroces no permitían oír la misa con devoción.

Debe advertirse, para que cada cual cargue con su responsabilidad, que las dos hermanas no sostenían su rebeldía con igual vehemencia. A los tonos revolucionarios no llegaba nunca Lea, que combatía la nueva situación dentro del respeto debido a los padres y doblegándose a su indiscutible autoridad; pero Eufrasia se iba del seguro, extremando los clamores de su desdicha por el alejamiento de las amistades, presentándose como la única inteligencia de la familia y rebatiendo con palabra enfática y un tanto desdeñosa las opiniones de *los viejos.* Respondía esta diversidad de conducta a la diferencia que se iba marcando en los caracteres de las dos señoritas, pues en la menor, Eufrasia, había desarrollado la vida de Madrid aficiones y aptitudes sociales, con la consiguiente querencia del lujo y el ansia de ser notoria por su elegancia, mientras que Lea, la mayor, no insensible a los estímulos propios de la juventud, contenía su presunción dentro de límites modestos y no hacía depender su felicidad de un baile, de un vestidillo o de una función de teatro. Hablar a Eufrasia de volver a la Mancha era ponerla en un disparate; Lea gustaba de la vida de Madrid y difícilmente a la de pueblo se acomodaría, mas no le faltaba virtud para resignarse a la repatriación si sus padres lo dispusieran o si desdichadas circunstancias la hicieran precisa.

En los tres años que llevaban de Villa y Corte transformáronse las chicas rápidamente, así en modales como en todo el plasticismo personal, cuerpo y rostro, así en el hablar como en el vestir; lo que la Naturaleza no había negado púsolo de relieve y lo sacó a luz el arte, ofreciendo a la admiración de las gentes bellezas perdidas u olvidadas en el profundo abismo del abandono, rusticidad y porquería de la existencia aldeana. De novios no hablemos: les salían como enjambre de mosquitos y las picaban con importuno aguijón y discorde trompetilla, los más movidos de fines honestos y de pasatiempo elegante, algunos arracándose con lirismos que no excluían el *buen fin* y con románticos aspavientos, en que no faltaban rayos de luna, sauces, adelfas y figurados chorros de lágrimas. Pero las mancheguitas eran muy clásicas y un sí es no es positivistas por atavismo *sanchesco,* y en vez de embobarse con las demostraciones apasionadas de los pretendientes, les examinaban a ver si traían *ínsula,* o dígase planes de matrimonio.

En el alza y baja de sus amistades, las hijas de don Bruno mantuvieron siempre vivo su cariño a Rafaela Milagro, guardando a ésta la fidelidad de discípulas en arte social. Obligadas se vieron al desvío de tal relación en días de prueba y deshonor para la *Perita en dulce;* pero el casamiento de ésta con *Don Frenético* levantó el entredicho y las manchegas pudieron renovar, estrechándolo más, el lazo de su antiguo

afecto. Rafaela se hizo mujer de bien o aparentó con supremo arte que nunca había dejado de serlo; allá volvieron gozosas Eufrasia y Lea y ya no hubo para ellas mejor consejero ni asesor más autorizado que la hija de Milagro en todo lo tocante a sociedad, vestidos, teatros y novios. Y véase aquí cómo la fatalidad, tomando la extraña forma de un desacertado cambio de domicilio, se ponía de puntas con las de Carrasco; cada vez que visitaban a su entrañable amiga tenían que despernarse y despernar a don Bruno, pues Rafaela había hecho la gracia de remontar el vuelo desde la calle del Desengaño a los últimos confines de Madrid en su zona septentrional, calle del Batán, después Divino Pastor, lindando con los Pozos de Nieve y el jardín de Bringas, y dándose la mano con el Polo Norte, por otro nombre la Era del Mico.

II

Aunque todo lo dicho puede referirse a cualquier mes de aquel año 43, tan turbulento como los demás del siglo en nuestro venturoso país, hágase constar que corría el mes de las flores, famoso en tales tiempos porque en él nació y murió, con sólo diez días de existencia, el Ministerio López, fugaz rosa de la política. Y también es preciso consignar que don Bruno Carrasco y Armas se daba a todos los demonios por el sesgo infeliz que iban tomando sus negocios en Madrid, cementerio vastísimo, insaciable, de toda ilusión cortesana. No sólo se le había torcido el asunto de Pósitos, después de haber gozado esperanzas de pronta solución, sino que no hallaba medio de salir diputado ni por la provincia manchega ni por otra alguna de la Península, a pesar de los enjuagues con que Milagro había manchado su reputación de probo funcionario liberal. Ni la benevolencia de Cortina ni los cariños y palmaditas de hombros del ministro de la Gobernación, señor Torres Solanot, le valían más que para aumentarle el mal sabor de boca. Por añadidura, su plaza en una comisión de Hacienda era honorífica, y don Bruno no cataba sueldo ni emolumento, siéndole ya muy difícil sostener la falsa opinión de hombre adinerado, y para colmo de infortunios, cuando ya estaba extendido su nombramiento de jefe político de Badajoz y sólo faltaba la firma del regente, he aquí que viene al suelo y se hace mil pedazos el Ministerio Rodil, en medio de un desorden y confusión formidables. Le sustituyó López, despertando en unos y otros progresistas esperanzas de mejores tiempos, y ya tenemos a don Bruno consolándose de sus desdichas y viéndose salvado de la crisis que le amenazaba. Quería personalmente a López y le admiraba por su elocuencia. Verdad que no sacaba gran sustancia de ella, achaque común a todos los admiradores del que entonces pasaba por eminente tribuno. Si ininteligibles son los oradores que padecen plétora de ideísmo, en el mismo caso están los anémicos de pensamiento que al propio tiempo disfrutan de una fácil y florida palabra. De los más intensamente fascinados por la vana oratoria de López era don Bruno, el cual en terrible perplejidad se veía cuando en el café le preguntaban sus amigos: «Pero ¿qué ha dicho, en suma?»

En su casa, donde nadie le contradecía, manifestaba el manchego libremente su nueva cosecha de ilusiones y la risueña esperanza de que entrábamos en una *era de ventura*.

—Ya ven—decía—si estamos de enhorabuena los españoles. Ha dicho don Joaquín que se constituirá una *Administración paternal*. Es precisamente lo que venimos pidiendo... Que *se moralizará la Administración en todos los ramos* y que se presentarán a las Cortes todos aquellos proyectos que *promuevan la felicidad pública*... Esto, esto es lo que España necesita... ¡Por fin tenemos un hombre! Y para que estemos completamente de acuerdo, también asegura que el nuevo Gabinete *trabajará por la reconciliación de todos los ciudadanos que con su saber y virtudes puedan contribuir a la felicidad y lustre de la patria*. ¡La reconciliación! Ese es mi tema. Y López lo hará, ayudado por los demás ministros, Fermín Caballero, el general Serrano, Ayllón, Frías y Aguilar, ¡vaya si lo hará!... ¡Todos unidos, todos mirando por la moralidad, respetando la libertad de imprenta y cuantas libertades nos den!... Ved lo que dice *El Eco del Comercio:* que López es uno de los «primeros hombres de Europa», y yo aña-

do que las naciones extranjeras nos le envidian. Una palabra que no entiendo trae el periódico: dice que López es el *Palladium* de las libertades públicas. ¿Qué querrá significar con esto el articulista? Eufrasia, tú, que eres la más leída de casa, ¿sabes lo que es *Palladium?*

Replicó la niña con plausible sinceridad que había oído más de una vez la palabreja; pero que no recordaba su sentido, porque tal número de voces nuevas se usaban en Madrid, traídas de Francia, que era difícil guardarlas todas en la memoria... Unicamente asegurar podía que *Palladium* era cosa del *procomún*. No se cuidó más don Bruno de poner en claro el exótico término y se fué en busca de noticias. Todavía no había podido el Gobierno desenvolverse de las primeras obligaciones ministeriales y ya le habían prometido a don Bruno los íntimos de Caballero una jefatura política más cómoda que la frustrada de Badajoz, provincia revuelta en aquellos días a causa de los desafueros cometidos para sacar diputados, *por los cabellos*, nada menos que a tres lumbreras del progresismo: don Antonio González, don Ramón María Calatrava y don Francisco Luján. Mejor ínsula sería para don Bruno la provincia de Alicante, tan celebrada por su turrón como por su ardiente liberalismo.

En estas ilusiones transcurrieron diez días, no siendo preciso más para que se marchitaran las rosas primaverales del Ministerio López. Este continuaba llamando a la reconciliación, abriendo sus brazos a todos los españoles virtuosos, y los españoles virtuosos no acudían al llamamiento; quería su excelencia fascinarles con períodos que lisonjeaban el oído y despertaban ideas placenteras, efecto semejante al de los brillantes colores y al de los orientales perfumes. El diablo, que no duerme, levantó grave discordia entre la voluntad del regente y la de los ministros. Querían éstos cambiar el comedero de Linaje (secretario de confianza y amigo fiel de Espartero), quitándole de la Inspección de Infantería para llevarle a una Capitanía general. Negóse a firmar el decreto su alteza, y ya tenemos al Ministerio López boca abajo, casi sin estrenarse, guardando para mejor ocasión los proyectados abrazos, las flores y toda la perfumería política.

Creyó don Bruno que se le caía el cielo encima con todas sus estrellas y sintió vivísimas ganas de saber lo que era el *Palladium* para dar el golpe en el café usando esta palabra en una protesta viril y al propio tiempo erudita. Pero como estaba de Dios que en el desmoche continuo de patrióticas esperanzas nunca se ajase el ramillete de las de Carrasco, a la muerta ilusión sucedió bien pronto la de ser atendido y considerado por el nuevo Gabinete, que presidía don Alvaro Gómez Becerra, y en el cual figuró asimismo un amigo de los mejores que el manchego tenía: don Juan Alvarez Mendizábal. Faltaba que la política entrase en vías pacíficas y normales, y así habría pasado si Dios atendiese el ruego del honrado don Bruno; mas los designios del Altísimo eran otros, y queriendo trastornar a esta insensata nación más de lo que estaba, permitió la sesión del 20 de mayo en el Congreso, una de las más embarulladas y batallonas que en españolas asambleas se han visto. El paso de un Gobierno a otro fué grande escándalo; dijéronse allí entrantes y salientes lindezas mil; rompió el presidente la campanilla; las tribunas vociferaban; hasta se habló de asesinos pagados que acechaban en las puertas para quitar de en medio a los ex ministros impopulares, y por fin, Olózaga, con ardiente y cruel palabra, marcó el divorcio entre el regente y las más notables figuras de su partido. Ya nadie se entendía; la coalición de la Prensa conseguía su objeto de prender fuego al país, y los moderados atizadores de la hoguera bailaban gozosos en torno a las rojas llamaradas.

Entró aquella noche en su casa de la Cava Baja el buen don Bruno en tal grado de consternación, que doña Leandra, creyendo llegada la coyuntura de retirarse a la patria de Don Quijote, como término de aventuras fracasadas, no pudo disimular su contento; las chicas, temerosas de que, desvanecida la última ilusión paterna, se impusiese la vuelta al país nativo, perdieron el color, el apetito y hasta la respiración. Y viendo tan ceñudo al jefe de la familia y que ni con tenazas podían sacarle una palabra del cuerpo, echáronse a llorar, hasta que tantas demostraciones de pena obligaron a Carrasco a explicar la causa de su duelo.

—Esta tarde—les dijo, rechazando con austera desgana el plato de judías con que empezaba la cena—, la sesión del Congreso ha sido de gran tumulto, y con tanto coraje se tiraron de los pelos, como quien dice, una y otra famlia de la Libertad, que ya no veo enmienda para la situación, y Dios tiene que hacer un milagro para que no se lo lleve todo la trampa. ¿Sabéis lo que ha dicho Olózaga esta tarde en un discurso que hizo retemblar el edificio y que ha llenado de ansiedad y de temor a los diputados y al gentío de las tribunas? Pues ha dicho: «¡Dios salve a la reina, Dios salve al país!» Y a cada párrafo, después de soltar cosas muy buenas, con una elocuencia que tiraba para atrás, concluía con lo mismo, que a todos nos suena en la oreja y nos sonará por mucho tiempo como la campana de un funeral: «¡Dios salve a la reina, Dios salve al país!» Quiere decir que ya todos, nación y reina, partidos y pueblo, somos cosa perdida y que estamos dejados de la mano de Dios. No sé las veces que repitió ese responso tan fúnebre; lo que sé es que cuantos le oíamos estábamos con el alma en un hilo, deseando que acabase para poder tomar resuello. Salimos de la sesión pensando que este Gobierno no durará más que duró el otro; que a nuestro pobre duque le ponen en el disparadero con tanta intriga y tantas *salves* y *padrenuestros*. Locos de alegría andan los retrógrados, porque todo se les viene a la mano, y ya no hay un liberal que esté en sus cabales. Veo a mi don Baldomero liándose la manta, y una de dos: o el hombre sale por manchegas, haciendo una hombrada y metiendo a *tiros* y *trajanos* en un puño, como sabe hacerlo cuando se le hinchan las narices, o tendrá que tomar el camino de Logroño y dejar a otro los bártulos de regentar. Ya está claro que aquí no habrá más reconciliación que la del valle de Josafat. Los hombres de juicio no tenemos pito que tocar en tales trapisondas, y bueno es que os vayáis preparando para irnos a escardar cebollinos, en Torralba, de donde nunca debimos salir, ¡ajo!, porque no se ha hecho este trajín de ambiciones para los hombres de campo, y «al que no está hecho a bragas, las costuras le hacen llagas». Habréis oído en nuestra tierra que «por su mal le nacieron alas a la hormiga». Por mi mal tuve ambición, y ya veis..., ya veis lo que hemos sacado desde que vivimos aquí: bambolla, mayor gasto, esperanzas fallidas, los pies fríos y la cabeza caliente. No más, no más Corte, no más política, porque así regeneraré yo a España como mi abuela, y mi entendimiento, pobre de sabiduría, es rico en todo lo tocante a paja y cebada, al gobierno de mulas y a la crianza de guarros, que valen y pesan más que el mejor discurso.

Poco más dijo, sin abandonar el tono lúgubre y las negras apreciaciones pesimistas. No cenó más que un huevo y medio vaso de vino, y se fué en busca del sueño, que calmaría sus anhelos de ciudadano y sus inquietudes de padre y esposo. Triste noche fué aquélla para la familia carrasquil, por la turbación hondísima de todos los ánimos, excepto el de doña Leandra, que ya veía lucir la estrella que a los manchegos horizontes la guiaba. En vela pasó toda la noche, pidiendo al Señor que afianzara con buenos remaches, en la voluntad de Bruno, la determinación de volver al territorio, mientras Lea y Eufrasia, en su febril desvelo, muertas de ansiedad y sobresalto, pedían a la Virgen de Calatrava, su patrona, y a la de la Paloma de acá, y a todas las españolas Vírgenes, que arreglasen con Dios por buena manera todos los piques entre *cangrejos* y *liberales*, y entre éstos y el regente, y que procurase la reconciliación de los *hombres de septiembre* con los *hombres de octubre*, y de los de mayo y agosto con los de los demás meses del año, para que don Bruno viera sus negocios felizmente encaminados y no persistiese en el absurdo de sepultar otra vez a la familia en las tristezas de Torralba. Imaginaban una y otra que, llegado *el instante fiero*, oían pronunciar a don Bruno el terrible «vámonos». Lea se resignaba con harto d o l o r de su corazón; Eufrasia, no: su amor filial, con ser grande, no alcanzaba ciertamente a tan tremendo sacrificio. Anticipando ambas en su pensamiento el trance fatal, la primera lloraba despidiéndose de Madrid, la segunda sufría el desconsuelo de dar un eterno adiós a sus padres y hermanos: su problema, su grave conflicto era discernir y escoger resueltamente el resorte más eficaz para no seguir a la familia.

III

Algún alivio tuvo en los siguientes días el pesimismo angustioso del manchego, y alguna dedada de miel atenuó su amargura. Mendizábal le había saludado con mucho afecto y un amigo de entrambos le llevó las albricias de que no sería olvidado el expediente de Pósitos. De jefatura política no le dijeron una palabra; pero en el café corrió la especie de que se harían numerosas vacantes para que las ocupasen *hombres nuevos, elementos sanos,* de probada honradez y consecuencia. Un redactor de *El Heraldo,* periódico de batalla dirigido a la sazón por Sartorius, no cesaba de halagar a Carrasco, obstinándose en presentarle a Bravo Murillo, a Pacheco y a Pastor Díaz, lo más granadito de la juventud moderada; pero el manchego repugnaba estas aproximaciones, temeroso de que tras ellas viniese algún compromiso que suavemente le apartara del dogma. A las virtudes y méritos más eminentes anteponía en su alma la consecuencia, mirándola como una preciosa virginidad que a todo trance y con las gazmoñerías más extremadas debía ser defendida, no permitiendo que el contacto más ligero la menoscabase, ni que frívolas sospechas empañaran el concepto y la opinión de su integridad. Prefería don Bruno su ruina, la persecución y el martirio a que se le tuviera por tránsfuga de su iglesia política o por dañado de la herejía retrógrada.

Entrado junio, ya vió más claro el buen señor que su ídolo, Espartero, ponía los pies en la pendiente resbaladiza de la sima, en las propias tragaderas del abismo. A bandadas venían del extranjero los paladines de Cristina, con ínfulas y motes de caballeros de una nueva cruzada, pues habían creado una *Orden militar española* que a todos les solidarizaba en su empeño de restauración, y era un reclamo irresistible para los militares que del lado acá del Pirineo aguardaban los acontecimientos para decidirse por la bandera que al principiar el juego llevara mayor ventaja. Los emigrados, a quienes el poeta político don Joaquín M. López, echando por la boca flores de trapo y enarbolando en la mano derecha su proyecto de amnistía, quería traer a la reconciliación nacional, atacaban a España por los cuatro costados. Tan fieros venían, que causaba pavura el estridor de armas y dientes que hacían entrando aquí por mar o por tierra, ávidos de volver a los comederos y de no dejar rastro de la llamada usurpación. Narváez, como el más *crúo* de los invasores, embestiría por Andalucía, desembarcando en Gibraltar, que siempre fué playa de todo contrabando; los dos Conchas, que en Florencia lloraban las desdichas de la patria, caerían sobre las costas valencianas; O'Donnell saltaría por encima del Pirineo para caer sobre Navarra o sobre Cataluña; Orive, Piquero, Pezuela, Jáuregui y otros del orden militar y del civil, que suspiraban por que volviese a gobernarnos la hermosa majestad de María Cristina y que creían en ella como en una Minerva cristiana y católica, se agregaban a los caudillos para prestar su cooperación en la obra de reconquista.

No pasaron muchos días sin que a la emergencia de tantos paladines salvadores respondieran dentro de la plaza los pronunciamientos de esta y la otra provincia, tronando contra el regente y pidiendo con desaforado clamor que nos trajesen pronto a la gobernadora de marras, pues sin ella no podíamos vivir. Más de un general, y más de dos, hechura de Espartero, después de hacerse los remilgados y de ponerse la mano en el corazón, toleraron los pronunciamientos o no quisieron oponerse a ellos. Sólo quedaban cuatro que, como el pobre don Bruno, estimando su virginidad sobre todas las virtudes, no abrieron sus orejas a ninguna voz de seducción: eran Zurbano, Ena, Carondelet y Seoane.

En tanto, ansiosos de poner mano en la salvación de España, corrían a Cataluña Ametller y Bassols, y allí se encontraban con don Juan Prim, de sangre muy caliente y entendimiento harto vivo, el cual, con su amigo Miláns, sublevó a Reus, tratando de extender el incendio a todo el Principado. Don Javier Quinto, don Jaime Ortega, que años adelante, en plena guerra de Africa, discurrió salvar a España con la traída de Montemolín, marcharon a Zaragoza, sin acordarse de que esta ciudad es y será siempre la primera de España en no admitir ciertas bromas y en su aversión a

dejarse regenerar por el primero que llega. Los tales y otros caballeros que les seguían, ávidos de mangonear obteniendo puestos en las Juntas, fueron recibidos a puntapiés por los milicianos, que adoraban a Espartero casi tanto como a la Virgen del Pilar. Viendo que allí venían mal dadas, llevaron sus enredos a otra parte de Aragón.

Innumerables jefes del Ejército y personajes políticos de la coalición se derramaban por el reino, *pronunciando* todo lo que encontraban por delante y estableciendo Juntas en todo lugar donde caían. Málaga fué la primera ciudad de importancia en que se vió la insurrección formal y práctica; no pedía, por el pronto, la vuelta de Cristina, sino que cayera Gómez Becerra y volviese López con su lindo programa y su rosada elocuencia; sonaban las músicas y en medio del general delirio, entregándose los malagueños al goce de dictar leyes a la autoridad central, quedaban vacíos los depósitos de tabacos y tejidos de Gibraltar y abastecidos para largo tiempo los almacenes del comercio grande y chico. Granada y Almería se pronunciaron sin comprometerse, no renegando del regente mientras no viesen que era segura su perdición; otras provincias adoptaban el mismo sistema, de una cuquería y eficacia admirables; en Valencia, la coalición y los moderados amotinaron al pueblo y ganaron parte de la tropa, dejando casi inerme al valiente general Zabala. Asesinados el gobernador Camacho y un agente de Policía, quedó la ciudad en poder de los revoltosos. De Cartagena dieron cuenta, no sin dificultad, el brigadier Requena y el coronel Ros de Olano; en Cuenca triunfó el arcediano de Huete; Valladolid quedó pronunciada por el general Aspiroz; Galicia por Zambrano, y así fué propagándose la quema hasta que no quedó parte alguna de la nación que no ardiese en cólera y no pitara muy alto pidiendo renovación de personas, cambio de política, de instituciones, como el sucio que pide mudar de ropa.

Si algunos de los pueblos pronunciados no pedían la caída del regente, sino la vuelta del florido López, otros proclamaban la *inmediata mayoría de la reina*, resultando un barullo tal que no lo harían semejante todos los locos del mundo metidos en una sola jaula. Sólo dieciséis meses faltaban para que Espartero cumpliera el plazo de su regencia. Aun admitiendo que su Gobierno no fuera el más acertado y sus errores muchos y garrafales, ¿no valían menos dieciséis meses de mal Gobierno que todo aquel delirio, que aquel ejemplo, escuela y norma de otros mil desórdenes, de la desmoralización y podredumbre de la política por más de medio siglo?

Fué muy chusco ver a Serrano y a González Bravo marchar juntos a Barcelona por la vuelta grande del Pírineo y entrar en la ciudad de los condes a brazo partido, en carretela descubierta, entre las aclamaciones de un pueblo a quien hay que suponer enteramente ciego para tener la explicación de su entusiasmo. Animados por el éxito y con el apoyo moral que Prim les daba desde Reus, determinaron los dos audaces jóvenes, el uno militar intrépido, paisano sin ningún escrúpulo el otro, constituir o resucitar el Ministerio de la coalición y como Serrano había sido ministro con López, no vaciló en darse título y atribuciones de hombre-gabinete o *ministro universal*. Ya tenía el confuso movimiento una figura que lo sintetizase, una voluntad que unificara las varias manifestaciones de los pueblos. Lo primero que pensó el afortunado caudillo fué dirigir su galana voz a la nación, y entre él y González Bravo enjaretaron un manifiesto que, leído a estas distancias y a estas luces que ahora nos alumbran, nos maravilla por la desatinada flaqueza de sus razones, mezcla infantil de audacias e inocencias. Todo ello parece cosa imaginada en juegos de chicos. La imparcialidad ordena decir que los argumentos del regente, en la proclama que enderezó a los pueblos poco antes de empollar la suya el *ministro universal*, adolecen también de inconsistencia y puerilidad; pero el defecto no salta tan vivamente a la vista como en las torpes letras de Serrano y González Bravo. Se ve que estos soldados de fortuna, a quienes la guerra llevó rápidamente a las cabeceras de la jerarquía militar, y estos políticos criados en los clubs, recriados con presuroso ejercicio literario en las tareas del periodismo; lanzados unos y otros a la lucha política en los torneos parlamentarios y en el trajín de las revoluciones, sin preparación, sin estudio, sin tiempo para nutrir sus inteligencias con

buenos hartazgos de Historia, sin más auxilio que la chispa natural y la media docena de ideas cogidas al vuelo en las disputas; se ve, digo, que al llegar a los puntos culminantes y a las situaciones de prueba no saben salir de los razonamientos huecos ni adoptar resoluciones que no parezcan obra del amor propio y de la presunción. Por esto, da pena leer las reseñas históricas del sinfín de revoluciones, motines, alzamientos que componen los fastos españoles del presente siglo; ellas son como un tejido de vanidades ordinarias que carecerían de todo interés si en ciertos instantes no surgiese la situación patética, o sea el relato de las crueldades, martirios y represalias con que vencedores y vencidos se baten en el páramo de los hechos, después de haber jugado tontamente como chicos en el jardín de las ideas. Causarían risa y desdén estos anales si no se oyera en medio de sus páginas el triste gotear de sangre y lágrimas. Pero existe, además, en la historia deslavazada de nuestras discordias un interés que iguala, si no supera, al interés patético, y es el de las causas, el estudio de la psicología social que ha sido móvil determinante de la continua brega de tantas nulidades, o lo más medianías, en las justas de la política y de la guerra.

Bueno, bueno, bueno. Ni corto ni perezoso, Prim no quería ser menos en Reus que sus amigos Serrano y González Bravo en Barcelona, y largaba también su manifiesto, negando a Espartero los dieciséis meses que le faltaban de regencia y proclamando la mayoría inmediata de Isabel II. Sin sospechar entonces sus futuros destinos ni los engrandecimientos de su figura en el porvenir; hallándose, como quien dice, *en la edad del pavo,* cual niño aplicado y muy inteligente que aún no conoce la discreción, llamó a Espartero *soldado de fortuna, aventurero, egoísta,* y a Mendizábal *intrigante, embaucador y dilapidador de los intereses públicos.* Andando el tiempo fué de los que creyeron que la memoria de uno y otro debía perpetuarse con estatuas.

IV

Al mismo tiempo que Serrano y González Bravo entraban en Barcelona, como chiquillos con zapatos nuevos, desembarcaban en Valencia Narváez, Concha (don Manuel) y Pezuela, asistidos de varios jefes y oficiales, entre los cuales descollaban Fulgosio, Arizcun y Contreras, y al instante se entendieron con la Junta llamada *de Salvación,* consagrándose todos con celo entusiasta a llevar adelante la grande aventura del alzamiento. Partió Concha sin perder tiempo hacia las Andalucías, para ponerse al frente de las tropas pronunciadas en Sevilla y Granada, y Narváez recibió de la Junta el mando de las de Valencia. No necesitaba más el *guapo de Loja* para tener a España por suya: diéranle soldados, una bandera que despertara simpatías circunstanciales en cualquiera región del alborotado país, y ya era el hombre que a todos se les llevaba de calle. No había otro que le igualara en aptitudes para establecer un predominio efectivo por la sola razón de ser más audaz, más tozudo y más insolente que los demás. Dése a cada cual lo suyo, y resplandezca en la distribución de censuras y elogios la estricta justicia. Narváez supo ser el primer mandón de su época, porque tuvo prendas de carácter de que los otros carecían, porque su tiempo, falto de extraordinarias inteligencias y de firmes voluntades, reclamaba para contener la disolución un hombre de mal genio y de peores pulgas. El cascarrabias que necesitaba el país en momentos de turbación era Narváez, porque no había quien le igualase en las condiciones para cabo de vara o capataz de presidio. El barullo grande a que nos había traído la coalición; la ceguera de los liberales confabulándose con los moderados para derribar al regente; la confusión y escándalo inauditos de aquellas Juntas que legislaban en nombre de la nación, y repartían grados, honores y mercedes a paisanos y militares; los actos de imbecilidad o de locura que señalaban el estado epiléptico del país, requerían un *baratero* que con su cara dura, su genio de mil demonios, sus palabras soeces y su gesto insolente se hiciera due-

ño de todo el cotarro. El *general bonito*, como llamaban a Serrano entonces, hombre afectuoso, presumido, de arranques gallardísimos en los campos de batalla, blando en las resoluciones, cuidándose principalmente de ser grato a todo el mundo, mujeres inclusive, no servía para el caso; Prim, nacido del pueblo, tenía gustos y costumbres de aristócrata; aunque adelantado en su carrera militar, no había subido a las más altas jerarquías; si en él descollaba la inteligencia, como en Serrano el don de simpatía, no se encontraba en disposición de levantar el gallo; Concha, con extraordinario talento militar y más sagaces ideas que sus colegas, se reservaba, sin duda, para mejores días, y en la propia situación expectante se hallaba O'Donnell, cuya mente sajona entreveía, sin duda, empresas grandes que acometer en días normales. Podían ser éstos los hombres del mañana; pero el hombre de aquellos días era Narváez, no embrión, sino personalidad formada, porque el *baratero* nace, y a poco de nacer, con sólo un par de arranques y el fácil reparto de cuatro bofetadas a tiempo y de otros tantos navajazos oportunos, ya se ha revelado a sí mismo y a los demás, ya es el *poeroso* ante quien todos tiemblan.

Empezaba don Ramón revelando su *poer* con el desapacible y fosco mohín de su cara, de estas caras que no brindan amistad, sino rigor; de estas que, sin tener chirlos, parece que deben su torcida expresión a un cruce de cicatrices; de estas caras, en fin, que no han sonreído jamás, que fundan su orgullo en ser antipáticas y en hacer temblar a quien las mira. El efecto inicial causado por el rostro lo completaban los hechos, que siempre eran rápidos, ejecutivos, producidos a la menor distancia posible de la voluntad que los determinaba. No daba tiempo al enemigo, o más bien a la víctima, para parar el golpe, y sabía cogerla en el instante peligroso de la sorpresa. Ideas altas de gobierno no las necesitaba en aquella ocasión, porque el mal nacional era tal vez empacho de ideas, manjares y licores exóticos comidos y bebidos antes de tiempo en voraz gula, por lo que no habían sido digeridos. Aunque esto sea violentar el orden histórico, conviene decir ahora que cuando la nación, gobernada una y otra vez por Narváez y sintiéndose repuesta de sus indigestiones, le pidió ideas que la llevasen a fines gloriosos y a una existencia fecunda, Narváez no supo dárselas, sencillamente porque no las tenía. Sin poseer nunca la elevación mental que su puesto reclamaba, se murió entrado en años aquel hombre duro, que fué la mitad de un gran dictador, poseyendo en altísimo grado las cualidades del gesto bravucón y de la rapidez del mando y desconociendo en absoluto la psicología indispensable para guiar a un pueblo. Pero esto no quita que, en ocasiones críticas del desbarajuste hispano, fuera Narváez un brazo eficaz que supo dar a la sociedad desmandada lo que necesitaba y merecía, por lo cual le corresponde un primer puesto en el panteón de ilustraciones chicas o de eminencias enanas, como quien dice.

Pues, señor, con tantos paladines de empuje, bien armados y ostentando los falsos lemas que al pueblo fascinaban, no tuvo más remedio el regente que echarse al campo, y así lo hizo después de las indispensables arengas a la Milicia nacional, en que le cantaba los antiguos y ya sobados himnos militares y liberalescos. Salió el hombre, tomando la vuelta de Albacete, donde se paró en firme, con aquella pachorra fatalista que en otros tiempos había sido la pausa precursora de sus grandes éxitos y ya era como la calma lúgubre que antecede a las tempestades. Poco gratos son para el que los escribe, como para el que los lee, los pormenores de los hechos de armas que precipitaron la caída del regente, porque ellos ofrecen una triste serie de encuentros deslucidos y de defecciones y actos inspirados por el egoísmo. La militar emulación y las virtudes cívicas estaban dormidas; no velaba más que la conveniencia personal. La oficialidad y jefes de todos los Cuerpos llamados leales, a las órdenes de Seoane, Van-Halen, Carratalá y Ena, pesaban en certera balanza las probabilidades de triunfo, y viendo perdida la causa de Espartero, abandonaban las filas. Muchos a quienes repugnara la defección o el pase a las fuerzas pronunciadas pedían la licencia absoluta, alegando que no combatirían por Espartero ni contra él. Van-Halen, que venía de Cataluña con todas las fuerzas que pudo reunir, se aterró de la merma gradual

de su ejército en cada marcha. La opinión se volvía contra el regente. Se hizo creer al pueblo que venía una época de congratulaciones y de abrazos, de alegría general y de *olvido de lo pasado;* que daría principio el imperio de la probidad y que se unirían todos los hombres de corazón recto para *labrar* la felicidad de España. La Prensa coaligada, retrógrados y progresistas acordes en anunciar la próxima lluvia del maná, el advenimiento de los ángeles y la total regeneración del reino bajo los auspicios de la inocente Isabel, habían ayudado a la formación de aquel delirio, obra de astutos fariseos ayudados de unos cuantos poetas hueros y de oradores vacíos.

En su parada fatalista de Albacete, Espartero padeció la mayor equivocación de su vida. En vez de empeñarse en una resistencia imposible, debió llamar a los cabezas del pronunciamiento militar y civil, y decirles: «Caballeros: Aquí tienen ustedes la Regencia, el Poder y todas las investiduras que, según la opinión flamante, no merezco ya. Dejo el campo libre para que los honrados o los que lo parecen se abracen a su gusto, y para que se efectúe la reconciliación general anunciada por las musas políticas. Nombren nueva Regencia, si así les acomoda, para tirar hasta el diez de octubre del año próximo, fecha en que nuestra adorada reina cumple los catorce años, y si esto no les parece bien y prefieren que la niña gobierne desde ahora, allá se las haya. Cesen ya tanto alboroto y tanta necedad; reciban de mi mano la autoridad suprema y hagan de ella lo que más les agrade, que yo a mi casa me voy, o al extranjero, si en mi casa no me dejasen en paz.» Esto debió decir, y habría evitado que sus enemigos se dieran luego el falso lustre de ganar batallas, que, como la de Torrejón de Ardoz, casi enteramente imaginaria, sólo sirvió para que los prosélitos de Narváez colgaran a éste glorias no menos resonantes que las de Aníbal, y para que llovieran las recompensas hasta ensanchar todo el suelo de la patria.

No le faltaron a su alteza en Albacete demostraciones de fidelidad desinteresada, y una de las más gratas fué la que hizo el jefe político de Ciudad Real, don José del Milagro, presentando con sus respetos el homenaje de sus servicios como gobernador y como ciudadano liberal. Con el dicho sujeto venían calificados personajes de la ínsula de limpia estirpe patriótica, y los jefes de la Milicia de Miguelturra, Daimiel, Tirteafuera y de la propia Granátula, patria del conde-duque, a ofrecer incondicionalmente, en defensa del pacificador de España, cuanto poseían, vidas y haciendas. Cariñoso y agradecido, acogió don Baldomero este noble mensaje, y con todo desplegó las galas de su cortesía y miramiento, extremándose en el agasajo del jefe político, a quien, por su consecuencia, colmó de alabanzas. De puro soplado no cabía en su pellejo el bueno de don José, y se propuso seguir a la Regencia hasta la victoria o la ruina total, que de este modo la rectitud del funcionario había de tener, más tarde o más temprano, lucida recompensa.

Llegando el día en que Espartero dió por terminado el plantón de Albacete, Milagro le siguió, agarradito a sus faldones y remedando fielmente las diversas caras de alegría o desaliento que iba poniendo el ídolo, según las circunstancias. Tristísima fué la marcha desde Albacete a Sevilla, donde encontraron a Van-Halen, asediando la plaza, y tratando de obtener la rendición por la buena antes de disparar morteros y obuses. Los sevillanos, viendo ya ganada la partida por la revolución, no querían llegar al fin sin engalanarse con un poquito de heroísmo, ambicionando para su bella ciudad laureles semejantes a los de Zaragoza y Gerona. En dimes y diretes andaban sitiados y sitiadores, cuando llegó al regente y a su *ayacucho* general la noticia de la furibunda batalla ganada por Narváez a los ejércitos combinados de Seoane y Zurbano en los campos de Torrejón de Ardoz, victoria que determinaron fácilmente y sin efusión de sangre los resortes estratégicos más elementales y sencillos. Las tropas de Seoane y Zurbano se pasaron al campo de Narváez, dejando a los dos caudillos espantados de su soledad... Empezaban los abrazos.

V

«El dedo de Dios», como algún diario de la época escribió con poético énfasis, señalaba al *ídolo revolucionario,* al *rebelde y traidor Espartero,* el único ca-

mino que debía seguir, para «sumergir su ignominia en el ancho foso de los mares». A toda prisa tomó el regente, con los restos de la dominación *ayacucha*, el camino de Cádiz, única plaza importante que aún no se había pronunciado; alentaba la esperanza de hacerse fuerte dentro de aquellos gloriosos muros, que habiendo sido cuna de la libertad recién nacida debía ser su refugio cuando, ya persona mayor, volvía vencida y descalabrada. ¡Vana ilusión! Mal podría pensar don Baldomero en que los baluartes gaditanos le dieran apoyo para la restauración de su poder, cuando no tenía ya fuerza, ni partido, ni partidarios. Al salir de Sevilla empezaron las deserciones: huían los oficiales, tras ellos los soldados: en Lebrija y Morón, Cuerpos enteros, volviendo descaradamente la espalda al viejo ídolo, corrían a campo traviesa, en busca del ídolo nuevo, que en aquel caso era don Manuel de la Concha, el cual de la parte de Málaga venía con hueste numerosa y brava en persecución del fugitivo. La relajada moral que entonces reinaba, fruto de tantas sublevaciones y del derroche de recompensas con que las estimulaba una política vil, obró con infalible poder corruptor en las almas de los últimos *ayacuchos*. ¿No era un dolor que cuando en toda España derramaban ascensos a manos llenas las Juntas de Salvación, se expusieran a ser postergados o quizá perseguidos los pobrecitos jefes y oficiales que acompañaban el cadáver de la Regencia por la única razón de una etiqueta vana y de una lealtad inútil?... Espartero llegó al Puerto de Santa María sin más ejército que su escolta, sus ayudantes y un grupo de fieles amigos, entre los cuales se contaban Nogueras, Van-Halen, Infante, Linaje, Montesinos, Gurrea, Milagro y otros cuyos nombres resultan desvanecidos en el oleaje del tiempo. Refugiado en el vapor *Betis*, firmó el regente su protesta, último resuello de un poder expirante, y luego se trasladó a bordo del navío *Malabar*, de la marina real inglesa, el cual, guardándole miramientos exquisitos y no escatimándole los honores oficiales, le llevó a Lisboa. De Lisboa partió a Londres en otro buque inglés.

Ved aquí extinguido un poder de la manera más pedestre y oscura, sin la brillantez ni el interés trágico que suelen acompañar a las catástrofes de imperios y a la caída de dictadores o favoritos. Todo ello es de la más estulta prosa histórica, y fuera de la postura digna que adopta el caído, no se ve ni en sus partidarios ni en sus enemigos más que amaneramiento, bajeza de ideas, finalidades egoístas. Ni resplandecen grandes virtudes ni los furores desordenados, que suelen ser signos de vitalidad en los pueblos y de grandeza de caracteres. Todo es pequeño, vulgar, con una mezcla repugnante de candor bobo y de malicia solapada. Los ataques y las defensas de palabra y por escrito revelan afectación y mentira; se hacen y sostienen con hinchado lenguaje afirmaciones en que nadie cree. La única fe que se trasluce entre tanta garrulería es la de los adelantamientos personales; el móvil supremo que late aquí y allí no es más que la necesidad de alimentarse medianamente, la persecución de un cocido y de unas sopas de ajo, ambiciones tras de las cuales despuntan otras más altas, anhelos de comodidades y distinciones honoríficas. Bien lo dice la profana Clío cuando, interrogada acerca de estas cosas tan poco hidalgas, nos muestra la imagen de la nación desmedrada por los hábitos de ascetismo a que la han traído los que durante siglos le predicaron la probreza y el ayuno, enseñándola a recrearse en su escualidez cadavérica y a tomarla por tipo de verdadera hermosura. Dícenos también la diosa que no puede hacer nada contra los siglos que han amaestrado a nuestra raza en la holgazanería, imbuyéndole la confianza en que los hombres serán alimentados con semillitas que lleva y trae el viento de la Providencia. Añade que las necesidades humanas, eterna ley, despertaban, al fin, en el pobre español los naturales apetitos, sacándole del sueño de austeridad ascética, y al llegar esta situación, encontraba más fácil pedir a la intriga que al trabajo la mísera sopa y el trajecito pardo con que remediarse del hambre y del frío.

Y sin pedir nuevos dictámenes a la musa, puede asegurarse que no escaseaban, en medio de tanto prosaísmo, accidentes cómicos de cierto valor estético. El *general bonito* declaraba a Espartero *traidor a la patria*, privado de todos sus honores, y le entregaba por sí y ante sí a la *execración de los españoles*... A la protesta que formuló el regente a bordo del

Betis contestaron el mismo Serrano, López y Caballero con otra soflama, repitiendo lo de la execración universal, acusándole de haber saqueado las arcas públicas, y quitándole, por fin, todos sus empleos, títulos, grados y cruces. No sería justo acusar a los que tales desatinos e insulsas candideces escribían, y ésta es otra de las gravísimas corrupciones de la política, que hace a los hombres desvariar ridículamente y decir mil necedades sin creer en ellas. Por esto la historia de todo grande hombre político en aquel tiempo y en el reinado de Isabel no es más que una serie de enmiendas de sí mismos, y un sistemático arrepentirse hoy de cuanto ayer dijeron. Se pasan la vida entre acusaciones frenéticas y actos de contrición, flaqueza natural en donde las obras son nulas y las palabras excesivas, en donde se disimula la esterilidad de los hechos con el escribir sin tasa y el hablar a chorros.

Lecciones de consecuencia podía dar a todos el buen Milagro, que al volver de la tierna despedida del regente, dejándole en la lancha, era tan fanático esparterista como en los días gloriosos del 40 y del 41, y en la fidelidad de esta religión pensaba morir, legando a sus hijos, a falta de caudales que no poseía, el ejemplo de su adoración idolátrica del dogma liberal. Si en el gobierno de la ínsula que su Don Quijote le confiara había cometido mil tropelías electorales para sacar diputado a don Bruno; si fué un gobernador muy parcial y más devoto de sus amigos que del procomún, en el terreno de los intereses conservó inmaculada pureza, y su conciencia salió de allí tan limpia como sus bolsillos. De su integridad era testimonio el hecho de que tuvo que pedir dinero a sus amigos para costearse el viaje de Cádiz a Madrid, y resignado con su suerte, por el camino iba soltando aforismos de manchega filosofía: «Todo el mal nos viene junto, como al perro los palos...» «Adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas.» Volvía el hombre a su casa sin otro caudal que las esperanzas en la próxima vuelta del duque.

Cogido el mango de la sartén por los *hombres de octubre*, ayudados de los *hombres de julio*, reducido habían a la mayor miseria y aniquilamiento a los *hombres de septiembre*. Entraron proclamando que se hundía todo, Patria, Religión, Gobierno, Monarquía, y hasta el firmamento, si no se arrancaban de las manos de Espartero aquellos dieciséis meses que de regencia le restaban, y para que no se creyese que ellos, los *señores de octubre y de julio*, ambicionaban los puestos de regente o tutores, declararon la mayor de edad de la niña, haciéndola de golpe y porrazo mujer capacitada para pastorear el español ganado, tan pacífico y obediente. Cierto que el duque había cometido errores políticos, algunos muy graves; pero ¿qué planes, qué ideas, qué sistema traían los nuevos curanderos para aplicar, a los males antiguos, un remedio eficaz? Atropellaron un poder para crear otro con los mismos y aun peores vicios; tiraron un ídolo para poner en su peana otros, que más bien debieran llamarse monigotes, cuya incapacidad se vió muy clara en el correr del tiempo. Repitieron los defectos de la Administración esparteril, agravándolos escandalosamente; si el duque convirtió en razón de Estado la protección a los que le eran fieles; si a veces pospuso el bien general al de una media docena de compinches y paniaguados, los *libertadores de octubre y de julio* nos traían el imperio sistemático de las camarillas, del caciquismo, del pandillaje, de las asoladoras tribus de amigos, con el desprecio de toda ley y la burla del interés patrio. En el tránsito de la turbulenta infancia de Isabel a su mayor edad, vemos aparecer la pléyade funesta: hombres de talento, en gran número, de brillante exterior y fecundos en palabrería, enteramente vacíos de voluntad y de rectitud, en el sentido general. Entre unos y otros, civiles y militares, no hicieron más que levantar esta Babel que tanto cuesta destruir: los Olózagas y López, por el lado liberal; los Narváez, Serranos y Conchas, por el opuesto; el mismo O'Donnell, que supo hallar un pasajero equilibrio, con un pie en cada lado, y otros que no es necesario nombrar, más que laureles, merecen maldiciones, porque nada grande fundaron, ningún antiguo mal destruyeron. Entre todos hicieron de la vida política una ocupación profesional y socorrida, entorpeciendo y aprisionando el vivir elemental de la nación, trabajo, libertad, inteligencia, tendidas de un confín a otro las mallas del favoritismo, para que ningún latido de actividad se les escapase. Captaron en su tela de araña

la generación propia y las venideras, y corrompieron todo un reinado, desconceptuando personas y desacreditando principios; y las aguas donde todos debíamos beber las revolvieron y enturbiaron, dejándolas tan sucias que ya tienen para un rato las generaciones que se esfuerzan en aclararlas.

VI

Observó en Madrid el buen Milagro mudanzas y novedades: derribos de casas, edificaciones hermosas, modas y costumbres, de importación reciente, y a María Luisa la encontró muy flaca y desmedrada, a Rafaela repuesta de sus destemplanzas con la dichosa viudez y el más dichoso casamiento, a los chicos muy despiertos, adornados de relumbrones de ciencia y de pedantesca verbosidad ostentosa que en el trato escolar iban adquiriendo. Mayor sorpresa que él con estas hechuras del infalible progreso tuvieron sus hijas viéndole venir de la ínsula sin una mota ni nada que se le pareciese; tampoco traía regalos, pues, con la visita al regente, tuvo que dejarse allá las ollas de arrope y dos cajitas de bizcochos de Almagro. Creían las chicas que su padre no volvería del Gobierno sin una carga de dinero, producto de su honesto ahorro y de las obvenciones propias del cargo, y les supo mal verle venir a lo náufrago que a duras penas salva la vida *y lo puesto*. Ciertamente se condolió más de esta desventura María Luisa, por ser pobre, que su hermana Rafaela, la cual, enriquecida por un buen matrimonio, no necesitaba para nada del socorro paterno, y así, mientras la señora de Cavallieri, al notar la vaciedad de bolsa de su señor padre, dejó traslucir su enojo, trocando su afectuoso júbilo en frialdad cercana al menosprecio, la otra, por el contrario, sintió redoblada su piedad (pues era, según dicen, aunque disoluta, mujer de buen corazón), y quiso darle la mejor prueba de su filial cariño brindándole hospedaje y asistencia por todo el tiempo que quisiera, esto es, hasta que volviese el duque con la contrarregeneración. Muy buena cara puso *Don Frenético* al oír las ofertas de su esposa, y accediendo a todo, como marido enamorado que en los ojos de ella se miraba, repitió y extremó la cariñosa protección, con lo que don José, vencido del agradecimiento y de la ternura, bendijo a la Providencia, después a sus hijos, y se limpió las lágrimas que en tan patética escena brotaron de sus ojos.

Visitado de sus numerosos amigos, frecuentando desde el día de su llegada cafés, círculos y tertulias, entró de lleno en el mar de las conversaciones políticas, sin que ni por caualidad saliese de sus labios palabra sobre otro asunto; que así son los que adquieren ese vicio nefando. Los atacados de él, que eran casi todos los habitantes de las ciudades populosas, no se entretenían tan sólo en discutir y comentar los problemas graves de la cosa pública, sino que principalmente cebaban su apetito en la baja cuestión de personal, caídas y elevaciones de funcionarios, y en otros mil enredos, chismes y menudencias. Componían el Gobierno llamado *Provisional* las mismas figuras, con corta diferencia, del *Gabinete de mayo*, en las postrimerías de la regencia. Lo presidía el mismo don Joaquín María López, que con su oratoria musical fué uno de los que más contribuyeron al desastre pasado; a Guerra y a Gobernación habían vuelto Serrano y Caballero, y gobernaba el Tesoro público el señor Ayllón. Aunque todos procedían de la vieja cepa progresista, el alma del Gabinete era Narváez, a quien nombraron capitán general de Madrid. Narváez mangoneaba en lo pequeño como en lo grande, y de su Secretaría y tertulia salían las notas para el terrorífico desmoche de empleados.

El angustioso lamentar de los cesantes que iban cayendo y el bramido triunfal de los nuevos funcionarios que al comedero subían formaban el coro en las vanas tertulias de las cafés. Otros parroquianos puntuales de aquellas mesas, satisfechos de permanecer en sus destinos, declaraban a boca llena que la última revolución, hecha con tanta limpieza de manos, derramando tan sólo algunas gotitas de sangre, era la admiración del mundo entero. El Ejército estaba contentísimo por la prodigalidad con que se había premiado su patriótico alzamiento, repartiendo sin tasa empleos, grados, honores y cruces; el pueblo bailaba de gusto, viendo a todos reconciliados sin más mira que el bien común, y confiado en que se rebajarían las contribuciones; la

Iglesia también se daba la enhorabuena, porque se reanudarían pronto las buenas relaciones con el Papa y se pondría coto al ateísmo y a la impiedad; y en fin, general era el contento, porque bien a la vista estaba que entrábamos en una era de bienandanza, paz y trabajo...

Todo esto lo rebatía con múltiples razones y ejemplos don José del Milagro, sosteniendo que la *era* en que estábamos *era* una *era erial*, es decir, sin trigo, porque todo el grano de ella *era* para los gorriones moderados. No nos alababa la Europa: lo que hacía era reírse de nosotros y de la suma necedad de los liberales. En cuanto al Ejército, justo sería pedirle que pusiera las cosas en el estado que tenían antes de los escándalos de julio, pues bien iban comprendiendo los mismos militares que habían sido instrumento de *la más odiosa de las traiciones y de la más vil de las sorpresas* expulsando al libertador de España, para traernos a media docena de generales bonitos y feos, que no eran más que servidores de Cristina y de los Muñoces. La conducta de los progresistas que habían concertado la coalición, cayendo como bobos en la trampa moderada, juzgábala el ex gobernador de la ínsula manchega en los términos más crueles y despreciativos. Con un símil ingenioso representaba el proceder de López, Olózaga, Serrano y Caballero: habían sujetado por brazos y piernas a la Libertad para que los Narváez y Conchas se hartaran de darle de puñaladas... ¡Y luego seguían tan frescos, gobernando al país y hablándonos de voluntad nacional y de reconciliación!

En su propia casa, o sea la de Rafaela, no cesaba el cotorreo de Milagro, porque allá concurrían diferentes personas, como él entregadas al feo vicio de la embriaguez política. Moderados eran algunos y moderado el dueño de la casa, antaño conocido por *Don Frenético*, hombre fino, tolerante, que siempre ponía la cortesía y la amistad sobre las ideas; progresistas eran otros, de los poquitos que cultivaban con esmero las formas sociales, y por esto las discusiones que a cada instante se empeñaban no eran desagradables ni groseras. Entre los asiduos descollaba don Mariano de Centurión, gentilhombre de Palacio en tiempo de la tutoría de Argüelles. Aún sufría dolores agudos en la parte posterior de su individuo, efecto de la violentísima puntera con que le arrojaron del real servicio a los pocos días de la caída de su protector y serenísimo regente, y el hombre se llevaba sin cesar la mano, idealmente, a la parte lastimada, discurriendo a qué faldones se agarraría para enderezar de nuevo su persona y procurarse un medio decoroso de vivir. Grande amistad se trabó entre Centurión y Milagro, llegando a la más feliz armonía por la conformidad de sus juicios acerca del presente y por su incondicional adhesión al caído Espartero. Algo dijo el cortesano cesante al cesante gobernador que le obligó a modificar su esperanza en el liberalismo de la reina. Ciertamente, Isabel era buena, cordial, afabilísima, generosa hasta la disipación, muy amante de su patria, con la cual quería candorosamente identificarse; pero por muchas cualidades nativas que en ella existiesen, imposible parecía que la pobre niña, en tan corta edad y sin adecuada educación seria y verdaderamente real, se sustrajese a la red con que el moderantismo había cuidado de aprisionar todos y cada uno de los miembros de su juvenil voluntad.

—Mire usted, querido Milagro—decía don Mariano platicando a solas con su amigo—, desde el punto y hora en que fuimos arrojados de Palacio ignominiosamente don Agustín Argüelles y yo, Quintana y yo, don Martín de los Heros y yo, la condesa de Mina y yo, y tras de nosotros bajaron de cinco en cinco peldaños las escaleras, con una mano atrás, los poquísimos liberales que allí servían, la mansión de nuestros reyes quedó convertida en el nidal de la teocracia cangrejil. Ni allí ha quedado persona de ideas *libres* ni volverá a traspasar aquellos umbrales ningún individuo de nuestra comunión. Sin hacer ningún caso del bendito López, que es un angelical marmolillo sonoro; ni de Olózaga, que mira por sí y sus adelantos antes que por el partido, han pergeñado totalmente la servidumbre de Palacio con los elementos *muñociles*, con los adulones de la Santa Cruz y del duque de Bailén, con los paniaguados de Narváez, con gentezuela oscura de abolengo absolutista, hechura de los Busgos, Garellys y aun del propio Calomarde. Han metido a la pobrecita reina dentro de una redoma en que no puede respirar más que miasmas de retroceso. Nosotros, mirando por el partido y

por nuestras posiciones legítimamente ganadas, quisimos imbuir en la Isabel los buenos principios, enseñándole el sistema que tan excelentes frutos da en Inglaterra; pero no nos dejaban los muy perros: noche y día rodeaban a las niñas pasmarotes del bando cristino, vigilándolas sin cesar, dándoles lecciones de despotismo, enseñándoles el desprecio del progreso y pintándonos a todos como gente sin educación, mal vestida y que no sabe ponerse la corbata, ni comer con finura, ni andar entre personas elegantes. Por esto, ¡caracoles!, ni Quintana, con su gran saber; ni la Mina, con su suavidad y agudeza; ni yo, haciéndome el tonto para mejor colarme, pudimos llegar adonde queríamos. No cuente usted, pues, con que Palacio vuelva el rostro a la Libertad, que los moderados lo tienen todo bien guarnecido y amazacotado de su influencia, y hasta los ratoncillos roen allí por cuenta de ese gitano de mi tierra, Narváez.

VII

Quedóse de una pieza don José, tardando algún tiempo en volver de su engaño, al cual quería dar explicación por su alejamiento sistemático de la atmósfera palatina. Jamás pisó las alfombras de *la casa grande;* a la reina y princesa no las había visto más que en la calle, cuando salían en carretela descubierta a recibir las ovaciones del pueblo. Eran las niñas símbolo precioso de la Libertad contra el Despotismo, y sus dulces nombres, decorados con los epítetos más rimbombantes y poéticos, habían conducido a nuestros ejércitos a las heroicas campañas contra el oscurantismo y la barbarie. A pesar de todo lo dicho por Centurión, le costaba trabajo arrancar de su alma la fe en las angélicas criaturas: que nada es tan poderoso como el amaneramiento, nada perdura tanto como las fórmulas de popular entusiasmo unidas al orden de ideas petrificadas en una generación. De los pensamientos graves que don Mariano despertó en el ex gobernador de la ínsula se distrajo éste observando los latidos de la nueva revolución que en otoño se estaba preparando ya contra la que triunfara en estío. Fué que los progresistas de los pueblos iban cayendo en la cuenta de qué, burlados con travesura y no sin gracia por los enemigos de la Libertad y de Espartero, habían consumado la criminal tontería de lanzar a éste del reino, quedándose todos a merced de un vencedor insolente y amenazados de triste esclavitud. Al proponerse reparar su engaño, no comprendían los infelices que si susceptible de enmienda es un error no lo es la necedad. Sostenían en algunos pueblos las Juntas su autoridad bastarda, y Barcelona y otras ciudades grandes pedían que se reuniese una delegación de todas y cada una de las Juntas, con el nombre de Central, para que acordase lo concerciente a regencia nueva o declaración de mayor de edad de Isabel II. Con esto sobrevino una turbación honda en las provincias, y descontento de los milicianos desarmados ya o por desarmar; empezaron también a rezongar algunos cuerpos del Ejército, y el Gobierno tuvo que desmentir su programa de reconciliaciones, concordias y abrazos, metiendo en la cárcel a infinidad de españoles que días antes fueron proclamados *buenos,* y ya se habían vuelto *malos* sólo por querer armar su revolucioncita correspondiente.

Siguiendo con ardiente interés y atención el rebullicio del centralismo, creía Milagro que ya estaba armado el desquite, y que no tardaría en volver de Londres, traído en volandas por buenos y malos, el gran soldado y pacificador Baldomero I. Pero aquel amago de revolución, síntoma reciente de la diátesis nacional, pasó pronto, y la fiebrecilla de los pueblos remitió sólo con que le administrara algunos chasquidos de su látigo *el guapo de Loja.* También el orador angélico don Joaquín María López iba cayendo de su burro, mejor dicho, había caído ya, y suspiraba por volver a su casa, convencido al fin de que no le llamaba Dios por el camino de dirigir a un partido y de gobernar a la nación. Era hombre de intachable honradez, caballeroso, amante de su patria, en sus convicciones políticas, noble y sincero, ambicioso de una gloria pura y desinteresada, mirando al bien general. Carecía de aptitudes para ese arte supremo del gobierno, que requiere reflexión, tacto y el don singular de conocer a los hombres y entender los varios resortes de la malicia humana. Su oratoria de caja de música, y el ver todos los casos y cosas del Gobierno con

ojos sentimentales, fueron la causa de que no dejara tras sí ninguna idea fecunda, ninguna labor eficaz y duradera. Trajo a su patria, con funesto candor, el barullo y la destrucción del partido del *Progreso*. Pero si su figura, pasado el tiempo, pierde todo interés en la vida pública, en la vida privada es de las más bellas, dramáticas e interesantes. Mil veces más que la historia de don Joaquín María López vale su novela, no la que escribió, titulada *Elisa*, sino la suya propia, la que formaron los desórdenes, las debilidades y sufrimientos de su vida, y que remató una muerte por demás dolorosa. Vivió su alma soñadora en continuos aleteos tras un ideal a que jamás llegaba, y en continuas caídas de las nubes al fango; y si su bondad y abnegación en la vida pública le granjearon amigos, sobre sus flaquezas privadas arroja su manto más tupido la indulgencia humana.

Pues, señor: el lento andar de la rueda histórica trajo lo que iba haciendo ya mucha falta: nuevas Cortes, representación fresca del país, que bien a las claras expresó su voluntad favorable a la juventud moderada. En las filas de ésta, risueña esperanza del país, descollaba González Bravo, que ya parecía sentar la cabeza y se abrazaba honradamente a la causa del orden, buscando el olvido de los pasatiempos demagógicos con que se abrió camino y de las bromas pesadas que solía gastar con la excelsa reina doña María Cristina. De los demás que al lado de *Ibrahim Clarete* formaban un entusiasta batallón, muchachos de buenas familias, muy leídos y escribidos, se hablará en lugar oportuno. Lo más urgente ahora es decir que la elección de presidente fué reñidísima, por no tener mayoría los moderados y presentarse divididos los progresistas. No habiendo reunido bastante número los dos candidatos Cortina y Cantero, echaron al redondel un tercer candidato, Olózaga, que con los votos de los aliados salió vencedor. Pronto se verá que la elección de Salustiano, la res más brava y voluntariosa del progresismo, obedeció a la idea de dar a éste muerte ignominiosa; se verá con qué astuta brutalidad le asestaron la estocada maestra, que en un punto quitó de en medio al hombre y al partido.

No se les cocía el pan a las Cortes hasta no declarar la mayor edad de la reina, y desde las primeras sesiones aplicáronse Senado y Congreso a este negocio, del cual fué primer trámite la proclamación que el *Protector*, Narváez de Loja, hizo en la Cámara de su majestad ante el Cuerpo diplomático, acto solemne al cual siguió otro en la Plaza Mayor, en que el propio don Ramón María y el brigadier Prim, ya conde de Reus, celebraron con militar pompa y arrogancia la *inauguración provisional* del nuevo reinado... Ya de tal modo se le agotaba la mansedumbre al bendito López, y tan cargado le tenía su papel de *salvador del país y del Trono*, que se plantó resueltamente, y no hubo razones que le retuvieran un día más en el Gobierno. Como gato escaldado salió de la Presidencia, y su sucesor fué Olózaga. Todo iba pasando conforme al gusto y a las previsiones de narvaístas y palaciegos, a quienes no faltaba ya más que preparar al nuevo ministro y *cuadrarle* bien para que no marrase la estocada.

Acontecimientos tan fútiles no merecen un lugar en la Historia más que a título de engranaje, y si en estas páginas figuran, no es más que por preparar la relación de otros hechos realmente grandes, famosos y trascendentalísimos, como el que a continuación se lee. Fué que una tarde, allá por el 28 de noviembre, poco después de haber formado don Salustiano su Ministerio, los amigos de Milagro, que tenían su tertulia política en uno de los principales cafés de la Corte, vieron entrar a don Bruno Carrasco con el sombrero echado hacia atrás, pálido el rostro, fulgurante la mirada, señales todas de un grandísimo sobrecogimiento del ánimo. Antes de que el buen manchego satisficiera la curiosidad del noble concurso, comprendieron todos que de algún grave suceso se trataba, quizá cataclismo en las esferas, o revolución, que por igual ponía patas arriba a todas las naciones de Europa.. Dejáronle tomar aliento, beber algunos buches de agua, y luego se supo, con general estupefacción, que don Bruno traía en el bolsillo el nombramiento de subdirector de Aduanas. Habíale llamado a su despacho aquella tarde el nuevo ministro de Hacienda, el honradísimo, inteligente y chiquitín don Manuel Cantero, y, sin preámbulos, le dijo que el gobierno de Olózaga quería rodearse de todos los consecuentes liberales que des-

perdigados andaban por España, y reclutar *buenos españoles* dondequiera que se encontrasen. Naturalmente, Cantero, que conocía los méritos de Carrasco y le apreciaba de veras, se acordó de él y... Nada, nada, que era subdirector de Aduanas, y ya estaba el hombre medio loco de pensar si aceptaría o no el cargo, pues si de un lado le estimulaban a la renuncia su fidelidad y adhesión a Espartero, de otro pedíanle lo contrario sus ganas de ser útil al país y de manifestar públicamente en el terreno administrativo su honradez y laboriosidad. El tumulto que armó la noticia no es fácil describirlo: quién felicitaba con terribles voces, golpeando la mesa con los duros vasos y con botellas y cucharas; quién soltaba pullas, calificando a don Bruno entre los vividores que saben nadar y guardar la ropa. Alguien sostuvo que don Baldomero se pondría furioso cuando lo supiese, y otros opinaron que debía escribirse a Londres sin pérdida de tiempo, pidiendo consejo al duque sobre lo que se había de hacer. No pudo Milagro disimular su contrariedad, que no llegaba a los tonos de la envidia. Inconsecuente sería Carrasco si aceptaba, a menos que no declarase el Gobierno que la situación era esencialmente progresista y antimoderada, arrojando sin ningún escrúpulo el lastre cangrejil y fusilando a Narváez, Serrano, Concha y Prim, por primera providencia... No menos de un cuarto de hora duró la parlamentaria confusión de la tertulia, en la que todos hablaban a un tiempo, mareando y enloqueciendo al pobre don Bruno más de lo que estaba. La suerte suya fué que le obligó a marcharse el natural deseo de comunicar a su familia la feliz nueva. Salió de estampía, y en el cotarro siguieron zumbando los incansables moscardones, cesantes los unos y sin esperanzas, colocados otros y con el alma en un hilo por el temor de ser arrojados de sus comederos, pretendiendo los demás, tenacísimos y fastidiosos, cualquiera que fuese la situación saliente y la entrante. Todos tenían hijos que mantener y ningún oficio con que ganar el pan, fuera de aquel remar continuo en las galeras políticas.

A su casa corrió don Bruno como una exhalación y no encontró a nadie. Las señoritas habían ido de paseo con Rafaela, los chicos correteaban con sus amigos, después de clase, y Leandra, desmintiendo en aquellos días sus huraña costumbres, buscaba fuera de casa el alivio de su honda nostalgia. Obligado a esperarla y no teniendo a quién comunicar su alegría, se franqueó el señor con la Maritornes, dándole conocimiento del destino y anticipándole la idea de que la familia debía mudarse al centro de Madrid, pues no era cosa de que tuviera él que andar media legua todas las mañanas para ir al Ministerio ni cómo había de llevarle la criada el almuerzo a tan larga distancia. Era costumbre y tono que los empleados almorzasen en la oficina y que después pidieran el café al establecimiento más cercano. Luego fumaban un rato, leían el periódico y... En estos risueños pensamientos el hombre se adormecía, renegando de la tardanza de su digna esposa...

La cual entonces había contraído una dulce amistad, que era su pasatiempo más grato. Andando por paradores y tenduchos, tropezó con una paisana, del Tomelloso, propietaria de una colchonería en la calle del Angel, y hablando de la tierra iban apareciendo mujeres, hombres y familias que habían tenido el honor de nacer en la felice Mancha. En el término de esta cadena de relaciones y conocimientos halló doña Leandra a una pobre señora que había visto la luz en Aldea del Rey, lugar del propio Campo de Calatrava, con lo que resultaba un paisanaje más familiar, casi con honores de parentesco. Era la tal doña María Torrubia viuda de un tratante en ganado de cerda, y había pasado en poco tiempo de una holgada posición a la más humilde y lastimosa, pues vivía de un humilde tráfico: vender torrados, altramuces y piñones para los chicos; para los grandes, yesca, pedernales y pajuelas. Todo su comercio lo llevaba en dos cestas colgadas de uno y otro brazo, y con él se instalaba en la Fuentecilla o en la Puerta de Toledo; en el puente, los días de fiesta. En cuanto las dos mujeres se echaron recíprocamente la vista encima, reconoció cada cual en la otra el aire y habla de la tierra, y por cariñosa atracción instintiva se abrazaron con lágrimas en los ojos. Rápidamente se dieron las informaciones precisas, nombres, linajes..., y resultaron, ¡ay!, parientas, pues si doña María era

Quijada por su madre, doña Leandra tenía sangre de Torrubia por el segundo grado de la línea paterna. Enumeró doña María todas las familias enlazadas con los Carrascos y los Quijadas, y a doña Leandra no se le olvidó en la cuenta ninguno de los parientes y deudos de la Torrubia ni de su difunto esposo, Mateo Montiel, a quien Bruno había tratado íntimamente. Dos horas emplearon en hacer el censo de población del Campo de Calatrava, no escapándoseles familia rica ni pobre. Daba cuenta doña María de las casas y posesiones de los Quijadas en Peralvillo, enumerando las granjas, paneras, abrevaderos, palomares, corrales y hasta los pares de mulas. ¡Ay!, doña Leandra veía el cielo abierto y no habría parado en tres días de platicar de materia tan sabrosa.

Separáronse las improvisadas y ya cariñosas amigas con promesa formal de reunirse todas las tardes en el Campillo de Gilimón, donde la Torrubia tenía su mísero alojamiento junto a la tienda de un pajarero llamado Juan López, de apodo *Sacris*, por haber sido en su mocedad lego, y después muy metido entre curas, hasta que adoptó la industria de cazar y vender pájaros. Las horas muertas se pasaban las dos mujeres, sentaditas en los grandes pedruscos que forman poyo junto a las casas o en el pretil que cae sobre el vertedero. Allí tomaban gozosas el sol poniente hasta su último rayo, sin dar reposo a las lenguas, trayendo a una recordación entusiasta las cosas buenas de la tierra: las excelentes comidas, superiores a todo lo de Madrid; la hermosura del campo, lleno de luz, y la deliciosa sequedad, la tierra dura sin árboles; los ganados y las personas, indudablemente más honradas y verídicas que las de la Villa y Corte, donde todo era mentira y ladronicio. Jamás se agotaba el tema, y cuando la memoria de doña Leandra flaqueaba, la de doña María, por remontarse a tiempos más distantes, era más enérgica y vivaz en el descubrimiento de las manchegas perfecciones.

Una tarde, después de ponderar la *fortaleza* y el rico sabor de las aguas de allá, dijo doña Leandra:

—Y habrá usted observado, como yo que aquí el jabón no lava... Yo me restrego las manos hasta despellejarme y nada... Este condenado jabón no limpia, y la ropa nos la traen las lavanderas con viso amarillo y sin la blancura que saca en nuestra tierra ¡Vamos que cuando me acuerdo del jabón que fabrica en Daimiel Norberto Casales...! que es primo mío, por más señas...

—Y sobrino segundo o tercero de mi difunto... ¡Aquél es jabón..., sí, señora!

—¿Se acuerda? Blanco y rosadito, como *la* nácar, con un veteado azul... Deja la ropa y las manos como si acabaran de nacer..., ¿verdad?

—Verdad. Mas yo creo que aquí no se limpia una por mor de las aguas—dijo la Torrubia, mostrando sus manos, que, sin duda, necesitaban la corriente del Jordán para descortezarse—. Sobre que da dolor de tripas, el agua de Madrid no tiene aquel líquido, ¿verdad?, aquel...

En esto llegó corriendo la Maritornes para decir a doña Leandra que el señor había llegado y la esperaba...

——Chica, me has asustado... ¿Qué.... ocurre algo?

—Lo que hay es cosa de oficina y de que tengo que llevarle el almuerzo—replicó la alcarreña—. Venga, señora, pronto, que el amo está contento... *Mus muamos*...

Echóse a la cabeza doña Leandra el pañuelo negro, que en el calor de las alabanzas del manchego jabón se le había caído, y toda medrosica y anhelante, barruntando nuevas tristezas, invocando a la Virgen Santísima y a los santos de su devoción, enderezó los pasos a su casa, donde don Bruno, con solemne y conmovida palabra, le dió la noticia del feliz nombramiento.

VIII

A la siguiente tarde o mañana, que la hora no consta en los papeles coetáneos del suceso, fué doña Leandra al encuentro de su amiga con los espíritus muy abatidos. Rodeada de sombríos nubarrones, la tenaz idea nostálgica volteaba en su magín, como una rueda silenciosa, doliente... El empleo de Bruno no sólo alejaba la ocasión de volver a la Mancha, sino que imponía la necesidad de abandonar aquel barrio, el único de Madrid en que ella con mediado gusto se encontraba. Juntáronse las dos manchegas y a sus pláticas dieron prin-

cipio arrimaditas al muro de las casas para mejor gozar del sol; mas no habían pasado de los exordios, cuando el pajarero, dejando a un muchacho sirviente el cuidado de la limpieza de jaulas y el suministro de agua y cañamones, acercóse a ellas y con pavorosa ronquera les dijo:

—Me paiz que no acabará el día sin tremolina. ¿No saben lo que pasa? Pues ahí es nada lo del ojo... La cosa más tremendísima que se ha visto en toda Europa y sus islas *alicientes*...

—¡Ay Dios mío!—exclamó la Torrubia—. ¿Otra revolución? Mal año para el comercio.

—Mal año para todo—replicó doña Leandra, elevando los ojos al cielo—. Y díganme a mí que no están todos locos en esta tierra.

—La circunstancia de ahora—dijo *Sacris*, pasando de la ronquera al tono profético—será la más funestísima que habéis visto, y correrá la preciosa sangre por las calles, mismamente como en el matadero... Pues ello es que Olózaga..., el que rezó la salve en las Cortes, ahora le ha cantado el credo a la reina. Diz que en cuanto cogió el bastón de ministro quiso volver a poner en pie de guerra a la Milicia nacional, traernos otra vez al *ayacucho* y desarmar todo el Ejército, lo que a la reina no le hacía gracia. Llevó el decreto disoluto de quitar Cortes, y la reina no quiso firmarlo. Furioso el hombre, paiz que cerró las puertas del camarín y sacó una navaja, otros diz que puñal, de este tamaño, con perdón, y amenazó a la reina con dejarla en el sitio si no firmaba; y no contento con tan tremendísima peripecia, echóle la mano a la ropa, la obligó a sentarse en el trono, y allí, amenazada la niña con el puñal apuntando a su tierno pecho, no tuvo más remedio que suministrar la firma... El hombre, una vez conseguida su incumbencia, tomó el portante, mas la reina y todo el señorío de Palacio salieron dando chillidos tras él y en la escalera le apresaron los excelentísimos alabarderos. Total, que ya está en capilla y mañana le ahorcan... Pero andan los del *Progreso* muy alborotados y dicen que no hay que colgar a Olózaga, sino a Narváez, que es el causante, pues... Los de tropa van por las calles pidiendo la exterminación de liberales y se comprometen a estar fusilando desde por la mañana hasta la caída del sol si la reina lo quiere..., y ved ahí el cataclismo que atravesamos...

—Pues siendo así—dijo doña Leandra, echándose atrás el pañuelo, que la sofocaba—, y si viene tan grande matanza, buen tonto será quien teniendo pueblo tranquilo donde vivir se quede en este infierno... Voime a mi casa, que Bruno habrá llegado con tan horrendas noticias y determinará que esta tarde nos pongamos en salvo.

—Sí, hija; didos pronto—indicó la Torrubia—, y llevadme a mí, que como en el barrio me tienen por liberala, motivado a que di muchos vivas en aquellas tardes del mes de septiembre, cuando tiraron a la Cristina, puede que a mí quieran también colgarme... Aunque para mi sayo digo yo, con perdón del señor *Sacris*, que no será la cosa tan funestísima ni habrá tantas horcas preparadas, pues desde el amanecer de Dios ando yo en estas calles y no he oído nada.

Llegaron en esto al grupo dos vecinos, uno de ellos zapatero y miliciano nacional, el otro matarife, muy señalado por su patriotismo, y dieron del suceso versión distinta de la de *Sacris*. Olózaga llevó a la firma de la reina el decreto de disolución, y su majestad obsequió al ministro con un cartucho de dulces, después de lo cual firmó sin dificultad. Lo que había era que los despóticos, viendo que Olózaga venía con las intenciones de un jarameño, le armaron esta fea zancadilla en Palacio, figurando que la reina no firmó de su voluntad, con lo que quitaban de en medio a todo *el elemento libre*.

En formidable disputa empeñáronse el zapatero y *Sacris*, esgrimiendo éste toda su dialéctica retrógrada y eclesiástica, el otro volviendo por los sagrados fueros de la Libertad y la Milicia, y a punto estaban ya de agarrarse, no ya de lenguas, sino de uñas, cuando doña Leandra abandonó al grupo de contendientes (que a cada instante se engrosaba con vecinos de uno y otro sexo) y tiró hacia su casa, donde esperaba que Bruno le daría informes de toda exactitud y que la familia determinaría por unanimidad pónerse a salvo. Llegó, en efecto, al hogar el buen Carrasco, poco después de su esposa, y a ésta y a sus hi-

jas, que ya en la vecindad habían oído alguna vaga indicación del suceso, lo refirió y comentó con sentido, sin dar a entender que ofreciera peligro la residencia en Madrid. Doña Leandra afectó un terrible miedo; las chicas, no menos asustadas, agregaron que convenía mudarse pronto, antes hoy que mañana, porque no había más peligrosa vecindad que los barrios bajos en tiempo de revueltas. Calló la madre, tragando saliva, y don Bruno siguió diciendo que lo de Olózaga era castigo de Dios, porque tanto él como López y Caballero, las primeras figuas entre los *libres*, se habían mancomunado con la gente tiránica para derribar al regente, y ya pagaban su culpa, viéndose perseguidos y deshonrados de mala manera por los que se fingieron sus amigos con el único fin de quitarle a la nación *hasta los últimos ápices* de libertad.

Por el momento, no podía el señor de Carrasco decir más, y al café se largaba, donde fácilmente se enteraría del curso de aquel *negocio*. Todos los cafés ardían en disputas. Se oían los juicios más razonables y las aseveraciones más absurdas y locas. La discreción y la demencia chisporroteaban juntas y el humo de las vacías palabras asfixiaba a las muchedumbres que en lugar cerrado y en la calle, en cuerpos de guardia, en corredores palatinos, en ámbitos del Congreso y en sacristías, camarines, plazuelas y portales, agitaban sus lenguas y secaban sus gargantas comentando el dramático asunto y desentrañando sus oscuros móviles.

—Señores, señores—decía don José del Milagro en su gallinero del café, esforzando horriblemente la voz y dando golpes en la mesa para dominar el tumulto y abrir un hueco de silencio en que depositar su opinión—, señores..., óiganme, por favor... En nombre de la patria, de la familia, del individuo, ¡ah!, les ruego que me oigan, porque si no me oyen reviento, como hay Dios... La única solución, la única solución que veo..., lo digo con la mano puesta sobre mi conciencia..., la única solución es que traigamos otra vez... Sí; en este terrible desconcierto, todos los ojos se volverán, al fin, al héroe desterrado, al ciudadano invicto que hemos perdido, porque no lo merecemos; al triunfador, al regenerador, al pacificador...

—¡Silencio, orden!—gritaron varias bocas—, que Milagro está diciendo cosas muy buenas... ¡Silencio!

—Sí, amigos míos, compañeros míos, hermanos míos—prosiguió don José, imitando el estilo de López—: yo sostengo, yo aseguro, yo declaro que en la gravísima situación de la patria, en el terrible conflicto de la Libertad, en este deplorable caos a que nos han traído los errores de unos y otros, no veo, no vislumbro, no puedo imaginar otro remedio ni otra salvación que la salvación y el remedio que he tenido el honor de exponer... Y la misma reina, nuestra amadísima soberana, que alguien quiere convertir en piedra de escándalo y en elemento, señores, en elemento de discordia y enredos..., nuestra excelsa soberana, hija de cien reyes, será la primera que alargue sus bracitos amorosos hacia Londres, diciendo: «Espartero, ven a salvarme, que sólo en ti y en la Virgen del Pilar veo lealtad y amor verdadero; ven a librarme de esta pillería que me rodea y quiere engañarme: unos, para llevarme a la demagogia; otros, para vestirme de la piel del despotismo... No, no mil veces, Espartero mío; yo no quiero ser despótica ni parecerlo. Liberal nací y liberalmente me crié, ¡ah!, entre el estruendo de los himnos populares y el horrísono fuego de cañón con que los campeones del adelanto destruían los odiados alcázares del retroceso, representado por mi señor tío. Yo quiero ser popular y que el pueblo me adore, como yo le adoro a él.» Esto dirá nuestra divina Isabel, y el pacificador oirá su voz suplicante, como la de los *buenos* que aún quedan aquí, y le veremos venir, tirándole de un brazo los progresistas y de otro los moderados de juicio y empujándole los decentes de todos los partidos. Creedlo, señores y amigos: si la acusación se formula en las Cortes, si el gran barullo se arma entre los olozaguistas y palaciegos, entre Milicia y tropa, entre fraques y uniformes, llegará día en que la necesidad de conservar la vida inspire a todos la idea de volver los ojos al *hombre de septiembre* en Madrid, al *hombre de diciembre* en Luchana, al *hombre de junio* en Peñacerrada, al *hombre de mayo* en Guardamino, al *hombre*, en fin, *de todos los meses del año* en la patria historia... Deseemos, pues, que la confusión aumente, que ven-

gan injurias de unos a otros, bofetadas y palos, y tras los palos, tiros, y tras los tiros, el pronunciamiento decisivo del sentido común contra las tonterías y los crímenes. He dicho.

Aunque no fueron pocos los que tomaron a risa la perorata del sesudo Milagro, escarneciéndola con aplauso burlesco, no dejó de producir su efecto en la mayoría del concurso, y algunos hubo que, suspensos y meditabundos, la oyeron. ¡Sería chistoso que acertara don José y saliera para Londres una comisión de tirios y troyanos en busca del duque para traerle a poner paz en este charco de ranas locas! Abundó Carrasco en las ideas de su amigo, añadiendo que él iría con mucho gusto a Londres para la traída del *hombre de todo el año*, y, por de pronto, lanzaría la idea para que fuese cuajando en los cerebros.

El llevar al Congreso la acusación y darle forma parlamentaria fué la más escandalosa pifia de los señores moderados o palatinos; en vez de ahogar el escándalo en su origen, echando tierra sobre el error cometido, fuera obra de quien fuese, empeñáronse en desplegar ante el país toda la malicia y desparpajo de nuestros políticos, entregando la persona de la reina a la voracidad de las disputas y al manoseo de las opiniones. ¡Bonito principio de reinado, bonito estreno de la majestad que, representada por una candorosa niña, debió ser resguardada de toda impureza y puesta en un fanal, a donde no llegara el hálito de las ambiciones! Por esto ha podido decir Isabel II que desde su tierna edad le enseñaron el código de las *equivocaciones*. Pudo añadir también que en cuanto le quitaron los andadores, dejándola correr por las asperezas del Gobierno con sus pasos propios, oyó sin cesar palabras rencorosas de unos españoles contra los otros, y sin quererlo aprendió de memoria el estribillo de que estos súbditos eran *buenos*, y *malos* los de más allá. Manos de bandidos la empujaban por estos caminos, dedos negros le señalaban otros no menos oscuros, y con pérfidas lecciones fomentaban en ella todos los defectos de su raza, dejándole el cuidado de conservar por sí misma algunas de sus virtudes. Si algo bueno tuvo no se lo debió a nadie: lo malo no es tan suyo como parece, porque poca defensa contra el mal tiene una pobre niña, gobernante de pueblos, criatura mimada y sin estudios, a quien le ponen de maestros los siete pecados capitales..., y no le pusieron más de siete porque no los había.

IX

La gran función parlamentaria, la espantosa lidia de Olózaga, soberbia res de sentido, fué de las más interesantes del régimen: desde que hubo tribuna entre nosotros no se había visto escandalera semejante; la emoción dramática superó a cuanto dan de sí las más ingeniosas obras del romanticismo. La intriga era soberana, el enredo superior, el diálogo vivo, a veces fulminante; las peripecias, variadas y sorprendentes; a cada paso surgían escenas de pasmoso efecto. Una de las que más hondamente afectaron al público apenas alzado el telón fué ver entrar en escena, con su cartera debajo del brazo, algo inquieto y sobrecogido, al famoso *Ibrahim Clarete*, el desvergonzado libelista de *El Guirigay* y trompetero de motines, don Luis González Bravo, joven lleno de gracias y de ambición, de simpatía y de cinismo, que desde el 40 acechando venía la coyuntura de un rápido encumbramiento, y, al fin, lo encontraba. Meses antes enronquecía cantando las alabanzas de la Milicia nacional; en septiembre del 40 ensalzaba, en Madrid, a Espartero; en junio del 43, a la coalición, en Barcelona; su audacia y el arrimo de los moderados le llevaron de los clubs a las Cortes; su natural despejo y su asimilación prodigiosa hiciéronle orador notable y capitaneó el grupito de la *Joven España*.

Días antes del drama en que apareció desempeñando con tanta frescura el papel de defensor de la inocente majestad ultrajada, creyó González haber encontrado junto a Olózaga la coyuntura que perseguía. Indicaciones de amigos oficiosos le hicieron creer que aquél le haría ministro; confiaba en ello; mas Olózaga no quiso en su cotarro gente de aluvión, y el ambicioso, con rabia y despecho fuertes, buscó en la turbada situación política otro árbol a que arrimarse o percha con que trepar a las alturas. Los primates moderados, que querían

llevar adelante la fea intriga de la acusación de Olózaga, desviando sus rostros para disimular mejor sus pensamientos, necesitaban un hombre listo y ambicioso, valiente en las disputas, poseedor de una de esas caras que afrontan todas las situaciones, de una conciencia insensible a todo escrúpulo; un hombre, en fin, de esos cuyo entendimiento no flaquea ante ninguna razón, cuyo oído no se asusta de lo que oye, cuya palabra no se asusta de lo que dice.

Prestóse don Luis a ser ministro en el cráter de un volcán, demostrando la magnitud de su audacia, rayana en heroísmo. Hay algo de grande, no puede negarse, en esta frescura, que, por un lado, es picaresca; por otro, lleva en sí todas las arrogancias de la caballería. La Historia vacila entre admirar a este hombre o inscribirle con asco en sus anales. Testaferro de los moderados, firmó el acta de acusación con la referencia del desacato y el testimonio de su majestad, arma terrible de justicia con la cual se podría decapitar a media España y meter en presidio a la otra mitad... Desorientado y confuso se ve el narrador de estos acontecimientos al tener que decir que aquel cínico era simpático y airoso por extremo, que fuera de la política era un hombre encantador, que a todo el mundo cautivaba; ornado de sociales atractivos y aun de cristianas virtudes... ¡Oh! España, en todo fecunda, es la primera especialidad del globo para la cría de esta clase de monstruos.

Contentos de haber hallado un monstruo que tan bien se ajustaba a las necesidades de aquel momento político, los caballeros del orden no tenían ya nada que temer: suya era la Casa real; España, con sus Indias, no tardaría en pertenecerles. A Olózaga dábanle ya por difunto, y con él caía para siempre, o al menos para muchos años, el espantajo del *Progreso*. Anhelaban acortar todo lo posible la función dramática, a fin de dar al escándalo tan sólo las dimensiones absolutamente precisas. Para que la semejanza de tal función con las de un drama o comedia fuese perfecta, el local parlamentario era el teatro de la plaza de Oriente, aún no concluído, edificio de grandes anchuras para la sesión pública, pero sin desahogo de pasillos para el descanso y esparcimiento de los padres de la patria y para la irrupción de vagos que iban a recoger impresiones, a charlar de política y a comentar los discursos. Entre estos holgazanes era don Bruno de los más fijos, como si en ello estribara una sagrada obligación, y aunque no tan asiduo, también Milagro dejábase ver por allí, y con él Mariano de Centurión, a veces *Don Frenético*. En aquel corro vocinglero solían introducirse algunos diputados, como Fermín Gonzalo Morón, amigo de Milagro; Madoz, íntimo de Centurión, y Oliván e Iznardi, que a sus ventajas de comer la sopa en todas las situaciones unía ya la de ser representante del país en todas las legislaturas. También hocicaban en el grupo periodistas jóvenes, como Angel Fernández de los Ríos, Coello y Quesada, Villergas y otros... Si todo lo que tantas bocas hablaban se refiriese, no habría libros ni biblioteca bastante capaces para contenerlo; entre millones de palabras vanas, algún juicio gracioso y picante, algún relato en que vibraba la verdad merecerían la reproducción. Milagro conservaba en su memoria multitud de trozos que bien podrían ser páginas históricas, y, haciéndolos suyos, estuvo repitiéndolos hasta el año 46, en que perdieron su oportunidad. Asimismo recordaba Centurión, con admirable retentiva, la perorata que soltó Fermín Caballero una tarde, cuando ya la escandalosa discusión estaba en el quinto o sexto día. Fué como sigue:

«Con lo que le han dejado decir a Salustiano, con lo que hemos dicho Cortina y yo, habrá comprendido todo el mundo que lo de violentar a la reina para que firmase es una farsa, la peor y más peligrosa que pudo haber discurrido esta gente. Hay cosas que si pudieran decirse aquí, arrojarían toda la claridad que este oscuro pleito necesita. En la famosa entrevista de Salustiano con la reina, ésta se mostró, como nunca, jovial y juguetona, firmó todo lo que le presentó su ministro: una cruz para el escritor francés M. Viardot, otra para el señor Morejón y, por fin, el decreto disolviendo las Cortes. Al salir Olózaga, le dió la reina un cartucho de dulces, con recomendación expresa de que no lo abriese hasta llegar a su casa... Hemos creído si habrá sacado esta niña las mañas guasonas de su papá, que regalaba cajas de puros a los ministros cuando

había decidido plantarlos en la calle o mandarlos al destierro. Pero esto es una cavilación; la reina dió los dulces con la mayor inocencia: eran para Elisita, la niña de Olózaga... He sabido por un palaciego de todo crédito, persona veracísima, que al salir nuestro amigo de la estancia regia estaba Isabelita gozosa, más aún que de ordinario, saltona y vivaracha, y que por las trazas, deseaba que se fuera el ministro para ponerse a jugar con su hermanita y dos azafatas. Como unas dos horas estuvo enredando en el juego más de su gusto: *las casitas de alquiler;* y vean ustedes qué simbolismo: poco antes había jugado a desalojar las Cortes poniendo en el Congreso los papeles de «Esta casa se alquila». ¡Cosas de la vida humana, que resultan muy chuscas en la vida de los pueblos! No olvidemos que nuestra reina cumplió ese día trece años, un mes y dieciocho días. Díganme si no es criminal la conducta de los que han hecho a esta cándida niña, sin experiencia, sin malicia ni conocimiento de su posición y de su responsabilidad, el mal tercio de ponerla frente a un partido respetable: el partido que aseguró su Trono y defendió sus derechos... Yo les digo a estos señores que, si todos de buena fe, todos con mira patriótica, no nos cuidamos de educar a esta chiquilla en las funciones de su cargo; si no la rodeamos de respeto; si no la ponemos muy alta para que no lleguen a ella ni siquiera los rumores de nuestras disputas, demos por corrompido el régimen y vayámonos todos, ¿adónde?, a cualquier parte, dejando que hagan sus madrigueras en las gradas del Trono cuatro clérigos y cuatro espadones...

»Pues sigo mi cuento. Jugó su majestad largo rato a las casitas de alquiler y dió luego a las muñecas una espléndida comida de anises en una vajilla diminuta, y de lo que menos se acordaba Isabel Segunda era de que nos había disuelto de una plumada, y de que había llamado al país a nuevos comicios. Todo el resto del día estuvo la niña en la mayor tranquilidad, olvidada de sus funciones graves, hasta que llegó de su casa la camarera mayor, y ¡allí fué Troya! Al enterarse de que la reina había firmado, la marquesa, que venía con las de Caín, bien provista de instrucciones, puso el grito en el cielo y se llevó las manos a la cabeza, augurando desastres, revoluciones y el diluvio universal. ¡Buena la había hecho la inocente reinita! Jugando con el país como con una muñeca más, había firmado su perdición. ¡La Milicia nacional otra vez cobrando el barato, la libertad de la imprenta despotricando a troche y moche, el ateísmo, la demagogia y cuanto hay de perverso!... Dicho esto por la marquesa, se alborota todo Palacio. Poco después empiezan a llegar a la Cámara real los señores del margen: Narváez, Pidal, Miraflores, Serrano, *el general lindísimo*... Pidal, con noble inocencia, llora al saber el desacato que atribuye a Olózaga, y también derrama una lágrima por el propio motivo nuestro amigo el angélico Frías... En fin, que allí se acordó la exoneración del ministro, y encausarle y hacerle añicos, y no dejar luego un progresista para un remedio... Poco después llevaron al pobre González Bravo, a quien yo aprecio porque es listo, gracioso, amable y valiente, más valiente que el Cid. De su bravura indomable da testimonio la serenidad con que entró en Palacio, con las uñas todavía ensangrentadas de haber desollado viva a la reina Cristina, refiriendo descaradamente los amores con Muñoz y aquellas escenas picantes de Quitapesares y de El Pardo... Pues bien: reunido todo el conclave, allí acordaron lo que se había de hacer para llevar adelante la intriga del modo más airoso. La osadía de Luis les daba esperanzas de éxito... ¡Ah!, un detalle. En el acta de acusación se dice que cuando la reina manifestó repugnancia de firmar y quiso pedir auxilio, Olózaga se abalanzó a la puerta y echó el cerrojo. Pues la puerta de la estancia en que esto pasaba no tiene cerrojo. Lo sé como si lo hubiera visto y examinado. Pueden ustedes asegurarlo como yo lo aseguro.

»Continúo. Pues mientras en la Cámara regia sucedía lo que voy contando, Olózaga, tan tranquilo, ignorante de todo. Había pasado el día con Manuel Cantero y otros amigos, entre los cuales me contaba yo, en la Casa de Campo, donde comimos alegres y descuidados... Al volver de la partida campestre, enteróse Salustiano de lo que ocurría, fué a Palacio y no le dejaron pasar a la Cámara real, cosa inaudita y que no le dejó duda de su desgracia. El duque de Osuna, gentilhombre de servicio, le dijo que,

habiéndose dignado su majestad destituirle, podía retirarse a la secretaría de Estado, donde encontraría el decreto de exoneración. Al último de los criados se le despide con más miramiento, ¿verdad, señores? En el círculo de la amistad y en la conversación privada, hemos podido hacer confesar a Angel Saavedra, a Pastor Díaz y al mismo Sartorius, con ser tan arrimadillo a Narváez, que esto es un escándalo, que de la polvareda de esta intriga saldrán terribles lodos y que los moderados echan el primer borrón en el reinado de esa pobre niña... Otros no quieren confesarlo, aunque en su fuero interno piensan lo mismo, y si pudieran volverse atrás, recoger y retirar todo lo actuado, lo harían de buena gana... Ya saben ustedes, porque cien veces lo hemos dicho, que, reunidos en casa de Madoz para examinar despacio el decreto firmado por la reina, no descubrimos en la firma y rúbrica la menor señal de alteración del pulso ni que la escritura hubiese sido hecha con violencia... Y vednos aquí, en el más extraño y desigual juicio que cabe imaginar, porque no podemos poner en duda la palabra de la reina, quien, como tal reina y señora de los españoles, no puede haber dicho cosa contraria a la verdad. Nuestra defensa está en sostener que no hubo violencia para obtener un decreto y que sí la hubo en la producción del acto y testimonio de su majestad. La verdad no se pondrá en claro y cada cual seguirá creyendo lo que quiera. Pero no quedará bien parada nuestra soberana, que unos y otros suponemos víctima de una violencia. ¡Qué principio de reinado! ¡Esto da pena! ¡Qué manera de empañar con nuestro vaho la aureola de esa criatura, cuya pureza debe ser fuente de toda autoridad! ¡Qué furia para dar pisotones a esa rosa y privarla de su aroma y de su color bellísimo...!»

X

Con estas turbulencias y estos dramas parlamentarios, agudísimo acceso de la dolencia de la nación, vivía en gran zozobra la buena de doña Leandra, viéndose obligada a repetir: «Ni se muere padre, ni cenamos.» Si no se determinaba la mudanza, tampoco se veía claro lo del destino, porque caído y arrastrado por los suelos Olózaga, lo más seguro era que su sucesor revocara todos los nombramientos hechos por aquél. La familia, pues, estaba con el alma en un hilo: ni se realizaba el bien supremo de volverse todos a la Mancha ni el problema de la vida en Madrid se les presentaba claro. Provechosa sería tal vida, aunque triste, si la posición de Carrasco fuese tal como de sus méritos podía esperarse, si a las chicas les salieran excelentes partidos, si los pequeños adelantaran en sus estudios y se hicieran ilustradillos, en disposición de seguir brillantes carreras. Pero la realidad no acababa de confirmar las risueñas ilusiones. Siempre que doña Leandra hablaba a su esposo de la poca gracia que le hacía Madrid, se le nublaba el rostro a don Bruno y dejaba escapar suspiros como catedrales. Sin duda, no bastando las rentas de la propiedad manchega para sostenerse, el buen señor se había visto obligado a contraer deudas, con lo cual y las cosechas flacas y el dispendio gordo y los arrendamientos en deplorables condiciones, por favorecer a parientes menesterosos, la riqueza de la familia, grande para la Mancha, cortísima para Madrid, iba cayendo y rodando por un despeñadero cuyo fondo no se veía.

Observó doña Leandra, en la primera semana de diciembre, que se agravaban las melancolías de don Bruno, como si en el proceso parlamentario de Olózaga fuese él y no Salustiano el acusado a quien los palaciegos maldecían. Había tomado el manchego como cosa suya el tremendo litigio, y en su solución se interesaba cual si en ello le fuese la vida. Diariamente daba noticias a los suyos de cuanto en el reñidero de la plaza de Oriente iba pasando; los discursos terribles de los acusadores, la defensa de Cortina y la que de sí propio hizo el supuesto delicuente. Ponderaba el valor cívico, el sólido argumento, la palabra elegante, la sinceridad, la ironía, todo lo que, a juicio del informante, hacía de Olózaga orador más completo que los llamados Cicerón y Demóstenes, de tiempos muy antiguos... Según don Bruno, convertido de acusado en acusador, se había crecido tanto el hombre, que ya no se le veía la cabeza de tan alta como estaba.

Llegó, por fin, un día en que el escándalo, si no concluído por el esclarecimiento del asunto, fué cortado y suspenso: los propios palaciegos echaron agua a la hoguera para que no fuese terrible incendio que a toda la nación devorase. Olózaga, por consejo de sus amigos, que veían amenazada la vida del tribuno en nocturnas asechanzas, huyó al extranjero, y el Ministerio González Bravo procuraba entrar en la normal vida política, consistente tan sólo en dar y quitar destinos. En este punto advirtió la familia de Carrasco que el cabeza de ella, lejos de calmarse, se abismaba en más negras murrias; perdía notoriamente la salud y ni entraba bocado en su boca ni de ella salía palabra alguna. Pasaron días y el buen hombre, por los monosílabos que pronunciaba su trémulo labio, por el tenebroso signo de su entrecejo, parecía tocado de la desesperación.

—Madre, señora madre—dijo a doña Leandra la hija mayor—, ¿sabe lo que tiene padre en su cuarto? Pues una pistola así, muy grande. Escondidita debajo de los libros la vi cuando limpiaba. No he querido tocarla, temiendo que se me disparase.

Corrieron allá hijas y madre, aprovechando la ocasión de estar ausente don Bruno, que había bajado al estanco, y con grandísimas precauciones se apoderaron del arma y la guardaron en paraje recóndito, donde nadie podría encontrarla. Por la noche, acostados todos, durmiendo los menores, en vela Carrasco, su mujer haciéndose la dormida, notó ésta que el buen señor se levantaba despacito, evitando el ruido, y que con paso de ladrón a su despacho se encaminaba; púsose en acecho la señora, le sintió encender la luz, oyó el chasquido de la silla cuando en ella cayó el proceroso cuerpo; le sintió luego revolviéndose con paseo de lobo enjaulado en la reducida estancia, y, a veces, oía secos golpes, como si don Bruno se diera de cabezadas contra los frágiles tabiques. Más muerta que viva, levantóse doña Leandra y, echándose una falda y cubriéndose con la colcha rameada, que fué lo que encontró más a mano, corrió al lado de su esposo, el cual, al verla entrar en tal disposición, silenciosa por no traer zapatos, se estremeció de susto, creyendo que le visitaba algún fantasma o alma del Purgatorio. Estaba el manchego, cuando surgió la aparición, trazando el encabezamiento de una carta. A su lado se sentó la mujer y le dijo:

—Que a ti te pasa algo, y aun algos que no es cosa buena, no puedes negármelo, Bruno, que bien lo manifiestas, no con lo que dices, sino con lo que callas y con la cara de tinieblas que se te ha puesto. De lo que sea dame conocimiento pronto, pronto, pues si a mí no te confías, no sé a quién lo harás...

—Pues sí, mujer—dijo Carrasco, que sólo con verse provocado a la confianza algún alivio sentía ya de la pesadumbre que agobiaba su espíritu—: me pasa lo más terrible, lo más espantoso, lo más horrendo que puede pasarle a un hombre, y si ahora te pusieras tú a imaginar cosas malas, no llegarías a la verdad de mis padecimientos, Leandra.

—Todo sea por Dios—dijo la señora, abriendo el inmenso paraguas de su conformidad evangélica para el chaparrón que venía—. Si Dios quiere probarnos y afligirnos con penas grandes, es que las merecemos, Bruno, y a su santa voluntad debemos someternos... Ya me parece que estoy al tanto de lo que nos pasa. Esta vida no es para nosotros, pobres aldeanos, y por meternos a figurar en la Corte vamos cayendo, cayendo, y está próximo el día en que tengamos que vender nuestra propiedad para comer unas sopas. En la Mancha no comprábamos comida, salvo el azúcar y chocolate, pues de nuestras tierras salía el gasto de boca, y aquí, ni perejil tienes si no sueltas el dinero. Luego vienen los pingajos para vestir a las niñas y poner con ello cebo a los novios, que pican, sí, pero no caen; luego el costerío del estudio de los chicos, el cual es tan grande que en cada libro que se les compra se va el valor de medio cochino, y de un diccionario en latín sabrás que costó más de cochino y medio...: en fin, Bruno, que vamos perdiendo el vellón en las zarzas de este Madrid tan malo, y a poco más nos quedamos desnudos.

—Algo hay de eso, mujer—dijo don Bruno, suspirando—; pero no es tanto el dispendio como tú crees y las mermas de nuestro caudal no son tales que no podamos reponerlas.

—¿Es que has tomado dinero con usura para remediar lo flaco de las rentas

y no puedes pagarlo? Pues véndase lo que fuera menester, ya sea de lo tuyo, ya de lo mío, y salgamos de esos ahogos,

—No es eso, mujer. Algún dinero he tenido que procurarme. Después de lo que tomé a Corchales, el de Tirteafuera, no hay otro préstamo que una corta cantidad que aquí me dió un amigo de Milagro, don Carlos Maturana; pero por ahí no nos moriremos... Lo que ahora me tiene tan afligido es cosa de mayor gravedad que todas las deudas del mundo.

—Yo te aseguro—dijo doña Leandra, sin poder salir del círculo de los intereses—que no me importa la miseria, teniendo la conciencia tranquila. ¿Qué nos pasará? ¿Que lo perderemos todo, que tendremos que volvernos a nuestra tierra pidiendo limosna?

—No es eso. Nunca nos veremos en ese trance, mujer. Además, lo de los Pósitos va mejor que nunca.

—Será entonces que, caídos y hechos polvo los del *Progreso*, ya no tienes esperanza de ser jefe político, ni diputado, ni funcionario *excelentísimo*... Pues mira tú, eso sí que no me importa nada, porque dime: ¿no has vivido santamente y con la mayor holguera en nuestro pueblo, sin que hicieras ninguno de esos papelones? ¿Por ventura, cuando allí nos sobraba todo y teníamos para dar al pobre, eras tú *hombre público* y yo *señora pública?* No éramos públicos, sino honrados y trabajadores: nada debíamos a nadie, y el Señor nos colmaba de bendiciones..., mientras que aquí, en este laberinto, somos unos tristes payos que vienen al olor de la sopa boba y a ver si encuentran un par de pelagatos hambrones con quienes casar a las hijas.

—Tampoco ahora has dado en el clavo, Leandra. Todas esas desdichas que inventando vas son granos de anís en comparación de esta grande angustia que me hace desear la muerte... Para que no te devanes los sesos, te contaré lo que ocurre... He de comenzar por los antecedentes, que principio quieren las cosas, y no entenderías bien ni mal sin ver antes los caminos del demonio por donde ha venido... Pues el lunes, ¡ay!, a las tres de la tarde, me encontré en la calle de Alcalá, esquina a la que llaman ancha de Peligros, a don Serafín de Socobio...

—¿Aquel señor que dicen es muy leído y de mucha sal en la mollera? Fué de Palacio.

—Y ahora está otra vez al servicio de su majestad con mucho predicamento. Pues nos saludamos: es hombre muy fino, muy sutil, de estos que sienten crecer la hierba... Naturalmente, se habló de lo de Olózaga, y yo me desmandé: no lo pude remediar. Mi conciencia, siempre por delante. Dije que los de Palacio habían armado una gran canallada y que si triunfaban por el pronto y hacían de Isabelita una reina despótica, luego vendrían sobre la nación calamidades terribles: que los moderados no tenían escrúpulos, ni vergüenza, ni...

—Y el hombre, ciego de ira, te arreó una bofetada.

—Nada de eso. Díjome que me calmara, que reflexionara, que viera las cosas por el prisma de... no sé qué prisma era... Vamos, que me convidó a refrescar, y entramos en el café de Matossi. Pues señor, tomé una limonada, con lo que se me fué enfriando la sangre, y don Serafín me explicó el porqué y el cómo de existir el moderantismo; que no se gobierna a los pueblos con el aquel de progresar siempre, como queremos nosotros, ni con hartarnos de libertades, que en la práctica son barullo para las cabezas y vaciedad para los estómagos... Nos despedimos y... Ahora viene lo bueno, quiero decir lo malo. Al día siguiente recibo una carta de don Serafín, que luego te enseñaré, citándome para las diez de la noche en el propio sitio. La torpeza mía fué acudir a la cita, que si allá no fuera yo, y con el desprecio le contestara, no habría caído en estas congojas... Fuí por mi mal...

—Y en la esquina más oscura tenía don Serafín hombres apostados para que te apalearan... Ya voy entendiendo.

—No entiendes nada todavía, mujer. En el café me esperaban Socobio y otro sujeto de los más calificados de la situación, Cándido Nocedal, en pasados tiempos patriota y miliciano, hoy cangrejo rabioso. Empezaron uno y otro a darme un jabón tremendo, hija, a colmarme de elogios, que me pusieron colorado, y tales eran, que creí que se burlaban de mí. Socobio, poniéndome la mano en el brazo, me decía: «Nadie puede negarle a usted el dictado de *buen español* entre los mejores. De hombres como usted, honrados, independientes, serios, está

muy necesitada la nación, y el Gobierno que les convoque a todos, sin reparar en las ideas, mirando sólo a los méritos, olvidando antiguas y ya olvidadas denomiciones, será el Gobierno verdaderamente regenerador...» Pues con todos estos arrumacos se me fué metiendo en el corazón. La verdad, no es uno de bronce; no se ve uno halagado así todos los días. En fin, para no cansarte, después que me adormecieron con aquellas lisonjas tan bonitas, que si buen pico tiene el uno no le va en zaga el otro..., después que me pusieron bien blando, tan blando que se me caía la baba, ¡zas!, diéronme la puñalada maestra.

—¡Jesús!

—Dijéronme que González Bravo quería verme y que allí estaban ellos para llevarme al despacho de su excelencia en aquel mismísimo instante.

XI

—Ello era una emboscada—dijo doña Leandra—. ¡Si serían granujas!...

—Espérate un poco. Yo, como tan lelo me tenían con las alabanzas, me dejé conducir, como un pobre buey cansino a quien llevan al matadero... Entré... Tan pagado estaba yo de mi papel de *buen español entre los mejores,* que por las escaleras arriba me iba riendo de satisfacción, y cuando vi que los porteros se quitaban la gorra galonada, tan finos, ¿qué me creí?, que se daban la enhorabuena por ver entrar en la casa la flor y nata de los *buenos españoles.* Metiéronme en el despacho del señor presidente del Consejo, que allí estaba de palique con dos o tres mamalones junto a la chimenea... ¡Ay!, la vista de González Bravo me trastornó: a punto estuve de echar a correr. ¿Cómo había yo de cruzar mi palabra honrada con aquel pillete, con aquel libelista escandaloso, con el acusador de Olózaga, con el difamador de la reina Cristina, con el hombre impúdico que se ha puesto a la nación por montera y a todos quiere hacernos esclavos? Temblando estaba yo de que acabase con aquellos señores y viniese sobre mí... No podía yo recibirle sino con cuatro coces y bofetadas...

—Ya, ya lo entiendo todo, Bruno; no sigas. El tunante de Bravo quería cazarte con reclamo, y una vez cogiéndote allí, ¿qué le faltaba más que mandar salir a los guindillas que tenía escondidos y sujetarte con sogas y llevarte a los sótanos?... Ya veo claro que así fué, y que logrando escaparte, andas ahora en la grandísima zozobra de que vengan a prenderte.

—Si eso hubiera hecho conmigo el tal González, no estaría yo tan turbado y afligido como ahora lo estoy, ni creería, como creo, que debo pegarme un tiro... Déjame que siga contándote, y los cabellos se te pondrán de punta... Pues acabó el ministro con los otros, y vino a mí muy risueño, alargándome las dos manos.

—¡Ah..., hi... de tal! Comido de cuervos se vea.

—Socobio y Nocedal me presentaron y discretamente se fueron, y sólo con la fiera me vi. Yo temblaba; el hombre me hizo mil carantoñas, mandándome sentar a su lado y dándome palmaditas en el hombro. Yo debí echarle mano al pescuezo y decirle: «¡Perro traidor!...» Pero lo que hice fué darle las gracias, todo confuso. «No veo en usted—me dijo el ministro—más que al *buen español;* no veo al sectario, ni eso me importa. Yo también he sido sectario, todos lo somos, y en el furor de bandería hemos cometido mil errores... Pero alguien ha de ser el primero en mandar a paseo las sectas y las denominaciones ridículas, alguien ha de haber que haga el llamamiento a la España robusta, varonil y sana, y ese alguien seré yo, o, al menos, pretendo serlo. Ayúdenme los buenos y ya verán si se puede o no se puede.»

—¿Y tú...?

—Me quedé de una pieza; abrí la boca un palmo; no supe decir más que *ju, ju...* Francamente, me trastornaba oír tales cosas a un hombre que era para mí el más aborrecido, el más despreciable del mundo. No puedo repetir las cosas magníficas que me fué diciendo, tan bien parladas, con tal retintín de verdad y tanto aquel, que yo no sabía lo que me pasaba. Habías tú de oír su acento y ver cómo los ojos hablaban mejor aún que la palabra... En fin, que el hombre me tenía embobado, me tenía loco. Yo me acordaba de cuando le veía desde la tribuna, vomitando mil infamias contra Olózaga, llamando poco menos que figurón a Espartero, gavilla de mentecatos a la Mi-

licia nacional, y me acordaba también del torcedor que me andaba por dentro oyendo tales villanías y de las ganas que yo sentía de bajar y darle de patadas o de ahogarle de un achuchón... Pues nada: el mismo sujeto en quien puse todos mis odios, ahora, charlando conmigo de silla a silla, me volvía lelo, me cautivaba y me convertía en un monigote... Todo por la fuerza de su amabilidad, de la miel de su labia, del juego de sus ojos y de aquel sortilegio con que el maldito se explica... Yo debí tomar una actitud muy digna y decirle: «Señor González, todas esas cosas se las cuenta usted a su abuela, y a mí déjeme en paz, que tengo malas pulgas, y si me hurgan...» Pero nada de esto dije, y el muy tuno volvió a coger el incensario, dándome con él en las narices... Que yo soy un hombre de arraigo... Eso ya lo sabía... Que yo soy representante genuino de la clase media, del justo medio, del buen sentido y tal... Que el Gobierno hará una política de concordia, de atracción, manteniendo el orden, eso sí..., y procurando que los *buenos españoles*... ¡Demonio de González! Acabó de volverme tarumba cuando me dijo que el objeto de haberme llamado era, ¡Dios me valga!, ofrecerme el mismo puesto para que me nombró Cantero... Yo me quedé como quien ve visiones, figúrate... Respondíle que mi conciencia, que tal... Todo en medias palabras, sin sentido, por causa del gran trastorno en que aquel hombre me había puesto... Insistió en que aceptase, burlándose con mucha gracia de mis escrúpulos. Los hombres se deben a su país, no a una cofradía, y tal y qué sé yo... Respondí que lo pensaría, pues la cosa es grave..., pero muy grave... ¿No lo crees tú así?

Nada contestó doña Leandra; abierta de par en par su boca por causa de la repentina estupefacción, ni las palabras hallaban manera de producirse ni el pensamiento acertaba con la generación de las ideas.

—Y no paró aquí la cosa, Leandra —prosiguió don Bruno—. Aún me faltaba la sorpresa mayor, y fué que el señor ministro me manifestó tener conocimiento de mi pleito con el Estado por lo del Pósito. ¡Mira que estar enterado el tío y saber todo lo que nos pasa!... Luego me dijo: «Esta desdichada Administración nuestra es una máquina mohosa, que no anda... Yo me propongo simplificarla de resortes para que los asuntos vayan más aprisa.» Y cuando me lamentaba yo de que los gobiernos anteriores no me hubieran resuelto cuestión tan sencilla, el hombre dijo: «Es una iniquidad, un grande atropello. Como mi política es una política de reparación; como me propongo estar siempre a la defensa de todos los intereses legítimos y facilitar, no entorpecer..., desde luego aseguro a usted que dé por resuelto ese asunto en la forma que ha solicitado, pues es de rigurosa justicia...»

Como oyese un gruñido de su esposa, don Bruno la miró asustado. A la luz de la vela, que rápidamente se consumía, moqueando a goterones el sebo y elevando en medio de la llama un pabilo negro y pestífero, vió el manchego la faz de doña Leandra, descompuesta por un asombro semejante al de los apóstoles cuando presenciaron la transfiguración del Señor. Estaba la buena mujer en éxtasis, la boca entreabierta, la respiración imperceptible, los ojos fijos en un punto del techo, donde veían por un boquete la Bienaventuranza.

—Todavía no he concluído, mujer—siguió don Bruno—. Aún queda algo..., lo más salado, lo más increíble. El señor don Luis me dijo: «Ya sé que tiene usted mucha familia. Al chico mayor, que ha entrado en los dieciocho años, podríamos colocarle...»

—¡Un destino al niño!—exclamó doña Leandra con voz un tanto desgarrada, volviendo hacia el marido su faz lívida, su mirada que reproducía el rojizo fulgor de la vela —. Pero ¿qué estás diciendo, Bruno? ¿Tú y yo soñamos?

—No, mujer, que estamos bien despiertos.

—¡A ti el empleo gordo, lo de Pósitos resuelto y a Brunillo un destino con que atender al calzado de toda la familia! —dijo la manchega, pellizcándose los brazos para convencerse de que no soñaba—. Eso es chanza, Bruno, o el don Luis te lo decía para escarnecerte antes de mandarte al patíbulo.

—Tú lo expresas como una doctora de Salamaca—dijo Carrasco, echando su alma en un suspiro—, porque el darme este Gobierno tantas cosas, colmando todos mis deseos, es mandarme al patíbulo, no a la horca material, sino a la moral, como quien dice: es deshonrarme, quitarme la virtud que más enorgullece: la

consecuencia. Ya ves, ya ves el conflicto que me ha traído ese hombre, ese diablo, con sus ofrecimientos, y harto comprendes que esté yo en la mayor amargura y en la vacilación más horrible, porque si no acepto, pierdo la mejor coyuntura para restablecer y asegurar mis intereses... ¿Cuándo me veré en otra?, y si acepto, ¡carambolos!, heme aquí deshonrado para siempre ante mi partido, ante mi adorada Libertad... Mereceré que mis compañeros de opinión me escupan a la cara. Figúrate las pestes que dirán de mí, lo que pensará el duque y cómo se holgarán los cangrejos de haberme comprado por un pedazo de pan. No, no, Leandra: yo no puedo vender mi alma, y mi alma es la Libertad. Bien claro se ve a lo que tiran esos bellacos; tiran a deshonrar al *Progreso* para poder decir: «*Veles* ahí, con tantas ínfulas y tanto presumir; *veles* ahí viniendo a lamernos las manos por el mendrugo que les echamos.» No; Bruno Carrasco no puede prestarse a esta villanía; Bruno Carrasco no es un pelele de estos que llegan a Madrid muertos de hambre; no es de estos que gritan en las calles y alborotan para que les den unas sopas, y en viendo el cazuelo se callan; no, no soy yo de éstos... Y como no paso por tal ignominia, tendremos que recoger los bártulos y volvernos a nuestro pueblo, y allí, pegados al terruño y a la labranza santísima, esperaremos a que una nueva revolución nos traiga otra vez al *Progreso*... Cree tú que sin *Progreso* no hay paz ni decencia en la nación...

La idea de restituirse a la Mancha con toda la familia trastornó súbitamente el caletre de doña Leandra; pero al mismo tiempo, la idea de los dones ofrecidos por González Bravo determinaba en el propio cerebro una confusión tempestuosa, que habría terminado por estallido formidable si la señora, echándose mano a la testa, no lo comprimiera como para sujetar los dos hemisferios que querían separarse y caer cada uno por su lado.

—Bruno de mi alma—dijo la manchega, participando del conflicto en que su esposo se veía—, si me pides consejo, no puedo dártelo en cosa tan grave con prontitud y seguridad, como cuando me preguntas si debemo sembrar alforfón o berberisco. A estas horas, las cabezas caldeadas no pueden dar de sí un pensamiento claro... Acostémonos y procuremos el descanso... Pidamos a Dios el auxilio de su gracia y de su luz para resolver lo que sea más conveniente. Yo estoy, con todo lo que me has dicho, como si me hubiesen dado una paliza o como si me hubiera caído de la torre de la iglesia... Déjame que recapacite, que coja la balanza y vaya pesando las cosas... Descansa, hijo, descargado ya de ese secreto: lo que yo discurra, lo que yo desentrañe, mañana lo sabrás. Ya no se habla ni una palabra más por esta noche.

Diciéndolo, y sin esperar observaciones ni respuesta, entapujóse y a la alcoba enderezó el paso, dando tumbos y chocando en las paredes, y se inhumó al fin en su lecho, como un difunto correntón que vuelve al descanso de la sepultura. Don Bruno, soltada ya, por virtud de la confianza, la opresora pesadumbre que agobiaba su espíritu, se tendió de largo y cogió un tranquilo sueño, que era sueño atrasado de tres noches. Doña Leandra, hecha un ovillo, la cabeza casi tocando a las rodillas, velaba meditando...

XII

Que ocupaba grande y luminoso espacio en el alma de la señora manchega el deseo de replantar sus raíces en el suelo patrio, no hay para qué repetirlo. El colmo de todas sus dichas era volver a los aires de allá y emplear de nuevo las energías del cuerpo y del alma en el trajín agrícola, en la cría de tanto simpático animal y recrearse en el trato de tanta gente honrada y fiel. Pero si entre estos dulcísimos goces y el bien de la familia, hijos y esposo, se planteaba el dilema, doña Leandra, como esposa y madre cristiana, como mujer criada en la virtud humilde y en la verdad, no podía menos de anteponer a sus propios deseos la conveniencia de los seres queridos a quienes consagraba su existencia. De sus hondísimas meditaciones en aquella noche de prueba, resultó, al fin, una resolución fija, clara, inquebrantable. Muriéndose de pena, aconsejaría decididamente a don Bruno que aceptara lo que el Gobierno le ofrecía, sacrificando al bien de la familia sus escrúpulos y la fidelidad al *Progreso*, vana palabra sin sentido. Regó la pobre señora con su llanto las

sábanas en que se envolvía formando como una pelota, y dijo: «Si el Señor quiere que nunca más vea yo el suelo y el cielo de mi querida Mancha, hágase conforme a su santa voluntad. ¡Viva Bruno y vivan los hijos, y vean todos satisfechas sus ambiciones, aunque yo me muera y queden mis pobres huesos en estos nichos, y mi alma suba al Cielo, no sin pasar antes por la tierra en que nací.» Esto decía llorando; al día siguiente, lavadas cara y manos, se fué a misa a San Andrés, y al volver, gozosa y triste, de la iglesia, cosa muy rara, alegre por haber tomado uña resolución invariable, apenada por el sacrificio de *sus ideales en aras de la familia*, como hablando de lo mismo solía decir Bruno, se llegó a éste a punto que tomaba chocolate y evacuó la grave consulta en esta forma:

—Marido mío, me has pedido consejo, y a dártelo voy, según las luces que Dios me enciende en el magín. Para mí sería lo más grato que, desesperados de encontrar aquí la fortuna, nos volviéramos a nuestra tierra; pero no ha de ser nunca consuelo mío lo que para ti y para nuestros hijos será tristeza, ni quiero que el bien que deseo se funde en el mal de todos, porque entonces mi bien sería muy amargo. Voy a parar, querido Bruno, en aconsejarte que ahogues las voces de la honrilla política, que es cosa de ningún precio ante la conveniencia de la familia y el porvenir de los hijos. Dime tú, desventurado: ¿qué sacaste hasta ahora de ser tan tierno amador del dichoso *Progreso?* Por tu fidelidad a esas paparruchas, por eso que llamas tu consecuencia, ¿qué te dieron mas que sofoquinas y malos ratos? El ídolo tuyo, ese duque y conde que todo lo podía, ¿hizo algo por ti? ¿Acaso te dió siquiera una almendrita del turrón que repartía entre tanto mequetrefe? Si tu mérito y tu arraigo eran tan manifiestos, ¿por qué no los recompensaron? ¿Has olvidado que en el asunto del Pósito, claro como la luz, estuvieron mareándote con promesas y que ni aun untando a estos bigardones de las oficinas pudiste lograr que anduviera el carro? El don Olózaga, el don Mendizábal, con tantas retóricas, tanto abrazo y tanto de *mi amigo, mi respetable amigo;* el don López, o *Don Mieles,* ¿te han dado algo? Pues mira tú: a todos esos moscones les dirás que «a quien se muda Dios le ayuda», y que «tal el tiempo, tal el tiento.» Echando estas *gramáticas* por delante, les mandas a paseo, con palabras finas, eso sí, muy finas; y antes que te metan en dudas o arrepentimientos tus amigotes del café, que lo son porque tú tienes siempre seis reales para convidarles y ellos no, te vas a ese señor González y le dices: «Señor González, como buen manchego, aquí estoy a que me cumpla lo prometido. Ya recomendó el sabio que «cuando nos dan la vaquilla acudamos con la soguilla»; vengo, pues, señor mío, sombrero en mano, a que me eche en él los beneficios. Aquí todos somos unos, y todos, llamémonos nabos, llamémonos berenjenas, estamos a lo que cae, porque eso de los nombres de *Progreso* y *Retroceso* no es más que divisas que ponemos para pasar el rato. Hombre honrado soy, y en cosa que a mí me encomiende la nación no he de hacer ninguna porquería, que nací de padres cristianos y en los mandamientos de Dios me criaron. Ni al mundo vine tan desnudo que necesite del empleo para comer. Venga lo del Pósito, que es de Justicia, y venga lo mío y lo del niño mayor, con promesa de colocarme también al segundo cuando tenga la edad.» Y dicho esto con mucha suposición de lo que eres y de lo que vales, tomas los papeles que te dé, que serán las testimoniales de los destinos, y te vienes para tu casita, sin pasar por el café, donde estarán Milagro, Centurión y demás hambrones, ladrando de envidia y cortándote cada sayo que dará miedo. Pero tú no hagas caso, que lo que es Milagro, si le dieran lo que a ti te dan, lo tomaría sin melindres, diciendo el muy zorro que se sacrifica por la patria.

Con tener doña Leandra un gran ascendiente sobre su marido en cosas de conciencia y en el manejo de intereses de cuantía, no pudo, al primer ataque, llevar el convencimiento al ánimo del buen señor. Toda la mañana la pasó éste dando vueltas de un lado a otro de la casa, taciturno y con los morros muy alargados. Su señora, que debía de llevar en sus venas sangre de Sancho Panza, a juzgar por la pesadez y la socarronería de su positivismo, volvió a la carga una y otra vez, repitiendo y ampliando sus argumentos con la insistencia del escudero famoso cuando pedía la ínsula. Al mediodía, ya don Bruno se tambaleaba como un árbol herido en su tronco por

el hacha; por la tarde, doña Leandra se creía victoriosa, obteniendo de su marido promesa formal de no concurrir a la tertulia de Milagro ni tener roce alguno con gente del bando caído; y al anochecer demostraba el hombre haber llegado a la total madurez de su nuevo convencimiento, hablando con desprecio de las sectas políticas y poniendo por cima de las garrulerías de *tiros* y *trajanos* los grandes fines de la patria. ¿Cómo llegar a estos fines sin orden, sin que se apaciguaran los díscolos y callaran los vocingleros y se pusieran todos a trabajar, que era lo que hacía falta? Dentro del orden se darían libertades, ¡vaya si se darían!, y poquito a poco iríase acostumbrando la nación a ser libre... Nada de partidos ya. *Menos política y más administración*, como le había dicho don Luis con llamarada genial en la conferencia de aquella famosa noche. Abajo los partidos y arriba para siempre el *Procomún*.

Estas sesuda razones y otras de evidente color *sanchopancino* dijo el respetable hijo de la Mancha, y tras los dichos vinieron los hechos. Todo se hizo conforme a la oferta de González Bravo y a los consejos de doña Leandra, viniendo a ser estas dos personas, la una con carácter político, la otra privada y oscura, las determinantes de la defección del gran don Bruno, la cual, dígase de paso, no fué tan sonada como él pensaba y temía, porque otros hubo que se dejaron seducir, y repartido el escándalo en una docena de nombres, no tocó a cada uno más que parte mínima del oprobio. Juzgando Milagro el suceso desde la cima inaccesible de su consecuencia, virtud a prueba de tentaciones, decía en el café y en la tertulia de *Don Frenético:*

—No ha sido más que una maniobra de ese gitano de González... ¡Si conoceré yo a mi gente!... Una maniobra, una jugarreta para darse cierto barniz de imparcialidad, haciendo creer al país que aún queda un resto de coalición... ¡Si será pillo! Hay en ello, como digo, algo de la destreza de los gitanos para desfigurar con pinturas y postizos los borricos que venden, y hacer pasar por jóvenes a los viejos, por ágiles a los cojos... ¡Vaya con González, y qué *maquiavelismos* nos gasta! Ha cogido a cuatro inocentes para ponerlos de monigotes decorativos, hasta que llegue el momento en que la situación se crea segura, y entonces, ¡ay!, la patada que darán a estos pobres tránsfugas se oirá en los antípodas. Lo siento por el pobre Carrasco, persona a quien yo estimaba mucho, y por eso le di mi protección en el gobierno de Ciudad Real, que era, entre paréntesis, un gobierno dificilísimo, y allí necesitaba uno ser un Metternich para desenvolverse entre las influencias encontradas de Juan y de Pedro... Lo siento; sí, por Carrasco, y casi me inclino a disculparle. Hizo el desatino de abandonar su terruño para venirse a Madrid, metiéndose a politiquear sin entenderlo... ¿Qué había de resultar? El cataclismo, y en el cataclismo, o si se quiere, en el diluvio, ¿qué ha de hacer un hombre cargado de familia más que agarrarse al primer tablón que le presentan...? Hay otra cosa, señores, y es que la virtud de la consecuencia pocos, muy pocos la poseen... Abundan los partidarios; pero los consecuentes, los inflexibles, no abundamos... Y con éstos, con nosotros, sí que no se atreven. ¿Por qué no se le ocurrirá a González echarme a mí sus redes maquiavélicas? Porque me conoce y sabe cómo las gasto, porque sabe que le enseñaría yo los dientes si viniese..., y con los dientes de José del Milagro no se juega... ¡Ah señor González, algún día nos veremos frente a frente, y... ya, ya se ajustará la cuenta de Olózaga, y otras, otras cuentas políticas!...

Bien mantenido por su yerno, libre de domésticos cuidados, escupía por el colmillo don José y levantaba el gallo en los mentideros políticos, dándose tono de prohombre y vendiendo protección a los caídos, como candidato probable a una cartera el día, no lejano, en que volviese el duque. Corriendo las semanas, concluía con incierta calma el año 43 y empezaba con febriles inquietudes el 44; los liberales, caídos con vilipendio, vendábanse presurosos las descalabraduras, y empezaban a mirar por la vida, es decir, a sublevarse aquí y allí, aprovechando cuantos medios se les presentaban. Esto no era más que *continuar la Historia de España*, y buen tonto sería el que creyese que tal historia podía sufrir interrupción. Fueron hechos culminantes en el paso de un año a otro: el pronunciamiento de Alicante, capitaneado por un fogoso aventurero, Pantaleón Bonet, hombre audacísimo, cortado por el patrón de Ramón Cabrera, con todas sus cualida-

des y defectos; la mudanza de la familia Carrasco de la Cava Baja a la calle Angosta de Peligros; la sublevación de Cartagena, con nombramiento de Junta *de salvación,* que presidió un don Antonio Santa Cruz; el catarro pulmonar que cogió doña Leandra paseando con su amiga la Torrubia por las afueras de la Puerta de Toledo, de resultas del cual estuvo si se va o no se va a la Mancha, quiere decirse al otro mundo; los desarmes de la Milicia nacional en Valladolid, San Sebastián y Burgos, con los disturbios y porrazos consiguientes; los amagos de levantamiento carlista en las provincias del Norte; los nuevos vestidos que se hicieron Lea y Eufrasia para dar testimonio público de la nueva posición de su padre y poder alternar con alguna que otra señora moderada, vestidos que, según puntualmente ha conservado la tradición, fueron de *popelín adiamantado con doble reflejo,* tela propia para invierno y otoño, y en ellos se adoptó la forma novísima de los cuerpos medio escotados y el cuello *fruncido a la Lucrecia;* la tentativa de reanudar tratos con Roma para que ésta autorizase la desamortización y pudieran los moderados enriquecerse comprando por un pedazo de pan los bienes que fueron de la Santa Iglesia; las levitas que se hizo don Bruno, imitando, no ya las de Mendizábal, sino las del elegante prócer marqués de Viluma..., y, en fin, mil sucesos y menudencias que, tejidos con estrecha urdimbre, forman la historia del vivir colectivo en aquellos tiempos, la historia grande, integral.

XIII

Vemos luego cómo dicha historia, mansamente, por el suave nacer de los efectos del vientre de las causas, siendo a su vez dichos efectos causas que nuevos hijos engendran, va corriendo y produciendo vida, de la cual son partes muy notorias los hechos siguientes: la mejoría de doña Leandra, gracias al tratamiento sudorífico que la dejó en los huesos; la expedición militar de Roncali contra los sublevados alicantinos, de lo que resultó la destrucción de éstos en el campo de batalla, con más empleo de la maña que de la fuerza, según se dijo; el fusilamiento de los revolucionarios de Alicante, veinticuatro víctimas con Bonet a la cabeza, bárbaro, torpe y extremado castigo, que había de ser semillero de odios intensísimos, irreconciliables; las relaciones que trabaron Eufrasia y Lea con personas de más alta posición, distinguiéndose en estas nuevas amistades la de una señora renombrada por su hermosura y la amenidad de su trato, Jenara de Baraona, viuda de Navarro; la prisión de calificados progresistas, como Cortina y Madoz, y las épicas palizas que recibían en los pueblos los desarmados miliciano, en desquite de las que ellos habían repartido profusamente; la declaración del legítimo matrimonio de la reina madre con don Fernando Muñoz, y, por último, la entrada en Madrid de la propia doña María Cristina, que acá nos volvía, triunfante y feliz, a gozar de su victoria.

Merece este gran suceso mención especial: Madrid ardió en fiestas para celebrar la vuelta de la gobernadora, y los señores que mandaban y los innumerables inocentes que entonces, casi como ahora, constituían el vecindario de la capital, se desvivieron y despepitaron en obsequiar a la reina y mostrarle su admiración. Fué un dulcísimo incendio de los corazones, una embriaguez de los cerebros. Los poetas, que en aquellas vegadas crecían con viciosa lozanía en nuestro suelo, tuvieron tema oportuno para echar odas y silvas, y apestarnos con sáficos y sonetos. Fué una de las epidemias poéticas más asoladoras del siglo. Uno de aquellos vates empezaba diciendo: «Detén, ¡oh sol!, tu espléndida carrera...» Y pedía el buen señor la parada del sol para que pudiera ver el paso de Cristina por entre gallardetes, arcos de tela pintada y festones de papel, recibiendo los delirantes parabienes del pueblo. Concluía el poeta con esta estrofa:

> Mas nunca, mi Cristina, menos bella
> te contempló mi corazón de fuego;
> en mi delirio amante,
> fuiste a mi pensamiento rara estrella
> de ese cielo radiante;
> y en su luz celestial quedando ciego,
> te dirá mi laúd de cualquier modo
> que eres mi Dios, mi religión, mi todo.

Otras mil lindezas le dijeron, y flores liversas arrojaron al paso de su majestad por Valencia y al entrar en Madrid,

de lo que resultó un conflicto más para el Gobierno, pues no había empleos vacantes con que premiar debidamente la lealtad y el arrebato de tantos poetas. Instalada Cristina en Palacio, ocurrió un suceso casi tan importante como la recaída de doña Leandra (que privó a las chicas de asistir a la soberbia función del Liceo en honor de las reinas), suceso previsto por muchos, y singularmente por Milagro, cuyas palabras textuales sobre la materia nos ha transmitido un papel de la época. «Apenas la excelsa señora —dijo don José—alivie su cuerpo y su espíritu de la fatiga de tantas salutaciones y de la asfixia de tanto verso, tomará la providencia que ha motivado su vuelta a estos reinos, la cual no es otra que plantar en la calle a González Bravo, o echarle rodando por las escaleras. ¿Cómo podrá olvidar la señora, por magnánima que sea..., y no lo es..., cómo podrá olvidar, digo, que este cínico se entretuvo en sacarle a la colada los trapitos, contando ce por be todo *el idilio morganático?* Esto no lo olvida su majestad, porque los reyes, que siempre han sido y son buenos memoriosos, ni olvidan ni perdonan..., y hacen bien: por esto son reyes.»

Lo que don José profetizaba se cumplió puntualmente a poco de tomar respiro la reina madre en el real Palacio; mas la salida de González se motivó oficialmente en el desacuerdo del ministro de Hacienda con nuestro embajador en Roma, el cual ofreció a la Santa Sede que haríamos tabla rasa de la desamortización. Insistía Milagro en que su versión era la verdadera, y con chistes y pormenores muy donosos la sazonaba. Corría con grande autoridad otra que por su fuerza lógica se impuso, y era que Narváez, viendo ya cumplidos los fines del Gabinete González Bravo, y estando ya bastante suavizada la pendiente o transición entre la libertad y el despotismo, no había razón para mantener en aquel puesto al que sólo fué a él para guardarlo interinamente, y con mónita frailuna se le dijo a don Luis: «Quítese, hermano, que ya no hace falta, y prémiele Dios por lo bien que ha sostenido la interinidad. Aquí estamos ya nosotros con ganas de descansar el cuerpo en ese sillón, y de coger la rienda... Pronto, pronto... Lárguese a la Embajada de Portugal, a donde le destinamos, y que Dios le haga bueno.» Esto le dijeron, *plus minusve,* y el hombre descolgó su sombrero, que de una lujosa espetera ministerial pendía, y se fué a Portugal gozoso, porque en verdad la sonrisa picaresca de doña María Cristina le alborotaba la conciencia, y algo curado ya de su cinismo por las funciones severas y moralizadoras del Poder le asustaban las imágenes de las personas a quienes mató, como un pobre Macbeth de bajo vuelo, para ver realizado el vaticinio de las brujas. Cayó el gran cínico, dotado por Naturaleza de las más bellas seducciones de palabra y trato, el hombre a quien sobraba de talento todo lo que le faltaba de escrúpulos; el que llenaba los archivos vacíos de su instrucción con los frutos repentinos de su entendimiento; el que en vez de moral tenía la prontitud imaginativa para fingirla, y en vez de ciencia, el arte de ganar amigos. Y no fué su gobierno de cinco meses totalmente estéril, pues entre el miserable trajín de dar y quitar empleos, de favorecer a los cacicones, de perseguir al partido contrario y de mover, sólo por hacer ruido, los podridos telares de la Administración, fué creado en el seno de España un ser grande, eficaz y de robusta vida: la Guardia Civil.

Y continuando con pasmosa fecundidad el desarrollo de la Historia grande, como un hilo de vida sin solución, el primer hecho de alta trascendencia que se nos ofrece después de la caída de González Bravo es la del buen don Bruno, a quien pusieron la cuenta en la mano sin decirle una palabra cortés; caída ignominiosa, que fué tema de chanzas picantes entre sus amigos liberales, y en la familia como el reventar de una bomba que difunde el espanto y la desolación. Doña Leandra estuvo sin habla todo un día, y las niñas, rabiosas y descompuestas, desahogáronse en improperios contra Narváez. Este cogió el Poder que le correspondía como capataz indiscutible de los españoles desde julio del 43... Hacia el comedero del pobre don Bruno alargaban sus hocicos, desde tiempo atrás, otros más necesitados o que se juzgaban con mejor derecho, y Narváez no era hombre capaz de condenar a los suyos a la inanición. Ya se había dado el ejemplo de la prudencia y la imparcialidad hasta el derroche, y sería candidez mantener a cuerpo de rey a los enemigos, mientras tantos amigos se vestían con

dos modas de atraso, y en su trato doméstico vivían sujetos a una bochornosa escasez de comestibles. A los faldones del señor Mon, nuevo ministro de Hacienda, se agarraba media Asturias pidiendo credenciales.

Si sensible fué el trastorno producido en la casa de Carrasco por las cesantías del padre y del niño, los suspiros y el rechinar de dientes quedaron reservados a la intimidad de la familia, y grandes y chicos cuidaron de que el desastre no trascendiese al exterior, y que sobre las ruinas se alzase siempre la dignidad. No eran los Carrascos de esos a quienes la cesantía condena fatalmente a un triste interregno de zapatos rotos, de empeño de ropas, de hambres y desnudeces. El decoro de la familia exigía que todo siguiese en el mismo aspecto y decoración, y si el padre tal criterio proponía, las chicas le daban quince y raya en las demostraciones para mantenerlo *coram populo*. Doña Leandra, que de resultas de su último arrechucho hallábase desmejoradísima, padeciendo con mayor agudeza del terrible mal de su nostalgia, creyó por un momento que la reciente desdicha traería, como reparación física y moral, el regreso a la tierra; mas pronto hubo de convencerse, observando rostros y midiendo palabras, de que nunca había estado más lejos de la realidad aquel su ardiente deseo que le llenaba toda el alma. Para seguir aferrados a Madrid tenían las hijas y el esposo motivos o pretextos de tanta fuerza que doña Leandra, heroína de prudencia y discreción, se abstenía de contradecirlos y refutarlos, y lloraba en silencio, contentándose con la repatriación mental, en ocasiones de tal modo intensa que le daba la impresión y los vivos goces de la realidad. Hallábanse Lea y Eufrasia ligadas a Madrid, no sólo por el lazo de amistosas relaciones, sino por los noviazgos muy *serios*, en que se aunaban, para darles inmenso valor, el fuego de los corazones y la esperanza de provechosos casamientos. Lea, tras una serie de superficiales pasioncillas, había cogido en sus redes a un joven militar, muy avanzado en su carrera y que llegaría pronto a general a poco juego que dieran las revoluciones anunciadas. Eufrasia, que ya había sabido marear a once galanes y divertirse con ellos, tenía en estudio a un andaluz riquísimo, de gran familia, negociante que iba para capitalista. Hallándose, pues, las dos hijas en lo más crítico de la cacería de estos pájaros de calidad, no era propio de una buena madre espantar a las piezas, ni menos dejar a las cazadoras en el desconsuelo consiguiente.

Y por el lado de don Bruno no hallaba doña Leandra menos cerrado el camino de sus ilusiones de patria manchega. Ante todo, el amigo don Serafín de Socobio y otros que en el moderantismo le habían salido daban a Carrasco esperanzas de pronto desquite, bien en una plaza semejante a la perdida, bien en una jefatura política de importancia. No sólo había de estar a la mira de su reposición probable, sino que forzoso era no perder de vista el asunto de Pósitos, pues aunque la sentencia del Consejo real le había sido favorable, completa victoria en principio, faltaba lo principal: que le devolviesen el dinero prestado al Pósito de Daimiel y que la Junta de éste le negaba. Camino largo y espinoso suele ser en España el que conduce del principio legal á la realización del derecho, y muchas esperanzas cortesanas se pierden en este camino. Añádase a esto, para llegar al conocimiento total del sedentarismo de don Bruno, que sin quererlo, por grados inapreciables, se iba haciendo marisco y pegándose por secreciones calcáreas a la roca oceánica de Madrid. La vida de casino no fué la menor causa de esta adherencia. Por aquellos días estaba en todo su auge el establecimiento de recreo y dulce sociedad fundado por Córdoba, Salamanca y otros en la calle del Príncipe; a él concurrían lo más granado de la oficialidad de nuestro Ejército y los personajes más simpáticos de la situación, sin que faltasen liberales blandos de buena sombra; allí la vida se deslizaba plácidamente en la conversación, en los comentarios de toda noticia social o política, en el murmurar malicioso, en el referir ameno, en la lectura de la Prensa, en el brillar, en el juego, etc... Al poco tiempo de introducirse en tal sociedad, Carrasco no sabía salir de ella, y entre su cuerpo y los sillones de gutapercha producíase un aglutinante que cada día era más fuertemente pegajoso. Coincidieron con esta vida otras adherencias de que por su condición reserva-

da no se hablará mientras la necesaria armonía y el buen concierto de la totalidad histórica no lo exija. Véase ahora si este poderoso fatalismo centrípeto no era suficiente a someter sin lucha la voluntad centrífuga de la pobre desterrada, dejándola en triste recogimiento. Procurábase consuelo doña Leandra en la sociedad de sí misma y en los viajes imaginarios al país de sus amores, valiéndose para ello de los más rápidos medios de locomoción, ora el *Clavileño* de su paisano, ora la escoba de las brujas.

XIV

Los días, semanas y meses del último tercio de 1844 pasaron con triste monotonía; doña Leandra, adormeciéndose en la contemplación extática de su bendita tierra; don Bruno, adaptándose fácilmente a los grandes ocios del casino; las hijas, lidiando a sus novios con la doble suerte del amor honesto y de la querencia de matrimonio, y Narváez, fusilando españoles, tarea fácil y eficaz a que se consagró desde el primer día de mando. Lo que él decía; «Voy a introducir grandes mejoras en el orden administrativo, a fomentar el trabajo agrícola, industrial y científico, a dar a España una vida y un ser nuevos; mas para esto necesito que esté sosegada, pues, sin orden, ¿qué reformas, ni qué civilización, ni qué niño muerto? Lo primero es el orden, lo primero es *hacer país*...» Esta frase ha quedado desde entonces como una formulilla en los amanerados entendimientos; siempre que entraban en el Poder estos o aquellos hombres se encontraban el país deshecho, y unos gobernando detestablemente, otros conspirando a maravilla, lo deshacían más de lo que estaba. Narváez vió quizá más claro que sus sucesores y hacía país por eliminación, no creando lo bueno, sino destruyendo lo malo y corrupto, con la mira de que al fin quedase lo único sano y servible, que era él solo, rodeado de serviles adeptos. Ello es que a unos porque se sublevaban, a otros porque hacían pinitos para echarse a la calle, el hombre iba quitando de en medio gente dañosa; y tanta fué su diligencia, que a fines del 44 ya iban despachados cuatrocientos catorce individuos. Esto era una delicia, y así nos íbamos purificando, así continuábamos la magna obra de Cabrera y de otros cabecillas de la guerra civil, que tiraban a la extinción de la raza, persiguiéndola y acabándola cómo a las pulgas, cucarachas y ratones. Creyérase que las mujeres eran demasiado fecundas y que España se poblaba de hombres con exceso, llegando a ser tantos que no cabían en el suelo patrio. Sólo así se explica que los políticos continuaran la selección iniciada por los guerrilleros, reduciendo el personal vivo al número de bocas que estrictamente correspondían a la escasa comida que aquí tenemos.

Y mientras fusilaba no daban al don Ramón poca guerra las disensiones dentro de su Ministerio, pues el marqués de Viluma pretendía que se devolviesen a clérigos y frailes sus bienes, y don Alejandro Mon, uno de los pocos hombres de aquel tiempo a quien España debe una reforma útil y racional, no quería deshacer la obra de Mendizábal y en ello fundaba planes conducentes al desarrollo de mayor riqueza. Asimismo ponía Narváez sus cinco sentidos en reanudar el buen trato con Roma, interrumpido desde los días de Espartero; y aunque *el guapo de Loja* no era hombre que mirase con demasiada afición a los de sotana, ni le importaban gran cosa la Iglesia ni el Papa de boca para adentro, veíase compelido por la Corte y por la normalidad política a negociar paces con San Pedro, del cual esperaba que le fortaleciese en la única religión que él profesaba: el orden santísimo, *hacer orden* a todo trance. De estas cosas hablaban don Bruno y doña Leandra cuando aquél volvía del casino a deshora.

—¿No sabes, mujer, lo que ocurre? —díjole una noche—. Pues este partido, que quiere hacer un pisto del despotismo y la libertad, cree que no sirve para el caso ninguna de las constituciones que tenemos, y ahora trata de fabricar Constitución nueva, la cual será obra de las próximas Cortes. ¿Qué te parece? Yo no toco pito en este asunto; pero me asegura Socobio que, como dedada de miel para los que fuimos liberales y aún de corazón lo somos, se nos concederán algunos puestos en el futuro Congreso, a fin de que haya oposición, aunque sea blanda y de mentirijillas. ¿Qué opinas tú, mujer? ¿No me contestas a

lo que te pregunto?... Pues me ha dicho don Serafín con toda seriedad que si cuaja esto de los puestos de transacción, él ha de poder poco o conseguirá que me saquen a mí por cualquier distrito de los que fácilmente maneja el Gobierno... Qué, ¿no me dices nada?... ¿Por qué no contestas? ¿Estás despierta o dormida? ¡Leandra, mujer!...

Entreabiertos los ojos, risueña la boca, el rostro, como siempre, descarnado y casi cadavérico, miraba doña Leandra a su esposo; mas seguramente no le veía, porque ni con gesto ni mirada daba testimonio y señal de tener expeditas las entenderas. ¿Cómo había de contestarle si estaba en el campo de Calatrava? El hondo suspiro que exhaló, azotando el rostro de su marido con una bocanada de aire, fué como aviso de que va venía de vuelta.

También a Narváez le llevaba su demencia del orden a estados imaginativos muy parecidos al éxtasis. Gustaba de ver caer a los que a su juicio eran estorbo para establecer la *balsa de aceite* en que pensaba desarrollar sus altos planes de regeneración, y no siendo, en realidad, un hombre cruel ni despiadado, lo parecía, por el sincero convencimiento de que sacrificando una porción de la Humanidad aseguraba la dicha de la Humanidad restante. Su falta de cultura, su desconocimiento de la Historia, su ignorancia infantil de las artes de gobierno lleváronle a tan descomunal sinrazón. En enero del 45 fusiló a Martín Zurbano y a sus hijos, después de haber intentado amansar la fiereza del guerrillero con una admonición caballeresca, que, si en cierto modo hace menos odioso el carácter del tirano, no acaba de redimirle ni en la esfera privada ni en la política. Bravo hasta la insolencia, su corazón atesoraba, junto al arrojo indomable, la jactancia andaluza de que ningún otro mortal podría medirse con él. Por esto incitaba a los enemigos a dejar de serlo y les abría los brazos. diciéndoles: «Miren que soy el más *crúo* y no pueden conmigo. Vengan a mí, o *encomiéndenze ostej a Dios.*» Llevaba, como se ve, al Gobierno la maña de la caballería morisca degenerada; era, como muchos de sus predecesores, poeta político, un sentimental del cuño militar, como otros lo eran del retórico.

Al son de los fusilamientos cundían las conspiraciones, y ya teníamos en el extranjero el núcleo de emigrados que trabajaban en combinación con los descontentos de acá para volver la nacional tortilla. Juntas secretas funcionaban con tapujo en Madrid y en otras capitales, y contra ellas empleaba el Gobierno la violación de la correspondencia y el huroneo de un ejército de polizontes. Víctimas de su odio al despotismo y de los ministriles de éste fueron multitud de personas muy significadas. Las cárceles rebosaban de presos políticos; habíamos vuelto a los tiempos de Chaperón, o poco menos, y al delicioso sistema de las purificaciones, atenuado en la forma, más que en el fondo, por la poquita cultura ganada entre unos y otros años.

«Si toda la constancia, todo el tiempo y los esfuerzos todos de entendimiento y de lenguaje empleados aquí para establecer sistemas políticos, traídos del extranjero en paquetes, como se importan las hebillas de París o los relojes de Ginebra, se hubieran empleado en educar a los españoles, anteponiendo la educación social a la científica y literaria, España sería ya un país a medio civilizar, pudiendo ser civilizado por entero dentro de algunos años. Pero aquí hemos querido empezar el edificio por el tejado, dejando para lo último los cimientos, y los cimientos son las costumbres, los modales, la buena educación... Lo que hace del *Progresismo* un partido imposible, merecedor de exterminio, no es el *dogma,* como ellos dicen, sino la grosería, la falta de maneras, el lenguaje chabacano y pedestre...»

Esto lo decía un galán a cierta señorita en un palco del teatro de la Cruz, donde cantaba la ópera *Hernani* el tenor Guasco, con la Tirelli y la Chelva. Era el galán un joven gaditano, instruidísimo y elegante, ya pasado por el extranjero, como lo demostraba el indefinible barniz, la tintura, el tufillo que distinguían su persona de otras muchas de acá. Llamábase don Esteban Ordóñez de Castro y comía la sopa burocrática en la secretaría de Estado. Componía eruditos versos y cantaba en galana prosa: figuraba en el ramillete más fresco de la juventud moderada con ideas recalcitrantes, espolvoreadas de cierto escepticismo, que era entonces del mejor tono. Su buena figura, su arte de *llevar la ropa* y de bien hablar sin decir nada,

su mediano saber de lenguas, marcábanle el camino de la diplomacia, en el cual entraba con pie derecho.

—No está usted esta noche poco fastidioso con tanto hablarme de política —le dijo Eufrasia, que con su hermana Lea daba lucimiento al palco de la viuda de Navarro—. Además, no me gusta que me hablen mal del *Progreso,* porque yo soy muy *progresista...*, para que usted lo sepa.

—Eso lo dice usted para que vuelva a contarle lo que en Londres oí acerca del *progreso retrospectivo* de los españoles...

—¿Ya saca otra vez a *Londón?...* ¡Por Dios, don Esteban!... Si ya sabemos que ha estado usted en el extranjero... Yo también; digo, siempre que se consideren como *extranjis* las tierras de la Mancha, por el aquel de que nadie ha estado en ellas. Y se ha perdido usted de ver unas poblaciones magníficas. ¿Ha visitado usted Ciudad Real, Daimiel?... Yo, sí... Conque guárdese su *Londón* y su París... Otra cosa: ¿le gusta esta ópera? Dígame su opinión sin contarnos que la vió en Francia...

—Este Verdi tiene talento, un talento salvaje, sin pulimento, sin modales; es un compositor *progresista.*

—A Estebanito—dijo la viuda de Navarro, que por picar en la conversación soltó el hilo de la que sostenía con Lea y con Pastor Díaz—le gustará más *Rolla,* porque, aunque muy joven, es de los que no *progresan* y se plantan en la ominosa década. ¿Verdad que le gusta Ricci, por ser más rossiniano? Estebanito está siempre a nuestro lado, al lado de los viejos.

—Si usted no retira esas palabras, Jenara, eso que ha dicho de viejos y de vejez, refiriéndose a su bella persona, no puedo tomar parte en este debate.

—He dicho que soy vieja.

—¡Que se escriban esas palabras! Yo protesto...

—Protestamos todos y abandonamos la discusión.

—Pero, hijas, amigos míos, ¿han olvidado que presencié la batalla de Vitoria y vi cómo le quitaron al rey José aquel grande equipaje que se llevaba de nuestra casa a la suya?

—¿Usted en la batalla de Vitoria? No puede ser. Los anales que tal digan son apócrifos.

—Estuvo, sí; pero todavía mamaba.

—No mamaba, Nicomedes, no mamaba, que ya era una grandullona y tenía novio. ¿No saben que el veintitrés me vi atropellada por los *cien mil hijos de San Luis,* que aquel mismo año me mandaron a Francia con una comisión diplomática para que catequizase a Chateaubriand..., y le catequicé?... ¿No saben que Chaperón, el año veinticuatro, me metió en la cárcel?... Soy una historia viva...

—Pero contemporánea...

—No, no; a poquito que remonte mi origen, pongo mi cuna en la Edad Media. Soy viejísima, aunque no represente toda la antigüedad que me corresponde, y por ello doy gracias a Dios... Volviendo a la música, les diré que cuando Rossini estuvo en Madrid, el veintinueve, si no recuerdo mal, y compuso el *Stabat Mater,* ya era yo muchacha, lo que no impidió que me hiciera la corte: el minueto que me dedicó lo conservo en mi archivo con otras mil cosillas... Pero dejemos esto ahora, que alzan el telón para el tercer acto. Aquí aparece el panteón de Aquisgrán, y sale Carlos Quinto desafiando los puñales de los conjurados... En este acto tenemos el pasaje de *perdono a tutti,* el más bonito de la ópera y el más filosófico. Aquí debía venir Narváez a inspirarse, en vez de cantarnos a todas horas el *fusilo a tutti...* Atención.

Ya llegaba el acto al coro de la conjura, cuando pegaron de nuevo la hebra don Esteban y Eufrasia, adelgazando sus voces todo lo posible. Entre las sonoridades de la ópera se desvanecían, como en la espesura los gorjeos tenues de pájaros soñolientos, estas cláusulas, apasionadas de una parte, de otra graciosas, estocadas donosísimas de la esgrima del coqueteo:

—Es usted una belleza plácida de esas que dejan entrever al hombre las dichas puras del amor en primer término, y en segundo término, Eufrasia, las dichas del hogar...

—¿Y en tercer término...? Porque me parece que quiere usted escamotearme un término, don Esteban, el tercero...

—El tercero es una felicidad eterna, inalterable.

—¡Ay! ¿no cree usted que tanta, tanta felicidad empalaga? Ponga usted un poco de desdicha, de susto, de contra-

riedad, y quizá nos entenderemos. Tanta confianza en mí no me gusta, puede creerlo. Dude usted, hombre: llámeme pérfida, falaz, para que después me guste oírle decir lo contrario.

—Tal es mi trastorno, que olvido los preceptos más elementales del arte del galanteo. Pero más vale que le presente a usted mi corazón desnudo.

—¡Ay, desnudo no! Póngale algo de ropa...

—Desnudo de artificios, ostentando toda la verdad de este amor loco que me ha inspirado su admirable persona.

—Ni con juramento me hará creer en esa admiración de mí. Desde que usted me dijo que yo le agradaba por morena, me miro al espejo con el temor de que cada día me vuelvo más negra. Quisiera indignarme contra usted para palidecer, a ver si palideciendo a menudo me blanqueo un poco.

—No, por Dios, no estime en tan poco su tez morena ni el parentesco con los ángeles de Murillo.

—¡Jesús!

—Y con las vírgenes de Murillo.

—Por Dios, Estebanito, no me haga creer que las Concepciones y los ángeles del pintor sevillano son tan negruchos como yo. ¡Bonitos estarían!

—¿Y esos ojos...?

—¡Hombre, algo había de tener! Pues si no tuviera unos ojos regulares sería un espanto.

—¿Y esa nariz perfecta, y esa boca?...

—Por la Virgen, Estebanito, no defienda usted mi boca, que es tal que no tiene el diablo por dónde desecharla. ¡Si cuando me hace usted reír, y esto es a cada rato, me aguanto para no abrirla toda y siempre procuro dejarla entornadita!

—¿Y ese talle, y ese cuerpo de palmera cimbreante?

—Bueno, bueno; paso por lo del talle. A falta de otra cosa...

—No hable de faltas quien es la perfección misma. Luego su carácter, su dulzura, su instrucción...

—Eso no pasa, Estebanito; no he leído más que dos o tres novelas que me ha prestado Rafaela. Soy tan ignorante, que ayer, ríase usted, le pregunté a Jenara si este Carlos Quinto que aquí sale es el mismo don Carlos María Isidro de la guerra civil... ¡Ya ve usted qué gansada!... Pero me consuela el saber que hay mil muchachas finas en España tan burras como yo... Burras, sí; no retiro la palabra... ¿Y un joven tan ilustrado, que ha vivido en *Londón*, pretende entrar en finas relaciones con esta pobre manchega? No me lo hará creer, don Esteban; no lo creeré nunca y no hay quien me quite la idea de que usted se burla de mí.

—¡Qué atrocidad..., Dios poderoso! Nunca pude imaginar que usted desconociera la verdad de mi afecto, ni que mi honrada palabra fuera puesta en duda por la mujer de mis sueños, la mujer ideal...

—Baje, baje un poco, don Esteban, y podré creerle... Ya sé que me estima..., yo también le estimo... Estebanito, ya cantan el final del acto y ya está ese buen señor perdonando *a tutti*.

XV

—Fíjese usted bien, Eufrasia, en lo que dice el emperador y rey...

—Tradúzcamelo, si quiere que yo lo entienda, pues no sé más lengua que el castellano.

—Dice: *Sposi voi siete*...

—En español, «Cásense ustedes pronto...» Ya hablaremos de eso, Estebanito; no sea tan precipitado.

Desde aquel momento, la pizpireta Eufrasia, ya muy corrida en noviazgos, según nos revela la cháchara transcrita, puso sus ojos amparada del abanico, y con sus ojos su alma toda, en un palco frontero, donde apareció Emilio Terry objeto efectivo de sus ansias amorosas. En relaciones durante año y medio, tan tiernas y sazonadas que tuvo Himeneo encendidas las teas, rompieron inopinadamente por un fútil motivo... Amigas envidiosas llevaron a Eufrasia el cuento de que Terry mariposeaba en el escenario del Circo alrededor de aquel astro, de aquella deidad de la danza, la Guy Stephan, y no fué menester más para que se produjesen recriminaciones y celeras a que siguió un «hemos concluído», pronunciado por ambas bocas con entonación solemne. Coincidió tan grave suceso con otro sonadísimo: la tentativa de asesinato del general Narváez. Dirigíase al teatro del Circo, donde bailaba la Stephan en función de gala, con asistencia de su majestad y alteza, cuan-

do unos emboscados detuvieron el coche junto a los Basilios, y disparando sus trabucos a boca de jarro por las ventanillas, mataron... al ayudante, señor Baseti, el cual, por un caso fortuito, había cambiado de asiento con el general. (Entre paréntesis, dígase que la opinión maliciosa señaló a don Juan Prim como autor del atentado; pero nada se le pudo probar.) Pues cuando llegó la noticia al teatro del Circo y se alborotó el sensible público, apartando su atención de las piruetas de la bailarina; cuando entraba el propio Narváez, declarando con su presencia que los asesinos habían errado el golpe, y con aire temerón y cara de mal genio al palco de la reina se dirigía para recibir graciosos plácemes, precisamente en aquellos minutos estaban Eufrasia y Terry en lo más caluroso de su pelea, *sotto voce*.

Rodaron días y meses, entre los cuales los hubo de fúnebre tristeza para Eufrasia, que no cesaba de darse grandes atracones de beleno, buscando el olvido, y a cuantos le pedían amores contestaba con un «sí» como un templo. No se pueden contar los que en aquel período fueron sus novios más o menos formales; pero sí se sabe que ninguno logró rendir su afecto. La primera vez que vió a Terry después de la ruptura fué en el entierro de Argüelles. Iba el galán en la comitiva fúnebre, a pie, detrás del féretro, y Eufrasia miraba el paso desde un balcón de la calle de Fuencarral. Viéronse a los pocos días en el estreno del *Don Juan Tenorio*, en el teatro de la Cruz, y sucesivamente en el Prado, en el Liceo; pero uno y otro esquivaban la mirada, agraciándose recíprocamente con un desprecio de buen tono. En los comienzos del 45, las miradas en teatros y paseos revelaban mayor benignidad, y por fin, eran un saeteo ardiente que llevaba y traía llamaradas... Observadora sagaz, la viuda de Navarro, al retirarse con sus amigas después de la representación de *Hernani*, dijo a la mancheguita:

—Déjate de más tontunas y no entretengas al pobre Estebanito. Bien a la vista está que tanto Terry como tú rabiáis ya por las paces, que es volver las cosas a su situación natural. Yo sé que Terry está cada día más loco por ti, y harto sabes tú que es el hombre que te conviene. No te digo más, hija; no pierdas tiempo, y a casa con él.

Madurillo ya, Emilio Terry, que pasaba de los treinta y ocho, no podía vencer sus mujeriegas aficiones y trabajaba en esferas distintas, enamorando por lo bajo cuanto podía y haciendo seriamente el cadete con las señoritas casaderas, a quienes entretenía y esperanzaba más de lo regular. Era una mariposa jamona y con las alas recompuestas, que iba de flor en flor, y el acogimiento lisonjero que abajo y arriba tenía confirmaba su nativa disposición para las campañas amorosas, lo mismo en el terreno donde no podía quebrantar la ley de honestidad que en otros terrenos o capas de la galantería libre. No era hermoso ni mucho menos y su cara morena y barbuda, de facciones gruesas y ojos terroríficos, una de esas caras que espantarían a quien se la encontrase en camino solitario, habría sido totalmente incompatible con el amor si no la realzase y embelleciese el espíritu, la intención o voluntad que en el mirar penetrante y ardiente se mostraba, la ingeniosa labia con que a las cosas más vulgares daba un interés vivo, y para feliz complemento, la facha, el aire de elegancia no superado por ninguno entre sus contemporáneos. Vestía con suprema corrección inglesa y tan airoso estaba de tiros largos como al desgaire, vestido de mañana con cualquier levitín suelto y un chaleco de moda pasada. Andaluz de Levante como Salamanca, dueño de un buen capital y disfrutando la confianza de amigos y parientes malagueños muy ricos, se había lanzado en el vértigo mercantil con inteligencia y fortuna; especulando en jugadas de Bolsa, moviendo el gran mecanismo de las asociaciones mineras, que era la característica de aquellos tiempos en el orden de los negocios, y preparando la introducción de la magna industria del siglo: los ferrocarriles. No era, pues, Terry un farsante, de estos que explotan la credulidad de las gentes, ni un charlatán del *capitalismo* que operara en el vacío con moneda figurada; sus negocios eran formales, su riqueza moderada y sólida, su disposición para negociar seria y limpia, totalmente inglesa, como su vestir, como todo su empaque social.

En los negocios solía ir con pies de plomo, atento, previsor y reflexivo, y en las empresas mujeriles con solapadas astucias o con los acometimientos repen-

tinos de un estratégico muy ducho, conocedor de la geografía y de la oportunidad. Explicaba un amigo de Terry, años adelante, las magníficas victorias de éste por una razón literaria o que con la literatura se relaciona. Remitía ya la fiebre romántica; iba pasando la violencia en las pasiones, comúnmente fingida, pues raro era el poeta que sentía tal al vivo lo que expresaba; pasando iban los audaces giros de la expresión, las rebuscadas antítesis, el dilema terrible de amor o muerte, las casualidades fatalistas por las que el socorro de un afligido llegaba siempre tarde; pasaba también la humorada suicida y la monomanía de poblar de cipreses y sauces el campo de nuestra existencia. Los grandes cerebros del romanticismo habían dado de sí sus últimas flores; *Don Juan Tenorio,* que apareció en abril del 44, fué acogido como una obra tardía que llegaba con dos años de retraso. Tres habían pasado desde la temprana muerte del gran Espronceda, y creyérase que había transcurrido un cuarto de siglo. Los innúmeros poetas que pasaban por sucesores del autor de *El diablo mundo* ya no maldecían, desesperados, la vida; ya no empleaban los acentos más roncos del alma para expresar una murria que no sentían y una melancolía negra que empezaba a ser de mal gusto.

Tras esta grandiosa procesión romántica que iba pasando y en el ocaso se desvanecía, vino otra procesión cuyas figuras traían menos poder literario, arreos no tan vistosos, vestiduras poco brillantes y armas enteramente flójas, afeminadas y deslucidas. Vino un sentimentalismo baboso que en los años siguientes hubo de dar frutos de notoria insipidez, un suspirar, un quejarse continuos, como expresión única del amor. La suprema fórmula estética fué la languidez; púsose de moda el estar lánguido; languidecían los poetas, languidecías las niñas casaderas y las jamonas que ya habían corrido el ciclo romántico en toda su extensión. En los dramas de asunto moderno, el éxito dependía de que las damas vestidas de muselinas vaporosas, con el pelo *à la Cardoville,* y los galanes de levita entallada, pantalón de trabillas, chaleco de raso, con la melenita ahuecada sobre la oreja, terminasen sus tiradas melosas expresando *una inmensa languidez.* Los novios, en sus inflamadas cartas, no hablaban ya de tomar fósforos ni de lo bonito que es pasear de noche por las calles de un cementerio; se entretenían en dar cuenta de *suspiros que ahogaban el alma,* o de *quejidos exánimes inspirados por un deseo.* El suspiro, el quejido, el deseo, la languidez, las auras embalsamadas, las noches voluptuosas, los sueños de dicha y placer, eran los chirimbolos con que jugaban constantemente los enamorados y los poetas. Hasta la Prensa se veía tocada de esta demencia ñoña y prodigaba en sus escritos los tropos más ridículos. Publicistas que pasaron por excelentes llamaban a Chateaubriand el *Cisne del cristianismo,* a la Habana la *Virgen de los trópicos...* Pues bien: Terry, adelantándose a su época lo menos un cuarto de siglo, hizo pedazos toda esta máquina de afeminación; desterró el suspirar por tiempos, las auras del deseo, y cuando hablaba con mujeres jamás se ponía lánguido; antes bien, las embestía con un lenguaje humano, recto, sincero, varonil. De aquí sus victorias frecuentes y el partido que tenía.

Volvieron a verse Eufrasia y Terry y a flecharse con miradas flamígeras en la representación de *María di Rohan* por Ronconi, en el Circo, y allí se tramó para reconciliarles la siguiente ingeniosísima combinación. Entre los muchachos que solían ir a la tertulia de la viuda de Navarro, descollaban: Rubí, que, de autor de piececillas andaluzas, había subido a la jerarquía de dramaturgo famoso; Campoamor, ya célebre como lírico de mucho aquél; Navarrete, escritor de costumbres, y Enrique Gil, poeta y crítico. Intimos de éste eran los Asquerinos, dos hermanos muy simpáticos que hacían dramas. Anunciábase uno de Eusebio en el teatro de Variedades, con el título un tanto estrambótico y trabalenguas de *Obrar cual noble con celos,* y Jenara alcanzó de Enrique Gil el obsequio de dos palcos para el estreno, comprometiéndose a ejercer de alabarda toda la noche con sus amigos hasta sacar a flote el drama, cualquiera que fuese su mérito. Uno de los palcos ocuparíalo la viuda; el otro sería remitido *de parte del autor* a unas damas andaluzas que infaliblemente invitarían a sus *habituados* Terry y Alejandro Llorente, a la sazón inseparables. Una vez colocado a *tiro he-*

cho el galán esquivo, Jenara le saludaría, llamándole a su palco para *decirle dos palabras,* y en el acto, con hábil maniobra, se efectuaría la tangencia de aquellos dos planetas de amor, que andaban despavoridos por los cielos buscando un punto en que juntar sus órbitas. Pero el drama, anunciado con tanto bombo, *Obrar cual noble con celos,* no llegó a representarse, y el plan quedó diferido en los propios términos para el estreno del drama de Valladares y Saavedra, *Para un traidor, un leal y Juicios de Dios,* en el mismo teatro de Variedades. Todo se preparó hábilmente: Jenara ocupó su palco, escoltada por las manchegas; en el inmediato entraron las andaluzas. Acudieron más tarde Cueto y Llorente, y por éste supieron las vecinas que Terry se había ido a Sierra Almagrera para un negocio minero. El fracaso de la intriga fué tan grande como el del drama, que cayó al foso, sin que salvar pudiera al *Traidor* el *Leal,* ni a los dos juntos el *Juicio de Dios.*

XVI

Si Eufrasia *ne pouvait se consoler du départ* de Terry, y allá se iba con Calipso en la intensidad de su pena, aventajaba por de contado a la diosa en el arte para disimularla. La pena y el disimulo de la manchega eran cuentas con el Destino, que pagaba el pobre Ordóñez de Castro, a quien la moza oprimía con un dogal, y cada día le daba una vuelta para tenerle más ahogadito y con mayor rendimiento. Consoló a Eufrasia de su amargura cierta epístola que Terry escribió a un amigo desde el Barranco Jaroso (donde con otros negociantes, ingenieros y geognostas, examinaba unos riquísimos filones), en la cual decía que la *moreniya* no se apartaba de su memoria, y que al regreso a Madrid trataría de volver a su buena gracia (con galicismo y todo). Súpose después que don Emilio, habiendo recorrido varias pertenencias andaluzas y terrenos que acusaban la capa argentífera o plomífera, se fué a Málaga, y en un vapor se embarcó para Londres. A la entrada de invierno volvería.

El verano fué tan largo como fastidioso para las manchegas, no sólo por el exceso de calor, sino porque, habiendo marchado Jenara a Sigüenza, se quedaron casi solas en los días caniculares, sin más recurso que dar vueltas en el Prado con don Bruno o con la familia de don Serafín de Socobio, llorando el alejamiento de señoras, caballeros y *dandys* con quienes tenían amistad. Ordóñez de Castro voló al Puerto de Santa María, desde donde a su amada endilgaba cartas llenas de languideces. El novio de Lea, de quien se hablará pronto, andaba también por esos mundos con la tropa que acompañó a la reina a las Provincias Vascongadas; y Rafaela, que comúnmente no salía, se fué por un mes a Navalcarnero. Arreciaron en aquel tristísimo verano las persecuciones contra revoltosos, y la Policía, olfateando dónde guisaban motines, metiéndose con los conspiradores de profesión y atropellando a más de un inocente, no dejaba respirar a los pobres habitantes de la villa, medio asfixiados de calor. Narváez seguía fusilando, deseoso de obtener un orden perfecto; pero, a medida que disminuía en España el número de los vivos, el orden se alejaba más cubriéndose el rostro con un velo muy lúgubre. Era una delicia en aquellos días ser español; y ser madrileño, con la añadidura de haber pertenecido a la Milicia nacional, más delicioso aún. A un pobre sastre de la calle de Toledo, llamado Gil, que al paso de los polizontes calle abajo, tiró desde el piso tercero un ladrillo sin descalabrar a nadie, le cogieron, y por primera providencia, le fusilaron despiadadamente. ¡Pobre Gil! ¡Quizá pensaría, cuando le llevaban a la muerte, que con su sangre y la de otros escribían los moderados la Constitución despótica llamada del 45, y que toda aquella sangre reviviría en la Historia produciendo, al fin, la resurrección de los hombres sacrificados!

Algo de esto pensaba don Bruno, en su discurrir de cortos vuelos; pero como adormecido le tenía su singularísima situación política y social, no expresaba ideas tan audaces en el casino. Por aquellos meses, la diligente amistad de don Serafín le consiguió la liquidación del asunto del Pósito, y cobró el hombre unos cuantos miles de reales, que, aunque no eran ni la mitad de lo que esperaba, pareciéronle llovidos del cielo, y con ellos tapó algunas de las enormes

grietas que en su caudal abría la dispendiosa vida de Madrid. Había perdido ya el hombre la noción clara de los intereses, ignorando lo que gastaba y lo que poseía. Las rentas de la Mancha mermaban, y algún arrendatario se permitía morosidades escandalosas: deber de don Bruno era dar una vuelta por allá; mas cuando lo pensaba, le invadía la pereza, la terrible parálisis de su voluntad, fomentada incesantemente en el casino, y agravada con otras distracciones que cargaban de plomo sus miembros y su no muy viva inteligencia.

Octubre, predilecto mes de Madrid, trajo el retorno de los veraneantes, el brillo de las nuevas modas, la alegría de los teatros, la general animación y vida. Periodistas y revisteros llamaban a la juventud a las diversiones y fiestas de otoño, diciendo: «Ya *nuestras bellas* se aprestaban a engalanar las noches del Circo, del Liceo y de la Unión.» Era muy común entonces que el ingenioso cronista de salones y de teatros invocase al sexo femenino con la familiar denominación de *nuestras bellas;* también solían decir *nuestras leonas,* desconociendo lo que significaba en la sociedad parisiense la voz *lionne,* aplicada a las mujeres que deslumbraban a la sociedad con su elegancia original y a veces extravagante, así como con el desenfado de sus costumbres. Ofendían a las mujercitas de acá llamándolas *nuestras leonas,* y más acertado fuera que las llamasen *nuestras gatas* o *nuestras perritas*... Pero en fin, el nombre importa poco, y daba gusto ver a *nuestras leonas* o *cachorras* embistiendo a los teatros, ya se diera en ellos drama, ópera o baile. Reapareció, entonces el *dandy, paquete, lion, fashionable,* o como nombrársele quiera, don Esteban Ordóñez de Castro, y Eufrasia tuvo ya con quién divertirse mientras le llegaba el santo de su completa devoción. Más dichosa que su hermana fué Lea, a cuyas faldas se pegó de nuevo su fiel novio Tomás O'Lean, que a los veinticinco años era ya teniente coronel, habiendo alcanzado sus mayores adelantos desde los pronunciamientos del 43. ¡Qué brillante carrera! Espartero se fué dejándole teniente a secas, y en dos años de trifulcas intestinas, sirviendo con Serrano en Cataluña, con Concha en Andalucía, ayudando a la cacería de Zurbano, había ganado el hombre tres empleos y cinco grados, amén de varias cruces que eran testimonio de su heroísmo. Siguieran las locuras de Marte en nuestro suelo, y Tomás O'Lean sería general. No podía soñar Lea mejor partido y muy satisfecha estaba de su conquista, porque el muchacho, al aprovechamiento militar unía las ventajas de un carácter cortado para el santo matrimonio: mansedumbre, juicio, hábitos económicos, y, para colmo de felicidad, una hermosa figura.

Ni aun en los tiempos del regente fué O'Lean entusiasta del *Progreso;* antes bien, sus amigos le tenían por arrimado a la cola, atendiendo más a las aficiones religiosas del oficial que a las políticas. Perteneciente a una familia de origen irlandés, extremada en el monarquismo y en la piedad, conservó siempre la característica de su abolengo, y en un tris estuvo que defendiera la causa del pretendiente. Como los O'Donnell, los O'Lean se dividieron, repartiéndose entre las dos legitimidades: dos hermanos de Tomás pelearon en la facción, al lado de Zumalacárregui y de Zaratiegui; pero él, traído a la bandera cristina por su tío don Anselmo, grande amigo de Córdoba, empezó a servir, el 36, en un regimiento de la división de Oraa, y siempre se mantuvo fiel a la disciplina y al honor. Huérfano de padre, vivía Tomás con su madre, vascongada de mollera dura, de los Emparanes de Azpeitia, señora muy tiesa, rigorista en lo social, arrebatada de fanatismo en lo religioso. No fué poca suerte para Leandra Carrasco que doña Ignacia, a quien como a presunta suegra reverenciaba, aprobara el noviazgo de su hijo, que si así no fuese, poco le durara el contento a la señorita manchega. Tenía Tomás el don de simpatía por su afabilidad y dulzura, y aunque entre sus muchos amigos habíalos de distintos colores, descollaban en su afecto los de matices tristones y sombríos; frecuentaba la Redacción de *La Esperanza,* y el fundador y director de ésta, don Pedro La Hoz, hombre de austeras virtudes, escritor castizo, profundo, sólido y sincero, aunque de estilo un tanto mazacote, profesaba a la madre y al hijo singular estimación.

Pero la esfera de las amistades de Tomás O'Lean era vastísima y extendíase a los círculos juveniles más interesantes. Loco por la música, con excelente oído y

retentiva prodigiosa, figuraba en la trinca de melómanos (que ya entonces se llamaban *dilettantis)* más ruidosa y más inteligente de Madrid. Eran todos chicos de buena familia, que tenían a gala no perder función de ópera y andar siempre entre cantantes italianos, maestros y directores de orquesta. A los estrenos de ruido en teatros *de verso* iban puntuales, siempre que no había novedad o atractivo grande en los de ópera. No eran estos jóvenes la más grata compañía ordinariamente, porque a menudo poníanse a disputar sobre los méritos de estos o de los otros *virtuosos* o las excelencias de tal o cual ópera, o como era inevitable agregar los ejemplos a las teorías, cantaban y tarareaban hasta volver locos a los que tenían la desdicha de asistir a sus reuniones. En el café de Amato, calle de la Montera, donde aquel año ponían los atriles por tarde y noche, ocupando tres mesas, no había quien parara. Conocían el repertorio italiano entonces vigente mejor que el que lo inventó; algunos descollaban de tal modo en la retentiva, que *decían* una ópera desde el coro de introducción hasta el final. Quién ensalzaba el *Roberto Dovereux;* quién el *Rolla* o *Maria di Rohan;* aquél no permitía que le tocasen a Bellini, el único, el ángel de la melodía; estotro, haciendo gala de su voz abaritonada, soltaba el *Cruda funesta smanie,* de *Lucia,* y un chico de Jaén, bajo profundo, repetía las graves notas del *Mosé: Eterno, inmenso, incomprensibil Dio.* Los más felices en la canora trinca y los más envidiados de sus compañeros eran los que tenían entrada franca en los escenarios y trataban a Ronconi y a Guasco, obsequiaban a la Tossi o a la Bertollini-Raphaelli y tuteaban a Becerra y a Salas; los que estimando la amistad de los directores Basilio Basili y Skoczdopole más que la de príncipes y magnates, conocían por ellos los proyectos de las empresas. Sin cesar se oía: «Positivamente, en noviembre tendremos a Moriani...» «Se habla de Paolina García para la primavera...» «Se preparan dos nuevas óperas de Verdi, *Attila* y *Juana de Arco*...»

Entusiasta del divino arte y amante ardoroso de las glorias patrias, el *dilettantismo* perdía la chaveta cuando algún músico español componía ópera, más o menos italiana, aspirando al lauro universal. Desde que la del joven maestro Espín, *Padilla o el asedio de Medina,* se puso en ensayo andaban nuestros melómanos hechos unos orates, alabando sin medida la composición de que sólo retazos conocían, anticipando por calles y cafés tal o cual frase melódica y presagiando el éxito más resonante y feliz. Todo ello se cumplió conforme a los deseos del furioso *dilettantismo.* Fué aclamado Espín como digno émulo de Bellini y Donizetti y se tuvo por cierto que *Padilla* daría la vuelta al mundo. Pero ya entonces *había Pirineos* para la salida del arte, aunque estaban abiertos para la entrada, y Espín se quedó en casa, como los artistas que le habían precedido y los que en las siguientes décadas crearon la zarzuela. El mal gobierno y las revoluciones estúpidas, desacreditando a la raza y permitiendo que cundiese la engañosa fama de su esterilidad, son culpables de las terribles aduanas que en todas las fronteras de Europa cierran el paso a las artes de nuestra tierra.

Los maestros incipientes, como Oudrid, solían agregarse al coro entusiasta de la pandilla musical, ya en el estrecho café de Amato, ya en el del Príncipe o en la pastelería de Lhardy, y lo propio hacía el más joven de los tenores italianos de la compañía del Circo, Enrique Tamberlick, que aquel año había hecho su *début* con *Parisina d'Este.* Los conciertos privados en casa de Soriano Fuertes estrechaban las amistades, enardecían y exaltaban la fe de la religión musical; allí Oudrid, excelente pianista, daba las primicias de la *Jota aragonesa con variaciones* y de la *Fantasía sobre motivos de Maria di Rohan;* allí Tamberlick soltaba los alientos de su voz bravía, cantando trozos de compositores olvidados de viejos o desconocidos aún de nuestro público, como Cimarosa, Paësiello, Spontini, y les revelaba la maravilla del *Don Juan,* de Mozart, en que algún *dilettanti* de los más avisados vió la matriz del drama lírico. Este fué Tomás O'Lean, que por tal motivo tuvo con sus compañeros tremendas agarradas, sosteniendo que en conocimientos musicales marchábamos con medio siglo de retraso. Poseedor de alguna erudición en el arte de Euterpe, adquirida en libros y papeles extranjeros, el ilustrado joven hablaba de Mozart, que aún no nos habían traí-

do; de Weber, y Glück, que probablemente no vendrían nunca, y, por último, para confundir más a la entusiasta cuadrilla, hacía mención de las grandes obras sinfónicas y soltaba como una bomba, produciendo estupor y escándalo, el endiablado nombre de Beethoven.

XVII

Rara vez hablaba Tomás de estos sutiles temas con su novia, porque la pobre muchacha no los entendía. Bastante atrasada en gustos musicales y sin ninguna educación de piano ni solfeo, no le entraban en la cabeza más que las tonalidades o *motivos* más elementales. Lo demás era un ruido no siempre grato. Pero nada de esto importábale al joven, que en su novia parecía estimar exclusivamente las prendas morales y caseras, mirando con indiferencia todo lo restante. Hasta la fecha correspondiente a los sucesos referidos, el militar era mirado por la manchega como perfecto tipo de mansedumbre y docilidad. Pero ya en las postrimerías del 45 presentábase el galán como querencioso de la independencia, y no se plegaba como un junco ante la voluntad y las ideas de su novia, ni al de ésta sometía su criterio. A cada instante, la diversidad de apreciación en materias de gusto traía la discordia, por ejemplo: a Lea no le había gustado *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, estrenado aquel otoño por Romea, y Tomás sostenía que no había producido obra mejor la Talía española desde Moratín. No verlo así era carecer de toda inteligencia literaria. Visitando la Exposición de Artes y Manufacturas Españolas, que se celebró en la Trinidad, Lea se extasiaba delante de las pinturas más ñoñas y ridículas: vaquitas pastando, una mesa revuelta... O'Lean le decía sin rebozo que admirar tales mamarrachos era darse patente de indocta y campesina, y le ponderaba los cuadros históricos o religiosos de Madrazo y Ribera. En otros órdenes, se clareaba más la emancipación del caballero: pasaron los tiempos en que si a la cita faltaba o se le iba el santo al cielo en la correspondencia, recibía sumiso las reprimendas de la dama y con graciosa humildad aplacaba su enojo. Ya no era lo mismo; pecaba Tomasito gravemente contra la puntualidad amorosa, que en los noviazgos vale tanto como el amor, por ser su signo más elocuente, y al ser interrogado por la manchega, severo juez y parte lastimada, se quedaba tan fresco. Desvergonzados eran a veces los *novillos;* hubo tardes en que Lea no le vió el pelo en el Prado y ni la atención tenía el joven de presentarse al oscurecer con galantes excusas. Las que daba, tardías o glaciales, eran siempre las mismas. Había pasado la tarde, o la noche, o la mañana en La Esperanza, donde, sin duda, los amigos que allí se reunían trataban de la cuadratura del círculo.

—Pero ¿qué demonios hay en esa Esperanza dichosa para que de tal modo le atraiga, Tomás?—le decía Lea, subiendo del enojo a la cólera—. ¿Hay zambra de mujeres o baile de sacristanes? Quisiera saber qué se te ha perdido a ti en La Esperanza y qué piensas sacar de tanto cabildeo con *escritores públicos*. Política no será, porque tú me has dicho que eres *escepticista*.

—Esa palabra no está bien, Lea. Cierto que cuando nos conocimos así se llamaban algunos; yo fuí de los que más usaron el vocablo. Pero va cayendo en desuso, y ya no decimos *escepticista*, sino *escéptico*.

—Bueno, lo mismo da. Tú me aseguraste que no tenías opiniones políticas, ni eso te importaba, que te mantenías *neutro*...

—*Neutral*, Lea. Pues sí, te lo dije; me mantenía indefinido, incoloro, entre los partidos revolucionarios y los partidos de orden; pero llegan tiempos en que la neutralidad es falta, casi delito; tiempos que piden a todos los españoles una manifestación franca de lo que piensan y desean para nuestro país, ahora que se nos presenta el problema grave de cuya solución depende la suerte del reino en los años futuros.

Apremiado a más claras explicaciones, O'Lean consagró un rato a satisfacer las dudas de su amada, haciéndolo en términos rebuscados y con una suficiencia que rayaba en pedantería, marcando bien la superioridad del expositor ante las cortas luces de la pobre mujer que oía.

—Ha llegado la más crítica, la más delicada ocasión de esta Monarquía gloriosa—le dijo—. Nuestra adorada reina ne-

cesita un esposo, no sólo porque es reina, sino porque es mujer, o dama, mejor dicho. Y ante el problema que se nos viene encima, todos los españoles de buena voluntad nos preguntamos. «¿Quién será, quién debe ser el consorte de nuestra soberana?» La respuesta, que a muchos embaraza y confunde, para mí es facilísima. Este matrimonio debe ser, no sólo un matrimonio, fíjate bien, sino un tratado de paz y alianza perpetuas entre las dos ramas de la familia real. Una discordia entre las ramas de tronco tan glorioso, un desacuerdo por si debe excluirse o no debe excluirse de la sucesión al sexo femenino, que comúnmente llamamos *bello sexo,* fíjate bien, trajo la más tremenda, la más sanguinaria de las guerras. Triunfó la opinión favorable al bello sexo; pero como los derechos de la otra parte, o sea de los varones, fíjate, continúan en pie, y el partido carlista es siempre formidable, podría reproducirse la guerra y aniquilarnos nuevamente, y aun traer la victoria de la rama viril. Medios de evitar esto y de resolver históricamente la cuestión: la empresa en que fracasó Marte será llevada a término feliz por Himeneo, el más pacífico de los dioses. La Providencia, que tanto ha desfavorecido a nuestra nación, ahora se vuelve benigna, y dice: «Nación, llevé tus problemas a los campos de batalla para hacerte guerrera y varonil; ahora los llevo al tálamo para que seas pacífica y fecunda.»

Todo esto paraba en que los de La Esperanza habían catequizado al joven militar para que pusiese su talento y su pluma al servicio de la idea patrocinada por Balmes y otros publicistas. Extendióse Tomasito en mayores explicaciones de tan feliz idea, diciendo que el sentido común hacíala suya y que por ser la pura lógica habría de imponerse a los españoles de todos los partidos. No más guerra civil, no más derechos de varones y hembras. *El solitario de Bourges* había tenido la dignación de abdicar en su hijo, y éste, en el gallardo manifiesto que había dirigido a España, estampaba una solemne declaración que era el más grande y filosófico de los programas: «Ya no habrá partidos; ya no habrá más que españoles.»

—¡Ay Tomás de mi alma! —le dijo Lea, burlona y dulce—; a ti te han sorbido el seso los de La Esperanza con el casorio de la reina. ¿Crees tú que vas ganando algo con que el preferido sea Montemolín? ¿A ti qué te va ni qué te viene en eso? A mi padre oí decir que las piedras se levantarían contra don Carlitos si en esa boda se pensara.

A esto replicó el militar escarneciendo la ignorancia de su amada en asunto de tal trascendencia. Habíalo estudiado él con extremado detenimiento, y leído todo lo que plumas doctas sobre la materia habían escrito; conocía, como si de ella fuese testigo, la patriarcal vida del rey don Carlos en Bourges, la modestia decorosa del trato doméstico, la educación que al heredero se daba, haciéndole hombre para la adversidad y príncipe para que mirase a gloriosos destinos. Era don Carlos Luis un modelo de jóvenes honestos, sensatos, corteses; instruído en cuanto concierne a un caballero y a un príncipe, sencillo y afable con los inferiores, digno con los altos, muy mirado con las damas; galán sin presunción, fortalecido por el continuo ejercicio a caballo; amante de España hasta la idolatría; informado de todo principio nuevo y de toda idea culta; celoso de la dignidad de la Corona, mas sin repugnancia de la Libertad ni de sus aplicaciones al vivir de los pueblos, siempre que fueran sensatas.

Dicho esto se retiró, resultando por el pronto una sensible frialdad en los que meses antes consagraban casi exclusivamente sus coloquios a la dulce conjugación del verso *casarse.* Y de pronto, ¡ay!, otro himeneo, cien veces maldito, a perturbar venía la inocente alianza de dos criaturas tan inferiores a las grandezas del Trono. Lamentábase Lea en sus soledades de que las regias nupcias habían trastornado el seso de Tomasito; y aunque no era de temer que con la fiebre política y casamentera llegase el hombre al delirio y olvidara su compromiso de amor, no estaba tranquila, no, que harto sabía cuán peligroso es que los hombres se acaloren por una causa general, origen de guerras y trapisondas. ¡Hermosos, felicísimos días aquellos en que, ávidos de palique, aprovechaban las horas de paseo, o los minutos de cualquier entrevista breve, para engolfarse en dulces cálculos de la fecha de sus desposorios, de la futura casa, que por vergüenza no llamaban nido; de los felices que serían etcétera...! ¡Y ahora salíamos con que el hombre no se apasionaba más que por

el casorio de la reina! Vamos, que era para echar al demonio a todos los reyes y príncipes y salir por la calle gritando cualquier barbaridad.

A su padre habló la señorita de la inquietud grave que en su vida se le ofrecía, y el buen señor la tranquilizó con estas razones:

—Dile a ese tonto que no se ponga en ridículo defendiendo un matrimonio que no hemos de consentir los liberales... Ni está bien que un militar ande ahora al retortero de los de La Esperanza y tome partido por el chico de don Carlos. ¡Hombre, ni que hubiera venido de las Batuecas!... Dile también que se deje de casorios ajenos y piense en el vuestro, que es el que más a todos nos importa, pues el tiempo vuela, y ya debíais estar casados..., lo cual que así mismo, *mutatis*, se lo he de decir yo mañana a doña Ignacia.

Consolada con esto, a la siguiente noche manifestó a Tomasito la manchega su propia opinión sobre la necedad de tomar partido por Montemolín, agregando el juicio de su padre y el de otros amigos de la familia. Con razones tan primorosas y bien concertadas como las del mejor libro, rebatió el joven lo dicho por su novia, dando cuenta de cómo arreciaban los vientecillos que nos traían a Montemolín a compartir con Isabel el solio de San Fernando. Cosas dijo y seguridades expresó que dejaron a Lea suspensa y aterrada. ¿Sería posible que su padre y los demás que como él pensaban quedasen tan ridículamente burlados? ¿Vendría, en efecto, Carlitos Luis...? Ya en el terreno de los bodorrios, fué Lea bastante sagaz para deslizar una interrogación acerca del suyo, y respondió Tomasito clara y prontamente:

—Casada la reina, casados nosotros... Ella, pongo por caso, esta semana; nosotros, la venidera.

—¿Y será pronto?

—Más pronto quizá de lo que creen hoy todos los españoles, a excepción de la corta minoría que está en el secreto. La mañana menos pensada, fíjate bien, despertará Madrid a los sones de la campana gorda de *La Gaceta*, anunciando...

—¿Las bodas de su majestad?... Y a la semana siguiente..., ja, ja..., iba a decir que *me llevas al altar*, pero esta frase es de novela y muy ridícula. Déjame que me ría: estoy contenta. Me hace gracia eso de que en *La Gaceta* tocan a casarnos nosotros... ¿Pero quién toca, Tomás?

A esta pregunta respondió el militar en voz baja y con teatral misterio:

—¡El Austria!

—¡Ah!..., ya voy comprendiendo. El Austria, esa nación de donde son los austríacos, quiere que sea don Carlos Luis el agraciado...

—Lo quiere y lo impone... Dice: «Este o ninguno; yo lo mando.»

—¡Ave María Purísima! ¿Pero es verdada todo eso, Tomás de mi alma? ¿Conque el Austria...? Y España no tendrá más remedio que bajar la cabeza...

—No lo haría quizá tan pronto, si lo mismo que pide el Austria no lo exigiera el Papado... El Papado es el Papa, fíjate.

—Ya lo había comprendido hombre... ¿De modo que...? Pues ahora sí te digo que ya me parece una cosa muy buena la unión de las dos ramas. Asegúrame otra vez lo que has dicho de una semanita no más por medio y me paso a tu partido: soy furiosa montemolinista.

—Te lo aseguro; pero esto que has oído del Austria y del papado no lo repitas, Lea, no lo repitas, fíjate con tus cinco sentidos.

—Estate tranquilo, que no diré nada. En mi corazón guardo el secreto. ¡Bendita sea mil veces el Austria!

XVIII

Con instintivo saber psicológico pensaba Lea que la lisonjera situación de ánimo en que había de poner a don Tomás la victoria de su candidato sería favorable al cumplimiento de su promesa, es decir, que impuesto Montemolín por Austria y Roma, bien podía ser que los dos matrimonios, el grande y el chico, no distaran entre sí más que una semanita. De estas esperanzas habló con su madre, guardando reserva sobre lo del Austria; doña Leandra se distrajo de sus tristezas contemplando el optimismo de su hija, tan parecido a un espectáculo de fuegos artificiales, y aunque la buena señora dudaba, que la duda de todo era en ella ya una segunda naturaleza, fingió creerlo por no marchitar ilusiones consoladoras. Eufrasia estaba también gozosa, porque llegó Terry, y, con fácil artificio ideado por Jenara, facilitóse en

casa de ésta la tan deseada reconciliación.

Había llegado a tomar por aquellos días la persona de doña Leandra apariencias de espectro, y la cara y pescuezo, las manos y antebrazos eran como piezas dispuestas para los estudios anatómicos: de tal modo la rugosa piel amarilla dejaba traslucir el cordaje de nervios y músculos, las azules venas y la osamenta desvencijada. La distancia entre el barrio de Peligros y las Cavas no le permitía visitar a la Torrubia con tanta frecuencia como deseara; hacíalo en los días buenos, arrastrándose por las mañanas hasta San Cayetano o la Paloma; y después de oír misa echaba un párrafo con su amiga en el puesto donde vendía o en la puerta de la iglesia. Por dicha suya, la Providencia le deparó nuevas amistades, y la más valiosa de aquellos días fué la que contrajo por mediación de don Bruno y de don Serafín con la tía de éste, doña Cristeta del Socobio, señora muy agradable y bondadosa, que al punto comprendió la profunda dolencia moral de la manchega y puso de su parte cuanto podía para mitigarla. Desde los primeros instantes de su conocimiento simpatizaron, no teniendo poca parte en el repentino afecto de doña Leandra por la Socobio la circunstancia de ser ésta viuda de un manchego, natural de Piedrabuena, y aunque el difunto salió de su pueblo a los cinco años, y desde tan tierna edad no había vuelto a él, bastaba el origen para que doña Leandra le tuviese en gran estimación y mirase a la viuda como amiga predilecta.

Era doña Cristeta camarista de Palacio, y aunque en el tiempo a que esto se refiere desempeñaba un destino sedentario, porque su edad y cansancio reclamaban vida más sosegada que la del servicio de etiqueta junto a los reyes, su personalidad y sus funciones merecen los honores de la Historia. Había entrado en la servidumbre en 1818, y al año siguiente, marcado en los fastos palatinos por el casamiento de don Francisco de Paula con la princesa de Nápoles, doña Luisa Carlota, ésta la tomó a su inmediato servicio, y a su lado la tuvo hasta 1838, en que pasó Cristeta a la cámara de su majestad. En los duros tiempos de Argüelles y la de Bélgida, fué separada la Socobio, juntamente con otras personas de la familia, por supuestas connivencias con la gobernadora cesante; pero al ser declarada la reina mayor de edad, volvieron todos a sus puestos en la etiqueta, en la intendencia y real capilla, y la camarera mayor, marquesa de Santa Cruz, que desde aquella fecha fue la más visible influencia dentro de la casa, dió a la Socobio la guardarropía de las reales personas, y el mando de todas las mozas de retrete, guarnecedoras, ayudas y barrenderas.

No tardó en advertir Cristeta la incompatibilidad de su salud y de sus años con aquellos oficios que bajo su mano quiso poner la Santa Cruz, y pidió la jubilación, aprovechándose de las favorables circunstancias de su edad y dilatado servicio para proporcionarse una cómoda situación pasiva. Mas ni la camarera ni la reinita y su hermana, que la querían entrañablemente, accedieron a la jubilación, y se le concedió el puesto de camarista, con todo el sueldo, exenta de servicio, con derecho de habitar *en Madrid*, esto es, fuera de Palacio, y sin más obligación que acudir en auxilio de las nuevas guardarropas cuando éstas lo hubieran menester. Hallábase, pues, doña Cristeta en la más holgada y feliz situación, disfrutando de las ventajas del cargo y sin la esclavitud y trajines inherentes a éste. Entraba y salía en los altos aposentos y en los bajos siempre que le daba la gana; su metimiento era como el de los mejores días y grande su dominio sobre las camaristas jóvenes, sobre las mozas de retretes, mozos de oficio, ayudas de furriera y demás piezas inferiores de tan compleja máquina. Y no sólo tenía fieles amigos en la inmensa colmena, sino también parientes muchos, distribuidos en las distintas funciones y dependencias. Don Serafín era, como se sabe, gentilhombre, y sin salir de la etiqueta se encontraban dos Socobios más: don Laureano, rujier, y don Emigdio, escribiente en la secretaría de Cámara y Estampilla. En Caballerizas, un Socobio era rey de armas, y otro, ayudante del montero mayor. Asilo de otros individuos de tan aprovechada familia era la Intendencia, donde se podían contar hasta cinco Socobios: el uno en la secretaría del intendente, cargo de cuidado y responsabilidad; otro, que era contador general; dos, en la Tesorería, y el quinto, en la consultería. Para que no quedase rincón alguno donde no hubiese

hecho su nido un Socobio, figuraba entre los capellanes don Andrés Avelino, primo hermano de don Serafín, y, por último, las administraciones patrimoniales de los reales sitios hervían de Socobios.

No iba doña Cristeta a Palacio todos los días, pero sí los más de la semana, y desde que tomó a su cargo el cuidado y esparcimiento de doña Leandra oían misa las dos en la real capilla; entraban luego a echar su descanso en la sacristía, donde la manchega hizo conocimiento con el capellán Andrés Avelino y con don Víctor Ibraim, cuyo aspecto y modos de cudrúpedo con sotana no fueron muy de su agrado. Algunas tardes subían al piso alto y visitaban a distintas personas, con lo que doña Leandra se distraía y animaba; su familia iba notando en ella menos inapetencia; relataba con interés las magnificencias que en Palacio veía, y mostrábase en extremo cariñosa con su amiga y compañera. A veces dejábala ésta en alguna de las habitaciones altas, bien recomendada, para que la entretuviesen dándole conversación, y se iba sola a los regios aposentos del piso principal, permaneciendo allí las horas muertas; volvía gozosa junto a doña Leandra, y le prometía enseñarle *lo de abajo* cuando las reales personas se fuesen a La Granja o Aranjuez. Por fin, huroneando entre las viviendas de la servidumbre, encontraron manchegos, que fué para la señora de Carrasco gran satisfacción. ¡Vaya que manchegos en aquellas alturas! Pues en Caballerizas, adonde también fueron como visitantes curiosos, encontró Leandra más de lo que quería: carreristas, picadores y mozos que eran de allá, y hasta parientes le salieron. Bien decía ella que «había Mancha en todo el mundo», y que Madrid era lo más manchego de las Españas.

Y ¿cuál no sería el gozo de la expatriada cuando, metidas las dos una mañana en la botica de Palacio a pedir varias drogas para sus achaques (las cuales a doña Cristeta no le costaban un maravedí), topó de manos a boca con el mancebo Vicentillo Sancho, del mismísimo Pozuelo de Calatrava, sobrino segundo de don Bruno?

—Pero, hijo, no te hubiera conocido... ¡Si estás hecho un hombracho! No te he visto desde el día en que saliste del pueblo para venir a estudiar la carrera de boticario... ¡Ay!, déjame que te abrace otra vez... Me parece que estoy allá, y que veo a tu madre, la pobre Bárbara, que el día que tú partiste lloraba como una fuente, y no veíamos modo de consolarla... Pero tú, gran zopenco, ¿no sabes que vivimos aquí hace cinco años, por *desinio* del Señor...? ¿Cómo no has ido a vernos? Ahora te digo que tienes tu casa en la calle Angosta de los Peligros, y que si no vas a vernos pronto te descomulgamos, y ya no eres ni sobrino ni manchego ni nada.

Replicó el mancebo que tenía noticias, sí, de la presencia de sus tíos en Madrid; pero que no había ido a verles por vergüenza y cortedad, pues alguien le dijo que vivían muy a lo grande, y que las niñas estaban hechas unas princesonas. Una tarde, paseando por el Prado, un amigo le enseñó a Eufrasia, que iba con una como marquesa, y el chico se había maravillado de tanta elegancia y hermosura. Indignóse con esto doña Leandra, y dió un coscorrón al boticario para quitarle la vergüenza.

—Anda, mostrenco, que no mereces nuestro cariño. Vete corriendo a mi casa, donde verás a las niñas, que aunque pronto casarán la una con un teniente coronel y la otra con un capitalista, son muy llanotas y no reniegan de su país ni de su parentela.

Con la visita de Vicente Sancho tuvo la señora un grandísimo alivio y días verdaderamente felices. Al propio tiempo aumentaba su afición a las visitas a Palacio, y nada le divertía y consolaba como oír de labios de su amiga relaciones de la vida interior de aquella inmensa casa.

—Por no vestirme—le dijo Cristeta una tarde, volviendo las dos de su paseo—, no voy a ninguna ceremonia. Los que presenciaron la de anteayer, la recepción del embajador de Francia, M. de Bresson, me aseguran que nuestra salada reina fué el encanto de los extranjeros por la divina soltura y gracia con que hizo su difícil papel. A los dieciséis años, esa criatura sin igual no tiene nada que aprender en punto a señoro regio, ni en el arte diifcilsimo de ser digna y familiar, de ostentar toda la gracia y afabilidad del mundo, sentadita, como quien no dice nada, en el trono de San Fernando. Cuentan que, cuando bajó las gradas, concluída la ceremonia, y se pu-

so a platicar con todos, diciendo a cada uno palabritas agradables, estaba tan mona, tan reina, que..., vamos..., era para comérsela. Bien puede España dar gracias a Dios, pues con esa niña nos ha traído el remedio de todos los males. Y gracias también debemos darle porque con ella empieza el orden, el orden, amiga mía, que es el andar derecho todo el mundo para que pueda el Gobierno dedicarse al fomento... Ya sabe usted que es necesario el fomento, pues..., para que prospere y eche buen pelo la nación... Y eso que ahora, ¡ay!, nos viene una dificultad, la cual dejará de serlo si se hace todo como Dios manda. Hablo del casamiento, que puede ser el sumo bien o el sumo mal. Pero entiendo yo que van las cosas por el mejor camino, y si no meten el rabo las potencias, tendrá Isabel el marido que a ella y a todos nos conviene.

Expresada por doña Leandra, con la mayor candidez, la idea de que era un hecho la elección de Montemolín, pues como cosa de clavo pasado así lo aseguraba su hija primogénita, rompió en risas y burlas la Socobio, diciendo que tal casamiento sería el mayor trastorno de la real familia y un terrible desastre para la nación. Confusa la oyó su amiga, mas no pudo obtener de ella referencia clara del candidato que la gente palaciega tenía por seguro.

Era la camarista de pequeña estatura, entrada en años, de rostro agraciadísimo, las facciones menudas, los ojos muy despiertos y ratoniles, el pelo casi enteramente blanco, peinado con gracia; muy amable y nada perezosa, dispuesta siempre a las grandes caminatas y ascensiones de escaleras. Hablaba con tanta soltura como donaire; de su inteligencia no podían hacerse más que elogios; en su conducta matrimonial, mientras le vivió el marido, no había que poner ninguna tacha; de su exactitud y diligencia en el desempeño de su destino durante largos años, no cabía tampoco la menor censura; de su sagacidad y discreción para servicios de un orden familiar y reservado, nada corresponde apuntar al historiador que, además, poco sabe de estas cosas. Merece, pues, doña Cristeta sinceras alabanzas; y si hay necesidad de poner algún defectillo para guardar siquiera las apariencias de imparcialidad, dígase que era la camarista muy golosa y que toda su vida fué apasionada de las yemas y tocinos del cielo; loca por pastelillos, bollos delicados y fruslerías dulces, así como por las copitas de licores finos y aromáticos. Cuando la edad trajo a su estómago cierta rebeldía contra el dulce, usábalo moderadamente, y retrotraída en su vejez a los gustos y travesuras de la infancia, no podía resistir a la tentación de comprar en la calle torrados, anises o caramelos de la peor calidad; con tales porquerías, que roía y mascaba despacio para no cascar sus hermosos dientes, entretenía el vicio y daba satisfacción al gusto, escupiéndolas después sin dejarlas pasar al buche.

XIX

Pues un domingo por la tarde, volviendo de una placentera visita en Caballerizas, se corrieron doña Leandra y doña Cristeta hacia la Encarnación, con ánimo de rezar; pero tuvo más fuerza en el ánimo de la camarista el apetito de golosinas que la devoción, y lo que hicieron fué comprar torrados y avellana y sentarse a roer y mascullar y escupir en los propios escalones de la iglesia, como dos chiquillas. A entrambas era muy grata aquella libertad, el perderse entre la multitud sin que nadie las conociera y respirar el ambiente popular en que habían nacido. Con sus vestiditos de merino negro y su facha de honradas y limpias menestralas, creían desenvolverse mejor en el humano carnaval; y si doña Leandra se conceptuaba siempre palurda manchega, en medio del bullicio y galas de la Villa y Corte, doña Cristeta era una demócrata inconsciente, sin sospechar que pudiera existir incompatibilidad entre sus aficiones plebeyas y su intensísima fe monárquica.

—¡Qué bien estamos aquí—dijo a su amiga—, y cómo me gusta que la tengan a una por nadie y que no nos hagan ningún *rendibú!* Cuando una ha vivido años y años dentro de la etiqueta, gran suplicio, coge con más ganas la libertad..., y hasta se alegraría de ser pueblo, como quien dice.

—Pero los que se arregostan a palacios —observó doña Leandra—no se hallan en cabañas. Y a usted la tira tanto el señorío, que si no pudiera de vez en

cuando meter la nariz en la casa grande y oler lo que allá guisan, se moriría de pena.

Agregó doña Leandra que le interesaba el casamiento de su majestad por las esperanzas que tenía de trasladarse a Peralvillo en cuanto aquél se celebrara, y pidió a su amiga informes veraces acerca del novio preferido, pues nadie como ella debía de estar al tanto, por la razón de su mete y saca en reales cámaras y camarines.

—Claro es que lo sé todo, amiga mía —dijo Cristeta—, pero el hábito de la reserva, que fácilmente se adquiere en los palacios, como se aprende la fineza del oído, nos cierra la boca. Si usted quiere que yo abra la mía y le cuente las verdades que sé, ha de prometerme no repetir lo que me oiga, y guardarlo de todo el ruido, hasta de su propio marido.

—Bien puede tener confianza, Cristeta, que yo soy un pozo. A todo me ganarán otras; pero a callar no ha nacido quien me gane.

—Habrá usted oído hablar por ahí de Trápani, de Montemolín, de Aumale, de Coburgo...

—De sinfín de príncipes oigo hablar, que quieren que los casemos con nuestra reina. Parace un cuento de niños. Y la verdad, por lo que me dijo Lea, yo creí que el preferido era el de don Carlos.

—¡Patraña! Los carlistas son tan cándidos que se creen las mentiras que ellos mismos echan a volar. Es un partido de hombres valientes, pero sin malicia. En cuanto a Trápani, si en un tiempo se pensó en él, y lo apoyaba su hermana la reina Cristina, ya está desechado. Es un pobre seminarista, de tan poco meollo, que no sabe más que ayudar a misa, y eso, mal. ¡Vaya un rey consorte que nos querían traer! Aumale es muy guapo, muy galán; pero como hijo del rey de Francia no puede dar su mano a Isabel, porque las otras potencias son muy celosas entre sí, y si vieran a un francés en el trono español, no era cisco el que se armaba. Del Coburgo, ¿qué quiere usted que le diga? Pertenece a una familia ducal de Alemania, que se dedica a la cría de maridos de reinas, y los proporciona y suministra de todos precios, bien educaditos. Los chicos esos tienen mérito; pero que perdonen por Dios: la reina de toda una España no es bien que a surtirse vaya en ese mercado. Tampoco hacen camino los príncipes portugueses, por ser de una nación chica, que nos tiene comida toda la parte del occidente de nuestra Península, y además se hallan muy unidos a la enemiga de toda la cristiandad, que es la Inglaterra, esa puerca, ya lo sabe usted, a quien dan el mote de la *pérfida Albión*.

—He oído ese mote y otros: a la Francia la llaman la *Monarquía de Julio*. Pártame un rayo si lo entiendo.

—Son maneras de decir de los periodistas. Hay que fijarse mucho para estar al tanto de las muletillas que ahora se usan para nombrar las coss. ¿Sabe usted lo que es *La Puerta?* Y el Gabinete de las Tullerías, ¿sabe lo que es?... Pero no nos entretengamos en esto, y vamos al casamiento, que será conforme a la vountad de Dios, y tendremos de rey a un príncipe español, de quien puedo dar informes como no los dará nadie, pues estos brazos le han zarandeado de niño, y estas manos le han dado las sopitas más de tres y más de cuatro veces... Y ¿quién, sino yo, le puso los primeros calzones?

—Ya sé de quién habla usted, Cristeta, pues ya me ha contado que sirvió a esa señora princesa, de cuyo nombre no me acuerdo, hermana de la reina madre, la cual fué esposa del don Francisco, que vive en la calle de la Luna, y madre de unos principitos y princesas que no sé cómo se llaman, porque en todo esto de personas reales estoy yo poco fuerte.

—Es la infanta Carlota, mi señora, a quien serví desde que a España vino, la que tiene celebridad en todo el mundo por haberle dado a Calomarde la más tremenda bofetada que ha recibido cara de ministro.

—Ya recuerdo lo que usted me contó... Fué brava acción, poner patas arriba a un ministro del rey, y no creo que se haya visto otra en cortes de la Europa universal.

—Era un genio tan vivo la infanta, que no podía ver injusticias y maldades sin correr a ponerles remedio. Su hermana era entonces una cuitada, y si no es por mi señora, le birlan aquellos culebrones la corona de su hija. ¡Ay qué doña Carlota! Tan fácilmente se le remontaba la sangre a la cabeza por cualquier motivo, que teníamos que contenerla y amansarla: su prontitud nos asustaba, su recolu-

ción no admita réplicas, y si no hubo discordias y altercados en la familia, fué porque mi señor don Francisco era y es tan bueno, que no ha conocido usted pedazo de pan que se le iguale. Murió la señora en mis brazos hace un año y nueve meses, y aún le llevo luto, porque la quería, y ella por mí tuvo siempre debilidad. Fuí yo la persona de su mayor confianza. Tan buena era conmigo, que me daba licencia para que la aconsejara y aun para que la reprendiera, y yo fuí quizá la única persona que se atrevió a decirle: «Señora, es cosa muy fea que vuestra alteza se ponga de puntas con su hermana, y que una y otra se tiroteen con pullas y sarcasmos muy inconvenientes y muy impropios, aunque sean dichos en lengua italiana. ¡Vaya, que dos princesas, la una en el escalón más alto del trono, la otra en el segundo, tratarse como tales y cuales, siendo además hermanas, y habiendo nacido de reyes, y en un trono como el de las dos Sicilias!...» Su mismo marido no se cuidaba de cortarle los vuelos, porque también él estaba muy quemado con Cristina y los Muñoces, que de ahí le venía la tos al gato, de los intrusos de Tarancón, que nos revolvieron todo Palacio... Le cuento a usted, querida Leandra, estas menudencias para que las sepa y calle, pues no es bien que se divulguen, aunque, por arte del diablo, ya salieron en papeles de Francia y de España... Las dos hermanas se adoraban, y luego vinieron a ser el agua y el fuego, porque desde que se casó secretamente doña María Cristina daba de lado a mi señora y a los hijos de mi señora..., cosa natural, ¿verdad?, porque cada cual mira por lo suyo... A Carlota le decía yo: «Resígnese vuestra alteza y admita lo que llaman los políticos los hechos consumados. Cierto que la ventolera de su majestad por el buen mozo de Tarancón no está bien si la miramos por el lado real, o dígase divino, que cierta divinidad tiene el derecho de los reyes; pero si miramos el caso por lo humano, pues el fuero de humanidad no puede negarse a las personas coronadas, ¿qué hay que decir? Joven es Cristina y hermosa como un sol, llena de salud y de vida, y tan lozana que no sería discreto negarle segundas nupcias. Y no me diga vuestra alteza que fué el demonio quien puso en su camino al don Fernando Muñoz, joven como ella, guapo y fuerte. Estas cosas no las hace el diablo, que todo ello es composición y concierto de las leyes que llaman naturales. Pues qué, ¿había de estar condenada una mujer como Cristina a recrearse con la memoria del feísimo y mal encarado rey don Fernando, que santa gloria haya, y a tener toda su vida el pensamiento embebecido en el recuerdo de las narizotas de su majestad y de su real cuerpo, que en vida dicen que estaba medio corrupto? Esto no podía ser. Pongámonos en lo juicioso y natural. Si doña Cristina gustaba de alegrar su juventud con un nuevo matrimonio, ¿que remedio tenía más que tomar hombre, eligiendo el que cautivaba su alma? Dicen que por qué no eligió novio de más alta alcurnia. ¡Ay!, el corazón no entiende de jerarquías, y una vez metida su majestad en lo morganático, ¿qué más daba que tuviese cuatro cuarteles o que no tuviese ninguno? ¿De dónde arranca la nobleza más que de la voluntad de los reyes? Pues desde el momento en que don Fernando se introducía en el corazón de la reina, allí se encontraban todas las ejecutorias, grandezas y blasones, y podía libremente coger lo que más le agradase...» Esto le decía yo a mi señora para sosegarla; pero, ¡ay de mí!, no me hacía ningún caso, y a mis razones contestaba con las desvergüenzas de la murmuración corriente acerca de Muñoz. Que si el estanquero su padre, que si la tía Eusebia su madre, que si los hermanos, que si vino, que si fué, que si estuvo de mozo en una tienda para barrer el suelo y fregar el mostrador. Mentiras todo ello y hablillas de la gente envidiosa, pues con mirar al marido de la reina madre y ver su figura, sus modales y elegancia, se ve que es de buena familia y que le han criado en finos pañales.

Lo peor del caso, amiga querida—prosiguió Cristeta, tomado aliento y limpiado el gaznate—, es que yo, con la mayor inocencia, fuí la primera persona que supo en Palacio el devaneo de Cristina, y no sólo fuí quien primero lo supo, sino algo más, Leandra, pues a mí me escogió la Providencia, ¡triste sino el mío!, para que abriese la puerta por donde entró la flecha de Cupido que había de traspasar el corazón de la reina. Yo llevé a Palacio a la modista Teresa Valcárcel, fundamento de todo este enredo; tras de la modista fué el guardia don

Nicolás Franco, que la cortejaba, y con Franco se coló su amigote Muñoz, bien inocente de que la reina, sólo con verle, se prendaría de él. De modo que aquí me tiene usted oficiando de *causa histórica*, porque si yo no hubiera llevado a la modista..., saque la consecuencia..., a estas horas la Historia de España llevaría en sus hojas cosas diferentes de las que lleva. Pues bien: cuando ocurrió lo de Quitapesares..., ya se lo he contado a usted..., la escena preparada por la reina para vencer la gravísima dificultad de romper el silencio de amor, y hablar..., vamos, a cualquiera le doy yo este compromiso..., pues quien primero tuvo en Palacio noticia de tal escena fuí yo, por un guarda que vió pasear solos a la reina y a don Fernando, y lo refirió a mi marido, que entonces era contador segundo de la Intendencia y, naturalmente, Nicolás me trajo el cuento... Yo, que siempre he mirado a la conciencia antes que a nada, me guardé muy bien guardado el secreto, hasta que empezaron a correr por Madrid y por Palacio rumores graves, malignos de toda malignidad, como que Muñoz paseaba en una berlina muy elegante y tenía casa puesta, lujosísima; que llevaba en la pechera y en la corbata alhajas pertenecientes al difunto rey... qué sé yo... Lo de las alhajas lo dudo..., yo no las vi, ni he conocido a nadie que las viera... Pero, ¡ay, es tan malo el público!... ¡Qué perro es el público, ¿verdad?, y como le gusta ver caídas las cosas más bellas y pisotearlas si le dejan!... No le quiero decir lo volada que se puso mi señora. Finalmente, por las relaciones y amistades de mi marido supe que nuestro amigo don Marcos Aniano González y el señor don Miguel de Acevedo, pariente de mi Nicolás, andaban arreglando el negocio de casar a la reina, y la casaron, sí, el día de los Santos Inocentes de aquel año de 1833, lo que no fué poco dificultoso, pues el Nunció se lavó las manos, y un obispo a quien trataron de catequizar dijo *fu*... Pero, en fin, hubo matrimonio, y la ley de Dios vino a santificar el caso y a poner a nuestra gobernadora en el punto de honradez que le correspondía. Cuando la infanta lo supo, hube de echar todos los registros para calmarla. «Pero repare vuestra alteza en que más que vituperios es digna de alabanza la reina, porque de otras hablan las historias que se divirtieron cuanto les dió la gana, guardando el desvarío debajo de siete capas, o haciendo de él público alarde con desvergüenza, y ésta empieza por mirar a Dios, por temerle y guarecerse dentro del Sacramento para que nadie pueda poner en su fama el borrón más mínimo. Celebremos que ello vaya por los caminos cristianos.» Y viendo que estas y otras razones no bastaban a moderarle el genio, se encalabrinó el mío, que también lo tengo, sí, señora, cuando me apuran, y cegándome más de lo que el respeto consentía, me arranqué con la verdad y le dije: «Señora, no sea vuestra alteza tan gazmoña, que si vuestra alteza se encontrase en caso semejante al de su hermana, lo haría peor.»

Creí que me mandaría salir de su presencia; pero no fué así. Apagados de repente, por aquel súpito mío tan irreverente, los fuegos de su enojo, masculló algunas palabras, echóse a reír y hablamos de otro asunto.

XX

Volvieron a un trato cariñoso, aunque no muy íntimo, las dos hermanas—prosiguió doña Cristeta—; pero la enormísima caterva de Muñoces que se nos fué metiendo en la servidumbre trajo nuevos disgustos. Cuentan que quedó despoblado Tarancón. Los padres, viendo tan bien casado al chico, no habían de ser tan zotes que desperdiciaran la buena ocasión de colocar a todita la familia. Yo me pongo en su caso. A una hermana, la Alejandra, la tuvimos de camarista; a don José Muñoz, de contador del real patrimonio, y con ellos vino una reata de parientes, amigos y allegados que no se acababa nunca. Mil desazones ocurrieron, y todo era enojos, piques, desabrimientos; que cuanto más grande es una casa, más fácilmente extienden por ella los malignos la máquina de chismes y enredos. A mi señora la perdió su propio genio desmandado, y de tal modo se descompuso, que ella y su marido el infante hubieron de salir a destierro por razón política... ¡Que si don Francisco de Paula había hocicado o no había hocidado con los del *Progreso*...! Embustes, hija, pretextos para echarles de aquí. No pude yo seguir a la infanta porque mi Nicolás, que atacado venía del pecho

desde el año anterior, se me agravó en aquellos días, y su enfermera tuve que ser hasta que se lo llevó Dios. Fué un dolor, ¡ay! Figúrese usted, Leandra, un hombre como un castillo... Pero vamos al cuento. En París donde no tenía doña Luisa Carlota quien la moderase los ímpetus, hizo esta señora, ¡pobrecita de mi alma!, desatinos enormes. Perdida toda discreción, no sólo contaba sin rebozo a cuantos oírla querían la historieta de su hermana con el caballero de Tarancón, sino que permitió que alguien la escribiese con tales pormenores y malicias, que ello parecía obra del demonio... Se me olvidaba decir a usted que cuando salió desterrada mi señora, no caí yo en desgracia semejante, pues la reina sabedora de los buenos consejos que yo daba a la infanta, en la casa me dejó, y sirviéndola yo con rectitud, le di pruebas de mi lealtad a la real familia, sin distinción de hermanas. Por eso fué mayor mi rabia cuando me enteraron de las inconveniencias de la otra en París... Vino después la caída de Cristina, despojada de la regencia por ese pillo de Espartero: la reinita y su hermana quedaron en Palacio como prisioneras del *Progreso,* hasta que los buenos vinieron a libertarlas y a poner las cosas de la nación en su lugar. Volvió a Madrid doña Luisa Carlota, y yo a su intimidad. ¡Ay qué arrepentida estaba de sus ligerezas! Tal era su pena, que no debemos atribuir a otra causa su muerte prematura. Y motivos tenía la pobre para desesperarse y poner el grito en el cielo. Reñida con su hermana, ya era punto menos que imposible colocar a uno de sus hijos en el trono casándole con Isabel Segunda. «Pero señora—le decía yo, no menos desconsolada que ella—, ¿por qué no hizo vuestra alteza caso de mí, que mil veces tuve el honor de advertirle que previera este matrimonio?» Y ella bajaba la cabeza, humillada, y decía: «Tienes razón: he sido una bestia, sí, Cristeta, una bestia...» Pero ya no tenía remedio: la reina Cristina, que no quería ya cuentas con su hermana, hizo la cruz a los hijos de ésta, Paco y Enrique, borrándolos de la lista de maridos probables de Isabel. Mi señora, que, si no modelo de hermanas, fué madre excelente, devoraba su amargura por la condenación de sus queridos niños, y tanto quiso contener, tanto quiso amarrar su genio dentro del alma para no escandalizar, que de ello le vino el arrebato de sangre que remató su vida. ¡Pobre desgraciada señora! Si pecó de imprudencia y de ira, le habrá valido contra esos pecados su grande amor de madre, y lo buena y generosa que fué siempre para su servidumbre... En fin, Dios la tenga en su santo seno.

Suspiraron las dos mujeres, y doña Leandra, que grandemente en aquellas historias se interesaba, preguntó la razón de que, habiendo sido descartados los dos infantitos en vida de su madre, hubieran vuelto a figurar en la lista con probabilidades de triunfo.

—Vámonos de aquí—dijo doña Cristeta, ya dolorida de la dureza del asiento—, que corre un aire demasiado fresco y además viene mucha gente a la iglesia; alguien nos ha mirado como extrañando que dos señoras nos sentemos en estos escalones entre la pobretería y los chiquillos. Si a usted le parece subiremos por la plazuela de Santo Domingo a la calle de Los Preciados, y en la bollería de Lucas, esquina a la calle de la Ternera, compraré media libra de *ciento en boca* para llevarnos a casa y tener algo en que ir picando por el camino.

Así lo hicieron, y metidas en la trastienda de la bollería, donde solas se encontraron sentaditas, junto a una redonda mesa que allí había para los golosos amigos de la casa, Cristeta prosiguió su cuento:

—Pues ya verá usted por qué doña María Cristina, que desde el cuarenta y cuatro viene diciendo: «Trápani, nada más que Trápani», ahora dice «Paquito, y nada más que Paquito.» La Providencia, hija, es la Providencia, que protege a España entre todas las naciones, y siempre la saca de sus apuros; es Dios, hablando con más propiedad, quien ha señalado a España el único camino, y quien pone en el trono, al lado de la reina, el marido que ha de hacerle feliz a ella y a todos los españoles...

Y, ávida de cosas dulces, dijo al hombracho que servía:

—Mira, Fulgencio, si no tenéis aquí licor de rosa, tráenos dos copitas de la botillería de Beranga.

Paladeando las dos señoras el mejunje, doña Leandra, toda oídos, se iba enterando de lo que su amiga relataba, que fué así, palabra más o menos:

—No había quien de la cabeza quitase a mi doña Cristina la obstinación por Trápani, que es su hermanito más pequeño. Según cuentan, los reyes de Nápoles le criaban para la Iglesia, y en Roma le tenían en una casa de Jesuítas: pero, hija, al ver que Cristina quería traérnosle al trono de las Españas se les remontaron los humos, y ya no se pensó más que en enseñar al niño a montar a caballo y a tirar las armas, cosas muy distintas de la santa religión. El chico es bueno, según parece; pero aquí no ha caído bien su candidatura, por lo que dicen de que gastaba sotana. Ni España quiere acá más napolitanos ni a las potencia, que son las naciones, para que se vaya usted enterando, tampoco les hace gracia que sea esposo de Isabel Segunda ese doctrino. Cuando llegó aquí la reina madre, se nos dijo en Palacio que era un hecho lo de Trápani, y no ha sabido la señora tocar otra tecla hasta hace pocos días. El rey de Francia y su mujer, la reina Amelia, tía de Cristina, dijeron: «Fuera Trápani,» Y por sí y ante sí entraron en tratos con las reinas, sin hacer caso del Gobierno español. ¿Recuerda usted, Leandra, que hace unos días, cuando pasábamos del patio de Palacio a la plaza de la Armería, vimos a un señorón que bajaba por la escalera grande, seguido de unos caballeros elegantes, y entraba en su lujoso coche...?

—Me dijo usted que era el embajador *de Julio,* digo de Francia.

—El señor conde de Bresson, un caballero que es la misma finura, más listo que la pólvora, y de tanta agudeza, que si España fuera el ojo de una aguja, por él se meterían con la mayor sutileza el embajador, el rey Luis Felipe y toda la Francia. Este señor es el que lleva la intriga de los casamientos por sí y ante sí, sin cuidarse para nada del Gobierno, atento sólo a su rival y contrincante el embajador de Inglaterra, que es un tal míster Bullwer.

—Como una no sabe de estas cosas —dijo doña Leandra con la mayor candidez—, yo ¿qué me creí?, que la reina primero, y después su familia y el Gobierno de acá determinaban lo del casorío y que las potencias terrenales no tenían por qué meterse en ello.

—¡Ay amiga mía!, no se casa una reina en lo que se persigna un cura loco. El rey de Francia puede mucho, y tiene que mirar por su reino y por la familia de Borbón, y antes que consentir que la Inglaterra meta el rabo en las cosas de esta familia armaría una gran guerra... ¡Ay!, estemos bien con la Francia, que nos quiere, y por lo mucho que nos quiere nos pegará si nos descuidamos. *El viejo de las Tullerías,* como en la casa grande se la llama, ha cerrado ya trato con nuestra familia real. Ha eliminado a todos los príncipes extranjeros y al don Carlitos Luis... *Eliminar* es lo mismo que decir *quitar de en medio...*; ha decidido que Isabel se case con uno de sus primos, los hijos de don Francisco y de mi señora, y que Luisa Fernanda dé la mano a un príncipe francés... Esto lo han determinado ayer, y todavía no se ha hecho cargo el público, ni el Gobierno mismo, ni nadie. Yo lo sé, y a usted se lo cuento con encargo especial de que no diga esta boca es mía.

—¡Quitar de en medio al hijo de don Carlos!—exclamó doña Leandra con susto—. Y ¿qué dirá de esto el Austria?

—¡El Austria! Valiente caso hacemos aquí del Austria.

—¿Pues no es una nación de muchísimo poder y con un gran ejército de tropas austríacas?

—Puede ser y es de cuidado, sí, señora; pero está muy lejos.

—¿Cae hacia la parte de las dos Sicilias?

—No, señora; más arriba: sube usted por la Italia, tuerce usted a mano derecha y, detrás de los Alpes, allí está. La Francia es vecina nuestra y puede más, más; como que la tenemos ahí...

—¿Dónde?

—Hija, en la frontera de Francia, asomada a las ventanas o almenas de unos murallones que llamamos Pirineos.

—Pues las calabazas que dan a don Carlos Luis no le sabrán bien al Padre Santo.

—Ya se arreglará todo por nuestros obispos, que no son ranas. Hoy por hoy, téngalo usted por tan cierto como que éste es día, no hay más consorte de la reina que Paquito, lo que no es corta felicidad, pues de sus condiciones excelentes puedo dar fe, y de sus virtudes para rey y marido.

—Y ¿no hubo cuestiones por si preferían a este hermano o al otro?

—No, señora, porque a Enrique le dió de lado el rey de Francia. Es también

muy bueno, y sabe mucho, vaya..., los dos estudiaban sus leccioncitas a competencia... ¡Qué gozo de hijos!, y no desmerecen uno de otro en aplicación y caballerosidad. Pero Francisco, que siempre fué muy metido en sí, tuvo el acierto de cerrar el pico en estas cuestiones y no meterse en nada, mientras que Enrique, soliviantado seguramente por malos consejeros, se puso a jugar a la politiquilla, y enredando, enredando, como quien dice, largó un manifiesto a la nación, ¡pobre ángel! Lo que yo digo: ¡quién meterá a estos muchachos en la simpleza de echarle chicoleos a la nación!... No crea usted que se anduvo en chiquitas. Que si la Libertad, que si los principios, que si tal..., que si la Europa... Vino a decir que los reyes deben tener en una mano el *Progreso* y en la otro el *Orden*. En fin, que por estas pamplinas, el pobre chico se cayó en la fosa y le han descartado. La plaza de marido de Isabel Segunda se la gana el primogénito por no meterse en dibujos. Dios protege a los callados. ¡Vivan Isabel y Francisco!, y dennos una cáfila de príncipes robustos, guapos, listos, buenos españoles y buenos cristianos. El Trono, el Orden y la Religión están de enhorabuena, que para mirar por todo le sobran virtudes al niño... Así le llamo porque su infancia graciosa no se aparta de mis recuerdos, y para mí, aunque grande le vea, sentado en el Trono con todo el arreo correspondiente, siempre será el que tantas veces arrullé en la cuna, el que cargué en mis brazos, entreteniéndole con cualquier juguetillo, el que vi luego tan aplicadito a las lecciones, tan bien ordenado en sus cosas, que todo lo guardaba y coleccionaba: libros, estampitas, papeles, sin permitir que nada se le tocara; el que nunca pronunció palabra fea, ni gustó de compañía de mujeronas, ni de juegos indignos entre hombrachos; el que simpre fué la misma pulcritud, y por lo tocante al alma, piadoso como ninguno, con una constancia en las devociones impropias de su edad...

Tanto prodigó doña Cristeta los toques lisonjeros en la pintura, que a doña Leandra se le despertó curiosidad de conocer al bello y virtuoso joyen, presunto dueño de Isabel II, y manifestó a su amiga deseos de verle, aunque fuese por la rendija de una puerta; a lo que respondió la camarista que a la sazón estaba el infantito fuera de Madrid, en militar servicio; pero ya se le había mandado venir para que él y su novia se tratasen y viesen a menudo, aproximación necesaria de dos almas que debían arder juntas en la llama del amor conyugal...

Ya no hablaron más en la bollería, porque se vino encima la noche, y las dos señoras, con sendos paquetes de *ciento en boca* tomaron la vuelta de Jacometrezo para dirigirse, no al domicilio de la Carrasco, sino al de la Socobio, en el número 14 y 16 del Caballero de Gracia, donde habían concertado cenar juntas. Así lo hicieron, esmerándose la palaciega en dar todo el esplendor posible al obsequio, y mientras cenaban y de sobremesa, no cesaron de picotear, hasta que llegó el chico mayor de Carrasco a buscar a su madre. Eran las doce. Casi al mismo tiempo que doña Leandra entraron en la casa Eufrasia y Lea, que venían del Circo, donde habían visto el estreno de *Juana la Prie*, de Donizetti, por el gran Moriani. La ópera, según dijeron, era ligerita; Moriani había cantado como un ruiseñor, y la Gruitz lució un traje de superior gusto y elegancia.

XXI

Si el ardiente amor a la tierra natal y la fatalidad de vivir lejos de ella no fueran bastante motivo para que la pobre doña Leandra aborreciese a Madrid, seríanlo la confusión de ideas y el laberinto de opiniones que hacían de la Corte de las Españas un pueblo de locos. Vivían aquí las personas para pelearse de continuo por lo chico y lo grande, disparando unas contra otras fuego mortífero de recriminaciones, ironías y dicharachos, ya por un desacuerdo en el modo de apreciar las piruetas de la Guy Stephan, ya por el problema político y monárquico del casorio de la reina, y por el valimiento y calidades de cada uno de los novios o candidatos. En su propia casa vió la buena señora una muestra de la general discordia, que fué para ella motivo de gran amargura, porque eran sus hijas las que reñían, y casi, casi se tiraron de los pelos en una furiosa reyerta y examen de pretendientes al regio tálamo. Con autoridad enérgica las hizo callar, mandándoles que mirasen a las

obligaciones domésticas y no se metieran en lo que no les importaba. Y el mismo día en que estas terribles querellas ocurrían en ocasión que la señora remendaba su ropa, única labor que aliviaba sus ristezas, llegóse a ella Eufrasia y, revolviendo trapos y rebuscando botones, le dijo:

—Ya no volveré a reñir con Lea, porque ella es algo simple de por sí, y ese retrógrado de Tomasito, ahora metido entre carlistones, le ha llenado la cabeza de viento. ¡Miren que hablarnos de don Carlos Luisito como el único consorte posible! ¡Y salirnos con que así será porque lo quiere el Austria! Yo, que estoy enterada de todo, le contaré a su merced lo que hay, si me promete guardar el secreto. No debe conocerlo padre, porque se le escapará decirlo en el café, y corrida la noticia por Madrid antes de tiempo, armarse podría una gran trapatiesta entre las naciones que andan en el ajo... No, no, madre; tengamos reserva, que esto es muy delicado.

—Sí, hija: cada cual calle lo suyo, hasta que venga la verdad a sacarnos a todos de confusiones. ¿Y eso que sabes te lo ha contado Terry? No es mala autoridad la de quien tanto priva en la Embajada del inglés.

—Como que el embajador es su gran amigo y todo se lo dice. Dondequiera que se encuentran hablan en inglés para que no los entienda nadie. Pues verá su merced lo que hay. Ello es ya cosa convenida entre la Corte de Londres y la Corte de Madrid; pero no quieren que se entere la Francia para que ese títere de Bresson no nos arme un enredo. La reina se casará con Coburgo, el príncipe don Leopoldo de Coburgo y Gotha, que así se llama.

—Hija, ¿qué me dices?... ¡Pero si entendía yo que ese duque de la Gota era el más *eliminado* de todos!

—No haga caso su merced. La Inglaterra es la que puede más, y ha dicho el lord primer ministro que como casen a Isabel Segunda con un Borbón habrá la más terrible guerra que se ha visto... Y la Inglaterra está en lo firme, porque al casar a la reina con uno de la misma familia, en la cual vienen uniéndose ya, de tiempo atrás, primos con primas, y tíos con sobrinas, es traer la degeneración... ¿Su merced me entiende? Sí, porque nadie sabe mejor que su merced que a los ganados de ovejas y cochinos se les muda de padres para que no desmedre la raza.

—Sí, hija; ¿pues no he de entenderlo? Lo mismo que en los animales pasa en las personas y también en el trigo, que si no mudamos de simiente, pronto empeora la casta... Pero el señor Terry me dispense..., no van las tornas por el lado de ese *Comburgos*, o como quiera que se llame.

—Madre, le aseguro a su merced que sí. La Gran Bretaña trabaja bajo cuerda por fastidiar al francés, que quiere meternos aquí a uno de sus príncipes para que luego se alce con el santo y la limosna y nos convierta en provincia francesa... A eso van. Pero los ingleses, que como nosotros tienen reina, y ésta casada con uno de los de Coburgo, no consienten que Francia meta el hocico. Ya se han entendido la reina Cristina y míster Bullwer, y concertada tienen la boda. Se cree, esto no lo sabe Terry a punto fijo, que la Inglaterra no ha venido con las manos vacías, y que cede a España unas islas de no sé qué mares... De modo que, hasta por ese lado, vamos ganando. Y hay más: el príncipe Leopoldo es ilustrado, a diferencia de los de acá y de los de Nápoles, criados en el absolutismo y en las ñoñerías; es un muchachote robusto, que es lo que nos conviene, de ideas liberales...

—Cállate, hija, cállate, por Dios y no hables de liberalismo... Lucido estaría el Trono si ahora saliéramos con que se sentaba en él un miliciano nacional, que haría de nuestra reina una *miliciana nacionala* y nos metería otra vez en los enredos de los patrióticos y de la libertad de la imprenta... Quita, quita; el señor Terry está soñando. ¡Pues digo, si a más de patriota es hereje, y nos viene acá con la libertad de los cultos y a predicarnos que seamos ateos...!

—No, madre: eso no puede ser, porque se le ha puesto la condición de que abrace el catolicismo.

—Y ¿qué sacamos de que lo *abrace?*... Vamos, que le da un abrazo y después se queda tan fresco... ¡Si creerá la Inglaterra que aquí estamos en Babia!... Y el Papa ¿qué haría? Pues descomulgarnos a todos y dejarnos con un pie en el infierno... Quita, quita: el señor Terry ha oído campanas y no sabe dónde. Elegido está ya el marido de Isabel;

pero no es extranjero ni *Bocurgo*, ni nada de eso.

—A su merced—dijo Eufrasia con burla respetuosa—le ha trastornado el seso esa ardilla de doña Cristeta, haciéndole creer que el esposo elegido es don Francisquito, el mayor de los chicos del infante... ¡Pero si la Socobio no sabe más que lo que le cuentan en las cocinas de Palacio, a donde va todos los días en busca de las tajadas de sobra!

—Calla, simple, y no digas tal de Cristeta, que come en el mismo plato de su majestad madre, y ésta la convida todos los días a tomar chocolate del que le mandan de Nápoles o de las Sicilias, hecho con más canela que el que aquí gastamos. ¿Quién le pone las medias a Cristina más que Cristeta? Y ¿quién le hace la mascarita a la reina Isabel cuando ella y su hermana juegan a los carnavales? No vuela una mosca en aquellos aposentos sin que se entere mi amiga, y hasta olfatea lo que hablan Cristina y el embajador de Francia.

—Pues yo le aseguro a su merced que el tal Bresson anda de capa caída y ya no le hacen caso, y que el negociado de casamientos está en la casa de míster Bullwer... Dígale su merced a la Socobio que vaya recogiendo velas en lo de don Paquito, que a éste, como a su hermano el Enrique, les ha hecho Inglaterra la cruz. En Londres les tienen por poca cosa. Usted no sabe, yo sí lo sé, que don Francisco pidió al rey de Francia la mano de su hija la princesa Clementina, y Luis Felipe se la negó con desprecio. ¡Y ahora le iban a dar la mano de la reina! Madre, no crea usted las papas que le cuenta Cristeta.

—Para papas las tuyas, Eufrasia. El señor Terry, como todos los españoles de ahora, está trastornado, y el trastorno le hace ver y leer periódicos que no existen. Pero sea lo que quiera, don Francisco es un joven ilustrado, tan ilustradillo como cualquier otro príncipe, y, además, un modelo de virtudes..., para que lo sepas.

—Sí, madre; es tan virtuoso, que en Pamplona, donde está su regimiento de guarnición, se pasa todo el tiempo en compañía del obispo, que es un carlistón rancio, y en visitas de monjas y frailes.

—¿Y eso qué?

—Nada... Un periódico de Londres ha dicho que en su casa de la calle de la Luna tenía un cuarto con altarito, todo lleno de imágenes y estampas, y que allí se pasaba las horas de rodillas rezando y haciendo novenitas... ¡Bonita cosa para un rey ocuparse en vestir y desnudar a un Niño Dios de talla! No dice Terry que esto sea verdad, puede que no lo sea; pero en Inglaterra así lo cuentan, y ello basta para que se burlen de los españoles si le tomamos de rey marido.

—Te prohibo—dijo doña Leandra severamente—que hables del primo hermano de su majestad con tan poco miramiento, dando oídos a las calumnias y chismes de esos perros protestantes. Sea o no esposo de la Isabel, es el tal un príncipe español, y los manchegos, como la mejor y más antigua sangre española, le debemos respeto y veneración. Que no vuelva yo a oír en tu boca esos disparates de que viste y desnuda al Niño Jesús, no porque sea razón de que le tengamos en poco, pues tales actos son meritorios, sino porque esas hablillas las echan a volar los ingleses para desacreditarnos y abrirle los caminos al alemanote o animalote.

—Algo habrá de esto—replicó Eufrasia con timidez—, y ya empecé por decir que yo no lo creía, como no creo tampoco lo que se cuenta..., ¿lo digo?..., pues que entre el obispo de Pamplona y una monja muy lista, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, han inducido al tal Francisco a ver claros los derechos de don Carlos y turbios los de Isabel... Esto no será verdad; pero la Inglaterra le ha tomado entre ojos, porque hace morisquetas al absolutismo, y antes que consentir que se siente en el Trono, armará una guerra con Francia, y entonces veremos quién puede más.

—Pues en ese caso—dijo doña Leandra con turbación y enojo, soltando la costura—, las naciones nos ponen la pata en el cuello, y no nos dejan casar a Isabel a nuestro gusto, o al gusto de ella, que es lo natural. Ya veo que «hay más mal en la aldegüela del que se suena», y que con tantas querellas y pareceres distintos los españoles corremos a la perdición y el acabamiento. El mejor día, disputándose la mano de la niña, vienen aquí el Austria por un lado, la Inglaterra por otro, de esta parte la Francia, de aquellotra el Papado y las dos Sicilias, todos armados hasta los dientes, y

nos hacen polvo, nos parten y nos reparten, llevándose cada uno el pedazo que le acomode. No dejarán más que la Mancha, que como está en el centro, hasta ella no han de llegar los dientes de esos lobos carniceros..., y de ello me huelgo yo, porque así seremos los manchegos los únicos españoles que sostengan la decencia y el punto castellano. Sí, sí: guerras tendremos por ser aquí tan locos y estar siempre a la greña negros y blancos, ya debajo de la bandera del progreso, ya de otra bandera, y hoy te pronuncias tú, mañana yo... Razón hay, créelo, hija mía, para que nos merienden las naciones y pongan aquí de rey a cualquier extranjero *hi de tal,* atravesado y hereje. Dejémonos quitar a nuestros verdaderos reyes, dando crédito a la malicia de que aquí los príncipes se entretienen en vestir y desnudar al Niño Jesús... Sí, sí: creamos eso, ayudemos a que corra esa ridiculez y buenos quedaremos ante el mundo, como quien dice, la Europa, o, verbigracia, el universo ilustrado. Mejor estaríamos nosotros en el Africa que en la Europa, si el Africa es, como cuentan, tan parecida a la Mancha..., y aunque en ella hay moros, mejor nos entenderíamos con éstos que con tanto civilizado perverso de las Austrias y de las Inglaterras...

Levantóse iracunda la señora, y moviendo sus flacos brazos causó a la hija no poca sorpresa y susto, por ser de grandísima novedad que con tanta vehemencia y criterio tan exclusivo hablase de cosas y personas políticas. Algo más quiso decir Eufrasia, ampliando sus referencias y queriendo echar de sí la responsabilidad que en la difusión de ellas pudiera caberle; pero doña Leandra, con vivo gesto, le puso en la boca la mano huesuda y en el oído esta terrible admonición:

—Ni una palabra más te consiento, boba, que, al no respetar la fama de nuestros príncipes, faltas al respeto a tus padres, que todo es uno, padres y reyes, y no siendo así no hay grandeza, no hay poder en la nación. Guárdate de traerme más cuentos y de marearnos con la Inglaterra, pues si tu novio es inglesado, con su pan se lo coma, y menos mal si es nombre de bien, como creo. Cuando os caséis, hazte tú, si quieres, inglesada, por lo de «no con quien naces, sino con quien paces»; pero en el entretanto no nos hurgue el señor Terry a los españoles, si no quiere ver el pie de que cojeamos. Y también le dices de mi parte, de mi parte, ¿entiendes?, q u e aunque deseamos ver bien casada a nuestra querida reina, para su felicidad y la nuestra, miramos antes por la familia; que no se caliente la cabeza con tantos Coburgos y Cabargos, ni con las intriguillas del míster de la Inglatera, sino que piense, pues ya es hora, en cumplir su promesa y determinación de matrimonio, que no es bueno que las muchachas honestas y de buena familia se eternicen en los noviazgos. Si fuera don Emilio un pelón, nos nos quejaríamos de la tardanza; pero bien sabemos que de nadie necesita licencia para casarse, ni es de los que tienen que juntar algunos duros para mercar cuatro sillas y una cama. Conque... que no te entretenga más. Tu padre y yo nos creemos muy honrados con que un señor tan pudiente te tome por mujer; pero no debemos tampoco achicarnos, que si a ti te envidian el esposo que te llevas, él no sale mal librado; y si tu educación no es a lo extranjero, ni sabes lo que otras, le llevas un buen palmito, le llevas tu honestidad, tus cristianos sentimientos y el buen nombre de nuestra casa. Cierto que tu hacienda no iguala con la suya; pero tampoco eres de las que van con lo puesto. Bien puedes apretarle, hija mía, para que se decida pronto, y ponte muy enfurruñada si no lo hace. Ya ves cómo estoy de flaca y consumida; es que no vivo, no puedo vivir mientras mis dos hijas no se coloquen... ¿Llegará ese día, Señor? No lo deseo por vosotras tan sólo, sino por mí, por mi salud, por mi existencia, que no es tan despreciable para que yo no mire un poco por ella. Espero a que os caséis para largarme a la Mancha y llevarme mis pobres huesos, que este Madrid quiere robarme: él a quitármelos, y yo a que no. Veremos quién gana. Decídanlo vuestros novios, hijas mías, y no consientan que me robe mis huesos esta tierra maldita.

XXII

Si la opinion de doña Leandra, cuando de política trataban en la familia, había sido hasta entonces de muy escasa

autoridad, ya don Bruno y las hijas empezaban a oírla con respeto, observando que cuantos vaticinios hacía la señora se cumplían estrictamente. No había más razón en esto que la amistad de Cristeta, puntual proveedora de noticias traídas del propio cosechero, dígase de Palacio. Según rezaba el catecismo del régimen, debían dirigir la política la opinión y el Parlamento; pero una y otro viviendo de acaloradas pasiones, carecían de poder para dar impulso a la gran máquina. Meneaban ésta manos oscuras, desconocidas entonces, pero que, andando los meses y los años habían de ser descubiertas y sacadas a luz, como verá el que leyere. La inocente reina, lanzada en el torbellino sin guía, sin consejeros leales, sin maestros de alta virtud y práctico saber, no hacía más que desatinos. No es justo culpar a la pobre niña, sino a los que pusieron a la nación en sus manos, como un juguete complicado, cuyo manejo se reservaban el interés y la ambición.

Sustituído Narváez por Miraflores, no pasó mucho tiempo sin que la nueva sibila, doña Leandra, vaticinara que los días del buen marqués estaban contados.

—Ya veréis—dijo a la familia—cómo con todo su aparato de decretos y su mayoría de Cortes le ponen en la calle para que vuelva Narváez, el único que sabe aquí meter en cintura a toda esta pillería.

Cumplióse el vaticinio, y no llevaba el de Loja quince días de mando, cuando la profetisa volvió a entrar en funciones, diciendo:

—Veréis al temerón patas arriba antes de una semana, porque, según parece, no ha dado gusto a las señoras, que ahora querían fundar un reino nuevo en un país de América que lo llaman Méjico, y poner en él a cierto caballero príncipe de la familia de Muñoz.

Realizóse también aquel atrevido pronóstico, y de la noche a la mañana, como por juego caprichoso, mandaron a Narváez a su casa, de allí a una embajada, que era como destierro, y en el gobierno de la nación le sustituyó don Javier Istúriz, el más ferviente partidario y adorador de la reina Cristina, tan devoto de la hermosa reina italiana, que a ella sometía por entero su voluntad y sus ideas. Fué Istúriz uno de estos hombres de viva inteligencia que jamás hicieron cosa de provecho por falta de carácter y de ideales patrióticos. Liberal de abolengo, criado en el volterianismo y en la cultura moderna, tiraba a lo reaccionario por odio a las groserías del *Progreso* y aborrecimiento de la Milicia nacional. La corrección y las buenas formas, la pureza de la palabra y la finura de los modales se habían sobrepuesto en su entendimiento a las ideas y al saber político estudiados en los libros y en los hechos. Su adhesión idolátrica, pasional, a la reina Cristina, especie de culto caballeresco, más ardiente cuanto más platónico, le llevó a consentir y autorizar cuantas extravagancias políticas se le ocurrían a la orgullosa dama, que, habiendo vuelto de su destierro con ardor de autoridad, veíase estorbada por la enérgica manipulación de Narváez. Las dos máquinas no podían funcionar juntas y se rozaban con chirrido áspero y entorpecimiento enojoso. Mangoneando a sus anchas la ex gobernadora, ayudada de tan dócil mecanismo como Istúriz, ya podía entenderse libremente con su tío Luis Felipe para condimentar a gusto de ambos el guisote de los casamientos.

En una misma página de los anales de esta nación aparecen la subida de Istúriz y la terrible trapatiesta entre Lea Carrasco y Tomás O'Lean, por nada, por un sí y un no. Germen de discordias es para los individuos, así como para las colectividades, la opinión política, y por causa de esta monstruosa fiera, o hidra, para decirlo mejor, han llorado y lloran grandes desdichas, cuando no tragedias, los humanos. A los amantes también les desazona esta bestia cruel, y por ella se han visto rotos los más dulces lazos y desconcertados los matrimonios más felices. ¿Quién creería que Lea y Tomasito, empalagados amantes y tórtolos honestos, habían de pelearse por si se casaba o no se casaba Montemolín con nuestra reina? ¿Qué les iba ni qué les venía en ello? Pues sí. Repitiendo conceptos de su padre, había dicho la joven que don Carlos Luis era el representante de la teocracia oscurantista, y que ningún Gobierno que tuviera vergüenza consentiría en la boda de semejante tipo con Isabel II. Mas lo dijo sin intención de mortificarle, riendo y como echándolo a broma. No pensó la chica que su novio lo tomase tan por la tremenda, ni que se pusiera como se puso, lo mismo que

un león. Poco faltó para que le pegase, y por fin, después de soltar por aquella boca términos iracundos y despreciativos, se despidió con un «hemos concluído» y un gesto de teatro, que sumieron en gran consternación a la pobre manchega. El motivo aparente de la ruptura no era bastante poderoso; parecía más bien pretexto aguardado con ansia y aprovechado con diligencia para romper un pacto de amor que la familia de O'Lean no estimaba conveniente. No tardó en recibir la pobre señorita confirmación oficial del rompimiento en una esquela, que, entre otras cosas por demás amargas, decía: «Tus conceptos execrables *han abierto un abismo entre nosotros*... La revolución y la Monarquía no pueden aliarse, ni cabe unión sólida entre las tinieblas y la luz, *entre la oscuridad de los errores y el resplandor de los principios... ¡Todo ha concluido entre nosotros!*... Ciegos tú y yo, hemos creído que era posible la conciliación de nuestros caracteres. No, mil veces... Has ultrajado mis sentimientos, y has hecho befa *de mi leal adhesión al Altar y al Trono*...» No pudo Leandrita acabar de leer tan ridículo documento, y estrujándolo lo arrojó lejos de sí. ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenía que ver el Altar y el Trono con los amores de una chica y un chico?... ¿Cuándo se había visto farsa semejante?

Sabido el caso por don Bruno, no pudo contener su indignación, y salió de casa en busca del tránsfuga, decidido a pedirle satisfacciones en el terreno de honor. Pues qué, ¿así se entretenía, ¡vive Dios!, meses y años a una señorita de familia honrada, y por un quítame allá esos Montemolines se rompían relaciones en vísperas de casorio, con los trapitos preparados? Fué de primera intención don Bruno a descargar su furor con doña Ignacia, madre de Tomasito; pero la señora había partido para Azpeitia, llevándose al héroe de aquel desconcertado drama. Pronto se supo que la señora vasca, que era como un lingote de hierro en humana figura, renegaba ya de los amores del don Tomás con Lea, y había decidido casarle a escape, para evitar recaídas, con una heredera rica de los Goenagas de Azcoitia. El desastre no tenía ya remedio, y así lo comprendió Carrasco, retirándose a su casa con las manos en la cabeza. Comprendía que España entera se lanzase a una nueva guerra civil para castigar tal desafuero, y que corriesen ríos de sangre, no dejando piedra sobre piedra en las enriscadas provincias, baluarte del absolutismo y nido de todos los males de la nación.

Más comedida y resignada que su esposo, doña Leandra lo llevó con paciencia, diciendo que Dios no les abandonaría, y que si la chica no se aferraba tontamente al cariño de aquel mal hombre, no sería difícil que se le presentase nuevo partido. No había de faltar un muchacho honrado y decente entre tantos como hay; ni era indispensable que todas las chicas buscasen marido en la clase de tenientes coroneles. Contentárase con lo que saliese, y no fuera melindrosa con los de cepa humilde, que entre éstos, más que en la camada de empleadillos y militronches, estaba lo bueno. Hablando de esto hija y madre pasaban largas horas. Absolutamente se retraía ya la desairada Leandrita de los paseos y de toda diversión mundana, y a ratos llorando, a ratos ayudando a doña Leandra en la costura y remiendo de inútiles trapos, veía correr los lentos, tristísimos días. De estos coloquios nació en la joven el sentimiento del país natal, como consuelo de tristezas y reparación del organismo gastado por las cortesanas luchas; la común pena hizo una sola llama de la nostalgia de una y otra mujer, y ambas desearon lo mismo: huir de Madrid, respirar los aires manchegos y reanudar la vida del campo con todas sus delicias y pacíficas dulzuras. El refuerzo que la nueva querencia de su hija llevó a doña Leandra fué para ésta motivo de grande animación y júbilo: gozaba lo indecible viendo la reproducción de cuanto pensaba y sentía y oyendo un eco de su terrible odio a todo lo matritense.

Aunque más atado a la Corte cada día por amistades y costumbres, no se oponía don Bruno a la repatriación, con carácter temporal, por supuesto. Y que no le vendría mal ciertamente echar un vistazo a sus propiedades y teclear un poco la opinión de los amigos para una nueva campañita electoral. Habría deseado el jefe de la familia que doña Leandra y Lea se fuesen solas, quedando él en Madrid con Eufrasia y los chicos, hasta que éstos salieran de sus exámenes; pero doña Leandra, que sobre el amor a la tie-

ra ponía siempre el culto idolátrico del esposo y el deseo de no ceder a nadie su cuidado y asistencia, dijo que prefería esperar a que Bruno ultimase los asuntos que en Madrid embargaban su tiempo. Acordóse, pues, diferir en un mes el viaje. Cuando la ocasión de éste llegara, los chicos quedarían al cuidado de María Luisa Cavallieri, que a ello se prestó por un convenido estipendio, y Eufrasia viviría con Rafaela Milagro, que muy a gusto la hospedaba, más como hermana que como amiga. Harto comprendían los Carrascos que no era conveniente llevarse a Eufrasia, hallándose Terry tan maduro y casi, casi comprometido a que las bodas se celebraran a entrada de invierno. Entre San Antonio y San Juan, libres ya los muchachos del ahogo de sus exámenes, partirían alegres para Peralvillo. Eufrasia, gustosa de agradar a sus padres, convino en ir también siempre y cuando los negocios llamasen a Terry al extranjero en los meses caniculares. Mientras el novio despachaba en París y Londres sus asuntos, sin olvidar las compras indispensable para la boda, todo ello proporcionado a su riqueza y exquisito gusto, la novia, *en sus posesiones de la Mancha,* trabajaría en el ajuar, que debía ser combinación feliz de la modestia y la elegancia.

XXIII

Quería Nuestro Señor poner a prueba la gran virtud y sublime paciencia de doña Leandra, privándola de ver los campos manchegos porque, transcurrido el plazo de un mes que se había fijado para emprender el viaje, surgieron nuevas dificultades y entorpecimientos. Quebrantaba la salud de don Bruno una irritación al hígado, que a más de producirle inapetencia mortal, le ocasionaba tristeza y molestias crueles. Era una razón más para largarse; pero el buen señor, lejos de sentir impaciencia, mostrábase cada día más perezoso y alegaba ocupaciones inopinadas. Veinte veces habían hecho y deshecho los equipajes la hija y la madre, engañando su anhelo con estos trajines, hasta que una mañana volvió don Bruno a proponer a su esposa que partiera con Lea, dejándole a él en Madrid con los chicos y Eufrasia. Poco le faltó a la señora para caer con un síncope: tales fueron el desagrado y estupor de semejante propuesta; y después de muchas lágrimas y suspiros, hija y madre declararon, la mano puesta sobre los respectivos corazones, que, a pesar de sus vehementísimas ganas de ponerse en camino, no lo harían dejando al padre y esposo amargado de cruel enfermedad, la cual requería más que otra alguna la medicina de los aires natales. Pareció flaquear el ánimo del manchego con estas manifestaciones, y pidió dos días más para decidirse, sin dar a conocer los motivos de su inercia ni los negocios cuya tramitación y arreglo le amarraban a Madrid. Llegado el término fijado para partir o explicarse claramente, encerróse don Bruno con su esposa en el despacho y se franqueó en los términos que puntualmente se transcriben:

—Vaya, mujer, para que no te devanes los sesos cavilando en los motivos de que yo no tenga prisa por irme con vosotras, voy a poner en tu conocimiento cosas reservadísimas, a condición de que me guardarás el secreto, pase lo que pase y venga lo que viniere.

Tanto se asustó doña Leandra con este exordio, que hubo de llevarse las manos a la frente, viendo venir una noticia muy mala; más no le dió tiempo Carrasco a formular pregunta ni queja, anticipándose a la curiosidad de su mujer con estas razones:

—Bien sabes tú mejor que nadie que un hombre de arraigo se debe a la pátria, a los grandes principios.:.

—¡Ay, ay, ay, Bruno mío!—exclamó la pobre mujer tranquilizándose—. Me habías asustado, hijo... Y ahora salimos que ello es cosa de política. ¡Vaya una simpleza! Y ¿qué tenemos nosotros que ver con la muy puerca política?

—Espérate un poco.

—¡Pero tú has perdido el juicio, por lo que veo! ¡Que un hombre se debe a su patria! Claro que sí; pero primero se debe a su familia, a sus hijos, a su salud.

—Según y conforme; y tales pueden ser los males de la nación que no pueda librarse el buen ciudadano de acudir a ellos antes que a los suyos y a sí mismo. Ejemplo, lo que pasó en la antigüedad, en tiempos de... No recuerdo el nombre de aquel que mandó a sus hijos a perecer... En fin, sea como quiera, yo estoy obligado a prestar mi ayuda a los que

intentarán salvarnos de esta ignominia despótica. Habrás visto que el país está perdido.

—Perdido, tan perdido hoy como ayer, y como mañana, si es descolgáis vosotros con otra revolución. Pero dime, desventurado: ¿has vuelto al rebaño del *Progreso;* te has limpiado ya de la nota *cangrejil,* como decís en vuestro lenguaje, que parece de presidiarios? Porque los del partido de Milagro te habían puesto el sambenito..

—Ya nos hemos reconciliado; ya los que fuimos víctimas de un error hemos vuelto al sacrosanto redil de la Libertad.

—Dios nos tenga de su mano.

—Y reunidos varios amigos, que no hay para qué nombrar, hemos acordado mancomunarnos para echarle la zancadilla al despotismo... Mujer, no te asustes... ¿Crees que lo intentaríamos sin contar, como contamos ya, con algunos individuos de nuestro valiente Ejército?... Porque, digan lo que quieran, Leandra, el Ejército español ha sido siempre liberal; el Ejército español ha sido el primero en sustentar la soberanía nacional; el Ejército español ama al duque de la Victoria, y si, engañado un día por cuatro pillos, pudo hacer lo que hizo, ahora... ahora...

—Bruno, quisiera reírme, y la risa se me convierte en llanto, y las burlas en ira contra ti y toda esa recua de mentecatos que no sueñan más que con trifulcas: ésos son los Milagros y Centuriones, que por pescar el pececillo de un destinejo son capaces de secar un río si pueden, y por coger la fruta de un árbol le dan por el tronco... Según veo, Bruno de mi alma, te has metido a conspirar. ¡Bonita cosa! Estamos como queremos. Pero di: ¿el pescuezo no te huele a cáñamo? ¿No temes que tus hijitos se queden sin padre? Ya ves..., ¿cómo quieres que yo me vaya tranquila? Esto no puede ser... Aquí me planto, aquí moriremos todos, viéndote metido en estas mojigangas. ¡El Señor tenga piedad de esta pobre familia!

No impresionó a Carrasco la aflicción de su cara esposa tanto como debía, porque confiaba en la eficacia lógica de lo mucho y bueno que aún tenía que decir.

—No te aturrulles, mujer—prosiguió sin descanso—, que oyéndome algo más podrá ser que cambien por completo tus pareceres. Para quitarte el susto, sabrás que mi conspirar no es de los que traen peligro, pues no soy yo de los que llevan el hilo con nuestros emigrados, ni me toca el tratar secretamente con los oficiales y sargentos que han de pronunciarse. No sirvo para esto; ni mi figura ni mi carácter son para obra de tapujo, en que tenga yo que disfrazarme y andar, ya por los desagües y alcantarillas, ya por los tejados, burlando a la Policía. No: no me den a mí ese trabajo. Para que lo entiendas de una vez, mujer, te diré con la mayor reserva que el partido...

—Pero si tú me dijiste que ya no hay partido; que los que llamáis *corofeos* están por extranjis, y aquí sólo quedan unos caballeros que son la *ojalatería* de la Libertad, y no hacen más que decir: «Ojalá, ojalá...», preguntando cuándo viene el duque. Y ese duque vendrá el día en que yo sepa hablar inglés, o en que me salgan pelos en el cielo de la boca...

—Déjame acabar... Decía que el partido, pues partido hay otra vez, y los de acá en perfecto acuerdo con los de allá, y todos en relación con Londres, ha determinado tomar cartas en el asunto del casamiento, rechazando las candidaturas corrientes de Trápani, Coburgo, Montemolín, don Francisco, y apoyando con todas sus fuerzas la del infante liberal don Enrique.

Una cuarta de boca abrió doña Leandra, y don Bruno, teniendo por satisfactoria tal demostración de asombro, dijo:

—De seguro piensas, como yo, que este candidato es el mejor, el candidato verdaderamente patriótico, dada la ilustración del príncipe y el amor que ha demostrado a nuestras ideas.

—No sólo creo que no es el mejor —afirmó doña Leandra—, sino que te sostengo y te apuesto lo que quieras a que ése no cuaja.

—¿Por qué?

—Porque no le tragan en Palacio, porque reniegan de él, motivado a que echó un manifiesto ensalzando el liberalismo.

—Pues por eso, bruta, por eso.

—La reina madre no le puede ver ni en pintura.

—¿Qué importa que no guste a la madre si gusta a la hija, y de ello hay pruebas, Leandra?

—Si, como dices, a la niña gusta, ya se lo quitarán de la cabeza. Una madre despabilada, como es doña Cristina, qui-

ta y pone en las almas de sus hijas lo que quiere... Y así como te digo que en Palacio no le tragan, también aseguro que no le tragan las potencias.

—¿Tú qué sabes de potencias?—indicó don Bruno desdeñoso y enfático—. ¿Has hablado con la Francia, con la Inglaterra?... ¿Crees que tu amiga Cristeta posee los secretos del Gabinete de San James y del Gabinete de las Tullerías?

—Yo no sé lo que son esos gabinetes ni esas alcobas de *Tullirías* o del Infierno; si sé que Cristeta está bien enteradita, como quien día y noche tiene metidos los morros en todo el secreteo de Palacio, y lo que ella cuenta óyelo como el mismo Evangelio... Y vamos a ver, ahora que crees estar en autos: ¿qué potencias terrenales apoyan a ese don Enrique?

—Pues la que menos lo parece: Francia.

—Déjame que me ría, Bruno. Eres un alcornoque. ¿Conque Francia?... Anda, vete al *Musiú* ese, conde de no sé qué, y pregúntale por la cara que puso el rey don Luis Felipe cuando le hablaron de don Enrique.

—Francia digo; que hay allá un partido *democratista* que apoya nuestro candidato, y el rey, con más miedo que vergüenza, no ha tenido otro remedio que hocicar... Dile a Cristeta que se vaya con sus cuentos al Nuncio... Precisamente, querida Leandra, los que acá trabajamos el negocio estamos ahora en relación con personajes muy encopetados de París y de Londres, los cuales nos tienen al corriente de lo que en aquellas Cortes se piensa y se dice. No quiero extenderme en esto, no vaya a escapársele alguna indiscreción, y me comprometas,,, Lo único que te digo es que quieren a don Enrique para marido de la reina la Libertad y el Progresismo, parte del Ejército, la Marina y un poco de clero... Convéncete, mujer, de que ese don Francisco no puede ser rey de España. Averiguado está que reconoció secretamente los derechos de don Carlos a la Corona de España, por pura superstición, que es lo más grave... Ello fué obra de un clérigo llamado el padre Fulgencio y de una monja medio santa, cuyo nombre se me ha olvidado, los cuales poseían el don de hacerse invisibles, y de pasar de este mundo a los otros, en lenguaje de religión, infierno y purgatorio...

—Calla, calla, Bruno, y no tomes en tu boca tales disparates... *Vele* ahí lo que habláis en los cafés, en vuestras tertulias de bigardones holgazanes.

—Aguarda, mujer. Lo que te cuento es para que sepas por qué *teocracia* vino don Francisco a reconocer los derechos de su tío... Pues la monja y el fraile, cuando no tenían gran cosa que hacer en este mundo se ponían en éxtasis, y extasiaditos se iban de paseo al Purgatorio, donde echaban un párrafo con la infanta Carlota, y ésta les decía: «Hacedme el favor de veros con mis queridos hijos, y advertirles que reconozcan a mi cuñado Carlos Isidro como legítimo rey de España, pues si así no lo hicieren no saldré nunca de estas llamas. Ordenado está que mientras no se dé al buen rey la reparación debida, no acabaré por purgar mi grandísimo pecado de La Granja cuando le aticé la bofetada al ministro y deshice la trama salvadora por la cual mi cuñado Fernando, moribundo, determinó que no reinasen las hembras. Llevadles, por amor de Dios, esta súplica de su madre, que si escapó del infierno por el arrepentimiento que tuvo en sus últimos instantes de vida, no acabará de purificarse mientras su descendencia no restablezca la verdad y el derecho en la real familia.»

—¡Jesús!, da miedo eso, aunque bien sabe una que es un cuento ridículo.

—Volvían al mundo los viajeros, fraile y monjita, se *desextasiaban,* que era como limpiarse el polvo del camino, y presentándose al punto a los dos infantes, les comunicaban la embajada que de su mamá traían. La miga del cuento es que don Francisco daba crédito a la historia, y el don Enrique no... Ahí tienes la diferencia: el uno, como dice Centurión, es un cerebro fácilmente accesible a las paparruchas *teocráticas;* el otro, como dice Milagro, es un caletre robusto, educado en lo que llaman *Enciclopedismo*... Sean o no verdad estas públicas referencias, existan o no ese fraile y esa monja que con sortilegios vanos quieren embaucar a nuestros príncipes, ello es que la corriente de *maquiavelismo* milagrero es un hecho, querida Leandra, y que se ha trabajado y se trabaja por poner en el Trono a Montemolín... Probado está que don Francisco se cartea con su primo, y que anda muy alborotadillo de la conciencia, creyendo que doña Isabel Segunda usurpa el Tro-

no, y que Dios desatará sobre el país todas las calamidades mientras no se dé a cada uno lo suyo y no reine quien debe reinar. Conque ya ves si puede ser marido de Isabel un joven que tal piensa, aunque adornado esté, como dices, de tantas virtudes y sea tan piadoso. También te digo que mejor le sienta a un rey el coraje que la devoción, y que eso de pasarse las horas adorando a la Virgen del Olvido será muy bueno para ganar el Cielo; pero a mí no me des reyes de esta condición santurrona, porque los reyes, hija, aun siendo maridos o consortes, han de ser capitanes generales y han de mandar tropas, y figurar como ejemplo de valentía y de calzones muy apretados... Pues ésto es nuestro don Enrique, al cual verás en su bergantín *Manzanares,* hecho un marino intrépido, desafiando las olas. Además de bravo, es liberal, y más se entretiene en lecturas de filósofos, como dice Milagro, que en libros de religión y de mística; y no le verás haciendo novenas, sino echando discursos muy *avanzados,* y en los puertos donde su barco fondea, le verás platicando con los hombres del progreso y rodeado de patriotas. Este es don Enrique, éste es nuestro candidato al tálamo, y hemos de poder poco, o al tálamo ha de ir, ¡ajo!, para que veamos a un hombre en el pináculo de la nación.

No se dió por convencida doña Leandra, y sostuvo con enérgicas razones la primacía de don Francisco sobre su hermano, fundada en las cristianas virtudes con que agraciado le había Nuestro Señor.

XXIV

Blasonando de conspirador que en su mano tiene la clave de secreta intriga y el hilo con el cual se mueven misteriosamente las voluntades, don Bruno acogió con incredulidad risueña lo que su mujer había dicho del amor de Isabel, y le contradijo con suficiencia y seguridad.

—¡A buena parte vienes tú con esas historias que le cuentan a tu amiga los cocineros y lacayos, mujer! ¡Si acá todo lo sabemos, y en nuestro poder obra un tesoro de informaciones del origen más alto, del propio cosechero como quien dice! No hay tal amor de la reina por el don Francisco. ¡Buena es la niña para no saber distinguir entre sus primos! Sabrás que más de cuatro veces ha mostrado Isabelita su querer al don Enrique, dando con ello una prueba concluyente, como dice Milagro, de su mucha discreción y agudeza. Perfectamente enterada de todos los pueblos de la costa donde va tocando el bergantín *Manzanares,* que, entre paréntesis, es un barco que navega por la mar adelante, movido del viento que sopla en las velas..., para que te vayas enterando..., pues, informada la augusta señorita de todos los parajes en que fondea el bergantín..., y el fondeo se hace, para que te enteres, echando a lo hondo del mar un gancho de hierro que llaman ancla, con el cual se agarra, etcétera..., pues, como te digo, sabiendo la reina que esta semana toca en Barcelona, y la otra en La Coruña..., que son puertos en fila unos después de otros en la misma mar..., le manda a su primo un mensajero con regalitos y cartas, todo ello a escondidas de su madre, y en las cartas le dice que le espera, no se desmaye, que sí..., y pon tú luego todas las *etcéteras* que quieras.

—Dime tú cómo y por qué cabos sabes esas cosas, Bruno, y veré yo si debo o no debo creerlas.

—No es un cabo solo: muchos cabitos vienen a las manos de los que andamos en este negocio, mujer. Para no cansarte, te diré que toda la gente liberal que bulle por aquí desperdigada está en el ajo; que nuestros emigrados trabajan con las Cortes europeas, mientras los de acá vamos formando la opinión y dando cada día más fuerza, como dice Milagro, al partido enriquista. Cierto que María Cristina cerdea; pero ya se quitará los moños la señora napolitana cuando vea que la popularidad de don Enrique se lleva de calle a las intrigas de Palacio; cuando la reina, que mira con simpatía nuestro juego, alce el gallo y se pronuncie, y diga: «Alto ahí»; que lo dirá, pierde cuidado..., motivos t e n e m o s para creerlo.

—Verás tú todo eso, Bruno, gran bestia, cuando vuelen los bueyes y se afeiten las ranas. Estás alucinado, emborrachado con las conversaciones que tenéis en el café. Entiendo yo que los cafés son las parroquias del embuste, y que la catedral del mentir es el Casino, esa taber-

na fina y de señores a donde tú vas a perder el tiempo y a llenarte de sinrazones. ¿Qué sabes ni qué saben esos *casineros* de nada tocante a real familia, o a príncipes y princesas; qué saben del manejo que traen entre sí de Corte en Corte, este Palacio con el de las Dos o Tres Sicilias, la España con la Francia de *Tullirías,* y con la misma Inglaterra, que es toda de herejes, con perdón, o con el Papa Santo nuestro Pontífice, cabeza de todos los coronados?

—En el Casino—replicó don Bruno, dándoselas de muy pillo, entendedor de toda la miseria humana—sabemos que la muerte repentina de la infanta Carlota, a quien vimos paseando a caballo por la Casa de Campo dos días antes de su fallecimiento, no tiene explicación.

—Quita allá, mastuerzo... ¿Qué quieres decir, que la pobre infanta no se murió de muerte natural?

—Me guardaré muy bien—replicó don Bruno con ínfulas de rectitud—de acusar a nadie, no teniendo, como dice Milagro, pruebas que conviertan nuestra sospecha en certidumbre. No hago más que señalar el hecho, como dice Centurión, de que la infanta Carlota era una princesa liberal, muy liberal.

—Quita, quita, harto de ajos.

—Y que por ser liberal, protectora del progreso y por haberse declarado enemiga de esos malditos Muñoces, la tomó su hermana entre ojos, y la echó de aquí poco menos que a patadas, olvidando que si no es por doña Carlota y su célebre bofetón, la Corona habría pasado a don Carlos. Motivos tenemos para creer en el liberalismo de aquella señora, y estamos bien persuadidos de que en el Purgatorio, donde ahora está, sigue siendo liberal, y que no tienen sentido común las embajadas que de ella traen frailes y monjas al volver de los abismos infernales o purgatoriales. Si algún recado envía esa señora a sus hijos, será recomendándoles que no hagan ascos al progreso y que sean príncipes ilustrados, filósofos, y se penetren bien, como dice Milagro, del *espíritu del siglo.*

—Al diablo tus espíritus, Bruno... ¿Crees tú que esos señores se cuidan del siglo ni de otro espíritu que el Espíritu Santo, el único que a ellos les ilumina?

—Déjame seguir. Sabemos también que si liberal fué doña Luisa Carlota no lo fué menos su augusto marido el infante don Francisco de Paula, el cual, por lo callado y circunspecto, parece menos agudo de lo que es. Yo siempre le tuve por hombre de mucho asiento, y buena prueba de ello dió a toda la Europa cuando felicitó a nuestro don Baldomero por su elevación a la Regencia... Pues los amigos de Madrid me han contado que en los tiempos en que regentaba la napolitana don Francisco honró con su presencia las reuniones masónicas, queriendo de este modo mostrar su gusto del filosofismo, y le pusieron de mote *Dracón,* por ser costumbre antigua en las logias llamar a las personas con nombres que no fueran de santos... De aquí vino que la Corte se alborotara; pero aquello no pasó adelante, porque su alteza, hombre de gran prudencia, no quiso traer más turbaciones al reino. Lo evidente es que las ideas avanzadas del de Paula las ha heredado su hijo don Enrique, el cual nos parece muy digno de ser esposo de nuestra reina, y, por tanto, el primer hombre de la nación.

—Bueno, hijo bueno: allá te las hayas con tu candidato y tus conspiraciones—dijo doña Leandra, fatigada ya del largo coloquio, que no terminaba ni terminar podía con una concordancia de los opuestos pareceres—. Lo que saco en limpio de todo esto es que Dios, por las faltas vuestras y por los enredos de estos príncipes, en vez de castigarlos a ellos y a vosotros, arroja todos los castigos sobre mí, que soy una pobre rústica y en nada me meto. Resulta que porque tú manipulas en el casorio de Enriquito, yo no puedo irme a mi querida Mancha, y aquí he de vivir consumiéndome, agostándome como una planta con las raíces fuera de la tierra. ¡He resistido, Señor, he tragado mis amarguras, he agotado toda la fuerza de mi resignación, y ya no puedo más, ya no más, Dios mío, Virgen Santa de Calatrava!...

Terminó la señora con entrecortadas sílabas y un llorar infantil, tapándose la cara con las flaquísimas manos. Trató de consolarla el esposo, asegurándola que si se difería el viaje por razones de peso, no se renunciaba a la dicha de realizarlo. Lo harían pronto en condiciones de completa felicidad, resueltos, si no todos, los más importantes problemas que afectan a la familia. No debía Leandra entregarse a la desesperación por una tardanza inevitable, de fuerza mayor, si-

no *mecerse*, como decía Milagro, en dulces esperanzas, pues no estaba lejos el día en que hijos y padres tuvieran motivos para dar gracias a Dios por la felicidad que les deparaba. Dicho esto, retiróse don Bruno, dejando a su cara mitad sumida en lúgubre congoja, y a darle consuelo acudió Lea, poniendo en ello todo su cariño y los recursos de su galana fantasía. Secando sus lágrimas y respirando con menos opresión, señal de alivio de su duelo, la infeliz señora decía:

—Es el Destino, hija, o, hablando con cristiandad, es Dios, que no quiere que veamos a nuestra tierra sin duda porque no nos conviene. Conformémonos con la divina voluntad y pidámosle que lo que no es hoy pueda ser mañana. ¡Mañana! ¡Ay, tú eres joven y puedes esperar!... El esperar de los viejos, el mañana de los viejos suele ser el día negro..., la muerte.

Aunque no acababa de persuadirse Lea de que era verdad lo de la conjura por don Enrique, sino más bien pantalla política que su padre usaba para que no le descubriesen los verdaderos móviles de su pereza, no pasaba día sin que tratase de vencer, ya con razonamientos, ya con carantoñas, la obstinación del buen manchego. Una tarde, viéndole venir sofocado a deshora, entrar en su cuarto y salir al punto llevándose bajo el brazo un rimero de papeles, extrañó tal conducta, contraria a sus hábitos metódicos y a la parsimoniosa lentitud de sus movimientos y andares. ¿Qué ocurría? ¿Qué significaban aquellas prisas, y aquel entrecejo y el hablar brusco, esquivando explicaciones y respuestas? ¿Andaría efectivamente en los malos pasos de una conspiración?... Grande fué el susto de toda la familia aquella noche cuando transcurrió la hora de la cena, y una hora más, sin que don Bruno pareciese... ¡Y avanzando seguía la noche, ¡Jesús!, sin verle entrar!... Puntualísimo era el buen señor a las horas de comida y cena, y su tardanza no podía ser motivada más que por un suceso grave. Al fin, cerca de las doce, llegó un hombre de mala traza con el recado de que no se molestase la familia en esperar al señor de Carrasco, porque no vendría en toda la noche: ocupaciones de mucha importancia le retenían en casa de unos amigos. Recomendaba, todo ello por la boca y representación de aquel malcarado sujeto, que no se asustasen las señoras, pues no tenía el menor daño en su persona y preciosa salud... No quiso decir más el maldito, por más que las tres mujeres, echándole la zarpa, trataron de hacerle explicar el porqué de tal ausencia y el lugar donde don Bruno se hallaba: mas ni los clamores de las hembras ni los pellizcos y empujones con que acentuaban su enojo movieron al emisario a mayor claridad, y se fué presuroso, dejándolas en la mejor disposición para pasar toda la noche de claro en claro. No quiso doña Leandra que su hijo mayor saliese a ver si había barricadas, o si andaban por algún barrio tropas en estado de sedición, y aguardaron ansiosas el día. Ningún vecino de la casa tenía conocimiento de que se hubiese alterado el orden en la capital de las Españas, y el que más hablaba de rumores; pero como éstos eran el pan cotidiano, no dieron valor a los dichos de la gente. Hablar de trastornos presentes o futuros era en aquellos tiempos tan elemental y sencillo como dar los buenos días o las buenas noches.

Por fin, sacó de sus crueles dudas a la señora y señoritas manchegas Rafaela del Milagro, que, sabedora de su intranquilidad, en la casa se personó muy temprano.

—No se asusten—les dijo—, que en Madrid no hay nada. En donde ha estallado una revolución gorda, de las más gordas, es en Galicia.

—¡Pero hija, también los gallegos!... —exclamó la de Carrasco, que se aliviaba de su ansiedad viendo tan lejos la marimorena—. Pero dime, hija: ¿no se correrá para acá?

—Aquí, según parece, lo tenían dispuesto para estos días: batallones comprometidos, generales en el ajo..., pero ya se considera la revolución abortada.

—Y el mal parto—dijo doña Leandra—se debe a que unos faltaron por miedo y otros por desconfianza. ¡Es lo de siempre¡ Y ¿mi pobre marido es de los abortados o de los abortadores?... El Señor le ilumine para que vea la infamia y la necedad de estos preñados...

—Pues la que han armado en Galicia —dijo melancólica Rafaela, que siempre perdía el color y la vivacidad cuando hablaba de pronunciamientos—es espantosa según los despachos que han venido de

allá esta noche. Y comprenderán ustedes que la cosa trae malicia cuando sepan el grito... ¡Si parecen locos! Oigan el grito y échense a temblar: «¡Abajo la napolitana! ¡Viva la reina libre! ¡Muera la camarilla! ¡Fuera extranjeros! ¡Libertad, Constitución, Milicia nacional, y don Enrique marido de la reina!»

No se aterraron gran cosa las manchegas con el *grito* de Galicia, porque en él vieron las ideas que don Bruno sustentaba en sus conversaciones. Hartas estaban de oír en casa el tal programa, que era, por lo visto, según la feliz expresión del Milagro, el *verbo del Progreso.*

XXV

Claramente vieron ya Lea y su madre que resultaba cierta la conjura, y que el buen señor estaba metido hasta el cuello en aquel enjuague revolucionario. Por Rafaela y por Jenara, así como por la cariñosa amistad del señor de Socobio, sabían a diario todos los incidentes de la sublevación gallega, y del punto que más les interesaba les dió noticias tranquilizadoras el mismo don Serafín. Carrasco no había ido a Galicia, como al principio se temió: en Madrid permanecía, y en lugar tan seguro que bien podía la familia desechar toda inquietud. Por el lenguaje y la sonrisa de Socobio al expresar estas seguridades, comprendieron las manchegas que en la propia casa del tal se guarecía el conspirador *abortado,* y doña Leandra daba gracias a Dios por tan notorio beneficio, pensando que obran cuerdamente los políticos que antes de conspirar se proveen de buenas amistades en unos y otros partidos. Así son más eficaces los alumbramientos que vienen bien y menos temibles los malos partos.

De la marcha del alboroto gallego tenía diariamente Eufrasia fieles noticias en casa de la viuda de Navarro, adonde iban Rafaela y su marido las más de las tardes al volver de paseo. Sabíase que al frente del movimiento figuraba un comandante llamado Solís, joven, entendido, valiente, liberal y caballeresco. Según la pintura hecha por Terry, que de sus viajes le conocía, era el nuevo adalid tan poeta como algunos de sus predecesores, no porque hiciera versos, sino porque veía la política y las revoluciones en artística y sentimental forma, imaginando las acciones y los principios antes que razonándolos. Su juventud, su hermosa figura melancólica, dábanle más semejanza con los vates que con los políticos. Oído esto, todos los presentes empezaron a enumerar las distintas celebridades de nuestra tierra que habían poetizado la vida pública, resultando, al fin, que antes que alzarse como héroes caían como mártires sacrificados por su propia fantasía y generosidad. A todos agradaba este coloquio, menos a Rafaela, que palidecía y pestañeaba, como turbada de los nervios al oír tales comentarios de la historia de su tiempo, y si algo decía era para llevar a otro asunto la conversación. ¡Y qué hermosa estaba la *Perita* después de su casamiento! Algo más abultada de carnes, sin perder su esbeltez ni la flexibilidad de su airoso talle, en su cuello de alabastro y en su rostro de perfecto estilo Pompadour o Watteau, parecían haber colaborado como artífices todos los amorcillos de abanicos y porcelanas. Entre el artificio y la verdad, entre los afeites y el colorido y pasta naturales, ninguna crítica, por sagaz que fuera, podría encontrar diferencias ni separar lo vivo de lo pintado.

Por Socobio, cuyas visitas constantes agradecía mucho doña Leandra, supo ésta que la conjura de Madrid se daba por fracasada, y que a los autores de ella no se les perseguiría más que de fórmula, en razón de su candidez inofensiva; supo también que lo de La Coruña, imponente al principio, se descompuso felizmente por la impericia y sentimentalismo de Solís, cuyas delicadezas eran impropias de la violencia revolucionaria; que por considerar demasiado a Puig Samper, su jefe antes de la rebelión, hubo de cederle Solís las ventajas de una excelente posición estratégica; que, divididos los rebeldes y fatigándose en marchas y contramarchas, dieron tiempo a que el Gobierno se previniese, cambiando a Puig Samper por Villalonga y mandando contra los gallegos a un general joven, ganoso de adelantos en su carrera, don José de la Concha; que el sublevado de Vigo, comandante Rubín, que al parecer operaba en combinación con Solís, resultó un rebelde incoloro y equívoco, dando lugar a que se le creyese traidor a la *Causa;* que si, en efecto, el infante don Enrique alentaba con su pre-

sencia en La Coruña, a bordo del bergantín *Manzanares*, el descabellado alzamiento, tuvo el Gobierno buen cuidado de mandarle levar anclas, conminándole con severos castigos si a la vela no se daba prontito para las costas de Francia; que avanzó Concha; que, cogido entre dos fuegos no lejos de Santiago, el pobre romántico Solís, fué derrotado, quedando cautivo con los oficiales que seguían su rebelde bandera liberal, enriqueña y antinapolitana, y gran parte de sus infelices soldados; y, por fin, supo que al ser conducidos a La Coruña los pobres vencidos, se dió orden de que les remataran en el camino para evitar el duelo y consternación de una grande hecatombe en la capital gallega. En un pueblo antes desconocido, el Carral, célebre desde entonces como teatro de una de las mayores barbaries del siglo, fueron sacrificados por tandas Solís y sus compañeros, jóvenes todos, llenos de vida y de ilusiones generosas, víctimas de una idea, culpables de un delito cometido impunemente una y otra vez por los que les mandaran fusilar. Veintidós víctimas cayeron, inmoladas por leyes que carecían de toda virtud y de toda majestad, y no era más que un convencionalismo hipócrita, espantajo que figuraba el rostro y vestidura de la Justicia. Con dichas leyes fusilaban hoy los fusilables de ayer, y mataban los moralmente muertos. La fortuna y el éxito eran la razón única de que, entre tantos criminales, unos fueran asesinos justicieros y otros víctimas culpables.

Mes y medio y algunos días más, según los documentos más autorizados, duró el eclipse del buen don Bruno, y también anduvo haciendo la mascarita don José del Milagro, que sólo se dejaba ver de sus hijas a las altas horas de la noche, embozado hasta los ojos, con peluca y sombrero estrafalario que a un figurón de teatro le asemejaban. Más seriamente guardaron su incógnito Carrasco y Centurión, haciendo el papel airoso de andar en negocios por países extranjeros, sin comunicarse más que con sus familias, y esto con remilgadas precauciones. Salieron al fin de sus escondrijos, afectando un cierto paso y actitud teatrales, pues aunque el Gobierno ni se metía con ellos, ni les temía, bueno era que se revistieran de aquel encogimiento que da una tenaz persecución policíaca. La primera vez que don Bruno se presentó a su familia después de tan larga ausencia, fué grande el alboroto y júbilo de la esposa y de los hijos, que aceptaban con cierto orgullo aquel misterio pomposo de que el padre se revestía. A todos expresó su cariño don Bruno, como si de un dilatado viaje a los antípodas volviese, y les preguntó si le conocían, si no veían en su rostro las huellas de horribles sufrimientos. Por darle gusto respondían que sí, y le incitaban a contar las peripecias de aquella lucha tenebrosa con el Poder público. A su manera, hinchando los sucesos y coloreando las impresiones, refirió Carrasco la tremenda conjuración que habría dado al traste con la napolitana y la palaciega camarilla si la debilidad y doblez de algunos comprometidos no malograran en ciernes, como decía Milagro, el más hermoso complot que fraguaran hombres en el mundo. Había que dar tiempo al tiempo antes de emprender otra campañita libertadora, y así lo recomendaban los *centros* de París y Londres, ordenando a todos que permanecieran a la expectativa, viendo venir las contingencias favorables que había de traer el matrimonio de la reina.

Después de dos días de descanso en su casa, guardando con los vecinos una reserva del mejor gusto para que todos alabaran su prudencia y seriedad, volvió Carrasco a la vida ordinaria, y reapareció en las tertulias de café y casino, acudiendo puntual a su domicilio a las horas de comer. A la semana de esta existencia metódica, creyó doña Leandra que pues el grande obstáculo de la conspiración no existía ya, y parecía don Bruno absolutamente desocupado y sin ningún negocio, revelándose en todo como hombre aburridísimo de puro holgazán, llegada era la ocasión de marcharse todos a descansar de tantos afanes. Así lo propuso a su marido en los términos más expresivos y con razones muy enteras, sin obtener más que una negativa en crudo.

—No podía ocurrírsete la idea de esa viajata en peor coyuntura—le dijo—. ¿Qué razón hay?, ¿qué motivo?, me preguntas. Querida Leandra, no puedo satisfacerte por hoy; ten paciencia y pronto sabrás que sería disparate garrafal ausentarnos ahora de los Madriles.

Y no dijo más. Salió de estampía de-

jando a la pobre mujer afligida y pasmada, lamentándose de que su esposo, después de haber andado en pasos de conjuración, no hablaba de cosa alguna sin envolver su palabra en ridículos y enfadosos misterios. A la sorpresa de doña Leandra siguió una pena hondísima, un desconsuelo que abatía su alma y la incapacitaba para toda resolución. Aún fué su dolor más punzante y se le clavó en el corazón la espada más aguda, viendo que su hija Lea, ordinariamente su paño de lágrimas, no le prodigó aquel día los consuelos que necesitaba, y en vez de lamentar con ella los entorpecimientos que al viaje ofrecía Carrasco, la sorprendió con esta despiadada salida:

—No llore, madre, porque nos quedemos algún tiempo más en Madrid, que ya vendrá el día de irnos al pueblo. Lo que es ahora, más vale que en ello no piense.

¡Vaya un modo de consolar! Vencida de su tristeza y desdeñando pedir a la hija explicaciones de mudanza tan brusca en su actitud y lenguaje, encerróse en su pena silenciosa, y así estuvo toda la tarde, condoliéndose de la ingratitud de Lea, que sin duda se le había torcido por el melindre de un nuevo noviazgo... Pero ¿cómo podía ser esto, si no se apartaba de la compañía de su madre, ni recibía cartas? A no ser que en ello anduviera Eufrasia, trayéndole mensajes de un flamante desconocido amador... ¡No eran maldiciones las que doña Leandra echaba mentalmente a cuantos novios existían en todo el linaje humano, peste de la sociedad y azote de las familias! ¡Qué no estuviera el Infierno empedrado de novios!... Debían las familias, los padres, los hermanos, concertarse para emprender contra tales sabandijas una campaña de destrucción, como las que ella había visto en la Mancha contra la terrible plaga de langosta.

XXVI

En estas malquerencias y confusiones estaba doña Leandra aquella noche, cuando su marido, viéndola poco menos que dada a los demonios, apresuróse a poner en su conocimiento un hecho de segura eficacia para sosegar su ánimo.

—No quise hablarte de ello esta mañana—le dijo—, porque Lea me encargó que guardase el secreto hasta que supiéramos a ciencia cierta las intenciones del tal sujeto. Ya traigo lo que nos faltaba, porque he hablado con él esta tarde y vengo seguro de que hay formalidad... Tenemos, sí, otro novio en puerta. Ya que has adivinado el caso, adivíname la persona... Pero ¿no caes, mujer? No te desvanes los sesos, y entérate de que el nuevo pretendiente de nuestra hija es Vicente Sancho, distinguido mancebo de la botica de Palacio, y, por añadidura, paisano nuestro y pariente.

No pareció doña Leandra disgustada de la noticia, y don Bruno completó sus informes relatando el cuándo y cómo de la emergencia de aquel noviazgo. A diferentes personas había manifestado Vicentillo que Lea le gustaba, y que a *pedirle relaciones* se atrevería si le asegurasen acogida benévola. Pocas palabras habían mediado a solas entre el boticario y la niña, en la casa de los padres, un domingo que estuvo de visita; pero las cortas expresiones, dichas con tartamudeo y poniéndose el hombre más rojo que las amapolas, bien claramente daban a conocer la intensidad de su amorosa llama. Por confidencias de varios amigos con quienes Vicente se franqueaba, enteróse del caso don Bruno, el cual, después de hablar con su hija, apercibió al mancebo para una conferencia sobre materia de tal importancia. Efectuada en la botica de Palacio aquella misma tarde la entrevista, resultó que Vicente Sancho sentía la más honesta de las inclinaciones hacia Leandra, en quien veía *su bello ideal* (así, como suena), y decidido estaba a unirse con ella en santo vínculo.

Declaró doña Leandra que estimaba en más a Vicente, boticario, que a todos los señoritos de Madrid llamados *dandiles*, presumidos, farsantes y embusteros, que no hacían más que divertirse con las chicas y entretenerlas, escapando de ellas en cuanto se les exigía celebración de matrimonio. Por humilde no habían de despreciar a Vicente, el cual a todos los novios del orbe cristiano llevaba la ventaja de ser manchego. La farmacia, profesión de hombres honrados era, amén de muy lucrativa. Si Lea gustaba de su pariente, debían los padres darse por muy satisfechos, porque la niña, después de tanto noviazgo fallido, no estaba ya

para perder el tiempo. Y pues el chico venía con formalidad y fijaba en dos o tres meses la temporada de amoríos decorosos, recibiérasele con los brazos abiertos y preparárase la boda para principios de otoño. Por fin, como solución risueña para el porvenir, debían todos hacer diligencias para conseguirle a Sancho la botica de Peralvillo, de Piedrabuena, o de cualquier otro pueblo de la Mancha, con lo que se colmaría la felicidad de toda la familia. Quedó, pues, recibido de oficial novio con entrada en la casa, y Lea, que había picado más alto, hallándose ya la pobre caída y con las alas rotas, aceptó a su pariente con un cierto afecto de gratitud que esperaba ver convertido en más apasionado sentimiento. Y, ¡cosa más rara!, mirando bien a Sanchico, reparaba que no era feo... ¿Qué había de ser feo, si más bien merecía la calificación de guapo, con aquellos ojos sentimentales y aquel bigotito que parecía de seda? Y lo que es de tonto no tenía un pelo. Ya se le iría quitando la cortedad y encogidas maneras que Lea, mal acostumbrada al despejo de otros galanes, encontraba poco airosas y disconformes totalmente con su bello ideal. Pero, en suma, ¿qué importaba la timidez, si era signo de mansedumbre, cualidad de que generalmente procede la perfección de maridos? Adelante, repitiendo el castellano aforismo: «Al buen día meterle en casa.»

Con estas y otras filosofías templaba doña Leandra el ánimo de su hija, asegurándole que ambicionar no podía ni debía más felicidad de la que Dios le deparaba, y la chica, que era buena y no tonta, iba entrando por el aro de aquellas prudentes ideas. La conformidad y el buen criterio hiciéronla dichosa. No podía decir lo mismo la madre, pues aunque tenía por un buen hallazgo y solución la conquista de Vicente Sancho, ello es que por fas o por nefas, por los sucesos buenos así como los malos, la realización del deseo que le llenaba toda el alma era más problemática cada día. Cuando ya creía tocar con su flaca mano el suelo manchego, éste se alejaba y, como un fantástico paisaje, acababa por desvanecerse en el horizonte. Sin duda, Dios había decidido que su humilde sierva Leandra Quijada se consumiese en el indecible tormento de no ver ni gustar los aires y la luz de la tierra natal. Cumpliérase la voluntad de Dios, contra la cual nada podían los anhelos de las criaturas. Envolviéndose en su manto con cristiana dignidad, la manchega se preparó al martirio, pensando que a la magnitud del terrestre sacrificio correspondería la hermosura y grandeza del premio celestial.

Manifestóse en la señora desde aquel día visible inclinación a la pereza y al silencio. No se ocupaba de labor alguna; permanecía largas horas sentadita en un sillón de gutapercha, de asiento muy bajo, las manos cruzadas sobre el regazo, en el suelo fija la vista dormilona; no hablaba más que lo preciso, tomándose tiempo entre la pregunta que le hacían y la respuesta que daba, como si las palabras, no menos perezosas que el pensamiento, se amodorraran al paso por la boca. No apetecía tertulia, y sus hijas, así como doña Cristeta Socobio, tenían que llamar con insistencia a la puerta del castillo para que la castellana voz de doña Leandra respondiese desde la tronera más alta: «¿Quién es?» Comía tan poco como hablaba, pues aquel seco y delgado cuerpo con muy escaso alimento se sostenía, y con el aire que tomaba en el suspirar frecuente. Suspiraba hacia dentro, espirando menos de lo que aspiraba, como las aves que inflan el buche para volar mejor. Rezaba al anochecer uno y dos tercios de rosario, ella sola, entre labios, descuidándose en marcar las Avemarías con el pase de cuentas; dormía de un tirón toda la noche, roncando desaforadamente con diversidad de sones musicales, como trémolos de violoncellos, chirridos de veletas castigadas por el viento, rumor de un salto de agua y acordes perfectos de fagot y clarinete con tónica tercera, quinta y séptima disminuída.

Una mañana calurosa, como tardase la señora en levantarse, entró en su alcoba Lea y encontróla despierta, con el brazo derecho extendido sobre el embozo.

—Chica—dijo doña Leandra—, ven acá y estírame este brazo para que se me despierte, pues estoy que no puedo moverlo a mi gusto.

Obedeció Lea; mas como no le tirara bien fuerte por temor de hacerle daño, la incitó a desplegar mayor fuerza.

—Tira, hija, tira con ganas, pues no me duele nada. Esto debe de ser un aire que he cogido anoche por haberme des-

tapado, ahogadita de calor. Y verás que tengo los dedos tiesos, que no puedo coger con ellos la sábana. Tráete un alfiler gordo y pínchamelos, a ver si se despabilan.

Lo que hizo Lea fué llamar a don Bruno y a Eufrasia, medrosa de ver a su madre en aquella torpeza de sus antes ágiles remos. Entre todos la vistieron, pues no gobernaba de la pierna derecha, ni valerse podía, y la sentaron en el sillón.

—Vaya, estoy mejor. ¿Veis cómo ya muevo el brazo y arqueo los dedos? La pierna es la que no quiere entrar en razón... Pero no os asustéis, que esto no es nada. Ni pienses en traerme acá médico, Bruno, que si le veo entrar me figuraré que estoy enferma, y acabaré por estarlo de verdad. Nada de médicos, hijo, y con que Vicente me vea y me traiga cualquier toma o emplasto, que bien sabrá él lo que obra con provecho contra este achaquillo, me bastará para quedar bien.

Animarles quería con esto; pero hijos y padre, muertos de susto y pena, trajeron al médico que asistirles solía, y éste ordenó lo más urgente para contener la parálisis o atenuar sus tristes efectos. Por la tarde, si no se manifestó en ella mejoría corporal sensible, del espíritu mejoraba notablemente, pues se le había despertado la locuacidad, su palabra era fácil, los ojos recobraban su viveza, en la mirada y la voz había grande animación, casi, casi alegría. Las hijas y doña Cristeta sostuvieron la conversación, en la cual no nombró a la Mancha, concretándose o decir algo de los precios que tenían en la plaza los principales artículos de comer... Todo se ponía por las nubes, y la vida en Madrid iba siendo un problema difícil. Con suficiencia apuntó Cristeta la idea de que cuando funcionaran los *caminos de fierro* que se iban a establecer vendrían a Madrid todos los artículos a tan bajo precio como el que en los pueblos tienen, y se comería en la Corte pescado del día; y los madrileños podrían trasladarse a La Coruña o a Santander con tanta presteza y facilidad como iban entonces a veranear a Miraflores o a Villaviciosa de Odón. Sorprendida de estas novedades doña Leandra, y creyendo que por entretenerla contábanle paparruchas su amiga y sus hijas, dijo que no podía comprender *a qué santo* venía el correr tan desaforadamente, y que ella por nada del mundo se metería en tales carricoches voladores y endemoniados. Añadió que era soberbia sacrílega de los hombres el meterse a enmendar la obra de Dios. Si Dios, autor de tantas maravillas, había hecho también las distancias para que el hombre pecador en ellas se cansase, y con el cansancio sintiese su pequeñez, ¿a qué ese empeño de acercar lo remoto? Condenado fué el hombre al trabajo y a ganarse la vida con el sudor de su frente. Pues el caminar ¿no es también trabajo, y de los más duros? El hombre orgulloso se resiste al trabajo; para el descanso de sus brazos inventa máquinas, y para el de las piernas *ferroscarriles*, que son como caballerías de fuego. De modo que ya no habría trabajo, ni cansancio, ni sudor, ni nada de lo mandado por Dios... Y ¿querían los hombres salvarse sin sudar? Esto no podía ser.

Sobre materia tan interesante expusieron pareceres muy ingeniosos las interlocutoras de la enferma, distinguiéndose Eufrasia, decidida partidaria del progreso material. Inspirada en sus *ideales*, que así llamaba a las ideas recientemente adquiridas, dijo a su madre que, quisiéralo o no, la llevaría consigo en un viaje a París y Londres, para que viese poblaciones grandes y costumbres de muchísima ilustración. Pero no se daba a partido la señora, que moviendo la cabeza tristemente respondió que si su hija, una vez casada, quería correrla por países tan distantes y distintos del nuestro, no contase con ella, que malditas ganas tenía de ver ciudades grandes y raras costumbres. Ni le quitaba nadie de la cabeza que todo lo de España era superior a lo de allende: mejor el pan y el vino, más finos los aceites y el jabón. Terminó afirmando que su cuerpo no le pedía ya movimiento, sino descanso, y que descanso le daría ella muy pronto. Cuando esto decía, llegó en su coche la viuda de Navarro para llevarse a Eufrasia. Paró en la puerta: viéronla desde arriba los muchachos; vistióse a toda prisa la señorita, y con su amiga se fué. Doña Leandra la vió partir con pena; mas no dijo nada. Lea suspiraba, aguardando la llegada de su modestito farmacéutico, y Cristeta Socobio, a quien sugería los más variados tópicos su entendimiento inagotable, sostuvo el

ánimo de la pobre enferma con esta entretenida conversación:

—Querida Leandra, en cuanto mejoren esas piernas, nos vamos usted y yo solitas a visitar a una amiga mía, monja de gran virtud y saber, que a más de consolar a usted con su palabra, más divina que humana, la curará de ese maleficio del músculo perezoso. ¿No lo cree? Pues sepa que el año pasado me cogió todo el lado izquierdo un aire de perlesía, que me dejó sin gobierno, y arrastrándome fui a ver a mi amiga, la cual me pasó la mano suavemente por la cintura y caderas, y pronunciando palabras santísimas, púsome buena del todo.

—¿Qué me dice, amiga Cristeta? Curanderos he visto en mi tierra que componían estos desperfectos de la carne; pero no lo hacían sin añadir a las oraciones alguna toma de medicina que obraba por dentro.

—Esta no necesita de medicinas ni pócimas, con lo cual se dice que obra en la naturaleza por la virtud sola de su santidad y del buen acogimiento que tienen en el cielo sus oraciones. Pasa la vida en penitencias tan duras, que no podemos imaginar los martirios crudelísimos que se impone. Ha tenido su cuerpo cubierto de llagas dolorosas, y cuanto más le dolían, más risueña ella y más alegre de su padecer. Cuentan que se ha pasado meses sin probar comida, y a pesar de abstinencia tan bárbara, la veía usted con el semblante animado y los ojos muy vivos, obra de la grandísima luz y fuego de piedad que la caldeaban por dentro... Es tal su hermosura, que se pasmará usted cuando la vea, y tan dulce y delicado el timbre de su voz, que se quedará usted atónita y suspensa, como si oyera sonido de arpas celestiales.

—¡Cristeta, por amor de Dios! —dijo doña Leandra, fascinada con tan maravillosa pintura—, no me engañe, y si esa sacra mujer existe, y no es artificio de usted para consolarme, lléveme a donde pueda yo verla y gozarla.

—Iremos, sí; y como no se despabilen pronto las piernas la llevaré a usted en coche, aunque de aquí al convento de Jesús no es grande la tiradita. Será un consuelo extraordinario, mi querida Leandra, porque de la santidad de mi amiga puede usted esperar no sólo la salud del cuerpo, sino la del alma. A las personas buenas, de corazón limpio y de conciencia pura, concede Dios, por mediación de esa mujer ejemplarísima, la satisfacción de todos sus deseos.

—¡Ay, ay!, no me lo diga si luego no ha de confirmarse —manifestó la manchega con colosal esfuerzo para levantarse del sillón—. ¡Que satisface los deseos justos, naturales! Pues los míos son de esa calidad, y por tanto, ¿qué menos pueden hacer Dios y esa señora que satisfacérmelos? Vamos, vamos ahora mismo. Me arrastraré como pueda. Y si no, mandaré a la muchacha que nos traiga un coche.

—Calma, calma, querida Leandra, y no nos precipitemos —dijo cautelosa la Socobio, asustada por el ruido de puerta y pasos que acababa de oír—. Paréceme que entra Bruno, y no conviene que de esto se entere. Es un excelente hombre; pero no se haría cargo de la intención pura, edificante, con que yo la llevo a usted a tal visita. Estos hombres del día, todos, todos están dañados de volterianismo, que es como decir impiedad, y no comprenden... Hasta podría suceder que se burlara de nosotras... No, no, Leandra; que no meta las narices su pariente... Otro día, sin que nadie nos atisbe ni nos estorbe, escaparemos como unas chiquillas, y... Chitón, que ya está aquí el hombre público.

XXVII

Quería Dios que hija y madre estuvieran en aquellos días bajo la acción de fenómenos o casos maravillosos, pues mientras doña Leandra encendía su imaginación con la idea de la visita a un ser que conceptuaba ultraterrestre, Lea veía cosas tan extraordinarias que le costaba trabajo creer que pertenecieran al mundo real. En una misma alcoba dormían las dos hermanas, y allí y en el próximo gabinete tenían su ropa, sus secretos, las cartas de sus novios, el tocador y cuantos adminículos y menudencias necesitaban para componerse. Luego que se encerraban en sus habitaciones para acostarse, hablaban solitas de los sucesos del día, pertinentes a ellas o a sus amadores, y se confiaban todos sus secretos y se consultaban todas su dudas. Una noche, poco antes de manifestarse en doña Leandra la parálisis, Eu-

frasia, como quien desea y teme revelar algo muy delicado, anunció a su hermana una confianza; arrepintióse luego, dudando, entre risas y síes y noes muy infantiles; sacó por fin de su bolsillo un estuche, y mostró a su hermana un sol..., un haz de rayos luminosos, deslumbrantes. Lea no dijo más que ¡ah!, echando en aquel hálito toda su admiración y algo de susto. No pronunció palabra alguna hasta pasado un ratito.

—¡Qué magnífico brillante!... Pero di, ¿no es esto falso? ¿Es de ley?... ¡Y tan grande!...

—No es de los mayores—dijo Eufrasia, rebajando por afectación de modestia—; pero fíjate..., ¡qué perfección de facetas! Dice Maturana que es de la mejor talla de Amsterdam, y una pieza de mérito grandísimo.

—¡Bonito, bonito..., superior!—exclamó Lea absorta, moviéndole entre sus dedos ante la luz para recrearse en los destellos.

—Está montado en plata como alfiler —dijo Eufrasia—; pero se puede usar como adorno magnífico para el pelo... Aplicación no le faltará...

—Pero ¿es tuyo de veras...? Y ¿cómo...? Si es tuyo, te lo habrá dado Terry.

—Naturalmente: yo no había de robarlo.

—Pero...

No sabía Lea cómo pedir explicaciones a su hermana de la posesión de alhaja tan magnífica. Enmudecieron ambas y se acostaron, permaneciendo silenciosas larguísimo rato. Ninguna de las dos dormía.

—Debes enseñárselo a padre y a madre, a ver qué dicen...—indicó tímidamente Lea, a la media hora de acostadas.

—No, por Dios... Padre y madre no deben saberlo..., no por nada, sino porque creerían lo que no es... Ya lo verán a su tiempo. Por hoy no me preguntes más.

Obedeció la hermana mayor y no habló más de tal asunto hasta que, dos noches después, encerraditas y ya seguras de que ni los padres ni los hermanos las sorprenderían en su grata intimidad, hizo Eufrasia a su hermana la seña de que le preparaba una nueva sorpresa; aproximóse a la cómoda y del seno sacó un envoltorio; desplegó el papel finísimo que lo formaba y aparecieron a los espantados ojos de Lea dos esmeraldas soberbias, hermosísimas, iguales en el tamaño y la forma oval, montadas en plata dentro de un cerco de diamantes...

—¡Ay, qué preciosidad!... Esto es divino...—exclamó la joven con arrobamiento—. Y son pendientes... Déjame que me los ponga.

Ayudó Eufrasia a clavar las joyas en las orejitas de Lea, y cuando ésta se vió en el espejo adornada de tanta hermosura, no acababa de extasiarse en la admiración de su propio rostro, y lo ladeaba para ver los diferentes efectos en esta y la otra postura.

—Como estas esmeraldas—indicó Eufrasia, menos risueña que su hermana—hay pocas. ¡Cosa más soberbia no se ve! ¡Qué bien estás! La esmeralda montada en plata sienta muy bien a las morenas.

—A las morenas les sienta bien todo —afirmó Lea, quitándose los pendientes y llevándolos a las orejas de la otra—. Póntelos ahora tú, para que yo vea el efecto.

Así se hizo, y las ponderaciones de tanta belleza no tenían fin. Guardó Eufrasia su tesoro; Lea, dando un gran suspiro, le dijo:

—También te las ha dado Terry. ¿Eran de su familia?

—No: las ha comprado. Ya sabes que está riquísimo. El mes pasado ganó medio millón de reales, y ahora, si traspasan lo del Gas a la Compañía francesa, no se puede calcular los dinerales que ganarán entre Emilio, Gándara y Safón...

—Pero no acabo de convencerme, te lo digo como lo siento, de que puedan hacérsele a una soltera estos regalos sin comprometerla. ¿Acaso en el extranjero se usa que los novios regalen joyas así, de tapadillo?...

—Seguramente, en el extranjero hay otras costumbres, otra libertad. Pero aquí, con tanta ñoñería y sujeciones tan ridículas, no se puede, no..., lo reconozco. Si la gente se enterara, creería que hay malicia donde no la hay.

—¿De veras que no la hay?

—¡Mujer, qué cosas tienes!... ¡A ti había yo de ocultarte...! ¡Jesús!, no oiga yo de ti tal suposición.

Pareció Lea convencida; pero no durmió en toda la noche, atormentada por la idea de que su querida hermana no tenía ya en su conciencia la debida pul-

critud. «Aunque ella no lo crea, pecado hay aquí—se decía—o principios de pecado y de grandísima deshonra.»

A la mañana siguiente, ambas en el tocador, dominada Lea por una idea fija, hizo a su hermana esta pregunta:

—¿Y no te ha dado perlas?

—Tiene en tratos un collar muy bonito; pero yo le he dicho que no lo quiero, que no y que no... A su tiempo recibiré todas las alhajas que se le antoje poner sobre mí.

—¿Cuándo os casáis? ¿Ha fijado, al fin, Emilio la fecha?

—El mes de octubre, seguro, seguro.

—En octubre dicen que se casa la reina. También fijó Tomás esa fecha para nuestro casamiento, y ya ves, ya ves.

—Pero lo mío es infalible. Emilio es un hombre de bien y un caballero. En todo me complace.

—Pues si en todo te complace, ¿por qué no fijáis el casorio para la semana que viene? Estos hombres que eternizan las bodas no son de fiar... Cierto que el darte prendas de tanto valor es, como tú dices, señal de un amor grande... Pero... Digo que en último caso..., vamos, que otros hay peores, pues plantan y no dan n a d a, ni un triste alfiler de dos reales.

Pasaron días sin que Eufrasia mostrase más joyas, ni a su hermana hiciese confidencia alguna tocante a sus amores o a la boda con Terry. Tan sólo dijo que el galán partía para París; pero que su ausencia, motivada del negocio del Gas, no duraría más de dos semanas. Lea notaba en ella tristeza y cavilación algunos días; otros un alborozo demasiado parlero, sin decir nada de provecho. Y los que observar pudiesen y supiesen en las interioridades de la casa, habrían notado que Lea padecía también en aquellos días turbaciones muy raras en su carácter, comúnmente de una ecuanimidad feliz. Algunas noches, en la visita oficial de Vicente, trataba a éste con tal despego, que el pobre chico no volvía de su asombro, un aflictivo y patético asombro, por cierto. Mas de improviso, se iniciaba un radical cambio en el temple, si así puede decirse, de la señorita, y viéraisla tan cariñosa y tierna con el mancebo, que los ojos de éste revelaban una satisfacción beatífica. Y en aquellos ratos dichosos, infaliblemente hablaba Lea del casamiento, de la conveniencia de celebrarlo cuanto antes para irse todos a la Mancha y hacer la cruz por siempre a este Madrid tan perverso y corrompido. Las corrientes psicológicas, como el sube y baja de mareas, que determinaban en la joven manchega estas oscilaciones afectivas, permanecen indeterminadas. Son hechos, formas, desarrollos orgánicos que se pierden en la insondable caverna oscura del querer mujeril.

Cuando a la oreja de doña Leandra llegaban palabras de Sancho y Lea, referentes a casorio o a la probabilidad de conseguir la botica de Almodóvar del Campo, excitábase horrorosamente, como con una corriente eléctrica, y recobraba por instantes el fácil uso de sus remos. Aún no había podido ir, por causa de las ocupaciones de Cristeta en Palacio, a la visita de la prodigiosa monja, y aguardando aburrida este acontecimiento se pasaba las tardes sentadita en su sillón, presidiendo la charla de la hija con el boticario. Comúnmente el tal palique era para doña Leandra un narcótico, cuya enérgica virtud la desligaba de la realidad triste, permitiéndole ausencias y descansos m u y agradables. Dormida o mal despierta, se montaba en el *Clavileño* o en la escoba, y se iba por esos mundos de Dios, tomándose el espíritu toda la libertad de que el cuerpo estaba privado. No era la primera vez que la infeliz señora, mal avenida con su trasplante, volaba espiritualmente a sus tierras y casas manchegas, recreándose en ellas como en la misma verdad; pero desde que se inició la parálisis, los viajes imaginativos al país natal fueron más frecuentes y de mayor duración, así como de una intensidad maravillosa en el repetir y vivificar objetos y personas, los animales, el suelo, el aire y el olor de todo lo de allá. Del tiempo hacía mangas y capirotes, pues en media hora efectiva de Madrid, vivía manchegamente días y aun semanas, y al volver de estas excursiones hallábase durante un mediano rato en penosa ignorancia del lugar donde se encontraba. ¿Estaba en su casa de Peralvillo o en el sillón caliente y blanducho de Madrid?...

Mecida p o r el runrún soñoliento de Vicentillo y Lea, doña Leandra salió del comedor de su casa manchega, pasó al cuarto próximo, donde tenía la algarroba para las palomas, un resto de la co-

secha de judías, dos montones de patatas para simiente, con los brotes ya muy crecidos, manojos de hierbas colgadas del techo, que despedían un olor fortísimo entre farmacéutico y culinario. Anduvo por allí la señora trasteando: salió seguida de dos gatos y, pasando por delante de la cocina, donde estaba la Fabiana delante de los peroles, bajó por la escalera, cuyos peldaños de romo ladrillo ofrecían un resbalón a toda persona que no tuviera el pie bien habituado a sortear las desigualdades. Llegó a una especie de portalón o vestíbulo empedrado de viejo, pues no se había tocado en él una piedra desde el siglo anterior; todo era hoyos y guijarros duros; obstruían el paso diversos objetos, sacos llenos y vacíos, aperos inservibles, manojos de varas, yugos abandonados por inútiles y una tinaja rota, boca abajo. Todo estaba en aquel sitio *provisionalmente* hacía ochenta años, y con la pátina de mugre y polvo tenía ya ese carácter especial de la petrificación doméstica, allí donde nada se remueve ni se cambian las cosas de sitio. Salió doña Leandra al corralón, tan grande como una mediana plaza, y al punto se le pegó a las faldas un perro corpulento, *León,* moviendo la enroscada cola y enseñándole los colmillos que no habían de hacerle daño. Más allá, otro can que sentado roía un hueso, teniéndolo entre las patas delanteras, la miró pasar y siguió royendo... Un pavo hacía la rueda entre cuatro gallinas, que ni siquiera le miraban, y un burro atado a una argolla, junto a la puerta de la cuadra, soltó un rebuzno majestuoso. Entró la señora en el cuarto del pan donde había un hombre calvo, que preparaba el horno, y ya tenía las hogazas amasadas, cubiertas con un paño. «Mira, Blas: en cuanto saques la hornada, coges la *Capitana* (esta capitana era una burra) y los dos machos, que llegarán luego de Torralba; comes y te vas a Piedrabuena, y me compras cuarenta o más arrobas de patata para simiente. Dicen que Lino Pascual la tiene superior. Si le queda una partida de sesenta o setenta arrobas y no quiere descabalarla, te la traes toda. Llevarás trescientos reales, y, si te faltase dinero, ya sabes que el boticario don Enrique te dará por mi cuenta lo que necesites... Estarás aquí mañana temprano, que mañana hemos de sembrar la patata en la huerta del Fraile...» Poco después de esto, la señora estaba junto al pozo y pilón de abrevar: al mozo que sacaba el agua para dar de beber a los cerdos de recría le lijo: «Navarro, enciérrame este ganado en cuanto beba, y no me lo tengas aquí, que es muy dañino, y ya ves que me azuza los pollos: tres me mataron ayer a pisotones.» Apaleada por el mozo, se arremolinó la piara, compuesta de un gran contingente de cochinitos negros, todos iguales, y pegados unos con otros se fueron hacia su cobertizo, cantando una deliciosa música... Doña Leandra se encaró con un viejo petiseco, cuya cara parecía la piel de encuadernación de un libro de coro. Vestía de paño pardo, con calzón corto, cinturón de cuero y usaba sucias gafas de cristales muy convexos montados en cuerno. Era Perantón, el hombre de confianza, la personificación de la honradez y la lealtad, que llevaba de servicio en la casa tres cuartos de siglo, y andaba próximo a los noventa, conservado como un corcho viejo de colmena. Sus abejas eran la vida que aún zumbaba dentro de aquel madero lleno de arrugas. Había sido mozo de mulas, después de labranza, criado luego al inmediato servicio de los señores, y, por último, mayordomo con honores de intendente, pues sabía garabatear en un cuaderno de *marquilla* las cifras de compra y venta, el consumo de paja y leña, el comestible de animales y personas, y usaba un tintero de asta con petrificaciones de tinta contemporánea de Carlos III. «Antón—le dijo la señora—, me parece que la *pinta castellana* ha puesto hoy también entre el montón de leña. Que Tomasilla se meta y busque allí los huevos. Tenemos lluecas a la parda y a la moñuda... Mándale a tu nieto Roque que del palomar de arriba me traiga tres pares de palominos para mañana...» En la servidumbre y personal labriego de Peralvillo había dos hijas de Antón, una de ellas cocinera, que ya no hacía más que dirigir, y era plaza casi jubilada, como su padre, y catorce nietos ocupados en distintas labores. Los que allí nacían, al amparo de la casa y noble familia quedábanse toda la vida. «Oye, Antón, dile a tu nieto Felipe el *gordo* que no me dé bromicas a la Pepilla, que apalabrada está por sus padres con Robustiano el del *Tuerto,* y no quiero en casa cuestiones...»

En esto, traída bruscamente por el *Clavileño* a su sillón, doña Leandra, suspirando fuerte, dijo a Lea y Vicentico:

—¡Eh de casa!... ¿Hace mucho que estáis aquí, hijos? Sacadme de esta gran confusión: ¿cuánto tiempo hace que dejé de veros?

Los chicos, acostumbrados ya a las ausencias de la triste señora, le contestaron que hacía un ratito, tan largo como ella quisiese.

—No me entendéis. Cuando os ponéis a ser brutos no hay quien os gane... Os pregunto si estamos en hoy o en ayer, si ayer os vi y hoy vuelvo a veros. Porque a mí me parece que he estado *fuera* de un día para otro; quiero deciros, el tiempo que va de un *hoy* a un *mañana* con noche de por medio... ¿No me contestáis? Pues quedaos aquí, que yo me vuelvo. Adiós, hijos míos.

XXVIII

Salió doña Leandra del corral al campo por una puerta grande y torcida, como ruina que jamás acaba de desplomarse, y se encontró frente a las eras. Llegaba el ganado de pastar en el soto del Maestre, y el pastor y zagales, que eran como unas apariencias de personas con sus caras ennegrecidas, las piernazas entre zahones, las espaldas con la joroba del zurrón, daban voces a las ovejas para que no se desviasen, llamando a cada una por su nombre entre ajos, silbidos y pedradas. Respiró doña Leandra la polvareda que las reses levantaban, y las miró con maternal regocijo, recreándose en el olor montuno que despedían. Vió venir luego a Carrasco hecho un cafre, con barba de seis días, el morral a cuestas, la escopeta terciada, precedido de tres ágiles perros, que, en cuanto vieron a la señora, a ella se fueron y echáronle con el rabo salutaciones cariñosas, filiales. Venía don Bruno de mal temple, porque en el barranco de Giles se había encontrado a Rufo Corchuelo y habíale dicho que todo el vino de Torralba se estaba volviendo vinagre, y que era menester quemarlo... Doña Leandra dirigióse con su marido a la casa; sentáronse los esposos con Perantón en un poyo a tomar la fresca, y llegaron los mozos de mulas, que labrando las tierras habían estado de sol a sol, y mientras unos abrevaban a los animales, reuníanse los otros en torno a los amos a contar las faenas del día. Doña Leandra no cesaba de rascarse la cabeza, lo mismo que don Bruno, pues a entrambos les picaba bastante. De la cocina de la casa venía un olor fortísimo de fritanga y el vaho de sopas caldudas y bien impregnadas de ajo. Eufrasia y Lea estaban en la ventana de su cuarto, con la Tomasa y la Pepa, tarareando canciones nuevas que en aquellos días habían traído de Daimiel unos chicos como gran novedad, y luego descendieron al corral arrastrando chinelas e improvisaron un baile...

Avanzada la noche, doña Leandra se acostaba en la cama donde habían nacido sus tatarabuelos, tan alta, que a los colchones se subía por escalera, y desde arriba fácilmente se cogía con la mano el ahumado techo, con las vigas en panza. Entre los pliegues de las blancas cortinas y en el cristal de unas laminotas de la Virgen de Calatrava, muy hueca de vestido y con tiara en la cabeza, lucían unos puntos negros, obra de las moscas, al parecer; pero, en realidad, eran las miradas de los tatarabuelos, que allí permanecían contemplando la rotación majestuosa de la casa a través de los siglos. Doña Leandra dormía profundamente, y a su lado, don Bruno, sin que ninguno oyera los sinfónicos ronquidos del otro ni los cánticos de gallos que cuidaban de cantar de dos en dos las nocturnas horas. La del alba no era todavía cuando saltaba de los ociosos colchones la señora, diligente, y lavándose la cara con dos o tres puñados de agua fresca que de una jofaina cogía, comenzaba sus quehaceres. Aún estaba oscuro, y las luminarias de la noche no se habían apagado en el cielo. Apenas descorría la aurora las cortinas del manchego horizonte, abría doña Leandra la ventana para respirar el aire puro y dar gracias a Dios, lo que hacía rascándose los sobacos y también la cabeza, que le picaba. Ya día claro, desde un tejadillo frontero a la ventana, la saludaba la gentil avutarda. Era un pájaro petulante, vestido a hora tan matutina con su casaca de color de canela, galonada de terciopelo negro con botones de plata, y en la cabeza el gran sombrero de tres picos con plumas blancas y negras. Mi-

rando a la señora, el ave hacía tres reverencias, acompañadas de tres sonidos graves, que era su fórmula usual de ofrecer sus respetos. Tras él levantaban el vuelo las palomas, dando los buenos días con sus arrullos, y muchedumbre de gorriones salían por aquellos aires a robar lo que podían...

En la cocina estaba el ama desplumando palominos, y a su lado Eufrasia, dobladillando un pañuelo. La cocinera, majando cominos en el almirez, hacía un ruido tal que apenas se entendían las voces de la hija y la madre... Entraba Perantón renegando del precio de la partida de aceite que acababa de llegar, como si fuera él quien perdía en ello. Decíale doña Leandra que tuviera paciencia y no fuese tan regañón, que a su edad no le haría provecho que se le encendiera la sangre... Al anochecer, no de aquel día, sino de otro, que debía de ser el siguiente, aunque de ello no hay seguridad, hallándose en el poyo del corral la señora y Lea, que por más señas estrenaba un cuerpo nuevo del vestido muy majo hecho por ella misma, llegóse allí Ramón, que era el mozo encargado de la persecución de topos, con diez de estos dañinos animales. Al olor del rico botín acudieron los gatos, y las señoritas Eufrasia y Lea se encargaron de hacer el reparto equitativamente. No bajaban de ocho los pretendientes: los dos de casa, el de la panadería, el de la mayordomía y tres o más de las cuadras y gallineros. Después de distribuir a topo por cabeza. Lea consintió que *Norita*, la gata de casa, como parida, se llevase tres para su prole y así lo hizo... En esto llegaba don Bruno; pero no debió de ser aquella noche, sino la siguiente, o quizá otra noche cualquiera de las muchas que trae el tiempo. Se le vió apearse del caballo y oyeron el tintín de sus espuelas acercándose. Había ido a Daimiel a reñir con los de la Junta de Pósitos, porque no le pagaban su anticipo, y a comprar correas para el arreglo de los tiros de mulas, tabaco y un poco de aguardiente. Traía el buen señor una noticia estupenda. La reina Isabel II se había casado, y ya teníamos a nuestra reina hecha una señora de su casa. Y ¿quién era el marido? Pues un don Francisco, a la cuenta como su primo carnal, primogénito de unos señores infantes, mozo muy galán, de bello rostro sonrosado, muy metido en religión, cualidad primera de todo gran rey... Pero no había sido floja tracamundana la ocurrida en Madrid antes de la boda. La Inglaterra y la Francia asaltaron con tropas el Palacio, llevando cada una un príncipe para casarle a la fuerza con nuestra soberana Y por otras partes de la casa grande embistieron el Papado y el Austria con la misma pretensión de meternos consorte real. Apurada estuvo la cosa con esta canallada de las potencias, y si no se salieron con la suya fué porque el don Francisco, al frente de un batallón de tropa española, blandiendo en la mano derecha su espada y enarbolando con la izquierda un crucifijo, cerró contra la extranjera turba, y a éste quiero, a éste no quiero, hiriendo y matando, deshizo en la escalera y en el real patio a toda la caterva, quedando triunfante el derecho de darnos el rey consorte que más nos acomode, siempre que sea español neto. «Celebróse el casorio—añadía don Bruno—con pompa grandísima, en una iglesia que llaman de Atocha, y ya podéis figuraros vosotros, grandes mostrencas y mostrencos, el lujo y aparato que en la ceremonia *habería*... Ello fué cosa sorprendente. Lucían allí los próceres del reino sus magníficos túnicos de gala bordados de oro, y las reinas, la infanta y sus damas unos trajes tan opulentos, que cada uno representaba el valor de una provincia, si las provincias se vendieran. Dícenme que una de las *próceras* más guapas y mejor emperifolladas era la esposa de don Emilio Terry, nuestra querida hija Eufrasia Carrasco y Quijada de Terry, que ahora así se llama, la cual lucía collar de perlas como garbanzos, y unos brillantes en el pescuezo y en la cabeza que eran como soles, y en las orejas esmeraldas tan grandes como huevos de paloma...; no tanto, como huevos de avutarda...»

Amaneció, y salieron para el campo los mozos con los pares de mulas, y para el soto las ovejas con sus pastores... Sucedieron plácidamente tardes y mañanas. A doña Leandra le hacían sus hijas un vestido nuevo, cortado por patrones de última moda que facilitó una amiga de Ciudad Real. Ponían en ello las chicas gran esmero para que su madre apareciese en misa con toda la elegancia que a su holgada posición correspondía dondequiera que se presentase... Más

interés que en el corte y costura del nuevo traje ponía la señora en la siembra de patatas, que fué a vigilar con don Bruno, rodeando la casa y las eras, y saliendo por un sendero angosto hasta la tierra llamada de Claveros, tras de las primeras casas de Peralvillo. Pasaron junto a una noria desmantelada, después cerca de otra movida por un macho con los ojos vendados. Lloraban los cangilones chorritos de agua con que se regaba un plantío de hortalizas para el gasto de casa. Acompañando a los amos iban *León, Turco,* la *Majita* y otros seres caninos, cachazudos, holgazanes, hartos de una felicidad bobalicona. El mayor gusto de doña Leandra era soltar la mirada, como se suelta un ave, para que corriese por toda la horizontalidad majestuosa del suelo, sin parar hasta la línea en que tierra y cielo se juntaban. Tras aquella línea había más Mancha, más, hasta llegar a los montes de Toledo, donde todo era cuestas, subidas y bajadas. No estorbaban al libre vuelo de la mirada de la señora árboles ni sombrajo alguno, fuera del bulto que hacían las casas del pueblo y la torre gallarda de su iglesia. El sol lo bendecía todo con su luz esplendente; la tierra se tendía boca arriba cuan larga era, los miembros estirados con indolencia voluptuosa, y no hacía más que mirar al cielo, que sobre ella planeaba con las alas abiertas en toda su magnitud...

—Madre—le dijo Lea— dos veces le hemos preguntado si quiere ya la medicina, y no nos responde...

—¿Medicina yo?... Lo menos hace una semana que no la tomo, y ya ves qué buena estoy... He andado legua y media con Bruno y no me he cansado. Hola, Vicente, ¿cómo estás? ¿Cuántos días hace que no te veo? Lo menos diez, por mi cuenta.

—Me vió usted ayer, y me vió esta tarde a primera hora.

—No estás tú en lo cierto, Vicente. Decidme, ¿no ha parecido Cristeta? ¿Qué demonios la entretiene tantos días en Palacio? Será que la reina Cristina no sabe gobernarse sin ella... Bueno; dadme la medicina y sepamos pronto si os dan o no la botica de Almodóvar del Campo.

Por la noche, en cuanto la ponían en su cama, emprendía despierta la paralítica sus viajes, y despierta se le iban los días, las semanas y hasta los meses, sin sentirlo. Solía volver de sus correrías con un humor endiablado, que desahogaba en sus hijas y en su marido, diciéndoles que no eran ellos ya como les había hecho Dios, sino como les transformaba el Demonio en este maldito Madrid. Mirándolo bien, sus hijas no eran honradas, pues no había honradez con tanto manoseo de novios y tanto andar al zancajo en teatros y paseos. En los teatros se aprendían cosas malas, y los paseos y tertulias no eran más que escuelas de deshonestidad. Y en cuanto a Bruno, también estaba *horriblemente echado a perder.* ¿Qué se había hecho de la sencillez de sus costumbres, de su amor al trabajo, de su modestia y probidad? Un muestrario de vicios era ya, y él solo gastaba en un mes más que había gastado toda la familia en seis años cuando en la Mancha vivían. Lo menos media hora empleaba todas las mañanas en lavarse, y para él solo y sus malditos lavatorios tenía que subir el aguador una cuba más. ¿A qué tanta presunción de lavados, planchados y afeitados? Hasta usaba perfumes, ¡qué asco!, como las mujeres de mal vivir, y a todas horas guantes, como si tuviera que visitar al rey. No, no; no era aquélla su familia. ¡Mentira, engaño! Las personas que veía no eran sino una infernal *adulteración* de sus queridos hijos y esposo. La verdad radicaba en otra parte, allá donde vivía despierta, que en Madrid no era la vida más que una soñación. Y esto se probaba observando que en Madrid estaba baldadita y sin movimiento, mientras que en su pueblo iba de un lado para otro con los remos muy despabilados, sin cansarse...

Solía padecer la desdichada manchega estos trastornos de la mente por las mañanas, y su marido y sus hijos rodeábanla afligidos, respondiendo con frases cariñosas a las injurias que les dirigía, ya iracunda, ya burlona. A medida que tomaba alimento, íbase serenando, y no recordaba ni uno solo de los enormes disparates que había dicho a su cara familia. Y como algo recordase, pedía perdón del agravio en los términos más humildes. Una tarde, cuando Eufrasia, ya vestidita y bien dispuesta, aguardaba a la viuda de Navarro, que en su coche había de venir a buscarla, doña Leandra le estrechó las manos, diciéndole:

—Habrás tomado a risa, hija del alma.

los desatinos que escuchaste, y de los cuales sólo uno se me quedó en la memoria. Yo también me río, porque ello es cosa muy disparatada..., que tus cortejos, ¡ay!, te regalaban diamantes gordos y *esmeraldas verdes*, y que merecías que te arrancasen las orejas al arrancarte los pendientes, que eran el pregón de tu ignominia. Perdóname, y no me hagas caso cuando me pongo así, que verdaderamente no estoy en mi sentido... A Dios gracias, con la medicina que ahora me da Vicente, se me van quitando los grandes enojos que me entran por las mañanas... Vete con tu amiga, y no olvides lo que te recomiendo: darle mucha prisa al señor de Terry, hija, lo cual que no es un decir, sino la realidad, pues esa cara paliducha y ahilada que se te está poniendo declara las ganas que tienes de tomar estado, para satisfacción tuya y de tus padres...

XXIX

Ni aun delirando mentía doña Leandra en lo de la transformación de don Bruno, pues desde la frustrada conjura, en que había hecho papel real o figurado de indudable relieve, tomó el hombre actitudes de seriedad que sobre él atraían la pública atención. O por habilidad instintiva o por estudio de gramática parda, adoptó el sistema de hablar muy poco, casi nada, y de decir todo en forma oscura, enigmática, dejando entrever o adivinar un hondo pensamiento. En las conversaciones políticas nadie oía de sus labios más que reticencias discretísimas, y sus juicios eran velados, más que juicios, protestas de que no convenía formularlos de ninguna manera. Sus frases usuales eran: «Ya se verá eso...» «Se hará lo que convenga...» «Esto no puede seguir así...» «Vamos al abismo...» «Estamos preparados...» «Los hombres de arraigo siempre están en sus puestos...» «Mi opinión es que vendrá lo que debe venir.» Con esta manera de hablar no tardó en adquirir reputación de *entendido*, y como al propio tiempo adoptaba modos de tolerancia, respetando las ideas ajenas y aprendiendo a ser fino y bien educado, extremando los saludos a cuantos personajes encontraba, fueran del suyo o del opuesto bando, pronto le dieron la nota de *sensato*. Su importancia crecía rápidamente, y cuantos le trataban veían en él una autoridad innegable, merecedora del mayor respeto. Grandes ventajas llevaba a Milagro en el público concepto, todo ello sin trabajo alguno, pues el manchego, callando siempre o diciendo a medias inepcias vacías, que el auditorio interpretaba como sublimes pensamientos inéditos, era tenido en más que Milagro, que decía todo lo que pensaba, y a veces cosas atinadísimas. Pero no habría llegado don Bruno a esta preponderancia si a los artificios de la palabra y del silencio no agregara otro muy eficaz para el realce de su persona. Dió en gastar unos sombreros de extraordinaria magnitud, con el ala más larga que los de la moda corriente, y un poquito encorvada formando teja. Era el modelo que usaban don Alejandro Mon, Buschental, un francés que había venido de París a lo del Gas, y otras personas de viso muy contadas. Encajaba muy bien la colmena de fieltro, tan imponente y elevada, en la ventajosa estatura de don Bruno, y con esto y la larga levita negra, hacía una figura de tanta respetabilidad que la gente se paraba para mirarle cuando iba por la calle entre dos amigos, oyéndoles atentamente y contestándoles con la cabeza. El sombrero contribuía no poco a que los transeúntes que le conocían dijesen a los ignorantes: «Es Carrasco, persona *entendida*... Es don Bruno, uno de los hombres más *sensatos* que hay en este país.»

Milagro no comprendía que iba más rápidamente a su negocio don Bruno, calladito debajo de un tubo de chimenea, que él hablando por los codos, vestido de cualquier modo y con un sombrero viejo mal planchado y de corta elevación. Ved aquí por qué la gente veía en Milagro a un hombre de gran talento, que no servía para nada por falta de *sensatez*, a un hombre ligero, simpático, cuya gracia y amenidad sólo se apreciaban como méritos secundarios. De don Bruno, viéndole entrar un día en el café con un célebre banquero y un no menos famoso general, hubo alguien que dijo: «Parece que este Carasco es *un gran hacendista*.» De Milagro hacían los más afectos a su persona elogios de otra clase, por ejemplo: «Si como tiene chispa este don José, tuviera *seriedad*, ya habría sido ministro.»

No dejaba de reconocer la pobre Lean-

dra, en sus momentos lucidos, que a su marido le sentaba muy bien el sombrerote y la levita luenga. Si en Peralvillo le vieran con aquella facha, caerían todos de rodillas, teniéndole por el representante de la justicia humana, o por ministro universal. Un día, antes de salir para sus diligencias de la tarde, sentóse Carrasco un momento al lado de su *oíslo* y le dijo:

—Tengo que comunicarte lo que pienso acerca del niño mayor, que pronto estará en disposición de empezar una carrera. Este año se creará una nueva de gran porvenir, que llaman Ingenieros de montes, y ello tiene por objeto estudiar y dirigir la replantación de arbolado, para que llueva más y no tengamos tanta sequía. Nuestro hijo será de los primeros que entren en esa brillante carrera, para lo cual le pondremos en una escuela donde nos le preparen en toda la matemática y toda la botánica que sea menester.

—Sea lo que tú quieras—dijo doña Leandra—: miremos a que sea hombre de provecho. Pero yo creí que la botánica no era más que para los boticarios.

—No, mujer: que en la botánica entiendo yo que entra también la vegetación grande, pongo por caso, alcornoques y fresnos. En España tenemos pocos árboles, y el Gobierno que nos plante algunos miles de millones será un Gobierno *sensato y entendido*... Conque... no dejes de tomar la medicina, que yo me voy a mis quehaceres.

Aunque nada más dijo, no se quedó muy conforme la señora con que su hijo aprendiera oficio de plantar árboles, a los cuales miraba la señora con prevención, porque sólo servían para albergue de pájaros dañinos y para dar sombra a la tierra. En la Mancha pocos árboles había, y no hacían falta para nada; plantáranlos en Madrid, donde no había cosechas que defender de los malditos pájaros. En las ciudades, buena era la sombra; pero ¿para qué quería sombras el campo? La tierra quería mucho sol, y agua cuando Dios la diese. Pensaba también, y así lo dijo por la tarde a Lea y a Vicentico, que si se moría en los infames Madriles, no la enterraran en nicho, sino en el suelo; pero en suelo sin árboles, que no gustaba ella de estar a la sombra ni viva ni muerta.

Atención escasa, más bien nula, prestaban los novios a estas desconcertadas razones de la manchega, por hallarse apenadísimos con cierta novedad lastimosa que en la familia ocurría. Mientras *el hombre público* explicaba a su señora las ventajas de la carrera de Montes, las dos hermanas, encerraditas en su alcoba, sofocaban las voces para poder hablar de un grave asunto promovido por Eufrasia. Una vez partido don Bruno bajo su gran sombrero, hablaron las señoritas con más desahogo, cuidando de no alborotar, para que no se enterase la enferma, que conservaba su sutil oído. Pasó luego Eufrasia a ver a su madre después de lavarse los ojos, por que no advirtiese que había llorado; mas no logró engañarla, que la señora, hecha de antiguo a la observación y examen de los rostros de sus hijas, notó en el de Eufrasia un viso muy particular, y así se lo dijo, manifestando la señorita que la puntada que sentía sobre la ceja izquierda le estiraba los músculos de aquel lado, desfigurándole la fisonomía. No satisfizo a doña Leandra esta explicación, y seguía mirándola con persistente seriedad, lo que turbó más a la señorita, que a punto estuvo de echarse a llorar...

—¿No viene a buscarte doña Jenara? —preguntóle la madre; y contestó la joven que hallándose en cama su amiga con un fuerte catarro al pecho, ella (Eufrasia) se constituiría en su enfermera, trasladándose allá en cuanto tuviera quien la llevara, su padre o alguno de los chicos. Con admirable sentido, díjole doña Leandra:

—Estando tú también indispuesta, debes empezar por cuidarte a ti propia, en casita.

Por no chocar, hizo la señorita demostración de seguir tan sabio consejo, y se metió en su alcoba.

Dormitaba la enferma, cuando Lea y Eufrasia reanudaron su disputa. Sofocada salió de la alcoba la hermana mayor, y hallándose a Sancho en el pasillo atisbando la escena, le dijo:

—Entra, Vicente, y háblale, a ver si tú la convences: yo no puedo. Mientras tú estás aquí, yo tendré cuidado con madre

Halló Vicente a Eufrasia muy afanada en meter en un maletín diferentes objetos de su uso, ropa interior, pañuelos y alhajas, y apartándole las manos de aquel trajín, le dijo:

—Mira bien lo que haces, Frasia, y no

seas mala hija ni mala hermana; repara que en tu familia no hubo jamás afrenta, y con la que tú traes ahora matarías de vergüenza a tus señores padres.

—Déjame, déjame, Vicente, por Dios te lo pido—replicó la joven, consternada, delirante, a punto de estallar en ira o en dolor, que de todo había—. Tengas o no razón en lo que me dices..., puede que la tengas, puede que no..., tengas razón o no, ya no puedo volverme atrás, ni quiero, Vicente. Este deseo de irme puede más que yo... Me tiraré por el balcón si no me dejas salir... Ya sé que estoy loca; pero déjame con mi locura, hombre... ¿Qué sabes tú si de esta locura saldrá la razón...?

—No saldrá más que la deshonra, no saldrá más que la desdicha de tus padres, Frasia—dijo Vicente con firmeza, pues aunque parecía muy poquita cosa, dábanle presencia y alientos sus ideas elementales en puntos de moral—. Tú harás lo que quieras; pero si no te quedas en casa, yo me voy a ese don Emilio o don Demonio, y le desafío..., ¡vaya si le desafío! Aunque me ves con tan pocas carnes: y aunque oyes esta voz que parece salir de un botijo, soy un hombre que sabe su obligación y que no se deja acoquinar.

—¿Qué has de desafiar tú—indicó Eufrasia con desprecio—, ni a cuenta de qué viene ese desafío...? Emilio es una persona decente; sólo que... En fin, que me dejes salir.

—Que no te dejo; dirás tú que no soy quién para cortarte el paso; pero yo me considero de los tuyos porque me casaré con Lea. Tu madre enferma, tu padre fuera de casa: pues aquí estoy, Vicente, y estate al cuidado de ella.

Entró en aquel instante la otra señorita muy alarmada, diciendo:

—Vaya, que alborotáis más de la cuenta. Madre parece que duerme, pero yo creo que se hace la dormida. Vete allá, Vicente Sancho, para mirar por la familia.

Obedeció el bondadoso mancebo, no sin rezongar un poquito, pues aunque de traza quebradiza, de corto aliento y delgada voz, en el fondo de su mezquina naturaleza guardaba, como tesoro de avaro, un carácter entero, una voluntad irreducible en asuntos de honor y de conducta... Volvió a la carga Lea, tratando de vencer a su hermana con cariños y ternuras, ya que los razonamientos no habían sido eficaces, y media hora larga empleó en este sistema de expugnación, a ratos creyéndose victoriosa, después abatida y desalentada por los revuelos que hacía la otra, movida de una pasión irresistible.

—Convéncete—dijo Lea, llorando—de que ese hombre no se casará contigo.

—No sé por qué lo dudas—replicó Eufrasia, no muy segura de lo que afirmaba—. Yo creo en sus promesas, porque le conozco; sé las razones que tiene para no casarse ahora: razones de familia...

—Todo eso de las razones de familia es embuste. Pero, ya se ve, estás ciega, y vas a la perdición sabiendo que te pierdes. No serás esposa de Terry; si él tuviera intenciones de casarse, ya lo habría hecho...

—Bueno—dijo Eufrasia en un rapto de orgullo, proclamando el imperio de la pasión sobre toda moral y toda conveniencia—: pues aunque no se case... Los casamientos los hace la sociedad, y el amor ¿quién lo da, sino Dios?

Callaron una y otra hermana después que la pecadora y enloquecida Eufrasia sentó aquel rebelde principio, y antes de que reanudaran su disputa llegóse a la alcoba el mancebo, muy despacito, diciendo a Lea:

—Chica, tu madre, que en este mismo momento acaba de llegar de la Mancha, extraña mucho no verte, y pregunta dónde te has metido.

Corrió allá la señorita, y con gozosa voz y alargando el brazo útil, preguntóle su madre si le había ido bien en Torralba. Como respondiera Lea que sí, siguiéndole la manía, dijo la señora:

—Y la sobrina del señor cura don Andrés, a quien has hecho compañía, ¿está ya consolada de las calabazas que le ha dado Gaspar Bono, el de Valdepeñas?... Y dime otra cosa: ¿tu padre se ha quedado por allá para cazar con el cura?... Luego tú has venido con Perantón... ¿Qué tal paso tiene la burra de Tomasa?... ¿Dices que bueno?... Y ahora me sacarás de una duda que hace rato me está mortificando. ¿Cómo es que siendo tan baja la puerta de la rectoral pudo entrar tu padre con aquel sombrero tan grandísimo?... No ceso de pensar en ello: o Carrasco se quitó la colmena, o el don Andrés, para dar a la entrada de

tu señor padre la solemnidad correspondiente, pues... mandó que agrandaran la puerta...

Respondió Lea que así se había hecho, que los albañiles trabajaron todo el día anterior para darle media vara más al hueco de la puerta, y con esto se tranquilizó la señora.

Temía Lea que su madre le preguntase por Eufrasia; pero doña Leandra no la nombró, y sacando su rosario se puso a rezar. A cada rato, pretextando ocupaciones, salía Lea y cuchicheaba con su hermana, la cual no cedía... Si no lograba escabullirse por la tarde, haríalo por la noche, pues, dada su palabra de acudir a una entrevista, no podía faltar. Hizo propósito la hija mayor de afrontar el difícil trance de informar a su padre en cuanto viniese, para que con su grande autoridad sujetase a la demente; pero permitió Dios o tramó el diablo que a la hora en que solía venir el *hombre público* llegase un mozo del casino con el recado de que no esperaran al señor, convidado a cenar por unos amigos. En conferencia rápida que tuvieron en el pasillo acordaron Lea y Vicente que éste saldría en busca de don Bruno para enterarle del riesgo que a su honra amenazaba... Al cuarto de hora de salir el mancebo, hallándose Lea en la santa ocupación de dar a su madre unas sopitas claras y un huevo casi crudo, que eran su habitual cena en aquellos días, sintió el gemido lejano de los goznes de la puerta de la escalera. A este gemido seguía infaliblemente el golpe del resbalón. Pero aquella vez falló el tiro, como quien dice. Se había sentido amartillar el arma, y nada más.

—Parece—dijo doña Leandra, con sutil atención—que alguien sale y deja la puerta abierta. ¿No había salido la muchacha?

—No, señora—replicó Lea, dominando su azaramiento—. La muchacha debe de estar hablando en la puerta con el que trae el periódico, que es su novio.

—Anda con Dios..., el repartidor de *El Clamor*...

—Que trae ahora también *El Correo de las Damas*.

—Ya te dije que ese papel no me gusta. ¿Correo... y de las damas? Me huele a tercería...

Sospechó Lea que la pájara había volado, y así era, en efecto.

XXX

No iba descaminada doña Leandra en abominar de *El Correo de las Damas*, porque el repartidor de este semanario, que también lo era de *El Clamor*, porteaba las cartitas que acabaron de soliviantar a la desdichada Eufrasia. En cuanto cenó la enferma, pudo Lea confirmar el vuelo fugaz de su hermana, a quien ayudó en su evasión la bestial Maritornes. Llegó Vicente un poco tarde con la triste noticia de haber revuelto medio Madrid sin encontrar al sensato don Bruno.

—Mi opinión—dijo el mancebo a su amada—es que nos lavemos las manos. Hemos hecho cuanto podíamos por contenerla. Sus ganas de perderse han podido más que nuestros esfuerzos por que se salvara.

Cuidóse Lea de acostar a su madre, y ésta le dijo:

—Mira si estaré trastornada: he creído hace un rato que oía la voz de Vicente. Bien sé que me engaño: es tan comedido el pobre chico que no hará la tontería de comprometerte viniendo aquí de noche, en ocasión que yo no puedo valerme..., tu hermana en casa de la viuda y los chicos en el teatro. De Vicente nada temo, porque es un santo, y aunque le tuvieras ahí escondidito, como si no...

Cuando doña Leandra, con los preludios de su roncar tempestuoso, anunciaba el primer sueño, fué Lea al gabinete de las hermanas, deseando mirar de nuevo las huellas de la fugitiva y ver si había dejado algún indicio por donde se conociera el lugar de su paradero. Tras ella entró Vicente, y a su lado se sentó. La luz estaba a punto de extinguirse. De Eufrasia había quedado un perfume intenso, de los más delicados, como si en la precipitación de recoger y empaquetar sus cosas se le rompiese y vaciara un frasquito de esencias. Trastornada por la fragancia se sintió Lea, y además tan vencida del cansancio y de las emociones de aquel día, que apenas podía tenerse. Habríase echado de buena gana en el sofá, si no estuviera presente el honrado farmacéutico. Callaban ambos, cada cual sumergido en sus propias meditaciones. Lea llegó a imaginar

que ya no había familia, que ya no había sociedad, que los padres no eran nadie, y que toda ley estaba rota y por el suelo. Pensó asimismo que quizá ella, en el caso de su hermana, habría hecho lo mismo que ésta hizo... Gran cosa era, sin duda, la libertad... Estos pensamientos en su magín revolvía, cuando Vicente, no creyendo decorosa su presencia tan a deshora y en tal soledad, se levantó para depedirse... Miróle ella un rato, dudando si retenerle con alguna frase coquetil o echarle con una glacial expresión amistosa. Esto era lo correcto; pero si Vicente no hubiera sido lo que era, un santo, al decir de doña Leandra, la señorita no le habría despedido con una protestación de moralidad, que sonaba ligeramente a menosprecio.

Una hora después, Lea se congratulaba de que Dios y Vicente hubieran estado de acuerdo para llevarla al fracaso de su mal pensamiento. Entraron los chicos, entró don Bruno, el cual, mientras la hija recibía de sus manos bastón y sombrero, le dijo:

—Ya sé que Eufrasia se queda esta noche en casa de la viudita. Tu madre le dió licencia, según creo.

Afirmó la hija mayor con la cabeza, y el padre con la boca expresó parte de sus ideas.

—No se la hubiera dado yo; ¡ajo! Ya son éstas muchas libertades... ¡Ajo!, me ha contado esta noche Rafaela Milagro unas cosas, ¡ajo!... En fin, chica, vete a dormir... Tu madre, ¿qué tal?... Eh, niños, a la cama, y que no oiga yo más ruiditos de recitación de versos ni de altercados y disputas... Si tuvierais seriedad, no pensaríais tanto en dramas y comedias... El hombre debe ser serio, y dejar a los poetas y cómicos que se entiendan para todo lo de risa o farsa... Vamos, a la cama todo el mundo.

Acostada en la alcoba de su madre para mejor cuidar de ésta, Lea velaba anticipando en su abrasada mente la espantosa escena del próximo día, cuando grandes y chicos se percataron de... ¡Jesús, Jesús! ¡Lo que diría su padre, que tan mirado fué siempre, ¡ay!, tan puntoso en todo lo tocante al decoro de la familia!... Daría ella cualquier cosa por no hallarse presente cuando padre y madre se enteraran de la ignominia de Eufrasia... ¿Llorarían o se pondrían muy encolerizados? Las dos cosas. Puede que a su madre le costara la vida. ¿No sería generoso y humano ocultarle la verdad? ¿Qué adelantaba la pobre señora con saber lo que no había de remediar?... En fin, que el día próximo sería en la casa día sonado, de esos que hacen época por lo tristes... ¿A qué se devanaba ella los sesos figurándose lo que había de pasar? Sucedería lo que Dios quisiese y lo que venía preparado por la realidad... Bien claro revelaban las palabras de su padre que a éste no había de causarle sorpresa el golpe, pues ya tenía la pulga en el oído, sin duda. Rafaela, con verdades maliciosas o mentiras muy bien compuestas, habíale preparado para el conocimiento de su desgracia... En estas ideas y en sus lógicas derivaciones se le pasó la noche a la chica mayor de Carrasco, y el amanecer la sorprendió en cavilaciones tristes: «Ya estamos en el día de la catástrofe... Aguardémosla... Diré a Vicente que traiga mucha flor de tila y algunos azumbres de antiespasmódica, pues yo también, sabiendo lo que sé, pienso que he de necesitarla.»

No hay exacta noticia del conducto por donde llegó a don Bruno la certidumbre de su deshonra: algo hubieron de indicarle en el Casino dos amigos, el uno leal, oficioso el otro: Rafaela, que fué a visitarle después de comer, le dió más amplios pormenores, y lo demás lo supo por su hija Lea y por el propio Vicente. Tan grande y dolorosa fué la herida que el hombre recibió en lo más delicado de su ser, que hubo de amilanarse en los primeros momentos, y los ayes de su pena no dieron espacio al furor hasta que pasaron horas lentas de la noche y el día. Felizmente, en medio de tal desgracia, recaída la enferma en una taciturnidad parecida al idiotismo, de nada pudo enterarse, y lo poco que habló fué para decir que estando Perantón malo de sarpullo y comezón en todo el cuerpo, había mandado por zaragatona para darle cocimientos refrescantes... Pasada la primera crisis de abatimiento y estupor dolorosísimo, don Bruno saltó a los tonos dramáticos de la ira paternal, y no pensó más que en *lavar su honra,* si no se le daba con prontitud la reparación debida. Un día empleó en conferencias con amigos que se ofrecieron a ser sus paladines en aquella empresa de honor, y preparando pistolas tomó infor-

mes del paradero de Terry. Si al principio se dió por cierto que el gavilán había huído a Francia con su presa, luego corrió la voz de que los prófugos estaban en el Soto del Señorito, propiedad del amigo Safón, en término de San Fernando. Oír esto Carrasco y querer plantarse allí, fué todo uno. A la Cava Baja corrió en busca de un buen coche..., ya se le hacían largas las horas que dilataran la reparación de su afrenta o una cruel venganza si la reparación se le negaba. Ros de Olano y Fernando Córdoba, sus amigos, trataron de calmarle. El mismo Serrano intervino en el asunto con efectivas ganas de resolverlo pacíficamente. Amigo era de los Terrys... Entre todos convencieron a don Bruno de que no debía tomar resoluciones dramáticas, impropias de un hombre *sensato* y al mismo tiempo *entendido*. Convenía, pues, a la seriedad del lastimado padre evitar el escándalo, el cual sería mayor y de consecuencias más graves por tratarse de un *hombre público*. Los amigos tomarían a su cargo el arreglo *por la buena* del delicado negocio, y entre tanto que daban los pasos conducentes a tan noble fin, estuviérase don Bruno quieto y calladito en su casa, fiado en la gestión de los que verdaderamente le estimaban. A regañadientes accedió el manchego, pues le pedía el cuerpo pendencia y jarana; se sentía popular, español de sangre, y de la tradicional casta de padres inflexibles, celosos de su honra.

Las sutiles precauciones tomadas por el esposo y la hija para que ningún indiscreto llevase a Leandra el terrible cuento fueron burladas por el locuaz ingenio de Cristeta, que hablando a su amiga de la monja de los milagros, del matrimonio de la reina y de otras cosillas privadas y públicas, halló manera de meter entre col y col la escandalosa liviandad de Eufrasia. No fué menester que la camarista diera razón detallada del caso, que media frase maligna y otra media consoladora bastaron para que su amiga lo entendiese todo. Creyérase que la Socobio no hacía más que confirmar una sospecha, o dar realidad a un drama imaginado en la turbación cerebral de la perlesía. Hallábanse una noche don Bruno y sus hijos en compañía del bonísimo Vicente, comiendo silenciosos, sin exhalar una queja contra la detestable cena que la Maritornes les ponía, cuando vieron aparecer en la puerta del comedor a doña Leandra en aterradora facha y actitudes de espectro. Renqueando con ayuda del bastón que usaba y echándose por la cabeza la manta con que abrigar solía su cuerpo de rodillas abajo, presentóse a la familia cuando ésta la creía traspuesta y adormecida en manchegas visiones. Los ojos de la señora como ascuas relumbraban, y su rostro competía con las calaveras en escualidez y amarillo matiz de hueso recién exhumado. La voz nada tenía que envidiar a las voces más sepulcrales que en el teatro se oyen, simulacro de la oratoria de ultratumba, y toda la familia se estremeció espantada oyéndola decir:

—Tomad Madrid... ¿No queríais Madrid, y grandezas muchas y suposición? Pues tomad Madrid, tomad bambolla de Corte, pedid más miel, que más se os dará. Carrasco, tú, animal, ahí tienes tu Madrid; yo, perlática de tanto ir a mi tierra, dejándome las piernas aquí; tú, sin cabeza para sombrero tan grande; todos arruinados, todos perdidos, y las hijas hechas unas...

Soltó la palabra picante y soez, y repitiólo hasta tres veces: «Las hijas..., *tales*», riéndose luego de su bárbaro chiste con lúgubre carcajada. Don Bruno, transido de pena y avergonzado de que su esposa pronunciase vocablos tan feos, delante de sus hijos, por más que lo hacía sin conciencia de ello, miraba al plato y color se le iba y otro se le venía. Levantóse Lea para sosegar a su madre en aquel delirio y llevársela; pero doña Leandra la rechazó cruel y brutalmente con el palo, diciendo:

—Quítate tú también de aquí, tal... Eres peor que la otra, porque no has tenido la vergüenza de irte a pecar lejos de la casa. ¿Crees que no te he visto aquí de noche jugando a los casamientos con ese hipócrita, con ese cigarrón mortecino de Vicente?... La otra, la otra siquiera se ha ido a los infiernos cubierta de diamantes, esmeraldas y *tropacios;* pero vosotros, ¿qué lleváis más que alhajas de diaquilón, parches de belladona y, por perlas, píldoras de ruibarbo y asta de ciervo molida?... Tú, gran bestia, marido mío, toma Madrid, toma bambolla: tus hijas, *tales*, y yo... también lo sería para confundirte, que ahí

está Perantón, suspirando por mí... Pero ¿cómo quieres que yo le haga caso a Perantón si él cumple los noventa el día de San Mateo, verbigracia, pasado mañana, puesto que hoy estamos a diecinueve?... Todo te lo mereces, que en Madrid, ya se sabe, no haces más que perder dinero en el casino... Esto por el día..., y por las noches derrochas la salud y la vergüenza en sitios peores. ¡Vaya un ejemplo que das a tus hijos! Las hembras, después de bien resobadas por tantísimo novio, aprenden todos tus vicios de *hombre público*... Y los niños, esos pobres niños, ¡ay!, más valdría que se murieran...

Don Bruno sintió escalofrío y difícilmente respiraba. Viendo a los chicos aterrados, fijando la vista en la pavorosa imagen de su madre, con piedad y estupor supremos, puso la mano en la cabeza del que más cerca tenía, y dijo:

—No hagáis caso... ¡Qué trastornada está la pobre!

XXXI

Repetida esta desagradable función en la tarde y noche del siguiente día, malísimos ratos pasaron todos, y singularmente Lea, que a más de llevar sobre sí la carga del gobierno doméstico tenía que atender al cuidado material de su madre. Pruebas daba en aquella ocasión de cristiana paciencia y bien se vió que era una mujer preparada para las cuestas ásperas y los pasos angostos de la vida. No desmayaba en su lalbor dura; aprendió el sacrificio, los acerbos trabajos sin recompensa inmediata, que es la escuela de abnegación, y supo contentarse con el aplauso de su propia conciencia, de donde salía también el estímulo para mantenerse firme y animosa. Vicente, que un rato por la tarde y otro de noche le servía de Cirineo, se recreaba silencioso en las virtudes de su futura esposa y satisfecho de poseerla se sentía. También el buen Carrasco, tocado en el corazón por la conducta de su hija, daba gracias a Dios de que en tales circunstancias se la conservara, pues si hubiera seguido Lea el ejemplo de su hermana, la familia y su jefe se habrían visto en el trance más angustioso. Afligidísimo estaba el hombre con la bochornosa huída de Eufrasia, y buena prueba de su pesadumbre era la marchitez de los colores de su rostro en aquellos días y las fláccidas arrugas que se le iban formando en la papada y mofletes. Más encorvado que de costumbre, iba por la calle mirando al suelo, y hasta se creería que el sombrero participaba de la turbación de su amo, achicándose ostensiblemente. Ya porque don Bruno se lo calaba hasta tocar a las orejas, ya porque se descuidara en cepillarlo, ello es que la agigantada prenda parecía como si hubiera sufrido un tremendo apabullo. En el casino y otros círculos a donde el *público señor* concurría notábanle triste, taciturno, sin ganas de pronunciar las sentenciosas perogrulladas que eran su marca y estilo. En casa hablaba con los chicos, excitándoles a la sensatez de las acciones, así como a la seriedad de los estudios. El mayor, en la edad crítica de los efluvios imaginativos, no hacía gran caso de los sermones paternos, creyéndose con toda sinceridad incapaz de seguir por la juiciosa senda. Loco por el teatro, a solas y recatándolo de todo el mundo, pergeñaba dramas y comedias. Descubrió su padre una noche el bien guardado depósito de los infantiles ensayos, y pasando la vista por ellos lo encontró todo detestable, si bien el buen señor reconocía que no era ni podía ser infalible el juicio de un mediano entendedor de cosas literarias. Pero, aun cuando fueran excelentes los partos cerebrales de su primogénito, don Bruno tenía tal afición por vitanda y haría lo imposible por quitársela de la cabeza. En efecto, la primera noche que le vió después del descubrimiento de la gusanera dramática y cómica desplegó el señor Carrasco toda su dialéctica sensata para llevar al ánimo del chico la convicción de que para ser hombre de provecho y ocupar, andando los días, una buena posición facultativa u oficial, tendría que limpiarse el caletre de todo aquel polvillo poético, a fin de que entraran con el conveniente desahogo las graves matemáticas y todas las demás ciencias y artes juiciosas. Sí, señor: dejárase el chico de borrajear obras escénicas, que esto era de la incumbencia de los llamados *autores dramáticos*, los cuales se morirían de hambre si no tuvieran el arrimo de la política para procurarse en ella un cocido y una hogaza.

El segundo hijo de Carrasco, Mateo, era menos imaginativo que su hermano, y aunque el teatro le tiraba como diversión, jamás pensó en disputar sus laureles a Zorrilla, Saavedra y Hartzenbush. Tan desaplicado como Bruno estudioso, se desenvolvía mejor que éste en los exámenes por el garbo, con honores de desvergüenza, que en sus respuestas empleaba. Aprendía de carretilla las lecciones, favorecido de una memoria feliz, y se asimilaba fácilmente las ideas pescadas al vuelo en los corros de amigos. Poseía el don de la palabra, una como elocuencia embrionaria, picaresca, revoltosa; imitaba las voces y estilos de los profesores y repetía cláusulas y peroratas ajenas, añadiendo de su cosecha mil graciosos disparates. Descollaba por la acción, por el ruidoso disputar sobre todo aquello de que no entendía jota, por la organización de travesuras, por la facilidad con que imponía su voluntad en este y el otro cotarro. Atento a estas cualidades, en que el padre veía más bien defectos, aunque no de mala ley, pensaba don Bruno que aquel su segundo hijo estaba cortado para *hombre público,* y que en tal posición, ya que nombre de carrera u oficio no podía dársele, había de desarrollar el rapaz grandes aptitudes. Formó, pues, el señor Carrasco el acertado plan de dedicar a Bruno a la carrera facultativa que por entonces se creaba, la ingeniería de montes, y meter a Mateíllo en los fáciles y parleros estudios de leyes o abogacía, donde se adiestrara en la controversia y aprendiera todo el tejemaneje de la política y de la oratoria.

Los chicos eran buenos, en verdad sea dicho, y la grave enfermedad de su madre demostró cuán vivo conservaban, en medio de su desenfado estudiantil, el sentimiento de la familia y el amor intenso a la desgraciada señora que les había dado el ser. Hallándose por aquellos días en vacaciones, robaban horas largas en su continuo vagar con los amigos por hacer a la enferma compañía en los ratos lúcidos que le concedía su dolencia. ¡Cómo se pintaba en el demacrado rostro de doña Leandra el gozo de verles y con qué piedad cariñosa les cogía las manos y entre las suyas las estrechaba, como en son de dulce despedida! Más hablaba entonces con los ojos y con el gesto pausado y solemne que con las palabras, comúnmente breves y elementales. Aunque no pronunciaba el nombre de Eufrasia, la imagen de la descarriada moza no se apartaba de su mente y a ratos su mirar fijo y lelo era como si la viese, invisible para los demás. No desconocía la pobre mujer que los chicos se violentaban permaneciendo a su lado más que de costumbre y privándose de corretear con sus vagabundos camaradas por calles y paseos, y les incitaba con materna solicitud a que saliesen, brincasen y esparciesen su preciosa juventud, aprovechando el tiempo antes de que se vieran agobiados por los afanes y amarguras de la vida. Ibanse los muchachos a echar una cana al aire, como decía Mateo con sorna, y a solas Lea y su madre, franqueaba ésta serenamente los pensamientos que a ninguna otra persona de la familia quería manifestar.

—Lo primero que tengo que pedirte, hija mía, es que no me traigas acá para que me confiese sacerdote que no sea manchego. Desde ayer siento el afán de arreglar el negocio de mi alma para que no me coja desapercibida la muerte... Mas no quisiera que me encomendasais a clérigos de Madrid, a quienes tengo por farsantes, parlanchines y de poca sustancia, como todo lo de este maldito pueblo. Me figuro que si con uno de éstos me preparara, no tendría mi cabeza el asiento preciso para una buena confesión, ni se quedaría mi conciencia satisfecha y sosegada.

Admitiendo la superioridad de los curas manchegos entre todos los de la cristindad, quiso apartar Lea de la mente de su madre la convicción de un próximo fin, y en ello gastó no poca saliva.

—Yo sé lo que me digo—replicó doña Leandra—, y tú habrás oído que al que madruga Dios le ayuda. Quiero madrugar por si el día primero que viene es el último de mi vida... Para procurarme el sacerdote de mi tierra que necesito, tendrás que verte primero con mi amiga, la María Torrubia, que vende avellanas y yesca en la Fuentecilla o en la Puerta de Toledo, y así matamos dos pájaros de un tiro, porque al paso que nos hacemos con un buen cura, verá mi amiga que no me olvido de ella... Habrá creído que la desprecio por pobre o que en poco la tengo, y no es así, pues la estimo de veras... Antes que se me olvide, te recomiendo que, una vez yo difunta, le des a la To-

rrubia mi traje de merino negro y los dos refajos oscuros, el pañuelo nuevo de la cabeza y lo demás que a ti te parezca... Pues sigo: la María te dirá dónde encontrarás a don Ventura Gavilanes, que es un señor cura de grandísimo respeto, aunque a primera vista no lo represente así su estatura corta, la cual casi debiera llamarse enana. Pero todo lo que le falta de tamaño al buen señor, le sobra de entendimiento y de cristianismo. Es de Hinojosa de Calatrava, y por su madre está entroncado con los Garcinúñez de Corral de Almaguer. Desde que le oyes dos palabras a este don Ventura conoces que es de la tierra, y hasta parece que le sale el olor de ella de las manos y boca. De allí le mandan en cada San Martín, según me dijo, torrezno superior, magras y un codillo de cerdo que ya lo quisiera el rey de España para los días de fiesta. A nosotras nos conoció cuando era mozuelo, pues en Peralvillo vivió con su tía Casiana Conejo, apodada la *Fraila*, de quien te acordarás... Quedamos, hija, en que te verás con don Ventura, el cual dice su misa todas las mañanas en San Cayetano, y no vive lejos de allí, según creo, pues su hermana tiene un despacho de leche en la calle de los Abades, y su cuñado, natural de El Toboso, es dueño de la tienda de ataúdes y mortajas de la calle de Juanelo...

Queriendo Lea desviar la mente de su madre de aquellas ideas, le habló de las bodas de su majestad y alteza, fijadas ya para el próximo 10 de octubre; mas no consiguió con esto sino que la enferma saltase bruscamente de la calma serena y dulce con que hablaba a la irritación y viveza de lenguaje, síntoma de mental trastorno.

—No me hables a mí de casamientos de esas puercas—dijo accionando con el brazo útil—, que del tira y afloja del casorio y de los príncipes consortes entiendo que me vienen mis desdichas. El Señor me lo perdone; pero no puedo menos de maldecir a quien acá nos trajo todo ese enredo. Por el condenado casamiento te dejó tu novio Tomasito, aunque ahora no me pesa, pues vale más que él, como en proporción de ciento por uno, Vicente Sancho; por el aquel del casamiento y del lío de los *enriqueños* contra los *paquistas*, se metió Bruno en aquella tramoya fea que nos privó de nuestro viaje a Peralvillo; y por el casamiento, ¡Dios me valga!, he perdido para siempre a mi hija Eufrasia... Sí..., me han robado la joya esos indecentes de la Inglaterra... Pues qué, ¿no es claro como la luz que el robo de Eufrasia, a quien, no ya como perdida, sino como muerta lloramos todos, significa la venganza del inglés contra la Francia por haber ganado ésta el pleito del matrimonio...? Harto sabían los de Londres que nosotros éramos partidarios de Francia y que no queríamos *Comburgo* ni a tiros. Y viendo que ellos perdían y nosotros ganábamos, desfogaron su rabia y despecho robándonos a nuestra hija; y de ello se encargó el bandido negro y feroz..., ese Terry, a quien veamos comido de lobos...

XXXII

Ignorante de la desazón que a su esposa causaba el por tantos modos martirizado asunto de los casamientos, lanzóse el señor de Carrasco a una picante conversación con la Socobio, comenzando por declararse galanamente vencido, toda vez que la opinión suya respecto a candidatos había quedado por los suelos.

—Reconozco, amiga Cristeta, que fuimos unos bolonios los que levantamos la bandera de don Enrique y por ella comprometimos la pelleja. Bien guisado lo tenían Francia y Cristina en favor del Francisco, y razón le sobraba a usted cuando por él ponía su mano en el fuego. De algo, ¡carambos!, le había de servir a la señora camarista el tener día y noche sus narices tan cerca de las ollas de Palacio y el poder levantar las tapaderas de las susodichas ollas para saber lo que en ellas se guisa...

—¡Para que me diga usted ahora, querido Bruno—replicó la Socobio relamiéndose—, como me dijo en otra ocasión, que a mí no me daban en Palacio más que las raspas de la comida!

—No, no, ¡por vida...!, que las mejores tajadas le dan; ya lo hemos visto —dijo el *hombre público*—, y como me precio de imparcial y sensato, no soy ahora de los que se emperran en sostener una opinión vencida. Resuelto ya el problema por la Corona, de acuerdo con las potencias, no seré yo quien me ponga enfrente de las potencias ni de la Corona. Una vez que nuestra soberana se

ha dignado elegir por esposo al dignísimo duque de Cádiz, ¿qué hemos de hacer los buenos ciudadanos más que acatar esa voluntad? ¿Es español el marido de la reina? Pues nos basta, que siendo español, de él se puede esperar todo lo bueno. Ni con un Coburgo, ni menos con un Trápani, habríamos transigido nunca. ¿Es don Francisco, a más de español, honrado, valiente, religioso, aplicado, cortés, amante de su patria? Pues si todas estas cualidades posee no ha de tardar en tener la de liberal, que viene a ser, como dice Centurión, el resumen de todas ellas.

—Tenga usted por cierto, señor don Bruno—dijo Cristeta—, que Dios ha venido a ver a nuestra desgraciada nación, y que en los días futuros España será el espejo que fielmente reproduzca la felicidad de nuestros reyes, reproduciendo sus benditas imágenes.

—No tanto, amiga mía, no tanto—dijo gravemente el manchego, extendiendo su mano como para poner un dique al torrente de felicidad anunciado por la camarista—. No es todo venturas, pues si nos congratulamos por lo que se refiere a la reina, no podemos decir lo mismo de la infanta, ni aprobamos que nos la casen con un francés. Bien dicen que no hay dicha completa, y en este pastel nos han mezclado lo dulce con lo amargo, para que no nos veamos nunca libres de extranjeros... ¿A qué demonios nos traen acá ese Montpensier o *Montpetibú?* ¿Qué pito tiene que tocar entre nosotros ese caballerete? Siendo como es la infanta la inmediata sucesora al Trono, ¿cómo no pensaron en la contingencia de que entre a reinar la segunda hija de Fernando Séptimo? Cuando se me dijo que estaba acordado el casar a Luisa Fernanda con el hijo de Luis Felipe, se me ocurrió una idea magnífica para conciliar los deseos de la Francia con los intereses y la independencia de nuestra nación. Pues yo le diría con muchísimo respeto a don Luis Felipe: «Sí, señor, nos avenimos a darte para tu hijo Antoñito la mano de nuestra infanta; pero con la condición de que no ha de celebrarse el casamiento hasta que su majestad doña Isabel segunda se digne asegurarnos con su primer parto feliz la sucesión a la Corona.» Y yo voy más lejos: yo llego hasta fijar que ha de ser sucesión masculina, para mayor garantía, y que han de mediar certificaciones facultativas muy serias acerca de la robustez de la criatura... ¿Qué le parece a usted, Cristeta?

A contestar iba la Socobio, cuando de la alcoba cercana salió una voz terrible y cavernosa que a todos les puso los pelos de punta. Mas no por lo espeluznante dejaba la tal voz de interesar grandemente a cuantos allí estaban, pues era el propio acento de doña Leandra lo que de la alcoba, como de un sepulcro, salía.

—Tú, gaznápiro de siete capas, Bruno, mal marido de Leandra la de Calatrava, ¿qué sabes de reinas paridas, ni de príncipes masculinos, para que prosperen los reinos? Cállate, harto de ajos, cerrojo, hi... de tal, que toda tu ciencia es el hueco del gran sombrero que gastas para espantar a la gente. ¿Ni qué sabes tú del francés que nos traen ni de la infanta que nos llevan, si no has tenido alma para defender a tu hija de las garras del inglés que nos la robó? ¿A qué hablas tú de patriotismo, si el primer patriotismo es ser buen padre y tú no lo eres? Y ¿qué dices de extranjeros, si el primer extranjero eres tú, porque extranjero es el que no quiere a su familia, y no la defiende, y no procura su felicidad?

Acudieron Cristeta y don Bruno a contenerla y acallarla, para lo cual pocos pasos tuvieron que dar, pues ambos conversaban sentados a un lado y otro de la puerta que abría paso desde el gabinete a la alcoba. Y antes de que llegaran a poner sus manos en la cama, ya Lea andaba en la operación de sujetar a su madre, la cual, bruscamente sacudida y disparada por el efecto de lo que oía, trató de ponerse en pie sobre el lecho, no pudiendo llegar a postura más elevada que la de hinojos, y ello fué con presteza semejante a los muñecos que por la tensión de resortes de acero salen de una caja. De rodillas, medio destapada de una cadera y enteramente desnuda de un brazo, estirando los dos, empezó a soltar de su boca los terribles anatemas ya dichos, a que siguieron otros más violentos y desatinados.

—Su merced ha olvidado—dijo Lea a su padre por lo bajo—que eso de los casamientos la trastorna más que cosa ninguna, y que con media palabra que de ello se le hable se nos pone perdida.

—Aquí tenemos—prosiguió doña Leandra dejándose amansar por los brazos y carantoñas de su hija—al arreglador de

todo el mundo y al que trae por los cabezones a la Europa universal... Antes no queríais nada con don Fancisco, y ahora que os le han montado en las narices ya le acatáis y le hacéis el *rendibú*, lamiéndole la mano para que os eche migajas... ¡Ah perros lambiones, gorrones y servilones! Antes era el serenísimo un chupacirios y un motilón, y ahora es rey de veras, honrado, caballero, valiente, y liberal de añadidura. Pues sí: *regostóse la vieja a los bledos*... El marido de doña Isabel os dirá: «El liberalismo que yo traiga que me lo claven en la frente...» ¡Ja, ja!... ¡Apañados están los catacaldos del *Progreso!* Ayer conspirabais como topos, y hoy como gallos cantáis en el montón de basura más alto del gallinero... Pero no os hacen caso, no..., que allá saben del pie que cojeáis...

Decía esto, ya vencida de los cariños y de la superior fuerza muscular de su hija, que después de tenerla en el lecho y de acomodar su cabeza en el descanso de las almohadas, dábale palmaditas, pronunciando dulces términos filiales. Don Bruno y Cristeta no hacían más que suspirar, contemplando en silencio el lastimoso cuadro. Como ruido decreciente de una tempestad que corre, sonaron aún los anatemas de doña Leandra:

—¿A mí que me va ni qué me viene en esto? Me vuelvo a mi casa, y arread ahora vosotros con la vida... No es mala felicidad la que os espera con vuestra reina casada... ¡Y mi hija, la muy tal, corriendo sola por las calles!... Os digo que huele a podrido en las Españas... Ya estoy viendo el pelo que echaréis en el reinado nuevo... Cantad, gallitos míos, en el muladar, que ya me lo diréis cuando os lleguen al cuello las basuras y no podáis echar la voz; cantadme la tonadilla de libertad y moderación, y abrid luego la boca para que os echen la miel que le echaron al asno... No es mala miel la que echarán en la boca de todo el reino... ¡Pobre reino! ¡Cómo le van a poner entre unos y otros, y qué lástima me da verle la cara con tanto cuajarón!... Tú, gran zopenco, cuando te hagan ministro, avisa... Echale otro piso al sombrero para que desde allí te veamos, hombre, y podamos decirte... *¡arre, vuecencia!*...

Los últimos ecos de la tempestad, frases cortadas por sarcásticas risas, fueron apagándose hasta llegar al silencio. Retiráronse Cristeta y don Bruno a comentar a solas el atroz delirio de la enferma, lamentándose el segundo de que una mujer que era *la boba más limpia* de toda la Mancha y aun de la España entera, pues jamás se le oyó vocablo malsonante, saliera ahora tan deslenguada, por causa del trastorno paralítico, y pronunciase injurias tan feas, nada menos que contra el reino, o sea la nación, y contra las mismas personas reales. ¿Quién demonios pudo haberle enseñado ideas y palabras tan opuestas al modo de ser de Leandra y a su natural decencia? Indudablemente, metido el mal en el caletre, y dañando y corrompiendo toda la parte sensible del *discurso*, era de los que no dan tiempo al remedio, y el hombre, ¡ay!, se iba convenciendo de que tendría mujer para muy pocos días. Por más que el ingenio fecundo de Cristeta intentó consolarle, no cejaba en su pesimismo el buen Carrasco, y con los suspiros que echaba podía mover sus aspas un molino de viento. El caso vergonzoso de su hija, primero, después el desastrado acabamiento de su esposa con aquel grosero delirar, más propio del populacho que de enfermos decentes, tenían al respetable señor muy alicaído: su rostro, antes plácido, se le había vuelto tenebroso: diez años lo menos se habían aumentado al natural peso de su edad; ni las más picantes discusiones o chismografías políticas le apartaban de su tristeza y amargura.

—En fin, Cristeta—dijo tomando el sombrero—, si usted se queda un ratito más para acompañar a la pobre Lea, a ese ángel, Dios le pague su caridad. Yo me encuentro de tal modo atontado con estos disgustos, y me impresiona tan terriblemente el ver y oír en ese estado a la pobre Leandra, que no extrañaré caer también enfermo y dar el barquinazo gordo... Parece que me falta la respiración, que me ahogo y que las piernas me flaquean. Déjeme usted que salga a tomar un poco el aire y a dar una vuelta por el casino.

XXXIII

Vieron los chicos, no muchos días después, que entraba en la casa el clérigo de más exigua talla que sin duda existía

en toda la cristiandad, don Ventura Gavilanes, y al punto comprendieron que era el confesor manchego, solicitado por su buena madre con tanta piedad como patriotismo. Mantuviéronse los muchachos silenciosos en su habitación, mientras doña Leandra, que ya no salía del lecho, confesaba con el cura minúsculo; y cuando su hermana Lea les dijo que muy pronto se traería el Viático, hicieron sus cálculos para la distribución del tiempo en aquella tarde, pues no podían ni querían dejar de asistir a la piadosa ceremonia en su casa, y al propio tiempo deseaban echar un vistazo a los príncipes franceses, Aumale y Montpensier, que harían su entrada solemne en la Corte; suceso extraordinario y aparatoso que despertaba curiosidad vivísima en el vecindario de los Madriles. Pensaba Mateo que si el Señor no se retrasaba en salir de la parroquia y permanecía en la casa el tiempo preciso, sin que sobreviniera contingencia dilatoria, podrían los dos hermanos *alcanzar* la entrada de los príncipes, apretando el paso desde Peligros a la Era del Mico y Mala de Francia. Menos callejero y menos vivo que su hermano, Bruno había hecho también propósito de no perder la fiesta del día; pero cuando llegó el momento de traer al Señor y se llenó la casa de aquel místico, solemne, imponentísimo aparato, fué tal su aflicción y de tal modo se vió sobrecogido y dominado por el acto religioso, que se le fueron de la mente las ideas del espectáculo que a Madrid prometía tanto regocijo. Mateo, que a más de travieso y juguetón era de una sensibilidad extremada, lloró a moco y baba cuando sonaron en la escalera los toques de campanilla, y su emoción fué más intensa cuando vió entrar al sacerdote arropando las Sagradas Formas, y oyó los graves rezos, y se le fué metiendo en el alma la hermosura del acto, así como la triste realidad de la ocasión en que se efectuaba. Pero en medio de esta grande emoción, y sin que disminuyese su pena ni amenguara el amor a su madre, iba tomando medida del tiempo hasta calcular si quedaría espacio útil entre el recogimiento de su familia y el festejo de las calles. Naturalmente, era un chiquillo: a sus años, sobre toda facultad y sentimiento, domina el irresistible estímulo de ver y apreciar las cosas humanas, de cualquier orden que sean. Parecióle a Mateo que tardaba mucho el santo Viático en salir de casa; en cambio, Bruno, más sereno y menos impaciente, apreció, sin oír ni ver relojes, que habría tiempo para todo, siempre que no les entretuviesen...

Concluído el acto, uno y otro hermanito vieron surgir una dificultad con la cual Mateo, en su irreflexión, no había contado. No parecía correcto ni decoroso que los hijos de la señora viaticada se marcharan pisando los talones al cura y monaguillo; ni era cosa de ir con éstos hasta la parroquia y desfilar luego como unos pilluelos descastados y sin conducta. ¿Con qué pretexto saldrían de la casa en ocasión tan crítica, cuando su obligación filial allí les sujetaba y en torno a su madre les retenía? Nada, nada: locura era pensar en echarse fuera tan a destiempo, y en esta idea les confirmó la cara de don Bruno, la cual vieron tan afligida, ceñuda y patética, que se exponían al más terrible de los sofiones si se aventuraban a pedir permiso para una salidita. Felizmente, su madre, con suprema piedad y discreción, adivinó el conflicto en que las juveniles almas se encontraban, y llamándoles a su lado y besándoles cariñosamente, les dijo:

—Chicos, yo me encuentro ahora muy bien, mejor que nunca... Pueden creerme que siento un alivio, ¡ay!, grandísimo... Y ¿qué hacéis aquí aburridos y sin tener con quién hablar de vuestras cosas? ¿Por qué no os vais a dar una vueltecita por las calles, donde no faltará, según creo, algo que ver? Díjome el bendito Gavilanes que hoy entraban los príncipes franceses, y como dicho por boca tan santa parecióme el caso digno de todo respeto. Idos a verlos, bobalicones, y luego, contaréis a vuestro padre y a Cristeta lo que hayáis visto.

Con cierta expresión de envidia no bien disimulada dió Carrasco su asentimiento a esta suelta de presos, y los chicos salieron como exhalaciones, bajando Mateo la escalera de tres en tres peldaños. Aunque Bruno aseguraba que no les faltaría tiempo, el pequeño veía tan mermado el espacio entre su curiosidad y el objeto de ella que no pudo contenerse; y una vez en la calle, sintiendo que en los pies le nacían alas, apretó a correr, dejando atrás a su hermano, que no creía decoroso salir del habitual paso vivo de una persona regular. Jadeante llegó Ma-

teo a lo alto de la calle de Fuencarral, donde no le permitió correr el gentío que la ocupaba. Buscó a sus amigos, que era como buscar una aguja en un pajar, y no encontrando caras conocidas, se acomodó en el sitio que mejor le parecía para verlo todo sin que ningún detalle se le escapara. Media hora larga hubo de esperar todavía, y por fin vió venir una polvareda; entre ella, chacós y lanzas relucientes... Un rumor vivo surgía delante, corriendo por toda la masa de espectadores: «Ya vienen, ya están aquí...» Y llegaron, y pasaron..., visión fugaz, tránsito de comparsería teatral, que desilusionó a Mateo. Los príncipes no tenían nada de particular ni por sus caras ni por sus uniformes, menos bonitos que los de acá: el llamado Aumale, airoso y elegante; el Montpensier, que iba a ser nuestro, delgadito y como asustado... La comitiva francesa y española, y el sinfín de coches, pasaron como un vértigo... Viéronse perfiles risueños o graves..., bigotes blancos, narices de variadas formas, y bandas azules y blancas, rojas o de otros colorines... Pasó todo, y queriendo Mateíllo verlo segunda vez, corrió entre manadas de ligerísimos chicuelos, cortando por calles laterales para coger la vuelta a la procesión ántes de que a Palacio llegara. Mas ni aun los más veloces, que se lanzaron desempedrando calles por la Corredera y Tudescos, llegaron a tiempo de gozar segunda vez del espectáculo. Metiéndose y sacándose entre el gentío que llenaba la plaza de Oriente, Mateo Carrasco, con la cara como un cangrejo, chorreando sudor, dolorido de los pies, buscó caras de amigos sin resultado alguno. Halló, sí, una banda de muchachos conocidos, y agregóse a ellos determinando emplear el resto de la tarde en la inspección de las soberbias obras que se hacían en Madrid para iluminaciones, decorado de plazas, triunfales arcos y demás festejos.

Revuelta estaba toda la villa: aquí y allí palos clavados en el suelo y hombres subidos en luengas escaleras poniendo lonas o percales, o dándoles manos sobre manos de pintura. Jamás se había visto en Madrid tal profusión de ornatos: el derroche de dinero para poblar de lamparrillas los improvisados monumentos, y el río de aceite que para encenderlas se preparaba no cabían en las presunciones y cálculos de la mente humana. Lo primero que visitaron los chicos, consagrándole su atención y cierto patriótico entusiasmo, fué la obra del Buen Suceso. ¡Vaya una obra, compadre! La raquítica y casi asquerosa fachada de la iglesia patriarcal desaparecía bajo una construcción suntuosa: un basamento de piedra berroqueña, roto en el centro por la escalinata, sostenía seis columnas de mármol rojo con dóricos capiteles, las cuales cargaban el formidable peso de un ático inmenso de blanca piedra de Colmenar, decorado con bajorrelieves, esculturas y flameros. Todo ello no pasaba de una figuración arquitectónica y académica, pues la berroqueña, el mármol rojo y la caliza de Colmenar eran de tela pintada, al modo de teatro, y el adorno escultórico era yeso, cartón o pasta imitando mármol con admirable ilusión de verdad. Pues toda aquella máquina corpulenta, maravilla de la figuración, debía ser perfilado de luces en sus totales líneas y contornos, de modo que semejase fantástica creación de un cerebro delirante. Corriéronse de allí los mozuelos por la Carrera de San Jerónimo, donde inspeccionaron lo que preparaba en su palacio el marqués de Miraflores, y dado el *visto bueno*, bajó la cuadrilla hacia la calle de Alcalá para consagrar todo su examen y su admiración sin límites al incomparable ornato de la Inspección de Milicias, cuya ruin arquitectura había sido trocada, por la virtud de los pintados bastidores, en el más espléndido palacio gótico que podía soñar la fantasía. Esbeltas torres con elevados pináculos se alzaban en sus costados y en el centro. Lo más extraordinario de tal fábrica era que todo debía iluminarse al trasparente, con lo que resultaría un efecto de ensueño, romántico poema arquitectónico, según la feliz expresión de un cronista de aquellas soberanas fiestas. Detrás, en la eminente altura, Buenavista preparaba también un adorno espléndido. Por la virtud de las combinadas luces, cubriría el edificio su ancha faz con inmensas ringleras de topacios, rubíes, esmeraldas, amatistas, diamantes y zafiros. Pero lo que dejó a los chicos con medio palmo de boca abierta fué lo que en el Salón del Prado estaban armando. Un mediano ejército de operarios, a las órdenes de aparejadores y arquitectos, habían levantado, y a la sazón remataban un extenso paralelogramo de arcos muy lucidos

entre Cibeles y Neptuno por la parte mayor, entre la verja del Retiro y San Fermín por la menor. Los bien dispuestos palitroques representaban soles, lunas, estrellas, constelaciones, como una parodia del sistema planetario transportado del cielo a la tierra. El adorno de follaje en las armaduras inferiores completaba la espléndida visualidad de aquel mágico aparato que una vez encendido había de ser el mayor portento que a humanos ojos pudiera ofrecerse. Discutieron los chicos entre sí, con prolija erudición, a qué género de fantásticas concepciones el tal palacio de las luces pertenecía, y unos sostenían que era chinesco, otros del orden oriental; mas los distintos pareceres concordaban en admirar el superior talento de quien ideó tanta belleza. Puede anticiparse la idea de que encendido el paralelogramo en la noche de las Velaciones, resultó de un efecto que trastornaba el sentido. Los madrileños tuviéronlo por la mayor maravilla de la iluminación, y los extranjeros declararon que no habían visto nada semejante. ¿Qué menos podía hacer España, el país del aceite?

Ya de noche, encontró Mateo a sus amigos y a su hermano; continuó la inspección, el cambio de impresiones y noticias..., y bastante después de la hora marcada para la cena entraron los Carrasquillos en su c a s a, ganándose un buen réspice de don Bruno, que, apremiado por la obligación de asistir a una junta de los *del partido,* no podía esperar a la cena de familia y estaba cenando solo. Doña Leandra dormía: Vicente y los muchachos hablaron de los festejos y de la riqueza y suntuosidad que desplegaba Madrid en aquella ocasión de grande alboroto para todo el reino. Cuando los chicos cenaban (y en ello, por causa del enorme trajín de aquella tarde, hicieron gala de un apetito monumental) entró Lea en el comedor muy asustada, diciendo que su madre no se movía y apenas respiraba, que sus manos estaban yertas, los ojos fijos y cuajados de expresión más de muerte que de vida. Corrieron todos allá. Bruno y Mateo atragantándose por querer pasar pronto lo que tenían en la boca. Vicente, tras rápida inspección, declaró que la enferma sufría un síncope de mayor intensidad que el que le diera por la tarde, y a poco de salir los chicos. Con friegas y con revulsivos brutalmente aplicados, lograron reanimar la suspensa y como amortiguada vida de doña Leandra, y ésta, recobrando el brillo de sus ojos, se sonrió y dijo con torpe lengua:

—¡V a y a con lo que me cuenta este Gavilanes!... Que todos tenemos que gritar: «¡Vivan Isabel y Francisco!» ¡A mí con ésas!... ¿Cómo he de gritar yo tal cosa si lo que me sale de dentro..., y lo que me manda el corazón es lo otro..., que no vivan sino que mueran y se les lleven los demonios..., pues ellos y su casamiento son la causa de que yo esté como me veo?... Voy a deciros un secreto, h i j o s míos. Acercaos a mí... ¡Isabel y Francisco!... ¿eh?..., me dan de cara... No me les traigáis aquí..., y si vienen, metedles debajo de la mesa...

XXXIV

Ya desde aquella noche fué de mal en peor la inválida señora, y ni Lea, con su dulce autoridad, ni Gavilanes con su grave discurso, pudieron contener el desorden de aquella moribunda inteligencia.

—Mira lo que te encargo—dijo por la mañana a la maritornes, tomándola por Lea—: en cuanto llegues a Peralvillo, lo primero que haces es enterrarme..., pero ello ha de ser en el soto de Claveros, para que yo tenga sobre mi corazón todo el día las patadas de mis ovejitas... A Perantón, que no debe de echar el mosto en el sombrero de Bruno, que bien tendrá cabimiento de siete tinajas de las grandes... Tú te vas en la burra de la Tomasa, y yo, como alma que soy, iré..., ya lo sabes, en el coche-estufa de Palacio, ese que dice Cristeta es todo de carey y *nácaras;* el cochero lleva en la mano la bandera de la Mancha, que es el pañal en que envolvimos a Isabel el día en que la tuve...

Una hora después, hablando con Gavilanes, en quien veía la persona de Eufrasia reducida de tamaño, le dijo:

—¡Vaya unas horas de venir a casa, niña!... Y ¿dónde has dejado a Francisco?... El y tú estáis un par de cañamones buenos. No leventáis media vara del suelo... ¿Le has dejado en Palacio, o le traes metidito en el ridículo, entre algodones... Dios os bendiga y prospere vuestro casamiento... Pero a mí no me

pidáis que os eche el grito de «¡Viva, viva!...» Yo muero por vuestra causa, y os deseo un reinado tan chico cómo vuestras estaturas, y tan feo como la porquería que me has hecho, Eufrasia II, saliéndote a merendar con Terry, mientras yo, descuidada, platicaba de mis males con la señora monja amiga de Cristeta... Vete de mi casa, y buen trono te dé Dios, blando como montón de cardos borriqueros... Adiós, hija; que reines y triunfes... De la boca me sale un flato... ¡ay!, en él te va la maldición de tu madre... que lo es... Leandra Quijada.

Sobre las dos de la tarde se agravó considerablemente; por mandato de Gavilanes hubo de salir Brunito en busca de Vicente y Cristeta, y Mateíto corrió a la penosa encomienda de avisar a la parroquia para la Extramaunción... Volvía el chico muy afligido por la calle de Alcalá, cuando pasaron bandas militares tocando alegre música, y delante y detrás muchedumbre de paisanos con banderas, dando vivas a Isabel, a Francisco y aun al mismísimo Montpensier. Los ojos y los oídos se le fueron a Mateo tras de las músicas, y el corazón con ellos; mas no se atrevía a seguirlas, que toda desviación del camino conducente a su casa le parecía criminal. No obstante, cogido por dos de sus compinches, los más queridos para él, no pudo eximirse de seguir un buen trecho, calle abajo, entre la regocijada turba de ociosos; contra su voluntad, los pies le bailaban y toda la sangre se le enardecía corriendo por las venas, como una sangre que ha perdido el juicio; le zumbaban los oídos, se le encandilaban los ojos... Pero, ya cerca del Carmen Calzado, pudo más el sentimiento de su obligación filial que el estímulo de jarana.

—Chicos—dijo a sus amigos—, me voy, dejadme... Por Dios, dadme un estacazo para que me vaya... Mi madre se muere..., adiós.

Bruno llegó diciendo que Cristeta no podía venir: aquella noche se casaban su majestad y alteza, y aunque la camarista jubilada no tenía oficial puesto en la ceremonia, era su deber personarse en Palacio desde media tarde, atenta a cualquier incumbencia que a las señoras pudiera ocurrirles. Vicente llegó poco después que Bruno, y el cabeza de familia, que no había salido en todo el día, iba sin cesar de un lado a otro de la casa, en zapatillas, esparciendo su pena y colocando en cada pieza y en los pasillos suspiros sacados de lo más hondo. Llegó el médico, y en su breve visita recogió con frase lacónica todas las esperanzas que había en la casa, para llevárselas como un alquilador que retira los objetos de su pertenencia después que han prestado servicio por la estipulación y tiempo convenidos. No eran las tres y media cuando se administró a la moribunda la Extramaunción; a las cuatro se le demudó notoriamente el rostro, y su cuerpo quedó inerte y rígido, menos el brazo derecho, que movía con alguna dificultad, acariciando sucesivamente a Lea y a los chicos. Tal fué la aflicción de éstos, que don Bruno les hizo salir de la triste alcoba. Metiéronse en su cuarto, que tenía ventana al patio, y llorando allí oyeron el restallido de cohetes en los aires como una carcajada de las nubes. En tanto, Lea limpiaba el sudor frío de doña Leandra; don Bruno, sentado junto al lecho, humillaba su frente de *hombre público* contra la colcha rameada y el mantón de su esposa, que como suplemento de abrigo hasta la altura del seno la cubría, y Gavilanes, casi imperceptible por el lado de la pared, rezaba las oraciones de encomendar el alma. Un momento no más de lucidez y palabra inteligible tuvo la señora, y ello no duró más que el tiempo preciso para la expresión de estos conceptos vagos:

—También os digo que os vayáis a Peralvillo por San Martín, por San Rafael... Llevaos toda mi ropa, y en el patio grande de casa la colgáis para que le dé bien el aire y el sol..., y los zapatos y este pañuelo que tengo en la mano..., y el dedal con que coso..., y colgaréis también mis ligas y medias..., y también mis anteojos, para que aquellos vidrios vean lo que aquí no ven... Toda mi ropa colgada en los aires de allá, menos la que dejo a María... Y que no se os olvide colgar también mi rosario... mi rosario..., que no se os olvide..., todo al aire y al sol.

Ya no se entendió más. Minutos faltaban para las cinco, cuando creyeron que doña Leandra no existía; pero por viva la dió Vicente. La moribunda movió los labios con mohín desdeñoso. Mi-

nutos después de las cinco, ya era cadáver..., la desdeñosa expresión se hizo más notoria en la yerta boca y en el rostro amarillo. Pasado el primer espasmo de dolor, que estalló formidable en don Bruno y en Lea, hubieron éstos de pensar en las últimas obligaciones que era forzoso cumplir... No hallándose Carrasco, por la desordenada intensidad de su pena, en disposición de tomar las medidas más apremiantes, Vicente mandó a la criada que avisase a un establecimiento próximo de servicios fúnebres, y obligó a su futuro suegro con reiteradas exhortaciones a que saliera de la estancia mortuoria. En su despacho se metió el pobre señor, y acompañado de los chicos dieron los tres rienda suelta a las manifestaciones de su angustia. Agradeciendo mucho las ofertas misericordiosas de algunas vecinas, Lea quiso ser sola en la sagrada obligación de disponer el cuerpo de su madre para ser conducida a la tierra. Hízolo con cariño y devoción, sin apartar el pensamiento de la desgraciada Eufrasia, que seguramente, de no haberse lanzado a la perdición, habría sabido cumplir aquellos últimos deberes lo mismo que su hermana los cumplía. «¡Oh—pensaba Lea, las manos en la mortaja—, dónde estará esa loca! Cuando sepa esto, ¡cómo lo ha de llorar, Dios mío! Lo llorará como una hija y como pecadora, que son dos maneras de orfandad... ¡No sé qué daría yo por verla en el momento de saber que ha muerto madre, que no existe madre!...»

Poco después de anochecido llegó Milagro, que no se había enterado del suceso hasta que entró en su casa. Carrasco y él, al abrazarse silenciosos, estuvieron palmoteándose en los hombros largo espacio de tiempo. Más tarde apareció Centurión sumamente afligido, y luego otros amigos; retiráronse algunos a la hora de cenar, anunciando que volverían a dar compañía y consuelos al viudo. Fuera de aquella casa y de otras que en circunstancias de tristeza se hallaban s i n duda, la noche no convidaba ciertamente a las sensaciones fúnebres. Madrid era un ascua de oro, el ámbito del júbilo, del entusiasmo, de las cívicas esperanzas. Signo de este contento era el esplendor de las luminarias, que convertía calles y plazas en encantados paraísos de oro, fuego y piedras preciosas: signo también el chispear de los artificios pirotécnicos y las vistosas perspectivas de llamaradas, destellos y lluvias lumínicas de mil colores; signo el son alegre de las músicas y el reír de la gente que en tropel corría bulliciosa, soltando también chispas, como si las almas fueran pólvora y las palabras lumbre. Todos los que llegaban a la triste casa de Carrasco, en la calle de los Peligros, traían en sus caras algo del general contento exterior, por más que quisieran poner en ellas la aflicción de rúbrica; todos traían un reflejo de la espléndida y nunca vista iluminación; algunos, quizá el olor del aceite que en millones de lucecillas se quemaba, o el tufo de la pólvora que restallaba en juguetona artillería. Cuidaban de no aludir a los festejos, y con la mejor intención del mundo tenían que mencionarlos.

—Hubiera v e n i d o antes, mi querido Carrasco—decía uno; pero no tiene usted idea de cómo está la calle de Alcalá.

Y otro:

—No hay menos de veinte mil personas en el crucero entre la calle y el Prado y Recoletos...

Y el estruendo de los cohetes y de las piezas pirotécnicas a la casa mortuoria llegaba como el rumor cercano de una batalla...

—Parece que nos están bombardeando—decían en la fúnebre tertulia—. Pues por Palacio es tal el golpe de gente, que ha tenido que cargar la Caballería para dar paso a los coches del Cuerpo diplomático...

De la fuerza de su pena, del no comer, del ruido quizá, se puso tan malo don Bruno al filo de las diez de la noche, que Vicente, oficiando de médico, temió un arrebato de sangre a la cabeza. Ordenó al viudo que se acostara; lo mismo recomendaron los amigos, que ya tenían gana de desfilar, y sólo quedó Milagro a la cabecera del afligido señor. Mandado por Sancho, fué Mateo a la botica de la calle del Príncipe por un par de sinapismos. ¡Pobre chico! Al verse en la calle no pudo menos de pedir licencia a su filial dolor para echar unas miraditas hacia el punto más resplandeciente de la iluminación y de l o s fuegos. ¡Ay!, desde la esquina de Vallecas vió el gran templete que ardía, y ruedas y espirales, y una fuente mágica, y cataratas de luz y disparos de bombas que surcando el espacio derramaban al estallar puña-

dos de rubíes y esmeraldas; vió el humo enrojecido por las bengalas y gozó de uno de los más espléndidos números de la función pirotécnica, que era la imitación de una aurora boreal. ¡Hasta los tejados de las casas se pusieron colorados, y el cielo todo y las personas!... Pero no podía entretenerse, y aunque una parte del alma se le iba con irresistible impulso a la contemplación de tantas maravillas, la mejor parte siguió fiel a sus deberes, y el hombre, cerrando los ojos y llenándose de dignidad, echó a correr en busca de los sinapismos.

No quiso Cristeta retirarse a su casa, concluída en Palacio la ceremonia, sin rendir a su amiga difunta el tributo de sus lágrimas. Franqueada la puerta por el sereno, entró y subió la camarista en traje de corte, arrastrando su cola por aquellas nada limpias escaleras. Dió a Lea un abrazo apretadísimo; en el llanto y en los suspiros acompañóla, y luego rezó un rato junto al féretro, de rodillas, ajándose el vestido y descomponiéndose el escote, del cual se escapaban los mal aprisionados pellejos que un día fueron lucidas carnes. Anunció después a todos los presentes su propósito y gusto de velar el cadáver de su amiga en lo restante de la noche. Daría un saltito a su casa para cambiarse de ropa, y pronto estaría de vuelta. Así lo hizo, saliendo y regresando en menos de media hora, acompañada de Mateíllo, que no le agradeció poco la breve excursión desde los Peligros al Caballero de Gracia, y viceversa. A la vuelta de la Socobio, ya Lea tenía dispuesto el chocolate para la camarista, su sobrino don Serafín de Socobio y don José del Milagro. En el comedor, delante de los pocillos, a que daban guardia de honor bollos y ensaimadas, no pudo contener Cristeta su ardoroso afán de echar de sus labios un par de renglones de página histórica:

—En el momento de dar el señor patriarca la bendición nupcial a su majestad, marcaba el reloj de Palacio las once menos veintitrés minutos, y las once menos dieciocho minutos eran en el momento de quedar casada con Montpensier la señora infanta. Son datos precisos, de una exactitud matemática, como deben ser en estos casos los datos históricos. Si alguno de los que han de escribir de tan gran suceso quiere esta noticia y otras, véngase a mí, y cosas le contaré que no me agradecerá poco la posteridad... Vamos, la reina más parecía divina que humana..., dijo el «sí quiero» con voz muy apagada, don Francisco con voz entera... Aumale muy gallardo, su hermano siempre tan asustadico... En la comitiva de éstos viene un mulato, con el pelo como un escobillón: le llaman Alejandro Dumas...

XXXV

Tan aplicados estaban los dos oyentes al sabroso chocolate, que no prestaron la merecida atención al histórico informe. Hizo después Cristeta el elogio fúnebre de la pobre doña Leandra, pintándola como el dechado de las cristianas virtudes, como el archivo de la discreción y de la paciencia. Para que en ella se juntaran y resumieran todas las perfecciones, había sido, desde que se inició la cuestión de los matrimonios, partidaria vehemente de Isabel y Francisco, adivinando en esta gloriosa pareja las mayores venturas para la real familia y para la nación...

—¡Pobrecita de mi alma! ¡Cuánto nos queríamos y qué bien congeniábamos siendo tan distintos nuestros temperamentos, ella paleta y campesina, yo cortesana hasta dejármelo de sobra!... Pues, como decía, y esto se lo cuento al señor de Milagro para que lo haga correr por lo que llaman *círculos*, Francia está tan satisfecha de su triunfo y la Inglaterra tan corrida, que no acabará quizá el año sin que se tiren los trastos a la cabeza. Este simpatiquísimo conde de Bresson ha metido dentro de un zapato a su competidor, el míster Bullwer de la Inglaterra. A cuantos quieren oírle les dice lo mismo que ha dicho a su Gobierno: que este triunfo diplomático y casamiento es *el desquite de Waterloo*. Razón tiene, porque bien a la vista está que el apabullo de la *pérfida* ha sido de los gordos, no sólo por la gracia con que Luis Felipe nos ha colocado aquí a uno de sus hijos, sino por el casamiento de Isabel con un príncipe español que ha de colmarla de ventura, de lo que resultará nueva hornada de reyes católicos, y una era, como dicen los periódicos, una era de prosperidades y grandezas que devolverán a este reino su pre-

ponderancia entre los reinos de la Europa. Ello es claro como la luz.

Asintieron los otros lacónicamente, no queriendo Milagro meterse en discusiones con la camarista, y doña Cristeta, infatigable y oficiosa, dijo a Lea:

—Hija mía, me enfadaré contigo si ahora mismo no te acuestas. Muy fatigada estarás de tantos afanes y de las malas noches; yo velaré a tu madre... Conque te acuestas o reñimos, pero seriamente. Hablaré ahora con tu padre, si está despierto, para que me ayude a convencerte.

No se daba a partido la huérfana ni la Socobio cedía un palmo de terreno de su obstinación. Don Serafín concedió a Milagro el honor de sostenerle una breve conversación de política.

—Opino—dijo enfáticamente don José—que la vida pública entra en una nueva fase con el casamiento de la reina. Si es don Francisco un marido rey que sabe su obligación, debe aconsejar a su *oíslo* que llame al *Progreso*. Si ha de venir, como dicen, esa era, ¡dale con la era!..., de paz y bienandanza, comience por la reparación de los agravios que se nos han hecho, y venga el duque a coger las riendas, con la espada de Luchana en una mano y en otra la Constitución del treinta y siete.

Irónicamente dió su conformidad el lagarto de Socobio a tan audaces manifestaciones, y por no meterse en honduras llevó la conversación a otro terreno. Tuvieran paciencia y patriotismo los secuaces del *Progreso*, y todo se andaría. Así lo había dicho aquella mañana a Pascual Madoz y a Fermín Caballero, a quienes encontró en el ministerio de Hacienda en ocasión que a gestionar iba el despacho de un asunto de bienes nacionales que le encomendara su amigo don Fernando Calpena. Como despertara este simpático nombre los recuerdos y cariños del buen Milagro, se apresuró don Serafín a contarle lo que sabía de aquel sujeto. Calpena y su amigo Ibero, con sus mujeres respectivas, se habían visto precisados a largarse a Francia, huyendo de los enojos que en Samaniego y en La Guardia hubieron de sufrir a la caída del regente. En una quinta próxima a la gran Burdeos vivía don Fernando con su esposa, su madre y un niño que le había nacido a fines del 44, y no lejos de esta familia, en otra vivienda muy campestre y apacible, moraban Ibero y Gracia, la cual se iba portando mejor que su hermana, pues ya había echado al mundo dos chiquillas. Contentos estaban al parecer y sosegados de ambiciones, como quienes satisfechas veían todas las terrestres; sólo deseaban que la política de nuestra tierra aprendiera y enseñara el respeto de las opiniones, para poder las dos familias volverse a las dulzuras patriarcales de La Guardia.

Día grande fué el siguiente, 11 de octubre, en que el buen pueblo de Madrid admiró y gozó el espectáculo grandioso de la Corte y real familia en pública exhibición desde Palacio a la iglesia de Atocha. Desde muy temprano, el vecindario discurría por las calles anticipando con su alegría las emociones de tan soberana fiesta, y las tropas acudían con marcialidad y bullanga, como en són de simulacro de una batalla, al estratégico plan de cubrir la carrera, lo que no debía de ser cosa fácil, a juzgar por el ir y venir de generales con sus escoltas y el presuroso correr de ayudantes de órdenes llevando las precisas para la movilización de los cuerpos y el señalamiento de posiciones. Las once serían cuando empezó a salir de Palacio la inmensa culebra de fastuosos coches, con cabeza de reyes de armas y cola de brillante Caballería... El ambulante besamanos era la mayor dicha de los madrileños, orgullosos de que no hubiese en extranjeros países ninguna Corte que tal boato y gusto desplegase. El tiempo ha envejecido estas demostraciones un tanto carnavalescas y pide mayor sencillez y estilo y ornamentos conformes con la estética general. A esto dicen que no se ha descubierto el arte palatino que pueda sustituir a la decoración e indumentaria del género Luis XV o gran Federico. Pues si no se ha descubierto ese arte, que se den prisa a descubrirlo, porque ya son insoportables las carrozas decoradas con tabaqueras y suspendidas de un armatoste feísimo; aquel cochero de muñecas mal sentado al borde del pescante, los rígidos lacayos que van haciendo equilibrios en la zaga, y la absurda superabundancia de ocho corceles para tirar de cada vehículo. La noble estampa del caballo resulta atrozmente desfigurada con aquellos moños de riquísimas plumas que les ponen en la cabeza y su fiereza y gallardo juego de

manos se pierde en el fúnebre recogimiento con que los llevan. No es bien que la Monarquía se eternice en este barroquismo, negándose a la feliz asimilación de las formas de la industria moderna y persistiendo en las lentitudes, en la insufrible pesadez de aquel paso de procesión, llevando a las reales personas en urnas, como si fueran reliquias.

Pero en el feliz año del casamiento de nuestra soberana no se aburrían aún los madrileños viendo pasar con lúgubre parsimonia la interminable cáfila de carruajes, algunos llamados *de respeto,* y no por vacíos menos lujosos que los demás. Y había entonces personas que se sabían de memoria todo el material suntuario de Guadarnés y Caballerizas; designábanlo coche por coche, palafrén por palafrén, marcando el color de los tiros y la bien ordenada combinación de plumas, y de cada una de las partes del inmenso cuerpo palatino daban cuenta sin equivocarse.

—El infante don Francisco de Paula —decían—llevaba el tiro de seis caballos bayos con penachos rojos...; el duque de Aumale, tiro de seis caballos atigrados con plumeros encarnados y azules, imitando la bandera de Francia...; la reina Cristina, caballos blancos con penacho azul...; la infanta Luisa Fernanda, seis caballos perla con blanco plumaje...; su majestad la reina y su marido, ocho caballos de color castaño claro empenachados de blanco...

Y no se les despintaba el coche de carey, el de caoba, que iba *de respeto,* el de los dos mundos, el de nácar, el de Carlos III...

Fué a parar toda esta máquina de barroquismo elegante a la más ruin y destartalada iglesia que han visto los siglos cristianos, Atocha, inexplicable fealdad en el país de las nobles arquitecturas, borrón del Estado y de la Monarquía, pues uno y otra no supieron dar aposento menos miserable a las cenizas de los héroes y a los trofeos de tantas victorias. La Corte y su inmenso séquito de dignatorios, embajadores y palaciegos no cabía dentro de tan pobre recinto. Era un contraste penoso el que hacía tanto lujo, belleza y elegancia con la mezquindad del templo, con su traza de callejón y las polvorientas escayolas que lo decoraban. Apenas entrados reyes, príncipes y magnates, ya estaban deseando salir, no encontrando allí ni lucimiento, ni visualidad, ni siquiera aire que respirar. Los que podían ver algo en medio del conjunto neblinoso que formaban en el presbiterio las figuras culminantes, veían tan sólo caras pálidas y aburridas en medio de un centelleo mágico de piedras preciosas y entre el brillo de rasos y tisúes. A la salida, toda la admiración de los ojos era para la reina madre, que vestida de terciopelo carmesí, coronada de diadema resplandeciente, arrebataba por su incomparable belleza, gracia y majestad. Pero todo el regocijo de los corazones, toda la efusión de las almas era para la reina Isabel, para su juventud risueña y llena de esperanzas, para su rostro sonrosado, en que la virginidad y la gracia picaresca fundían sus encantos; para su nariz respingada, que bien podía llamarse una nariz popular; para su boca, que no habría sido tan simpática si fuese más chica; para su desarrollo de garganta o busto, más avanzado de lo que ordenara la edad; para todo aquel conjunto lozano y sonriente y aquella inocencia frescachona. Desfilando en la soberbia carroza, entre las apretadas masas del pueblo, iba Isabel en sus glorias; gustaba de las exhibiciones al aire libre, ante gentes que en nada se asemejaban a las empalagosas figuras palatinas. Entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba; había algo de fraternidad, un sentimiento ecualitario de que emanaba la recíproca confianza. Nunca hubo reina más amada, ni tampoco pueblo a quien su soberano llevase más estampado en las telas del corazón. Por esto, el mayor goce de Isabel era ver las caras mil complacidas, satisfechas, que a su paso le sonreían; no se cansaba de saludar a todos, cara por cara si podía, y de buena gana habría puesto nombre a cada semblante para añadir la expresión de la palabra a la de la sonrisa. Corto se le hacía el trayecto de Atocha a Palacio.

En verdad que el pueblo ha querido de veras a la reina Isabel, así en sus tiempos felices como en los desgraciados. La quiso en la niñez, en la juventud, en sus desposorios, en todo su reinado, sin que los errores de ella amenguaran este afecto; la quiso cuando la vió tambaleándose al borde del abismo; la quiso

también caída, y todo se lo perdonaba con una garbosa y campechana indulgencia, como entre iguales.

★

Hasta en el caminito del cementerio hubo de ser contrariada en sus direcciones y deseos la pobre doña Leandra, pues ella quería ir hacia el Sur (que en San Nicolás se le designó sepultura), y aunque se previno que el fúnebre cortejo se pusiese en marcha antes de las tres para poder zafarse a tiempo de la gran aglomeración de gente, no halló paso franco en la calle de Alcalá, *por mor* de la formación, y tuvo el negro carro que tirar hacia el Norte con su comitiva de coches, los cuales no eran muchos, porque algunos amigos de la familia no encontraron alquilones ni para un remedio. Cortada también la Puerta del Sol, dieron larguísima vuelta por excéntricos barrios para coger las vías de la zona meridional; y tan grande fué la tardanza, que al fin llevaban el convoy funerario a paso de carga, cosa en verdad muy impropia de los viajes mortuorios. Milagro, que el duelo presidía, iba dado a los demonios, primero por el retraso, después por la precipitación irreverente; y como se vino la noche encima, no hubo más remedio que hacer de prisa y corriendo el sepelio de la manchega, metiéndola en el nicho donde sus pobres cenizas debían labrarse, con ayuda del tiempo, la petrificación del olvido.

De vuelta del entierro, Milagro y su compañero Centurión hablaron de política y del duelo de los Carrasco, entremezclando ambos asuntos por exigencias ineludibles del discurso. Contó don José a su amigo que le habían dado verídicas noticias de Eufrasia, del lugar en que escond a su oprobio y del estado de ánimo del tal Terry, a quien personas de muchísimo respeto trataban de catequizar para la reparación que así la sociedad como su propio decoro le pedían. Mas era tan compleja la historia, y en ella tan inesperados y enredosos incidentes aparecían, que no juzgaba don José oportuno contársela al buen Carrasco en ocasión de tanta tristeza por la pérdida de su esposa, pues si sobre un dolor tan acerbo se le echaba la pesadumbre de las barrabasadas de la hija, fácil era que no pudiese el hombre resistirlo y se largara también para el otro mundo. Acertadísimo era este consejo, y ambos amigos determinaron dejar pasar los nueve días de convencional pena para informar a don Bruno de negocio tan delicado.

Dígase también que fué inexorable el buen manchego con sus hijos, sometiéndoles a duelo riguroso con renuncia absoluta de todo festejo, ordenándoles que ni de lejos vieran iluminación ni fogata, que ni por el olor se enteraran de función de teatro ni de danzas populares, y que no asomaran las narices por la Plaza Mayor, queriendo guluzmear la corrida de toros con caballeros rejoneadores, pues no era propio de muchachos serios participar del regocijo público cuando lloraba la familia, no sólo la muerte de la incomparable, de la virtuosísima, de la santa señora y madre, sino otras desdichas altamente desconsoladoras, que no era preciso nombrar. Conformáronse los chicos con tan radical prohibición, que el padre, no seguro de la obediencia, garantizó con penoso encierro, y cuando Bruno y Mateíllo salieron a la calle ya no había nada: todo estaba oscuro, solitario; sólo vieron el triste desarme de los palitroques y aparejos de madera, lienzos desgarrados y sucios por el suelo, y las paredes de todos los edificios nacionales señaladas por feísimos y repugnantes manchurrones de aceite. Parecían manchas que no habían de quitarse nunca.

Santander (San Quintín),
septiembre-octubre de 1900.

FIN DE
«BODAS REALES»
Y DE LA TERCERA SERIE DE LOS
«EPISODIOS NACIONALES»

EPISODIOS NACIONALES

CUARTA SERIE

LAS TORMENTAS DEL 48

I

Vive Dios que no dejo pasar este día sin poner la primera piedra del grande edificio de mis *Memorias*... Españoles nacidos y por nacer: sabed que de algún tiempo acá me acosa la idea de conservar empapelados, con los fáciles ingredientes de tinta y pluma, los públicos acaecimientos y los privados casos que me interesen, toda impresión de lo que veo y oigo, y hasta las propias melancolías o las fugaces dulzuras que en la soledad balancean mi alma; sabed asimismo que, a la hora presente, idea tan saludable pasa del pensar al hacer. Antes que mi voluntad desmaye, que harto sé cuán fácilmente baja de la clara firmeza a la vaguedad perezosa, agarro el primer pedazo de papel que a mano encuentro, tiro de pluma y escribo: «Hoy, 13 de octubre de 1847, tomo tierra en esta playa de Vinaroz, orilla del Mediterráneo, después de una angustiosa y larga travesía en la urca *Pepeta*, ¡mala peste para Neptuno y Eolo!, desde el puerto de Ostia, en los Estados del Papa...»

Y al son burlesco de los gavilanes que rasguean sobre el papel, me río de mi pueril vanidad. ¿Vivirán estos apuntes más que la mano que los escribe? Por si o por no, y contando con que ha de saltar, andando los tiempos, un erudito rebuscador o prendero de papeles inútiles que coja estos míos, les sacuda el polvo, los lea y los aderece para servirles en el festín de la general lectura, he de poner cuidado en que no se me escape cosa de interés, en alumbrarme y guiarme con la luz de la verdad y en dar amenidad gustosa y picante a lo que refiera: que sin un buen condimento son estos manjares tan indigestos como desabridos.

¿Posteridad dijiste? No me vuelvo atrás; y para que la tal señora no se consuma la figura investigando mi nombre, calidad, estado y demás circunstancias, me apresuro a decirle que soy José García Fajardo, que vengo de Italia, que ya iré contando cómo y por qué fuí, y a qué motivos obedeció mi vuelta, muy desgraciada y lastimosa por cierto, pues llego exánime, calado hasta los huesos, con menos ropa de la que embarqué conmigo y más desazones, calambres y mataduras. Peor suerte tuvo la caja de libros que me acompañaba, pues por venir sobre cubierta se divirtieron con ella las inquietas aguas metiéndose a revolver y esponjar lo que las mal unidas tablas contenían, y el estropicio fué tan grande, que los filósofos, historiadores y poetas llegaron como si hubieran venido a nado... Pero, en fin, con vida estoy en este posadón, que no es de los peores, y lo primero que hemos hecho mis libros y yo es ponernos a secar... ¡Oh rigor de los hados! Los tomos de la *Storia d'ogni Litteratura*, del abate Andrés, y el *Primato deglio italiani*, de Gioberti, están caladitos hasta las costuras del lomo; mejor han librado Gibbon, Ugo Fóscolo, Pellico, Cesare Balbo y Cesare Cantú, con gran parte de sus hojas en remojo. Helvecio se puede torcer, y Condillac se ha reblandecido... De mí puedo decir que me voy confortando con caldos sustanciosos y con unos guisotes de pescado muy parecidos a la *zuppa alla marinara* que sirven en los bodegones de la costa romana.

15 de octubre.

Advierto que la fisgona Posteridad, volviendo hacia atrás la cabeza, me interroga con sus ojos penetrantes, y yo le contestó: «Se me olvidó deciros, gran

señora, que tres días antes de abandonar el italiano suelo cumplí años veintidós; que mi rostro y talle, según dicen, antes me restan que me suman edad, y que mis padres me criaron con la risueña ilusión de ver en mí una gloria de la Iglesia. Cómo disloqué por natural torcedura de mi espíritu la vocación irreflesiva de mis primeros años, y cómo desengañé cruelmente a mis buenos padres, no puedo referirlo mientras no me oree, me desentumezca y me despabile.»

San Mateo, 19 de octubre.

Ayer, no repuesto aún del quebranto de huesos ni del romadizo que me dejó la mojadura, aproveché la salida de un tartanero y acá me vine en busca de mejor vehículo que me lleve a Teruel, desde donde fácilmente podré trasladarme a la ilustrísima ciudad de Sigüenza. Allí *rodó mi cuna*, si no de marfil y oro, de honrados mimbres con mecedoras de castaño y allí reside desde los comienzos del siglo mi familia, cuyo fundamento y solar figuran en los anales de la histórica villa de Atienza... Adivino la curiosidad de *i posteri* por conocer los móviles que me sacaron de mi casa dos años ha, llevándome casi niño a tierras distantes, y allá van mis noticias. Sepan que apenas entrado en la edad de los primeros estudios, dióme el Cielo luces tan tempranas, que mi precocidad fué confusión de los maestros antes que orgullo y esperanza de mi familia, pues declarándome *fenómeno*, creyeron mis padres que yo viviría poco, y maldecían mi ciencia como sugestión de espíritus maléficos. Pero al fin, profesores y familia convinieron en que yo era un prodigio, con más intervención de las potencias celestes que de las demoníacas, y sólo se pensó en equilibrarme con buenas magras y un cuidado exquisito de mi nutrición. Ello es que a los catorce y a los dieciséis años ostentaba yo variados conocimientos en Humanidades y en Historia, y a los diecinueve era más filósofo que los primeros que en el seminario de San Bartolomé gozaban de esta denominación. Devoré cuantos libros atesoraban aquellas henchidas bibilotecas y otros muchos que por conductos diferentes a mí llegaron; poseía el don de una memoria tan holgada, que en ella, como en inmenso archivo, cabía cuanto yo quisiera meter; poseía también la facultad de vaciarla, sacando de mis depósitos con fácil y seductora elocuencia todo lo que entraba por las lecturas y lo mucho que daba de sí mi propio caletre. Antes de cumplir los cuatro lustros, mis adelantos eran tales, que los maestros y yo reconocimos haber llegado al *summum* del conocimiento posible en cátedras de Sigüenza y que ni yo ni ellos podíamos saber más.

En esto, un eclesiástico de espléndida fama como teólogo y canonista, don Matías de Rebollo, primo de mi padre, protegido de don José del Castillo y Ayenza (que como asesor de la embajada le llevó a Roma, dejándole después en la Rota), recaló un verano por Sigüenza, y no bien hizo mi descubrimiento, propuso a mis padres llevarme consigo a la llamada Ciudad Eterna, para que en ella diese la última mano a mis estudios y recibiera las órdenes sagradas. Por su posición y valimiento en la Corte pontificia podía el buen señor dirigirme en la carrera sacerdotal y empujarme hacia gloriosos destinos... Mi juvenil ciencia, que a todos deslumbraba, y la dulzura de mi trato, inspiraron a don Matías un ansia muy viva de cuidarme y protegerme; y a las dudas de mis padres, que no querían separarse de mí, contestaba con la brutal afirmación de llevarme aunque fuera entre alguaciles. Por fin, mi madre, que era quien más extremaba la fuerza centrípeta, por ser yo el benjamín de la familia, cedió tras largas disputas que de lo familiar subían a lo teológico, y sublimado su amor hasta el sacrificio, entregóme al reverendo canonista, pidiendo a Dios los necesarios años de vida (que no habían de ser muchos) para verme volver con mitra y capelo.

Ved aquí el porqué de mi partida para Italia. Sabed también que me instalé en Roma en septiembre del 45, bajo el pontificado de Gregorio XVI, el cual al año siguiente pasó a mejor vida, y que aposentado en la propia casa de mi protector, fuí atacado de malaria y estuve a dos dedos de la muerte; que restablecido concurrí a las cátedras de la Sapienza y a otros centros de enseñanza, disponiéndome para la tonsura. De lo que en el transcurso del 46 hice, y de lo que no hice; de lo que me ocurrió por sentencia de los hados, y de lo que mi voluntad o irresistibles instintos determinaron, hablaré otro día, pues para ello necesito prepararme de sinceridad y aun de va-

lor... ¿Debo decirlo, debo callarlo? ¿Qué cualidad preferís en el historiador de sí mismo: la melindrosa reserva o la honrada indiscreción?

23. de octubre.

Molido y hambriento llego a Teruel. Uno de mis compañeros de suplicio, que con sus donosas ocurrencias amenizó el molesto viaje en la galera, me decía, cuando avistamos la ciudad, que se comería las momias de los amantes si se las sirviesen puestas en adobo, con un buen moje picante y alioli... En la posada, un arrumbado catre es para mis pobres huesos mejor que la cama de un rey, y la olla con más oveja que vaca, manjar digno de los dioses. Mientras como y descanso, no se aparta de mi mente el compromiso en que estoy de referir los graves motivos de mi regreso a la patria. Ello es un tanto delicado; pero resuelto a perpetuar la verdad de mi vida para enseñanza y escarmiento de los venideros, lo diré todo, encerrando la vergüenza con la izquierda mano, mientras la derecha escribe; y por fin, las precauciones que tomo para que nadie me lea hasta después de mi muerte (que Dios dilate luengos años), quitan terreno a la vergüenza y se lo dan a la sinceridad, la cual debe producirse tan desahogadamente que más que memorias sean estas páginas confesiones.

Al relato de mi salida de Roma precederán noticias del tiempo que allí estuve. Algo y aun algos hay en esta parte de mi existencia que merece ser conocido. Mi protector era demostración viva de la flexibilidad de los castellanos en tierras extranjeras; adaptábase maravillosamente a los usos romanos, reblandeciendo la tosquedad austera del carácter español para que como cera tomase las formas de una nación y raza tan distintas de la nuestra. Desde que le vi en Roma, don Matías me parecía otro, y su habla y sus dichos, sus maneras y hasta sus andares no eran los del clérigo saguntino austero y grave, con menos gracia que marrullería, siempre dentro del correcto formulario de nuestra encogida sociedad eclesiástica. Desde que desembarcamos en Civitavecchia tomó las aires del *prete* romano y la desenvoltura graciosa de un palaciego vaticanista. La severidad de que blasonaba en España cayó de su rostro como una careta sofocante, y le vi respirando bondad, indulgencia, y preconizando en la práctica toda la libertad y toda la alegría compatibles con la virtud. Espléndida era su mesa, y extensísimo el espacio de sus amistades y relaciones, comprendidas algunas damas elegantes que frecuentaban su trato sin el menor detrimento de la honestidad. Digo esto para explicar que no aprisionara mi juventud en la estrechez de las obligaciones escolares, ni me encerrara en conventos o seminarios de rigurosa clausura. Confiado en la sensatez que mi apocamiento le revelaba, y creyéndome exento de pasiones incompatibles con mi vocación, me instaló en su propio domicilio, fijándome horas para concurrir a las cátedras de la Sapienza, horas para leer y estudiar en casa, y dejándome lo restante del día en el franco uso de mi libertad. Debo indicar que ésta consistía en andar y rodear por Roma con dos muchachos de mi edad, de familia ilustre, que tenían por ayo a un modenés llamado Cicerovacchio, personaje mestizo de laico y clérigo, árcade, mediano poeta, buen arqueólogo, reminiscencia interesante de los abates del siglo anterior.

Que fué para mí gratísima tal compañía, y muy provechosas aquellas deambulaciones por la grande y poética Roma, no hay para qué decirlo. A los tres meses de fatigar mis piernas corriendo de uno en otro monumento, y de ruina en ruina, y a través de tantas maravillas enteras o despedazadas, ya conocía la ciudad de las siete colinas como mi propia casa, y fuí brillante discípulo del buen Cicerovacchio en antigüedades paganas y papales, y casi su maestro en el conocimiento topográfico de la *magna urbs*, desde la plaza del Pópolo a la Vía Appia, y desde San Pedro a San Juan de Letrán. El Campo Vaccino fué para mí libro sabido de memoria, y los museos del Vaticano y Capitolio estamparon en mi mente la infinita variedad de sus bellezas. A los seis meses hablaba yo italiano lo mismo que mi lengua natal: los pensamientos se me salían del caletre vestidos ya de las galas del *bel parlare*, y metidos Maquiavelo y Dante, Leopardi y Manzoni dentro de mi cerebro, me enseñaban a componer verso y prosa, figurándome yo que no era más que una trompa o caramillo por donde aquellas sublimes voces hablaban.

No quiso Dios que me durase mucho esta dulce vida, y sentenciándome tal vez a ser contrastado por pruebas dolorosas, convirtió la tolerancia de mi protector en severidades y desconfianzas, que, poniendo brusco término a mi libertad, iniciaron el incierto, novísimo rumbo de mi existencia, como diré cuando tenga ocasión y espacio en las pausas de este camino. Y por esta noche, ¡oh Posteridad que atenta me escuchas!, no tendrás una palabra más, que me caigo de sueño, y con tu licencia me voy al camastro.

II

Molina de Aragón, 27 de octubre.

Vedme aquí alojado y asistido a cuerpo de rey en casa de unos primos de mi padre, los Ximénez de Corduente, labradores ricos, hechos a la vida oscura y fácil de estos tristes pueblos, con las orejas enteramente insensibles a todo mundanal ruido. Para obsequiarme a sus anchas, hácenme comer cinco veces más de lo que soporta mi estómago, y como no valen protestas ni excusas contra tan desmedido agasajo, me resigno a reventar una de estas noches. Adiós, *Memorias;* adiós, confesiones mías: ya no podré continuaros: mi fin se acerca. Muero de la enfermedad contraria al hambre... Luego, estos azarantes primos de mis pecados, curioseando de continuo en derredor de mí, me privan del sosiego necesario para escribir. Pongo punto... Quédese para mejor ocasión, si escapo con vida de estos atracones.

Anguita, 29.

Aquí paso la noche, y en la soledad de mi alojamiento angosto y frío me dedico a escribir lo que me dejé en los tinteros de Molina. Y ahora que estoy, por la gracia de Dios, a nueve leguas largas de Ximénez de Corduente, y no pueden refitolear lo que escribo, voy a vengarme de los hartazgos con que me pusieron al borde de la apoplejía, y en la libertad de mis confidencias declaro y afirmo que no hay mayores brutos en toda la redondez de la Alcarria, si alcarreña es la tierra de Molina. Respecto a los padres, atenuaré la calificación, consignando que por sus prendas morales se les puede perdonar su estolidez; pero en cuanto a los hijos, no retiro nada de lo dicho: nunca he visto señoritos de pueblo más arrimados a la cola de la barbarie, ni gaznápiros más enfadosos con sus alardes de fuerza bruta y su desprecio de toda ilustración. Y no tomen esto a mala parte los demás chicos de Molina, que allí los hay tan listos y cortesanos como los mejores de cualquiera otra ciudad. Sólo contra mis primos va esta flagelación, porque son ellos raro ejemplo de incultura en su patria. Ni una chispa de conocimientos ha penetrado en tan duras molleras, y alardean de ignorantes, orgullosos de poder tirar del arado en competencia con las pujantes mulas. Mirábanme como a un bicho raro, y viendo la mezquindad de mi equipaje al volver de Italia, zaherían mi saber de latín y griego. Ellos son ricos, yo pobre. No les envidio; déme Dios todas las desdichas antes que convertirme en mojón con figura humana, y príveme de todos los bienes materiales conservándome el pensamiento y la palabra que me distinguen de las bestias...

Y sigo con mi historia. ¿Queréis saber por qué me retiró su confianza don Matías? Ved aquí las causas diferentes de mi desgracia: la inclinación vivísima que a las cosas paganas sentía yo sin cuidarme de disimularla; mis preferencias de poesía y arte, manifestadas con un calor y desparpajo enteramente nuevos en mí: la soltura de modales y flexibilidad de ideas que repentinamente adquirí, como se coge una enfermedad epidémica o se inicia un cambio fisiológico en las evoluciones de la edad; mi despego de los estudios teológicos, exegéticos y patológicos, en los cuales mi entendimiento desmentía ya su anterior capacidad; la insistencia con que volvía los cien ojos de mi atención a historiadores y filósofos vitandos, y aun a poetas que mi protector creía sensuales, frívolos y de poco fuste, pues él, por una aberración muy propia de la monomanía humanista, no quería más que clásicos latinos, sin poner pero a los que más cultivaron la sensibilidad. Presumo yo que en esta displicencia del bondadoso don Matías no tenía poca parte su grande amigo y mecenas el embajador de España, don José del Castillo, el cual nunca se mostró benévolo conmigo, y opinaba por que se me sometiera a un régimen más riguroso, resueltamente eclesiástico.

Si no me quería bien don José del Castillo y Ayenza, yo le pagaba en la moneda de mi antipatía. Aquel señor chiquitín y enteco, desapacible y regañón, consumado helenista, mas tan celoso guardador de su conocimiento que a nadie quería trasmitirlo, no fué entonces ni después santo de mi devoción. Cuando llegué a Roma examinóme de poetas griegos, y hallándome no mal instruído, pero poco fuerte en la lengua, me indicó los ejercicios que debía practicar, se jactó de la constancia de sus estudios y me cantó el *varsate mane;* mas no añadió aquel día ni después ninguna advertencia o nuevo examen por donde yo le debiera gratitud de discípulo a maestro. Tengo por seguro que él fué quien sugirió a don Matías la idea de encerrarme, porque mi buen paisano no veía más que por los ojos del traductor de Anacreonte, ni apartarse sabía de la órbita de pensamientos que su amigo le trazaba. Ningún día dejaba Rebollo de meter sus narices en el *Palazzo di Spagna,* y ambos se entretenían en dirigir con el cocinero guisos españoles, o en chismorrear de cuanto en el Vaticano y Quirinal ocurría. En aquellas merendonas y comistrajos de arroz con mariscos, nació, sin duda, la resolución de mi encierro, para lo cual se escogió el colegio de San Apolinar, regido por los frailes del inmediato convento de San Agustín. Entre uno y otro instituto, próximo a la Plaza Navona, corre la torcida vía Pinellari, de interesante memoria para el que esto escribe.

Duro fué el paso de la relativa libertad a la prisión, y mis ojos, habituados a la plena luz, penosamente se acomodaban a la oscuridad de tan estrecha vida, con disciplina entre militar y frailesca. Debo declarar que los agustinos no eran tiranos en el régimen escolar ni en el trato de los alumnos, y entre ellos los había tan ilustrados como bondadosos. Gracias a esto, mi pobre alma pudo entrar por los caminos de la resignación. Pero mi mayor consuelo fué la amistad que desde los primeros días contraje y estreché con dos mozuelos de mi edad, reducidos a la sujeción del colegio con un fin penitenciario. Llamábase el uno Della Genga, perteneciente a la ilustre familia de León XII, antecesor del que entonces regía la Iglesia; el otro, Fornasari, milanés, de una familia de ricos mercaderes. Ambos eran muy despiertos y de gentil presencia. Della Genga sentía inclinación ardiente a la política y a la poesía, dos artes que allí no rabiaban de verse juntas, y con sutil ingenio daba románico esplendor a las ideas subversivas; Fornasari, revolucionario en música, nos repetía los alientos vigorosos de Verdi y sus guerreras estrofas, que hacían estremecer los muros viejos, como las trompetas de Jericó. Su aspiración era dedicarse a cantante de ópera, y creía poseer una voz de bajo de las más cavernosas. Pero su familia le quería clérigo, y le sentenció al internado como expiación de travesuras graves. Fogoso y sanguíneo, el milanés contrastaba con nuestro compañero y conmigo, pues ambos éramos de complexión delicada, nerviosa y fina. Della Genga tenía semejanza de Bellini y con Silvio Pellico.

Si yo había entrado en San Apolinar con fama de inteligente y aplicado, no tardé en adquirirla de negligente y díscolo, mereciendo no pocas admoniciones de los maestros y del rector. No había fuerza humana que me hiciera mirar con interés el estudio de la Escolástica y de la Teología, y aunque a veces, cediendo a la obligación, intentaba encasillar estos conocimientos en mi magín, salían ellos bufando, aterrados de lo que encontraban allí. Fué que, impensadamente, había yo hecho en mi cerebro una limpia o despejo total, repoblándolo con las ideas que Roma y mis nuevas lecturas me sugirieron. Ya no tomaba tanto gusto de las Humanidades puras, ni encerrababa la belleza poética dentro de los áureos linderos del griego y del latín; ya la filosofía que aprendí en Sigüenza se me salía del entendimiento en jirones deshilachados, y no sabía yo cómo podría recogerla y apelmazarla en las cavidades donde estuvo; ya las nociones primarias de la sociedad y de la política, de la vida y de los afectos, ante mí yacían rotas y olvidadas como los juguetes que nos divierten cuando niños, y de hombres nos enfadan por la ridiculez de sus formas groseras.

Los tres que nos habíamos unido en estrecho pandillaje ofensivo y defensivo leíamos a escondidas libros vitandos, y los comentábamos en nuestras horas de recreo. Della Genga introdujo de contrabando las *Ideas sobre la Historia de la*

Humanidad, de Herder, y Fornasari guardaba bajo llave, entre su ropa, el libro de Pierre Leroux *De l'humanité, de son principe et de son avenir*. Con grandes embarazos leíamos trozos de ambas obras, que cada cual explicaba luego a los dos compañeros. El hábito de la ocultación, del misterio, nos llevó a sigilosas prácticas inspiradas en el masonismo, y no tardamos en inventar signos y fórmulas con las cuales nos entendiamos, burlando la curiosidad de nuestros compañeros. Estaban de moda entonces la masonería y el carbonarismo, y Fornasari, que era el mismo demonio y se había instruído no sé cómo en los ritos y garatusas de aquellas sectas, estableció entre nosotros un remedo de ellas, poniéndonos al tanto de los sistemas y artes de la conspiración. Nos teníamos por representantes de la *Joven Italia* dentro de aquellos muros, y con infantil inocencia creíamos que nuestra misión no había de ser enteramente ilusoria.

Don Matías, que en los comienzos de mi encierro me visitaba con frecuencia, reprendiéndome por mi desaplicación, iba después muy de tarde en tarde, y la última vez que le vi me sorprendió por la demacración de su rostro y por el ningún caso que hacía de mis estudios. Otra particularidad muy extraña en él me causó pena y asombro: habíame hablado siempre mi buen protector en castellano neto, sin que empañara la majestad del idioma con extranjero vocablo. Pues aquel día mascullaba un italiano callejero que era verdadera irrisión en su limpia boca española, y cortando a menudo el rápido discurso cual si su entendimiento trepidara con interrupciones rítmicas y la memoria se le escapara, decía: «*Ho perso il boccino*», y esto lo repetía sin cesar, dando vueltas por la sala-locutorio con una inquietud impropia de su grave carácter. Despidióse bruscamente sonriendo, y en la puerta me saludó con la mano como a los niños, y se fué agitando las dos junto a su cráneo, sin dejar el estribillo *ho perso il boccino*... (se me va la cabeza).

Grandemente me alarmó la extraordinaria novedad en las maneras y lenguaje de mi protector, y en ello pensé algunos días, hasta que absorbieron mi atención sucesos que a mí y a mis caros compañeros nos afectaban profundamente La imposición de un fuerte castigo al bravo Fornasari fué parte a que nos declarásemos en rebeldía franca. Mientras nuestro amigo gemía en estrecho calabozo, discurríamos Della Genga y yo las fechorías más audaces, sin otros móviles que el escándalo y la venganza; y por fin, adoptando y desechando diferentes planes sediciosos, concluímos por escoger el más humano y atrevido: sacar de su prisión a Fornasari y escaparnos los tres, aventura novelesca cuyos peligros nos ocultaba el entusiasmo que nos poseía y la jactanciosa confianza en nosotros mismos. Lo que de fuerza física nos faltaba lo suplía la astucia, y en aquel trance me revelé yo de revolucionario y violador de cárceles, porque todo lo urdí con admirable precisión y picardía, ayudado del claro juicio de mi compañero. La suerte nos favoreció, y la Naturaleza coadyuvó al éxito de la empresa, desatando aquella noche sobre Roma una tempestad que nos hizo dueños de los tejados, pues ni aun los gatos se atrevían a andar por ellos. Amparados de la oscuridad y del ruido con que los furiosos elementos asustaban a todos los moradores de San Apolinar, violentamos la prisión de Fornasari; provistos de sogas escalamos las techumbres, y envalentonados por la libertad que de fuera nos llamaba, así como por el miedo que de dentro nos expelía, saltamos al techo de las capillas bajas, de allí a la sacristía y baptisterio anexo, y por fin, a la vía Pinellari, donde ni alma viviente podía vernos, pues hasta los buhos se guarecían en sus covachas, y el viento y la lluvia eran encubridores de nuestra juvenil empresa.

Ya teníamos concertado refugiarnos en el Trastevere y plantar allí nuestros reales, por ser aquel arrabal propicio al escondite, y además muy del caso para el vivir económico a que nos obligaba la flaqueza de nuestro peculio. Della Genga tenía algún oro, yo un poco de plata y Fornasari piezas de cobre. Reunidos en común acervo los tres metales y nombrado yo tesorero, nos aposentamos cerca de la Puerta de San Pancracio, en una casa modestísima, donde fuimos recibidos con desconfianza por no llevar más ropa que la puesta. En el aprieto de nuestra fuga, que no nos permitía ninguna clase de impedimenta, harto hicimos con procurarnos el vestido seglar que había de cubrir nuestras carnes al

despojarnos de la sotana. Fué primera y necesaria diligencia, apenas instalados, comprar algunas camisas para que viesen nuestras *locandieras* que no éramos descamisados; pero no nos valió este alarde de dignidad, porque la desconfianza patronil no disminuyó, y en cambio creció nuestro miedo al reparar que nos habíamos metido en una cueva de ladrones y desalmada gentuza de uno y otro sexo. Salimos de allí con nuevas ansias, y rodando por la gran ciudad dimos con nuestros cuerpos en un casucho situado en la Boca della Verità, donde hallamos acomodo entre gente pobrísima.

Indudablemente, nuestro destino nos llevaba a situaciones arriesgadas, pues sin pensarlo nos habíamos ido a vivir en el cráter de un volcán: debajo de nuestro aposento, en lugar oscuro y soterrado, había una logia. Lejos de contrariarnos esta peligrosa vecindad, fué para los tres motivo de contento, y Della Genga, que era tan antojadizo como tenaz, no paró hasta procurarnos entrada en aquel antro, donde podíamos satisfacer nuestro candoroso anhelo de masonismo. Lo que allí vi y escuché no correspondió al concepto que de los sectarios habíamos formado los tres en nuestras íntimas conversaciones. Mi desilusión fué, sin duda, mayor que la de mis amigos. Fornasari largó una noche un discurso lleno de hinchados disparates; pero su espléndida voz triunfó de los desvaríos de su lógica y le aplaudieron a rabiar.

Hubiera yo querido que durante el día nos ocupáramos en algo que nos trajese medios de sustento, y que destináramos las noches a cosas distintas del vagar por calles y plazuelas, o del servir de coro trágico en la logia; pero la desmayada voluntad de Della Genga no me ayudaba en mis iniciativas, y el otro parecía encontrar en la profesión masónica el ideal de sus ambiciones. En esto sobrevino la muerte del Papa Gregorio XVI, motivo de grande emoción en Roma, y en nuestra pequeñez no pudimos sustraernos al torbellino de opiniones y conjeturas referentes a la incógnita del sucesor. Durante muchos días no hablábamos de otra cosa, y cada cual tomaba partido por este o el otro candidato: ¿Sería elegido Lambruschini? ¿Seríalo Gizzi? A tontas y a locas, y sin ningún conocimiento en que fundar mi presunción, yo *patrocinaba* a Mastai Ferretti: era mi candidato, y lo defendía contra toda otra probabilidad, cual si hubiera recibido secretas confidencias del Espíritu Santo. Della Genga apostaba por Lambruschini, amigo de la familia y hechura de León XII; Fornasari, oficiando de conclave unipersonal, votaba por Gizzi, que gozaba opinión de liberal con ribetes de masónico, como había demostrado en su gobierno de la Legación de Forli. Iba más lejos Fornasari, asegurando que Gizzi tomaría el nombre de Gregorio XVII. De mi candidato Mastai se burlaban mis compañeros, declarando el uno que el Austria no le quería, y que la Francia y la Bélgica apoyaban resueltamente a Gizzi. En estas disputas llegaron los perros..., quiero decir los criados de Della Genga, a punto que entrábamos en la *trattoria* de la plaza Cenci, a dos pasos del Ghetto, y ayudados de polizontes cogieron al prófugo caballerito, y poco menos que a viva fuerza se le llevaron. Escapamos Fornasari y yo corriendo como exhalaciones.

¡Cuán triste fué la pérdida, o digamos salvación, de nuestro amigo! Aquella noche, viéndonos sin su compañía en el sucio camaranchón, lloramos como si se nos hubiera muerto un hermano. Y a la noche siguiente, hallándome yo dolorido de todo el cuerpo, salió Fornasari a comprar en la tienda cercana algunas fruslerías para nuestra nutrición, que de manjares, ¡ay!, muy pobres nos sustentábamos. Le esperé toda la noche, y no pareció... Para no cansar: ésta es la hora en que no he vuelto a verle; ni volvió ni he sabido más de mi desgraciado amigo. Digo desgraciado, por no saber qué decir. Pasados tres días de ansiedad e inanición, salí de mi tugurio, no con intento de buscar al perdido, sino de alejarme de aquellos lugares, en que de continuo turbaba mis oídos runrún de polizontes.

Amparado de la callada noche, me fuí hacia monte Testaccio, donde tuve la suerte de encontrar un alfarero que quiso admitirme, sin más estipendio que la comida, a las faenas de su industria, aplicándome a dar vueltas a la rueda del artefacto con que amasaba la arcilla. El primer día, ¡cosa más rara!, me agradó el continuo revolver de noria, que a pensar me estimulaba. Pero pronto hube de cansarme de aquel método de

raciocinio, y como el pienso no era bueno ni me daba el necesario vigor para sostener mis funciones de caballería pensante, me despedí. La vagancia, la mendicidad, el dormir en bancos al raso o bajo pórticos del Campo Vaccino, el comer lo que me daban en porterías de hospicios o conventos, fueron mis modos de existencia en aquellos tristes días. Harto ya de sufrir ayuno de buenos alimentos y cubierto de andrajos, llegué al límite en que mi dignidad se reconciliaba con mis angustiosas necesidades físicas. Viendo en mí la dramática situación del Hijo pródigo, me decidí a volver a la casa de mi buen don Matías, Costóme no pocas ansiedades el resolverlo, y tan pronto caminaba hacia allá como retrocedía, con terror de merecidas reprimendas... Por fin cerré los ojos, y llena el alma de contrición y humildad, llamé a la puerta de mi salvación, en la plaza de San Lorenzo in Lucina. Abrió un criado vestido de luto, que no me conoció: tan lastimosa era mi facha. Insistí en que no era yo un pobre desconocido que imploraba limosna: mi voz reveló lo que ocultaban mis harapos. Al fámulo se unió la cocinera, y con fúnebre dúo de *requiem* me dijeron que mi protector había muerto. ¡Oh súbita pena, oh inanición cruel!... Mi turbada naturaleza no supo separar el noble sentimiento del brutal instinto y llorando me abalancé a la comida que me ofrecieron.

III

Sigüenza, noviembre.

Al amanecer de hoy, bajando de Barbatona, vi a la gran Sigüenza, que me abría sus brazos para recibirme. ¡Oh alegría del ambiente patrio, oh encanto de las cosas inherentes a nuestra cuna! Vi la catedral de almenadas torres; vi San Bartolomé, y el apiñado caserío formando un rimero chato de tejas, en cuya cima se alza el alcázar; vi los negrillos que empezaban a desnudarse, y los chopos escuetos con todo el follaje amarillo; vi en torno el paño pardo de las tierras onduladas, como capas puestas al sol; vi, por fin, a mi padre que a recibirme salía con cara doble, mejor dicho, partida en dos: media cara severa, la otra media cariñosa. Salté del coche para abrazarle, y una vez en tierra, hice mi entrada a pie, llegando a la calle de Travesaña, donde está mi casa, con mediano séquito de amigos, y de pobres de uno y otro sexo, ciegos, mancos y cojos, que sabedores de mi llegada querían darme la bienvenida... La severidad de más cuidado para mí, que era la de mi madre, se disolvió en tiernas palabras. Verdad que de mis horrendas travesuras en Roma no le habían contado sino parte mínima. Seguía, pues, creyendo con fe ciega en mi glorioso destino eclesiástico, y suponía que, al regresar a la patria, almacenadas traía en mi cerebro todas las bibliotecas de Italia. Mi hermano Ramón fué quien más displicente y jaquecoso estuvo conmigo, anunciándome que si no me determinaba a recibir las órdenes en España, aspirando a un curato de aldea, o cuando más a una media ración en aquella santa catedral, la familia tendría que abandonarme, dejándome correr por los caminos más de mi gusto, ora fuesen derechos, ora torcidos... De todo esto hablaré más oportunamente, pues anhelo proseguir lo que dejé pendiente de mi romana historia.

Pego la rota hebra diciendo que el mayordomo de mi tío, Cristóbal Ruiz, español italianizado, que había sido fámulo en Monserrat, me informó de la dolencia y muerte del bendito Rebollo. Había sido un lamentable desarreglo de la mente, motivado, según colegí de las medias palabras de Ruiz al tratar este asunto, por agrias discordias con otros clérigos de la Rota. De mis desvaríos en San Apolinar y de mi escandalosa fuga y vagancia no dieron al buen señor conocimiento, pues ya había perdido el suyo, y desprovisto de memoria y de juicio, su vocabulario quedó reducido al *ho perso il boccino*, que estuvo repitiendo hasta el instante de su muerte. Quién se cuidó de participar a mi familia, con el fallecimiento de Rebollo, mis atroces barrabasadas, es cosa que no he sabido con certeza; pero si no me engaña el corazón, el encargado de esta diligencia fué un secretario del embajador, don José del Castillo. Díjome también Cristobal Ruiz que una radical divergencia en la manera de apreciar no sé qué asunto de derecho canónico había turbado profundamente la cordial amistad entre el representante de España y su protegido, llevando a éste al remate de su delirio.

Cuando apenas se había iniciado la dolencia, hizo don Matías testamento, nombrando ejecutor de sus disposiciones a otro de sus mejores amigos, monseñor Jacobo Antonelli, segundo tesorero, o como si dijéramos, secretario de Hacienda, persona muy bien mirada en la Corte pontificia por su talento político y su mundana ciencia. Al tal sujeto habría ya de presentarme, pues, según Ruiz, debía tener instrucciones de Rebollo referentes al cuidado de mis estudios y a la paternal tutela que conmigo ejercía.

Vacilando entre la vergüenza de presentarme a monseñor y el estímulo de poner fin a mi desamparo, pasaron algunos días, que no fueron malos para mí, pues me hallaba asistido de ropa, casa y alimento, y además libre, con toda Roma por mía, para pasar el tiempo en amena vagancia, reanudando mis amistades de artista y de arqueólogo con tantas grandezas muertas y vivas. Los ruidosos acontecimientos de aquellos días de junio me arrastraban a vivir en la calle, siempre con la esperanza de tropezar con mis perdidos camaradas Fornasari y Della Genga. Mientras duró el conclave que debía darnos nuevo Papa, me confundí con las multitudes que aguardaban ansiosas en Monte Cavallo. En la noche del 16 al 17 corrió la voz de que había sido elegido Mastai, lo que fué para mí motivo de grandísimo contento, porque el Espíritu Santo me daba la razón contra mis amigos. Al día siguiente vi al cardenal camarlengo, monseñor Riano Sforza, salir al balcón del Quirinal, pronunciando con viva emoción el *Papam habemus*. ¡Y era Mastai Ferretti, mi candidato, el mío, el mío, *qui sibi imposuit nomen Pium IX!* A las aclamaciones de la multitud uní todo el griterío de que eran capaces mis pulmones, y cuando el nuevo Pontífice salió a dar al pueblo romano su primera bendición, creí volverme loco de entusiasmo y alegría. Si mil años viviera, no se borraría de mi alma la impresión de aquellos solemnes instantes, ni tampoco la del 21 en San Pedro, inolvidable día de la coronación. Imposible que dé yo idea del cariño que despertó el nuevo Papa. Toda Roma le amaba, y yo, con íntima efusión que no sabía explicarme, le amaba también y le tenía por mío, sin dejar de ver en él el amor de todos, creyendo cifradas en su persona la felicidad de Roma y de Italia.

Decidido a presentarme al famoso Antonelli, pues algún término había de tener mi vagabunda interinidad, vi aplazada de un día para otro la audiencia que solicité. Monseñor fué nombrado ministro de Hacienda, después cardenal. Los negocios de Estado y las atenciones sociales alejaban de su grandeza mi pequeñez. Por fin, una tarde de julio me llamó a su casa, y fuí temblando de esperanza y emoción. Recibióme en su biblioteca, y se mostró desde el primer momento tan afectuoso que ganó mi confianza, haciéndome desear que llegase una feliz ocasión de confiarle todos mis secretos. Era un hombre alto y moreno, de mirada fulminante, de rasgada y fiera boca con carrera de dientes correctísimos, que ostentaban su blancura dando gracia singular a la palabra. El rayo de sus ojos de tal modo me confundía, que no acertaba yo a mirarle cuando me miraba. Sujetóme a un interrogatorio prolijo, y con tal arte y gancho tan sutil hacía sus preguntas, que le referí todas mis maldades, sintiéndome muy aliviado cuando no quedó en mi conciencia ninguna fealdad oculta. A mi sinceridad correspondió su eminencia poniendo en su admonición un cierto aroma de tolerancia, que del fondo de su pensamiento a la superficie de sus palabras severas trascendía.

Díjome, entre otras cosas, que procurase fortalecer mi quebrantada vocación religiosa, redoblando mis estudios, aislándome del mundo y reedificando mi ser moral con meditaciones. Insistí yo en manifestarle que me sería muy difícil sostener mi vocación; pero que aplicaría a tan grande intento toda mi voluntad, sometiéndome a cuantos planes de conducta me señalara y sistemas educativos se sirviera proponerme. No me acobardaban los estudios penosos; pero el internado y la disciplina cuartelesca de los principales centros de enseñanza no se avenían con mi natural inquieto ni con las osadas independencias que me habían nacido en Roma, como si al pisar aquella tierra me salieran alas. Sin duda le convencí, ¡no era flojo triunfo!, porque me propuso hacer conmigo esta prueba: durante un año emprendería yo formidables estudios, conforme a un plan superior acomodado a mi primitiva

vocación y sin someterme a la esclavitud del internado. Enumerando el programa de mis tareas, señalóme el Colegio Romano para las ciencias eclesiásticas, la Sapienza para la jurisprudencia y filosofía, y para las lenguas sabias el colegio de la Propaganda, regido a la sazón por el portentoso poliglota Mezzofanti. En todo convine yo, con expresiones de reconocimiento, y éste subió de punto cuando el cardenal me manifestó que cuidaría de alojarme, si no en su propia casa, junto a personas de su familiaridad o servidumbre, en lo cual no hacía nada extraordinario, pues don Matías había dejado caudal suficiente para esta como para otras sagradas atenciones. Encantado le oí y mayor fué mi entusiasmo cuando, al despedirme, me ordenó volver tres días después.

En la segunda entrevista, disponiéndose su eminencia a partir para Castel Gandolfo, recreo estival del Papa, me indicó que fuese a pasar las vacaciones a su quinta de Albano, donde hallaría dispuesta una estancia. Me encargaba del arreglo de su biblioteca, que tenía en gran desorden, innumerables libros sin catalogar y todos los que fueron de don Matías metidos en cajas, esperando ser clasificados por materias y puestos en los estantes. No me dió tiempo ni a expresarle mi gratitud, porque el coche le aguardaba a la puerta. Salió para Castel Gandolfo, y yo al siguiente día para Albano, gozoso, con ilusiones frescas y ganas de vivir, creyendo que la vida es buena y que en ella hay siempre algo bueno para ver y descubrir.

La residencia del cardenal en Albano es arreglo de una incendiada villa de los Colonnas, recompuesta modestamente. Elegantísima puerta del Renacimiento, se da de bofetadas con ventanas vulgares. Restos de soberbia escalinata son el ingreso de la biblioteca, y en las cocinas hay un friso con bajorrelieves. La misma confusión o engarce de riquezas muertas con vivas pobrezas se advierte en el jardín, donde permanece un trozo de setos vivos, de ciprés lindando con plantíos nuevos y cuadros de hortaliza. Hermosa es por todo extremo la situación del edificio, al sur de la ciudad, no lejos de la Nueva Vía Appia. Desde la ventana de mi aposento veía yo el sepulcro de los Horacios y Curiacios y los montes Albanos y los pueblecitos de Ariccia y Genzano... Tal era el desorden de la biblioteca, que empleé todo el verano en remediarlo; y absorto en faena tan grata para mí, se me iba el tiempo sin sentirlo, en dulce concordia con los habitantes de la casa, que me asistían cariñosamente y me tenían por suyo. Siete mujeres había en la villa, y aunque viejas en su mayor parte (dos eran niñas de catorce a quince años), gustábame su cordial trato. Entendí que eran familias de la servidumbre jubilada del cardenal, que conservaba los criados aun en el período de su decadencia inútil. Todo aquel mujerío y dos hombres, el uno jardinero, cochero el otro, ambos con traza de bandidos, procedían de Terracina, el país de Antonelli. Las dos *ragazze*, una de las cuales era bonitilla, la otra jorobada, me ayudaban juguetonas y alegres en mis tareas de bibliófilo, y al caer de la tarde nos íbamos a dar una vuelta por las orillas del lago Albano o emprendíamos, despacito y charlando, la ascensión al monte Cavo para gozar la vista de todo el territorio Albano y del mar, incomparable belleza de suelo y cielo, ante la cual acompañado me sentía de los antiguos dioses.

Terminadas las vacaciones, volví a Roma con cuatro de aquellas mujeronas y la corcovadita, y empecé mis estudios, instalado en el piso alto del palacio de su eminencia, en el Borgo-vecchio. Comenzó para mí una vida monótona y de adelantos eficaces en mis conocimientos. Los estudios de lenguas orientales en la Propaganda me cautivaban; tanto allí como en la Sapienza hice amistades excelentes, y un día de diciembre tuve la inefable sorpresa de encontrarme a Della Genga, que me abrazó casi llorando. Sus padres, convencidos al fin de que a la naturaleza varonil del chico se ajustaba mal la sotana, dedicáronle a la jurisprudencia y al foro. Estaba mi hombre contento y orgulloso de su moderada libertad. Restablecida nuestra fraternal concordia, juntos estudiábamos y juntos nos permitíamos algún esparcimiento propio de la juventud. Debo declarar con toda franqueza que Della Genga me corrompió un tantico y empañó la fuerza de mi moral en aquellos días, comunicándome eficazmente, hasta cierto punto, su innata afición a la mitad más amable del género humano. Acúsome de esto, afirmando en des-

cargo mío que mis debilidades no pasaron de la medida discreta. Y para que todo sea sinceridad, añadiré que no tuvo poca parte en mi comedimiento mi escasez de dineros; la cual vino a ser un feliz arbitrio de la Providencia para preservarme de chocar contra escollos o de ser arrastrado en vertiginosos remolinos.

IV

Majora canamus. — Igualábame Della Genga en la admiración al nuevo Pontífice y en creerle como enviado del Cielo para devolver a Italia su grandeza y dar a los pueblos fecundas y libres instituciones. Toda Roma creía lo mismo. Mastai Farretti sería como un pastor de todas las naciones, que sabría conducirlas por el camino del bien eterno y de la terrestre felicidad. Cuantas disposiciones tomaba el Santo Padre eran motivo de festejos, y las iluminaciones con que fué celebrada la amnistía repetíanse luego por motivos de menos trascendencia. Siempre que a la calle salía Pío IX se arremolinaba la multitud junto a su carruaje y los vivas y aclamaciones, repitiéndose en ondas, conmovían a toda la ciudad. Por cualquier suceso dichoso, y a veces sin venir a cuento, se improvisaban procesiones y cabalgatas, y las sociedades que habían sido secretas y ya se habían hecho públicas salían con sus abigarrados pendones entonando himnos. Pasado algún tiempo de esta patriótica efervescencia, el entusiasmo empezó a degenerar en delirio y las demostraciones en vocerío y alborotos.

Era Della Genga devotísimo de las ideas de Gioberti, y yo no le iba en zaga. Habíamos leído y releído el *Primato degli italiani* y soñábamos con la redención de Italia y su gloriosa unidad bajo la sacra bandera del vicario de Cristo. Esto pensaba yo, y con inquebrantable fe pensándolo sigo y me creo portador de tan saludables ideas a mi querida patria. Pío IX, que en sus virtudes preclaras, en su poderoso entendimiento y hasta en su rostro plácido y expresivo, conquistador de voluntades, trae el sello de una misión divina, efectuará la restauración civil de la península itálica, inmensa obra que no ha podido ser realidad por no haberse empleado en ella el ligamento de las creencias comunes, de la enseñanza católica. Roma será, pues, la metrópoli de la Italia moral, y cabeza de la política, y creará un pueblo robusto, tan grande por la fuerza como por la fe. El báculo de San Pedro guiará en esta conquista a los italianos, enseñando a la Europa entera el camino de la fecunda libertad. De esta idea y de sus infinitas derivaciones hablábamos mi amigo y yo a todas horas, siempre que nuestra malicia o la frivolidad propia de muchachos no nos llevaban a conversaciones menos elevadas.

Y escribíamos sobre el mismo tema político sendas parrafadas ampulosas, que nos leíamos *ore alterno* buscando el aplauso, y éste fácilmente coronaba nuestras lucubraciones. Por cierto que un día (pienso que por febrero de este año) mi orgullo me sugirió la idea de mostrar al cardenal una enfática disertación que escribí sobre el magno asunto de la época, con el título de *Risorgimento dell'Italia una e libera*, y quedándose con mi mamotreto para leerlo en el primer rato que tuviera libre, a los ocho días me llamó para decirme que no estaba mal pensado ni escrito; pero que no robase tiempo a mis estudios para meterme a divagar sobre lo que ya habían tratado las mejores plumas italianas. Comprendiendo que ni mi discurso ni la materia de él eran de su agrado, salí de la presencia del grande hombre un tanto corrido.

Bien entrada ya la primavera, un ataquillo de malaria, que me cogió debilitado, interrumpió en mal hora mis estudios y hube de guardar cama, presentándose la calentura tan insidiosa que ni alivio ni recargo sentí en todo un mes. Por fin, el cardenal me mandó a Subiaco, acompañado de la jorobadita y de una de las vejanconas. El puro aire de los montes Albanos me restableció en otro mes de régimen severo y de mental descanso; pero no pude asistir a exámenes ni pensar en nueva campaña escolar hasta el otoño próximo, lo que sentí de veras, porque en la Propaganda me iba encariñando con el hebreo y sánscrito, y en la Sapienza figuraba entre los más lucidos estudiantes de Patrología y de lugares teológicos, sin olvidar la jurisprudencia, concilios, etcétera.

Y heme de nuevo, apenas apuntaron los calores de julio, en la placentera residencia de Albano, libre y bien atendido, compartiendo mis horas entre los paseos por las alamedas que conducen a Castel Gandolfo o por la Nueva Vía Appia, y el trajín de la biblioteca, que me recibió como un viejo amigo brindándome con todo el embeleso de sus mil libros interesantes, apetitosos, llenos de erudición los unos, de amenidad los otros. ¡Oh soledad dichosa, oh dulce presidio!

De un verano a otro había cambiado el personal de la villa, pues dos ancianos murieron, otros dos se habían ido a Terracina, y en su lugar hallé un matrimonio de edad avanzada y dos mozas muy guapas; una de ellas, a poco de estar yo allí, fué conducida a Frascati, donde veraneaba el cardenal con una noble familia polaca. La que en casa quedó no era jovenzuela, sino propiamente mujer y aun mujerona, de más que mediada talla, esbelta, gran figura, tipo romano de lo más selecto, cabello y ojos negros, la tez caldeada, con tono de barro cocido. Su trato parecióme un poco salvaje, como recién cogida con lazo en los campos de Terracina; vestía poco, despreciando las modas y prefiriendo los trajes de su pueblo. ¿Era casada o viuda? Nunca lo supe, pues de sus palabras a veces se colegía que el esposo había fenecido en la plenitud de sus hazañas bandoleras, a veces que se había marchado a Buenos Aires. Esta doble versión podía explicarse por el hecho de que no fuese un marido, sino dos los que ya contaba en su martirologio. No insistí yo mucho en inquirirlo, pues noté en la buena moza marcada repugnancia de los estudios biográficos. Llamábanla Bárbara o Barberina, nombre que le cuadraba maravillosamente, porque leía muy mal y apenas sabía escribir; mas con su natural despejo disimulaba tan graciosamente la ignorancia, que valía más su conversación que la de veinte sabios. Gustaba yo de charlar con ella, más que por la rudeza de sus dichos, por verle los blanquísimos dientes que al sonreír mostraba y admirar el encendido color de su rostro iluminado por la elecuencia de mujer burlona.

Pero no se crea que las burlas a que tan aficionada era escondían un carácter avieso y malicioso, no. Era muy buena la salvaje Barberina, y a mí me tomó decididamente bajo su amparo y protección y me cuidaba como a hermano. Viéndome tan endeblucho, se desvivía por reparar mi quebrantado organismo dándome calditos o infusiones entre horas y haciéndome el plato en las comidas con propósito de llenarme el buche de cosas sustanciosas y bien digeribles. Guardaba en sus bolsillos golosinas para obsequiarme, de sorpresa, cuando paseábamos junto al lago con la jorobadita y otras muchachas, y atendía también singularmente a mi descanso nocturno, evitando todo ruido en la villa y alejando de mi aposento la caterva de gatos y perros que en la casa tenían su albergue.

Agradecido a tantas bondades, se me ocurrió la felicísima idea de pagarle sus beneficios con otros no menos valiosos. Cualquiera, por egoísta que fuese, habría pensado lo mismo, ¿verdad? Ella cuidaba de mi corporal existencia, dándome salud y robustez; pues yo cuidaría de embellecer su espíritu, dándole el jugo de la ilustración, de que se alimentan los seres escogidos, etc... En fin, que si ella me nutría, yo la educaba, le devolvía sus obsequios perfeccionándola en la lectura y enseñándola a escribir correctamente. Cuánto se holgó Barberina de mi plan de recíproca beneficencia no hay por qué decirlo. Al punto empezamos la campaña, brindándonos a ello el tiempo que en aquel apacible retiro nos sobraba y el sosiego de la retirada y fresca biblioteca. La hice leer *I Promessi Sposi*, y advirtiendo su predilección por lo que más hería su sensibilidad, nos metimos con los poetas, prefiriendo los modernos, para huir del estorbo de los arcaísmos. Con tal cariño tomó estas lecturas, que al fin se me hizo largo el espacio de sus lecciones. Y yo no volvía de mi sorpresa viendo que todo lo comprendía, que ninguna delicadeza de sentimiento, ni alegórica ficción, ni gallardía de estilo se le escapaba. Y cuando nos poníamos a comentar, ¡qué candorosa sinceridad y qué claro juicio en aquella salvaje! Lloraba con las ternezas religiosas de Manzoni, se entusiasmaba con el fiero nacionalismo de Monti y de Alfieri, y Leopardi la dejaba no pocas veces silenciosa y cejijunta.

Menos afortunado era el maestro en la escritura, porque los dedos de la ce-

rril discípula no conservaban la flexibilidad y sutileza de su virgen entendimiento. Gustábame guiar aquella dura y fuerte mano, tan bien modelada que parecía la mano de Minerva o de Ceres. Pero los adelantos no correspondían a los esfuerzos de ella, acompañados de hociquitos y muecas con sus carnosos labios, ni a la paciencia y esmero que yo ponía en mis lecciones. Acababan éstas con los dedos de ambos manchados de tinta y con la exclamación de ella lamentando su torpeza. Hecha su mano al rastrillo, al bielgo, a la pala y a otros rústicos instrumentos, se avenía mal con la pluma. Por consolar a mi educanda, decíale yo que trocaría mi buen manejo de escritura por la fuerza y la paz que da la vida del campo, y que un labrador inteligente es el primero de los sabios, que con el arado escribe en la tierra el gran libro de la felicidad humana. Pero estas pedanterías no la curaban de su desconsuelo, y a la siguiente lección volvía con más empeño a la faena.

Corriendo con lenta placidez los días, Barberina progresaba en la instrucción, y ambos en la confianza mutua, sin el menor detrimento de la honestidad. Pedíame ella que le hablase de mi familia y de mi pueblo y que le contara cuanto de mi infancia recordaba. De la suya y de su parentela, así como de su matrimonio, nada me contaba ella, creyendo, sin duda, que su historia no podía interesarme. Cada día se inquietaba más por mi salud, y a sus cuidados del orden doméstico añadía discretas exhortaciones referentes a la vida moral. En sus sermones me incitaba a la pureza de costumbres y afeaba mi ardorosa afición a las cosas paganas. De tiempo en tiempo hacía yo veloces escapadas a Roma, volviendo con algunos libros o cualquier objeto cuya compra, según yo decía, me precisaba. Recibíame Barberina, al regreso, con dolorida severidad, afirmando que mi salud y aun mi decoro estaban en peligro si no me penetraba del respeto que debemos a nosotros mismos y a la sociedad. Más sutil moralista no he visto nunca. No pude menos de rendirme a tan sabios consejos, bendiciendo la boca que me amonestaba y declarando que a cuanto me ordenase había de someterme. Todo el afán de mi amiga era preservarme de los peligros que en el mundo cercan a una juventud delicada, y yo, considerando la inmensa valía de esta tutela, me abrasaba en admiración y reconocimiento.

No disminuía con esto nuestra afición a las lecturas, y si ella leía por ejercitarse, hacíalo yo por darle el modelo de la entonación y por entretenerla y deleitarla con útiles pasatiempos. Observé que las cosas serias la interesaban más que las jocosas, y las humanas, construídas con elementos de verdad, más que las imaginativas. Después del *Jacopo Ortis* y de las *Prisiones*, leí parte de la *Eloísa*, de Rousseau, y de aquí saltamos a las *Confesiones*, cuyos primeros capítulos fueron el encanto de Barberina. Burla burlando llegamos a la presentación de Juan Jacobo en la casa de madame Warens, al carácter y figura de ésta, a la maternal protección que dispensó al joven ginebrino, y por fin, al ingenioso arbitrio de la dama para preservar a su amiguito de los riesgos que corre un jovenzuelo impresionable si se le deja solo ante el torbellino del mundo y las asechanzas del vicio. Admirable nos pareció a entrambos aquel pasaje, que Barberina alabó con vivos encarecimientos... Mi amor a la verdad me obliga a terminar este relato repitiendo el famosísimo *quel giorno più non vi leggemmo avanti*.

V

Alegría insensata y sombríos temores alternaban en mi alma desde aquel día. ¡Amor, conciencia, cuán desacordes vais comúnmente en la vida humana! Amargaban la dulzura de mi juvenil triunfo sobresaltos y presentimientos tristísimos, y mi felicidad en ellos se disolvía como la sal en el agua. Perseguíame el espectro del cardenal pronunciando la acusación y cruel sentencia que yo merecía, y en mis sueños me visitaba, y despierto le sentía próximo a mí. Seguramente no tendría yo valor para poner mi rostro pecador ante el de su eminencia. El temido rayo de sus ojos me haría caer exánime; me faltaría valor aun para pedirle perdón de mi vergonzoso ultraje a la ley de hospitalidad.

Algún alivio me dió la noticia, por la propia Barberina comunicada, de que el cardenal no parecería en mucho tiem-

po por Albano, ni aun de paso para Castel Gandolfo. Desde Frascati, deteniéndose en Roma sólo una noche, había pasado a Rímini, sin duda con una misión secreta de Su Santidad para el embajador de Austria, que allí veraneaba. Calculando mis huéspedes la duración de la ausencia por el equipo y servidumbre que Antonelli llevaba, presumían que iría también a Viena. No obstante estas seguridades de respiro, yo no tenía sosiego y pedía fervorosamente a Dios que complicase los asuntos diplomáticos de la Santa Sede en términos tales que mi protector tuviese que ir también a San Petersburgo, y de allí a Pekín, atravesando todo el Asia en camello, en elefante o en otro vehículo animal de los más lentos.

Por aquellos días empezaron a tomar mal cariz las cosas políticas. La popularidad del Papa era ya molesta, tirando a la confianza irrespetuosa: los entusiasmos de la plebe, dirigida por las Sociedades o Círculos, no eran ya simples alborotos, sino motines en toda regla. Las concesiones de Su Santidad al espíritu moderno les parecía poco, y ya pedían la Luna, la Osa Mayor y el Zodíaco entero. El clamor de reforma era tan intenso, que el adorado Mastai Ferretti se veía compelido a dar gusto al pueblo nombrando un Ministerio laico. Gustaba yo de la inquietud porque no sólo veía en ella la palpitación general del ideal de Gioberti tomando carne y forma de cosa real, sino porque el tumulto y todo aquel revolver de las ondas sociales me parecían a mí muy propios para que en ellos se escondiera mi delito y quedase ignorado, impune. *Ahí, como mal mi gobernasti, amore!*

Mas un día, *corpo di Baco!*, anunciaron que el cardenal estaba de vuelta en Roma, y ya no hubo para mí tranquilidad. Pasó por mi mente la idea de fugarme: comuniqué este pensamiento a Barberina, la cual me dijo que había pensado lo mismo. Propúsome que nos fuéramos a España... ¡A buena parte!, dije yo. De escapar, a Nápoles, para plantarnos en Egipto, o a Génova, para emigrar calladitos a Buenos Aires, donde pondríamos un café, una tienda de bebidas...; no, mejor un colegio, en el cual yo abriría cátedra *de omni re scibile*. Felizmente, ninguno de estos disparates prendió en mi mente, y la irresolución, que en normales casos suele perdernos, en aquél fué mi salvación... Mientras discutíamos mi amada y yo si nos estableceríamos en Corfú o en Alejandría, vino un recado de Antonelli llamándome con urgencia. ¡Ay!..., ¡ay!

Se me olvidó apuntar que el matrimonio anciano que regía la casa mirábame ya como cosa perdida. Días antes notaba yo en sus rostros cólera, menosprecio, amenaza; cuando me vieron llamado a la presencia del amo, su actitud era compasiva, como la de los curiosos que asisten al paso del condenado a muerte, camino de la horca o de la guillotina. Y en efecto, en mí se determinaba la insensibilidad del reo en la capilla momentos antes del suplicio. Salí de la casa sin poder ver a Bárbara; creí que se había encerrado en su habitación. Quise subir, y no me dejaron. «¡Barberina!», grité desde abajo, y nadie me respondió... Partí con el corazón despedazado, mordiendo mi pañuelo. Luego me dijo el cochero que, aquella madrugada, la buena moza, obedeciendo órdenes terminantes del cardenal, y guardando el mayor secreto, había partido para Terracina..., a pie, sola... Y no había miedo de que se desviara de su ruta, ni que desobedeciera la terrible y concisa orden. Protesté, lloré, rugí, y el cochero, con filosófico humor y flemático desdén, me dijo:

—*Ah, signore!, questo e peggio che l'Inquisizioni. Ma, non dubiti, la sconteranno sti pretacci, figli di cani.*

Hablamos de política. Pronto comprendí que estaba el hombre cogido por las sociedades secretas.

—Un hombre, sólo hay un hombre que pueda traernos la revolución.

—¿Y quién es ese hombre?

—Mazzini...

Mi pena no me dejó espacio para sostener la conversación. ¿Qué me importaban a mí Mazzini y toda la turbamulta de las logias?

Llegué al palacio del cardenal con la esperanza de que sus ocupaciones no le permitirían acordarse de mí, de que no podría recibirme, de que tendría yo que aguardar horas, quizá días... Quedéme aterrado al ver que el portero, como si me esperase, me mandó pasar en cuanto bajé del coche, y luego un ujier, sin darme descanso ni respiro, me introdujo en la biblioteca, donde vi a su eminencia despachando con un secretario. Yo ape-

nas respiraba; yo pensaba en Dios, como el espía, víctima de la ley de guerra, que es conducido ante el pelotón que ha de fusilarle. Más atento al despacho que a mí, el grande hombre no se dignó mirarme. Un cuarto de hora, que hubo de parecerme un cuarto de siglo, duró mi ansiedad; y cuando el secretario, recogiendo papeles, a marchar se disponía, yo, paralizado, y mudo en el centro de la pieza, extrañaba que no me vendasen los ojos para el trance fatal.

No vi la mirada de Antonelli cuando me mandó acercarme, porque yo no podía levantar del suelo mi vista. El tono de su voz no me pareció demasiado duro. Me atreví a mirarle, y hallé en su rostro un desdén compasivo, no la cólera de Júpiter que yo esperaba. La angustia que me oprimía tuvo el primer alivio cuando su eminencia me preguntó por mi salud, aunque debía yo creer que era pura fórmula. Como le contestase, por decir algo, que no me encontraba bien, díjome que me propondría un remedio eficaz para la completa reparación de mi organismo. Nueva sorpresa mía con su poquito de pavor. ¿Cuál era este remedio? No tardó en decírmelo: el regreso a España. Los aires natales me serían muy provechosos. Con más miedo que finura contesté que me parecía muy bien. *Ed egli à me:*

—Hijo mío, bien a la vista está que tus esfuerzos para conservar la vocación religiosa son inútiles. La Naturaleza manda en ti como señora absoluta, y no sabes cultivar el espíritu robusto que debe sojuzgarla...

Admirado de tanta sabiduría, nada supe contestar. Parecióme que aquello de sojuzgar la Naturaleza era también fórmula, y que su eminencia echaba mano de los tópicos que sólo sirven para aleccionar a la infancia, sin tener más que un valor pedagógico semejante al de las palmetas. *Poi ricommincio:*

—Tus facultades prodigiosas se pierden en la distracción. Tal vez has errado la vía, y debes buscar otra en que la distracción misma no sea un impedimento, sino un estímulo. Para brillar en artes o ciencias no es necesario ser benedictino. La tutela que me delegó el buen don Matías, yo la devuelvo a tus padres, que la ejercerán con más fruto que yo. En Italia te pierdes: gánate en España, donde empezarás por hacer efectiva tu vocación de marido... Tu familia te procurará un buen matrimonio.

Pausa. Conmovido pronuncié al fin vagas expresiones de aquiescencia. Y como indicase que me prepararía para el regreso a mi tierra, dijo el cardenal:

—De aquí a la noche recogerás cuanto necesites llevar contigo, libros y ropa: al amanecer saldrás de Ostia en un barco que se da a la vela para la costa valenciana.

Dejóme atónito esta conminación, que no admitía réplica, y con un gesto manifesté mi conformidad. Ya sabía yo con quién me las había y cómo las gastaba el caballero. Al despedirme, sólo me dijo:

—En la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allí tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos.

La sustanciosa frase me hizo sonreír, y besándole la mano salí para disponerme a cumplir mi sentencia. Ya no le vi más. Comí, llené de libros una caja y un cofrecillo, de ropa un baúl, y me entregué al mayordomo, encargado por su eminencia de ponerme en camino. La sentencia se cumplió *manu militari*, porque un agente de policía fué quien me condujo a Ostia, a poco de anochecido, no soltándome de su férrea mano hasta dejarme a bordo de la urca, libre y quito de todo gasto, bien amonestado el patrón para que pusiese cien ojos en mí mientras el barco no se diese a la vela.

¡Adiós, Italia; adiós, Roma, corazón del Paganismo, cabeza de la Iglesia; adiós, Barberina, ara de mi primera ofrenda al tirano Dios! Así como los antiguos ponían sus muertos en las constelaciones, yo quiero darte luminosa eternidad en el firmamento... Durante las noches de mi largo viaje, he clavado de continuo mis ojos *nelle vaghe stelle dell'Orsa*.

VI

Sigüenza, noviembre.

Quedamos en que bauticé con el nombre de *Barberina* la estrella más brillante de la Osa Mayor, la que los astrónomos, según creo, llaman Mizar y con esto puse final punto a mi historia de Albano...

Cosas y personas mueren, y la Histo-

ria es encadenamiento de vidas y sucesos, imagen de la Naturaleza, que de los despojos de una existencia hace otras y se alimenta de la propia muerte. El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros en la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana. Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben. Digno será del lauro de Clío quien deje marcado de alguna manera el rastro de su existencia al pasar por el mundo, como los caracoles, que van soltando sobre las piedras un hilo de baba, con que imprimir su lento andar. Eso haré yo, caracol que aún tengo largo camino por delante; y no me digan que la huella babosa que dejo no merece ser mirada por los venideros. Respondo que todo ejemplo de vida contiene enseñanza para los que vienen detrás, ya sea por fas, ya por nefas, y útil es toda noticia del vivir de un hombre, ya ofrezca en sus relatos la diafanidad de los hechos virtuosos, ya la negrura de los feos y abominables, porque los primeros son imagen consoladora que enseñe a los malos el rostro de la perfección para imitarlo, los otros imagen terrorífica que señale a los buenos las muecas y visajes del pecado para que huyan de parecérsele. Habiendo aquí, como habrá seguramente, enseñanza para diferentes gustos, no me arrepiento del propósito de mis *Memorias* o confesiones, y allá voy ahora con mi cuerpo y con mi juventud y mi buen ingenio por el anchuroso campo de la vida española.

Ya es ocasión de que os hable de mi familia. Propietario de flacas tierras en este término es mi padre: poséelas mi madre de más valor en Atienza; pero reunidos ambos patrimonios no bastaron para el sostén de familia tan numerosa, por lo cual mi señor padre ha tenido que arrimarse a la política y a la Iglesia, y tiempo ha que desempeña la Contaduría de esta Subalterna, y es además habilitado del clero. Gran administrador de lo suyo y de lo ajeno ha sido siempre don José García, y en su honradez, que la opinión ha consagrado como artículo de fe, nunca puso el menor celaje la malicia. La vida metódica y sin afanes, la paz de la conciencia, el ejercicio saludable, le conservan entero y enjuto, sin achaques de los que a su edad pocos se libran, aunque es algo aprensivo, y tan friolero que anda de capa todo el año, de agosto a julio.

Mi madre es una santa, que hoy vive petrificada en los sentimientos elementales y en las ideas de su juventud, creyendo a pie juntillas que la inmovilidad es la forma visible de la razón. La palabra progreso carece para ella de sentido, y si en modas no ha querido pasar del año 23, cuando vinieron con Angulema los chales de crespón, rayados, en lo demás que atañe a la vida general no quiere entender de nada: ni discute novedades, ni comprende constituciones, ni se cura de opinar conforme a estas o las otras ideas, firme en su inquebrantable dogmatismo religioso, que a lo social y político extiende... «Así lo encontramos y así lo hemos de dejar», es su fórmula, que a todo aplica, creyendo firmemente que el mundo, por muchos tumbos que dé, vuelve siempre a lo que ella vió, conoció y sintió en su florida mocedad. Completan el retrato la dulzura y placidez de un rostro angelical, que aún parece más divino con su copete de cabellos blancos y el mirar confiado y sereno, reflejo de un alma en que moran todas las virtudes cristianas y domésticas sin sombra de maldad. Nueve hijos nacimos de esta ejemplar señora; vivimos siete, con quienes harán conocimiento mis lectores, que algo hay en ellos digno de la posteridad. A mí me tuvo mi madre en edad extemporánea, cuando ya nadie esperaba fruto de ella, y por esto el más joven de mis hermanos me lleva ocho años. Y como coincidieran con mi tardío nacimiento una aurora boreal, un cometa, con más otros terrestres acontecimientos, formidable crecida del Henares y la aparición de una espléndida luz que en las noches oscuras se paseaba por el tejado y torres de la catedral, dió en creer la gente que aquellos inauditos fenómenos anunciaban mi venida al mundo como prodigioso niño, llamado a revolver toda la tierra. Mi madre se reía de estos disparates; pero confiaba siempre en que su benjamín no habría de ser un hombre vulgar.

Mi hermano Agustín, el primogénito, que ya cumplió los cuarenta, casó en Madrid, y allá disfruta de un buen empleo, arrimado a los hombres de la *moderación*. Mi hermano Vicente casó con una rica labradora de Brihuega, viuda, y está hecho un bienaventurado patán, con

cinco hijos, y labranza de doce pares de mulas; Gregorio, que estudió en Madrid la carrera de abogado, también anda por allá, buscándose un acomodo en las sociedades mineras o de seguros: y Ramón, que es el más joven, no se ha separado de mis padres, y disfruta de un sueldecito en la Subalterna. De mis hermanas, la mayor, Librada, que ahora tiene treinta y ocho años, casó en Atienza con un primo mío, ganadero de buen acomodo y propietario de dos molinos harineros y de una fábrica de curtidos; la segunda, Catalina, que ya rebasa de los treinta, profesó en el convento de la Concepción Franciscana, de Guadalajara, no recuerdo en qué fecha (sólo sé que a mí me tenían aún vestidito de corto), y luego pasó a La Latina de Madrid, donde ahora se encuentra. He aquí mi familia, mis sagrados vínculos con la Humanidad.

Vivimos en la calle de Travesaña, angosta y feísima, pero muy importante, porque en ella, según dicen aquí ampulosamente, *está todo el comercio*. La casa es de mi padre, tan antigua, que la tengo por del tiempo de la guerra de los turdetanos con Roma, cuando Catón el *Censor* puso sitio a esa noble ciudad. A pesar de las restauraciones hechas en ella, mi vivienda natal, en la cual no hay techo que no se alcance con la mano, se pierde en la noche de los tiempos; y a pesar de todo, como en ella vi la primera luz, paréceme la más cómoda y bonita del mundo. En los bajos hay un local alquilado para botica, la cual creo yo que radica en aquel sitio desde que vino a España el primer boticario, traído quizá por Protógenes, obispo fundador de nuestra diócesis. Ahora la regenta un tal Cuevas, hombre muy entendido en su oficio, y es centro de reunión o mentidero de cuantos en el pueblo discurren con más o menos tino de la cosa pública.

Seis o siete sujetos calificados clavan allí sus posaderas en sendas sillas toda la tarde y a prima noche, entre ellos mi padre: don José Verdún, coronel retirado; el juez, señor Zamorano; el canónigo de esta catedral, don Jacinto de Albentós, que entró aquí con Cabrera el año 36, mandando una partida de escopeteros, bien ajeno entonces de que se le recompensaría su hazaña con esta prebenda, y otros que no cito por no transmitir vanos nombres a la posteridad. Cada cual lleva su periódico, que lee o comenta: mi padre saca *El Faro*, que goza opinión de sensato; el canónigo desenvaina *La Iglesia* y *El Lábaro*, ambos de su cuerda; el coronel esgrime *El Clamor*, órgano del progreso; otro tremola *El Heraldo*, y Cuevas, en fin, enarbola *El Tío Carcoma*, satírico y desvergonzado, pues algo hay que dar también a la risa y al honrado esparcimiento. Predomina en la botica el tinte moderado, y contra una mayoría formidable luchan gallardamente los dos únicos progresistas, el coronel y el boticario. De entre las ruidosas peloteras que allí se arman salen airadas voces aclamando el nombre sonoro del primate a quien cada cual debe su destino, y si el uno pone sobre su cabeza a Bravo Murillo, el otro no deja que toquen ni al pelo de la ropa de Seijas Lozano, de Pidal o de Bahamonde.

Allí me enteré de sucesos que ignoraba, y que siendo ínfimos en la esfera total del humano vivir, parecían grandes a los pobres enanos que de ellos se ocupaban. Supe que habían caído los *puritanos*, y pues yo no conocía más puritanos que los de Bellini, pedí informes de tales sujetos, sabiendo al fin que eran como una cofradía que dentro de la *moderada* comunidad alardeaba de pureza. Supe asimismo que el rey y la reina andaban desavenidos, él haciendo solitaria vida en El Pardo, ella en Madrid gozando de la cariñosa popularidad que había sabido ganarse con su gracia y desenfado; y supe que los narvaístas andaban locos por volver al Gobierno, y que los progresistas, alentados por Bullwer, embajador inglés, hacían sus pinitos por colocarse en Palacio. Todo ello me importaba un bledo, como la caída del Ministerio Salamanca, sucesor de los puritanos, para dar entrada al temido y ensalzado don Ramón, que, según mi padre, es el único que entiende este complejo tinglado del Gobierno de España.

Sigüenza, 25 de noviembre.

La comidilla de esta tarde en la botica ha sido la reconciliación del rey y la reina. Vaya, picaruelos, se os perdona, pero no volváis a poneros moños que perturban la tranquilidad de estos reinos. ¡Ay, qué cosas han dicho los tertulios, santa Librada bendita! Que si costó más trabajo reconciliar a los reyes que casarlos..., que Serrano y Narváez se entendieron, retirándose el primero a la Ca-

pitanía general de Granada, y cogiendo el otro las riendas del Poder..., que ello es juego de rabadanes y cambalache gitanesco... ¡Dios mío, cómo ponen a Serrano mi boticario y mi coronel por haber abdicado sin dejar el mango de la sartén en manos progresistas! Los motes menos injuriosos que le cuelgan son los de Judas y don Opas. En cambio, los otros échanle en cara el abuso de su poder y su falta de discreción, tacto y delicadeza. Y yo le digo al tal: «Si me viera en tu caso, haría las cosas mejor, y si no pudiera escribir la Historia de España con la mano derecha, sabría educar y adiestrar mi mano zurda.»

27 de noviembre.

Esta tarde fuí yo quien hizo el gasto contándoles las magnificencias del rito en la Corte papal, describiéndoles con la facundia pintoresca que me permitían mis conocimientos de las cosas romanas los restos maravillosos del paganismo, el esplendor de San Pedro, de Santa María Mayor y de San Juan de Letrán; el lujo y señorío de los cardenales, la opulencia artística de los museos, las mil estatuas, fuentes y obeliscos, y no necesito decir que me oían con la boca abierta, suspensos de mi voz, y que alabaron en coro mi feliz retentiva. Mayor éxito, si cabe, tuve cuando de las cosas me llevó a las ideas el curso de mi fácil palabra y les expliqué la misión que Dios confiere al sucesor de San Pedro en la segunda mitad del siglo que corre. *Sursum corda*, y álcense unidos el dogma cristiano y la libertad de los pueblos. Para redimir a la Italia y hacerla una y fuerte se constituirá una federación bajo el patrocinio del soberano Pontífice, y un sabio Estatuto en que se amalgamen y compenetren los católicos principios con las reformas liberales, dará la felicidad a los italianos, ofreciendo a las demás naciones europeas una norma política, invariable y sagrada, por traer la sanción de la Iglesia.

La polvareda que levantó en el farmacéutico senado este novísimo *punto de vista*, como decía el juez, fué tremenda. Ya el señor Zamorano tenía de ello noticia por haber leído párrafos de un artículo de Balmes en la revista *El Pensamiento de la Nación*. Para los demás, el asunto era enteramente virgen. Cuevas y el coronel acogieron la misión papal con benevolencia, afirmando que, pues las ideas de Cristo eran francamente liberales, su Vicario en la tierra debía pastorear a las naciones enarbolando en su báculo la bandera del Progreso. Oír esto el canónigo y soltar la risa estúpida, grosera y provocativa, fué todo uno.

—¡Vaya, que será linda cosa un Papa progresista!... ¡La Iglesia dando el brazo a los hijos de la Viuda!... ¡Cristo entre masones..., ja, ja, ja..., y la Santísima Virgen bordando banderas liberales como *la* Mariana Pineda!...

Así desembuchaba sus salvajes burlas el sacerdote bizarro que había entrado en Sigüenza once años antes, *viribus et armis*, asolando el país y llevándose cincuenta mil reales como botín de guerra. Y luego añadió:

—Pero este Pepito, ¡qué ruedas de molino se trae de Roma para comulgarnos! Listo eres, hijo; pero no afiles tanto, que te vemos la intención chancera. A Roma fuiste con ínfulas de sabio, que debía tragarse el mundo, y nos vuelves acá con juegos de cubilete para embaucar a estos pobres patanes. No nos creas más tontos de lo que somos, y si vas a Madrid llévate allá los chismes de titiriteros, y ponte en las plazas a predicar toda esa monserga del Papa liberal y de la Iglesia metida con los ateos. Aquí somos brutos y no entendemos de fililíes romanos ni de obeliscos, ni de cardenales que visten capita corta y calzón a la rodilla; pero tenemos los sesos en su sitio y debajo del paño pardo guardamos el discernimiento español, que da quince y raya a todo lo de extranjis.

Respondí que no intentaba yo convencerle, porque él era como Dios le había hecho, un clérigo de caballería, de los que defienden el dogma a sablazo limpio. Contradiciéndole le puse tan desaforado y nervioso, que no hacía más que morder el cigarro, echar salivazos en el corro y dar resoplidos como un flatulento a quien se le atraviesan en el buche los gases. Intervino Cuevas en la contienda con sus opiniones emolientes, y mi padre sacó todo el espíritu de conciliación que comúnmente usa, asegurando que no hay que tomar a chacota mis ideas, pues vengo yo de donde las guisan; que él no da ni quita liberalismo al Papa, pero que, si éste se liberaliza, habrá de ser siempre *moderado*. Con es-

to y con llegar lo hora de que a cada cual le llamaban las sopas de ajo de la cena, terminó la gran disputa. Era el desvaído rumor con que llegaba a mi rústico pueblo la grave cuestión que entonces inquietaba a todos los pensadores de Italia.

30 de noviembre.

He aquí que mi hermano Agustín, el gallito de la familia, que desde Madrid dirige nuestros asuntos encaramado en su posición política, comunicó por carta felices nuevas de su valimiento en el Ministerio de la Gobernación, gracias al amparo que le dispensa el nuevo ministro, don Luis Sartorius. Extranjero en mi patria, era la primera vez que oía yo tal nombre. Púsome en autos mi padre, refiriéndome que este Sartorius es un mozo andaluz tan agudo y con tal don de simpatía, que se lleva de calle a la gente joven. Ha brillado en el periodismo; plumeando en las columnas de *El Heraldo* se hizo fácilmente un nombre, y... periodista te vean mis ojos, que ministro, como tenerlo en la mano. Con sólo este breve informe me fué muy simpático el tal Sartorius y me entraron ganas de conocerle. Añadía mi hermano en la carta que era llegada la ocasión de colocarme, toda vez que no había para mí, después del desengaño de mi viaje a Italia, mejor arrimo que el de la Administración pública, sin perjuicio de aplicarme a cualquier carrerita de las que en Madrid están abiertas para todo muchacho que tenga alguna sal en el caletre. Quedó, pues, determinado que para no perder tan dichosa coyuntura partiese yo a la Corte sin dilación, llevándome toda la balumba de mis libros, los cuales habían de ser mi mejor ornamento y mi garantía más segura de que no se me volvieran humo las esperanzas cortesanas.

1 de diciembre.

Mi buena y santa madre, mientras estiraba con delicado esmero en el baúl mi provisión de ropa añadiendo no pocas prendas, obra reciente de sus hábiles manos, me dió estos consejos que así demostraban su cariño como su bendita inocencia:

—Hijo mío, vas a un pueblo muy grande, donde todo cuidado será poco para precaverte de los peligros que te cercarán. Mas tú eres bueno, y tu alma paréceme que está cerrada a piedra y barro para las malas tentaciones. Pero Madrid no es Roma; en la ciudad que llaman Eterna, creo yo que no habrás visto más que ejemplos de virtud y buenas costumbres, pues otra cosa no puede ser viviendo entre tantísimo sacerdote y personas consagradas al servicio de Dios. Madrid no es lo mismo, y los ejemplos que allí encuentres serán de corrupción y escándalo, así en mujeres como en hombres. Te recomiendo y encargo, hijo mío, que contra las innumerables incitaciones al pecado que has de sentir, ver y escuchar, te fortalezcas con el temor de Dios y con el recuerdo de las virtudes que habrás observado siempre en tu familia. Y no insisto sobre punto tan delicado, pues, como dijo el otro, «peor es meneallo»... Yo confío en tu buen juicio y en la limpieza de tus pensamientos.

Respondíle muy convencido que ya cavilaba yo en la manera de sortear esos peligros, pues conocía bastante la sociedad para distinguir el bien del mal; y que el refrán «A Roma por todo» quiere decir que allá van los hombres a enterarse de cuanto en lo humano existe y a doctorarse en la ciencia del mundo como en todas las ciencias.

—Bien, hijo mío—dijo entonces mi madre con dulce conformidad—. Pero hay otro peligro en el cual quiero que fijes tu atención, y es que en Madrid abundan los envidiosos; y como tú despuntas por una capacidad y sabiduría tan extraordinarias, no dejarán de caer sobre ti las malas voluntades y peores lenguas para cerrarte los caminos de la gloria. Mucho cuidado con esto, Pepe mío. No hagas alarde de ciencia, y tus razones te acrediten más de modesto que de jactancioso, para que la envidia tenga menos abrazaderas por donde cogerte... Verdad que casi está de más este consejo, pues de Roma has vuelto ocultando tu ciencia más que ostentándola sin ton ni son, como hacías cuando fuiste. Ya no te pones a recitar la retahila de cánones y decretales; ya no hablas de la *Summa* de Santo Tomás ni de lo que escribieron Aristóteles y Belarmino; ya no nos hablas en griego para mayor claridad; y como no puedo pensar que sabes ahora menos, pienso que eres más precavido y mejor guardador de tu ciencia, a fin de no dar resquemores a la

envidia y vivir en paz con tanto majadero.

—Algo hay de eso, señora madre—repliqué yo—; pero el principal motivo de mi reserva del saber es que ahora sé mucho más que antes, y cuanto más se sabe más se ignora y más miedo tenemos de incurrir en el error que de continuo nos acecha. Estudiando y aprendiendo, he llegado a medir la extensión de lo que aún no ha entrado en mi entendimiento, y sabiendo cada día más, voy hacia el término a que llegó el gran filósofo que dijo: «Sólo sé que no sé nada.» Vea usted por qué parece que sé menos sabiendo más. No compare usted, señora madre, la ciencia de un niño con la de un hombre.

Muy complacida de mi explicación, añadió este último consejo, dándome a entender con su sonrisa que lo estimaba por muy práctico:

—No te cuides, hijo de mi alma, de lucirte entre los necios, cuyo aplauso para nada ha de servirte, ni de enseñar a los ignorantes ni de desasnar a los torpes. Para divertir y admirar a cuatro gansos no has estado tú quemándote las cejas desde que eras tamaño así. Toda Sigüenza sabe que prontitud como la tuya para el conocimiento no se ha visto jamás, pues aún estabas mamando y las primeras voces que dabas rompiendo a hablar parecía que eran en latín... Digo que te contengas y que guardes toda tu ciencia para las buenas ocasiones, desembuchándola como un torrente cuando te halles en presencia de personas que sepan apreciarla, pongo por caso, el señor de Sartorius, que dicen es tan sagaz y tan buen catador de los talentos. Tengo por indudable que le deslumbrarás, y el hombre no sabrá qué hacer contigo... Para mí, y como si lo estuviera viendo, es seguro que te pondrá en alguna de las grandes bibliotecas que hay allá, o en la mismísima *Gaceta*, para que escribas todo lo que se ordena, manda y dispone, y hasta lo que la reina le dice a las Cortes, o a otros reyes, o al mismo Papa.

Encantado de su *sancta simplicitas* y estimando ésta como un bien muy grande, corona de las virtudes de mi madre en su patriarcal vejez, corroboré aquellas ideas y para fortalecer su inocencia hermosa me fingí convencido de que Madrid y Sartorius me subirían a los cuernos de la luna. Lloraba la pobrecita oyéndome, y yo, traspasado de pena, hice mental juramento de conservar siempre a mi madre en aquel ideal ensueño que aseguraba la felicidad de sus últimos días. Partí aquella noche en el coche correo.

VII

14 de enero del 48.

Carguen con Madrid y su vecindario todos los demonios, y permita Dios que sobre esta villa, emporio de la confusión y maestra de los enredos, caigan todas las plagas faraónicas y algunas más. Rayos arroje el cielo contra Madrid, pestes la tierra y queden pronto hechas polvo casas y personas. Hágase luego gigante el enano Manzanares, para que con revueltas aguas borre hasta el último vestigio de la capital, y quede el suelo de ésta convertido en inmenso charco donde se establezca un pueblo de ranas que cante noche y día himnos de la garrulería...

No tuvo la Villa y Corte mis simpatías cuando en ella entré: parecióme un hormiguero; sus calles, estrechas y sucias; su gente, bulliciosa, entremetida y charlatana; los señores, ignorantes; el pueblo, desmandado; las casas, feísimas y con olor de pobreza. Pero no proviene de esto el odio que hoy siento, sino de positivas desdichas que en esta Babilonia de cuarta clase me ocurrieron a poco de mi llegada. Dos familias, la de mi hermano Agustín y la de mi hermano Gregorio, se disputaron desde el primer momento la honra de albergarme, y ésta tiraba de mí por un brazo, aquélla por otro, y en poco estuvo que me descuartizaran. De una parte a otra iban mis baúles y maletas. Por la mañana se decidía que mi casa fuera la de Gregorio; por la tarde venía la mujer de Agustín, cargada con mi ropa, y era forzoso meterlo todo a puñados en los baúles. Tres días estuve de mazo en calabazo, comiendo en una casa, cenando en otra, y a lo mejor me hallaba sin corbata, que se había quedado allá, o me faltaba la levita, el sombrero, los guantes... Y cuando tras tantas fatigas, triunfante Gregorio, me vi definitivamente instalado en casa de éste, ¡oh inmensa desventura! eché de ver que en los tra-

siegos de mi persona y de mis cosas entre una y otra vivienda se había perdido el manuscrito de mis *Memorias*, todo lo que escribí desde Vinaroz a Sigüenza, mi vida en Italia... ¿Hay mayor desdicha ni más estúpido contratiempo? En vano lo he buscado en las dos casas, preguntando a los aturdidos amos y a las cerriles criadas. Nadie lo ha visto, nadie da razón de aquellas hojas en que vertí la verdad de mis sentimientos y los secretos más graves... Y la idea de que mis apuntes hayan ido a parar a indiscretas manos me vuelve loco. ¡Escriba usted confesiones con el fin de deleitar e instruir a la juventud, ponga usted en ellas toda su alma, para que caigan en manos de un zafio que haga de ellas chacota, o de una maritornes que las emplee para encender la lumbre!

Aunque las diversas personas a quienes pregunté por mis papeles me negaban con notoria ingenuidad haberlos visto, yo sospechaba de mi cuñada, la mujer de Agustín, sin que pudiera decir en qué fundaba mi sospecha, pues con la mayor serenidad me ayudaba a buscar el tesoro perdido y lamentábase con desconsuelo verdadero o falso de la inutilidad de mis investigaciones. Y hoy, cuando ya he perdido la esperanza de recobrar mi tesoro, persisto en creer que ella lo guarda como un feliz hallazgo, sin duda con la idea de variar los nombres de personas, alterar algún incidente y publicarlo como novela de su invención. Porque ha de saberse que mi cuñada Sofía es lo que llamamos politicómana, con sus perfiles de litereta, pues aunque alardea modestamente de no escribir, presume de buen gusto y promulga juicios sentenciosos sobre toda obra poética o narrativa que cae en sus manos. Comúnmente le sorbe los sesos la batalladora política más que las pacíficas letras, y toda la mañana la veis en su cuarto, con bata encarnada y una cofia en la cabeza, devorando periódicos. ¡Y la casa sin barrer! ¡Y la señora no se peina hasta media tarde!

Permitid que me ensañe en ella, pues le tengo odio y mala voluntad desde que se me metió en la cabeza que es ladrona de mi manuscrito. Si mi hermano le supera en discreción, ella le gana en edad; no tiene hijos, pero sí un bigotillo con más lozano vello que el que a su sexo corresponde. Por las mañanas, a la hora en que se halla en todo el furor de su loco entretenimiento, las greñas se le salen por debajo de la cofia, las uñas guardan todavía luto y las manos le huelen a tinta de periódico; su gordura fofa se escapa por uno y otro lado, evadiéndose del presidio de un destartalado corsé, cuyas ballenas no son más que un andamiaje en ruinas.

Y también digo que a zalamera y engañadora no le gana nadie. Se precia de quererme mucho y de tratarme como a un hijo. Me riñe con suavidad cariñosa, si es menester, y me colma de elogios cuando, a su parecer, lo merezco. Ella fué quien me notificó, a los ocho días de mi llegada, mi nombramiento para una plaza en la *Gaceta*. Este era el *veni, vidi, vici*, y pocos podrían alabarse de tanta prontitud en el logro de sus esperanzas.

—Como ahora no se nos niega nada —me dijo, azotándome la cara con el número de *El Clamor*—, te hemos sacado ese destinito con ocho mil reales, que no es mal principio de carrera. Luego se verá. Me ha dicho Agustín que no tendrás nada que hacer en la *Gaceta* y que te recomendará al director para que te perdone la asistencia a la oficina los más de los días.

A ella y a mi hermano di las gracias, añadiendo que no me conformo con tan denigrante ociosidad, que pediría trabajo si no me lo diesen, para devolver a la nación en honrado servicio la pitanza modesta que pone en mi boca. Y éste no fué, ciertamente, un vano propósito, pues al tomar posesión de mi destino hube de protestar contra la holganza, a lo que me contestó el director, hombre amabilísimo y el más zalamero, creo yo, que existe en el mundo:

—Ya sé por su hermano que es usted un prodigio de talento y erudición. Sería imperdonable que por exigirle a usted la debida puntualidad en esta oficina le apartara yo de sus profundos estudios, privándole de consagrar las más de sus horas a revolver libros y compulsar códices en las bibliotecas públicas.

Creía, en conciencia, servir al Estado y al país declarándome vagabundo erudito. Afortunadamente, la *Gaceta* tenía personal de sobra y muchos iban allí a escribir comedias o a componer sonetos de pie forzado. No insistí. ¡Delicioso je-

fe fantástica oficina, sabrosa y dulce nómina!

22 de enero.

En cuanto llegó a Sigüenza la noticia de mi nombramiento, me escribió mi buena madre vertiendo en las cláusulas de su epístola todo el cariño y la inocencia de su alma seráfica. Conocía yo la magnitud de su alborozo por el temblor de su nada correcta escritura. Todo había resultado tal como ella lo pensara: llegar yo un viernes a Madrid, y al siguiente viernes, ¡pum!, el destino. Estas brevas no caen más que para los hombres escogidos en cuyas molleras ha puesto el divino Criador toda la sal y pimienta... Ya le había contado a ella un pajarito que el señor Sartorius me recibió poco menos que con palio, y que yo me puse muy colorado con las alabanzas que tanto el señor ministro como los otros señores presentes habían echado por aquellas bocas... «Nadie me ha dicho esto—añadía, con candorosa persuasión—, pero lo sé. No puede haber sucedido de otro modo... Al mandarte a la *Gaceta*, claro es que se ha fijado su excelencia en que el desempeño de aquellas plazas exige las cabezas mejores, y allá vas tú para poner en buena consonancia de frase todo lo del procomún y demás cosas que en tales hojas se estampan. Ya, ya saben esos señores a qué árbol se arriman... Te recomiendo, hijo mío, que no trabajes demasiado. Ya estoy viendo que muchos de tus compañeros se aliviarán de su faena recargando la tuya, fiados en que para tu entendimiento grandísimo son juguete de chico las dificultades que a ellos les agobian. No seas tan bonachón como sueles, ni tengas lástima de holgazanes y torpes, que de ésos se compone, según me dicen, la turbamulta de las oficinas... Por aquí se corre que has empezado a escribir una magnífica obra sobre el Papado y... no sé qué otras cosas, la cual no tendrá menos de quince tomos. Date prisa, no vaya yo a morirme sin poder leer aunque sólo sea el título. Dime si es verdad esto y cuántos pliegos llevas escritos ya... Adiós, Pepe mío: cuídate mucho, abrígate y que en esos trajines no se te olvide la obligación de tus oraciones de mañana y noche. Siempre que puedas, oye misa toditos los días. Yo no cesó de pedir al Señor que te ilumine y no te deje de su mano. Recibe todos los pensamientos, el alma y la bendición de tu madre.—*Librada.*»

En mi contestación, todas las ternezas me parecieron pocas, y poniendo especial cuidado en no ajar sus ilusiones, le dije cuanto pudiera conservarla en aquel sonrosado cielo donde su espíritu encontraba la felicidad. Su vida era un dulce sueño. Antes muriera yo que despertarla.

28 de enero.

Dejo pasar muchas noches sin añadir una línea a la segunda parte de mis memorias, porque el desconsuelo de haber perdido la primera enfría mis entusiasmos de cronista y biógrafo, llenándome de crueles dudas respecto al futuro destino de lo que escribo. ¿Quién me asegura que mis confidencias salvarán el largo espacio que desde la hora presente de mi vida se extiende hasta el reino oscuro de lo que llamamos Posteridad, la vida y sucesos de los que aún no han nacido o están todavía mamando? Para que estos renglones lleguen a su destino hago firme propósito de resguardarlos de curiosas miradas, y de trazarles un caminito subterráneo por donde lleguen salvos a manos de un discreto historiador del próximo siglo, que los acoja, los ordene y utilice de ellos lo que bien le parezca.

Voy a contarte ahora, oh tú, mi futuro compilador, la vida y milagros de mi hermano Gregorio, con quien vivo, y verás que si por el talle y rostro se distingue de mi hermano Agustín, mayor diferencia has de encontrar entre uno y otro por los hábitos, gustos y ambiciones. El primogénito es alto, airoso, elegante, de seductor trato, y cifra toda su existencia presente y futura en la política; Gregorio es de mediana estatura, achaparrado, de mal color, aunque de complexión recia; y desengañado de la poca sustancia que se saca del trajín de la cosa pública, adulando a poderosos sin ningún valor, o sentando plaza en el bullicioso escuadrón de majaderos o malvados, ha querido llevar su existencia por mejores rumbos.

Si diferentes son mis buenos hermanos, mayor desemejanza hay entre sus respectivas mujeres, pues la de Gregorio no es politicastra, ni bigotuda, ni gordiflona, sino muy bella y elegante, aun-

que, dicho sea en secreto, un poquito retocada con sutiles afeites; sabe cumplir con su casa y con la sociedad, gobernando muy bien la primera y atendiendo a las buenas relaciones, tan necesarias al género de vida que hoy lleva su activo esposo. Si Sofía estanca a su marido en la charca pantanosa del politiqueo, Segismunda dirige los pasos del suyo por caminos penosos y difíciles, pero de sólido piso, y que pueden conducir a las zonas más fructíferas de la existencia. A poco de tratar a esta segunda cuñada mía la tuve por mujer de entendimiento y de voluntad firme. En vez de afligirse ante las necesidades, busca medios seguros de atender a ellas, y mirando al porvenir tanto como al presente, fijo el pensamiento en sus dos hijos y en los que aún pudiera tener, lanza valerosa y cruelmente a su marido a un trabajo rudo, no de gabinete, sino de actividad febril, mañana, tarde y noche por las anchuras y estrecheces de Madrid.

Y ella por su lado y en su femenil esfera, trabaja también ayudando al hombre, suavizándole asperezas o allanándole obstáculos. Viste bien, recibe y paga visitas, aparenta holgada posición, no deja traslucir al exterior las ascéticas economías que practica en su vivienda. Sonríe cuando por dentro le andan terribles procesiones: en su pintado rostro bonito se revela la mujer audaz y codiciosa que desea la buena vida para sí y para los suyos, y sabiendo dónde lo hay, pone en juego todos los recursos para traerlo a casa. Anda el pobre Gregorio todo el día como un azacán, y a marcadas horas recibe mucha gente en su despacho: señores y aun damas entran y salen sin cesar. Algunos días veo traslucir el contento tras de la fatiga: los negocios van bien, y el hombre saca de su cansancio nuevas fuerzas para seguir en tan terrible zarandeo. Ama tiernamente a su mujer, que ha sido, según puedo colegir, su musa, su Minerva, y ella también le ama, viéndole realizar con gallardo tesón cuantos pensamientos ha sabido sugerirle.

Una tarde que estaba yo en el comedor jugando con los chiquillos, Segismunda se lamentaba de que Gregorio no hubiera tenido aquel día un rato libre para comer con sosiego.

—Pero no hay más remedio—me dijo—, y en este vértigo hemos de vivir hasta que llegue el descanso. Seremos ricos, Pepe, tú lo has de ver, y nuestra posición desahogada la debemos a nosotros mismos, es decir, Gregorio me la debe a mí... Te contaré: al año de casarme vi yo bien clarito que lo de la política es una guasa indecente. Tres meses o seis con un mezquino sueldo, y luego cesantías largas, angustiosas. «Esto no puede ser, me dije yo, y buen tonto será el que lo sufra.» Gregorio no tenía las necesarias agallas para lanzarse a los negocios; yo discurría por él; concluímos por discurrir los dos, y al fin, el hombre se penetró bien de mis ideas, y... ¡a trabajar!... ¡Qué comienzos tan penosos, hijo! Yo me consumía, y Gregorio se despernaba. Pero al fin empezó la suerte a ponerse a nuestro lado. Cuando él quería achicarse, yo me engrandecía, haciendo papeles superiores a nuestros medios. Esto precisamente, la figuración bien sostenida, nos acrecentaba la buena suerte, y al fin, ya ves..., vamos prosperando, y ya no hay desaliento, sino esperanza: los asuntos marchan a pedir de boca...

Aquí cerró el pico. Más poderosa mi discreción que mi curiosidad, no me atreví a pedirle explicación clara de tan estupenda granjería.

VIII

6 de febrero.

Debo consagrar una de estas hojas, o un par de ellas, a las reuniones que da cada martes y cada viernes mi cuñada Sofía, bajo un régimen de confianza que excluye toda etiqueta enfadosa, y que tiene por norma: amenidad, buen gusto y versificación. Suelen concurrir los compañeros de oficina de mi hermano, con señora y niñas el que las tiene. De hombres importantes no he visto a ninguno de los que hoy dan que hacer a la fama. Ni Pastor Díaz, ni Donoso, ni González Bravo han pisado hasta hoy aquellos salones. De literatos, he visto a Rubí sólo una noche, y varias a Navarrete, a Larrañaga, Antonio Flores, Ariza y al gracioso Villergas. Con arte y rigores de corsé consigue Sofía meter en cintura su deslavazado cuerpo, y tener a raya las exuberancias que por las mañanas hemos visto salidas de madre. Esto, y el

esmerado lavatorio de sus manos y pescuezo, y la compostura de la carátula, con algún retoque de colorete y abundantes polvos, le dan cierta dignidad majestuosa, que ella sabe realzar con su trato fino y amable. Es justo decir que en sociedad tiene Sofía el tacto de olvidar sus mañas de marisabidilla, evitando así la ridiculez que caería seguramente sobre ella. Limítase a exigir de los jóvenes concurrentes que lean versos tristes o declamen alguna llorona leyenda en prosa sobre asunto caballeresco. Alaba desmesuradamente toda poesía de moco y baba, o narración *fatídica*, vaticinando a sus autores que eclipsarán las glorias de Zorrilla o de *Tula* (con este familiar laconismo suele designar a la señora Avellaneda), y luego toca la vez a las señoritas de piano y solfa: rara es la noche que no tenemos *Fantasía sobre motivos...* y cavatina de *Beatrice di Tenda* o de *María di Rudenz*.

Pero nada me divierte tanto a mí como el *rincón de personas serias* que dignifica la tertulia de mi hermano, cotarro que tiene su asiento en un gabinetillo próximo a la sala y del cual son figuras principales don José del Milagro, Ferrer del Río, don Gabino Tejado, un muchacho muy listo llamado Santa Ana, un viejo de la tanda del año 23, llamado Muñoz; un don Basilio Andrés de la Caña, a quien solemos llamar *el sesudo* por la gravedad de sus juicios, y otros cuyos nombres no recuerdo ahora. Ante aquel discreto senado quiere Agustín hacer gala de suficiencia y de hallarse muy al tanto de las ideas que en la actualidad *agitan a los pensadores europeos;* y como la *idea del día* es el liberalismo papal y la filosofía histórica de Gioberti y de Balbo, viene a mí por las tardes, un poquito antes de comer, a pedirme que en cuatro palotadas le dé una *tintura* de estas sabias doctrinas. No me cuesta trabajo complacerle. Llega la hora de la tertulia y cae mi hermano en el corro de las personas serias como un pedrisco de erudición. La lección que le di, y que lleva pegada con saliva, se produce en deshilvanados conceptos que van saliendo en tropel de la memoria, como avecillas prisioneras a las que se abre la jaula.

Sin dejar meter baza a nadie, Agustín desembucha:

—Según expone Gioberti en su *Primato,* el redentor, el jefe, el príncipe de la nación italiana en la esfera del pensamiento debe ser el Papa, cabeza visible de la Iglesia católica... Tengan ustedes por cierto que se formará una confederación o liga de todos los pueblos, y soberanos de Italia bajo la presidencia del gran Pío Noveno.

Y recordando luego, no sin fatigas, lo más intrincado y sutil de la lección, dice:

—Contra dos *elementos* tiene que luchar Gioberti para implantar su *tesis.* El primero es el filosofismo, que niega la revelación cristiana, y por eso veis que truena contra Descartes y toda la tropa de filósofos alemanes. El segundo *elemento* enemigo es la intransigencia de los que niegan la libertad, la ciencia y el progreso humano, y por eso le veis revolverse contra los jesuítas. Entre la filosofía racionalista y la intolerancia inquisitorial está el término prudente y conciliador en que ha de fundarse la sana doctrina de la Libertad por el Pontificado, término que *nuestro autor* explana admirablemente en su *Introducción al estudio de la filosofía...*

Y cuando a mi hermano se le acaba la cuerda, van entrando en juego los demás, cada cual con su *tesis,* y oímos opiniones muy origfnales. Ninguno me hace tanta gracia como el *sesudo,* que luce su marrullero escepticismo cerrando las discusiones, al fin de la tertulia, con esta frase:

—Y por último, señores, que lo veamos, que lo veamos... Yo voy más allá que Santo Tomás, y digo: ¿Papa liberal? Cuando lo vea... no lo creeré.

8 de febrero

Palabras sueltas que al vuelo cogí de un reservado coloquio entre Agustín y el *sesudo,* algo más que oí en el café de los Dos Amigos, arrojaron súbita y esplendente luz sobre la misteriosa granjería del hermano con quien vivo. Yo no sabía nada, y todo de improviso lo supe, penetrando con mirada sintética en la negra y pavorosa mina que explota Gregorio. Allí le ve mi pensamiento arrancando en mal alumbradas cavernas el rico filón, bajo el látigo de su esposa inflexible, y me tiemblan las carnes sintiéndome tan cerca de la región de dolor y tinieblas. Consisten estos negocios en agenciar préstamos con usura, sencillísimo y ele-

mental arbitrio en todo país pobre, donde se disputan la vida dos fuerzas negativas: la holganza y la vanidad.

Al desilusionarse de la política, ocupóse mi bendito hermano en la colocación de pequeñas cantidades a rédito subidísimo; no tardó en tomar el gusto a la carne, y poniéndose en relación con personas adineradas trabajó en los préstamos con tal celo, finura de trato y con tan escrupulosa puntualidad y honradez, relativa si se quiere, que en corto tiempo tuvo una clientela formidable de necesitados y otra no menos fuerte de poderosos que, sin quemarse las pestañas, querían aumentar su peculio... En la red que Gregorio tiende han venido a caer propietarios y labradores de poco seso, señoritos de familia ilustre que liquidan el pasado histórico entregando sus vestigios a una mesocracia insaciable; industriales y mercaderes demasiado atrevidos, viudas y huérfanos predestinados a la mendicidad y otros infelices a quienes habría que calificar entre la necedad y la locura, o en ambas a la vez.

A la fecha en que esto escribo, y trayendo a la memoria dichos y hechos del que antes no comprendía y ahora sí, tengo por cierto que mi hermano, sin dejar el manejo de capitales de incógnitos vampiros, opera también con dinero propio, ganado en tres años de jugadas pingües. Ahora me explico el sentido de un diálogo breve, a medias palabras, que oí a Segismunda y Gregorio a los pocos días de mi llegada. Mi hermano, cuyo corazón y buenos sentimientos no han acabado de atrofiarse, suele tener reblandecimientos de la voluntad, remusguillos de compasión. Si le dejara su mujer, alguna de sus víctimas le vería desmayar en el rigor usurario. Pero así como el intrépido caudillo, al ver los primeros síntomas de cobardía o desmoralización en el soldado, cae sobre él y a empujones o sablazos le endereza, le vigoriza y le restituye a la disciplina y al honor, del mismo modo la fiera Segismunda, de acerado temple, cae sobre el tímido logrero y con iracundas voces le pone ante la vista el porvenir de sus niños nacidos y por nacer, engendrados y por engendrar; le pinta con brillantes colores el desquiciamiento que puede sobrevenir a la familia con tales flaquezas, y asienta dos grandes principios: que la suprema caridad es la que sobre nosotros mismos ejercemos, y que el verdadero prójimo es la familia: todos los demás prójimos son fraudulentos, apócrifos y mixtificados.

Mutatis mutandis, acabó diciéndole:

—¿A qué vienen esas blanduras sabiendo que nadie las tendría contigo si en igual caso te vieras? Bueno que se dé una limosna o se haga un favor; pero siempre que no nos perjudiquemos, porque si ahora te enterneces, todos querrán lo mismo, y adiós tu negocio y nuestro porvenir. Ya te he dicho que el mundo que habitamos es como un gran campo de batalla en que todos luchan por el pan, por la vida. Entre tantos que aquí combatimos, hay cobardes y menguados de una parte, valientes de otra. Aquéllos se contentan con un pedazo de pan; dignos de la victoria son los que van tras el pan de hoy y el de mañana, tras el bienestar, las comodidades y todo lo que constituye el decoro de nuestra existencia. El tesón ennoblece; la sensiblería degrada. Qué vale más: ¿comer o ser comido? Hay que optar entre estos dos papeles: el del cocinero o el del pobre animal que cae en la cazuela.

Esto dijo, y yo, sin variar a sus ideas ni un ápice, condimento la frase para quitarle su bárbara crudeza.

Esta tarde se reprodujo la cuestión que acabo de referir y los términos del diálogo fueron aún más vivos. Oí desde mi cuarto el rumor de la disputa, y pasado un gran rato, cuando me llamaron a la mesa, vi a Segismunda que acababa de engalanarse para ir al teatro después de la comida; contemplé su belleza y la expresión dura de su rostro, que parecía verdaderamente trágico cuando mostraba de perfil sus líneas helénicas; me pareció una euménide o la propia cabeza de Medusa con serpientes por cabellos.

16 de febrero.

Ved aquí la lista de mis amigos: Bruno Carrasco, más joven que yo, aficionadísimo a Historia y Literatura, que encuentra en mí una viviente enciclopedia y no me deja a sol ni a sombra; Donato Sarmiento, sobrino de mi cuñada Sofía, buen chico, ávido siempre de pasatiempos y muy descuidado en el estudio; Pascual Uhagón, bilbaíno, que estudia para ingeniero; un hermano de Segismunda, que se llama Leovigildo (en esa

familia todos llevan nombres germánicos); un Bringas, un Pez, un Caballero, un Trujillo, un Arnáiz, un Moreno Isla, un Trastamara, un Aransis y otros que irán saliendo en el curso de estas *Memorias*. Inmensamente vario es el jardín de mis amistades, y yo me trato con muchachos de todas las jerarquías. La confusión de clases, característica de España, tiene su principal fundamento en la fraternidad de las generaciones tiernas. Amigos tengo de familias del comercio, de familias vinculadas en la Administración pública, de familias aristocráticas. Ricos y pobres alternan conmigo, y tontos y discretos; jóvenes estudiosos, de gran porvenir, y zotes que no sirven para nada. En mis preferencias no brilla una lógica sana; es común verme a distancia de los chicos aplicados que, como yo, devoraron muchos libros; algunos que presumen de sabios, porque ganaron laureles en las aulas, me son antipáticos; otros que hacen vida irregular y nocturna, con gracioso desenfado de galanes de comedia, me atraen y seducen; los hay reservaditos y juiciosos, aspirantes a empleados o catedráticos, que a mí se me sientan en la boca del estómago. Me agradan más los que brillan con luces naturales que los que las han adquirido en forzados estudios, y ejercen mayor influencia sobre mí los aristócratas, a quienes me gusta imitar, seducido por el no sé qué de sus modales y de su conducta.

Gracias a Segismunda, que con toda su dureza de euménide es una gran administradora y cuida de vestirme y engalanarme dignamente, poseo un fraquecito azul con botón dorado, obra de un buen sastre, y todas las demás prendas accesorias. Hablando con la Posteridad, que está tan lejos y no puede contradecirme y burlarse de mí, me atrevo a consignar que mi figura es buena, que no desagrado al bello sexo..., que algunos me toman por diplomático y otros me lo llaman en broma, sin saber que la cuchufleta encierra un elogio. Mis amigos me cuentan maravillas de los bailes de máscaras en Villahermosa, y yo, que no he podido asistir a ninguno por carecer de ropa elegante, ahora que la tengo no veo las santas horas de meter mis narices en aquella diversión, pues entiendo que el juego de máscaras es cifra de la poesía social.

IX

18 de febrero.

¡Ay, ay, ay!... Esto no es quejido lastimero, sino el lenguaje del asombro y confusión que desde anoche llevo en mi alma, sin que haya podido atenuarle con el sueño matutino ni con el paseo de la tarde. ¿Estoy demente, o qué me pasa? De veras digo que si llevaran rótulo los capítulos o tratados de estas *Confesiones*, el presente debía ser encabezado así: *De la singular y nunca imaginada aventura que le salió al caballero Fajardo en el baile de Villahermosa, con el inaudito encuentro de una misteriosa máscara.*

Las diez serían cuando Aransis, Donato, Bringas y yo subíamos por la escalera de Villahermosa, que con tener espacio y anchuras grandes, le venía muy corta al tropel de personas, con careta o sin ella, que intentábamos franquearla. En la puerta que abría paso a la antesala y guardarropa, las apreturas de la multitud impaciente producían gemidos de asfixia, alguna imprecación seca y desperfectos de ropa, principalmente en las delgadas telas de algunos disfraces. Entramos al fin: nos despedimos de nuestros abrigos con cierta desconfianza de volver a ponérnoslos y nos lanzamos en el barullo ardiente, revoltijo de mil colores, ondulaciones de cuerpos que parecen nadar en el líquido tibio y perfumado de una redoma... Tal fué mi aturdimiento en los primeros instantes, que tardé en sentirme gozoso. Se me iba la cabeza, no sabía para dónde volverme: mis amigos se reían de verme tan provinciano, y me llevaban de un lado para otro, señalándome las máscaras bonitas, las extravagantes, las que tenían cariz y sello aristocráticos. A la media hora de navegar en aquel océano ya recobré la serenidad; había vencido el mareo; era un mediano navegante y me permitía dirigir la palabra a las mascaritas que junto a mí pasaban, o respondía sin cortedad a cuantas bromas venían dirigidas al grupo de mis amigos, reforzado con otros que allí se nos unieron.

Fuera de Aransis y Trujillo, que iban a tiro hecho, en amorosa connivencia con determinada mascarita, novia, *compromiso* o sabe Dios qué, todos los de la

partida íbamos a lo que saltara, algunos con esperanzas de fáciles conquistas, cegados por la vanidad, los más sin otro móvil que pasar agradablemente el tiempo, recogiendo una dulce impresión, alguna hoja desprendida de la flor del misterio. Y era yo ciertamente de los que menos podían esperar, porque escasos eran mis conocimientos en la Corte, y además carecía del arranque necesario para lanzarme en busca de la aventura si ésta no quería venir a mí. A medida que pasaba el tiempo sin la emergencia de *un encuentro fatal*, principio del enredo de amores (ilusión corriente en todo mozalbete), iba creciendo mi timidez hasta llegar a una sosería que a mí mismo me daba de cara. A las doce empecé a creer que me aburría; a las doce y media confesé y reconocí mi soberano aburrimiento, y cerca de la una declaré que aquel inmenso hastío era incompatible con mi dignidad de caballero. Mi persona y mi facha, tan semejantes a las de un diplomático, naufragaban en un mar de ridiculez. Esto pensaba al filo de la una, y ya encariñándome iba con la resolución de marcharme, cuando el Cielo, que hasta en los bailes de máscaras cuida de organizar las tangencias de cosas y personas para que la armónica ley se cumpla, me puso ante dos máscaras... Mejor será decir que el Cielo las trajo hacia mí, pues yo estaba quieto y como alelado, y ellas avanzaban con paso vivo, cual si me hubieran buscado y en aquel punto me encontraran.

Vestían traje popular italiano las dos mujeres, desiguales en estatura y empaque y la más alta de ellas clavó en mí sus ojos... A través de los agujeros de la careta los vi, negros, fulgurantes, y temblé... No me quedó gota de sangre en las venas cuando la máscara, tocándome en el hombro, no por cierto con suavidad, me dijo: «*Sono Barberina...*» Y sin darme tiempo a expresar mi admiración, me soltó una retahila de apóstrofes italianos, de los que suelen usar las mujeres del pueblo en casos de pasión o de ira, dejándome absolutamente confuso, lelo y turulato.

¡Barberina! En el barullo mental a que me llevó tan gran sorpresa vi en aquella mujer a la propia Barberina de Albano... La seguí como un loco. Su estatura y talle, el aire, el andamento eran los mismos... ¡Pues digo, los ojos...! La voz, aun con el disimulado timbre que se imponen las máscaras, también me parecía la suya... En italiano le hablé sin poder obtener más que la repetición de los dicterios, y crudelísimas apreciaciones de mi conducta. *Siete un povero pazzo... Vi sprezzo..., bruto villaco... Avete obeditto al geloso pretaccio come un eunuco, come un cane... Non sapete aprezzare l'amore d'una donna passionata...*

Debió durar poco en mí la persuasión de que me hablaba la Barberina de mi albanesa historia; pero duró, sí, un espacio de tiempo que ahora no puedo precisar, y mientras subsistió aquel engaño, díjele cuantas necedades se me ocurrieron en son de disculpa, y mezclando las explicaciones con el galanteo. Observé la autenticidad del traje de *ciociara;* podía jurar que era el mismo que Barberina guardaba en su arca y que se puso un día para que yo lo viese. En cambio, el vestido de la acompañanta a la legua revelaba la confección casera y carnavalesca, hecho con retazos mal cortados y peor zurcidos para una noche. También advertí que la segunda máscara, con todas las trazas de criada o confidente, no pronunciaba una sílaba en lengua italiana. Barberina, que así tengo que llamarla, me permitió que la acompañase a dar una vuelta por los salones; pero se negó resueltamente a bailar. Yo no merecía, según ella, más que odio y desprecio. No me perdonaba mi abandono, y había venido a España con el solo propósito de vengarse. Fuérame, pues, preparando yo a recibir el golpe súbito de la más terrible *vendetta* que en dramas y novelas se ha visto.

Cuando a este punto de nuestro coloquio llegaba mi mascarita, ya se había disipado en mi mente el primer engaño, y la claridad envolvía mi aventura. Tan Barberina era ella como yo el Papa; era, sí, una dama o mujer...; no, no, dama sin duda, a cuyas manos por ignorados senderos había llegado el manuscrito de mis *Confesiones* de Italia. Lo había leído y quería embromarme con gracia. Díjele así:

—Máscara de mis pecados, si no quieres que yo me vuelva loco, abandona la farsa ingeniosa de hacerte pasar por Barberina, y dime cómo y cuándo llegó a tu poder un manuscrito mío en que digo y cuento... lo que sabes. Dos fines aparecen en mi existencia desde esta noche

feliz: amarte con pasión, con locura, con frenesí, y recobrar mis papeles. Te diré todo lo que ordenan los poetas: eres ya el ángel de mis sueños; muéstrame tu faz para que pueda adorar tu belleza.

Rompió en sonoras risas, diciéndome en italiano inseguro que yo era tonto, y que así como soñaba con una belleza que no existía, soñaba también con un libro que no había sabido escribir.

—Ya es inútil que sostengas la farsa —le dije—. Ni tú eres romana ni sabes de aquella lengua más que algunos dicharachos comunes. Tu linda boca te ha vendido dejando escapar frases en el castellano más correcto. Seamos amigos. ¿No quieres mi amor? Pues recíbelo como amistad, y descúbrete o, sin descubrirte, dime dónde y en qué lugar debo recoger mi manuscrito.

Riendo con más gana, repitió dos o tres veces la frase morbosa del buen don Matías, que me hizo un efecto terrible pronunciada en medio de la febril alegría del baile: *ho perso il boccino.* Por fin reducirla pude a que me hablara en castellano. Y oí de sus labios estas palabras dulces, afectuosas, como reprimenda de hermana mayor:

—Eres un chiquillo inocente y corres en el mundo inmenso peligro si no caes en manos piadosas que te guíen.

—Pues sean esas manos las tuyas, máscara... ¿Quieres que te llame *hurí?* Te llamaré mi ideal, mi sueño, o el oriente de mi dicha.

—No empalagues con merengues poéticos.

—¿Te gusta la prosa?

—Sí, la prosa correcta y clara.

—Pues te amo, ¿es esto claro? Quítate la careta, y a renglón seguido... te propondré casarme contigo.

—¡Ay, qué prisita! ¿Y si yo no aceptara?

—Al romper el alba me pegaría un tiro.

—Eso no.

—¿Para qué quiero vivir?

—Pues para seguir escribiendo las *Confesiones.*

—Dame la Primera parte.

—No la tengo.

—Eso no es verdad.

—Cortada en pedacitos, fué convertida en papel para tirabuzones.

—Pues dame los papeles con pelo y todo, que si es tuyo me parecerá cabello de ángel.

—No, que empalaga...

—Tú tienes las *Confesiones:* devuélvemelas.

—No me da la gana.

—Te recompensaré poniéndote a ti en la Segunda parte.

—Si tú me conocieras, yo te tendría miedo; pero soy un arcano para ti. Escribe todo lo que quieras de una máscara vestida de *ciociara.*

—Tú no eres italiana, pero has estado en Roma. Tú eres amiga de mi cuñada Sofía, de mi cuñada Segismunda.

—Sonsaca, sonsaca, pobre tonto.

—Tú eres persona principal...

—Principal con entresuelo; de modo que soy más alta de lo que creías.

—Yo he de conocerte. Revolveré la tierra por descubrirte, porque, ya lo habrás conocido, ardo..., ardo en amoroso incendio.

—No veo más que el humo.

—Yo me muero, si ese maldito antifaz continúa ocultándome el sol.

—Más vale así: podría deslumbrarte.

—No veo más que tus ojos... Déjame que los mire: en el fondo de esas pupilas negras como la noche, veo mi escritura, veo mis *Confesiones.* Tú me has leído. Divinos ojos, a vosotros pertenecí por algunos instantes, y mientras me leías, yo me paseaba por el alma que está tras de vosotros.

—Entraste en el alma como el burro que se mete en un jardín.

—Me comí una flor... ¿No lo habías notado? ¿No echaste de menos alguna?

—Donde hay tantas, ¿qué significa una menos?... Dime: ¿qué estimas por lo mejor de tus *Memorias?*

—Lo de... *Juan Jacobo fu il libro e chi lo scrisse.*

—No; lo más bonito es aquel pasaje tierno..., cuando el cardenal te manda embarcar, escoltadito por la Policía.

—La Policía me empujó hacia España, y una mujer enmascarada me atraía, como el imán al acero.

—El imán era yo. Benditos seamos los imanes.

—Ya que no me enseñas tu rostro ni me das el manuscrito, ¿querrás decirme la primera letra de tu nombre?

—Es la I... Imán.

—Puede que en broma me hayas dicho la verdad ¿De veras empieza con *i?*

—Pero ahora me acuerdo: es con *h*... Hi...

—No será Higinia.

—Hombre, y porque fuera Higinia, ¿habías de perder la ilusión?

—Ya que no quieres enseñarme toda la cara, descúbreme siquiera un poco de la barbilla..., el piquito de la boca... Me está diciendo el corazón que debajito de él tienes un lunar.

—El lunar no está sino encimita. Pero no lo verás, a fe de Higinia.

—Pero ¿de veras es tu nombre?

—Sí, hombre; y para más señas te diré que soy de Puentedeume.

—Esa no cuela: tu acento es de purísima tierra castellana.

—Porque me he criado en Tordehumos.

—¡Ay, qué mentira más gorda!... En fin, he llegado al último paroxismo de la desesperación. Sultana yo te amo.

—Abencerraje, tu frenesí no llega a embriagarme. No toques más la guzla y lárgate de mi lado.

—Serás responsable de un fin tétrico... Dame siquiera una esperanza. ¿Vendrás al baile el domingo?

—Vendré con otro disfraz para que no me conozcas.

—¿Te veré en sociedad? ¿Sabré de ti? ¿No quedará pendiente esta noche un hilo por donde yo pueda...?

Ya iba a contestarme cuando avanzó hacia nuestro grupo una máscara procelosa, cubierta más que vestida con dominó negro guarnecido de picos verdes, horrorosa estantigua que hubo de parecerme funcionario de la Inquisición o del mismo Infierno cuando la vi gesticular ante mi desconocida y hablarle en tono displicente como de superior a inferior.

—Sí, sí——dijo la que llamaré Barberina mientras no pueda darle otro nombre—; son las dos. ¡Qué tarde, Dios mío! Vámonos.

Y el inexorable tagarote que con descompuestos modos cortaba rudamente la interesante ansiedad de mi aventura, se permitió apartarme con un gesto poco urbano. Por los ademanes le entendía yo más que por las voces, pues hablaba una endemoniada lengua de mí jamás comprendida. ¡Vascuence, Señor! La confusión de idiomas dominante en mi aventura bien pudo hacerme creer que estaba en la torre de Babel. Y otra cosa me confundía más. Aquel desaforado vestiglo que me arrebataba mi ilusión, ¿era criado, mayordomo, amigo o qué demonios era? Obedeciéronle las mascaritas, y sin volver la cabeza para mirarme, rompieron por entre la muchedumbre.

—¿Qué haces que no la sigues, tonto? —me dijo Arnáiz, que en la última parte de mi aventura había cortejado a la máscara chica.

Y viéndome como lelo, me sacudió con fuerte brazo. Estalló mi voluntad, lanzándome por el camino que ellas seguían, y me abrí paso a codazo limpio, guiado por la cabezota del vestiglo, que entre mil cabezas fluctuaba de salón en salón.

—Se nos escaparán—dijo Arnáiz—, porque ellas no se detienen en el guardaropa y nosotros sí. Tendrán criados en la escalera que les darán los abrigos.

—Salgamos sin abrigos—dije sin apartar mi vista de la cabezota, que más parecía boya arrastrada por la resaca.

Así lo hicimos, y al precipitarnos por la escalera, observamos que otro mascarón ponía sendos chales de cachemira sobre los hombros de nuestras damas, pues por tales sin ninguna duda las teníamos ya. En la calle nos escurrimos en su seguimiento, mientras iban en busca del coche, situado muy lejos, más allá del portal de Medinaceli. Las vimos subir a un carruaje anticuado, alquilón, de los más feos que nos han transmitido las generaciones pasadas, del cual tiraban dos caballotes angulosos, pero de bastante poder, que arrancaron veloces desempedrando el suelo por la calle del Prado arriba. Buscó Arnáiz un simón con idea de salir dando caza al armatoste, mas no lo halló tan pronto como fuera preciso. Emprender a la carrera la cacería habría sido inútil locura... Y en esto, un polizonte se cuadró delante de nosotros y en tono socarrón nos dijo:

—Caballeritos, vuélvanse al baile, y busquen allí otro enredo, que lo que es éste se les ha destripado.

Parecióle a Arnáiz juicioso el consejo; a mí no, y en poco estuvo que lo contestara con un par de mojicones.

Volvimos a Villahermosa, donde vi que la diversión llegaba al período vertiginoso y candente; sentíme agobiado por infinita tristeza, sin voluntad, sin resolución, y me entregué a un loco devaneo, arrastrado por mis alegres amigotes. Bailé, di vueltas como una peonza, perdí toda formalidad y discreción, salieron de mi boca cuantas garrulerías vanas pueden imaginarse. Para remate de fiesta, caímos a la hora última en el *ambigú*,

y allí, prestándome a la imitación de lo que veía, metí en mi cuerpo todo el *champagne* que me ofrecieron, y me puse tan perdido, que renació en mí la erudición que con el tráfago vital se había ido desvaneciendo. Improvisé versos sáficos, imitando los de Anacreonte; canté al Amor en prosa poética, y el vino y los placeres; hablé en latín y en griego, y recité casi todo el *Ultimo canto di Saffo*, de Leopardi; *Placida notte, e verecondo raggio—della cadente luna...*, añadiendo en diversidad de lenguas extravagantes desatinos, que mis amigos aplaudían a rabiar. De día entré en mi casa, más triste que loco, y más enfermo que borracho.

X

26 de febrero.

Señora Posteridad, mi amiga y dueña: La turbación de mi ánimo en estos días me ha privado del gusto de escribir a usted. Ya comprenderá que no estoy para bromas después de la que me dió la máscara de negros ojos, y que bastante ocupación han tenido mis sesos devanándose a todas horas para desentrañar aquel arcano, sin haber logrado hasta la presente la claridad que ansío... Más de una vez he preguntado a mi cuñada Sofía si conoce a una dama llamada Higinia, y a todo el ardid capcioso con que trato de descubrir su pensamiento contesta con risotadas. La única adquisición que he podido hacer en esta mi contienda con lo desconocido es la certidumbre de que fué Sofía quien me robó mis *Confesiones*. No me lo ha dicho claramente; pero su familiar risa picaresca me declara el delito, al cual parece dar el carácter de travesura inocente.

Hoy está fuera de sí con las noticias que corren de una revolución en Francia. Cree Sofía que si las terribles nuevas se confirman tendremos aquí grave trapatiesta, y cuando le digo yo que de ello me holgara mucho, se pone hecha un basilisco.

—¿Te parece bien que ahora, por seguir aquí el ejemplo de Francia, se nos cuelen en el poder los progresistas, que después de tantos años de oposición deben de traer hambre atrasada? Pues como levanten la cabeza Olózaga y *don Juan y Medio*, Sancho y Madoz, con toda la taifa nueva de los *democratistas*, ya podemos recoger los bártulos... Bien dije yo que con este idilio del *Papa liberal* se habían trastornado los caletres de los políticos españoles. Vino Espartero de Inglaterra, y no supo don Ramón qué hacer para festejarle. A Olózaga le levantan el destierro, y hasta le dan indulto al pícaro Godoy. ¿Qué resulta de estas blanduras? Que los progresistas no agradecen el favor, y que al calorcillo de tanta liberalidad la gusanera carlista o montemolinista rev.ve, y ya tenemos a nuestras tropas dando caza a los Tristanys, a *Tintoret de Igualada* y al *Tuerto de la Ratera*... Todo ello es por haber tomado en serio ese poema católico y político del Papado al frente del liberalismo, y de la unidad de la Italia, que en rigor nos importa un comino... Pues ahora, si se confirma el topetazo que anuncian de *allende el Pirineo*, no sé por dónde van a salir nuestros *hombres públicos*... Las últimas noticias comunicadas por las torres telegráficas son que en París está el trono patas arriba, y que Luis Felipe salió con las manos en la cabeza...

Respondí yo, para hacerla rabiar, que de todo lo que en Francia sucedía me alegraba, y que vería con gusto que, no ya los progresistas, sino los *demócratas* (que así se dice, y no *democratistas)*, cogieran la sartén por el mango; que me quitaran mi destino y que a los vagos como Agustín y otros les dejaran cesantes; que se decretara el socialismo y el comunismo y los falansterios, con lo cual quedábamos todos de un color, en el seno de la más perfecta igualdad. Quimerista y disputadora por naturaleza, tomaba muy a pechos mis desahogos, y queriendo defender la razón, el justo medio y el buen sentido, despotricaba más disparatadamente que yo. Sorprendidos por mi hermano en agria querella, suspendimos las hostilidades para oír las nuevas que traía. Estas no podían ser peores. En Francia se había proclamado la República o andaban en ello.

—Pero ¿qué hace Odilon Barrot?—decía mi cuñada, roja como un tomate—. Si nos saldrá también *grilla*, como Guizot y *ese* Thiers...

La cara de Agustín revelaba una gran consternación. ¿Qué iba a pasar aquí? Ya estaba viendo el tricornio del duque entrando por la Puerta de Alcalá. ¡Y que vendría el hombre con pocas ganas

de gresca!... Sería forzoso apechugar de nuevo con la Milicia nacional y soportar los desmanes de *las turbas*.

—Ya en Francia no se dice las *turbas* —indicó Sofía—, sino las *masas*, nombre nuevo del populacho, y me parece que también por acá vamos a tener *masas*, que es lo único que nos faltaba.

Dejéles comentando a su antojo los sucesos de París, y a mi casa me vine, donde encontré una carta de mi madre, que abrí con presteza para saborear el consuelo que siempre me trae el vivir ilusorio de la santa señora. Ved aquí el sabroso mentir de las estrellas:

«¿Pero tan engolfado estás, hijo mío, en tu ciencia y en la lectura de impresos y manuscritos, y tan metido en el trajín de archivos y bibliotecas, que no te queda un rato para llegarte al convento de la Concepción Francisca, por otro nombre La Latina, v visitar a tu querida hermana, a quien no has visto desde que estás en la Corte? Aquí supiste que mi reverenda hija fué a las Concepcionistas Calzadas, de Talavera, acompañando a una señora monja enferma, de notable virtud y santidad, a quien recetaron los doctores aquellos aires. De Talavera pasó Catalina a Torrelaguna, siempre en compañía de la venerada religiosa, y ya la tienes otra vez en Madrid. No te disculpes con que no lo sabías, pues tu hermana me escribe que con mucho interés preguntó a Sofía por ti cuando ésta la visitó en el convento. Discúlpate con tus atracones de lectura, y te perdonaré, sí, te perdono, con tal que al recibo de ésta des de mano a los cánones y a las historias de romanos y griegos y te vayas corriendito a ver a Catalina.

»El pajarito que me cuenta tus pasos me dice que renegaste de toda diversión en los malditos carnavales, huyendo del barullo de las llamadas máscaras, y prefiriendo el goce de tus libros a ese torbellino indecente de bailes y comilonas. Pequen otros todo lo que quieran emborrachándose y dando bromas, y consérvate tú en tu celestial pureza, dedicado a las ciencias de Dios. Sé también que si algún tiempo has robado a los estudios, ha sido para consagrarlo a devotos ejercicios en la iglesia... Lo sé, y no venga tu modestia diciéndome que no... No se me cocerá el pan hasta que me digas que has visto a tu hermana y me cuentes lo que habéis hablado, que ello ha de ser muy sustancioso, y tocante a las cosas de tejas arriba. Porque por estas bajezas, hijo mío, todo es vanidad, mentira y afanes inútiles que no conducen más que a la perdición. Me imagino que tratará de encaminarte por los senderos que pisabas cuando eras niño. Vuelve, vuelve, Pepe querido, a esos divinos campos. Haz caso de tu hermana, que ya está en salvo y quiere verte salvado con ella... Me figuro también que por Catalina trabarás conocimiento con esa bendita monja, su compañera, de quien la fama refiere tales maravillas que hasta se susurra ya que hace alguno que otro milagro. Los hará muy sonados cuando menos se piense. Dará gusto oíros a los dos platicando de cosas divinas, pues la santidad y la ciencia frente a frente ya tendrán que decirse. Lástima que no pudieran escribirse a máquina o cosa tal vuestros coloquios, que ello habría de ser de gran enseñanza y edificación.

»Quedamos en que cuando recibas esta cogerás al instante tu sombrero y te irás al convento de La Latina, que entiendo está en la calle de Toledo, bajando a mano derecha, y en la portería llamarás, preguntando por sor Catalina de los Desposorios, la cual debe estar consumida por verte, y pedirá todos los días al Señor que encamine tus pasos hacia la Concepción Francisca. Espero tu carta dándome cuenta de la visita, y contenta de tu virtud, gozosa de tu piedad y aplicación constante, te manda su bendición tu amante madre,

Librada.»

Mi primer impulso, bebiéndome las lágrimas que la carta me hizo derramar, fué coger la pluma y responder a su soñador optimismo con el desengaño de la verdad... Hubiera yo dicho, vaciando de golpe mi oprimida conciencia: «Señora madre: Para mí no hay ya más cánones que los ojos negros de la misteriosa hembra que en el baile se me apareció dándose el nombre de Barberina; para mí no hay más estudio que el intrincado enigma de esa mujer, su calidad, su nombre; saber si es tan hermosa como a través del antifaz la imagina mi amor, y si la lectura de mis *Confesiones* de Italia despertó en ella un sentimiento que me haría más dichoso que poseer los te-

soros de ciencia encerrados en todas las enciclopedias y antologías del mundo... No piense mi madre que me seducen las muertas bellezas de los libros, goces ilusorios, que si fueron quizá verdaderos para quien los escribió, no lo son para quien los lee; busco mi ciencia en las páginas vivas, y en los textos que respiran y ríen y lloran, compilados en la gran biblioteca humana. Soy joven: no me pide el cuerpo una decrepitud prematura averiguando cosas que ya están averiguadas, o consumiéndome en medir y pesar la vida que otros tuvieron. Anhelo vivir...» Pero si yo le dijera esto..., ¡pobre madre! No: malo es engañarla; peor sería darle muerte.

27 de febrero.

Recogidos y alineados mis recuerdos, puestas en orden todas las piezas de la máquina cerebral para que no resulte desconcertado el grave relato de hoy, empiezo... ¿Pero por dónde empiezo? Naturalmente, por mi entrada en La Latina, por las palabras que dije a la tornera, la cual me mandó esperar un ratito... Yo no quitaba mis ojos de la reja, esperando a cada instante la conmovedora aparición del rostro de mi querida hermana. ¿La reconocería yo después de tanto tiempo? Habíanme dicho que de su singular belleza apenas quedaban reflejos pálidos. ¡Pobre Catalina! Yo niño y ella mujercita, había sido para mí la hermana predilecta, algo como una madre chica: yo la adoraba, y ella cifraba en mí todos sus amores. Tenía nueve años más que yo; me llevó mucho tiempo en brazos y le serví de muñeca para sus juegos. Nunca he sabido por qué abrazó la vida religiosa. Ello fué determinación repentina, en pocos días tramitada. Más de una vez pregunté a mi madre por qué era monja Catalina, y me respondía lacónica y evasivamente que porque Dios así lo dispuso... En aquel plantón que precedió a la visita, mi memoria refrescaba los días pasados en que mi hermana vivía con nosotros en Sigüenza y en Atienza; después hice mental cálculo de su edad; debía estar ya en los treinta y dos cumplidos.

El súbito descorrer de la cortina me sacó de mis remembranzas; temblé, vi el rostro de mi hermana desvaído en las tinieblas como la imagen de un ensueño.

—Gracias a Dios, hombre—fué lo primero que dijo—; gracias a Dios que te dejas ver.

Se sentó junto a la reja, y llevándose a los ojos sus blancos dedos, lloró un ratito. Dile las necesarias disculpas de mi tardanza, con no poca turbación, porque también a mí se me saltaron las lágrimas y no sabía qué decir. Serenados ambos y hechos mis ojos a la oscuridad, observé a Catalina y no me pareció tan decaída su belleza como me habían dicho. Fuera del descuido de la dentadura, que afeaba un tanto la boca, no hallé su rostro descompuesto; su blancura era como el mármol, y sus negros ojos conservaban el encanto de otros tiempos. La voz se había hecho un poco gangosa y desapacible, por el hábito de hablar compungidamente.

—Ya sé—dijo contestando a mis disculpas—que te has lanzado al vivir como las mariposas a la luz; pero esto no hay que decírselo a la madre, porque se moriría de pena. Como hermana mayor y como religiosa, yo tengo que advertirte los peligros que corres, Pepe. No trataré de renovar en ti una vocación que ya me parece ha volado para siempre; pero he de procurar que en ese remolino del mundo te trastornes lo menos posible y que no te apartes demasiado de la ley de Dios...

Le di gracias por su benevolencia, y luego prosiguió así:

—Pero, hijo, has dado un cambiazo tan grande en tu carácter, que no conozco en ti al muchacho formalito, apocado y estudioso que dejé en casa cuando Dios me llamó a esta vida. Roma, que para otros es medicina y confortamiento del espíritu, para el tuyo ha debido de ser veneno, pues allí, como las serpientes mudan la piel, soltaste todas las virtudes y te vestiste de todos los vicios... Y sabe Dios hasta dónde llegaste, hermano, que el pajarito que a mí me cuenta todo no me habrá dicho sino una parte de la verdad.

—¿Qué te ha contado ese pícaro? —pregunté viéndola venir—. Porque ya no dudo de que andan por ahí gorriones que van de oreja en oreja desacreditándome...

—No, lo que es el mío no me engaña. Pienso que se habrá quedado corto en contarme tu libertinaje de Roma. No quiero decirte los azotes que yo te hubiera dado si te cojo en el momento de des-

colgarte, con aquel par de mequetrefes, de los techos de San Apolinar... ¿Pues qué te habría hecho si te veo entrar en la infernal caverna masónica?

—Querida hermana, tú has leído mis *Confesiones*...

—Yo no he leído nada. ¿Necesito yo leer para enterarme? Aquí sabemos todos los pasos buenos y malos de las personas que nos interesan.

—Entonces... ¿Sofía te ha contado?...

—Yo estoy aquí para interrogar, no para que me interrogues tú, mocoso, a quien he saltado en mis brazos, a quien he dado papilla y luego las sopitas...

Y pegando su rostro a la reja interior, y ordenándome que a la de fuera me aproximase, me miró bien, y orgullosa y risueña me dijo:

—Pues estás guapo de veras. En figura el cambiazo no es menos notorio que en lo demás... Bueno: siéntate y escúchame con atención. No quiero hablar del grandísimo pecado... ¡Jesús, Jesús! Fué tan horrible que mi boca no puede mentarlo. Pero ya tu conciencia sabe a qué pecado me refiero, al horrendo delito que deberías recordar no sin que se te cayera la cara de vergüenza.

—Se me cae la cara, sí... ¿Pero cuándo y cómo has leído...?

—Cállate la boca y déjame seguir. Digo que no quiero hablar de ese pecado, porque repugna a mi conciencia, porque mancha mi boca... Pero de su conocimiento y del horror que me causa partiré para la grande obra de tu redención; porque yo quiero redimirte, hermano querido, apartándote de los peligros que corre una naturaleza ya dañada y que se dañará más cada día; quiero formarte una vida nueva, como jaula segura de la que no puedas escaparte... ¿No me entiendes?

—Querida hermana, si pretendes llevarme a una vida para la que no siento inclinación, desde hoy te digo que pierdes el tiempo.

—No es vida eclesiástica la que te propongo, pues ni tú la mereces ya, ni la divinidad de esa vida corresponde a tu naturaleza impura. Quiero echar cadenas a tu libertad para que no acabes de perderte; pero la esclavitud que te preparo no es la esclavitud de perfección, aunque también has de ver en ella carácter sagrado.

—Por Dios, que ya te voy entendiendo, hermana. Has de decirme qué pajarito te ha traído esa idea.

—¡Ah! Un pajarito precioso...

—Ruiseñor tal vez.

—No; su belleza no consiste en el canto, sino en el color de sus plumas: es todo encarnado.

—Será entonces cardenal.

—Justo..., y tú le conoces. A mí ha venido y habló en mi oreja, diciéndome lo que ya te había dicho a ti.

—A mí no me hablan nunca los pájaros.

—Sí, Pepe, sí... Hay en Roma un alto personaje, el hombre de confianza del Sumo Pontífice, un sabio y prudente ministro, que al verte huérfano de don Matías te amparó en su propia casa y extendió sobre ti el manto de su noble protección. Cómo correspondiste a su hospitalidad y agasajos, mejor lo dirá tu conciencia que mi boca: no hablemos de eso... Pero recordarás que al despedirte para España con severidad dulce de gran señor, levísima pena de tu delito, te dijo estas o parecidas palabras: «Tienes vocación de marido... Que tu familia te procure un buen matrimonio.» Consejo más sabio no ha salido de humana boca. Ese remedio, esa medicina recetada por el hombre más sabio de la Europa, yo te la proporcionaré. Déjame ser tu boticaria...

No puedo seguir... Al reproducir en mi mente aquel coloquio interesante, mis nervios se disparan, y ved aquí los temblorosos garabatos que traza mi pluma... Intenso dolor de cabeza detiene el curso de la función mental, literaria... No puedo, no. Hasta mañana.

XI

¡Casarme! ¡Dios! Inaudita sorpresa... De cuanto en el mundo existe pensé que me hablaría mi hermana menos de matrimonio. ¡Casarme! ¿Y con quién? ¿Será con la incógnita dama del baile? Esa sospecha elevó al máximo grado el inmenso desvarío que la extraña declaración de Catalina produjo en mi mente. Bueno, señor; que me la traigan en su verídica forma y rostro, pues yo no puedo comprometerme a ser esposo de una máscara.

—Está bien—dije a mi hermana—. Y ¿puedo saber con quién me caso?

—¿Quieres callarte, chiquillo?—replicó ella con infantil enojo—. Apenas se te habla de boda ya estás pensando en melindres. Conténtate por ahora con saber que me ocupo de curarte, conforme a la receta del prudentísimo cardenal, y espera mis acuerdos con todo el recogimiento y la honestidad que el caso pide.

—Pero, hermana querida, ¿por qué has de ver malos pensamientos en este deseo mío, tan natural, tan humano, de saber qué persona...? ¿Acaso no lo sabes tú todavía?

—Lo sé; pero no quiero decírtelo... Empezarías a calentarte la cabeza, a mirar por el lado de la liviandad cosa tan grave y santa como el matrimonio. No me repliques: con lo que hoy te digo debe bastarte. Y ponte muy contento, Pepe...; da gracias a Dios por haberme inspirado esta idea de tu regeneración por la esclavitud.

Diciendo esto se levantó. Al verla yo en pie, lanzando sobre mí por los huecos de la reja doble su mirada fulgurante, fuí asaltado de un pensamiento audacísimo. Quise rechazarlo, y como un rayo atravesó de nuevo mi mente. Dios me lo perdone. Vi tal semejanza entre la mirada de Catalina al través de los hierros y de la mascarita por los agujeros de su careta, que creí que monja y máscara eran una misma persona. Vuelvo a decir que me lo perdone Dios, porque sin duda tal pensamiento fué de los más ruines, y un agravio soez al decoro monástico de mi hermana, a la Orden, y al mismo Jesucristo... No podía ser, no, y sólo en la corrupción de mi entendimiento podía encontrar el germen de tan desatinada sospecha. No tardé en reflexionar, en comparar... Indudablemente, entre el lenguaje mundano y un sí es no es desenvuelto de la máscara, y el acento quejumbroso, salmista y nasal de Catalina, no había la menor concomitancia... La única relación estaba en los ojos... ¿Pero eso qué?... ¡Locura, perversión de jovenzuelo que en nuestra sociedad se llena de malicias antes de ser hombre! Fuera, fuera, pensamiento vil.

Sin duda influyen en mí los desvaríos de la literatura corriente: en Italia, como en España, se ha puesto de moda introducir en dramas y novelas personajes monjiles, con desprecio de la dignidad religiosa, y ya vemos profesas y novicias que se dejan robar, o que se descuelgan de las rejas a la calle, y a otras no menos desatinadas que burlan la clausura para salir encubiertas a ver mundo, o a husmear, amparadas de la noche y de un buen tapujo, en las fiestas de Carnaval. Las aventuras de monjas, hoy tan del gusto de los poetas, pasan de la creación literaria a nuestro pensar y sentir en los casos de la vida real. Perdóneme sor Catalina de los Desposorios que mancha su pureza, arrojando sobre ella jirones de una literatura insana.

—¿En qué piensas?—me dijo la monja, como riñéndome—. En vanidades del mundo, en corruptelas y vicios...

—No, hermana querida; pienso que antes de dar el «sí» a tu proyecto, necesito saber...

—¡Dale!... Por hoy no se hable más del asunto. Déjalo que madure; espera y calla.

—Sí; pero...

—Que calles te digo y te mando. Volverás cuando yo te avise y hablaremos otro poquito... Ya no puedo entretenerme más; dentro de un instante llamarán a coro.

—En ese caso, debo retirarme.

—Aguarda un momento, que quiero hablarte de otras cosillas. Según parece, en París *han puesto* la República. Los demonios andan sueltos otra vez por allá; pronto veremos cómo asoman la oreja ó el cuerno los diablejos de aquí. Cuidadito, Pepe, con meterte entre revolucionarios. Mira bien con quién andas... Y no creas que con callarte y disimular tus locuras no las voy a saber. Aquí lo sabemos todo. No te trates con progresistas, que de ésos sacarás lo que el negro del sermón. Manténte a distancia de los que alborotan, y no te faltarán adelantos en tu carrera... Bien mirado, no porque haya República en Francia hemos de tener aquí Progresismo, que en nuestra tierra sobran medios para poner un dique a la maldad. En Francia no hay religión; aquí, sí; en Francia no hay hombres que expongan su vida por los reyes, aquí los hay. Luego... En fin, que me llaman a coro. Otro día te lo explicaré mejor... Adiós, hermanito. Que seas sumiso y bueno. Escribiré a madre que has venido a verme, y se pondrá muy contenta la pobre... Retírate ya... El Señor te acompañe...

Salí de La Latina con tanta confusión y alboroto en mi cabeza que en todo el resto del día no fuí dueño de mis pensamientos. Las alusiones al manuscrito, la propuesta de casorio, la sospecha de que mi hermana y la máscara no eran personas distintas, y, por fin, las vagas apreciaciones políticas que oí de sus labios al despedirme, tantas emociones y sorpresas en el breve espacio de una visita que apenas duró media hora, eran para volverme tarumba si no tuviese yo un cerebro muy bien organizado, gracias a Dios. Por fin, al anochecer empecé a ver claro y entendí que la protección de sor Catalina de los Desposorios (¡vaya, que el nombre tiene miga!) era de un carácter positivo, como fundada en el cariño fraternal. Debía yo, pues, esperar a que se fueran aclarando las nieblas que envolvían el pensamiento de mi bendita y muy amada hermana.

3 de marzo.

Las noticias de Francia son cada día más interesantes y en ellas palpita el drama político, tan del gusto de estos pueblos imaginativos y apasionados. La fuga del rey, las escenas teatrales de la duquesa de Orleáns en las Cámaras, con sus niñitos de la mano; las barricadas, la proclamación de la República, llegan aquí como páginas epilogales del sangriento poema del 93. Es muy comentada, con evidente exaltación de la susceptibilidad española, la noticia de que la infanta Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, quedó abandonada en las Tullerías al huir toda la familia real; en aflictiva soledad estuvo la pobre niña un mediano rato, oyendo el rugido de las turbas, hasta que se salvó, nadie sabe cómo, pero ello fué por arte milagroso.

Con estas cosas y lo que aquí se presume y teme, tenemos el cerebro de Sofía en espantosa ebullición; su voz no cesa de explanar las causas de la catástrofe y la precisión en que estamos de poner una aduana de ideas en la frontera para que no pase acá la dolencia revolucionaria, ni se nos cuelen en España esas malditas *utopías*. «Aquí no queremos *utopías*—repite con un flujo de amplificación que acaba de ser insoportable—, pues bastante guerra nos han dado las que introdujeron los caballeros de la emigración.» Lo único que la consuela del detestable cariz que toman los asuntos europeos es que al frente de la República francesa aparezca la interesante figura de un poeta, el dulce y ternísimo Lamartine, que ahora debe aplicar al arte público las sonrosadas imágenes, las opalinas nieblas y los reflejos lacustres de sus admirables versos. Habla Sofía del poeta que hoy preside los destinos de Francia como si fuera uno de los más puntuales asistentes a su tertulia. Le alaba y glorifica, le cita o manda recitar fragmentos traducidos de las *Meditaciones*, y pone los ojos en blanco cuando llega un pasaje de azucarada ternura o rosadas ensoñaciones.

—Hay que reconocer—nos dijo anoche—que Francia nos lleva ventaja en lo de enaltecer a los hombres eminentes de la literatura. Miren qué pronto han puesto en la cumbre política a uno de sus primeros poetas. Aquí, por mucho que adelantemos, no se hará jamás otro tanto. Ni nos cabe en la cabeza que un día, al tener que cubrir la vacante de jefe del Estado, cojamos a Pepe Zorrilla y de golpe y porrazo le nombremos presidente o como quiera llamársele. Lamartine al frente de la República francesa es como si aquí, hallándonos sin reina constitucional, nombrásemos a *Tula* para este cargo... Si cada cual estuviese en su sitio, ¿quién duda que don Juan Nicasio Gallego sería arzobispo primado y que otros ocuparían puestos altísimos correspondientes a su categoría?

Todos convinimos en que cuanto decía la ilustrada señora estaba muy puesto en razón.

6 de marzo.

Escribo esta noche sin otro objeto que consignar la trastada que me ha hecho mi jefe, el nuevo director de la *Gaceta*, a quien aquí saco a la vergüenza pública para que la posteridad le vitupere y maldiga. Apenas tomó posesión el tal de su altísimo cargo, le enteró la envidia de que su antecesor me había dispensado de ir a la oficina, con excepción de los días de la sacra nómina, y al punto mandó un recadito a mi hermano ordenando que me presentase en mi puesto, pues había pendiente gran balumba de trabajo que exigía las inmediatas funciones de todo el personal de la dependencia. Acudí al cumplimiento de mi deber, con la idea de que me encarga-

rían alguna faena delicada, propia de mi grande erudición, como traducir discursos o memorias del italiano y del francés. Pero no fueron estas ramas del saber las que encomendó el jefe a mi cuidado, sino otras que no sé si clasificar en el orden de la partida doble o de la estadística, ciencias que requieren entendimientos privilegiados para su cultivo. Pues, señor: todo el santo día me han tenido sacando el duplicado y triplicado de las notas de línea compuestas por cada cajista, operación no exenta de aparato, porque las tales listas van en pliegos de marquilla de lo más fino, y se me exige un esmero y limpieza de trazos que me ponen en grande apuro. Mi inmediato jefe, que es uno de los mayores gaznápiros que comen el pienso de la Administración, no aprueba mis prolijos estados sin fruncimiento de cejas, prolongaciones de hocico y reparos necios por si eché un rasgo para abajo en vez de echarlo para arriba, o por si mis cincos parecen ochos, deformación que de no sufrir ejemplar correctivos traería la catástrofe de todo el mundo aritmético. Esta tarde apuró tanto mi paciencia aquel prototipo de la imbecilidad, que mi mano estuvo a muy poca distancia de su calva asquerosa, y poco faltó para que su nariz y toda su jeta se aplastaran contra el pupitre y los papeles que examinaba. Me contuve; pero salí de la oficina con la certidumbre de que si mañana se repite tan estúpido vilipendio, no sabré reprimirme. Dígolo porque de algún tiempo acá siento en mí estímulos de orgullo y extremado concepto de mi personalidad. No me rebajo fácilmente a nadie, y menos a un ínfimo que sólo es mi superior en el brutal escalafón administrativo... Las once dan, yo me duermo.

7 de marzo.

¿Sabes, oh Posteridad, que resultó lo que yo me temía? Pudo más la rabia de verme humillado que la paciencia y abnegación propias de un funcionario de corto sueldo, y viendo gesticular ante mí las patas delanteras de mi jefe, protesté en la más desabrida forma. Irguióse él sobre los cuartos traseros y me dijo que inmediatamente daría parte al director de mi falta de respeto, y yo le contesté que lo mismo a él que a nuestro director me lo pasaba por las narices; que yo no había nacido para hacer listines de imprenta, y que antes que a esto a barrer la casa me prestaría. Replicó entonces, con grosería chabacana: «¡Pues no tiene el hombre pocos humos!», y yo fuí tan dueño de mí en aquel supremo instante que no le vacié el tintero en la calva, conforme a mi primera intención, y me contenté con decirle: «Me voy, por no romperle a usted el alma, so mamarracho.» Cogiendo mi sombrero, salí por entre los compañeros, mudos de asombro.

Vedme aquí, pues, cesante, pues no tengo duda de que mi arrebato es motivo suficiente para que la señora Administración me ponga de patitas en la calle. Tendrán que oír mi hermano Agustín y mi cuñada Sofía cuando se enteren del suceso. Pero no me importa. He dado gusto a mi dignidad ofendida y no me pesa, no, esta arrogancia que el trato social de Madrid va despertando en mí. Sabed, *o posteri!*, que practico el *nosce te ipsum;* que por las noches, una vez cumplida la obligación de emborronar papel, examino mi interior y hago cómputo y análisis de mis pensamientos y mis acciones. Pues bien: declaro que me siento altanero; atribuyo este fenómeno al efecto del ambiente en que vivo y a mi fácil asimilación de caracteres y costumbres. Cuando los años me den mayor experiencia haré la crítica de esta nueva evolución mía, ahondando bien en sus causas; hoy por hoy me limito a consignar el caso y echo la culpa al tiempo, a la atmósfera, como hacemos comúnmente en el primer diagnóstico de nuestras dolencias. Añado a lo dicho que entre mis numerosos amigos, de varia educación, origen y clase, doy la preferencia a los aristócratas; siento que mi naturaleza se asemeja y adapta cada mía más a la de los que nacieron en elevada cuna y enaltecen su voluntad sobre las voluntades ajenas. Nacido yo en esfera humilde, aunque no de las más bajas, ¿por qué me siento noble? Privado de bienes de fortuna, viviendo al amparo de mis hermanos, con sólo un triste sueldo para ropa y gastos menudos, ¿por qué me atrae y seduce la compañía de los ricos? No lo sé; pero como es así, así lo digo, sin comprender bien la razón de esta sinrazón.

Entre mis amigos, como dije en otra confesión, los hay de todas las catego-

rías y para todos los gustos. Bringas y Arnáiz, ambos hijos de comerciantes, no me inspiran el mismo afecto; Caballero, hijo de un pastor, me da lecciones de cultura social; Donato es un tarambana muy divertido, pero que no ahondará en mi corazón; a Leovigildo, la peor cabeza de Madrid, desordenado y voluntarioso hasta lo increíble, le tengo yo mucho cariño. De los dos aristócratas que figuran en mi trinca, Trastamara no es santo de mi devoción; en cambio, Guillermo Aransis forma conmigo una pareja indisoluble. ¿Qué parentesco moral, étnico, fisiológico iguala nuestros gustos y unifica nuestros pensamientos? No entiendo este *gemelismo* (excusad la palabra), siendo él rico, yo pobre; él de raza histórica, yo de cepa plebeya. Verdad que físicamente tenemos gran semejanza y mayor aún en el temperamento. Nos asimilamos el uno al otro con pasmosa rapidez. Absorbe él mis ideas apenas yo las expreso; me apropio yo sus modos elegantes apenas los indica. Naturalmente, dada la situación social de cada uno, no le arrastro yo a él, sino él a mí; Aransis me lleva a su esfera sin que yo me dé cuenta de ello, por graduales movimientos, tirando de mí; me introduce en el campo de las aficiones, de los hábitos, y ¿por qué no decirlo?, de los vicios aristocráticos. A mí nada me asusta en el medio de vida a que mi amigo me conduce: no me asusta la disipación, ni el convencionalismo, ni el vértigo de las alturas.

XII

12 de marzo.

Llevado al mundo por Aransis, gracioso diablillo que no me deja de su mano, heme metido en casas de las clases alta y media, y en ellas me han salido conocimientos y relaciones que en mucho estimo y han de serme de no poca utilidad. Algunos días he pasado en grande aturdimiento, sin fijarme en nada, más deslumbrado que sorprendido, confundiendo cosas y personas... Pero el mundo nunca es un páramo, y si lo fuera, la juventud que va por él haría salir flores del suelo con sólo pisarlo. Eso me ha pasado a mí. Sentíame yo un tantico aburrido andando sobre tan diferentes alfombras, cuando una noche, inopinadamente, en una casa de medio tono, modestita y al propio tiempo distinguidita, vi surgir ante mí flores risueñas y fragantes... «Verde y con asa—dirán los que esto lean...; ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo.» Poco a poco; necesito explicar...

¡Ay Dios mío!... Se me olvidó un caso interesantísimo, cuya preterición podría traer grave oscuridad a este relato. No tengo más remedio que volver un poquito atrás, con permiso de los que dentro del siglo me lean, y si por acaso no les pareciere bien retroceder conmigo, espérenme aquí, que pronto vuelvo.

¿No dije, al referir mi querella con el jefe de la oficina, que el cataclismo era inevitable, y que se decretaría una fuerte pena, quizá la cesantía? Pues así sucedió a los pocos días del dramático lance; pero ello fué muy distinto de como yo lo esperaba y temía. Excuso decir que no he vuelto a parecer por la *Gaceta* y que me doy por expulsado ignominiosamente. Pues ved lo que pasó, y asombraos conmigo. Acababa yo de almorzar, cuando me anunciaron que un señor viejo deseaba verme. Aunque se me dijo que era de traza humilde y que sin duda venía con propósito mendicante, mandé que le pasaran a la sala. Imaginad mi sorpresa cuando me vi ante don Faustino Cuadrado, mi superior inmediato en la oficina, al cual ultrajé de palabra más que de obra. Mi estupefacción llegó a lo terrible cuando el desdichado sujeto, elevando hacia el techo sus trémulas palmas, exclamó con luctuoso acento:

—¡Cesante!

—Yo...—dije, extrañando mucho que llorara para darme la noticia.

Y él replicó:

—No; usted, no... ¡Yo..., yo..., cesante yo...!

—Pues no lo entiendo, señor mío. Usted cumplió con su deber. Yo no creía compatible mi dignidad con el deber de usted..., y...

—En buena lógica, a usted le correspondía el castigo. A mí ¿por qué?... ¿Qué hice yo, desdichado de mí, que llevo veinte años con diez mil cochinos reales; yo, que fuí de los que en Las Cabezas de San Juan se unieron a Riego; yo, que serví lealmente con seis mil al Gobierno del señor Cea Bermúdez; yo, que

en tiempo de la gobernadora retrocedí a cinco mil y luego fué menester que por mí sacara el Cristo el señor de Istúriz para recobrar los seis?... Yo, que serví con Mendizábal, y juntos trabajamos en el decretito aquel de las campanas; yo, casado y con seis de familia, que por llevar a casa unos tristes garbanzos he apechugado con lo más contrario a mis convicciones, sirviendo con el mismo celo a Espartero y a Narváez, a González Bravo y a Olózaga, a los *puritanos* y a los *ayacuchos* y al demonio coronado; yo, que en tantísimos años no he faltado un solo día a mi obligación, ni tengo la más insignificante nota desfavorable; yo, que con nadie me meto; yo, Faustino Cuadrado, ¡cesante... cesante! Y ¿por qué, Señor, por qué? Sea usted imparcial, caballero y diga, ante Dios y los hombres, si yo le he faltado...

—Yo falté a usted, lo reconozco—dije noblemente, sintiéndome confuso, lastimado por tanta injusticia—, y de todo corazón tengo que inclinarme ante su desgracia, y pedirle que me perdone aquel arrebato.

—¡Cesante..., mis hijos sin pan, yo trastornado, pues no sé a qué santo encomendarme, ni a quién volverme, ni en qué árbol ahorcarme!

—¿Está usted bien seguro de que la causa de su cesantía fué la cuestión aquella...?

—¡Cristo me valga! Pues si el director, cuando me leyó la sentencia me lo dijo bien clarito: «Por haber faltado al respeto al señor de Fajardo...» Y luego me salió con que es usted un sabio..., un sabio de reputación europea..., que nos está escribiendo la Historia del Papado... ¡Pues por qué no me lo advirtió, rabo y uñas de Satanás! ¿Por qué al darme prisa para los listines, y encargarme que no le tuviera a usted ocioso, no me dijo: «Guarda, que es podenco; guarda, que es sabio; guarda, que ha escrito la vida del Santo Padre, que para mí ha sido la vida de Judas Iscariote»?... La culpa la tiene el señor director, que no me puso en autos... Sin duda estaba tan enterado como yo de la dichosa sabiduría... Y se me figura que también a él le han acusado las cuarenta, porque cuando me dió el escopetazo se rascaba la barba y decía: «Debieran los sabios llevar chapa en el sombrero, para que los conociese todo el mundo.»

Como yo afirmase con toda sinceridad que no se me alcanzaba de dónde podía venir el tremendo golpe, puso cara fatídica, alzando el dedo índice, cual si quisiera horadar el techo, repitió:

—De arriba, señor de Fajardo; de arriba.

—Creo que padece usted una alucinación. Yo puedo asegurarle que a nadie he dicho nada, ni aun a mi hermano...

—¡De arriba, de arriba!... Imposible, señor de Fajardo, que usted no lo haya dicho. Por las once mil vírgenes, haga memoria.

—De veras: nadie sabe que nos peleamos, que abandoné la oficina...

—Haga memoria, por los clavos de Cristo.

—Recordando estoy... Tan sólo a una persona...

—¿Lo ve? ¡Cuando digo...!

—Tan sólo lo he contado a mi hermana, a una hermana mía, monja.

—¿Monja? ¡Dios uno y trino, como si lo viera! ¿Conque monjita? ¿Y en qué convento?

Cuando le dije que en La Latina, cayó el hombre desplomado en un sofá, y llevándose ambas manos a la cabeza, apoyados los codos en las rodillas, quedó un rato como estatua de la consternación, sin otra señal de vida que un mugido cadencioso. Confuso yo de verle en tan extraña actitud, no hacía más que contemplar su espaciosa calva granulosa, aquella calva sobre la cual, días antes, había pensado vaciar el tintero.

—Como si lo viera, como si lo viera... —murmuró incorporándose—. ¿No dije que de arriba, de muy arriba?... ¡Ay, qué mundo, qué país!... ¿Verdad que es divertido nacer español?

—No es muy divertido que digamos, principalmente para los que no nacen ricos.

—O hijos de frailes..., o hermanos de monjas.

—¿Pero usted cree...?

—Señor de Fajardo—dijo entre suspiros—, viniendo de donde viene el rayo que me ha partido, ya no tengo compostura como no salga usted mismo en mi defensa. Pida a su señora hermana mi reposición.

—Sí que lo haré. Mi hermana es buena.

—Será una santa. Diga: ¿y tiene llagas?

—Hombre, no sé...

—¿Siquiera postemas?... En fin, bendita sea si me socorre. Para usted propio no necesita pedirle nada, pues a estas horas ya le habrán ascendido. Bueno es nacer de pie, caballerito; pero aún es mejor nacer a caballo. Y ya que va usted tan a gusto en el machito, lléveme a la grupa. Pido bien poco: la reposición, a no ser que usted y la reverenda monja, considerando que fuí yo el ofendido, me consigan el ascenso a diez mil. No habría nada más justo.

Dicho esto, se despidió el infeliz hombre, no sin arrancarme formal promesa de interceder en su favor. Le consolé y alenté con toda mi alma, y desde aquel punto y hora la compasión me hizo su amigo y mi conciencia su protector, comprendiendo que no es el buen Cuadrado tan tonto como yo creía. Dejóme aquella visita una impresión extraña, no sé si de asombro, no sé si de miedo... ¡Mi hermana..., La Latina! Por hoy no digo más.

13 de marzo.

Ya estoy aquí otra vez. Perdónenme el plantón los que no quisieron volver atrás conmigo. Quedamos, si no recuerdo mal, en que mis futuros leyentes podrían decir: «Ya tenemos enamorado al confesor de sí mismo.» Pues no hay aún motivo para suposición tan grave como la de que ardo en amores. Es tan solo una dulce ilusión, un regocijo estético. Y al emplear este calificativo no vacilo en asegurar que las dos señoritas de Socobio, Virginia y Valeriana (a la que llaman Valeria), conocida por mí en los salones, más bien sala y gabinetes, de don Serafín de Socobio, no son prodigios de belleza. Nadie que las vea con ojos de crítica encontrará en las diferentes partes de rostro y cuerpo la necesaria armonía y proporciones de que resulta la hermosura; pero también digo que todo el que las mire, las oiga y trate sentirá un agrado que bien puede subir a los espacios del amor. Son delgaditas, muy derechas, torneaditas en donde es debido, esbeltas y flexibles. De cara se parecen y no se parecen. No sé qué las iguala, qué las distingue.

Por el sentimiento se meten Virginia y Valeria en el corazón de sus amigos; por su picardía decente y bien sazonada de ingenio, los esclavizan y confunden. Yo paso junto a ellas mis ratos más divertidos, y las vuelvo locas con las mil niñerías chispeantes que les digo y cuento. Ambas son muy inteligentes; tienen alguna cultura y anhelan más. En justicia declaro que no las divierto yo a ellas menos que ellas a mí. Formamos un trío delicioso, en el cual no falta gorjeo de amores, sin formalidad por ahora. Si se me permite mostrarme en toda la fatuidad que voy adquiriendo, diré que las dos me quieren; a solas conmigo me pregunto: «¿Es verdadero amor lo que sienten por mí?» Y no pudiendo ser igual, con exacta medida, el afecto de una y otra, pregunto también: «¿Cuál de las dos me quiere más?»

No debiendo por hoy consagrar a la interesante pareja de señoritas desmedido lugar en mis *Confesiones*, paso a mejor asunto, que aún no he hablado sino de una parte mínima de las flores que van brotando en mi camino. Doy la preferencia a la que ahora os presento para que la admiréis como yo la admiro. Hará cinco noches que vi en casa de Socobio a una gallarda mujer, de tez morena, pelo y ojos muy negros, el talle reducido al mínimo volumen, el seno al máximo, todo ello sin menoscabo de la buena armonía. La señora de Socobio me presentó a ella designándola como de la familia: era también esposa de un Socobio, y su nombre, Eufrasia, quedó grabado en mi memoria. Pero tan ceremoniosa estuvo conmigo, y encontré en ella tal desvío y reserva, siempre que intentaba yo pegar la hebra de una galante conversación, que me retiré a mis tiendas, reduciéndome a mirarla todo lo posible, con un interés que no dependía exclusivamente de su belleza un tanto moruna. A la noche siguiente mis queridas niñas hablaron de la dama con más respeto que cariño. Supe que Eufrasia se había casado en Roma con un tío de ellas, don Saturnino del Socobio; mas no supieron o no quisieron decirme por qué casó en Italia y no en España. ¿Es por ventura italiana? A esa duda respondió Valeria, diciéndome:

—No, Pepito; es manchega.

Y agregó Virginia que el padre de Eufrasia es un progresistón de los que figuran en el grupo sensato de Mendizábal, Cortina, Infante y Madoz. Según

esto, la mujer morena es hermana de mi íntimo amigo Bruno Carrasco.

Con estas y otras noticias que iban llegando a mi conocimiento aumentaba el interés que por la manchega dama sentía yo, y éste subió de pronto anteanoche, viéndola menos esquiva y casi, casi gustosa de mi conversación. Aprovechando la feliz coyuntura de encontrarnos lejos de la masa de tertuliantes, díjele que, habiendo yo pasado en Roma días críticos de mi vida, gozaba mucho hablando de aquella gloriosa ciudad con cuantas personas la hubieran visitado.

Agregué a este exordio calurosa declaración de la amistad que tengo con su hermano, y protestas de lo mucho que le admiro por su bondad y talento, y no fué preciso más: entré, entramos en un diálogo vivo.

—Ya me han dicho las niñas que estaba usted en Roma cuando la elección día Pío Noveno.

Y ella:

—Sí, y aquéllos fueron para mí días muy felices.

Y yo:

—Para mí, no tanto.

Y ella:

—Lo supongo; perdió usted a su protector, el señor don Matías de Rebollo.

Y yo, sin manifestar sorpresa de oírle nombrar a mi amigo:

—Perdí mi sostén, mi guía, mi amparo.

Y ella:

—Pero luego no le faltaron a usted amigos... y amigas...

Diciendo esto, se echó a reír de un modo tan franco, que me sentía como invitado a mayores franquezas.

—Yo creí—le dije—que se llamaba usted Higinia, y que era natural de Puentedeume.

—Cállese la boca—replicó— y no me haga reír más, que ya estamos llamando la atención.

Aproximáronse dos damas y hube de suspender mi indagatoria; pero media hora después, cuando volvíamos del comedor dándola yo el brazo, abordé la cuestión y me fuí derecho al bulto, conforme a los sabios consejos y reglas de vida que me había dado Aransis.

—Ya es inútil—le dije—que usted finja más tiempo conmigo.

—Si yo no finjo, ni hay para qué. Trátase de una broma inocente, de la que no tengo por qué avergonzarme.

—Así, así me gusta...

—Pues sí, señor mío, yo soy la máscara. ¿Qué tal?

—Me volvió usted loco.

Y como siguiera yo expresando con cierta exaltación mi deseo de mayores explicaciones, dejó de reír y gravemente me dijo:

—No hablemos una palabra más de aquella tontería sin importancia. Aquí, háblame usted de la función de anoche de la nueva moda que ha venido para el peinado en *bandós* o de política si le gusta; a mí no. Y de aquella broma, punto en boca. Si quiere usted saber más, lo sabrá en mi casa. Desde la semana próxima recibiré a los amigos los miércoles. Mi marido le invitará a usted. Debo advertirle que mis explicaciones serán breves, y que no ha de encontrar en ellas ni sombra de malicia ni el menor asomo de aventura.

No tuve tiempo más que para decirle con cierta ansiedad:

—Por Dios, no se olvide usted de advertir a su esposo...

—Sí, sí..., vendrá usted a casa, o, como ahora se dice, *será usted de los nuestros.*

XIII

14 de marzo.

Sin aguardar a que me llamase mi hermana, he ido a verla: tanto me aprieta el afán de reparar la injusticia cometida con el pobre Cuadrado. Aunque la espera no fué larga, aburríame el plantón en la penumbra fría del locutorio, aspirando el singular tufo de convento, mezcla de olorcillos de humedad, de incienso, de ropas de lana en continuo uso. Para colmo de hastío, no había en la estancia ninguna obra de arte con que entretenerme, pues un *San Francisco* recibiendo la impresión de las llagas, pintura nefanda, con el lienzo podrido a trozos y el marco apolillado, más causaba miedo que admiración. Llegó sor Catalina presurosa quejándose de que mi visita no anunciada la distraía de ocupaciones apremiantes; pedíle perdón por la inoportunidad, y al punto explané el caso de Cuadrado y mi disgusto por la absurda situación en que nos veíamos:

él, inocente, castigado; yo, culpable, impune.

Sin mostrarse sorprendida de que yo acudiese a ella para tal negocio, negó su influencia y puso muy en duda la posibilidad de servirme; pero bien se le conocía el discreto fingimiento, porque ni aguzaba las razones ni extremaba el sonsonete gangoso y aflautado. El argumento de más eficacia que esgrimí fué éste:

—Querida hermana: si tú no hallas la manera de reponer a Cuadrado en su destino, me presento yo al ministro y le suplico que dé al otro mi plaza y a mí la cesantía.

La abnegación gallarda de este propósito hizo efecto en Catalina, que, muy satisfecha, me dijo:

—¡Cuánto me place ver tan al descubierto tu buen corazón! Así, así quiero yo a mi hermano. Si pudiera yo influir en que se quiten y den destinos, muy pronto quedaríais complacidos los dos Pero..., en fin, yo veré si puedo... No sé a quién podría recomendar...

Aplicando a estas formulillas hipócritas la clave monjil, las interpreté como un lenguaje parabólico para decirme que todo se arreglaría, y que la reparación del grave yerro corría de su cuenta.

Repetía yo con cierta pesadez mi petición para que quedara fija en su ánimo, cuando entró una señora en el locutorio. Catalina se alegró de verla. Era la tal pequeñita, ya entrada en años, vivaracha, de semblante risueño y simpático, y no se contentó con mirarme una vez, sino que en mí ponía sus ojos con fijeza, como si quisiera tomarme la filiación.

—Es mi hermano—le dijo Catalina; y oyéndolo la viejecita me saludó muy afectuosa, obsequiándome con estas finuras:

—Ya decía yo... la cara no miente. ¡Y qué guapo es! Sor Catalina, bien puede usted estar orgullosa... Ya, ya le conocía yo a usted, caballerito, por lo que cuenta la fama...

Dábale yo las gracias por su amabilidad, y ella, ocupándose más de mi hermana que de mí, introdujo por la reja estas palabritas:

—Eufrasia no puede venir; tiene hoy la casa llena de mueblistas, tapiceros y doradores... Es tan grande el barullo, que...

No acabó el concepto, porque aparecieron tras de los hierros otras monjas: vi que eran dos, y oí una gangosa y compungida voz que claramente dijo

—¡Oh Cristeta..., qué cara te vendes!...

Mi hermana me indicó por señas que debía retirarme, y así lo hice: salí a la calle atando cabos, encasillando rostros y casos en mi memoria con el debido método, en previsión de acontecimientos futuros.

20 de marzo.

Conforme al gracioso anuncio que oí de labios de su esposa, el señor don Saturnino del Socobio me invitó a sus reuniones, y con esto queda expresada la diligencia con que yo acudí a la casa de aquel buen señor, en la cual pude advertir que todo era nuevo, allegadizo, dispuesto por la mano inteligente de la dama moruna. Allí encontré mucha y buena gente, aunque no la mejor de Madrid, pues había un poquito de entredicho social contra el tal matrimonio, por lo que yo supe aquella misma noche y contaré después para la más ordenada composición de mi relato. Amable con todos la dueña de la casa, lo estuvo conmigo singularmente, más que por lo que me dijo, por lo que con cautelosas y bien medidas razones me dió a entender. He aquí la muestra:

—Tengo que advertirle, señor mío, que procure no desentonar en sus opiniones políticas cuando tenga ocasión de manifestarlas. Hace poco le hablaban a usted mi marido y sus amigos del liberalismo de Pío Noveno..., y, como es natural, lo condenaban..., porque ésas son sus ideas. Cuando el señor de Clonard dijo que el Papa actual es un *Robespierre con tiara,* y que preside las logias masónicas, usted se indignó, puso el grito en el cielo y..., ya recuerda lo demás. Pues es preciso que varíe de táctica y que acomode sus opiniones a las de mi gente, si no quiere que con suavidad y finura le cierre yo las puertas de mi casa.

Segunda muestra:

—Oígame, Fajardo: no se le ocurra a usted elogiar otra vez al Paganismo. Siempre que se trate de griegos o romanos, llámelos *gentiles* o *idólatras,* como a usted le parezca, y póngalos que no haya por donde cogerlos. Volviendo a lo de la máscara, no pretenda saber más de lo que ya sabe. Yo fuí al baile con el consentimiento de mi marido sin más

objeto que el inocentísimo de pasar un rato y ver la gente. No iba con propósito de ver a usted ni mucho menos. Que se le quite eso de la cabeza. Por mi hermano conocía yo personalmente a usted: una noche, en el Príncipe, hallándonos en un palco, me enseñó un grupo en que estaban varios de sus amigos, designándolos por sus nombres... Al encontrármele a usted en Villahermosa, perdido en el salón grande como un palomino atontado, me dije: «Ya tengo a quien dar una broma, que ha de ser muy divertida.» Y como el día antes había leído las *Confesiones,* ya ve..., todavía me estoy riendo... Y no me pregunte más... Cierre el p i c o y tenga paciencia.

Tercera muestra, la segunda noche, invitado a comer:

—Otra vez tengo que reñirle. Por las llagas de Cristo, no hable usted mal de los que antes abominaron de la desamortización y ahora compran los bienes raíces que fueron de frailes y monjas. Mire usted que los amigos de casa adquieren todo lo que sale, y mi marido anda ahora en tratos con la Hacienda para quedarse con una gran finca que fué de los Jerónimos en la provincia de Cáceres. ¿Qué le importa a usted que compren o que no compren? Sea usted cauto y hágase al ambiente. Respecto a sus *Confesiones,* diré que Sofía las llevó a una monja de La Latina, que no debo nombrar. No se incomode usted con su cuñada, que el abuso de confianza no significa en ella más que una grande admiración hacia usted y el deseo de que todos participen de esa admiración. La monjita, que disfrutó esa historia por primera vez después de Sofía, y que es algo literata y no muy intransigente con lo mundano, me la dió a leer a mí: somos grandes amigas, paisanas, y a sus buenos consejos debo yo el haber salido bien de ciertas borrascas que en su día sabrá. Pues de mis manos pasó el cartapacio a otras: no se asuste. A estas horas lo ha leído medio Madrid, y tiene usted una celebridad reservada, que no sale en papeles públicos, mas no por eso menos extendida. Diréle que después de dar la vuelta, tornó el manuscrito al convento, y luego ha vuelto a salir. Estuvo en poder de Sartorius, que leyó un poquito, y por cierto lo alabó grandemente; de las manos de Sartorius pasó a perfumadas manos, y ahora está..., esto sí que no puedo decírselo.

—Me sumergirá usted en un mar de confusiones si no me lo dice.

—Pues está en una casa muy grande.

—En casa de Montijo.

—No; allí ya estuvo. Eugenia lo ha ponderado muchísimo. La casa donde ahora está es más grande.

—¿La de Altamira, la de Osuna?

—No; es mayor, mucho mayor...

—Ya...

—No me pregunte usted más.

—Dígame usted sólo una cosa..., el sexo de la persona que me ha leído en esa casa grande.

—¡Ah!, le habrán leído personas de uno y otro sexo.

—Quiero decir, la persona que pidió mi manuscrito.

—Mucho quiere usted saber. Cierre el pico y agradézcame las franquezas que tengo con usted. Si no corresponde a mi confianza con su discreción, no cuente ya conmigo para nada.

¿Qué tal, señores de la Posteridad? ¿Tengo o no motivos para estar estos días nervioso, distraído, inquieto, como si en torno mío zumbaran avispas?

26 de marzo.

Mi amigo Aransis, para quien no tengo secretos, me aconseja que no retrase el declararme a Eufrasia con las demostraciones más apasionadas, cuidando, eso sí, de hacerle comprender que sabré emplear la delicadeza más exquisita para no comprometerla. No necesitaba yo de estos estímulos para lanzarme, y en la primera ocasión propicia, el miércoles último, le mostré mi corazón lacerado y el trastorno inmenso que han traído a mi alma las gracias de su persona. Estimando más interesante que mi declaración la respuesta de la dama, doy aquí preferente lugar a los retazos más bonitos de la admirable tela que tejió con sus palabras:

—¿Querrá usted callar? Por Dios, Pepe, ¿se ha vuelto usted loco? Pues a mí no me enloquecerá usted, yo se lo aseguro, que por naturaleza tengo la cabeza bien firme, y además las desgracias me la han claveteado y endurecido. Calma, amigo mío; tenga calma y juicio. Aun cuando yo creyera que es verdad todo lo que usted acaba de decirme, tendría que darle un *no* como esta casa, o

como otra casa más grande. Es usted un chiquillo, y yo, si en años le aventajo más de lo que parece, en experiencia, ¡ay!, lo que es en experiencia, Pepe, le doblo la edad, créame... No quisiera yo hablar de esto: usted me obliga a recordar mis amarguras..., he vivido, he padecido lo que usted no puede imaginar...; sé lo que son los diferentes suplicios a que nos condena nuestra condición; conozco la esperanza hoy viva, mañana moribunda; conozco la ansiedad, la desesperación, la dignidad herida; conozco los ultrajes, la cólera propia y ajena; conozco todo..., hasta la vergüenza...

Llevóse la mano al rostro. La pausa que entonces se produjo llenéla yo con frases vacías, porque no se me ocurrieron otras. Luego siguió:

—Yo he sido muy desgraciada. Me sería muy fácil demostrárselo contándole algunos pasos de mi vida; pero no hay para qué... Algo habrá quizá que usted sepa; algo que no ha de saber si yo no se lo cuento. Pero ni lo uno ni lo otro le contaré: no quiero entristecerme. He sido muy, muy, pero muy desgraciada. Ahora, válgame la verdad, ahora no tengo la felicidad, esa felicidad con que se sueña a los veinte años... Ya ve usted qué cosas le digo... No tengo la felicidad; pero tengo el sosiego, la paz; y esta paz y este sosiego no los tiraré por la ventana... Sé lo que son pasiones de hombres, y como lo sé, no cambio por ninguna de ellas mi paz...

Tomando en seguida un tonillo jovial, y antes de que yo desembuchara los conceptos que se me habían ocurrido, prosiguió:

—Engolosinado usted, amigo mío, con su aventurilla de Italia y con alguna otra que habrá tenido por acá, de esas fáciles y para un rato, ha llegado a creer que todo el monte es orégano. Me coge usted vieja, si no de años, de picardía y conocimiento del mundo; me coge usted, se lo diré claro, muy escarmentada... Déjese usted de locuras, y seamos buenos amigos..., y nadita más, Pepe... Una cosa en que yo le aventajo a usted, ¿a que no sabe lo que es? Pues es el don de conocer y apreciar lo muchísimo que vale la amistad. Y ésta tiene sus goces, sus incertidumbres, también sus penitas, dulzuras no digamos, que se avaloran más con la pureza... En fin, mi amigo, haga caso de mi, y no se le ocurra volver a decirme lo que me ha dicho. ¿Estamos en ello?

—Estaremos en ello y en todo lo que pueda sobrevenir—respondí—. Claro es que mi primera obligación con usted es la obediencia. Y yo le aseguro que no tendrá queja de mí... Pero advierta, mi dulce amiga y dueño, advierta que manda usted en mis actos, no en mi corazón.

—También en su corazón... ¡Pues no faltaría más sino que a ese loquillo le dejáramos hacer de las suyas! Es un niño, créame usted, y a los niños se les educa, se les guía y también se les da una buena solfa cuando es menester.

—Niño será, como usted supone. El niño es comúnmente revoltoso, y aunque se le castigue, con sus gracias y zalamerías acaba por ser el amo de la casa. Todos le riñen si es travieso; todos tiemblan cuando le ven malito. Y la idea de que pueda morirse conturba más que el cataclismo universal. Este chiquillo que yo tengo en mi pecho pertenece a usted... No me le castigue, por Dios; déjele vivir a su gusto... Yo le respondo de que será obediente, juicioso, calladito... Vivirá en la adoración de usted...

—Déjese usted de adoraciones, por Dios.

—En la idolatría, en un culto mudo, escondido a todas las miradas...

—¿Catacumbas tenemos?

—Catacumbas.

—¡Ay no!, que son muy tristes. Crea usted que he tomado aborrecimiento a todo lo que sea oscuridad, ocultación, misterio, vivir con el temor de que me descubran... Prefiero la vida en plena luz, con sólo un bienestar tranquilo...

—Yo no le pido a usted que se meta bajo tierra ni que viva en el misterio. El que andará escondido seré yo, porque así me lo impone la que ha venido a ser mi dueño absoluto. No le ocasionaré la menor inquietud. Amor y abnegación son hermanos gemelos... Tan difícil será que yo altere la paz de usted como dejar de amarla, porque mi amor es toda mi alma y nada puedo contra él, como no se puede nada contra Dios. Es este amor mi suplicio y mi encanto, Eufrasia. Déjeme usted que en silencio me arregle yo en mi cenáculo escondido. Aquí tengo mi altar, y en el altar mi divinidad.

—¡Divinidad yo!... ¿Ahora salimos con eso?

—Divinidad, a quien adoro más por-

que ha sido mártir..., porque ha padecido... Ahora me toca a mí el padecimiento.

—No le compadezco si se empeña en ser tonto.

—Así somos llamados los que adoramos un ideal, los que por ese ideal vivimos, los que por él estamos dispuestos a morir...

—¿Conque ideal?... ¿Yo ideal...? *No me jaga uté reír, Joselito.*

XIV

28 de marzo.

Leído lo último que escribí, me han dado intenciones de borrarlo, pues si los conceptos de Eufrasia me resultan hermosos y sinceros, como producto inmediato de la realidad, los míos se me antojan artificiosos y de poco fuste, pues todo aquello de la divinidad, del ideal y del altarito pertenece al manoseado repertorio de los amantes que por primera vez en su vida abordan tan grave cuestión. Muy santo y muy bueno que con una inocente o novata de amor emplease yo tales pamplinas; pero con mujer que ha corrido ya temporales duros en el océano de la pasión, estimo que debí emplear otro lenguaje y método. Sea como quiera, no borraré nada del texto escrito, porque ante todo ha de prevalecer la verdad en estas *Confesiones;* y si estuve tonto, que tonto me vean los que han de leerme, y yo de ello me consuelo con la esperanza de ser en otra ocasión más agudo.

No creo frustrada mi conquista, por más que la moruna Eufrasia se mantiene en el firme terreno de la amistad, donde yo le propongo levantar una tienda para platicar juntos y solos sobre las inmensas dulzuras de ese sentimiento que tanto ennoblece a los humanos. Ella no quiere nada de tienda, temerosa del recogimiento y soledad que este mueble trae consigo, y prefiere que no tengamos más abrigo que la anchura de la casa y del mundo, sin escondrijo, ni misterio, ni arrumacos de ninguna clase. A pesar de esto, voy creyendo que mi aventura no lleva mal giro. Por cierto que a la consolidación de mi creencia no contribuye poco la misma Eufrasia, *sentando las bases,* como ahora se dice, de nuestro pacto de amistad, y va teniendo ésta tal extensión que se nos impone el secreto en diversidad de momentos y casos; amistad muy bonita y amena, con frecuentes consultas de una parte y otra, consejitos, protección moral y otras cosas dulces. Mejor que por mis referencias lo comprenderán mis lectores por la fiel copia de algún fragmento de los sabios discursos que la dama me endilga:

—Ha seguido usted mis consejos, menos uno, y en él tengo que insistir. Es forzoso que en el teatro suprima usted el mirar constante con gemelos o sin ellos. ¿Pero no se hace cargo todavía de que no sólo es inconveniente, sino de mal gusto? Tome ejemplo de mí, criatura, que todo lo veo sin parecer que miro nada. Sin clavarle los ojos, le he visto tan acaramelado que me daba risa... Ya notaría usted que la noche de *Borrascas del corazón* me puse en la cintura el ramito de verbenas, que son las flores más de su gusto, y lo hice para obtener de usted ahora la reducción de sus visitas a casa, que no deben pasar de tres en semana... Y a propósito de *Borrascas del corazón:* ¿le gusta a usted esa obra? A mí no: tanta melosidad me fastidia, como el arrope de mi tierra, que me empalaga y además me sabe a botica... Pues siguiendo con mis advertencias, diré a usted que sí, sí, está muy bien que sea expresivo con mis sobrinas Virginia y Valeria; pero no tanto, caballerito, no tanto, porque son muy tiernas, demasiado sensibles y podrían las chiquillas alborotarse más de la cuenta. Su madre es tonta y nada de esto ve: yo lo veo todo. No me cansaré de recomendarle que al ser amable con ellas no haga diferencia entre las dos y las iguale siempre en sus demostraciones, para que ninguna se crea con derecho a tenerle por novio. Mírelas como gemelas en su amistad, o como aquellas hermanas que estaban unidas por el estómago, por el costado o no sé por dónde. Así no habrá peligro.

Para muestra basta lo copiado. Debo decir que el entredicho en que tiene la buena sociedad a Eufrasia no lleva trazas de concluir. A su casa no acuden señoras de alto copete, ni otras, que, nacidas y criadas en las zonas medias, son extremadamente melindrosas en la moral casera y pública. Verdad que mi amiga se defiende valerosa, y con su talento,

amabilidad y exquisito tacto va ganando cada día más voluntades y atrayendo gente; pero aún le falta mucho para llegar a la rehabilitación que anhela. El motivo de su aislamiento me lo explicó Ramón Navarrete, hombre de grande erudición social, y a la sazón mi segundo jefe en la *Gaceta*. Después del ruidoso tropiezo de la señorita de Carrasco, bajo el poder de Terry, aventura de que se enteró todo Madrid, anduvo la infeliz por senderos torcidos, amparándose contra la opinión en las tinieblas del incógnito. De su existencia en aquellos terribles días poco se sabe, algo se sospecha y mucho quizá se miente. Y así como el río de su patria manchega se mete bajo tierra cuando le parece bien, y luego vuelve a salir a flor del suelo, del mismo modo, pasado algún tiempo del subterráneo curso, volvió afuera la dama y el mundo la vió llevada de la mano por un hombre benéfico, don Saturnino del Socobio.

Recatábase Eufrasia en aquel tiempo de toda relación social, y hasta de su propio padre y familia, y como su protector tuviese que emprender un largo viaje a Roma (que en negocio de capellanías y colaciones tenía no pocos entuertos que enderezar allá), pidióle ella el extremo favor de acompañarle, movida no tan sólo del cariño, sino también del deseo de cuidarle y asistirle (que no carecía de achaques el buen señor); resistióse don Saturno, temiendo el qué dirán de su familia, así en Madrid como en Italia; pero con su labia y embelecos de lo más fino salió adelante la hembra con su gusto, que algunos creyeron capricho y ganitas de ver mundo.

Roma fué para los dos dichosa tierra, porque don Saturno mejoró notablemente de sus alifafes, y ella se reconstituyó físicamente, y se puso tan lozana que daba gozo Vieron y admiraron cuanto encierra la metrópoli del Paganismo y de la Cristiandad; él se esponjó y se hizo más sociable; ella aprendió un poco de italiano y de literatura dantesca y petrarquina. Por dicha de Eufrasia, les precedió en el viaje a Roma don Vicente del Socobio y Suazo, canónigo patrimonial de Vitoria, nombrado para ocupar la plaza vacante por defunción de mi protector, don Matías de Rebollo, y una de las cosas en que puso el venerable varón más empeño fué reducir a buen orden cristiano las relaciones de don Saturno con la manchega. Esta, que por casarse bebía los vientos, desplegó todo su talento y trastienda para cautivar el ánimo del clérigo, hombre sencillo y bondadoso, que fácilmente vió en la buena moza una hija pródiga que en gran desolación tornaba al hogar paterno y debía ser recibida y perdonada.

Conociendo a Eufrasia como la conozco, no necesito que nadie me cuente las sutiles artes que desplegaría su ingenio en aquella crítica ocasión de su vida. Sin duda, viendo que su señor y el don Vicente intimaban mucho con los padres del Colegio Romano, con los observantes de Santa María de Araceli, con las monjas de Santa Clara en Quirinal, elevó al grado máximo de intensidad sus devociones, aficionándose al besuqueo de las imágenes, aprendiéndose de memoria trozos de literatura mística, con todo lo demás que creía pertinente a la grande empresa de su redención. Resistíase don Saturno a dar su consentimiento, atento siempre al qué dirán probable, y temiendo los escrúpulos de la familia más que los suyos propios. Pero don Vicente y otros clérigos que a la santa obra arrimaban el hombro, decíanle que por encima de la familia estaba el deber, y por encima de la sociedad, Dios; que en Eufrasia eran infalibles las señales de arrepentimiento, y que, por fin, su protector o cortejo, que con llama inextinguible la amaba, debía santificar aquellos criminales lazos, y limpiar su conciencia y la de ella en las aguas purísimas del matrimonio.

Libre ya de pasiones y de juveniles devaneos, Eufrasia quería sobre todas las cosas humanas una posición, y en ello puso las dotes singulares de su espíritu Como Dios al fin y al cabo protege a los tenaces y agudos contra los romos y debilitados de voluntad, la manchega vió colmadas sus ansias y recibió franco pasaporte para el mundo moral. En la española iglesia de Santiago (plaza Navona), no lejos del esquinazo en que está la famosa efigie de Pasquino, se casaron don Saturno y Eufrasia, precisamente en los días de mi segunda *villeggiatura* en Albano. *O tempora, o mores!* Naturalmente, la primera noticia del casorio levantó en la familia de Madrid gran polvareda, y cuando el matrimonio llegó acá, manteniendo en los primeros días una

reserva parecida al incógnito, para sofocar hasta los más leves rumores de escándalo, no faltaron disgustos, rozamientos y aun dicharachos ruines. Mas de todo ello fué triunfando poquito a poco la diplomacia de la manchega, que con sus astutas carantoñas pudo atraer uno tras otro a los enojados parientes y hacerse querer de los que antes la aborrecían. Doña Cristeta, que había sido la más intransigente, olvidando su amistad con doña Leandra, se rindió más pronto que ninguna a la sutil táctica de la dama moruna, recibiendo de ésta cantidad de preciosas reliquias, huesecillos de santos, acompañados del diploma que acreditaba su autenticidad, y sinfín de rosarios, medallas, indulgencias y demás cositas interesantes a los buenos corazones cristianos.

He referido sin ningún recelo lo que sé de la señora de Socobio, juntando las noticias que me dió Navarrete con las que yo por directo modo he sacado de la fuente histórica, y puedo escribirlo sin temor de que mis indiscreciones lastimen a nadie, pues estas páginas quedarán ocultas, y nadie ha de leerlas hasta que la señora y yo, y los demás que me veo precisado a citar, hayamos entregado nuestros huesos a la madre tierra.

30 de marzo.

¡Cómo está mi cabeza, señores! ¿Creerán que con la golosina de estas vanas crónicas mujeriles se me ha olvidado escribir que hace días tuvimos aquí una revolución? Ello fué de harta resonancia, pero de resultado nulo, como obra de unos locos, cuyos nombres oí y ya se me fueron de la memoria. Corren voces de que se repetirá: los progresistas exaltados y los demócratas no descansan, ávidos de ocupar las poltronas, y más que en los elementos revolucionarios de aquí confían en el apoyo que les darán los de Francia. La novísima República establecida en aquel país tiene a nuestros moderados con el alma en un hilo. Por mi parte, declaro que no me quitan el sueño las políticas inquietudes, ni los problemas que, según dicen, señalarán el presente año como uno de los más agitados del siglo, porque he decretado mi absoluta independencia del organismo general, creando un sistema planetario para mi exclusivo uso, y de él no me sacan atracciones públicas de ningún género. Y creed que no me interesa nada ya la cuestión del Papado liberal, en la que puse tanta vehemencia y gasté tanta saliva. Gioberti y Balbo, de Italia, y aquí Balmes y Donoso Cortés, valen para mí, con todas sus retóricas elocuentes, tanto como un comino, y el buen Pío IX, a quien de veras quise y admiré, ya no me embarga el ánimo con el supuesto carácter de pastor de los pueblos y patrono de la regeneración itálica. Vivo ahora en mi propio jugo, y todas mis empresas son absolutamente mías, principio y fin de mis ideas y sentimientos. También digo que la Democracia, que en forma de virgen en paños menores se nos aparece salvando el Pirineo, me encuentra insensible a sus encantos. Ya no me embelesan lecturas de Lamennais o Ledru-Rollin, y me resigno a que la Humanidad se regenere sin mi auxilio: ya iré a verla cuando esté regenerada, y a festejarla y aplaudirla. En tanto consagro mis horas a proporcionarme todos los gustos posibles, eliminando sinsabores y rehuyendo penas.

¿Queréis que os hable de los que para mí son capitales acontecimientos? Pues sabed que de la noche a la mañana me vi trasladado a la secretaría de Gobernación con doce mil reales, sin que yo, a ciencia cierta, entendiese de dónde me había caído breva tan sustanciosa, pues mi hermano Agustín me declaró que no era cosa suya. En cambio, al pobre Cuadrado se le contentó con la promesa de reponerle, y volvió el hombre a mí afligidísimo, diciendo que ya se había proporcionado una pistola para poner fin a sus días si no se le daba pronto la debida reparación. Yo le consolé y avivé sus esperanzas, socorriéndole de mi bolsillo para que mantuviera con sopas o potajes a la extenuada familia, mientras el remedio de su triste situación llegaba. Hablé nuevamente del caso a mi hermana, y la oí condolerse del pobre cesante con el registro más gangoso de su voz, para venir a parar en la negación de su influencia.

—¿Qué más quisiera yo que enjugar todas las lágrimas que veo derramar? Pero, ¡ay!, no puedo hacer más que pedir a Dios que ilumine a los que dispensan esta clase de favores, y Dios me oirá, Pepe, Dios me oirá: con tanto fervor se lo pido.

XV

1 de abril.

Las confesiones de hoy son un poco amargas; pero allá van para que todo, conducta y conciencia, quede guardado en el archivo de estas hojas.

Cierto que mi ascenso a doce mil es un felicísimo suceso que cualquiera, en caso normal, estimaría como don extraordinario de la Providencia, o premio gordo de Lotería. Pero en mi caso, por distintos conceptos irregular, ni los doce mil, ni el doble, si doble fuera mi estipendio, me bastan para la vida que me doy, y el pie de disipación en que me he puesto. Ya se habrán maravillado los que leyeren las anteriores páginas de cómo logro sostenerme en una sociedad tan superior a mis escasos medios. Pero hasta hoy, lo digo sinceramente, no he caído en la cuenta de que voy andando a ciegas por los caminos más arduos de la vida; y lo peor es que no puedo retroceder, ni me siento con el suficiente brío de voluntad para detenerme, porque me atraen metas muy seductoras, y corro tras ideales muy lindos, que embriagan mi mente y adormecen mi razón. Hablo con desnuda verdad de este desequilibrio en que se desliza mi existencia, y afirmo que, aun hospedado y mantenido por mi hermano Gregorio, con el sueldo no tiene mi agitada vida para empezar. Sin contar más capítulo que el de ropa (y no sé dónde pararía si en otros capítulos o renglones me metiera), digo que necesitaré dos años de sueldo para pagar los trapos que en un solo mes he encargado a mi sastre, cuyo elogio se hace con decir que es el más caro de esta Corte. Incapaz de contener los estímulos de mi presunción, quiero surtirme de toda la rica variedad de levitas y fraques impuesta por la moda. En chalecos poseo maravillas, y París tiene poca inventiva para colmar mi gusto. De corbatas no hablemos. En perfumería y accesorios de tocador, no me pongo tasa. Ahora supla la fantasía del pío lector los innumerables motivos de dispendio inherentes a este lujo del vestir.

Añado que mis hermanos me riñen; que se asusta Sofía, vaticinándome que acabaré en un Hospicio; que Gregorio pone el grito en el cielo. Unicamente mi cuñada Segismunda, la Medusa que tiene culebras por cabellos, no extrema sus reparos, y aún se permite opinar con cierto dejo sibilino que yo, lanzándome locamente por las trochas y desfiladeros sociales, llegaré a los más envidiados puestos. El mundo, según ella, es de los atrevidos, no de los cuitados; es de los que corren, no de los que miden encogidamente sus pasos. Esta opinión me consuela de los achuchones que me da mi familia cuando entra en casa sombrero nuevo, antes de que su antecesor envejezca, o cuando a la puerta llama el oficial del sastre con rimeros de ropa elegantísima.

Añado también, aunque me cueste alguna vergüenza el declararlo, que hace dos meses me hizo probar mi amigo Aransis las emociones del juego, y que desde el punto y hora en que de aquel fuerte licor gusté, ya no he sabido vencer el anhelo de catarlo cada día, ya por la espera de una ganancia que engorde mi flaco bolsillo, ya por la simple maña de hacerle cosquillas a la Fortuna, y ver si me sonríe placentera. No debo quejarme del azar, que me ha sido propicio más de una vez, permitiéndome dar algunos toques a las apariencias de mi vida fastuosa. Sólo en los últimos días me ha torcido el gesto la deidad voluble, y heme visto obligado a contraer deudas, algunas muy enfadosas. Pero espero y busco un glorioso desquite.

2 de abril.

Sepa la Posteridad, y sépalo con satisfacción, que el desquite es un hecho. Mas no he podido sofocar el tumulto de mis deudas, porque si algunas reduje o rematé, me han nacido otras por inevitable exigencia de los compromisos sociales y de nuevas aventuras que sin saber cómo se salen de debajo de las piedras. Me consuela el ver que Aransis se halla en mayores apreturas, y en él son más aterradores los efectos por ser de superior gravedad las causas, pues mantiene caballos, disfruta coches, gasta bailarinas y figurantas del Circo, y se permite otras formas de opulencia propias de un aristócrata. Días pasados, cuando, después de hacerme horripilante descripción de sus ahogos, me anunció mi amigo su propósito de levantar un empréstito, echéme a temblar, y al temblor siguió sudor frío cuando me dijo que nadie

como mi hermano podría encargarse de ello. Fué para mí como un tiro su indicación de que yo hablase a Gregorio... ¡Ay!, mucho quería yo a Guillermo, y por servirle y ayudarle aceptaría cualquier sacrificio; pero que no pusiese en mis labios semejante cáliz. Atento a mis razonadas excusas, y sin ofenderse por mi negativa, buscó entre sus conocidos otros amañadores de tales negocios, y al fin (el lunes lo supe casualmente) el empréstito de Guillermo ha venido a parar a mi casa. Hoy me dijo Gregorio con punzante burla:

—¡Vaya con tu amiguito! ¡Dios tenga piedad de la casa de Aransis! Al paso que lleva ese mequetrefe, pronto empeñará los pararrayos... Y como los que le den dinero no cobrarán hasta que muera su abuelita la señora marquesa, que aún está de buen año, entienda don Guillermo que le harán pagar caro el plantón.

Informado por Aransis, día por día, de la marcha de su asunto, supe que tardaba en efectuarse más de lo que él quisiera... Surgían temores, dificultades; la cuantía del préstamo era objeto de meditaciones aritméticas por parte de los que habían de aflojar la mosca... En mi casa, sin hacer la menor pregunta a mi hermano ni a los dependientes, yo inquiría y olfateaba, con la única mira de comunicar a Guillermo cuanto pudiese averiguar. Pero nada en limpio saqué de la contemplación de aquellas esfinges. Yo veía entrar y salir gente; pero iban a otros degüellos: unos salían conformes, cadavéricos otros y con el mal de San Vito. Oía yo el rechinar de dientes y el estertor de las víctimas en el momento agónico; pero nada pude pescar que a los intereses de mi amigo se refiriese. Sin duda no se había encontrado el vampiro, y mi hermano y otros andaban en su busca y descubrimiento. Por fin, en estas oscuridades vi aparecer súbitamente una luz, primero lívida, después resplandeciente, y ello fué en el salón de la dama moruna.

Aprovechó Eufrasia un oportuno ratito para decirme:

—¿No sabe usted nada del empréstito de su amigo Aransis? Trabajillo ha costado a Gregorio encontrar quien cargue con ese mochuelo; pero al fin veo que..., vamos, que parecieron los cuartos... No me pregunte quién los dará. Ni lo sé ni se lo diría aunque lo supiera, que esas cosas son muy reservadas. Lo que sí le digo y le ruego es que use usted de toda la influencia que tiene con su amigo para irle quitando de la cabeza esa vanidad estúpida, pues, si no se enmienda, pronto dará en tierra con esa casa, un día tan poderosa, hoy resquebrajada y tambaleándose como los borrachos. Y todo lo que he dicho de Aransis aplíqueselo usted, que también va por malos caminos, y no tiene casa grande que devorar. Modere usted a su amigo y modérese a sí propio, si no quiere que yo le retire mi amistad y le deje solo y desamparado en el mundo.

Contestéle agradecido, agregando la promesa de sermonear a Guillermo y de sermonearme también a mí propio, aunque no era menester, porque ella lo hacía ya con notoria eficacia. Y la dama siguió así:

—Hágase cargo de lo que pasa en esta sociedad. La aristocracia, que no sabe administrar su riqueza, ni cuidar sus fincas, se va quedando en los huesos. Toda la carne viene a poder de los del estado llano, que cada día afilan más las uñas y acabarán por ser poderosos... ¡Como que también están afanando lo que fué de frailes y monjas!... Claro que luego volverán las aguas a su nivel; los que vivan mucho verán cómo se forma una nueva aristocracia de la cepa de esos ricachos, y cómo recobrará el clero lo suyo, no sé por qué medios, pero ello ha de ser. El mundo da vueltas, y al cabo de cada una de ellas se encuentra donde antes estuvo. Por eso digo yo que andando hacia adelante, andamos hacia atrás.

Oíala yo encantado de su donaire. A más de los saludables consejos, saqué en limpio de aquel coloquio dos cosas: la noticia de que es un hecho la estrangulación de Aransis, y la casi certidumbre de que el ejecutor es mi amigo don Saturnino Sacobio, el cual no pierde ripio cuando le cae un pájaro de esta calidad.

8 de abril.

Consagro la confesión de esta noche, oh amigos venideros, al que se precia de serlo mío en la hora presente, el esposo de Eufrasia, por ésta comúnmente llamado Saturno. Comprenderéis esta preferencia cuando sepáis que anoche fué grandísimo estorbo para mi palique con

la señora, llevándome a un apartado sitio de la sala para charlar conmigo... Vean primero el hombre. Aunque no ha llegado a los cincuenta, parece haber traspuesto esa línea, porque su naturaleza viene arruinada, de años atrás, por achaques de que se defiende hoy con un método riguroso impuesto por su mujer. De cuerpo menos que mediano, escaso de carnes y de pelo, fatigoso en el habla, todo su ser se condensa en la viveza de los ojos y en la movilidad de los brazos cuando pone el paño al púlpito. Gasta bigote recortado y triangular, lo que más le asemeja a Espartero que a Zumalacárregui, y unas cortas patillas cuyo trazado le he visto variar en pocos meses. Viste bien; come con grandes remilgos higiénicos, desechando hoy lo que ayer le gustaba; habla con elocuencia reposada y construcción castiza; discurre con tino, en su cuerda, esquivando la paradoja y la hipérbole; es en su trato cortés; en todo lo social, correctísimo. Gusta de la política, y creería faltar a un deber profesional si no hiciera cada noche un resumen claro y juicioso, a su modo, de los sucesos del día. Habla despacio, y es de los que se escuchan. Conocedor yo de su debilidad por el éxito oratorio, pongo exquisito cuidado en escucharle también con todo mi oído, ya que no con toda mi alma. Oídle conmigo:

—¿Me preguntan si acepto el sistema parlamentario con todas sus consecuencias? Lo acepto como ensayo, sin asegurar que pueda caber dentro de ese molde la vida de la nación. Es régimen de garantía siempre que en él se diga: «fiscalizemos». Pero es régimen de barullo cuando sea preciso decir: «gobernemos». Yo, ya lo saben todos mis amigos, no hago un misterio de mi procedencia, ni reniego de mis antecedentes. Tengo a gala el haber influído con Maroto para llevarle al convenio de Vergara Serví honradamente a don Carlos... Fuí bastante leal para decirle: «Señor, esto es imposible...» El treinta y ocho, cuando la Corte y el Ejército llegaron a las puertas de Madrid, tuve una fuerte agarrada con González Moreno, en Arganda, y me separé del partido para siempre. Mis hermanos luchaban en uno de los campos, yo en otro: vimos clara la inútil inhumanidad de semejante lucha, nos abrazamos, y aquí estoy... ¿No convienen ustedes conmigo en que los tiempos cambian, y en que su variar continuado trae la evolución?... Pues la evolución es como la conciencia de la sociedad. Yo evoluciono, luego existo.

Mis noticias son que don Saturno fué el representante de la familia en el campo carlista, mientras otros acá la representaban, atentos al recíproco auxilio y a mirar por todos cuando Marte decidiera entre Isabel y Carlos. Sé también que arrimado a los Socobios que venían mangoneando en Gracia y Justicia desde el tiempo de Calomarde, don Saturno aumentó considerablemente su peculio, gestionando asuntos eclesiásticos. Heredó luego de su primera esposa un buen caudal. Arregladísimo en todo, menos en un aspecto muy importante de la vida humana, el hombre cuerdo y sesudo para los negocios y la política, para las relaciones varias del organismo social, no era un modelo en la vida doméstica, ni practicaba con rigor los buenos principios que rigen y gobiernan las costumbres. Mutilaba y subvertía la ley moral, dejando a salvo, con no poca sofistería, sus religiosas creencias. De él se ha dicho que es un valiente campeón católico que ha reformado el Catecismo, reduciendo a seis los pecados capitales.

Siguió diciendo:

—¿Convienen ustedes conmigo en que es preciso transigir, amoldarse a las circunstancias, a los hechos? Lo digo sin rebozo. Yo acepto el parlamentarismo y el liberalismo siempre que se encierren dentro de los límites de la mayor moderación, poniendo por encima de todo el principio de autoridad y la fe religiosa. Sin estas dos grandes columnas no hay edificio social que se mantenga en pie... Alguien me ha dicho que debiera yo predicar con el ejemplo más que con la palabra: a eso respondo yo que no me tengo por hombre impecable. Al contrario: pecador he sido, y pecador reincidente. Lo reconozco, lo confieso. ¿Qué más quieren? Mi temperamento ha podido en otros días más que mi razón... Esta y la edad me han traído la enmienda. A muchos conozco y conocemos todos que no podrán decir lo mismo. ¿Es verdad o no es verdad?

Yo supe que a su definitiva enmienda le habían traído los alifafes más que la razón. Padecía don Saturno de sorderas periódicas, de inflamaciones de los oídos,

de irritaciones gástricas, de dolores en la osamenta, gajes, ¡ay!, de sus formidables campañas... Su última pasión fué la hija de don Bruno Carrasco, y si en ella gastó al principio lo que le restaba de salud y padeció ansiedades y disgustos, luego Dios le deparó en aquel mismo pecado su salvación, trayéndole por los trámites de ley a la honrada paz que ahora disfruta. Adelante.

Tres amigos fumadores escuchábamos con benevolencia de estómagos agradecidos las campanudas estolideces que Socobio nos endilgaba. Uno de aquéllos, de traza muy respetable, aparecía por vez primera en la tertulia, y desde que fuí presentado a él por don Saturno puso en mí toda su atención. En los respiros que nos daba el orador (a quien afligían ciertas intermitencias del resuello), el señor de Emparán (que así se llamaba aquel sujeto) mirábame con fijeza inquisitiva y me hacía preguntas algo extrañas acerca de mis ocupaciones, de mis placeres, de mis estudios...

¡Estudios a mí! Aquel buen señor soñaba despierto: era quizá de los que me tenían por sabio, y quería obtener informes directos y personales de mi prodigiosa ciencia. Tentado estuve de devolverle curiosidad por curiosidad, preguntándole a mi vez: «Y usted, ¿quién es, en qué se ocupa? ¿A qué debo el honor de ese prolijo interés por mi humilde persona? ¿Qué idea le mueve a querer penetrar en el segundo fondo de mi existencia?» Pero mi buena crianza me libró de cometer tal grosería con un señor que me triplicaba la edad, y que al interrogarme disimulaba su impertinencia con la urbanidad más exquisita. De pronto, una frase del investigador arrojó alguna claridad sobre la confusión de mi mente.

—Señor de Fajardo—dijo—, con su señora hermana, sor Catalina de los Desposorios, sostenemos mi familia y yo amistad cariñosa, y aunque de tanto oír hablar de usted casi, casi llegábamos a conocerle como si le hubiéramos tratado, he querido yo tener este careo, y no me pesa, no me pesa...

Acercóse más a nosotros el dueño de la casa, y dándome palmaditas dijo a su amigo:

—Aquí le tiene usted, señor don Feliciano. Es buen chico, aunque un poquillo desordenado y calavera. Pero si bien se le mira, en su fondo no hay malicia, y será lo que se quiera hacer de él.

¡Y yo sin comprender lo que oía, ni atreverme a pedir categóricas explicaciones! Levantóse el señor de Emparán para despedirse, y después de ofrecerme su casa y de rogarme que la honrara, me apretó la mano con fuerte sacudida, diciéndome:

—Su señora hermana me ha indicado esta tarde que desea verle a usted pronto por allá... No tarde, don José, que, según yo pienso, tiene que decirle alguna cosa... que no es baladí, ciertamente no es baladí.

Al verle salir acompañado de Socobio empecé a descifrar el enigma, y poco después lo vi completamente claro en los ojos negros de Eufrasia.

XVI

12 de abril.

Hace días deserté de la casa y reunión de don Saturno, prefiriendo las de su hermano don Serafín. He querido probar el juego desdeñoso, y no sé por qué pienso que ha de marrarme. Allá lo veremos... Continúan las dos chiquillas Virginia y Valeria embelesándome con sus donaires, que ahora van trocando en agudísimas y a veces mortificantes burlas. Con tal confianza me tratan ya que hasta me tutean, sin que yo me atreva a rebajarles el tratamiento. Oigalas el que esto lea:

—¡Ay Pepito, qué lástima te tenemos!... Aunque ahora nos veas reír, puedes creer que por ti hemos llorado...

—Vaya, que no tienen mal fin tus picardías... Ya no más revoloteos, gavilancito. Ahora te ponen una calza como a los pollos, y te meten en un corral con las bardas muy altas, para que no puedas escabullirte...

—Esas bardas son la casa de los Emparanes. No te pongas afligido, Pepe, que la novia que te han buscado es tan buena que no te la mereces. A talento podrán ganarle otras, pero a hermosura no...

—Tiene una nariz muy mona, encorvadita sobre el labio como si quisiera averiguar lo que hay dentro de la boca...

—Y antes que ver los dientes, ve las encías. El talle, eso sí, es tan bien tor-

neadito como el globo terráqueo, y lo mismo se redondea para los lados que de abajo arriba...

—Su habla es graciosa, sobre todo cuando tartamudea; pero esto no es todos los días, sino cuando hay viento de Toledo...

—Los ataques le suelen dar los días en que se saca ánima.

—¡Ay Pepito, qué feliz vas a ser con una esposa lánguida, aunque no sin carnes; con una esposa que tendrás que mecer en tus brazos cuando se te desmaye! Pero tú te harás la cuenta de que no la cargas a ella, sino a sus talegas...

—Anda, pícaro, y qué bien rebozada en millones te la dan... Tajadas como ésa no pasan de otro modo.

Yo me reía, queriendo seguir la broma. Oigan lo que les contesté:

—¿Pero qué desatinos están ustedes diciendo ahí? ¿Y qué novia es esa que no conozco ni quiero conocer?... Yo no me caso más que con ustedes, con mis amiguitas Virginia y Valeria, con las dos, porque a las dos las quiero por igual, y ellas a mí me quieren lo mismo la una que la otra... Con las dos, con las dos, que ahora se reformará la ley de matrimonio, para que un hombre tenga dos mujeres.

—¡Ay qué pillo, y qué poca vergüenza! ¡Vaya con las indecencias que dice! ¡Casarse con dos!

—Con una ya es mucho apechugar, cuanto más con dos.

—¡Si es un pilluelo de la calle! Si pudiéramos, le clavaríamos cada una un alfiler de los gordos para oírle chillar.

—Si le cogiéramos a solas le daríamos una broma pesada: ofrecerle una yema llena de polvos de escribir, o echarle tinta del tintero en la taza de café.

—Nos vengaremos hablando pestes de él y sacándole los colores a la cara, ya que no podamos sacarle los ojos.

Río yo y me distraigo con estas burlas donosas; pero la procesión me anda por dentro. Lo diré sin ninguna reserva: Eufrasia me trae loco, respondiendo a mi juego de desdenes con una frialdad y displicencia que revelan la perfección de su histrionismo. Anoche no pude cambiar con ella dos palabras: dióme con la puerta de su mal humor en los hocicos. Ya ni amigo siquiera. Y esa dulce amistad me hace ahora más falta que nunca, pues necesito consultar con la morisca dama puntos delicadísimos de conducta y aun de conciencia. Su marido, en cambio, me asedia con oficiosas amabilidades y una protección que me enfada sobre manera. Hoy me le encontré en casa del general Fulgosio y se permitió reñirme con tonillo paternal.

—Es muy extraño, Pepe—me dijo—, que no haya usted visitado a los Emparanes... ¿Apostamos a que tampoco ha ido usted a ver a su señora hermana? Vaya pronto, que algo tendrá que decirle sor Catalina de los Desposorios; y luego prepárese a ir a vistas... Cada día que pasa está usted más en falta. Hoy me ha dicha mi esposa que usted no sabe apreciar el bien que se le hace y con ello viene a demostrar que no lo merece.

Contesté con lugares comunes, sin pedir mayor claridad, porque la claridad en aquel asunto me causaba miedo, y llevé la conversación a la política, buscando los efectos emolientes y narcóticos. Don Saturno me dijo que si Narváez no mostraba más coraje se le vendría encima todo el *Progreso* avanzado, con los demócratas, que conspiran descaradamente, protegidos por Bullwer, embajador de Inglaterra.

—Yo no sé en qué está pensando lord Palmerston, no lo sé, no lo sé...

Yo tampoco sabía en qué estaba pensando lord Palmerston, ni me importaba.

14 de abril.

Continúo indiferente a lo que piense o deje de pensar lord Palmerston. Y eso que esta noche, en casa de Alvear, he sido presentado a Bullwer, ministro inglés, el cual no se ha cuidado de saber lo que opino de su cacareado metimiento en los asuntos de España. Me ha tomado por aristócrata, engañado de las apariencias, y de ello me huelgo muy mucho. Mañana iré por primera vez a casa de Montijo, con Aransis. Anteanoche estuve en el Príncipe y vi dos actos de *La rueda de la Fortuna*... Yo esperaba verla allí, pero no fué: *brillaba por su ausencia*, como dice Ramón Navarrete. A medida que avanza la estación resplandece en los teatros de un modo fatídico el vacío de las señoras ausentes... He querido hacer una figura, y no me sale. Es que estoy tonto; así quiero ha-

cerlo constar aquí, dejando correr desde la mente al papel el inagotable chorro de mis necedades; la tristeza que me consume agrava mi tontería y la hace insufrible. Soy un necio afligido y un fúnebre mentecato. Mas ahora caigo en que contra estado tan lastimoso hay un remedio, que es la divina sinceridad, medicina segura de las turbaciones del historiador. Salga, pues, de mi corazón ese bálsamo, y váyanse al demonio todos los reparos y las sofisterías del amor propio.

Sí, señores del venidero siglo: vedme restablecido en mi ser por la eficacia de las verdades que a revelaros voy. Mis murrias provienen del diferente y contrapuesto enfado que me causan dos hembras: la una, después de negarme su amor, resignada o convencida, no lo sé, me retira también la opaca dicha de su amistad; la otra se enciende en tan loca pasión por mí, y de tal modo me asedia y mortifica, que llega, ¡vive Dios!, a serme intolerable. Dos grandes anhelos llenan hoy mi alma: atar lazos de amor con la una, desatarlos con la otra... Y esta otra, ¿quién es? Porque de ésta, si mal no recuerdo, no he dicho aún palabra, y ello ha sido por haber clasificado el presente enredillo entre los de puro pasatiempo, llamados a un facilísimo desenlace sin dejar rastro en la vida. Pero en su breve curso tomó inopinadamente tal vuelo, y dió margen a tales enojos míos, que es forzoso historiarlo... Pero ¿quién es?, dirán los señores y amigos cuando esto lean (ya habrá llovido para entonces). Pues una mujer del pueblo, una *demócrata,* que así debo llamarla por ser de lo más selecto y fino dentro del tipo plebeyo. Llámase Antoñita, y pertenece a una familia de cordoneros, subdividida hoy en diferentes tiendas y portales de calles próximas a la plaza Mayor. Añado que es muy guapa y graciosa, el más delicado manjar de manola que puede imaginarse, y que tiene por esposo a un tal Trujillo, abominable truhán de Madrid, hijo de una honrada familia de comerciantes en peletería, hoy apartado de sus padres y de su mujer, viviendo en oscuros garitos y revolcándose en el más bajo cieno social.

Vino a mí la preciosa Antoñita por conquista de unas cuantas horas, realizada con jactancia y perfidia. Bringas la cortejaba y la tenía por suya; yo se la quité en los rápidos galanteos de una tarde. Cambió la esclava de dueño como si con unas cuantas monedas la comprara yo en un mercado de Oriente, y desde el primer instante se arrebató en tan loca pasión, que el cansancio mío hubo de venir más pronto de lo que pareciera justo, dadas la belleza y donaire de tal mujer. Era su amor tan absorbente, que no dejaba respiro, y de un egoísmo tan bárbaro que en constante suplicio vivía por ella el objeto amado. Y no me han valido las ganas y la determinación de ruptura, pues apenas me separaba, venía la desolada mujer con tales asedios, persecuciones, súplicas y lloriqueos, que de nuevo me dejaba encadenar compadecido de aquella violentísima fiebre y de aquel amor inextinguible que para su defensa se amparaba del cielo y la tierra.

Y en otro orden muy distinto (todo se ha de decir) llévame Antoñita con el vértigo de su pasión a un cruel sacrificio, porque si ella no es en verdad un juguete caro, y sabe practicar el *contigo pan y cebolla,* en torno de ella viene contra mi peculio su insaciable familia, asediándome con brutalidad famélica. Un día es la pobre abuelita; otro, la hermana perlática; sigue el primo que tiene taller de cordonería y, como padre de diez hijos, se ve en fuertes apuros; arremete también contra mí la tía, que está medio ciega y anda tras de que la operen; y por fin se presenta con infalible periodicidad el degradado esposo, que al despertar de sus borracheras viene a cobrar el alquiler, canon, peaje... o no sé cómo llamarlo. Estos repetidos golpes y socaliñas me traen a una situación pecuniaria de grande ahogo, porque no sé negarme al gemido del pobre, y aun cedo a las cobranzas de Sotero (que así se llama el vil marido), por evitar algún grave estropicio en la persona de Antoñita

Quiero zafarme y no puedo, porque para ello tendría que obsequiar caballerosamente a toda la taifa postulante con una gorda suma de que no dispongo. Entre tanto, mis recursos bajan, mis deudas crecen como la espuma y yo voy cayendo en sorda desesperación. Huyo de Antoñita, y ella va tras de mí; me la encuentro en la puerta de la embajada inglesa cuando salgo, y su tétrica faz y ademanes de oca me infunden lástima; o bien me escribe lacrimosas cartas despidiéndose de mí hasta el valle

de *Josafaz*. Vienen a contarme que la han sorprendido encerrada en compañía de un braserillo de carbón, o tratando una pistola en casa del armero... En fin, no sigo, porque escribiendo esta desastrada historia me pongo malo, y huye de mí la alegría de vivir, que ha sido en días más venturosos mi sostén y mi encanto.

17 de abril.

Esta noche os doy cuenta de un caso extraordinario. ¿Cómo y por qué conductos ha llegado este romántico sainete a conocimiento de la sin par Eufrasia? No lo sé, ni ella me lo ha dicho al arrojarme a la cara el caso de *Antoñita la cordonera* con todos sus incidentes y perfiles. Pues sí: ayer, después de largo paréntesis en nuestra amistad, hablamos largamente. Me la encontré en la calle, saliendo ella de San Ginés en compañía de su amiga Rafaela Milagro, ambas en pergeño de devociones, vestidas modestísimamente. Ignoro si venían de confesar o de alguna novena o manifiesto. Las detuve un instante, y obtenido permiso para acompañarlas, fuí con ellas a la casa de Rafaela, esposa de mi amigo don Federico Nieto, alias *Don Frenético*. La sequedad de la manchega, efectivo trasunto del hielo de su alma para conmigo, o un acabado modelo de simulación, me llevó a mayor abatimiento.

Hablamos extensamente delante de Rafaela, mejor dicho, habló la morisca dama todo lo que quiso, y yo la oí defendiéndome en breves conceptos de las acusaciones que me dirigió, más en tono de maestro inflexible que de amiga. Díjome que, sabedora de mis desvaríos, había decidido privarme del apoyo de sus consejos; pero que a tal punto llegaban ya mis locuras, que a salvarme acudía, no por mí, sino por mi madre y hermanos, pues ya miraba próxima la catástrofe. Contóme ce por be todo lo de Antonia y los ataques de su hambrienta familia, y me preguntó si había yo perdido en absoluto la vergüenza y el instinto de conservación. Como un pobre estudiante cogido en graves deslices, le contesté que no son las rupturas de amores tan fáciles como ella supone, pues lo que en conversación de personas indiferentes se tiene por muy hacedero, en la realidad y en la situación particularísima de los interesados presenta dificultades y peligros enormes. A esto dijo que ella me propondría un plan de conducta enérgica, para conseguir en breve tiempo la liberación que me devolvería el honor y la paz. A no estar presente Rafaela, hubiérale espetado allí mismo nueva y más ardiente declaración de amor, echándole la culpa de mis desastres por causa del abandono en que me tiene.

Continuó la dama, en el resto del coloquio, tan frigorífica como en la primera parte: ni una sola vez vi la sonrisa en sus labios ni en su faz morena el encendido tono que al acalorarse le daba singular encanto; sus negros ojos parecían haberse impuesto la obligación de atenuar la mirada con el amparo de sus admirables pestañas, y aquel rayo que herirme solía, a mí llegaba sin la acerada punta, tibio y ceniciento. Desdeñosa, siguió fustigándome:

—Está usted de algún tiempo aca tan desatinado, que sin darse cuenta de ello comete las mayores inconveniencias. Al demonio se le ocurre dejar en casa, para que yo las lea, esas novelas de los Balzaques, Suéses y Souliéses. Pero ¿está usted soñando? Ya creo haberle dicho que aunque traje de Roma licencia para leer obras prohibidas, no quiero hacer uso de ella, por conformarme con los gustos de mi esposo y no chocar con su familia y amigos. Yo no leo nada de eso, Pepe, bien lo sabe usted, pues en una casa como la mía no pueden entrar libros estimados como peligrosos por la moral depravada que encierran.

Tomando en este punto la palabra Rafaelita la *Frenética*, que hasta entonces poco menos que muda había permanecido, me dijo:

—Yo no tengo licencia; pero si la tuviese, tampoco la usaría, porque de esos libros no se saca más que barullo en la cabeza y cosquillas en el corazón... Cuando una llega a cierta edad y ha encontrado su oasis, buena tonta sería si no se sentara a la sombra de las palmeras de Dios, esperando allí a ver pasar las caravanas... A mí me gusta ver pasar las caravanas, y me alegro de no ir en ellas.

—¡Dichosa usted que tiene oasis!—le respondí—. Dígame dónde está el mío, si lo sabe, para irme corriendo a él.

—El oasis de usted yo sé dónde está —me dijo Eufrasia—, y usted también lo sabe; sólo que como es un pillo, se

hace el distraído y el desmemoriado, porque le gusta más andar por el desierto, de Ceca en Meca..., comiendo dátiles podridos...

XVII

18 de abril.

Muerto de sueño, no pude terminar anoche la sustanciosa conversación que tuvimos Eufrasia y yo en casa de Rafaela Milagro. Sigo en el punto en que la dejé, o sea en lo de que yo me alimentaba con dátiles podridos a mi paso por el desierto. Nada quise responder sobre aquella supuesta putrefacción del fruto de las palmeras, y abordé valeroso el tema que mi amiga me proponía para seguir peleándonos. Precisamente allí quería yo verla y escuchar lo que pensaba de un problema de mi vida sobre el cual no había querido darme opinión. No he necesitado decir que en la famosa noche de mi conocimiento con Emparán relacioné las enigmáticas preguntas que éste me hizo con el plan casamentero de mi hermana sin consultar para nada mi voluntad, como si yo fuera un objeto insensible y de poco precio, que se regala, o de mucho precio y que se vende. Más sorprendido que indignado, y mirando por el lado de las burlas aquel mercantilismo matrimonial, corrí a llevarle el cuento a Eufrasia. Al punto advertí en sus ojos una gran estupefacción, después un rayo de cólera que me colmó de alegría. Sus palabras, pasada la impresión primera, y echados rápidamente los frenos del disimulo, no correspondieron al lenguaje anímico de los ojos.

—Está usted divertido—me dijo, echándose a reír—. Quieren llevarle al matrimonio como se lleva al colegio un chiquillo mal criado para domarle. Es usted un ángel de Dios, Pepe. Deben conocerle bien los que así disponen de su corazón y de su mano. Veo que usted lo toma a broma, y ello prueba una pachorra... tan fenomenal..., vamos, que si la pachorra fuera motivo de canonización, ya estaría usted subidito en los altares con una vela a cada lado...

Por más que en mi respuesta me mostré irritadísimo ante aquel menosprecio que se hacía de mi voluntad, no logré que cambiara el tonillo sarcástico por otro más conforme con mis sentimientos. Repitió las burlas, llevándolas hasta un extremo que jamás vi en ella, y desde aquella noche levantó delante de mí el muro de hielo que mis atenciones y mi cariño no han podido escalar, ni menos romper, como he consignado en las confesiones de los últimos días.

Y ahora, planteada de nuevo la cuestión, le digo:

—Estoy esperando, amiga mía, su pensamiento acerca de eso que llama mi oasis.

Y ella, más glacial que nunca:

—En otra ocasión pude reírme de que le quisiera a usted... para mejorar la yeguada de los Emparanes. Ahora, conociéndole mejor, veo que los que así disponen de usted saben lo que se hacen. Y estará loco si no cierra los ojos y se presta... al cruzamiento..., antes hoy que mañana. Si así no lo hace usted, está perdido. Nada, Pepe, ahora mismo escriba usted a Catalina dándole prisa para que lo arregle todo prontito. Le ha venido Dios a ver con esa boda. Ni usted merece más ni podría esperar solución más acertada de los conflictos de su existencia... Más le digo: ¿quiere usted que volvamos a ser amigos?

—Es mi mayor anhelo.

—Pues vaya, Pepe, vaya pronto a esas vistas que le proponía mi marido; vea y examine el bien que Dios le ha deparado, y cuando usted salga de aquella casa, comuníqueme sus impresiones... Entonces, cuando yo me entere del estado de su ánimo, le indicaré la forma y manera más dignas de dar ese *sí* que tanto se desea.

—Déjese usted de síes y noes, que no tienen sentido común. ¿Será usted mi amiga, me aconsejará?

—Aconsejándole estoy ahora.

—¿De modo que usted cree...?

—Ya lo he dicho: cierre usted los ojos... y ¡adentro!

—Como quien toma una medicina muy amarga.

—Exactamente—dijo tapándose la boca con el libro de rezos para ocultarme su risa.

Creí observar que el muro de hielo, con aquel reír gracioso, se agrietaba; pero ella prontamente acudió a repararlo, revistiéndose de gravedad severa... Entraron otras dos señoras que también de la iglesia venían; tras ellas un sacerdo-

te... Eufrasia me indicó que debía retirarme, y así lo hice, desdoblando lentamente, en el descenso por los escalones, mis inquietudes y tristezas.

29 de abril.

Tanto tengo que referir esta noche que no sé por dónde empezar. Con las fatigas de estos días y la tardanza en recogerme (que casi con las primeras luces de la mañana entro en mi casa), me han faltado tiempo y gusto para escribir. Procuraré ganar lo perdido y presentaros, con el posible método y precisión, los acontecimientos de este capítulo de mi historia Lo primero que debo decir es que Sotero Trujillo, marido de Antonia, se personó un día en mi casa, proponiéndome un negocio, en el cual me daría participación si yo le anticipaba la cantidad necesaria para plantearlo. ¡Vaya una minita que era el tal negocio!... Con él se ganaría el dinero a espuertas... *Tocante al secreto,* a nadie lo revelaría. Fué mi única contestación agarrarle por un brazo y llevármele como a rastras hacia la puerta. Ya fuera de ella, quiso el hombre revolverse contra mí; pero mi fuerza nerviosa, que a falta de la muscular me asiste en casos tales, pudo más que su impetuosa rabia... De un empujón bajó Sotero rodando el primer tramo de la escalera. Sangraba por frente y narices, escupía maldiciones, y si no intervienen los porteros, que al escándalo acudieron, sigo tras él y le lanzo a nueva carrera por el segundo tramo. Hacia la calle le precipitaron los porteros y un polizonte, y no volví a saber de él en todo el día. Mi hermano y Segismunda me riñeron por el escándalo, echándome en cara que a casa llegasen tan ignominiosas visitas, por la desigual vida que yo llevo entre las personas más altas y las más bajas.

Siguió a este ruidoso acontecimiento, en la serie de aquel día, otro no inferior en importancia, pero sumamente grato para mí; y fué que aquella tarde, hallándome, diré que por casualidad, en mi oficina (a la cual yo no voy más que a fumar cigarrillos y a escribir mi correspondencia), tuve el honor de ser llamado por Sartorius a su despacho y recibido por él con delicada llaneza. Su excelencia había oído hablar de mí y deseaba conocerme. La rápida lectura de las primeras hojas de un manuscrito mío le había revelado disposiciones literarias no comunes, y como protector de las letras y de sus cultivadores me incitaba bondadosamente a poner más atención en los trabajos de pluma que en el tumulto de la vida social elegante. Debía yo, pues, probar fortuna en el teatro o en la novela género muy desmedrado entonces en España, y mejor aún en la Historia, nutrida y amena. Nos hacen mucha falta, según Sartorius, buenos escritores que aprendan y cultiven el arte de la amenidad, y nos libren de esas investigaciones pesadas y macizas sobre cosas de la Edad Media, que no hay cristiano que las trague; y convendría también que los de literatura entretenida abandonasen la cuerda sentimental, que ya empalaga, reanudando la tradición de la prosa humorística española, expresión de la vida real...

Representa Sartorius cuarenta años; es de buena presencia, el rostro expresivo, el bigote corto y rubio, la mirada sagaz, modales y conversación de exquisita urbanidad. En él veo un raro ejemplo de aristócratas espontáneo, como yo, es decir, hombres que sin haber nacido en dorada cuna parecen destinados por Dios a ser fundamento de la nueva nobleza que ha de levantarse sobre las ruinas de la antigua... Terminó su excelencia con una indicación que fué signo de interés y simpatía por mi humilde persona.

—A usted—me dijo—le convendría entrar en la carrera diplomática, para la cual parece cortado, no sólo por su ilustración y su conocimiento de lenguas extranjeras, sino por su buena figura. Podría ir de agregado a París o a Roma, y en ello habría para usted dos ventajas: la de abrirse una brillante carrera y la de ausentarse de Madrid..., que no le vendrá a usted mal, según entiendo.

Comprendí que mi hermano Agustín había sugerido al señor ministro la idea de echarme de aquí como el único medio práctico de cortar de un tajo los innumerables enredos en que aprisionada está mi pobre existencia. Agradeciendo la noble intención, me despedí, no sin protestar en mi interior del destierro que me preparaban, pues la vida esta en que sufrimientos y goces se confunden con dramático enlace me cautiva, me embriaga, y, como los borrachos, amo el licor que endulza y alegra mis horas.

Observando un puntual orden cronológico, refiero que aquella noche fuí a la tertulia de Montijo. Nada de extraordinario me ocurrió en el palacio de la plaza del Angel, pues no lo fué que la menor de las hijas de la condesa, Eugenia, lindísima criatura, de una belleza espiritual cuando está seria, picaresca cuando ríe (y no escasea la risa), me dijese que pues yo poseía el italiano, habláramos un ratito en esta lengua, que ella con mucho gusto estudia... Gramaticalmente la domina ya, y desea soltarse... Hablamos no tanto como yo quisiera, y pude recrearme en la gracia, en el ingenio y donosura de esta sin par mujer; pero de mis ejercicios italianos hubieron de arrebatármela, con los españoles, Bermúdez de Castro y Roca de Togores, que andaban locos tras ella, pretendientes más tenaces cuanto menos favorecidos. Eugenia se divierte con ellos, como con otros, como conmigo, y a todos da cuerda, mas no esperanzas... En el rincón de los políticos presencié una viva disputa entre Borrego y Salamanca, del cual se dice que ha vuelto la espalda a Narváez y a la misma reina, lastimado del alevoso puntapié que aplicaron a su Ministerio, no más sólido que una estatua de escayola, como todo figurón que no tiene por ánima, dentro del yeso, una espada formidable. Aburrióme la disputa, en la cual no se oían más que los comunes tópicos, y me fuí al olor de las damas, que no pocas allí había de mi conocimiento, y algunas a quienes yo solía cortejar con la audacia propia de galanes españoles, maestros en dar formas finísimas a la grosería. Detúveme un mediano rato con la de Torrefirme, casi cuarentona, que me mostraba singular deferencia ya tocante en la inclinación, y como advirtiese yo aquella noche que la caída hacia mí se acentuaba locamente, excediendo en desnivel a la torre de Pisa, miné y destruí su cimiento todo lo que pude para que se derrumbase pronto, como en efecto... Pero de esto no debo decir más ahora.

Esclavo de la escrupulosa cronología, digo que a la mañana siguiente me despabilaron dos visitas harto funestas: el pobre Cuadrado, que iba al olor de socorros y esperanzas, y la prima de Antonia, prendera, que me dió la noticia de hallarse ésta enferma y poco menos que moribunda. Para recibir y contentar a los dos visitantes derroché tesoros de filosofía. Ni sorpresa ni alarma me causaron los suspiros y lamentos con que la prendera me llevó su embajada, porque ya estaba yo hecho a noticiones de aquel calibre y a las actitudes sentimentales: no obstante, sentí lástima de la cordonera, a quien no había visto en luengos días, y sospeché que padeciese hambre o que le dieran tormento los infinitos diablos que componen su familia. Con promesa de pasar por allá despedí a la llorona mensajera; a Cuadrado le di todo el contenido de mi bolsa, que no era mucho, y por consuelo le dije que ya había hablado de su asunto con el propio ministro. Esto no era verdad, porque en mi entrevista con Sartorius de todo me acordé menos del infeliz cesante; pero al soltarle la fábula hice mental propósito de enmendar pronto mi negligencia.

—Váyase tranquilo, amigo Cuadrado, que no pasará esta semana sin que usted reciba la reposición; corre de mi cuenta.

Y él:

—Como no se den prisa, puede que antes de reponerme esté todo el Gobierno en medio del arroyo. Oiga usted a los progresistas y entérese... Cuentan con la Inglaterra, que ha mandado ya para acá sinfín de cajas llenas de libras esterlinas...

—¿Usted las ha visto?

—¿Cómo he de verlas, si todavía no han llegado? Ahora vienen, por la travesía de mar. Pero vendrán y las veremos todos, que buena falta nos hace. Esto está perdido; en Castilla y Extremadura habrá mala cosecha, y como siga el *espadón,* tendremos hambre pública... Pues digo: cuentan con la Inglaterra; cuentan con diez o doce batallones..., ya comprometidos. y cuentan con gente de mucho dinero, que no t e n g o por qué nombrar.

Preguntéle si conspiraba, y con viva efusión, iluminado el rostro por llamaradas de alegría, me contestó que sí. Conspiraba porque se lo pedía el cuerpo, porque el conspirar era olvido de las penas, venganza de la injusticia y fuente de risueñas esperanzas; conspiraba también por patriotismo, para que la nación saliera pronto de tantas desventuras. Como no tenía ocupaciones de oficina ni de nada, se pasaba el día charlando de la conspiración con sus amigos viejos o

con los nuevos que en el campo democrático le habían salido. El rincón de un café, el cuchitril de una portería o las negras estancias de una mala imprenta eran sus logias, y cuando no se terciaba el arrimo a cualquiera tertulia revolucionaria, satisfacía su anhelo en los corrillos de la Puerta del Sol, conventículo habitual de cesantes. Díjome que si sus hijos fueran mayores, a todos pondría un trabuquito en la mano para defender la primera barricada que se levante. El y otro amigo no menos enamorado de las trifulcas, y que con ellas soñaba dormido y despierto, había recorrido todo Madrid, barrio por barrio, estudiando sobre el terreno los puntos más estratégicos para emplazar barricadas con el menor riesgo de sus defensores y mayor desamparo de la tropa que tomarlas quisiese. Las enfilaciones de las calles, la orientación de los edificios, todito lo tenían bien observado, medido y presupuesto para el caso muy próximo de *dar el grito* contra Narváez. No era puro platonismo y *ojalatería*, que también, según dió a entender, andaba en pasos de *pronunciar* a cabos y sargentos, sirviendo de auxiliar a otros dos, ya muy duchos en este arte. Despedíle al fin incitándole a perseverar en su trabajo, pues aunque yo creía firmemente que se le repondría, debíamos prepararnos para toda contingencia desfavorable, y si la gran injusticia no se remediaba, echar a rodar todo lo rodable: Gobierno, Constitución y el Trono mismo.

Comí con presteza y me eché a la calle, movido de la absoluta precisión de buscar dinero, pues el cesante había limpiado mis bolsillos; visité a tres usureros, arreglándome al fin con el más cruel y de más arrebatada fantasía para elevar hasta el cielo los intereses y remontar mis deudas. Me reparé de mi necesidad, y aunque me acosaban tristes presentimientos del abismo a que yo corría, bien pronto el torbellino vital, el encadenamiento rápido de las obligaciones con los goces, y de los apetitos con los nuevos deseos, las ambiciones soñadas sucediendo a las satisfechas, me volvían al normal abandono y a no pensar más que en el momento presente... Sigo contando.

Con dinero fresco corrí a casa de Antonia, un piso tercero en la plaza Mayor, y mi sorpresa fué terrible ante el desastre que mis atónitos ojos contemplaron al entrar en la estancia. Trujillo, según me explicó la prendera, allí presente, había cargado con todos los muebles para empeñarlos o venderlos, no perdonando más que la cama en que Antonia yacía con altísima fiebre y angustias del ánimo, que se disiparon al verme. El miserable se había llevado hasta los clavos, haciendo tabla rasa de cortinas y alfombras, con lo que la casa se había convertido en nevera. Nada de esto me había dicho en mi casa Margarita, que así se llama la prima de Antonia, porque lo ignoraba; el villano despojo fué perpetrado de once a una por el Sotero y dos compinches. Mientras acudía yo a reanimar con palabras afectuosas a la pobre Antoñita, hizo la otra una visita de inspección a los aposentos interiores, y volvió con las manos en la cabeza, diciendo:

—Han afanado también toda tu ropa, hija, no dejándote más que cuatro pingos. ¡Habrá infames, habrá trastos!... En la salita queda un espejo chico, el lavabo viejo y unas mantas y almohadas... ¡Jesús, Jesús!

Sonriendo, y sin quitar de mí sus ojos, nos contó la enferma que al partir Sotero con el ajuar de la casa le dijo:

—Ahí quedan unas cosas. No vayas a creer que te las dejo. Volveré por ellas esta tarde.

Yo no tenía más arma que un bastón de estoque. Ya estaba yo viendo el hierro traspasando de parte a parte al ladrón si volvía mientras yo estuviese allí... Pero no había que perder el tiempo en quejas y apóstrofes vanos, pues Antoñita necesitaba con premura cuidados, alimento, medicinas. Llamada por la prendera una chiquilla de la vecindad que todos conocíamos, muy amable y vivaracha, de nombre Encarna, empezamos a reparar el gran desavío causado por aquellos bergantes, y acudiendo algunas vecinas, entró en la casa lo más necesario en aquel conflicto: caldo, pan, agua caliente, carbón, leche, velas... Bajando y subiendo Encarna con ratonil prontitud las escaleras, trajo de las tiendas próximas todo lo que el dinero podía facilitar de momento; y al ver el trajín que unos y otros traíamos, Antoñita reía y daba palmadas, no sé si delirando o por efecto del extremado gozo que mi presencia le causaba, el cual parecía te-

ner virtud bastante para sofocar las mayores tribulaciones. Procuré hacer a su lado la calma: dispuse que todo el mujerío se retirase al comedor y cocina, di a Margarita cuanto necesitaba para completar la provisión de lo más indispensable, ordené que fuese llamado un médico y quedéme solo con la infeliz mujer, arropándola cuidadosamente para que no se enfriara y sosegando su ánimo con dulces acentos de amistad y compasión. Pero si logré que guardara bien los brazos bajo el rebozo, no pude poner freno a su desmandada locuacidad.

XVIII

—¿Qué me importa que ese gandumbas indecente me haya llevado todo lo que había en casa, trebejos, trapos y chirimbolos, si te tengo a ti? Por la puerta por donde salieron los trastos entraste tu. Bendita sea la puerta. Estoy contenta; no me cambio por nadie... Bueno. Que Sotero se ha llevado lo que no era suyo: vaya bendito de Dios...; pero si da en robarme también a mí, que soy lo menos suyo de todo lo que había en la casa..., ¡ay!, si da en robarme, entonces sí que la hacemos buena..., ja, ja... No, *Chinito*, no me digas que me calle después de haber estado quince días o quince siglos sin verte... No, no: todo el palabreo que se me ha quedado dentro de la boca en tantos días, ahora tiene que salir... ¡Si estoy hablando como una fuente! ¿Callarme yo? Aunque quisiera, *Chinito*, no podría. Déjame que despotrique, y si me sube la calentura que suba hasta el cielo, y si por hablar he de morirme, muérame con la última palabra cogida en la boca como un cigarro puro... Ayer dije entre mí: «Voy a figurar que estoy mala, para forzarle a venir. Me meteré en la cama y estaré un día sin comer para ponerme languiducha, y tomaré la hierba que dicen enciende calentura, para que el timo sea completo.» Esto pensé, y de tanto pensarlo, *Chinito*, caí mala de verdad... Ayer vino Sotero y me contó que le habías echado por las escaleras... Hiciste mal en incomodarte, pues todo el negocio, es un suponer, no llevaba otra malicia que sacarte doce o catorce reales; y se habría ido tan contento... En venganza de ti y de mí, porque ayer le dije: «Apártate, asqueroso, que tu olor a vinazo me tumba», ha venido hoy con dos granujas para desvalijarme... Es un pillo, un borracho, un gandul y un sinvergüenza; y si yo no le aborrezco todo lo que debiera, ¿sabes por qué es? Porque sé que te quiere... No, no te rías. Sotero te quiere. Me ha dicho que eres bueno, y que si alguien te tocara al pelo de la ropa, ya se vería con él... No es vengativo, ni picajoso; casi, casi es un poquito noble..., no te rías. Como te le encuentres por ahí, no le temas, que nunca fué traicionero. Le sueltas un duro, y verás qué contento se pone... No callo, no me da la gana de callarme... Yo creo que estoy mala por el aquel de tantos días sin hablar, y es que se me han podrido dentro las palabras, y de la pudrición del vocablo ha venido esta calentura... Pues no me callo, que parloteando se me despeja la cabeza... Vuelvo a decirte, *Chinito*, que no me importa que Sotero se haya llevado los ajuares. Déjale que se remedie el pobre y que mire por su vicio. Y ¿para qué quiero yo muebles, para qué nos hacen falta sillas, cómodas ni espejos, si ahora nos vamos tú y yo a vivir a un monte? Tú me lo has dicho cuando entraste a verme, y ya no puedes volverte atrás... ¿Que no me lo has dicho? ¡Ay, qué mentiroso!... No te hago caso. Quieres divertirte conmigo. Sí que me lo dijiste... Nos vamos a un monte... y pronto, mañana por la mañana, y viviremos en una choza, solitos... Ni tú verás más mujer que yo, ni yo veré más hombre que tú... Y que nos entren moscas. Nos vestiremos a lo salvaje, con unos pedazos de pellejos en donde sea más preciso, y no tendremos que averiguar lo que es moda y lo que no es moda para vestirnos... Mira, *Chinito*, no te vuelvas atrás, que me lo has dicho..., tú me lo has dicho, y yo te pregunté que cuándo nos íbamos, y me respondiste que mañana... Bueno: pues ya que estamos conformes, sigo... Para nada necesitamos allí mesas de noche ni mesas de día, ni más batería de cocina que unos pucheritos... Sobre tres piedras pondré yo la olla con que guisaré nuestra comida. Iremos juntos a recoger leña, y cuando nos paseemos por el monte no veremos más que algún conejo que pasa, y las maricas que volarán delante de nosotros, las abubillas y algún lagarto que nos mire y se escurra... Pe-

ro no veremos lo que acá llaman personas, ni señores con fraque, ni mujeres con zapatitos... Yo iré descalza y tú también, luciendo la bella patita, y por sombrero nuestras greñas, que nos peinaremos, yo a ti, tú a mí... ¡Cuánto me alegro de que Sotero se haya llevado los trastos!... Así no veré más la cómoda, ni el lavabo, ni las rinconeras... Allá nuestra choza, con paredes de piedra y techo de paja, es más bonita que todos estos cuartos segundos y terceros con entresuelo, y tantísima escalera que bajar y subir... Y nuestra choza no tendrá campanilla para llamar cuando entremos, porque visitas no habrá más que la de alguna comadreja, o quizá de algún galápago que entre despacito sin dar los buenos días. ¡Ay, qué felicidad! Yo contigo, sin ver gente, sin tener celos de marquesas y condesas... Porque allá, ¿qué marquesas ha de haber? Ninguna: ¿verdad que no habrá ninguna?... Tampoco tendremos allá papeles públicos, ni libros, ni nada de eso, y así no se quemará mi *gatito* las cejas averiguando lo que piensan en Francia o lo que guisan en Constantinopla... Y con esta vida, ¿cuánto viviremos?... Yo creo que doscientos años, es un suponer, y nos moriremos el mismo día y a la misma hora: ¿verdad, *Chinito* mío? Y en esos doscientos o más años no nos aburriremos ni un solo ratito, porque tú mirarás mis ojos verdes, yo los tuyos garzos..., ¡ay, qué bonitos!..., cuando se nos abran goteras en el tejado tú subirás a componerlo mientras yo lavo nuestros camisolines y nuestras pieles en el arroyo que va corriendo al pie de la cabaña... Y otra cosa: allí, lejos de e s t e mundo maldito, desaprenderemos todo lo que hemos aprendido, para que se nos olvide hasta el nombre de tanta miseria y tanta porquería... Y hasta el habla hemos de cambiar, sacando de nuestras cabezas un habla nueva, de poquitas palabras, lo preciso para decir cuánto nos queremos y nombrar las tres o cuatro cosas que usamos; y esa habla pienso yo que ha de ser a modo de poesía, o al modo de música..., ¿verdad, *gitano*, que tendrá cancamurria de canción o de verso?...

Esta charla delirante, a la que ningún freno podían poner mis cariñosas incitaciones a la quietud y al mutismo, fué interrumpida por el médico, desconocido para mí, hombre tan pequeño que mis ojos turbados le vieron liliputiense, que no levantaba una cuarta del suelo. Era un viejecillo de acicalado rostro, el bigote a lo Espartero, pintado; su sonrisa mostraba una mala dentadura postiza; su cabeza, forrada en un peluquín negro tirando a rucio; capita corta; las manos, con guantes, de cuyos dedos sobraba la mitad. Suelo yo incurrir en la alucinación de que la realidad no engendra el arte, sino el arte la realidad. Vi en aquel mediquillo un ser creado por el prodigioso dibujante Alenza.

Con amable ademán, que inspiraba confianza, examinó a la enferma, interrogándonos sobre la iniciación de su malestar. Dió mejores explicaciones que yo la prima de Antonia, parroquiana antigua del doctorcillo, el cual era especialista en partos y muy acreditado como tal entre las vecinas de aquel barrio. Ya llevaba Antonia cuatro días de indisposición, cayendo y levantándose. No se recataba del frío, y sin comer, ardiente su cabeza del cavilar continuo, lanzábase a la calle, ansiosa de buscarme las vueltas y de salirme al encuentro. Comía tarde alimentos fríos, indigestos; dormía de día, velaba de noche... Con el pecho al aire poníase a lavar la ropa en la cocina, frente a una ventana por donde entraba todo el frío que arroja sobre Madrid el Guadarrama... Total, que había cogido un dolor de costado, o un pasmo de todo el órgano de la respiración... Hecho el examen de pulso y lengua, nos dijo el doctor que era pronto para precisar el mal; mas por el momento había que poner a la enferma un vejigatorio en el vacío izquierdo, y arroparla y cuidar de que conservase el calor. Recetó una pócima que se le daría en determinados espacios de tiempo y se despidió hasta la siguiente mañana. Acariciando las mejillas de Antonia, le dijo que por picaruela se veía en aquel paso: que a los hombres hay que dejarlos y no correr tras ellos, pues mejor sistema que perseguirlos es hacerles rabiar huyendo de ellos; que él tenía de estas cosas no poca experiencia, por haber sido m u y galanteador y pizpireto en sus mocedades, y que también le habían perseguido casadas y aun doncellas; añadió luego que él tenía muy buena mano para las enfermas bonitas, y no se le moría ninguna, ninguna, siempre que hi-

cieran con gracia y paciencia lo que él mandaba y durante la enfermedad pensaran en el médico antes que en los novios o querindangos que las traían a mal traer... Al despedirse de mí en la puerta díjome que el mal parecía de cuidado, y que se presentaba con cariz de pulmonía del izquierdo... Al siguiente día nos lo diría claramente. Salió, y al verle yo coronar su cabeza con el desmedido sombrero que usaba, adquirió proporciones humanas su menguada estatura.

Después de la visita del médico advertimos en Antonia sedación y tranquilidad. Hablaba menos y se conformaba con la prisión entre las sábanas con tal que la dejara yo tener una de mis manos entre las suyas. A medianoche, viéndola dormida, resolví marcharme, pues aquella mi larga ausencia de los amigos y de mis entretenimientos nocturnos ya pesaba en mi ánimo. Prometí a Margarita que antes de retirarme a mi casa volvería, y allí se quedó ella de guardiana y enfermera al cuidado de todo. No salí a la calle sin alguna inquietud, pensando en la posibilidad de tropezar con el bestia de Sotero a la vuelta de la primera esquina y anduve cuidadoso, requiriendo mi bastón y la fácil salida del estoque, con el propósito de acometerle antes de ser acometido; pero por mi ventura y la suya llegué a donde iba sin que fuese menester sacar el hierro de la caña, donde dormía su inutilidad como el otro duerme sus monas.

30 de abril.

Por indiscutible derecho de lógica primacía corresponde este lugar a la carta de mi madre, recibida hoy, y cuyos párrafos culminantes copiaré para mi vergüenza y edificación de los que me leyeren:

«Hijo mío, no sabré expresarte mi gozo al tener noticia de tu ascenso, que, sin duda, ha sido motivado por tus méritos, hoy reconocidos y aclamados por grandes y chicos; y esta mi creencia quedó confirmada con lo que me escribió Agustinito de las ganas que el señor de Sartorius tenía de conocerte, y tanta era su curiosidad que no se le coció el pan hasta que te llamó a su bufete y estuvo platicando contigo larguísimo rato. ¡Vamos, que no se quedaría el buen señor poco asombrado de tu saber!... ¡Y cómo se le caería la baba!... ¡Ay!, a mí sí que se me cae considerando que es hijo mío el que tanto da que hablar por su sabiduría y aplicación... De veras te digo que si no supiera yo cuán grande pecado es el orgullo, me llenaría de soberbia y vanagloria pensando en ti noche y día, y no hablando de otra cosa más que de tu superior inteligencia. Pero yo me contengo en mi entusiasmo y doy gracias a Dios por el beneficio que me concede.

»Hijo de mi alma, por el pajarito que me cuenta todo sé que vives muy retirado y que eres Alejandro en puño por la moderación y el tino de tus gastos. Sírvate ahora el aumento de sueldo para que ahorres y vayas juntando con qué hacerte dos trenes de ropita decente, negra por supuesto, que tú llamado estás a ser siempre persona grave, aun siendo joven, por la seriedad de tus estudios y tus modos reservaditos. Y como, según me asegura el pajarillo una y otra vez, huyes del trato de mujeres y mujeronas, y te pones colorado en cuanto te ves en presencia de alguna hembra, no hagas por quebrantar ese tu honesto y recomendable encogimiento, aunque algunos bergantes te ridiculicen. No te metas, pues, en gastos de chalecos vistosos, ni de corbatas de colorines, ni para nada tienes que usar pantalones claros ajustadicos, que eso, digan lo que quieran, es cosa fea, impropia de un varón digno.. Presumo que de tu sueldo no ha de sobrarte gran cosa si, como te encargué, haces en las fiestas y días de santo regalillos delicados a Segismunda, con quien vives, y a Sofía, que tanto mira por ti. Con cajitas de dulces, algún juguete para los chiquillos de Gregorio, y para tus cuñadas cualquier alhajita de poco precio, jabón fino, paquetes de polvos o cosa tal, cumples, hijo. Pensando siempre en esto, y con la mira de que quedes bien, deseo ayudarte, y allá te mando con el ordinario de Molina ochenta reales, ahorrados por mí cuarto a cuarto para que los emplees en algún esparcimiento decoroso, como ir a la función de teatro, un domingo, si dan algún drama del género heroico, como el *Munuza* que yo vi el año 23, o una comedia moral, como *El delincuente honrado*, que tu padre y yo vimos en Guadalajara; por cierto que toda la función estuve llo-

rando, creyendo que cuanto allí pasaba era verdad.

»Además de los ochenta reales en un doblón de a cuatro, dentro de un paquetito donde he metido la oración de santa Librada y unos papeles de perfumería, mando un mediano lío con chorizos, de los que hicimos este año. Van envueltos en una lona cosida por mí con mucho esmero y bien rotulado por tu hermano Ramón, como conocerás por la letra. Los chorizos son de calidad tan superior, que no se hallará en Madrid género igual. Los mando por el ordinario de Molina, porque éste va más pronto que el de acá, que se duerme en las largas estancias de Alcalá y Meco. Vete al parador denominado del Peine, en la calle de las Postas, y pregunta por Quiterio... Me parece que tú le conoces. Te encargo que hagas este recado tú mismo, y que no te fíes de criados, no vayan a cambiarnos los chorizos por otros de los que se compran en las tiendas. Tú mismo recoges el dinero y el paquete grande, y ten mucho cuidado en repartir los chorizos por partes iguales entre las dos casas. No vayan a ponerte hocicos por si la una o la otra llevó menos parte.

»No me cuentas nada, picarillo, de la obra que sobre el Papado estás escribiendo. Si no me hubiera dicho el pajarito que llevas ya lo menos cuarenta capítulos, nada sabría de tu trabajo. Imagino que estarán los libreros y todo el personal de sabios esperando que sueltes el primer tomo para caer sobre él como lobos hambrientos. Tratarás del Papado completo, de la cruz a la fecha, empezando por San Pedro y no parando hasta el Santísimo Pio IX. Materia más interesante no puede haberla. No sabiendo yo qué leer en estas largas horas de la tarde y la noche, pedí a don Julián, chantre de la catedral y profesor del Seminario, que me trajera algún libro que yo comprendiese, y que conteniendo buena doctrina tuviera también recreo para personas legas, y me trajo la *Historia de los Concilios*, que estoy leyendo con muchísimo gusto. Ya llevo lo menos treinta hojas y todavía no he sentido cansancio, sino más bien un gran interés, admirando las virtudes de tantos santos padres y esperando a saber en qué para tan larga historia. Tú, que todo esto te lo sabes como el Padrenuestro, te reirás de mí. Me ha dicho don Julián que esa obra que estás plumeando será muy larga, y que tú lo has tomado tan a pechos que no se te queda por registrar ninguna biblioteca profana de las que hay en Madrid, y que en todas te metes, así en las públicas como en las privadas, pasando en ellas largas horas de la noche. Hijo querido, trabaja con calma y prudencia: no consumas tus facultades abusando de ellas; no te calientes el entendimiento; modera, hijo, modera, y pon en todo pulso y medida. No desoigas este consejo, dictado por mi cariño; recíbelo, con la bendición de tu amante madre,

Librada.»

XIX

30 de abril.

La carta que anoche agregué a mis *Confesiones* removió en mi conciencia la turbación que en ella mora, unas veces adormilada, otras en profundo sueño. Pero los afanes de cada día, que en la mundana corriente van creciendo y encrespándose como un oleaje furioso, han ahogado aquel sentimiento trayéndome a inquietudes inmediatas y más positivas. Parte del día he pasado en la casa de Antonia disponiendo sustituir lo más indispensable del ajuar robado por Sotero, y en ello se me fué todo lo que no hace mucho me entregó con enorme usura el prestamista. ¡Aciaga tarde la de hoy, en la cual he llegado a creer razonables los delirios de la cordonera, pues no habría para mí mejor solución que abrazar la vida de ermitaño, con ermitaña o sin ella, en un solitario y agreste yermo, comiendo raíces y vistiéndome de lampazos! Cuando vió la enferma que la casa se iba reparando de su desnudez, empezó a curarse de la manía del salvajismo, y aunque siempre tiraba al monte, no lo hacía con tanta vehemencia. A sus parientes míseros, que acudieron maldiciendo su suerte y bendiciendo mi caridad, tuve que socorrer hasta quedarme sin un maravedí. Por la calle Mayor adelante pensaba yo que no poseía en aquel momento más peculio que el doblóncito de mi madre, aún no recogido del ordinario, y antes que se me olvidara fuí al parador, donde puntualmente me entregaron moneda y chorizos, todo lo cual llevé a mi casa con gran respeto, como si llevara el Viático, y después de partir con

religiosa equidad entre las dos familias los embutidos, miré y acaricié y escondí mi doblón bajo llave, precaviendo de este modo la probable ignominia de ponerlo a una carta.

1 de mayo.

Con endiablado afán de probar la suerte, por irresistible instinto de mejora, me pasé la noche dando tremendos estirones a las orejas de Jorge, mas con tan loco desacierto en cuanto apuntaba, que ni un instante me sonrió la Fortuna. La terrible deidad me asestaba golpe tras golpe, como si fuese yo un excomulgado de la diabólica secta que tiene por biblia los naipes malditos. Concluí en el mayor desastre, debiendo a mis amigos sumas que mi abrasada mente imaginaba fabulosas. Para pagarlas érame forzoso pedir a la usura nuevos auxilios, que más bien serían dogales con que pronto habría yo de llegar a mi definitiva estrangulación. Abrasado mi cerebro, dormí con pesadillas parte de la mañana, y al despertar entráronme una carta de sor Catalina en que me afea destempladamente, no sin razón, mi grosero descuido en la prometida visita a los Emparanes. ¡Dichosos Emparanes! No vacilo más, y venciéa mi repugnancia, me dispongo a cumplir. Almuerzo tarde, me visto, espero la hora oficial de visitas de etiqueta, y tomo pausadamente el caminito de la plazuela de Navalón, leyendo en las rayas del embaldosado de las calles cifras misteriosas de mi destino.

La casa es antigua, reformada, grandona, irregular, revocada de amarillo con rayas que figuran el ajuste de ilusorias piedras, la puerta de berroqueña con un escudo pintado de blanco, los balcones con palomillas de hierro, y en ellos las descoloridas palmas de Domingo de Ramos, con los trenzados en hilachas y los lazos ya desteñidos por la lluvia. En todo esto reparé antes de entrar, así como en el aspecto del portal, de una limpieza rara en Madrid. El portero, viejo y medio cegato, limpio también como la casa, ostentando chaleco rojo y gorra galonada, me acogió con marcado respeto, y oído mi nombre, díjome con el acento más satisfactorio que *los señores estaban*, y me franqueó la entrada de la escalera, lóbrega, sin más adorno que unos faroles de navío y cuadros viejos, cuyo asunto se pierde en la oscuridad de la ennegrecida tela.

Un portero de estrado, viejo también y con chaleco rojo, me introdujo en el salón, que examiné con rápido golpe de vista a la escasa luz que por los entornados huecos de los balcones entraba. Vi retratos de personajes del pasado siglo, consejeros de Castilla y de Indias, almirantes, generales, todos con el peluquín de ala de pichón, los rostros amarillos y sin relieve, detestables pinturas en su mayor parte; vi santos y frailes de diferentes Ordenes, de mano de Orbaneja; vi, por fin, retratos de papas en los cuales me fijé singularmente. Aquí Mauro Capellari (Gregorio XVI), de aspecto achaparrado; allí Della Genga (León XII), de noble rostro; a la otra parte las finas facciones de Chiaramonti (Pío VII). Como pintura, estos retratos merecen el fuego, salvando sus espléndidos marcos. Mil otras obras de inferior y menguado arte vi en el salón; pinturas milagreras, relicarios con más riqueza que gusto, autógrafos de monjas en cuadros de plata, dos o tres arquetas de indudable mérito y una disforme y amazacotada araña de cristal. Contrastaban con estas antiguallas los muebles, construídos en estilo modernizante, los sillones y canapés de raso anaranjado, los chinescos jarrones, las consolas de caoba con adorno de bronce dorado, algún espejo de marco a la griega, y los candelabros encerrados en fanales. Movido de no sé qué fanatismo suspicaz, creí ver dentro de aquellos vidrios las velas verdes de la Inquisición. En todo reparé fugazmente, maravillándome así de la muchedumbre de objetos que respiraban devoción, como de la perfectísima limpieza que en lo antiguo y lo nuevo resplandecía, cual si muchas manos escrupulosas diariamente persiguieran el polvo, la mugre y toda suciedad por menuda que fuese.

No acabé mi examen porque un criado me rogó que pasase al próximo gabinete, donde salió a mi encuentro el señor don Feliciano de Emparán con luengo levitón que rápidamente se abrochaba, como si acabara de ponérselo para recibirme; y estrechándome las manos muy afectuoso, me hizo sentar en un blando sofá, sobre el cual ostentaba su dulce rostro, en marco flamante de cornucopia, la imagen de Mastai Ferretti,

a quien yo amaba desde que fué mi preferido y victorioso candidato a la sucesión de San Pedro. Daba yo a don Feliciano noticias de mi salud, que con muy vivo interés me pedía, cuando entró la señora de Emparán, doña Visitación de Baraona, en bata morada con encajes, y sus primeras palabras, después de oír mis cumplidos, fueron para redoblar las interrogaciones acerca de mi salud.

—Ayer nos dijo sor Catalina que ya estaba usted en plena convalecencia y podía salir a la calle.

Yo asentí, comprendiendo que mi hermana había disculpado la tardanza de mi visita con un inocente embuste.

—En seguida vendrá María Ignacia —añadió doña Visita—, que ya está concluyendo la lección de piano. La pobre no oculta su alegría, porque, a pesar de mal tiempo que tenemos, se va recobrando de sus alifafes nerviosos.

Sobre estos alifafes hablábamos, declarando yo su escasa importancia en el organismo, cuando llegó otra señora mayor, doña Rita, hermana de don Feliciano, en traje de merino negro, con escofieta blanca; y no había yo concluído de saludarla, cuando vi aparecer la tercera señora mayor, valdría más decir máxima, doña Josefa Baraona, tía de doña Visita, también uniformada de negro, viejísima, desdentada, pero no falta de viveza y agilidad.

—Ya tenía yo el gusto de conocerle —me dijo cuando le ofrecí mis respetos—. Le vi una mañana en el locutorio de La Latina.

Y yo miraba a la puerta esperando qué acabara de salir el coro de Emparanas y Baraonas mayores, pues me habían dicho mis amiguitas Valeria y Virginia que no bajaba de seis la cifra de venerables matronas que habitaban allí. Oyendo el remoto cascabeleo de un piano, esperé ansioso la presencia de María Ignacia, la señorita con quien querían casarme, tierna paloma que todas aquellas cornejas agasajaban entre sus plumas.

Debo aclarar, poniendo la verdad por encima de mis antipatías, que las cuatro personas mayores eran de trato muy fino y de exquisita educación, a la antigua española. Sosteniendo con ellas un coloquio de pura fórmula, pensaba yo para mis adentros en los artificios de que ha debido valerse mi hermana Catalina para conquistar el ánimo de aquella familia, y qué grande ascendiente ha podido adquirir sobre todos para meter en sus duras cabezas, y darle allí fuerza dogmática, la peregrina idea de que yo soy el hombre designado por Dios para realizar los grandes fines de la sucesión *Emparánica*. Sin género de duda, es mi hermana mujer de extraordinario entendimiento, y de una travesura que bien puedo llamar política, pues en esa cualidad estriba el dominio de las gentes y la generación de los grandes sucesos públicos y privados. Ello es que Catalina, sorbiéndoles el seso, trata de realizar con firme voluntad la filosofía del gran Antonelli, condensada en esta fórmula: «Tu familia te procurará un buen casamiento.»

Impaciente doña Visita por lo mucho que su niña se entretenía en los musicales ejercicios, fué en su busca, y a poco la trajo de la mano, diciéndome al presentarla:

—Dispénsela usted. Quería mudarse de vestido; pero como usted es de confianza, puede verla en el trajecito de casa.

Hago acopio de toda mi sinceridad y rectitud para declarar que la primera impresión que en mí produjo la niña de Emparán fué atrozmente desagradable. ¡Válgame Dios, qué niña! Y aunque en el breve espacio de una visita sólo podía yo juzgar el ser físico, éste y el espiritual, representados en un solo ser, pareciéronme de lo más desgraciado que Dios ha puesto en el mundo. Es Mariquita Ignacia lo más contrario al tipo de muchachas que comúnmente vemos en todas las clases sociales, pues no hay ninguna que en la florida sazón de los dieciocho no tenga en su persona, siquiera sea la misma fealdad, algún rasgo de gracia y donaire, algún tono de frescura y de seductora juventud. El cuerpo es un mentís de su edad, que en ella parece un fraude. Rara vez se revisten los verdes años de aquella gordura desatentada, contraria a todo sentimiento de proporción, pelmazos de carne distribuídos sin ninguna lógica en las partes de un defectuoso esqueleto. Abulta el seno enormemente, saliéndose del círculo natural de la doncellez, y para acabar de arreglarlo, la cintura y vientre con aquella otra zona quieren confundirse, rompiendo la esclavitud del corsé y arrollando las filas de ballenas, que martirizan el

pobre cuerpo. Son los brazos chicos, el cuello corto, gordezuelas y bonitas las manos, única nota bella en que puede recrearse la vista. Ella lo sabe y habla más con las manos que con la boca.

Hice un mental esfuerzo por descubrir en el rostro de María Ignacia algo que despertar pudiese admiración o agrado, y no lo encontré, bien sabe Dios que no lo encontré. En la estricta verdad me inspiro al afirmar que la señorita de Emparán nació desfavorecida de todas las hadas. Deseando conceder algo, sostengo que es aceptable su rostro cuando la niña permanece con la boca cerrada; pero en cuanto descorre la cortinilla de sus labios, aparece el rojo escándalo de sus encías, que todo lo afean; los dientes son desiguales, colocados anárquicamente, sin más atractivo que una limpieza tan esmerada como la de toda la casa de Emparán. Bien sabe la niña que su boca es la negación de la juventud, de la alegría y del amor, y no cesa de hacer hociquitos y muecas para tenerla siempre tapada. Hay que ver sus apuros cuando, en los incidentes de la conversación, forzada se ve a la risa franca: de aquí proviene la seriedad que la hace más desapacible. Rubios, tirando a bermejos, son sus cabellos, peinados con arte, y sus ojos claros, sin viveza, miran medrosos, reclamando la compasión más que la simpatía. ¡Pobre María Ignacia! Yo sentía lástima de ella y de sus padres y familia, que en tan infeliz persona concentran todos sus afectos y aspiraciones.

Del trato, revelador seguro de las dotes de ingenio, poco puedo decir todavía, porque María Ignacia no pronunció en la visita más que cortadas y tímidas expresiones: su condición huraña, nacida de la conciencia de su fealdad, y el mimo que le daba toda la familia, reducían su vocabulario a la mínima expresión: las ideas no se manifestaban en ella más que en forma rudimentaria, y su palabra torpe y balbuciente no hacía nada por sacarla a luz. Llevaron los padres y las señoras mayores la conversación al terreno más propio para que la niña pudiera lucirse un poco, el terreno de la vida mundana, paseos, teatros, modas, la esclavitud que traen tantas vanidades; pero ni por ésas... Tuve yo que hacer el gasto y con facilidad suma traté la cuestión. Las personas mayores oíanme admiradas; y la pobre niña, que desde que entró hasta que me fuí no quitó de mi sus claros ojos, escuchaba mi acento con una fijeza que al éxtasis se me parecía. Apunto esto sin vanidad, mirando a la exactitud de los hechos, y sin que mi relato signifique alabanzas de mí mismo, pues nada dije que no fuese de lo más común. Ante cualquier otro joven de mi edad habría pasado lo mismo... Por fin llegó el momento en que yo no podía prolongar la visita sin incurrir en falta de urbanidad, y me despedí. Invitóme a comer la señora de Emparán para día fijo, a lo que accedí, porque no podía eximirme de ello: señalóme además ciertas noches de la semana en que los amigos van a jugar al tresillo y a pasar un rato en amenas charlas, y prometiendo acudir alguna vez, les expresé mis gratitudes, y él y ellas me dieron las suyas en la forma más expansiva. María Ignacia, al decirme adiós, bajó los ojos como avergonzada.

Salí de la casa de Emparán con simpatía hacia la familia, mas también con el firme propósito de oponer un inquebrantable *non possumus* a los planes de mi hermana: Sin duda el dominio moral de Catalina sobre aquella gente se fundaba en algo de autoridad religiosa: los Emparanes debían mirarla como a ser superior, que llevaba dentro el Espíritu Santo. Pero si la bendita monja se había hecho absoluta señora del corazón de la ilustre familia, no podría por ningún medio hacerme esposo de la desgraciada, de la imposible María Ignacia.

XX

2 de mayo.

No he querido que pase el día de hoy sin comunicar a mi hermana mi decidida protesta contra sus planes de matrimonio. Pero como, si le manifiesto de palabra mi negativa, es fácil que su carácter despótico caiga con abrumadora grandeza sobre mi pobre voluntad y acabe por aplastarla, he preferido escribirle. Al convento mandé esta tarde mi carta, en la cual vengo a decir con corteses y limpias expresiones que no aceptaré la mano de la niña de Emparán aunque me den con ella todas las riquezas que el mundo atesora. Se casa uno con una mu-

jer, a la cual no estorban sus talegas si está de buenas y bellas cualidades adornada; pero no se casa nadie con un capital personificado en una criatura que carece hasta de los atractivos más elementales. Esto sería venderse, no casarse... En fin, bien hilada va la epístola, y no sé por qué lógicos vericuetos echará para contestarla sor Catalina, de los Desposorios.

Hablando de otro asunto, dos cosas me afligen esta noche: Antoñita, en mayor gravedad, y mis bolsillos, en absoluta limpieza. He tenido que apurar a los usureros y porfiar con ellos en la forma más humillante, para reblandecer estas rocas de la desconfianza y el egoísmo. Por fin logro extraer de sus arcas alguna cantidad en condiciones horrendas, y con ello puedo atender a una de las deudas contraídas la noche de mi catástrofe de juego. Pero aún me falta el compromiso más apremiante, por tratarse de compinches de timba, que me han fijado improrrogable plazo, para cumplir. Acudo a Guillermo Aransis, que se encuentra en situación no menos ahogada que la mía, y acudo a todas las potencias infernales para que me saquen del pantano. Ni del cielo ni de la tierra viene auxilio para este infeliz. He pasado una tarde horrible y una noche peor, apretándome los sesos para que de ellos salga la chispa de una resolución salvadora. Si no estoy loco ya, poco me falta.

Mis pobres sesos dan por fin una luz, resplandor muy lejano, que indica inciertas probabilidades de éxito: ello consiste en recurrir a mi hermano Gregorio. Me armo de valor, hago acopio de argumentos aderezados con sensiblería, y por fin, esta noche abordo la cuestión ante Segismunda, pues el directo trato con mi hermano en este asunto es empresa superior a mi audacia... ¡Santo fuerte, Santo inmortal, cómo se puso mi cuñada apenas formulé mi petición! Ni me dejó concluir la frase angustiosa, trémula y antigramatical... Creí ver enroscarse las serpientes que tiene por cabellos, y su boca griega, volviéndose cuadrada, como las de una máscara de tragedia, vomitó sobre mi pena injurias que sonaban a sordidez furiosa y a egoísmo de parientes desnaturalizados. No podré reproducir aquí sus brutales anatemas. Que cómo y con qué respondo del cumplimiento de mis obligaciones..., que si creo posible hacer vida de señorito de la grandeza sin más patrimonio que el día y la noche..., que estoy deshonrando a la familia, y que he perdido la vergüenza, y acabaré en el Hospicio, si no voy a parar a la cárcel..., que si no hago enmienda total trayendo a casa el dinero de los Emparanes, no espere socorro de la familia, sino desprecios y maldiciones.

Al discorde ruido que la condenada mujer hacía no tardó en acudir Gregorio, el cual, adivinando la cuestión por la lividez de mi rostro y los apóstrofes crudos de Segismunda, prosiguió la filípica con no menos ira en los denuestos. Atrevíme yo a replicarle, y trabados los tres en furibunda querella, llegamos al desconcierto más escandaloso. Como dijese mi hermano que era grande enojo para él tenerme en su casa, por el continuo jubileo de acreedores que a la puerta venían con atrasadas cuentas o recibos, sin que hubiera ya palabras con que aplacarles o persuadirles a la paciencia, estalló Segismunda en nuevas iras, abominando de los ilícitos enredos que estorbaban el casamiento patrocinado por la monja; amosquéme yo más de lo que estaba, y subido el tono y coraje de todos hasta el punto de la ronquera, corté la disputa con la resolución de renunciar a su hospitalidad y dejarles tranquilos. Nada dijo Gregorio para contenerme, ni mi designio sirvió de agua mansa para templar sus arrebatos: antes bien, parecían contentos de que yo tomara el portante. Recogí lo que podía llevar conmigo, guardé mi ropa en maletas para que fácilmente pudieran llevármela a mi nuevo domicilio, y me vine a la casa de Antoñita, donde doy testimonio de mi existencia escribiendo junto al lecho de esta pobre mujer páginas amarguísimas de mis *Confesiones*... ¡Dos de mayo! La fecha no puede ser más lúgubre. ¡Quiera Dios que no sea trágica!

3 de mayo.

Llena está mi alma de presagios siniestros, pues me siento rodeado de sombras por todas partes, y cerca y lejos de mí veo los espectáculos más tristes que ofrece la humana vida: a mi lado, la muerte; a distancia, la deshonra posible, la probable miseria. Escribo por la mañana, tras largo insomnio, y noto que el acto de trasladar al papel mis dolorosas impresiones amansa mis penas y las ha-

ce tolerables. Parece que hay alguien que a soportarlas me ayuda, o que mis propios escritos, transmitidos a una Posteridad lejana, me dicen que la vida es larga y que en ella no pueden ser duraderos los infortunios, como no lo son las dichas. Tras unos días vienen otros, y la Naturaleza rehuye la uniformidad de las cosas... Vienen a mi pensamiento estas candorosas filosofías velando el sueño inquieto de Antonia, que ha entrado en un período de suma gravedad, según me ha dicho el médico enano... Si bien lo miro, no sé si estoy aquí porque debo estar o porque no puedo estar en otra parte. Sobre esto me interrogo, y, la verdad, no sé responderme categóricamente.

Avanzado el día, entran en esta casa algunas niñas de la vecindad que andan en el divertido juego de pedir para la Cruz de mayo. Vestiditas de limpio, con su pañuelo de talle cruzado a la cintura y flores en la cabeza, se disponen a la persecución y despojo de los transeúntes. Entre ellas, una muy linda, que no tendrá más de cinco años, me hace mil carantoñas, se sube a mis rodillas, no se contenta con un cuarto ni con dos, y metiendo su manecita en mi bolsillo, me saca la única peseta que hay en él. Me resigno a tan dolorosa expoliación, y la despido con besos. Ella me dice: «Caballero, usted me estrena», y se va ondulando el cuerpo con meneos graciosos. Salen tras ella las demás, después de aligerarme del cobre que poseo, y sus risotadas se pierden en la escalera. ¡Dichosa edad!

Vuelvo a coger la pluma después de un largo rato de tedioso paseo en la estancia. La pobre Antonia está muy caída de espíritu y en gran debilidad de cuerpo; pero en sus ratos de lucidez, que son pocos, no ceja en su manía proyectista; muchas ideas la atormentan, menos la de la muerte. El hecho de haber yo trasladado a su casa mi vivienda, por el deseo y el deber de cuidarla, según cree y dice, enciende en su pobre alma vivísima gratitud, y el ardor de este sentimiento, brotando del corazón a la piel, entiendo yo que es ayuda y estímulo de la Naturaleza en su lucha contra la fiebre.

No pudiendo apartar mi pensamiento de otros conflictos, de intensa gravedad para mí, escribo a Guillermo llamándole a mi lado para que vea mi anómala situación y me ayude por cualquier arbitrio extraordinario a salir del compromiso en que estoy, por la deuda de juego no saldada. Contéstame Aransis a las dos horas que se ocupa de mi asunto, y que espera resolverlo a prima noche; que de diez a once me espera en el Casino, y me encarece con vivas instancias que no falte a la cita, pase lo que pase, pues tenemos que hablar. La carta de mi amigo me hace recobrar la esperanza, y para mayor consuelo, el médico liliputiense no hace malos augurios en su visita de la noche. Puedo sin cuidado alejarme, y en posesión de mi ropa, que al mediodía me trajeron sin otra merma que un par de corbatas, un chaleco de alepín y alguna prenda interior, me visto y salgo, dejando a Margarita bien aleccionada y con la advertencia de que volveré pronto, infalible ardid para que esté muy alerta en su obligación.

4 de mayo.

Déjame, déjame, oh ignoto público de la Posteridad, si en efecto existes y me lees; déjame que tome respiro y ataje los vuelos de mi pluma en esta parte de mis *Memorias*, pues tantas desdichas en ella se reúnen, que me será difícil transcribirlas con orden para que aparezcan en la serie aterradora con que me las ha deparado el Destino. Me río, pueden créermelo, con risa que es una mixtura increíble de rabia y gozo, al sentir sobre mi cabeza esta ingente acumulación de males. ¿Son obra lógica de mi propia conducta, o fatal embestida de un espíritu diabólico que se entretiene castigando a los inocentes? ¿Quién dispone esta convergencia de todos los dolores en un solo punto?... No lo sé; pero doy en pensar que lo que llamamos casualidad es un desconocido método de las cosas invisibles y el superior ordenamiento de las causas.

Aunque gusto más de filosofar sobre mis penas que referirlas, dejo a un lado las metafísicas y me voy a la relación de los hechos, empezando por decir que me personé en el Casino a la hora marcada por Aransis, y que éste no tardó en llegar. Con lenguaje precipitado y ansioso me participó el arreglo de mi asunto, aprovechando una extrañísima coyuntura favorable que la casualidad le había deparado. Dióle su abuela el encargo de llevar una cantidad de consideración

a su primo el conde de Tarfe, y él, ¿qué hizo? Diferir para mañana la entrega, destinando la mayor parte del dinero a sacarme del compromiso y guardando lo demás. Era, pues, indispensable que los dos revolviéramos el mundo para reponer la suma en el fatal plazo. Mucho agradecí a Guillermo el apurado socorro que me traía; pero con el reconocimiento se confundió el terror del nuevo y mayor aprieto que para el día siguiente se nos preparaba. A lo hecho, pecho: tomé el dinero; pagué *incontinenti*, excusándome de la tardanza con el aquel de tener en casa un enfermo grave, y mi amigo Caballero, que era mi acreedor, dejó de serlo y volvimos a encontrarnos en afectuosas relaciones ante la sociedad y ante el vicio.

Cuestionando con Aransis acerca de la responsabilidad del día próximo, propúsome mi amigo que con el dinero restante probásemos a obtener del azar lo que nos hacía falta. Fuera miedo; buscáramos nuestra solución en el desquite, pues bien podía la suerte mostrarse benigna después de tantos desdenes. Yo creí lo mismo, que, si no hay bien eterno, no hay mal que cien años dure. Jugamos, y el demonio de amarillos ojos cuando uno pierde, de pupilas rojas cuando uno gana, se divirtió en balancearnos de las ansiedades pavorosas a las hondas alegrías. A la una estaba yo boyante; pero quise más, y a las dos lo había perdido todo. Busqué a Guillermo con angustiados ojos para que me favoreciera, y advertí que había desaparecido de la criminal sala. Agencié un empréstito, hice nuevas cucamonas a la Fortuna, y ésta siguió tratándome como a un perro. A las tres de la mañana, apartándome de la mesa de juego, halléme sin saber cómo en un grupo compuesto de caras amigas y otras simplemente conocidas no todas simpáticas. Entre estas caras destacóse la de un hombre de mediana edad señalado en la trinca nuestra por su índole maleante, sus dichos a veces graciosos, groseros a veces, el cual, riendo con desenfado, me dijo estas palabras:

—Si quiere dinero, yo tengo para usted cuanto necesite.

El valor gramatical de las palabras era tan distinto del tono con que fueron dichas, que me sentí ofendido, y respondí en el mismo tono:

—Gracias; no juego más. Celebro verle a usted tan generoso.

Y él, con disparada lengua:

—Lo soy con los que como usted ofrecen garantía segura, con los que cultivan mujeres ricas que les pagan las deudas.

Tenía yo, al oír esto, apoyada mi mano derecha en el respaldo de una silla. Ciego, enarbolé la silla, apuntando a la cabeza del insolente; mas interpuestos los amigos, ni la silla fué a estrellarse donde yo quería, ni pude saciar mi furor con las manos. El tumulto fué ruidoso; se arremolinaron los amigos y conocidos, unos allá, otros acá, para separarnos y agrandar la distancia, y entre tantas voces oí la de aquel bruto, que alejándose a la fuerza chillaba:

—¡Dejadme a ese *don Líquido Catacaldos...!*

Llámase el tal Jiménez de Andrada, y goza fama de temerón y perdonavidas. Es de Ecija o de Marchena, no recuerdo bien; ha derrochado dos fortunas; entiende de caballos más que de política, y en ésta quiere señalarse ahora, ahuecando la voz entre los progresistas exaltados y los demócratas. Frecuenta el trato de militares, jactándose de seducirles para la revolución; es, en suma, un bárbaro, que no busca más que el ruido y el escándalo para sacar su persona de la oscura vulgaridad a que pertenece... No necesito indicar que al instante determiné lavar con sangre el oprobio que aquel bestia arrojó sobre mí; yo quería matarle o que él me matara. Mis amigos hicieron suya mi causa, y como alguno expresara su inquietud por la desigualdad de la lucha entre un hombre diestro en las diferentes armas y otro que apenas manejarlas sabe, afirmé yo que tal desigualdad tendrá para mí la ventaja de proporcionarme una muerte muy expeditiva.

—Estoy cansado de vivir—les dije—. Acabemos de una vez.

Yo deliraba. Mis amigos procuraron sosegarme, y a ellos me confié para que cuidasen conmigo de poner en salvo mi honor. Quise nombrar padrino al marqués de Bedmar, amigo mío que me distingue y considera; pero no habiendo podido encontrarle a tan avanzada hora elegí a Bermúdez de Castro y a Guillermo Aransis. Dos horas estuvieron mis amigos buscando a éste, y en casa de

unas famosas *Cucas* le encontraron a las tres y media de la madrugada. En el propio Casino intentaron mis apoderados un arreglo amistoso, fundados en que Andrade estaba ebrio en el momento del insulto, y creyendo que gallardamente daría explicaciones al despejársele la cabeza. Pero ya porque ésta no se despejara, ya porque su razón nada pudiera contra su brutalidad, no hubo arreglo, y Andrade insistió en que tendría el gusto de mandarme al otro mundo...

Asomaba la aurora por los balcones y ventanas del madrileño horizonte, cuando mis amigos me trajeron a esta casa, dejándome en el recogimiento que necesito para la meditación y el descanso. Las vivas emociones, el insomnio de las noches pasadas habíanme traído a tan gran quebranto de la naturaleza, que caí en el camastro como en un pozo, y dormí con sueño parecido a la embriaguez. Mediodía era por filo cuando me despertó Aransis para decirme que los padrinos del contrario son dos andaluces, Sánchez Silva y Nicolás María Rivero. A éste le conozco: es muchacho de mérito, áspero, cetrino, ceceoso en el hablar. Añade que no se ha podido conseguir de Andrade un honroso acomodamiento, el cual habría de fundarse en una satisfacción hidalga por parte de él. Digo yo que me alegro de que no haya componendas artificiosas y cobardes. Me informa Guillermo de que a pistola será el lance, y no le dejo seguir cuando quiere puntualizar las condiciones, tantos pasos, avance gradual... Las condiciones, que poco me importan, las conoceré mañana. Me basta con saber la hora; ocho en punto, y el lugar, la huerta de Moreno-Isla, cerca de la Fuente del Berro. Insiste con grande interés mi amigo en que dedique la tarde y parte de la noche a ejercitarme en el tiro de pistola, a lo cual me niego resueltamente, pues con lo que sé me bastará para matarle si los hados me favorecen, y lo que aprender pueda en tan poco tiempo no impedirá mi muerte si está ya escrita y decretada en el *fatídico* libro de los Sucesos... Vase Aransis, y al quedarme solo, siento lo *fatídico* en torno mío... y se me enfría todo el cuerpo. Me dejo abrigar por Margarita en un pesado mantón suyo.

XXI

No tardé en advertir que mi estoicismo era un tanto figurado, histriónico, y con esfuerzos de la razón me puse en el verdadero punto psicológico que los hechos imponían, ni medroso ni arrogante, fiado en que me ampare Dios, y desechando la insana idea de que deseo morir, fraudulento recurso teatral, cuya procedencia descubro en los afectados versos de la época. Que yo no estaba en mis cabales cuando Guillermo me habló del lugar y hora del duelo lo demuestra que olvidé preguntarle si había resuelto el conflicto pecuniario que para hoy nos reserva el cruel Destino. Mañana me lo dirá, si estoy en disposición de oírlo... También podría suceder que me fuese a la eternidad sin saberlo, ni importárseme un ardite de las menudencias que aquí se nos hacen montañas. Yo pregunto cuáles serán las estrellas que se vendrán abajo porque traigamos a nuestros bolsillos el dinero que a Guillermo entregó su abuelita... ya no me acuerdo para qué.

Vuelvo a tomar la pluma, ya anochecido, y como mis cavilaciones no me hacen perder la noción del método, escribo que la pobre Antoñita va de mal en peor, y que ella será motivo de que el Destino se ensañe más en mí, prolongando indefinidamente la serie angustiosa de sus furibundas estocadas. Esta tarde nos vimos y nos deseamos Margarita y yo para sujetarla cuando se arrojó del lecho, pidiendo que la vistiéramos. Quería irse conmigo a la verbena de San Antonio.

—¡Si no es hoy la verbena, tonta!—le dijo mi amiga—. Es mañana, que ahora andan trabucados los meses, y el doce de junio por la tarde viene a caer mañana, que así lo dispuso el Padre Santo, por ser el año cuatro veces bisiesto...

Tan ardiente era la calentura, que su rostro quemaba, y brillaban sus ojos como luceros. Logré calmarla, prometiéndole que iríamos juntos a la verbena, y recostado en su propio lecho sobre las mantas, para con mis brazos aprisionar los suyos, oí sus expresiones amorosas, más que nunca impregnadas de ternura. Díjome que yo le pertenecía, que juntos estaríamos hasta que nos muriésemos, y que viviríamos un sinfín de años,

pues así lo había ordenado el Papa. Desde la tarde anterior intervenía en su atroz delirio la figurada persona del Sumo Pontífice, eclipsando con su grandeza las demás figuras que poblaban la mente trastornada de la pobre mujer. ¿Quién puede fijar de dónde le vienen las ideas al que enloquece? Vienen quizá de pensamientos sedimentados antes de incurrir en la demencia.

—El santo Papa—dijo Antonia, dejándose arrullar—me aseguró ayer tarde, cuando vino vestidito de paisano y con ramo de azucenas, que me descasaría de Sotero para casarme contigo, y yo me alegré tanto que... se me saltaron las lágrimas. Bien puedes estar con cuidado para abrir la puerta en cuanto llame, que esta tarde ha de volver, revestido de todos los pontificales, con capa colorada. Vendrán con él siete cardenales; no te descuides, que como la visita es motivada de las ganas que tiene de conocerte y alternar contigo, es justo que tú seas fino con él, verbigracia, y corresponda, *gitano* mío...

Cortó su locuacidad la tremenda sacudida de aquel toser que parecía partir el tórax en mil pedazos. El silbido del aire en las cavernas de su seno causaba espanto. ¡Pobre Antoñilla! ¿Por qué Dios no había de salvarla? Esto me preguntaba yo, entendiendo cada vez menos el misterioso ordenamiento de muertes y vidas.

Las primeras horas de la noche transcurren amargas, disponiendo nuevas tomas de drogas prescritas por el médico chico, y más vejigatorios, que acabarán de desollar aquel pobre cuerpo martirizado... La enferma cae al fin en dulce desvanecimiento. Atacado de un furioso pesimismo, pienso en su muerte y en la mía, por bien diferentes modos de morir... Me paseo por la estancia, de un ángulo a otro, rodeando la mesilla donde están la luz y los potingues, y en este cadencioso movimiento de fiera enjaulada transcurre no sé cuánto tiempo. Por fin me siento a escribir, apartando las medicinas que me estorban; y apenas cojo la pluma, oigo que da la hora el reloj de la Casa Panadería. Cuento las doce campanadas para cerciorarme de que paso del hoy al mañana, o de que el mañana se pone las insignias del hoy, y empiezo por consignar la fecha:

Cinque maggio

Lo escribo en italiano porque la fecha trae a mi memoria la muerte de Napoleón y la célebre oda de Manzoni. ¡Vaya, que no es floja honrilla morir el mismo día que el primer capitán del siglo! Con cierto humorismo me aplico los viriles acentos del poeta:

Ei fu, Siccome immóbile
dato il postrer sospiro...

Trato de penetrar el arcano de los acontecimiento que mi *Cinco de mayo* me guarda en el preñado vientre de la entidad diurna. ¿Qué sucederá?... Pienso después en que habito un mundo apartado de la ordinaria esfera de mi vida. Ninguna persona de mi familia ha parecido por aquí. O ignoran dónde estoy o soy para ellos como un ausente, como un difunto. Hasta la presente hora no había sentido desconsuelo de este alejamiento de los míos. Mi hermano Agustín, ¿por qué no viene a verme? Y mi cuñada Sofía, ¿cómo no deja asomar por aquí sus voluminosas ubres, ya que no por afecto hacia mí, siquiera por curiosear en estos desórdenes de mi existencia? No es mala la politicómana, y alguna pena tendrá de mis infortunios. Aún Segismunda y Gregorio vienen a mi memoria despojados ya de la siniestra antipatía que nos puso frente a frente en aquella memorable tarde. Me figuro que uno y otro deploran ya los arrebatos que me obligaron a salir de su casa. De mis caros sobrinitos, que, sin duda, confusos y tristes preguntarán por mí, también me acuerdo, y a todos, desde esta mansión de dolor, envío mis ternuras...

Divagando por los espacios del mundo que dejé, me propongo estos temas de adivinación: ¿Sabrá Eufrasia lo que ocurre y dónde estoy?... Y mis amiguitas Virginia y Valeria, ¿tendrán noticia de que vivo en el seno de las tempestades?... Sin duda la dama moruna lo ignora todo, porque de lo contrario no me habría faltado un recadito, carta o mensaje discreto, que bien podría ser gozándose irónicamente en mis desdichas y cantándome el *trágala*... Corre después mi pensamiento a La Latina, y veo a mi hermana inquietísima por lo que me sucede. A estas horas, la bendita monja, o reniega de mí para siempre o pone velas a los santos de su predilección para que me

saquen de estos malos pasos. Estoy viendo las velas, las imágenes y a sor Catalina de los Desposorios de rodillas en devota oración. Por estos espirituales caminos voy hacia mi buena madre, y al llegar a ella, la exaltación de mis sentimientos no me deja escribir.

A la madrugada, después de dar las medicinas a la enferma, cuidando de no despertar a Margarita, que rendida de cansancio duerme en un sillón, vuelvo a coger la pluma. Paseando se me ha ocurrido escribir una carta a mi madre, para que Guillermo se la envíe, en caso de que mi contrario se salga con la suya... No sé qué me pasa. Hace un rato veía la carta bien clara y completa, cual si escrita la tuviese delante de mis ojos, y ahora nada veo. Todas las ideas se me han ido con vuelo rápido, como aves, como sombras, como humo, y ya no sé con qué palabras empezar ni con cuáles concluir... Mejor será que no escriba nada. ¿Para qué, si Andrade no ha de poder más que yo? Me herirá tal vez..., pero matarme, nunca. Rarísimas son hoy las muertes en desafío... Protesto contra la idea de mi muerte, y el duelo sería la más estúpida de las instituciones si no se concretara a un simple alarde de valor convencional entre caballeros... Y pensando siempre en mi madre, lo que me importa, si salgo en bien de estas trapisondas, es impedir por todos los medios que a conocimiento suyo lleguen referencias de mi conducta y desarreglada vida; que ningún nacido le lleve el desengaño que habrá de matarla; y el villano que lo llevare, sea mil veces maldito entre los hombres, y condenado en el infierno por veraz a mayor suplicio que el que sufren los mentirosos.

Ya amanece. Dormiré un poquito, pues hasta las siete no vendrá Guillermo a buscarme. ¿Qué quieres que te diga, Posteridad, al despedirme de ti?... ¿Me atreveré a decir: «Hasta mañana»?... Sí que me atrevo, y si en ello miento, mándame tus quejas a la Eternidad.

XXII

6 de mayo.

Amigos míos del tiempo futuro, sabed que no me mató Andrade. Imagino vuestra inquietud y la impaciencia con que aguardáis el resultado del *temido choque*, y me apresuro a tranquilizaros declarando que vuelvo incólume a mi guarida, sin un rasguño, sin el menor desperfecto en ninguna de las partes de mi interesante persona... En cambio, mi enemigo...

Pero no quiero precipitar los sucesos, y proponiéndome que estas relaciones remeden en lo posible los procederes de la grave Historia, dejadme que refiera con pausa y método mi lance de honor con todos sus preámbulos y secuencias. Pues cuando llegó Aransis, serían las siete, me dispuse a salir con él, tratando de escabullirme sin que Antonia se enterase. Ni ésta debía verme, ni Margarita conocer los motivos de mi salida en hora tan temprana. Mas no me valieron mis precauciones, porque la enferma, que con sagaz atención de oreja me había sentido vestirme en la estancia próxima, me llamó con las voces más fuertes que pudo articular, y a su lecho corrí, prodigándole caricias e inventando excusas.

—Gitano—me dijo—, ¿para qué andas con tapujos con tu gitana? Ya sé adónde vas. Hoy llega de Sigüenza tu madre, y vas a recibirla... La galera de Padriz, que trae los viajeros de Sigüenza, para en la calle de San Miguel... No te descuides, *Chinito*... Has hecho bien en ponerte levita y sombrero *góndola*, porque con tu madre viene el obispo... Mira, yo que tú, a esta casa les traería, pues si tu madre viene por las ganas que tiene de conocerme, es un suponer, véame pronto, ¡caramba! Yo estaré vestida y peinada cuando vengáis... Y que no sobra tiempo... ¡Márgara!...

Cuantos disparates dijo la pobre mujer fueron por mí confirmados, para que su delirio no me estorbara la salida indispensable, y prometiéndole volver muy pronto nos fuimos Guillermo y yo a nuestra fatal obligación.

El coche que en la puerta nos esperaba llevónos a recoger a Bermúdez de Castro en su casa; de allí nos fuimos a la huerta que había de ser teatro del lance, y por el camino me explicaron mis amigos los concertados trámites y condiciones. El aire fresco de la mañana dióme serenidad y una confianza saludable, que me permitió afrontar la situación con grande entereza, ni encogido ni arrogante, en el exacto punto de la dignidad conforme a la ley de caba-

llería. Casi al mismo tiempo que nosotros llegaron los dos médicos, y minutos después Andrade con sus padrinos. Conferenciaron aparte los amigos de uno y otro campeón, nos preparamos, se marcó el terreno de la lucha, fuimos colocados en la fatal línea, se nos dió a cada uno nuestra arma; se nos advirtió el orden de los lisparos, los pasos que debíamos dar, y... ¡a matarse, caballeros! Esto no lo dijo nadie; lo dije yo en mi interior, pensando que si deplorable sería que yo matara al hombre que me había ofendido, más triste y lastimoso sería que él me matase a mí, o me hiriese, añadiendo a la injuria el daño material Sentíame yo muy sereno y despejado, sin rencor hacia mi contrario, y sobre todas mis ideas dominaba la de conservar mi dignidad en el curso del lance, cualesquiera que fuesen sus accidentes... Dieron la señal, disparé yo apuntando muy alto; disparó él..., sentí pasar la bala silbando junto a mi oído... Avanzamos los pasos designados..., vi en el rostro adusto de Andrade no sé qué hostil designio...; apunté menos alto..., disparé, pensando que me sería más sensible morir que dar muerte, y a mi disparo hizo Andrade un rápido movimiento, llevándose la izquierda mano al otro brazo sin soltar la pistola. Estaba herido; dióse la voz de alto; acudieron sus amigos...

Había terminado el juicio de Dios, declarándolo así los jueces del campo. Andrade y yo resultábamos igualmente caballeros, igualmente coronados de honor y dignidad, con la diferencia de que yo estaba ileso y él tenía una bala dentro de los tejidos del antebrazo... Llegó el momento de las paces por tan guerreros caminos traídas, y fuí a saludar al que ya debía ser mi amigo. Antes de que sus padrinos y su médico le desnudasen el brazo derecho, Andrade me estrechó con efusión la mano, diciéndome:

—Ya puedo asegurarle que pronuncié aquellas palabras teniéndole a usted por otro..., por otro, no sé por quién. Yo me había bebido media botella de *champagne,* y confundía nombres y caras de personas... Pronto conocí mi error; pero en estos casos, si uno se desdice le toman por cobarde; no tenía yo más remedio que sostenerme en lo dicho y aceptar el reto...

Con emoción sincera le contesté que sentía en el alma grandísima pena de haberle herido y que debíamos atribuirlo a la fatalidad, no a mi intención...

Ya no había que pensar más que en retirarnos todos, rodeando al herido de los cuidados más exquisitos hasta dejarle en su casa. Dijeron los dos médicos que el hueso no estaba interesado y que la bala podía ser extraída fácilmente. Hablé con el médico de Andrade, un joven muy simpático, llamado Corral; y como yo expresara mi anhelo de tener prontas noticias del herido, brindóse Nicolás Rivero, que médico es también, a llevármelas en el curso del día, pues a Corral no le era esto fácil, imposibilitado del tráfago incesante de sus visitas. Emparejados vinieron nuestros coches hasta más acá de la Cibeles, esquina a la calle del Barquillo, donde nos separamos por diferentes rumbos, y no eran las diez cuando volví a esta casa. Al quedarme solo con Aransis, despedidos de Salvador Bermúdez, le pregunté por el temido asunto que tras la solución del duelo recobraba el primer lugar en nuestros afanes, y no me dió respuesta categórica, pues aún estaba en tramitación, con esperanas de un dichoso resultado. Prometió volver, y en la puerta nos separamos. Yo subí a esta jaula donde tengo mi encierro y no pude saborear el término feliz del desafío, porque encontré a mi pobre Antoñita en tristísimo estado, sin conociimento; a Margarita llorosa, al mediquín aturdido y rebuscando las expresiones menos aflictivas para pronosticar la catástrofe.

Con revulsivos enérgicos devolvimos a la pobrecita cordonera una premiosa vida, y en aquel regateo doloroso ayudaba yo la resurrección con las palabras más tiernas que se me ocurrían, administrándoselas en el oído para que con la virtud de ellas reviviese más pronto. Volviendo por un instante a ser sombra o remedo de lo que fué, Antonia me dijo:

—El obispo es el causante de que yo no haya podido ver a mi doña Librada.

Con disparates parecidos a los suyos teníamos que procurar su sosiego, pues las expresiones lógicas la excitaban más. Díjome el médico al salir que pues era tan apretada la situación, y la ciencia se declararía pronto impotente, dejando su puesto a la fe, debíamos preparar a la enferma para que, como buena cristiana, se entendiese con Dios.

Esta inhibición de la ciencia pronunciándose en retirada me colmó de amargura; yo no sabía qué hacer, ni con qué fórmulas piadosas abordar a los que deben disponerse para el trance último. Consultada Margarita sobre el particular, puso fin a mis dudas diciéndome que en la vecindad hay un clérigo que suele asistir a los moribundos pobres. Llámase el tal don Martín y vive en el callejón del Infierno. Margarita le conoce y Antonia también. Propúsome la prendera preparar el ánimo de su infeliz amiga con un caritativo embuste, para que conceptuase natural la visita del clérigo, y así lo ha hecho esta tarde, véase cómo:

—Querida, ¿no sabes a quién me encontré en la plaza hace un ratito, cuando bajé? Pues a don Martín, que me preguntó por ti con muchísimo interés. Díjele yo que subiera a verte, y él dijo, dice: «Ahora no; cuando esté mejor. No quiero molestarla.» Y yo dije, digo: «Pues mejor está gracias a Dios y a San José bendito. Bien puede subir cuando quiera.»

Calló Margarita, esperando el efecto de su ficción en el turbado cerebro de Antonia, y ésta, tras larga pausa, respondió:

—Me alegraré que suba pronto don Martín, para que me descase de Sotero, pues ya me pesa este vejigatorio de hombre pegado a mí... ¡Y cómo apesta a vinazo!

Determinamos llamar al cura, y discutiendo estábamos Margarita y yo la ocasión de esta visita, cuando llamaron a la puerta y entró Leovigildo, sobrino de Segismunda. Al fin mi cara familia se acordaba de mí y me enviaba por embajador aquel chico simpático, mala cabeza con excelente corazón y salidas de lenguaje muy oportunas. Por él supe que allá tenían noticias del duelo—¿cómo no, si todo Madrid lo sabía?—, y se alegraban de que yo no hubiese tenido ni un rasguño. Se hablaba mucho de mi valor en el lance, de mi arrogancia serena, y era motivo de general alegría que yo le hubiese roto un hueso al señor Andrade, que presumía de comerse los niños crudos.

Díjome también que en el café de los Dos Amigos y en el de Amato ha corrido esta tarde la voz de que Andrade está dando las boqueadas y que yo soy el héroe del día en Madrid. Contóme además las historias que acerca de los orígenes del lance corrían, y en ellas he visto cuán locamente levanta el vuelo la fantasía del público. La versión más corriente era que Andrade había insultado a unas damas, y que yo, sin conocer a éstas, salí en su defensa con exaltación de andante caballero y de paladín del sexo débil. Eterna loa merezco yo por tal conducta, y también por mi generosidad, pues habría podido matar a mi contrario con sólo quererlo: como que es mi puntería tan certera, que donde pongo el ojo pongo la bala, ¡anda morena!..., pero me contenté con romperle el brazo derecho. Por fin entregóme Leovigildo una carta que habían llevado a casa. Era de la benditísima sor Catalina de los Desposorios, contestación a la que le escribí negándome por conocimiento propio, *ex visu et auditu*, a tragar la píldora matrimonial que propinarme quería. No se mostraba iracunda mi hermana en su respuesta, sino burlona y algo maleante, tratándome como a un chiquillo y asegurando que no tendría yo más remedio que someterme a cuanto ella y otras personas dispusieran acerca de mí. Guapezas de monja no me afectaban mayormente; no hice caso, y con mi amigo hablé de toros, a que él era muy aficionado, y de teatro, mi predilecta afición.

En ello estábamos cuando entró Nicolás Rivero, que si bien no disipó la inquietud que yo sentía por Andrade, deshizo en un instante el embuste contado por Leovigildo: el herido no estaba peor y el pronóstico no era malo. La bala, adherida al húmero, sería pronto y fácilmente extraída. En esto pasó Leovigildo a ver a Antonia, a quien conocía, por ser hombre muy bien relacionado en la sociedad de manolas, y Rivero me habló un poco de política, que, a la verdad, no despertaba en mí gran interés. A la curiosidad que en otro orden de ideas me manifestó, hube de responder explicándole por qué concatenación de circunstancias anómalas me encuentro aposentado en esta casa; y al saber que hay en ella un caso grave de pulmonía, invocó mi amistad y su título de médico para que le permitiese verlo y darme una opinión. Accedí gustoso, y cuando volvimos a la sala, después de pulsada la enferma y prolijamente examinada

de rostro y pecho, díjome que la encontraba mal y que hiciésemos la última prueba dándole a beber jerez superior, a ver si pega un bote la naturaleza, ya tan caída, y se levanta. Como buen vitalista, cree inútil combatir los síntomas y aun el trastorno general que los produce. La medicina no es más que el arte de ayudar a la vida, y lo que no haga ésta defendiéndose como una leona no lo harán la terapéutica y la farmacia. Si esta teoría es la única eficaz en el cuerpo humano, no lo es menos en el cuerpo social... ¿Qué son las revoluciones más que pura teoría vitalista? Estas generalidades le llevaron a un nuevo despotrique político, asegurando que España está cataléptica y necesita de grandes sacudimientos que la despabilen... ¡Reformas, reformas! Es Rivero un talento viril, algo difuso, que fácilmente salta de cima en cima, con más brillantez que método... Oí con gusto su lengua ceceosa, que al despedirme me dijo:

—Ya ze verá si dezpertamo al dormido y rezucitamo al muerto... Quédeze con Dios, y hazte que noz veamos por el mundo..., o en el valle de Jozafá.

En la puerta se cruzó Rivero con un sacerdote que entraba. Saludó el andaluz, el clérigo no, y entró en mi casa como en la suya, diciéndome con fría confianza y sin ningún preámbulo de urbanidad:

—¿Se muere esa niña o no se muere?...

Metióse dentro, y yo tras él, asombrado de sus extraños modos. En la desmantelada salita donde escribo nos hallamos frente a frente, y él sin quitarse la teja, cogió un botón de mi levita y me dijo:

—Aquí me tiene a la disposición de esa enferma y de usted. Yo me llamo Martín Merino, soy riojano, y no gasto cumplidos. Como tengo pocos quehaceres volveré si ahora no es oportuno... Ya sabe Margarita dónde estoy: que me llamen a cualquier hora de la noche. Yo no duermo..., quiero decir, duermo muy poco... Y ¿usted está bueno? Lo celebro... Con este tiempo variable andan los cuerpos trastornados, y las cabezas más, más las cabezas.

XXIII

8 de mayo.

La precipitada serie de acontecimientos que cayeron sobre mí con ruido y azote de pedrisco pavoroso me han impedido tomar la pluma. Hoy tengo que recoger y archivar todo lo que vino con abundancia no proporcionada a la brevedad del tiempo, y he de andar despacio y atento para que me asista mi buena memoria en la reproducción exacta de tanto dolor y sorpresas tantas, así como en el orden que traían.

Enlazo este relato con el último hilo del antecedente, diciendo que aquel clérigo buscado por Margarita para la espiritual asistencia de Antonia me pareció muy extravagante. Pasó a ver a la enferma, y hallándola dormida tornó a la sala, y como yo le invitase a tomar alguna cosa (de lo que mandé traer para reparo de mi cuerpo desfallecido), contestóme:

—Gracias, señor; yo no como..., quiero decir, como muy poco.

Hablé yo de las dificultades y sinsabores de su ministerio, y me dijo que él es pobre y que vive con gran estrechez. Como yo le indicase que debía proporcionarse una prebenda, respondió que aunque le sobraban amigos poderosos, ni pretendía nada ni eran de su gusto las altas posiciones eclesiásticas.

—*Odivi ecclesiam malignantium* —me dijo con fácil expresión latina—, *et cum impiis no sedebo;* o más claro; aborrezco la congregación de los malignos, y entre impíos no he de sentarme.

Otros muchos latines hubo de soltar en el transcurso del diálogo, y explicó su erudición con estas palabras:

—Perdone usted que le hable así: me sé de memoria los Salmos del ritual, y, sin quererlo, todo lo digo por boca del rey David.

En esto entró Aransis, cuya visita deseaba yo como agua de mayo, y don Martín se fué a la alcoba, llamado por Margarita. Antes que yo le preguntara me dió mi amigo el noticion de que había resuelto el conflicto pecunario del modo más ingenioso. ¿Cómo? Le dejo hablar, y así será más fácil la explanación del caso.

—Pues me sacó del compromiso nues-

tra amiga *doña Manolita la Cuca*. Cuando estalló en el Casino tu cuestión con Andrade, yo no estaba allí, ya lo recordarás. Me había ido a probar fortuna en casa de las *Cucas;* allí encontré a las dos *pájaras* de Mora, a doña Berenguela, a las *piculinas;* estaban también Pepe Cruz y otros amigos: hallé todo lo de costumbre, pero no a la Fortuna, que aquella noche no quería cuentas conmigo... En mi rabia, tuve una inspiración, y cogiendo a doña Manolita me la llevé al gabinete amarillo, ya sabes, donde está el retrato del que dice fué su padre, el caballerizo de Carlos Cuarto, y las vistas de los Reales Sitios; y tales discursos le eché y tan elocuente estuve, jurando que me pegaría un tiro si no me amparaba, que la conmoví, chico, figúrate, y empezó a echar suspiros y a despintarme las ojeras con el pañuelo. Díjome que no podía darme un maravedí, que lo siente en el alma, etcétera, etcétera. En fin, ayer al mediodía, después del duelo, volví allá con mi cantilena, y tales extremos hice, que la señora *Cuca* se arrancó con un rasgo de bondad heroica y me dijo: «No tengo el dinero; pero ahora mismo voy a pedirlo. Si me lo dan, en tus manos estará esta tarde, Guillermito de mis entrañas...» ¿Pues sabes a quién pidió el dinero y quién se lo dió?... No adivinas: tu hermano Gregorio..., mejor dicho, no fué él, sino Segismunda, quien nos ha favorecido. Por supuesto, no sabe que es para nosotros. Segismunda suele dar sus ahorros a *la Cuca*, que se los devuelve muy aumentados casi siempre... Bueno: para no cansarte, doña Manolita, guardándonos el secreto, nos exige que le firmemos un documento, obligándonos a devolverle los cuartos el día veinte, y aquí traigo el papel para que pongas tu firma junto a la mía. Conque... De aquí al veinte ya tenemos un buen respiro, y si no pudiéramos cumplir con la *Cuca*, ya nos esperará, y si no, que se la lleven los demonios.

Parecióme la solución muy feliz, porque en catorce días bien pueden venir infinidad de contingencias favorables: que nos caiga la Lotería, que encontremos un tesoro o que lluevan doblones. Luego me contó Aransis que en la tertulia de las *Cucas* había oído rumores de tormenta, es decir, de revolución próxima. Suelen ir al cenáculo de la cuquería progresistas de los más inquietos: aquella noche estaban presentes dos tan sólo, y la gravedad de los futuros acontecimientos se colige de lo que aquéllos dijeron, y más aún de la ausencia significativa de los que faltaban.

—Doña Manolita—dijo por fin Aransis—me aseguró, al soltarme la mosca, que están en puerta los progresistas, porque las tropas que ahora se subleven no se pararán en pelillos y obligarán a su majestad a poner en la calle a Narváez. No lo siento más que por mi abuela, que cuando Narváez no está en el Poder cree en el fin del mundo y se pone de un humor tan endiablado que sacarle dinero es más difícil que extraer aceite de un ladrillo.

Reapareció el clérigo, que había echado un parrafito con Antonia, y me dijo:

—No está la pobre en disposición de confesarse; pero arriba, arriba se confesará. *Revela Domino viam tuam, et spera in eo.*

Mirábale atentamente Guillermo, examinando su cara lívida, pomulosa, sus ojos ratoniles; midióle de pies a cabeza con sagaz mirada, y al fin, evocando recuerdos, llegó a la filiación incompleta del estrafalario sacerdote.

—Perdone, señor cura. ¿No he tenido yo el gusto de verle en casa de don José de Olózaga? ¿No es su nombre...?

—Martín Merino—respondió el clérigo, inclinándose—, y en casa de Pepe Olózaga me habrá usted visto... El gusto es mío; allá suelo ir algunos ratos... También conozco a Salustiano, aunque no le trato como a Pepe. Riojanos somos: ellos de Ocón, y se criaron en Arnedo, que es mi pueblo, para servirles.

—Pues dígale usted a su amigo y paisano que ahora se armará de veras... Aunque él puede que lo sepa mejor que nosotros, porque estará en el ajo...

—En el ajo están todos los que miran a las cosas pequeñas y no a las grandes.

—¿Cree usted que triunfará el *Progreso?*

—Yo no creo nada... Y el *Progreso*, ¿qué es? Lo que yo creo es que el mundo será de los pacíficos... *Mansueti autem hœreditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis.*

—Pues usted es de los mansos que triunfarán y gozarán la paz, como uno de los pocos progresistas que visten so-

tana. No será mala canonjía la que le darán a usted los Olózagas cuando venga la revolución.

—¿A mí?... No me hará daño. *Verba oris ejus iniquitas et dolus...*

—Pero ¿de veras no es progresista?

—Yo nada soy.

—¿Ni siquiera masón?

—*Nihil.*

—¿No cree usted que la reina dará pronto el Poder a los progresistas?

—¿Yo qué sé de eso? Y pregunto: ¿quién es le reina? En los Estados no me pongan monarca con faldas, sino rey macho. Yo hablo siempre del rey.

—Entonces es usted carlista.

—Yo no... Creo en un soberano.

—Y de ese soberano, ¿qué opina?

—Poca cosa, *Iniquitatem meditatus est in cubili suo: astitit omni viœ non bonœ...* «En su cama medita iniquidades..., anda en malos pasos.»

—¿Es eso salmo? ¿Y qué tiene que ver con lo que hablamos?

—Nada. Por eso lo he dicho. Sabrán ustedes que yo no hablo, quiero decir que hablo poco.

—Y usted mismo no se entiende. ¿Está seguro, señor Merino, de tener la cabeza buena?

Esto le preguntó Aransis, y él vacilaba en la contestación, rezongando al fin:

—Buena o mala, no tengo otra.

Callamos. Acudí a mi pobre Antonia, que me llamaba. Prometíle que de ella no me separaría, y me repitió sus protestas de eterno amor en tono y estilo de niño quejumbroso. Aseguraba que ya no le dolía el pecho, y que durmiendo acabaría de curarse; tomaba aliento a cada dos palabras, en las cuales el acento infantil, de truncados términos y sílabas primarias, se iba marcando como si los minutos que transcurrían le quitasen años y días, tornándola a la edad más tierna. Cuando calló, cerrando los ojos, volví a la sala y encontré solo a Guillermo. El cura se había ido, prometiendo volver a la tarde.

Solo y en tenebrosa tristeza estuve en la tarde del 6, pues la compañía del presbítero don Martín no era la más propia para mitigar con dulces coloquios mi pena. Hablábale yo de su ministerio, procuraba sondearle y descubrir qué clase de espíritu bajo tan extravagante formas y estilo se escondía, y a todo me contestaba con versículos de salmos, no siempre aplicados con oportunidad a lo que decíamos... Tan marcados vi en la pobre Antonia los signos de su próximo acabamiento, que deseché hasta las últimas esperanzas que en mi alma querían entrar. ¿A qué esperanzas, si no había remedio, como no fuera la cristiana resignación? Largo tiempo estuve a su lado, recogiendo con avaro afán cuanto me decía en fugaces, desconcertadas, infantiles expresiones:

—Tero agua..., tero mimir..., daca mano tuya...

Con modulaciones sólo por mí entendidas decíame que le limpiara la boca del agua que bebía, la frente del sudor, y que no quitase de su cuello el brazo mío que le servía de almohada. Serían las cuatro cuando me dijo:

—No veo a ti, gitano..., trae luz... ¿Por qué tanto oscuro?...

La besé una y otra vez, y ella intentaba contestarme del mismo modo... Sus labios no podían ya besarme. Cayó en profundo sopor de agonía. No había nada que hacer más que contemplar con dolor callado su muerte. Traspasado de aflicción, apoyé mi rostro en el lecho; mas don Martín me sacudió la cabeza, diciéndome:

—Atienda, señor; ya concluye.

Atención puse, y en unos segundos de suprema ansiedad recogí el último aliento de la pobre Antonia. El cura, de rodillas, encomendaba en alta voz el alma, y Margarita lloraba sin consuelo. El tiempo flotaba silencioso entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Mi tribulación y desconsuelo eran grandes, pues ya no podía ver las desazones y enojos que por aquella mujer sufrí y tan sólo veía el generoso ardor de su corazón amante, su ingenua, inquebrantable devoción de mi persona, que más bien era un culto idolátrico. La lloré con el alma por el amor que me tuvo y del cual seguramente era yo indigno. Las incongruencias sociales, contra las cuales nada podemos, fueron las causas de que aquel amor no tuviera en mí la debida correspondencia y de que su ser y el mío no llegaran a la soberana fusión para la que sin duda habíamos nacido. ¡Pobre Antonia! Error suyo fué amarme; mayor dislate mío dar alientos a su afición. Yo no merezco piedad del Cielo por esta falta, y si aquí tienen proporcionado castigo nuestros

errores, no me faltará en la vida que me resta mi parte de infierno.

Partió el clérigo; acomodamos Margarita y yo en su lecho a la pobre muerta, la cabeza sobre mullidas almohadas, el martirizado y ya insensible cuerpo extendido y envuelto en sábanas limpias, y aun no sabíamos cómo amortajarla, porque el vil marido, entre los efectos que sustrajo se había llevado el traje negro, medias y zapatos, y las mejores prendas de ropa que la infortunada mujer poseía. Acordamos al fin que para vestirla traería la prendera ropa blanca de la suya, y lo necesario para calzarla decorosamente, y que luego le pondríamos el hábito del Carmen, por ser esta advocación de la Virgen la más firme devoción de Antonia. Las seis serían cuando salió Margarita en busca de la fúnebre vestimenta y de las velas que habíamos de encender junto al cadáver; yo, solo en la casa, quedéme sentado junto al lecho mortuorio, contemplando la marchita belleza, que aún conservaba sus lindas facciones sin la menor descomposición de líneas, como vaciadas en transparente cera. Tardó mucho Margarita en su diligencia; llamaron al fin a la puerta, y seguro de quién era, salí y abrí... ¡Dios mío, qué estupor!

La sorpresa dejóme paralizado, mudo. Era Eufrasia la que ante mí apareció en traje muy sencillo, como de ir a la iglesia, con el libro de rezos en la mano.

—Supe que no puede usted salir de aquí—me dijo trémula—, por... vamos..., esa mujer enferma...; he querido saber de usted..., informarme... Alguien ha dicho que estaba usted herido...

Le señalé el paso, la conduje a la salita, y ella entró con recelo, temerosa de miradas impertinentes. En mi rostro debió leer mi consternación.

—¿De veras no resulta cierto lo de la herida?—me preguntó ya en la sala, negándose a aceptar el sillón que le ofrecí—. Gracias; no me siento. ¡Si me voy ahora mismo! He salido al rosario. Acabo de rezarlo en Santa Cruz, y... Por Rafaela, que todo lo sabe, supe anoche el número de esta casa, el piso, y he subido... Subo un momento con el único fin de... Me dijeron que esa señora estaba muy malita, en peligro de muerte, y naturalmente, la situación de usted en esta leonera es poco agradable. Los buenos amigos deben prestarle su apoyo, ver si en algo pueden servirle... No se asombre usted tanto de verme aquí: sé que es una imprudencia, un desatino...; pero antes que mandarle un recado he querido venir en persona... Y ¿es de veras que está usted solo, enteramente solo con la enferma?

Díjele que estaba solo con la muerta, y por la puerta de cristales que con la alcoba comunicaba le mostré el lecho, del cual se veía la parte de los pies, y el bulto de los de Antonia cubiertos por la sábana. Grande impresión hizo en Eufrasia el ver en la penumbra los pies de la yacente estatua, como incipiente escultura en el bloque de mármol, y sin expresar su consternación más que con un ¡ay!, dejóse caer en el sillón próximo, cerró los ojos y se llevó a la frente el libro de rezos, como si con él quisiera persignarse.

—Mi dolor no lo comprenderán muchos—le dije—; usted sí lo comprenderá. Antonia me amaba... No era su amor de los que se amoldan a los respetos y se someten al artificio social; era un amor que llamaríamos loco, revolucionario, que no reconoce más ley que la de sí mismo. Fué mi suplicio cuando ella vivía, y ahora que la he visto morir, es mi remordimiento. Yo no era digno de un cariño tan hondo, tan puro, tan superior a todo interés y a las conveniencias humanas. ¿Verdad que no lo merecía yo? ¿No piensa usted lo mismo?

—Ciertamente, no era usted digno... —respondió la dama morisca, echando atrás la cabeza y dejando caer sus dos brazos sobre los del sillón—. Nadie que viva en sociedad es digno... de eso... Ni esas pasiones tan a lo primitivo caben en los moldes de nuestra vida...

En esto llegó Margarita con velas y ropas. Eufrasia turbóse un poco al verla; yo la tranquilicé, asegurándole la discreción y delicadeza de la que había sido mi auxiliar en aquellas tribulaciones. Mostró la prendera el hermoso hábito del Carmen que había comprado, y Eufrasia, con un arranque de valor y piedad, que fué mayor brillo de su belleza, se levantó y me dijo:

—Viva no la vi nunca...; quiero verla ahora...

Antes que yo me decidiese a ser acompañante de su curiosidad, Margarita le franqueó el camino, andando delante de ella. Entraron en la alcoba. Yo vi a Eu-

frasia desde la sala, fijando sus miradas en el rostro marchito, cuando la otra, con pausa y respeto cariñoso, levantó el blanco lienzo que lo cubría... Durante un corto rato las dos mujeres no estuvieron mudas. Sus cuchicheos lo mismo podían ser comentario de admiración que afligidos rezos... Volvió a mí la manchega con el rostro mojado por las lágrimas que de sus ojos corrían; dejó el devocionario en la mesa donde yo escribo, se quitó los guantes y la mantilla, y me dijo:

—Hermosa fué sin duda, y aun muerta está guapísima... ¡Pobre corazón amante! Por amar con tanta independencia y con tanta fe, despreciando el mundo y toda vanidad, merece mi simpatía... Usted y esta buena señora me permitirán... No se asombre, Pepe. Quiero amortajarla.

XXIV

Mientras Eufrasia y la prendera se consagraban sin descanso a su piadosa obra, entró Aransis, que venía a traerme dinero, tan necesario para mí en los días fúnebres como en los alegres días.

—Márchate ahora mismo—le dije—, que hay aquí una señora, mi amiga, a quien no gustará que la veas.

Invocó él nuestra amistad, que no admitía secretos entre los dos, para que yo abriese un poco la mano en la confianza; mas no accedí a ello, y que quieras que no, le expulsé con recomendación enérgica de no atisbar en la calle la salida de la dama... Terminado el acto de vestir a la pobre muerta, Eufrasia volvió a ponerse mantilla y guantes. Su palidez intensa declaraba su grande emoción.

—Está guapísima—me dijo—, y la toca blanca da a su rostro una expresión enteramente mística. Nunca, por mucho que viva, olvidaré esa cara, que tan muerta y callada me ha dicho cosas muy bellas... Yo también le he dicho a ella... algo que sólo se dice a los que no pueden oír... con los oídos naturales...

Encargóme luego, camino de la puerta, que en cuanto volviese yo a la vida regular fuese a verla, pues tenía que hablarme de cosa urgente: hablaríamos en mejor ocasión y lugar. Prometíle ponerme a sus órdenes muy pronto, y con ella bajé, pues no quería que en escalera tan bulliciosa tuviese encuentros de gente grosera y de chiquillos importunos. En el portal nos despedimos, reiterando yo mi gratitud por su visita, y ella los honores de su amistad, que en aquel día por especial gracia éranme de nuevo concedidos.

Al subir, sentí pasos detrás de mí. Volvíme y encaré con Sotero, que llevándose un pañuelo a los ojos, me dijo:

—Don José, lo supe hace un rato... por el bruto del cerero..., ¡ay Jesús!, que vendió a Margarita las velas.

—Sí, hombre; la pobre Antonia, cansada de sufrir, se nos ha ido a otro mundo mejor...

—¿Y a usted le *costa* que es mejor? Yo no lo sé, ni lo sabe nadie, como se dice. En fin, yo he sido malo, y la última que hice no me la perdonó Toña.

—Sí, hombre: te perdonó. No llores por eso... ¿Necesitas algo?

—No quiero cansarle ahora. Subiré, si me necesita. De usted para mí, le digo que es mi deber velarla.

—Hombre, no; te fatigarás. Más que para velar estás tú para que te velen. Tienes cara de no haber comido desde anteayer.

—Así es, don José; pero yo nada le pido en esta circunstancia. Dios me libre... Si me apetece subir es por velarla: que yo seré todo lo perro que quieran, pero tocante a buen cristiano lo soy como el primero.

—Eso te honra, Sotero—le dije, dándole para comer—. Pero atiende antes a la necesidad de vivir... No tendría gracia que también tú te murieras ahora... Come y bebe esta noche; duermes los garbanzos, y de madrugada vienes a velar a la pobrecita Antonia. Así alternaremos: yo descansaré cuando amanezca, y a fe que estoy rendido.

Tomó lo que le di, y prometiendo volver a las altas horas de la noche, se despidió con una caballerosa manifestación, la mano en el pecho, los ojos húmedos, la palabra balbuciente:

—Sé cumplir el cometido de mi deber. Velaré esta noche, y mañana la llevaré hasta el propio cementerio, como se dice, campo santo, que ésta es mi obligación, don José de mi alma, como marido que soy del cadáver.

A poco de esto, cuando ya teníamos a la pobre Antoñita enteramente ataviada de muerte, en un lujoso ataúd, llegaron

otros parientes, y lloráronla todos y compadecieron su temprano fin. Era un dolor verla partir en la edad florida y dichosa. Trajeron algunas flores naturales muy lindas, con que la adornamos, poniendo en ello un cuidado y esmero tan grandes como si adornáramos a un vivo.

—Aquí hacen mejor las violetas... Las rosas coloradas entre las manos... Con las rosas blancas formemos un cerquillo en derredor de la cara.

Pasada media noche, volvió Aransis. El y yo, en el desmantelado comedor, cenamos algo, buenos fiambres que trajo un criado suyo, y bebimos de un rico burdeos. El reparo de mi desfallecimiento me produjo un sopor intensísimo: no vi salir a Guillermo, no vi nada, porque me quedé dormido en la silla, recostando mi cabeza en el ruedo que hacían mis brazos sobre la mesa... Fué mi sueño como indigestión cerebral de las imágenes que en aquel día y los precedentes habían pasado ante mis ojos. Y como entre estas imágenes descollaba la yacente figura lastimosa de mi pobre Antoñita, vestida del hábito del Carmen y de cirios humeantes rodeada, esta visión no me abandonó en todo el espacio de mi sueño, harto parecido a la embriaguez cebándose en el cansancio. Vi el cuerpo de mi amada en un alto y aparatoso túmulo a la romana: las velas se trocaron en antorchas, y el religioso traje en túnica de vestal. Vi que todo ello se alzaba sobre un monumento de formas ondulantes y cartilaginosas, en nada parecidas a las clásicas formas de arquitectura; vi un conjunto armónico de tallos y miembros vegetales, con flores muy abiertas, de monstruosa sencillez.

—¿Será esto—me dije yo soñando—el tipo de un arte que, andando los siglos, vendrá potente a derrocar los tipos y módulos que hoy componen nuestra arquitectura y nuestras artes decorativas?...

Seguramente, los funerales que en torno de este gran túmulo se hacían a la pobre cordonera eran espléndidos, con asistencia de innumerables sacerdotes de no sé qué religión y de un gentío inmenso, cuyas voces turbaban mis oídos. Era un estruendo parecido al del mar bravo, que va y viene, azotando las rocas y replegándose con espumante ira sobre sí mismo. No podía yo entender lo que decían aquellas voces, ni supe si eran himno, plegaria o quejumbrosa oración fúnebre... Y luego sonaron salvas, que a mí me parecieron el más natural ornamento de aquel acto. Oí un disparo, luego dos, en seguida muchos, sucediéndose y acelerándose como las notas de una tocata que empieza en *adagio* y acaba en *presto, prestíssimo*... ¡Vaya un traqueteo y estallido de ingenios de guerra! En las tinieblas de mi sueño empezaba yo a sorprenderme de que las lucidas exequias se celebraran con función pirotécnica o juego de pólvora. ¿Sería esto también un arte funerario del porvenir, llamado a reformar los actuales modos de honrar a los muertos? No sé cuánto tiempo duraron estas impresiones y ruidos disparatados... Ello es que yo iba despertando, y mis sentidos se mecían entre el sueño y la realidad sin que cesaran los disparos, o al menos sin que dejase yo de oírlos. Una mano vigorosa sacudía mi hombro, y lo primero que oí claramente fué la voz de Margarita, que decía:

—No le despiertes, ganso.

El que me despertaba era un ser de pesadilla, odioso y repugnante. Tardé un rato en reconocer al maldito Sotero, esposo de la difunta. Era él, él mismo, desfigurado por una corbata de luto mal liada a su pescuezo, las greñas en desorden, la cara sin lavar en tres días, el cuerpo en mangas de camisa, con un chaleco negro que por la holgura parecía de otra persona. Con tabernaria voz graznaba:

—Despierte, despierte, don José, que hay revolución.

—¡Revolución!

Yo me erguí en un desperezo total, queriendo sobreponerme a mi cansancio. Vi la claridad del día. No creía nada de lo que en torno de mí se hablaba. Mujeres medrosas decían:

—¡Ay señor, qué infierno en la plaza!...

—Venga al balcón y verá...

—La tropa sublevada por aquí, y enfrente, asomando por el arco de la calle de Toledo, la tropa del Gobierno...

—Que no salga al balcón; no le suelten un tiro.

Como el tumulto que de la plaza venía no cesaba, tuve que rendirme a la evidencia. Soñoliento me asomé al balcón y en la plaza vi un hormiguero de soldados y paisanos que parapetados tras montones de piedras hacían fuego contra otros que en el arco les atacaban. El ti-

roteo era tan vivo, que hube de cerrar a escape.

—Por Dios, señor—dijo una mujer—, no se asome: cierre vidrios y maderas, que a un vecino del siete, que se asomó a gulusmear, le han dejado seco.

Mandé cerrar a piedra y barro, y esperamos... ¿En qué pararía toda aquella gresca? Los parientes de Antonia y otras vecinas aquí congregadas se complacían en ilustrarme acerca de aquel hecho político, que pronto había de ser histórico. Lo que quiere ahora el *Progreso* es poner la República y quitar a la reina, pues la República no es otra cosa que un Gobierno *todo de hombres*, sin rey ni reina, ni cosa ninguna de majestad... Según afirmó un vejete que entre las mujeres rebullía, el propio Narváez mandaba la fuerza que abrasaba a los patriotas... Estos se defendían sin coraje, por no contar con toda la tropa comprometida, y ello acabaría mal, fusilando a medio Madrid y cargando de cadenas al otro medio... También se dijo que estas marimorenas no son de nuestra invención, y que todo viene armado de fuera, de la Europa, y de las naciones extranjeras, que están toditas revolucionadas y dadas a los demonios. El reino de Nápoles arde; el mismo Papa no ha tenido más remedio que largar una constitucioncita para sosegar a los masones; otro rey italiano, don Carlos Alberto, va contra el Austria, para quitarle unas provincias que ya son italianas, ya tudescas; y un país que se llama la *Hunguería*, porque de él vienen los húngaros, anda también muy revuelto con un demonio de hombre de apellido *Cosuto* (Kossuth), el cual predica la libertad, la religión libre y otras monsergas libres. La *Hunguería* y *la tierra de los austríacos* no son lo mismo, pues la una linda con las Américas y la otra es propiamente como una familia real, por lo cual, nombrando a nuestros reyes de antaño se dice *la Casa de Austria*...

A todos los presentes prohibí que abriesen las tres ventanas de la casa, y en la sala nos quedamos en fúnebre penumbra, mortecina claridad de los cirios, que ya gastados se derretían en gruesos cuajarones. La faz hermosa de Antoñita se descomponía de hora en hora tiñéndose de una lividez tristísima. La contemplé largo rato, recogí sobre el rostro la plegada toca, añadí flores en derredor, y al volverme di de manos a boca contra Sotero, que, mostrándome su atavío, me dijo:

—Vea, don José, que así no estoy decente y que me van a criticar por no presentarme como requiere la defunción. Pedí a Dimas, el tabernero, que me prestase ropa negra, y no ha podido encontrar más que este pingo de chaleco y la corbata... Yo se lo digo al señor don José para que vea el ridículo..., mi ridículo ante la vecindad y ante la comitiva del féretro. A usted no le ha de gustar que me vean así... Soy, como se dice, el esposo de la finada, y si no estoy todo puesto de luto riguroso, pero muy riguroso, ¿qué dirán, don José, qué dirán?...

—Bueno, hombre, ya lo arreglaremos. Déjame ahora.

—Mi parecer es que debemos apañarnos como Dios manda, para que no tengan que criticar... Yo sé de un sastre que alquila ropa de entierros, y allí se puede vestir uno para toda la pompa enlutada que se ofrezca. Conque si quiere, allá me voy... y pido precios...

—Está bien. Irás cuando se concluya la gresca en la plaza. Ahora no se puede salir... Y ¿cómo va eso?

—Parece que van ganando los de Narváez. Ya no atacan tan sólo por la Sal y por Atocha, sino también por los Portales de Bringas. En una casa de la calle Mayor, con balcones que caen a la Plaza, junto a la Panadería, metieron tropa y ya están largando tiros desde el piso segundo... Oiga, don José: yo he traído mi pistola y pólvora. Si quiere que dispare desde el balcón contra los republicanistas, verá qué pronto pongo a dos o tres patas al aire.

—No, no: aquí somos neutrales. Vencerá el Gobierno. No tomemos partido ni por la revolución ni por el orden.

—Yo estoy siempre con el orden, y por esto hay en la vecindad más de cuatro que no me tragan. En la taberna de la calle Imperial oí ayer tarde runrunes, y así como latines masónicos... Me dió en la nariz olor de chamusquina, y me traje la pistola por lo que pudiera tronar.

Entreabierto el balcón, noté gran desorden en la plaza y que el tiroteo era menos vivo. Vi grupos que huían por la calle de Botoneras, próxima a esta casa... Pasado un rato, hallábame en expectativa de nuevos incidentes y sorpresas, cuando Margarita, muy asustada, vino a de-

cirme que un señor había preguntado por mí en la puerta, y que sin esperar a que se le mandara pasar habíase colado muy resuelto en el pasillo. Salí al instante, y me encontró con Nicolás Rivero, bastante desordenado de ropa, que sin ningún preámbulo, ni la menor alteración en su rostro cetrino y ceñudo, me dijo:

—¿Puedo ezconderme aquí, Paquito? Me ha dicho eza zeñora que a la otra zeñora la tenemoz de cuerpo prezente. Lo ziento... Pero no podía yo zoñar mejor ezcondite.

Ofrecíle todo mi amparo con la mayor cordialidad, y me le llevé al comedor, donde podíamos hablar sin testigos:

—Ezto ze acabó... Adioz, mundo amargo.

—Es la primera revolución que veo en Madrid, y la verdad, me ha parecido una fiesta de pólvora. ¿Es siempre así?

—Ziempre azí..., tropa contra tropa..., el pobrecito pueblo en medio... ¡Pueblo crucificado... Dígame: ¿el entierro zerá ezta tarde? Bonita ocazión para zalir y ezcabullirme... por donde ze pueda... Dizpénzeme que me alegre del entierro... La Humanidá ez azí... Del llanto zale la alegría.

Dicho esto, renegó de los que no acudieron al puesto de peligro, y tronó contra Narváez, contra Figueras, Fulgosio, Lersundi y demás instrumentos del Orden... El Orden por sí no es nada, y cuando se ejerce contra la voluntad del Pueblo, es el Desorden con insignias usurpadas... El Pueblo ama la Libertad..., sólo que no le dejan manifestarlo... ¿Pues la tropa? ¿Qué es la tropa más que Pueblo con uniforme?...

Entró Sotero a decirme que los soldados de Lersundi ocupaban la plaza, y que los insurrectos huían por la calle de Toledo. Metíase aquel bestia con grosero desenfado en nuestra conversación, por lo cual hube de tenerle a raya; llevémele a un cuarto próximo, y después de prohibirle salir a la calle, ni aun con el razonable motivo de procurarse ropa de luto, le pedí su pistola, diómela con la polvorera, rezongando, y en mis manos el arma, le dije:

—Como suban polizontes o miiltares en pesquisa de algún paisano refugiado aquí, y tú pronuncies una sílaba sola delatando a este joven, te levanto la tapa de los sesos. De aquí no me sales hasta la hora del entierro, si nos permiten que sea esta tarde. Margarita alquilará la ropa de luto, la cual se pondrá Rivero, después de bien afeitado, figurando como esposo de la finada. Tú quedas relegado al puesto de *primo del cadáver*, y te vestirás con las ropas que te traerá Julián, el cordonero de la calle de Bordadores. Cuidado, Sotero, con lo que haces y dices mientras estés aquí. Ha de venir el celador del barrio para tomar nota del nombre de la difunta, *etcétera*, de la hora y lugar del enterramiento; no salgas tú a recibirle: saldré yo, y diré lo que se ha de decir; lo que me dé la gana, y tú te callas, que aquí no eres nadie, ¿lo entiendes bien?... Si no nos permiten que la llevemos esta tarde, ya veré lo que se ha de hacer mañana. Y no se hable más Sotero: silencio y obediencia, o ten por seguro que te mato.

Con gruñidos iba marcando a cada frase su bárbara sumisión a mis órdenes.

XXV

14 de mayo

Pasó la tormenta, dejando en mi alma gran destrozo: árboles caídos, caminos deshechos, ruinas y cambios lamentables. Termino las referencias del día 8 manifestando que todo lo presupuesto se hizo con arreglo al programa: en un nicho de la Sacramental de San Andrés guardamos los restos de la enamorada Antoñita, a quien debo en estas *Memorias* enaltecer singularmene por su devoción de amor y sus arrebatos afectivos, sin mentar sus pecados y errores, que de ellos no pudo verse libre quien tenía la pasión y la fragilidad por componentes del alma. Y el acto de conducirla a su última morada me sirvió para proporcionar fáciles medios de ocultarse al amigo Nicolás Rivero, que temía los rigores de la Policía por haber metido sus narices en aquel fregado de la Plaza Mayor. Liquidé cuentas con Margarita, cuentas con Sotero, a quien di cuanto me pidió a condición de que no volviera jamás a ponérseme delante, y abandoné la triste casa en que apurado había tantas amarguras.

Volví fatigado al mundo y a la vida corriente, instalándome en casa de Agustín, y mi primera visita fué para Andrade, a quien encontré muy mejorado de

su herida, de lo que recibí gran satisfacción. Dos amigos míos, Uhagón y Pepe Arana, en su compañía estaban, y poco después que yo éntró el que con Rivero había sido su padrino, Sánchez Silva. Del ruidoso escándalo militar del día 7 hablamos los cinco, y allí me dieron exacto informe de su móvil inicial y de los pormenores que yo no había visto. Como apenas pongo atención en las cosas políticas, ignoraba el argumento del confuso drama cuya principal escena, si no la más trágica, fué representada tan cerca de mí. Había sido Ruiz de Arana testigo y actor muy principal en la marimorena, por parte del Gobierno. El vió a los soldados de España bajar en desordenado tropel por la calle de la Montera; él corrió de una parte a otra con una sección de Coraceros, llevando órdenes del capitán general Fulgosio; él le vió caer miserablemente en la Puerta del Sol, a los tiros del paisanaje; él, con tesón juvenil, se halló en todos los sitios donde casi era milagroso no perder la vida. No reproduzco su prolija referencia, que ha venido a ser histórica, porque, la verdad, ni a mí me interesa grandemente la detallada relación de los movimientos de la tropa leal y de la tropa rebelde, con tanto general que va y viene de calle en plaza o de uno a otro cuartel, ni creo que la remota Posteridad que esto lea con ello se divierta ni se instruya. Porque, si bien se mira, por lo muy repetidos, son estos movimientos sediciosos como los amanerados poemas de corta inspiración y de frases pedestres y sólo en el caso de que el triunfo los haga eficaces merecen la atención de las gentes. En los pronunciamientos fallidos veo yo la más tediosa sarta de aleluyas que nos ofrece nuestra historia. Mirémoslas de prisa y pasemos a otro asunto.

Lo más triste de aquella jornada fué la muerte de Fulgosio, necio y bestial asesinato, sin gloria de él ni de sus inicuos matadores. Fué mártir antes que héroe. Y por mártires hemos de tener también a los infelices que en la misma tarde del 7 fueron fusilados a la salida de la Puerta de Alcalá... Eran de tropa, pueblo uniformado, según Rivero, y se habían batido contra el orden con locura patriótica y militar ceguera. ¿Qué se dirían Fulgosio y estos desventurados si en el primer paso dentro de la Eternidad se encontraron y se vieron?... No se dirían nada tal vez porque del lado de allá no habrá palabra con que expresar la inmensa estolidez de lo que acá llamamos política, orden y revolución.

Hablamos los cinco del suceso y sus consecuencias, y por mi gusto no me habría entretenido en puntualizar la psicología de aquel movimiento: todo era vanidad, interés de personas. Salamanca, Buceta, lord Bullwer, Gándara, y luego una cáfila de nombres de progresistas, llenaban la histórica aleluya Los cinco estábamos conformes en que una férrea dictadura de Narváez se nos venía encima. Pronto seríamos sometidos todos los españoles a un duro régimen penitenciario. La tormenta que habíamos visto estallar aquí era no más que un leve desorden atmosférico, anuncio de mayores desastres, y en aquel motín o pronunciamiento, tan pronto sofocado, no debíamos ver más que una centella perdida de la furibunda tempestad que corría por toda Europa. En Francia, gran diluvio que anegaba el Trono; en Nápoles, truenos y rayos; en Roma, centellas y exhalaciones que aterraban al Papa, moviéndole a cambiar su política de liberal en despótica; en Hungría, viento huracanado; en Austria, formidable pedrisco que derribaba el árbol corpulento de Metternich, y en las demás naciones, azaraminto y terror por el hondo ruido subterráneo que se sentía, como anunciando terremotos. Es la voz pavorosa del Socialismo, la nueva idea que viene pujante contra la propiedad, contra el monopolio, contra los privilegios de la riqueza, más irritantes que los de los blasones. Tiembla la presente Oligarquía ante estos anuncios, y no sabiendo cómo defenderse, sólo pide que esta gran vindicación la coja confesada.

Fué mi segunda visita para Eufrasia, a quien encontré celebrando sesión de la Sociedad de Socorros de Religiosas, de que es presidenta interina. Actuaba como secretaria Rafaela Milagro, y como *informantas* o *procuradoras* otras dos damas a quienes no conozco, y asistía como asesor un capellán de monjas, antiguo jesuíta, que yo había visto antes en la casa de Socobio. Ya estaban terminando cuando yo llegué, por lo cual pude acceder a no retirarme discretamente. Contáronme las damas el gran beneficio que hacían a la religión socorriendo a las pobres monjitas expoliadas por Men-

dizábal y abandonadas de estos infames gobiernos sin creencias. Rafaela, por lo que allí oí, es el alma de la Sociedad, a la que se consagra con tanta actividad como pasión. En el arte de allegar fondos, excitando la caridad vanidosa, es maestra consumada; al verla, sus amigas tiemblan. Madrid entero conoce su labor ratonil, las monjas comen y viven... Los elogios que de la secretaria hizo el clérigo allí presente sonábanme a panegírico de santa. Y ella, serena y modestísima, insensible a los encomios, continuaba extendiendo recibos en el pupitre cercano al sillón presidencial que ocupaba Eufrasia. Por fin, con el desfile oportunísimo de las *procuradoras* y del cura, que no abandonó el campo sin hablar pesadamente de una rifa que se proyectaba, quedéme solo con mi amiga y Rafaela.

—Siéntese usted a mi lado—me dijo la moruna, que, por lo visto, o nada reservado quería decirme o no le estorbaba la presencia de la secretaria—. Esta tarde recibirá usted una invitación de los Emparanes para comer mañana en su casa. Ya sabe usted que allí no han entrado por el uso nuevo de comidas a la francesa, y sirven los garbanzos a la una y media... No vuelva usted a dirigirme la palabra si no acude como un doctrino al llamamiento de esa familia, Pepe. Se le disculpó a usted la otra vez por las razones que callo; pero si mañana se excusa o hace rabona, ya sabe que no habrá perdón, sino azotes, y buena mano tiene Catalina para dárselos. No le digo más sino que ayer tarde di yo a su señora hermana mi palabra de empujarle a usted hacia la plazuela de Navalón, y la seguridad de que el simpático *dandy* no se quedará a mitad del camino. Conque ya lo sabe. Me parece que ya van resultando ridículos los papeles de galán melindroso y de caballero que adora los ideales. Déjese de andar por las nubes, y bájese a la realidad. ¿Quiere más sermón? Pues se continuará esta noche en casa de mi cuñado Serafín. No falte.

Quise yo responderle; pero la secretaria reclamó toda la atención de la presidenta para el colosal proyecto de rifa; y me retiré teniendo buen cuidado de no preguntar por don Saturno. Temía yo que mi fórmula de urbanidad fuese como evocación que le hiciese surgir por alguna de aquellas doradas puertas.

16 de mayo.

¡Con qué ganas de solaz honesto, de desconocidas emociones, entré esta noche en la sala de mi señor don Serafín de Socobio! A mí acudieron gozosas Virginia y Valeria, con gorjeos de pajarillos, y no me abrazaron por respeto a sus papás. Yo sentí en mi alma una onda de frescura cuando las vi, y deploré que el respeto social no me permitiera cogerlas y sentarlas en mis rodillas, una a cada lado, y darles besos inocentes. Empezaron por acribillarme con dicterios graciosos y con bromas que no carecían de malicia y picor. Dijéronme luego que cuando se corrió la voz de que en el desafío había yo perdido una pata, ambas habían llorado por el hombre y por la pata perdida, sintiendo que no pudieran ellas pegármela con cola, como la pata de una mesa. Se acordaban de mí, y sabían las cosas horribles que me pasaron por mi mala cabeza, sin que el castigo me enmendase; enteradas estaban también de que ya no tardaré en caer en la ratonera que me han armado... Contra esto hube de protestar, asegurándoles que yo no me caso con ningún bicho viviente más que con ellas, con ellas dos, Virginia y Valeria, mis dos novias hoy, mis dos mujeres mañana. Vi sus rostros pasando de la risa a la seriedad, y por igual impregnándose de no sé qué melancolía cavilosa. Callaban y aun querían huir de mi presencia por no saber qué decirme, pues aquella broma del casorio con las dos a entrambas lastimaba, como si fuera la única idea que cortase de raíz la membrana moral y física que las unía. Sentían quizá el desconsuelo de ser dos y no una sola... También yo me llenaba de gran confusión, no pudiendo destruir la dualidad sin matar a uno de aquellos ángeles. ¡Imposible el dualismo, imposible la unidad!

Ya muy tarde pude quedarme solo con Eufrasia en un rincón del gabinete donde Rafaela Milagro explicaba su magno plan de benéficas rifas a dos señoras ancianas y al vetusto coronel Sureda, convenido de Vergara, hombre muy dado a la protección de monjas.

—¿De modo que usted—dije a mi amiga, en cuanto entramos en materia—persiste en que yo no tenga dignidad y me venda a los Emparanes?

—Esto no es venderse, Pepe—respon-

dió mirándome cariñosa—. No tome usted actitudes de teatro ni se nos ponga *fatídico*...

—Es una venta, señora mía. Yo doy una figura regular, un carácter ameno, instrucción, hábito social, buenas relaciones, y encima de todo ello mi libertad y mi felicidad. Ellos lo toman, quiero decir, lo compran, dándame dos clases de valores: su riqueza, que es efectiva, y su hija, que es una falsificación de mujer, un valor de engañifa, un papel mojado, como si dijéramos. ¿Para qué quiero yo a María Ignacia? De todas las personas que conozco podría yo esperar que me aconsejaran esa boda, menos de usted..., y ésta es mi mayor pena, Eufrasia, porque ya no tengo duda: usted me detesta. Si en algo me estimara, no sería corredora de esa venta infame.

—Yo creí que era lo contrario—me dijo, bajando los ojos—. Por su mejor amiga, por su amiga franca y leal me tenía y me tengo yo al agenciarle esa colocación... No se ofenda usted de la palabra, Pepe... *Colocación:* no hay otra manera de decirlo; y yo, que reparo en soltarle a usted las verdades más amargas, le digo que está perdido si no se coloca, y que no encontrará, créame a mí, mejor plaza que ésa, porque no la hay, ni lugar más ancho y cómodo para el descanso de toda su vida... Dé gracias a Dios y a su hermana, que es para usted como un ángel bajado del Cielo.

—Mi hermana es, sí, el ángel del comercio matrimonial, y usted otro ángel que ha venido a volverme loco.... porque si, en efecto, me estima, no puede uster aconsejarme la entrega vil de mi persona..., porque si yo sigo su consejo, usted debe despreciarme... Y ¿cómo compagino un sentimiento con otro, el desprecio con la estimación?

—No hay tal desprecio.

—Digo y repito que usted me ha hecho perder la cabeza. Diré con don Matías: *Ho perso il boccino*... Contésteme: si yo rechazo lo que me propone, ¿qué seré para usted?

—Será usted un ingrato—replicó fijando en mí sus ojos con dulce tristeza—, porque no sabrá corresponder al grandísimo interés que por usted me tomo. Yo le aconsejo la boda, porque sé que le conviene, que no hay otra salvación para usted, que no hay mejor remedio para salir del laberinto de sus deudas y reconstruir su vida sobre una base firme...

—¿Y llama base firme a un matrimonio en el cual no puede haber amor por mi parte?

—No sigamos, Pepe—dijo la dama, viendo que en nuestra discusión, algo semejante al revolver de una madeja, se había formado un nudo difícil de deshacer—. Si nos ponemos en lo *fatídico*, no hemos hecho nada... Me da usted, créalo, una pena muy grande rechazando mi consejo..., consejo de amiga...

—Pero ¿qué amiga es usted, Eufrasia?

—La mejor—afirmó, sin disimular su emoción—, la mejor, la única que ha tenido usted en su vida. Si así no lo aprecia, déjeme, no vuelva a verme más, y siga, siga en esa vida absurda que le llevará al precipicio... Yo quiero salvarle, y usted no se deja. Bueno; ya me dará la razón algún día... Ya me dirá: «¡Qué razón tuviste, mujer..., a quien no comprendí...!»

Y recelando ser oída, varió de tono, puso freno a su emoción. La vi pestañear, fruncir la boca; mas pronto compuso admirablemente sus facciones, y me dijo:

—No hablemos más esta noche, Pepe Dejémoslo para otro día...

—¿Para cuándo?

—Vuelvo a repetirlo: ¡ingrato, ingrato!... No digo más por hoy... Mañana...

Hizo una larga pausa, meditando. El *mañana* y la pausa fueron como un balancín en que se meció mi espíritu dulcemente.

—Pues mañana...

—Acabe usted, por la Virgen Santísima—dije, mareándome un poco en el balancín.

—Déjeme usted, estoy haciendo cálculos de tiempo... Pues sí, a última hora de la tarde podremos vernos. ¿Dónde? Sorpresita tenemos... Pues al marido de *la Teresona*, criada antigua de esta casa, le hemos dado la plaza de conserje del casino ¿Sabe lo que es el casino? No vaya a confundirlo con esa maldita sociedad donde se pasa usted las noches jugando y hablando mal de todo el mundo. Hablo del Casino de la Reina, un sitio real chiquito, al fin de la calle de Embajadores, con jardín muy hermoso y un poco de templete y un poco de palacio; recreo que fué de la reina gober-

nadora... Pues el otro día estuve a ver a *la Teresona*, y pasé un rato muy agradable. Adoro los jardines y las flores me enloquecen...

—¿Y mañana...?

—Mañana volveré allá, sí, señor...

—¿Irá usted sola?

—No puedo asegurar que vaya sola... Quizá tenga que llevar a Rafaela Milagro.

—Bueno; ¿y yo...? Descuide usted, que antes faltará el sol en el cielo que yo en ese casino, venturoso rincón del paraíso terrenal.

—No vaya usted a creer que es un Versalles, ni un Pincio, ni un Aranjuez.

—Será más bello que todo eso; sólo con servir de fondo a la *bella jardinière*...

—¡Ay, ay, ay!... ¡Qué florido!...

XXVI

17 de mayo.

No falté, no, a la comida en casa de los Emparanes, y debo decir que fué muy de mi gusto, y en todo, cosas y personas, hallé gratísimas impresiones, menos en la señorita de la casa, quien, por refinada crueldad de mi destino, hubo de acrecentar en mí la antipatía que me inspiraba. Sentáronse a la mesa conmigo, como invitados, el coronel Sureda y el señor De Roa, secretario que había sido del infante don Sebastián en la Corte de Oñate, y la siempre virtuosa y guapísima doña Jenara Baraona, viuda de Navarro, de cabello blanco como la nieve, rostro fresco y sonriente boca. Los años no pasan por ella, o le tributan los más ricos honores viéndose obligados a envejecerla. Es un monumento esta dama cuya belleza va unida a medio siglo de nuestra historia, con adherencias y comunidad de sucesos interesantes, así públicos como privados. Desde la batalla de Vitoria, el año 13, hasta la Regencia de Espartero, el 40, la católica Jenara y la profana Clío han corrido juntas algunas parrandas, y ello se les conoce en la amistad que las une. Así, no hay historia más instructiva y amena que la que cuenta esta ilustre viuda cuando alguien incita su natural vanagloria de crónica viviente...

De las señoras mayores que dan lustre y dignidad a la casa, sólo dos estaban en la mesa, además de doña Visitación, en todo el esplendor de su atavío morado, de amplitudes y magnificencia episcopales. Las otras vestían de negro, con cofias elegantes del año 30, y de pies a cabeza eran la corrección y la pulcritud más exquisitas. Gravemente amable, como perfecto caballero de antigua cepa, estuvo conmigo el señor don Feliciano, y su esposa le imitaba en cuanto podía, sin llegar al punto y filo de la perfecta urbanidad castellana. Las señoras mayúsculas cotorreaban: Jenara quería distinguir su elegancia flexible y modernizada, y los dos personajes carlistas, muy finos, aunque algo seco el uno, demasiado charlatán el otro, completaron el lucido y decoroso cuadro. Todo, como dije, contribuyó a mi solaz y contento, menos la desgraciada niña, que a mi lado tuve y que en el largo curso de la comida no supo responder con el menor chispazo de gracia o de ingenio a la excitación que por vía de tienta le hacía yo. Huraña y melancólica, ni una vez la vi reír, ni salieron de su siempre repulgada boca más que frases vulgarísimas o desabridas observaciones. Nunca vi cortedad semejante ni mayor indigencia de ideas, ni criatura menos mujer. Por momentos parecíame un chico gordiflón y mal educado a quien no habían podido enseñar más arte que el del silencio.

La conversación, que al principio fué bastante amena, porque Jenara y los carlistas se enzarzaron en una controversia recreativa sobre el casamiento de don Carlos con la de Beira, recayó luego en temas fastidiosos. Como estamos en plena romería de San Isidro, las señoras maduras sacaron a relucir la historia del santo, y después hubo grande palique sobre el hecho de que se conservase incorrupto el cuerpo del patrón de Madrid. Aseguró don Feliciano que lo había visto y podía dar fe de su perfecta conservación en estado de mojama, sin que ninguna parte le faltara, y nos ponderó su gigantesca estatura, como nueva demostración de la divinidad del bienaventurado labriego. Los carlistas, que me parecían algo escépticos en materias de milagrería y momias de santos, contaron anécdotas vascas muy graciosas, que no hay para qué reproducir aquí, pues de asunto más pertinente a mi persona debo ocuparme.

Ello fué que en el salón, después de la comida, cuyo suculento aliño a la española tengo que elogiar, aunque sea de pasada, probé a sacar del pedernal duro de María Ignacia algunas chispas, hiriéndola por uno y otro lado de su entendimiento con el eslabón de estudiadas preguntas y proposiciones. Mas no me dió resultado la prueba, y fuera de alguno que otro rasgo de ingenuidad casi infantil, no daba lumbres la infeliz criatura con quien querían emparejarme para toda la vida. Aposta me dejaron los padres con ella en un extremo de la estancia, para que la señorita, sin tener sobre sí la vista y atención de las personas mayores, pudiera despabilarse; doña Jenara me miraba compasiva; los carlistas, hablando pestes del Gobierno, no nos hacían caso; y María Ignacia continuaba en el bloque ingente de su estolidez, como un grosero pedrusco diamantino en el cual no entraba la lima, ni aun el filo de otro ya bien tallado diamante. No hacía más que clavar en mi rostro, o en las guirindolas de mi pechera, sus ojos fríos, vidriosos, con una expresión de arrobamiento que me confundía, y estar pendiente de mis palabras como si yo fuese oráculo que debía ser oído religiosamente, mas no contestado.

Incitarla quise a la risa, y sus esfuerzos por no descubrir el feo panorama de las encías daban a su boca cierta semejanza con el hociquito de no sé qué animal. Díjele, por no dejar de ser galante, que estaba muy bien vestida (y era la verdad, aunque con la perfección del traje no lograba hermosear su cuerpo), y me respondió que soy un embustero... Vamos, esto me hizo alguna gracia... Luego tuvo más de un rasgo de suprema modestia, expresada con primitiva sencillez; pero al instante destruyó el buen efecto con unos solecismos imposibles y me preguntó con mimo quejumbroso si iba yo a misa todos los días.

—Ya lo creo—le respondí—. Mi misa de ocho todas las mañanas no hay quien me la quite.

Decidióse a reír y volvió a llamarme embustero, y después malo... De diferentes modos me dijo que yo soy muy malo, añadiendo que si encuentro quien interceda por mí, Dios me perdonará... No hubo manera de sacarla de esto... Yo me aburría, lo confieso... Vi con júbilo llegar el momento del desfile y salí renegando de mi hermana Catalina, sobre cuya cabeza vería con gusto caer un rayo del cielo.

30 de mayo.

El largo paréntesis entre la última y la presente confesión no sea mirado como efecto de la holganza, sino de las inquietudes, amarguras y sobresaltos que en el intermedio de las dos fechas han agitado mi alma y absorbido mi tiempo, no dejándome espacio para el recreo de estas *Memorias*. Con la atención prisionera y esclava de los acontecimientos, ni aun el descanso del cuerpo me ha sido posible y no pocas noches pasé de claro en claro, abrasado el cerebro por las cavilaciones... Desembarazada ya mi atención de aquellas cadenas, quiero ganar el tiempo perdido y llenar toda esa laguna con una confesión extensa y sustanciosa.

Pues, señor, el 17 de mayo (no olvidaré nunca la fecha) se me hacían siglos las horas esperando la de la cita que me había dado Eufrasia en el apartado Casino de la Reina, y en mi loca impaciencia, incapaz de adelantar el tiempo, me adelanté yo, llamando a la puerta de aquella posesión a las cinco y media de la tarde. Entré; vi con sorpresa que la dama me había cogido la delantera, pues allí estaba ya. La vi entre la arboleda, corriendo gozosa, y fuí en su seguimiento; se me perdía en el ameno laberinto, pasando de la verde claridad a la verde sombra, y no encontraba yo la callejuela que me había de llevar a su lado. Llamé, y sus risas me respondieron detrás de los altos grupos de lilas. Se escondía, quería marearme. Corrí por el curvo caminillo que tenía delante y luego sonaron las risas detrás de mí. Una voz que no era la de Eufrasia dijo:

—Por aquí, don José.

Creí escuchar a Rafaela Milagro, y ello me dió mala espina, porque era un testigo sumamente importuno. Después reconocí el acento de la doncella de mi amiga. Esta fué, por fin, la ingeniosa Ariadna, que con el hilo de sus voces me fué guiando hasta que pude verme en su presencia y rendirle mis cariñosos homenajes. ¡Qué hermosa estaba, encendido el rostro por la agitación de sus carreritas y el contento de la libertad! En su peinado advertí alguna incorrec-

ción, sin duda producida por las mismas causas. Vestía con sencillez deliciosa. Nunca la vi más interesante.

Del ramo de flores recién cogido entresacó la morisca el más bonito capullo de rosa para ponérmelo en el ojal, y luego me dijo:

—¿Verdad que es bonito este vergel? Aquí me pasaría yo todo el día si pudiera.

Satisfecha de mi admiración, que por igual a ella y a la Naturaleza tributaba yo, quiso enseñarme toda la finca, el Sitio Real de juguete. A cada instante se detenía para señalarme los grupos de rosas que con insolente fragancia y risotadas de colores nos daban el «quién vive». Por otro lado, me mostraba los cuajarones de lilas inclinando con su peso las ramas de que pendían, como millares de hijos colgados de los pechos de sus madres; luego vi el árbol del amor, con su infinita carga de flores entre las hojuelas incipientes, símbolo de la precocidad juvenil y de la desnuda belleza pagana; vi el árbol del paraíso, de lánguidas ramas que huelen a incienso hebraico, y la acacia de mil flores olorosas... En los cuadros rastreros, los lirios de morada túnica eran los heraldos de las no lejanas fiestas del Señor, Ascensión, Corpus, y las blancas azucenas anunciaban la proximidad del simpático San Antonio.

Mil tonterías dijimos en alabanza de tan bello espectáculo. No sé si el encanto de éste era cualidad intrínseca del risueño jardín, o estado mío de alborozo. Ambas cosas serían. Después de divagar solos por aquella ondulada amenidad, llevóme la dama a un templete erigido entre verdosos estanquillos. Era de piedra y mármoles, semejante a los que hay en Aranjuez, pero de juguete, abierto por tres costados de su cuadrangular arquitectura y decorado con bichas y quimeras al fresco, un poco deslucidas por la humedad, todo en el estilo neoimperial de Fernando VII. Allí nos sentamos. Eufrasia dejó la carga de flores que traía, señalando un grupo muy grande para sí, un ramo para mí, y apartando después otro montón de lilas y rosas, acerca del cual me dijo:

—Ya sabrá usted luego para quién es esto.

Entablé sin esfuerzo ni premeditación un coloquio dulce y cariñoso, que fácilmente afluía de mí sin más estímulo que la fragancia del ambiente y el aspecto de tanta flor sobre la verde arboleda. Hablé a la moruna del religioso fervor con que yo practico el culto de su amistad, haciendo de ésta la clave de mi vida; entoné otras estrofas y en variados metros de amor canté mis quejas por el desdén que me mostraba y le rendí toda mi voluntad. Cuando callábamos oíamos el zumbar de insectos y el vuelo de moscas o moscones que en el templete requerían la sombra. Por fin, en premio de mis líricos arrebatos permitióme Eufrasia besar su mano; y ya tenía yo en la boca y en el pensamiento intención y palabras para empezar a desmandarme, c u a n d o sentimos pasos que, por lo fuertes, parecían de hombre. Levantóse mi amiga, dejándome todo lo suspenso que puede estar un enamorado, y, saliendo de los huecos del templete, dijo:

—Teresona, aquí estamos.

Salí yo también, a punto que una voz hombruna decía:

—Yo pensé que estaba la señora cogiendo flores.

En la gigantesca mujer que se acercaba reconocí, más por los andares y por la facha de osa polar que por la voz, a la estantigua que en el baile de Villahermosa se apareció tocando a retirada. Ya me había dicho Eufrasia que la mascarita compañera era su doncella Rufina. El acento vizcaíno de Teresona la hizo revivir en mi mente con el dominó negro guarnecido de picos verdes. Por segunda vez venía el odioso espantajo a cortar bruscamente mi recreo, mejor será decir mi felicidad. Y lo peor fué que no pareció Eufrasia disgustada de verla y que antes bien acogía su presencia como se acoge a quien nos preserva de un peligro. En calidad de cancerbero teníala allí la dama, y sin duda le había encargado que ladrase con sus tres bocas en cuanto notara el menor riesgo de fragilidad.

—Venga, venga la señora—dijo Teresona—y verá la pollada que me sacó ayer la moñuda.

Y Eufrasia (confúndanla Venus y Cupido), para contrariarme más y darme el quiebro, alegróse o fingió alegrarse del recreo que la criada le propuso, porque al punto echó tras ella, llevándome a un corral próximo a la casa del guar-

da o conserje. Malditas ganas sentía yo de ver pollitos; pero no tuve más remedio que acompañar a la dama y hacerle el dúo en la admiración de la gallina conduciendo y educando a sus graciosos hijuelos.

Volvimos luego a pasear; mas por sitios escogidos, sin duda, con astuta precaución, para que encontrásemos a cada paso, bien a la vizcainota, bien a su marido o a la doncella, que charloteaba con un jardinero jovencito. Bien, señor... Adelante...

—Sé apreciar, amigo mío, la lealtad de su afecto—me dijo Eufrasia, respondiendo a las protestas apasionadas que de nuevo le hice—, y no le faltarán a usted ocasiones de conocer lo que vale su amiga.

—Esas ocasiones vengan pronto; pero no se me ordene lo que no puedo cumplir.

—¿Cómo que no? Hará usted todo lo que yo le mande, todo absolutamente, sin vacilar.

—Y por esa obediencia mía tan penosa, ¿tendré la recompensa que más anhelo?

—Déjese de recompensas y de bobadas. Esta usted loco con la idea de que le quieren vender o comprar, y ahora quiere comprarme a mí. Yo no me vendo ni por su obediencia, que es valor muy grande, ni por nada... Al aconsejarle yo que tome a Ignacia, lo hago porque sé cuánto le conviene ese cáliz, Pepito. Es un elixir bien probado el matrimonio: con él tendrá usted la posición que merece y la libertad que no puede esperar de esa vida falsa entre tantas esclavitudes, deudas, compromisos, el quiero y no puedo, que es el más grande suplicio de los tiempos que corren. Dése usted por convencido, y no hablemos más del asunto.

—Ni amo ni puedo amar a María Ignacia.

Eufrasia no me contestó, y mascando un palito de rosa miraba al suelo.

—Vamos, no sea usted tonto, ni haga uso de un argumento en que no cree... No, no cree usted que eso del amor sea una razón... Fíjese usted en su situación social, y haga caso de lo que le aconsejamos las que conocemos el mundo, la vida: su hermana Catalina, que tiene la inspiración del Cielo; yo, que tengo la inspiración de mi experiencia..., quiero decir, que mis desdichas me han enseñado la inmensa mentira del amor.

—Cierto—dije yo—que debo tener muy en cuenta su opinión...

—Y la de otras. Consulte usted el caso con otras amigas... ¿Por ventura la de Torrefirme no le aconseja lo mismo?

—No, señora: me aconsejó lo contrario... Hoy no puede aconsejarme nada, porque hemos roto...

—Ya lo supe... Esa mujer no le amaba a usted, Pepe. Por no amarle ni pizca, le aconsejó tan disparatadamente. Quería su perdición, su ruina, su muerte en la sociedad y en la familia, que es lo que yo no quiero, no, Pepe, no lo quiero... Y como no deseo nada malo para usted, le aconsejo y le mando que se case... Su obediencia es una virtud que será pagada con mi amistad.

—Y ¿cómo será esa amistad?

—Muy cariñosa: una amistad... tutelar—declaró después de pensarlo un ratito.

—Y ¿qué más?

—Una amistad entrañable...

—Y ¿qué más?

—Eterna—dijo, volviéndome la espalda para que no la viese llevarse la mano a los ojos.

—¿Eterna dice...?

—Sí, sí... Ponga usted todos los adjetivos que quiera, Pepe; siempre serán pocos... Y no hablemos más de eso, Pepe, por Dios, no hablemos más.

XXVII

En efecto, no hablamos más del asunto; pero con sus ojos más negros que el alma de los condenados, con la lividez que los circundaba y con el timbre opaco de su voz, picando en cosas comunes, me cantaba el poema más halagüeño para mi vanidad. Bien segura en su conciencia exterior por el amparo que le daba la guardia de sus cancerberos, y cuidando de que no la perdiesen de vista, no temía ya manifestarme su apasionada ternura por medios y signos que yo solo había de entender. Era mía; pero no sé qué voces del corazón me susurraban que mi victoria quedaría por algún tiempo circunscrita al terreno de los principios, como la entrega de una plaza psicológica.

—Volvamos al templete—me dijo con cierto donaire, en que vi algo de travesura—. Se me ha olvidado una cosa.

Y adelantándose, antes de que yo llegara la vi salir con el gran manojo de flores que apartado había sin decirme para quién era. Mandó a la Teresona que armase un lucido ramo. Paseamos de nuevo, y a mis preguntas contestó así, maravillándose de mi torpeza:

—¡Ingrato!... ¡No adivinar para quién son estas flores!...

Un rayo iluminó mi mente.

—Ya..., de veras he sido torpe... El ramo es para la pobre Antoñita...

—Que está bien cerca.

—Hermosa idea, y más hermosa si vamos los dos a llevárselo.

—Pepe—me dijo, poniendo otra vez en la mirada toda su ternura—, permítame que le eche en cara su torpeza, su... ¿cómo decírselo? No ha sido usted muy delicado. La persona en quien menos debe usted pensar para que le acompañe al llevar esas flores soy yo.

—Pero de usted ha sido la idea de adornar con ellas el nicho.

—Mía fué la idea, creyendo que era idea suya..., ¿me entiende?

—Sí... En todo tiene usted razón. Debo ir solo. Pero no ahora. Es un poquito lejos, y no me esperará usted hasta que vuelva.

—Le prometo que sí le esperaré, si no se entretiene mucho. Es cerca. Coge usted el paseo de las Acacias...

—Lo cojo... sí..., pero si con cogerlo bastara... Después de cogido tengo que andarlo todo.

—¿Y qué? Luego pasará el puente de San Isidro...

—Si tuviera usted aquí su coche...

—Vendrá a buscarme luego... Pero en mi coche no debe usted ir, criatura.

—Es verdad... Bueno, amiga del alma. Voy, y cuando vuelva encontraré aquí a su esposo, que viene a buscarla.

—No vendrá, tontín; yo le aseguro que no vendrá.

Díjome que su marido y ella andaban algo torcidos por cuestiones caseras de poca monta... No era nada: genialidades de uno y otro. Y como yo le manifestase grande anhelo de conocer la causa de aquellos moños, me dijo:

—Si usted es tan bueno y tan agradecido y tan caballero que le lleva las flores a la pobre Antoñita, y las pone con muchísimo respeto y cariño sobre su sepulcro, tenga por seguro que aquí le espero y que le contaré..., vamos, eso, la gacetilla doméstica que desea conocer... Para usted no debo tener secretos.

Francamente, esto de no tener secretos para mí me entusiasmó, la verdad, me colmó de orgullo. Instándola a que reiterase su promesa, y cambiadas las generales fórmulas de contrato, salí con mi hermoso ramillete, deseando que en pujantes alas se me convirtiera. Tuve la suerte de encontrar coche de alquiler apenas andado un tercio del paseo de las Acacias, y a los quince minutos ya daba yo fondo en el cementerio. Interném de patio en patio; algunas personas enlutadas andaban tristes y lentas por allí, cumplidas o por cumplir obligaciones semejantes a las que yo llevaba; otras se entretenían en leer dolorídos o rimbombantes epitafios y en mirar las coronas ya mustias del último noviembre.

Llegué adonde iba; un guarda, cuyo auxilio reclamé y tuve mediante propina, me trajo dos búcaros que para el adorno de los nichos allí se facilitan; dividimos el ramo en dos, y puestos en su lugar, no tan alto que necesitáramos escalera, quedó muy bonito, descollando por su lucimiento en la descarnada tristeza del campo santo. La imagen de la muerta, que ya navegaba con veloz carrera por el piélago de un inmenso olvido, y casi traspasaba sus horizontes, revivió en mi mente: la vi como si con los carnales ojos la viese. ¡La pobrecita gustaba tanto de las flores! El cierre del nicho, sin letrero aún, no tenía más que un número, tres guarismos que no decían nada; para mí eran un triste nombre y un sentimiento no apagado todavía, pero ya muy débil y casi expirante, como las luces que absorben con ansia de vivir su último aceite. ¡Infeliz Antonia! ¡Tan joven y ya reducida a un signo de cantidad pintorreado sobre un tabiquillo de yeso!... Mirando la cifra, pensé en la discordia conyugal de Eufrasia, y en volver pronto al casino para que mi amiga me la refiriese.... Pensé también que Antonia, si su espíritu no estaba lejos de aquel depósito de su descompuesta humanidad, se alegraría de ver las flores y al *gitano* que se las ponía.

El guarda o sepulturero miraba mi obra con un guiño de ojos enteramente escéptico y casi, casi burlón.

—Cuidará usted de que los ramos no se caigan—le dije—. ¿Cree usted que durarán mucho?

Y él, guiñando el ojo, no para el nicho, sino para mí:

—Como durar, no sé... Piense que son flores... Pero yo estaré al cuidado para que no las roben; que aquí..., ya sabe..., anochecen los ramitos en un nicho y amanecen en otro... Vienen algunos llorando, y el que no trae flores las toma de donde las hay... Pero yo estaré con mucho ojo... Si alguien las quitara, yo las volveré a poner en su sitio. A cada uno lo suyo... Váyase tranquilo.

Me retiré, y al atravesar el patio volvíme más de una vez a mirar si alguna enlutada de las que por allí discurrían me quitaba las flores, mejor dicho, se las quitaba a mi nicho, o sea el nicho de Antonia, para ponerlas en cualquier enterramiento de muertos extraños... Pero cuando pasé al otro patio, mis reflexiones encaminároнse por vía más generosa y alta y pensé así: «Dejemos el egoísmo a las puertas de esta morada de la igualdad..., y las flores, como toda ofrenda..., sean para todos.»

En quince minutos, arreando de firme, me llevó el coche al casino; aún era día claro cuando me vi de nuevo en presencia de Eufrasia, y, dándole cuenta de mi comisión, oí de su boca plácemes sinceros por mi obediencia. Y yo:

—Por mi parte, cumplido está nuestro contrato; cumpla usted ahora; refiérame...

Y ella, riendo:

—Pero ¿de veras le prometí...?

—Prometió usted, con una fórmula agravante...

—¿Cuál, pobre niño?...

—La declaración de que no debe tener secretos conmigo...

—¿Eso dije? ¿Está usted seguro?...

—¡Eufrasia!

—Bueno, señor don Pepe, mi amigo, mi protegido y mi criatura inocente: le contaré la gacetilla... Vámonos por aquí y demos la vuelta chica del jardín, por las lilas... Ha de saber usted que mi marido, desde que mataron bárbaramente las turbas al pobre Fulgosio, está con la bilis tan revuelta y con el genio tan amargado que no se le puede sufrir... Naturalmente, Fulgosio era un amigo muy querido; juntos sirvieron en la facción, el pobre don José como general, Saturno como intendente... Pues está el hombre poseído de un furor tan grande contra las *masas*, y contra el progresismo y contra Bullwer, que a ratos parece que pierde la razón... Su oído más vivo es contra el socialismo, secta que dice ha salido del infierno, o es el infierno mismo traído a la faz del mundo, y no hay, según él, penas ni castigos bastante fuertes para los que propagan tal doctrina. Yo, por no encalabrinarle más, le digo a todo que sí; por este lado no viene la discordia. Pero hay otra cuestión, no política, sino particular, planteada entre nosotros antes del siete de mayo, en la cual no estamos conformes... Por mucho que usted cavile, Pepito, no encontrará la solución del acertijo. Oigala: Lorenzo Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, que es amigo de Saturno y le debe favores, le habló, allá por abril, de la concesión de un título de Castilla. A nuestro amigo el señor Clonard le pareció de perlas esta idea, porque, lo que dice, la mejor recompensa para las personas que de otro campo han venido a reconocer a Isabel Segunda es darles acceso hasta lo que llaman *gradas del Trono* por medio de la investidura de nobleza y grandeza de España y qué sé yo qué... El rey don Francisco, a quien hablaron de ello algunos de su tertulia, se mostró muy complacido y dijo que se contara con él... A mi marido se le encendieron de tal modo las pajarillas de la vanidad, que andaba demente con el marquesado, descrismándose para elegir el nombre de finca o lugar que había de ser el apodo heráldico...

...En fin, todos perdidos de la cabeza, menos yo, que me conservo serena y no quiero motes, ni honores, ni nada de eso..., al menos por ahora... Veo que usted se asombra, Pepe; sin duda, no me conoce bien. No soy vanidosa; me gustan las comodidades, la riqueza, que nos hacen alegre y fácil la vida; me gusta poseer los bienes positivos, vengan como vinieren; pero las apariencias chillonas no son de mi devoción... Además yo no quiero lanzarme al mundo con un título rimbombante. Es muy pronto para mí. Parecería una provocación, un trágala... Están muy frescas en la memoria de la gente ciertas cosas que a mí

me pasaron, y... no quiero, no quiero que la malicia me haga la autopsia y empiece a sacar cosillas y a comparar y a decir esto y esto y esto... Ya sé que otras se curarían poco de la murmuración, y, corriendo ellas el velo, creerían que todo estaba bien tapadito. Yo no pienso así; sé que la sociedad es bastante desmemoriada; pero yo no lo soy... En principio, lo que se llama en principio, Pepe, no rechazo el marquesado, y para más adelante no digo que no lo admita y me encasquete la corona y dé a muchas dentera y a otras les refriegue los hocicos con mi escudo; pero ahora no..., es muy pronto. Esperaremos cuatro o cinco años. ¿No cree usted que soy razonable?

Díjele que la tengo por la misma razón y que cada día encuentro en ella nuevos motivos para admirarla y adorarla, amén de tenerla por eminente maestra del vivir. Y ella siguió:

—Pues aquí verá usted el porqué de las desavenencias entre Saturno y yo de algún tiempo acá y del horrible altercado que tuvimos ayer... Díjome cosas que en verdad me lastimaron..., me rasguñó en lo más delicado de mi alma... Luego, por la noche, vino a mí tan manso y tan tiernecito, que me dió asco... Para usted no tengo secretos... Hoy no sabía qué hacerme ni en qué altarito colocarme. Yo me mantuve en mis trece... Es un hombre de una vulgaridad que no se cuenta en un año... Esta tarde le dije que iba al Sacramento, y del Sacramento a las Comendadoras de Santiago, donde hay dos *señoras de piso*, amigas mías, y de allí a las Góngoras; y en vez de andar estas estaciones, me he venido aquí a rezar con mis rosas y mis lilas. Por allá andará buscándome con el señor de Clonard... Luego le diré que he venido a La Latina y a Santa Isabel... Tengo la buena costumbre de variar el itinerario de mis devociones... Así se me hace mi cruz más ligerita...

Encantado la oí, y mi vanidad ante aquel espiritual divorcio se infló hasta no caber dentro de mí. Entre las diversas expresiones enfáticas que le dije, lo más presente en mi memoria es que me tengo por el más feliz de los mortales, admirando el pórtico de la felicidad.

—Es usted un niño—me contestó ella con adorable acento al despedirme—. Por más que presuma de hombre hecho, no es más que una criatura, criatura muy esbelta y llena de atractivos, pero que todavía necesita crecer un poquito y reforzarse del entendimiento y endurecer las ideas...

Indicóme, al fin, que partiese antes de que llegara su coche, que ya estaba al caer, y me empujó hacia la puerta con un desenfado gracioso...

—De aquello no se habla ya—me dijo—. Obedecerá el niño a todo lo que se le mande. Adiós... En casa de Serafín nos veremos... Adiós, adiós.

Salí, mas no me alejé de la calle de Embajadores, hasta que la vi pasar. Ya sabía la muy pícara que yo rondaba. ¿Cómo no presumirlo? Y al pasar, ya oscurecido, vi su rostro en la portezuela y una mano que hacía el gesto de azotar... Y sus ojos negros también los vi, o me los figuré rivales de la noche y de toda la oscuridad del mundo.

XXVIII

Sigo con mi historia de estos días, y de los hechos gratos paso a los menos placenteros, de las flores a los abrojos y de lo perfumado a lo pestilente. ¿Qué cosa existe más fea y desagradable para nuestros sentidos, tacto, vista, olfato, que el vernos privados de los precisos dineros para las atenciones de la vida, ora sean éstas de las elementales, ora de las artificiosas y superfluas que crea y fomenta nuestra estúpida vanidad? Y no era lo peor que yo careciese de aquella materia vivificante, sino que me apretasen los usureros para el pago de lo que les debía, estrechándome con tal vigor de cerco militar que se creería que el Cielo los desataba en mi persecución, como aquellos vándalos que del Norte vinieron sobre estos infelices pueblos mediterráneos. Mi insolvencia, más marcada cada día, les irritaba, trocándoles en fieras. Contra su persecución no me valían ya ni escondites, ni esquinazos, ni artes escurridizas de ningún género. Y para colmo de infortunio, mi amigo Aransis, de quien yo ampararme solía en estas guerras contra la cobranza, se hallaba en situación más angustiosa, requerido y deshonrado ante tribunales, sin apoyo material de su noble familia. De la mía, ¿qué podía yo es-

perar? Nada más que anatemas y malas caras. Mis hermanos no podían o no querían hacer nada por mí. Sofía llegó a proponerme que huyera, que me embarcara y no volviese a parecer más por la Corte. Ya no había manera de enmendar tantos yerros míos ni de poner puertas al campo de mi disipación. Ya serían inútiles todas las precauciones y disimulos para mantener en mi madre la ignorancia de estos graves desórdenes. Si no lo sabía ya, sabríalo mañana o la semana próxima. Esta era para mí la más penosa de las aprensiones y el terror que mayormente me turbaba. Y no podía dudar que algún indiscreto, o algún avieso amigo, le llevarían el cuento. Cuantos afanes y desazones pudiera traerme mi endiablada situación parecíanme tolerables y llevaderos ante el conflicto inmenso de que mi buena madre despertara del engañoso ensueño en que vivía. La muerte sería su despertar...

Pasaron días en ansiedad terrible y en continuo bochorno. Yo no visitaba a nadie, no me presentaba de noche en ninguna casa conocida. Esperé salir de las apreturas con nuevos dogales; mas, aunque volaba por Madrid en busca de un confiado judío que me atendiese, no pude encontrarle, y llegué a creer que a todos los logreros crédulos y candorosos se los había tragado la tierra. Y mientras esto ocurría, todo el mundo me abandonaba; nadie iba en mi busca; huían de mí los amigos; las amigas no me solicitaban. Sólo de Virginia y Valeria recibí por Ramón Navarrete un recado afectuoso que me endulzó un poquito el alma sin aliviarme de mi desazón. Segismunda iba de cuando en cuando a mi casa, y como si yo fuese San Esteban, que había de lograr la palma del martirio con pedradas en el cráneo y el machacar de sesos, me decía:

—Así estás porque quieres, gran mentecato. Pronuncia una palabra..., muy chiquita por cierto, la palabra más chica, sólo compuesta de dos letras, y tendrás todo el dinero que necesites.

Pero no me convencía, y viendo cómo se enroscaban ante mí las serpientes de sus cabellos y cómo sonaban con metálico timbre las voces que salían de su cuadrada boca de máscara griega, érame a cada instante más odiosa, y sus consejos me sonaban a horrible sugestión de los demonios.

Pero de pronto, hallándome en el culminante punto de mi desesperación, llegó a mí un consejo, un reclamo dulcísimo, una voz que me sacudió y volvió del revés..., no puedo expresarlo de otro modo. Un rayo no me partiera como me partió y anonadó un billetito de Eufrasia, escrito en los términos más propios para destruirme y hacer de mis restos un hombre nuevo... El billete, muy breve, trazado con trémula mano, no decía más que esto: «Niño mío, pobre náufrago, ¿te ahogas y aún dudas?» ¡Me tuteaba! El cariño encerrado en esta corta frase hizo explosión en mí..., pudo más que mi conciencia y que todo lo del mundo... ¡Me tuteaba! Teníame por suyo... Salté de la silla, y empecé a dar vueltas por la habitación, gritando: «No dudo, ya no dudo...» Besé la carta y me sometí como un pájaro atontado a la fascinación de los negros ojos que en los trazos azules de la escritura me miraban... Movido de una valiente resolución, salí a la puerta de mi cuarto, llamé a la criada para decirle que avisase a mi hermano, a quien yo tenía que comunicar algo muy urgente. Pero Agustín acababa de salir, y su mujer no había entrado aún... Sentíme muy solo y desconsoladísimo de no poder comunicar a la familia mis trascendentales pensamientos.

Volví a encerrarme, y caí en profundas meditaciones. Me sentí filósofo, me sentí *pensador*, como ahora se dice, y me dió por descender con mirada sutil hacia el fondo de las cosas. Y lo primero que en la profundidad vi fué la pingüe fortuna de don Feliciano de Emparán, que por una combinación social de las más sencillas vendría pronto a mis manos pecadoras, y si no venía para el libre dominio, vendría para el prudente usufructo en una medida proporcionada a mis necesidades, apetitos y larguezas. Según datos que han llegado a mí sin que yo los busque, el ilustre señor disfruta un caudal diez veces, quizá veinte veces mayor que lo heredado de sus padres, y éstos fueron ricos. Se cuenta que Emparán *retuvo*, el cómo no lo sé, una gran parte de los valores públicos que poseían las monjas, y que anduvieron de mano en mano en la catástrofe de la desamortización. Con estos papeles, don Feliciano, y otros cuyos nombres suenan mucho, realizaron un negocio facilísimo, de esos que no exigen rudo trabajo ni quemazón

de cejas.... Bienes de frailes compró Emparán por mano ajena, y bienes de aristócratas, que en la continua liquidación del acervo histórico pasan, por pacto o retro o venta al contado rabioso, de las manos que llevaron guantelete a las desnudas y puercas manos de la usura. Del amigo Emparán son las tierras del condado de Tarfe, que ocupan casi media provincia; las dehesas de Somolinos y de Doña Sancha, en las faldas de la sierra de Gredos, y la vega de Santillán, bañada por el Tajo de arenas de oro.

Añádanse a esto las tierras patrimoniales en Azpeitia y otras adquiridas en el valle del Oria, en Durango, en Oñate, y se formará la cabal cuenta ...¡No, no, qué tonto yo! Falta una brillante partida. ¡Diecisiete casas en Madrid! De éstas, cuatro son de corredor, para gente pobre, y como toda industria que explota la indigencia, producen renta lucida. Entre las demás, las hay antiguas sin reforma, antiguas pintorreadas que no logran rejuvenecerse, como los viejos que se tiñen, y modernas de nueva planta, bien repartidas en cuartos bonitos para empleados y pensionistas. ¡Y de todo esto voy yo a participar! Llueven sobre mí estos bienes sin que yo haya hecho nada para merecerlos... Me tranquilizo recordando la idea que en la tarde del casino, y antes de aquella dichosa tarde, expresó Eufrasia con la serenidad y aplomo que hacen de ella un oráculo infalible. Hela aquí: «Vivamos con todo el bienestar posible; rodeémonos de comodidades, vengan de donde vinieren; evitemos la penuria, las deudas; tengamos todo lo preciso para evitar afanes; y en el seno de la opulencia bien ordenada seamos modestos, caritativos, religiosos y todo lo buenos que hay que ser...»

El examen de la gran riqueza que yo había de disfrutar me llevó al intento de inquirir las razones de que fuese yo el elegido para Coburgo de la poderosa dinastía de Emparán. Habiendo tantos jóvenes de excelentes condiciones para cargar con María Ignacia, ¿por qué se pensó en mí y en ello se puso tan tenaz empeño; en mí, que por mis ideas desentono bastante de la noble familia; en mí, pobre, de muy dudosa moralidad, paseante en corte, sin carrera ni oficio, ni más patrimonio que mi figura, mis modales finos, mi labia, mi saber ameno, hoy más social que científico? Este es un misterio que yo quería desentrañar, y por Dios que lo he desentrañado, como verá el lector futuro, si tiene la paciencia de seguirme en estas meditaciones.

Mi hermana Catalina..., lo diré con todo el respeto del mundo... Mi hermana Catalina es el demonio... No quiere decir esto que sea mala, ni que en su privada conducta y en sus relaciones con la sociedad emplee infernales artes, ni que haya hecho pacto con el *Tartáreo Querub*, como suelen llamar los poetas a Lucifer; ni que lleve consigo peste de azufre, ni nada de eso... *Demonio* quiere decir el arte sumo de la astucia, de la trastienda y de la diplomacia para lograr lo que nos proponemos; significa el empleo habilísimo de medios espirituales para nuestros materiales fines. Es indudable la comunicación, el visiteo y confraternidad de los Emparanes, señor y señoras mayores, con sor Catalina de los Desposorios y con otras monjas de La Latina que no conozco, y que son, sin duda, mujeres de grandísimo talento para establecer y afianzar el dominio de unas almas sobre otras, para someter, en suma, las voluntades seglares a las voluntades religiosas. Y aquí debe existir un factor desconocido, una fuerza poderosa, que entre las monjas y los Emparanes actúa como eficacísimo instrumento de captación para que aquéllas cojan a éstos y los tengan en la garra y se los coman vivos cuando les venga en deseo.

Ahondando, ahondando, llego a ver en la idea de mi boda un caso inicial de conciencia. Ha llegado a persuadirse don Feliciano de que una gran parte de sus bienes no son adquiridos cristianamente; cierto que no le trajo a tal convencimiento la simple acción mujeril, y que en ello hay de fijo obra de varón docto y que sabe su oficio. Pero si el doctor varón y las monjitas están en espiritual connivencia, como Dios manda, resulta que, por la ley de predominio feminista, las franciscanas de la Concepción son las amas y las que llevan y traen a mi futuro suegro y a las señoras mayores cogido y cogidas por una oreja. Veo también muy claro que mi bendita hermana, unida en apretada piña con sus compañeras, obtuvieron del opulento Emparán dones valiosos para su casa y Orden, y entre las concesiones a que se ha visto obligado don Feliciano no ha sido la más floja la mano de la niña para persona

por la comunidad designada. Sin duda Catalina se ha hecho lenguas de mí, marcando y enalteciendo mis cualidades y haciendo ver quizá que el Cielo mismo me designa para perpetuar, en mi coyunda con María Ignacia, la noble raza y nombre de los Emparanes, de Azpeitia. Fascinados éstos, míranme como el mejor modelo de caballeros y de maridos en lo espiritual, y en lo físico, como el excelso tipo caballar para el cruzamiento y mejora de una casta que en su vástago último aparece un poco y un mucho degenerada... Esto he pensado, este lógico aparato he construído para penetrar en la sima profunda donde está la verdad, y creo haber dado con ella. ¿Lo que he sacado de la hondura es la verdad, y verdad respiran las páginas que acabo de escribir?... Tú me lo dirás, ¡oh tiempo!, eterno hijo y padre de ti mismo, que en lo que nos enseñas eres siempre el revelador infalible.

XXIX

Entró mi hermano de la calle, y al punto que sentí sus pasos, le llamé y le dije:

—Agustín, cuando quieras puedes visitar a los señores de Emparán y pedirles para mí la mano de su hija María Ignacia.

Mi determinación, claramente revelada por la firmeza con que la expresé colmó de júbilo a mi hermano, que, aturdido, me dijo:

—¡Ay, qué sorpresa tan g r a t a me das!... Si te parece, voy ahora mismo. El llanto, sobre el difunto, Pepe... ¡No vayas a arrepentirte!... Sí, sí, voy... Me pongo la levita nueva, el sombrero nuevo... Todo lo nuevo...

Entraba en aquel momento Sofía, que de labios de su feliz consorte oyó la noticia en el oscuro pasillo, y vino a mí con los brazos en cruz, y antes que yo pudiera zafarme me cogió y estrujó contra el colchón de su exuberante pecho... Sentí en mi cuello y rostro la fofa blandura, el crujir de ballenas, y alguna de éstas me hizo daño.

—¡Ay, mírame: se me saltan las lágrimas, Pepillo! ¡Qué bueno eres! No podías menos de rendirte a la razón, al justo medio de las cosas y al sentido práctico... Dispensa, h i j o, que no te acompañe. Ahora mismo me vuelvo a la calle para llevar la noticia a los de la familia, a todos los amigos, todos, todos. Quiero que lo sepan, y que rabien... Alguno rabiará... Ya andan diciendo que tal y qué sé yo... ¿Pero no sabes una cosa? Ahora te lo digo a boca llena, porque si no te lo digo reviento. Extendida está ya la Real cédula del título de Castilla que se concederá al señor de Emparán. Será regalo de boda del Gobierno a esa familia ilustre, firmísima columna del Trono y del Altar... Conque ya lo sabes: *marqués de Beramendi* y de no sé qué otra cosa muy sonada... Pues hasta luego: no quiero que nadie se me anticipe... Ese pelmazo de Agustín, que va a pedir la mano, no ha concluído de arreglarse... Voy a peinarle un poco las melenas y a ponerle la levita bien ajustadita, para que no le haga pliegues en la espalda... ¡Ah!, se me olvidaba lo mejor, chiquillo. El título no se le concede a don Feliciano, sino a María Ignacia... Mira si la cosa es delicada... Adiós, marquesito de Beramendi.

Se fué, se fueron marido y mujer a espaciar en la calle su loco júbilo; quedéme solo, y las meditaciones tornaron a posesionarse de mi cerebro, presentándome las diversas fases del inmenso problema de mis nupcias. Volví a preguntarme qué había hecho yo para merecer participación tan lucida en aquella colosal riqueza. ¿Qué organismo social es éste, fundado en la desigualdad y en la injusticia, que ciegamente reparte de tan absurdo modo los bienes de la tierra? Retumba en mi mente, al pensar en esto, el fragor de las tempestades que pavorosas estallan en toda Europa. Mis conocimientos de las teorías o utopías socialistas reviven en mí, y reconozco y declaro la usurpación que efectúo casándome con Mariquita Ignacia. Yo, señorito holgazán, inútil para todo; yo, que no sé trabajar ni aporto la menor cantidad de bienes a la familia humana, ¿con qué derecho me apropio esa inmensa fortuna? Mas ahora entiendo que es también muy dudoso el derecho de mi señor don Feliciano a poseer lo que posee. Por nacimiento se le dió lo que fué producto del trabajo de otra generación, y p o r combinaciones mercantiles, con algo de políticas, ha venido a sus manos lo que debe pertenecer a las clases indigentes,

que dejarían de serlo si recibieran lo que les corresponde, en buena ley de naturaleza... Recapacitando en ello, me siento *San-Simoniano*, y afirmo que el mundo es del pueblo, de todos, y que el derecho a los goces no es exclusivo de una clase privilegiada. La riqueza pertenece a los trabajadores, que la crean, la sostienen y aquilatan, y, todo el que en sus manos ávidas la retenga, al amparo de un Estado despótico, detenta la propiedad, por no decir que la roba.

Comprendo el terror que causan estas ideas en la sociedad en que vivo. Yo, que antes no me cuidaba del socialismo y sólo me servía de él para producir algún frívolo chiste en las conversaciones mundanas, ahora tiemblo ante el problema, monstruo cejijunto, de grosera voz y manos rapaces. Me pone carne de gallina la idea de que una súbita y despiadada revolución venga a despojarme de todo esto que será mío, que ya casi en principio lo es. A más de poseer bienes raíces y valores públicos, tendré coches, caballos de silla (no me contento con menos de tres), casas de campo, cotos para mis cacerías... Tendré para otros recreos mil y mil superfluidades, de las cuales seré despojado por el pueblo, por lo que Sofía, con supremo desdén, llama *las masas*. Pero bien podré yo, sigo discurriendo, prevenirme contra el desastre por medio de un feliz arbitrio que mi riqueza me permitirá realizar.

El recuerdo de mis lecturas de Fourier y Considérant me sugiere la idea de hacer un ensayo de la grande y nueva asociación humana dividida en los elementales estamentos: capital, trabajo, inteligencia. Y sobre esta sólida base estableceré un falansterio modelo, construído para la existencia cómoda de los *trabajadores* que en él han de habitar por grupos o *falanges*, conforme a las aptitudes y gustos de cada uno. Por este medio me adelanto a la revolución, la inutilizo, le corto las uñas, y... ¡Qué tonterías digo! ¡Bonito es el genio de don Feliciano y bonita corte de *fourieristas* el de las señoras mayores para permitirme tales extravagancias! Y aunque me dejaran, ¿pensaría yo en ello después de cabalgar tan a gusto en el machito del privilegio? ¡Qué delirios se me ocurren! De veras estoy loco. La revolución vendrá... La tormenta que venga por Europa, de pueblo en pueblo, descargando aquí centellas, allá granizo, en una parte y otra eléctrico flúido que todo lo trastorna, ha de ser, andando el tiempo, furioso torbellino que arrase el vano edificio de nuestra propiedad, sin que contra él nos valgan falanges ni falansterios... ¿Tardará meses, años, lustros; tardará siglos?... Que a mí no me coja es lo que deseo, y que cuando estalle, ya estén leídas y dadas al olvido mis deslavazadas *Confesiones*. ¡Y con qué incongruencias nos sorprende nuestro juguetón Destino! ¡Yo, que quizá habría sido revolucionario, y que sentí en mi alma vagos estímulos de rebeldía y protesta, ahora me coloco entre las víctimas de la revolución, y ya no seré pueblo justiciero, sino aristocracia ajusticiada, como enemigo del pobre y ladrón de propiedad! ¡Yo, que había mirado con tan tiernos ojos al dulce clérigo Lamennais, viendo en él al apóstol del proletariado en nombre de Cristo, primer pobre; yo, que como él llamaba *esclavitud moderna* al viejo pauperismo, y pedía la redención de los menesterosos, víctimas de un corto número de opresores y verdugos, ahora me paso con armas y bagajes a esta minoría cruel y egoísta, y sentado en la mesa de Epulón, arrojaré los huesos y piltrafas a la humanidad desheredada por inicuas leyes!...

De idea en idea, he venido a parar en que mi nueva familia querrá rehacer mi personalidad en los viejos hábitos de sus devociones y de su santurronería, así como en el continuo trato con clérigos y monjas. Eso no: ya me defenderé hábilmente, y en último caso, mi externa flexibilidad me permitirá compaginar las ideas con las obligaciones, que si París valió una misa rezada, esta conquista mía vale misa cantada con tres curas. Venga lo que viniere, ya no me arredro... Me asalta el recuerdo de las teorías de Owen, que hoy, con las de Fourier y las de Saint-Simon, levantan en el mundo amenazadoras borrascas. Rechazo con Owen todas las religiones, y establezco como fundamento moral de la sociedad la Benevolencia. Mi riqueza me hace benévolo. Imitando al filósofo inglés, erigiré una gran fábrica o manufactura a estilo de la New Lanark, y entre mis felices y bien alimentados obreros practicaré todas las virtudes evangélicas... Seré apóstol, seré el Verbo de la Benevolencia universal, y daré un ejemplo a mis contemporáneos y a las generaciones fu-

turas para que sin dogma religioso aguarden tranquilas las revoluciones que se avecinan, y las deshagan como la sal en el agua... Heme aquí, señores de la Posteridad, en la mayor crisis de mi espíritu. ¡Yo, que tan donosamente me burlé de la llamada Economía Política, negándole títulos y honores de ciencia, ahora ved cómo me vuelvo economista, económico o como queráis llamarme! ¡Fatal evolución, radicales mudanzas del hombre dentro del curso de su propia existencia, tan sólo por las misteriosas transfusiones del oro de bolsillo a bolsillo!

...Pero ¿es verdad que soy yo rico, que lo seré dentro de algún tiempo? Así parece. Pues bien: el mal camino andarlo pronto. Con mi conciencia hecha jirones ante mí, inútil despojo que para nada me sirve ya, pienso que tendré coches, caballos de silla..., tres por lo menos no hay quien me los quite...; montes para mis cacerías de reses mayores, quintas para convidar a mis amigos; palacio en Madrid, algún otro en provincias... Compraré lindas estatuas y hermosas pinturas que sustituyan a los abominables cuadros milagreros y feísimos retratos de pontífices que adornan los salones de mi nueva familia... Y en cuanto a María Ignacia, la llevaré a París para que los más hábiles corseteros del mundo me le arreglen aquel cuerpo imposible, aunque tengan que amputar alguna parte de él y ponérsela postiza; las modistas más hábiles harán para ella seráficos trajes y sombreros olímpicos que la hermoseen, la corrijan, la... ¡Qué delirio! No puedo seguir.

XXX

6 de junio.

Al reanudar hoy el cuento de mi vida, veo que la confesión última, con la cual debo empalmar la presente, es irrespetuosa y depresiva para mi futura compañera. Pero atento a que la sinceridad resplandezca siempre en cuanto escribo, no borraré aquellos conceptos, impresión fiel de lo que entonces pensaba y sentía. Distintas son hoy mis impresiones, y puedo manifestar que en estos días no me ha parecido mi novia tan desgraciada de figura como la describí en otra ocasión. Sea porque le han puesto algún milagroso corsé, sea porque la naturaleza, por influjo de amor, tiende a enmendar sus propias imperfecciones, ello es que viendo ayer a María Ignacia antojóseme regularmente formada, y casi, casi un poquito esbelta; y aún me dan tentaciones de creer que se le va corrigiendo la fealdad de la boca, o que se le reduce a un simple defecto que fácilmente se disimula con la seriedad; no veo yo que sea la risa el mejor adorno del rostro humano, y, antes bien, entiendo que la mujer casada no tiene por qué enseñar los dientes.

Pues la causa de que la última confesión quedase interrumpida fué que entraron como avalancha mis dos cuñadas, y Segismunda se precipitó a mí para abrazarme, diciendo que quedaban olvidadas nuestras querellas y que volvíamos a la cariñosa concordia entre hermanos, como mandan Dios, la sociedad, la familia y no sé quién más. A poco llegó Agustín contándonos el buen acogimiento que habían dado los Emparanes a su mensaje matrimonial. La escena fué conmovedora; el regocijo bailaba en los ojos de don Feliciano y de las señoras maduras. María Ignacia, cuando entendió que yo la pedía, estuvo si se cae o no se cae con el accidente.

—En fin—dijo a su esposa—, para el domingo estamos todos convidados a comer..., todos, y tú también. Segismunda..., la familia en masa... No faltaremos... ¡Y qué casa, qué lujo, qué señorío a la antigua usanza! Vengo encantado...

Como un pavo cuando endereza el moco y se hincha rastreando las alas, salió Agustín hacia su habitación, y en apostura semejante, inflada como un globo, le siguió Sofía, dejándome solo con Segismunda (cosa convenida entre las dos), que al punto me dijo:

—Ya puedes disponer, querido Pepe, de cuanto dinero necesites para quitarte esa roña indecente de tus deudas... Si quieres evitarte la molestia de tratar con esos tíos marrulleros, mándales a casa, y Gregorio se encargará de despacharles, recogiendo todo tu papelorio. De buena has escapado, hijo. Ya ves cómo tenía yo razón cuando te decía que ibas al abismo. Felizmente has hecho caso de mis consejos, y ya estás salvo. Ahora, cuando te entreguemos tus pagarés, nos firmas tú una obligación por la cantidad que resulte y en paz. Ya nos pagarás cuando gustes...

Parecíame bien discurrido el plan, y le di las gracias por su diligencia y el cuidado de mis asuntos. Y ella, sentándose junto a mí en el modesto canapé de Vitoria:

—Pues ahora, ya que eres tú el grande, o lo serás, y nosotros chiquitos, obligado estás a mirar por tus hermanos. Tu posición de millonario y de marqués todo te lo facilita... Oyeme con atención un rato, querido Pepe. Ya ves que vamos subiendo, subiendo, no tanto como subirás tú; pero tampoco nos arrastraremos por la tierra. Agustín es el que no saldrá ya de la condición de empleado, y lo más a que podrá aspirar es a una plaza de director general en Hacienda..., que es lo mismo que nada. Gregorio y yo..., no digamos que somos ricos, pero vamos en camino de serlo, si la Providencia sigue ayudándonos como hasta aquí. La semana pasada hemos comprado un terreno muy grande más allá de la Era del Mico, pagándolo como fanegadas de pan llevar, y dentro de algunos años, si Madrid crece y crece, como dicen que crecerá cuando haya *ferros-carriles*, lo venderemos a tanto el pie... Fuera de esto, es posible que nos quedemos con una finca muy buena en la Vega de Añover... Nos sale por una bicoca, y es tal que, poniéndole riego, será, según dicen, el Potosí del espárrago y la California del melón... Bueno, Pepe; vete un día por casa y verás qué muebles antiguos y modernos tengo allí, y qué espejos con marco de ébano, y qué tapices de Santa Bárbara... Nos hemos quedado con todo ello por un pedazo de pan, como quien dice. Te enseñaré además un magnífico collar de diamantes gordos montados en plata, y un par de esmeraldas espléndidas, procedentes de la casa de Ceriñola... Pues bien: a mí también se me suben los humos a la cabeza, y aspiro, ¿cómo no?, a darme un poco de lustre, no digo que hoy, no digo que mañana, porque es demasiado pronto, sino dentro de un par de años, o de tres... Eso lo dejo a tu buen juicio... No pretendo yo un título de Castilla, que eso me parece mucho para mis cortas ambiciones; pero un titulito de esos que da el Papa, y que cuestan poco dinero, sí que me convendrá, y tú, tú me lo vas a conseguir.

La sorpresa no me dejó expresarle ni conformidad ni reprobación. Debí de estar un rato con los ojos muy abiertos, espantados, porque Segismunda, sin acobardarse, prosiguió así:

—¡No es para tanto asombro, vaya! Pues qué, ¿no somos todos hijos de Dios? Tú, que pronto serás influyente y poderoso, podrás hacer lo que te digo; y no te nos endioses ahora, ni desprecies a los humildes. Cristeta me ha dicho que tú, con ponerle una carta a tu amigo Antonelli, el ministro del Papa, tendrás cuantos títulos se te antoje pedirle, y aun es fácil que el mío te lo dé *libre de gastos*, lo que sería miel sobre hojuelas. La oportunidad de la petición es cosa tuya... Otra cosa: de esto no debe enterarse Gregorio: quiero darle una sorpresa.

No tardé en volver sobre mí, respirando de lleno el ambiente social que tanto había contribuído a la evolución de mi conciencia y de mi carácter, y benévolo y sonriente le dije:

—Sí, sí, querida Segismunda: lo que ambicionas paréceme muy razonable, y cuenta con que si de mí depende la concesión del título, ya puedes empezar a usarlo. Y qué, ¿piensas bautizar tu nobleza con el nombre de esa finca que pronto será vuestra por pacto de retro o por embargo?... Sea por lo que fuere, ¿fundarás en ella tu ejecutoria de nobleza pontificia?

—En ello he pensado—respondió cavilosa—; pero el título de *Condes de Titulcia*, que es el nombre del lugar próximo, no me parece que suena bien... A ti ¿cómo te suena?

—¡Titulcia, Titulcia!... En efecto: como sonido es algo semejante al de la moneda falsa o que tiene hoja... Suena también a título de sainete.

—Eso digo yo... Pues verás: devanándome los sesos, he inventado este otro título: *Condes de la Vera del Tajo*.

—¡Oh! Es admirable, como invención de tu caletre. Segismunda, tú pitarás, tú serás condesa, y por mi parte, espero a que me señales el momento oportuno para escribir a Roma y empezar mis gestiones...

—Ya contaba yo contigo. Nadie como tú ha podido apreciar mis esfuerzos para engrandecer a la familia y labrarnos una vida de comodidades; así lo hace todo el que sabe y puede... Gracias a mí, no es Gregorio un triste empleado y mis hijos unos pobres lambiones... Ya ves qué flaca me estoy quedando de tanto como discurro para marcarle a Gre-

gorio cada día lo que debe hacer... Y estas noches me ha quitado el sueño ese maldito socialismo, de que los periódicos hablan como si fuera el fin del mundo. Dice Gregorio que ese tremendo huracán que anda retumbando por las naciones quedará en agua de cerrajas; pero yo, que pienso; yo, que examino las cosas, veo que ello trae miga, y muy mala intención, Pepe, muy mala intención. ¡Vaya con la tecla de que ahora todo ha de ser para todos, y de que se deben repartir por igual los bienes de la tierra! Ello será justo, pero imposible. ¿No crees tú lo mismo? ¿Quién es el guapo que nos quite lo que hemos ganado con el sudor de nuestra frente para dárselo a tanto vagabundo y a tanto perdido piojoso? ¿Y habrá por esto una revolución muy grande, la sublevación de los pobres contra los ricos, de los muchos contra los pocos? Tú, que lo has estudiado en los libros, me dirás si debo tener mucho miedo, o tranquilizarme pensando que la catástrofe vendrá, sí, pero vendrá cuando los que hoy vivimos estemos ya gozando de Dios.

Díjele que por lo que he sacado de mis estudios y de la observación de la presente, la revolución ha de venir; pero tardará un rato. Entre tanto, debemos vivir lo mejor que podamos, y criar a los hijos, el que los tenga, en la devoción de la buena vida, y enseñarles a que no humillen al pobre y a que le den cariñosamente las sobras de nuestras mesas, para que comiendo se curen de la manía de arrebatarnos lo que poseemos.

—Me parece muy bien—dijo Segismunda—: fomentemos también la religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y tanto obispo y tanto capellán, si no es para que enseñen a los míseros la resignación, y les hagan ver que mientras más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo?

—Justo; y entre tanto, ganemos nosotros la tierra...

—Que es lo más próximo... y lo más seguro.

Poco más hablamos, y se fué, dejándome en poder de Agustín y Sofía, que con el convite en la grandiosa casa de Emparán estaban como chiquillos con zapatos nuevos. Me consultaron si el frac de mi hermano sería bastante de moda para una solemnidad tan extraordinaria, y si Sofía haría mal papel llevando el vestido color de níspero con *frunces* y adorno de galones de seda. Respondíle que mis presuntos suegros y las señoras mayores saben conciliar la opulencia noble con la llaneza, y no reparan en cortes de fraques ni en colorines de vestidos, con lo que quedaron tan satisfechos.

8 de junio.

He vuelto al mundo, he reanudado mis relaciones. En ningún semblante he visto el menor rasgo de irónica burla por mi casamiento. He oído muchos plácemes. Alguien me ha mirado con asombro, alguien con envidia. Sólo en las caras de Virginia y Valeria encuentro una sombra de lástima mezclada de tristeza. No me hablan de mi boda, y aún noto en ellas algo como supremo esfuerzo de discreción tocante a este suceso. No pronuncian palabra alguna que suene a casorio, noviazgo, ni cosa tal. Pero su seriedad me causa pena; creería yo que me estiman menos, o que me miran como una amistad perdida para siempre. Ya no revolotean junto a mí, ya no me marean dulcemente con risueñas chanzas; ya soy para ellas un viejo... Anoche, en sueños, las he visto huir de mí, enlazadas de la mano, sin volver atrás los ojos, dejándome en una especie de dorada sepultura, amortajado en hielo...

Muchos días pasaron sin ver a Eufrasia, y la primera vez que a su lado me encontré, después de la dulce entrevista del casino, no pudo hablarme con confianza por estar presentes el señor de Roa, Cristeta y, a ratos, don Saturno, que entraba y salía estorbándonos toda comunicación. Sólo pudo decirme que está contenta de mí, y que no me aparto de sus pensamientos. ¿Cuándo podré verla? Respondió a esto que al casino no volvería..., y que..., ¡ay!, que acelerase mi boda todo lo que pudiese. Retiréme sin comprender bien la intrincada psicología de aquella mujer, mas con esperanza de entenderla y desentrañarla pronto, algún día... Desde la sala próxima, volviéndome para mirarla, vi que en mí clavaba sus negros ojos, y en ellos se me reveló su soberano talento, su apasionado corazón... y su profunda inmoralidad...

Eran sus ojos el signo de los tiempos.

XXXI

12 de junio.

Ayer empezó el día con un tremendo disgusto. Presentóseme muy de mañana una mujer desgreñada y con aspecto de loca; rodeábala un enjambre de chiquillos de diferente edad, rotos y sucios, mocosos y famélicos. Era la esposa del buen Cuadrado, y a contarme venía un infortunio que para ella es como si todo el firmamento con estrellas grandes y chicas, y el Sol y la Luna, se le hubiese caído encima. El pobre don Faustino, que movido del hambre más que del furor político, tuvo platónica participación en la trifulca de mayo, llevando recadillos y órdenes al cuartel del Hospicio, residencia del regimiento de España, había sido preso y llevado a San Francisco. Véase cómo: una mañanita se presentó la Policía en la casa, y sin más que un «véngase usted con nosotros», se le llevaron... Creyó la pobre mujer que pronto le soltarían, como a tantos otros, por no poder probarles nada, y así se lo decía él cuando la infeliz mujer iba a llevarle la comida.

—Pero ayer, ¡Cristo padre!—prosiguió ella—, va una servidora al cuartel y le dicen: «¿Cuadrado? Ya está en camino para el embarque.» ¡A Filipinas, Señor! Ya me le llevan, ya se fué, ya no volverá...

Y al decir esto la madre, rompieron los pequeñuelos en tan aflictivo coro de llantos y chillidos, que yo me vi precisado a llorar también.

Les consolé y socorrí, les aseguré que yo cuidaría de mantenerlos hasta que el buen Cuadrado volviese, y corrí a Gobernación con ansia de impedir iniquidad tan grande. Pero ya era tarde: ya no había medio de tirar de la cuerda para detenerla y soltar de sus nudos un solo cuerpo de los que a la proscripción conducía. Narváez era inflexible, y acordadas las deportaciones, se tapaba el rostro la clemencia, pues en todos aquellos que el Estado maldecía, echándoles de casa, estaba bien manifiesta la culpabilidad revolucionaria. ¿Qué sería de un país sin *orden público?* ¿Y cómo se asegura el *orden público*, sino desprendiendo y arrojando fuera todos los miembros o partes corruptas de la enferma nación?

¡Qué triste mañana y qué atrevidos pensamientos en ella me asaltaron! Los escribiré otro día. Ahora doy la preferencia a la carta de mi madre, que encontré al volver a casa, y que fielmente, sin variar coma ni punto, traslado a mis *Confesiones:*

«Hijo queridísimo, ya lo sé; ya estoy enterada. ¡Alabanzas mil al Señor! Por lo que Catalina me dice, entiendo que de algún tiempo acá se le aparecían en sueños unos ángeles que de ti le hablaban, y juntamente le anunciaron maravillosas determinaciones del Cielo... Que el Señor lo ha dispuesto a su gusto y para sus altos fines, bien a la vista está... Digo que aquellos ángeles, y ángeles fueron, aunque Catalina por modestia no los nombre, le comunicaron la voluntad de Dios, y ella procedió con arreglo al divino mandato... Perdona que no vaya esto muy bien hilado, porque la sorpresa y el contento, hijo mío, me desconciertan todo el sentido, y tanto quiero escribir que saltan las palabras unas por encima de otras, y no sé si escribo lo que pienso, o si pienso escribir lo que no escribo... Pues sí, Catalina oyó a los ángeles, y aún creo que los vió en corporal figura cuando rezaba, y al punto se dió a combinar y resolver que de la soledad de tus estudios pasaras a los afanes y obligaciones de hombre casado... Las noticias que me da tu hermana de las virtudes de esa familia, que tiene en su sala las imágenes de todos los Pontífices, me han hecho llorar... ¡Ay, qué familia y qué señores y señoras tan santos! Ello ha sido que tú fuiste a esa casa movido del ansia de tus lecturas y en son de consultar libros antiguos y cuadros de Papas, y allí os visteis y os conocisteis tú y la virginal Ignacia, de quien tendré la honra de ser madre... ¡Oh delicias mías, oh alegría de mi vejez, oh inefable don del Espíritu Santo!... Pues os visteis, y en uno y otro se encendió un amor casto, como el de los serafines ¡Cuán grande será tu mérito, hijo mío, que sólo con mirarte entendieron el señor don Feliciano y esas señoras graves que eras el niño enviado por Dios para hacer feliz coyunda con la niña! ¡Y cuán altas y nobles serán las prendas de Ignacia cuando tú, sólo con verla una vez, la diputaste por esposa que el Cielo te designaba! ¡Ay!

Vuelvo a llorar de alegría. Mis lagrimones caen sobre el papel; pero sigo escribiéndote, y digo que no necesito que tú y Catalina me ponderéis la belleza de Ignacia para que yo la vea tal cual es realmente, la más hermosa criatura puesta por Dios en el mundo, con la inocencia pintada en su rostro angélico, los ojos como luceros, la boca como la misma pureza entre rosas y jazmines, y el cuerpo tan gallardo que no hay palmeras ni juncos que se le puedan comparar... ¡Ay, qué abrazos te doy con el pensamiento, y a ella también, a los dos, a los dos, para que juntos recibáis los cariños de vuestra amorosa madre!... Como el Señor no ha de querer, pienso yo, que seas tan sólo esposo putativo (que a sus fines no convendrá estado tan perfecto), ya estoy viendo la caterva de graciosos nietecillos... No, no puedo seguir; los extremos de alegría me han llevado a soltar la pluma y a dar por la estancia no sé cuántos paseos y aun algunos brincos. Me recojo por si alguien entra y cree que me he vuelto loca.

»Tu padre, de la sorpresa de este notición, se ha quedado como lelo, y tu hermano quiere ir a la boda. De los tantísimos millones que dicen vas a poseer, nada quiero saber yo, porque eso me importa un bledo. Ya sé que todo lo has de emplear en servicio de Dios, conforme al ejemplo que te dan los padres de la bendita Ignacia... Ya sé que, como no tienes vicios, ni hábitos de lujo, ni gustas de vanidades, todos esos tesoros serán empleados en obras de religión, y ya estoy viendo el suntuoso convento que construirás para la Concepción franciscana en Madrid. El pajarito que todo me lo cuenta y que jamás me engaña me dice que harás otro convento de la misma Orden aquí, trayéndonos de priora a tu hermana, y otro en Atienza. Buena falta hace allí una casa religiosa de mucha santidad, que está el pueblo muy perdido... Y ya estoy viendo que con esos ríos de oro que entran en tu casa, se acabarán los pobres en Madrid, pues tu mujer y tú, mis queridos hijos, no daréis descanso a las manos en la limosna..., y tanto tenéis, que os sobrará para los pobres de Atienza, donde por las malas cosechas están los labradores muertos de hambre y no saben a quién volverse... Pienso yo que por muchos pobres que salgan no habrá número bastante para dar abasto a vuestra caridad. ¿Verdad, hijo mío, que es así?... Ahora sí que podrá decir tu padre que se acabó el socialismo; y por cierto que cada mañana y cada noche me ha de dar matraca con el socialismo dichoso. Yo no le temo ya... Vivan mis hijos, a quienes Dios concede tanta riqueza para que alivien las miserias de la Humanidad, para que les quiten de la cabeza a los pobres esa mala idea de revolucionarse por el tuyo y mío.

»Cuento con que, recibidas las bendiciones, os vendréis a pasar el verano en Atienza, que es tierra de mucha frescura. Allá iré yo a prepararos la casa, y por de pronto voy a poneros unos juegos de sábanas de hilo que la misma reina y el rey no los tienen mejores en su real cama. Casaos; venid pronto, hijos míos... No tardéis, por si me mata tanta alegría. Yo me pasaré el resto de mi vida dando gracias a Dios por el inmenso beneficio que te ha hecho; venid, venid. Véate yo y muérame después, que para nada sirvo ya en el mundo... No sigo; no puedo más; los lagrimones han mojado todo el papel. Recibe con ellos, para ti y para María Ignacia, el amantísimo corazón de tu madre.

Librada.»

Madrid, marzo-abril de 1902.

FIN DE
«LAS TORMENTAS DEL 48»

NARVAEZ

I

Atienza, octubre.

DIRIJO hacia ti mi rostro y mi pensamiento, consoladora Posteridad, y te llevo la ofrenda de mi vida presente para que la guardes en el arca de la futura, donde renazca con toda la verdad que pongo en mis *Confesiones*. No escribo éstas para los vivos, sino para los que han de nacer; me despojo de todo artificio, cierro los ojos a toda mentira, a las vanas imágenes del mundo que me rodea y no veo ante mí más que el luminoso concierto de otras vidas mejores, aleccionadas por nuestra experiencia y sabiamente instruídas en la social doctrina que a nosotros nos falta; veo la regeneración humana levantada sobre las ruinas de nuestros engaños, construída con los dolores que al presente padecemos y con el material de tantos yerros y equivocaciones... Asáltame, no obstante, el temor de que la enmienda social no sea tan pronto como ha soñado nuestra desdicha, de que se perpetúen los errores aun después de conocidos y de que al aparecer estas memorias en edad distante encuentren personas y cosas en la propia hechura y calidad de lo que refiero; que si la Historia, mirada de hoy para lo pasado, nos presenta la continuidad monótona de los mismos crímenes y tonterías, vista de hoy para lo futuro no ha de ofrecernos mejoría visible de nuestro ser, sino tan sólo alteraciones de forma en la maldad y ridiculez de los hombres, como si éstos pusieran todo su empeño en amenizar el carnaval de la existencia con la variación y novedad pintoresca de sus disfraces morales, literarios y políticos.

Esto pienso, esto temo, esto discurro; mas no me arredro ante la sospecha de que los futuros nada puedan o nada quieran aprender de mí, por no sentirse peores que yo o estimarse incapaces de mejora; que en último caso, no habrán de negarme que mis defectos son el abolengo de los suyos, y mis faltas semilla de las que ellos estarán cometiendo cuando me lean, muy satisfechos de ver que los predecesores no les llevamos ventaja en la virtud y de que en vanidades y simplezas allá se van los presentes con los pretéritos. Sin meterme, pues, a discernir si mis amigos de la posteridad son más tontos que yo, o, por el contrario, más despiertos, sigo poniendo en el papel el traslado fiel de mis actos y de mis intenciones, historiador y crítico anatómico de mí mismo. Y lo primero que tengo que hacer en esta nueva salida de mi conciencia al campo de la confesión es explicar a la Posteridad el porqué de la gran laguna de mis apuntes, suspensos desde el último de junio hasta los días de octubre, en que renacen o despiertan de un largo sueño. No vean en este paréntesis una voluntad perezosa, sino más bien atareada en demasía y solicitada de mil externos incidentes, y añadan, para mi completa disculpa, estorbos materiales de mi trabajo, como verán por lo que, sin pérdida de tiempo, voy a contarles.

Es el caso que los señores de Emparan, hostigados, sin duda, por mi bendita hermana, sor Catalina de los Desposorios, querían apresurar los míos con María Ignacia, apretándoles a ello o impaciencias de la niña, que anhelaba la dulce coyunda, o el recelo de que yo me volviese atrás, renegando a deshora del consentimiento que di. Esta segunda hipótesis, como explicación de tales prisas, debe atribuirse a la desconfiada monja antes que a los Emparanes, cuya voluntad había yo ganado con mis demostraciones de afecto. La verdadera razón del precipitado acontecimiento no debió ser otra que un dictamen de los principales

doctores de Madrid acerca de los nerviosos achaquillos de mi futura, pues según oí, opinaron unánimes que la niña no entraría en caja mientras no tomase la medicina que llamamos marido. Ved por qué móviles farmacéuticos me llevaron una mañana de fines de julio al convento de la Encarnación, en cuya sacristía entramos libres María Ignacia y yo y esclavos salimos el uno del otro, enlazados por una moral cadena que en toda nuestra vida no podíamos romper. No describiré la ceremonia, poco aparatosa en verdad, conforme al gusto de mi nueva familia, que era también el mío; una yez que nos dimos el «sí» y significamos con la unión de las manos el venturoso empalme de las existencias, recibidas las bendiciones, oída la Epístola y cuanto quiso endilgarnos el curita que nos casó, fuimos en coche a La Latina a recibir los plácemes de mi hermana y de otras monjas muy reverendas, de quienes hablaré en su día. Allí se nos sirvió un chocolate espléndido con bollos y bizcotelas entre jazmines, agua de limón en cristalinos vasos, alternados con búcaros de claveles y rosas, todo ello tan delicioso que nos daba la falsa visión de un desayuno en la Corte celestial. La vanagloria de mi hermana se traslucía en el rayo ardiente de sus ojos; que por los huequecillos de la doble reja nos flechaban, y las otras monjas no parecían menos ufanas de la victoria que habían ganado. «¡Ay hermano mío—me dijo Catalina, embellecida por el júbilo—, bendito sea el Señor, que me ha dejado ver este gran día! No dejaré de alabar su misericordia mientras la vida me dure. ¡Feliz tú, feliz tu esposa, que parecéis nacidos y cortados para constituir una santa pareja y realizar en la tierra los fines más puros! Obra de Dios, no nuestra, es este matrimonio; como obra de Dios, sus frutos serán divinamente humanos y humanamente divinos.» Oímos atentos y conmovidos esta corta homilía mi mujer y yo, y metimos mano por segunda vez a las bizcotelas y bollos, dejando las bandejas poco menos que limpias, y apuramos los vasos de limón, que con el calor de aquel día y el sofoco de la ceremonia nuestra sed no acababa de apagarse.

Del convento fuimos a casa, y a las doce se sirvió la comida, a la que asistieron como quince personas: los carlistones amigos de la casa, conde de Clonard, Roa, Sureda; doña Jenara representando la rama de Baraona, y por mi familia, mis dos hermanos, con sus respectivas esposas, las cuales, de la infladura de la satisfacción, no cabían dentro de sí mismas. Tampoco referiré pormenores de la comida, larga y agobiante por causa del calor, y abrevio mi relato para llegar al más importante suceso, que fué la libre partida, a primera hora de la noche, en viaje de novios, con el fin de llevar nuestra luna de miel a la soledad y frescura de Atienza. En silla particular de posta, adquirida espléndidamente por don Feliciano, salimos con dos servidores, la doncella Calixta, para cuidar a mi esposa, y el criado Francisco, en calidad de mayordomo y asistente de ambos para todo servicio de viaje y de casa, hombre excelente, de fidelidad y diligencia bien probadas. Magnífico era el coche, los criados selectos, y para completar tan buen avío llevaba yo un bolso con surtido abundante de monedas de oro y plata, y Francisco un cinto con doscientas onzas, como para hacer boca, pues la cartera de viaje contenía libramientos para cobrar en Guadalajara o Zaragoza (en previsión de viaje más extenso) cuantas cantidades pudiéramos necesitar.

No acabaría si a relatar me pusiera el trámite sin fin de las despedidas y del besuqueo con que agobiaron a mi esposa su madre y la innumerable caterva de sus amantes tías, de la rama de Baraona y de Emparán, y Jenara y las demás amigas, y las criadas todas; si describiera el silencioso lagrimeo de don Feliciano y los tiernos adioses de los íntimos de la casa, y de los parientes, entre los cuales no eran mis hermanos y cuñadas los menos hiperbólicos en las demostraciones. Creí que aquello no tenía fin, pues terminada una ronda de besos que restallaban en las mejillas de María Ignacia, empezaba otra ronda, y entre tantas babas, pucheros y suspiros, se repetían sin cesar las recomendaciones de que escribiéramos, de que nos cuidáramos, de que nos guardásemos del relente al apunte del alba, y los votos ardientes por nuestra felicidad. También a mí me tocó parte de aquellas efusiones, y hasta sobras del amante besuqueo; sentí regado mi rostro por el llanto de las señoras mayores, y la impre-

sión de sus labios en mi frente y mejillas. Fué precisa la autoridad de don Feliciano para poner término a los adioses, y hubimos de arrancar a mi mujer de los brazos de doña Visita, que allí quedó medio desmayada. A estrujones nos metieron en el carruaje, y éste arrancó por la calle de Alcalá en dirección de la puerta del mismo nombre, cuyo arco central franqueamos ya de noche; y cuando nos vimos fuera, Ignacia y yo respiramos cual si nos sintiéramos libres de un peso y ligaduras oprimentes. En aquel punto fué común y acorde en los dos la primera sensación de vivir el uno para el otro, para nosotros mismos y para nadie más; por primera vez advertí en mi esposa la satisfacción de hallarse en mi compañía sin más testigos que los criados y bajo el yugo de mi exclusiva autoridad. Con la vaga ternura de sus miradas, más que con sus balbucientes razones, me decía que para ella era yo toda su familia y que el amor nuestro reducía los demás afectos a secundaria condición.

No habíamos llegado a las Ventas del Espíritu Santo, cuando me pareció advertir que la memoria de los amados padres y tíos se iba desvaneciendo a cada vuelta de las ruedas del coche y que la pobre niña entraba en la vida nueva con ganas de gustarla y de morar apaciblemente en el campo florido del matrimonio, desligada ya de la protección paterna, innecesaria. A mí convergían todos los estímulos de su voluntad y los vuelos tímidos de su imaginación juvenil; yo era su centro de atracción y de gravedad; a mí volaba y en mí caía, respondiendo a mis pensamientos con la sumisión de los suyos... La presencia de los criados llegó a sernos de una molestia intolerable, por lo cual resolví que no en Guadalajara, sino en Alcalá, hiciéramos la primera paradita, que había de ser etapa capital en la existencia de Ignacia, esposa mía desde aquel descanso en calurosa noche... Habíamos pasado la divisoria que nos transportaba en alegre vuelo a valles muy distantes de aquel en que se meció la inocencia de la señorita de Emparán, y aunque para mí los valles pasados y los venideros no diferían grandemente en ciertos órdenes, no dejé de notar en mi ser algo grande y bello, imponente armonía de satisfacciones y responsabilidades.

El calor nos impedía mayor celeridad en nuestro viaje; caminábamos en las horas frescas de la madrugada y en las primeras horas de la noche. Por mi gusto habría ordenado que anduviera nuestro vehículo más aprisa; pero mi mujer no mostraba deseos de llegar pronto; hacíala dichosa el vivir errante y se encariñaba con la repetición de etapas y paraditas, aunque fuese en mesones incómodos o en poblachos míseros, como las que hicimos por gusto de ella, y al cabo también mío, en la Venta de Meco, en Hontanar, en Sopetrán y en un solitario y umbroso bosque junto a las Casas de Galindo, y a la vera del manso Henares. Debo decir también que cuando pernoctamos en Alcalá, y aun un poquito antes, María Ignacia dió en mostrarme zonas desconocidas de su espíritu como si dormidas facultades fuesen con el nuevo estado despertando en ella. Era como una planta mustia que súbitamente reverdece y echa flores, sin que antes se viera muestra de botones ni capullos en sus deslucidas ramas. Sorprendióme mi mujer con rasgos de ternura primero, de ingenio después, que no creí pudieran brotar de su ser imperfecto, o que tal me parecía. Y lo más extraño fué que sus propias facciones, sin encanto, lo adquirían gradualmente por virtud de la inesperada presencia de ciertas donosuras del entendimiento. Fué para mí criatura vuelta a criar, o mujer que en forma de mariposa salía del caparachón del gusano. ¿Sería duradera esta ilusión de un recién casado? Aún no es tiempo de contestarme a la pregunta que entonces me hice.

Siempre que nos hallábamos solos dábame Ignacia muestras felices de aquel su renacimiento a la gracia, y tal poder tenía su mudanza espiritual que hasta en su fea boca se me antojó iniciada una metamorfosis, obra milagrosa del arte y la Naturaleza. Era, sin duda, el momentáneo influjo de la exaltación matrimoñesca en sus verdores iniciales, y debía yo temer de la severa realidad la pronta remisión de las cosas a su verdadero punto. Díjome una noche Ignacia: «Cuando vean mis papás lo buena que estoy, no lo van a creer. Ya pensaba yo, meses ha, que casándome contigo no serían menester más medicinas. Pero aunque así lo creía, me daba vergüenza decirlo. Esto de la vergüenza fué mi ma-

yor tormento desde que te conocí, Pepe mío... Delante de ti estaba yo tan vergonzosa, que ni a mirarte a mi gusto me atrevía... ¡Vaya una estupidez! Y cuando me quedaba sola, echábame las manos al pelo y me arañaba la cara, diciéndome: «Por esta vergüenza maldita va a creer Pepe que soy una bestia...» Y no lo soy, ya lo has visto... Aquí tienes la causa de los arrechuchos que me daban. Todo era pensar en ti y rabiar de verme tan mal formada, y por lo mal formada, vergonzosa... Yo te quería, Pepe, y le pedí a Dios muchas veces que te murieras antes que casarte con otra.»

Y otra noche: «De ti me habló una mañana sor Catalina, y con lo que me dijo quedé tan enamorada, que sin haberte visto nunca te conocía ya y estuve pensando en ti todo aquel día. Por la noche tuve un fuerte ataque y pegué muchos gritos, y no podían sujetarme. No era más que las ganas de verte y de tenerte a mi lado... Pues aunque nunca te había visto, ni sabía que existieras hasta que sor Catalina me habló de ti, ya éramos antiguos conocidos, Pepe, pues yo imaginaba que vendría un hombre muy fino y muy guapo a ser mi marido, y que me haría muchas fiestas, y que yo me abrasaría de amor por él... A solas conmigo, no tenía yo vergüenza, y sin hablar, decía todo lo que se me antojaba.»

Y otra noche: «Cuando nos visitaste por primera vez, la impresión que recibí fué de que eras como un ángel con levita, corbata y lo demás que vestís los hombres... Por la noche no hacía más que llorar, llorar, y a nadie quería decir el motivo de lo afligidísima que estaba. Pero mi tía Josefa, que es la que me adivina cuando pienso, se acostó conmigo, me arrulló como a un niño, y, dándome golpecitos en la espalda, me decía: «No llores, boba, que con él te casarás, quiera o no quiera.» Por lo visto, tú no querías, Pepe. Ya sé la razón: tu delicadeza, tus escrúpulos de caballero por ser yo más rica que tú. Bien me lo dió a entender la madre Catalina una tarde, pintándote como el dechado de la caballerosidad, con lo que mi amor por ti fué ya locura. Una noche mordí las almohadas y las desgarré con los dientes... Otra me tiré al suelo y, descalza, a oscuras, anduve a gatas por mi alcoba buscando un botón de tu chaleco que se te cayó el día de tu primera comida en casa. Yo lo había recogido sin que nadie me viera, y lo puse debajo de mi almohada. Con las vueltas que di, sin poder dormir, se me cayó... Habías de verme, como una cuadrúpeda, buscando el botón... Pues mira, lo encontré; en un relicario lo guardo... Lo encontré hozando en el suelo, como los cochinos..., lo descubrí por el olor y no sé por qué... Ya ves cuánto te quería... Yo confiaba en las promesas de tu hermana, que siempre me decía: «Dios lo hará, Dios lo hará.» Y acertó la santa señora, porque Dios lo hizo, y ahora te tengo bien cogidito..., y ya no te me escapas, Pepillo; ya no te me escapas, ratón mío..., que tu gata tiene las uñas muy listas y..., aunque juegue contigo, no creas que te me vas, no..., porque te cazo, te cojo, te aprieto, te como, te trago...»

II

El camino carretero por donde veníamos, que es el de Guadalajara a Soria, por Almazán, aún no concluído, se nos acabó en Rebollosa de Jadraque, y con él la comodidad del coche. Mandamos éste a Sigüenza; de aquí salieron a nuestro encuentro, prevenidos del itinerario, mi padre y mi hermano Ramón, con buenas caballerías, y en ellas continuamos el viaje hasta la gran Atienza, donde ya estaba instalada mi madre con dos semanas de antelación, preparando el formidable avío de nuestro alojamiento. Triunfal como entrada de reyes fué la nuestra en la *muy noble y muy leal* villa, en tiempos remotos tan despierta y gloriosa, hogaño pobre, olvidada y dormilona. A distancia de más de media legua por el camino de Angón salieron a recibirnos multitud de jinetes en asnos, mulas y rocines enjaezados con sobrejalmas y pretales de borlones rojos, precedidos del tamborilero y dulzainero, que oprimían los lomos de unas poderosas burras blancas. En medio de la gallarda procesión vi el estandarte de la Hermandad de los Recuerdos, y al término de ella se me aparecieron el que venía como *prioste* y otros dos que hacían de *secretario* y *seise*, a su lado un cura, que hacía el *abad;* de luenga capa, los paisanos; el cura, con balandrán; los cuatro caballeros, en lucidos alazanes. Y

apenas llegó cerca de nosotros la interesante cuadrilla, empezó un griterío de aclamaciones y plácemes cariñosos, mezclados con vítores o simplemente berridos de júbilo. Al punto comprendí que los vecinos de Atienza, en obsequio mío y de mi esposa, reproducían la carnavalesca y tradicional procesión llamada la Caballada, con que la Hermandad de los Recuerdos conmemora el día de Pentecostés, un hecho culminante de la historia de Atienza. A la de España tengo que recurrir para dar una idea del origen de esta venerable fiesta, que ya cuenta siete siglos y medio de antigüedad.

Menor de edad el infante don Alfonso, que luego fué el VIII de su nombre, vencedor en Las Navas, anduvo de mano en mano, cogido y soltado, entre guerras y alteraciones sangrientas, por los señores feudales que se disputaban su tutela. Ya le tenía don Gutierre de Castro, a quien el rey don Sancho había designado para la regencia; ya los Laras y otros tales, hasta que su tío, don Fernando, rey de León, entró por Castilla, y apoderándose del chiquillo rey consiguió que las Cortes de Soria confirmaran a su favor la entrega de Alfonsito y de las rentas reales. Hecho esto, recluye al niño en el castillo de San Esteban de Gormaz y se va para su reino. No contentos los señores de Castilla, o *ricos-homes,* que venían a ser algo semejante, por el poder y la audacia, a nuestros *hombres públicos*, sacaron al reyecito de donde estaba y lo depositaron en el castillo de Atienza, que se tenía entonces por de los más seguros del reino... Pero luego vino otro bando de *ricos-homes,* y no conformes con el encierro del rey niño, idearon robarlo y llevárselo a Avila, empresa no fácil, porque el rey de León, sabedor de aquellas feudales discordias, avanzaba con su aguerrido ejército, y ya venía tan cerca, que casi se sentían los pasos de los honderos de su vanguardia. ¿Qué hicieron los *ricos-homes?* Pues confabularse con los arrieros de la villa, *recueros,* o conductores de recuas, afamados por su robustez, ligereza y osadía, y organizar una caravana, en la cual, clandestinamente, vestido de arrierito, fué bravamente conducido y salvado, pasando ante las barbas de las tropas leonesas, el niño que andando los años había de ser don Alfonso VIII, el de Las Navas de Tolosa.

Y en cuanto cogió el cetro, quiso premiar la bizarría y tesón de los arrieros de Atienza, concediéndoles el privilegio de llamarse caballeros y el de constituirse en Hermandad o Cofradía para practicar entre sí la caridad y ayudarse en los trabajos de la vida. Desgastada por el tiempo llega esta Hermandad a nuestros días, y anualmente, en el de Pentecostés, celebra su hazaña con un como simulacro de ella, a la que se da el nombre de la Caballada, y empieza en procesión para concluir en jolgorio y comistrajos al uso moderno. Con la idea de obsequiarnos a mi mujer y a mí (pienso que por sugestión de mi madre), organizaron la nueva salida de la Caballada de este año, la cual sorprendió y divirtió grandemente a María Ignacia. Para que comprendiese la significación de aquel lindo espectáculo, le di la explicación histórica que aquí reproduzco. Más que por mi propio contento, por la sorpresa y alborozo de mi mujer, agradecí la delicada invención de agasajo tan pintoresco, y a las aclamaciones con que nos recibían contesté con vivas a la Hermandad, al glorioso pendón y a todos los recueros presentes, herederos de la hidalguía de los pasados.

En la falda oriental de un cerro coronado por gigantesco castillo en ruinas, el más insolente guerrero de piedra que cabe imaginar, está edificada la muy noble y leal villa realenga. Sus casas son feas y caducas, rodeadas de un misterio vivo; sus calles, irregulares, invitan al sonambulismo; en sus ruinas se aposenta el alma de los tiempos muertos. Dos órdenes de murallas la cercan, quiero decir que la cercaban, porque de la exterior sólo quedan algunos bastiones y los cubos. Y de las puertas que antaño daban paso desde el campo al primer recinto y de éste al segundo, permanecen dos en lo exterior, y dentro no sé cuántas, que no me he parado a contarlas. Por la que llaman de Antequera hicimos nuestra entrada con cabalgata y pendón. y si bullicio hubo fuera, mayor fué dentro, con la añadidura de los chiquillos de uno y otro sexo y de las mujeres que de la carrera asomaban sus rostros y por todas las ventanas y ventanuchos lanzaban exclamaciones de sorpresa y alegría. La comitiva recorrió toda la calle Real, hasta la plaza del Mercado, y entrando luego por el Arco de San Juan

a la plaza donde está la iglesia de este nombre y la casa de mi madre, llegamos al término del viaje y de la ovación. El cura, don Juan de Taracena, que en la Caballada venía como abad, y el *prioste*, don Ventura Miedes, habíanse adelantado hasta mi casa para prevenir a mi madre. Apenas llegamos a la plaza, acudió el cura a tenerme el estribo, y antes que el compás de mis piernas se desembarazara de la silla, me cogió el hombre en sus atléticos brazos y con violento apretón privóme de resuello. Fué la primera vez en mi vida que me oí llamar marqués, confundidos en familiar lenguaje la llaneza y el cumplimiento. «Ven aquí, Pepillo, hijo mío... ¡Qué guapo estás y qué caballerete! Bendiga Dios al excelentísimo señor marqués de Beramendi.»

Pasé de unos brazos a otros. En aquel vértigo, dando y recibiendo saludos, perdí de vista a mi mujer. Después me contó que, apenas bajada del caballo por mi hermano Ramón, llegáronse a ella unas mujeres con blancos delantales, y cogiéndola en brazos, sin pronunciar palabra, la llevaron como en volandas adentro y por las escaleras arriba. Fué como un paso milagroso, de santo arrebatado al Cielo por manos de serafines. Como recibe Dios a los bienaventurados, así la recibió mi madre, y puesta Ignacia en un cómodo sillón, cual una imagen en sus andas, encargáronle que no se diera la molestia de ningún movimiento y le trajeron una taza de caldo. Tomándolo estaba cuando yo subí por mi pie, seguido del cura, del alcalde, don Manuel Salado, y otras eximias personalidades del pueblo, y mi madre me cogió por su cuenta para besarme amorosa y decirme tiernas palabras... El júbilo de la santa señora me inspiraba cierta inquietud: la fuerza del contento, a su cuerpo daba pasmosa agilidad, a su rostro arrebatos de color, a su mirada un centelleo vivo, a su boca una continua tentación a la risa... Temiendo que diese con su alegría en los límites de la locura, la incité al reposo; pero no me hacía caso. Alarmado la veía yo entrar y salir por esta y la otra puerta con un vertiginoso tráfago de menesteres, órdenes que dar, necesidades a qué atender, inconvenientes que prevenir. Y era que en la crítica ocasión de nuestra llegada habíamos de obsequiar a los ilustres *recueros* organizadores de la cabalgata. Felizmente, abreviaron ellos la recepción, y repitiendo sus bienvenidas y ofrecimientos tocaron a retirada, despues de poner en la ventana de mi casa el histórico pendón de la Hermandad, en señal de que se me nombraba *prioste* por todo el año corriente.

Ya sola con nosotros, mi madre enseñó a Ignacia los aposentos que había de ocupar. Inauditos refinamientos de comodidad en nuestra alcoba y gabinete encontramos, con escrupuloso aseo y tal profusión de finísimos lienzos de cama y tocador, tal bruñido de caobas y nogales tan ingeniosa precaución contra moscas, mosquitos, hormigas y otros bicharracos, que, maravillados, nos recogimos en aquel rincón de un paraíso casero... Así empezó la vida ordinaria en mi casa, y así transcurrieron plácidos los días y las semanas, sin ningún cuidado por mi parte, pues todos los ponía sobre sí mi buena madre, disponiendo las suculentas comidas y la constante añadidura de golosinas, dedicadas singularmente a lisonjear el paladar de mi esposa. En ésta veía mi madre un ser bajado del Cielo y de sobrenatural delicadeza. «Pero ¿qué hija es esta tan divina que me has traído, Pepe?—me dijo una tarde, encontrándonos solos—. ¿Ha existido jamás hermosura como la suya? ¿Dónde se han visto ojos tan dulces, igualitos a los del Cordero Pascual que tenemos en el sagrario de la parroquia, ni piel más fina, en cuya comparación el raso parecería estameña; ni boca más graciosa, ni cabellos más lucidos, verdaderas hebritas de oro de Arabia? Cuando tu mujer se ríe paréceme que todo el Cielo se rasga, dejando ver los espacios de la Bienaventuranza. ¿Ha visto nadie encías más encarnadas que las de María Ignacia? Y ¿qué me dices de aquel cuerpo tan gordito por arriba como por abajo, que no parece sino una de esas nubes en forma de almohadón que se ven en los cuadros de gloria y en ellas juegan los angelitos y dan vueltas de carnero?... No, no hay otra más bella en toda la redondez del mundo, hijo mío, y ahora comprendo que te enamorases de ella como un bobo, así me lo decía tu hermana, quedándote en los huesos de tanto penar y discurrir por si te la daban o no te la daban.»

Hablóme también aquel día y los si-

guientes de la urgencia de poner nuestros cinco sentidos, y aún eran pocos, en el cuidado de la sucesión. Tanto tenía Ignacia de ángel como de niña, y, mirada por ambos aspectos, observábala mi madre juguetona, gustosa de ingenuas travesuras y de correr y brincar cuando salíamos de paseo. No encajaba esto propiamente en la gravedad de una señora casada, según mi madre, la cual, mirando siempre al enigma interesante de la sucesión, intentaba sujetar a su nuera al martirio de una quietud solemne y expectante. «Hija de mi alma—solía decirle—, no pises tan fuerte... Anda con pausa, sentando bien el pie, y no cargues el cuerpo a un lado ni a otro, sino al centro...» «Angel, no abras la puerta tan de golpe, ya ves: ahora, con el batiente, te has dado en los pechos y parecía que la llave se te clavaba en la boca del estómago...» «Oye, no te rías así, desaforadamente, sino poquito a poco, evitando la carcajada, que te hace estremecer el hipocondrio y podría sobrevenir una relajación. A Pepe le encargo que no diga cosas de mucha gracia que te hagan romper en risotadas, sino soserías de mediano chiste, para que te rías moderadamente, que de otro modo la risa podría ser causa de un fracasito...» «Créeme, Ignacia, cada vez que te veo dar brinquitos, cuando vamos de paseo, se me sube toda la sangre a la cabeza...» Tenemos una huerta muy amena y lozana, a corta distancia de la villa, no lejos de la histórica ermita de la Estrella, y allí solemos merendar a la vuelta del paseo. A propósito de esto, decía mi madre: «Si esta tarde tomamos chocolate en la huerta con don Juan, don Ventura y don Manuel, no te pongas a correr como una chicuela, ni a columpiarte en las ramas del nogal, que esos señores se asustan de verte tan volatinera, me lo han dicho, y también temen que sobrevenga el fracaso... Yo te encargo mucho que, al sentarte en el ruedo, tomes una postura circunspecta y de peso, derechita, aplomándote bien sobre el asiento, sin hacer contorsiones ni cargar sobre los vacíos. Si sientes calor, abanícate con pausa y compás lento, como se estila entre señoras; si no, posas las manos una sobre otra y ambas sobre el vientre... Hágote esta advertencia porque ayer te movías en la silla como si tuvieras azogue en todo el cuerpo y te abanicabas con furor, y hasta me pareció que te reías del pobre don Buenaventura cuando nos contaba lo del celtíbero y lo del romano y lo del maldito agareno que armaban sus guerras en esta villa. Más que mil libros sabe el hombre, y aunque le entendemos como si nos hablara en griego no podemos negarle nuestra veneración.»

Previo el acordado signo de inteligencia con Ignacia, yo daba la razón a mi madre en cuanto decía, para no turbar su *sancta simplicitas*, don del Cielo que, a mis ojos, la elevaba sobre toda la miseria humana. Conforme conmigo, a su suegra tributaba mi mujer el homenaje de una filial obediencia, y así viviamos en admirable paz, gozosos, descansados, dejándonos querer y abdicando toda nuestra voluntad en la de aquel ser angélico y providente que no vivía más que para nuestro bien. Tales miramientos y cuidados, que más bien eran mimos, gastaba en el trato de su hija, que no permitía que se levantase para tomar el desayuno y había de servírselo en la cama ella misma, dándole el chocolate sorbo a sorbo y metiéndole en la boca el bizcocho mojado, como a los niños, con rigurosa medida de los bocadillos y de las tomas; todo ello entreverado de frasecillas tiernas, a media lengua, como si más que con la hija hablase con el nieto que, según ella, pronto había de venir al mundo. Y a mí solía decirme, muy seria: «Ya empiezan los antojitos, y si no estoy equivocada, también hay mareos...» «Pero, mamá—le contestaba yo—, ¡si todavía...!» Pero como no había razones que de su infundado convencimiento la apeasen, tanto Ignacia como yo dejábamos que su alma se adormeciera en aquel dulce ensueño.

Por mi padre, no menos inocente que mi madre, si bien eran de orden distinto sus candideces, venían a mí noticias de Madrid y los dejos de aquel mundo tumultuoso, así en lo político como en lo social. Moderado acérrimo, el buen señor ponía sobre su cabeza, después de Narváez, al gran Sartorius, que a todos nos protegía, y suscrito al *Heraldo*, se lo leía enterito desde el artículo de fondo hasta el pie de imprenta final, sin omitir los anuncios y el folletín, que era en aquellos días *Las memorias de un médico*, por Alejandro Dumas. Terminado el gran atracón de lectura, ex-

tractaba mentalmente lo más interesante para ponerme al tanto de los sucesos, y lo hacía por el método y plan de aquel famoso periódico que dividía todo su material en secciones, bajo la denominación de *partes: parte política, parte oficial, parte religiosa, parte industrial,* y, por último, la gacetilla, noticias de orden privado y cuchufletas, que eran la *parte indiferente.*

Dando a cada suceso su verdadero valor informativo, que con el tiempo debía ser histórico, mi padre me contaba las incidencias del grave pleito que teníamos con la Inglaterra por haberse atrevido Narváez a dar los pasaportes al inquieto y entremetido embajador Bullwer, y repetía trozos del *Times* (pronunciado como lo escribimos) y los discursos que sobre el caso oyó la Cámara de los Comunes de la propia boca de lord Palmerston y de D'Israeli y del afamado sir Roberto Peel (pronunciado también como se escribe). También me daba cuenta del inaudito chorreo de firmas que diariamente se agregaban a la exposición dirigida a su majestad pidiéndole que siguiera Narváez atizando palos a roso y velloso, único medio de atajar la revolución que de las naciones europeas quería metérsenos aquí; luego me hacía un resumen de las críticas literarias de Cañete y de Navarrete, sobre esta y la otra función dramática, y, por fin, concediendo un modesto lugar a la *parte indiferente,* me refería que habían llegado míster Price y su hijo al circo de Paúl, y que Macallister y su esposa maravillaban con sus artes diabólicas al público de San Sebastián. Esta parte del periódico solía ser más que ninguna otra del agrado de Ignacia, y yo mismo encontraba en ella noticias que, referidas como cosa baladí, resultaban a mis ojos como sucesos de inaudita gravedad; por ejemplo: leyó mi padre que en un pueblo de Soria se había descubierto el estupendo caso de que todos los mozos útiles y robustos, de ocho años acá, daban en la flor de cortarse la primera falange del dedo índice de la mano derecha con el santo fin de eludir el servicio militar. ¡Qué cosa más tremenda! ¡Brutal crimen contra la patria! ¿Qué país era éste? *Quam rempublican habemus? In qua urbe vivimus?* Sin quererlo, imitaba yo a Cicerón en la iracundia de mis anatemas contra un pueblo que de tal modo delata su desquiciamiento moral y político. Donde así se debilita el sentimiento patrio, ¿qué puede resultar más que un engaño de nación, un artificial organismo sin eficacia más que para la intriga y los intereses bastardos? Esto de los *intereses bastardos* fué dicho por mi padre, que usaba para todo este modo de señalar el egoísmo de nuestros políticos. Yo iba más allá, y con frase más enérgica marcaba la ineptitud de la raza para las ideas modernas.

Lo que no nos decía *El Heraldo* (que los papeles sólo nos dan la corteza y rara vez la miga del pan público) lo sabíamos por cartas que mi hermano Ramón recibía de Agustín. Las discordias entre los moderados de más viso no dejaban a Narváez entregarse con desahogo al ejercicio de su dictadura paternal, y, por otra parte, siempre estaba el hombre con la pulga en el oído, temiendo que en Palacio le armaran la zancadilla. El rey no le quiere, la reina madre tampoco, y alrededor de sus majestades bullen enemigos encubiertos del *espadón de Loja.* Las últimas noticias de desavenencias entre los políticos eran que los acusadores de Salamanca extremaban la guerra contra el simpático capitalista, y que Pidal y Escosura se tiraban los trastos a la cabeza. Decíase que Pidal trabajaba con O'Donnell para que viniese a ser la espada *moderada* quitando de en medio a don Ramón por atrabiliario y un poquito populachero. Y como la inquietud de los demagogos y anárquicos era cada día mayor, Narváez no cesaba en los envíos de deportados a Filipinas, sistema expurgatorio que mi padre juzgaba de segura eficacia. «No hay otro medio — nos decía con dogmático acento—. Si el cuerpo humano no se limpia de malos humores y de los *elementos* de toda indigestión más que con las tomas de buenas purgas que acarreen para fuera lo que sobra y perjudica, el cuerpo social no entra en caja de otra manera, hijos míos. Y el buen resultado de estos limpiones tan bien administrados por Sartorius y Narváez es doble, porque purgamos a España y a las islas Filipinas las beneficiamos..., pues.»

III

Llamados por las obligaciones de su oficina regresaron padre y hermano a Si-

güenza. La compañía de mi madre colmaba todos los anhelos de nuestro corazón, y, como sociedad, bastante teníamos con los amigos que nos visitaban, descollando en nuestro afecto el señor don Buenaventura Miedes, erudito investigador de las antigüedades atienzanas. Por su extremada bondad, por la pureza de su alma candorosa, le perdonábamos la pesadez e inoportunidad de sus históricas lecciones, y llevábamos con paciencia las prolijas noticias que nos daba de la antigua *Tutia*, capital de *los afamados Thicios*. Todo esto, así como las guerras de Sertorio, la traición de Perpenna, la muerte alevosa que éste dió al arrogante tribuno militar, nos tenía sin cuidado. Una tarde entera de las de la huerta nos tuvo con las ansias del fastidio contándonos la batalla que riñeron el dicho Sertorio y un tal Metelo en las inmediaciones de Sigüenza. Luego nos habló del monte llamado Alto Rey, y del hondo valle que al pie de esta eminencia y frente a nuestro castillo se abre, desde la cuenca del Henares a la del Duero. «Esta angostura—nos dijo—es el pasadizo habitual de la Historia de España. Iberos y romanos, castellanos y agarenos han entrado y salido por él en sus invasiones y continuas guerras. Por allí pasó Almanzor cuando vino a encontrar la muerte en Medinaceli; por allí pasó el Cid cuando, despedido del rey, emprendió la gloriosa campaña que nos cuenta y canta el Romancero; por allí, todos los Alfonsos; por allí, en nuestro siglo, el general Hugo; por allí, El Empecinado; por allí, Cabrera...»

Sólo mi madre ponía en aquellas rancias historias una deferente atención, que no por manifestarse con la fijeza de los ojos y la benévola sonrisa era menos inconsciente. Oyéndole otra tarde repetir el nombre de Sertorio, preguntó mi madre si el *caballero romano* de este nombre era o pudo ser antecesor de nuestro contemporáneo don Luis Sartorius, conde de San Luis, pues la semejanza de ambos términos hacía creer que fueran un solo apellido alterado por el tiempo. Acudí yo pronto a desvanecer lo que juzgaba disparate; pero el eruditísimo Miedes, que como buen caballero no quería que el corto saber histórico de mi madre quedase desairado, tomó la palabra y salió por este hábil registro: «No diré yo que los Sartorius, de Sevilla, vengan del romano Quinto Sertorio; pero tampoco lo negaré, pues sabido es que la larga permanencia de éste en España dejó, sin duda, semilla en toda la región tarraconense, y aun en la lusitana y bética. No obstante, con permiso de mi señora doña Librada, me atreveré a poner en cuarentena toda etimología romana de apellidos españoles, pues aun a la del mismo Diego Porcellos, poblador de Burgos, que, según el *Cronicón Emilianense*, era el apellido señorial más antiguo, le ha negado la moderna crítica el abolengo romano, y demostrado está que no viene de *procella*, como quien dice, *tempestad*; ni de *porcelli*, reunión o ayuntamiento de animalitos de la vista baja, con perdón; ni tampoco se debe buscar su origen en el monasterio de Porcellis, en territorio de Oca, como asientan Sandoval y Berganza; ni en el señorío de Porciles, perteneciente a la mitra de Burgos, según el libro Becerro, resultando que ni por una parte ni por otra se puede probar que fuera romano el tal Porcellos, cuyo verdadero nombre castellano fué *Didacus Roderici*, que es como decir Diego Rodríguez... Búsquese el origen de nuestros apellidos en los troncos góticos o germánicos o sarracenos, por donde se ve que los Bustos de Lara vienen de los *Gustioz*, *Gudestios* o *Gudesteos*; los González de *Gundisalvos*, los Suárez de *Suero*, y éstos del arábigo *azur*...» Aprovechamos mi mujer y yo la llegada del correo para huir graciosamente de la desencadenada sabiduría del buen Miedes; pero mi pobre madre, que en paciencia y bondad se deja tamañitos a todos los santos del Cielo, aguantó sin pestañear el chubasco, que aún duró media hora, más bien más que menos.

En la dulce uniformidad de aquella existencia, sucediéndose placenteras las horas, sólo un hecho me sorprendía y maravillaba, y era el despertar de Ignacia, el paso de su timidez a las solturas de un nuevo carácter, y la resplandeciente aurora de su inteligencia, como un *fiat lux* pronunciado por el dios Himeneo. Mientras se trató de que nos casáramos, en lo que, según dije, no hubo poca violencia de mi parte, ni la más leve muestra vi del fruto que después había de admirar en ella. ¡Y yo, en aquellos días tristes, ufano de conocer el mundo y la Humanidad, me equivocaba como un tonto, suponiendo en mi prome-

tida las cualidades negativas de una bestia que a su fealdad unía la supina estolidez! ¿Cómo no percibí, cómo no adiviné las facultades de Ignacia, escondidas bajo tan desairadas apariencias? Era que la educación encogida, con tanto mimo y tanto arrumaco doméstico y religioso, había guardado en envoltura de sobrepuestas vitelas aquellos tesoros, poniéndole sellos tan firmes que no pudiera romperlos más que el matrimonio, cariño y confianza de marido. Arrancado el sello por un amor que a los demás amores se sobreponía, descubriéronse las escondidas joyas, y una tras otra iban saliendo del forrado y pegoteado estuche.

La mujer que antes me había parecido despojada de todo encanto era la misma bondad; los chispazos de razón fueron bien pronto un luminoso rayo que todo lo encendía y alumbraba. Discurría sobre lo divino y lo humano con un sentido que era mi mayor gozo; y descubriendo cada día nuevas aptitudes, expresaba las ideas con donaire, que el uso iba trocando en gracia exquisita. Pero lo más admirable en ella, lo que mayormente me cautivaba, era su templada voluntad, procurando en todo caso acordarse con la mía y con la de mi madre: la ausencia completa de gazmoñerías, impertinencias y salidas de tono, y el sentido de corrección unido siempre a la ternura conyugal y filial. Desgraciadamente, a la transformación espiritual no podía corresponder la física, y María Ignacia en rostro y talle no podía desmentirse a sí propia. Un poco había enflaquecido y el desaire de su cuerpo era menos notorio; en su rostro, los ojos habían ganado en viveza o, al menos, a mí me lo parecía; la boca no tenía enmienda, por más que yo, influído de la buena voluntad en contados momentos, la creyese menos desapacible. Diré también, completando el elogio de mi cara mitad, que Ignacia tenía conciencia de su falta de encantos naturales, y que, resignada y tranquila sobre este punto, no pretendía con afeites o violentos artificios disimular sus defectos. Era una fea que no presumía de guapa ni reclamaba los honores de tal; la sencillez y la naturalidad sin pretensiones dábanle un cierto encanto que, por momentos, podía sustituir a los que el Cielo no quiso concederle.

Adivino la pregunta que me hacen los que esto lean, y acudo a contestarla. Sí, yo amaba a Ignacia, y mejor será que hable en presente, asegurando que le tengo amor, sin meterme en un profundo análisis de este sentimiento, que podría resultarme estimación cariñosa. Sea lo que quiera, mi consorte me inspiraba un entrañable afecto, que ha de crecer y arraigarme con el trato. La obra de sor Catalina de los Desposorios ha resultado más dichosa de lo que yo creía. ¿Sabéis en qué conozco que amo a mi mujer? Pues en que ahora me sabe muy mal la suposición de que se hubiera casado con otro. Este otro, que no existe, pero que bien pudo existir, a poco que yo persistiera en mis escrúpulos, es un ente de comparación, o una equis que me sirve para demostrar la realidad del bien que disfruto. Y no entiendo por bienes exclusivamente las materiales riquezas, sino ella, mi esposa, en quien veo un apoyo moral, inapreciable refugio del espíritu si el Destino me depara, como presumo y temo, grandes tribulaciones y naufragios.

La templanza del estío en aquel clima convidábanos a pasear por el campo, y éste era el mayor deleite de María Ignacia, que sabía satisfacer su gusto sin contravenir las prescripciones de mi madre en lo tocante a brincos y carreras. Largas caminatas hacíamos por los contornos del pueblo, por las vegas estrechas o las lomas de sembradura y pastos, por las sierras calvas o arbolados montes. Mi madre nos acompañaba hasta donde le parecía, aguardándonos con Ursula, su criada predilecta, en cualquier paraje visible donde pudiéramos reunirnos fácilmente. Solían ir con nosotros los chicos del confitero (don Casimiro Gutiérrez del Amo), alguna vez Tomasita, la del Fiel de Fechos; casi siempre Calixta, la criada que trajimos de Madrid, y Rosarito Salado, la hija mayor del alcalde, gran peatona, de extremada agilidad para escalar peñas y trepar a los árboles. Admirábamos la hermosura del campo y montañas; platicábamos con toda persona que al encuentro nos salía, mendigos inclusive; visitábamos casas, casitas y chozas; hacíamos paradas en medio de los rebaños, vadeábamos arroyos, saltábamos cercas; tomábamos el tiento a la vida campesina, que es la vida madre de todas las demás que componen la nacional existencia. ¡Mundo harto diferente del de las ciudades, pero no menos

instructivo! En él recibimos enseñanzas más profundas que las que nos ofrece la sociedad formada; en él nos preparamos para el conocimiento sintético de la humana vida: ¡El campo, el monte, el río, la cabaña! No es sólo la égloga lo que en tan amplios términos se encuentra, sino también el poema inmenso de la lucha por el vivir, con mayores esfuerzos aquí que en las ciudades, y el cuadro integral de nuestra raza, más enlazada con la Historia que con la civilización, enorme cantera de virtudes y de rutinas que componen el ser inmenso de esta nacionalidad.

Divagando en fáciles charlas, nos acomodábamos a las cortas luces de los que iban en nuestra compañía, y si algo aprendían ellos de nosotros, yo no extraía poca sustancia de sus pintorescos relatos y de sus ingenuas observaciones. Monte arriba o por tortuosos senderos faldeando las colinas, hablábamos de animales, de cosechas, de brujas, de milagros, de pobres y ricos, de personas, anécdotas y chismajos del pueblo o de astronomía popular, sacándole a relucir a la luna y a las estrellas toda su historia secular y romántica. Una tarde que volviendo del camino de Naharros entrábamos por junto al Salvador y la Corredera, nos paramos a contemplar la mole del castillo y su ingente pedestal de roca, inmensa hipérbole del esfuerzo humano trabajando en audaz porfía con la naturaleza. Rosarito Salado, que siempre iba delantera, nos dijo que por la cuesta empedrada, más arriba de la Trinidad, iba don Ventura Miedes. Propuso la Rosarito que subiéramos en su seguimiento; pero María Ignacia se n e g ó a ello recordando que mi madre nos tenía muy encomendado que no fuéramos nunca al castillo, porque entre sus ruinas andaban demonios maléficos o genios burlones, amén de alimañas terrestres de lo más dañino... Vimos al sabio; con la mirada le seguimos en su marcha fatigosa, y por el Arco de Guerra tomamos la dirección de nuestra casa.

Era don Ventura Miedes de alta estatura, que rara vez se veía derecha, sin ningún aire ni garbo; vestía en invierno y verano un cumplido levitón, que le hacía más enjuto, y en sus andares iba siempre tan desaplomado como si fuera movido del viento más que de su propia voluntad. Sus pies, grandísimos, calzaba con zapatos de paño, en que se marcaban tales protuberancias que parecían dos sacos negros llenos de avellanas y nueces.

A la siguiente tarde, visitando las ruinas de San Antón, también le vimos subir al castillo. Como el viento fresco que venía de monte Rey agitaba sus faldones y las desigualdades del piso le obligaban a hacer balancín de sus brazos, se me representó cual un árbol escueto, de la familia de los chopos, que, descalzando del suelo sus raíces, se lanzase a correr, perseguido de Céfiro y Abrego burlones. ¡Pobre Miedes! Según mi madre, no había hombre más completo, de corazón más puro, de procederes más intachables. Poseedor, en mejores tiempos, de unas tierras de labor y prados, tuvo y gozó el bienestar que da una medianía decorosa; pero la pasión de los libros, en que empleaba lo más de su hacienda, llegando a vender una finca para comprar papel impreso; su despego del trabajo agrícola, y, sobre tantos yerros, la mala cabeza y devaneos de su mujer, ya difunta, y de su hijo único, profesor de todos los vicios, le habían traído a la miseria mal tapada con sutilezas de la dignidad y disimulos ingeniosos. Vivía solo con su biblioteca y una criada viejísima, a quien llamaban la *Ranera*, que guisaba para los dos y barría toda la casa menos la librería, donde es fama que jamás entraron escobas. La edad del erudito señor andaba ya al ras de los setenta. Según oí, se había conservado con ágiles disposiciones hasta bien pasados los sesenta, pero ya iba de capa caída, y daba tumbos con los pies y la cabeza, la cual, de tanto cavilar en romanos y celtíberos, perdía notoriamente su aplomo y gravedad.

Otra tarde que también le vimos (y era la tercera vez) camino del castillo, mi madre no le quitó los ojos hasta que le vió perderse entre los muros, como el aguilucho que penetra en su nido, y a poco nos dijo suspirando:

—A mí, que le conozco bien, no me hará creer don Buenaventura que todas esas visitas al castillo, mañana y tarde, son para deletrear los garabatos, en lengua romana o arábiga, de aquellas piedras, más viejas que el pecar. Todo lo que allí escribieron los antiguos lo tiene el buen señor bien sabido de memoria. Va, sin duda, por la querencia de alguna familia

de menesterosos que se ha refugiado entre las ruinas, porque habéis de saber, hijos míos, que no ha nacido hombre tan cristiano ni más caritativo que este señor de Miedes. En pobreza y falta de medios pocos le ganan. Pues ahí le tenéis buscando miserables con quienes partir el pedazo de pan que Dios le concede.

—Así es, sin duda—dijo María Ignacia—. Ayer me contó la Prisca que le vió subir de mañana con un manojo de cebollas y la mitad de un pan de cuatro libras. Pobres habrá en el castillo, y si usted nos da licencia, allá iremos Pepe y yo a conocerles y a llevarles algo para que coman y vivan. Mala cosa es la necesidad, y no tiene perdón de Dios el que conociéndola no acude a remediarla.

IV

—Andaos con pulso en esto, queridos hijos—díjonos mi madre—, que si os inflama el espíritu de caridad, bien podéis satisfaceros mandando vuestra limosna con persona de casa. Pero no subáis: yo no he subido nunca, que desde niña me infundieron miedo al castillo y jamás en mi larga vida lo he podido desechar. ¿Llamáis a esto superstición? Dadle el nombre que gustéis; yo lo llamo respeto a la costumbre y persistencia en los sentimientos que en mi niñez me inculcaron. Harto sé que es pecado creer en brujas y en apariciones de duendes o trasgos; pero no me negaréis que el espíritu maligno existe y que hay infierno, y, por consiguiente, diablos y diablillos que andan siempre en el ministerio de tentarnos y hacernos todo el mal que pueden... Y no me digáis que lo que hace don Buenaventura podéis hacerlo vosotros, pues con eso no estoy conforme. Es el amigo Miedes muy descuidado, no sólo en las ideas, sino en su persona y vestimenta, como habréis visto, y con tal de socorrer a una cuadrilla de vagabundos no repara en que sean gitanos piojosos o ladrones disfrazados de mendigos. ¿Qué le importan a él las porquerías y el mal olor? Me ha contado la *Ranera* que una vez, volviendo de pasar la tarde entre unos húngaros caldereros, trajo el buen señor tal carga de miseria, que para limpiarle y mondarle el cuerpo fué menester ponerle en cueros vivos y sahumar toda la ropa. ¿Pues quién os asegura que los tales inquilinos del castillo no son una partida de bandoleros, que se hacen los pobrecitos para merodear durante la noche y quizá para asesinar al que cojan descuidado? No, no; no subáis allá, que yo, por de pronto, trataré de sonsacar al sabio para que me cuente el motivo de tantas subidas y bajadas llevando provisiones de boca y trayendo..., sabe Dios lo que traerá.

Interrogado al día siguiente, Miedes nos contestó con evasivas que aumentaron nuestra curiosidad. Lo que mi madre principalmente daba por averiguado era que el erudito de Atienza padecía miseria horrorosa, que ya no cabía dentro de los decorosos engaños. Para remediarle sin ofensa y proveerle de víveres, mi madre se valía de mil artificios. Con pretextos más o menos ingeniosos, allá iba el criado casi todas las mañanas llevando al anticuario, para que lo probase y diera su opinión, bien la cesta de patatas nuevas, bien la ristra de cebollas, el montón de judías o la media docena de frescas lechugas, todo de nuestra feraz huerta. Con estos regalitos y otros que en forma no menos delicada le hacía el cura, se apañaba el pobre y reparaba las faltas de su menguada despensa.

Invitado a cenar con nosotros el cura, don Juan Taracena, nos dió explicación de las antiguas y de las nuevas candideces caritativas del señor de Miedes, refiriéndolo con risas y comentarios humorísticos, que revelaban así la compasión por el anticuario como la estima en que tenía sus buenos sentimientos.

—Es un sabio tonto—nos dijo—, y un alma de Dios, en la cual se juntan la erudición pasmosa y una simplicidad digna del Limbo. Desde que le conozco, y de ello hará treinta años largos, le he visto dominar todas las ciencias históricas y proteger a todos los perdidos. Su mujer le salió rana, y pez el hijo único que tuvo, el cual, desde temprana edad, despuntó por su vagancia y malos instintos. El dinero de Miedes, antes que suyo era del primero que lo había menester, y con tanto descuido lo daba, que era como si se dejase robar o si se estafara a sí mismo. Regalaba hoy un puñado de duros al primer farsante que pasaba por el pueblo, y mañana le veíamos remendando sus propios zapatos. Delante de mí cambió una excelente mula por dos tomos

del *Cronicón del Obispo de Túy*. En cierta ocasión hipotecó el prado de Huérmeces para socorrer a unos parientes pobres, que a los dos meses le pusieron pleito; y cuando su mujer, que se había fugado con Boceguillas, fué a parar, abandonada y enferma, al hospital de Cogolludo, ¿qué hizo el hombre?, pues ir en su busca y socorrerla y traerla a casa.

—Eso es caridad—dijo prontamente mi madre—, y, con perdón, no hay que vituperarlo.

—Caridad es, sí, señora, y soy el primero en alabar el rasgo; pero fíjense en una cosa: para todos los gastos del viaje a Cogolludo y retorno, y el costerío de médicos y medicinas, vendió el sabio por poco más de un pedazo de pan sus tierras de Cincovillas. ¿Y todo para qué? Para que la Bibiana se pusiese buena. Buena que estuvo la condenada, le faltó tiempo para fugarse con el barbero de Zorita de los Canes... ¿Y Miedes? Pues emborronando una resma de papel para demostrar..., allá lo mandó a la Academia de la Historia..., para demostrar que el llamado *García Eneco*, yerno de *Isur* o *Suero*. y muerto en la batalla de Albelda, no es Iñigo Arista, primer caudillo de los navarros, sino... qué sé yo, el demonio coronado. Para no cansar a usted, ¿saben de qué gentuza se nos apiada hoy don Ventura? ¡Ay!, éstos son otros Sueros, otros celtíberos o de la familia del propio Túbal, el primer vecino de España. ¿Se acuerda usted, doña Librada, de aquel Jerónimo Ansúrez, que llegó acá de la parte de Sacedón, hará diez o más años, tomó en renta las tierras de los Garcías del Amo, en Alpedroches, y unas veces por poca suerte y asolación de sequías y pedriscos, otras por mal arreglo, vino a la ruina y anduvo en Justicia, los hijos se le desmandaron y uno de ellos dió muerte al molinero de Palmaces?

—¡Ah!, sí, ya me acuerdo... ¡Ansúrez! Llamábanle el *Alforjero*, que éste es el mote que aquí damos a los de Alpedroches... Ya recuerdo... Y el hombre tenía lo que llamaban ilustración o un atisbo de ella. Se expresaba con donaire y daba gusto oírle.

—Como que le criaron los benedictinos de Lupiana, y hasta su poco de latín burdo sabía. ¿Recuerda la señora que tuvimos que echar un guante los pudientes para reunirle con qué salir de aquí? Pues esta calamidad de familia fué a caer en el Burgo de Osma, donde no tuvo más suerte o mejor conducta que en Atienza. Uno de los hijos mató a un sanguijuelero, y otro descalabró al alcalde de Quintanas Rubias. Echados del Burgo, se perdieron de vista por algún tiempo. Dispersáronse los hijos como para asolar toda la tierra: uno de ellos dicen que se mutiló el dedo índice para esquivar el servicio del rey; volvieron algunos junto al padre... Por fin, según entiendo, despues de vagar en tierras de Soria y de Teruel, o pidiendo limosna o quizá tomándola antes que se la den, han recalado por aquí.

—¿Y ésos son—dijo mi madre tan sorprendida como alarmada—los nuevos amigos del bendito Miedes?... ¿Y ésa es la pandilla que visita y la miseria que socorre?... ¿Ansúrez...?

—El mismo que viste y calza... Miento, que, según me ha dicho el sabio, van todos ellos un poco ligeros de ropa.

—Pues debemos vestirles y calzarles —dijo Ignacia—para que cuando entre el frío no les coja en tal desamparo. ¡Pobrecitos!

—Ya sabrá nuestro alcalde—indiqué yo—qué clase de huéspedes tenemos, y procurará darles pasaporte. Sean como quiera, vagos de oficio, apóstoles de la religión del *dolce farniente* o ladrones en cuadrilla, no se van de aquí sin que yo los vea.

Sobre esto se discutió largamente, opinando mi madre por que no subiera yo al castillo, a menos que me acompañase con la Guardia Civil el señor cura, para que su presencia ahuyentase y confundiese cualquier invisible maleficio que por allí anduviera. Defendió María Ignacia con calor la visita, y resumió graciosamente el cura las diferentes manifestaciones, proponiendo ir todos, menos mi madre, a quien contaríamos lo que viésemos, en la seguridad de que ni rastro de demonios o duendes habíamos de encontrar en aquellas alturas. Sin negar que existiesen demonios, aseguró el buen Taracena que él no los había visto nunca, como no fueran tales los que en forma humana vemos por el mundo, con cara y hábitos de perversos egoístas, embusteros, crueles, hipócritas, matones y aficionados a lo ajeno. Para éstos no había más exorcismo que la ley, y a falta de ésta la sanción religiosa que a cada

cual en la otra vida designa su merecido, según sus obras. Es el cura de San Juan, de Atienza, un excelente hombre, puntual y correctísimo en las funciones de su ministerio, buen maestro en cosas del mundo y en el conocimiento de toda flaqueza, sin que se le pueda poner tacha más que por los pecadillos de hablar sin freno, de comer con demasiado gusto y abundancia y de beber intrépidamente en solemnes casos. Siendo yo niño y él grandullón me quería, y con amenos cuentos, a veces sucios, nunca deshonestos, me divertía; ahora me considera y gran devoción tiene por mí. Aunque nada me dice, yo le descubro la ambición de una canonjía de dignidad en la catedral de Sigüenza. Ya veremos...

Y a la mañana siguiente, muy temprano, cuando yo no había salido aún de mi cuarto, sentí discretos golpes de nudillos en la puerta, y a poco una voz comedida y grave, que decía:

—Señor don José, si la señora marquesa está con usted en este camarín, no pretendo entrar. ¡Dios me libre!; pero, si está usted solo en sus lavatorios de caballero, le suplico que aunque se halle en paños menores me franquee el paso, que es muy urgente, pero mucho, lo que tengo que decirle.

No conocí la voz de Miedes hasta la mitad de la oración suplicante, y antes de que sonaran los últimos vocablos abrí la puerta, y doblándose penetró en mi cuarto la estirada figura del sabio de Atienza. Con menos pureza de frase que la que comúnmente usaba, turbado y presuroso, me pidió que interpusiese mi valimiento con el alcalde, don Manuel Salado, para que éste no arrojara del castillo al infeliz padre y más infelices hijos que entre aquellos muros se albergaban, y que le quitase de la cabeza la cruel idea de mandarles a Guadalajara por etapas entre estos cuadrilleros a la moderna que llamamos guardias civiles... Como yo me mostrase muy dispuesto a secundar sus humanitarios propósitos, díjome con cierto temblor del habla que los tales no podían ser calificados de malhechores ni tampoco de personas recomendables, y que su exacta calificación no será fácil mientras no se admita con carta de naturaleza regular la clase y matrícula de *delincuentes honrados*, o sea de los que por designio de la fatalidad o por impulso de las hondas necesidades no satisfechas, hambre y sed, o por diversos móviles nacidos de las mismas leyes que nos protegen, así como de las que nos oprimen, se ven lanzados a una o más acciones... maléficas, o con apariencias de maldad, conservando en sus almas la buena intención y el principio fundamental de la virtud.

No copio más que lo esencial de la retahila que me endilgó el cuitado Miedes, acariciando los botones del levitín que yo acababa de ceñirme, y añado que la cabeza de mi amigo ilustre me pareció enteramente trastornada. Con todo ello se redobló mi curiosidad. Mi mujer, no menos interesada que yo en el asunto, vistióse prontamente en el cuarto próximo y salió a saludar al sabio; invitámosle a desayunar; recogimos a Taracena, que en el comedor nos esperaba ya charlando con mi madre; echóme ésta su bendición, y subimos a la Trinidad para emprender de allí la marcha hacia el castillo. Por el empinado sendero explicaba don Juan a mi mujer la importancia de aquella feudal fortaleza y atalaya, las ventajas de su emplazamiento frente a la angostura o pasadizo que comunica las dos Castillas; y don Ventura, que a cada paso que dábamos me parecía más dislocado del cerebro, me anticipó la presentación de las ilustres personas que íbamos a visitar: «... Este Ansúrez, Jerónimo en lenguaje cristiano, por distintos motes conocido: el *Alforjero*, en Alpedroches; *Hidalgo*, en Bustares; *Bragado*, en Atienza; *Respeño*, en Hiendelaencina, hombre aquí y acullá digno de estudio, no tiene, como verá usted, nada de vulgar. Por algún tiempo le diputé sucesor de aquel famoso *Abo l'Assur*, o *Al Ebn Asshaver*, que de ambos modos lo designan las historias, señor de las ciudades de Nájera y Viguera, en los confines de Castilla y Navarra..., pariente próximo de *Abo l'Alondar* (hijo del Victorioso), a quien se atribuye la destrucción de la antigua *Centóbriga*, que algunos llaman *Contrebia*...»

Por piadosa cortesía, que siempre debemos a los dañados del juicio, le manifesté mi sorpresa de que se hallaran tan dejadas de la mano de Dios personas de altísimo abolengo; y él me contestó:

—No presume este buen hombre de linajudo. La investigación de su progenie es cosa mía..., cosa enteramente mía, señor don José...

Y parándome luego en lo peor de la cuesta, cuando ya María Ignacia y el cura se aproximaban a las ingentes ruinas, el trastornado investigador de la Historia bajó la voz para decirme con misterioso acento:

—Dando vueltas en el magín a esta pícara idea, he venido a rectificar mi primera opinión, y, cayendo del burro de mis preocupaciones arábigas, opino y sustento que estos Ansúrez no tienen nada que ver con el caballero *Ab Assur*, ni con ningún otro de casta agarena, y que su abolengo es celtíbero, pura y castizamente celtíbero, como lo acredita el nombre, que derivo del *Zuria* o *Zuri*, digamos *Juan Zuri* (el señor blanco), tronco y fundador de los afamados vascones.

Di algunos paseos hacia arriba; pero Miedes me detuvo, clavó en mis botones la crispada garra, y mirándome con ojos centelleantes acabó su lección en esta extraña forma:

—Es, indudablemente, el *Zuria* celtíbero, conservado a través de los siglos en su prístino vigor de raza. Demuestro, como dos y tres son cinco..., sí, don José querido, lo demuestro, y veamos si hay un guapo que me desmienta..., demuestro, digo, y ello es tan claro como la luz del día, que este *Zuria* viene de aquella rama o familia céltica que del monte Taurus o de la Paphlagonia nos mandó el Oriente y se estableció en esta región, que andando los siglos vino a llamarse *Algaria*, en labios del moderno vulgo *Alcarria*. La tal rama céltica, que Estrabón y Appiano llaman *Kimris*, y Diodoro de Sicilia *Cinmmerianos*, era, sin duda, la más hermosa, la más inteligente; y no falta quien sostenga que estas tribus, a su paso por el Atica, engendraron a los Titanes y a los dioses Saturno, Rea y Júpiter, de quienes salió todo el paganismo; como también se dice, y yo no he de negarlo, que de los mismos proceden los hebreos y caldeos... Que en el curso de tantos siglos y con tantas alteraciones y mudanzas se mantiene pura esta soberana raza, la más bella, señor don José, la mejor construída en estéticas proporciones, señor don José, la que mejor personifica la dignidad humana, la indómita raza que no consiente yugo de tiranos, señor don José, bien a la vista está; y usted podrá, ¡carambo!, apreciar por sí mismo estas verdades, que no desmentirá..., verdades que no consiento sean contradichas, porque aquí está Ventura Miedes para sostenerlas en todo terreno, señor don José..., para imponerlas y hacerlas tragar a los incrédulos y testarudos... Lo dice Ventura Miedes, y basta, basta...

Pensé que me arrancaba los botones. Ya comenzaba a serme molesto el tal sabio, y hube de apartarle para seguir mi camino. En esto, mi mujer y el cura, que habían traspasado ya el arco de entrada al castillo, salieron, Ignacia de prisa y ceñuda, Taracena con calma y jovial. Advertí en mi esposa una palidez y expresión de susto que me alarmaron, y no dudé que había visto algo muy desagradable. Antes que yo pudiera interrogarla, me dijo:

—No entres, Pepe... Mamá tenía razón... Hay demonios.

V

La franca risa con que el buen párroco acogió estas turbadas expresiones me tranquilizó.

—No hagas caso, Pepito; la señora marquesa se asusta de la majestad del lugar, de la imponente elevación de los muros. En cuanto a los habitantes, nada tienen de terroríficos. Entra y verás.

—Fué la primera impresión—dijo Ignacia, agarrándome el brazo—. Entraré contigo si quieres; pero mejor fuera no haber venido.

—¡Qué tontería! Sean lo que quieran. ¿nos van a comer? Entremos, y vaya por delante, de cicerone, el señor de Miedes.

Salvamos el boquete abierto en el adarve, pasamos junto al cubo, que enhiesto y amenazador se mantiene, desafiando el cielo; subimos la escalera que conduce al interior de la torre del Homenaje, de la cual sólo queda un cascarón informe, y bajo una bóveda festoneada de hierbatos encaramos con la familia errante, que allí tenía su aposento. Adelantóse a recibirnos el padre o cabeza de la pequeña tribu, Jerónimo Ansúrez, el cual, con cortesía solemne, muy de caballero, nos dió los buenos días. Era un viejo hermosísimo, de barba corta, como de quien abandona por muchos días el cuidado de afeitarse, expresivo

de ojos, aguileño de nariz, la cabeza gallardamente alzada sobre los hombros, el cuerpo airoso y gentil, fácil en los movimientos, noble en las actitudes, vestido de paño pardo, con no pocos remiendos que parecían heráldicos dibujos. Quedéme absorto mirándole, y por estar tan fija en él mi atención tardé en hacerme cargo de las otras figuras. Eran sus hijos, tres en pie, dos tumbados. Al extender la vista por el círculo que formaban no lejos de su padre, vi entre ellos a una mujer que subyugó mis ojos. Era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Ni en Italia, ni en España se me apareció jamás hermosura que con aquélla pud.era compararse... Perfección tal de rostro y formas no se hallara más que en la Grecia de Fidias. Diría que me pareció cariátide; pero su temprana juventud no acusaba la necesaria robustez para sostener arquitrabes con su linda cabeza. La vi arrimada a un trozo de muro, a la izquierda; era la figura más distante de la de su padre. Apoyaba el codo derecho en una piedra, en la mano la barbilla. Cruzados los pies desnudos, cargaba sobre el izquierdo el peso del cuerpo esbeltísimo, incomparable en todas las partes y líneas, de absoluta proporción en todos sus bultos.

—Es mi hija Lucila—dijo el padre señalándola; y ella, mirándonos con curiosidad, un tanto desdeñosa, no hizo ni un movimiento de cabeza, ni pronunció palabra alguna.

—Este es el hijo segundo—dijo Miedes designando a un muchachón fornido, guapo, de tez tostada, que altanero nos contemplaba—. Su nombre es *Didaco* o *Yago*, aunque vulgarmente lo llaman Diego. Y este otro es *Egidio*, Gil, que decimos ahora.

El tal *Egidio*, jovenzuelo muy parecido a su hermana, se adelantó a besarnos la mano. Junto a él vimos al que Miedes llamó *Ruy*, un chiquillo como de diez años, lindísimo, curtido del sol, medio desnudo, con una piel cruzada a la cintura que le asemejaba al San Juan Bautista de la iconografía corriente. Los dos restantes eran yacentes estatuas: el uno dormía, el otro acababa de despertar y con soñolientos ojos nos miraba.

—Y a estos dos gandules—preguntó Taracena, riendo—, ¿qué nombres les da el amigo Miedes? ¡Ah!, ya me acuerdo: el tagarote grande es *Gundisalvo*, y el otro *Leguntio*. Dígame, Ansúrez: ¿ese Leoncio ha cumplido los catorce años?

—Los cumple dos días después de la Virgen de Septiembre. Es el que sigue a Gil, y Gil sigue a Lucila, que ya cumplió los diecinueve.

—Y ¿cuál es el que se cortó el dedo para escaparse del servicio del rey?

—Es ese que duerme, mi tercer hijo, Gonzalo; al mayor, que se llama como yo, lo tenemos en Ceuta, por un *achaque*...

—¿Llama usted achaques a los crímenes?

—Por una mala querencia, señor. Acciones hay malas que son nacidas del mucho querer.

—Como el querer de aquel galeote que se enamoró de la cesta de ropa. Y dígame: este *Gundisalvo*, o Gonzalo, ¿es el que domestica cuervos y les enseña el habla, igualándolos a los loros?

—No lo tome a risa. Dos cuervos educó en el Burgo, que hablaban griego y latín...

—Vamos, que ayudarían a misa.

—Mejor que muchos cristianos. Uno se vendió y a Francia lo llevaron; el otro me lo robó un sanguijuelero.

Nos sentamos, y sacando cigarros a todos les di y fumaron el padre y los hijos mayores. Mi mujer, que de mi brazo se colgó pesándome en algunos momentos, no despegaba los labios, y Miedes hablaba en voz queda con la moza Lucila, cuyo timbre de voz hasta mí llegaba como dulce y lejana música. Interrogado Ansúrez por el cura y por mí acerca de las desdichas que le habían traído a tal pobreza y desamparo, se sentó en una piedra, y con gran sencillez de lenguaje, ni jactancioso ni servil, sino en un punto de sinceridad grave, nos dijo:

—Yo, señores míos, soy un hombre de buen natural, ni de los que van para santos, ni de los que merecen condenarse; bueno cuando me ponen en condición de serlo, malo cuando me obligan a volver por mi interés; mas no tanto que puedan los más tirarme la piedra. El mundo es malo de por sí, y esta nuestra tierra de España, tan sembrada y rodeada está de males, que no puede vivir en ella quien no se deje poner trabas en manos y pies, dogales en el pescuezo, que al modo de cordeles son las tan-

tísimas leyes con que nos aprieta el maldito Gobierno, y lazos los arbitrios en que nos cogen para comernos tantos sayones que llamamos jefe político, alcalde, obispo, escribano, procurador síndico, repartidor de derramas, cura párroco, fiel de fechos, guardia civil, ejecutor y toda la taifa que mangonea por arriba y por abajo, sin que uno se pueda zafar... Yo, aquí donde me ven, no soy de los más legos, que los benitos de Lupiano me enseñaron lectura y escritura y me apacentaron el entendimiento con libros que en mí dejaron alguna ciencia, aunque corta... Pero sin saber cómo pasé de aquel vivir a otro y me metí a labrador, lo cual fué, pueden crérmelo, como meterme en el laberinto de la perdición y en el infierno de la miseria. Quien dice labranza dice palos, hambre, contribución, apremios, multas, papel sellado, embargo, pobreza y deshonra... Pues, aunque labrador, digo que no soy lerdo y que si no me falta paciencia, condición primera del que se pone a dar azadonazos en la tierra mirando siempre para el cielo, me sobra lo que llamamos orgullo, o como se dice, apersonamiento, que es el hipo de no dejarse atropellar ni permitir que a uno le popen y atosiguen. Labrar la tierra es cosa dura, ¡ay!..., ¡con doscientos y el portero!..., y por labrarla de la peor suerte con trabajo propio en tierras ajenas, salta en cada momento la cuestión de las cuestiones, aquella que ya trae revueltos a los hombres desde que los hijos de Adán, o sus nietos y bisnietos, dieron en sembrar la primera semilla: la cuestión del tuyo y mío, o de averiguar si siendo mío el sudor, mía, verbigracia, la idea, y míos los miedos del ábrego y del pedrisco, han de ser tuyos los terrones abiertos y la planta y el fruto... Pues yo, que sé trabajar como el primero, que en el libro de la tierra y del cielo estrellado leo sin equivocarme, no he podido trabajar nunca sin que a cada vuelta me salieran la Partida tal, el Fuero cual, el fisco por este lado, la escribanía por otro, las ordenanzas, los reglamentos, las premáticas, el amo de la tierra, el amo del agua, el amo del aire, el amo de la respiración y tantos amos del infierno, que no puede uno moverse, pues de añadidura viene el sacerdote con sus condenaciones, y delante de todos el guardia civil, que se echa el fusil a la cara..., y si uno chista, cátate muerto. ¿Quién vive así? Yo he sido honrado, luego tentado a no serlo. Me han perseguido, me han atropellado, me han quitado lo mío y lo que tomaba para que los tomadores de lo mío me pagaran con lo suyo..., me han metido en cárceles, me han puesto en escritura con papeles, y aquí estoy valiendo menos que la tinta que gastaron en contar mis desavíos; he perdido en una semana lo que en seis meses gané; he recibido palos y los he dado con más ganas de romper cabezas que de guardar la mía, y, por fin, llego a la vejez cansado de la lucha y sin otro provecho que las amarguras, rabietas y achuchones... Yo he mirado siempre por mis hijos, y ellos, si bien me quieren, mal me asisten, porque han heredado mi orgullosa condición, y son tales que no sufren dueño, de lo que resulta que descalabraron a mucha gente y a más de cuatro hicieron sangre, pues cada cual tiene su honor, que no de otra manera que con sangría debe lavarse si es manchado. Mis hijos son bravos, sufridos y de mucho ingenio para todo; sólo que no ha nacido quien los meta en cintura, porque yo, que hacerlo podría, he olvidado el modo de ordenar a los demás, no sabiendo ya cómo a mí propio me ordene. Somos todos indómitos y aborrecemos leyes y renegamos del arreglo que han traído al mundo los reyes por un lado, los patriotas por otro, con malditas constituciones que de nada sirven y libertad que a nadie liberta, religión que a nadie redime, castigos que no enmiendan a nadie, civilización que no instruye y libros que no se sabe lo que son, porque éste los alaba y el otro los vitupera. Por encima, un Dios que mira y calla y no suelta mosca, y por debajo un diablo que si uno quiere venderse a él no da ni para zapatos: tacaño el de arriba, tacaño el de abajo, y los hombres que están en medio más tacaños todavía... Y si con lo dicho les basta para conocerme, no se hable más y socórranme, librándome de que la Guardia Civil nos fusile o de que un juez de manga estrecha nos meta en el pudridero de una cárcel... El señor marqués, que es poderoso, hable con el alcalde para que nos dé un salvoconducto con que podemos llegar a Madrid, pueblo grande y revuelto, donde hallaremos algún

modo de vivir ni más honrado ni más deshonrado de los muchos que por allí hay. Oiganlo, señores, y sean compasivos y no nos tengan por peores que los tantísimos que andan por campos y ciudades amparados de leyes, vestidos de doctrinas, y con todos esos atelajes de honradez que han inventado los muchos para comer a costa de los pocos, o los pocos que supieron hacer su granjería de la necedad de los muchos.

La primera impresión de este discursillo fué que teníamos que habérnoslas con un pillete de finísimo sentido y trastienda. María Ignacia le oyó absorta, yo con el agrado que comúnmente producen las bellezas del arte popular. Taracena, con burlonas risas. Miedes, sentado a distancia, la cabeza entre las manos, parecía hondamente abstraído. Preguntado si era viudo, Ansúrez nos dijo:

—Viudo tres veces. Mi primera mujer era manchega, aragonesa la segunda, las dos de muy buen ver...

—¿Y la tercera?

—Hermosa si las hubo..., valenciana... Con ésta no estuve casado por bendiciones, sino por nuestro arrimo y conveniencia natural. De Dios están gozando las tres... Mucha ley me tenían, ¡con doscientos y el portero!

—Y ¿qué nos cuenta el amigo Ansúrez de esta hija tan guapa, de esta Lucila—preguntó el cura—, a quien el señor Miedes llamará *Lucinda, Lucania* o *Lucinelda?*

—Esta hija mía—replicó Ansúrez, mirándola cariñoso—ha venido a estas miserias por lo mucho que quiere a su padre: ¿verdad, Lucihuela?

Con miradas no más contestó la hermosa, conservando su gravedad de estatua. Los chistes, no de muy buen gusto, con que Taracena ponderó el contraste entre tan admirable belleza y la ruindad de su vestimenta (que sólo consistía en una vieja falda y una envoltura de trapo para el cuerpo), no merecieron de ella ni fugaz sonrisa. Pensé que a todos nos despreciaba profundamente.

—Aquí donde la ven los señores, sabe expresarse como las personas finas; sólo que es muy vergonzosa y su mal pelaje le aumenta la cortedad. En una de las peores borrascas que me ha traído mi mala suerte, la puse a servir. Hallándose en Molina de Aragón, la vió una señora de Zaragoza, y tanto gustó de ella y de su buen modo que se la llevó consigo y en su casa la tuvo, tratada y vestida como una damisela, no sin que también le dieran la enseñanza de leer, escribir y algo de cuentas, coser, bordar y otras filigranas... Pero como para mi generación no hay manera de torcer el maldito sino con que todos venimos al mundo, la dama protectora de Lucila cerró la pestaña, y los herederos, que no gustaban de intrusos, plantaron a mi niña en la calle sin más que lo puesto y un cestito con vituallas para dos días. Anduvo la pobre de puerta en puerta, en busca de acomodo, y ya porque lo hallara muy malo, ya porque el que halló pecaba de bueno en demasía, ello fué que mi honrada niña corrió por montes y laderas en busca de padre y hermanos, y después de andar todos tomando lenguas, ella por nosotros, nosotros por ella, nos juntamos en la gran ciudad de Tarazona, y de ella hemos venido en luengos meses partiendo nuestra miseria, como los señores nos ven...

Al llegar a este punto de su historia, hizo Ansúrez como que se secaba una lágrima, y Lucila miró para la otra parte de las ruinas; mas no advertí que llorase. Pensé que no gustaba de vernos, sintiéndose quizá ofendida de nuestra curiosidad reparona y deseando la soledad como el más preciado ambiente de su salvaje belleza. De improviso, levantóse mi mujer, y cogiéndome el brazo, con notoria inquietud y turbación, me dijo:

—Vámonos, Pepe; no quiero estar más aquí.

No la insté a consentir que permaneciéramos un ratito más interrogando a los Ansúrez, porque la vi con ardiente anhelo de retirarse. Tiraba de mi brazo con fuerza, y sin darme tiempo más que para prometer a los desgraciados que intercederíamos en favor suyo, me sacó de las ruinas, repitiendo:

—Vámonos..., salgamos de aquí si no quieres que me ponga mala.

VI

De mediano talante estuve toda la mañana, pues el grato efecto de la visita al castillo se me convirtió en amargura viendo a María Ignacia muda y

cavilosa, metida en sí, cual si una idea pesimista esclavizara su pensamiento. Sagaz observadora mi madre, al pasar junto a nosotros murmuraba:

—¡Cuando digo yo que hay demonios!...

Con su sombría tristeza efectuaba María Ignacia una violenta reversión a los días pasados; se parecía más a mi novia que a mi mujer; creyérase que se le disipaba la recién adquirida gracia y que se extinguían los chispazos de inteligencia, volviendo a imperar el mohín de niña vergonzosa y la desapacible estolidez de los días en que se me propuso el casorio. De sobremesa, se me antojó romper el silencio que mi mujer y yo guardábamos, convencido de que callando no íbamos a ninguna parte y de que las explicaciones razonables disiparían aquella nube. Y antes de que yo dijese lo que decir quería, me interrumpió Ignacia con esta observación:

—Guapísima es la hija de Ansúrez, ¿verdad? No creo que exista en el mundo mujer más hermosa. ¿Qué dices tú, Pepe?

—Digo que es linda, sí; pero que con aquella suciedad y aquel vestir harapiento... Quita allá, mujer.

—O eres tonto verdadero, o tonto fingido, Pepe, y a mí no me haces creer lo que has dicho. ¡Suciedad! Todo eso es música. No había de tardar mucho en lavarse y ponerse como una patena cuando lo necesitara... Y a mí me parece que como la hemos visto luce más su hermosura. Parece una estatua, un cuadro, no sé si de la Virgen o de alguna diosa, muy al fresco y a la pata la llana... Es la belleza en estado natural, lo mismo que Dios la crió. ¿No eran así las mujeres de la antigüedad, cuando nosotras no usábamos corsé, y ustedes los hombres no conocían los pantalones, y andábamos todos con trajes largos, túnicas y qué sé yo qué...?

Al quedarnos solos, prosiguió María Ignacia de este modo:

—Te aseguro que esa mujer me ha trastornado. ¡Qué quieres!, empiezo a creer en el mal de ojo. De veras te digo que me cambiaría por ella, comprometiéndome a estar descalza toda la vida, mal cubierta de guiñapos indecentes, vagabunda, sin casa ni hogar..., siempre que adoptaras tú la misma vida, dejándote crecer las guedejas y cambiando tu condición de señorío por el oficio de vender burros o de componer calderos. Con tal de tener la cara de esa mujer y su cuerpo precioso, yo diría la buenaventura y tú y yo nos ejercitaríamos en robar lo que pudiéramos. Puedes creerme que es verdad lo que digo. Dios, que ve los corazones, sabe que no miento, que no me hago la romántica... Mujer y esposa, estimo la hermosura como el mayor de los bienes; todo lo demás no vale nada.

El tema era gracioso; pero aunque intenté glosarlo con todo el ingenio de que yo podía disponer, no conseguí hacer reír a María Ignacia, ni sacarla de su tenebrosa melancolía. Como había comido poco y estaba necesitada de alimentos y distracción, le propuse que fuésemos a dar un paseo por el camino de Ríofrío, llevándonos una buena merienda. Aprobó mi madre este plan, y antes de las cuatro ya teníamos preparada una cesta con diversidad de fiambres y golosinas, la cual fué por delante, alternando en cargarla los chicos del confitero y Calixto; luego salimos mi mujer y yo con Tomasa y Rosarito Salado. La tarde se presentó calurosa, por lo que no andábamos muy aprisa y requeríamos la sombra que las encinas y castaños proyectaban sobre el sendero a la falda del Padrón de Atienza. Media hora llevábamos de paseo, cuando advertí que de la parte de los altos de Barahona venía una nube parda con visos amarillos en sus rebordes desgreñados; avanzaba como fúnebre cortina que sólo cubría parte del cielo, pues hacia el Oeste brillaba el sol. La nube parecióme de las que traen mala intención, y esta sospecha fué confirmada por el sonar lejano de truenos hacia el Este. Felizmente, llevábamos a prevención paraguas y sombrillas y no faltaban por allí casitas en que guarecerse en caso de aguacero.

—Me alegraré de que llueva—dijo María Ignacia, que de su mal humor se consolaba con las displicencias de la atmósfera, o en éstas vió perfecta imagen del estado de su espíritu.

Que la nube nos estropearía la tarde quitándonos el regocijo de la merienda, ya no podíamos dudarlo viendo los goterones que nos mandaba el cielo y que caían estampando en el camino como piezas de dos cuartos. No tardó en deslumbrarnos un relámpago que de lo más

próximo de la nube venía, y con el trueno que a poco retumbó echónos el cielo una rociada de agua y viento que no nos dió tiempo a buscar abrigo. Ruidos en lo alto anunciaban estragos mayores; la lluvia era como un sinfín de látigos que nos azotaban. Rosarito se amparó tras una peña; guarecidos mi mujer y yo bajo una encina, vimos que empezaban a caer con las gotas confites de hielo, que tal parecía el granizo, primero del tamaño de cañamones, luego como garbanzos. Las exhalaciones, difundiendo en todo lo que alcanzaba la vista repentina claridad lívida, nos deslumbraban.

—¿Tienes miedo?—pregunté a mi mujer; y ella me respondió:

—Ninguno; que caigan las piedras como castañas es lo que deseo.

Sobrevino una clara y quise aprovecharlo para llegar hasta un caserío que veíamos a tiro de fusil. Emprendida la marcha, ¡María Santísima!, y cuando no habíamos andado un tercio del camino, estalló sobre nuestras cabezas formidable estruendo y fuimos azotados de lluvia y piedra que ya superaba al grandor de las avellanas. Apretamos el paso, defendiendo nuestras cabezas de los coscorrones del cielo, y pudimos alcanzar la casa más próxima en un momento verdaderamente angustioso, pues al llegar al amparo del edificio ya eran nueces lo que con estruendo y vibración del aire caía... Ante nosotros corrían los cerdos, las cabras, ávidos de refugio; corría también Rosarito con las faldas por la cabeza; y cuando llegamos jadeantes, apedreados y hechos una sopa, vimos que bajo el ancho balcón de la casa unas veinte o treinta mujeres, algunas con sus críos en brazos, puestas de rodillas en actitud luctuosa, invocaban al Cielo con lamentos desgarradores, mezclados de oraciones y con súplicas que en algunas bocas se trocaban en blasfemias. Nunca vi espectáculo más lastimoso ni oí voces que más hondamente me sorprendieran y aterraran... Como si el Cielo, benigno en su fiereza, hubiera esperado a que estuviésemos en salvo para descargar sobre la tierra toda su ira, la terrible lapidación tomó fuerza aterradora: las piedras, cayendo en espesa lluvia, eran ya como huevos, y el suelo se vió pronto cubierto de aquel blanquísimo material. Algunas, como proyectiles lanzados por furibunda mano, rebotaban al caer y salpicaban en pedazos angulosos, estallando como rotos vidrios, y a la caída sonaban como un chasquido de huesos o de bolas de billar. Al compás de la furiosa pedrea crecía el gran vocerío de las mujeres, roncas ya de tanto pedir misericordia. A la Virgen invocaban unas, creyéndola más compasiva; otras a San Roque, a San Antonio o la Santísima Trinidad, que era lo más seguro, y alguna voz que empezó rezando el padrenuestro lo acababa diciendo:

—Señor, Señor, que esté una trabajando todo el año para que venga una cochina nube de un cochino cielo a quitarle a uno lo ganado...

Y por otra parte oíamos:

—Santos, ¿qué jacedes que esto consentides? Mala peste con vos y con el cura que nos echa las aconjuraciones...

—Virgen del Pilar, acude pronto acá y líbranos...

—San Roque, ¿adónde vos metéis, santico, que estos cielos dejáis a los demonios?...

—Padre nuestro..., todo perdido, todo arrasado..., venga a nos el tu reino..., mi patatal, que estaba como un vergel de Dios, y ahora..., el pan nuestro... Perdición, Señor, perdición y vengan rayos...

—Jesús, Jesús, ¿aónde estás metío, Señor Jesús de la cruz a cuestas?...

—Tiran coces los ángeles, y aquí nos mandan los cascos del pavimento celestial...

—Virgen, para, para; ya no más..., que nos morimos...

—¿Quién da patás en el cielo y quién descuaja los afirmamentos y nos echa encima too este vridio?...

—¡Mal haya quien trabaja, mal haya quien trae criaturas al mundo! Santo Jesús, ¿no diz que sodes Pastor? ¿Por qué matas tu ganado? ¡Trocarte has en labrador para que no mandes truenos, ni esta encandilación de tufo de azufre, ni estos cantos de dos libras!...

—¿Qué pecado hicisteis, patatas mías; en qué habedes faltado, judías, tomates y lechugas...?

—Apóstoles y mártires, ¿qué enfado tenéis? Semos pobres, trabajamos para vivir, y nos dejáis en los huesos. Pelados huesos, ya no tenéis sino hebras de carne, y estas hebras los perros de la

contribución vendrán a quitárnoslas. El niño no saca de nuestros pechos más que amarguras, y el marido, si no le dan vino, quiere que seamos burras para el trabajo....

—¡Mal haya el mundo, mal haya el trabajo, ábranse las sepulturas!...

—¡Justicia caiga sobre los malos, no sobre los pobres que meten su alma en la tierra!...

—Virgen pura, Madre nuestra, líbranos de todo mal perverso, quítanos el rayo y la piedra, amén, y guarece nuestros campos, amén, amén, amén...

En su consternación, no faltaron a la cortesía las espantadas mujeres, y nos abrieron paso. El amo de la casa nos dió un buen acogimiento en el lugar de más respeto, que era la cocina. Mi mujer contemplaba por un estrecho ventanuco el tremendo caer de piedra y se divertía viendo a Rosarito y a los chicos correr en busca de los mayores guijarros de hielo y traerlos para que los tomáramos al peso. Algunas mujeres se recogieron junto a nosotros, enumerando con febril palabra los estragos causados por el temporal en sus huertos y plantíos.

—Pero ¿será verdad que lo habéis perdido todo?—decíamos.

—Sí, señor marqués y marquesa, todo perdido, todo arrasado. Trabajamos para la nube, que se come nuestro sudor en tan intanto que se reza un credo. Lo mismo fué hace tres años... La contribución, que nos la piden a tiros, como el cielo nos afeita el campo a pedradas.

Por disposición de Ignacia, Tomasa y Rosarito repartieron entre aquellos infelices el contenido de la cesta y fué muy interesante ver cómo en breve tiempo las bocas de algunas mujeres y de los chicos dieron cuenta del copioso repuesto. El generoso aldeano que nos albergaba mandó recado a casa, a fin de que viniesen con socorro de vestidos para mudarnos. Despejóse el cielo a las seis y salieron las labradoras a buscar a sus hombres y a medir el aterrador destrozo de sus campos.

Vino a poco el alcalde con el secretario Zafrilla y gente de mi casa para conducirnos al pueblo, como si fuésemos náufragos o aeronautas caídos de las nubes, y aunque en ello había más oficiosidad y adulación que justificado servicio, lo agradecimos. Mudados de ropa y puestos en camino, díjome Salado que, sabedor de nuestros caritativos sentimientos en pro de los refugiados en el castillo, había dispuesto que se les dejase salir libremente, dispensados de los honores de la Guardia Civil y socorridos por cuenta del Ayuntamiento hasta Guadalajara. A esto dijo María Ignacia, reiterando su gratitud al alcalde, que no bastaba permitirles la salida, sino obligarles a que salieran, antes hoy que mañana, pues tal gente vaga y sin oficio conocido no era el mejor ejemplo para un pueblo tan honrado como Atienza. En ello convinimos todos, y a este punto encontramos a Taracena presuroso, que también quería coadyuvar a nuestro salvamento. Mi mujer se adelantó con el cura, y Zafrilla con Rosarito, llevando de batidores a los expedicionarios de menor cuantía, y Salado y yo, a retaguardia de la caravana, charlamos un poco sobre la calidad y circunstancias que creíamos ver en los Ansúrez. Según don Manuel, el padre es inteligentísimo en toda labor agrícola y conocedor de *cuanto hay en la Naturaleza*, hombre de bien, *en el fondo*, pero echado a perder por las desgracias, por su descuido y falta de orden, y mayormente por la índole perversa de sus hijos, que si eran malos *de suyo*, la miseria los hacía peores. De Lucila no dijo más sino lo que ya sabíamos: que era una magnífica hembra. ¡Lástima que el padre no la vendiera! Venderíanla quizá sus hermanos si pudiesen, o esperarían unos y otros a llegar a Madrid, lugar de ricos compradores que saben apreciar el ganado de calidad superior y no regatean su precio.

—¡Vaya, una res, compadre!—decía, un poquito encandilado de ojos, parándose ante mí en mitad del camino—. Y puedo dar fe de que si mucho le falta de ropa, otro tanto le sobra de orgullo. No he visto mayor recato ni menos tela en lo que debe taparse.

—Es que ahora viaja en calidad de estatua, y como tal estatua no repugna el desnudo ni se deja querer.

—Pues no es de mármol ni de talla, don José mío, que ayer la pude echar un pellizco y... Por poco me pega... Cuando llegue a Madrid, si antes no la roban, tendrá que ver esa ninfa después de un buen lavatorio.

—Yo me la figuro lavada y bien ves-

tida, y... me parece que pierde, quiero decir que estará menos bella.

—¡No, por Dios, don José!... Yo me la imagino con ropa, y francamente...

—Vamos, le gustaría a usted ponerle ropa.

—Naturalmente, para quitársela.

No pudimos seguir, porque mi mujer retrocedía con Rosarito, llamándome. Inquieto, corrí hacia ella, entendiendo que se sentía mal.

—¿De qué hablabais?—me dijo, colgándose de mi brazo—. ¿Por qué se iban quedando atrás y a cada ratito se paraban? Alcalde, ¿podrá decirme qué cosas de tantísimo interés le contaba usted al marido mío?

—Señora—replicó Salado prontamente—, le hablaba de establecer en Atienza una fábrica de jabón.

—¡Jabón! Y ¿a quién quieren lavar? ¡Valientes pillos están ustedes! Vayan por delante, y no se aparten mucho. Que yo los vea... Y cuidadito con secretearse. Ya saben que, por lejos que se pongan, yo todito lo oigo..., y nada se me escapa, ¡cuidadito!

VII

Es Salado un trucha de primera, si falto de autoridad y luces para el gobierno de la ínsula concejil, sobrado de marrulleras habilidades para los enredos de campanario y los empeños de su egoísmo. Servicial y deferente con los poderosos y con todo el que ayudarle pueda en su privanza política, guarda sus rigores de ley y sus asperezas de carácter para los humildes sometidos a su vara, por una punta más dura que roble, blanda por abajo como junco. Nada teme de los de abajo, infeliz rebaño de hombres sencillos, más embrutecidos por la miseria que por la ignorancia, los cuales bajo el falso colorín de una Constitución que proclama y ordena franquicias mentirosas, gimen en efectiva esclavitud. Nada teme tampoco de los de arriba, con tal que en *la votada* saque el candidato que se le designó y se constituya después en agente o truchimán del diputado, del jefe político y del ministro, cualesquiera que sean los caprichos contra la ley o antojos contra la justicia que inspiren los mandatos de estas insolentes voluntades. Fuera de las infamias propias del oficio, que pocos ven, porque los que trabajan y sufren están ciegos, insensibles, y los que tienen luces y algún dinero huyen de los pueblos para refugiarse en Madrid, donde lo espacioso de la jaula garantiza relativamente la libertad y la dignidad cívica; fuera de esto, digo, Salado puede figurar entre los hombres corrientes, simpáticos, agradables, tan dispuestos para un fregado como para un barrido. Casado y con hijos, es mejor padre que esposo y mejor alcalde para sí que para el pueblo que administra.

Sigo contando. Cerca ya de la Puerta de Antequera, salió el sacristán de San Gil, apodado el *Né*, a contarnos la más lastimosa ocurrencia entre las innumerables, cómicas y trágicas, que produjo el pedrisco. Pasando por alto las gallinas y pollos ahogados, el cerdo que perdió el uso de la palabra, quise decir del gruñido, la burra que en los momentos de pánico se metió en la iglesia y no paró hasta la sacristía, la desaparición de cabras, cabrones y carneros; omitiendo asimismo la rotura del brazo de la *tía Mortifica*, las descalabraduras de otras viejas, las caídas de ancianos y tullidos, que por su calidad de pordioseros representaban menos valor que los animales, puso el narrador toda su labia en referirnos el grave estropicio de don Ventura Miedes. Bajaba el benéfico sabio de socorrer a los Ansúrez (y consta que les llevó tres libras de peras y una botella de tostadillo), cuando fué sorprendido por el temporal, y si él apresuraba el paso para evitar la lluvia y los coscorrones, más prisa se dieron las piedras en caer furiosas, creciendo de volumen a cada segundo. Arrebatado de su cabeza el sombrero por una racha, fué a parar a la veleta de la torre de la Trinidad. Hallábase el pobre don Ventura en lo más desamparado del cerro, sin ver en derredor suyo árbol ni cueva, ni pedazo de muro en que guarecerse, y en esto las piedras como huevos de gallina, de los de dos yemas, le caían sobre el cráneo y las sienes, aporreándole sin ninguna compasión. Una, mayor que las demás, como huevo de pava, le dió con fuerza y se rompió el casco de hielo; vino luego un canto que más bien parecía ladrillo, y al tremendo golpe perdió el sentido don Ventura y cayó rodando

por el suelo hasta dar en un hoyo, donde aún el cielo despiadado siguió apedreándole como los gentiles a San Esteban.

Presenciaron esto desde el pórtico de Santa María unos mendigos; más no pudiendo socorrerle, dieron voces, que con el estrépito de la granizada oír no pudo ningún cristiano. Pasado había la tormenta y ya lucía el arco iris cuando fué descubierto el infeliz Miedes, hecho un ovillo entre montones de granizo, y le recogieron medio helado y casi difunto, llevándole a su casa en una burra, a la manera de los sacos que van al molino, la cabeza cayendo por un lado, los pies por otro. Visto y examinado del médico don Pascual Pareja, dijo éste, según nos refirió el *Né,* que las abolladuras hechas en el casco por las piedras eran de cuidado; pero que la mayor gravedad estaba en los propios sesos, de la conmoción y el *derramen.* Grande fué nuestra pena por el accidente del anciano sin ventura. Ignacia me dijo:

—Día que empezó tan mal no había de concluir sino con esta sarta de calamidades horrorosas.

Habríamos corrido a casa de Miedes si no estuviese muy cerrada ya la noche y no sintiéramos tanta prisa de vernos junto a mi madre. En casa, el fenómeno meteorológico no había causado ningún desperfecto grave. Describiendo con pintoresco estilo la lluvia de piedra, mi madre nos dijo que creyó ver la espadaña de San Juan volando por los aires y estrellándose sobre nuestro techo. Cenamos, y María Ignacia, rendida del cansancio, se durmió con sueño tranquilo. Por la mañana despertó gozosa, poseída de un cierto ardor de beneficencia, y me propuso socorrer a las víctimas del temporal.

—Y de los del castillo, ¿qué se sabe? —me dijo, risueña—. A ésos no los parte un rayo. Si se van hoy, debemos favorecerles, y fuera de aquí arréglense para vivir con las mañas que usan; que llevando algún dinero serán mañas menos malas.

Parecióme esta observación la propia sensatez, y sobre lo mismo hablábamos después del desayuno, cuando nos avisaron que el señor Ansúrez, a punto de partir, quería despedirse de nosotros y darnos las gracias. No quisimos hacerle esperar, y encontramos al *celtíbero, secundum* Miedes, con uno de sus hijos en la cocina, donde ya mi madre nos había tomado la delantera, llevando dos hogazas, un manojo de cebollas y un cesto de ciruelas para obsequiar a la trashumante familia. Por cierto que en aquella segunda entrevista hubo de parecerme aún más gallarda que en la primera la figura del viejo Ansúrez, y su rostro más impregnado de exquisita nobleza. Sus elegantes actitudes no desmerecían con la pobre vestimenta del coleto burdo, el remendado calzón y las abarcas de cuero. Su afable sonrisa, su despejada frente, sus cabellos blancos, todo el conjunto de su vejez vigorosa me hacían el efecto de ver reproducidos en él los caballeros de remotas edades, que seguramente no irían mejor vestidos ni hablarían con más entonada y cortés gravedad. Su hijo Gonzalo, que en realidad veíamos por primera vez, pues en nuestra visita de la mañana anterior dormía, era una hermosa figura juvenil, el rostro ennegrecido, los ojos con llamas, al mano poderosa, el desplante galán y altanero.

—Queremos—dijo el padre, sin extremar la inclinación del cuerpo—despedirnos de sus excelencias y ofrecernos para cuanto hayan menester de nosotros en estas o aquellotras tierras... Manden lo que gusten, que si por nuestra pobreza no podemos servirles en acordancia con lo que son sus mercedes, válganos por lo chico del servicio lo grande de la voluntad.

A mi pregunta de si pensaba la tribu trasladarse a Madrid, contestó que él trataba de mantener a toda la familia en un haz y llevarla por un solo rumbo; pero que esto no sería fácil y tendrían que dispersarse, tomando cada cual por los caminos a que le llevasen sus diferentes querencias.

—A todos mis hijos—prosiguió—ha puesto el Señor mucha sal en la mollera, tanto que del rebosamiento de tanta sal han venido sus desafueros y las maldades de algunos. Y con la sal abundante les puso el Señor inclinaciones fuertes, a cada cual para lo suyo. A Gonzalo, que está presente, le tira la milicia, pero la milicia libre, que no hallará mientras no salten otras guerras como las pasadas; a Diego le tira la mar, de quien se enamoró en cuanto la vido en la salida del Ebro por los Alfa-

ques, y tanto es su amor de las aguas que en ellas se metería dentro de un zapato para ver toda tierra descubierta o por descubrir; a Gil le llama el mando, la guapeza, y no es capitán de bandoleros porque eso no trae cuenta con tanta Guardia cívica que tenemos ahora; a Leoncio le tira la cerrajería fina, o sea el amañar armas de fuego y llaves tan sutiles que con ellas no pueda cerrar y abrir quien no tenga el secreto; y si de Rodriguillo no diré, por razón de su corta edad, que está ya bien clara la inclinación, pienso que le tira la música, o el arte de sacar cóplas y de componer lo prosaico con buena concordancia. Si unos irán con gusto a Madrid, otros quieren más campo, más aire y espacios grandes. De mí digo que me tira Madrid, porque habiendo padecido trabajos y agonías debajo del trillo, que con esto comparo al Gobierno y fisco que nos aplastan, antes que ser la espiga que está debajo, quiero ponerme donde va el trillador, y ayudarle a llevar la máquina, si me dejan. Créanme los señores excelentísimos: mejor que ser la liebre guisada es ser el cocinero que la guisa, ya que no sea uno el rico que se la come. Feo y mal mirado es el oficio de verdugo; pero vale más ser ejecutor de la Justicia que ajusticiado. Labrador fuí y los mejores años de mi vida me los entretuvo y gastó el amor de la tierra; mas desengañado ya y harto de fatigas sin frutos, digo: «¡Adiós, tierra, con doscientos y el portero!...» A mí me han molido, me han zarandeado y me han quitado una y mil veces lo que gané con mi sudor. Déjenme ahora maldecir y renegar del diezmo, de la primicia, del voto de Santiago, del apremio, del montonero, del embargo, de la mano muerta, de la mano viva. ¡Arre allá por cepas! Más vale saber que haber. Váyanse al demonio el alcalde, el jefe político, el regidor decano, el síndico personero, el agente de apremios, el recaudador, el fiel de fechos, el escribano, el alguacil, el del fielato, el pontonero y cuantos tienen autoridad del ministro para abajo. Pues ahora quiero yo vengarme, o, como se dice, ponerme encima, y ya que mis espaldas saben a lo que saben los golpes, sepa también mi mano a qué sabe tener el palo, y con el palo licencia para pegar de firme.

—Comprendido, señor Ansúrez — dijo mi madre, risueña—; lo que usted quiere ahora es un destinito. Vaya, vaya; es tonto y pide para las ánimas.

—Destino tendrá—afirmó María Ignacia, que encontraba graciosas las cuitas y las ambiciones del buen Ansúrez—. Y si, como dicen, es usted leído y escribido, bien podrá entrar en una oficina.

—Más que oficinante me gustaría ser guarda de sitios reales, administrador de un pósito..., verbigracia, o almacenero de los tabacos de su majestad.

—Vaya, vaya—dijo mi madre—; aquí viene bien lo de «Aún no ensillades y ya cabalgades». Pepe, ya puedes recomendarle...

Preguntado si tenía relaciones en la Corte o si en su larga vida había hecho conocimiento con alguna persona de viso que ahora le pudiera favorecer, contestó que su estrechez y desgracia no le han traído más que conocimiento de gente miserable, pues por algo se dice: «En cama angosta y en luengo camino no hallarás amigos.»

En este punto de la sabrosa conversación, precipitóse mi mujer con esta pregunta:

—Ya sabemos que a uno de sus hijos le tira el mar, a éste la milicia, al otro la música, a usted le tira Madrid; y a su hija Lucila, ¿qué le tira?

—Mi hija tira al monte, quiero decir a la grandeza—replicó el viejo—, como si de padre y madre coronados hubiera nacido esa criatura; y aunque sus mercedes la ven tan extremada en el trajín pobre, vistiéndose por la moda de las imágenes, es que gusta de pintar la grandeza con la rematada pobreza, por aquello de «parezco nada para serlo todo»... Tiene buen natural, eso sí, y a compasiva no le gana ni Santa Leocadia... Pero yo quisiera que, si vamos a Madrid, encontráramos para Lucila un buen recogimiento al lado de señoras maduras y sentadas que la enseñaran la gobernación de casa humilde y le quitaran de la cabeza la idea de que vuelven al mundo las hembras guapas de la idolatría..., no sé explicarme...

—Lo entendemos muy bien — observó mi madre—. Esa niña de usted, según me dicen, es como si viniera de gentiles o nos quisiera traer la moda del tiempo en que eran vivas las estatuas.. ¡Buena pécora será la muchacha si no la curan de esa manía!... Pero mis hi-

jos le darán a usted cartas de recomendación para que en Madrid halle donde colocarla honestamente.

Esta idea sugirió a mi mujer el propósito de formular las recomendaciones inmediatamente, ansiosa de mirar por la errante familia. Sus nervios disparados no admitían espera, y que quieras que no tiró de mí y arriba me llevó para que escribiera las cartas.

—Pero ¿a quién he de escribir, mujer?...

—A tu familia, a tus amigos, a Eufrasia, a tu hermana Catalina...

—Creo—le respondí—que recomendándola a mi hermana no será preciso molestar a nadie. Lo que no haga Catalina no lo hará ni el propio Narváez.

Obediente al caprichoso estímulo de María Ignacia, forma de un recelo que locamente la inquietaba, cogí la pluma y empecé la carta. Mi mujer miraba por encima de mi hombro lo que yo escribía; y viéndome indeciso en los términos de recomendación, me apuntó resoluciones y fines concretos.

—Diles claramente y encárgales con gran interés que la metan monja.

—Pero, mujer, falta que tenga vocación...

—La vocación se hace... ¡Qué tonto eres! Monja, monja, que no hay como la disciplina del claustro para domar a estas que dan en la flor de vestirse por los figurines del Paraíso terrenal. Así evitará su perdición y la de muchos hombres. Ponlo, ponlo bien claro... Que nos interesamos por esta joven; que deseamos su ingreso en un convento de regla muy estrecha...

—¡Pero si no tiene dote, y ya sabes que sin dote es difícil!...

—Yo la dotaré. Ponlo clarito; eso hace mucha fuerza.

VIII

Pues, señor, escribí la carta conforme al deseo de mi mujer, y cuando bajamos y la dimos al interesado, Taracena, que a la sazón llegaba, vaticinó al viejo Ansúrez y a su hijo dichas y grandes medros por nuestra protección.

—No han tenido poca suerte en caer acá—les dijo—y en la coyuntura de hallar en Atienza a los señores marqueses. Digan que les ha venido Dios a ver, porque de estas gangas caen pocas.

—Ya lo sabemos, y yo doy gracias a Dios por esta bienandanza—replicó Ansúrez—; que después de tantas perrerías de la suerte, alguna vez habíamos de pelechar. Y la dicha será completa si su excelencia pone en la carta, a más de lo tocante a la hija, alguna buena exhortación para los señores que podrían colocarme.

—Pepe, hijo mío—dijo mi madre—, puesto ya en eso del recomendar, escríbele a Sartorius o al propio don Ramón Narváez.

A esto observó María Ignacia que si mi hermana tomaba bajo su santa protección al buen Ansúrez, no necesitaba éste a nadie, pues los mismos San Luis y Narváez, con todo su poder de relumbrón, quedan hoy muy por bajo de sor Catalina y de las otras monjas sus compañeras, las cuales, a la calladita, llevan su influjo a todos los ramos, y a la mismísima superintendencia de Palacio y Sitios Reales.

Oyó esto con viva satisfacción el padre de la tribu, y don Juan Taracena, dándole una palmadita en la rodilla, le dijo:

—*Alforjero* te llaman, no porque las haces, sino porque las llevas; *bragado,* porque no hay quien te tosa; *hidalgo,* porque lo pareces. Tú te abrirás camino, y como las monjas interesen por ti a Narváez, cuántate colocado.

Y volviéndose a nosotros, agregó:

—¡Quién sabe si el *Espadón,* con ese ojo certero que tiene para descubrir aptitudes, encontrará en este viejo ladino y fuerte el auxiliar de sus grandes ideas!

—Señor clérigo, no se burle de estos pobres—murmuró Ansúrez con humildad que no debía ser muy sincera.

—¿Qué idea tiene usted de Narváez?—le pregunté yo—. ¿Cree que si se presenta al general con carta o recadito de mi hermana, pidiéndole un destino, le recibirá bien o le dará un soñón, que bien podría ser un par de palos?

—Señor—replicó Jerónimo prontamente—, creo que me dará los palos..., y después de los palos el destino que se le pida.

—Vamos, que no le falta penetración. ¿Ha visto a Narváez alguna vez?

—No, señor; pero por lo que oí contar de ese sujeto, tocante a sus guerras y a la política, he venido a conocer que el

hombre es fuerte y bueno, que pega y favorece.

—¡Sopla, sopla, que vivo te lo doy! —dijo el cura sacudiéndose los dedos como quien se ha quemado——. Pues no afila poco el tío. Basta de examen y démosle la borla de doctor *in utroque*. Váyase pronto a Madrid, *Alforjero,* que si no le falta alguna cualidad de las que son precisas para vivir entre gentes, pronto encontrará su acomodo... Y como los hijos salgan al papá, no es floja la plaga que va a caer sobre la Administración pública.

—Y si conforme llega cansado y viejo —observó mi madre—, llegara en la flor de la edad, lo que es éste se metía en el bolsillo a todo el Madrid pretendiente.

—No me hagan mofa, señora y caballeros. No es sino que por luengos años estudié en el mejor libro del mundo, que es la tierra. Sé cómo viene el fruto y cómo se pierde; sé que una cosa es sembrarlo y otra comerlo, y de dónde salen las manos que cogen lo que no sembraron. Pues con estas lecciones y experiencias, y con la continua desgracia, que a los más torpes nos hace abrir el ojo, acaba uno por saber más que Merlín.

Como si le echase mi madre un sermoncillo cariñoso, haciéndole ver que no hallaría la fortuna fuera de los caminos de la virtud, de la honradez y del santo temor de Dios, el patriarca celtíbero se sacudió las moscas con esta donosa frase:

—Yo quiero ser honrado; siempre lo he querido, ¿pero quién es el guapo..., a ver, que salga ese guapo..., que ajusta y acuerda el querer con el poder? Y yo digo también a los señores: el que de vuestras excelencias, grande o chico, sepa y pueda vivir entre tantísimas leyes divinas y humanas sin poner el dedo en la trampa de alguna de ellas para escaparse, que me tire todas las piedras que encuentre encima de la haz de la tierra.

—Yo se las tiraría—dijo mi madre con profunda convicción—, si la doctrina cristiana que profeso, sin trampa, entiéndalo, no me prohibiera descalabrar a mis semejantes.

Reímos todos esta sincera y valiente salida; rióse también Ansúrez, y despidiéndose muy agradecido del bien que le habíamos hecho (añadidos a la carta y hortalizas algunos dineros), salió de casa con su hijo. Según mi criado Francisco, que acompañó a la tribu hasta la salida del pueblo, partieron todos antes de mediodía... Acabando nosotros de comer, vino el alcalde con el triste cuento de que el bonísimo Miedes iba de mal en peor, por lo cual el médico había mandado que le sacramentaran. Si sobrevenía la muerte, cosa muy de temer en su edad y con aquel endiablado achaque cerebral, cogiérale prevenido y bien aligerado para el final viaje. Por deseo de ver y consolar al pobre señor, y suponiendo, además, que carecería de lo más necesario, resolvimos visitarle mi mujer y yo. Mi madre, que es la misma previsión y no pierde ripio para sus actos de caridad, nos advirtió que despacharía por delante, y así lo hizo, un buen codillo de jamón y obra de dos libras de carne, porque el puchero que tendría puesto la *Ranera* habría de dar caldos de los que sirven para bautismo de cristianos.

Vivía el buen Miedes en el barrio más pobre, más excéntrico y solitario de Atienza, en antigua y fea casa del primer recinto, apoyada en el muro de base celtíbera, romana o agarena. La distancia, no larga, que la separaba de nuestra vivienda, nos pareció enorme por la desigualdad de rasantes y el empedrado inicuo, reproducción exacta de los pavimentos del Purgatorio. En soledad lúgubre de aquella parte de la villa, las casas son como tumbas abiertas, deshabitadas de muertos, y que se arriman unas a otras para no desplomarse. Preguntando a unos niños que pasaban comiéndose el pan de la merienda, dimos con la morada del sabio. Un zaguán largo y estrecho, de empedrado piso con hoyos, conducía de la puerta a la cocina, dando ingreso por la izquierda y derecha a diferentes estancias, la cuadra con pesebre vacío, el camarín de la *Ranera,* y algo más que no vimos: una escalera de palo sin pintar, de color sienoso, como teas que piden lumbre, y festoneada de telarañas, conducía desde el zaguán al salón alto, que era en una pieza biblioteca y alcoba, separadas hasta media pared por tabique de mal juntas tablas, que nunca vieron pintura, y sí papeles pegados, suciedades de moscas y otros bichos. Imposible describir el desorden de aquel local, émulo del caos la víspera de la creación. Los libros debían de ser semovientes, y en el silencio de la noche se pondrían todos en marcha, subiéndose y bajándose de estantes y mesas y del techo al suelo, como

ratones sabios o cucarachas eruditas que salieran a pastar polvo. Los grandes estaban sobre los chicos, y algunos, abiertos, yacían hojas abajo sobre el suelo, mientras otros, hojas arriba, aleteaban subidos a increíbles alturas. No podíamos explicarnos cómo andaba el tintero con sus plumas de ave, acompañado de una pantufla, por los huecos de un estante vacío, mientras se arrastraba por el suelo el velón, entre dos tomos de las *Antigüedades de Berganza,* con las hojas manchadas de aceite.

El otro departamento, dormitorio del sabio, era como trastienda o sacristía de la biblioteca, llena también de libros, que asomaban en montones desiguales por debajo de la cama o servían, apilados, para colocar objetos pertinentes al servicio de la alcoba. Allí vimos, entre las polvorientas masas de papel, un cuadro de pintada talla, que me pareció pieza de mérito; un monetario, algunas trozos de cemento romano y pedazos de mármol con inscripciones y garabatos ininteligibles. Y allí vimos también, como gusano dentro de su capullo, al gran don Ventura, tendido en el lecho, debajo de una colcha que en su juventud fué blanca, rameada de rojo, la cabeza casi invisible de los vendajes que la oprimían, los brazos fuera, vestidos de amarillenta lana; todo él con aspecto tan fúnebre, que al echarle la vista creíamos que estaba ya muerto. Tras de nosotros entró la *Ranera,* señora de edad, muy alta, con pañuelo negro liado a la cabeza, saya y jubón de estameña, los pies en abarcas, la cara como pergamino, los ojos, pitañosos de su natural, en aquella ocasión ribeteados del grandísimo duelo por la inminente defunción de su amo; y después de mirar al demacrado don Ventura, que no remuzgaba ni se daba cuenta de nuestra visita, nos dijo sin recatarse de bajar la voz, como es usual etiqueta ante moribundos:

—Muy malo está el pobrecico, y el rostril lo tiene ya como un terrón de tierra. Dende que cayó no se le han vuelto a encajar en su sitio los sesos, que con los porretazos de la piedra se le desengonzaron, y ni come ni duerme ni habla cosa denguna con juicio.

—Pero ¿qué dice el médico, señora *Ranera;* qué ha recetado? Y usted, ¿qué dispone?

—¿Qué ha de recetar don Pascual más que traerle la Majestad? Y tocante a comida, ¿para qué enciendo lumbre, si ya no le hace falta más que el pan del Cielo, y éste lo trae el cura? Pues yo, que todo lo presupongo, vengo ahora de comprarle la mortaja, y no encontré más que una en casa del *Pocho,* pero tan corta, que no le llegará ni tan siquiera al tobillo, según es mi señor de larguirucho... A pegarle voy un pedazo de estameña que tengo, del mesmo color franciscano, de una saya de mi difunta güela, y con ello quedará mi cadáver bien adecentado de pie y pierna.

En esto, y antes que pudiéramos expresar a la maldita vieja el horror que nos producía, despertó don Ventura, o más bien se recobró un tanto de la somnolencia febril, y revolviendo en torno sus miradas, sin mover la cabeza, dijo con apagada voz de lo profundo:

—Llevo lo menos seis días durmiendo, y ahora, con tanto dormir, no veo claro, ni me ayuda el discurso. Dime, *Ranera,* ¿quiénes son estas venerables personas que han entrado y me están mirando?

—Válgale Dios, ¿pero no conoce a los señores marqueses?... Y ahora entra el señor cura, que no podía venir en mejor coyuntura. Vea, señor, que no está ya para más visitas que la de don Juan ni para requilorios de comistrajo y golosinas. Déjese de vanidades y piense en lo que más le importa, que es la salvación. Apañado está si despide al cura con cuatro bufidos como esta mañana...

Sin atender a lo que la *Ranera* decía, o más bien como si no lo escuchara, volvióse Miedes hacia el párraco, moviendo todo el cuerpo dentro de las sábanas como si intentara levantarse, y animándose de mirada y gesto, soltó la voz a estas peregrinas razones:

—Curángano, ya te dije que no tenías para qué venir acá. Soy celtíbero, ¿no sabes que soy celtíbero, de la familia de los *Pelendones celtiberorum,* que dijo el amigo Plinio, o más bien de los *Turdimogos* que vivían de la parte del valle de Valdivielso?... ¿Y no es sabido que por el lado materno vengo del propio Cáucaso..., y que mi abuela era de la familia de los *Istolacios?...* Soy *Miedes,* que es lo mismo que decir *Cuerno...;* pero este cuerno no es otro que el símbolo de la inmortalidad... ¿Qué vienes tú a buscar aquí, curángano de Atienza, que es como decir *Tutia?* Yo nací en *Numan-*

cia, digo en *Comphloenta...,* tampoco: digo, en Quintanilla de Tres Barrios, que es un pago de San Esteban de Gormaz... Yo no soy de tu Iglesia, pues soy celtibero... Vete... Que te vayas... Señores marqueses, llévenselo, si no quieren que le tire a la cabeza esta sagrada pantufla...

Tratamos de sosegarle con cariñosas expresiones, y de traer a vías de razón su descarriado entendimiento; todo inútil. Con el cura y con la *Ranera* no quería cuentas. Yo, a fuerza de perífrasis, logré de él alguna docilidad de pensamiento, haciéndole comprender que no perdía nada con prepararse, sin que ello significara peligro de muerte, y cogiéndome la mano con la suya, pegajosa y fría, me dijo:

—Don José mío, porque usted no se enfade, me confesaré; pero que me traigan un druida, porque si no me traen un druida ya ve usted que no puede ser... Es mucho cuento. Yo digo que cada uno vive y muere al son de sus creencias... Yo adoro al dios desconocido, y le tributo mis homenajes en el plenilunio... Tú, Juanillo Taracena, a quien he conocido mocoso y descalzo, con el calzón agujereado por las rodillas, trayendo leña y carbón del monte, tú no eres un druida, tú no has cogido el muérdago... ¿Qué tengo yo que ver contigo ni con tu negra hopalanda?

—Opinó Taracena que no debíamos insistir.

—Es un santo—nos dijo—, y si Dios le ha privado de juicio en esta hora última, será porque le tiene ya por suyo. Dejémosle, y si del descanso sale un ratito lúcido, le traeré fácilmente a la razón.

Para ver si llevándole el genio se le despejaba la cabeza, le aseguró que él, sacerdote cristiano, era también druida, y que practicaba el rito celta en los plenilunios o fiestas de guardar. Después le habló de sus amigos los vagabundos Ansúrez, lo que fué gran despropósito, porque con este recuerdo y encadenamiento de ideas nuevas con otras rancias y arraigadas en el meollo del sabio, se disparó más y acabó de quitar el freno a sus furibundos disparates.

—Tú, pastor Taracena—dijo con gran desvarío de miradas, trabamiento de lengua y agitación de manos—, me declaraste la guerra porque me has visto perdidamente enamorado de la hermosa *Illipulicia,* hija del rey *Zuria* o *Zuri,* que, a mi parecer, es familia que ha venido de la *Troade,* vulgarmente Troya, destruída por los griegos... *Teucro* engendró a *Tros* y *Tros* engendró a *Ilo,* fundador de aquel pueblo, al que dió el nombre de *Ilium.* De allí procede esta preciosa niña, quien de sus abuelos tomó el dulce nombre de *Illipulina,* que es como decir *Estrella del Reino.* A esa divina estrella insultaste tú, clerizonte, diciéndonos que no se había lavado desde que a nado pasó el río Scamandro para venir aquí. Tú sí que no te has lavado, sucio, desde que te echaron el agua del bautismo... Pues el bellaco de nuestro alcalde te dijo: «¡Juan, vaya una hembra! ¡Y es de la casta fina de amas de cura!» Tú te echaste a reír como un sátiro, y yo, que oí estas infamias, resolví amar a Illipulicia y hacerla dueña de mi albedrío para defenderla contra vuestras artes seductoras... Atreveos, disolutos; acercaos, viciosos. Rabiad, rabiad, que vuestra no ha de ser, aunque vengáis con todas las redes y anzuelos infernales... Los cuernos del dios Ibero la protegen..., y el cuerpo sacro soy yo, yo, Buenaventura Miedes. Illipulicia es la virginal sacerdotisa, la diosa casta, en quien está representada el alma ibera, el alma española... Ella es mi dama, o, como quien dice, mi inspiración, o llámese musa, y siendo ella el alma hispana y yo el historiador, engendraremos la verdadera Historia, que aún no ha salido a luz. Y como la Historia es la figura y trazas del pueblo, ved a Illipulicia en la forma de pueblo más gallardo. Sabed que todo pueblo es descalzo, y que la Historia es más bella cuanto más desnuda, y cuanto menos etiqueta de ropas ponemos sobre su cuerpo... Conque, vedme aquí enamorado de ella, y rejuvenecido con este amor. Rabiad, vejetes caducos, de verme tornado a la mocedad florida... Soy un joven lozano y fresco...

Por señas me indicó Ignacia que no podía resistir más tiempo ni aquella atmósfera nauseabunda ni el espectáculo de tanta miseria unida a tan lastimosos extravíos de la razón. Salimos a respirar aire puro, y paseamos por las calles visitando y admirando una vez más las incomparables iglesias románicas de la villa, reliquias espléndidas y tristes que nos hablan poético lenguaje. Ya conocía-

mos las bellezas de Santa María y la Trinidad: empleamos la tarde en explorar los mutilados restos de San Bartolomé y de San Gil, no sin que amargara nuestros goces el melancólico recuerdo de don Ventura, porque de él habíamos aprendido a entender y saborear el divino arte de aquellas piedras.

IX

Al pasar de nuevo por la casa de Miedes, vimos en la puerta a la tía *Ranera*, dentro de un círculo formado por otras vejanconas y unos arrapiezos de la vecindad. Con diligente afán cosía en la mortaja el pedazo de estameña que faltaba.

—Está igual o pior—nos dijo—, y tan disparado del caletre, que discurre lo mesmo que un molino de viento. El médico ha prenosticado que si le repite el arrebato de pintarla de galán, poniéndose negro del golpe de sangre en la cabeza, en él se quedará como si le retorcieran el pescuezo... Ya ven los señores que me estoy dando priesa, y para tenerlo todo aparejado y que no digan, también he traído las velas... ¡Pobre señor!, era el primer cristiano de la cristiandad, más bueno que San José bendito... ¡Vaya por lo que le ha dado ahora, al cabo de los años!... ¡Por enamorarse de la que llama *la princesa Filipolida*, que, según dicen, es una puerca, y viste a la similitú de las gitanas! Dios le lleve a su gloria, que bien se la merece, y perdónele aquesta ventolera, por no ser peçado, sino locura. No; no peca un hombre para quien fué siempre más amoroso el pergamino de los libros que el pellejo fino de mujeres, y a la suya propia, la Bibiana Conejo, que de Dios goza, no le decía jamás cosa denguna, aunque era tan limpia que se lavaba las manos con jabón de olor..., así le trascendían a claveles... ¡Y el que despreció a la que tan bien golía, como que se mudaba los bajos cada semana, y de camisa siempre que bajaba a la villa, que entonces vivían en Bochones, ahora se trastorna por una que anda como la Madalena, hermana de unos tales vagabundos..., que, según dicen, no se puede entrar a ellos, porque el fetor de cuadra da en la nariz!... ¡Lo que una vede, Señor! Y era tan simple mi amo y tan arrebatado en su caridad, que toda la despensa de casa, donde siempre hubo de cuanto Dios crió, verbigracia, cebollas, pan y vinagre, iba a parar al castillo, y aquí están estas mis encías con telarañas para dar testimonio de las hambres que pasé... Pero, al fin, esos diablos de los infiernos se han ido ya, y mi don Ventura subirá esta noche al Cielo, donde le darán su puesto entre la sinfinidá de arcángeles. Váyanse ya tranquilos los señores a su casa, y díganle a doña Librada que mi amo es concluído. Ahora quedaba porfiando que ha de volverse mozo, y entre el albéitar y don Juan, el curá, no lo podían sujetar... Luego entrará en la agonía, y por mucho que tire no ha de pasar de las diez de la noche. Vaya por él y su descanso este Padrenuestro... «Padrenuestro...»

Rezaron todos, viejos y chiquillos, y mi mujer y yo nos retiramos angustiados ante tan aterrador ejemplo de la miseria humana. A la mañana siguiente, supimos que el buen Miedes había expirado al filo de medianoche. Fuimos a misa todos los de casa, y mi madre dispuso costearle el entierro y funeral.

Difícil me será explicar la pena que sentí en los días siguientes, no sé qué vacío en mi alma, como si la desaparición del sabio me afectara más de lo que lógicamente correspondía, un desconsuelo de lo pasado fugitivo, un temor de lo futuro incógnito. Mi mujer, restablecida en su equilibrio nervioso, ocupábase con mi madre en formar lista y presupuesto de las limosnas que habíamos de repartir en el pueblo y sus arrabales, como tributo reclamado a nuestra sobrante riqueza por la necesitada Humanidad, con lo que satisfacían nuestros corazones un generoso anhelo y se cumplía la ley de nivelación económica, o al menos poníamos de nuestra parte la intención de cumplirla. Intacto estaba el repuesto de onzas que habíamos traído de Madrid, y ante tales tesoros lanzábase mi madre con grande espíritu a los más atrevidos cálculos de caridad, reflejando en su rostro todos los esplendores de la bienaventuranza.

—Gracias doy a Dios—nos dijo una mañana la santa señora, viendo a mi mujer muy afanada en escribir los listines de limosnas—por este favor inmenso de veros socorrer delante de mí tanta miseria, y os juro que no gozaría más si lo hiciera yo misma con mi hacienda

propia. No hay vida más ejemplar que la del que cultiva los campos, porque toda ella es sacrificio y paciencia, de que no tenéis idea los ricos que vivís y triunfáis en las ciudades. Mala es hoy la condición del labrador rico, agobiado de contribuciones y gabelas, y expuesto a que se lo coman, al menor descuido, los viles usureros; pero la del labrador pobre, que apenas saca para el sostén de su familia y animales, es mucho peor, como que vive de milagro; y nada quiero deciros de los que, no poseyendo más que sus cuerpos, se atienen a un jornal, cuando lo hay, que éstos son como esclavos propiamente.

La idea que expresó María Ignacia de socorrer a los que habían perdido sus cosechas por el pedrisco, entusiasmó a mi madre hasta el punto de saltársele las lágrimas.

—Bendito sea tu corazón piadoso, hija mía, y el tino que tienes para todo—le dijo—. No podías pensar cosa más acertada... Poned, pues, en la lista a los infelices que en aquella calamidad perdieron su esquilmo; pero no debéis olvidar a otros tan desventurados como aquéllos, o más, si me apuran; que si malo fué el pedrisco que presenciasteis y que quitó la vida a nuestro pobre don Ventura, peor fué la horrible seca de este año, la cual asoló tanto, que muchos no pueden llevar a las eras más que un puñado de espigas. Yo, que les conozco a todos, os diré cómo habéis de hacer la distribución, para que no queden desigualados en el beneficio y sea el socorro conforme a necesidad. A los que perdieron sus patatales y el sembrado de judías y menudencias, les asignaréis doblón de a cuatro, o doblón de a ocho, según tengan más o menos familia de hijos y animales... De todo este contingente puedo yo daros razón... Y a los que no trillan, por causa de la sequía, ni un tercio de su cosecha, les señalaréis a onza por barba. ¡Ay hijos míos, no conocéis del campo más que las galas con que se viste por estos meses! Quedaos por acá y veréis la cara que pone cuando se desnuda de todas las alegrías verdes y se recoge para preparar las fatigas del año próximo. Ya habéis visto que el invierno asoma el hocico por los altos de Sierra Pela. Los hogares ya quieren lumbre, y los cuerpos echan mano de cualquier trapajo para abrigarse. Pues imaginad qué días esperan a esa pobre gente que no tiene trigo para pan, ni patatas, ni dinero con que proveerse de ello. Dios, que no abandona a sus criaturas, si mandó sequía y granizo para probar la conformidad de estos pobres esclavos del terruño, os mandó luego a vosotros, hijos míos, para traer el remedio, y seréis el uno el arco iris que aparece después del Diluvio, la otra la paloma que viene con el ramo de oliva en el piquito.

Paloma y arco iris nos pusimos a formar la nueva estadística con los datos que nos daba mi madre. Otra tarde nos dijo:

—También en el pueblo tenéis donde emplear lo mucho que os queda, pues los telares están parados, y los abarqueros y curtidores no saben de dónde sacar una hogaza. La miseria proviene de estas modas malditas que traen ahora trastornados a los pueblos, y de las muchas telas que aquí llegan, falsas como Judas, tejidas como telarañas, pero lucidas a la vista, y baratas, eso sí, con una baratura que desvanece a los tontos y aburre a nuestros tejedores. ¡Vaya unos lienzos indecentes que nos traen, y unas estameñas y unos tartanes que, mirados al trasluz, parecen cedazos! Pues los montereros también andan de capa caída. Ahora salen estos brutos con la tecla de que las monteras de pellejo, para diario, no son elegantes, y algunos se cubren las chollas con esos buñuelos de paño que vienen de las provincias... Y habéis de ver a las chicas vistiendo ya por la moda de Madrid, con esas indianas de a dos reales la vara, y esos pañuelos de listas que hasta parece que no visten, sino que desnudan...

Como allí nos sobraba el dinero, y no temíamos ulteriores escaseces, pues mi próvido suegro ya nos anunciaba nueva remesa, abrimos gallardamente la mano, y fuimos como benéfico rocío que derramó algún consuelo sobre las entristecidas almas. Mas era tal el ardor que ponía mi buena madre en aquellas empresas de caridad, que mientras más dábamos, mayores larguezas nos pedía, como si el ejercicio del bien llevase a su noble alma del entusiasmo a la embriaguez.

—Ya podía tu padre—dijo a María Ignacia—mandaros un par de mulas cargadas de onzas para que os decidáis a edificar aquí el convento de monjitas de que me habló Catalina en sus cartas.

Tan apagada está la cristiandad en este pueblo, que nos hace falta un instituto religioso que avive el fuego de la fe. ¡Ay, qué bien nos vendría un convento para la enseñanza de niñas, donde estuvieran desde los cinco años hasta que saliesen para casarse, aprendiendo todas las labores, y bien guardaditas del melindre de novios, cartitas, bailoteo y demás perdición! Andan las muchachas aquí tan desenvueltas, que esto parece un rincón de Madrid, y las de buen palmito no piensan más que en retratarse cuando recala por Atienza alguno de esos que traen maquinilla del *garrotipo,* con las que sacan unos retratos que se miran a contraluz para ver lo blanco negro y lo negro blanco. Y mocosas hay que hasta llegan a decir que les gusta el café, y lo toman si se lo dan. Otras..., tú las conoces..., han aprendido a ponerse el peinado de tirabuzones, que es una indecencia, con aquellos mechones colgando, y algunas..., pongo por caso, las de Cuadra y las de Aparicio..., mandan traer de Madrid corsés como el tuyo, de los que sacan el pecho..., cosa impropia de solteras. Este pueblo no es conocido. Me acuerdo de la villa de mi juventud, y me parece que han pasado siglos, o que la Humanidad se nos ha vuelto loca.

Con estas cosas y la satisfacción de hacer el bien a tanto desvalido, íbamos pasando los días de Atienza, que ya comenzaban a ser un poquito enojosos. Expirante septiembre, se descolgaba de la sierra, por las tardes, un vientecillo enteramente soriano; crecían las noches; descargaban a menudo copiosas lluvias que nos privaban del paseo, y pronto nos haría la nieve sus primeras visitas. Preparados estaban ya los hogares, limpias las chimeneas y apilada la leña que pronto habríamos de quemar si no buscábamos mejor otoño en tierra templada. La casa patrimonial, donde tan alegres habían transcurrido los días y las semanas, ya se llenaba de una vaga tristeza, que hacía más oscuros sus anchos aposentos, más bajas las techumbres, que casi se ponían a la altura de nuestras cabezas, más negro el maderamen de las pesadas puertas. Por los resquicios de las tuertas ventanas, avaras de luz, se colaba con insolencia el aire frío; a media tarde teníamos que subir a tientas para no tropezar en la escalera; los cortinajes nuevos con que mi madre había decorado nuestro aposento, se trocaban en fúnebres colgaduras, y las imágenes de vírgenes y santos nos ponían el ceño adusto, o se asombraban de vernos allí.

Hube de fijarme entonces en un accidente de mi casa que en todo el verano no mereció mi atención, y era el ruido, o más bien concierto de ruidos que hacían las diferentes puertas del vetusto edificio al ser abiertas o cerradas. Cada noche observaba yo un nuevo rumor o musical concepto, ya como lastimero quejido, ya como frase de angustia o sorpresa, y aplicando el oído y la imaginación, concluía por dar un significado verbal a sones tan extraños. Por entretenernos en algo en las lentas noches, comuniqué mis observaciones a Ignacia, y apoderada ésta de lo que tanto era artificio de la mente como realidad sonante, *oyó* más que yo, y compuso todo un poema con los ruidos de las viejísimas tablas de mi casa solariega.

—La puerta del comedor, siempre que entra alguien, dice: «¡Ay, ay, ay! ¿Cuándo os cansaréis de abrirme?...» Y la de la despensa: «Dejadme morir cerrada...» Pues fíjate en los peldaños de la escalera cuando sube Ursula, que es de libras... Dicen: «Muero porque no muero.» Y cuando baja Prisca, que corre como una rata, hablan en lenguaje familiar. Yo lo oigo así: «Pues aquí venimos los frailes gilitos vendiendo cabriiitos...» Pon atención y oirás lo mismo que oigo yo...

—Pepe, Pepe—me dijo Ignacia una noche, cuando desperté del primer sueño—, fíjate en ese ventanón que han dejado abierto en el desván. El viento lo mueve, y al abrirse canta el primer verso de la jota..., atiende y oirás: «Hay en el mundo una España...»; luego se cierra con un golpe, *pum,* al cual sigue un ruido muy suave, algo así como el de las chupadas de un niño cuando coge la teta.

Puestos a oír, oíamos verdaderas maravillas. La puerta del comedor hablaba en griego y en latín, y decía cosas de la misa para echarse después a reír con alguna frase desgarrada, más propia de boca de manola que de una venerable puerta de casa ilustre; la que comunica el comedor con la pieza donde están los armarios de ropa, decía: «Madre, unos ojuelos vi», y los armarios remedaban rezos de monjas, ronquidos de durmientes, pregones como el «¡De Jarama, vi-

vos!», que tanto habíamos oído en Madrid...

Llegamos a componer el completo inventario de estos domésticos ruidos, con música y letra; y como alguna noche nos molestase tanta música, nos atrevimos a decir a mi madre que mandara untar de aceite los mohosos goznes para que callasen, o fueran más silenciosas las parlantes y cantantes puertas. Pero ella, sonriendo con la dulce severidad que empleaba siempre que se veía en el caso de negarse a darnos gusto, nos dijo:

—Por Dios, hijos míos, no me pidáis que suprima los ruiditos de mi casa, que si ella no me cantara con el son de sus puertas y el estribillo de sus gonces, me parecería que pasaba de casa viva a casa muerta. Con esos ruidos melancólicos, que me cuentan cosas del presente y del pasado, me crié, y con ellos quisiera morirme. En ellos oigo la voz de mis padres y de mis hermanos, la de mi tío Anselmo, corregidor que fué de Guadalajara. Amigo íntimo del Empecinado y de don Vicente Sardina, nos refería las palizas que éstos daban al general Hugo. También me traen a la memoria esos murmullos la voz de mi abuela, cuando a mí y a mi hermana nos contaba las fiestas que dieron en el Retiro por el casorio de doña Bárbara con don Fernando Sexto; la voz de mi padre, ¡ay!, una tarde, cuando, sentaditas mi madre y yo en este mismo sitio desgranando judías, entró y muy afligido nos dijo que le habían cortado la cabeza al rey de Francia. Esto fué el año noventa y tres; la noticia de tal atrocidad llegó a nuestra villa el día de San Blas; ya veís si tengo memoria... Conque no matéis los ruidos, y dajadme mi casa como está... No seáis, por Dios, tan modernos.

X

El testamento de Miedes, otorgado en Sigüenza veinte años ha, carecía de interés por la desaparición de los bienes raíces. Los consistentes en papel impreso y escrito pasaban a ser propiedad del seminario de San Bartolomé, de Sigüenza, y el ajuar de casa, ropa y trebejos, que en buena tasación no valdrían arriba de ochenta reales, se adjudicaban íntegramente a la señora Laureana de La Toba, conocida por la *Ranera*. Habiéndome dicho un día don Juan Taracena, testamentario con el confitero Gutiérrez del Amo y don Cosme Aparicio, que en el revoltijo de la biblioteca se había encontrado un cajón de papeles escritos de puño y letra del erudito atenzano, me picó el deseo de echar la vista sobre ellos, y accedí a la invitación del señor cura para examinarlos juntos, y rebuscar algunos destellos de inteligencia dentro de aquel caos. Y aquí viene a pelo la explicación de que lleva la fecha de octubre esta parte de mis confesiones, toda en una pieza, después del largo silencio de cuatro meses en que suspendida tuve mi comunicación con la Posteridad. Lo poco que escribí, desde la petición de mano hasta el día de mi casamiento, parecióme tan falta de interés y sobrado de fastidiosas declamaciones tocantes a la dignidad humana *sacrificada en aras del positivismo*, que lo rompí para no causar risa y tedio a mis futuros lectores... Entré por el aro del matrimonio agenciado por mi hermana; nos vinimos a esta villa mi mujer y yo, y pronto advertí la imposibilidad de escribir mis reservados pensamientos, porque mi esposa y mi madre no me dejaron ni un instante en la soledad necesaria para tal desahogo. Han pasado los meses en espera de una ocasión dichosa, la cual no ha venido hasta que, sin recelo de María Ignacia, he podido recluirme en la caverna del viejo Miedes con el pretexto muy razonable de la compulsa y escrutinio de sus descabalados papelotes.

En tres mañanas de recogimiento y aplicación he podido emborronar toda esta parte de los días de Atienza, que a mi parecer no será de las que menos ilustren y amenicen la historia de mi vida en contacto con la vida y alma españolas. Ni mi mujer ni mi madre se sorprenden de que pase aquí mañanas enteras, y aún les parece poco cuando a la hora de comer les doy cuenta de los peregrinos borrones en prosa y verso que don Juan, revolviendo lo pasado mientras yo escribo para lo futuro, ha podido descubrir en este mare mágnum: un discurso de tesis escolástica (Alcalá, 1801), una epístola en ripiosos tercetos *Contra el vicio de hablar y vestir a la francesa* (1823), un extenso alegato refutando las crónicas que atribuyen la fundación de León al rey egipcio *Mercurio Trimegisto*

(muy señor mío), y, por fin, una serie de cartas que don Ventura, por comezón monomaníaca, escribía desde su solitaria cueva a todo personaje que descollaba en la celebridad, militar y política. Había carta a Espartero, al marqués de Miraflores, a Olózaga, a Martínez de la Rosa, a Mendizábal y a Narváez, y era particularidad de todas ellas que, principiadas con gran esmero de letra y profusión de atrevidos pensamientos, ninguna estaba concluída, y, por tanto, ninguna había ido a su destino. Graciosísima entre todas era la que empezó a escribir para Narváez, con fecha reciente. Tanto gusto tuve de su lectura, que Taracena me la regaló y aquí transcribo un párrafo de ella muy interesante: «En vos, señor, saludan las presentes calendas al esclarecido descendiente de aquellos *turdetanos* que en el sur de nuestra Península renovaron la ciencia de los famosos *túrdulos*, compañeros de nuestro común padre Túbal. La historia que de vuecencia se ha de escribir notará la concordancia de su carácter con el etimológico sentido de la palabra *túrdulo*, que se compone de *thur* (buey) y de *dulth* (exaltado). Reconociendo en vuecencia el primer *túrdulo* del reino, yo le proclalmo *buey*, que es lo mismo que decir *fuerte*, y *exaltado*, que suena lo mismo que *liberal*, de donde sale la especiosa síntesis de vuecencia, o sea el ayuntamiento y consorcio de los atributos de *Fuerza* y *Libertad*...»

La soledad de Atienza se alegró estos días con la llegada de los maranchoneros... Son éstos habitantes del no lejano pueblo de Maranchón, que desde tiempo inmemorial viene consagrado a la recría y tráfico de mulas. Ahora recuerdo que el gran Miedes veía en los maranchoneros una tribu cántabra, de carácter nómada, que se internó en el país de los *antrigones* y *vardulios*, y les enseñaban el comercio y la trashumación de ganados. Ello es que recorren hoy ambas Castillas con su mular rebaño, y por su continua movilidad, por su hábito mercantil y su conocimiento de tan distintas regiones, son una familia, por no decir raza, muy despierta, y tan ágil de pensamiento como de músculos. Alegran a los pueblos y los sacan de su somnolencia, soliviantan a las muchachas, dan vida a los negocios y propagan las fórmulas del crédito: es costumbre en ellos vender al fiado las mulas, sin más requisito que un pagaré, cuya cobranza se hace después en estipuladas fechas; traen las noticias antes que los ordinarios, y son los que difunden por Castilla los dichos y modismos nuevos de origen matritense o andaluz. Su traje es airoso, con tendencias al empleo de colorines, y con carreras de moneditas de plata, por botones, en los chalecos; calzan borceguíes; usan sombrero ancho o montera de piel; adornan sus mulitas con rojos borlones en las cabezadas y pretales, y les cuelgan cascabeles para que al entrar en los pueblos anuncien y repiqueteen bien la errante mercancía.

Todo Atienza se echó a la calle a la llegada de los maranchoneros con ciento y pico de mulas preciosas, bravas, de limpio pelo y finísimos cabos, y mientras les daban pienso empezaron los más listos y charlatanes a dar y tomar lenguas para colocar algunos pares. En mi casa estuvieron dos, sobrino y tío, que a mi madre conocían; mas no iban por el negocio de mulas, sino por llevarnos memorias y regalos de mi hermana Librada y de su familia. (Si no lo he dicho antes, ahora digo que mi hermana mayor, casada en Atienza con un rico propietario, primo nuestro, había trasladado su residencia, en abril de este año, a Selas, y de aquí a Maranchón, por el satisfactorio motivo de haber heredado mi primo tierras muy extensas en aquellos dos pueblos.) Obsequiados los mensajeros con vino blanco y roscones, de que gustaban mucho, se enredó la conversación, y al referirnos pormenores de su granjería y episodios de sus viajes, vino a resultar que inesperadamente, sin que precediera curiosidad ni pregunta nuestra, tuvimos noticia de la cuadrilla o tribu de los Ansúrez.

Entre otros cuentos o aventuras refirieron los tales que en una venta cerca de Trijueque habían topado con los vagabundos, entrando en pláticas y tratos con ellos, porque el Jerónimo les propuso comprarles una mula de las ancianas, no para comerciar, sino para andar en ella, no llegando a entenderse porque parecía insegura la fianza. Vista y examinada la linda moza que los Ansúrez llevaban, propusieron los marchantes tomarla a cambio, no de una mula, sino de dos, a escoger, y con algún dinero encima si así fuese menester para igualar, y de esto vino una pendencia con palos recí-

procos, teniendo que salir más que de prisa los *agitanados* para que no acabara en sangre la función... Después volvieron a encontrarse en Taracena..., *resultando* que la moza se había comprado zapatos en Valdenoches, y algún trapo con que más honestamente se tapaba. Esquivaron los de Maranchón nuevas disputas; pero la casualidad les hizo presenciar la que tuvieron los Ansúrez entre sí, unos hijos con otros, y algunos con el padre, saliendo de la refriega la hermanita con un chichón en la frente; y a consecuencia de este gran cisco se separaron, tirando cada cual por un lado, como huyendo unos de otros, con intención de no volver a juntarse nunca. Uno de los hijos tiró hacia Brihuega, otro se metió por el camino que conduce a Pastrana, y al paso para Cuenca y reino de Valencia; el tercero subió hacia el lugar de Talamanca, como para correrse a Segovia; el cuarto dijo que se quedaría en Guadalajara, y el chiquitín, con la hija guapa y el padre anciano, dijeron que derechamente se iban a Madrid. La dispersión de la tribu, contada con tanta sencillez por los traficantes de mulas, me hacía el efecto de las emigraciones de los hijos de algún patriarca, tal como la fábula o la Historia nos las transmiten, y la salida de cada cual para fundar pueblos y difundir ideas al Norte y al Sur, hacia donde nace o se pone el sol. Estaba sin duda mi cerebro bajo el influjo de las ideas de Miedes, y en todo vía éxodos de razas, familias dispersas y viajes que traen la civilización o van en pos de ella.

Y como persisto en no ocultar nada de lo que siento, séame o no favorable, diré que desde que oí a los muleros no se apartó de mi pensamiento la imagen de la hija de Ansúrez.

—¿Qué apuestas a que te adivino lo que estás pensando?—me dijo Ignacia, por la noche, ya solos, en nuestra alcoba.

Y yo me eché a temblar, porque, en efecto, mi mujer, de algunos días acá, me adivina los pensamientos con sólo mirarme, y a veces sin este requisito, por pura infiltración del rayo de sus ojos a través de mi frente, o por misteriosa lectura de signos que trazan, sin quererlo, mis manos, mis pasos, mi sombra sobre las paredes o el suelo. Antes que acabara de responderle con una donosa evasiva, me dijo:

—¡Mentiroso!, estás pensando en Lucila, o digamos *Illipulicia,* como la llamaba su enamorado caballero don Ventura.

Negué, di nuevo giro a nuestro coloquio; mas era verdad que en Lucila pensaba, llevando muy a mal que descompusiese su escultural figura imponiendo a sus libres pies el suplicio y la fealdad de estas horribles invenciones de los zapateros. Por mi gusto habríale comprado en Guadalajara, en Cogolludo o donde la encontrase, túnica y manto de finísima franela blanca, con las cuales prendas y un delgadísimo camisolín de batista cubriese y guardase honestamente toda su persona, sin añadidura de corsé, ni faja, ni cinturón, ni canesú, ni medias, ni cosa alguna más que lo dicho, privándola asimismo de toda suerte de alhajas o accesorios, que siempre habían de interceptar alguna parte o pedacito de su soberana belleza y de distraer los ojos que en contemplarla se embelesaban. Sólo en su cabeza consentiría un aro de metal, oro puro, sin ornato ni piedras preciosas, que sujetase su espléndida cabellera, recogida y arrollada en una sola onda. Guardaba yo esta imagen en el más recóndito espacio de mi pensamiento, bien sujeta de mis disimulos para que no se me escapase, y le tributaba culto espiritual, castísimo, haciéndome la cuenta, como el loco Miedes, de que en tal figura amo el alma de un pueblo y la *historia de las cosas vivas.*

El invierno nos arroja de Atienza. Echo muy de menos la sociedad, mis amigos, la política, el fácil y pronto conocimiento de cuanto pasa en el mundo. Ya resuenan lúgubremente en los empedrados de la antigua *Tutia* las herraduras de las caballerías que suben y bajan por estas empinadas calles y carreras; ya se me hace fúnebre como el *Dies iræ* el ladrido de los perros en largas noches, y hasta el matutino canto de los gallos me suena como una invitación a que tomemos el portante. Y de los ruidos del maderamen de la casa no digamos: ellos son de tal modo tristes, que harían regocijadas las *Noches,* de Young y de Cadalso... Ya me inspiran profunda antipatía los señores y damas del pueblo, que con su apéndice de niñas emperejiladas a estilo de Madrid redoblan ahora sus fastidiosas visitas, sin duda porque no tienen adónde ir. No puedo soportar a las de Aparicio; las del confitero me

amargan, y las del médico me enferman. Don Lucas de la Cuadra se me ha sentado en la boca del estómago y don Manuel Salado en la coronilla... Ya los pórticos románticos se desdicen de todas aquellas donosuras poéticas que nos habían cantado, y el alto castillo se reviste de una fiereza tal, que no nos atrevemos a mirarle cara a cara. Si, al pronto, las nieves nos alegran la vista, no tardamos en asustarnos de su blancura irónica, que deslíe y absorbe los colores de la campiña, mata todo sonido y borra todo signo vital. Vientos glaciales bajan del Alto Rey y quieren barrernos. La vida se reconcentra en las cocinas, como en el orden vegetal desciende a las raíces la savia, y junto al fuego se agrupa toda la bárbara inocencia y la marrullera ignorancia de la humanidad campestre.

Madrid nos llama y Atienza nos despide, pues mi propia madre, que no se cansa de tenernos a su lado ni de prodigarnos su inextinguible cariño, reconoce que es hora de que ella torne a Sigüenza y nosotros a la Villa y Corte con todas las precauciones imaginarias y cien más, y aún es poco, porque..., hace días, anduvieron ella y María Ignacia en secretos, y, según parece, ya no hay dudas respecto a lo que más deseamos todos, esposo y padres... ¡Ay Dios mío! El temor de un fracaso, que ahora no sería imaginario como en los días de nuestra llegada, inspira a mi señora madre las más audaces previsiones y los planes más peregrinos respecto a viaje, método y pausas con que debemos realizarlo, estructura y acomodos del coche, limpieza y monda de piedras en todos los caminos que hemos de recorrer... Pronto a partir, precisado me veo a poner fin a estas páginas trazadas al descuido y como a hurtadillas en la polvorosa madriguera del erudito atenzano. Pluma de estas *Confesiones,* ¿cuándo volveré a cogerte?... Adiós, Atienza, ruina gloriosa, hospitalaria; adiós, santa madre mía; adiós, *noble Hermandad de los Recueros,* que me hicisteis vuestro *Prioste;* adiós, amigos míos, curas de San Juan, San Gil y la Trinidad; adiós, Ursula, Prisca, José, servidores fieles; adiós, Rosarito Salado, Tomasa y chiquillos, que alegrabais nuestras tardes; adiós, paz y recreo del campo, simplicidad de costumbres; adiós, sombra del grande y misterioso Miedes, el de la locura graciosa y sublime, el soñador celtíbero, enamorado de la más bella representación del alma hispana; adiós, en fin, imagen de la errante Lucila, mentira de la realidad y verdad casi desnuda que pasaste como un relámpago de hermosura entre el polvo de los deshechos terrones..., adiós, adiós, adiós... Ved aquí las últimas plumadas, las últimas, sin remedio, porque tengo que sellar y empaquetar cuidadosamente estos papeles para llevármelos bien guardaditos... No más, no más... Hasta que Dios quiera.

XI

Madrid, 22 de noviembre.

Me parece mentira que pueda consagrar un rato al desahogo de estas *Confesiones,* en lugar seguro, lejos de la inspección y vigilancia de mi mujer, de mis suegros y de toda la ilustre familia con quien vivo, tratado como príncipe, regalado hasta el mimo, pero sin libertad. No debo quejarme, pues los bienes que Dios derrama, generoso, sobre mí aligeran la cadena de oro que arrastro, reduciéndola, fuera de contadas ocasiones, al peso y tensión de un cabello. No me quejo; voy muy a gusto en este gallardo machito: en mi casa me aman, y tienen de mí la más alta idea; en sociedad me veo rodeado de consideraciones; el respeto me sigue, la admiración me acompaña y el dorado vulgo me rinde homenajes que en mi vida de célibe nunca pude soñar. A mi nombre va unida, con el flamante título que ostento, la idea de sensatez; pertenezco a *las clases conservadoras;* soy una faceta del inmenso diamante que resplandece en la cimera del Estado y que se llama *principio de autoridad;* en mí se unen felizmente dos naturalezas, pues soy *elemento joven,* que es como decir inteligencia, y *elemento de orden,* que es como decir riqueza, poder, influjo. Váyanse, pues, unas libertades por otras, que algo se puede sacrificar de la doméstica para gozar la pública, la que nos autoriza para campar con nuestra caprichosa voluntad por encima de la cuitada multitud, a quien nunca falta rey que la ahorque ni Papa que la excomulgue.

Desde que regresamos de Atienza, toda tentativa de confesión escrita hallaba en la curiosidad de los míos insupe-

rable obstáculo: pues ¿qué había yo de escribir que mi mujer no atisbase, receloso fiscal de mis pensamientos? Ausente mi amigo Aransis, no tenía yo quien me diese seguro asilo, que bien puedo llamar confesonario; ahora que vuelve Guillermo a Madrid, a su casa me voy y en su cuarto me meto y en su papel escribo... Sepan los que en futura edad me leyeren que amo a Ignacia con plácida ternura, y que estoy muy contento de haberla hecho mi esposa. El afecto que le doy débilmente corresponde, así debo declararlo, al exaltado amor que ella tiene por mí y a la ofrenda que constantemente me hace de su sinceridad, pues todo me lo revela y confía, desde las cosas más importantes a las más menudas, y no hay repliegue de su conciencia ni secreto de su mente que no ponga ante mí. Su inteligencia descubre y ostenta de día en día nuevos tesoros. Con sus padres es la niña encogida y vergonzosa de siempre, petrificada en las fioñerías tradicionales de la casa; para mí es la mujer de libre pensamiento, la mujer de ideas propias que en el sagrario matrimonial rompe el cascarón en que la criaron y, conservando hacia la familia las fórmulas de un pasivo respeto, sólo en el esposo pone su alma entera.

Padre seré de los hijos que Ignacia quiera darme, y como es bueno que me ejercite en las paternales obligaciones, de la patria quieren hacerme venturoso papá. Me ha llamado Sartorius para decirme con cortesana franqueza que, por mi posición independiente y mis dotes intelectuales, *estoy llamado* a representar un distrito en el futuro Congreso. ¡Paso a los hombres de arraigo; atrás los vividores! Este lema de regeneración política me parece muy bello, y no vacilo en poner al servicio del país todo mi arraigo, que espero ha de aumentarme Dios. Aunque las elecciones generales para nuevas Cortes no han de ser hasta el año próximo, el previsor conde me pregunta si, llegado el caso, podría yo disponer en Sigüenza de los necesarios *elementos* para el triunfo. Le contesto que no me faltan allí parentela y amigos; pero desconfío del éxito si vuelve a presentarse, como presumo, el señor conde de Fabraquer. Por lo que me aseguró el alcalde de Atienza, don Manuel Salado, con Fabraquer no será posible la lucha, a menos que el Gobierno no haga un verdadero desmoche y tabla rasa... Hablamos en seguida de Brihuega, donde *toda la fuerza* es de don Luis María Pastor; de Almazán, donde probablemente luchará, y no han de faltarle medios y buenas armas, el señor Ramírez de Arellano, funcionario de Gracia y Justicia, y, por fin, echamos una miradita a Molina de Aragón, donde la desventaja de tener enfrente a un antagonista tan formidable como don Fernando Urries se compensará con el apoyo que ha de darme mi cuñado y primo, gran propietario de Selas y Maranchón, y a poco que me ayude el Gobierno... Pensó en ello un instante Sartorius, y después me dijo:

—Ya lo resolveremos de aquí a las elecciones generales, que serán el invierno próximo..., y por mi gusto no se convocarían nuevas Cortes hasta el cincuenta... De todos modos, tenemos tiempo... Pero usted no debe estar ocioso, amigo mío. Cada día se nota más en esas malditas Cortes la falta de personas de arraigo... Las complacencias de los gobiernos con los que hacen de la política un oficio van desmoronando el Régimen... Yo veré si le sacamos a usted en alguna elección parcial...

Volví, por indicación del amable ministro, a los cuatro días; pero nada de mi presunta paternidad política pudimos hablar porque las graves noticias llegadas de Roma arrebataban la atención de los hombres más o menos *arraigados*, no dejando espacio para tratar de personales asuntillos. A pesar de esto, debo confesar ingenuamente que si en la concurrida recepción o tertulia de Sartorius, a horas altas de la noche, aparecí asociado al general asombro y pena que ocasionan los graves sucesos de Italia, sentí en mi interior el hielo de la desafección a todo lo que no trajera ligamentos o enlace con mi propio bienestar. En verdad digo que lo ocurrido en Roma me inspira un cuidado muy relativo, y no ha de quitarme porción ninguna del sosiego de mis días ni del sueño de mis noches. Pero como todos me creen muy entendedor de cosas y personas romanas, no cesaron aquella noche de interrogarme acerca de los antecedentes y móviles de los aterradores acontecimientos; contesté conforme a mi conocimiento personal, y, añadiendo a lo que ignoro alguna ingeniosa gala de mi

fantasía, satisfice la curiosidad, y escuchado fuí como un oráculo.

Acerca del marqués de Azeglio, propagandista de las ideas liberales bajo la bandera papal y del partido llamado *Joven Italia,* que proclamaba las dos grandes ideas *Libertad* y *Unidad;* acerca del grande y austero revolucionario Mazzini, que a su fin va sin reparar en los medios, hombre de robusta inteligencia, de formidable voluntad, frío, despiadado, cerrado a todo sentimiento que no sea el de un patriotismo fanático, a la romana, mezcla imponente de Catón y Sila, les di prolijos informes, que, a mi parecer, se aproximaban bastante a la verdad. Las concesiones de Pío IX a los revolucionarios, que aparecían en las calles de Roma ennegrecidos aún con el tizne de las logias, yo las había presenciado, y también vi que el Papa, otorgando al pueblo cuanto éste pedía, llegó al límite de la generosidad. El pueblo, desvanecido por las ideas de Balbo y Gioberti y por la predicación del marqués de Azeglio, pedía más cuanto más obtenía. Mastai Ferretti concedió el Ministerio laico y Constitución y Cámaras. La moda de las Constituciones llegó a invadir la morada de la inmutable Iglesia. Contra la *Joven Italia* y los revolucionarios alzaba fuerte antemural el Imperio austríaco, poseedor de las más bellas regiones del norte de Italia; contra el Austria armaba sus huestes Carlos Alberto, rey de Cerdeña. ¿Ante cuál de estos dos poderes se inclinaría San Pedro?... Diles una explicación sucinta de las dos ideas fundamentales que la Historia expresa con los términos rutinarios de *güelfos* y *gibelinos,* y les referí que en los postreros días de mi estancia en Roma yo había visto al Papa indeciso (perdonad, yo le veía en la opinión que me rodeaba, dándome la perspectiva general de las cosas), y, por fin, inclinado a no romper con el Imperio. Si Julio II gritó «fuera los bárbaros», Pío IX creyó, sin duda, comprometer su tiara si los bárbaros, entiéndase austríacos, negaban su apoyo al débil estado romano y a la Barca del Pescador.

Incansable en organizar las demostraciones patrioteras, a la calle lanzaba Mazzini las multitudes, con cuyo vocerío halagaba y amedrentaba al Pontífice, el cual, harto de vanos ruidos y agobiado bajo la pesadísima responsabilidad de la Iglesia, que llevaba sobre sus hombros, gritó un día en el balcón del Quirinal:

—No puedo, no debo, no quiero.

Con esto, y con la Encíclica en que desmintió el Pontífice su política del 46 y 47, se desligó de la *Joven Italia:* deshecha como el humo la popularidad de Mastai Ferretti, el sentimiento popular le acusó de defección a la causa de la patria. Lanzado a la resistencia, Su Santidad nombró ministro al conde de Rossi.

A una me interrogaron acerca de este desgraciado personaje, y aunque yo no le conocía más que de verle en la calle cuando era embajador de Francia, hice de él pintura física y moral con los elementos de la opinión oída o sentida, que casi siempre han sido los más eficaces medios de la Historia. Rossi era un hombre pálido y pensativo, poco elegante y un tanto desplicente, gran jurisconsulto y expositor de ciencia jurídica... Ministro papal (esto no lo alcancé yo, pero hablé de ello como si lo hubiera visto), desplegó una energía que había de ser insuficiente contra la hinchada onda de la revolución.

—¿Conoce usted el palacio de la Cancillería, en cuya escalera ha sido asesinado Rossi?—me preguntan con el intenso interés trágico que despierta el lugar de un crimen.

Y yo, impávido, bien asistido de mis luminosos recuerdos, les describo todo el barrio, la vía Pellegrini, el Campo di Fiori; encaro con la majestuosa fachada de la Cancillería, trazada por Bramante; traspaso el monumental pórtico, obra de Fontana; entro en el bello patio, y torciendo a mano izquierda, señalo el arranque de la escalera, en cuyos primeros peldaños ha perecido a manos de la demagogia desmandada el ministro de Pío IX. Luego me lanzo de nuevo a la calle, y con mi fácil vena descriptiva les guío hacia las construcciones heteróclitas entremezcladas con los vestigios del teatro de Pompeyo, ¡donde fué asesinado César!..., y admiran la coincidencia, que no está en las personas, ni en la calidad o móviles del delito, quedando sólo reducida a la vecindad de lugares trágicos. En pueblos tan pletóricos de Historia como aquél, las tragedias se tocan, y juntas están las piedras en que sucumbieron mártires o afilaron sus cuchillas los verdugos.

1 de diciembre.

Según las noticias de Roma que nos llegan por los correos de Francia, Rossi fué víctima de su temeraria confianza o de su indomable valentía. Más altanero que precavido, despreció los avisos que se le dieron de que las logias habían decretado su muerte. Entró solo, sin miedo ni precaución en la Cancillería, rompiendo por entre una multitud enconada y bullanguera. Al poner el pie en el primer peldaño, recibió un garrotazo en el costado derecho. Volvióse, y en el mismo instante, por la izquierda, una furibunda mano armada de cuchillo le cortó la yugular. Muerto el ministro, la autoridad temporal del Pontífice era una vana sombra. El siguiente día, 16 de noviembre, trajo el desenfreno de la muchudumbre, las gesticulaciones del patriotismo epiléptico frente al Quirinal, la ansiedad de Pío IX, el ir y venir de comisiones pidiendo y negando... Las noticias de hoy confirman que Su Santidad huyó de Roma. ¿En qué forma? ¿Disfrazado de aldeano, como Juan XXII escapando del Concilio de Constanza, o de mercader, como Clemente VII escabulléndose por entre las tropas españolas?

3 de diciembre.

Por referencias de nuestra Embajada, se sabe que Mastai Ferretti salió del Quirinal vestido de simple cura, y en velocísima carrera de coche se plantó en Albano. Allí le tomó de su cuenta el ministro bávaro, conde de Spaur, que viajaba con su señora y familia menuda, Con el carácter de ayo de los niños, salvó Pío IX felizmente la distancia entre Albano y la frontera de Nápoles... Ya le tenemos en Gaeta, que ha venido a ser la provisional sede y metrópoli del mundo católico. En Roma imperan Mazzini, Sterbini, Cicerovacchio, el príncipe Canino, que es un Bonaparte encenagado en la demagogia, y les sigue y hace coro la ronca turba insaciable. Grandes acontecimientos se preparan en el mundo. Arde Italia. El caballeresco Carlos Alberto reúne la más florida milicia lombarda y piamontesa para marchar contra el Austria... ¿Qué pasará? ¿En qué pararán estas colosales trifulcas, que, comparadas con nuestras revoluciones de campanario, no nos parecen menos grandes que los combates de dioses y héroes en los cantos de Homero, o las peleas de arcángeles en las estrofas de Milton?... No lo sé, ni en verdad me importa mucho. Rueden los tronos; vacile, ya que rodar no pueda, la inmortal tiara; sobre las monarquías deshechas alcen su imperio efímeras o vigorosas repúblicas. Nada de esto alterará la paz del hombre árbol, que ve resueltos los problemas de su nutrición vegetal y siente bien asegurado el suelo entre sus hondas raíces. Mi optimismo me asegura que las tempestades europeas no se correrán a España, porque aquí tenemos la Providencia de un don Ramón María Narváez, que con el ten con ten de su fiereza y gracias andaluzas, tigre cuando se ofrece, gato zalamero si es menester, maneja, gobierna y conduce a este díscolo reino, y en él asegura el bienestar de los que lo han adquirido, o están en el trajín de su adquisición. Vívame mil años mi *Espadón de Loja,* y durmamos tranquilos los que juntamente somos usufructuarios y sostenedores del orden social.

XII

16 de marzo de 1849.

De tal modo absorben mi espíritu el cuidado de mi cara mitad y el problema de la sucesión, que ha de resolver María Ignacia, según los cálculos más discretos, en fines de mayo o principios de junio, que no hay espacio en mi pensamiento para suceso alguno de orden distinto, así privado como público. ¿Qué me importan las alteraciones de Francia, de Roma o de Hungría, ni las malandanzas del Estado español, ante este inmenso enigma del embarazo, cuyo término y desenlace feliz esperamos con el alma en un hilo? ¿Qué puede afectarme ese lejano enredo de la República romana. ni las diabluras de los Mazzinis, Caninos y Garibaldis? ¿Ni qué atención puedo prestar a los entusiasmos de mi cuñada Sofía por Luis Napoleón, presidente de la República francesa, o por Manin, desgraciado Dux de la de Venecia? Y cuando mi hermano Gregorio me da irresistibles matracas por el desconcierto de la Hacienda española, ¿qué he de hacer más que abrir la oreja derecha para que salga lo que por la izquierda entró? Ya comprenderéis que de la guerra intesti-

na que arde en Cataluña hago tanto caso como de las nubes de antaño, que lo mismo es para mí Cabrera que un monigote de papel, y que los movimientos de Pavía, de Concha o de Córdoba en persecución de los facciosos no mueven mi curiosidad. Entre o salga Montemolín, lo mismo me da, por no decir que ahí me las den todas.

No me cansaré de afirmar que son cada día más vivos y puros mis afectos hacia la compañera de mi vida, y que ésta ha llegado a seducirme y enamorarme con sólo el talismán de sus anímicas dotes. Diré también que mis suegros y toda la familia me quieren entrañablemente, viendo y comprobando con diarios ejemplos que *hago feliz* a la niña. Cuido mucho de no dar pretexto al menor disgusto de mis papás políticos, atento siempre a mi completa identificación con ellos y a fundirme en las ideas y rutinas del mundo emparánico, sin hipocresía ni violencia. Sólo en los comienzos de mi asimilación me causaron enojo las extremadas santurronerías a que las señoras mayores me sometieron, y se me hacía muy largo el tiempo consagrado, sobre la diaria misa, a triduos, cuarenta horas, o visitas a las monjas del Sacramento, de La Latina y de Santo Domingo el Real; pero a ello me fuí acostumbrando con graduales abdicaciones del albedrío, hasta llegar a cierta somnolencia que se compadece con las materiales ventajas de mi posición. Por el bienestar que me rodea y las comodidades que disfruto, doy gracias a Dios y a mi hermana Catalina, sintiendo mucho no poder dárselas más que con el pensamiento, pues desde que volví de Atienza no he visto a la bendita religiosa, que ahora está rigiendo la comunidad Concepcionista Franciscana de Talavera de la Reina. Ved aquí por qué no la he nombrado en esta parte de mis *Confesiones*. De veras me ha dolido no encontrarla en Madrid, no sólo porque estoy privado de sus consejos amorosos, sino porque su ausencia me tiene ignorante de si recibió y acogió a los Ansúrez, recomendados por mi carta. Nada sé de esta gente, nada del noble patriarca de la tribu, nada de la sin par Lucila, y pienso que, desamparados aquí, se han corrido a tierras distantes.

Volviendo a mi nueva familia y al fenómeno de mi adaptación social, diré que fué para mí un poquito duro, en los primeros días, el trato de las personas que frecuentaban mi casa en las veladas de invierno. Poca sustancia, o más bien, ninguna, sacaba yo de la conversación de los respetables señores carlinos o convenidos de Vergara, a los que no creo ofender si digo de ellos que su desenfrenado absolutismo me daba de cara como un mal olor de boca. A los que ya he dado a conocer tendré que añadir alguno, si Dios me da salud y tiempo, que, ostentando traje militar o civil, trae olor de curas y tipo de la bóveda de San Ginés. Pero con todos estos tufos y apariencias desagradables, yo voy apechugando con ellos, y ya no me causan la menor molestia ni sus personas anticuadas ni sus estrafalarios discursos. A todo se hace el hombre en las diferentes situaciones a que le lleva su destino, y por algo dice la filosofía popular: «No con quien naces, sino con quien paces.» En realidad, yo pacía exclusivamente con mi mujer, y de este nuestro pastar reservado en el íntimo campo conyugal nació el que yo me adaptase fácilmente a la vida emparánica, como se verá por lo que voy a referir ahora.

Me lanzo a descubrir y delatar lo más secreto de mis conversaciones con María Ignacia. Ya en los días de Atienza, cuando nos quedábamos solos, se me quejaba de la pesadez insulsa del rosario que mi madre nos hacía rezar con ella todas las noches. Claro es que estas opiniones eran sólo para mí, y ante mi madre nada decía que pudiera disgustarla. En Madrid me manifestó las propias ideas, y una noche llegó a decirme:

—El rosario me sirve a mí para pensar en mis cosas. No hay nada más propio que esta tarabilla para meterse una en sí misma. Ya tengo yo mi lengua bien acostumbrada a rezárselo ella sola, y la dejo ir al compás de la cancamurria de los demás. Dentro de mí, yo solita pienso, y si viene a pelo le pido a Dios con palabras mías lo que quiero pedirle... ¡Vaya, que si dijese yo estas cosas a mis tías, creerían que me he vuelto loca! Pues hace tiempo que pienso así; pero a nadie lo he dicho, porque la vergüenza me sellaba la boca. Como entre nosotros no hay vergüenza, todos mis pensamientos son tuyos.

Y en la noche de un día consagrado a religioso bureo, con misa solemne por

la mañana, por la tarde manifiesto y procesión, y, como fin de fiesta, fastidiosa charla mística del señor Sureda con nuestras reverendas tías, María Ignacia, cuando estuvimos donde nadie pudiera oírnos, me dijo:

—Con muchos días como éste, pronto se hace una volteriana, aunque yo, la verdad, no he leído a ese Voltaire ni falta que me hace. Oye, Pepe: ¿no te parece que sobre todas las estupideces humanas está la de adorar a esos santos de palo, más sacrílegos aún cuando los visten ridículamente? ¿No crees que un pueblo que adora esas figuras y en ellas pone toda su fe, no tiene verdadera religión, aunque los curas lo arreglen diciendo que es un símbolo lo que nos mandan adorar entre velas? Yo te aseguro que no siento devoción delante de ninguna imagen, como no sea la de Jesucristo, y que si yo tuviera que arreglar el mundo, mi primer acto sería condenar al fuego a toda esa caterva de santos de bulto, empezando por los que llevan ropa.

—Lo mismo pienso—le respondí—. Pero nosotros, que tenemos nuestro entendimiento limpio de esos desvaríos, hemos de disimularlo, y hacer como que no discurrimos ni vemos más allá de las narices del señor Sureda o de tu tía Josefa... Seamos cautos, mujer mía, que nada cuesta decir a todo *Amén,* y vivir en santa paz con la familia.

Y una noche, recordando lo que desentonadamente se habló en nuestra tertulia de la situación del Papa, y de las tropas que mandaremos a Italia para restablecerlo en su trono, mi mujer se dejó decir:

—Ya ese bendito conde de Clonard me tenía estomagada con que la Iglesia debe ser maestra de la vida en todos los órdenes, con que los liberales están condenados, con que debemos traernos para acá al Papa, y hacerle cabeza de nuestra nación... Pues yo digo que si es vicario de Jesucristo, ¿para qué necesita fusiles y cañones? Jesucristo no tuvo artilleros, ni le hacían falta para nada... Y también digo que no tuvo embajadores, ni ministros de Hacienda, ni cobraba dinero por bulas o dispensas, ni gastaba esos lujos...; como que nunca se puso zapatos. ¿Lo entiendes tú, Pepe? Me dirás que no, y que tus dudas son iguales a las mías... Pero tienes razón, hijito; callémonos y hagámonos los tontos, que así nadie se mete con nosotros y vivimos tan tranquilos.

El escepticismo de mi cara esposa no se estacionaba: era esencialmente progresivo, como se verá por los conceptos formulados hará unos veinte días:

—Esto de que hemos de confesar y comulgar todos los meses me parece un abuso de nuestra paciencia, Pepe. ¿No crees lo mismo? Bueno que me hagan confesar a mí; pero tú, que eres hombre, ¿por qué te has de arrodillar tan a menudo delante de un sacerdote para contarle lo que has hecho? ¡Pues buena tendrías el alma si a cada treinta días te la llenaras de nuevos pecados! Con confesar una vez al año, o dos, vamos, bastaría, pienso yo. Caro es que salimos del paso muy lindamente. Yo de algún tiempo acá no le digo al cura más que lo que me parece. Ya te conté los disparates que me preguntó el de las Descalzas. Desde entonces hago mi composición y no me apuro por nada. Y tú, ¿cómo te las arreglas con don Sinforoso? ¿Es preguntón, es de los que se pasan de listos y quieren saber, a más de los pecados cometidos, los pecados probables, y se meten en lo que no les importa?... Verdad que tú ya sabrás desenvolverte. A buena parte van. Yo digo que la mujer casada no debe confesarse más que con su marido, si éste no es un pillete, como hay muchos. A ti te digo yo todo lo que pienso; tú me dices a mí parte de lo que discurres, porque un hombre, naturalmente, debe tener alguna más libertad de pensar, y así somos felices, y nos entendemos a maravilla.

30 de marzo.

Suspendo aquí los desenfados de María Ignacia, para dar sitio al estupendo notición de hoy. En Novara, gran batalla entre piamonteses y austríacos, vencedores éstos, viéndose precisado Carlos Alberto a salir de estampía, previa abdicación en su hijo Víctor Manuel. No caben en sí de contento los de mi tertulia emparánica, y mi hermano Agustín ya ve asegurada la paz del mundo y el orden social con este triunfo del Imperio... Ni ante la rota de Novara, que ha sido el humo en que se desvanecen las esperanzas unitarias de los italianos, entran en razón los descamisados y descalzonados de Roma, que siguen adorando a esa tarasca ebria de su República. El

Papa, muy obsequiado del *Rey Pisimo* (Fernando II), continúa en Gaeta esperando que las tropas francesas y españolas le devuelvan sus Estados, hoy en poder de todos los demonios. Estos no se van con exorcismos ni anatemas, y es menester gran cantidad de pólvora y balas para conseguir arrojarlos del santo cuerpo en que se han metido.

—¿No has reparado—me dijo anoche Ignacia—que en casa no quieren a Narváez? Lo habrás notado, sin duda. Ello está bien a la vista. Siempre que hablas de él, para elogiarle, naturalmente, o callan o salen con alguna cuchufleta..., y que el Sureda las dice del peor gusto. Luego papá y las tías no pierden ripio para ponerle faltas: que si es un cascarrabias, que si no guarda la religión, que si no mira más que por sí, que si todo lo arregla con andaluzadas, que si debajo de la capa de moderado es un liberal tremendo, que si ha dicho o no ha dicho del nuncio una frase muy fea..., y no pude enterarme porque entre sí los hombres la pronunciaron muy en secreto, y unos se indignaban, otros se reían... En fin, Pepe, que no le quieren en casa, desengáñate. ¿Sabes lo que soltó esta noche don Serafín Clonard? Pues que la reina ha perdido el miedo a Narváez; pero que le mantiene en el Poder por meterle miedo a su marido don Francisco y tenerle siempre en jaque... Mi tía Josefa, que, como sabes, está muy al tanto de lo que pasa en el cuarto del rey, se echó a reír y dijo:

—Ya no le temen. ¿Qué han de temerle, si el tigre va saliendo gato? Preparado está ya el cascabel que han de ponerle.

—¿Y no añadió quién es el guapo que se lo pondrá?

—Se lo calló la muy ladina. Si mañana se les va la lengua un poquito más... seré toda orejas, para grabarlo bien en mi memoria y poder contártelo.

XIII

17 de mayo.

No me preguntéis nada de cosas públicas ni aun de la expedición militar que ha salido ya para Italia: Todo lo ignoro, y lo que traen a mi oído derecho los amigos cuenteros y parlanchines, o el bullicio de las calles, no tardo en arrojarlo por el izquierdo hasta dejar mi caletre vacío de cuanto no pertenezca a mis personales intereses y ciudados. He tenido a mi mujer muy malita. ¡Qué días, qué cinco semanas de mortal ansiedad! En mi sobresalto y tribulación temí que no sólo perdiéramos el fruto, sino el árbol. Gracias a Dios, vimos felizmente resuelto el infarto de la garganta y cuello, con alarmantes manifestaciones de erisipela... Dejadme que respire. Ya la tenemos completamente bien: el mundo recobra su alegría. Yo le digo a María Ignacia que Dios está resueltamente de nuestra parte; ella se ríe y me contesta, barajando la fe con el escepticismo:

—Acá para entre los dos, Pepe, yo pienso que Dios me ha de conceder..., ya sabes qué..., el *tener* felizmente a nuestro hijo, pues ya que me negó tantas cosas buenas que otras poseen, ésta me la tiene que dar. Si no, no sería justo... Aunque... vete a saber si es justo. Yo voy creyendo que no lo es, y que su principal atributo es la injusticia, al menos lo que por tal tenemos de tejas abajo, y que es quizá... la sublime esencia de la justicia. En fin, chico, lo que quiera Dios ha de ser, y, como dice tu madre, venga lo que viniere, siempre tendremos que dar gracias.

Así en la enfermedad como en la convalecencia y franca mejoría, se redoblaron los mimos que a María Ignacia prodigamos todos, y por mi parte, a más de renovar ante ella la declaración y juramento de fidelidad que como esposo le debo, le sometí y entregué mi lícita libertad, que tal fué el compromiso de alejarme sistemáticamente de todo lugar donde pudiera presentárseme ocasión pecaminosa. Con ello no hago, en realidad, gran sacrificio, porque de tal modo embarga mi voluntad el indescifrado misterio de la sucesión, que al presente nada me solicita fuera de mi casa, y me sorprendo de encontrarme desalentado y glacial ante personas que el año anterior me sacaban fácilmente de quicio. Desde mi regreso de Atienza, he visto más de una vez a Eufrasia en su casa, en las ajenas, en el teatro, en la calle. En nuestras primeras entrevistas, encareció sin ironía mis virtudes, incitándome a persistir en ellas. En febrero último, un casual incidente nos aproximó y puso en

soledad con tan tentadoras circunstancias, que el no desmandarme habría sido, más que honradez, santidad. Por fortuna, la presteza con que acudió la manchega a la corrección de mi atrevimiento, nos salvó a los dos, acreditando su virtud más que la mía. Desde entonces nos hemos visto poco y sin ocasión de largas explicaderas. Me han dicho que en su casa, donde politiqueaban el año anterior los disidentes de la situación moderada, cabildean ahora los enemigos más oscuros del régimen. No sé qué hay de verdad en esto, ni me importa.

De Virginia y Valeria debo decir que cada una tiene de novio a un capitán... Por extraordinario efecto de reflexión de lo femenino a lo masculino, los dos novios me parecen un capitán solo. Ya no bromean conmigo las dos chiquillas, ni yo, respetándome y respetándolas, me permito jugar con ellas a los amorcitos. Sé lo que debo a la sociedad, a los amigos y a mí propio: siento en mí la saludable invasión anímica de la sensatez; como árbol magnífico que soy, plantado en el suelo de la patria, me duelen las raíces al menor movimiento de mi tronco... Noto en mí un sentimiento nuevo, la alegría de la corrección, porque nace entre las vanaglorias de una vida llena de ventajas y dulzuras del orden material. En la cúspide de mi sensatez, pirámide que tiene por base mi sólida posición, afirmo de nuevo que la renuncia que hice a María Ignacia de mi asistencia a reuniones mundanas no es en realidad un sacrificio muy meritorio, pues en muchos casos no iba yo a ciertas casas más que a medir la longitud y latitud de mi aburrimiento. Tan sólo echo de menos la tertulia de María Buschental, cenáculo de hombres presidido por una mujer encantadora, de sutil ingenio. Allí van mis mejores amigos; allí se habla de lo divino y lo humano con deliciosa libertad, y se lleva puntual cuenta y razón de las flaquezas cortesanas que ofrecen interés por andar en ellas los poderosos, pues las flaquezas de los pequeños a nadie interesan; allí se hace la exacta crítica de las cosas públicas, harto más sincera que la de los periódicos, porque las causas y móviles de los hechos, comúnmente reseñados con falaz criterio por la Prensa, salen de las bocas vestidos y armados de la refulgente verdad... Espero que en cuanto rebasemos la formidable línea de la sucesión recabaré de mi bendita esposa que, a cambio de otras concesiones, me dé de alta en el amenísimo conciliábulo de la calle del Príncipe. Por hoy, me resigno a no tener más sitio de esparcimiento y charla que el teatro de Oriente (convertido en Congreso, mientras se concluye la nueva *Cámara de los Comunes),* aunque allí, como dice Salamanca, tiene uno «la desdicha de encontrar siempre a todas las personas que le cargan».

29 de mayo.

Pongo en conocimiento de la Posteridad un importante suceso. Ayer estuvo en casa mi amigo Eduardo San Román con esta comisión:

—Vengo de parte del general Narváez a llevarte a su presencia... No te asustes: desea conocerte.

Sorpresa y confusión: é s t a sube de punto cuando agrega el simpático emisario que no se trata de concederme audiencia, por otra parte no solicitada, ni de una entrevista ceremoniosa: será una simple presentación de confianza, por la mañana, cuando el general, no vestido aún, o a medio vestir y quizá tomando chocolate, recibe a sus amigos más íntimos. Francamente, no entraba en mi cabeza que con tan primitivas formas de llaneza me llamase y recibiese don Ramón a mí, para él desconocido, y apenas conocido de nombre. Llegué a creer que San Román me daba una broma; pero con tal seriedad insistió en su mensaje que hube de tenerlo por verídico. Pensando que me hallaba en vísperas de una singular emergencia, me dije: «¿Qué es esto? ¿Para qué me querrá el dueño y árbitro de los destinos de la nación?... No puede ser para ofrecerme un acta en elección parcial, que de esto se ocupa Sartorius... Para reñirme no ha de ser, porque en nada le ofendí, y no soy su subordinado..., ni para darme las gracias, porque ningún servicio me debe...» En fin, pronto saldría de confusiones. Convine c o n Eduardo en que nos reuniríamos en casa, por hoy, a la hora que él designara.

Por la noche, mi mujer y yo apuramos hipótesis y conjeturas para dar con el quid de tan extraña cita, y en el giro de nuestra charla hablamos de mi presunto introductor San Román, en quien reconozco a uno de mis mejores amigos.

Soldado de pluma más que de espada, sus notables escritos de arte militar le han valido el entorchado de plata. Es quizá el brigadier más joven del Ejército, y en política no anda ciertamente a retaguardia: don Ramón le ha hecho diputado por Loja, su pueblo, que es como hacerle de la familia... La tenaz adhesión de nuestro pensamiento a la persona del guerrero de Arlabán nos llevó a recordar la carta inédita, inconcluída y sin curso del pobre Miedes, que de Atienza trajimos, y conservamos como oro en paño en recuerdo de nuestro bondadoso y trastornado amigo.

—Mira tú—dije a María Ignacia—, que sería muy gracioso entrar yo a la presencia de Narváez saludándole con el dictado de *Buey liberal,* que, según Miedes, es la fórmula sintética de su carácter.

—Gracioso sería, sí... ¡Lo que tardaría el hombre en tirarte por las escaleras abajo!

—Como no dispusiera que me agregaran a la primera cuerda que salga para Filipinas...

Bromas aparte, no llegué sin temor, esta mañana, a la Inspección de Milicias, morada del general cuando es ministro-presidente. La idea que todos los españoles, con razón o sin ella, han formado de la fiereza del personaje, justificaba mi vago recelo, que San Román cuidó de disipar asegurándome que no debía temer ningún arranque iracundo, porque el león, no tan fiero como se le pinta, sólo echa el zarpazo a los subalternos que no cumplen su deber. Entramos, y en una estancia nada elegante, que más bien parecía cuerpo de guardia, vi que hacían antesala unas cinco o seis personas, algunas de las cuales conocía yo. Eran don Juan Gaya, administrador de la imprenta nacional y direcor de la *Gaceta,* mi jefe un año ha, hoy diputado por la Seo de Urgel (¡cielos, apiadaos del inocente Cuadrado, mi compañero de oficina!); el corpulentísimo don José María Mora, diputado por un distrito de Alicante y oficial en Gobernación, y el de tenebroso entrecejo y desapacible rostro don Claudio Moyano, rector de la Universidad. Además vi a uno que me pareció periodista, cara que conozco mucho, mas el nombre se me ha ido de la memoria... Mientras yo saludaba a mi antiguo jefe en la *Gaceta* y le proponía que trabajásemos juntos para traer de su destierro al sin ventura Cuadrado, desapareció Eduardo San Román. Al poco rato le vi volver con un ayudante, y ambos me llevaron afuera, como quien desanda lo andado, y luego me condujeron por un pasillo con dobleces que no parecía sino un rompecabezas. Al término de esta caminata, entramos en un aposento grande, todo claridad, donde lo primero que vi, ¡Dios me valga!, fué la propia persona del *Túrdulo* don Ramón Narváez en mangas de camisa. Entrar yo por aquella puerta y salir él de otra frontera, con vivo paso, mirar fiero y arranque impetuoso, que me dió la impresión de un toro saliendo del toril, fué todo uno. Quedéme parado a pocos pasos de la puerta, sin saber qué hacer, ni adónde volverme, ni a quién saludar. Por un momento dudé que fuera el duque de Valencia quien de tal modo me recibía. Mis introductores, no menos perplejos que yo, se pararon también en firme junto a mí, a punto que el general, en medio de la estancia, gritaba como quien da la voz de mando en lo más comprometido de una batalla:

—*¡Bodegaaa!*

—Mi general—dijo el ayudante—, yo le llamaré.

—En el pasillo se cruzó con nosotros cuando entrábamos—balbució San Román, señalando al ayudante la dirección que tomar debía.

Narváez, gritando nuevamente: *¡Bodega!,* reforzaba su exclamación con el repique de una campanilla que cogió de la mesa y agitaba en su mano. Después se volvió hacia mí, y secamente, sin dar espacio al saludo que inicié, me dijo:

—Dispense usted, *pollo.*

Al poco rato, como si la presencia de un extraño calmase su furia, aplacó los gritos, y no hacía más que sacudir la campana, diciendo por lo bajo: «Este *Bodega* me va a quitar a mí la vida.» De pronto entró el ayudante, y tras él un criado como de cincuenta años con un servicio de chocolate. Lo mismo fué verlo Narváez que le tiró la campanilla con toda la fuerza de su brazo, diciendo:

—Ahora te lo tomas tú, arrastrado..., que ya con tu cachaza me has quitado la gana. ¡Si me tienes podrida la paciencia!... Que te lo lleves, te digo... ¡Que no lo tomo, ea, que no lo tomo!

Cayó la campanilla a los pies del cria-

do, el cual, imperturbable, como si creyera en conciencia que de su enrabiscado señor no debiera hacer más caso que de un niño, dió con el pie al proyectil que éste le había lanzado, y siguió su camino rodeando la pieza hasta dejar el servicio en una mesa próxima a la ventana. Yo había oído hablar del famoso *Bodega*, del viejo soldado, compañero y servidor del general en la guerra, y ahora su ayuda de cámara y mayordomo; pero no le había visto nunca. Encontréle alguna semejanza con el gran Miedes, la cual, si muy vaga en la fisonomía, más acentuada en la traza y estatura, salvada la diferencia de edad, era exactísima en los pies, grandes, juanetudos, como los del sabio celtíbero, marcando bajo el paño de los zapatos bultos como nueces. Pues el fiel servidor, mudo y flemático, sin precipitarse en sus movimientos, luego que dejó el chocolate en la mesa, cogió el chaleco y, alzándolo en ambas manos, hizo un movimiento semejante al del banderillero cuando cita al toro y le muestra los palillos que ha de clavarle. Narváez arrojó sobre su asistente una mirada de indignación, y llegándose a él dió media vuelta y se dejó meter los brazos por los agujeros de aquella prenda. Luego se abrochó de prisa, y antes que *Bodega* trajera la levita le echó otra rociada:

—Te digo que te lleves ese mejunje. He dicho que no lo tomo ya. Llévatelo, o te lo tiro a la cabeza.

Bodega, sin la menor alteración en su rostro, que parecía de palo, puso a su amo la levita; el general, volviéndole la espalda, se la ajustó con un nervioso estirón de paño sobre la cintura; luego palpó y aseguró su peluquín que con los berrinches parecía desviarse un poco. Retiróse *Bodega* con la tranquilidad del justo, sin cuidarse de obedecer a su señor en lo de llevarse el desayuno, y el duque, al verle salir, le flechó de nuevo con una mirada de odio; después dirigió otra de desdén al chocolate; por último, volviéndose a mí, me señaló un sofá, a punto que él también se sentaba, y me dijo:

—Dispense, *pollo*, que le reciba con esta confianza... Voy a decirle con qué objeto me he tomado la libertad de llamarle...

XIV

—Mi general—le respondí—, estoy siempre a sus órdenes. No podía usted hacerme honor más grande que tratarme con esta confianza...

—Pues verá:...

—Tome usted su chocolate, mi general—le dije, creyendo corresponder a su franqueza—. Por mí no se prive...

Me interrumpió con un gesto impaciente que traduje de este modo: «No se ocupe usted de lo que no le importa. Yo tomaré o no tomaré el chocolate conforme a mi santa voluntad; usted oiga y calle.»

Así lo hice. No sin grande estupor oí estas palabras, que reproduzco suprimiendo el ligero ceceo andaluz con que el dictador las pronunciaba:

—Pues quería decir a usted lo siguiente: en su casa, en la casa de los señores de Emparán, se conspira de un modo descarado contra mí... No, no me lo niegue. Con usted no va nada. Tengo de usted la mejor idea: ya sé que es sensato, muy sensato, y que entre las ideas del marqués de Beramendi y las de su suegro... hay un abismo... Lo que no quita que usted aparente amoldarse... Naturalmente, es esposo de su hija... ¡Si me hago cargo!... Es posible también que delante del yerno no se permitan decir todo lo que sienten, ni dejar traslucir sus intenciones. Yo lo sé todo, y si no lo sé todo, sé mucho, lo bastante para no dejarme sorprender. Mi objeto al llamarle no es pedirle que me cuente lo que se habla en su casa. Ni yo acostumbro apelar a esos medios, ni usted, que es un joven pundonoroso, de gran talento, según me dicen, se había de prestar a un espionaje de tal naturaleza... No, no; mi objeto es tan sólo decirle que haga entender a su familia que Narváez no está ignorante de lo que se trama contra él, y que se halla dispuesto a *meter mano* a todo el que perturbe, sin distinción de pobres y ricos. Es gran injusticia mandar a Filipinas a tanto infeliz descamisado y dejar aquí a los revoltosos de buena posición que pelean contra *lo existente*... con armas que no son el trabuco naranjero, y se hacen fuertes en barricadas... que no son las de las calles. Aquí donde usted me ve, soy yo más liberal que nadie, y si me apu-

ran, más demócrata que la Virgen Democracia. Ni temo a los de abajo ni adulo a los de arriba... Si los que pintan el diablo en la casa de Emparán son *carlinos*, enhorabuena: que salgan al campo, que den la cara. Yo he visto de cerca las caras de Zumalacárregui, de González Moreno, de don Basilio, de otros muchos guerreros muy respetables, y no me dan asco. Ellos luchaban en su campo, yo en el mío; ellos se mataban por su rey, yo por mi reina. Eramos rivales nobles. Ganamos nosotros la partida. Por zancas o barrancas quedaron los facciosos debajo; nosotros encima... Pues ahora los convenidos de Vergara, y los clérigos de capa corta que allí tuvieron su desengaño, quieren suplantarnos y abolir el régimen y traernos el carlismo sin don Carlos, o el absolutismo con Isabel, y esto no hemos de tolerarlo, ¡carape!... Como no hemos de consentir que los que tronaron contra la desamortización sean ahora los que quieran echar abajo *lo existente*... No será tan malo el árbol cuando a su sombra hicieron sus pacotillas estos ricachones que ahora se gastan el dinero en escapularios y que me acusan de que no miro por la religión... Hable usted de esto con su señor papá político y con otros que en pocos años se han llenado de millones. Si es tan malo el régimen, que se lo cuenten a los que por ese mismo sistema político, ¡ahí duele!, fueron *comisionados del crédito público* y se encargaron de recoger el papel-moneda de los conventos... ¿Dónde está ese papel? Yo no digo nada: hable usted con los que dicen que se ha convertido en ladrillos y éstos en casas.

Aprovechando el primer descanso que tomó el orador, dije que si en mi casa se hablaba mal del Gobierno, común achaque de toda casa de Madrid, cualquiera que fuese la procedencia de sus ladrillos, no debía ello tomarse como efectiva conjura, sino como desahogo natural de las almas españolas; a lo que me contestó el duque con un suspiro que de su pecho salía como avergonzado, por no ser aquel pecho de los que albergan la resignación, o el sentimiento de una radical impotencia contra fatales obstáculos. Después miró un instante al suelo, y me dijo que aunque la intriga no tuviese su principal centro en mi casa, allí debía él dar un toque de atención en esta forma:

—Cuidado, caballeros, que tengo abierto el registro para Filipinas...

En esto apareció de nuevo *Bodega* y su amo le interpeló en el tono más suave:

—*Bodega*, hijo, ¿qué haces que no te llevas ese chocolate maldito? No lo tomo... Oye otra cosa: sírvenos el almuerzo a las doce en punto. Este señor almuerza hoy conmigo.

Cuando yo le daba las gracias por tanta fineza, entró el ayudante, al cual preguntó su jefe si había más personas en la antesala.

—Acababa de entrar don Pedro Egaña; hace un rato llegaron el señor Sagasti y don Pascual Madoz.

—Que pasen a esa sala los que aguardaban y los recién venidos: los despacharé a todos de una estocada—dijo el duque, abriendo la puerta que a la estancia próxima conducía.

—*Bodega*, no hay prisa para el almuerzo porque hoy no tengo que ir a Palacio: de aquí me iré al Senado.

Y con severidad tutelar, tranquilo y apacible, como quien ejerce paternalmente la autoridad doméstica, el gran *Bodega* recogió el servicio, diciendo:

—Buena memoria nos dé Dios. Si no va mi general a Palacio, bien sabe que le espera en su casa el señor don Luis Mayáns. ¿No quedaron en eso?

—¡Oh!, sí; tienes razón... Almorzaremos a las doce en punto.

Pasando el duque a la sala de audiencias, quedamos allí el ayudante y yo con San Román, el cual, mientras hablamos Narváez y yo lo que referido queda, había permanecido en discreto apartamiento, leyendo no sé si *La España* o *El Heraldo*, a la claridad del balcón. Luego que estuvimos solos, vino Eduardo a mí para darme instrucciones acerca de la actitud que debo observar ante el general en las incidencias probables de un largo coloquio.

—Si te trata con confianza, guárdate mucho de hacer lo mismo con él; si te da alguna broma, aguántala sin que se te pase por el magín la idea de devolvérsela, aun siendo de las más inocentes. No tolera confianzas de nadie, como no sea de *Bodega*, y en cuanto a bromas, no ha nacido todavía quien se las dé. Es un hombre bonísimo, pero de un amor propio que no le cabe en el alma. Admite que se le contradiga en ideas; pero no quiere oír cosa alguna por donde a él se

le figure que queda en ridículo a sus propios ojos. Nada de chistes, Pepe, alusivos a lo que ha hecho o pueda hacer y acontecer. Cuanto al general se refiera sea dicho en el tono más serio.

Terció el simpático ayudante en la conversación para añadir nuevas advertencias a las expresadas por San Román, lo que yo agradecí mucho, porque con tales maestros no había medio de desbarrar.

—Fíjese usted también en esto: de las caricaturas que le sacan en los periódicos callejeros, no tiene usted que hacer mención, ni aun para reprobarlas, ni tampoco hablar de los papeles satíricos ni reírles las gracias. Los muñecos y las sátiras más o menos chistosas o indecentes le sacan de quicio... De la Prensa en general, aun de la moderada, hable usted con poca estima.

—Es un gran corazón y una gran inteligencia—dijo San Román—; pero inteligencia y corazón no se manifiestan más que con arranques, prontitudes, explosiones. Si mantuviera sus facultades en un medio constante de potencia afectiva y reflexiva, no habría hombre de Estado que se le igualara.

—Es todo inspiración, todo inspiración.

—Lanza el gran bufido, y cuanto mayor sea éste, más pronto vuelve el hombre al estado de calma y prudencia. Créelo: si a todos los que ha mandado fusilar pudiera resucitarlos, lo haría de buena gana... Si es duro en los hechos, en la palabra suele ser muy inconveniente..., pero su furor pasa pronto.

—Le hemos visto pedir perdón a muchos que le oyeron cosas terribles, cogidos de las solapas.

—Las personas a quienes más ha protegido y protege, digo yo que son las hechuras del arrepentimiento. Recibieron algún apabullo, les salpicó a la cara el espumarajo de la ira del león... Pero luego ha venido el león mismo a limpiarlo, concluyendo por colmar de beneficios al ofendido.

—La principal regla de conducta es no tomarse con él ni la más ligera confianza.

—Una mañana estuvo aquí un diputado andaluz, que es hombre graciosísimo. Fué en las Cortes pasadas. De su nombre no me acuerdo; de su cara sí: alto, moreno, con patillas de *boca de jacha*, dientes muy blancos y un decir ameno, con chistes en cada frase, y los ademanes tan sueltos y desahogados que ellos bastaran para hacer reír. Narváez se divirtió oyéndole contar cosas de la tierra: aquel día ceceaba como en su mocedad. El pobre granadino, viendo a su paisano tan gozoso y bromista, se fué del seguro y cometió la pifia de ponerle la mano en el hombro. Sentir la mano del andaluz en su hombro fué para don Ramón como sentir la picadura de una víbora. Volvióse, cogió con violencia la insolente mano y, echando lumbre por los ojos, le dió un fuerte estirón hacia abajo, diciendo: «¡Esa mano, en los calzones!» Quedóse el otro de una pieza. No volvió a soltar chistes, ni don Ramón se los hubiera reído, aunque a chorros los echara. Pasado algún tiempo, el tal se trocó de amigo en furioso enemigo de Narváez, y escribió sus chirigotas en *La Postdata*... Al fin, se hizo progresista: ha estado en un tris que le mandemos a Filipinas.

Antes que San Román concluyera oímos la voz del general en la sala próxima. Reñía con don Pedro Egaña y con don Pascual Madoz, que también es hombre de malas pulgas. Luego supimos por el ayudante que los señores Gaya, Mora, Sagasti y Moyano se habían retirado después de oír alguna palabra, ni agria ni dulce, del *Espadón*. Este toreaba por lo fino a don Pedro Egaña, que venía con pretensiones vascongadas, y a don Pascual Madoz, que solicitaba privilegios para Cataluña. Era un caso de incompatibilidad irreducible entre los intereses catalanes y los vascos. Llamado por el duque, pasó el ayudante a la sala de audiencias para hacerse cargo de todo el papelorio que dejaban los dos pedigüeños de gollerías, y al abrirse la puerta oímos a Narváez que gritaba:

—Pero ¿esto es España o la ermita de *San Jarando* que hay en mi tierra, donde cada sacristán no pide más que para su santico? Ea, caballero, yo estoy aquí para mirar por el Padre Eterno, que es la nación, y no por los santos catalanes o vascongados...

Les despidió con buena sombra, y si Egaña partió cejijunto, conteniendo su enfado dentro de la cortesía, don Pascual, que es muy nervioso, chillón, rudo, francote, como cuarterón de catalán y aragonés, y de aragonés y navarro, salió

con la peluca bermeja un tanto descompuesta y erizada, diciendo:

—General, es usted atroz, y a este paso iremos... a donde no queremos ir...

Terminadas las audiencias, creímos que nadie quedaba en la sala; pero el periodista que vi al entrar, y que, según dicho del ayudante, se había retirado, apareció de nuevo como un duende, no sé si por secreta puertecilla o surgiendo de los pliegues de un cortinón. Con forzada sonrisa y pruritos de ligereza, que eran disimulo y atenuantes de su miedo, adelantóse en seguimiento del general, que a nuestro lado volvía. Infeliz esclavo de las duras necesidades de su oficio, se arriesgaba, con peligro de la existencia, a quitarle motas o pulgas al león. Volvióse éste con el movimiento rápido que a sus arranques de ira o generosidad precedía, y tocado, por suerte, de la segunda más que de la primera, dijo al intruso en el tono con que imitaba la paciencia:

—Pero, condenado Santanita, ¿cuándo concluirá usted de freírme la sangre?

—Mi general—dijo con ceceo andaluz el llamado Santana, tranquilizándose—, es usted más bueno que el pan y más dadivoso que San Antonio bendito. ¿Qué le cuesta decirme con palabra y media lo que está pidiendo con tanta necesidad mi *Carta autógrafa* de esta noche?

—¡Si no hay nada, si no tengo nada que decirle!

—Mi general, yo le voy conociendo ya, y sé que cuando más regatea más da, y que, si al principio le niega a uno hasta la sal del bautismo, luego le entrega su corazón, ese corazón más grande que la Puerta de Alcalá...

—Basta, Santana...—replicó don Ramón en plena expresión de benevolencia—. Ahora no puedo entretenerme. Véngase esta noche, antes de comer, a la salida del Congreso..., no, no: de diez a once, y hablaremos...

—Pero ¿no podré llevarme ahora un par de rengloncitos, como quien dice, nada?... La expedición ha llegado a Gaeta. ¿Se sabe ya si Córdoba ha conferenciado con el Papa? ...¿Cuándo *empezamos* las operaciones?... *¿Atacaremos* a Garibaldi antes que lleguen los refuerzos?...

—Que vuelva esta noche, ¡jinojo!—dijo Narváez con ganas de enfadarse *una chispita,* pues con la mayor prestaza pasaba de un extremo a otro de la gama humoral—. Esta noche, y no moler, amigo. Ya sabe que le quiero bien por trabajador y honrado, y que le distingo entre tanto holgazán trapisondista.

—A la orden, mi general—murmuró el otro, despidiéndose con militar saludo y saliendo como un cohete.

XV

—Este Santana me gusta—nos dijo Narváez cuando nos sentábamos a la mesa—. Es hombre de gran mérito; es un inventor que adivina alguna cosa que no se ve y que él quiere descubrir; confía en sí mismo; no tiene capital; él lo creará con cuatro pedazos de papel y una piedra litográfica..., y con la paciencia de todo el mundo, ¡carape!, pues el maldito pone a contribución a cuantos podemos darle alguna noticia, y hasta que no aflojamos la mosca no nos deja en paz... Pero con eso y con todo, este hombre es una voluntad y merece que se le proteja... Le conozco desde que empezó. Me ha dado algunas jaquecas...

Luego me contó San Román este pasaje delicioso de las relaciones de Narváez con Santana:

—En los primeros días de la *Autógrafa,* se le fué la mano al periodista apreciando ciertos actos del general. Este, al leer el periódico, bufaba como un gato. «Si encuentro en la calle a ese catatintas, le deshago», me dijo. Y una tarde quiso la mala suerte del periodista que, viniendo él por la calle Mayor, fuésemos por la misma calle y acera, en dirección contraria, el general y yo... Santana, con ojo de lince, le vió desde muy lejos y se pasó a la acera de Platerías; Narváez, que también tiene buen ojo, le sorprendió el movimiento, y se fué a él como un ave de presa, y antes que pudiera escabullirse le agarró por las solapas y... yo no sé las perrerías que le dijo. El otro daba sus excusas... Realmente, el agravio era insignificante, de esos que se hacen un día y otro a los hombres políticos, censurándoles con más o menos equidad, sin lastimar su honra. Seguimos calle adelante, sin que yo me permitiese hacerle ninguna observación sobre la aspereza de su genio, porque le vi sofocadísimo y tardaba más que de

costumbre en recobrar la calma. Por la noche, aquí, le noté bastante aplanado, taciturno, contestando poco y mal a los hombres políticos que vinieron a verle. Hasta con su íntimo amigo, el granadino don Miguel Roda, estuvo muy avinagrado. A la mañana siguiente le encontré en la misma disposición de espíritu; a *Bodega*, tan pronto le llenaba de improperios como le llamaba hijo... Bien se veía que un pesar le agobiaba...; pero como es hombre de arranques, y los de sinceridad son quizá los más hermosos que tiene, así como no se le pudre en el cuerpo ningún resquemor por agravio recibido, tampoco se le quedan dentro las espinillas de los disparates que hace. Soltando un terno, volvióse hacia mí de repente y me dijo: «¡Que me traigan a ese Santana!... Eduardito, hazme el favor de traérmele. Ayer, ya lo viste, le atropellé estúpidamente... No había motivo... Estuve muy duro... ¡Un hombre que se gana la vida sin pedir a nadie más que noticias!... Este le mete a uno los dedos en la boca, jamás en los bolsillos. Quiero hacer algo por él y demostrarle que Narváez no es rencoroso. Dispondré que se suscriban a la *Carta autógrafa* todas las Direcciones generales, a más de los ministerios..., y se recomendará la suscripción a todos los jefes políticos y a los cuerpos del Ejército...» Conque ya ves si el hombre es de buen natural. Esto pasó tal como te lo cuento.

Era, en verdad, un rasgo que descubría una integridad del carácter, una línea que era toda la figura.

Durante el almuerzo, del que participaron también San Román y el ayudante, nada nos dijo el duque digno de que yo lo mencione. El hábito de gobierno le había curado de sus resabios expansivos, y comúnmente, como alguna cuestión picante no excitara su nativa franqueza, nada decía que debiera reservarse. De los diversos asuntos políticos o internacionales que estaban, como suele decirse, sobre el tapete, apenas habló; ocupóse más de nosotros que de sí mismo, pidiéndonos noticia de la sociedad que frecuentamos y distinguiéndome a mí con sus finezas. No sé si debo contar como tal la insistencia en darme la denominación de *pollo*, que me pareció de notoria impropiedad, pues aunque soy joven efectivo, por razón de mi estado y circunstancias no pertenezco a la juventud suelta y de cascos ligeros designada vulgarmente con aquel término gallináceo. Este se aplica hoy sin ton ni son, y significa frivolidad, corbatas de colorines, primeros pasos en cualquier carrera; significa infatigabilidad en el baile, lanzándose a la moderna polca con vértigo y furor; audacia en los amores, atreviéndose con las damas de alto copete, alegría decidora, jactancia de los triunfos cuando los hay, resignación en las calabazas; significa el desprecio del romanticismo y la repugnancia de venenos y puñales. El llamar *pollos* a los muchachos es uso moderno, y data del 46; lo inventó, que invento es la novísima aplicación de las cosas, así vocablos como fuerzas naturales, una dama muy linda, en una reunión aristocrática, no sé si en casa de Montúfar o de Montijo o de Santa Cruz (averígüenlo los eruditos). Oía esta señora las arrebatadas declaraciones de un jovenzuelo tan elegante como atrevido, y aunque las oía con agrado, hubo de contestarlas con una negativa graciosa. El mancebo, que no era bastante fino para guardarse el *no* sin más explicaciones, pidió a la dama razón de su desvío, y ella, tomando el brazo de un señor maduro (cuarenta años), le dijo: «¿Por qué? Porque es usted todavía *demasiado pollo*.» La frase fué de las que caen en terreno fértil: hizo fortuna, sin duda como flor nacida en tales labios, y no tardó en extenderse rápidamente al lenguaje común. Bautizados por la hermosa dama, nombre de *pollos* tuvieron ya para *in æternum* todos los jovencitos bien vestidos y arrogantes que buscan dotes o pretenden los favores de mujeres hechas, más o menos casadas, bien o mal avenidas con sus esposos. Ha llegado a tener un uso constante y amaneradísimo la palabreja: a mí me llamaron *pollo* desde que vine de Italia hasta que me casé. Después del cambio radical de mi posición, nadie me ha llamado así más que Narváez, del cual me ha dicho San Román que aplica el mote a muchos que ya gallean. Para él son todavía *pollos* Cumbres Altas y Pepe Casasola.

Otro toque del general. A mitad del almuerzo noté que no le parecía bastante bueno el vino que bebíamos.

—Tráenos el borgoña del año cuatro —dijo a *Bodega*, que hacía de maestresala, tan imperturbable, metódico, y pun-

tual en estas funciones como en todas las demás de su omnímodo servicio.

Sin mirar a su amo ni alterar ningún rasgo de su fisonomía, que era siempre de palo, *Bodega* contestó:

—El borgoña se guarda para las comidas de etiqueta.

Yo temblé; no me atreví a mirar al duque, creí que ya volaba un plato desde la mano del anfitrión a la cabeza del criado; pero no cruzó los aires más que esta frase con que el general nos explicaba su mansedumbre, después de mirar compasivamente al gran *Bodega:*

—A este bruto hay que matarlo o dejarlo.

Servido el café, mandó poner junto al balcón una mesita, y me hizo señas de que allí nos apartáramos para tomarlo juntos y solos.

—Vaya—pensé yo—, ahora me dirá lo que resta, pues ya no tengo duda de que hay segunda parte.

En efecto: no tardó el hombre en explicarse. Ved aquí cómo:

—Pues hay conspiración, *pollo,* por más que usted no se entere bien de lo que se habla en su casa. ¿No va usted por la de Socobio, Saturnino? ¿No frecuenta usted la de Socobio, Serafín, que hoy vive en las habitaciones altas de Palacio?

Díjele que muy rara vez voy yo a esas casas, y siempre de visita, acompañado de mi mujer, a lo que él replicó:

—Pues en este mal negocio anda, como portadora de recaditos y de instrucciones, una señora que..., no es ofensa, *pollo...,* una señora que, según públicos rumores, ha tenido y tiene amistades íntimas con usted.

Al oír esto me turbé un poco. Si se refería el general a Eufrasia, podía ser verdad que esta señora conspirase; mas no lo es que tenga conmigo las concomitancias *de hecho* que el vulgo supone.

—¿Qué señora es ésa, mi general? Creo que a usted le han informado mal.

—La de Terry, hijo... ¡Si es más conocida que la ruda!... Pero ¿se hace usted el novicio o cree que yo lo soy?...

—Yo le juro que...

—Pero ¿es de veras?... Vamos, ahora que es usted hombre de arraigo no quiere ponerse a la altura de su reputación.

Le conté ingenuamente el caso, mi amor por Eufrasia, mis largas esperas, y, por fin, mi retirada honesta al campo de la fidelidad conyugal. No me creía. Riendo me dijo:

—¡Pamplinoso!... Pues quien lleva el alza y baja de estos enredos me había asegurado que no era usted solo..., porque ésa no está por exclusivismos, ¿sabe usted?... Es de las *de ancha base,* como el Ministerio que quiere Pacheco, donde entren todos... Otra: también oí que se jacta de haber hecho la boda de usted.

—No es cierto, mi general—respondí, molesto de tener que dar tales explicaciones.

—Ahora resulta que este *pollo* cándido y honesto no se entera de nada. ¿No sabe tampoco que Eufrasia y una tal Rafaelita, hija de uno que fué jefe político en tiempo de Espartero, son los correos de gabinete que llevan a la casa de Socobio y al palacio de usted las órdenes de otra casa más grande?

—No lo sabía, mi general.

—¿Y también ignora que ésta y otras andan ahora continuamente entre curas?

—He observado en ésa, como en otras amigas mías, un furor de moda religiosa y demasiada querencia de los altares, sacristías y confesonarios.

—La manchega, y su editor responsable, Socobio, confiesan ahora con el padre Fulgencio.

—Sé que el escolapio es muy amigo de esa familia.

—Pues siento mucho que no se haya usted arreglado con esa señora, pues de usted pensaba valerme para hacer entender, tanto a *la* Eufrasia como a *la* Rafaela...

Detúvose y lanzó un terno de los garrafales, acompañado del destello iracundo de sus ojos, y seguido de esta explosión:

—Como me llamo Narváez, que no quisiera morirme sin coger un barco viejo, de los más viejos que tenemos en los arsenales, y llenarlo de estas beatas..., y mandarlo bien abarrotado de ellas... ¿Qué Canarias ni qué Filipinas?... ¡A las islas Marianas!

Dando un golpetazo en la mesilla, levantóse, repitiendo:

—¡A las islas Marianas!

Recorrió una y otra vez la estancia, corajudo, apretando las mandíbulas y mascando el cigarro, y sus labios escu-

pian el nombre de aquel remoto archipiélago:

—Marianas... Islas Marianas...

Pasado lo más vivo del arrechucho, volvió a mi lado y prosiguió así:

—¿Tienen algo que echarme en cara como jefe de un Gobierno que está obligado, como todos, a mirar por los intereses eclesiásticos? Hablo de interèses, porque de fe y de principios no hay que hablar, que católicos el que más y el que menos somos todos aquí. ¿No he mandado un ejército a Italia para restaurar a Pío Noveno en sus Estados, que le birlaron los demagogos de Roma? ¿No estoy dispuesto, luego que el Papa recobre su Silla y en ella esté bien seguro, a tratar con él del nuevo Concordato, cediendo en todo y haciéndolo a gusto de nuestras reverendas beatas y de nuestros venerables obispos, y de nuestros convenidos de Vergara, y de nuestros apreciabilísimos compradores de bienes del clero?... No me digan a mí que éstos quieren el Régimen: en esa intriga no hay más que carlismo, montemolinismo... Parece que aquí todos están locos..., locos los de abajo, locos los de arriba y los de más arriba... Créalo usted: a veces, metido yo en mí mismo, me pregunto: «Pero ¿seré yo solo el cuerdo entre tanto tocado, y mi papel aquí es el de rector de un manicomio?... ¡España y los españoles! ¡Vaya una tropa, compadre! Aquí, el Gobierno no halla día seguro; aquí es imposible acostarse sin pensar: «¿qué absurdo, qué disparate nos caerá mañana?» Y se da usted a discurrir cosas raras y nunca acierta. Mil veces me digo yo: ¿tendrán razón los anárquicos? ¡Porque mire usted que tenemos cosas, carape! El que inventó el llamar *cosas de España* a todos los desatinos que da de sí esta nación ya supo lo que decía... Y aquí no se puede gobernar, porque nadie está en su puesto, nadie en su obligación y en su papel, sino todo el mundo en el papel de los demás. ¡Como que hay quien conspira contra sí mismo, sí, no lo dude usted, quien se entretiene en destruir su propia casa..., labrada, Dios sabe cómo, con esfuerzos..., que me río yo...! ¡Ay *pollo!*, usted no es militar, usted no ha hecho la guerra, peleándose con otros españoles por un *sí* y un *no;* usted no se ha metido hasta la cintura en ríos de sangre. Y todo ¿para qué? Para que a la vuelta de algunos años de lucha y de otros tantos de celebrar la victoria con himnos y luminarias, nos encontremos como el primer día..., ni más ni menos que el primer día, creyendo, como antes se creyó, que puede venir el Zancarrón y que aquí no ha pasado nada... Lo que digo: todos locos...

Comprendí que el general en esta familiar y quizá indiscreta expansión de su ánimo, sólo mostraba una mínima parte de su pensamiento. Oyéndole por primera vez en mi vida, parecíame ver en todo su desarrollo la procesión que le andaba por dentro. Acordéme de un concepto enigmático de Miedes, que así dice, con enrevesado estilo: «Gobernáis atado de pies y manos, con ligaduras palatinas, y os estorba el paso y el gesto la polvorienta madeja de supersticiones o de místicos escrúpulos que descienden de la altura como telarañas de los tiempos...» Esta monserga del sabio atenzano, que copio de memoria, sin responder de la exactitud de su fraseología, ya no me parece tan estrafalaria.

—Dispénseme usted, *pollo,* que le haya molestado—me dijo después—. Y admitiendo que su dominio sobre esa viborilla de la Socobio no es como creí, bien podrá valerse de algún medio, como su pretendiente y adorador que fué, para persuadirla de que ella y su amiga la Milagro corren el riesgo de salir un día, codo con codo, entre guardias civiles... No es broma, no... Yo soy capaz de eso... Que me busquen el genio y verán... Las contemplaciones tienen un límite. O gobierno como se debe gobernar o me voy a mi casa. Tener fama de duro y no serlo es gran tontería. Exigirme que lleve a todo el mundo derecho, ir yo más derecho que nadie y que se me tuerzan los que a todos deben darnos ejemplo. es fuerte cosa...

Algo más, entre dientes, dijo que no pude entender, Hallábase, sin duda, estos días atormentado por la tenaz aprensión de que no le permiten desplegar alguno de sus capitales atributos. O no le dejan ser *thur,* que es como decir *buey* (fuerte), o no le dejan ser *duluth* (liberal), o le estorban sistemáticamente para dar al mundo la feliz combinación de ambas cualidades. Saco de la entrevista la impresión de que es un hombre de tanta voluntad como inteligencia; pero le falta el resorte que hace mover concertadamente estas dos preciosas y fun-

damentales piezas del mecanismo anímico.

Y ¿cómo puedo yo explicarme que viéndome aquel día don Ramón por primera vez dejara traslucir ante mí una parte, siquiera pequeña, de sus amarguras políticas? Lo explico y razono por mi insignificancia, porque nunca fué, según mil veces oí, tan hábil en disimular sus agravios como expresivo en arrojarlos a la cara del primero que le sale. Tratando conmigo de un negocio de espionaje, sin quererlo, abandonándose a la sinceridad, se le fué un poco la mano, y como el velo que tapaba el asunto privado estaba unido por invisible alfiler al velo del público asunto, vi más de lo que el general quería que viese... Si no hubiera nombrado al padre Fulgencio, nuestra conversación no habría salido de los términos de la gacetilla; pero en un descuido de su boca andaluza, movida siempre de la imaginación y harto abundante en amarga saliva, escupió al fraile (a quien sin duda no podía tragar), y desde aquel momento lo que sólo había sido gacetilla fué Historia... Historia no fría y colada, como la que pasa a los libros, sino viva y caliente, como la sangre de nuestras venas.

XVI

31 de mayo.

Asistido de mi excelente memoria, puede contarle a María Ignacia los varios incidentes y dichos de mi conferencia con Narváez. No se contuvo mi mujer en el asombro que tan interesante visita debía de causarle, sino que se divirtió grandemene oyéndome referir los pasajes cómicos, y se rió con ellos como en la representación de un gracioso sainete.

—Por lo que cuentas—me dijo—, pienso, como tú, que le falta un resorte y es lástima que un hombre de tan buenas prendas no las tenga completas y bien ordenadas. Pero se me ocurre una cosa, Pepe. Dios le negó a don Ramón el resorte o clavija para concertar la voluntad con la inteligencia; pero le ha concedido a *Bodega,* que viene a ser como clavija suplente, que hace las veces de la que falta. Me parece a mí que España estaría gobernada con perfección si el duque fuera ejecutor de lo que pensara y dispusiese el *Bodega...*, ¿no creestú lo mismo?

Hablamos aquella noche y al siguiente día de lo que Narváez llamaba conspiración en casa de Emparán, y convinimos en que, si no formal conjura, hay un exceso de comidillas que pueden ocasionar algún disgusto. Me ha dicho Ignacia que delante de ella suspenden la conversación o varían de tema. Como en mi presencia no se habla tampoco de Narváez y sus ministros, resultamos mi mujer y yo en una especie de aislamiento político dentro de la familia. Don Feliciano, en puridad, parece curarse poco de las hablillas de sus amigotes o no les da importancia real, como hombre que, llegado al colmo de sus ambiciones, bien cubierto el riñón, vive persuadido de que con unos y con otros siempre ha de estar a flote. Que personalmente no patrocina aventuras, bien a la vista está. Es absolutista furibundo, cimentado en el pedernal de la religión, más que por la pura fe, por la tenaz crencia de que las artes del gobierno se derivan del dogma, y de que la potestad civil y la divina son dos brazos de un solo cuerpo. A pesar de esto, no se lleva mal *con lo existente,* ni apetece variaciones que podrían traernos un estado peor. Su gran riqueza es la consejera de su inestabilidad, y le inspira el prudente sistema de poner toda cuestión política en manos de Dios.

—A lo que el Señor disponga debemos atenernos—es su lema—. Ni se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad celeste, ni los titulados gobernantes disponen cosa alguna que no venga de lo alto.

Esta filosofía, adoptada por mi ilustre suegro en la plenitud de sus materiales provechos, es de lo más práctico que han ideado los hombres.

Por picar en todo, de Eufrasia charlamos mi mujer y yo. Indudablemente, la conjura que trae tan desasosegado al bueno de don Ramón es la de casa de Socobio, no la de la nuestra. Por algo que María Ignacia ha oído a su tía Josefa, hemos podido traslucir que los hilos de alguna tramoya palaciega pasan por los dedos de la dama moruna y rematan en su conciliábulo, viniendo sólo al nuestro alguna ramificación secundaria. No puedo menos de abominar del politiqueo de las mujeres, sacando a relucir el ejemplo de mi cuñada Sofía y de otras de igual laya, que con sus hom-

brunas aficiones dan a todos de cara y sirven de fácil asunto a los escritores satíricos. Dijo a esto mi sabia esposa que no es Eufrasia una marisabidilla o politicómana a estilo de Sofía, pues su talento la preserva de caer en tal ridiculez. Las intrigüelas de la Socobio no la privan del encanto femenino, ni su natural instinto de toda elegancia la permite incurrir en afectaciones que destruyen la gracia. Y acabó exhortándome (fórmula donosa del mandato) a que me abstuviese de acercarme a tal sirena (monstruo medio mujer, mitad merluza), pues corro el peligro de que sus cantos armoniosos y pérfidos me arrastren a algún escollo del que no pueda salir o tengan que sacarme sabe Dios cómo.

3 de junio.

Por accidente natural de lo que llamo cacerías de hechos y pesca de personas, vino a caer anoche en nuestras manos el padre Fulgencio, por todos muy nombrado, de pocos conocido. Veréis lo que pasó. Fuí a Gobernación a visitar a Sartorius. Por la noche, una vez solos, le faltó tiempo a mi cara esposa para decirme:

—¿No sabes, Pepillo, quién ha estado aquí esta tarde? Pues el padre Fulgencio. No lo tomes a broma: el celebérrimo escolapio, confesor de monjas, confesor de reyes... Asómbrate, chico: dijo que sentía tanto no verte..., que la fama de tu talento le ha despertado la curiosidad, y que desea echar un párrafo contigo. Mis tías no abían qué hacerle. Por poco le ponen un cirio a cada lado del sillón donde estaba sentadito... Antes que se me olvide: tantas flores quiso echarme el hombre, que ya me apestaba. Que soy modelo de esposas, modelo de hijas y modelo de no sé qué. Le consta que Dios se ocupa mucho de mí, y que tiene muy bien arregladitas todas las cosas para mi felicidad... Ha dispuesto Su Divina Majestad que yo te dé sinfín de hijos y que todos ellos sean muy buenos, pero muy buenos, alguno santo. Ya ves qué gloria para ti y para mí... Pues te aseguro que nos hemos equivocado de medio a medio, chico, y la idea que teníamos del padre no concuerda ni poco ni mucho con la realidad. Recordarás que nos lo figurábamos como uno de esos frailachos sin educación, puercos, zafiotes, de esos que hablando contigo a lo mejor te sueltan un eructo sin más precaución que ponerse la mano en la boca en el momento de darlo a luz. Ni es tampoco viejo, sino así, entre joven; ni es sucio, Pepe, antes bien, me ha parecido que se rocía la sotana con aguas olorosas... Como lo oyes: no te rías. Su rostro es más bien guapo que feo, dentro del tipo de guapeza propia de curas, que es muy distinto de la hermosura de hombres..., ya me entiendes. Los ojos son negros y listos, la tez bastante morena y el habla..., ¡ay hijo!, el habla fué lo que más me sorprendió, pues nosotros nos lo figurábamos con una voz muy bronca, como de castellano cerril o vizcainote, medio salvaje, y resulta que es andaluz que cecea un poquito y con su miajita de gracia y aquel. No habló más que de temas de religión pura, sin mezcla de política, y de personas religiosas ¡Ah!..., se me olvidaba lo mejor: mis tías le preguntaron por tu hermana... Sabrás que de Talavera tratan de mandárnosla otra vez acá, porque no le prueba aquel clima, ni las franciscanas de Madrid se pueden pasar sin su dulce compañera. Vuelven todas las palomas dispersas a juntarse en su nido... ¡Ay! si yo fuera reina, si yo fuera Narváez y *Bodega* reunidos, ¿sabes lo que haría? Plantar en la calle a todas las monjas y suprimir la vida de claustro. La que quiera dedicarse a rezar por los pecadores, que rece en su casa. ¡Mira que llamarlas esposas de Jesucristo! ¡Qué indecencia! ¿Cuándo tuvo el Redentor esposa ni mentó para nada estos casorios? ¿Ni qué falta le hacen a Dios estos coros de vírgenes flatulentas, aburridas y desaseadas?... ¡Ay, si mis tías me oyeran! Creerían que me he vuelto loca... Pues algún día, cuando yo acabe de perder la vergüenza, pues hasta hoy no la he perdido más que para ti, les diré que el Señor no puede estar conforme con tanta virginidad ni estimar a las doncellas más que a las casadas. ¡Adónde iría a parar la Humanidad si todas nos quedásemos para vestir imágenes! ¿Nacen o no nacen las criaturas? Pues si nacemos, claro es que tiene que haber madres, ¡y lo que es madres vírgenes...! No se sabe más que de una, María Santísima... Conque, sin mamás y papás, ¿cómo ha de haber mundo y personas?... Pero dejemos esto y sigo contándote que el padre Fulgencio tomó chocolate, no

sin hacer antes muchos repulgos con su boquita, los cuales no acabaron hasta que entró mi tía Josefa con la jícara y bollos, diciendo: «Hágalo por penitencia, padre, y si es exceso, cárguelo a nuestra cuenta.» Bueno; pues ni la más ligera alusión a las cosas de que hemos hablado nosotros hizo el escolapio, acreditándose así de hombre ladino. Si yo no hubiera estado presente, ¡sabe Dios!... En resumidas cuentas, el don Fulgencio no me resultó antipático. El será *un peine*, como dicen que dijo Narváez en casa de la *generala* Córdoba; pero lo que es en visita, nadie verá en él más que un pobre gaznápiro, correctito, bien criado, insignificante. Se fué a las seis, repitiendo sus plácemes y cucamonas al despedirse de mí.

La visita del famoso escolapio sólo sirvió para que María Ignacia conociera su facha, modos y habla dengosa. De lo interno, nada.

—Fué—me dijo, expresando gráficamente lo incompleto de su observación—como si me presentaran un libro de Historia escrito en lengua desconocida y con estampas. No comprendí nada del texto. Contentéme con ver los monigotes.

4 de junio.

A mí viene mi nunca bastante ensalzado suegro, y me manifiesta que seré pronto diputado en elección parcial. Aunque harto estaba yo de saber lo que se urdía, híceme de nuevas para que el señor de Emparán pudiera darse el lustre de su protección y de mi agradecimiento. Desde abril venía mi hermano Agustín trabajando a la calladita con el conde de San Luis este negocio, y elegida entre las dos vacantes la de Tolosa, no necesitó más el Gobierno para ver en mí una firmísima columna del Régimen. A fines de mayo sólo faltaba el *exequátur* de los cacicones, diputados por Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, que, poseedores de toda influencia en las tres provincias, tienen hecho un pacto fraternal con visos de masónico, por el cual mandan ellos solos dentro de aquel país, con cierta independencia del mangoneo ministerial. Para obtener el pase o conformidad de estos reyezuelos de taifa, solicitó mi hermano la mediación de mi suegro, según éste me dijo al referirme las dificultades vencidas. Habló, pues, con don Pedro Egaña y don Francisco Hormaeche, con el médico Sánchez Toca y don Fermín Lasala, que representan los distritos de Vitoria, Guernica, Vergara y San Sebastián, respectivamente, y si en los dos últimos halló excelentes disposiciones en favor mío, los primeros se le pusieron de uñas, y hubo de sacar el Cristo de su amistad y de su *arraigo* en Guipúzcoa para que me tragasen y dirigiesen. Debo advertir que tanto el señor Egaña como el señor Hormaeche son cabezas de pedernal, y tan extremadamente celosos de la conveniencia y franquicias de aquellos pueblos, que a todos las anteponen, y sólo a la defensa de esta particularidad española se consagran. Por esto, más que de diputados, tienen, según la gente dice, traza de *embajadores*, que como tales proceden y como tales cobran. Mi buen padre político cuida mucho de hacerme comprender que su noble país me acepta, no por mi nombre, que allí nada significa, sino por el nombre adventicio que me ha dado mi matrimonio y por el sonoro título vasco de Beramendi.

Mi mujer y yo, que en las noches pasadas divagamos acerca de este asunto, riéndonos de las Cortes, de los electores de Tolosa y de los discursos que tengo que pronunciar defendiendo los fueros, acabamos de ponernos en solfa con esta metamorfosis de mi nombre en el pensamiento tolosano, pues no soy quien soy, sino un yerno al que se pega la etiqueta de un marquesado. Nos hace muchísima gracia lo que anoche mismo nos contó San Román. Preguntado Narváez por el candidato nuevo, y no acordándose de mi apellido, salió del paso así:

—¿Candidato por Tolosa? El *pollo* de Emparán.

XVII

8 de junio.

Obligado a reflejar en estos papeles, con mis particulares andanzas, algo de lo que anda o corre en torno mío, diré que la expedición que hemos mandado a Italia en socorro del Soberano Pontífice continúa moviendo la opinión y dando mucho que hablar. Considérase afortunado todo aquel madrileño que puede mostrar una carta de Reina, de Estébanez Calderón, de Lersundi o de Arteche, describiendo la marcialidad y gallardía

de las tropas en el acto de recibir la papal bendición, y manifestando las ganas que tienen de volver a batirse y acá volver cargaditos de laureles. Sobre este particular, mi buena madre ha escrito a María Ignacia lo que a la letra copio, reflejo del popular sentimiento:

«Y de la Cruzada que *habéis* mandado a Italia para reponer al Papa en su Silla no te digo más sino que me pasé la tarde lloriqueando; tal efecto me hizo el relato que trae el periódico de la bendición de Su Santidad a las tropas, cosa grande, hija, cosa sublime, que a todos los españoles debe llenarnos de satisfacción y júbilo. ¿Qué más podían ambicionar nuestros militares? Me los figuro locos de alegría, deseando que les den la voz de fuego y de ataque para no dejar títere con cabeza y dar cuenta de toda esa caterva de anárquicos, infieles y *repúblicos* que le han usurpado al Pontífice su bendito reino. Digo yo que si los soldados españoles han sido y son de suyo valientes, como hijos, hermanos y sobrinos del Cid Campeador, y no han menester de bendiciones del Papa para vencer a todo el mundo, ahora que les cae tan de cerca y como de primera mano el rocío celestial, su arranque y bríos serán tales que no habrá poder humano que les haga frente. El cartaginés y el romano, el celtíbero, el godo y el sarraceno de que nos hablaba el pobrecito Miedes, que de Dios goce, serían ahora niños de teta delante de nuestra milicia. Pienso que cuando ésta leas, querida hija, habrán llegado a Madrid noticias de alguna tremenda batalla en que no queden ni los rabos de los Garibaldis y Mazzinis... Yá estoy viendo al gran Pío entrando triunfalmente en Roma en brazos de los Córdobas y Lersundis, que ahora son los caballeros o paladines de Dios... Hemos de consagrar, hijita del alma, nuestro sufragio y nuestras oraciones a los pobrecitos que han de morir, pues muertes habrá, que ellas son inseparable calamidad de las guerras. Y no es bien que nos metamos en averiguaciones del por qué permite Dios peleas sanguinarias entre los hombres, pudiendo arreglar las cosas con sólo su querer. Tratándose ahora de poner en su Silla al que es Vicario del mismo Dios, parecía natural que Dios, en este caso juez y parte, dispusiese hacer polvo a los malos sin sacrificar la vida de los buenos. Pero, ¡ay!, la semejanza de esta campaña por la Fe con las comunes querellas entre naciones, más debe maravillarnos que confundirnos, pues lo que hay es que Dios abandona su causa a los humanos y es grande orgullo que sea España la que ahora pelea por El... Ya estoy viendo, hija mía, los beneficios que van a llover sobre nuestra nación por esta Cruzada. En premio de haber salido a su defensa, el Señor nos dará la paz en todo lo que resta de siglo, y si me apuras, por el que viene; y a nuestra reina piadosa colmará de venturas, y al rey muy pío otro tanto, y les concederá numerosa y masculina sucesión para dicha del reino; y entre todos los ministros y magnates que habéis dispuesto la Cruzada repartirá felicidades, buenas cosechas, suerte en los negocios y demás cosas buenas.

»Hija muy amada, ya espero todos los días la noticia de tu alumbramiento, y lo veo tan feliz que más no puede ser. Dios y la Santísima Virgen te asistirán. Y como Pepe me ha dicho que me mandará la noticia por el telégrafo del Gobierno, no hago más que mirar a la torre que tenemos en el alto de Baides a ver si hace alguna garatusa con las bolas... Yo no lo entiendo, pero como el telegrafista don León Preciado me ha prometido que me comunicará la noticia tan pronto como llegue, en él descanso, y no hago más que pedir a Dios que te dé un buen cuarto de hora. Supongo que en estos días estarás muy molesta... Llévalo con paciencia, niña mía, y no dudes de la completa felicidad del suceso. Verás cómo no me equivoco en lo que te anuncié, y para que no lo olvides y cobres ánimo, te lo repito: Tendrás hijo varón, tan robusto y sanote, que, si te descuidas, la emprenderá contigo a bofetadas a poquito de nacer. Será tan guapo, que las muchachas, en su día, se volverán locas por él, y sacará todo el talento de su padre y todita tu bondad, tu prudencia y tu gracia. Apúntalo, hija, para que veas que acierta y no se equivoca en un solo punto de estas adivinanzas vuestra amante madre,

Librada.»

12 de junio.

Agustín y don Feliciano me notifican

que ya parieron los de Tolosa el embuchado de mi elección. Me imagino los terribles incidentes del acto, tantas firmas en el Ayuntamiento como colegios electorales componen el venturoso distrito, descanso de las urnas, que no habrán tenido que indigestarse de papeletas, algunos vasitos de *sagardúa* empinados a mi salud por los muñidores electorales de cada barrio, y luego un acta más limpia que la cosa más limpia del mundo, la cual es, según el gracioso marqués de Albaida, mi amigo, el *bolsillo de los contribuyentes*. Aunque tengo bien aprendida mi lección política, me advierte Agustín que estoy obligado a votar siempre con el Gobierno, salvo en alguna cuestión vascongada que pudiera surgir, y, en caso de disidencia, votar con Sartorius, como fiel parroquiano de su iglesia... No puedo seguir. Me llaman de mi casa. Ya me figuro.... Abandono mi *confesonario*, la biblioteca del Congreso...

15 de junio.

El día 12, a las tres de la tarde, salió mi mujer de su cuidado con felicidad y presteza, que parecieron maravillosas al propio Corral. Según éste, que presidió el acto en nombre de Esculapio, y mi suegra, que al mismo llevaba su conocimiento práctico y el maternal cariño, no se ha visto alumbramiento más fácil y espontáneo, ni primeriza más valiente, ni criatura más desahogada que la que Dios me ha dado por hijo. Sus primeros berridos revelaron un carácter impetuoso, dominante, que no admite objeciones a su potente albedrío. Mi suegra observó que cuando lo fajaban, después de lavarlo, daba manotazos como un atleta del circo, y que su robustez es lo mismo que la de un aguador. Mi mujer dice que es muy pillo y que le da unos tremendos estrujones con *aquellas manazas*. No necesito contarle a la Posteridad mi satisfacción, mi orgullo, mi gratitud a Dios, omnipotente y próvido; ni afirmar que se centuplica el cariño a mi mujer por los extraordinarios bienes que me ha traído, entre ellos la inefable dicha de ser padre, cabeza de familia, dicha que las redondea y resume todas, así las espirituales como los de orden social, así las que tienen su raíz en el corazón como las que extienden por todo el ancho campo de la vida sus lozanas ramificaciones.

Tres días he permanecido junto a María Ignacia sin separarme de ella un instante, platicando del chiquillo y de lo bravo y jacarandoso que viene. Bien quisiera criarlo, y asegura que le sobra lozanía para ello; pero los abuelos y yo entregamos el heredero de Emparán a la opulenta ubre de una de las dos amas alcarreñas enviadas por mi madre. No debe exponerse mi esposa a los peligros y pejigueras de la lactancia, ni ello estaría, como dice mi suegro, *en armonía con su posición*...

Si hoy he tenido que abandonar mi grato puesto de honor y de alegría junto a María Ignacia, débese al enfadoso deber de jurar mi cargo en este maldito Teatro-Congreso. Tres días ha me estrené de padre de familia; hoy me estreno de padre de la patria. Una vez prestado, con la debida solemnidad, de rodillas, la mano sobre los Santos Evangelios, el juramento que confirmaba mi investidura, pasé a sentarme en los escaños, prestando voluble atención al rezo perezoso con que aquellos señores, mis compadres de la patria, en corto número allí reunidos, examinaban y discutían los Aranceles de Aduanas; y fué tal mi embeleso ante tan entretenido asunto, que habría caído en profundo sopor si no escapara del salón buscando mayor amenidad en el de Conferencias, ancho vestíbulo de lo que ha de ser teatro. Allí me encontré a mi caro amigo Federico Vahey, diputado por Vélez-Málaga, el hombre de mejor sombra de este Congreso, el que con sus oportunidades y agudeza ameniza las soñolientas páginas del *Diario de las Sesiones*, y sentándome con él en un diván excéntrico pasamos revista al nutrido personal de periodistas y diputados que allí bullía. Después de apurar graciosos comentarios de aquel vano tumulto y de trazar con fácil palabra retratos breves de éste y el otro, díjome Vahey que lleva una exacta estadística de los representantes del país que gastan peluca, los cuales no son menos de diecisiete. Con disimulo me los designa en los grupos próximos, sin cuidado en los distantes, para que yo aprecie la variedad de color y estilo de aquellos capilares artefactos, que tapan calvas venerables. La primera peluca que me hace notar es la de Pascual Madoz, rubia y con ricitos, como las que las beatas suelen poner a San Ra-

fael o al Angel de la Guarda; veo y examino después la del señor Maresch y Ros, diputado por Barcelona, excelente persona, de notoria honradez y trato muy afable, mas de un gusto marcadamente catalán en la disposición de sus pelos postizos. Muy bien hecha y ajustada, hasta parecer cabellera de verdad, es la falsa de Martínez Davalillo, representante de Santa Coloma de Farnés; pero no puedo decir lo mismo de la del señor don Joaquín López Mora, de un gris polvoroso, y con bucles que parecen serpientes; ni merece mejor crítica la del señor Ruiz Cermeño, representante de Arévalo, que parece de hojas secas. Pero después de bien vistas y examinadas todas, asignamos el primer premio de fealdad a las que ostentan los hermanos Alnat y Funes, el uno diputado por Pego, el otro no sé por dónde, las cuales, sobre ser mayores que el natural, imitan en su bermeja color, tirando a rucia, las greñas del león viejo del Retiro. Ved aquí en lo que nos entreteníamos dos descuidados padres de la patria, novel el uno, corrido y desengañado el otro.

No quise volverme a casa sin echar otra ojeada al Salón de Sesiones, por ver a qué alturas andaba la divertidísima cuestión de Aranceles. Ante una docena de diputados soñolientos, hablaba un orador de alta estatura, ya viejo, de bella fisonomía y cabellos blancos naturales, vestido con luengua levita de corte inglés, muy elegante, la palabra tan pronto atropellada como premiosa, el gesto vivo, tendiendo con facilidad a descomponerse. Era Mendizábal.

En el momento de mi entrada en el salón decía: «Yo, señores, repitiendo lo que ayer tuve el honor de manifestar al señor Infante, soy partidario del libre comercio; pero no desconozco que, en espera de tiempos mejores, hemos de conceder a nuestra industria una protección prudente...» Después se metió en un laberinto de cifras, en el cual no pude seguirle. Entendí que hacía estudio comparativo de la fabricación algodonera en Inglaterra y en Cataluña. En el Banco Negro, o de los Ministros, sólo estaba el señor Mon, con benévolo cansancio, mirando al orador, y denegando alguna vez con signos de cabeza, o con un sonreír bonachón. En el banco de la Comisión, había dos individuos, el señor Amblard y otro que no conozco (me parece que era el señor Barzanallana, pero no puedo asegurarlo), ambos de bruces en el respaldo delantero, o sea el ministerial, en actitud de hastío. Entre los diputados que escuchaban al orador vi a Gonzalo Morón, que a todo atiende, de todo habla y en todo ha de lucir su ingenio fecundo; Sánchez Silva, que no pierde ripio en las cuestiones de Hacienda; Madoz, que entró poco antes que yo, y don Alejandro Oliván. Los demás, como el gotoso señor Alvaro, director de Aduanas, y el señor Canga Argüelles, que, según creo, es director de Fincas del Estado, dormían una siestecita o escribían en sus pupitres. Detúveme un rato, atraído de la familiar sencillez de aquel cuadro, que me pareció interesante, y no pude menos de contemplar con tanta tristeza como admiración al hombre de voluntad atlética, que expresaba su pensamiento rodeado de un silencio tedioso y de una desatención lúgubre, ante unas cuantas personas que representaban a la generación heredera de la suya... Por fin, oí decir a Mendizábal, tras un leve suspiro... «Y no sigo, señores diputados, porque el Congreso está fatigado, con razón fatigado de este interminable debate... y yo también lo estoy.» Recogiendo con ambas manos los largos faldones de su levita, se dobló despacio para sentarse. Como entonces le veía yo por primera vez en mi vida, me pareció que buscaba el descanso como todo aquel que cree haber hecho grandes cosas.

El vicepresidente, conde de Vistahermosa, a quien faltaba poco para descabezar un sueñecito, levantó la sesión.

20 de junio.

Ayer volví al Congreso porque era día de Secciones y querían meterme en una Comisión de importancia. Fuera de este motivo, relacionado con mis altos deberes, vine por el gustillo de oír a Olózaga, que hablaba por primera vez después de su vuelta de la emigración, y aunque el asunto en que había de intervenir era la enojosa y nunca terminada cuestión de Aranceles, se creyó que de esto tomaría pie para un discurso político de sensación y bullanga. Hubo, pues, plena entrada y concurso de gente política o de afición, y las tribunas, que aquí son palcos, se habían llenado dos horas antes de la hora reglamentaria. Ya después de las cinco empezó el célebre agitador pro-

gresista su discurso, que como retórica parlamentaria me pareció admirable, oración capciosa en que los derechos de Aduanas eran un pérfido artificio combinado con arte sagaz para producir gran cisma y confusión en la inquieta mayoría. Gracias que el Gobierno anduvo listo y acudió con remedios oportunos a componer el cotarro. Terminado todo con menos rebullicio de lo que se esperaba, no pude consagrar el resto de la tarde al recreo de mi confesión, porque se me atravesó inopinadamente una eventualidad que no sé si llamar feliz o adversa, y que debió de ser obra de un diablillo chancero, a juzgar por la extraña mezcolanza de sorpresa, sobresalto y alegría que ante ella sentí. No había concluído don Salustiano su perorata, cuando un ujier me entregó un papelito enviado desde las tribunas. Era de una señora que me suplicaba subiese a verla antes de que terminara la sesión. Leer la esquela, alzar la vista hacia el palco frontero y ver a Eufrasia, que en aquel instante me miraba risueña, llevándose a la mejilla su abanico cerrado, fué todo uno. No había escape. ¿Cómo eludir, sin pecado de grosería, un reclamo tan halagüeño? Pensé que algún asunto más importante para ella que para mí quería comunicarme la señora de Socobio, y con esta idea tomé la resolución de acceder a su ruego; así, en cuanto Olózaga se sentó, levantéme yo, y al palco me fuí derecho. Salió a mi encuentro la dama, y en el antepalco, que es de los mayores en este soberbio edificio teatral, fuí recibido sin ceremonia, ambos en pie, porque no teníamos dónde sentarnos. Como las demás señoras no se habían movido de su sitio, atentas a la respuesta que daban a Olózaga los oradores de la Comisión, pudimos hablar lo que fielmente copio.

—Ante todo, amigo mío, abra usted de par en par su alma para recibir mis enhorabuenas; ábrala mucho, porque si no, no caben. Ya es usted padre; asegurada está la sucesión de su casa y familia... Créalo: he tenido un alegrón muy grande. Ya sé que la madre y el niño siguen muy bien: él como un ternero, ella como una excelente vaca. Ya tiene usted todo lo que deseaba: un hogar feliz, una posición independiente... Con lo que no estoy conforme es con que me le hayan metido en política, trayéndole a esta farsa del Congreso. Porque esto es una mascarada, y si no sirve usted para dar bromas, vale más que se largue de aquí.

Díjele que yo tomaba la política a beneficio de inventario, o con un simple fin decorativo; que mi hermano Agustín y Sartorius me habían dado la investidura, propiamente así llamada porque era como ponerse un vestido elegante o un lucido uniforme social. A esto respondió con gracia:

—El traje ha de resultar molesto para quien se lo pone sin la mira de hacer el papelón. Esto es muy bueno para los que buscan el negocio; pero los que ya lo tienen hecho no vienen aquí más que a servir de comparsas... Vamos, no me mire usted tanto: creeré que estoy hecha una visión.

—Es todo lo contrario La encuentro a usted guapísima.

—Un poquito flaca.

—Propiamente flaca, no: con tendencias a la estabilidad de formas y a no engordar... En el rostro no hallo variación: solamente los ojos me parecen más grandes, más soñadores... o soñolientos.

—Pensé que iba usted a decir que estoy ojerosa. Eso, no: duermo perfectamente, y no lloro nunca ni tengo por qué.

Reparé en su traje elegantísimo, de batista de Escocia chaconada, con fino dibujo verde musgo sobre fondo blanco; el sombrero, de paja gruesa de Italia, con lazos y flores de tafetán de los mismos tonos. El ajustado cuerpo, en forma de blusa, marcaba su inverosímil talle gentil, unión de las abultadas zonas del seno y caderas.

—Ya habrá usted comprendido—prosiguió—que no le he llamado exclusivamente para darle mis parabienes. Tenemos que hablar un poquito..., pero aquí no puede ser. Cuando se levante la sesión, véngase a dar conmigo una vuelta por la Castellana. Mi coche está en esa calle por donde se sube a la parroquia de Santiago. Allí le espero... Y ahora, no se entretenga más. Ya suena la campana llamando a votación... También aquí tengo yo que ser su maestra, instruyéndole en las obligaciones parlamentarias. Ese cencerro convoca a todo el ganado de la mayoría para que vote lo que manda el Gobierno. Vaya usted, corra y lleve preparado el «sí» o el «no».

según lo que sea... Conque, ¿le espero en mi coche?

Mirando cara a cara el peligro y sobresaltado de la atracción que sobre mí sentía, contesté que daríamos la vuelta en la Castellana..., una sola vuelta, todo lo más dos... Media hora después navegaba yo en el coche, y por cierto que al entrar en él iba ya un poquito mareado.

XVIII

Sépase ante todo que no íbamos solos Eufrasia y yo. Nos acompañaba una vieja muy compuesta, hermosura en ruinas, que tuvo su apogeo y esplendor en los años medios de Fernando VII, camarista que fué de la reina doña Isabel de Braganza. Perteneciente a la aristocracia mercenaria, de creación palatina, ostenta el deslucido título de condesa o baronesa (no estoy bien seguro) de San Roque, de San Víctor, o de no sé qué santo. En la duda, la designaré provisionalmente por el primer bienaventurado que se me ocurra. Es mujer histórica y de historia, hoy mandada recoger por la subida cuenta de sus años, aunque todavía colea en la vida social. Entiendo que tiene un hijo y un yerno en la regia servidumbre.

—Ya sé—me dijo Eufrasia en el rápido avance del coche por la calle del Arenal—que Rafaela y yo estamos amenazadas de salir, codo con codo, en la primera cuerda para Filipinas.

Soltaron ambas la risa, y yo agregué, siguiendo la broma:

—A donde van usted y su amiga es a las islas Marianas... ¿Pero cómo lo saben si yo a nadie lo he dicho?

—Lo sabemos—replicó la veterana beldad—porque el fantasmón no lo dijo a usted solo. Por Pepe Villavieja me mandó un recado para que yo lo pusiera en conocimiento de las interesadas... No hicimos caso: nos reímos...

—Tan bien le resulta a ese espantajo —observó Eufrasia—el meter miedo a los hombres, que cree poder amedrentar fácilmente a las mujeres. ¡A buena parte viene!... Pero ¿qué ha de hacer él más que estar a la defensiva, muy al cuidado de su pelleja? ¿Conque a las islas Marianas nada menos? ¿Está él bien seguro de que no le embarcarán para allá con viento fresco? Si en aquellas islas hay caribes, ¡qué buen maestro se pierden para perfeccionarse en la barbarie!

—Pero ¿es verdad que conspiramos, amiga mía? Yo no lo creí. Pensé que se trataba de una intrigüela... no política.

—Puede usted tranquilizar a su amigo, asegurándole que se han suspendido los trabajos, y que no hemos de volver a las andadas hasta que no se sepa cómo va el negocio de Italia.

—Hasta que no veamos—dijo la San Víctor—si *Fernandito* pega o no pega.

—Yo todo lo temo de esta gente y de su *mala pata*—declaró mi amiga—. Al refrán que reza: «Por todas partes se va a Roma», debe añadírsele: «menos por Gaeta.»

—Pero explíqueme, Eufrasia—dije yo riendo de verla tan *oposicionista*—, ¿qué motivos, qué razones..., porque alguna razón habrá..., la han traído a la enemistad de Narváez? Antes no pensaba usted así... ¿Ha recibido don Saturno algún agravio del presidente del Consejo?

Mordiscando el abanico, la moruna miraba hacia la calle con evidente ira, más bien rabia. Durante una pausa breve, la San Blas y yo nos miramos, como interrogándonos sobre cuál de los dos hablaría primero, y sobre lo que debíamos decir para poner airoso término a la pausa. Rompió por fin el silencio la marchita beldad con esta familiar explicación:

—Usted, señor de Fajardo, merece toda confianza, y como está en antecedentes..., me consta por la misma Eufrasia que está en antecedentes..., yo me permito responder por mi amiga, para que esta pobre nó se vea en la precisión de recordar... ciertas infamias. Narváez es hombre muy deslenguado. No respeta ni categorías ni reputaciones, y poniéndose a soltar chascarrillos, no se detiene ante ningún reparo. Hablando de ésta una noche en casa de Santa Coloma refirió no sé qué incidentes, de esos que los hombres poco delicados se confían unos a otros, escenas o casos de la vida que el tuno de Terry hubo de relatarle viajando por el extranjero..., cosas reservadísimas que, contadas con descaro y mala intención..., resultan...

—¡Mentiras, fábulas absurdas!—dijo Eufrasia, pálida y balbuciente, y completando la información de su amiga—Cuando me trajeron el cuento, no sentía

más que una cosa: no poder volverme hombre.

—Pues hay más, señor de Fajardo —prosiguió la otra—. Al presidente del Consejo se le podrán perdonar las botaratadas de lenguaje, que quien trata con políticos es natural que alguna vez se desboque; pero al caballero no se le perdona que sin venir al caso ridiculice a personas de arraigo, apartadas de estas miserias de la vida pública. Ya sabe usted que se trató de conceder a Saturnino un título de Castilla. Esta no quería; pensaba que era subir demasiado pronto. Pero el pobre Saturno, que de algún tiempo acá venía soñando con el marquesado, no era tan modesto en sus ambiciones. El asunto iba por buenos caminos. Arrazola estaba conforme; el rey se interesaba en ello. Un día, en el mismísimo Palacio real, preguntó a Narváez el duque de Gor qué título se pensaba dar a Saturnino, y el *Espadón,* como si dijera una cosa muy seria, respondió: «Le haremos *marqués de Capricornio.*» Ya ve usted qué grosero insulto.

—Tanta grosería y bajeza—dijo Eufrasia—me han hecho mudar de parecer respecto a esa gracia y a su oportunidad. Ahora, viendo en qué manos está la nación, lo que antes creí prematuro ya me parece tardío. Seremos marqueses. Esta sociedad no merece la modestia. Donde ya no hay ninguna virtud, donde todo se ha pisoteado, y por si algo faltaba, ya pisotean de firme, la mayor de las tonterías es tener delicadeza y escrúpulos. Coronas que fueron de oro han venido a ser de papel dorado, y las de papel se han hecho de oro. Respetar lo pasado, mirarlo mucho, ya para amarlo, ya para temerlo, es cosa que ahora no se usa. Pues vivamos en lo presente, y coloquémonos donde sea más fácil pisotear que ser pisoteado.

Causáronme pena ese pesimismo y el nuevo ser psicológico de mi amiga. Yo no comprendía por qué rápida evolución la que hace un año me daba prácticos consejos del vivir manso, cauteloso y positivo, esquivando las pasiones, se dejaba contaminar de las más violentas. Sobre esto dije algo, a lo que me respondió, imperturbable:

—Las pasiones vienen cuando tenemos arreglada la vida. Si por acaso llegan antes, se encuentran la puerta cerrada, por estar una en los afanes de dentro... Y como al encontrar cerrado se marchan las pasiones, de aquí que pasen por virtuosos los que no lo son. Va una mujer tan tranquila, y a lo mejor alguien le da con el pie; entonces se acuerda de que es víbora, de que puede serlo, y lo es.

Admirando su ingenio, díjele que todo aquel reconcomio contra Narváez podía muy bien carecer de fundamento, como nacido de hablillas y dicharachos de los desocupados. ¿Quién le aseguraba que eran del propio duque las malvadas referencias de Terry, y la grosería del título de *Capricornio?*

—¡Ay!—exclamó Eufrasia—; como si yo misma lo hubiera escuchado, segura estoy de que esas infamias salieron de aquella boca, manchada con tantas blasfemias y palabrotas de cuartel. Usted, por lo visto, se ha dejado deslumbrar por el brillo falso de ese soldadote, y ha creído la leyendita que propalan los adulones que le rodean. ¡Oh Narváez, león que lleva dentro un cordero! ¿No es eso? Un hombre que en sus arranques instintivos de mal humor atropella sin reparo al más pacífico, y luego le pide perdón y le hace favores, y le da chocolate de Astorga. Ese es el tipo que quieren darnos en aleluyas, corazón sensible que cuando se irrita ruge, y cuando se aplaca es lo mismo que un niño... ¿No es ésta la leyenda? ¿Apostamos a que usted es de los que la ponen en circulación y la reparten de oreja en oreja para que corra?

Respondí que la tal leyenda, bosquejo biográfico del natural trazado por los contemporáneos, me parecía lo más próximo a la verdad, y que por ella, pues no hay mejor modelo, fijarán los historiadores futuros la figura de Narváez. Eufrasia sonrió, recreándose en la fuerza de los argumentos que en contra de la leyenda cree poseer, y reclamada la atención de su amiga y la mía nos dijo:

—Pues aquí me tienen ustedes con voz y autoridad de Historia para echar abajo esa mentira novelesca. Lo que voy a contar, yo lo he sentido muy de cerca, y mi padre, que vivo está, y otros señores manchegos muy respetables, pueden dar de ello testimonio. El año treinta y ocho pasó este caballero por un pueblo de la Mancha que se llama Calzada de Calatrava... Iba en persecución del carlista Gómez..., ya sabe usted, la famosa ex-

pedición de Gómez... De aquel pueblo al mío, donde yo estaba con mis padres, no hay más distancia que dos leguas o poco más. Yo era entonces una mozuela: me acuerdo de aquellos sucedidos como si fueran de ayer, y la impresión de terror que dejaron en mí no se borrará nunca; que si espanto causaban allí los facciosos con sus crueldades y saqueos, no daba menos que sentir este maldito que los perseguía en nombre de la reina, pues unos y otros llegaban, asolaban y partían como una legión de demonios. Era en el mes de agosto; llegó Narváez tal como ayer, y hoy mandó fusilar, con juicio sumarísimo, al último prior de la Orden de Calatrava, don Valeriano Torrubia, a un rico propietario de la misma ciudad y a una mujer. ¿Creerán ustedes que este hecho brutal era escarmiento de facciosos porque las víctimas habían dado apoyo al cabecilla Gómez? Pues están muy equivocados, y si la Historia se escribe así, maldita sea mil veces. El delito del pobre don Valeriano era estar emparentado con la familia de Espartero y ser, como éste, hijo de Granátula, que sólo dista de la Calzada una hora de camino. Para condenarlo, así como a sus compañeros, en la sumaria hecha de mogollón, sin más objeto que cubrir el expediente, se alegó la entrega de un fuerte, realizada siete meses antes, al paso de Cabrera, después de una reñida acción en que perecieron trescientos y pico de liberales. Oigan ustedes a mi padre. Mi madre, que era Torrubia y tenía parentesco con el prior, diría, si viviera, que ninguno de aquellos infelices era carlista ni tuvo arte ni parte en la entrega del fuerte. Todo esto, si no lo he presenciado, lo he sentido en derredor mío, expresado con gritos de dolor que eran gritos de verdad. No son referencias lejanas desfiguradas por el tiempo y la distancia, sino hechos que palpitaban a mi lado, entre mi familia y mis convecinos, y que siguieron estampados en la memoria de todos los que entonces vivíamos en la Mancha.

...Pues oigan más. La única persona, entre las principales de la Calzada, que pudo intervenir en la entrega del fuerte, fué un cura llamado Vadillo. ¿Por qué, pregunto yo, este hombre de la leyenda, este cordero con garras de león no fusiló a Vadillo y sí a los otros, que nunca se significaron como carlinos? ¿Por qué no quiso escuchar, ni recibir siquiera al hermano de Espartero, canónigo de Ciudad Real, que acudió a pedir clemencia, y llevaba, según dicen, órdenes de que se suspendiera la ejecución? Porque, sépanlo ustedes y sépalo el mundo todo, lo que menos le importaba a este tío era perseguir carlistas y alentar liberales; su pasión dominante era el odio a Espartero y la envidia de los triunfos y de los increíbles adelantos de mi paisano; su móvil, la idea de ser como él, poderoso y popular; su fin, destruir todo lo que significase adhesión a Espartero, partido de Espartero, familia de Espartero... Esto, que aquí no se vió nunca, lo vimos claro todos los que allá vivíamos; yo respiré estas ideas, y de su verdad no puedo dudar... Ahora viene la segunda parte de mi cuento, y aunque para mí esta parte es tan verdadera como la que acabo de referir, no me atrevo a darla como Historia. Vamos, que también traigo yo mi poquitín de leyenda para colgársela al *Espadoncito andaluz*. La noche antes del fusilamiento la pasó don Ramón en compañía de una guapísima mujer... La conocí: había sido mi amiguita; tenía tres años más que yo... Fué público y notorio que el cura Vadillo no era extraño a las amistades de la buena moza con el general. Si un día le entregaba un fuerte a Cabrera, otro día le entregaba otro fuerte a Narváez; sólo que este castillo, aunque muy bonito como mujer, no valía nada como fortificación... Cierto es lo que digo de esas amistades: lo que presento como leyenda, usted, Pepe, puede ponerlo en claro si se atreve a preguntárselo a Narváez... o a *Bodega*, que debe saberlo lo mismo que su amo. Pregunte usted a cualquiera de los dos si es cierto que en la noche de marras vacilaba el general entre el rigor y la clemencia, y que Rufina Campos le pidió que fusilara sin piedad, ofreciendo su cuerpo en pago de la orden; si es verdad que en su impaciencia por concluir aquel negocio de las muertes le hizo coger la pluma y le llevó la mano para que firmara... Este es un punto que yo no me atrevo a sacar de la Fábula para llevarlo a la Historia: lo cuento como me lo contaron, y no respondo de ello.

...Lo que no tiene duda, amigo mío, es que en Calzada de Calatrava había por aquel tiempo una fuerte discordia entre

dos bandos que se habían formado y ardían en rencores con más fuego de pasioncillas locales que de ideas políticas, y que uno de estos bandos se valió del tremendo Narváez para desbaratar al otro. Pescaron al *Espadón,* echándole por cebo la carne fresca de Rufina Campos. Conque ahí tienen los señores narvaístas una vela que encenderle a su ídolo, el borrego con zarpa de león, que más valdría decir de hiena, por la propiedad de las cosas históricas. ¡Y este hombre quiere que ahora nos dobleguemos ante su *Orden* y ante su *Principio de autoridad* él, que siempre fué díscolo y revolucionario; él, que no hizo más que pisotear su tan cacareado *Principio!* ¿Cómo se ha de respetar a quien nada respetó? ¿Cómo ha de sofocar las conspiraciones quien toda su vida se la pasó conspirando? Si los sublevados victoriosos del cuarenta llamaban insurrectos a los vencidos, y éstos, a su vez, triunfantes el cuarenta y tres, llamaron rebeldes a los del cuarenta, ¿qué nombre hemos de dar a todos más que el de bandidos? No se asombre usted, Pepe, ni me ponga la carita burlona, que sus burlas y su estupefacción no son más que una máscara con que tapa un escepticismo tan negro como el mío. Yo no creo en estos hombres, Pepe, ni usted tampoco. La Historia de España, mientras hubo guerra, es una Historia que pone los pelos de punta; pero la que en la paz escriben ahora estos danzantes, no se pone los pelos de ninguna manera, porque es una historia calva, que gasta peluca. Yo, qué quiere usted que le diga, entre una y otra prefiero la primera..., me repugnan los pelos postizos.

Esta idea nos dió pie para reír, dejando incontestada la graciosa sátira contra los hombres públicos, y sin comentario el terrible cuento manchego.

XIX

Recorriendo la Castellana, cuando ya la tarde caía, deploraba yo que la presencia de la beldad vetusta me privase de hablar con Eufrasia libremente. Perdóneme mi cara esposa; yo me sentía de improviso arrastrado fuera de la existencia regular al influjo de aquella mujer, que si fué mi tentadora en tiempos libres, cuando con piadosa mano hacia las pacíficas venturas materiales me guiaba, ahora, por diverso estilo, me trastorna y enciende con los atrevimientos de su voluntad sin freno. Lo único de que yo hablarle podía delante de la señora mayor era de la conspiración de ópera cómica en que ponía todos los donaires y sutilezas de su entendimiento, y sobre ello le pedí más explicaciones, que sólo a medias quiso darme.

—Conténtese usted, por ahora, con lo que le dije..., y es que por el momento hay tregua... Pues no faltaría más sino que yo le revelara a un enemigo nuestros planes! Bastante haré, el día en que se den los pasaportes al Ministerio Narváez-*Bodega,* y se haga limpia general de *hombres públicos,* bastante haré, digo, con librarle a usted de que le lleven a las Marianas, a tomar los aires que me recetaron a mí... Esté, pues, tranquilo... Y no le digo que se venga a conspirar a mi campo porque con el marqués de Beramendi no hay que contar ya para nada. Hombre acaudalado y padre de familia, sus ambiciones deben limitarse a cuidar hijos, que los tendrá en gran número, sin que pueda, en ningún caso, dudar que son suyos... ¿Le parece que es ésta poca ventaja en los tiempos que corren?

—Es usted mala, Eufrasia, y pensando bien por el lado mío, arroja por otros lados su sátira cruel.

—Pero ¿no le he dicho que soy víbora, Pepe? Entre morder y ser mordida con veneno, ¿qué es preferible?... Y, en resumidas cuentas, el ser satírica no es lo peor que puede ser una mujer... Porque yo muerda un poco no se escandalizará usted, Pepe.

—Pero creeré que no está en caracter y que pierde parte de su encanto con esas mordedurás. ¿Recuerda usted lo que significa en griego su bonito nombre? *Eufrasia.*

—Ya me lo dijo usted en otra ocasión, significa *Alegría.*

—Pues eso ha de ser usted siempre: *Alegría,* la alegría del mundo, de la sociedad...

—¡Ay Pepito, Pepito..., a buenas horas!... En otro tiempo pudè pensar que sería eso... ¡Pero hoy, después de tantas penas y de tanto luchar!... Además, mi condición alegre se va saliendo de mí a medida que va entrando la hipocresía.

—¡Hipócrita.... también se declara hipócrita!

—Me declaro práctica, maestra en filosofía marrullera, con arreglo a la época y al país en que vivimos. ¡Y usted me desconoce, y usted me niega, Pepe, usted, que es mi mejor discípulo!...

En esto echábase encima la noche, y una contingencia venturosa vino a conjurarse contra mi virtud y a favorecerme en mis desatinados estímulos de perdición. La condesa o baronesa de San Lucas, de San Gil o de no sé qué santo, dijo a su amiga que, llegada la hora de recogerse, diese orden al cochero de dejarla en su casa, Costanilla de la Veterinaria... ¡Con cuánto gozo sentí el traqueteo de las ruedas, corriendo presurosas, descontando los segundos que faltaban para que sola conmigo se quedase la moruna! El ansiado instante llegó al fin, y con él reverdecieron mis antiguas cualidades de audacia y desparpajo. Mis primeros conceptos, reforzados con ademanes que centuplicaban su expresión, fueron para darle a entender que mi ciencia de hipocresía era una vana fórmula mientras no la justificara con faltas positivas y delitos categóricos que...

—¡Eh, eh!—me dijo más serena que yo—. ¡Mucho cuidado, señor pollo... con espolones! Estése quieto, y no se me desmande tampoco de palabra. Tome ejemplo de mí. Es hora de que yo vuelva a mi casa, y usted forzosamente ha de irse a la suya, donde le esperan su mujer y su hijo. A los disparates que me ha dicho contestaré muy poco; pero ello será tal que habrá de agradecérmelo. ¿Quiere usted que seamos amigos, que empecemos otro curso de amistad? Pues para hablar de eso, para discutir si puede ser o no, si usted y yo merecemos el beneficio de la amistad..., quizá no lo merezca usted, quizá sea yo quien no lo merece..., pues digo que para tratar de esto es menester que nos veamos otro día o que nos escribamos. ¿Qué prefiere

—Las dos cosas. ¿Va usted por las tardes al casino de Embajadores

—¡Ay, qué chiquillo!... Basta: yo escribiré a usted.

—¿Al Congreso?

—Al Congreso. Y usted tomará las precauciones debidas para que no le lleven las cartas a su casa.

—Y yo, ¿adónde contesto?

—Déjeme que lo piense.

—¡Ay, qué pensadora se nos ha vuelto!

—Hijo, me llamo *Alegría*, no me llamo *Locura*. Pues si yo no pensara, ¡qué sería de mí! Pensando, pensando, he llegado adonde estoy. Si mucho he discurrido para subir, no tendré que discurrir menos para no caerme.

La extraordinaria donosura con que lo dijo desató en mí con mayor fuerza los en mal hora resucitados ímpetus amorosos o de aventureros amoríos... Pero no me dió tiempo la dama moruna para la debida manifestación, puramente verbal, de lo que yo sentía, y tirando del cordón avisó al cochero para que parase... Estábamos en la calle del Arco de Santa María.

—Bájate prontito, y no seas loco—me dijo, endulzando con el tuteo el amargor y crudeza de la expulsión—. Obedéceme sin chistar, y te escribiré al Congreso.

¿Qué había de hacer yo más que resignarme? Triste cosa era quedarme a pie de un modo tan brusco, aunque mi desairada situación fuese la más conforme con los buenos principios... Pero lo más singular de aquel paso, no sé si comienzo, fin o empalme de livianas empresas, fué que al desaparecer de mi vista el coche de la moruna se apagó en mi pensamiento la ilusión que con tan vivo centelleo me había turbado. Cierto que a una caída más o menos hipócrita quedaba no sólo expuesto, sino comprometido, por ley caballeresca no muy ajustada a la eterna ley moral: pero en medio de los velados desórdenes de un extravío de esta naturaleza, no creo que deje de conservar intangible y puro el bien de mi casa, ni la paz que allí me rodea. Si contemplando a Eufrasia y oyendo su gracioso divagar de política pude repetir para mis adentros el verso de Leopardi *E il naufragar m'è dolce in questo mare*, caminito de mi casa, y acercándome a este refugio bien templado, me dije: «En ese mar bonito y placentero podré pasearme sin que nadie me vea: pero nunca naufragaré.»

Firme en estas ideas, y comprendiendo cuán penoso y desairado sería para mí que María Ignacia tuviese conocimiento de mi paseo con la Socobio, por soplo de algún paseante que me hubiera visto, eché por la calle de en medio y se lo conté yo con franqueza relativamente honrada. Claro es que no le conté todo, porque no era preciso; y cuidé de

advertir que nos acompañó *en todo el paseo* la respetable señora condesa o baronesa de San Juan Nepomuceno. Con gran sorpresa mía, no pareció mi mujer enojada de aquel incidente. Tuve la suerte de cogerla en un momento en que las expansiones de su grande alegría no daban a su alma tiempo ni espacio para el recelo. Nuestro niño revela una resolución firmísima de vivir y aptitudes colosales para proveerse de medios de vida. Mama de una manera insolente, bárbara, y se apodera de la teta con muy mala educación. El ama es robusta, inagotable, y, además, de buen natural. Todas estas bienandanzas se reflejan en el alma de mi esposa y ayudan a su restablecimiento franco, rápido y seguro. No quiere María Ignacia abrir en su espíritu ningún hueco por donde entre la tristeza; no quiere más que afianzarse en la posesión de sus felicidades, que estima bien ganadas. Dios le concede lo que merecía.

Viéndola tan bien dispuesta, me permití ampliar un poquito las referencias de mi paseo romántico, y ella, con gran sentido, me dijo:

—Procura no volver más, y si otra vez te invita, busca una manera delicada de zafarte sin caer en grosería... La verdad, esa intrigante me ha tenido por algún tiempo en ascuas; pero esas ascuas ya no me queman... ¿En qué me fundo para sentirlo así? No lo sé; en algo que se nos revela por el corazón, por las ideas y el cavilar de una misma. Yo no creo en angelitos que vienen con recados a la oreja, como es uso y manía de monjas; pero sí creo que Dios nos baraja los pensamientos para que con ellos sepamos la verdad de las cosas nuestras, de lo que nos llega a lo vivo, Pepe. Como te digo, las ascuas en que estuve por esa maldita manchega ya no me queman... No viene el mal por ese lado. O no habrá más ascuas, o creo que vendrán de otra parte. Pero de ninguna parte vendrán, ¿verdad, maridito mío?

23 de junio.

Viendo crecer de día en día la estimación en que mi suegro y toda la familia me tienen, siento en mí la autoridad; me lanzo a platicar con el señor don Feliciano del delicado asunto de las habladurías de su tertulia, pues sin que yo vea en ello, como Narváez, el escándalo de una conspiración, pienso que tales enredos no armonizan con la respetabilidad de la casa. Presentada exquisitamente la cuestión, mi ilustre padre político concuerda conmigo, y, alabando mi prudencia y sensatez, se arranca con estas sesudas consideraciones:

—Yo me encargo de llamar al orden a estos mis amigos y de hacerles comprender que, si vienen mudanzas hondas en la política, no quiero que salgan de mi casa... Tengamos en cuenta que eres diputado, y ministerial de añadidura, y que si algo ocurre y te ves en el caso de tomar la palabra en el Congreso para defender a la situación, no es bien que te acusen de jugar con dos cartas... Puedes decirle al señor presidente del Consejo, si de esto vuelve a hablarte, que si algunos sujetos graves, y otros que no lo son, le tienden algún lazo para que se enrede y caiga, los hilos no pasan por mi mano. Yo, bien lo sabe él, no soy partidario del parlamentarismo ni creo en este régimen de estira y afloja; pero respeto lo *existente,* por el hecho de ser *existente,* que no es poco. También nosotros tenemos nuestros *hechos consumados,* como ahora se dice, dignos de todo respeto. ¿Qué sería de la sociedad si cada cual no permaneciera en los puestos adquiridos? El disputar los puestos es lo que da alas al funesto socialismo y lo que fomenta la demagogia, ese *virus,* Pepe, ese maldito *virus* que hace estragos en todo el mundo. Ya que la República romana, centro de ladrones y asesinos, está a punto de caer arrasada por nuestras tropas, vean ahora estos gobiernos de poner aquí un poco de orden y de refrenar a tanto periodicucho, y de hacer entender a los del *Progreso* que se despidan del Poder para siempre...

Conforme con todo lo sustancial de esta arenga me manifesté, añadiendo que las clases pudientes *somos* las llamadas a conducir el rebaño social. Pero me recaté de expresar la idea que al oír a mi suegro me andaba por el magín, esto es: que todos los pudientes, cuál más, cuál menos, llevamos dentro el demagogo, y, si me apuran, el socialista, que son dos clases de *virus* de donde resulta que no habrá orden verdadero hasta que nos metan en cintura..., o nos metamos nosotros mismos.

Esto pensaba, y ansioso de distracción di con mi cuerpo en el Congreso, donde me aburrí soberanamente; por la noche, previo el asentimiento de María Ignacia, con quien yo consultaba siempre mis visitas nocturnas, me fuí a casa de María Buschental, donde encontré algunos amigos de mi época de soltero y otros con quienes había hecho conocimiento en las Cortes: Escosura, Tassara, Borrego, Carriquiri. Departimos de cosas sociales y políticas con la libertad que es el fresco ambiente de aquella morada neutral de las opiniones, y si he de decir verdad, también allí, entre tan amenos narradores y comentaristas, me sentí, como quien dice, a dos dedos del hastío. Hallábame en un estado particular de mi alma, sensación de ansiedad y de vacío, dolencia que de tarde en tarde y sin ninguna inmediata razón ni causa conocida suele acometerme y que, por lo común, lo mismo que viene se va, dejándome un leve rastro de tristeza. Ni aun María Buschental, cuyo trato y gracias amables con puntaditas maliciosas fueron y son siempre el antídoto de las murrias, logró desvanecer las mías. Por último, confabulados ella y mi amigo Escosura, aplicaron solapadamente a mi melancolía el tratamiento de las bromas, sin excusar las del género más agresivo, y hube de oír sátiras crueles en que no salía yo muy bien librado.

Según María, yo penaba por la Socobio, mujer corrida y de mucha trastienda, maestra y grande erudita en todos los artes de amor. Según Patricio, yo no he tenido con ella más que triunfos pasajeros, regateados, y felicidades suspendidas de improviso para precipitarme en la desesperación... Yo negué, declarando que no hay tales triunfos ni los he solicitado. Reían a carcajadas y sin duda todo lo que dijeron lo creían como artículo de fe. Así es el mundo; en la crónica social disfrutaba yo injustamente reputación de glorias y fracasos, como los falsos héroes que con apócrifas grandezas usurpan un lugar en la Historia. Así lo dije a la dama y a mi maleante amigo, añadiendo no sé qué frivolidades para seguir la broma, y algún chiste, que no me salió, francamente, pues no estaba yo para chistes. Por fin, agarrándome a la primera coyuntura que se me presentó, me despedí cuando empezaban la animación y el interés dramático en el gracioso mentidero de María Buschental.

Deseaba yo verme en la calle y respirar aire menos impuro que el de un salón. Sentía vivísimo anhelo de llegar a mi casa, de ver a mi mujer y a mi hijo y buscar mi solaz y recreo en la felicidad que nadie podía disputarme. Sinceramente y sin la menor afectación me reí de la historia que mis amigos me colgaban, y ahondando con miradas atentas a todo mi ser, por una parte y otra, advertí que la moruna no me interesaba ni poco ni mucho, que la fascinación de sus gracias es pasajera. Mas no porque observase todo esto y de mi observación o descubrimiento me alegrase se mitigaba mi tristeza. «Es el pícaro trastorno de nervios o del cerebro, quizá desfallecimiento del espíritu — me dije—, ese vacío, esa expectación inexplicable... Voy corriendo a mi casa y allí se me quitará.»

Sentí detrás de mí una voz que me llamaba, y me estremecí cual si sonara un disparo en mis oídos. Era mi amigo el pintor Jenaro Villaamil, que al salir del café de la Iberia me vió pasar y corrió en mi seguimiento. Algunas noches solemos retirarnos juntos, pues somos casi vecinos. Vive en el Postigo de San Martín. Habióme de no sé qué..., algo de la expedición a Italia, de la Fuoco, de su peinado, no menos famoso que sus pies... Yo le oía sin ninguna atención y deseaba que me dejara solo. Parecíame que teniendo que oírle y contestarle, por urbanidad, tardaría más en llegar a mi casa.

Ibamos por la calle del Arenal, él, más corto de piernas que yo, acelerando su andar para seguirme, cuando una mujer pasó frente a nosotros, como a diez pasos de distancia... Cruzaba de la acera de San Martín a la de San Ginés, y nosotros íbamos ya muy cerca de la iglesia de este nombre. La mujer que vimos se paró un instante ante mí y me miró fijamente. Yo la vi a la claridad de la luna que inundaba la calle. la vi, la miré y la reconocí... Era Lucila... Siguió la moza su camino. ¡Cielos!. entraba en la iglesia. Atravesó el patio y antes de llegar a la puerta volvió a detenerse y a mirarme. Antes dudara de mi existencia que dudar que aquella mujer era Lucila, la hermosa salvaje que descubrí en el castillo de Atienza. la

sacerdotisa, la musa histórica del gran Miedes, la perfecta hermosura, la ideal hembra con quien ninguna de las de nuestra edad y raza puede ser comparada... Mi amigo Villaamil, apretándome el brazo, exclamó con entusiasmo de artista y de varón:

—¡Qué mujer, Pepe! Nunca vi figura igual.

Habíamos entrado en el patio; yo me abalancé hacia la puerta de la iglesia, engañado por la ilusión de que Lucila me esperaba en aquella penumbra... Nada vi; la soberana imagen habíase apagado en la cavidad del tiempo, como luz devorada por el vacío.

XX

La impresión que de aquella imagen quedó en mi retina y en mi mente fué tan viva que puedo describirla como si aún la tuviese delante. La que en su cuerpo y rostro era la perfección misma, cifra y conjunto de proporcionadas partes armónicas, vestía como las hijas del pueblo más elegantes, entre manola y señorita, la falda sin vuelos, de medio paso, un pañuelo por los hombros. No llevaba mantilla; el peinado, de lo más sencillo, gracioso y coquetón que puede imaginarse... Con ardiente curiosidad y anhelo me metí en la iglesia. Jenaro detrás de mí, y apenas dimos algunos pasos hacia la capilla en que veíamos claridad, bultos, y oíamos murmullo de rezo, la poca gente que allí había salió perezosa, arrastrando los pies. El rosario, novena o lo que fuese había terminado. Las luces se apagaban; el sacristán pasó junto a mí con un manojo de llaves. En la vaga sombra, difícilmente se conocían las personas que iban hacia las puertas... Busqué inútilmente entre ellas a la que, tan descuidada en su devoción, llegaba en las postrimerías del piadoso acto... Pero pensé que, situándome en la salida, no podía escapárseme. A un tiempo, Villaamil y yo nos hicimos cargo de una grave dificultad estratégica. San Ginés tiene dos entradas y, por consiguiente, dos salidas. Yo hubiera querido dividirme y vigilar ambas puertas.

—Usted mira por la calle del Arenal —me dijo el pintor con rápida precisión militar—; yo miraré por la plazuela.

Así lo hicimos.

Vi salir a pocos hombres, en los que no me fijé, y mayor número de mujeres, que observé atentamente, cerciorándome de que todas eran viejas, y las que no lo eran no daban lugar a confusión a causa de su ostensible fealdad. Por mi puesto de guardia, puedo jurarlo, no salió la mujer de las soberanas proporciones. Cuando, terminada la requisa y expulsado yo por el sacristán, me reuní en la plazuela con mi amigo, éste me comunicó que por su puerta no había salido la moza, podía jurarlo. Mi desconsuelo y ansiedad fueron tales, que no acerté con ninguna explicación del caso y sin el testimonio del pintor habríalo tenido por un caso de alucinación.

—Para mí, querido Pepe—me dijo Villaamil—, esa mujer no ha salido.

—¿Cómo que no ha salido? ¿Es acaso alguna efigie que pernocta en los altares?...

—Si no es efigie sagrada, merece serlo. Ahora me confirmo en que no fué engaño lo que creí ver. La moza, al entrar en la iglesia, avanzó derechamente hacia la sacristía.

Un rato estuvimos discutiendo este enrevesado punto: ¿tiene la sacristía comunicación directa con la calle? Hicimos reconocimiento topográfico, dando la vuelta a la parroquia por el arco y pasadizo. Sostenía Villaamil que por una puertecita que hay en la plazuela, muy cerca del arco, había visto salir varios bultos; pero la distancia y el sombrajo que allí hacen los muros le impidieron distinguir si eran clérigos o mujeres. La portezuela por donde se *desvanecieron* estos fantasmas estaba cerrada a piedra y barro. El balcón estrecho y las desiguales ventanas que a cierta altura vimos nos indicaban que hay allí una habitación aneja a la parroquia. ¿Será la vivienda del párroco? Villaamil declaró con firmeza que a la mañana siguiente lo averiguaría. Mis deseos eran averiguarlo al punto. De pronto, como quien encuentra la solución de un problema oscuro, Jenaro me dijo:

—Oiga usted, Pepe, ¿se habrá metido en la bóveda, en la célebre bóveda de los disciplinantes?...

—Y ¿dónde está la bóveda?...

—Viene a caer aquí debajo y su entrada es por la capilla del Cristo, donde estaban rezando cuando entramos...

—¿Y esa bóveda tiene luego salida por alguna parte?...

—Dicen unos que sale a las Descalzas Reales, otros que a San Felipe el Real. Pero esto me parece fábula...

Propúsome el pintor interrogar al sereno, pero a ello me negué, no por falta de ganas: deseaba emprender solo mis investigaciones. La intervención de Villaamil en un asunto que yo consideraba enteramente mío me molestaba. Todo intruso que me disputara mi absoluto derecho a descubrir a Lucila era ya mi enemigo. Fingiendo un poco, le hice creer que sólo un interés caprichoso y pasajero me había movido, y me le llevé hacia la calle del Arenal para dejarle en su casa antes de entrar yo en la mía. Por el camino le hablé de todo menos de aquel misterioso hallazgo y pérdida de la mujer bonita; pero él, sin poder apartar de lo que vimos su potente imaginación de artista, exclamaba:

—¡Qué cuadro! Es la primera vez que veo en Madrid un asunto poético y una composición prodigiosa... La mujer furtiva es lo de menos... ¡Pero la plazuela iluminada por la luna, el arco de San Ginés, donde se alcanza a ver el farolillo del sereno..., luz rojiza..., los desiguales edificios, la disposición irregular de las casas y tejados...! Es un cuadro. Pepe, un soberbio cuadro...

No tuve ya tranquilidad al quedarme solo, y abrasado de celos precoces no podía desechar el temor de que Villaamil se me anticipara en la busca y rastreo de la mayor belleza del mundo.

Entré en mi casa en una situación de ánimo que no permitía otro disimulo que el de darme por enfermo y necesitado de soledad y descanso. Mi mujer, con tierna solicitud, dispuso que me trajeran tacitas de tila y de té. No podía yo resistir su mirada penetrante y cerraba los ojos con afectación de dolor de cabeza, que no tardó en ser efectivo. Varias veces he preguntado a María Ignacia si hablo yo en sueños, y me ha dicho que no, que tan sólo doy grandes suspiros. Esto me tranquiliza, pues tendría muy poca gracia que durmiendo nombrase yo a Lucila o por ella preguntase a imaginarios guardianes... La noche fué malísima, y los ratos de insomnio me atormentaban menos que los breves letargos con angustiosa opresión y terrores. Ni un momento dejé de sentir la presencia vigilante y cariñosa de mi mujer. Su ternura me incomodaba; le mandé que se recogiese, afirmando que me sentía bien y que mi desazón había pasado.

Otro día de junio.

Pienso que he perdido la razón o que llevo dentro de mí un ser nuevo, invasor intruso que ha desalojado mi antiguo ser. No me conozco. Dudo si la continua presencia de Lucila en mi alma es un suplicio intolerable o un bien necesario que me ocasionaría la muerte si desapareciese. Ninguna mujer se ha posesionado de mi pensamiento y de mi voluntad con tan absorbente tiranía. Soy suyo, y por mía la tengo desde el principio al fin del mundo. Porque desde su emergencia en el castillo fué para mí la ideal mujer, la perfección del tipo, y ante ella no puede haber otra, ni la hubo ni la habrá. ¿Esto que escribo es locura? Así lo pienso; pero una vez escrito no será tachado por mi mano. Quiero manifestarme cual soy en el momento presente, y si deliro, ¿qué razón hay para que me obstine en aparecer discreto y sesudo, tal y como mi señor suegro me ve, o quiere verme, representándome a su imagen y semejanza? Salgan al papel mis desatinos, si lo son, en espera de que el tiempo los convierta en concertadas razones.

La inutilidad de las diligencias que hoy he practicado en San Ginés y contornos me ha traído a un abatimiento lúgubre. Ni sacristanes y monaguillos, ni el sereno, ni el celador del barrio, ni los tenderos vecinos saben nada de semejante mujer... He recorrido las calles próximas, he dado vuelta a toda la manzana. Recordando que Lucila apareció por el lado de San Martín, he reconocido también las calles de Capellanes, Tahona de las Descalzas y otras, con la esperanza de encontrarme al patriarca Ansúrez o al hermanito pequeño; pero ningún rostro de la familia celtíbera he topado en mi divagación por este barrio. En casa logro componer mi pálido semblante, para que ni aun mi mujercita, con su milagrosa perspicacia, entre en el sagrado de mis pensamientos. Voy al Congreso, que es donde más solo puedo

sentirme, y huyendo de los amigos que en el salón de Conferencias y pasillos me agobian con su enfadosa charla, busco un refugio en mi asiento de los escaños rojos, y me sumerjo en las narcóticas aguas de la discusión de Aranceles. Me creo dentro de una redoma, y mi atención es como la del pececillo colorado que nada en redondo mirando el cristal que lo aprisiona. Veo al cetrino Nicolás Rivero, al fornido Pidal, a Cantero chiquitín, a Moreno López, elegante; a Negrete proceroso, y oyendo el runrún de un orador, para mí desconocido, cierro los párpados; el sueño me rinde... Al volver en mí me siento demagogo, me descubro anárquico; no encuentro palabras bastante expresivas para calificar el horripilante desenfreno y audacia de las ideas que se congestionan en mi mente. Porque la somnolencia no acabe de aplanarme, huyo del Teatro-Congreso y me voy de paseo por la calle Mayor y Carrera de San Jerónimo, sin parar hasta el Retiro, donde encuentro amigos, algunos diputados; hablo con ellos; sigo empalmado con otros; vuelvo a charlar, tomo y dejo, y lo mismo acompañado que solo continúo sintiendo en mí el llamear ardiente de las fieras pasiones revolucionarias. Los sombreros de copa que cubren el cráneo de tanto señor y señorete me producen indecible antipatía, y nada sería para mí tan sabroso como emplear mi bastón en el apabullo de todos los tubos de felpa que me salgan al paso. ¿Hay nada más imbécil que la invención de esta ridícula tapadera de nuestras cabezas?... En mi negro humor, hasta las señoras se me hacen odiosas y soberanamente grotescas con sus modas de París y el artificio vano de su exótica finura.

Sí, sí, debo de estar enfermo; esta noche, de las cenizas de la hoguera en que prendí fuego a toda la sociedad de mi clase, ha surgido mi grande amor al pueblo. Todo lo que no sea pueblo no es más que una comparsería indecente, figuras de un carnaval que a lo chocarrero llama elegante y a las pesadas bromas da el nombre de cultura. Los días del vivir actual, esto que con tanto énfasis llamamos *nuestro siglo, nuestra época,* ¿qué es más que un lapso de tiempo alquilado para fiestas? El plazo de alquiler a su fin se aproxima, y en ese momento del quitar de caretas volveremos todos a ser pueblo, o no seremos nada... Amo a Lucila porque amo al pueblo; estos dos amores no son más que uno... Presumo que voy al mayor desconcierto de mi razón y dejo la pluma...

Vuelvo a tomarla, después de una pausa de dos horas, y declaro que veré con grandísimo gozo los disturbios y convulsiones que tanto temen nuestros *hombres públicos.* La tan maldecida República romana tiene todas mis simpatías, y los Mazzinis y Garibaldis son mis ídolos... Lleno estoy del condenado *virus* que es la desesperación de mi suegro ilustre, y con este veneno apaciento mis ideas, con él mis deseos de que nuestras tropas, impotentes para reponer a Pío IX en su eterna Silla, tengan que traérsele para acá, de que húngaros y austríacos hagan polvo a los Radecskys y Metterniches, de que todos los pueblos ardan y todas las artificiales categorías sucumban, de que Francia sea inmensa barricada donde alcen su haraposa bandera los socialistas, comunistas y falansterianos del mundo entero... Ya veis que voy de mal en peor... Me siento insufrible; vuelvo a dejar la pluma... Suspendo esta confesión; pero conste que soy demagogo, furiosamente demagogo...

Otro día de junio.

Hoy, gracias a Dios, en mi alma turbada se van apagando los incendios revolucionarios. No obstante, oyendo al señor de Emparán, que me ha dado matraca horrible con la carta filosófica remitida por Donoso Cortés desde Berlín, y publicada estos días por *El Heraldo,* he sentido en mí un vivo anhelo de que lo maten, no a Donoso Cortes, sino a mi suegro (a los dos no fuera malo), de que vengan al Gobierno las hordas sociales y le arrebaten cuanto posee, sus riquezas todas, raíces, valores públicos, etcétera, no dejándole más que la camisa, y esto por el aquel de la decencia. ¿Qué?... ¿Qué tenéis que decirme? Ya entiendo: que Emparán en la miseria, sería yo miserable, reducido a la extrema necesidad de pedir limosna. ¿Y qué? ¿Pensáis que esto me arredra? Pues bien: seré mendigo, andaré descalzo, gozando en la total ruina de los zapateros y en el acabamiento de todo sastre. ¿No iban descalzos y muy ligeritos de ropa los iberos y celtas, y eran felices, y se gobernaban admirablemente y vi-

vían luengos años?... Si por algo, fijaos bien, rectifico esta idea destructora y dejo a la remota Posteridad el despojo y aniquilamiento de mi padre político, es porque me aterra pensar que mi mujer y mi hijo anden también descalzos y en paños menores por esos mundos. No; sálvense de la catástrofe estos caros objetos, y si para ello es indispensable el indulto del señor de Emparán, recojo todo mi *virus* y perdonado queda en este renglón. Para quien no tendré misericordia es para Donoso Cortés, que en su famosa carta berlinesa me ha estomagado con sus ñoñerías filosóficoultramontanas. ¿Hay elocuencia más vacía ni retórica más insustancial? Desde que he sabido que Narváez le odia cordialmente y se jacta de no haberle leído nunca, se aviva y enciende más mi cariño al *Espadón* y voy creyendo que es el único grande hombre entre tanto necio hablador y tanto acebuche barnizado. Sostuve esta tarde una viva disputa en el casino, defendiendo rabiosamente a Narváez y abominando de los que con desdeñoso humorismo llama *la cáfila de abogados*... Entrame ardiente anhelo de ver al duque y de platicar con él de los diversos temas que hoy mueven las lenguas de nuestros *hombres públicos* y de nuestras *mujeres... privadas* (guarda, Pablo). De mañana no paso sin que yo me encare con el *buey liberal*, o, en su defecto, con *Bodega*, que en este momento de la Historia mía y de España también merece mi afectuoso respeto. El es pueblo, como yo, pueblo que resplandece en las alturas.

XXI

Primeros de julio.

Han pasado algunos días, no sé cuántos; llevo mal ahora la cuenta del tiempo... En este paréntesis corto de mis *Confesiones*, mi pensamiento no ha estado libre de alternativas y mudanzas. Sufrí recrudescencias de mi rabia demagógica y he visto luego que esta formidable pasión o dolencia remitía, dejándome volver a mi normal estado de sensatez. Conviéneme declarar que ni en mis delirios ni en mis sedaciones me ha faltado el cariño a mi mujer y a mi chiquillo, sentimiento de un orden reposado, compuesto de deber y amor, y que ha llegado a parecerme armonizable con mis ensueños. Cuando disponga de más reposo explicaré la filosofía que pongo en práctica para socorrerme con ese cómodo sincretismo... Lo más urgente ahora es que traslade al papel un suceso mío, que no por mío precisamente, sino por suceso en sí propio importante, debe ser comunicado a la indagadora Posteridad. Ello es que al cabo quiso Eufrasia que se *cumplieran las profecías;* así llamo a las promesas de ella y a las malignas suposiciones del vulgo. Una carta que al Congreso me escribió, la respuesta mía, una breve entrevista después en el paseo, determinaron lo que por lo visto deseaba ella más que yo en aquel día, no muy lejano del presente. Cogióme en tal estado espasmódico y cerebral, que mi primer impulso fué no acudir al dulce reclamo. Después lo pensé mejor y entendí que el acaso me deparaba quizá un grande alivio de mis murrias; deparábame asimismo el gusto de dar la razón al penseque mundano y de convertir el cronicón apócrifo en historia verídica, espejo de la vida real. Me molestaba la mentira. ¡y era tan fácil trocarla en verdad!

Dióme la verdad mi amiga una tarde en el casino de Embajadores... Perdonad que me interrumpa para deciros otra vez, y van dos, que me carga Donoso Cortés y que ya estoy ahito de la indigesta carta filosófica que nos enjaretó desde Berlín. Infinitas veces se ha tragado su lectura mi papá político, y algunos párrafos quedaron impresos en su memoria como el padrenuestro. Creeré que los aprendió en viernes. Esta mañana lo repetía en tono triunfal:

—Si se me preguntara mi opinión particular sobre el eclecticismo, diría que es una rama seca y deshojada del árbol del racionalismo. Del racionalismo ha salido el spinozismo, el volterianismo, el kantismo, el hegelianismo y el cousinismo, doctrinas de perdición... La sociedad europea se muere: sus extremidades están frías, su corazón lo estará dentro de poco. ¿Sabéis por qué se muere?

A esta pregunta que mi suegro hacía con entonación propia, como si fuera de su cosecha, contestábamos al unísono mi mujer y yo:

—No, señor; no sabemos nada.

Y él, hinchándose de vana elocuencia,

como lo estaban sus bolsillos de copiosos caudales, se contestaba:

—Muere porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la sustancia católica, y médicos empíricos le han dado por alimento la sustancia racionalista...

Pero lo que más a mi señor suegro, reventando de rico, seduce y entusiasma, es aquel pasaje sentimental en que nuestro rutilante orador nos revela que hemos venido al mundo para llorar y padecer. La cosa resulta clarísima y se demuestra con un ejemplo.

—La vida es una expiación—decía don Feliciano con semblante fúnebre al repetir uno de los trozos más enfáticos de la carta—: la tierra es un valle de lágrimas. Si no queréis alzar la vista a los cielos, ponedla en la cuna del niño sin pecado... ¿Qué hace el niño, privado aún de pensamiento, de razón y hasta de voluntad? Pues llorar...

Argumento incontestable: si el niño, que todavía es un ángel, llora, nosotros, que estamos llenos de pecados, ¿qué fin y destino tenemos más que hacer pucheros en todo el curso de nuestra vida? Observaba yo que mi ilustre suegro, con tanto recomendar el llanto a las personas mayores, se abstenía personalmente de toda demostración de duelo, y nos decía, más regañón que dolorido:

—Esta es la verdad, la doctrina pura. Aprended, aprended aquí.

Perdónenme la digresión. Sigo contando. Quedamos en que fuí a la calle de Embajadores. Ya comprenderéis que de tan delicado asunto sólo debo hablar lo preciso para establecer la debida coordinación lógica entre las diversas partes de estas confidencias. Me permito saltar de la primera a la segunda entrevista con Eufrasia, que fué ayer, y añado que las alegrías de estos reservados encuentros dejan en mí un sedimento amargo, y que no han apagado, no, el volcán que suscitó en mi mente la fatal aparición de la salvaje Lucila. Os diré en confianza que los halagos de la moruna, con ser en determinadas ocasiones de extraordinaria intensidad sensitiva, me traen el hielo en inmediata concatenación con el fuego, cual si fuesen eslabones que forman un toisón de alternados metales. En sus encantos, a poco de gustarlos, no me ha sido difícil ver el desabrimiento de las cosas de serie, que traen de atrás su principio y continúan repitiéndose en la igualdad de sus casos y consecuencias. Yo me sentía sucesor de alguien y predecesor de otro u otros, y si mi herencia me parecía triste, más lástima que envidia sentía de mis presuntos herederos.

Otro día de julio.

A la tercera vez, con más empeño que en la primera y segunda, trato de indagar el móvil y fin de aquella conspiración de zarzuela en que la moruna entretiene sus ocios. La reciente intimidad no tiene bastante poder para quebrantar el secreto. Eufrasia elude las preguntas, cambia de conversación, niega cuando se ve estrechada; acaba por afirmar que todo concluyó, que fué una broma, chismorreo de damas locuaces, que no saben cómo pasar el rato. Mis coloquios en tan cercana disposición me permiten observar que es recelosa, sagaz y reservada, que las pasiones no ahogan jamás su discernimiento, que poniendo en sus empresas toda la perseverancia del mundo, sabe esperar. Yo no me recato de confesarle mis simpatías por la demagogia, sin descubrir el secreto psicológico de esta novedad, y ella me alienta, declarándose también un poquito revolucionaria, sin precisar ideas.

Permitidme que en una nueva digresión firme otra vez, y van ciento, que me encocoran lo indecible el señor Donoso, marqués de Valdegamas, y su ciencia relamida. Si me ofrecéis recibo, lo tomaré, y sigo en mi cantilena... Es que a diferentes horas, en las situaciones más diferentes, invade mi alma el desdén de estas retóricas vacías. Ese buen señor que a mis contemporáneos entusiasma, a mí me revienta: no puedo remediarlo... Y a propósito, para que no me acuséis de inoportunidad: Eufrasia, tomando pie de no sé qué apreciación mía, me ha dicho, mientras se arreglaba el desordenado cabello:

—¿Verdad que es hermosa la carta de Donoso Cortés?

Yo troné contra el ídolo de las damas y de los brillos parlamentarios, y mi amiga lo defendió con grandes hipérboles, repitiendo algunas de sus vaciedades más rotundas:

—Luzbel no es el rival, es el esclavo del Altísimo.

—Bueno, ¿y qué? Concedo que no es el rival, sino el esclavo... ¿Y qué?

—Que el mal no es obra de Satanás: «El mal que *el ángel rebelde infunde* o inspira, no lo inspira y no lo infunde sino permitiéndolo el Señor, y el Señor no lo permite sino para castigar a los impíos, o para purificar a los justos con el hierro candente de las tribulaciones...» Así lo parla el maestro...

—Eso va con nosotros: falta saber si somos impíos y merecemos azotes, o justos que seremos purificados.

—No seas tonto. Eso lo dice por las revoluciones...

—¿Qué más revolución que nosotros?

—No hables en plural: tú eres demagogo.

—Y tú, descamisada...

—¡Ay, qué pillo!... El descamisado, el *sans culotte* eres tú... Las palabras de *Quiquiriquí* sobre el señor de Luzbel no van con nosotros. Es que algunos han dicho que la revolución de febrero del año pasado en Francia, la que echó del trono a Luis Felipe, fué un castigo, y que después vendría la misericordia de Dios. Pues no es eso: Donoso Cortés, con ese talentazo que no le cabe en la cabeza, ve las cosas claras y dice que no habrá misericordia... «Los que vivan verán asombrados que la revolución de febrero no fué más que una amenaza, y que ahora viene el castigo.»

—¡Ya escampa! Pongámonos en salvo.

—No te burles. Vendrá un cambiazo muy gordo que nos libre de tanto pillo.

—Y en ese cambiazo trabajas tú y otras, a cencerros tapados... Destruiréis todo lo actual, y pondréis al frente de la Administración un Ministerio de niños llorones presidido por *Quiquiriquí*.

Soltó, al oír esto, una risa franca, fresca, sonora, expresión de abandono y travesura.

—Déjame que cierre así la discusión —me dijo—. Mi nombre es *Alegría*...

Y acabó por confesarme que también a ella le revuelven el estómago los sermones de Valdegamas, y que si los celebra y repite es por seguir la corriente; que toda aquella hinchazón insustancial no sirve para nada, ni traerá la más pequeña mudanza de las cosas públicas. El mundo, según Eufrasia, se gobierna por pasiones, no por ideas, y éstas no influyen sino cuando son apasionadas. No echo yo en saco roto esta sentencia, que me parece de un profundo sentido en los tiempos que corren. Tiene la moruna mucho talento. Así lo declaro, y ella, con candoroso orgullo, me dice:

—Pues ¿qué crees tú...? Si yo fuera reina haría de España una gran nación. Yo sabría ser mujer y soberana, sin que la soberana y la mujer se estorbasen la una a la otra. Yo poseería y practicaría el arte más difícil, que es el de escoger hombres más o menos públicos, y en cada puesto estaría el sujeto apto para desempeñarlo... Yo los examinaría bien, y hasta que no estuviera bien segura de sus cualidades, no les daría el rango... Créete que yo haría una reina admirable, como Isabel de Inglaterra, o Catalina de Rusia; pero con la condición de ser soberana absolutamente absoluta, porque de otro modo no respondería del acierto. ¿Libertad? No habría más libertad que la mía. ¿Religión? La mía, y que fuera yo mi propio Papa. ¿Ejército? Yo generalísima. ¿Marina? Yo almirantísima. ¿Gobierno? Yo ministrísima... Verías tú qué bien andaba todo. Yo y el pueblo, y entre éste y yo, un cierto número de lacayos instruídos que sirvieran fielmente al pueblo en mi nombre...

Preguntada por mí acerca del lugar que a su esposo daría en este absolutísimo gobierno mujeril, me contestó que en su reino decretaría el cese de todos los maridos que no fueran padres, y que a don Saturno, por gratitud, le nombraría inspector general de matrimonios, para divorciar a los que no tuvieran prole... Yo, como padre que soy bien acreditado, tendría un puesto de importancia en la nación...

Con estas y otras tonterías pasamos el rato. El ingenio de esta mujer me divierte..., pero el vacío de mi alma continúa sin llenar. Termina la moruna diciéndome que se va a La Granja, donde está la Corte, y me incita a que vaya también yo con mi familia... Si María Ignacia y sus padres desean lo mismo, ¿por qué no acabo de resolverme? ¿Qué interés o querencia me amarran a Madrid? Respondo que sí, que no y qué sé yo.

Otro día de julio.

Hoy, después de dos infructuosas tentativas, he logrado satisfacer mi vivo deseo de hablar con Narváez, de quien tenía yo las mejores ausencias, pues supe no ha mucho que en casa del duque de San Carlos me alabó y encareció infinitamente más de lo que yo merezco. An-

tes de pasar a la presencia del *Espadón* tocóme un poco de antesala, la cual se me hizo corta por la agradable compañía de mi amigo y compañero de Congreso Eusebio Calonge, el más joven quizá de los mariscales de campo. ¿De qué habíamos de hablar sino de la expedición a Italia, general comidilla de estos días? Marchitas las ilusiones de los que vieron en el envío de las tropas a Gaeta un principio de históricas hazañas militares, ¿qué hacían allí los españoles? Recibir la bendición del Papa, ocupar a Terracina y gastar su ardimiento en marchas y contramarchas.

—El veto del general francés, cerrándonos el camino de Roma—me dijo Calonge—nos ha puesto en situación muy desairada. La expedición queda reducida a un acto diplomático, y únicamente con ese carácter se la puede defender hasta cierto punto. Mi opinión es que los actos diplomáticos de un ejército sólo son eficaces después de actos verdaderamente militares. La fuerza que pega duro es la fuerza que puede negociar...

Parecióme de perlas esta observación de mi amigo, que revelaba la viveza de su entendimiento, y algo más habríamos divagado sobre aquel asunto si no nos interrumpiera don Juan Bravo Murillo, que salía de hablar con Narváez. Tocaba su vez a Calonge, que, según me dijo, despacharía en cinco minutos. No llegaron a tantos los que empleamos don Juan y yo en recíprocas salutaciones. No he tenido ocasión de decir que el ilustre extremeño y hombre público es antigua relación de los Emparanes, y ha dirigido como letrado, en ocasiones diversas, y en una muy reciente, los asuntos de la casa. Don Feliciano le estima como amigo, y le mira como a un santo en la religión de la Jurisprudencia. Nada teme mi suegro del rigor de las leyes teniendo en sus altares a San Juan Bravo Murillo.

—¡Dichosos los ojos!...—exclamó Narváez al recibirme—, y conste que ya no le llamo *pollo*. Por muchas razones, merece usted el empleo inmediato...

Hablamos de todo: de Eufrasia, de mi familia, de mi hijo, de los Emparanes, de los Socobios, de todo menos de la *campaña de Italia*, punto delicadísimo que no me atreví a tocar, sabedor de lo aburrido que anda mi hombre con este frustrado intento de intervención gloriosa. En su tono, en su mirada, descubro la calma que ha sucedido a su recelo de las conjuras, y siempre que la conversación recae en cosa referente a mi persona, sus elogios me colman de gratitud, no inferior a mi confusión, pues ignoro en qué funda el alto concepto que de mí ha formado. Háblame de que desea utilizar mis dotes, esas dotes que con increíble benevolencia y engaño llama extraordinarias, y cuando pienso que su idea es ofrecerme un puesto diplomático, sale por un registro que me causa tanta sorpresa como disgusto. ¿Sabéis a qué quiere aplicar el duque las facultades mías, que estima o parece estimar desmedidamente? Pues a las funciones de un cargo palatino. La independencia que disfruto me permite tomar a risa la propuesta de mi jefe y amigo, y manifestarle que podrá hacer de mí lo que quiera, pero jamás hará un palaciego. El se ríe también; al despedirme me da palmaditas, repite en forma humorística su pensamiento de vestirme de gentilhombre, sumiller de Corps o cosa tal, y con toda seriedad me dice:

—Yo miro este asunto por el lado mío, por el lado de la conveniencia oficial, y sostengo que es necesidad imperiosa del Estado tener en aquella Casa un personal inteligente, instruído, que posea las buenas formas y las ideas liberales... Ya ve usted si es difícil..., digamos imposible. Adiós; que vuelva usted pronto por aquí, y aunque no quiera, hablaremos de lo mismo...

Salí; la idea del general, descartando radicalmente de ella mi persona, parecióme idea luminosa y madura, de hombre de mundo, de hombre de Estado.

Al anochecer, camino de mi casa, no falté a la estación que dos veces al día, una por lo menos, hago en San Ginés, por la querencia misteriosa de los lugares donde, visto una vez el paso de la felicidad, creemos que allí nos está esperando para pasar de nuevo. Es aquél mi sitio de peregrinación, y a él acudo por devota costumbre, o por impensado rumbo de mis andares. No diré que hayan sido absolutamente infructuosas mis pesquisas en la parroquia y sus aledaños, porque si ningún conocimiento positivo ha venido a saciar la sed que me devora, creo haber descubierto hilos menudos que a otro más grande, y finalmente al ovillo, de esta sin igual aventura pueden conducirme. Desengañado de sacristanes y

monagos, así como de vecinos y porteras, me dediqué al trato de pobres de uno y otro sexo que piden en aquel santo lugar. Repartiendo sin tasa calderilla y algo de plata, he adquirido en tan mísera república relaciones muy útiles. Pero anoche encontré la puerta cerrada; la turba mendicante se había retirado de sus puestos, faltándome hasta el más fiel y consecuente amigo, que esperarme suele a deshora en la escalerilla del patio por la calle del Arenal. De los hilos tenues, emperceptibles casi, que este hilandero de chismes ha puesto en mi mano, no quiero ni debo hablar mientras no sepa si han de conducirme a la esperanza o a mayor desesperación.

XXII

16 de julio.

Decididamente, nos vamos a La Granja. Habría yo preferido pasar en Atienza los rigores del verano, por disfrutar de mayor sosiego y dar a mi madre el gustazo de tenernos en su compañía. Estos eran también los deseos y planes de María Ignacia; pero el unánime voto de todo el señorío emparánico en favor del Real Sitio de San Ildefonso se impone a nuestra voluntad. Punto final en las discusiones y comienzo de los fastidiosos preparativos... Mi mujer, o ignora en absoluto mi devaneo con Eufrasia, o lo considera superficial y sin importancia, aplicando al caso una filosofía suya, soberana, elevadísima, que en rigor no puede admitirse más que estableciendo ley conyugal distinta para cada sexo... Cuido de rodear mi falta de cuantas precauciones pueden preservarla del conocimiento y aun de la sospecha de esta familia; pero creo difícil mantener la ignorancia más allá de los temporales límites que encierran todo humano artificio.

Deseaba yo una ocasión de ver a Eufrasia antes de su partida, y hablarle de estos temores, apelando a su buen discernimiento para que, mientras dure la jornada en el Real Sitio encerremos en mayor tapujo nuestras intimidades, o las encubramos con la soberana hipocresía de suspenderlas efectivamente. De fijo accederá, porque, como gran maestra de la vida, es cautelosa, ve y entiende toda realidad, y en sus programas, según me ha dicho mil veces, *figura en primer término* la conservación de mi prestigio y buena fama en la familia. La ocasión que yo buscaba se me ha presentado esta tarde. Habiendo ido con mi señor suegro a visitar a Bravo Murillo (para consultarle un pleito emparánico entablado en el Consejo Real), tuve el gusto de toparme allí con don Saturno del Socobio y su morisca esposa, que se despedían del extremeño, con quien están todos los Socobios del mundo en buena amistad social y jurídica.

Pero antes de que yo refiera esta visita y las entretenidas pláticas que en casa del insigne letrado y ministro tuvimos, oblígame el orden del relato a contar alguna meditación mía muy interesante; que las meditaciones, y aun los volubles escarceos de la mente son materia o documentación utilísima de la historia de un hombre, más o menos sincero confesor de sí mismo. Es, pues, el caso que al despertar esta tarde de la siestecilla con que suelo pagar mi tributo a los ardores veraniegos, sentí en mi alma un bienestar hondo, cual si de ella, con la virtud de aquel descanso, se desprendiera un formidable peso que la oprimía. Sentíame no ya aliviado, sino totalmente restablecido de lo que yo llamaba el *mal de Lucila*, la monomanía, la horrenda pasión de ánimo que encadenó mi pensamiento y todo mi ser a la imagen más soñada que vista de aquella mujer. Y la súbita extinción de mi mal habíamela traído... ¿A que no lo adivináis? Pues una idea, que al despertar apareció posesionada de mi mente y encendida dentro de ella como vivísima luz, semejante por su potencia a las que en los faros alumbran el paso de las naves. La idea que me iluminaba, única, despidiendo rayos en mi cerebro, era ésta: la enfermedad que yo he padecido no es más que *una efusión estética*.

—Mujer—dije a la mía, que en el momento de mi despertar se me apareció con el chiquillo en brazos—, ¿no sabes que ahora caigo en que soy un artista sin arte..., un hombre que crece, vive y toma puesto en la vida social fuera de su vocación? En mí has de ver un artista inmenso, escultor, pintor, músico tal vez.... quiero decir que yo he debido ser ese gran creador de arte, y por no serlo, me pongo malísimo, y hasta parece que se me va el santo al cielo.

Echóse a reír mi digna esposa, y sin dejar de zarandear en sus brazos al crío, me contestó:

—¡Pero, bobito, si eso que me dices no es idea tuya!... ¡Si eso te lo dije yo anoche cuando te acostabas! Y te lo repetí no sé si dos o tres veces hasta que te quedaste dormidito. ¿Ya no te acuerdas?

—Sí: algo voy recordando. Me hablaste de eso; pero no dijiste el nombre del mal que tuve. El nombre de lo que padecemos es muy importante, y creo yo que el hecho solo de saber ese nombre nos cura. Esto que padecí se llama *efusión estética.*

—No me vengas a mí con terminachos. Yo no sé más sino que no te conviene estar ocioso. Tu mamá te conocía bien cuando te recomendaba que escribieras la *Historia del Papado*, y aún creía la pobre que la estabas escribiendo. Yo soñé noches pasadas que habías hecho una catedral tan magnífica, que las de Toledo y León parecían al lado de la tuya buñuelos de piedra... Y otra noche pensé, esto no fué sueño, que si llegas a dedicarte a la estatuaria, habrías hecho maravillas. De todo entiendes, y sobre cada cosa discurres con tanto tino que se queda una tonta oyéndote... Más de una vez te dije que has sido muy desgraciado, Pepe, porque primero quisieron hacerte clérigo y te mandaron a Roma, donde no te encaminaron por el lado del arte, sino por el de desempolvar bibliotecas; luego viniste aquí, te dieron un empleo; nadie se cuidó de ver para qué servías, te lanzaste al mundo; te hiciste señorito elegante, y, por fin, sin que lucharas por la vida, ni por el arte, ni por nada, te viste en buena posición y casado con una fea... ¡Ya lo creo que estarás enfermo, Pepe! Y has de ir de mal en peor, como no busques ahora otro rumbo, y te ocupes en algo que sea boca de volcán por donde arrojes todo lo que tienes dentro del alma.

Respondíle que cuanto me decía era exactísimo, menos que yo me hubiese casado con una fea, y quien así lo afirmara mentía bellacamente. Varió con rápido giro María Ignacia la conversación, diciéndome que su padre me esperaba ya para ir a la visita del señor Bravo Murillo. Vestíme de prisa y corriendo; a los veinte minutos ya estábamos en la calle suegro y yerno. Por el camino iba yo pensando en mi enfermedad, la cual, al paso por San Ginés, no me pareció radicalmente curada... ¿Podría creer al menos en una mejoría profunda y franca, precursora del perfecto equilibrio? La idea que al despertar de mi siesta me trajo conciencia luminosa de curación había sufrido alguna mudanza, como el lento correr de una veleta, y observándola me dije: «No era *efusión estética*, sino *efusión popular.*» Oyendo las campanudas majaderías que don Feliciano me echó por el camino, tocantes al principio de autoridad y a las medidas que debían adoptarse contra el tremendo *virus*, me sentí otra vez dañado profundamente, y el síntoma denunciador de mi recaída no era otro que un vivo afán de que reventara mi suegro, o de que un alzamiento de las turbas le hiciese total liquidación de vida y hacienda. En este morboso anhelo mío no entraba para nada la idea de herencia; mi furor revolucionario contra el señor de Emparán era esencialmente desinteresado y justiciero...

Adelante. Antes de que yo tuviese el honor de conocer a don Juan Bravo Murillo me contó mi suegro que este grave señor se desayuna con media docena de chorizos crudos y medio cuartillo de valdepeñas. Pensaba yo que quien con tan grosero y bárbaro comistrajo se prepara el cuerpo para los trabajos matutinos no podía ser una inteligencia sutil, de penetrantes destellos. Mas luego, viéndole, oyéndole y tratándole, reconocí en él cualidades de hombre entero, sesudo, tenaz, de viril discernimiento sin fantasía, que me reconciliaron con aquel hábito suyo de la ingestión de chorizos cuando los demás tomamos café o chocolate. La persona de don Juan no puede ser más extremeña: como político, es compacto, duro, consistente; como orador, macizo, aplastante, pesado, de una claridad pasmosa en los asuntos de ley escrita. Al jurisperito le tengo por excelente; al político, por uno de los más vulgares, hombre aferrado a ideas viejas y hecho a las rutinas como a los embutidos de su país. La extremeña virtud de la voluntad le sirve para enranciarse más cada día, y es lástima que tal virtud se aplique a convertir en actos el pensar retrógrado y los sentimientos absolutistas. Menos austero de lo que parece, goza, no obstante, fama de honrado, y lo es. Ha podido ser millonario, y su fortuna, según dicen, no pasa de moderada, en el senti-

do general. No escandaliza con su lujo, y su vanidad se reduce a vestir bien: usa levitas de buen paño de Sedán bien cortadas, guantes amarillos, botas de charol, y fuma puros de a cuarta, del mejor habano. En sociedad es afable, muy distante de la zalamería: en la Administración, todo lo severo que puede ser aquí un ministro, tratante en favor y credenciales.

Encontramos la sala de don Juan llena de gente, y a él recibiendo plácemes por su recobrada salud. Había tenido un ataquillo de *grippe*, la enfermedad que ahora está de moda, y, restablecido ya, sus amigos políticos, sus clientes y una caterva de extremeños acudían a felicitarle. Diputados, vi unos doce, y al poco rato, con los que en pos de mí llegaron, la cifra pasó de veinte. Allí estaba Cándido Nocedal, que, a mi parecer, se pasa de listo, de fácil y seductora palabra, progresista el 40, el 44 moderado de la fracción puritana en la cual permanece; allí también Carriquiri, hombre rico y, por tanto, ameno, alegre y de afable trato; allí don Cristóbal Campoy, auditor de Guerra en el ejército de don Carlos, hoy moderado de los de peso, que andando se tambalea como un santo que llevan en procesión; allí, don Félix Martín, el diputado labrador, el *Villano de Illescas*, como suelen llamarle, alto, moreno, con gruesos anteojos y un levitón que debiera ser de paño pardo para que el hombre estuviese más en carácter; allí, don Santiago Negrete, diputado por Llerena, corpulento, cetrino, de voz atronadora; allí, los extremeños Ayala y Fernández Daza, éste de figura juvenil y semblante risueño; allí, en fin, don Joaquín Compani, *el ingenuo del Congreso*, o, hablando en francés, *l'enfant terrible*, porque las verdades se le salen de la boca sin que pueda la discreción contenerlas, hombre de una franqueza sublime, orador altísono y de voz cavernosa, que se ha hecho célebre por haber soltado la bomba de que sólo hay en España *dos elementos de gobierno: el cansancio de los pueblos y la empleomanía*. Naturalmente, tal afirmación fué terror y escándalo de los que viven dentro de la ficción y el convencionalismo; pero no se arredró *el ingenuo*, y sin pararse en pelillos hizo brava defensa de la empleomanía, y sostuvo que es *un hecho* contra el cual nada pueden los declamadores, porque escaseando en España los medios de vivir, hay que reconocer a los españoles el derecho al presupuesto.

Ofrecidos mis respetos a don Juan, dejéle con don Feliciano hablando del asunto contencioso, y pasé a saludar a mis amigos de la Cámara. Entró en seguida don Joaquín Rodríguez Leal, diputado extremeño, independiente, progresista, amigo particular de Bravo Murillo, y tras él el marqués de Torreorgaz, menguadito de talla, de buen humor, contento de la vida, como hombre adinerado. Este representante del país no deja transcurrir ninguna legislatura sin presentar y apoyar una proposición de ley declarando la absoluta incompatibilidad del cargo de diputado con los empleos, honores y obvenciones. ¡Que si quieres! Es un soñador, el hombre de lo imposible, y don Juan Bravo Murillo, según cuentan, ha sudado más de una vez la gota gorda contestando a tales utopías. Son amigos y paisanos, y no riñen más que en el Congreso. Llegaron luego otros extremeños desconocidos, dos de ellos con sus respectivas señoras, de la tierra de Hernán Cortés y Pizarro, y, por fin, hizo triunfal entrada el matrimonio Socobio, don Saturno risueño, claudicante, envejecido. Eufrasia, elegantísima, dominando desde el primer instante, con su desenvoltura graciosa, toda la reunión. No fueron pocas las alabanzas que don Juan le tributó por su hermosura, y los piropos con que le rindió pleitesía como dueño de la casa y admirador respetuoso del bello sexo. Las extremeñas damas allí presentes, que aún vestían por la última moda de Badajoz, o por las retrasadas de Madrid, no quitaban los ojos de la vestimenta y accesorios de la manchega, repasando todo lo que llevaba.

Iniciamos la conversación por el tema fácil de los insufribles calores y de lo bien que sienta un viajecito a La Granja en esta canicular estación, y don Juan saca uno de sus tópicos predilectos, que es *traer aguas a Madrid*. Asegura que el abastecernos de tan precioso *elemento de vida* se impone, cueste lo que costare, para que la capital de las Españas no sea un pueblo sediento y sucio. A renglón seguido se entabla una interesante porfía sobre la calidad de los cuatro viajes que surten esta capital, y se marcan bandos o partidos; pues si el uno defiende el sabor del Bajo Abroñigal o la Cas-

tellana, no falta quien pondere la delgadez del Abroñigal Alto y la Alcubilla. Don Juan, que ha estudiado detenidamente el asunto, nos dice que Madrid se despoblará si continúa bebiendo por la primitiva medición de reales, que se dividen en cuartillos y éstos en pajas. La pobreza de aguas de la Corte se evidencia con sólo decir que corren en ella, cuando corren, treinta y tres fuentes, en las cuales hay ochocientos y pico aguadores que distribuyen en todo el vecindario trescientos treinta y siete reales de líquido potable. Pero don Juan presentará en las Cortes un proyecto de ley para traer acá el Lozoya, sacándolo enterito de su lecho y derramándolo por nuestras calles, plazas, paseos y jardines. Oyeron esto los presentes como un cuento de hadas. La pintura que hizo Bravo Murillo de los espléndidos chorros de agua que su proyecto, realizado, habría de verter sobre Madrid, cautivó de tal modo al auditorio, que no sólo se nos refrescaban las imaginaciones, sino también los cuerpos.

XXIII

Pero el marrullero y pesadísimo don Saturno, que anda de algún tiempo acá medio trastornado con la manía del antiparlamentarismo, y consagra sus estrechas facultades y su holgado tiempo a proveerse de razones, datos y copiosas estadísticas que demuestren la inutilidad o más bien el perjuicio de las llamadas Cortes, ora sean constituyentes, ora ordinarias, echó sobre el proyecto del Lozoya, no diré un jarro de agua, sino cántaros de fuego, asegurando que de la representación nacional no puede salir traída de aguas ni ninguna cosa buena, sino traída de barullo, confusión, corruptelas e inmoralidad.

—Y no lo tome a mala parte, don Juan, que contra usted no voy, porque usted no ha inventado el parlamentarismo, ni en él..., las cosas claras..., se encuentra muy a gusto, por más que lo calle, vamos, que no pueda decirlo... Pero ¡qué bien gobernaríamos sin Cortes, don Juan, y qué derecho andaría todo el mundo!...

—Eso habría que verlo...

—Muy pronto se dice; pero en la práctica...

—No está el mal en las Cortes, sino en el maldito Reglamento.

—Por mi parte, que las supriman.

Estas y otras observaciones que como granizada caían sobre la opinión de don Saturno, salieron de los grupos en que estaban Torreorgaz, Negrete, Companí, Campoy, don Félix Martín y Carriquiri.

—Si me dejan meter baza, señores—indicó la moruna—, les diré que mi marido no condena el parlamentarismo en principio...

—¡Oh, sí!, en principio, en principio y en fin. Es malo, malo *per se*—vociferó Socobio—, y en ningún caso puede ser bueno. No hagan ustedes caso de mi mujer, que está un poco tocada, y transige, transige con el mal, por aquella falsa teoría de que se puede consentir un mal relativo para evitar un mal absoluto.

—Bueno—prosiguió Eufrasia, sin hacer gran caso del orador—: reneguemos del parlamentarismo en principio y en postre, pues todo lo que conocemos de él es ruin y corrompido... Se puede demostrar que las Cortes actuales no son más que un régimen de comedia, porque los procuradores de los pueblos o distritos no los representan más que en el nombre; todos salen elegidos por obra y gracia del Gobierno, que primero los trae y luego los paga... Señores, no hay que ofenderse... Cuando quieran se saca la cuenta parlamentaria, y se demuestra que de los trescientos y tantos señores que dicen «si» y «no», los más son funcionarios, y, por tanto, cobran... Todo es engañifa... No hay farsa más repugnante que esta de las Cámaras...

—¡Señora, por Dios!...

—¡Señora..., por decirlo usted, puede pasar!... Pero...

—¡Señora!..

—¡Si nadie tiene por qué ofenderse! ¡Oído!—exclamó don Saturno, echándose mano al bolsillo de la levita—. Soy el litigante monomaníaco, y digo como él: «¿Hablaba usted de mi pleito? Aquí traigo los papeles.» Yo, señores, soy un hombre muy práctico, y de mucha paciencia. Soy un hombre, señores, que cuando digo una cosa la pruebo, y... aquí traigo los papeles. Llevo ya algunos meses recogiendo datos y formando mi estadística... Voy siempre prevenido, señores. Papel canta. Contra la realidad, contra los números, no hay aquello de *tal y qué sé yo*... Esto es indiscutible...

Si el señor don Juan me lo permite, y estos caballeros me honran con su atención, les leeré mi cuadro sinóptico.

Sacó un doblado papelote, y mientras con solemne pausa lo desplegaba, su mujer dijo:

—No es necesario leerlo. Hartos están de saber los señores del margen que si se exceptúan tres o cuatro próceres, como Berwick, Bedmar y Vistahermosa, media docena de propietarios ricos, y otra media de fabricantes, los cuales, entre paréntesis, vienen al Congreso engañados y para dar a *la reunión* algún viso de independencia; exceptuando esos poquitos, todos, todos cobran sueldo en una forma o en otra.

—Señora, yo no sé lo que es un sueldo—dijo respetuoso el *Villano de Illescas*.

—¡Señor Martín, feliz garbanzo que no figura en esta olla!

—¿Y yo, señora?—preguntó risueño Rodríguez Leal, rico hacendado de Badajoz.

—Tampoco usted cobra... directamente; pero se le da su partija..., no se ofenda..., en empleítos para repartir en casa. Que levante el dedo el *independiente* que no lleva tras de sí una cáfila de primos, sobrinos o cuñados, que piden y toman destino.

—Señora, ¿pero se ha de hilar tan delgado que...?

—Saturno—prosiguió la dama—, para que se convenzan de que el Congreso no es más que una legión asalariada, léeles tu estadística.

—Que la lea, que la lea.

Y don Juan Bravo Murillo se volvió para mí, que a su lado estaba, diciéndome, risueño:

—¿Para qué endilgarnos el mamotreto? Peor es meneallo.

—En el trabajo que ha hecho mi marido con escrupuloso esmero y paciencia, se ve lo que todos cobran y también..., aunque sea mala comparación..., el plato donde comen.

Breve silencio. Entra pomposo y risueño en la sala don Nicolás Hurtado, diputado por Zafra, el cual, después de saludar al señor ministro, se encara con Eufrasia y le dice graciosamente:

—Amiga mía, ya está usted con la cantilena de si comemos o no comemos... Deje usted vivir a todo el mundo, criatura, que estando bien comidos, mejor podremos admirar y festejar a usted...

—Gracias, don Nicolás... Siéntese a mi lado y vote conmigo.

—Sí lo haré. Ya sabe usted que no cobro.

—Así consta en el decreto de su nombramiento... No podía ser de otro modo para poder estar sujeto a reelección... Pero en nuestro delicioso país para todo tenemos trampa; y así, por bajo cuerda, mediante un solapado artificio, percibe usted...

—Veinticuatro mil reales como oficial primero en la Sección de lo Contencioso del Ministerio de Hacienda—dijo don Saturno, impávido—. Y no hay que asustarse, Nicolás, que aquí no nos ponemos colorados por estas cosas.

—Explicaré a ustedes...—rezongó el señor Hurtado, llevándose la mano a las gafas.

Por lo bajo le dijo la moruna no sé qué conceptos afables y donosos, que le redujeron a prudente mutismo, y siguió lo que podremos llamar información alimenticioparlamentaria. El ingenuo Compani, *l'enfant terrible* del Congreso, afirmó que por sí no cobraba; pero que entre parentela y amigos tiene como unos treinta chupones sobre su conciencia, sin que por eso abomine del parlamentarismo, porque la vida moderna requiere un nutrido presupuesto para dar de comer a los que carecen de bienes de fortuna y no son hábiles para ninguna industria, ni aun siquiera para la de pescadores de caña.

—Allá voy, allá voy—dijo don Saturno impaciente—. En mi cuadro sinóptico figuran veintinueve sanguijuelas parlamentarias que chupan por Gobernación.

—Hombre, me parecen muchos para un solo ministerio—observó Carriquiri.

—Papeles hablan y numeritos cantan—cantó Socobio—. Y si hay un guapo que se atreva a rectificarme lo que tengo escrito, aquí le espero... Adelante. Por Gracia y Justicia cobran treinta y dos padres de la patria, comprendidos jueces, oidores y empleados del ministerio.

—No puede ser.

—Se le ha ido a usted la mano en la estadística, amigo don Saturno.

—Pues, yo aseguro que los de Gobernación me parecen pocos—afirmó la moruna—. ¿A que me pongo yo a contar y saco más?

—¡No, por Dios!

—Verán..., el señor don Ricardo de Federico, *treinta mil* reales; el señor Fernández Espino, *treinta mil;* *cincuenta mil* el señor Gaya, director de la *Gaceta;* el señor don José Juan Navarro, *cuarenta mil;* el señor Ruiz Carmeño, *cuarenta*...

—Basta.

—Collantes, *cincuenta mil;* don Joaquín Cezar, *cuarenta;* Alvaro, Anduaga... Bueno, señores: me callo. Saturno, échanos los de Gracia y Justicia.

—Bastará decir que son treinta y dos.

—Se te ha olvidado agregar a don Manuel Ortiz de Zúñiga, que ahora se *nutre*..., por la Comisión de Códigos.

—No se olvida nada. Ahora van los de Hacienda, que son, ¡ay!, veinticuatro, y con cada sueldazo que da miedo.

—Pero en esa lista estarán comprendidos los ex ministros, que disfrutan su cesantía—indicó el señor Campoy.

—No están incluídos—replicó Socobio—. Esos componen otra serie de comilones. Constan también aquí los ex ministros que no perciben cesantía, *rara avis,* los señores Mendizábal, Cantero...

—Ya que estoy en el uso de la palabra—afirmó el ex carlista Campoy—, protesto de que se me haya metido entre los que manducan en Gobernación. Yo no cobro más que en el concepto de jefe político cesante en Granada, adonde fuí sacrificando mi salud, sacrificando mi tranquilidad y sacrificando mis ideas. Si no tuviera que contender con una bella y distinguida señora, yo sostendría... Pero vale más que renuncie a la palabra y... He dicho.

—Sigamos. Adelante, don Saturnino.

—En Instrucción Pública tenemos quince; en Guerra, veintidós; en Marina, ocho; en el Consejo Real..., tantos como consejeros... Señores, esto da grima. ¿Qué Parlamento es éste ni qué representación nacional ni qué niño muerto? Pues vean más: empleados en Palacio, seis; en Estado, nueve.

Nocedal, Carriquiri, Negrete y el mismo don Juan sonreían entre burlones y melancólicos, como si juntamente vieran la extensión del mal y la imposibilidad de remediarlo. Las damas extremeñas, del antiguo tipo de señoras, calladitas y vergonzosas, no hacían más que sonreír, abanicarse con pausado ritmo y apoyar las exclamaciones de los más próximos con algún término de su cortísimo vocabulario social, con un «¡Enteramente!»... «¡Qué cosa!»... «¡Es muy extraño!»... Si antes admiraron y repararon el atavío de la bella manchega, cuando la oyeron despotricar con tan picante y hombruno desenfado, no volvían de su asombro, y la diputaban mujer de poco seso, contaminada de la chocarrería francesa.

Antes se trocarían en caudalosos ríos los viajes de Madrid, inundando las calles de la Villa y Corte; trocáranse los aguadores en marineros y los coches en góndolas; antes el calor africano que sentíamos, en celliscas y hielos de diciembre se convirtiera, que renunciar don Saturno a la cumplida explanación de sus estadísticas ante cada cual de los grupos en particular, y luego persona por persona, mostrando las notas y comprobantes que sobre sí llevaba y deteniéndose a convencer con mayor esfuerzo de razones a don Juan Bravo Murillo, que oía, suspiraba y moviendo la pesada cabeza decía que había que verlo, que una cosa era predicar y otra dar trigo... Opinaba lo mismo Emparán, fiel eco del eximio letrado y político, y detrás repetía lo propio el corro de Carriquiri, Campoy, Negrete y otros. Torreorgaz pretendía convencer a don Nicolás Hurtado de que si cuajara su salvador proyecto de incompatibilidad absoluta, el Parlamento sería lo que debe ser, y don Nicolás Hurtado fruncía el entrecejo, acabando por afirmar que con Parlamento libre *iríamos a la Convención*, sí, señor... *¡y a los horrores del 93!* El ingenuo Companí, a quien nadie hacía caso, explicaba a las señoras su plan de reglamentación de la empleomanía, y Nocedal, siempre ferviente devoto de las mujeres graciosas y bonitas, se fué derecho a Eufrasia, diciendo que a Saturno se le había olvidado la estadística más interesante, la de los diputados maridos, la de los viudos con enredo o solteros en estado de merecer. Al lado de cada cifra de sueldo debe ponerse: «¿Quién es ella?»

—Cándido—replicó la moruna—, no tome usted a risa nuestro cuadro sinóptico, que es un monumento de sinceridad. Hay que decir las cosas claras para que pueblo y reyes y hombres públicos abran los ojos y vean. Y no me diga

usted que algunos pocos, muchos si se quiere, no figuran en nómina. Esos que parecen estar curados de empleomanía padecen de otro mal mayor, lo que llama Sánchez Toca la *empleoplesía* o furor de apandar destinos para fomentar la vagancia de provincias enteras. Hable usted de esto a los hidrópicos de credenciales, a los Mones y Pidales y Canga-Argüelles, a don Fernando Muñoz, a los Collantes, a Sartorius, al mismo don Juan, a Benavides, con ser puritano, y verá usted que el Régimen es una farsa, un engañabobos.

—Crea usted, señora, que yo no defiendo al Régimen ni lo creo perfecto: pero tal como es, con él hemos de seguir mientras no nos descubran otro mejor. Esos que no llamaré lunares, sino verrugas y lamparones que afean el bello rostro del Régimen, son inherentes a toda innovación y se irán corrigiendo con el tiempo. Como decía don Juan Nicasio, dentro de unos trescientos años se habrá completado la educación del país y las espinas de hoy serán entonces rosas y claveles. No todas las cosas del mundo son como la mujer, que en el principio fué bella, y bella y seductora es hoy..., como la muestra.

—Gracias, Candidito.

—Pero la mujer es obra de Dios, mientras que el Parlamento es obra de los hombres; por eso es tan imperfecto...

—Pues suprimirlo.

—Mejor será corregirlo. ¿Cuánto mal no se ha dicho de las mujeres? Y, buenas o malas, tuertas o derechas, sin ellas no podemos vivir. ¿Qué defecto ve usted en el Parlamento? ¿Que en él se habla demasiado?

—Eso no es defecto, porque yo..., ya ve usted si hablo sin ton ni son, y digo mil disparates... Pero eso, ¿qué? Yo siempre estoy dentro de la legalidad. Soy, quizá, demasiado rigorista en mis actos, aunque en la palabra parezca un poquito casquivana.

—Usted no parece más que una belleza superior, y por eso tiene algún derecho a no ser tan rigorista... Así como hay bulas para difuntos, haylas para las mujeres que unen a la belleza el ingenio.

—¿Bula yo? No la quiero ni me hace falta. La bula es dispensa de algo, y yo cumpliendo, como cumplo, mis deberes, no necesito...

—Quiero decir... ¿No sabe usted que el justo peca siete veces?

—Yo, ni siete ni ninguna, Cándido, y por justa me tengo.

XXIV

Desfilaban los visitantes; mas don Saturno embistió al ministro y a mi suegro con su salmo de moscardón, sin darles respiro, de lo que me alegré mucho, porque así pudimos tener Eufrasia y yo algunos apartes y comunicarnos las respectivas instrucciones y consignas. Muy contenta de que fuese yo a La Granja con mi familia, me dijo:

—Allí no hay que pensar en tonterías. Virtud a todo trance y edificación completa. Déjalo de mi cuidado y verás qué bien me arreglo para que, tú en tu terreno y yo en el mío, edifiquemos con nuestra conducta intachable. Ya nos veremos allá, en el teatro, en los jardines, y hablaremos..., pero poquito y con la mayor cautela. Hasta La Granja, Pepe... ¡Ay!, ¿no ves? Mi Saturno se ceba en el pobre don Juan y en don Feliciano.

En efecto: miré con disimulo las caras de las víctimas y vi que a don Juan lo había volteado ya dos veces, recogiéndolo para despedirlo de nuevo. Rogué a mi amiga que echase un capote, y así lo hizo, librando de la cogida feroz a tan respetables señores. Poco después de esto, marido y mujer salieron, y, quedándonos solos con don Juan mi suegro y yo, escuchamos las observaciones que el extremeño nos hizo acerca de la cosa pública. No ve claro... El verano, políticamente hablando, viene cargado de nubarrones. Los grupos disidentes de Benavides, González Bravo, Ríos Rosas, ayudados de Gonzalo Morón y Bermúdez de Castro, dan mucha guerra. La mayoría va sacando los pies de las alforjas y no hay ya destinos con que amansarla y sostener en ella esa satisfacción interior que es el nervio y alma de todo ejército... Las actuales Cortes envejecen ya, y están minadas por las malas pasiones. Hay que traer nuevas Cortes el año próximo... Pero ¿quién puede hacer cálculos para un año más en este país de lo imprevisto? Temo que las tempestades que se anunciaron no ha mucho estallen hogaño... Los revolu-

cionarios no desmayan; la sociedad, apenas curada de una fiebre, se inficiona de otra... Y esto ¿qué es? Es, a su juicio, que el pueblo español no quiere curarse de su principal defecto: la exageración.

Oyendo esto, mi suegro echaba lumbre por los ojos, señal de la conformidad de sus ideas con las que expresaba don Juan, el cual, yanaglorioso como si acabara de descubrir un mundo, continuó así:

—Sí, amigos míos, la exageración es lo que nos pierde a los españoles. Aquí el religioso cree que no lo es si no le damos la Inquisición, y el filósofo no ha de parar hasta la impiedad y el descreimiento; el militar quiere guerras para su medro personal, y el civil, revoluciones para desarmar al Ejército; el negociante no está contento si no alcanza ganancias locas por la usura y el monopolio; el hombre público no piensa más que en acaparar toda la influencia, dejando a los contrarios en seco. En todo la exageración, el fanatismo... Si Dios quisiera hacer de España un gran pueblo, nos haría lo que no somos: sensatos... Pero búsquenme en esta nación la sensatez. ¿Dónde está? En ninguna parte. No veo sensatez en los partidos; no la veo en la Prensa; no hay sensatez en el Gobierno...; no hay sensatez, digámoslo aquí, en confianza, ni en la familia real... Y ¿cómo le decimos al pueblo bajo que sea sensato, si los que andamos por las alturas no lo somos?... En fin, amigos míos, buenas tardes... Es un poco insensato tanto charlar... Ya saben que me tienen siempre a sus órdenes.

En la calle, oyendo repetir a Emparán la muletilla de la sensatez, con hipérboles harto empalagosas, me sentí repentinamente recaído en mi demagógica dolencia y se me representó como el más gustoso espectáculo la ejecución de mi suegro, en garrote vil, haciendo artístico juego con don Juan, en dos lados del mismo patíbulo, y ambos echando un palmo de lengua con muchísima sensatez... En casa, el mal me acometió con mayor furia, y del exterminio general no exceptuaba yo más que a mi cara esposa y a mi hijo. Como no quería salir de Madrid sin despedirme de Narváez, a quien debo tantas atenciones, me fuí a la Presidencia; no estaba. Dejé recado a *Bodega;* volví más de una vez, y, al fin, a medianoche, antes de retirarse al descanso, el general me hizo la distinción de recibirme a mí solo, entre tantos postulantes de audiencia, y tuve el gusto de platicar con él, viéndole en zapatillas, sin peluca, con holgado traje de *nankín.*

—Yo también iré a La Granja—me dijo—, pero lo menos posible... Allí no va uno más que a ver cosas desagradables... Hay que decir a todo amén, repudriéndose uno por dentro. Esta vida de Gobierno es muy perra. Aquí el gobernante está siempre vendido, porque cuando no hay revoluciones hay intrigas y éstas salen de donde menos debieran salir; cuando no le atacan a uno de frente o por el costado, le minan el terreno...

Aquí se detuvo, creyendo, sin duda, que había dicho demasiado. Parecióme que se esforzaba en desechar tristezas y que buscaba temas susceptibles de charla jovial. De pronto me sorprendió con esta familiar salida:

—Bien, *pollo,* bien. ¿Sabe usted que ahora me dan ganas de volver a llamarle *pollo?*... No sé si es porque le veo más joven o me siento yo más viejo... Antes que se me olvide: lo que me dijo usted hace días se ha confirmado plenamente. Ya no conspiran en casa de Emparán ni tampoco en la de Socobio. Toda esa gente arrimada a la cola es muy cuca: no quiere comprometerse. ¿Sabe usted dónde se reúnen ahora los zorros? En la Escuela Pía de San Antón. Creen que cuando toquen a escurrir el bulto los salvará el lugar sagrado. No me conocen. La suerte de ellos es que ya no les hago caso. Sí, hijo, me les he metido en el bolsillo. Nada temo por ese lado. En Aranjuez hablé con su majestad... Ella, naturalmente, me dió la razón, y con la razón la seguridad de que no tendremos un disgusto. La reina es un ángel; pero... no está averiguado que los ángeles sirvan para ceñir la corona en una Monarquía constitucional... Pero, en fin, es buena, y como ella pueda hacer el bien, crea usted que lo hace... No falta sino que pueda hacerlo, que la dejen..., que no se atraviese ninguna influencia mala..., y vaya usted a responder de que no habrá malas influencias en ese maldito palacio donde entra y sale todo el que quiere... En fin, de esto no puedo decirle a usted más.

Charlamos un poco de política, expresé mi recelo de que no pudiera gobernar más tiempo con las actuales Cortes, y él, expansivo y desdeñoso, me contestó que con éstas y con otras es muy difícil el gobierno... Le informé de la estadística de don Saturno, y no le pareció mal; que las verdades suelen decirlas los niños y los tontos. De lo que hablamos deduje su desprecio del Parlamento, mecanismo que hacía funcionar sin conocer bien su objeto, pues los que lo pusieron en sus manos no le habían demostrado para qué servía, y los que hoy le ayudan a moverlo no están de ello muy bien enterados. ¡El Parlamento! Funcionando por sí, no permitiría gobernar; funcionando a fuerza de mercedes no sirve para nada. Tal como tenemos hoy el Régimen, no es otra cosa que el absolutismo adornado de guirindolas liberales... Así lo manifesté al general, correspondiendo a la franqueza que me daba y pedía, y él, después de una pausa en que su mente parecía perderse en penosas vacilaciones, me dijo:

—Yo quiero poner muy alto el principio de autoridad, porque sin eso, ya usted lo ve, no hay país posible; pero al propio tiempo quiero ser liberal, muy liberal, más liberal que nadie.

Iba yo a contestarle, viendo clara una gallardísima respuesta; pero a las primeras palabras se me fué el santo al cielo; se evaporaron mis ideas y me llené de confusión. Yo no sabía cómo puede un gobernante ser liberal, muy liberal; yo ignoraba lo que es libertad...

—Pero ¿qué es libertad, mi general? —le pregunté, por disimular mi turbación.

Y él me respondió:

—Pues libertad... Ello es, es... Yo lo siento, pero la definición no me sale, no doy con ella. Dígame usted ahora qué entiende por principio de autoridad...

—¡Ah!—repliqué yo, más confuso a cada instante—. Principio de autoridad es, pura y simplemente, el aforismo de «quien manda, manda»... Ahora, el porqué del mando, el origen de la autoridad, yo no lo veo claro. Usted recibe la facultad de mandarnos a todos; la reina, que hoy le da a usted el bastón, ya sea garrote o junquillo, mañana se lo quita. ¿Por qué?... ¿Porque el Espíritu Santo inspira a los reyes? No, no creamos eso. ¿Es la soberana la suma sabiduría, como dicen los mensajes a la Corona? No. A su majestad no la inspira el Espíritu Santo, sino la opinión, que puede equivocarse. Y esa opinión, ¿cómo llega a su majestad? Puede llegar por boca de leales consejeros; pero puede llegar, y llega también, por boca de una monja histérica, o de un fraile, o de un criado de Palacio. En fin, que la autoridad viene... del aire, como la salud y las enfermedades, y usted es un continuo enfermo que está esperando siempre que un soplo le mate o que otro le resucite.

—*Pollo,* no se guasee usted conmigo —me dijo Narváez nada colérico, antes bien, inclinado a las bromas—. Quedamos en que usted sabe menos que yo del principio de autoridad y de quien lo trae y lo lleva. Bueno; explíqueme ahora en qué consiste la libertad..., porque yo soy liberal, quiero serlo.

—Quiere serlo..., adora la libertad. Yo también amo algo que no poseo, que ni siquiera sé dónde está. Precisamente eso nos distingue de los tontos a usted y a mí, general: que amamos lo que no entendemos.

—Con muchísimo salero se está burlando de mí este ángel. Y digo que se burla, porque... me habían asegurado que tiene usted mucho talento; que desde su más tierna infancia no hizo más que tragar libros y librotes y que en Roma todas las bibliotecas eran pocas para usted. Eso me habían dicho y lo creí; pero ahora, a los que me trajeron la copla del niño Beramendi, o Fajardo, tengo que decirles que me devuelvan el dinero..., porque resulta que usted sabe de estas cosas lo mismo que yo; total: nada; que en usted, como en mí, todo es un sentimiento, un deseo, una soñación y nada más. ¿Bastará con eso? Porque oiga, *pollo,* aquí, en confianza: yo he sondeado a Sartorius, a Bravo Murillo, a todas las eminencias del *moderantismo;* para que me expliquen bien esto de la libertad y de la autoridad y del Régimen, y la verdad, *camará,* no me han sacado de mis dudas. Dígame: en estas cosas, ¿habrá que decir lo de aquel sabio: «Sólo sé que no sé nada»?

—Sí, mi general, al menos por lo que a mí toca. Cierto que yo almacené infinidad de textos en mi caletre; pero aunque algo conservo de aquel fárrago, no me sirve para responder a su pregunta.

El punto que me consulta es de acción, y yo en cosas de acción estoy poco fuerte. Todos los problemas de la vida me los han dado resueltos. Hablando en plata, soy un hombre de inspiración que no tiene arte en que ejercitarla. Usted me lleva a mí gran ventaja, porque tiene inspiración y arte, el arte de gobierno.

—Y según eso, yo debo dejarme llevar de la inspiración o, hablando en oro, hacer mi santa voluntad.

—La santa voluntad de un hombre de gran entendimiento, como el que me escucha, no puede ser otra que salvar al país de un cataclismo... Si me lo permite, general, me atreveré a preguntarle...

—Atrévase, ya ve que soy muy llano. Me ha cogido en *la hora del pavo.*

—¿Cree usted, como Bravo Murillo, que esto se va poniendo mal, que por debilidades de todos, la política, ¿cómo diré?..., fundamental, lleva una dirección torcida?

—Sí, señor, así lo creo.

—Y esta dirección torcida de la política fundamental, ¿quién puede enmendarla, estableciendo la dirección derecha?

—Sólo hay en España un hombre capaz de hacer eso.

—¿Quién es? ¿Se puede saber?

—O ese hombre no existe, o es Narváez.

—Pues conociendo usted, mi general, mejor que nadie la torcedura de que hablo, ¡ánimo y a ello!

Se levantó como por un resorte y se lanzó a dar paseos por la estancia, marcando enérgicamente el paso militar. Luego se paró ante mí, y tomando la actitud de gallo insolente, provocativo, de indómito coraje, me dijo:

—¡Carape, Pepito, que me está usted buscando el genio! ¿Se atreve a dudar que puedo...?

—¡A ello, mi general!

—¿Va usted pronto a La Granja?

—Mañana, si no me manda otra cosa.

—¿Conoce usted de cerca la Corte? ¿No? Pues es preciso que la conozca—dijo, reanudando el paseo casi a paso de carga—. Dígame, *niño del mérito:* ¿no le convendría ser gentilhombre de su majestad?

—Soy harto subversivo para servir en Palacio.

—Vamos, como yo. Tampoco serviría en la Corte por nada de este mundo. Primero sería sereno del barrio, salvaguardia, rebuscador de colillas. Veo que somos igualmente demagogos o demócratas, hablando en oro con diamantes... Oiga usted, *joven* (nueva parada brusca ante mí con tiesura de gallo), yo haré que le presenten a la reina... ¡Verá usted qué agradable, qué simpática!... ¡Oh, si con un gran corazón se gobernara!...

—Accedo a la presentación... Y al rey, ¿por qué no? Deseo conocerle.

—Muy agradable también..., a primera vista, muy inteligente... Le cautivará a usted. Pero... ya sabe que ese buen señor y yo andamos algo esquinados. Por hoy no puedo decirle a usted más... Pues bien: conocerá usted la Corte de cerca, la verá por dentro y por debajo, y cuando haya leído ese libro al derecho y al revés convendrá conmigo en que, dentro de lo humano, no hay nada más difícil que...

—Que ¿qué?

—Basta. Pasemos a otro asunto—dijo, con rápido giro del pensamiento, volviendo a sentarse junto a mí—. Ahora me contestará el simpático Beramendi a una pregunta un poquito escabrosa... Ya comprenderá que este cura no se asusta de nada.

—Ni yo.

—Lo que hablemos no sale de aquí.

Reiterada mi disposición a la confianza, me interrogó respecto a Eufrasia. ¿Insistía yo en negar mis amorosas relaciones con ella? ¿Desde mi última negativa no habían ocurrido novedades que...? No le dejé concluir. A un hombre que con tanta llaneza me trataba no podía yo negarle la verdad. Apenas se la di, me permití agregar:

—General, aprovecho este momento de espontaneidad para pedirle a usted un favor, una merced... No es para mí...

—Ya lo adivino: me pide usted el título de Castilla para esa ave fría de Socobio. Bueno, *pollo.* Yo hablaré con la reina y con Arrazola, y cuando volvamos a Madrid se hará... La razón de haber detenido ese asunto es que..., vamos, bastaba que fuera recomendación de don Francisco para que yo le diera carpetazo. Pero ahora, hijo mío, mediando usted..., las cosas varían...

—En este caso, señor duque, más que en otro alguno, le conviene a usted ser generoso.

—Y ya que hablamos de ese diablo de mujer—me dijo, sonriendo con picardía—, de confianza en confianza, llegaré hasta preguntarle a usted si es celoso.

—No, mi general; no tengo ese defecto.

—Vamos, que es usted de una pasta angelical. Tendrá usted otro enredo que le interese más. Bien, *pollo*. El mundo es de los *pollos*.

—¿Y por qué me hace usted, mi general, esa pregunta de los celos? ¿Puedo saberlo?

Bien porque de improviso terminase la *hora del pavo*, bien porque calculadamente quisiera mostrarme el lado áspero de su carácter, ello es que le vi cambiar de fisonomía y de tono. El bueno y jovial amigo se retiraba, dejando el puesto al hombre autoritario y de inseguro genio.

—*Camará*—me dijo, acudiendo a coger despachos y cartas que le traía *Bodega*—, no tarde usted en irse a La Granja... Es la una... Descansar... Le conviene conocer de cerca la Corte... Será usted presentado a la reina... Vaya con Dios.

XXV

San Ildefenso, agosto.

El general gobernador del Real Sitio, permitiéndome escribir estas páginas en su oficina de la Casa de Canónigos, ha venido a ser el mecenas de mis *Confesiones*, y a su graciosa protección deberá la Posteridad el conocimiento de mis singulares aventuras o desventuras (que de todo hay) en esta veraniega Corte de las Españas; y sabrá lo que he pensado y visto, extrañas ideas, excelsas personas.

Sean las primeras líneas de esta crónica para consignar que mi hijo continúa famoso vividor y mamón impertérrito, anunciando con su precoz robustez los grandes arrestos de una existencia fuerte y emprendedora. Su madre goza de perfecta salud, come con apetito y se recrea en observar cómo se nutre y vigoriza; no pierde ocasión de hacerme notar la dureza de sus carnes y el apretado tejido de sus músculos, diciéndome mientras yo apruebo y admiro:

—¿Te parece, Pepillo, que estoy bien dispuesta para mi oficio de madre? Ya sabes que mi gloria es tener muchos hijos y poder criarlos gordos y sanos y educarlos después para que sean hombres de mérito o mujeres de su casa. Es mi ambición y no tengo otra. Ahora, tú verás...

No necesito decir cuánto me agradan estos proyectos de hacerme patriarca, y por mi parte, estoy dispuesto a no poner limitación a la numerosa tribu que mi esposa me anuncia. Aumenta mi gozo el ver que María Ignacia no vigila mis actos, cual si no dudase de mi honradez conyugal o se viese plenamente compensada de cualquier disgusto con las garantías de no interrumpir la serie prolífica que ambiciona. Sin duda se dice: «Dame hijos y llámame tonta.» Pero yo me guardo muy bien de llamarla tonta. Su inteligencia es cada día más alta, y quizá por tanta elevación y sutileza ha dejado de estar a mi alcance. Pido a Dios que mi hijo se parezca más a mi mujer que a mí.

Pues, señor..., a los cuatro días justos de mi estancia en este Real Sitio fuí presentado al rey, a la salida de la Colegiata, por el marqués de Malpica. No hubo en la presentación más que los cumplimientos de ritual; pero dentro de ellos supo don Francisco mostrarme excepcional afabilidad, seguro indicio de que mi persona no le era desconocida. Al siguiente día recibí la visita del gentilhombre don Juan Quiroga, quien me señaló hora para tener el honor de ser recibido por su majestad. A fin de que esto vaya con el mejor método, debo empezar por dar conocimiento del gentilhombre, hermano de la religiosa franciscana sor María de los Dolores, Rafaela Patrocinio, comúnmente nombrada *sor Patrocinio*, quien con la celeridad que adquiriendo va paréceme que llegará al futuro siglo antes que estas páginas en que por primera vez escribo su nombre. No la he visto nunca; tan sólo sé de ella lo que la fama, con el resonar de estupendos milagros, nos cuenta un día y otro; por lo cual no es ocasión todavía de que a mis *Memorias* la traiga, como hago ahora con su hermano, a quien tuve por persona noble, juzgándole por su apostura, tono y modales.

No se compadece la nobleza del aspecto con el origen y crianza del señor Quiroga, de quien se cuenta que tuvo niñez

miseria y juventud harto trabajosa, pues el hombre se formó y educó en un modestísimo establecimiento de bebidas del paseo de la Virgen del Puerto, donde, para estímulo del despacho, había el pasatiempo de juegos de envite, como el cané y el famoso de las tres cartas para descubrir el as de oros; y tan buena organización tuvo la casa, según dicen, en este enredillo, que los viandantes salían de allí muy ligeros de todo lo que llevaban. Pues ved de qué bajas capas ha salido este hombre, y admirad conmigo que haya sabido disimular y poner en olvido su ruin escuela, tomando aspecto, lenguaje y modos tan finos, que ello parece milagroso. Sin duda lo es, si no de la virtud, de la ambición: anímica y social fuerza capaz no sólo de mover las ventanas, sino de purificar las charcas cenagosas y hacer de un Rinconete un Don Quijote. Este ha dado quince y raya, por la trayectoria de su transformación, a los Godoyes y Muñoces, y si bien se eleva mucho menos, es su mérito mayor, porque se ha elevado de más bajo. Y hay más: si de los milagros de su bendita hermana dudan los incrédulos, y aun algunos teólogos, de los de éste nadie puede decir lo mismo. En fin, que el hombre me agradó mucho, y sin esfuerzo le ofrecí mi amistad a cambio de la suya.

Pero si grato fué el emisario del rey Francisco, mayor encanto tuvo éste para mí, contribuyendo no poco a mi satisfacción la sorpresa, porque me habían hecho formar del esposo de Isabel idea muy distante y muy distinta de la realidad. Juzgando por los pareceres del vulgo, que se forman sabe Dios cómo, creía yo encontrarme con un señor desabrido y chillón, de escasa cultura, ideas pobres y encogidas maneras, y no le vi conforme al anticipado retrato, al menos en lo esencial, pues si bien no suena su voz con el timbre más robusto, en finura de trato, extensión de conocimientos comunes para poder hablar superficialmente con todo el mundo y arte real de desplegar toda la amabilidad compatible con la etiqueta, creo que no hay en la familia quien pueda superarle. Me agradó la pureza de su pronunciación castellana; de rostro le encontré demasiado bonito, con perjuicio de la gravedad varonil; de cuerpo, algo menguado en la mitad inferior. A la conciencia de estos defectillos atribuyo la timidez que en él he creído advertir; la vencerá cuando en la conciencia de su posición se afirme. ¡Cuidado que está fuerte el hombre en literatura italiana! Tengo por cierto que hubo de prepararse para mi visita, la cual creyó que debía constar de dos materias principales: mi manuscrito de Roma, que ha leído, y algo de literatura y artes de aquella tierra. Juicios muy atinados del patrón selecto le oí sobre pintura y escultura, sobre los Médicis, sobre León X y Julio II; y españolizando su erudición me habló del marqués de Pescara y Victoria Colonna, de la campaña de Garellano, del grande Osuna, del pintor Ribera y de otros asuntos y personas en que los nombres de Italia y España suenan juntos en dulce armonía. De la presente expedición en auxilio del Pontífice..., se calló muy buenas cosas...

Y por fin le tocó la vez al manuscrito de mis romanas aventuras. Y, francamente, quizá por haber transcurrido tanto tiempo desde que perdí mis papeles, no me ruboricé oyendo elogiar aquella joya. Si no tuviera la mejor idea de la discreción de su majestad, habría podido creer que se burlaba de mí. Entre col y col no dejó de tirarme alguna china, siempre con bastante delicadeza, por la malicia y poca vergüenza que revelo en algunos pasajes de mi autobiografía... Hasta aquí, fuera de lo hiperbólico de las alabanzas y de lo atenuado de las censuras, no había nada de particular. Lo extraordinario, lo que suscitó en mí tanta sorpresa como admiración, por el poder adivinatorio que en don Francisco revelaba, fué que me hablase de la continuación de mis *Memorias*, escrita en Madrid en febrero y marzo del año anterior, parte que no se me ha perdido y bien guardada está en mi poder y yo bien seguro de que por nadie ha sido leída.

—Será interesante, en esa segunda parte—me dijo, sonriendo con aires de agudeza—, aquel pasaje del baile de Villahermosa en que se le aparece, bajo el disfraz de una *ciociara*, la propia Barberina, y le embroma a usted de lo lindo diciéndole que es gallega recriada en Tordehumos. Principia usted creyendo que es Barberina, y luego ve en la máscara una dama incógnita que le ha robado su manuscrito y quiere divertirse

un rato a costa del autor... Es graciosísimo, convenga usted en que es saladísimo. La falsa italiana se divirtió todo lo que quiso y luego se le escapó a usted metiéndose en un coche con sus criadas...

—Señor—respondí con todo el descaro del mundo—, si vuestra majestad conoce esa parte de mi historia, la habrá leído en el manuscrito de la máscara, no en el mío.

—Yo no digo que lo haya leído, señor marqués; digo que será interesante escrito por usted... La escena de Villahermosa se hizo pública. ¿Cómo?... Lo ignoro. Lo que sí sé es que la primera lectora de su manuscrito de Italia fué una ilustre monjita... A propósito, marqués, puedo dar a usted una noticia que seguramente le será muy grata... Su señora hermana, sor Catalina de los Desposorios, a quien usted no ha visto desde el año pasado, volverá este otoño al lado de las religiosas de la Concepción Francisca, que están ahora en el convento de Jesús.

Siguiéndole, pues así me lo ordenaba la cortesía, en el repentino quiebro que dió a la conversación, hube de mostrarme muy gozoso de que mi hermana volviese a Madrid, de que se juntara prontito con las otras monjas franciscas y milagreras, no sé si descalzas, calzadas o por calzar. El bondadoso príncipe quiso halagarme en el orgullo de linaje, tributando a mi señora hermana elogios que, sin duda, merecía y que yo escuché con bien acentuadas muestras de gratitud.

—Es sor Catalina de los Desposorios —dijo don Francisco gravemente, marcando con la cabeza cada palabra encomiástica—una religiosa eminentísima por sus virtudes, por su talento, verdadera gloria de la Orden Franciscana; y yo creo que si no fuese tan modesta lucría más, mucho más... Pero si con la modestia de sor Catalina, insigne escritora que no quiere escribir, pierde mucho la Orden, con la misma virtud gana mucho ella en su alma, y... váyase lo uno por lo otro.

No sabiendo cómo corresponder a estos encomios, declaré que el alma es lo primero; glosé con afectados conceptos la idea excelsa que el rey tiene de mi hermana, y sospechando que la visita pasaba de las dimensiones convenientes, pedí la venia para retirarme. El rey no me retuvo, y, saludándome afectuoso, después de poner en mi mano el manuscrito, me dijo:

—Isabel también lo ha leído y desea conocer a usted.

Respondí que ansío ofrecer mis respetos a la reina; sólo aguardo que se me conceda la audiencia solicitada... Cortesías, un sonreír ceremonioso, y afuera, Pepe... La verdad, no salí descontento, con mejor opinión de la majestad consorte que la que al entrar llevaba y con mis recobrados papeles bajo el brazo. Milagro me parece que haya vuelto a mí lo que Sofía sigilosamente me sustrajo, ahora restituído a su dueño por este discreto y piadoso varón.

Sigo mi cuento. En La Granja he podido añadir a mis buenas relaciones de Madrid otras muy agradables. Cuento entre mis amistades *pollos*, hombres maduros de ambas aristocracias, y damas y señoritas o *pollas* de la más alta distinción. Los amigos que más trato son Pepe Ruiz de Arana, Enrique Galve (Alba) y Juanito Arcicollar (Santa Cruz). Los corros que en los jardines se forman son las más risueñas tertulias que cabe imaginar, encanto de los ojos y del oído, cual si los arriates de flores se animaran, cobrando el don de mirada y el don de palique, entre los muros de las fuentes mitológicas. Allí se juntan, formando lindos grupos de matronas y ninfas, la marquesa de Santa Cruz, las duquesas de Gor y de San Carlos, la princesa de Anglona, y entre ellas, diseminadas por su propia ligereza versátil, Carmen, Pepa, Luisa, Encarnación, Rosario, Jacoba, Cristina, Joaquina y otras, retoños lindísimos de las casas de Malpica, Gor, Santiago, Santa Cruz, que pronto formarán nuevas ramas frondosas del árbol de la Grandeza... En rancho aparte se reúne la aristocracia nueva, producto de la riqueza, de la audacia mercantil o de la usura; mas no veo un extremado prurito de separación entre estos dos firmamentos sociales que pretenden destacarse sobre el vulgo. Hay tangencias y aun inmersiones de unas masas en otras. Yo mismo entro y salgo de esfera en esfera y llevo y traigo ideas de aquí para allá, confundiendo, hibridizando las clases. Mi amiga Eufrasia ha compuesto hábilmente su círculo, atrayendo no pocos ancianos y *pollos* de ilustre nombre, mientras don Saturno,

infatigable en su proselitismo antiliberal y antiparlamentario, se infiltra en los corros aristocráticos y busca y halla catecúmenas para su iglesia entre las matronas de Malpica o de Santa Coloma.

Paso ratos entretenidos en estas tertulias *au grand air*, bajo los olmos y tilos de los incomparables jardines. Pero no puedo arrastrar a mi mujer a que participe de mi distracción ha tomado el hábito y el gusto del vivir oscuro y retraído y no hay quien la saque de su estuche o del capullo que ha labrado con las atenciones del niño y de su propia timidez. A mis instancias para que no se retraiga en absoluto de la vida social, responde que no le hacen falta corros ni le interesa saber cómo se viste Fulanita o se peina doña Mengana; de lo que en los jardines se hable o se murmure se enterará *cuando yo se lo cuente*. Don Feliciano y su esposa sí frecuentan la sociedad jardinesca, arrimándose a la gente de sangre azul, entre la cual tienen no poca simpatía por la noble ranciedad de sus caracteres. A excepción de doña Josefa, inseparable de María Ignacia en sus caseras afecciones y menesteres, las damas maduras se han quedado en Madrid, a las inmediatas órdenes de Jenara Baraona, consagradas al visiteo de monjas, vestidero de imágenes y al trajín de hermandades caritativas o de pura devoción santurrónica.

Tenemos en el teatro compañía modesta de ópera; en la Colegiata, funciones religiosas de gran lucimiento. Pero las más divertidas fiestas de la jornada son las cacerías en Ríofrío, paseos a Balsaín en coche o a caballo y las excursiones borricales a la Boca del Asno, Chorro Grande, Silla del Rey y otros agrestes y pintorescos lugares. En el descanso y merienda de una de estas caminatas fuí presentado a su majestad, que me agració con amables atenciones, riñéndome blandamente por no haber ido a visitarla. Excuséme como pude, y aunque la culpa no era mía, sino de ella, culpable me declaré y prometí enmendar pronto mi descuido. No he visto mujer más atractiva que Isabel II ni que posea más finas redes para cautivar los ánimos. Pienso que una gran parte de sus encantos los debe a la conciencia de su posición, al libre uso de la palabra para anticipar su pensamiento al de los demás lo que ayuda ciertamente a la adquisición de majestad o aire soberano. Pero no hay duda que ella ha sabido crearse una realeza suya en perfecta armonía con sus azules ojos picarescos y con su nariz respingada, realeza que toca por un extremo con la dignidad atávica y por otro con no sé qué desgaire plebeyo, todo gracejo y donosura. Es la síntesis del españolismo y el producto de las más brillantes épocas históricas. Manos diferentes han contribuído a formar esta interesante majestad. No es difícil ver en tal obra la mano de Fernando III, de Felipe IV, quizá la de otros reyes y princesas de la sucesiva y cruzada serie, manos austríacas y borbónicas, y si hay manos de poetas castizos digamos que la última pasada se la dió don Ramón de la Cruz.

Fué tan extraño, tan inaudito lo que me pasó en las entrevistas o audiencias que se ha dignado concederme la reina, que para contarlo con el debido respeto de la Historia general y de la de mi vida necesito tomar resuello y preparar bien mi espíritu para que no me falten la sinceridad ni el adecuado lenguaje de esta virtud.

XXVI

La tarde de la merienda, a la vuelta de la Boca del Asno, su majestad, pasado un rato después de los saludos de ceremonia y cuando yo pensé que no se acordaba ni del santo de mi nombre, se volvió de repente a mí y me dijo:

—Pero tú, Beramendi, que tan bien sabes escribir las *cosas que pasan*... y con tanta naturalidad que parece que las estamos viendo, ¿por qué no escribes esto que ahora ocurre con *la* Lola Montes?

Por aquellos días traían los periódicos el proceso que a nuestra célebre compatriota le formaban por bigamia. Afortunadamente, yo había leído el caso y pude contestar a su majestad con dominio del asunto.

—Señora, para escribir eso—le dije—necesitaría conocerlo por mí mismo, y esto no es fácil; la propia Montes no habría debido contarme toda la verdad...

—Pues yo declaro—añadió la reina—que me ha hecho gràcia el desahogo de esa mujer para casarse con el teniente Head, estando casada con otro. Vamos,

que daría yo cualquier cosa por oír lo que dice el teniente, que, según cuentan, es una criatura... ¡Y qué monísimo estará llorando por su Lolita, que el otro le reclama! Lo que es mujer de talento, vaya si lo es. Y ¿qué me dices de la que le armó al rey de Baviera? Ello será una barbaridad; pero a mí me agrada, no puedo remediarlo, que sea española la que ha hecho tantas diabluras... Anímate, anímate a escribirlo, y desde ahora te aseguro que si lo imprimes lo leeré con muchísimo gusto.

Respondí que si la señora tenía gran empeño en que tal historia escribiese, la obedecería; pero que yo, no sé si por mi suerte o mi desgracia, no me dedico a las letras ni paso de un simple aficionado sin pretensiones. Díjome su majestad que no fuera tan modesto, y ya no se habló más del asunto, porque quien variaba la conversación a su antojo, picando aquí y allá, se puso a bromear con la marquesa de Sevilla la Nueva sobre la mayor o menor gallardía de los buches en que cabalgaban los señorones de su cortesano acompañamiento. La verdad, no estaba yo satisfecho de aquella primera conversación con Isabel II, porque si su idea fué plantear un tema literario, no había estado muy atinada en la elección, y además, yo no había sabido darle un airoso giro.

Sigo contando. Llegó el deseado instante de ser recibido por su majestad, y al referir la audiencia tengo que condolerme otra vez de mi mala suerte, porque si desgraciado fuí en la presentación al aire libre, peor anduve en la visita entre paredes, llegando al extremo de turbarme y no saber qué decir. Pues, señor, hice mi antesalita, no muy larga, y cuando el gentilhombre me condujo hasta la puerta de la cámara iba yo un tanto perplejo y sobresaltado. La reina estaba en pie. Junto a la mesa central hojeaba un álbum, que me pareció de paisajes de Italia. A mi reverencia correspondió con una sonrisa, dejando con desdén el álbum; sentóse, señalándome una silla frontera, y me miró. Creí que su mirada medía mi talla y que sus ojos penetraban en los míos. Vestía un traje blanco con motitas, muy ligero y elegante. Advertí sus formas llenas, redondas, contenidas dentro de la más perfecta esbeltez.

—¿Qué te parece—me dijo—la vida en el Real Sitio? ¿Verdad que es un poco triste?... ¿Sabes que han venido a invitarme para que vaya a Madrid a ver una lucha de fieras? ¿La has visto tú?

Contestéle que todo se reducía a echar a pelear un toro con un tigre y a poner un rinoceronte gordo delante de un león flaco. Opinaba yo que su majestad no se divertiría mucho en este ejercicio.

—No sé si determinarme a ir a ver eso—prosiguió en un tono de dubitación tediosa—. Mamá y el rey quieren ir... Ya les he dicho que vayan ellos... Y tú, ¿estás contento aquí?... Lo dudo. ¡En Madrid os divertís tanto los jóvenes!... Madrid es muy bonito y a mí me gusta mucho. ¡Qué poco vale la ópera que acá tenemos! Anoche fuí a oír el *Macbeth*, y, francamente, me indigné viendo la facha con que entran los espectros de Banquo y Duncan en el banquete. Yo recordaba los gigantones del Corpus... Y luego, lady Macbeth, con su ronquera en el brindis y los tambaleos que hace para soltar la voz, me parecía que brindaba con peleón... Aquí es gran tontería traer espectáculos... Paseos, excursiones, cacerías son lo más propio... Y las cacerías no creas que me hacen a mí mucha gracia. No me gusta matar ni ver matar a un pobrecito conejo que sale a buscarse la vida por el campo... ¿Te gusta a ti la caza? Dicen que es imagen de la guerra. Una y otra me son antipáticas, y para que veas si tengo yo desgracia: desde muy niña no oigo hablar más que de guerras. ¡Guerras por mí, que es lo que más me duele!..., y luego revoluciones y trapisondas.

A este gracioso divagar de la soberana contesté con generalidades o conceptos comunes. Poco lucida era la conversación, sin nada en que se revelara la grandeza de la persona con quien yo tenía el honor de hablar. En una de las transiciones que su majestad hacía para variar los asuntos, noté más viveza en el cambio de tonalidad; vi en su rostro una inflexión penosa; por un instante vaciló, dejando una palabra para tomar otra. Sin duda, quería Isabel hablarme de algo cuya forma verbal no afluía fácilmente de sus labios como los anteriores temas, que venían a ser gacetillas ennoblecidas por la palabra real. Por fin, poniendo cara compasiva y agraciándome con una sonrisa bondadosa

que, a mi parecer, a la de los ángeles igualaba, me dijo:

—Mira, Beramendi, de tu asunto me ocuparé con muchísimo interés. Hoy no puedo decirte nada concreto, no puedo..., vamos, que no puedo. Pero cree que no habrá para mí mayor gusto que complacerte. Quisiera contentar a todos, y que nadie tuviese en España ningún..., vamos, ninguna pretensión que yo no pudiera satisfacer... Pero ¡hay tantos, tantos que a mi vienen, y yo...! ¡Pobre de mí!, no puedo ser tan buena como quiero...

Yo no sabía qué decir, no comprendía ni palabra. ¿Qué asunto mío era aquel en que no podía complacerme? Por mi desgracia no caía en la cuenta de que su majestad era víctima de un error, y relacioné sus manifestaciones con el ridículo plan de mi suegro de obtener para mí un cargo en Palacio. Algo de esto me había dicho también Narváez; yo no hice caso. La reina, obcecada, remató mi confusión con estos conceptos, un poco menos oscuros qué los anteriores:

—Narváez me habló; me habló Santa Coloma, por encargo de tu suegro. A ti te digo lo que a ellos dije...: que lo haré más adelante. Siento un deseo vivísimo de complacerte, como a todo el mundo... Ten un poco de paciencia, y aguárdate un mes, dos meses...

A decirle iba que no tengo ningún interés en ocupar un puesto palatino; pero por no desautorizar a Narváez ni a mi suegro me callé. Estas discreciones ridículas en la conversación con reyes le comprometen a uno tanto como las indiscreciones más estúpidas... Me limité a indicar:

—No se inquiete vuestra majestad por mí. ¡Si para mí es igual!...

Y ella, gozosa de oírme tan poco impaciente, se levantó en son de despedida, y como quien pronuncia la última palabra de un asunto fastidioso, me dijo:

—Bueno, Beramendi, queda a mi cuidado... Yo no lo olvido. Será mi mayor gusto... Adiós, marqués... Confía en tu reina...

Le besé la mano y salí aturdido, no sin los resquemores que nos ocasiona la sospecha de haber cometido falta grave de cortesía por mal entender de las cosas. Aquel *confía en tu reina* quedó estampado en mi mente con letras de fuego. No se apartaba de mí la idea de que entre la reina y yo *se cernía*..., no puedo expresarlo de otro modo..., un error formidable, y de que fué gran torpeza mía no disiparlo sobre el terreno. Toda la tarde estuve en esta ansiedad, discurriendo de qué medios valerme para salir de tan cruel incertidumbre. Pero a nadie osaba comunicar mi recelo, por la ridiculez que el caso entrañaba. Figúrese ahora el pío lector de la Posteridad (si he de merecer, ¡vive Dios!, el honor de que la Posteridad me lea) cuál sería mi asombro cuando aquella misma noche, acabadito de comer, recibí la visita del gentilhombre marqués de Iturbieta, que en mi busca venía, de parte de su majestad, para llevarme inmediatamente a su presencia, ¡a la presencia de su majestad!...

Hubo de decírmelo tres veces para que me persuadiese de que no soñaba.

—Pero ésta no es hora de audiencia —le dije.

Y el amable señor sólo contestaba dándome prisa para que me vistiera y me fuese con él. Así lo hice, y al cuarto de hora, sin más que una breve antesala, me vi delante de Isabel II, que venía del comedor, elegantísima, descotada con cierta demasía generosa muy de moda hoy, y harto apropiada a la estación canicular... Cuando la vi venir hacia mí, sonriente; cuando alargó su mano hacia la mía como si quisiera sacarme a bailar, vi en ella una figura ideal, vi a la reina..., harto distinta de la otra reina que había visto por la mañana, y oí un acento que no me pareció el mismo que, algunas horas antes, pronunciaba las cláusulas vulgarísimas de un coloquio entre señorita pobre y caballero simple. Me dejó atónito y como embelesado con estas sus primeras palabras:

—Si no hubieras venido, me habrías hecho pasar una mala noche; tal disgusto tenía yo por la barbaridad que hice esta tarde... Cuando caí en ello no tenía consuelo... Pero ¡qué habrás pensado de mí!... Puedes creer que es la primera vez en mi vida que esto me pasa...

—Señora—le dije—, no es para que vuestra majestad se disguste...

—Pero tú, tonto, ¿por qué no me advertiste..., que estaba yo tocando el violón?...

La familiaridad de la frase me hizo reír...

—No he tenido sosiego—prosiguió—

hasta que decidí mandarte llamar para suplicarte que me perdones...

—¡Señora..., perdonar!

Indicándome que me sentara, se sentó ella de través en una silla, apoyando el codo en el respaldo de la misma.

—Sí, perdóname, porque..., ¡vaya, que estuve torpísima!... ¡Confundir una persona con otra!... Nunca me había pasado cosa semejante. Lo único que como reina me han enseñado es el conocimiento de las personas, no confundirlas, no hacer trueques de nombres ni de fisonomías. En este arte he sido siempre muy segura. ¡Como que no sé otra cosa!... Pues hoy... ¿Pero dónde tenía yo mi cabeza, Señor?

Decía esto su majestad, firme el brazo en la silla, cogiéndose con la mano derecha el pendiente de la oreja del mismo lado. Y luego, con soberana modestia de gran persona, prosiguió:

—Te explicaré en qué consistió el error. Pero antes has de perdonarme.

—Señora, por Dios, no tengo por qué perdonar ofensa que no ha existido.

—¿Que no? Vas a verlo... Pues como recibo a tanta gente, como me hablan de éste y el otro, como vienen a mí cada día centenares de recomendaciones, no es extraño que alguna vez confunda nombres..., asuntos. Las caras no las he confundido nunca; por eso me ha causado tanto enojo la torpeza de hoy. Vamos, que esta tarde, cuando me hicieron comprender mi equivocación... me hubiera pegado... Porque es gran desatino confundir tu cara con la de... Dispénsame que calle este nombre. El milagro puedes saber, el santo no hay para qué.

—Puede vuestra majestad callar también el milagro. Yo no necesito explicaciones...

—No, no está mal que lo sepas. Figúrate... Estoy asediada de peticiones... Naturalmente, todo el que algo necesita acude a mí. Soy la dispensadora de mercedes y gracias, soy la reina que desea serlo haciendo felices a todos los españoles, lo que es un poquito difícil..., pero, en fin, se hace lo que se puede... Y como yo, si en mí consistiera, a ninguno de los que piden le dejaría ir con las manos vacías, resulta que... En una palabra, un hijo de un grande de España que va a contraer matrimonio, no el grande de España, sino el pequeño hijo del grande, me hizo saber hace días que para sostener el lustre de su nombre le hace falta..., una friolera..., treinta mil duros... Mayores cantidades que ésas he dado yo sin ton ni son... Por ahí corre un cuento acerca de mí..., ¿no lo has oído tú? Pues te lo voy a contar; porque aunque parece cuento no lo es; es Historia..., sólo que estas cosas no pasan a la Historia... Aún no era yo mayor de edad, cuando un desgraciado caballero, hijo de un servidor muy leal de mi padre y de mi madre, vino a decirme que se veía en grande aprieto, que le ejecutaban, le deshonraban y qué sé yo qué... Vamos, que le hacían falta veinte mil duros... El lloraba pidiéndomelos, y yo lloraba también, más que de pena, de la alegría que me daba el poder remediar tamaña desgracia... ¿Qué creerás que hice? Pues llamar a don Martín de los Heros, que era entonces mi intendente, y decirle con la mayor naturalidad del mundo: «Heros, tráeme ahora mismo veinte mil duros.» El pobrecito don Martín, que era más bueno que San José, me miraba y suspiraba, y no decía nada; no se atrevía... Como que nadie se ha cuidado de advertirme las cosas, ni de instruirme, por lo cual yo ignoraba todo, y principalmente las cantidades. Tanto sabía yo lo que son veinte mil duros como lo que son veinte mil moscas. Don Martín, ¿qué hizo? Pues se fué a la Intendencia y, mientras yo estaba de paseo, hizo subir veinte mil duros en duros, en duros, ¿eh?, y me los puso sobre la mesa, así, muy apiladitos. ¡Jesús de mi alma! ¡Yo, que vuelvo del paseo con mi hermana y me veo aquel catafalco de dinero, aquello que parecía un monte de plata...! Llamo y entra don Martín, que me acechaba en la cámara próxima. «Intendente, ¿qué es esto?» Y él, muy serio: «Señora, esto es lo que vuestra majestad me ha pedido, veinte mil pesos.» ¡Ave María Purísima!, ¡qué miedo me entró!... «¿Pero es tanto? ¿Pero veinte mil duros son tantísimos duros? No, no es esto lo que yo pedía. Es que no me han enseñado, ni siquiera, el mucho y poco de las cosas. No, no, Martín; no hay que darle tanto a ese perdido, que, según dicen, maltrata a su mujer...» ¿Qué te parece? Pues aquella lección se me ha quedado muy presente, y no fué lección perdida. Por fin, el donativo se redujo a cinco mil duros, y aún me parece que me corrí demasiado.

—La bondad de una reina justo es que no esté contenida dentro de la prudencia.

—Pero todo tiene un límite. No convenía que me criaran en *Las mil y una noches*.

—Por lo visto, ni con la lección de don Martín se ha curado vuestra majestad de su esplendidez... El caso de ahora...

—El caso de ahora se inició con petición de treinta mil duros; pero yo lo reduje a quince... Lo tremendo es haber confundido al peticionario contigo, *quid pro quo* muy extraño, pues no os parecéis más que en el título; en las fisonomías, nada. El tiene cara de tonto, y tú, de todo lo contrario.

—Señora, ¿cómo agradeceré yo distinción tan grande?

—Pues perdonando mi simpleza y no hablando con nadie de este asunto. ¡Cuidado si estuve torpe y ciega! Y ello fué porque ayer me hablaron del otro, me anunciaron su visita para hoy, y yo me preparé de razones para entretenerle. Al hablarte de tu suegro me refería... al que va a ser suegro del otro, ¿me entiendes? De ti ya sé que eres casado. Y a propósito: tráeme a tu mujer; deseo conocerla. Entiendo que es muy feliz contigo.

—Señora, si así lo dijeron a vuestra majestad, será cierto..., pero yo no lo aseguro.

—Pues yo no lo inventé. Alguien me lo ha dicho.

—Señora, no siempre se dice la verdad a los reyes.

—Según eso, no es verdad que hagas feliz a tu mujer. Es muy buena. ¿También en eso me han engañado?

—En esto sí que han dicho a vuestra majestad una verdad como un templo. Mi mujer es un ángel.

—¡Un ángel! Así llaman a todas las mujeres sufridas, que llevan con paciencia las trastadas de sus maridos... Yo concibo que la mujer modelo sea un demonio, Beramendi...

Al decir esto, la reina se levantó. Yo hice lo mismo, creyendo que me daba señal de retirada.

—No, no—me dijo con la mayor delicia de su voz y toda la nobleza de su alma—. Quédate un rato... Te invito a una pequeña *soirée*... de provincias. Estamos solas mi madre y yo, con el rey y algunos amigos.

XXVII

La señora Posteridad se hará cargo de mi satisfacción y gratitud por tantas bondades. Retiróse su majestad, y a poco entraron en la sala donde yo estaba el pianista Guelbenzu, amigo mío; la dama de servicio, condesa de Sevilla la Nueva, y Bravo Murillo, ministro de jornada. Pasamos a un salón próximo, donde volví a ver a Isabel II, acompañada del rey y de la reina madre, con don Fernando Muñoz y dos o tres figuras palatinas. Amabilidad ceremoniosa y fría merecí del rey, que algo me dijo, sonriendo, del *quid pro quo* motivo de mi presencia en Palacio. Doña María Cristina, a quien me presentó su hija, acogióme con notoria sequedad, y en su mirada recelosa leí estos o parecidos pensamientos: «¿Quién será este pájaro...? ¿A qué vendrá éste aquí?...» Don Fernando Muñoz me hizo varias preguntas con acompasada rigidez, propias de un examen, y luego me habló de Roma y sus monumentos, con erudición fresca, reciente, aprendida de los cicerones.

Mientras escuchaba yo al duque, la reina, no lejos de mí, hablaba con Guelbenzu de programas musicales.

—Esta noche no canto—le decía—. Tengo la voz tomada...

La vi acercarse a un espejo Psiquis, arrimado al ángulo del salón, y contemplarse un instante, componiendo con sutil mano los bandós que rodean sus orejas, y recogiendo un poco el escote, que se abría demasiado. Después vino a mí; reparé en su andar ligero, los pies chicos, con zapatitos blancos, que sacudían los bordes de estas faldas en forma de campana que ahora se usan... Yo me condolí de mi desgracia, pues desgracia era, y de las más grandes, que su majestad no se dignara cantar aquella noche; y ella me dijo:

—Pues mira, no pierdes nada con no oírme, porque canto muy mal. Además, estoy perdida de la voz. En los jardines me enfrié esta tarde. Oiremos a Guelbenzu solo, y todos vamos ganando.

Bruscamente, saltando de un asunto a otro, como el pájaro que aletea de rama en rama, me dijo:

—Beramendi, ¿no tienes tú ninguna gran cruz?... ¿Que no? Pues es preciso que tengas una, la que quieras...

Me incliné. Don Fernando Muñoz, que no se movía de mi lado, como si montara una guardia, quiso introducir otro tema de conversación; pero no le resultó el juego, y la reina, sin parar mientes en su padrastro morganático, continuó así:

—El veinticinco tengo besamanos, por ser los días de mi hermana. Vendrá Narváez y le diré lo de tu gran cruz. Ya sé que Narváez es amigo tuyo... Pero di una cosa: ¿puedes tú aguantarle? Cuidado, que de Narváez no puedo decir nada que no sea para colmarle de elogios, como militar valiente, como hombre de gobierno; ¡pero qué genio, Señor!... En su casa no le sufre más que *Bodega*, que debe ser un santo.

—El genio fuerte del general—dijo Muñoz—tiene su razón de ser. Con blanduras no hay modo de gobernar a este país.

—Ciertamente—indiqué yo—. Y también puede asegurarse que el general no es todo asperezas. En más de una ocasión le he visto cariñoso, amabilísimo...

—Esas ocasiones habrán sido pocas para su mujer—afirmó la reina—. La pobre duquesa de Valencia no gusta de vivir en Madrid. Su marido la trata peor que a los progresistas. Pero, en fin, el hombre vale mucho, y se le pueden perdonar las rabietas por el talento que tiene, y aquella firmeza de carácter... Por cierto que a ti te aprecia, te quiere; me lo dijo. Y, a propósito, Beramendi: ¿es cierto que estás escribiendo la historia del Papado? A mí me lo han dicho.

—Algo de esto oí yo también—apuntó don Fernando, por no estar silencioso.

Respondí que, en efecto, había pensado escribir esa historia, pero que las dificultades del asunto me habían hecho desistir...

—Pues es lástima, porque ahí tendrías campo ancho donde lucirte. ¡Y que no harías poco servicio a la religión! Al Santo Padre le habría de gustar muchísimo que escribieras las vidas de todos sus antecesores, desde San Pedro...

El movimiento de las figuras que componían la reunión era determinado por la reina, que pasaba de grupo en grupo. Dirigiéndose a Bravo Murillo, me libró de la guardia del duque de Riánsares, que allá se fué también, y la razón de esto voy a decirla al instante. En estos días ha corrido la voz de que abandona don Alejandro Mon el Ministerio de Hacienda y que le sustituye Bravo Murillo. Descontentísimo del asturiano está el señor Muñoz, porque aquél se ha cansado de colocarle la interminable cáfila de parientes y demás indígenas de Tarancón, y en cuanto vió que la reina hablaba con el ministro de Instrucción y Comercio acudió a olfatear si es cierto lo del cambio ministerial. Cierto debe de ser, a juzgar por el interés del diálogo que en aquel grupo observé, mediando principalmente la reina madre. En uno de estos pases y renovación de los corrillos vine a encontrarme junto a don Francisco y la camarista. Díjome el rey:

—Es preciso hacer tocar a Guelbenzu las sonatas de ese Beethoven... Oirá usted la mejor música que se ha escrito en el mundo.

Intervino la dama para revelarnos que como *Los puritanos* no hay nada... Sonó el piano: no me fijé en lo que tocó el maestro, ni puedo apreciar lo que duró la tocata. Sólo sé que un ratito estuve en pie junto a la reina, sentada, y que ella me dijo:

—Es natural que no estés alegre, a pesar de la buena música... Comprendo que tienes tu pensamiento lejos de aquí. No creas, por ello te aplaudo. Eres consecuente...

Contesté que nada echaba de menos, ni lamentaba ausencias; y ella prosiguió:

—A propósito, marqués, o, sin venir a cuento, si quieres: esta tarde he visto a la moruna y he hablado con ella. Es una mujer interesantísima.

Me disculpé, negué; vano empeño mío. Levantóse su majestad, y dando yo algunos pasos en pos de ella, pude recibir de sus labios esta donosa prueba de confianza, que me encantó:

—Lo sé todo, como dicen en esa pieza de cuyo título no me acuerdo: lo sé todó, marqués; te alabo el gusto.

No me dió tiempo a contestarle, pues era como la mariposa: que apenas pica en una flor en busca de otra vuela.

Minutos después, la reina madre me preguntaba si conocía yo Nápoles, y Bravo Murillo se condolió de que yo hubiera desistido de escribir la historia de toditos los Papas, obra que sería, sin duda, de las más edificantes. Ya me iba cargando a mí tanta insistencia sobre un propósito que nunca tuve; mas como no podía contestar con una grosería, hubo

de aguantar la mecha y decir que sí, que no y qué sé yo. Fácilmente, las conversaciones con personas reales le llevan a uno a las mayores hipocresías del pensamiento y a las más chabacanas formas del lenguaje. Sólo la reina, con su libre iniciativa y su arte delicioso para revestir de gracia la etiqueta, rompía la entonada vulgaridad del hablar palatino. Ya muy avanzada la reunión, en pie los dos, me dijo que no se contenta con darme a mí la gran cruz, sino que también dará a María Ignacia la banda de María Luisa. Su deseo es recompensar a las personas que lo merecen, y yo soy de los primeros, no sólo por mi adhesión a la real familia, sino por mi inteligencia de escritor, pues si no he podido escribir aún la Historia del Papado (¡otra vez!), la escribiré, que viene a ser lo mismo.

—Tengo la convicción—añadió—de que eres de los buenos, de los seguros, y la independencia que disfrutas garantiza tu lealtad. Me dijo Narváez que tu suegro era partidario de mi primo Montemolín, y que tú le has quitado de la cabeza esa debilidad, ganándole para mi causa. Te lo agradezco mucho. La verdad es que Dios me ha traído al mundo con bendición, pues bendición es el sinnúmero de personas honradas que me han defendido, me defienden y me defenderán en lo que me quede de reinado. He sido muy dichosa... Tú calcula los miles de hombres que se han dejado matar por mí, y los que aún harán lo mismo cuando llegue el caso, que ojalá no llegue... Por eso quiero yo tanto al pueblo español, y, créelo, estoy siempre pensando en él... ¡Qué pueblo tan bueno!, ¿verdad? El me adora y yo le adoro a él... Muchas veces, cuando estoy solita, cierro los ojos y procuro borrar de mi memoria las caras que comúnmente veo, toda esta gente de Palacio, y los ministros y generales... Pues lo hago para representarme el pueblo, de quien sale todo, los pobrecitos españoles esparcidos por tantas villas, aldeas, valles y montes. Ellos son los que sostienen este trono mío y me amparan con sus haciendas y sus vidas. Y yo digo: «Por fuerza pensarán en mí, como yo pienso en ellos, y al nombrarme dirán: *Nuestra reina*, como yo digo: *Mi pueblo...*»

A tan nobles palabras contesté con las más expresivas de gratitud y amor que se me ocurrían, y pensé que su majestad y yo nos parecemos: padece *la efusión popular*.

—Por mi parte, hago lo que puedo para que mi pueblo sea feliz—declaró Isabel, contestando a un concepto mío—. ¡Y cuidado si es difícil esto de la felicidad de un pueblo! Porque uno viene y te dice una cosa, y luego entra otro y te dice otra cosa, y por aquí salta una capital gritando «tal y qué sé yo», y por allá otra grita lo contrario. Ya ves que no es fácil percibir la verdad en medio de esta grillería. Nunca sabe una si acierta o no acierta. ¿De quién hacer caso, a quién oír? Porque esto no se estudia, y aunque yo me aprendiera de memoria cuanto dicen los libros sobre los modos de gobernar, no adelantaría nada. No queda más que la inspiración, y pedir a Dios que me dirija, que me ponga las cosas bien claras, de modo que yo las pueda resolver. De Dios viene todo lo bueno... Dios, que ha permitido los sacrificios que este pueblo ha hecho por mí, me iluminará para que yo no resulte una ingrata.

—Seguramente la inspiración del Cielo debe guiar a todo soberano—le dije permitiéndome aconsejarle sin lisonja—. Pero cuide mucho vuestra majestad de ver de dónde viene, y quién se la trae. Porque, entre muchas inspiraciones verdaderamente celestiales, podría venir alguna que no lo fuese...

—¡Oh, no! Ya tengo yo cuidado—replicó—. Las personas que traen la inspiración de arriba, muy pronto se conocen... Mi sistema es ponerme en brazos de la Providencia. ¿Quién ha sacado adelante mi causa y este trono mío más que la Providencia? Pues Dios no abandona a Isabel Segunda. Dios quiere a Isabel Segunda.

—Sin duda...

Con mucho salero se echó a reír su majestad, repitiendo la popular frase «Fíate de la Virgen y no corras», y luego añadió:

—No: yo no me entrego a una confianza ciega, ni espero de Dios que vaya diciéndome todo lo que tengo que hacer... Algo ha de discurrir una por sí...; yo cavilo también un poquito... Verdad que me canso pronto. ¡Es tan fácil y tan cómodo no pensar nada!... Pues sí, yo pienso... Y, a donde no llega la razón, llega el sentimiento: ¿no opinas tú lo mismo? Sentimos una cosa... Pues aquello es lo mejor.

—No siempre, señora.

—Sentimos, y..., sí, sintiendo acertamos.

—Se corre el riesgo, por ese camino, de sentir y pensar algo que luego a Dios no le parece bien. Y Dios se vuelve y dice: «¡Pero si no es eso lo que yo te inspiré!...»

—¡Ay!, en lo que Dios inspira no nos equivocamos... No hay guía como nuestro corazón.

—No es mal guía; pero que vaya con él la razón—le contesté hablándole como a una niña—. Así lo quiere Dios, y si no lo hacemos se incomoda y nos pega.

—¡Ah!... Dios es muy bueno..., bueno con los buenos, se entiende, que no tienen malas entrañas. Es soberanamente bondadoso, y se enfada menos de lo que dicen. Esas voces de los enfados de Dios las hacen correr los malos, que temen el castigo.

—Nadie como vuestra majestad puede asegurar que Dios es bueno... Pero por lo mismo que ha sido tan pródigo con la reina de España, no debe la reina de España pedirle demasiado.

—Vaya, explícame bien eso. ¿Qué has querido decir? Te autorizo para que me hables con la mayor franqueza.

—Pues diré que vuestra majestad tiene un gran corazón, y en él inmensos tesoros de bondad, de generosidad y ternura que no deben ser derrochados. No olvide Isabel Segunda la lección de don Martín de los Heros, y antes de regalar veinte mil duros de corazón fíjese bien en el bulto que hacen apilados estos veinte mil duros de corazón, y asústese ahora, como se asustó entonces, y rebaje, rebaje, y no dé más que cinco mil... y mejor si los reduce a reales... Señora, yo me permito abusar de la autorización de franqueza que mi reina me ha dado, y digo mil disparates, que vuestra majestad se dignará perdonarme.

—No, no—dijo Isabel, revistiendo de gravedad su picaresco rostro—. Has hablado como un libro, como hablará la *Historia de los Papas* cuando la escribas.

Un nuevo movimiento de las figuras de la reunión puso fin a este sabroso diálogo. Volví a encontrarme junto al rey; mejor dicho, vino él hacia mí, y me dijo:

—¿Y por qué no se decide usted a darnos una Historia de España verdad? Está por escribir... Todo lo que va de siglo es interesantísimo, y pues no parece fácil superar a Toreno en la guerra de la Independencia, el historiador que tal emprenda debe empezar en el catorce, cuando mi tío volvió a España... Una Historia imparcial, que se aparte del criterio extremado de las facciones, una relación verídica, escrita con talento, revisada por personas peritas y autorizada por la Iglesia, crea usted que sería una gran cosa. Y la publicación de esa obra no faltará quien la patrocine.

Contesté reconociendo la importancia de un trabajo tan considerable, y la cortedad de mis fuerzas para realizarlo... Arrimóse a la sazón la reina a los que de ello hablábamos, y éramos ya más de dos, por inopinado crecimiento del grupo, y nos dijo:

—¿Hablan de escribir la historia de Isabel Segunda? Sí, Beramendi, sí... Yo subvenciono esa obra.

—Es pronto—afirmó el rey con gran sentido—: no ha de ir el historiador por delante del reinado, sino detrás...

—¿Y por qué no han de ir juntos, cogiditos de la mano?—indicó la reina.

—Porque la Historia verde sabe mal, como la fruta. Hay que dejarla madurar en el árbol.

—¿De modo—dijo su majestad, haciendo reír a todos con su donosa ocurrencia—que aún estamos verdes? Más vale así... Pues yo deseo que pronto hablen y escriban de mí, por supuesto que escriban bien, elogiándome mucho y poniéndome en las nubes. Yo aspiro a que de mi reinado se cuenten maravillas.

—Los pueblos más felices—dijo Montesquieu por boca del rey—son aquellos cuya historia es fastidiosa.

—Pues yo no quiero—afirmó la reina—que al leer mi reinado bostece la gente... ¡Historia fastidiosa! Eso ni deleita ni enseña.

—La de España—indicó María Cristina, melancólica—es y será siempre un folletín.

—Mamá, eso es tener mala idea de los españoles.

—Tengo la que ellos me han dado—replicó la ex gobernadora.

—Los españoles son buenos, valientes, honrados, generosos, caballeros—declaró Isabel—; en general se entiende, porque ¡también hay cada pillo!...

Encontrándonos de nuevo frente a frente, me dijo:

—¿No crees tú que la Crónica mía, la de mi reinado, será bella?

—Bella será..., pero ¿quién asegura que no será también triste?

—¿Por qué?... Me asustas... Yo no ceso de penetrar en mi historia, y me la represento como una matrona gallardísima...

—Sí, con un laurel en la mano y un león a los pies. Esa es la Historia oficial, académica y mentirosa. La que merece ser escrita es la del ser español, la del alma española, en la cual van confundidos pueblo y corona, súbditos y reyes...

—¡Oh, sí!... Así debe ser.

—Y esa Historia me la represento yo como una diosa, mujer real y al propio tiempo divina, de perfecta hermosura...

—Vestidita por la moda griega, con túnica muy ceñida, que marque bien las formas. Así representa el Arte todo lo ideal, así el ser de las cosas, así el alma de los pueblos. Esa figura que tú ves, como española castiza, será morena.

—Tostada del sol, de este sol de España, que no es un sol cualquiera.

—Y la verás esbeltísima, con poca ropa, descalza..., no diré que sucia, sino empolvada..., naturalmente, de andar por estos caminos y vericuetos del demonio, por tanta sierra, por tanto páramo... País grandioso el nuestro, pero empolvado:

—¡Oh, qué bien lo expresa vuestra majestad!

Al decir yo esto, sentí turbación angustiosa. Hallábame solo, apartado en un ángulo de la sala. Me asaltó la duda de que la reina me hubiese ayudado, dialogando conmigo, a la descripción de la bella figura que veo y siento... Pronto adquirí la certidumbre de que yo me lo había pensado y dicho solo... Cuando dije a su majestad que la historia de su reinado podría ser triste, ella no pronunció más que estas palabras: «¿Por qué?... ¡Me asustas!», y se alejó de mí, solicitada su atención de los otros grupos. Lo demás que *hablamos*, lo hablé para mí, súbitamente atacado del *mal de Lucila*, de la efusión que llamo *estética* y *popular*.

Llegó el instante final. La reina y demás personas *augustas* nos hicieron reverencia y se retiraron. Los que no somos augustos nos fuimos a la calle. En la escalera de Palacio, resplandeciente, en la oscuridad de los jardines, llevaba conmigo la imagen de aquella ideal princesa Illipulicia, soñada por el celtíbero Miedes. Toda la noche me la pasé en este delirio... Mi cerebro era una linterna mágica. Reproducía en serie circular la plataforma del castillo de Atienza, el patio de San Ginés, un cielo turbio, un suelo árido, una estancia del Alcázar real... Isabel, vestida de manola, me decía que escribiese su historia; Lucila callaba siempre, imagen y representación del inmenso enigma.

XXVIII

San Ildefonso, septiembre.

El 25 de agosto, día de San Luis, rey de Francia, a los pocos de mi noble entrevista con la reina, fué para mí memorable, por la aglomeración y enracimado de sucesos que voy a enumerar. Asistí al besamanos; vi a Narváez y a Sartorius; vi a don Saturno con un resplandeciente uniforme, no sé de qué, cubierto el pecho de cruces y cintajos de variados colorines; en los dorados salones tuve el honor de ser presentado al nuncio de Su Santidad, monseñor Brunelli, y al embajador de Austria; un caballero muy guapo, vestido de magiar; y, en fin, terminada la ceremonia palatina, bajé al parque con toda la Corte, y corrieron las fuentes en presencia de Su Majestad soberana, pastora de aquella Arcadia de abanicos. Mi mujer también paseó por los jardines, y juntos disfrutamos de aquel lindo espectáculo de las aguas amaestradas y sacadas a bailar sobre el verdor de los parterres y arboledas. En el teatro, donde cantaron *Don Pasquale* por despedida, vi a Eufrasia, que con misterio de ópera cómica me dijo que se hablaba *sotto voce* de mis *frecuentes visititas* a Palacio. No le hice caso; yo no había vuelto allá desde la *soirée* que he descrito.

A Narváez le vi al anochecer en la Casa de Canónigos, y me dijo..., ¿qué me dijo? Ya no me acuerdo... No sé cómo tengo mi cabeza. De dos semanas acá, mi aturdimiento y mis distracciones graves suscitan alarmas de mi cara esposa, que, inquieta por mi salud, me somete a cariñosos interrogatorios acerca de cuanto hago y dejo de hacer, de cuanto hablo, pienso y sueño.

—No es nada, mujer—le contesto yo, que a todo antepongo su tranquilidad—;

no es más que... eso que padezco, y que me ataca de vez en cuando, la *efusión*... ¿de qué?, la *efusión de lo ideal*, de lo desconocido, de lo que, debiendo existir, no existe. Volvemos a lo mismo: yo debí dedicarme a un arte, y en él habría sido maestro... Pero no tengo arte, y mis facultades funcionan en el vacío... No me hagas reír, mujer. ¿Qué dices, que el ser padre es un arte?... ¿Padre de muchos hijos?... Bueno, mujer. Lo admito si en ello te empeñas... Pero ese arte, como la historia de un reinado que empieza, está todavía verde.

Ahora me acuerdo de lo que me dijo Narváez. Fué de lo más insignificante, y, en realidad, no merece ser transcrito: «Yo me vuelvo a Madrid, y dentro de unos días saldré para las aguas de Puertollano... Aquí nada tiene usted ya que hacer. Pronto se irá la Corte. Se le van a usted la *marquesa de Capricornio* y los demás enredillos que tiene el *pollo* aquí... A mi regreso de la Mancha espero encontrarle a usted en los Madriles...»

En efecto, pasados algunos días desapareció la Corte; partió Eufrasia sin despedirse de mí, y el Real Sitio, árboles y flores, aguas transparentes y sutiles aires, se adormecían lentamente en una soledad dulce y fresca. Contenta de esta soledad, mi mujer desea permanecer hasta fin de septiembre, y del mismo parecer son sus padres. Yo lo apruebo. Deseo el descanso.

Madrid, octubre.

Ya estamos aquí. Escribo en el Congreso. Nada digno de mención nos ocurrió en La Granja después de la partida de la Corte, como no sea la tranquilidad que disfruté, la íntima vida que hice con mi mujer, consagrándole yo todos los instantes de mi vida, y las feroces mañas que va sacando mi hijo, las cuales manifiesta tirándome del bigote hasta hacerme llorar...

La traviesa, la diabólica Eufrasia no ha vuelto a llevarme a la isla de Paphos (Casino de la Reina). La he visto poco y de prisa, coincidiendo en visitas, o encontrándonos en el Prado, y no he podido hablar con ella detenidamente de cosa alguna. Sus ojos, que ni en las ocasiones de mayor disimulo dejan de ser elocuentes, me dicen que se halla en grave crisis de ambición o de amor. El anuncio que le hice de la pronta concesión del título, no produjo en ella la grata sorpresa que yo esperaba.

—¿Y hemos de agradecerlo al *Espadón?*—me dijo—. Pues que nos titulen *marqueses de la Ingratitud.*

Y voy con el asunto que, a mi entender, merece aquí preferente lugar, por el grande espacio que ocupa en mi espíritu noche y día. Ya dije que entre los pobres pedigüeños de la parroquia de San Ginés hay uno con quien entablé relaciones policíacas, so color de caridad, tocantes al descubrimiento de la hermosura celtíbera vista y evaporada en la puerta de aquella sacra mansión. Mi amigo, que me ha resultado también celtíbero de los llamados *Ilergetes*, consagró su vida al negocio de sanguijuelas en tierras de Teruel... Es hombre muy corrido; peleó por don Carlos en la partida del Serrador, y establecido por fin en Madrid como herborista, ha venido por sucesivas desgracias comerciales y domésticas a la mísera condición presente. Conserva el hombre agilidad de piernas y lucidez del entendimiento, lo que no es poca ventaja para el trabajo diplomático que yo le encomendé; pero tales partes pierden mucho de su energía por la deplorable ruina de otras: uno de los brazos, envuelto en amarillas bayetas, no funciona; el cuello se le tuerce del lado izquierdo, los ojos son como fuentes y la lengua y boca sufren de un *paralís* que desfigura su sintaxis y su pronunciación, pues por causa de tal dolencia compone los conceptos al revés, y suele comerse las primeras sílabas de las palabras más importantes. Con todos estos inconvenientes, el pobre *Gambito*, que tal es su nombre o su apodo, me sirve bien, añadiendo a sus incompletas facultades una voluntad y una diligencia increíbles.

Antes de irme a La Granja díjome que la hermosa mujer había vuelto, sin hacer más que llegarse a la sacristía con una carta... ¿Para quién? Para un capellán, que habría estado en la iglesia, si no estuviera en el cementerio: había fallecido dos días antes... Desconsolada se fué la moza llevándose la carta. ¿De quién era ésta? *Gambito* no lo sabía ni pudo averiguarlo entonces. A mi regreso de La Granja, estimulado el hombre por mis donativos, y en espera de mayor recompensa, me da cuenta de sus minuciosas pesquisas en agosto y septiembre, y de ellas resulta una luz desigual, que tan

pronto esclarece el asunto como lo rodea de mayores tinieblas. Con mi feliz memoria reproduzco textualmente el informe, componiendo a mi modo la sintaxis, y supliendo las sílabas comidas: «El *Surez Jeromo* entró servicio de *Colapios* (los Escolapios) señores padres de *Tafe* (Getafe), y la su hija, que se llama *Cigüela* (Lucihuela), moró en una casa de madres *Colapias* donde se arrecogen hijas de Padres, o hijas de cualsiquiera madres putativas...» Para que yo descifrara lo restante de esta jerga hubo de repetirlo una y otra vez, y aun así no pude llegar a la interpretación exacta. Toda la paciencia del mundo no basta para poner en claro los trazos de este borrado palimpsesto. Creo haber sacado en limpio que Lucihuela estuvo unos días en el convento de Jesús, y que después pasó al servicio de un señor que *Gambito* llama *Taja* (ignoro el verdadero nombre, al que creo falta una sílaba), administrador de los lavaderos del *Pío infante don Cisco* (traduzco: lavaderos del príncipe Pío, pertenecientes al infante don Francisco)...

Débil luz, resplandor vago, ¿adónde me llevas?

Madrid, 20 de octubre.

Ayer reventó sobre Madrid una bomba. Pienso que su estruendo formidable es público ruido de los que han de llegar a la Posteridad sin que yo lo transmita; pero ahí van por mi cuento noticias de cómo fué la explosión y de las cóleras y risas que produjo, refiriendo después el desarrollo de suceso tan extraordinario hasta su inaudita solución. Desde el jueves por la noche empezaron a correr voces de crisis, suponiendo en ésta los caracteres más extraños... Oílo yo en casa de María Buschental; mas no le di crédito, y aun me permití negarlo autorizadamente. Por la tarde había yo visto al duque de Valencia en su casa, y nada le oí que pudiera ser vaticinio de cambio de Gobierno. Pero las afirmaciones que hice no acallaban los rumores, que a cada instante venían más densos y con más visos de verdad, de esa verdad inverosímil que aquí gastamos:

—Hay crisis—dijo Carriquiri, entrando a medianoche—; la crisis más absurda y más... demagógica que puede imaginarse... Nada: que a don Ramón, sin decirle oste ni moste, le ponen la cuenta en la mano y le señalan la puerta.

Llegó luego Tassara y nos contó que la primera noticia de este gatuperio la tuvo Molíns, ministro de Marina, el cual, comiendo en su casa, recibió un pliego de la reina, incluyéndole carta que le había escrito su marido, en la cual éste le decía, en sustancia: «Narváez y compinches son unos tales y unos cuales, y para que no acaben de perder a la nación, hay que sustituirles inmediatamente por estos caballeros muy dignos, cuyos nombres van en la adjunta lista.»

—¿Quiénes son?

—No recuerdo más que al conde de Cleonard y al señor Cea Bermúdez, conde de Colombí... La lista ha sido inspirada por personas que traen recados del Altísimo.

—Esto es ignominioso.

—Esto es simplemente cómico, y no puede prevalecer. ¿Y el duque?

—Al llegar a su casa se encontró con una comunicación semejante a la que recibió Roca de Togores.

Puso fin a la confusión Andrés Borrego refiriendo que aquella misma tarde (lo sabía de la mejor tinta), habiendo tenido Narváez un soplo de lo que se tramaba, fué a Palacio y habló a la reina.

—Señora, esto se ha dicho, esto se susurra...

Y la reina le contestó riendo:

—No hagas caso. Son patrañas que salen del cuarto de *ése*...

Oyendo esto, muchos negábamos que pudiera ser verdad; otros lo confirmaban, algunos callaban, mordiéndose las uñas.

—Es forzoso—dijo no recuerdo quién—abrirle a la opinión unas tragaderas del tamaño de esta casa. Según se van poniendo las cosas, todo es posible, todo puede suceder, y no hay bola, por disparatada que sea, que no entrañe la verdad...

Y otro:

—La Historia de España se nos está volviendo folletín.

Y otro:

—Eso no lo inventa usted. Es frase de doña María Cristina...

—Pero la reina madre habló del folletín sin calificarlo, y ahora debemos decir *folletín malo*...

—No, *folletín tonto*.

Y todos concluían por llevarse las manos a la cabeza, exclamando:

—¡Señores, cómo estará Narváez! Será cosa de alquilar balcones...

Participando de esta curiosidad, y con medios de satisfacerla, me fuí a la Presidencia. Al bajar presuroso por la calle de Alcalá, me encontré a San Román, que llevaba la misma dirección y objeto que yo, y hablando del suceso de la noche, entramos en la gruta de la fiera, a quien suponíamos en el paroxismo del furor. Un ayudante nos dijo en la puerta que el general estaba en el palacio de la reina madre, y que le aguardaban muchos señores en el salón, ávidos de saber la verdad o mentira de una crisis que parece comedia. Subimos. Entre los que allí esperaban el *parto de la Fatalidad* (así lo dijo uno de los presentes, creo que Bermúdez de Castro), vi a Sartorius y a don José Zaragoza, jefe político de Madrid, el cual hacía rudo contraste con el ministro, pues si éste es la propia distinción y delicadeza, la sangre fría y comedimiento en todas las ocasiones, el diputado por Ciudad Real, cenceño, rudo, de faz temerosa y mirada fulgurante, parece cortado para la acción vehemente y repentina. Otros había en la sala, entre ellos mi hermano Agustín, comentando lo que ignoraban o arrojando bilis sobre lo que sabían; a cada instante entraban más caras de estupefacción, de impaciencia, de ira... Por fin, como todo llega en este mundo, vimos que la mampara roja se abrió con chirrido estridente, por la violencia del golpe que la empujara, y entró Narváez con paso y tiesura de gallo, y sin quitarse el sombrero echó una fulmínea mirada en redondo diciendo:

—Señores, ya lo ven ustedes: esto no tiene nombre... Sí, sí; lo tiene: es una canallada... ¡Ni entre gitanos, señores; ni entre gitanos!

—¿Qué dice la reina madre?—preguntó San Luis, que, más que anatemas y desvergüenzas, deseaba hechos para someterlos a un frío examen.

—Doña María Cristina...—contestó el de Loja, ya en el colmo de la fiereza y de la amargura—. Pues nada, señores: que todos son unos. La reina madre no sabe nada; dice que no tiene arte ni parte..., y yo no sé si creerlo...; no creo nada.

—Yo pongo mi mano en el fuego—declaró Sartorius con cierta solemnidad—por la inocencia de la reina Cristina en este asunto.

Algo más expresó no sé quién en defensa de la ex gobernadora.

—Mi general—dijo con acentos de club el jefe político—, bien claro está que la voluntad de Isabel Segunda ha sido secuestrada. Esto es una intriga, y la primera víctima de la intriga es su majestad. O no servimos para nada, o debemos echar el cuerpo adelante para amparar a la reina.

—¡Sacar el cuerpo yo! Lo he sacado va mil y mil veces. ¡Si mi cuerpo, ¡ajo!, es una criba, de los balazos que ha recibido, ¡ajo!, defendiendo el trono liberal!... Y ya ven el pago... El Gobierno, señores, ha presentado su dimisión. No podía hacer otra cosa sin faltar a la decencia..., ¡y a la vergüenza, ajo!... Ceder a esto es declarar que la vergüenza se ha concluído en España.

Insistió Zaragoza en que esta crisis no es más que una infame celada.

—Corramos a Palacio—gritó con destemplada voz—, rompamos los lazos pérfidos que oprimen a su majestad.

—El que tenga la cara endurecida para los bofetones y quiera ir a Palacio, que vaya—dijo Narváez sin mirar a nadie, paseándose, la vista arrastrada por el suelo—. Yo no me expongo a que un mequetrefe con medias coloradas, o un fantasmón cargado de veneras, me mande salir a la calle... Vámonos a nuestras casas, y que se arreglen como puedan.

—Mi general—le dijo enfáticamente don José María Mora—. Usted tiene a su lado la mayoría de las Cortes; usted tiene el Ejército...

—Yo no soy ya jefe del Ejército... Lo es el general Cleonard, que a estas horas habrá jurado en manos de la reina... Pero ¿no se han enterado todavía, ajo?

Soltó esta bomba gritando en medio de la sala con gesto de ira y menosprecio, y a sus palabras sucedió un silencio de consternación. Casi todos los presentes, hasta que oyeron aquella declaración fatídica, conservaban un resto de esperanza; algunos, ciegos optimistas, creían que habría componenda, bien porque Narváez hubiese amedrentado a Isabel, bien porque ésta pudiera librarse a tiempo del encantamiento que aprisionaba su soberano albedrío... La noticia, dada por el propio *Espadón*, de que Cleonard ju-

raba, y era ya sin duda presidente y ministro de la Guerra. abatió grandemente los ánimos.

—Pues si es así—murmuró mi hermano Agustín—, digo que esa señora está loca.

—Encantada, señores, o hechizada como *el* Carlos Segundo.

—El hechizado aquí soy yo..., y después sacado a bailar—dijo Narváez, pasando de la cólera al sarcasmo—. ¿Pues no querían que refrendara yo los decretos? Todos están locos allá... ¡A fe que tengo yo cara de zurcidor de estos... líos! Molins ha ido a Palacio a ejercer de escribano...

—Mi general—declaró el impetuoso don José Zaragoza, avanzando al centro de la sala—, el jefe político de Madrid sabe dónde se ha tramado este *maquiavelismo.* Ya no tengo por qué guardar secreto. En la Escuela Pía de San Antón se reunieron esta tarde los que serán compañeros del señor Cleonard en el flamante Ministerio, y los que han engañado a nuestra querida soberana. Los conozco a todos; sé cuanto allí pasó y cuantos disparates allí se hablaron. Había en la reunión hombres que quieren ser públicos y mujeres que lo fueron. Al anochecer trasladáronse todos en coches al convento de Jesús a recibir órdenes... Lo mismo se hizo hace ocho días; pero la monja que da la consigna les dijo entonces: «Aún es pronto, hijos míos. Esperad hasta que yo os avise. La reina no cede. Ya cederá...» Hoy, la impostora les ha dicho que todo estaba hecho, y locos de contento se han ido al cuarto del rey, el cual los presentó a su augusta esposa. La reina..., me consta, señores, y lo aseguro como si lo hubiera visto..., nuestra amada soberana, habló con ellos un momento...; les despidió diciendo a los nuevos gobernantes que mañana jurarán, y luego rompió a llorar... Pues bien, mi general: conozco a todos los que andan en esta intriga y tengo notas bien claras de sus domicilios... Con media palabra que se me diga, voy y los prendo a todos antes que sea de día, sin distinción de sexo, calidad, ni estado, sin reparar en uniformes ni en faldas, ni en hábitos ni en sobrepellices, y mañana, es decir, hoy, antes de las ocho salen para Leganés, y de Leganés por la tarde para donde se disponga, sea Cádiz, sea Cartagena, que no faltarán un cachucho en un puerto o en otro que los lleve a tomar los aires de Filipinas... Esto haré, si el jefe lo manda, y respondo de que no es atropello, sino justicia.

Pausa. El murmullo que resonó en la sala demostraba cuán feliz y oportuno pareció a todos los presentes este atrevido plan policíaco.

XXIX

No tardó en llegar Molins, próximas ya las tres de la madrugada. Es éste un caballero tan acompasado en la vida social como en la política, como en la literaria. Sus actitudes son como sus versos; sus actos, como sus discursos, y su traje, como toda su correcta y atildadísima persona. Su estatura es aventajada, su talle esbelto, su rostro grave, abundante el cabello en cabeza y barba, la dentadura perfecta, todo suyo y de intachable limpieza. En el trato cautiva, en la oratoria instruye más que arrebata, en la conversación corriente se oye y se le oye con agrado. Aunque allí le esperaban como agua de mayo, ansiosos de conocer lo ocurrido en la refrendación, el ministro de Marina no se precipitó a narrar el acto; es hombre que en nada se precipita. Venía de uniforme, el peinado sentadísimo, sin que un solo pelo se desmandara; traía cara melancólica, como de quien sabe apreciar serenamente el punto y ocasión en que los sucesos particulares revisten la suficiente gravedad para convertirse en históricos. Ama con caballeresco ardor de índole política a nuestra excelsa soberana y al principio que representa, y cree en la ficción constitucional-monárquico-parlamentaria, como se cree en los misterios dogmáticos, sin entender ni jota de ellos.

Con elegancia narrativa dió cuenta Molins de su cometido, y la serenidad y pulcritud de su palabra fueron como bálsamo que aplacaba la irritación de que los oyentes estaban poseídos. El hecho que refirió habría carecido totalmente de interés si el cuentadante no hubiera marcado muy bien en el relato la nota patética, que acrecía su valor histórico. La reina, en todo el tiempo que duraron los trámites, *no cesaba de llorar,* y a la conclusión, su dolor parecía no tener consuelo.

Maravillados escucharon todos esta relación, y la crítica del suceso adquirió un tinte compasivo. No quedaba duda de que circunstancias y resortes misteriosos, que los de fuera no podían penetrar, constreñían a Isabel II a cambiar de Gobierno.

—¡La reina está secuestrada!—gritaron algunos.

Y otros:

—¡Salvemos a la reina!

Y Ruiz Cermeño, diputado por Arévalo, con calma y agudeza, como hombre que se precia de penetrar hasta el fondo de las cosas, dijo a los que le rodeábamos:

—Esto es un golpe de Estado, un verdadero golpe de Estado.

Mi hermano Agustín, que tan hondamente se afana por el porvenir de esta nación, no dejaba de expresar sus temores:

—¡Pero el régimen, señor!... ¿Adónde va a parar el régimen con estas cosas?... Y ahora precisamente, cuando el régimen iba como una seda...

Lo que contó Molíns del llanto amargo de Isabel fué desconsuelo y aflicción de todos, menos de Narváez, el cual, irguiéndose más bravo, echando por aquella boca terno sobre terno, hizo estas terribles manifestaciones:

—Dejarla que llore... Ríos de sangre han corrido por causa de ella... Y ahora nos quiere pagar con lágrimas... No queremos lágrimas, sino justicia, razón y formalidad. Se reina con juicio, no con lloriqueos... Ella se ha metido en este pantano... Pues vea cómo sale. Que la saquen los angelitos, o esa beata de las llagas asquerosas... Nosotros, señores, a nuestras casas, a ver pasar la mojiganga Cleonard-Colombi *(Risas.)* Usted, amigo Zaragoza, ¿qué ha dicho de prender y de encarcelar? De eso se cuidará el que le suceda, que a estas horas estará usted destituído... y habrán nombrado a un escolapio o al demandadero de las monjas. *(Carcajadas.)* El que sea recibirá órdenes de prender a todos los que estamos aquí, a mí el primero... En mi casa me encontrarán. *(Rumores.)* Conque, caballeros, a dimitir todo el que tenga posición para ello... Arrojarle las posiciones a la cara para que vea lo que somos. Que el Gobierno encuentre vacantes la multitud de plazas que necesita para monagos, cornudos y demás patulea... La orden del día es ésta: ¡vergüenza, dimisiones!

Conticuere omnes, y empezó el desfile. Vi salir cariacontecidos a Esteban Collantes y a don José María Mora, al corpulento don Ramón López Vázquez y al gracioso Vahey, al narigudo Martínez Almagro y al elegante Lillo. Disponíame yo a partir con mi hermano, cuando me indicó San Román que me quedara de los últimos, pues el general tenía que hablarme. No tuve necesidad de aguardar al día, porque Narváez me cogió por un brazo, y llevándome aparte me dijo:

—Váyase usted, Beramendi, que es muy tarde. Mañana charlaremos. Si entre tanto ve usted a esa... (y lo soltó redondo) dígale que le cortaré las orejas... cuando la coja, que algún día será.

Madrid, 22 de octubre.

El viernes 19 fué un día grande en Madrid por lo divertido y fecundo en sorpresas. Desde muy temprano se estacionaban grupos frente al Principal, signo infalible de jarana o de expectación, y de doce a una ya los cafés hervían de gente ociosa, que es la más numerosa gente de esta capital. Desiertas, según oí, estaban las oficinas; un sentimiento de ansiosa interinidad lanzaba a los funcionarios a la calle y a todo sitio donde corrieran auténticas noticias, y aquí y allá los poseedores del presupuesto encontraban la nube de famélicos cesantes. En el tiempo que llevamos de régimen, el pánico de unos y las esperanzas de otros, confundiéndose, han creado un mundo de necesidades que ha sido y es en España la principal inspiración de los poetas cómicos. Hay una rama de la literatura contemporánea consagrada exclusivamente al *turrón* y a los hambrientos, sátira en que se moteja a los que comen y se ridiculiza a los que piden pan, revelándose el poeta tan necesitado como los *lambiones* que describe.

En grupos y corrillos se habla del nuevo Ministerio con desprecio y asombro, y menudean las preguntas maleantes:

—Pero ese Armesto, ¿quién es? ¿Pueden ustedes decirme quién es ese Manresa?

Entre miles que no saben responder a estas preguntas, sale alguno que tiene vagas noticias de los improvisados *hombres públicos*.

—Pues ese don Vicente Armesto es

empleado supernumerario en el Tribunal de Cuentas, con el sueldo de veinte mil reales...

—¡Vaya una carrerita, señores!... ¿Y es, por ventura, yerno, sobrino, hermano de leche de alguno de Palacio o tiene que ver con monjas?

—Es cuñado del general Cleonard..., o concuñado, que para el caso es lo mismo... Vaya, señores: yo convido a café y copas al que me diga quién es Colombi.

—Y yo obsequio con un almuerzo al que me demuestre con datos..., ha de ser con datos..., que Manresa es alguien.

—Hombre, no hay que confundir a Colombi con Manresa, pues de éste no se ha podido averiguar sino que no le conoce ni su familia, mientras que Colombi es nuestro embajador en Lisboa, y, *al parecer*, hermano del señor Cea Bermúdez, de reaccionaria memoria... He oído, no respondo de ello, que ese señor Colombi es persona respetable y que no aceptará el cargo... En cuanto a Manresa, por aquí andaba uno que aseguró conocerle. Es murciano, auditor de Guerra de la categoría de capitán..., y está procesado porque de palabra faltó al Tribunal, se ignora cómo y cuándo.

Las voces más absurdas y los dicharachos más irrespetuosos animaban los corrillos de la carrera de San Jerónimo y calle de Sevilla.

—Por más que me digan, yo sostengo que ese padre Fulgencio es un mito. No creo en padres ni en madres que quitan y ponen ministros...

—Existe un *pae* Fulgencio; pero hay quien dice que es el *pae* Cirilo, que se ha cambiado de nombre...

—Todo esto, créanme, es obra de un tal Isidrito, que fué cerero, y hoy la persona de mayor metimiento en la Concepción Francisca. Todos los días toma café con ese Manresa en los Dos Amigos, y por la noche lleva los cirios benditos a Palacio para encender a la Virgen del Olvido que tiene el rey en su cámara...

—No hay que tomar a broma lo de las llagas, que quien las ha visto de cerca me asegura que son de ley, y que la monja tiene pasadas de parte a parte las palmas de las manos. Las enseña poniéndose en un escabel con los brazos en cruz; pero la del costado, por donde se le ve el corazón, la enseña echándose boca arriba y quedándose en éxtasis...

—Dicen que el primer decreto de Manresa será para nombrar obispo al *pae* Fulgencio, dándole la mitra de *Aunque os pese*, diócesis de la calle de la Justa...

—Hombre, no; es calle de las Beatas.

Por la tarde no se hablaba más que de las dimisiones que todo el personal de algún viso arrojaba a la cabeza de los nuevos consejeros. Dimitía el capitán general de Madrid, conde de Mirasol; el gobernador militar, el jefe político, el alcalde corregidor y las secretarías, en masa, de Gobernación y Gracia y Justicia. Al anochecer decían los guasones que Armesto no admitía la cartera de Hacienda y que en su lugar se nombraba a un bollero ambulante de la plaza de toros, llamado Maza. Corrió el rumor de que el Tribunal Supremo, en peso, dimitía; que será nombrado capitán general de Madrid el general Villarreal, convenido de Vergara, y jefe político, el señor Ferreira Caamaño. A este señor le conozco: es diputado a Cortes por un distrito de Galicia y habla con gran violencia, dando manotazos. Ha sido juez de primera instancia, jefe político y hoy está furioso porque el Gobierno no es bastante reaccionario... A costa del señor Balboa, a quien llaman *Don Trinidad*, corren y circulan enormes chirigotas. Su excelencia, al tomar posesión, dijo a los pocos empleados que concurrieron que él es muy liberal y que respetará todas las libertades, menos la de imprenta, y luego preguntó cómo se extendían los reales decretos. Cierra la noche con una atmósfera tan densa contra el nuevo Gabinete, del cual hacen descarada burla hasta los chicos de las calles, que hay ya quien profetiza la vuelta de Narváez antes de veinticuatro horas.

Al entrar en mi casa encuentro un billete de Eufrasia, escrito con todo el ingenioso disimulo que acostumbra, fingida letra y firma varonil, diciéndome que tiene que hablarme y que me espera en Gobernación a las nueve de la noche. Según la antigua clave de nuestra criminal correspondencia, artificio vigente en el verano último, *Gobernación* quiere decir la iglesia de San José, como *Gracia y Justicia* es San Sebastián y *Hacienda* San Ginés. Las iglesias que no tienen más que una puerta se designan con nombres de Direcciones generales: por ejemplo: *Aduanas* es el oratorio del

Olivar; *Rentas Estancadas*, las Niñas de Leganés... La hora que se indica de noche se entiende siempre de la mañana... Fuí y esperé su salida por la calle de las Torres, sitio muy del caso para figurar un encuentro fortuito y conferenciar brevemente sobre cualquier asunto o ponernos de acuerdo para fijar el día y hora de bajar al Casino. Generalmente no eran largos mis plantones, porque a tantas cualidades de tacto y agudeza, Eufrasia añadía la preciosa puntualidad. Extrañóme anteayer su tardanza, y ya me cansaba de dar vueltas arriba y abajo, cuando me veo venir, presurosa, por la calle de la Reina, con rumbo hacia mí, a Rafaela Milagro, vestida del trapillo de andar por iglesias, armada de ridículo y de un par de libros devotos. Requiriéndome con mirada expresiva para que a su encuentro avanzara, nos pusimos al habla en la citada calle, después en la de San Jorge, donde de sus labios oí lo que a la letra copio, previa la advertencia de que Rafaela y Eufrasia se comunican y guardan recíprocamente sus secretos con escrupulosa fidelidad:

—Pues no puede venir. Pepe, y por eso vengo yo... Me manda que venga... para decirle que no la espere y contarle lo que ha pasado... ¡Ay hijo!, una zaragata horrorosa..., que, si nos descuidamos, saldrá en los papeles y aumentará el escándalo de esta maldita crisis... Esos señores han faltado, Pepe; se han portado cochinamente, pues harto les consta que si no es por Eufrasia no cogen el Gobierno... Han sido unos puercos... Aguarde que le cuente. Era cosa convenida..., si antes no lo supo, sépalo usted ahora..., que Saturno sería ministro de Gracia y Justicia. ¡Qué más natural! ¡Con lo que él sabe de cosas de clero y curia! Y de que así fué tratado solemnemente puede dar testimonio el señor Cleonard, *Quiroguilla*, Rodón y otros que no nombro. Pues dan la lista a la reina y nos encontramos de ministro de Gracia y Justicia a ese Manresa. Para mí fué como un escopetazo. Eufrasia se voló... Había que oírla. Nos echamos la mantilla, corrimos al convento de Jesús... «Hija, no se ha podido evitar—le dijeron—. El señor Manresa ha sido impuesto por quien puede... Su nombramiento vino de arriba...» Y Eufrasia contestó con salero: «Por eso parece un pájaro que se ha caído del nido... Pues del nido no me caigo yo, y ésta me la pagan...» «Hija, tenga paciencia, otra vez será.» Salimos de allí más furiosas que entramos. Eufrasia mandó recado al padre Fulgencio, llamándole a su casa, y al mediodía..., pim..., el padre... Venía temblando y entró haciendo mil zalamerías... Que lo sentía tanto, que era resolución superior..., que al señor Manresa no se le podían negar condiciones, en fin, que él lo arreglaría esta misma tarde, pues como gran amigo y capellán de Saturno, contaba con él para el Ministerio... El arreglo, Pepe, vea usted lo que era. Parece que ayer el señor Armesto le hacía *fu* a la cartera de Hacienda, abroncado por las perrerías que le dicen los periódicos. Pues si, en efecto, no aceptaba, Hacienda sería para Saturno. Eufrasia, hinchadas las narices y con ese imperio que tiene, le dice: «Váyase usted ahora mismo, y antes de la noche me lo trae arreglado en esa forma. Si así no no lo hace, usted y los demás que nos han dado este bofetón se acordarán de mí.» ¡Ay Dios mío, qué cosas pasan! Pues llega el escolapio al anochecer, sudando como un pollo y con el resuello como el que se está ahogando...

—Y ¿no traía el arreglo?

—¡Qué arreglo ni qué ocho cuartos! Lo que traía era un miedo fenomenal. Verá usted... Que lo sentía muchísimo; que había tenido un gran disgusto; que desde luego contara Saturno con la cartera en la primera crisis parcial; pero que hoy por hoy no podía ser..., porque los de arriba..., siempre los de arriba, habían dispuesto que en caso de no admitir el señor Armesto fuera ministro el señor Maza.

—¿Maza? Por eso anoche se hablaba de un bollero...

—No sé si es o no bollero; lo indudable es que a Saturno le han dado el pastel de gato. ¿Verdad que han sido unos grandísimos puercos? Pues considere usted ahora cómo se pondría nuestra amiga..., usted que la conoce..., cuando el padre vino con aquellas tintinimarras. Tormenta mayor no he visto nunca. Primero se quedó lívida..., yo pensé que le daba algo...; después soltó la risa, una risa sarcástica, como esas de las cómicas en el teatro, cuando fingen que se vuelven locas..., yo creí que enloquecía de verdad...; después se encaró con el escolapio... Cristeta, que también estaba

presente, y yo creímos que le pegaba... A dos dedos estuvieron sus manos de la cara del pobre señor... Y disparándose en gritos. ¡Dios mío, Dios mío, qué cosas salieron por aquella boca!... Cristeta y yo aterradas, Saturno gritándole que callase, y ella, mientras más la amonestaba el marido, más descompuesta y furiosa...

—¿Y el padre?

—De todos colores, mirando por dónde podría escabullirse... Querido Pepe, no me atrevo a repetir los horrores que oímos y que el desventurado don Fulgencio soportó con humildad evangélica... Pero lo más gracioso fué la escena final... Salió escapado el escolapio, corriéndose del gabinete a la sala; pero con el azaramiento de la huída se le olvidó el sombrero de teja: volvía por él... ¿Qué hizo Eufrasia? Agarró el sombrero, que estaba en una silla, y lo tiró en el suelo y bailó sobre él un zapateado, dejándolo como usted puede suponer. Después lo arrojó a los pies del clérigo, diciéndole: «Váyase usted pronto de mi casa, mal caballero y peor sacerdote, y no se le ocurra volver a poner las patas en ella...»

—Y ustedes acudirían a calmarla...

—Calle usted, hijo: tuvimos que acudir a Saturno, que nos dió el gran susto. ¡Vaya un soponcio! A fuerza de refregones logramos volverle en sí; pero luego se nos puso gravemente enfermo, y a medianoche tuvo un vómito de sangre... El pobrecito me parece que no la cuenta... ¡Lo que usted oye!... La leona, que de otra manera no puedo llamarla, está consternadísima... Me dijo: «Rafaela, vete a San José, por la calle de las Torres, y entérale de la situación...» Esta mañana, Saturno ha pedido confesarse.

—Pero ¿tan grave está?

—Y no es para menos, Pepe. A cualquiera le doy yo este desengaño. ¡Pues no estaba poco consentido en que sería ministro! Y sobre el disgusto, el escándalo... El pobrecito ha pedido los Sacramentos... Y aquí me tiene usted con el encargo de buscarle confesor..., porque no hemos de llevarle el suyo, que era el dichoso Fulgencio... Ahora, una vez informado usted de estas trapisondas, entraré en San José, y si no encuentro al padre Morales, iré a Montserrat en busca del padre Claret... Vaya, Pepe, adiós. Le diré que le he visto a usted tan bueno y tan guapo. Dígame, ¿cree que este maldito Ministerio durará mucho?

—Muchísimo: según mis informes, tendrá una vida muy larga..., lo menos de veinticuatro horas.

—¿Es de verdad? ¡Oh, qué noticia le llevo a la pobre Eufrasia! Aunque resulte falsa, se consolará con ella... Adiós, hijo, adiós.

XXX

Página histórica me pareció el verídico cuento traído por Rafaela, y, pensando en él y en la profunda lección que entraña, me fuí a correr por Madrid en busca de las novedades que diera de sí el día, las cuales se me antojó que habían de ser gordas y buenas. No me equivoqué. Menudeaban las dimisiones; los valores públicos, que el viernes coadyuvaron no poco a la rechifla del nuevo Gabinete, bajándose dos enteros, seguirían descendiendo el sábado, según opinión de todos los agentes y bolsistas que encontré por las calles. Engrosaban los grupos. Contáronme los empleados de la Secretaría de Gobernación que *Don Trinidad* no resolvía nada, y asombrado de recibir dimisiones, se pasaba el tiempo enterándose, con infantiles preguntas, de las funciones más elementales de su cargo. En Hacienda supe que había tomado la cartera el señor Armesto, vencidos sus escrúpulos, y en Guerra funcionaba ya el señor Cleonard, determinando... que no podía ni sabía resolver nada. Por la tarde, cruzando Narváez a pie la Puerta del Sol, fué aclamado por la multitud. Así se contó en la redacción de *El Heraldo*. No presencié yo el caso; mis noticias fueron que no hubo aclamación, sino un respetuoso saludar del público y frases de simpatía. Me lo figuro con su andar de gallo arrogante, por entre el g e n t í o, recibiendo las demostraciones afectuosas y contestándolas no más que con un ligero movimiento de cabeza, tieso y avinagrado, que así es Narváez ante las tropas y ante el pueblo.

Por la tarde no falté a su casa, en la calle de Isabel la Católica o de la Inquisición. Entré y salí, con estos o los otros amigos. Se acentuaban los rumores de que volvía *El Espadón*. ¿Pero cuándo? Los más impacientes concedían al nue-

vo Ministerio ocho días de existencia. La generalidad opinaba que se le dejaría vivir un mes, siquiera por decoro de la prerrogativa regia, pues ésta quedará muy malparada si los gobiernos que nombra no hacen más que jurar y dimitir. Podrá su majestad hacer un desatino, mas no es bien que lo confiese, y todo monárquico fiel debe ayudar a la reina al disimulo de sus torpezas políticas. Esto se decía, esto se pensaba. A las cuatro de la tarde supimos unos cuantos, a ciencia cierta, o poco menos, que se planteaba la contracrisis aquella misma noche del sábado... A las cinco repercutían los destemplados acordes de una murga en la calle de Valverde, donde vive el señor Armesto, y una vez que los felicitantes atronaron bien la calle, retirándose mustios y sin blanca, porque el señor ministro no se hallaba en su domicilio, corriéronse con las propias intenciones concertistas a la calle Ancha de Peligros, donde reside, en humilde casa de huéspedes, el señor Manresa, y hasta el oscurecer escuchaban los vecinos el horrible estrépito de clarinetes y trompas. Mientras el Ministerio recibía estas demostraciones, harto equívocas, del entusiasmo popular, corría de mano en mano, por Madrid, un soneto de pie forzado, creación repentina de un ingenio muy chusco. Sólo recuerdo ahora, mientras esto escribo, el primer cuarteto, que dice así:

Temo que el cetro se convierta en bácu-
[lo,
y el Estado, hoy caduco, muera ético,
si otro escolapio en ademán ascético
logra ser del rey cónyuge el oráculo...

No recuerdo bien lo demás. Me procuraré copia de los catorce versos.

A las siete, todo Madrid sabía ya que el Ministerio Cleonard-Manresa, o *Fulgencio-Patrocinio*, que de las dos maneras se decía, apenas nacido estaba dando las boqueadas... Es muy tarde: yo me duermo.

Madrid, 23 de octubre.

Continúo el relato fiel de estos inauditos sucesos, refiriéndome a la tarde del 21, con lo cual pego la hebra en el mismo punto en que la rompí. Pues serían las siete cuando determiné visitar a Eufrasia, compadecido del desdichado don Saturno, y anhelando saber si era su enfermedad tan grave como burlesca fue la sofoquina que la motivó. Lleguéme, pues, a la calle de Fuencarral, frente a la capillita del Arco de Santa María, y subí al principal de la histórica morada que perteneció al duque de Montellano. Al abrirme la puerta, un criado puso en mi conocimiento que el señor se había tranquilizado después de la confesión, que hizo con grandísima piedad a las once de la mañana... Al mediodía se le dió un sopicaldo, que no devolvió, como se temía, y en aquel momento acababa de coger el sueño. La señora y doña Cristeta estaban en la sala con la condesa y otras visitas... Ya me disponía yo a retirarme, informado de lo que quise saber, cuando apareció Cristeta, que, atisbando desde el pasillo, había conocido mi voz.

—Pase, pase, Pepe—me dijo—. Viene usted que ni bajado del cielo para sacarnos de estas dudas. ¿Pero es cierto lo que nos cuenta el amigo Campoy?, ¿que corren rumores..., vamos, que todo se deshace como la sal en el agua?

En la sala encontré a Eufrasia, arrebujada en un luengo manto, pálida y echando lumbre de sus negros ojos; a la veterana beldad, su amiga, cuyo título de condesa o baronesa de no sé qué santo no quiere albergarse en mi memoria; al respetable auditor que fué del ejército carlino y hoy diputado por Vera, don Cristóbal Campoy, acompañado de su señora, y a otra pareja de dama y caballero que no conocí. Brevemente satisfice la curiosidad de todos, dando cuenta de lo que sabía y extendiendo la papeleta de defunción del enteco y llagado Ministerio Cleonard-Patrocinio-Fulgencio.

—De modo—dijo Eufrasia sin reír, más bien lúgubre, como enfermo de fiebre que se ve obligado a romper el silencio—, de modo ¿que ha sido como un relámpago?... Bien se le puede llamar *el Ministerio relámpago.*

Ved aquí el origen de una denominación que aquella noche y al siguiente día cundió con asombrosa rapidez, y de ella se apoderaron todas las bocas de Madrid. Renegando de una criatura en cuyo engendro había tenido eficaz participación, Eufrasia le administró el agua de socorro, dándole apropiado nombre, y diciendo al verle expirar:

—Es un fenómeno. No poda vivir. *Relámpagos* al cielo.

Celebraron los visitantes la ocurrencia del nombre y, hallándose a medio despejar la sala, llevóme la moruna al gabinete próximo, donde, a solas, pudimos hablar un instante. La pulsé: su piel abrasaba. Dióme rápida noticia de su dolencia: sentíase febril en grado sumo, mas el desasosiego nervioso no le consentía permanecer acostada. Todo su anhelo era ver gente, oír noticias, enterarse del espantoso ridículo de los ministros nuevos, y sólo así se calmaba la sed de su espíritu, ávido de venganza.

—Siéntate un rato y cuéntame, cuéntame... Ante todo: ¿conoces el soneto? Esta tarde me lo trajo Navarrete. Es graciosísimo... ¡Ah!, entre las burbujas del chiste palpitan verdades históricas que, andando el tiempo, darán mucho que hablar. Se me ha grabado en el pensamiento el segundo cuarteto, que dice:

Venero a Dios, venero al Tabernáculo,
mas no a hipócrita sor, que con emético
llagas remeda a cuyo humor herpético
fué quizá el torpe vicio receptáculo.

—Sigue, acaba..., he olvidado los tercetos.

—Yo también. Lo recordaba todo; pero..., no sé..., la fiebre me ha borrado de la memoria el final... Dejemos el soneto. Cuéntame, cuéntame...

Lo que yo pudiera contarle, al dominio público pertenecía ya. Mayor interés había de tener lo que ella, como partícipe más o menos esencial en la conspiración, podía traer al acervo de la Historia o a los archivos anecdóticos, que guardan quizá la más interesante documentación de los pueblos. A esto me dijo:

—Desengañada y herida, me revuelvo como mujer contra los que me han traído a esta ridícula situación... Ellos, con apariencia de hombres, se asemejan a nosotras por la viveza de sus odios ocultos, por el delirio de sus ambiciones disimuladas y por el arte de fraguar en la oscuridad las intrigas... Todos somos *unas*... La amargura de mi desengaño se me ha derramado por todo el cuerpo y el alma, y no me consuelo más que con la idea de abandonar lo que fué mi partido y pasarme con armas y bagajes al que quise combatir. Esto es de mujer, y yo soy mujer entera, sin mezcla, de una pieza en mis odios como en mis cariños. No sé si cuando vengan las represalias de Narváez, que las gasta pesadas, me tocará alguna china. Si así fuere, me pongo en tus manos para que me evites cualquier molestia...

Sin temor de prometer lo que no podría cumplir, la tranquilicé sobre este punto, dándole seguridades categóricas de que su nombre no figurará para nada, en caso de formación de procesos. Y ella prosiguió:

—Así lo harás. Pero, y yo te lo agradeceré en el alma... Ahora no estoy para largas conversaciones, porque el hablar mucho y vivo me pone los nervios como cuerdas de violín. Ni podemos entretenernos demasiado, porque vendrán más visitas, y yo tengo que recibirlas o retirarme. Una sola cosa te diré esta noche para que los vencedores la tengan en cuenta, y es... que me gustaría ver que sentaban la mano de firme.

—La sentarán..., y duro; todo lo que se pueda, sin herir en las partes más vivas de la nación, naturalmente.

—¡Ay, ay, ay!, Pepe. No harán nada, no perseguirán a nadie.

—¿Lo crees tú?... Así será, cuando lo asegura la que podría ser historiadora de esta intriga si quisiera.

—¡Historiadora yo!—dijo tristemente, sin poder atajar su locuacidad—. ¡Quién pudiera serlo! Si piensas que yo conozco la conspiración y sus resortes estás equivocado. Conozco algo; pero los móviles hondos, que determinan hechos positivos, han sido y son un misterio para mí... Y vas a ver el misterio más impenetrable, Pepe. Pon toda tu atención en esto: la reina se resistió una vez y otra al cambio de Ministerio que le proponía el rey. No tragaba a Cleonard ni a sus cofrades, ni aun envueltos en la confitura religiosa. Y era tal su resistencia, que perdimos toda esperanza. ¿Cómo es que de la noche a la mañana consiente la niña en despedir a Narváez de mala manera?... Fíjate en esto, Pepe... Y ¿cómo es que a su consentimiento acompañan lloros y suspiros?

—Los lloriqueos parecen indicar que no está contenta con lo que hace.

—O que forzada se ve a determinar lo que no quiere. Yo, que algo entiendo de cosas palatinas, no me explico este cambio más que por el miedo. Y ¿cómo han logrado infundirle ese pánico que la pone atadita de pies y manos a merced de los intrigantes? Voy a decírtelo, y

perdóneme Dios esta sospecha, esta... inspiración. Para mí, se apoderaron de un secreto de la reina, y con ese secreto, cogido como un puñal, la han amenazado, le han dicho: «O eres nuestra o mueres.»

—¿Creerás que entre los infinitos disparates que corren en bocas de la gente no ha faltado ése?

—Y vosotros, los sensatos, los que todo lo veis recortado y medidito, habréis creído que esos disparates son obra de imaginaciones locas, y un plagio de los melodramas tremebundos, traducidos del francés.

—Yo ni afirmo ni niego... En eso, como en todo, el misterio existe; pero ¿quién es el guapo que lo descifra?

—El guapo, la guapa, sería yo, si me dejaran, si me dieran medios de indagación.

—Aun con tales medios no te lanzarías a poner tu mano en lo más delicado del asunto.

—Ya... tú eres de los que creen que esos misterios son como los del dogma... Se les mira de lejos, se les adora, y es locura intentar comprenderlos y desentrañarlos.

Tan exaltada la vi, que para sosegarla hube de emplear este razonamiento:

—Pero dime una cosa, Eufrasia, y apelo a tu conciencia: antes de que esos pícaros le birlaran a tu marido la cartera prometida, ¿pensabas eso mismo?

—No; entonces no pensaba nada malo de los que eran mis amigos. Todo me parecía bien. Te abro mi conciencia: estos horrores los he pensado después, cuando he sido chasqueada vilmente.

—No estás serena. ¿Cómo has de juzgar la maldad de otros no estando tú libre de maldad?... Pero, sea lo que quiera, y dejando a un lado tu conciencia, respóndeme: la captación infame del secreto, ¿a quién la atribuyes? Tu lógica infernal..., seguimos en el melodrama..., tu lógica, como aguja imantada por los demonios, ¿señala un punto fijo? ¿Es Fulgencio, es la monja?

—No: no puedo fijarme en nadie, y ahora que tengo conciencia, menos. La iniciativa puede haber sido de ésos, no lo sé: la ejecución ha sido de otros. ¿Quién..., quiénes? Cualquiera lo sabe. Cristeta, que ha vivido largo tiempo en Palacio, dice que aquello es un mundo, un mar, un convento... ¡Ya ves si será difícil!... En fin, Pepe, tú, que tan en gracia le has caído a Narváez, puedes decirle que no se entretenga en cazar moscas, esto es, en prender Manresas, Armestos y Balboas, pobres títeres que no valen el hilo que los mueve...

Con arrogante voz y ademán, en pie, actuando de ideal dictadora, completó así su pensamiento:

—Que prendan a Fulgencio y le registre bien la celda..., que prendan a la monja y la registren..., sin respetar ni celda, ni ropas, ni relicarios, ni altaritos, ni llagas...

—Con todo eso, amiga mía, más fácil será encontrar una aguja en un pajar que la verdad en un monasterio...

—Que prendan a Rodón, secretario del rey...

—¿No será más culpable su gentilhombre, el hermano de la monja?

—Quiroga, que no tiene más ambición que la de las cruces y cintajos, no es hombre de travesura... Pero nada se pierde con ponerlo a la sombra... El primero a quien deben echar mano es a un señor Taja, administrador de las huertas y lavaderos del Príncipe Pío, posesión real cedida en usufructo al infante don Francisco.

—¿Has dicho Taja? ¿No faltará a ese apellido la primera sílaba? ¿No es Re-Taja, Mor-Taja?

—No... Taja no más. Y para que la redada sea completa, caigan también el hermano de ese señor y su mujer, ujier él, si no estoy equivocada, azafata ella: viven en los altos de Palacio.

—Esos nombres, esos Tajas masculínos y femeninos—dije yo redoblando la atención que en la dictadora ponía—no son desconocidos para mí: en mi mente están, días ha, relacionados con otro asunto, que no pertenece a la Historia de España; aunque sí, puede que sea de lo más nacional, de lo más histórico... Dime: ¿no es criado o subalterno de ese Taja que sirve al infante un viejo llamado Ansúrez, de aspecto noble...?

—No sé su nombre; pero he visto al anciano gallardo de barba blanca y figura señoril. Dos veces me ha traído cartas del Taja, y por conducto de él he mandado la contestación.

—Y ¿tú sabes..., haz memoria, rebaña bien en tus recuerdos..., sabes algo de una hija de ese viejo noble, guapísima, de extraordinaria belleza?

—Algo de una moza muy linda oí... ¿a quién?..., a Fulgencio..., quizá al propio Taja...; pero no puedo asegurarlo. Novicia fué, según creo, antes de servir a los Tajas... O me engaño mucho, o algo me dijeron de que por segunda vez volvió al convento... ¿Sabes quién puede darte noticia de esa familia de padres nobles barbudos y de hijas como estatuas? Pues tu hermana Catalina.

—Y ¿dónde está mi hermana Catalina?

—No sé; si estuviese en Madrid, ella sería, y no te ofendas, una de las primeras que yo señalaría a los corchetes del señor Zaragoza...

—¿Estás loca?... ¡Mi hermana!

—Sí, sí; no me vuelvo atrás de lo dicho... Si te asustas de oírme, culpa a mi calentura, que con el mucho hablar se me enciende más y acaba por trastornarme.

—Y a mí. Me has pegado tu fiebre.

—Pues vete... Yo estoy atroz..., los dos deliramos. Empiezo a ver visiones.

—Yo también... Veo la historia interna de los pueblos, la historia verdad, representada en una mujer vestida de ninfa, de diosa..., no diré que sucia, sino empolvada de andar por estos caminos de la vida española: secos, tortuosos, ásperos...

—Pepe mío, si has de ponerte malito, vete a tu casa, que bastantes enfermos tengo yo en la mía.

—Sí, me voy... Adiós..., duerme...

—Adiós... No olvides mi encargo. Prender, registrar bien...

Salí; hasta que pude respirar el aire fresco, calle adelante, no me sentí sereno, en disposición de apreciar las cosas en su sentido y aspecto real. «Taja, Taja, Taja.» Esto repetía yo, y las dos sílabas pronunciadas por mi boca me sonaban como un idioma de salvajes... Ya veía más claro en el asunto que periódicamente me enfermaba con penosísimas efusiones... Ya la fugitiva imagen de Illipulicia no burlaba mi persecución; ni le valdrían sus disfraces, manola gallarda o frasciscana monja, para perderse en las tinieblas. Cerca venía ya, y con ella se juntaba, sin confundirse, otra ideal figura, la majestuosa y gentil reina, próvida de todos sus tesoros, enamorada del bien y de su pueblo... Las dos andaban hacia mí, sin que yo pudiera decir cuál venía delante y cuál detrás, cuál de las dos guiaba y cuál se dejaba conducir.

Deliré aquella noche..., así me lo dijo mi mujer... Pero antes que os hable de mi delirio, dejadme que acabe el cuento histórico.

XXXI

Si recibió la vida el *Gabinete relámpago* en la Cámara del rey, el golpe de muerte se lo dió María Cristina en su propio palacio, donde tuvo con Isabel II una larga encerrona. ¿Qué le diría? Lo adivino. El meollo del extenso sermón de la reina madre no pudo ser más que éste:

—Hija querida, se puede hacer todo..., todo precisamente no, pero bastante sí; se puede hacer mucho. Lo que no puede de ningún modo hacerse es lo que has hecho.

Grabadas en mi mente la mirada y la sonrisa, el rostro hechicero de su majestad; grabado también en mí su pensamiento por la honda estampación de sus facciones; metido su carácter dentro de mi ser, y sintiendo lo que ella siente, expresaré la idea de que Isabel II, sin conocimiento del régimen, que nadie le ha enseñado; sin conocimiento del pueblo que rige, más que por las vagas impresiones que llegan hasta ella, hizo lo que hizo movida del miedo y sabiendo que hacía un disparate. La calidad, la intensidad de aquel miedo es lo que no llego a penetrar todavía; pero he de poder poco o yo conoceré ese estímulo de las regias acciones... La madre ha debido decirle:

—¿Por qué antes de cometer esa barbaridad no hablaste conmigo y con el mismo Narváez? Entre los dos habríamos hallado un medio de sacarte del conflicto...

Seguramente Isabel, más fuerte en el sentir que en el razonar, no responde a su madre, y con infantil silencio, los ojos bajos, da a entender que reconoce su error y espera un buen consejo para enmendarlo. La madre (hablo como si lo oyera) le dice:

—Hija mía, a grandes males, grandes remedios. Faltas nacidas de inmensas tonterías son más difíciles de corregir que las que nacen de un error del entendimiento. Pero hay que hacer frente a ellas y corregirlas sin reparar en sacrificios del amor propio y aun de la mis-

ma dignidad. Hasta la dignidad debe ponerse a un ladito para componer estas roturas... Fuera miedo; vete pronto a Palacio; llamas a Narváez y le encargas de formar el Ministerio lo mismo que estaba, o como él quiera. Por hacer un poco de papelón, él se negará..., se pondrá unos moños de este tamaño... Te dirá que el poder le fatiga... ¡y sin el poder no puede vivir!; te dirá que llames a otros *hombres;* que él no tiene inconveniente en apoyar a esos *hombres* por servirte..., ¡y lo que hará es rabiar como un perro si llamas a otros! No; por hoy no hay aquí más *hombres* que él y su cuadrilla... Más adelante se verá... Tú no hagas caso de los escrúpulos que ha de sacar: son fingidos y mentirosos... Hará la comedia de despreciar lo que más desea. Tú te aguantas, insistes, haciéndole creer que le tienes por necesario..., y nada. Verás cómo Narváez te desenreda esta gran madeja que has enredado tú... Animo, hija mía, y a Palacio... Yo iré contigo y estaré al cuidado de ti, no sea que desbarres otra vez...

Los que, agazapados en la Mayordomía mayor, vimos a Narváez entrar en Palacio, no dudábamos de que saldría presidente del Consejo, por más que la conferencia con Isabel, larga como la Cuaresma, pudo despertar en los más impacientes algún recelo. A las diez llegó Sartorius, llamado para el refrendo, llevando de secretario particular a mi hermano Agustín, y poco después vimos pasar la desconsolada figura del conde de Cleonard. Explicónos mi hermano la tramitación que había de llevar a la *Gaceta,* las formas legales e históricas. Cleonard daría la estocada a su propio ministro de la Gobernación, don Trinidad Balboa; entregaría después los trastos al conde de San Luis, y éste, con la simple puntilla, remataba prontamente a todo el intruso, llagado y relampagueante Ministerio, restablecida la íntegra cuadrilla del *diestro* de Loja. Lo que no nos contó Agustín, que no pudo presenciarlo, y sí el gentilhombre, marqués de Torralba, testigo de la escena, fué la cruel expresión que Narváez, rara vez comedido en la victoria, arrojó a la cara del vencido don Serafín María de Matta, conde de Cleonard, cuando éste se retiraba de la cámara regia:

—Ahora, váyase usted a descansar de sus fatigas.

No eran flojas las que debió pasar el hombre, llevado a tales trotes por monjas y clérigos, él, maduro ya, militar de valía más distinguido en la técnica que en guerreras campañas, persona, en fin, merecedora de respeto.

Todo quedó, pues, enmendado en la noche del 20 al 21, y al feísimo desperfecto político se le puso un parche, o se le echó un zurcido, para que los tiempos futuros no lo conozcan; intento inútil; pues aunque buena zurcidora es la reina Cristina y no tiene Narváez malas agujas, entre todos no han podido disimular el desgarrón ni esconder sus hilachas... No eran aún las doce cuando me fuí a la Presidencia, donde Narváez recibía plácemes por su nuevo triunfo, y humaradas de incienso de los aduladores, que en aquella dichosa ocasión horrorosamente se multiplicaban. El presidente, Sartorius y don José Zaragoza estaban encerrados. Por mi hermano supe que serían reducidas a prisión aquella misma noche las siguientes personas: sor Patrocinio, el padre Fulgencio, el señor Rodón, secretario del rey; el señor Quiroga y otros, y que se efectuarían no pocos registros domiciliarios en casas muy principales. Impaciente por hablar con mi don Ramón, busqué y hallé un medio de romper la consigna, llegando adonde los ejecutores de la ley estaban con las manos en la masa, ávidos de castigo, de venganza, de sentar en los huesos de todo culpable, o que lo pareciera, los nudos más duros del garrote de la autoridad. De la mente de Narváez salía centelleando el famoso *Principio;* con ráfagas de él forjaba San Luis los rayos, y Zaragoza, juntándolos en haces y probándoles las puntas, se relamía de gusto y pedía más, siempre más...

Con palabra rápida y festiva conté al *Espadón* el saladísimo chasco de don Saturno y el trágico furor de mi amiga, la rociada de improperios con que obsequió al escolapio, y por fin, el donoso zapateado que bailó sobre el sombrero de teja. Las carcajadas del general retumbaron con tal estruendo que creí oírlas repetidas por todo el edificio, y si no se echó a reír también la cercana Cibeles, poco debió faltarle. Puesto a referir, le informé del arrepentimiento de la moruna, del ardor vengativo con que viene a nuestro partido, y de sus opiniones acerca del oscuro resorte empleado para

vencer y anonadar la entereza de la reina. Si todo lo oyó Narváez con regocijo, esta última referencia le movió a fruncir el ceño y a soltar de sus ojos una centella de ira, que me hizo temblar. Sobre cuanto dije hizo observaciones muy vivas; mas sobre aquello puso la losa de su silencio, y sobre la losa trazó un rayo...

—Amigo Zaragoza—dijo Narváez, transmitiendo al jefe político las ideas que le sugerí tocantes a prisiones—. Agregue usted a la lista esos Tajas..., el que administra la posesión del Príncipe Pío...

—Ya está—replicó Zaragoza—; pero se trata de otros Tajas, de un matrimonio que vive en Palacio... ¿No es eso?

—Justamente... Y no estará de más, don José—indiqué yo—, que sea buscado, cogido, interrogado, un tal Jerónimo Ansúrez, viejo de aspecto noble, que tiene una hija muy guapa...

—Este *pollo*—dijo don Ramón con salero—quiere que la Policía se ponga al servicio de sus galanteos, y que le haga una leva de todas las mozas de buen trapío.

Apuntados los Tajas y los Ansúrez por la mano del jefe político, que rasgaba el delicado papel añadiendo nombres a la preciosa lista, volvió el general al recuerdo de Eufrasia y de su furibundo rompimiento con los del *Relámpago*.

—Esa diabla no será molestada en lo más mínimo—me dijo—. No me pesa tenerla por aliada, pues es más viva que la pólvora... Y del título, ¿qué?... Por mi parte, pasado algún tiempo, no habrá inconveniente en concedérselo.

A mi casa me fuí caviloso y con fiebre, que, sin duda, me había comunicado la morisca, y mi mujer me encontró mal, tan mal como en la famosa noche del encuentro de Lucila en San Ginés. Dormí con frecuentes intervalos de insomnio angustioso, y no sé si deliraba más dormido que despierto. Respetando mi turbación en los ratos de desvelo, María Ignacia no me interrogaba; pero viéndola yo, al apuntar el día, dar vueltas junto a mí con maternal cariño, más atento a mi sosiego que al suyo, la llamé a mi lado y le dije:

—No es nada, chiquilla: es eso que padezco, la efusión de lo ideal..., y todo proviene de que hay un arte que yo debí cultivar y no cultivo...

—El arte que echas de menos será el estudio de lenguas antiguas o salvajes, porque toda la noche has estado conjugando los verbos caribes, que dicen: *Taja, tajà, taja.*

—No, mujer. No pienso yo en lenguas sabias; ni el arte mío perdido es la escultura, ni la música, ni la poesía: es la historia interna y viva de los pueblos... Esa historia no puedo escribirla... Para conceder sus elementos necesito vivirla, ¿entiendes? Vivirla en el pueblo y junto al Trono mismo. Y ¿cómo he de estudiar yo la palpitación nacional en esos dos extremos que abarcan toda la vida de una raza?... ¿No ves que es imposible? El ideal de esa historia me fascina, me atrae..., pero ¿cómo apoderarme de él? Por eso estoy enfermo: mi mal es la perfecta conciencia de una misión, llámala aptitud, que no puedo cumplir...

Tuve bastante tino para contenerme y callar en el momento de sentir el chispazo de una idea que podría lastimarla. La idea era ésta: El hombre que no lucha por ideal, el hombre a quien le dan todo hecho, en la flor de los años, y que se encuentra en plena posesión de los goces materiales sin haberlos conquistado por sí, es hombre perdido, es hombre muerto, inútil para todo fin grande. Callé. Ignacia me dijo:

—Pues todo eso de la historia interna, de arriba y de abajo, lo vamos conociendo sin andar a vueltas con ideales y fantasías. Nos basta con tener oídos y ojos.

—¿Qué has de ver ni oír tú, pobrecilla, ni yo, ni nadie?... ¡El vivir del pueblo, el vivir de los reyes! ¿Quién lo ha podido penetrar y menos escribir?

—Pues bien al tanto estamos de lo que pasa estos días. ¿Qué ha sido ello? Que nuestra simpática reina, engañada por esos señores que venían a casa, y por otros, quiso cambiar de Gobierno. Luego llegó la madre y le dijo: «Isabel, eso está mal hecho.» La pobrecita no sabe todavía el oficio; pero ya lo irá aprendiendo... En fin, que ello ha tenido un buen arreglo, como en las comedias.

—Me confirmo en que sólo conoces la superficial apariencia, la vestidura de las cosas. Debajo está el ser vivo, que ni tú ni yo conocemos. Es lo histórico inédito, que dejaría de serlo si yo pudiera cultivar mi arte.

—¡Qué tonto! No hay más que lo que se ve. ¿Qué hablas ahí del fondo de las cosas y de seres vivos que se ocultan?

Todo se reduce a que esos caballeros querían mandar, disponer de los destinos públicos para sus paniaguados, y no pudieron valerse de otro resorte que el que les dió la influencia del rey.

—Si lo sucedido fuese tan vulgar, no valdría la pena de contarlo. Hay algo más.

—Hay, ya lo sé, que estos tales son los carlistas derrotados, el eterno pretendiente absolutista, que no ceja. Lo desarman en los campos de batalla, y acá se viene y trata de infiltrarse... Lo que no consiguió con la guerra lo intenta con el milagro. Ya ves: ha empezado por procurarse una monja con llagas... ¡Vaya una porquería!

—Y ¿por qué tiene poder esa monja?

—Porque es una embaucadora lista, y hace creer a muchos, mentira parece, que está inspirada por Dios.

—Si hace creer eso, no es una mujer adocenada.

—Tienes razón: vulgar no es. Talento muy sutil se necesita, y un gran saber de cosas místicas, para engañar con su falsa santidad al rey y a la reina... Y yo digo: ¿me engañaría también a mí si se lo propusiera? Me da miedo pensarlo... No, no, a mí no me engañaba. Aunque parezco tonta no lo soy; ¿verdad, Pepe? En esta cabeza mía no entran tales paparruchas. ¡Ay Virgen del Carmen, si me oyeran mis padres y mis tías!...

—Tus tías y tus padres viven de ficciones; tú, si no posees la verdad, la vislumbras, ves el camino por donde a ella se va...

—Veo que los caminos de esa gente codiciosa y milagrera no son los de Dios.

Al oír estas ualabras de mi mujer, vinieron a mi memoria (¡oh misterioso contacto de las ideas en nuestra mente!) los dos tercetos del soneto que corría por Madrid, y con cierto júbilo hube de recitarlos:

¿Cuestión de religión lo que es de clínica?
¿Y darnos leyes desde el torno? ¡Cáscaras!
Esto no se tolera ni en el Bósforo.

Mas si la farsa demasiado cínica
se repite, caerán todas las máscaras,
y arderá España entera como un fósforo.

—Cálmate, Pepe, y suprime por ahora los versos—me dijo María Ignacia, arropándome cariñosa—. Tienes fiebre.

XXXII

24 de octubre.

Muy tarde me levanté el 21, y antes de salir de casa me informaron de que el Gobierno funcionaba con perfecta regularidad y de que se habían efectuado las prisiones. A Balboa le mandaban a Ceuta, en posta; al secretario del rey le despachaban para Oviedo; a Quiroga, para Ronda. El efímero presidente del Consejo no había sido preso, pero sí separado de la Dirección del Colegio Superior Militar. Los cuitados Manresa y Armesto padecieron tan sólo el sustillo de una detención, después de la cual se les mandó a casa... Del padre Fulgencio supe que se le había llevado al Gobierno civil, mientras la Policía registraba minuciosamente la celda. Luego me enteré de que se le encontró un cajoncito con bastante dinero en oro y billetes de Banco y un retrato suyo vestido *mismamente* de obispo, con báculo mitral y pectoral, en actitud de dar la bendición. El revoltoso clérigo se daba el solitario gusto de anticipar, por medio de una mala pintura, su elevación al episcopado, que era el ensueño de su vida y la meta de sus ambiciones. Se decía que le mandaban a la casa que los escolapios tienen en Archidona.

Si en estos escarmientos iban de prisa las autoridades, aún no habían podido poner la mano sobre la venerada y llagada monja, por estar metida en clausura. Narváez, que tan valiente parece, y realmente lo es frente a los demagogos, progresistas, radicales y conspiradores del estado laico, anda con pies de plomo allí donde puede tropezar con el fuero de la Iglesia. Su famoso principio de autoridad, fulminante espada contra los perturbadores del orden en las calles o en la tribuna, se convierte en caña frente a la oscura facción fortificada en conventos, sacristías o beatorios... Más fácil era, pues, tomar las formidables alturas de Arlabán que forzar los enmohecidos cerrojos del claustro de Jesús. Puedo dar fe, por haberlo presenciado, de la confusión y rabia de don José Zaragoza, que por temperamento habría cumplimentado en un santiamén las órdenes de apoderarse de la monja, y por disciplina no podía salirse del estrecho camino de la

legalidad eclesiástica. El hombre bufaba..., era un gato a quien se ordenaba que se pusiese guantes para cazar el ratón... Sartorius, aún más que Narváez, quería que, tratándose de contener y escarmentar a personas religiosas, se procediera con la corrección más exquisita. Los que en todas sus campañas por el orden eran incorrectos, autoritarios y no reconocían obstáculo ni miramiento, en aquella empresa contra sus mayores enemigos procedían con tanta parsimonia como delicadeza, de lo que resultaba que el gran principio era burlado y escarnecido por los delincuentes, y éstos, a la postre, resultaban los verdaderos poseedores de la autoridad.

Acordado el destierro de Patrocinio, no era dable llegar hasta ella sin que el ordinario permitiera la violación de clausura, y el ordinario no podía disponerlo sin previo consentimiento del vicario de la Orden. He aquí, pues, a mi jefe político mordiendo los guantes que aprisionaban sus rapantes uñas y corriendo a contarle sus cuitas a don Ramón, que soltaba todos los registros de su cólera blasfemante, sin resolverse a embestir como de ordinario suele. Ante la majestad religiosa, la de la ley se achicaba y sucumbía. Desesperado, y reconociendo su impotencia, el *Espadón* clamaba:

—Tráiganme todos los ejércitos carlistas y me batiré con ellos; pero no me pongan frente a monjas protegidas por vicarios.

En suma, no era ni *buey* ni *liberal*, y por no determinarse a ser ambas cosas, o siquiera una, ha dejado tan incompleto y deslucido su papel histórico.

Mientras esto se resolvía, en el transcurso de las horas del 21, me fuí en busca de mi buen *Gambito*, el pobre de San Ginés, y le encontré, sí, pero con tal turbación en la descompuesta máquina de sus nervios, y tan avanzado en su tartamudez, que me vi negro para comprender lo que decirme quería:

—Ñor, Cigüela... vento... sus... llagas.

Me determino a traducir que Lucila está en el convento de Jesús; pero no sé si debo creer que también tiene llagas o que, simplemente, está donde las hay para edificación de los creyentes. *Gambito* vuelve a tomar la palabra, o el tartamudeo, y continúa esclareciendo mis dudas o aumentando mi turbación:

—Santismas llagas, ñor... Güela convento... Sor y sores... Taja, preso...

Si de esta horrible jerga sale una verdad, la presencia de Illipulicia en el claustro de Jesús, no he perdido el tiempo, ni es tan imperfecto el órgano de información que en mi provecho explora lo desconocido...

Por la tarde hablé con Zaragoza, que ya parecía loco de la contrariedad que le causaba su infructuosa cacería monjil. Narváez, a quien vi después, ponía el grito en el cielo, descargando su verbosidad injuriosa sobre toda la Corte celestial. Avanzaba ya la noche, se obtuvo el consentimiento del vicario; pero... A cada paso, por tan escabrosa senda, tropezaban los aburridos gobernantes con una nueva dificultad. Exigía el vicario que se le presentase una orden del nuncio... Ved al pobre Zaragoza camino de la Nunciatura, con medio palmo de lengua fuera. Ya Narváez, en el paroxismo de la rabia, hablaba de fusilar al primer magnate religioso que se le pusiera por delante. Bien sabían ellos que el *Espadón* no haría nada... Dejaría de ser poder si lo hiciese... Por fin, trajo Zaragoza el consentimiento del nuncio; pero...

Pero no haría nada mientras el señor ministro de Gracia y Justicia no le dirigiese una comunicación exponiendo los motivos en que se fundaba el Gobierno para quebrantar la clausura... Narváez alcanzó el techo con las manos, y se desahogó en sucias imprecaciones, no sólo contra el nuncio, sino contra la madre de tan venerable señor, contra el padre, los abuelos y toda la familia... Ya iba comprendiendo que su autoridad en aquel caso era irrisoria y que las limitaciones del poder que representaba ponían a éste bajo las sandalias de poderes más altos. No hubo más remedio que correr al domicilio de Arrazola, sacarle del lecho y hacerle extender, de prisa y corriendo, la comunicación que había de ser llave de la voluntad de monseñor Brunelli para que éste abriese la del vicario y el vicario la del ordinario y éste descorriera sin violencia los claustrales cerrojos.

A la madrugada del 22, toda la tramitación jurídicoeclesiástica parecía terminada, y Zaragoza fué al convento decidido a romper las puertas si se le oponían nuevos obstáculos. Pedíle permiso para acompañarle, disfrazado de corchete, en la interesantísima diligencia que

a efectuar iba y me dijo que no necesitaba ningún disfraz ni disimulo de mi persona; que bien podía ir en su compañía como empleado de la Jefatura, y que si era mi deseo sacar del convento monja o novicia, podía sin temor hacerlo, pues ya le tenían tan frita la sangre las señoras franciscanas que se permitiría la venganza de no mirar por ellas si *tocaban a violar* o si alguien promovía la desbandada del místico rebaño. En la plazuela de Jesús había gran gentío esperando la función sabrosa y gratuita: hombres de ideas exaltadas, restos de los disueltos clubs, manolas y *mozos crúos*, el público de las ejecuciones de pena de muerte y de todo espectáculo callejero. Supimos que antes de llegar el jefe político no faltó quien propusiera quemar el monasterio: corría entre la multitud el noticion de que Patrocinio había intentado envenenar a la reina con unas rosquillas, y en este y el otro grupo se repetían los versos:

¿Cuestión de religión lo que es de clínica?
¿Y darnos leyes desde el torno? ¡Cáscaras!

Media hora larga transcurrió antes de que se nos franqueara la puerta mayor del convento de Jesús. Un clérigo casi enano entraba y salía, y habría estado saliendo y entrando hasta el amanecer si Zaragoza no pronunciara, como pronunció, y con toda energía, la última palabra de la tramitación y de los pretextos y largas para ganar tiempo. Penetramos, al fin; Zaragoza, bufando; yo, con una emoción que fué de las más intensas que he sentido en mi vida... Pasamos a un ancho recinto donde estaba el torno. A la voz de trueno del jefe político abrióse otra puerta, cuyos goznes gimieron; a lo largo de un oscuro pasadizo llegamos al claustro, donde vimos a toda la comunidad en fila, alumbrada por faroles que tenían unas monjas, por cirios en manos de otras. Era un hermoso cuadro de ópera seria, extremadamente seria. No faltaba más que el canto. Dijo la primera palabra Zaragoza, con voz que empezó un tanto brusca y acabó por ser comedida... Siguió un corto silencio, durante el cual busqué con ansiosa mirada la imagen de Lucila entre los fantasmas de azul y blanco que componían el coro. No la vi; volví a recorrer de un extremo a otra la fila, mas no había claridad suficiente para el examen de tantos rostros, y alguno de éstos, situados en último término, ocultaba sus facciones en la penumbra. La que claramente vi, por ser la que más descollaba, fué la famosa Patrocinio, cuyo semblante iluminaban los cirios próximos. Era de extraordinaria blancura, y afectaba o tenía serenidad grande. En verdad que la monja de las llagas me pareció hermosa, y su grave continente, su mirar penetrante y la tenue sonrisa plácida con que acentuaba la mirada, eran el exterior emblema de un soberano poder político y social. Sus manos, con guantes blanquísimos, parecían de mármol; en ellas sostenía una imagen pequeña, la Virgen del Olvido, como ofreciéndola en adoración a los que profanábamos la santa casa.

Oí la voz de Zaragoza, dirigiéndose a la sor con gran mesura; mas sin atender a lo que decía, eché mis ojos a lo largo de la fila buscando lo que más me interesaba, y en esto vi al extremo izquierdo unos ojos negros que me turbaron y estremecieron. No me miraban a mí, sino a la llagada monja, con supremo interés fraternal. Era mi hermana Catalina... En contestación a lo que Zaragoza le dijo, la de las llagas pronunció alguna frase mística, que no entendí: tanta unción y misterio quiso poner en ella. Sí, en efecto, era una embaucadora, prodigioso arte desplegaba para el dominio de los que caían bajo su mano milagrera... Busqué de nuevo a mi hermana, y la vi andar con lento paso hacia el centro de lo que llamo coro, por delante de la primera fila de religiosas. Sor Patrocinio, que a cada instante descollaba más por su estupenda blancura, por su serenidad y el perfecto histrionismo de sus actitudes hieráticas, dió un paso hacia mi hermana, diciéndole:

—Hija mía, salgamos.

Acudieron a besarle las enguantadas manos todas las monjas, y en este desfile pude examinarlas a gusto, rostro por rostro, sin que ninguno se me escapara. No vi a Lucila: alguna vi que podía ser ella desfigurada de cara y talle por el hábito y la toca; mas no era fácil comprobarlo... Miré de nuevo... No la vi; no estaba; casi, casi tenía de ello completa certidumbre. Mi hermana pasó

muy cerca de mí, sin verme: no concedía el don de su mirada a ninguno de los que presenciábamos el acto. Salieron las dos, y Zaragoza, que iba detrás, me cogió de un brazo para llevarme consigo, lo que sentí mucho, porque me habría gustado quedarme un poco más apurando mi examen de monjiles rostros. Salimos. Vi que Patrocinio y mi hermana entraron en un coche de posta que aguardaba en la calle; que tras ellas entraba también un clérigo, al cual yo no había visto hasta aquel instante, y tras el clérigo un seglar, que era, sin duda, delegado de Policía. El coche partió por la calle del Fúcar. Luego supe que las dos monjas, con su Virgen del Olvido, iban camino de Badajoz.

Entre la satisfacción y el desconsuelo se compartía mi alma. Si había yo visto un hermoso cuadro de la vida española, faltábame ver el corazón y la interna fibra de aquel extraño asunto.

—¡Y pensar—me dijo Zaragoza sombrío, cuando nos retirábamos—, pensar que ni con estos rigores, ni con todos los de la Inquisición, si los empleáramos, llegaríamos a conocer la verdad!..., quiero decir, el resorte principal, el nervio de este negocio.

Callé meditabundo. Sin saber de dónde venían, yo sentía esperanzas que aleteaban cerca de mí. La verdad estaba próxima: yo la descubriría pronto, yo encontraría la representación viva del alma española. Lucila se acercaba.

—No ceso de pensar en esa verdad que se nos oculta—me dijo Zaragoza.

Y yo a él:

—Pienso en lo mismo, don José... Y espero llegar a ella, descubrirla, dominarla, poseerla...

Amanecía.

Santander (San Quintín),
julio-agosto de 1902.

FIN DE
«NARVÁEZ»

LOS DUENDES DE LA CAMARILLA

I

Medio siglo era por filo..., poco menos. Corría noviembre de 1850. Lugar de referencia: Madrid, en una de sus más pobres y feas calles, la llamada de Rodas, que sube y baja entre Embajadores y el Rastro.

La mañana había sido glacial, destemplada y brumosa la tarde; entró la noche con tinieblas y lluvia, un gotear lento, menudo, sin tregua, como el llanto de las aflicciones que no tienen ni esperanza remota de consuelo. A las diez, la embocadura de la calle de Rodas por la de Embajadores era temerosa, siniestro el espacio que la oscuridad permitía ver entre las dos filas de casas negras, gibosas, mal encaradas. El farol de la esquina dormía en descuidada lobreguez; el inmediato pestañeaba con resplandor agónico; sólo brillaba, despierto y acechante, como bandido plantado en la encrucijada, el que al promedio de la calle alumbraba el paso a una mísera vía descendente: la Peña de Francia. Animas del Purgatorio andarían de fijo por allí; las vivientes y visibles eran: un ciego, que entró en la calle apaleando el suelo; el sereno, cuya presencia en la bajada del Rastro se advirtió por la temblorosa linterna, que hacía eses de una a otra puerta, hasta eclipsarse en el despacho de vinos; una mendiga seguida de un perro, al cual se agregó otro can, y siguieron los tres calle abajo... En el momento de mayor soledad, una mujer dobló con decidido paso la esquina de Embajadores y puso cara y pecho a la siniestra calle, metiéndose por la oscuridad, afrontando animosa las molestias y peligros del suelo, que no eran pocos, pues donde no había charco había resbaladizas piedras, y aquí y allá objetos abandonados, como cestos rotos o montones de virutas; dispersos bultos que figuraban en la ocuridad perros dormidos o gatos en acecho.

Que la mujer era joven se revelaba en la viveza de su marcha y en la gracia exquisita de aquel paso de baile con que sus pies ligeros sabían evitar las mojaduras y asentar en los puntos más sólidos. Tan pronto se arrimaba a las casas de la derecha como a las de la izquierda, con pericia de práctico navegante. Las gotas de lluvia bailaban en los charcos, produciendo un punteado luminoso: era la única claridad que permitía discernir los contornos de aquel archipiélago y precisar sus sirtes engañosas o el seguro de sus islotes. La moza, que tal era, sin duda, pues no hay disfraz que disimule la juventud, iba totalmente vestida de negro, falda y pañuelo de manta del color de la noche, lo mismo que el pañuelo de la cabeza. Sólo llevaba color chillón en los pies, calzados con zapatos o borceguíes rojos, de un tono vivo de púrpura, como la sotana de los monagos. Esto era, en verdad, singularísimo, y cuando se levantaba la faldamenta, no tanto para evitar el lodo como para tener mayor desembarazo en sus ondulaciones coreográficas, el paso de la consabida mujer hacía pensar en artes y travesuras de brujería... En la pendiente de la calle estaba ya, donde los baches y pedruscos entorpecían más el perverso camino, cuando vió sombrajos de personas que subían del Rastro. El recelo y la curiosidad la detuvieron; se metió detrás de un esquinazo para observar. Su actitud habría podido trasladarse al lenguaje común sin más literatura que esta sencilla interro-

gación: «¿Serán...?» Parecía que se tranquilizaba oyendo y reconociendo sus voces; y cuando les vió escurrirse por la Peña de Francia, descender aprisa, dando tumbos, por lo que más parecía torrente que calle, y sumirse por un agujero, como alimañas que habitan en los cimientos de los edificios, la moza recobró completamente su tranquilidad. Los chapines rojos, que era lo único de ella que en aquel silencioso navegar hablaba, dijeron claramente, brincando de guijarro en guijarro: «No hay cuidado; son...» A poco de esto empujaba una puerta, en la acera derecha, y se metía en un antro...

El cual no era otra cosa que un vasto depósito de puertas, ventanas y balcones, rejas y persianas, despojo de casas derribadas, todo ello, por obra de la oscuridad de aquella noche tristísima, convertido en aglomeración de formas durmientes. Dormían las filas de puertas ordenadas por tamaños, como inmensos tomos de interminables enciclopedias; dormían los que fueron balcones y ya parecían jaulas; dormían las rejas, que ya eran como descomunales parrillas para el asado de bueyes enteros. Peor estaban aquellos pisos que los de la calle, porque junto a la entrada se había formado una laguna de riberas lejanas, desconocidas. Pero la viajera de los rojos escarpines, que ya dominaba la orografía de aquellos lugares, se escabulló lindamente, con viradas o quiebros oportunos, hasta que arribó al puerto... Vió luz, entró bajo techo, y una mujer o señora, que esto no podía definirse aún, le tocó la ropa, y con lástima cariñosa le dijo:

—Vienes caladita. Vete a la cocina y sécate, y come alguna cosa, mujer.

La de los zapatos colorados respondió con una fórmula de gratitud, añadiendo que no podía entretenerse... Fácilmente se comprendía que una mayor querencia que el secarse y el comer solicitaba con imperio su voluntad.

—Vete, vete pronto arriba—le dijo la que, sin duda, era dueña de la casa—. Estás deshecha por llegar pronto y hartarte de mimo... ¡Ay hija!, la juventud es un gusanillo que pide ilusión y tienes que dársela; si no, te come toda la vida. Más vale suspirar de joven por enamorada que de vieja por desconsolada. Aprovecha el tiempo, que vuela, hija, llevándose las ocasiones, y el muy perro se las guarda para que no puedan volver...

Más dijo, más quiso decir, revelándose en tan corto instante como habladora sin tasa; pero la otra, que ya conocía y padecer solía el torbellino de sus vanos discursos, no la dejó aquella noche asegurar la hebra, y extremando sus prisas impacientes dijo:

—Señá Casta, con permiso..., déjeme subir, que vengo retrasada y estará con cuidado.

Sin dar espacio a más razones, metióse por un pasillo anguloso, saludó a una criada, acarició a dos niños que de los aposentos alumbrados y calentitos salían a verla, y por una puerta próxima a la cocina humeante pasó a otro patio más pequeño que el primero y, como aquél, húmedo, tenebroso, atestado de material de derribos, predominando los fragmentos de altares, de púlpitos y demás carpintería eclesiástica. Por la estrecha calle que las pilas de aquellos nobles vestigios dejaban al tránsito, se escabulló con ligereza, hasta dar con una escalera por la cual subió, como si dijéramos, de memoria, palpando y reconociendo con manos y pies. De ladrillo y nada corto era el primer tramo. Torciendo a la derecha encontró la moza el segundo, de madera, interminable serie de peldaños temblorosos y gemebundos, sin ningún descanso, sin vuelta, todo seguido, seguido, en fatigante línea recta trazada en los senos de la pesadilla. La última parte de aquella lucha opresora con las alturas iba por descubiertos espacios. Mirando hacia abajo, se veía el patio grande, parte de la calle de Rodas, y a la izquierda, patios de casas domingueras en cuyas celdas se veían claridades y a lo largo de los corredores o en las entornadas puertas sombras movibles. Rumor de humanidad subía también, y un cuchicheo de la vida afanosa requiriendo el descanso nocturno...

Vencido el último escalón encontróse la mujer en un secadero de pieles, que antes de ser visto se denunciaba por el olor nauseabundo. Pasó la viajera, conteniendo el aliento, por los bordes del tenderete, y llegó a una como azotea, secadero abandonado y en ruinas, conservando los pies derechos que habían sostenido su techumbre. Allí se detuvo

un instante para tomar resuello y meter aire limpio en sus pulmones. Vió el patio de otra casa de corredor, correspondiente a la calle de la Pasión, y, por costumbre de mirar al cielo en tales alturas, echó atrás la cabeza con movimiento de astrónomo. Pero el cielo, que otras noches desplegaba su soberana hermosura sobre este montón de miseria y porquería en que vivimos, aquella noche parecía espejo en que se retrataba lo de abajo, un fangal sucio, tenebroso. Arreciaba la lluvia en aquel instante, y el agua, escurriéndose aquí, goteando allá, buscando presurosa todos los caminos y conductos que la condujeran a la tierra, hacía los ruidos más extraños. En los apanzados techos mohosos corría un bullicio de arroyuelo campesino, y en las canales rotas entregábase a ejercicios de fontanería burlesca. Los absorbederos en buen uso la paladeaban antes de tragarla.

En todo esto fijó brevemente su atención la de los rojos chapines, buscando en la observación de tales ruidos un alivio al miedo que otros le causaban, como el galopar frenético de ratones en retirada y el bufido de gatos feroces que les buscaban las vueltas en las entradas y salidas del colgadero de pellejos... Aún tenía que franquear la moza un paso difícil para llegar al término de su viaje. Pisando tablas rotas, metióse por estrecho espacio entre una medianería y un grupo de chimeneas; llegó al alcance de un ventanón de vidrios emplomados, en parte rotos y sustituídos con papeles, y al reconocerlo por la claridad que los sucios cristales transparentaban golpeó con los nudillos, como anunciando su llegada... De allí pasó a un segundo hueco que lo mismo podía ser ventana que puerta, con un batiente de cuarterones y otro de cristalera alambrada; empujó... Entró como paloma que vuelve al nido.

Era un recinto aguardillado, como de seis varas de largo por tres de anchura; por un extremo, de elevación bastante para que personas de buena estatura pudieran estar en pie; por el otro, suficiente no más para un perro de mediana talla... La entrada de la mujer fué ruidosa: en ella, como un júbilo triunfal; en el que la esperaba, como término de ansiedad expectante. El farolillo que alumbraba la mísera estancia daba la claridad precisa para determinar vagamente los objetos y no tomar por personas las prendas de ropa colgadas de una cuerda. La moza se adelantó hacia un camastro que más bien debiera llamarse rimero de pieles, mantas y enjalmas; de aquel diván humilde surgió el busto de un hombre, que, abiertos en cruz los brazos, exclamó:

—¡Cuánto has tardado, mi alma! ¡En qué ansiedad me has tenido, corazón! No me consolaba más que la idea de morirme esta noche.

—¿Morirte tú, mi Tolomín, sin que tu Cigüela te dé licencia?... ¡No faltaba más!...—dijo ella, sin abrazarle más que con la intención—. Chiquillo, no me abraces tú... Toca, y verás que estoy hecha una esponja. Déjame que me sacuda...

Diciéndolo, de un tirón desenlazó el pañuelo de la cabeza, quitóse el de manta y ambas piezas colgó en la cuerda de que pendían otras. Luego, risueña, con gracioso brinco, llegóse al camastro, y alzando una pierna mostró el chapín rojo puntiagudo.

—Mia, mia qué pinreles traigo. Tolomín.

—¡Ay, qué bonitos! ¿De dónde has sacado eso?—dijo el hombre, tirando del borceguí, que chorreaba.

—Ya te contaré—replicó la moza, alargando el otro pie para que lo descalzara—. Pero antes de hablar eso, tengo que contarte otras cosas..., muchas cosas, Tolomín.

Desnudos quedaron los pies de Cigüela y mojaditos como si hubiera venido descalza. El hombre acostado le tiró de la falda, la obligó a sentarse junto a él y le secó un pie, diciéndole, cariñoso:

—¡Pobre *Güela,* los trabajos que ella pasa por su Tolomín!... Dame ahora el otro; están heladitos.

—Ya se calentarán... ¡Con sentarme sobre ellos!... Pero antes tengo que arreglarte un poco tu sala, tu gabinete, tu camarín y toítas estas dependencias *manífícas,* como decimos las manolas, y *maggg...níficas,* como decimos las señoritas del pan pringado... Verás, Tolomín, qué pronto despacho.

—Mientras me ordenas el mechinal, cuéntame lo que pasa en Madrid, que ello habrá sido gordo...

—No pasa nada, hijo...

—¿Cómo que no? Yo he oído tiros.

—Estás soñando.

—Tiros de fusilería, y alguno, alguno de cañón—afirmó el hombre con sincero convencimiento—. Oyéndolos, me dije: «Ya se armó.» Y como tardabas, pensé que por estar cortadas las calles no podías pasar hacia acá, y también me asaltó la idea de que te cogiera una bala perdida...

—¡Pobre Tolomín!... Dormido has oído los tiros; que quien despierto sueña con revoluciones y trifulcas, más ha de soñar cuando cierra el ojo.

—No, no; bien despierto estaba cuando oí los disparos de fusilería..., y ello sonaba por esta parte; primero lejos, como en la Puerta del Sol; después más cerca, como en Puerta Cerrada.

—¡Ay, qué engañoso y qué visionero!... Te aseguro que esos tiros no han sonado más que en tu pobre magín enfermo y que Madrid está más tranquilo que un convento de monjas..., no, no es buena comparación..., más tranquilo que un cementerio.

¿De veras no hay barricadas?... ¡Cigüela!

—Tolomín, no hay barricadas. Las habrá; consuélate con la esperanza. Las habrá..., y tan altas que lleguen a los pisos terceros, si quieres... Pero lo que es hoy... ¡Bueno ha estado el día y bonita la noche para esas bromas! Con las calles mojadas y la pólvora revenida, ¿quieres tú jarana?... Las revoluciones quieren sol, como los toros, y el patriotismo no ha de ser pasado por agua...

—Por decírmelo tú lo creo, que cuanto tú dices es para mí artículo de fe. Pero yo estoy bien seguro de lo que oí... Segurísimo... ¡Pim, pam!... ¡Fuego!... ¡Pim, pam!... ¡Duro y a la cabeza!... ¡Pim, pam!

—Ea, no te encalabrines... Te volverá la calentura.

—¡Libertad o muerte! ¡Fuego!

—Juicio, mi capitán... No estamos tan lejos del mundo, que...

—¡Viva Isabel Segunda!

—¡Chitón!

—¡Viva España, viva la Libertad! Todo esto va contigo, boba: la reina eres tú; tú eres España; tú, la Libertad...

II

Cigüela reía. Lo primero que hizo al acometer sus menesteres domésticos fué sacar del bolsón pendiente de su cintura, bajo la falda, dos paquetes con envoltura de papel fino cruzada de cinta roja y ponerlos sobre una caja que servía de mesa. Descalza, diligente, iba de un punto a otro con suma presteza, y sosteniendo la conversación con el aburrido Tolomín, al deber de mirar por su existencia y su salud atendía. En el lado donde era más alto el techo tenía un anafre, y en sitio cercano provisión de carbón, teas y una caja de fósforos. Encendió lumbre y puso a calentar agua.

—¿Qué me has traído esta noche? —preguntó Tolomín, que no quitaba ojo de los paquetes cerrados con desusada elegancia y finura.

—¡Cosa rica!... Ya lo sabrás... Antes tengo que contarte...

—¡Vaya! Pues no gastas poca solemnidad para tus cuentos... ¡Antes con antes!... Pero ¿dónde está el principio de tus historias?

—No se debe contar lo segundo sin contar lo primero—dijo Lucila, risueña y un tanto maliciosa.

—Pues échame lo primero de una vez... ¿Dónde estuviste esta noche? ¿Por qué has tardado? ¿Es esto el principio, o dónde demonios está el principio de lo que tienes que contarme?

—¡El principio!... Cualquiera sabe dónde está el principio de las cosas.

—No te diviertes poco con mi curiosidad. Vamos, ¿a que te acierto de dónde son esos paquetes? Son de la repostería de Palacio.

—¡Huy..., qué desatino!... ¡Vaya un zahorí que tengo en casa!

—Conque ¿no son de Palacio? Pues de las monjas no son, porque esas señoras no envuelven sus regalitos con papeles a estilo de París, sino con papel viejo del que venden las covachuelas, y que parece pergamino y a lo mejor te trae un pleito de principios del siglo pasado... Pues a ver si acierto... Dame los paquetes, a ver si por el olor...

—Luego, Tomín—dijo Lucila, cogiendo una jofaina del depósito de loza que en un rincón tenía, piezas diferentes

en mediano uso, alguna desportillada, todas muy limpias... Ahora, caballero, a lavar las heridas.

—¡Ay, ay, qué fastidio!—exclamó Tomín, incorporándose—. Pero tienes razón. Si me duele, que me duela. Lávame, cúrame; tus manos de madre me sanarán.

—Y para que mi pobre niño no se devane los sesos con adivinanzas—añadió Lucihuela, avanzando con la jofaina, una esponja y trapos..., le diré dónde estuve esta noche... ¿No me encargaste esta mañana que me viera con mi padre?

—¡Ah, sí!

—¿Y no sabes, tontaina, que a mi padre lo han empleado en el teatro nuevo de la plaza de Oriente?

—¡Ay!... ¡Qué tonto yo! ¡No caer!... «Verde y con asa...» Esta noche es la inauguración...

—Y hoy los días de nuestra soberana.

—¿No te dije que había oído cañonazos? Pues la verdad, siento mucho que los tiros fueran por Santa Isabel y no por un bonito pronunciamiento. Créelo: más falta nos hace la Libertad que todos los santos del almanaque, y más cuenta nos tiene una revolución bien traída que el mejor coliseo para ópera y baile.

Penosa era la cura y el poner los nuevos apósitos, después de bien despegados los del día anterior; pero los dedos de Lucila, que en aquel caso clínico se habían adiestrado instruidos por el amor más que por la ciencia, llegaron a adquirir singular delicadeza. El bueno de Tolomín, valiente hasta la temeridad y sufrido cual ninguno en los lances de su militar oficio, era en las dolencias de una flojedad infantil y quejumbrosa. Por cualquier dolor ponía el grito en el cielo y la sujeción a planes médicos le desesperaba. Conociendo su flaqueza, reservaba Lucila para el momento de la cura todas las referencias humorísticas que tuviera que hacerle, y al contarlas forzaba la inflexión cómica para entretenerle o provocarle a risa. Dígase, para ir construyendo todo el aparato informativo de este personaje, que las heridas eran dos: una, de cuidado, en la región femoral derecha, de arma blanca; la otra, de bala, en el antebrazo izquierdo, herida nada grave, aunque lo parecía por la proximidad de unas erosiones molestísimas en el hombre, que, interesando los músculos del cuello, impusieron al paciente, en los primeros días, cierta rigidez de busto escultórico.

—Ea, ¿ya empezamos con chillidos? —decía Cigüela—. La culpa tengo yo por darte tanto mimo. ¡Si no te duele!... Ya ves con qué suavidad voy levantando el trapo, después de mojarlo bien con agua templada... Otro tironcito... Ya falta poco... Pues te contaré. Loco de contento está mi padre con su destino en el teatro, que ahora se llama Real... Me ha dicho que de balde desempeñaría la plaza, sólo por rozarse tarde y noche con el cuerpo de baile y por ser demandadero de las *cantarinas*, como él dice.

—No me hagas reír... ¡Ay, ay, que me arrancas la carne!... ¡Ay!... No sé cómo me río. Sigue.

—Yo no sé lo que es mi padre allí. ¿Es portero, celador? ¿Corre con la tramoya, con el gas, con la vestimenta? Vete a saber. Me ha contado que nunca creyó que hubiera en el mundo cosa tan bonita como las comedias cantadas. De todas las mentiras del mundo, dice, esta de la comedia con música y en italiano es lo que más se parece a la Gloria... Y de ello saca que mientras más grande es la mentira y más separada de la verdad, mejor nos da idea del Cielo.

—Que no me hagas reír, Lucila... ¡Ay, ay!

—En los ensayos se queda como embobado, y cuando oye la orquesta con tantos violines, todos tocando al mismo son, le entran ganas de llorar, de ponerse de rodillas y de arrepentirse de todas las picardías que ha hecho...

—¡Ay, ay, qué gracioso!

—Dice que oyendo el habla dulce de las italianas le entran ganas de ilustrarse para entender bien lo que dicen y ser, como ellas, pulido y de mucha cortesía... Y que cuando las tales y otras cuales españolas le mandan con recados para costureras, o para maestros de música, le entran ganas...

—¡Ay, qué risa!... Por todo le entran ganas...

—Ganas de servirlas con diligencia y de adivinarles los mandamientos para cumplirlos, siempre que sean honrados.

—Estarán contentísimas de él...

—Y él más contento que nadie, por-

que, según cuenta, en aquel puesto está, noche y día, mano a mano con todo el señorío... La ópera es el puro señorío y el aquel más fino de las aristocracias nobles, como quien dice, porque todo allí es de familias reales, y por eso el teatro se llama Real, siendo reyes los tenores y reinas las cantarinas o, verbigracia, tiples...

En esto, terminado felizmente el lavado y cura, Tomín suspiró. Cesaron los fugaces dolores, y el hombre, consolado, expresaba en su mirar contento y gratitud. Lucila procedió a lavarse y jabonarse manos y brazos, después de devolver a su sitio todos los adminículos de la cura, sin interrumpir su graciosa charla, de que tanto gusto recibía el desdichado enfermo.

—Pues esta noche, cuando fuí a ver a mi padre, me le encontré muy sofocado, por tener que acudir con un solo cuerpo a tantos puntos y menesteres. Entré por la plazuela de Isabel Segunda, y tuve la suerte de encontrarle en la escalera que sube al escenario. Reñía con unos tagarotes que subían trastos, y que a mi parecer estaban peneques. Subí con él y entramos en un cuartito donde había no sé cuántos hombres vestidos de frailes, fumando... Yo había corrido por Madrid desde media tarde, lloviendo a mares, las calles como lagunas, y mis zapatos, que ya venían rotos, daban por delante y por detrás las boqueadas. Los pies me dolían, me pesaban, y dondequiera que yo los ponía dejaban un charco. Uno de aquellos frailuchos, que tenía en la mano derecha el cigarro y en la izquierda la barba postiza, me miró los pies y dijo a mi padre: «¿Cómo consiente el gran Ansúrez que ande esta preciosa niña por Madrid como los patos?» Yo alargué ambos pies para que mi padre se compadeciera. «Ya te entiendo—me dijo—. Vienes a que te dé para calzado... ¡Qué más quisiera este padre que tener a toda la plebe de sus hijos bien apañadica! Pero el dinero no abunda, lo que no quiere decir que me falten medios para remediarte. Por poco nos apuramos, hija del alma. Ven conmigo, y pisa ligero para no mojar tanto...» Llevóme por unas escaleras que no tienen fin y que marean de tantas vueltas como hay que dar por ellas, y arriba de todo, atravesamos una sala donde vi sinfín de hombres vestidos de colorines... Adelante siempre: en los pasillos encontramos mujeres pintadas, feas las más, guapas muy pocas; algunas arrastrando cola; todas con alhajas de vidrio y diademas de cartón dorado. Eran las coristas. Con llave que sacó de su bolsillo, abrió mi padre la puerta de un cuartón, lleno de ropas de máscara. Parecía una tienda de alquilador de disfraces. En el suelo vi un montón de zapatos y borceguíes de todos colores. Mi padre me dijo: «De esta zapatería de comedias cantadas o por cantar, escoge lo que más te guste. Nos trajo ayer todo este material un marchante que tuvo el suministro de equipos para teatros donde salen séquitos y acompañamiento de reyes, o donde figuran diablos, ninfas y personas mágicas. Pretende que el intendente de acá lo compre, y mientras se determina, me ordenaron que aquí lo metiera y guardara... Paréceme que esos chapines encarnados que acaban en punta son de la medida de tus pies. Cógelos y no repares, hija de mi corazón.» Pues, vistos y examinados los chapines, me parecieron bien. Me quite la miseria de mis zapatos, y con las medias empapadas lo tiré todo en aquel montón, poniéndome los borceguíes, que me servirán mientras no tenga cosa mejor. Díjome el padre que este calzado es para unas brujas de no sé qué tragedia con solfa, en la cual sale un caballero al que las viejas malditas, amigas del demonio, le anuncian que será rey, y él se lo cree, resultando que, por la comezón del reinar, mata a su soberano, y luego... no me acuerdo de más. Cuando me ponía mis escarpines me contó mi padre que él había encontrado entre aquellos trapos un coleto magnífico, como para un príncipe cazador que matara las perdices cantando, y que con tal prenda y unos pedazos de otra se había hecho un buen chaleco de abrigo.

Muy entretenido con este relato, el pobre Tolomín no quería que tuviese término; pero Cigüela hizo un paréntesis. Llegándose a él con otra jofaina, agua nueva y esponja distinta, le dijo con gracia:

—Ahora, pobretín mío, me dejarás que te lave un poco la carátula... Luego comeremos. ¡Verás qué cosas ricas!

El capitán hizo un mohín de protesta, plañidero. Pero ante la insistencia

de la moza, cariñosamente manifestada, cedió y se dejó lavar. Con tiernas frases iba Lucila marcando la operación:

—Primero los ojitos, para que no estén pitañosos. ¡Si vieras qué bonitos te los he dejado! Pues ahora voy con la nariz, con las mejillas... ¿Y este bigotito que está lleno de pegotes?... Si supiera yo afeitarte la barba, te dejaría más guapín que un sol... Voy ahora con las orejas: un poquitín de paciencia... Pronto acabo. Más agua, más. Eres como un santo viejo que tu sacristana ha encontrado en un desván. Lo cojo, lo lavo... Pues entre el polvo y las moscas lo habían puesto bueno. ¿Ves? Ahora ya eres santo nuevo, acabadito de poner en el retablo... Si tuviéramos espejo, verías qué lindo estás... ¡Y qué bien se ha portado mi nene dejándose lavar tan calladito!... Se merece un beso..., digo, dos..., digo tres.

—Ciento, mi alma—replicó Tomín besándola con intensa emoción.

—Ahora te paso un peine, y quedarás tan precioso como cuando te conocí.

—Comamos, alma—dijo el herido—. Tengo hambre.

—Ahora mismo. Medio minuto se tarda en poner la mesa y servir el primer plato—dijo Lucila, que, retirando el servicio de lavar, trajo al instante el de comer, y comenzó a deshacer los paquetes—. Pues sigo contándote. Mi padre, cuando bajábamos, luciendo yo mis zapatos de bruja, me habló así: «Hija del alma, si yo te hubiera criado desde chiquita para cantatriz, poniéndote a la solfa con buenos maestros cantores y salmistas, otro gallo a todos nos cantara... Lo que hicieras con el juego de garganta lo realizarías con el juego de ojos y toda la sal de tu rostro, que en este beaterio entra por mucho el buen palmito y el salero del cuerpo... Pero la voz es lo principal... y lo que más se paga. ¿Sabes lo que gana la señora Alboni? Pues mil y pico de duros cada mes... Echa duros, hija. ¡Mira que si yo te viera a ti ganando esos dinerales...! Pues otra: sabrás que a la señora Alboni le he caído en gracia. Dos veces me ha llamado a su presencia. ¿Para qué creerás? Pues sólo para verme, para echarme unas miradas tiernas, y decirme que soy la imagen del *fiero castillano*..., y que, si me compongo, fácilmente me tomarán por un señor duque vetusto.

—Cigüela—dijo Tolomín soltando la risa—, eso lo inventas tú para divertirme.

—Tontín, no invento nada. A contarme iba los *rendibús* que hizo a la cantante; pero había empezado el acto segundo, y tuvimos que callarnos, arrimaditos a unos bastidores. A mis orejas llegaba un bum bum: la música no la distinguía yo del ruido; los aplausos y la orquesta me parecían la misma cosa. «Este que ahora canta por lo más fino —me dijo mi padre—es el rey, quien parece ha tenido que ver con mi señora Alboni, quiere decirse, con la persona figurada que el papel reza y canta...» Vi a la Alboni, cuando entró para adentro: es una gordinflona, una caja de música dentro de otra caja de carne... Refirió mi padre que siempre está comiendo; en su cuarto tiene dos mesas, una con las cosas de tocador, y otra con el recado de golosinas, platos de sustento, como jamón con huevo hilado y bartolillos de tantísimas clases.

—Pero no me has dicho cómo y por qué han venido a nuestra pobre mesa el solomillo lardeado y la lengua escarlata de la *prima donna*.

—Pues muy sencillo: esta señora, como toda cantante, tiene ida la cabeza. El seso se le escapa con los gorgoritos. Como es pura música, no se acuerda de nada. Al instante de mandar una cosa la olvida. Primero fué por los comistrajos un criado italiano; después, la doncella..., luego mi padre..., los tres para un solo encargo..., y cuando la señora entró en su cuarto creyó que entraba en la tienda de en casa Lhardy... Enfadándose consigo misma por su poca memoria, empezó a echar trinos y gorjeos para arriba y para abajo, que es una receta que tiene para enflaquecer, y luego, todo el sobrante de comida lo repartió entre los de la servidumbre, tocándole la partija mayor a mi padre, que me la dió a mí... Pues una vez que cogí este regalo, que con los chapines era bastante para dar por bien empleada mi noche, no quería yo más que echar a correr. Mi padre no me soltaba. «No, no te vas sin que yo te enseñe el *golpe de vista*... No verás cosa semejante hasta que ganes el Cielo.» Esperamos al entreacto, y mientras corrían por el escenario dando patadas los que quitan y ponen los lienzos, mi padre

me llevó al telón que sube y baja y que en aquel momento parecía una pared. Díjome que pusiera el ojo en una mirilla con cruzado de alambre, y por allí vi todo el señorío público, que es cosa para quedarse una encandilada y trastornada por tres días. ¡Qué lujo, Tomín; qué tienda de piedras preciosas, de rasos y terciopelos, de pechos mal tapados, de encajes, de caras bonitas y caras feas, de cruces, bandas y entorchados! Era como una feria, y yo decía: «Parece que todas y todos compran o venden algo...» Enfrente vi a la reina vestida de color de aromo con adorno de plata, guapísima: diadema, collar de perlas, sinfín de diamantes; la reina madre, hecha un brazo de mar y despidiendo luces a cada movimiento. Mucha gente de Palacio, muchas ministras, generalas y mariscalas de campo..., y ellos..., coqueteando más que ellas... Visto *el golpe de vista,* como decía mi padre, ya no me quedaba nada que ver. Me fuí a la calle, rompí con trabajo las filas de coches y chapoteando me vine acá.

—Al mirar por el agujero del telón, ¿no viste alguna cara conocida?

—Vi muchas, Tomín... Madrid, que parece grande, es chico, y el que una vez ha visto su gente, la ve luego copiada en todas partes... Tienes sueño...

—Sí; me duermo... —dijo el herido, abatiendo con dulce pereza los párpados—. Cigüela..., si ves que duermo demasiado, me despiertas, ¿eh?..., no me vaya a quedar muerto...

III

Con una recomendación semejante se dormía todas las noches el desdichado Tomín. Si en los primeros días de su doloroso cautiverio le atormentó el insomnio, una vez descansado y convaleciente, la naturaleza en vías de reparación abandonábase a un sopor parecido a la embriaguez, sólo turbado a ratos por la idea de que dejándose caer sin interrupción por la resbaladiza pendiente del sueño, iría, sin pensarlo, a parar en la muerte... Viéndole aquella noche al borde de la caída, Lucila o Cigüela le empujó en vez de contenerle; le pasó la mano por los ojos, le besó la frente, le acunó con suaves arrullos de nodriza, no sin decirle que durmiera descuidado: ella le despertaría cuando fuera tiempo. Al sentirle dormido se acomodó a su vera, en lo más bajo del camastro, sentándose a la turca y reclinando su cabeza blandamente sobre el hombro sano del capitán. Antes apagó la luz de la linterna que a su lado tenía.

En esta postura y disposición, que apenas alteraba por no turbar el sueño del herido, se pasaba Lucila la noche, descansando algunos ratos, los más despierta, ante la presencia de sus vigilantes pensamientos, que no querían dormir ni apagarse en su caldeada mente. La oscuridad del mechinal no era completa, ni aun en noches turbias como aquella del 19 de noviembre, pues se veía el rectángulo luminoso del ventanón cuadriculado por los vidrios. En noches claras, Lucila veía y gozaba la luz difusa del cielo y alguna estrella resplandeciente. Ruidos no faltaban. La noche de referencia, los dedos de la lluvia toqueteaban sin cesar por un lado y otro de aquella frágil construcción; pero ni esto, ni el mayar de gatos trovadores, ni los golpes que daba un palo roto y colgante en el secadero, molestaban a Lucila. Sus inquietudes surgían de su propia imaginación, a veces cuando sus sentidos se apagaban en el sueño... Despertaba como de un salto, creyendo que las desvencijadas escaleras por donde a su tugurio se trepaba crujían bajo el peso de dos, tres o más personas. Las voces se aproximaban... Eran primero un susurro, después un coro como los de las comedias cantadas.

Más de una vez se levantó, aterrada, y con menos ruido que el que pudiera hacer un gato se iba derecha a la puerta y aplicaba el oído... Tardaba un rato la infeliz mujer en convencerse de que los rumores inquietantes eran querellas en algún patio vecino, o vocerío de borrachos en la tasca de la calle de Rodas... Cuando todo callaba, el pensamiento se iba del seguro, poniéndose a decir unas cosas, y a razonarlas con lógica tan bien urdida, que no había más remedio que creerlo. ¡Dios sacramentado, lo que decía! Pues nada, que el señor Melchor, alias el *Ramos,* y su esposa, señá Casta, poseedores de aquellos endiablados tenderetes, se cansaban de ser caritativos encubridores del tapujo y lo

denunciaban a la fiera Policía, o permitían que algún taimado servidor lo revelara... Hasta que la luz de la mañana no despejaba su cabeza, limpia de nieblas su tormentosa mente, no recobraba Lucila la confianza en sus honrados y leales protectores.

Por estos o los otros pensamientos iba siempre a parar al examen de la tristísima situación a que había llegado, sin ver por ninguna parte remedio ni salida; todo por el amor a un hombre, razón esencial del infortunio mujeril. En proporción de su desgracia estaba el origen de ella: amor tempestuoso, irregular, semejante a un soberano desorden de los elementos; si amó a Tolomín con tertnura cuando le vió y conoció fugitivo y condenado a muerte, locamente le amó después, teniéndole a su lado en lastimosa invalidez y acechado por cazadores de hombres. El Tolomín herido, enfermo, en extrema pobreza, y oculto en un albergue mísero, merecía un amor que resumiera todos los amores humanos; era, pues, para Lucila, el prójimo, el amante, el hermano, el niño desvalido, a quien la cariñosa vigilancia materna defiende de la muerte en todos los instantes. El inmenso padecer de aquella situación no había entibiado el ardiente amor de Lucila: por el contrario, la abnegación, fundiéndose con él, llegaba a constituir un sentimiento formidable, y del fondo de tanto infortunio brotaban espirituales goces. Por todos los bienes de la tierra, ofrecidos y dados en montón, no cambiara Lucila su vida de sacrificio y de protección en aquellos días, y antes muriera cien veces que abandonar al desgraciado capitán, aun sabiendo que le dejaba en manos salvadoras. Y era mayor el mérito de su paciencia enamorada cuando se daba a pensar soluciones y no encontraba ninguna. Especiales accidentes de su vida, que aún no conoce bien el historiador, dieron a la hija de Ansúrez, dos años antes, ocasiones de valimiento en dos lugares donde residía todo el poder humano; pero ni en uno ni en otro sitio podía ya solicitar socorro. En el convento de franciscanas de la Concepción no querían ni verla siquiera, como no fuese allá con propósito de reingresar en la vida religiosa y de abominar de sus culpas pasadas y presentes; en Palacio, las amistades que creó y mantuvo con su leal servicio habían perdido ya toda su eficacia.

No podían faltar a Lucila, cuando conciliaba el sueño en las tristes noches del palomar, pesadillas angustiosas. Consistían siempre en la súbita presencia de la Policía. Soñando que estaba despierta, veía la moza entrar en la estancia hombres con linternas, y uno de ellos se adelantaba con mal gesto y decía:

—No moverse, no hacer resistencia, no negar lo que no puede negarse, que ya nos conocemos, señor capitán don Bartolomé Gracián.

Por acostumbrada que estuviera la mujer a tan terrorífico ensueño, siempre despertaba de él sin aliento, el corazón disparado... ¡Bartolomé Gracián! Habría querido Lucila anular este nombre, suprimirlo, arrojarlo a los senos de la nada, donde, a su parecer, están las cosas que no han existido nunca. De este modo, eliminado aquel nombre de todas las partes del universo, quedaría en salvo la persona que lo llevaba. Jamás lo pronunciaba con el rigor de sus letrás, y el familiar mote de *Tolomé*, que en días felices usaba, lo fué cambiando sucesivamente en *Tolomín*, luego en *Tomín*, con tendencia a extremar la síncopa pronunciando tan sólo *Min*. El apellido, aquel *Gracián* tan sonoro y expresivo, lo declaraba caducado y sin valor acústico, como perteneciente a los dominios del silencio.

Amaneció el 20 de noviembre con intermitencias de llovizna y despejo del cielo. Antes de que el herido despertara, Lucila se levantó diligente, y puso mano en la limpieza y arreglo de la vivienda mísera: a bien poco se reducía su trabajo; pero se daba el gusto de variar el sitio de algunas cosas y de sacudir el polvo de las prendas de vestir. Viendo a su amigo desperezarse, le dijo:

—Min, voy a hacerte tu chocolatito.

Las primeras palabras de Tolomé fueron éstas:

—Dime, Cigüela, ¿ha caído Narváez?

—Hijo, no sé..., no he oído nada.

—Entonces lo he soñado yo. Sí, sí, sueño ha sido; pero tan claro como la misma realidad. Las reinas, hija y madre, despedían a Narváez como en aquellos días del *Relámpago;* pero ahora con peor sombra para don Ramón, porque no volvían a llamarle y formaban un Ministerio eclesiástico... No te rías: a esto hemos de llegar, si no lo remedia quien

puede remediarlo, que es el santo ejército. España vive siempre entre dos amos: el Ejército y la Clerecía; cuando el uno la deja, el otro la toma. ¿Duermen las espadas?, pues se despabila el fanatismo. Tan despierto anda, que me parece que estamos en puerta..., ¿no lo crees así?

—Yo no entiendo de eso, hijo mío—replicó Lucila, engolfada en su trajín.

—Y el propio don Ramón o Figueras o Lersundi serán los primeros que saquen los batallones a la calle. Dime que sí, Lucila: dame esa esperanza.

Afirmó Cigüela todo lo que él quiso, y le regaló el oído con la confirmación de las ideas que manifestaba.

—No hay España sin libertad, y no hay libertad sin Ejército—prosiguió Tomín, enardeciéndose más a cada frase—. Al Ejército debe España sus progresos, y el tener cierto aire de familia con los pueblos de Europa... No hablen mal de las revoluciones los que son personas y llevan camisa por haberse pronunciado. ¿La sedición qué es? El instinto de la raza española, que, por no caer en la barbarie, da un grito, pega un brinco y, en su entusiasmo, viene a caer un poquito más acá de la Ordenanza. Dime que piensas como yo.

—Sí, hijo, todo está muy bien pensado—y llegándose a él, calzada con los borceguíes rojos y puntiagudos de las brujas de *Macbeth*, añadió—: Min, tú serás general.

Aquel día, iniciada ya la reparación de su organismo, Barlotomé estuvo muy animado, y algunos ratos locuaz. Se desayunó con apetito, y cuando llegó la hora de la cura y abluciones de la mañana, sometióse sin remusgar a los requerimientos de su cariñosa enfermera. Quiso ésta que hiciese nuevo ensayo de andar un poquito, probando el renaciente vigor de la pierna herida, y él aceptó gozoso la idea. Poco tardó Lucila en vestirle a medias, echándole una manta por los hombros, pues no había de salir del cuarto, y puesto en pie, con algún dolorcillo en los remos inferiores, comenzó el paseo.

—Daremos diez o doce vueltas en la plaza de Oriente—le decía Cigüela, llevándole bien agarradito a lo largo del tabuco—y luego pasearemos a lo ancho, o sea desde el teatro Real a la puerta del Príncipe. No dirás que no estás fuerte, Min. De anteayer a hoy, ¡qué mejoría tan grande!

—Di ¡qué progreso! Esto es progresar, Lucila... En los primeros pasos me ha dolido un poco la pierna. Ya no siento nada. En todo progreso pasa lo mismo. Duelen los primeros pasos... Oye una cosa: no te olvides hoy de traerme *El Clamor*... Me traerás también *La Nación* y *La Víbora*.

—*La Víbora* me parece que no sale ya.

—Habrá disgustado a la camarilla.. Pues me traerás otro papel cualquiera: *El Mosaico*, *El Duende Homeopático*... La cuestión es leer...

A la vuelta de su paseo, que le probó muy bien, recobró su actitud perezosa en el camastro, bien mullido. Cigüela se puso a coser, preparándose para salir en busca de recursos con que prolongar un día más la existencia de ambos, problema inmenso, cuyas angustiosas dificultades ella sola conocía. Taciturna estaba la moza; el capitán, despejado y comunicativo. Su locuacidad le llevó pronto al optimismo y al mental derroche de proyectos, contando con un risueño porvenir. Véase la muestra:

—Tú me has dicho que seré general; me lo has dicho por consolarme. Tu profecía puede ser un halago y puede ser una gran verdad... Porque... Fíjate bien, Cigüela... Lo que no ha pasado todavía pasará mañana, o la semana que viene. Narváez cae lanzado de un puntapié: triunfan las monjitas y sus valientes capellanes. ¡Viva la Inquisición!... Pero no cuenta con la vuelta; que estas partidas siempre la tienen, y el perro que han echado de casa es de mala boca, mordelón rabioso cuando lo azuzan. Corren los días, dos semanas no más, y el de Loja, con tres o cuatro generales, saca las tropas de sus cuarteles y tira con ellas por la calle de en medio. La revolución viene a poner las cosas en su lugar. El Ejército gobierna, y la Clerecía escupe... Vuelve todo a ser como Dios manda, o como manda la Libertad... Primer efecto, indulto general a los que por la Libertad y la Constitución del doce o del treinta y siete faltaron a la Ordenanza... Pues aquí me tienes pasando de condenado a recompensado. En estos casos, la costumbre es celebrar el triunfo concediendo a toda la oficialidad un ascenso o dos ascensos..., casos hubo de tres. Me verías pronto restituído a lo que

fuí, saltando de capitán a teniente coronel... De ahí para arriba..., figúrate. Cualquier servicio en persecución de los *rebeldes,* que rebeldes habrá con este o el otro nombre, me dará los tres galones. Luego..., tú fíjate en lo que tardó Riego en subir de comandante a general...

Hizo Lucila un gracioso mohín, como indicando que no sabía la Historia suficiente para dar su opinión de aquellos asuntos, y él continuó impávido:

—Pasa tu vista por todos los generales que tenemos y veme señalando los que en tal o cual punto de su carrera no fueron condenados a muerte o no merecían serlo por sediciosos, por faltar a esa preciosa disciplina. Imagina tú el cumplimiento estricto de la Ordenanza en lo que va de siglo, y dime lo que con ese cumplimiento estricto sería la Historia de España. Tendrías que decirme una cosa que ya sé, y es que con la Ordenanza virginal no habría Historia de España, o sería tan sólo una página muy aburrida y muy negra de la historia eclesiástica.

Recomendóle Cigüela que no se ocupara de política ni pensara en revoluciones. Si éstas venían, muy santo y muy bueno; pero si no querían venir, ¿a qué repudrirse la sangre por traerlas fuera de tiempo?... No podía extenderse a más largo palique sobre estas materias, porque ya era hora de lanzarse a la calle en busca de medios de vida. Mucho sentía dejarle solo: creía que no llevaba consigo más que la mitad del alma, alentada por los afanes, dejándose allí la otra mitad con los pensamientos de vigilancia y temor. ¿Pasaría algo en su ausencia? Al volver, ¿le encontraría como le dejaba?... Una y otra vez le recomendó que no se moviera de su lecho, que no cayese en la mala tentación de levantarse y salir al ventanal, que no hiciese ruido y permaneciera quietecito leyendo las entregas descabaladas, que ella había traído de *La Italia Roja, Historia de las revoluciones,* por el vizconde de Arlincourt, obra que, aun leída en sueltos retazos debía de ser de mucho entretenimiento... Muchas ternezas... «Adiós, adiós...» «Que vengas prontito...» «Volaré.»

IV

Una sola persona (sin contar el viejo Ansúrez y los dueños de la casa, calle de Rodas) poseía, por confianza de Lucila, el delicado secreto de aquel escondite en altos desvanes: era una monja exclaustrada, con quien la linda moza tenía amistad, contraída superficialmente en el monasterio de Jesús, reanudada con honda cordialidad fuera de la vida religiosa. En ésta se llamó sor María de los Remedios; su nombre de pila era Domiciana, y había vuelto al mundo de una manera un tanto irregular, por enferma de locura, que se estimaba incurable. El delirio que padeció consistía en la idea fija de ahorcarse, en otras manías inocentes, pero incompatibles con la vida de contemplación; en el furor de gritar y de ofender cruelmente a personas eclesiásticas muy respetables, todo lo cual determinó el designio de devolverla sin violencia ni escándalo a su padre y hermanos para que la cuidasen y corrigieran sus desvaríos por el método doméstico, con paciencia, cariño y honestas distracciones.

Volvió, pues, Domiciana, a su casa y al amparo de su familia, que era de origen extremeño, establecida en Madrid, calle de Toledo, desde tiempo inmemorial, con el negocio de cerería; y no bien tomó tierra en el hogar paterno, acomodóse lindamente al vivir secular, echando, como si dijéramos, un nuevo carácter. Ansiaba morar con los suyos, ver gente, ocuparse en menesteres gratos, lucidos y de eficacia inmediata para la vida. Pasado algún tiempo, no se mordía la lengua para decir que su temprana inclinación religiosa no había sido más que una testarudez infantil, nacida del odio a su madrastra, y fomentada por un sacerdote de cortas luces amigo de la casa. Cayó la venda de sus ojos algo tarde, cuando ya su irreflexiva determinación no tenía remedio, y del despecho, más aún de las ganas recónditas de libertad, le sobrevino aquel destemple nervioso con ráfagas cerebrales, que se manifestaba en la necesidad irresistible de correr por los claustros, en imitar con destemplada voz los pregones callejeros y, a veces, en liarse al pescuezo una cuerda con lazo corredizo. Esto ponía la

consternación y el espanto en sus tímidas compañeras, pues aunque nunca tiraba del lazo lo bastante para estrangularse, hacíalo hasta ponerse roja como un pimiento y echar fuera un buen pedazo de lengua.

Lograda, al fin, la libertad en la forma que se ha dicho, en todo tuvo suerte Domiciana, pues como por ensalmo se le curaron aquellos neuróticas desazones, y entró en su casa en circunstancias felicísimas. La madrastra que motivó su reclusión religiosa se había muerto, y casado en cuartas nupcias el honrado cerero don Gabino Paredes, había enviudado por cuarta vez. No había, pues, mujer en la casa, y Domiciana podía campar con todo el imperio que apetecía, así en la familia como en el establecimiento. Antes de seguir, conviene dar noticia del patriarcalismo matrimonial de aquel don Gabino, varón inapreciable para rehacer una comarca despoblada por la emigración. De su primer matrimonio, que sólo duro tres años, tuvo dos hijas, que el 50 vivían: la una era monja en Guadalajara, la otra casó con un cerero de la misma ciudad. De la segunda mujer nacieron siete hijos, de los cuales vivían sólo Domiciana y dos hermanos que se habían ido a América. El tercer matrimonio dió de sí ocho vástagos, en seis partos, y el cuarto, cinco. De estas trece criaturas sólo vivían en 1850 tres varones, dos de los cuales habían seguido la carrera eclesiástica y desempeñaba cada cual un curato en pueblo de la Mancha: el benjamín, llamado Ezequiel, trabajaba en la cerería, al lado de su padre, y era un bendito, todo mansedumbre y docilidad. Había llevado al censo el buen don Gabino cuatro mujeres y veintidós hijos legítimos... El censo de los naturales lo formaban las malas lenguas del barrio.

Si afortunada fué Domiciana al encontrarse, en su regreso al mundo, sin madrastra y con la menor cantidad posible de hermanos, no fué menos dichoso el cerero al recobrar a una hija qué pronto reveló su extraordinaria utilidad. Pasados los primeros días, Domiciana se reconoció continuadora de su historia personal anterior a la vida del convento. Había sido ésta como un paréntesis, como un sueño, del cual despertaba con cierto quebranto del alma, pero sintiéndose poseedora de cualidades que no eran menos positivas por haber dormido tanto tiempo. No tardó en revelar su carácter mandón y autoritario: lo estrenó desbaratando un nuevo plan casamentero de su padre, que aún se sentía, con senil ilusión, llamado a enriquecer el censo. Andando días desplegó en el gobierno de aquella industria dotes de administradora, y puso puntales a la ruina. Con tantas nupcias, partos y viudeces, con tantísimos bautizos y crianza de criaturas y, principalmente, con el desbarajuste de don Gabino en los últimos años, la cerería no se hallaba en estado muy floreciente. La concurrencia de establecimientos similares, la falta de tacto y agudeza para retener a la feligresía tradicional, y el desmayo creciente de la fe religiosa, obra del tiempo y de la política, habían traído desorden, atrasos, dispersión de parroquianos, deudas. A todo esto quiso Domiciana poner remedio con firme voluntad, practicando el axioma de «principio quieren las cosas».

En esta empresa de reparación, la ex monja no habría encontrado el éxito si no empleara como instrumento de autoridad un genio áspero y fórmulas verbales de maestro de escuela. Su padre, que al principio protestaba y gruñía, se fué sometiendo con un espíritu de transacción parecido al miedo; Ezequiel y el dependiente Tomás obedecían silenciosos, y, al fin, entrando grandes y chicos por el aro, todos comprendían lo saludable de aquel método de gobierno. Subía de punto el mérito de Domiciana haciendo estas cosas con apariencias de no hacer nada. Diez o doce meses habían transcurrido desde su evasión, y vivía confinada en el entresuelo, sin bajar a la tienda y taller. Los parroquianos y los amigos de casa, clérigos en su mayor parte, que solían armar su tertulia las más de las tardes a la vera del mostrador o en la trastienda, rara vez la veían, y ella no se cuidaba de que formaran idea ventajosa de su regeneración mental; antes bien, le convenía que la opinión dijera y repitiera por todo el barrio:

—Sigue tocada la pobre..., aunque tranquila y sin molestar a nadie.

Obra lenta del tiempo fué la corrección de este juicio; al año y medio, ya era público y notorio que Domiciana gozaba de excelente salud.

Observándola en la intimidad, fácil-

mente se descubría en la hija del cerero la mujer de iniciativa, de personalidad propia en su organismo intelectual y ético. Lejos de poner toda su atención en la industria cerera, se lanzaba con ardor a nueva granjería, partiendo de aficiones y conocimientos experimentales adquiridos en el claustro. Procedía en esto por imperiosa moción de su voluntad, y, además, por cálculo egoísta. Más de una vez había pensado que, a la muerte de don Gabino (la cual, por ley de naturaleza, no podía estar lejana), la parte de cerería que a cada uno de los hijos tocase no habría de sacarles de pobres. Y como ella anhelaba libertad y no quería vivir a expensas de sus hermanos, procuraba labrarse con afanes de hormiga un peculio propio, que le asegurase vejez holgada, independiente. Ved aquí por qué, sin desatender el negocio de su padre, cultivaba, en reservado laboratorio, sus artes y preparaciones propias. Trasladó la sala al despacho de don Gabino, éste a un rincón de la tienda, tras una mampara de cristales, y en la sala instaló lo que podríamos llamar herboristería o droguería con unos trozos de anaquel que compró en el Rastro, dos hornillas, mesa alta para el filtro y pesos, y otra pequeña, por el estilo de las de los zapateros, destinada a las manipulaciones que exigían largas horas de atención y paciencia. Enorme cantidad de hierbas tintóreas, cosméticas u oficinales difundían variados aromas en la estancia, ya colgadas del techo en ramos, ya guardadas en cajoncillos. No digamos que Domiciana cultivaba la botánica y la química, sino que era una profesora empírica de arte herbolario y de alquimia doméstica.

Pocas personas veían a la monja en su retiro de alquimista, y la única que en él a todas horas tenía entrada era Cigüela. Amistad y confianza recíproca las unían, a pesar de la diferencia de edades. Se conocieron en Jesús durante tres penosos días, que fueron los últimos de Domiciana y los primeros de Lucila en el convento, y cuando salió ésta buscó amparo junto a la exclaustrada, que a su servicio la tuvo dos meses largos. En la triste situación a que había venido la hija de Ansúrez, la que fué su ama y era siempre su amiga le daba consuelos y socorro; pero no lo hacía sin echar por delante expresiones agrias, creyendo que la guapa moza necesitaba corrección moral tanto como auxilios de boca, y que los buenos consejos y las lecciones dolientes para uso de la conducta no serían menos eficaces que el chocolate o el pan. Entró Lucila en el laboratorio, y, fatigada, se sentó después de un breve y cordial saludo.

—¿Ya estás aquí otra vez?—le dijo Domiciana, que aunque se alegrara de verla no dejaba de emplear esta fórmula displicente—. Pues, h i j a, ya podías comprender que no puedo socorrerte tan a menudo... Lo que entra por cera no da más que para el gasto de casa. Muy deslucidas han sido las Animas este año, y nadie diría que estamos en noviembre... Pues el Adviento también se nos presenta muy mediano. ¿Qué tenemos ahora? La novena de San Nicolás de Bari, que da poco de sí. La de la Purísima será otra cosa. Ten paciencia, espérate, y...

Incapaz de formular un exordio apropiado a la pretensión que llevaba, Lucila no hacía más que suspirar hondo, metiéndose en la boca las puntas del pañuelo. Y Domiciana, que jugar solía con la ansiedad de las personas que más amaba, enseñándoles el bien que pedían y guardándolo después, dió estos puntazos, con dedo muy duro, en el dolorido corazón de su amiga:

—No se te puede favorecer todos los días. Vaya, vaya; tenemos aquí una historia que no se acaba nunca... ¿Pero cuándo se muere ese hombre o cuándo le prenden y se lo llevan a Filipinas para que descanses tú y descansemos todos?

Estas expresiones, dichas con fría crueldad, desbordaron la pena de Lucila, que se deshizo en llanto, arrimando su cabeza a la estantería cercana. Y la otra, cambiando el juego mortificante por el juego compasivo, le dijo, sin abandonar su tarea:

—Para, para, hija, que con tanta llorera le metes a una el corazón en un puño. Ya sabes que no te dejaré marchar con las manos vacías. Domiciana tiene siempre para ti las dos, las tres onzas de chocolate, media hogaza y un par de reales de añadidura. No lloréis más, ojuelos; sosiégate, corazón...

V

—Aunque usted se enfade, aunque usted me pegue—contestó Lucila, sacando las palabras del seno de su intensa amargura—, le digo..., Domiciana, le digo que no he venido por la limosna que suele darme para un día o para tres... Ya sé que eso su buen corazón no me lo niega... Domiciana, no vengo a eso... Pégueme, Domiciana..., pero, yo le digo que estoy atribuladísima.... Un miedo horrible, un presentimiento... Imposible guardar mucho tiempo más el escondite de Tolomín... Siento los pasos de la maldita Policía..., los siento aquí, en mi corazón...; ¡pum, pum!..., ya vienen..., y si cogen al pobre Tolomín, yo, Domiciana..., yo, nada. Pasará una de estas tres cosas: o me muero o me mato... o mato a alguien. Créalo usted: soy una leona; pero una leona... Figúrese una madre a la que le quitan su hijo, un niño chiquitín... Pues Tolomé, perseguido, condenado a muerte, herido y enfermo, es para mí como una criatura... Hasta me parece que le he dado la vida... Y se la doy, sí; yo me hago cuenta de que se muere todos los días y que lo resucito con mis cuidados, con mis ternuras y con este afán grandísimo de que viva y se salve... Domiciana, se lo digo a usted, aunque me pegue. Se me ha ocurrido sacar a Tolomé de Madrid, ponerle en salvo, huyendo con él a Portugal o a Francia. Vea usted lo que he pensado... Es una gran idea... Sí, dígame que sí, Domiciana, y dígame también que me ayudará a salvarle, a salir de este infierno. Vivir como vivimos es peor que la muerte... Usted me ayudará, usted me dará lo que necesito para hacer por ese pobre desgraciado lo que harían una madre y una hija, una hermana y una esposa, porque todo eso junto soy y quiero ser yo para él.

—Válgate Dios por lo enamorada—dijo la ex monja, mirándola con seriedad, en la cual no era difícil sorprender algo de admiración—. Bueno: pues dime ahora cuál es tu plan. ¿Conoces las dificultades de una fuga semejante? Tendréis que salir disfrazados. Y el dinero para esa viajata, que habrá de ser en coche, ¿dónde está? ¿Has creído que yo podré dártelo?

—Sí que podrá... Los gastos no subirán mucho, Domiciana. Le diré mi plan para que se vaya enterando. Lo primero ha de ser comprar un burro... ¿Se ríe? Todo lo tengo muy estudiadito... Un burro necesito, porque nos disfrazaremos de gitanos. La ropa no la tengo; pero sé dónde está y lo que ha de costarme, que es bien poco.

—Realmente, tú no harás mal tipo de gitana; pero él... ¿Es muy guapo?

—Mil veces he dicho a usted que es guapísimo, Domiciana, y nunca se entera.

—¿Pelinegro?

—Sí... Pero los ojos son azules. Tiene tal hechizo en el mirar—dijo Cigüela con ingenua sinceridad descriptiva—, que no puedo explicar a usted lo que una siente cuando Tomín habla de cosas que llegan al corazón...

—Ya, ya—murmuró Domiciana, perdida la mirada en el espacio, en persecución de una imagen ideal, fugitiva—. Ojos azules, color trigueño..., como Nuestro Señor Jesucristo... Bueno; pues te digo que no haréis Tomín y tú pareja de gitanos, y no resultando el disfraz corréis peligro de que os sorprendan en el camino y os maten... Conozco la manera de dar a la tez el color agitanado... Para esto se emplea el sándalo rojo, mezclado con vinagre fuerte dos veces destilado, y añadiendo alumbre de roca molido... Para lo que no hay secreto de alquimia es para trocar en negros los ojos azules..., y como saques a tu hombre con ojos azules y vestido de gitano, cátate descubierta y él preso y pasado por las armas.

Desconcertada, Lucila miró a su amiga, como pidiéndole que al rebatir y desechar una solución propusiese otra.

—Más seguro será, tontuela, que le disfraces de amolador—prosiguió la exclaustrada—. ¿No me has dicho que habla francés?

—Sí: lo hablaba de niño, y aún le queda el acento. Su madre era francesa; se apellidaba Chenier. El dice que por el nombre materno tiene la revolución en la sangre.

—Pues el habla francesa se apareja muy bien con los ojos azules, siempre que el pelo sea rubio. Aquí tengo yo la lejía para teñir de rubio los cabellos—dijo Domiciana mostrándole un frasco que contenía sustancia opaca—. Sé hacerla y

surto a dos señoras morenas que quieren ser rubias. Tomo dos libras de ceniza de sarmientos, media onza de raíz de brionia y otro tanto de azafrán de Indias; le añado una dracma de raíz de lirio, otra de flor de godolobo, otra de estaquey amarillo; lo cuezo, lo decanto, y ya está. Lavando el pelo de Tomín seis o siete veces, se lo pondrás rubio como el oro; le afeitas para no tener que pintar la barba y bigote, y con esto y un poco de francés chapurreado, ya le tienes de perfecto amolador. Por poco precio puedes proporcionarte la piedra de asperón y todo el aparato. Toma tu hombre unas lecciones de ese oficio y salís por esos pueblos, él amolando y tú tocando el chiflo para pregonar la industria...

—Tomín no puede afilar por causa de la herida en la pierna—dijo Cigüela reflexiva, argumentando en contra, pero sin rechazar en absoluto la tesis amolatoria—. Gracias que se tenga en el burro y que podamos caminar en jornadas cortas. Yo he de ir a pie, arreando... Además, los afiladores son mal mirados en los pueblos, y si diera la gente en creer que llevamos algunos cuartos, nos haría alguna mala partida... Si él estuviera bueno y pudiera, de pueblo en pueblo, amolar de verdad, cobrando poco, escaparíamos bien... Desde luego, es mejor idea que la de agitanarnos. Pero de seguro habrá un tapadijo más seguro. Búsquelo, invéntelo usted, que discurre tan bien y tiene la cabeza fresca. La mía es un horno, y no saco de ella más que disparates.

Cambió el rostro de Domiciana, recobrando la orgullosa expresión de confianza en sí misma y de sábelotodo.

—Pues solución verdadera y segura no hay más que una, Lucila—le dijo levantándose—, y vas a saberla... Pero, como la cosa es larga y tenemos que hablar mucho, bueno será que te quedes aquí toda la tarde... Ya no tienes que correr tras la pitanza, porque asegurada la tienes por mí. En pago de ella y consejo que voy a darte para tu salvación y la de ese caballero, me ayudarás en mis tareas. Quítate el pañuelo de manta; ponte este delantal, siéntate delante de mí, coge el almirez y entretente en moler estas dos onzas de almendras amargas, que ya están peladas, y una dosis de alcanfor, que voy a darte bien medida... Has de moler hasta que estén unidas las dos materias y formando una pasta... Yo prepararé un frasco de *leche de rosa* que me han encargado para hoy mismo... Trabajemos aquí las dos, y hablemos. Cuenta te tiene oírme, y más cuenta reflexionar en lo que me oigas.

Hizo Lucila cuanto Domiciana la ordenaba y calló, esperando la solución y consejo, no sin temor y ansiedad grandes, pues siempre que su amiga hablaba en aquella forma era para proponer actos difíciles, si por un lado saludables, por otro dolorosos. Un rato estuvo la ex monja trasteando junto a una credencia, de la cual sacó botellas y tazas con diferentes líquidos. Después, sin hablar palabra, por tratarse de una mixtura que reclamaba toda su atención, midió diferentes porciones, ya con cucharillas, ya con cazos; coló el aceite de oliva, le añadió gotas de aceite de tártago y, cuando su labor parecía vencida en su parte más delicada, dijo a su amiga:

—Esta es la *leche de rosa,* que hago con todo escrúpulo y sin omitir gasto, para una señora marquesa que la emplea como lo mejor que se conoce para la conservación de la tez. Con eso que tú mueles hago el jabón de tocador que llamamos de *lady Derby,* cosa rica y, por tanto, un poquito cara. Te daré lección, si quieres; podrás hacer la *pasta de almendras* para blanquear las manos, y el *agua de carne de ternero* para calmar los picores de la piel... Con todo esto, bien preparado y bien servido a los que saben y pueden pagarlo, se gana dinero, y se combate la ociosidad, que es la madre de todos los vicios...

Hizo los últimos trasiegos, se lavó las manos, y parándose, con los brazos en jarras, junto a Lucila, la contempló risueña, y aprobó con monosílabos expresivos su trabajo. La infeliz moza majaba en el almirez con fe y aplicación, acompañando el movimiento de la mano con hociquitos muy monos, sin apartar del fondo del mortero su atención sostenida.

—¡Qué bien va eso, Lucila! Cuando lo acabes te pondré a majar, en distinto mortero, jibiones, ladrillo rojo y palo de Rodas, con otros ingredientes, para tamizarlo y hacer *polvo de coral.*

Era Domiciana de mediana estatura, bien dotada de carnes, airosa de cuerpo, desapacible de rostro, descolorida, ojerosa, negros los ojos, la ceja fuerte y

casi corrida. Si de media nariz para arriba podría su cara pretender la nota de hermosura, del mismo punto hacia abajo ganaría fácilmente el premio de fealdad por la nariz un tanto aplastada, y la conformación morruda de la boca, de labio gordo, tirando a belfo. No era fácil designar su edad por lo que de ella se veía: declaraba treinta y ocho años. De la vida claustral le habían quedado los ademanes y compostura señoril, en visita o ante personas extrañas, y el habla fina, correcta, en muchas ocasiones, atildada. Quedábale también la costumbre de expresar su pensamiento graduando la sinceridad por d r a c m a s y hasta por escrúpulos, según le convenía. Entre lo adquirido al reaparecer en el mundo, se notaba la asimilación de algunas voces nuevas de reciente uso social y callejero, y el cuidado de la dentadura, buena por sí y mejorada con la *lejía jabonosa* y los *polvos de coral*. Era un excelente muestrario de su industria. Continuaba vistiendo modestamente de negro. En visita, nunca se desmintió la monja encogida que por graves motivos de salud había tenido que volver a la casa paterna, y su conversación copiaba el prontuario de todas las muletillas de respeto para cosas y personas, así humanas como de tejas arriba. Su voz no era gangosa, sino bien timbrada y de variadas inflexiones. Lo más bello de su cuerpo eran brazos y manos.

Pues, como se ha dicho, Lucila machacaba en silencio, aguardando la ansiada solución, que la maestra no quería soltar sin preámbulos. Sentóse Domiciana junto a la mesa que parecía de zapatero, frente al sitio q u e ocupaba Lucila, y se puso a dividir en pequeñas dosis, medidas con una conchita, ciertas cantidades de polvo de rosa, de iris en polvo, de goma molida, y a guardarlas en papelillos doblados a lo boticario. Luego formó dosis más grandes de nitro, de estoraque, de clavillo y canela, midiendo c o n cáscaras de nueces, y cuando estaba en lo más empeñado de su trajín rompió el silencio con estas palabras que resultaron solemnes:

—Si quieres salir pronto y bien de esa terrible situación y salvar a tu hombre y salvarte tú, en tu mano está. El camino es corto, Lucila. No hace falta más que un poco de resolución y... fuera miedo, fuera escrúpulos. Te vas al convento, pides ver a la madre; la madre te recibirá gozosa; te armas de valor le cuentas tus penas; la madre te oye como ella sabe oír; tú lloras un poquito naturalmente; la madre te consuela, te anima; le dices toda la verdad, todita. Lucila: quién es ese hombre, lo que ha hecho, la crueldad con que es perseguido..., y, para que no se te quede nada en el tintero, le cuentas cómo le conociste; haces la pintura de..., de... lo guapo que es, del amor que le tienes, y.. Hija, como hagas esto según yo te lo digo, ten a tu Tomín por salvado...

Lucila, estupefacta, suspensa, miraba a su amiga como si dudara de lo que oía. Los morros de Domiciana, al soltar la palabra, le hacían el efecto de una trompeta de son estridente, desgarrador.

VI

—¡Pero usted se burla, Domiciana —le dijo, al fin, Lucila, cuando el estupor dió paso a la expresión clara del pensamiento—. ¿En serio me aconseja que le cuente esto a la madre y le pida su protección?

—Seriamente te lo digo..., y tan cierto tendrás su divina protección como éste es día. Yo la conozco bien. Por grande que sea la culpa de Tomín, si le pides a la madre el indulto, lo tendrás... Tus planes de escapatoria son desatinados. Si no vas por el camino que te marco, tú y tu capitán estáis perdidos... Fuera de este camino, no veas más que la muerte... ¡Y qué muerte, pobrecilla!

—¡Ay Domiciana, de una amiga como usted, que me quiere de veras, no esperaba yo ese consejo—exclamó Cigüela triste y dolorida.

—¿Dudas que la madre pueda sacarte de ese purgatorio? El poder de la madre es tal que con escribir su voluntad en un papelito y mandarlo adonde guisan, hace y deshace los acontecimientos, así en lo grande como en lo chico. Y diciendo ella «esto quiero», no valen para impedirlo todos los Narváez del mundo, con sus bufidos de mal genio, ni la caterva de monigotes viles que llaman ministros, los cuales no son más que refrendadores de lo que manda... quien manda. Ya tú me entiendes. Co-

mo la madre diga: «Sobreséase la causa del señor Tomín y désele encima jamón en dulce», ya puede estar tranquilo tu amigo... Los que hoy le persiguen le ayudarán a ponerse las botas para que se vaya a su casa, y luego, cuando le vean paseándose libre por la calle, le harán mil carantoñas.

—Creo en el poder de la madre—dijo Lucila—, creo también que sirve, pero no de balde. Si concede un favor a tal o cual persona es a cambio de otro favor o de que la adoren como a los santos. Nadie me lo cuenta, Domiciana; lo he probado por mí misma. Cuando empezó este martirio mío, no sabiendo a quien volverme, fuí al convento a pedir protección. La madre no quiso recibirme. Sor Catalina, que siempre fué conmigo muy cariñosa, me dijo que si quería protección para mí o para persona que me interesara debía pedirla de rodillas con todas las señales del arrepentimiento, renegando de mi libertad, dejándome encerrar y corregir con remuchísimo aquel de severidad. Buena cosa querían: cogerme, arrancarme el corazón que tengo y ponerme otro de papel para que con él sintiera lo que ellas sienten: nada..., la muerte... ¡Y por casa un sepulcro, y por ocupación el aburrimiento!... Esto no me conviene, esto no es para mí.

—Pero Lucila—dijo la otra, apoderándose de un argumento que creía de grande eficacia—, ¿tú crees que en este mundo se logran nuestros deseos sin algo de sacrificio? ¿Querías tú que la madre te salvara al hombre por tu linda cara, dejándote en libertad para seguir ofendiendo a Dios?... Ponte en lo razonable y no esperes que te saquen de este pantano sin que digas: «A cambio de la vida y de la libertad de ese hombre, ahí va la libertad mía, ahí va mi amor; doy también mi vida; a Dios me ofrezco toda entera para que Dios, por mediación de sus ministros..., o ministras, devuelva la paz a un desgraciado.» Esto es lo meritorio, esto es lo cristiano.

—Eso...—dijo Lucila desdeñosa, disimulando su enojo con una violenta presión de la mano de mortero sobre la pasta—, eso se lo cuenta usted a quien quiera. Lo cristiano es favorecer al prójimo sin pedirle nada.

—Veo que no tienes pizca de trastienda, Lucila; por eso eres tan desgraciada, y lo serás siempre. Si llevas al convento tus cuitas y las cuitas del caballero de los ojos azules, ¿qué ha de pedirte la madre a trueque de la salvacion del sujeto? Pues nada entre dos platos. Te darán cama y comida; te mandarán que confieses, no una vez, sino muchas. Ningún trabajo te cuesta confesar, ni el confesar a menudo con las penitencias consiguientes es para matar a nadie. Te sometes, te santificas, sufres un poquito, trabajas, rezas. De tu aburrimiento y soledad te consuelas pensando que el caballero está a salvo, que la Policía no se mete con él, que le dan el ascenso y vive bueno y sano, engordando y poniédose cada día más guapetón.

—Domiciana—dijo Lucila, traspasando a su amiga con la mirada—, o es usted una hipócrita y me recomienda la hipocresía, o es la mujer sin corazón, la mujer muerta, que así llamo a las que se han dejado secar y amojamar en los conventos, convirtiéndose en animales disecados como los que están en la Historia Natural. Cuando la conocí a usted, en Jesús, la tuve yo por mujer viva; pero ahora me habla como las muertas. No sabe lo que es amor, no tiene idea de él; tiene el corazón hecho cecina, y con la uña me ha desgarrado el mío, que vive y sangra... Domiciana, no sea usted cruel, no me martirice...

—Tontuela, yo seré todo lo marchita que tú quieras; pero sé discurrir y veo las cosas con claridad—replicó Domiciana, ansiosa de mortificarla—. Para que te salven al caballero ese tienes que renunciar a él, ser mujer muerta. Pues ¿qué quieres, niña? ¿Que la religión te saque de este mal paso y encima te dé cabello de ángel y tocino del cielo? No puede ser. Si quieres que él viva, es preciso que tú te amojames... Ya sé yo lo que temes...: Aunque desconozco el amor, ¡maldito amor!, he calado lo que piensas. Tú dices: «¡Pues estaría bueno que mientras yo me estoy aquí reza que te reza y secándome y acecinándome, mi Tomín, salvado por mí, ande por esos mundos divirtiéndose con otra!» ¿Acierto?

—Eso he pensado, sí. No quiero, no, venderme a las monjas por la salvación de Tomín.

—Pues mira tú: hay un medio de conciliarlo todo Te vas a Jesús..., haces

tu trato con la madre; te encierras, te dejas disciplinar y penitenciar todo lo que quieran..., siempre con la reserva mental de volver a escaparte cuando estés bien segura de que Tomín está en salvo...

—¡Hipócrita, más que hipócrita! Y ¿cuánto duraría esa comedia?

—Poco tiempo..., quince días, un mes... ¿No tienes confianza en tu Tomín? ¿Dudas que te guarde fidelidad en plazo tan corto?... Si lo dudas, ponle bajo mi custodia en ese tiempo. Yo, como mujer muerta y corazón convertido en bacalao, no debo infundirte celos. Yo seré para él como una madre, como una hermana mayor, y le trataré a la baqueta, no le dejaré respirar, leyéndole a todas horas la cartilla: «Eh, caballerito, ándese con tiento, que si antes estuvo condenado a muerte, ahora está condenado a fidelidad y gratitud, bajo mi vigilancia. Para salvarle a usted se puso en esclavitud, digamos en rehenes, con Dios, una mujer de tierno corazón. Si usted cumple como caballero, guardándole consecuencia, ella cumplirá como señora, escabulléndose lindamente de su prisión, y así volverán uno y otro a juntarse.» Esto le diré, y con mis exhortaciones y el cuidado que he de poner en vigilarle y seguirle los pasos, te lo tendré bien sujeto... ¿Qué?... ¿Te ríes? ¿No te parece sutil esta combinación?

—Demasiado sutil...—contestó Lucila con graciosa desconfianza.

—¿No me tienes por buena guardiana?

—No me fío...

La monja ladina alargaba los morros afectando toda la seriedad del mundo. Mirábala Lucila entre burlona y asustada. En sus labios oscilaba ese mohín del niño que no sabe si reír porque le entretienen o llorar porque le asustan. Y repitió la frase:

—No me fío...

Tras una pausa en la cual Domiciana frunció su tenebroso entrecejo y dió a los morros toda la longitud posible, Cigüela, casi, casi compungida, volvió a decir:

—No me fío, Domiciana.

—Pues si soy mujer muerta y corazón disecado, ¿qué temes?

—Por si acaso, Domiciana, por si acaso no fuera usted como yo creo...

—¿Esta combinación no te peta? Peor para ti..., porque no hay otra, Lucila.

—Si para que la madre me favorezca necesito engañarla y birlar a la Comunidad, me quedo donde estoy. ¡Pobre Tomín!... Moriremos juntos.

—Sí, sí; a eso vais.

—Ya me dió un vuelco el corazón cuando usted me nombró a la madre. Desde el día en que allí estuve y me despidió sor Catalina con las despachaderas que usted sabe, no he vuelto a parar mientes en aquella casa. Por la madre siento respeto; pero nada más que respeto... Cierto que no es una mujer como las *naturales*... Algo hay en ella que es... de ella nada más; pero nunca he podido quererla...

—Yo, sí—dijo Domiciana con firme acento, y la vaguedad de su mirada, perdida y parada como la de los ciegos, indicaba que su mente perseguía las imágenes distantes.

—¿De veras la quiere? Será porque ha sido buena para usted. Y ¿cree usted en las llagas?

—¿Cómo he de creer en las llagas, si sé cómo se hacen? Alguna vez ha recurrido a mí para que se las reprodujera cuando se le estaban cicatrizando. Tengo el secreto: la misma monja que reveló a Patrocinio este artificio me lo enseñó a mí, una vieja que murió cuando aún estábamos en el Caballero de Gracia: sor Aquilina de la Transfiguración, aragonesa ella. Pues sí: se hace llagas. Ello es bien fácil. Tengo la *clemátide vitalba*, que el vulgo llama *yerba pordiosera*. ¿Quieres probarlo? Verás qué pronto...

—No, gracias. No me llama Dios por ese camino.

—Ni a mí. Por eso jamás me pasó por la cabeza llagarme a mí misma... Las razones que ha tenido Patrocinio para ponerse los estigmas son de un orden superior y no debemos meternos a decir si hace bien o hace mal... Lo que en ti o en mí, que somos tan poco y no valemos para nada sería bárbaro, pecaminoso y hasta sacrílego, en otras personas, llamadas a empresas altas por méritos de su caletre y de su voluntad, puede ser bueno, necesario y hasta indispensable. ¿Qué dices? ¿Que no entiendes esto, bobilla?

—Yo, Domiciana, pienso siempre por derecho: creo que lo que es malo en mí

malo ha de ser en las reinas y emperatrices.

—No estamos conformes. Eres una simplona y no conoces el mundo. Corto tiempo has estado en el convento, y eso en días en que allí había poco que aprender. Veinte años, los mejores de mi vida, pasé yo en la Comunidad, y en tiempos tales, que entonces fué la casa como un pequeño mundo, dentro del cual el mundo grande de nuestra España estaba como reproducido y encerrado. ¿Me entiendes? Pues yo, por lo que allí he visto, puedo dar fe de las grandes dotes y facultades que el Señor concedió a Patrocinio. No hay mujer como ella. Yo la admiro, por muchas razones; por otras, la temo...

—Y por otras la quiere..., ha dicho usted que la quiere.

—Y no me vuelvo atrás. Para que te hagas cargo de las razones de este querer mío, así como del admirar y del temer, será preciso que yo te cuente muchas cosas... ¿No te parece que ya hemos trabajado bastante?

—Yo, la verdad, no estoy cansada. Déme otra cosa que majar.

—Antes descansemos y merendemos. Hagamos un alto en nuestros afanes para cobrar fuerzas... No podrás negarme que estás desfallecida... Se te abre la boca y se te caen los párpados. Recógeme todo eso... No; yo lo recogeré mientras tú bajas a la calle y te traes dos pares de bartolillos de la pastelería de Cosme. Toma los cuartos. Mejor será que traigas media docena; los remojaremos con un rosoli exquisito que me mandaron los de la botillería de la Lechuga para reparo del estómago en las mañanas y en las tardes frías.

Salió la moza diligente, y en el rato que estuvo fuera recogió la ex monja los ingredientes que en la mesa de trabajo había, ordenándolo todo en otro sitio. Después sacó de un estante la botella de rosoli y dos copas. Al salir Lucila por los bartolillos, había reparado Domiciana en los rojos zapatos puntiagudos que calzaba su amiga, y cuando la vió entrar fijó más en ellos su atención, diciendo:

—Has de contarme de dónde sacaste esos chapines tan majos, y luego trataremos de que me los des a cambio de otro calzado, porque te aseguro que me gustan muchísimo y quiero ponérmelos y usarlos dentro de casa.

Contestó Lucila que dispusiese de aquella prenda y de cuanto ella poseía, y acto continuo se sentaron y cada cual la emprendió con un bartolillo, Domiciana como golosa y Lucila como hambrienta.

VII

Sirviendo a su amiga el dulce rosoli e invitándola a no ser demasiado melindrosa en el beber, la exclaustrada dió principio con desordenado plan y gracioso estilo a sus cuentos monjiles:

—Yo entré en el convento cuando aquel mal hombre y peor rey Fernando casó con Cristina..., no: cuando ya estaban casados y Cristina encinta de Isabel. Me movió a ser monja una tema de chiquilla tonta y cabezuda y el odio a mi madrastra, Faustina Baranda, de esa familia de peleteros establecida en la calle Mayor, y cinco años estuve en aquella vida boba, sin percatarme del gran desatino que había hecho. Fué mi madrina en la profesión doña Victorina Sarmiento de Silva, dama de la infanta Carlota... Pues, como te digo, caí de mi burro a poco de tomar el hábito y cuando ya mi locura no tenía remedio. De novicia, vi los primeros milagros de Patrocinio, que en el siglo se llamó Dolores Quiroga y Cacopardo, y las entradas del demonio en nuestra santa casa... Terribles dudas tuve al principio; pero como ya entonces era yo muy reparona y todo lo observaba, llegando hasta no creer en ningún fantasma que no viese con mis ojos y tocara con mis manos, pronto me convencí de que el diablo intruso y visitante era un fraile de Sigüenza que entraba por las habitaciones del vicario y a los tejados se subía y a los claustros y celdas bajaba. Otra novicia y yo, las dos valientes y decididas, le acechamos una noche, y corriendo tras él y agarrándole por donde pudimos, yo me quedé con un pedazo de rabo en la mano, el cual era como una cuerda forrada en bayeta roja, y mi amiga le arrancó un cuerno, que resultó ser al modo de un gordo chorizo de sarga verde, relleno de pelote... Como se confunden en mi cabeza los recuerdos y no puedo fijar bien el orden de los

sucedidos, te diré que antes o después de aquellas visitas infernales recibía nuestra Comunidad, en el locutorio, las de don Carlos María Isidro y su mujer, doña Francisca, y con ellas las de innumerables señorones del bando absolutista, que era el de nuestra devoción. En clausura entraban cuando querían un capuchino llamado el padre Alcaraz, el padre La Hoz, que a muchas de nosotras confesaba; fray Cirilo de Alameda y otros del mismo fuste. El padre Arriaza, que luego nos pusieron de vicario, no creía en la santidad de Patrocinio, y tuvo con ella y con la priora no pocos altercados. Nosotras, acechando fuera de la puerta de la celda prioral, oíamos el runrún de las voces y luego veíamos salir a la priora sofocada, a Patrocinio fresca y sonriente, desafiando al mundo entero con aquella serenidad que nos llenaba de admiración.

... Que todas allí éramos carlistas furiosas, no tengo por qué decírtelo. Adorábamos a don Carlos, y aunque en Patrocinio veíamos actos de la mayor extravagancia, creíamos en ella, por aquel don magnético que tenía y tiene para imponer sus ideas, sus propósitos y hasta sus milagros. Podían ser falsas las llagas, pero las reverenciábamos; podía ser impostora la llagada; pero embargaba los ánimos con la blancura de su rostro y con su voz melifluа, con aquel modito suave de decir las cosas y de hacerlas, con aquel amor, verdadero o falso, que a todas mostraba y al cual correspondían nuestros corazones, tan necesitados de un querer entrañable en vida de tanto hastío y soledad... La queríamos, Lucila, porque cuando una es monja no se satisface con el amor de los santos o santas de palo, y quiere santos vivos, sean como fueren. Patrocinio, mujer extraordinaria, tuvo el arte y el valor de hacerse santa viva; de este modo conquistó el afecto de sus hermanas y de muchas personas de fuera, que la visitaban con admiración, con fervor, con todo el sentimiento místico que el alma guarda y acaricia para emplearlo en lo primero que salga... ¡Pues no te quiero decir lo que nos maravilló el caso de desaparecerse Patrocinio sin que en la casa quedara rastro de ella, y aparecerse luego a horcajadas en el tejado, con el rostro tan bien encendido en un divino resplandor que parecía una celestial visión!... Bajaba de aquel lugar eminente y, después de ponerse a orar, nos contaba que, arrebatada por el demonio en una nube densa, fué conducida al camino de Aranjuez, y del camino al palacio del Real Sitio, donde había visto con sus propios ojos a la reina María Cristina en tal descompostura de ademanes, que con ello bastaba para tenerla por malísima mujer...; que luego la transportaba el mismo diablete a la sierra de Guadarrama y al Real Sitio de San Ildefenso, y allí veía y comprobaba que Isabel no podía ser reina de España; por fin, después de otras milagrosas visiones y avisos, en demostración de que don Carlos ceñiría la Corona, el demonio nos traía de nuevo a nuestra compañera montadita en la nube y nos la ponía en el tejado, no sin algún quebranto de huesos de la monja volandera... ¡Habías de ver su cara y sus modos cuando nos contaba tales prodigios! Yo, sin creerlos, me dejaba vencer de no sé qué respeto al arte superior y nunca visto de tal mujer y hacía coro a las alabanzas, a los regocijos, a las esperanzas de mis compañeras, que veían en todo ello días gloriosos para la Orden.

... Patrocinio, cuando no estaba en oración, se pasaba las horas en su celda escribiendo cartas. Llevaba larga correspondencia con personas desconocidas de fuera, que la tenían al tanto de todas las intrigas y diabluras masónicas... Pero un día vino el demonio, por cierto todo vestido como un oso, y, arrebatándole los papeles, salió, dejando tal peste de azufre que no podíamos respirar. ¿Era este diablo el mismo que se la llevó en una nube a los Reales Sitios? Yo entonnes nada sabía. Después entendí que el segundo Lucifer era el padre Alcaraz, que había reñido con el demonio de marras; supe también que el viaje no había sido por los aires, sino por tierra, y no a los Sitios Reales, sino al convento de Cuéllar, donde desterrado estaba el frailón de Sigüenza, confesor que fué de Patrocinio. Bien podíamos decir: «Riñen los diablos y se descubren los huertos.»

... Pues ahora daré un brinco en el relato: tengo que decir lo primero que me salta a la memoria. Si no es por la traición de Maroto, no habría quien le quitara la Corona a don Carlos... Patroci-

nio, mujer de gran pesquis, en cuanto tuvo noticia del convenio de Vergara, empezó a entenderse con los diablos cristinos y con los *angélicos* o *isabelistas*... Mucho antes de estos días..., y ahora doy otro brinco para atrás..., empecé yo a sentir en mí el hastío y la repugnancia de la vida monástica; y de tal modo se me iba sentando en el alma el desconsuelo, que no tenía un r a t o de paz; perdí la salud y me entraron las murrias más horrorosas que puedes figurarte. Y es que, como había visto tantos diablos que entraban y salían, y, a más de los diablos, diabluras tantas dentro y fuera de la casa, me sentí también un poco diabla, y harta de convento, no vi mejor remedio que las diabluras para salirme de él...

... Déjame que pegue ahora otro brinco, no sé si hacia adelante o hacia atrás, porque el encadenado de las cosas en el tiempo se me borra de la cabeza... Por aquellos días empecé a sufrir los achaquillos de no dormir, de querer pegar a dos monjas que solían hacerme burla y el irresistible deseo de clavarle un alfiler gordo en la nalga a la hermana que tenía más próxima. Cuando me entraba el mal, o daba satisfacción al antojo o me entraban unos vapores que me ponían a morir... Y cátate aquí a Patrocinio procesada. Después de tanto absolutismo, vinieron al poder progresistas masónicos, y la emprendieron con nuestra santa. Del disgusto que a todas nos causaron aquellas trapisondas (y el proceso fué por los papeles que le robó el maldito diablo), yo me puse peor; me entró una tristeza tal, que en ella me hubiera consumido si no quisiera Dios enviarme una distracción, un consuelo, con que me fuí recobrando, y, al fin, se me fortaleció el seso y me volvieron las ganas de vivir. Desde los primeros años de la vida claustral solía entretenerme cogiendo hierbas en la huerta, aprendiendo a distinguirlas y a conocer sus cualidades y virtudes. Esta, en cocimiento, es buena para las muelas; aquélla, en infusión, inspira pensamientos alegres; tal otra purga a los pájaros, cuál otra blanquea y afina las manos.

... Y ahora, otro saltito. Cuando el tribunal masónico dispuso que para observar a Patrocinio y ver si eran verdaderas o fingidas sus llagas la trasladasen del convento a una vivienda particular; cuando fué llevada nuestra santa a la casa de don Wenceslao Gaviña, en la calle de la Almudena, y de allí a las Recogidas, se ordenó también desocupar el convento del Caballero de Gracia. Al de La Latina nos mandaron, donde por ser la huerta muy chica y pobre de vegetación, no encontré el solaz que me daba la vida, y tan mala me puse, que medio muerta me despacharon para Torrelaguna. ¡Oh!, allí fueron mis delicias, porque a más de encontrar abundancia de toda la maravilla vegetal que derramó Dios por el mundo, también me deparó Su Divina Majestad a sor Facunda de los Desamparados, valenciana, que es la primera sabedora del mundo en achaque de hierbas y sus virtudes, y sobre la ciencia y experiencia poseía una divina claridad para dar razón de todo. Allí mis goces de hortelana, de herbolaria y de farmacéutica fueron tan vivos, que hasta las obligaciones religiosas se me olvidaban, y más de una vez me reprendió y castigó la priora. Pero yo lo llevaba con paciencia; no se me ocurría clavar alfileres gordos en las caderas de nadie, y me sentía fuerte, rebosando salud...

... Y con tu permiso pego aquí otro salto en el espacio más que en el tiempo. Viéndome repuesta, me llevaron a Madrid. ¡Adiós mi sor Facunda del alma, adiós alegría de mi huerta y de mis queridísimos hierbatos! ¡Oh, qué tristeza me causó Madrid! En el tiempo de mi feliz residencia en Torrelaguna habían ocurrido muchas cosas: cambio de personal y aun de casa, porque ya la comunidad no estaba en La Latina, sino en Jesús... Por cambiar, hasta la política era otra, pues los carlinos figuraban poco, y eran amos de España los isabelinos, con su reina imperante. Sor Pilar Barcones, ancianita, s e g u í a de priora; pero la que nos gobernaba realmente era Patrocinio, maestra y madre de todas nosotras. Con satisfacción y orgullo veíamos el sinfín de personajes que iban a platicar con ella. El señor infante don Francisco presentó a su hijo, ya rey o marido de la reina; éste llevó a su esposa, y tras estos egregios visitantes iban duques, condes y marqueses, con sus mujeres y otras que no lo eran... Jubileo más l u c i d o no se vió nunca. Patrocinio, a mi regreso de To-

rrelaguna, me pareció una figura enteramente celestial. ¡Qué blancura de tez, qué caída de ojos, qué majestad en las posturas y qué modito de hablar, echando las palabras como si fueran ecos de otras que sobre ella, en invisibles aposentos, se pronunciaran! Comprendí entonces su poder, y que reina y rey se postraran ante ella... Tan mística era su hermosura, tan soberanos sus modos de andar, de sonreír, de llamar a una de nosotras para que se acercase, y tan dulce el timbre de su voz, que causaba en los que la veían y oían por primera vez efecto semejante al de la presencia de un ser sobrenatural. Te contaré un caso para que te maravilles. Cuando la llevaron a las Magdalenas, una monja de fe muy viva, que había oído contar sus milagros y creía en ellos como yo creo en la luz del sol, en cuanto la vió quedóse como pasmada; se le doblaron las rodillas; el rostro de Patrocinio fué para ella como un conjunto de la claridad de todos los rayos y centellas del cielo... La pobre monja dijo: «¡Ay Jesús!», y se quedó ciega.

—Pues ésa era la ocasión—dijo Lucila prontamente—de probar la madre su santidad, porque debió llegarse a la pobre monja y ponerle la santa mano en los ojos y decir con arrebato: «Ojos engañados, en nombre de Dios os mando que veáis.»

—Algo de eso hizo Patro; pero no consta que la otra recobrara la vista, y sólo al cabo de unos días empezó a ver algo por el ojo derecho, quedándose con el izquierdo a oscuras... En fin, yo te cuento el prodigio como me lo contaron, y lo que haya de verdad ya me lo dirán las escrituras... Pues sigo: si me fué muy grato ver que la madre me tomaba cariño, por otra parte me causó un dolor muy acerbo cierto día, diciéndome que moderara mi afición a la botánica y a la composición de mejunjes caseros..., así lo llamaba con desprecio de cosa tan útil como aquel arte mío mal aprendido. Ya ves, yo que no había puesto tasa en la admiración de ella, ya la temía tanto como la admiraba... Disimulé un poco mis aficiones, que cada día se apoderaban más de mi pobre alma sepultada en aquella región del fastidio. Hablando yo conmigo misma o con Dios en la soledad de mi celda, me comparaba con Patrocinio; llegaba a creerme que tenía delante de mí su rostro blanquísimo, sus ojos que ven los pensamientos, sus manos de cera con las estigmas de las llagas, sombrajo entre rosado y verdoso... Y viéndola de presencia, como hechura de mi imaginación, le decía: «Tú haces milagros, y yo combinaciones naturales que son los milagros de la tierra; tú trabajas con las cosas que están por encima de las nubes, con lo invisible y espiritual; yo trabajo con plantas humildes que tú pisas creyéndolas cosas despreciables. De estas plantas extraigo zumos, de otras aprovecho las flores, las raíces, las cortezas, y preparo bebidas medicinales, ingredientes que sirvan para realzar la hermosura o para mil usos y aplicaciones útiles de la vida que, por ser tantos, no se pueden contar. Tú haces tus arrumacos y tu arte de los Cielos para dominar a las criaturas y someterlas a tu mando, para ayudar a estorbar a reyes y ministros en el mangoneo de la dominación, o en guiar a ese ganado hombruno que, como el ovejuno y el vacuno, se deja llevar por el miedo o por el engaño. Yo no aspiro a gobernar a nadie, sino a ser útil a unos cuantos y a emplear mis días en un trabajo modesto que a mí me sostenga y me dé mejor y más cómoda vida. Tú manipulas con lo divino, yo con la Naturaleza, y en mis milagros no entran para nada el dogma, ni la pragmática sanción, ni la legitimidad: no entran más que las hierbas de Dios, el agüita de Dios y el fueguito de Dios...»

... Esto le decía yo en mis pláticas solitarias, y aun creo (no puedo asegurarlo) que se lo dije de palabra viva, frente a frente, en alguna de las agarradas que tuvimos cuando me llamaba a su celda para reprenderme.

VIII

Por segunda o tercera vez escanció rosoli en las dos copas, y, pasando por el gaznate un buche de agua para aclarar la voz, prosiguió de este modo:

—De entonces (y digo entonces por no poder marcarte la fecha) datan mis mayores trastornos. Las paredes y el techo de Jesús se me caían encima. Las locuras de otros días se repitieron con mayor gravedad; yo no me contentaba con

dar gritos, sino que se me salían de la boca, sin pensarlo, palabras feísimas, las más feas que hay, y que yo no había dicho nunca. Pasados días me divertía mucho asustando a las monjas; mejor será decir que me vengaba. Algunas no me podían ver. El susto de más efecto era figurar que me ahorcaba, y apretándome el cordel y sacando la lengua, yo les metía un miedo horroroso... A tanto llegué con aquel desatino, que ya no me dejaban sola en mi celda y dormía siempre con dos guardianas. Andando los meses me sosegué, no influyendo poco en ello la divina madre, que, muy cariñosa, me amonestó y consoló, permitiéndome coger plantas y hacer con ellas apartadijos como los de los herbolarios... Pero un día, ¡ay!... Voy a contarte lo más atroz que hice y el más estrafalario, el más ridículo y cruel de mis disparates. No sé qué día fué, ni la fiesta solemne que celebrábamos, porque en esto de fechas y festividades siempre he sido muy corta de memoria. Lo que sí recuerdo, como si lo estuviese viendo, es que aquel día tuvimos procesión por el claustro, a la que asistió el rey bajo palio, con cirio, acompañado del infante don Francisco, su señor padre, y del padre Fulgencio, su confesor... Después de esto hubo refresco; se sentaron todos en el jardincillo que hay en el centro del claustro. Recordando el calor que hacía, calculo que ello era al apuntar el verano, quizá en la fiesta de la Pentecostés o de la Santísima Trinidad... Yo me acuerdo de que llevé sillas para que se sentaran los convidados. Frente al rey estaba Patrocinio; a su derecha, el infante don Francisco, y a su izquierda, un fraile, que no sé si era el padre Carrascosa, confesor de la madre, o fray Toribio Martínez Cuadrado. Es raro esto de que se me confundan en la memoria dos frailazos de época muy distante el uno del otro. La confusión será porque se parecían; ambos eran grandullones, fornidos, de anchos hombros y pecho, caderas muy señaladas; unos hombrachos como castillos, con gordura de mujeres apopléticas. Yo llevaba bandejas con refrescos y me las traía con los vasos vacíos... En una de estas idas y venidas me entró de repente la mala idea, una idea rencorosa y asesina que con ninguna reflexión pude dominar. Ello era unas ganas muy vivas, muy ardientes, de ofender al buen fraile, que a mí no me había hecho daño alguno, ¡pobre señor!, pero que en aquel momento me inspiró un odio mortal y una repugnancia inaudita por el bulto que hacían sus carnazas amazacotadas. Ciega de aquel furor que me acometió como una instigación del demonio, dejé en el suelo la bandeja vacía, metí la mano bajo el escapulario, saqué un alfiler muy gordo y largo, de cabeza negra, que llevar conmigo solía, y cogiéndolo con disimulo y llegándome bonitamente al fraile, se lo clavé en la nalga con presteza y saña, metiéndole hasta la cabeza... Hija, el grito que soltó su paternidad y el respingo que dió, saltando del banco y echándose mano a la parte dolorida, fueron tales que al primer momento todas las monjas soltaron la risa... Bufaba el fraile; yo salí huyendo, avergonzada, y aquello fué un escándalo, una tragedia... Luego me contaron que el rey se había reído, y consolaba al padre diciéndole que el alfilerazo no había sido más que una broma, y que, sin duda, mi intención no fué irme tan a fondo.

... Ya comprenderás que esta barrabasada mía, hecha tan sin pensar, agravó mi situación... En el convento se hablaba de mandarme al Nuncio, de Toledo, donde hay un departamento para monjas que están mal de la jícara. Las que me querían mal me lo dijeron, y, al saberlo yo, tuve el arrebato de ahorcarme de verdad, que sólo me duró un ratito...

... En esto me llamó Patrocinio a su celda y hablamos lo que voy a contarte; «Yo me someto a todo lo que su caridad determine—le dije—, menos a que me lleven a una casa de orates, pues aunque parezca loca no lo soy. El clavarle el alfiler al padre confesor fué una travesura... El nos había dicho que el dolor es muy bueno y que debe regocijarnos. Tuve la mala idea de causarle dolor para que me regocijara... Pero no volveré a jugar con alfileres; yo se lo prometo a su caridad.» Y ella a mí: «Hermana, está usted enfermita del caletre y es menester curarla. Su mal proviene, según entiendo, de una fuerte inclinación a las cosas temporales, que perdura después de tantos años de vida religiosa. ¿Qué quiere decir eso de rebuscar y exprimir las plantas para comerciar con su jugo? Pues es codicia, es preferir lo humano a lo divino y lo

menudo a lo grande...» Yo repliqué: «Así es. Su caridad está en lo cierto. Me llama lo menudo y andar a cuatro pies por la tierra. ¡Dichosas las almas que se apacientan en los campos del cielo comiendo estrellas! Yo no tengo esa perfección. Al lado de su caridad, soy como una burra que pasta en los prados y no ve más que lo que come... Tengo la pasión de las cosas necesarias, o, si se quiere, menudas, y de entretener mis manos en labores vulgares que den de comer a alguien, a mí la primera. Me gusta trabajar, hacer cosas; me gusta vender, me gusta cobrar... Si eso es pecado, soy gran pecadora; pero no demente.» Y ella: «No diré que sea pecado en el siglo; aquí podría serlo. Hermana mía, yo no le deseo ningún mal; quiero para usted todos los bienes, y puesto que se ha llamado burra, le diré que este pesebre no le cuadra...» A la mañana siguiente volvió a llamarme y me notificó que yo no podía seguir en el convento, y que por no dar la campanada de mandarme al Nuncio había escrito a mi madrina, doña Victorina Sarmiento, para que supiera lo que ocurría, y a mi padre para que fuese por mí y se encargara de mi curación. Estas palabras de la divina Madre me causaron tanto gozo que sólo con oírlas se me quitaron como por milagro todos mis males de corazón y de nervios. Ve aquí por qué quiero a la madre. Llorando de gratitud le di las gracias: «Celebraré mucho que el trajín de *hacer cosas* y de venderlas la cure de esos arrechuchos, hermana querida. Ayude usted en la cerería al buen don Gabino, que ya debe de estar gastadito y achacoso; trabaje con él, cobre salud y no nos olvide. Haga vida de recogimiento para que su salida no cause escándalo, y viva en concepto y opinión de enferma que busca su raparación en la casa paterna... Antes de abandonarnos, déjenos, con sus recetas, todo lo que tenga hecho de la pasta para blanquear y afinar el cutis de las manos.»

... Los días que transcurrieron desde esta conversación hasta que mi padre, la madre, doña Victorina y el vicario se pusieron de acuerdo para mi salida, los pasé en gran ansiedad. Me atormentaba la idea de que el fraile, cuyas carnes orondas traspasé con el afiler, influyera para que, en vez de mandarme a mi casa, me encerraran en el Nuncio. O me perdonó mi víctima, o no quiso ocuparse de mí... En aquellos días entraste tú y te pusieron a mi servicio. Simpatizamos; me inspirabas lástima; pensé que te catequizaban para sepultarte allí toda la vida. Mi padre llegó al fin, y solté los hábitos para venirme a casa. De la fuerza del alegrón yo estaba como idiota cuando salí, y, en los primeros días que aquí pasé, el ruido de la calle me ensordecía, y mi padre, mi hermano y Tomás eran como fantasmas que alrededor de mí se paseaban... Poco a poco fuí entrando en la nueva vida y regocijándome más en ella. La tarde en que te me presentaste, diciéndome que te habías escapado y que en mi compañía querías estar hasta saber el paradero de tu padre, me alegré de veras; tu libertad me afirmaba en el contento de la mía... Me referiste lo del *Relámpago,* y nos reímos del gran mico que se llevaron las monjas y el padre Fulgencio... He concluído Nada más tengo que contarte.

Emancipada la atención de Lucila del interés del cuento, volvió a caer en el asunto que embargaba su espíritu: el amor de Tomín, su salud, su libertad. Observábala Domiciana alargando los morros. Por fin, la moza, sacando un suspiro de lo más profundo, se levantó y dijo:

—Es tarde ya. Tengo que irme.

—Pero no te hagas la desentendida. Quedaste en darme los zapatos. Ya supondrás que no los quiero de balde. Te doy por ellos unos míos casi nuevos, y unas medias que no he estrenado todavía. Mis pies y los tuyos son tan hermanos que parecen los mismos...—al decir esto se descalzaba—. Mira: no eres tu sola la que puedes ufanarte de un bonito pie. Ven a mi cuarto y haremos el cambio.

Llevóla al gabinete próximo, y allí trocaron su calzado. Lucila iba ganando; pero la otra parecía más satisfecha, y reía mirando en sus pies las rojas chinelas puntiagudas. Luego recogió Cigüela de manos de su bienhechora lo que ésta le había ofrecido: chocolate, pan, alguna golosina, y de añadidura media peseta columnaria.

—Ya ves—dijo la exclaustrada, contrayendo los morros—: te doy dos reales y medio.

—No sé cómo agradecerle favores tan-

tos, Domiciana. Si no se enfadara, si no dijera usted que me ha hecho la boca un fraile, me atrevería... ¿De veras no se enfada? Pues quisiera llevarle un poquito de ese licor... ¡Le sentará tan bien!

—¿Un poquito has dicho? Pues te llevas la otra botella que tengo. Ya me dará más Alonso. ¡Pobre Tomín, qué bien le probará! No le des más que un poquito a cada comida: esto ayuda a la reparación de fuerzas... Dime otra cosa: ¿fuma el capitán?

—Sí que fuma cuando tiene qué. Yo recojo todas las colillas que encuentro; se las pico muy bien picaditas...

—Toma, toma otro real... Le compras un paquete de picadura, o un macito de a veinticinco... Para el fumador, no hay privación más penosa que la de este vicio. Hemos de estar en todo... Vaya, no te detengas. Adiós.

Salió Lucila muy consolada y muy agradecida, pero también un tanto recelosa. En su alma tomaba fuerza el deseo de ser sola en cuidar y proteger al infeliz capitán. No quería compartir con nadie su abnegación, porque partiéndola o admitiendo la abnegación extraña, creería ceder o enajenar parte de sus derechos al amor de Tomín. Temía que la gratitud del hombre tuviera que dividirse, y ella no admitía tal división, mayormente si la partija de aquel sentimiento recaía en una mujer, quienquiera que ésta fuese. Cierto que la generosidad de Domiciana era desinteresada; nunca había visto al capitán; pero podía llegar a conocerle, extremar sus beneficios y reclamar siquiera algunos rayos de la mirada de los ojos azules... Cuando llegó a la Cabecera del Rastro disipáronse como bocanada de humo estas vagas cavilaciones, dejando todo el espacio de su alma a la previsión y ansiosas dudas de lo que a su regreso encontraría. ¿Habría pasado algo?... Acordóse entonces de los periódicos que le había encargado Tomín, y volvió atrás, muy disgustada de su mala memoria y de la tardanza que el largo rodeo en busca de los papeles le ocasionaría... Vaciló, detúvose en la calle de San Dámaso, pensando si sería más conveniente entrar tarde con los periódicos o temprano sin ellos, y, al fin, decidióse por lo segundo, amparándose de esta especiosa razón: «El tabaco y el rosoli bien valen los papeles... Otro día será.»

Como siempre, subió temblando por la luenga escalera que bajo sus pies gemía. Famélicos gatos la saludaron con mayidos melancólicos. La noche era plácida, estrellada, y del suelo subían el vapor y el ruido de la vida urbana, mezclados con el desagradable olor de las fábricas de velas de sebo. En las primeras noches que la pobre Lucila vivió en tan desamparadas alturas, el vaho del sebo derretido se le metía en la cabeza, y de tal modo a su mente se adhería cuanto contemplaban sus ojos, que llegó a creer que olían mal las estrellas. Pero a todo se fué acostumbrando, y la delicadeza de su olfato se embotaba de día en día... Sin aliento llegó a su desván. No había ocurrido nada: Tomín la esperaba risueño y tranquilo. Se abrazaron.

Entre los abrazos, dió Cigüela explicación de no haber llevado los periódicos, y mostrando el botín de aquel día, más pingüe de lo que Tomín pudiera imaginar, le permitió catar el rosoli como medicamento tónico. Antes de la cura y cena, la enfermera le dió un paseíto por la estancia, durante el cual el preso estuvo ágil de remos, despabilado de cabeza, decidor de palabra. Y antes de recogerle a su descanso, le arrimó al ventanal para que contemplara el cielo. Lucila le enseñaba las estrellas más brillantes, las más hermosas..., que olían a rosoli.

IX

Pasaron días, entre los cuales se deslizaron los de Navidad, confundiendo su barullo con el trajín de los ordinarios; acabóse el año 50 y entró su sucesor con fríos crueles, que obligaron al vecindario de Madrid a recogerse al amor de las camillas para sacar los estrechos. ¡Y qué graciosísimos disparates resultaron de aquel juego en algunas casas! Al sacar las papeletas, todo el concurso reventaba de risa. ¡Martínez de la Rosa con la Petra Cámara; el nuncio con la dentista doña Polonia Sans, y la reina madre con don Wenceslao Ayguals de Izco! Entre Navidad y Reyes hizo Lucila no pocas visitas a Domiciana, encontrando a ésta tan magnánima y dadivosa, que parecía constituirse en Providencia nata del pobre Tomín y de su atribulada compañera. Una tarde le dió, envueltos en

un papel de seda, dos cigarros puros que ella misma había comprado. A tan hermoso obsequio, siguieron: ya el cuarto de gallina, ya la perdiz escabechada, bien las lucidas porciones de garbanzos, patatas y otros comestibles. Huevos, hubo un día; otro, jamón, y nunca faltaban chocolate y pan. Los cuartos y las medias pesetas o pesetas, a veces columnarias, menudeaban que era un gusto, y cuando apretaron las heladas, se descolgó con una buena manta, nuevecita. Lo de menos era la limosna material, que más que ésta valían el buen modo y las recomendaciones cariñosas.

—¡Ay hija, evitemos a todo trance que pase frío!... Ten cuidado, por la noche, de que no se ponga a dar manotazos, destapándose... Arrópale bien... Dale la comida con método, sin dejarle que se atraque de lo que más le guste; y el vino con medida... Para cuando pueda salir de casa, le estoy preparando un chaleco de mucho abrigo... Mira: estos cigarros que te doy son para que fume hoy uno y otro mañana. No permitas que se fume los dos en un día.

Y Cigüela, con estas recientes efusiones caritativas, agradeciendo mucho y recelando más. Pero ¿qué remedio tenía sino tomar lo que le daban, librándose así de la fatigosa y triste correría en busca de socorro? Atenta siempre a los actos y dichos de Domiciana, observó en aquellos días alguna variación en sus hábitos: la que no salía de casa más que para ir a misa a San Justo muy temprano, ausente estaba largas horas en pleno día. Dos veces dijeron a Cigüela en la cerería que la señora había salido, y tuvo que esperarla. Al entrar fatigada, decía la monja que la necesidad de colocar sus drogas la sacaba de su quietud y recogimiento. En todo ello resplandecía la verosimilitud; pero la guapa moza, llevada por su desamparo y la tenacidad de sus desdichas a un horrendo escepticismo, en los hechos más inocentes veía sombrajos o barruntos de nuevas tribulaciones.

Ya iban los Reyes de vuelta para su tierra de Oriente, y llevaban tres días o cuatro de camino, cuando Lucila, al entrar en la cerería, se sorprendió de ver en ella más gente de la que allí solía pasar el rato charlando. Las primeras palabras que oyó hiciéronle comprender que había caído Narváez. Ya era jefe del Gobierno don Juan Bravo Murillo. Se alegró de la noticia, pues a Narváez, visto del lado de su particular desventura, le juzgaba como el peor de los gobernantes.

—Luciíta—le dijo don Gabino con la melosa inflexión de voz que para ella reservaba—, pasa el taller, que hoy es día de cera, y allá está mi hija regentando.

Corrió la moza a la trastienda, y de allí, por estrecho patinillo en que había un pozo cubierto, ganó la puerta de un aposento ahumado. Salió Domiciana a recibirla con mandilón de arpillera y el cazo en la mano, y a gritos le dijo:

—Ven, mujer... Ya te esperaba. Hoy estamos de enhorabuena.

No era la primera vez que su amiga la recibía en las funciones del arte de cerero, aplicando a ellas el elemento más varonil de su compleja voluntad.

Aquel día la vió Lucila más radiante de absolutismo, más fachendosa y con los morros más prominentes.

—¿Enhorabuena ha dicho usted?

—Pero ¿no sabes que ha caído ese perro? Tendido le tienes ya en medio de la calle, y no volverá a levantarse, pues... quien yo me sé le pondrá el pie sobre la jeta para que no remusgue. Alégrate, mujer; ya nos ha quitado Dios de en medio al causante de la desgracia de tu pobrecito Tolomín.

No podía la cerera extenderse en mayores comentarios, porque la cera, derritiéndose en la olla puesta al fuego, decía con su hervor que ya estaba en el punto de licuación, y que anhelaba correr sobre los pabilos. A una señal de Domiciana, Ezequiel y Tomás cogieron la olla por sus dos asas y la llevaron al centro de la estancia, junto al arillo, rueda colgada horizontalmente. De la circunferencia de este artefacto pendían los pabilos de algodón e hilaza cortados cuidadosamente por don Gabino. A plomo bajo el arillo fué puesta la paila, que debía recibir el gotear de la cera. Ezequiel ocupó su sitio arrimando a su pecho el bañador. Iniciado el girar lento del arillo, a medida que iban llegando frente al operario los pabilos colgantes, aquél derramaba en la cabeza de éstos la cera líquida que con un cazo sacaba de la olla. Los pabilos, pasando uno tras otro y repasando en circular procesión de tiovivo, iban recibiendo la lluvia o baño vertical de cera, que pronto blanqueaba

y vestía de carne los esqueletos de algodón. Domiciana no apartaba de su hermano los ojos, vigilando la obra y recomendando que los chorretazos del líquido fueran administrados con esmero, para que todos los hilos se revistiesen por igual y engrosaran sus cuerpos sin jorobas ni buches... El arillo se aceleraba conducido por Tomás demasiado aprisa, y Ezequiel, que era en sus movimientos muy parsimonioso, dejaba pasar algunos pabilos sin echarles el riego. Pero Domiciana, templando, midiendo y coordinando las dos fuerzas, logró al fin la perfecta armonía y el trabajo siguió su curso, remedando la eficaz lentitud de las funciones de la Naturaleza.

Lucila seguía con su mirada el paso de los pabilos, como si algo le dijera o expresara la ceremoniosa marcha, y el irse vistiendo uno tras otros, siendo cada cual punto en que concluía y principiaba la operación, imagen de las cosas eternas y del giro del tiempo. Como había entrado de la calle muerta de frío, el calor del taller la confortaba, y hastiado su olfato del tufo de sebo que respiraba en las calles del Sur, el noble olor eclesiástico de la cera le resultó sensación grata, como la de besar el anillo de un señor obispo a la salida de función solemne. El abrigo del taller y la conversación de Domiciana atrajeron a más de un tertulio de los que tiritaban en la tienda: un señor de mediana edad, vestido con buena ropa de largo uso, con todas las trazas de cesante de cierta categoría, entró de los primeros, y arrimando sus manos al rescoldo de la hornilla donde estuvo la olla, manifestó con gruñidos el regocijo del animal que satisface un apremiante apetito.

—Caliéntese aquí, don Mariano—le dijo la cerera—, y quiera Dios que el sol que ahora sale le caliente más todavía.

—En ello pienso señora... ¿Sabe usted que en el nuevo Ministerio tenemos a Bertrán de Lis, amigo mío desde que éramos muchachos? Pienso que ahora se ha de reparar la injusticia que hicieron conmigo los hombres del cuarenta y cuatro.

Sentóse junto a Lucila, que le saludó con inclinación de cabeza; le conocía de verle en la tienda. Era don Mariano Centurión, palaciego cesante, que bebía los vientos por recobrar su plaza.

—Y no se diga de mí—prosiguió—que soy de los hombres del cuarenta, pues también Bertrán de Lis es del cuarenta, y si me apuran tendré que ponerle entre los del treinta y cuatro, el año de la matanza de frailes... El cambiar de los tiempos me ha traído a mí a un cambio completo de dogmas. Narváez me quitó mi destino sin más fundamento que mi amistad con Olózaga, y hace poco me negó la reposición porque soy amigo de Donoso Cortés. ¿En qué quedamos? ¿A qué santo debe uno encomendarse?

En esto entró un clérigo, que se refregó las manos junto a las brasas, diciendo:

—Créame el amigo Centurión: son los mismos perritos del treinta y siete con los collares que se pusieron para hacer la del cuarenta y tres... Pero a mí no me la dan. No me trago yo el bolo de que don Juan Bravo Murillo viene a desembarazarnos de la Constitución y a devolvernos la sencillez clásica del absolutismo... Para esto necesitaría traer otra gente. A estos hombres no les entra en la cabeza el Gobierno de Cristo. Míreles usted bien, y verá que por debajo de los faldones de las casacas bordadas se les ve el rabo masónico..., ji, ji... No me fío, señor don Mariano; no veo la moralidad, no veo la fe...

—¡Ah! Perdone el amigo Codoñera —dijo Centurión con ironía grave—. Lo que darán de sí estos caballeros en política no lo sé...; pero en moralidad han de hacer primores. Como que no vienen a otra cosa. ¡Moralidad y economías! Y no me negará usted que todos traen divisa blanca, como procedentes de la ganadería de la honradez.

—Eso sí; y el pueblo, que otra cosa no sabrá, pero a poner motes graciosos y oportunos no hay quien le gane, llama al nuevo Ministerio *El honrado Concejo de la Mesta.*

Los pabilos ya no se veían bajo la vestidura de cera; las velas engordaban a cada revolución del arillo presentándose a recibir el riego, y siguiendo su paso de baile ceremonioso por todo el circuito. Sin desentenderse de la vigilancia del trabajo, Domiciana llamó junto a sí a Lucila para decirle:

—Hoy no podremos charlar: ya ves. Si no estoy encima de esta gente, me harán cualquier chapucería. A mi padre dejé el encargo de darte ocho reales: compra lo que necesites para hoy; no olvides de llevarle a Tomín papeles públi-

cos para que se entere bien de que entran a mandar los honrados. En confianza, te diré que creo en el indulto como si ya lo viéramos en la *Gaceta*... Oye otra cosa: mientras viene el indulto, convendrá que tengáis un alojamiento más seguro y decoroso, con más comodidades, donde Tomín pueda reponerse y cobrar fuerzas... De eso me encargo yo... Puedes marcharte ya si quieres. Si mañana vienes temprano y no me encuentras aquí, estaré en San Justo.

Echó Lucila la última mirada a las velas, que seguían bañándose en cera y engrosando a cada chorro, y se fué hacia la tienda. Allí le salió al encuentro don Gabino, y empujándola hacia la rinconada donde tenía el pupitre y el cajón del dinero, le puso en la mano las dos pesetas designadas por su hija, y otra, columnaria, que de tapadillo el buen señor, por su cuenta, le daba. Le cerró y apretó él la mano en que ella las había recibido, y alegrando su rostro con una confianza un tanto picaresca, le dijo:

—Luciíta, eres tan guapa, que no está bien andes suelta por el mundo, donde te solicitarán pisaverdes sin juicio y mozuelos *de poca pringue*. Oye mi consejo: debes tomar estado. Piensa bien lo que haces. Te conviene un marido maduro, un marido sentado... Los hay, yo te lo aseguro; los hay muy respetables, algo añosos; pero que saben cumplir, y bien probado lo tienen... ¿Conque lo pensarás, Luciíta? ¿Me prometes pensarlo?

—Sí, don Gabino, lo pensaré—replicó Lucila con verdaderas ansias de perder de vista al patriarca fecundo—. Déjeme que lo piense..., y muchas gracias.

Otros dos estantiguas, que de mostrador adentro, arrimados a un brasero mustio, rezongaban críticas del *honrado* Ministerio, la despidieron con amables adioses y sonrisas de bocas desdentadas. Salió Cigüela con el corazón oprimido, no sabiendo si bendecir a Dios por la creciente abundancia de los socorros y dádivas o maldecir su propia suerte, que la incapacitaba para la debida gratitud... Era media tarde, y vagó largo rato por Madrid haciendo sus compras, y buscando periódicos para que Tomín leyese y juzgase por sí mismo las cosas políticas. Movida de la curiosidad, y andando ya para su casa, parábase a leer algo en los papeles que había comprado, por si alguno hablaba ya de indulto a los militares condenados en Consejo de guerra. Pero nada de esto encontró, sino una palabrería inintelible sobre la Deuda pública y sus arreglos, y noticias sobre la próxima inauguración del ferrocarril de Madrid al Real Sitio de Aranjuez. Nada le importaba a Lucila la llamada Deuda pública, que no era otra cosa que las trampas del Gobierno, y en cuanto al camino de hierro, admitió su utilidad, pensando que siempre es bueno llegar pronto adonde se quiere ir.

Con esta idea avivó el paso, sin desviarse del recto camino. Al subir a su camaranchón aéreo, encontró a Tomín levantado, impaciente... Ya podía pasear solo; ya se desvanecían y alejaban, con los dolores de su cuerpo, las sombras de su espíritu... El día era la vida; la noche, la esperanza.

X

Fué a San Justo Lucila en busca de Domiciana, como ésta le había mandado; pero no la encontró. En la cerería tampoco estaba. Prescindió de ella por aquel día, y al siguiente le dió don Gabino el socorro por encargo de su hija que andaba en ocupaciones callejeras. Otro día volvó, en ocasión de estar ausente el cerero. Ezequiel entregó a la moza, de parte de su hermana, un paquete de comestibles y dos moneditas de a real y cuartillo, agregando frases de afecto dulce, y una vanidosa ostentación de las velas que estaba rizando detrás del mostrador:

—Mira, Lucila, ¿qué te p a r e c e esta obra?

Digno era en verdad aquel rizado de los sacros altares a que lo destinaba la piedad, y por la gracia y pulcritud del trabajo, competía con lo mejor que labraran manos de angelicales monjas. Verdad que las de aquel mancebo manos de monja parecían, en consonancia con su rostro lampiño y terso, con su expresión de honestidad y la inocente languidez de su mirada. La tez era del color de la cera más blanca; el cabello, negro: los ojos, garzos y tristes.

—Mira, Lucila, mira ésta, que rizo y adorno para ti—dijo atenuando su orgullo con la media voz de la modestia, al mostrar una vela chica que sacó de un hueco del mostrador... Ayer la empecé.

y no quiero hacerla de prisa, para que me salga a mi gusto...

—¡Oh, qué precioso, qué maravilla! —exclamó Lucila cogiendo la vela, girándola suavemente para verla en redondo.

Admiró la moza el fino adorno que ya transformaba más de la mitad de la vela. Los pellizcos hechos con tenacillas eran tan delicados, que parecían escamas, erizadas con una simetría que sólo se ve en las obras de la Naturaleza. Más abajo, el *rizado al aire*, que se hace levantando tenues virutas de la pasta con una gubia, y dándoles curva graciosa, imitaba los estambres de flores gigantescas, o las delgadas trompas con que las mariposas liban la miel de los dulces cálices. Lucila no había visto mayor fineza ni arte más soberano para embellecer la cera. Con toda su alma estimaba y agradecía la pobre mujer aquel obsequio, y sentía que no recayera en persona de posición y medios para obstenerlo dignamente. Algo de esto insinuó a Ezequiel, procurando alejar de su palabra todo lo que pareciese intención de desaire, y el hábil mancebo le dijo sonriendo:

—Pero qué, Lucila, ¿en tu casa no tienes altar? ¿No tienes ninguna imagen? ¿Dices que no? ¿Quieres que te regale una virgencita que fué de mi mamá?...

Respondió Lucila que lo sentía mucho; pero que no tenía ni altar, ni casa, ni muebles dignos de aquella joya, que merecía ser guardada y manifiesta dentro de un fanal.

—Pues también te daré un fanal—dijo Ezequiel, poniendo cuidadosamente la vela en una gruesa tabla agujereada, donde se ajustaba el cabo como en un candelero... ¡Ay, qué primorosa quedará esta obra cuando la concluya! Lo que ves no es nada. Después que acabe de hacer el rizado al aire y el de tenacilla, pondré las flores. Ya tengo hechos los moldes de patata para campánulas, jazmines y narcisos, que luego pintaré de colores variados. Los aritos de talco serán de lo más fino. Y dime ahora, pues a tiempo estamos: ¿cuál es la combinación de color y metal que más te gusta? ¿Te parece que ponga azul y plata?

—Pon lo que creas más lucido, Ezequiel. ¿Quién lo entiende como tú?... Pero si te empeñas en consultarme, pon el rojo, que es el color más de mi gusto. Doble combinación de encarnado con plata y azul con oro será muy linda.

—Preciosa, como ideada por ti.

No pudo prolongarse más el interesante coloquio porque entró don Mariano Centurión, por cierto de muy mal talante, y al poco rato don Gabino. Este pareció sentir mucho la presencia de testigos, que le impedía disertar con Lucila acerca de sus proyectos referentes al aumento de población.

Los misteriosos quehaceres de Domiciana fuera de casa, que tan singularmente rompían el método de sus monjiles costumbres, tuvieron en aquellos días algunas horas de tregua y descanso para recibir a su protegida y platicar extensamente con ella. En su oficina de hierbas y drogas la encontró Lucila una tarde, calzada con los chapines rojos, vestida con bata nueva, de cúbica, a la moda, que en ella era radical mudanza de los antiguos hábitos. En modales y habla notó asimismo Lucila un marcado intento de transformación.

—Siéntate, mujer, que estarás cansada—le dijo, acercando una silla a la mesa baja—. Yo llevo unos días de ajetreo que me han ocasionado agujetas... Pero ya me voy acostumbrando.

Si aquel concepto sorprendió a Lucila, mayor extrañeza y confusión le produjo estotro, expresado al poco rato:

—No te asombres tanto de verme un poquito tocada de reforma en lo de fuera. Es que cuando una llega tarde a la vida, forzada se ve a marchar de prisa, haciendo en semanas lo que es obra de años largos... Aturdida y sin saber por dónde andaba me has tenido días enteros... A la inteligencia que se ha embotado con el desuso, no le salen los filos cortantes, sino después de pasarla y repasarla por la piedra..., y no te digo más por hoy...

Llegada al punto divisorio entre la confianza y la discreción, calló Domiciana. Pidióle Cigüela mayor claridad; pero la cerera se limitó a decirle:

—Algún día, quizá muy pronto, no tendré secretos para ti. Espera y no seas preguntona.

Tratando de lo que más a Lucila interesaba, dijo Domiciana:

—Ten ya por asegurado tu diario sustento y el del caballero. Yo sola proveeré; yo corro con todo. ¿Me preguntas si habrá indulto?... Como indulto general, nada sé. No me consta que haya tratado de esto el señor conde de Mirasol.

Pero el indulto personal de Tolomín ya es otra cosa. No te digo que esté ya concedido, ni tramitado, ni que se haya pensado en él... Como que ni siquiera sé el nombre y apellido del que llamamos Tomín. De hoy no pasa que me lo digas, para apuntarlo en un papel... Vendrá el indulto. ¿Cuándo? No puedo decírtelo. Pero vendrá, no lo dudes. Bien pudiera ser que en favor de Tomín se interesara el director de Infantería, don Leopoldo O'Donnell. Pero interésese o no, el rayo de gracia partirá de muy alta voluntad, a la cual nadie puede resistirse. Y mientras esto llega, se tratará de librarle a él y a ti de la ansiedad en que vivís; se vendarán los ojos de la Policía para que no vea lo que no debe ver. ¿Me has entendido?

Poniendo sobre todas las cosas el amor de Tomín y la salvación y salud de éste, no podía menos Lucila de celebrar tan lisonjeras esperanzas, aunque en ello viera un desmerecimiento grave de su personalidad en la protección del capitán perseguido. Alguien que no era ella cuidaba de darle sustento y comodidades; alguien que no era ella mejoraba su alojamiento; alguien que no era ella le aseguraba al fin la libertad y la vida misma. Dejaba de ser Lucila la Providencia única, insustituíble, y otra tutelar bienhechora resurgía de improviso, compartiendo con ella el trono de la abnegación, o quizá arrojándola de él. Atormentada de esta idea, sintió caer sobre su corazón una gota fría cuando precisada se vió a dictar el nombre y apellidos de Tolomé para que Domiciana lo escribiese. Luego sacó ésta del armario en que guardaba sus selectos productos industriales un diminuto frasco, y mostrándolo al trasluz, dijo:

—Conviene que vaya pensando el señor de Gracián en arreglarse y acicalarse un poco, que un buen caballero no debe olvidar sus hábitos de toda la vida. Aquí tienes aceite aromatizado para el cabello. De su bondad no dudarás cuando sepas que ha sido compuesto para persona de sangre real. Llévatelo, y úsalo para él y para ti. Lo primero es que le desenredes y le desengrases el pelo, que de seguro lo tendrá hecho una plasta. Te daré la receta para desengrasar con yema de huevo. Después de bien desengrasado, se lo cortas, que tendrá melenas de poeta, muy impropias de un rostro militar... Mañana llevarás peines y un cepillo. Me dirás cómo anda el hombre de calzado, y si está, como supongo, en necesidad, tráeme la medida del pie. Hoy puedes llevarte el chaleco de abrigo, y mañana una corbata, y para ti algunas cosillas que te estoy preparando.

Dió las gracias Lucila, y reiterando su deseo de que la protectora le encomendara algún trabajo, no sólo por corresponder a sus beneficios, sino también por no estar ociosa, Domiciana le dijo sonriendo:

—Trabajo te daré hasta que te canses. Pero no es cosa de mortero ni de filtro. Ven a mi gabinete, y verás.

Quería la cerera que Lucila la enseñara a peinarse, pues perdida en la vida claustral la costumbre de componer con donaire su cabeza, encontrábase a la sazón muy desmañada para este artificio en que son maestras casi todas las mujeres. Y como no había transcurrido tiempo bastante desde su libertad para el total crecimiento del cabello, tenía la señora que aplicar añadidos y combinaciones que aumentaban la torpeza de sus manos. Al instante procedió a complacerla la diligente amiga, que a más de poseer en grado superior el arte de acicalarse, había tomado lecciones de peinado. El cabello de Domiciana era negro, fino y abundante, con dos ramalillos de canas en la parte anterior, que bien puestos no carecerían de gracia. Lucila, silenciosa, pasaba el carmenador pausadamente desde la raíz hasta los cabos, y en este ir y venir del peine, surgieron en su pensamiento repentinas aclaraciones de aquel enigma de la transfiguración de la exclaustrada. No pudo atajar la vehemencia con que sus ideas pasaron de la mente a los labios, y se dejó decir:

—La persona que a usted la trae tan dislocada y callejera, la que le da tanto conocimiento del mundo y con el conocimiento, influencia, es doña Victorina Sarmiento de Silva, dama de la reina, que fué madrina de usted cuando profesó, y si de monja la quería, ahora también.

—¡Qué tino has tenido!—dijo Domiciana risueña, mirándola en el espejo de pivotes que delante tenía—. Acertaste: no hay para qué negarlo.

—Las personas que manejan los pali-

llos detrás de doña Victorina, no puedo adivinarlas...

—Ni tienes por qué calentarte los sesos en esos cálculos, que yo a su tiempo te lo diré, bobilla. Ten discreción y juicio.

Calló Lucila, y con paciencia, peine y tragacanto, utilizando el cabello natural de su protectora y aplicando hábilmente los añadidos, rellenos y ahuecadores, armó el peinado conforme a la moda en señoras g r a v e s; sencillo, majestuoso; perfiló bien las rayas delantera y transversal, a punta de peine; construyó el rodete, abultándolo con escondidos artificios; extendió los bandós bien planchados y ondeados hasta rebasar las orejas, dejando tan sólo la ternilla agujereada para el pendiente; recogió los cabos en el rodete y todo lo remató con la peineta graciosamente ladeada. C o n ayuda de un espejo de mano miró Domiciana su cabeza por detrás y en redondo, y, satisfecha de la obra, no fueron elogios los que hizo:

—Estoy desconocida. Parezco o t r a, ¿verdad? ¡Lo que puede el arte!

Al despedir a Lucila recompensó su servicio con estas dulces promesas, que valían más que el oro y la plata:

—Poco te queda ya que sufrir, pobrecilla. Vamos en camino de asegurar la vida y la libertad al pobre Tomín. Yo estoy tranquila; tranquilízate tú y no temas nada de la Policía. Lo que hay que hacer es cuidarle mucho para que acabe de reponerse... Que vaya cobrando fuerzas, animación y alegría... No dejes de venir pasado mañana para que estés aquí cuando me prueben los dos vestidos que me encargué el lunes: el uno de merino oscuro, un color así como de ratón con pintitas; el otro, de seda negra. Hija, no he tenido más remedio que hacerlo; pero es para calle, o para cuando tenga que asistir a un acto religioso, procesión, viático, consagración de obispo... No vayas a creer que andaré yo en ceremonias palaciegas. Todo lo que ahora deseche será para ti. Verás también mi mantilla nueva. Cuenta con una o dos de las que ahora uso... Ropa interior, medias, refajos, peinadores también he tenido que comprar... Todo es preciso... Tontuela, no me mires con esos ojazos, que no te olvido nunca, y menos cuando voy de tiendas... Ya participarás... De todo un poquito para la pobre Luci...

XI

Aunque al volver a la vida del siglo hacía Domiciana visitas frecuentes a doña Victorina Sarmiento de Silva, con la encomienda de ofrecerle aguas aromáticas, polvos dentífricos y leche de rosa, la comunicativa amistad que entre ellas se estableció, obra lenta del tiempo, no llegó a consolidarse hasta muy avanzado el año 50. Achaques añejos turbaban la existencia de doña Victorina y tenían su salud en constante amenaza. Desengañada de médicos y boticas, había tomado afición al tratamiento doméstico puramente vegetal, y como Domiciana le facilitara combinaciones ingeniosas para el alivio de sus complejos males, puso en ella confianza, y de la confianza y del frecuente trato nació una cordialidad que cada día iba en aumento. Escogidas y preparadas por sus propias manos, Domiciana le administraba la brionia para los nervios, la cinoglosis para la tos, el sauce para los efectos diuréticos, la genciana para combatir la fiebre, y como últimamente se le manifestaran a la señora unos sarpullidos molestísimos, acudió contra ellos la herbolaria, preparando con esmero exquisito el *agua de carne de ternero para calmar el ardor de la piel.*

Si estos servicios no produjeron por sí la intimidad, fueron, sin duda, sus conductores más eficaces, porque en el curso de ellos tuvo la dama ocasión de apreciar la grande agudeza de Domiciana y los varios talentos de que Dios habíala dotado largamente. Gustaba de su compañía y no había para ella conversación más grata que la de la cerera. La historia de su reclusión monástica, que Domiciana refirió a Lucila, según consta en esta relación, fué contada mucho antes a doña Victorina con lujo de sinceridad y pormenores muy instructivos. Oyéndola y saboreándola, la señora formulaba este juicio sintético: «Tu locura, en la cual no hubo poco de fingimiento, fué tan sólo lo que llamaremos contravocación o irresistible necesidad de volver al siglo, de apagar el fuego místico, por encender el no menos sagrado fuego de los afanes de la vida libre y del trabajo.»

Era doña Victorina de madura edad ya pasada de los sesenta, y desempeña-

ba el puesto de camarista en Palacio desde la caída de Espartero. Tenía parentesco con la priora de la Concepción Francisca, sor María del Pilar Barcones, y era grande amiga de la seráfica Patrocinio. Con ésta habló de Domiciana, encareciendo su don de simpatía, su gran saber de cosas prácticas; y la de las llagas declaró con sinceridad que nunca la tuvo por loca *de hecho* y que le había facilitado la salida creyendo que mejor podría servir a Dios fuera que dentro. De estas conversaciones entre las dos ilustres señoras provino que Domiciana fuese a visitar a sus antiguas compañeras y que después, por encargo de algunas, les suministrara líquidos o polvos de su industriosa producción; y como en tales días, que eran los del verano del 50, sufrieran algunas madres rabiosas picazones de cuerpo y manos, por efecto, sin duda, del calor (aunque autores de crédito sostienen que ello entró de golpe, como contagiosa epidemia fulminante), no paraba Domiciana de preparar para ellas sus tan acreditadas *Aguas de carne de ternero*, y, además, con otros fines, les llevaba la *Purificación de hiel de buey para quitar manchas de las ropas de tisú*.

Ya tenemos a Domiciana en comunicación diaria con las que fueron sus hermanas; entraba en clausura siempre que quería y a solas platicaba con Patrocinio en su celda, refiriendo con tanta prolijidad como gracia todo lo que en el mundo veía y las conversaciones que pasaban por sus despiertísimas orejas. Fué creciendo y estrechándose esta comunicación, no sin que doña Victorina, condenada por sus achaques a cierta inmovilidad, la utilizase para transmitir al convento, antes que los acuerdos políticos de *la casa grande*, los simples rumores y las más insignificantes palpitaciones del vivir palatino. No necesitaba la prestigiosa madre que le contaran lo que pensaban los reyes, pues esto ellos mismos se lo decían; pero gustaba de reunir y archivar una viva documentación humana, de accidentes, menudencias o gacetillas que eran de grande auxilio para juzgar con acierto y enderezar bien las determinaciones... La exactitud, la sinceridad concienzuda con que Domiciana transmitía de un extremo a otro las opiniones o noticias que se le confiaban, sin quitar ni poner ni una mota gramatical o de estilo, eran el encanto de Victorina, que la diputó como el mejor telégrafo del mundo, muy superior al sistema de torres de señales que en España se establecía y aun al llamado eléctrico, que ya funcionaba entre muchas capitales europeas.

Sospechas muy cercanas al conocimiento tenía de aquel trajín telegráfico de su amada hija el buen don Gabino, y de ello se alegraba, esperando algún medro para la familia y para los amigos. Y don Mariano Centurión, desde que su olfato perruno le reveló el porqué de tantas idas y venidas, no dejaba en paz a la exclaustrada y en acecho vivía para cazarla en la casa o en la calle. De la impaciente ansiedad del desgraciado cesante dará idea este diálogo que con Domiciana sostuvo, en la tienda, un día de febrero, que, por más señas, era el de San Blas. El despacho había sido de consideración en la pasada festividad de las Candelas, y don Gabino estaba poniendo las cuentas de lo que tenía que cobrar en las Carboneras y San Justo, en San Pedro y el Sacramento; Domiciana y Lucila, que acababan de llegar, hacían pabilos, Ezequiel y Tomás preparaban en el taller una tarea de velas... Apoyado, más que sentado, en un saco de cera en grumo, Centurión simbolizaba con su postura la inestabilidad de su existencia, y con su palabra, el desasosiego en que vivía.

—Tenga paciencia—le dijo Domiciana—y agárrese bien a los faldones del señor Donoso, que es quien ha de sacarle adelante. Yo, tonta de mí, ¿qué puedo?

—A los faldones me agarro—replicó Centurión—; pero como no soy solo, como tantas manos acuden allí, pesamos mucho, y el hombre tiene que sacudirse... También digo y sostengo que no es mi amigo Donoso el más prepotente, porque no fué quien nos trajo las gallinas, vulgo Ministerio, aunque lo parezca por el discurso famoso que disparó contra Narváez en diciembre. Sin discurso habría caído don Ramón, de quien estaban hartos en Palacio y más hartas las madrecitas de Jesús... No se haga usted la asombradiza, Domiciana. Mejor que yo sabe usted que a este Gobierno lo traen para que ponga la religión sobre la libertad y el orden sobre el parlamentarismo. ¿Cumplirá?

—Este Gobierno *honrado*—afirmó don Gabino—, bien claro lo han dicho sus órganos, viene a moralizar la Administración y a santificar al pueblo, apartándolo de los vicios. Ya se anuncian dos grandes medidas: el arreglo de la Deuda y la supresión del «entierro de la sardina», que es un gran escándalo popular en días como el Miércoles de Ceniza, destinado a meditar que somos polvo... Aunque no lo ha dicho, porque esto es cosa delicada, también viene este Gobierno a quitar el militarismo, que es una de las mayores calamidades del reino, y a poner economías, y limpiando de vagos las oficinas y rebajando sueldos a tanto gorrón..., y, por último, a librarnos de la plaga de la langosta, pues en el Ministerio se ha presentado un proyecto muy útil que el Gobierno hace suyo, y consiste en acabar con el maldito insecto cebando pavos...

Rompió a reír Centurión y le quitó a su amigo la palabra diciendo:

—Antes digerirán los pavos toda la langosta de Andalucía y la Mancha que nosotros las bolas que nos hacen tragar los papeles públicos. Los *honrados* no han venido para quitar el militarismo ni para el arreglo de la Deuda, ni para la moralidad, ni para las economías. Todas ésas son pantallas del disimulado pensamiento de la *Honradez,* que es comerse la Constitución, cerrar las Cortes o dejarlas siquiera con la puerta entornada, y abolir la imprenta libre... A esto han venido, y creer otra cosa es ver visiones. ¿Cumplirá el Gobierno?, vuelvo a preguntar. Me temo que no, como sea reacio en llevar a su lado a los hombres que abundamos en esa idea... Si don Juan y Bertrán de Lis y González Romero nos postergan, no faltará quien mire por nosotros. Manos blancas les condujeron a ellos a las poltronas. A esas mismas manos nos agarraremos, y ¡ay de ellas si, después de levantar a los grandes, no dan apoyo a los chicos!

—Este don Mariano—observó la ex monja, encubriendo su sinceridad con graciosa máscara—es de los que creen la paparrucha de que las pobres madres dan y quitan empleos. Dígame: ¿se ceba usted con esas mentiras como los pavos con la plaga de la langosta?

—Si me cebo o no me cebo con mentiras va usted a verlo, Domiciana—replicó Centurión, avanzando hacia ella y asustando a todos con su gesto iracundo y el temblor de su boca famélica—. A fines del año pasado, la madre Patrocinio dijo: «Quiero que sea gentilhombre de Palacio don Angel Juan Alvarez», y al instante se mandó extender el nombramiento. En enero, Isidrito Losa, protegido de la misma madre, quiso una plaza de gentilhombre con y al instante se la midieron. Desconsocho mil reales. Abrió la madre la boca lado quedó el hermano de Isidro, Faustino Losa; pero la madre le adjudicó una capellanía de honor con veinte mil reales. El sobrino de la priora, Vicente Sanz, fraile francisco, hipaba por un destinito de descanso. «Espérate un poco hijo.» Abre otra vez su boca la seráfica y hágote también capellán de honor, con veinte mil.

—Pero ésos son empleos de Palacio, no del Gobierno.

—Pues de empleos de Palacio se habla. Y también digo a usted que lo mismo decreta su caridad en destinos palaciegos que en destinos de la Administracción, y lo probaré cuando se quiera... Ahora tienen las monjas toda su atención en mejorar de vivienda, y para arreglarles el palacio viejo de Osuna en la calle de Leganitos se está gastando la Casa real obra de dos millones de reales... Pero como no es ésta bastante protección, la reina dota con veinte mil reales a toda novicia que allí tome el hábito, con lo que tenemos un jubileo de señoritas que pasan del mundo al convento para descanso de sus padres. Ocho van ya del verano acá, que le han costado al Real patrimonio... pues ocho mil duretes... Luego decimos que aquí no hay dinero para nada y que España es un país de tiña y piojos... La tiña la tenemos los infelices que no sabemos o no queremos arrimarnos a los cuerpos bien incensados, y contra piojos no hay remedio como el agua bendita... Déme usted una vela, don Gabino; regáleme usted una vela de desecho, Domiciana, que no quiero ser menos que mi amigo Beltrán de Lis, el cual armó un gran escándalo el año cuarenta y cinco, cuando Pidal quiso abolir la libertad de la imprenta, y después, viéndose olvidado y desatendido, fué y ¿qué hizo?... Pues ponerse escapularios y pedir ingreso en el Alumbrado y Vela. A eso voy yo, como una fiera, y no me contentaré con

asistir a procesiones, sino que a todas horas saldré por la calle con mi cirio, rezando el rosario, para que me oigan, para que se enteren, para ser alguien en la comparsa social; para que no me llamen *Don Nadie* y poder comer, poder vivir... Díganme dónde están la última monja y el último capuchino para ir a besarles el borde de las estameñas pardas y la suela de la sandalia sucia. Locura es querer alimentarse con las soflamas de mi amigo Donoso, forraje místico que no produce más que flato y acedías. Si a él le pagan sus discursos con embajadas y títulos de marqués, a los que le aplaudimos y vamos por ahí dando resoplidos de admiración para hinchar los vientos de su fama, nada nos dan, como no sea desaires y malas palabras. Mucha religión, mucha teología política, mucha alianza de Altar y Trono, pero las magras, ¿dónde están? Yo las quiero, yo las necesito; las reclama mi estómago y el estómago de toda mi familia, que es tan católica como otra cualquiera. Denme la vela, don Gabino y Domiciana... Aquí está un hombre que se declara huérfano y sale en busca de una madre que le consuele... Dígame, Domiciana, cómo llegaré a la madre y qué debo llevar a más del escapulario y vela, y qué arrumacos he de hacer para la adoración de sus llagas, que yo pondría también en mis manos y en toda parte de mi cuerpo donde pudieran darme el olorcito de santidad que deseo.

Sofocado y como delirante, sin saber ya lo que decía, terminó su arenga el desesperado don Mariano, y girando sobre sus talones fué a desplomarse sobre el saco. La familia del cerero le oyó al principio con regocijo; después, con lástima; al final, con pena... Todos suspiraban.

XII

Ganando fuerzas y cobrando ánimos en su lenta reparación, gracias a los cuidados y el cariño de Lucila, que así le proveía de alimentos como de esperanzas, el capitán parecía otro en los últimos días de febrero. El renacimiento moral iba delante del físico, a medida que entraban en la zahurda las comodidades y el buen vivir; se iba marchando la tristeza, y con la seguridad que llevaba la moza de que ya no debían temer acecho de polizontes, recobraba Gracián toda la gallardía de su persona. Una serena y tibia noche, después de cenar, sentáronse los dos en el ventanón y abrieron los cristales para contemplar el cielo y los términos lejanos que a la claridad de la luna desde aquellas alturas se distinguían. Ya Lucila, sin desmentir su modestia, se vestía y arreglaba esmeradamente con lo que le daba la cerera, y Tomín, por no ser menos, gustaba de componerse para que ella, viéndole, se alegrara; se reían y recíprocamente se alababan.

—Ya estás como antes de la trifulca, Tominillo; y si no fuera por la barba crecida, parecería que no habían pasado días por ti. La cabeza es la misma: tu pelito cortado, como lo tenías antes, y bien perfumadito y tan suavecito. No dirás que no soy buena peluquera.

—¡Tú sí que estás guapa!—contestaba él, cogiendo a su vez el incensario—. No sé si decir que estás ahora mejor que cuando te conocí. Tus ojos son no sólo el alma tuya, sino el alma de todo el Universo.

—No, no, Tomín; los ojos tuyos son los que más cosas traen en su mirar... Miras, y se queda una pensando, asustada de lo grande que es el mundo..., el mundo del querer, Tomín...

—Grande es. Tus ojos lo miden y aún les sobra medida. Yo veo en ellos todas las cosas creadas... y las que están por crear.

—El querer es gloria y martirio; por eso es un mundo que no tiene fin.

—El martirio tuyo por mí, Lucila, es mi gloria. Y mi padecer, ¿qué ha sido más que la gloria tuya? Tú me has resucitado... No me digas que no eres santa, porque eso será lo único que no te creeré.

De este tiroteo de ternezas, en elevada región de sus almas exaltadas, descendían a las ideas prácticas, y trataban del problema que ya pedía inmediata solución: cambiar de vivienda, estableciéndose en sitio más holgado y decoroso. Después de divagar un rato sobre esto, iban a parar al asunto que más embargaba la curiosidad y los pensamientos de Tomín. Había cuidado Lucila de referirle todo lo que Domiciana hacía por él, o por los dos, que en un solo sentimiento confundía el interés por entram-

bos; contóle también las relaciones de la ex monja con una dama de la reina. Ni a Domiciana ni a doña Victorina las conocía Gracián. La cerera no le había visto nunca; ignoró su nombre hasta que Lucila se lo dijo para que lo apuntara el día mismo en que la enseñó a peinarse a la moda. ¿No podría crerse que detrás de Domiciana y de la Sarmiento existía, bien tapujadita entre sombras discretas, alguna persona que era la verdaderamente interesada en la libertad y la vida de Bartolomé? Y aquí encajaba la pregunta insidiosa de Lucila:

—Dime, Tominillo, dímelo como si hablaras con Dios; repasa bien tus recuerdos; di si en ellos encuentras alguna mujer, dama de Palacio o dama de una casa cualquiera, que en otro tiempo fué tu amiga, y ahora te protege, nos protege por mano de Domiciana.

Revolviendo los más hondos asientos de su memoria, Tomín dijo:

—Por más que cavilo, no encuentro lo que buscas, ni puedo afirmar nada... Aparece, sí, en mis recuerdos alguna mujer... ¿Dices que tiene que ser dama?

—Sí; y de influencia, de mucho poder.

—Pues entonces no... No hay nada de eso.

—Busca bien, Tomín... Y a falta de dama influyente, ¿no podrías encontrar alguna monja?

—¿Monja?... Eso ya es más grave. No te diré que no me salga alguna monja. Pero ello es en tiempos remotos y muy lejos de Madrid, nada menos que en Mequinenza.

—La distancia no importa.

—Además... Ahora recuerdo que la monja que entonces conocí, vamos, que la sacamos del convento entre un amigo y yo, se ha muerto.

—Tú me has contado que de los veintitrés a los veintiocho años fuiste muy calavera, un galanteador tremendo... Entre tantas fechorías de amor, Tomín mío, ¿no habrá el caso de haber querido a una mujer, de haberla dejado como se deja una prenda de ropa que ya no sirve? ¿No pudo suceder que esa mujer, viéndose despreciada, volviera todos sus amores a Dios y escondiera su tristeza en un convento y allí tomara el hábito?

—Por Dios, Lucila, haces preguntas y presentas casos que le confunden a uno... No, no; eso es cuento, una novela de Carolina Coronado o de Gertrudis Gómez... Y, si me apuras, no podré negar en conciencia que exista ese caso... ¡Cualquiera sabe si...! Me vuelves loco... Deja, deja que corran los acontecimientos y se cumpla el destino... ¿Esa dama de Palacio o esa monja que me protege han de ser personas de gran poder?

—Así parece, Tomín... No pensaba hablarte de esto; pero ya que ha salido conversación, sabrás que hoy me ha dicho Domiciana: «Téngase el buen Gracián por indultado... La Policía no se meterá con él.» Y después dijo, dice: «Pero conviene que no salga a la calle todavía. Ya se le advertirá cuando pueda salir.»

—Pues ¡viva la libertad! ¡Respiremos, vivamos!—exclamó el capitán, levantándose como de un salto y midiendo con mirada de hombre libre la opresora pequeñez del cuartucho.

Mientras Lucila se abismaba en tenebrosas inquietudes, el capitán veía risueños espacios, azules como sus ojos. Hasta muy tarde estuvo desvelado, sin hablar más que de política, haciendo un formidable pisto en su cabeza con las ideas propias y las que de su lectura de periódicos había sacado en aquellos días.

—¿No crees tú, Lucila, que este *Honrado Concejo de la Mesta*, como dicen los guasones, viene a trasquilar al militarismo para que le crezca la lana a los cogullas? Esto es bien claro: se quiere arrumbar a la tropa para que suba y medre el clerigüicio... Combatir el militarismo significa quitarle la espada a la nación para que no pueda defenderse. ¡El militarismo! Así llaman a nuestro imperio, a la fuerza legítima que hemos adquirido construyendo la España civilizada sobre las ruinas de la retrógrada. Desde aquí veo yo la gran conspiración militar que se está fraguando en Madrid y en provincias para volver las cosas a su estado natural: las armas arriba, los bonetes abajo. Y cuanto más pienso en esto, más me inclino a relacionarlo con el misterio de las personas desconocidas que miran por mí. Tu idea de que me protegen monjas o damas de Palacio es un desvarío de mujer, que no penetra en el fondo de las cosas. Alma mía, aquí no hay mujerío ni monjío; el socorro y las esperanzas de libertad nos vienen de mis compañeros de armas agazapados en las logias. En la casa de Tepa estuvo

y está siempre, aunque otra cosa piense y diga la Policía, el centro de la eterna reivindicación; aquel fuego nunca se apaga; de allí ha salido la voz que me dice: «Gracián, no desmayes; tus martirios tocan a su fin. Por ti velamos los leales; no está lejos la hora del triunfo...» Y no me contradigas, Cigüela del alma, trayéndome otra vez a colación tu resobada leyenda de la monja y la dama. ¿Sabes tú, pobrecilla, las ramificaciones que, por una y otra parte de la sociedad, tiene nuestra comunidad masónica? ¿Quién te ha dicho que no enlazamos nuestros hilos con hilos muy finos de conventos y palacios? ¿De dónde sacas que el señorío y el monjío no se dejan también camelar por los caballeros *Hijos de la Viuda?* ¡Tonta, más que tonta! Y ¿cuándo ha sido un disparate, como crees tú, que la misma Policía nos pertenezca? ¿Qué han de hacer esos pobres esbirros, sabiendo que ya rondan la casa de Tepa todos los generales residentes en Madrid, O'Donnell, Lersundi, el mismo Figueras, y que don Ramón Narváez dirige los trabajos desde París, donde Luis Napoleón le trata a cuerpo de rey?... ¿Dices que esto es ilusión, locura? ¿Crees que aún tengo la cabeza débil?

—¡Pobrecito mío—exclamó Lucila—, tanto tiempo encerrado en este nido de murciélagos! Cuando salgas y veas gente y respires el aire que todos respiran pensarás de otro modo.

Calló el capitán, no sin que le pusieran en cuidado las últimas palabras de su amiga. Sentada frente a él, Lucila también callaba, viendo pasar por su mente, con marcha circular de tiovivo, una repetida procesión de monjas y damas. Del propio modo, andando y repitiéndose, iban las velas colgadas del arillo en el taller del cerero. Sobre las almas del capitán y de Lucila se posó una nube de tristeza; pero ninguno decía nada. Tomín rompió el silencio preguntándole:

—¿En qué piensas?

—Bien podrías adivinarlo, Min—replicó Lucila—. Pienso que a los dos no nos protegen, sino a ti solo; a mí, si acaso, mientras pueda sacarte adelante; a mí no más que por el tiempo en que necesites enfermera... Me debes la vida..., no lo digo por alabarme..., pero ¿verdad que me la debes? Una vez asegurada tu vida, llegará el día en que conozcas a quien hoy mira por ti. ¿Será monja, será dama? Sea lo que fuere, cuando estés salvo, toda tu gratitud será para esa persona, todo tu amor para ella... ¡Min, ay mi Min!, y ya no te acordarás de la pobre Cigüela... Sí, mi Min, no digas que no.

—Lucila, me matas..., no sabes el daño que me haces—dijo Gracián, apartándole las manos, que se había llevado al rostro, anegado en llanto—. ¡Olvidarte yo..., ser yo ingrato contigo! ¡Nunca!... Tú y yo, unidos siempre, siempre unidos, en la felicidad como lo hemos estado en la desgracia.

—No, no... Ahora lo crees así, ahora me dices lo que sientes; pero después...

—No hay después que valga. Si eso pudiera ser, téngame Dios toda la vida en esta miseria... Que me cojan, que me fusilen. Muera yo mil veces antes que separarme de ti, corazón. ¿Qué soy yo sin ti?

—Lo que fuiste antes de conocerme.

—Me acuerdo de lo que fuí, y no quiero ser aquel hombre, no quiero ser el hombre que no te conocía, que ignoraba la existencia de Lucila. Por Dios, no tengas esa idea, que es para mí peor que una idea de muerte. Todas las protectoras del mundo, si es que las hay, no valen lo que mi ángel. Lucila, no ofendas a tu Min, no mates a tu Min...

Las ternuras que le prodigó, sincero, rendido, con alma, sosegaron a la enamorada moza, que se secaba las lágrimas diciendo:

—Bueno, mi Min, te creo; sí, te creo... No te hablo más de eso..., no lo pienso tampoco, mi Min, no lo pienso... Duérmete, descansa...

XIII

Con las buenas prendas de ropa, nuevas las unas, las otras apenas usadas, que le iba dando Domiciana, llegó a ponerse Lucila tan bien apañadita, que daba gloria verla. Si sus extraordinarias gracias naturales adquirían realce con la pulcritud y el decente atavío, la ropa puesta sobre tal belleza resultaba mucho más linda y elegante de lo que era realmente. Por la calle veíase seguida y acosada por mozalbetes, y por todos requerida de amores. Tenía que cuadrarse

a menudo, tomando los aires de arisca manola para sacudirse de los señores de *levosa* (así solían llamar a las levitas) y de los militares de *chistera* (mote aplicado a los tricornios). Por su parte, Domiciana no se descuidaba, y cada día se iba poniendo más guapetona. Peinábase lindamente; sus trajes eran elegantes, dentro de la sencillez y modestia; presumiendo de pie pequeño y bonito, calzaba con fineza, y era, por fin, extremada en el aseo de su persona. Lucila se maravilló de ver los variados objetos que en su alcoba y gabinete tenía para la diaria faena de sus lavatorios.

La confianza entre las dos mujeres crecía y se afianzaba de día en día, llegando hasta la fraternidad. Domiciana propuso a Lucila que se tutearan, y así quedó practicado y establecido, hablándose como compañeras o amigas de la misma edad. En tanto, la exclaustrada consagraba ya menos tiempo a la preparación de ingredientes de tocador o de medicina casera, sin llegar al abandono de su industria. La cerería teníala confiada a Ezequiel y Tomás: iba y venía, contenta y orgullosa, como el que ve sus facultades aplicadas a un fin práctico con resultado eficaz. Pero no le faltaban quiebras y desazones, y una de éstas era el continuo asedio del pobre cesante, amigo y azote de la casa, que habíala tomado por buzón en que diariamente depositaba el eterno memorial de sus cuitas. Don Mariano era su sombra: le cogía las vueltas en la calle, la estrechaba en la tienda y trastienda, seguíala con frescura descortés al sagrado de sus habitaciones particulares, se colaba en el gabinete y hasta la sorprendió una vez en papillotes, preparándose para su limpieza corporal.

—Por Dios, don Mariano, respete...

—Señora, los cesantes no respetamos nada. Somos una plaga española; somos una enfermedad de la nación, una especie de sarna, señora mía, y lo menos que podemos pedir es que se nos oiga o que se nos rasque. Ningún español se puede librar de nuestro picor. Oigame usted y perdone.

Un día de marzo, hallándose Lucila y Domiciana en la sala-droguería ribeteando, con prisas, una capa que habían comprado en corte para Tomín, se les presentó de improviso Centurión con aquellos modos serviles y aquel gracejo un tanto cínico que gastaba, y no hubo manera de quitársele de encima.

—Soy yo, la sarna—dijo al entrar, enseñando en una rasgada sonrisa toda su dentadura—. Vengo a picar, señoras. Rásquense ustedes: óiganme.

—Vamos, don Marianito—le dijo Domiciana—, que no estaba usted poco devoto esta mañana en San Justo..., ya, ya.

—Hay que dar ejemplo, quiero decir, tomarlo. «Sigue las pisadas de los que van por el recto camino», cantó el salmista.

—Y usted no se descuida...: a un tiempo pica y reza.

—Siento que no me viera usted en la iglesita del nuevo convento de las señoras Franciscas, calle de Leganitos. Allí me pasé ayer toda la tarde, y hoy en la Encarnación, donde es abadesa una prima segunda de mi esposa y sobrina del señor Tarancón, obispo de Córdoba, que ahora está en Madrid... Ya me inscribí en dos Cofradías. Pico todo lo que puedo... El maldito Gobierno es el que no se rasca. Y eso que en todas las sacristías me hago lenguas de la piedad de estos señores bravomurillistas, que, para entenderse con Roma y hacernos un concordato, han nombrado embajador al imponderable don José del Castillo y Ayenza. La impiedad habría mandado a un regalista; la ortodoxia manda al más rabioso de los ultramontanos. Los que tenemos memoria recordamos que en mil ochocientos cuarenta y seis, cuando se discutió en el Congreso la persona de Castilla y Ayensa, el señor González Romero le llamó *incapaz* y dijo de él horrores. Pues este González Romero, que era entonces cismontano, como lo éramos todos los de la cuerda liberal, y hoy se ve encumbrado a la poltrona de Gracia y Justicia, ha elegido al mismo *incapaz* sujeto para que vaya a Roma por todo, es decir, por un concordato. Yo me felicito: todos hemos venido a ser *ultras*.

—¡Mala lengua!—le dijo Domiciana, más compasiva que iracunda—, con la hiel que usted derrama habría para poner una gran botica de venenos.

—¡Oh!, señora, no derramo yo hieles ni venenos, sino cerato simple y bálsamo tranquilo—replicó Centurión—. Desde que me metí a *ultra*, me tiene usted consagrado a desmentir todos los rumores que corren contra el Gobierno y contra

Palacio y el monjío. Voy algunos ratos a los corrillos de la Puerta del Sol, donde están las peores lenguas de la cristiandad, y allí pongo de vuelta y media a los maldicientes. Sabe usted que cada semana tenemos un notición nuevo: pedazo de carne podrida que se arroja a los pobres cuervos para que vayan viviendo. La comidilla putrefacta de hoy es ésta: Su majestad el rey, que no puede vivir sin visitar cuatro veces al día a las señoras Franciscas de la calle de Leganitos, se incomoda de que el público le vea pasar en coche tan a menudo y de que la guardia de Artillería del cuartel de San Gil señale su paso con toque de corneta... Y ¿qué ha discurrido para guardar el incógnito? Pues vestirse de clérigo. Así ha podido hacer de noche sus visitas, atravesando a pie las calles...

—Eso es mentira—afirmó indignada la cerera—, y el que tal crea y diga merece que le emplumen..., por tonto más que por malo.

—Ya sé que es falsedad. ¡A quién se lo cuenta! Yo estuve en acecho dos noches y no vi nada. Pero hay quien por haberlo soñado asegura que lo ha visto. En las tertulias de la Puerta del Sol tenemos mentirosos de buena fe que le dan a uno espanto... Yo me seco la lengua rebatiendo sus disparates. Hoy, por poco le pego a uno que me sostenía con toda formalidad que el rey se entretiene en jugar a la gallina ciega con las novicias...

—¡Vaya un disparate! Hace usted bien en destripar esos cuentos ridículos. Pique usted, hermano Centurión, pique por ese lado y se le hará justicia.

—Hermana Domiciana, yo pico; pero la justicia no llega. Ya dije a usted en qué paso mis tardes: a prima noche me tiene usted en los ejercicios de Italianos o Bóveda de San Ginés, alternando, y de allí me voy a mi casa. Nadie me verá en teatros, cafés, ni alrededor de las mesas de billar. En mi casa trabajo a moco de candil. Consagro los ratos de la noche a la poesía, con quien algún trato tuve en mi mocedad. No me faltaba lo que llamamos estro... Dirá usted que quién me mete a poeta, y yo contesto que si somos plaga, seámoslo en todos los terrenos. ¿Ha observado usted que los poetas del día no se tienen por tales si no enjaretan una o más composiciones religiosas? Los viejos, los de mediana edad, y aun los jovencitos que rompen el cascarón retórico, nos regalan cada día bien la *Oda al Santísimo Sacramento*, bien la *Canción a los reyes Magos*, éste *Octavas reales a San José bendito*, el otro *Quintillas a la Creación del Mundo*, cuando no un *Romance a los Misterios gozosos de Nuestra Señora*... ¡Pues no han sido poco celebradas las composiciones de mi amigo Baral *A la Encarnación* y de Cañete a la *Transfiguración del Señor!* Pero a todos supera el numen del insigne poeta don Joaquín José Cervino, que en su *Oda a las bodas de Caná* refiere el milagro con estos rotundos versos:

> Ya linfa en hidria pura contenida,
> viva en licor de Engadi convertida.

... Pues los chicuelos que empiezan ahora, como Pepe Selgas y Antonio Arnao, también enjaretan su metrificación correspondiente sobre un tema religioso. Hasta los padres graves de la pasada era romántica, los Hartzenbusch, los García Gutiérrez, los próceres como Saavedra y Roca de Togores y el grandullón don Juan Nicasio, se descuelgan con su *Silva al sacrificio de Isaac* o con un lindo *Panegírico de la Pentecostés*, en alejandrinos. ¿Qué es esto más que una señal de los tiempos? No vivirían los poetas si no se arrimaran a los pesebres del Estado, y como el Estado es hoy manos y pies invisibles del cuerpo de la Iglesia, que tiene su visible cabeza en Roma, todos los jóvenes y viejos que andan por el mundo con una lira a cuestas o la tocan para Dios y los Santos o no comen... Vea usted por dónde yo he resucitado mis antiguas debilidades poéticas, desempolvo mi lira y poniéndole cuerdas nuevas me lanzo a tocarla con plectro y todo, y endilgo mi *Canto épico al centurión Cornelio*... En la invocación a la *Musa Cristiana* para que me sople, doy a entender que de aquel romano centurión procede mi familia, y que por ello estoy obligado a cantarle con tanta gratitud como entusiasmo y fe. En *La Patria* podrá usted leer mi *Canto épico*. He preferido este periódico porque es el que viene pegando fuerte a Narváez, Sartorius y a toda la fracción caída, que ha tenido en tal desamparo a la religión y sus ministros. ¿Ha leído usted lo que dice del donativo que hizo la reina a Narváez?

—No leo periódicos, don Mariano, ni me importa lo que digan.

—Pues el regalito fué de ocho millones para que pudiera vivir con decorosa independencia el hombre que... Hoy hablaban de esto en la Puerta del Sol, y allí hubo quien, echando fuego por los ojos y ácido prúsico por la boca, hizo la cuenta del número de cocidos que con esos ocho millones se podrían poner en un año para los tantos y cuantos españoles que se pasan la vida ladrando de hambre...

Cansadas del insufrible lamentar de aquel mendigo de levita, Lucila y Domiciana le miraban esperando un punto o punto y coma en que pudieran meter cuña para despedirle.

—Hermano Centurión—dijo al fin la cerera—, acabe ya y déjenos, que tenemos que hablar las dos de nuestras cosas, y con su salmodia nos ha levantado jaqueca.

—Como benemérita plaga española que soy, hermana Domiciana, no tiene usted más remedio que sufrirme... No puedo retirarme mientras no ponga en conocimiento de usted algo que debe saber, y para que lo sepa he venido hoy aquí.

—¡Pues hubiera empezado por eso, Santa Bárbara!

—¡San Caralampio! Yo empiezo por el fin y acabo por el principio, a causa de tener mi pobre cerebro del revés, como es uso entre cesantes... Vamos al caso: usted sabe que la madre Patrocinio bebía los vientos por destituir al señor patriarca de las Indias, don Antonio Posadas Rubín de Celis... Nunca le perdonó a este señor que se burlara de las llagas y las calificara, como las calificó, de *farsa indigna de una nación católica*... El odio de su caridad levantó gran polvareda contra el prelado, por si era o no era de la cáscara amarga. Se decía que en mil ochocientos veintitrés, gobernando la diócesis de Cartagena, renunció la mitra y se fué a la emigración por no bajar la cabeza ante el absolutismo... Esto le imputaban, y de tal modo atronaron los oídos del rey y de la reina, que, al fin..., usted lo sabe..., le largaron el cese al patriarca, y en su lugar fué nombrado don Nicolás Luis de Lezo, confesor de la reina madre, el cual se endilgó la sotana morada antes que de Roma vinieran las bulas... Usted sabe que lo que vino de Roma fué un soberano rapapolvo desaprobando todo lo hecho y confirmando en su puesto al señor Posadas y Rubín de Celis... Usted sabe que...

—Ya me está usted estomagando con si sé o no sé—dijo Domiciana—. Lo que yo sepa o ignore no es cuenta de nadie.

—Todo el mundo sabe que el señor Lezo, a pesar del rapapolvo, siguió con su capisayo morado, tan guapín, olvidando que ni es obispo ni nada. Nuestra graciosa reina, que de niña era muy salada, puedo dar fe de ello, y de mujer es la sal misma, le puso a don Nicolás Luis un mote graciosísimo... Usted lo sabe: *el obispo de Farsalia*...

—Bueno, ¿y qué?

—La señora madre aguantó el cachete, por venir de Roma, y esperó; el señor patriarca, ya muy viejecito, no podía ser eterno... Al fin se lo ha llevado Dios; ya está vacante el puesto. Y ahora, hermana Domiciana, yo le pregunto a usted por si quiere decírmelo: ¿sabe quién será el nuevo patriarca?

—No lo sé, ni aunque lo supiera se lo diría.

—Porque la reina Cristina hace hincapié por su candidato, *el de Farsalia;* el infante don Francisco se interesa por el padre Cirilo..., y el Gobierno... Esta es la noticia que le traigo a usted, noticia que aparejada lleva una preguntita. El Gobierno propone al señor don Joaquín Tarancón, obispo de Córdoba, que, como he dicho antes, es tío de la señora abadesa de la Encarnación. Me consta que una gran parte de lo que podríamos llamar *elemento eclesiástico* vería con gusto al señor Tarancón en el patriarcado de Indias, y yo... no le digo a usted nada: casi, casi es mi pariente... Pues ahora viene la pregunta: ¿sabe usted quién es el candidato de la madre? Porque yo me pongo a discurrir y digo: «O hay lógica o no hay lógica. Si un Gobierno que tiene por dogma la perfecta obediencia a las soberanas voluntades que nos rigen, se lanza a proponer a Tarancón, ¿no quiere esto decir que Tarancón es grato a la madre, y, por ende, a la hija, o en otros términos, que Tarancón es el candidato del Altar y el Trono, como decimos los *ultras*?...» Conque hermana Domiciana, dígame si esto que pienso es la verdad, o si me falla la dialéctica; dígamelo, y hará un gran favor a un pa-

dre de familia con mujer y siete criaturas. ¿Es don Joaquín Tarancón candidato de la madre?... Porque si lo es, *Patriarcam habemus.*

Nerviosa y un tanto descompuesta le contestó Domiciana que no tenía nada que contestarle ni que decirle, como no fuera que tomara la puerta y se largase con sus historias a la del Sol, o a cualquier mentidero. Lastimado en lo vivo don Mariano, levantóse afectando dignidad y dió algunos pasos hacia la salida. Mas no quiso irse sin venganza de aquel desprecio: calóse el sombrero: requirió las solapas del levitón, y en actitud un tanto estatuaria, con temblor de la mandíbula y ronquera de la voz, se dejó decir:

—Por no ser amable y franca, usted pierde más que yo, porque no le doy una noticia tremenda..., noticia de un caso reservado, que lo será por algún tiempo todavía... suceso..., noticia de un valor que usted no puede figurarse..., y que ignora todo Madrid, menos unos cuantos... y yo. En castigo, no se lo digo, no. Fastídiese, rabie.

—¿También de monjas y patriarcas?

—No... Es cosa militar...—dijo Centurión, escurriéndose a lo largo del pasillo—. Cosa militar..., gravísima..., y no lo sabe... Fastidiarse...

Domiciana corrió tras él murmurando:

—Hermano, aguarde, oiga...

Pero él, impávido, desapareció en la oscuridad de la angosta escalera, repitiendo:

—No digo n a d a, nada... Fastídiese, rásquese... Cosa militar...

XIV

—¡Pero este don Mariano!... ¿No te parece que está loco?... Y esa noticia de militares, ¿qué será?... ¿Pues sabes que me ha dejado perpleja y con ganas furiosas de saber...? Es un perro... Cuando le da por callar, molesta más que cuando nos aturde con sus ladridos... No me sorprende que sepa cosas muy reservadas... Estos cesantes rabiosos se meten en todos los rincones para olfatear lo que se guisa, y lo mismo entran en las sacristías que en las logias... Cosa de militares dijo. ¿Será alguna intentona?... ¿Tendremos en puerta un pronunciamiento...?

Esto decía Domiciana en frases desgranadas q u e revelaban su inquietud. Con paso inseguro fué de la puerta del pasillo a la ventana; miró a la calle, y al ver que, en efecto, salía Centurión, volvió junto a su amiga, rezongando:

—Disparado sale... Va echando demonios... Esa cosa militar, ¿qué será? ¿Tú qué crees, Lucila?

—¿Yo que he de creer?... Ya te sacará de dudas don Mariano cuando vuelva.

Se puso en pie presentando la capa colgada de sus manos para que Domiciana viese el efecto del embozo. Resultaba muy bien, una prenda seria y poco llamativa, como para persona que durante algún tiempo no debía salir al público sin cierta reserva. Ya no faltaba más que acabar de coser la trencilla: la infatigable costurera se sentó de nuevo para proseguir la obra por una banda, mientras Domiciana trabajaba por otra.

—Sí que volverá, creo yo—dijo la cerera—, y si no vuelve le mandaré venir con cualquier pretexto. H a b l e m o s de nuestras cosas.

Antes de la entrada de Centurión había Lucila dado cuenta a su amiga de las buenas condiciones de la vivienda en que se había instalado con Tomín. Se creían transportados de un infierno aéreo a un cielo terrestre. Con frase menos sintética y más vulgar expresó Lucila su pensamiento... Satisfecho estaba Tomín; sus ojos, hechos a la miseria desoladora, veían los vulgares muebles revestidos de una dorada magnificencia. Ya recobraba el apetito y el buen color; pero la inmovilidad a que todavía se le condenaba le tenía en gran desasosiego. ¿Cuándo podría salir?

Un rato tardó Domiciana en contestar a esta pregunta. Sin apartar los ojos del mete y saca de la diligente aguja, alargando los morros dijo:

—¿Qué prisa tiene? Ya saldrá. Conviene esperar un poco hasta ver en qué para eso del patriarca...

La aguja de Lucila se paró, señalando el cenit. Turbación, estupor y silencio grave en el ambiente que mediaba entre las dos mujeres. ¿Qué tenía que ver la libertad de Gracián con el nombramiento del patriarca de las Indias?

—Todas las cosas de este mundo—dijo Domiciana sin mirar a la otra—vienen y van más enzarzadas de lo que parece. ¡Con este lío del patriarca hay cada dis-

gusto!... Adondequiera que una va encuentra caras malhumoradas..., y se oyen cosas que... Parece que están todos locos...

Conoció Lucila que no gustaba su amiga de aquella conversación y puso punto en boca. Nombrando de nuevo a Tomín, Domiciana fué a parar a la promesa de solicitar para él el alta en el escalafón, y si las cartas venían bien dadas, un ascenso y pase al servicio activo.

—En este caso—añadió—, ¿crees que Gracián se casará contigo?...

—¡Ay, no lo sé!—fué la única respuesta de Lucila.

La cerera prosiguió así:

—Nada tendría de particular que, volviendo las cosas a su nivel, Tomín se casara con una persona de su clase... Tú entonces, poniéndote en lo razonable, podrías casarte con un hombre de tu clase, y serías feliz... No te faltarían protección y ayuda en tu matrimonio.

Dijo a esto Cigüela, que tenía por absurdas las ideas de su amiga, y repitió su antigua cantilena de que Domiciana no entendía palotada de amor, y que continuaba tan muerta y amojamada como cuando salió del convento.

—Estás en lo cierto—replicó la exclaustrada—, y siempre que habló de amores, o de amoríos, salen de mi boca desatinos muy garrafales: tan ignorante soy. Conozco al hombre en diferentes condiciones de vida: en la condición de avaro, de hipócrita, de cortesano, de astuto, de religioso; en la condición de enamorado no le he conocido nunca, ni sé lo que es. ¿Quieres más explicaciones? Pues allá van. Se ha dicho, y tú lo habrás oído tal vez, que yo me metí en el convento por desesperada de amor..., la historia de siempre..., un novio ingrato, una niña tonta que se vuelve mística... Pues no creas nada de eso, si de mí lo has oído. En mi caso no hubo despecho amoroso. Yo me arrojé al convento huyendo de mi madrastra, como me habría tirado a un pozo; llegué a la vida religiosa enteramente ayuna de amores, sin haber tenido novio, pues los que algo me dijeron no me interesaron nada, ni nunca les hice caso. Entró, pues, en el claustro mi corazón nuevecito, intacto de pasiones, y sin saber lo que era eso. Allí dentro, ya puedes suponer que no amé más que las hierbas. Naturalmente, como tú has dicho, con aquel vivir me marchité... El amar vago, que lo mismo puede fijarse en Dios que en personas de la Naturaleza, se fué secando; la voluntad se me iba tras de las cosas, no tras el hombre... Cuando salí, ya no era tiempo de pensar en melindres, ni me lo permitían los votos que hice y de que no estaré nunca desligada... Otra cosa te diré para que lo comprendas mejor. Yo, que soy bastante despierta, sé desenvolverme muy bien en una reunión de hombres, si tengo que departir con ellos de cualquier asunto; pero, delante de un hombre solo, me entra tal cortedad, que no acierto ni a decir Jesús. Me ha sucedido alguna vez encontrarme sola frente a un hombre, el cual con la mayor inocencia y sin asomo de malicia venía para tratar conmigo de un negocio de cerería, o de hierbas, o de qué sé yo... ¿Pues sabes lo que me ha pasado? Que al verme sola con él me ha entrado no sé qué desazón..., algo de repugnancia primero, de espanto después..., y al fin no he tenido más remedio que echar a correr, dejándole con la palabra en la boca... Luego he tenido que mandarle recado diciéndole que me dispensara, que me había puesto mala... Así soy yo. Y de veras te digo que muertecita está una mejor. ¿No crees que es una bendición ser así, y estar asegurada contra lo que, en mis circunstancias, no había de ser bueno?

Contestó afirmativamente Lucila, añadiendo que no se diera por asegurada tan pronto, pues no era vieja y conservaba lozanía, frescura... Recaída la conversación en Tomín y en las probabilidades de que reanudara pronto su brillante carrera, conquistando los puestos más altos, Domiciana preguntó a su amiga si era valiente el capitán, de temple duro para la guerra.

—¿Que si es valiente?—dijo Lucila, dando a su palabra tonos de entusiasmo—. Por mucho que yo te diga sobre eso no podrás tener idea de la bravura de Tomín y de su fiereza ante cualquier peligro. Cuando se emborracha de valor no repara en si es uno o son veinte los enemigos que tiene delante.

—¡Vaya, vaya! Ahora que me acuerdo: me has dicho que es extremeño, de la tierra de Hernán Cortés y Pizarro. Todos los hijos de Extremadura son arrojados y valientes, menos mi padre, que no es héroe más que para casarse.

—En Medellín, como ese Cortés, nació

mi Bartolomé Gracián. Su padre, caballero noble, tiene allí bastante hacienda, ganados... Su madre, que todavía no es vieja, conserva una hermosura superior. De ella sacó Tomín los ojos azules; de su padre la tez trigueña. El hermano mayor no se separa de los padres, y es el que hoy lleva las labores. Dos hermanitas tiernas siguen a Tomín. A éste, desde muy niño, le llamaba la milicia; no jugaba más que a los soldados, y él era el que a los otros chicos mandaba, llevándolos a correrías del diablo, asaltos de peñas, porfías de unos bandos con otros:.. Entró en el Ejército el año cuarenta y cinco, si no estoy equivocada, y al poco tiempo estuvo en la guerra de Cataluña, contra Tristany y Cabrera. Las acciones en que peleó, las heridas que pusieron su cuerpo como una criba, y las hazañas..., porque hazañas fueron..., que hizo él solo, escritas están en alguna parte, no sé dónde..., y pueden dar fe de ellas el general Concha, el general Pavía, y un sinfín de brigadieres, coroneles y capitanes. Ya desde la guerra de Cataluña venía Tolomé, según él mismo me contó, dado a la política, con la cabeza encendida en esas cosas del patriotismo y de la Libertad, y no se mordía la lengua para despotricar contra los absolutos, carlinos, moderados, y demás gente que no quiere Constitución, sino cadenas; en Madrid se hizo amigo de otros que aborrecían las cadenas, y todos juntos iban a unas reuniones escondidas en no sé qué calle, y hacían allí sus santiguaciones, que paraban siempre en armar algún enredo para salir con los soldados gritando «Libertad, Viva esto, Abajo lo otro.» Hubo en Madrid hace dos años o tres..., no me acuerdo de la fecha..., una trifulca muy grande en la Plaza Mayor, tropa y pueblo contra tropa. Tolomín estaba en un regimiento que también debió salir sublevado, y no salió porque se echaron encima generales y jefes, y ello quedó así... Pero a mi hombre le traían ya entre ojos; su fama de liberal y algún mal querer de envidiosos o soplones le perdieron. Formada sumaria, le mandaron con dos tenientes a las Peñas de San Pedro, que es allá en la Mancha, pueblo con fortaleza, y fortaleza sin pueblo, como dice Tolomé. Mal lo pasaban allí los pobres oficiales deportados; pero Tomín, que es poco sufrido. y uno de los tenientes, llamado Castillejo, de la piel del diablo, tramaron una conjura, en la que fueron entrando algunos más, para revolverse contra la guarnición y hacerse dueños de la plaza. Me ha contado él que todo lo hicieron con más arrojo que picardía, y que fué como si dijeran: «Morir matando antes que morirnos de tristeza.» La noche que intentaron desarmar a la guarnición fué noche de tronada y rayos en los aires, en la tierra, de furor y rabia de los hombres. Muertos y heridos, muchos..., sangre corriendo..., compasión, ninguna. Pudo más la guarnición, y Tomín y Castillejo, viendo perdida la batalla, escaparon favorecidos del diluvio que empezó a caer cuando unos y otros, como demonios, se estaban matando... Huyeron armados; con algún dinero que llevaban se procuraron disfraz, caballerías, y por atajos, como Dios quiso, se vinieron a Madrid. Aquí se ocultaron, y escondidos supieron que estaban condenados a muerte por Consejo de guerra... Pues, señor, vino a parar Tomín a casa de un tratante en leñas, José Perdiguero, amigo de su familia, calle de Segovia, y para más disimulo de su escondite, pusieron su vivienda en el mismo almacén de las leñas, que da a un patio grande, y en aquel patio vivía yo con mi padre y mi hermano chico...

—Y allí os conocisteis... Vamos, ya llegó ese momento de la historia que yo esperaba. Sigue, que ahora entra lo más bonito.

—Bien feo era aquel patio, y más el almacén; pero a mí me pareció lo más bonito del mundo..., te lo digo como lo siento: hablo con el alma, Domiciana. Bonito fué todo, cuando vi a Tomín tendido sobre un montón de leña, y más cuando él me preguntó cómo me llamo... El amo, que tenía que salir al campo, me mandó que hiciera cena para aquel hombre..., «para este caballero» fué como me dijo. Hice la cena, y el caballero se negó a comerla si no cenaba yo con él. Yo dije que bueno. Me sentí, puedes creérmelo, arrebatada de una compasión que me encendía toda el alma, y apenas empezamos a cenar, aquel señor me dijo: «Soy muy desgraciado.» Obsequioso y fino estuvo conmigo, sin decirme cosa ninguna que pudiera ofenderme... Yo le miraba, y cuando él me miraba a mí, tenía yo que bajar los ojos...

—De veras va siendo muy interesante

la historia. Sigue, y no suprimas nada.

—Dos días pasaron así. Mi padre y mi hermanillo salían de sol a sol. El caballero y yo hablábamos, él a la otra parte del rimero de leña, yo a la parte de acá. Charla que charla, las tardes se me hacían horas, las horas minutos... Yo estaba como en la gloria.

—¡Y que no te diría cosas poco tiernas y...!

—Me decía..., qué sé yo..., vamos, lo contaré todo. Me decía que soy muy guapa... Esto lo había oído yo mil veces; pero nunca hice caso. Me decía que soy bella, bellísima..., y más, más me decía.

—No lo calles, mujer.

—Que soy hechicera... y otra cosa más bonita...

—Dímela.

—Que tengo un alma más bella que mis ojos... Por mis ojos me veía él el alma... Yo también le veía la suya... Por fin me dijo que le quisiera, que le haría un gran bien queriéndole..., que estaba dejado de la mano de Dios... Contóme toda su historia: yo temblaba oyéndole. Luego me dijo que era para él grave caso de conciencia pedirme mi amor, y que antes de responder yo a su petición de amor debía saber una cosa terrible: estaba condenado a muerte. ¿Sería yo capaz de amar a un condenado a muerte?

—Al pronto, y poniendo por delante un poco de puntillo, responderías que no.

—¡Ay Domiciana! Si me hubiera dicho «soy rico, feliz, poderoso», le hubiera contestado con puntillo, diciendo que no, que veríamos y qué sé yo... Pero diciéndome «soy condenado a muerte», le contesté que sí con el alma, y me fuí hacia él... ¡Ay Domiciana, qué paso!... Llorando me abrazó Tomín, y yo le dije: «Que nos fusilen juntos.»

XV

Dejando correr, en una pausa breve, lágrimas dulces, lágrimas amargas, continuó Lucila su triste historia, que en algunos puntos más le causaba gozo que pena; siguió por terreno a veces llano, a veces escabroso, sin esquivar los pasos al borde del precipicio, incitada por la cerera, que le pedía sinceridad, franqueza gallarda. Contó las querellas que con su padre tuvo por el amor de Tolomín; cómo estas desavenencias la separaron al fin de Ansúrez y del hermano pequeño (el cual en aquellos días entró de aprendiz en el taller de unos boteros de la calle de Segovia, amigos de su padre); cómo unió su suerte a la del capitán, locamente enamorada y obedeciendo a una fuerza imperiosa, irresistible; cómo fueron obsequiados por el *Ramos*, manolo viejo de ideas revolucionarias, retirado de la patriotería activa y enriquecido en su comercio de maderas viejas; cómo hallándose un día refrescando con el *Ramos* en cierta botillería de la calle de los Abades se les apareció el teniente Castillejo, emparejado con la viuda de un capitán, y cómo, en fin, los cuatro se fueron a vivir a un piso quinto, en la calle del Azotado, con anchura de local y estrechez grande de recursos. A poco de instalarse les sorprendió, de madrugada, la Policía, cuando estaban en el primer sueño, pues nunca se acostaban hasta después de medianoche. A tiros y sablazos les atacaron tres hombres. Defendiéronse Tomín y el teniente con gran coraje; mataron a uno; los otros dos tuvieron que huir en busca de refuerzo. Antes que volvieran, Castillejo y la capitana se bajaron al segundo piso. Tomín fué más previsor: a pesar de hallarse herido de arma blanca en una pierna, de arma de fuego en un brazo, escapó por la buhardilla al tejado vecino, pudiendo descolgarse de un modo casi milagroso al patio de una posada de la Cava Baja. Lucila, en tanto, cogió calle más pronto que la vista, corrió a la posada y ayudó a su Tomín a escabullirse por la calle de Segovia abajo; tomaron resuello en un corralón de la Cuesta de Caños Viejos, y allí le vendó como pudo las heridas para contener la sangre. La situación era en extremo apurada. Gracián no podía valerse. Con rápida iniciativa ante el peligro, corrió Lucila en busca del *Ramos*, única persona de quien podía esperar socorro, y el patriotero jubilado no desmintió en aquel caso su magnánimo corazón, ni su abolengo de sectario constitucional que había vestido el glorioso uniforme de la Milicia urbana. Al amanecer, en un carro de cueros fué transportado el capitán a la calle de Rodas. Sin que nadie le viese, fué subido al *nido de murciélagos*, lugar, al parecer, distante del acecho policíaco, y allí quedó, entre los gatos y el cielo, asistido de

su fiel amiga, que con su cuidado y ternura le sostuvo el alma para que no cayese en la desesperación, atajó la muerte, aseguró la vida y restituyó a la sociedad el hombre que ésta había cruelmente repudiado.

—Del valor de Gracián—dijo Domiciana, oída con tanto respeto como admiración la dramática historia—nadie podrá dudar. Pero si él es bravo, más brava eres tú. Te has portado como mujer heroica, y, aunque has pecado, creo yo que Dios te perdonará.

Lo más que hablaron aquella tarde careció de interés. Partió Lucila con la capa sin terminar, proponiéndose rematarla por la noche en su casa. Fué Domiciana con Ezequiel a San Justo, a la novena de San José, y allí vió a Centurión, que no se acercó, como de costumbre, a cotorrear con ella; tampoco la cerera hizo por él ni quiso mostrar ganas de conversación. Ezequiel pasó a la sacristía, donde tenía más de un amigo y solía ayudar al culto, bien endilgándose la sotana como turiferario, bien subiéndose al coro para cantar un poco con voz angélica, desafinadita. Habló un rato la cerera con un clérigo que en San Justo decía misa y confesaba, don Martín Merino, hombre impasible, de una fealdad estatuaria. A Domiciana le agradaba el sacerdote por la sequedad cortante con que expresaba sus pareceres, ya en cosas de religión, ya cuando por incidencia hablaba de política. Le tenía por hombre entero, de arraigadas convicciones, de notoria austeridad en sus costumbres.

—¿Viene usted a la novena, don Martín?—le preguntó.

Y él:

—No, señora; ya salgo. He venido a ajustar una cuenta. «Aquí no toco pito» esta noche; me voy a mi casa, donde tengo mucho que hacer.

Y tomó la puerta. Chocó a Domiciana la escueta familiaridad de la frase «no toco pito»; y como el hombre solía ser tan áspero en cuanto decía, resultaba de un gracejo fúnebre en sus labios secos la expresiva locución... Terminada la novena, volvió la cerera con Ezequiel a su casa; cenaron, y de sobremesa, solos, porque don Gabino con el último bocado solía coger el sueño y se quedaba cuajadito en un sillón, hablaron del cumplimiento de ciertas comisiones encargadas aquella tarde al bendito mancebo.

—Llevé el lío de ropa y los cuatro libros, y todo lo entregué al señor, en su mano—dijo Ezequiel—. Lucila no estaba en casa.

—Y el señor, ¿qué tal te recibió? ¿Es amable, de buena presencia?

—Tan buena, que se me pareció a Nuestro Señor Jesucristo.

—Eso no puede ser. A Nuestro Señor no puede parecerse ningún mortal, por hermoso que sea.

—Dices bien, y ahora caigo en que más que a Dios se parece al buen ladrón. ¿Has visto el buen ladrón del Calvario de San Millán..., clavado en la Cruz y guapo él?

—El caballero de Lucila ¿tiene barba?

—Sí; una barba corta y bonita..., como la del San Martín que parte su capa con el pobre.

—¿Y reparaste en el color de los ojos?

—No reparé en el color; pero sí que tiene un mirar que no se parece a ningún mirar de persona.

—¿Qué dices, Ezequiel?

—Digo que ningún mirar de hombre es como el de ese señor.

—¿Serán sus ojos como de oro..., como de plata?

—Como de plata y oro en derredor de una esmeralda.

—Luego son verdes.

—No te puedo decir que sean verdes; pero algo tienen, sí, de piedras preciosas.

—¿Serán..., así, por el estilo de la piedra que llevaba en su anillo el señor obispo que ofició en San Justo el día de la Candelaria?

—No, mujer... No hay ojos de persona que sean de ese color que dices...

—Pues entonces, Ezequiel, serán azules... ¿Has visto tú esa piedra que llaman zafiro?

—No... En el talco es donde yo aprendo los colores. El talco azul, si lo pones en cera que no sea muy blanca, se te vuelve verde.

—Y dime otra cosa: cuando le diste a ese señor los libros, ¿qué hizo? ¿Se alegró?

—Leyó el forro y no dijo nada. Se levantó y fué a ponerlos en la cómoda.

—¿Notaste si al andar cojeaba? ¿Es airoso, es gallardo?

—Me parece que sí. El juego de pier-

nas, andando, es de militar, ¿sabes?... Cogió de la cómoda cigarros, como cojo yo mi cachucha..., sin reparar..., y vino a mí ofreciéndome uno. Yo le dije que no fumo. El fumó echando el humo muy para arriba, muy p a r a arriba... Luego me preguntó si seguía yo la carrera eclesiástica..., y yo respondí que eso quería mi padre..., pero que mi hermana, tú, quieres que estudie para abogado... Pues él dijo que es preciso ser militar o abogado..., y que todo lo demás es vagancia pura... Habías de oírle, Domiciana: que todo está muy malo y que tenemos aquí mucha tiranía, mucho oscurantismo y muchísima inquisición... De repente dejó caer la mano con que accionaba, dándose tan fuerte palmetazo en la rodilla, que yo... salté en mi taburete. Me asusté del golpe y de los ojos que el caballero puso.

—¿Es hombre de mal genio?

—De genio muy fuerte... ¡Pobre del enemigo que coja por delante en una guerra o en una revolución!

—¿Crees tú que pega?

—¡Vaya! Creo que p e g a a todo el mundo, menos a Lucila.

—Y ¿quién te asegura que no pega también a Lucila?

—No, eso, no... ¡La quiere tanto...! —dijo Ezequiel, echando a torrentes de sus ojos la infantil ingenuidad.

—Por eso, porque la quiere... L o s hombres pegan y las mujeres lloran... Eso es el amor, según dicen...

—Así será en los matrimonios disolutos.

—Y en todos, Ezequiel..., y el llorar y el pegar no quitan para que traigan al mundo la familia...

Aquí paró la conversación. Ezequiel tiraba de sus párpados, que el sueño quería cerrarle. Domiciana le mandó que se acostara, pues había que madrugar. Al siguiente día comenzaban las grandes tareas cereras para Semana Santa... Cerrada la tienda y apagadas las luces, la casa no tardó en quedar en silencio, turbado sólo por el áspero roncar de don Gabino. Domiciana, recogida en su aposento, empezó a desnudarse. En aquella hora inicial del descanso nocturno, en que el silencio y la calma derraman tanta claridad sobre las cosas próximamente transcurridas y sobre las futuras que no están lejanas, la cerera reunía sus ideas dispersas, sintetizaba, expurgaba, desechando lo inútil, y como un hábil general distribuía sus mentales fuerzas para las batallas del siguiente día. Resumiendo sus impresiones de los hechos recientes y adivinando las que muy pronto habría de recibir, echó a rodar estos pensamientos sobre el fino lienzo de sus almohadas: «No habrá mañana poco tumulto en la *casa grande* cuando llegue yo y suelte la bomba..., la bomba escrita y la bomba parlada por mi boca, diciendo: No hay más patriarca de las Indias que el señor don Tomás Iglesias y Barcones...» ¡Y luego me hablan a mí de la cuestión de Oriente! ¿Qué tienen que ver la cuestión del Oriente ni la del Occidente con la cuestión patriarcal?... A Bravo Murillo se le ha metido en la cabeza que Tarancón es grato a la madre, porque así se lo dijeron el marqués de Miraflores y el mismo señor González Romero... Pero éstos son de los que no se enteran de nada, y cuando desean una cosa se forjan la ilusión de que los demás también la quieren... ¡Valiente ganado el de los caballeros políticos!... Andad, andad, hijos, por donde os llevan vuestros pastores, y no salgáis del caminito que se os marca... Duro ha de ser para la reina decirle a don Juan: «Mira, J u a n, ese nombramiento que traes a favor de Tarancón te lo guardas y haces de él lo que quieras... No has de ser más que mi madre, y a mi madre tengo que decirle también que se guarde su candidato, el pomposo señor Lezo, a quien yo, por mí y ante mí, nombré *obispo de Farsalia*... Ni has de querer compararte con mi tío don Francisco de Paula, que me traía puesto en salmuera para patriarca al padre Cirilo, y también tiene que guardárselo para mejor ocasión. Patriarca de las Indias será don Tomás Iglesias y Barcones, y no se hable más del asunto.» Esto le dirá, y don Juan se irá a comer, calladito, sus chorizos, y a discurrir, para cuando se desocupe del arreglo de la Deuda, la reforma de la Constitución, dejándola en los puros huesos...»

Y ya cogiendo el sueño, apagadas las ideas, dispersas las imágenes, las recogió de la blanca almohada para dormir con ellas: «Y acabada u n a se arma otra... La cuestión de la Comisaría general de Cruzada... Esa sí que será gorda... Los ministros, que siempre están

en Babia, quieren meter en la Comisaría a ese Nicasio Gallego, que, según dicen, es poeta... Ya podéis limpiaros, que estáis de huevo... Y parece que los poetas ya le dan la enhorabuena al don Nicasio..., como si lo tuviera en la mano. ¡Pobre majagranzas!... Con estas peripecias no puede una pensar en sus cosas... Mañana, tarea de cera. La Semana Santa, con la nueva feligresía, será muy lucida, muy lucida y... ¡dinero, dinero!... Lindas botas con caña de tafilete verde te voy a comprar... Tomín... ¡Ay!, que no me ponga a soñar ahora... Rezo un poquito: Dios te salve.»

XVI

La nueva morada de Lucila y Tomín era un segundo piso, calle de San Bernabé, lugar ventilado y alegre, con vistas al Manzanares y lejanos horizontes que comprendían la Casa de Campo, pradera de San Isidro y términos de los Carabancheles. Para escoger aquella vivienda no se fijó Lucila principalmente en su amena situación ni en los aires salutíferos que la bañaban; aunque todo esto era muy de su agrado, no se determinó a mudarse mientras el tratante de leña José Rodríguez, primer amparador de Gracián, y el *Ramos* de la calle de Rodas no le dieran, con su palabra honrada, garantía de la seguridad que allí tendría el perseguido capitán. Bajo tal fianza accedieron ambos a compartir la casa modesta de un acomodado matrimonio. Era él propietario de tierras en la Villa del Prado, su patria, pero a la descansada vida de labrador prefería la inquieta de tratante en uvas por agosto y septiembre, y en ganado los demás meses del año. Antolín de Pablo salía cada quincena para Villaviciosa, Sevilla la Nueva, Villa del Prado y Cadalso de los Vidrios, y volvía con carneros y terneras para el matadero de Madrid. Su mujer, Eulogia Ciudad, había sido criada de una marquesa, que, al morir, le dejó un legadito; era persona de agrado y habla fina. Privada de sucesión, Eulogia se consolaba con la cría y cuidado de animales. Sus gatos llamaban la atención por la brillantez del pelo, así como por la mansedumbre; sus perros sabían llevar y traer un cesto con recado. La casa se comunicaba por la planta baja con un corralón, donde Eulogia tenía gallinas ponedoras, dos cabras, un cordero, un gamo, dos galápagos, un erizo, una jabalina de corta edad, domesticada; dos maricas, también en vías de civilización, y un borriquillo. Representaban el reino vegetal dos almendros, un saúco y un albaricoquero que un año sí y otro no cargaba enormemente de fruto.

Simpáticos fueron a Lucila y Tomín sus patronos, y para el capitán fué una expansión gratísima el permiso que se le dió para bajar al corral siempre que quisiese engañar allí las horas aburridas de su prisión. Cuando a sus quehaceres salía Cigüela, el prisionero cogía un libro, bajaba con ella y la despedía en el portal, diciéndole:

—Yo me voy al paraíso terrenal y allí me encontrarás cuando vuelvas.

Comúnmente le encontraba gozoso, distraído, con un perro a cada lado, que se habían constituído en amigos y guardianes, y allí se pasaba las horas muertas, sin leer nada, tratando de entenderse en primitiva lengua con las maricas.

Por la noche, en la habitación que ocupaban, la cual era muy espaciosa y alegre, Lucila le daba cuenta de lo que sabía referente al indulto, y él no ocultaba su tristeza por la prolongación de un estado que no era de cautiverio ni de libertad. Aquel auxilio que de persona para él desconocida recibía le llenaba de inquietud.

—Yo no quiero agradecer mi libertad más que a ti, Cigüela—le decía—, y los recursos que no vienen de ti me enfadan y me lastiman. Si yo escribiera a mis padres, bien pronto me vendría de Medellín todo lo necesario para vivir. ¿Sabes por qué no les escribo? Porque si escribiera, mi padre vendría sin demora por mí y su primera providencia sería llevarme consigo y separarme de mi Lucila, de mi ángel tutelar... Eso no será. Contigo siempre... O nos salvamos juntos, o juntos pereceremos... Pero también te digo que ya me cansa esta vida boba. El paraíso terrenal ya da poco de sí y ahora me entretengo en dar vida real a las *Fábulas* de Esopo. Ya he conseguido que se entiendan el galápago y el burro y que las maricas dejen de soliviantar a las cabras para impedir a la jabalina que vaya a pastar con ellas...

El gallo es de una pedantería irresistible, y uno de los perros, el llamado *Moro*, se entiende con el carnero y el erizo para quitarle al gallo la gallina que más ama, que es una pintadita con aires de manola...

Opinaba Cigüela que, una vez logrado el indulto, debía tratar Tomín de volver a la gracia de su familia; no veía tan difícil que los de Medellín transigiesen con la que había sido compañera y sostén del capitán en aquel terrible infortunio. Confiaba ella en conquistar a los padres con su buena conducta, y terminaba diciendo:

—Si tú me quieres, como dices, y tienes mi compañía por tan necesaria en la felicidad como en la desgracia, no necesitamos ir en busca de tus padres; ellos vendrán a nosotros.

Esto decía la moza, y a veces lo pensaba; mas ni sus pensamientos ni sus propias palabras optimistas la desviaban de su negra suspicacia. Una tarde de fines de marzo o principios de abril (que la fecha no está bien determinada en la Historia), hallándose con Domiciana en San Justo, hubo de apremiarla con energía para que obtuviese resolución clara y pronta del dichoso indulto. Dió respuesta la protectora, como siempre, reiterando las seguridades de gracia y encareciendo la prudencia mientras aquélla no fuese un hecho. Abstuviérase, pues, el capitán de presentarse en público, lo que no era en verdad gran sacrificio, toda vez que tenía buena casa y disfrutaba del desahogo de un corral poblado de animalitos. A esto replicó Lucila que no podía ya sujetar a Tomín, cuyas ansias de libertad le movían a temerarias imprudencias. Por una puerta que rara vez se abría comunicaba el corralón con los despeñaderos que desde aquellos lugares descienden hasta la Ronda de Segovia. Contraviniendo las exhortaciones de Eulogia y Lucila, el capitán desatrancaba alguna tarde la puerta y se daba el verde de un paseíto por los andurriales de la Cuesta de la Mona o por Gilimón.

—Ayer mismo—dijo Lucila, para terminar su referencia—me dió un horroroso susto. Cree que si Tomín fuese niño no me habría cansado de pegarle. Pues llego a casa, entro en el corral y me dice Eulogia que el señor capitán se había ido por la puerta de abajo... Salí como un cohete. ¡Qué angustia! No puedes figurártelo... Por fin, ¿dónde creerás que lo encontré? En un secadero de ropa que hay por aquella parte, no sé cómo se llama, orilla de la calle de la Ventosa. Me dijo q u e se aburría, que siente una querencia loca de ver gente y de hablar con todo el mundo... Le cogí por un brazo y me lo llevé a casa. Yo lloraba... Prometió no volver a escaparse; pero yo no me fío... Es el valor, Domiciana, el maldito arrojo, el desprecio del peligro. Lo tiene en la masa de la sangre y no puede con él.

—Pues para sujetarle y poner trabas a ese valor, que no viene a cuento, hay un recurso, Lucila, y es meterle mucho miedo.

—¡Miedo... a él!

—No se trata de ponerle un espantajo como a los gorriones, sino de amenazarle con peligros muy verdaderos. Dile que en estos días anda la Policía muy atareada, cazando con bala o con liga, como puede, pajarracos masónicos y militares sin seso. Sepa el buen Gracián que ya han caído algunos, como él escapados de las Peñas de San Pedro. Ya están en el Depósito de Leganés algunas docenas de estos desgraciados, y cuando caigan los que quedan se formará una linda cuerda para Filipinas que deje tamañitas a las que mandó en su tiempo el muy *crío* de Narváez... A su casa no han de ir a buscarle; pero en la calle, ¿quién responde...?

Aterrada, no pudo Lucila ni aun pedir aclaración de tan graves noticias.

—Parece que lo dudas—a ñ a d i ó la otra—. Para que te convenzas..., lo he sabido por el p r o p i o cosechero, don Francisco Chico... ¿No me viste ayer, en la tienda, hablando con un señor de lucida estatura, patillas de chuleta, viejo él, pero muy tieso, ojos vivos, nariz chafada?... Pues aquél es el jefe de nuestro ejército policíaco y el más listo pachón que ha echado Dios al mundo. Mi padre y él son amigos... A mí me considera... Rara vez llega por la tienda. Ayer vino; subió a casa y vió aquel bargueño antiquísimo que tenemos..., porque Chico es un águila para dos cosas: la cacería de criminales y el compravende de cuadros y muebles de mérito.

Lucila suspiró. En rigor, alegrarse debía de aquellas amistades de los cereros con el temido y famoso Chico, y ellas

daban fuerza y lógica a las seguridades de que Tomín no sería cogido en su casa. Pero ¿cómo explicarse que Domiciana no le hubiera en anteriores ocasiones hablado de aquel conocimiento? Las dudas y el recelo, como bandada de siniestras aves, revolotearon en torno suyo, y una sombra nueva se añadió a las que ya entenebrecían su alma.

Salió de la iglesia con intento de ir a su casa; pero acordándose al paso por Puerta Cerrada de que no había visto a su hermano pequeño, Rodriguín, en tantísimos días, tiró por la calle de Segovia, en dirección del taller de botería donde el muchacho aprendía el oficio. Mala hierba había pisado aquel día la guapa moza, porque no bien entró en el taller le salió al encuentro una nueva desdicha en la figura de su señor padre, Jerónimo Ansúrez, el cual la saludó con el tremendo jicarazo, verbigracia noticia, de que le habían dejado cesante.

—Hija de mis entrañas—dijo el afligido y gallardo castellano, desentendiéndose de los consuelos que los maestros boteros le daban—, ya ves la mala partida de ese indecente Gobierno de los *honrados,* por mal nombre... Aquí tienes a tu padre, despedido de aquella gloria, donde estaba tan a gusto, que ya no habrá para él lugar que no le parezca infierno; aquí le tienes otra vez en mitad de la calle, con el día y la noche por hacienda y el vagabundear por oficio. Díganme todos si no es esto una marranada, dispensando, y si no nos sobra razón a los españoles para tronar, como tronamos, contra este Gobierno y el otro y todos, y contra la pastelera alianza del Trono y el Altar, contra tanta cancamurria de Libertad y Constitución, y contra la birria asquerosa de Moralidad y Economía, que es pura materia, perdonando. ¿Qué hice yo para que me despidieran? ¿A quién falté, con trescientos y el portero? ¿Quién dió queja de mí, si todas las cantatrices y bailadoras, así de plana mayor como de filas, me querían como a las niñas de sus ojos?... Pues ello ha sido para colocar al marido de la pasiega que le está criando el nene al sobrino de un ministrejo, y, busca buscando plaza, han visto la mía y ¡zas!... Nación maldita, ¿por qué no te arrasaron los moros; por qué no te taló el francés y te descuajó el inglés, y entre todos no te raparon el suelo hasta que no quedara en él simiente de persona viva?

Esta y otras imprecaciones, desahogo de su furia, fueron oídas con lástima por todos los presentes, con espanto por Lucila, que rondada se sentía de negros presagios. La desdicha del pobre Ansúrez retumbaba en el corazón de su hija como los pasos de un terrible viajero afanado por llegar pronto. Era su infortunio, el dolor de ella, más intenso que el de su padre, dolor inminente, cercano ya...

XVII

Con pena de abandonar su casa y el cuidado de Tomín, consagró Lucila la mañana siguiente a los deberes filiales. El buen Ansúrez necesitaba consuelos, tiernas palabras que le infundieran ánimo y confianza, ideas y razonamientos juiciosos para pescar otro empleo. Hija y padre disertaron, esparciendo ansiosas miradas por todas las políticas aguas que conocían. ¿A qué pescadores podrían arrimarse? Con el señor Taja, que había dado a Jerónimo su primer destino, en la portería del Fiel Constraste y Almotacén, no había que contar ya. El señor Zaragoza, que le había empleado en el teatro Real, no era ya jefe político ni estaba a la sazón en Madrid, y para llegar al nuevo gobernador, don Melchor Ordóñez, no veían ningún camino. ¿A quién volverse, a quién marear y aburrir hasta obtener la credencial, concedida por la fuerza del tedio más que por la piedad? Indicadas y discutidas diferentes personas, el astuto Ansúrez, sabedor de las amistades de Lucila con Domiciana y de las excelentes agarraderas de ésta en Palacio, o sabe Dios dónde, la diputó por la mejor santa en quien debía poner toda su fe. Conforme Lucila con esta opinión, quedaron en que al siguiente día se verían hija y padre con la cerera para empezar la ruda campaña. En estas y otras conversaciones se le fué a Lucila toda la mañana y parte de la tarde, porque cuando, impaciente, quería despedirse, su padre la cogía de los brazos y la retenía, gozoso de verla y escucharla. Rodriguín también tiraba de ella, y los maestros boteros no se cansaban de admirar su her-

mosura. En la botería se aposentaba Ansúrez y allí aguardaba la visita diaria de su hija. Prometió ésta no faltar ningún día, y abrazando a su padre le dejó entre sus amigos, rodeado de aquellos imponentes pellejos hinchados de viento que tanta semejanza tenían con los hombres públicos de aquel tiempo... y de otros.

Desalada tomó Lucila el camino de su casa. Por evitar un largo rodeo y ganar tiempo, puso a prueba sus pulmones apechugando con la Cuesta de los Ciegos, que subió de un tirón hasta Yeseros y la Redondilla, y de allí en cuatro brincos se plantó en la calle de San Bernabé. Llegó a su casa pensando que Tomín estaría inquietísimo, poniendo en fábulas tristes a todos sus animales... Como exhalación pasó de la puerta al corral, donde le salió al encuentro Eulogia con cara de susto, que a Lucila le pareció una máscara, pues nunca había visto tan alteradas las facciones de su casera. Antes de que se le preguntara por el capitán soltó la buena mujer esta bomba:

—No está..., no ha vuelto desde las diez de la mañana.

El primer impulso de Lucila fué rebelarse, animosa, contra el Destino, y sacando de su alma las primeras fuerzas con que a la lucha se disponía, respondió:

—Ya vendrá..., le encontraremos... ¡Qué loco es, Dios mío! No vale que una le diga..., no vale que se le recomiende... Andará por ahí hecho un tonto, viendo tender ropa...

Reiterando la noticia en forma desconsoladora, Eulogia dijo que ya habían pasado más de seis horas desde que se perdió de vista; que sobre las doce, alarmada de la tardanza, había mandado a Colás (un chico de la vecina) en su busca, y que Colás volvió a la una diciendo que, recorridos todos los lavaderos, todos los secaderos, las vueltas, recodos y precipicios de la Mona y Descargas, registrada después la Ronda de Segovia de punta a punta, sin omitir taberna, figón, juego de bolos ni herradero, no había encontrado rastro del señor capitán. Oído esto por Lucila, quedóse la buena mujer paralizada del pensamiento y la voluntad, sin que su mente pudiera hacer otra cosa que medir la longitud de los espacios recorridos inútilmente por Colás. Pronto se rehizo, y apartando con una mano a uno de los perros, con otra a la jabalina, que le estorbaban el paso, más con la actitud que con la palabra, dijo que ella le buscaría... Todo era posible menos la desaparición, la pérdida del capitán, como podría perderse una de las maricas o el gamo de pies ligeros.

Salió, pues, en loca marcha, corriendo de un lado a otro y esparciendo su mirada por aquellos polvorientos espacios... Si en un instante creía ver a Tomín, el instante siguiente traía el frío desengaño. Decidióse a preguntar a diferentes personas que encontraba. Algunas mujeres, sentadas al sol en la cuesta de la Mona, dijeron que le habían visto subir, a mano derecha..., otras que bajar a mano izquierda. En la Ronda de Segovia, repitió Lucila su angustiosa pregunta precedida de señas inequívocas: «Un caballero joven, de buena presencia, con zamarreta de paño azul oscuro, botas de caña verde, gorra sin visera...» Una mujer que llevaba cesta de ropa, declaró, por fin, haber visto al caballero: viéronle pasar ella y su marido; éste, que le conocía de anteriores encuentros, habíale saludado... Dos horas después, al caer de mediodía, su Fabián, que era medidor de un almacén de granos, le había visto con dos sujetos, uno de los cuales le pareció *guindiya*... No pudo esclarecer su informe la buena mujer, que sólo repetía cláusulas sueltas de su marido, y apreciaciones en que ella no se fijó porque maldito lo que le interesaban. Cuando su Fabián volviese de Carabanchel Alto, adonde había ido por cebada, podría dar mayores explicaciones y noticias...

Rendida y sin aliento volvió a la casa Cigüela, y de tal modo a su espíritu se adhería la esperanza, que al subir pensaba encontrar a Tolomé. «Habrá dado la vuelta grande—se dijo—, subiendo la Cuesta de los Ciegos y entrando por la calle del Rosario, o de San Bernabé.» Nuevo desengaño al ver la cara triste de Eulogia: hasta los perros decían con su grave quietud que el capitán no había dado vuelta grande ni chica... Ya no pensó Lucila más que en correr en busca de la cerera para comunicarle su mortal ansiedad. Sin darse cuenta de la distancia ni del tiempo empleado en recorrerla, fué a la cerería, donde se le dijo que Domiciana no había regresado aún, ni regresaría hasta después de prima noche. No

quiso esperarla: angustiada, voló otra vez hacia Gilimón, desoyendo la voz de Ezequiel, que con lastimero acento pueril se brindó a ser su acompañante. En el corral, mientras la casera recogía diligente a los animales menores, a otros daba el pienso y a todos prodigaba su maternal solicitud, vióse Lucila lanzada a senos profundísimos de tristeza, la cual acreció al extender la noche su lenta oscuridad. Pasado algún tiempo, Eulogia y ella subieron. Cuando entró la moza en el cuarto que habitaba, toda su entereza cayó de golpe al ver la ropa de Tomín, su cama, la mesa en que tenía libros, tabaco, un latiguillo, una caja de mixtos, papel y obleas, una herradura que había recogido en la Ronda, como signo de buena suerte, pues no le faltaban sus puntos de supersticioso... Ante estos objetos, se desató el dolor de Lucila, sin que la buena Eulogia con ninguna expresión de consuelo pudiese calmarla, y cogiendo la ropa entre sus brazos como habría cogido el cuerpo mismo del perdido Tolomé, echóse de bruces sobre la cama, y en las dulces prendas vertió todo el torrente de sus lágrimas con silencioso duelo.

Inútiles fueron las instancias de las vecinas para que Cigüela cenara: no cenaría mientras Tolomín no volviese. Eulogia le daba esperanzas que no tenía y ella las tomaba sin hallar en su pensamiento lugar donde meterlas... Las diez serían cuando llegaron casi juntos Ezequiel y el medidor de granos Fabián, cuya mujer había dado a Lucila informes vagos del caballero desaparecido. Era un hombre de madura edad, grave, bondadoso, y su traza y modos inspiraban confianza. Eulogia le conocía, y Antolín de Pablo le apreciaba. Tan importante fué su declaración desde las primeras palabras, que en ella puso Eulogia todo su oído y Lucila toda su alma. Había visto tres veces al capitán, la primera solo, en la bajada de la Mona, la segunda al pie del jardín del Infantado, con dos hombres, que no eran amigos, porque le hablaban con malos modos... Después le vió con los mismos, o más bien llevado por ellos, en la vereda que hay entre la huerta de Barrafón y la de las monjas del Sacramento.

—Para mí, que le llevaban por atajos, o, como se dice, por sitios de poca gente, hacia las Cambroneras, para de allí pasar el puente de Toledo y conducirle al Depósito de Leganés...

La angustia no permitió a Lucila formular pregunta relacionada con el temido nombre de Leganés.

—Y ¿crees tú, Fabián—murmuró Eulogia con escalofrío—, que el capitán está... allá?

—Como si lo estuviera viendo—replicó el informante—. ¿Adónde sino allí podían llevarle aquellos Caifases? No pierdan el tiempo buscándole por acá, y acudan pronto..., que pasado mañana sale cuerda. En Carabanchel me lo han dicho los guardias que harán la *conduta*.

Silencio de muerte siguió a estas palabras.

—Pasado mañana sale cuerda—repitió Fabián con el acento que suele darse a las recomendaciones leales de previsión.

Dudas crueles movieron el alma de Lucila, alterando en ella las fases del pesimismo.

—¿Y si no está en Leganés?... ¿Si le han llevado a otro punto?...

En esto le tocó a Ezequiel expresar su mensaje, el cual era que, hallándose doña Victorina Sarmiento en peligro de muerte, Domiciana no podía separarse de su lado en toda la noche. A las ocho y media se recibió en la cerería el recado de Palacio diciendo que no la esperaran... Diferentes pensamientos, que no habría podido manifestar, aunque quisiera, armaron gran alboroto en el cerebro de Lucila, que con las manos en la cabeza expresaba su enloquecedora confusión. Eulogia y Ezequiel la instaron para que comiese alguna cosa, no dejándose vencer de la debilidad en tan angustiosas circunstancias, y al fin la desolada moza probó algo de un guisote que la casera le trajo, y casi a la fuerza pasó para dentro medio vaso de vino. Despidióse Fabián llamado por sus quehaceres. Silenciosa y espantada hallábase Lucila, como el que discute consigo mismo dos diferentes especies de muerte, entre las cuales forzosamente y sin dilación tiene que elegir una... Su dolorosa perplejidad vino a parar, al fin, a una determinación súbita y rectilínea. Se levantó, fué a coger su pañuelo de manta que pendía de una percha, y echándoselo por los hombros, dijo:

—Me voy a Leganés... Algún medio habrá de saber la verdad... Acompáñame tú, Ezequiel. Si necesitas licencia de

tu padre, vete por ella y vuelve pronto.

Respondió el bondadoso chico que la licencia la tenía ya, pues su padre le había encomendado, al salir de casa, que si Luciíta se veía precisada *a dar pasos* a cualquier hora de la noche, o toda la noche entera, la asistiese y custodiase como lo haría el propio don Gabino, si en tan honrosa obligación se viera. No le pareció bien a Eulogia que en noche oscura y con tan menguada compañía emprendiese una mujer caminata larga y peligrosa; pero no pudo desviar a Lucila de aquel propósito, semejante a la veloz derechura de la flecha lanzada. Salieron por el corral.

XVIII

Ya embocaban a la cabecera del puente de Toledo cuando un desgarrón de las nubes, que cubrían casi totalmente el cielo, dejó ver un cuarto de luna, con desmayada luz entre cendales, corriendo hacia los bordes grises que habrían de ocultarla de nuevo...

—Lucila, mira, mira la luna—dijo Ezequiel, creyendo que podría distraer de su pena a la pobre joven, comunicándole su admiración candorosa.

Pero ni lunas ni soles podían iluminar la noche escura que en su alma llevaba la hija de Ansúrez, y siguió en silencio. Marcha sostenida y regular llevaban: con el aire que al paso de los dos imprimió Cigüela en la bajada de Gilimón, se aproximaron a la entrada de Carabanchel Bajo. Pero aquí el potente impulso de ella empezó a flaquear; se detuvo un momento mirando las primeras casas, y preguntó a su acompañante si estaban ya en Leganés.

—¡Ay! no... Esto es Carabanchel Bajo... Si quieres, descansaremos un poquito.

—No... Entre casas y donde haya gente, no nos detengamos—dijo Lucila—. Sigamos, y a la salida nos sentaremos .

Atravesaron el pueblo, esquivando el encuentro con los escasos grupos de personas que al paso veían, y al salir de nuevo alcampo, Lucila hubo de aquietar un poco su marcha.

—Nos cansamos sin necesidad—observó Ezequiel—, pues ¿qué adelantas con llegar a Leganés a medianoche? Andemos despacio, y si a mi brazo quieres agarrarte, hazlo con confianza, que yo no me canso. Por este camino venimos Tomás y yo de paseo algún domingo, y todo este campo me lo sé de memoria.

Con lento andar llegaron a Carabanchel Alto, acelerando un poco, pasaron el pueblo, y al rebasar de las últimas casas, Lucila, sin aliento echando en un suspiro toda esta frase: «No puedo más, *Zequiel...*, *aquí me siento*», cayó al pie de un árbol. El cerero acudió a levantarla, cariñoso, diciéndole que un poco más arriba encontrarían mejor y más cómodo asiento, y puesta ella en pie, bien asida la mano del mancebo, siguieron despacio, él sosteniéndola, ella dejándose llevar, hasta que les brindaron descanso unos troncos de negrillo apilados en el suelo y protegidos de una maciza pared en ruinas.

—Estoy muerta de cansancio—dijo la moza, después de recobrado el aliento.

—Pues tómate el tiempo que quieras para recobrar fuerzas, porque aún hay algunas horitas de aquí al amanecer... Y si te entra sueño y quieres dormir, no tengas miedo a nada; yo velo y estoy al cuidado.

—Mira, Zequiel, mira aquella lucecita que allá lejos se ve..., por esta parte..., por donde te señala mi dedo... ¿Será aquello Leganés?

—Por esa parte cae el pueblo; pero el cuartel está más arriba. Entre el cuartel y el pueblo hay unas casas muy grandes del duque de Medinaceli, donde van a poner hospital de locos.

—Casa de locos...—dijo Lucila—. Pues que sea grandecita, pues bien de gente hay que la ocupe...

Dicho esto, permanecieron silenciosos, Ezequiel a la izquierda de su amiga, mirando a las lejanías oscuras donde se divisaban, no ya una sola luz, sino tres o cuatro formando como una constelación. Requirió Lucila los bordes de su pañuelo de manta para abrigarse, y como expresara su desconsuelo de ver al muchacho sin capa ni ningún abrigo, dijo él:

—Yo nunca tengo frío ni calor. No te ocupes de mí y abrígate bien, que tú eres más delicada.

Así lo hizo Lucila, y a la media hora de estar allí, el abrigo, el descanso, la soledad, rindieron su fatigada naturaleza, llevándola sin sentido a una sedación

intensísima... Su pena se recogió en el fondo del alma, ahuyentada momentáneamente por la reparación física; la inercia impuso un paréntesis de la vida para seguir viviendo... Dió dos o tres cabezadas.

—Lucila—le dijo el cerero, inmóvil—, si quieres descansar tu cabeza sobre mi hombro, aquí lo tienes... A mí no me incomodas..., descarga tu cabeza y duerme un poquitín...

La moza no respondió... Por instintivo abandono, vencida de un sopor más fuerte que su propósito de estar desvelada, dejó caer la cabeza sobre el hombro del mancebo y quedóse dormida. Desde que sintió el dulce peso, Ezequiel fué un poste, más bien almohadón en figura de persona: respiraba con pausa y ritmo, para que ni el menor movimiento turbase el reposo breve de su infeliz amiga. La inocencia del muchacho despierto no era menos bella que la de la mujer dormida.

El sueño de Lucila, que, en realidad, fué como una embriaguez de cansancio, duró apenas un cuarto de hora. Despertó sobresaltada, creyéndolo de larga duración.

—¡Si apenas has dormido el espacio de tres credos!—le dijo Ezequiel—. Duerme más y descansa, qu eyo velo: yo velo por los dos..., y estoy al cuidado... Como si quieres echarte bien envueltita en tu pañuelo, y apoyando la cabeza en mis rodillas...

—No, no, Zequiel. Yo no tengo sueño. Fué un momento no más, como si de la fuerza de mis pesares perdiera el sentido. Se moría una si alguna vez, por un ratito, no se borrara de nuestro pensamiento el mal que sufrimos y no se escondiera el dolor... Zequiel, duerme tú ahora si quieres, que yo velaré.

—No: rezo y velo yo, que debo estar al cuidado.

Hablando a ratitos, o entregándose cada uno por su cuenta a la contemplación del cielo y de la noche, escapados hacia el infinito exterior para recaer luego en el interno infinito que cada cual en sí mismo llevaba, pasaron horas no contadas ni medidas, porque ni ellos tenían reloj, ni campanadas lejanas venían a marcarles los pasos del tiempo. Tampoco sabían leer la hora en los astros, y éstos..., malditas ganas tenían aquella noche de ser leídos.

Engañada por su deseo de acelerar el tiempo, creyó ver Lucila un viso de aurora en el horizonte, y dispuso continuar la marcha.

—Ya viene el día Zequiel... Sigamos. No nos será difícil averiguar si está Tomín en el Depósito. Y si está, tenemos que volver corriendo a Madrid para dar los pasos y ver de sacarle...

—Con alma y vida mirará Domiciana por él—dijo el cerero gozoso, ingenuo—. ¡Pues no le quiere poco en gracia de Dios!... Y eso que nunca le ha tratado... Verdad que le conoce como si le hubiera visto mil veces, y sabe cómo tiene los ojos, y lo arrogante que es... Tanto le has hablado tú de Tomín, que sin verle le ha visto. Domiciana es muy buena: a ti te quiere muchísimo, y todo su empeño es proporcionarte un buen matrimonio. Al capitán le quiere porque le quieres tú. Yo le dije un día que fuese conmigo a ver a Tomín, y ella me dijo, dice: «No voy, porque Lucila es muy celosa y podría metérsele en la cabeza cualquier disparate.» Yo le contesté que tú no pensabas nada malo de ella, pues harto sabes que es monja, y que no tiene licencia del Padre Eterno para enamorarse de un hombre.

Lucila, que aún permanecía sentada, pensó que llevaba de compañero a un ángel del Cielo.

—Si quieres—dijo el muchacho—, sigamos nuestro camino. Despacito podremos llegar, creo yo, cuando esté amaneciendo... Pues Domiciana me dijo eso: «No quiero que Lucila padezca celos por mí... Podría suceder que el capitán, al verme, fuera conmigo rendido y galante, como corresponde a un caballero. No dejaría de apreciar mi señorío y buena educación, no dejaría de ver que si no soy hermosa, tampoco espanto por fea... Los hombres de gusto aprecian mucho en nosotras los modales y el hablar finos... Por esto quiero estar apartada de Bartolomé..., para que esa pobrecilla Luci no se arrebate.» Esto me dijo, y en ello verás lo mucho que te estima.

—Sí que lo veo, y lo agradezco de veras—indicó Lucila, poniéndose en marcha—. Tu hermana, desde que anda en tratos con gente de Palacio, se compone y acicala. Con su buen ver, y con la gracia de su conversación, haría conquistas si quisiera.

—Pero no le hables a ella de conquistas de hombres—dijo Ezequiel, ajustando

su paso al de Lucila—, que eso no le cuadra, ni mi hermana es mujer que falte a sus votos por nada de este mundo. En ella no verás el coquetismo de otras que se emperifollan al cuento de gustar a los caballeros. Lo que hace mi hermana es adecentarse, porque tiene que andar entre personas de la aristocracia fina... Ella para sí tiene el gusto del aseo, que ya es como un tema; tanto, que algunos días no se puede contar las cubas que el aguador sube a casa para sus lavoteos...

Algo más habló el ángel en el caminar lento por la carretera polvorosa, y momentos hubo en que molestó grandemente a Lucila el batir de las blancas alas de su compañero: en un tris estuvo que de un manotazo le arrancase las plumas... Callaba la moza para que él moderase sus expansivas manifestaciones, y andando, andando, vieron casas, mulos, personas. Como Ezequiel anunció, llegaban al término de su viaje a punto de amanecer. Guió el mancebo hacia un edificio grande y aislado que a derecha mano se parecía, y cerca de él vieron grupos de mujeres que volvían hacia el pueblo. Hallándose a corta distancia del grande edificio, con trazas de convento, oyeron toque de cornetas y tambores. A Lucila le saltó el corazón. Hablaba el Ejército, que para ella era como si Tomín hablase; y estando en esto, parados los dos en espera de algo que determinara sus resoluciones, creyó Cigüela oir su nombre. Volvióse, y entre los bultos de personas que pasaban vió que se destacaba una mujer, toda envuelta en cosa negra como un fantasma. Por segunda vez sonó la voz, agregando otras palabras al nombre:

—Lucila, Lucila, ¿no me conoce? Soy Rosenda.

Ya... Era la *Capitana*, amiga del teniente Castillejo, compinche de Bartolomé Gracián en políticas trapisondas. Al reconocerla y contestar al saludo, advirtió Lucila que tenía el rostro bañado en lágrimas, y que revelaba en sus facciones y en su fúnebre actitud una gran tribulación.

—Vengo, ya usted supondrá—murmuró Lucila, que al punto se contagió del lagrimeo—, vengo porque... Pasado mañana..., digo, mañana, sale la cuerda.

—Hija, no—replicó la *Capitana*, ahogándose—: la cuerda salió ya.

—¿Cuándo?

—Hoy..., hará un cuarto de hora. ¡Mala centella para el Gobierno!—exclamó Rosenda, que era en su lenguaje un poquito amanolada—. En los hombres no hay ya vergüenza... Las mujeres tendremos que hacer alguna muy sonada..., pasear por las calles en un palo mondongos de ministro... ¿De veras no cree usted que haya salido la cuerda? Por allí va... ¿Ve usted aquella nube de polvo, como las que se levantan cuando pasa un ganado? Pues allí van...

Miró Lucila hacia el punto lejano que Rosenda le señalaba, y vió, en efecto, la columna de polvo, como una cabellera desgreñada en sus extremos. Iluminada por el resplandor de la aurora, que a cada instante era más vivo, la nube blanquecina andaba lentamente. No se veían los hombres conducidos al destierro: se veía sólo una cresta de polvo que en su camino les acompañara. Lanzó Cigüela un rugido, y antes de que en otra forma expresara su inmenso dolor, Rosenda le dijo:

—¿Por qué ha venido usted, si Bartolomé no va en la cuerda?

—¡Que no va! ¿Está usted bien segura?...

—Les he visto a todos, uno por uno, anoche y esta madrugada, en el mismísimo Depósito... Infierno lo llamo. Las cosas que he tenido que hacer para que el comandante me dejara entrar no puedo decirlas ahora... Pues verá usted: militares van seis... Mi pobre Castillejo, Zamorano, Socías..., ¿se acuerda usted de Socías? Angulo, el de Provinciales de Cuenca, y dos que trajeron ayer de Guadalajara. Los demás son gente de pluma: van en la cuerda porque llamaron ladrones a los ministros, o porque repartieron papelitos en los cuarteles. Van también dos extranjeros que parecen *gringos*, y un *franchute*. ¡Ay, qué infame tropelía! ¡Llevar a hombres cristianos en traílla, como a perros con rabia para echarlos al agua! ¡Lástima que todas las mujeres de corazón no nos volviéramos perras rabiosas!... ¡No eran mordidas, Señor, no eran mordidas las que habíamos de pegar!... ¡Ay mi Castillejo! ¡Pobrecito de mi alma!

Decía esto mirando la cabellera de polvo, que, alejándose, se achicaba ya, y removida del vientecillo de la mañana desparramaba en el aire sus guedejas.

XIX

—Con lo que dice esta señora—indicó Ezequiel a su amiga, satisfecho—ya puedes estar tranquila. Demos gracias a Dios, Tomín no va en la cuerda.

Sintiendo su alma casi libre del horrendo peso que había traído consigo desde Madrid, Cigüela no podía llegar a un estado de completa tranquilidad y menos de alegría. Porque, aun descartado el hecho tristísimo de la deportación de Gracián, el problema seguía ofreciendo a la pobre mujer aspectos pavorosos. ¿Dónde estaba el hombre? El cúmulo de probabilidades, todas muy negras, que esta interrogación ponía frente a Lucila, incitándola a escoger la más lógica, eran motivo suficiente para que la paz no reinara en su alma. De que Tolomín no había ido en la cuerda se convenció escuchando de nuevo el informe de la *Capitana,* autorizado por un teniente de servicio en el Depósito, hombre compasivo y amable que las acompañó cuando se retiraban al pueblo... Vió, pues, Lucila claramente que su afán continuaba en Madrid, y allí habría de padecerlo hasta que Dios la curara o la matara.

Cuando se desvaneció en el horizonte la nube de polvo, señal de que los presos iban ya cerca de Getafe, las dos mujeres, desconsoladas por la desaparición de sus hombres, echaron suspiros, la una en dirección de la cuerda, la otra hacia los mismos Madriles, y al punto se percataron de que nada tenían que hacer en aquel sitio.

—Vámonos al pueblo—dijo la *Capitana,* bostezando de sueño y hambre—; yo estoy con lo poco que comí ayer al mediodía.

Demostraciones de desfallecimiento hizo también Lucila, secundada por Ezequiel; y el teniente, que en aquel caso estaba obligado a ser galante, las invitó a matar el gusanillo en una venta próxima. Aceptaron las mujeres, y poco después sus pobres cuerpos se reparaban del grande ajetreo de la noche, ya que del vivo dolor no podían sus almas repararse. Durante el desayuno, que el teniente proveyó con liberalidad, se desató la *Capitana* en denuestros contra *el ladronazo de Bravo Murillo,* que quería ser más *crúo* que Narváez... Esto no podía permitirse a un *facha,* a un *Don Levosa,* personaje *de poco acá;* y los de tropa debían volverse todos contra él, negando el derecho del paisanaje a mandar a los españoles. Cigüela, interrogada después por su amiga, tuvo que relatar el cómo y cuándo de la extraña desaparición de Gracián. El teniente le conocía desde la campaña de Cataluña, en que sirvieron juntos, y a un tiempo encomiaba su bravura en la guerra y su temeridad en las intentonas políticas.

Repuestas de su quebranto físico, las mujeres hablaron de volverse a Madrid. Rosenda propuso que, si no se encontraba calesa, se buscara un carro, en que podrían ir tumbadas, como sacos de patatas o seretas de carbón. Mientras iba Ezequiel a esta diligencia, la curiosa *Capitana* pidió a Lucila noticias de aquel joven tan modosito y guapín que la acompañaba, y satisfecha su curiosidad, dijo:

—¿Conque cerero? Ya pensé yo para entre mí que ese *descosío* tenía que ser de iglesia. Bien pensado está eso de arrimarse a lo eclesiástico, que en estos tiempos no hay otro camino... ¡Ay, bien se lo dije a mi Castillejo! El no me hacía caso... Ocasiones tuvo de ampararse de la clerecía. Yo le abrí camino, por un señor cura, mi amigo, que está en el Vicariato general castrense; pero Castillejo no quería... Por poco reñimos... Y ya ve las resultas de ser tan arrimado a la libertad de religión, de los cultos *ateístas* o como se llamen... ¡A Filipinas! ¿Y hasta cuándo, Señor?... ¿Sabe usted lo que digo?, que maldita sea esta nación.

Encontrado el carro y despedidas del oficial las tristes mujeres, emprendieron su regreso a Madrid.

—Acuéstense en estas sacas—les dijo Ezequiel—y duerman tranquilas, que yo velo y estaré al cuidado.

Tumbáronse a su comodidad; pero sólo en esto se cumplieron las indicaciones del mancebo, pues él fué quien, rendido de la mala noche, se durmió como un cesto, y ellas velando hablaban de sus cosas. Referidos por Cigüela ciertos antecedentes de la desaparición de Tomín, dijo con agudeza la *Capitana:*

—Este es un caso, amiga mía, en que yo tengo que preguntar: *¿quién es ella?* Me da en la nariz olor de mujerío... Gracián es muy real mozo... Sé por Castillejo que a muchas enloqueció sólo con mirarlas. En Madrid, hija, pasan cosas que, si

se cuentan, nadie las cree... Va usted a oír un sucedido que pasó en Lorca, mi tierra. Erase un oficial muy simpático, que estaba preso por mor de un desafío. Entre dos mujeres que, al parecer, no le conocían, la una muy rica, le sacaron de la cárcel sobornando a los guardias y se le llevaron a un campo, lejos, lejos... La rica, que era viuda y fea, apareció al año en Murcia con un niñito de pecho; poco después llegó el oficial con el canuto de la absoluta y se casaron... Ate usted este cabito y aprenda... No dude usted que si hay robos de mujeres por hombres, y testigo soy yo, pues mi marido, siendo alférez, me robó a mí lindamente de la casa de mis padres, como quien coge del árbol una pera o melocotón; si hay, digo, casos mil de muchachas robadas por varones, casos se han visto, aunque son menos, de caballeros arrebatados por señoras... Indague usted, Lucila, y haga por descubrir la verdad... ¡Ay, si eso a mí me pasara y supiera yo dónde está la ladrona!... ¡No eran bofetadas, no eran azotes en semejante parte, no eran estrujones, hasta quedarme con el moño en la mano, y no era zapateado sobre sus costillas hasta dejarla como una pasa!

—¡Robado por una mujer!... ¡Imposible!—exclamó Lucila, que, aunque bregaba en su magín con un pensamiento semejante, no lo tuvo por absurdo hasta que lo oyó expresado por extraña boca. Le sonaron las historias y comentarios de Rosenda a cosa trágica, y compuesta para causar lástima y terror a las gentes, como lances de teatro inventados por los poetas... Y le pareció aún más extraño que tales cosas le pasaran a ella, criatura insignificante y pacífica, pues las tragedias eran siempre entre reyes o personas de elevada alcurnia... Recordó entonces lo que su padre le refería de los dramas cantados y de las bellezas grandilocuentes de la ópera... Su inmensa desdicha, con las nuevas formas que tomaba, se le iba volviendo cosa de canto o, por lo menos, de verso, que viene a ser la música parlada.

Nada más, digno de ser contado, ocurrió en el viaje, que tuvo su fin después de mediodía. Dejólas el vehículo junto a la Puerta de Toledo, y a pie hicieron su entrada en la Corte, despidiéndose la *Capitana* en la esquina de la calle de la Ventosa, para seguir hasta la Cava de San Miguel, donde moraba una tía suya... Al entrar la buena moza en su casa, grande ansiedad, negra con tornasoles de esperanza, embargaba su espíritu. ¡Estaría bueno que hubiera parecido Tomín, que le encontrara sano y salvo, creyendo que ella era la extraviada y no él!... Pero esta ilusión tardía, triste como flor de cementerio, se desvaneció al entrar en el corral y ver la cara de Eulogia, que no dijo nada lisonjero. Rápidas preguntas cambiaron una y otra.

—¿Ha ocurrido algo?... ¿Ha venido alguien?...

—Nadie ha venido: no sé nada. ¿Dices que no ha ido en la cuerda?...

—No va en la cuerda. ¿Ha venido alguien?...

—Nadie, mujer...

—Toda la tarde estuvo Cigüela muy abatida y lacrimosa...! Por la noche se salió de la casa sin que Eulogia la viese, y dejándose llevar de una atracción irresistible bajó a la Ronda: su memoria, eficaz auxilio de su locura, le reprodujo la relación que la noche anterior hizo Fabián de los lugares donde había visto a Tolomín, conducido por dos hombres, y se lanzó por solares y callejuelas, entre tapias, recorriendo o pensando recorrer los mismos sitios por donde aquél fué, perdiéndose, al fin, de toda vista humana. Era una conmemoración, un vía crucis por estaciones, que ignoraba si conducían a la casa de Pilatos, al Gólgota o a otro nefando lugar, peor que todos los calvarios... Llegó a verse entre tapias, que eran guardianes de árboles raquíticos y unos caseretones destartalados, siniestros: en alguno de éstos vió luces... Pasó junto a un lavadero; vió un altozano que más bien parecía montón de escorias, las cuales bajo los pies sonaban como huesos, y al subirse a él distinguió más caseretones de formas absurdas, más árboles escuetos y vapores lejanos, como humos de caleras o resuellos de hornos. En lo más alto de aquel montículo sintió imperioso anhelo de llamar al perdido capitán, con la crédula ilusión de que éste le respondería, y soltando toda la voz, se puso a gritar:

—¡Tolomín!...

Entre grito y grito dejaba un espacio... Aguzaba el oído creyendo que de la inmensidad distante vendría un «¿qué?»... Pero no venía nada... Los pulmones fatigados y la garganta enronquecida, ya

no podían más. Bajó Lucila del montículo y, arrimada a una tapia, la voz no ya vigorosa y tonante, sino plañidera, con angustioso timbre, dijo:

—¡Min!...

Recorrió como unas treinta varas clamando «Min» en son parecido al balar del cabritillo... cada vez más tenue, hasta que se extinguió en un «Min» casi imperceptible, como si a sí misma se lo dijera... Cuando volvió a su casa cerca de medianoche. Eulogia creyó que su pobre huéspeda se había dejado en el paseo la razón.

Si no volvía loca, enferma sí que estaba: en la cama hubieron de meterla contra su voluntad, acudiendo a calmar con mantas y botellas de agua caliente el intenso frío precursor de horrible calentura. Por no ser fácil encontrar médico en la vecindad a tal hora, llamóse a un veterinario, habitante en la misma casa, el cual, viendo muy arrebatado el rostro de Lucila y que de su cabeza echaba fuego, ordenó una sangría. No creyó prudente Eulogia administrársela. A la mañana siguiente fué un físico de tropa, muy entendido, y aprobado lo que había hecho la casera, diagnosticó el caso como grave, de lenta resolución... En efecto, bien malita y casi a dos dedos de la muerte estuvo Cigüela, delirando furiosamente por las noches, y de día como alelada, diciendo mil desatinos y sin conocer a nadie; en los ratos de alivio, su entendimiento no daba de sí más que estas preguntas:

—¿Quién ha venido?... ¿Qué se sabe?... ¿Domiciana...?

Eulogia le contestaba:

—Sí, sí; ha venido la señora cerera.... La primera vez no quiso pasar: no venía más que a enterarse. La segunda vez le dije que estabas sin conocimiento... Llegó a esa puerta y miró... No quiso entrar... Parecía medrosa, muy medrosa... Te miraba desde la puerta, y dijo: «Cuidarla mucho. Si muere, avísenme...» También ha venido tu padre..., muy triste de verle enferma, alegre porque ya le han colocado... Está muy agradecido a doña Domiciana... No bien abrió la boca, la señora se puso la mantilla y salió a la calle en busca del remedio. Al día siguiente, ¡pumba!, el destino. Esto es servir con prontitud y equidad.

—Domiciana tiene influencia; digo, se la prestan. Es una culebra que lleva de aquí para allá los recados de las aguilas... Otra cosa: ¿en qué oficina está mi padre ahora?

—No le han metido en ninguna cosa del Gobierno, oficina, ni *viceversa* teatro, sino en una casa particular, y por ello está tu padre más contento. Ha entrado a servir a ese que regenta toda la Policía, el don Francisco Chico, que prende criminales y espanta masones...

—Entonces mi padre estará al cuidado de las horcas.

—No, que el destino que tiene no es más que limpiar el polvo a los cuadros, cornucopias, urnas y tapices que el don Francisco tiene en una gran casa de la plaza de los Mostenses... Y por quitar el polvo y cuidar de aquellos almacenes, le dan a tu padre ocho reales y casa. Dice que no hay en Madrid destino de más descanso. Si satisfecho estaba el hombre en el teatro Real, gozando de tanta música y baile, ahora salta de gozo, porque come y vive con poco trabajo, entre tantas cosas lindas y nobles... ¿Qué te parece, mujer, de la colocación de tu padre?

Lucila no respondió más que con un áspero rechinar de dientes.

XX

Hallándose mejorada, recibió Lucila las visitas de su hermano y de su padre, el cual reiteró su contento por el buen acomodo que tenía en la casa del jefe de los *guindillas;* pero no habló nada de Domiciana. Esta preterición de la protectora le pareció a Cigüela un delicado tributo de Ansúrez al dolor de su amada hija. Sin duda, el *fiero castillano* comprendía o sabía que las que fueron amigas hallábanse ya a un lado y otro de un espantoso abismo. No quería él meterse a medir la sombría cavidad y callaba. Con interés real o fingido escuchó después Lucila las descripciones que hizo su padre de los primores cuya limpieza le estaba encomendada, y tomando pie de esto se procuró personales informes del señor Chico: si en su casa tenía el mal genio que desplegaba en la persecución de gente mala; si recibía con buenas palabras o con bufidos a las personas que iban a verle. Las opiniones de Ansúrez sobre estos particulares eran va-

gas. Desconocía completamente a su amo en las funciones policíacas. Sólo de pensar que ante él se veía como delincuente, como sospechoso, siquiera como testigo, le entraban temblores y se le descomponía todo el cuerpo. Terminó recomendando a su querida hija que no pensara en tal sujeto *al cuento* de averiguar por él cosas que valía más dejar en el estado que tenían, cuidándose menos de descubrirlas que de olvidarlas. Esto fué, en sustancia, lo que el innato filósofo celtíbero dijo a su amada Lucila.

La capitana Rosenda, que también a la guapa moza visitaba muy a menudo, no le habló nunca con tan filosófico tino como el viejo castellano. Divagaba locamente en su charlar, a las veces gracioso. Deportado Castillejo, se había ido a vivir con una tía suya, en la Cava de San Miguel, señora de circunstancias, que tenía dos loros, una cotorra y cuatro jilgueros... En la misma casa, piso principal bajando del cielo, vivía el desesperado cesante don Mariano Centurión, cuya familia se comunicaba con la de la tía de Rosenda por ser ésta y la Centuriona del mismo pueblo. Los niños bajaban; la señora pajarera subía, y don Mariano, cuando no tenía con quién desfogar, le contaba sus desventuras a la *Capitana*. Por él supo que la cerera se empingorotaba cada día más. En coche salía por Madrid, y en coche llegaban *personajas* a platicar con ella. Vestía muy elegante, los morros le habían crecido, y con ellos su entrecejo; cuando iba por la calle parecía decir: «Quítense, quítense, que paso yo.» Rosenda la había visto salir una mañana de la Vicaría. Llevaba una falda con volantes, y tan ahuecada, que no cabía por la calle de la Pasa. Una manola que tuvo que meterse en un portal para darle paso, le dijo con desgarro insolente:

—Madama, cuando paran los faldones guérdenos usted la cría...

Y otra vez:

—Está tan echada a perder la cerera, que el mejor día la vemos de ministra. Pero ¿no sabe usted lo que dicen? Pues que ha pedido a Roma dispensa de votos para casarse... Con influencias todo se consigue en la Curia romana, y ella cuenta con el embajador Castillo y Ayensa, con el nuncio de acá, con las madres, los padres y el rey marido. Y se saldrá con la suya, que esta gente tiene la Santísima Trinidad en el bolsillo... Qué..., ¿usted no lo cree?

Y el mismo día:

—Si le dicen a usted, Lucila, que el desaparecerse Bartolomé es cosa de sus padres, y que éstos, por medio de la Policía, le cogieron para llevárselo a Medellín y esconderle allá, no haga caso. El padre de Bartolomé, don Manuel Gracián, no se ha movido de Medellín, y tiene a su hijo por cosa perdida. Lo sé por un sobrino de don Manuel, tratante en ganado de cerda, con perdón. A Madrid llegó la semana pasada; le conocí cuando estuvimos de guarnición en Don Benito...

Y al día siguiente:

—No esté usted tan alicaída, ni tome estas cosas con demasiada calentura... Ya parecerá el buen mozo cuando menos se piense. Calma y ojo a la cerera, pues por los pasos de la gallina se ha de llegar a la nidada... Como ésta es luz del sol, el capitán está en la misma situación que estaba; sólo que ahora el encierro es más riguroso y no faltarán guardianes y centinelas...

—Rosenda, por los clavos y las espinas de Nuestro Señor Jesucristo—dijo Lucila ronca de ira—, no me diga usted eso; no me encienda la sangre más de lo que la tengo... Mire que del corazón a la cabeza me suben llamas, y que le pido a Dios que me mate de enfermedad, no de ira. Rosenda, lo que usted dice no tiene sentido...

Esto dijo y esto pensaba, aunque en el caos de su mente y en el delirio a que la conducía la tremenda desgarradura de su corazón pensaba también otras cosas, de peregrina originalidad, algunas muy semejantes a lo que había expresado la *Capitana*. Todo su afán era examinar una tras otra las probables versiones del suceso y escoger la más lógica, después de bien pasadas por el tamiz dialéctico. Dígase, en mengua del entender suyo, que a veces designaba por más lógica la más absurda.

Y tres días después, volvía con nuevos datos la tremenda cronista:

—¿No le dice a usted nada el que la cerera no parece por aquí y cumple mandando al ave fría de su hermano con un recado y unas pesetillas envueltas en un papel? ¡Tan amigas antes, y ahora nó viene a verla! Es el miedo..., es la conciencia. Tan valentona para todo, y aho-

ra se asusta de un cordero... Pues conmigo no le valía el esconderse... Bendito sea Dios que soy de Caballería, y si el que me la hace huye de mí, ya sé yo ir a buscarlo y ajustarle la cuenta. Mujeres como su amiga son poco para mí, y de esas necesito yo cuatro lo menos para enjuagarme la boca. No es mal trote el que yo le daría por encima de todos sus huesos... Le quitaría yo todo el pelo artificial, y si las muelas son naturales, pronto tendría que llevarlas postizas... ¡Ay!, me figuro al pobrecito Bartolomé en la esclavitud de esa tarasca... Ya estará el hombre asqueado de aquellos morros como los de una vaca, y hará cualquier brutalidad por libertarse... Cogidito le tiene, y bien sujeto con la amenaza constante de la espada que llaman de *Demonocles*, que es la sentencia del Consejo de guerra, colgada sobre su cabeza. Porque el indulto será con su cuenta y razón. y ella lo da o lo quita, según cumpla o no cumpla el bendito Bartolo... Mucho se adelantaría si supiéramos dónde ha metido la gavilana el gallito que se llevó entre sus uñas puercas.

—Pronto lo sabré yo—dijo Lucila con el aplomo que le daban sus inquebrantables resoluciones—. Ya estoy buena; Dios me ha hecho la gran merced de dejarme con vida después de este horrible padecer..., y con la vida me va dando salud y fuerza, señal de que no quiere que yo me deje pisotear... Estos días saldré a la calle. iré a buscar trabajo, pues de algún modo he de vivir...

—¿Trabajo ha dicho, para una mujer pobre y sola? Diga que va en busca de miseria... ¡Afanes, vida de perros!, ¿para qué?, ¿para un mal comer y para que se rían de una? Siga usted el consejo de una desengañada, que ha visto lo que dan de sí trabajitos y honradeces de poca lacha. Lo que tiene usted que hacer es vestirse decentita y bien apañadita, y darse aire por ahí para que su mérito sea como quien dice público. En los tiempos que corren no le aconsejaré que se vaya por los paseos y sitios mundanos, sino que frecuente dos o tres iglesias y haga en ellas sus devociones, a la mira de los señores buenos, de asiento y juicio, que no por pertenecer a Cofradías y ser buenos rezadores se olvidan del culto de Santa Debilidad... Pues el hombre siempre es hombre, aunque peque de beato... Si no tiene usted ropa decente, más claro: si no quiere ponerse la que le dió la cerera, yo le facilitaré cuanto necesite, y aunque soy de más carne y corpulencia, usted, que es buena costurera, arreglará mis vestidos a su talle... Aquí me tiene usted a mí, que, escarmentada de andar con loquinarios, barricadistas y patrioteros, que cuando no están presos los andan buscando, me voy por las mañanas, muy bien arregladita, como viuda consolable, a San Justo o la Almudena, y por las tardes a las Cuarenta Horas de San Sebastián o San Ginés, parroquias de feligresía muy buena, superior. De seguro que allí me ven y estiman caballeros viudos respetables, de cincuenta y pico o de los sesenta largos que desean hablar con mujer ya sentada... No le digo a usted más... Piénselo y escoja sus caminitos. Como la quiero a usted, por cincuenta coros de arcángeles le pido, amiga mía, que no se meta en trabajillos de aguja, quemándose las pestañas por dos reales y medio al día, porque en ese trajín se morirá de hambre y se perderá con un albañil o un zapatero, que es la peor perdición que puede salirle.

No expresó Lucila su conformidad con estas exhortaciones; pero tampoco las rechazó. Aceptado y agradecido el ofrecimiento de ropa, el mismo día le llevó la *Capitana* no pocas prendas, en cuyo arreglo se puso a trabajar para poder usarlas cuanto antes... Por fin se echó a la calle y recorrió las que, a su parecer; frecuentaba Domiciana en su diario trotar de Palacio a la cerería o al convento. No la encontró nunca. Acechando èn la calle de Toledo, vió que la exclaustrada llegaba por la noche a su casa en coche de dos caballos. El mismo coche iba en su busca al siguiente día y a variadas horas... Divagando topó Lucila una tarde con Centurión, que puso en su conocimiento pormenores de indudable interés. La señora Sarmiento de Silva estuvo, en efecto, malísima; algunas noches Domiciana dormía en Palacio; y tanto se había remontado en su orgullo la misteriosa hija de don Gabino, que era preciso echarle memoriales para poder hablar con ella dos palabras. Ultimamente, apiadada o aburrida, le había prometido colocarle en la Comisaría de Cruzada, ya que en Palacio no podía ser hasta mejor ocasión... Al despedirse del cesante, tomó Lucila el camino del Ras-

tro, ávida de comprar algunas cosillas que le hacían mucha falta.

Una mañana fresca, luminosa y risueña, en que un sol artista iluminaba los alegres colorines de la calle de Toledo, y sobre la variedad infinita de gamas chillonas derramaba el oro y la plata, acechó Cigüela la cerera desde la acera de enfrente, ocultándose entre la muchedumbre que sin cesar pasaba. Por una naranjera cuyo espionaje había comprado en días anteriores supo que Domiciana estaba en casa. Llegó tempranito en carruaje de dos caballos. Sin duda, pasó la última noche en la vela y guarda de doña Victorina. Sabido esto, continuó la moza su vigilancia hasta que vió salir a don Gabino y perderse calle arriba. Segura de que Ezequiel quedaba al cuidado de la tienda, contando con que Tomás estaría en el taller, entró decidida...

—Dichosos los ojos—le dijo Ezequiel, encantado de verla—. Lucila, ¡qué soledad sin ti!

Fué la moza en derechura hacia la puerta que con la escalera comunicaba. El chico la contuvo, expresando temor.

—Aguarda. Ha dicho Domiciana que no suba nadie.

Viéndole en actitud de interceptarle el paso, la mano puesta en la llave, Cigüela le desarmó con una frase cariñosa, que al mismo recelo habría inspirado confianza.

—Tontín, conmigo no va eso. Mi amiga es Domiciana, hoy como siempre. Vengo a pedirle un favor... ¿No sabes que estoy desamparada?

Vacilaba el mancebo. Para ganarle por entero, Lucila empleó una sonrisa pérfida; le pasó la mano por la cara, diciendo estas palabras de pura miel:

—Déjame, rico.

Cedió *Zequiel*, y en aquel momento alguien que había entrado en la tienda daba golpes en el mostrador.

—Vete a despachar, rico...—murmuró Lucila.

Y bonitamente quitó la llave, la puso por dentro, cerró con cuidado para no hacer ruido... Guardó la llave... Con paso de gato se deslizó escalones arriba, diciendo:

—No sale; no me ha sentido cerrar la puerta. Está dormida.

XXI

La cerera, que nunca se acostaba de día aunque hubiera hecho noche toledana, habíase despojado de sus ropas mayores, quedándose en las menores, que reforzó con un *deshabillé* holgadísimo, en forma de brial, de lana azul guarnecido de seda negra. Quitado el corsé para que los pechos descansaran en libertad, estirándose a su gusto y sustituído el calzado duro por las blandas chinelas rojas, se acomodó en un sillón de su alcoba. Al poco rato, medio pensando en lo pasado, medio imaginando lo futuro, empezó a descabezar un sueñecillo... En él estaba cuando hirió sus oídos el ligero son rasgado de la cerradura de abajo...; se estremeció, abrió los ojos, los volvió a entornar, diciéndose:

—Es Ezequiel que cierra... Le mandé que cerrara.

Al oído de la señora adormilada no llegó ruido de pisadas gatunas en la escalera y pasillo. Más que por efectos de sonido, por efectos de luz, se le sacudió aquel sopor. La menguada claridad solar, como de entresuelo, que alumbraba el gabinete, a la alcoba llegaba tan reducida, que si la interceptaba en la puerta un cuerpo de persona era casi nula. La oscuridad que proyectó el bulto de Lucila fué para la cerera un brusco despertador que le dijo: «Despabílate, que hoy moros por la costa.»

Dudó por un instante la exclaustrada si era realidad o sueño lo que veía. Conoció a Cigüela, como a un espectro ya familiar; mas, como era espectro, nada le dijo; no hacía más que mirarlo, aterrada, esperando que se desvaneciera.... que, al fin, los espectros después de asustar un poco, acaban por desvanecerse.

—¿Duermes, Domiciana?—dijo Lucila, avanzando.

Y la voz de la guapa moza sonó con tan extraña alteración de su timbre ordinario que la cerera la desconoció. La voz de ésta sonaba también muy a hueco al decir, tras una breve pausa:

—Lucila, ¿eres tú?

—Yo soy. ¿Ya no me conoces?—murmuró Lucila con la misma voz de secreteo lúgubre—. ¿Creías que me había muerto?

Ya no hubo duda para Domiciana. Lo que veía no era espectro, sino persona.

La realidad de ésta poníala en el duro caso de afrontar la situación para ver de sortearla. No había escape. Era Lucila, en su propio ser, y a juzgar por el tono y por la forma insidiosa de su entrada en la alcoba, seguramente venía de malas. Domiciana tuvo miedo... El miedo mismo le sugirió el empleo de frases de concordia, fingiendo naturalidad:

—Mujer, qué cara te vendes... Siéntate... Pensaba ir a verte... Yo, muy ocupada, hija.

—Para que no te molestaras he venido yo—dijo aproximándose Lucila—. Necesitaba preguntarte una cosa..., una cosa que se te ha olvidado decirme, ya supondrás... Acortemos conversación. Vengo a que me digas dónde está Tomín.

Había previsto Domiciana la tremenda reclamación de su amiga. Quiso hacer frente al conflicto por medio de fórmulas evasivas, de expresiones conciliadoras, de paliativos mezclados con promesas. El gran talento de la cerera se equivocó por aquella vez.

—Ven aquí..., hablaremos... ¡Pobrecilla!... Te contaré—le dijo, levantándose en actitud de llevarla al gabinete.

—No, de aquí no sales...; aquí hablaremos todo lo que sea preciso—contestó Lucila, deteniéndola con mano vigorosa. En aquel momento, viendo más cerca el inmenso peligro, la cerera evocó su sangre fría para sortearlo, ya que no pudiese acometerlo de frente.

—¿Por qué no hemos de salir a la sala? Allí estaremos mejor... Bueno, pues si quieres..., aquí... Verás... Me alegro de que hayas venido, porque así...

Lucila, mirándola frente a frente y poniéndole la mano en el pecho, le soltó con voz iracunda toda la hiel de su alma:

—Mala mujer, dime al momento dónde está Tomín... Quiero saberlo... Vengo a saberlo... No me voy sin saberlo... Y como te niegues a decírmelo, Domiciana..., te mato.

Creyó Domiciana que el «te mato» era un decir, pues arma no veía...

—Mujer, no escandalices—le dijo—. No hay para qué tomar las cosas de esa manera. Yo te explicaré... Pero sosiégate..., no escandalices.

Con sólo un ligero impulso de la mano que Lucila le había puesto en el pecho, Domiciana dió un paso atrás y cayó en el sillón.

—Si no escandalizo..., y aunque escandalizara, aunque tú chillaras, no te valdría. He cerrado con llave la puerta, y no vendrán a defenderte... Porque yo te mato, Domiciana; he venido a matarte..., siempre y cuando no me contestes a lo que te pregunto: ¿Dónde está Tomín? Porque tu amiga, la que conociste cordera, es ahora leona. Días hace que toda la sangre se me ha subido a la cabeza... Yo era buena; tú me has hecho mala como los demonios... Al infierno voy; pero tú por delante...

—¡Lucila, por Dios!...

—¡Traidora! Tú me has enseñado la maldad, y como traidora entro también en tu casa... Por mala que yo sea, no seré nunca tan mala como has sido tú conmigo, tú, que me has engañado con limosnas y con palabras de cariño para entontecerme y robarme lo que es mío... lo que nunca será tuyo..., vieja ladrona...

—¡Lucila, Lucila...!—exclamó la cerera, cruzando las manos abrumada.

—Me has robado lo que no podías tener más que por el ladronicio..., porque soy joven, soy hermosa y vale más un cabello mío que toda la fisonomía de tu rostro sin gracia, y más sal echo yo de una mirada que tú de todo tu cuerpo y persona de animal en celo... Monja salida, hembra sin corazón, boticaria, intriganta, encomiéndate a Dios si no me contestas al instante.

Diciendo esto, de entre los pliegues de un manto de talle, que llevaba cruzado sobre el pecho, sacó un largo cuchillo de afilada y espantable punta. Vió Domiciana la hoja que brillaba como un rayo, y vió la vigorosa mano que empuñaba el mango, y se tuvo por perdida. Encomendó a Dios su alma... Mas en aquel instante el poderoso talento de la cerera y el grande esfuerzo de voluntad que hizo concurrieron a darle una fuerza resistente ante la agresiva fuerza de su rival ciega, disparada, fácil de desarmar con una palabra y un gesto que la hirieran en lo vivo.

Con un inspirado grito, en que puso toda su alma, detuvo Domiciana el impulso trágico, y fué así:

—Lucila, amiga y hermana, no mates a una inocente. Cálmate y sabrás... lo que quieres saber del hombre que te adora.

La vacilación de Lucila en el momento de oír esto fué la primera ventaja de

la cerera, débil ventaja, pero que habría de ser más considerable si aprovecharla sabía. Para ello necesitaba Domiciana condensar en un punto toda su voluntad, dirigiéndola con el soberano talento que le había dado Dios. Por lo que hasta allí se conoce de la vida de esta mujer singular se habrá comprendido que eran extraordinarias su penetración y astucia. Poseía en alto grado el sentido de las circunstancias, el repentino idear y el rápido resolver ante un conflicto. Si estas cualidades bastaran para gobernar a los pueblos, habría sido Domiciana una gran mujer de Estado. Pues en aquel inminente peligro, la hoja desnuda en la mano de Cigüela, el alma de ésta embravecida, vió que entre la vida y la muerte había menos espacio que el grueso de un cabello, y menos tiempo que la duración de un relámpago. Relámpago fué este razonamiento: «Muerta soy si me achico... Sálveme mi entereza... Sálveme medio minuto de talento mío y de vacilación de ella.» Prosiguió en alta voz:

—Déjame que hable y mátame después si quieres. Yo no temo la muerte... Sé morir por la verdad... ¿Qué es eso de matar sin oír? Mis explicaciones han de ser largas.

—Pues abrévialas todo lo posible. ¿Dónde está Tomín?

Repitió la pregunta con menos fiereza que la primera vez. Otra ventaja pequeñísima de la cerera; pero ventaja... Rápidamente la aprovechó, como perfecto estratégico:

—¡Pero Cigüela!, veo que tu amor por Tomín no desmerece del que él te tiene a ti...

Lucila la miró perpleja, sin mover la mano en que el arma tenía. Con genial inspiración, Domiciana hizo un quiebro repentino, caudillo que ordena un movimiento de sorpresa.

—Oye una cosa y espérate un poquito, si de veras es tu intención matar a tu amiga que tanto te ama: ¿Verdad que todo tu furor es porque han pasado muchos días sin que yo te viera, sin que yo te llamara...? Dímelo, confiésalo... ¿Verdad que es por esto?

—Huías de mí porque yo era tu conciencia, porque me tenías miedo, porque el mirarte había de ser para ti como si Dios te mirara, porque tienes el alma negra, y los malos como tú no quieren que les vean los buenos, los engañados, los burlados. Habla pronto, respóndome a lo que te pregunto... Mira que estoy frenética, mira que no te dejo hasta que me digas lo que sabes o me entregues tu sangre, toda tu sangre.

Desventaja de Domiciana, y no floja. Vió el punto culminante del peligro, la muerte, y acudió con un recurso heroico y de extrema agudeza. Necesitaba para emplearlo de un valor casi sobrehumano y de un fingimiento de serenidad que era el supremo histrionismo. Pero no había más remedio. Se trataba de no perecer.

—Bestia—dijo, abriendo los brazos y mostrando indefenso su pecho—, si quieres matarme, aquí estoy. Ni sé ni quiero defenderme... ¿Para qué sirve esta miserable vida humana? Para ver tanta infamia, tanta ingratitud..., para que las personas que miramos como hermanas quieran asesinarnos...

—Hermana te fingiste, pero no lo eras —dijo Cigüela con pérdida de energía.

—Y ahora resulta que soy mala—prosiguió Domiciana con avidez de aumentar la pulgada de terreno que la otra le diera—. ¡Mala yo, que a ti y a Gracián favorecí; mala yo, que a él le he salvado la vida, no tanto por él como por ti, sabiendo que te amaba; mala yo, que no miro más que a conseguir que se case contigo...!

Excedióse un tanto en la maniobra lisonjera, y de este exceso tomó ventaja Lucila, que aunque muy crédula en situación normal, en aquélla tiraba instintivamente a la desconfianza.

—Domiciana—dijo apretando el mango del cuchillo—, si crees que ahora jugarás también conmigo, te equivocas... No vengo por dedadas de miel, sino por verdades. Las verdades te las sacaré de la boca o te dejaré seca... Soy mala ya.... y no perdono.

—Lucila—replicó la otra con rápido pensamiento—, ¿cómo he de decirte verdades si no quieres oírme? Para decirte las verdades necesito hablar, referirte muchas cosas. Te juro por lo más sagrado que nunca dejé de quererte, ni de interesarme por ti... ¿No lo crees? Peor para ti y para tu alma. Yo tengo mi conciencia tranquila; no temo la muerte; pero por mucha que sea mi serenidad, ¿cómo quieres que hable y me explique, en cosas tan delicadas, viendo delante de mí un puñal y oyendo decir «te mato, te mato»? Una cosa es no temer la

muerte y otra es el asco de ver una derramada su propia sangre, y la dentera que dan esos cuchillos poniéndose al nivel bajo de los matachines y rufianes, de la última gentuza del Avapiés... Mujer, si eres realmente mala, no lo parezcas mientras estés delante de mí.

—Si quieres que yo te crea, explícate pronto—dijo Lucila, perdiendo a escape terreno—. Te da miedo el cuchillo. ¿Pues no me dijiste «mátame»?

—Sí; yo acepto la muerte... Pero mi resignación al martirio no me quita la repugnancia de verte como una *chulapona*, como una maja torera de las más indecentes...

Comprendiendo con segura perspicacia el efecto que hacía, apretó de firme en esta forma:

—No me espanta el odio, no temo el extravío ni la locura de un enemigo; rechazo, sí, las malas formas, la grosería, la chabacanería, la estupidez bajuna. No puedo acostumbrarme a verte a ti, tan linda, tan señorita de tu natural, convertida en gitana asquerosa, en charrana mondonguera, tan diferente a ti misma. No puedes hacerte cargo, hija mía, de lo ridícula que estás y de lo repulsiva y fea...

—No te cuides tanto de cómo estoy y contéstame, Domiciana—dijo la guapa moza, apoyando en la cama la mano en que tenía el cuchillo—. A mí no me importa estar fea o bonita, pues sólo quiero ser justiciera.

—¡Justiciera, y empiezas por amenazar antes de oír!

—Amenazo; pero eso no quiere decir que no escuche. Si para explicarte con claridad es estorbo el cuchillo, aquí lo dejo..., ya ves...

—Está bien—dijo Domiciana, que sin mirar la mano vió el arma muy distante de ésta—. ¡Si para matarme tienes tiempo! Pero no lo harás, pobrecilla, porque con lo que voy a decirte quedarás convencida y te avergonzarás de haberme ofendido bárbaramente.

—Domiciana—dijo Lucila, sin darse cuenta del progresivo enfriamiento de su furor homicida—, loca entré en tu casa, y tú vas a volverme más loca de lo que vine... Dices bien: tengo tiempo de matarte. Como yo vea que me burlas, de mí no escapas. Te lo juro, por Dios te lo juro, que si hay justicia en el cielo también debe haberla en la tierra. Dejo el cuchillo y te escucho.

—No basta que lo dejes; es menester que arrojes lejos de ti lo que deshonra y mancha tu mano honrada—dijo Domiciana, cogiendo el arma con rápido movimiento y arrojándola por detrás de la cama, próxima a la pared. Sólo de ésta la separaba el preciso espacio para que el cuchillo, lanzado con ojo certero, cayese al suelo en lugar donde Lucila no podía recobrarlo fácilmente, porque bajo el lecho hacían barricada infranqueable un cofre chato y dos cajas de ingredientes químicos.

XXII

Desarmada Lucila, Domiciana se vió salvada, y celebró mentalmente su triunfo, sin dar a conocer su alegría. Menos cauta la otra y de escaso talento histriónico, dejó ver su desconsuelo por la distancia entre su mano y el arma. «Me ha cortado la acción; ya no me tiene miedo—dijo para sí, clavando sus miradas en la cerera—. Pero no le vale... La mataré otro día si me engaña para que no engañe a nadie más.»

Recobró Domiciana el timbre neto de su voz, de la cual solía decir Centurión: «Es dulce y dura como el azúcar piedra.»

Con dureza dulce dijo la exclaustrada:

—Amiga querida, debiera yo ser un poco severa contigo, pues lo que has hecho en verdad que no te recomienda; pero te quiero tanto, que sin sentirlo me voy al perdón... Ahora sabrás, ahora te contaré...; verás quién es y cómo se porta esta tu amiga, esta mala mujer, a quien querías matar...

Dejó el sillón con ademán de vencer la pereza, y cogiendo del brazo a Lucila le dijo:

—¿No te aburres de esta oscuridad?...

La guapa moza, sacudiéndose el brazo, siguió detrás de Domiciana, que, al pasar al gabinete, ampliaba la frase:

—La oscuridad me entristece, y tú más..., con tus tonterías. Ven acá. Sentémonos aquí y despéjense nuestras cabezas...

Los pocos pasos que había entre alcoba y gabinete llevaron a Domiciana desde el mundo del miedo al de la seguridad. La luz benéfica, el ruido de la calle, la confortaron, como conforta la rea-

lidad después de oprimente pesadilla. La idea del tremendo peligro pasado aún estremecía sus carnes; el recuerdo de cómo lo conjuró con un prodigioso rasgo de inteligencia la colmaba de vanagloria. «¡Qué lista soy!—se dijo—. He sabido engañar a la misma muerte, que ya me tenía cogida. Con la argolla al cuello he convencido al verdugo... para que se estuviera quieto y no apretara... Si esto no es talento, que venga Dios y lo vea.»

Al pasar de la penumbra del dormitorio a la luz del gabinete, tuvo Lucila clara conciencia de que Domiciana, con heroica maña, más potente que la fuerza heroica, se había hecho dueña del campo de combate. Mas no por esto se acobardó la moza, que firme en su plan justiciero esperaba llevarlo adelante de una manera o de otra. ¿Y por qué había de ser la muerte el mejor instrumento de justicia? ¿No había instrumentos más eficaces que realizaran el fin de justicia sin manchar la mano del juez? Pensando en esto, y antes que la exclaustrada rompiera el silencio, le dijo:

—Si has tenido arte para desarmarme, no creas que te libras de mí. Por lo ocurrido en tu alcoba se ve bien claro que no soy mala, que me doy a razones, y que si entré a matarte fué por arrebato y furia de venganza..., cosa natural... Una es mujer, es una joven, tiene corazón, sangre... Bueno; pues te digo con toda franqueza que si motivos tengo muchos para odiarte, también te debo gratitud, no por los socorros de aquellos días, que eran traicioneros como el beso de Judas, sino por lo de hoy... Tú, por tu defensa, me has quitado de la cabeza el matarte, que habría sido grande atrocidad, un bien para ti, porque te ibas al descanso, al Purgatorio quizá, puede que al Cielo, y mal para mí, que ya estaba perdida, y la cárcel, quizá el palo, no había quien me lo quitara...

Con lástima la miraba ya la cerera, «¡Cuitadilla—dijo para sí—. Ya no tiene más arma que estas teologías que ni pinchan ni cortan. Se deja coger como una pobre pulga, y si quiero la estrujo con mis dedos.»

Lucila prosiguió así:

—Domiciana, más baja te veo despreciada que muerta.

—Y yo te digo que lo mismo te quiero alucinada que con sentido—dijo la otra, trasteándola con suprema habilidad.

—Pues si me devuelves el sentido, si con las razones y explicaciones que vas a darme me convences de que eres buena y de que yo no he sabido comprenderte, la que quiso matarte te pedirá perdón..., será capaz..., si fuese menester..., de dar la vida por ti...

Y Domiciana, mirándola y moviendo la cabeza con acento de maternal tolerancia, se regaló a sí misma de este mudo juicio acerca de su rival: «De esta simple haré yo lo que quiera. Alma de Dios, corazón inocente, toro que obedece al trapo..., tú sola te amansas, tú sola te entregas... Consérveme Dios la inteligencia para con ella merendarme a estos corazones arrebatados...» Y luego, en alta voz:

—Lucila, hermana mía, yo no te ofendí; yo no soy responsable de que se desapareciera Tomín. Sobre el poder que yo tenía y tengo, se levantó, cuando menos lo pensábamos, un poder superior... Siéntate, ten calma; no te impacientes. Yo, de algunos días acá, estoy mal del pecho..., no sé qué me pasa... Tengo que tomar aliento a cada cuatro sílabas..., y si hablo mucho rato sin parar, me quedo como ahogada...

Estas últimas indicaciones no tenían más objeto que ganar tiempo. Después del gran esfuerzo intelectual para esquivar el inmenso riesgo de morir asesinada, la cerera necesitaba de un colosal derroche de inteligencia para levantar el artificio de figurados hechos ante el cual se desplomaran los agravios de Lucila; érale preciso construir una historia y presentarla luego con tal riqueza de lógicos razonamientos y tal encanto narrativo, que a la misma verdad imitase y a la misma incredulidad convenciese. Esto, ni aun para tan hábil maestra del pensamiento y de la palabra era cosa fácil: necesitaba serenidad, algo de reflexión de filósofo, algo de inspiración de artista, y para estos algos hacían falta los del tiempo... Favorecida por el Cielo aquel día, cuando acabó de decir que la fatigaba el mucho hablar llamaron a la puerta de abajo. Esto fué muy de su gusto; contaba ya con que alguien de la familia echase de ver que la puerta estaba cerrada por dentro y llamara con alarma impaciente. Así fué: arreciaron los golpes. Domiciana dijo:

—Mira en qué ocasión vienen a interrumpirnos. Ahora caigo en que cerraste

la puerta. Más vale que abras, pues si no, se asustarán, y con razón. Creerán lo que no es y... hasta puede suceder que echen abajo la puerta.

Vaciló Cigüela. Pero ¿qué hacer podía la infeliz más que abrir? A merced estaba de su enemiga.

Entraron y subieron don Gabino y Ezequiel, inquietos, y anticipándose a sus manifestaciones, Domiciana les dijo:

—Mandé a ésta que cerrara, porque teníamos que hablar, y me sabía muy mal que nos interrumpieran. ¿Quién ha venido?

—Ha estado el amigo Centurión—dijo el cerero, recobrando su tranquilidad—, pero se ha cansado de esperar...

—Y ahí tienes el coche; viene a buscarte—anunció el mancebo, que dirigía las locuciones a su hermana y las miradas a la hija de Ansúrez.

—Tengo que vestirme. Lucila, ¿has visto qué vida llevo? Apenas descanso un ratito, ¡hala otra vez!

—Si comes tú en Palacio—dijo don Gabino, acaramelando la mirada—, Luci comerá con nosotros.

—Quería yo llevarla conmigo. Pero si ella prefiere quedarse... ¿Verdad que está Cigüela más guapa?

—En la guapeza de esta joven no cabe más ni menos. Es como la bondad de Dios—declaró don Gabino, reblandeciendo la expresión de sus ojos, que eran manantiales de ternura, y alargando la boca, húmeda como el hocico de un becerro—. Si Cigüelita come con nosotros, traeremos dos platos de casa de Botín, y de la pastelería huevos moles o huevo hilado, lo que a ella ms le guste.

Encandilado, moviendo los brazos, en forma de un batir de alas de ángel, Ezequiel aprobaba con mudo entusiasmo.

—Mucho se lo agradezco, señor don Gabino—dijo Lucila—; pero... Otro día comeré con ustedes. Hoy no puede ser. ¿Verdad, Domiciana?

—Hija mía—dijo la cerera con admirable afectación de cariño—, tú dispones lo que gustes. Has reconocido hace poco que soy para ti como una hermana, como una madre... Después que hablemos otro ratito, quédate a comer. Estás en tu casa.

Oyendo esto, no sabía Cigüela si admirarla por su ingenio o tronar indignada contra tan cruel ironía. Pensó que sería justicia, y además un desahogo muy placentero, arrancarle el moño y chafarle los morros de una o más bofetadas. En un tris estuvo que lo intentara. Midió la acción y vió que cabía perfectamente dentro de sus facultades, pues le bastaban las manos para despachar a la cerera, reservando las extremidades inferiores para don Gabino, a quien tiraría al suelo de una patada. A Ezequiel le derribaría sólo con el aire que hiciera en toda esta función. Mas para esto siempre había tiempo. Convenía esperar...

En aquel punto entró la asistenta que a la familia servía, mujer de gran talla, bigotuda, con todo el aire de un cabo de gastadores, y después de un breve saludo al ama, llevando consigo el cesto de la compra, ya repleto, se fué a la cocina. Creyérase que Domiciana, viéndose asegurada por aquella guardia formidable, recobraba en absoluto su tranquilidad. Despidió a su padre y hermano, encargándoles que a nadie dejaran subir, y sintiéndose bien custodiada y defendida, pues el son del almirez le sonaba como los tambores de un ejército próximo, dedicóse a su vestimenta con todo sosiego. Quedó la otra en el gabinete, mientras la cerera trasteaba en la alcoba, donde lo primero que hizo fué sacar el puñal del abismo en que había caído y esconderlo en lugar seguro. Lucila la vió salir risueña, apretándose el corsé, y sin decir nada la ayudó en aquella operación. En este tiempo pudo la exclaustrada levantar en su fecundo caletre el andamiaje de la soberbia historia que tenía que construir, y apenas encaró con su enemiga echó en esta forma los que, a su parecer, eran sólidos cimientos:

—Tomín fué apresado por la Policía y encerrado en Santo Tomás. Yo lo supe un día después..., ya puedes figurarte mi disgusto... Naturalmente, acudí al instante. No me permitieron verle.

—¡Domiciana, por la salvación de tu alma—exclamó Lucila con solemne acento—, por las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, en que tú y yo creemos y esperamos, aunque seamos pecadoras, dí me la verdad! ¿De veras no has visto a Tomín? Júramelo, júrame que no le has visto...

—Aguárdate, tonta, y no precipites mi relación. He dicho que no le vi en aquel momento; luego, sí... Ten paciencia. Decía yo que acudí a salvarle. No conté contigo, porque estabas enferma. ¿A qué

aumentar tu desazón, tu desconsuelo?... Habría sido matarte... Pasaron dos días en mortal ansiedad. Supimos que se trataba de aplicar al pobre capitán la pena terrible..., ¿sabes?, la sentencia del Consejo de guerra. Tres señoras, tres, éramos a pedir misericordia por él. Doña Victorina y yo..., y la de Socobio, que se nos agregó el segundo día... Eufrasia, hoy marquesa de Villares de Tajo: no la conocerás por este nombre.

—La Socobio—dijo prontamente Lucila—conspiró hace dos años por los del *Relámpago*.

—Pues ahora conspira por Narváez; es el más firme apoyo del *Espadón* en la camarilla de la reina... Sigo contándote. Al tercer día, después de haber hablado con O'Donnell, que nos dió seguridades de que no sería fusilado el capitán, fuí a ver a éste... Doña Victorina no podía ir; fuí yo sola.

—¡Y le viste...!

—Le vi... y, entre paréntesis, como me habías ponderado tanto su hermosura, y creía yo encontrarme con un Adonis o con el dios Apolo, la verdad, no vi en él nada de particular... Un hombre como otro cualquiera. Entré... Con él estaba la Socobio, que, sin darme tiempo a exponer lo que me había dicho O'Donnell, saltó y dijo: «Ya no tiene usted que ocuparse de nada. Yo lo arreglo todo... Es cosa mía...»

—¿Y Tomín?

—En el corto rato que allí estuve no habló más que de ti... En pocas palabras me dió las gracias por los favores que os hice, y luego: ¿qué es de Lucila, qué hace Lucila..., está buena Lucila?..., y vuelta con Lucila. Bien echaba por los ojos el amor que te tiene.

—¿Y después...?

—Volví al siguiente día... Dijéronme que el capitán estaba libre... Había ido por él la Socobio, y se le había llevado en su coche... ¿Adónde? Esta es la hora que no he podido saberlo.

XXIII

La historia contada por Domiciana, con acento tan firme que parecía el de la propia Clío, produjo en el cerebro de Lucila efectos muy extraños, pues si tales hechos encontraban en él como una nube de incredulidad sistemática que los empañaba y oscurecía, de los mismos hechos brotaban rayos de verosimilitud que esclarecían lentamente los espacios de aquella nube. ¿Era mentira que parecía verdad o una de esas verdades que se adornan con las galas del arte de la mentira verosímil?

—¿Y por qué— preguntó Lucila con viveza ruda—, por qué al saber que Tomín estaba libre no fuiste a decírmelo?

—Porque me aterraba el tener que darte una mala noticia—dijo Domiciana, parando de golpe con gran destreza—. Lo era la de aquella libertad, que tuve por una nueva esclavitud. Decirte que Tomín estaba en poder de la Socobio era como decirte: «Despídete de él por mucho tiempo.»

—Por algún tiempo, quieres decir.

—Claro: terminado el secuestro, Tomín volverá a ser tuyo.

—¿Has dicho que esa Eufrasia conspira por Narváez?

—Por Narváez y Sartorius. El Gobierno la teme; mas no puede nada con ella, porque se ha hecho uña y carne de la reina, y es su confidente y amiga. Se trata de combatir y anular esta influencia, expulsando para siempre de la Cámara real a la Socobio; en ello trabaja la persona que más influye en el ánimo de Isabel..., y ya puedes figurarte de quién hablo...

—¿Y qué importa que la Socobio sea o deje de ser amiga de la reina?

—Esas amistades torcerán más el arbolito, que bastante torcido está ya.

—No será la Eufrasia peor que otras, peor que tú. Dijo lo sartén al cazo... Palaciegas de este bando y del otro, damas santurronas, damas casquivanas, monjas aseñoradas y señoras afrailadas, todas son unas, y todas tuercen el árbol, porque torciéndolo se suben a él para coger fruta... ¡Valiente ganado estáis!... Pero, en fin, dejando eso, que no me importa ¿sostienes lo que has dicho?..., ¿que la Socobio hizo escamoteo y se llevó a Tomín...? ¿No temes que yo hable con esa señora y que ella me diga que la escamoteadora has sido tú?

—Si hablas con ella no te dirá una palabra y te mandará a paseo. Es gran diplomática. ¿Crees que una persona tan lista se franquea con el primero que llega? ¿Quieres probarlo? Nada más fácil: en Aranjuez la encontrarás. Ya sabes

que allá se ha ido la Corte hace tres días. Ahora tienes ferrocarril. Por catorce reales puedes ir en segunda... Dos horas menos minutos.

—¿Y cómo es que, estando la Corte de jornada, aquí se queda doña Victorina y tú con ella?

—Porque doña Victorina sigue mal de salud y no le convienen las humedades del Real Sitio... Y hay otra razón: mi amiga y yo somos un cuerpo de ejército destinado a ocupar esta plaza y a vigilar en ella los movimientos del enemigo. Tememos..., para que veas si te confío cosas delicadas..., tememos que los narvaístas nos ganen el corazón de la madre... Lucila, ya sabes que estos secretos quedan entre nosotras.

—Si el poder de la madre es tan grande, porque con su misticismo y sus llaguitas hace creer que es enviada del Cielo, ¿qué teméis de una disoluta como la Socobio, que ni tiene llagas ni habla con el Espíritu Santo?

—Se la teme porque es otra especie de santa o, por lo menos, sacerdotisa de un santo que no está en el almanaque, de un santo que siempre tuvo, tiene y tendrá tantos devotos como personas hay en el mundo...

—El Amor. ¡A quién se lo cuentas!

—Y dentro de ese culto infame, gentil, la Socobio es al modo de gran teóloga o *Santo Padre*, al modo de profetisa, definidora y taumaturga..., y también tiene sus llagas o cosa parecida para imponer veneración... Se entiende con el dios de esta baja idolatría, y trae recados de él para las criaturas...

—Domiciana—dijo Lucila, gozosa de ver a su amiga en aquel terreno—, confiésame la verdad y todo te lo perdono. Confiésame que tú también eres un poco, o un mucho, sacerdotisa de ese dios de los gentiles, que tú también, a la calladita, adoras al ído'o... porque eres mujer...

—Yo no. Ya sabes que no siento en mí esa devoción—dijo la exclaustrada, metiéndose en su concha—. Yo abomino de tales dioses gentilicios... He hablado de ello por explicarte la influencia de la Socobio sobre una mujer joven, linda, y por poderosa, caprichosa; y por buena, fácil a la mal'dad... O hemos de poder poco, o apartaremos a Eufrasia del Trono...

—Del Trono y el Altar: dilo como lo decís en los papeles públicos... Déjate de hipocresías, y ya que hablas de eso, habla con claridad. Tú y tu bando no miráis a que nuestra reina sea buena, sino a que seáis vosotras las únicas que le suministren sus diversiones. Así la tenéis más cogida. Entre visiones celestiales por un lado y terrenales por otro, no se os puede escapar.

—Hija, no hables así de nosotras, que tiramos siempre a la virtud y la honradez... Pero equivocándote, lo que has dicho revela talento.

—Esto que llamas talento no lo es, Domiciana. Lo que yo sé, el corazón me lo enseña... Pues te digo que me alegraré mucho de que con toda vuestra virtud seáis derrotadas por la Socobio, por esa gentil, por esa idólatra...

—¡Ah!, no creas que estamos tranquilas—dijo Domiciana, tirando siempre a ganarse la voluntad de Lucila y a desarmarla con las confidencias, verdaderas o falsas—, Esa maldita manchega es de la piel del diablo. Hace meses, y cuando más descuidados estábamos, nos dió una paliza tremenda... Llamamos paliza a la derrota que sufrimos en un asunto que creímos de los de clavo pasado: tan fácil nos parecía resolverlo a gusto de la madre. Pues verás: Vacó la Comisaría General de Cruzada, que es plaza muy lucida, enorme golosina de clérigos; el Gobierno quería meter al poeta don Juan Nicasio; la madre hipaba por el padre Batanero, que a sus muchos títulos unía el de haber sido carlistón. Los moderados presentaron a don Manuel López Santaella, arcediano de Cuenca. De nada nos valió el tocar con tiempo todas las teclas, porque esa perra se nos anticipó a mover los títeres de Roma, donde su marido tiene relaciones y gran amaño por el negocio de *Preces*, y nada..., que nos ganó la partida, y quedaron satisfechos Narváez y Sartorius, y nosotras burladas... Para que la madre no chillara, le dieron dedada de miel presentando al capuchino fray Fermín de Alcaraz, el diablo de marras, para la mitra de Cuenca... Ahí tienes un triunfo del sacerdocio gentil sobre este otro sacerdocio de ley. Eufrasia se quedó riendo, y Santaella pescó la Comisaría. ¿Tienes noticia del famoso pasquín? Por cierto que, cavilando en quién podría ser autor de aquella chuscada, di en sospechar de Centurión, y tanto hice y tanto le estreché, que, al fin, me confesó que él puso al pie de la estatua de Isabel, en la pla-

za del mismo nombre, el letrerito de que tanto se habló en Madrid: «Ni Santo él, ni Santa ella.»

A este punto, ya Domiciana estaba vestida. Pero no quería partir sin ver a su cara enemiga en completo desarme físico y moral. Sus confidencias eran el plateado que a las píldoras ponía para que no amargasen, y en las píldoras se mezclaban sustancia de verdad y la mentirosa sustancia fina que usan los diplomáticos en las relaciones internacionales. Verídico era mucho de lo que dijo referente a Eufrasia, y sobre el sólido fundamento de estos hechos asentó con gran maestría el artificio del rapto del capitán por la Socobio. Quedóse Lucila meditabunda, arrastrando sus miradas por el suelo y por las rayas de la estera frente a la silla baja en que se sentaba. Interrogada por la cerera sobre la causa de tan hondo meditar, dijo la guapa moza:

—Me estoy devanando los sesos para recordar qué persona conozco yo, o debo conocer, que es muy íntima de esa señora doña Eufrasia. Fué mi padre, cuando andábamos locos en busca del empleo, quien me nombró a tal persona, y dijo: «No hay aldaba como ésa si se acordara de nosotros y quisiera servirnos...»

—¿Persona de la intimidad de...? No puede ser otra que el marqués de Beramendi.

—Ese..., ese mismo señor. Yo le conocí en Atienza, cuando todavía no era marqués... A mi padre encontró un día en la calle, en Madrid, no sé cuándo, meses ha, y le preguntó por mí. Yo..., si le veo, no le conozco, no me acuerdo...

—Pues si has pensado que ese señor podría servirte para entrar en amistad con Eufrasia, no sabes lo que te pescas. No es hoy íntimo de ella: lo fué... Hace tiempo le atacaron unas melancolías que parecían principio de locura. Su mujer tomó la resolución de sacarle de Madrid, y a Italia se fueron él y ella, con el niño que tienen. Sé todo esto por los suegros de Beramendi, los señores de Emparán, que a menudo visitan a doña Victorina... Pues en Italia se estuvieron todo el año pasado y largos meses de éste. No hace mucho que han vuelto, y no sé que el marquesito haya pegado otra vez la hebra con la Socobio... Dices que tu padre le encontró y habló con él... Fué, sin duda, antes del viaje a Italia, si no fué el mes pasado.

—No, no; debió de ser antes del viaje... Por lo que mi padre me dijo, el nombre de este caballero se relaciona en mi cabeza con el de doña Eufrasia, que hoy es marquesa.

—De Villares de Tajo... Si dudas de mí, vete a ver a esa señora. Puede que se confiese contigo; yo lo dudo mucho..., pero quién sabe. Esa lagarta no entrega sus secretos al primero que llega.

—Naturalmente—dijo Lucila, que en aquel instante recobró todo su candor—, si sabe que Tomín me quiere, y tiene que saberlo, porque él mismo se lo habrá dicho, me recibirá con una piedra en cada mano.

Aprovechando aquel estado de inocencia soltó Domiciana la mentira final, la que había de ser cúspide y remate del gallardo artificio que había levantado. No creyó prudente emplear la última pieza de su grande obra hasta que llegase el oportuno momento. Este llegó. Dijo la señora:

—Para concluir, Lucila, para que te convenzas de que debes dar por concluso ese negocio, sabrás que la Socobio no ha hecho lo que ha hecho por adorar al capitán en sus propios altares, sino que lo ha llevado como en holocausto, fíjate bien, a otro altar de más altura, donde oficia el supremo sacerdocio de esos dioses gentilicios... ¿No lo entiendes? ¿Quieres que te lo diga más claro?

—Sí lo entiendo. Mas para que yo crea eso, que parece cuento de brujas, dime dónde está Tomín, dónde lo tiene guardado para esos holocaustos malditos...

—¡Vete a saber...!—rezongó la cerera un tanto desconcertada—. Guardado lo tendrán como lo tuviste tú.

—Según eso, sigue condenado a muerte.

—Claro. Boba, el indulto vendrá después, cuando ya la devoción gentil se acabe por cansancio, o por cualquier motivo, y entonces le verás restituido a su jerarquía, comandante, pronto coronel..., y caminito de general. Hay casos, Lucila... ¿Pero aún dudas?

—Sí, siempre dudo..., pero no te negaré que lo tengo por posible. Mi padre, hombre de pueblo, sin instrucción, que piensa muy al derecho y tiene un talento natural que ya lo quisieran más de cuatro, me ha dicho muchas veces: «No hay cosa, por desatinada que sea, que no pueda ser verdad en este país, mayormente si es cosa contra la justicia y

contra la paz de los hombres... Aquí puede pasar todo, y la palabra *increíble* debe ser borrada del libro ese muy grande donde están todas las palabras, porque en España nada hay que sea mismamente increíble, nada que sea mismamente..., ¿cómo se dice?

—Absurdo. Tu padre tiene razón. Los españoles, hija..., de varones hablo..., son la peor gente del mundo, y no hay cristiano que los entienda ni los baraje. Se les da lo bueno, y lo tiran; les hablas con juicio, y dicen que estás loca. Progreso aquí significa andar para atrás, como los cangrejos; Libertad, correr tras de un trapo colorado; Orden, pegar sin ton ni son, y decir Gobierno es como decir: «No hay quien me tosa.» Mucho ganaría esta nación si se dejara gobernar por mujeres listas, que las hay... A esos hombrachos que no sirven para nada y reniegan de que una monja se meta en cosas de Gobierno, les diría yo: callaos, imbéciles, y no echéis broncas contra la madrecita, pues no merecéis otra cosa.

Sumergida Cigüela en profunda abstracción, nada decía. Sentada, el codo en la rodilla, la frente sostenida en tres dedos de la mano derecha, los ojos fijos en el halda de su vestido, dejaba caer su pensamiento al sondaje de profundos abismos. Domiciana, que vió en su enemiga señales de confusión, de batalla tortuosa entre afectos, todo ello contrario a la derechura de las resoluciones violentas, acabó de recobrar su aplomo. Había vencido: con soberano talento, con pases y quiebros de extraordinaria sutileza, había logrado encadenar a la fiera... Ya podía pasarle sin ningún riesgo la mano por el lomo.

—Amiga querida—le dijo, levantándose—, yo no puedo detenerme más. Si quieres venir conmigo, ven; si quieres quedarte, comerás con mi padre y con Ezequiel. Te repito que estás en tu casa.

Lucila, sin mirarla, sin cambiar de su postura más que la mano, que de la frente bajó a sostener la quijada, le dijo:

—Gracias, Domiciana. Yo me voy también.

—¿Y dudas aún que soy tu mejor amiga?

—Ya no dudo ni creo—dijo la guapa moza en pie, suspirando—: ya el dudar y el creer, como el temer y el desear, son para mí la misma cosa... En nadie ni en nada tengo fe... Estoy pensando que la vida y la muerte... todo es lo mismo..., y que en este mundo y en el otro hay la misma maldad, porque malo es todo lo que antes era nada y ahora es... lo que es... No me entiendo... Adiós, Domiciana.

Suelta la mantilla, salió; tomando carrera al llegar al pasillo, precipitóse por las escaleras abajo. La cerera vió en aquella salida fugaz, como ciertos mutis de la escena, una reproducción del arrebato con que Lucila se había presentado en la alcoba; pero como iba en retirada, no fué grande su inquietud. Con todo, rodando después en coche por calles y plazuelas, camino de sus obligaciones, apartar no podía de su pensamiento los horrendos pesares de la que fué su amiga, ni la tenacidad con que a ellos se aferraba, rebelde al consuelo. «Me equivoqué—se decía—, pensando que entre las heridas del alma y su reparación no ponía el tiempo tanto de sí... Cada día aprendemos algo... Me da lástima esta pobre, y me da miedo. Menester será curarla o amarrarla.»

XXIV

Como animal derrotado y herido, a la fuga se lanzó la hija de Ansúrez, sin reparar en las frases melosas que a su paso veloz por la tienda se le dijeron, y en la calle corrió, tropezando con transeúntes y vendedores, ignorando hacia dónde caminaba, pobre bestia huída. Creyérase que alejarse quería de sí propia, o que en la rapidez de la marcha veía como una forma o procedimiento de olvidar... Sin darse cuenta de su itinerario, pasó por Puerta Cerrada, calle del Nuncio, hizo un breve descanso en el Pretil de Santisteban, bajó a la calle de Segovia; metióse luego por la calle del Toro a la plazuela del Alamillo; tiró hacia la Morería vieja, y en las Vistillas tomó resuello... Apoyada en la jamba de una de las enormes puertas del caserón del Infantado, echó mano con furia a su propio pescuezo, diciéndose: «Me ahogaría; lo merezco por tonta, por estúpida y cobarde. Debí matarla, fué gran burrada compadecerla y darle tiempo a que con sus despotriques me enfriara la voluntad de hacer justicia... ¡Y se ha reído de mí..., se ha quedado riendo, y yo sin cuchillo!... No sé ya cómo me quitó el cu-

chillo... Pero si fuí con la idea de matarla, con toda la justicia de Dios dentro de mí, ¿por qué no la maté?... ¡Perra traidora!... ¡Y aún está viva, y gozando de su robo!... ¡Sabe Dios adónde habrá ido en el coche!... Merezco su desprecio, merezco todo lo que me pasa. Me caigo de boba... Entré águila y he salido abubilla... Me ha engañado con mil embustes dichos como ella sabe... Abogada como ella y ministrila como ella, no han nacido, no. Engañará al Demonio, a Dios mismo engañará... Lucila, eres digna de que esa ladrona, después de robarte las guindas y de comérselas, te arroje los huesos al rostro. Aguanta y límpiate, triste pava..., escóndete donde nadie te vea.»

En su delirio, tuvo la feliz idea de esconderse en su casa. Aquella noche, Antolín de Pablo, recién llegado de su excursión por los pueblos, le confortó el ánimo con hidalgas ofertas de hospitalidad. Si no quería recibir ya los socorros de la cerera, y gustaba de mantenerse honrada, allí tenía su casa, allí no le faltaría lecho en que dormir y un panecillo con que matar el hambre. Donde comen dos comen tres, y alabado el Señor, que a él y a su buena Eulogia les daba medios de mirar por el prójimo. Este generoso proceder fué gran consuelo para Cigüela, tan infeliz como hermosa. Por la noche, dormida con pesado sopor, soñó que se ocupaba en la sabrosa faena de matar a Domiciana. Sobre el cuerpo yacente de la cerera descargaba golpes y más golpes con el fiero cuchillo, clavándoselo hasta el mango; pero no conseguía dar fin de ella, ni aquella vida se dejaba rematar. La víctima recibía sonriente las puñaladas, cual si su cuerpo fuera un saco relleno de paja o serrín, y de él no salía sangre... ¿Dónde demonios estaba la sangre de aquella mujer? ¿Habíasela sacado para hacer con ella un elixir de amor, un bebedizo con que emborrachar a Gracián y filtrar en su ser el olvido y la degradación?... Lucila se cansó de acuchillar a su enemiga, y el cuerpo de ésta coleaba siempre, siempre...

Al día siguiente, recobrada del furor homicida, se apoderaron de su espíritu las historias contadas por Domiciana. Cierto que el odio a ésta no se extinguía; pero las historias tomaban en la mente de la guapa moza cuerpo y aires de cosa real. Nada de aquello era inverosímil. Bien podía resultar que fuese verdadero. El efecto buscado por la exclaustrada no se había hecho esperar, y su ingenioso artificio formaba un estado anímico ya indestructible. Dentro de sí llevaba Cigüela razones y aparatos lógicos, hechos bien tramados, que unas veces lucían como verdades, otras se apagaban en dudas, dejando siempre algún destello. Momentos había en que reconstruídas las famosas historias con elementos de realidad, las vió Lucila como novela verosímil; horas hubo, en los días siguientes, en que fueron para ella como el Evangelio.

Si con delicada piedad Eulogia la socorría, no gustaba de que estuviera ociosa. Mañanas o tardes la tenía lavando ropa en la artesa, y luego tendiéndola en las cuerdas del corral. En costura y plancha invertían las dos no poco tiempo, y por la noche, cuando estaba en Madrid Antolín de Pablo, solían jugar a la brisca o al burro. Entre San Antonio y San Juan, tuvieron que ir Antolín y su mujer a la boda de una sobrina carnal de él, en la Villa del Prado, y llevaron consigo a la huéspeda, que se reparó de sus quebrantos en veinte días de vida campestre. Allí le salieron amadores sin cuento; de los pueblos vecinos acudían a verla los mozos y a celebrar su hermosura. Con buen fin, le hablaron muchos, y otros, con fines equívocos, que se habrían trocado en buenos si ella pusiera de su parte algo de amoroso melindre; pero ninguno de aquellos requerimientos venció la frialdad y desvíos de la guapa moza, que era como linda estatua en quien faltaba el fuego de los deseos y el estímulo de la ambición. Para que ninguno de los inflamados pretendientes se quejase, Lucila rechazó también, no sin gratitud, los obsequios y finas proposiciones de un labrador muy rico de aquellas tierras, viudo y entrado en años, que de ella se prendó con amor incendiario, y en una misma frase expuso su petición de afecto y su oferta de inmediato matrimonio. Contestó Lucila negativamente, con razones que al pobre señor dejaron tan confuso como lastimado.

A poco de este memorable suceso, regresó la joven a Madrid con sus patronos, y a medio camino, en el alto que hizo la tartana a la entrada de Navalcarnero, oyó Lucila de boca de Antolín este sustancioso sermón:

—Pues, hija, si apuestas a boba no hay quien te gane. ¡Hacerle *fu* al amigo Halconero, riquísimo por su casa y más bueno que rico!... No sabes tú lo que te pierdes. ¿Qué pero le pones, alma de cántaro? ¿Que peina canas y va para Villavieja? Pues no podías soñar proporción más al auto de tus circunstancias. Cásate, simple, con Vicente Halconero que es hombre sano y ya verás cómo no tardas en tener familia, con lo que has de distraerte y apagar todo el rescoldo que te queda de tus pesadumbres. Y aún tendrás tiempo, ¡cuerpo de San Casiano!, de ser una viuda joven, que tu marido, en ley natural, no debe vivir mucho. Ea, tontaina, yo le diré al amigo que aunque le has dicho que no, por el punto, que se dice, luego soltarás el sí...

Reforzó Eulogia esta homilía con argumentos aún más especiosos, y ya en Madrid, volviendo a la carga, se admiraban de que Lucila estuviese tan rebelde, no teniendo más que el día y la noche. Tanto le dijeron, y memoriales tan llorones envió desde el pueblo el bendito señor, que al fin la moza, sin abrir camino a las esperanzas, propuso y suplicó que le dieron para pensarlo todos los días que restaban hasta fin del año corriente.

—Pero chica—le dijo Antolín—, considera que el hombre no es niño, y que la esperanza es un pájaro que no gusta de anidar en las cabezas canas.

No hubo manera de apear a Lucila de la transacción propuesta; en ello quedaron, y notificado al buen señor el emplazamiento, se puso tan alegre, según decían, que le faltó poco para echarse a llorar del gusto.

Al volver a la Villa y Corte, encontró Lucila en ella los ardores del verano, y mayor soledad y tristeza. Las aliviadas penas se recrudecieron en el paso del sosiego campestre al bullicio urbano. Agitada fué de nuevo por furores de venganza, y por el prurito loco de revolver el mundo en busca de la verdad. Con la verdad se contentaría, ya que el hombre no pareciese. Por la *Capitana*, que algún día la visitaba, supo que la cerera se había ido con doña Victorina a San Ildefonso, donde estaba la Corte. La ausencia de su enemiga fué un motivo de sosiego para Lucila. ¡Qué descanso no verla más ni saber nada de ella! Así cayendo irían sobre su memoria esas capas de polvo que traen el lento olvidar, la renovación pausada de las ideas. De este modo se llega, por gradación suave, a ver y apreciar el reverso de las cosas.

En el curso de aquel verano, el estado de melancolía en que se fueron resolviendo las amarguras de Cigüela llevaba su espíritu a las expansiones religiosas. No había consuelo más eficaz, ni mejor arrullo para dulcificar y adormecer los dolores del alma. Oía misa en la Orden Tercera o en San Andrés, y algunas mañanas corríase hasta San Justo, donde entraba con la confianza de no ver a la cerera. Confesó y comulgó más de una vez en San Pedro y en San Isidro. Su padre, el veterano Ansúrez, acompañarla solía en estas devociones elementales, de dulce encanto para las almas doloridas. Más de una vez se tropezó Lucila con Rosenda, que diferentes iglesias frecuentaba, y de su mal humor coligió que no había sido muy dichosa en sus cacerías, sin duda por el sacrilegio de intentarlas en lugar sagrado. En San Justo, ya muy avanzado agosto, se encontró una tarde a Ezequiel, vestido de monago: palideció el muchacho al verla, y después, en el blanco cera de su rostro aparecieron rosas...

—¡Qué guapa estás, Luci!—le dijo—. Nos contaron que te casabas con un señor muy rico, de ese pueblo de donde vienen las buenas uvas. ¿Es cierto?

Negó Lucila, y el cererillo le dió noticias que no la interesaban: que don Gabino había tenido un ataque a la vista, quedándose medio ciego; que Domiciana seguía en La Granja y que don Mariano estaba colocado en la Comisaría de Cruzada, con ocho mil reales. Luego se acercó a ella don Martín Merino, y la saludó secamente, recordando haberla visto con la cerera:

—¿Es esta señora la amiga de doña Domiciana Paredes?... Por muchos años..., yo bueno..., ¿y en casa?... ¡Qué calor!... Esto dijo, retirándose con la fórmula vulgar:

—Vaya: conservarse.

Díjole después Ezequiel que don Martín era un buen sacerdote que cumplía muy bien su obligación. Domiciana le prefería con mucho a los demás confesores que en San Justo había; últimamente, con don Martín se confesaba, y él también, por recomendación expresa de su hermana. Trabajillo le costó acos-

tumbrarse, porque el señor Merino era muy rígido, no ayudaba, no hacía preguntas y el penitente tenía que ir desembuchando pecado tras pecado por orden de mandamientos, pasando muchas vergüenzas, hasta que no quedara nada en el buche, pues de otro modo no había absolución.

—Y ya es uno un poco hombre, Lucila—decía con inocente orgullo—, y cuesta, cuesta el rebañar bien la conciencia, sacando a pulso todo, todo, hasta los malos pensamientos, hasta las tentaciones que son y no son... Bueno. Pues hablando de otra cosa, te diré que mi padre, que ya no ve el pobre, pregunta por ti, y cuando le decimos que no sabemos nada, se le cae una lágrima... Vete a verle, mujer, que aunque él padezca un poquito por no poder verte el rostro, se consolará con oírte la voz...

¡Fecunda creadora es la madre Fatalidad! La idea de que Domiciana tuvo por confesor a don Martín arrastró hacia el austero sacerdote toda la atención de Lucila. Pensaba mucho en él; fué a San Justo movida del afán de observar su fisonomía; y viendo, no sin cierto terror, al depositario de aquella negra conciencia, al que había sido como espejo en que el alma de la traidora se mirara, dió en cavilar si no habría medio de hacer salir de nuevo a la superficie del cristal las imágenes que en él se habían reproducido. Pero esto era imposible. No hay confesor que revele los pecados que se le confían. «Este lo sabe todo—se decía la moza, oyéndole la misa—. Este conoce la historia infame, y cuando se vuelve para decirnos *Dominus vobiscum*, paréceme que veo a Domiciana en sus ojos negros de pájaro de rapiña, penetrantes.» Un día que don Martín, bajando del presbiterio, la miró de lejos con fijeza casi desvergonzada, Lucila, estremeciéndose, dijo esto dentro de su pensamiento: «Sí, don Martín: yo soy, yo soy la víctima de aquel crimen, soy la pobre mujer engañada, robada. Esa ladrona, esa farisea, esa Judas, me quitó lo que yo amaba más que mi propia vida, mi único bien, mi único amor, y quitándomelo me ha dejado tan sola como si toda la Humanidad se hubiera concluído... ¿Verdad que fué gran felonía y una maldad de esas que no tienen perdón? ¿Verdad que era justicia matarla?... ¿Verdad que no debí flaquear cuando llegué a ella con el cuchillo, y que fuí muy necia en salir dejándola viva?

Y en su delirio, creyó Cigüela que el clérigo, al retirar de ella su mirada, le decía: «Sí, mujer, Domiciana merecía la muerte. Y tú, zanguanga, ¿por qué no la aseguraste bien?»

XXV

Desde su campestre residencia en la Villa del Prado escribía don Vicente Halconero cartas dulzonas a la que llamaba su prometida, y ésta puntualmente les daba respuesta, poniendo en ella lo menos posible de ortografía, lo más de sinceridad y una fría expresión de gratitud y afecto. No quería engañarle con fingidos entusiasmos, y en todas sus cartas le abría, como si dijéramos, la puerta de aquel compromiso para que se retirase cuando fuera de su gusto. Pero el buen labriego no pensaba en abandonar un campo tan florido, y en cada epístola que enjaretaba se ponía más tierno y dulzacho, como si mojara la pluma en el arrope de aquella tierra.

Avanzaba septiembre cuando el viejo Ansúrez manifestó a su hija que ya le aburría y descorazonaba el empleo en casa del señor Chico, no porque allí el trabajo le rindiera, ni por el adusto genio del amo, sino porque se veía mal mirado del pueblo y de toda la vecindad. El aborrecimiento de la gente de Madrid al cazador de ladrones y perdidos recaía en los servidores, que de ello no tenían ninguna culpa; a tanto llegaba la inquina *ciudadana*, que de él, Jerónimo Ansúrez, huían más de cuatro, y le miraban con miedo y repugnancia, como si fuera criado del verdugo. Quería, pues, *presentar la dimisión de su cargo*, y, habiendo conocido ya la vanidad y *poca pringue* de todos estos empleíllos, era su anhelo buscarse la vida con independiente trabajo, en un comercio de cosa que él entendiera. Proporción de establecerse se le ofrecía que ni cogida por los cabellos. Se traspasaba la tienda de granos para simiente y de huevos, calle de las Maldonadas, y él podría quedarse con aquel tráfico sin más que aprontar cuatro mil reales que pedían por el traspaso. Cierto que ni él tenía tal suma ni su hija tampoco; pero bien podían pedirla prestada,

y no había de faltar quien abriera la mano, por la seguridad de un buen interés o la participación en el negocio. Aunque su padre no lo dijo claramente, Lucila le caló la intención, la cual no era otra que tratar del préstamo con Antolín de Pablo. Resueltamente se desentendió la moza de semejante embajada, y por aquel día no se habló más del asunto. Conviene advertir que Lucila había cuidado de no poner en autos a su padre de las intenciones y fines del rico don Vicente Halconero: temía que el *celtíbero*, de la fuerza del alegrón, se lanzase a explotar tempranamente la generosidad del opulento villano.

Continuaba Cigüela parroquiana de San Justo, prefiriendo a las demás esta iglesia por la singular atracción del clérigo, a quien suponía viviente archivo de aquella historia lamentable. «Aquí está quien sabe la verdad—se decía—. Me agrada el sentirme cerca de esta verdad, aun sabiendo que no ha de querer descubrirse. Siempre que me mira este maldito cura, feo y antipático, creo que le gustaría quitarse el velo. Es ilusión, locura mía.» Una mañana la saludó al paso don Martín:

—Yo, bien, gracias... Mucho calor... ¿Qué se sabe de doña Domiciana? ¡Cuánto tiempo que no parece por aquí!... ¿Qué dice usted..., que ya no son amigas? ¡Vaya por Dios! Las mujeres por cosa grande riñen, y por cualquier nadería hacen las paces... Hoy furiosas enemigas, mañana comiendo en un mismo plato... Fa, conservarse.

Otro día que se encontraba en San Justo, allí fué Ansúrez en su persecución, y viéndola saludada por don Martín, le dijo:

—Hija del alma, lo que menos sospechas tú es que estamos tan cerca de nuestro remedio. ¿Ves ese sacerdote tan áspero y de tan mal cariz que a mí se me parece al verdugo que había en Zaragoza el año cuarenta y tres? ¿Lo ves? Pues es hombre de posibles, y coloca su dinero a interés, que no digo sea mismamente módico. Lo sé por quien le debe y no puede pagarle, de lo que resulta que está el buen cura furioso, y por eso tendrá esa cara de vinagre... Pues óyeme: al ver que te saludaba con aire de estimación, pensé y dije que si vas y le pides para tu señor padre, que quiere poner un comercio, cuatro, o aunque sean seis mil reales, con la formalidad de pagaré en regla y réditos consecuentes y puntuales, cierto es que veo el dinero en tus manos, que es como decir en las mías... Conque atrévete, y verás a tu padre en su tienda de las Maldonadas... ¿Qué? ¿Sientes cortedad?... Entendí que te confiesas con él.

—No me confieso porque me da miedo... No es de los que la llaman a una por ese aquel de la bondad cristiana... Vamos, que no me gusta para confesor... Sabe historias que me tocan muy de cerca; las sabe por confesión de otras personas; me parece que si con él me confesara, se me trastornaría el sentido y le diría: «No vengo a entregar mis pecados, sino a que usted me entregue los de otros... Esto es un disparate. Pero yo me conozco..., y por eso no me acerco a su confesonario.

—Hija de mis entrañas, no seas simple. Arrímate a la reja y haz una confesión neta y clara, que a él le maraville por tu tribulación, por tus ansias de enmienda y de no volver a pecar. Entre col y col, le dices que tienes un padre amantísimo que se ve en grandes aflicciones, sin explicar porque sí ni porque no... Te absuelve... Quedáis amigos; eres su hija de confesión...; te considera, te tiene lástima por lo que le dijiste de lo atropellado que anda tu buen padre. Dejas pasar dos días y luego le pedimos una entrevista en su casa, que es ahí en el pasadizo de la plaza Mayor; nos vamos los dos allá, y verás cómo no salimos con las manos vacías.

Protestando de que es gran sacrilegio confesar con la idea de pedir dinero al confesor, Lucila opuso resistencia a los planes de su padre. Después dijo que se tomaría tiempo para pensarlo, y que si se determinaba, había de ser sin previa confesión... Por nada del mundo mezclaría las cosas sagradas con las mundanas, ni la conciencia con los intereses.

—Bueno, hija muy adorada, perla de mi familia: te dije lo del confesonario, porque en todas las cosas nunca está de más abrir cualesquiera caminos para los fines que buscamos, y eso al alma no daña; ni el confesar que te propuse era con el fin único de los intreses, sino para que con la limpieza de tu conciencia prepararas al sacerdote a estimarte más. Total, que de un tiro matabas dos pájaros; con una sola acción sacabas dos prove-

chos: tu alma purificada y mi bolsillo guarnecido. Ya ves...

Parte de aquella noche pasó Lucila en cavilaciones sobre lo propuesto por su padre, y de cuanto pensó resultaba el propósito de avistarse con Merino. ¿Qué perdía en ello? Podría suceder que hablando los dos se espontaneara el hombre, en una distracción de la conciencia, o que, aun callando, con pausa brusca o con instintivo gesto diese a conocer la verdad. Quería, pues, aproximarse a la esfinge y contemplar sus labios de bronce, por si de ellos alguna revelación al descuido cala... Hablaría con el clérigo, pero sola: la presencia de su padre la estorbaba. Ante todo, érale preciso prevenir a don Martín, pidiéndole hora para la audiencia, y este trámite quedó cumplido a los tres días de la expresada conversación con Ansúrez. Tal era la impasibilidad del viejo cura, que no manifestó sorpresa ni disgusto de la visita que se le anunciaba: sin duda penetró el objeto aparente de ella, que era solicitud de préstamo. Contestó a Lucila que fuese cualquier mañana, o cualquier tarde antes de las siete, hora en que infaliblemente cenaba y se recogía.

Llegaron día y hora y una tarde, cuando se aproximaba el ocaso, fué Lucila a la plaza Mayor con su padre; éste se quedó dando vueltas alrededor del caballote de Felipe III y la moza penetró en el siniestro pasadizo que oficialmente se llamaba Arco de Triunfo y por mote popular *Callejón del Infierno*. Entrando por la única puerta numerada que allí se veía, subió hasta el segundo piso poco menos que a tientas, pues ni había luz en la escalera ni a ésta llegaba la claridad del día declinante. Tiró de un cordón mugriento..., abrió la puerta una doméstica joven, fea y sucia..., y apenas nombró la visitante al señor don Martín, vió que éste surgía de las sombras de la casa y le oyó decir:

—Pase, joven, pase. Dominga, traerás luz.

Tras don Martín entró Lucila en una estancia chica, con ventana que daba al callejón. Había en ella un derrengado sofá de paja, una mesa camilla con cubierta de hule negro y raído y faldón de bayeta verde; en el rincón próximo, una papelera con libros apilados en la parte superior; entre la mesa y la pared, una silla; enfrente, otra. El esterado era de empleita con rozaduras; en las paredes no había ninguna estampa ni cuadro; sobre la mesa, al lado izquierdo de don Martín, papeles manuscritos sujetos con un pedazo de mármol, que debió de ser peana de una figura, tintero de loza con dos plumas clavadas en los agujeros laterales, polvorera de cobre y un pedazo de paño negro; el breviario, arrimado al lado derecho, encima de otro libro de cubierta roja; un almanaque con las hojas muy sobadas, un bote de hojalata con tabaco, librillo de papel de fumar. Todo allí revelaba pobreza y avaricia.

A una indicación de Merino se sentó Lucila en la silla del lado exterior de la mesa, y sentado él entre la mesa y la pared, quedaron frente a frente. La sotana verdinegra que el clérigo usaba dentro de casa era prenda antediluviana que le envejecía más. Lucila le vió más feo que en la iglesia, más sucio, abandonado y desapacible. Abrió el cura la conversación con estas palabras:

—Hoy me ha dicho el chico de la cerería que su hermana está para llegar.

Lucila no dijo nada: se alegraba de que don Martín relacionara siempre la persona de la criminal con la de la víctima, pues ni una sola vez, al hablar a ésta, dejaba de nombrar a la cerera maldita. ¿No podría esperarse que de la tangencia de personas en el cerebro del cura resultara un abandono del secreto?...

—Y a propósito de doña Domiciana —prosiguió Merino—, voy a enseñarle a usted los tres regalitos que me hizo antes de irse a La Granja.

De un cajón de la papelera próxima fué sacando y mencionando los objetos que mostró a Lucila.

—Vea usted: una caja con bolitas de jabón, alumbre y trementina, para quitar manchas de la ropa negra y remediar el lustre que llamamos de ala de mosca... Vea usted: un rollo de cerillo fino para alumbrarse en la escalera cuando uno entra de noche... Y, por último, este cuchillo...

Lo desenvainó para mostrarlo a Lucila, que en todo su cuerpo sintió repentina frialdad al reconocerlo.

—Es precioso—dijo don Martín, satisfecho de poseer aquella joya—. Vea usted qué punta más afilada... Es fino, de Albacete, con grabados árabes en las costeras; el mango, muy bonito... Era una lástima que esta magnífica hoja no tu-

viese su vaina correspondiente. En busca de ella me fuí al Rastro algunas tardes, y al fin, mirando en este puesto y en el otro, me encontré ésta, que le viene tan bien como si con ella hubiera nacido... Y no me costó más que dos reales... Vea usted... Lo he limpiado... Siempre es bueno tener uno alguna defensa, por lo que pudiera ocurrir.

La idea que a Lucila embargaba le sugirió con celeridad eléctrica esta pregunta:

—Don Martín, ¿no le dijo Domiciana de dónde sacó este puñal, o cómo fué a sus manos?

—Es un arma muy buena, la hoja de temple fino, el mango muy bien labrado —dijo el clérigo, guardando el cuchillo y sin parar mientes en la pregunta de la joven. Esta la repitió con más énfasis.

—Si me dijo algo, ya no me acuerdo —contestó Merino con indiferencia real o fingida—. Se lo encontró probablemente...

—Pero usted sabe que Domiciana es muy mala... Este cuchillo, lo mismo pudo ser suyo para matar, que de alguien que quiso matarla.

En aquel momento entró la doméstica con un candil que apestaba. Iluminado de frente el rostro amarillo y huesudo del presbítero, sus ojuelos brillaron, fijos en la moza, y con su más bronco acento le dijo:

—Señora, ¿en qué puedo servirla?

Desconcertada por esta invitación a seguir la derecha vía, el pensamiento y la palabra de la guapa moza se lanzaron por un despeñadero.

—Pues verá usted, don Martín: como Domiciana es tan mala, yo..., digo, mi padre... Es que quiere establecerse, tomar una tienda de granos y huevos..., y... el cuento es que no tiene posibles... Si no fuera Domiciana lo que es, una mujer infame y traidora, yo estaría en buenas relaciones con ella..., y siendo amigas ella y yo, no había por qué molestarle a usted...

—Acaba, hija, acaba—dijo Merino impaciente, tuteándola, con lo cual expresaba lo que la linda joven había desmerecido a sus ojos en el momento de declararse necesitada de dinero—. ¿Y cómo se te ha ocurrido venir a mí para esa necesidad? ¡Anda! Creen que tengo yo el oro y el moro... No, hija; si en algún día dispuse de fondos, entre tramposos y estafadores me han limpiado, cree que me han dejado como una patena. ¿Qué dinero ha de tener nadie en un país donde no hay justicia, donde no se castiga a los bribones, donde los más altos dan el ejemplo de la inmoralidad y el ladronicio?

—¡Oh!, sí, don Martín, los más altos son los peores—dijo Lucila con arranque—. ¡Quién había de creer que Domiciana..., que todavía no ha dejado de ser esposa de Cristo..., porque esos votos no los rompe nadie, ¿verdad?—, quién había de crerla capaz de una tan villana acción!... No se queje usted de que le hayan robado algún dinero, porque eso, el vil metal, ¿qué supone?

—¡Que no supone!—exclamó el clérigo con extraordinario brillo en su mirada—. Los ahorros de toda mi vida, los cinco mil duros que a la lotería gané, lo que me daba la Capellanía de San Sebastián, todo me lo han ido quitando con engañosos y malos procederes.

—Quiero decir que esas pérdidas, aunque sean muy grandes, no se pueden comparar con otras..., con que le quiten a una el corazón..., el corazón y el alma, señor don Martín... Por eso dije que el dinero no supone nada... El dinero no es más que una basura. Todo el que hay en el mundo, si fuera mío, lo daría yo porque me devolvieran lo que me ha quitado Domiciana... ¿Y a quién reclamo yo? ¿Quién me hará justicia?

—La justicia está en manos de los fuertes, y los fuertes no la usan más que en provecho propio y en vituperio y perjuicio del humilde, del pobre, del limpio de corazón. Pero los fuertes caerán algún día..., vaya si caerán... No hay ídolo de barro que resista a un buen empujón... Muchos que nos espantan por poderosos, nos harían reír si de un golpe los tiráramos al suelo y viéramos que son armadura de caña forrada de papeles; y más nos reiríamos si al hacerlos rodar de una patada, viéramos que ya por dentro, por dentro..., se los van comiendo los ratones... ¿Usted me entiende?

Decía esto el maldito viejo iluminando con la luz siniestra de sus ojos el rostro impasible, amarillo, de una rigidez estatuaria de talla vieja despintada y cuarteada. Lucila le miró, observando el marcado resalte de los pómulos que a la luz brillaban, redondos con un deslucido barniz de santo viejo: observó también

las dos grandes arrugas que descendían de la nariz chata hasta unirse con las comisuras de los delgados labios, y la extensa curva que éstos formaban cayendo por sus extremidades... No entendía bien Lucila el lenguaje gráfico de aquel rostro, en el cual algo había de momia con vida, y lo que más claramente pudo descifrar en él, a fuerza de deletrearlo, era un inmenso desdén de todo el Universo.

XXVI

Y no fué poca sorpresa de Lucila el oírle pasar, casi sin transición, de las lúgubres consideraciones antedichas a esta vulgar pregunta:

—Y ese hombre, ese padre de usted, ¿qué cantidad necesita?

Respondió la moza que de cuatro a seis mil reales... y añadió que el negocio de la tienda de huevos y semillas era de seguro rendimiento...

—Es mucho, mucho dinero—murmuró Merino, sacando el labio inferior y arqueando más la boca—. ¡Seis mil realazos!... Digo, digo..., eche usted reales..., y en estos tiempos en que el dinero anda escondido para que no lo cojan las uñas moderadas... El poquito que ha escapado de esas uñas tiénelo la soldadesca. Entre abogados y militronches están dejando en los huesos a esta nación... Pues no puedo, no puedo servirles...

—Mi padre cumplirá bien; por eso no lo haga—dijo Lucila, creyendo que no aflojaba la mosca sin hacerse rogar—. Y dispénseme que no empezara por hablarle de mi padre; pero desde que Domiciana me hizo aquella trastada, he perdido el tino y hablo todo al revés. A usted le consta lo mala que es la cerera, ¿verdad, don Martín? ¿Quién lo sabe como usted?

—Me hablabas de tu padre...

—Decía que mi padre es hombre formal. Mi padre cumple.

—¿Y por qué no ha venido contigo, o no viene él solo? Si yo le hago el préstamo, él será quien me garantice, no tú; a él podré confiarle mi dinero, no a ti, que lo gastarás alegremente con tenientes o capitanes... ¡Ah! Vosotras las enamoradas trastornáis a los hombres y les apartáis de su obligación; por vosotras, por vuestros perifollos y el lujo... *asiático* que gastáis, están ahora los hombres públicos tan corrompidos; vosotras tenéis la culpa de todo este ladrocinio..., y luego os quejáis cuando os quitan algo.

—Yo no he trastornado a nadie; yo no he gastado lujo; yo no quiero más que paz y el amor de un hombre...

—No sueñes con amor de hombre, ni con paz, ni con ningún bien, mientras no haya justicia y se dé a cada cual lo suyo... Espérate a que el mundo se arregle como es debido y a que caigan todas las farsas y rueden los ídolos... Mientras eso no llegue, ¿qué hablas ahí de amor de hombre, si ahora, según estamos, nada es de nadie y no se sabe a quién pertenece el hombre, ni la mujer tampoco? Donde no hay justicia, donde todo es iniquidad, ¿qué sacas de lamentarte? Escribe tus chillidos en el viento para que jueguen con ellos los pájaros... Todo es aquí tiranía, todo es dominio de los malos sobre los buenos, opresión del pobre por el rico y del débil por el fuerte.. ¿Dónde está el tuyo y el mío y el de cada cual? Los mandones le quitan a uno la camisa, y encima hay que darles las gracias porque no nos han quitado los calzones. Deja tú que todo se estremezca, y el día del derrumbamiento recobrarás lo tuyo, yo lo que me pertenece..., eso es.

Sin transición saltó con esto:

—Vaya joven, ¿no te parece que hemos hablado bastante? Dile a tu padre que venga cualquier día..., ésta es buena hora; hablaremos y... ya se verá.

Lucila, que ya sentía un sí es no es de temor, viendo el acento rencoroso que ponía en sus divagaciones, se despidió con las fórmulas corrientes, sin meterse en más dimes y diretes con la esfinge. Salió Dominga con el candilón, pues la escalera era como boca de lobo, y al llegar al pasadizo del Infierno, Cigüela se dijo, resumiendo la visita:

—Bien se ve que conoce toda la historia y los enredos de Domiciana... Puede que también sepa dónde y cómo le tienen escondido... Pero no lo dirá... Estas cosas de amores y de hombres robados le interesan poco, nada..., y las mira como cosa de juego... No piensa más que en el aquel de lo malo que está todo y en el ladrocinio del Gobierno, y en que moderados y militares no son más que sanguijuelas que le chupan a España toda la sangre...

Reunida con Ansúrez en la plaza, le

refirió la visita y las impresiones que en ella recibiera, que no eran malas en lo tocante al préstamo. Pensaba Cigüela que el clerizonte soltaría los cuartos; mas era preciso regatearle, que el hombre, en su tacañería y desconfianza, se fingía escaso de recursos para obtener mayor ventaja en el negocio. El viejo *celtíbero* acompañó a Lucila hasta su casa, y al retirarse se las prometía muy felices. Pero, en los días siguientes, resultó que de tan buenas esperanzas había que quitar la mitad de la mitad. Para efectuar el préstamo había que esperar a que pagara un cliente moroso, que ya tenía fuera de tino al señor don Martín, pues ni devolvía el *principal* ni aflojaba los réditos de un año vencido. Todo se volvía prometer y dar largas, sin que le valieran al clérigo amenazas de demanda judicial. El deudor se reía. Por fin, hubo esperanzas fundadas de arreglo, pagando por el tal una señora, tía suya, y rebajando intereses. Si en efecto se cobraba, se realizaría el nuevo préstamo, obligándose Ansúrez a responder con todos sus bienes, y a más con la tienda que habían de traspasarle.

Entre tanto que estas cosas del orden económico iban pasando, observaba Lucila que el grande afán suyo inextinguible por la pérdida de Tomín, ocupaba y desocupaba las regiones más grandes de su alma con cierto flujo y reflujo, como el del océano que se llena y vacía con el lento ritmo de las mareas. Tan pronto la pena honda se aliviaba, y la dolorida mujer entrevería reparación probable; tan pronto la pena tomaba mayor fuerza, colmando el alma hasta rebosar; y cuando subía de este modo la hinchada marea de su aflicción, Lucila deseaba la muerte, y aun acariciaba la idea de procurársela por su propia mano. Sólo la muerte era verdadero y eficaz descanso. Sólo el sueño eterno le daría paz, ya que no le diera el ver a Tomín en la región de allá, donde dormidos vivimos de nuevo... Lo más extraño era que este recrudecimiento del dolor recaía sobre la hija de Ansúrez cuando la Providencia enviaba sobre ella sus bendiciones.

Los obsequios cada día más valiosos de don Vicente Halconero no llevaban ciertamente a Lucila por el camino del alivio. Eulogia no se cansaba de amonestarla con severidad o con burlas.

—No sé qué más podrías desear. Viene Dios a verte y le pones cara de alcuza. ¡Vaya un orgullo! Te llueven tortas y torreznos, y en vez de ponerte a bailar, lloriqueas... Yo pienso en la vida que te esperaba con ese maldito capitán si no te lo quitan de en medio... Y aun con indulto y todo, valiente pelo habrías echado de militara...

Sin negar que Eulogia tuviera razón, Cigüela también la tenía, que razones hay siempre para todo... Claro que no desconocía la inmensa gratitud que al señor Halconero debía, y se declaraba indigna de tanta bondad. ¡Vaya con el rico albillo que mandó don Vicente en aquel agosto y en aquel septiembre, escogidos por él los racimos más hermosos, los más dorados, de uvas transparentes, finas, dulces! Al albillo acompañaba el arrope superior, hecho en casa del rico hacendado con todo esmero, y pollos y capones que en aquellos amplios corrales se criaban. Para el próximo noviembre anunciábase ya el esquilmo suculento de la matanza, y para diciembre irían los corderos lechales, amén de la muchedumbre de caza, y castañas y nueces.

Pero estas ricas ofrendas valían menos que otras del magnánimo señor. Había ordenado a Eulogia y Antolín que por cuenta de él fuera provista la guapa moza de todo lo correspondiente a una señorita de clase acomodada; que se encargasen a una buena costurera vestidos honestos y al gusto de Lucila, agregando cuanto de ropa interior decente necesitase para completar su atavío, todo esto sin lujo, mirando sólo a la buena calidad y finura de las telas y al esmero de las hechuras. Un día encontró la joven en su cuarto un tocador de caoba modestito y elegante, con todos los accesarios de porcelana y adminículos para su arreglo y limpieza, y a la semana siguiente apareció como por magia un corpulento armario para ropa con un gran espejo en la puerta, mueble precioso que fué el pasmo de toda la vecindad. Dígase que todo esto agradó mucho a Lucila, y elevó hasta lo increíble su gratitud.

Pero aún faltaba lo más hermoso de la generosidad del don Vicente, la cual ya tocaba en los linderos de lo sublime, y fué que dispuso en carta muy extensa lo que se copia para mejor conocimiento: «Quiero que sin dilación se le ponga un maestro pendolista, que le enseñe el trazo de buena letra, y todo lo tocante a la

ortografía y al uso de puntos y comas como es debido. No sea ese maestro un mequetrefe, sino hombre que sepa el oficio, maduro y de bien probada honestidad, y la letra que le enseñe sea por Torío, no por Iturzaeta, y nada de esto que llaman bastardilla y rasgos a la inglesa. Póngasele también preceptor que le enseñe la Geografía, y la Aritmética hasta la regla de tres no más; y de Gramática nada, que eso es estudio baldío. Désele de añadidura algún conocimiento de Historia Sagrada y profana, pero no mucho, nada más lo preciso; y el Catecismo, por de contado, con las obligaciones del buen cristiano. Escójanse pasantes graves y circunspectos, sin reparar el coste..., y que no sean del estado eclesiástico. De otra clase de enseñanza, tal como baile y música, nada; que todo este recreo de mozuelas se deja fuera de la puerta del santo matrimonio.»

De cuanto regalaba y disponía el buen Halconero, estas órdenes, reveladoras de un interés profundo y de un cariño intenso, fueron las que más hondamente penetraron en el alma de Lucila. Eulogia le dijo:

—Dios viene a ti; Dios ha hecho de la más desamparada la más amparada; y a la más pobre la rodea de bienes, y a la más triste le pone corona de felicidades. Dale las gracias, y dile: «Señor, hágase tu voluntad...»

Voluntad de Dios era, sin duda, y manifiesta con tales signos, no había medio de rebelarse contra ella. En la red de estos beneficios tan hermosos como delicados, se veía cogida, sin evasión posible. Ya su compromiso no podía ser condicional, ni estar sujeto a definitiva resolución en un marcado plazo, ya debía darse por prometida y aún más por otorgada... En todo enero del año siguiente, según se decretó en la Villa del Prado, sería Lucila la señora de Halconero.

El cual anunció su viaje a Madrid para noviembre. Dos veces había estado en Madrid durante el verano, y Lucila le miraba como uno de tantos pretendientes, del cual más distante estaba cuando más cerca le tenía. Pero cuando vino Halconero en noviembre, ya era otra cosa. Aplicando al caso toda su buena voluntad, vió en el que ya era su presunto marido menos fealdad y desagrado que en otras ocasiones viera; vió en extraordinaria magnitud su bondad, reflejada no sólo en sus nobles actos y dichos oportunos, sino hasta en su figura... Esta no le pareció a Lucila tan rechoncha y maciza como cuando en el pueblo se ofreció por primera vez a su atención, y los cuajados ojos de don Vicente, redondos, claros y casi siempre húmedos, revelando parentesco con ojos de peces sacados de las aguas, ya tenían cierto brillo y aun vislumbres de gracia, efecto, sin duda, del amor, que en el alma escondida tras ellos había hecho su nido. En suma, que aunque el noble espíritu de don Vicente se hallaba prisionero dentro de una gordura que iba en camino de la obesidad, Lucila no lo encontraba absolutamente despojado de gallardía. Cierto que era una gallardía muy relativa, y casi, casi puramente convencional. Halconero tenía la cabeza blanca, el rostro encendido, redondo, afeitado, la dentadura sana, los labios sensuales, la nariz aguileña, la frente despejada y el ánimo, en fin, pacífico, amoroso, propenso a los arrebatos de ternura, así como el entendimiento claro, aunque tirando a lo imaginativo. Lucila vió en él un marido del tipo paternal, y creyó firmemente que reinaría en su corazón por la bondad y el tutelar cariño.

XXVII

Halconero había venido a la Corte de paso para tierras de Guadalajara, en donde pensaba arrendar pastos para la trashumación de sus merinas. Detúvose en Madrid sólo cuatro días, con ánimo de permanecer más tiempo a la vuelta, y por estar más cerca de su presunta felicidad se aposentó en la posada de San Pedro, en la Cava Baja. Bien aprovechadas fueron las cuatro noches: en ninguna de ellas dejó de llevar al teatro a Eulogia y Lucila, armonizando el gusto de ellas con el suyo, pues los lances de la escena le divertían e impresionaban grandemente. Vieron y gozaron en El Drama (Basilios) *La escuela de los maridos;* en Variedades, *García del Castañar,* y en el Circo, la preciosísima zarzuela *Jugar con fuego.* Aunque, por no contrariarle, Cigüela no decía nada, le causaba cierta inquietud el frecuentar sitios públicos, temerosa de encontrar en ellos personas que con sus dichos o sólo

con su presencia la trastornasen. Ya por aquellos días estaba la joven muy metida en el tráfago de sus estudios, los cuales, por el múltiple beneficio que le causaban, eran entretenimiento saludable y bálsamo instructivo.

Partió don Vicente para sus diligencias de ganadero y labrador, y quedó Lucila compartiendo su tiempo entre las lecciones y el corte y hechuras de su nueva provisión de ropa. Con Eulogia iba alguna vez de tiendas; acompañábala también Ansúrez, que, harto ya de verse mal señalado por servir al impopular Chico, se había despedido, y no tenía más ocupación que vagar por calles, visitando amigos, o arrimándose a los corrillos de este y el otro mentidero. Atendido por Lucila en su primera necesidad, que era el comer, no se apuraba gran cosa por la cesantía. Sabedor ya de que le tendría por suegro el rico labrador de la Villa del Prado, casi bailaba de contento por la feliz y casi milagrosa colocación de su querida hija; pero a él no le petaba vivir a lo parásito, yedra pegada al tronco de un yerno; gustaba de la independencia, y no había de parar hasta establecerse. A ello le animaba el buen cariz de sus negociaciones con Merino para el consabido préstamo. Si, en la quincena que siguió a la visita de Cigüela, el adusto clérigo le había mareado y aburrido con largas y promesas, que hoy..., que mañana..., ya parecía que iban las cosas por mejor camino. No se descuidaba el buen *celtíbero* en tener siempre bajo la mano al sacerdote prestamista; y si no le divertía visitarle en su triste y lóbrega casa, gustaba de acompañarle algunas tardes en su paseo, que era infaliblemente por la Cuesta de la Vega, saliendo alguna vez por el Portillo y metiéndose en el polvoroso plantío que llaman La Tela. Hablaban del mal Gobierno y de lo perdido que está el país.

—Es don Martín tan filósofo—decía Jerónimo—, que se queda uno con la boca abierta oyéndole. Gran meollo tiene todo lo que dice..., sólo que cuando uno está en el punto de cogerle la idea el hombre se arranca por latines, y... a oscuras me quedo.

En un comercio de telas de la Concepción Jerónima se encontraron una mañana Lucila y Rosenda, ésta trajeada tan a la moda, que sólo con ello declaraba el reciente hallazgo de su remedio. A las preguntas de Lucila contestó que, en efecto, tenía el mejor arrimo que ambicionar pudiera, en circunstancias y condiciones inmejorables.

—¿Quién...?—preguntó Lucila.

—No puedo decirlo—replicó la *Capitana*—. Hice juramento de no revelarlo a nadie, ni a las personas más íntimas. Y antes reventaré que faltar a lo jurado, porque en ello me va *el ajuste*, que es superior. Valiente necia sería yo si por boquear más de la cuenta perdiera esta ganga.

Celebrando Lucila lo que su amiga le contaba, limitó su indiscreción a preguntar si la pesquería había sido en la iglesia, conforme a los planes de marras...

—En la novena del Rosario—contestó Rosenda—eché mis primeros anzuelos... Picó en la novena de Santa Teresa, y saqué el pez en las mismísimas Animas..., y no me pregunte usted más.

Hablaron inmediatamente de trapos para la estación, y de las nuevas evoluciones de la moda.

—Esa tela *marrón* con rayas le irá muy bien para traje de señora rica de pueblo. Hágaselo usted con faldetas, el cuerpo muy abierto por delante, con camisolón bordado, alto, honestito. Aquí encontrará usted un organdí precioso, o si no, *barège*. La manteleta es de rigor.

Enterada ya Rosenda del proyectado casamiento de su amiga con un ricacho viejo, siempre que la veía se extremaba en felicitarla. Dios había trocado todas sus desgracias en beneficios, su pobreza en abundancia y su esclavitud en la más preciosa de las libertades.

Dos días después de esta entrevista volvieron a verse en el mismo comercio, no ciertamente de un modo casual, sino porque Rosenda, advertida de los tenderos que esperaban a Lucila para cambiar un retal por otro, allí se plantó y allí la cogió descuidada, sorprendiéndola con este jicarazo:

—Despache usted a su padre con cualquier pretexto para que podamos irnos solitas a dar una vuelta por la calle. Tengo que decirle cosas de remuchísima enjundia.

Tembló Cigüela como el pájaro herido, y, atontada, despidió al viejo y aceleró sus quehaceres en la tienda. En la calle las dos, Rosenda le dijo:

—No se encampane usted con lo que voy a notificarle, ni pierda su serenidad.

Prométame, por cien mil coros de serafines, que ha de ser juiciosa. ¿Lo promete?... Pues allá va. Una persona que no necesito nombrar ha visto a Bartolomé Gracián.

La impresión de Lucila fué de intenso frío. Dando diente con diente pudo balbucir estas cortadas expresiones:

—No me engañe... ¿Está usted segura? Y esa persona ¿le conoce bien?... ¿Sería él de verdad?... ¡Oh! Siento una pena horrible..., una alegría loca... ¿Conque vive? ¿No le han matado?... Pero no es alegría lo que siento: es pena, y pienso que ha de matarme.

—No dude que es él... La persona que le ha visto le conoce como nos conocemos tú y yo—dijo la *Capitana,* que para inspirar mayor confianza y explicarse con desahogo inició el tratamiento de tú, necesario ya entre dos amigas—. ¿Pero qué..., te pones mala? No, borrica; tómalo con calma y que este noticón no te saque de tus casillas...

—Rosenda, no me mandes que tenga calma—dijo Lucila, aceptando el tratamiento familiar sin darse cuenta de ello—. Me has removido toda el alma, sacando arriba lo que ya estaba debajo de todo y parecía que se iba ahogando... ¿Le ha visto ese señor?. ¿Dónde..., dónde?

—Serénate. Si te pones muy nerviosa y empiezas a soltar chispas, me callo.

—No, no; háblame..., di... Ya me veo corriendo por un precipicio, y aunque quiera volver atrás no puedo. Puede más la pendiente que yo. ¿Dónde?...

—Por hoy, punto en boca... Tu padre no puede tardar con los paquetes de horquillas y el tarro de pomada. Además, como te excitas tanto, estamos llamando la atención en medio de la calle. Arrimémonos a esta rinconada... Sólo puedo decirte hoy que el pobre Gracián no debe andar bien de salud. Parece que está enfermo, aburrido.

—¡Ay, qué dolor! ¿Y se sabe..., esto sí podrás decírmelo..., se sabe si sigue debajo del poder de la *boticaria?*

—Eso no lo sé hoy, pero es seguro que lo sabré esta noche. Oye lo que te digo. Vete mañana a mi casa. Vivo calle del Factor, número seis, piso segundo. Apúntalo bien en tu memoria. Toda la mañana estoy solita... ¿No sabes dónde está mi calle? ¿Sabes la parroquia de San Nicolás?... Pues allí. No tiene pérdida. Vas mañana..., me encuentras sola y hablamos... Verás qué casa tan linda tengo y qué moblaje... Todo nuevecito, acabado de comprar... Y ahora chitón, que aquí viene ya papá Jerónimo. Te espero. Con él irás, y allí nos le sacudiremos mandándole a casa de mi modista, que vive donde Cristo dió las tres voces...

Nada más hablaron. Lucila volvió a su casa sin saber por dónde iba, ni enterarse de lo que por el camino le contaba el buen Ansúrez, cosas políticas de interés, que la inatención de la guapa moza convirtió en insignificantes. Todo el alivio ganado perdíase súbitamente, y la honda enfermedad del ánimo, sentimientos despedazados, dignidad ofendida, ideas fuera de quicio, razón deshecha en locura, recobraba de golpe su aterrador imperio. Por la noche, el insomnio renovó en ella los suplicios de los días más tristes de su existencia, y el sueño la sumió en las tenebrosas cavidades de la idea trágica. Cuchillo en mano, daba muerte a la *boticaria* una y cien veces, sin acabar nunca de matarla... Por la mañana, fatigada del insomnio y del sueño, que tan vivamente reproducian su amor como sus odios, trató Lucila de confortar su alma ideando alguna contingencia placentera, que bien podía resultar en los acontecimientos que se avecinaban. «Si encuentro a Tomín—se dijo—y me propone que huyamos sin pérdida de un instante, me iré *con lo puesto*... a donde él quiera. Si fuese menester que volviéramos al mechinal indecente de la calle de Rodas iría sin vacilar, apechugando con toda la miseria que Dios quisiera mandarnos..., y si hubiéramos de ir lejos, a un monte cerrado, a una cueva separada de todo el mundo, también iría con él..., como si me llevara a un desierto, de esos en que hay tigres y leones... No me importa que haya leones y panteras, con tal que no haya Domicianas.»

Arregló las cosas y dispuso sus diligencias de aquel día en forma que su salida y tardanza no inquietaran a Eulogia, y a hora conveniente salió con su padre en dirección de la parroquia de San Nicolás, en cuyas cercanías vivía la endiablada Rosenda. Avida de llegar pronto, aceleró su marcha, y como Ansúrez, sofocado, la incitase a moderar la andadura, díjole que urgía el arreglo de cierto vestido en el término de la maña-

na y que se preparara a llevar recados a puntos distantes... Entre los innúmeros desatinos, engendro de su poca pasión, que pasaban vertiginosos por la mente de Lucila, prevalía el que formuló de esto modo: «¡Estaría bueno que ahora se me presentara Tomín en casa de Rosenda; que Rosenda le hubiera encontrado y allí le tuviera, escondidito, para darme la gran sorpresa! Ello no será; pero bien podría ser...; cosas más raras se han visto.»

Entró en la casa con sobresalto semejante al de las personas muy nerviosas cuando saben que sonarán tiros y por segundos esperan la detonación y fogonazo. Apenas se fijó en la limpia vivienda de su amiga, mujer arreglada y de gusto, que había tenido el arte de dar aspecto risueño a una casa viejísima. Los muebles eran flamantes, de clase barata con apariencia; las esteras de lo más fino y la alfombra de la sala y gabinete, del tipo industrial, a la moda, colores vivos que durarían muy poco. Preparado había Rosenda la copa de aljófar con cisco bien pasado, y a ella se arrimó Lucila para calentar sus manos ateridas, con mitones. Aunque ya usaba manguito, no podía acostumbrarse a llevar las manos metidas siempre en él... Le costaba entrar por los hábitos del señorío. Despachado Ansúrez a los recados distantes, quedaron solas. Ponderaba Rosenda su casa y sus muebles y aun quiso llevar a su amiga a que viera cocina, despensa y otras piezas. Pero la guapa moza, impaciente y con su imaginación en esferas muy distantes, lo dió todo por visto y admirado, diciéndole:

—Luego lo veré. Ya supondrás que vengo muerta de curiosidad, que he pasado una noche terrible, que no viviré hasta saber...

—Pues aquí tienes a tu amiga—dijo Rosenda, sentándose a su lado—con ganas de traerte al buen entender y de apartarte de los malos caminos. ¡Ay hija!, ayer tarde, cuando vine a casa, me pesaba, créelo, haberte dicho lo que te dije... Mejor habría sido reservarlo para después y echar por delante el consejo que ahora te doy tocante al orden de las cosas. Por cien mil coros de arcángeles te pido que te fijes, que me hagas caso y te percates b'en... Allá voy... Lo primero que tienes que hacer es acelerar tu casamiento por los medios que puedas... Todo el tiempo que ganes en rematar la suerte con Halconero es tiempo ganado en tu bienestar y en tu independencia... Y ahora viene la segunda parte: en cuanto te cases y tengas a ese magnífico buey bien cuadrado, empiezas con él una brega superior, muleta por aquí, muleta por allá, para que el hombre abandone la vida del campo y venga a establecerse contigo en Madrid... Bien sé que por de pronto ha de cerdear. Es un viejo gañán, que no podrá vivir lejos de los montones de estiércol...; pero una mujer... es una mujer, y en luna de miel lo puede todo... Te aburre el campo, te entristece; las aguas gordas de aquella tierra te revuelven los humores..., te pones malísima, pierdes la salud y hasta podría ser que se te malograra el fruto... Figúrate cuántas razones puedes emplear para convencer a tu marido, cuántos mimos echarle y cuántas banderillas ponerle...

Absolutamente contrarias a estas ideas eran las de Lucila. Le gustaba el campo, y en su soledad y augusto sosiego, esclavizando la atención con amenos quehaceres, pensaba llevar su alma mansamente a un bienestar tranquilo. Pero como Rosenda no quería satisfacer su curiosidad, si antes no prometía someterse y adaptarse a las sabias reglas de la filosofía del vivir, la guapa moza, como el sediento que entrega toda su voluntad por un vaso de agua, le dijo:

—Haré todo lo que me aconsejas, Rosenda... Y ahora, sepa yo pronto: ¿Han vuelto a verle? ¿Dónde le han visto?... ¿Qué ha pasado, qué más pasará?

XXVIII

—Pues empiezo—dijo Rosenda, poniéndose todo lo grave que podía—por darte una noticia que no sé si será buena o mala para ti... El amigo Bartolomé está en poder de la Socobio. Domiciana, que ha sufrido varias derrotas, saliendo, como doña Victorina, con las manos en la cabeza, se ha quedado compuesta y sin novio... No pudo dar al galán lo prometido, que era el indulto, la rehabilitación y un ascenso, dos con pase a Cuba..

—Pero ¿dónde está..., dónde? Quiero verle y que me vea.

—No pienses en eso... Yo miro por ti

más de lo que tú te crees. Te contaré una escena, mejor dicho, una conversación que ayer hubo en Palacio. La sé como si la hubiera oído yo misma. Eufrasia, que ahora no se separa de la reina..., ya sabes que su majestad ha entrado en meses mayores: se espera su alumbramiento para Navidad. Eufrasia, digo, en una sala que está junto a la galería, entre el despacho de su majestad y la oficina donde trabajan los de secretaría particular, se enchiqueró con un general joven, muy nombrado, don Juan Prim. ¿Le conoces? Da que hablar porque es de mucho sentido, y marrajo, de los que dejan el trapo y van al bulto... Hace días echó en las Cortes un discurso tan fuerte que tembló todo el Ministerio, y a don Juan Bravo se le indigestaron los chorizos. Pues, entre otras cosas, dijo el hombre que hemos vuelto a los tiempos de Carlos Segundo, el *embrujado,* que nos están llenando la nación de frailes y monjas, que no hay libertad y que este moderantismo es una farsa para que se redondeen cuatro mamalones. No lo dijo así... En fin..., pidió mil gollerías y declaró que él es partidario del *naufragio* universal, de la libertad *disoluta* de la imprenta, del *ateísmo libre* y del ciudadano libre o del respeto al individuo *suelto del derecho particular...*, vamos, que no sé decirlo... Pues por este discurso y por lo mucho que se merece el señor de Prim, conde de Reus, se le tiene miedo y se determinó mandarle a Puerto Rico... Como te digo, trató de ver a la reina; no pudo ser, por causa del estado... Hizo por ver a Eufrasia, que le recibió en aquella salita, y allí le estuvo poniendo varas, y él tomándolas..., que si ella es lista, él se hace el blando para pegar más fuerte. Estas varas de que te hablo no son cosa de amores, no vayas a creer, sino de política. Prim, asegurando que dará la vida por la reina, amenazaba con tramar una revolución si no se entra por el camino libre y no se da carpetazo a ese proyecto..., tú lo sabrás, eso que llaman golpe de Estado..., que es dar un bajonazo a la Constitución y arrastrarla con las mulillas... Eufrasia, diciéndole que eso del golpe de Estado no es más que conversación de Puerta de Tierra, trató de traerle al bando narvaísta... Prim hacía *fu...*, decía que esto de mandarle segunda vez a Puerto Rico es un partida serrana; pero que irá para que no se diga. Entonces, la Socobio le echó mucho incienso al conde: le dijo que la reina estima su valor y su lealtad, y que cuenta con él para una combinación progresista en cuanto tenga tiempo y ocasión de desentenderse del moderantismo, polaquería o como se llame. Y luego de pasarle todas estas lindezas por los morros, le pidió al general un favor.... y aquí entra lo que a ti te interesa..., el favor consistió en que pidiese al ministro de la Guerra el pase a Puerto Rico del capitán Gracián, no sé si como ayudante o como agregado al Cuartel general. Prim dijo que con mil amores lo haría, y despidiéndose, tomó soleta.

—¡A Puerto Rico!—exclamó Lucila, levantándose de un brinco y despidiendo lumbre de sus lindos ojos—. Yo con él... Me llevará... Quiero verle, Rosenda, quiero verle... Haremos las paces..., se olvidará todo; le perdonaré...

—Eh..., ¿qué es eso? Yo no he de permitir que hagas ningún disparate, ni que se te malogre el matrimonio, que ha de hacerte feliz, libre. ¡Cigüela, chiquilla mal criada y sin juicio!, si una amiga pérfida te metió en tantas amarguras, de ellas te sacará otra amiga que no es pérfida, sino leal, y sabe mucho... Siéntate, y no hables de irte a Puerto Rico, pues para ti no hay más Puerto Rico que la Villa del Prado.

—Déjame que disparate y que me ciegue y me trastorne. ¿Quién te asegura que la vida feliz viene por el lado juicioso?—dijo Lucila, en pie, desconcertada—. Debemos obedecer al corazón..., que nunca nos engaña.

—¿Y si te dijera yo que nos engaña casi siempre? Toma ejemplo de mí, que he sabido dar de lado a los loquinarios y cabezas de motín, haciendo por los hombres de peso... ¡Y tú que vas a casarte con un viejo rico, tú que te has sacado el premio gordo de la Lotería, hablas ahora de tirarlo por la ventana porque te lo manda el corazoncito!

—Pues si no me dejas hacer el disparate gordo, déjame que hable con esa señora de Socobio y le diga...

—¿Qué has de decirle tú, bobalicona? No te haría maldito caso... Para hablar con ella tendrías que ir a Palacio, donde está casi siempre.

—A su casa iría yo... A Palacio no voy por nada de este mundo.

—¿Ni por Tomín?

—Por Tomín, quizá...

—¿Y por qué tienes ese horror a Palacio, si no lo conoces?

—¿Que no lo conozco?—dijo Lucila, sentándose de nuevo junto a la copa—. Como tú tu propia casa... ¡Ay Rosenda!, tú no has vivido en la Casa Grande, yo sí. Con los ojos cerrados subo y bajo yo por todas sus escaleras y me meto por todos sus pasillos y me voy de sala en sala, como no sean las que habitan los reyes. Conversaciones como esas que me has contado entre la Eufrasia y el general Prim he oído yo muchas, porque también yo, aquí donde me ves, he sido un poco duende..., a mí me han puesto escondidita entre cortinas para que oyera las conversaciones y he llevado y traído recados con cifra... Y para que acabes de convencerte de que he sido algo duende, y de que lo soy todavía..., ¿quieres que te adivine una cosa?

—¿Qué...?—murmuró Rosenda, entre risueña y asustada—. Adivina lo que quieras.

—Pues te digo que hoy, aquí, hablando contigo, he descubierto quién es la persona que te favorece... Tú me has dicho que el nombre de esa persona es un secreto... Yo me lo guardaré; yo te aseguro que por mí no se sabrá. Te diré tan sólo cómo lo he adivinado. He visto aquí una sombra de ese sujeto, una sombra no más.

—¡Qué dices, mujer!—exclamó asustada la *Capitana,* mirando a las paredes, creyendo que había, por descuido, algún indicio personal, retrato tal vez.

—No te asustes, Rosenda—dijo Lucila risueña—, la sombra la he visto en ti, en tu voz... ¿Por qué empleas ahora una porción de términos de toros que antes no te oí nunca?... Es que ahora tienes cerca de ti, oyéndola sin cesar, a persona que habla con esos terminachos, y a esa persona la conozco yo. Pero mi adivinanza no es completa... Son dos hermanos que se parecen en la figura, y más en el modo de hablar. Uno de los dos tiene que ser. Conque... ¿he acertado?

—Acabarás—dijo la *Capitana,* soltando también la risa—. Tienes razón..., se me ha pegado... Vaya, pues sí..., es uno de los dos hermanos. Aciértame ahora cuál.

—Ayúdame tú un poquito. Los dos son cazurros, beatos, rezadores, esquinados y muy amigos de meterse en lo que no les importa. De cara, ninguno de los dos es bonito; de cuerpo, allá se van. Sólo se diferencian en que el uno bizca un poco de los ojos y el otro un mucho de los pies..., quiero decir que anda como los loros...

Rompió a reír la maliciosa Rosenda con toda su alma y entre las risas pudo decir a borbotones:

—Ese..., ése..., el que pisa como las cotorras..., con los pies así... para dentro... ¡Ay, qué gracia me ha hecho!

—Acerté: don Francisco Tajón. Luego te daré señas, que... no son mortales, pero pudieran serlo.

—Cuidado, chica, que no quiere que se sepa...

—Descuida. Pues ese señor me conoce, lo mismo que su hermano. Háblale de mí y te dirá si sé yo andar por Palacio..., si conozco los enredos y el laberinto de aquella casa. Déjame que te cuente: de esto hace tres años y fué en una de las épocas de mi vida que recuerdo con más disgusto. Llegué a Madrid con mi padre y mis hermanos pequeños, muertos todos de miseria y en el mayor desamparo, sin más esperanza que una carta de recomendación para la monja sor Catalina de los Desposorios. La carta era de un caballero muy cumplido a quien conocimos en Atienza. Pues la monjita fué nuestra salvación: por ella colocaron a mi padre en la mayordomía de los lavaderos del príncipe Pío.

—Sí, sí, que eran del señor infante don Francisco... Administrador, don Enrique Tajón, el hermano mayor: son tres hermanos.

—Tres. El don Enrique se parece poco a los otros dos... Pues sigo: mes y medio estuvimos allí. Luego llevaron a mi padre al servicio de los Escolapios de Getafe, y a mí a Palacio, al servicio del señor don José Tajón.

—El que bizca los ojos.

Casado él, empleado en la Etiqueta. Con su esposa y dos hijos, de los que yo era niñera, vivía en el piso segundo, subiendo por la escalera de Cáceres primer cuarto a mano derecha. Todo lo que diga de lo buena que era la señora es poco; todo lo que diga de lo falso, enredador y embustero que era él, sería no decir nada. ¿Te incomoda que hable de estos señores con tanta libertad?

—A mí no. Despáchate a tu gusto.

—Respetaré a tu don Francisco, que

también es de encargo, loco por los toros, loquito por las hembras, en privado, que en público no hay mojigato que le gane en hacer zalemas delante de un altar...

—No me hagas reír, mujer—dijo Rosenda, más movida a regocijarse que a incomodarse—. Estoy en que exageras un poquito. Tu tirria contra los Tajones es señal de que te hicieron algún daño.

—Quisieron hacérmelo, sí... Les aborrezco porque no tenían miramiento para una muchacha sola y sin defensa de padre ni hermanos. Los dos quisieron abusar de mí: fácilmente podía yo defenderme de don José amparándome de la señora y de los niños; pero el don Francisco, que, como sabes, está separado de su mujer, me dió más guerra y cuidado mayor, porque me llevaba con engaños a este o el otro lugar apartado de los muchos que hay en aquella casona. Una tarde me vi tan a punto de perdición, que para salvarme no tuve más remedio que agarrar un candelero de bronce que a la mano encontré y darle con él en semejante parte de la frente. Le pegué con tanta gana, que el hombre perdió el conocimiento, y marcado quedó para toda su vida...

—¡Ay!, no me hagas reír... Sí, sí; la señal del candelero tiene en la frente, aquí..., en el sitio del asta derecha... ¡Qué risa! Me dijo que aquel golpe fué de una caída que dió en la sacristía de la Encarnación estando subido a una escalera para ponerle a San José vara con azucenas naturales... No es mala puya la que tú le pusiste...

—Yo también me río... Bueno es que una se divierta un poco después de tantas pesadumbres... El pobre señor quedó escarmentado, y luego decía: «¡Vaya unos derrotes que me gasta esta novilla!

—Saladísimo... Adelante.

—Por haberme hecho Dios bien parecida, cuantos hombres había en Palacio se propasaban, créelo. Todos me adoraban, todos me hacían mil embelecos, todos me largaban declaraciones, todos, por de pronto, querían fiesta... En fin, que yo era buena y muchos me tenían por mala... Si supiera yo distinguir bien los uniformes, te diría todas las clases de hombres, desde señores a criados, que se emperraban en hablar conmigo. Pero nunca llegué a conocer por los cintajos y colorines los cargos de tanto farfantón. *Jefes de oficio* me escribieron cartitas y también *ujieres de cámara* y *de saleta; llaveros* y *porteros de banda* me tiraban besos al aire; un *tronquista* me aseguró que se mataba si no le daba el *sí;* un *portero de vidrieras* y un *delantero de persona* hicieron lo mismo, y de rodillas se me puso delante un día uno a quien yo creí *carrerista,* vestido de paisano, y luego resultó que era *sangrador de Cámara.*

—Pues, hija, no estarías poco orgullosa.

—Dí que me tenían mareada y aburrida. Sigo mi cuento. Pues verás: mi amo, el señor Tajón, don José, andaba en aquel estúpido enredo que luego se llamó del *Relámpago,* y a mi padre y a mí nos traía de correveidiles, cursando las órdenes. Dentro de Palacio fuí yo cartero, espía, soplona; me mandaban a charlar con las azafatas, en sus ratos de descanso, para saber quién entraba en las habitaciones reales a las horas que no son de entrada, y quién salía cuando no se debe salir; me obligaban a esconderme detrás de un tapiz o entre roperos para escuchar conversaciones... Y luego, encomiendas y recados en la calle, por ser yo quien con mayor disimulo podía llevarlos. ¡Hala!, a la Escuela Pía de San Antón, a San Ginés, con cartas para el coadjutor; a una casona de la calle de Fuencarral, a la Ceca y a la Meca, vestidita de moza de rumbo y con dinero para alquilar una calesa si me cansaba... También iba al convento de Jesús, y de allí traía entre dulces alguna carta bien disimulada... Un día, fíjate en esto, que es lo más gordo y la más fea acción que por mandato de aquella gente tengo sobre mi conciencia..., habían enviado las monjas la carne de membrillo dentro de una tarterita de plata. Al disponer la tartera para devolverla, me llamaron los hermanos Tajón y una camarista, nombrada, si no recuerdo mal, doña Candelaria, y llevándome a un cuarto que está en la galería principal, como se entra al comedor de ordinario, me dijeron que llevase al convento la tartera... Envuelta la vi en un paño de damasco, como solía venir. La descubrieron y destaparon para que yo viese que estaba vacía... Luego, el señor Tajón, don José, sacó del bolsillo un paquetito forrado en papel y cruzado con cintas verdes. Abultaba como un libro pequeño. Díjome que me

guardara en el seno el paquetito. La camarista, que como mujer podía meter la mano donde meterla no pueden los hombres, me desabrochó y colocó el paquetito muy bien acomodado entre mis pechos, de tal modo que luego de abrochada no se me conocía el contrabando. Hecho esto me leyeron bien la cartilla. Yo tenía que ir al convento a llevar la tartera y al entregarla en el torno pediría ver a sor Catalina de los Desposorios. Se me abriría la puerta, y una vez en presencia de la madre, en manos de ésta pondría lo que yo en mi sagrario llevava. La madre me daría otra vez la tartera con algo dentro, que era como señal o recibo de la llegada feliz del embuchado. Volví a Palacio con la tartera llena de tocino de cielo, y los Tajones, que me aguardaban con el alma en un hilo, me felicitaron y diéronme cinco duros.

XXIX

—Duendecillo, ¿querrás hacerme creer que no supiste lo que llevabas?

—No lo supe. Verás: al caer de aquella tarde, cuando no hacía una hora que yo había vuelto con la tartera llena de tocino de cielo, el señor Tajón me mandó a Getafe para que allí estuviese con mi padre hasta que se me ordenara venir. Mucho me dió que cavilar tal determinación. ¿Será por esto? ¿Será por lo otro? Yo sospechaba..., algo veía yo; pero nada con claridad. Pues, señor, viene de repente el gran tronicio de aquella mojiganga que llamaron del *Relámpago*... Empiezan a prender gente, y los primeritos que caen son mis señores y el tuyo, y me los mandan desterrados qué sé yo dónde. Mi padre y yo nos vimos perdidos, porque a los Escolapios de Getafe no les llegaba la camisa al cuerpo, temiendo que allá podría llegar la quema... A Madrid nos vinimos. Mi padre se escondió en casa de unos boteros amigos suyos de la calle de Segovia; yo, no sabiendo qué hacerme, pues a Palacio no había de volver ni atada, pensé que no hallaría refugio mejor que el convento, y allí me metí... Ya te contaré otro día mi vida en Jesús, donde la mayor desdicha fué hacer mi primer conocimiento con esa perra *boticaria*... Hoy, por completar esta palaciega historia mía, bien triste, te diré que en el convento, andando días, supe que la noche del *tocino del cielo*.... así marco yo aquella fecha condenada..., hubo en Palacio rebullicio y mucho miedo, del cual nada me tocó, gracias a Dios, por estar yo en Getafe...Por orden del señor mayordomo mayor se registraron muchas viviendas del piso segundo... Porteros y azafatas, y hasta damas, fueron registradas, obligándolas a enseñar el pecho y a levantarse las enaguas, mismamente como registran a las cigarreras al salir de la fábrica por si se llevan tabaco escondido...

—Ya era tarde para esos registros... ¡Ay, qué risa! Hija, para contrabandista no tienes precio.

—Te lo aseguro, Rosenda; no supe lo que llevaba..., pienso que no sería cosa buena. Déjame que suspire un poco. El recordar mi vida de Palacio me pone aquí un peso, una opresión... Nunca he sido más inútil que en aquel tiempo; nunca me he sentido más sola; nunca me han aburrido tanto las máscaras. pues máscaras me parecían cuantas personas traté en aquella casa... Tanto me amarga este recuerdo, que no he contado los lances de aquella mi vida boba más que a dos personas: a Tomín, a poco de conocerle, y hoy a ti. A la *boticaria*, nada o muy poco de esto le conté, porque con esa maldita nunca tuve yo verdadera confianza..., siempre la temía, siempre de ella desconfiaba... No sirvo yo para esa vida de los palacios grandes, grandes... Las personas me parecen figuras que han salido de los tapices, y que hablando y moviéndose siguen siendo de trapo... En todo no ves más vanidad, mentira, y todo se te confunde y se te vuelve del revés; llegas a no saber si los criados parecen señorones o los señorones parecen criados.

—¡Quita allá, tonta...!—dijo la *Capitana* con franco regocijo—. Cada una debe mirar por su adelanto... Pues a mí me gustaría meterme en esa vida. Para eso he nacido yo, para vivir con suposición entre personas encumbradas, para pasar el rato curioseando, viendo lo que se traen éstos y los otros, y poniendo mis manos en cualquier enredillo... Verían en mí un capeo superior... Pronto me buscarían para las suertes de más cuidado.

—No te compongas, Rosenda. Tu don Paco no te llevará a la Casa Grande, si antes no enviuda y se casa contigo.

—Es de la Cofradía del *Qué dirán* y de la santísima Opinión.

—¡Quién les había de decir a los Tajones, cuando los desterraron, que pronto habían de volver a sus puestos y a sus intrigas!—dijo Cigüela cavilosa—. Esto prueba que en esa casa no hay idea de justicia, ni formalidad para nada. Sólo una persona sería justa si la dejaran, y es la reina; pero no la dejan: la tienen metida en un fanal pintado de mentiras para que no vea la justicia ni la verdad. Así anda todo...

Cayó en tristes meditaciones, de las que, con trabajo, la sacó su amiga.

—Ya ves tú si soy desgraciada—dijo la pobre mujer suspirando—. Ni en Palacio hay justicia ni yo me veo con fuerza para entrar en busca de ella. ¡Valiente caso me harían!... No hay salvación para mí...

—Todo es posible, querida mía—le dijo Rosenda—, si sigues por el caminito que yo te señalo. Lo primero, casarte, antes hoy que mañana...; después, estableceros en Madrid; después, libertad.

—¡No, Rosenda, no hay libertad que valga, ni casorio, ni nada de eso!—exclamó Lucila en una erupción repentina de su pena latente—. Yo no me caso. No puedo, no quiero engañar a ese buen hombre... Prefiero la miseria y todos los males que pudieran venir sobre mí.

Se levantó, y con las manos en la cabeza recorrió la estancia con incierto paso, diciendo:

—Que no me caso, que no, que no... Pues Tomín está vivo, tengo que consagrarme a buscarle... Has de decirme pronto si es don Francisco Tajón quien le ha visto y dónde, y has de decirme cuándo saldrá Tomín para Puerto Rico... Tú sabes más, más de lo que me has dicho, Rosenda; te lo conozco en la cara, te lo leo en los ojos...

—Si quieres que yo sea tu amiga—dijo la otra, que para sosegarla fué tras ella y la enlazó del brazo—, no me pidas cosa ninguna contraria a lo que creo tu bien. Y no vuelvas a decir disparate como ese de «no me caso», porque... Ya sabes que, gracias a Dios, soy de Caballería, y que las gasto pesadas... Conque... ándate con tiento.

—Dime dónde está Tomín; dímelo pronto—exclamó Lucila con todo el brío de voluntad que su renovada pena le daba—. Mira, Rosenda, que yo, gracias a Dios, soy de Artillería; mira que no veo, que no puedo ver nada por encima de lo que es mi pasión, mi ser, mi vida... Dímelo pronto.

—No quiero; no sé nada... A ver quién puede más.

—Rosenda, no eres amiga—gritó Lucila, alzando la voz con tonos iracundos—, o lo eres también falsa y traidora, como la *boticaria*... Si no me contestas a lo que te pregunto, hablaré con el señor Tajón.

—¿Sí...? Me parece bien—replicó Rosenda, que ideó desarmarla con un chiste—. Pero ven prevenida: tráete un candelero de bronce... para igualarle el testuz, marcándole el sitio del pitorro izquierdo...

No producía Rosenda con su humorismo todo el efecto que buscaba; pero algo se amansó Lucila oyendo aquellos disparates.

—No bromees—le dijo—, que esto es muy serio.

Insistió la moza con la terquedad de los enamorados, tan parecida a la de los locos. No pudiendo la otra calmar su ansiedad con negativas, se formó rápidamente un plan de respuestas que al propio tiempo satisficiera los anhelos de su amiga y la desviara de la torcida senda. Mujer de cabeza ligera, o si se quiere ligerísima, desmoralizada y sin otra mira ya que ir derivando su frivolidad hacia el positivismo y el vivir regalado, no era mala persona en el fondo, y su viciada naturaleza ocultaba un corazón bueno. Viendo cuán fácilmente se levantaban en el alma de su amiga las llamas del mal extinguido incendio sintió pesar de haber atizado el fuego con la noticia referente a Tomín. La mejor enmienda de su error no era desmentir o retirar lo dicho, sino agregarle alguna caritativa falsedad que a la buena moza le quitara el gusto y la intención de arriesgadas aventuras. Como Domiciana, levantó un artificio lógico, pero con idea benévola y mirando al bien de la infortunada mujer.

—Pues te empeñas en saberlo—dijo—, en Palacio está el hombre, con destino, que ahora no recuerdo; pero me informaré... Ya ves que allí es mayor locura que en parte alguna pretender cogerle, como se coge un perrito extraviado, y llevártele contigo. Piensa en los estorbos que allí te saldrán, en el sinfín de personas odiosas y antipáticas que encontrarías.

Calló Cigüela, vencida de estas razones, y su dolor, imposibilitado de manifestarse en actos, se condensó en lo íntimo... A los sollozos siguió un llorar ardiente, sin tregua. Rosenda la consolaba, ya con nuevas razones, ya con cuchufletas.

—Si quieres, cambiamos: dame a don Vicente con Tomín detrás de la cortina, y yo te doy a mi don Paco con su pisar de loro...

—¿Ves, ves lo desgraciada que soy? —decía Lucila cuando el llanto le permitió el uso de la palabra—. Adonde quiera que voy, Dios me dice: «Alto, de aquí no se pasa...» Dos caminos tengo: o matarme o casarme... No sé cuál es peor.

—Yo no vacilaría... Me casaría primero..., y después, a pensar en matarme..., pero sin prisa, que estas cosas deben hacerse después de bien maduradas...

—Pero antes de casarme, ¿no te parece que debo dar algunos pasos, a la calladita, por ver de ponerme al habla con Tomín?... ¡Le escribiré una carta!

—¡Escribirle!—contestóle Rosenda con buena sombra—. No es mala idea; pero debes aguardar a que tu maestro te enseñe la letra bien clara y la perfecta ortografía...

—No te burles... ¿Y no será fácil cogerle cuando salga para Puerto Rico?... Todo está en averiguar la hora de salida, y... Pero nada de esto puedo hacer sin que me ayude alguien...

Interrumpidas por Ansúrez, que bruscamente llegó, las dos mujeres callaron. Lucila limpió sus lágrimas, mientras Rosenda se enteraba de los recados que traía el buen *celtíbero*.

Despachó éste en cuatro palabras, ávido de desembuchar las graves noticias que de la calle traía.

—Prepárense—les dijo en el tono solemne que usaba—para saber del grande suceso que a estas horas va retumbando por todo el mundo, de pueblo en pueblo. ¿Están preparadas? Pues oigan: El señor don Luis Napoleón, que era, como se dice, presidente de la República de los franceses, ha dado un puntapié a la Constitución de allá y se quiere nombrar a sí mismo..., aciértenlo..., pues emperador de la Francia..., que es como ser sucesor del otro Napoleón, que fué *Primero*..., y lo que yo no entiendo es que no habiendo tenido *Segundo* tenga ahora *Tercero*.

Oyó Lucila con desprecio la noticia pues maldito lo que le importaba que cayesen repúblicas y se levantaran imperios; pero Rosenda, a qu en algo se le alcanzaba de tales cosas, dijo que si e señor Ansúrez no venía bebido y era verdad la especie, ello era muy grave y traería cola...

—¡Cola!—exclamó Ansúrez—. Tan grande será, que por mucho que arrastre, no le veremos el fin. En la Puerta del Sol, junto al Principal, había tanta gente que aquello parecía el pregón de la bula, y en los corrillos leían un parte escrito que ha venido de París por los signos de las torres, el cual dice que emperador es ya el caballero, o lo será pronto porque falta todavía el requisito de ser votado por toda la plebe de Francia... Según lo que por ahí corre, es ahora seguro..., y después, a pensar en matarme... quiéranlo o no Palacio y las monjitas porque Napoleón, don Luis, es gran amigote de Narváez..., como que a comer y cenar le convidaba todos los días, y andaban siempre de bracete por los paseos y *bolivares*... Esto se dice, y si es verdad yo me alegro, porque ya se va poniendo esto muy al son de la clerecía. Bueno es que se muden las tornas y cambien las aguas, para que lo seco se moje y lo mojado se seque; bueno será que se limpien muchos comederos, y se llenen otros que ha tiempo están vacíos...

—¡Ay!, no, amigo Ansúrez—dijo Rosenda con cierta inquietud—: deje usted los comederos como están... Pero ¿se dice por ahí que tendremos trastornos?

—Y tales serán que lo alto se suba más y lo bajo se precipite hasta los profundos abismos; pues sabido es que cuando Francia estornuda, España dice *Jesús*, como que las dos naciones están tan unidas por fuera y por de dentro como la nariz y la boca... En fin, señora, ya sabe lo que ocurre, y mi hija y yo nos vamos que es hora ya de tocar a retirada.

Despidióse Lucila de su amiga y partió con su padre, abatida, silenciosa, llevando en sí algo para ella de más peso y magnitud que el nuevo imperio que a punto estaba de levantarse. Recorrido habían ya largo trecho, cuando Lucila parándose, dijo al *celtíbero:*

—Padre, cuando yo estaba en el convento, siempre que venían noticias de

alguna trifulca en Francia, decían las madres: «Esos demonios de franceses nos van a traer acá un cataclismo.» Usted, que con su talento natural ve tan claras todas las cosas, dígame: ¿cree que habrá en España cataclismo?

—Hijita, deja que pueda hacerme cargo de lo que resulte en la Francia de ese voto que ha de dar la plebe. El echar a rodar Napoleón el trono de la República, para poner las gradas del imperio, quiere decir que no se quieren las pasteleras libertades... ¿Pues qué hará en vista de esto el Progreso?... Sacará clavos con los dientes antes que humillarse... Veremos, y vengan días, de donde podamos sacar el juicio de las cosas.

—Porque yo quiero que haya cataclismo, padre, mucho cataclismo; que los injustos caigan y sean pisoteados por los sedientos de justicia; que los que cometieron tropelías sean hechos polvo, y que los buenos se alegren. Justicia quiero, y habiendo justicia habrá paz. ¿Esto cómo se llama? ¿Se llama República; se llama Imperio?

XXX

El efecto que causó en el alma de Lucila la noticia, dada por Antolín de Pablo, de que Halconero llegaba, lo más tarde, al cabo de dos días, fué de verdadera consternación. ¿Por qué volvía? ¿No era mejor que se quedase por allá?... La prometida esposa se conturbaba con la idea de verle, y metiendo su exploradora mano en el corazón, tocaba frialdad, aborrecimiento. Del anunciado regreso de don Vicente la consolaba la idea y presunción de que a su llegada hubiese un poco de cataclismo.

A su padre, que a verla iba diariamente, le dió un interesantísimo encargo:

—¿No tiene usted conocimientos en el Ministerio de la Guerra? ¿No conoce a un cabo que está en las oficinas?... ¿Sí? Pues averigüe..., ello es muy fácil, padre, y hasta los gatos del Ministerio deben saberlo..., averígüeme cuándo sale el general Prim para Puerto Rico.

—Va de capitán general; le embarcan porque se pasa de valiente... Es, según se dice, hombre de mucha idea...

—Y eso es lo que estorba.

—No sé por qué. Yo tengo mucha idea y no me mandan a ninguna parte.

—Porque no temen a los humildes. El reino de los humildes está muy lejos.

—¡Y tan lejos!... Ni aunque uno se suba encima de los encumbrados puede alcanzar a ver dónde está ese reino.

Llegó Halconero: viéndole y tratándole, se calmó la fiebre de Lucila y las aberraciones disparatados de sus sentimientos. No le aborrecía, ¡pobre señor! ¿Cómo aborrecer a quien le había hecho tantos beneficios, y aún mayores e inapreciables se los prometía? Gustoso de aprovechar el tiempo en la Villa y Corte, Halconero fué a visitar el nuevo Congreso, llevando por delante, naturalmente, a Lucila y Eulogia, bien apañaditas. Habíale dado las papeletas el señor don Matías Angulo, diputado por Navalcarnero, cómo él propietario rico y persona sencilla y de las mejores intenciones, así en política como en todo. En la admiración de aquel lujoso monumento elevado a la soberanía popular, pasaron los tres una mañana, y desde los salones de sesiones y de conferencias hasta la biblioteca, salas para Secciones, taquígrafos, etc., nada se les quedó por examinar. Admiraba Eulogia con preferencia las ricas alfombras, Lucila los altos techos con pinturas, y don Vicente perdía el tino ante la profusión de terciopelo encarnado... Visitaron asimismo el Museo de Artillería y el de Historia Natural, y no continuaron por otros barrios de Madrid su instructivo zarandeo porque Lucila se resistió, sin dar de su negativa razones claras, a visitar las reales caballerizas y la Armería real... Se fatigaba, se le iba la cabeza, según dijo... Pensando que el teatro la distraería más que los museos, propuso don Vicente ir a ver la *Adriana*, obra muy hermosa de la que se hacían lenguas cuantos la habían visto. Representábase en los Basilios y era el éxito mayor de la temporada corriente. En efecto: allá fueron una noche, y no puede describirse la emoción de los tres ante el interesante drama; con el río de lágrimas que derramaron las mujeres, competían los pucheros del hombre, queriendo echárselas de valiente. A Lucila le llegó al alma el caso de la pobre cómica, tan bien representada por la Teodora, a quien envenena una princesa su enemiga (que también era un poco *boticaria*), con el simple olor de un ramillete. Le pareció la comedia cosa real, y la emoción duró en su alma muchos días.

Siguió a esto un período de compras, en las cuales nada se hacía sin que Lucila diera su exequátur, previo examen de las cosas. De tienda en tienda iban los tres; mirando y escogiendo lo que se diputaba mejor dentro de la modestia, adquirió Halconero cama de matrimonio, de bronce dorado, según los mejores modelos de una industria moderna y colchón *de muelles elásticos*, que eran última novedad. Tras este tan necesario y útil mueble, se compró un espejo grandecito, un juego de reloj y floreros, un veladorcito *maqueado*, vajilla de porcelana, y juego de café, con maquinilla de reciente invención para hacerlo en la misma mesa. Con estos goces inocentes de preparativo nupcial estaba el buen señor en sus glorias. Antes de Navidad partió para su pueblo, dejando determinado que volvería después de Reyes, *ya para casarse*. La boda sería entre San Antón y la Candelaria.

Ansiosa de sostenerse inexpugnable ante los arrebatos de su propio corazón enamorado, Cigüela no salía más que para oír misa, en San Andrés, y se propuso no volver a poner los pies en casa de Rosenda. No aviniéndose ésta con el desvío de su amiga fué a verla, mostrándose en la visita como la misma discreción y la prudencia en persona. A pesar de no encontrarse presente Eulogia, la *Capitana* no nombró a Tomín, ni dijo cosa alguna que con el perdido caballero tuviese relación. No se atrevió Lucila a preguntarle; pero, leyendo en los ojos de Rosenda, entendió que algo sabía ésta y no quería decírselo por no perturbar el ánimo de su amiga... Lo agradecía y al propio tiempo lo deploraba. Temía saber, saber ansiaba. ¿Cómo armonizar deseos tan contrarios? Cuando partió la maliciosa *Capitana*, la presunta esposa de Halconero se decía: «Me ha dado olor a sepulcros... En los ojos de Rosenda he visto una cosa que se parece al último renglón de un libro triste... Ya veo claro. Tomín ha salido para Puerto Rico... ¿Y dónde está ese condenado Puerto Rico? De aquí allá, ¡cuántas llanuras y montañas de agua!»

Esta idea embargó su ánimo por muchos días, idea de duelo, seguida de efusiones dolorosas de un cariño inextinguible, que derivaba hacia las esferas de ultratumba; porque, en verdad, ¿qué cosa más parecida a la muerte que un viaje a Puerto Rico? Y la cantidad de agua que entre Tomín y su amada se extendía era la expresión más sensible del infinito de la ausencia. Lloraba Lucila sobre aquellas turbias aguas, que se movían con ritmo y balanceo semejantes al navegar de las almas de este mundo al otro... En tal situación de espíritu, consolándose con el desconsuelo, y meciéndose en lo infinito, sorprendieron a la infeliz mujer sucesos de interés general y otros de su particular incumbencia. El feliz parto de la reina, con público regocijo, fiestas, iluminaciones, no fijó tanto su atención como las cuatro palabras que le dijo el buen Ansúrez una tarde:

—Querida hija, por fin te traigo despachado el encargo que me diste, y es que... tocante a la fecha de salir para Puerto Rico el señor general Prim, no hay fecha ninguna, porque el señor general ya no va a Puerto Rico.

Palideció Lucila. Por las inmensas aguas no iba Tomín. Pero ¿quién aseguraba que no fuera más tarde, con otro general, solo tal vez?... Examinando probabilidades, en sombría cavilación, vino a parar en que todo era posible y todo imposible. No prestó atención a las lamentaciones de su padre contra el clérigo Merino, que no acababa de arrancarse al ofrecido préstamo, bien porque no hubiera realizado la cobranza del crédito antiguo, bien por marrullería y ganas de fastidiar. Esta última versión le parecía razonable, pues de sus conversaciones con él, en los solitarios paseos por la Tela, había sacado la presunción de que era don Martín hombre cerrado a la benevolencia y malo de por sí, amigo de martirizar: el único deleite de sus ojos era ver el ajeno sufrir, y ninguna música le gustaba como el rechinar de dientes del hombre desesperado... Sin llegar a la desesperación, Ansúrez deploraba que estando tan cerca el matrimonio de su hija, no pudiera él festejarlo con tienda abierta, para que se dijese que el padre de la novia era un comerciante establecido en la calle de las Maldonadas. ¡Y que no haría poco servicio al señor Halconero anunciando la venta en comisión, y al por mayor, del fruto de sus feraces tierras!... Encomiando el rico *género*, todo Madrid diría: «¡Cebada de Halconero. huevos de Halconero, uvas de Halconero!...»

En Navidad y en Reyes vió Lucila a

Rosenda, y en los ojos de ella, así como en su acento y actitudes, observaba la misteriosa reserva que, traducida con buena voluntad al lenguaje corriente, quería decir: «Sé muchas cosas, pero las callo; mi deber es callarlas.» Por la delicadeza y corrección que le imponía la proximidad de su boda, no se determinó a preguntarle. Nada podía sacar del reservado escondrijo que llevaba en su mente la *Capitana*, urraca codiciosa que escondía las ideas y noticias que a Tajón robaba... Pasó Cigüela en melancólicas dudas algunos días, y razonaba su estado anímico en esta forma: «No quiero más que saber, saber... ¿Se habrá muerto Min? ¡El silencio de Rosenda dice tantas cosas! Dice muerte, dice vida y nuevas traiciones... Ya doy en creer que el traidor es él, y para perdonarle, necesito saber la verdad... ¿Cómo he de perdonarle, si no sé?...» Hervían estas ideas en su mente, cuando se encontró de manos a boca con Ezequiel: ella salía de San Andrés, donde había oído misa, y él entraba con un gran manojo de velas... Requerida por el mancebo, retrocedió la moza, y sentada en un banco próximo a la puerta, esperó a que se desocupara de su carga para hablar con él.

—¿Qué querías decirme?... Cuéntame...

—¿No te has enterado de que Domiciana se ha ido a vivir a Palacio?... Allí la tienes de camarista suplente, con un sueldazo... Le han dado una habitación muy grande, subiendo por la escalera de Cáceres, el primer cuarto a mano derecha...

—Lo conozco, conozco ese cuarto. He vivido en él... ¿Y qué más?... No me tengas en ascuas..., acaba pronto.

—Pues mi padre está cada vez peor de la vista.

—¡Pobrecito! Eso no me importa. ¿Se ha llevado tu hermana los muebles de tu casa?

—Algunos... Parece que le dan el cuarto amueblado. Se llevó, eso sí, manojos de hierbas, y los morteros, los filtros...

—Ya..., en Palacio practicará la *botiquería*... Y qué tal..., ¿tiene la casa bien puesta?

—No la he visto: lo primero que nos encargó fué que no pareciéramos por allá.

—¿Qué me dices, Ezequiel?

—¿Verdad que es una ingratitud?... Mi padre está muy triste, pero muy triste. Gracias que algunas tardes, en coche, viene Domiciana a verle, y con esto se consuela el pobre.

—¿Ha llevado tu hermana a su servicio la criada que teníais?

—¿La Patricia? Allá se la mandamos; pero la despidió más pronto que la vista... No quiere a nadie de nuestra casa. ¿Ves qué esquiva y qué testaruda? Ni que tuviéramos la peste...

—No conoces tú a tu hermana, Zequiel. Si os mantiene lejos de su nueva casa, y no quiere que vayáis a visitarla, será que allí esconde algo, algo que no debéis ver vosotros, ni nadie...

—Puede que tengas razón. De algún tiempo acá, todo lo que hace mi hermana es muy raro... Mi padre suele decir como rezongando: «Dios la perdone.»

—No la perdonará—exclamó Lucila con acento de ira, olvidándose de que estaba en la iglesia—. Zequiel, si me averiguas lo que Domiciana oculta en su casa de Palacio, te doy..., no sé qué te daría. Pídeme lo que quieras...

—Lucila, sabes que te quiero mucho. ¿Qué no haría yo por ti? Sueño contigo, y pienso que mi mayor felicidad sería tenerte siempre a mi lado. El otro día, hablando de ti con mi padre, le dije que, si ibas tú por allí, te dijese, como cosa suya, lo mucho que te quiero... Mi padre se echó a reír y me contestó con una frase que me lastimó mucho. Dijo, dice: «Tú eres poco hombre para Lucila.» Eso es faltarle a uno. Yo no seré todavía bastante hombre; pero voy siéndolo cada día más... Pues dime ahora qué tengo que hacer para averiguarte lo que deseas.

—Ir a la casa que habita tu hermana en Palacio; entrar en ella atropellando por todo, registrar bien las habitaciones, ver, observar...

—Sí que lo haré, y a todo el que quiera estorbarme el paso le daré un empujón... Pues déjame ahora que te diga lo que tienes que darme en pago de ese favor... El caso es que aquí no puedo decírtelo, porque estamos en la iglesia y me da reparo... Salgamos a la calle, vámonos por la Costanilla y te lo diré... Aquí siento más vergüenza que en la calle.

Salieron. Lucila era una máquina que funcionaba inconsciente y con la mayor rapidez en todo lo que condujera a la satisfacción de su curiosidad. Al llegar al extremo de la Costanilla, entrando en la plazoleta de San Pedro, Ezequiel, que

iba silencioso junto a su amiga, se paró, y más pálido que la cera de su taller, le dijo:

—Luci, yo pensaba pedirte..., y perdóname si es desacato..., pensaba pedirte por este favor... que me dieras un beso; pero ahora veo que es muy poco, Luci, es muy poco un beso: debes darme lo menos tres... o cinco...

—Y más, muchos más—dijo Lucila, ardiendo en curiosidad y movida también a lástima intensa del pobre muchacho candoroso—. Si me traes la verdad que busco, te daré tantos besos como palabras necesites para contármelo, tantos como pasos has de dar de aquí a Palacio y de Palacio aquí.

—¡Ay, qué buena eres y qué agradecido quedaré, Luci!—dijo el pobre chico casi llorando—. Iré corriendo. Pero... para que yo vaya con más ánimos, ¿por qué no me das uno a cuenta? Por ser el primero, ha de saberme... como el cuerpo de Nuestro Redentor, cuando uno comulga.

—Sí que te lo doy. Toma uno, toma dos, toma más...—dijo Lucila, besándole, como besan las madres a los chicos para convencerles de que deben ir a la escuela.

—No más—dijo, al fin, Ezequiel, embebecido y asustado—. Pasa gente..., pueden fijarse, y si lo sabe el que va a ser tu marido... ¡Jesús!

—Pues ve pronto..., yo te acompaño hasta la calle de Segovia..., y en la subida de la Ventanilla, ¿sabes?... Allí te espero... No, no..., para que me encuentres más fácilmente y no haya equivocación, te espero en las monjas del Sacramento.

—Allí... Vamos, Luci.

XXXI

Hízose todo conforme a programa. Media hora llevaba la moza de invocar al Santísimo, a la Virgen y a todos los Santos, con fervoroso rezo, para que en aquella terrible incertidumbre le concedieran el consuelo de la verdad, cuando vió entrar a Ezequiel. Venía muy abatido, la consternación y el miedo pintados en su angelical rostro. Con ansioso mirar le devoró Lucila, y como notara en él cierta dificultad para la articulación de la palabra, le sacudió el brazo, diciéndole:

—Habla pronto, tontaina..., ¿qué has visto?

—Nada—balbució el cererillo—. Siento no traerte..., no poder decirte... Lucila, no me quieras mal porque no haya sabido... No pude, Lucila... Tú sabes qué génio gasta Domiciana... Llegué, llamé... Déjame que tome resuello. Del disgusto no puedo respirar... Pues...

—En fin—dijo Lucila, a punto de estallar en cólera—, que no has hecho nada..., que has sido un ganso, un idiota, un ave fría...

—Déjame que te cuente... Abriéronme la puerta, y cuando yo estaba diciéndole a la criada que me abrió si podia ver a mi hermana, salió... ¿Quién creerás que salió?

—¿Quién, quién, pavo del Paraíso?... Acaba pronto.

—Domiciana; y apenas había yo abierto la boca para decirle... lo que tenía que decirle, me la tapó con estas palabras, que me dejaron yerto: «¿No te he dicho que aquí no tienes que venir para nada? ¿Harás alguna vez lo que yo te mando? ¿No comprendes que si te digo «Ezequiel, haz esto», tu deber es callar y obedecerme?» Y diciéndolo, me cogía por un brazo y me ponía de la puerta afuera... Yo no sabía lo que me pasaba.

—Vámonos de aquí—dijo Lucila, que se sintió leona y temía que su furor estallara en el recinto sagrado. Agarró al mancebo por un brazo, y tirando de él, más bien arrastrado que cogido, le sacó a la calle. Torciendo hacia el Sacramento, Ezequiel proseguía:

—Me despidió con un tira y afloja de palabras tiernas y de amenazas: «Hermanito mío, ¿qué más quisiera yo que tenerte siempre a mi lado? Algún día será, y ese día no está lejos... Esta casa no es mía, y no siendo mía menos puede ser tuya... Vete corriendo por donde has venido, y que no te vea yo por aquí mientras no se te llame... Adiós, y a casa... Anda, hijo, anda.» Esto me dijo, y yo... Lucila, perdóname por no haber podido hacer tu encargo... Yo no sirvo, yo no sirvo para esto... No he cumplido, y debo devolverte los besos que me diste.

Llegaban ya a la plazuela del Cordón. Despechada Lucila y fuera de sí, viendo que el cererillo aproximaba su rostro al de ella en ademán de besarla, le rechazó con vigoroso empujón, diciéndole:

—Sinvergüenza, vete de ahí... Déjame,

»pavo de agua... ¡Vaya, que atreverse...! ¡¡Si te ve mi marido...!, ¡no era puntapié...!

El pobre chico permanecía frente a ella, suspenso, afligido... Mirándola con inmenso desconsuelo, sus labios se plegaron, se llevó los cerrados puños a los ojos.

—Echa a correr para tu casa, mostrenco—dijo la moza, amenazándole con la mirada fulgurosa y con el gesto—. Vete, vete, si no quieres que te lleve yo por delante sacudiéndote el polvo de las costillas.

Apenas dijo esto, y viendo la humildad y amargura del pobre muchacho, aquel noble corazón, que fácilmente pasaba del arrebato fogoso a la piedad entrañable, marcó un movimiento de compasiva aproximación al pobre cerero.

—Hijo mío, perdóname—le dijo—. Como estoy tan rabiosa, ha descargado contigo, que no tienes culpa... Vaya, no llores... Ya me pagarás los besitos otro día... Aquí no puede ser... Ya ves que pasa gente. Mira: dos señores sacerdotes. ¡Qué dirían...! Ea, a tu casa, y yo a la mía.

Sin esperar a más razones ni cuidarse de si Ezequiel partía, se precipitó velozmente por la baja del Cordón. Ciega y disparada fué al taller de boteros donde trabajaba su hermano y vivía su padre, dejando a éste recado urgente de que se avistara con ella en su casa lo más pronto posible. Llamábale con premura sin saber claramente para qué. Su pensamiento, desbocado, saltaba de las resoluciones más lógicas a las más absurdas; y al propio tiempo, de su mente no se apartaban hechos y personas de grande valor en la vida de la infeliz mujer. La boda estaba próxima, pues corrían los últimos días de enero, y aquel dichoso acontecimiento se había fijado para el 3 de febrero, día de San Blas. Como el 3 caía en martes, y en ello no habían reparado don Vicente ni Eulogia, seguramente trasladarían el casorio al miércoles. Todo esto pensaba Lucila camino de su casa, haciendo un tremendo revoltijo de las cosas positivas y las imaginarias. «Tengo que componer mi carátula—se decía—para no entrar en casa tan sofocada. Debo de ir como un cangrejo; mis ojos serán lumbre... Subiré despacio esta cuesta, y luego, al llegar a Puerta Cerrada, compraré los clavitos dorados para colgar láminas que me encargó Vicente y compraré la cinta de seda y la cinta de algodón... ¡Buena se pondrá Eulogia si no llevo todo eso!... ¡Sabe Dios, sabe Dios si llegaré a casarme! Lo que puede suceder, en la mente de Dios está. Dios me depara mi venganza...»

Al entrar en su casa, disimulando lo mejor que pudo su turbación, encontró a don Vicente con un sacerdote, su amigo y algo pariente, a quien había llevado con propósito de presentarle a su futura. Era don Francisco Pradel, párroco de San Justo, que se mostró con ella muy amable y le dió mil parabienes. Ya la conocía de verla en su parroquia. Al despedirse aseguró que sería para él muy satisfactorio imponerles el santo yugo... Poco después, de las hidalgas manos del novio recibió Cigüela un alfiler de pecho con cuatro brillantitos y en medio un buen rubí, una pulsera, pendientes con perlitas y otras joyas lindas y modestas. La gratitud y un temor que de lo hondo le salía inundaron de lágrimas sus ojos. Halconero estuvo a punto de llorar también. Lo que espantaba a Lucila era el miedo de ser ingrata... «Voy creyendo que soy un monstruo—se decía—, y yo no quiero ser monstruo: Señor, justiciera, sí; monstruo, no.»

Con pretexto, ciertamente bien motivado, de probar un cuerpo en casa de la modista, salió al siguiente día con su padre, a primera hora de la tarde del sábado 31 de enero. Llegando a la calle Mayor, junto a la Almudena, preguntó Ansúrez a su hija si no sería conveniente, ya que de pasear se trataba, bajar a la Tela, donde estaría, de fijo, tomando el sol el amigo don Martín. Entre los dos le darían el último tiento. Contestó Lucila que había salido con el propósito de ir a Palacio. Subirían al segundo piso, donde habitaban personas a quienes ella tenía que visitar.

—¿Y tardaremos mucho?—preguntó Ansúrez un tanto receloso.

—Eso sí que no lo sé—replicó ella—. Podremos despachar en un santiamén o tardar mucho, según...

Entraron en la plaza de Armas, por el gran arco de la Armería: con paso no muy vivo, porque Ansúrez iba sin gusto y como si le arrastraran, recorrieron la línea entre el arco y la puerta lateral de Palacio. Vacilaba el *celtíbero;* su hija le cogió del brazo, y en esto vieron a un

señor que de la Casa Grande salía. Si ellos se quedaron como alelados mirándole, el señor, plantado en la puerta, les echó la vista encima con esa curiosidad arrogante y descortés de quien tiene por oficio atisbar las caras para descubrir las intenciones. Era don Francisco Chico, que por la estatura no merecía tal nombre, viejo, seco y estirado, con patillas bordando la quijada dura, el pelo entrecano, la actitud como de perro que olfatea. Lo más característico de su rostro, lo que le hacía inolvidable para cuantos una sola vez le veían, era la chafadura de su nariz en el arranque de ella, señal indeleble de una tremenda pedrada que le dieron en Miguelturra, su pueblo, por querellas locales de pandilla. Perteneció don Francisco al bando de los llamados *Valerosos*, y cumplía como campeón terrible; alguna vez, si a muchos pegó de firme, también hubo de tocarle la china. Del bandolerismo villanesco pasó a las gestas del contrabando, en tierra firme y mar salada, y ya mocetón le metieron en la Policía de Madrid, donde llegó por su astucia y su valor indomable al puesto de jefe, que desempeñó más de cuarenta años. Era hombre terrible, de sagaz inteligencia para tan ingrato servicio, y a los poderosos inspiraba confianza, como a los débiles espanto. Llegó a ser al modo de institución, personificando los arrestos insolentes de la Seguridad Pública y el odio con que el pueblo pagaba las vejaciones justas o arbitrarias que sin cesar sufría.

Quedaron, como se ha dicho, suspensos Lucila y su padre, sin atreverse a dar un paso más, invadidos del terror que Chico infundía: avanzó éste hacia ellos con firme paso, y en la forma destemplada que era en él habitual interpeló al *celtíbero:*

—Hola, Jerónimo..., ¿se puede saber qué buscas tú por aquí?

Volvióle Cigüela la espalda, y se llevó las uñas a la boca para mordérselas. Trémulo, descubriéndose, Ansúrez contestó:

—Señor, veníamos paseando, y como uno está tan orgulloso de que nuestros queridos reyes se alberguen en palacio tan magnífico..., nos llegamos a ver y admirar ese gran patio... Y como españoles que adoramos a nuestra reina, veníamos a visitarla y a echarle nuestros homenajes. Triste pueblo somos, y nuestros homenajes y visitas no pueden ser otros que mirar desde la calle las ventanas del cuarto donde mora la perla de las reinas.

—Anda, que pareces la cabeza parlante—dijo Chico, requiriéndole, con el movimiento marcado por su bastón, a que siguiera su paseo por lugar distinto del patio—. Otro que mejor hile las palabras no conozco... Y esta joven ¿es tu hija?

Volvióse Lucila hasta darle de cara, pero sin mirarle.

—¡Pues no es la niña poco vergonzosa! Anda, ¿qué te han hecho las uñas para que así las maltrates y te las comas?... Bonita eres; pero no hagas mañas, que se va toda la gracia... Paseen por la Tela o por la Virgen del Puerto, que aquí no se les ha perdido nada... Jerónimo, mucho cuidado conmigo; y tú, pimpollo, no andes en malos pasos, que voy y se lo cuento al amigo Halconero... ¡Largo!

Con una mirada, que en Ansúrez infundía más ganas de correr que una carga de Caballería, les echó hacia el arco grande. Al paso que tomó Jerónimo hubo de ajustarse Lucila. Miraron hacia atrás y vieron al temido polizonte plantado en el propio sitio, atento al camino que seguían.

—Es mi don Francisco un águila para las intenciones—dijo Ansúrez medroso—. ¿Qué se habrá creído ese prepotente?... Pueblo somos, pero pueblo honrado, y nada de más haría la serenísima señora reina en permitir que nos llegáramos a su trono para besarle la real mano.

Abrumada bajo la fatalidad, que, cruel o piadosamente, quién lo sabe, atajaba sus propósitos, Lucila no decía nada, y siguió a su padre hasta donde quiso llevarla; llegaron al Cubo de la Almudena, y andando, andando, cuesta abajo, por un portillo derrengado pasaron a una especie de alameda, cuyos árboles raquíticos, enanos y sedientos parecían increpar al sol con el gesto rígido de sus ramas desnudas. El suelo blanqueaba de puro polvo. A un lado y otro, en trozos de sillería que hacían oficio de bancos, se veían parejas de soldado y criada, o solitarios y melancólicos paseantes. El sitio era desapacible, sin otros encantos que el espléndido sol y el despejado horizonte que, mirando hacia la parte del río, Casa de Campo y Sierra se veía. Un cielo claro, limpio, desesperante de extensión azul sin accidente de nubes, co-

ronaba la tristeza luminosa de aquel gran paisaje, del más puro Madrid.

—Mira, mira—dijo Ansúrez a su hija, señalándole un bulto negro que subía, figura tan escueta como los enfilados árboles—, aquí tenemos al don Martín de mis pecados.

—¿Y me trae usted aquí para ver a ese viejo loco...?—dijo Lucila desolada, colérica—. Yo me voy, padre... ¿Por dónde salgo de este páramo indecente, de este infierno de polvo?

—Aguarda, hija... Ya el señor Merino nos ha visto. Viene hacia nosotros.

Acercábase el clérigo despacio, impasible, y su rostro adusto, pomuloso, no expresaba más que el desdén de toda criatura. Su enorme sombrero de teja, chafado y mugriento, oscurecía sus facciones, dándoles un tinte terroso, de adobes viejos caldeados por el sol de cien años. Iba levantando polvo, que le blanqueaba los zapatos y los bajos de la sotana. Recogía el manteo en el brazo izquierdo, y con el derecho hacía un pausado movimiento de sembrador...

—Buenas tardes—dijo al ponerse al habla—. Yo bien... ¿Y en casa?... ¿Viene la moza de paseo?... Bueno. Conque nos casamos, ¿eh? Y con un hombre rico... No es mala suerte... Aprovecharse, que todo se acaba, y hombres ricos van quedando pocos.

Contestó la joven con las palabras precisas para no ser descortés, y se sentó en en un pedazo de sillería. Había muchos por allí de forma curva, como pedazos del brocal o pilón de una destruída fuente.

No tenía Lucila ganas de conversación y hasta la enfadaba oír lo que los demás hablasen. No lejos de ella, en otro sillar, sentó don Martín; Ansúrez permaneció en pie, y creyendo ver en el clérigo disposiciones a la benavolencia, le instó a que de una vez se clareara, tocante al préstamo, para saber a qué atenerse.

—A eso voy, a eso iba—replicó el cura extravagante—; pero antes os diré otra cosa. Ya sabéis..., y con los dos hablo, hija y padre..., ya sabéis que estamos abocados al cataclismo. Oiréis por ahí que vuelve Narváez. No lo creáis... Narváez no volverá más... El maldito moderantismo es cosa concluída. ¿Quién vendrá? Vendrán todos y no vendrá nadie. ¿Quién mandará, quién obedecerá? Nadie y todos...

XXXII

—Si lo que anuncia don Martín—declaró Ansúrez—quiere decir que veremos el fin de las rapiñas, bendígale Dios la boca. Pero a mí me dice mi razón natural que la barredera de bolsillos no se acabará mientras vengan tantos inventos nuevos de comodidades y regalo del vivir, porque ellos traen las tentaciones, y los hombres de acá, que han visto cómo triunfan y gastan los extranjeros ricos, quieren ser cómo ellos. La tierra no lo da, que si la tierra lo diera, todos nadaríamos en la bienandanza; y estando secos los pechos de la gran madre, el hombre fino y agudo, que apetece buena vida, porque el cuerpo y hasta la mesma ilustración se lo piden, por ley natural deja crecer sus uñas todo lo que se le merma la voluntad de trabajar. Loco es en España el que fíe del trabajo para vivir a gusto, que de su sudor no ha de sacar más que afanes y ser el hazmerreír de los que manipulan con lo trabajado. Tres oficios no más hay en España que labren riqueza, y son éstos: bandido, usurero y tratante en negros para las Indias. Yo de mí sé decir que, habiéndome pasado la vida sobre la tierra, echando los bofes, sin fruto, ahora no miro más que a reunir comerciando un capitalejo de mil duros: me basta. Prestando dinero al interés de ciento por ciento, que hay quien lo tome y quien lo pague, hágome con una renta igual a mi principal, que será el mejor alivio de una vejez honrada.

—Alto ahí—dijo don Martín, saliendo por un instante de su impasibilidad—, que a interés mucho más módico que el ciento he colocado yo mis ahorros y todo me lo han quitado los malos pagadores, amparados por la curia maldita... El usurero se cae también a los profundos abismos, como caerán el militar insolente que oprime a la nación, el contratista que le chupa la sangre, el ministro que ampara tantas contumelias: caerán la hipocresía y la falsedad que han corrompido la honradez y buena fe de la nación española..., y, debajo de todos, porque caerá el primero, veréis a Narváez, con toda su infernal caterva de generales... ¿Habéis oído contar las comilonas y orgías de Palacio y las que el sátrapa daba en su casona de la calle de la Inquisición con el dinero que a manos lle-

nas le regaló Isabel para sus lujos? Pues mientras los cortesanos se hartan en banquetes, el pueblo cena pan seco, y por no tener para carbón, que vale como sabéis, a catorce reales, no puede ni calentar agua para hacer unas tristes sopas... Desde que tomó Narváez las riendas, España no es más que un laberinto de todos los males, y ahí tenéis al empleado que se merienda al contribuyente, al policía que nos encarcela al menor descuido y al militar que por un triquitraque saca el chafarote y acuchilla a los ciudadanos. Habéis visto que somos víctimas de tantos vejámenes, atropellos y contumelias; que el robo es la suprema ley, pues no sólo se roban riquezas, sino personas. Los hombres roban la mujer que les agrada, y las mujeres el hombre que les peta. Y la Justicia para castigar estos crímenes, ¿dónde está?

—No se ve la Justicia, no se ve la Ley —dijo Lucila, que gradualmente se interesaba en la conversación—. Pero la Justicia ha de estar en alguna parte, señor don Martín.

—A eso iba, a eso voy... Coged todos los candiles que hay en el mundo, encendedlos, recorred con ellos el suelo de España buscando la Justicia, y no la encontraréis. Ella y la Verdad se han escondido..., y para encontrarlas, más que candiles hacen falta otra cosa.

—La Verdad y la Justicia—dijo Ansúrez—están en el corazón de los poderosos; pero muy escondidas adentro, debajo de pasiones y de mil cosas malas...

—El corazón de los poderosos—agregó Merino, agarrándose a la idea del *celtíbero*—tiene dentro la Justicia, y la Verdad; pero como está tan empedernido, no hay modo de llegar a él para sacar las virtudes. Claro que tienen que salir, porque si no, se acabaría el mundo...

—Peor que acabarse, porque sería el infierno—dijo Lucila—, y siendo el mundo infierno, nos condenamos antes de morirnos.

—Condenados los que no delinquimos.

—Condenados malos y buenos: esto no puede ser.

—La Justicia y la Verdad tienen que salir—dijo Ansúrez—; pero ya verán ustedes cómo no salen. Cuando más, asomarán una puntita de ellas... A menos que venga un hombre tan grande y tan sabio que sea como redentor que nos manden del otro mundo...

Sin perder su impasibilidad más que por segundos, don Martín expresó esta idea:

—El hombre que por la Providencia venga destinado a desatar este nudo ha de reunir en sí solo el mérito que tuvieron Moiséis, Numa y Augusto..., y aún es poco. Hay que agregar el mérito de Ciro, Semíramis y Alejandro... No sabrán ustedes quién fué Numa, ni quién Ciro y la gran Semíramis; pero poco importa que no lo sepan...

Ansúrez y Lucila le oían con la boca abierta.

—Pienso—dijo el *celtíbero*—que al hombre remediador de los males de España, o sea médico de esta enferma nación, no podemos imaginarlo reuniendo en un sujeto a todos los talentos del mundo, pues aún sería poco material para formar el gran seso que aquí necesitamos. Imaginarlo debemos como dotado de santidad, de un fuego divino, que no puede encender más que el Espíritu Santo, según reza la sacra teología.

—La teología—dijo Merino con marcado desdén—será dentro de mil años no más que lo que hoy es la mitología para nosotros. ¿Sabéis lo que es la mitología? Dioses, semidioses y héroes, todos movidos de las pasiones del hombre. Pues en eso concluirá la teología... El que a España regenere necesitará, más que talento y más que el brillo de la llamada santidad, de un inmenso valor..., desprecio de la vida propia, así como de las ajenas... Ea, yo me voy...

Dió dos pasos y se paró para completar su pensamiento:

—Ese valiente que necesitamos, bien merecerá el nombre de Mesías. El traerá la Justicia y la Paz. ¿Cómo? Dichoso el que lo vea, y puede que vosotros lo veáis... ¡Paz y Justicia!, amigas siempre inseparables, porque donde no hay justicia no hay paz..., y si lo dudáis, preguntádselo a Moisés, el cual, para hablar de estas cosas, empezaba por invocar a los cielos y la tierra: *Audite cœli quœ loquor, audeat terra eloquia oris mei*... Si no sabéis latín es lo mismo. Quiere decir: *Oiga el Cielo, óigame la tierra.*

—Oigamos lo que se le ha traspapelado en la memoria—díjole Ansúrez cogiéndole del manteo, cuando ya iba en retirada—. Se olvida del negocio de los

dineros que ha de prestarme. ¿Es hecho o no es hecho?

Se embozó Merino en el manteo, y dando la media vuelta casi sin mirar al *cetlíbero*, o mirándole de soslayo, le dijo:

—Anda y que te dé los cuartos tu yerno, que es bastante rico...

Sin añadir palabra, mirada ni gesto, siguió su pausada marcha hacia el Portillo.

—¿Sabes lo que se me está pasando por la intención?—dijo Ansúrez a su hija, mirando los dos al clérigo, que se alejaba—. Pues coger una piedra..., recordar mis tiempos de muchacho..., y ¡ran!, darle en la misma corona..., ahora que se quita el sombrero...

—Déjele, déjele..., que bien se ve lo perverso que es—replicó Lucila—y la poca o ninguna sustancia que de él puede sacarse... Habla de traer la Verdad, y él, que la tiene en el cuerpo, ¿por qué no la echa fuera?... Vámonos de aquí... Yo estoy mala..., no sé lo que tengo... Miedo, repugnancia... ¿Por dónde vamos a casa? ¿Está muy lejos?

—Menos de lo que tú crees. Metámonos por el Portillo de las Vistillas, que está a dos pasos de aquí y en un periquete subiremos hasta San Francisco.

Así lo hicieron. Lucila respiró con desahogo del alma al entrar en su casa.

«En este rincón humilde—se decía—, nunca, nunca, después que se fué Tomín, me ha pasado nada desagradable. Personas y cosas, todo aquí es bueno y todo se sonríe al verme. Hasta los animales del corral, que en aquellos días tristes me enfadaban, ahora son mis amigos, los quiero.»

Resultado de esta meditación fué el propósito de asentir a cuanto resolviesen los que llamaba *suyos*. Eulogia y Antolín, y más suyo que nadie el bonísimo don Vicente... Por la noche fué Jerónimo, convidado por Antolín a cenar, y de sobremesa le dijo Halconero que abandonara todo proyecto de poner tienda; que llevara su vejez a un trabajo sosegado, mirando a la salud más que a las riquezas, y pues era hombre práctico en labranza, viniérase con su hija al pueblo y allí se le daría plaza descansada de mayoral o mayordomo, según la ocupación que más le cuadrase. Conmovido Ansúrez, echó por aquella boca las retahilas de su gratitud, y Lucila una lagrimita, de las dulces, ¡ay!, que no habían de ser amargas todas las que derramaba... Tratando de la boda, se puso a discusión el punto de si, descartado el martes, como día nefasto, convenía retrasar al miércoles o anticipar al lunes.

—Que lo decida la novia—propuso Halconero.

Y ella prontamente, sin vacilar, decidió:

—Mejor antes que después.

Tal idea, vista por dentro en su fatigada mente, era de este modo: «Si ello ha de ser, mientras más pronto, mejor. Tengo miedo a estar libre.»

Pasaron el domingo en familia todos reunidos. Determinó Halconero que el casorio se celebraría tempranito en San Justo, eligiendo esta iglesia para complacer a su amigo, paisano y algo pariente, don Francisco Pradel; y aunque Lucila no veía con buenos ojos semejante elección de templo, porque el recinto de San Justo estaba para ella plagado de tristezas y allí encontraría ideas suyas que deseaba perder de vista, no se atrevió a votar en contra por no serle posible explicar las razones de su repugnancia. Ampliando el programa, se acordó que después de la ceremonia religiosa y de oír misa y asistir a la función de las Candelas, irían de gran almuerzo a casa de Botín, y de allí a Palacio, a ver la función de Corte en la capilla real. Esta parte del programa sí fué rechazada por la novia en términos tan vivos, que nadie se atrevió a insistir en ello. Por nada del mundo se metería en las apreturas de Palacio. «Total, ¿para qué? Para no ver nada.» Y pues la reina con toda su corte habría de ir después a la iglesia de Atocha para la presentación de la princesita, mejor sería que desde la calle en sitio seguro o en un balcón, vieran el paso de la comitiva. Aceptada fué por don Vicente esta sensata proposición: también a él, por causa de no estar nada flaco, le enfadaban las apreturas.

Las primeras luces del 2 de febrero de 1852, día que había de ser memorable por diferentes motivos, encontraron a Lucila despierta, arreglándose: no le daba poca prisa Eulogia, que en madrugar dejaba por perezoso al mismo sol. Las siete y media serían cuando vestida estaba ya la novia: a las ocho le puso Eulogia la mantilla... Celebrada fué por cuantos en tal ocasión la vieron la sobe-

rana hermosura de Lucihuela Ansúrez. Con su trajecito negro, y en derredor del rostro pálido las sombras del cabello fundiéndose con el nimbo oscuro de la mantilla, era realmente una diosa del Olimpo con disfraz de española y madrileña... A las ocho y diez salieron... A las ocho y media ya estaban en la sacristía de San Justo, y a las nueve menos minutos, la diosa y mártir era ya ante Dios y los hombres...

XXXIII

...esposa de Vicente Halconero, rico labrador de la Villa del Prado, ¡oh suerte, oh dicha y admirable dictamen de la Providencia!

En la capilla de los Dolores oyeron los esposos misa rezada, que dijo don Martín Merino, y en que verdad que necesitó Lucila de toda su voluntad para oírla con devoción, porque entre su pensamiento y el oficiante, que al mismo Cristo representaba, se interponían recuerdos, imágenes e ideas que ella quería expulsar de sí para el resto de sus días. Siempre que el adusto sacerdote al pueblo se volvía para decirnos que el Señor está con todos, con el pueblo, en fin, la recién casada bajaba los ojos... En una de éstas, no los bajó tan a tiempo que dejara de ver la brillante mirada del clérigo riojano que le decía: «Sé la historia... ¿Quieres que te la cuente?...» Cuando le vió partir para la sacristía, Lucila daba vueltas en su cerebro a esta idea: «¡Vaya con mis locuras! En todo pensará este pobre señor menos en mí y en Domiciana.» Empezó luego la función de las Candelas, en la que vieron también a don Martín de asistente al culto, con sobrepelliz. Creyó Lucila que desde el presbiterio la miraba el maldito cura..., mas no era para decirle que sabía la historia, sino para repetir la terrible frase de otro día: «Domiciana merecía la muerte. Zanguanga, ¿por qué no la aseguraste bien?»

Terminada la función, vieron salir a don Martín llevándose, como es costumbre en tal día, la vela que había ostentado en la función. Pasó junto al matrimonio sin saludar a Lucila ni a nadie, seco, ceñudo, con una cara y gesto propiamente aterradores. Ansúrez se fué a él y le dijo:

—Don Martín, salude a los amigos, que por el maldito dinero no hemos de indisponernos los que bien nos estimamos.

Y Merino:

—¿Estáis de bodorrio? Ahora iréis de comistrajo.

—Si quiere participar, tendrá la presidencia.

Y Merino, en la cuerda más baja de la sequedad amarga y del satánico desdén:

—Que les aproveche... Yo me voy a mi casa... Cada cual a lo suyo.

Superior almuerzo les dió el amigo Botín. Ansúrez, que en aquel caso venturoso veía la mejor ocasión y estímulo para su hablar bien hilado y nutrido de ideas graves, les divirtió con amenos discursos. Contenta estaba Lucila, viéndose rodeada de tanto cariño y respeto, y sintiéndose a tan considerable altura en la escala social, que desde allí volvía los ojos hacia su antiguo ser y apenas lo vislumbraba. Un trozo de su existencia se iba quedando atrás, como siglo que muere para dejar a otro siglo el puesto del tiempo. En la poquita Historia que le había enseñado su maestro (que también con buenas tragaderas al banquete asistía), los siglos eran diferentes unos de otros, y cada cual tenía su cariz, carácter y mote singlares. Se heredaban y se sucedían, como cuando muere el rey se corona rey nuevo. Pues de este modo entendía Cigüela que se le iba un pasado triste y se le entronizaba un porvenir risueño... Consta en las crónicas de estos acontecimientos que después de una larga sobremesa, en que los plácemes en prosa y verso halagaron los oídos y el alma de la hija de Ansúrez, vieron todos que la ocasión llegaba de tomar sitio en la calle Mayor para ver el cortejo real; y abandonados los manteles, llenos de migas de pan, de huesos de aceitunas y de manchas de vino, el profesor de Lucila, hombre de luces y un poquito pedante, tomó la delantera diciendo:

—Vamos a ver pasar la Historia de España.

Buscando sitio donde pudieran ver bien, con retirada segura, se fueron a la plazuela de San Miguel, y aunque allí había ya gran muchedumbre de mirones formando apretadas filas detrás del cordón de tropa, hicieron cuña, metiéndose entre la masa, hasta llegar a donde tocar podían las mochilas de los soldados... Pasó tiempo, más tiempo del que en el popular programa ponía límites a la pa-

ciencia, y la Historia de España no pasaba. La hoja del inmenso libro no quería volverse. El pueblo, no pudiendo ver la página nueva, se divertía inventándola... Por toda la masa corría un rumor de inquietud, de fastidio, rumor también de conjeturas...

Dadas y bien dadas las dos, y transcurridos después de la hora larga serie de fugaces minutos, la impaciencia llegó a su colmo y las conjeturas tomaban giros disparatados. De improviso, a todo lo largo de la carrera pasó una ráfaga... Venía de la plaza de Oriente, doblaba la esquina de la Almudena y hacia la Puerta del Sol seguía, moviendo todos los ánimos... Las cabezas se volvían de un lado para otro, se agrietaba la masa, se descomponían grupos para formar grupos nuevos, y hasta la disciplinada fila de tropa osciló y se quebró en algunas partes. ¿Qué ocurría? La ráfaga pasó silbando, y en cada trinca de personas dejaba suposiciones absurdas. Se movió un gran oleaje, en preguntas: «¿Qué pasa?... ¿Qué ha pasado?... ¿Verdad que pasa algo?» Y con este oleaje chocaba otro de indecisas y turbadas respuestas:

—Nada: que al rey le ha dado un síncope... Nada: que la reina se ha puesto mala... Nada: que ya no bajan a Atocha...

Nueva ráfaga, más vibrante, con sordo ruido de tormentas, de estremecimientos del aire. El pueblo echaba chispas... La masa se resquebrajaba, buscando espacio para disolverse y correr; con su tremenda expansión rompía el enfilado rigor de la carrera, como el agua hinchada rompe sus cauces. En segundos corría la ráfaga enormes distancias, y a su paso los miles de almas se daban y quitaban su estupor, para transmitirlo con inaudita velocidad... La afirmación, la duda, la negación, el *Dicen*, el *¿Qué?*, el *No puede ser*, corrían como el restallar de un temporal de granizo.

—¡Que han matado... a... la reina!—exclamó Halconero, volviéndose asmático del estupor, de la pena, de la indignación—. Imposible... No lo creo.

En aquel punto, un hombre, que parecía de Policía, soltaba tembloroso una breve arenga en el círculo de gente que le rodeaba:

—Señores, calma..., no ha sido nada. Matarla, no; no han matado a su majestad... Ha sido intento, como decimos, conato... Herida leve de su majestad...

Y un teniente, no lejos de allí también arengaba:

—Señores, orden..., ha sido un sacerdote loco, un infame cura... Orden...

—Ha sido un cura, un cura...—dijo la voz de la Historia corriendo por toda la masa y encarnándose en ella—. Con un cuchillo..., ha sido un cura, un cura...

—¡Don Martín!—exclamó Lucila horrorizada, llevándose las manos a la cabeza.

Y el agudo *celtíbero* repitió con firme acento:

—¡Don Martín!

En medio de la llamarada de ardientes comentarios que la noticia levantó en el grupo de su familia y amigos, echó Lucila con satisfactorio convencimiento este combustible:

—Aún no se sabe la verdad... Esperemos... El cuchillo no iba contra la reina, sino contra Domiciana... ¡A saber!... ¡Muerta Domiciana! ¡Justicia al fin!

Descuajada la muchedumbre, se desmenuzó en puñados de gente que querían correr hacia Palacio. Era la gente mucha, estrechos los caminos. Al rugido del pueblo se mezclaba el son de tambores y cornetas de la tropa deshaciendo la formación. El «¡Viva la reina!» era un bramido continuo, que, prolongándose en las bocas, hacía vibrar el aire y retemblar el suelo... Y en tanto, el profesor de Lucila, hombre agudo y un poco zahorí, aplacaba la curiosidad de su discípula y del buen Halconero, asegurándoles que la narración del atentado y los pormenores del castigo del infame cura se verían en las *Memorias*, felizmente ahora continuadas, del simpático Fajardo-Beramendi.

Madrid, febrero-marzo de 1903.

FIN DE
«LOS DUENDES DE LA CAMARILLA»
Y DEL TOMO II
DE LAS
«OBRAS COMPLETAS»
DE BENITO PÉREZ GALDÓS

INDICE

INDICE

EPISODIOS NACIONALES — *Págs.*

SEGUNDA SERIE

(FINAL)

UN VOLUNTARIO REALISTA:

Cap. I 9
— II 11
— III 14
— IV 16
— V 19
— VI 23
— VII 26
— VIII 29
— IX 33
— X 35
— XI 37
— XII 40
— XIII 42
— XIV 44
— XV 47
— XVI 51
— XVII 55
— XVIII 59
— XIX 62
— XX 65
— XXI 69
— XXII 70
— XXIII 72
— XXIV 75
— XXV 79
— XXVI 81
— XXVII 85
— XXVIII 87
— XXIX 91
— XXX 93
— XXXI 99
— XXXII 102

LOS APOSTÓLICOS:

Cap. I 103
— II 108
— III 113
— IV 114
— V 117
— VI 119
— VII 122
— VIII 125
— IX 127
— X 129
— XI 133
— XII 135
— XIII 138
Cap. XIV 141
— XV 144
— XVI 146
— XVII 149
— XVIII 152
— XIX 155
— XX 158
— XXI 162
— XXII 164
— XXIII 167
— XXIV 170
— XXV 171
— XXVI 175
— XXVII 179
— XXVIII 183
— XXIX 188
— XXX 191
— XXXI 195
— XXXII 200
— XXXIII 203
— XXXIV 206
— XXXV 208

UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS:

Cap. I 211
— II 216
— III 219
— IV 223
— V 228
— VI 231
— VII 235
— VIII 238
— IX 240
— X 245
— XI 248
— XII 251
— XIII 255
— XIV 258
— XV 260
— XVI 265
— XVII 270
— XVIII 272
— XIX 278
— XX 281
— XXI 285
— XXII 288
— XXIII 292
— XXIV 297
— XXV 299
— XXVI 303
— XXVII 307
— XXVIII 310

	Págs.
Cap. XXIX	313
— XXX	315
— XXXI	317

TERCERA SERIE

ZUMALACÁRREGUI:

Cap. I	321
— II	325
— III	327
— IV	329
— V	332
— VI	335
— VII	337
— VIII	340
— IX	343
— X	346
— XI	349
— XII	352
— XIII	356
— XIV	358
— XV	361
— XVI	364
— XVII	367
— XVIII	370
— XIX	373
— XX	376
— XXI	379
— XXII	382
— XXIII	385
— XXIV	389
— XXV	392
— XXVI	396
— XXVII	398
— XXVIII	402
— XXIX	405
— XXX	408
— XXXI	410
— XXXII	413
— XXXIII	416

MENDIZÁBAL:

Cap. I	419
— II	422
— III	425
— IV	428
— V	431
— VI	435
— VII	440
— VIII	443
— IX	447
— X	450
— XI	452
— XII	454
— XIII	458
— XIV	461
— XV	465
— XVI	468
— XVII	472
— XVIII	476
— XIX	480
— XX	483
— XXI	487
— XXII	490
— XXIII	494

	Págs.
Cap. XXIV	497
— XXV	500
— XXVI	503
— XXVII	507
— XXVIII	510
— XXIX	514
— XXX	518
— XXXI	522
— XXXII	526
— XXXIII	529

DE OÑATE A LA GRANJA:

Cap. I	535
— II	538
— III	540
— IV	544
— V	546
— VI	550
— VII	554
— VIII	557
— IX	560
— X	563
— XI	567
— XII	571
— XIII	574
— XIV	577
— XV	581
— XVI	584
— XVII	587
— XVIII	592
— XIX	596
— XX	599
— XXI	602
— XII	605
— XXIII	608
— XXIV	611
— XXV	614
— XXVI	617
— XXVII	620
— XXVIII	623
— XXIX	626
— XXX	628
— XXXI	632
— XXXII	635
— XXXIII	638
— XXXIV	641

LUCHANA:

Cap. I	645
— II	648
— III	651
— IV	653
— V	656
— VI	660
— VII	663
— VIII	666
— IX	670
— X	673
— XI	676
— XII	679
— XIII	683
— XIV	686
— XV	689
— XVI	692
— XVII	695

Págs.

Cap. XVIII 698
— XIX 702
— XX 705
— XXI 708
— XXII 711
— XXIII 715
— XXIV 719
— XXV 722
— XXVI 725
— XXVII 729
— XXVIII 732
— XXIX 735
— XXX 738
— XXXI 742
— XXXII 744
— XXXIII 747
— XXXIV 749
— XXXV 753
— XXXVI 756
— XXXVII 759
— XXXVIII 762
— XXXIX 765
— XL 768

LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO:

Cap. I 773
— II 776
— III 779
— IV 782
— V 784
— VI 787
— VII 790
— VIII 794
— IX 796
— X 800
— XI 803
— XII 807
XIII 810
— XIV 814
— XV 817
— XVI 820
— XVII 823
— XVIII 827
— XIX 830
— XX 833
XXI 836
— XII 839
— XXIII 842
— XXIV 846
— XXV 850
— XXVI 853
— XXVII 856
— XXVIII 859
— XXIX 861
— XXX 865
— XXXI 869

LA ESTAFETA ROMÁNTICA:

Cap. I.—De doña María Tirgo a doña Juana Teresa 873
— II.—De la señora marquesa de Sariñán a doña María Tirgo 875
— III.—De don José María de Navarridas al excelentísimo señor marqués de Sariñán 878
Cap. IV.—De doña María Tirgo a su amiga doña Juana Teresa 879
V.—De don Fernando Calpena a don Pedro Hillo, presbítero 880
VI.—Del mismo al mismo ... 884
VII.—Del mismo al mismo ... 887
VIII.—De don José M. Navarridas a Fernando Calpena. 891
IX.—De Valvanera a su paternal amiga Pilar 893
X.—De don Fernando a doña Aura 895
— XI.—De don Pedro Hillo a Telémaco 896
— XII.—De Pilar a su amiga Valvanera 902
XIII.—De Fernando Calpena a don José María de Navarridas 903
— XIV.—De Pedro Pascual Uhagón a Fernando Calpena ... 905
XV.—De Pilar a Valvanera ... 907
— XVI.—De la misma a la misma 908
— XVII.—De la misma a la misma 913
— XVIII.—De don José M. Navarridas (incluyendo esquelas de las niñas de Castro) a Fernando Calpena 915
XIX.—De Valvanera a Pilar. 919
— XX.—De doña Juana Teresa, marquesa de Sariñán, a la señora de Maltrana 922
XXI.—De don Fernando Calpena a don Pedro Hillo ... 924
— XXII.—Del señor de Maltrana a su hermana política la señora marquesa de Sariñán 927
XXIII.—De Gracia a Calpena. 928
— XXIV.—De Pilar a Valvanera. 929
— XXV.—De Sabas a don Fernando 930
— XXVI.—De Pilar a Valvanera. 931
— XXVII.—De don Pedro Hillo a Fernando Calpena 934
— XXVIII.—De Fernando Calpena a don Pedro Hillo 935
— XXIX.—De Pilar a Valvanera. 937
— XXX.—De la misma a la misma 939
— XXXI.—De Valvanera a Pilar. 942

Págs.

Cap. XXXII.—De Pilar a Valvanera. 944
— XXXIII.—De la misma a la misma 945
XXXIV.—De don Beltrán de Urdaneta a don Juan Antonio de Maltrana 948
— XXXV.—De don Beltrán de Urdaneta a Fernando Calpena 949
— XXXVI.—Del mismo al mismo 953
— XXXVII.—De Pilar a Valvanera 958
— XXXVIII.—De Fernando Calpena a Pilar de Loaysa ... 959
— XXXIX.—De Valvanera a don Pedro Hillo 960
— XL.—De doña Juana Teresa a la señora de Maltrana ... 961

VERGARA:

Cap. I.—De don Pedro Hillo a los señores de Maltrana 963
— II.—Del mismo a los mismos, terminada por don Fernando 964
— III.—De Pepe Iturbe a su padre, Casiano Iturbe, residente en Bilbao 968
— IV.—De don Pedro Hillo a los señores de Maltrana. 970
— V.—De don Fernando Calpena a Pilar de Loaysa 971
— VI.—Del mismo a la misma. 972
— VII.—Del mismo a la misma. 976
— VIII.—De Pilar de Loaysa a don Fernando 978
— IX.—De don Beltrán de Urdaneta a Fernando Calpena. 980
— X.—Del mismo al mismo ... 982
— XI 983
— XII 986
— XIII 990
— XIV 994
— XV 997
— XVI 1000
— XVII 1004
— XVIII 1008
— XIX 1010
— XX 1014
— XXI 1017
— XXII 1020
— XXIII 1023
— XXIV 1026
— XXV 1030
— XXVI 1033
— XXVII 1036
— XXVIII 1040
— XXIX 1043
— XXX 1046
— XXXI 1049
— XXXII 1052

Págs.

Cap XXXIII 1055
— XXXIV 1058
— XXXV 1061
— XXXVI 1063
— XXXVII 1066
— XXXVIII 1067

MONTES DE OCA:

Cap. I 1069
— II 1072
— III 1075
— IV 1078
— V 1081
— VI 1084
— VII 1087
— VIII 1090
— IX 1093
— X 1095
— XI 1098
— XII 1101
— XIII 1105
— XIV 1108
— XV 1111
— XVI 1114
— XVII 1118
— XVIII 1120
— XIX 1123
— XX 1126
— XXI 1129
— XXII 1132
— XXIII 1135
— XXIV 1138
— XXV 1141
— XXVI 1143
— XXVII 1146
— XXVIII 1148
— XXIX 1150
— XXX 1151

LOS AYACUCHOS:

Cap. I 1153
— II 1156
— III 1159
— IV.—De don Mariano de Centurión a don Fernando Calpena, residente en Barcelona 1163
V.—De don Serafín de Socobio a don Fernando Calpena 1166
— VI.—De don Mariano de Centurión a don Fernando Calpena 1168
— VII.—De don Serafín de Socobio a don Fernando Calpena 1171
— VIII.—Del mismo al mismo. 1174
— IX.—De don Fernando Calpena a don Mariano Díaz de Centurión 1176
— X.—De la señora de Maltrana a Pilar de Loaysa..... 1178
— XI.—Continúa la carta de Valvanera 1182
— XII.—De don Serafín de

		Págs.
	Socobio a don Fernando Calpena	1185
Cap.	XIII.—De Gracia a don Fernando Calpena	1188
—	XIV.—Continúa la carta de Gracia	1190
—	XV.—De don Fernando a Pilar de Loaysa	1193
—	XVI.—Prosigue la carta de don Fernando	1196
—	XVII.—Continúa la misma carta	1200
—	XVIII.—Del mismo a la misma	1203
—	XIX.—Del mismo a la misma	1205
—	XX.—Del mismo a Demetria	1209
—	XXI.—Del mismo a Pilar de Loaysa	1211
—	XXII.—De don Fernando a Demetria	1213
—	XXIII.—De Pilar de Loaysa a Demetria	1216
—	XXIV.—De don Fernando a Demetria	1217
—	XXV.—Del mismo a la misma	1218
—	XXVI.—De don Fernando Calpena a don Serafín de Socobio	1221
—	XXVII.—Del mismo al mismo	1226
—	XXVIII.—Del mismo al mismo	1229
—	XXIX.—De don Fernando a Demetria	1231
—	XXX	1234
—	XXXI	1237
—	XXXII	1240
—	XXXIII	1243
—	XXXIV	1245
—	XXXV	1246
	XXXVI	1248
—	XXXVII	1250
	XXXVIII	1252

BODAS REALES:

Cap.	I	1255
—	II	1258
—	III	1261
—	IV	1263
—	V	1265
—	VI	1268
—	VII	1270
—	VIII	1273
—	IX	1276
	X	1279
	XI	1182
	XII	1284
—	XIII	1287
—	XIV	1290
—	XV	1293
—	XVI	1296
—	XVII	1299
Cap.	XVIII	1301
—	XIX	1304
—	XX	1307
—	XXI	1310
—	XII	1313
—	XXIII	1316
—	XXIV	1319
—	XXV	1322
—	XXVI	1324
—	XXVII	1327
—	XXVIII	1331
—	XXIX	1334
—	XXX	1337
—	XXXI	1340
—	XXXII	1342
—	XXXIII	1344
—	XXXIV	1347
—	XXXV	1350

CUARTA SERIE

LAS TORMENTAS DEL 48:

Cap.	I	1357
—	II	1360
—	III	1364
—	IV	1367
—	V	1369
—	VI	1371
—	VII	1376
—	VIII	1379
—	IX	1382
—	X	1386
—	XI	1389
—	XII	1393
—	XIII	1396
—	XIV	1400
—	XV	1403
—	XVI	1406
—	XVII	1410
—	XVIII	1414
—	XIX	1417
—	XX	1420
—	XXI	1424
—	XXII	1426
—	XXIII	1429
—	XXIV	1433
—	XXV	1436
—	XXVI	1440
—	XXVII	1443
—	XXVIII	1446
—	XXIX	1449
—	XXX	1451
—	XXXI	1454

NARVÁEZ:

Cap.	I	1457
—	II	1460
—	III	1464
—	IV	1468
—	V	1471
—	VI	1474
—	VII	1478
—	VIII	1481
—	IX	1485

	Págs.
Cap. X	1488
— XI	1491
— XII	1494
— XIII	1497
— XIV	1500
— XV	1503
— XVI	1507
— XVII	1509
— XVIII	1514
— XIX	1517
— XX	1521
— XXI	1524
— XXII	1528
— XXIII	1531
— XXIV	1534
— XXV	1538
— XXVI	1541
— XXVII	1545
— XXVIII	1549
— XXIX	1553
— XXX	1557
— XXXI	1561
— XXXII	1564
LOS DUENDES DE LA CAMARILLA :	
Cap. I	1569
— II	1572
— III	1576
— IV	1579
Cap. V	1582
— VI	1584
— VII	1587
— VIII	1590
— IX	1593
— X	1596
— XI	1599
— XII	1602
— XIII	1604
— XIV	1608
— XV	1611
— XVI	1614
— XVII	1616
— XVIII	1619
— XIX	1622
— XX	1624
— XXI	1627
— XXII	1630
— XXIII	1633
— XXIV	1636
— XXV	1639
— XXVI	1643
— XXVII	1645
— XXVIII	1648
— XXIX	1652
— XXX	1655
— XXXI	1658
— XXXII	1661
XXXIII	1664